

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 1

La preparación

*“Cuando Dios empezó a crear ya me poseía”
(Salomón, Prov. 8, 22)*

1. “María puede ser llamada después de Cristo, la Primogénita del Padre”

16 agosto 1944

Dice Jesús:

“Hoy escribe esto sólo. La pureza tiene un valor tal que en el seno de una mujer pudo encerrarse quien es Infinito, porque Ella es dueña de una pureza absoluta de la que puede ser capaz un ser humano a quien Dios creó.

La Santísima Trinidad descendió con sus perfecciones, habitaron las Tres Personas, se encerró el Infinito en un pequeño espacio –no por esto se empequeñeció, porque el alma de la Virgen y el Querer de Dios, ensancharon este espacio hasta convertirlo en un cielo– se manifestó con sus características:

El Padre, creador como si de nuevo crease¹ como en el sexto día² una criatura, y con ello tenía una “hija” verdadera, digna, hecha a su perfecta semejanza. La huella de Dios quedaba impresa tan nítida en María, que sólo la que estaba en el Primogénito del Padre la superaba. María puede ser llamada la Primogénita³ del Padre después de Cristo, por la perfección que le dio y que Ella supo conservar, por la dignidad de Esposa y Madre de Dios y Reina del Cielo, ocupa el segundo lugar después del Hijo y es en ella en quien el Pensamiento de Dios ha encontrado sus complacencias;

El Hijo, que también era su “Hijo”, le enseñó por un misterio de la gracias, su *verdad* y *sabiduría*, cuando no era todavía mas que un Granito que crecía en el seno;

El Espíritu Santo, apareció entre los hombres por una larga anticipación de Pentecostés cual Amor “en quien Él amó”, como Consuelo para los hombres por el Fruto que latía en el seno de Ella, como santificación por la Maternidad que se verificó.

Dios para que manifestase a los hombres en la nueva y completa forma que empieza con la era de la Redención, no escogió para trono suyo una estrella del cielo, ni el palacio rico de un poderoso. No quiso ni siquiera las alas de los ángeles que le sirvieran de peana a sus pies. Quiso un seno sin mancha alguna.

También Eva había sido creada sin mancha, pero libremente se entregó al mal. María, que vivió en un mundo corrompido –lo que no pasó con Eva– no quiso manchar su candor ni siquiera con el pensamiento que mirase al pecado. Supo Ella que el pecado existe. Vio caras raras y horribles. *Las vio todas*. Aun la más horrible, la del deicida. Las conoció, sin embargo, para expiar por ellas y para ser en la eternidad la que tiene piedad de los pecadores y la que ruega por su redención”.

¹ Por razón de una creación preservativa.

² Cfr. Gén. 1, 26-27.

³ La Iglesia sb su liturgia al aplicar a la Virgen el paso del Eclesiástico 24, 5, la proclama “Primogénita entre todas las criaturas”. La Escritora la llama sin embargo “secondogénita del Padre” (término que no puede traducirse literalmente porque significaría en español, que hay una primogénita) y a Cristo le da el título de “Primogénito” conforme a Rom. 8, 29; Col 1, 15 y 18; Hebr. 1, 6; Apoc. 1,5.

2. Joaquín y Anna hacen una promesa al Señor.

22 agosto 1944

Veo el interior de una casa. Está sentada dentro y cerca del telar una mujer de edad. Diría yo, al ver sus cabellos que en un tiempo fueron negros, y ahora ya grises, y al ver su cara que no está arrugada sino más bien llena de esa seriedad que viene con los años, que tendrá de cincuenta a cincuenta y cinco años. No más.

La mujer que veo está tejiendo en una habitación llena de luz que entra por la puerta abierta que da a un huerto-jardín —un pequeño predio más bien— que se extiende con bajadas y subidas suaves tapizadas de verdor, esta mujer, digo, es hermosa con sus rasgos típicamente hebreos. Son negros sus ojos, y no sé por qué me recuerda la mirada de los ojos negros y profundos del Bautista. Pero si tienen majestad de una reina, son con todo dulces aunque un poco tristes, algo así como de alguien que piensa, que se acuerda de las cosas perdidas. El color de la cara es moreno, pero no mucho. La boca, un poquitín grande, está bien diseñada. Sus movimientos no tienen nada de dureza. Su nariz es grande y delicada, ligeramente aguileña, que hace juego con esos ojos. Es robusta, pero no gorda. Bien proporcionada, por lo que me parece, y alta, según lo que veo al verla sentada.

Me parece que está tejiendo una cortina o una alfombra. Las lanzaderas se mueven rápidamente sobre el tejido que es de color café oscuro. En lo que está ya terminado se ve un cierto entrecruce de grecas y rosas en que los colores verde, amarillo, rojo y azul celeste se entrelazan y se funden como en un mosaico. La mujer lleva un vestido muy sencillo y de color muy oscuro. Un color que tiende al púrpura, cual si hubiera sido copiado de la flor llamada “pensamiento”.

Se levanta al oír que llaman a la puerta. En realidad es alta. Abre. Una mujer le pregunta: “Anna ¿quieres darme tu cántaro? Te lo llenaré”.

La mujer trae consigo a un pequeñín de cinco años, que se cuelga al punto del vestido de la mujer llamada Ana, que lo va acariciando mientras va a otro lugar de la casa y regresa con un hermoso cántaro de bronce que entrega a la mujer diciendo: “Tú siempre buena con la vieja Anna. Dios te lo pague en éste y en los hijos que tuvieres. ¡Eres dichosa!” y Anna lanza un suspiro.

La mujer la mira, pero no le reprocha el haber suspirado. Para evitar que se sienta más afligida, le dice: “Te dejo a Alfeo, si no te molesta. Así termino pronto y te llenaré muchas jarras y cántaros”.

Alfeo está muy contento de quedarse y se comprende el motivo. Apenas se ha ido su madre, Anna lo toma entre sus brazos, lo lleva al huerto, lo levanta hasta un emparrado de uvas de color topacio y dice: “Come, come, que están sabrosas” y le besa en la carita sucia de las uvas que el niño come con tantas ganas. Después contenta ríe y parece haber rejuvenecido de pronto de pronto al mostrar su bella dentadura, y por el gozo que se le ve en los ojos, que le borran los años, cuando el niño dice: “¿Y ahora qué me vas a dar?” y la mira con dos ojitos teñidos de un color gris azul subido. Ríe y juega inclinandose sobre sus rodillas diciendo: “¿Qué cosa me das si te doy... si te doy?... ¡adivina!

El niño que sigue riendo, bate sus manitas: “Besos, besos te daré, hermosa Anna, buena Anna, mamá Anna...”

Anna al sentirse llamar: “mamá Anna” da un grito de grande alegría, estrecha contra el pecho al pequeñín diciendo: “¡Oh amor mío! ¡corazoncito mío! Y a cada palabra le da un beso en las rosadas mejillas. Luego van a una alacena y saca Anna un plato lleno de panecillos con miel. “Los hice para ti, tú que eres la esperanza de la pobre Anna, para ti, tú que me quieres mucho.

Pero dime: ¿cuánto me quieres?

El niño pensativo al oír estas palabras responde: “Como al templo del Señor” Anna lo besa en sus vivaces ojitos, en su boquita color rosa, y el niño se restriega contra ella como un gatito.

Ha regresado la mamá con el cántaro lleno, sonrío, pero no dice nada. Los deja que sigan contentos.

Del huerto entra un hombre ya de edad, un poco más bajo de estatura que Anna; su cabeza es una madeja de blancos cabellos. En su cara se ve la barba recortada en forma rectangular. Dos ojos azules como turquesas en medio de pestañas de un color castaño claro, casi rubio. Su vestido es de color café oscuro.

Anna no le ve porque está de espaldas. Se le acerca por detrás diciendo: “¿Y para mí no hay nada?”

Anna se voltea y dice: “¡Joaquín! ¿Acabaste ya tu trabajo?”

Y al mismo tiempo el pequeño Alfeo se le pega a sus rodillas diciendo: “También para ti, también para ti” y cuando el hombre se inclina y lo besa, el niño se le agarra del cuello, decomponiéndole la barba con sus manitas y besos.

También Joaquín tiene algo qué darle. Levanta por detrás de la espalda la mano izquierda y le ofrece una hermosísima manzana que parece de cera, y dice al niño que con ansias extiende sus manitas: “Espera que te la parta. Así no puedes. Es más grande que tú” y con un pequeño cuchillo que tiene en la cintura, un cuchillo de podar, corta pedazos y tan pequeños como si se los fuera a dar a un pajarito, y se los da en la boca abierta, que mastica y mastica.

“Pero mira qué ojos, ¡Joaquín! ¿No parecen acaso dos pedacitos del Mar de Galilea cuando el viento de la tarde echa un velo de nubes sobre el cielo? Anna está hablando teniendo una mano apoyada en la espalda de su marido y levemente se recarga sobre él: es un acto que manifiesta un profundo amor de esposa, un amor siempre el mismo después de tantos años de matrimonio.

Joaquín la mira con amor y dice: “¡Hermosísimos! Y estas guedejas ¿no tienen acaso el color de las mieses que el sol ha secado? Mira: el oro y el cobre se mezclaron en ellas”.

“¡Ah si tuviéramos un hijo, me gustaría que fuera así: que tuviese esos ojos y esos cabellos!... Anna se ha inclinado, mejor dicho arrodillado. Besa con un suspiro esos dos ojitos azul-grises.

También Joaquín suspira. Trata de consolarla. Le pone la mano sobre sus cabellos encrespados y encanecidos y le dice: “Hay que esperar todavía. Dios todo lo puede. Mientras *uno viva*, el milagro puede suceder, sobre todo cuando se le ama, y se *nos ama*” Joaquín recalca las últimas palabras.

Anna guarda silencio, desconsolada, y sigue con la cabeza inclinada para que no se vean las dos lágrimas que le bajan por las mejillas y que ve sólo el pequeño Alfeo, quien sorprendido y afligido de que su gran amiga llore, como le pasa a él algunas veces, levanta su manita y le enjuga sus lágrimas.

“¡No llores Anna! Somos igualmente felices. Al menos yo lo soy, porque te tengo a ti”.

“También yo lo soy por ti, pero no te he dado ni un hijo... Pienso en qué habré desagradado al Señor porque me ha secado las entrañas...”

“¡Oh mujer! ¿En qué cosa puedes haberle desagradado, tú que eres tan buen? Oye. Vamos otra vez al templo por este motivo, no sólo por los tabernáculos¹. Oremos mucho... Puede ser que te suceda lo que sucedió a Sara... como a Anna la mujer de Elcana. Por mucho tiempo esperaron y pensaron que Dios no las amaba porque eran estériles. Pero ya vez, en los cielos de Dios, se preparaba un hijo santo². Sonríe, esposa mía. Tu llanto me causa más dolor que el que no tengamos hijos... Llevaremos a Alfeo con nosotros. Haremos que pida, él que es inocente... y Dios aceptará su plegaria y la nuestra juntamente y nos escuchará”.

“De acuerdo, Prometeremos al Señor, que si nos concede un hijo se lo daremos... ¡Oh! oír que me llamen ‘¡Mamá!’”

Y Alfeo, que está oyendo todo esto sin comprender, dice: “¡Yo te llamo así!”

“Sí, corazoncito... pero tú tienes a tu mamá y yo... no tengo un hijo...”

La visión termina aquí.

¹ Cfr. Ex 23, 114-17

² Cfr. 1º Rey 1 y 2, 11

3. Anna ora en el Templo. Es escuchada.

23 agosto 1944

Antes de que pase adelante quiero hacer la siguiente observación.

La casa no me parece que sea la de Nazaret que conozco muy bien. Al menos el ambiente es muy diverso. El jardín que también es huerto, es más grande, y se ven campos, no muchos, pero se ven algunos. Luego cuando María se casó, sólo había huerto, grande pero siempre limitado, y esta habitación que veo no la había yo visto antes en otras visiones. No sé si por razones de dinero los padres de María, se desprendieron de una parte de sus haberes, o si María, cuando salió del templo, se fue a vivir a otra casa que pudo haberle dado José. No recuerdo si en las visiones y lecciones anteriores se me haya dicho que la casa de Nazaret fuese la casa nativa.

Fuera de los muros de Jerusalén, sobre las colinas y entre los olivos hay gran multitud de gente. Parece un gran mercado. No hay bancos ni cobertizos, ni griterío de vendedores o de otros, ni juegos. Se ven muchas tiendas de lana tosca, seguramente impermeable al agua, clavadas con estacas y ligadas a éstas hay ramas frescas que adornan y dan frescura. Otras tiendas están hechas de ramajes enclavados en el suelo y unidas así forman como pequeñas galerías verdes. Dentro de cada una de ellas hay gente de toda edad y condición. Hablan calmada y sosegadamente. De vez en cuando se oye el grito estridente de algún niño.

La noche pronto va a empezar y las luces de las lámparas de aceite brillan acá y allá por este raro campamento. Alrededor de las luces alguna que otra familia cena, sentada en tierra. Las madres tienen a sus hijos en su seno, y muchos de éstos, cansados, se han dormido con el pedazo de pan entre sus deditos y reclinan su cabeza sobre el pecho materno como pollitos bajo el ala de la gallina. Las madres terminan de comer como pueden con una sola mano libre, porque la otra aprieta al niño contra el corazón.

Otras familias todavía no cenan y hablan en la semioscuridad esperando que la cena esté lista. Hay hogueras encendidas acá y allá, a su alrededor se dan prisa las mujeres. Alguna que otra mamita canta hermosa canción a su hijito que no puede dormirse pronto.

En lo alto se ve un hermoso cielo, cada vez de color azul más intenso hasta parecer un inmenso firmamento de color azul negro en el que, poco a poco invisibles artífices y decoradores clavan piedras preciosas y luces; algunas separadas y solitarias, otras, juntas en línea geométrica, entre las que sobresalen la Osa mayor y menor con su forma de carro separado de los tirantes, porque se ha quitado a los bueyes el yugo. La estrella polar ríe con todo su resplandor.

Comprendo que es octubre porque una fuerte voz varonil lo dice: “¡Este mes de octubre es hermoso como pocos lo han sido!”

Ahí viene Anna de una de las fogatas con algo que trae en las manos. Es un pan largo y extendido como una de nuestras hogazas. Trae a Alfeo pegado a su túnica, que canturrea con su vocecita. Joaquín que está platicando en el umbral de su tienda cubierta de ramaje con un hombre como de treinta años –al que Alfeo saluda de lejos con un gritito llamándolo “papá”– cuando ve que se acerca Anna, se apresura a encender la lamparilla.

Anna pasa majestuosa entre la fila de tiendas. Majestuosa pero también muy cortés. No es altiva con ninguno. Levanta del suelo al pequeñín de una mujer muy pobre, que se ha caído. El pequeñín que quiso caminar más aprisa, se tropezó y vino a dar con su carita casi a los pies de Anna. La carita la tiene llena de tierra y llora. Anna lo limpia, lo consuela y lo entrega a su madre que había acudido con mil perdones. Anna dice: “¡Oh! no le pasó nada. Estoy contenta que no se haya hecho mal. Es un hermoso niño. ¿Cuántos años tiene?”

“Tres. Es el penúltimo. Y estoy esperando otro más. Tengo seis hijos varones. Quisiera una niña... Para la mamá la mujercita cuenta mucho...”

“¡El Altísimo te ha favorecido!” Anna da un suspiro.

“Así es. Soy pobre, pero los hijos son nuestra alegría y cuando son grandecitos ayudan en el trabajo. Y tú, señora, (todo muestra que Anna sea de una condición social más elevada, y su interlocutora lo ha notado) ¿cuántos tienes?”

“Ninguno”

“¿Ninguno? ¿Este no es tuyo?”

“No, Es de una vecina muy buena. Es mi consuelo...”

“Se te murieron o...”

“Nunca he tenido uno solo”

“¡Oh!” La mujer pobre mira a Anna con compasión, Anna se despide de ella con un gran suspiro y se va a su tienda.

“Perdona que te haya hecho esperar, Joaquín. Me entretuve con una pobre mujer que tiene seis hijos varones ¡figúrate!, y dentro de poco tendrá otro más”.

Joaquín también lo siente.

El padre de Alfeo llama a su hijo, pero este contesta: “Me quedo con Anna. La ayudo”. Todos se echan a reír.

“Déjalo. No molesta para nada. Todavía no está obligado a la Ley. Aquí o allí no es más que un pajarito que come” dice Anna y sienta al niño sobre sus rodillas. Le dan pan, y me parece, pescado frito. Veo que antes de dárselo le quita algo, tal vez las espinas. Primero sirvió al marido. Es la última en comer.

La noche está tapizada de estrellas y de luces que son cada vez más numerosas en la campiña. Luego poco a poco, las luces se apagan. Son las de los que cenaron primero y que se van a dormir ya. También el ruido cesa lentamente. No se oyen más gritos de niños, a no ser que de vez en cuando se oiga chillar a algún bebé que busca la leche de la mamá. La noche extiende su velo sobre las cosas y las personas. Borra penas y recuerdos, esperanzas y rencores. Más bien puede que estos dos últimos sobrevivan aún en el sueño y en lo que se sueña.

Anna dice a su marido mientras arrulla a Alfeo que empieza a dormirse en sus brazos: “Anoche soñé que el año que viene vendré a la Ciudad santa por dos motivos especiales, en vez de por uno. Uno será la ofrenda al templo del ser que engendraré... ¡Oh Joaquín!...

“Ten paciencia Anna. ¿No oíste algo más? ¿No te ha dicho el Señor algo en el corazón?”

“Nada más. Fue tan sólo un sueño...”

“Mañana es el último día de oración. Se ha presentado ya todas las ofrendas. Pero de nuevo las renovaremos y como mejor podamos. Nos ganaremos a Dios con nuestro amor y fidelidad. Yo siempre pienso que te pasará lo que le pasó a la mujer de Elcana”.

“Dios te oiga... si hubiera alguien que me dijese: “Vete en paz. El Dios de Israel te ha concedido la gracia que le has pedido””.

“Si la gracia viene, te lo dirá el ser cuando en tu seno lo sientas vivir; y será la voz de un inocente, por lo tanto la voz de Dios”.

La campiña se envuelve en el silencio. Anna lleva a Alfeo a la tienda contigua y lo coloca sobre el heno, con sus hermanitos que están ya durmiendo. Luego se viene a donde está Joaquín. También la lámpara de ellos se apaga. Una de las últimas estrellitas que brillaban en la tierra. Ahora se quedan solo las del firmamento que velan sobre los mortales.

4. “Joaquín se había casado con la mujer en cuyo corazón estaba encerrada la Sabiduría de Dios”.

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“Los justos son siempre sabios porque son amigos de Dios, y viven en su compañía y Él los instruye, Él que es la Sabiduría infinita. Mis abuelos eran justos y poseían por eso la sabiduría.

Podían decir con *toda verdad* lo que el Libro cuando canta las alabanzas de la Sabiduría: “La amé y la busqué desde mi juventud y traté de tomarla por esposa”¹

Anna la hija de Aarón fue la mujer fuerte de que habla nuestro Abuelo². Y Joaquín, de la estirpe del rey David, no había buscado ni la belleza ni las riquezas, sino la virtud. Anna era dueña de grandes virtudes, cual manojo de flores olorosas, que se convertían en una sola, la más bella de todas: La *virtud*. Una virtud real, digna de estar ante el trono de Dios.

“Joaquín, pues, al casarse con Anna había doblemente amado la sabiduría, “al amarla más que a cualquier otra mujer”, la sabiduría de Dios encerrada en el corazón de la mujer justa. Anna hija de Aarón no había buscado mas que unir su vida con un hombre recto, segura que en la rectitud reside la alegría de las familias. Y para ser el emblema de la “mujer fuerte” no le faltaba sino la corona de los hijos, gloria de la esposa, razón del matrimonio, del que habla Salomón³, a su felicidad no le faltaba sino los hijos, flores del árbol, nacidas con la cooperación de otro. Ambos seres unidos en uno, dueños de un solo ser.

Anna que se acercaba ya a la vejez, mujer de más lustre que Joaquín, fue siempre para él “la esposa de su juventud, su alegría, la amada cervatilla, la hermosa gacela”⁴, cuyas caricias conservaba siempre el fresco encanto de la primera noche nupcial y envolvían dulcemente su amor,teniéndolo fresco como el rocío que baña la flor y como el fuego que otra mano siempre alimenta. Por eso en su mutua aflicción se decían “palabras de consuelo”⁵. Y la Sabiduría después de haberlos instruido, los iluminó con sueños que veían, para llegar a la suma gloria que les vendrá porque de ellos nacería María Santísima, mi Madre.

Si su humildad no pensó en esto, su corazón se conmovió con la esperanza del primer toque de la promesa de Dios. Hay certeza ya en las palabras de Joaquín: “Ten paciencia Anna. Ten paciencia. Nos ganaremos a Dios con nuestra fidelidad amorosa”.

Soñaban en un hijo, y tuvieron a la Madre de Dios. Las palabras del libro de la Sabiduría parece como si hubieran sido escritas para ellos: “Por la sabiduría conseguiré gloria ante el pueblo... por ella alcanzaré la inmortalidad y dejaré eterna memoria de mí a los que después de mí vendrán”⁶. Pero para obtener todo esto, debieron haber sido dueños de una virtud real, y que no se pierde. De la virtud de la fe, de la virtud de la caridad, de la esperanza, de la castidad.

¡La castidad de los esposos! Ellos la tuvieron, porque no es necesario ser virgen para ser casto. Los lechos castos tienen como guardias a los ángeles y de esos lechos nacen los hijos buenos, que vivirán virtuosamente al imitar las virtudes de sus padres.

Pero ¿dónde están estos esposos? Ahora no se quieren hijos, pero tampoco se quiere la castidad. Por eso afirmo que el amor y el tálamo nupcial han sido profanados”.

5. Anna con un cántico anuncia que es madre.

24 agosto 1944

Vuelvo a ver la casa de Joaquín y Anna. Por dentro nada se ha cambiado, fuera de los ramos de flores, puestos en jarrones acá y allá, que son indicio de que se han podado algunos árboles del huerto que están en flor: una gama de colores que va desde el blanco hasta el rojo de algunos corales.

También el trabajo de Anna es diverso. En un telar más pequeño que el otro, teje hermosas telas de lino y canta, llevando el compás con su pie. Canta y sonríe... ¿A quién? A sí misma, a alguna cosa que ve en su interior. El canto es lento y sin embargo alegre —lo puse a

¹ Cfr. Sap 8, 2.

² Cfr. Prov. 31, 10-31

³ Cfr. Por ej., Prov. 17, 6.

⁴ Cfr. Prov. 5, 18-19.

⁵ Como por ej. 3n 1º Rey. 1, 8

⁶ Cfr. Sap. 8, 13.

continuación, porque lo repite muchas veces como deleitándose en él, y lo dice con voz cada vez más fuerte, más clara, como quien encuentra el ritmo en el interior. Primero lo dice en voz baja, como si no quisiera que otros lo oyesen, después más rápido y con más fuerza— dice, pues (y lo transcribo porque es muy sencillo y muy hermoso):

“Gloria al Señor Omnipotente que ha amado a los hijos de David. ¡Gloria al Señor!

Su gran bondad desde el cielo me ha visto.

La vieja planta ha dado un ramo nuevo, y soy feliz.

La esperanza en la fiesta de las Luces arrojó su semilla;

Y la fragancia de Nisán la ve ahora germinar.

Mi cuerpo cual almendro en primavera, se siente también florecer.

El siente por las noches, que lleva el fruto.

En aquella rama hay una rosa, hay una manzana dulcísima.

Hay una estrella brillante, un pequeñín inocente.

Está la alegría de la casa, del esposo y de la esposa.

Sea alabado Dios, mi Señor, que tuvo piedad de mí.

Su luz me lo dijo: “Una estrella a ti vendrá”.

¡Gloria, gloria! El fruto de esta planta tuya será, el primero y el último, que es santo y puro cual don recibido del Señor.

Tuyo será y por su medio sobre la tierra vengan la alegría y la paz.

Vuela, lanzadera. El hilo es para la tela, del ser que nacerá.

¡Nace! A Dios llegue gozoso el canto de mi corazón”.

Entra Joaquín, va a repetir por cuarta vez su cántico. “¡Estás contenta Anna! Pareces un pajarillo que se alegra en la primavera. ¿Qué clase de canto es ese? Nunca lo había oído. ¿De dónde lo sacaste?

“De mi corazón, Joaquín”. Anna se ha puesto de pie y se dirige hacia su esposo rebosante de alegría. Parece más joven y más bella.

“No sabía que fueras poeta” dice el marido mirándola con admiración. No parece que sean dos esposos entrados ya en años, parece como si fueran todavía jóvenes. “desde el huerto te oí cantar y vine a ver. Hacía años que no oía tu voz de tórtola enamorada. ¿Quieres repetirme ese cántico?”

“Te lo cantaré aunque no lo pidieras. Los hijos de Israel siempre han puesto en el canto los ímpetus más sinceros de sus esperanzas, de sus alegrías y que te comunique una gran alegría. Así es, que me la diga, porque es algo tan grande que aunque estoy cierta de ella, todavía me parece ser un sueño...” y empieza nuevamente a cantar. Al llegar a las palabras: “Hay una rosa en aquella rama, hay una manzana dulcísimo, hay una estrella” su hermosa voz de contralto, primero se hace trémula, luego se quiebra, y con un sollozo de alegría mira a Joaquín y levantando sus brazos dice: “Soy madre, ¡querido mío!” y se le echa sobre el corazón, entre los brazos que él le abrió y que ahora los cierra para abrazar a su feliz esposa.

El más casto y feliz abrazo que haya visto desde que estoy en el mundo. Casto y ardiente en medio de su pureza. Un dulce reproche se oye entre los cabellos grises de Anna: ¿Y por qué no me lo habías dicho?”

“Porque quería estar segura... Pues ya estoy vieja... ¡saber que soy madre!... no podía creer que fuera verdad... y no quería causarte una desilusión más amarga que todas las demás. Desde fines de diciembre siento que algo se mueve en lo más profundo de mis entrañas, y que producen, como digo, una nueva rama. Y ahora en ese ramo hay un fruto... ¿Comprendes? Esta tela es para el ser que vendrá”.

“¿No es el lino que compraste en Jerusalén en octubre?”

“Sí. Lo torcí mientras esperaba... mientras esperaba, porque el último día mientras oraba en el templo, lo más cerca que se permite a una mujer acercarse a la Casa de Dios y ya era tarde... recuerdo que decía estas palabras: “Todavía, todavía un poco”. No quería separarme de ese lugar hasta no haber obtenido lo que quería. Bueno: en la sombra que bajaba, de lo interior del lugar sagrado, que estaba yo mirando, como extática, para arrancar a Dios oculto

su favor, vi que salía una luz, una chispa de luz hermosísima. Era Blanca como la luna, y sin embargo encerraba en sí todas las luces de todas las perlas y joyas que hay sobre la tierra. Parecía como si una de las estrellas preciosas del Velo, esas que están a los pies de los querubines, se separara, se revistiera de una luz sobrenatural... parecía como si de la otra parte del Velo sagrado, de la Gloria misma partiese una llama de fuego y veloz a mí llegara y al cortar el aire cantase con celestial voz: “Hágase lo que has pedido”. Y por esto canto: “Una estrellita a ti vendrá”. ¿Qué hijo será el nuestro, que se muestra como luz de una estrella en el templo que dice: “Yo estoy” en la fiesta de las luces¹? ¿Has acaso tenido razón al tomarme como una nueva Anna de Elcana²? ¿Cómo llamaremos a nuestro hijo, que dulce como el canto del arroyo oigo que me habla en el seno con su pequeño corazón que palpita y palpita como el de una tortolita que se tiene entre las manos?”.

Si es varón lo llamaremos Samuel. Si mujer Estrella. La palabra que ha dado forma a tu canto para poder dar esta alegría de saber que soy padre. La forma que tomó para manifestarse en medio de la sagrada sombra del templo”.

“Estrella. Nuestra Estrella, porque no sé, pienso, pienso que será una niña. Me parece que caricias tan dulces no pueden venir sino de una niña amadísima. Porque no la llevo yo, no me causa ninguna molestia. Es ella la que me lleva por una senda verde y florida, como si los santos ángeles me sostuviesen y la tierra estuviera lejos de mí... Las mujeres siempre me han dicho que el concebir y el llevar al ser es doloroso³. Pero yo no siento ningún dolor. Me siento fuerte, joven, lozana más que cuando te ofrecí mi virginidad hace ya muchos años. Hija de Dios –más que de nosotros, porque nace de un tronco seco– a su madre no causa ninguna molestia, sino tan sólo le trae paz y bendición, esto es, los frutos de Dios, su verdadero Padre”.

“Entonces la llamaremos María. Estrella en nuestro amor, perla, dicha. El nombre de la primera grande mujer de Israel⁴. Pero ésta jamás será infiel a su Señor y sólo para Él cantará porque a Él se le consagra: una hostia antes de nacer”.

“Sí, a Él se le consagra. Sea varón o mujer, después de que haya estado con nosotros tres años, lo entregaremos al Señor. También nosotros seremos juntamente con ella hostias, para la gloria de Dios”.

No veo ni oigo más.

6. La Inmaculada jamás se vio privada del pensamiento de Dios.

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“La Sabiduría después de haberlos iluminado con sueños de la noche, descendió Ella “emanación de la virtud de Dios, emanación de la gloria del Omnipotente”¹, y se convirtió en Palabra para la estéril. Yo que veía que se acercaba el tiempo de redimir, Yo, Palabra, obraría milagros en las estériles, en las enfermas, en las poseídas, abandonadas, en todas las miserias de la tierra.

Pero entre tanto, por la alegría de tener una Madre, murmuro palabras arcanas en la sombra del templo que encerraba las esperanzas de Israel, del templo cuya vida estaba ya contada, porque el nuevo y verdadero Templo, que no encerraba más las esperanzas de un pueblo, sino la certeza del paraíso para los pueblos *de toda la tierra*, por todos los siglos de los siglos hasta el fin del mundo, estaba por venir a la tierra. Esta Palabra realiza el milagro de hacer fecundo lo que no era, y de darme una Madre que no sólo fue de lo mejor, como debía serlo al

¹ Fiesta de las Luces: esto es, fiesta de las “Hogueras” o Fiestas de los Tabernáculos. La razón del nombre es que se encendían fogatas.

² Cfr. 1º Rey. 1,9ss.

³ Entiéndase: renunciar a la virginidad y lo que consigo trae.

⁴ Cfr. Ex. 15, 20-21; Núm. 12, 1-15.

¹ Cfr. Sap. 7, 25

nacer de dos santos; que no tuvo sólo un alma buena como muchos todavía la tienen, ni siquiera por haber hecho crecer esta bondad con el poder de su voluntad, ni porque haya tenido el cuerpo sin mancha, fue la única, entre todas las criaturas, que tuvo un espíritu inmaculado.

Has visto cómo Dios crea las almas continuamente. Piensa ahora cuál debió ser la belleza de esta alma que el Padre había mirado con complacencia antes de que los tiempos existieran, de esta alma que era la delicia de la Trinidad, a la que Ella quería adornar con sus dones para que fuesen un don a Sí misma. ¡Oh, Tú, toda Santa, a quien Dios creó para Sí y para la salvación de los hombres! La que llevaste al Salvador, fuiste la primera en haber sido salvada. Paraíso viviente, empezaste ya con tu sonrisa a santificar la tierra

¡El alma que fue creada para ser el alma de la Madre de Dios! Cuando del palpitante Trino Amor, brotó esta chispa llena de vida, se alegraron los ángeles, pues luz más viva no había visto jamás el Paraíso. Como pétalo de rosa empírea, pétalo inmaterial y precioso que era joya y llama, que era el aliento de Dios que bajaba a animar un cuerpo muy diverso de los otros, que descendía tan poderoso en su fuego que la Culpa no pudo contaminarla, ella atravesó los espacios y se encerró en un seno santo².

La tierra tenía ya su flor, pero no lo sabía. La verdadera, la única Flor que para siempre florece; lirio y rosa, violeta y jazmín, helianto y ciclamino juntos, y con ellos todas las flores de la tierra en una sola Flor: María, en la que se dan la mano todas las virtudes, todas las gracias. En abril la tierra de Palestina parece un inmenso jardín, y fragancia y colores ofrecen placer al corazón de los hombres. Pero todavía era desconocida la más bella Rosa. Ya había empezado a florecer para Dios en lo secreto del vientre materno, porque *mi madre amó desde que fue concebida*³, pero sólo cuando la vida da su sangre para ser vino y el olor del mosto, azucarado y fuerte, llena las eras y el olfato, Ella sonrió primero a Dios y luego al mundo, diciendo con una sonrisa envuelta completamente en su inocencia: “Ver que la Vid que dará el racimo que será exprimido en la prensa para ser Medicina eterna a vuestros males, ya está entre vosotros”.

Dije: “María amó desde el momento en que fue concebida”. ¿Qué cosa es la que da al espíritu luz y conocimiento? La Gracia⁴ ¿Qué cosa es la que quita la Gracia? El pecado original y el pecado mortal.

María, que no tuvo mancha, jamás se vio privada del pensamiento de Dios, de su cercanía, de su amor, de su luz, de su sabiduría. Por eso pudo comprender y amar cuando no era sino carne que se formaba junto a un alma inmaculada que *seguía amando*.

Más adelante haré que contemples con tu inteligencia la profundidad de la virginidad de María. Te sobrevendrá algo raro como cuando te permití reflexionar sobre nuestra eternidad. Entre tanto piensa cómo el llevar en el seno a una criatura que no tenía la Mancha que aleja a

² Este álito vital, o chispa divina que Dios inspiró e infundió para animar el cuerpo de la Predestinada Madre del Verbo, este acto del Amor, que amó infinitamente a su amada Hija, Esposa, Madre futura, omnipotente en su amor y en su querer de tal modo que la mancha del Odio no pudo deshojarla, se infundió en un santo seno, en el cuerpo de María.

³ La gracia es amor, es sabiduría, es todo. Y María que todo lo tuvo, amó desde el momento en que tuvo su alma.

⁴ Adán y Eva desde el momento en que fueron creados, fueron capaces de amar, por conocer sus perfecciones (pues las conocían) a Dios. La Gracia y los otros dones recibidos juntos con la vida, los hacía capaces de ello. . María llena de gracia en su alma amó con su espíritu purísimo, desde el momento en que la poseyó, adelantándose al tiempo en que –con todo su ser, dotada con todos los dones divinos que se le dieron con plenitud y sobreabundancia en vista de su futura misión y perfección- amó con toda su mente, con todo su corazón, con todas sus fuerzas. Esta fuerza de amor no debe extrañar a nadie si se medita en el Evangelio de Lucas 1, 44 y 15, donde se dice que el Bautista -encerrado en el seno materno, pero presantificado, esto es, limpiado de la culpa original y por tanto convertido en ser sumamente inteligente, esto es, proporcionado a la condición de una criatura elevada al orden sobrenatural- reconoció, se alegró, amó, adoró a su Señor encerrado en el seno de María, confirmando las palabras que el Arcángel Gabriel había dicho a Zacarías: “Juan...será lleno del Espíritu Santo desde el seno materno.

Dios, procure a la madre que la concibió de modo natural humano, una inteligencia superior y la haga profetisa. La profetisa de su hija a la que llama “Hija de Dios”.

Piensa qué cosa hubiera sucedido si de los Primeros Padres inocentes hubieran nacido hijos inocentes, como Dios quería. Vosotros que decís que os dirigís hacia el “superhombre” y con vuestros vicios os dirigís *únicamente al superdemonio*, sabed que esto hubiera sido el medio para conducir al “superhombre”. Saber permanecer sin contaminarse de Satanás para dejar a Dios la administración de la vida —y era menos que infinito— Dios ya había dado, para poder engendrar, siempre en una continua evolución hacia lo perfecto, hijos que fuesen hombres en el cuerpo e hijos de la Inteligencia en el espíritu, esto es, *triunfadores*, esto es, *fuertes, gigantes* sobre Satanás, que se habría visto aterrado miles de siglos antes de la hora en que lo será, y con él todo su mal”.

7. Nacimiento de la Virgen María.

26 agosto 1944

Veo a Anna que sale del huerto. Se apoya en el brazo de una mujer que debe ser parienta suya, pues mucho se le parece. Está muy gorda y parece como si le faltara el aire, algo así como me sucede a mí.

Aunque el huerto está lleno de sombra, sin embargo el aire quema, ahoga. Un aire que se podría cortar como si fuera una pasta muelle y caliente, tan denso se siente, bajo el cielo azul que el polvo suspendido en el espacio, lo hace poco negruzco. Hace tiempo que no debe haber llovido, porque donde la tierra no se ha regado, está completamente reducida a un polvo finísimo y tiene el color blanquecino, de ese color que tiene el color rosa un poco sucio, mientras es de color rojo oscuro donde se le ha regado, o junto a las plantas, junto a las hortalizas, alrededor de los rosales, jazmines y de otras flores y florecitas, que hay delante de un emparrado y a lo largo de él que corta por la mitad el jardín hasta donde empieza el campo labrantío, que no tiene ya más espiga alguna. También la hierba del prado, que sirve como de límite a la propiedad, está seca y destruida. Tan sólo junto al borde, donde hay un montón de espino alvar selvático lleno de frutos rojizos y pequeños, la hierba es verde, tupida y más allá en busca del pasto y de sombra están las ovejas con su pastorcillo.

Joaquín está junto a la hilera de árboles y de los olivos. Con él hay dos hombres que le ayudan. Aún cuando es anciano, es ligero y trabaja con ganas. Están abriendo pequeñas zanjitas en los bordes de un campo, para llevar el agua a las plantas muertas. El agua hacer rumor entre las hierbas y la tierra quemada, y se extiende en anillos que por un momento parecen de un color de cristal amarillento y luego no son más que anillos oscuros de tierra húmeda, alrededor de sarmientos y de olivos cargadísimos.

Lentamente Anna, bajo la sombra del emparrado donde abejas de oro golosas rezumban alrededor de las doradas uvas, va a donde está Joaquín que apenas si la ve se apresura a ir a su encuentro.

“¿Hasta aquí has venido?”

“La casa está que arde como horno”.

“Y te hace mal”

“El único sufrimiento de estas horas antes de que dé a luz. El sufrimiento de todos: de hombres y de bestias. No te expongas mucho al sol, Joaquín”.

“El agua que tanto hemos deseado y que desde hace tres días había de haber llegado, todavía no llega, y los campos se queman. Tenemos suerte de que el manantial esté cercano y el agua es preciosa. Abrí unos caños, que poco sirven a las plantas cuyas hojas están mustias y cubiertas de polvo. Pero es algo, y esa poca de agua les ayudará. ¡Si llueve!... Joaquín como cualquier otro agricultor que espera con ansias el agua, escudriña el cielo, mientras Anna, cansada, con un abanico se hace aire, un abanico que parece ser una hoja seca de palma entrelazada con hilos de muchos colores que la mantienen derecha.

La parienta dice: “Allá, al otro lado del gran Hermón, se levantan nubes rápidas. Viento del norte. Refrescará y tal vez hasta darán agua”.

“Hace tres días que se levantan y luego desaparecen al levantarse la luna. Sucederá otra vez”. Joaquín no tiene esperanzas.

Regresamos a casa. Tampoco aquí hay refresco, y creo que es mejor regresar...” dice Anna cuyo rostro está más teñido que nunca de un color olivo.

“¿Sufres?”

“No. Siento esa gran paz que experimenté en el templo cuando se me concedió lo que pedía, y que experimenté una vez más cuando supe que iba a ser madre. Es como un éxtasis. Un suave adormecimiento del cuerpo, mientras mi alma se alegra, y se llena de una paz desconocida a los mortales. Te quiero Joaquín. Cuando entré en tu casa y me dije: “Soy esposa de un hombre justo”, tuve paz, y de igual modo todas las veces que tu amor estaba pronto a socorrer en todas sus necesidades a tu Anna. Pero esta paz es diversa. Mira: me imagino que es una paz como la que debió apoderarse, cual aceite que se extiende y suaviza, del espíritu de Jacob nuestro padre, después de su sueño que tuvo en los ángeles¹: o mucho mejor, semejante a la paz alegre de los Tobías después de que Rafael se les mostró². Si me abandono en ella, al gustarla siempre es mayor. Es como si subiese por los aires azules del cielo... y no sé por qué, pero desde que tengo en mí esta pacífica alegría, tengo un cántico en mi corazón, el del viejo Tobías³. Me parece como si hubiera sido escrito para esta hora... para esta alegría... para la tierra de Israel que la recibe... para Jerusalén pecadora y que ahora recibe el perdón... pero... pero no os riáis de los delirios de una madre... cuando digo: “Da gracias al Señor por tus bienes y alaba al Dios de los siglos porque reedifica en ti su Tabernáculo”, pienso que el que reedificará en Jerusalén el Tabernáculo del Dios verdadero será lo que está por nacer y pienso que no de la Ciudad santa, sino de lo que va a nacer de mí, se profetizó lo que el cántico dice: “Resplandecerás con una luz brillante, todos los pueblos de la tierra se postrarán ante ti, las naciones vendrán trayéndote dones, adorarán en ti al Señor y tendrán como santa tu tierra, porque dentro de ti invocarán el *Gran Nombre*. Serás feliz en tus hijos, porque todos serán benditos y se reunirán junto al Señor. ¡Bienaventurados los que te amen y gocen de tu paz!... y la primera en gozar de ella soy yo, su madre dichosa...”

Anna cambia de color. Se pone colorada como una granada y palidece como un limón al decir estas palabras. Lágrimas suaves le corren por las mejillas. Cae en la cuenta y sonrío llevada de su alegría. Se dirige a su casa en medio de su esposo y de su parienta, que conmovidos escuchan y no dicen nada.

Se apresuran porque las nubes, empujadas por un fuerte viento, atraviesan el firmamento, aumentan, y la llanura se oscurece y estremece ante un temporal que se acerca. Cuando llegan a la puerta de la casa, un relámpago surca el cielo, y el rumor del primer trueno parece el retumbar de algo que viniera a unirse a las primeras gotas caídas sobre el seco follaje.

Todos entran. Anna se retira a su habitación. Joaquín, al que se le han juntado los trabajadores, habla en la puerta de esta agua que tanto tiempo había esperado y que es bendición para la tierra muerta de sed. Pero su alegría se torna en temor, porque se echa encima una violentísima tempestad con rayos y nubes preñadas de granizo. Si las nubes se rompen, la uva, y las aceitunas serán pasto de ellas. Y ¡ay de nosotros!”

Pero Joaquín tiene otro temor y es que a su esposa le ha llegado la hora de dar a luz. Su parienta le da fuerzas diciendo que Anna no sufre en realidad. Pero él no sabe qué hacer, y cada vez que la parienta u otras mujeres, entre las que está la mamá de Alfeo, salen de la habitación de Anna para entrar nuevamente con agua caliente y lavamanos y trapos secados a la llama que alegre brilla en medio de una amplia cocina, les pregunta, y no se calma con lo

¹ Cfr. Gén. 28, 12.

² Cfr. To 12.

³

que dicen. Que Anna no dé ningún grito, también le preocupa. Dice: “Soy varón y nunca he visto dar a luz, pero me acuerdo que oí decir que cuando no se oyen gritos agudos, es fatal...”

El atardecer ha llegado mucho antes por la tempestad que se cierne. Aguacero torrencial, viento, rayos. Todo se echa encima, menos el granizo que fue a caer en otras partes.

Uno de los trabajadores hace notar esta violenta tempestad: “Parece como si Satanás haya salido con sus demonios del infierno. ¡Mira qué negras nubes! Mira cómo huele a azufre, y cómo se oyen como silbidos, gritos de lamento, gritos que maldicen. Si es él, de hecho que esta noche está muerto de rabia”.

El otro compañero se ríe y dice: “Se le habrá escapado una gran presa o bien Miguel le ha echado encima nuevos rayos de Dios, se le han quebrado los cuernos y la cola se le ha cortado, y arde en el fuego”.

Una mujer que pasa corriendo grita: ¡¡Joaquín! ¡Está por nacer! ¡Todo va bien!” y desaparece con una jarra entre las manos.

El temporal cesa de pronto, después de un rayo tan fuerte que arroja contra la pared a los tres hombres y delante de la casa, en el huerto, se queda como recuerdo un hueco negro que despidе humo. Entre tanto que un gritito, que parece el lamento de una tortolita que por primera vez no pía sino arrulla, se oye de aquella parte de la puerta de Anna, un hermoso arco iris alarga su faja semicircular en el curvo cielo; se levanta, o por lo menos así parece, de la cresta del Hermón, que una lengüeta del sol besa y que parece estar teñida de un alabastro blanquísimo con tinte de color rosa delicadísimo, se levanta hasta el más hermoso cielo de septiembre, y atravesando espacios limpios de toda suciedad, sobrepasa las colinas de Galilea, y la llanura que se ve entre dos higueras que están al sur, luego otro monte, y parece como si posase su extremidad en la punta del horizonte, donde una cordillera de montes impide el poderse ver más.

“¡Cosa nunca vista!”

“¡Mirad, mirad!”

“Parece como si uniese en un solo cinto toda la tierra de Israel. Pero ved también. Hay allá una estrella, aun cuando el sol todavía no se ha puesto. ¡Qué estrella! Brilla cual si fuera un enorme diamante...”

“Y la luna, allá, está llena, aun cuando le faltan tres días para serlo. ¡Ved, cómo brilla!”.

Las mujeres se acercan contentísimas con un pedazo de carne color rosa envuelto en blancos lienzos.

¡Es María, la Mamá! Una María pequeñita que puede dormir entre los brazos de un niño; una María que no es más grande que un brazo, una cabecita de marfil teñido de un tenue color rosa, con unos labios de carmín que no lloran más, pero que instintivamente se mueven como para mamar, tan pequeños que no puedo comprender cómo logran coger la teta, una nariz pequeña entre dos mejillitas redondas; y cuando le pican para hacerle abrir los ojitos, dos pedazos de cielo, dos puntitos inocentes y azules que ven y no miran, protegidos por dos cejas hermosas de color rubio-rosado de cierta miel que parece blanca.

Sus orejas son dos conchitas rosadas y transparentes, perfectas. Sus manitas... ¿qué cosa es eso que se mueve por el aire y luego va a la boca? Están cerradas y parecen dos botones que se hayan abierto paso entre el verdor de los sépalos, abiertas son dos joyeles de marfil con tinte rosa, de alabastro de color tenuemente rosado, con cinco pálidas granadas que son las uñas. ¿Cómo harán esas manitas para enjugar tantas lágrimas?

¿Y los piecitos? ¿Dónde están? Están escondidos entre los lienzos de lino. La parienta los siente y los descubre... ¡Oh piecitos! No más de cuatro centímetros de largo. Su planta es una conchita de coral. En el dorso una conchita de nieve de color azul; sus deditos, son una obra maestra de escultura liliputiense; también ellos tienen sus granaditas de color pálido. ¡Cómo podrá haber sandalias tan pequeñas, cuando esos piecitos de muñeca den los primeros pasos! ¿Cómo se las arreglarán esos piecitos para caminar por ásperos senderos, aguantar un inmenso dolor bajo una cruz?

Pero ahora todo eso no se sabe, y se ríen y se sonríen al verla extender sus manitas, y patear; de sus piernitas torneadas, de sus muslitos tan gorditos, de su barriguita: una copa al revés, de su pequeño tórax perfecto, y bajo el blanco lienzo se ve el movimiento que hace al respirar y se oye, así como su padre feliz ahora hace, que apoya su boca sobre su cuerpito, palpar un corazoncito... Un corazoncito que es el más hermoso que haya nacido en los siglos; el único corazón inmaculado de hombre alguno.

¿Y la espaldita? Ahora la ponen de espaldas y se ve lo encorvado de los riñones, luego las espaldas gorditas y la nuca de color rosa tan fuerte que ahora la cabecita se levanta sobre el arco de las diminutas vértebras y parece la cabecita de un pajarito que escudriña a su alrededor un mundo nuevo que ve, y da un grito de protesta porque se le trata así. Ella, la Pura y la casta, a los ojos de tantos, Ella a la que ningún hombre jamás verá desnuda, la Virgen, la Santa e Inmaculada, cubrid este botón de lirio que jamás se abrirá sobre la tierra, y que producirá una flor más bella que ella misma, permaneciendo siempre un botón. Sólo en los cielos el Lirio del Señor Trino abrirá todos sus pétalos. Porque allá arriba no hay polvo de culpa que pueda involuntariamente profanar ese candor. Porque allá arriba ante la mirada de todo el Empíreo, dará acogida al Dios Trino que ahora, oculto estará en un corazón sin mancha, pero dentro de pocos años, será para Ella: Padre, Hijo y Esposo.

Vedla nuevamente entre los lienzos y en los brazos de su padre terreno, a quien se parece. No ahorita. Ahora es un bosquejo humano. Digo que se le parece cuando llegue a crecer. No se parece nada a su madre. De su padre tiene el color de la piel, de los ojos y también de los cabellos, que si ahora están blancos, en su juventud ciertamente fueron rubios, como lo muestran las cejas; de su padre tiene la fisonomía, mucho más perfecta cuanto es de una mujer, de *esa Mujer*; de su padre la sonrisa y la mirada, el modo de moverse y la estatura. Pensando en Jesús, como lo veo, comprendo que Anna dio su estatura a su nieto y el color de la piel de tinte de marfil. María no tiene ese aire de grandiosidad de Anna: una palma alta y flexible, sino el donaire de su padre.

También las mujeres hablan de la tempestad y del prodigio de la luna, de la estrella, del inmenso arco iris, mientras con Joaquín entran donde está la madre feliz y le devuelven a la criatura.

Anna sonríe a un pensamiento suyo: "Es la Estrella" dice. "Su señal está en el cielo. ¡María, arco de paz! ¡María, estrella mía! ¡María, brillante luna! ¡María, perla nuestra!"

"¿La llamas María?"

"Sí, María, estrella, perla, luz y paz..."

"Pero también quiere significar amargura... ¿No tienes miedo de pronosticarle desventuras?"

"Dios está en Ella. Es suya antes que existiera. Él la conducirá por sus caminos y toda amargura se cambiará en miel del paraíso. Ahora eres de tu mamá... por un poco de tiempo, antes de que seas toda de Dios..."

La visión termina con el primer sueño de Anna madre y de María la recién nacida.

8. "Su alma se muestra bella e intacta como cuando el Padre la pensó".

27 agosto 1944

Dice Jesús:

Levántate y apresúrate, pequeña amiga. Tengo ardiente deseo de llevarte conmigo al azul paradisíaco de la contemplación de la Virginidad de María. Saldrás de ella con el alma fresca como si fueras también tú testigo creada del Padre, una pequeña Eva en su estado de virginidad. Saldrás con el espíritu lleno de luz, porque te sumergirán en la obra maestra de Dios. Saldrás con todo tu ser empapado de amor. Porque habrás comprendido cómo sabe amar Dios. Hablar de la concepción de María, de la Sin Mancha, quiere decir, sumergida en la luz, en el amor, en la belleza. Ven. Lee las glorias de Ella en el Libro de mi Abuelo.

“Dios me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, antes de la Creación. Desde la eternidad estuve firme, desde el principio; antes de que la tierra fuese hecha; todavía no existían los abismos y yo había sido ya concebida. Todavía los manantiales de agua no brotaban, ni los montes se habían agigantado sobre su pesada mole, ni las colinas servían de collar al sol, y yo había nacido. Dios aún no había hecho la tierra, ni los ríos, ni los puntos cardinales del mundo, cuando yo ya existía. Cuando Él preparaba los Cielos, estuve presente; cuando con leyes inmutables encerró bajo la bóveda el abismo, cuando puso en alto, firme el cóncavo universo, y suspendió arriba las fuentes de las aguas, cuando el mar ponía sus fronteras, y a las aguas daba sus órdenes, cuando les dijo que no pasasen de sus bordes, cuando echó los fundamentos de la tierra; Yo estuve con Él para ordenar todas las cosas. Llena de alegría gozaba ante Él siempre, gozaba del universo...”¹

Habéis aplicado estas palabras a la Sabiduría, pero hablan de Ella: de la Madre hermosa, de la Madre santa, de la Virgen Madre de la Sabiduría que soy Yo, que estoy hablando. Quise que escribieras el primer versículo de este cántico al principio del libro que se refiere a Ella, para que se conociera y todos supieran el consuelo y la alegría de Dios: la razón de su constante, perfecta, íntima alegría, de este Dios Uno y Trino que os gobierna y ama y que del hombre ha recibido tantos motivos de tristeza, la razón por la que perpetuó la raza del linaje humano, aun cuando en la primera prueba a que se sometió, se hizo digna de perecer; la razón del perdón que habéis alcanzado.

Tener a María que lo amase. ¡Oh! ¡Bien se merece que el hombre fuese creado, dejar que viviese, decretar su perdón para tener a la Virgen Hermosa a la Virgen Santa, a la Virgen Inmaculada, a la Virgen siempre amorosa, a la Hija Amada, a la Madre Purísima, a la Esposa amante! Mucho os concedió el Señor y más os habría dado con la condición de tener a María, la criatura de sus complacencias, al sol de su sol, a la Flor de su jardín. Y por causa de Ella os sigue dando, a ruego de Ella para alegría de Ella, porque su alegría se vuelca en la beatitud de Dios y la aumenta con resplandores que llenan de destellos la luz, la gran luz del Paraíso, y cada destello es una gracia dada al universo, a la raza humana, a los mismos bienaventurados que responden con un grito de aleluya ante el milagro divino que quiso crear el Dios Trino para ver la hermosísima sonrisa de alegría de la Virgen.

Dios quiso poner un rey en el universo que había creado de la nada, un rey que por naturaleza de la materia fuera el primero entre todas las criaturas hechas como él. Un rey que por naturaleza del espíritu fuese poco menos que divino, unido con la gracia, como lo fue en sus primeros inocentes días. Pero la Mente Suprema, que conoce todos los sucesos aún los más recónditos en los siglos, cuyos ojos ven siempre todo *cuanto era, es y cuanto será*; y que mientras contempla el pasado, y mira el presente, también llega hasta la última cosa futura y no ignora cómo morirá el último hombre, sin ambigüedad alguna, sin dejar de notarlo, jamás ha ignorado que el rey de Ella la Mente Suprema, creó para que fuese un ser semidivino a su lado en el cielo, heredero del Padre, llegado a su Reino en edad adulta después de haber vivido en la casa de la madre: de la tierra de la que fue hecho, durante su niñez de pequeño del Eterno para que estuviera en la tierra, habría cometido contra sí mismo el delito de matarse para la Gracia, y el latrocinio de privarse del cielo.

¿Por qué entonces lo creó? Es natural que muchos se hagan esta pregunta. ¿Habríais preferido no existir? ¿No vale acaso la pena de haber vivido aun en medio de esta pobre y desnuda vida que habéis hecho más dura con vuestra maldad, para conocer y admirar la infinita Belleza que la mano de Dios sembró en el universo?

Para quien hizo esas estrellas y planetas que cual saetas y flechas vuelan, por el arco del firmamento, o se van y parecen apenas moverse, que majestuosos se pierden en su carrera de bólidos, regalándoos luces y estaciones, y eternos, inmutables aunque siempre mutables os presentan una nueva página que podáis leer en el firmamento, o bien cada atardecer, cada mes, cada año, como si quisieran deciros: “Olvidad la cárcel, dejad vuestras huellas plenas de

¹ Cfr. Prov. 8, 22-31

lados oscuros, putrefactos, sucios, venenosos, llenos de mentira, de blasfemia, corruptores y elevaos, al menos con la mirada, hacia la ilimitada libertad del firmamento; haceos un alma de color azul al mirar ese cielo tan sereno; procuraos una reserva de luz que llevéis a vuestra cárcel llena de oscuridad; leed la palabra que escribimos en nuestro himno sideral, más armonioso que el que se arranca de los órganos de vuestras catedrales, la palabra que escribimos mientras arrojamus nuestra luz, la palabra que escribimos amando, porque siempre tenemos presente al que nos dio la alegría de existir y lo amamos porque nos dio el ser, nos dio el brillar, el deslizarnos por el firmamento, el ser libres y hermosos en ese azul firmamento más allá del cual vemos un azul más sublime: el del Paraíso, y del que cumplimos la segunda parte del precepto del amor, al amaros, a vosotros, nuestro prójimo universal; que os amamos al daros guía y luz, calor y belleza. Leed la palabra que os decimos, y es según la que medimos el compás de nuestro cántico, nuestro resplandor, nuestro sonreír: Dios”

¿Para quién habrá creado ese firmamento azul, espejo de lo infinito, derrotero para la tierra, sonrisa de aguas, voz de ondas, palabras también que con rumores de seda que palpita, con sonrisas de jovencitas felices, con suspiros de viejos que recuerdan y lloran, con bofetadas de coraje, de golpes, de mugidos y bramidos, que siempre habla y dice: “Dios”? El mar es para vosotros, como también lo es el cielo, y lo son los astros. Y con el mar sus lagos y sus ríos, sus lagunas y sus riachuelos, sus manantiales para que por ellos podáis viajar, para que podáis alimentaros, quitaros la sed, limpiaros, y que os sirven al servir al Creador, sin que jamás os sepulten como merecéis.

¿Para quién habría creado todas las innumerables familias de animales que son flores que cantan al valor, que son esclavos que corren, que trabajan, que os nutren, que os recrean a vosotros: los reyes?

¿Para quién hizo todas las innumerables familias de plantas, de flores que parecen mariposas, que parecen joyas e inmóviles pajarillos, de frutos que parecen adornos o cofres de piedras preciosas, que son alfombra para vuestros pies, defensa a vuestras cabezas, distracción, utilidad, alegría para la inteligencia, para el cuerpo, para los ojos, para el olfato?

¿Para quién hizo los minerales en las entrañas de la tierra y las sales disueltas en algidas e hirvientes manantiales, el azufre, el yodo, el bromuro, sino para que los gozase *uno* que no era Dios, sino hijo de Dios? *Uno: el hombre.*

La alegría de Dios no necesitaba de nada. Él se basta así mismo. No tiene sino qué contemplarse para ser feliz, para alimentarse, vivir y descansar. Todo lo creado no ha aumentado en nada su infinita alegría, belleza, vida, potencia. Sino que todo lo hizo para la criatura que quiso dejar como rey en su obra que creó: el hombre.

Merece la pena vivir para ver tan magnífica obra de Dios y para comprender su poder que os la da. Debéis ser agradecidos de vivir. Lo deberíais de ser, aun cuando no hubierais sido redimidos sino al fin de los siglos, porque no obstante estéis en los primeros, y seáis de una manera particular, prevaricadores, soberbios, lujuriosos, homicidas, Dios os concede todavía el que podáis gozar de la belleza del universo, de su bondad, y os trata como si fueseis hijos buenos, a quienes tanto se ha mostrado y concedido para hacerles una vida lo más dulce y posiblemente santa. Lo que sabéis, lo sabéis por luz de Dios. Cuanto descubris, lo descubris porque Dios os lo señala en el Bien. Los demás conocimientos y descubrimientos que llevan la señal del mal, proceden del mal supremo; Satanás.

La Mente Suprema, que nada ignora, antes de que el hombre existiese, sabía que el hombre sería de sí ladrón y homicida. Pero como la Bondad eterna no tiene límites en su bondad, antes de que la Culpa viniese, pensó en los medios para borrarla. El medio: Yo, el Verbo. El instrumento para hacer del medio un instrumento activo: *María*. Y la Virgen fue creada en el pensamiento sublime de Dios. Todas las cosas fueron creadas por Mí, Hijo predilecto del Padre.

Yo, Rey, debería haber tenido bajo mis pies de rey divino alfombras y joyeles como ningún palacio jamás tuvo, y cánticos e himnos, siervos y ministros alrededor de Mí, cuantos ningún soberano los ha tenido, flores y piedras preciosas, todo lo más grande, lo maravilloso, lo

airoso, lo delicado, todo cuanto es posible extraer del pensamiento de Dios. Pero Yo debía ser Hombre además de Dios. Hombre para salvar al hombre. Hombre para sublimarlo, llevarlo al cielo muchos siglos antes de la hora, porque el hombre en quien habita el espíritu es la obra maestra de Dios, y para ella fue hecho el cielo.

Para ser Hombre tenía necesidad de una Madre. Para ser Dios tengo necesidad de que el Padre sea Dios. Entonces Dios creó la Esposa y le dijo: “Ven conmigo. A mi lado se ve cuanto hago para *nuestro* Hijo. Mita y alégrate, eterna Virgen. Doncella eterna, y tu sonrisa llene este empíreo y dé a los ángeles la nota inicial, al Paraíso enseñe la armonía celeste. Yo te contemplo, y te veo cual serás, ¡que eres tan sólo espíritu: espíritu en quien Yo encuentro mi complacencia! Te miro² y esparzo lo azul de tus ojos sobre el mar y sobre el firmamento, el color de tus cabellos en el trigo, el candor a los lirios, lo rosado a las rosas como es el color de tu piel de seda, las perlas las copio de tus dientes pequeñitos, al mirar tu boca hago las dulces fresas, en las siringes de los ruseñores pongo tus notas y en las de las tórtolas tu llanto. Al leer tus futuros pensamientos, al oír el palpar de tu corazón, tengo el motivo que me guía al crear. Ven, Alegría mía, junta los mundos para entretenimiento tuyo mientras tanto eres mi luz que vibra en mi pensamiento, los mundos creados por tu sonrisa, forman guirnalda de estrellas y collares de astros, pon tus gentiles pies sobre la luna, envuélvete con la brillante faja de la Vía Láctea. Para ti son las estrellas y los planetas. Ven a gozar al ver las flores que servirán de juguete a tu Niño y de almohada al Hijo de tu vientre. Ven a ver la creación de las ovejas y de los corderos, la de las águilas y la de las palomas. Estate junto a Mí mientras hago las cuencas de los mares y de los ríos y levanto las montañas y las pintó de nieve y de bosques, mientras siembro los trigales, los árboles, las vides, y hago el olivo para ti, mi Pacificadora y la vid para ti, Sarmiento mío que llevarás el racimo eucarístico. Corre, vuela, alégrate, Bella mía, y todo el universo, que se crea de hora en hora aprenda a amarme por ti, ¡Oh amada! Y se haga más bello con tu sonrisa. Madre de mi Hijo, Reina de mi Paraíso, Amor de Dios”.

Y al ver al Error y al mirar a la Sin-Error: “Ven a Mí, tú que quitas la amargura de la desobediencia humana, de la fornicación humana con Satanás y de la humana ingratitud. Contigo me vengaré de Satanás”.

Dios, el Padre Creador, había creado al hombre y a la mujer con una ley de amor *tan perfecta* cuya perfección ni siquiera podéis comprender. Y os equivocáis al pensar cómo se habría engendrado la especie, *si* el hombre no la hubiese alcanzado con la enseñanza de Satanás.

Mirad las plantas en sus frutos, en sus semillas. ¡Tienen semillas y frutos acaso mediante la fornicación, mediante *una* fecundación en *cientos* aparejamientos? No. De la flor macho sale el polen, y guiado por un complejo de leyes meteorológicas y magnéticas va al ovario de la flor femenina. El ovario se abre y lo recibe y lo produce. No se ensucia y luego lo rechaza, como hacéis vosotros, para tener al día siguiente la misma sensación. Produce y no florece sino hasta la siguiente estación, y cuando florece es para la reproducción.

Mirad a los animales. A todos. ¿Habéis visto alguna vez al macho y a la hembra que se acercan para darse el abrazo estéril y para tener una comunicación lasciva? No. De cerca o de lejos vuelan, se arrastran, saltan, corren, cuando es la hora para el rito de fecundación, no se separan para gozar tan solo, sino van más allá, a las consecuencias serias y santas de la prole, único fin que debería hacer que el hombre semidiós por el origen de la Gracia que Yo le di completa, aceptase la animalidad del acto necesario desde que descendisteis *un peldaño* hacia lo animal.

Vosotros no hacéis como las plantas y los animales. Habéis tenido como maestro a Satanás, *lo habéis querido como a tal, como a tal lo queréis* todavía. Las obras que hacéis son dignas del maestro que os habéis escogido. Si hubieseis sido fieles a Dios, habríais tenido la

² Hermosas expresiones para significar que María estuvo presente desde toda la eternidad en la mente de Dios, y que la tomó como modelo para crear.

alegría de los hijos, de modo santo, sin dolor, sin uniros en cópulas obscenas, indignas, que hasta las bestias desconocen, las bestias que no tienen alma inteligente ni espiritual.

Al hombre y a la mujer que Satanás corrompió, Dios quiso oponer un Hombre nacido de una Mujer que Dios mismo había sublimado hasta el punto de que pudiese concebir sin conocer mortal alguno; Flor que engendra una Flor sin necesidad de simiente, sino por el contacto de un solo beso del Sol en el cáliz inviolable del Lirio-María.

¡La venganza de Dios!

Ruge, Satanás mientras Ella nace. ¡Esta Pequeñita te ha vencido! Antes de que fueses el Rebelde, el Tortuoso, el Corruptor, eras ya el Vencido y Ella tu vencedora. Miles de ejércitos en orden de batalla nada pueden contra tu poder, las armas de los mortales se les caen de las manos al dar contra sus escamas, y no hay viento que pueda dispersar el hedor de tu aliento. Y sin embargo el calcañal de este piecito, que es tan de color rosado que se asemeja a la parte interior de una camelia de igual color, que es tan diminuto que podría caber en el cáliz de un tulipán y hacerse un zapatito con su pétalo, mira que te pisotea sin temor, mira que te arroja a tu caverna. Mira que su vagido te pone en fuga, a ti que no tienes miedo de ejércitos, y su aliento purifica el mundo de tu hedor. Estás vencido. Su nombre, su mirada, su pureza son lanzas, fulgores y piedras que te traspasan, que te encierra en tu cueva del infierno. ¡Oh Maldito! Que quitaste a Dios la alegría de ser Padre *de todos los hombres que creó*.

Inútilmente corrompiste a los que habían sido creados inocentes, y los llevaste a que conociesen y concibiesen a través de la sinuosidad de la lujuria, quitando a Dios, en su creación amada, de poder conceder hijos según leyes que, si hubiesen sido respetadas, hubieran mantenido en la tierra un equilibrio entre los sentidos y las razas, para evitar las guerras entre los pueblos y las desgracias entre las familias.

Si hubieran obedecido, hubieran conocido aun así el amor. Más bien: sólo obedeciendo hubieran conocido el amor y lo habrían conseguido. Una posesión llena y sosegada de esta emanación de Dios, que desciende de lo sobrenatural a lo inferior, para que también el cuerpo se alegre santamente, que está unido al espíritu y que lo creó el mismo que creó el alma.

Ahora vuestro amor, ¡oh hombres! vuestros amores ¿qué cosa son? ¡Oh lívido revestida con amor! ¡Oh miedo incurable de perder el amor del cónyuge por su intemperancia y de otros! No estáis seguros de poseer el corazón del esposo o de la esposa, desde que la lujuria está en el mundo. Y tembláis, y lloráis y enloquecéis de celos y algunas veces asesináis por vengar una traición; otras veces os dejáis llevar de la desesperación, otras perdéis la voluntad y otras la razón.

Mira lo que hiciste, Satanás, a los hijos de Dios. Estos, a quienes corrompiste, hubieran conocido la alegría de tener hijos sin tener dolor, la alegría de haber nacido sin miedo a la muerte. Pero ahora una Mujer te ha vencido. De ahora en adelante quien la ame, volverá a ser de Dios, superando tus tentaciones, para poder gozar de su pureza inmaculada. De ahora en adelante, no pudiendo concebir sin dolor, las madres la tendrán como consoladora. De ahora en adelante las esposas la tendrán por guía y los moribundos por madre, para los cuales dulce será morir sobre ese pecho que es un escudo contra ti, Maldito, y contra el juicio de Dios.⁴

María⁵, pequeña voz, has visto el nacimiento del Hijo de la Virgen y el nacimiento al Cielo de la Virgen⁶. Por tanto, has visto que los *sin culpa* desconocen la pena de *dar a la vida* y la pena de darse a la muerte. Si a la Madre inocentísima de Dios se le dieron todos los dones celestiales más perfectos, a todas las que en los primeros Padres hubieran permanecido inocentes e hijas de Dios, se les hubiera concedido engendrar sin los dolores del parto, como era razonable por haber sabido realizar una acción sin lujuria y el morir sin angustia⁷.

⁴ Esto es: que intercede ante la justicia divina.

⁵ María. Adviértase que este es el nombre de la escritora. Algunas veces se le llama JUANITO

⁶ Esto es: su feliz tránsito de la tierra al cielo.

⁷ Esto es: pasar de esta vida a la otra.

El modo con que Dios se vengó de Satanás consistió en hacer que la perfección de la criatura amada llegara a una súper-perfección que cancelase *por lo menos en una* todo sabor de humano, susceptible al veneno de Satanás, y así no de un casto abrazo de varón sino del divino, que hace extasiar al espíritu en el arrebató del Fuego, nacería el Hijo.

¡La Virginidad de la Virgen...!

Ven. ¡Medita esta profunda virginidad que al contemplarla produce vértigo de abismo! ¿Qué cosa es la pobre virginidad violada de una mujer que ningún hombre la toma por esposa? Nada ¿Qué cosa es la virginidad de la que quiere ser virgen para pertenecer a Dios, pero lo es tan sólo en el cuerpo y no en el espíritu, en el que permite que entren tantos pensamientos extraños y acaricia y acepta caricias de pensamientos humanos? Empieza a ser una farsa la virginidad. Pero es muy poco todavía. ¿Qué cosa es la virginidad de una que vive en clausura y para Dios? Mucho. Pero de todos modos no es una perfecta virginidad respecto a la de mi Madre.

Siempre ha habido un enlace aun en el más santo. El de origen entre el espíritu y la culpa. El que sólo el Bautismo borra. Borra, pero como sucede con la mujer cuyo marido ha muerto, no devuelve la virginidad total como era la de los Primeros padres antes del pecado. Queda una cicatriz y duele. Se hace presente en la memoria y siempre está pronta a brotar como una llaga, como ciertas enfermedades que periódicamente se hacen más violentas. En la Virgen no existió esta señal de un enlace que hubiera habido con la culpa. Su alma parece bella e intacta como cuando el Padre la pensó al acumular en Ella todas las gracias.

Es la Virgen. Es la Única. Es la Perfecta. Es Absoluta. Tal fue pensada. Tal fue engendada. Tal permaneció. Tal ha sido coronada. Tal lo es para toda la eternidad.

Es la Virgen. Es el abismo de la intangibilidad, de la gracia que se pierde en el Abismo del que brotó: en Dios: Intangibilidad, Pureza, Gracia perfectísimas.

Esta es la manera como se vengó el Dios Trino y Uno. En cambio de las criaturas profanadas Él levanta esta Estrella de perfección. En cambio de la curiosidad malsana, a esta Esquiva, que paga sólo por amar a Dios. En cambio de la ciencia del mal, a esta sublime Ignorante. En Ella no sólo hay ignorancia del amor humillado; no sólo hay ignorancia del amor que Dios concedió a los esposos. Aún más. En Ella existe la ignorancia de la concupiscencia, herencia del Pecado. En Ella existe sólo la sabiduría helada e incandescente del amor divino. Fuego que es corazón de hielo para la carne, para que sea un espejo transparente en el altar donde un Dios toma por esposa a una Virgen, y no envilece, porque su perfección abraza a la que, como conviene a una esposa, es sólo un punto inferior al Esposo, sujeta a Él porque es Mujer, pero sin mancha como Él es".

9. "Dentro de tres años estarás allí, lirio mío".

28 agosto 1944

Veó a Joaquín y a Anna, junto con Zacarías e Isabel que salen de su casa en Jerusalén, amigos o parientes sin duda, y que se dirigen al templo para la ceremonia de la Purificación¹.

Anna lleva en brazos a la Niña, envuelta en sus pañales, mejor, en una manta de lana ligera, pero que será suave y caliente. Con qué amor y cariño lleva y cuida a su hijita. De vez en vez levanta una punta de la manta para ver si María respira bien y luego la vuelve a ajustar para defenderla del aire frío de un día sereno, pero helado de invierno.

Isabel tiene envoltorios en sus manos. Joaquín trae con un lazo dos gordos y blanquísimos corderos. Zacarías no lleva nada. Se ve gallardo con su vestido de lino que cubre en parte su manto de lana, también blanca. Un Zacarías mucho más joven del que vi cuando nació el Bautista, en su plena edad madura, como Isabel es una mujer madura, pero de apariencia juvenil, la cual, cada que Anna mira a la Niña, se queda como extática al ver su carita adormecida. También ella se ve hermosa con su vestido azul, que tiende al violeta oscuro y

¹ Cfr. Lev 12.

con su velo que le cubre la cabeza, bajando por las espaldas y sobre el manto que es más oscuro que el vestido.

Joaquín y Anna se ven majestuosos con vestidos de fiesta.

Contra su costumbre, no trae la túnica marrón-oscuro, sino un vestido largo de un rojo profundo y las franjas que puso en el manto son nuevas y bellas. Sobre la cabeza también trae una especie de velo rectangular, ceñido con una tira de cuero. Todo es nuevo y fino.

Anna ¡oh! hoy no viene vestida de oscuro. Trae un vestido de un color amarillo ligerísimo, como el viejo marfil, sujetado a la cintura, al cuello y en las muñecas con cintas que parecen de plata y oro. Sobre su cabeza trae un velo ligerísimo y como damasquino, sujeto en la frente con una lámina sutil pero preciosa. En el cuello trae un collar de filigrana y brazalete en sus muñecas. Parece todavía más que reina por la dignidad con que camina y por el manto de color ligero sobre el que hay una greca muy hermosamente recamada.

“Me parece que me recuerdas el día en que te casaste. Era yo una jovencita entonces, y recuerdo todavía que eras bella y te sentías feliz” dice Isabel.

“Pero lo soy más... y me puse el mismo vestido para este acto. Siempre lo guardé para estos momentos... ya no tenía esperanzas de ponérmelo para venir *aquí*”.

“El Señor te ama mucho...” dice con un suspiro Isabel.

“Por esto le entrego lo que más amo. Esta florecita mía”.

“¿Cómo vas a hacer para arrancártela del corazón cuando llegue la hora?”

“Recordando que no la tenía y que Dios me la regaló. Seré entonces más feliz que ahora. Cuando esté en el templo me diré a mí misma: “Ora cerca del Tabernáculo, ora al Dios de Israel también por tu mamá” y me sentiré tranquila. Y todavía tendré más gozo cuando diga: “Es toda suya. Cuando estos dos viejos felices que la consiguieron del cielo no vivan ya, el Eterno, será para ella cual Padre”. Créeme estoy convencida que esta pequeñita no es nuestra. Yo no podía hacer otra cosa... Él me la puso en mi seno, regalo divino para enjugar mi llanto y consolar nuestras esperanzas y plegarias. Por esto es suya. Somos sus felices guardianes... y por esto sea bendita”.

Ha llegado ante los muros del templo.

“Mientras vais a la puerta de Nicanor, voy yo a avisar al sacerdote, y luego vengo” dice Zacarías y desaparece detrás de un arco que conduce a un patio rodeado de pórticos.

El grupo sigue adelante por diversas terrazas. No sé si lo dije, pero el recinto del templo no está construido sobre un terreno plano, sino que se sube por niveles sucesivos, y a éstas se llega por medio de peldaños. En cada nivel hay patios y pórticos y portales muy bien labrados, de mármol y oro.

Antes de llegar al lugar a donde iban, se detienen para sacar las cosas de los envoltorios, esto es, tortas, me parece, largas y planas y con algo que llevan encima, harina blanca, dos palomos que hay dentro de una jaula de mimbre y grandes monedas de plata: unas patacas² tan pesadas, que suerte tenían de que no tuviesen bolsos para llevarlas, pues los habrían roto.

Ya se ve la hermosa puerta de Nicanor, que es una labor de cancel en bronce con molduras de plata. Zacarías está al lado de un sacerdote muy pomposo con sus vestiduras de lino. Anna es rociada con agua, me imagino, lustral y luego se le dice que se acerque a la ara del sacrificio.

La Niña no está en los brazos de su madre, está en los de Isabel que se ha quedado de esta parte de la puerta. Joaquín entra detrás de su mujer, llevando consigo un cordero que bala. Y yo... hago como en la purificación de María:. Cierro los ojos para no ver cómo lo degüellan.

Ahora Anna está ya purificada.

Zacarías dice en voz baja algo a su colega, que sonriente dice que sí. Luego se acerca al grupo, y se congratula con la madre, con el padre por su alegría y fidelidad a las promesas. Toma el segundo cordero, la harina y las tortas.

² Moneda pesada, de cuño muy antiguo. (N.T.)

“¿Esta hija es pues consagrada al Señor? La bendición de Él esté con Ella y con vosotros. Ved que viene Anna. Será una de sus maestras. Anna de Fanuel de la tribu de Aser. Ven, mujer. Se ofrece a esta pequeñita al templo como hostia de alabanza. Tú serás su maestra, y bajo tu cuidado santo crecerá”.

Anna de Fanuel, mujer canosa, mima a la Niña que se ha despertado y mira con sus inocentes y asombrados ojitos todas aquellas cosas blancas y todo ese oro que el sol hace brillar.

La ceremonia ha terminado. No he visto ritual especial al haber sido ofrecida María. Tal vez bastaba con decirlo al sacerdote, y sobre todo a Dios, junto al lugar sagrado.

“Quisiera presentar mi ofrenda e ir a donde vi la luz el año pasado”.

Van. Los acompaña Anna de Fanuel. No entran a lo que se llama verdaderamente templo; se comprende que, siendo mujeres y tratándose de una niña, no vayan a donde fue María cuando ofreció a su Hijo; pero muy cerca de la puerta abierta, miran hacia el interior semioscuro, del que salen dulces cánticos de niñas y brillan lámparas que esparcen una luz de oro sobre los jardincillos de lirios.

“Dentro de tres años, aquí estarás también tú, Lirio mío” dice Anna a María que mira como extasiada hacia el interior y sonríe al oír el canto.

“Parece como si comprendiese” dice Anna de Fanuel. “¡Es una hermosa niña! La amaré como si hubiese salido de mi vientre. Te lo prometo, Anna, si los años me lo permiten”.

“Lo harás, mujer” dice Zacarías. “La recibirás entre las niñas consagradas. Yo también estaré aquí. Quiero estar ese día para decirle que ruegue por nosotros desde el primer momento...” y mira a su mujer que comprende y suspira.

Todo ha acabado. Anna de Fanuel se retira. Los demás salen del templo, hablando entre sí.

Oigo a Joaquín que dice: “No sólo le hubiera dado los dos mejores, sino todos los corderos con ocasión de esta alegría y para alabanza de Dios”.

No veo más.

10. “Esta es la Niña Perfecta, de corazón de paloma”.

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“Salomón hace decir a la Sabiduría: “Quien sea pequeño venga a mí”¹. Y en verdad, desde la roca, desde los muros de su ciudad, la eterna Sabiduría decía a la eterna Niña: “Ven a Mí”. Ardía de ansias por verla. Más tarde el Hijo de la Purísima Niña dirá: “Dejad venid a Mí los pequeñuelos porque el Reino de los cielos es suyo, y quien no se hace semejante a ellos no tendrá parte en mi Reino”². Las voces se encuentran y mientras la del cielo dice a María pequeñita: “ven a mí”, la voz del Hombre dice, y piensa en su Madre al decirlo: “Venid a Mí si sabéis ser pequeños”.

Os doy el modelo en mi Madre.

He aquí a la perfecta niña de corazón de paloma sencilla y pura. He aquí a la que ni los años, ni el contacto con el mundo convierten en algo corrompido, tortuoso, mentiroso. Porque Ella *no lo quiere*. Venid a Mí, mirando a María.

Tú que la ves, dime: ¿su mirada infantil es muy diversa de la que viste al pie de la Cruz o en el júbilo de Pentecostés o en la hora en que el sueño se apoderó de sus ojos de gacela por última vez? No. Esta es la mirada inocente y extasiada del niño, después será la del éxtasis púdico de la Anunciación, y luego el dichoso de la Madre de Belén, luego la de la que me adora como la mejor Discípula, después aquella desgarradora del Gólgota, luego la radiante de la Resurrección y Pentecostés, finalmente la del extático sueño de la última visión. Pero bien se abran sus ojos por vez primera, bien se cierran cansados a la última luz, después de

¹ Cfr. Prov. 9, 4.

² Cfr. Mc. 10, 14-15.

haber visto *tantos gozos y horrores*, sus ojos son serenos, puros, plácidos, cual trozo de hermoso cielo, que brillan bajo su frente. La ira, la mentira, la soberbia, la lujuria, el odio, la curiosidad jamás la ensucian con sus nubes de humo.

Son los ojos que miran a Dios con amor, bien lloren, o ríen y que por amor de Dios acarician y perdonan, todo soportan, y debido al amor que tienen por su Dios son inexpugnables a los asaltos del Mal, que muchas veces se sirve de la vista para penetrar en el corazón. Los ojos puros, tranquilos, de los que son puros, santos, enamorados de Dios.

Ya lo dije: “La luz de tu cuerpo son los ojos. Si tus ojos son puros, todo tu cuerpo está lleno de luz. Pero si tus ojos están sucios, toda tu persona estará en tinieblas”³. Los santos han tenido estos ojos que son luz para el alma y salvación del cuerpo, porque como María no han mirado durante toda la vida, sino a Dios. Mejor todavía: se *acordaron* de Dios.

Te explicaré, pequeña voz, cuál sea el sentido de estas palabras mías”.

11. “¡Oh alegría mía! ¿Cómo sabes estas cosas santas? ¿Quién te las dice?”

29 Agosto 1944

Todavía veo a Anna. Desde ayer tarde la veo así: sentada donde empieza el sombrío emparrado, dedicada a un trabajo de costura. Su vestido es de color gris-arena, muy sencillo y suelto, tal vez por el mucho calor que hace.

Al extremo del emparrado se ven los trabajadores que siegan el heno. No debe ser el tiempo de primavera, porque las uvas están maduras, y un gran manzano hace gala de sus frutos en medio de hojas, que se van cubriendo de un color de cera amarilla y rosada. Además en el campo donde hubo trigo no se ve más que rastrojo sobre el que ondean ligeras las guías de amapolas y se yerguen fuertes y gallardas las flores de lis, por su forma de estrella, por su color como azul del cielo oriental.

Del emparrado sombrío avanza una María pequeña, pero muy ligera. Su paso cortito es seguro. Sus sandalias blancas no tropiezan con piedritas. Se nota ya su dulce caminar, cual paloma. Su vestido es de lino completamente blanco. Le llega hasta los tobillos. Es amplio, pero reunido en el cuello por un cordoncito azul. Por las mangas cortas se ven los bracitos llenos de carne, pintados de color de rosa. Parece un angelito con sus cabellos de seda y rubios de color miel. No son abundantes, pero sí con ondas. Sus ojos de cielo, su carita levemente de color rosa y sonriente. También el vientecillo que le entra por las anchas mangas y le infla el vestido en la espalada, sirve para darle el aspecto de angelito con las alas cerradas.

En sus manitas tiene amapolas y flores de lis y otras florecitas que crecen entre el trigo, pero cuyo nombre ignoro. Avanza, y cuando está cerca de su madre corre contenta a ella, y cual pequeña tórtola, termina su vuelo contra las rodillas maternas que se han abierto para recibirla. Anna ha dejado a un lado su labor para que la Niña no fuera a pincharse y ha abierto sus brazos para estrecharla.

“¡Mamá! ¡Mamá!” La blanca tortolita está en el nido formado por las rodillas maternas, con sus piecitos apoyados sobre la hierbita, y su carita en el seno materno. No se nota más que el oro pálido de sus cabellos que hermosean el delgado cuello, que Anna besa amorosamente. La tortolita levanta la cabecita y entrega sus florecitas con las que entreteje sabrosos cuentos.

Esta flor azul, grande, es una estrella que bajo de allá, de lo alto, que te trae un beso del Señor. Mira, bésala aquí, aquí, que te trae saludos de Él.

Ésta también es azul, pero menos fuerte, como los ojos de papá, tiene escrito en sus hojas que el Señor lo quiere mucho, porque es bueno.

Esta pequeñita, la única que encontré (es una “no me olvides”) el Señor me la ha dado porque me ama mucho.

³ Cfr. Mt. 6, 22-23

¿Sabes acaso, qué son estas hojas? Son trozos de la vestidura del rey David, bañadas con la sangre de los enemigos de Israel, que quedaron esparcidos por los campos de batalla, en los campos de victoria. Nacieron de los pedazos de tela real, que luchó por el Señor¹.

Esta flor perfumada, hermosa, como si estuviera hecha de seda purísima que contempla el firmamento, brotó allí encima del manantial –la cortó papá de entre las espinas– está hecha con el vestido que tenía el rey Salomón cuando, en el mismo mes en que su pequeña descendiente había nacido, muchos años –muchos, muchos antes– majestuoso con su vestidura blanca, caminó en medio de la multitud de Israel ante el Arca y la Tienda, y se llenó de júbilo por la nube que había vuelto a rodearla con su gloria, y entonó un cántico y una plegaria preñados de alegría².

“Quiero ser siempre como esta flor y como el rey sabio quiero cantar por toda mi vida un cántico y una plegaria ante el Tabernáculo” termina de hablar la boquita de María.

“¡Oh alegría mía! ¿Cómo sabes estas cosas santas? ¿Quién te las dice? ¿Tu padre?”

“No. No sé quién sea. Me parece como si siempre las hubiese sabido. Tal vez sea alguien a quien no veo. Tal vez uno de los ángeles que Dios envía para que hablen a los hombres buenos. Mamá ¿me cuentas algo más...?”

“Sí hija. ¿Qué quieres saber?”

María medita, reflexiona. Sobre su carita infantil se reflejan las sombras de sus pensamientos. Sonrisas, suspiros, rayos de sol y sombra de nubes, al pensar en la historia de Israel. Al fin dice: “Nuevamente lo de Gabriel a Daniel, en que se promete el Mesías³.”

Con los ojos cerrados escucha. Despacio repite las palabras que le dice su madre, como para grabárselas mejor. Cuando termina, pregunta: “¿Cuánto falta para que tengamos al Emmanuel?”

“Cerca de treinta años, preciosa”.

“Mucho todavía. Yo estaré en el templo... Dime: Si rogase, *mucho, mucho, mucho*, día y noche y quisiera ser sola de Dios por toda mi vida para este objetivo ¿me concedería el Eterno la gracia de que enviase a su Mesías cuanto antes a su pueblo?”

“No lo sé, mi amor. El profeta dice: “Setenta semanas”. Creo que una profecía no se equivoca. El Señor es muy bueno” y al ver que por las pestañas de su hijita se asoman una lágrima Anna se apresura a agregar “creo que si pides *mucho, mucho, mucho*, Él te escuchará”.

Una sonrisa embellece esa carita que ligeramente se levanta hacia donde está la de su madre; y unos ojitos radiantes hacen brillar las gotitas del llanto que se ha detenido como si fuesen gotitas de rocío suspendidas en los tallos delicadísimos del musgo de los Alpes.

“Entonces oraré y por esto me haré virgen⁴”.

“¿Pero sabes lo que significa esa palabra?”

“Quiere decir no conocer el amor de varón sino el de Dios. Quiere decir no pensar en otra cosa mas que en el Señor. Quiere decir permanecer niña en el cuerpo y ángel en el corazón. Quiere decir no tener ojos sino para mirar a Dios, oídos para escucharlo, boca para alabarlo, manos para ofrecerse como hostia, pies para seguirlo al punto, y corazón y vida para dárselos a Él”.

“¡Eres bendita! Pero entonces no tendrás niños tú a quien tanto gustan los niños y los corderitos y las tortolitas... ¿Sabes? Un niño para la mujer es como un corderito blanco y encrespado, es como una palomita de plumas de seda y boca de coral que se pueden amar, besar y oír que le digan a una: “Mamá”.

“No importa. Yo seré de Dios. Oraré en el templo. Y tal vez algún día vea Yo al Emmanuel. La Virgen que será su Madre, como dice el gran Profeta, debe haber ya nacido y está en el

¹ Cfr. 2º Rey 5-8

² Cfr. 3º Rey 8.

³ Cfr. Dan 9.

⁴ Esto es: me conservaré virgen y me consagraré.

templo... Seré su compañera... y esclava. ¡Oh, Si la conociese, bajo la luz de Dios, ¡querría servir a esa mujer dichosa! Y luego, me traería a su Hijo, y también a Él lo serviría. ¡Piensa, mamá!... ¡Servir al Mesías!...

María está poseída de este pensamiento que la extasía, y la empequeñece al mismo tiempo. Con sus manitas cruzadas sobre su pequeño pecho, y su cabecita un poco inclinada hacia adelante, llena de emoción, parece una reproducción infantil de la Anunciación⁵ que yo he visto. Continúa: “¿Me lo permitiría el Rey de Israel, el Ungido de Dios, que le sirva?”.

“No tengas duda de ello. ¿No acaso dice el rey Salomón: “Son sesenta las reinas y ochenta las otras mujeres y las *doncellas sin número*?⁶ Ves que en el palacio del Rey habrá *un sin número de doncellas vírgenes* que servirán a su Señor”.

“¡Oh! ves, pues, que *debo ser virgen. Lo debo*. Si Él por madre quiere una virgen, señal es de que ama sobre todas las cosas la virginidad. Quiero que me ame, a mí su sierva, por la virginidad que me hará un poco semejante a su amada Madre... Esto es lo que quiero... Quisiera también ser pecadora, *muy pecadora*, Si no temiese ofender al Señor... Dime, Mamá ¿Se puede ser pecador *por amor de Dios*?”

“¿Pero qué estás diciendo, tesoro? No comprendo”.

“Quiero decir; pecar para poder ser amada por Dios que es el Salvador. Se salva lo que está perdido ¿no es verdad? *Yo quisiera ser salvada del Salvador para alcanzar su mirada amorosa. Por eso quisiera pecar, pero no cometer pecado que lo disgustara. ¿Cómo puede salvarme, si no me pierdo?*

Anna no sabe qué responder. No encuentra palabra alguna.

Joaquín que se ha acercado caminando sobre la hierba viene en su ayuda. Nadie le oyó cuando se acercaba detrás de la valla de los sarmientos bajos. “Te salvó antes, porque sabe que lo amas y quieres amarlo a Él sólo. Por eso ya estás redimida y puedes ser virgen como quieres” dice.

“¿De veras papito?” María se le estrecha a las rodillas y lo mira con esos ojitos tan semejantes a los suyos y tan dichosos por esta esperanza que su padre le da.

“Es verdad amorcito mío. Te he traído este pajarito que cogí cerca de la fuente. Podría haberlo dejado ir, pero sus alas débiles y sus patitas de seda no tienen fuerza para sostenerse para emprender el vuelo, o para sostenerse sobre las piedras resbalosas. Se hubiera caído en la fuente. No esperé a que sucediera. Lo tomé y te lo regalo. Puedes hacer lo que quieras con él. El hecho es que fue salvado antes de que cayera en el peligro. Lo mismo Dios ha hecho contigo. Ahora dime, María: ¿amé más al pajarito salvándolo antes, o lo habría amado más salvándolo después?”

“Ahora lo has amado, porque no lo dejaste que se hiciera mal con el agua fría”.

“Y Dios te ha amado más, porque te ha salvado antes de que pecases”.

“Entonces lo amaré con todo mi ser. *Con todo mi ser*. Hermoso pajarito, soy como tú. El Señor nos ha amado de igual modo, al salvarnos... Ahora te cuidaré y luego te dejaré ir. Y cantarás en el bosque y yo en el templo las alabanzas de Dios y diremos: “Envía, envía a tu Prometido a quien lo espera”. ¡Oh papito! ¿Cuándo me llevas al templo?”

“Muy pronto corazoncito. ¿Pero no te duele dejar a tu padre?”

“Mucho, pero tú irás... y luego si no causase algún dolor, ¿qué sacrificio sería?”

“¿Y te acordarás de nosotros?”

“Siempre. Después de la oración por el Emmanuel, rogaré por ustedes, para que Dios les dé alegría y larga vida... hasta el día en que Él será Salvador. Luego le diré que os lleve a la Jerusalén del cielo”.

La visión cesa viendo cómo Joaquín tiene abrazada a su hija.

⁵ La del santuario florentino.

⁶ Cfr. Cant 6, 7.

12. “¿No habrá el Hijo puesto en los labios de su Madre su Sabiduría?”

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“Me parece oír ya las cavilaciones de los doctores: “¿Cómo puede una niña de no más de tres años hablar de este modo? Es una exageración”. Y no reflexionan que me hacen injuria al cambiar mi infancia con acciones de adulto.

La inteligencia no viene a todos del mismo modo y al mismo tiempo. La Iglesia ha determinado la responsabilidad de las acciones a los siete años, porque es la edad en que aún un niño retardado puede distinguir, al menos rudimentariamente, el bien del mal. Hay niños que mucho antes son capaces de *discernir, entender y querer* con una razón suficientemente desarrollada. La pequeña Imelda Lambertini, Rosa de Viterbo, Nellie Organ, Nennolina, os sirvan, oh doctorcillos quisquillosos para creer que mi Madre pudo pensar y hablar de este modo. No os sito más que cuatro nombres al caso entre miles de santos niños que pueblan mi paraíso, después de haber razonado sobre la tierra por algunos años.

¿Qué cosa es la razón? Un don de Dios. Dios puede darla, por lo tanto, en la medida que quiere, a quien quiere y cuando quiere. La razón es también una de las cosas que más hacen a uno semejante a Dios, Espíritu inteligente y Pensante¹. La razón y la inteligencia fueron gracias que Dios regaló al hombre en el paraíso terrenal. Y cómo operaban cuando la gracia estaba todavía en los primeros seres intacta y activa.

En el libro de Jesús Bar Sirac está dicho: “Toda sabiduría viene del Señor Dios y siempre ha estado con Él aún antes de que los siglos existiesen”². ¿Qué sabiduría no habrían tenido los hombres si hubieran permanecido fieles a Dios.

Vuestras lagunas en la inteligencia son el fruto natural de vuestras caídas de la gracia y honestidad. Al perder la gracia os alejasteis por siglos de la Sabiduría. Como un meteoro que se esconde detrás de una inmensa neblina, no os llegó la Sabiduría con sus claros rayos, sino a través de la bruma que vuestras prevaricaciones hacían cada vez mas pesada.

Después vino el Mesías y os entregó la gracia, don supremo del amor de Dios. ¿Pero sabéis conservar intacta y pura esta joya? No. Cuando no la rompéis con pecados voluntarios, la ensuciáis con continuas culpas menores, debilidades, atracción por el vicio; aun las simpatías, que aunque no se pongan al lado del vicio de siete formas, son un debilitamiento de la luz de la gracia y de su actividad. Así pues habéis debilitado la magnífica luz de la inteligencia que Dios concedió a los Primeros padres, durante siglos y siglos de corrupción que hacen sentir su efecto deletéreo en lo físico y en la mente.

Pero María no era sólo la Pura, la nueva Eva creada para alegría de Dios: *era la Eva por excelencia*, era la obra maestra del Altísimo, era la Llena de Gracia, era la Madre del Verbo en la mente de Dios.

“Fuente de Sabiduría” dice Jesús Bar Sirac “es el Verbo” ¿No habrá, pues, el Hijo puesto en los labios de su Madre su Sabiduría?

Si a un profeta, que tenía qué comunicar las palabras que el Verbo, la Sabiduría, le había encargado decir a los hombres, se le purificó la boca con carbones ardientes⁴ ¿no habrá el Amor limpiado y sublimado la facultad de hablar de María, que debía llevar la Palabra para que no hablase ya como una niña y luego como adulta, sino que sólo y siempre como una criatura celestial unida a la gran luz y sabiduría de Dios?

El milagro no está en la inteligencia superior que María en su edad pueril mostró, como Yo más tarde. El milagro está en contener a la Inteligencia infinita, que estaba ahí, dentro de los diques apropiados para no asombrar a las multitudes y despertar la atención satánica.

Volveré a hablar sobre esto que toca también en el “acordarse” que los santos tienen de Dios”.

¹ Se sobreentiende: libre de toda imperfección, existente en el modo humano de razonar.

² Cfr. Eccli 11, 1.

⁴ Cfr. Eccli. 1, 5

13. María es presentada en el Templo

29 agosto 1944

Veo a María caminar en medio de sus padres por las calles de Jerusalén.

Los transeúntes se detienen a mirar a la hermosa Niña vestida de blanco y con un velo ligerísimo que por su dibujo de ramas y flores, más que tenue fondo, me parece que sea el mismo que Anna llevó el día de su purificación, Sólo que si no pasaba más allá de la cintura de Anna, a María llega casi hasta la tierra y la envuelve en una nubecilla ligera y resplandeciente de una rara vaghezza.

Lo rubio de sus cabellos sobre su espalda, mejor dicho, sobre su fina nuca, resplandecen donde no hay bordadura en el velo, sino un fondo ligerísimo. El velo está detenido en la frente con una cinta azul pálido en el que, y debe haberlo hecho su madre, hay recamos de plata en los pequeños lirios.

El vestido, como digo, es blanquísimo, baja casi hasta la tierra, y sus piecitos apenas si se ven al caminar con sus blancas sandalias. Las manitas parecen dos pétalos de magnolia que salen de la larga manga. Quitando el color azul de la cinta, no se ve otro color. Todo es blanco. María parece como si la hubieran vestido de nieve.

Joaquín trae el mismo vestido que en la Purificación y Anna un vestido color violeta oscuro, lo mismo que el manto. Anna lo trae muy abajo sobre los ojos, que están rojos del llanto, que no quisieran llorar, y sobre todo que no se les vea llorar, pero que no pueden menos de llorar protegidos bajo el velo. Esos ojos siempre serenos, hoy están enrojecidos y opacos con lágrimas que han brotado y todavía brotan. Camina inclinada bajo el velo que le sirve de turbante, con los lados que le caen sobre la cara. Joaquín parece un viejo ya. Quien lo vea, pensará que es el abuelo o tal vez el bisabuelo de la pequeña que lleva de la mano. La pena de perderla hace que el padre camine con un paso de angustia, un decaimiento que lo avejenta 20 años. Su cara parece la de un enfermo, además de viejo. Tan cansado y triste está. Su boca se mueve ligeramente entre dos arrugas que se le han marcado hoy, al lado de la nariz.

Los dos tratan de ocultar su llanto, pero si lo logran con muchos, no con María, que por su estatura los ve desde abajo, y levantando su cabecita mira ahora a su padre, ahora a su madre. Estos se esfuerzan en sonreír con la boca temblorosa y le aprietan más su manita cada vez que los mira y sonrío. Deben pensar: "Bien, una vez más y no volveremos a ver esta sonrisa".

Caminan despacio, muy despacio, parece como si quisieran alargar lo más posible su camino. Cualquier cosa es motivo para detenerse... Pero una calle de todos modos tiene que terminar, y esta lo está ya. He ahí, que al terminar este tramo de calle que sube, se ven los muros del templo. Anna da un gemido, y estrecha más fuerte la manita de María.

"Anna querida, estoy contigo" dice una voz que sale de la sombra de un arco bajo que cruza la calle. Isabel, que la estaba esperando, se le acerca y la estrecha contra su pecho. Y como Anna llora, le dice: "Ven, ven a esta casa de amigos por un rato. Luego iremos juntos. También está Zacarías".

Entran todos en una habitación baja y oscura en que de lámpara sirve una hoguera. La dueña, amiga de Isabel, pero que no conoce a Anna, se retira cortésmente dejando en libertad a los huéspedes.

"No pienses que esté arrepentida, o que de mala gana entregue al Señor mi tesoro" dice Anna entre lágrimas... "sino es que el corazón... ¡oh! cómo me duele, ¡mi viejo corazón regresa a su soledad sin hijos! Si sintieses..."

"Lo comprendo, querida Anna... Tú eres buen y Dios te consolará en tu soledad. María rogará por la tranquilidad de su mamita. ¿No es verdad?"

María acaricia las manos maternas y las besa, se las pone sobre su carita y la besa, la besa. No se cansa de besarla.

Entra Zacarías. Saluda: “A los justos la paz del Señor”.

“Sí” dice Joaquín, “obtennos paz, porque nuestras entrañas tiemblan al hacer la ofrenda, como las de nuestro padre Abraham mientras subía al monte¹ y nosotros no encontraremos otra oferta para rescatar a esta. Ni lo haríamos, porque somos fieles a Dios. Pero sufrimos, Zacarías, sacerdote de Dios. Compréndenos y no te escandalices de nosotros.

“Nunca. Vuestro dolor que no os hace traspasar lo lícito y haceros infieles, es para mí una enseñanza de cómo amar al Altísimo. Pero tened valor. Anna, la profetisa, tendrá cuidado de esta flor de David y Aarón. En estos días es el único lirio que David tenga de su estirpe santa en el templo y se le cuidará como una perla de reyes. Aun cuando el tiempo ya se acerca y las madres de la estirpe deberían tener cuidado de consagrar sus hijas al templo, porque de una virgen de la estirpe de David nacerá el Mesías, con todo, por un debilitamiento de la fe, los lugares de las vírgenes están vacíos. Hay muy pocas en el templo, y de la estirpe real, ninguna, después de que salió para casarse, hace unos tres años, Sara de Eliseo. Es verdad que faltan seis lustros para el término, pero... Bueno, esperemos que María sea la primera de las muchas vírgenes de la estirpe de David ante el Velo sagrado. Y luego... quién sabe...” Zacarías no añade más, pero mira compasivo a María. Luego prosigue: “Yo también cuidaré de Ella. Soy sacerdote y tengo poder allá adentro. Lo emplearé a favor de este ángel. Isabel vendrá frecuentemente a visitarla”.

“¡Oh, claro! Tengo mucha necesidad de Dios y vendré a decírselo a esta Niña, para que se lo comunique al Eterno”.

Anna se siente mejor. Isabel, para consolarla un poco más le pregunta: “¿No es tu velo de esposa este? ¿O tejiste otro con nuevo lino?”.

“Es así. Lo consagro con Ella al Señor. No tengo ya más la vista... Y también las riquezas han disminuido mucho por los impuestos y desgracias... No podía hacer gastos mayores. Le conseguí un rico ajuar para el tiempo en que esté en la casa de Dios y para después... pienso que no viviré para vestirla cuando sean sus nupcias... y quiero que la mano de su mamá seas siempre, aunque fría e inmóvil, la que la prepare para las nupcias y la que le tejió sus vestidos de esposa”.

“¡Oh! ¿Por qué piensas así?”

“Ya estoy vieja prima. Nunca lo había sentido como ahora bajo el peso de este dolor. He dado las últimas fuerzas de mi vida a esta flor, para llevarla en el seno, alimentarla, y ahora... y ahora... en estos momentos, me consume el dolor de perderla, y acaba con mis fuerzas”.

“No hables así, por Joaquín”.

“Tienes razón. Trataré de vivir para mi marido”.

Joaquín ha fingido no estar oyendo, atento a escuchar a Zacarías, pero lo ha oído y lanza un suspiro con sus ojos preñados en lágrimas.

“Son como las diez. Creo que sería bueno que fuésemos” dice Zacarías.

Todos se levantan. Se ponen sus mantos para salir; pero antes María se arrodilla en el dintel con los brazos abiertos: un querubín suplicante: “¡Padre!, ¡Madre!, ¡Vuestra bendición!”

No llora esta pequeñita fuerte, pero sus labios tiemblan y su voz, entrecortada por un sollozo interno, se parece más que nunca al tembloroso gemido de la tortolita. Su carita está mucho más pálida y sus ojos tienen esa mirada de resignada angustia que será mucho mayor, cuando la verá en el Calvario y en el Sepulcro.

Sus padres la bendicen y la besan una, dos, diez veces. No se sacian. Isabel llora en silencio y Zacarías, aunque aparenta no sentir nada, es presa de la emoción.

Salen. María camina entre sus padres como antes. Delante van Zacarías y su mujer. Están dentro de los muros del templo.

“Voy a ver al Sumo Sacerdote. Vosotros subid hasta a la terraza grande”.

Atraviesan tres patios y tres atrios. Han llegado a los pies del ancho cubo de mármol coronado con oro. Cada cúpula, como una media naranja al revés, brilla al sol que ahora, en

¹ Cfr. Gen. 22, 1-14.

su cenit, cae perpendicularmente en el amplio patio que rodea el gran edificio y llena la ancha plaza y la menos ancha escalinata que lleva al templo. Sólo el portal que está enfrente de la escalinata a lo largo de la fachada, tiene sombra, y la puerta altísima de bronce y oro se ve mucho más oscura y majestuosa en medio de tanta luz.

María parece estar hecha de nieve entre los rayos del sol. Ha llegado a los pies de la escalinata entre sus padres. ¡Cómo debe palpar el corazón de los tres! Isabel está al lado de Anna, pero un poco detrás, un medio paso.

Un sonido de trompetas de plata y la puerta gira sobre sus goznes, que parece que produzcan un sonido de cítara al girar sobre las bolas de bronce. Se ve el interior con sus lámparas en el fondo, y un cortejo viene de allá dentro hacia fuera. Un cortejo pomposo entre sonido de trompetas de plata, nubes de incienso y luces.

Han llegado al dintel, delante del cual está a no dudarlo el Sumo Sacerdote. Un viejo de aspecto majestuoso, vestido con lino finísimo y sobre él una túnica más corta también de lino, y sobre esta una especie de dalmática multicolor, algo semejante a la dalmática y a la vestidura de los diáconos: los colores púrpura y oro, violeta y blanco se mezclan entre sí y brillan como joyas al sol; dos joyas verdaderas brillan mucho más sobre la espalda. Tal vez sean hebillas con sus engastes preciosos. En el pecho una placa larga que brilla al resplandor de piedras preciosas pendiente de una cadena de oro. Pendientes y adornos brillan en la parte inferior de la túnica corta. Oro resplandece sobre la frente, sobre el gorro que me recuerda al de los sacerdotes ortodoxos², su mitra hecha en forma de media naranja, y más bien en forma de punta como la de los católicos³.

El majestuoso personaje avanza sólo hasta donde empieza la escalinata en medio del resplandor del oro que hace brillar el sol y que lo hace más imponente. Los demás esperan en forma de círculo fuera de la puerta, bajo el portal sombrío. A la siniestra hay un grupo de niñas vestidas de blanco con Anna la profetiza y otras mujeres de edad, sin duda, maestras.

El Sumo Sacerdote mira a la Pequeñita y sonríe. La debe ver muy pequeñita a los pies de la escalinata de un templo egipcio. Levanta los brazos al cielo en forma de plegaria. Todos inclinan la cabeza como anonadados ante la majestad sacerdotal en comunión con la Majestad eterna. Después, una señal a María.

Se separa de sus padres y sube. Sube como extasiada. Sonríe. Sonríe a la vista de la parte menos clara del templo, donde baja el Velo santo... Está ya sobre la escalinata, a los pies del Sumo Sacerdote que le pone las manos sobre la cabeza. La víctima es aceptada. ¿Había tenido el templo alguna vez hostia más pura?

Luego se voltea, con la mano sobre la espalda como para conducir al ara a la Corderita sin mancha. La lleva cerca de la puerta del templo. Antes de hacerla entrar, pregunta: "María de la estirpe de David, ¿conoces tu promesa?"

Al "sí" argentino con que le responde, en voz alta le contesta: "Entra, pues. Camina en mi presencia y sé perfecta⁴".

Y María entra. La penumbra la absorbe, el grupo de las vírgenes, de las maestras, después el de los levitas la ocultan más, la separan...

14. "La eterna Virgen tuvo sólo un pensamiento: dirigir su corazón a Dios"

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

"El Sumo Sacerdote dijo: "Camina en mi presencia y sé perfecta". El Sumo Sacerdote no sabía que hablaba a mi Madre sólo inferior a Dios en perfección. Pero hablaba en nombre de

² Se sobreentiende: y católicos orientales.

³ Se sobreentiende: romana.

⁴ Cfr. Gén 17. 1.

Él y por eso su recomendación era sagrada. Siempre digna de tenerse en cuenta, y sobre todo a la Llena de gracia.

María había merecido que la “Sabiduría la preparase de antemano y se le mostrase”, porque desde el principio de su vida Ella había estado a su puerta; y deseando instruirse *por amor*, quiso ser pura para alcanzar el amor perfecto y merecer tenerla por maestra¹.

Como era muy humilde no sabía que la poseía desde antes de nacer², y que la unión con la Sabiduría no era sino continuar las divinas palpitaciones del Paraíso³. No podía imaginar esto. Y cuando en el silencio de su corazón Dios le decía palabras sublimes, Ella humildemente pensaba que podían ser pensamientos de orgullo y levantando a Dios un corazón inocente suplicaba: “¡Piedad de tu sierva, Señor!”.

¡Oh! La verdadera Sabia, la eterna Virgen en realidad tuvo desde el principio de la vida un solo pensamiento: “Dirigir a Dios su corazón desde el amanecer y estar atenta a lo que quisiera el Señor, orando ante el Altísimo” pidiendo perdón por la debilidad de su corazón, como su humildad le sugería creer, y no sabía que anticipaba sus peticiones de perdón por los pecadores, que haría más tarde a los pies de la Cruz con su Hijo agonizante.

“Cuando el gran Señor la querrá, Ella será llena del Espíritu de Inteligencia”⁴ y comprenderá entonces su sublime misión. Por ahora no es más que una pequeñita, que en la tranquilidad sagrada del templo une, estrecha cada vez más sus conversaciones, sus afectos, sus recuerdos con Dios”.

15. Muerte de Joaquín y Anna.

31 agosto 1944

Dice Jesús

“Cual rápido crepúsculo invernal en que un viento helado amontona nubes en el cielo, la vida de mis abuelos tuvo ante sus ojos rápida la noche, después que su Sol se había quedado a brillar ante el sagrado Velo del Templo.

¿Pero no acaso está dicho: La Sabiduría da vida a sus hijos, toma bajo su protección a los que la buscan... Quien la ama, ama la vida y quien está atenta a ella, gozará de su paz. Quien la posea, tendrá por herencia la vida... Quien la sirva, obedecerá al Santo y quien la ame, será muy amado de Dios... Si creyere en ella la tendrá por herencia que se transmitirá a sus descendientes porque lo acompaña en la prueba. Ante todo lo escoge, luego enviará sobre él temores, miedos y pruebas, lo hará sufrir, con el látigo de su disciplina, hasta que lo haya probado en sus pensamientos y pueda fiarse de él. Pero después le dará tranquilidad, volverá a él por camino derecho y lo hará feliz. Le descubrirá sus arcanos, pondrá en él tesoros de ciencia, y de inteligencia en la justicia”¹?

Así es. Todo esto se ha dicho. Los libros sapienciales se aplican a todos los hombres que en ellos pueden encontrar un espejo para su conducta y guía. Felices los que pueden ser reconocidos entre los amantes espirituales de la Sabiduría.

Yo me rodeé de sabios entre mis familiares. ¿Anna, Joaquín, José, Zacarías, Isabel y el Bautista no son acaso de los verdaderos sabios? No hablo de mi Madre, en quien habita la Sabiduría.

La Sabiduría había inspirado a mis abuelos desde su juventud hasta la tumba la manera de vivir de un modo grato a Dios, y cual tienda de campaña que protege contra la furia de los elementos, los había protegido del peligro de pecar. El temor santo de Dios es el fundamento del árbol de la sabiduría, que apoyada en él se lanza con todas sus ramas hacia lo alto para

¹ Cfr. Prov. 8, 17-34.

² esto es: desde su concepción y por lo tanto antes de nacer.

³ esto es: cuando Dios creó el alma de María.

⁴ Cfr. Eccli. 39, 8

¹ Cfr. Eccli. 4, 12-21.

llegar con su copa hasta el amor tranquilo en su paz, al amor pacífico en su seguridad; al amor seguro en su fidelidad; al amor fiel en su intensidad, al amor total, generoso, activo de los santos.

“Quien ama a ella, ama la vida y tendrá la Vida por herencia” dice el Eclesiástico². Esto se ajusta a lo que Yo dije: “El que pierda su vida por amor mío, la salvará”³. Porque no se refiere a la pobre vida de la tierra, sino a la eterna, no a la alegría de una hora, sino a la de los inmortales.

Joaquín y Anna la amaron de ese modo. Y Ella estuvo con ellos en las pruebas. Vosotros, aunque no seáis del todo malos, no os gustaría tener tantas pruebas para no llorar y sufrir. Cuántas tuvieron estos justos que merecieron tener por hija a María.

La persecución política que los desterró de la tierra de David, y los hizo más pobres. La tristeza de ver caer en la nada los años sin que bajase una flor a decirles: “Yo vengo después de vosotros”. Y luego, la ansiedad por haberla tenido en una edad en que estaban seguros que no la verían florecer. Luego el que tuvieron que arrancársela para ponerla ante el altar de Dios. Y luego, vivir en un silencio mucho más pesado, ahora que se habían acostumbrado al cantar de su tortolita, al ruido de sus pasitos, a la sonrisa y besos de su hijita, y esperar en los recuerdos, la hora de Dios. Yo todavía más. Enfermedades, cambios de tiempo, arrogancia de los poderosos... tantos golpes de ariete contra el débil castillo de su modesta prosperidad. Y no fue suficiente: la pena que tenían al saber que su hijita estaba lejos, que se quedaba sola y pobre, y no obstante todas sus providencias tomadas y sacrificios, no tendría sino una poca cosa de los bienes paternos. Y ¿cómo los encontraría si por muchos años se quedaban incultos, cerrados, en espera de Ella? Temores, miedos, pruebas y tentaciones. Fidelidad, fidelidad, fidelidad siempre para con Dios. La tentación más fuerte: no privarse del consuelo de tener a su hija cuando su vida ya declinaba.

Pero los hijos son de Dios antes que de los padres. Cada hijo puede decir lo que le dije a mi Mamá: “¿No sabes que debo preocuparme de los intereses del Padre de los cielos?”⁴. Cada madre, cada padre debe aprender esta actitud, mirando a María, y a José en el templo, a Anna y a Joaquín en su casa de Nazaret que cada vez más se ve solitaria, triste, pero en la que una cosa no disminuye nunca, antes bien siempre crece: la santidad de dos corazones, la santidad de un matrimonio.

¿Qué queda a Joaquín enfermo y qué a su esposa de luz en las largas y silenciosas noches de su vejez en las que se sienten morir? Los vestiditos, las primeras sandalias, sus juguetes, los recuerdos de Ella. Y con estos, una paz que viene al decir: “Sufro, pero he cumplido con mi deber para con Dios”

Entonces se encuentra una alegría sobrehumana que brilla con luz celestial, desconocida a los hijos del mundo, que no se oscurece sobre los párpados de ojos que mueren, sino que en el último momento brilla más, ilumina las verdades que habían estado dentro por toda su vida, encerradas como mariposas en su capullo, y daban señal de existir por los movimientos suaves de leves resplandores, mientras ahora abren sus alas al sol y muestran las palabras que las embellecen. La vida se apaga en el conocimiento de un futuro feliz para ellos y para su estirpe, y con una bendición en sus labios para Dios.

Así fue la muerte de mis abuelos. Era justo, pues su vida había sido santa. Por su santidad merecieron ser los primeros guardianes de la Amada de Dios, y sólo cuando un Sol más grande se mostró en su crepúsculo mortal, intuyeron las gracias que Dios les había concedido. Por su santidad, Anna no sufrió los dolores de una parturienta, sino que gozó de un éxtasis por ser la que dio a luz a la Inmaculada. Ambos tuvieron no la angustia de la agonía, sino la languidez que se apaga, como se apaga suavemente una estrella cuando el sol se levanta en el oriente. Y si no tuvieron el consuelo de verme encarnado, como lo tuvo José, Yo, con mi

² Cfr. Eccli. 4, 13-14.

³ Cfr. Mt. 16, 25; Mc. 8, 35; Lc. 9, 24.

⁴ Cfr. Lc. 2, 49.

invisible presencia, les decía palabras sublimes, inclinado sobre su almohada para cerrar sus ojos en la paz, en la esperanza del triunfo.

¿Habrá quien me diga: Porqué no sufrieron, ella al dar a luz y ambos al morir, pues eran hijos de Adán? Respondo a lo primero: “Si por haberse encontrado cerca de Mí en el seno de mi Madre, el Bautista fue santificado de antemano⁵, que era hijo de Adán y concebido con la culpa de origen, ¿ninguna gracia habría tenido la madre santa de la Santa en quien no hubo Mancha, a la que Dios preservó y la que llevó a Dios en su espíritu casi divino, la que jamás se separó de este espíritu desde que el Padre la pensó, que fue concebida en un vientre, y tornó a poseer a Dios plenamente en el cielo por una eternidad gloriosa?”. A lo segundo respondo: “La recta conciencia da una muerte serena y las oraciones de los santos alcanzan tal muerte”.

Joaquín y Anna siempre conservaron una conciencia recta, la que se erguía cual tranquilo panorama y los guiaba al cielo, y tenían a la Santa que oraba ante el Tabernáculo de Dios por sus padres lejanos, a quien pospuso para tener a Dios, Bien Supremo, pero a los que siempre amó, como la Ley y su corazón se lo pedían, con un amor sobrenaturalmente perfecto”.

16. “Tú deberías ser la Madre del Masías”.

2 septiembre 1944

Veo a una hermosa jovencita que es María. Una María de unos doce años a lo más. Su carita ya no es redonda como cuando era pequeña; ya presenta el perfil de la mujer con su perfil ovalado. No trae ya los cabellos sueltos sobre su nuca con sus ligeros pendientes, sino que los trae recogidos en dos gruesas trenzas de color muy pálido –como si estuviesen mezclados con plata, por lo blanco que parecen– sobre su espalda, y le bajan a los lados. Su rostro es más serio, más maduro, aun cuando no deja de ser el rostro de una jovencita, de una hermosa y cándida jovencita vestida de blanco y que está cosiendo en una pequeña habitación que también es blanca del todo; por la ventana abierta se ve el edificio imponente del templo que está en el centro y luego toda la bajada de los peldaños de los patios, de los portales y, más allá de los muros, la ciudad con sus calles y casas y jardines, y en el fondo la cima abultada y verde en forma de joroba del monte de los Olivos.

Cose y canta en voz baja. No sé si sea un cantar sagrado. Dice:

“Como una estrella dentro de transparente agua, así una luz en lo profundo de mi corazón brilla.

Desde mi infancia siempre contigo he estado

Y suavemente con amor me guía.

En lo más hondo del corazón hay un cantar.

¿De dónde vengo acaso?

Mortal, no lo sabes.

De donde el Santo su misión tiene.

Yo miro mi brillante estrella

Y no quiero otra cosa que no sea ella,

Aunque sea lo más dulce, lo más querido,

Porque esa luz es toda mía.

¡Oh Estrella! De lo profundo de los cielos,

al seno de una mujer me enviaste.

Ahora dentro de mí vives, pero más allá de los velos

Contemplo tu rostro ¡Oh Padre grandioso!

¿Cuándo a tu sierva honra darás

de que el Salvador humilde sierva sea?

Manda, del cielo manda a tu Mesías.

Acepta Padre santo, la ofrenda mía”.

Calla y sonrío y suspira. Luego se inclina profundamente en oración. Su rostro está bañado en luz. Levantado hacia un terso cielo azul de otoño, parece como si concentrase en sí toda luminosidad y la irradiase. O mejor dicho, parece que de su interior un oculto sol irradia sus luces y enciende la nieve apenas de color rosa de la piel de María, y se derrama en las cosas y en el sol que brilla sobre la tierra, bendiciendo y prometiendo toda clase de bienes.

Cuando María está por levantarse después de su amorosa plegaria, y en su rostro todavía quedan rastros de un éxtasis, entra la vieja Anna de Fanuel y se detiene sorprendida, o por lo menos admirada de la actitud y aspecto de María. Le dice: “María” y la Jovencita se voltea con una sonrisa diversa, pero que no deja de ser hermosa, y responde: “Anna, sea contigo la paz”.

“¿Estabas orando? ¿Nunca te cansas de orar?”

“La oración sería suficiente, pero yo hablo con Dios. Anna, no puedes comprender cómo lo siento cerca de mí. Más bien: dentro de mí. Dios me perdone este orgullo, pero no me siento sola. ¿Lo ves? En aquella casa de oro y de nieve, dentro de la doble cortina, está el Santo de los Santos. Jamás ojo humano, fuera del Sumo Sacerdote, puede clavarse sobre el Propiciatorio en que descansa la gloria del Señor. Pero no tengo necesidad de mirar con toda el alma reverente ese doble Velo, que se mueve al sentirse tocado por los cantos de las vírgenes y de los levitas y que huele a preciosos inciensos, para traspasar sus punturas y ver resplandecer el Pacto. ¡Lo miro! No tengas miedo de que no te mire con ojos reverentes como lo hace cualquier israelita. No temas que el orgullo me ciegue y que me haga pensar lo que te estoy diciendo. Miro allá y no hay humilde siervo en el pueblo de Dios que mire con mayor humildad la casa de su Señor como yo la miro, pues convencida estoy de ser la más vil de todos. ¿Pero qué veo? Un velo. ¿En qué pienso más allá del Velo? En un Tabernáculo. ¿Qué hay en él? Y si me veo en el corazón, entonces, veo que Dios brilla con su gloria amorosa y que me dice: “Te amo” y yo le contesto: “Te amo” y me deshago y me deleito a cada palpar de mi corazón con este beso recíproco.

Estoy con vosotras maestras y compañeras, pero un cerco de fuego me aísla de vosotras. Dentro del cerco, Dios y yo. Os veo a través del Fuego de Dios y así os amo... pero no puedo amaros según los mortales suelen hacerlo, ni mortal alguno lo podrá hacer. Sino sólo Éste que me ama, y según el espíritu. Comprendo mi suerte. La ley secular de Israel exige de cada joven que sea una esposa, y de cada una de estas una madre¹. Pero yo, pese a que obedezco a la Ley, obedezco a la Voz que me dice: “Yo te amo”, y soy virgen y lo seré. ¿Cómo podré conseguirlo? Esa dulce, invisible presencia que está conmigo, me ayudará, porque tal es su voluntad. No tengo miedo.

No tengo ya más padre ni madre... y sólo el Eterno sabe cómo en ese dolor se consume cuanto tenía yo de humano. Se consume con cruel dolor. Ahora no tengo más que a Dios. A Él pues, obedezco ciegamente... Lo mismo habría hecho aun contra mi padre y madre, porque la Voz me dice que quien quiera seguirla debe pasar más allá de su padre y madre, que son cual guardias amorosos junto a los muros del corazón filial, que desean llevar a uno a la alegría según piensan... y no comprender que hay otros caminos cuya alegría es infinita... Les habría dejado vestidos y manto, con tal de seguir la voz que me dice: “Ven, amada mía, esposa mía”. Todo les habría yo dejado; y las perlas de las lágrimas, porque habría llorado por haber desobedecido, y los rubíes de mi sangre, que aún muerta habría desafiado a todo con la condición de seguir la Voz que me llama. Les habría dicho que hay algo más grande que el amor por su propio padre y algo más dulce que por la propia madre, y es la Voz de Dios. Pero ahora su Voluntad me ha dejado libre aún de este lazo de piedad filial. ¡Bueno! No hubiera sido un impedimento. Eran ambos justos y Dios, no cabe duda, les hablaba como me habla a mí. Habrán seguido por el camino de la justicia y verdad. Cuando pienso en ellos, pienso que están esperando como lo hacen los mismos Patriarcas, y trato de apresurar con mi sacrificio la llegada del Mesías para que les abra las puertas del cielo. En la tierra me encuentro y yo misma me gobierno, esto es, Dios es quien gobierna a su pobre sierva dándole sus órdenes.

¹ Cfr. Por ejemplo: Gen 1, 28; 9, 1; Núm 36, 6-10; Tob 8, 9; 1º Tim 5, 14.

Las cumplo porque cumplirlas es mi gozo. Cuando llegue la hora, diré a mi esposo mi secreto... y él lo aceptará”.

“Pero, María... ¿qué palabras le dirás para persuadirlo? En cambio del amor de un hombre, tendrás en contra la Ley y la vida”.

Tendré conmigo a Dios... Dios iluminará el corazón de mi esposo... la vida perderá sus estímulos del sentido y se convertirá en una flor pura que tendrá como perfume la caridad. La Ley... Anna, no digas que blasfemo. Yo pienso que la Ley está a punto de ser cambiada. ¡Quién lo hará? Piensas, pues es divina. Tan sólo el que la puede cambiar, Dios. El tiempo está más cercano de lo que os imagináis, os lo aseguro. Al leer a Daniel² he recibido una gran luz que me salía del centro del corazón, y mi inteligencia comprendió el sentido de las palabras arcanas. Las sesenta semanas serán acortadas por las oraciones de los justos, ¿Cambiado el número de los años? No, Una profecía no miente. No es el movimiento del sol, sino el de la luna el que sirve de medida para el tiempo señalado en la profecía, de lo que deduzco: “La hora que oírás llorar al Nacido de una Virgen está muy cercana” ¡Oh, yo quisiera que esta Luz que me ama me dijese, pues muchas cosas me dice, dónde está la mujer que dará a luz al Hijo de Dios, y el Mesías a su pueblo³. Descalza caminaría por la tierra. Ni frío, ni hielo, ni polvo ni canícula, ni fieras ni hambre me impedirían llegar hasta Ella y decirle: “Permite a tu sierva, y a la sierva del Mesías que viva bajo tu techo. Daré vueltas a la piedra del molino, a la de la prensa. Tómame como esclava que trabaje en la piedra del molino, como pastora de tus ganados, como la que limpie los pañales de tu Hijo, ponme en tu cocina, en tus hornos... donde quieras, pero acógeme. ¡Que lo vea yo! Que oiga su voz. Que su mirada me llegue”. Y si no aceptase, pordiosera junto a su puerta viviría de limosnas y afrentas, junto al aprisco y a las incomodidades con tal de oír la voz del Mesías niño y el eco de su risa, y luego poder verlo pasar... Y tal vez llegaría un día en que me regalase un pedazo de pan... ¡Oh! Si el hambre me destrozase las entrañas y si me sintiera morir por el largo ayuno, *no me comería aquel pan*. Lo estrecharía como un joyel de perlas contra mi corazón y lo besaría para percibir el perfume de la mano del Mesías, y no tendría ya más hambre, ni frío, porque su contacto me daría éxtasis y calor, éxtasis, y alimento...”

“Tú deberías ser la Madre del Mesías, tú que lo amas en tal forma! ¿Por esto quieres permanecer virgen?”

“¡Oh, no! Soy miseria. Soy polvo. No me atrevo a levantar mi mirada hacia el lugar de la Gloria. Por esto, porque más allá del doble Velo, más allá de donde sé que está la invisible presencia de Yeová, me gusta mirar dentro de mi corazón. Allí está el Dios terrible del Sinaí. Aquí, dentro de mí, veo a nuestro Padre, un amoroso Rostro que me sonríe y me bendice, porque soy pequeña como un pajarito que el viento levanta sin sentir su peso, y débil como el tallo del musgo selvático que no sabe hacer otra cosa que florecer y dar perfume, y no opone al viento otra fuerza que la de su perfumada y suave dulzura. Dios, ¡mi viento de amor! No por esto, sino porque el Hijo de Dios y de una Virgen, al Santísimo no puede agradar sino lo que en el cielo eligió para Madre y lo que sobre la tierra le habla del Padre celestial: la Pureza. Si la Ley reflexionase en esto, si los rabinos que la han multiplicado con tantas sutilezas de su doctrina, encaminando su inteligencia a horizontes más altos, se sumergiesen en lo sobrenatural dejando lo humano y las conveniencias que buscan con anhelo, olvidados del fin supremo, deberían encaminar sus enseñanzas a la Pureza, para que el Rey de Israel la encuentre cuando llegue. Con los ramos de oliva para el que viene cual Purificador, con las palmas del Triunfador esparcid lirios y más lirios. ¡Cuánta sangre deberá derramar para redimirnos el Salvador! ¡Cuánta sangre! He ahí que de las miles y miles de heridas que Isaías

² Cfr. Dan 9, 24.

³ A nadie debe extrañas esta ignorancia de María acerca de su destino de ser Madre de Jesús. Dios que por singular privilegio le había concedido una sabiduría proporcionada a su estado de Inmaculada y predestinada a ser Madre del Verbo Encarnado, por motivos que ignoramos, quiso que María *ignorase* algunas cosas hasta el momento que *debía* saberlas.

vio en el Hombre de dolores⁴, cae como rocío de un vaso poroso, una lluvia de Sangre. Que no caiga donde hay profanación y blasfemia esta Sangre divina, sino que caiga en cálices de fragante pureza que la acojan, que la recojan, para esparcirla sobre los enfermos de espíritu, sobre los leprosos del alma, sobre los muertos para con Dios. ¡Dad lirios, lirios dad para rociar con sus pétalos puros, los sudores y lágrimas del Mesías! ¡Dad lirios, dadlos para calmar el ardor de su fiebre de Mártir! ¡Oh! ¿dónde estará ese Lirio que te lleva? ¡Dónde el que te quitará la fiebre de tu sed? ¿Dónde el que tomará el color rojo de tu Sangre y morirá por el dolor que sienta el verte morir? ¿Dónde el que llorará sobre tu Cuerpo exangüe? ¡Oh, Mesías! Mesías. Ansia mía...”

María se calla. Las lágrimas la envuelven.

Anna por unos momentos no dice palabra alguna, después con su voz de anciana conmovida: “¿Tienes otra cosa qué enseñarme María?”.

María se sorprende. Tal vez ha creído a causa de su humildad, que su maestra la reprende y dice: “¡Oh, perdóname! Tú eres maestra, yo no soy nada. Pero estas voces me salen del corazón. Bien que las cuido para no permitir que salgan. Como río que bajo las fuerza de las ondas rompe los diques, así me toma y así me veo sacar fuera de cause. No tengas en cuenta mis palabras, y castiga mi presunción. Las palabras arcanas deberían estar en el arca secreta del corazón, que Dios favorece en su bondad. Lo sé, pero es tan dulce esta invisible Presencia que me siento ebria de ella... ¡Anna perdona a tu pequeña sierva!”.

Anna la estrecha contra sí. Su cara arrugada tiembla y una lágrima se asoma a sus ojos, que se resbala por sus arrugas como el agua por un terreno quebrado. La vieja maestra no provoca a risa. Su llanto provoca el más grande respeto.

María está entre sus brazos. Su carita contra el pecho de la vieja maestra. Y todo termina de este modo.

17. “Volvía a ver cuanto su espíritu había visto en Dios”.

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

María se acordaba de Dios. Soñaba a Dios. Creía soñar. No hacía otra cosa que volver a ver cuanto su espíritu había visto en el fulgor del cielo de Dios, en el instante fulmíneo en que fue creada para unirse a la carne concebida en la tierra. Participaba con Dios, si bien en un nivel muy inferior, como es razón, de una de las propiedades de Dios: la de recordar, ver y prever por el atributo de la inteligencia poderosa y perfecta porque la Culpa no la había dañado.

El hombre es creado a imagen y semejanza de Dios. Una de estas semejanzas consiste en la posibilidad de que el espíritu puede recordar, ver y prever. Esto explica la posibilidad de leer el futuro. Posibilidad que Dios da muchas veces y directamente, otras como recuerdo se levanta como sol matinal, iluminando un determinado punto del horizonte de los siglos ya visto desde el seno de Dios¹. Son misterios demasiado profundos para que los podáis comprender.

Pero pensad. Esta Inteligencia suprema, ese Pensamiento que sabe todo, esa Vista que todo lo ve, que os crea por un movimiento de su Voluntad y con un hálito de su amor infinito, haciéndoos sus hijos por el origen y sus hijos porque a Él debéis tender, ¿puede acaso daros algo distinto de Sí? Os la da en parte infinitesimal², porque la criatura no podría contener al Creador. Pero esta parte infinitesimal es perfecta y completa.

⁴ Cfr. Is 53, 5.

¹ Esto es, como se dijo: desde el momento fulmíneo de su creación.

² Esta y semejantes expresiones que aparecen en el presente capítulo deben entenderse no en sentido panteístico – pues se habla de “Creador” y “criatura”, de “padre” e “hijos” – sino en el que usan los místicos y en el restringido de los teólogos de “participación de Dios”.

¡Qué tesoro de inteligencia no dio Dios al hombre, a Adán! La culpa la ha disminuido, pero el sacrificio la vuelve a completar, y os abre los fulgores de la Inteligencia, sus ríos. Su ciencia. ¡Oh sublimidad de la mente humana unida a Dios por la gracia, que se hace participante de la capacidad de Dios de conocer!... *De la mente humana unida a Dios por la gracia.*

No hay otro modo. Ténganlo presente los que curiosamente quieren conocer los secretos que están más allá del alcance humano. Cualquier conocimiento que no viene de un alma en gracia —y no está en gracia quien se opone a la Ley de Dios que es muy clara— no puede proceder sino de Satanás³ y difícilmente corresponde a la verdad, aun cuando se refiera a cosas humanas, *jamás* está de acuerdo con la verdad, aún cuando se refiera a cosas que están más allá del alcance humano, porque el Demonio es padre de la mentira y arrastra por el sendero de la mentira. No hay ningún otro método para conocer la verdad, que el que viene de Dios, que habla y dice o hace que se recuerde, así como un padre hace que su hijo se recuerde de la casa paterna con: “¿Recuerdas cuando hacías esto conmigo? O bien ¿qué veías esto u oías aquello? ¿Recuerdas cuando te di el beso de despedida? ¿Recuerdas cuando me viste por primera vez, mi radiante rostro que se reflejaba en tu alma virgen, testigo creado y todavía limpia, porque apenas había salido de Mí, y de la tara que después te menguó? ¿Recuerdas cuando comprendiste en un palpar de amor qué cosa es el Amor? ¿Cuál es el misterio de nuestro Ser y Proceder?” Y a donde la capacidad limitada del hombre en gracia no llega, allí el Espíritu de ciencia habla y enseña.

Pero para poseer al Espíritu es menester la gracia. Para poseer la Verdad y la Caridad es necesaria la gracia. Para tener consigo al Padre es necesaria la gracia, Tabernáculo en que las Tres Personas habitan. Propiciatorio sobre el que se posa el Eterno y habla no de dentro de la nube, sino descubriendo su Rostro al hijo fiel.

Los santos se acuerdan de Dios, de las palabras que oyeron en la Mente Creadora y que la Bondad suscita de nuevo en sus corazones para levantarlo como águila a la contemplación de la Verdad al conocimiento del tiempo.

María fue la Llena de gracia Una y Trina estuvo en Ella. Toda la Gracia Una y Trina la preparó como a Esposa para las nupcias, como Tálamo para la Prole, como Divina para su Maternidad y misión. Ella es la que cierra el ciclo de las profetizas del Antiguo Testamento y abre el de los “portavoces de Dios” en el Nuevo Testamento.

Verdadera Arca de la Palabra de Dios, que al guardar en su seno, siempre intacto, descubría, trazadas con el dedo de Dios sobre su corazón inmaculado, las palabras de Ciencia eterna, y se acordaba, como todos los santos, de haberlas oído antes cuando Dios la creó con su espíritu inmortal, Dios creador de todo cuanto tiene vida. Y si no se acordaba de todo, de su futura misión, se debía a que en cualquier perfección humana Dios deja lagunas, por ley de una divina prudencia que es bondad y a favor de la criatura humana, y mérito para ella. María, la segunda Eva, se vio obligada a adquirir su parte de mérito para ser la Madre del Mesías con una voluntad fiel y buena, que Dios quiso también en su Mesías para hacerlo Redentor.

El espíritu de María estaba en el cielo. Su personalidad y su cuerpo en la tierra, y debía pisotear la carne y respetos humanos para llegar al espíritu y unirlo al Espíritu en un abrazo fecundo”.

18. “Dios te dará un esposo y será santo porque has puesto tu confianza en Él. Tú le dirás tu voto”.

3 septiembre 1944

María está en el Templo. Ahora sale de él entre otras doncellas. Debe haber habido alguna ceremonia porque se siente el olor del incienso por el aire que parece allá lejos rojizo por el

³ La afirmación que: “cualquier conocimiento que no viene de un alma en gracia... no puede... sino de Satanás” es verdadera en el presente contexto en que se habla del conocimiento de *secretos que están más allá del alcance humano*.

crepúsculo, que sin duda es de otoño porque el cielo es tan sosegado, y que se recarga sobre los jardines de Jerusalén, en los que el color amarillo ocre de las hojas que pronto caerán al suelo, forman manchas semi rojizas entre el verde-plata de los olivos.

El cándido grupo de las vírgenes atraviesa el patio posterior, sube la escalinata, pasa un portal, entra en otro patio menos bello, cuadrado y que no tiene más que una entrada. Será en el que están las pequeñas habitaciones de las vírgenes empleadas en el Templo, porque cada jovencita se dirige a su estancia como una palomita a su nido, y parece una bandada de palomas que se disperse después de haber estado junta. Muchas, mejor dicho, todas hablan entre sí, antes de separarse, en voz baja pero alegre, María guarda silencio. Sólo cuando se separa de las demás lo hace con cariño. Luego se dirige a su habitación, que está en un ángulo a la derecha.

Una maestra, entrada en años, pero no tanto como Anna de Fanuel le dice: “María, el Sumo Sacerdote te llama.

María la mira un poco sorprendida, pero no le hace ninguna pregunta. Tan sólo responde: “Voy pronto”. No sé si la amplia sala en que entra pertenezca a la casa del Sumo Sacerdote o forme parte de las habitaciones contiguas al Templo. Veo que es amplia, bien arreglada, y que además del Sacerdote, majestuoso con sus vestiduras, están Zacarías y Anna de Fanuel.

María hace una profunda inclinación en la entrada, y no sigue hasta que el Sumo Sacerdote le dice: “Adelante María. No tengas miedo”. María se endereza y avanza lentamente, no por desgana, sino por algo de solemnidad que le hace aparentar más años.

Anna le sonríe para darle valor y Zacarías la saluda con: “La paz sea contigo, prima”.

El Pontífice la mira atentamente. Y luego dice a Zacarías: “¡Cómo se ve que sea de la estirpe de David y Aarón! Hija, conozco tu carácter y tu bondad. Sé que diariamente has crecido en ciencia y gracia a los ojos de Dios y de los hombres. Sé que la voz de Dios murmura en tu corazón sus dulces palabras. Sé que eres la flor del templo de Dios y que un tercer querubín está ante el Tabernáculo desde que estás aquí. Quisiera que tu perfume continuase subiendo con el incienso de cada día. Pero la Ley dice otra cosa. Tú no eres más una niña, sino una mujer. Y toda mujer israelita debe casarse para poder presentar su hijo varón al Señor. Tendrás que seguir la prescripción de la Ley. No tengas miedo. No te sonrojes. No olvido tu realeza. La Ley te protege, pues prescribe que el varón tome por esposa a una de su estirpe¹; pero aunque no lo prescribiese, yo lo haría, para no corromper tu sangre real. ¿O conoces a alguien de tu estirpe, María, que pueda ser tu esposo?” María levanta su rostro completamente rojo de pudor. En sus pupilas brilla una lágrima. Con voz temblorosa responde: “A nadie”.

“No puede conocer a nadie porque entró cuando era muy pequeña, y la estirpe de David se encuentra muy mal y dispersa para permitir que los diversos ramos se unan para formar de nuevo la palma real” dice Zacarías.

“Entonces que Dios escoja”.

Las lágrimas que hasta ahora se habían contenido, brotan y le llegan hasta la boca. María manda una mirada suplicante a su maestra.

¡María se ha prometido al Señor para gloria de Él y salvación de Israel. No era más que una niña cuando ya había hecho esta promesa...” dice Anna.

“¿Y por esto lloras, no es verdad? No porque no quieras obedecer a la Ley”.

“Por eso... no por otra cosa. Yo te obedezco, Sacerdote de Dios.

“Esto me confirma lo que siempre me dijeron de ti. ¿Cuántos años hace que prometiste tal cosa?”

“Siempre la he prometido. Todavía no había venido a este templo y ya me había entregado al Señor”.

“¿Pero no eres tú la que hace unos 12 inviernos viniste a pedir que se te permitiera entrar?”

“La misma”.

¹ Cfr. Núm 36, 6-10.

“Y cómo puedes decir que ya te habías prometido a Dios?”

“Si miro para atrás, me veo ya consagrada al Señor... No recuerdo la hora en que nací, ni en la que empecé a amar a mi madre y a decir a mi padre: “Yo soy tu hija”... ni tampoco recuerdo el momento en que entregué a Dios mi corazón. Tal vez fue con el primer beso que di, con la primera palabra que pronuncié, con el primer paso... Tal vez es así. Yo creo que mi primer recuerdo de amor lo encuentro con mi primer paso que di... Mi casa... mi casa tenía un jardín lleno de flores... tenía un huerto y campos... y un manantial había allí, en el fondo, cerca del monte, y brotaba de una roca excavada en forma de gruta... estaba llena de musgos de largos tallos que parecían como cascadas verdes y como que llorasen, porque sus hojitas, cual un precioso bordado, tenían una gotita de agua que al caer sonaba como una campanita. También el manantial cantaba. Había pajaritos en los olivos y manzanos al borde del manantial, y palomas blancas venían a bañarse en sus aguas claras... Ya no me acordaba de esto, porque había puesto todo mi corazón en Dios, y fuera del recuerdo de mi padre y madre, a quienes siempre he amado, todas las otras cosas se me habían ido del corazón... Pero tú me has hecho volver a recordarlas... Debo buscar *cuándo* me entregué a Dios... y las cosas de mis primeros años regresan a mi mente...

A mí me gustaba aquella gruta, porque oía una voz que era más suave que el canto del agua y de los pajaritos, y que me decía: ¡Ven, amada mía”. A mí me gustaban aquellas hierbas diamantinas de gotas sonoras, porque en ellas veía la señal de mi Señor y me extasiaba al decirme a mi misma: “Mira cuán grande es tu Dios, alma mía. El que hizo los cedros del Líbano para los vientos, hizo estas hojitas que se doblegan bajo el peso de un mosquito para que tus ojos se alegren y para que tu pie no se hiera”. A mí me gustaba aquel silencio de cosas puras: la ligera brisa, la plateada agua, la limpieza de las montañas... me gustaba aquella paz que había en la gruta, cubierta con manzanos y olivos, llenos en flor, y luego cargados de sus frutos... Y no sé... me parecía que la voz descendía y me decía: “Ven tú, hermoso olivo; ven tú, dulce manzana; ven. Fuente sellada; ven, paloma mía”... Dulce era el amor de mi padre y de mi madre... dulce me era su voz cuando me llamaba... pero ¡esa! ¡esa! ¡Oh!, me imagino que así la oyó en el paraíso terrenal aquel que se hizo culpable; y no comprendo cómo pudo haberle gustado más el silbido de la serpiente que esta amorosa voz, cómo pudo desear otro conocimiento que no fuese Dios... Con mis labios que todavía tenían la leche materna, con el corazón ebrio de la miel celestial, entonces dije: “Sí. Voy. Soy tuya. Mi cuerpo no conocerá otro Señor más que Tú, así como mi corazón no tiene otro amor más que el tuyo” ... Y al decirlo me parecía que decía palabras que ya antes había dicho, y que realizaba una ceremonia ya realizada; no me era desconocido el Esposo elegido de antemano, porque conocía su ansia, y mi mirada se había adaptado a su luz y mi capacidad de amar se había madurado entre sus brazos. ¿Cuándo?... No lo sé. Más allá de la vida², diría yo, porque me parece que siempre lo he tenido, y que Él siempre me ha poseído y que yo existo porque Él me ha querido para alegría de su Espíritu y mío...

Obedezco Sacerdote. Pero dime qué debo hacer. No tengo padre ni madre. Tú eres mi guía”.

“Dios te dará el esposo, y será un santo porque pones tu confianza en Dios. Le dirás la promesa que hiciste”.

“¿Y la aceptará?”

“Así espero. Ruega, hija, para que Él pueda comprender tu corazón. Vete ahora. Que Dios siempre te acompañe”.

María se retira con Anna. Zacarías se queda con el Sumo Sacerdote.

La visión termina de este modo.

19. José es señalado por esposo de la Virgen.

² Esto es, desde el momento instantáneo de la creación de su alma. Cfr.. cap. 17.

4 septiembre 1944

Veo una rica sala con rico piso y cortinas y alfombras y muebles enchapados. Probablemente forma parte del Templo, porque hay sacerdotes, entre los que está Zacarías, y muchos hombres de varias edades, esto es, de veinte a cincuenta años.

Entre sí hablan quedo pero con animación. Porque tienen ansia por algo que no sé. Todos traen vestidos de fiesta, nuevos o bien limpios, como si fuesen a asistir a una fiesta. Muchos se han quitado lo que les sirve de turbante, otros no, sobre todo los más avanzados en años. Los jóvenes hacen gala de sus cabezas descubiertas: unas de color rubio oscuro, otras de color muy negro, otras de color cobrizo. Las cabelleras son generalmente cortas, pero hay algunas largas, que llegan hasta la espalda. Se ve que no se conocen entre sí, porque se miran curiosamente; pero sí parece que tengan un punto afín, porque un solo pensamiento los persigue.

En un ángulo veo a José. Habla con un viejo robusto. José tiene unos treinta años. Es un hombre bien presentado con cabellos cortos, más bien, encrespados, de color castaño mora, lo mismo que la barba; de bigotes que realzan un bien formado mentón, y que suben hacia unas mejillas moreno-rojizas, pero no de color olivo como en los otros hombres de color moreno. Tiene ojos oscuros, amables, profundos, muy serios, diría yo, hasta un poco tristes. Pero cuando sonríe, como ahora lo hace, se ven alegres y juveniles. Su vestido es de color café ligero, muy sencillo, pero bien arreglado.

Entra un grupo de jóvenes y se coloca entre la puerta y una mesa larga y estrecha, que está cerca de la pared en cuyo centro está la puerta que queda abierta. Sólo queda una cortina recorrida, que llega a unos veinte centímetros a flor de tierra, y que cubre el hueco.

La curiosidad aumenta; y mucho más cuando una mano separa la cortina para dar paso a un levita, que trae en sus brazos un manojo de ramas secas en las que delicadamente hay una rama en flor. Una ligera espuma de pétalos blancos, que apenas si recuerdan su antiguo color rosado que irradia del centro y se hace más ligero en la extremidad de los delicados pétalos. El levita deposita un manojo de ramas sobre la mesa con mucho cuidado para no ajar esa rama en flor en medio de tantas secas.

Un ruido recorre la sala. Todos alargan sus cuellos. Todos tratan de mirar. También Zacarías y los sacerdotes que están cerca de la mesa quieren ver, pero no se ve nada. José en su ángulo apenas si da una mirada al manojo de ramas y cuando su interlocutor le dice algo, hace señal de que no, como si dijese: "Imposible" y sonríe.

Se oye el sonido de la trompeta más allá de la cortina. Todos se callan y se ponen en fila correcta con la cara hacia la entrada que se ve abierta, porque se ha corrido la cortina. Rodeado de otros ancianos entra el Sumo Pontífice. Todos se inclinan profundamente. El Pontífice se dirige a la mesa y habla estando de pie.

"Oídme, vosotros de la estirpe de David, que os habéis reunido por orden mía. El Señor ha hablado ¡sea bendito! Un rayo de su gloria ha descendido y como sol de primavera ha dado vida a un ramo seco, y este ha florecido milagrosamente, mientras que ningún otro ramo ha florecido hoy, hoy el último día de las Ecenias; mientras que todavía no se ha disuelto la nieve que cayó sobre las alturas de Judá y es la única blancura que haya en Sión y Betania. Dios ha hablado, haciéndose padre y tutor de la Virgen de David, quien no tiene como tutor a nadie más que a Él. Doncella santa, gloria del Templo y de su estirpe, ha merecido que Dios hablase para conocer el nombre del esposo que el Eterno quiere darle. Este debe ser un hombre muy justo para que el Señor lo haya elegido para cuidar de la Virgen ¡a quien Él ama tanto! Esta es la razón por la que nuestro dolor se calma, y toda preocupación sobre el destino de Ella desaparece. Al que Dios señaló confiamos completamente la Virgen sobre la que está la bendición de Dios y nuestra. El nombre del esposo es José de Jacob betlehemita, de la tribu de David, carpintero en Nazaret de Galilea. José: ven acá. El Sumo Sacerdote te lo ordena".

Un gran ruido. Cabezas que se vuelven, ojos y manos que hacen señas, expresiones de caras llenas de desilusión y expresiones que respiran alivio. Alguien sobre todo entre los de más edad, estará contento de no haber tenido tal suerte.

José muy colorado, embarazado avanza. Está ahora, ante la mesa, frente al Pontífice a quien saluda reverentemente.

“Acercaos todos y ved el nombre escrito sobre la rama. Tome cada uno la suya, para que esté seguro de que no hay engaño”.

Todos obedecen. Miran la rama que con delicadeza tiene el Sumo Sacerdote. Cada quien toma la suya. Unos la rompen, otros la guardan. Todos miran a José. Algunos miran y callan. Otros se congratulan. El viejo con quien antes estaba hablando, dice: “Te lo había dicho José. ¡Quien menos se siente seguro, es el que vence la partida!” Todos han pasado.

El Sumo Sacerdote da a José su ramo en flor, le pone luego sobre la espalda la mano y dice: “No es rica, y lo sabes, la esposa que Dios te entrega. Pero toda clase de virtudes hay en Ella. Procura hacerte siempre más digno de Ella. No hay flor en Israel más bella y pura que tu esposa. Salid ahora todos. Quédate, José. Y tú Zacarías, pariente de Ella, tráela”.

Salen todos, menos el Sumo Sacerdote y José. La cortina de la entrada vuelve a bajar.

José muy modesto está cerca del majestuoso Sacerdote. Silencio. Luego éste le dice: “María tiene que decirte su promesa. Ayuda a su timidez. Sé bueno con Ella que es tan buena”.

“Pondré lo que soy a su servicio y nada me pesará si se trata de Ella. Puedes estar seguro”.

María entra con Zacarías y Anna de Fanuel.

“Ven, María” dice el Pontífice. “Mira al esposo que Dios te destina. Es José de Nazaret. Volverás, pues, a tu ciudad. Ahora os dejo. Dios os dé su bendición. El Señor os guarde y bendiga, os muestre su rostro y tenga misericordia de vosotros siempre. Vuelva a vosotros su rostro y os dé la paz”.

Zacarías sale acompañando al Pontífice. Anna se congratula con el esposo y luego también sale.

Los dos prometidos se quedan uno enfrente del otro. María está toda colorada, con la cabeza inclinada. José, también lo está, y la mira y trata de decirle algo. Encuentra finalmente las palabras y una sonrisa ilumina su cara. Dice: “Te saludo, María. Hace pocos días te vi cual niña... Fui amigo de tu padre y tengo un sobrino de mi hermano Alfeo a quien tanto amaba tu madre. Su *pequeño* amiguito, que ahora tiene ya sus dieciocho años, y cuando todavía no habías nacido, él era un varoncito, y con todo alegraba las tristezas de tu madre que lo amaba mucho. Tú no nos conoces porque te viniste acá muy ‘pequeña, pero en Nazaret todos te quieren mucho y piensan y hablan de la pequeña María, hija de Joaquín, cuyo nacimiento fue un milagro del Señor que hizo hacer florecer a una flor estéril... Yo recuerdo la tarde en que naciste... Todos la recordamos después del prodigio de un gran aguacero que salvó la campiña, y de la tempestad en que los rayos no destruyeron ni siquiera una aulaga selvática, y que terminó con un arco iris tan grande y tan bello como nadie lo ha visto. Y luego... ¿quién no se acuerda de la alegría de Joaquín? Te llevaba por todas partes mostrándote a sus vecinos... como si fueses una flor que hubiera venido del cielo. Te admiraba y quería que todos te admirasen. Un feliz y anciano padre que murió hablando de su María tan bella y buena, de la de palabras llenas de gracia y sabiduría... Tenía razón de admirarte y de decir que no había ¡otra más bella que tú! ¿Y qué decir de tu madre? Con sus canciones llenaba toda su casa y parecía una alondra en primavera cuando te llevó en su vientre y más tarde, en sus brazos. Yo te hice la cuna. Una cunita con dibujos de rosas, porque tu madre así lo quiso. Tal vez todavía esté en tu casa... Yo soy viejo, María. Cuando naciste, empezaba a hacer mis primeros trabajos. Ya trabajaba... ¡Quién me lo hubiera dicho que ibas a ser mi esposa! Enterré a tu padre, y le lloré con un corazón sincero porque fue un buen maestro en mi vida”.

María levanta poco a poco su rostro. Cada vez más va cobrando confianza al oír que José le hablaba de este modo, y cuando oye lo de la cuna, levemente sonríe y cuando José le dice lo de su padre le extiende una mano y: “Gracias, José” dice. Un “Gracias” tímido y delicado.

José toma entre sus cortas y fuertes manos de carpintero la manita de jazmín y la acaricia con un afecto que quiere hacer seguro. Tal vez espera que hable algo más, pero María nuevamente se queda callada. Entonces él continúa: “Tu casa, lo sabes, está íntegra, excepto

la parte que fue derribada por orden consular, para hacer del sendero una vía por la que pasen los carros de Roma. Pero el campo, el que te quedó está un poco descuidado, porque sabes... la enfermedad de tu padre acabó con muchos de tus bienes. Hace tres primaveras que los árboles y las vides están sin que alguien los cuide. La tierra sin cultivar y dura. Pero los árboles que te vieron de pequeña, están todavía, y si me lo permites, pronto tendré cuidado de ellos”.

“Gracias, José. Pero tú tienes tus trabajos...”

“Trabajaré en tu huerto las primeras horas del día y en las últimas de la tarde. Ahora los días son cada vez más largos. Para la primavera quiero que todo esté en orden para que estés contenta. Mira: éste es un ramo del almendro que está enfrente de tu casa. Se entra por la parte de la valla en ruinas, pero ahora la repararé y quedará fuerte y sólida. Quise traerte esto pensando que si yo hubiera sido elegido –no me lo esperaba porque soy nazareno¹ y obedecí porque son órdenes del Sacerdote, no porque quisiera casarme– pensando, digo, que te habrías alegrado con tener una flor de tu jardín. Tenlo, María. Con él te entrego mi corazón, que como este almendro hasta ahora ha florecido para el Señor y ahora florece para ti, esposa mía”.

María toma el ramo. Está conmovida. Mira a José con un rostro siempre más seguro y más radiante. Se siente tranquila. Cuando él añade: “Soy nazareno”, su rostro se llena de luz y toma valor, “También yo soy toda de Dios, José. No sé si el Sumo Sacerdote te lo haya dicho...”

“Me dijo sólo que eres buena y pura y que tienes qué decirme una promesa tuya, y que fuese bueno contigo. Habla, María. Tu José quiere hacerte feliz en todo lo que deseas. No te amo con la carne, te amo con mi espíritu, santa doncella que Dios me entrega. Ve en mí a un padre y a un hermano, además de esposo. Y como a padre confíate, como a hermano tenme confianza”

“Desde mi niñez me consagré al Señor. Sé que esto no se hace en Israel, pero oía una voz que me pedía mi virginidad como sacrificio de amor para que venga el Mesías. ¡Tanto tiempo hace que Israel lo espera!... ¡por esta causa no es mucho renunciar a la alegría de ser madre!”

José la mira detenidamente como si quisiese leer su corazón. Después le toma las dos manitas que tienen la flor del almendro y dice: “Y yo uniré mi sacrificio al tuyo y amaremos *mucho* al Eterno con nuestra castidad, para que Él envíe lo más pronto a la tierra al Salvador, y nos permita ver su Luz resplandecer en el mundo. Ven, María. Vamos delante de su casa y juremos amarnos como los ángeles lo hacen entre sí. Después yo iré a Nazaret a prepararte todo, tu casa, si quieres ir a ella, o a otra si así es tu voluntad”.

“A mi casa. Había allí una gruta en el fondo. ¿Está todavía?”

“Está pero ya no es tuya... Te haré una donde encontrarás frescura y quietud en las horas de más calor. La haré lo más posible igual. Y dime: ¿a quién quieres contigo?”

“A nadie. No tengo miedo. La madre de Alfeo, que siempre iba a buscarme, me acompañará un poco en el día, y en la noche prefiero estar sola. Ningún mal puede sucederme”.

Y luego estoy yo... ¿Cuándo debo venir por ti?”

“Cuando quieras José”.

“Entonces vendré en cuanto la casa esté arreglada. No tocaré nada. Quiero que la encuentres como tu madre la dejó, pero quiero que esté bien asoleada y limpia, para recibirme sin tristeza. Ven, María. Vamos a decirle al Altísimo que lo bendecimos”.

No veo otra cosa más, pero me queda en el corazón la sensación de tranquilidad que María experimenta.

20. María y José se casan

5 septiembre 1944

¹ Cfr. Núm 6

¡Qué hermosa se ve María con sus vestidos de novia, entre sus amigas y maestras, todas jubilosas! También está Isabel.

El vestido es de lino blanquísimo, tan suave y fino que parece ser de seda preciosa. La faja de la cintura está hecha de medallones, trabajada a buril en oro y plata, unidos entre sí con cadenitas. Cada medallón es un primor de líneas de oro en medio de la pesada plata que el tiempo bruñó. Esta faja ciñe su cintura delgada, y tal vez porque le quede un poco ancha, pues es muy joven, por delante, le penden tres medallones, bajando entre los pliegues del vestido amplísimo y que lo arrastra un poco, porque es largo. En sus pies lleva sandalias de piel blanquísima con hebillas de plata.

El vestido en el cuello está detenido con una cadenita de arandelas de oro y de filigrana de plata, que reproducen el mismo motivo de la cintura, y que pasa entre los ojales del ancho escote, juntándolo en pliegues que hacen un pequeño adorno. El cuello de María, como si fuera de una garza se yergue en medio de aquella blancura, y parece mucho más blanco y mucho más fino que el tallo de un lirio, pero más colorado por la emoción que la envuelve. Tiene un rostro de “hostia” purísima.

Su cabellera no le cae en la espalda. Con toda gracia la han hecho en trenza. Preciosas orquillas de plata bruñidas, con filigranas en la parte superior, la sostienen. El velo de su madre cubre estas trenzas. En pliegues artísticos se derrama bajo la lámina preciosa que rodea la frente blanquísima. El velo le llega hasta más debajo de la cintura, porque no es tan alta como su madre. A su madre le llegaba hasta la cintura. En sus manos no tiene nada. En sus muñecas tiene brazaletes, pero son tan delicadas, que los pesados brazaletes de su madre, están casi por salirse de la mano, si la inclinase.

Sus compañeras la miran una y otra vez y quedan encantadas, y se oyen preguntas en medio de una algarabía preñada de admiración.

“¿Eran de tu madre?”

“Son muy antiguos ¿no?”

“¡Sara! ¡Qué hermosa es la faja!”

“¡Susana! Y ¡qué decir de este velo! Mira que finísimo. Mira estos lirios que están tejidos en él”.

“Déjame ver los brazaletes, María. ¿Eran de tu madre?”.

“Los llevé. Pero fueron de la madre de mi padre Joaquín.

“¡Oh, mira! Tienen el sello de Salomón entretejido con delgadísimas ramitas de palma y olivo, y en medio hay lirios y rosas. ¡Oh! ¿Quién hizo esta labor tan perfecta y tan delicada?”

“Pertencen a la casa de David! Contesta María. “Las mujeres de la estirpe que se casan se los ponen desde hace muchos siglos, y se quedan como herencia de la heredera”. ¡Bien. Tú eres la heredera...”

“¿Te trajeron todo de Nazaret?”

“No. Cuando murió mi madre, mi prima se llevó todo el ajuar a su casa para guardarlo mejor. Ahora me lo traje”.

“¿Dónde está? Muéstralo a tus amigas”.

María no sabe qué hacer... Quisiera ser cortés, pero también no quisiera desarreglar todas las cosas, que están en tres pesados cofres. Las maestras vienen en su ayuda. “El novio está por llegar. No hay tiempo para ver. Déjenla en paz, que la cansáis. Idos a prepararos”.

La algarabía se va un poco enojada, María puede ahora estar tranquila con sus maestras que le dicen palabras de alabanza, y de buena suerte.

Isabel se ha acercado y como María que está emocionada porque Anna de Fanuel la llama “hija” y la besa con cariño verdaderamente maternal, le dice: “María, tu madre no vive más, pero está. Su corazón está a tu alrededor. Mira: las cosas que llevas te devuelven su caricia. En ellas encuentras el gusto de sus besos. Cuando viniste al templo, hace ya mucho tiempo, me dijo: “Le preparé los vestidos y el ajuar de novia, porque quiero ser siempre yo la que le teja el lino y le haga los vestidos de novia, para no estar ausente en el día más alegre de su

vida” ¿Y sabes? En sus últimos días, cuando estaba con ella y la cuidaba, quería cada tarde acariciar tus primeros vestiditos y estos que ahora llevas, y decía: “Aquí siento el olor de jazmines de mi hijita, y aquí quiero que Ella perciba el beso de su mamá”. ¡Cuántos besos dio a este velo que cae sobre tu frente! Más besos que hilos!... y cuando uses las telas que tejió, piensa que más que el estambre, son fruto del amor de tu madre. Y estos adornos... Tu padre en momentos dolorosos, te los guardó, para que te embelleciesen ahora, como corresponde a una princesa descendiente de David. Alégrate María. No estás huérfana, porque los tuyos están contigo y tienes un novio que es para ti padre y madre, tan bueno que es...”

¡Es verdad! No me puedo quejar nada de él. En menos de dos meses ha venido dos veces, y hoy viene por tercera vez, desafiando lluvia y ventarrones, para que le dé mis órdenes... ¡Figúrate! ¡Órdenes! Yo que soy una pobre mujer y mucho más joven que él. Nada me ha negado. Antes bien espera que le pida. Parece como si un ángel le indicase lo que deseo y me lo dice antes de que abra yo mi boca. La última vez me dijo: “María, pienso que te gustaría estar más en tu casa paterna. Como eres la heredera, puedes hacerlo, si te parece. Vendré a tu casa. Sólo para no dejar de observar las ceremonias, por una semana irás a vivir a la casa de Alfeo, mi hermano. María te quiere muchísimo. Y de su casa saldrá la tarde de las nupcias el cortejo que te llevará a casa”. ¿No es acaso tan bueno? No le importa ni siquiera el qué dirá la gente de que no tiene ni una casita... Me hubiera gustado a mí, porque estaría allí, él que es tan bueno. Pero claro... prefiero la mía... por los recuerdos que me trae. ¡Oh! ¡qué si es bueno José!”

“¿Y qué dijo de tu promesa? Todavía no me has dicho nada”.

“No se opuso. Al revés. Cuando supo las razones, añadió: “Uniré mi sacrificio al tuyo”.

“¡Es un joven santo!” dice Anna de Fanuel.

El “joven santo” entra en este momento acompañado de Zacarías.

Realmente es un galán. Su vestido resplandece al brillo del oro. Parece un soberano oriental. Una rica faja sostiene la bolsa y el puñal. Aquella de marroquí con recamos de oro. Ésta es una vaina de marroquí con adornos dorados. En la cabeza trae su turbante, esto es, lo que traen todavía algunos pueblos de África, los beduinos, por ejemplo, y sostenido por un precioso cordón, de oro sutil, en el que están enlazados ramilletes de mirto. Trae un manto del todo nuevo, con muchas franjas, que se ha echado con toda solemnidad. José irradia alegría. Entre sus manos tiene un ramillete de mirto en flor.

“La paz sea contigo, querida mía” dice. “La paz sea con todos vosotros”. Y luego que se le ha respondido, agrega: “Vi lo contenta que te pusiste el día en que te di un ramo de tu huerto y pensé traerte uno de mirto que corté cerca de la gruta que tanto quieres. Quería traerte rosas que empiezan a florear enfrente de tu casa, pero no duran mucho, y sobre todo en estos viajes... Habría llegado sólo con las espinas. Y yo, amada mía, quiero ofrecerte tan sólo rosas y con flores delicadas y llenas de perfume quiero cubrir tu camino, para que sobre ellas pongas tus pies y no encuentren ni suciedad, ni asperezas”.

“¡Cuánto te lo agradezco! ¿Cómo hiciste para que llegase tan fresco?”

“Puse un vaso en la silla y dentro puse varias ramas en flor. Durante el camino florecieron. Aquí los tienes, María. Tu frente se adorne con cosa tan bella, símbolo de la prometida, pero que jampas igualará a la pureza que llevas en el corazón”.

Isabel y las maestras hacen de las flores una guirnalda y se la ponen a María, entreverando rosas blancas que toman de un jarrón que hay sobre un cofre. María va a tomar su amplio y blanco manto, pero su novio se le adelanta y la ayuda a sostenerlo con dos hebillas de plata sobre la espalda. Las maestras arreglan los pliegues con mucho cuidado y primor.

Todo está listo. Mientras esperan no sé qué cosa, José dice a María – separándose un poco ambos– : “En estos días he pensado en tu promesa. Te dije yo que era del mismo parecer, pero entre más pienso, más comprendo que no basta ser el nazareno por un tiempo, aun cuando se renueve muchas veces. *Te he comprendido*, María. Todavía no soy digno de las palabras de la Luz, pero un murmullo de ellas comienza a llegarme, y me hace que lea tu secreto, por lo menos en los puntos más sobresalientes. Soy un pobre ignorante, María, Soy

un obrero humilde, no soy sabio, ni rico, pero pongo a tus pies mi tesoro, y para siempre, mi castidad *absoluta*, para que sea yo digno de tu encanto. Virgen de Dios, “esposa mía, jardín cerrado, manantial en que ningún otro puede beber!”¹ como dice nuestro antecesor que tal vez escribió su Cantar al verte... Yo seré el jardinero de este vergel de perfumes en el que se encuentran las frutas más preciosas, y donde brota un manantial de aguas frescas: que son tu dulzura, ¡oh amada mía! Que con tu candor te has ganado mi corazón, tú la más bella. Más bella que una aurora. Tú eres mi sol que brilla y que ilumina mi corazón. Tú que amas a tu Dios y el mundo al que quieres darle al Salvador con tu sacrificio como mujer. ¡Ven amada mía!” y la toma de la mano para llevarla a la puerta. Todos los demás los siguen. Afuera se les unen sus alegres compañeras, vestidas todas de blanco y con velo.

Caminan por patios y portales, entre la gente que observa, hasta un lugar que no es el templo, pero parece ser una sala dedicada al culto, porque hay lámparas y rollos de pergamino como en las sinagogas. Los novios se dirigen hasta un alto atril, como púlpito y esperan. Los demás se ponen detrás de ellos en una fila ordenada. Los sacerdotes y curiosos se quedan en el fondo.

Solamente entra el Sumo Sacerdote.

Ruido entre los curiosos: “¿Es ese el que va a casarse?”

“Sí, porque es de casta real y sacerdotal. Flor de David y Aarón, la novia es una virgen del templo. El novio es de la tribu de David”.

El Pontífice pone la mano derecha de la novia en la del novio y solamente los bendice: “El Dios de Abraham, Isaac y Jacob esté con vosotros. Os una y se cumpla en vosotros su bendición dándoos su paz y numerosa posteridad junto con una vida larga y muerte dichosa en el seno de Abraham²”. Luego se va solemnemente como entró.

Se hacen las promesas. María es esposa de José.

Todos salen, y siempre en ordenada fila, van a una sala donde se procede al contrato de bodas, en que se dice que María, hija heredera de Joaquín, hijo de David, y de Anna, lleva como dote al esposo a su casa y los bienes adjuntos además de su personal ajuar y otras cosas que heredó de su padre.

Todo ha terminado.

Los esposos salen al patio y de allí pasan a otros, que dan a la salida que está cerca de la parte reservada a las mujeres que viven en el templo. Un carro cómodo y grande espera. En él hay una gran cortina que defiende contra el sol, y además los cofres de María.

Despedidas, besos, lágrimas, bendiciones, consejos, recomendaciones. Después sube María con Isabel y se mete dentro del carruaje. Delante se sientan José y Zacarías que se han quitado los mantos de ceremonia y se han puesto uno de color oscuro. El carruaje parte al trote de un caballo negruzco. Los muros del templo van quedando lejos, luego los de la ciudad. Ahora ahí está la campiña, nueva, fresca, llena de flores con los primeros rayos primaverales, con el trigo que mide no más de un palmo, y parece una esmeralda de hojitas que ondea al contacto de una brisa ligera, que tiene sabor de durazno y de manzana, que sabe a trébol en flor y a menta selvática.

María llora quedo, bajo su velo. De cuando en cuando separa la cortina y mira una vez más hacia el Templo que está allá lejos, a la ciudad que se queda atrás.

La visión termina de este modo.

21. “José es como un sello que defiende, como un arcángel a la puerta del Paraíso”

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

¹ Cfr. Cant 4, 12.

² Cfr. Tob 7, 15-16.

“¿Qué dice el libro de la Sabiduría, al cantar sus alabanzas? “En la sabiduría está el espíritu de inteligencia, que es santo, único, múltiple, sutil”. Y continúa enumerando sus dotes. Termina con estas palabras”... que todo lo puede, todo lo prevé, que abraza a todos los espíritus, inteligente, puro, sutil. La sabiduría penetra con su pureza, es vapor de la virtud de Dios... por esto en ella no hay nada de impuro... imagen de la bondad de Dios. Aun cuando es sola, todo lo puede, inmutable como es, renueva todas las cosas, se comunica a las almas santas, hace al hombre amigo de Dios y de los Profetas”¹.

Tú misma has visto cómo José, no por ciencia humana, sino por una sobrenatural, supo leer en el libro sellado de la Virgen Inviolable y cómo percibió las verdades proféticas con su “ver” cual un misterio sobrenatural, donde los demás no veían sino una gran virtud. Impregnado de esta sabiduría, que es vapor de la virtud de Dios y una clase de emanación del Omnipotente, se dirige con espíritu seguro al mar de este misterio de gracia que es María, se interna en Ella en espirituales coloquios, en los que más que los labios que se hablan, lo hacen dos corazones que conversan en el sagrado silencio de las almas, cuyas voces Dios únicamente oye, y las perciben a los que Dios ama, porque le son siervos fieles y están llenos de Él.

La sabiduría del Justo que sube con la unión y cercanía de la Llena de gracia, lo prepara para que penetre en los secretos más profundos de Dios y pueda defenderlos y protegerlos de las asechanzas humanas y del demonio. Y entre tanto lo renueva. De justo lo hace un santo, de santo, el custodio de la Esposa y del Hijo de Dios.

Sin levantar el sello de Dios, él, el casto, que lleva su castidad hasta el heroísmo angélico, puede leer las palabras de fuego escritas con el dedo de Dios, y lee lo que su prudencia no dice, pero que es más grande que lo que leyó Moisés en las tablas de piedra². Y para que ningún ojo profano marchite el misterio, él lo defiende cual sello, cual arcángel de fuego a la puerta del paraíso, donde el Eterno tiene sus delicias “caminando en la brisa de la tarde”³ y hablando con la que es su amor, que es un bosque de lirios en flor, aura perfumada, brisa de fresco amanecer, estrella rutilante, delicia de Dios. Allí está la nueva Eva, delante de él, que no es hueso de sus huesos, ni carne de su carne, sino compañera de su vida⁴. Arca viva de Dios que recibe él en tutela, y que tendrá que devolver a Dios como la recibió.

“Esposa de Dios” estaba escrito en aquel libro místico de páginas purísimas... Y cuando la sospecha, en la hora de la prueba, lo atormentó⁵, él, *como hombre y siervo de Dios*, sufrió, *como ningún otro*, por el sospechoso sacrilegio. Pero esto fue una prueba posterior. Ahora en este tiempo de gracia, él ve y se pone al servicio de Dios. Después llegará la tempestad de la prueba, como para todos los santos, para que sean probados, para que sean coadjutores de Dios.

¿Qué se lee en el Levítico? “Di a tu hermano Aarón que no entre a cualquier hora al santuario que está detrás del Velo ante el propiciatorio que cubre el Arca, para que no muera, porque Yo me apareceré en una nubecilla sobre el oráculo, si antes no ha hecho las siguientes cosas: ofrecer un ternero por el pecado y un macho cabrío en holocausto, que lleve la túnica de lino y con bragas cubrirá su desnudez”⁶.

Y en verdad que José entra, cuando Dios quiere, y cuando permite, en su santuario, más allá del velo que oculta el Arca en la que está el Espíritu de Dios y se ofrece y ofrecerá al Cordero, holocausto por el pecado del mundo y expiación. Y esto lo hace, vestido de lino, y domeñando sus instintos varoniles, que una vez, allá en el principio de los tiempos, triunfaron conculcando los derechos de Dios sobre el hombre, a los que ahora al Hijo, la Madre y el

¹ Cfr. Sap 7, 22-27.

² Cfr. Ex. 245, 12; Deut. 4, 13; 5, 22; 9, 9-17; 10, 1-5.

³ Cfr. Gén. 3, 8.

⁴ Ib. 2, 18 y 23.

⁵ Cfr. Mt. 1, 19.

⁶ Cfr. Lev 16, 24.

padre putativo pisotearán para devolver a los hombres la gracia y devolver a Dios su derecho sobre el hombre. Esto lo hace con su castidad perpetua.

¿Qué José no estuvo en el Gólgota? ¿Os parece que no esté entre los corredores? En verdad os digo que él fue el primero y qué grande es a los ojos de Dios. Grande por su sacrificio, por su paciencia, por su constancia y por su fe. ¿Qué fue mayor que con la que creyó sin haber visto los milagros del Mesías?

Sea alabado mi padre putativo, el ejemplo de lo que os falta: pureza, fidelidad y amor perfecto. Al magnífico lector del Libro sellado, al que enseñó la Sabiduría para que pudiese comprender los misterios de la Gracia y que fue elegido para tutelar la Salvación del mundo contra las asechanzas de toda clase de enemigos”.

22. Los Novios Llegan a Nazaret

6 septiembre 1944

Un cielo azul de un mes de febrero se extiende sobre las colinas de Galilea. Estas bellas colinas que en este ciclo de la juventud de la Virgen no había yo visto, pero que por otra parte me son muy conocidas, como si fuesen el lugar donde yo hubiera nacido.

El camino principal que huele a frescura por la lluvia que cayó tal vez la noche anterior, no tiene ni polvo, ni siquiera lodo. Está bien apisonado y limpio como si fuese una calle de ciudad y va entre dos vallas de majoleto en flor. Una corriente de algo amargo. De bosque, que se deshace entre lo tupido de nopales, de hojas gruesas y en forma de pala, todas defendidas con espinas y adornadas con tunas, nacidas sin tallo de sus hojas, que por su color y forma parecen tener una semejanza a las profundidades marinas y a los bosques de corales y medusas, o a otros monstruos de los abismos oceánicos.

Más allá de las vallas –que sirven para defender la propiedad privada, que se alargan en todas direcciones formando figuras geométricas raras de curvas y ángulos. De rombos, de cuadrados, de semicírculos, de triángulos agudos u obtusos inverosímiles, un croquis salpicado de blanco, como si fuese una cinta que hubiesen tejido de este modo por mero gusto, a lo largo de la campiña, y por donde vuelan, pían, cantan centenares de pajarillos de toda clase, en el ansia de amar y en el de formar sus nidos– más allá de las vallas, la campiña con sus trigales pequeños, un poco más grandes que los de Judea, y los prados todos en flor, y en ellos –como respuesta a las nubecillas que el atardecer tiñe de color rosa, de un lila tenue, de alhelí, de un ópalo de color azulado, de coral anaranjado– cientos y cientos de árboles en flor: blancos, rosados, rojizos, con todos los matices de blanco, rosado y rojo.

Al leve viento de la tarde se deshacen y caen los primeros pétalos de los árboles y parecen enjambres de mariposas en busca de polen en las flores del campo. Entre árbol y árbol festones de vides todavía desnudas, que tan solo en su punta, donde les ha dado más el sol, muestran un ansia de vida, un ansia palpitante de echar sus primeras hojitas.

El sol se oculta tras un plácido firmamento azul, tan azul que la luz se hace más clara. Y allá a lo lejos brilla la nieve del Hermón y de otras lejanas montañas.

Un carruaje se desliza por el camino. Es el carro que trae a José, a María y a los parientes de Ella. El viaje ha terminado.

María mira con ojos ansiosos de querer conocer, más bien, de *reconocer* lo que está viendo, y no lo recuerda más. Sonríe cuando una centella de recuerdo vuelve a su memoria y se pone como una luz sobre esta o aquella cosa, sobre este o aquel punto. Isabel, Zacarías y José le ayudan a recordar, señalando esta o aquella cima, esta o aquella casa. Casas, porque Nazaret está ya a la vista, alargada sobre la ondulación de su colina.

Vista la ciudad por la parte donde se oculta el sol, pincel de rosa, enseña lo blanco de sus casitas, largas y bajas sobre las que hay terrazas. Algunas a las que da el sol de lleno, parecen como si se incendiasen, y parecen teñirse de rojo las acequias y los depósitos bajos de agua, de donde suben chirriando los cubos de agua para las casas o los odres para la hortaliza.

Niños y mujeres se ponen al lado del camino, y echan tamaños ojos al carruaje. Saludan a José, que es muy conocido, luego se quedan sin saber qué decir, atemorizados ante los otros tres personajes.

Cuando entran en la ciudad propiamente dicha, no hay más perplejidad ni temor. Mucha gente de todas las edades, están a la entrada del poblado, bajo un arco rústico de flores y ramas; y apenas se deja ver el carruaje, al dar la vuelta sobre el recodo de una casa, se oye un griterío de voces agudas y un agitarse ramas y flores. Son las mujeres, las doncellas y los niños de Nazaret que saludan a la novia. Los hombres, están detrás de la valla irregular, y saludan con respeto.

María, ahora que el carruaje no tiene más la cortina –se la quitaron antes de entrar al poblado, porque el sol no molesta más y para que María pueda ver bien su tierra natal– muestra su belleza en flor. Blanca y rubia como un ángel, sonríe bondadosamente a los niños que arrojan flores y besos, a las doncellas de su edad que la llaman con su nombre, a las novias, a las madres, a las ancianas que la bendicen con sus voces jubilosas. Se inclina ante los hombres, sobre todo ante uno que tal vez es el rabino o el principal del lugar.

El carruaje continúa por la calle principal a paso lento y le sigue a corta distancia la gente, para quien la llegada es un acontecimiento.

“¡Ahí está tu casa, María” dice José, señalando con la fusta una casita que está en la orilla de una ondulación de la colina, y que tiene detrás un hermoso y extenso huerto en flor que termina con un olivar pequeño, Más allá la valla de majalotes y cactus señala el límite de las propiedades. Los campos que fueron un tiempo de Joaquín, están más allá.

“Ves. Poco te quedó” dice Zacarías. “La enfermedad de tu padre fue larga y costosa. Y costosos fueron los gastos para reparar el daño que hizo Roma. ¿Ves? La calle principal te quitó los tres mejores lugares y la casa se redujo; pero para hacerla más amplia, sin gastos excesivos se tomó una parte del monte en que se hizo la gruta. Joaquín tenía de dónde echar mano y Anna sus telares. Tú, haz lo que te parezca”.

“¡Oh! Que sea poco no importa. Será suficiente para mí. Trabajaré...”

“No, María”. Es José el que habla. *Yo trabajaré*, Tu oficio será tejer y coser lo de casa, Soy joven y fuerte y soy tu esposo. No me sonrojes con tu trabajo”.

“Haré lo que quieres”.

“Sí. *Esto lo quiero*. En todas las demás cosas cualquier deseo tuyo será para mí ley. En esto no”.

Han llegado. El carruaje se detiene.

Dos mujeres y dos hombres, de cuarenta y cincuenta años respectivamente, salen del umbral. Muchos niños y adolescentes están con ellos.

“Dios te dé su paz, María” dice el de mayor edad, y una mujer se acerca a María, la abraza y la besa.

“Es mi hermano Alfeo y María su mujer. Estos son sus hijos. Vinieron a propósito a darte la bienvenida y a decirte que su casa es la tuya, si quieres” dice José.

“Ven, María, si te es duro vivir sola. La campiña es hermosa en primavera y nuestra casa está en medio de campos de flor. Serás la flor más bella entre ellos” dice María de Alfeo.

“Muchas gracias, María. Con mucho gusto iré e iré sin duda alguna para las bodas¹, pero tengo *muchas ganas* de ver mi casa, de volverla a ver. Era pequeña cuando me fui y la

¹ En los tiempos también de la Virgen, en Israel el matrimonio constaba de dos fases: *el noviazgo y las bodas*. La ceremonia del *noviazgo* era el paso formal para el matrimonio y se hacía de este modo: los novios se daban la mano derecha y recibían la bendición sacerdotal; se redactaba una escritura o contrato jurídico por el que se confería al novio todos los derechos sobre la novia; el novio era llamado “esposo” y la novia “esposa” el novio-esposo no podía faltar a su palabra, sino con el repudio que concedía la Ley mosaica en determinadas circunstancias; la novia-esposa no podía disponer de sí misma. Sin embargo durante esta primera fase, los novios-esposos generalmente se quedaban en sus propias casas. La ceremonia de las *bodas* no era otra cosa más que la formalidad solemne del contrato. A partir de este momento los esposos empezaban a vivir juntos. Un solemne cortejo iba a traer a la novia de su casa para conducirla a la del novio que la introducía en su habitación. Según esta obra, María no fue a vivir en

recuerdo... Ahora vuelvo a ella... y me parece encontrar a mi madre que murió, a mi amado padre, oír nuevamente el eco de sus palabras... el perfume de su último respiro. Me parece que ya no soy más huérfana porque tengo a mi alrededor de nuevo el abrazo de estas paredes... Compréndeme María”. La voz de María tiembla un poco por las lágrimas que se asoman a sus pupilas.

María de Alfeo responde: “Como quieras, querida. Quiero que sepas que deseo ser para ti una hermana y una amiga, y un poco madre, porque tengo más edad que tú”.

La otra mujer se acerca a María: ¡María, salve. Soy Sara, la amiga de tu madre. Te vi nacer. Este es Alfeo, sobrino de Alfeo y muy amigo de tu madre. Lo que hice por tu madre, lo haré por ti si quieres. ¿Ves? Mi casa es la más cercana a la tuya y tus campos son ahora de nosotros. Y si quieres venir hazlo cuando quieras. Abrimos una vereda por la valla y estaremos juntas, aun cuando cada una esté en su casa. Este es mi marido”.

“Os agradezco a todos *todo*. Lo que hicisteis a los míos y lo que me queréis hacer. El Dios Omnipotente os bendiga”.

Descargan los cofres pesados y los meten en casa. Se entra. Reconozco ahora la casita de Nazaret, como lo es durante la vida de Jesús.

José toma a María de la mano —su costumbre— y entran. En el dintel le dice: “Y ahora que estamos aquí, quiero que me prometas una cosa. Que cualquier cosa que te sucediera, no busques otra persona amiga, ni otra ayuda fuera de José y que por ningún motivo, tengas que sufrir sola. Soy todo para ti, recuérdalo, y mi alegría será hacerte feliz el camino y ya que la felicidad no está siempre a nuestro alcance, por lo menos hacerlo tranquilo y seguro”.

“Te lo prometo, José”.

Abren las puertas y ventanas. Los últimos rayos del sol entran.

María se quita el manto y el velo, porque, fuera de las flores de mirto, toda vía trae el vestido de matrimonio. Sale con José de la mano al huerto que está en flor. Mira, sonríe, da vueltas por él. Parece como si tomara nuevamente posesión del lugar perdido.

José le enseña lo que hizo: “¿Ves? Hice esta entrecava para recoger el agua de lluvia, pues la vid siempre tiene sed. Podé las ramas viejas de este olivo para darle fuerza, y fuera de estos dos manzanos que están ya muertos a los otros los he protegido². He sembrado higos en lugar de los dos manzanos. Cuando crezcan defenderán la casa del ardiente sol y de las miradas de los curiosos. El emparrado es el de antes, no hice más que cambiar las estacas podridas y podarlo. Producirá muchas uvas como espero. Ven acá” y contento la lleva a la orilla que está detrás de la casa y que sirve de límite al jardín. “Aquí excavé una gruta y la reforcé. Cuando estas plantitas se hayan desarrollado, será como la que tenías antes. No hay manantial... pero espero traer un poco de agua. Trabajaré en las tardes de verano, cuando venga a verte...”

“Pero ¿cómo?” pregunta Alfeo. “¿No os vais a casar ahora?”.

“No. María quiere hilar telas, lo único que falta al ajuar. Yo soy de igual parecer. Es muy joven todavía ella, y no importa si se espera un año o algo más. Entretanto ella se acostumbra al hogar...”

“¡Claro! Siempre has sido un poco diverso de los demás y sigues siéndolo. No sé quién no tendría prisa de tener una mujer en la flor de la primavera como lo está María, y tú pones por medio...”

“Alegría largamente esperada, alegría mucho mejor gozada” responde José con una sonrisa muy fina.

Su hermano se encoge de espaldas. Luego le pregunta: “¿Y entonces? ¿Cuándo pensáis celebrar las bodas?”

casa de José, sino que éste en la de María, esto es, en el lugar consagrado por la Anunciación y por el misterio de la Encarnación. A este propósito Cfr. Por ejemplo: Gén. 1, 28; Tob. 7; Is. 61, 10; Mt. 25, 1-11; Ju. 3, 29

² Esta es la traducción dada a esta frase italiana: e ho mezo a dimora questi meli perché due erano morti. E por là ho mezo dei fichi” muy difícil de traducir. (N. T.)

“Cuando María tenga dieciséis años. Después de la fiesta de los Tabernáculos. ¡Las tardes de invierno serán agradabilísimas para los nuevos esposos!...” y nuevamente sonríe mirando a María. Una sonrisa de inteligencia mutua. Una sonrisa delicada. Luego continúa: “Este es el cuarto grande que da al monte. Si te parece, construiré aquí mi taller cuando venga. Es junto a la casa. Pero no dentro de ella. Así no molestaré a nadie con mis ruidos. Pero si piensas de otro modo...”

“No José. Está muy bien así”.

Vuelven a entrar en la casa. Prenden las lámparas.

“María está cansada” dice José. Primos, dejémosla que descanse”.

Todos se despiden. José se queda todavía algunos minutos. Habla en voz baja con Zacarías.

“Tu primo te deja a Isabel por un tiempo— ¿Quieres? De mi parte sí. Para que te ayude a... a convertirte en una perfecta mujer de hogar. Con ella podrás colocar, como te pareciere, tus cosas y los trastos. Vendré cada tarde a ayudarte. Ella te podrá ayudar a comprar lana y lo que fuese necesario. Yo pagaré los gastos. Acuérdate de lo que me prometiste: de recurrir a mí para *cualquier cosa*. Adiós. Duerme la primera noche en tu casa como su dueña y que el ángel de Dios te guarde. Que el Señor esté siempre contigo”.

“Hasta pronto José. Que también tú estés bajo las alas del ángel de Dios. Gracias, José por todo. En lo que pueda te pagaré tu amor con el mío”.

José saluda a los primos y se va.

Y con esto termina la visión.

23. La Anunciación

8 marzo 1944

Esto es lo que veo. María es una doncella muy joven: por su rostro parece tener 15 años. Está en una pequeña habitación rectangular. Una habitación de doncella.

Junto a una de las paredes está la cama. Es una cama baja sin barrotes, cubierta con gruesas esteras. Se podría decir que la cubre una tabla o un cutí de cañas, porque están bien estiradas, y sin ninguna arruga como sucede en nuestras camas. Junto a la otra pared hay un anaquel con su lámpara de aceite. Rollos de pergamino, una exquisita labor de costura, que parece un recamado. Del lado de ella, junto a la puerta que está abierta y que da al huerto, pero que no se ve porque hay una cortina la que el viento mueve ligeramente, está la Virgen sentada en un banco.

Teje lino blanquísimo y delicado como la seda. Sus manitas, que son un poco menos blancas que el lino, trabajan rápidamente con el huso. Su rostro juvenil, tan hermoso, levemente está inclinado, y ligeramente sonríe, como si acariciase o fuese en pos de algún dulce pensamiento.

Un silencio profundo reina en la casita y en el huerto. Tanta es la tranquilidad que se refleja en el rostro de María, cuanta hay en el ambiente que la rodea. Hay paz. Hay orden. Todo está bien arreglado. El ambiente humilde por su apariencia y por sus muebles, tiene algo de austero y de majestuoso por su gran limpieza y cuidado con que están dispuestas las cosas del lecho, los rollos, la lámpara, el pequeño jarrón de cobre que está junto a la lámpara y en el que hay flores de durazno y peral, por lo que creo, y si no fuera, sí lo son de algún árbol. Su color es blanco, teñido ligeramente de rosado.

María se pone a cantar en voz baja. Luego alza un poco más la voz. Una voz que vibra dentro de la habitación y en la que se percibe la palabra “Yehové” de lo que colijo que se trata de algún cántico sagrado, y tal vez sea un salmo. Puede ser que María se acuerde de los cánticos del templo. Debe tratarse de algún dulce recuerdo porque pone sobre el pecho las manos que sostienen el hilo y huso, levanta su cabeza apoyándola contra la pared. Su rostro está encendido de un hermoso fuego. Sus ojos buscan algo, buscan algún dulce recuerdo. Brillan al contacto de lágrimas que si no se derraman crecen de tamaño. Y con todo, estos

ojos despiden sonrisa, rien al pensamiento que ven y que los abstrae de lo material. El rostro de María se ha levantado de entre el blanco tejido, que está teñido de color rosado y que por detrás tiene su cabellera hecha en trenzas, como si fueran una corona, parece una hermosa flor.

El canto se torna en plegaria: Señor Dios Altísimo, no tardes en enviar a tu Siervo para que traiga la paz a la tierra. Acelera el tiempo propicio y crea a la virgen pura y fecunda para que venga tu Mesías. Padre, Padre santo, concede a tu sierva ofrecer su vida a este fin. Concédeme que muera después de haber visto tu Luz y tu Justicia sobre la tierra y de haber sabido que la Redención se ha cumplido. ¡Oh Padre Santo! Manda a la tierra lo que los profetas esperaron. Manda a tu sierva el Redentor. Que cuando llegue mi última hora, se me abra tu mansión, porque sus puertas las ha abierto ya tu Mesías y las ha abierto a todos los que han esperado en Ti. Ven, ven, ¡oh Espíritu del Señor Ven a nosotros que te esperamos. Ven, ¡Príncipe de la Paz!...” María queda como absorta...

La cortina se mueve mucho más fuerte, como si alguien detrás de ella soprase con algo o moviese para correrla. Una luz blanca de perla fundida en plata pura hace más claras las paredes de color ligeramente amarillo, más vivo el color de las cosas, más espiritual el rostro de María que mira a lo alto. En medio de la luz, y sin que la cortina se descorra —mejor dicho no se mueve ya, inmóvil y sujeta a la pared, parece como si separase lo interno de lo externo— se prosterna el Arcángel.

Es natural que tome un aspecto humano, pero es muy diverso. ¿Qué clase de cuerpo tiene esa figura bellísima y radiante? ¿Con qué sustancia Dios la hizo material para hacerla visible a los ojos de la Virgen? Sólo Dios puede poseer estas sustancias y usarlas de un modo perfecto. Tiene cara, tiene cuerpo, tiene ojos, boca, cabellos y manos como nosotros, pero no son de la materia opaca nuestra. Son de una luz que ha tomado color de carne, forma de ojos, brillo de cabellera, hermosura de labios, una luz que se mueve y sonríe, que mira y habla.

“Dios te guarde ¡María llena de gracia!” La voz es una dulce armonía como de perlas arrojadas sobre un metal precioso.

María se estremece y baja los ojos. Y se estremece mucho más cuando ve la radiante figura postrada, casi a un metro de distancia de sí, y que con las manos cruzadas sobre el pecho la mira con una veneración sin igual.

María se pone de pié y se pega a la pared. Se pone ahora pálida, ahora enrojecida. Su rostro manifiesta sorpresa y susto. Se aprieta inconscientemente las manos sobre su pecho escondiéndolas bajo sus largas mangas, se inclina como para esconder lo más posible su cuerpo. Un acto delicado de pudor.

“No, no temas. El Señor está contigo. Eres bendita entre todas las mujeres”.

Pero María sigue temblando de miedo. ¿De dónde habrá venido este ser extraordinario? ¿Es un mensajero de Dios o del Engañador?

“¡No tengas miedo María! Repite el Arcángel. “Yo soy Gabriel, el Ángel de Dios. Mi Señor me ha mandado a ti. No tengas miedo, porque el Señor te quiere. Concebirás ahora y darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre “Jesús”. Será grande, será llamado Hijo del Altísimo (y lo es en verdad), y el Señor Dios le dará el trono de David su padre y reinará para siempre en la casa de Jacob, y su reino no se acabará jamás. Piensa, ¡oh santa Virgen! A quien ama el Señor. Hija de Él bendecida, llamada a ser Madre de su Hijo, en el Hijo que vas a engendrar”.

“¿Cómo puede hacerse esto si no conozco a un hombre? ¿Acaso el Señor Dios no acepta más el ofrecimiento de su sierva y no quiere que sea virgen por amor de Él?¹”.

“¡María! serás madre no por obra de hombre. Eres la Virgen eterna, la Santa de Dios. El Espíritu Santo descenderá en ti, y el poder del Altísimo será en ti la sombra. Por eso el que nacerá de ti, será llamado Santo e Hijo de Dios. Todo lo puede nuestro Señor Dios. Isabel la

¹ Aunque María estaba llena de gracia y sabiduría y era conciente de muchísimos privilegios, sin embargo Dios le había dejado oculto su designio de hacerla Madre de su Hijo, y no puede comprender a qué maternidad ha sido llamada.

estéril en su vejez ha concebido un hijo que será el Profeta de tu Hijo, el que le preparará su camino. El Señor le ha quitado su oprobio, y su recuerdo permanecerá en el pueblo unido a tu nombre, como el nombre de su hijo al Hijo santo tuyo, y esto, hasta el fin de los siglos. Los pueblos os llamarán bienaventuradas por la gracia del Señor que llegó a vosotras, y sobre todo a ti, por la gracia que llegó a ellos. Isabel se encuentra en el sexto mes de haber concebido, y la pesantez le da alegría y mucho más cuando conozca la tuya. Nada es imposible a Dios, María tú la llena de gracia. ¿Qué debo contestar a mi Señor? No te llenen de confusión las ideas que en ti se levantan. Él cuidará de tus intereses si pones en Él tu confianza. El mundo, el cielo, el Eterno esperan tu respuesta!”.

María cruza sus manos sobre su pecho, se inclina profundamente, dice: “Aquí está la esclava de Dios. Haga de mí lo que Él dice”.

El Ángel brilla de alegría. En profunda adoración se inclina, porque no cabe duda que ve que el Espíritu de Dios desciende sobre la Virgen inclinada al dar su respuesta afirmativa, después desaparece sin mover la cortina, pero la deja sabedora del Misterio divino.

24. La desobediencia de Eva¹

5 marzo 1944

Dice Jesús:

“¿No se lee acaso en el Génesis que Dios hizo al hombre dominador de todo cuanto hay sobre la tierra, esto es, de todo, menos de Él y de sus ángeles?² No se lee que hizo a la mujer para que fuese compañera del hombre en sus alegrías y en el dominio sobre todos los seres vivientes?³ ¿No se lee que podían comer de todo, menos del árbol de la ciencia del bien y del mal?⁴ ¿Por qué? ¿Qué cosa se sobreentiende bajo la palabra “dominadores”? Tantas veces os lo habéis preguntado, vosotros que os preguntáis tantas cosas inútiles y no sabéis preguntar jamás a vuestras almas verdades celestiales?

Vuestra alma, si estuviese viva, os lo diría, porque cuando está en gracia es como una flor en la mano de vuestro ángel; como una flor que besa el sol y riega el Espíritu Santo, que la calienta e ilumina, que la baña y adorna con luces celestiales. ¡Cuántas verdades os diría vuestra alma si supieseis conversar con ella, si la amaseis como la que os hace semejantes a Dios que es Espíritu como espíritu es vuestra alma. ¡Qué amiga tan grande tendríais en vuestra alma si la amaseis en lugar de odiarla hasta matarla! ¡qué grande y sublime amiga sería con la que pudieseis hablar de cosas del cielo, vosotros quienes os morís por charlar, y que os echáis a perder el uno al otro con amistades que si no son indignas (algunas veces lo son), con todo siempre son inútiles y no son más que una vana algarabía o un cúmulo nocivo de palabras, y palabras que huelen a humano.

¿No acaso os he dicho: “Quien me ama, observará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y pondremos en él nuestra mansión?”⁵. El alma en gracia posee el amor y poseyendo el amor, posee a Dios, esto es, al Padre que la cuida, al Hijo que la amaestra, al Espíritu que la ilumina. Posee, pues, al Conocimiento, a la Ciencia, a la Sabiduría. Posee a la Luz. Por esto, pensad qué conversaciones sublimes podría sostener con vosotros vuestra alma. Son las que han llenado el silencio de las cárceles, el silencio de las celdas, el silencio de los eremitorios, el silencio de las habitaciones de los enfermos santos. Son las que han consolado a los encarcelados en la espera del martirio, a los enclaustrados en la búsqueda de la verdad, a los eremitas que anhelan por un conocimiento anticipado de Dios, a los enfermos en soportar sus dolores, pero ¡qué digo! a amar su cruz.

¹ La escritora trata aquí del Pecado Original.

² Cfr. 1, 26 y 28.

³ Cfr. Gén. 1, 27; 2, 18 y 20-25.

⁴ Ib 2, 16-17; 3, 1-3.

⁵ Cfr. Ju. 14, 23.

Si supieseis preguntar a vuestra alma, os diría que el significado verdadero, preciso, amplio como la creación, de la palabra “dominadores” es este: “Para que el hombre domine *todo*. Los tres estadios. El estadio inferior, esto es, el *animal*. El estadio intermedio, *el moral*. El estadio superior, *el espiritual*. Y los tres los enderece a un único fin: poseer a Dios”. Será digno de poseerlo con un férreo dominio con que sujete todas las fuerzas de su propio “yo” y las haga servir a este *único* objeto: merecer poseer a Dios. El alma os diría que Dios había prohibido el conocimiento del bien y del mal, porque el bien lo había dado gratuitamente a sus criaturas, y no quería que conocieseis el mal, porque es un fruto dulce al paladar, pero una vez que entra en la sangre, provoca una fiebre que mata y que produce un ardor. Por esto cuanto más se bebe de este jugo mendaz, tanto más se tiene sed.

Replicaréis: “¿Por qué lo puso?” ¿Por qué? Porque el mal es una fuerza que nació por sí sola como ciertos males monstruosos en un cuerpo sano.

Lucifer era un ángel. El más bello de los ángeles. Espíritu perfecto, inferior tan solo a Dios. Y sin embargo en su ser luminoso nació un vapor de soberbia que él no dispersó, antes bien lo fomentó. Y de aquí nació el mal, que existió antes de que el hombre existiese. Dios había arrojado a Lucifer fuera del paraíso, a Lucifer el fomentador del mal, a ese que ensució el paraíso. Y permaneciendo como el incubador del mal, y no pudiendo ensuciar más el paraíso, ha ensuciado la tierra.

Esta planta simbólica demuestra esta verdad. Dios había dicho al hombre y a la mujer: “Conocéis todas las leyes y misterios de la Creación, pero no pretendáis usurparme el derecho de ser el Creador del hombre. Para propagar la estirpe humana bastará mi amor que vivirá en vosotros, y no por concupiscencia, sino por un anhelo de caridad suscitará nuevos Adanes de vuestra raza. Os doy todo, tan sólo me reservo este misterio de la formación del hombre”.

Satanás quiso arrebatarse esta virginidad intelectual al hombre y con su lengua viperina acarició los miembros y ojos de Eva, creando en ella reflejos y excitaciones que antes no tenía porque la malicia no la había envenenado todavía.

Ella “vio”. Y al ver quiso probar. La carne se había excitado. ¡Oh! Si hubiera invocado a Dios! Si hubiera corrido a decirle: “Padre. Estoy enferma. La Serpiente me ha hablado muy bonito y me siento turbada”. El Padre la hubiera purificado y curado con su aliento, porque si había podido infundirle la vida, podía infundirle nuevamente la inocencia, haciendo que se olvidara del veneno viperino y hubiera colocado en ella la repugnancia hacia la Serpiente, como sucede con aquellos enfermos de algo, después de curarse cobran una instintiva repugnancia hacia lo que sufrieron. Pero Eva no fue al Padre. Volvió sus ojos a la Serpiente. Era una sensación dulce para ella. “Al ver que el fruto del árbol era bueno para poderse comer, y que era bello y atrayente, lo cortó y comió de él”⁷.

Y “comprendió” Ya la malicia había bajado a morderle las entrañas. Vio con ojos nuevos y oyó con oídos nuevos los instintos y las voces de los animales, y sintió arder en ella algo raro. Fue la primera en pecar. Condujo a su compañero a igual cosa. Por eso sobre la mujer pesa una sentencia mayor.

Por Eva el hombre se rebeló contra Dios y por ella conoció la lujuria y la muerte. Por ella no pudo más dominar sus tres estadios o reinos: el *del espíritu*, porque permitió que el espíritu desobedeciese a Dios; el *moral*, porque permitió que las pasiones se enseñoreasen de él; el de la *carne*, porque se envileció hasta seguir los instintos de los brutos. “La Serpiente me engañó” dijo Eva. “La mujer me presentó el fruto, y comí de él” dijo Adán⁸. Desde aquél momento la triple concupiscencia se apoderó de los tres estadios o reinos del hombre.

No hay ninguna otra cosa fuera de la gracia que pueda soltar las ataduras de este monstruo despiadado. Y si siempre vive, si conserva siempre viva la voluntad de un hijo fiel, llega a destrozar al monstruo y a no temer nada. No temerá a los tiranos internos, esto es, la carne y sus pasiones; ni a los tiranos externos: esto es, al mundo y a los poderosos del mundo; ni a las

⁷ Cfr. Gén. 3, 6.

⁸ Cfr. Gén. 3, 12-13.

persecuciones, ni a la muerte. Es como dice el apóstol Pablo⁹: “No temo ninguna de estas cosas, ni tengo tanta estima por mi vida con tal de que cumpla mi misión y lo que me encargó el Señor Jesús que llevase a cabo para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios”.

25. La nueva Eva obedeció en todas las formas

8 marzo 1944

Dice María:

“Cuando comprendí la misión a que Dios me destinaba, me llené de gozo. Mi corazón se abrió como un lirio cerrado y proporcionó la sangre que sirvió de tierra al Germen del Señor.

Gozo de ser madre.

Desde mis primeros años me había consagrado a Dios porque la Luz del Altísimo me había iluminado la causa del mal del mundo y había querido, en lo que en mí estaba, borrar de mí las huellas de Satanás. No sabía que no tuviese mancha alguna. No podía pensarlo. El haberlo hecho hubiera sido presunción y soberbia, porque, nacida como todos los demás, no me era lícito pensar que yo era la elegida para ser la Inmaculada. El Espíritu de Dios me había dicho del dolor del Padre cuando Eva pecó, cuando se envileció, ella criatura de gracia, a un nivel de una criatura inferior. Tenía yo intención de consolar ese dolor, al conservar mi cuerpo puro, al conservarme pura en mis pensamientos, deseos y contactos humanos. Sólo para Él reservaba el palpar de mi amor; sólo para Él la razón de mi ser. Pero si no existía en mí el ardor de la concupiscencia, sí existía el sacrificio de no ser madre.

El Padre, Creador, concedió la maternidad también a Eva libre de todo cuanto ahora la envilece. Una maternidad dulce y pura sin el lastre de los sentidos. Yo la probé ¡De cuánta riqueza se despojó Eva! Más que la Inmortalidad! Y no parezca exageración. Mi Jesús y yo con Él hemos conocido lo que significa el debilitamiento próximo a la muerte. Yo el dulce languidecer de quien cansado se duerme, Él el atroz debilitamiento de quien muere en el suplicio. Los dos, pues, morimos². Pero la maternidad que me dejó intocable a mí la nueva Eva, la conocí para que pudiese decir al mundo cuál hubiera sido la dulce suerte de la mujer al dar a luz sin ningún sufrimiento. Y el deseo de esta maternidad pura podía existir y de hecho existía en mí, porque ella es la gloria de la mujer.

Si reflexionáis en la gran honra en que era tenida en Israel la mujer que llegaba a ser madre, podéis comprender mejor el sacrificio a que me comprometía al privarme de ella. El que es todo Bueno concedía a su sierva este don sin quitarme el candor de que me había revestido para ser una flor de su trono. Y yo me alegraba con el doble gozo de ser madre de un hombre y de ser Madre de Dios.

Gozo de ser Aquella por la que la paz, se consolida entre el cielo y la tierra.

¡Oh qué gozo el haber deseado esta paz por amor de Dios y del prójimo y saber que por mi medio, pobre esclava del Poderoso, venía al mundo! Decir: “¡Oh hombres no lloréis más. Traigo conmigo el secreto que os hará felices. No os lo puedo decir porque el secreto está encerrado en mi corazón, como mi Hijo está encerrado en mi seno inviolado. Pero lo traigo ya entre vosotros. Cada hora que pasa, se acerca más el momento en que veréis y conoceréis su santo Nombre”.

Gozo de haber hecho feliz a Dios: gozo de que creí haberlo hecho.

¡Oh haber arrancado del corazón de Dios la amargura de la desobediencia de Eva! ¡de la soberbia de Eva! De su incredulidad. Mi Jesús ha explicado con qué clase de culpa se manchó la primera Pareja. Yo anulé esa culpa, volviendo a subir las etapas por las que bajó.

⁹ Hecho 20, 24.

² En qué sentido la Escritora hable de la muerte de la Virgen, cfr. Los últimos capítulos del último volumen dedicados a su bienaventurado tránsito.

El principio de la culpa estuvo en la desobediencia: “No comáis y no toquéis ese árbol” Dios había dicho³. El hombre y la mujer, el rey de la creación, que podían comer y tocar todo fuera de aquel fruto, porque Dios quería que no fuesen inferiores a los ángeles, no tuvieron en cuenta la orden dada.

La planta: el medio para probar la obediencia de los hijos. ¿Qué es la obediencia a la orden de Dios? Es un bien, porque Dios no ordena sino más que esto. ¿Qué es la desobediencia? Es un mal, porque pone el corazón en una disposición rebelde de la que puede aprovecharse Satanás. Eva fue al árbol. Si hubiera huido de él, no le hubiera tocado el mal. La curiosidad la arrastra para ver qué había de especial en el árbol, la imprudencia la empuja a no considerar como útil la orden de Dios, puesto que ella es fuerte y pura, reina en el Edén, en donde todas las cosas le obedecen, y ninguna puede causarle mal. Su presunción la llevó a la ruina. La presunción es el fermento de la soberbia.

En el árbol encuentra al Seductor, el cual canta la canción de la mentira a su inexperiencia, a su inocente inexperiencia, a su mal custodiada inexperiencia. “¿Piensas que hay aquí algo de mal? No. Dios te lo prohibió porque quiere teneros como esclavos de su poder. ¿Creéis ser reyes? No sois ni siquiera libres como lo es la fiera. Ella puede amar con un amor verdadero. Pero no vosotros. A ella se le ha permitido ser creadora como Dios. Ella engendrará hijos y verá crecer feliz a su familia. Pero no vosotros. A vosotros se os ha negado esta alegría. ¿A qué fin se os ha hecho macho y hembra si debéis vivir de este modo? Sois dioses y no sabéis lo que significa ser dos en una sola carne, que crea una tercera y muchas más. No creáis a las promesas de Dios de que tendréis el gozo de una posteridad al ver que vuestros hijos procrean nuevas familias, y que dejan por ellas a padre y madre. Os dio una apariencia engañosa de la vida: la verdadera vida consiste en conocer las leyes de la vida. Entonces seréis semejantes a dioses y podréis decir a Dios: “Somos tus iguales””.

Y la seducción continuó porque no había voluntad de rechazarla, antes bien sí la había, como también la había de conocer lo que pertenecía al hombre. Y el árbol prohibido se convierte en realidad para el género humano en algo mortal, porque de sus ramas pende el fruto del saber amargo que proviene de Satanás. Y la mujer se convierte en hembra y con el fermento del conocimiento satánico en el corazón, va a corromper a Adán. Llegada a este nivel la carne, corrompida la moral, degradado lo espiritual. Conocieron el dolor y la muerte del espíritu privado de la gracia y de la carne privada de la inmortalidad. La herida de Eva engendró el sufrimiento, que no terminará sino hasta cuando muera la última pareja sobre la tierra.

He vuelto a caminar el camino de los dos pecadores. *Obedecí. Obedecí en todas las formas.* Dios me había pedido que fuera virgen. *Obedecí.* Al amar la virginidad que me hacía pura como lo fue la primera mujer antes de conocer a Satanás. Dios me pidió que fuese esposa. *Obedecí, poniendo el matrimonio en aquel prístino grado que existió en el pensamiento de Dios cuando creó a los dos Primeros seres humanos.* Convencida de ser destinada a vivir sola en el matrimonio, y a que los demás despreciasen mi esterilidad santa, entonces Dios me pidió que fuese Madre. *Obedecí. Creí que era posible, y que esa palabra venía de Dios, porque al oírla, la paz se derramaba dentro de mí.*

No pensé: “me lo merecía”. No me dije a mí misma: “Ahora el mundo me admirará, porque soy semejante a Dios al crear la carne que tendrá Dios”. No. Me aniquilé en mi humildad. El gozo me brotaba del corazón como un tallo de una rosa en flor. Pero prontamente se adornó con espinas punzantes y se encontró envuelta en el dolor, como esos ramos que se ven envueltos de las campanillas. El dolor del dolor del esposo y esto era lo que ahogaba mi gozo. El dolor del dolor de mi Hijo: y estas eran las espinas de mi gozo. Eva buscó el placer, el triunfo, la libertad. Yo acepté el dolor, el aniquilamiento, la esclavitud. Renuncié a mi vida tranquila, a la estimación de mi esposo, a mi propia libertad. No me reservé nada.

³ Cfr. Gén. 2, 17.

Me convertí en la Esclava de Dios en la carne, en lo moral, en el espíritu. Me confié a Él no sólo en lo que se refiere a la concepción virginal, sino también en lo que tocaba a mi honor, en lo que podía ser consuelo de mi esposo, en el medio con el que también podía él llegar a la sublimación del matrimonio, de modo que ambos pudiéramos devolver al hombre y a la mujer la dignidad perdida. Para mí, para mi esposo, para mi Hijo abracé la voluntad del Señor. Dije: “Sí” para los tres, segura que Dios no habría mentido a sus promesas de socorrerme en mi dolor de esposa que se ve tratada como culpable, de manera que sabe que engendra un Hijo para el dolor.

Dije: “Sí”. Sí y basta. *Aquel “sí” anuló el “no” de Eva al mandamiento de Dios.* Sí Señor, como tú quieras. Conoceré lo que quieras. Viviré como quieras. Me alegraré si quieres. Sufriré por lo que quieras. Sí, siempre sí, Señor mío, desde el momento en que tu rayo me hizo Madre hasta el momento en que me llamaste a ti. Sí, siempre sí. Todas las voces de la carne, todas las pasiones de lo moral bajo el peso de este mi perpetuo decir “sí” y arriba como un pedestal de diamante, mi espíritu al que faltan alas para volar a Ti, pero que es dueño del “yo” domeñado y su siervo. Siervo en el gozo, siervo en el dolor. Sonríes ¡oh Dios mío! Te sientes feliz. La culpa ha sido vencida. Ha desaparecido. Ha sido destruida. Está bajo mi calcañal. Se ha lavado con mi llanto, destruido con mi obediencia. De mi seno nacerá el nuevo Árbol que producirá el fruto que conocerá todo el mal por haberlo padecido en Sí y producirá todo el bien. A él podrán acercarse los hombres y seré feliz al ver que lo aceptan, aun cuando no piensen que ha nacido de mí. Con tal de que el hombre se salve y Dios sea amado, hágase de su esclava lo que se hace del lugar donde nace un árbol: una grada para subir”.

26. Una breve explicación sobre el pecado original¹

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“Las palabras de mi Madre bastarían para quitar toda clase de duda aún a los más avezados en las formulas.

¡Y que si hay muchos! Quieren al tratarse de las cosas divinas pensar con su medida humana y quisieran que también Dios así pensase. Pero qué hermoso es pensar que Dios reflexiona de una manera completamente sobrehumana de lo que el hombre hace. Y sería una cosa muy bella que os esforcéis en reflexionar no según el modo humano sino según el espíritu y que siguieseis a Dios. No quedarse enclavados donde vuestro pensamiento se quedó. También esto es soberbia porque presume la perfección en la inteligencia humana. Pues nada de perfecto existe fuera del Pensamiento divino del cual puede, si quiere y cree que sea útil hacerlo, puede descender y convertirse en Palabra en la mente y en los labios de una criatura suya que el mundo desprecia porque a sus ojos es ignorante, debilucha, tenaz, pueril.

A la Sabiduría le gusta –para desorientar la soberbia de la inteligencia– derramarse sobre estos deshechos del mundo, que no tienen doctrina propia, ni aún una cultura adquirida, sino viven sólo en el amor y en la pureza, grandes por su voluntad de servir a Dios haciéndolo conocer y amar después de haber merecido conocerlo y amarlo con todas sus fuerzas. Ved ¡oh hombres! En Fátima, en Lourdes, en Guadalupe, en Carvaggio, en la Salette, ha habido verdaderas apariciones y santas; los videntes, los que fueron llamados para ver, han sido pobres criaturas por su edad, por su cultura, condición; eran de los más humildes seres de la tierra. A estos desconocidos, es estos “nada” se revela la gracia y los hace sus heraldos. ¿Qué deben hacer entonces los hombres? Inclinar-se como el publicano y decir: “Señor yo era demasiado pecador para merecer conocerte. Sé bendito por tu bondad que me consuela a través de estas criaturas y me proporciona un áncora celestial, un guía, un maestro, una salvación”². No decir: “¡Pero no! ¡Supersticiones ¡Herejías! ¡No es imposible!” ¿Cómo que no

¹ En este capítulo como en el 24 y 25 la Escritora trata del Pecado original, pero tan solo en algunos aspectos-

² Cfr. Lc. 18, 13.

es posible?; ¿No es posible que un ignorante llegue a ser docto en la ciencia de Dios? ¿Y por qué no es posible? ¿No acaso resucité a muertos, curé a dementes, epilépticos, hice que hablasen los mudos, que los ciegos viesan, los sordos oyesen, entendiesen los retrasados mentales? ¿No acaso arrojé demonios, ordené a los peces que se metiesen en la red, a los panes multiplicarse, al agua convertirse en vino, a la tempestad calmarse, a las olas del mar hacerse sólidas como tierra firme? ¿Qué cosa hay imposible para Dios?

Antes de que Dios, el Mesías, el Hijo de Dios, estuviese entre vosotros, ¿no obró acaso el milagro por medio de sus siervos que obran en su Nombre? ¿No se convirtieron en fecundas las entrañas de Sara la esposa de Abraham para que fuese Sara y en su vejez diese a luz a Isaac destinado para ser con el que volviese a hacer el pacto³? ¿No se cambiaron en sangre las aguas del Nilo y se llenaron de animales inmundos por orden de Moisés? Y por su palabra ¿no acaso murieron de peste los animales y úlceras destrozaron las carnes de los hombres, y sus trigales fueron devastados por el terrible granizo, sus árboles los dejaron sin follaje las langostas y por tres días no hubo luz, y los primogénitos fueron muertos, y se abrió el mar para que pasase Israel, se endulzaron las aguas que eran amargas, y vino abundancia de codornices y maná, y brotó agua de la roca árida⁴? ¿No acaso Josué detuvo al sol en su carrera⁵? ¿Y el joven David no echó por tierra acaso al gigante⁶ y Elías multiplicó la harina y el aceite y resucitó al hijo de la viuda de Sarepta⁷? ¿No acaso a su mandato bajó lluvia sobre la árida tierra y fuego del cielo sobre el holocausto⁸? ¿Y el Nuevo Testamento no es acaso un bosque florido de milagros? ¿Quién es el señor del milagro? ¿Qué cosa, pues, es imposible para Dios? ¿Quién como Dios?

Doblegad la frente y adorad. Y si, debido a que los tiempos ya empiezan a madurar para la gran cosecha, y todo debe conocerse antes de que el hombre cese de existir, todo: las profecías dichas después de Cristo, las profecías antes de Él, y el simbolismo bíblico que tiene principio desde las primeras palabras del Génesis –y si os instruyo sobre un punto que hasta ahora no había sido explicado, aceptad este regalo y sacad el fruto, más bien que lo condenéis. No hagáis como los judíos de mi tiempo, cuando viví, que cerraron su corazón a mis instrucciones y no pudiendo comprender los misterios y las verdades sobrenaturales, me llamaban obseso y blasfemo.

Dije: “planta metafórica”. Ahora digo “planta simbólica”. Tal vez comprenderéis mejor⁹. Su simbolismo es claro: de cómo dos hijos de Dios se habrían comportado respecto a ella, se habría cogido cómo existía en ellos tendencia al bien y al mal. Como el agua regia que sirve para probar el oro y la balanza del orfebre que pesa los carates, es planta que se había convertido en un “encargo” por mandato de Dios, fue lo que dio la medida de la pureza del metal de Adán y Eva.

Me parece oír ya vuestra objeción: “¿No acaso fue mayor la condena e infantil el medio que se empleó para condenarlos?”

No lo fue. Una desobediencia actualmente en vosotros que sois sus herederos, es menos grave que no en ellos. A vosotros os redimí. Pero el veneno de Satanás siempre está pronto a aparecer como ciertas enfermedades que no desaparecen nunca totalmente de la sangre. Ellos, los dos primeros padres, poseían la gracia sin haber estado privados de ella. Por lo tanto eran más fuertes. La gracia los sostenía mejor; la gracia que producía en ellos inocencia y amor. Infinito era el don que Dios les había otorgado. Por esto mayor fue su caída pese al don que tenían.

³ Cfr. Gén. 17, 15-21.

⁴ Cfr. Éx. 7, 17... 17, 7.

⁵ Cfr. Jos. 10, 12-14.

⁶ Cfr. 1º Rey. 17.

⁷ Cfr. 3º Rey. 17, 7-24.

⁸ Cfr. 3º Rey 18, 19-46.

⁹ “El árbol del bien y del mal, verdadero árbol por naturaleza y estructura era también un árbol simbólico”

Simbólico también el fruto que se les ofreció y que comieron. Era el fruto de una *experiencia que querían realizar por instigación satánica, desobedeciendo el mandato de Dios*. Yo no había prohibido a los hombres amarse. Quería tan sólo que se amasen sin malicia; como los amaba Yo con mi santidad, así debían amarse, sin ninguna mancha de lujuria.

No se debe olvidar que la gracia es luz, y quien la posee conoce lo que es útil y bueno de conocer. La Llena de gracia conoció todo porque la Sabiduría la instruía, la Sabiduría que es gracia, y se dejó guiar santamente. Eva conocía pues, lo que era bueno conocer. No más de eso, *porque es inútil conocer lo que no es bueno*. No tuvo fe en la palabra de Dios y no fue fiel a su promesa de obediencia. Creyó a Satanás, quebrantó su promesa, quiso conocer lo que no es bueno, lo amó sin remordimiento, entregó su amor que se le había dado y que era tan santo, a una cosa corrupta, a una cosa que no valía nada. Ángel caído, se arrastró por el fango y sobre la hierba seca cuando podía haber corrido dichosa por entre las flores del Paraíso terrestre y ver florecer a su rededor su prole, así como una planta que se cubre de flores sin doblegar su copa en el pantano.

No seáis como los niños necios que señalo en el evangelio¹⁰, los cuales oyeron cantar y se taparon las orejas, oyeron sonar y no bailaron, oyeron llorar y prefirieron reírse. No seáis tacaños, ni obstinados. Aceptad, aceptad sin malicia y testarudez, sin ironía ni incredulidad, la Luz. Y esto es suficiente y para que podáis comprender cuán gratos debéis ser para con el que murió para levantaros al cielo y para vencer la concupiscencia de Satanás, he querido hablaros en este tiempo de preparación para la Pascua, de esto que fue el primer anillo de la cadena con que el Verbo del Padre fue llevado a la muerte, el Cordero divino al matadero. Quise hablaros de ello porque ahora el noventa por ciento de vosotros es semejante a Eva envenenada del hálito y palabras de Lucifer, y no vivís para amaros, sino para saciaros de los sentidos; no vivís para el cielo sino para el fango; no sois más criaturas dotadas de alma y razón sino perros sin alma y sin inteligencia. Habéis matado el alma y pervertido la razón. En verdad os digo que los brutos os superan en la honestidad de sus amores”.

27. Isabel está en cinta.

25 marzo 1944

Veo la casita de Nazaret. María estaba ahí. Jovencita como cuando el ángel de Dios se le apareció. Tan sólo con verla, el alma se me llena del perfume virginal de esta casa. Del perfume angélico del que todavía está impregnado el aire. Del perfume divino que se ha concentrado en María para hacer de ella una Madre y que de ella ahora se difunde.

Es tarde. Las tinieblas empiezan a invadir el lugar donde antes brillaba la luz del cielo.

María de rodillas, cerca de su cama, ruega con los brazos cruzados sobre el pecho y con su rostro muy inclinado hacia la tierra. Todavía está vestida como cuando la Anunciación. Todo está como entonces. Las flores en el jarrón, el ajuar en el mismo orden. Tan sólo la rueca y el huso están en un rincón con el resto del estambre.

María termina de orar. Se pone de pie con el rostro encendido como de una llama. La boca sonríe pero el llanto brilla en su mirada azul. Toma la lámpara de aceite y la enciende con el pedernal. Mira que todo esté ordenado en su pequeña habitación. Compone la manta del lecho que se había arrugado un poco. Pone agua en el jarrón donde están las flores y lo saca afuera, para que reciba el fresco de la noche. Entra nuevamente. Toma el recamo doblado que estaba sobre el anaquel y la lámpara y sale cerrando la puerta. Da unos cuantos pasos por el huertecillo, girando por la casa, luego entra en la habitacioncilla, donde vi que Jesús se despidió de Ella. La reconozco aún cuando ahora le faltan algunos muebles que después tendrá.

María se va llevándose la lámpara a otro lugar pequeño y cercano, y yo me quedo allí con mi única compañía que es su labor que ha dejado sobre la extremidad de la mesa. Oigo su

¹⁰ Cfr. Lc. 7, 31-32.

paso que ligero va y viene; oigo que mete las manos en el agua y que lava algo, que después rompe varas, me imagino que es leña. Oigo que enciende fuego.

Luego regresa. Vuelve al jardincito, entra con manzanas y verduras. Las manzanas las pone en una bandeja que parece de bronce bruñido que está sobre la mesa. Vuelve a la cocina (debe ser allí). Ahora la llama alegre del horno se ve fuera de la puerta abierta, y ensaya una danza sobre las paredes.

Pasa un poco de tiempo. María vuelve con un pequeño pan de color moreno y un tazón de leche caliente. Se sienta y moja pedazos de pan en ella. Se los come despacio. Luego dejando mitad de leche entra nuevamente a la cocina y regresa con verduras, que rocía con aceite, y se las come con el pan. Toma la leche en lugar de agua. Luego se come una manzana. Una cena de niña. María come y piensa. Sonríe a algo que le llena el corazón. Levanta sus ojos. Mira las paredes y parece como si con ella hablase de algún secreto. De cuando en cuando se pone seria, casi triste, pero luego torna la sonrisa.

Se oye que tocan en la puerta. María se levanta a abrir. Entra José. Se saludan, Luego José se sienta sobre un banquillo enfrente a María, al otro lado de la mesa.

José es un bello hombre en su edad madura. Tendrá unos treinta y cinco años a lo más. Su cabello castaño-oscuro y su barba también castaño-oscuro le adornan la cara en la que hay dos dulces ojos de un castaño casi negro. Su frente es ancha y lisa. Su nariz delgada, un poquitín curvada. Sus mejillas más bien redondas en los pómulos. No es muy alto, pero sí robusto y bien proporcionado.

Antes de sentarse se quita el manto en forma circular (el primero que veo de esta forma), y sostenido en la garganta con una especie de gancho o cosa semejante y que tiene su capucha. Es de color café ligero y parece hecho de lana tosca e impermeable. Parece un manto de algún montañés, propio para defenderse de las tempestades. Antes de sentarse ofrece a María dos huevos y un racimo de uvas un poquitín ajadas. Al ofrecérselas se sonríe: “Me las trajeron de Caná. Los huevos me los dio el centurión por un arreglo que hice en su carruaje. Tenía algo en la rueda, y su trabajador está enfermo. Están frescos. Los tomé de su gallinero. Bébetelos. Te hacen bien”.

“Mañana, José. Acabo de comer”.

“Pero cómete las uvas. Están buenas. Dulces como la miel. Las traje despacio para que no se maltrataran. Cómetelas. Tengo todavía más. Te las traeré mañana en un cesto. Ahora no podía porque me vine directamente de la casa del centurión”.

“Luego no has cenado”.

“No. Pero no importa”.

María se levanta al punto. Va a la cocina, vuelve con un tarro de leche, aceitunas y queso. “No tengo otra cosa” dice. “Bébetelo un huevo”.

José no acepta. Los huevos son para María. Come con gusto el pan y queso y bebe leche todavía tibia. Acepta una manzana. La cena ha terminado.

María toma su bordado, después de haber limpiado la mesa. José la ayuda y se queda en la cocina aun cuando ella regresa acá. Veo que pone todo en su lugar. Atiza el fuego, porque la noche es un poco fría.

Cuando viene, María le da las gracias. Hablan entre sí. José le cuenta cómo pasó el día. Le habla de sus sobrinos. Pregunta a María que cómo le va con su labor y con sus flores. Promete traerle flores muy hermosas que el centurión le ha prometido. “Son flores que no tenemos. Las trajeron de Roma. Me prometió unos bracitos. Cuando llegue la luna nueva, los trasplantaré aquí. Son muy bellas de color y despiden un perfume muy grato. Las vi en el verano pasado, porque sólo en verano florecen. Te perfumarán toda la casa. Luego las podaré cuando la luna sea propicia. Es tiempo”.

María sonríe y le da las gracias. Silencio. José mira la cabeza rubia de María inclinada sobre su tejido. Una mirada de amor angelical. No cabe duda que si un ángel fuera capaz de amar a una mujer, la miraría así.

María, como si tomara una decisión, pone sobre sus rodillas el hilado y dice: “José también yo tengo algo que decirte. Casi nunca tengo nada, porque bien sabes que vivo solitaria, pero hoy tuve una noticia, y es que nuestra parienta Isabel, mujer de Zacarías, está por tener un hijo...”

José abre tamaños ojos y pregunta: “¿A esa edad?”

“¿A esa edad!” responde sonriente María. “Todo lo puede el Señor. Ahora ha querido proporcionar a nuestra parienta esta alegría”.

“¿Cómo lo sabes? ¿Estás segura de la noticia?”

“Vino un mensajero. Es uno que no dice mentiras. Quisiera ir a su casa para servirle y decirle que me congratulo con ella. Si me lo permites...”

“María tú eres la señora y yo el esclavo. Todo lo que hagas está bien hecho. ¿Cuándo quieres partir?”

“Lo más pronto posible. Estaré ausente por unos meses”.

“Y yo contaré los días esperándote. Ve tranquila. Cuidaré de la casa y del huertecillo. Encontrarás tus hermosas flores como si las hubieras regado. Sólo... espera. Debo ir antes de la Pascua a Jerusalén para comprar algunas cosas para mi trabajo. Si esperas algunos días te acompañaré hasta allá. Pero no más porque debo volver lo más pronto posible. Hasta allí podemos ir juntos. Me sentiré más tranquilo si sé que no vas sola por el camino. Me haces saber cuándo regresas, para que vaya a encontrarte”.

“Eres muy bueno José” El Señor te pague con bendiciones y aleje de ti el dolor. Siempre le pido esto”.

Los dos castos esposos se sonríen delicadamente. El silencio reina por un poco de tiempo, después José se levanta, se pone el manto y la capucha en la cabeza. Se despide de María que también se ha levantado y sale.

María lo mira salir con un suspiro de aflicción. Levanta los ojos al cielo. Ciertamente que está orando.

Cierra la puerta cuidadosamente. Dobla el recamo. Va a la cocina. Apaga, mejor dicho, tapa el fuego. Mira que todo esté en su lugar. Toma la lámpara y sale, cerrando la puerta. Defiende con su mano la llamita que tiembla al viento frío de la noche. Entra en su habitación y vuelve a orar.

La visión termina de este modo.

28. “Déjame, que yo te justificaré ante tu esposo”

(Escrito el mismo día)

Dice María:

Querida hija, cuando cesó el éxtasis que me llenaba de inefable alegría y volví a la tierra, el primer pensamiento que me punzó como espina de rosa, que me punzó el corazón todavía envuelto en las rosas del Amor divino, fue el pensar en José.

Yo lo amaba. Era mi santo y providente custodio. Desde que quiso Dios, por medio de la palabra de su sacerdote, que me hubiese prometido a José, **puede** conocer y apreciar la santidad de este Justo. Junto a él había sentido que mi soledad de huérfana desaparecía. No extrañaba más mi permanencia en el Templo. Era tan bueno como mi padre a quien había yo perdido: Cerca de José me sentía segura, como si fuese el sacerdote. Toda duda había desaparecido. Y tanto era que había comprendido, que no tenía qué temer de José. Más segura que un niño en los brazos de su mamá, así estaba mi virginidad confiada a José.

Y ahora ¿cómo iba a decirle que era yo Madre? Buscaba las palabras para darle la noticia, cosa difícil. No quería enorgullecerme del don de Dios y no podía de ninguna manera justificar mi maternidad sin decir: “El Señor me ha amado entre todas las mujeres y a mí su sierva me ha hecho Madre”. No podía engañarlo ocultándole mi estado.

Yo oraba al Señor y el Espíritu de quien estaba llena me dijo: “Cálmate. Déjame que Yo te justifique ante tu esposo”. ¿Cuándo? ¿Cómo? No se lo pregunté. Me confié a Él como una flor

se confía a la onda que la lleva. Jamás el Eterno me había dejado sin su ayuda. Su mano me había sostenido, protegido, guiado hasta aquí. Lo haría una vez más.

Hija mía, ¡cuán hermosa y consoladora es la fe en nuestro eterno y buen Dios! Nos pone en sus brazos como en una cuna. Nos conduce como una barca al luminoso puerto del bien, nos conforta el corazón, nos consuela, nos nutre, nos da descanso y alegría, nos da luz y guía. Todo se encuentra al confiar en Dios y Dios da todo a quien confía en Él: se da a Sí mismo.

Aquella noche mi confianza humana llegó a la perfección. Podía hacerlo porque Dios estaba en mí. Antes había tenido la confianza de una pobre criatura como lo era, siempre una nada, aún cuando era tan Amada hasta ser la mujer que no conocía pecado, pero ahora tenía la confianza divina porque Dios era mío: mi Hijo. ¡Oh qué alegría! Ser una sola cosa con Dios. No por gloria mía, sino para amarlo con una total unión, y así poder decirlo: “Tú, Tú que estás en mí, ayúdame a hacer todas las cosas con tu divina perfección”.

Si Él no me hubiera dicho: “Cálmate” me habría atrevido, poniendo mi rostro en el suelo a decir a José: “El Espíritu ha venido a mí, y en mí está el Germen de Dios”; y me habría creído, porque me quería y porque como todos los que no mienten jamás, no hubiera imaginado que yo mintiese. Sí, con tal de no causarle ningún dolor en lo futuro, habría vencido mi renuncia a alabarme. Pero obedecí al divino mandamiento y por largos meses, a partir de aquel momento, sentí la primera herida que me sangraba el corazón.

El primer dolor de mi suerte de Corredentora. Lo ofrecí y lo sufrí para reparar y para daros una norma de vida en momentos análogos de sufrimiento cuando se impone el silencio, cuando os sucede algo que os pone en mala estima del que os ama.

Confiad en Dios completamente vuestros cuidados, vuestros intereses. Haced merecedores con una vida santa de la protección de Dios y seguid seguros adelante. Aún cuando todo el mundo se os opusiese, Él os defenderá ante quien os ama y hará resplandecer la verdad.

Descansa, ahora, hija, y procura ser siempre más mi hija”.

29. María y José van a Jerusalén.

27 marzo 1944

Asisto al momento de la partida a casa de Isabel. José con dos borriquillos ha venido a tomar a María. Uno es para sí y el otro para Ella.

Tienen sus sillas de costumbre y un arnés un poco raro, pero que al verlo bien caigo en la cuenta de que es para llevar la carga: una especie de portaequipajes sobre el que José sujeta un pequeño cofre de madera: un baúl, diríamos, que trajo a María para que ponga adentro sus vestidos y para que el agua no los bañe. Oigo a María que se lo agradece mucho a José, porque así no tiene que emplear un envoltorio que ella había preparado.

Cierra la puerta y se ponen en camino. Está apenas despuntando el día, porque veo la roja aurora aparecer en el oriente. Nazaret todavía está durmiendo. Los dos madrugadores encuentran sólo a un pastorcito que lleva a sus ovejas trotando una detrás de la otra, unidas la una a la otra, y que van balando. Los corderillos son los que balan más que todos por el ansia de querer mamar; pero sus madres apresuran el paso para llegar a donde está la hierba y los invitan a trotar con balidos más fuertes.

María mira y sonríe, y como se ha detenido para dejar pasar el rebaño, se inclina sobre la silla y acaricia los mansos animales que le pasan cerca. Cuando llega el pastor con un corderito que trae entre sus brazos pues acaba de nacer, y se detiene a saludarla María se sonríe. Acaricia la trompita de color rosa del corderito que bala desesperadamente y dice: “Busca a su madre. Está aquí. No te abandona, pequeñín”. De hecho la madre se restriega contra el pastor y se alza para lamer la trompita de su recién nacido.

El rebaño pasa como rumor de agua en el bosque y detrás de sí deja el polvo que han levantado con sus pezuñas, y el eco de ellas en el camino.

José y María vuelven a emprender el camino. José trae su manto grande. María viene envuelta en una especie de chal a rayas porque la mañana es fresca.

Están ya en la campiña. El uno cerca del otro. Hablan poco. José piensa en sus negocios y María sigue su pensamiento, como recogida en él. Sonríe y sonríe a las cosas, cuando al salir de su ensimismamiento, mira las cosas que la rodean. De cuando en cuando mira a José y un velo como de tristeza oscurece su rostro; luego vuelve a él esa sonrisa y aún cuando mira a su esposo tan proveedor que poco habla, pero si lo hace es para preguntarle si va cómoda o si necesita algo.

Ahora por el camino se ve gente, sobre todo cuando están cerca de algún poblado o dentro de él; pero ambos no ponen mucha atención a las personas que encuentran. Van sobre dos borriquillos que van llenando el aire con el ruido de sus cascabeles. Se paran una sola vez, en la sombra de un pequeño bosque, para comer un poco de pan y aceitunas y beber de un arroyuelo que sale de una caverna. También se detienen otra vez y es para defenderse de un violento aguacero que de improviso los sorprende.

Se meten debajo de un gran peñasco que sobresale. José quiere que María se ponga el manto de lana impermeable y María cede a la insistencia amorosa de su esposo, y para asegurarle que está bien protegida, se pone sobre la cabeza y sobre las espaldas una pequeña manta gris que estaba sobre la silla, tal vez es la cubierta del borriquillo. Ahora María parece un frailecillo con la capucha que le llega al rostro y con el manto color café que le cierra en la garganta y la cubre toda.

El aguacero afloja, pero se convierte en lluvia persistente. Los dos emprenden el camino que está ahora lleno de lodo. Pero es primavera y después de un poco de tiempo el sol lo seca un poco. Ahora los dos borriquillos caminan mejor.

No veo otra cosa más y así cesa la visión.

30. De Jerusalén a la casa de Zacarías.

28 marzo 1944

Estamos en Jerusalén. Reconozco muy bien la ciudad con sus calles y puertas.

Los dos esposos se dirigen al Templo ante todo. Reconozco el pesebre donde José dejó el borriquillo el día de la presentación al Templo. Ahí deja los asnos después de haberles dado su pastura y con María se va adorar al Señor.

Salen. María y José van a una casa de personas conocidas por lo que parece. Allí reparan las fuerzas. María descansa hasta que José regresa con un viejecillo. "Este hombre va por el mismo camino. Para llegar a la casa de tu parienta caminarás sola. Confía en él, lo conozco".

Vuelven a subir sobre los borriquillos. José acompaña a María hasta la puerta (no por la que entraron sino por otra) allí se despiden. María sigue con el viejecillo que habla por lo que José no habló y pregunta miles de cosas. María responde cortésmente.

Ahora tiene delante de su silla el pequeño cofre que antes había traído el borriquillo de José y no tiene puesto más el manto. No tiene siquiera el chal que lo lleva doblado sobre el cofre. Se ve muy bella con su vestido azul oscuro y con el velo blanco que la defiende del sol. ¡Qué hermosa se ve!

El viejecillo debe ser un poco sordo, porque María para hacerse oír, levanta la voz, Ella que está acostumbrada a hablar en voz baja. El viejecillo se ha cansado de hacer preguntas y de querer saber esto y aquello. Dormía sobre la silla, dejándose guiar por el borrico que conoce muy bien el camino.

María aprovecha de este descanso para recogerse en sus pensamientos y para orar. Debe ser una plegaria que entona en voz baja, mirando el cielo azul y teniendo sus brazos sobre el pecho. Su rostro muestra una emoción interna que lo hace dichoso.

No veo más.

31. “No os despojéis jamás de la protección de la plegaria

(Escrito el mismo día)

Dice María:

“Hablaré poco, porque estás muy cansada, hija. Quiero que tu atención y la del que lea esto se fije en la costumbre de José y mía de dar siempre el primer lugar a la oración. Cansancios, prisas, cruces, ocupaciones eran algo que no impedían la oración, sino la ayudaban. Era la reina de nuestras ocupaciones. Nuestra fuerza, nuestra luz, nuestra esperanza. Si en las horas tristes era consuelo, en las felices era un cantar. Era siempre la amiga constante de nuestra alma, que nos separaba de la tierra, del destierro, y nos lleva a lo alto, hacia el cielo, la Patria.

No sola yo, que por otra parte tenía dentro a Dios y no tenía más que mirar mi seno para adorar al Santo de los Santos, sino también José se sentía unido a Dios cuando oraba, porque nuestra plegaria era adoración verdadera de todo nuestro ser, que se fundía en Dios adorándolo y que era abrazado por Él.

Y ved que ni siquiera yo, que tenía en Mí al Eterno, me sentí exenta de presentar mi respeto amoroso al Templo. La santidad más alta no exime de sentirse uno nada ante Dios, y de humillar esta nada, porque Él lo permite, en una continua alabanza a su gloria.

¿Sois débiles, pobres, llenos de defectos? Invocad la santidad del Señor: “¡Santo, Santos, Santo!”. Invocad al Santo sobre vuestra miseria. Él os infundirá su santidad. ¿Sois santos y ricos en méritos a sus ojos? Invocad igualmente la santidad del Señor. Ella, infinita, aumentará siempre la vuestra. Los ángeles, seres superiores a las debilidades humanas, no dejan de cantar un instante “Sanctus” y su belleza sobrenatural aumenta cada vez que invocan la santidad de Dios. Imitad a los ángeles.

No os despojéis jamás de la protección de la plegaria, contra la que se dirigen las armas de Satanás, la malicia del mundo, los apetitos de la carne y la soberbia de la inteligencia. No dejéis jamás esta arma por la que los cielos se abren y producen gracias y bendiciones.

La tierra tiene necesidad de un torrente de oraciones para limpiarse de las culpas que atraen los castigos de Dios. Y como pocos oran, esos pocos deben orar como si fueran muchos. Que multipliquen sus plegarias *vivas* para hacer de ella la suma necesaria para obtener gracias. Las plegarias son vivas cuando están alimentadas del verdadero amor y del sacrificio”.

32. María llega a la casa de Zacarías.¹

1° abril 1944

Me encuentro en un lugar montañoso. Los montes no son altos, pero tampoco son colinas. Tienen más bien la apariencia de montañas, como se ven en nuestros Apeninos de la Toscana y de la Umbría. La vegetación es espesa y buena. Hay mucha agua. Hay mucha agua fresca, con que se alimentan verdes pastizales y huertos llenos de fruta en que hay manzanos, higueras y vides. Debe ser la estación de primavera porque los racimos están un poco crecidos; los manzanos que han acabado de florecer han hecho brotar sus frutitas, que son una bolitas verdes, y encima de las ramas de las higueras se ven los primeros frutos en miniatura, pero ya bien delineados. Los prados son un verdadero tapete suave y de muchos colores. Por ellos pastan las ovejas o descansan y parecen manchas blancas en el color esmeralda de la hierba.

María sube en su borrico por un camino bastante bueno. Será el camino principal. Sube, porque el poblado, bien trazado, está más en alto. El que habla dentro de mí me dice: “Aquí es Hebrón”. Ud. me había dicho que se trataba de lugares montañosos. Yo no sé qué decir. A mí me dijeron este nombre. No sé si sea “Hebrón” toda la zona o el poblado. Oigo que así le llaman.

María entra en el poblado. Mujeres en el umbral de sus puertas —es tarde ya— ven la llegada de la forastera y conversan entre sí. La siguen con los ojos y no quedan en paz sino hasta que

¹ Cfr. Lc. 1, 39-55.

ven que se detiene ante una de las mejores casas, situada en medio del poblado con un huerto-jardín que tiene por delante y con un huerto muy bien cultivado por detrás, y que luego se alarga en un extenso campo que sube y baja según las quebraduras del monte y termina en un bosque de altos árboles, más allá de los cuales no sé qué cosa haya. Todo está rodeado de una hilera de moras selváticas. No distingo bien, porque como Ud. Sabe muy bien, la flor y la hoja de estos arbustos espinosos son muy semejantes, y hasta que no se ven los frutos es fácil engañarse. Por delante de la casa, por el lado que da al poblado, el lugar está rodeado de una pequeña valla blanca con rosales, pero que por ahora no tienen flores sino muchos botones. En el centro se ve un cancel cerrado de hierro. Se comprende que la casa sea de un principal del pueblo o de personas acomodadas, porque todo en ella dice que si no son realmente ricas, pasan la vida con holgura.

María baja de su asno y se acerca al cancel. Mira por entre las barras. No se ve a nadie. Tras hacerse oír. Una mujer, que ha sido la más curiosa de todas y que vino detrás de ella, le señala algo que sirve de campanilla. Son dos pedazos de hierro colocados en una especie de yugo y, al sacudir el yugo con un cordón, ellos chocan entre sí y producen el sonido de una campana o de un gong.

María tira del cordón, pero con tanta suavidad que el sonido es un leve retintín, y nadie lo oye. Entonces la mujer, que es una viejecilla toda nariz y de estatura pequeña con una lengua que vale por diez, toma el cordón y tira, y tira y tira de él. Es un ruido que puede despertar a un muerto— ¡Así se hace mujer. De otro modo cómo nos iban a oír. Ten en cuenta que Isabel ya está vieja y viejo Zacarías. Y éste ahora, además de mudo está sordo. ¿Sabes? Los siervos también ya son viejos. ¿Nunca habías venido? ¿Conoces a Zacarías? ¿Has...?”

Un siervo viejo a toda prisa viene a salvar a María del diluvio de noticias y preguntas. Tal vez es el jardinero o el agricultor porque trae en la mano un escardillo y en la cintura colgando una podadera. Abre. María entra dando las gracias a la viejecilla, y dejándola sin respuesta. ¡Qué desilusión para su curiosidad!

Apenas dentro, María dice: “Soy María hija de Joaquín y de Anna de Nazaret. Prima de vuestros patrones”.

El viejecillo se inclina y saluda. Luego con voz alta grita: “Sara, Sara! Vuelve a abrir el cancel para que entre el asno, porque María para librarse de la preguntona mujer, ha entrado rápido y el jardinero, rápido con ella, cerró el cancel en las narices de la comadre. Y mientras hace pasar el asno, dice: “¡Gran felicidad y suma desgracias hay en este hogar! El cielo ha concedido un hijo a la estéril y ¡el Altísimo sea alabado! Pero Zacarías se volvió mudo hace unos seis o siete meses en Jerusalén. Se hace entender por señas o escribiendo. ¿Lo sabías? La patrona tanto que te ha deseado en esta alegría y en este dolor! Siempre habla de ti con Sara y dice: “¡Si estuviera aquí mi María! Si hubiera estado todavía en el Templo. Hubiera dicho a Zacarías que la trajese. Pero el Señor quiso que se casase con José de Nazaret. Sólo Ella puede darme consuelo en esta aflicción y ayuda para pedir a Dios, porque Ella es muy buena. En el Templo todos la extrañan. La fiesta pasada, cuando fui con Zacarías por última vez a Jerusalén a dar gracias a Dios porque me concedió un hijo, sus maestras me dijeron: “El Templo parece como si no tuviera los querubines de la Gloria desde que la voz de María no resuena entre estos sus muros”” ¡Sara! ¡Sara! Mi mujer está un poco sorda. Pero ven, ven, que te conduzco”.

En vez de Sara se asoma sobre la escalera que está al lado de la casa, una mujer muy entrada en años, toda rugosa y completamente cana, aunque sus pestañas y cejas todavía están negras. El color de su cara es moreno. Contraste extraño con su edad avanzada, lo forma su estado manifiesto de que va a ser madre, no obstante el amplio vestido que trae suelto. Mira llevándose la palma a los ojos como para ver mejor, reconoce a María. Levanta los brazos al cielo con un “¡Oh!” lleno de admiración y de gozo, baja lo más rápido que puede, a encontrarse con María, y esta que en el caminar siempre es lenta, ahora corre, ligera como un cervatillo, llega a los pies de la escalera al mismo tiempo que Isabel, Y María recibe sobre su corazón con una viva alegría a su prima que llora de gozo al verla.

Por unos instantes continúan abrazadas. Después Isabel se separa con un “¡Ah!” mezcla de dolor, mezcla de alegría, y se pone las manos sobre su seno abultado. Baja la vista. Palidece y se sonroja alternativamente. María y el siervo extienden sus manos para sostenerla, porque vacila como si se sintiese mal.

Pero Isabel, después de haber estado como un minuto recogida en sí, levanta la cara llena de luz, que parece haber rejuvenecido, mira a María con una sonrisa de veneración, como si viese a un ángel, luego se inclina profundamente: “¡Bendita tú, entre todas las mujeres! ¡Bendito el fruto de tu seno! (dice estas frases bien separadas) ¿Cómo es posible que haya sido digna tu sierva, de que vinieras a mí, tú la Madre de mi Señor? Mira: al oír tu voz el niño se movió en mi seno como señal de alegría y cuando te abracé el Espíritu del Señor reveló cosas altísimas a mi corazón. Eres bienaventurada porque creíste que Dios puede hacer lo que la inteligencia humana cree que no es posible. Bienaventurada tú, que por tu fe harás que el Señor cumpla las cosas que te prometió y las que predijo a los Profetas para estos tiempos. Bienaventurada tú, porque trajiste la Santidad a mi hijo que siento cómo se mueve, como un cabrito alegre, de júbilo en mi seno, porque se siente libre del peso de la culpa, y llamado a ser el que vaya delante, santificado antes por la Redención del Santo que en ti crece”.

María, con dos lágrimas que le bajan como perlas de sus ojos que ríen a Isabel que está llena de júbilo, con el rostro y brazos levantados al cielo, en la misma actitud que tomará si Hijo Jesús exclama: “Mi alma engrandece a su Señor” y continúa el cántico como lo conocemos. Al final, en el verso: “Ha socorrido a Israel su siervo, etc.” Junta sus manos sobre su pecho, y se inclina profundamente hacia la tierra, adorando a Dios.

El siervo que prudentemente se había alejado cuando vio que Isabel no se sentía mal, pero no obstante hablaba con María, regresa del huerto con un imponente anciano todo blanco en su barba y cabellos, que con grandes gestos y sonidos guturales saluda desde lejos a María.

“Viene Zacarías” dice Isabel, tocando por la espalda a la Virgen absorta en su plegaria. “Mi Zacarías está mudo. Dios lo castigó por no haber creído. Luego te lo contaré. Ahora espero que Dios lo perdone porque viniste, Tú la llena de gracia”.

María se yergue y va al encuentro de Zacarías, se inclina ante él profundamente hasta la tierra, besándole la orla de su blanca vestidura que roza el suelo. Es un vestido amplio. En la cintura lo sostiene una faja ancha, recamada.

Zacarías con gestos da la bienvenida, y juntos se van con Isabel. Entran en una habitación amplia y adornada. Dicen a María que se siente. Le hacen servir una taza de leche recién ordeñada –todavía se ve la espuma– y unos panecillos.

Isabel da órdenes a la sierva que se presenta con las manos todavía llenas de harina y con los cabellos todavía más blancos de cuanto no lo sean, por la harina que tiene en ellos. Tal vez estaba haciendo el pan. Da órdenes también a su siervo, que oigo lo llama Samuel, de que lleve el cofre de María a una habitación que le indica. Todas las obligaciones de la dueña de casa para con su huésped. María entre tanto responde a las preguntas de Zacarías que escribe sobre una tablilla encerada con un estilo. Por las respuestas comprendo que le pregunta por José y cómo se siente con él ahora que está casada. Comprendo igualmente que a Zacarías no se le conceden luces sobrenaturales acerca del estado de María y de su condición de Madre del Mesías. Es Isabel la que acercándose a su marido y poniéndole con cariño una mano sobre la espalda, le dice: “María también es Madre. Alégrate de su felicidad”. No añade más. Mira a María y María también a ella pero no le invita a que diga más. Ella guarda silencio.

33. María revela el Nombre a Isabel.

2 abril 1944

Parece ser de mañana. Veo que María está cosiendo, sentada en la sala de la planta baja. Isabel va y viene con los quehaceres de la casa. Cuando entra no deja de acariciar la cabeza

rubia de María, que resalta todavía más cuanto que hace contraste con las paredes más bien sombrías y bajo los rayos del sol que entran por la puerta que da al jardín.

Isabel se inclina a mirar la labor de María –es el recamo que tenía en Nazaret– y alaba su primor.

“Tengo también hilo para tejer dice María.

“¿Para tu Niño?”

“No. Lo tenía todavía cuando no pensaba...” María no añade más. Pero comprendo: “... cuando no pensaba que sería Madre de Dios”.

“Pero ahora lo emplearás en Él. ¡Es hermoso! ¡Fino! A los niños, sabes, hay que ponerles telas muy delicadas”.

“Lo sé”.

“Yo comencé... tarde, porque quería estar segura de que no se trataba de un engaño del Maligno, aún cuando... experimentaba en mí una alegría tal que no, que no podía proceder de Satanás. Luego... he sufrido tanto. Estoy vieja, María, para encontrarme en este estado. He sufrido *mucho*. Tú no sufres...”

“No. Nunca había estado mejor que ahora”.

“¡Oh, lo comprendo! Tú... en ti no hay mancha, si Dios te escogió para ser su Madre, y por esto no estás sujeta a los sufrimientos de Eva. Lo que llevas en tu seno es Santo”

“Me parece como si tuviera un ala en el corazón y no un peso. Me parece como si tuviera todas las flores, y todos los pajaritos que cantan en primavera, y toda la miel y todo el sol... ¡Oh soy feliz!”

“¡Bendita! También yo, desde que te vi, no siento más el peso, ni cansancio, ni dolor, sino que parece que fuese yo algo nuevo, joven, sin las miserias de mi cuerpo femenino. Mi niño, después de que se movió al oír tu voz, está quieto con su alegría. Me parece como si lo tuviera dentro de una cuna viva y que lo viese dormir satisfecho y feliz, respirar como un pajarito bajo el ala de su madre... voy a trabajar. No me molestará más. Veo poco, pero...”

No te preocupes, Isabel, yo tejeré para ti y para tu niño. Soy rápida y veo muy bien”.

“Pero tú debes pensar en el tuyo...”

“¡Oh, tengo tiempo!... Primero me preocupo por ti que estás próxima a tener tu pequeñín y luego pensaré en mi Jesús”.

Cuando María dice este nombre, cuán dulce es su voz, cuán expresivo su rostro, cómo se le asoma una lágrima de felicidad en sus pupilas y cómo la sonrisa aparece al mirar el cielo luminoso y azul. En verdad que es algo imposible de describir. Parece que el éxtasis le arrebate con sólo decir: “Jesús”.

Isabel dice: “¡qué hermoso nombre! El Nombre del Hijo de Dios, nuestro Salvador!”

“¡Oh, Isabel!” María se pone triste. Toma las manos de su prima que las tenía sobre su vientre. “Dime, tú que, cuando vine, fuiste llena del Espíritu del Señor y profetizaste lo que el mundo ignora. Dime: ¿qué tendrá que hacer mi Hijo para salvar al mundo? Los Profetas... ¡Oh, los profetas que hablan del Salvador! Isaías... ¿recuerdas a Isaías? “Él es el hombre de los dolores. Con sus llagas fuimos curados. Fue cubierto de heridas y golpes por nuestros crímenes... El Señor quiso agotar sobre Él todos los padecimientos... Después de su sentencia fue puesto en alto...”¹. ¿De qué levantamiento habla? Lo llamamos Cordero y pienso... en el cordero pascual², en el cordero de Moisés, y lo relaciono con la serpiente que Moisés levantó sobre una cruz³ ¡Isabel... Isabel!... ¿Qué harán de mi Hijo? ¿Qué cosa deberá padecer para salvar al mundo?” María llora.

Isabel la consuela. “No llores, María. Es tu Hijo, pero también es Hijo de Dios. Dios pensará en Él, y en ti que eres su Madre. Y si muchos serán crueles con Él, otros muchos lo amarán. Muchos... Por los siglos de los siglos. El mundo contemplará a tu Hijo y te bendecirá con Él. A

¹ Cfr. Is 52, 13-15; 53

² Cfr. Ex 12, 1-28; Núm. 28, 16-25; Deut 16, 1-8.

³ Cfr. Núm. 221, 4-9; sap. 16, 5-7; Ju 3, 14-15.

ti: fuente de quien brota la redención. ¡La suerte de tu Hijo! Levantado como Rey de todo lo creado, y como tal, será Rey universal. Y también en la tierra, en el tiempo, será amado. Mi hijo precederá al tuyo y lo amará. Se lo dijo el ángel a Zacarías. Él me lo escribió... ¡Ah! ¡qué dolor ver mudo a mi Zacarías! Pero espero que cuando el niño nazca, su padre se vea libre del castigo. Ruega por él tú que eres la sede de la Potencia de Dios y la causa de la alegría del mundo. Para obtener esta gracia, ofrezco al Señor como puedo mi criatura, porque es suya, pues la prestó a su sierva para darle la alegría de que la llamen “madre” y es el testimonio de cuanto Dios ha hecho en mí. Quiero que se llame “Juan”⁴. ¿No es acaso una gracia, mi hijo? ¿Y no es Dios quien me la concedió?”

“Y Dios te hará ese favor, estoy segura. Yo rogaré... contigo”.

“¡Sufro tanto con verlo mudo!... Isabel llora. “Cuando escribe, porque no puede hablarme, me parece que entre yo y él haya de por medio montes y mares. Después de tantos años en que me decía palabras dulces, ahora no hay más que silencio en su boca. Sobre todo ahora en que sería tan bonito hablar de lo que va a suceder. Me abstengo hasta de hablar para no ver que él se esfuerza con gestos en responderme. ¡Lo que he llorado! ¡Cuánto deseé que hubieras venido! Los del poblado miran, chismean, critican. El mundo es así. Cuando se tiene un dolor o una alegría, se tiene necesidad de quien lo comprenda a uno, no de quien critique. Ahora me parece que la vida sea mejor. Siento la alegría en mí desde que estás conmigo. Siento que mi prueba está por superarse y que pronto seré feliz del todo. Sea así ¿no es verdad? A todo me he resignado. ¡Si Dios perdonase a mi esposo! ¡Poderlo oír nuevamente orar!”.

María la acaricia y la consuela. La invita, para distraerla a ir un poco al jardín bañado en sol.

Se van a un buen emparrado, cerca de una torrecita rústica, en la que hay palomos que hacen sus nidos.

María echa a los palomos de comer, porque estos se precipitan con gran ruido y revoloteos y forman a su alrededor círculos iridiscentes. Se posan sobre la cabeza, espalda, brazos, manos. Alargan sus picos rojizos para tomar la comida de las manos, picotean graciosamente los rosados labios de la Virgen y sus dientes que brillan al sol. María saca de una bolsita el dorado trigo y ríe de buena gana ante este apetito.

“¡Cómo te quieren!” dice Isabel. “Pocos días hace que estás con nosotros y te quieren más que a mí, que siempre los he cuidado”.

El paseo continúa hasta un cercado, en el fondo del huerto, donde hay una veintena de cabras con sus cabritos.

“¿Has regresado del pastizal?” pregunta María a un pastorcillo a quien acaricia.

“Sí, porque mi padre me dijo: “Vete a casa, porque dentro de poco va a llover, y hay algunas ovejas próximas a parir. Procura que tengan hierba seca y paja pronta”. Es el que viene allá”. Y señala más allá del bosque de donde se oye venir un trémulo balar.

María acaricia un cabrito rubio como un niño que se le restriega. Junto con Isabel bebe de la leche apenas ordeñada que el pastorcillo les ofreció.

Llegan las ovejas guiadas por un pastor hirsuto como un oso. Debe ser bueno porque trae sobre sus espaldas una oveja que bala de dolor. La pone en el suelo con cuidado. Dice: “Está por tener un corderito. No podía caminar sino fatigosamente. Me la he echado encima. Tuve qué correr para llegar a tiempo”. El pastorcito lleva a la oveja, que renguea por los dolores, al redil.

María se ha sentado sobre una piedra y juega con el cabrito y corderitos, ofreciendo flores de trébol a sus trompitas sonrosadas. Un cabrito blanco y negro le pone las pezuñas sobre la espalda y le huele el cabello. “No es pan” dice María sonriente. “Mañana te traeré un pedazo. Ahora pórtate bien, bien”.

Isabel ya tranquilizada se sonríe.

⁴ En efecto, el término “Juan” significa: “gracia, favor, don de Dios”.

34. María habla de su Niño.

(Escrito el mismo día)

Veo que María está tejiendo rápida, muy rápida, bajo el emparrado, donde las uvas crecen. Debe haber pasado ya algún tiempo, porque los manzanos comienzan a pintarse de rojo y las abejas revolotean por los higos ya maduros.

Isabel ha aumentado mucho de peso. Camina muy despacio. María la mira atenta y amorosamente. También María cuando se levanta para recoger el huso que se le ha caído un poco lejos, parece más redonda en sus caderas, y la expresión de su rostro ha cambiado. Es más madura. Antes era la de una niña, ahora la de una mujer.

Las mujeres entran en casa porque se acerca la noche y en la habitación se prenden las lámparas. María teje, entre tanto se prepara la cena.

“¿Pero de veras no estás cansada?” pregunta Isabel, señalando el telar.

“No. Te lo aseguro”.

“Este calor me mata. No he sufrido más, pero ahora el peso es demasiado para mis pobres riñones”.

“Ten valor. Pronto estarás libre. Y ¡qué feliz te sentirás! Yo no veo la hora de ser Madre. ¡Mi Niño! ¡Mi Jesús ¿Cómo será?”

“Hermoso como tú, María”.

“¡Oh, no! ¡Más hermoso! Él es Dios. Yo soy su sierva. Pero quería decir: ¿será rubio o moreno? ¿tendrá los ojos como el cielo sereno o como los ciervos de la montaña? Me lo figuro más bello que un querubín, con los cabellos rizados y color de oro, con los ojos del color de nuestro mar de Galilea cuando las estrellas empiezan a asomarse en el horizonte del firmamento, una boquita roja como el corte de una granada que acaba de abrirse para madurar al sol, y sus mejillas, mira, de color rosa como el de esta pálida flor. Dos manitas que cabrían en la corola de un lirio por lo pequeñas y hermosas. Dos piecitos que pueden caber en la palma de la mano, tan delicados y lisos como el pétalo de una flor. ¿Ves? Yo lo pinto con todas las bellezas que me sugiere la tierra. Oigo su voz. Su llanto será –porque llorará por hambre o por sueño mi Hijito, y será siempre un gran dolor para su Mamá, que no podrá, ¡oh! no podrá oírlo llorar sin sentir que su corazón es traspasado– será su llanto algo así como aquel balido que lanza ese corderito que busca la teta de su madre y el calor de la lana materna para dormir. Su sonrisa llenará de cielo mi corazón enamorado de Él. Sí, me sentiré enamorada por Él, porque es mi Dios. Su sonrisa será como ese alegre arrullo de palomas que están contentos de haber comido, y de estar en su nido. Me lo imagino cuando dé sus primeros pasos... Un pajarito que salta en medio de un huerto florido. El huerto será el corazón de su Mamá, que estará bajo sus piecitos de rosa con todo su amor para que no tropiece con algo que le pudiese producir dolor. ¡Cuánto amaré a mi Hijito! ¡Mi Hijo! ¡También José lo amará!”.

“¡Se lo deberás decir a José!”

María cambia un poco de color y suspira. “Deberé decírselo... Quisiera que el Cielo se lo dijese, porque para mí es muy difícil...”

“¿Quieres que se lo diga yo? Le mandamos decir que venga para la circuncisión de Juan...”

“No. He dejado que Dios tome a su cargo el decírselo, y el decirle que su destino dichoso es el ser nutricio del Hijo de Dios. Él lo hará. El Espíritu me dijo aquella noche: “Cálmate. Déjame justificarte”. Y lo hará. Dios nunca miente. Es una prueba grande, pero con la ayuda del Eterno será superada. Ninguno sabrá de mi boca, fuera de ti porque el Espíritu te lo reveló, cuánto la benignidad del Señor ha hecho a su sierva”.

“No se lo he dicho a Zacarías que se llenaría de júbilo. El cree que eres madre según el modo natural”.

“Lo sé. Y así he querido por prudencia. Los secretos de Dios son santos. El ángel del Señor no reveló a Zacarías mi maternidad divina. Podría haberlo hecho, si Dios hubiera querido, porque Dios sabía que se acercaba el tiempo de que se encarnase su Verbo en mí. Pero

ocultó esta luz de júbilo a Zacarías que no aceptaba como posible que a vuestra edad pudieseis tener un hijo. Me he adaptado a la voluntad de Dios. Y lo ves. Tú escuchaste el secreto que vive en mí. Él no advirtió cosa alguna. Hasta que no caiga la pared de su incredulidad ante el poder de Dios, estará separado de las luces sobrenaturales”.

Isabel suspira y calla.

Entra Zacarías. Presenta unos rollos a María. Es la hora de la plegaria antes de la cena. María reza en voz alta en lugar de Zacarías. Luego se sientan a la mesa.

“Cuando no estés más con nosotros, cómo sentiremos el no tener más a quien rece en nuestro lugar” dice Isabel mirando a su marido mudo.

Él sacude su cabeza y escribe: “No podré nunca rezar por otros. Me hice indigno desde que dudé de Dios”.

“Zacarías, *tú orarás*. Dios perdona”.

El viejo se seca una lágrima y suspira.

Después de la cena María vuelve al telar. “Basta” dice Isabel. “Te estás cansando mucho”.

“El tiempo está cerca. Isabel. Quiero hacer a tu pequeñín un juego digno del que precede al Rey de la estirpe de David”.

Zacarías escribe: “¿De quién nacerá Él? ¿Y dónde?”

María contesta: “Donde los Profetas predijeron¹ y de quien el Eterno escoja. Todo lo que hace nuestro Altísimo Señor está bien hecho”.

Zacarías escribe: “¡Luego en Belén! En Judea. Mujer, lo iremos a venerar. También tú irás con José a Belén”.

Y María, inclinando su cabeza sobre el telar: “iré”.

La visión cesa de ese modo.

35. “El don de Dios nos debe hacer siempre mejores”.

(Escrito el mismo día)

Dice María:

“La primera manifestación de la caridad es la que se ejercita para con el prójimo. Que no te parezca un juego de palabras.

La caridad es para con Dios y par con el prójimo. En la caridad para con el prójimo se contiene también la caridad para con nosotros mismos. Pero si nos amamos más que a los otros, no somos ya caritativos. Somos egoístas.

Aún en las cosas lícitas es menester ser muy santos para dar siempre la precedencia a las necesidades de nuestro prójimo. Estad seguros, hijos, de que Dios con medios de su poder y bondad viene al encuentro de los generosos. Esta seguridad me llevó a Hebrón para socorrer a mi parienta en el estado en que se encontraba. Y a mi intención de ayudarla, Dios, que siempre da más de lo que uno imagina, le dio un inesperado regalo sobrenatural.

Yo fui a ayudar materialmente. Dios santificó mi intención recta en hacerlo con santificar el fruto del seno de Isabel, y por medio de esta santificación con la cual el Bautista fue presantificado, quitó los sufrimientos físicos a Isabel que estaba en cinta, en edad no apropiada.

Isabel, mujer de fe intrépida y de entrega llena de confianza en la voluntad de Dios, se hizo digna de comprender el misterio que estaba encerrado en Mí. El Espíritu le habló a través del movimiento de su hijo en sus entrañas. El Bautista pronunció su primer discurso de Anunciador del Verbo a través de los velos y paredes de venas y carne que lo separaba y lo unieron a su santa madre.

Tampoco yo niego a quien es digno de ello y a quien la Luz se descubre, mi calidad de Madre del Señor. Negarla sería lo mismo que negar a Dios la alabanza que es justo darle, alabanza que llevaba en Mí. Y que no pudiendo decírsela a nadie, la decía a las hierbas, a las

¹ Cfr. Miq. 2, 2-5; Mat 2, 2-6; Ju 7, 41-42.

flores, a las estrellas, al sol, a las canoras avecillas y a las mansas ovejas, al agua parlanchina y a la luz de oro que me besaba bajando del cielo. Pero orar entre dos es más dulce que decir por una misma nuestras plegarias. Yo hubiera querido que todo el mundo supiese mi destino, no por mí, sino para que se uniese en alabar a mi Señor.

La prudencia me impidió revelar a Zacarías la verdad. Sería haber procedido contra la obra de Dios. Y si yo había sido escogida para ser la Madre de su Hijo, era siempre su sierva y no debía, por el hecho de que me había amado más allá de lo imaginable, tratar de sustituirlo y de no observar su palabra. Isabel, que era una santa, lo comprendió y guardó el secreto, porque quien es santo siempre es humilde y sumiso.

El don de Dios nos debe hacer siempre mejores. Cuanto más recibimos de Él tanto más debemos dar. Porque el recibir más, señal es de que está en nosotros y con nosotros. Y cuanto más Él está en nosotros y con nosotros, tanto más debemos esforzarnos en llegar a su perfección. Esta es la razón por qué haciendo a un lado mi labor, la hago para Isabel.

No me da miedo no tener tiempo. Dios es dueño de él. Dios provee aún en las cosas comunes y corrientes a quien en Él espera. El egoísmo no apresura: retrasa. La caridad no retrasa: apresura. Tenedlo presente.

¡Cuánta paz hay en la casa de Isabel! Si no hubiera venido a mi mente el recuerdo de José y el pensamiento, sí, el pensamiento de que mi Niño era el Redentor del mundo, hubiera sido feliz,. Pero la cruz proyecta ya su sombra sobre mi vida y como un eco fúnebre me parecía oír las voces de los Profetas... Me llamaba a Mí misma: María. La amargura está siempre derramada con la dulzura que Dios vertía en mi corazón. Y fue siempre en aumento hasta la muerte de mi Hijo”.

36. El nacimiento del Bautista¹

3 abril 1944

La casa es siempre la de Isabel. Es un bello atardecer de verano, con los últimos rayos del sol, y con la incipiente hoz de la luna que parece una coma pintada en un paño de azul celeste.

Las rosas despiden su intenso perfume y las abejas dan sus últimos revoloteos, cual gotas de oro, en medio de un aire tranquilo y caliente. De los prados llega un olor impregnado a heno seco bajo los rayos del sol: un olor también de pan casi salido del horno. Viene un olor a telas extendidas, puestas a secar aquí y allá y que Sara ahora dobla.

María pasea despacio bajo el emparrado semioscuro llevando del brazo a su prima.

María está en todas partes. Aun cuando cuida a Isabel, mira que Sara está ocupada en doblar una tela larga que ha tomado de una valla. “Espérame aquí sentada” dice a su prima. Va a ayudar a la vieja sirvienta, extendiendo la tela y así poder doblarla cuidadosamente. “Todavía tiene el recuerdo del sol. Todavía está caliente” dice con una sonrisa. Y dice a la mujer: “Esta tela después de que la blanqueaste es muy bonita. Nadie mejor que tú sabe hacer las cosas tan bien”.

Sara llena de alegría se va con el montón de telas.

María vuelve a donde está Isabel y le dice: “Ahora unos cuantos pasos más. Te hará mucho bien” Y como Isabel, que está cansada, no quisiera moverse dice: “Vamos a ver sólo si tus palomos están en su nido y si el agua que beben está limpia. Luego regresamos a casa”.

Los palomos deben ser los predilectos de Isabel, Van a la rústica torrecita donde ya los palomos están todos en su lugar: las hembras en sus nidos, los machos ante ellos; no se mueven, pero al ver a ambas mujeres hacen una especie de ruido como si fuese un saludo. Isabel se siente conmovida. La debilidad de su estado la vence y le produce temores que la hacen llorar. Abre su corazón a su prima. “Si tuviese qué morir... ¡pobres palomos míos! Tú no te quedas. Si te quedases en mi casa, no me importaría morir. He tenido la más grande alegría

¹ Cfr. Lc. 1, 57-58.

que mujer alguna hubiera tenido, una alegría que no pensaba conocer jamás. No puedo ni siquiera lamentarme de la muerte ante el Señor, porque Él, y sea alabado, me ha llenado de su bondad. Pero está Zacarías... y está el niño. Y está ya viejo y parecería, sin su mujer, un hombre perdido en el desierto. El pequeñín sería como una flor destinada a morir de frío porque no tiene a su mamá. ¡Pobre niño sin las caricias de la madre!...

“Pero ¿por qué estás así tan triste? Dios te ha dado la alegría de ser madre, y no te la quitará ahora que rebosas de ella. El pequeño Juan recibirá los besos de su madre y Zacarías tendrá todos los cuidados de su fiel esposa hasta una edad muy avanzada. Sois dos ramas de una misma planta. Una no morirá dejando la otra sola”.

“Eres buena y me consuelas. Estaba ya vieja para dar a luz un hijo y ahora que voy a tenerlo, siento miedo”.

“¡Oh, no! ¡Está aquí Jesús! No hay que tener miedo, donde está Jesús. Mi Niño te quitó todo sufrimiento, tú lo dijiste, cuando era tan pequeñito como un botón. Ahora que cada vez crece más y vive como una criatura más –siento palpar su corazoncito en mi garganta, siento cómo late– Él te librará de todo peligro. Ten fe”.

“La tengo. Pero si muriera... no vayas a dejar al punto a Zacarías. Sé que piensas en tu casa, pero te quedarás todavía un poco, para ayudar a mi marido en los primeros días de su dolor”.

“Me quedaré para congratularme con tu alegría y con la de él. Me iré cuando te sientas con fuerzas y contenta. No te intranquilices, Isabel. Todo saldrá bien. Tu hogar no sufrirá ninguna cosa, mientras tú sufras. A Zacarías lo atenderá la más amorosa sierva, tus flores recibirán el cuidado que les dabas lo mismo que tus palomos, y encontrarás todo alegre y bello para que te festejen a ti, su patrona, que volverás contenta. Vamos a entrar ahora, porque veo que estás más pálida...” Sí, parece que vuelvo a sufrir. Tal vez ha llegado la hora. María ruega por mí”.

“Te ayudaré con mis oraciones hasta que tu trance no haya desembocado en la alegría”.

Las dos mujeres entran despacio en la casa.

Isabel va a sus habitaciones. María diestra y previsora da órdenes y prepara todo cuanto puede ser necesario. Consuela a Zacarías que está preocupadísimo.

En la casa que está en vela esta noche y donde se oyen voces extrañas de mujeres que fueron llamadas para ayudar, María permanece vigilante como un faro en una noche de tempestad. Toda la casa gira alrededor de María. Y Ella, dulce, sonriente, provee a todos. Ora. Cuando se le llama para algo, se retira a la oración. Está en la habitación donde suelen reunirse para las comidas y el trabajo. Con Ella está Zacarías que preocupado pasea. Han rezado juntos. María continúa orando. Y ahora que el viejo, cansado, se ha sentado en un sillón cerca de la mesa, y somnoliento se queda, Ella ora todavía. Cuando ve que apoyando su cabeza sobre su brazo se ha dormido, se quita las sandalias y camina descalza para hacer el ruido menos posible, como lo haría una mariposa que volara por la habitación. Toma el manto de Zacarías, se lo pone encima con tal delicadeza que sigue durmiendo al contacto de la lana que lo defiende del fresco de la noche, que entra a resoplidos por la puerta que frecuentemente se abre. Luego vuelve a la oración. Ora con más intensidad, de rodillas, con los brazos en alto, cuando los gritos de la parturienta son más agudos.

Sara entra y le hace señal de que salga. María sale descalza al jardín. “La patrona te desea ver” dice.

“Voy” y María atraviesa la casa, sube las escaleras... parece un ángel blanco que vague en una noche quieta y llena de estrellas. Entra a donde está Isabel.

“¡Oh María! ¡Cuánto dolor! No puedo más, María ¡Cuánto dolor se debe soportar para ser madre!”.

María la acaricia con amor y la besa.

“¡María! ¡María! ¡Déjame que ponga las manos sobre tu vientre!”

María toma las dos manos rugosas e hinchadas y se las pone sobre su vientre, las oprime contra él. Ahora que están solas habla despacio: “Aquí está Jesús que te siente y ve. Confía,

Isabel. Su corazón santo palpita más fuerte porque Él interviene ahora en tu favor. Lo siento palpar como si lo tuviese en las manos. Comprendo las palabras que me dice mi Niño con su palpar. Ahora me está diciendo: “Di a la mujer que no tenga miedo. Un poco más de dolor, y luego, cuando despunte el sol, en medio de las rosas que esperan ese rayo matutino para abrirse, su casa tendrá la rosa más bella, y será Juan, mi Precursor”.

Isabel pone su cara contra el vientre de María y llora despacio. María se queda así por un poco de tiempo, porque parece que el dolor se calma. Dice a todos que estén tranquilos. Se queda de pie, blanca y bella en medio de la tenue luz de una lámpara de aceite, como un ángel cerca de alguien que sufre. Ora. Veo que mueve sus labios, pero aunque no los viera moverse, comprendería que ora por la expresión extática de su rostro.

El tiempo pasa. El dolor vuelve a apoderarse de Isabel. María la besa nuevamente y se retira. Rápida baja en medio de la luz de la luna y corre a ver si Zacarías todavía sigue durmiendo. Sí. Todavía sigue durmiendo, pero en su sueño gime. María siente compasión de él. Vuelve a orar.

Pasa el tiempo. Zacarías se despierta de su sueño. Levanta la cara como de atolondrado, como del que no se acuerda bien por qué está ahí. Luego recuerda. Hace un gesto y lanza una exclamación gutural. Luego escribe: “¿No ha nacido todavía?” María hace señal de que no. Zacarías escribe: “¡Cómo habrá sufrido! ¡Pobre mujer mía! ¿Lo hará sin morirse?”

María toma la mano del anciano y le da ánimos: “Cuando llegue el alba, dentro de poco, el niño habrá nacido. Todo saldrá bien. Isabel es fuerte. ¡Qué bello será este día –porque dentro de poco lo es– en que tu niño verá la luz! ¡El más bello de tu vida! Gracias muy grandes te tiene reservadas el Señor y tu niño será su presagio

Zacarías sacude tristemente la cabeza, señala su boca muda. Quisiera decir muchas cosas, pero no puede.

María comprende y dice: “El Señor hará que tu alegría sea perfecta. Pon en Él toda tu confianza. Espera con todo tu corazón. Ama con toda tu alma. El Altísimo te escuchará, más de lo que no te atreves a esperarlo. Él quiere esta fe tuya, total, como una purificación de tu desconfianza pasada, Di en tu corazón conmigo: “Creo”. Dilo a cada palpar de él. Los tesoros de Dios se abren a quien cree en Él y en su bondad sin límites”.

La luz empieza a penetrar por la puerta semicerrada. María la abre. El alba blanquea toda la tierra mojada. Se siente un fuerte olor a tierra húmeda, a verde, y se oyen los primeros trinos de los pajaritos que se llaman de rama en rama.

Zacarías y María salen a la puerta. Están pálidos por la noche en vela y la luz del alba los hace aparecer más pálidos. María se pone de nuevo sus sandalias, va al pie de la escalera y escucha. Nada ha pasado.

María va a una habitación y vuelve con leche caliente que da a Zacarías a beber. Luego va a los palomos, regresa y entra en la misma habitación. Tal vez es la cocina. Inspecciona todo. Parece como si hubiera dormido el mejor de los sueños, por lo ligera y serena que se le ve.

Zacarías pasea nerviosamente de arriba a bajo por el jardín. María lo mira con compasión; luego vuelve a entrar en esa habitación, y arrodillándose cerca de su telar, ora intensamente, porque los gritos de la parturienta son más agudos. Se inclina hasta la tierra para suplicar al Eterno. Zacarías vuelve a entrar. La ve de este modo postrada y llora, llora el pobre viejo. María se levanta, lo toma de la mano. Es muy joven, pero parece como si fuera la mamá de aquel hombre desolado y sobre él derrama sus consuelos.

Están al sol, que pinta de colores el aire matinal, cuando les llega el feliz anuncio: “¡Ya nació! ¡Ya nació! ¡Es un varoncito! ¡Padre feliz! Un varoncito como una rosa, hermoso como el sol, fuerte y sano como su madre. Alégrate padre a quien el Señor bendijo, para que le ofrezcas en su Templo un hijo. ¡Gloria a Dios que concedió un heredero a esta casa! ¡Bendición a ti y al hijo que te nació! Pueda su descendencia perpetuar tu nombre por los siglos de los siglos, durante todas las generaciones, y siempre sea fiel a la alianza del Eterno Señor”.

María con lágrimas de gozo bendice al Señor. Luego trae al pequeñuelo para que lo bendiga el padre. Zacarías no va a donde está Isabel. Toma al niño que llora con todos sus pulmoncitos, pero no va a donde está su mujer.

Va María y lleva al Pequeño, que se calla apenas lo toma en sus brazos. La comadre que la sigue, advierte lo sucedido. “Mujer” dice a Isabel. “Tu niño se calló tan pronto lo tomó Ella. Mira cómo duerme tranquilo. El cielo sabe cuán inquieto está y cuán fuerte es. Ahora, ¡mira! Parece un palomito”.

María coloca al niño cerca de su madre y la acaricia, componiéndole los cabellos grises. “Nació la rosa” le dice en voz baja. “Y tú estás viva. Zacarías es feliz”.

“¿Habla?”

“Todavía no. Pero confía en el Señor. Descansa ahora. Estoy contigo”.

37. “Florece toda esperanza para quien apoya su cabeza sobre mi pecho de Madre”

(Escrito el mismo día)

Dice María:

“Si mi presencia había santificado al Bautista, no quitó a Isabel que no sufriera la condición a que estaba sujeta, según dijo a Eva el Eterno: “Parirás tus hijos con dolor”¹. Yo he sido la única sin mancha y que no conocí el matrimonio humano, y por eso me vi libre de dar a luz con dolor. La tristeza y el dolor frutos de la culpa. Yo que no tenía culpa alguna tuve qué conocer también el dolor y la tristeza, porque era Corredentora. Pero no experimenté el dolor de dar a luz. No. Este sufrimiento no lo experimenté.

Pero créeme, hija, que no habrá un dolor de parturienta, semejante al mío, de Mártir de una Maternidad espiritual: *mi* dolor al pie de la Cruz, a los pies del patíbulo del Hijo que moría. ¿Y qué madre hay que se vea obligada a dar a luz en tales circunstancias? Que mezcle el desgarrar de las entrañas que se rompen al exterior de su Hijo agonizante, con el de las entrañas que se retuercen para poder superar el horror de tener qué decir: “Os amo. Venid a mí que soy vuestra Madre” a los verdugos del Hijo que nació del más sublime amor que jamás los cielos hayan contemplado, del amor de Dios por una Virgen, del beso de fuego, del abrazo de Luz que se hicieron Carne y convirtieron el vientre de una mujer en el Tabernáculo de Dios?

“¡Cuánto dolor para ser madre!” dijo Isabel. Mucho. Pero nada con respecto al mío”.

“¡Déjame poner mis manos sobre tu seno!”. ¡Oh!, si en vuestros sufrimientos me pidiereis siempre esto.

Yo soy la eterna Portadora de Jesús. Está en mi seno, como lo viste el año pasado, cual Hostia en la Custodia. Quien viene a Mí, lo encuentra. Quien se apoya en Mí, lo toca. Quien se vuelve a Mí, habla con Él. Yo soy su vestido. Él es mi alma. Mucho más unido ahora que cuando estuvo dentro de Mí durante nueve meses. Se le mitiga todo dolor, florece toda esperanza y mana toda clase de gracias a quien viene a Mí y pone su cabeza sobre mi seno.

Yo ruego por vosotros. Recordadlo. La bienaventuranza de estar en el cielo, viva en los rayos de luz de Dios, no me borra el recuerdo de mis hijos que sufren en la tierra. Todo el cielo ruega, porque el cielo ama. El cielo es caridad que vive, y la Caridad tiene piedad de vosotros. Si no fuese más que Yo, sería ya una plegaria suficiente a favor de las necesidades de quien espera en Dios. Porque nunca ceso de rogar por todos vosotros: santos y malvados, para dar a los santos la alegría, y a los malvados el arrepentimiento que salva.

Venid, venid, hijos de mi dolor. Os espero a los pies de la Cruz para repartiros gracias”.

¹ Cfr. Gén 3, 16.

38. La circuncisión del Bautista¹

4 abril 1944

Veo que la casa está de fiesta. Es el día de la circuncisión. María ha hecho que todo esté bien y en orden. La habitación resplandece de luz, y las telas más hermosa, los más bellos utensilios brillan por donde quiera. Hay mucha gente.

María se mueve ligera entre los grupos. Hermosa con su blanca vestidura.

Isabel, a quien respetan como a una matrona, goza contenta de su fiesta. El niño descansa sobre sus rodillas, harto de leche.

Llega la hora de la circuncisión.

“Lo llamaremos Zacarías. Tú estás ya viejo. Es bueno que tu nombre se dé al niño” dicen varios hombres.

“¡No!” exclama Isabel. “Su nombre es Juan. Su nombre debe dar testimonio del poder de Dios”.

“Pero jamás ha habido un Juan en vuestro parentesco”.

“No importa. Él debe llamarse Juan”.

“¿Qué dice Zacarías? Tú quieres que se le dé tu nombre ¿o no es así?”

Zacarías dice que no con la cabeza. Toma la tabilla y escribe: “Su nombre es Juan” y apenas acaba de escribirlo, cuando con su voz continúa: “porque Dios me concedió un gran favor a mí, su padre, y a su madre y a este nuevo siervo suyo, que empleará su vida para la gloria del Señor. En los siglos y a los ojos de Dios será llamado grande, porque pasará convirtiendo los corazones al Altísimo Señor. El ángel lo dijo y yo no lo creí. Pero ahora creo y la Luz brilla en mí. Está entre nosotros y no la veis. Su destino es de no ser vista, porque los hombres tienen lleno su corazón de otras cosas y no quieren moverse. Pero mi hijo la verá y hablará de la Luz y ésta hará volver los corazones de los justos de Israel. Bienaventurados los que creyeren en ella y creyeren siempre en la palabra del Señor. Sea bendito, Señor eterno, Dios de Israel que has visitado y redimido a tu pueblo y nos has dado un poderoso Salvador en la casa de David tu siervo. Prometiste por boca de los santos Profetas² desde tiempos muy remotos que nos librarías de nuestros enemigos y de las manos de los que nos odian, para mostrar tu misericordia para con nuestros padres y para mostrar que te acuerdas de tu santa alianza. Este es el juramento que diste a Abraham, nuestro padre³: de concedernos que sin temor, al estar libres de las manos de nuestros enemigos, te sirvamos santa y justamente ante tu presencia por toda la vida” y así continúa hasta el fin.

Los presentes se quedaron estupefactos del nombre, del milagro y de las palabras de Zacarías.

Isabel, que a la primera palabra de Zacarías tuvo un grito de júbilo, llora ahora, sosteniéndose abrazada a María que feliz la acaricia.

Llevan a otra parte al recién nacido para la circuncisión. Cuando lo vuelven a traer, Juanito da terribles chillidos. Ni siquiera la leche de la mamá lo calma. Patea como un potro. María lo toma, y lo arrulla, y él se calla y no patea más.

“Pero ved” dice Sara. “¡No se calla sino cuando Ella lo toma!”

La gente se despide poco a poco. En la habitación se quedan María, con el niño en brazos e Isabel que está dichosa.

Entra Zacarías, cierra la puerta, mira a María con lágrimas en los ojos. Quiere hablar, pero se calla. Se adelanta, se arrodilla ante María. “Bendice al pobre siervo del Señor” le dice. “Bendícelo porque puedes hacerlo, tú que lo llevas en tu seno. La palabra de Dios vino a mí cuando reconocí mi error y creí en todo lo que se me había dicho. Te veo a ti y veo tu dichoso destino. Adoro en ti al Dios de Jacob. Tú, mi primer templo donde el sacerdote que regresa, puede nuevamente orar al Eterno. Bendita tú, que mereciste alcanzar la gracia para el mundo

¹ Cfr. Lc. 59-79

² Cfr. Por ejemplo.; Jer 23, 5-6; 33, 14-26.

³ Cfr. 22, 15-18.

y para este fin llevas al Salvador. Perdona a tu siervo si al principio no vio tu majestad. Con tu venida nos has traído todas las gracias. Donde quiera que vas, ¡oh Llena de gracia! Dios obra sus prodigios y santas son las paredes en donde entras, santas se hacen las orejas que oyen tu voz y santos los cuerpos que tocas. Santos los corazones porque dispensas gracias, Madre del Altísimo, Virgen profetizada y esperada para dar al pueblo de Dios el Salvador”.

María sonrío, sonrojada de humildad. Habla: “Sea alabado el Señor. Él sólo lo sea. Todas las gracias vienen de Él, no de mí. Él te las ha dado porque lo amas; sigue en el camino de la perfección, en los años que te quedan, para merecer su reino que mi Hijo abrirá a los Patriarcas, a los Profetas, a los justos del Señor. Y ahora que puedes orar ante el Santo, ruega por la sierva del Altísimo. Ser Madre del Hijo de Dios es una felicidad sin igual, ser Madre del Redentor debe ser un dolor atroz. Ruega por mí, que hora tras hora siento que crece mi peso de dolor. Y lo llevaré por toda la vida. Y aún cuando no veo todos los pormenores, siento que será un peso más grande que si sobre mis espaldas de mujer descansase el mundo y tuviese qué ofrecerlo al cielo. Yo, yo sola, ¡una pobre mujer! ¡Mi Niño! ¡Mi Hijo! Ahora no llora el tuyo porque lo arrullo, ¿Pero podré arrullar al mío para calmarle el dolor?... Ruega por mí, sacerdote de Dios. Mi corazón se estremece cual flor ante la tempestad. Miro a los hombres y los amo. Pero que detrás de sus caras se deja ver el Enemigo y que los hace enemigos de Dios, de mi Hijo Jesús...”

La visión cesa con la palidez que se apodera de María y con sus lágrimas que brillan en sus pupilas.

39. “Disponed vuestro corazón para que acoja la Luz”

(Escrito el mismo día)

Dice María:

“Dios perdona a quien reconoce su error, se arrepiente de él y lo confiesa humildemente. No sólo perdona: recompensa. ¡Qué bueno es mi Señor con quien es humilde y sincero, con quien cree en Él y a Él se confía! Desescombrad vuestro corazón de todo lo que lo hace sucio y perezoso. Disponedlo a aceptar la Luz. Como faro en las tinieblas la Luz es guía y consuelo santo.

Amistad de Dios, bienaventuranza de sus servidores, riqueza que ninguna otra cosa puede igualar. Quien te posee no está jamás solo, ni siente la amargura de la desesperación. No anules el dolor, santa amistad, porque el dolor fue la suerte del Dios encarnado y puede ser la suerte del hombre. Antes bien convierte ese dulce dolor en amargura, y pon luz y caricias que como prenda celestial ayudan con la cruz. Cuando la Bondad divina os dé alguna gracia, empleadla para dar gloria a Dios; no seáis como los necios que hacen de una cosa buena un arma nociva, o como los pródigos que transforman sus riquezas en miseria.

Me proporcionáis muchos dolores, ¡oh hijos! Detrás de vuestra cara veo asomarse el Enemigo, el que ataca a mi Jesús. ¡Demasiado dolor! Querría ser para todos la Fuente de la “gracia” para con el alma que no tiene la gracia. ¿Y cómo puede ésta socorreros si sois sus enemigos?

El grande misterio del Viernes santo se acerca. Todo lo recuerda en los templos. Pero hay que celebrarlo y recordarlo en vuestros corazones, golpearse el pecho como los que bajan del Gólgota y decir: “Este es realmente el Hijo de Dios, el Salvador¹ y decir: “Jesús, sálvanos por tu Nombre” y decir: “Padre: perdónanos”. Y decir también: “Señor, no soy digno. Pero si Tú me perdonas y vienes a mí, mi alma será curada² y yo no quiero más pecar, para no volverme a enfermar y odiarte”.

¹ Cfr. Mt. 27, 54; Mc, 15, 39.

² Cfr. Mt. 8, 8; Lc. 7, 6-7.

Orad ¡hijos! Con las palabras de mi Hijo. Decid al Padre por vuestros enemigos; “Padre, perdónalos”³. Llamada al Padre que se ha retirado, enojado por vuestros errores: “Padre, Padre ¿por qué me has abandonado?”⁴ Soy pecador, pero si me abandonas, pereceré. Vuelve, Padre santo, para que yo me salve”. Poned en manos de Dios vuestro eterno bien, vuestro espíritu, porque es el único que puede conservarlo ileso del demonio: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”⁵

Si humildemente, si amorosamente entregáis vuestro corazón a Dios, lo conducirá como un padre guía a su pequeñuelo, y no permitirá que cosa alguna le haga mal. Jesús en sus dolores oró para enseñarnos a orar.

Os lo recuerdo en estos días de Pasión. Tú, María, tú que eres mi gloria de Madre y con ella te extasías, piensa y recuerda que tuve a Dios a través de un dolor siempre creciente. Bajó juntamente con el Germen de Dios y cual gigante árbol creció hasta tocar el cielo con la copa y el infierno con sus raíces, cuando pusieron en mis rodillas los despojos mortales de la Carne de mi carne, y vi y conté las llagas y toqué su Corazón desgarrado para beber el dolor hasta la última gota”.

40. La presentación del Bautista en el Templo.

5 y 6 abril 1944

De un carruaje, cómodo, detrás del que viene también el borriquito de María, Veo que bajan Zacarías Isabel y Ella que trae en brazos a Juanito. Samuel con un cordero y un canasto con el palomo. Bajan enfrente al acostumbrado mesón que debe ser la parada de todos los peregrinos que vienen al Templo, donde dejan sus cabalgaduras.

María llama al hombrecillo, que es el dueño, y le pregunta si algún nazareno ha llegado el día anterior o en las primeras horas de la mañana. “Nadie, mujer” responde el viejecito. María se queda sorprendida, pero no pregunta más.

Dice a Samuel que meta el borriquito y luego se junta con Zacarías e Isabel, les da la razón probable del retardo de José: “Algo lo habrá detenido. Pero sin duda que hoy vendrá”. Toma al niño que había entregado a Isabel y se dirigen al templo.

Los guardias reciben con honores a Zacarías, con sus vestiduras sacerdotales es majestuoso, además de la alegría de ser padre. Parece un patriarca. Me imagina que se parece a Abraham cuando iba a ofrecer al Señor a Isaac¹.

Veo la ceremonia de la presentación del nuevo israelita y la de la purificación de la madre. Es mucho más pomposa que la de María, porque los sacerdotes hacen fiesta por el hijo de un sacerdote. Acuden en masa, y se apresuran en rodear a las personas que vienen.

También ha acudido alguna gente curiosa y oigo sus comentarios. Como María lleva en sus brazos al niño mientras se dirigen al lugar de costumbre, la gente cree que es la madre. Pero una mujer dice: “No puede ser. ¿No veis que está en cinta? El niño no tiene más que unos cuantos días y Ella está ya gruesa”.

“Y con todo” dice otro “no puede ser sino la madre. La otra está ya vieja. Será una parienta. Pero que sea madre a esta edad, no”.

“Sigámoslos y veremos quién tiene la razón”.

Su admiración sale de lo normal cuando ven que la que cumple con el rito de la purificación es Isabel, que ofrece su corderito balante como holocausto y su palomo por el pecado.

“La madre es esa. ¿Viste?”

“¡No!”

“¡Sí!”

³ Cfr. Lc. 23, 34.

⁴ Cfr. Mt. 27, 46; Mc. 15, 34; Sal 21, 2.

⁵ Cfr. Lc. 23, 46.

¹ Cfr. Gén 22, 1-18.

La gente incrédula sigue haciendo comentarios, y tanto que un “Ssht” se oye que viene del grupo de sacerdotes presentes al rito. La gente se calla por unos momentos, pero susurra mucho más fuerte cuando Isabel, radiante, orgullosa, toma a su niño, entra en el templo para presentárselo al Señor.

“Es en realidad ella”.

“La madre es la que ofrece”.

“¿Qué milagro será este?”.

“¿Qué será ese niño que Dios concedió en edad tan tarde a esa mujer?”.

“¿De qué será señal?”.

“¿No lo sabéis?” dice uno que llega jadeante. “Es el hijo del sacerdote Zacarías de la estirpe de Aarón, el que se quedó mudo cuando ofrecía incienso en el Santuario”.

“¡Misterio, misterio! ¡Y ahora de nuevo habla! El nacimiento de su hijo le desató la lengua”.

¿Qué espíritu le habrá hablado y le habrá dejado inútil su lengua para acostumbrarlo a guardar silencio en los secretos de Dios?”.

“¡Misterio! ¿Qué cosa sabrá Zacarías?”.

“¿Será su hijo el Mesías que espera Israel?”.

“Nació en Judea; y no en Belén, ni de una virgen. No puede ser el Mesías”.

“Entonces ¿qué será?”.

La respuesta se queda en los silencios de Dios y la gente con su curiosidad.

La ceremonia ha terminado. Los sacerdotes están ahora de fiesta. Lo mismo que la madre y el pequeñito. La única a quien menos se dirigen las miradas y hasta se le esquiva con un cierto desprecio al ver su estado², es María.

Terminan las felicitaciones. Todos vuelven a emprender el regreso. María regresa al mesón para ver si ha llegado José. No ha llegado. María se queda desilusionada y pensativa.

Isabel se dirige a Ella. “Podemos quedarnos hasta las 12, pero después tenemos qué partir para llegar a casa antes de la primera vigilia. Todavía está muy pequeño para estar afuera”.

María con calma pero triste: “Me quedaré en un patio del templo. Iré a casa de mis maestras. No sé. Haré cualquier cosa”.

Zacarías interviene con una idea que se acepta como una buena solución. Vamos a la casa de los parientes de Zebedeo. Con seguridad José te busca allí y si no hubiese llegado allí, te será fácil encontrar quien te acompañe a Galilea, porque en esa casa hay siempre un continuo ir y venir de pescadores de Genezaret”.

Toman el borriquillo y van a la casa de los parientes del Zebedeo, que no son otros más que aquellos en cuya casa se hospedaron José y María hace unos cuantos meses.

Las horas pasan veloces y José no aparece. María domina su tormento, arrullando al pequeñín, pero se ve que está preocupada. Como para ocultar su estado, no se ha quitado el manto, pese al calor intenso que hace sudar a todos.

Finalmente fuertes toques a la puerta anuncian a José. El rostro de María se serena y resplandece.

José la saluda, porque es la primera en salirle al paso y Ella a su vez lo saluda con respeto. “La bendición de Dios esté sobre ti, María”.

“Y sobre ti José. ¡Alabado sea el Señor que viniste! Mira, Zacarías e Isabel estaban a punto de partir, para llegar a su casa antes de que anocheciese”.

“Tu mensaje llegó a Nazaret cuando estaba yo en Caná por algunos trabajos. Hace días al atardecer me enteré de él, y al punto partí. Pero aunque caminé sin detenerme. Me tardé, porque mi borriquillo perdió una herradura. Perdóname”.

“No. Tú perdóname de haber estado tanto tiempo lejos de Nazaret³. Pero mira se sentían felices de tenerme, y quise darles contento hasta ahora”.

“Hiciste bien mujer. ¿Dónde está el niño?”.

² Cfr. Lev 12, 2.

³ Cfr. Lc. 1, 56.

Entra en la habitación donde está Isabel que en esos momentos está dando de mamar a Juanito, antes de partir. José presenta sus respetos a los dos padres porque el niño es un niño fuerte, pero que quitándole la teta para mostrárselo a José, chilla y patalea como si lo despellejasen. Todos ríen de sus protestas. También los parientes de Zebedeo, que han acudido trayendo fruta fresca y leche y pan para todos y una palangana grande de pescado, se ríen y se unen a la charla de los demás.

María habla muy poco, Está tranquila y silenciosa. Se ha sentado en su rincón con las manos sobre sus rodillas bajo el manto. Aun cuando bebe su taza de leche y se come un racimo de uvas doradas con un poco de pan, habla poco y poco se mueve. Mira a José con una mezcla de aflicción y de sondeo.

También él la mira. Después de algunos momentos se inclina sobre su espalda y le pregunta: “¿Estás cansada o te duele algo? Estás pálida y triste”.

“Siento separarme de Juanito. Lo quiero mucho. Apenas nacido, lo estreché contra mi corazón...”

José no pregunta más.

La hora de la partida de Zacarías ha llegado. El carruaje se detiene en la puerta, todos van a él. Las dos primas se abrazan con cariño. María besa y vuelve a besar al pequeñín antes de devolvérselo a su madre, que está sentada ya en el carruaje. Luego se despide de Zacarías y le pide su bendición. Al arrodillarse ante el sacerdote, el manto se le cae de la espalda y bajo la luz intensa de un sol de estío se le ven sus formas. No sé si José las haya notado en ese momento, pues estaba despidiéndose de Isabel. El carruaje parte.

José entra con María que vuelve a ocupar su rincón semioscuro. “Si no te desagrada viajar de noche, me gustaría que partiéramos al ponerse el sol. El calor es duro durante el día. La noche por el contrario es fresca y quieta. Lo digo por ti. A mí no me molesta nada el estar bajo el sol. Pero tu...”

“Como quieras José. También yo creo que sea mejor caminar de noche”.

“La casa está toda en orden. También el huertecillo ¡Verás qué hermosas flores! Vas a llegar a tiempo cuando empiezan a florecer. El manzano, la higuera, la vid están cargados de frutos como nunca, y he tenido que ponerle puntales al granado, que está cargadísimo de frutos tan bonitos como nunca se ven en esta temporada. Y luego, el olivo... Tendrás aceite en abundancia. Cuántas flores echó, que parece un milagro y ni una de ellas se cayó. Todas se han convertido en aceitunas. Cuando habrán madurado, parece estar cargado de negras perlas. En Nazaret no hay huerto más bello que el tuyo. Hasta tus familiares se han admirado. Alfeo dice que eso es un prodigio”.

“Tus cuidados lo hicieron”.

“¡Oh no! Soy un pobre hombre. ¡Qué pude haber hecho! Cuidé un poco las plantas y les eché un poco de agua a las flores... ¿Sabes? Te he hecho una fuente en el fondo, cerca de la gruta y construí un estanque. Así no tendrás que salir para tener agua. La traje de aquel manantial que está más arriba del olivar de Matías. Es limpia y suficiente. Llevé hasta allá un hilillo de agua. Hice un buen caño y lo cubrí, y ahora llega el agua cantando como un arpa. Me causaba aflicción que tuvieses que ir hasta la fuente y regresases cargando los cántaros llenos de agua”.

“Gracias José. ¡Eres bueno!”.

Los dos esposos guardan silencio, como cansados. José cabecea de sueño. María ora.

Llega la tarde. Los hospedadores insisten en que antes de que se pongan en camino, coman de una vez. José de hecho toma pan y pescado. María sólo fruta y leche.

Luego se van. Suben sobre sus borriquillos. José ha puesto en el suyo, como antes lo hizo, el cofre de María, y antes de que ella suba, mira que la silla esté bien segura. Veo que José observa a María, cuando sube a la silla, pero no dice ni una palabra. El viaje empieza cuando las primeras estrellas comienzan a titilar en el firmamento.

Se apresuran a llegar antes de que las puertas sean cerradas. Cuando salen de Jerusalén y toman el camino principal que va a Galilea, las estrellas pululan ya en el cielo sereno. La

campiña duerme envuelta en el silencio. Tan sólo se oye cantar al ruiseñor, como también se oye el caminar de los dos borriquillos por el camino quemado del estío⁴.

41. “Si José hubiera sido menos santo, Dios no le hubiera concedido sus luces”

(Escrito el mismo día)

Dice María:

También mi José tuvo su pasión¹. Empezó en Jerusalén cuando vio mi estado. Y duró varios días lo mismo para él como para mí. Espiritualmente no fue menos dolorosa. Y tan sólo porque mi esposo era un Justo, se mantuvo dentro de una forma tan digna y tan silenciosa, que los siglos apenas si lo han notado.

¡Oh, nuestra primera pasión! ¡Quién puede describir su íntima y silenciosa intensidad! ¡Quién mi dolor al comprobar que el cielo no me había escuchado todavía, revelando a José el misterio! Comprendí que lo ignoraba al verlo tan respetuoso conmigo como de costumbre. Si hubiera sabido que llevaba en mi seno al Verbo de Dios, hubiera adorado al Verbo encerrado en mi seno con actos sólo dignos de Dios, y que él no habría faltado de mostrar, como también yo no habría dejado de aceptar, no por mí, y a quien llevaba de igual modo como el Arca de la Alianza llevaba las piedras de la ley y los vasos del maná².

¿Quién puede describir mi decorazonamiento³ que trataba de vencerme y de persuadirme que había esperado en vano en el Señor? Pienso que fue la rabia de Satanás. Sentí que la duda se levantaba tras de mis espaldas y que alargaba sus zarpas heladas para aprisionar mi corazón y hacer que no orase. La duda que es tan peligrosa y letal al corazón. Letal porque es el primer microbio de la enfermedad moral que lleva por nombre “desesperación” contra la que se debe reaccionar con todas las fuerzas, para que el alma no se pierda, ni se pierda a Dios.

¿Quién podrá describir con exactitud el dolor de José, sus pensamientos, la agitación de su alma? Como pequeña barca en medio de la borrasca, se encontró en el centro de una vorágine de ideas contrarias, en un afluir de reflexiones, la una más punzante y más dolorosa que las otras. Era un hombre aparentemente traicionado por su mujer. Veía que se derrumbaba su buen nombre y la estima que el mundo tenía por él, creía ver que se le señalaba con el dedo y se le compadecía en Nazaret. Veía que su cariño, la estima que tenía por mí se desbarataba ante la evidencia del hecho.

En este punto su santidad brilla más alta que la mía. Lo digo con afecto de esposa, porque quiero que améis a mi José, a este sabio y prudente hombre, a este hombre paciente y bueno, que no está separado del misterio de la Redención, antes bien muy unido a él porque por su causa sufrió hasta lo indecible, y os salvó al Salvador a costa de su sacrificio y de su santidad. Si hubiera sido menos santo, hubiera obrado humanamente, denunciándome como adúltera para que fuese lapidada y el hijo de mi pecado muriese conmigo. Si hubiera sido menos santo, Dios no le hubiera concedido sus luces como guías en semejante prueba.

Pero José era un santo. Su espíritu limpio vivía en Dios. Su caridad era grande y fuerte. Y por su caridad os salvó al Salvador, cuando no me acusó ante los ancianos, como cuando, dejando todo obedientemente, salvó a Jesús en Egipto. Breves en número, pero tremendos por su intensidad, fueron los tres días de la pasión de José y mía; de mi primera pasión, porque comprendía su sufrimiento, y no podía consolarlo porque tenía que obedecer la orden de Dios que me había dicho: “¡No digas nada!”.

Y cuando llegamos a Nazaret y vi que se iba después de una lacónica despedida, inclinado y como si hubiera envejecido en tan poco tiempo, y que no había venido a verme por la tarde

⁴ Acerca de la permanencia de María en la casa de Isabel, parece que la Escritura afirme que estuvo 80 días: 40 antes del nacimiento del Bautista y 40 después.

¹ Cfr. Mt. 1, 18-25.

² Cfr. Ex. 25, 10-22; 3º Rey 8, 9; Hebr. 9, 3-5.

³ Ninguna admiración causa esto, si se piensa en lo que sufrió Jesús en el Huerto de los Olivos.

como solía hacerlo, os aseguro hijos, que mi corazón lloró lágrimas de sangre. Encerrada en mi casa, sola, en la casa donde todo traía a mi recuerdo la Anunciación y la Encarnación, y donde todo me recordaba a José, unido a mí con una castidad intachable, tuve qué hacer frente al desconsuelo, a las insinuaciones de Satanás y esperar, esperar, esperar. Orar, orar, orar. Y perdonar, perdonar, perdonar las sospechas de José, la agitación de su justo desdén⁴.

Hijos: es menester esperar, orar, perdonar para obtener que Dios intervenga en nuestro favor. También vosotros vivís vuestra pasión, que la habéis merecido por vuestras culpas. Os enseño a vencerla y a transformarla en alegría. Esperad contra toda esperanza. Orad confiadamente. Perdonad para ser perdonados. El perdón de Dios será la paz, hijos, que la deseáis”.

42. María se explica con José.

31 mayo 1944

Veo el huertecillo de Nazaret. María está tejiendo bajo la sombra de un manzano cargadísimo de fruta que empieza a teñirse de rojo, y parecen mejillas de niño por su aspecto rosado y redondo.

María en cambio no tiene ese color. El que tenía en Hebrón ha desaparecido. Su rostro tiene el color de marfil y en el que tan sólo los labios forman una curva de un pálido coral. Bajo los párpados se ven dos sombras oscuras y el borde de los ojos está hinchado como quien ha llorado. No se los veo porque tiene la cabeza inclinada, dedicada a su trabajo y sobre todo clavada en un pensamiento que debe afligirla, porque oigo que suspira como quien tiene una pena en el corazón. Está vestida de blanco, de un lino blanco, porque hace mucho calor, no obstante que la frescura de las flores me diga que no hace poco que acaba de amanecer. Tiene la cabeza descubierta, y el sol que juguetea con las ramas del manzano que mece un levísimo viento, y que pasa con sus rayos de luz hasta el suelo negruzco de las parterres, le forma círculos de luz en su cabeza rubia, y sus cabellos parecen cobrar el color de oro antiguo.

De la casa no sale ningún ruido, como tampoco de los lugares cercanos. Tan sólo se siente el murmullo del hilo de agua que cae en un estanque en el fondo del huerto.

María se estremece al oír un golpe dado en la entrada de la casa. Deja la rueca y el huso y se levanta para ir a abrir. Aun cuando su vestido es amplio y lo lleva al suelo, no logra esconder completamente lo redondo de su seno.

Se encuentra ante José. Hasta sus labios palidecen. Su rostro parece una hostia de tan pálido que está. María mira con ojos interrogadoramente tristes. José mira con ojos que parecen suplicantes. No dicen nada. Tan sólo se miran. Luego María: “¿A esta hora José? ¿Tienes necesidad de algo? ¿Quieres decirme algo? Ven”.

José entra y cierra la puerta. No ha dicho ni una palabra todavía.

“Habla, José. ¿En qué te puedo servir?”

“En que me perdones”. José se inclina como si quisiera arrodillarse, pero María siempre reservada en tocarlo, lo toma de la espalda y se lo impide.

Los colores van y vienen al rostro de María, instantes en que está toda roja, instantes en que toda de nieve. “¿Mi perdón? No tengo nada qué perdonarte, José. No tengo sino que darte gracias por todo lo que hiciste aquí cuando estuve ausente, y por el amor que me das”.

José la mira. Dos gruesos lagrimones se asoman en lo interior de sus profundos ojos, llegan al borde, como si fuesen un vaso, y luego ruedan sobre sus mejillas y barba. “Perdón, María. Desconfié de ti. Ahora lo sé¹. No soy digno de tener un tesoro tan grande. Falté a la caridad.

⁴ Para comprender bien, según esta obra, la actitud interior y exterior de José para con María en lo que se refiere a la Maternidad, es menester tener igualmente presentes otros puntos más de vista. Una visión igual y de conjunto la presentamos en el Apéndice que puede ver el lector.

¹ Cfr. Mt. 1. 19-24,

Te acusé en mi corazón. Te acusé injustamente porque no te pregunté la verdad. Falté a la Ley de Dios, porque no te amé como me habría amado a mí mismo²...”

“¡Oh, no! ¡En nada has faltado!”

“Sí, María. Si hubiera sido acusado de un crimen semejante, me habría defendido. Tú... No quería que te defendieses, porque estaba por tomar mis decisiones sin preguntarte cosa alguna. Falté al haber sospechado de ti. Aún una sola sospecha es ofensa, María. Quien sospecha no conoce. No te conocí como debía haberlo sido. Pero por el dolor que he sufrido... tres días de suplicio, perdóname, María”

“No tengo nada qué perdonarte. Más bien: soy yo quien te pido me perdones por el dolor que te causé”.

“¡Oh, sí, que fue un dolor! ¡Qué dolor! Mira: hoy mismo me dijeron que en las sienes he encanecido y que tengo arrugas en la cara. Estos días han sido para mí más de 10 años de vida. ¿Por qué, María, has sido tan humilde en callar, en no decir a tu esposo tu gloria, y permitir que sospechase de ti?”.

José no está arrodillado, pero está tan inclinado que es como si lo estuviera y María le pone su manita sobre la cabeza y sonríe. Parece como si lo absolviera. Dice: “Si no hubiera sido de una manera perfecta, no habría merecido el haber concebido al Esperado, que viene a cancelar la culpa de soberbia que destruyó al hombre. Obedecí pues... Dios me pidió esta obediencia... Mucho me costó... por ti, por el dolor que sufrirías... pero no tenía más que obedecer. Soy la esclava de Dios y los esclavos no discuten las órdenes que se les dan. Las ejecutan, José, aun cuando hagan llorar sangre”. María llora quedo mientras dice esto, tan quedo que José inclinado como está, no lo advierte hasta que una lágrima cae al suelo.

Levanta entonces su cabeza —es la primera vez que le veo hacer esto:— toma las manitas de María entre sus manos morenas y robustas y besa la punta de sus rosados y sutiles dedos, que parecen botoncitos de durazno que se asoman por el cerco de las manos de José.

“Ahora hay que tomar todas las providencias porque...” José no agrega más, pero mira el cuerpo de María, y esta se pone coloradísima, se siente un golpe, para no quedar expuesta a las miradas de quien la está observando. “Hay qué hacerlo cuanto antes. Vendré aquí... Cumpliremos con la ceremonia del matrimonio³... La semana que entra... ¿Está bien?”

“Todo lo que haces, José, está bien. Eres el jefe de la casa, yo tu sierva”.

“No. Yo soy tu siervo. Soy el siervo bienaventurado de mi Señor que crece en tu seno. Bendita tú entre todas las mujeres de Israel. Esta noche avisaré a mis familiares. Y luego... cuando esté aquí, trabajaremos para su recibimiento... ¡Oh! ¿cómo podré recibir en mi casa a Dios? ¿En mis brazos a Dios? Me moriré de alegría... ¡Jamás me atreveré a tocarlo!”

“Lo podrás como yo también, por la gracia de Dios”.

“Pero tú eres tú. Yo soy un pobre hombre, ¡el último de los hijos de Dios!...”

“Jesús viene por nosotros los pobres, para hacernos ricos en Dios. Viene a nosotros dos porque somos los más pobres y reconocemos serlo. Alégrate, José. La estirpe de David tiene al Rey esperado y nuestra casa se hace más fastuosa que el palacio de Salomón, porque aquí está el cielo y nosotros compartiremos con Dios el secreto de la paz que más tarde los hombres conocerán. Crecerá entre nosotros y nuestros brazos servirán de cuna al Redentor que crecerá, y nuestras fatigas le darán un pedazo de pan... ¡Oh José! Oiremos la voz de Dios llamarnos: “padre y Madre!” ¡Oh!...” María llora de alegría. Un llanto dichoso.

José arrodillado ahora a sus pies, llora con la cabeza escondida en el amplio vestido de María, que con sus pliegues toca los pobres ladrillos de la habitación.

La visión termina.

43. “Dejad al Señor el cuidado de proclamaros sus siervos”

² fr. Lev. 19, 18

³ Cfr. Mt 1, 24.

(Escrito el mismo día)

Dice María:

“Nadie tome mi palidez de un modo equívoco. No se debía a que temiese a los hombres. Humanamente hablando me hubieran lapidado. Esto no lo temía. Sufría porque José sufría. No me causaba ningún temor el hecho de que me fuese a acusar. Solamente me desagradaba que pudiese, insistiendo en su acusación, faltar a la caridad. Cuando lo vi, la sangre se me fue del corazón por este motivo. Era el momento en que un justo habría podido ofender a la Justicia ofendiendo la caridad. Y que un justo faltase, él, que nunca faltaba, me hubiera proporcionado un inmenso dolor.

Si no hubiese sido humilde hasta el extremo, como lo dije a José, no hubiera merecido llevar en mí a Dios que para borrar la soberbia humana se aniquilaba a Sí mismo, al humillarse en ser hombre. Te mostré esta escena que ninguno de los evangelios refiere, porque quiero llamar la atención frecuentemente equivocada de los hombres acerca de las condiciones esenciales para agradar a Dios y ser dignos de que venga al corazón:

Fe: José creyó ciegamente en las palabras del mensajero celestial. No pedía sino crecer, porque estaba convencido sinceramente de que Dios es bueno y que él, que había esperado en el Señor, no permitiría que fuese objeto de traición, engaño, befa de su prójimo. No pedía sino poder confiar en mí porque, honesto como era, no podía pensar sino con dolor que otros no lo fuesen. *Vivía* la Ley y la Ley dice: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Nosotros nos amamos tanto que nos creemos perfectos aun cuando no lo seamos. ¿Por qué entonces no amar al prójimo, teniéndolo por imperfecto?

Caridad absoluta. Caridad que sabe perdonar, que quiere perdonar. Perdonar de antemano, excusando en el corazón las debilidades del prójimo. Perdonar al punto, procurando buscar todos los atenuantes.

Humildad absoluta como la caridad. Saber reconocer que se faltó aun con el mismo pensamiento, y no tener el orgullo, más nocivo que la culpa cometida, de no querer decir: “Me he equivocado”. Fuera de Dios, todos los demás yerran. ¿Quién es el que puede decir: “Jamás me equivoco”? Y todavía es más difícil la humildad la que sabe guardar el secreto de las maravillas de Dios realizadas en nosotros, cuando no hay necesidad de proclamarlas para alabarlo, para no humillar a nuestro prójimo que no ha recibido de Dios tales dones especiales. Si quiere, ¡oh! Si quiere Dios se revela a Sí mismo en su siervo. Isabel me “vio” como era yo, mi esposo me conoció por lo que era, cuando llegó la hora de hacerlo.

Dejad al Señor el cuidado de proclamaros sus siervos. Tiene Él una amorosa prisa, porque cualquiera que es llamado a una misión particular es una nueva gloria que se añade a la suya infinita, porque es testimonio de cuanto es el hombre, así como Dios lo quería: una perfección inferior que refleja a su Autor. Quedaos en la penumbra y en el silencio, vosotros amados de la gracia, para poder escuchar las *únicas* palabras que son de “vida”, para poder merecer tener sobre vosotros y en vosotros al Sol que eternamente brilla.

¡Oh Dios que eres Luz beatísima! Que eres la gloria de tus siervos, brilla sobre ellos, para que se regocijen en su humildad, alabándote a Ti, a Ti sólo, que destruyes a los soberbios y elevas hasta los resplandores de tu reino a los humildes que te aman”.

44. El edicto del censo¹

4 junio 1944

Veo la casa de Nazaret. La pequeña habitación donde habitualmente María suele tomar sus alimentos. Ahora está trabajando en una tela blanca. Deja su labor para prender una lámpara, porque ya atardece y no puede ver bien con la luz verdosa que entra por la puerta semicerrada que da al huerto. Cierra, pues, la puerta. Veo que su seno está ya muy abultado, y sin embargo siempre bella. Su andar es ligero y majestuoso como cualquier cosa que hace. No se

¹ Cfr. Lc. 2, 1-5.

nota en ella ninguna de las acciones lentas que se notan en las mujeres cuando se ven en cinta y próximas a dar a luz. Tan sólo su rostro está cambiando.

Ahora es ya mujer. Antes, cuando la Anunciación, era una doncella de rostro sereno e inocente: un rostro de niña. Después, en la casa de Isabel, cuando nació el Bautista, su rostro se revistió de un aire maduro. Ahora es sereno, dulcemente majestuoso, como el de la mujer que ha llegado a su perfección por la maternidad.

María, pues, es verdaderamente “una mujer”, llena de donaire de dignidad. Su sonrisa también se ha cambiado en dulzura y majestad. ¡Qué bella es!

Entra José. Parece que regresa del poblado porque entra por la puerta de la casa y no por la de la calle. María levanta su cabeza y le envía una sonrisa. Lo mismo José, pero parece que lo haga forzado, como si estuviera preocupado. María lo mira con ojos interrogativos. Se levanta para tomar el manto que José se está quitando, lo dobla y lo pone sobre un arquibanco.

José se sienta junto a la mesa. Apoya su codo en ella y la cabeza sobre su mano, mientras con la otra, pensativo, se peina y despeina alternativamente la barba.

“¿Tienes algo que te atormenta?” pregunta María. “¿Puedo consolarte?”.

“Tú siempre me consuelas, María, pero esta vez tengo una *gran* preocupación... por ti”

“¿Por mí, José? ¿De qué se trata?”

“Pusieron un edicto en la puerta de la sinagoga. Se ordena que todos los palestinos se empadronen y hay que ir a empadronarse al lugar de origen. Debemos ir a Belén...”

“¡Oh” interrumpe María, poniéndose una mano sobre el vientre.

“¿Te molesta, verdad? Es duro, lo sé”.

“No José. No es esto. Pienso... pienso en las Sagradas Escrituras: en Raquel, madre de Benjamín, y mujer de Jacob de la que nacerá la Estrella²: el Salvador. Raquel fue sepultada en Belén, del que está escrito: “Y tú, Belén de Efrata, eres el más pequeño entre los poblados de Judá, pero de ti saldrá el Dominador”³. El Dominador que fue prometido a la estirpe de David. Él nacerá de ella...”

“¿Crees... crees que llegó ya el tiempo? ¡Oh! ¿Cómo haremos?” José está asustado. Mira a María con dos ojos llenos de compasión.

Ella cae en la cuenta. Sonríe. Sonríe más *consigo misma* que con él. Una sonrisa que parece decir: “Es un hombre, justo, pero hombre. Ve tan sólo como hombre. Piensa como hombre. Compadécelo, alma mía, y guíalo a ver como espíritu”. Su bondad la empuja a serenarlo. No dice nada que no sea verdad, pero trata de despejar sus preocupaciones. “José, José. El tiempo está ya muy próximo. Pero el Señor puede abreviarlo para quitarle esta preocupación. Sí que lo hará. No tengas miedo”.

“¡Pero el viaje!... ¡Quién sabe cuánta gente! ¿Encontraremos alojamiento? ¿Tendremos tiempo para regresar? Y si... dices a luz allá ¿cómo nos las arreglaremos? No tenemos casa... No conocemos a nadie...”

No tengas miedo. Todo saldrá bien. Dios hace que los animales que El creó encuentren un refugio. ¿No crees que no vaya a encontrar uno para su Mesías? Confiamos en Él ¿o no? Siempre hemos puesto nuestra esperanza en Él. Cuanto más fuerte es la prueba, tanto más confiamos en Él. Como dos niños pongamos nuestra mano sobre la del Padre. Él nos guía. De hecho nos hemos entregado a Él. Mira cómo nos ha traído hasta acá bondadosamente. Un padre, aun el mejor, no lo hubiera podido haber hecho mejor. Somos sus hijos y siervos. Cumplimos con su voluntad. No nos puede pasar nada malo. También el edicto es su voluntad.

¿Qué cosa es el Cesar? Un instrumento de Dios. Desde que el Padre determinó perdonar al hombre, arregló de antemano los sucesos para que su Mesías naciese en Belén. Belén, la pequeña ciudad no existía aún y su gloria ya estaba señalada. Para que esta gloria se realice y la palabra de Dios no deje de cumplirse –y sucedería si el Mesías naciera en otra parte– mira

² Cfr. Núm 24, 17; Gén. 35, 18-20; 48, 7.

³ Cfr. Miq. 5, 2.

que un poderoso se ha erguido, muy lejos de aquí, y nos ha dominado y ahora quiere conocer el número de sus súbditos, *ahora*, mientras el mundo está en paz... ¡Oh! ¿Qué importa nuestra breve fatiga si pensamos en la belleza de estos instantes de paz? Piensa, José. ¡Un tiempo en que no hay odio en el mundo! ¿Puede haber otro más dichoso para que surja la “Estrella” cuya luz es divina y que significa redención? ¡Oh, no tengas miedo José! Si los caminos son inseguros, si las muchedumbres hacen difícil el caminar, los ángeles nos ayudarán y protegerán. No a nosotros: a su Rey. Si no encontráramos albergue, con sus alas formarán una tienda. No nos pasará ningún mal. No nos puede pasar: Dios está con nosotros”.

José la mira y escucha extático. Las Arrugas de su frente desaparecen. La sonrisa vuelve. Se levanta sin cansancio ni aflicción. Sonríe. “¡Bendita tú, sol de mi espíritu! ¡Bendita tú que sabes ver todo a través de la gracia de las que estás llena! No perdamos, pues, tiempo; porque hay que partir lo más pronto posible... y regresar también lo más presto, porque aquí todo está preparado para Él... para Él...”

“Para *nuestro* Hijo, José. *Tal lo debe ser a los ojos del mundo, recuérdalo.* El Padre ha rodeado con el misterio su venida, y no tenemos derecho nosotros de levantar el velo. Él, Jesús, lo hará cuando llegue la hora...”

Es imposible describir la belleza del rostro, mirada, expresión y la voz de María cuando pronuncia el nombre de “Jesús”. Es ya el éxtasis. Y con esto termina la visión.

45. “Amor es dar contento a quien se ama más allá de lo que pueden exigir los sentidos o la conveniencia”

(Escrito el mismo día)

Dice María:

“No voy a decir mucho, porque mis palabras son ya una enseñanza. Sin embargo llamo la atención de las casadas sobre un punto.

Muchos matrimonios se convierten en separaciones por culpa de las mujeres, que no poseen ese amor que es todo; bondad, compasión, consuelo para con el marido. Sobre el marido pesa el sufrimiento físico que pesa sobre la mujer, pero pesan todas las preocupaciones morales. Necesidad de trabajo, decisiones qué tomar, responsabilidad ante los poderes establecidos y deberes para con la propia familia... ¡Oh! ¡cuántas cosas pesan sobre el marido! Y ¡qué necesidad tiene de consuelo! Pues bien: el egoísmo es tal que el marido cansado, sin fuerzas, humillado, preocupado, la esposa le añade el peso de inútiles y algunas veces injustos reproches. Y todo porque es una egoísta. No ama.

Amar no significa satisfacerse a sí mismo, bien se refiera a los sentidos, bien a algo útil. Amar significa dar contento a quien se ama, más allá de lo que pueden exigir los sentidos o la conveniencia, concediendo a su corazón la ayuda de que tiene necesidad para poder tener siempre abiertas las alas en los cielos de la esperanza y de la paz.

Quiero llamar también la atención sobre el siguiente punto: Ya hablé de él, pero vuelvo a insistir. Es el que se refiere a la confianza en Dios. La confianza resume en sí las virtudes teologales. Quien la tiene, es señal que tiene fe. Quien la tiene, señal es que espera. Quien la posee, señal es que ama. Cuando uno ama, espera, cree en alguien, tiene confianza. De otro modo no se puede. Dios es merecedor de esta confianza nuestra. Si la damos a los pobres hombres, capaces de fallar ¿por qué debe negarse a Dios que jamás falla?

La confianza es también humildad. El soberbio dice: “Yo lo hago por mí mismo. No me fío de éste porque es incapaz, mentiroso, orgulloso...” El humilde dice: “Confío. ¿Por qué no debo confiar? ¿Por qué debo pensar que soy mejor que él” Y con mayor razón dice de Dios: “¿Por qué debo desconfiar de Él que es bueno? ¿Por qué debo pensar que yo soy capaz de hacerlo por mí mismo?” Dios se entrega al humilde, pero se aleja del que es soberbio.

La confianza es también obediencia. Dios ama al obediente. La obediencia es señal por la que nos reconocemos hijos suyos y reconocemos a Dios como a Padre. Y un padre no puede

sino amar cuando es un *verdadero* padre. Dios es para nosotros un verdadero Padre y un Padre perfecto.

El tercer punto que quiero que meditéis es el siguiente. Y siempre se apoya sobre la Confianza. Cualquier cosa que suceda, no puede suceder si Dios no la permite. ¿Eres por ventura poderoso? Si es así, es porque Dios lo ha permitido. ¿Eres acaso súbdito? Lo eres porque Dios lo permitió.

Trata, pues, ¡oh poderoso! De no convertir tu poder para tu mal. Siempre sería “tu mal” aun cuando al principio parezca que es un mal de los demás. Porque si Dios permite, no permite más allá de la medida, y si tú pisas más allá de la señal, Él castiga, te reduce a polvo. Trata pues, ¡oh, tú que eres súbdito! De convertir tu estado en un imán que atraiga sobre ti la protección celestial. No maldigas jamás. Déjasele a Dios. A Él, que es Señor de todo, toca bendecir y maldecir lo que creó.

Quédate en paz”.

46. El viaje a Belén¹

5 junio 1944

Veo un camino principal. Viene por él mucha gente. Borriquillos cargados de utensilios y de personas. Borriquillos que regresan. La gente los espolea. Quien va a pie, va aprisa porque hace frío.

El aire es limpio y seco. El cielo está sereno, pero tiene ese frío cortante de los días invernales. La campiña sin hojas parece más extensa y los pastizales apenas si tienen hierba un poco crecida, quemada con los vientos invernales; en los pastizales las ovejas buscan algo de comer y buscan el sol que poco a poco se levanta; se estrechan una a la otra, porque también ellas tienen frío y balan levantando su trompa hacia el sol como si le dijeren: “Baja pronto, ¡que hace frío!” El terreno tiene ondulaciones que cada vez son más claras. Es en realidad un terreno de colinas. Hay concavidades con hierba lo mismo que valles pequeños. El camino pasa por en medio de ellos y se dirigen hacia el sureste.

María viene montada en un borriquillo gris. Envuelta en un manto pesado. Después de la silla esta el arnés que llevó en el viaje a Hebrón, y sobre el cofre van las cosas necesarias.

José camina a su lado, llevando la rienda. “¿estás cansada?” le pregunta de cuando en cuando.

María lo mira. Le sonríe. Le contesta: “No”. A la tercera vez añade: “Más bien tú debes sentirte cansado con el camino que hemos hecho”.

“¡Oh, yo para nada! Creo que si hubiera encontrado otro asno, podrías venir más cómoda y caminaríamos más rápido. Pero no lo encontré. Todos necesitan en estos días una cabalgadura. Lo siento. Pronto llegaremos a Belén. Más allá de aquel monte está Efrata”.

Ambos guardan silencio. La Virgen, cuando no habla, parece como si se recogiese en plegaria. Dulcemente se sonríe con un pensamiento que entreteje en sí misma. Si mira a la gente, parece como si no viera lo que hay: hombres, mujeres, ancianos, pastores, ricos, pobres, sino lo que sola ella ve.

“¿Tienes frío?” pregunta José, porque sopla el aire.

“No. Gracias”.

Pero José no se fía. Le toca los pies que cuelgan al lado del borriquillo, calzados con sandalias y que apenas si se dejan ver a través del largo vestido. Debe haberlos sentido fríos, porque sacude la cabeza y se quita una especie de capa pequeña, y la pone en las rodillas de María, la extiende sobre sus muslos, de modo que sus manitas estén bien calientes bajo ella y bajo el manto.

Encuentran a un pastor que atraviesa con su ganado de un lado a otro. José se le acerca y le dice algo. El pastor dice que sí. José toma el borriquillo y lo lleva detrás del ganado que está

¹ Cfr. Lc. 2, 4-5.

paciendo. El pastor toma una rústica taza de su alforja y ordeña una robusta oveja. Entrega a José la taza que la da a María.

“Dios os bendiga” dice María. “A ti por tu amor, y a ti por tu bondad. Rogaré por ti”.

“¿Venís de lejos?”

“De Nazaret” responde José.

¿Y vais?

“A Belén”

“El camino es largo para la mujer en ese estado. ¿Es tu mujer?”

“Sí”

¿Tenéis a dónde ir? “No”

“¡Va mal todo! Belén está lleno de gente que ha llegado de todas partes para empadronarse o para ir a otras partes. No sé si encontraréis alojamiento. ¿Conoces bien el lugar?”

“No muy bien”

“Bueno... te voy a enseñar... porque se trata de Ella (y señala a María). Buscad el alojamiento. Está lleno. Te lo digo para darte una idea. Está en una plaza. Es la más grande. Se llega a ella por este camino principal. No podéis equivocaros. Delante de ella hay una fuente. El albergue es grande y bajo con un gran portal. Está lleno. Pero si no podéis alojaros en él o en alguna casa, dad vuelta por detrás del albergue, como yendo a la campiña. Hay apriscos en el monte, no lo olvidéis; húmedos, fríos y sin puerta, pero siempre son un refugio, porque la mujer... no puede quedarse en la mitad del camino. Tal vez allí encontraréis un lugar... y también heno para dormir y para el asno. Que Dios os acompañe”.

“Y a ti te dé su alegría” responde la Virgen. José por su parte dice: “La paz sea contigo”.

Vuelve a continuar su camino. Una concavidad más extensa se deja ver desde la cresta a la que han llegado. En la concavidad, arriba y abajo, a lo largo de las suaves pendientes que la rodean, se ven casas y casas. Es Belén.

“Hemos llegado a la tierra de David, María. Ahora vas a descansar. Me parece que estás muy cansada...”

“No. Pensaba yo... estoy pensando...” María aprieta la mano de José y le dice con una sonrisa de bienaventurada: “Estoy pensando que el momento ha llegado”.

“¡Que Dios nos socorra! ¿Qué vamos a hacer?”

“No temas, José. Ten constancia. ¿Ves qué tranquila estoy yo?”

“Pero sufres mucho”.

“¡Oh no!. Me encuentro llena de alegría. Una alegría tal, tan fuerte, tan grande, incontenible, que mi corazón palpita muy fuerte y dice: “¡Va a nacer! ¡Va a nacer!” Lo dice a cada palpar. Es mi hijo que toca a mi corazón y dice: “Mamá: ya vine. Vengo a darte un beso de parte de Dios”. ¡Oh, qué alegría, José mío!”

Pero José no participa de la misma alegría. Piensa en lo urgente que es encontrar un refugio y apresura el paso. Puerta tras puerta pide alojamiento. Nada. Todo está ocupado. Llegan al albergue. Está lleno hasta en los portales, que rodean el patio interior.

José deja a María que sigue sentada sobre el borriquillo en el patio y sale en busca de alguna otra casa. Regresa desconsolado. No hay ningún alojamiento. El crepúsculo invernal pronto se echa encima y empieza a extender sus velos. José suplica al dueño del albergue. Suplica a viajeros. Ellos son varones y están sanos. Se trata ahora de una mujer próxima a dar a luz. Que tengan piedad. Nada. Hay un rico fariseo que los mira con manifiesto desprecio, y cuando María se acerca, se separa de ella como si se hubiera acercado un leproso³. José lo mira y la indignación le cruza por la cara. María pone su mano sobre la muñeca de José para calmarlo. Le dice: “No insistas. Vámonos. Dios proveerá”.

Salen. Siguen por los muros del albergue. Dan vuelta por una callejuela, metida entre ellos y casuchas. Le dan vuelta. Buscan. Allí hay algo como cuevas, bodegas, más bien que apriscos, porque son bajas y húmedas. Las mejores están ocupadas. José se siente descorazonado.

³ Cfr. Lev. 12, 2.

“Oye, galileo” le grita por detrás un viejo. “Allá en el fondo bajo aquellas ruinas hay una cueva. Tal vez no haya nadie”.

Se apresuran a ir a esa cueva. Y que si es una madriguera. Entre los escombros que se ven hay un agujero, más allá del cual se ve una cueva, una madriguera excavada en el monte, más bien que gruta. Parece que sean los antiguos fundamentos, de una vieja construcción, a la que sirven de techo los escombros caídos sobre troncos de árboles.

Como hay muy poca luz y para ver mejor, José saca la yesca y prende una candileja que toma de la alforja que trae sobre la espalda. Entra y un mugido lo saluda. “Ven, María. Está vacía. No hay sino un buey”. José sonríe. “Mejor que nada...”

María baja del borriquillo y entra.

José puso ya la candileja en un clavo que hay sobre un tronco que hace de pilar. Se ve que todo está lleno de telarañas. El suelo, que está batido, revuelto con hoyos, guijarros, desperdicios, excrementos, tiene paja. En el fondo, un buey se vuelve y mira con sus quietos ojos. Le cuelga hierba del hocico. Hay un rústico asiento y dos piedras en un rincón cerca de una hendidura. Lo negro del rincón dice que ahí suele hacerse fuego.

María se acerca al buey. Tiene frío. Le pone las manos sobre su pescuezo para sentir lo tibio de él. El buey muge, pero no hace más, parece como si comprendiera. Lo mismo cuando José lo empuja para tomar mucho heno del pesebre y hacer un lecho para María —el pesebre es doble, esto es, donde come el buey, y arriba una especie de estante con heno de repuesto, y de este toma José— no se opone. Hace lugar aun al borriquillo que cansado y hambriento, se pone al punto a comer. José voltea también un cubo con abolladuras. Sale, porque afuera vio un riachuelo, y vuelve con agua para el borriquillo. Toma un manojo de varas secas que hay en un rincón y se pone a limpiar un poco el suelo. Luego desparrama el heno. Hace una especie de lecho, cerca del buey, en el rincón más seco y más defendido del viento. Pero siente que está húmedo el heno y suspira. Prende fuego, y con una paciencia de trapista, seca poco a poco el heno junto al fuego.

María sentada en el banco, cansada, mira y sonríe. Todo está ya listo. María se acomoda lo mejor que puede sobre el mullido heno, con las espaldas apoyadas contra un tronco, José adorna todo aquel... ajuar, pone su manto como una cortina en la entrada que hace de puerta. Una defensa muy pobre. Luego da a la Virgen pan y queso, y le da a beber agua de una cantimplora. “Duerme ahora” le dice. “Yo velaré para que el fuego no se apague. Afortunadamente hay leña. Esperamos que dure y que arda. Así podemos ahorrar el aceite de la lámpara”.

María obediente se acuesta. José la cubre con el manto de ella, y con la capa que tenía en los pies.

“Pero tú vas a tener río...”

“No, María. Estoy cerca del fuego. Trata de descansar. Mañana será mejor”.

María cierra los ojos. No insiste. José se va a un rincón. Se sienta sobre una piedra, con pedazos de leña seca. Pocos, que no durarán mucho, por lo que veo.

Están del siguiente modo: María a la derecha con las espaldas a la... puerta, semi-escondida por el tronco y por el cuerpo del buey que se ha echado en tierra. José a la izquierda y hacia la puerta, por lo tanto, diagonalmente, y así su cara da al fuego, con las espaldas a María. Pero de vez en vez se voltea a mirarla y la ve tranquila, como si durmiera. Despacio rompe las varas y las echa una por una en la hoguera pequeña para que no se apague, para que dé luz, y para que la leña dure. No hay más que el brillo del fuego que ahora se reaviva, ahora casi está por apagarse. Como está apagada la lámpara de aceite, en la penumbra resaltan sólo la figura del buey, la cara y manos de José. Todo lo demás es un montón que se confunde en la gruesa penumbra.

47. Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo¹

6 junio 1944

Veo el interior de este pobre albergue rocoso que María y José comparten con los animales.

La pequeña hoguera está a punto de apagarse, como quien la vigila a punto de quedarse dormido. María levanta su cabeza de la especie de lecho y mira. Ve que José tiene la cabeza inclinada sobre el pecho como si estuviera pensando, y está segura que el cansancio ha vencido su deseo de estar despierto. ¡Qué hermosa sonrisa le aflora por los labios! Haciendo menos ruido que haría una mariposa al posarse sobre una rosa, se sienta, y luego se arrodilla. Ora. Es una sonrisa de bienaventurada la que llena su rostro. Ora con los brazos abiertos no en forma de cruz, sino con las palmas hacia arriba y hacia delante, parece como si no se cansara con esta posición. Luego se postra contra el heno orando más intensamente. Una larga plegaria.

José se despierta. Ve que el fuego casi se ha apagado y que el lugar está casi oscuro. Echa unas cuantas varas. La llama prende. Le echa unas cuantas ramas gruesas, y luego otra más, porque el frío debe ser agudo. Un frío nocturno invernal que penetra por todas las partes de estas ruinas. El pobre José, como está junto a la puerta –llamemos así a la entrada sobre la que su manto hace las veces de puerta– debe estar congelado. Acerca sus manos al fuego. Se quita las sandalias y acerca los pies al fuego. Cuando ve que este va bien y que alumbra lo suficiente, se da media vuelta. No ve nada, ni siquiera lo blanco del velo de María que formaba antes una línea clara en el heno oscuro. Se pone de pie y despacio se acerca a donde está María.

“¿No te has dormido?” le pregunta. Y por tres veces lo hace, hasta que Ella se estremece, y responde: “Estoy orando”.

“¿Te hace falta algo?”

“Nada, José

“Trata de dormir un poco. Al menos de descansar”.

“Lo haré. Pero el orar no me cansa”.

“Buenas noches, María”.

“Buenas noches, José”.

María vuelve a su antigua posición. José, para no dejarse vencer otra vez por el sueño, se pone de rodillas cerca del fuego y ora. Ora con las manos juntas sobre la cara. Las mueve algunas veces para echar más leña al fuego y luego vuelve a su ferviente plegaria. Fuera del rumor de la leña que chisporrotea y del que produce el borriquillo que alguna vez golpea su pezuña contra el suelo, otra cosa no se oye.

Un rayo de luna se cuela por entre una grieta del techo y parece como un hilo plateado que buscase a María. Se alarga, conforme la luna se alza en lo alto del cielo, y finalmente la alcanza. Ahora está sobre su cabeza que ora. La nimba de su candor.

María levanta su cabeza como si de lo alto alguien la llamase, y nuevamente se pone de rodillas. ¡Oh, qué bello es aquí! Levanta su cabeza que parece brillar con la luz blanca de la luna, y una sonrisa sobrehumana transforma su rostro. ¿Qué cosa está viendo? ¿Qué oyendo? ¿Qué cosa experimenta? Sólo Ella puede decir lo que vio, sintió y experimentó en la hora dichosa de su Maternidad. Yo sólo veo que a su alrededor la luz aumenta, aumenta, aumenta. Parece como si bajara del cielo, parece como si manara de las pobres cosas que están a su alrededor, sobre todo parece como si de Ella procediese.

Su vestido oscuro-azul, ahora parece estar teñido de un suave color de miosotis, sus manos y su rostro parecen tomar el azulino de un zafiro intensamente pálido puesto al fuego. Este color, que me recuerda, aunque muy tenue, el que veo en las visiones del santo paraíso, y el que vi en la visión de cuando vinieron los Magos, se difunde cada vez más sobre todas las cosas, las viste, purifica, las hace brillantes.

¹ Cfr. Lc. 2, 6-7.

La luz emana cada vez con más fuerza del cuerpo de María; absorbe la de la luna, parece como que Ella atrajese hacia sí la que le pudiera venir de lo alto. Ya es la Depositaria de la Luz. La que será la Luz del mundo. Y esta beatífica, inconmensurable, eterna, divina Luz que está para darse, se anuncia con un alba, un alborada, un coro de átomos de luz que aumentan cual marca, que suben, que suben cual incienso, que bajan como avenida, que se esparcen cual un velo...

La bóveda llena de agujeros, telarañas, escombros que por milagro se balancean en el aire y no se caen; la bóveda negra, llena de humo, apestosa, parece la bóveda de una sala real. Cualquier palabra es un macizo de plata, cualquier agujero un brillar de ópalos, cualquier telaraña un preciosísimo baldaquín tejido de plata y diamantes. Una lagartija que está entre dos piedras, parece un collar de esmeraldas que alguna reina dejara allí; y unos murciélagos que descansan parecen una hoguera preciosa de ónix. El heno que sale de la parte superior, no es más hierba, es hilo de plata y plata pura que se balancea en el aire cual se mece una cabellera suelta.

El pesebre es, en su madera negra, un bloque de plata bruñida. Las paredes están cubiertas con un brocado en que el candor de la seda desaparece ante el recamo de perlas en relieve; y el suelo... ¿Qué hora es? Un cristal encendido con luz blanca; los salientes parecen rosas de luz tiradas como homenaje a él; y los hoyos, copas preciosas de las que broten aromas y perfumes.

La luz crece cada vez más. Es irresistible a los ojos. En medio de ella desaparece, como absorbida por un velo de incandescencia, la Virgen... y de ella emerge la Madre.

Sí. Cuando soy capaz de ver nuevamente la luz, veo a María con su Hijo recién nacido entre los brazos. Un Pequeñín, de color rosado y gordito, que gesticula y mueve sus manitas gorditas como capullo de rosa, y sus piecitos que podrían estar en la corola de una rosa; que llora con una vocecita trémula, como la de un corderito que acaba de nacer, abriendo su boquita que parece una fresa selvática y que enseña una lengüita que se mueve contra el paladar rosado; que mueve su cabecita tan rubia que parece como si no tuviese ni un cabello, una cabecita redonda que la Mamá sostiene en la palma de su mano, mientras mira a su Hijito, y lo adora ya sonriendo, ya llorando; se inclina a besarlo no sobre su cabecita, sino sobre su pecho, donde palpita su corazoncito, que palpita por nosotros... allí donde un día recibirá la lanzada. Se la cura de antemano su Mamita con un beso inmaculado.

El buey que se ha despertado al ver la claridad, se levanta dando fuertes patadas sobre el suelo y muge. El borrico vuelve su cabeza y rebuzna. Es la luz la que lo despierta, pero yo me imagino que quisieron saludar a su Creador, creador de ellos, creador de todos los animales.

José que oraba tan profundamente que apenas si caía en la cuenta de lo que le rodeaba, se estremece, y por entre sus dedos que tenía ante la cara, ve que se filtra una luz. Se quita las manos de la cara, levanta la cabeza, se voltea. El buey que está parado no deja ver a María. Ella grita: "José, ven".

José corre. Y cuando ve, se detiene, presa de reverencia, y está para caer de rodillas donde se encuentra, si no es que María insiste: "Ven, José", se sostiene con la mano izquierda sobre el heno, mientras que con la derecha aprieta contra su corazón al Pequeñín. Se levanta y va a José que camina temeroso, entre el deseo de ir y el temor de ser irreverente.

A los pies de la cama de paja ambos esposos se encuentran y se miran con lágrimas llenas de felicidad.

"Ven, ofrezcamos a Jesús al Padre" dice María.

Y mientras José se arrodilla, Ella de pie entre dos troncos que sostienen la bóveda, levanta a su Hijo entre los brazos y dice: "Heme aquí. En su Nombre, ¡oh Dios! Te digo esto: Heme aquí para hacer tu voluntad. Y con Él, yo, María y José, mi esposo. Aquí están tus siervos, Señor. Que siempre hagamos a cada momento, en cualquier cosa, tu Voluntad, para gloria tuya y por amor tuyo". Luego María se inclina y dice: "Tómalo José" y ofrece al Pequeñín.

"¿Yo? ¿Me toca a mí? ¡Oh, no! ¡No soy digno!" José está terriblemente despavorido, aniquilado, ante la idea de tocar a Dios.

Pero María sonriente insiste: “Eres digno de ello. Nadie más que tú y por eso el Altísimo te escogió. Tómallo, José y tenlo mientras voy a buscar los pañales”.

José rojo como la púrpura, extiende sus brazos, toma ese montoncito de carne que chilla de frío y cuando lo tiene entre sus brazos no siente más el deseo de tenerlo separado de sí por respeto, se lo estrecha contra el corazón diciendo en medio de un estallido de lágrimas: “¡Oh, Señor, Dios mío!” y se inclina a besar los piecitos y los siente fríos. Se sienta, lo pone sobre sus rodillas y con su vestido café. Con sus manos procura cubrirlo, calentarlo, defenderlo del viento helado de la noche. Quisiera ir al fuego, pero allí la corriente de aire que entra es peor. Es mejor quedarse aquí. No. Mejor ir entre los dos animales que defienden del aire y que despiden calor. Y se va entre el buey y el asno y se está con las espaldas contra la entrada, inclinado sobre el Recién nacido para hacer de su pecho una hornacina cuyas paredes laterales son una cabeza gris de largas orejas, un grande hocico blanco cuya nariz despidе vapor y cuyos ojos miran bonachonamente.

María abrió ya el cofre, y sacó ya lienzo y fajas. Ha ido a la hoguera a calentarlos. Viene a donde está José, envuelve al Niño en lienzo tibio y luego en su velo para proteger su cabecita”. ¿Dónde lo pondremos ahora?”. Pregunta.

José mira a su alrededor. Piensa... “Espera” dice: “Vamos a echar más acá a los dos animales y su paja. Tomaremos más de aquella que está arriba, y la ponemos aquí dentro. Las tablas del pesebre lo protegerán del aire; el heno le servirá de almohada y el burro con su aliento lo calentará un poco. Mejor el buey. Es más paciente y quieto”. Y se pone a hacer lo dicho, entre tanto María arrulla a su Pequeñín apretádoselo contra su corazón, y poniendo sus mejillas sobre la cabecita para darle calor.

José vuelve a atizar la hoguera, sin darse descanso, para que se levante una buena llama. Seca el heno y según lo va sintiendo un poco caliente lo mete dentro para que no se enfríe. Cuando tiene suficiente va al pesebre y lo coloca de modo que sirva para hacer una cunita. “Ya está” dice. “Ahora se necesita una manta, porque el heno espina y para cubrirlo completamente...”

“Toma mi manto” dice María.

“Tendrás frío”.

“¡Oh, no importa! La capa es muy tosca; el manto es delicado y caliente. No tengo frío para nada. Con tal de que no sufra Él”.

José toma el ancho manto de delicada lana de color azul oscuro y lo pone doblado sobre el heno con una punta que pende fuera del pesebre. El primer lecho del Salvador, está ya preparado.

María, con su dulce caminar, lo trae, lo coloca, lo cubre con la extremidad del manto; le envuelve la cabecita desnuda que sobresale del heno y la que protege muy flojamente su velo sutil. Tan solo su rostro pequeñito queda descubierto, gordito, como el puño de un hombre, y los dos, inclinados sobre el pesebre, bienaventurados, lo ven dormir su primer sueño, porque el calor de los pañales y el heno han calmado su llanto y han hecho dormir al dulce Jesús.

48. “Yo, María, redimí a la mujer con mi Maternidad divina”

(Escrito el mismo día)

Dice María:

“Yo, María, redimí a la mujer con mi Maternidad divina. Pero no fue sino el principio de su redención. Al haberme negado a casarme por el voto de virginidad, había rechazado cualquier satisfacción de concupiscencia y así merecí la gracia de Dios. Pero no era suficiente. Porque el pecado de Eva era un árbol de cuatro ramas: soberbia, avaricia, glotonería, lujuria. Y las cuatro tenían qué cortarse antes de que el árbol fuera hecho estéril en sus raíces.

Humillándome hasta lo profundo, vencí la soberbia. Me humillé delante de todos. No me refiero a mi humildad para con Dios, que toda criatura debe tributarle. Su Verbo la tuvo.

También yo, mujer, tenía qué tenerla. ¿Pero has pensado qué humillación debí sufrir, y sin defenderme en modo alguno de parte de los hombres?

Aun José, que era un hombre justo, me había acusado en su corazón. Los demás que no lo eran, habían pecado de murmuración contra mi estado y el rumor de sus palabras había llegado cual amarga aura a romperse contra mi persona humana. Y fue el principio de las innumerables humillaciones que mi vida de Madre de Jesús y del linaje humano me proporcionaron. Humillaciones de pobreza, humillaciones de perseguida, humillaciones por los reproches de parientes y amigos que, ignorando la verdad, tomaban como débil mi modo de ser madre para con mi Jesús que se había convertido en un jovenzuelo, humillaciones en los tres años de ministerio, humillaciones crueles en la hora del Calvario, humillaciones hasta reconocer que no tenía con qué comprar un lugar para sepultar a mi Hijo, ni aromas para envolver su cuerpo.

Vencí la avaricia de los Primeros Padres renunciando anticipadamente a mi Hijo.

Una madre jamás renuncia a no ser que se vea forzada, a su hijo. Pídasele a su corazón la patria, el amor de esposa, o de Dios mismo, ella se opondrá a tal separación. Es natural. El hijo crece en el seno, y jamás se corta completamente el lazo que une su persona con la nuestra. Aun cuando se corta el ombligo, siempre queda un nervio que parte del corazón de la madre, un nervio espiritual más vivo, más sensible que un nervio físico, que se injerta en el corazón del hijo. Se siente extenderse hasta una aflicción sin nombre, si el amor de Dios o de una criatura, o las necesidades de la patria, alejan al hijo de su madre. Se despedaza hiriendo el corazón, si la muerte arranca a una madre su hijo.

Desde el momento que tuve a mi Hijo renuncié a Él. Lo di a Dios. Lo di a vosotros. Yo me despojé del fruto de mi vientre para reparar el fruto que Eva robó a Dios.

Vencí la glotonería del saber y del gozar, aceptando saber sólo lo que Dios quería que yo supiera, sin preguntarme a mí o a Él más de lo que me fuera dicho. Creí sin hacer preguntas.

Vencí la glotonería del placer porque me negué a cualquier experiencia de los sentidos. Mi carne la puse bajo mis pies. La carne, instrumento de Satanás, la puse con Satanás junta bajo mi calcañal para hacer de ella un escabel desde el cual subiese al cielo. El cielo: mi meta. Donde está Dios. Era mi única hambre, hambre que no es gula, sino necesidad que Él bendice y que quiere que siempre lo deseemos.

Vencí la lujuria, que es glotonería llevada hasta la voracidad; pues cualquier vicio que no se refrena, conduce a otro peor. La glotonería de Eva, que era algo ya reprochable, la llevó a la lujuria. No le bastó haberse proporcionado a sí misma una satisfacción. Quiso llevar su crimen a una intensidad refinada y conoció y enseñó a su compañero la lujuria. Yo tergiversé los términos y en vez de descender, subí siempre. En lugar de hacer bajar, siempre he llamado a lo alto, y de mi compañero, que era un hombre justo, hice un ángel.

Ahora que tenía a Dios y con Él sus infinitas riquezas, me apresuré a despojarme de ellas, diciéndole: “Mira: se cumpla en Él y en mi tu Voluntad”. Casto es el que tiene moderación no sólo en su cuerpo, sino también en sus afectos y pensamientos. Debería Yo ser la Casta para borrar la mancha de la carne, del corazón, de la mente. No salí de mi discreción diciendo ni siquiera de mi Hijo –únicamente mío en la tierra como único de Dios en el cielo– “Esto es mío y lo quiero”.

Y sin embargo no era suficiente para obtener a la mujer la paz que Eva perdió, la obtuve al pie de la Cruz, cuando vi morir al que acaba de nacer. Cuando sentí desgarrarse las entrañas al grito de mi Hijo que moría, me sentí vacía de todo feminismo: no más carne, sino ángel. María, la Virgen ante el Espíritu Santo, murió en ese momento. Quedó siendo la Madre de la gracia, la que con sus tormentos os la dio. La mujer que había vuelto yo a consagrar en la noche de la Navidad, adquirió al pie de la Cruz, los medios para convertirse en una criatura del cielo.

Esto lo hice por vosotros, absteniéndome de toda satisfacción, aun la más santa. A vosotras mujeres a quienes Eva hizo compañeras no superiores a los animales, yo os he hecho, *con tal de que lo queráis*, las santas de Dios. Por vosotras subí. Os he hecho subir muy arriba como

José. La roca del Calvario es mi monte de los Olivos. De allí subí llevando a los cielos el alma nuevamente santificada a la mujer junto con mi cuerpo glorificado por que llevó al Verbo de Dios y que canceló en mí los últimos vestigios de Eva, la última raíz de aquel árbol de las cuatro ramas venenosas y de la raíz derrotada en los sentidos que había arrastrado al linaje decaído, y que hasta el fin de los siglos y hasta la última mujer, os morderá las entrañas. Os llamo desde ahora, desde donde resplandezco en medio de los rayos del Amor y os señalo la medicina con que os podáis venceros a vosotras mismas: la gracia de mi Señor y la Sangre de mi Hijo”.

49. Adoración de los pastores¹

7 junio 1944

Veo una extensa campiña. La luna está en el cenit. En un cielo recamado de estrellas va bogando. Parecen otras tantas chapitas de diamantes clavadas en un inmenso baldaquín de color azul subido, y la luna se ríe en medio de ellas con su cara blanquísima de la que bajan ríos de luz que blanquean la tierra. Los árboles que no tiene follaje parecen más altos y negros; mientras que las paredes que hay acá y allá parecen como si fueran de leche; una casita lejana parece un bloque de mármol de Carrara.

A mi derecha veo un lugar rodeado de una valla de espinos por dos lados y de una pared baja y áspera por los otros dos. Sobre esa pared descansa el techo de una clase de tinglado largo y bajo, que por dentro está construido parte de piedra, parte de madera, algo así como si en el verano se quitase, y el tinglado se cambiase en portal. De este lugar sale de cuando en cuando un balido de muchas ovejas. Están durmiendo, o tal vez crean que el día ya está cerca por el claror de la luna tan intenso, tan fuerte y que aumenta como si se acercara a la tierra o resplandeciera por un misterioso incendio.

Un pastor se asoma a la puerta, y levantando un brazo a la altura de su frente para ver mejor, mira hacia arriba. Parece imposible que deba protegerse de la claridad de la luna, pero es tan fuerte que deslumbra, sobre todo a quien sale de un lugar cerrado y oscuro. Todo está en calma. Pero esa luz es rara. El pastor llama a sus compañeros. Salen a la puerta. Un grupo de hombres hirsutos, de diversas edades. Hay algunos que son jovencillos y otros con canas. Entre sí hablan del hecho extraño. Los más jóvenes tienen miedo, sobre todo uno, un niño de 12 años que se pone a llorar, atrayendo sobre sí las burlas de los otros.

“¿De qué tienes miedo, tonto?” le reprocha el de mayor edad. “¿No ves qué aire tan tranquilo? ¿Nunca habías visto brillar la luna? ¿Has estado siempre bajo las enaguas de tu mamá como un pollito bajo las alas de la gallina? ¡Otras cosas verás! Una vez fui por los montes del Líbano, mucho más allá. Era joven entonces y no me costaba trabajo caminar. También era yo rico entonces... Una noche vi una luz tal que pensé que probablemente Elías volvía sobre su carro de fuego². El cielo parecía estar ardiendo. Un viejo –entonces el viejo era él– me dijo: “Grandes desventuras están por venir al mundo”. Y lo fue, porque llegaron los soldados romanos. ¡Oh, si verás cosas!... ¡si vives!”

Pero el pastorcillo no lo escucha. Parece como si no tuviese ya miedo, porque sale del umbral, se desliza por detrás de un nervudo pastor, detrás del cual se había refugiado, y avanza a un lugar de hierba que está enfrente del tinglado. Mira en alto, camina como sonámbulo, como hipnotizado por algo que lo atrae. En un cierto punto lanza un “¡Oh!” y se queda como petrificado, con los brazos un poco abiertos. Los otros miran estupefactos.

“¿Pero qué le pasa a ese tonto?” pregunta uno.

“Mañana lo devuelvo a su madre. No quiero tontos que guarden las ovejas” dice otro.

El viejo que poco antes había hablado, dice: “Vamos a ver antes de juzgar. Llamad a los otros que están durmiendo y tomad garrotes. No vaya a ser una fiera o algún malhechor”.

¹ Lc. 2, 6-20.

² Cfr. 4º Rey. 2, 11.

Entran, llaman a los otros, salen con antorchas y garrotes. Alcanzan al niño.

“¡Allá, allá!” murmura sonriente. “Más allá del árbol. Mirad esa luz que se acerca. Parece como si caminara sobre los rayos de la luna. Ved que se acerca. ¡Qué bella!

“Yo veo tan sólo una fuerte claridad”.

“Yo también”.

“También yo” dicen otros.

“No. Yo veo algo así como un cuerpo” dice uno y reconozco en él al pastor que le dio la leche a María.

“¡Es un... es un ángel!... grita el niño”. “Mirad que baja... que se acerca... De rodillas todos ante el Ángel de Dios!”

Un “¡oh!” largo y lleno de veneración se levanta del grupo de los pastores, que caen de cara hacia el suelo, y los de mayor edad parecen más abatidos. Los más jóvenes están de rodillas, miran al ángel que se acerca cada vez más y que se detiene, sacudiendo sus grandes alas, candor de perla en la claridad de la luna que lo rodea, encima de la pared del lugar.

“No tengáis miedo. No os traigo ninguna desventura. Os traigo el anuncio de una gran alegría para el pueblo de Israel y para todos los pueblos de la tierra”. La voz del ángel es armoniosa cual arpa en la que cantasen ruseñores.

“Hoy en la ciudad de David, nació el Salvador”. Al decir esto, abre sus grandes alas, las abre como muestras de alegría, ya parece como si una lluvia de oro y piedras preciosas se desprendiesen de ellas. Un hermosísimo arco iris que forma un arco de triunfo en el pobre aprisco.

“El Salvador que es el Mesías”. El ángel brilla con una luz más extraordinaria. Sus dos alas, ahora firmes, extendidas de punta a punta hacia el cielo como dos velas inmóviles sobre el mar azul, parecen dos llamas que subiesen ardiendo.

“¡El Mesías, el Señor!” El ángel recoge sus dos resplandecientes alas, se pone como un manto de diamantes en su vestido de perlas, se inclina como si adorase, con los brazos sobre el pecho y su rostro que desaparece, pues lo tiene muy inclinado, entre la sombra de las puntas de las alas plagadas. No se ve sino una larga forma luminosa, inmóvil por el espacio de unos instantes.

Pero ved que se mueve. Abre nuevamente las alas, levanta su rostro en que la luz se une a una sonrisa hermosísima y dice: “Lo reconoceréis por estas señales: detrás de Belén, en un pobre establo encontraréis un niño envuelto en pañales, pues para el Mesías no hubo alojamiento en la ciudad de David”. El rostro del ángel se pone serio, como triste.

Pero de los cielos vienen muchos, ¡oh! muchos, pero muchos ángeles semejantes a él, un ejército de ángeles que baja alborozándose y opacando la luna con su resplandor de paraíso. Se unen al ángel que había dado la noticia con un agitar de alas, con un exhalo de perfumes, con arpegio de notas en cuya comparación todas las voces más bellas de la tierra juntas, no serían más que un remedo. Si la pintura es el intento de la materia para ser luz, aquí la melodía es el esfuerzo de la música para bañar completamente a los hombres en la belleza de Dios, y oír esta melodía es conocer el paraíso donde todo es armonía de amor que de Dios mana para alegrar a los bienaventurados, y que ellos va a Él para decirle: “Te amamos”.

El “Gloria” angélico se desparrama en ondas siempre más largas por la quieta campiña, y con ella la luz. Los pajaritos unen su cántico que es un saludo a esta luz que ha salido antes. Y las ovejas lanzan sus balidos por ese sol anticipado. Pero yo me imagino, como en la gruta al hablar del buey y del asno, que los animales saludan a su Creador, que ha venido en medio de ellos para amarlos como Hombre, además de como Dios.

El canto disminuye y la luz también, entre tanto que los ángeles vuelven a subir al cielo... Los pastores vuelven en sí.

“¿Oíste?”

“¿Vamos a ver?”

“¿Y los animales?”

“Nada les pasará. ¡Vamos y obedezcamos la palabra de Dios!...”

“¿Pero a dónde vamos?”

“¡Dijo que nació hoy! ¡Y que no encontró alojamiento en Belén!” Es el pastor que dio la leche, el que ahora habla. “Venid, yo sé. Vi a la mujer y me dio compasión. Enseñé un lugar para Ella, porque pensé que no encontraría alojamiento, y al hombre le di leche para Ella. Es muy joven y hermosa. Debe ser buena como el ángel que nos habló. Venid, venid. Vamos a tomar leche, quesos, corderos y pieles curtidas. Deben ser muy pobres... y ¡quién sabe cuánto frío tendrá Él a quien no me atrevo a nombrar! ¡Y pensar que yo hablé con su Madre como si fuera una pobre mujer!”.

Van al tinglado; poco después salen unos con los jarros de leche, otros con redecillas de esparto entretejido y dentro quesos redondos, otros con cestas en una de las cuales hay un corderito, y otros con pieles curtidas,

“Yo le llevo una oveja. Hace un mes que parió. La leche le hará bien. Les podrá servir si la mujer no tiene leche, me pareció todavía muy joven y tan blanca... ¡Un rostro de jazmín bajo los rayos de la luna” dice el pastor del camino y los guía.

Van bajo la luz de la luna y de antorchas, después de que cerraron el tinglado y el recinto. Caminan por senderos entre vallas de espinos despojados de todo en el invierno. Dan vuelta por detrás de Belén. Llegan al establo, no por la parte por donde llegó María, sino por la parte contraria, de modo que no pasan por delante de los apriscos mejores, sino que es el primero que encuentran. Se acercan a la entrada.

“¡Entra!”

“¡Entra tú!”

“No”

“¡¡Asómate al menos!”

“Tú, Leví, que fuiste el primero en ver al ángel, señal de que eres mejor que nosotros, mira”. Antes lo tacharon de tonto... ahora para su conveniencia quieren que haga algo a lo que no se atreven.

El niño titubea, pero se decide. Se acerca a la entrada, separa un poco el manto, mira... y se queda extático.

“¿Qué ves?” le preguntan ansiosos en voz baja,

“Veo a una mujer joven y bella y a un hombre inclinado sobre un pesebre... oigo que llora un recién nacido, y la mujer le habla con su voz... ¡oh! Qué voz!”

“¿Qué le dice?”

“Dice: “¡Jesús mío! ¡Jesús, cariño de tu Mamá! No llores Pequeñín” Dice: “¡Oh! Pudiera decirte: “Toma leche, pequeñín, pero todavía no tengo!” Dice: “Tienes mucho frío, amorcito mío! Te molesta el heno. ¡Qué dolor para tu Mamita oírte llorar así y no poderte consolar!” Dice: “¡Duerme, vida mía! ¡Que se me rompe el corazón con oírte llorar y con verte esas lágrimas!” lo besa, le calienta sus piecitos con sus manos, porque está agachada con los brazos en el pesebre”.

“¡Llama! ¡Haz que te oigan!”

“Yo no. Tú nos trajiste y la conoces”.

El pastor abre la boca y se limita tan solo a dar una especie de gañido.

José se voltea y viene a la puerta. “¿Quiénes sois

“Pastores, Os traemos alimentos y lana. Vinimos a adorar al Salvador”.

“Entrad”.

Entran y el establo se hace más claro a la luz de las antorchas. Los mayores empujan a los jóvenes a que caminen ante ellos.

María se vuelve y sonríe. “Venid” dice. “Venid” y los invita con la mano, con la sonrisa, toma al que vio al ángel, lo acerca a sí, contra el pesebre. El niño mira cual un bienaventurado.

Los demás a quienes también invita José, se acercan con sus presentes y los ponen con pocas palabras, pero llenas de emoción, a los pies de María. Luego contemplan al Niño que llora un poco y conmovidos y felices sonríen.

Uno al final se atreve a decir: "Toma, Madre. Es suave y limpia. La había preparado para mi hijo que va a nacerme, pero te la doy. Pon a tu Hijo en esta lana. Es delicada y caliente". Le ofrece la piel de una oveja, una bellísima piel lanuda, blanca y grande.

María levanta a Jesús y lo envuelve en ella. Lo enseña a los pastores, que de rodillas sobre el heno del suelo lo contemplan extáticos.

Toman más confianza. Uno propone: "Sería bueno darle un poco de leche. Mejor: agua y miel. Pero no tenemos miel. Se da a los pequeñitos. Tengo siete hijos y conozco..."

"Aquí hay leche. Toma, Mujer".

"Pero está fría. Se necesita caliente ¿Dónde está Elías? Él trae la oveja". Elías debe ser el hombre del camino. Pero no está. Se quedó afuera, mira por la rendija, y no se le ve por la oscuridad de la noche.

"¿Quién os trajo?" "Un ángel nos dijo que viniéramos y Elías nos guió hasta aquí. Pero ¿dónde está?"

La oveja lo denuncia con un balido "Acércate se te necesita".

Entra con su oveja, avergonzado de que todos lo vean.

"¿Tú eres?" dice José que lo reconoce y María con la sonrisa le dice: "Eres bueno".

Ordeña la oveja y con la punta de un lienzo empapado en leche caliente y espumosa María baña los labios del Recién nacido que chupa. Todos se echan a reír y más cuando, con el pedacito de tela entre los diminutos labios, Jesús se duerme al calor de la lana.

"Pero no podéis quedaros aquí. Hace frío y está húmedo. Y luego... huele mucho a animales. No está bien...y no hace bien al Salvador".

"Lo sé" dice María con un gran suspiro. "Pero no hay lugar para nosotros en Belén".

"No te desanimes, Mujer. "Te buscaremos una casa".

"Lo diré a mi dueña" dice el del camino, Elías. "Es buena. Os acogerá, aun cuando tuviera qué daros su habitación. Apenas amanezca se lo diré. Tiene la casa llena de gente, pero os dará un lugar".

"Para mi Hijo, al menos. Yo y José podemos estar en el suelo, pero mi Hijito..."

"No suspires, Mujer. Yo me encargo de ello. Diremos a muchos lo que se nos dijo. Nada os faltará. Por ahora tomad esto que nuestra pobreza os da. Somos pastores..."

"También nosotros somos pobres, y no podemos recompensaros con algo" dice José.

"¡Oh, no queremos! ¡Aunque lo pudieseis, no lo aceptaríamos! El Señor ya nos recompensó. Ha prometido la paz a *todos*. Los ángeles decían: "Paz a los hombres de buena voluntad". A *nosotros* ya *nos la dio*, porque el ángel dijo que este Niño era el Salvador, que es el Mesías, el Señor. Somos pobres e ignorantes, pero sabemos que los Profetas dijeron que el Salvador será el Príncipe de la Paz³. A nosotros nos dijo que viniéramos a adorarlo, por esto nos dio su paz. ¡Gloria a Dios en los altísimos cielos y gloria a este su Mesías, y bendita seas tú, Mujer, que lo engendraste! ¡Eres santa, porque mereciste llevarlo en tu vientre! Mándanos como Reina que estaremos felices de servirte. ¿qué podemos hacer por ti?"

"Amar a mi Hijo y conservar siempre en el corazón los pensamientos de ahora".

"Pero, ¿Tú no deseas nada? ¿No tienes familiares a los cuales quieras que se les haga saber que ya nació Él?"

"Sí. Me gustaría, pero no están cerca. Están en Hebrón..."

"Yo voy" dice Elías. "¿Quiénes son?"

"Zacarías el sacerdote e Isabel mi prima".

"¿Zacarías? ¡Oh, lo conozco bien! En verano voy por aquellos montes porque los pastizales son buenos y grandes y soy amigo de su pastor. Cuando vea que te has acomodado, voy a ver a Zacarías".

"Gracias, Elías".

"No tienes por qué. Es una gran honra para mí, pobre pastor, ir a hablar al sacerdote y decirle: "Nació ya el Salvador"."

³ Cfr. Is. 9, 6.

“No. Le dirás: “Dice María de Nazaret, tu prima, que nació ya Jesús y que vengas a Belén”. ”

“Así se lo diré”.

“Dios te lo pague” Me acordaré de ti, y de todos vosotros...”

“¿Le hablarás a tu Hijito de nosotros?”

“Le hablaré”.

“Yo soy Elías”.

“Yo Leví”.

“Yo Samuel”.

“Yo Jonás”.

“Yo Isaac”.

“Yo Tobías”.

“Yo Jonatás”.

“Yo Daniel”.

“Yo Simeón”.

“Yo me llamo Juan”.

“Yo soy José y mi hermano es Benjamín, somos gemelos”.

“Me acordaré de vuestros nombres”

“Ya nos vamos... pero regresaremos... Traeremos a otros a adorar...”

“¿Cómo regresar al aprisco dejando al Niño?”.

¡Gloria a Dios que nos lo mostró!”

“Déjanos besar su vestidito” dice Leví con una sonrisa angelical.

María levanta despacio a Jesús y sentada en el heno, ofrece los piecitos, envueltos en lino, para que los besen. Los pastores se inclinan hasta el suelo y besan sus diminutos pies, envueltos en tela. Quien tiene barba se la hace a un lado, y casi todos lloran y cuando están por irse, salen retrocediendo, sin dar la espalda,. Dejando dentro su corazón...

La visión termina así: María sentada en la paja con el Niño sobre su seno; y José, apoyado en el pesebre sobre su brazo, lo mira y lo adora.

50. En los pastores están todos los requisitos necesarios para ser adoradores del Verbo.

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“Los pastores fueron los primeros adoradores del Cuerpo de Dios. En ellos están todos los requisitos necesarios para ser adoradores de mi Cuerpo, almas eucarísticas.

Fe segura: creyeron pronta y ciegamente al ángel.

Generosidad: dieron toda su riqueza al Señor.

Humildad: se acercan a más pobres que ellos, hablando humanamente, con modestia de gestos que no envilecen, y se profesan sus siervos.

Deseos: cuando no pueden dar porque no tienen, se industrian en buscar por medio del apostolado y de la fatiga.

Pronta obediencia: María desea que se le avise a Zacarías y Elías va al punto. No lo deja para otro día.

Amor, sobre todo no saben separarse de allí. Tú has dicho: “Dejan allí su corazón”. Dijiste bien.

¿Pero no se necesitaría hacer igual cosa con mi sacramento?

Y otra cosa y sólo para ti: observa a quién se revela primeramente el ángel y quién merece ser el primero en sentir el cariño de María. Leví: el niño. Dios se muestra a quien tiene el alma infantil y le muestra sus misterios y le concede que oiga las palabras divinas y de María. Quien tiene alma de niño, también tiene el santo atrevimiento de Leví, y dice: “Permíteme que bese el vestido de Jesús”. Lo dice a María. Porque María es siempre la que os da a Jesús. Es Ella la que conduce a la Eucaristía. Es Ella el Copón viviente.

Quien va a María. me encuentra. Quien me pide por medio de Ella me recibe. La sonrisa de mi Madre cuando alguien le dice: "Dame tu Jesús, porque quiero amarlo" hace estremecer los cielos con un vivo esplendor de alegría, pues se siente feliz Ella".

51. La visita de Zacarías

8 junio 1944

Veo el gran salón, donde vi que los magos encontraron a Jesús y lo adoraron. Comprendo que estoy en la casa hospitalaria que ha acogido a la Sagrada Familia. Asisto a la llegada de Zacarías.

No viene Isabel. La dueña de casa corre afuera, por el corredor, al encuentro del huésped que llega, y lo lleva a una puerta y llama. Luego discreta se retira.

José abre y lanza una exclamación de júbilo al ver a Zacarías. Lo hace entrar en una habitación como un corredor. "María está dando de mamar al Niño. Espera un poco. Siéntate que has de estar cansado" y le hace lugar para que se siente en el lecho, a su lado. Oigo que José pregunta por Juanito, y que Zacarías dice: "Crece fuerte como un potro. Ahora sufre un poco por los dientes. Por eso no lo trajimos. Hace mucho frío. Por eso no vino ni siquiera Isabel. No lo podía dejar sin darle de mamar. Se afligió muchísimo. Pero ¡la estación es muy dura!"

"Sí que lo es" contesta José.

"Me dijo el hombre que me enviasteis, que cuando nació, no teníais alojo. ¡Quién sabe cuánto debisteis de haber sufrido!"

"Sí mucho. Pero nuestro miedo era mayor que la incomodidad. Teníamos miedo de que fuese a hacer mal al Niño. Los primeros días estuvimos allí. No nos faltó nada, *a nosotros*, porque los pastores llevaron la buena nueva a los betlemitas y muchos vinieron con presentes, pero faltaba una casa, faltaba una habitación protectora, una cama... Y Jesús lloraba mucho, sobre todo de noche, por el viento que se colaba por todas partes. Prendía un poco de fuego, pero poco, porque el humo hacía toser al Niño... y todo quedaba helado. Dos animales calientan poco, sobre todo donde el aire entra por todas partes. Faltaba agua caliente para lavarlo, faltaban pañales para cambiarlo. ¡Oh! ¡se sufrió mucho! Y María sufría al verlo sufrir. Sufría yo... puedes imaginarte lo que Ella sufría que es la Madre. Le daba leche y lágrimas, leche y amor. Ahora aquí estamos mejor. Había yo preparado una cuna tan cómoda y la había recubierto con un colchoncito suavísimo. Pero está en Nazaret. ¡Ah, si hubiese nacido allí, hubiera sido diferente!"

"Pero el Mesías tenía qué nacer en Belén. Estaba profetizado".

Entra María que oyó las voces. Viene vestida de lana blanca. No trae el vestido oscuro que trajo en el viaje y que tuvo en la gruta. Ahora trae uno blanco, como otras veces la he visto. No tiene nada en la cabeza, y en los brazos trae a Jesús que duerme, satisfecho de la leche, envuelto en sus blancos pañales.

Zacarías se levanta y se inclina con veneración. Luego se acerca, mira a Jesús con señal del más grande respeto. Se queda inclinado no tanto para verlo mejor, cuanto por presentarle su adoración. María se lo ofrece, y Zacarías lo toma con tal veneración que parece levantase una custodia. Y en realidad, lo que toma en sus brazos es la Hostia, la Hostia ya ofrecida y que será consumada cuando se dé a los hombres en alimento de amor y redención.

Zacarías devuelve Jesús a María. Se sientan todos y Zacarías repite a María la razón por la que Isabel no vino y su aflicción. "Había preparado en estos meses tela para tu Hijo. Te la traje. Está allá abajo en el carruaje".

Se levanta y va a fuera; regresa con un grueso envoltorio y otro más pequeño. Tanto del grueso, que desata José, como el pequeño, saca los regalos: una suavísima colcha de lana tejida a mano y piezas de lino, y pequeños vestidos; miel, harina blanquísima y mantequilla y manzanas para María y tortas que coció Isabel y otras muchas cositas que muestran el cariño maternal de la agradecida prima por la joven Madre.

“Dirás a Isabel que quedo muy agradecida, lo mismo que a ti lo estoy. Me hubiera gustado verla, pero comprendo los motivos. Y también me hubiera gustado ver a Juanito...”

“Lo veréis en primavera. Vendremos a veros”.

“Nazaret está muy lejos” dice José.

“¿Nazaret? Debéis quedaros aquí. El Mesías debe crecer en Belén. Es la ciudad de David. El Altísimo lo trajo, valiéndose de la voluntad del Cesar, a que naciese en la tierra de David, la tierra santa de la Judea. ¿Por qué llevarlo a Nazaret? Vosotros sabéis lo que los judíos piensan de los nazarenos. El día de mañana este Niño será el Salvador de su pueblo. No conviene que la ciudad capital desprecie a su rey porque viene de una tierra que desprecia. Vosotros sabéis como yo, cuán caviloso sea el Sanedrín y cuán altivas las tres castas principales... Y luego, aquí, cerca todavía de mí, os podré ayudar en algo, y poner todo lo que tengo, no solo de bienes materiales, sino influencias, al servicio de este Recién nacido. Y cuando haya llegado a la edad de comprender, me sentiré feliz en ser su maestro, como lo seré de mi hijo, para que cuando sea grande me bendiga. Debemos pensar que está destinado a un futuro muy grande y que por lo tanto debe presentarse al mundo con todas las cartas para ganar fácilmente la partida. Él, no cabe duda, poseerá la Sabiduría. Pero sólo por el hecho de que un sacerdote fue su maestro, lo hará más acepto a los melindrosos fariseos y a los escribas, y se le facilitará su misión”.

María mira a José y este a Ella. Sobre la cabecita inocente del Niño que duerme sin caer en la cuenta de nada, se forma un mutuo intercambio de preguntas, y lo son de tristeza. María piensa en su casita. José en su trabajo. Aquí hay que hacer otra vez todo, en un lugar donde sólo pocos días antes, eran desconocidos.

Aquí no hay cosas queridas, que se dejaron allá y preparadas con tanto amor para el Niño.

María lo dice: “¿Cómo vamos a hacer? Allá hemos dejado todo. Tanto que José trabajó por mi Jesús, sin importarle ni fatiga ni dinero. Trabajó de noche, para poder trabajar para los demás durante el día y ganar así con qué comprar la madera más suave, el lino más blanco, todo para Jesús. Construyó unas colmenas y trabajó hasta de albañil para dar un cierto arreglo a la casa para que la cuna pudiera estar en mi habitación, estar allí hasta que Jesús sea más grandecito, y luego dar lugar a su camita, porque Jesús estará conmigo hasta que sea jovencito”.

“José puede ir a traer todo lo que dejasteis”

“¿Y dónde lo ponemos? Tú sabes, Zacarías, que somos pobres. No tenemos más que el trabajo y la casa, que nos ayudan a vivir sin hambre. Pero aquí... tal vez encontremos trabajo, pero siempre tendremos qué pensar en una casa. Esta buena mujer no nos puede dar hospitalidad siempre. Y yo no puedo sacrificar a José más de lo que hace por mí”.

“Oh, por mi parte no es nada! Pienso en lo que sufrirá María al no vivir en su casa...”

María tiene dos gruesas lágrimas.

“Pienso que aquella casa le debe ser tan querida como el paraíso, por el prodigio que tuvo lugar allí y que se realizó... Habla poco, pero comprendo mucho. Si no fuese por esto, no me afligiría. Trabajaré el doble. Todavía estoy fuerte y soy joven para trabajar el doble de lo que he hecho y proveer a todo. Si María dice que no sufre mucho... si tú dices que está bien hacer así... por mi... estoy dispuesto, Hago lo que os parezca mejor. Basta con que sea útil a Jesús”.

“Útil ciertamente lo será. Pensad y comprenderéis las razones”.

“Se dice también que el Mesías será llamado Nazareno¹...” objeta María.

“Es verdad. Pero a lo menos hasta que no sea adulto, haced que crezca en la Judea. Dice el Profeta: “¡Y tú, Belén de Efrata, serás la mayor, porque de ti saldrá el Salvador!”². No dice nada de Nazaret. Tal vez ese apelativo se le dará por algún motivo que ignoramos. Pero su tierra será esta”.

¹ Cfr. Mt. 2, 23; Jue. 13, 5.

² Cfr. Miq. 5, 2; Mt. 2, 6.

“Lo dices tú, sacerdote, y nosotros... y nosotros... te escuchamos con dolor... y te damos la razón. Pero ¡qué dolor!!... ¿Cuándo volveré a ver esa casa en que me convertí en Madre?” María llora quedo. Comprendo su llanto y ¡vaya que si lo comprendo!

La visión cesa cuando María está llorando.

52. “José protector también de los consagrados”

(Escrito el mismo día)

Luego dice María:

“Lo comprendo. Lo sé. Pero me verás llorar, todavía mucho más. Pero ahora consuelo tu corazón, mostrándote la santidad de José que era hombre, esto es, que no tenía otra ayuda para su corazón que su santidad. Yo tenía todos los dones de Dios en mi condición de Inmaculada. No sabía que lo fuera, pero en mi alma estaban activos y me daban fuerzas espirituales. Pero él no era inmaculado. Lo humano estaba en él con toda su pesantez, y él debía levantarse hacia la perfección con todo ese peso, a costa de una continua fatiga de todas sus facultades para querer llegar a la perfección y ser grato a Dios.

¡Oh mi santo esposo! Santo en todas las cosas, aun en las más humildes cosas de la vida. Santo por su castidad de ángel. Santo por su honradez de hombre. Santo por su paciencia, laboriosidad, serenidad inmutable, modestia; por todo. Esa santidad brilla también en este episodio. Un sacerdote le dice: “Está bien que radiques aquí”, y él, pese a que sabe lo que le va a costar, responde: “Por mí no es nada. Pienso en el sufrimiento de María. Si no fuera por eso, no se afligiría. Basta con que sea útil para Jesús”. Jesús, María: sus únicos amores. No amó otra cosa sobre la tierra, mi santo esposo. Y se hizo siervo de este amor.

Lo han hecho protector de las familias cristianas y de los trabajadores y de otras cosas. Pero se le debería hacer no sólo de los agonizantes, de los trabajadores, de los esposos, sino también de los consagrados. ¿Quién entre los consagrados de la tierra, al servicio de Dios, cualquiera que se haya consagrado al servicio de Dios, aceptando todo, renunciando a todo, soportando todo, cumpliendo todo con prontitud, con espíritu alegre, con siempre buen humor, lo hizo como él? No, no ha habido nadie.

Y quiero que observes una cosa, mejor dicho, dos. Zacarías es Sacerdote. José no. Pero observa con todo que el que no lo es, tiene su corazón en el cielo más que el sacerdote. Zacarías piensa humanamente y humanamente interpreta las Escrituras porque no es la primera vez que lo hace. Se deja guiar fácilmente de su sentido común. Se le castigó, pero reincide, aunque con menor gravedad. Cuando se trató del nacimiento de Juan, dijo: “¿Cómo puede suceder esto si ya soy viejo y mi mujer es estéril?”² Ahora dice: “Para allanarse el camino, el Mesías debe crecer aquí” y con ese tufillo de orgullo que persiste aún en los mejores, piensa que podrá ser útil él a Jesús. No útil como José quiere serlo, sirviéndole, sino útil, haciéndose su maestro... Dios le perdonó su buena intención. ¿Pero tenía necesidad el “Maestro” de tener maestros?

Traté de hacerle ver la luz en las profecías; pero él se creía más docto que yo, y empleaba esta preponderancia a su modo³. Podía haber insistido y vencerlo, pero –he aquí la segunda observación que quiero hacerte– respeté al sacerdote por su dignidad, no por su saber.

Al sacerdote *generalmente* Dios lo ilumina. Dije “generalmente”. Cuando es *un verdadero sacerdote*. No es la vestidura que consagra: es el *alma*. Para juzgar si uno es *verdadero sacerdote* es menester juzgar lo que sale del alma. Como ha dicho Jesús⁴: del corazón salen las cosas que santifican o que manchan, *las que modelan todo el modo de obrar de un*

² Cfr. Lc. 1, 18.

³ Zacarías como la generalidad de los hebreos de su tiempo tomaba al Mesías a la humana (aún cuando él creía que fuera el verdadero Mesías) y por lo tanto creía que tuviese necesidad de maestro.

⁴ Cfr. Mt. 15, 11 y 17-18; Mc. 7, 15.

individuo. Así pues: cuando alguien es un verdadero sacerdote, generalmente es inspirado por Dios. De los que no lo son, conviene tener una caridad sobrenatural y rogar por ellos.

Pero mi Hijo te ha puesto ya al servicio de esta redención y no digo más. Alégrate de sufrir para que aumenten los *verdaderos* sacerdotes. Tú fíate de la palabra que te guía. Cree y obedece su consejo.

El obedecer siempre salva, aun cuando no sea un consejero perfecto⁵. Ves. Obedecimos. Y estuvo bien. Es verdad que Herodes hizo matar a los niños de Belén y de sus alrededores ¿pero Satanás no habría podido iniciar y propagar estas ondas de rabia más allá de Belén, y persuadir a los poderosos de Palestina a cometer crimen semejante con tal de suprimir al futuro rey de los judíos? Lo habría podido. Y hubiera sucedido en los primeros años del Mesías, cuando la repetición de prodigios había despertado la atención de las multitudes y de los poderosos. ¿Cómo hubiéramos podido, en caso de haber sucedido, atravesar la Palestina para ir de la lejana Nazaret a Egipto, tierra hospitalaria a los hebreos perseguidos, y hacerlo con un niño, y mientras la persecución arreciaba?. Más fácil era huir de Belén, aunque también fue doloroso. La obediencia siempre salva. Recuérдалo. El respeto al sacerdote siempre es señal de formación cristiana.

¡Ay de los sacerdotes –Jesús lo dijo⁶– que pierden su llama apostólica! Pero ¡ay también del que cree que tiene derecho a despreciarlos! Porque ellos consagran y distribuyen el Pan verdadero que del cielo descende. Y ese contacto los hace santos como un cáliz consagrado, aun cuando no lo sean. Responderán ante Dios. Tenedlos por tales y no os preocupéis de otra cosa. No seáis intransigentes. Jesús no lo es, el cual deja el cielo a su mandato y descende para que sus manos lo eleven. Aprended de Él. Si están ciegos, si están sordos, si tienen un alma paralítica y un modo de pensar enfermo, si son leprosos de culpas muy en contradicción con lo que son, si son otros Lázarus en un sepulcro, llamad a Jesús para que los cure, para que los resucite.

Llamadlo con vuestras oraciones y sacrificios ¡oh almas victimas!. Salvar un alma sacerdotal es salvar un gran número de almas, porque cada sacerdote *santo* es una red que atrapa almas para Dios. Y salvar a un sacerdote, esto es, hacer que se *santifique* es lo mismo que fabricar esta mística red. Cada presa que haga es un rayo de luz que se añade a vuestra corona.

Que la paz sea contigo”.

53. Presentación de Jesús en el Templo¹

1° febrero 1944

Veo que sale de una casa muy modesta una pareja. De una escalera exterior, baja una joven madre con un niño en los brazos, envuelto en un lienzo blanco.

Reconozco a la Virgen. Es siempre Ella, pálida y rubia, ligera y tan gentil en su moverse. Está vestida de blanco con un manto azul pálido. Sobre la cabeza un velo blanco. Lleva con mucho cuidado a su Hijito. A los pies de la escalera la espera José con un borriquillo de color gris. Tanto el vestido de José como su manto son de color café pálido. Mira a María y le sonríe. Cuando María llega cerca del borriquillo, José se pasa las riendas del asno por el brazo izquierdo y toma por un momento al Niño que tranquilo duerme, para dejar que María se acomode lo mejor que pueda en la silla. Luego se lo devuelve, y se ponen en camino.

José camina al lado de María, teniendo siempre al borrico por la brida, y pone atención que camine derecho y que no se vaya a tropezar. María lleva sobre su seno a Jesús, y como teme

⁵ Difícilmente Dios deja sin luz a un sacerdote, aun cuando sus luces se tiñan del modo de pensar humano. Queda en el fondo algo de luz verdadera y por eso pueden seguir sus consejos. Los dos esposos, María y José obedecieron por este fondo de luz sobrenatural que había de los consejos humanos de Zacarías.

⁶ Una cosa semejante Cfr. Mt. 5, 13-16; Lc. 12, 49.

¹ Cfr. Lc. 2, 21-38.

que el frío pueda hacerle daño, le cubre con una parte de su manto. Hablan poco los dos esposos, pero con frecuencia se envían sonrisas.

El camino, que no es una gran cosa, se desenvuelve en medio de una campiña que la estación ha despojado de todo. Uno que otro viajero ve a estos dos, o los alcanza, pero son raros.

Después se ven casas y los muros que circundan una ciudad. Los dos esposos entran en ella por una puerta y siguen por un empedrado de la ciudad (muy separadas las losas una de la otra). El camino se hace mucho más difícil, bien por el tráfico que hace que a cada momento se detenga el asno, bien porque ya sobre las piedras, ya en los agujeros en que éstas faltan, como que tambalea, lo que perturba a María y al Niño.

La calle no es plana. Sube ligeramente. Se halla metida entre casas altas con puertas estrechas y bajas, con pocas ventanas que dan a la calle, mejor dicho, entre terraza y terraza. Abajo, en la calle hay gente, se oye el vocerío; unos a pie se cruzan, otros sobre su asno o con ellos cargados de mercancía, otros vienen detrás de una caravana de camellos que impide todo el paso. En un cierto punto pasa, metiendo mucho ruido de pisadas y armas, una patrulla de legionarios romanos, que desaparecen detrás de un arco, puestos a horcajadas sobre una calle muy estrecha y pedregosa.

José da vuelta a la izquierda y toma por una más ancha y más bella. Veo la muralla coronada de almenas que ya antes había visto y que está al fondo de la calle².

María baja del borrico cerca de la puerta donde hay una especie de lugar apropiado para los borriquillos. Digo "lugar apropiado" porque es una especie de barraca, mejor dicho, de tinglado, donde hay paja derramada y estacas con argollas para amarrar a los animales. José da algunas monedas a un hombrecillo que ha acudido y con ellas compra un poco de heno y saca agua de un pozo rudimentario que está en el rincón y da de beber al asno.

Luego se une a María, y ambos entran en el recinto del templo. Se dirigen luego a un pórtico largo donde están aquellos que Jesús más tarde castigó severamente: Los vendedores de tórtolas y corderos y los cambistas. José compra dos palomos blancos. No cambia dinero. Se comprende que tiene lo que le hará falta.

José y María se dirigen a una puerta lateral que tiene 8 gradas, como me parece tengan todas las puertas, porque el cubo del templo está elevado sobre el resto del suelo. Esta puerta tiene un gran atrio, como los portones de nuestras casas de ciudad, para dar una idea, pero más amplio y adornado. En él hay a derecha e izquierda dos como especie de altares, esto es, dos construcciones rectangulares, para qué sirvan no lo comprendo al principio. Parecen conchas bajas, porque la parte interior es más baja que el borde exterior que es superior unos cuantos centímetros.

No sé si José lo llamó o si viene voluntariamente, pero el caso es que acude un sacerdote. María ofrece los dos palomos y yo, que sé lo que le espera, vuelvo los ojos a otra parte. Observo los adornos del ciclópeo portal del techo, del atrio. Pero me parece ver con el rabo del ojo, que el sacerdote rocía a María con agua. Y debe de serlo, porque no veo ninguna mancha sobre su vestido. Luego Ella, que junto con los palomos había dado unas cuantas monedas al sacerdote (me había olvidado decirlo) entra con José en el verdadero templo, acompañada del sacerdote.

Miro por todas partes. Es un lugar muy adornado. Esculturas con cabeza de ángeles y palmas y se ven adornos en las columnas, en las paredes y en el techo. La luz entra por raras ventanas alargadas, estrechas, claro que sin vidrios, y cortadas diagonalmente sobre la pared. Supongo que sea para impedir que cuando llueva, entre el agua.

María se adelanta hasta un cierto punto. Luego se detiene. A unos metros de Ella hay otras gradas y terminadas, una especie de altar, más allá del cual hay otra construcción.

Caigo en la cuenta de que creía que estaba en el Templo y por el contrario estoy en lo que lo rodea, esto es, el Santo, al que parece que nadie fuera de los sacerdotes, pueda entrar. Lo

² La muralla del lado occidental. Jerusalén se ve en el fondo de ella.

que yo pensaba que era Templo no lo es, pues, sino un atrio cerrado que por tres partes rodea el Templo, donde está el Tabernáculo. No sé si me he explicado bien, pues no soy arquitecta, ni ingeniera.

María ofrece al Niño, que se ha despertado y que vuelve sus ojitos inocentes, como suelen hacerlo los niños de su edad al sacerdote que lo toma en sus brazos y lo eleva con los brazos extendidos hacia el templo, enfrente de esa clase de altar que está en las gradas. La ceremonia ha terminado. El Niño vuelve a la Mamá y el sacerdote se va.

Hay gente curiosa que mira. De entre ella se abre paso un anciano encorvado y que cojea apoyándose en un bastón. ¡Quién sabe cuántos años tenga! Pienso que más de los 80. Se acerca a María, le pide que por unos momentos le permita al Niño y María sonriente se lo da.

Simeón, no es un hombre que pertenezca a la clase sacerdotal, como siempre había yo pensado, sino un simple fiel, como se ve por su modo de vestir. Toma a Jesús y lo besa. Jesús le sonríe con la sonrisa de los infantes que no se sabe qué quieran. Parece que lo mira con curiosidad, porque el anciano llora y ríe al mismo tiempo y las lágrimas le forman un tejido de brillantes entre las arrugas y le corren hasta la barba larga y blanca, a la que Jesús extiende sus manitas. Es Jesús, pero siempre un infante, y lo que se mueve, le llama la atención y siente ganas de asir lo que ve, para saber qué es. María y José sonríen, también los que se han acercado alaban la belleza del Infante.

Oigo las palabras del santo anciano y veo que José se admira, que María se conmueve y también los que se han acercado, algunos de ellos se admiran, otros se conmueven con las palabras del anciano, otros finalmente se ríen. Entre estos hay algunos barbudos y orgullosos sinedristas que mueven la cabeza, al mirar a Simeón con una sonrisa de compasión irónica. Pensarán que está fuera de seso por su edad.

La sonrisa de María termina en una palidez cuando Simeón le anuncia su dolor³. Aun cuando lo *sepa*, estas palabras le atraviesan el alma. Se arrima a José para encontrar refugio, se estrecha con ansias al Niño y bebe, como un alma sedienta, las palabras de Anna⁴ la que como mujer que es –siente piedad del sufrimiento de la Virgen y le promete que el Eterno la consolará con una fuerza sobrenatural cuando llegue la hora de padecer.

“Mujer, quien ha dado el Salvador a su pueblo, no dejará de tener el poder de dar su ángel que consuele tu llanto. Jamás faltó la ayuda de su Señor a las grandes mujeres de Israel y tú eres mayor que Judit y Yael⁵. Nuestro Dios te dará un corazón de tanta delicadeza y fuerza que puedas resistir a las ondas de dolor, por lo que serás la mujer más grande de la creación, serás la Mamá. Y Tú, Pequeñín acuérdate de mí en la hora de tu misión”.

La visión termina.

54. Enseñanzas que nacen de la escena anterior

2 febrero 1944

Dice Jesús:

“De lo anterior nacen dos enseñanzas para todos.

La primera: la verdad se manifiesta no al sacerdote sumergido en sus ritos, y ausente en el espíritu, sino a un sencillo fiel.

El sacerdote que siempre estaba en contacto con la Divinidad, que no tenía otro cuidado más que lo que se refiere a Dios, que siempre tenía los ojos puestos en lo alto, debía haber comprendido quién era el Niño que se ofrecía en el templo esa mañana. Pero para que lo hubiera comprendido, era necesario que hubiera tenido un corazón despierto, no uno medio somnoliento. El Espíritu de Dios puede, si quiere, sacudir y hacer estremecer como un rayo y un terremoto aun al corazón más endurecido. Lo puede, pero generalmente, como es un

³ Cfr. Lc. 2, 34-35.

⁴ Cfr. Lc. 2, 36-38.

⁵ Cfr. Jud. 13; Jue. 4, 17-23.

Espíritu de orden, como Dios es Orden en su ser y en su obrar, se derrama y habla no digo ya donde hay razón suficiente de recibir su efusión –y si es así pocas veces se derramaría, y tú no conocerías sus luces– sino donde ve la “buena voluntad” de merecer su efusión.

¿Cómo se explica esta buena voluntad? Con una vida, en lo que es posible, según Dios. Con la fe, obediencia, pureza, caridad, generosidad, oración. *No las oraciones exteriores sino con la oración.* Hay menor diferencia entre la noche y el día, que no entre las acciones exteriores y la oración. Esta es una *comunicación del alma* con Dios, de la que salís vigorizados y decididos a pertenecer más a Dios. La otra es *una costumbre* cualquiera, que se hace con diversos motivos y siempre egoístas, que os deja como sois, aun más os carga con carga que es de mentira y pereza.

Simeón tenía una buena voluntad. La vida no le había ahorrado ni trabajos ni pruebas. Sin embargo nunca perdió su buena voluntad. Los años y las vicisitudes no habían arrancado ni sacudido su fe en el Señor, en sus promesas, ni fatigado su buena voluntad para hacerse siempre más digno de Dios. Y Dios, antes que los ojos de su fiel siervo se cerrasen a la luz del sol en espera de abrirse al Sol de Dios que brilla desde el cielo abierto después de que Yo subí con mi muerte, le mandó el rayo del Espíritu que lo guiase al templo, para ver la Luz que había llegado al mundo.

“Llevado del Espíritu Santo” dice el Evangelio¹. ¡Oh, si los hombres supiesen qué perfecto Amigo es el Espíritu Santo! ¡Qué Guía! ¡Qué maestro! Si amasen e invocasen a este Amor de la Santísima Trinidad, a esta Luz de Luz, a este Fuego del Fuego, a esta Inteligencia, a esta Sabiduría! ¡Cuánto más sabrían de lo que saben!

Mira. María; mirad hijos. Simeón llevó una larga vida antes de “ver la Luz”, de saber que las promesas se habían cumplido. Jamás dudó. Jamás se dijo: “Es inútil que siga esperando y que siga orando”. Perseveró. Obtuvo “ver” lo que no vio el sacerdote, lo que no vieron los sinedristas: al Hijo de Dios, al Mesías, al Salvador en forma de Niño, que no hacía más que sonreír. Simeón obtuvo que Dios le sonriese, como primer premio de su vida honesta y piadosa, por medio de mis labios infantiles.

Segunda lección: las palabras de Anna. También ella, que era profetisa, vio en Mí, recién nacido, al Mesías. Y esto, teniendo en cuenta su dote de profecía, es natural, pero piensa, pensad en lo que, movida por su fe y caridad, dice a mi Madre. Y procurad iluminar vuestro espíritu que se estremece en estos tiempos de tinieblas y en esta fiesta de la Luz.

“Quien ha dado el Salvador a su pueblo, no dejará de tener el poder de dar su ángel que consuele tu espíritu y *vuestro* espíritu”. Pensad que Dios se entregó a Sí mismo para destruir la obra de Satanás en los espíritus, ¿y no podrá *ahora* vencer a los “satanes” que os atormentan? ¿No podrá enjugar vuestro llanto, desconcertar a estos “satanes” y enviar la paz de su Cristo? ¿Por qué no se lo pedís con fe? Fe verdadera, prepotente, una fe ante la que la severidad de Dios, irritado con tantas culpas vuestras, caiga con una sonrisa y llegue el perdón que es ayuda, venga su bendición cual arco iris sobre la tierra que se inunda bajo un diluvio de sangre que vosotros mismos habéis provocado?

Pensad: el Padre, después de que castigó a los hombres con el diluvio, se dijo a Sí mismo y a su Patriarca: “No maldeciré más la tierra por causa de los hombres, porque los sentidos y deseos del corazón humano están inclinados al mal desde su adolescencia; así pues, no castigaré más a ningún ser viviente como lo hice”². Y ha guardado su palabra. No ha enviado otro diluvio, pero cuántas veces se nos dijo y habéis dicho a Dios: “Si nos salvamos *esta* vez, si nos salva, no haremos más guerras, jamás”, y luego hacéis peores. ¡Cuántas veces habéis sido falsos y mentirosos para con el Señor! Y con todo Dios os ayudaría una vez más si la gran masa de los fieles lo invocase con fe y con un grande amor.

Vosotros –que aunque pocos para contrabalancear a quienes hacen que el Señor siga irritado, seguid siéndole fieles en esta hora terrible que tenemos encima y que de momento en

¹ fr. Lc. 2, 27.

² Gén. 8, 21.

momento crece— poned vuestras cuitas a los pies de Dios. Él os mandará su ángel, como mandó el Salvador al mundo. No temáis. Seguid unidos a la Cruz. Ella siempre ha vencido las asechanzas del demonio que llega a través de la ferocidad humana y las tristezas de la vida a tratar de aumentar la desesperación, esto es, de separar de Dios los corazones que de otra manera no podría acaparar”.

55. Canción de cuna de la Virgen

28 noviembre 1944

Esta mañana vi a la Virgen en la casa de Belén, en la habitación en la que estaba, arrullar a Jesús para que se durmiera. En dicha habitación está el telar de María y otras labores de costura. Parece como que María hubiese dejado su trabajo para dar de mamar al Niño, cambiarle los pañales. El Niño debe tener ya algunos meses, unos seis, al máximo, ocho. Cuando termine de arrullarlo tornará a su trabajo.

Ya es tarde, el crepúsculo que había cubierto el cielo con gudejas de oro, se ha ocultado ya. Las ovejas han regresado de un hermoso prado y levantando su trompa, balan.

Parece que el Niño no puede dormirse, está como un poco intranquilo por los dientes que le empiezan a salir y por lo propio de la niñez.

He escrito como he podido, en medio de la semipenumbra de la hora, este canto en un pedazo de papel y ahora lo copio aquí.

“Nubecillas, todas de oro – parecen del Señor sus greyes.

En el prado todo flor – otra grey mirando está.

Si todas las greyes tuviese yo – que sobre la tierra hay
el corderito más amado – siempre serías Tú...

Duerme, duerme, duerme, duerme...

No llores más...

Miles de brillantes estrellas – en el cielo a mirar se asoman.

Tus delicadas pupilas – no las hagan llorar.

Tus ojos de zafiro – son estrellas del corazón.

Tus lágrimas, mi dolor – ¡Oh! No llores más...

Duerme, duerme, duerme, duerme...

No llores más...

Todos los rutilantes ángeles – que en el Paraíso hay

Te rodean, ¡Oh Pequeñito! – para verse en tu mirada.

Pero Tú lloras. Quieres que Mamá - quieres que Mamá, Mamá, Ma...

te cante dulce canción . dulce canción, dulce canción.

Duerme, duerme, duerme, duerme...

No llores más...

Después el cielo se pondrá rojo – con el regreso de la aurora.

Y Mamá todavía no descansa – para no hacerte llorar.

Cuando despiertes dirás: “Mamá” – “Hijo” yo te diré.

Y un beso, amor y vida – con la leche te daré.

Duerme, duerme, duerme, duerme...

No llores más...

Sin tu Mamá no puedes estar – aun cuando sueñas el cielo.

¡Ven, ven! Bajo mi velo – podrás dormirte.

Mi pecho tendrás por almohada – mis brazos serán tu cuna.

No tengas miedo alguno – Contigo estoy yo...

Duerme, duerme, duerme, duerme...

No llores más...

Yo siempre Contigo estaré – Eres vida del corazón...

Duerme... Parece una flor... recostada sobre mi pecho...
 Duerme... No hagáis ruido – Tal vez ve a su Padre Santo...
 Esa mirada seca el llanto... de mi dulce Jesús...
 Duerme, duerme, duerme, duerme...
 No llores más...

No es posible describir la belleza de la escena. No es sino una madre que arrulla a su pequeño. Pero es esa Madre y es ese Pequeño. Usted no tiene idea de la gracia, del amor, pureza celestial que hay en esta pequeña, soberbia y delicada escena que me alegra con su recuerdo, y cuya melodía me la sigo repitiendo, para que usted pueda oírla. Yo no tengo esa voz argentina, purísima de María, la voz *virginal* suya... Pareceré un órgano desafinado, no importa, haré como pueda. ¡Qué hermosa pastorela, para cantarse en Navidad!

María primero mecía lentamente la cuna de madera, luego al ver que Jesús no se tranquilizaba, lo tomó en sus brazos, junto al cuello, se sentó cerca de la ventana abierta, teniendo a un lado la cunita, y balanceándola levemente con el ritmo de su canto. Dos veces repitió la canción, hasta que el Niño Jesús cerró sus ojitos, reclinó la cabeza sobre el pecho materno y se durmió, con la carita pegada en el pecho; una manita apoyada sobre un pecho materno, junto a su mejilla de color rosa, y la otra colgando. El velo de María cubre a su Hijito. Después se levanta con mucho cuidado, pone a su Jesús en la cuna, lo cubre con tela de lino, extiende un velo para defenderlo de las moscas y del aire, y así sigue contemplando a su Tesoro que duerme.

María tiene una mano sobre su corazón, y la otra apoyada sobre la cuna, pronta a quitarla si el Niño fuese a despertarse. Sonríe dichosa, un poco inclinada, mientras las sombras y el silencio caen sobre la tierra y penetra en la habitación.

¡Qué paz! ¡Qué belleza! ¡Estoy feliz!

56. Adoración de los tres Reyes¹

28 febrero 1944

Veo a Belén, ciudad pequeña, ciudad blanca, recogida como una pollada bajo la luz de las estrellas. Dos caminos principales la cruzan en forma de cruz. Uno viene del otro poblado y es el camino principal que continúa, el otro que viene del otro poblado, ahí se detiene. Varias callejuelas dividen este poblado, en que no se puede ver ningún plano con que se haya edificado, como nosotros pensamos, sino que ha seguido las conformaciones del terreno, lo mismo que las casas han seguido los caprichos del piso y de su constructor. Volteadas unas a la derecha, otras a la izquierda, otras fabricadas en el ángulo respecto del camino que pasa cerca de ella, hacen que él tome la forma de una cinta que se tuerce, y no la de línea rectas. Acá y allá se ve alguna plazoleta, que bien puede servir para mercado, bien para dar cabida a una fuente, o también porque se le construyó sin ningún plan, y se ha quedado allí como un trozo de tierra oblicuo, sobre el que no es posible construir algo.

Me parece que en el punto donde estoy es una de esas plazoletas irregulares. Debió haber sido cuadrada o al menos rectangular, pero se ha convertido en trapecio, tan raro, que parece un triángulo agudo, achatado en el vértice. En el lado más largo, la base del triángulo, hay una construcción larga y baja. La más grande del poblado. Por fuera hay una valla lisa por la que se ven dos portones, que están ahora cerrados. Por dentro, en el cuadro, hay muchas ventanas que dan al primer piso, mientras abajo hay pórticos que rodean el patio en que hay paja y excrementos esparcidos; también hay estanques donde beben agua los caballos y otros animales. Sobre las rústicas columnas hay argollas donde se atan los animales, y a un lado un largo tinglado para meter rebaños o cabalgaduras. Caigo en la cuenta de que es el albergue de Belén.

¹ Cfr. Mt. 2. 1-11.

En los otros dos lados iguales hay casas y casuchas, algunas que tienen enfrente algún huerto, otras que no lo tienen. Entre ellas hay unas que su fachada dan a la plaza y otras con su parte posterior. En la otra parte más estrecha, dando de frente al lugar de las caravanas, hay una sola casita, con una escalera externa que llega hasta la mitad de la fachada de las habitaciones. Todas las casas están cerradas, porque es de noche. No se ve a nadie por la calle.

Veo que en el cielo aumentan las luces de las estrellas, tan hermosas en el suelo oriental, tan resplandecientes y grandes que parecen estar muy cerca, y que sea fácil llegar a ellas, tocarlas. Levanto la mirada para saber cual es la razón de que aumente la luz. Una estrella, de insólito tamaño que parece ser una pequeña luna, avanza en el cielo de Belén. Las otras parecen eclipsarse y hacerse a un lado, como las damas cuando pasa la reina, pues su esplendor las domina, las anula. De la esfera, que parece un enorme zafiro pálido, al que por dentro encendiera un sol, sale un rayo al que además de color netamente zafiro, se unen otros, cual el rubio de los topacios, el verde de las esmeraldas, el de ópalos, el rojizo de los rubíes, y los dulces centelleos de las amatistas. Todas las piedras preciosas de la tierra están en ese rayo que rasga el cielo con una velocidad y movimiento ondulante como si fuera algo vivo. El color que predomina es el que mana del centro de la estrella: el hermosísimo color de pálido zafiro, que pinta de azul plateado las casas, los caminos, el suelo de Belén, cuna del Salvador.

No es ya la pobre ciudad, que por lo menos para nosotros no pasa de ser un rancho. Es una ciudad fantástica de hadas en que todo es plata. Y el agua de las fuentes, de los estanques es un líquido diamantino.

La estrella con un resplandor mucho más intenso se detiene sobre la pequeña casa que está en el lado más estrecho de la plazuela. Nadie la ve porque todos duermen, pero la estrella hace vibrar más sus rayos y su cola vibra, ondea más fuerte trazando como semicírculos en el cielo, que se enciende todo con esta red de astros que arrastra consigo, con esta red llena de piedras preciosas que brillan tiñendo con los más vagos colores las otras estrellas, como para decirles una palabra de alegría.

La casucha está sumergida en este fuego líquido de joyas. El techo de la pequeña terraza, la escalerilla de piedra oscura, la puertecilla, todo es como si fuese un bloque de plata pura, espolvoreado con diamantes y perlas. Ningún palacio real de la tierra jamás ha tenido ni tendrá una escalera semejante a esta, por donde pasan los ángeles, por donde pasa la Madre de Dios. Sus piecitos de Virgen Inmaculada pueden posarse sobre este cándido resplandor, sus piecitos destinados a posarse sobre las gradas del trono de Dios.

Pero la Virgen no sabe lo que pasa. Vela junto a la cuna de su Hijo y ora. En su alma tiene resplandores que superan en mucho los resplandores de la estrella que adorna la casa.

Por el camino principal avanza una caravana. Caballos enjaezados y otros a quienes se les trae de la rienda, dromedarios y camellos sobre los que alguien viene cabalgando, o bien tirados de las riendas. El sonido de las pezuñas es como un rumor de aguas que se mete y restriega las piedras del arroyo. Llegados a la plaza, se detienen. La caravana, bajo los rayos de las estrellas, es algo fantástico. Los arreos, los vestidos de los jinetes, sus rostros, el equipaje, todo resplandece al brillo de la estrella, metales, cuero, seda, joyas, pelambre. Los ojos brillan, de las bocas la sonrisa brota porque hay otro resplandor que ha prendido en sus corazones: el de una alegría sobrenatural.

Mientras los siervos se dirigen al lugar donde se hospedan las caravanas, tres bajan de sus respectivos animales, que un siervo lleva a otra parte, y van a la casa a pie. Se postran, con la frente en el suelo. Besan el polvo. Son tres hombres poderosos. Lo indican sus riquísimos vestidos. Uno de piel muy oscura que bajó de un camello, se envuelve en una capa de blanca seda, que se sostiene en la frente y en la cintura con un cinturón precioso, y de éste pende un puñal o espada que en su empuñadura tiene piedras preciosas. Los otros dos han bajado de soberbios caballos. Uno está vestido con una tela de rayas blanquísimas en que predomina el color amarillo. El capucho y el cordón parecen una sola pieza de filigrana de oro. El otro trae

una camisola de seda de largas y anchas mangas unidas al calzón, cuyas extremidades están ligadas en los pies. Está envuelto en finísimo manto, que parece un jardín por lo vivo de los colores de las flores que lo adornan. En la cabeza trae un turbante que sostiene una cadenilla engastada en diamantes.

Después de haber venerado la casa donde está el Salvador, se levantan y se van al lugar de la caravana, donde están los siervos que pidieron albergue.

* * *

Es después del medio día. El sol brilla en el cielo. Un siervo de los tres, atraviesa la plaza, por la escalerilla de la pequeña casa entra, sale, regresa al albergue.

Salen los tres personajes, seguidos cada uno de su propio siervo. Atraviesan la plaza. Los pocos peatones se voltean a mirar a esos pomposos hombres que lenta y solemnemente caminan. Desde que salió el siervo y vienen los tres personajes ha pasado ya un cuarto de hora, tiempo suficiente para que los que viven en la casita se hayan preparado a recibir a los huéspedes.

Vienen ahora más ricamente vestidos que en la noche. La seda resplandece, las piedras preciosas brillan, un gran penacho de joyas, esparcidas sobre el turbante del que lo trae, centellea.

Un siervo trae un cofre todo embutido con sus remaches en oro bruñido. Otro una copa que es una preciosidad. Su cubierta es mucho mejor, labrada toda en oro. El tercero una especie de ánfora larga, también de oro, con una especie de tapa en forma de pirámide, y sobre su punta hay un brillante. Deben pesar, porque los siervos los traen fatigosamente, sobre todo el que trae el cofre.

Suben por la escalera. Entran. Entran en una habitación que va de la calle hasta la parte posterior de la casa. Se ve al huertecillo por una ventana abierta al sol. Hay puertas en las paredes, y por ellas se asoman los propietarios: un hombre, una mujer, y tres o cuatro niños.

María está sentada con el Niño en las rodillas. José a su lado, de pie. Se levanta, se inclina cuando ve que entran los tres Magos. Ella trae un vestido blanco que cubre desde el cuello hasta los pies. Trenzadas rubias adornan su cabecita. Su rostro está intensamente rojo debido a la emoción. En sus ojos hay una dulzura inmensa. De su boca sale el saludo: "Dios sea con vosotros". Los tres se detienen por un instante como sorprendidos, luego se adelantan, y se postran a sus pies. Le dicen que se siente.

Aunque Ella les invita a que se sienten, no aceptan. Permanecen de rodillas, apoyados sobre sus calcañales. Detrás, a la entrada, están arrodillados sus siervos. Delante de sí han colocado lo regalos y se quedan en espera.

Los tres Sabios contemplan al Niño, que creo que tiene ahora unos nueve meses o un año. Está muy despabilado. Es robusto. Está sentado sobre las rodillas de su Madre y sonríe y trata de decir algo con su vocecita. Al igual que la Mamá, está vestido completamente de blanco. En sus piecitos trae sandalias. Su vestido es muy sencillo: una tunicita de la que salen los piecitos intranquilos, unas manitas gorditas que quisieran tocar todo; sobre todo su rostro en que resplandecen dos ojos de color azul oscuro. Su boquita se abre y deja ver sus primeros dientececitos. Los rizos parecen rociados con polvo de oro por lo brillantes y húmedos que se ven.

El más viejo de los tres en nombre de todos. Dice a María que vieron en una noche del pasado diciembre, que se prendía una nueva estrella en el cielo, de un resplandor inusitado. Los mapas del firmamento que tenían, no registraba esa estrella, ni de ella hablaban. Su nombre era desconocido. Nacida por voluntad de Dios, había crecido para anunciar a los hombres una verdad fausta, un secreto de Dios. Pero los hombres no le habían hecho caso, porque tenían el alma sumida en el fango. No habían levantado su mirada a Dios, y no supieron leer las palabras que Él trazó –siempre sea alabado– con astros de fuego en la bóveda de los cielo.

Ellos la vieron y pusieron empeño en comprender su voz. Quitándose el poco sueño que concedían a sus cansados cuerpos, olvidando la comida, se habían sumido en el estudio del zodiaco. Las conjunciones de los astros, el tiempo, la estación, el cálculo de las horas pasadas y de las combinaciones astronómicas les habían revelado el nombre y secreto de la estrella. Su nombre: "Mesías". Su secreto: "Es el Mesías venido al mundo". Y vinieron a adorarlo. Ninguno de los tres se conocía. Caminaron por montes y desiertos, atravesaron valles y ríos, hasta que llegaron a Palestina porque la estrella se movía en esa dirección. Cada uno de puntos diversos de la tierra, se había dirigido a igual lugar. Se habían encontrado en la parte del Mar Muerto. La voluntad de Dios los había reunido allí, y juntos habían continuado el camino, entendiéndose, pese a que cada uno hablaba su lengua, y comprendiendo y pudiendo hablar la lengua del país, por un milagro del Eterno.

Juntos fueron a Jerusalén, porque el Mesías debe ser el Rey de Jerusalén, el Rey de los judíos. Pero la estrella se había ocultado en el cielo de dicha ciudad, y ellos habían experimentado que su corazón se despedazaba de dolor y se habían examinado para saber si habían ofendido en algo a Dios. Pero su conciencia no les reprochó nada. Se dirigieron a Herodes para preguntarle en qué palacio había nacido el rey de los judíos al cual habían venido a adorar. El rey, convocados los príncipes de los sacerdotes y los escribas, les preguntó que dónde nacería el Mesías y que ellos respondieron: "En Belén de Judá".

Ellos vinieron hacia Belén. La estrella volvió a aparecerse a sus ojos, al salir de la ciudad santa, y la noche anterior había aumentado su resplandor. El cielo era todo un incendio. Luego se detuvo la estrella, y juntando las luces de todas las demás estrellas en sus rayos, se detuvo sobre esta casa. Ellos comprendieron que estaba allí el Recién nacido. Y ahora lo adoraban ofreciéndoles sus pobre dones y más que otra cosa su corazón, que jamás dejará de seguir bendiciendo a Dios por la gracia que les concedió y por amar a su Hijo, cuya Humanidad veían. Después regresarían a decírselo a Herodes porque él también deseaba venir a adorarlo.

"Aquí tienes el oro, como conviene a un Rey; incienso como es propio de Dios, y para ti, Madre, la mirra; porque tu Hijo es Hombre además de Dios, y beberá de la vida humana su amargura, y la ley inevitable de muerte. Nuestro amor no quisiera decir estas palabras, sino que fuera eterno en su carne, como eterno es su Espíritu, pero, ¡oh mujer!, si nuestras cartas, o mejor dicho, nuestras almas, no se equivocan, Él, tu Hijo, es el Salvador, el Mesías de Dios, y por esto deberá salvar la tierra, tomar en Sí sus males, uno de los cuales es el castigo de la muerte. Esta mirra es para esa hora, para que los cuerpos que son santos no conozcan la putrefacción y conserven su integridad hasta que resuciten. Que Él se acuerde de estos dones nuestros, y salve a sus siervos dándoles su reino. Por tanto, para ser nosotros santificados. Vos, la Madre de este Pequeño nos lo conceda a nuestro amor, para que besemos sus pies, y con ellos descienda sobre nosotros la bendición celestial".

María, que no siente ya temor ante las palabras del Sabio que ha hablado y que oculta la tristeza de las fúnebres invocaciones bajo una sonrisa, les presenta su Niño. Lo pone en los brazos del más viejo, que lo besa y lo acaricia, y luego lo pasa a los otros dos.

Jesús sonríe y juguetea con las cadenas y las cintas. Con curiosidad mira, mira el cofre abierto que resplandece con color amarillento, sonríe al ver que el sol forma una especie de arco iris, al dar sobre la tapa donde está la mirra.

Después los tres entregan a María al Niño y se levantan. También María se pone de pie. Se hacen mutua inclinación después que el más joven dio órdenes a su siervo y salió. Los tres hablan todavía un poco. No se deciden a separarse de aquella casa. Lagrimas de emoción hay en sus ojos. Se dirigen en fin a la salida. Los acompaña María y José.

El Niño quiso bajar y dar su manita al más anciano de los tres, y camina así, asido de la mano de María y del Sabio, que se inclinan para llevarlo de la mano. Jesús todavía tiene ese paso bamboleante de los pequeños, y ríe golpeando sus piecitos sobre la línea que el sol forma sobre el piso.

Llegados al dintel –no debe olvidarse que la habitación es muy larga– los tres arrodillándose nuevamente, besan los pies de Jesús. María se inclina al Pequeñuelo, lo toma de la manita y lo guía, haciéndolo que haga un gesto de bendición sobre la cabeza de cada Mago. Es una señal algo así como de cruz, que los deditos de Jesús, guiados por la mano de María, trazan en el aire.

Luego los tres bajan la escalera. La caravana está esperándolos. Los enjaezados caballos resplandecen con los rayos del atardecer. La gente está apiñada en la plazoleta. Se acercó a ver este insólito espectáculo.

Jesús ríe, batiendo sus manitas. Su Madre lo ha levantado en alto y apoyado sobre el pretil que sirve de límite al suelo, y lo ase con un brazo contra su pecho para que no caiga. José ha bajado con los tres Magos, y les detiene las cabalgaduras, mientras suben sobre ellas.

Los siervos y señores, están sobre sus animales. Se da la orden de partir. Los tres se inclinan profundamente sobre sus cabalgaduras en señal de postrer saludo. José se inclina. También María, y vuelve a guiar la manita de Jesús en un gesto de adiós y bendición.

57. Consideraciones acerca de la fe de los Reyes.

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“¿Y ahora? ¿Qué puedo deciros, oh almas, que sentís que la fe muere? Aquellos Sabios del Oriente no tenían nada que les hubiese asegurado la verdad. Ninguna cosa sobrenatural. Tan solo sus cálculos astronómicos y sus reflexiones que una vida íntegra las hacían perfectas.

Y sin embargo tuvieron fe. Fe en todo: fe en la ciencia, fe en su conciencia, fe en la bondad divina: Por medio de la ciencia creyeron en la señal de la nueva estrella que no podía ser sino “la esperada” durante siglos por la humanidad: *el Mesías*. Por medio de su conciencia tuvieron fe en la voz de la misma, que, recibiendo “voces” celestiales, les decía: “Esa estrella es la señal de la llegada del Mesías”. Por medio de la bondad divina tuvieron fe en que Dios no los engañaría, y como su intención era recta, los ayudaría en todos los modos para llegar a su objetivo.

Y lo lograron. Sólo ellos, en medio de tantos otros que estudiaban las señales, comprendieron esa señal, porque sólo ellos tenían en su alma el ansia de conocer las palabras de Dios con un fin recto, cuyo pensamiento principal era el de dar inmediatamente alabanza y honra a Dios.

No buscaron su utilidad; antes bien las fatigas y los gastos no los arredraron, igualmente, que no pidieron ninguna recompensa humana. Pidieron solamente que Dios se acordase de ellos y que los salve para siempre. Como no pensaron en ninguna recompensa humana, de igual modo decidieron emprender su viaje sin ninguna preocupación humana. Vosotros os hubierais puesto a hacer miles de cavilaciones: “¿Cómo podré hacer un viaje en naciones y pueblos de lenguas diversas? ¿Me creerán, o bien, me tomarán como espía? ¿Qué ayuda me darán cuando tenga que pasar desiertos, ríos, montes? ¿Y el calor? ¿Y el viento de las altiplanicies? ¿y las fiebres palúdicas? ¿Y las avenidas? ¿Y las comidas diferentes? ¿Y el diverso modo de hablar? Y... y... y...”. Así pensáis vosotros. Ellos no. Dijeron con una audacia sincera y santa: “Tú, ¡oh Dios! lees nuestros corazones y ves qué fin nos proponemos. Nos ponemos en tus manos. Concédenos la alegría sobrehumana de adorar a la Segunda Persona, hecha Carne, para la salvación del mundo”.

Basta. Se pusieron en camino desde las Indias lejanas¹, desde las cordilleras mongólicas por las que pasean sólo las águilas y los cóndores y Dios habla con el ruido de los vientos y torrentes y escribe palabras de misterio en las páginas inmensas de los nevados. Desde las tierras en que nace el Nilo y corre, cual cinta verde-azul, al encuentro del Mediterráneo. Ni

¹ La Escritora añade la siguiente nota: “Jesús me dice después, que por Indias quiere señalar Asia meridional, que comprende ahora el Turquistán, Afganistán y Persia.

picos, ni selvas, ni arenales, océanos secos y mucho más peligrosos que los de agua, los detienen en su camino. Y la estrella brilla en sus noches, y no los deja dormir. Cuando se busca a Dios, las costumbres naturales deben ceder su lugar a las impaciencias y a las necesidades sobrehumanas.

La estrella los llama desde el norte, desde el oriente, desde el sur, y por un milagro de Dios los guía hacia un punto, los reúne después de tantas distancias en este punto, y por otro milagro, les anticipa la sabiduría de Pentecostés, el don de entenderse y de hacerse entender como acaece en el paraíso, donde se habla una sola lengua: la de Dios.

Hubo un momento en que el susto se apoderó de ellos y fue cuando la estrella desapareció. Y humildes porque eran *realmente grandes*, no pensaron que fuese por la mala voluntad de otros, por los de Jerusalén que no merecían ver la estrella de Dios, sino que pensaron haber ellos mismos desagradado en algo a Dios, y se examinaron con temblor y contrición prontos a pedir ser perdonados.

Su conciencia los serena. Almas acostumbradas a la meditación, tienen una conciencia delicadísima, siempre atenta, dotada de una introspección aguda, que hace de su interior un espejo en que se reflejan las más pequeñas manchas de los acontecimientos diarios. La hicieron su maestra, esa voz que adquiere y grita, no digo ya, al menos error, sino la posibilidad de error, a lo que es humano, a la complacencia de lo que es el ser humano. Por esto, cuando se pone frente a esta maestra, a este espejo límpido y claro, saben que no mentirá. Ahora los tranquiliza nuevamente y emprenden el camino.

“¡Oh qué dulce cosa sentir que en nosotros no hay nada que desagrade a Dios! Saber que Él mira con agrado el corazón del hijo fiel y que lo bendice. De esto viene aumento de fe y de confianza, como de esperanza, fortaleza, paciencia. Ahora la tempestad ruge, pero pasará porque Dios me ama y sabe que lo amo, y no dejará de ayudarme otra vez”. Así hablan lo que tienen la paz que nace de una conciencia recta, que es reina de sus acciones.

Dije que eran “humildes porque eran realmente grandes”. Pero ¿qué sucede en vuestras vidas? Que uno, no porque es grande, sino porque abusa de su poder, por su orgullo y por vuestra necia idolatría, jamás es humilde. Hay algunos desventurados que, sólo por ser mayordomos de un poderoso, jefe de una oficina, o empleados en algún departamento, en una palabra, siervos de quienes los han hecho, se dan aires de semidioses. Y que si causan lástima...

Los tres Sabios eran realmente grandes. Ante todo por una virtud sobrenatural, después, por su ciencia, y finalmente por sus riquezas. Pero se tienen por nada: por polvo de la tierra, en comparación al Dios Altísimo que crea los mundos con una sonrisa y los esparce como granos para que los ojos de los ángeles se alegren con esos collares hechos de estrellas.

Se sienten nada respecto al Dios Altísimo que creó el planeta en que viven, y ha puesto en él toda clase de variedades. El escultor infinito de obras sin fin, acá con un dedo puso una corona de colinas de suaves pendientes, allá picos y escarpaduras, cual si vértebras tuviera la tierra, y como si fuera un cuerpo gigantesco en que las venas son los ríos, la pelvis, los lagos, el corazón los océanos, el vestido las forestas, los velos las nubes, los adornos los glaciales, gemas, las turquesas y las esmeraldas, los ópalos y los berilos de todas las aguas que cantan, con las selvas y los vientos, cual un inmenso coro, las alabanzas a su Señor.

Pero sienten que vale nada por su saber con respecto a Dios Altísimo de quien les llega su sabiduría, y que les ha dado ojos más potentes que los de sus pupilas: ojos del alma que saben leer en las cosas las palabras que la mano humana no escribió, sino el pensamiento de Dios.

Se sienten nada pese a sus riquezas, que son un átomo en comparación de la riqueza del Dueño del Universo, que esparce metales y joyas en los astros y planetas y riquezas sobrenaturales, riquezas inexhaustas, en el corazón de quien lo ama.

Y llegados ante una pobre casa, en la más pobre de las ciudades de Judá, no mueven la cabeza diciendo “Imposible”, sino inclinan su cuerpo, se arrodilla, pero sobre todo inclinan el corazón y adoran. Allí detrás de esas pobres paredes, está Dios, el Dios a quien siempre han

invocado, a quien jamás pensaron en verlo ni por sueños. Lo invocaron por toda la humanidad, por “su” bien eterno. ¡Oh! Sólo deseaban poderlo ver, conocerlo, poseerlo en la vida que no tiene ni auroras, ni crepúsculos.

Él está allá, detrás de aquellas paredes. ¿Quién sabe si el corazón del Niño, que siempre es el corazón de un Dios, no sienta palpar estos tres corazones inclinados sobre el polvo del camino con: “Santo, Santo, Santo. Bendito el Señor Dios nuestro. Gloria a Él en los cielos y paz a sus siervos. Gloria, gloria, gloria y bendición”? Ellos lo saben con un corazón tembloroso. Durante toda la noche y al siguiente preparan el corazón por medio de la plegaria para entrar en comunión con el Niño-Dios. No se acercan a este altar que es un regazo virginal que lleva la Hostia divina, como vosotros soléis acercaros con el alma llena de preocupaciones humanas.

Se olvidan del suelo, de la comida. Y si se ponen los vestidos más hermosos, no es por orgullo humano, sino para honrar al Rey de los reyes. En los palacios de los soberanos, los dignatarios entran con sus mejores vestidos ¿y no debían presentarse ante este Rey con sus vestiduras de fiesta? ¿Y qué fiesta más grande para ellos que esta?

¡Oh! cuántas veces en sus lejanas tierras tuvieron que haberse arreglado por causa de los hombres, para ofrecerles una fiesta, para honrarlos. Justo era pues poner a los pies del Rey supremo la púrpura y los joyeles, las sedas y las plumas preciosas. Poner ante los pies, ante los delicados piecitos, las fibras de la tierra, sus piedras preciosas, sus plumas, sus metales – obras que son de Él– para que también todo adorara a su Creador. Y serían felices si el Pequeñito les ordenara extenderse por el suelo y formar una incomparable alfombra para que caminase sobre todo, El que ha dejado las estrellas, por su causa.

Humildes y generosos. Obedientes a las “voces” de lo alto. Ordenaban que se presentaran sus dones al Recién nacido. Y lo llevan. No dicen: “Él es rico y no tiene necesidad. Es Dios y no conocerá la muerte”. Obedecen. Fueron ellos los primeros en haber socorrido la pobreza del salvador. ¡Cuán necesario será el oro cuando tengan qué huir! ¡Cuán significativa esa mirra cuando tenga qué morir! ¡Cuán santo ese incienso que olerá la hediondez de la lujuria humana que hala alrededor de su pureza infinita.

Humildes, generosos, obedientes y respetuosos el uno para con el otro. Las virtudes siempre producen otras virtudes. Las virtudes que miran a Dios, son las que miran al prójimo. Respeto, que es después caridad. Al de mayor edad se le deja que hable por todos, que sea el primero de recibir el beso del Salvador, de tomarlo por su manita. Los otros lo podrán volver a ver, pero él, no. Está viejo y su día en que regrese a Dios está cercano. Verá al Mesías después de su terrible muerte y lo seguirá, en el ejército de los soldados, cuando regrese al cielo, pero no lo verá sobre esta tierra; y así pues, como por viático, le concede que toque su manita y que la estreche.

Los otros no tienen ninguna envidia, antes bien su respeto hacia el viejo sabio aumenta. Más que ellos ha sido digno, y por largo tiempo. El Niño-Dios lo sabe. Todavía no habla. Él, la Palabra del Padre, pero sus acciones son palabra; y sea bendita su inocente palabra que señala a este como su predilecto.

Hijos, hay otras dos enseñanzas que nacen de esta visión.

La actitud de José que sabe estar en “su” lugar. Presente cual custodio y tutor de la Pureza y Santidad; pero que no usurpa sus derechos. María con Jesús recibe los homenajes y oye las palabras. José se regocija con ello y no se inquieta por ser una figura secundaria. José es un justo: es *el Justo*. Y es siempre justo, aun en esta hora. Los humos no se le suben a la cabeza. Permanece humilde y justo.

Ve con gusto los regalos, porque piensa que con ellos podrá hacer que la vida de su esposa y del dulce Niño sea más llevadera. José no los desea por ambición. Es un trabajador y seguirá trabajando. ¡Pero que sus dos amores tengan desahogo y consuelo! Ni él, ni los Magos saben que esos dones servirán cuando llegue la hora de huir y cuando vivan en el destierro, en esas circunstancias en que las riquezas se esfuman, cuando nubes empujadas por los vientos, y para cuando regresen a la patria, después de que todo perdieron, clientes y

muebles, y tan sólo quedaron las paredes de la casa, que Dios protegió porque allí la Virgen recibió el Anuncio.

José es humilde, él, el custodio de Dios y de la Madre de Dios, hasta tomar las riendas cuando subían sobre sus cabalgaduras estos vasallos de Dios. Es un pobre carpintero, porque la fuerza de los poderosos le ha quitado su herencia cual merece por ser descendiente de David. Pero siempre es de estirpe real y sus acciones lo son. También de él esta dicho: “Era humilde porque era realmente grande”.

La última enseñanza que es muy consoladora.

Es María la que toma la mano de Jesús, que no sabe todavía bendecir, y hace que lo haga.

María es siempre la que toma la mano de Jesús y la que la guía. Aún ahora. Ahora que Jesús sabe bendecir. Algunas veces su mano llagada cae cansada y como sin esperanza porque sabe que es inútil bendecir. Vosotros echáis a perder mi bendición. Irritada se baja, porque me maldecís. Y entonces María es la que quita la ira de esta mano con besarla. ¡Oh, el beso de mi Madre! ¿Quién puede resistir a ese beso? Y luego toma con sus delgados y finos dedos, pero tan amorosamente imperiosos, mi pulso y me obliga a bendecir. No puedo rechazar a mi Madre, es menester ir a Ella para que sea vuestra abogada.

Es mi Reina antes de que sea vuestra; y su amor por vosotros tiene benevolencias, que ni siquiera el mío conoce. Y Ella, aún sin palabras, pero con las perlas de su llanto y con el recuerdo de mi Cruz, cuya configuración me hace trazar en el aire, hablar por vuestra causa y me dice: “Eres el Salvador. Salva”.

Este es, hijos, el “Evangelio de la fe” en la aparición de la escena de los Magos. Meditadlo e imitadlo para vuestro bien”.

58. Huída a Egipto

9 junio 1944

Mi espíritu ve la siguiente visión:

Es de noche. José duerme en su camastro, en la pequeña habitación. Tiene un sueño plácido, cual lo tienen después del trabajo los hombres honrados y diligentes.

Lo veo en la oscuridad del lugar, en que se ve apenas un rayo de luz que pasa por el agujero de una especie de claraboya, no cerrada completamente, como si José tuviese calor en su habitación, o quisiese que ese rayo de luz le ayudase a calcular la hora y levantarse prontamente. Está acostado de lado. Como que sonríe porque está viendo algo encantador, pero su sonrisa se cambia en angustia. Suspira profundamente como quien hace cuando está sufriendo una pesadilla y se despierta con sobresalto. Se sienta sobre su camastro. Se restriega los ojos y mira a su alrededor. Mira hacia la ventanilla de donde viene ese rayo de luz. Es muy noche. Toma sus vestidos que estaban a los pies de la cama, y sin pararse, se los pone sobre la blanca túnica de mangas cortas. Hace a un lado las cobijas, pone los pies en tierra y busca las sandalias. Se las pone. Se las amarra. Se pone en pie y va a la puerta que está frente a su cama, no a la que está al lado de ella, y que conduce al salón donde estuvieron los Magos. Toca despacio, quedo, apenas un tac-tac, con la punta de los dedos. Debe oír que se le dice que pase, porque abre con cuidado la puerta y la cierra sin hacer ruido. Antes de haber ido, encendió una lámpara pequeña de aceite, de una sola llama y con ella se ilumina. Entra. Es una habitación un poco más ancha que la suya, en la que hay un lecho cerca de la cuna, y una lamparita en un rincón que arde con su flamita que se mueve, y que parece una estrellita de luz tenue y dorada que ayuda a ver sin molestar a quien duerme.

María no está durmiendo. Está arrodillada orando cerca de la cuna con su vestido claro, vigilando a Jesús que tranquilo duerme. Jesús tiene la edad que vi tenía en la visión de los Magos. Un infante de cerca de un año, hermoso, rubicundo, dormido con su cabecita de rizos apoyada en la almohada y con una manita cerrada bajo su garganta.

“¿No estás durmiendo?” pregunta José en voz baja y misteriosa. “¿Por qué? ¿No está bien Jesús?”.

“Sí. Está bien. Estaba orando. Pero después me voy a acostar ¿A qué viniste José?” María habla siguiendo en la posición en que estaba.

José habla en voz muy baja para no despertar al Niño, pero agitada: “Tenemos que irnos pronto de aquí. *Pero pronto*. Prepara el cofre y un saco con cuanto puedas meter en él. Yo prepararé lo demás, llevaré lo que pueda... Huiremos al alba. Lo haría antes, pero debo primero hablar con la dueña de la casa...” “¿Pero por qué huir?”

“Luego te lo diré más detalladamente. Se trata de Jesús. Un ángel me ha dicho: “Toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto”. No hay que perder tiempo. Voy a preparar lo que pueda”.

No hay necesidad de decir a María que no se pierda tiempo. Apenas oyó hablar de ángel, de Jesús, de la huida, comprendió que un peligro se cierne sobre su Hijo. Se ha puesto en pie. Su rostro es más blanco que una cera. Angustiada se lleva la mano a su pecho. Y ha empezado a moverse ligera y rápida, a poner los vestidos en el cofre y en un ancho saco que ha extendido sobre el lecho en donde aún no se había ni siquiera recostado. Ciertamente está angustiada pero no pierde la cabeza. Hace las cosas prontamente, pero en orden. Al pasar cerca de la cuna, mira a su Hijito que ignorante de lo que pasa, duerme.

“¿Quieres que te ayude?” pregunta algunas veces José al asomar su cabeza por entre la puerta semicerrada.

“No. ¡Gracias!” responde siempre María.

Solamente cuando el saco está listo y debe pesar, llama a José para que le ayude a cerrarlo, y a bajarlo de la cama. José no quiere que se le ayude y lo hace por sí mismo. Lo toma y lo lleva a su habitación.

“¿Llevo también las cobijas de lana?” pregunta María.

“Las que más puedas. Las que sobren se quedan. Pero toma lo que más puedas. Nos servirán... ¡por qué el camino es largo, María!...” José siente en el alma al decir estas palabras. ¡Qué se puede decir de María! Dobla los cobertores suyos y los de José y éste los ata con un lazo.

“Dejaremos las colchas y las esteras” dice mientras lía los cobertores. “Aunque voy a llevar tres borriquillos, no puedo cargarlos mucho. Nuestro camino es largo y duro, parte entre montes y parte por el desierto. Cubre bien a Jesús. Las noches serán frías tanto en una parte como en la otra. Llevo conmigo los regalos de los Magos porque nos servirán. Todo lo demás lo voy a vender para comprar dos borricos. No puedo devolverlos y por esto debo comprarlos. Voy sin esperar el alba. Sé dónde pueden buscarse. Tú termina de preparar todo”. Y sale.

María recoge alguna cosilla. Después de haber visto otra vez a Jesús, sale y regresa con vestidos todavía húmedos, tal vez lavados el día anterior. Los dobla y envuelve en un lienzo y los pone con las demás cosas. No hay otra cosa más. Vuelve su mirada hacia un rincón y ve un juguete de Jesús: una ovejita hecha de madera. Lo toma con un sollozo y lo besa. En la madera se ven rastros de los dientitos de Jesús y las orejas de la ovejita están todas mordisqueadas. María acaricia este juguete sin valor, hecho de madera pobre, pero que para Ella es de gran valor, porque le habla del cariño que José tiene por Jesús y le habla de su Hijito. Lo pone también junto a las demás cosas en el cofre cerrado.

Ahora no hay más. Sólo Jesús en su cunita. María piensa que es mejor preparar también al Niño. Va a la cuna, lo mueve un poco para despertarlo. Él emite algo así como un refunfuño, y se voltea del otro lado durmiendo. María acaricia sus rizos. Jesús abre su boquita con un bostezo. María se inclina y lo besa en la mejilla. Jesús se despierta. Abre sus ojitos. Ve a María, le sonríe y le extiende sus manitas.

“Sí, vidita mía. Sí, leche. Antes de lo acostumbrado... ¡Pero Tú, corderito mío siempre quieres mamar!”

Jesús ríe. Mueve sus piecitos fuera de las mantas. Mueve sus brazos con esas manifestaciones de alegría de los niños, que son tan bellas. Apoya sus piecitos contra el estómago de su Madre, se inclina en forma de arco y apoya también la cabecita rubia sobre su pecho, y se estrecha a él. Ríe y se ase con sus manitas al cordoncito que sostiene el vestido al

cuello de María, tratando de desatarlo. Vestido con su camisoncito de lino se ve muy hermoso: es gordito, sonrosado como una flor.

María se inclina y en esta posición contra la cuna como si fuese protección, llora y sonríe al mismo tiempo, mientras el Niño trata de balbucir algo, algo que parece asemejarse al sonido de “Mamá”. La mira extrañado de verla llorar. Extiende una manita hacia las lágrimas y se las acaricia. Es gracioso, se vuelve a apoyar contra el pecho, y se encoge todo, acariciándolo con sus manitas.

María le besa los cabellos. Se lo lleva al cuello. Se sienta, le pone el vestidito de lana; luego las pequeñitas sandalias. Da de mamar a Jesús que ávidamente come, y cuando le parece que del seno derecho llega poco, busca el izquierdo, y ríe al hacerlo, mirando de abajo a arriba a la Mamá. Luego se adormece con la cabeza sobre el pecho. Su mejilla rubicunda y gordita sigue todavía contra el seno blanco y redondo.

María se levanta poco a poco y lo pone sobre la colcha de su lecho. Lo cubre con su manto. Vuelve a la cuna y dobla las pequeñas mantas. Piensa si estará bien llevar el colchoncito. ¡Es tan pequeño! Se puede llevar. Lo pone con la almohadita, junto a las cosas que están sobre el cofre. Lloro sobre la cuna vacía la pobre Madre, a quien persiguen al perseguir a su Hijo.

Regresa José. “¿Estás lista? ¿y Jesús? ¿Tomaste sus cobijitas y su lecho? No podemos llevar la cuna, pero sí su colchoncito. ¡Pobre Niño a quien quieren matar!”

“¡José!” María da un grito y se ase al brazo de él.

¡Sí, María, lo quieren matar. Herodes quiere verlo muerto... porque tiene miedo de Él... por su reino humano tiene miedo de este Inocente esa fiera inmunda. No sé qué hará cuando sepa que Él ha huido. Estaremos ya lejos. No creo que se vengue, buscándolo hasta Galilea. Sería muy difícil que logre saber que somos galileos y menos de Nazaret, y *quiénes* somos exactamente. A menos que Satanás no lo ayude en agradecimiento de tener un fiel siervo. Pero... si esto llegase a suceder... Dios de todos modos nos ayudará. No llores María. Me causa un gran dolor el verte llorar más que el tener qué ir al destierro”.

“Perdóname ¡José! No lloro por mí, ni por lo poco que pierdo. Lloro por ti... ¡Tanto que te has sacrificado! Ya no vas a tener ahora clientes, ni casa. ¡Cuánto te cuestó, José!”

“¿Cuánto? No, María, No me cuestas. Me consuelas. Siempre. No pienses en el mañana. Tenemos lo recibido de los Magos. Nos servirá en los primeros meses. Buscaré trabajo. Un obrero honrado y capaz se abre paso inmediatamente. Ya viste aquí. No me alcanzan las horas para terminar los trabajos que tengo!”

“Lo sé. ¿Pero quién te consolará en la nostalgia?”

“¿Y a ti, quién de la nostalgia de esa casa que tanto quieres?”

“Jesús. Teniéndolo a Él, tengo todavía lo que poseí”.

“Y yo, teniendo a Jesús, tengo la patria, que hasta hace pocos meses siempre he esperado volver a ver. Tengo a mi Dios. Ves que no dejo nada de lo que me está en el corazón sobre todo. Basta salvar a Jesús y todo lo demás *no importa*. Aunque No viéramos más este cielo, estas campiñas, ni aquellas más queridas de Galilea, siempre tendremos todo, porque lo tendremos a Él. María, que el alba ya empiece. Es hora de despedirnos de la dueña y de cargar nuestras cosas. Todo saldrá bien”.

María se levanta obediente. Se envuelve en su manto, mientras José hace el último envoltorio que se lo carga.

María toma delicadamente al Niño, lo envuelve en un chal y lo estrecha al corazón. Mira las paredes que le dieron hospitalidad por tantos meses y con una mano las toca. ¡Dichosa casa, que mereció que María la hubiese amado y bendecido!

Sale, atraviesa la habitación que era de José, entra en el salón.

La dueña de la casa con lágrimas la besa y saluda. Levanta una extremidad del chal, besa en la frente al Niño que tranquilo duerme. Baja por la escalera exterior.

Ya se acerca el primero claror del alba con el que se puede ver algo. En la poca luz se distinguen tres borriquillos. El más robusto carga los trastos y vestidos. Los otros tienen silla. José se las ingenia para acomodar hasta el cofre y los envoltorios sobre el primero. Veo que

arriba van bien atados sus utensilios de carpintero. Nuevamente despedida y lágrimas. María sube a su borriquillo, mientras la dueña tiene a Jesús en su cuello y lo besa nuevamente. Luego se lo da a María. Sube también José, que lleva amarrado su asno al que va cargando con las cosas, para poder llevar de las riendas al de María.

“Salen de Belén que todavía recuerda la llegada pomposa de los Magos, y que ahora duerme tranquilamente, ignorante de lo que le espera

De este modo termina la visión.

59. “El dolor fue el amigo fiel y tuvo varias formas y nombres”

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“El Decálogo es la Ley; mi Evangelio es la Doctrina que os hace más clara esta ley más digna de ser amada. Esta Ley, esta Doctrina bastaría para hacer santos a los hombres.

Pero estáis tan embarazados con vuestra humanidad que —en verdad avasalla bastante al espíritu— no podéis seguir estos caminos y caéis; o bien os detenéis descorazonados. Decios a vosotros y a quien quisiera llevaros adelante, citándoos los ejemplos del Evangelio: “Pero Jesús y María y José (y así con todo los demás santos) no eran como nosotros. Eran fuertes, al punto fueron consolados en sus dolores, aun de aquellos pocos que tuvieron; no sentían las pasiones. Eran seres que vivían fuera de la tierra”.

¡Cuán poco dolor! ¡No sentían las pasiones!

El dolor fue el amigo fiel y tuvo varias formas y nombres. Las pasiones... No empleéis un vocabulario con el que queráis llamar pasiones a vuestros vicios que os arrastran. Llamadlos sencillamente “vicios” y capitales, por añadidura.

No es que lo ignorásemos. Teníamos ojos y orejas para ver y oír, y Satanás nos los presentaba por delante y por los lados estos vicios. Mostrándonoslos con su asquerosidad o tentándonos con sus insinuaciones. Pero la voluntad no quería otra cosa más que agradar a Dios y por eso la suciedad y las insinuaciones en lugar de obtener la meta que Satanás se proponía, alcanzaba lo contrario. Y cuanto más él trabajaba, tanto más nos refugiábamos en la Luz de Dios, ante el asco que experimentábamos de las tinieblas fangosas que nos mostraba a los ojos del cuerpo o del alma.

Las pasiones, en sentido filosófico, no dejaron de existir en *nosotros*. Amamos nuestra patria, y en ella nuestra ciudad de Palestina. Sentimos cariño por nuestra casa, parientes, amigos. ¿Por qué no debíamos no haberlo sentido?. No nos convertimos en sus esclavos, porque *nada* debe ser el señor sino Dios. Pero nos hicimos buenos compañeros.

Mi Madre dio un grito de alegría cuando, cerca de cuatro años después, volvió a Nazaret y entró en su casa, y besó aquellas paredes que le oyeron decir el “Sí”, por el cual se encarnó el Hijo de Dios. José saludó con júbilo a sus parientes y sobrinos, que habían crecido en número y años, y tuvo la satisfacción de ver que sus conciudadanos lo recordaban y que lo buscaban inmediatamente por su habilidad. Yo fui sensible a las amistades y sufrí como una crucifixión moral la traición de Judas. ¿Y qué con esto? Ni mi Madre, ni José prefirieron su casa o sus familiares a la Voluntad de Dios.

No dejé decir aquello, aun cuando me atraía el odio de los israelitas y la mala voluntad de Judas. Sabía que bastaba el dinero para que fuese mi servidor y lo podía haber hecho. Pero no me serviría a Mí como Redentor, sino a Mí, como un rico. Yo que multipliqué los panes, podía haber multiplicado también el dinero, si hubiera querido. Pero no había venido para procurar satisfacciones humanas a nadie, mucho menos a los llamados. Prediqué sacrificio, desapego, vida casta, lugares humildes. ¿Qué clase de Maestro hubiera sido y qué clase de Justo, si a uno, sólo porque no había otro medio para tenerlo cerca, se le hubiese dado dinero para su sensualidad mental y física?

En mi reino se hacen grandes, los que se hacen “pequeños”. Quien quiera ser “grande” a los ojos del mundo, no es apto para reinar en mi reino. Es paja para el lecho de los demonios, porque la grandeza del mundo está en oposición a la ley de Dios.

El mundo llama “grandes” a los que, con medios casi siempre ilícitos, saben apoderarse de los mejores lugares, y para esto, convierten a su prójimo en el peldaño sobre el que suben, aplastándolo. Llama “grandes” a los que saben matar para gobernar, bien maten moral o físicamente y extorsionan lo que pueden y engordan, llenándose con las riquezas de los demás, ya se trate de individuos como de naciones. El mundo llama frecuentemente “grandes” a los criminales. No. La “grandeza” no es criminal. Ella consiste en la bondad, honradez, amor, justicia. Ved a vuestros “grandes” ofreceros frutos tóxicos, que cortan en el jardín perverso y demoníaco de su corazón.

La última visión, porque quiero hablar de ella y no de otra cosa –que es muy útil, porque el mundo *no quiere* oír la verdad que le conviene– ilumina un lugar citado en el Evangelio de Mateo, una frase repetida dos veces: “Levántate, toma al Niño y a *su Madre* y huye a Egipto¹; “levántate toma al Niño y a su Madre y regresa a la tierra de Israel”². Tú viste que María estaba sola en su habitación con el Niño.

Mucho han debatido aquellos que por ser fango pestilente no admiten que alguno de ellos puede ser ala y luz: la virginidad de María después del parto y la castidad de José. Son unos desgraciados en su corrompido corazón y en su mente tan servil al cuerpo, para que puedan pensar que uno como ellos pueda respetar a su mujer viendo en ella el alma y no la carne; y elevarse viviendo en una atmósfera sobrenatural, apeteciendo no lo que es de carne, sino lo de Dios.

Pues bien, a estos que niegan la belleza, a estos gusanos incapaces de convertirse en mariposas, a estos reptiles cubiertos con la baba de su sensualidad, incapaces de comprender la belleza de un lirio, Yo afirmo que María *fue y permaneció virgen*, y que sólo su alma se casó con José como su espíritu se unió *únicamente* con el Espíritu de Dios y por obra de Él concibió al hijo, esto es, a Mí, Jesucristo, Unigénito de Dios y de María.

No se trata de una tradición adornada con el correr del tiempo, que haya querido brindar a mi Madre un respeto amoroso. Es una verdad y desde los primeros tiempos, fue por tal conocida.

Mateo no nació siglos después. Fue contemporáneo de María. Mateo no fue un pobre ignorante que hubiera vivido en las selvas y que a la ligera hubiera creído en cualquier patraña. Era un empleado de los impuestos, un aduanero, diríamos ahora. Sabía ver, oír, entender, discernir lo verdadero de lo falso. Mateo no oyó las cosas a través de un tercero, las oyó de los labios de María, a la que preguntó llevado de su amor hacia el Maestro y hacia la verdad.

No creo que estos negadores de la inviolabilidad de María llegue a pensar que Ella pudo haber mentido. Mis mismos parientes la hubieran desmentido, si hubiera tenido otros hijos: Santiago, Judas, Simón y José que fueron condiscípulos de Mateo. Por esto hubiera sido fácil confrontar los dichos, si hubieran existido otros hijos. Mateo no escribió jamás: “Levántate y toma a tu mujer”. Dice: “Toma a su Madre”. Antes dijo: “Una virgen prometida a José”³; “José su esposo”⁴.

No vengán a decirme estos tales, que esto era un modo de hablar de los hebreos, como si decir “mujer” hubiera sido una infamia. No, negadores de la Pureza. Y lee en las primeras líneas del Libro: “... y se unirá a su *mujer*”⁵. Es llamada “compañera” hasta el momento de la unión matrimonial, y luego se le llama “mujer” en diversos lugares y capítulos. Y esto mismo de

¹ Cfr. Mt. 2, 13.

² Cfr. Mt. 2, 20.

³ Cfr. Mt. 1, 18.

⁴ Cfr. Mt 1, 16.

⁵ Cfr. Gén. 2, 24.

las esposas de los hijos de Adán. Y así de Sara que es llamada “mujer” de Abraham: “Sara tu *mujer*”⁶. Y: “Toma a tu *mujer* y a tus dos hijos” se dice de Lot⁷. En el libro de Ruth está escrito: “La moabita, *mujer* de Mahalón”⁸. Y en el libro de los Reyes está dicho: “Elcana tuvo dos *mujeres*”⁹ y más adelante: “Elcana conoció después a su *mujer* Anna”¹⁰; y: “Elí bendijo a Elcana y a su *mujer*”¹¹. Y en el mismo libro de los Reyes: “Betsabé, mujer de Urías el Eteo, se convirtió en *mujer* de David y le dio a luz un hijo”¹². Y ¿qué se lee en el hermoso libro de Tobías, el que emplea la Iglesia en vuestras nupcias, para aconsejaros a que seáis santos en el matrimonio? Se lee: “Así pues cuando Tobías con su *mujer* y con el niño llegó...”¹³ y más adelante: “Tobías logró huir con su hijo y con su *mujer*”¹⁴.

En el Evangelio, esto es, en tiempos de Jesucristo, en que se escribía con un lenguaje moderno respecto a sus tiempos, y por lo tanto en que no puede haber sospecha de transcripción, se dice en Mateo Cap. 22: “...y el primero, habiendo tomado *mujer*, murió y dejó su *mujer* a su hermano”¹⁵. Y Marcos en el Cap. 10: “Quien repudia a su *mujer*...”¹⁶. Lucas llama a Isabel *mujer* de Zacarías cuatro veces seguidas¹⁷, y en el Cap. octavo dice: “Juana *mujer* de Cusa”¹⁸.

Como veis, este vocablo no era un término proscrito por los que vivían en la ley del Señor, ni una palabra inmundada que hubiera sido indigna de proferirse y de que se hubiese empleado en cosas que se refieren a Dios, y a sus obras admirables. El ángel al decir: “El Niño y su Madre” os demuestra que María fue su verdadera Madre, que *no fue mujer* de José. Permaneció siempre: *La Virgen prometida y casada con José*.

Esta es la última enseñanza de estas visiones. Es una aureola que brilla sobre las cabezas de María y José. La Virgen pura. El hombre justo y casto: los dos lirios entre los que crecí oliendo su fragancia y pureza”.

60. La Sagrada Familia en Egipto¹

25 enero 1944

La delicada visión de la Santa Familia. Es en un lugar de Egipto. No tengo ninguna duda porque veo el desierto y una pirámide.

Veo una casa. El suelo es blanco. Una casa pobre de una *gente muy pobre*. Las paredes apenas si están revocadas y cubiertas con una mano de cal. La casa tiene dos puertas, la una cerca de la otra, que llevan a las dos únicas habitaciones, en las que por ahora no entro. La casa está en medio de un terreno arenoso rodeada por una cerca de cañas clavadas en el suelo, una cerca inútil para los ladrones; puede servir a lo más para que no entre algún perro o gato solitario. Pero ¿quién va a tener ganas de robar donde se ve claro que no hay ni sombra de riquezas?

Para que el terreno se vea menos triste y miserable, sobre la valla se ven enredaderas. A un lado y dentro del recinto hay un árbol de jazmín y rosas comunes. Gracias al cuidado y

⁶ Cfr. Gén. 17, 15.

⁷ Cfr. Gén 19, 15.

⁸ Cfr. Ruth 4, 10

⁹ Cfr. 1º Rey. 1, 1-2

¹⁰ Cfr. 1º Rey. 1, 19

¹¹ Cfr. 1º Rey. 2, 20.

¹² Cfr. 2º Rey. 11, 27.

¹³ Cfr. Tob. 1, 11.

¹⁴ Cfr. Tob. 1, 23.

¹⁵ Cfr. Mt. 22, 25.

¹⁶ Cfr. Mc. 10, 11.

¹⁷ Cfr. Lc. 1; 5; 13; 18; 24.

¹⁸ Cfr. Lc. 8, 3.

¹ Cfr. Mt. 2, 14-15.

paciencia el terreno de sí es arenoso y seco se ha convertido en un pequeño huerto. Veo unas verduras muy pequeñas en su centro, bajo un árbol de tronco grueso, que no sé de qué clase sea, que da un poco de sombra al terreno ardiente y a la casita. Al tronco del árbol está amarrada una cabra blanquinegra, que mastica y rumia las hojas de algunas ramas tiradas en el suelo.

Y cerca, sobre una estera, está el Niño Jesús. Me parece que tiene dos años y medio al máximo. Juega con algunos pedacitos de madera tallados, que parecen ovejitas o caballitos y con algunas virutas de madera blanquecina, menos rizadas que sus rizos de oro. Con sus manitas gorditas trata de poner estas virutas en forma de collar en el cuello de sus juguetes.

Está sano. Sonríe. Es muy hermoso. Una cabecita con rizos tupidos y dorados. Su piel es blanca y hermosa de color rosa, ojitos vivos, brillantes, de un azul oscuro. La expresión naturalmente es diversa, pero reconozco el color de los ojos de mi Jesús: dos zafiros oscuros y hermosísimos. Tiene una camisita blanca que debe ser su tuniquita. Las mangas le llegan hasta los codos. En sus piecitos no tiene nada. Sus pequeñas sandalias están en la estera, y le sirven también de juguete, pues pone sus animalitos dentro y los jala de la correa como si fuera un carrito. Son unas sandalias muy sencillas: una suela y dos correas que parten una de la punta y otra del calcañal. La de la punta se bifurca en un cierto punto y un trozo pasa entre el agujero de la correa del calcañal para unirse con la otra, formando una especie de anillo sobre el empeine.

Un poco más allá, y también bajo la sombra, está la Virgen. Teje en un rústico telar y cuida al Niño. Veo las manos delgadas y blancas que van y vienen metiendo la lanzadera en el tejido, y con sus pies que traen sandalias, mueve el pedal. La túnica que viste es de color malva: un violeta-rosado como ciertas amatistas. No tiene nada sobre su cabeza, y así puedo ver que su cabellera rubia está dividida en dos partes y que su peinado son unas trenzas sencillas que le forman un adorno en la nuca. Las mangas de su túnica son largas y estrechas. Ningún adorno fuera de su cabeza y de su dulcísima expresión. El color de su rostro, de su cabellera y ojos, la forma de su rostro, siempre son los mismos desde que los veo. Aquí parece muy joven. Tal vez frisa los veinte años.

Algunas veces se levanta, se inclina sobre el Niño, al que vuelve a poner sus sandalias y se las amarra con cuidado, luego lo acaricia y le besa en la cabecita y en sus ojitos. El Niño trata de decir algunas palabritas y Ella responde, pero no comprendo las palabras. Luego regresa a su telar, extiende sobre él y sobre la tela un lienzo, toma el banco en que estaba sentada y lo lleva dentro. El Niño la sigue con la mirada, sin importunarla porque lo deja solo.

Se ve que el trabajo ha terminado, que llega la noche. De hecho el sol se esconde entre los desnudos arenales. Es un verdadero incendio que invade todo el cielo detrás de la lejana pirámide.

María regresa. Toma de la mano a Jesús y lo levanta de donde estaba sentado. El Niño obedece sin resistencia. La Mamá recoge los juguetes y la estera y los lleva adentro. Él corre con sus piernitas curvas a donde está la cabrita, y le echa los brazos al pescuezo. La cabrita bala y restriega su hocico contra la espalda de Jesús.

María regresa. Trae ahora un largo velo sobre su cabeza y un cántaro en la mano. Toma a Jesús de la manita y se van los dos, dando vuelta por la casita.

Yo los sigo, admirando la gracia del cuadro. La Virgen que regula su paso con el del Niño y este que trota a su lado. Veo que sus calcañales sonrosados se levantan y se posan sobre la arena de la vereda con la gracia propia de los niños al caminar. Noto que su tuniquita no le llega hasta los pies, sino hasta la mitad de las pantorrillas. Es muy linda, sostenida en la cintura con un cordón muy blanco.

Veo que en la valla, por delante de la casa, hay una entrada tosca, que María abre para salir. Es un pobre camino en la extremidad de una ciudad o pueblo, no sé bien, y a cuyo lado se ve alguna que otra casita pobre como esta, con su huertecillo también. No veo a nadie. María mira hacia el centro, no hacia la campiña, como si esperase a alguien, luego se dirige

hacia un estanque o pozo o lo que sea, que está a una decena de metros más allá y donde se ven palmas que hacen sombra. Veo que también allí hay hierba verde.

Veo que viene por el camino un hombre no muy alto, pero robusto. Reconozco a José, que sonrío. Es más joven de cómo lo vi en la visión del paraíso. Parece tener a lo más cuarenta años. Tiene los cabellos y la barba tupidos y negros, la piel más bien requemada, los ojos oscuros. Una cara honrada y paciente, una cara que inspira confianza. Al ver a Jesús y a María apresura el paso. Trae sobre el hombro izquierdo una especie de sierra y una especie de garlopa, y en la mano otros instrumentos de su oficio, no como los de ahora, pero muy semejantes. Parece que regresa de haber hecho algún trabajo en casa de alguien. Su túnica es entre color de nuez y café, no muy larga –le llega un poco más arriba del tobillo– las mangas cortas hasta el codo. En la cintura una correa, como me parece. Su vestido es de trabajo. En los pies trae sandalias entrelazadas sobre el empeine.

María sonrío y el Niño lo saluda con grititos de alegría y extiende su brazo derecho que está libre. Cuando los tres se encuentran, José se inclina para ofrecer al Niño una fruta que me parece manzana, por el color y forma. Luego le tiende los brazos y el Niño deja a la Mamá y se sube en ellos, inclinando su cabecita contra el cuello de José que lo besa. Jesús también lo besa. Un cuadro de gracia sin par.

Olvidaba decir que María había sido muy atenta en tomar los instrumentos de trabajo de José para que libremente pudiese tener al Niño en sus brazos.

Después José que se había acuclillado para estar al tamaño de Jesús, se levanta, toma con su mano izquierda sus instrumentos y con su brazo derecho al pequeño Jesús. Se dirige a casa, mientras María va a la fuente a llenar el cántaro.

Ya dentro del recinto, José baja al Niño, toma el telar de María, lo mete, y ordeña la cabra. Jesús observa atentamente todo esto y cómo encierra la cabra en un cuchitril que está al lado de la casa.

El crepúsculo poco a poco va tornándose en noche. Veo lo rojizo que se convierte en color morado sobre la arena que parece temblar debido al calor. La pirámide se ve más oscura.

José entra en la casa, en una habitación que debe ser taller, cocina y comedor. Se ve que la otra es para dormir, pero no entro en ella. Hay un horno encendido. Hay un banco de carpintero, una pequeña tabla con bancos, lugar donde se ponen los trastos y dos lámparas con aceite. En un rincón, el telar de María. Hay mucho, mucho orden y limpieza. Una mansión paupérrima pero muy limpia.

Voy a decir algo que he observado: en todas las visiones referentes a la vida humana de Jesús, he notado que tanto Él como María, así como José y Juan, fueron *siempre* ordenados y sus vestidos fueron limpios, modestos y no caros, pero limpios que los hace aparecer elegantes.

María vuelve con el cántaro. Cierra la puerta, pues el crepúsculo ha desaparecido. José prende una lámpara que ilumina la habitación y la pone sobre el banco, donde se inclina para seguir trabajando en pequeños anaqueles, mientras María prepara la cena. También el fuego ilumina la habitación. Jesús con sus manitas apoyadas sobre el banco y la cabecita volteada hacia arriba, mira fijamente lo que está haciendo José.

Después de haber orado, se sientan a la mesa. No se hacen, como es natural, la señal de la cruz, pero oran. José dice una parte de la oración y María responde con la otra. No comprendo nada. Debe tratarse de algún salmo. Lo dicen en una lengua que no conozco para nada.

Se sientan. Ahora la lámpara está sobre la mesa. María tiene sobre sus rodillas a Jesús al que da de beber la leche de la cabra en la que mete pedazos de pan, de una torta grande y redonda de costra oscura, y oscura también por dentro. Parece un pan hecho de centeno y cebada. Tiene mucho salvado porque se ve grisáceo. José come pan y queso, una rebanada de queso y mucho pan. María sienta a Jesús sobre un banquito cercano a Ella y trae a la mesa verduras cocidas –me parece que están hervidas y preparadas como lo solemos hacer nosotros– y come también de ellas después de que José se sirvió. Jesús mordisquea su manzana y sonrío descubriendo sus blancos dientitos. Termina la cena con aceitunas y dátiles.

No se ve bien, porque para ser aceitunas son demasiado claras y para ser dátiles muy duros. Nada de vino. La cena de una gente pobre.

Pero es tanta la paz que se respira en esta habitación, que ningún palacio real me la podría proporcionar. Y ¡qué armonía!

61. “En aquella casa se observó un gran orden”

26 enero 1944

Dice Jesús:

“Las cosas que se ven te dan a ti y a los demás una lección. Es de humildad, resignación y buena armonía, propuesta como ejemplo a todas las familias cristianas, sobre todo a las familias cristianas en este particular y doloroso momento.

Viste una pobre casa. Y lo que es doloroso, una casa pobre en un país extraño.

Muchos, tan solo porque son de los “Fieles más o menos buenos” oran y me reciben en la eucaristía, oran y participan a la comunión por “sus” necesidades, no por las de las almas y por gloria de Dios –porque es muy raro quien al orar no sea un egoísta– muchos pretenderían tener una vida material y fácil, defendida contra la menor aflicción, próspera y feliz.

José y María me tenían a Mí, Dios verdadero, para ellos, su Hijo, y con todo no tuvieron ni siquiera la satisfacción de ser pobres en su patria, en el lugar donde eran conocidos, donde por lo menos tenían “su” casita y donde no existía la preocupación de buscar alojamiento, pues eran conocidos, y era fácil encontrar trabajo y comprar lo necesario para la vida. Son dos prófugos que han huido para que Yo siguiera viviendo. Clima diverso, país diferente, costumbres raras, en medio de una gente que no los conoce, y que no deja de desconfiar de quienes han huido y son desconocidos.

Privados de los muebles tan queridos de “su” casita, de tantas cosas pequeñas y necesarias que tenían allí que no parecían ser muy útiles, mientras que acá, donde no tienen nada, parecen realmente útiles como lo superfluo hace aparecer bellas las casas de los ricos. Con la nostalgia de la patria y del hogar, con el pensamiento de las cosas dejadas allá, del huertecillo que nadie cuidará ahora tal vez, de la vid y del higo y de otras plantas necesarias. Con la necesidad de trabajar para el sustento diario, para los vestidos, para la leña, para Mí, que era un niño, que no podía comer de lo que los adultos comen. Y tantas penas en el alma. La nostalgia, lo que traería el día siguiente, la desconfianza de las personas reacias, sobre todo en los primeros días, a dar trabajo a dos desconocidos.

Y sin embargo lo viste. En aquella casa había *serenidad, sonrisa, concordia* y de común acuerdo se trataba de hacerla más bella, aun en el pobre huertecillo, para que todo fuese lo más semejante posible a la que dejaron y más cómoda. No hay si no un solo pensamiento: el de que esa tierra me fuese menos dura, menos miserable a Mí, Hijo de Dios. Era el amor de padre que se manifiesta en mil modos: tenían una cabra que compraron con muchas horas de trabajo; me habían hecho mis juguetes, me llevaban fruta sólo para Mí, sin que ellos la probasen.

¡Amado padre mío, el de la tierra, cuánto te amó Dios, cuánto te amó Dios Padre que está en los cielos, cuánto el Hijo suyo que había venido a la tierra como Salvador!

En esa casa no hubo nerviosismos, altercados, caras fruncidas. Nunca el reproche mutuo, y mucho menos se reprochó algo a Dios, porque no los colmaba con bienes materiales. José no echa en cara a María que sea la causa de su molestia, y María a José el de no saber proporcionarle mejores comodidades. Se *amaban santamente*, esta es la razón. Y por eso su preocupación no consistía en buscar su propio bien, sino el del cónyuge. El verdadero amor no conoce egoísmo. El verdadero amor siempre es casto, aunque no sea perfecto en la castidad, como el de aquellos dos esposos vírgenes. La castidad unida a la caridad trae consigo un cortejo de otras virtudes, hace de dos que se aman castamente, dos perfectos y santos cónyuges.

El amor de María y de José era perfecto, por esto incitaba a cualquier otra virtud, sobre todo a la de la caridad para con Dios –alabado sea en todo momento– pese a que su santa voluntad fuese dolorosa al cuerpo y al corazón, bendito porque en estos dos santos el espíritu tenía siempre una viveza y poderío inmenso, y esto era un agradecimiento al Señor por haberlos elegido por custodios de su eterno Hijo.

En aquella casa se oraba. Muy poco se ora en los hogares de ahora. Se levanta el sol, viene la noche; se empiezan los trabajos; se sientan a la mesa sin pensamiento hacia el Señor, que os ha permitido ver un nuevo día, el poder llegar a una nueva noche, que ha bendecido nuestras fatigas y concedido que se convirtiesen en medio de adquirir esa comida, ese fuego, esos vestidos, ese techo, que son cosas necesarias para la vida humana. Siempre es “bueno” lo que viene del buen Dios. Aunque las cosas sean pocas y pobres, el amor les da sabor y fuerza, el amor que os hace ver en el que os ama el Padre, el Eterno Creador.

En esa casa había frugalidad. La hubiera habido aun cuando no hubiese faltado el dinero. Se come para vivir, no se come para dar placer a la garganta, ni para saciarse de manjares caprichosos hasta no poder más y no se tiene ni siquiera un pensamiento para aquellos que apenas si tienen algo qué comer, o bien que no tienen nada, ninguna reflexión de que si ellos tuviesen moderación, muchos podrían ser ayudados en su hambre.

En aquella casa se amaba el trabajo. Hubiera sido amado, aun cuando hubiera habido dinero en abundancia, porque en el trabajo el hombre obedece la orden de Dios y se ve libre del vicio que como hiedra tenaz se pega y ahoga a los ociosos, semejantes a inmóviles peñascos. La comida es sabrosa, el descanso también, así como también el corazón siente la felicidad, cuando se ha trabajado en conciencia y se ha gozado de un poco de descanso entre un trabajo y otro. El vicio de las múltiples garras no vegeta ni en la casa, ni en el corazón de quien ama el trabajo. Y al no vegetar, prospera el amor, la estima, el respeto recíproco y crecen en una atmósfera pura los tiernos vástagos, que se convierten en semillas de futuras familias santas.

En aquella casa reinaba la humildad. ¡Cuántas lecciones de humildad para vosotros soberbios! María habría podido tener, humanamente hablando, miles y miles de razones para ensoberbecerse y hacerse venerar de su esposo. Muchas de las mujeres lo hacen tan sólo por ser un poco más cultas, o más nobles por nacimiento, o más ricas que el marido. María es Esposa y Madre de Dios y sin embargo –sirve– no se hace servir del esposo y esto por amor hacia él. José es el jefe de la casa. Dios lo juzgó digno de ser cabeza de familia, de recibir de Él el encargo de custodiar al Verbo Encarnado y a la Virgen, complacencia del Espíritu Santo. Y sin embargo se preocupa por socorrer a María en sus fatigas y trabajos, y él hace los más humildes quehaceres para que María no se fatigue, y cuanto le es posible se industria para hacerle cómoda la casa y para que el jardín tenga flores.

En aquella casa se observó el orden. El orden sobrenatural, moral y material. Dios es la Cabeza Suprema y a Él se debe dar culto y amor: *orden sobrenatural*. José es la cabeza de la familia y a él se le debe dar afecto, respeto y obediencia: *orden moral*. La casa es un don de Dios como los vestidos y los muebles. En todas las cosas está la Providencia de Dios, del Dios que provee de lana a las ovejas, de plumaje a los pájaros, de hierba a los prados, de pasto a los animales, de semillas y hierbecitas a las aves, y teje el vestido con que se cubren los lirios del campo. La casa, los vestidos, los muebles se deben recibir con gratitud, bendiciendo la mano divina que los da, y tratándolos con respeto como un don del Señor, sin mirarlos con mal humor porque son pobres, sin destruirlos, abusando de la Providencia; *orden material*.

No pudiste comprender las palabras que se pronunciaron en dialecto nazaretano, ni las palabras que se dijeron en la oración. Pero lo que viste es *una gran lección*. Meditadla, vosotros que ahora sufrís mucho por haber faltado en muchas cosas contra Dios. Imitad a los santos Esposos que fueron para Mí: Madre y padre”.

62. Jesús recibe su primera lección de trabajo

21 marzo 1944

Veo aparecer a mi Jesús, cual un rayo de sol en un día de tempestad, un niño de unos cinco años de edad, rubio y hermoso con su vestidito de color azul que le llega hasta las redondas pantorrillas. Está jugando con tierra en el huertecillo. Hace unos montoncitos y sobre ellos planta ramitas como si quisiera hacer un bosque en miniatura; con piedritas hace unos caminitos. Quiere ahora hacer un pequeño lago a los pies de sus pequeñas colinas, y para esto toma el fondo de algún trasto viejo y lo entierra hasta el borde, luego lo llena de agua con un jarrito que mete en el depósito de agua, destinado para el lavadero o para regar el huertecillo. Pero no hace más que mojarse la ropa, sobre todo las mangas. El agua se escapa del plato que está roto... y el lago se seca.

José sale a la puerta y sin hacer nada de ruido mira por algunos minutos lo que el Niño está haciendo y sonríe. Y en realidad es algo que provoca a reír de alegría. Después para que Jesús no vuelva a mojarse, lo llama. Jesús se vuelve sonriendo y al ver a José corre a él con los brazos extendidos. José seca con una punta de su corta túnica las manitas llenas de tierra y mojadas y las besa. Entre ambos se traba una hermosa conversación.

Jesús explica su trabajo, sus juegos y las dificultades en hacer todo ello. Quería hacer un lago como el de Genezaret. (De esto supongo que le habrán hablado o llevado). Quería hacerlo para pasar el rato. Aquí está Tiberíades, allí Mágdala, más allá Cafarnaúm. Este sería el camino que pasando por Caná, llevaría a Nazaret. Quería echar al agua pequeñas barcas en el lago. Estas hojas serían las barcas, y quería ir hasta la otra orilla, pero el agua se va...

José observa y se interesa como si se tratase de una cosa seria. Luego le dice que al día siguiente le haría un pequeño lago, no con un plato roto, sino con una pequeña batea de madera, bien embreada, en la que Jesús podría echar verdaderas barquitas, de madera que él le enseñaría a hacerlas. Ahora mismo le traía unas pequeñas herramientas, propias para Él, para que sin fatiga aprendiese a usarlas.

“¡Así te ayudaré!” dice Jesús con una sonrisa.

“Así me ayudarás y te harás un buen carpintero. Ven a verlas”.

Entran en el taller. José enseña un pequeño martillo, una pequeña sierra, pequeños destornilladores, una garlopa, lo que está sobre un banco de carpintero, adaptado a la estatura de Jesús.

“Mira: para segar se pone este pedazo de leño apoyado así. Se toma la sierra así, procurando no cortarse uno el dedo. Haz la prueba...”

La lección empieza. Jesús se pone rojo con el esfuerzo, aprieta sus labios, con cuidado corta y luego empareja la tabla con la garlopa y aunque está un poco torcida, le parece buena. José lo alaba y le enseña a trabajar con paciencia y amor.

Regresa María, que había salido fuera de la casa, se asoma a la entrada y mira. Los dos no la ven, porque tienen las espaldas vueltas. La Mamá sonríe al ver el entusiasmo con que Jesús trabaja con la garlopa y el cariño con que José le enseña.

Jesús presiente esa sonrisa, se vuelve, ve a su Mamá y corre hacia Ella con su tablita semi-emparejada y se la muestra. María la ve atentamente, y se inclina para dar un beso a Jesús. Le compone los cabellos desordenados, le seca el sudor que corre por su rostro sudado, escucha con amor a Jesús que le promete hacerle un banquito para que esté más cómoda cuando trabaje. José, derecho junto al pequeño banco, con la mano en la cintura, mira y sonríe.

Asistí a la primera lección de trabajo que recibió mi Jesús. Toda la paz de esta Familia santa está en mí.

63. “Quise observar las etapas de mi edad”

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“Se dice que José fue mi padre adoptivo. ¡Oh! ¡qué no me hubiera dado! Se hizo pedazos en el trabajo para darme un pan y consuelos y tuvo un corazón maternal. De él aprendí —y nunca discípulo alguno ha tenido semejante maestro— todo lo que hace de un niño un hombre, y un hombre que debe ganarse el pan.

Si mi inteligencia de Hijo de Dios era perfecta, es necesario reflexionar y creer que quise observar las etapas de mi edad. Por esto, humillando mi perfección intelectual de Dios al nivel de una perfección intelectual humana, me sujeté¹ a tener como maestro a un hombre, y a tener necesidad de quien me enseñase. Si después aprendí rápidamente y con gusto, eso no me resta ningún mérito de haberme sujetado a un hombre, al hombre justo que llenó mi pequeña inteligencia con las nociones necesarias de la vida.

Las queridas horas pasadas al lado de José, que como si se tratase de juego, me hizo capaz de trabajar, no las olvido ni siquiera ahora que estoy en el cielo. Y cuando miro a mi padre putativo, vuelvo a ver el pequeño huerto, el taller ahumado, y me parece ver asomarse a mi Mamá con su sonrisa que llenaba de oro el lugar y nos hacía felices.

¡Cuánto debían aprender las familias de estos perfectos Esposos que se amaron como ningún otro!

José era la cabeza. Su autoridad familiar era indiscutible. Ante ella reverente se inclinaba la de la Esposa y Madre de Dios y a ella se sujetaba el Hijo de Dios. Todo lo que José decidía hacerse, se aceptaba sin discusión, sin porfías, sin resistencia. Su palabra era nuestra pequeña ley. Y no obstante esto. ¡Cuánta humildad en él! Jamás abusó de su poder, ni quiso hacer algo contra la razón por ser el jefe. Su Esposa era su dulce consejera. Y si Ella en su profunda humildad se tenía por sierva de su esposo, éste sacaba de la sabiduría de la Llena de gracia, luz que sirviese de guía en todos los sucesos.

Y Yo crecía cual flor protegida por dos robustos árboles en medio de estos dos amores que se entrelazaban entre sí para protegerme y amarme.

¡No! Hasta que el tiempo en que tuve qué conocer el mundo, no extrañé el Paraíso. Dios Padre y el Espíritu Divino no estaban ausentes, porque María estaba llena de Ellos. Los ángeles allí tenían su mansión porque nada los podía alejar de ella. Y uno, podía decir, se había encarnado y era José, alma angelical, libre del peso de la carne, y sólo preocupado en servir a Dios y a su causa y amarlo como lo aman los serafines. ¡La mirada de José! Plácida y pura como la de una estrella que ignora las concupiscencias terrenas. Era nuestro descanso, nuestra fuerza.

Muchos creen que como Hombre no sufrí cuando la muerte apagó aquella mirada de santo, que velaba por nuestra casa. Como Dios y José lo sabía bien, no me dolió su partida, porque después de un poco de tiempo de estar en el Limbo le abriría las puertas del cielo, pero como Hombre lloré en la casa en que ya no estaba su amorosa presencia, lloré por el amigo muerto ¿y no iba a llorar por este santo mío, sobre cuyo pecho dormí de pequeño y que por tantos años me amó?

En fin quiero hacer notar a los padres de familia cómo José sin esos adminículos de pedagogía supo hacer de Mí un buen obrero.

Apenas llegué a la edad en que podía usar los instrumentos sin dejar que me entregase al ocio, me encaminó hacia el trabajo y utilizó mi amor por María para estimularme al trabajo. Hacer objetos que necesitaba la Mamá. De este modo se inculcaba el debido respeto que cada hijo debe tener por su respectiva mamá, y sobre esta respetuosa y amorosa palanca se apoyaba la enseñanza del futuro carpintero.

¿Dónde están las familias en que se haga que los hijos amen el trabajo como un medio de agradar a sus propios padres? Ahora los hijos son los déspotas del hogar. Crecen duros, indiferentes, malcriados para con sus padres. Los tienen por sus criados, por sus esclavos. No los aman ni tampoco ellos son amados. Porque mientras hacéis de vuestros hijos unos abusivos e iracundos, os separáis de ellos con una falta de presencia vergonzosa.

¹ Para comprender esta idea Cfr. Mc. 13, 32; Rom. 8, 3; Fil. 2, 7-8; Gal 3, 13.

Los hijos son de todos, menos de vosotros, ¡oh padres del siglo veinte! Son de la nodriza, de la profesora, del colegio, si sois ricos. Son de los compañeros, de la calle, de la escuela, si sois pobres. Pero no son vuestros. Vosotras las mamás los engendráis y basta. Vosotros, padres, hacéis lo mismo. Pero un hijo no es sólo de carne, es inteligencia, corazón, alma. Tened en cuenta que nadie mejor que un padre, o una madre tienen el deber y derecho de formar esa inteligencia, ese corazón, esa alma.

La familia existe y debe existir. No hay teoría o progreso que pueda destruir esta verdad sin acarrear la ruina. De un hogar resquebrajado no pueden salir sino futuros hombres y futuras mujeres cada vez más perversos y causa de mayores ruinas. Y en verdad os digo que sería mejor que no hubiese más matrimonios y prole sobre la tierra, que el que haya familias menos unidas de lo que no lo son las tribus de monos. Familias, donde no existe la escuela de la virtud, del trabajo, del amor, de la religión, sino que son caos en que cada uno vive para sí, como engranajes sin trabajo que terminan por hacerse pedazos.

Y así es, Así estáis viendo y soportando los frutos de este mal vuestro con que habéis despedazado vuestra vida social. Seguridad, si os place, pero no os lamentéis si esta tierra se convierte cada vez más en un infierno, en una cueva de monstruos que devoran familias y naciones. Lo quisisteis, y se haga vuestro deseo”.

64. María, maestra de Jesús, de Judas y de Santiago¹

29 octubre 1944

Veo la habitación donde se suele comer y donde María trabaja en su telar o en la costura; es la habitación contigua al taller de José, de donde sale el rumor de que está trabajando. En dicha habitación no hay más que silencio. María está cosiendo pedazos de lana que tejió sin duda, de unos cincuenta centímetros de ancho por un metro de largo, y parece que son para hacer a José un manto. De la puerta que da al jardín que al mismo tiempo es un huerto se ven sobre la valla margaritas azul-moradas que solemos llamar “Marías” o “cielo estrellado”. Su nombre técnico lo ignoro. Están en flor y por lo tanto debemos estar en otoño. Las plantas todavía conservan su verde follaje, y las abejas, que salen de dos colmenas apoyadas contra el muro, van y vienen luciendo su belleza al sol; van y vienen de la higuera a la vid, de esta al membrillo cargado con sus granadas redondas, algunas de ellas se han abierto y dejan ver sus collares de rubíes llenos de jugo, en medio de compartimentos verde-rojizos con fondo amarillo.

Debajo de los árboles Jesús está jugando con otros dos niños más o menos de la misma edad. Tienen cabello rizado, pero no son rubios. Más bien uno de ellos es realmente moreno. Su cabecita es de color negro y resalta con el color blanco de su carita redonda, en que hay dos ojos azules, que tienden a violáceo. Ojos muy hermosos. El otro tiene cabellos menos rizados y de color castaño oscuro. Sus ojos son castaños y el color de su cara es moreno, pero con matices rosados en sus mejillas. Jesús, de cabeza rubia entre estos dos morenos, parece como si un nimbo lo rodease. Están jugando con carretoncitos en los que hay... mercancías diversas: hojas, piedritas, virutas, pedacitos de palo. Juegan a mercaderes. Jesús hace compras para su Mamá, a la que le lleva ahora una cosa, ahora otra. María acepta con una sonrisa las compras.

Pero después el juego cambia. Uno de los dos niños propone: “Juguemos a salir de Egipto. Jesús será Moisés, yo Aarón y tú...María”.

“¡Pero yo soy hombre!”

“¡Qué importa! Haz lo que te digo. Tú eres María y bailarás delante del becerro de oro², que será la colmena que está allá”.

¹ Cfr. Lc. 2, 40.

² Cfr. Ex. 32.

“Yo no bailo. Soy hombre y no quiero ser mujer. Soy un fiel y no quiero bailar delante del ídolo”.

Jesús interviene: “No juguemos a esto. Juguemos a cuando Josué fue elegido sucesor de Moisés³, y así no hay ese pecado feo de idolatría y Judas estará contento de ser hombre y mi sucesor. ¿No es verdad que te gusta?”

“Sí, Jesús. Pero entonces deberás morir, porque Moisés muere poco después. Yo no quiero que mueras. Tú que me quieres mucho”.

“Todos morimos... Antes de morir bendeciré a Israel y como no hay otros más que vosotros, os bendeciré por todo Israel”.

Se acepta. Pero luego surge una dificultad, y es que si Israel, después de haber caminado tanto, conservaba todavía sus carros que tenía cuando salió de Egipto. Cada quien tiene su opinión. Se acude a María.

“Mamá, Yo digo que los israelitas conservaban todavía sus carros. Santiago dice que no. Judas no sabe a quién dar la razón. ¿Lo sabes tú?”

“Sí. Hijo. El pueblo nómada conserva todavía sus carros. En las estaciones que hacían, eran reparados. Sobre ellos subían cosas que eran necesarias para el pueblo. Menos el Arca, que se llevaba sobre los hombros”.

La dificultad es resuelta. Los niños van al fondo del huerto y de allá cantando se dirigen a la casa. Jesús viene delante y su voz argentina es un hermoso cuadro de los salmos. Detrás de Él vienen Judas y Santiago que traen una carretita cuan si fuera el Tabernáculo. Pero como deben hacer de pueblo, además de Aarón y Josué, se amarraron a los pies con sus cintas, los otros carritos y así prosiguen, serios como si fueran los verdaderos actores. Recorren todo el emparrado, pasan delante de la puerta de la habitación donde está María y Jesús dice: “Mamá, saluda al Arca que pasa”. María se levanta con una sonrisa y se inclina ante su Hijo que pasa radiante en un nimbo de sol.

Luego Jesús trepa por el lado de la colina que limita la casa, más bien el jardín, sobre la gruta; se pone de pie y habla a... Israel. Repite las órdenes y promesas de Dios, señala a Josué como el jefe, lo llama a Sí, y Judas sube a su vez. Le infunde ánimos y lo bendice. Luego se hace dar una... tablilla (es una hoja larga de higuera) y escribe el cántico y lo lee. No todo, sino una gran parte, y parece como si lo estuviese leyendo en la hoja. Luego se despide de Josué a quien abraza llorando y sube más arriba, sobre la cresta de la loma. De allá bendice a todo Israel, esto es, a los dos niños postrados en tierra, y luego se tiende sobre la corta hierba, cierra los ojos y... muere.

María, que está en la puerta sonriendo, cuando lo ve tendido y rígido grita: “¡Jesús, Jesús! ¡Levántate! ¡No estés así! ¡Mamá no quiere verte muerto!”

Jesús se yergue sonriendo y corre a Ella y la besa. Se acercan también Santiago y Judas, a los que María acaricia igualmente.

“¿Cómo se acuerda Jesús de ese cántico tan largo y difícil y de todas esas bendiciones?” pregunta Santiago.

María sonríe y sencillamente responde: “Tiene una buena memoria y está muy atento cuando leo”.

“Yo en la escuela lo estoy, pero luego me viene el sueño con todos esos lamentos... ¿Podré aprenderlo alguna vez?”

“Lo aprenderás. Tranquilízate”.

Tocan a la puerta. José ligero atraviesa el huertecillo y la habitación y abre.

“¡La paz sea con vosotros Alfeo y María!”

“Y también con vosotros, lo mismo que las bendiciones”.

Es el hermano de José con su mujer. En la calle está parado un carro tirado de un fuerte asno.

“¿Tuvisteis buen viaje?”

³ Cfr. Núm 27, 12-23; Deut. 31-34

“Bueno. ¿Y los niños?”

“Están en el huerto con María”.

Los niños han corrido ya a saludar a su mamá. Viene también María, trayendo a Jesús de la mano. Las cuñadas se besan.

“¿Se ha portado bien?”

“Muy bien y son muy queridos. ¿Están bien todos nuestros parientes?”

“Todos. Os mandan sus saludos y de Caná os mandan muchos regalos. Uvas, manzanas, quesos, huevos, miel. Y... ¡José! Encontré lo que querías para Jesús. Está en el carro, en la canasta redonda.” La mujer de Alfeo ríe. Se inclina sobre Jesús que la mira con los ojos abiertos, los besa y dice: “¡A que no adivinas qué te traje!”

Jesús piensa, pero no da. Pienso que lo hace a propósito para que José se alegre con la sorpresa. Y así es. José entra trayendo un cesto redondo. Lo pone en el suelo ante Jesús, desata el lazo que tiene en la cubierta, lo levanta... y aparece una ovejita blanquísima, una espuma de lana que está durmiendo entre la limpia paja.

Jesús da un “Oh” de sorpresa y de gusto y hace intentos de echarse sobre el animalito, pero luego se vuelve y corre a donde está José, todavía inclinado sobre el suelo, lo abraza y lo besa dándole las gracias.

Los primitos miran con gusto el pequeño animal, que ya se despertó y que levanta su trompita y bala en busca de la madre. La sacan fuera del cesto, le ofrecen un manojo de tréboles. Se los come mirando a su alrededor con sus mansos ojitos.

Jesús sigue diciendo: “¡Para Mí! ¡Para Mí! ¡Papá, gracias!”

“¿Te gusta?”

“Sí, mucho. Blanca, limpia... una ovejita... ¡oh!” Le echa los brazos, reclina su rubia cabeza sobre ella y se está así, feliz.

“También a vosotros os hemos traído dos” dice Alfeo a sus hijos. “Pero son de color negro. No sois tan ordenados como Jesús y hubierais hecho a vuestras ovejas sucias, si fuesen blancas. Serán vuestra grey. Las tendréis con vosotros y así no estaréis de callejeros, vosotros dos pilletes, ni echando pedradas.

Los niños corren al carro y miran las otras dos ovejitas, más negras que blancas.

Jesús se ha quedado con la suya. La lleva al jardín, le ofrece de beber, y el animalito lo sigue como si siempre lo hubiera conocido. Jesús la llama. Le pone el nombre de “nieves” y ella responde con su balido.

Los huéspedes están sentados a la mesa. María les ofrece pan, aceitunas y queso. Pone también una jarra con sidra o agua de miel, no lo sé: veo que es de un color café claro. Hablan entre sí, mientras los niños juegan con las tres ovejitas que quiso Jesús que estuviesen juntas para darles a las otras dos a beber y ponerles nombre. “La tuya, Judas, se llamará “estrella” porque tiene esa señal sobre la frente. Y la tuya, “flama” porque tiene color de fuego de brezos marchitos”.

“Aceptado”.

Los adultos están conversando. Habla Alfeo y dice: “Espero haber resuelto de este modo los pleitos de muchachos. Fue tu idea José, la que me iluminó. Dije: “Mi hermano quiere una ovejita para Jesús, para que juegue un poco. Yo compraré dos para los míos, para que estén un poco quietos y no tenga ya más dificultades con los demás de la familia porque alguien les pegó en la cabeza o en las piernas. Un poco a la escuela y un poco a las ovejas. De este modo los tendré sosegados”. Este año tendrás que enviar también a Jesús a la escuela. Ya es tiempo”.

“No mandaré nunca a Jesús a la escuela” dice María resueltamente. Es increíble oírla hablar de ese modo, y hablar antes de José.

“¿Por qué? El Niño debe aprender para que pueda, cuando llegue su tiempo, sostener el examen de uno que ha llegado a mayor de edad...”

“Lo hará. Pero no irá a la escuela. Está decidido”.

“Serás la única de Israel que obre de ese modo”.

“Lo seré. Pero así se hará. ¿No es verdad, José?”

“Es verdad. No hay necesidad de que Jesús vaya a una escuela. María fue educada en el Templo, y es una doctora en el conocimiento de la Ley. Será su maestra. También así yo lo quiero”.

“Así echáis a perder al Muchacho”.

“No puedes afirmarlo. Es el mejor de Nazaret. ¿Lo has oído alguna vez llorar, hacer berrinches, no obedecer, faltar al respeto?”.

Eso no. Pero lo hará si continuas consintiéndolo”.

“Tener los hijos cerca de sí, no es echarlos a perder, antes bien es amarlos con buen modo y buen corazón. De este modo amamos a nuestro Jesús, y como María es más instruida que el maestro, Ella será la maestra de Jesús.

“Cuando crezca tu Jesús, será una mujercilla que tiemble ante una mosca”.

“No. María es una mujer de valor y lo educará virilmente. Yo tampoco soy un cobarde, y he dado muestras de valor. Jesús no tiene defectos físicos ni morales. Crecerá, pues, recto y fuerte en su cuerpo y en su espíritu. Puedes estar seguro de ello, Alfeo. No desacreditará a la familia. Por otra parte así se ha decidido, y así se hará”.

“Lo decidió María, pues tú...”

“Y aunque lo hubiese decidido Ella ¡qué importa! ¿No acaso está bien que dos que se aman, tengan el mismo modo de pensar y de querer, porque mutuamente se comprenden? Si María quisiera hacer algo que no está bien, le diría: “No”. Al contrario, pide cosas muy en razón, y yo las apruebo, y hago como si fueran mías. Nos seguimos queriendo, como en el primer día... y así lo seguiremos haciendo hasta el último de nuestra vida. ¿No es verdad María?”

“Lo es, José. Y ojalá no suceda, pero si sucediese que uno muriera antes que el otro, nos seguiremos amando”.

José acaricia la cabeza a María como si fuese su hija, y Ella lo mira con sus ojos serenos y llenos de cariño.

La cuñada interviene: “Tenéis toda la razón. ¡Si yo pudiese enseñar! En la escuela aprenden el bien y el mal nuestros hijos. En casa sólo el bien. No comprendo.... Si María...”

“¿Qué quieres, cuñada? Dilo francamente. Sabes que te amo y cualquier cosa que te gusta, me alegra”.

“Quería decir... Santiago y Judas son un poco mayores que Jesús. Están yendo a la escuela... ¡pero para lo que aprenden!... Jesús sabe muy bien lo de la Ley... Quisiera... que si pudieran estar contigo, cuando enseñas a Jesús. Creo que aprenderán mejor y serán mejores. Por otra parte son primos, y no está mal que se quieran entre sí... ¡Estaría yo muy contenta!”.

“Si José quiere, y también tu marido, lo haré con gusto. Me da lo mismo hablar para uno, que para tres. Repasar toda la Escritura es una gran satisfacción. Pueden venir”.

Los tres niños que habían entrado muy despacio, oyen y esperan la respuesta.

“Te harán perder la paciencia. ¡María!” dice Alfeo.

“¡No!. Conmigo siempre se portan bien. ¿No es verdad que os portaréis bien, si os enseño?”

Los dos corren, uno a la derecha y el otro a la izquierda, recargan sus bracitos y cabecitas sobre su espalda y prometen *todo*.

“Déjalos que hagan la prueba, Alfeo, y permítemelo. Pienso que no te va a disgustar nunca eso. Cada día vendrán después del mediodía. Será más que suficiente. Créeme. Conozco el arte de enseñar sin cansar. Los niños están quietos y se recrearán al mismo tiempo. Hay que comprenderlos, amarlos y hacer que lo amen a uno, para conseguir algo de ellos. Vosotros me queréis ¿no es verdad?”

Dos besos son la respuesta.

“¿Lo estás viendo?”

“Lo veo. No tengo más que decirte “gracias”. Y ¿qué dirá Jesús al ver a su Madre entretenida con otros? ¿Qué dices Jesús?”.

“Por mi parte digo: “Bienaventurados los que se acercan a escucharla y se quedan con Ella para oírla”⁴. Así como son bienaventurados los que buscan la Sabiduría, de igual modo lo es el que es amigo de mi Madre. Yo me siento feliz de que quienes amo, la amen también a Ella”.

“Pero ¿quién es el que pone en los labios de este Niño tales palabras?” pregunta Alfeo sorprendido.

“Nadie, hermano. Nadie que sea de este mundo...”

La visión termina aquí.

Dice Jesús:

“Y María fue mi maestra, y maestra también se Santiago y Judas. Por esto nos amamos como hermanos, además del parentesco, porque juntos crecimos y juntos aprendimos, como si hubiéramos sido tres ramas de un solo tronco. Mi Madre. No hubo igual a Ella en Israel. Trono de Sabiduría y de la verdadera sabiduría, nos enseñó para el mundo y para el cielo. Digo: “Nos enseñó” porque Yo fui su alumno como lo fueron mis primos. Dios mantuvo su “secreto” contra la perspicacia de Satanás, porque siempre se guardó bajo la apariencia de una vida común y corriente”.

65. Los vestidos de Jesús para cuando sea mayor de edad

19 diciembre 1944

Veo a María inclinada sobre una batea, mejor dicho, sobre una concha de tierra cocida, y que pone algo que saca como humo en el frío y sereno aire que llena el huerto de nazaret.

Estamos en invierno. Los árboles, menos los olivos, están desnudos de follaje. Arriba, un firmamento limpiísimo y un radiante sol. El cierzo que sacude las ramas sin hojas y las verdes de los olivos, no templará el ambiente.

La Virgen trae vestido grueso de color café oscuro, y delantal. Saca de la tinaja el palo con que movía lo que había adentro. Veo que gotea algo de color bermellón. María lo mira. Pone su dedo entre las gotas que caen, y prueba el color en su delantal. Parece que está contenta con ello.

Entra en la habitación y sale trayendo madejas de lana blanquísima. Las mete una por una en la batea con mucho cuidado.

Mientras está haciendo esto, llega su cuñada, María de Alfeo, que viene del taller de José. Se saludan. Conversan.

“¿Sale bien?” pregunta María de Alfeo.

“Así lo espero”.

“La pagana aquella me aseguró que es la tinta y el modo que emplean en Roma. Me lo dijo y me la dio porque se trata de ti, y porque has hecho trabajos semejantes. Me dijo que ni siquiera en Roma hay quien borde como tú. Habrás puesto todo el cuidado en hacer tus labores...”

María sonríe y mueve su cabeza como si dijese: “¡No es nada!”

La cuñada antes de entregar las últimas madejas, la mira. “¡Qué bien las tejiste! Parecen cabellos por lo fino y por lo igual. Todo lo haces bien... y ¡con rapidez! ¿Estas serán menos oscuras o no?”

“Sí. Para el vestido. El manto tiene un color más oscuro”.

Las dos mujeres trabajan juntas en la batea. Sacan las madejas que tienen un color de púrpura y corren a meterlas dentro del agua helada del estanque, del delgado chorro que con notas risueñas cae. Enjuagan una y otra vez. Después sobre las cañas extienden las madejas, y las amarran entre las ramas de los árboles.

“Con este aire pronto se secarán” dice la cuñada.

⁴ Cfr. Prov. 8, 34.

“Vamos a ver a José. Hay fuego. Estarás muerta de frío” dice María. “Mucho me ayudaste. Terminé todo y sin trabajo. ¡Gracias!”

“¡Oh, María! ¡Qué cosa no haría por ti! Es una alegría estar cerca de ti... y además... es para Jesús. ¡Cuán bueno es tu hijo!... Quiero también ser su mamá, al hacer lo mismo, para cuando cumpla su mayoría de edad”.

Las dos mujeres entran en el taller, que huele a un lugar de carpinteros.

La visión se detiene por un momento...

...para continuar cuando parten para Jerusalén, cuando Jesús tiene 12 años. Es muy bello, y muy desarrollado de manera que parece como si fuera hermano menor de la Virgen. Le llega a los hombros. Su cabellera no es corta, como cuando pequeño, sino larga hasta más debajo de las orejas. Da la impresión de un casco semioscuro labrado en oro.

Su vestido es de color rojo. Un rojo rubí-claro. Le llega hasta los tobillos de modo que apenas se ven los pies calzados con sandalias. El vestido está suelto. Sus mangas son largas y anchas. En el borde del cuello, como en el de las mangas se ven adornos muy bellos...

66. Parten de Nazaret. Jesús ha llegado a ser mayor de edad

20 diciembre 1944

Veo entrar a Jesús con la Virgen, a lo que pudiéramos llamar, el comedor.

Jesús es un hermoso jovencito de doce años. Alto, fornido, sin ser gordo. Parece de mayor edad de lo que es, tal vez por su complexión. Es alto, y llega a los hombros de su Madre. Todavía tiene el rostro redondo y rosado de cuando era pequeño, rostro que después en la juventud y cuando llegará a la edad madura, se alargará y tomará un color, que no es color, de cierto alabastro de color amarillo-rosa.

Sus ojos todavía son los de un niño. Grandes, abiertos, en los que brilla una centella de alegría que se pierde en su modo de mirar tranquilo. *Después* no estarán ya más abiertos... Sus párpados se cerrarán hasta la mitad para ocultarle el mal que hay en el mundo, a Él que es el Puro y el Santo. Solo cuando llegue la hora de hacer milagros se abrirán y brillarán más que ahora... o bien para arrojar los demonios y la muerte como cuando cure a enfermos y pecadores. Pero no tendrán esa centella de alegría mezclada con la seriedad... La muerte y el pecado estarán cada vez más cerca, y con ellos el conocimiento, también humano, de lo útil del sacrificio por voluntad propia del hombre. En muy raros momentos de alegría, cuando esté con los redimidos y sobre todo con los puros, como son los niños en general volverán a resplandecer de gozo estos ojos santos y buenos.

Ahora está con su Mamá, en su casa, y en frente de Él está san José que le sonríe amorosamente y también están sus primos que lo admiran como también María de Alfeo que lo acaricia... Está feliz. Tiene necesidad de amor mi Jesús, para ser feliz y en este momento lo tiene.

Su vestido le cae suelto hasta abajo. Es de color rubí claro. Su tejido es perfecto. En el cuello por delante, y abajo en las manos anchas y largas, hasta abajo, apenas viéndose los pies calzados con sandalias nuevas, sin las acostumbradas correas –hay un adorno, que no está bordado sino tejido con hilo más oscuro sobre el color rubí del vestido. Probablemente la hizo su Madre, porque la cuñada la admira y la alaba. Los cabellos rubios son más abundantes de lo que eran cuando pequeño y le llegan hasta las orejas. No son más los cabellos rizados y húmedos de la niñez. Tampoco es la cabellera ondulada y larga hasta los hombros de cuando sea grande, sin embargo su color poco a poco se va haciendo un poco oscura.

“Mira a nuestro Hijo”, dice María levantando su mano derecha en la que está la izquierda de Jesús. Parece como si lo presentara a toda la familia y confirmase la paternidad del Justo que sonríe. Añade: “Bendícelo, José, antes de ir a Jerusalén. No hubo necesidad de la bendición ritual para ir a la escuela, primer paso en la vida; pero ahora que va al templo para ser declarado mayor de edad, hazlo. Y con Él bendíceme a mí también. Tu bendición... (María

lanza un suspiro reprimido) lo fortificará a Él y me dará fuerzas para separarlo de mí un poco más...”

“María, Jesús siempre es tuyo. Las palabras que diga el sacerdote, no romperán nuestras mutuas relaciones. Tampoco te disputaré a este Hijo nuestro tan querido. ¡Nadie mejor que tú, merece guiarlo en la vida, María!”

María se inclina, toma la mano de José y la besa. Es la esposa respetuosa y cariñosa para con su marido.

José acoge esta señal de respeto y de amor con dignidad. Luego levanta la mano que le besó la Virgen, la pone sobre su cabeza y le dice; “Sí. Te bendigo. ¡Oh bendita! Y a Jesús contigo. Venid, vosotros que sois mis joyeles, mi gloria, mi vida”. José es majestuoso. Con los brazos extendidos y con las palabras vueltas hacia las dos cabezas inclinadas, rubias y santas, pronuncia la bendición: “El Señor os guarde y os bendiga. Tenga misericordia de vosotros y os dé paz. El Señor os dé su bendición”. Y luego añade: “Ahora Vámonos. Es el momento oportuno para partir”.

María toma un ancho paño de color granada oscuro y lo pone sobre su Hijo. ¡Cuán delicada es al hacerlo!

Salen. Cierra. Se ponen en camino. Otros peregrinos van hacia el mismo lugar. Fuera del poblado las mujeres se separan de los hombres. Los niños van con quien quieren. Jesús va con su Madre.

Los peregrinos van cantando casi siempre salmos por las bellas campiñas en estos días de hermosa primavera. La pradera es fresca, y fresca respiran las ramas de los árboles. Se oyen los cantares de los hombres por los campos y con los cantares se mezclan los trinos de los pajarillos. Arroyos claros que hacen de espejo a las flores, corderitos que van saltando junto a sus madres... Paz y alegría bajo el cielo más hermoso de abril.

La visión termina de este modo.

67. Jesús y su examen en el templo¹

21 diciembre 1944

El templo está como suele estarlo en los días de fiesta. Gente que entra y sale por las puertas de la muralla, que atraviesa patios y pórticos, que desaparece en este o aquel lugar de la gigantesca construcción.

Entra también cantando salmos la comitiva de la familia de Jesús. Primero los hombres, luego las mujeres. A ella se han unido otras tal vez de Nazaret, tal vez amigos de Jerusalén. No lo sé.

José se separa, después de haber adorado con los demás al Altísimo desde el lugar en que, se comprende, podían hacerlo los varones (las mujeres se han quedado atrás) y con su Hijo atraviesa, vuelve a atravesar los patios, luego da vuelta por una parte y entra en una amplia habitación que tiene la forma de sinagoga. No sé cómo puede ser. ¿Había también en el templo sinagogas?² Habla con un levita que desaparece detrás de una cortina con pliegues, y regresa con dos sacerdotes de edad, creo que lo son; en todo caso son expertos en el conocimiento de la Ley y tienen por oficio examinar a los fieles.

José presenta a Jesús. Primero se inclinaron profundamente ante los diez doctores, que con toda dignidad se han sentado sobre bancos de madera.

“Aquí está mi Hijo” dice. “Hace tres lunas y 12 días se ha cumplido el tiempo que la Ley exige para ser mayor de edad. Quiero que lo sea según el orden de la Ley³. Ved por su

¹ Cfr. Lc. 2, 42.

² La misma escritora dice en nota correspondiente: “Al punto comprendí que a los lados de los patios había habitaciones donde enseñaban los rabinos cuando el día era malo, y había estantes para los rollos, tribunas y velas colocadas en forma de triángulo”.

³ Cfr. Deum. 16, 16; Ex 12, 24.

compleción no es ya un niño. Os ruego que lo examinéis con benevolencia y así podáis juzgar que cuanto yo su padre, he dicho, es verdad. Lo he preparado para este examen y para esta dignidad suya de hijo de la Ley. Él conoce los preceptos, tradiciones, decisiones, costumbres de los bordes y filacterias⁴, sabe recitar las oraciones y bendiciones diarias. Puede comportarse como un varón, pues conoce la ley en sí misma y en sus tres formas de Halascia, Midrash y Aggada⁵ por tal motivo deseo verme libre de la responsabilidad de sus acciones y de sus pecados⁶ de ahora en adelante se sujete a los mandamientos y pague por sus faltas contra ellos. Examinadlo”.

“Lo haremos. Acércate muchacho. ¿Cómo te llamas?

“Jesús, hijo de José de Nazaret”.

“Nazareno... ¿Sabes leer?”

¡Sí, rabí. Sé leer las palabras escritas y las que se esconden en las mismas palabras”.

“¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir que comprendo también el significado de la alegoría o símbolo que se oculta: algo como la perla no se ve si no en la concha fea y cerrada”.

“Respuesta no común e inteligente. Rara vez se oyen estas palabras en labios de adultos; y menos en un niño y por añadidura ¡nazareno!...”

Los diez han comenzado a poner más atención. Sus ojos no dejan de ver al rubio adolescente que los mira con franqueza, pero sin descaro, ni temor.

“Honras a tu maestro que debe ser muy docto”.

“La Sabiduría de Dios se ha depositado en su corazón de justo”.

“¡Pero escuchad! Feliz tú, que eres padre de un tal Hijo”.

José que está en el fondo de la sala, sonríe y se inclina.

Dan a Jesús tres rollos: “Lee el que está envuelto en una cinta dorada”.

Jesús abre el rollo y lee. Es el decálogo⁷. Después de las primeras palabras, uno de los jueces le quita el rollo y le dice: “Continúa sin ver”.

Jesús lo dice tan seguro como si estuviera leyendo. Cada vez que nombra al Señor, se inclina profundamente.

“¿Quién te ha enseñado esto? ¿Por qué lo haces?”

“Porque santo es su Nombre y debe pronunciarse con reverencia externa e interna. Ante el rey, polvo como es, se inclinan sus súbditos. ¿No deberá acaso inclinarse toda criatura ante el Rey Altísimo, Señor de Israel, que está presente aunque visible sólo al alma, en reconocimiento de que es súbdita suya?

“¡Bravo, hombre! Te aconsejamos que Hilel o Gamaliel instruyan a tu Hijo. Es nazareno... pero sus respuestas son presagio de un gran doctor”.

“Mi hijo es mayor de edad. Obrará según le plazca. Si se tratare de algo honesto, no se lo impediré”.

“¡Escucha muchacho! Dijiste: “Acuérdate de santificar las fiestas, y no sólo tú, sino tu hijo e hija, tu siervo y sierva, hasta el mismo asno no deben trabajar en el sábado”. Así pues, dime: si una gallina pone un huevo en el sábado o una oveja pare, ¿será lícito tomar lo que han dado, o bien considerarlo como algo malo?”

“Sé que muchos rabinos, entre ellos Schiammai dicen que el huevo puesto en sábado es contrario al precepto; pero Yo pienso que una cosa es el hombre y otra el animal o quien hace cosas propias del animal, por ejemplo, dar a luz. Si obligo a trabajar a un burro, cometo igual pecado que él, porque con mi fuerza lo obligo a trabajar; pero si una gallina pone un huevo o

⁴ Cfr. Ex. 13, 9; Núm. 15, 37-40; Deum. 6, 6-8; 11, 18; Mt. 9, 20; 23, 5.

⁵ Esto es los comentarios rabínicos sobre la Biblia. Véase por ejemplo: Sab. 16-19

⁶ La Escritora añade una nota que dice que es de Jesús: “No había llegado la hora de que se le conociese. Para desorientar a Satanás y a sus instrumentos. José responde como habría respondido cualquier judío al tratarse de su hijo”.

⁷ Cfr. Ex. 20, 1-17.

una oveja pare su cordero en día sábado, porque así debe ser, esto no es pecado ni ante los ojos de Dios, y el huevo y el cordero no pueden ser considerados pecado, aunque hayan venido en día sábado”.

“¿Cómo puede ser esto, si todo lo que se hace en sábado es malo?”

“Porque concebir y dar a luz está sujeto a la voluntad del Creador y está regulado por leyes que Él ha impuesto. La gallina no hace otra cosa que obedecer la ley que dice que después de que el huevo se ha formado, debe ser puesto; y la oveja también no hace más que obedecer a las leyes que el Creador de todo puso, y que determinó que dos veces al año, cuando la primavera se pasea por los prados en flor, y cuando los bosques se despojan de su vestidura y el hielo tortura el pecho del hombre, las ovejas deben aparejarse, para que a determinado tiempo produzcan leche, carne y ricos quesos, en los meses en que realmente se tiene necesidad de estas cosas. Así pues, si una oveja, llegada su hora pare su fruto bien puede tenerse como sagrada y ofrecerse ante el altar, porque es un fruto de obediencia al Creador”.

“No quisiera seguirlo examinando. Su sabiduría supera a las inteligencias adultas y deja a uno admirado”.

“Yo no. Dijo que es capaz de comprender hasta los símbolos. Preguntémosle”.

“Primero que diga un salmo, las bendiciones y las oraciones”.

“También los preceptos”.

“Está bien. Oye, di los midrasciotes”.

Jesús recita una letanía de “no hacer esto... no hacer aquello...” Si tuviéramos que hacer todo esto nosotros que somos tan rebeldes, le aseguro que nadie saldría con bien...

“Basta. Desenrolla el royo que tiene la cinta verde”.

Jesús desenrolla y empieza a leer.

“Más adelante, un poco más”.

Jesús obedece.

“Basta. Lee y explica si te parece que hay algún símbolo”.

Raramente deja de haber en la palabra santa. Somos nosotros que la ignoramos. Voy a leer: cuarto libro de los Reyes, cap. 22, vers. 10: “Safán, escriba, que hablaba al rey, añadió: “El Sumo Sacerdote Elcías me ha dado un libro”. Al haberlo leído Safán ante la presencia del rey, éste, después de haber oído las palabras de la Ley del Señor, se rasgó las vestiduras y después dio...”.

“Omíte los nombres”.

“... esta orden:: “Id a consultar al Señor por mí, por el pueblo, por toda Judá, respecto a las palabras de este libro que se ha encontrado, porque Dios se ha irritado mucho contra nosotros, porque nuestros padres no escucharon las palabras de este libro, ni siguieron sus órdenes”...”

“Basta. Hace siglos que sucedió esto. ¿Qué símbolos encuentras en un hecho referido, en una antigua crónica?”

“Encuentro que no hay tiempo para lo que es eterno. Eterno es Dios y eterna nuestra alma, eternas las relaciones entre Dios y el alma. Por eso lo que atrajo el castigo de aquel entonces y lo que provoca los de ahora son la misma cosa, como iguales son los efectos de la culpa”.

“¿Esto es?”

“Israel no conoce más la Sabiduría que viene de Dios. A Dios hay que pedirle la luz y no a nosotros pobres hombres, y esta luz no se obtiene sino con la justicia y fidelidad para con Él. Por esta razón se peca, y Dios en su ira castiga”. ¿Qué no conocemos más? Pero ¡qué estás diciendo, muchacho! ¿Y los seiscientos trece preceptos?”

“Los preceptos existen, pero son palabras. Los conocemos, pero no los practicamos, por lo tanto *no conocemos*. El símbolo es este: cada hombre en todas las ocasiones de su vida tiene necesidad de consultar al Señor para conocer su Voluntad, y obrar según ella, para no atraerse su ira”.

“El muchacho tiene toda la razón; ni siquiera con la engañifa perdió la serenidad. Que se le lleve a la verdadera sinagoga”.

Pasan a una sala ancha bien adornada. Aquí se le cortan los cabellos. José recoge los rizos. Después le aprietan el vestido rojo con una larga faja que le da varias vueltas a la cintura, le ponen las tiras sobre la frente, en el brazo y en el manto. Se las fijan con una especie de chapitas. Luego entonan unos salmos y José recita una larga oración al Señor e invoca todo bien para su Hijo.

La ceremonia termina. Jesús sale con José. Vuelven al lugar donde habían estado antes, se reúnen con sus familiares varones y ofrecen un cordero; luego con la víctima degollada, se acercan a donde están las mujeres.

María besa a su Jesús. Parece como si hubieran pasado muchos años que no lo viera. Lo mira. Es un hombre por el vestido y cabellos; lo acaricia...

Salen y todo termina.

68. Jesús con los doctores en el Templo¹

28 y 29 enero 1944

Veo a Jesús. Es ya un adolescente. Su túnica me parece que sea de blanco lino, que le llega hasta los pies. Sobre ella trae una especie de tela color rojo pálido. Sobre la cabeza no trae nada. Sus cabellos le llegan hasta la mitad de las orejas, mucho más oscuros de cuando lo vi cuando era un infante. Es un jovencito robusto y muy alto para su edad, su rostro parece muy delicado.

Me mira y me sonrío tendiéndome las manos. Su sonrisa es como la que veo cuando ha llegado a ser adulto: dulce, pero seria. Está solo. No veo ninguna otra cosa. Está apoyado sobre una valla de una callejuela de subidas y bajadas, llena de piedras y con un hoyo en el medio, que cuando es tiempo de agua, se transforma en charco. Ahora está seco, porque el día es sereno.

Me parece como si también yo me acercase a la valla, y que mire yo alrededor y hacia abajo como hace Jesús. Veo un montón de casas. Un conglomerado sin orden. Hay casa altas, otras bajas, pero sin plan fijo. Si la comparación que voy a proponer fuese correcta, parecen un conjunto de guijarros arrojados sobre el suelo. Las calles y callejuelas parecen venas de color blanco. En algunos lugares se ve que cerca de las paredes crecen árboles. Muchos están floreciendo, otros cubiertos de hojas nuevas. Debe ser primavera.

A mi izquierda, se ve un conglomerado, con tres clases de terrazas sobrepuestas por construcciones y también torres, y patios y pórticos, en el centro de los cuales se levanta muy en alto una que es majestuosa, muy ricamente fabricada con una cúpula redonda, que resplandece al sol y las demás como si estuviesen cubiertas de oro. Todo el conjunto está rodeado por una muralla almenada. Sus murallas parecen tener la forma de M. Una torre más alta que las demás se yergue en una calle más bien estrecha y de subida y que domina el vasto conglomerado. Parece un centinela.

Jesús está mirando fijamente este lugar. Luego se voltea, apoyando su espalda contra la valla como estaba antes, y mira un montecillo que está en frente del conglomerado. En el montecillo hay casas hasta su falda. Después no se ve ninguna otra construcción. Veo que allí termina una calle hecha con lozas cuadrangulares e irregulares y separadas entre sí. No son muy grandes como las lozas de los caminos consulares romanos; parecen más bien las acostumbradas piedras en las calles de Viareggio (no sé si todavía existan), pero puestas sin orden. Una callejuela. El rostro de Jesús se torna serio, tanto que también yo me pongo a mirar el montecillo, causa de su tristeza, pero no veo nada especial. Es sólo un monte desnudo y no más. Si embargo pierdo a Jesús de vista, porque cuando volteo, ya no está más. Me lleno de asombro con esta visión.

...Cuando me despierto con el recuerdo de ella, después que he recobrado un poco mis fuerzas y tranquilidad, porque todos están durmiendo, me encuentro en un lugar que nunca he

¹ Cfr. Lc. 2, 46-51.

visto. Hay patios y fuentes y pórticos y casas, esto es, pabellones o tiendas porque tienen más bien las características de estas que de casas. Hay mucha gente vestida según la usanza hebrea y se oye mucho alboroto. Al mirar a mi alrededor caigo en la cuenta que era el aglomerado que Jesús miraba, porque veo la muralla que lo rodea, la torre que hace guardia y la gigantesca construcción que se yergue en el centro y a cuyo alrededor se estrechan los pórticos muy hermosos y amplios, bajo los cuales hay mucha gente que mira ya una cosa, ya otra.

Comprendo encontrarme dentro del Templo de Jerusalén. Veo a fariseos con sus largos y ondeantes vestidos, a sacerdotes vestidos de lino y con una placa preciosa sobre el pecho y la frente. Los vestidos son amplios y pomposos, ligados en la cintura con una faja preciosa. Se ven otros que no traen vestidos tan ricos, pero deben pertenecer a la casta sacerdotal y a quienes rodean discípulos más jóvenes. Comprendo que son los doctores de la Ley.

Me encuentro perdida en medio de todos estos personajes, y no sé qué hacer. Me acerco al grupo de los doctores donde se ha trabado una disputa teológica. Mucha gente hace lo mismo.

Entre los “doctores” hay un grupo que capitanea un hombre llamado Gamaliel y otro que es ya viejo, y casi ciego a quien ayuda Gamaliel en la disputa.

El personaje llamado Hilel (la *h* es aspirada) parece ser maestro o pariente de Gamaliel, porque lo trata con confianza y con respeto al mismo tiempo. El grupo de Gamaliel tiene puntos de vista más amplios mientras el otro grupo, y es más numeroso, tiene como jefe a uno que llaman Sciammai, hombre de una intransigencia odiosa de lo que en los evangelios tenemos huellas².

Gamaliel, a quien rodea un nutrido grupo de discípulos, está hablando de la venida del Mesías y apoyándose en la profecía de Daniel³, sostiene que debe de haber nacido ya, porque hace unos diez años que las setenta semanas profetizadas se han cumplido, desde que se promulgó el decreto de la reconstrucción del templo. Sciammai lo contradice, diciendo que si es verdad que el templo ha sido ya reedificado, también es verdad que la esclavitud de Israel es mayor y que la paz que debería traer, al que los Profetas llaman “Príncipe de la Paz”⁴, no sólo no existe en el mundo, pero ni siquiera en Jerusalén, a quien oprime un enemigo que se atreve a extender su dominación hasta dentro del recinto del templo, en que domina la torre Antonia llena de legionarios romanos, prontos a anegar en sangre cualquier intento de independencia.

La disputa, llena de cavilaciones, tiene trazas de seguir adelante. Cada maestro hace ostentación de erudición no tanto porque quiera convencer al rival, cuanto por atraerse la admiración de los oyentes. Es claro que esto es su objetivo.

Del grupo tupido de fieles se oye la voz de una adolescente: “Gamaliel tiene razón”.

Movimiento de gente y del grupo de doctores, Se busca al que interrumpió la disputa, pero no es necesario seguirlo haciendo. No se esconde. Se abre paso y se acerca al grupo de los “rabinos”. Reconozco a Jesús. Se nota en Él la seguridad y el aplomo con sus ojos que centellean inteligencia.

“¿Quién eres?” le preguntan.

“Un hijo de Israel que vino a cumplir con lo que la Ley prescribe”.

La respuesta intrépida y sin titubeos se atrae sonrisas de aprobación y de benevolencia. Todos ponen sus ojos en el adolescente israelita.

“¿Cómo te llamas?”

“Jesús de Nazaret”.

La benevolencia se hiela en el grupo de Sciammai. Pero Gamaliel. Que con respeto dice al anciano: “Pregúntale algo”.

² Cfr. Por ej. Mt. 9, 1-17; 12, 1-14; 22-32; 38-39; 15, 1-9; 16, 1-4; 19, 1-9; 21, 23-27; 22, 15-22, etc. Cfr. Los lugares paralelos en Mc y Lc.; en cuanto al cuarto Ev. Cfr. 5, 9-18; 8, 2-11; 9, 1-41; 11, 45-54, etc.

³ Cfr. Dan. 9.

⁴ Cfr. Is. 9, 5-6.

“¿Sobre qué cosa apoyas tu aplomo?” Pregunta Hilel (pongo al principio los nombres para ser más breve y para que sea más claro el diálogo).

JESÚS: “En la profecía que no puede equivocarse del tiempo, ni de las señales que la acompañaron cuando se cumplió. Es verdad que César nos domina; pero el mundo estaba en paz y muy tranquila Palestina cuando se cumplieron las setenta semanas, de modo que pudo Cesar ordenar el censo en sus dominios. No lo hubiera podido haber hecho si hubiera habido guerra en el imperio o rebeliones en Palestina. Como se cumplió aquel tiempo así ahora se está cumpliendo el otro de las sesenta y dos más una, desde la terminación del templo, para que el Mesías sea ungido y se cumpla la profecía en el pueblo que no lo quiso. ¿Podéis dudar de esto? ¿No os acordáis que Sabios del Oriente vieron la estrella y que fue a pararse en el cielo de Belén de Judá, y que las profecías y visiones, a partir de Jacob en adelante, señalan ese lugar como el destinado para que en él naciera el Mesías, hijo del hijo de Jacob a través de David que era de Belén? ¡No recordáis a Balam? “Una estrella nacerá de Jacob”⁵ Los Sabios de Oriente a quienes la pureza y la fe hacían que sus ojos y orejas estuviesen iluminados, vieron la Estrella y comprendieron su nombre: “Mesías”, y vinieron a adorar a la Luz que había bajado al mundo”.

SCIAMMAI, con la cara pálida de ira: “¿Afirmas que nació el Mesías en tiempo de la Estrella, en Belén de Efrata?”

JESÚS: “Lo afirmo”.

SCIAMMAI: “Entonces ya no existe. ¿No sabes, Muchacho, que Herodes mandó matar a todos los niños hasta la edad de dos años tanto en Belén como sus alrededores? Tú que te glorías de conocer las Escrituras, deberías saber también que: “Se ha oído un grito en lo alto...Raquel llora a sus hijos”⁶. Los valles y crestas de las colinas de Belén, que oyeron el grito de llanto de Raquel que agonizaba, quedaron regados con lágrimas que las madres derramaron sobre sus hijos muertos. Entre ellas estaba ciertamente la Madre del Mesías”.

JESÚS: “Te equivocas. El llanto de Raquel se convirtió en grito de júbilo, porque donde dio a luz al “hijo de su dolor” la nueva Raquel dio al mundo el Benjamín del Padre Celestial, el Hijo que está a su derecha, el que está destinado a reunir el pueblo de Dios bajo su cetro y a librarlo de una esclavitud mucho más dura”.

SCIAMMAI: “¿Cómo lo hará si lo mataron?”.

JESÚS: “¿No has leído lo de Elías? Fue arrebatado en un carro de fuego⁷ ¿Y no habrá podido el Señor Dios haber salvado a su Emmanuel para que fuese el Mesías de su pueblo? Él, que abrió el mar ante los ojos de Moisés para que Israel pasase a pie enjuto hacia su tierra⁸, ¿no habría podido haber mandado sus ángeles para que salvaran a su Hijo, a su Mesías, de la ferocidad de los hombres? En verdad os digo: el Mesías vive y está entre vosotros, y cuando llegue su hora se manifestará cuál poderoso es”. Jesús al decir estas palabras que subrayo, llena con su voz el ancho espacio. Sus ojos son todavía más brillantes, y con su gesto de imperio y de promesa extiende el brazo derecho, y lo baja como para jurar. Es un adolescente, pero muy majestuoso como si fuera un adulto.

HILEL: “Muchacho, ¿quién te ha enseñado estas cosas?”

JESÚS: “El Espíritu de Dios. No tengo maestro humano. Esta es la Palabra del Señor que os habla por mis labios”.

HILEL: “Acércate para que te vea, Muchacho, y mi esperanza se avive al contacto de tu fe y se ilumine mi alma ante el sol radiante de la tuya”.

Jesús se va a sentar sobre un alto banco entre Gamaliel e Hilel. Le presentan rollos para que los lea y explique. Es un examen en forma. La multitud se apiña y escucha.

⁵ Cfr. Núm. 24, 17.

⁶ Cfr. Jer. 31, 15.

⁷ Cfr. 4º Rey. 2, 11.

⁸ Cfr. Ex. 14, 15-22.

La voz juvenil de JESÚS se oye: “Consuélate. ¡oh pueblo mío! Hablad al corazón de Jerusalén, consoladla porque su esclavitud ha terminado... Se oye la voz de alguien que en el desierto grita: preparad los caminos del Señor... Entonces aparecerá la gloria del Señor”⁹

SCIAMMAI; “¿Lo ves nazareno? Aquí se habla de esclavitud terminada. Pero nunca como antes habíamos sido más esclavos. Aquí se habla de un precursor. ¿Dónde está? Disparates”.

JESÚS: “Te digo que a ti más que a muchos otros se dirige la invitación del Precursor. A ti y a tus iguales a ti; de otro modo no verás la gloria del Señor, ni comprenderás la palabras de Dios, porque la vileza del corazón, la soberbia, la falacia te impedirán ver y oír”.

SCIAMMAI: “¿Así hablas a un maestro?”.

JESÚS: “Así, y así hablaré hasta mi muerte. *Porque sobre mi ventaja personal está el interés del Señor y el amor a la Verdad de quien soy Hijo.* Y debo añadir ¡oh rabí! Que la esclavitud de la que habla el Profeta, y de la que también hablo, no es esa que crees, y tampoco la realeza no será la que te imaginas. Por los méritos del Mesías se verá libre el hombre de la esclavitud del mal que lo separa de Dios, y la señal del Mesías estará en los espíritus libres de todo yugo y hechos súbditos del reino eterno. Todas las naciones inclinarán su cabeza ¡oh estirpe de David! Ante el Retoño nacido de ti, y convertido en árbol que cubrirá toda la tierra y se yerguerá al cielo. Y en el cielo y en la tierra todos los hombres alabarán su Nombre y se arrodillarán ante el Ungido de Dios, ante el Príncipe de la paz, ante el Jefe, ante el que será el consuelo de toda alma cansada y saciará a todo el que tiene hambre, ante el Santo que hará una alianza entre la tierra y el cielo. No como la que fue estipulada con los Padres de Israel cuando Dios los sacó de Egipto¹⁰ y los trató todavía como esclavos, sino que imprimirá su paternidad celestial en el espíritu de los hombres con la gracia nuevamente infundida por los méritos del Redentor, por quien todos los hombres conocerán al Señor y el Santuario de Dios no será jamás abatido, ni destruido”.

SCIAMMAI: “No digas necedades ¡Muchacho! Acuérdate de Daniel¹¹. Él dice que después de la muerte del Mesías, el templo y la ciudad serán destruidos por un pueblo y por un jefe que vendrá. Y Tú sostienes que el Santuario de Dios no será jamás destruido! ¡Respeta a los Profetas!”

JESÚS: “En verdad te digo que hay Alguien que es más que los Profetas, y no lo conoces, ni lo conocerás porque te falta voluntad. Te aseguro que lo que dije es verdad. *El verdadero Santuario jamás será destruido.* Y como su Santificador resucitará a vida eterna, y al final de los días del mundo vivirá en el cielo”.

HILEL; “Escúchame, Muchacho. Ageo dice: “...Vendrá el Deseado de las gentes... Grande será entonces la gloria de esta casa, mayor que la que cupo en la primera”¹² ¿Se refiere al Santuario del que hablas?

JESÚS: “Sí, maestro. A él se refiere. Tu rectitud te lleva a la Luz y Yo te aseguro: cuando el sacrificio del Mesías se haya cumplido, vendrá a ti la paz, porque eres un israelita sin malicia”.

GAMALIEL; “Dime Jesús. La paz de que hablan los profetas ¿cómo puede esperarse si este pueblo será destruido en la guerra?” Habla y también dame a mí luz”.

JESÚS: “¿No recuerdas, maestro lo que dijeron los que estuvieron presentes en la noche del nacimiento del Mesías? Los ejércitos celestiales cantaron: “Paz a los hombres de buena voluntad”. Pero este pueblo no la tiene y no tendrá paz. Desconocerá a su Rey, al Justo, al Salvador, porque lo espera como si fuese un rey humano, y Él no lo es más que del corazón. No lo amará, porque el Mesías predicará al pueblo lo que a él no le gusta oír. El Mesías no derrotará a los enemigos con carros, y caballos, sino a los enemigos del alma, que tratan de¹³apoderarse del hombre, a quien creó el Señor, para hacerlo presa suya en el infierno. Y esta

⁹ Cfr. Is. 40, 1-5.

¹⁰ Cfr. Ex. 24.

¹¹ Cfr. Dan 9, 26.

¹² Cfr. Ageo 2, 8-10.

¹³ Cfr. Zac. 9, 9; Mt 21, 5; Ju 12, 15.

victoria no es la que espera Israel de Él. Vendrá, Jerusalén, tu Rey, montado sobre “la borrica y el borrico”, esto es, sobre los justos de Israel y sobre los gentiles. Y el borrico, Yo os lo digo, le será fiel, y lo seguirá delante de la borrica y crecerá en el camino de la verdad y de la vida. Israel por su mala voluntad perderá la paz y padecerá en sí, por los siglos, lo que hará sufrir a su Rey al que convertirá en el Rey de los dolores, del que habla Isaías¹⁴.

SCIAMMAI: “Tu boca conoce la leche y la blasfemia, nazareno. Responde: ¿Dónde está el Precursor? ¿Cuándo lo tendremos?”.

JESÚS: “*Él está. ¿No acaso dice Malaquías?: “Ved que envío a mi ángel a preparar delante de Mí el camino; y llegará a su templo el Dominador que buscáis y el Ángel del Testamento por quien suspiráis?”*¹⁵. Así pues, el Precursor llega un poco antes del Mesías. *Él ya está como lo está el Mesías*. Si pasasen de los años entre el que prepara los caminos del Señor y el Mesías, todos los caminos se llenarían de escombros y obstáculos. Dios sabe y ha dispuesto que el Precursor se anticipe *una hora* al Maestro. Cuando veáis a ese Precursor, podréis decir: “La misión del Mesías ha empezado”. Yo te digo a ti: Muchos ojos verán al Mesías y muchas orejas lo oirán cuando venga por estos caminos. Pero no los tuyos, ni los que sean iguales a ti. Le daréis la muerte en cambio de la vida que os trae. Pero cuanto más alto que este templo, más alto que el tabernáculo encerrado en el Santo de los Santos, más alto que la gloria que sostienen los Querubines, se siente el Redentor en su trono y en su altar, de los miles de heridas que reciba, brotarán maldiciones para los deicidas y vida para los gentiles, porque Él, ¡oh maestro que ignoras!, no será, lo repito, rey de un reino humano, sino de un Reino espiritual, y sus súbditos serán los que por su amor sepan regenerarse en el espíritu, y como Jonás¹⁶, después de haber ya nacido, renazcan en otras playas: “los de Dios, por medio de la generación espiritual que traerá el Mesías, el cual dará a la humanidad la verdadera Vida”.

SCIAMMAI Y SUS DISCÍPULOS: “¡Este nazareno es Satanás!”.

HILEL Y LOS SUYOS: “No— Este es un profeta de Dios. Quédate conmigo, Niño. Mi vejez transfundirá cuanto sabe en tu saber. Tú serás Maestro del pueblo de Dios.

JESÚS: “En verdad te digo que si muchos fuese como tú eres, vendría la salvación sobre Israel. Pero no ha llegado mi hora. A Mí me hablan voces del cielo y en la soledad las debo acoger hasta que no llegue mi hora. Entonces con los labios y con la sangre hablaré a Jerusalén, y mi suerte será la de los Profetas a quienes ella lapidó y mató. Sobre mi ser está el del Señor Dios a quien me someto cual siervo fiel para que de Mí haga el escabel de su gloria y del mundo el de los pies de su Mesías. Esperadme en mi hora. *Estas piedras volverán a oír mi voz y se estremecerán con mis últimas palabras*. Bienaventurados los que ante aquella voz habrán escuchado a Dios y creído en Él por medio de ella. A estos el Mesías dará el reino que vuestro egoísmo imagina ser humano, y no lo es, sino celestial, por lo que Yo digo: “He aquí a tu siervo Señor, que vino a hacer tu Voluntad, y muero de ansias por realizarla”.

Aquí termina la visión. El rostro de Jesús está inflamado de un ardor espiritual y levantado en alto, con los brazos abiertos, de pie entre los doctores admirados.

69. Dolor de María cuando perdió a Jesús

23 febrero 1944

Dice Jesús:

“Mira la angustia de María cuando, reunidos los grupos de hombres y mujeres, vio que no estaba Yo con José. No levanta su voz ni lanza reproches al esposo. Las mujeres lo hubieran hecho. Lo hacéis por cosas de menor importancia, olvidando que el marido siempre es la cabeza del hogar.

¹⁴ Cfr. Is 42, 13; 43, 12.

¹⁵ Cfr. Mal 3, 1.

¹⁶ Cfr. Jon. 2.

El dolor que traspasa el rostro de María, traspasa también a José más que cualquier reproche. María no se entrega a escenas dramáticas. Vosotras lo hacéis por cosas de menor importancia y para que se os compadezca. Pero su dolor refrenado es tan claro por la emoción que hace presa de Ella, por su rostro que palidece, por sus ojos que se agrandan, que conmueve más que cualquier otra escena en que hubiera llanto y gritos.

No siente más ni la fatiga ni el hambre. La caminata había sido larga y durante muchas horas ¡no había comido nada! Ella deja todo: el lecho que se estaba preparando, la comida que le van a dar. Regresa, Es de noche. No importa. Cada paso que dé, es un paso que la acerca a Jerusalén. Detiene caravanas, peregrinos. Pregunta. José la sigue, la ayuda. Un día de camino de regreso, y luego la angustiada búsqueda en la ciudad.

¿Dónde? ¿dónde puede estar Jesús? Dios permite que Ella no sepa por muchas horas dónde debería buscarme. Buscar a su niño en el Templo no era algo que pudiera imaginarse. ¿Qué tenía qué hacer un niño en el Templo? Al máximo si se hubiera perdido por la ciudad y hubiera llegado al Templo con sus pasitos, con sus lloros y gritos hubiera llamado a su Madre y hubiera atraído la atención de los adultos, de los sacerdotes, quienes hubieran tratado de buscar a los padre, poniendo bandos en las puertas. Pero no había ningún bando. En la ciudad nadie sabía nada de este Niño? ¿Hermoso? ¿Rubio? ¿Robusto? ¡Si hay tantos! ¿quién podía afirmar: “Lo vi. Estaba allí?”.

Después de tres días, símbolo de los otros de la futura angustia, María del todo cansada entra en el Templo, recorre los pasillos y los pórticos. ¡Nada! Corre, corre la pobre Mamá, a donde oye la voz de su niño. Hasta los corderos con sus balidos le parecen ser su Hijo quien llora y quien la busca. Pero Jesús no llora. Está enseñando. Y María oyó que de un grupo de personas sale la voz amada que dice: “Estas piedras se estremecerán...” Trata de abrirse paso por entre el grupo, y después de muchos esfuerzos lo logra. Ahí está su Hijo con los brazos extendidos, de pie, entre los doctores,

María es la Virgen prudente, pero esta vez la ansiedad vence su reserva. Es un dique que rompe cualquier cosa. Corre a su Hijo, lo abraza. Lo toma de su asiento y lo pone en el suelo al mismo tiempo que exclama: “¡Oh! por qué nos hiciste esto? Tu Mamá está muriéndose de dolor. Hijo. Tu padre está muerto del cansancio. ¿Por qué, Jesús?”

No se preguntan los “por qué” a Quien sabe. Los “por qué” de su modo de obrar. A los llamados no se pregunta “por qué” dejan todo para seguir la voz de Dios. Yo la Sabiduría lo sabía. Yo era “llamado” a una misión y la cumplía. Sobre el padre y la madre está Dios, el Padre divino. Sus intereses son superiores a los nuestros, sus afectos a cualquier otro. Digo esto a mi Madre. Terminó mi enseñanza a los doctores con una enseñanza a mi Madre, Reina de los doctores. Y jamás se olvidó de ella. El sol ha vuelto a su corazón al tomarme de la mano, humilde y obediente, pero mis palabras también las conserva en su corazón.

Muchos soles alumbrarán y muchas nubes alumbrarán el cielo durante los veintidós años que estaré todavía sobre la tierra. El gozo y el llanto se alternarán en su corazón por otros veintidós años. Pero no volverá a preguntar “¿Por qué, Hijo mío, nos has hecho esto?”.

Aprended hombres necios”.

70. Muerte de San José

5 febrero 1944

Veo el interior de un taller de carpintero. Me parece que dos de sus paredes sean de roca, como si se hubiera aprovechado de alguna gruta natural para hacer una habitación. Las paredes que dan al norte y poniente son de roca; las del sur y oriente son de revoque como las nuestras.

En la parte norte, en un hueco de la roca, hay un pequeño horno rudimentario, en el que hay un botecito con barniz o cola, no sé bien. El humo durante tantos años ha terminado por pintar las paredes de negro. Un agujero en la pared sobre el que hay una gruesa teja curva, quiere

hacer las veces de chimenea, pero no lo logra, porque también las otras paredes están negras de humo y aun en estos momentos se ve que dentro del taller lo hay.

Jesús está trabajando. Con la garlopa empareja tablones que después pone contra el muro, a sus espaldas. Luego toma algo como taburete, que está en medio de un tornillo, lo guía, mira si está bien, lo examina atentamente con la escuadra, va a la chimenea, toma el botecito, mueve dentro con un palito o pincel, no sé. Tan sólo veo la parte que sale y que es semejante a un palito para mover algo.

El vestido de Jesús es del color café nuez. Es una túnica bastante corta. Las mangas arremangadas hasta el codo. Trae una especie de mandil, en el que se limpia los dedos después de haber tocado el botecito. Está solo. Trabaja con fuerza, pero sin impaciencia. Nada de desorden, nada de precipitación. No se fastidia de nada, ni del nudo de una tabla que le cuesta trabajo emparejarlo, ni de un destornillador (por lo que me parece) y que se le cae dos veces del banco, ni del humo que le debe entrar en los ojos.

De cuando en cuando levanta la cabeza y mira hacia la parte del sur, donde hay una puerta cerrada, y lo hace como si tratara de escuchar. En cierto momento se asoma por una puerta que da al oriente, y a la calle. Veo un trozo de una callejuela polvorienta. Parece como si Jesús esperara a alguien. Cierra la puerta. Torna al trabajo. No está triste, pero sí preocupado.

Mientras está trabajando en algo que me parece que sean trozos de una rueda, entra la Virgen. Entra por una puerta de la parte sur. Entra de prisa y corre a Jesús. Su vestido es de azul oscuro y no lleva nada en la cabeza. Una sencilla túnica ceñida a la cintura con una faja de igual color. Con ansia apoya ambas manos en un brazo como en forma de súplica y de dolor. Jesús la acaricia, poniéndole su brazo sobre su espalda, la consuela, luego se va con Ella, dejando el trabajo y quitándose antes el mandil.

Me imagino que Ud. Quiere saber lo que dijo. Fueron pocas palabras: “¡Oh Jesús! ¡Ven, ven! ¡Está muy mal!” Las dice con sus labios que tiemblan y con lágrimas en sus ojos enrojecidos y cansados. Jesús no dice sino: “¡Mamá!” pero hay todo en esa palabra.

Entran en la habitación del lado, bañada de sol que entra por una puerta abierta y que da al huertecillo también lleno de luz y de verdor, por el que revolotean palomos entre un ondear de ropa puesta a secar. La habitación es pobre pero ordenada. Un lecho con una especie de colchonetas (digo colchonetas porque es algo grueso y mullido, pero no como las de nuestros lechos). En él, recostado entre almohadones está José. Está agonizando. Su cara pálida, su mirar apagado, su pecho que palpita anhelante, el cuerpo suelto, señales son de que agoniza.

María se pone a su izquierda, le toma la mano arrugada y lívida en las suyas, se la frota, la acaricia, la besa, le seca con un pañuelo el sudor que corre por sus hundidas sienes, la lágrima que se congela en el ángulo del ojo, le humedece los labios con un trozo de lino mojado en un líquido que parece vino blanco.

Jesús se pone a su derecha. Endereza cuidadosamente el cuerpo que se deja caer, lo vuelve a poner sobre almohadones que también acomoda María. Acaricia en la frente al agonizante y trata de reanimarlo.

María llora en voz baja. Sus lágrimas corren por sus pálidas mejillas y le bañan su vestido. Parecen relucientes zafiros.

José vuelve en sí por unos cuantos minutos, mira a Jesús, le da la mano como para decirle algo o para recibir el contacto divino, fuerzas en la última prueba. Jesús se inclina y le besa la mano. José sonríe. Luego vuelve sus ojos para buscar con la mirada a María y también Ella sonríe. Se arrodilla junto al lecho tratando de seguir sonriendo, pero no lo logra e inclina su cabeza. José le pone la mano sobre la cabeza con una casta caricia que parece una bendición.

No se oye más que el revoloteo, y arrullo de las palomas; el crujir de las hojas, el caer del agua, y en la habitación, el respiro del agonizante.

Jesús mira alrededor del lecho, toma un banquito, y hace que se siente María, diciéndole solamente: “Mamá”. Regresa a su lugar y vuelve a tomar entre sus manos la mano de José. Es tan real la escena, que lloro con la aflicción de María. Después Jesús se inclina sobre el

agonizante, y dice en voz baja un salmo. Sé que es un salmo, pero ahora no puedo decir cuál sea¹. Empieza de este modo: “Protégeme, Señor, porque en Ti he puesto mi confianza...”

A favor de los santos que hay en la tierra, ha satisfecho admirablemente mis deseos...

Bendeciré al Señor que me da consejos...

Tengo siempre delante de mí al Señor. Está a mi derecha para que no caiga.

Por esto mi corazón se alegra, y mi lengua se regocija, también mi cuerpo descansará en la esperanza.

Porque no abandonarás mi alma en la mansión de los muertos, ni permitirás que tu santo experimente la corrupción.

Me permitirás que conozca los caminos de la vida, me colmarás de alegría con tu rostro”.

José se reanima y con una sonrisa mayor mira a Jesús y le oprime los dedos. Jesús le responde con otra sonrisa, le estrecha la mano, y suavemente inclinado sobre su padre putativo continúa:²

“Cuán hermosas son tus tiendas ¡oh Señor!

Bienaventurados los que viven en tu casa... Bienaventurado el hombre que encuentra en Ti sus fuerzas. Él se ha propuesto subir del valle de lágrimas, al lugar amado.

¡Oh Señor” escucha mi plegaria...

¡Oh Dios! Vuelve tus ojos y mira el rostro de tu Ungido...”

José con un sollozo mira a Jesús y hace como que quisiera bendecirlo. Pero no puede. Es claro que comprenda, pero no puede hablar. Sin embargo está feliz. Mira con animación y confianza a Jesús.

“³¡Oh Señor!” continúa diciendo Jesús. “Tú eres propicio a tu tierra, has librado de la esclavitud a Jacob...

Muéstranos Señor tu misericordia y concédenos a quien nos salve.

Quiero saber lo que dentro de mí dice el Señor Dios. Sin duda que hablará de paz a su pueblo debido a sus santos y a los que de corazón vuelven a Él.

Sí. Tu salvación no está lejana... la gloria habitará sobre la tierra... La bondad y la verdad se han encontrado, la justicia y la paz se han dado el beso. La verdad ha despuntado de la tierra, y la justicia asomándose desde los cielos.

Sí. El Señor se mostrará benigno y nuestra tierra producirá sus frutos. La justicia caminará delante de Él y en los senderos dejará sus huellas”.

La has visto ahora, padre, y por ella trabajaste fatigosamente. Has ayudado para que llegase esta hora, y el Señor te dará su premio. “Yo te lo digo” añade Jesús, secando una lágrima de alegría que lentamente baja por las mejillas de José.

Luego prosigue⁴: “¡Oh Señor!, acuérdate de David en el tiempo de su adversidad.

Cómo juró al Señor: no entraré a mi casa, no me acostaré, no dejaré que mis ojos se cierren al sueño, lo mismo que mis párpados, ni descanso daré a mis sienes, hasta que haya encontrado un lugar para el Señor, una mansión para el Dios de Jacob...

Levántate, Señor, y ven al lugar de tu descanso, Tú y tu santa Arca (María comprende y solloza)

Revístanse de justicia tus sacerdotes y celebren fiesta tus santos.

Por amor de David tu siervo, no dejes de mostrar el rostro a tu Ungido.

El Señor hizo una promesa a David y la mantendrá: “Pondrá sobre tu trono al fruto de tu seno”.

El Señor tiene elegida su morada...

Haré que florezca el poder de David, preparando una antorcha encendida para mi Ungido”.

¹ La Escritora después añadió una nota: Salmo 15.

² En una nota se añade: Salmo 83.

³ La Escritora añade después: Salmo 84.

⁴ Se añadió: Salmo 131.

Gracias, padre mío, en nombre mío y en el de mi Madre. Fuiste un padre bueno. El Eterno te puso para que tuvieses cuidado de su Mesías y del Arca. Fuiste la antorcha encendida para Él, y tuviste entrañas de caridad para con el Fruto del seno santo. Ve en paz, padre. A mi Madre no le faltará ayuda. El Señor ha dispuesto que no esté sola. Ve tranquilo a tu descanso. Yo te lo digo”.

María está con el rostro inclinado sobre las cobijas (parecen colchas) extendidas sobre el cuerpo de José que se enfría. Jesús prodiga más consuelo porque el aliento se hace fatigoso y la mirada se va nublando.

⁵”Feliz el hombre que teme al Señor y pone todo su gusto en sus mandamientos...”

Su rectitud permanece por los siglos de los siglos.

Entre los hombres rectos surge, como entre las tinieblas la luz, el misericordioso, el benigno, el justo...

El justo será siempre recordado... Su justicia es eterna, su poder llegará hasta la gloria...”

Tú tendrás esta gloria, padre. Pronto iré a traerte con los Patriarcas que te han precedido, a la gloria que te espera. Alégrese tu alma con mis palabras.

⁶”Quien se apoya en la ayuda del Altísimo vive bajo la protección del Dios del cielo”.

Tú estás allí, padre mío.

“Él me soltó del lazo de los cazadores y de las palabras duras. Te cubrirá con sus alas y bajo sus plumas encontrarás refugio.

Su verdad te defenderá como escudo, no temerás los fantasmas nocturnos...

El mal no se acercará a ti... porque sus ángeles han recibido la orden de guardarte en todos tus caminos.

Te llevarán en tus palmas, para que tu pie no se pegue contra las piedras.

Caminarás sobre el áspid y el basilisco y aplastarás el dragón y el león.

Porque esperaste en el Señor, Él te dice ¡oh padre! Que te liberará y te protegerá.

Porque levantaste a Él tu voz, te escuchará. Estará contigo en la última tribulación, te glorificará después de esta vida, haciéndote ver ya desde esta su Salvación”, y en la otra haciéndote entrar por el Salvador que ahora te consuela y que pronto, ¡oh, muy pronto! Irá, te lo repite, a darte el abrazo divino y llevarte consigo a la cabeza de todos los Patriarcas, a donde está preparado el lugar para el Justo que fue mi padre bendito.

Adelántate a decir a los Patriarcas que la Salvación está en el mundo, y que el Reino de los cielos pronto estará abierto. Ve, padre. Mi bendición te acompañe”.

Jesús ha alzado su voz para que José en la niebla de la agonía pueda oírla. El fin es inminente. Respira ansiosamente. María lo acaricia. Jesús se sienta sobre el lado del lecho, abraza y atrae hacia Sí al agonizante que se extingue sin ningún movimiento.

Es una escena maravillosamente serena. Jesús vuelve a colocar al Patriarca y abraza a María que se le había acercado presa del dolor.

71. “María en la muerte de José sufrió muchísimo”

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“A todas las mujeres a quienes el dolor tortura, les digo que imiten a María en su viudez: uniéndose a Jesús.

Los que piensan que María no haya sufrido en su corazón, están equivocados. *Mi Madre sufrió, Sabedlo. Santamente*, porque todo en Ella era santo, pero *agudamente*.

Los que piensan que María amó a José con un sencillo amor, porque era su esposo en el espíritu y no para el cuerpo, están también equivocados. María amó intensamente a José, a

⁵ Se añadió: Salmo 111.

⁶ Se añadió: Salmo 90.

quien dedicó seis lustros de una vida fiel. José fue para Ella padre, esposo, hermano, amigo, protector.

Ahora se sentía sola como sarmiento arrancado de la vid. Su casa parecía como si sobre ella hubiera caído un rayo. Se dividía. Primero formaba un núcleo en que los miembros se sostenían mutuamente. Ahora faltaba el muro principal, y era el primer golpe dado a la Familia, señal de que pronto la abandonaría su amado Jesús. La voluntad del Padre, que quiso fuera la Madre, ahora le imponía el peso de la viudez y le ordenaba entregarse a su Hijo. María vuelve a pronunciar entre lágrimas su sublime “Sí”. “Sí, Señor. Hágase de mí” lo que tu palabra quiera”.

Y para tener fuerza en esos momentos, se abrazó a Mí. Siempre se abrazó a Dios en las horas más arduas de su vida. En el templo cuando fue llamada para sus nupcias; en Nazaret cuando fue llamada para ser Madre; nuevamente en Nazaret entre lágrimas de viudez; en Nazaret cuando tuvo que separarse de su Hijo; en el Calvario con el tormento de verme morir.

Aprended de Ella, vosotros que lloráis. Aprended vosotros que vais a morir. Aprended, vosotros que vivís para morir. Tratad de haceros dignos de las palabras que dije a José. Serán vuestra paz en vuestra agonía. Aprended, vosotros que debéis morir, a haceros dignos de que Jesús esté cerca de vosotros, que sea vuestro consuelo. Y si todavía no os hacéis dignos de ellos, tened la osadía de llamarme, no obstante lo seáis. Yo vendré con las manos llenas de gracias, y de consuelos, con el Corazón lleno de perdón y amor, con los labios llenos de palabras de absolución y de valor.

La muerte pierde toda su dureza si morís en mis brazos. Creedlo. No puedo abolir la muerte, pero hago que sea dulce para que se muera confiado en Mí.

Lo dije por todos vosotros en la Cruz: “Señor, te confío mi espíritu”¹. Lo dije pensando *en mi agonía* y en las vuestras, en vuestros temores, en vuestros errores, en vuestros deseos de perdón. Lo dije con el corazón desgarrado por el dolor, antes que por la lanza. Un dolor más duro que el físico, para que las agonías de los que mueren pensando en Mí se dulcificasen, y su espíritu pase de la muerte a la Vida, del dolor al gozo eterno”.

72. A modo de conclusión de la vida privada

10 junio 1944

Dice María:

“Desde la Anunciación hasta el momento que deja Nazaret para ir a predicar, tenéis no solo los dictados, sino también la ilustración de los hechos de la vida familiar de Jesús.

La infancia, la adolescencia de mi Hijo ocupan unas cuantas líneas en el vasto cuadro de la vida descrita en los Evangelios. En Ellos es el Maestro, en estos el Hombre. El Dios que se humilla por amor al hombre, y que obra milagros aún en el aniquilamiento de una vida común. Los obra en mí, que siento que mi alma es llevada a la perfección al contacto del Hijo que crece en mi seno. Los obra en casa de Zacarías santificando al Bautista, ayudando a las fatigas de Isabel, devolviendo la facultad de la palabra y la fe a Zacarías. Los obra en José abriendo su espíritu a la luz de una verdad de tal manera excelsa que por sí mismo no podía comprender no obstante fuese justo. Y después de mí, el que se sintió más beneficiado de los favores divinos fue José. Ten en cuenta el camino que recorre, camino espiritual, desde el momento en que viene a mi casa hasta el momento de la huida a Egipto.

Al principio no era sino un hombre justo de su tiempo. Después por etapas sucesivas se convierte en el justo del tiempo cristiano. Cree en Cristo y se entrega a esta fe segura. De las palabras que dijo al empezar el viaje de Nazaret a Belén: “¿Cómo haremos?” y en las que se conoce al hombre con sus temores y preocupaciones, pasa a la esperanza. En la gruta, antes del nacimiento, dice: “Mañana estará mejor”. Jesús que se acerca lo fortifica ya con esta esperanza que de entre los dones de Dios es uno de los más bellos. Y de esta esperanza,

¹ Cfr. Lc. 23, 46; Sal 30, 6.

cuando el contacto de Jesús lo santifica, pasa a lo ardiente. Siempre quiso que yo lo dirigiera, por el respeto que me tenía. Ahora dirige él las cosas materiales y lo demás, y decide como cabeza de la Familia, cuándo se debe hacerlo. En la hora penosa de la fuga, después de que los meses de estar con mi Hijo divino lo habían llenado de santidad, es él quien consuela mi dolor y me dice: “Aunque llegásemos a no tener nada, siempre tendremos todo al tenerlo a Él”.

Obra mi Jesús milagros de gracia en los pastores. El ángel va a donde está el pastor a quien el fortuito encuentro conmigo predispuso a la gracia, y lo lleva a la gracia para que con ella se salve. Los obra por donde pasa, tanto en el desierto como cuando regresa a su pequeña ciudad de Nazaret. Donde estaba, se extendía la santidad como aceite sobre el lino y como la fragancia de las flores en el aire. Y quien era tocado, si no era un demonio, sentía ansia de ser santo.

Donde está esa ansia, está la raíz de la vida eterna, porque quien *quiere* ser bueno llega a la bondad, y esta lo lleva al reino de Dios.

Ahora tenéis descrita bajo puntos diversos, la santa Humanidad de mi Hijo. Desde su nacimiento hasta su muerte”.

* * *

“Los regalos de los Magos sirvieron de mucho para los fugitivos; para comprar una casita con el mínimo del ajuar necesario para la vida, para comprar los alimentos. Nos sirvieron de mucho hasta que encontramos trabajo.

La comunidad hebrea siempre se ha ayudado mutuamente; pero la de Egipto estaba casi toda compuesta de fugitivos, y por lo tanto de pobres como nosotros. Y un poco de dinero que queríamos ahorrar para Jesús, para cuando Él creciera, que sobró de los gastos hechos en Egipto para vivir, sirvió de ayuda al regreso y *apenas fue suficiente* para reorganizar la casa y el taller en Nazaret. Los tiempos cambian, pero la ambición humana siempre es la misma, y suele aprovecharse de la necesidad de los demás para sacar su parte de manera odiosa.

El haber tenido a Jesús con nosotros no nos procuró bienes materiales. Muchos de vosotros pretendéis esto, cuando apenas estáis un poco unidos a Jesús. ¿Olvidáis que dijo: “Buscad las cosas del alma?”¹. Todo lo demás es superfluo. Dios provee de comida aún a los hombres y pájaros, porque sabe que tenéis necesidad de comer mientras la carne sea la armadura de vuestra alma. Pedid ante todo su gracia para vuestro espíritu. El resto se os dará por añadidura. José que vivía unido a Jesús, humanamente hablando no tuvo más que preocupaciones, fatigas, persecuciones, hambre. No cosas diversas. Pero porque tenía a Jesús, todo se cambió en paz espiritual, en una sobrenatural alegría. Quisiera llevaros hasta el punto que digáis como mi José: “Aunque llegásemos a no tener nada, sin embargo todo tendremos teniendo a Jesús”.

¹ Cfr. Por ej.: Mt 6, 25-34; y especialmente 6, 33.

APÉNDICE

EL PECADO ORIGINAL

Para conocer el pensamiento de esta obra con respecto al Pecado original conviene tener presente el Génesis, y reunir ordenadamente varios elementos diseminados en estos y en otros escritos de la misma autora, y sobre todo los capítulos 24-26 y 48.

1. Dios creó buenos a todos los ángeles. Uno de ellos se hizo malo y arrastró consigo una multitud de otros espíritus angélicos: “Lucifer era un ángel, el más bello de los ángeles. Espíritu perfecto, inferior tan solo a Dios. Y con todo, en su ser luminoso nació un vapor de soberbia que él no dispersó, antes bien lo fomentó y de aquí nació el mal” En otro escrito se dice que tal pecado de soberbia consistió en el deseo desordenado de ser semejante a Dios, de ser como Dios, esto es: *creador*. Los ángeles que, siguiendo el ejemplo divinizante mostrado con anticipación de la humildísima, obedientísima y castísima Madre (pro-creadora) de Dios, permanecieron humildes, obedientes y espiritualmente dueños de sí, obtuvieron en premio una mansión fija en el cielo de Dios: Lucifer por su parte y los otros espíritus, soberbios, desobedientes y espiritualmente fuera de sí, fueron castigados con ser arrojados para siempre del paraíso celestial.

2. Además de ellos, Dios creó el universo que se ve, y en él, el mundo con minerales, plantas, animales: y todas las cosas fueron buenas (Gén. 1, 1-25)

3. Finalmente Dios creó a su imagen y semejanza al hombre y de este sacó a la mujer, los bendijo y les dijo que fuesen fecundos, que se multiplicasen, llenasen la tierra, y fuesen dueños de todos los animales. Adán intuyó y profetizó que por la mujer el hombre debería abandonar a su padre y madre, se uniría a su esposa y los dos formarían una sola carne. Los dos vivían desnudos y no tenían vergüenza de sí. Dios los colocó en el paraíso terrenal para que lo cultivasen y lo guardasen y les dio por alimento hierbas y plantas (Gén. 1, 26; 2, 35.), pero no los animales (Sino hasta después del pecado y del diluvio: Gén. 9, 1-7).

4. Entre las plantas estaban el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal (Gén. 2, 9). ¿Árboles verdaderos o solamente simbólicos? ¿Árboles verdaderos, y además simbólicos y causa de la realidad o efectos reales? Parece que la Escritora se inclina por el primero, esto es, por árboles reales con frutos verdaderos, pero con alcance también simbólico. Por ejemplo caps. 24, 25 y 26; cfr– también cap 26 not. 3, en que se dice: el árbol del bien y del mal, *verdadero* árbol por naturaleza y estructura, era también un árbol simbólico”.

5. Dios que había permitido que el hombre comiese de cualquier árbol o planta, le prohibió por el contrario bajo pena de muerte comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal (Gén. 2, 16-17). El sentido profundo de la prohibición, según la Escritora sería este: “... Dios había dicho al hombre y a la mujer: “Conocéis todas las leyes y misterios de lo creado. No queráis usurparme el derecho de ser el Creador del hombre. Para propagar la estirpe humana bastará mi amor que vivirá en vosotros y sin concupiscencia por un anhelo de caridad, suscitará nuevos Adanes. Os entrego todo. Tan sólo me reservo este misterio de la formación del hombre”. Según la escritora, pues, este “conocimiento” se refería a la procreación, al misterio y al rito pro-creativo, algo así como en Gén. 4, 1 y luego a través de toda la Biblia. Y hasta que no tuvieron este “conocimiento” particular no se avergonzaron de su desnudez, como universalmente y aún hoy en día los pequeños no se sonrojan hasta que son capaces de discernir entre el bien y el mal moral o al menos de advertirlo.

6. Pero como en Lucifer nació espontáneamente un vapor de *soberbia* (deseando ser como Dios, esto es, *creador*), así por odio, envidia y rabia de querer tener al hombre socio suyo en el pecado y de no estar en el paraíso, por instigación satánica nació en Eva un vapor de *soberbia*, deseando desordenadamente ser semejante a Dios, igual a Dios (pro) *creadora*...

Para llegar a conocer este misterio, estas leyes de la vida, presumiendo de sí, no se alejó de la planta del conocimiento del bien y del mal, sino se acercó a ella: dispuesta a recibir la revelación del misterio no de la enseñanza y del influjo divino, sino de la enseñanza impura e influjo satánico: “Eva fue al árbol... Su presunción la llevó a la ruina. La presunción es el fermento de la soberbia” (cap 25).

7. En el árbol del conocimiento del bien y del mal Eva encontró al Seductor que mentirosamente la indujo a la *desobediencia*, esto es, a traspasar la orden de Dios (Gén. 3, 1-5). Esto es, según la Escritora, a desear desordenadamente ser semejante a Dios creador en la procreación (soberbia) por lo tanto a desobedecerlo (desobediencia) comiendo del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal: “En el árbol encuentra al Seductor, el cual canta la canción de la mentira: “¿Piensas que hay aquí algo de mal? No. Dios te lo prohibió porque quiere teneros como esclavos de su poder. ¿Creéis ser reyes? No sois ni siquiera libres como lo es la fiera. Ella puede amar con un verdadero amor... *ser creadora como Dios...*; la vida verdadera consiste en conocer las leyes de la vida. Entonces seréis semejantes a dioses y podréis decir a Dios: “Somos tus iguales”. (cap. 25)

8. Eva con tal de alcanzar el fin de la prometida y decantada semejanza o igualdad con Dios creador, por medio de la procreación; engañada con tales palabras y cediendo a los halagos del Seductor, no rehúsa los medios por lo tanto traspasa el divino mandamiento o la divina prohibición (Gén 3, 6), se entrega al placer de la glotonería y de la carne. Por eso, además de soberbia, pecó de *desobediencia*, *glotonería*, *lujuria*: “...Dios había dicho al hombre y a la mujer: “Os doy todo, tan sólo me reservo este misterio de la formación del hombre”. Satanás quiso arrebatarse esta virginidad intelectual al hombre y con su lengua viperina acarició y fascinó los miembros y ojos de Eva, creando en ella reflejos y excitaciones que antes no tenía porque la malicia no la había envenenado todavía. Ella “vio”. Y al ver quiso probar. La carne se había excitado. ¡Oh, si hubiera invocado a Dios!... El Padre la habría... curado... Pero Eva no fue al Padre. Volvió sus ojos a la serpiente. Era una sensación dulce para ella. “Al ver que el fruto del árbol era bueno para comerse y que era bello y atrayente lo cortó y se lo comió”. Y “comprendió”. Ya la malicia había bajado a morderle las entrañas. Vio con ojos nuevos y oyó con oídos nuevos los instintos y las voces de los animales y sintió arder en ella algo raro. Fue la primera en pecar. Condujo a su compañero a igual cosa...” (cap. 24).

9. Amaestrada y seducida por Satanás, por la Serpiente, Eva cayó en un pecado de cuatro ramas: soberbia, desobediencia, glotonería, lujuria. Y ya seducida y hecha discípula del demonio, se convierte para Adán en maestra y seductora: el pecado cuádruple que Eva había cometido por instigación diabólica, Adán lo cometió por instigación de la mujer: “Fue la primera en pecar. Condujo a su compañero a igual cosa. Por eso sobre la mujer pesa una sentencia mayor. Por Eva el hombre se rebeló contra Dios y por ella conoció la lujuria y la muerte. Por ella no pudo más dominar sus tres estadios o reinos: el del espíritu, porque permitió que las pasiones se enseñoreasen de él; el de la carne, porque se envileció hasta elegir los instintos de los brutos. “La Serpiente me engañó” dijo Eva. “La mujer me presentó el fruto y comí de él” dijo Adán. Desde aquel momento la concupiscencia triple se apoderó de los tres estadios o reinos del hombre” (cap. 24). Y en otra parte: “... y el árbol prohibido se convierte en realidad para el género humano en algo mortal, porque de sus ramas pende el fruto del saber amargo que proviene de Satanás. Y la mujer se convierte en hembra y con el fermento del conocimiento satánico en el corazón, va a corromper a Adán...” (cap. 25).

10. A consecuencia de este cuádruple pecado (esto es, de soberbia, desobediencia, glotonería, lujuria) y particularmente por causa del cuarto (lujuria) remate de toda infeliz obra pecaminosa, como cosa que se puede conectar con la culpa de soberbia o desobediencia o glotonería, pero que se une mejor con la de lujuria, los ojos de Adán y Eva se abren y caen en la cuenta de estar desnudos, se hacen taparrabos con las hojas de higuera y se los ponen. (Gén, 7).

11. Así pecando los dos *mueren en el espíritu* a la gracia, y en castigo del pecado Dios castiga a los primeros padres y descendientes con la pena de la muerte y la destrucción *del*

cuerpo que se realiza a su tiempo: además castiga a la mujer en su condición de madre y esposa; al hombre en la de trabajar (Gén. 3, 16-19). Además de condenarlos los arroja del paraíso terrenal (imagen de la exclusión del paraíso celestial) y por lo tanto la pérdida de la amistad divina (Gén. 3, 22-24). "... llegada a este nivel la carne, corrompido lo moral, degradado lo espiritual, conociendo el dolor y la muerte del espíritu privado de la gracia, y de la carne privada de la inmortalidad. La herida de Eva engendró el sufrimiento, que no terminará sino hasta cuando muera la última pareja sobre la tierra" (cap. 25) Y en otro lugar: "El Padre creador concedió la maternidad también a Eva, libre de todo cuanto ahora la envilece. Una maternidad dulce y pura sin el lastre de los sentidos... ¡De cuántas riquezas se despojó Eva! ¡Más que de la inmortalidad!... Pero la maternidad, que me dejó intocable, yo la nueva Eva, la conocí para que pudiese decir al mundo cuál hubiera sido la dulce suerte de la mujer al dar a luz sin ningún sufrimiento..." (cap. 25).

12. El Génesis narra el pecado de los primeros padres y el castigo que Dios infligió a ellos y a sus descendientes. Ha sido sobre todo S. Pablo (Rom. 5) quien puso en luz la culpa que de los primeros padres se transmite a sus descendientes, esto es, a la humanidad de generación en generación, y que es exactamente el pecado original. El apóstol, propone su doctrina estableciendo una especie de paralelismo o parangón entre Adán y Jesús, entre el primero y el Segundo Adán. Muy pronto los Santos Padres, por ejemplo San. Justino, San. Ireneo a fines del siglo II, extendieron este paralelismo y así, teniendo ante sus ojos la Anunciación, compararon a Eva y a María, esto es, a la primera y a la segunda Eva. Nuestra escritora procede en modo análogo y pone en boca de María las siguientes expresiones: "Yo he recorrido al contrario el camino de los dos pecadores... Obedecí en todas las formas... "...semejante a Dios, creando la carne que tendrá Dios"... me aniquilé en mi humildad... Escala de Dios... Dije el "sí" que anuló el "no" de Eva al mandamiento de Dios... De mi seno nacerá el nuevo Árbol que producirá el Fruto que conocerá todo el mal por haberlo padecido en Sí y producirá todo el bien..." (cap.25).

13. Este paralelismo o comparación entre María y Eva, retocado o completado en algún punto por razón de claridad, puede expresarse brevemente así:

- a) a María se le aparece y le habla un ángel bueno, a Eva uno malo;
- b) a María el ángel le habla de una Maternidad divina, a Eva de una procreación humana;
- c) María, con su Maternidad divina, se haría semejante a Dios Engendrador de su Verbo y Creador de todos los seres; Eva, con la procreación humana, sería semejante al Dios creador;
- d) María ante tal propuesta se humilla profundamente, Eva se ensoberbece mucho;
- e) María obedece a Dios y resiste al Seductor; Eva desobedece a Dios (que se reserva la revelación del misterio de la formación del hombre) y obedece al Seductor;
- f) en María no hay ninguna golosidad espiritual por el Fruto, en Eva sí una desenfrenada glotonería por el fruto (físico y simbólico);
- g) Dios hace que María sea fecunda y sublima se caridad. La Virgen permanece castísima tanto en su corazón como en su cuerpo: la Serpiente seductora fascina a Eva, y ella que era virgen cae de su estado, se hace lujuriosa tanto en el corazón como en el cuerpo;
- h) María permanece para siempre como Dios la pensó, como quiso y como la creó. Aún más la Llena de gracia se convierte en Portadora de ella y de la Vida en sí misma para darla a la humanidad; Eva, por el contrario, se vacía de la gracia y se convierte en causa de la pérdida de la misma para Adán y mediante este, para la humanidad;
- i) María permanece hija de Dios y no quiere tener ningún trato con el padre de la mentira; Eva se convierte en hija pródiga y rebelde y hace caso al padre de la mentira;
- j) María por enseñanza e intervención divinas es elevada para ser la criatura más amada de Dios y Madre del Verbo Encarnado. Dios no abandona a Eva en la creación, antes bien continúa influyendo en todo matrimonio comunicando al esposo la energía humana fecundante, y presidiendo de una manera misteriosa la formación del cuerpo, creando e infundiendo el alma de cada hijo de Eva hasta el fin del mundo; y así puede decirse que es padre más que todo padre humano. Pero Eva y por lo tanto Adán y la raza humana que es

heredera de los dos primeros padres por generación netamente humana, amaestrada y seducida por Satanás, traicionó y abandonó a Dios y se convirtió como dicen los profetas en esposa infiel, que comete adulterio con Satanás, que continúa inyectando siempre y sin cesar ese deseo de soberbia, de desobediencia, de glotonería y de lujuria de procrear no según la voluntad divina sino contra Ella, contento que en el instante en que Dios crea –pura– el alma y la infunde en una carne salida de los primeros padres, que se alió con Satanás, en ese mismo momento el alma misma contraiga también un oscurecimiento (por la privación de la belleza de la gracia) del parentesco filial con Dios. (Por lo cual la mujer, después del parto, en el Antiguo Testamento siente la necesidad de sujetarse a la purificación y en el Nuevo Testamento el deseo de hacerla).

14. a) Dios, pues, por medio de un ángel, trata con María de una generación o maternidad divina; Satanás por medio de una serpiente, trató con Eva de una generación o maternidad humana.

b) María, pues, espera que Dios le revele el misterio de la Encarnación de Dios; Eva no espera que Dios lo haga, sino acepta le revele un ser usurpador, sin esperar el tiempo establecido por Dios, el misterio de la formación del hombre.

c) Dios, pues, penetra más profundamente en María, y se hace dueño de Ella, y así el parentesco de ésta con Él es grandísimo; pues no sólo es madre, sino también hija, y el ser más amado; Satanás profana a Eva, y ésta cae bajo su poder; a los ojos de Dios se convierte en hija pródiga, en mujer, como dicen los profetas, adúltera, en un ser a quien Dios no puede amar, pues traba parentesco con el demonio que es el padre de la mentira y un seductor.

d) En este parentesco de María con Dios, se halla la raíz de toda su grandeza, de todas las bendiciones que recibimos; en el parentesco de Eva con Satanás se halla la raíz de todas las calamidades y de todas las maldiciones que recibimos.

e) Debido a las sublimes gracias del Espíritu Santo, esto es, en virtud de la eterna predestinación y de la Inmaculada Concepción, María fue preservada de cualquier parentesco con Satanás y por tanto del pecado original; en virtud de estos mismos privilegios y además de la Maternidad divina, de su íntima asociación con la vida y sacrificio de Jesús y de la Asunción en cuerpo y alma al cielo, el parentesco admirable de María con Dios ha encontrado su origen y perfeccionamiento.

f) Debido a otros dones del Espíritu Santo, y por tanto en virtud de la buena voluntad (en cuanto es posible) y del acto y sacramento de la fe, se realiza una obra de muerte y de vida; de muerte, porque se destruye el parentesco con Satanás (aunque en esta tierra se queda el Seductor y la criatura conserva tendencia hacia él); en la Iglesia esposa de Cristo y madre y maestra nuestra con Cristo: obra de restablecimiento que otros sacramentos, sacramentales, toques de la divina gracia incesantemente nutrirán e intensificarán; y encontrará en el Purgatorio, en la resurrección de la carne y en el ingreso en el cielo, con la plenitud de la humana sustancia, un coronamiento al cual jamás el hombre hubiera llegado, si a consecuencia del pecado, Cristo no lo hubiese regenerado.

15. Estas comparaciones, paralelismos y explicaciones no valdrían nada o sólo parte, si se demostrase como imposible, o si se rechazase que el ángel malo hubiera hablado a Eva de una generación humana (fruto), como después el Ángel bueno habló a María de una generación divino-humana (Fruto).

SAN JOSÉ

Para comprender bien, en esta Obra, la actitud interior de San José para con María, desde el momento en que cayó en la cuenta del estado de Ella hasta el momento en que el Ángel le reveló el misterio sobrenatural, es menester tener presentes los capítulos 18-21, 28, 40-43, 48, 52, 57, 63, 72. Juntando alguno que otro elemento que hay aquí y allá, resultando lo siguiente:

1. Jesús como Hijo de Dios, hecho Hombre, María Santísima como Inmaculada y Madre de Dios, Juan Bautista como santificado desde el seno materno, cooperando a las prerrogativas

divinas que se le dieron, fueron siempre perfectos y estuvieron exentos de cualquier imperfección moral, aún la mínima. El único de quien se podría dudar, hablando con precisión, sería Juan Bautista, pero no consta que haya cometido imperfección alguna. José, por el contrario, pese a la sublime misión a la que había sido destinado y para la que había sido preparado, pese a la gran santidad y justicia iniciales, no habiendo recibido privilegios como los que se concedieron a María y al Bautista, por lo menos en una única y terrible circunstancia, esto es en el momento de la prueba establecida por Dios, antes de que viviese con el Dios-Hombre y su Madre, *tal vez no* se vio exento de alguna imperfección moral.

2. José conocía perfectamente la santidad de María y su propósito de conservarse virgen para siempre, por esto, cuando cayó en la cuenta de que estaba en cinta, no creyó que fuese una pecadora adúltera, ni la expuso a que fuera apedreada, según estaba prescrito (Lev 20, 10; Deu. 22, 22-24). El que creía en la virtud de María, hubiera dejado de ser justo (Mt. 1, 19) si la hubiera hecho lapidar... “Hubiera sido menos santo, hubiera obrado humanamente, denunciándome como adúltera para que fuese lapidada y el hijo de mi pecado muriese conmigo. Hubiera sido menos santo. Dios no le habría concedido sus luces como guías en semejante prueba” (cap. 41)

3. Pero José antes de que el ángel se le apareciera en sueños (Mat. 1. 20-23) ignora la causa por la cual su esposa está en cinta y no puede explicarse el hecho. Es en este momento en que *tal vez* incurre en una triple imperfección:

a) por no haber preguntado, como era su deber, a su esposa. Esto es. Por no haberle pedido explicaciones de lo ocurrido (Gén. 3, 9);

b) por un “pensamiento” de sospecha que pudo haberle pasado por la cabeza y causado dolor, tan vez sin persistir en él voluntariamente y sin transformar el simple pensamiento en “juicio”: “...me desagradaba que pudiese, insistiendo en la acusación, faltar a la caridad (cap. 43);

c) por una decisión (Mat. 1, 19.20), efecto e indicio del sobredicho “pensamiento” decisión tomada sin haber preguntado y que si no era físicamente grave como la lapidación, era penosa moralmente y humillante a lo más respecto de la Virgen, y en un punto, coincidía con la lapidación en lo que se refiere al efecto: el de no haber intentado realizar el rito de las nupcias, y así, prácticamente, quebrantar el vínculo de los sponsalicios.

4. Es Dios, quien por medio de un ángel, dice a José en sueños que no despida a su esposa, y lo exhorta a que la tome consigo, porque la maternidad que se verifica en Ella, debe atribuirse a Dios mismo.

5. La santidad de José, esto es, del justo que si comete alguna imperfección se levanta al punto (Prov. 24, 16), resplandece inmediatamente con una luz mucho más brillante:

a) porque al punto hizo caso al ángel (Mt. 1, 24)

b) porque sin dejar de pasar el tiempo, con toda humildad se acusó ante María, y no se excusó como nuestros primeros padres (Gen. 3, 12-13), sino que con toda claridad dijo: “Perdóname María. Desconfié de ti. Ahora lo sé. No soy digno de tener un tesoro tan grande. Falté a la caridad. Te acusé en mi corazón. Te acusé injustamente porque no te pregunté la verdad. Falté a la ley de Dios, porque no te amé, como me habría amado yo mismo... No quería que te defendieses, porque estaba para tomar mis decisiones sin preguntar cosa alguna. Falté al haber sospechado de ti. Aun una sola sospecha es ofensa, María. Quien sospecha no conoce. No te conocí como debía haberlo hecho...” (cap. 42);

c) porque al punto tomó la decisión de cumplir la voluntad de Dios (Mt. 1, 24): “...cumpliremos con la ceremonia del matrimonio...” (cap. 42).

6. La santidad de María resplandece de una manera indecible en esta terrible circunstancia:

a) porque obedeció a Dios que se reservó el derecho de revelar a José el misterio. No dijo nada a él, aun cuando sufría dolorosamente por la angustia larga y penosísima de su esposo, y por el peligro “que faltase un justo, él, que nunca faltaba...” (cap 43);

b) en que no permitió a José que le pidiese perdón, que lo excusó completamente, que aprovechó de la ocasión para manifestarle, como tal vez nunca había sucedido, su cariño de Virgen y su estima que por él tenía.

Verdaderamente María y José, también en esta dolorosa circunstancia y prueba, aparecen como dos santos cuales el mundo no ha tenido (cfr. Cap. 63).

Primer año de la vida pública (primera parte)

1. El adiós a la Madre y partida de Nazaret.

9 febrero 1944

Veo el interior de la casa de Nazaret. Veo una pieza, que parece el comedorcito en donde la familia suele tomar los alimentos y descansar en los momentos de reposo. Es una pieza pequeña con una sencilla mesa rectangular, con el asiento de un lado. Junto a las otras paredes hay un telar con banco, además, otros bancos y un escritorio, sobre el que hay lámparas de aceite y otras cosas. Una puerta abierta da al huertecillo. Debe ser tarde pues el único vestigio que queda del sol es un rayo de luz sobre la cima del alto árbol, cuyas primeras hojas comienzan a reverdecer.

Jesús está sentado a la mesa. Come y María le sirve yendo y viniendo por una puertecilla, que me imagino lleve al lugar en donde está la cocina, de la que apenas se ve el brillo de la puerta cerrada. Jesús dice dos o tres veces a María que se siente y que coma también Ella, pero no quiere, sacude la cabeza con una sonrisa triste y trae después las verduras molidas, que me parecen hagan las veces de caldo, luego peces fritos y después un queso blando y fresco hecho de la oveja, de forma redonda, como una de esas piedras que se ven en los ríos y finalmente, olivas pequeñas y negruzcas. Los panes de tamaño pequeño y redondo, están ya colocados a la mesa en un plato común. Los panes tienen color negruzco, como si no les hubiera quitado la costra. Jesús tiene ante sí una jarra con agua y un vaso. Come en silencio, mientras que con dolor amorosamente mira a la Mamá.

María, se ve claramente que lleva una pena. Va y viene para darse valor. Prende una lámpara, aunque todavía hay luz suficiente, la pone cerca de Jesús y al alargar el brazo, furtivamente acaricia la cabeza de su hijo; abre una alforja de color de nuez, que me parece de esa clase de tela hecha de lana e impermeable y mete la mano adentro y registra, sale al huertecillo y va hasta el fondo, a algo así como una alacena, de donde toma unas manzanas más bien secas, que se conservaron ahí desde el verano y las mete en la alforja; en seguida toma un pan y un queso pequeño que los pone dentro también aunque Jesús protesta diciendo que ya tiene más que suficiente.

A continuación, María se sienta a la mesa, en el ángulo, a la izquierda de Jesús y le mira comer. Lo observa con amor, con adoración, con el rostro todavía más pálido que de costumbre, pues el dolor la ha hecho como envejecer y sus ojos ensombrecidos y rojos dan indicios de haber llorado. Parecen más limpios que de ordinario como si la lágrima que está a punto de caer, los hubiera lavado. Son dos ojos llenos de dolor y llenos de cansancio.

Jesús come despacio, algo así como contra su voluntad y tan sólo para dar gusto a su Madre; está más pensativo que de costumbre, levanta la cabeza y la mira. Y se encuentra con una mirada llena de lágrimas. Baja la cabeza para no estorbarla y tan sólo le toma las manos delgadas que tiene puestas sobre la orilla de la mesa. Toma una mano de María con su mano izquierda y se la lleva a la mejilla, la oprime contra ella y la detiene así un momento, para brindar una caricia a la pobre Mamacita que tiembla, y después la besa en el cuello con tanto amor como respeto.

Ve a María que se lleva a la boca la mano izquierda que está libre para ahogar un sollozo, después, con los dedos se seca una lágrima que saliéndole del ojo, viene bañando la mejilla. Termina Jesús de comer y María sale pronto, al huertecillo donde ya hay poca luz y desaparece.

Apoya Jesús el codo izquierdo sobre la mesa y sobre la mano apoya la frente y se sumerge en sus pensamientos. Deja de comer. Después escucha y se levanta.

También Él sale al huertecillo y después de haber mirado alrededor, toma a la derecha, respecto del lado de la casa y entra a través de una hendidura que hay en la pared rocosa, al lugar donde Él trabajaba de carpintero. Todo allí está en orden. No se ven pedazos de

madera, ni virutas, ni fuego. Está tan sólo el banco y las herramientas de trabajo. No hay otra cosa. María inclinada sobre el banco, llora. Parece una niña. Tiene la cabeza sobre el brazo izquierdo doblado y llora en silencio amargamente. Jesús entra despacito se le acerca delicadamente y sólo cae en la cuenta de que Él está ahí, cuando el Hijo le pone la mano sobre la cabeza y le dice “Mamá” con una voz de queja amorosa.

María levanta la cabeza y mira a Jesús en medio de un velo de lágrimas. Se inclina sobre Él, con las dos manos juntas, sobre su brazo derecho. Jesús le enjuga el rostro con la orilla de su manga y después la abraza; la atrae sobre su corazón y la besa en la frente. Jesús es majestuoso, parece más viril que de costumbre y María parece muy niña, sin contar con el dolor que se dibuja en su rostro.

“Ven María” le dice Jesús, y sin soltarla con su brazo derecho se dirige al huerto, donde se sienta en una banca que está pegada a la pared de la casa. El huerto está silencioso, la oscuridad lo invade. Hay tan solo un rayo de luna y el fulgor que sale del comedorcito. La noche es serena. Jesús habla a María. Al principio no puedo entender las palabras que apenas articula, a las que María contesta que sí con la cabeza. Después oigo: “Haz que vengan los familiares. No te quedes sola. Estaré más tranquilo, Mamá, y tú sabes que necesito de tranquilidad para llevar a cabo mi misión. Mi amor no te dejará. Vendré lo más que pueda a verte y te avisaré cuando esté en Galilea y no pueda venir a casa. Entonces tú me vendrás a ver, Mamá, esta hora tenía qué llegar. Empezó cuando el Ángel se te apareció y ahora ya ha sonado y tenemos que vivirla ¿no es así Mamá? Después vendrá la paz y alegría, porque la prueba ha sido vencida. Primero es menester atravesar este desierto como los antiguos patriarcas para poder entrar en la Tierra Prometida¹. El Señor Dios nos ayudará, como ayudó a ellos y nos dará su ayuda como una mamá espiritual para alimento de nuestra alma que luchará para vencer la prueba. Vamos a decir juntos el Padre Nuestro...”²

Jesús se pone de pie, María también lo hace y ambos levantan el rostro al cielo. Dos hostias vivientes que brillan en la oscuridad. Jesús reza despacio, pero con voz clara, dejando caer poco a poco las palabras de la oración dominical. Hace hincapié en las frases: “Venga tu reino. Hágase tu Voluntad” separándolas una de la otra. Ora con los brazos abiertos, no como si estuviera en cruz, sino como hacen los sacerdotes cuando dicen: “El Señor sea con vosotros”. María tiene las manos juntas.

Entran en casa y Jesús a quien no he visto nunca beber vino, vacía de una jarra que está en la alacena en una copa, un poco de vino blanco y la pone sobre la mesa.

Toma a María de la mano y la hace que se siente cerca de sí y que beba del vino en que moja un pedazo de pan que le da a comer. Después abraza a la Mamá contra su pecho, contra su corazón. Están sentados no según la costumbre de su tiempo, sino como nosotros lo hacemos. No dicen ni una palabra. Escuchan. María acaricia la mano derecha de Jesús y sus rodillas. Jesús acaricia a María en el brazo y en la cabeza. Después Jesús se pone de pie y también María; se abrazan y se besan amorosamente una y otra vez. Parece como si quisieran ya dejarse. Pero María vuelve a estrechar contra sí a su Hijo. Es la Señora, porque al fin de cuentas es una Madre, una Madre que debe separarse de su Hijo y que sabe en qué va a parar la separación. Que no se me venga a decir que María no sufrió. Antes, así lo creía yo un poco, pero ahora no.

Toma Jesús su manto azul marino, se lo echa sobre la espalda y sobre la cabeza a manera de capucha. Después se terció la alforja de modo que no le estorbe al caminar. María lo ayuda y no termina nuca de arreglarle el vestido, el manto y el capucho y así lo acaricia una vez más.

¹ Cfr. Ex. 15, 22 – 18, 27. Núm. 9-14; 20-25; Josué 1, 12.

² Si Jesús enseñó el “Padre Nuestro” a sus discípulos, ¿no podría haberlo enseñado antes a su Madre? ¿A su Madre que al irlo a concebir había prorumpido en las palabras “Hágase según tu palabra” (Cfr. Lc. 1. 38) y que había repetido este “Fiat” también a su Hijo? La oración del “Pater” no fue algo que Jesús improvisara para sus discípulos. Era su oración ordinaria, tan es así, que los apóstoles le dijeron: “Enséñanos a orar como Tú sueles hacerlo”. Y tal era la oración de ambos, de Jesús y de María”.

Jesús se dirige a la puerta y después de haber hecho en el aire algo así como una bendición sobre la pieza. María lo sigue y en el umbral ambos se dan el último beso. El camino está silencioso y solitario, bañado en la luz de la luna. Jesús se pone en camino. Vuelve su rostro dos veces para mirar a la Mamá que apoyada sobre la puerta, parece más blanca que la luna y se ve que un llanto silencioso es vertido de sus ojos mientras Jesús se aleja por la blanquecina callejuela. María sigue llorando apoyada contra la puerta. En un recodo del camino Jesús desaparece. Ha empezado su camino de predicador, que terminará en el Gólgota. María entra en casa llorando y cierra la puerta. También para Ella ha empezado el camino que la llevará al Gólgota... y para nosotros...

2. María lloró porque era Corredentora

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“Este es el *cuarto* dolor de María, Madre de Dios. El *primero*, la Presentación en el Templo; el *segundo*, la huida a Egipto; el *tercero* la murete de José; el *cuarto*, mi separación de Ella.

La enseñanza que se desprende de la contemplación de mi separación, se dirige ante todo a los padres y a los hijos, a los cuales la Voluntad de Dios llama a una renuncia mutua por un amor más sublime. En segundo lugar se dirige a todos los que tienen que enfrentarse a una renuncia dolorosa. ¡Y cuántas hay en el camino de la vida! Son las espinas de la tierra, que atraviesan el corazón. Lo sé. Pero quién las acepta con resignación –ved que no digo: “A quien las desea y las acepta con alegría” que esto es ya perfección; digo “con resignación”– se convierte en rosas eternas.

Pero pocos son quienes las aceptan resignadamente. Como asnillos rebeldes que os oponéis a la Voluntad del Padre y os herís, aunque si es verdad que no tratáis de dar coces ni mordiscos, o sea una rebelión y blasfemia contra Dios.

Y no digáis: “Yo no tenía más que este bien mío y Dios me lo ha quitado. No tenía más que este cariño y Dios me lo ha arrebatado”. También María, mujer sensible y amante de la perfección, pues que llena toda de gracia, sus formas afectivas y sensitivas eran perfectas y no tenía más que *un* bien y *un* amor sobre la tierra: su Hijo. No le quedaba otra cosa más que Él. Sus padres habían muerto hacía mucho tiempo; José, no hacía mucho. No había otro más que Yo que la amase y le hiciese experimentar que no estaba sola.

Los parientes, por causa mía, que ignoraban mi origen divino, no la querían mucho, como cuando se trata de una mamá que no sabe guiar al hijo que separa del sentido común, que rechaza el matrimonio propuesto que podría dar gloria a la familia y también sostén.

Los parientes, voz del sentido común, del sentido humano –vosotros lo llamáis buen sentido, pero no es más que sentido humano, esto es egoísmo– hubieran querido que yo hubiera aceptado tales cosas en mi vida. En el fondo existía siempre el temor de que un día tuviesen qué sufrir molestias por mi causa, porque ya empezaba a exponer ideas muy idealistas, según ellos, las cuales podían hacerse sospechosas a la Sinagoga. La historia hebrea estaba llena de enseñanzas de lo que pasó a los Profetas¹. No era una misión fácil la del profeta y a este se le solía quitar de en medio con la muerte y a los parientes cargarlos de molestias. En realidad flotaba en el aire siempre el pensamiento de que un día ellos tendrían qué hacerse cargo de mi Madre.

A ellos les molesta que Ella no me estorbe en nada y que parece estar en continua adoración ante su Hijo. Esta indisposición fue creciendo en los tres años del ministerio hasta llegar a reproches abiertos, cuando en medio de multitudes se me juntaban y se avergonzaban de mi manía –según ellos– de atacar a las clases poderosas. ¡Reproches para Mí! ¡Reproches para mi pobre Mamá! Y a pesar de que Ella conocía la mala voluntad que le tenían ya que no todos eran como Santiago y Judas, Simón, ni como la madre de ellos, María de Cleofás y de

¹ Cfr.- 2 Paralip 36, 14-16; Mat. 23, 34-35; Hech. 7, 52.

que ya preveía en el futuro la suerte que correría durante aquellos tres años y la que le esperaba al final de ellos, y de mi suerte, no se opuso como vosotros lo hacéis. Lloró. ¿Y quién no habría llorado en la separación de un Hijo que amaba como Yo la amaba? Además teniendo en cuenta los largos días que no estaría con Ella, en la casa solitaria y el porvenir del Hijo al combatir la mala voluntad de los culpables y precisamente por culpables ofenderían al Inocente hasta matarlo.

Lloró porque era la corredentora y la Madre del género humano vuelto a nacer para Dios, y *debía* llorar, por todas las más que no sabrían convertir, sus dones de madres, en una corona de gloria eterna. ¡Cuántas madres hay en el mundo a quien la muerte les ha arrancado de los brazos a sus criaturas! ¡Cuántas madres hay a quienes un querer sobrenatural les arranca del lado a su hijo! Por todas estas hijas, como madres de los cristianos; por todas sus hermanas, unidas con ellas por el dolor de madre abandonada, María tuvo qué llorar. Y por todos los hijos que, nacidos de mujer, estaban destinados a ser apóstoles de Dios o mártires por amor de Dios, por fidelidad a Dios o por la brutalidad de los hombres.

Mi sangre y el llanto de mi Madre son la bebida que fortifica a los que están señalados para sobrellevar una suerte heroica, es la bebida que en ellos borra todas sus imperfecciones o aún más, las faltas cometidas por debilidad, y les dan, junto con el martirio sufrido, la paz de Dios y si el martirio se sufre por Dios, la gloria del cielo. Así la encuentran los misioneros cual llama que calienta en las regiones donde la nieve todo lo cubre; la encuentran como un rocío allí donde el sol quema. Esas lágrimas son derramadas por la caridad de María que brota de un corazón de lirio. Por lo tanto reciben de la caridad virginal desposada al Amor, el fuego; y de la pureza virginal, la frescura perenne semejante a la del agua que queda en el cáliz de un lirio después de una noche lluviosa.

La encuentran los consagrados en aquel desierto que es la vida monástica *bien entendida*: desierto porque no existe otra cosa más que la unión con Dios, y cualquier otro afecto deja de existir para ser caridad sobrenatural; por sus padres, amigos, superiores e inferiores. La encuentran los consagrados en el mundo, en ese mundo que no los entiende ni ama; y también es desierto para ellos, pues en él viven como si estuviesen solos, sin ser comprendidos siendo objeto de burla por amor mío.

La encuentran mis queridas “víctimas” porque María es la primera de ellas por mi amor y Ella da a los que le siguen, con mano de Madre y de médico, sus lágrimas que vigorizan e infunden valor para el mayor sacrificio. ¡Oh santo llorar de María!

María ora. No se rehúsa a orar porque Dios le da un dolor. ¡Recordadlo! Ruega juntamente conmigo, ruega al Padre que es nuestro y vuestro. El primer “Padre nuestro” fue pronunciado por primera vez en el huerto de Nazaret para consolar la pena de María, para ofrecer “nuestras” voluntades al Eterno en el momento en que empezaba por voluntad suya el período de renuncia en aumento, que llegaría a ser para ti, vida y para María, la muerte de su Hijo.

Y aun cuando nosotros dos no teníamos qué pedir *ningún* perdón lo pedimos al Padre para ser perdonados aunque sea de un suspiro, para poder enfrentarnos dignamente a nuestra misión. Y esto para enseñarnos que entre más se está en gracia de Dios, tanto más la misión es bendecida y fructuosa. Para enseñarnos el respeto a Dios y la humildad. Delante de Dios Padre, también nuestras perfecciones de hombre y de mujer se sintieron *nada* y pidieron perdón. Así como también pidieron “el pan diario”.

¿Cuál era nuestro pan? ¡Oh! No era el que amasaban las manos puras de María y el que era cocido en el pequeño horno, para el que tantas veces acarreeé leña. Sino que “nuestro” pan diario era el cumplir diariamente nuestra misión. Dios nos la daba día tras día y al cumplirla nos daba también el gozo de nuestro día— ¿No es así, Juanito?² ¿No dices también tú que te parece vacío el día, como si no hubiese existido, como si la bondad del Señor te dejara un día, sin tu misión de dolor?

² Advierta el lector de una vez por todas que la escritora, que se llama María, frecuentemente es llamada con el nombre de “Juanito”.

María ruega juntamente conmigo. Soy yo quien os justifica. ¡Oh hijos! Soy yo quien hace dignas y fructuosas vuestras oraciones ante el Padre. Yo lo dije: “Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, Él os lo concederá”³, y la Iglesia da valor a sus oraciones al decir: “Por Jesucristo Nuestro Señor”⁴.

Cuando oréis, uníos siempre, siempre a Mí. Yo rogaré en voz alta por vosotros, cubriendo vuestras voces de hombres con la mía de Hombre-Dios. Pondré en mis manos traspasadas vuestra plegaria y la presentaré al Padre. Se convertirá en una hostia de precio infinito. Mi voz unida con la vuestra subirá como un beso filial al Padre y se convertirá en una hostia de precio infinito. La púrpura de mis heridas hará que vuestras oraciones sean preciosas. Estad en Mí si queréis tener al Padre en vosotros, con vosotros y por vosotros.

Has terminado la narración diciendo... y por nosotros “y querías decir”... por nosotros que somos tan ingratos para con esos Dos que por vosotros subieron al Calvario. “Hiciste bien en escribir estas palabras. Escríbelas cada vez que te permita ver nuestro dolor. Sea como la campana que suena y que invita a meditar y a arrepentirse.

¡Basta por ahora!... descansa. La paz sea contigo”.

3. Bautismo de Jesús en el Jordán¹

3 febrero 1944

Veo una llanura en donde no hay casas, sólo vegetación. No hay campos cultivados, las pocas plantas en grupo que aparecen se encuentran donde el sol es menos ardiente. Haga usted de cuenta² que este terreno seco y sin cultivo está a mi derecha, teniendo el norte a mi espalda, y se prolonga hacia el sur, respecto a mí.

Por el contrario a mi izquierda veo un río de bajas riberas, que lentamente corre también de norte a sur y tan lentamente corre que creo que no debe de haber desniveles en su lecho y que en tal forma es plana que forma una depresión. Hay apenas un deslizamiento de aguas que hace que el río no quede en la llanura. El agua no es profunda. Veo el cauce, no creo que tenga más de un metro; o tal vez a lo más metro y medio. Es ancho como el Arno cuando se dirige hacia S. Miniato-Empoli: algo así como unos 20 metros de anchura. Yo no soy buena calculadora. El río es de un azul ligeramente verde y alegra la vista cansada del terreno lleno de piedras y arenoso que se extiende ante ella.

Aquella voz íntima, de la que le he hablado a usted que oigo y que me ordena lo que debo anotar y saber, me dice que estoy viendo el valle del Jordán. Digo valle, porque se llama así el lugar donde corre un río, pero ciertamente no debería llevar tal nombre, porque un valle tiene siempre montes, y yo aquí no veo ninguno. Pero en fin estoy cerca del Jordán y el lugar árido que veo a mi derecha es el desierto de Judá.

Si damos el nombre de desierto en un lugar en donde no hay casa o trabajo de hombre, estamos en lo justo; pero no lo es según el concepto que tenemos de desierto. No hay ondulaciones de arena, como nos imaginamos que tiene un desierto. Es la tierra desnuda, cubierta de tierra y carroña como se ven los terrenos por donde va pasando un camino. En la lejanía hay colinas.

Junto al Jordán existe una gran tranquilidad, un algo muy especial y raro, como lo que suele llamar la atención en las riberas del Trasimeno. Es un sitio que parece acordarse de ángeles que volaron sobre de él y de voces celestiales. No puedo explicar exactamente lo que experimento. Pero siento que me encuentro en un lugar que habla al espíritu.

³ Ju. 16, 23.

⁴ De hecho esta es la fórmula sustancial con que terminan casi todas las oraciones de la Misa, de los Sacramentos de la Liturgia Romana y Ambrosiana.

¹ Cfr. Mt. 3, 13-17; Mc. 1, 9-11; Lc. 3, 21-22; Ju. 1, 29-34.

² Advierta el lector que la escritora de este modo se dirige a su Padre Espiritual.-

Mientras estoy contemplando esto, veo que la escena se llena de gente a lo largo de la ribera (respecto de mí) en el Jordán. Hay muchos hombres vestidos de diversas maneras,. Algunos parecen de la campiña, otros ricos y no faltan algunos que parecen fariseos por el vestido adornado de franjas y de tiras.

En medio de ellos, de pie sobre un peñasco, hay un hombre que, aunque es la primera vez que lo veo, al punto reconozco en él al Bautista. Habla a las multitudes y les aseguro que no es un sermón dulce. Si Jesús llamó a Santiago y a Juan “Hijos del Trueno”³... ¿Qué nombre podría dar a este vehemente orador?... Juan Bautista merece el nombre de rayo, avalancha, terremoto; es tan impetuoso y duro en el hablar y en el gesticular.

Está hablando del Mesías y exhortando a preparar los corazones para su venida para que extirpen de ellos todos los obstáculos y enderecen los caminos. Pero es un hablar duro, férreo. Al Precursor le falta la mano ligera de Jesús en las llagas de los corazones. Es un médico que desnuda, que rasga y corta sin piedad.

Mientras lo escucho –y no repito las palabras por ser las mismas que los evangelistas nos refieren, tan solo que con mayor amplitud– veo una vereda larga, que está al borde de la hilera de arbustos que la sombrean a lo largo del Jordán, ahí veo a mi Jesús. Este camino agreste, más bien vericuetado que camino, parece que durante años y siglos lo hubieran recorrido para buscar un sitio en donde fuera posible vadear el río, precisamente por ser la parte menos profunda. El sendero continúa a la otra parte del río y se pierde entre el verdor de la ribera opuesta.

Jesús viene solo. Camina despacio, avanza a espaldas de Juan. Se acerca sin hacer ruido y escucha la voz fulmínea del Penitente del desierto, como si también Él fuese uno de tantos que se llegasen a Juan para recibir el bautismo y prepararse para la venida del Mesías. En Jesús no hay nada que lo distinga de los demás. Parece uno del pueblo por el vestir, aunque señor por el porte y belleza, pero ninguna señal divina lo diferencia de los demás.

Podría decir que Juan siente una emanación espiritual del todo diversa. Se vuelve y reconoce al punto al que es fuente de aquella emanación. Al punto desciende del peñasco que le servía de púlpito y veloz se dirige a Jesús, que se ha parado como a un metro de distancia del grupo apoyándose en el tronco de un árbol. Jesús y Juan se miran por un momento. Jesús con su mirada azul, que es tan dulce. Juan con sus negríssimos ojos de mirar severo, llenos de fulgor. Los dos, vistos de cerca son diferentes el uno del otro. Ambos de estatura elevada –es lo único en que se parecen– son completamente diferentes entre sí. Jesús es rubio, de larga y bien peinada cabellera. Su rostro tiene el color del marfil, ojos azules, vestido sencillo pero majestuoso. Juan es hirsuto, los cabellos negros le caen sueltos por la espalda, desiguales de tamaño. La poca barba le cubre casi todo el rostro que sin embargo no impide ver en las mejillas las oquedades que el ayuno han dejado. Los ojos vivaces de Juan son negros y su piel está quemada por el sol. Su vestido consiste en una piel de camello que lo deja casi semidesnudo, sostenida con un cinturón de cuero, le cubre el dorso bajando apenas hasta los flancos descarnados y dejando al descubierto el costado derecho cuya piel está tostada por el viento. Parece un salvaje y un ángel visto de cerca.

Juan, después de haberlo mirado atentamente con su penetrante pupila grita: “He aquí el Cordero de Dios. ¿Cómo es posible que venga a mí, Él que es mi Señor?” Jesús tranquilamente le responde: “Para cumplir con el rito de penitencia”. “Jamás, Señor mío. Soy yo quien debo venir a Ti para ser santificado, y eres Tú el que vienes a mí” Jesús, que le pone la mano sobre la cabeza, pues Juan se ha inclinado ante Él, le dice: “Deja que se haga como Yo quiero, para que se cumpla toda justicia y tu rito se convierta en el principio de otro misterio mucho más alto y se avise a los hombres que la víctima está ya en el mundo”.

Juan lo mira con unos ojos que una lágrima reblandece y lo precede hacia la ribera, donde Jesús se quita el manto y la túnica, quedándose con una especie de calzoncillos cortos, para poder entrar al agua en donde está ya Juan, que lo bautiza echando sobre Él, agua del río,

³ Cfr. Mc. 3, 13-18; Lc. 9, 54.

que toma con una especie de tazón que lleva colgando a la cintura y que parece como una concha o la mitad de una calabaza seca y vacía.

Jesús es exactamente el Cordero. Cordero en la pureza de su carne, en la modestia de su trato, en la mansedumbre de su mirada. Mientras Jesús torna a subir a la ribera, se viste y se recoge en oración, Juan lo señala a las turbas, a las que les dice que lo reconoció por la señal⁴ que el Espíritu de Dios le había dado, señal que era prueba infalible del Redentor.

Más yo estoy entretenida en ver sólo a Jesús que ora, y no me quedo con otra cosa que con esta figura de luz, recalcada sobre el verdor de la ribera.

4. Juan no tenía necesidad de ninguna señal

4 febrero 1944

Dice Jesús:

“Juan personalmente no tenía necesidad de la señal. Su alma presantificada desde el vientre de su madre¹ poseía aquella mirada de inteligencia sobrenatural que todos los hombres hubieran tenido de no haber mediado el pecado de Adán.

Si el hombre hubiera permanecido en gracia, en su inocencia, si hubiese sido fiel a su Creador, hubiera visto a Dios a través de las apariencias externas. En el Génesis² se lee que el Señor Dios hablaba familiarmente con el hombre inocente, este no temblaba de miedo ante aquella voz, ni se engañaba en conocerla. Tal era la suerte del hombre: ver y entender a Dios exactamente como un hijo conoce a su padre. Después vino la culpa y el hombre no ha osado mirar más a Dios.

No ha sabido ver y comprender a Dios. *Y cada día lo conoce menos*. Pero mi primo Juan había quedado limpio de la culpa cuando la Llena de *gracia* se había inclinado amorosamente para abrazar a Isabel que antes había sido estéril pero luego fecunda. El pequeñín en su seno había saltado de alegría al sentir que de su alma caía la costra de la culpa, como cae la de una herida. El Espíritu Santo, que había hecho a María la Madre del Salvador, la Salvación Encarnada en este pequeñín destinado a unirse conmigo no sólo por la sangre, sino por la misión, algo así como los labios pronuncian las palabras. Juan era “Los labios” y Yo “La Palabra”. Él, el Precursor al anunciar el Evangelio y por su destino de mártir. Yo, que con mi perfección divina completo el Evangelio que Juan comenzó y su martirio en defensa de la Ley de Dios.

Juan no tenía ninguna necesidad de señal. Pero fue necesaria debida a la falta de inteligencia en los demás. ¿Sobre qué podría haber fundado Juan su afirmación, sino sobre una prueba innegable que pudiesen haber percibido los cegatones ojos y las orejas cerradas de la gente?

Igualmente Yo no tenía necesidad de bautismo. Pero la Sabiduría del Señor había decretado que aquel fuese el momento y el modo de encontrarnos. Trajo a Juan de su cueva del desierto y a Mí de mi casa y nos juntó en aquella hora para que se abriesen sobre Mí los Cielos y descendiese Él mismo, Paloma Divina sobre Él que habría de bautizar a los hombres con la misma Paloma y bajase el anuncio de mi Padre aún más potente del que dieron los ángeles en Belén: “He aquí a mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias”. Y esto fue para que los hombres no tuviesen excusa o duda en seguirme.

Las manifestaciones del Cristo han sido muchas. La primera después de su nacimiento, fue la de los Magos. La segunda en el Templo, la tercera sobre la ribera del Jordán. Después se sucedieron otras innumerables que te daré a conocer, porque mis milagros son manifestaciones de mi naturaleza divina, hasta las últimas de la Resurrección y Ascensión al cielo. Mi patria estuvo llena de manifestaciones. Como semilla que se arroja a los cuatro

⁴ La Paloma divina y la voz del cielo.

¹ Cfr. Lc. 1, 15 y 41.

² Cfr. Gén. 1, 26-29; 2, 16-19.

puntos cardinales llegó a toda clase de vida social; a pastores, poderosos, doctos, incrédulos, pecadores, sacerdotes, dominadores, niños, soldados, hebreos y gentiles.

Todavía ahora las manifestaciones se repiten. Pero así como entonces, así también ahora el mundo no las acepta. Aún mucho más, no recoge las actuales y olvida las pasadas. Y sin embargo Yo no cejo, Vuelvo a tratar de salvaros, para que tengáis fe en Mí”.

5. Las tentaciones de Jesús en el desierto¹

24 febrero 1944, el jueves después de Ceniza

Veo la soledad cubierta de piedra, que había ya visto a mi izquierda, en la visión del Bautismo de Jesús en el Jordán. Tal vez debo de estar muy adentro de esta soledad porque no veo el hermoso río lento y azul, ni el verdor que lo flanquea a ambas riberas, como alimentado por las arterias del agua. Aquí tan solo hay soledad, rocas, tierra en tal forma quemada que está convertida en polvo amarillo y que el viento levanta en pequeños torbellinos que parecen aliento de alguien que tuviese fiebre, así de secos y de calientes. Y lo son todavía más porque el polvo se mete en la nariz y en la garganta. Aquí y allá se puede ver un retoño de espinas, que no comprendo cómo puede resistir a tan grave sequedad. Parecen como mechones de cabello, en la cabeza de un calvo. Arriba un cielo azul, sin piedad azul. Abajo, la tierra seca; alrededor piedras y silencio. Esto es lo que veo que tiene la naturaleza

Jesús se encuentra sentado en una piedra dentro de un enorme peñasco que tiene casi la forma de una gruta.

Y el que habla dentro de mí, me dice que aquella piedra, sobre la que está sentado, le sirve de reclinatorio y de almohada cuando descansa envuelto en su manto por algunas horas a la luz de las estrellas y del aire frío de la noche. De hecho, ahí cerca de Él, está el saco que vi que tomaba antes de partir de Nazaret. Es todo lo que tiene. Como veo que está vacío comprendo que se han acabado los pocos alimentos que le había dado María.

Jesús está muy flaco y pálido. Está sentado con los codos apoyados sobre las rodillas y los antebrazos que se ven delante y las manos unidas y los dedos entrelazados. De cuando en cuando levanta la vista, mira alrededor, levanta sus ojos al sol, que ya está alto, casi perpendicular en el cielo azul. De cuando en cuando y sobre todo después de haber mirado alrededor y de haber levantado la vista al sol, los cierra y los apoya en la roca que le sirve de refugio, como si sintiera vértigo.

Veo que aparece el feo rostro de Satanás. No se presenta como siempre lo hemos imaginado, con cuernos, cola, etc. etc. Parece un beduino envuelto en su vestido, y su gran manto le da aires de un personaje de teatro. Lleva el turbante en la cabeza, cuyos flancos blancos caen sobre sus espaldas y por la cara. De modo que así aparece un breve triángulo moreno, formado de los labios delgados y sinuosos, de los ojos negrísimos y sin fondo, llenos de resplandores magnéticos y de dos pupilas que parecen leer el corazón, pero en los que nada se lee, a no ser que sea una sola palabra “Misterio”. Es todo lo contrario de los ojos de Jesús tan magnéticos y fascinadores que leen los corazones y en los que uno a la vez puede ver su corazón, el amor y la bondad que encierran. Los ojos de Jesús son una caricia en el alma. Los de Satanás son como un doble puñal que perfora y que quema.

Se acerca a Jesús: “¿Estás solo?”

Jesús lo mira pero no responde.

“¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Te perdiste?”

Jesús lo mira de cabeza a pies y calla.

“Si tuviera agua en la botija, te daría. Pero yo tampoco tengo. Se me murió el caballo y voy a pie al río. Beberé y buscaré a alguien que me de pan. Conozco el camino. Ven conmigo. Te guiaré”.

Jesús no alza ni siquiera los ojos.

¹ Cfr. Mt. 4, 1-11; Mc. 1, 12-13; Lc. 4, 1-13.

“¿No me respondes? ¿No sabes que si te quedas aquí te mueres? El viento comienza a soplar. Habrá torbellino. ¡Ven!”

Jesús aprieta las manos en muda adoración.

“¡Ah! ¿Con que eres Tú exactamente? ¡Tanto que te buscaba! Y tanto que te seguía. Desde el momento en que te bautizaste. ¿Llamas al Eterno?... ¡Está lejos! Ahora estás en la tierra y en medio de los hombres. Entre los hombres yo reino. Sin embargo me mueves a compasión y quiero ayudarte, porque eres y has venido a sacrificarte por nada. Los hombres te odiarán por tu bondad. No saben otra cosa más que de oro, comida y sentidos. Sacrificio, dolor y obediencia son palabras más muertas para ellos que esta tierra que nos rodea. Son más secos que este polvo. Tan solo la serpiente puede esconderse aquí, en espera de morder, así como el chacal en espera de destrozar. Vete de aquí, no merecen que sufras por ellos. Los conozco mejor que Tú”. Satanás se ha sentado frente a Jesús y lo escudriña con su horrible mirada, y en su boca se dibuja una sonrisa de serpiente. Jesús sigue callado orando en silencio.

“Desconfías de mí. Haces mal. Yo soy la sabiduría en la tierra. Puedo ser tu maestro para enseñarte a triunfar. Ves, lo importante es triunfar. Después, cuando uno se haya impuesto y el mundo haya sido engañado, entonces se le lleva a donde quiera uno. Pero ante todo es necesario ser como place a ellos. Como ellos. Seducirlos haciéndoles creer que los admiramos y que los seguimos en sus pensamientos.

Eres joven y bello. Empieza por la mujer. Siempre se debe empezar por ella. Yo me equivoqué al inducir a la mujer a la desobediencia. Debía haberla aconsejado de otro modo. La habría convertido en un instrumento mejor y habría vencido a Dios. Tuve prisa. Pero ¡Tú! Yo te enseño, porque existió un día en que te miré con angelical alegría y me ha quedado un resto de aquel amor. Pero escúchame y aprovéchate de mi experiencia. Búscate una compañera. Donde Tú no seas capaz de llegar, lo será ella. Eres el nuevo Adán, debes tener una Eva.

Y por otra parte ¿cómo puedes comprender y curar las enfermedades de los sentidos, si no sabes qué cosa son? ¿No sabes que ahí se esconde el meollo de donde nace la planta de la aidez y de arrogancia? ¿Por qué quiere reinar el hombre? ¿Por qué quiere ser rico y poderoso? Para poseer a la mujer. Esta es como la alondra. Tiene necesidad del guiño para que se atrape. El oro y el poder son las dos caras del espejo que atraen a la mujer y la causa del mal en el mundo. ¡Mira! Detrás de mil delirios de todas clases, hay por lo menos 900 que tienen su raíz en el hombre de poseer a la mujer, o en la voluntad de una mujer que arde en deseo por el hombre que todavía no satisface o no la satisfará jamás. Ve a la mujer si quieres saber qué cosa es la vida. Y sólo después sabrás curar y aliviar las enfermedades de la humanidad. Es hermosa, sabes: ¡la mujer! No hay cosa bella en el mundo. El hombre posee el pensamiento y la fuerza. Pero ¡la mujer! Su pensamiento es un perfume, su contacto es una caricia de flores, su belleza es como un vino que desciende, su debilidad es como una cuerda de seda o un cordón de niño en las manos del hombre, sus caricias son fuerza que se derrama sobre las nuestras y las encienden. El dolor, la fatiga, el desdén desaparecen cuando se está cerca de una mujer, y es como un manojo de flores en nuestros brazos. Pero ¡qué tonto soy! Tú tienes hambre y yo te hablo de mujeres. Tu vigor está agotado por eso, esta fragancia de la tierra, estas flores de lo creado, este fruto que produce y suscita amor, te parecen cosas sin ningún valor. Pero mira estas piedras. ¡Qué redondas! ¡Qué bien labradas! Doradas por el sol que desciende. ¿No te parecen panes? Tú, Hijo de Dios, no tienes más que decir: “Quiero”, para que ellas se conviertan en un pan oloroso como el que ahora las panaderas sacan del horno para la cena de las familias... estos espinos tan áridos, si Tú quieres ¿no pueden cubrirse de frutas, de dátiles o de miel? Sáciate, ¡oh Hijo de Dios! Tú eres el dueño de la tierra. Ella se inclina para ponerse a tus pies y para calmar tu hambre.

¿Lo ves que palideces y sientes como mareo tan sólo de oír hablar de pan? ¡Pobre Jesús! ¿Eres tan débil de no poder ni siquiera ordenar que se haga un milagro? ¿Quieres que lo haga yo por ti? No me puedo medir contigo, pero puedo hacer algo. Me privaré por un año de mi

fuerza, la juntaré toda, pero te quiero servir porque eres bueno y yo siempre me acuerdo que eres mi Dios, aunque por ahora me he hecho indigno de llamarte como tal. Ayúdame con tu plegaria para que pueda...”

“¡Calla! No sólo de pan vive el hombre, sino de cualquier palabra que viene de Dios”².

El demonio tiene un arrebatado de rabia. Rechina los dientes y cierra los puños. Luego se controla y cambia el rechinido en sonrisa.

“Comprendo. Tú estás sobre las necesidades de la tierra y tienes horror de servirme de mí. ¡Lo tengo merecido! Pero... ven ahora y mira algo en la Casa de Dios. Ve cómo también los sacerdotes no rehúsan llegar a transacciones entre el espíritu y la carne porque al fin son hombres y no ángeles. Haz un milagro espiritual. Yo te llevo al pináculo del Templo y Tú te transformarás en belleza y luego llama a las cohortes de ángeles y di que entrelacen sus alas para peana de tus pies y te bajen en el pórtico principal. ¡Que te vean y se acuerden que existe Dios! De cuando en cuando es necesario manifestarse, porque el hombre tiene una memoria tan flaca, sobre todo en cosas espirituales. ¡Qué felices se sentirán los ángeles de servir de peana a tus pies y de escalera sobre la que subas”.

“No tentarás al Señor Dios tuyo, está escrito”³.

“Comprendes que aún tu aparición no cambiaría las cosas y que el Templo continuaría siendo un mercado y una corrupción. Tu divina sabiduría conoce que los corazones de los ministros del Templo son un nido de víboras, que se desgarran y desgarran tan solo para dominar. No se les puede domar más que con la fuerza humana.

Así pues, oye: “Adórame”. Te daré la tierra. Alejandro, Ciro, César, todos los más grandes dominadores que han vivido o que viven serán semejantes a cabecillas de miserables caravanas en comparación tuya, que tendrás todos los reinos bajo tu cetro y con los reinos todas las riquezas, todas las bellezas de la tierra y mujeres y caballos y armadas y templos. Podrás levantar en todas partes tu Señal, cuando seas Rey de reyes y Señor de señores en el mundo.

Entonces serás obedecido y venerado por el pueblo y el sacerdocio. Todas las razas te honrarán y te servirán, porque serás poderoso y el único Señor... ¡Adórame un momento! Quítame esta sed que tengo de ser adorado! ¡Es la que me perdió! Ha quedado en mí y me quema. Las llamas del infierno son como fresco aire matutino en comparación a este que me quema por dentro. Es mi infierno esta sed. Un momento... un momento sólo, ¡oh Cristo! Tú que eres bueno ¡Un momento de alegría al eterno atormentado! Hazme sentir qué cosa se experimenta al ser Dios, y me tendrás por tuyo, obediente como un siervo por toda la vida y para todas tus empresas. ¡Un momento! ¡Un solo momento y no te atormentaré más!”... y Satanás se arroja de rodillas pidiéndolo.

Jesús se ha puesto de pie. Enflaquecido durante estos días por el ayuno parece aún más alto. Su rostro se llena de severidad y poder. Sus ojos son dos zafiros que queman, su voz es un trueno que repercute dentro de la cueva y que se derrama sobre las piedras y la llanura desolada cuando dice: “¡Lárgate Satanás! Está escrito: “Adorarás al Señor Dios tuyo, y a Él sólo servirás”⁴.

Satanás con un aullido de condenado y de odio indescriptible se levanta; horrible es ver su furiosa figura llena de humo. Después desaparece con un aullido de maldito. Jesús se sienta cansado y apoya la cabeza sobre un peñasco. Parece exhausto y suda. Seres angélicos vienen a revolotear con sus alas con las que purifican el aire caliente de la cueva. Jesús abre los ojos y sonrío. No veo que coma pero se diría que se nutre con el aroma del Paraíso y sale lleno de vigor.

El sol desaparece por el occidente. Jesús toma su bolsa vacía y se dirige hacia el oriente, mejor dicho, al noroeste acompañado por los ángeles que suspendidos en el aire sobre su

² Cfr. Deum 8, 3.

³ Cfr. Deum 6, 16.

⁴ Cfr. Deum. 6, 13.

cabeza le proporcionan una luz suave mientras la noche desciende rapidísima. Tiene nuevamente su expresión habitual y el paso seguro. Sólo le queda, después del largo ayuno, un aspecto más ascético en el rostro delgado y pálido y en los ojos una alegría que no es de esta tierra.

6. “Satanás se presenta siempre bajo un ropaje benévolo”

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“Lo has visto. Satanás se presenta siempre con ropaje benévolo y en forma ordinaria. Si las almas están atentas y sobre todo en contacto espiritual con Dios, advierten el aviso que las pone alertas y prontas a combatir las asechanzas del demonio. Pero si las almas no hacen caso del aviso divino, se separan debido a pensamientos del todo humanos que entorpecen, si no buscan ayuda en la oración que las une a Dios y que da fuerzas al corazón humano; difícilmente pueden ver la trampa escondida bajo una apariencia inofensiva y hélas aquí que caen. Librarse después de esa trampa sí que es difícil.

Los dos senderos más comunes de Satanás para llegar a las almas son el sentido y la gula. Siempre comienza por la materia. Cuando esta ha sido derrotada y sujeta, el ataque continúa en las partes superiores del hombre. Primero *la parte moral*; el pensamiento con su soberbia y aidez; después el espíritu, al quitarle no sólo el amor divino, que ya no existe desde el momento que ha sido sustituido por otros amores humanos, sino también el temor de Dios. Entonces es cuando el hombre se entrega a Satanás en alma y cuerpo con la condición de poder gozar de lo que quiera y gozar siempre. Tú has visto la forma en que me comporté: Silencio y Oración. *Silencio*. La razón es que Satanás se presenta seductor y se acerca, se le debe soportar sin tantas impaciencias ni temores inútiles. Es menester reaccionar con valor a su presencia y a su seducción con la plegaria.

Es inútil discutir con Satanás, vencería él, porque tiene una lógica muy fuerte. Nadie, más que Dios puede vencerle y por eso es necesario recurrir a Dios que hablará por nosotros, a través de nosotros. Enseñar a Satanás aquel Nombre y aquella señal no tan sólo escritos y grabados en el corazón. Mi Nombre y mi Señal. Contraatacar a Satanás tan sólo cuando insinúa que él es como Dios, usando la palabra de Dios. El demonio no lo soporta. A continuación, después de la lucha, viene la victoria y los ángeles ayudan y defienden al vencedor contra el odio de Satanás. Lo confortan como rocío del cielo, con la gracia que derraman las manos llenas en el corazón del hijo y la bendición que acaricia el alma.

Es necesario tener voluntad de vencer a Satanás y fe en Dios y en su ayuda. Fe en el poder de la oración y en la bondad del Señor. Entonces no puede hacer ningún mal”.

7. El encuentro con Juan y Santiago¹

25 febrero 1944

Veo a Jesús que camina a lo largo de la verde vereda que costea el Jordán. Ha recorrido el sitio que fue testigo de su bautismo, cerca del vado que parece ser muy conocido y frecuentado por ser el paso a la otra ribera en dirección de Perea. El lugar, que antes estaba lleno de gente, se ve ahora solo. Alguno que otro viajero a pie o con asnos o caballos lo transitan.

Jesús, ni siquiera parece que caiga en cuenta de ello. Continúa su camino subiendo hacia el norte, como absorto en sus pensamientos. Cuando llega a la altura del vado, se cruza con un grupo de hombres de diversas edades que discuten acaloradamente entre ellos y que después se separan dirigiéndose unos hacia el sur y otros siguiendo la pendiente del norte. Entre los que se dirigen hacia el norte veo a Juan y a Santiago. Juan es el primero en ver a Jesús, lo

¹ Cfr. Mt. 4, 18-22; Mc. 1, 16-20; Lc. 5, 1-11; Ju. 1, 35-39.

señala a su hermano y acompañantes. Hablan entre sí un poco y luego Juan camina velozmente para alcanzar a Jesús. Santiago lo sigue más despacio. Los otros no se preocupan de ello, continúan caminando lentamente y discutiendo.

Cuando Juan llega cerca de Jesús, a sus espaldas, separado como a unos dos o tres metros, grita: “¡Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo!”.

Jesús se vuelve y lo mira. Ambos se encuentran a pocos pasos el uno del otro y se miran. Jesús tiene una mirada seria y escrutadora; Juan tiene los ojos cándidos y sonrientes en una cara juvenil que parece de muchacho. Puede tener más o menos unos veinte años, y en sus mejillas sonrosadas no hay otra señal que un vello rubio que parece una lágrima de oro.

“¿A quién buscas?” pregunta Jesús.

“A ti Maestro”.

“¿Cómo sabes que soy Maestro?”.

“Me lo ha dicho el Bautista”.

“Y entonces ¿Por qué me llamas Cordero?”

Porque hace más o menos un mes, así te llamó cuando pasabas”.

“¿Para qué me quieres?”

“Para que nos digas palabras de vida eterna y nos consueles”.

“Pero... ¿Quién eres?”

“Soy Juan de Zebedeo y este es mi hermano Santiago. Somos de Galilea, pescadores y discípulos de Juan. Él nos decía palabras de vida y nosotros lo escuchábamos, porque queremos encontrar a Dios y con la penitencia merecer su perdón, preparando así los caminos del corazón para cuando llegue el Mesías. Tú lo eres, Juan lo dijo porque vio la señal de la Paloma que se posaba sobre ti y fue cuando nos dijo: “He aquí el Cordero de Dios” y yo te digo Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, danos la paz porque no tenemos quien nos guíe y nuestro espíritu está turbado”.

“¿Dónde está Juan?”

“Herodes lo tiene prisionero. Está en la prisión de Maqueronte. Los más fieles de los suyos han tratado de liberarlo, pero no han podido. De allí venimos. Permítenos quedarnos contigo, Maestro. Enséñanos en dónde vives”.

“Venid. Pero ¿sabéis qué cosa pedís? Quien me sigue tendrá que dejar todo: casa, padres, modo de pensar y también vida. Yo os haré mis discípulos y amigos, si queréis. Pero no tengo riquezas, ni modo de protegeros. Soy y seré pobre sin tener en dónde reclinar la cabeza y seré más perseguido que una oveja descarriada por los lobos. Mi doctrina es más severa que la de Juan, porque prohíbe hasta guardar rencor. No se dirige sólo a los exteriores, sino al espíritu. Deberéis renacer si queréis ser míos. ¿Lo queréis hacer?”

“Sí, Maestro. Tú solo tienes palabras que dan luz. Para nosotros que vamos sin guía, entre tinieblas y desolación, tus palabras nos dan una claridad como del sol”.

“Venid, pues, y vayamos. Os enseñaré por el camino”.

8. “Amé a Juan por su pureza”

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“El grupo que me encontró era numeroso. Pero uno solo me reconoció, el que tenía el alma, el pensamiento y el cuerpo limpios de toda lujuria. Insisto en el valor de la pureza. La castidad es la fuente de la claridad de pensamiento. La virginidad afina y conserva la sensibilidad intelectual y afectiva hasta la perfección que sólo quien es virgen lo sabe.

Se puede ser virgen de muchos modos. Por la fuerza, y esto sobre todo entre mujeres que no han podido casarse. Así deberían de serlo también los hombres. Pero no lo es. Esto está mal porque una juventud sucia antes de tiempo por la concupiscencia no podrá producir sino una cabeza de familia enferma en el sentimiento y con frecuencia en el cuerpo.

Existe la virginidad voluntaria, o sea la de quienes se consagran al Señor en un arranque de generosidad. ¡Oh hermosa virginidad! ¡Sacrificio aceptable a Dios! Pero no todos saben permanecer en aquel candor de lirio, que está firme en su tallo enhiesto al cielo, ignorante del fango que hay en el suelo, abierto tan solo a los besos de Dios y a sus rocíos.

Hay quienes permanecen fieles materialmente a lo hecho, pero infieles lo son en el pensamiento con el que lamen y desean lo que han sacrificado. Estos tales, no son vírgenes, sino a medias. Si la carne está intacta, el corazón no lo está. El corazón fermenta, bulle, exhala humos de sensualidad tanto más refinada y exquisita cuanto más es el fruto del pensamiento que lo acaricia, la alimenta y la hace crecer continuamente en ideas de cosas ilícitas no sólo para quien es libre, sino con mayor razón para quien ha hecho votos.

Entonces se produce la hipocresía del voto, con la que existe la apariencia pero falta la realidad. En verdad os digo que entre el que viene a Mí con un lirio deshojado por la imposición de un tirano, y el que viene con un lirio que materialmente no está ajado, pero que guarda la baba de una sensualidad amada y cultivada para llenar con ella las horas de la soledad. Llamo “virgen” al primero y “no virgen” al segundo.

Al primero le doy la corona de virgen y la doble corona de martirio por la carne herida y por el corazón que sangra por esa mutilación, “no querida”. El valor de la pureza es tal, que como lo has visto, Satanás se preocupó ante todo de arrastrarme a la impureza. Sabe muy bien que el pecado sensual quita las fuerzas del alma y la hace fácil presa de otros pecados. La tentativa de Satanás se enderezó con este objetivo para vencerme. El pan, el hambre son sólo formas materiales de disfraz del apetito, que Satanás explora para sus fines. Muy diferente era el alimento que me ofrecía para hacerme caer a sus pies. Después vendría la gula, el dinero, el poder, la idolatría, la blasfemia, el rechazo de la Ley divina. Este era el primer paso para asirme. El mismo que usó para herir a Adán.

El mundo se burla de los puros. Los impuros los rechazan. Juan Bautista fue víctima de la lujuria de dos obscenos. Y si el mundo tiene todavía algo de luz, se debe a los puros que hay en el mundo.

Son ellos los siervos de Dios y saben entender y repetir sus palabras. Lo dije: “Bienaventurados los puros de corazón porque verán a Dios”¹. También lo serán de la tierra porque el humo de los sentidos no perturba el pensamiento. Ellos “ven” a Dios y lo huelen, lo siguen y lo señalan a otros.

Juan de Zebedeo fue puro. Fue en realidad el puro entre mis discípulos. ¡Qué alma de flor en un cuerpo de ángel! El me llamó con las palabras de su primer maestro y me pidió le diese paz. Pero él ya tenía la paz en sí por la vida pura que llevaba y Yo lo amé por esa pureza, confiándole las enseñanzas, los secretos y la criatura más querida que Yo había tenido².

Fue él mi primer discípulo y desde que me vio me amó. Su alma se había fundido con la mía, desde el día en que me vio pasar a lo largo del Jordán y vio que me señalaba el Bautista. Aun cuando no me hubiese encontrado a mi regreso del desierto, me habría buscado. Porque era puro y humilde y deseaba aprender la doctrina celestial, en la misma forma en que la corriente se llega al mar”.

Jesús añade:

“No he querido que hablastes de las tentaciones sensuales de tu Jesús aun cuando la voz interna te había hecho comprender el objetivo de Satanás para atraer mis sentidos, preferí Yo hablarte de esto y ahora procura no pensar ya más. Era necesario hablarte de ello. Ahora sigue adelante. Deja la flor de Satanás sobre la arena y ven detrás de mí con Juan. Caminarás entre espinas, pero encontrarás rosas con gotas de sangre de quien la derramó por ti, para vencer en ti la carne.

¹ Cfr. Mt. 5, 1-12.

² Ju. 19, 25-27.

Tengo también una observación qué hacerte antes. Relata Juan en su Evangelio el encuentro que tuvo conmigo: “Y el día siguiente”³. Parece como si indicase que el día siguiente al bautismo, al punto Juan y Santiago me siguiesen. Lo que está en contra de lo dicho por los otros Evangelistas, acerca de los cuarenta días pasados en el desierto⁴. Leed del modo siguiente: “Cierta día, después de haber sido arrestado Juan el Bautista, dos de los discípulos que le vieron señalarme y decir: “He aquí al Cordero de Dios”, al verme de nuevo, me llamaron y me siguieron”⁵. Esto fue después de mi regreso del desierto.

Y juntos regresamos a las riberas del lago de Galilea, donde me hospedaba para empezar de allí mi evangelización. Después de haber hablado conmigo en el camino y durante todo un día en casa de un amigo nuestro y de nuestra familia, ellos hablaron de Mí a los otros pescadores. La iniciativa fue de Juan, a quien el deseo de penitencia había dado a su alma, por otra parte ya limpia por su pureza, una claridad limpiísima sobre la que la verdad se reflejaba claramente, dándole también la santa audacia de los puros y de los generosos, que no tienen miedo de abrirse paso a donde ven que hay Dios, verdad, doctrina y camino hacia Dios. ¡Cómo amé a Juan por esta característica suya tan sencilla y heroica!”

9. Juan y Santiago hablan a Pedro del Mesías¹

12 octubre 1944

Hay una aurora hermosísima sobre el mar de Galilea. De cielos y tierra se desprenden fulgores color de rosa, que poco se diferencian de los modestos que brotan entre los muros de los huertos del pueblito ribereño, los cuales se elevan y parece que se doblan sobre las veredas como las copas despeinadas y vaporosas de los árboles cargados de fruta.

El pueblo apenas despierta al oír el paso de alguna mujer que va a la fuente o al estanque para lavar, y con las voces de los pescadores que descargan sus cestas de peces y hacen contratos con mercaderes venidos de otras partes, o que llevan los peces a sus casas. Lo llamo pueblito, pero no es tan pequeño. Es más bien pobre, al menos la parte que estoy viendo, pero extenso por la parte que va al lado del lago.

Juan sale de una vereda y camina de prisa hacia el lago, le sigue Santiago que va más despacio. Juan mira las barcas que están en la ribera, pero no ve la que busca. Luego la distingue a unos cuantos centenares de metros separada de la ribera y que hace preparativos para volver a entrar al mar por lo que lanza con todas sus fuerzas, con las manos en la boca, un largo: “Oh e” que debe ser señal ya conocida. Después, cuando nota que lo oyeron se deshace en señales para decirles: “Venid, venid”.

Los hombres de la barca, no sabiendo de qué se trata dan duro con los remos y la barca se desliza veloz, más que con la vela que ellos amainan, tal vez para remar más de prisa. Cuando se encuentran como a unos diez metros de la ribera, Juan no espera más, se quita el manto y la larga túnica que tira sobre la playa, luego las sandalias y se levanta la tuniquilla que sostiene con una mano a la cintura, y baja al agua al encuentro de los que llegan.

“¿Por qué no vinisteis?...” pregunta Andrés. Pedro, que está de muy mal humor, no dice nada.

“¿Y tú y Santiago por qué no vinisteis conmigo?” responde Juan a Andrés.

“Fui a pescar. No tengo tiempo qué perder. Tú desapareciste con aquel hombre...”

“Te hice señas de que vinieras. Es Él en persona. ¡Si oyeras qué palabras!... Estuvimos con Él todo el día y la noche hasta muy tarde. Ahora vinimos a deciros: “Venid””.

“¿Es exactamente Él? ¿Estás seguro? Lo vimos aquella vez cuando el Bautista nos lo señaló”.

³ Ju 1, 35.

⁴ Mat. 4, 1-2; Mc. 1, 12-13; Lc. 4, 1-2.

⁵ Cfr. Ju 1, 35-37; el trozo evangélico aquí es puesto en primera persona.

¹ Cfr. Ju. 1, 41.

“Es Él, no lo negó”.

“Cualquiera puede decir lo que le conviene con tal de imponerse a los crédulos... ¡No sería la primera vez...!” Pedro refunfuña descontento.

“¡Oh Simón! ¡No digas eso! ¡Es el Mesías! ¡Sabe todo y te oye!” Juan se siente dolorido y preocupado por las palabras de Simón Pedro.

“¡Bueno”... el Mesías... y se muestra exactamente a ti, a Santiago y a Andrés, tres pobres ignorantes. ¡Sí que estamos bien con ese Mesías! Y... me oye... ¡Pobre muchacho! Los primeros rayos del sol primaveral te han hecho mal. ¡Ea, vente a trabajar. Será mejor y... déjate de cuentos!”

“Es el Mesías te lo digo. Juan decía cosas santas, pero este habla de Dios. No puede decir palabras semejantes, quien no es el Mesías”.

“Simón, ya no soy un muchacho. Tengo mis años y me gusta ser tranquilo y reflexionar. Lo sabes. He hablado poco pero he escuchado mucho en las horas que estuvimos con el Cordero de Dios, y te digo que verdaderamente no puede ser más que el Mesías. ¿Por qué no creerlo? ¿Por qué no querer creerlo? Dudas porque no lo has oído. Pero yo creo. Somos pobres e ignorantes pero Él bien dice que ha venido a anunciar la Buena Nueva del reino de Dios, del reino de paz a los pobres, a los humildes, a los pequeños, antes que a los grandes. Ha dicho: “Los grandes tienen ya placeres pero comparados con los que vengo a anunciar no tienen por qué ser envidiados. Los grandes, tienen ya a base de cultura los medios para llegar a comprender. Pero Yo vengo a “los pequeños” de Israel y del mundo, a los que lloran y esperan, a los que buscan la luz y tienen hambre del verdadero maná; de los doctos no reciben ni luz ni alimento, sino tan solo peso, oscuridad, cadenas y desprecio. Y llamo “a los pequeños”. Yo he venido a cambiar al mundo. Haré bajar lo que estaba en alto y subir lo que hasta ahora era despreciado. Quien desee la verdad y la paz, quien anhele la vida eterna, venga a Mí. Quien ame la luz... ¡Venga! Yo soy la luz del mundo”. Juan, ¿no dijo así? Santiago habló con calma, pero con gesto conmovido.

“Así es. También dijo: “El mundo no me amará. El gran mundo, porque se ha corrompido con vicios y comercios idolátricos. El mundo tampoco me amará porque los hijos de las tinieblas no aman la luz. Pero la tierra no se compone solamente del gran mundo. En ella están también los que, a pesar de estar mezclados con el mundo, no pertenecen a él. Hay algunos que son del mundo porque están aprisionados como peces en la red”. De veras que así dijo porque caminábamos en la playa del lago y señalaba las redes que arrastraban a la ribera los peces. Dijo aún más. “Ved, ninguno de aquellos peces quería entrar en la red. También los hombres, no querrían intencionalmente ser presa de Mammón, ni siquiera los malvados, porque estos con la soberbia que los ciega, no creerían carecer del derecho de hacer lo que quisieren. Su pecado es la soberbia. Debajo de ella nacen todos los demás. Pero los que no son del todo malos, mucho menos desearían pertenecer a Mammón, pero tropiezan y caen por falta de reflexión y por un peso que los arrastra al fondo, que es el pecado de Adán. He venido a quitar esa culpa y a dar, mientras llega la hora de la redención, una fuerza tal a quien creyere en Mí, capaz de soltarlo de los lazos que lo tienen agarrado y dejarlos libres para seguirme a Mí, que soy la luz del mundo”.

“Si Él ha hablado así, entonces es menester ir inmediatamente a donde Él está”. Pedro con sus impulsos tan arrebatados que me gusta tanto. Ya lo ha dicho y se dispone a descargar la nave que ha llegado a la rivera y los pescadores la han casi sacado sobre la arena, quitando las redes, las cuerdas y las velas. “Y tú, tonto Andrés ¿Por qué no fuiste con estos?”

“Pero... ¡Simón! ¿Tú me has reñido porque no convencí a estos que viniesen conmigo... toda la noche has estado refunfuñando... y ahora me regañas porque no fui?...”

“Tienes razón... pero yo no lo había visto... tú sí... y debes de haber visto que no es como nosotros... tendrá algo de bello que atraiga más”.

“¡Oh sí!” dice Juan. “¡Qué rostro! ¡Qué ojos!... ¿No es así Santiago?... ¡Qué ojos! Y ¡una voz! Cuando te habla parece que estás soñando en el Paraíso”.

“¡Pronto! ¡Pronto, vamos a buscarlo! Vosotros (habla a los pescadores) llevad todo al Zebedeo y decidle que lo haga él. Esta tarde regresamos para la pesca”.

Se visten y se ponen en camino. Pero Pedro, después de algunos metros, se detiene, coge a Juan por el brazo y le dice: “¿Has dicho que sabe todo y que todo oye?...”

“Así es. Imagínate que cuando nosotros veníamos, la luna estaba ya en alto y dijimos: “¡Quién sabe qué cosa estará haciendo ahora Simón!” Él dijo: “Está echando la red y no puede conformarse de que tenga qué hacerlo por sí solo, ya que vosotros no fuisteis con la otra barca en una noche así tan buena para la pesca. No sabe que dentro de poco pescará con otras redes y no hará otra cosa más que pescar”.

“¡Que Dios me ampare! ¿De veras así dijo? Si es así habrá oído también que lo he tratado como mentiroso... No puedo ir a donde Él está”.

“¡Oh es muy bueno. Si sabe lo que pensaste. Ya lo sabía, porque cuando estábamos a punto de dejarlo y le dijimos que te veníamos a ver, dijo: “Id, pero no os dejéis vencer con las primeras palabras de burla. Quien desee venir conmigo tiene que saber mantener la cabeza erguida contra las burlas del mundo o las prohibiciones de sus padres. Yo valgo más que la sangre y la sociedad y la venzo; quien está conmigo, también vencerá para siempre”. Y añadió: “Aprended a hablar sin temor. Os escuchará a vosotros, porque es un hombre de buena voluntad”.

“¿Así dijo? Si es así, voy. Háblame de Él mientras vamos caminando. ¿En dónde está?”

“En una pobre casa. Deben ser amigos suyos”.

“Pero... ¿Es pobre?”.

“Un obrero de Nazaret. Así lo dijo”.

“¿De qué vive, si no trabaja más?”

“No se lo preguntamos. Tal vez lo ayudarán sus familiares”.

“Sería mejor llevarle pescados, pan, fruta... alguna cosa. Vamos a preguntar a un rabí, porque es como un rabí y más que un rabí vamos con las manos vacías. A nuestros rabíes no les gusta así...”

“Pero a Él así le gusta. No teníamos más que veinte monedas entre Santiago y yo y se las ofrecimos, como se acostumbra con los rabíes. No las quiso. Pero como le insistimos tanto, dijo: “Dios os pague con bendiciones de pobres, venid conmigo” al punto las distribuyó entre los pobres que sabe dónde viven, y a nosotros que le preguntamos: “... ¿y nada te guardas para ti, Maestro? Nos contestó: “La alegría de hacer la voluntad de Dios y de servir para su gloria”. También le dijimos: “Maestro, Tú nos llamas pero todos nosotros somos pobres, ¿qué tenemos qué traerte?” Respondió con una sonrisa que puede ser la felicidad del paraíso: “Quiero de vosotros un gran tesoro”. Y nosotros: “¡Pero si no tenemos nada!” Y Él: “Es un tesoro de siete nombres, que aunque el más miserable puede tener, el más rico puede no poseer. Este tesoro que deseo, ya lo tenéis vosotros. Oíd sus nombres: caridad, fe, buena voluntad, recta intención, continencia, sinceridad y espíritu de sacrificio. Esto es lo único que exijo a quien me sigue y es lo que hay en vosotros aunque adormecido como la semilla bajo el suelo invernal pero el sol de mi primavera lo hará germinar con siete espigas”. Así dijo”.

“¡Ah! Esto me asegura que es el verdadero Rabboni², el Mesías prometido. No es duro con los hombres, no exige dinero... esto basta para llamarlo el Santo de Dios. ¡Vayamos tranquilos!”

10. Primer encuentro de Pedro con el Mesías¹

13 octubre 1944

Jesús avanza por una pequeña vereda, un caminito entre dos campos. Está solo. Juan se dirige a Él de la otra parte del sendero entre los campos y lo alcanza al fin al pasar por una

² Rabboni, significa “maestro mío” (NT).

¹ Cfr. Ju. 1, 42.

zanja. Juan, tanto en la visión de ayer como en la de hoy es del todo un jovencito. Tiene una cara sonrosada e imberbe de uno que apenas ha llegado a la edad viril; y es también rubio. No tiene ninguna señal de bigote o de barba, sino el bello rosado de las mejillas tersas, los labios rojos en los que brilla una agradable sonrisa, una mirada pura, no tanto por el color de sus ojos turquesa sino por la calidez de su alma virgen que se trasluce. La cabellera, castaña clara, larga y suave que va flotando en el aire a su paso veloz que casi se convierte en carrera. Levanta la voz cuando va a saltar la cerca y dice: “¡Maestro!”, Jesús se detiene y se vuelve con una sonrisa.

“Maestro, te he buscado tanto. Me dijeron en la casa en que te hospedas que habías salido en dirección de la campiña... pero... ¿Por dónde?... ya tenía miedo de no hallarte”. Juan habla un poco inclinado debido al respeto, pero su actitud claramente se ve que es de confianza y su mirada se dirige a Jesús.

“Vi que me buscabas y vine a esperarte”.

“¿Me viste? ¿Dónde estabas, Maestro?”

“Allí” y Jesús le señala una arboleda que está a lo lejos, pero que por sus negruscas copas, parecen ser olivos. “Allí estaba. Oraba y pensaba en lo que diré esta tarde en la sinagoga. Pero en cuanto te vi lo dejé todo”.

“Pero ¿cómo has podido verme si apenas se puede distinguir aquel lugar tan distante y escondido?”

“¿Lo ves? Te vine a encontrar porque te vi. Lo que los ojos no logran, lo logra el amor”.

“Así es, el amor lo hace. ¿Me amas, Maestro?”

Me amas tú, Juan hijo de Zebedeo?”

“Mucho Maestro. Creo haberte amado siempre. Antes de haberte conocido. Mucho antes, mi alma te buscaba y cuando te vi me dije: “He aquí al que buscas”. Creo que te he encontrado, así lo siente mi alma.

“Tú lo dices Juan y estás en lo justo. También yo vine a encontrarte porque mi alma te espera. ¿Por cuánto tiempo me amarás?”

“Por siempre, Maestro. No quiero amar otra cosa que no seas Tú”.

“Tienes padre, madre, hermanos, hermanas y con la vida, mujer y amor ¿Cómo puedes dejar todo esto por Mí?”

“Maestro... no lo sé... pero me parece, si no es presunción el decirlo, que tu amor ocupará el lugar de padre, madre, hermanos y hermanas y aun el de mujer, Estaré satisfecho, completamente satisfecho, si Tú me amas”.

“¿Si mi amor te causase dolores y persecuciones?”

“No será nada si Tú me amas”.

“¿Y el día en que debiese morir...?”

Porque el Mesías ha venido a predicar la Ley en verdad y a llevar a cabo la redención. El mundo aborrece la Ley y no ama la redención. Por esto persigue a los enviados de Dios”.

“¡Oh! ¡que esto no suceda! ¡No des este anuncio de muerte a quien te ama!... pero si debes de morir, ya te seguiré amando. ¡Permíteme que te ame!” Juan tiene una mirada suplicante. Mucho más inclinado que antes, camina al lado de Jesús, y parece como si le mendigara amor.

Jesús se detiene. Lo mira, lo atraviesa con la mirada de sus ojos profundos, y después le pone la mano sobre la cabeza inclinada. “Quiero que tú me ames”.

“¡Oh, Maestro!” Juan está feliz. Por más que en su pupila brille una lágrima, ríe con su boca bien formada, toma la mano divina, la besa y la oprime sobre su corazón. Prosigue el camino.

“¿Dijiste que me buscabas...?”

“Sí, para decirte que mis amigos te quieren conocer, y... por que... ¡Oh! ¡Cuántas ganas tenía de estar contigo! Te dejé por unas cuantas horas pero no podría resistir el estar sin ti”.

“¿Has sido, pues, un buen anunciador de la Palabra?”

“Sí. También Santiago. Maestro. Ha hablado de ti, de tal modo que llega a convencer”.

“De modo que también el que desconfiaba (no es culpable porque la prudencia era la causa de su reserva) se convenció. Vayamos a confirmarlo en su creencia”.

“Tenía un poco de miedo...”

“¡No! ¡No tengan miedo de Mí! Yo he venido a salvar, no a condenar y con los rectos usaré de misericordia”.

“¿Y con los pecadores?”

“También. Sólo seré duro con los hipócritas, es decir con los que fingen espiritualidad y aparentan ser buenos cuando sus obras son malas y que lo hacen para poder obtener alguna ventaja del prójimo”.

“¡Oh! Entonces Simón puede estar seguro, ya que es franco como ninguno”.

“Así me gusta y así quiero que todos seáis”.

“Simón te quiere decir muchas cosas”.

“Lo escucharé después de que hable en la sinagoga. He hecho que se avise a los pobres y a los enfermos, a los ricos y a los sanos. Todos tienen necesidad de la Buena Nueva”.

El poblado está ya cerca. Hay niños que juegan en la calle y uno que corre, viene a chocar contra las piernas de Jesús y hubiese caído, si Él no hubiese estado atento a sostenerlo. El niño llora con todo como si se hubiera hecho mal, pero Jesús tomándolo en los brazos le dice: “¿Un israelita que llora? ¿qué cosa hubieran hecho los miles y miles de niños que se convirtieron en hombres al ir atravesando el desierto detrás de Moisés? ¿El Altísimo que se preocupaba de los pájaros del bosque y de la fronda, ama a estos inocentes y se preocupa de estos angelitos de la tierra, de estos pajaritos sin alas, de un modo especial y es por ellos y no por los otros que hizo bajar el Maná que era tan delicioso³? ¿Te gusta la miel? ¿Sí?... Pues bien, si eres bueno, comerás una miel mucho más dulce que la de las abejas”.

“¿En dónde? ¿Cuándo?”

“Cuando vayas a Dios, después de haber llevado una vida fiel”.

“Sé que no iré si no viene el Mesías. Mi mamá me dice que ahora nosotros, los de Israel somos como Moisés que morimos a la vista de la Tierra Prometida⁴. Dice que estamos aquí esperando entrar pero tan solo el Mesías nos lo concederá”.

“¡Qué pequeño israelita tan bueno! Yo te digo que cuando mueras, entrarás al punto al Paraíso porque para entonces el Mesías habrá abierto ya las puertas del cielo. Pero debes ser bueno”.

“¡Mamá, mamá!” el niño se le escurre de los brazos a Jesús y va a encontrar a su joven mamá que regresa con una olla de bronce sobre los hombros. “¡Mamá! El nuevo rabí me ha dicho que al punto iré al Paraíso cuando me muera y que comeré mucha miel... pero... si soy bueno. ¡Lo seré!”

“Que Dios te lo conceda! ¡Perdona Maestro que te haya dado molestia! ¡Es tan vivo!”

“La inocencia nunca molesta, mujer. Dios te bendiga porque eres madre y porque educas a tus hijos con el conocimiento de la Ley”.

La mujer enrojece ante esta alabanza y responde: “Que Dios también a ti te bendiga” y se va con su pequeñuelo.

“¿Te gustan los niños, Maestro?”

“Sí, porque son puros... sinceros... amorosos”.

“¿Tienes hijos, Maestro?”

“No tengo más que a mi Madre... pero en Ella existe la pureza, la sinceridad, el amor a los pequeños más santos, al mismo tiempo que la sabiduría, justicia y fortaleza de los adultos, Juan, todo lo que tengo está en mi Madre”.

“¿... y... la has abandonado?”

“Dios vale más que la más santa de las madres”.

“¿La podré conocer?”

³ Cfr. Ex. 16, 35 y todo el capítulo.

⁴ Cfr. Dt. 32, 48-52.

“La conocerás”.

“¿Y me amará?” “Te amará porque Ella ama a quienes me aman”.

“¿Entonces, no tienes hermanos?”

“Tengo primos de parte del esposo de mi Madre. Pero cualquier hombre es mi hermano y he venido para todos. ¡Pero mira! Estamos ya frente a la sinagoga. Voy a entrar, después te me juntarás con tus amigos”.

Juan se va y Jesús entra en una sala cuadrada, donde hay, como de costumbre, velas en un triángulo y atriles con rollos de pergamino. Ya hay gente que está esperando y que ora. Jesús también ora. La multitud murmura algo entre dientes y detrás de Él, que se inclina para saludar al jefe de la sinagoga y después pide que le den un rollo. Jesús empieza a leer.

Dice: “El Espíritu quiere que os lea estas cosas. En el capítulo séptimo del Libro de Jeremías está escrito: “Estas cosas dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: “Enmendad vuestras costumbres y afectos y entonces habitaré con vosotros en este lugar santo. No os confiéis de las palabras vanas que repetís: aquí está el Templo del Señor, porque si mejorareis vuestras costumbres y vuestros afectos, si hicieréis justicia entre vosotros, si no oprimiereis al extranjero, al huérfano, a la viuda, si no derramareis la sangre inocente en este lugar, sólo entonces habitaré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres por los siglos de los siglos”⁵

Oíd, vosotros de Israel. He aquí que vengo a aclarar estas palabras que vuestro espíritu ofuscado no puede ni verlas, ni entenderlas. Oíd. Gran llanto desciende sobre la tierra del Pueblo de Dios y lloran los adultos doblados bajo el yugo, lloran los niños que no tienen porvenir de una futura gloria. Pero la gloria de la tierra es nada en comparación con la gloria que ningún opresor, ni Mammón⁶, ni la mala voluntad os pueda quitar.

¿Por qué lloráis? ¿Por qué el Altísimo que fue siempre bueno para con su pueblo, ha vuelto su faz hacia otra parte y no permite que sus hijos le vean? ¿Acaso no es el Dios que abrió el mar e hizo que pasara por él, Israel, y quien lo llevó a través del desierto y lo alimentó y defendió contra sus enemigos, y para que no extraviase el camino del Cielo, así como había dado para sus cuerpos una nube, así dio también para sus almas una ley? ¿No es acaso el Dios que hizo dulces las aguas amargas, he hizo que bajase maná sobre los desvanecidos? ¿No es acaso el Dios que quiso estuviésetis en esta tierra y que hizo una alianza con vosotros, alianza de un Padre con sus hijos?⁷ Y si es así, entonces ¿por qué os ha derrotado el extranjero? Entre vosotros hay muchos que en voz baja dicen: “¡Sin embargo aquí está el Templo!” No basta tener templo y lugar donde se pueda ir a rezar a Dios.

El primer templo está en el corazón de cada uno, y en él es en donde se ora santamente. Pero la oración no puede ser santa si el corazón antes no se enmienda y junto con él las costumbres, los afectos, las normas de justicia para con los pobres, con los servidores, con los familiares y con Dios.

Poned atención. Veo ricos de duro corazón que presentan ofrendas al Templo, pero no saben decir al pobre: “Hermano, he aquí un pan, un denario⁸, ¡Tómalo! De corazón a corazón lo doy no creas rebajarte al recibirlo, que no es mi intención al dártelo”.

Veo a algunos que ruegan y se lamentan, porque Dios no los escucha al punto; pero al pobre, que tal vez puede ser pariente suyo, cuando a ellos se dirige diciendo: “Escúchame”, le responden con corazón empedernido: “¡No!” ¡Eha! veo que os lamentáis de que vuestra bolsa la exprima el dominador. Pero vosotros exprimís la sangre de quien odiáis, y no os horrorizáis de sacar la sangre y la vida de un cuerpo.

⁵ Cfr. Jer. 7, 3-7.

⁶ Mammón significa “dinero” adquirido injustamente. Por esta razón se le compara e igual con el demonio. Cfr. Mt. 6, 24; Lc. 16, 9-13.

⁷ Cfr. Ex. 13, 17-24, 18.

⁸ Denario, salario equivalente a lo que gana en un día un trabajador. (N. T.)

¡Oh vosotros de Israel! ¡Ha llegado el tiempo de la redención! ¡Preparad el camino en vosotros por la buena voluntad! Sed honestos, buenos, amaos los unos a los otros. Ricos, no despreciéis. Comerciantes, no defraudéis. Pobres, no envidiéis. Todos sois de una misma sangre y de un mismo Dios. Todos estáis llamados al mismo destino. El Mesías os abrirá el cielo, pero no lo cerréis con vuestros pecados. ¿Habéis hasta ahora estado equivocados? De hoy en adelante ¡No más! Desaparezca cualquier error. Sencilla, fácil, buena es la Ley que vuelve a su origen que son los Diez Mandamientos, que están empapados en luz y en amor.

Venid. Yo os mostraré cuáles son: Amor, amor, amor. Amor de Dios hacia vosotros y de vosotros para Dios, amor con el prójimo, siempre amor. Porque Dios es amor y los hijos del Padre son los que saben vivir en el amor. Yo estoy aquí para todos y para dar a todos la luz de Dios. He aquí la Palabra del Padre que se hace alimento para vosotros. Venid, gustad, cambiad la sangre del corazón por esta comida. Desaparezca cualquier veneno, muera toda concupiscencia.

Una nueva gloria se ha abierto: la eterna. En ella entrarán los que de corazón estudiasen la Ley de Dios. Empezad por el amor. No hay cosa mayor. Cuando hubiereis aprendido a amar, lo habréis aprendido todo, y Dios os amará. Amor de Dios quiere decir ayuda contra la tentación.

La bendición de Dios sea para quien se vuelve a Él con el corazón lleno de buena voluntad".

Jesús calla. La gente habla en voz baja. La reunión termina con cánticos que entonan todos.

Jesús sale a la plazoleta. En la puerta están Juan y Santiago con Pedro y Andrés.

"La paz sea con vosotros" dice Jesús y añade: "He aquí el hombre que para ser justo no debe juzgar antes de conocer. Pero es recto en reconocer su error. Simón ¿quisiste verme?"... ¡Mírame!... y tú Andrés ¿por qué no viniste antes?"

Los dos hermanos se miran sin saber qué decir. Andrés apenas musita: no me atrevía".

Pedro con la cara roja no dice nada. Pero cuando oye que Jesús dice a su hermano: "¿Hacías mal en venir? ¡Tan solo se debe de tener miedo de hacer el mal!", sin rodeos interviene: "Yo fui. Él quería traerme al punto a ti. Pero yo... yo dije... ¡Sí! Yo dije: "¡No creo!" y no quise. ¡Ahora me siento mejor!..."

Jesús sonríe. Después dice: "Y Yo te digo que por tu sinceridad te amo".

"Pero yo... yo, no soy bueno... no soy capaz de hacer lo que has dicho en la sinagoga. Soy iracundo y si alguien me ofende... ¡eh! Soy siempre... no siempre he dejado de engañar. Y soy ignorante. Y dispongo de poco tiempo para seguirte y tener la luz. ¿Cómo lo lograré? Quisiera llegar a ser como dices, pero..."

"No es difícil, Simón. ¿Sabes un poco de escritura? ¡Sí! Pues bien, recuerda al Profeta Miqueas. Dios quiere de ti, lo que dice Miqueas⁹. No te pide que rasgues el corazón, ni que sacrifiques afectos más santos. Por ahora no te lo pide. Un día, sin que Él lo haga, te darás a Dios tú mismo. Él espera que el sol y el rocío, hagan de ti, que eres una débil planta, una palma fuerte y majestuosa. Por ahora Él quiere esto: la práctica de la justicia, el amor de la misericordia, y el poner todo cuidado en seguir al Dios tuyo. Esfuérzate en hacer esto y el pasado de Simón será borrado. Serás el hombre nuevo, el amigo de Dios y de su Mesías. No más Simón, sino Cefa. Piedra segura en la que me apoyo".

"¡Esto me gusta! Esto lo entiendo. La Ley es así... es así... ¡Vah yo no la sé cumplir como la cumplen los rabíes!... Pero eso que dices sí me parece que lo lograré. Y Tú me ayudarás ¿Vives acá? ¡Conozco al dueño!"

"Aquí vivo. Pero ahora iré a Jerusalén y después predicaré por la Palestina. Para esto he venido. Volveré acá con frecuencia".

"Vendré de nuevo a oírte. Quiero ser tu discípulo. Un poco de luz entrará en mi cabeza".

"Sobre todo en el corazón, Simón. En el corazón. Tú, Andrés, ¿no hablas?"

"Escucho, Maestro"

"Mi hermano es tímido".

⁹ Miq. 6, 8.

“Se convertirá en león. La tarde baja ya. Dios os bendiga y os dé buena pesca. Idos”.

“La paz sea contigo”. Se van.

Apenas salidos de la plazoleta, dice Pedro: “Pero... ¿qué habrá querido decir antes, cuando dijo que pescaré con otras redes y haré otras pescas?”

“¿Por qué no se lo preguntaste? Querías decir tantas cosas y luego hablaste tan poco”.

“Me... daba vergüenza. Es tan diverso de los otros rabíes”.

“Ahora va a Jerusalén...” dice Juan con tanto anhelo como tristeza. “Quería pedirle si me dejaba ir con Él... y no me atreví...”

“Véselo a decir, muchacho” dice Pedro “lo hemos dejado así... sin una palabra de amor... que al menos sepa que lo admiramos. ¡Ve... yo le digo a tu padre!”

“Santiago... ¿voy?”

“¡Ve!”

Juan se va de carrera... y corriendo también, alegre retorna. “Le dije: “¿Me quieres contigo en Jerusalén?” y me respondió: ¡Mañana vendré a esta hora! ¡Ah! ¡Iré a Jerusalén con Él...!”

11. “Juan fue grande también en la humildad”

14 octubre 1944

Con motivo de esta visión, Jesús me dijo:

Quiero que tú y todos vosotros reparéis en la conducta de Juan, en algo en que no siempre se pone atención. Lo admiráis por puro, amoroso, fiel, pero no caéis en la cuenta de cuán grande fue en la humildad.

Él guardó modestamente silencio de haber sido el medio de que Pedro viniera a Mí. Fue el apóstol de Pedro y por lo tanto el primero de mis discípulos. Juan fue el primero en reconocerme, el primero en hablarme, el primero en seguirme y el primero en predicarme. Con todo ve que dice: “Andrés, el hermano de Simón, era uno de los dos que habían oído las palabras de Juan (Bautista) y que habían seguido a Jesús. El primero a quien encontró fue su hermano Simón a quien dijo: ‘Hemos encontrado al Mesías’ y lo llevó a Jesús”¹.

Honrado, además de bueno, sabe que Andrés se angustia por tener un carácter tímido y cerrado, que quería hacer muchas cosas pero que no lo logra, por lo que desea que en el transcurso de los siglos se reconozca la buena voluntad de Andrés. Quiere que aparezca como el primer discípulo de Cristo ante Simón, no obstante su timidez y sumisión que no le estorbaron en nada para ser apóstol de su hermano.

¿Quién hay, entre los que hacen algo por Mí, que sepa imitar a Juan y no se proclame un apóstol insuperable, sin pensar que el éxito obtenido proviene de un complejo de circunstancias, que no son sólo la santidad, sino también la audacia humana, la fortuna, y algunas veces, el encontrarse ante otros que son menos audaces y menos afortunados, pero tal vez más santos que ellos mismos?

Cuando logréis algún triunfo en el bien, no os gloriéis como si fuese mérito vuestro, Alabad a Dios como Señor de los obreros apostólicos, y tened un ojo limpio y un corazón sincero para ver y dar a cada uno el aplauso que se merece. Ojo limpio para discernir a los apóstoles que llevan a cabo su holocausto, y son las primicias en el trabajo de los demás. Dios es el único que ve a estos tímidos, parece que no hacen nada, sin embargo son ellos los que roban el fuego del cielo a favor de los audaces. Corazón sincero para decir: “Yo trabajo, pero... este ama más que yo, ora mejor que yo, se inmola como yo no lo hago y como Jesús ha dicho; ‘... entro en mi habitación y cierro con llave para orar en secreto’². Yo que miro su humilde y santa virtud, quiero darle a conocer y decir: ‘Yo, soy instrumento activo, pero este es la fuerza que me da el movimiento, porque unido como está con Dios, es un canal para mí, de gracias celestiales’ ”.

¹ Cfr. Ju. 1, 40-42.

² Cfr. Mt. 6, 6.

Y la bendición del Padre, que desciende para recompensar al humilde, que en el silencio se inmola, para dar fuerza a los apóstoles, descenderá también sobre el apóstol que sinceramente reconoce la ayuda sobrenatural y silenciosa que le viene de parte del humilde, y el mérito que la superficialidad del hombre no distingue.

Aprended todos. ¿Es mi predilecto Juan? Pero... ¿no es también muy semejante a Mí? Puro, amoroso, obediente, pero sobre todo humilde. Me miraba en él y veía esta virtud. Lo amaba como si fuese Yo mismo. Veía en él la mirada del Padre que lo reconocía como a un pequeño Cristo. Mi Madre me decía: "Veo en él a un segundo hijo mío. Creo verte reproducido en un hombre".

¡Oh! ¡Cómo te reconoció la Llena de Gracia, amado mío! Y los cielos azules de vuestros corazones puros se fundieron en un solo velo para hacerme una valla de amor, y llegaron a ser un amor único, antes de que Yo diese mi Madre a Juan y Juan a mi Madre³. Se amaron porque se reconocieron semejantes: Hijos de Padre y Hermanos del Hijo".

12. Jesús en Betsaida, en casa de Pedro. Encuentra a Felipe y a Natanael.¹

15 octubre 1944

Juan llama a la puerta de la casa en donde está hospedado Jesús. Se asoma una mujer, y al ver quién era, llama a Jesús. Se saludan con el saludo de paz, después dice Jesús:

"Eres diligente, Juan".

"Vine a decirte que Simón te suplica hagas el favor de pasar por Betsaida. Ha hablado de ti a muchos... esta noche no hemos pescado. Oramos, como estamos acostumbrados a hacerlo, y hemos renunciado a la ganancia porque... el sábado aún no había terminado. Esta mañana hemos ido por las calles hablando de ti. Hay gente que desea oírte... ¿Vienes, Maestro?".

"Voy. Aunque debo ir primero a Nazaret que a Jerusalén".

"Pedro te llevará de Betsaida a Tiberíades en su barca. Así lo harás más pronto".

Jesús toma su manto y la alforja, pero Juan se la quita. Salen, después de haber avisado a la dueña de la casa.

La visión me muestra la salida del pueblo y el principio del camino de Betsaida. Sin embargo no oigo nada de la plática, antes bien la visión se interrumpe y vuelve a empezar a la entrada de Betsaida. Comprendo que esta es la ciudad porque veo a Pedro, a Andrés y a Santiago y con ellos a algunas mujeres que esperan a Jesús a la entrada de la población.

"La paz sea con vosotros. Ya estoy aquí".

"Gracias, Maestro, de nuestra parte y de quienes te esperan. No es sábado, pero ¿no dirás algo a los que esperan oírte?".

"Sí, Pedro. Hablaré en tu casa".

Pedro salta de júbilo: "Ven pues. Esta es mi mujer y esta la madre de Juan con sus amigas. Pero otros también te esperan. Son familiares y amigos nuestros".

"Avísales que partiré esta tarde, pero que les hablaré antes". Se me olvidó decir que Jesús y los apóstoles partieron de Cafarnaúm a la puesta del sol y vi que llegaban a Betsaida por la mañana.

"Maestro... te ruego. Quédate una noche en mi casa. El camino hasta Jerusalén es largo aunque te lo acorte en mi barca hasta Tiberíades. Mi casa es pobre, pero honrada y hospitalaria. Quédate con nosotros esta noche".

Jesús mira a Pedro y los demás están esperando la respuesta. Los mira con ojos escrutadores. Después sonríe y dice: "¡Sí!".

Nueva alegría para Pedro. Hay gente que desde la puerta mira y se hace ojos. Un hombre llama a Santiago por su nombre y le dice algo en voz baja señalando a Jesús. Santiago asiente y el hombre va a hablar con otros que están parados en un corte del camino.

³ Cfr. Ju. 19, 25-27.

¹ Cfr. Ju. 1, 43-51.

Entran en la casa de Pedro. La cocina es grande y llena de humo. En un rincón hay redes, cuerdas y canastos de pesca. En medio el fogón que por ahora está apagado. Por una de las puertas se ve el camino y por la otra el huerto con higueras y vides. Más allá del camino, el ondearse azul del lago. Más allá del huerto la negrusca valla de otra casa.

“Te ofrezco todo lo que tengo y como puedo”.

“No podrías hacerlo mejor, porque me lo ofreces con amor”.

Dan a Jesús agua para que se refresque y después pan y aceitunas. Jesús da unos cuantos bocados, para mostrar que acepta, aunque luego dice que basta y da las gracias.

Hay niños que están curioseando desde el huerto o desde el camino. No sé si sean hijos de Pedro. Lo que sé es que les echa unas miradas tales, que impiden que invadan la cocina. Jesús sonríe y dice. ¡Déjalos!”.

“Maestro, ¿quieres descansar? Allí está mi habitación y aquella es la de Andrés. Escoge. No haremos nada de ruido mientras descanses”.

“¿Tenéis acaso terraza?”

“Sí, y la vid aunque no tiene mucho follaje, te puede dar algo de sombra”.

“Llévame allá. Prefiero descansar arriba. Meditaré y oraré”.

“¡Como tú quieras! ¡Ven!”.

En el huerto hay una escalera que lleva al techo que es una terraza rodeada de una pared baja. También aquí hay redes y cuerdas. ¡Pero...! ¡Qué luz y qué azul está el lago!

Jesús se sienta en un banco con la espalda apoyada sobre la pared. Pedro prepara como puede una lona que extiende arriba y al lado de la vid, para defenderlo del sol. Sopla la brisa. No se oye más que silencio. Jesús se ve contento, y a sus anchas.

“Me voy, Maestro”.

“Vete. Tú y Juan id a decir que hablaré aquí cuando el sol se ponga”.

Jesús se queda solo y ora por mucho tiempo. Fuera de dos pares de palomas que van y vienen de sus nidos y de algunos pajaritos cantores no hay rumor alguno o persona que esté cerca de Jesús que ora.

Pasan las horas tranquilas y serenas. Jesús se levanta, da vuelta por la terraza, mira el lago y luego mira y sonríe a los niños que juegan en la calle los cuales también le sonríen. Mira por el camino hacia la plazoleta que está a cien metros de la casa. Después baja. Se dirige a la cocina y dice: “Mujer, voy a caminar por la playa”.

Sale y de hecho se dirige a la playa donde están los niños. Les pregunta: “¿Qué estáis haciendo?”

“Queríamos jugar a la guerra, pero él no quiere y ahora jugamos a la pesca”.

Quien no quiere es un varoncito delgaducho, pero de una cara en que brilla la luz. Tal vez comprende que como es delgaducho no podría hacer la guerra y por eso exhorta a la paz. Jesús saca partido para hablar a los niños:

“Él tiene razón. La guerra es el castigo de Dios para los hombres y es una señal de que el hombre no es más su hijo. Cuando el Altísimo creó el mundo, hizo todas las cosas: el sol, el mar, las estrellas, los ríos, las plantas y los animales pero *no hizo las armas*. Creó al hombre y le dio ojos para que mirase con amor, boca para que dijese palabras de amor, oídos para que oyese, manos para que socorriese y acariciase, pies para que corriese veloz hacia el hermano necesitado, y corazón capaz de amar. Dio al hombre inteligencia, palabras, afectos, gusto. *Pero no le dio el odio*. ¿Por qué? Porque el hombre, criatura de Dios, debería ser amor, como Dios es amor. Si el hombre hubiese permanecido criatura² de Dios, hubiera permanecido en el amor y el género humano no hubiera conocido ni la guerra ni la muerte”.

“Pero él nunca quiere jugar a la guerra porque pierde” (ya lo había yo adivinado).

² Se sobreentiende: fiel. Es necesario observar que el hombre como pecador se hace criatura e hijo del demonio, como si formara una sola cosa con él. Cfr. Mt. 16, 23; Mc. 8, 33; Lc. 13, 16; 22, 3; Ju. 6, 70; 8,k 44; 13, 27; Hech. 13, 10; 1a. Ju. 3, 8-12.

Jesús sonríe y dice: “No es necesario que no quiera uno lo que le hace mal, porque daña. Es menester no querer una cosa cuando daña a todos. Si uno dice: “Yo no quiero esto porque pierdo”, es egoísta. Por el contrario, el hijo bueno de Dios dice: “Hermanos, sé que ganáis vosotros, pero os digo: No hagáis esto porque os dañaríais”: ¡Oh! ¡este sí que ha entendido el mandamiento principal! ¿Quién me lo puede decir?”.

Las diez boquitas se abren y dicen: “Amarás a tu Dios con todo tu ser, y a tu prójimo como a ti mismo³”

“¡Ah! Vosotros sois unos niños muy inteligentes. ¿Vais todos a la escuela?”

“¡Sí!”

“¿Quién es el más adelantado?”

“Él”, ese delgado que no quiere jugar a la guerra

“¿Cómo te llamas?”

“Joel”

“¡Gran nombre! Dice Él: “...el débil diga: ‘soy fuerte’ ”⁴. Pero ¿en qué cosa fuerte? En la ley de Dios verdadero, para estar en el Valle de la Sentencia entre los que juzgará como santos suyos. Pero el juicio está ya próximo. No en el Valle de las Sentencias, sino en el Monte de la Redención. Allí, entre el sol y la luna oscurecidos de horror y estrellas que vierten lágrimas de piedad, serán separados los hijos de la Luz y los hijos de las Tinieblas. Y todo Israel sabrá que su Dios ha llegado. ¡Felices los que le hubieren reconocido! Descenderá a ellos miel y agua en el corazón y las espinas se convertirán en eternas rosas. ¿Quién de vosotros quisiera ser juzgado por Dios como santo suyo?⁵”

“¡Yo!, ¡Yo!, ¡Yo!”

“¿Entonces amaréis al Mesías?”

“¡Sí! ¡Sí! ¡Te amamos! Sabemos que lo eres. Lo dijeron Simón y Juan y nuestras mamás también lo han dicho. ¡Llévanos contigo!”

“Os llevaré si en verdad sois buenos. No más palabras groseras, no más fuerza desmedida, no más riñas, no más malas contestaciones a los papás. Oración, estudio, trabajo, obediencia. Y os amaré y vendré por vosotros”.

Los niños están alrededor de Jesús. Parecen una flor de polícroma corola con un pistilo de color azul marino.

Un hombre de edad se ha acercado curioso. Jesús se vuelve para acariciar a un niño que le jala el vestido. Jesús lo mira, lo mira fijamente. El hombre saluda y se pone colorado, pero no dice nada.

“¡Ven y sígueme!”

“Sí, Maestro”.

Jesús bendice a los niños y con Felipe (así se llama), regresa a casa. Se sienta en el huerto.

“¿Quieres ser mi discípulo?”

“Lo quiero, pero... no me atrevo a esperarlo”.

“Yo te he llamado”.

“Si es así, está bien. A tu disposición”.

“¿Sabías algo de Mí?”

“Me habló Andrés. Me dijo: “Aquel por el que suspirabas ha venido”. Porque Andrés sabía que yo suspiraba por el Mesías”.

“¡Maestro mío y Dios mío!”

“Eres un israelita de recta intención. Por eso me manifiesto a ti. Otro amigo tuyo está esperando. También él es un israelita sincero. Ve a decirle: “Hemos encontrado a Jesús de

³ Cfr. Dt. 6, 5; Lev. 19, 18.

⁴ Cfr. Jl. 3, 10 y 14 (cfr. También la siguiente nota)

⁵ Para entender mejor las palabras que Jesús dice al niño delgadito, es necesario tener presente las del profeta Joel, y leer *atentamente* todo el cap. 3.

Nazaret, hijo de José de la estirpe de David, aquel de quien Moisés y los Profetas han hablado. ¡Ve!”.

Jesús se queda ahí hasta que Felipe regresa con Natanael-Bartolomé.

“He aquí un verdadero israelita en el que no hay engaño. La paz sea contigo, Natanael”.

“¿Cómo me conoces?”

“Antes de que Felipe hubiese ido a llamarte, yo te había visto bajo la higuera”.

“Maestro, Tú eres el Hijo de Dios. ¡Tú eres el Rey de Israel”.

“Porque dije que te había visto, mientras meditabas bajo la higuera, ¿crees? Verás cosas mayores que esta. En verdad os digo que los cielos están abiertos y vosotros por la fe, veréis a los ángeles bajar y subir sobre el Hijo del Hombre. ¡Yo soy quien lo digo!”

“¡Maestro! No soy digno de tanta honra”.

“Cree en mí y serás digno del Cielo. ¿Quieres creer”

“Quiero, Maestro”.

La visión desaparece por un tiempo para volver a aparecer en la terraza llena de gente; en el huerto de Pedro hay también gente. Jesús habla.

“Paz a los hombres de buena voluntad. Paz y bendición a sus casas, a sus mujeres y a sus hijos. La gracia y la luz de Dios reinen en ellos y en los corazones con quienes viven.

Deseabais oírme. La Palabra habla. Habla con alegría a los honrados, habla con dolor a los que no lo son; habla con amor a los puros, habla con piedad a los pecadores. No se niega, Ha venido para derramarse como un río que riega tierras sedientas a las que lleva el consuelo del agua y abono con el limo.

Vosotros queréis saber qué cosas son necesarias para ser discípulos de la Palabra de Dios, el Mesías del Verbo del Padre, que viene a reunir a Israel para que de nuevo oiga las palabras del Decálogo santo e inmutable y se santifique por medio de ellas, para que esté limpio, en lo que cabe en un hombre el serlo, para la hora de la redención y del reino.

Ved. Yo digo a los sordos, a los ciegos, a los mudos, a los leprosos, a los paralíticos, a los muertos: “Levantaos, curaos, resucitad, caminad; ábranse en vosotros los ríos de la luz, de la palabra, del sonido, para que podáis ver, oír, hablar de Mí”. Pero más que los cuerpos, estas palabras, las digo a sus almas. Hombres de buena voluntad, venid a Mí sin temor alguno. Si el alma está herida, Yo la curaré. Si enferma, la sanaré; si muerta, la resucitaré. Quiero tan solo vuestra buena voluntad.

¿Es cosa difícil lo que pido?... ¡No! ¡No os impongo los cientos y cientos de preceptos de los rabíes! Os digo: Seguid el Decálogo. La Ley es inmutable. Muchos siglos han pasado desde la hora en que bella, pura, fresca, como una criatura recién nacida, como una rosa que apenas ha despuntado sobre el tallo, fue dada. Es senilla, sin doblez, dulce para que se le siga. Es el correr de los siglos, los pecados y las inclinaciones de los hombres la han complicado con leyes y más leyes pequeñas, con pesos y restricciones, con demasiadas cláusulas molestas. Hay que volver a la Ley como el Altísimo la dio. Pero os ruego por vuestro propio bien, que la recibáis con corazón sincero como los verdaderos israelitas de aquel tiempo.

Vosotros murmuráis más con el corazón que con los labios y la culpa más que en vosotros, se encuentra más arriba. Lo sé. En el Deuteronomio se ha dicho todo lo que se ha hecho y no era necesario más. Pero no juzguéis a quien lo hizo no para sí, sino para los demás. Vosotros haced lo que Dios dice. Sobre todo esforzaos en ser perfectos en los dos preceptos principales. Si amáis a Dios con todo vuestro ser, no pecaréis, porque el pecado es dolor que se da a Dios. Quien ama no quiere dar dolor al amado. Si amáis al prójimo como a vosotros mismos, seréis hijos respetuosos para los papás, esposos fieles para con las esposas, y hombres honrados en los negocios: sin violencia para con los enemigos, sin mentira al dar testimonio, sin envidia para quien posee, sin impulso de lujuria para la mujer de otro. No queriendo hacer a los otros lo que vosotros no queréis que se os haga. No robaréis, no mataréis, no calumniaréis, no entraréis como esos pajarillos que en los nidos de los otros ponen sus huevecillos para que allí nazcan. Antes bien os digo a vosotros: “Id más adelante en la perfección de los dos preceptos que observáis: amad también a vuestros enemigos”.

¡Oh! ¡Cómo os amaré el Altísimo que ama tanto al hombre, que se hizo su enemigo a causa de la culpa original y de los pecados individuales, por lo cual les envió al Redentor, al Cordero que es su Hijo y es el que os habla, el Mesías prometido para redimir los pecados. ¡Si aprendierais a amar como Él lo hace!

Así, convertidos en ángeles, sea para vosotros el amor, la escalera por la que subiréis como Jacob la vio, hasta el Cielo y oiréis al Padre que os dice. “Yo seré tu protector donde quiera que fueres, y te volveré a traer a esta tierra; al celo, al reino eterno”⁶. La paz sea con vosotros.”

La gente acepta conmovida las palabras y se retira poco a poco. Se quedan Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe y Bartolomé.

“¿Partes mañana, Maestro?”

“Mañana al amanecer si a ti no te molesta”.

“Me molesta el que te vayas. Mas molestarme la hora, no. Antes bien es muy buena”.

“¿Vas a ir a pescar?”

“Esta noche cuando salga la luna”.

“Hiciste bien en no pescar antenoche, Simón Pedro. Todavía no terminaba el sábado. Nehemías⁷, en su reforma, quiso que en Judá fuese respetado el sábado. Pero ahora mucha gente lleva cargas, transporta vino y fruta, vende y compra pescado y corderos. Tenéis seis días para esto. El sábado es del Señor. Sólo podéis hacer una cosa en sábado: hacer bien al prójimo. Pero no se debe hacer por lucro sino por ayuda. Quien por lucro viola el sábado, no puede esperar otra cosa más que castigo de parte de Dios. ¿Has ganado algo?... Lo descontará con pérdidas en los seis días que faltan. ¿No has hecho algo útil?... En vano cansó el cuerpo, al no concederle el descanso que la Inteligencia ha determinado y así el alma se pone nerviosa por haberse cansado inútilmente, y llega hasta imprecicar. En cambio el día de Dios hace que el corazón se una a Él en una dulce plegaria de amor. Es necesario ser fieles en todo”.

“Pero... los escribas y doctores que son tan duros con nosotros... no trabajan en sábado y ni siquiera dan un pan al prójimo para no cansarse al darlo... pero sí hacen usura aun en sábado. Porque la usura no es trabajo... ¿puede hacerse en sábado?”

“¡No, jamás! Ni en sábado, ni en cualquier otro día. Quien hace usura no es honrado sino malo”.

“Entonces... los escribas y fariseos...”

“¡Simón! No juzgar. No hacerlo”.

“Tengo ojos para ver...”

“¿Sólo hay que ver el mal, Simón?”

“No, Maestro”.

“Entonces, ¿por qué miras tan sólo el mal?”

“Tienes razón, Maestro”.

“Así, pues, mañana partiré al amanecer con Juan”.

“Maestro...”

“Qué te pasa, Simón?”

“Maestro... ¿vas a Jerusalén?”

“Ya lo sabes”.

“También yo voy para la Pascua... también Andrés y Santiago...”

“Y... ¿qué?... ¿Quieres decir que vendrías conmigo?... ¿y la pesca? ¿y las ganancias?... Me dijiste que te gustaba tener dinero y yo estaré ausente por muchos días. Primero voy a visitar a mi Madre. Iré al regreso. Me detendré a predicar... ¿Cómo podrías venir?”

Pedro está pensativo, lucha dentro de sí... al final dice: “Por mí... voy contigo. ¡Te prefiero al dinero!”

“También yo voy”.

⁶ Cfr. Gén. 28, 10-17.

⁷ Cfr. 2 Esd. 13, 15-21.

“Y también yo”.

“Y también nosotros, ¿o no es así Felipe?”

“Entonces venid. Me ayudaréis”.

“¡Oh!” Pedro siente una emoción ante la idea de ayudar a Jesús. “¿Cómo haremos?”.

“Os lo diré. Para hacer bien, no tenéis qué hacer más que lo que Yo digo. El obediente siempre hace el bien. Ahora rezaremos.

“¿Qué harás Tú, Maestro?”

“Oraré todavía. Yo soy la Luz del mundo, pero también soy el Hijo del Hombre que redime al hombre. Oremos”. Jesús dice el salmo que empieza: “Quien descansa en la ayuda del Altísimo vivirá bajo la protección del Dios del Cielo. Dirá al Señor: “Tú eres mi protector, mi refugio y mi Dios, en Él está mi esperanza. Él me libró de la trampa de los cazadores y de las palabras duras” etc. Etc.” “Lo encuentro en el libro 4°; es el segundo del libro 4°; me parece el N°. 90. (Si leo bien el número romano).

La visión termina así.

13. Judas Tadeo en Betsaida para invitar a Jesús a las Bodas de Caná

17 octubre 1944

Veo la cocina de Pedro. En ella están además de Jesús, Pedro y su mujer, Santiago y Juan. Parece que han terminado de cenar y están platicando. Jesús se interesa por la pesca.

Andrés entra y dice: ¡Maestro, aquí está el hombre junto al que vives y acompaña a otro que dice ser tu primo”.

Jesús se levanta y se dirige a la puerta. “¡Pasen!” y cuando a la luz de la lámpara y del fuego se ve que entra Judas Tadeo. Exclama: “¡Tú, Judas!”

“¡Yo, Jesús!” Se besan.

Judas Tadeo es un hombre bien formado, en la plenitud de su cuerpo que es robusto. Moreno, como lo era san José de joven, de un color de oliva, pero no de tierra, y con unos ojos que tienen mucho de parecido con los de Jesús, porque son azules, aunque tienden a ser violáceos, tiene la barba negra en forma de cuadro y los cabellos en desorden, menos ordenados que los de Jesús y negros como los de la barba.

“Vengo de Cafarnaúm. Fui en barca y acá también he venido en barca para llegar más pronto. Tu Madre te manda decir: “Susana se casa mañana. Te ruego Hijo, que asistas a las bodas”. María asiste y con ella, mi madre y los hermanos. Todos los parientes están invitados. Tú serías el único que estuviera ausente y ellos, los parientes te piden que no desaires a los novios”.

Jesús se inclina un poco y abriendo un tanto los brazos dice: “El deseo de mi Madre es ley para Mí. Pero también iré por Susana y por los familiares. Sólo... me desagrade por vosotros...” y mira a Pedro y a los demás. “Son mis amigos” dice al primo. Y se los presenta comenzando por Pedro. Termina diciendo: “Este es Juan y lo dice en tal forma que llama la atención de Judas Tadeo y el predilecto se sonroja. Termina la presentación con estas palabras: “Amigos, este es Judas hijo de Alfeo, mi primo hermano porque es hijo del cuñado de mi Madre. Es un buen amigo mío de trabajo y de vida”.

“Mi casa está abierta a ti como al Maestro. Siéntate”. Y después volviéndose a Jesús, Pedro dice: “Entonces, ¿no iremos contigo a Jerusalén?”

“¡Claro que vendréis! Después de las bodas iré. Sólo que no me detendré en Nazaret”.

“Haces bien, Jesús, porque tu Madre se hospeda conmigo por algunos días. Así nos hemos puesto de acuerdo y vendrá también Ella después de las bodas” dice el hombre de Cafarnaúm.

“Así haremos entonces. Con la barca de Judas iré a Tiberíades y de allí a Caná, y con la misma regresaré a Cafarnaúm con mi Madre y contigo. El día siguiente al próximo sábado vendrás, Simón, si es que todavía quieres venir, e iremos para la Pascua a Jerusalén”.

“¡Sí quiero! Hasta iré el sábado a la Sinagoga para oírte”.

“¿Estás ya enseñando, Jesús?” pregunta Tadeo.

“Sí, primo”.

“¡Y qué palabras! ¡Ah! ¡Como no se oyen en los labios de otro!”

Judas da un suspiro. Con la cabeza apoyada sobre la mano y el codo sobre la rodilla mira a Jesús y lanza otro suspiro. Parece como si quisiera hablar, pero no se atreve.

Jesús lo provoca: “¿Qué te pasa Judas? ¿Por qué me miras y das suspiros?”

“Por nada”.

“No. Por nada no. ¿No soy acaso el mismo Jesús que te amaba? ¿Para el que nunca tenías secretos?”

“¡Sí que eres el mismo! ¡Y cuánta falta me haces Tú, Maestro, a mí que soy tu primo y mayor que Tú!”

“Entonces ¡habla!”

¡Quería decirte... Jesús... sé prudente... tienes una madre... que no tiene otra cosa más que Tú... Tú quieres ser un Rabí diferente de los otros y Tú sabes, mejor que yo, que... que las castas poderosas no permiten cosas diversas de las que ellos han introducido. Conozco tu modo de pensar... es santo... pero el mundo no lo es... y oprime a los santos... Jesús, tú conoces la suerte de tu primo el Bautista... está en prisión, y si todavía no ha muerto es porque aquel asqueroso Tetrarca tiene miedo a la gente y al rayo de Dios. Asqueroso y supersticioso, como cruel y lujurioso. Tú... ¿qué harás? ¿A qué destino quieres llegar?”

“Judas ¿me preguntas eso, tú que conoces tan bien mi manera de pensar? ¿Hablas por impulso propio? ¡No, no digas mentiras! Te han mandado. Ciertamente no fue mi Madre, a decirme estas cosas...”

Judas baja la cabeza y calla.

“Habla, primo”.

“Mi padre... y José, y Simón... sabes... por tu bien... porque te quieren y a María... no ven con buenos ojos lo que te propones hacer... y querrían que pensases en tu Madre...”

“¿Y tú qué piensas?”

“Yo... yo...”

“Dentro de ti combaten las voces de lo Alto y de la tierra. No digo las voces de lo bajo. Digo de la tierra. Santiago es todavía más combatido que tú. Pero Yo os digo que sobre la tierra está el Cielo, y sobre los intereses del mundo está la causa de Dios. Tenéis necesidad de cambiar vuestro modo de pensar. Cuando lo pudiereis hacer, entonces seréis perfectos”.

“Pero... ¿y tu Madre?”

“Judas, no hay otra persona fuera de Ella que tenga el derecho de reclamar mis deberes de Hijo, según la luz de la tierra; o sea a mi deber de trabajar por Ella para socorrer sus necesidades materiales, a mi deber que tengo de asistirle y consolarla con mi presencia, pero Ella no pide nada de eso. Desde que me dio a luz, sabía que me perdería para encontrarme otra vez de un modo más extenso que el pequeño círculo familiar. Y a partir de aquel momento se ha preparado para ello.

En su sangre, esta voluntad absoluta de entrega a Dios no es nueva. Su madre la ofreció al Templo antes de que Ella hubiera podido sonreír a la luz. Ella me lo ha dicho innumerables veces, que teniéndome contra su corazón en las largas noches de invierno o en las claras noches de verano llenas de estrellas, me ha platicado de su santa infancia y de su entrega a Dios, desde las primeras luces de su amanecer en el mundo. Se entregó más, a partir del momento en que me tuvo para que Yo realizara la misión que de parte de Dios se me ha encomendado. Todos me abandonarán en cierta hora; tal vez por unos cuantos minutos, y la villanía se apoderará de todos y pensaréis vosotros que hubiera sido mejor, para vuestra seguridad, no haberme conocido jamás. Pero Ella, que lo comprende y lo sabe. Ella estará siempre conmigo y vosotros volveréis a ser míos por medio de Ella. Con la fuerza de vuestra robusta y amorosa fe. Ella os dará alimento en sí, porque respira en Mí. Yo estoy en mi Madre y Ella está en Mí y ambos estamos en Dios.

Quisiera que todos vosotros comprendieseis esto, vosotros familiares según el mundo, amigos e hijos en plan sobrenatural. Tú, y contigo los demás, no sabéis quién es mi Madre. Si lo supiereis no la criticaríais en vuestro corazón porque no ha podido tenerme sujeto a sí, sino que la veneraríais como a la amiga más íntima de Dios, la Poderosa que todo lo puede en el corazón del Eterno Padre y en el de su Hijo a quien quiere hacer feliz en este viaje de Caná. Después de esta hora lo comprenderéis”. Jesús tiene un tono imponente y persuasivo.

Judas lo mira atento y pensativo dice: “Claro que yo también iré contigo y con ellos si me lo permites... porque comprendo que dices cosas justas. Perdona mi ceguera y la de mis hermanos. ¡Eres tan santo! ¡Más que nosotros!...”

“No guardo rencor a quien no me conoce, ni siquiera para quien me odia, pero me duele por el mal que así mismos se hacen. ¿Qué tienes en esa bolsa?”

“El vestido que te envía tu Madre. Mañana es una fiesta grande. Cree que su Jesús tenga necesidad del vestido para no hacer mala figura entre los invitados. Ha estado cosiendo diariamente, sin descanso, desde las primeras luces del día hasta las últimas de la tarde, para hacértelo pero no pudo terminar el manto. Todavía faltan los flecos. Está muy triste”,

“No es necesario. Me pondré este, y el otro será para Jerusalén. El Templo significa todavía más que una fiesta de bodas”.

“Ella se pondrá feliz”.

“Si deseáis estar al amanecer en el camino de Caná, conviene que partáis al punto. La luna va a salir y es buena compañera para el camino” dice Pedro.

“Vamos pues; Juan, ven conmigo. Adiós Simón Pedro, Santiago, Andrés. Os espero la tarde del sábado en Cafarnaúm. ¡Adiós mujer! La paz sea contigo y en tu hogar”.

Salen Jesús, Judas y Juan. Pedro los sigue hasta la playa y los ayuda a embarcarse.

Y la visión termina.

14. Jesús en las bodas de Caná¹

16 enero 1944

Veo una casa característicamente oriental; un cubo blanco más largo que alto, con pocas entradas, rematado con una terraza rodeada de una pared de cerca de un metro de altura a la que da sombra una vid que llega hasta allí y extiende sus ramas más allá de la otra media terraza expuesta al sol.

La escalera exterior sube a lo largo de la fachada hasta una puerta, que está a la mitad de ella. Abajo, hay puertas bajas y pocas, no más de dos por cada lado que dan a las habitaciones también bajas y oscuras. La casa se levanta en medio de una especie de campiña en donde hay más hierba que espacio libre, y tiene en el centro un pozo. Hay también higueras y manzanos. La casa da a la calle, pero no está cerca de ella. Está un poco adentro, y un vericuelo entre las hierbas la une con la calle principal.

Podría decirse que la casa se encuentra en los suburbios de Caná; una casa de campesinos, que viven en medio de su propiedad. La campiña se extiende más allá de la casa con sus lejanías verdes y apacibles. Hay un sol hermoso y un cielo tersamente azul. Al principio no veo otra cosa. La casa está sola.

Veo a continuación a dos mujeres con vestidos largos y un manto que hace las veces también de velo, que vienen caminando y se dirigen a esta parte del sendero. Una parece mayor de edad; sobre los cincuenta años, viste de oscuro, un color semi-café como de lana natural. La otra viste más claro, su vestido es de color amarillo pálido y manto azul, parece tener unos treinta y cinco años. Es muy bella, esbelta y tiene un porte lleno de dignidad, aunque sea todo gentileza y santidad, al acercarse noto la palidez de su rostro; sus ojos son azules y el pelo rubio asoma por debajo del velo.

¹ Cfr. Ju. 2, 1-11.

Reconozco a María Santísima. No sé quién sea la otra, que es morena y de más edad. Hablan entre sí. La Virgen sonríe. Cuando están ya cerca de la casa, alguien encargado de dar el aviso de su llegada, lo hace, y salen a su encuentro hombres y mujeres con trajes de fiesta, que les hacen muchos festejos, pero sobre todo a María Santísima.

Parece la hora matinal, diría como las nueve, tal vez antes, porque la campiña conserva todavía el aspecto fresco de las primeras horas del día en que aún brilla el rocío sobre la verde hierba y en el aire puro no hay polvo.

Me parece que es la primavera, porque la hierba no está seca y los campos están cubiertos de trigo con espigas aún sin madurar. Todo es verde. Las hojas de las higueras y de los manzanos están verdes y tiernas. Lo mismo sucede con las de los sarmientos. No veo frutas ni flores en los manzanos, ni en las higueras, ni en la vid. La razón será que el manzano ha acabado de florecer y no se ven las frutitas todavía.

María, a quien le hacen muchos homenajes y la acompaña un anciano que probablemente es el dueño de la casa, sube por la escalera exterior y entra en la sala grande que parece ocupar toda, o una gran parte del piso que está arriba. Creo que puedo decir que lo que da al exterior es lo que constituye las habitaciones propiamente dichas de la casa, las alacenas, los armarios y las bodegas, que esta sala esté reservada tan sólo a casos especiales, como a éstas, o a trabajos que requieren mucho lugar, o para poner allí las herramientas agrícolas. En las fiestas quitan todo y lo adornan, como sucede hoy, con ramas verdes, estereras y mesas para alimentos.

En el centro hay una mesa bien provista con jarras y platos llenos de frutas. Cerca de la pared que está a mi derecha hay otra pero menos provista. A mi lado izquierdo hay una alacena larga con platos, con quesos y otros alimentos que me parecen ser tortas de miel y dulces. En el suelo, cerca de esta pared, hay otras jarras y seis vasos con asas de metal. Se les podría dar el nombre de jarrones.

María escucha benévolamente todo lo que le dicen, después, cortésmente se quita el manto y ayuda a terminar de preparar la mesa. La veo ir de acá para allá poniendo en orden los lechos-silla, componiendo las guiraldas de flores, dando mejor presentación a las frutas, viendo que en las lámparas haya aceite. Sonríe y habla muy poco y eso en voz baja. Pero para escuchar es toda oídos bondadosos.

Se oye por el camino un rumor de instrumentos musicales, no muy armoniosos en verdad y todos, menos María, corren fuera. Rodeada por sus padres y amigos, veo que entra la adornada novia al lado del novio que fue el primero en salirle al encuentro.

En este momento la visión tiene un cambio. Estoy viendo en lugar de la casa, un poblado. No sé si sea Caná o algún otro pueblo. Veo a Jesús con Juan y otro que probablemente, si no me engaño, es Judas Tadeo.

De Juan estoy cierta. Jesús trae un vestido blanco y un manto azul marino. Al oír los instrumentos musicales, el compañero de Jesús pregunta algo a una persona y se lo dice a Jesús. "Vamos a hacer feliz a mi Madre" contesta Jesús con la sonrisa en los labios y se dirige a través de los campos con sus dos compañeros, por detrás de la casa.

Me he olvidado de decir que tengo la impresión de que María es pariente o amiga de los padres del novio, porque se ve que les tiene confianza.

Cuando llega Jesús, el que está de centinela avisa a los demás. El dueño de la casa, con su hijo el novio y María, bajan a recibir a Jesús y lo saludan respetuosamente y luego a sus dos acompañantes, cosa que también hace el novio. Lo que más me gusta es el saludo respetuoso de María a su Hijo y viceversa. Ninguna muestra efusiva, pero hay una mirada que acompaña las palabras del saludo "La paz sea contigo" y una sonrisa que vale por cientos de abrazos y besos. Se ve que el beso flota en los labios de María pero no lo da. Pone su pequeña mano blanca sobre la espalda de Jesús y le compone su larga cabellera. Es una caricia de enamorada púdica.

Jesús sube al lado de su Madre seguido por sus discípulos y los dueños y entra en la sala del banquete, donde las mujeres se apresuran a poner asientos y platos para los tres

huéspedes que parece no eran esperados. Puedo decir que la presencia de Jesús era incierta, pero del todo inesperada la de sus compañeros.

Oigo claramente la voz llena, viril, dulcísima del Maestro que al poner pie en la sala dice: “La paz sea en esta casa y la bendición de Dios con todos vosotros. Es un saludo a todos, llena de majestad. Domina a todos con su presencia y con su estatura. Es el huésped, tal vez fortuito, pero parece el rey del banquete, más que el esposo, más que el dueño de la casa. Aunque sea humilde y condescendiente, es Él, el que domina.

Jesús se sienta en la mesa central con el novio y la novia, los padres de los novios y los amigos de mayor importancia. A los dos discípulos, por consideración al Maestro, se les hace sentar en la misma mesa.

Jesús tiene las espaldas vueltas a la pared en donde están los jarrones y la alacena; por eso no puede verlos, como tampoco el afanarse del anfitrión, con los platos de carne que traen y que son introducidos a través de una puerquita cercana a la alacena.

Observo una cosa. Fuera de las respectivas madres de los novios y de María, ninguna otra mujer está sentada a la mesa principal. Las otras mujeres hacen bulla por cien de ellas en la otra mesa, y se les sirve después de que han sido servidos los novios y los huéspedes de honor. Jesús está sentado junto al dueño de la casa y frente a María que está sentada al lado de la novia.

Empieza el banquete y le aseguro que a nadie le falta el apetito, ni la sed. Los que comen y beben poco son Jesús y su Madre, que también habla muy poco. Jesús habla un poco más; aunque sea parco en el hablar no es altanero ni desdeñoso. Es un hombre cortés, pero no un hablador. Si se le pregunta, responde. Si le hablan, muestra interés, expone su parecer, y después se recoge en Sí como alguien que está acostumbrado a meditar. Sonríe, pero nunca ríe en forma estrepitosa. Si oye una chanza un poco que no va, muestra sencillamente como si no la hubiese oído. María con sus ojos no se desprende de Jesús, igualmente Juan que está en el extremo de la mesa pero pendiente de los labios del Maestro.

María se da cuenta de que los servidores discuten con el anfitrión y que éste se siente molesto y comprende que algo hay desagradable. “Hijo” dice despacio, llamando la atención de Jesús. “Hijo, no tienen más vino”.

“Mujer, qué más hay entre tú y Yo?” Jesús al decir estas palabras sonríe aún más dulcemente a María, como que los dos tienen un secreto de alegría y que todos los demás ignoran.

María ordena a los sirvientes: “Haced lo que Él os diga”. Es que ha leído en los ojos sonrientes de Jesús el asentimiento que a los otros “llamados” queda oculto. Jesús ordena a los sirvientes: “Llenad de agua los jarrones”.

Veo que los llenan con agua traída del pozo, oigo el rechinar de la carretilla que baja y sube el cubo chorreando, Veo también al anfitrión que sorprendido revuelve un poco de aquel líquido, y luego todavía más admirado, lo prueba, lo saborea y habla con el dueño de la casa y con el novio que estaba cerca.

María mira a su Hijo y sonríe; después correspondida con una sonrisa de Él, baja la cabeza con un ligero sonrojo. Es feliz. Por la sala se oye un murmullo y las cabezas se vuelven hacia Jesús y María; algunos se levantan para ver mejor, otros van a los jarrones y seguido de un silencio, en coro alaban a Jesús.

Él se levanta y dice tan sólo: “Agradeced a María” y se retira del banquete, Los discípulos lo siguen. En el umbral repite; “La paz sea en esta casa y la bendición de Dios con vosotros” y añade: “Madre, te saludo”.

La visión termina.

15. “Mujer qué más hay entre Tú y Yo”

(Escrito el mismo día)

Jesús me explica el significado de la frase.

“Aquel “más” que muchos traductores omiten, es la clave de la frase y le da su verdadero significado. Era Yo el Hijo sujeto a mi Madre hasta el momento en que comenzó mi misión en la que quedé sólo como Siervo de Dios. Rotos habían quedado los deberes morales para con la que me había engendrado. Se habían transformado en otros más sublimes que estaban en el espíritu. Mi alma decía: “Mamá” María, mi Santa. El amor no conoce descanso ni obstáculo, antes bien se hizo perfecto al estar separado de Ella como por un segundo alumbramiento. Ella me dio al mundo, para el mundo, como Mesías, como Evangelizador... y su tercera sublime y mística maternidad se realizó en el patíbulo del Gólgota, al darme a la Cruz haciéndome Redentor del Mundo.

“¿Qué más hay entre Tú y Yo?”¹. Antes era tuyo, únicamente tuyo. Tú me mandabas y Yo te obedecía. Te estaba sometido, *Ahora pertenezco a la misión*. ¿No lo dije acaso? “Quien pone la mano en el arado y vuelve atrás, a ver lo que queda, no es apto para el reino de los Cielos”². Yo había puesto la mano en el arado para abrir con la reja, no terrones sino corazones y sembrar entre los hombres la palabra de Dios. Quité de allí la mano tan solo cuando me la quitaron para clavármela en la Cruz y abrir el corazón de mi Padre con el clavo que me atormentaba, haciendo salir de Él el perdón para el género humano.

Aquel “más” que muchos olvidan, quería decir esto: “Tú has sido todo para Mí, Madre, mientras que fui tan solo Jesús el de María de Nazaret y eres todo para mi alma; pero desde el momento en que soy el Mesías esperado, pertenezco a mi Padre. Espera un poco más y terminada mi misión, seré nuevamente *todo tuyo*; me tendrás nuevamente entre los brazos como cuando era pequeño y nadie te disputará este Hijo tuyo, considerado un oprobio del género humano, que te arrojará sus despojos para cubrirte de oprobios por haber sido la madre de un criminal. Y después me volverás a tener para siempre triunfante, en el Cielo. Pero ahora pertenezco a todos los hombres. Pertenezco al Padre que me ha enviado a ellos”.

Ahí tienes lo que quiere decir ese pequeño “más”.

Jesús me instruye así:

“Cuando dije a los discípulos “Vayamos a hacer feliz a mi Madre”, había dado a mis palabras un sentido más alto del que parecían tener. No se trataba de la felicidad de verme, sino de ser Ella iniciadora de mi actividad de milagros y la primera benefactora del género humano. No lo olvides nunca. Mi primer milagro se hizo por María. El primero como prueba de que María es la llave del milagro. Yo no niego nada a mi Madre y por su plegaria anticipo también el tiempo de la gracia. Conozco a mi Madre, cuya bondad sólo Dios supera. Sé que el hacerlos un bien es lo mismo que hacerla feliz, porque es Ella toda amor. Por esto dije: “Vayamos a hacer feliz a mi Madre”.

Por otra parte quise manifestar al mundo, su poder junto con el mío. Destinada para estar unida conmigo en la carne –pues fuimos una carne– Yo en Ella y Ella en torno al mío, como pétalos de lirio alrededor del perfumado y lleno de vida pistilo; unida a Mí *por el dolor* –porque estuvimos en la Cruz. Yo en carne y Ella en el alma; así como el lirio perfuma con su corola y con la esencia que de ella se saca– era justo que también estuviese unida a Mí *en el poder*. Digo a vosotros, lo que dije a los convidados: “Agradeced a María. Por Ella habéis recibido al dueño del milagro, por Ella tenéis mis gracias y sobre todo mi perdón”.

“¡Quédate en paz! Estamos contigo”.

16. Jesús arroja a los mercaderes del templo¹

24 octubre 1944

¹ Cfr. Ju 2, 4.

² Cfr. Lc. 9, 61-62.

¹ Cfr. Mt. 21, 12-17; Ju 2, 13-25.

Estoy viendo que Jesús entra con Pedro, Andrés, Juan, Santiago, Felipe y Bartolomé en el recinto del Templo. Hay mucha gente por fuera y por dentro. Peregrinos que llegan a torrentes de todas partes de la ciudad.

De lo alto de la colina sobre la que está construido el Templo, se ve a la gente hormiguesear por las calles estrechas y torcidas. Parece como si sobre el blanco natural de las casas se haya tendido una cinta movible de miles de colores. En realidad la ciudad se antoja un juguete vistoso hecho de cintas de diversos colores entre dos hilos blancos y todos ellos convergen al punto donde resplandecen las cúpulas de la Casa del Señor.

Por dentro... hay una verdadera feria. No existe ningún recogimiento en el lugar sagrado. Quién corre, quién llama, quién contrata los corderos y grita y maldice por el precio excesivo, quién empuja a los pobres animales que balan en los corrales improvisados con cuerdas o estacas y custodiados por el dueño o mercader a la entrada. Palos, balidos, blasfemias, insultos a los criados que se descuidan en juntar o separar los animales y a los compradores que regatean el precio o que se van y mayores insultos a los que a sabiendas se han llevado algún cordero.

Junto a los bancos de los cambistas, otro griterío. Parece, no sé si siempre o tan sólo en tiempo de Pascua, el Templo hacía las veces de... banco, o mejor dicho de bolsa negra, El valor de las monedas no estaba fijo. Existía el valor legal que ciertamente debe haber habido, pero los cambistas le imponían otro apropiándose de un tanto, que según su capricho determinaban en el cambio ¡Le aseguro que no eran módicos en la usura!... Entre más pobre era la gente o venía de lejos, tanto más le sacaban. Más a los viejos que a los jóvenes; a los que venían de otras partes más que a los del lugar.

Dos pobres viejecillos miraban y volvían a mirar sus bolsillos en el que estaba el dinero guardado, tal vez con tanto trabajo durante el año, lo sacaban y lo volvían a meter en el seno cien veces, iban de uno a otro cambista y terminaban por regresar al primero, que se vengaba de que lo hubieran dejado, y aumentaba la usura en el cambio... y las monedas grandes, pasan de las manos del propietario a las uñas del usurero y eran cambiadas en monedas más pequeñas. Después otra escena triste de cuentas y suspiros ante los vendedores de corderos, los cuales daban a los viejos medio ciegos los más flacos.

Veo que regresan dos viejitos, él y ella empujando un pobrecito cordero que rechazaron los sacrificadores tal vez por tener un defecto. Llanto, súplicas, malos gestos, palabrotas van y vienen sin que el vendedor se conmueva.

“Para lo que queréis gastar, galileos, es muy hermoso todavía el que os he dado. ¡Largaos! O dad otros cinco denarios por uno más hermoso”.

“¡En nombre de Dios! ¡Somos pobres viejos! ¡No quieras impedir que celebremos la Pascua, que es tal vez la última! ¿No te basta lo que pediste por un pequeño animal?”

¡¡Largaos apestosos! Allá viene José el Anciano y me honra con su preferencia. ¡Dios sea contigo! ¡Ven escoge!”

Entra en el corral y toma un soberbio cordero, el llamado José el Anciano o sea de Arimatea. Majestuoso con su vestido, con orgullo pasa delante de los pobrecitos que gimotean a la entrada del corral. Los empuja casi, sobre todo cuando sale con el gordo cordero que va balando.

Pero Jesús está ya cerca. También Él ha hecho su compra, y Pedro, que probablemente fue el que hizo el contrato por Él, se saca un cordero regular. Jesús toma la derecha, hacia los viejecitos que temerosos e indecisos lloran mientras la gente los empuja y son insultados por el vendedor.

Jesús que es muy alto junto a los dos viejecitos cuyas cabezas apenas si le llegan al pecho, se acerca y poniendo su mano en la espalda de la mujer, le pregunta: “¿Por qué lloras, mujer?”

La viejecita vuelve la cara para ver a ese joven alto y majestuoso de vestido blanco y manto también blanco, tan nuevo y limpio que lo debe de confundir con un doctor, sea por el vestido o por el porte que admira, ya que ni los doctores ni los sacerdotes se preocupan de la gente, ni

defienden a los pobres contra la avaricia de los vendedores, le dice la razón del llanto de ambos.

Jesús se dirige al vendedor de los corderos: “Cambia este cordero a estos fieles. No es digno del altar, como no es digno que te aproveches de los viejitos tan solo porque son débiles e indefensos”.

Y Tú, ¿quién eres?”

“Un justo”.

“Tu modo de hablar y el de tus compañeros te denuncian como galileo. ¿Puede darse el caso de que haya un justo en Galilea?”

“Has lo que te digo y sé justo”.

“¡Oíd! ¡oíd! Al galileo defensor de sus iguales! ¡Nos quiere enseñar a nosotros los del templo!” El hombre ríe y se burla, remedando la cadencia del hablar galileo, que es más sonoro y más rico en dulzura del de Judea, al menos así me parece.

La gente se reúne, otros vendedores y cambistas toman la defensa del compañero contra Jesús. Entre los presentes hay dos o tres rabíes burlones. Uno de ellos pregunta: “¿Eres Tú doctor?” en un modo tal que podría hacer perder la paciencia al mismo Job.

“Lo has dicho”.

“¿Qué enseñas?”.

“Enseño esto: a hacer de la Casa de Dios, casa de oración y no lugar de usura y mercado. ¡Esto enseño!” Jesús da miedo. Parece el arcángel colocado a la entrada del Paraíso perdido². No tiene espada que brille en sus manos, pero tiene rayos en los ojos con los que ataca a los burlones y sacrílegos.

No tiene nada en la mano, tan solo su santa ira. Y así sigue caminando impetuoso entre banco y banco y derrama las monedas alineadas con tanto cuidado según su calidad; voltea las mesas y las mesitas, y todo cae con ruido al suelo entre el gran estrépito de monedas que rebotan y de maderos quebrados y gritos de ira, de pavor, de aprobación. Después, arranca de las manos de los mozos que cuidan los animales, las cuerdas con que guardaban los bueyes, ovejas y corderos y hace un duro látigo en que los lazos sueltos se convierten en flagelos, y lo levanta y le da vueltas por arriba y por abajo sin piedad alguna. ¡Sí!... Le aseguro que sin piedad.

Al golpear sacude cabezas y espaldas. Los fieles se separan admirando lo que pasa; los culpables perseguidos, se entregan a la fuga dejando por el suelo el dinero y los animales en medio de una gran confusión de piernas, cuernos, alas..., quién corre, quién vuela; hay mugidos, balidos, aleteos de palomas y tórtolas, todo unido a las risas y burlas con que los fieles siguen a los usureros que huyen y que sobrepasan a los berridos y balidos de los corderos que están siendo degollados en otra parte.

Acuden los sacerdotes junto con los rabíes y fariseos. Jesús está todavía en medio del patio, de regreso de haber perseguido a los culpables. Todavía tiene el látigo en su mano.

“¿Quién eres? ¿Cómo te permites hacer esto, turbando las ceremonias prescritas? ¿De qué escuela provienes? Nosotros no te conocemos, ni sabemos quién eres”.

“Yo soy el que puedo. Todo lo puedo. Destruid si queréis este Templo real y Yo lo levantaré para alabar a Dios. Yo no turbo la santidad de la Casa de Dios ni las ceremonias, sino que sois vosotros los que la turbáis permitiendo que su morada se convierta en sede de ladrones y vendedores. Mi escuela es la escuela de Dios. La misma que Israel tuvo cuando le hablaba el Eterno por medio de Moisés. ¿No me conocéis? ¡Me conoceréis! ¿No sabéis de dónde vengo?... ¡Lo sabréis!” y volviéndose al pueblo, sin preocuparse más de los sacerdotes; alto, vestido de blanco, con el manto abierto y cayendo sobre la espalda y con los brazos abiertos, como un orador en lo más emocionante de su discurso, dice:

² Cfr. Gén. 3, 24.

“¡Oíd!, vosotros de Israel! En el Deuteronomio³ está dicho: “Establecerás jueces y magistrados en todas las puertas... y ellos juzgarán con justicia al pueblo, sin inclinarse por ninguna parte. No tendrás respetos personales, ni aceptarás donativos, porque los donativos ciegan los ojos de los sabios y alteran las palabras de los justos. Con justicia seguirás lo que es justo para vivir y poseer la tierra que el Señor Dios tuyo te habrá dado”.

¡Oíd vosotros de Israel! ¡En el Deuteronomio está escrito⁴: “Los sacerdotes y los levitas y todos los de la tribu de Leví no tendrán parte ni herencia con el resto de Israel, porque deben vivir de los sacrificios hechos al Señor y con las ofrendas que le hacen; no tendrán nada entre las posesiones de sus hermanos, porque el Señor es su herencia”.

¡Oíd vosotros de Israel! En el Deuteronomio⁵ está escrito: “No prestarás a interés ni dinero, ni semillas, ni cosa alguna a tu hermano. Podrás hacerlo con el extranjero; pero a tu hermano no prestarás a interés de lo que tiene necesidad”. Esto ha dicho el Señor.

¡Ved ahora qué injusticia para con el pobre se comete en Israel! No triunfa el justo sino el fuerte; y ser pobre, ser pueblo, quiere decir oprimido. ¿Cómo puede el pueblo decir: “Quien nos juzga es justo” si ve que no respetan lo que deberían de hacerlo? ¿El violar los Mandamientos de Dios es acaso respetarlo? ¿Por qué razón los sacerdotes en Israel tienen posesiones y aceptan donativos de publicanos pecadores, los cuales los hacen para tener de su parte a los sacerdotes, así como estos lo hacen para tener mayor riqueza?.

Dios es la herencia de sus sacerdotes. Para ellos, Él, el Padre de Israel, es más que Padre y les provee de comida como es justo. Pero no más de lo justo. No ha prometido a los servidores del santuario bolsas de dinero ni posesiones. En la eternidad tendrán el Cielo porque fueron justos, como lo tendrán Moisés, Elías, Jacob, Abraham pero sobre esta tierra no deben tener más que el vestido de lino y una diadema de oro incorruptible: *pureza y caridad*, y que el cuerpo sea siervo del espíritu que es siervo del Dios verdadero, y que no sea el cuerpo quien sea el señor del espíritu y contrario a Dios.

Se me ha preguntado con qué autoridad hago esto, Y ellos ¿con qué autoridad profanan los Mandamientos de Dios y a la sombra de los muros sagrados permiten usura contra sus hermanos de Israel, que han venido por obedecer un mandamiento divino? Se me ha preguntado de qué escuela provengo Yo, y he respondido: “De la escuela de Dios”. Así es, Israel. Yo he venido a traerte a esta escuela santa e inmutable. Quien quiera conocer la luz, la verdad, la vida, quien quiera volver a oír la voz de Dios que habla a su pueblo, venga a Mí. Como habéis seguido a Moisés a través de los desiertos. ¡Oh vosotros de Israel! Seguidme a Mí que os llevaré a través de un desierto más desolado al encuentro de la verdadera Tierra prometida, por el mar abierto de los Mandamientos de Dios os llevaré a ella y levantando mi señal, os curaré de cualquier mal.

Ha llegado la hora de la gracia. La esperaron los Patriarcas y murieron esperándola, la que predijeron los Profetas y fallecieron en esta esperanza. Los justos soñaron en ella y murieron confortados en este sueño, Ha venido la hora.

¡Venid! “El Señor está por juzgar a su pueblo y para hacer misericordia a sus siervos”, como prometió por boca de Moisés⁶.”

La gente agolpada alrededor de Jesús con la boca abierta lo ha escuchado. Después comenta las palabras del nuevo Rabí y preguntas van y vienen.

Jesús se dirige a otro patio, separado por un pórtico. Sus amigos le siguen y la visión termina.

17. Encuentro con Iscariote y Tomás.

³ Cfr. Dt. 16, 18-20.

⁴ Cfr. Dt. 18, 1-2.

⁵ Cfr. Dt. 23, 19-20.

⁶ Tal vez alusión a Ex. 15, 13.

Milagro realizado en Simón el Zelote.

26 octubre 1944.

Jesús está con sus seis discípulos; ni ayer ni hoy he visto a Judas Tadeo, que también había dicho que quería venir a Jerusalén con Él. Deben estar aún en la fiesta de Pascua, porque hay mucha gente por la ciudad.

Ya se acerca el atardecer y muchos se dirigen presurosos a sus casas. También Él se dirige a la casa donde se hospeda, No es la del Cenáculo porque está en la ciudad, aunque un poco a las orillas, en la campiña y entre los olivos. De la pequeña explanada que hay delante se ven árboles que bajan como escalinata y terminan donde hay un riachuelo que no tiene nada de agua, la cual fluye en el pequeño barranco formado entre dos colinas no muy altas; sobre la cima de una está el Templo y sobre la otra sólo hay olivos y más olivos. Jesús está en las faldas de la pendiente de esta colina que se recuesta perezosamente, y sube sin brusquedad, cubierta y tranquila con sus plantas.

“Juan, hay dos hombres que esperan a tu amigo” dice un anciano que tal vez sea el campesino del olivar y conocido de Juan.

“¿Dónde están? ¿Quiénes son?”

“No lo sé. Uno ciertamente es judío. El otro... no lo podría saber. No se lo he preguntado”.

“¿Dónde están?”.

“Están esperando en la cocina y... y... hay otro que es todo llagas... He hecho que se esté allí porque... no quisiera yo que fuese leproso... dice que quiere ver al profeta que ha hablado en el Templo”.

Jesús, que hasta ese momento había guardado silencio, dice: “Vayamos primero a este. Diles a los otros que si quieren venir, que vengan, Hablaré con ellos aquí en el olivar” y se va a donde había señalado el anciano.

“Y nosotros ¿qué hacemos?” pregunta Pedro.

“Venid si queréis”.

Un hombre todo embozado está pegado a la barda que sirve de apoyo a una zanja, la más cercana del sembradío, Debió de haber subido, por una vereda que conduce hasta allí costearlo el riachuelo. Cuando ve que Jesús viene a él, grita: “¡Atrás, atrás!” pero también: “¡Piedad!” y descubre su tronco, dejando caer el vestido.

Si la cara está cubierta de costras, el tronco es un entretejido de llagas. Unas son hoyos profundos, otras sencillamente como quemaduras de color rojo, y algunas blanquizcas y transparentes como si tuviesen un vidrio blanco.

“¡Eres leproso! ¿Para qué me quieres?”

¡No me maldigas! ¡No me tires piedras! Me han contado que la otra tarde te has manifestado como Voz de Dios y Portador de su Gracia. Me han dicho que Tú has afirmado que al alzar tu Señal sanas cualquier enfermedad. ¡Levántala sobre mí! ¡Vengo de los sepulcros... desde allá! Me he arrastrado como una serpiente entre las espinas del riachuelo para llegar sin ser visto. He esperado el atardecer para hacerlo, porque en la penumbra menos parezco lo que soy. Me he atrevido... encontré al buen amo de la casa que no me mató y sólo me dijo: “Espera junto a la barda”. Ten piedad Tú también” y como Jesús se acerca solo, pues los seis discípulos y el dueño del lugar, con los dos desconocidos, están lejos y muestran clara repulsión, dice de nuevo: ¡¡No más adelante! ¡No más!... ¡Estoy infectado!”.

Pero Jesús avanza. Lo mira con tanta piedad, que el hombre se pone a llorar y se arrodilla con la cara casi sobre el suelo y solloza: “¡Tu señal! ¡Tu señal!”

“Será levantada a su hora. Pero Yo te digo: ¡Levántate! ¡Cúrate! ¡Lo quiero! Y sé para Mí testigo en esta ciudad que debe conocerme. ¡Levántate, te lo mando, y no peques más en gratitud a Dios!”.

El hombre se levanta poco a poco. Parece como si emergiese de entre la alta hierba floreada como de un sudario, de una tumba... y está curado. Grita; “Estoy limpio! ¡Oh! ¿Qué debo hacer yo ahora por ti?”

“Obedecer la Ley. Ve al sacerdote. Sé bueno en el porvenir. ¡Ve!”

El hombre hace un movimiento de arrojar a los pies de Jesús, pero se acuerda de que está todavía impuro según la Ley¹, y se detiene. Pero se besa la mano y manda con ella el beso a Jesús y llora de alegría.

Los otros parece como si estuvieran petrificados. Jesús vuelve las espaldas al curado y con la sonrisa en los labios los hace volver en sí, diciendo:

“Amigos, no era más que una lepra de la carne, Pero vosotros veréis caer la lepra de los corazones. ¿Sois vosotros lo que me buscabais?” pregunta a los dos desconocidos. “Aquí estoy. ¿Quiénes sois?”

“Te oímos la otra tarde... en el Templo. Te habíamos buscado por la ciudad. Uno que se dice ser pariente tuyo, nos dijo que estabas aquí”.

“¿Por qué me buscabais?”

“Por seguirte, si quieres, porque has dicho palabras de verdad”.

“¿Seguirme? ¿Pero sabéis a dónde debo ir?”

“No, Maestro, pero ciertamente que a la gloria”.

“Sí, pero no a una gloria de la tierra sino a la que tiene su asiento en el Cielo y que se conquista con la virtud y sacrificios”.

“¿Por qué queréis seguirme?” vuelve a preguntar.

“Para tener parte en tu gloria”.

“¿Según el Cielo?”

“No todos pueden llegar porque Mammón acecha a los que desean el Cielo más que a los demás *y sólo el que sabe querer con todas sus fuerzas resiste*. ¿Por qué seguirme, si seguirme quiere decir lucha continua con el enemigo que es Satanás?”.

“Porque así quiere nuestro corazón, que ha quedado conquistado por ti. Tú eres santo y poderoso. Queremos ser tus amigos”.

“¡Amigos!” Jesús calla y suspira. Después mira fijamente al que siempre ha estado hablando y que ahora ha dejado caer el manto pequeño de la cabeza que está rapada. Es Judas de Keriot”. “¿Quién eres tú, que hablas mejor que uno del pueblo?”

“Soy Judas de Simón. Soy de Keriot, pero estoy en el templo. Espero y sueño con el Rey de los Judíos. Te he visto que eres rey en la palabra, también lo he visto en el gesto. Tómame contigo”.

“¿Tomarte?... ¿Ahora?... ¿Inmediatamente?... ¡No!”

¿Por qué. Maestro?”

“Porque es mejor pesarse a sí mismo antes de emprender un camino muy pendiente”.

“¿No te fías de mi sinceridad?”

“¡Lo has dicho! Creo en tu impulso, pero no creo en tu constancia. Piénsalo bien, Judas. Por ahora me voy, pero regresaré para Pentecostés. Si estás en el Templo, podrás verme. ¡Pésate a ti mismo!... y tú, ¿qué quieres?” pregunta al otro desconocido.

“Otro que te vio. Querría estar contigo. Pero ahora siento temor”.

“¡No! La presunción es ruina. El temor puede ser obstáculo, pero si procede con humildad, es ayuda. No tengas miedo. También tú piénsalo y cuando regrese...”

“Maestro, ¡eres tan Santo! Tengo miedo de no ser digno. No de otra cosa. Porque de mi amor no recelo”.

“¿Cómo te llamas?”

“Tomás y de sobrenombre Dídimos”.

“Recordaré tu nombre. Ve en paz”.

Jesús los despide y se retira a la casa donde se hospeda, para la cena. Los seis están con Él, quieren saber muchas cosas.

“¿Por qué has hecho tanta diferencia entre los dos, Maestro...? ¿Por qué esa diferencia?... ambos tenían el mismo impulso...”, pregunta Juan.

¹ fr. Lev. 13 y 14 en todo lo que se refiere al leproso y su curación.

“Amigo, aunque el impulso sea el mismo, este puede tener diversos orígenes y producir diversos efectos. Ciertamente que los dos tienen el mismo impulso. Pero el uno no es igual al otro en el acicate de la gloria humana. Me ama porque... me ama”.

“¡También yo!”

“¡Y también yo!”

“¡Y yo!”... “¡Y yo!”... “¡Y yo!”... “¡Y yo!”.

“Lo sé. Os conozco por lo que sois”.

“¿Somos por lo tanto perfectos?”.

“¡Ah, no! Pero lo seréis, si como Tomás permanecéis en vuestra voluntad de amar. ¿Perfectos?... ¿Quién es perfecto sino Dios?”.

“Tú lo eres”.

“En verdad os digo que no soy perfecto porque creáis que sea un profeta. Ningún hombre es perfecto. Más Yo soy perfecto porque El que os habla es el Verbo del Padre. Sale de Dios su Pensamiento que se hace Palabra². Tengo la perfección en Mí y como a tal me debéis creer; si creéis que soy el Verbo del Padre y a pesar de todo lo que estáis viendo amigos, quiero que se me llame Hijo del Hombre, porque me aniquilo al tomar sobre Mí todas las miserias del hombre para llevarlas, como mi primer patíbulo y borrarlas después de haberlas llevado encima, *¡sin ser más!* ¡Qué peso amigos! Mas lo llevo con alegría. Es un gusto para Mí llevarlo porque siendo Yo, Hijo del Hombre, haré del hombre un hijo de Dios como el primer día. Como el primer día”.

Jesús está hablando con dulzura, sentado a la pobre mesa, en donde acciona despacio sobre ella, mientras su rostro un poquitín inclinado es iluminado de abajo hacia arriba con la lamparita de aceite. La sonrisa da expresión al rostro de Jesús, que cuando enseña es majestuoso, pero al mismo tiempo amigable en su trato. Atentos los discípulos lo escuchan.

“Maestro... ¿por qué no ha venido tu primo, pese a que sabe en dónde vives?”

“¡Ah, Pedro!... Tú serás una de mis piedras, la primera. Pero no todas las piedras pueden emplearse igualmente. ¿Has visto los mármoles del pretorio? Arrancados con trabajo del seno de la montaña, ahora forma parte del palacio. Mira aquellas otras piedras que brillan bajo la luz de la luna en medio de las aguas del cederrón. Están en el lecho del río y si alguien desea tomarlas, no tiene más que extender la mano. Mi primo es como de las primeras piedras de que hablé... las del seno de la montaña; la familia me lo disputa”.

“Pero yo quiero ser en todo como las piedras del río. Estoy pronto a dejar todo por ti; casa, esposa, pesca, hermanos y... ¡Todo! ¡Oh, Rabí por ti!

“Lo sé, Pedro. Por eso te amo. Más, también vendrá Judas.

“¿Quién?... ¿Judas de Keriot?... ¡No me agrada! Es un apuesto señorito, pero... prefiero... me prefiero a mí mismo...”

Todos lanzan una risotada con la salida de Pedro.

“No hay por qué reírse. Quise decir que prefiero un galileo franco, burdo, pescador pero sin malicia... a los de la ciudad que... no sé... ¡Ea! El Maestro entiende lo que yo pienso”.

“Sí, entiendo. Pero no hay que juzgar. Tenemos necesidad los unos de los otros sobre la tierra, y los buenos están mezclados con los perversos como las flores en un campo, la cicuta está a un lado de la salutífera malva”.

“Yo quisiera una cosa...”

² Dado que Dios no es cuerpo sino espíritu, la expresión “Sale de Dios su Pensamiento que se hace Palabra” no puede tener sentido material sino espiritual, si bien se expresa de una manera popular y no con el rigor científico. “Sale de Dios” en el contexto, significa por lo tanto que sale del Padre; y se dice que el Verbo sale del Padre, porque la Palabra es engendrada, por quien la piensa y sale y procede de quien la piensa y la profiere. Por eso forma parte de quien la piensa y profiere; en un modo sensible y adaptado al común de la gente expresar una realidad espiritual y divina: la consustancialidad del Hijo con el Padre es el origen del Hijo al salir del Padre, como Palabra del Pensamiento, como Verbo de quien la pronuncia. Tales modos de pensar, aunque científicamente no exactos, sí lo son para la gente común y hasta se encuentran en la Liturgia; el llamado *Símbolo Atanasiano* dice que, así como el alma y el cuerpo constituyen al hombre, así Dios y el Hombre constituyen a Cristo.

“¿Cuál es Andrés?”

“Juan me ha contado el milagro hecho en Caná... Teníamos tantas ganas de que hicieras alguno en Cafarnaúm... y Tú dijiste que no hacías ningún milagro si antes no habías cumplido la Ley. ¿Por qué lo hiciste en Caná y no acá en tu pueblo?”

“Cada vez que se obedece la Ley se une el hombre a Dios y por eso aumenta su capacidad. El milagro es la señal de esta unión y es la prueba de su presencia benévola y aprobadora. Por esta razón quise cumplir con mi deber de Israelita antes de empezar la serie de los prodigios”.

“Pero Tú no estabas obligado a la Ley”.

“¿Por qué?... Como Hijo de Dios, no. Pero como Hijo de la Ley, sí. Israel por ahora no me conoce como tal... También Israel me conocerá como a tal; aunque será el que me conozca menos. Pero no quiero dar escándalo a Israel y obedezco la Ley”.

“Eres Santo”.

“La santidad no excluye la obediencia. Antes bien la perfecciona. Todavía tengo qué daros ejemplo. ¿Qué dirías de un padre, de un hijo mayor, de un maestro, de un sacerdote que no diese buen ejemplo?”

“¿Y entonces Caná?”

“Caná era el regocijo que mi Madre tendría. Caná es la anticipación que se debe a mi Madre. Ella es la anticipadora de la gracia. Aquí honro la Ciudad santa al hacerla públicamente el centro de mi poder de Mesías. Pero allá, en Caná, honraba a la Santa de Dios, a la que es toda santa. El mundo me tiene por Ella. Es justo que también por Ella vaya mi primer milagro al mundo”.

Tocan a la puerta. Es Tomás, entra y se arroja a los pies de Jesús: “Maestro... no puedo esperar hasta tu regreso. Déjame contigo. Estoy lleno de defectos pero tengo un amor, único, grande, grande, verdadero, que es mi tesoro. Es tuyo y es para ti. ¡Déjame, Maestro!...”

Jesús le pone la mano sobre la cabeza. “Quédate, Dídimo. Ven conmigo. Bienaventurados los que son sinceros y tenaces en el querer. Vosotros sois benditos. Para mí sois más que parientes, porque sois hijos y hermanos, no según la sangre que perece sino conforme al querer de Dios y al querer vuestro espiritual. Ahora declaro que no tengo ningún pariente más cercano a Mí, que el que hace la voluntad de mi Padre, y vosotros la hacéis, porque queréis el bien”.

La visión termina aquí.

18. Tomás se hace discípulo

27 octubre 1944

Estamos todavía en el mismo lugar; la cocina larga, amplia y oscura con sus paredes cubiertas de humo, apenas si alumbradas con la llama de la lámpara de aceite colocada sobre la rústica mesa, larga y estrecha, a la que están sentadas ocho personas: Jesús, sus seis discípulos y el dueño de la casa, cuatro de cada lado.

Jesús que ha girado sobre su banco –los bancos de aquí no tienen respaldo y son de tres patas, cosa común en el campo– ha pasado a la espalda del discípulo. Jesús le dice: “Levántate. Amigo, ¿ya cenaste?”

“No, Maestro, He caminado unos cuantos metros con el otro que vino conmigo, después lo dejé y me regresé diciéndole que quería hablar con el leproso curado... lo dije porque pensé que él desdeñaría el acercarse a un impuro y adiviné. Pero te buscaba a ti, no al leproso... quería decirte... ¡Acéptame!... He rondado de aquí para allá por el olivar, hasta que un joven me preguntó que qué andaba haciendo. Debí imaginarse que era yo un malintencionado... Estaba cerca de una pilastra, allá en donde empieza el terreno”.

El dueño de la casa sonríe. “es mi hijo” explica, y añade: “Está de guardia en donde se muele la aceituna. Tenemos en las cuevas casi toda la cosecha de este año. Fue muy buena. Nos dio mucho aceite. Y cuando llegan las multitudes, siempre se juntan malandrines que

roban los lugares que no están custodiados. Hace ocho años exactamente por Pascua, nos robaron todo. Desde entonces, nos turnamos en las noches para hacer guardia. Su madre le ha llevado la cena”.

“Pues bien. Me dijo: “¿Qué quieres?”, y lo dijo en un tono que para librarme las espaldas de su bastón, le dije al punto: “Si es verdad lo que dices, ve a la casa”, y hasta aquí me acompañó. Él fue el que tocó la puerta y no se retiró sino hasta que oyó mis primeras palabras”.

“¿Vives lejos?”

“Me alojo en la otra parte de la ciudad, cerca de la Puerta Oriental”.

“¿Estás solo?”

“Estoy con parientes. Pero ellos se han ido a casa de otros que viven sobre el camino de Belén. Me quedé a buscarte de día y noche hasta que te encontrara”.

Sonríe Jesús y dice: “Entonces, ¿nadie te espera?”

“No. Maestro”.

“El camino es largo, la noche está oscura, las patrullas romanas andan por la ciudad. Yo te diría: Si quieres, quédate con nosotros”.

“¡Oh, Maestro!” Tomás se ve feliz.

“Hacedle lugar y dadle todos alguna cosa al hermano”. Jesús de su parte da a Tomás un pedazo de queso que tenía delante de Sí y le explica: “Somos pobres y la cena ha casi terminado, pero se te da de corazón” dirigiéndose a Juan que está sentado a su lado le dice: “Da tu lugar al amigo”.

Al punto se levanta Juan y va asentarse en el extremo de la mesa, cerca del dueño de la casa.

“Siéntate, Tomás y come”. Después a todos: “Así haréis siempre, amigos, por ley de caridad. El peregrino está protegido por la Ley de Dios¹. Pero ahora por causa de mi nombre, con más razón lo debéis de amar. Cuando uno os pida pan, un sorbo de agua, un refugio en nombre de Dios, debéis dárselo por causa del mismo nombre, y Dios os recompensará. Esto debéis hacer todos, también con los enemigos. Esta es la Ley Nueva. Hasta ahora se os ha dicho: “Amad a los que os aman, y odiad a los enemigos”², Yo os digo: “Amad también a los que os odian”³. ¡Oh! ¡Si supieseis cómo os amaría Dios si amaseis como Yo os amo! Cuando alguien dice: “Yo quiero ser compañero vuestro en servir al Señor Dios verdadero y seguir a su Cordero” entonces debe de ser para vosotros más querido que un hermano carnal, porque estáis unidos con vínculo eterno, el del Mesías”.

“Pero si le toca a uno alguien que no es sincero? Decir: “yo quiero hacer esto o aquello”, es fácil, pero no siempre las palabras están de acuerdo con la verdad” dice Pedro un tanto enojado. No sé por qué, pues casi siempre es de carácter jovial.

“Escucha, Pedro, tú hablas con buen sentido y con justicia, pero mira, es mejor pecar de bondadoso y confiado que de desconfiado y duro. Si haces bien a un indigno, ¿qué mal se te sigue? ¡Ninguno! Antes bien, el premio de Dios estará pronto para ti, mientras él tendrá el castigo de haber traicionado tu confianza”.

“¿Ningún mal? ¡Ea! Algunas veces el que es indigno no se contenta con ser ingrato sino que pasa adelante y llega hasta causar daños en la honra, en los bienes y en la vida misma”.

“Tienes razón. ¿Pero disminuiría tu premio? ¡No! Aunque todo el mundo creyese las calumnias, aunque tú fueses hecho más pobre que Job, aunque el cruel te quitase la vida, ¿qué cosa habría cambiado ante los ojos de Dios? ¡Nada! Antes habría un cambio; bueno ciertamente para ti. Dios uniría al premio de la bondad, los méritos del martirio intelectual, financiero o físico”.

¹ Cfr. Por ej.: Ex. 23, 9.

² Cfr. Lev. 19, 18; Mt. 5, 43.

³ Cfr. Mt. 5, 44; Lc. 6, 27.

“¡Bien, bien! Así será”. Pedro no dice más. Está de mal humor, tiene apoyada la cabeza en la mano.

Jesús se dirige a Tomás: “Amigo, te dije primero en el olivar que cuando regrese a estas partes, si todavía deseabas podrías ser mi discípulo, pero ahora te pregunto que si estás dispuesto a hacerme un favor”.

“¡Sin duda!”

“Pero ¿si ese favor te puede traer un sacrificio?”

“Ningún sacrificio es el servirte. ¿Qué se te ofrece?”.

“Quería decirte... pero tal vez tendrás negocios, afectos...”

“¡Nada, nada! Te tengo a ti. Habla”.

“Escucha. Mañana cuando el alba salga, el leproso saldrá de los sepulcros para buscar quien avise al sacerdote. Es caridad que tú vayas antes a ese lugar y digas en voz alta: “Tú que ayer fuiste curado, ven fuera. Me manda a ti Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel, el que te sanó”, haz que el mundo de los “muertos vivientes” conozcan mi nombre y arda de esperanzas; y que a la esperanza, una la fe de venir a Mí para que lo cure. Es la primera forma de limpieza que traigo, de resurrección de la que soy dueño. Llegará el día en que os daré una salud más profunda... algún día los sepulcros sellados, vomitarán a los verdaderos muertos que aparecerán para reír de sus oquedades sin ojos y de sus mandíbulas descubiertas, por el profundo gozo, que aún los esqueletos experimentarán, cuando sus espíritus sean liberados del Limbo de espera. Aparecerán para celebrar su liberación y para llenarse de júbilo al saber a quién se le deben. Tú irás y él vendrá a ti. Harás lo que te diga que tienes qué hacer. En todo lo ayudarás como si fuese tu hermano. Le dirás también: “Cuando hayas cumplido con tu purificación, iremos juntos por el camino del río, más allá de Jericó y de Efraín. Allá el Maestro te espera, para decirnos en qué debemos servirlo”.

“¡Así lo haré! ¿Y el otro?”

“¿Quién?... ¿Isariote?”

“Sí. Maestro”.

“Para él persiste mi consejo. Déjalo que decida por sí mismo y *por largo tiempo*. Evita aun el encontrarlo”.

“Estaré cerca del leproso. En el valle de los sepulcros tan solo se mueven los inmundos o quienes tienen piedad de ellos”.

Pedro masculla algunas palabras y Jesús lo oye.

“¿Qué te pasa Pedro? ¿Estás callado o murmuras? Pareces de mal humor... ¿Por qué?”

“Lo estoy. Nosotros somos los primeros y haces que se siente cerca de ti un extraño. Nosotros somos los primeros y Tú le das encargos a él y no a nosotros. Nosotros somos los primeros y... sí, exactamente mira, parece como si fuéramos los últimos. ¿Por qué los esperas en el camino del río?... Claro que será para encargarles algo. ¿Por qué a ellos y no a nosotros?”

Jesús lo mira sin enojo, más bien sonríe, como se sonríe a un niño. Se levanta, se dirige despacio a donde está Pedro, le pone la mano en la espalda y sonriente le dice: “¡Pedro, Pedro! ¡Eres un gran viejo niño!”. A Andrés que estaba sentado junto a su hermano le dice: “Ve a sentarte en mi lugar” y se sienta cerca de Pedro, pasándole un brazo por la espalda, y en esa forma le habla. “Pedro, te parece que Yo cometa alguna injusticia, pero no es así. Al contrario, es una prueba de que sé lo que valéis. Mira ¿Quién tiene necesidad de pruebas? ¡El que todavía no está seguro! Ahora bien, Yo sabía que estabais tan seguros de Mí, que no era necesario daros una prueba de mi poder. Acá en Jerusalén son necesarias las pruebas, acá donde el vicio, la irreligión, la política, tantas cosas mundanales, ofuscan los espíritus a tal punto que no pueden ver la luz que pasa. Pero allá, en nuestro hermoso lago, tan puro bajo un cielo limpio; allá entre gente honrada y amante del bien, no son necesarias las pruebas. Allí tendréis milagros. Derramaré sobre vosotros torrentes de gracias. ¡Mirad cómo os he

estimado! Os acepté sin exigir prueba alguna y sin creer que fuera necesario dároslas, porque sé quiénes sois. Queridos, muy queridos y muy fieles a Mí⁴.

Pedro se tranquiliza: “Perdóneme Jesús”.

“Sí, te perdono porque tu refunfuño es amor. Pero no tengas más envidia, Simón de Jonás. ¿Sabes qué cosa es el corazón de tu Jesús? ¿Has visto alguna vez el mar, el *verdadero* mar?... ¿Sí? Pues bien, mi corazón es mucho más vasto que el ancho mar. Hay lugar para todos. Para todo el género humano. El más pequeño tiene lugar como el más grande, y el pecador encuentra amor como el inocente. A estos confío una misión... ¿Me quieres estorbar que se las dé? ¡Yo los he elegido! Y si a estos dejo aquí con un encargo, puede ser por prueba, como puede ser misericordia el lapso de tiempo dejado a Iscariote... ¿podrías tú echármelo en cara? ¿Sabes si te reservo una más grande? ¿Y no acaso es la más hermosa, la de oír tú mismo que se te pregunta “Vienes conmigo?”.

“¡Es verdad, es verdad! Soy un animal. ¡Perdón”.

“Sí, todo está perdonado. ¡Oh, Pedro!... Os ruego una cosa a todos, no discutáis jamás sobre los méritos y puestos. Pude haber nacido rey y nací pobre en un establo. Pude haber sido rico, y he vivido de mi trabajo y ahora de caridad. Y sin embargo, creedlo amigos, no hay nadie más grande ante los ojos de Dios que Yo. Yo que estoy aquí como siervo del hombre”.

“¿Siervo Tú? ¡Eso jamás!”

“¿Por qué Pedro?”

“Porque yo te serviré”

“Aunque me sirvieses como una madre sirve a su pequeño, Yo he venido para servir al hombre. Para él seré salvador. ¿Qué servicio hay semejante a éste?”

“Oh, Maestro. Tú todo lo explicas. Y lo que parecía oscuro se torna de pronto claro”.

“¿Estás contento ahora, Pedro? Bueno, déjame terminar de hablar a Tomás. ¿Estás seguro de poder reconocer al leproso? Ningún otro, más que él esta curado; pero podría suceder que ya hubiese partido a la luz de las estrellas, para encontrar a algún caminante compasivo; y otro, por el ansia de entrar a la ciudad para ver a los parientes, tal vez, podría tomar su lugar. Escucha cómo es su retrato. Yo estaba cerca de él en el crepúsculo y lo he visto bien. Es alto y delgado. Color oscuro como de sangre mezclada. Ojos profundos y muy negros bajo una cejas blancas, cabellos blancos como el lino y encrespados, nariz larga, pero achatada en la punta como la de los libios, labios gruesos, sobre todo el inferior y salientes. Tiene color de aceituna y los labios parecen casi amoratados. En la frente tiene una cicatriz antigua que le ha quedado, y será la única mancha que tenga, ya que todas las costras se le cayeron”.

“Es un viejo, si está todo blanco”.

“No Felipe. Parece, pero no lo es. La lepra lo hizo canoso”.

“¿Qué cosa es una sangre mezclada?”

“Quiero decir, Pedro, que tiene cierta semejanza con los pueblos de África”.

“¿Será israelita, entonces?”

“¿Lo sabremos! Y... ¿si no lo fuese?”

“¡Eh! Si no lo fuese, se iría. Ya es mucho el haber merecido que hubiese sido curado”.

“No, Pedro. Aun cuando fuese idólatra, no lo despacharé. Yo he venido para todos. Y en verdad te digo que los pueblos de las tinieblas sobrepasarán a los hijos del pueblo de la Luz...”

Jesús da un suspiro, se levanta, da gracias al Padre con un himno y los bendice.

La visión termina aquí

Hago notar de paso que el que dentro de mí habla, me ha dicho desde ayer tarde cuando veía al leproso: “Este es Simón, el Apóstol. Verás cundo llegue él y Tadeo al Maestro”. Esta mañana después de la Comunión (es viernes) abrí el misal y vi que hoy exactamente es la vigilia de la fiesta de los Santos Simón y Judas y el Evangelio de esta mañana habla de la

⁴ De hecho Simón de Jonás que sin haber tenido pruebas del poder de Jesús, aunque al principio desconfiaba, después, sin exigir las, se hizo su discípulo, porque creyó espontáneamente.

caridad⁵, como repitiendo las palabras que había oído ya en la visión. Por ahora no he visto a Judas Tadeo.

19. Judas de Alfeo, Tomás y Simón aceptados en el Jordán.

28 octubre 1944

¡Sois hermosas riberas del Jordán, como lo erais en tiempos de Jesús! Os veo y me siento dichosa con vuestra majestuosa tranquilidad verde-azul. Aguas y frondas que se mueven con un dulce tono como de melodía.

Me encuentro en un camino bastante ancho y bien cuidado: Debe ser uno de los principales, mejor dicho, militares, que los romanos han trazado para unir las diversas regiones con la capital. Corre junto al río, pero no exactamente a lo largo de él. Le separa un espacio boscoso, que creo sea para proteger las riberas y servir de dique a las aguas en tiempo de avenida. De la otra parte del camino, continúa el bosquecillo de modo que la senda parece una galería natural, sobre la que se entretajan las frondosas ramas. Consuelo inapreciable para el peregrino, en estos lugares de un sol candente.

El río y por la misma razón también el camino, forman en el punto en donde estoy, una curva lenta, de modo que veo cómo continúa el terraplén frondoso como una verde muralla para detener un depósito de aguas sosegadas. Parece como si fuera un lago de algún parque señorial.

Pero el agua no es el agua tranquila de un lago. Fluye, aunque lentamente. Y la prueba es el ruido que hace contra los primeros bejucos, los que se han atrevido a nacer allí, en la orilla, y las ondas que forman las raicillas que se mueven al movimiento del agua al mismo ritmo que un grupo de sauces, de flexibles y llorosas ramas, que han confiado el sueño de su verde copa al río, que en agradecimiento las peina con gusto, y las alarga con suavidad al contacto de su corriente.

Las primeras horas matinales se bañan en el silencio y en la quietud. Se oyen tan solo los trinos y reclamos de los pajaritos, el chocar de las aguas y de las ramas y se ve como que relampaguea el rocío sobre la verde hierba que crece grande entre los árboles; hierba que aún no está seca ni amarilla del sol del estío, sino que tierna y reciente, porque las primeras lluvias del agua primaveral la ha bañado, y la tierra que de su seno la hizo nacer, la empapó en beneficosa savia.

Tres viajeros están parados en esta quebradura del camino, exactamente en una saliente de la curva. Voltean ya al oriente, ya al poniente, ya al sur en dirección de Jerusalén o al norte en la de Samaria. Miran a través de la enramada que forman los árboles para ver si ya viene la persona que esperan. Son Tomás, Judas Tadeo y el leproso curado. Hablan entre sí.

“¿Ves algo?”

“¡Nada!”

“Ni yo tampoco”.

“Y con todo, este es el lugar”.

“¿Estás seguro?”

“Seguro Simón. Uno de los seis me lo dijo, mientras el Maestro se alejaba entre las aclamaciones de la multitud después que había curado milagrosamente al mendigo que caminaba cojeando en la Puerta de los Peces: “Ahora nos vamos a Jerusalén. Esperáanos a unos cinco o seis kilómetros entre Jericó y Doco, donde hace una curva el río, a lo largo de la arboleda”. “¡Esta es! Luego añadió: “Dentro de 3 días estaremos a eso del amanecer”, pero el tercero y cuarto día nos han encontrado aquí”.

“¿Verdad? Tal vez hubiera sido mejor haberlo seguido desde Jerusalén”.

“¡No, Simón no podía aún venir entre la multitud!”

⁵ El trozo del evangelio que se lee en el Misal Romano para la fiesta de los Santos Apóstoles Simón y Judas, 28 de octubre, está tomado de Ju. 15, 17-25.

“Si mi primo dijo que vendría aquí, vendrá. Siempre cumple lo que promete. No hay más que esperar”.

“¿Has estado siempre con Él?”

“Siempre. Desde que regresó a Nazaret ha sido siempre para mí un buen compañero. Siempre justo. Somos casi de la misma edad. Yo un poco mayor. Además su padre me quería mucho, era yo su preferido. Su padre era hermano del mío. También la mamá de Él me quería mucho. Más me he criado junto con Él que con mi madre”.

“Te quería... Ahora, ¿ya no te quiere lo mismo?”

“¡Oh, sí! Pero nos hemos separado un poco desde que Él se hizo profeta. A mis parientes no les gusta”.

“¿A qué parientes?”

“A mi padre y a otros dos hermanos. Judas titubea. Mi padre es muy viejo y no ha querido dejarme, pero ahora... ahora no más, yo voy donde el corazón y la cabeza me arrastran. Voy a donde está Jesús. No creo que falte contra la Ley al hacerlo así. Claro... si no es cosa buena lo que hago, Jesús me lo hará saber. Haré lo que Él me diga. ¿Es lícito a un padre oponerse a su hijo en el bien? Si yo creo que ahí está la salvación, ¿por qué me la quiere quitar? ¿Por qué a veces los padres de uno se convierten en enemigos?”

Simón lanza un suspiro como si en su mente hubiera recuerdos tristes, y baja la cabeza. No habla ni una palabra.

Tomás por su parte responde: “Yo he vencido el obstáculo, mi padre me escuchó y me comprendió. Me bendijo con estas palabras: “Ve. Que esta Pascua se convierta para ti en la libertad de algo que has esperado. Dichoso tú que puedes creer. Si en realidad fuera Él, y lo comprendieses, ven a tu viejo padre a decirle que Israel tiene ya al Esperado”.”

“¡Tienes más suerte que yo! ¡Y pensar que hemos vivido a su lado!... ¡y nosotros los de la familia no creemos! Y decimos, esto es, *dicen ellos*: “Ha perdido el juicio”.”

“¡Eh, miren allí a un grupo de gente!” grita Simón. “¡Es Él, es Él! ¡Reconozco su cabellera rubia! ¡Oh!, venid. ¡Vamos corriendo!”

Velozmente caminan hacia el sur. Los árboles, ahora que pasan la curva, los esconde, de modo que los dos grupos se encuentran casi enfrente uno del otro sin esperarlo. Parece que Jesús sube del río, pues está entre los árboles de la ribera.

“¡Maestro!” “¡Jesús!” “¡Señor!”

Los gritos de los discípulos del primo, del curado retumban envueltos en adoración y alegría.

“¡La paz sea con vosotros!” He aquí la hermosa e inconfundible voz, llena, sonora, tranquila, expresiva, clara, viril, dulce y cortante. “¿También tú, Judas, primo mío?”

Se abrazan, Judas llora.

“¿Por qué lloras?”

“¡Oh, Jesús! ¡Quiero estar contigo!”

“Siempre te he esperado. ¿Por qué no habías venido?”

Judas inclina la cabeza y guarda silencio.

“No querían... Y... ¿ahora?”

“Jesús, yo... yo no puedo obedecerlos. Te quiero obedecer a ti sólo”.

“Pero Yo no te he dado ninguna orden”.

“No, no la has dado. ¡Pero tu misión es la que me la da! Es El que te ha enviado el que habla en mí, en el fondo de mi corazón y me dice: “Ve a Él”. Es la que te engendró y que para mí ha sido una gentil maestra, que con su mirada de paloma, me lo dice sin emplear palabras: “¡Sé tú de Jesús!” ¿Puedo dejar de hacer caso a aquella voz majestuosa que taladra el corazón? ¿Puedo dejar de atender esta voz de santa, que ciertamente me lo ruega por mi bien? ¿Tan solo porque soy tu primo por parte de José, no debo reconocerte por lo que eres, mientras que el Bautista te ha reconocido sin haberte nunca visto, en las riberas de este río y te ha saludado como Cordero de Dios?... yo que he crecido contigo, yo que he sido bueno siguiéndote, yo que me he convertido en hijo de la Ley por causa de tu Madre y de Ella he

bebido no sólo los 613 preceptos de los rabíes, además de la Escritura y las oraciones, sino el espíritu de ellas, ¿debería de dejar de ser algo?”

“¿Tu padre?”

“¿Mi padre? No le falta pan ni quien lo asista, y después...Tú me das el ejemplo. Tú has pensado más en el bien del pueblo que en el pequeño bienestar de María y Ella está sola. Dime, Maestro, ¿no es acaso lícito, sin faltar al respeto, decir al propio padre: “Papá, te quiero. Pero sobre ti está Dios, y a Él sigo?”...”

“Judas, pariente y amigo, Yo te digo que estás muy adelantado en el camino de la luz. Ven. Es lícito hablar en estos términos al papá cuando Dios es quien nos llama. No hay sobre Dios nadie. Las leyes de la sangre dejan de existir, más bien dicho, se subliman, porque con nuestras lágrimas a nuestros padres, a nuestras madres, una ayuda mayor, que es algo eterno que no lo es el jornal del mundo. Atraigámoslos con nosotros al cielo y a Dios, por el camino mismo del sacrificio de los afectos. Quédate, pues, Judas. Te he esperado y soy feliz de volverte a ver, amigo de mi vida nazaretana”.

Judas está conmovido.

Jesús se vuelve a Tomás: “Has obedecido fielmente y esa es la primera virtud del discípulo”.

“He venido para ser fiel a ti”.

“Lo verás. Te lo digo. Ven tú que tienes vergüenza y que estás escondido en la sombra. No tengas miedo”.

“¡Señor mío!” El antiguo leproso está a los pies de Jesús.

“Levántate. ¿Cómo te llamas?”

“Simón”.

“¿Tu familia?”

“Señor... era poderosa... y yo también lo era... pero envidia de opulencia y... errores de juventud han dañado su potencia. Mi padre... ¡oh! Debo de hablar contra él, ¡porque me ha costado lágrimas y no del cielo! Lo ves, ves ¡qué regalo me hizo!”

“¿Era leproso?”

“No era leproso, ni yo tampoco. Sino que había contraído una enfermedad que nosotros los de Israel la calificamos con el nombre común de lepra. Él... entonces era grande en su casta, vivió y murió poderoso en su casa. Yo... si Tú no me salvas, habría muerto en los sepulcros”.

“¿Eres solo?”

“Solo. Tengo un siervo fiel que tiene cuidado de lo que me queda. Se lo he dicho ya”.

“¿Tu madre?”

“Ha muerto”. Parece como cohibido.

Jesús lo observa atentamente. “Simón me dijiste: “¿Qué cosa debo hacer por ti?” Ahora yo te digo: “¡Sígueme!”.

“¡Al punto Señor!... Pero, pero yo... déjame que te diga una cosa. Yo soy llamado “zelote”¹ por casta y “cananeo” por madre. ¿Lo ves? Soy de color moreno. Tengo en mí sangre de esclava. Mi padre no tuvo hijos de su mujer, y me crió de una esclava. Su mujer, una mujer buena me cuidó como si fuera su propio hijo y me curó en todas las enfermedades, hasta que murió...”

“No hay esclavos ni libertos a los ojos de Dios. Hay una sola esclavitud ante sus ojos: el pecado. Yo he venido a quitarla. A todos os llamo, porque de todos es el reino. ¿Eres culto?”

“Lo soy. Tenía mi lugar entre los grandes, mientras mi mal pudo estar oculto bajo los vestidos. Pero cuando salió a la luz... A mis enemigos les pareció tener bastante razón para aprovecharse y ponerme entre los “muertos”, porque como dijo un médico de Cesarea, romano, a quien consulté, que aunque mi enfermedad no era una lepra verdadera, sino una erisipela hereditaria, para evitar que se propagara, bastaba con no tener hijos. ¿No puedo acaso mal decir a mi padre?”

¹ La Escritora ignoraba que los zelotes” al principio fueron fervientes observantes de la Ley, y enemigos del yugo extranjero(Cfr. 1º Mac. 2, 50) pero terminaron por ser los duros fariseos, muy nacionalistas (Cfr. Hech. 5, 36-36.).

“No debes de hacerlo aunque fue causa de muchos males...”

“¡Oh, sí! Dilapidó la fortuna, fue victorioso, cruel, sin corazón, sin amor. Me quitó la salud, las caricias, la paz, me ha dado un nombre que es despreciable y una enfermedad que es marca de oprobio. Se hizo dueño de todo. Hasta del porvenir de su hijo. Todo me ha quitado, hasta la alegría de ser padre”.

“Por eso te digo: “Sígueme”. A mi lado, en mi compañía encontrarás padres e hijos. Mira a lo alto, Simón, y allí encontrarás al verdadero Padre que te sonríe. Levanta la vista y contempla las inmensas regiones de la tierra y mira que en los caminos, hay hijos y más hijos; hijos espirituales para los que no tienen hijos. Te están esperando y muchos como tú te esperan. Bajo mi Señal no existe el abandono. Bajo mi Señal no hay soledades, ni diferencias. Es Señal de amor y el amor tan solo da. Ven, Simón, tú que no has tenido hijos. Ven, Judas, que pierdes a tu padre por mi amor. Os uno en la suerte”.

Jesús tiene a los dos cerca y pone sus manos sobre sus espaldas como si indicara con ello que ha tomado posesión, como que les impone un yugo común. Después agrega: “Os uno, pero ahora os separo. Tú, Simón, te quedarás aquí con Tomás. Prepararéis el camino de mi regreso. No pasará mucho tiempo antes de que vuelva. Volveré y quiero que me espere mucha, mucha gente. Decid a los enfermos –tú lo puedes decir– que el que cura, viene. Decid a los que esperan, que el Mesías está ya entre su pueblo. Decid a los pecadores que hay quien perdona y que da fuerzas para la ascensión”.

“Pero... ¿seremos capaces?”

“Sí. No tenéis otra cosa qué decir. “Él ha llegado y os llama, os espera. Viene para concederos favores. Estad aquí prontos a esperarlo” y agregad a las palabras, lo que sabéis. Tú, Judas, primo mío, ven conmigo y con estos, pero te quedarás en Nazaret”.

“¿Por qué, Jesús?”

“Porque me debes preparar el camino en nuestra patria. ¿La consideras una misión pequeña? ¡En verdad no la hay más pesada!...” Jesús lanza un suspiro.

“¿Y lo lograré?”

“Sí y no. Pero eso será suficiente para justificarnos”.

“¿De qué cosa?... ¿ante quién?”

“Ante Dios. Ante nuestra patria, ante la familia que no podrá decir que nosotros no les hayamos ofrecido el bien. Si nuestra tierra y nuestra familia no hicieren caso, no tendremos ninguna culpa de que hayan perdido”.

“¿Y nosotros?”

“Tú, Pedro y vosotros, tornaréis a las redes”.

“¿Por qué?”

“Porque os instruiré lentamente y os aceptaré cuando os vea preparados”.

“Pero te veremos, ¿no?”

“¡Claro! Vendré frecuentemente con vosotros, os mandaré llamar cuando esté en Cafarnaúm. Ahora despedíos amigos y vámonos. Os bendigo a los que quedáis. Mi paz sea con vosotros”.

Y la visión termina.

20. Regreso a Nazaret después de la pascua con los seis discípulos

31 octubre 1944

Jesús con su primo y seis discípulos está en las proximidades de Nazaret. De lo alto de la colina en donde se encuentran, se destaca la pequeña ciudad blanquecina entre la vegetación del declive desigual en donde está construida. En un declive que en otros son marcadas.

“¡Hemos llegado, amigos! He ahí mi casa. Mi Madre está adentro porque no sale de casa, tal vez está haciendo paz. No os digo, quedaos, porque tendréis ganas de llegar a la vuestra; pero si quisierais partir conmigo el pan, y conocerla, Juan ya la conoce, os invito a que vengáis”.

Los seis que estaban entristecidos por la separación, se alegran y aceptan de corazón.

“Vamos, pues”.

Bajan ligeramente la colina y toman el camino principal. Ya es tarde aunque todavía hace calor; pero las sombras descienden sobre la campiña en donde las espigas de trigo empiezan a madurar. Entran en el pueblo... se ven mujeres que van y vienen del pozo; hombres en los umbrales de sus pequeños talleres o en los huertos saludan a Jesús y a Judas. Los niños, por su parte, se arremolinan en torno de Jesús.

“¡Ya regresaste!”

“¿Ahora te vas a quedar con nosotros?”

“De nuevo se me rompió la rueda de mi carrito”.

“¿Sabes, Jesús? Nació una hermanita mía y le han puesto de nombre María”.

“El maestro me ha dicho que sé todo y que soy un verdadero hijo de la Ley”.

“No está Sara porque tiene a su mamá muy enferma. Lloro porque tiene miedo”.

“Mi hermano Isaac ya se casó. Hubo gran fiesta”.

Jesús escucha, acaricia, elogia, promete ayuda y así llega a su casa. En el umbral está ya María, a quien un niño presuroso, había anunciado la llegada de Jesús.

“¡Hijo mío!”

“¡Mamá!”

Los dos mutuamente se estrechan entre los brazos. María, mucho más baja que Jesús, tiene la cabeza apoyada sobre el pecho de su Hijo que se oculta entre el cerco de sus brazos. La besa en los blondos cabellos y entran en casa.

Los discípulos, también Judas, quedan fuera para dejarlos libres en sus primeras expansiones.

“¡Jesús! ¡Hijo mío!” La voz de María tiembla como tiembla la del que tienen lágrimas en la garganta.

“¿Por qué esto, Mamá?”

“¡Oh Hijo! Me dijeron que en el Templo había galileos, nazarenos, aquel día... Regresaron... y han contado... ¡Oh Hijo!”

“Pero lo ves, ¡Mamá! Estoy bien. No me pasó nada. Sólo Dios fue glorificado en su Casa”.

“Sí lo sé, Hijo de mi corazón. Se que ha sido como la campana que despierta a los dormidos y por la gloria de Dios, soy feliz... feliz de que este pueblo mío se despierte a Dios... no te reprocho... no te impido... te comprendo... y... y soy feliz...; pero te engendré yo. ¡Hijo mío!”. María todavía está entre el cerco de los brazos de Jesús y le ha hablado con sus manitas abiertas y apoyadas en el pecho de su Hijo, con la cabeza levantada hacia Él. Sus ojos brillan al claror de las lágrimas que están para derramarse. Se calla y apoya nuevamente la cabeza sobre su Hijo. Parece una tortolita gris por su vestido color ceniciento al resguardo de dos fuertes blancas alas, porque Jesús tiene todavía el vestido y el manto blancos.

“¡Mamá! ¡Pobrecita Mamá! ¡Querida Mamá!...” Jesús la besa nuevamente. Después dice: “Y bien, ¿lo ves? Estoy aquí y no estoy solo. Traigo conmigo a mis primeros discípulos y tengo otros en Judea. También mi primo Judas está conmigo y me sigue...”

“¿Judas?”

“Sí, Judas. Comprendo que estás sorprendida. Claro, entre los que hablaron de lo sucedido estaba Alfeo con sus hijos... y no me equivoco si digo que es lo que me han criticado. Pero no tengas miedo. Hoy es así, mañana no lo será. El hombre es cultivado como la tierra y donde antes había espinas, ahora brotan rosas. Tú quieres a Judas. Está ya conmigo”.

“¿Dónde está ahora?”.

“Allá afuera con los demás. ¿Tienes pan para todos?”

“Sí, Hijo. María de Alfeo lo está haciendo en el horno. María es muy buena conmigo, sobre todo ahora”.

“Dios le dará la gloria”. Se asoma a la puerta y grita: “¡Judas, aquí está tu madre! ¡Venid amigos!”

Entran y saludan. Pero Judas besa a María primero y después corre en busca de su madre.

Jesús presenta a los cinco: Pedro, Andrés, Santiago, Natanael y Felipe; porque Juan que ya conoce a María la saludó al punto después de Judas, inclinándose y recibiendo su bendición. María responde al saludo y los invita a sentarse. Es la dueña de la casa y aunque con la mirada adora a su Jesús y parece como que su alma continuase hablándole con los ojos, se preocupa por los huéspedes. Quiere traerles agua para que se refresquen, pero Pedro interrumpe: “No, Mujer, no puedo permitirlo. Siéntate junto a tu Hijo, Madre Santa. Yo iré, iremos al huerto a refrescarnos”.

Acude María de Alfeo, colorada y con la harina hasta en la cara, saluda a Jesús que la bendice, y después lleva a los seis al huerto, a la pileta y regresa contentísima. “¡Oh, María! Dice a la Virgen. “Mi Judas me ha dicho. ¡Qué feliz soy! Por Judas y por ti, prima mía. Sé que los otros me lo tacharán, pero no me importa. Sería feliz el día en que supiera que todos son de Jesús. Nosotras las mamás sabemos... sentimos qué cosa hace bien a los hijos. Pienso que el bien de mis criaturas eres Tú, Jesús”. Éste la acaricia sobre la cabeza sonriéndole.

Regresan los discípulos y María de Alfeo les da pan oloroso, aceitunas y queso. Trae también una jarra de vino rojo que Jesús da a sus discípulos. Es siempre Jesús el que ofrece y distribuye. Al principio los discípulos se sienten coartados, pero después toman confianza y hablan de sus casas, del viaje a Jerusalén, de los milagros acaecidos. Están llenos de celo y afecto, y Pedro busca que María se convierta en una aliada suya para que Jesús los acepte pronto sin necesidad de esperar a Betsaida.

“Haced cuanto os diga” los exhorta con una suave sonrisa. “La espera os servirá mucho más que el que estéis con Él al punto. Mi Jesús hace bien todo lo que hace”.

Muere la esperanza de Pedro. Pero se doblega de buena gana. Pregunta tan solo: “¿Será mucho tiempo el que tengamos que esperar?”

Jesús le envía una sonrisa, pero no dice nada. María interpreta aquella sonrisa como un señal benévola: “Simón, hijo de Jonás –sonriente le dice– el tiempo que tengas qué sujetarte a esa espera, será como un fugaz vuelo de la golondrina que acaricia el lago”.

“Gracias Mujer”.

“¿No dices nada Judas?... y ¿tú Juan?”

“Te miro María”.

“Y yo también”.

“También yo os miro... y ¿sabéis?... Vuelven a mi mente tiempos lejanos cuando tres pares de ojos te miraban con amor. ¿Recuerdas María a tus tres discípulos?”

“¡Oh, claro que sí! Es verdad. Y también ahora otros tres pares de ojos semejantes, me miran con el mismo amor. Este Juan parece ser Jesús de entonces, que era rubio y sonrosado y el más joven de todos”.

Los otros quieren saber algo y flotan en el aire los recuerdos y anécdotas hasta que se ha anochecido.

“Amigos, no tengo espacio, pero tengo allí el lugar en donde Yo trabajaba. Si queréis buscar refugio allí... pero... no hay más que bancos”.

“Una cama suave para pescadores acostumbrados a dormir sobre las tablas mismas. ¡Gracias Maestro! Dormir bajo tu techo es honra y santificación”.

Se despiden después de haberse despedido muchas veces. También Judas se retira con su madre y se van a su casa.

En la pieza quedan Jesús y María, sentados sobre la banca, a la luz de la lamparilla, con un brazo sobre la espalda, Jesús cuenta y María escucha dichosa, temerosa, feliz...

La visión termina de este modo.

21. Curación del ciego de Cafarnaúm

7 octubre 1944

Estoy viendo una bellísima puesta de sol. El poniente parece estar ardiendo en fuego, y el lago de Genesaret es una inmensa plancha encendida bajo ese rojo del cielo.

Los caminos de Cafarnaún empiezan a llenarse de gente; mujeres que van a la fuente, hombres pescadores que preparan las redes y las barcas para la pesca de la noche, niños que corren jugando por los caminos, borriquillos que van con las canastas a la campiña, tal vez para acarrear la verdura.

Jesús se asoma en una salida que comunica con un corralillo sombreado por una vid y una higuera, y más allá se ve una callecilla de piedras que bordea el lago. Debe ser la casa de Pedro, porque está en la ribera con Andrés y prepara en la barca los cestos para la pesca y las redes, dispone los asientos y los montones de cuerda, es decir, todo lo necesario y Andrés lo ayuda, yendo y viniendo de la casa a la barca.

Jesús se dirige al apóstol: “¿Será buena la pesca?”

“El tiempo es bueno, el agua está calmada y la luna será brillante. Los peces saldrán del fondo y mi red los arrastrará consigo”.

“¿Vamos solos?”

“¡Oh, Maestro! ¿Pero cómo quieres que seamos solos con todo este aparato de redes?”

“Jamás he pescado y espero que me enseñes”. Jesús baja un poco al lago y se detiene en la orilla de la arena y piedras, cerca de la barca.

“Mira, Maestro, se hace así. Salgo al lado de la barca de Santiago de Zebedeo y se va hasta el punto bueno. ¿Dijiste que quieres asirla?”

“Sí, si me dices lo que debo hacer”.

“¡Oh!, no hay más que estar atentos cuando se baja la red. Que baje despacio y sin enredarse. Paso a paso, porque estaremos en aguas donde hay muchos peces y un movimiento brusco puede alejarlos. Y sin que se enrede para evitar que se cierre la red, que debe abrirse como una bolsa, o un velo que se hincha cuando el viento sopla. Después cuando la red haya bajado toda, remaremos nosotros despacio, o iremos con las velas según la necesidad, haremos un semicírculo en el algo, y cuando empiece a rechinar el palo de seguridad, significará que la pesca es buena. Nos dirigiremos a tierra y allí, cerca de la ribera – no antes– para no arriesgar que se escape la presa, no después para no dañar los peces, ni la red contra las piedras, la levantaremos. Es aquí en donde se necesita un ojo certero, porque las barcas deben acercarse entre sí de modo que uno puede recoger la extremidad de la red de la otra, pero sin pegarse para no hacer papilla los pescados. Te lo encarezco, Maestro, es nuestro pan. Ojo a la red, que no se rompa con los golpes. Los peces defienden su libertad a golpes de cola y son muchos... Tú entiendes... son pequeños animales, pero cuando son más de diez, cien, mil, son tan fuertes como Leviatán¹

“Como sucedió con las culpas. Pedro. Una de hecho, no es irreparable. Pero si uno no se cuida de una y acumula, acumula, acumula, resulta que la culpa pequeña, tal vez una sencilla omisión, una simple debilidad, se hace más grande y se convierte en hábito y luego en vicio capital. Algunas veces se empieza por una mirada de concupiscencia, y se termina con un adulterio consumado. A veces con una falta de caridad de palabra con un pariente y se termina con una violencia hacia el prójimo. ¡Ay si se dejan al principio las culpas dejando que aumenten en peso y número! Se hacen peligrosos y fuertes como la Serpiente infernal misma y arrastran al hombre en el abismo del Geena”.

“Dices bien Maestro... ¡mas, somos tan débiles!”

“Cuidado y oración para ser fuertes y para tener ayuda y voluntad firme de no pecar. Después una grande confianza en la amorosa justicia del Padre”.

“¿Tú dices que no será muy severo con el pobre de Simón?”

“Con el viejo Simón podría ser hasta severo. Pero con mi Pedro, el hombre nuevo, el hombre de su Mesías... no. No, Pedro, Dios te ama y te amará”.

“¿Y a mí?”

¹ Leviatán. Según la creencia popular era un monstruo marino, un dragón, una serpiente del caos, símbolo de las potencias del mal que son enemigos de Dios y de su pueblo: muy fuertes, pero le están sujetas. Cfr. Job 3, 8; 40, 25-41; 26; Is. 27, 1; 51, 9; Am. 9, 3; Apoc. 12-13; etc.

“También a ti Andrés, y contigo Juan y Santiago, Felipe y Natanael. Sois mis primeros discípulos elegidos”.

“¿Vendrán otros? Está tu primo y en Judea...”

“¡Oh muchos! Mi reino está abierto a todo el linaje humano, y en verdad te digo que mi pesca en la noche de los siglos será más abundante que la más abundante pesca que hayas hecho... Pues, cada siglo es una noche en la que el guía y la luz no son la pura luz de Orión ni de la luna, sino la palabra del Mesías y la gracia que de Él saldrá; noche que tendrá una aurora sin ocaso, una luz en la que todos los fieles vivirán, un sol que vestirá a los elegidos y los hará hermosos, eternos, felices como dioses. Dioses pequeños, hijos de Dios Padre y semejantes a Mí... no podéis ahora entender esto. Pero en verdad os digo que vuestra vida cristiana os hará semejantes a vuestro Maestro y resplandeceréis en el Cielo con sus propias señales. Y bien Yo tendré, pese a la envidia de Satanás y a la flaca voluntad del hombre, una pesca más abundante que la tuya”.

“¿Pero seremos nosotros tus únicos discípulos?”

“¿Envidioso, Pedro?... ¡No!... no lo seréis. Vendrán otros y en mi corazón habrá amor para todos. No seáis codiciosos, Pedro. Todavía no sabes quién es el que te ama. ¿Has contado alguna vez las estrellas?... ¿Las piedras de este lago? ¡No! No lo podrías. Mucho menos podrías contar los latidos de amor de que es capaz mi corazón. ¿Has contado cuántas veces este mar besa la ribera con sus ondas en el término de dos lunas? ¡No! No lo podrías. Pero mucho menos podrías contar las ondas del amor que de este corazón se derraman para besar a los hombres. Puedes estar seguro, Pedro, de mi amor”.

Pedro, toma la mano de Jesús y la besa conmovido.

Andrés mira, pero no se atreve. Jesús le pone la mano sobre su cabellera y le dice: “También a ti te amo mucho. Cuando llegue tu aurora verás a tu Jesús sobre la faz del Cielo, lo verás sin tener necesidad de levantar tus ojos, y sonriente te dirá: “Te amo, ven”. Cuando pase esa aurora te será más dulce que si entraras a una sala de bodas”.

“¡Simón! ¡Simón! ¡Andrés! Ya vengo...” Juan corre apresurado. ¡Oh Maestro! ¿Te hice esperar?” Juan mira a Jesús con ojos llenos de cariño.

Pedro responde: “Ya comenzaba a pensar que no vendrías más. Prepara rápido tu barca. ¿Y Santiago?”.

“Mira... nos tardamos por causa de un ciego. Creía que Jesús estaba en nuestra casa y fue allá. Le dijimos que estaba en otra parte y que tal vez mañana lo curaría, pero no quería esperar. ¿Por qué no esperar una noche más?” Pero no entiende razones...”

“Juan, si tú estuvieras ciego, ¿no tendrías prisa por ver otra vez a tu madre?”.

“¡Eh!... ¡claro!”.

“Y si así es, ¿dónde está el ciego?”.

“Viene con Santiago. Se le ha cogido del manto y no lo suelta. Pero camina despacio porque la ribera tiene muchas piedras y él tropieza... Maestro, ¿me perdonas por haber sido duro?”

“Sí, pero hay que respetarlo; ve a ayudar al ciego y tráemelo”.

Juan sale en estampida.

Pedro sacude un poco la cabeza, pero no dice nada. Mira al cielo que empieza a ponerse azul con color de acero, y también mira el lado y a las otras barcas que han salido ya para la pesca, y lanza un suspiro.

“¿Simón?”.

“¡Maestro!”.

“No tengas miedo. Tendrás una pesca abundante aunque salgas al último”.

“¿También esta vez?”.

“Todas las veces que tengas caridad, Dios te concederá la gracia de la abundancia”.

“He ahí al ciego”.

El pobrecito camina entre Santiago y Juan. Tiene entre las manos un bastón, que ahora no utiliza. Viene más bien cogido de ambos.

“Pss, hombre, el Maestro está delante de ti”.

El ciego se arrodilla: “¡Señor mío” ¡Ten piedad!”

“¿Quieres creer? ¡Levántate! ¿Desde cuándo estás ciego?”.

Los cuatro apóstoles rodean a ambos.

“Desde hace seis años, Señor. Antes veía bien y trabajaba. Era yo carpintero en Cesárea marítima. Ganaba bastante. En el puerto y en el comercio tenían siempre necesidad de mis trabajos. Pero al golpear un fierro contra el yunque y querer ver si estaba rojo y blando para el golpe, se partió una astilla encendida y me quemó el ojo. Ya los tenía enfermos debido al calor del horno. Perdí el ojo que había sido herido, y el otro después de tres meses se me apagó. He acabado con mis ahorros y ahora vivo de caridad...”

“¿Eres solo?”.

“Tengo una esposa y tres pequeñines... De uno no conozco ni siquiera la cara... y tengo una madre ya vieja. Y es ella con mi mujer quienes ganan un poco de pan, y con esto y el óbolo que llevo, no nos morimos de hambre. ¡Si me curases”... Volvería al trabajo. No pido otra cosa que trabajar como buen israelita y dar un pan a los que amo”.

“¿Y has venido a Mí?... ¿Quién te lo dijo?”.

“Un leproso que curaste en la falda del Tabor, cuando regresabas al lago después de aquel discurso tan hermoso”.

“¿Qué te dijo?”

“Que Tú puedes todo. Que eres salud de los cuerpos y de las almas. Que eres también luz del alma y del cuerpo, porque eres la Luz de Dios. Él, el leproso, había tenido el atrevimiento de mezclarse entre la multitud, con peligro de ser apedreado. Fue derecho al monte. Tu mirada le había infundido en el corazón una esperanza. Me dijo: ‘Vi en aquella mirada, alguna cosa como que me decía: ‘Ahí está la salud. ¡Ve!’ y fui. Y de este modo me ha repetido tu discurso y además me contó que Tú lo curaste tocándolo sin repugnancia con la mano. Lo vi cuando regresó de donde los sacerdotes, después de la purificación. Ya lo conocía, porque lo había servido cuando tenía una tienda de retazos en Cesárea. He venido por ciudades y lugares preguntando por ti. Te he encontrado... ¡Piedad de mí!”

Ven. La luz es muy fuerte para el que sale de la oscuridad”.

“Luego... ¿me curas?”

Jesús lo conduce a la casa de Pedro y en la debilucha luz del huertecillo, lo pone frente a sí, pero de modo que los ojos curados no tengan a primera vista el lago todavía bañado en luz. El hombre parece un niño dócil, se deja hacer sin preguntar nada.” ¡Padre! ¡Tu luz venga a este tu hijo!” Jesús tiene las manos extendidas sobre la cabeza del hombre que está arrodillado, así pasa un instante, Después se humedece la punta de los dedos con saliva y toca con la derecha los ojos abiertos, que no tienen vida.

Un momento después, el hombre parpadea, se restriega como quien despierta de un sueño y ve turbio.

“¿Qué ves?”.

“¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh Dios Eterno! Me parece... me parece... ¡Oh! ¿qué veo?... veo tu vestido... es color de rosa ¿No es así?...

Y una mano blanca... y una faja de lana... ¡Oh, buen Jesús! Veo siempre mejor, entre más me acostumbro a ver... ¡Eh!... la hierba en el suelo... y aquello ciertamente es un pozo y lo demás allá una vid...”

“Levántate, amigo”.

El hombre que ríe y llora, se levanta y después de un momento de lucha entre el respeto y el deseo, levanta su cara, y se encuentra con la mirada de Jesús. Un Jesús sonriente de piedad que es todo amor. Deberá ser una cosa muy bella recobrar la vista y tener ante uno como sol, aquel rostro. El hombre lanza un grito y tiende los brazos. Es un acto instintivo. Pedro lo detiene.

Ahora es Jesús, el que le abre los suyos y atrae a Sí al hombre que es más bajo de estatura. “Ve a tu casa, ruega y se feliz y justo. Ve con mi paz”.

“¡Maestro, Maestro! ¡Señor! ¡Jesús! ¡Bendito seas! La luz... la veo... veo todo... Allí está el lago azul, y el sereno cielo, y los últimos resplandores del sol, y la primera aparición de la luna. Pero el azul más bello y sereno lo veo en tus ojos, y en ti estoy viendo el más hermoso y verdadero sol, y el resplandor puro de la más santa luna. ¡Astro de los que sufren, luz de los ciegos, piedad que vives y que ayudas!”

“Luz soy de las almas. Sé hijo de la Luz”.

“Siempre, Jesús. Renovaré este juramento a cada parpadeo sobre las pestañas de mis pupilas renacidas. Seas bendito Tú y el Altísimo”.

“¡Bendito sea el Padre Altísimo! Ve”.

Y el hombre se va feliz, seguro, mientras Jesús y los estupefactos apóstoles descienden en dos barcas y comienzan las maniobras de la navegación.

Y la visión termina.

22. El endemoniado de Cafarnaúm curado en la sinagoga¹

2 noviembre 1944

Estoy viendo la sinagoga de Cafarnaúm. Está llena de gente que espera. Hay gente en la puerta que echa miradas por la plaza todavía bañada de sol, aun cuando ya está próximo el atardecer. Finalmente se oye un grito: “¡He ahí al Rabí que viene!” La gente se apretuja toda en las puertas, los de estatura pequeña se alzan sobre las puntas de los pies, o tratan de abrirse paso. Hay palabrejas y empujones a pesar de los regaños de los adictos a la sinagoga y de los mayores de la ciudad.

“La paz sea con todos lo que buscan la Verdad”. Jesús está en el umbral y saluda bendiciendo con los brazos extendidos hacia delante. La luz que es muy fuerte todavía en la plaza, bosqueja su figura rodeándola de luz. No lleva el vestido blanco, sino el azul marino. Avanza entre la multitud que se abre y se cierra en torno a Él, como las ondas en torno a la nave.

“¡Estoy enfermo! ¡Cúrame!” gime un joven que me parece tísico por la cara, y toma a Jesús del vestido.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza y le dice: “Confía, Dios te escuchará. Deja que ahora hable al pueblo y después vendré a donde estás”.

El joven lo deja ir quedándose quieto.

“¿Qué te dijo?” le pregunta una mujer que tiene un niño en los brazos.

“Me ha dicho que después de haber hablado al pueblo, vendrá a donde estoy”.

“Entonces... ¿Te curará?”

No lo sé. Pero me dijo “Confía”. Yo espero”.

“¿Qué ha dicho?” “¿Qué ha dicho?”

La gente quiere saber y la respuesta de Jesús se repite de labio en labio.

“Si es así, voy a traer a mi niño”.

“Y yo voy a traer a mi padre viejo”.

“¡Oh! ¡Si Ageo quisiese venir! Voy a hacer la prueba... pero no vendrá”.

Jesús ha llegado a su lugar. Saluda al jefe de la sinagoga y éste a su vez lo hace. Es un hombrecillo gordo y vejete. Se inclina para hablar con Jesús. Parece una palma que se dobla ante un alto y robusto árbol.

“¿Qué quieres que te dé?” pregunta el arquisinagogo.

“El que quieras, o el que venga a la mano². El Espíritu guiará”.

“Pero... ¿estas preparado?”

¹ Mc. 1, 21-28; Lc. 4, 31-37.

² Esto es, como se desprende del contexto, sin que el hombre intervenga en elegir, sino que deja la elección a Dios, al Espíritu del Señor.

“Lo estoy. Da el que venga, repito. El Espíritu del Señor guía lo que se debe elegir para bien de este pueblo”.

El arquisinagogo extiende la mano sobre el montón de rollos, coge uno, lo abre y se detiene en un cierto punto, “éste”, le dice.

Jesús toma el rollo, y lee el punto señalado: “Josué³: “Levántate y santifica al pueblo y diles: ‘Santificaos para mañana, porque el Señor Dios de Israel dice que el anatema está en medio de vosotros. ¡Oh Israel! Tú no podrás enfrentarte a tus enemigos hasta en tanto se quite de en medio de ti al que se ha contaminado con tal crimen’”. Jesús se detiene, envuelve el rollo y lo devuelve.

La gente está muy atenta. Tan solo se oye el murmurar de uno:

“Oiremos cosas que a nuestros enemigos no gustarán”.

“Es el Rey de Israel, el Prometido, que reúne a su pueblo”.

Jesús extiende sus brazos en su acostumbrada posición de orador. El silencio reina.

“El que ha venido a santificaros, se ha levantado. Ha salido del secreto de la casa donde se ha preparado a esta misión. Se ha purificado para daros ejemplo de purificación. Ha tomado su posición frente a los poderosos del Templo y del Pueblo de Dios, y ahora está entre vosotros. ¡Soy Yo! No como algunos de vosotros, con pensamientos llenos de niebla y con fermento en su corazón piensan y esperan. Mucho más alto y más grande es el reino del que soy Rey y al que os invito.

Os llamo, oh vosotros de Israel, antes que a cualquier otro pueblo, porque sois vosotros los que en los padres de vuestros padres recibisteis la promesa de esta hora y de alianza con el Altísimo Señor⁴. Pero este reino no formará multitudes armadas, ni con el terror de la sangre. A este reino no entrarán los violentos, los prepotentes, los soberbios, los iracundos, los envidiosos, los lujuriosos ni los avaros sino los buenos, los mansos, los continentos, los misericordiosos, los humildes, los que aman al prójimo y a Dios y a los pacientes.

¡Israel! No estás llamado a combatir con los enemigos de afuera, sino contra los enemigos de adentro; contra los que se encuentran en cada corazón. En el corazón de las decenas y decenas de millares de tus hijos. Quitad el anatema del pecado de cada uno de vuestros corazones, si queréis que Dios os reúna y os diga: “Pueblo mío a ti te doy el reino que no será jamás derrotado ni invadido, ni al que los enemigos puedan poner acechanzas”.

Mañana. ¿Cuándo será este mañana?... ¿Dentro de un año o dentro de un mes? ¡Oh!, no indaguéis, movidos por una curiosidad malsana buscando saber el futuro por medios que huelen mucho a brujería. Dejad a los paganos el espíritu de adivinación. Dejad a Dios, que es eterno, el secreto de su tiempo. Desde mañana, el mañana que se levantará después de este atardecer, y después de la noche que viene, el mañana que se levantará con el canto del gallo, desde ese mañana venid a purificaros en la penitencia *verdadera*.

Arrepentios de vuestros pecados para que se les perdone y estéis listos para el reino. Quitad de entre vosotros el anatema del pecado. Cada uno tiene el suyo. Cada uno tiene el que es contrario a los Diez Mandamientos que son de salvación eterna. Examínese cada uno con sinceridad y humildemente. Tratad de arrepentiros, no con palabras porque a Dios no se le hace burla, no se le engaña. Arrepentios con una voluntad firme, que os induzca a cambiar de vida, a entrar nuevamente en la Ley del Señor. El reino de los cielos os espera. ¡Mañana!

¿Mañana?... preguntaréis. ¡Oh! Hay siempre un mañana que se preocupa de la hora de Dios, aun cuando llegue al término de una larga vida como la de los Patriarcas. La eternidad no tiene como medida el tiempo que termina en el reloj de arena o de agua. Y las medidas de tiempo que llamáis días, meses, años, siglos, son palpitaciones del Espíritu Santo que os mantiene con vida. Pero vosotros sois eternos en el espíritu⁵, y debéis tener para el espíritu la misma medida de tiempo que tiene nuestro Creador. Decir, pues: “Mañana será el día de mi

³ Cfr. Jos. 7, 13.

⁴ Alusión por ejem. al Gén. 15.

⁵ El espíritu del hombre, aunque de hecho, ha tenido un principio, que si Dios conserva, jamás tendrá fin

muerte". Pero no hay muerte para el que cree. Sino reposo en espera del Mesías que abra las puertas del Cielo.

En verdad os digo que entre los presentes tan solo veintisiete morirán y tendrán qué esperar. Los otros serán juzgados antes de la muerte, y la muerte será el paso a Dios o a Mammón sin tardanza, porque el Mesías ha venido y está entre vosotros y os llama para daros la Buena Nueva, para instruiros en la Verdad, para llevaros con Él al Cielo.

Haced penitencia. El "mañana" del reino de los cielos está próximo. Que os encuentre limpios para ser poseedores del eterno día.

La paz sea con vosotros".

Se levanta a contradecirle un barbudo y seco israelita que dice: "Maestro, lo que has dicho me parece que está en contradicción de lo que se lee en el libro segundo de los Macabeos, la gloria de Israel⁶. Allí está escrito:.. "Es en realidad un señal de mucha benignidad no permitir a los pecadores que caminen por mucho tiempo tras de sus caprichos, sino castigarlos al punto. El Señor no se comporta con ellos como con las otras naciones, que espera con paciencia, para castigarlas cuando llegue el día del juicio, cuando esté llena la medida de los pecados". Tú por el contrario hablas como si el Altísimo fuese muy lento en castigarnos, esperándonos como a los otros pueblos, hasta el día del Juicio cuando esté llena la medida del pecado. Realmente los hechos te dan un mentís. Israel fue castigado como dice el historiador de los Macabeos. Pero si fuese como Tú dices, ¿no habría desacuerdo entre tu doctrina y la encerrada en la frase que te cité?"

"Quién seas no lo sé⁷. Pero quien quiera que seas, te respondo: No hay desacuerdo en la doctrina sino en el modo de interpretar las palabras. Tú la interpretas según el modo humano y Yo según el del espíritu. Tú, representante de la mayoría, ves todo bajo el velo de lo presente y caduco; Yo, representante de Dios, lo explico y todo lo aplico a lo eterno y sobrenatural. Yeové⁸ ha castigado, sí en la hora actual, la soberbia y la injusticia de su "Pueblo" según la tierra. Pero como os ama y como tiene paciencia con vosotros, más que con cualquier otro pueblo, os concede al Salvador, al Mesías, para que lo escuchéis y os salvéis antes de que llegue la hora de la divina ira. No quiere que seáis más pecadores. Pero si os ha castigado en lo caduco, al ver que no restaña la herida, antes bien se hace más insensible vuestro espíritu, he aquí que os manda, no castigos sino salvación. Os manda a quien os sane y salve y ese soy Yo que os hablo".

"¿No crees que eres audaz en llamarte representante de Dios? Ninguno de los profetas se atrevió a tanto, y Tú... ¿Tú quién eres?... ¿Qué cosas dices?... ¿y por orden de quién hablas?"

"Los Profetas no podían decir de sí lo que Yo digo de Mí mismo. ¿Quién soy?... El Esperado, el Prometido, el Redentor. Ya habéis oído al que antes dijo: "Preparad el camino del Señor... He aquí al Señor Dios que viene... Como un pastor apacentará su ganado, siendo con todo el Cordero de la Pascua verdadera"⁹. Entre vosotros hay quienes oyeron del Precursor estas palabras, y vieron que una luz atravesaba los cielos y que descendía en forma de paloma y oyeron una voz que decía quién era¹⁰. ¿Por orden de quién hablo?... Por orden de quien Es, y de quien me manda".

"Tú lo puedes decir, pero puedes ser mentiroso o iluso. Tus palabras son santas, pero Satanás alguna vez tiene palabras de engaño aparentando santidad para atraer al error, Nosotros no te conocemos".

⁶ Cfr. 2º Mac. 6, 13-14.

⁷ Cristo como Dios y como Santo de los Santos, penetraba en las conciencias, veía y conocía sus respuestas secretas (introspección perfecta); como hombre, conocía, sólo según el modo humano, las personas y los lugares, cuando su Padre y su propia naturaleza divina no juzgaban ser útil conocer lugares y personas sin preguntarlo,

⁸ Los galileos con un tono de voz más dulce, decían: "Yeové" algo así como una "Il" suave. Los judíos: "Yavé" con un tono duro y seco.

⁹ Cfr. Is. 40, 3 y 10-11; Mt. 3, 3; Mc. 1, 2-3; Lc. 3, 4; Ju. 1, 23.

¹⁰ Cfr. Mt. 3, 16-17; Mc. 1, 9-11; Lc. 3, 21-22; Ju. 1, 32-34.

“Yo soy Jesús de José, de la estirpe de David, nacido en Belén, Efrata, según las promesas¹¹. Me dicen Nazareno, porque en Nazaret tengo mi casa. Esto según el mundo, Según Dios soy su enviado. Mis discípulos lo saben”.

“¡Oh, ellos! Pueden decir lo que quieran y lo que Tú les haces decir”.

“Hablaré a otro que no me ama y que dirá quién soy. Espera que llame a uno de los aquí presentes”.

Jesús mira a la multitud que está asombrada de la disputa, molesta y dividida en diversos partidos, La mira como buscando a alguien con sus ojos de zafiro, después en voz alta dice: ¡Ageo! ¡Pasa adelante! Te lo ordeno¹²”.

Confusión entre la gente que se abre para dejar pasar a un hombre sacudido por un temblor en el cuerpo y a quien sostiene una mujer.

“¿Conoces a este hombre?”

“Sí, es Ageo de Malaquías, de acá de Cafarnaúm. Está poseído por un espíritu maligno que lo hace que se convierta repentinamente en un furioso”.

“¿Todos lo conocéis?”

La multitud grita: “Sí, sí”.

“¿Puede decir alguien que hablamos él y Yo aunque hubiesen sido pocas palabras, algunos minutos antes?”.

La multitud grita: ¡No, no! Es un tonto, casi nunca sale de su casa y nadie te ha visto en ella”.

“Mujer, tráelo delante de Mí”.

La mujer lo empuja y lo arrastra, mientras el pobrecito tiembla con mayor violencia. El arquisinagogo advierte a Jesús: “Ten cuidado! El demonio está para atormentarlo... y entonces se arroja, rasguña y muerde”. La multitud se hace a un lado, replegándose contra las paredes. Los dos están frente a frente.

Un momento de lucha... Parece como si el hombre, acostumbrado al mutismo, hiciera esfuerzos dolorosos hasta que sale la voz que se convierte en palabras: “¡Qué hay entre nosotros y Tú, Jesús de Nazaret? ¿Por qué has venido a atormentarnos? ¿Por qué a exterminarnos, Tú, Dueño del Cielo y de la tierra? Sé quién eres: El Santo de Dios. Ningún hombre ha sido más grande que Tú, porque en ti que eres hombre está encerrado el Espíritu del Vencedor Eterno. Ya me venciste en...”

“¡Calla! Sal de él. ¡Lo ordeno!”.

El hombre es presa de un paroxismo extraño. Se sacude violentamente, como si hubiese quien lo maltratase a golpes. Aúlla con una voz que no es humana, arroja espuma, después es arrojado al suelo del que se levanta espantado y curado.

“¿Oíste?... ¿Qué respondes ahora? Pregunta José a su contrincante.

El hombre barbudo y seco levanta el hombro y vencido se va sin responder. La gente se burla de él y le aplaude a Jesús.

“¡Silencio! ¡El lugar es sagrado! Dice Jesús y después manda: “Venga a Mí el joven a quien prometí ayuda de parte de Dios”.

Se acerca el enfermo, Jesús lo acaricia: “¡Has tenido fe! Sé sano. ¡Ve en paz y sé justo!”

El joven da un grito. Quién sabe qué siente. Se postra a los pies de Jesús y se los besa diciendo: “Gracias por mí y por mi madre”.

Vienen otros enfermos: Un niño con las piernas paralizadas. Lo toma Jesús de los brazos, lo acaricia y lo pone en tierra... y lo deja. El niño no se cae, sino que corre a donde está la mamá que lo recibe con llanto en su corazón, y que bendice a Jesús a grandes voces, con: “El Santo de Israel”. Viene un viejecito ciego, a quien guía su hija. También él es curado con una caricia sobre sus enfermos párpados. La multitud se deshace en bendiciones.

¹¹ Cfr. Miq. 5, 1; Mt. 2, 1-11; Ju. 7, 42.

¹² Aquí, debiendo dar pruebas al fariseo de su omnisciencia divina, llama por su nombre al desconocido Ageo que sabe que está endemoniado, mientras anteriormente, como hombre, había dicho al fariseo: “No sé quién seas”.

Jesús avanza sonriendo, y aunque sea alto, no habría logrado abrirse paso entre la gente, si Pedro, Santiago, Andrés y Juan no hubieran generosamente con los codos hecho fuerza y se hubiesen abierto sitio hasta Jesús, y después lo hubiesen protegido hasta la salida de la plaza donde ya no había tanta gente.

La visión termina así.

23. Curación de la suegra de Simón Pedro¹

3 noviembre 1944

Pedro está hablando a Jesús y le dice: “Maestro, quería pedirte que vinieras a mi casa. No me atreví a decírtelo el sábado pasado. Pero... quería que vinieras”.

“¿A Betsaida?”.

“No, aquí... a casa de mi mujer, quiero decir; donde ella nació...”

“¿Por qué este deseo, Pedro?”

“¡Eh!... por muchas razones... y además porque hoy me dijeron que mi suegra está enferma. Si quisieras curarla, tal vez a ti...”

“Termina, Simón”.

“Quería decir... si te acercases a ella... bueno, en suma, sabes, una cosa es oír hablar de alguien y otra es verlo y oírlo, y si uno se cura, pues entonces...”

“Hasta el rencor se acaba también, ¿quieres decir?”.

“No, rencor no. Pero sabes... el pueblo está dividido en muchos pareceres, y ella no sabe a quien darle la razón. Ven, Jesús”.

“Voy. Vayamos. Diréis a los que esperan que hablaré en tu casa”.

Se dirigen a una casa baja, más baja de la que tiene Pedro en Betsaida y que está más cercana al lago. Una vereda la separa de él, y creo que en las tempestades, las olas vienen a morir contra las paredes de la casa que si es baja de estatura, es por otra parte muy grande, como si muchas personas vivieran en ella.

En el huerto, que está delante de la casa, en dirección al lago, no hay más que una vieja y nudosa vid, que se ha extendido sobre un viejo palo y una higuera también vieja, que los vientos del lago han doblado hacia la casa. La copa despeinada de la higuera acaricia las paredes y choca contra los bastidores de las ventanitas, ahora cerradas para defenderse del sol que da de lleno en la casa. No hay más que esta higuera, esta vid y un pozo de brocal verdoso.

“Entra, Maestro”.

Las mujeres que están en la cocina, unas están ocupadas en remendar las redes y otras en preparar la comida. Saludan a Pedro, y después coloradas se inclinan ante Jesús, y con los ojos semicerrados le observan con curiosidad.

“La paz sea en esta casa. ¿Cómo sigue la enferma?”

“Habla tú que eres la nuera más vieja” dicen las tres mujeres a una que se está secando las manos en el vestido.

“La fiebre es muy alta, muy alta. Le hemos traído al médico pero dice que es vieja para curarse y que cuando esta enfermedad de los huesos llega al corazón y produce fiebre, sobre todo a esta edad, se muere. Ya no come... Trato de hacerle comidas sabrosas; también ahora, mira, Simón, le estaba preparando esa sopa que tanto le gustaba. Escogí el mejor pez, de los cuñados. Pero no creo que pueda comerla. Y además... ¡Está tan inquieta! Se lamenta, grita, llora, maldice...”

“Tened paciencia como si fuese vuestra madre y tendréis mérito ante Dios. Llevadme a donde está”.

“Rabí... Rabí... yo no sé si querrá verte. No quiere ver a nadie. No me atrevo a decirle: “Ahorita te traigo al Rabí”.

¹ Cfr. Lc. 4, 38-39; Mt. 8, 14-17; Mc. 1, 29-34.

Jesús sonríe sin perder la calma. Se vuelve a Pedro: “Te toca a ti, Simón. Eres hombre y el más viejo de los yernos, según me has contado. Ve”.

Pedro hace un gesto significativo y obedece. Atraviesa la cocina y entra en una habitación y a través de la puerta, cerrada detrás de él, oigo que habla con una mujer. Saca la cabeza y una mano y dice: “Ven, Maestro, pronto” y añade algo que apenas se puede oír: “Antes de que cambie de parecer”.

Jesús atraviesa rápido la cocina y abre la puerta. De pie en el umbral pronuncia su dulce y solemne saludo: “La paz sea contigo”. Entra a pesar de que no se le responde. Se acerca a una cama baja en la que está acostada una mujer toda gris, descarnada, que afanosamente respira debido a la alta fiebre que le ha puesto la cara del todo colorada.

Jesús se inclina sobre la cama y sonríe a la viejita. “¿Estás mal?”

“¡Me siento morir!”

“No. No morirás. ¿Puedes creer que Yo soy capaz de curarte?”

“Y... ¿por qué lo harías?... ¡No me conoces!”

“Por Simón que me rogó... y también por ti, para dar tiempo a que tu alma vea la Luz”.

“¿Simón? Haría mejor si... ¿Cómo es posible que Simón haya pensado en mí?”

¿Porque es mejor de lo que tú crees. Lo conozco y sé. Lo conozco y siento gusto en escucharlo”.

“¿Entonces me vas a curar? ¿No moriré?”

“No, mujer. Por ahora no morirás. ¿Puedes creer en Mí?”

“Creo, creo. ¡Me basta no morir!”

Jesús nuevamente sonríe. La toma de la mano. La mano llena de arrugas y de venas hinchadas desaparece en la mano juvenil de Jesús que se yergue y toma el aspecto de cuando hace un milagro y dice: “¡Sé curada! ¡Lo quiero! ¡Levántate!” y le suelta la mano, que cae sin que la vieja lance ningún lamento; mientras que antes, pese a que Jesús se la había tomado con tanta suavidad, sólo por el hecho de haberla movido, había costado un lamento a la enferma.

Un espacio breve de silencio. Después en voz alta la vieja exclama: “¡Oh, Dios de mis padres! ¡Si no tengo nada! ¡Si estoy curada! ¡Venid, venid!” Corren las nueras. “¡Mirad, no tengo ya nada de fiebre! Ved cómo estoy fresca. El corazón no parece ser ya más el martillo de herrero. ¡Ah, no me muero!” Ni una palabra al Señor.

Pero Jesús no se molesta. Dice a la nuera de mayor edad: “Vístela, que se levante. Lo puede hacer” y se dirige a la salida.

Simón apenado se dirige a su suegra: El Maestro te ha curado y ¿no le dices nada?”

“¡Claro! No pensaba. ¡Gracias! ¿Qué puedo hacer para agradecértelo?”

“Sé *buena*, muy *buena*. Porque el Eterno ha sido bueno contigo. Y si no te molesta, déjame hoy descansar en tu casa. Durante la semana recorrí todos los pueblitos cercanos, y he regresado al amanecer. Estoy cansado”.

“¡Claro, claro! Quédate, si quieres”. Pero no muestra muchas ganas al decirlo.

Jesús, Pedro, Andrés, Santiago y Juan van a sentarse en el huerto.

“¡Maestro!...”

“Pedro”.

“Estoy apenado”.

Jesús hace un gesto como si dijese: “No te preocupes”. Después añade: “No es esta la primera ni la última persona que no sienta reconocimiento al punto. Pero Yo no lo quiero. Bástame proporcionar a las almas medios para que se salven. Cumpla con mi deber. A ella le toca el suyo”.

“¡Ah! ¿Ya ha habido otros así?... ¿en dónde?”

“¡Simón curioso! Por esta vez quiero darte gusto, aun cuando a Mí me desagraden las curiosidades inútiles. En Nazaret... ¿recuerdas a la mamá de Sara?... estaba muy enferma cuando llegamos a Nazaret y nos dijeron que la niña lloraba mucho. Para que ésta, que es buena y dulce, no se convirtiese en una huérfana y el día de mañana en una entenada, fui a

buscar a la mujer... quería curarla... pero, apenas si había puesto un pie en su casa, cuando su marido y su hermano me arrojaron diciendo: "Lárgate, lárgate! No queremos dificultades con la sinagoga". Para ellos y para muchos soy ya un rebelde... y a pesar de eso la curé... por los niños. Dije a Sara que estaba en el huerto, acariciándola: "Curé a tu madre. Vete a casa. ¡No llores más!" y la mujer fue curada en ese mismo instante y la niña se lo dijo a ella, y también a su padre y tío... pero, la castigaron por haber hablado conmigo. Lo sé, porque la niña vino detrás de Mí corriendo, cuando salía del pueblo... ¡No me importa!"

"Yo hubiera hecho que se enfermara otra vez".

"¡Pedro!" Jesús muestra severidad. ¿Es lo que te enseñó a ti y a los demás? ¿Qué cosa has oído de mis labios desde la primera vez que me has escuchado? De qué cosa siempre he hablado como *primera* condición para ser mis verdaderos *discípulos*?"

"Es verdad, Maestro. Soy una bestia. Perdóname. ¡Pero no puedo soportar que no te amen!"

"¡Oh, Pedro! ¡Verás otras pruebas de desamor! ¡Te toparás con tantas sorpresas, Pedro! Hombres a quienes el mundo llamado "santo" desprecia como publicanos, darán al mundo ejemplo y tal ejemplo que los que lo desprecian no lo seguirán. Paganos que serán mis más grandes seguidores. Prostitutas que serán puras por voluntad y penitencia. Pecadores que se enmendarán..."

"Oye: qué se enmiende un pecador... puede ser. ¡Pero una prostituta y un publicano!..."

"¿No lo crees?"

"Yo no".

"Estás en un error, Simón. Pero mira que tu suegra viene a nosotros".

"Maestro... te ruego que te sientes a mi mesa".

"Gracias mujer. Dios te lo pague".

Entraron en la cocina y se sientan a la mesa, y la vieja sirve a los hombres con grandes porciones de pez en la sopa y de pez asado.

"No tengo otra cosa que esto" dice excusándose, y para no perder la costumbre, dice a Pedro: "Demasiado hacen tres cuñados, solos como han quedado desde que te fuiste a Betsaida. Si al menos te dignases de hacer más rica a mi hija... pero oigo que muy frecuentemente estás fuera de casa y que no pescas".

"Sigo al Maestro. Estuve con Él en Jerusalén y los sábados estoy también. No pierdo el tiempo en francachelas".

"Pero no ganas nada. Harías mejor, ya que quieres hacer de siervo del Profeta, venirte acá de nuevo. Al menos la pobrecita de mi hija, tendría parientes que no la dejaran morir, mientras tú la haces de santo".

"¿Pero no te avergüenzas de hablar así de Él, que te ha curado?"

"Yo no lo critico a Él. Cumple con su oficio. Te critico a ti que eres un holgazán. Por otra parte jamás serás ni un profeta, ni un sacerdote. Eres un ignorante y un pecador... ¡un hombre inútil para todo!"

"Te doy la razón porque Él está aquí, si no..."

"Simón, tu suegra te ha dado un buen consejo. Puedes pescar también aquí. Según por lo que oigo pescabas antes en Cafarnaún también. Puedes regresar otra vez".

"Y vivir aquí de nuevo? Pero, Maestro, Tú no..."

"Bueno, Pedro mío. Si tú estás aquí, estarás en el lago y conmigo. ¿Por esto, qué te va, estar o no estar en esta casa?" Jesús ha puesto la mano sobre la espalda de Pedro y parece que la calma de Jesús pasa al apóstol que hierve.

"Tienes razón. Siempre tienes razón. Lo haré. Pero... ¿y estos?". Señala a Juan y Santiago sus compañeros.

"¿No pueden también ellos venir?"

"¡Oh! Nuestro padre y nuestra madre serán felices al saber que estamos contigo. No se opondrán".

"Probablemente vendrá el Zebedeo", dice Pedro.

"Es muy probable. Y con él otros. Vendremos, Maestro, sin duda alguna vendremos".

“¿Está aquí Jesús de Nazaret?” pregunta un niño que se asoma por la puerta.

“Está aquí, entra”.

Avanza un niño, que reconozco que es uno de los que vi en Cafarnaún en las primeras visiones, y es más bien dicho el que jugueteaba entre los pies de Jesús y que prometió ser bueno... para comer miel en el Paraíso.

“Amiguito, ven, ven” dice Jesús.

El niño un poco atemorizado con tanta gente que lo mira, toma valor y corre a Jesús que lo abraza y se lo pone sobre las rodillas y le da un poco de pez en un pedazo de pan.

“Bueno, Jesús. Esto es para ti. Hoy también la misma persona me dijo: “Es sábado, lleva esto al Rabí de Nazaret y di a tu amigo que ruegue por mí”. ¡Sabe que eres mi amigo...!” el niño ríe feliz y come su pan y pescado.

“¡Bravo Santiaguito! Dirás a esa persona que mis oraciones por él suben hasta mi Padre”.

“¿Es para los pobres?” pregunta Pedro.

“Sí”

“¿Es el acostumbrado regalo?... ¡Veamos!”

Jesús entrega la bolsa. Pedro echa el dinero y cuenta.

“¡Siempre la misma cantidad y grande! Pero... ¿quién es esa persona? Di, niño, ¿quién es?”

“No lo debo decir y no lo diré”.

“¡Qué intolerante! ¡Ea!, sé bueno y te daré frutas”.

“No lo diré aunque me insultes o me acaricies”.

“¡Pero ved qué lengua!”

“Santiaguito tiene razón, Pedro. Mantiene su palabra; déjalo en paz”.

“Tú, Maestro, ¿sabes quién es esa persona?”

Jesús no responde. Se entretiene con el niño a quien da otro pedazo de pescado frito, sin espina alguna. Mas Pedro insiste y Jesús se ve obligado a responder.

“Yo sé todo, Simón”.

“¿Y nosotros no podemos saberlo?”

“¿Y tú nunca te vas a curar de tu defecto?” Jesús sonriendo regaña al discípulo. Añade: “Pronto lo sabrás. Porque si el mal quiere estar siempre oculto y no lo logra; el bien lo quiere estar para tener mérito, pero llega el día en que es descubierto para gloria de Dios, cuya naturaleza resplandece en un hijo suyo. *La naturaleza de Dios es: el amor.* Y éste la ha entendido porque ama a su prójimo. Vete, Santiaguito. Llévale a esa persona mi bendición”.

La visión termina así.

24. Jesús predica y hace milagros en la casa de Pedro¹

4 noviembre 1944

Jesús está subido sobre un montón de canastos y cuerdas a la entrada del huerto de la casa de la suegra de Pedro. El huerto está lleno de gente por la ribera del lago, parte de ella sentada sobre la arena parte sobre las barcas que están fuera del agua. Parece que ha estado hablando desde hace tiempo, porque su discurso está a más de la mitad.

Oigo: “...Ciertamente muchísimas veces habéis pensado así en vuestros corazones. Pero no debe ser así. El Señor no ha dejado de usar benignidad para con su pueblo. Aun cuando éste, miles y miles de veces le haya sido infiel.

Oíd esta parábola. Os ayudará a comprender.

Un rey tenía muchos, pero muchos caballos en sus caballerizas. Pero amaba a uno de ellos con especial cariño. Lo había deseado antes de poseerlo; después cuando lo tuvo, lo puso en un lugar muy bueno; y venía a él, hecho todo ojos y corazón, para mirar a su predilecto, y soñaba en convertirlo en la maravilla de su reino. Y cuando el caballo, rebelándose a sus órdenes, le había desobedecido, había huido a casa de otro dueño, aunque el rey

¹ Cfr. Mt. 8, 16-17; Mc. 1, 32-34; Lc. 4, 40-41.

experimentaba un gran dolor e ira, había prometido al rebelde perdón después del castigo. Fiel a esto, aunque lejos, seguía velando por su predilecto, le mandaba regalos y quienes lo cuidaran para que le tuviese presente en el recuerdo de su corazón. Pero el caballo, aunque sufría en su destierro no era constante, como el rey lo era, en desear y querer el completo perdón. A ratos era bueno, a ratos, malo; y cuando era bueno, no lo era más que cuando era malo, antes al revés. Y sin embargo el rey tenía paciencia y con regaños y cariño buscaba hacer de su caballo amado un amigo dócil.

Entre más pasaba el tiempo, más la bestia se hacía terca. Llamaba a su rey, lloraba por los azotes de otros dueños, pero no quería ser realmente posesión del rey. No tenía la voluntad de serlo. Agotado, oprimido, lloroso, no decía: “Me encuentro así por mi culpa”, sino que acusaba al rey de su estado. El rey acudió a un último recurso. “Hasta ahora” dijo, “he enviado mensajeros y amigos. Ahora mandaré a mi mismo hijo. Él tiene mi mismo corazón y hablará con mi mismo amor y lo acariciará y le dará regalos como los que yo le he dado y aún mejores, porque mi hijo es como yo mismo, pero enaltecido por el amor”. Y mandó a su hijo.

Esta es la parábola. Ahora decid vosotros. ¿Os parece que este rey amase a su animal preferido”.

La gente responde a una voz: “Lo amaba infinitamente”.

“¿Podría la bestia lamentarse de su rey y del mal que había sufrido al haberlo dejado?”

“No, no podría”, responde la gente.

“Responded una vez más a esto: ese caballo ¿cómo pensáis que seguramente habría acogido al hijo del rey que iba a rescatarlo, a curarlo y llevarlo de nuevo al lugar de delicias?”

“¡Es natural que con alegría, con reconocimiento y con cariño!”

“Y si el hijo dijera al caballo: “He venido para hacer esto y esto, pero tú debes de ser desde ahora bueno, obediente, cariñoso y fiel”. ¿Qué pensáis que habrá dicho el caballo?”

“¡Oh, ni siquiera preguntarlo! Habría dicho, que ahora que sabía lo que le costaba estar desterrado del reino, quería ser como el hijo del rey decía”.

“Entonces según vosotros ¿cuál es la obligación del caballo?”

“Ser todavía mejor de cuanto se le pedía; más cariñoso, más dócil para obtener el perdón del mal anterior, por gratitud del bien recibido”.

“¿Y si no hubiese hecho de este modo?”

“Sería digno de muerte, porque sería peor que una bestia salvaje”.

Amigos tenéis muy buen tino en el juzgar. Haced también vosotros como querríais que hubiese hecho el caballo.

Vosotros criaturas predilectas del Rey de los Cielos, de Dios, de mi Padre y vuestro. Vosotros a quienes Dios, después de los Profetas, ha enviado a su Hijo, sed –os conjuro por vuestro bien, y porque os amo, como sólo un Dios puede amar, este Dios que está en Mí para que realice Yo el milagro de la redención– sed al menos como habéis dicho que debería ser el caballo. ¡Ay de quien se rebaja, siendo hombre, a un grado inferior al del animal! Pero si aún podía haber excusa hasta el momento presente para quienes pecaban, puesto que la Ley fue dada hace mucho tiempo, el polvo del mundo la ha empañado y ese polvo sobre ella se ha quedado, ahora y no más. He venido para traeros nuevamente la palabra de Dios. El Hijo del Hombre está entre los hombres para hablarles de Dios. ¡Seguidme! Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

El acostumbrado murmullo entre la multitud.

Jesús ordena a sus discípulos: “Haced que vengan los pobres. Tengo un regalo de uno que se encomienda a ellos para obtener perdón de Dios”.

Se acercan tres viejecitos harapientos, dos ciegos, un contrahecho y una viuda con siete niños que parecen esqueletos.

Jesús mira uno por uno, le envía una sonrisa a la viuda y especialmente a los huerfanitos. Al punto dice Jesús: “Que estos estén allá, en el huerto. Quiero hablar con ellos”. Se pone severo, sus ojos flamean, cuando se presenta un viejecito. Sin embargo no dice nada por el momento.

Llama a Pedro, a quien pide la bolsa que había recibido antes y otra también con monedas pequeñas, ofertas varias, recogidas de otras buenas personas. Echa todo sobre la banca que está cerca del pozo, cuenta y divide. Hace seis partes. Una muy grande, de monedas de plata, y cinco menores de tamaño, con muchas monedas de bronce una que otra grande. Después llama a los pobres enfermos y pregunta: “¿No queréis decirme algo?”

Los ciegos callan pero el contrahecho dice: “Que te proteja Aquel de quien vienes”... no dice más.

Jesús le pone en la mano sana el obsequio.

El hombre dice: “Que Dios te lo pague. Pero más que esto, yo querría que me curases”.

“No habías dicho nada”.

“Soy pobre, un gusano al que los grandes pisotean, no me atrevía a esperar que tuvieses piedad de un milagro”.

“Soy la Piedad que se inclina sobre todas las miserias que me llaman. A nadie rechazo. No pido más que amor y fe para que Yo diga: ¡Te escucho!”.

“¡Oh, Señor mío! ¡Creo que te amo! ¡Sálvame pues! ¡Cura a tu siervo!”

Jesús pone su mano sobre la espalda doblada, la pasa como si acariciara y dice: “Quiero que seas sano”.

El hombre se endereza, ágil y perfecto con bendiciones sin número.

Jesús da el obsequio a los ciegos y espera un momento para que se vayan... Llama a los viejitos. Al primero le da una limosna, lo consuela y ayuda a poner el dinero en el cinturón. Piadoso se preocupa de las desgracias del segundo, que le cuenta la enfermedad de su hija.

“¡No tengo más que a ella! Y ahora se me muere. ¿Qué será de mí? ¡Oh, si Tú vinieses! Ella no puede, no se levanta. Querría... pero no puede. Maestro, Señor Jesús ¡piedad de nosotros!”

“¿En dónde vives, padre?”

“En Corozain. Pregúntale a Isaac de Jonás, al que llaman el Adulto. ¿Vendrás de veras? ¿No te olvidarás de mi desgracia? Y ¿la curarás?...”

“¿Puedes creer que pueda Yo curarla?”

“¡Oh! ¡sí lo creo! ¡Por eso te estoy hablando!”

“Regresa a casa, padre. Tu hija estará en la puerta a saludarte”.

“Pero si está en cama y no puede levantarse desde hace tres... ¡Ah! He entendido! ¡Oh, gracias Rabboni! ¡Bendito seas Tú y El que te envió! ¡Alabanzas a Dios y a su Mesías!” El viejo se va llorando y caminando con toda la prisa posible. Pero cuando está casi para salir del huerto dice: “Maestro, ¿pero no obstante esto, vendrás a mi casa?... Isaac te espera para besar tus pies, lavártelos con sus lágrimas y ofrecerte pan de amor. Ven Jesús, hablaré a los de la ciudad de ti”.

“Iré, ve en paz y sé feliz”.

Se adelanta el tercer viejito que parece ser el más harapiento. Pero Jesús no tiene sino un montón grande de monedas. Levanta la voz: “Mujer, ven con tus pequeñuelos”.

La mujer, joven, flaca, se adelanta con la cabeza inclinada. Parece una gallina triste con sus polluelos.

“¿Desde cuándo eres viuda, mujer?”

“Desde hace tres años, en la luna de Tisri”.

“¿Cuántos años tienes?”

“Veintisiete”.

“¿Son todos hijos tuyos?”

“Sí, Maestro y... y no tengo otra cosa más. Todo se ha acabado... ¿Cómo puedo trabajar, si nadie me quiere con todos estos pequeñuelos?”

“Dios que ni siquiera al gusanillo que creó abandona, no te abandonará mujer. ¿Dónde vives?”

“Cerca del lago. A tres estadios fuera de Betsaida. Él me dijo que viniera... Mi marido murió en el lago; era pescador...” “Él” es Andrés, quien se pone colorado y querría desaparecer.

“Has hecho bien, Andrés, en decir a esta mujer que viniese a Mí”.

Andrés toma aliento y dice entre dientes: “El hombre era mi amigo, era bueno y murió en una tempestad perdiendo hasta la barca”.

“Ten, mujer. Esto te ayudará por mucho tiempo, y después otro sol brillará en tu día. Sé buena, educa en la Ley a tus hijos y no te faltará la ayuda de Dios. Te bendigo: a ti y a tus pequeñuelos”. Acaricia a uno por uno con gran piedad.

La mujer se va con su tesoro apretado sobre el corazón.

“¿Y a mí?” pregunta el viejecito que ha quedado al último. Jesús lo mira y calla.

“¿Nada para mí? ¡No eres justo! A ella le has dado seis veces más que a los demás, y a mí nada. Entiendo... ¡era mujer!”

Jesús lo mira y no dice nada.

“¡Mirad todos, si hay justicia! Vengo de lejos, porque me dijeron que aquí se daba dinero y después... ¡nada! Veo que alguien tiene mucho dinero y nada para mí. ¡Un pobre viejo que está enfermo! Y quiere que se crea en Él...”

“Anciano, ¿no tienes vergüenza de mentir de este modo? Tienes la muerte a las espaldas y mientes y tratas de robar a quien tiene hambre. ¿Por qué quieres arrebatarse a tus hermanos el obsequio que Yo he recibido para distribuirlo con justicia?”

“Pero yo...”

“¡Cállate! Deberías haber comprendido por mi silencio y por mi modo de obrar que te había conocido, y deberías haber seguido mi ejemplo de silencio. ¿Por qué quieres que te avergüence?”

“Soy un pobre”.

“No. Eres un avaro y un ladrón. Vives para el dinero y para la usura”.

“Jamás he prestado dinero con usura. Dios es mi testigo”.

“¿Y no es usura esta, y de las más crueles, robar a quien tiene necesidad? Vete. Arrepiéntete para que Dios te perdone”.

“Te juro...”

“¡Cállate! ¡Te lo ordeno! Escrito está: “No jurarás en falso”². Si no tuviese Yo respeto a tus canas, te esculcaría y en tu seno encontraría la bolsa llena de oro; *tu verdadero corazón*. ¡Lárgate!”.

Pero ya el vejete, confundido, viéndose descubierto de su secreto, se va sin necesidad del trueno que repercute en la voz de Jesús. La gente lo amenaza y se burla de él, lo insulta como a un ladrón.

“¡Callad Si él ha cometido un error, no querríais también vosotros cometerlo. Él falta a la veracidad no siendo honrado. Vosotros al insultarlo, faltáis a la caridad. No se debe insultar al hermano que comete un error. Cada uno tiene sus pecados. Nadie es perfecto, fuera de Dios. He debido avergonzarme porque no es lícito ser jamás ladrón, y mucho menos con los pobres. Sólo el Padre sabe lo que he sufrido al deber hacer esto. También vosotros doleos de haber visto que uno de Israel falta a la Ley tratando de defraudar al pobre y a la viuda³. No seáis codiciosos. Vuestro tesoro sea el alma y no el dinero. No seáis perjuros. Vuestro hablar sea sencillo y honrado como vuestras acciones. Vuestra vida no es eterna y llega la hora de la muerte. Vivid en tal forma que a la hora de la muerte haya paz en vuestros corazones. La paz, como la de quien ha vivido justamente. Regresad a vuestros hogares”.

“¡Piedad, Señor! Este hijo mío es mudo a causa de un demonio que lo atormenta”.

“Y este hermano mío es semejante a una bestia inmundada que se revuelca en el fango y come excrementos. A esto lo arrastra un espíritu maligno, y a pesar de que no quiere, hace cosas inmundas”.

Jesús va al grupo que lo invoca. Levanta los brazos y ordena: “Salid de estos. Dejad a Dios sus criaturas”.

² Cfr. Dt. 5, 20.

³ Cfr. Ex. 22, 21-24.

En medio de aullidos y chasquidos se curan los dos infelices. Las mujeres que los llevan, se postran bendiciéndolo.

“Id a vuestras casas y sed agradecidas a Dios. La paz sea con todos. Id”.

La multitud se va comentando lo sucedido. Los cuatro discípulos se juntan a Jesús.

“Amigos, en verdad os digo que en Israel hay de todos los pecados y los demonios viven aquí. No son las únicas posesiones las que hacen enmudecer los labios y obligan a vivir como animales y a comer cosas sucias, Sino las posesiones más reales y numerosas las que hacen mudos los corazones para la honradez y para el amor y hacen de los corazones un pozo de vicios inmundos. ¡Oh, Padre mío!” Jesús se siente fatigado.

“¿Estás cansado, Maestro?”

“No estoy, Juan; pero sí estoy triste por el estado de los corazones y por su poca voluntad de enmendarse. He venido... pero el hombre... el hombre... ¡Oh, Padre mío!”

“Maestro, yo te amo, todos te amamos...”

“Lo sé. ¡Pero sois tan pocos!... ¡mi deseo de salvar a todos es tan grande!”

Jesús ha abrazado a Juan y tiene su cabeza sobre la de él. Está triste. Pedro, Andrés y Santiago, que están alrededor, lo contemplan con un amor salpicado de tristeza.

Y la visión termina de este modo.

25. Jesús ora en la noche¹

5 noviembre 1944

Veo que Jesús sale haciendo el menor ruido posible de la casa de Pedro en Cafarnaún. Se comprende que se quedó allí a dormir para contentar a su Pedro.

Todavía es de noche. El cielo es un hormiguero de estrellas. El lago refleja muy poco de este brillo porque más que verlo se adivina. Este lago que duerme bajo las estrellas lo retrata un poco en su suave rumor de aguas que chocan contra la orilla.

Jesús empareja la puerta, mira al cielo, al lago, al sendero y piensa; después se encamina no en dirección del lago sino del pueblo, lo atraviesa en parte, en dirección de la campiña, entra en esta y sigue caminando, toma una vereda que se dirige hacia las primeras ondulaciones del olivar, entra en esta verde y silenciosa tranquilidad, y allí se arrodilla a orar.

¡Plegaria ardiente! Arrodillado ora, y después, como fortalecido, se pone en pie y sigue orando con el rostro levantado en alto, un rostro mucho más espiritualizado por la naciente luz que llega en el sereno amanecer de verano. Ruega, ora, sonríe, aunque antes lanzaba suspiros como si tuviera una pena mortal. Ruega con los brazos abiertos. Parece una cruz viva, alta, angelical y un tanto encantadora. Parece como si bendijese toda la campiña, el día que va despuntando, las estrellas que van desapareciendo o el lago que va despertando.

“¡Maestro! ¡Te hemos buscado tanto! Vimos la puerta emparejada por fuera, cuando regresamos con los peces y pensamos que habrías salido. No te encontrábamos. Al final nos dijo un campesino que cargaba sus canastos que llevaba a la ciudad. Nosotros te llamábamos: “¡Jesús, Jesús!” y él nos dijo: “¿Buscáis al Rabí que habla a la gente? Tomó por la vereda, hacia arriba rumbo del monte. Debe de estar en el olivar de Miqueas porque ahí va frecuentemente, ya lo he visto otras veces”. Tenía razón. ¿Por qué has salido tan temprano, Maestro? ¿Por qué no has descansado? La cama tal vez no era muy cómoda para ti”.

“No, Pedro, la cama es blanda y la habitación buena pero Yo suelo hacerlo así, para levantar mi espíritu y unirme al Padre². La oración es una fuerza para uno mismo y para los demás. Todo se obtiene con la oración. Si no se obtiene el favor, que no siempre el Padre concede, no se debe pensar que es desamor, sino que es necesario creer siempre que así lo

¹ Cfr. Mc. 1, 35-39; Lc. 4, 42-44.

² “Para levantar mi espíritu y unirme al Padre”; expresión que debe interpretarse en el contexto que trata de oración, coloquio amoroso del Hijo humanado con su Padre Eterno, de la que la Humanidad santísima que estaba triste, sale vigorizada por Dios y tal vez hasta confortada por algún espíritu angelical, como en Lc. 22, 39-46.

quiere su Providencia que gobierna el destino de cada hombre con buen fin. La oración ciertamente da paz y equilibrio, para poder resistir a tantas cosas que le salen a uno al paso, sin salir del camino recto. ¡Es fácil, sabes Pedro, que se ofusque la mente y se excite el corazón por lo que nos rodea! Y en una mente ofuscada y en un corazón excitado ¿cómo puede uno sentir a Dios?”.

“¡Es verdad, pero nosotros no sabemos orar! No sabemos decir las hermosas palabras que Tú dices”.

“Decid las que sepáis, como las sepáis. No son las palabras, sino los movimientos que las acompañan, las que hacen que al Padre le agraden las oraciones”. “Nosotros queríamos rezar como Tú rezas”.

“Os enseñaré también a rezar. Os enseñaré la oración más santa. Pero a fin de que no se convierta en vuestros labios en una fórmula vacía, quiero que vuestro corazón tenga al menos un mínimo de santidad, luz, sabiduría... por esta razón os instruyo. Después os enseñaré la plegaria santa. ¿Me necesitabais para algo? ¿Para qué me buscabais?”

“No, Maestro. Pero hay muchos otros que necesitan de ti. Había gente que venía a Cafarnaúm: eran pobres, enfermos, personas con problemas, hombres de buena voluntad con deseos de instruirse. Les dijimos, pues nos preguntaban por ti: “El Maestro está cansado y duerme. Idos. Venid el sábado próximo”.

“No, Simón. Esto no se debe de decir. No hay un día sólo para la piedad. Yo soy el Amor, la Luz, la Salud de todos los días de la semana”.

“Pero... hasta ahora, no has hablado sino en sábado”.

“Porque era todavía desconocido. Pero conforme me vayan conociendo, cada día será de gracias y de favores. En verdad te digo que vendrá un tiempo en que aún el breve espacio que se concede al pajarillo para descansar sobre una rama y comer sus granillos, no lo tendrá el Hijo del Hombre para su descanso y alimento”.

“¡Pero así te enfermarás! No lo permitiremos. Tu bondad no debe hacerte desgraciado”.

“¿Y crees Tú que esto pueda hacerme desgraciado? ¡Oh! Si todo el mundo viniese a Mí para escucharme, llorar sus pecados y sus dolores sobre mi corazón, para curarse del alma y del cuerpo, y Yo me acabase en hablarles, en perdonar, en distribuir mi poder, entonces sería dichosísimo, Pedro, de modo que no extrañaría más el Cielo en el que estaba con mi Padre³. ¿De dónde eran esos que venían a Mí?”.

“De Corozain, Betsaida, Cafarnaúm, y hasta de Tiberíades y de centenares de villorrios esparcidos entre una y otra ciudad”.

Id a decirles que estaré en Corozain, Betsaida y en los villorrios cercanos”.

“¿Por qué no en Cafarnaúm?”.

“Porque Yo he venido para todos y todos tienen el derecho de tenerme y además... está el viejo Isaac que me espera... ¡no quiero desilusionarlo!”

“¿Nos esperas aquí, entonces?”.

“No. Yo voy mientras vosotros os quedáis en Cafarnaúm para encaminar hacia Mí, las multitudes, después vendré”.

“Nos quedamos solos...” Pedro está afligido.

“No te aflijas. La obediencia te contente y también el pensamiento de que eres un discípulo útil. Lo mismo digo de estos”.

Pedro, Andrés, Santiago y Juan se tranquilizan. Jesús los bendice y se separan.

Así termina la visión.

26. El leproso curado cerca de Corozain¹

³ “El Cielo en el que estaba con el Padre”: expresión que debe entenderse como se debe a la luz de Ju. 16, 28; 20, 17.

¹ Cfr. Mc. 1, 40-45; Lc. 5, 12-16.

6 u 8 noviembre 1944

Con precisión de una fotografía perfecta desde esta mañana antes de que rompiera el alba, tengo ante mi vista un leproso.

Es un espantajo de hombre. No podría decir cuántos años tenga, debido a los estragos que el mal ha hecho en él. Es un esqueleto, está semidesnudo y tiene el cuerpo reducido al estado de una momia corroída: en las manos y en los pies faltan partes, de modo que las extremidades no parecen ni siquiera ser de un hombre. Las manos encogidas y torcidas tienen uñas como de algún monstruo alado, los pies parecen pezuñas de buey, ¡hasta ese punto están despedazadas y desfiguradas!

Y después... ¡la cabeza! Pienso que un muerto no sepultado y que se haya momificado bajo los rayos del sol y del viento, puede asemejarse a esta cabeza. Pocos mechones de cabello esparcidos aquí y allá están pegados a la piel amarillenta y costrosa como si hubiese sido secada con polvo sobre una calavera. Los ojos semicerrados y sumidos hasta adentro, los labios y la nariz destruidos por el mal, muestran los cartílagos y las encías; las orejas son dos pedazos de miseria, y sobre de esto se ve una piel como de cartón, amarillenta como cierta clase de barro, bajo la cual se transparentan los huesos... parece como si su fin fuese el tener unidos los huesos dentro de un raído costal. Todo él es un montón de cicatrices o de llagas purulentas... ¡Un espantajo!

Se me antoja la imagen de la MUERTE que anduviese por la tierra y que un pellejo amarillento cubriese su esqueleto; envuelta en un raído manto hecho pedazos, y que tuviese en la mano no la guadaña, sino un bastón de nudos, arrancado de cualquier árbol.

Está en el umbral de una cueva, de una verdadera cueva, tan destruida que no sé si fue al principio un sepulcro o una choza para los que viven en el bosque, o es ya una choza en ruinas. Mira por el camino, que está separado de su cueva más de un centenar de metros. El camino es una vía principal que está polvorienta y todavía llena de sol, polvo y soledad. Más arriba hacia el noroeste debe de existir un pueblecillo.

El leproso mira y suspira. Después toma una bandeja viejísima y la llena de un riachuelo. Bebe. Se mete dentro de un montón de ruinas, detrás de la cueva, se inclina y arranca del suelo raíces de hierbas. Vuelve al riachuelo, les lava la tierra y se las come despacio, llevándolas con trabajo a la boca con las manos destrozadas... Deben de estar tan duras como palos. Se esfuerza en masticarlas y muchas las escupe por no poderlas tragar, no obstante que trata de ayudarse con sorbos de agua.

“¿En dónde estás, Abel?...” se oye gritar una voz.

El leproso se sacude, tiene sobre los labios un algo que podría ser una sonrisa. Pero están tan atrofiados que aun esto que podría ser sonrisa es caricatura. Responde con una voz rara y chillona: “¡Aquí estoy! No pensaba más, que vinieses. Me imaginaba que te había pasado alguna desgracia. Estaba yo triste... si me faltaras también tú, ¿qué le quedaría a este pobre Abel?” y al decirlo, se dirige al camino, hasta donde la ley lo permite, pues se detiene a la mitad de la distancia.

Por el camino avanza un hombre tan aprisa que parece correr.

¿Eres tú Samuel, en verdad? Si no eres tú a quién espero, quienquiera que seas, ¿no me hagas mal!”

“Soy yo, Abel, exactamente yo. Estoy curado. Mira cómo corro. Estoy un poco retrasado, lo sé. Y pensaba en ti. Pero cuando sepas... ¡Oh! Serás feliz. Aquí tengo no sólo los acostumbrados mendrugos de pan, sino toda una torta fresca y sabrosa para ti y también traigo un oloroso pescado y queso. Todo para ti. Quiero que estés de fiesta, pobre amigo mío, para que te prepares a una fiesta mucho mayor”.

“¿Pero cómo es que eres tan rico? No lo entiendo...”

“Ahora te lo cuento”.

“Y... ¡Sano! ¡No pareces tú!”.

“Óyeme pues. Supe que en Cafarnaúm estaba aquel Rabí que es Santo y fui...”

“Detente, detente. Soy inmundos”.

“¡Oh, no importa! Ya no tengo miedo a nada” el hombre que no es otro que el pobre contrahecho a quien curó Jesús se ha acercado al leproso. Ha avanzado hablando y sonriendo feliz.

El leproso dice otra vez: “Detente en nombre de Dios. Si te viere alguien...”

“Me detengo. Mira: Pongo las provisiones. Come mientras yo hablo”, pone sobre una gruesa piedra una alforja y la abre.

Después se retira unos cuantos pasos, mientras el leproso se adelanta y se arroja sobre aquellos alimentos inusitados. “¡Oh! ¡Cuánto tiempo hacía que no comía así! ¡Cómo está sabroso! E imaginar que pensaba que me iría a acostar con el estómago vacío. Hoy no había llegado ninguno que tuviese piedad... ni tú tampoco... había masticado raíces...”

“¡Pobre Abel! Pensaba en ello y decía: “¡Bien ahora estará triste pero después será feliz!”:

“Feliz sí, por esta buena comida. Pero después...”

“¡No! Serás feliz para siempre”.

El leproso sacude la cabeza.

“Óyeme Abel. Si puedes tener fe serás feliz”.

“Pero fe... ¿en quién?”

“En el Rabí. En el Rabí que me curó a mí”.

“¡Pero yo soy leproso y reducido hasta lo último! ¿Cómo puede curarme?”

“¡Oh! Lo puede. Es Santo”.

“Sí, también Eliseo curó a Naamán el leproso²... lo sé... pero yo... yo no puedo ir al Jordán”.

“Tú serás curado sin necesidad de agua, escucha: Este Rabí es el Mesías. ¿Entiendes? El Mesías, el Hijo de Dios. Cura a todos los que tienen fe. Dice: “Quiero” y los demonios escapan y los miembros se endurecen, y los ojos ciegos ven”.

“¡Oh! Si tuviese fe. Pero ¿cómo puedo ver al Mesías?”

“Pues a esto he venido. Él está en aquel pueblo. Sé en dónde estará esta tarde. Si quiere... he pensado... se lo digo a Abel y si Abel cree tener fe lo conduzco al Maestro”.

“¿Estás loco Samuel? Si me acerco a las casas me lapidarán”.

“No es a las casas. La tarde pronto baja. Te llevaré hasta aquel bosquecillo y después iré a buscar al Maestro. Te lo traeré...”

“¡Vete, vete pronto! Yo solo voy hasta ese lugar. Caminaré por las zanjas, entre los cercados del camino, pero vete, vete... ¡Oh, vete, mi buen amigo! Si supieras qué cosa es tener este mal. Y ¡qué cosa es esperar que lo curen a uno!...” El leproso no piensa ni siquiera en la comida. Lloro y gesticula implorando a su amigo.

“Voy, y tú ven!”. El ex-contrahecho se va corriendo.

Abel desciende penosamente en la zanja que va a lo largo del camino lleno de hierbas que han crecido en el fondo seco. Por en medio apenas si hay un hilo de agua, La tarde empieza a bajar mientras el infeliz resbala entre los montones de hierbas, siempre alerta por si oye algún paso. Se oculta dos veces en el fondo; la primera vez porque pasa un jinete al otro lado del camino, la segunda porque pasan tres hombres, cargando heno y van al pueblo. Después prosigue.

Pero antes de que él llegue al bosquecillo, Jesús ha llegado con Samuel.

“Dentro de poco estará aquí. Camina despacio por las llagas. Ten paciencia”.

“No tengo prisa”.

“¿Lo curarás?”

“¿Tiene fe?”

“¡Oh!... se moría de hambre, veía aquellos alimentos después de años de no haberlos comido, y sin embargo después de algunos bocados todo lo dejó para venir aquí”.

“¿Cómo lo has conocido?”

“¿Sabes?... después de mi desgracia vivía de limosna y recorría los caminos para ir de un lugar a otro. Por aquí pasaba cada siete días y había salido él bajo un temporal que habría

² Cfr. 3° Re. 5, 1-19.

espantado aun a los mismos lobos, hasta el camino que lleva al pueblo, en busca de alguna cosa. Rastreaba entre las inmundicias como perro. Yo tenía pan seco en la alforja, regalo de personas buenas, y le di la mitad. Desde entonces somos amigos y cada semana lo proveo con lo que tengo... Si tengo mucho, mucho; si poco, poco. Hago lo que puedo, como si fuera mi hermano. Y desde aquella tarde en que me curaste, bendito seas Tú, pienso en él y en Ti".

"Eres bueno, Samuel; por esto la gracia te ha visitado. Quien ama, todo lo puede de Dios. Pero mira, allí hay algo entre el follaje..."

"¿Eres tú, Abel?"

"Soy yo".

"Ven. El Maestro te está esperando, bajo este nogal".

El leproso sale de la zanja y sube sobre la orilla, la pasa, avanza hasta el pasto. Jesús apoyada la espalda en un alto nogal, lo está aguardando.

"¡Maestro, Mesías, Santo, piedad de mí!" y se arroja sobre la hierba a los pies de Jesús. Con la cara al suelo dice: "¡Oh Señor mío! ¿si Tú quieres, Tú puedes limpiarme!" y después se atreve a ponerse de rodillas, extiende sus brazos de esqueleto con las manos contrahechas, y alarga su cara huesuda, acabada... las lágrimas bajan de sus órbitas enfermas hasta los corroídos labios.

Jesús lo mira con piedad. Mira esta pantomima de hombre, que el mal horrible devora y que solo una verdadera caridad puede soportarlo de cerca, tan repugnante y maloliente es. Y sin embargo he aquí a Jesús que extiende una mano hermosa y santa. Es la mano derecha que alarga como para acariciar al pobrecito.

Este sin levantarse se echa para atrás, sobre sus calcañales, y grita: "¡No me toques! ¡Piedad de ti!"

Pero Jesús da un paso adelante. Majestuoso, bueno, cariñoso, pone sus dedos sobre la cabeza comida de la lepra y dice con voz tranquila, toda de amor pero llena de imperio: "Lo quiero! ¡Sé limpio!" La mano queda todavía por algún minuto sobre la pobre cabeza. "Levántate. Ve al sacerdote. Cumple cuanto la Ley prescribe. Y no digas lo que te he hecho. Sólo sé bueno. No peques más. Te bendigo".

"¡Oh Señor! ¡Abel! ¡Estás completamente curado!" Samuel que ve la metamorfosis de su amigo, grita de alegría.

"Sí, está sano. Lo mereció por su fe. ¡La paz sea contigo!"

"¡Maestro, Maestro! ¡No te dejo! ¡No te puedo dejar!"

"Has cuanto requiere la Ley. Nos volveremos a ver otra vez. Por segunda vez sea sobre ti mi bendición".

Jesús se pone en camino haciendo señales a Samuel de que se quede. Y los dos amigos lloran de alegría, mientras que a la luz de un cuarto creciente lunar vuelven a la cueva para la última posada en aquel antro de desventura.

La visión así termina.

27. El paralítico curado en la casa de Pedro en Cafarnaúm

9 noviembre 1944, a continuación del anterior.

Veo las riberas del lago de Genezaret, y estoy viendo las barcas de los pescadores arrastradas hacia la orilla; en la ribera y junto a las barcas, están Pedro y Andrés ocupados en reparar las redes que traen los trabajadores todavía chorreando agua, después de haberlas sacudido en el lago de las basuras que se les habían pegado.

A la distancia de unos diez metros, Juan y Santiago, agachados en la barca, están ocupados en poner orden en ella. Les ayuda un trabajador y un hombre como de cincuenta y cinco años, que creo será Zebedeo, porque el trabajador lo llama "patrón" y porque es parecidísimo a Santiago.

Pedro y Andrés con las espadas recargadas sobre la barca, silenciosos trabajan anudando otra vez los hilos y las boyas de señales. De vez en cuando se intercambian alguna palabra sobre el trabajo, que por lo que entiendo, ha sido infructuoso.

Pedro se lamenta no tanto por la bolsa vacía, ni por la fatiga en vano sino que dice: “Me desagrada porque...¿cómo haremos para dar de comer a estos pobrecitos? No nos llegan más que ofertas raras, y yo no voy a tocar esos diez denarios y siete dracmas que hemos recogido en estos cuatro días. Tan solo el Maestro es quien me debe señalar a quién y de qué modo debo dar ese dinero. ¡Y hasta el sábado no regresa! ¡Si hubiese tenido una buena pesca!... Me tostaba el pez más pequeño y lo daba a esos pobres... y si había alguien que en casa me refunfuñase, nada me importaría. Los sanos pueden ir a buscarlo, pero los enfermos, ¡no!”

“Y luego, ¡ese paralítico!... ¡Han caminado tanto para traerlo aquí...!” dice Andrés.

“Oye, hermano. Yo pienso... que no podemos estar separados, y no sé por qué el Maestro no quiera que estemos con Él. Por lo menos... no vería más a esos pobrecitos que no puedo socorrer y cuando los viese, les diría: “Allí está Él”.

“¿Aquí estoy!” Jesús se ha acercado caminando lentamente sobre la arena suave.

Pedro y Andrés dan un brinco y gritan: “¡Oh Maestro!” y a continuación. “¡Santiago, Juan, venid!”.

Los dos se acercan. Se pegan a Jesús. Quién le besa el vestido, quién las manos y Juan llega hasta pasarle el brazo alrededor de la faja y poner su cabeza sobre el pecho. Jesús besa sus cabellos.

“¿De qué estabais hablando?”.

“Maestro, decíamos que te habíamos necesitado”.

“Para qué, amigos?”

“Para verte y amarte viéndote, y después por causa de los pobres y enfermos. Desde hace dos días te están esperando...he hecho lo que podía. Los he metido allí... ¿Ves esa casucha en aquel campo baldío?... Allí los trabajadores de redes las reparan. He puesto bajo refugio a un paralítico, otro que tiene mucha fiebre y un niño que muere en los brazos de su madre. No podía mandarlos en busca tuya”.

“Has hecho bien Pedro. Pero ¿cómo has podido socorrerlos y quién los trajo? ¿Has dicho que son pobres?”

“Lo son, Maestro, Los ricos tienen carros y caballos. Los pobres tan solo pies. No pueden ir detrás de ti. Hice como pude. Mira: “Esta es la oferta que he recibido. Pero no he tocado nada. Eso Tú lo harás”.

“Pedro, no estaba mal que tú lo hubieras hecho. Ciertamente... Pedro mío, me desagrada que por causa mía te insulten y te fatigues”.

“No, Señor. No debe de desagradarte eso. No me molesta. Sólo me desagrada el no haber podido tener mayor caridad. Pero créenos, he hecho y hemos hecho todo lo que hemos podido”.

“Lo sé. También sé que has trabajado y para nada. Pero si no hay comida, tu amor hacia el prójimo queda vivo, activo, santo a los ojos de Dios”.

Algunos niños corren gritando: “¡Es el Maestro! ¡Es el Maestro! ¡Es Jesús! ¡Es Jesús!” y se abrazan a Él, que los acaricia, aunque sigue hablando con los discípulos.

“Simón, voy a entrar a tu casa. Id a decir que he venido y traedme a los enfermos”.

Los discípulos se dispersan rápidos en varias direcciones. Que Jesús haya regresado, toda Cafarnaúm lo sabe gracias a los chiquillos que parecen abejas de una colmena sobre flores, y en este caso, los hogares, los caminos, las playas. Van y vienen contentos, avisando a las mamás, a los viajeros, a los viejos que están sentados al sol, y después regresan para que los acaricie Él que los ama. Uno de ellos audazmente dice: “Háblanos hoy a nosotros, porque nosotros, Jesús, te amamos mucho, lo sabes, y somos mejores que los hombres”.

Jesús regala al pequeñuelo una sonrisa y hace la promesa de que: “Hablaré para vosotros” y en seguida entra a la casa dando el saludo: “La paz sea en esta casa”.

La gente se amontona en el salón grande posterior, que se usa para las redes, cuerdas, cestos, remos, velas y provisiones. Se ve que Pedro ha puesto a disposición de Jesús, poniendo todo en un rincón para hacer lugar. Desde allí no se ve el lago, se oye tan sólo su manso rumor. Pero sí se ve la cerca verde del huerto, con la vieja vid y la frondosa higuera. Hay gente hasta afuera, que no cabiendo en el salón se apretuja hasta el huerto, y de este hasta el camino.

Empieza Jesús a hablar. En primera fila hay cinco personas que se han abierto paso gesticulando y a la fuerza debido al temor que la gente les tiene. Son de alta sociedad. Claramente la riqueza de sus vestidos y lujo los denuncian como fariseos y doctores. Jesús, en cambio, quiere tener a sus pequeñuelos. Un círculo de caritas inocentes, de ojos luminosos, de sonrisas angelicales, se levantan a mirarlo. Jesús habla y al hacerlo acaricia de cuando en cuando la cabecita crespa de un pequeño que está sentado a sus pies con su cabecita apoyada sobre el bracito derecho que tiene doblado sobre las rodillas.

“Mi amado ha bajado a su jardín, al vergel de sus balsameras a pastorear su ganado en los huertos y a recoger lirios... el que se apacienta entre los lirios”² dice Salomón de David de quien vengo, Yo, Mesías de Israel.

¡Mi jardín! ¡Qué jardín más hermoso y más digno de Dios no es acaso el Cielo, donde las flores son los ángeles que el Padre creó! Sin embargo no me refiero a ese. El Hijo Unigénito del Padre ha querido otro jardín. Yo, el Hijo del Hombre, porque por el hombre me he hecho igual suyo, de otra manera no podría redimir la culpa de la carne del hombre. Un jardín que hubiera sido un poco inferior al celestial si se hubieran desparramado del Paraíso terrenal, como dulces abejas de una colmena, los hijos de Adán, los Hijos de Dios, para probar la santidad la tierra destinada toda al Cielo. Pero el enemigo sembró cardos y espinas sobre la tierra. No es más ya un jardín, sino una selva dura y cruel en donde habita la fiebre y anida la serpiente.

Con todo esto el Amado del Padre tiene un jardín en esta tierra donde impera Mammón. Jardín en el que va a apacentar su alimento celestial: amor y pureza; el vergel del que recoge las flores que ama, en las que no hay mancha de sentido, de concupiscencia, de soberbia. Estas (Jesús acaricia a cuantos pequeños puede, pasando su mano sobre el círculo de cabecitas atentas, la única caricia que les gusta y les hace sonreír de alegría). He aquí mis lirios.

No tuvo Salomón, en su riqueza, vestido más hermoso como el del lirio que perfuma el valle, ni diadema de mayor hermosura que la que tiene el lirio en su cáliz de perla. Y sin embargo en mi corazón no hay lirio que valga más que uno de estos. No hay vegetal, ni jardín de ricos, plantado todo con lirios, que valga para Mí lo que vale uno de estos puros, inocentes, sinceros, y cálidos niñitos.

¡Hombres y mujeres de Israel! Vosotros grandes y humildes por el censo y por el cargo. ¡Escuchad! Así pues, tened en cuenta *la primera condición* para que seáis míos. No os digo palabras difíciles. Os digo solamente: “Aprended el ejemplo de estos”.

¿Quién entre vosotros hay que no tenga un hijo, un sobrino, un pequeñín o un hermanito en casa? ¿No es acaso un reposo, un consuelo, un lazo entre los esposos, parientes, amigos, uno de estos inocentes, cuya alma es pura como el amanecer sereno, cuya mirada deshace las nubes y da esperanzas, cuyas caricias enjugan las lágrimas e infunden fuerza vital? ¿Por qué existe en ellos tal poder? ¿En ellos que todavía son débiles, inermes, ignorantes? Porque tienen en sí a Dios, tienen la fuerza y la sabiduría de Dios. La verdadera sabiduría: saben amar y creer. Saben creer y querer. Saben vivir en este amor y en esta fe. Sed como ellos: cándidos, puros, amorosos, sinceros y creyentes.

No hay sabio en Israel que sea más grande que el más pequeño de estos, cuya alma es de Dios y de él es su reino. Benditos del Padre y amados del Hijo del Padre, flores de mi jardín, mi paz sea con vosotros y con quienes os imiten por amor mío”.

² Cant. 6, 3.

Jesús ha terminado.

“Maestro” grita Pedro de entre la gente “aquí están los enfermos. Dos pueden esperar hasta que salgas, pero este, está oprimido por la multitud y no puede caminar ni nosotros podemos pasar. ¿Lo dejo para después?”.

“¡No! ¡Bájalo por el techo!”

“Dices bien. Lo haremos al punto”.

Se oyen pasos sobre el techo, bajo del salón, que no formando parte propiamente de la casa, no hay sobre él terraza dura, sino que es un techo formado de madera y cubierto de cascajo como de pizarra. No sé qué piedra haya sido. Luego hacen una abertura y por ella, por medio de cuerdas bajan la camilla en la que está el enfermo, exactamente delante de Jesús. La gente se arremolina más para ver.

“Has tenido mucha fe, así como quienes te trajeron”.

“¡Oh Señor! ¿Cómo no tener fe en Ti?”

“Así pues, Yo te digo: Hijo (el hombre es muy joven), todos tus pecados te son perdonados”.

El hombre lo mira llorando... tal vez se siente un poco desilusionado porque esperaba que su cuerpo se curara. Los fariseos y doctores murmuran entre sí arrugando desdeñosamente la nariz, frente y boca.” ¡Por qué murmuráis más en vuestros corazones que con vuestros labios? ¿Según vosotros es más fácil decir al paralítico: “Todos tus pecados te son perdonados”, más bien que: “Levántate, toma tu cama y camina?” Pensáis que sólo Dios puede perdonar los pecados. Pero no sabríais responder cuál es la cosa más grande, porque éste, enfermo en todo su cuerpo, ha gastado el dinero sin haber podido obtener la salud. Y no la puede tener, si no la da Dios. Así pues, para que sepáis que todo lo puedo Yo; para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder sobre la carne y sobre el alma, en la tierra y en el Cielo, Yo digo a este: “Levántate. Toma tu cama y anda. Vete a tu casa y sé santo”.

El hombre tiene un estremecimiento, da un grito, se pone de pie y se arroja a los pies de Jesús, los besa y acaricia, llora y ríe y con él los familiares y la multitud que se divide en dos partes para dejarlo pasar como en triunfo y después le sigue alegre, pero no los cinco repugnantes que se van enojados y duros como estacas.

De este modo la madre con el niño puede entrar; un niño que todavía mama, y que es un esqueleto. Lo alarga y dice tan solo: “Jesús, Tú amas a estos, lo has dicho... ¡por este amor y por tu Madre!...” y llora.

Jesús toma al niño ya moribundo, se lo pone sobre el corazón y por un momento se lleva la carita ceniza de labios morados y párpados caídos a la boca. Así por un momento. Cuando lo retira de su blonda barba, la carita tiene el color de una rosa y por la boquita corre una sonrisa infantil, los ojitos vivos y curiosos miran alrededor y las manitas que antes tenía cerradas y sin fuerza, juegan con los cabellos o barba de Jesús, que ríe.

“¡Oh, hijo mío!” grita feliz la mamá.

“Tómalo mujer. Sé feliz y buena”.

Y la mujer toma su pequeñín, lo estrecha contra su seno y él al punto exige su comida, esculca, abre, encuentra y mama, mama, mama hambriento y feliz.

Jesús bendice y pasa. Va al umbral en donde está el enfermo de fiebre.

“¡Maestro! ¡sé bueno!”

“Y tú también. Emplea la salud en la justicia”, lo acaricia y sale.

Vuelve a la rivera, y los de afuera le siguen, o se le adelantan bendiciéndole y rogándole: “No te hemos escuchado. No pudimos entrar. Háblanos también a nosotros”.

Jesús hace una señal de asentimiento, y como la multitud se agolpa a Él hasta estrujarlo, sube a la barca de Pedro. No basta porque hasta allá lo siguen. “Mete la barca un poco dentro y sepárate un poco”.

La visión, aquí termina.

28. La pesca milagrosa¹

10 noviembre 1944

La visión continúa con las palabras de Jesús:

“Cuando en primavera todo florece, el hombre de campo dice contento: “Tendré buena cosecha” y su corazón se regocija ante esta esperanza. Pero de la primavera al otoño del mes de las flores a la de la cosecha. ¡Cuántos vientos y lluvias, y soles y tempestades tienen qué pasar! ¡Tal vez hasta guerra o crueldad de los poderosos! ¡o enfermedades de las plantas y aun del mismo campesino para quien esas plantas regadas, podadas, sostenidas y limpiadas de las que espera el fruto, se secan y mueren antes de la cosecha o en la misma cosecha!...

Vosotros me seguís, me amáis y como plantas en primavera os adornáis con propósitos y con amor. En realidad, Israel es este amanecer de mi apostolado, es como nuestras dulces campiñas en el radiante mes de Nisán. Pero escuchad, como un fuego seco vendrá Satanás a quemaros con su aliento que respira envidia de Mí. El mundo vendrá con su helado viento a helar vuestras flores. Vendrán las pasiones como borrascas. Vendrá el tedio como lluvia persistente. Todos mis enemigos y vuestros vendrán para hacer estéril lo que tendría que brotar de este vuestro florecer en Dios.

Os lo advierto porque lo sé. ¿Pero acaso todo quedará perdido cuando Yo, como agricultor enfermo, más que enfermo: muerto, no podré hablaros más y haceros algún milagro? ¡No! Siembro y cultivo mientras es mi tiempo. Después crecerá y madurará en vosotros, si tenéis cuidado.

Ved aquella higuera de la casa de Simón de Jonás. Quien la plantó no encontró el lugar justo y exacto. Plantada junto al muro que da al norte, habría ya muerto, si ella misma no se hubiera defendido para sobrevivir y buscó sol y luz. Miradla allá: está doblada, pero fuerte y orgullosa. Cuando amanece disfruta de sol y se provee de sabia para sus centenares y centenares de dulces frutos. Por sí misma se ha defendido. Dijo: “El Creador ha querido que lleve alegría y alimento al hombre. ¡Quiero que su querer sea también el mío!” ¡Una higuera! ¡Una planta que no habla! ¡Que no tiene alma! Y vosotros... hijos de Dios, hijos del hombre, ¿seréis menos que una planta?.

“Tened cuidado de producir frutos de vida eterna. Yo os cultivo y por último os daré un jugo que como él, de potente no existe. No permitáis, no permitáis que Satanás se ría sobre las ruinas de mi trabajo, de mi sacrificio y de vuestra alma. Buscad la luz. Buscad el sol. Buscad la fuerza. Buscad la vida. Yo soy la vida, fuerza, sol y luz para quien me ama. Estoy aquí para llevaros al lugar de donde vine. Os hablo para llamaros a todos e indicaros la Ley de los Diez Mandamientos que dan la vida eterna y como consejo, ahora os digo: “Amad a Dios y al prójimo”. Es la condición primera para poder realizar cualquier otro bien. Es el más santo de los Diez Mandamientos. Amad. Quienes amen a Dios en Dios y por el Señor Dios, tendrán en la tierra y en el Cielo la paz por habitación y por corona”.

La gente difícilmente quiere separarse de Jesús después de que la bendijo. No hay enfermos ni pobres.

Jesús dice a Simón: “Llama también a los otros dos. Vamos al lago a echar la red”.

“Maestro, no puedo mover los brazos porque toda la noche he estado arrojando y sacando la red y para nada. Los peces están en lo profundo o quién sabe en dónde”.

“Haz lo que te digo, Pedro, y escucha siempre al que te llama”.

“Haré lo que dices por respeto a tu palabra” y llama en voz alta a los trabajadores y también a Santiago y a Juan. “Vamos a pescar, el Maestro quiere”. Mientras se aleja dice a Jesús: “Pero, Maestro, te aseguro que no es esta la hora. Porque a esta hora ¡quién sabe en dónde están los peces descansando!...

Jesús sentado en proa, sonríe y calla.

¹ Cfr. Mt. 4, 18-22; Lc. 5, 1.8.

Hacen un arco en círculo sobre el lago y después echan la red. Pocos minutos de espera y luego la barca se siente mover extrañamente, porque el lago está terso como si fuese un vidrio fundido bajo el sol que está ya sobre el horizonte.

“Pero... si estos son peces. ¡Maestro!” dice Pedro con los ojos fuera de órbita.

Jesús sonríe y calla.

“¡Jalad, jalad!” ordena Pedro a los trabajadores. Pero la barca se va de lado de la red. “¡Ey! ¡Santiago... Juan! Pronto ¡venid con los remos! ¡Pronto!”

Veloces vienen y con los esfuerzos de los remeros de ambas embarcaciones logran levantar la red sin perder la pesca.

Las barcas se juntan. Un cesto, dos, cinco, diez, están llenos de una pesca sin igual, y todavía hay multitud de peces que se mueven en la red: plata y bronce vivo que se mueven para escapar de la muerte. Entonces no queda otro remedio que echar el resto en el suelo de las barcas. Lo hacen y este suelo es un todo agitarse de vidas en agonía. Los remeros están más arriba de donde se mete el remo y hasta allí llegan los montones de pescados y las barcas se hunden más arriba de la línea de inmersión por el peso excesivo.

“¡A tierra! ¡Vira! ¡Fuerzas! ¡Las velas! ¡cuidado con el fondo! Prontas las varas para evitar el choque, ¡es mucho peso!”

Mientras duran las maniobras, Pedro no cae en cuenta. Pero llegados a tierra, se detiene a pensar. Comprende. Se llena de pavor. “¡Maestro, Señor! ¡Apártate de mí! Soy un pobre pecador. ¡No soy digno de estar cerca de Ti!” y se arrodilla sobre la húmeda arena.

Jesús lo mira y sonríe. “¡Levántate, sígueme! ¡No te dejo más! De ahora en adelante serás pescador de hombres y contigo estos, tus compañeros. No tengáis más miedo. Os amo. ¡Venid!”

“Al punto, Señor. Ocupaos vosotros de la barca. Llevad todo esto a Zebedeo y a mi cuñado. Vamos todos por Ti, ¡Jesús! Bendito sea el Eterno por esta elección”.

Y la visión termina.

29. Iscariote encuentra a Jesús en Getsemaní y es aceptado como discípulo

28 diciembre 1944

Después del medio día veo a Jesús sentado bajo los olivos. Está sentado en una zanja en la forma habitual que acostumbra con los codos apoyados en las rodillas, los antebrazos adelante y las manos juntas. La tarde desciende y la luz se va cada vez más del cultivado olivar. Jesús está solo. Se quitó el manto como si tuviera calor y su blanco vestido resalta sobre lo verde del lugar que el crepúsculo hace más oscuro.

Sube un hombre por entre los olivos. Parece como si buscara alguna cosa o a alguien. Es alto, su vestido de un color alegre, es color de rosa que hace más atractivo el manto que ondea. No distingo bien su cara porque la luz y la distancia no lo permiten. Cuando veo a Jesús, hace un gesto como diciendo: “¡Helo aquí!” y apresura el paso. A pocos metros de distancia saluda: “¡Salve, Maestro!”.

Jesús se vuelve como de improviso y levanta el rostro, porque el que acaba de llegar está arriba de la zanja superior. Jesús lo mira seriamente y podría decir que hasta con tristeza. El llegado repite: “Te saludo Maestro. Soy Judas de Keriot. ¿No me reconoces? ¿No te acuerdas de mí?”

“Te recuerdo y te reconozco. Eres el que me hablaste con Tomás la Pascua pasada”.

“Y al que dijiste: “Piensa y reflexiona al decidirte antes de mi regreso”. Ya he decidido. ¡Aquí estoy!”.

“¿Por qué vienes Judas?” Jesús realmente está triste.

“Porque... te lo dije la otra vez. Porque sueño en el reino de Israel y te he visto cual Rey”.

“¿Vienes por este motivo?”.

“Por este. Me pongo a mí mismo, y cuanto poseo: capacidad, conocimientos, amistades, fatiga, a tu servicio y al servicio de tu misión para reconstruir Israel”.

Los dos están frente a frente, cercanos, de pie y se miran. Jesús serio y triste, el otro exaltado con su aspecto sonriente, joven y hermoso, ligero y ambicioso.

“Yo no te busqué Judas”.

“Lo sé. Pero yo te buscaba. Día tras día puse a la puerta quien me indicara tu llegada. Pensaba que vendrías con seguidores y que así fácilmente se podría saber de Ti. Pero fue al contrario... he comprendido que estabas, porque después de que curaste a un enfermo, los peregrinos te bendecían. Pero nadie sabía decirme dónde estuvieses. Entonces me acordé de este lugar. Y vine. Si no te hubiera encontrado aquí, me hubiera resignado a no encontrarte más...”

“¿Piensas que ha sido para ti un bien el haberme encontrado?”

“Sí, porque te buscaba, te anhelaba, te quiero”.

“¿Por qué?... ¿Por qué me has buscado?”

“¡Te lo dije, Maestro! ¿No me has comprendido?”

“Te he comprendido. Sí... Te he comprendido. Pero quiero que también me comprendas antes de seguirme. Ven. Hablaremos en el camino”. Y empiezan a caminar el uno al lado del otro, subiendo y bajando por las veredas que atraviesan el olivar. “Tú me sigues por una idea que es humana, Judas. Debo disuadirte. No he venido para esto”.

“¿Pero no eres Tú el señalado Rey de los judíos? ¿Del que han hablado los profetas?¹ Han venido otros. Pero les faltaban muchas cosas y cayeron como hojas que el viento no vuelve a levantar. Tú tienes a Dios contigo, en tal modo que haces milagros. Donde está Dios, el éxito de la misión es seguro”.

“Has dicho bien. Yo tengo a Dios conmigo. Soy su Verbo. Soy el que profetizaron los Profetas, el prometido a los Patriarcas, el esperado de las multitudes. Pero ¿por qué te has hecho así ciego y sordo para que no sepas leer y ver, oír y comprender los *verdaderos* hechos? Mi reino no es de este mundo, Judas. No te hagas ilusiones. Vengo a traer a Israel la Luz y la Gloria. Pero no la luz y la gloria de esta tierra. Vengo a llamar a los justos de Israel al reino. Porque de Israel y con Israel debe formarse y brotar la planta de vida eterna, cuya sabia será la Sangre del Señor, planta que se extenderá por toda la tierra, hasta el fin de los siglos. Mis primeros seguidores son de Israel. Aun mis verdugos serán de Israel y también el que me traicionará será de Israel...”

“No, Maestro. Esto no sucederá jamás. Aunque todos te traicionasen, yo quedaré y te defenderé”.

“¿Tú Judas?... Y ¿en qué fundas esta seguridad?”

“En mi palabra de honor”.

“Cosa más frágil es que la tela de araña. A Dios debemos pedir la fuerza para ser honrados y fieles. ¡El hombre!... El hombre realiza obras de hombre. Pero para realizar obras del espíritu –y seguir al Mesías en verdad y en justicia quiere decir realizar obras de espíritu– es necesario matar al hombre y hacerlo renacer. ¿Eres capaz de cosa tan grande?”

“Sí, Maestro. Y después... no todo Israel te amará. Pero Israel no dará ni verdugos ni traidores a su Mesías. ¡Te espera desde hace siglos!”.

“Me los dará. Recuerda a los Profetas... sus palabras... y el fin que tuvieron². Estoy destinado a desilusionar a muchos y tú eres uno de ellos. Judas, tienes enfrente de ti a un hombre manso, pacífico, pobre y que quiere permanecer pobre. No he venido para imponerme ni para hacer guerras. No disputo a los fuertes y a los poderosos ningún reino, ningún poder. No disputo sino a Satanás las almas y he venido a destrozlar las cadenas con el fuego de mi amor. He venido a enseñar misericordia, sacrificio, humildad, continencia. Te digo a ti y a

¹ Cfr. Gén. 49, 10; Núm. 23, 15-19; Miq. 5, 1-5; Is. 9, 5-6; 11, 1-9; Zac. 9, 9-10; 2 Re. 7, 1-17, etc.

² Cfr. 2 Par. 24, 17-22; Mt. 23, 33-37; Lc. 13, 34; Hech. 7, 51-52; Heb. 11, 35-37; S. Atanasio (s. IV) Oratio de Incarnatione Verbi, PG XXV, 160; Pseudos-Epifanio (S. V) De Vitis Prophetarum PG. XLIII, 400, 404; S. Isidro de Sevilla (s. VI-VII) De ortu et obitu Patrum. PL LXXXIII, 141-144. De estos y otros lugares se concluye que los Profetas murieron mártires, por ej. Zacarías, Jeremías, Amós.

todos también digo: “No tengáis sed de riquezas humanas, sino trabajad por el dinero eterno”. Desilusiónate, Judas, si crees que soy un vencedor de Roma y de las castas que mandan. Los hebreos como los Césares pueden dormir tranquilos mientras Yo hablo a las multitudes. No he venido a arrebatar el cetro a nadie... y mi cetro, eterno, ya está pronto. Pero nadie que no fuese amor como Yo lo soy, podría tenerlo. Vete, Judas y medita...”

“¿Me rechazas, Maestro?”

“No rechazo a nadie, porque quien rechaza no ama. Pero dime, Judas: ¿Qué nombre darías al hecho de alguien, que sabiendo que tiene una enfermedad contagiosa, dijese a uno que no lo sabe y que se acerca a beber de su vaso:”Piensa en lo que haces” ¿Lo llamarías odio o amor?”

“Lo llamaría amor, porque no quiere que el que ignora su enfermedad destruya su salud”.

“Dale también este nombre a mi hecho”.

“¿Puedo destruir mi salud al venir contigo? ¡No, jamás!”

“Más que destruir la salud, tú mismo te puedes destruir. Piensa bien, Judas, poco se exigirá al que asesinare, creyendo que lo hace justamente, y lo cree porque no conoce la Verdad; pero mucho será exigido de quien, después de haberla conocido, no sólo no la sigue, sino que se hace su enemigo”.

“Yo no lo seré. Acéptame, Maestro. No puedes rechazarme. Si eres el Salvador y ves que soy pecador, oveja extraviada, un ciego que está fuera del camino recto, ¿por qué no quieres salvarme...” Acéptame. Te seguiré hasta la muerte...”

“¡Hasta la muerte! Esto es cierto. Después...”

“¿Después qué, Maestro?”.

“Lo futuro está en el seno de Dios. Vete. Mañana nos veremos cerca de la Puerta de los Peces”.

“Gracias, Maestro. El Señor sea contigo”.

“Y su misericordia te salve”.

Todo termina así.

30. Jesús rompe milagrosamente las dagas

31 diciembre 1944

Veo a Jesús que camina solo por un camino sombreado. Parece un hermoso valle de mucha agua; digo valle porque está metido entre pequeñas elevaciones del terreno y por el centro corre un riachuelo.

En las primeras horas de la mañana el lugar está desierto. Apenas debe haber despuntado el día, un hermoso día de los primeros de verano, alegrado por el cantar de los pajaritos entre los árboles que son casi todos olivos, sobre todo en la colina de la izquierda; mientras que en la otra, donde hay menos árboles, estos son de lentisco, de acacia, de espinos, cactus, etc., etc., y el canto melancólico de las tórtolas silvestres que hacen sus nidos en las hendiduras del monte más árido y no se oye otra cosa. También el riachuelo que se desliza con poca agua por su lecho, no parece hacer ningún rumor y en sus aguas se va reflejando el verdor que le rodea, y que por eso parece de un color verdusco.

Jesús atraviesa un puentecillo: un tronco echado sobre el riachuelo, sin nudos, sin sostén alguno, tan solo tirado de un lado al otro.

Ahora aparecen los muros y puertas y se ven también vendedores de hortalizas y de alimentos agolparse a las puertas, que todavía están cerradas sin poder entrar a la ciudad. Se oyen grandes rebuznos de asnos que se están peleando entre sí; igualmente que sus propietarios que no lo toman a juego. Hay insultos y hasta un bastón que pasa volando no sólo sobre los lomos de los asnos, sino sobre las cabezas de las personas.

Dos se pelean porque el burro de uno de ellos, se ha comido nada menos que bastantes lechugas que estaban en el cesto del otro burro. Puede ser que no sea más que un pretexto para desahogar antiguos rencores. El hecho es que, debajo de los vestidos cortos hasta los

muslos, salen relucientes cuchillos angostos y largos como de un palmo; parecen dagas rotas pero muy puntiagudas que resplandecen al sol. Gritos de mujeres, voces de hombres, pero nadie interviene para separar a los que están prontos a un duelo de campesinos.

Jesús que caminaba pensativo, levanta la cabeza, ve, y a paso veloz se dirige a ellos. “Detente en nombre de Dios” ordena.

“¡No! ¡Quiero acabar con este maldito perro!”.

“También yo ¿quieres adornar tu vestido? Te haré un adorno con tus entrañas”.

Y los dos giran alrededor de Jesús, pegándole, insultándolo para que se quite de en medio, tratando de herirse sin conseguirlo porque Jesús con movimientos habilísimos del manto desvía los golpes e impide que se atinen. Su manto es rasgado. La gente grita: “Quítate Nazareno, te tocará a Ti también” pero no se quita y trata de hacer que se calmen, trayéndoles a la mente a Dios. ¡Inútil! La ira ha enloquecido a los dos.

En este momento Jesús obra un milagro. Por última vez ordena: “Os ordeno que desistáis”.

“¡No, quítate! ¡Sigue tu camino perro Nazareno!”.

Jesús extiende sus manos con su mirada de fuerza que relampaguea. No dice ni una palabra. Pero las dagas caen por tierra hechas pedazos como si hubiesen sido de vidrio y hubiesen golpeado contra una piedra.

Los dos miran los mangos cortos, inútiles, que les han quedado entre los dedos. El estupor apaga la ira. La multitud también grita admirada.

“¿Y ahora?...” pregunta Jesús enojado. “¿Dónde está vuestra fuerza?”.

También los soldados que estaban de guardia en la puerta, que habían acudido a los últimos gritos, estupefactos miran, y uno de ellos se inclina a tomar un pedazo de las dagas y lo prueba en la uña, pues no creía que fuese de acero.

“¿Y ahora?...” repite Jesús. “¿Dónde está vuestra fuerza? ¿Sobre qué cosa apoyáis vuestro derecho? ¿Sobre estos pedazos de metal que están ahora en el polvo? ¿Sobre esos trozos de hierro que no tenían otra fuerza que la del pecado de ira contra un hermano, y por este pecado os arrancáis las bendiciones de Dios y de este modo las fuerzas? ¡Oh! ¡Miserables los que se apoyan sobre medios humanos para vencer, y no saben que no es la violencia sino la santidad la que nos hace victoriosos sobre la tierra y después! Porque Dios está con los justos.

Oíd todos vosotros de Israel, y también vosotros, soldados de Roma. La Palabra de Dios habla a todos los hijos del hombre, y no será el Hijo del Hombre el que la rehúse a los gentiles.

El segundo de los preceptos del Señor es precepto de amor para con el prójimo¹. Dios es bueno y en sus hijos quiere la benevolencia. El que no es benevolente con su prójimo, no puede decirse que es hijo de Dios y no puede tener a Dios consigo. El hombre no es una bestia sin razón que se arroja y muerde por derecho de presa. El hombre tiene una razón y un alma. Por la razón debe saber comportarse como hombre. Por el alma debe saberse comportar como santo. El que no obra así se pone más abajo que los animales, desciende a un abrazo con los demonios porque el alma con el pecado de ira es un demonio.

Amad. No os digo otra cosa. Amad a vuestro prójimo, como lo quiere el Señor Dios de Israel. No seáis siempre de la sangre de Caín. Y... ¿Por qué lo sois?... Por unas cuantas monedas os ibais a convertir en homicidas. Otros lo son por unos cuantos palmos de tierra o por un puesto mejor, por una mujer... ¿qué son estas cosas?... ¡eternas?... ¡No! Duran mucho menos que la vida, la cual es un momento en la eternidad. Y ¿qué perdéis si conseguís estas cosas?... La paz eterna que está prometida a los justos y que el Mesías os traerá junto con su reino. Venid al camino de la verdad. Seguid la voz de Dios. Amaos. Sed honrados. Sed continentes. Sed humildes y justos. Idos y meditaad sobre esto”.

“¿Quién eres Tú, que dices semejantes palabras y haces pedazos las espadas con tu voluntad? Uno sólo hace estas cosas: el Mesías. Ni siquiera Juan el Bautista es más que Él. ¿Eres acaso el Mesías? Preguntan tres o cuatro.

“Lo soy”.

¹ Cfr. Lev. 19, 18; Mt. 22, 39 y lugares paralelos.

“¿Tú? ¿Eres Tú el que cura enfermos y predica a Dios en Galilea?”.

“Lo soy”.

“Tengo a mi madre anciana que muere. ¡Sálvala!”

“Y yo... ¡mira! Estoy perdiendo las fuerzas por los dolores. Todavía tengo hijos pequeños. ¡Cúrame!”.

“Vete a tu casa. Tu madre te preparará esta tarde la cena. Y... tú... Sé sana. ¡Lo quiero!”.

La gente da un grito y luego pregunta: “¡Tu nombre! ¡Tu nombre!”.

“¡Jesús de Nazaret!”.

“¡Jesús! ¡Jesús! ¡Hosanna! ¡Hosanna!”

La multitud está loca de alegría. Los burros pueden hacer lo que quieran, al fin y al cabo nadie se preocupa de ellos. Las mamás salen de la ciudad corriendo, la voz se corrió pronto y levantan a sus pequeñuelos. Jesús bendice y sonríe. Trata de romper el cerco que lo aclama, para entrar en la ciudad e ir a donde quiere, pero la multitud no atiende a nada de esto. “¡Quédate con nosotros! ¡En Judea! ¡En Judea!... ¡También nosotros somos hijos de Abraham” gritan.

“¡Maestro!” Judas se dirige a Él. “Maestro te me adelantaste. Pero... ¿qué sucede?”.

“¡El Rabí ha hecho un milagro! ¡No en Galilea... aquí... lo queremos con nosotros”.

“¿Lo ves, Maestro? Todo Israel te ama. Es justo que te quedes aquí... ¿por qué te vas?”.

“No me voy, Judas. He venido solo a propósito para que la falta de educación de mis discípulos no moleste lo sofisticado de los judíos. Quiero reunir bajo el cetro de Dios todas las ovejas de Israel”.

“Por eso te dije: “Acéptame”. Yo soy judío y sé cómo tratar a mis iguales. ¿Te quedas pues, en Jerusalén?”.

“Por pocos días. Esperaré a un discípulo que también es judío. Después viajaré por la Judea...”.

“¡Oh! Yo vendré contigo. Te acompañaré. ¿Vendrás a mi tierra?... Te llevaré a mi casa. ¿Vendrás, Maestro?”.

“Iré... ¿Sabes alguna cosa del Bautista, tú que eres judío y vives con los poderosos?”.

“Sé que todavía está en prisión, pero que lo quieren dejar salir de la cárcel, porque la gente amenaza con sedición, si no se deja libre al profeta. ¿Lo conoces?”.

“Lo conozco”.

“¿Lo amas?... ¿Qué piensas de él?”.

“Pienso que no ha habido otro semejante a él, ¡ni Elías!”.

“¿Lo tienes en realidad como el Precursor?”

“Lo es. Es la estrella de la mañana que anuncia el sol. Bienaventurados los que están preparados para el sol, por medio de su predicación”:

“Juan es muy duro”.

“Lo es tanto con los demás como consigo mismo”.

“Eso es verdad. Pero es difícil seguirlo en su penitencia. Tú eres más bueno y es fácil amarte”.

“Y sin embargo...”.

“Sin embargo ¿qué, Maestro?”.

“Como a él lo odian por su severidad, a mi me odiarán por mi bondad, porque la una y la otra predicán a Dios, y Dios no se deja ver de los que no aman. Pero está escrito que así será. Así como él ha sido primero que Yo en la predicación, así también me precederá en la muerte. Pero ¡ay de los asesinos de la Penitencia y de la Bondad!”.

“¿Por qué, Maestro, siempre estas tristes previsiones?... La multitud te ama. ¿Lo ves...?”.

“Porque es una cosa segura. La humilde multitud sí me ama. Pero no toda la multitud es humilde ni compuesta de humildes. Pero no es tristeza la mía. Es una visión tranquila de lo

futuro y una sumisión a la Voluntad del Padre que para esto me ha enviado. Y para esto vine. Estamos ya en el Templo. Voy a Bel Nidrasc² a enseñar a la gente. Si quieres, quédate”.

“Me quedaré a tu lado. No tengo otro objetivo más que el de servirte y hacerte triunfar”.

Entran en el Templo y todo termina.

31. Jesús en el Templo con Iscariote, predica allí

1° enero 1945

Estoy viendo a Jesús que con Judas a su lado, entra en el recinto del Templo, y después de haber atravesado la primera plataforma o un gran escalón si se quiere, se detiene en un pórtico que rodea un amplio patio, cubierto con mármoles de diversos colores. El lugar es muy hermoso y lleno de gente.

Jesús mira a su alrededor y ve un lugar que le agrada. Pero antes de dirigirse a él, dice a Judas: “Llámame al encargado del lugar. Debo presentarme para esto, no se vaya a decir que faltó a las costumbres y al respeto”.

“Maestro, Tú estás sobre las costumbres, y nadie más que Tú tiene el derecho de hablar en la Casa de Dios. Tú, el Mesías”.

“Lo sé. Tú lo sabes, pero ellos no lo saben. He venido no para dar escándalo, ni para enseñar a violar la Ley, ni las costumbres. Por el contrario, he venido a enseñar el respeto, la humildad, la obediencia y para quitar los escándalos. Por esta razón quiero pedir permiso de hablar en nombre de Dios, haciéndome reconocer por el encargado del lugar, así es como hay que hacerlo”.

“La otra vez no lo hiciste”.

“La otra vez me consumió el celo de la Casa de Dios, profanada con tantas cosas. La otra vez era Hijo del Padre, el Heredero que en nombre del Padre y por amor de mi Casa, empleaba su majestad, a la que son inferiores los encargados del lugar. Ahora soy el maestro de Israel, y enseño a Israel también esto. Por otra parte, Judas, ¿piensas que el discípulo es mayor que el Maestro?”

“No, Jesús”.

“Y ¿tú, quién eres?... y ¿quién soy Yo?”.

“Tú eres el Maestro y yo soy el discípulo”.

“Si reconoces que las cosas son así, ¿por qué quieres enseñar al Maestro? Ve y obedece. Yo obedezco a mi Padre, tú obedeces a tu Maestro. La primera condición del Hijo de Dios es obedecer sin discutir, pensando que el Padre no puede dar sino órdenes santas. Condición primera del discípulo es obedecer al Maestro, pensando que el Maestro sabe, y que no puede dar sino órdenes justas”.

“Es verdad. Perdona. Obedezco”.

“Te perdono. Ve y oye lo siguiente, Judas: Acuérdate de esto. Recuérdalo siempre, en los días que están por venir”.

“¿De obedecer?... Sí”.

“¡No! Recuerda que fui respetuoso y humilde para con el Templo. Con el templo, esto es, con las castas poderosas. Ve”.

Judas lo mira pensativo interrogativamente.. pero no se atreve a preguntar algo más. Y se va pensando.

...Regresa con un personaje vestido ricamente. “Maestro, he aquí al encargado”.

“La paz sea contigo. Pido poder enseñar a Israel, entre los rabíes de Israel”.

“¿Eres Tú rabí?”.

² Esta obra no explica qué cosa entiende por “Bel Nidrasc”. Pero como la escritora, en los nombres hebreos, a veces pone “n” por “m” y viceversa, se puede uno imaginar que tal vez “Nidrasc” equivalga a “Midrash” (Comentario de los Rabinos sobre la Sagrada Escritura. En esta hipótesis, “Bel Midrasc” sería el templo donde los doctores enseñan a la gente. El texto dice: “Estamos ya en el Templo. Voy al Bel Nidrasc a enseñar a la gente...”

“Lo soy”.

“¿Quién fue tu maestro?”

“El Espíritu de Dios que me habla con su Sabiduría y que me ilumina con su luz todas las palabras de los Textos Sagrados”.

“¿Eres más que Hilel, Tú que sin maestro dices conocer cualquier doctrina? ¿Cómo puede uno aprender si no hay quien lo enseñe?”. “Como se formó David, pastorcillo desconocido, y que llegó a ser el rey poderoso y sabio por voluntad de Dios¹”.

“¿Tu nombre?”.

“Jesús de José, de la estirpe de David, y de María de Joaquín de la estirpe de David y de Anna de Aarón, María, la Virgen que el Sumo Sacerdote casó en el Templo, según la Ley de Israel, porque era huérfana”.

“¿Quién lo prueba?”.

“Todavía aquí debe de haber levitas que se acuerden del hecho y que fueron coetáneos de Zacarías de la clase de Abía, mi pariente. Pregúntales si dudas de mi sinceridad”.

“Te creo. Pero ¿Quién me prueba que seas Tú capaz de enseñar?”.

Escúchame y tú mismo decidirás”.

“Eres libre de hacerlo... pero... ¿no eres Nazareno?”.

“Nací en Belén de Judá en el tiempo del censo que ordenó César. Proscrito por leyes injustas, los hijos de David están por todas partes, pero la estirpe es de Judá”.

“Sabes... los fariseos... toda Judea... por Galilea...”.

“Lo sé. Pero no desconfíes. En Belén, vi la luz, en Belén Efrata es de donde viene mi estirpe; si ahora vivo en Galilea no es sino para que se cumpla lo escrito...”.

El encargado se aleja unos metros, dirigiéndose a donde lo llaman.

Judas pregunta: “¿Por qué no has dicho que eres el Mesías?”.

“Mis palabras lo dirán”.

“¿Cuál es el escrito que debe de cumplirse?”.

“La reunión de todo Israel bajo la enseñanza de la palabra del Mesías. Soy el Pastor de quien hablan los Profetas² y he venido a reunir las ovejas de todas partes, he venido a curar a las enfermedades, a poner en buen camino a los que yerran. Para Mí no existe ni Judea, ni Galilea, Decápolis o Idumea. Sólo existe una cosa: el amor que mira con un solo ojo y une en un solo abrazo para salvar...” Jesús está inspirado. Parece como si despidiese rayos y sonrío con su sueño. Judas lo contempla admirado.

La gente se acerca a ambos, atraída por la imponente presencia de ambos.

Jesús baja la mirada y sonrío a esta pequeña multitud con una sonrisa cuya dulzura ningún pintor podrá jamás trasladar al lienzo, y ningún oyente, si no lo hubiera visto, podría jamás imaginar. Dice: “Venid si os impele el deseo de la palabra eterna”.

Se va a un pórtico y apoyado a una columna empieza a hablar. Toma pie del hecho acaecido en la mañana.

Esta mañana al entrar en Sión, vi que por unos cuantos centavos, dos hijos de Adán iban a matarse. En el nombre de Dios habría podido maldecirlos, pues Dios dice: “No matarás”³ y también dice que quien no obedece la Ley será maldito⁴. Pero tuve misericordia de que ignorasen el espíritu de la Ley y tan solo impedí el homicidio para darles modo de arrepentirse, conocer a Dios, servirle en obediencia, amando no sólo a quien nos ama sino también al enemigo.

Sí. Israel. Nace un nuevo día para ti, y el precepto del amor se hace más luminoso. ¿Empieza acaso el año con el nublado Etanin, o acaso con el melancólico Casleu de los días que parecen ser más cortos que un sueño y de noches largas que parecen nunca terminar?

¹ Cfr. 1 Re. 17, 12-18, 5; 2 Re 2, 1-4; 5, 1-5.

² Cfr. por ejem. Is. 40, 10-11; Ex. 34, 11-31.

³ Cfr. Dt. 5, 17.

⁴ fr. Por ej. Dt. 27, 26.

No, empieza con lo florido, soleado y alegre Nisam en el que todo ríe y el corazón del hombre aun cuando sea el más pobre o esté triste, se abre la esperanza porque llegará el verano, llegarán las mieses, el sol, las frutas... porque es dulce dormir también en un prado de flores con las estrellas por lámpara y cosa fácil es alimentarse porque cada planta produce hojas o frutos para saciar el hambre.

He aquí, ¡oh Israel! El invierno, tiempo de espera, ha terminado. Ahora es la alegría de la promesa que se cumple. A satisfacer tu hambre están ya prontos el Pan y el Vino. El Sol está entre nosotros. Ante este sol, todo respira más profunda y dulcemente. También el precepto de nuestra Ley: el primero, el más santo de los preceptos santos: “Ama a tu Dios y ama a tu prójimo”⁵ la luz proporcionada que se te concedió, se te dijo –no lo hubieras podido conocer de otra manera porque sobre ti pesaba todavía la ira de Dios por la culpa que Adán cometió– se te dijo, repito: “Ama a los que te aman y odia a tus enemigos”⁶. Y enemigo era no sólo el que traspasaba sus patrios confines. Sino también el que te había faltado en algo privadamente, o te parecía haberlo hecho. Y con esto el odio anidaba en todos los corazones porque ¿quién es el hombre que, a propósito o sin quererlo, no haya ofendido a su hermano? Y quién es el que haya llegado a la vejez y no haya recibido ofensa alguna?.

Yo os digo: Amad también al que os ofende. Hacedlo pensando en Adán y todos los hombres por causa suya han prevaricado contra Dios, y no hay nadie que pueda decir: “Yo no he ofendido a Dios”. Sin embargo Dios perdona, no una, sino miles y diez mil veces y la prueba es que el hombre subsiste sobre la tierra. Perdonad pues, como Dios perdona. Y si no lo queréis hacer por amor del hermano que os ha hecho daño, hacedlo por amor de Dios que os da pan y vida, que cuida de vuestras necesidades terrenas y ha dispuesto cada acontecimiento para proporcionarnos la paz eterna en su seno... Esta es la Nueva Ley, la Ley de la Primavera de Dios, del tiempo florido de la gracia que ha venido a habitar entre los hombres, del tiempo que os dará el Fruto sin igual, el cual os abrirá las puertas del Cielo.

No se oye la voz del que habla en el desierto. Pero no está muda. Habla todavía a Dios por Israel y habla en el corazón a cada israelita recto, y dice: Después de haberos enseñado a hacer penitencia para preparar los caminos del Señor que viene y a tener caridad dando de lo superfluo a quien no tiene lo necesario y a vivir honradamente, es decir no extorsionar ni maltratar a nadie, os dice: “El Cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo, el que bautiza con el fuego del Espíritu Santo está entre vosotros. Él limpiará su era y recogerá su trigo”⁷.

Procurad reconocer al que el Precursor os enseña. Sus sufrimientos os obtienen de Dios luz, para que se abran vuestros ojos, espirituales. Conoceréis la Luz que viene. Yo recojo del Profeta que anuncia al Mesías, y con el poder que recibo del Padre la amplío y os uno a mi poder, y os llamo a la verdad de la Ley. El Redentor está entre vosotros. Bienaventurados los que sean dignos de ser redimidos porque tuvieron buena voluntad.

La paz sea con vosotros”.

Le pregunta alguien: “¿Eres discípulo del Bautista?... pues hablas con bastante unción”.

“Recibí el bautismo de él, en las riberas del Jordán, antes de su aprehensión. Lo venero porque es santo a los ojos de Dios. En verdad os digo que no hay entre los hijos de Adán, nadie más grande en gracia que él. Desde su nacimiento hasta su muerte los ojos de Dios se han posado sin desdén alguno sobre este hombre bendito”.

“¿Te habló con certeza del Mesías?”.

“Su palabra, en la que no hay mentira, mostró a los presentes al Mesías que vive ya”.

“¿En dónde?... ¿Cuándo?”.

“Cuando llegó la hora de señalarlo”.

⁵ Cfr. Por ejem. Dt. 6, 5; 10, 12; 11, 13; 30, 6 y 20; Ecl 27, 18.

⁶ Cfr. Lev. 19, 18; Mt. 5, 43.

⁷ Cfr. Mt. 3, 1-12; Mc. 1, 2-8; Lc. 3, 2-17; Ju. 1, 23-34.

Mas Judas cree su deber de decir a diestra y siniestra: “El Mesías es el que os está hablando. Os lo aseguro. Lo conozco y soy su primer discípulo”.

“Él... ¡Oh!...” La gente se retira atemorizada. Pero Jesús es tan bondadoso que se vuelve a la gente.

“Pedidle algún milagro. Él es poderoso. Cura. Lee los corazones. Responde a todas las dificultades”.

“Dile tú por mí que estoy enfermo. Con el ojo derecho no veo, y el izquierdo está casi seco...”

“Maestro”.

“¿Judas?...” Jesús que acaricia a una niñita se vuelve.

“Maestro, este hombre está casi ciego y quiere ver, Le he dicho que Tú puedes”.

“Puedo para quien tiene fe. ¿Tienes fe tú?”.

“Creo en el Dios de Israel. He venido para echarme en Betzeta. Pero siempre hay alguien que se echa antes que yo”.

“¿Puedes creer en Mí?”

“Si creo en el ángel de la piscina⁸, ¿no debería creer en Ti mejor si tu discípulo dice que eres el Mesías?”.

Jesús sonríe. Se pone saliva en el dedo y frota el ojo del enfermo. “¿Qué ves?”.

“Veo las cosas sin la neblina de antes. Y... ¿no me curas el otro?”.

Nuevamente Jesús sonríe. Hace lo mismo con el ojo ciego”. ¿Qué ves?” pregunta al quitar la yema del dedo del párpado caído.

“¡Ah! ¡Señor de Israel! ¡Veo como cuando corría de niño por los prados! ¡Bendito seas por siempre!” El hombre postrado a los pies de Jesús llora.

“Vete. Sé bueno ahora por agradecimiento a Dios”.

Un levita, que ha llegado al final del milagro, pregunta: “¿Con qué poder haces esas cosas?”.

“¿Tú me lo preguntas? Te lo diré si me respondes a una pregunta. Según tú, ¿es más grande un profeta que anuncia al Mesías o el Mesías mismo?”.

“¿Qué pregunta! El Mesías es mayor: Es el Redentor que prometió el Altísimo”.

“Entonces... ¿por qué los Profetas hicieron milagros? ¿Con qué poder?”.

“Con el poder que Dios les daba para probar a las multitudes que Dios estaba con ellos”.

“Pues bien: con el mismo poder Yo hago los milagros: Dios está conmigo, Yo estoy con Él. Pruebo a las multitudes que es así, y que el Mesías bien puede, con mayor razón y medida, lo que podían los Profetas”.

El levita se va pensativo y todo termina.

32. Jesús instruye a Judas Iscariote

3 enero 1945

Todavía están Jesús y Judas, que después de haber orado en el lugar más cercano al Santo, como es permitido a los israelitas varones, salen del Templo.

Judas quisiera quedarse con Jesús. Pero su deseo encuentra la oposición del Maestro. “Judas, deseo estar solo en las horas de la noche. Es cuando mi espíritu obtiene alimento del Padre. Tengo más necesidad de la oración, meditación y soledad, que del alimento corporal. El que quiere vivir por el espíritu y quiere llevar a otros a que vivan la misma vida, debe posponer la carne, diría casi, matarla, para cuidar todo el espíritu. Todos, sábelo Judas, también tú, si quieres ser verdaderamente de Dios, o sea, de lo sobrenatural”.

“Pero nosotros pertenecemos, Maestro, todavía a la tierra. ¿Cómo podemos dejar de pensar en la carne y tan sólo en el espíritu? ¿No está en contradicción lo que dices, con el

⁸ Cfr. Ju. 5, 2-4.

Mandamiento de Dios: “No matarás”? ¿No se incluye en él también no suicidarse?... Si la vida es un don de Dios, ¿debemos amarla a no?...”

Te responderé como no respondería a una persona sin preparación a la que le bastaría levantar la mirada del alma o de la mente a esferas sobrenaturales, para llevárselo uno en vuelo a los reinos del espíritu. Tú no eres un simple. Te has formado en ambientes que te han pulido...pero también te han manchado con sus sutilezas y doctrinas. Judas, ¿te acuerdas de Salomón? Era sabio, el más sabio de aquellos tiempos. Recuerdas que dijo después de haber conocido todo el saber humano: “No hay más que vanidad. Todo es vanidad. Temor a Dios y observar sus mandamientos, para el hombre, esto lo es todo”¹. Ahora bien te digo que es menester saber tomar lo que se come, es decir que sea alimento y no veneno. Si algo no es nocivo, porque puede suceder que en nuestro organismo haya reacciones que puedan ser nefastas a ciertos alimentos que son más fuertes que nuestros buenos humores que los podrían neutralizar; es necesario entonces no comer aquello, aunque sea agradable al paladar. Es mejor pan y agua de la fuente, que los platillos bien preparados de la mesa del rey, en los que hay drogas que perturban y envenenan”.

“¿Qué debo dejar, Maestro?”.

“Todo lo que sabes que te haga mal. Dios es paz y si quieres ponerte en el sendero de Dios, debes de escombrar tu mente, tu corazón y tu carne de todo lo que no es paz y te turba. Sé que es difícil reformarse así mismo, pero Yo estoy aquí para ayudarte a hacerlo. Estoy aquí para ayudar al hombre a que se haga hijo de Dios, a volver a crearse, por medio de una segunda creación, una autogénesis que él mismo quiere. Te responderé a lo que preguntabas, para que no digas que quedaste en error por culpa mía. Es verdad que el suicidarse es lo mismo que matar. Sea vida propia o la de otro, la vida es don de Dios, y sólo Dios que la dio, tiene el poder de quitarla. Quien se mata, muestra su soberbia, y Dios odia la soberbia”.

“¿Muestra la soberbia? Diría yo la desesperación”.

“Y ¿qué es la desesperación sino soberbia? Mira Judas ¿por qué uno se desespera? O porque las desgracias se recrudecen contra él y él quiere por sí solo vencerlas, pero no puede. O también porque culpable, cree que Dios no puede perdonarlo. En el primero y segundo casos, ¿no es acaso la reina la soberbia? El que cree que puede por sí mismo hacer algo y no tiene humildad de extender su mano al Padre y decirle: “No puedo, pero Tú puedes. Ayúdame, porque de Ti espero todo”. O bien el que dice: “Dios no puede perdonarme”, lo dice, porque, midiendo a Dios consigo mismo, piensa que Dios no perdonaría, porque él tampoco, si fuera ofendido no lo haría. En otras palabras, también esto es soberbia. El humilde compadece y perdona aun cuando sufra por haber sido ofendido. El soberbio no perdona. Es soberbio porque ni aun sabe doblar la frente y decir: “Padre, he pecado, perdona a tu hijo culpable”. ¿No sabes Judas, que el Padre perdonará a cualquiera que con corazón sincero y contrito, humilde y decidido de levantarse en el bien, lo pida?”.

“Pero ciertos pecados no son perdonados. No lo pueden ser”.

“Lo dices tú. Y será verdad porque el hombre así lo quiere. Pero en verdad, ¡oh! en verdad te digo que aún después del crimen más grande que puedas imaginarte, si el culpable corre a los pies del Padre, infinitamente perfecto y llorando le pidiese perdón, le ofreciese expiación, pero sin desesperarse, el Padre le daría la manera de expiar para merecer su perdón y salvar su alma”.

“Siendo así, ¿Tú dices que quienes, cita la Escritura, que se mataron², hicieron mal?”.

“No es lícito hacer violencia a nadie y ni siquiera a sí mismo. Hicieron mal. Según su conocimiento relativo al bien, habrán conseguido en determinados casos, misericordia de Dios. Pero desde que el Verbo ha iluminado con la verdad y dado fuerzas a las almas con su espíritu, a partir de ese momento *no será perdonado quien muera desesperado*. Ni en el

¹ Cfr. Ecl 1, 2; 12, 8 y 13.

² Cfr. 2 Re. 17, 23 (único caso de verdadero y propio suicidio mencionado en el A.T.) Jue. 9, 50-57; 1 Re. 31; 3 Re. 16, 15-22; 2 Mac. 14, 37-46.

momento del juicio particular, ni después de siglos de Gehenna, ni en el juicio final. ¡Jamás!... ¿Es dureza de Dios esta?... ¡no! ¡No! ¡Es justicia! Dirá Dios: “Tú, criatura dotada de razón y de ciencia sobrenatural, a quien creé libre, creíste seguir el sendero que escogiste y dijiste: ‘Dios no me perdona. Estoy separado de Él para siempre. Juzgo que debo aplicarme la justicia debida a mi delito. Huyo de la vida para escapar de los remordimientos’, que jamás los habría tenido si hubiese venido a mi pecho paternal, y como has juzgado, vete. No hago fuerza a la libertad que te di”.

Esto dirá el Eterno al suicida. Piénsalo, Judas. La vida es un don y debe amarse. Pero ¿qué clase de don es?... Un don santo y por esto debe amarse santamente. La vida dura tanto como la carne es capaz de ella. Después empieza la vida grande, la vida eterna. Que será de felicidad para los justos y de maldición para los injustos. ¿Es la vida, fin o medio? Es medio. Sirve para el fin que es la eternidad. Y si es así, demos, pues, a la vida lo que le sirva para la conquista del espíritu. Continencia de la carne en todos los aspectos, *en todos*. Continencia de la mente en todos sus deseos, *en todos*. Continencia del corazón en todas sus pasiones que saben a humano. Mientras que por el contrario, sea iluminada el ansia por las pasiones que lleven al Cielo: Amor de Dios y del prójimo, voluntad de servir a Dios y al prójimo, obediencia a la palabra divina, heroísmo en el bien y en la virtud.

Te he respondido, Judas. ¿Te basta la explicación? Sé siempre sincero y pregunta; si no sabes lo suficiente, estoy aquí para enseñarte”.

“He comprendido y me basta. Pero... es muy difícil hacer lo que he comprendido. Tú lo puedes porque eres santo. Pero yo... soy un hombre joven, lleno de vitalidad...”

“He venido para los hombres, Judas, y no para los ángeles, ellos no tienen necesidad de Maestro porque ven a Dios y viven en su Paraíso. No ignoran las pasiones de los hombres, porque la inteligencia que es su vida les hace conocer todo, y lo saben también aun los que no son conocidos del hombre. Pero espirituales como son, no podían tener sino un pecado, como uno de ellos lo cometió y arrastró consigo a los menos fuertes en la caridad; la soberbia fue la flecha que manchó a Lucifer, el más hermoso de los arcángeles, y lo convirtió en el monstruo horrible del abismo. No he venido para los ángeles, que después de la caída de Lucifer, se horrorizan ante el pensamiento solo del orgullo. He venido para los hombres, para hacer de ellos ángeles.

El hombre es la perfección de lo creado. Tenía de ángel el alma, y del animal la completa belleza de todas sus partes animales y morales. No existía criatura igual. Era el rey de la tierra, como Dios es el Rey del Cielo, y un día, aquel día en que por última vez hubiese dormido sobre la tierra se habría convertido en rey con el Padre en el Cielo. Satanás ha arrebatado las alas al ángel-hombre y le ha puesto garras de fiera, deseos ardientes de inmundicia y ha hecho de él uno que más bien puede llamarse hombre-demonio, que hombre. Quiero borrar la mancha de Satanás, destruir el hambre corrosiva de su carne manchada, devolver las alas al hombre y llevarlo otra vez para que sea rey, coheredero del Padre y del reino celestial. Sé que el hombre si realmente lo quiere, puede hacer todo lo que digo para volver a ser rey y ángel. No os diré cosas que no podáis hacer. No soy uno de esos oradores que predicán doctrinas imposibles. He tomado carne verdadera para poder saber, por experiencia de la carne³ cuáles son las tentaciones del hombre”.

“¿Y los pecados?”

“Tentados, todos lo pueden ser. Pecadores, tan solo quien quiera serlo”.

“Jesús... ¿jamás has pecado?”.

“Jamás he querido pecar. Y esto no porque sea Yo el Hijo del Padre. Sino que lo he querido y querré para mostrar al hombre que el Hijo del Hombre no pecó porque no quiso pecar y que el hombre, si no lo quiere, puede no pecar”.

“¿Te has encontrado alguna vez en tentaciones?”.

³ Recordar Ju. 1, 14; y de este modo: experiencia de la carne significa “por experiencia humana”.

“Tengo treinta años, Judas. Y no he vivido en la cueva de algún monte, sino entre los hombres. Y aun cuando hubiese vivido en el lugar más solitario, ¿crees que no hubiera llegado hasta allí la tentación?... Todos tenemos en nosotros el bien y el mal⁴. Todos los llevamos en nosotros. Sobre el bien sopla Dios y lo agita como incensario de agradables y sagrados trozos de incienso. Sobre el mal sopla Satanás y lo hace una hoguera de ardiente llama. Pero el cuidado atento y la oración constante son arena húmeda sobre la hoguera del infierno: la sofoca y doma”. Pero si jamás has pecado, ¿cómo puedes juzgar a los pecadores?”.

“Soy Hombre y soy el Hijo de Dios. Cuánto pudiese ignorar como hombre, y juzgar mal, conozco y juzgo como Hijo de Dios. Y... ¡por lo demás!... Respóndeme a esto: ¿uno que tiene hambre, sufre más cuando dice: “ahora me siento a comer” o cuando “no hay comida para mí”?”.

Sufre más en el segundo caso, porque tan sólo saber que no tiene comida, le trae el olor de platillos y la boca se le hace agua”.

“Entonces la tentación es fuerte como este deseo, Judas. Satanás la hace más aguda y tentadora para llevar a cabo cualquier acción. Después de que el acto ha sido terminado y tal vez provoque náuseas, la tentación con todo no sucumbe, sino que como un árbol podado, produce más ramas”.

“¿Y jamás has cedido?”.

“Jamás he cedido”.

“¿Cómo lo has logrado?”.

“He dicho: ‘Padre no me dejes en la tentación’ ”.

“¡Cómo!..¿Tú, el Maestro, Tú que obras milagros, has pedido ayuda al Padre?”.

“No tan solo ayuda, le he pedido no inducirme en la tentación⁵. ¿Crees tú que porque Yo sea Yo, pueda prescindir del Padre? ¡Oh! ¡No! En verdad te digo que el Padre concede al Hijo todo, pero también te digo que el Hijo recibe todo del Padre. Y te digo que todo lo que se le pidiere al Padre en mi nombre, será concedido. Pero mira que hemos llegado a Get-Sammi, donde vivo. Ya se distinguen más allá de las murallas los primeros olivos. Tú vives más allá de Tofet. La tarde ya baja. No te conviene subir más allá. Nos volveremos a ver mañana en el mismo lugar. Adiós. La paz sea contigo”.

“También sea en Ti la paz, Maestro... Mas, te quería decir otra cosa. Te acompañaré hasta el Cedrón y después me regresaré. ¿Por qué estás en este lugar tan humilde?. Sabes, la gente tiene en cuenta muchas cosas. ¿No conoces a alguno en la ciudad que tenga una casa hermosa? Yo, si quieres, puedo llevarte con amigos. Te hospedarán por la amistad que me tienen. Esos lugares serían más dignos de Ti”.

“Crees así? Yo no lo creo. En todos los grupos hay dignos e indignos... y sin faltar a la caridad, pero para no ofender a la justicia, te digo que el indigno y el *maliciosamente indigno*, se encuentran frecuentemente entre los grandes. No es necesario ni útil ser poderoso para ser bueno o para esconder el pecado a los ojos de Dios. Todo debe de cambiarse bajo mi señal. Y no será grande el que es poderoso, sino el que es humilde y santo”.

“Pero para ser respetado, para imponerse...”

⁴ Las tentaciones no salieron del interior de Jesús (Cfr. Heb. 4, 15) sino que le vinieron de fuera (Cfr. Mt. 4, 1-11; Mc. 1, 12-13; Lc. 3, 1-13). Bajo esta luz se debe entender la expresión: “Tengo treinta años”... y lo que sigue: “Todos tenemos en nosotros el bien y el mal... doma” no puede por tanto referirse también a Jesús sino a la humanidad entera contagiada del pecado original. El discurso breve de Jesús a Judas es por lo tanto una exhortación humilde y no humillante, para inducirlo a que se convenza que las pruebas divinas y las tentaciones diabólicas, si el hombre quiere, y pide ayuda a Dios, puede vencerlas y no sucumbir en ellas.

⁵ Lea el Cap. 2 y vea que en él y en la sexta petición del “Pater Noster” no se pide a Dios que no nos tiente para el mal (Cfr. Sant. 1, 13-15; Eci. 15, 11-21; Prv. 19, 3; Rom. 7, 7-13; 1 Cor. 10, 11-13) sino que nos aleje de las pruebas muy duras, como a las que Dios mismo sometió a Abraham (Cfr. Gén. 22, 1-19) y después como a Jesús en el Huerto de los Olivos (Cfr. Mt. 26, 36-46; Mc. 14, 32-42; Lc. 22, 39-46; 4, 15-5,10).

“¿Es acaso respetado Herodes?... ¿lo es también César? ¡No! Se les soporta y se les maldice con los labios y con los corazones. Créeme, Judas, que entre los buenos, o en los que tienen buena voluntad, sabré imponerme más con la modestia, que con el poderío”.

“Pero entonces... ¿despreciarás siempre a los poderosos? Te los harás enemigos. Pensaba hablar de Ti a muchos que conozco y que tienen fama...”

“Yo no desprecio a nadie. Iré a los pobres como a los ricos, a los esclavos como a los reyes, a los puros como a los pecadores. Pero sí seré agradecido al que me dé pan y techo en mis fatigas cualquiera que sea el pan, cualquiera que sea el techo, preferiré siempre al que es humilde. Los grandes tienen de su parte muchas alegrías. Los pobres no tienen más que su conciencia recta, un amor fiel, sus hijos y el saber que estos los escuchan. Siempre me inclinaré hacia los pobres, a los afligidos y los pecadores. Te agradezco tus buenos sentimientos, pero déjame en paz en este lugar de paz y de oración... Vete. Y que Dios te inspire lo que esté bien”.

Jesús deja al discípulo y se interna entre los olivos y todo termina.

33. Jesús se encuentra en Getsemaní con Juan de Zebedeo

4 enero 1945

Veo que Jesús se dirige a la pequeña casa blanca que está en medio de los olivos. Lo saluda un jovencito. Parece que es del lugar porque lleva en las manos los utensilios para poder cavar.

“Dios sea contigo, Rabí, Llegó tu discípulo Juan y ahora ha vuelto a salir para venir a encontrarte”.

“¿Hace mucho?”

“No, apenas pasó aquella vereda. Creíamos que vendrías de la parte de Betania...”

Jesús se dirige rápido, da vuelta a la zanja y ve a Juan que casi corriendo baja hacia la ciudad y lo llama.

El discípulo se vuelve y con cara contentísima grita: “¡Oh Maestro mío!” y regresa corriendo.

Jesús le abre los brazos y los dos se abrazan afectuosamente.

“Iba a buscarte... pensábamos que estabas en Betania, como habías dicho”.

“Así quería hacerlo. Debo empezar a evangelizar también los alrededores de Jerusalén. Pero luego me entretuve en la ciudad... para instruir a un discípulo nuevo”.

“Todo lo que haces, Maestro, está bien hecho. Y resulta bien. ¿Lo ves? También ahora nos hemos encontrado pronto”.

Camina los dos. Jesús lleva su brazo sobre la espalda de Juan, que más bajo que Él, lo mira de arriba a bajo, feliz de aquella intimidad. En esta forma regresan a la casita.

“¿Hace mucho tiempo que has venido?”.

“No, Maestro. Con el alba salí de Doco, junto con Simón a quien dije lo que Tú querías. Después nos detuvimos juntos en la campiña de Betania repartimos el pan y hablamos de Ti a los campesinos que encontrábamos en los campos. Cuando el sol no quemaba ya mucho, nos separamos. Simón fue a ver a un amigo suyo al que quiere hablar de Ti. Es el dueño de casi toda Betania. Él lo conocía desde hace mucho tiempo, desde que vivían los padres de ellos. Pero mañana viene Simón. Me dijo que te dijera que es feliz al servirte. Simón es muy capaz. Yo quisiera ser como él. Soy un muchacho ignorante”.

“No, Juan, también tú haces mucho bien”.

“¿Estás de veras contento de tu Juan?”.

“Muy contento, Juan, muy contento”.

“¡Oh, Maestro mío!” Juan se inclina con anhelo a tomar la mano de Jesús y la besa y se la pasa sobre la cara como signo de caricia.

Llegaron ya a la casita. Entran a la cocina baja y llena de humo. El patrón los saluda: “La paz sea con vosotros”.

Jesús responde: “La paz sea en esta casa, en ti y en los que viven contigo., Traje un discípulo mío”.

También para él habrá pan y aceite”.

“He traído pez seco que me dieron Santiago y Pedro. Y al pasar por Nazaret tu Madre me dio pan y miel para Ti. He caminado sin detenerme pero ha de estar ya duro”.

“No importa, Juan. Tendrá siempre el sabor de las manos de Mamá”. Juan saca sus tesoros de la alforja que había puesto en un rincón. Veo que preparan el pescado seco de una manera rara. Lo meten varias veces dentro del agua caliente, después lo untan y lo tuestan sobre la llama. Jesús bendice la comida y se sienta a la mesa con el discípulo. También están a la mesa el dueño a quien llaman con el nombre de Jonás, y su hijo. La madre trae ahora el pescado, ahora las aceitunas negras, ahora las verduras preparadas con aceite. Jesús ofrece también la miel. La ofrece a la madre extendiéndosela sobre el pan. “Es de mi colmena” dice. “Mi Madre cuida de las abejas. Cómetelo, es sabroso. Tú, María eres tan buena conmigo, que mereces esto y más” agrega, porque la mujer no quería que se privara de su sabrosa miel.

La cena termina pronto. La conversación ha sido breve. Después de haber dado gracias de la comida, Jesús dice a Juan: “Ven, Vamos al olivar un poco. La noche es tibia y clara. Allá afuera estaremos un poco mejor”.

El dueño de la casa dice: “Maestro te saludo. Estoy cansado y también lo está mi hijo. Nosotros nos vamos a acostar. Dejo la puerta entreabierta y la lámpara sobre la mesa. Sabes cómo se enciende”.

“Vete, Jonás. Apaga también la lámpara. La luz de la luna es tan clara, que podemos ver muy bien”.

“Pero ¿dónde dormirá tu discípulo?”

“Conmigo, en mi estera hay también lugar para él. ¿O no Juan?” Juan está sumamente contento de poder dormir junto a Jesús.

Salen al olivar. Pero antes de salir, Juan toma de su alforja que estaba en el rincón, alguna cosa. Caminan un poco y llegan a un punto donde se ve todo Jerusalén.

“Sentémonos aquí y hablemos” dice Jesús.

Juan prefiere estar sentado a los pies de Jesús, sobre la hierba cortada y pone su brazo sobre las rodillas de Jesús, con la cabeza inclinada sobre el brazo y mirando de cuando en cuando a Jesús. Parece un niño que esté junto a la persona a quien más quiere. “Aquí también es hermoso, Maestro. Mira cómo parece grande la ciudad de noche. Más que de día”.

“Es la luz de la luna que hace desaparecer los alrededores. Mira... parece como si el límite se extendiera dentro de una luz plateada. Mira allá la cúpula del Templo. Parece como si estuviera suspendida en el aire. ¿O no?”

“Parece como si los ángeles lo tuviesen sobre sus alas de plata”.

Jesús da un suspiro.

“¿Por qué suspiras, Maestro?”.

“Porque los ángeles han abandonado el Templo. Su aspecto de pureza y santidad, está sólo en sus muros. Los que deberían darle ese aspecto al alma del Templo –pues también cada lugar tiene su alma, esto es, el espíritu por el que fue levantado, y el Templo tiene, debería tener, alma de oración y santidad– son los primeros en quitarle ese aspecto. No se puede dar lo que no se tiene, Juan. Y si los sacerdotes y levitas que viven allí son muchos, con todo ni una décima de ellos es capaz de dar vida al Lugar Santo. Muerte, sí que le dan. Le comunican la muerte que está en sus almas, las que están muertas para todo lo que es santo. Tienen fórmulas, pero no la vida de ellas. Son cadáveres que tienen calor tan solo por la putrefacción que los hincha”.

“¿Te han hecho algún mal, Maestro?” Juan está intranquilo.

“No, antes bien me dejaron hablar cuando lo pedí”.

“¿Lo pediste?... ¿Por qué?”

“Porque no quiero ser el que empiece la lucha. Esta vendrá por sí misma. Porque en algunos produciré un terror humano que no tiene razón de existir, y en otros será un reproche. Pero esto debe estar en el libro *de ellos*, no en el mío”.

Hay un poco de silencio y después Juan vuelve a hablar: “Maestro... conozco a Anás y Caifás. Por razón de negocios mi familia ha estado en contacto con ellos, y cuando estuve en Judea, por causa de Juan, venía también al Templo, y ellos nos trataban bien a nosotros los hijos de Zebedeo. Mi padre los provee siempre con el mejor pescado. Es costumbre... ¿sabes? Cuando se quiere tener amigos, y quiere uno conservarlos, es necesario obrar así...”

“Lo sé”. Jesús está serio.

“Y bien, si te parece, hablaré de Ti al Sumo Sacerdote. Y después... si quieres. Conozco a uno que tiene negocios con mi padre. Es un rico mercante en pescado. Tiene una casa grande y hermosa cerca del Hípico, porque son gente rica, pero son muy buenos. Estarías mejor y te cansarías menos. Para venir hasta aquí se debe pasar también ese suburbio de Ofel, tan mal hecho y siempre lleno de burros y gente buscapleitos”.

“No, Juan, te lo agradezco. Estoy bien aquí. ¿Ves cuánta paz?. Se lo dije también a otro discípulo que me proponía lo mismo. Él decía que para ser mejor tenido”.

“Lo decía yo para que te cansases menos”.

“No me canso. Caminaré mucho y jamás me cansaré. ¿Sabes qué cosa me provoca el cansancio? La falta de amor. ¡Oh, esto es un peso! Como si llevase un peso en el corazón”.

“Yo te amo, Jesús”.

“Sí, y me das consuelo. Te quiero mucho, Juan; te querré siempre, porque jamás me traicionarás”.

“¡Traicionarte! ¡Oh!”.

“Y con todo habrá muchos que me traicionarán... Juan, escucha. Te dije que aquí me detuve para instruir a un nuevo discípulo. Es un joven judío, instruido y conocido”.

“Entonces te encontrarás mejor con él que con nosotros, Maestro. Tengo gusto de que tengas a alguien que sea más capaz que nosotros”.

“¿Crees tú que me costará menos trabajo?”.

“¡Claro! Si es menos ignorante que nosotros, te entenderá mejor y te servirá mejor, sobre todo si te ama mejor”.

“Que si lo has dicho bien. Pero el amor no está en proporción de la instrucción, y ni siquiera con la educación. Uno que jamás ha amado y ama por primera vez, lo hace con toda la fuerza de ese primer amor suyo. Lo mismo sucede con el primer amor del pensamiento. El amado penetra, se imprime más en el corazón y en el pensamiento donde antes jamás había habido otro amor, que en aquel en quien ha habido ya otros amores. Pero Dios dispondrá. Oye, Juan. Te ruego que seas amigo suyo. Mi corazón tiembla de ponerte a ti, cordero sin trasquila, con el experto de la vida. Pero aunque sea plácido porque sabrá que si eres cordero, eres también águila, y si el experto te quisiera hacer tocar el suelo, siempre lleno de fango, el suelo del buen sentido humano; tú en cambio con un golpe de las alas sabrás librarte y tender hacia el firmamento azul, hacia el Sol. Por eso te ruego... –conservándote cual eres– que seas amigo de mi nuevo discípulo, al que Simón Pedro no querrá mucho, ni tampoco los demás, para que le transmitas tu corazón...”

“¡Oh, Maestro! Pero... ¿no bastas Tú?”.

“Soy el Maestro, al que no se dirá todo. Tú eres condiscípulo, un poco más joven, con quien fácilmente se abre uno. No te digo que me repitas lo que él te diga. Odio a los espías y traidores. Pero te ruego que lo evangelices con tu fe y caridad y con tu pureza. Es una tierra sucia con aguas muertas. Se seca con el sol del amor, se cultiva con la fe. Puedes hacerlo”.

“Si crees que lo pueda... ¡Oh! Si Tú dices que puedo hacerlo, lo haré por amor a Ti...”

“Gracias, Juan”.

“Maestro, has mencionado a Simón Pedro. Y ahora me acuerdo de lo que ante todo tenía que decirte, ya que la alegría de oírte me quitó el pensamiento. Cuando regresamos a Cafarnaúm después de Pentecostés encontramos al punto la acostumbrada suma de aquel

desconocido. El niño lo había llevado a mi madre. Lo entregué a Pedro y él me la dio diciendo que tomase un poco para el regreso y la permanencia en Doco, y que el resto te lo trajese a Ti, por lo que puedas necesitar... pues Pedro también piensa que aquí no está uno cómodo... pero Tú dices que sí... Yo no tomé más que dos denarios para dos pobrecitos que encontré cerca de Efraín. Viví con lo que me dio mi madre y con lo que los buenos a quienes prediqué Tu nombre me dieron. Aquí está la bolsa”.

“Mañana la distribuiremos entre los pobres. De este modo también Judas aprenderá nuestro modo”.

“¿Ha venido tu primo? ¿Cómo hizo para llegar tan pronto? Estaba en Nazaret y no me dijo que partiría...”

“No. Judas es el nuevo discípulo. Es de Keriot. Tú lo viste en Pascua aquí, la tarde en que curé a Simón. Estaba con Tomás”.

“¡Ah! ¿Es él?...” Juan queda un poco cortado.

“Es él. ¿Y qué hace Tomás?”.

“Obedeció tus órdenes. Dejó a Simón Cananeo y fue al encuentro de Felipe y de Bartolomé por el camino del mar”.

“¡Bien! Quiero que os améis sin preferencia, os ayudéis mutuamente, os compadezcáis el uno al otro. Nadie es perfecto, Juan. Ni los jóvenes, ni los viejos. Pero si tenéis buena voluntad, llegaréis a la perfección, y lo que os faltase, supliré Yo. Sois como los hijos de una familia santa, en la que hay muchos temperamentos desiguales. Quién es duro, quién suave, quién tímido, quién impulsivo y quién muy cauto. Si fueseis todos iguales, seríais una fuerza en un solo temperamento, y una flaqueza en todos los demás. Pero si hacéis una unión perfecta, porque os completáis mutuamente. El amor os une, debe uniros el amor por motivo de Dios”.

“Y por Ti, Jesús”.

“La causa de Dios es la primera, y después el amor hacia su Mesías”.

“Yo... ¿qué cosa soy en nuestra familia?”.

“Eres la paz amorosa del Mesías de Dios. ¿Estás cansado, Juan? ¿Quieres regresar? Yo me quedo a orar”.

“También yo me quedo contigo a orar. Déjame que me quede contigo a orar”.

“Quédate entonces”.

Jesús recita algunos salmos y Juan lo sigue. Pero la voz se apaga y el apóstol se queda dormido apoyada la cabeza sobre las rodillas de Jesús, que sonríe y extiende su mano sobre la espalda del joven y luego continúa rezando, mentalmente.

Así termina la visión.

34. “Juan: cabeza de los que se hacen hostias por amor mío”.

(Escrito el mismo día)

Después dice Jesús:

“Todavía tengo una comparación entre mi Juan y el otro discípulo; paralelo en que aparece siempre más clara la figura de mi predilecto. Él es aquel que se despoja aún de un modo de pensar y juzgar para ser “el discípulo”. Es el que entrega sin querer quedarse para sí con nada de lo que era antes de su elección. Judas es el que *no se quiere* despojar de sí mismo. Trae consigo su yo enfermo de soberbia, sensualidad, avaricia. Conserva su modo de pensar; y por esto neutraliza los efectos de la entrega completa y de la gracia.

Judas: Cabeza de todos los apóstoles fallidos... ¡y que son muchos! Juan: Cabeza de los que se hacen hostia por amor a Mí. Es tu antecesor.

Yo y mi Madre somos hostias por excelencia. Llegar hasta nosotros es difícil, mejor dicho, imposible, porque nuestro sacrificio fue de una aspereza total. Pero mi Juan, es la hostia que pueden imitar todas las clases de los que me aman: Vírgenes, mártires, confesores,

predicadores; siervos de Dios y de la Madre de Dios, activo y contemplativo. Es un ejemplo para todos. Es el que ama.

Observa los diversos modos de pensar. Judas investiga, cavila, escudriña, y si llega a mostrar que cede, en realidad conserva su modo de pensar. Juan se siente nada, acepta todo, no pide razones, se contenta con hacerme feliz. He aquí el modelo.

¿Y no sentiste que te convertías en paz completa ante su sencilla y cara muestra de amor?... ¡Oh, Juan mío! Mi pequeño Juan que quiero que seas siempre más semejante a mi amado. Acepta todo, diciendo al igual que el apóstol: “Todo lo que Tú haces, Maestro, está bien hecho” para que merezcas que Yo te diga: “Eres mi paz llena de amor”. Tengo necesidad también Yo de consuelo, María. Dámelo. Sea mi corazón para tu descanso”.

35. Jesús con Iscariote se encuentra con Simón Zelote y Juan

6 enero 1945

Veo que Jesús pasea con Judas Iscariote de arriba a bajo cerca de una de las puertas del recinto del Templo.

“¿Estás seguro que vendrá?” Pregunta Judas

“Lo estoy. Al alba partiría de Betania y en Get-Sammi debería de haberse encontrado con mi primer discípulo...”

Jesús se detiene y mira fijamente a Judas. Lo tiene frente a Sí. Lo estudia. Después le pone una mano sobre la espalda y le pregunta: “¿Por qué, Judas, no me dices lo que estás pensando?”.

“¿Qué cosa? No pienso en nada especial en este momento, Maestro. Te hago hasta demasiadas preguntas. No puedes lamentarte de mi mutismo”.

“Me haces muchas preguntas y me das muchas noticias de la ciudad y de sus habitantes. Pero no me abres tu corazón. ¿Crees que me interesan mucho las noticias sobre el censo o sobre la estructura de esta o aquella familia? No soy un ocioso que haya venido aquí a pasar el tiempo. Tú sabes para qué he venido y puedes comprender bien que lo que para Mí tiene mayor interés es el ser Maestro de *mis* discípulos. Por eso exijo de ellos sinceridad y confianza. ¿Te amaba tu padre, Judas?”

“Me amaba mucho. Era yo su orgullo. Cuando regresaba de la escuela, y después pasados los años, regresaba de Jerusalén a Keriót, quería que le dijese todo. Se interesaba de todo lo que hacía, y si había cosas buenas, y si (como alguna vez, cualquiera se equivoca) había cometido un error y me habían reprendido, me mostraba la justicia de la represión, o en dónde estaba el mal de lo que había hecho. Pero lo hacía tan dulcemente... que parecía un hermano mayor. Casi siempre terminaba de este modo: ‘Esto te digo porque quiero que mi Judas sea un justo. Quisiera ser bendecido a través de mi hijo...’ Mi padre...”

Jesús que está mirando atentamente al discípulo, conmovido tiernamente con la evocación del padre, dice: “Mira, Judas, puedes estar cierto de todo lo que te digo. Ninguna cosa hará más feliz a tu padre, que el que me seas un discípulo fiel. El espíritu de tu padre se regocijará, allí en donde está en espera de la luz porque así te educó –debió de ser justo– al ver que eres mi discípulo. Más... para que lo seas, debes de decirte: “He encontrado a mi padre perdido, al padre que parecía un hermano mayor, lo he encontrado en Jesús, y en Él, al igual que al padre amado a quien todavía lloro, le diré todo, para que sea mi guía, para que tenga yo sus bendiciones y sus dulces reproches”. Quiera el Eterno y tú sobre todo, hacer que Jesús no tenga otra cosa que decirte: ‘Eres bueno. Te bendigo’ ”.

“¡Oh! Sí, Jesús, sí! Si me llegas a amar tanto, podré ser bueno como Tú quieres y como quería mi padre. Mi padre no tendrá ya más aquella espina en su corazón. Siempre decía: “Estás sin guía, hijo, y te hace mucha falta”. ¡Cuando sepa que te tengo a Ti”.

“Te amaré como ningún otro hombre sería capaz. Te amaré mucho. Mucho te amaré. No me desengañes”.

“No, Maestro, no. Estaba lleno de contradicciones, envidias, celos, manías de ser el primero, carne... todo chocaba dentro de mí contra las voces buenas. Aún hace poco, ¿ves?... Me has causado un dolor. Mejor dicho Tú no, me lo causó mi naturaleza malvada... Pensaba que yo era tu primer discípulo... y Tú me dijiste que tienes ya otro”.

“Tú lo viste. ¿No recuerdas que en Templo, por la Pascua, estaba Yo, con algunos galileos?”.

“Pensaba que eran amigos... creí que yo era el primer elegido para esto y con ello el predilecto”.

“En mi corazón no hay distinción entre los últimos y los primeros. Si el primero faltase y el último fuese santo, entonces sí que a los ojos de Dios habría distinción. Pero Yo... Yo los amaré igual: con un amor de dicha al santo y con un amor que sufre al pecador. Pero mira que allí viene Juan con Simón. Juan es mi primero y Simón es del que te hablé hace dos días. Tú ya has visto a Simón y a Juan. Uno estaba enfermo...”

“¡Ah! ¡El leproso! Recuerdo. ¿Es ya tu discípulo?”.

“Desde el día siguiente”.

“¿Y por qué he debido de esperar tanto?”.

“¿Judas?”.

“Es verdad, perdón”.

Juan ya vio al Maestro y lo dice a Simón. Apresuran el paso. Juan y Jesús se saludan con un beso mutuo. Pero Simón se echa a los pies de Jesús, y los besa exclamando: “¡Gloria a mi Salvador! Bendice a tu siervo para que sus acciones sean santas a los ojos de Dios, y le dé gloria para alabarte por haberme dado a Ti”.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza: “Sí, te bendigo para agradecerte tu trabajo. Levántate, Simón. Juan, Simón... ¡este es el último discípulo! También él quiere la Verdad. Por esto es un hermano para todos vosotros”.

Se saludan entre sí: los dos judíos con mutuo escudriño, Juan con franqueza.

“¿Estás cansado, Simón?” pregunta Jesús.

“No, Maestro, junto con la salud me ha venido tal fuerza como no la había tenido antes”.

“Y sé que la usas bien. He hablado con muchos y todos me dijeron que tanto tú como él, les habías hablado del Mesías”.

Simón ríe contento. “Aun ayer tarde hablé de Ti a un israelita honrado. Espero que un día lo conocerás. Querría yo ser quien te llevase a él”.

“No es imposible”.

Judas interrumpe: “Maestro, me prometiste venir conmigo a Judea”.

“E iré. Simón continuará instruyendo a la gente sobre mi venida. Amigos, el tiempo es breve y la gente es mucha. Ahora voy con Simón. Al atardecer vendréis a encontrarme en el camino del Monte de los Olivos, y distribuiremos dinero a los pobres. ¡Id!”.

Jesús, queda ahora solo con Simón y le pregunta: “¿Esa persona de Betania es un verdadero israelita?”.

“Lo es. Existen en él todas las ideas imperantes, pero tiene una verdadera ansia por el Mesías. Y cuando le dije: ‘Está Él entre nosotros’ al punto me dijo: ‘Feliz de mí que vivo en estos tiempos’”.

“Algún día iremos a su casa a llevarle mi bendición. ¿Has visto al nuevo discípulo?”.

“Sí, es joven y parece inteligente”.

“Lo es. Tú que eres judío lo compadecerás más que los otros, por sus ideas”.

“¿Es un deseo o una orden?”.

“Es una dulce orden. Tú que has sufrido, puedes tener mayor comprensión. El dolor es maestro de muchas cosas”.

“Si Tú me lo mandas, seré para él comprensión”.

“Así es, probablemente mi Pedro, y no tan sólo él, se admirará un poco de cómo cuido y me preocupo de este discípulo. Pero algún día entenderán... Cuanto uno menos ha sido formado, tanto más tiene necesidad de cuidado. Los demás... ¡Oh! Los otros se forman también de por

sí, con el solo contacto. No quiero hacer todo por Mí. Pido la voluntad del hombre y la ayuda de los demás para formar a un hombre. Os llamo para que me ayudéis... y mucho agradezco la ayuda”.

“Maestro, ¿te imaginas que él te proporcionará desilusiones?”.

“No. Pero es joven y se ha formado en Jerusalén”.

“¡Oh! Cerca de Ti se curará de todos los vicios de esta ciudad... estoy seguro. Yo, viejo ya y cansado de la vida, me he sentido nuevo desde que te he visto”.

Jesús dice entre dientes: “Así sea”, después con voz fuerte: “Ven conmigo al Templo, Evangelizaré al pueblo”.

Y la visión termina.

36. Jesús, Juan, Simón y Judas van a Belén

7 enero 1945

Veo, que al rayar el alba, Jesús está en la primera puerta con Juan y luego se le unen los discípulos Simón y Judas. Oigo que dice: “Amigos, os ruego que vengáis conmigo por la Judea, si no os cuesta mucho, sobre todo a ti, Simón”.

“¿Por qué, Maestro?”.

“El camino es muy duro por los montes de Judea... y tal vez será para ti más duro el que te encuentres con algunos de los que te hicieron daño”.

“Por lo que toca al camino te aseguro una vez más, que después de que me sanaste soy más fuerte que un joven y no siento ninguna fatiga, porque la sufro por Ti, y ahora, contigo, menos. Por lo que toca a quien me dañó no hay más rudeza de rencores y ni siquiera de sentimientos en el corazón de Simón, desde que ha pasado a ser tuyo. El odio cayó junto con las escamas del mal. Y no sé, créemelo, en qué has hecho un milagro mayor si al curarme la carne corroída o el alma que ardía con el rencor. Pienso que no me equivocaría si afirmase que el milagro mayor fue el del alma. Una llaga del espíritu, no se cura siempre tan fácilmente... y Tú me has curado de un golpe, aunque uno lo quisiera hacer con todas las fuerzas. El hombre no se cura de un hábito moral, si Tú no aniquilas ese hábito con tu querer santificante”.

“No te equivocas al juzgar así”.

“¿Por qué no lo haces así con todos?”. Pregunta Judas un poco resentido.

“Lo hace, Judas. ¿Por qué hablas así al Maestro? ¿No te sientes cambiado desde que estás con el Maestro? Ya era yo discípulo de Juan el Bautista, pero me siento todo cambiado desde que Él me dijo: ‘Ven’ ”.

Juan generalmente nunca interviene, sobre todo si tiene qué hacerlo delante del Maestro. Esta vez no sabe quedarse callado. Dulce y cariñoso ha puesto una mano sobre el brazo de Judas como para calmarlo y le habla preocupada y persuasivamente. Al caer en cuenta en que había hablado antes que Jesús, se sonroja y dice: “Perdón, Maestro, hablé en tu lugar... pero quería... quería que Judas no te causase ningún dolor”.

“Bien, Juan. No me ha causado ninguna pena como discípulo. Cuando lo sea, si entonces continúa en su modo de pensar, me causará dolor. Tan sólo me da tristeza al ver cómo el hombre es corrompido por Satanás, que le hace perder el pensamiento. A todos, oíd, a todos os ha perturbado el pensamiento. Pero vendrá, sí, vendrá el día en que tendréis la Fuerza de Dios, la Gracia; tendréis la Sabiduría con su Espíritu¹... Entonces podréis juzgar justamente”.

“¿Y todos podremos juzgar santamente?”.

“No, Judas”.

“¿Pero hablas de nosotros, los discípulos, o de todos los hombres?”.

¹ Aquí se alude a la doble efusión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles: la que se llevó a cabo en la noche de la Resurrección de Jesús (Cfr. Ju. 20, 119-23) y en la mañana de Pentecostés. (Cfr. Hech. 2, 1-40).

“Hablo refiriéndome primero a vosotros, y después a los demás. Cuando llegará la hora, el Maestro instituirá discípulos y los mandará por el mundo...”

“¿No lo estás haciendo ya?”.

“Por ahora no os empleo más que para que digáis: “Está el Mesías. Venid a Él”. Entonces os haré capaces de que prediquéis en mi nombre, que hagáis milagros en mi nombre...”

“¡Oh! ¿También milagros?”.

“Sí, en los cuerpos y en las almas”.

“¡Oh! ¡Cómo nos admirarán!” Judas está feliz ante esta idea.

“No estaremos entonces más con el Maestro, y... yo tendré temor de hacer lo que es de Dios a mi manera de hombre” dice Juan y mira pensativamente y hasta con un dejo de tristeza a Jesús.

“Juan, si el Maestro permite, me gustaría decirte lo que pienso” dice Simón.

“Díselo a Juan. Deseo que mutuamente os aconsejéis”.

“¿Sabe ya que es un consejo?”.

Jesús sonríe y calla.

“Pues bien, te digo entonces, Juan, que no debes y que no debemos temer. Apoyémonos en la sabiduría del Maestro Santo y en su promesa. Si Él dice: “Os enviaré”, señal es de que sabe que puede mandarnos sin que se dañe a Sí mismo ni a nosotros, en otras palabras, a la causa de Dios que no es querida como una esposa con la que acabamos de casarnos. Si Él promete vestir nuestra miseria intelectual y espiritual con los rayos de la potencia que el Padre le da para nosotros, debemos de estar seguros que lo hará y que podremos, no por nosotros, sino por su misericordia. Seguramente que todo esto será así si no introducimos el orgullo, el deseo humano en nuestro obrar. Pienso que si corrompemos nuestra misión, que es del todo espiritual, con elementos que son terrestres, entonces la promesa de Cristo valdrá menos, no por incapacidad suya, sino porque habremos estrangulado tal capacidad con la soga de la soberbia. No sé si me explico bien”.

“Lo has hecho muy bien. Me había equivocado. Pero sabes... pienso que en el fondo, desear ser admirados como discípulos del Mesías, que somos *suyos* a tal punto de hacer lo que Él hace, provenga de un deseo de aumentar más la figura potente de Él entre el pueblo. ¡Alabanzas al Maestro que tiene tales discípulos! Esto es lo que quería decir yo” le dice Juan.

“No es todo error lo que dices. Pero... mira, Judas. Provengo de una casta que es perseguida por... por haber entendido mal qué cosa es y cómo debe ser el Mesías. Sí. Si lo hubiéramos esperado con una justa visión de su ser, no habríamos podido caer en errores que son blasfemias a la verdad y rebelión contra la ley de Roma; por lo tanto Dios como Roma nos han castigado. Hemos querido ver en el Mesías un conquistador y a un libertador de Israel, a un nuevo Macabeo, y más grande que el héroe Judas²... Esto sólo... y... ¿por qué? Porque cuidábamos más de los intereses nuestros, de la Patria y de los ciudadanos que de Dios. ¡Oh! El interesarse por la patria es una cosa santa. Pero qué es ante el Cielo eterno?”.

Primero en las horas largas de persecución y después de la separación cuando fugitivo me escondía en las cuevas de las bestias salvajes, compartía con ellas el lecho y la comida, para escapar de la fuerza romana y sobre todo de las delaciones de falsos amigos; o también, cuando en espera de la muerte, gustaba ya el olor del sepulcro en mi cueva de leproso... ¡Cuánto he pensado y he visto! He visto... la figura verdadera del espíritu, la tuya, Maestro y Rey del espíritu, la tuya, ¡oh Mesías! Hijo del Padre, que llevas al Padre y no a los palacios de polvo, no a las deidades de fango... ¡Tú, oh! Me es fácil seguirte... Perdona mi entusiasmo justo que se explaya de este modo, porque te veo como te he imaginado, te reconozco, al punto te conocí. Sí, no se trataba de que te conociese a Ti, sino de que reconociese a uno a quien ya el alma había conocido...”

² Cfr. 1 y 2 Mac. y en particular, por ej. 1 Mac. 2, 1-28; 3, 1-26; 2 Mac. 7, 1-41; Judas, el héroe principal de esta narración, se le conocía también con el nombre de Macabeo (1 Mac. 2, 4) título que se dio a sus hermanos.

“Por eso te llamé... y por eso te llevo conmigo, ahora en este mi primer viaje a Judea. Quiero que completes el reconocimiento... y quiero que también estos, a los que la edad no los hace capaces de llegar a la verdad por medio de una meditación constante, sepan cómo su Maestro ha llegado a esta hora... Después entenderéis. Pero henos aquí a la vista de la Torre de David. La Puerta Oriental esta cerca”.

“¿Salimos por ella?”.

“Sí, Judas. Primero vamos a Belén. Nací allí... Es bueno que lo sepáis para que lo digáis a los demás. También esto entra en el conocimiento del Mesías y de la Escritura. Encontraréis las profecías escritas en las cosas con voces que no pertenecen ya más a la profecía sino a la historia. Demos vuelta por las casas de Herodes...”

“La vieja zorra lavada y lujuriosa”.

“No juzguéis. Es Dios quien juzga. Vayamos por aquella vereda, entre las hortalizas. Nos cobijaremos bajo la sombra de un árbol, cerca de algún hospitalario lugar, hasta que el sol deje de quemar. Después proseguiremos el camino”.

La visión termina.

37. Jesús en Belén en casa del campesino y en la gruta

8 enero 1945

El camino es un sendero pedregoso, que el sol del estío ha quemado. Sobresale entre los grandes olivos, todos cargados con pequeñas aceitunas. El suelo por donde todavía nadie ha pasado, está cubierto con las florecitas de olivo, que cayeron después de la fecundación.

Jesús con los tres camina en fila india junto al sendero, por donde la sombra de los olivos ha conservado todavía verde la hierba y donde claro es, hay menos polvo.

El camino da vuelta en ángulo recto, y más allá sube lentamente hacia una especie de herradura de caballo en la que hay numerosas casitas esparcidas, que forman una ciudad pequeña. Exactamente en donde el camino tuerce, hay una construcción de forma cúbica sobre la que hay una pequeña cúpula. Esta cerrada como si estuviera abandonada.

“¡He aquí el sepulcro de Raquel!” dice Simón.

“Entonces ya casi llegamos. ¿Entramos luego en la ciudad?”.

“No, Judas. Primero os enseñaré un lugar... después entraremos en la ciudad y como todavía el día es claro y será noche de luna, podremos hablar a la población. ¿Querrán oíros?”.

“¿Quieres que no te escuchen?”.

Han llegado al sepulcro antiguo pero bien conservado, y bien pintado de blanco.

Jesús se detiene a beber en un pozo del campo allí cercano. Una mujer que había venido a sacar agua le ofrece. Jesús le pregunta: “¿Eres de Belén?”.

“Sí, pero ahora en tiempos de cosecha estoy con mi marido en estos lugares, para cuidar los huertos y los frutos que han nacido. ¿Eres Tú galileo?”.

“Nací en Belén, pero estoy en Nazaret de Galilea”.

“¿Tú también perseguido?”.

“La familia. Pero... ¿por qué dices: ‘...Tú también’? ¿Hay muchos perseguidos entre los betlehemitas?”.

“¿No lo sabes? ¿Cuántos años tienes?”.

“Treinta”.

“Si es así... naciste exactamente cuando... ¡Oh! ¡Qué desgracia! Pero... ¿Por qué nació Aquel aquí?”.

“¿Quién?”.

“Aquel que era llamado el Salvador. Maldición a esos estúpidos borrachos de cerveza que vieron ángeles en las nubes, oyeron voces celestiales en los balidos y rebuznos y en medio de su semioscura embriaguez tomaron a tres miserables por los más santos de la tierra. ¡Malditos sean! ¡Y... quién les creyó!”.

“Pero no explicas, con todas tus maldiciones, qué sucedió. ¿Por qué maldices?”.

“Porque... Óyeme: ¿a dónde vas?”.

“A Belén con mis amigos. Tengo qué hacer allá. Debo saludar a viejos amigos y llevarles el saludo de mi Madre. Pero antes quisiera saber muchas cosas, porque nosotros los de la familia hace muchos años que estamos ausentes. Dejamos la ciudad cuando yo era de unos cuantos meses”.

“Antes de la desgracia, ¿o no es así? Oye, si no te repugna la casa de un campesino, ven con nosotros a partir el pan y la sal. Tú y tus compañeros. Hablaremos durante la cena y os daré alojo hasta mañana. Tengo una casa muy pequeña, pero en el pajar hay mucho heno amontonado. La noche es cálida y serena. Creo que podrás dormir”.

“El Señor de Israel pague tu hospitalidad. Con gusto voy a tu casa”.

“El peregrino trae siempre consigo bendiciones. Vamos. Pero antes debo echar todavía seis cántaros de agua en las verduras que acaban de nacer”.

“Yo te ayudo”.

“No, Tú eres un Señor. Lo dice tu modo de obrar”.

“Soy un obrero, mujer. Y este es pescador. Estos son judíos, hombres de comodidad, Yo no”. Toma el cántaro que estaba cerca del brocal del pozo, le pone la cuerda y lo baja. Los otros no quieren ser menos y dicen a la mujer: “¿Dónde está la hortaliza? Muéstranosla, le echaremos agua”.

“Dios os bendiga. Tengo los riñones destrozados de tanto trabajo. Venid...”.

Y mientras Jesús saca su cántaro, los otros tres desaparecen por un vericuelo... después regresan con dos cántaros vacíos, los llenan y se van. Y así lo hacen no tres veces, sino hasta diez. Judas con la sonrisa en la boca dice: “Se muere en bendecirnos. Hemos echado tanta agua en las verduras que por dos días al menos, la tierra estará mojada y la mujer no ser acabará los riñones”. Cuando regresa por última vez dice: “Maestro, pero... me parece que no somos gratos”.

“¿Por qué Judas?”.

“Porque se la trae con el Mesías. Le dije: “No blasfemes. ¿No sabes que el Mesías es la mayor gracia para el pueblo de Dios? Yeová lo prometió a Jacob¹ y a todos los profetas y justos de Israel, y ¿tú odias?” Me respondió: “No lo odio a Él, sino al que los pastores borrachos y los malditos magos de Oriente, llamaron Mesías” Y... puesto que eres Tú...”

“No importa. Sé que he sido puesto para prueba y contradicción de muchos. ¿Le dijiste, quién soy Yo?”.

“No. No soy un tonto. Quise librar tus espaldas y las nuestras”.

“Hiciste bien. No por tratarse de las espaldas, sino porque Yo deseo manifestarme cuando lo crea conveniente. Vamos”.

Judas lo guía hasta la hortaliza. La mujer echa los tres últimos cántaros y luego los lleva a una casa campestre que está en medio de la huerta. “Entrad” dice. “Mi marido está ya en la casa”.

Entran en una cocina pequeña y húmeda. “La paz sea en esta casa”, saluda Jesús”.

Quien quiera que Tú seas, sea la bendición contigo y con los tuyos. Entra”, responde el hombre. Lleva al punto un lavamanos con agua para que los cuatro se refresquen y se limpien. Después entran y se sientan a una mesa rústica.

“Os agradezco en nombre de mi mujer. Me lo ha dicho. Nunca había tratado a los galileos, y me habían dicho que eran vulgares y peleoneros. Pero vosotros habéis sido gentiles y buenos. ¡Ya cansados... y trabajar juntos! ¿Venís de lejos?”.

“De Jerusalén. Estos son judíos. Este y Yo somos de Galilea. Pero créeme hombre: el bueno y el malo se encuentran en donde quiera”.

¹ Cfr. Gén. 28, 10-17; 49, 10.

“Es verdad. Por lo que a mí toca, es la primera vez que me encuentro con galileos y son buenos. Mujer, trae la comida. No tengo más que pan, verduras, aceitunas y queso. Soy carpintero”.

“Yo tampoco soy un señor. Soy un carpintero”.

“¿Tú?... ¿con esos modales?”.

La mujer interrumpe: El huésped es de Belén, te lo dije, y si los suyos son perseguidos, tal vez habrán sido ricos e instruidos como eran ricos Josué de Ur, Matías de Isaac, Leví de Abraham... ¡Pobres desgraciados!”.

“Nadie te preguntó. Perdónala. Las mujeres son más parlanchinas que los pájaros al oscurecer”.

“¿Eran familias betlemitas?”.

“¿Cómo?... Si eres de Belén, ¿no sabes quiénes eran?”.

“Huimos cuando yo apenas tenía unos cuantos meses”.

La mujer que en realidad debe ser una parlanchina, dice de nuevo: “Se fue antes de la matanza”.

“¡Ah! Lo comprendo. De otro modo no habría nadie en el mundo. ¿No has regresado después?”.

“No”.

“¡Qué desgracia! Pocos encontrarás de los que según me ha dicho Sara, quieres conocer y saludar. Muchos fueron matados, muchos huyeron, muchos... dispersos y no se sabe ni siquiera si murieron en el desierto o fueron arrojados en la cárcel para castigarlos por su rebelión. Pero ¿fue rebelión?... Mas, ¿quién hubiera podido permanecer inerte, dejando que fueran degollados tantos inocentes? ¡No, no es justo que sigan viviendo Leví y Elías, mientras tantos inocentes fueron asesinados!”.

“¿Quiénes son esos dos... y qué hicieron?”.

“Pero, sabrás a lo menos algo de la matanza. ¡La matanza de Herodes!²... Más de mil infantes en la ciudad y otro millar en la campiña³. Y... todos... casi todos varoncitos, porque en medio de la furia, de la oscuridad, de la confusión, esos crueles hombres arrancaron de las cunas, de los lechos maternos, de las casas asaltadas hasta a las niñas y las mataron como los arqueros matan a las pequeñas gacelas que están mamando la leche de su madre. Y bien... ¿todo esto por qué? Porque un grupo de pastores, que para no helarse de frío habían bebido mucha cerveza empezaron a delirar diciendo que habían visto ángeles, oído cantares y habían recibido indicaciones... y nos dijeron a nosotros lo de Belén: “Venid y adorad al Mesías que ha nacido” ¡Imagínate! ¡El Mesías en una cueva! Pero debo decir que en realidad todos estábamos ebrios, hasta yo, que en ese entonces era un jovencito, y también mi mujer, que tenía unos cuantos años de edad... porque todos creíamos y quisimos ver en una pobre mujer galilea a la Virgen que da a luz, de la que hablaron los profetas⁴ ¿Pero si estaba con un vulgar galileo! Ciertamente su marido. Si era mujer, ¿cómo podía ser “la Virgen”?... En resumidas cuentas ¡Creímos! Regalos, adoraciones... los hogares se abrían para hospedarlos... ¡oh! ¡Habían sabido hacerla muy bien! ¡Pobre Ana! Perdió los bienes y la vida y también los hijos de su hija, la mayor fue la única que se salvó porque estaba casada con un mercader de Jerusalén. Perdieron los bienes, porque a la casa se le puso fuego y todo el sembradío fue destruido por órdenes de Herodes. Hasta ahora es un campo desierto en que pacen los animales”.

“¿Toda la culpa es de los pastores?”.

² Cfr. Mt. 2, 16-18.

³ En cuanto a los Inocentes degollados por orden de Herodes, el número exacto fue de 32. De ellos 18 en la ciudad de Belén y 14 en las casas próximas a la ciudad. Entre los degollados había también niñas pues los sicarios no se pusieron a investigar el sexo preciso, ya que todos, llevaban el mismo vestido. Agréguese a esto la prisa de matar y la oscuridad de la noche. Como sucede siempre, el campesino exagera la verdad, y de este modo muchas leyendas falsas se han creado.

⁴ Cfr. Is. 7, 14.

“No, también de tres brujos que vinieron de los reinos de Satanás. Tal vez era compadre de los tres... ¡Y nosotros, estúpidos, nos sentimos honrados! ¡Aquel hombre arquisinagogo! Lo matamos porque juró que las profecías se cumplían exactamente con las palabras de los pastores y de los magos...”

“Entonces, ¿toda la culpa fue de los pastores y de los Magos...?”

“No, galileo. También, culpa fue nuestra credulidad. ¡Tanto que se esperaba al Mesías! Siglos de espera. Muchas desilusiones sufridas en los últimos tiempos a causa de los falsos Mesías. Uno era galileo, como Tú, otro se llamaba Teoda⁵. ¡Mentirosos! ¡Mesías ellos! ¡No eran más que aventureros rapaces en busca de fortuna! Debía habernos servido de lección, para que abriésemos los ojos. Por el contrario...”

“Y entonces ¿por qué maldecís solamente a los pastores y a los Magos? Si también os juzgáis tontos, deberíais de maldeciros a vosotros mismos. La maldición no la permite el mandamiento del amor. ¿Estáis seguros vosotros de estar en lo justo? ¿No podría haber sido cierto que los pastores y los Magos hubiesen dicho la verdad, que Dios les reveló?... ¿Por qué debe de pensarse que fuesen mentirosos?”

“Porque no se habían cumplido los años de la profecía⁶. Después lo reflexionamos... después que la sangre, que enrojeció los tanques de agua y los ríos, nos abrió los ojos del discernimiento”.

“¿Y no podría haber hecho el Altísimo, llevado por un gran amor a su pueblo, anticipar la venida del Salvador? ¿En qué apoyaron los Magos su dicho? Me has dicho que vinieron de Oriente...”

“En sus cálculos sobre una nueva estrella”.

“¿Y no acaso está dicho: ‘Una estrella nacerá de Jacob y una vara se alzarán de Israel?’⁷. ¿No es Jacob el gran patriarca que vivió en esta tierra de Belén a la que quiso como a la pupila de sus ojos, porque en ella murió su amada Raquel?...⁸ ¿Y no acaso por la boca del Profeta se dijo: ‘Brotará un retoño de la raíz de Jesé y saldrá una flor de esta raíz’⁹? Isaí, padre de David nació acá. El retoño que está en el tronco fue cortado de raíz con la usurpación de los tiranos, ¿no es acaso la ‘Virgen’ que dará a luz un niño, sin intervención de hombre¹⁰ –de otro modo no sería virgen– sino por voluntad Divina y por esto será el Emmanuel e Hijo de Dios, que será Dios y llevará a Dios al pueblo como su nombre lo dice? ¿Y acaso no será anunciado, dice la profecía¹¹ a los pueblos de las tinieblas, esto es, a los paganos, con ‘una luz grande’ como la estrella que vieron los Magos y que no podía ser la estrella de Jacob, la grande luz de las dos profecías de Balaan¹² y de Isaías¹³? Hasta la misma matanza que hizo Herodes, ¿no acaso entra en las profecías? ‘Se ha oído un lamento allá arriba... es que Raquel llora a sus hijos’¹⁴. Estaba indicado que los huesos de Raquel llorarían lágrimas en su sepulcro de Efrata, cuando a causa del Salvador, hubiera venido la recompensa al pueblo santo. Lágrimas que después se cambiarán en sonrisa celestial, como el arco iris que se forma con las últimas gotas del temporal, y que parece decir: ‘¡Ea! ¡Ahora está sereno!’ ”.

“Eres muy docto. ¿Eres Rabí?”.

“¡Sí!”.

“Lo creo. Hay luz y verdad en tus palabras. Sin embargo... todavía hay muchas heridas que manan sangre en esta tierra de Belén a causa del verdadero o falso Mesías... Nunca le

⁵ Cfr. Hech. 5, 36-37.

⁶ Cfr. Dan. 9, 20-27.

⁷ Cfr. Núm. 24, 17.

⁸ Cfr. Gén. 35, 16-20

⁹ Cfr. Is. 11, 1.

¹⁰ Cfr. Is. 7, 14; Mt. 1, 23.

¹¹ Cfr. Is. 9, 1.

¹² Cfr. Núm. 24, 17.

¹³ Cfr. Is 9, 1.

¹⁴ Cfr. Jer. 31, 15; Gén. 35, 19.

aconsejaría a Él que viniese acá. La tierra lo rechazaría como se rechaza a un bastardo por el que mueren los hijos verdaderos. Pero, bueno... si era Él... murió ya con los otros degollados”.

“¿Dónde viven ahora Leví y Elías?”.

“¿Los conoces?” El hombre entra en sospechas.

“No los conozco. No conozco sus rostros¹⁵ pero... son desgraciados, y siempre tengo compasión de los infelices. Quiero ir a verlos”.

“¡Uh! Serías el primero después de seis lustros. Aún son pastores y están al servicio de un rico herodiano de Jerusalén que se apropió muchos de los bienes de los matados... ¡Siempre hay alguien que gana! Los encontrarás con los ganados por las vertientes que van a Hebrón. Pero... un consejo: que los betlemitas no te vean hablar con ellos. Los soportamos porque... porque está el herodiano. De otro modo...”

“¡Sí, el odio! ¿Por qué odiar?”.

“Porque es justo. Nos hicieron daño”.

“Creyeron hacer bien”.

“Pero hicieron daño. Y el daño lo tenemos. Debíamos de haberlos matado como mataron por su torpeza. Pero todos estábamos como intoxicados y después... estaba el herodiano”.

“Si no hubiera estado él, ¿aun cuando hubiese pasado el primer sentimiento de venganza, los habríais matado?”.

“Ahora mismo los mataríamos, si no tuviéramos miedo a su patrón”.

“Hombre, yo te digo: ‘No hay qué odiar. No hay que desear el mal. No hay qué desear hacer el mal. Aquí no hay culpa. Aunque hubiese, perdona. Perdona en nombre de Dios. Dilo a los otros betlehemitas. Cuando haya caído el odio de vuestros corazones, veréis al Mesías; lo conoceréis entonces, porque Él vive. Él no estaba ya, cuando la matanza. Yo te lo digo. No fue culpa de los pastores ni de los Magos, sino de Satanás, el que hubiese acaecido la matanza. El Mesías ha nacido aquí, ha venido a traer la luz a la tierra de sus padres. Hijo de Madre Virgen de la estirpe de David, en las ruinas de la Casa de David, ha abierto al mundo el torrente de gracias eternas, ha mostrado la vida al hombre...”

“¡Largo! ¡Largo de aquí! ¡Sal de aquí! Tú, secuaz de ese falso Mesías, porque de no haberlo sido, no nos hubiera acarreado a nosotros de Belén esa desgracia. Tú lo defiendes, por eso...”

“Cálmate, hombre. Soy judío y tengo amigos que están en lo alto. Podría hacer que te arrepintieras del insulto” prorrumpie Judas, violento e iracundo, asiendo por el vestido al campesino y sacudiéndolo...

“¡No, no! ¡Fuera de aquí! ¡No quiero pleitos ni con los betlehemitas, ni con Roma, ni con Herodes. Idos, malditos, si no queréis que os deje un recuerdo. Fuera...”

“Vámonos, Judas. No reacciones. Dejémoslo con su rencor. Dios no entra donde hay ira. ¡Vámonos!”.

“Sí, vámonos. Pero me la pagaréis”.

“No, Judas, no. No digas así. Están ciegos... y habrá tantos a lo largo de mi camino...”

Salen detrás de Simón y Judas que están ya afuera y hablan con la mujer detrás de la esquina del pajar.

“Perdona a mi marido, Señor. No pensaba que podría yo causar tanto daño... mira, ten, los tomarás mañana. Están frescos, son de hoy. No tengo otra cosa... Perdona. ¿Dónde dormirás?...” (le da unos huevos).

“No te preocupes. Sé a dónde ir. Tranquilízate con tu buen corazón. Adiós”.

Caminan unos cuantos metros en silencio, después Judas explota: “¡Pero Tú, no hacerte adorar! ¿Por qué no hiciste que ese puerco blasfemo besase el lodo?... ¡A tierra! ¡Arrojado a tierra por haberte faltado! ¡Al Mesías!... ¡Oh! ¡Yo lo hubiera hecho! Los samaritanos tienen qué ser castigados con fuego milagroso. ¡No los persuade más que eso!”

“¡Oh! Cuántas veces habré de oír lo mismo! Si debiese convertir en cenizas a cada uno que me ofenda!... No, Judas... he venido para crear, no para destruir”.

¹⁵ Se sobreentiende no como Dios, sino como hombre, esto es, con experiencia humana.

“Está bien, pero entre tanto otros te destruyen”.

Jesús no contesta.

Simón pregunta: “¿A dónde vamos ahora Maestro?”.

“Venid conmigo. Conozco un lugar”.

“Pero si nunca has estado aquí, desde que huiste, ¿cómo lo conoces?” pregunta todavía más irritado Judas.

“Lo conozco. No es hermoso. Pero estuve una vez. No en Belén... un poco afuera... Demos vuelta por este lado”.

Jesús va adelante, detrás Simón, luego Judas y al final Juan... En el silencio interrumpido tan solo al frotarse las sandalias contra las piedritas del camino, se percibe un llanto.

“¿Quién llora?” pregunta Jesús volteándose.

Judas contesta: “Es Juan, se ha atemorizado”.

“No, no tengo miedo. Tenía ya la mano en el cuchillo que pende de mi cintura... pero me acordé de tu ‘No matar’, perdona”. Siempre lo dices...”

“¿Y entonces por qué lloras? Pregunta Judas.

“Porque sufro al ver que el mundo no ama a Jesús. No lo reconoce y no quiere reconocerlo. ¡Oh! ¡Qué dolor! Algo así como si con espinas de fuego me restregasen el corazón. Como si hubiera visto pisoteada a mi madre y escupida la cara de mi padre... Todavía peor... Como si hubiera visto los caballos romanos comer en el Arca Santa y descansar en el Santo de los Santos”.

“No llores, Juan mío. Repetirás lo mismo una y otras tantas veces: ‘Él era la luz que vino a brillar en las tinieblas, pero las tinieblas no lo comprendieron. Vino al mundo que Él había hecho, pero el mundo no lo conoció. Vino a su ciudad, a su casa, y los suyos no lo recibieron’¹⁶. ¡Oh! ¡No llores así!”.

“¡Esto no sucede en Galilea!” Juan dice con un suspiro.

“Pero... ni siquiera en Judea” le responde Judas. “Jerusalén es la capital y hace tres días que te lanzaban hosannas a Ti, el Mesías. Aquí... lugar de pastores burdos, campesinos y hortelanos... no se puede tomar como punto de partida. Los galileos también allá, no todos serán buenos. Por otra parte de lo que queda de Judea, de donde era el falso Mesías se decía...”

“Basta, Judas. No conviene perder la calma. Estoy tranquilo. También estadlo vosotros. Judas, ven aquí. Debo hablarte”. Judas va a Jesús: “Toma la bolsa, te encargarás de los gastos de mañana”.

“¿Y ahora en dónde nos albergaremos?”.

Jesús sonríe y calla. La noche cubre la tierra. La luna está arropada en su claridad. Los ruiseñores cantan entre los olivos. Un río que pasa por ahí, es como una cinta de plata que canta. De los prados segados se levanta un olor a heno caliente, diría sensual. Algún mugido, algún balido, y... estrellas, estrellas y estrellas... un campo de estrellas en el manto del cielo; una sombrilla de piedras preciosas sobre las colinas de Belén.

“Pero aquí... son ruinas. ¿A dónde nos llevas? La ciudad está más allá”.

“Lo sé. Ven. Sigue el río, detrás de Mí. Unos pocos pasos más y después... después te ofreceré la habitación del Rey de Israel”.

Judas encoge los hombros y calla.

Un poco más allá y luego un montón de casas en ruinas. Restos de habitaciones... Una cueva entre dos hendiduras de una gran muralla.

Dice Jesús: “¿Tenéis yesca?”.

Simón saca de su alforja una lamparita y la da a Jesús.

“Entrad” dice el Maestro levantando la lamparita. “Entrad, esta es la alcoba en donde nació el rey de Israel”.

¹⁶ Cfr. Ju. 1, 4-5 y 9-11.

“¿Juegas, Maestro? Esta es una cueva. De veras que yo aquí no me quedo. Me repugna. Húmeda, fría, apesosa, llena de escorpiones, tal vez de serpientes...”

“Y con todo, amigo, aquí el 25 de las Encenias, de la Virgen nació Jesús el Emmanuel, el Verbo de Dios hecho carne por amor del hombre. Yo, que estoy hablando. Entonces, como ahora, el mundo fue sordo a las voces del cielo que le hablaban al corazón... y rechazó a mi Madre... y aquí No, Judas, no apartes con disgusto tus ojos esos murciélagos que andan revoloteando; de esas lagartijas, de esas telarañas... no levantes con desdén tu hermosa y recamada vestidura para que no roce el suelo cubierto de excrementos de animales. Esos murciélagos son hijos de los hijos de aquellos que fueron los primeros juguetes que miraban los ojos del Niño, a quien cantaban los ángeles el “Gloria” que escucharon los pastores, que estaban ebrios solamente de alegrías extáticas, de la verdadera alegría. Esas lagartijas con su color de esmeralda, fueron los primeros colores que hirieron mi pupila, y los primeros después del blanco de la vestidura y del color del rostro materno. Esas telarañas fueron el baldaquín de mi cuna real. Ese suelo... ¡Oh! Lo santificaron los pies de Ella, la Santa, la Gran Santa, la Pura, la Inviolada, la Doncella Deípara, la que tenía que dar a luz. La que por obra de Dios dio a luz sin intervención humana. Ella... la sin Mancha, ha hollado este suelo. Tú puedes pisarlo y a través de las plantas de tus pies, quiera Dios, que suba a tu corazón la pureza que Ella derramó...”

Simón se ha arrodillado. Juan va derecho al pesebre y apoyada la cabeza, llora, Judas está aterrado... luego lo vence la emoción, y sin pensar más en su hermosa vestidura, se arroja al suelo, toma la orla del vestido de Jesús, lo besa y se golpea el pecho diciendo: “¡Misericordia, Maestro bueno para la ceguera de tu siervo! Mi soberbia cae... te veo cual eres. No el rey que yo pensaba, sino el Príncipe Eterno, el Padre del siglo futuro, el Rey de la Paz. ¡Piedad Señor y Dios mío, piedad!”

“¡Sí, ¡toda mi piedad! Ahora dormiremos en donde durmieron el Infante y la Virgen. Allí en donde Juan ha tomado el lugar de mi Madre en adoración... aquí en donde está Simón parece mi padre putativo... o si queréis os platicaré de aquella noche...!”

“¡Oh, sí Maestro! Hablemos de tu florecimiento a la vida”.

“Para que sea perla de luz en nuestros corazones, y para que lo podamos contar a nuestra vez al mundo”.

“Y venerar a tu Madre, no sólo porque es tu Madre, sino por ser... ¡Oh!... por ser la Virgen”.

Primero habló Judas, después Simón y luego Juan que está cerca del pesebre, con el rostro envuelto en llanto y sonrisa.

“Venid al heno. Escuchad...” y Jesús empieza a hablar de la noche de su nacimiento. “... Cuando ya mi Madre estaba próxima a dar a luz, llegó por orden del Cesar Augusto, el bando que publicó su delegado imperial Publio Sulpicio Quirino. En Palestina el gobernador era Senzio Saturnino. El bando era para hacer el censo de todos los habitantes del Imperio. Los que eran súbditos, tenían que ir a su lugar de origen para inscribirse en los registros del Imperio. José, esposo de María, obedeciendo, pues, el bando, salieron de Nazaret para venir a Belén, cuna de la estirpe real. Estaba frío...” Jesús sigue contando y así termina todo.

La preparación

1. "María puede ser llamada después de Cristo, la Primogénita del Padre"
2. Joaquín y Anna hacen una promesa al Señor.
3. Anna ora en el Templo. Es escuchada.
4. "Joaquín se había casado con la mujer en cuyo corazón estaba encerrada la Sabiduría de Dios".
5. Anna con un cántico anuncia que es madre.
6. La Inmaculada jamás se vio privada del pensamiento de Dios.
7. Nacimiento de la Virgen María.
8. "Su alma se muestra bella e intacta como cuando el Padre la pensó".
9. "Dentro de tres años estarás allí, lirio mío".
10. "Esta es la Niña Perfecta, de corazón de paloma".
11. "¡Oh alegría mía! ¿Cómo sabes estas cosas santas? ¿Quién te las dice?"
12. "¿No habrá el Hijo puesto en los labios de su Madre su Sabiduría?"
13. María es presentada en el Templo
14. "La eterna Virgen tuvo sólo un pensamiento: dirigir su corazón a Dios"
15. Muerte de Joaquín y Anna.
16. Tú deberías ser la Madre del Masías.
17. "Volvía a ver cuanto su espíritu había visto en Dios".
18. "Dios te dará un esposo y será santo porque has puesto tu confianza en Él. Tú le dirás tu voto".
19. José es señalado por esposo de la Virgen.
20. María y José se casan
21. "José es como un sello que defiende, como un arcángel a la puerta del Paraíso"
22. Los Novios llegan a Nazaret
23. La Anunciación
24. La desobediencia de Eva
25. La nueva Eva obedeció en todas las formas
- 26— Una breve explicación sobre el pecado original
27. Isabel está en cinta.
28. "Déjame que yo te justificaré ante tu esposo"
29. María y José van a Jerusalén.
30. De Jerusalén a la casa de Zacarías.
31. "No os despojéis jamás de la protección de la plegaria
32. María llega a la casa de Zacarías.
33. María revela el Nombre a Isabel.
34. María habla de su Niño.
36. El nacimiento del Bautista
- 37— "Florece toda esperanza para quien apoya su cabeza sobre mi pecho de Madre"
38. La circuncisión del Bautista
39. "Disponed vuestro corazón para que acoja la Luz"
40. La presentación del Bautista en el Templo.
41. "Si José hubiera sido menos santo, Dios no le hubiera concedido sus luces"
42. María se explica con José.
43. "Dejad al Señor el cuidado de proclamaros sus siervos"
44. El edicto del censo
45. "Amor es dar contento a quien se ama más allá de lo que pueden exigir los sentidos o la conveniencia"
46. El viaje a Belén
47. Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo
48. "Yo, María, redimí a la mujer con mi Maternidad divina"

49. Adoración de los pastores
50. En los pastores están todos los requisitos necesarios para ser adoradores del Verbo.
51. La visita de Zacarías
52. “José protector también de los consagrados”
53. Presentación de Jesús en el Templo
54. Enseñanzas que nacen de la escena anterior
55. Canción de cuna de la Virgen
56. Adoración de los tres Reyes
57. Consideraciones acerca de la fe de los Reyes.
58. Huída a Egipto
59. “El dolor fue el amigo fiel y tuvo varias formas y nombres”
60. La Sagrada Familia en Egipto
61. “En aquella casa se observó un gran orden”
62. Jesús recibe su primera lección de trabajo
63. “Quise observar las etapas de mi edad”
64. María, maestra de Jesús, de Judas y de Santiago
65. Los vestidos de Jesús para cuando sea mayor de edad
66. Parten de Nazaret.
- Jesús ha llegado a ser mayor de edad
67. Jesús y su examen en el templo
68. Jesús con los doctores en el Templo
69. Dolor de María cuando perdió a Jesús
70. Muerte de San José
71. “María en la muerte de José sufrió muchísimo”
72. A modo de conclusión de la vida privada

APÉNDICE

EL PECADO ORIGINAL SAN JOSÉ

Primer año de la vida pública (primera parte)

1. El adiós a la Madre y partida de Nazaret.
2. María lloró porque era Corredentora
3. Bautismo de Jesús en el Jordán
4. Juan no tenía necesidad de ninguna señal
5. Las tentaciones de Jesús en el desierto
6. “Satanás se presenta siempre bajo un ropaje benévolo”
7. El encuentro con Juan y Santiago
8. “Amé a Juan por su pureza”
9. Juan y Santiago hablan a Pedro del Mesías
10. Primer encuentro de Pedro con el Mesías
11. “Juan fue grande también en la humildad”
13. Judas Tadeo en Betsaida para invitar a Jesús a las Bodas de Caná
14. Jesús en las bodas de Caná
15. “Mujer qué más hay entre Tú y Yo”
16. Jesús arroja a los mercaderes del templo
17. Encuentro con Iscariote y Tomás.
- Milagro realizado en Simón el Zelote.
18. Tomás se hace discípulo
19. Judas de Alfeo, Tomás y Simón aceptados en el Jordán.
20. Regreso a Nazaret después de la pascua con los seis discípulos

-
21. Curación del ciego de Cafarnaúm
 22. El endemoniado de Cafarnaúm curado en la sinagoga
 23. Curación de la suegra de Simón Pedro
 24. Jesús predica y hace milagros en la casa de Pedro
 25. Jesús ora en la noche
 26. El leproso curado cerca de Corozain
 27. El paralítico curado en la casa de Pedro en Cafarnaúm
 28. La pesca milagrosa
 29. Iscariote encuentra a Jesús en Getsemaní y es aceptado como discípulo
 30. Jesús rompe milagrosamente las dagas
 31. Jesús en el Templo con Iscariote, predica allí
 32. Jesús instruye a Judas Iscariote
 33. Jesús se encuentra en Getsemaní con Juan de Zebedeo
 34. “Juan: cabeza de los que se hacen hostias por amor mío”.
 35. Jesús con Iscariote se encuentra con Simón Zelote y Juan
 36. Jesús, Juan, Simón y Judas van a Belén
 37. Jesús en Belén en casa del campesino y en la gruta

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 2

El primer año de la vida pública (Segunda parte)

38. Jesús en el albergue de Belén. Predicación en las ruinas de la casa de Anna.

9 enero 1945

Son las primeras horas de una brillante mañana de verano. El cielo se pinta de rosa en algunas nubecillas que parecen deshidratarse entre garzas perdidas en una alfombra de turquesas. Se oye todo un cantar de pájaros ebrios de luz... Pájaros merlos y petirrojos que trinan, charlan, pelean por un pedacito de rama, por un gusano, por una pajita que quieren llevar al nido, ponérselo en el cuello y transportarlo a donde están los polluelos. De lo alto del cielo las golondrinas saetean el riachuelo para mojarse el blanco pecho rematado en café; y cuando se han refrescado y han cogido la mosca que todavía dormía sobre el tallo de alguna flor, rasga el aire hacia arriba con el pico que parece un puñal bruñido, charlando alegremente.

Dos herrerillos de plumaje sedoso-ceniciento, graciosos pasean como dos damitas a lo largo de la ribera del riachuelo con la cola adornada de sutiles encajes negros en alto. Se miran en el agua, ven que son hermosas, vuelven a pasear en medio de las burlas de un merlo que les chifla, con su pico largo amarillo, un verdadero ladronzuelo del bosque. Dentro del ramaje de un manzano silvestre, que cerca de las ruinas se yergue solitario, una ruiseñora llama insistentemente a su compañero y calla sólo cuando ve que regresa con un gusano que se retuerce en el pico. Dos palomos de los que viven en las torres, y que tal vez se han escapado de una jaula y han elegido vivir libres entre las hendiduras del torreón en ruinas, se entregan a sus expansiones; él se acerca seductor, ella púdica lanza su gemido.

Jesús, con los brazos cruzados sobre el pecho, contempla a todas estas alegres criaturas y sonríe

“¿Tan pronto, Maestro?” pregunta Simón a sus espaldas.

“Sí. ¿Todavía están durmiendo los otros?”

“Todavía”.

“Son jóvenes... Me he bañado en el río... es agua fresca que despeja la mente”.

“Ahora voy yo”.

Mientras Simón, que lleva sólo la túnica corta, se asea y luego se pone los demás vestidos, sacan la cabeza Judas y Juan.

“Dios te guarde, Maestro. ¿Estamos retrasados?”

“No. Apenas amanece. Pero apresurémonos que nos vamos”.

Los dos se lavan y luego se ponen la túnica y el manto.

Antes de que se pongan en camino, Jesús arranca unas florcitas que han brotado en las hendiduras de dos piedras y las echa en una cajita de madera en que hay otras cosas que no puedo ver bien. Da la razón: “Las llevaré a mi Madre. Le gustarán... ¡Vámonos!”

“¿A dónde, Maestro?”

“A Belén”.

“¿De veras? Me parece que no nos sopla un buen aire...”

“No importa. Vayamos. Quiero que veáis a donde bajaron los Magos y dónde estaba Yo”.

“Si es así, Maestro, perdona y permite que te hable. Hagamos una cosa. En Belén, en el albergue, permite que sea yo el que hable y pregunte. En Judea no hay mucho cariño para los galileos aun por el vestido. Muy sencillo... Y luego... ¡esos cabellos! ¿Por qué os gusta tenerlos tan largos?... Simón y yo os damos nuestro manto y vosotros tomad el nuestro. Tú, Simón, dalo a Juan; yo al Maestro. Así... así... ¿Ves? Al punto parecéis un tanto judíos. Ahora esto”. Se quita el capucho; una tira de tela con listones amarillos, cafés, rojos y verdes, como el manto, que se intercambian, que se sujeta con un cordón amarillo y lo pone en la cabeza de

Jesús y se lo acomoda a las mejillas para que oculte los largos cabellos. “¡Ah! ¡Ahora está mejor! ¡Tengo el sentido práctico!”

“Sí, es cierto Judas, tienes el sentido práctico, no hay duda... pero procura que no exceda al otro sentido”.

“¿A cuál, Maestro?”

“Al sentido espiritual”.

“Lo haré. Pero en ciertos casos es mejor saber comportarse como políticos más que como diplomáticos. Escucha... no te enojas... es por tu bien... no me desmientas si digo cosas... cosas... que no son verdaderas”.

“¿Qué quieres dar a entender? ¿Por qué mentir? Yo soy la verdad y no amo la mentira, ni en Mí, ni alrededor de Mí”.

“Pero... no diré más que mentiras a *medias*. Diré que nosotros regresamos de lugares lejanos, por ejemplo Egipto, y que deseamos tener noticias de amigos queridos. Diré que somos judíos que regresamos de un destierro... En el fondo, hay un poco de verdad... por otra parte soy yo el que habla... mentira más, mentira menos...”

“Pero... Judas... ¿Por qué engañar?”

“¡No te preocupes Maestro! El mundo se gobierna con mentiras. Son necesarias algunas veces. Bueno para contentarte diré sólo que venimos de lejos y que somos judíos. Esto es verdad en el 75 por ciento. Y ¡tú Juan no abras para nada la boca! Nos traicionarías”.

“No diré nada”.

“Después... si las cosas van bien... diremos lo que falta. Pero no me lo espero... soy astuto y las tomo al vuelo”.

“Ya lo veo, Judas. Más me gustaría que fueses sencillo”.

“Sirve muy poco. En tu grupo seré quien tome las misiones difíciles”.

“Déjame que yo me las entienda”.

Jesús no lo desea mucho, pero cede.

Se pone en camino. Da vuelta por las ruinas, pasan una gran muralla sin ventanas, más allá de las cuales se ve el montón de camellos y dromedarios y se oye el desordenado rebuznar, mugir, relinchar y balar de animales. La muralla forma un ángulo. Dan vuelta y helos aquí en la plaza de belén. El tanque del agua está en el centro de la plaza, de forma irregular pero diferente a la que da al albergue, donde está la casita, que cuando viene a mi mente la veo plateada bajo los rayos de la estrella. Pero la casita es ahora un montón de ruinas. Tan solo queda en pie la escalera con su pequeño balcón. Jesús mira y da un suspiro.

La plaza está llena de gente alrededor de los vendedores de alimentos, utensilios, telas, etc. Que han extendido sobre las esteras o bien, puesto en canastas sus mercancías sobre el suelo y sentados en cuclillas cerca de sus mercancías, a no ser que tengan qué gritar y vociferar con algún marchante injusto, se ponen de pie.

“Es día de mercado” dice Simón.

La puerta, mejor dicho, el portón del albergue está quitado y sale por allí una hilera de asnos cargados con mercancías.

Judas es el primero en entrar, mira alrededor altanero y agarra a un mozo de pequeña estatura, sucio y sin vestidos, esto es, tiene puesto tan sólo un camisón sin mangas y que le llega hasta las rodillas. “¡Mozo!” grita “¡El patrón!” ¡Pronto! ¡Ve rápido, que no estoy acostumbrado a esperar!”

El muchacho por ir rápido tira una escoba de varas.

“¡Pero Judas! ¡Qué modales!”

“Silencio, Maestro. Déjame que yo me las entienda. Nos deben creer ricos y de ciudad”.

El patrón viene corriendo y se deshace en inclinaciones delante de judas, que se ve majestuoso con el manto rojo acerino de Jesús y su rica vestidura de oro pálido con rayas y franjas.

“Vinimos nosotros de lejos, somos judíos de la comunidad asiática. Este betlemita de nacimiento, perseguido, busca a sus queridos amigos de aquí. Y nosotros con Él, vinimos desde Jerusalén, donde hemos adorado al Altísimo en su Casa. ¿Puedes darnos informes?”

“Señor, soy tu siervo... para servirte. Ordena”.

“Queremos tener noticias de muchos, pero sobre todo de Anna, la mujer que habitaba frente al albergue”.

“¡Oh! ¡Desgracia! No encontrarás a Anna sino en el seno de Abrahán y a sus hijos con ella”.

“¿Muerta...? ¿Por qué?”

“¿No sabéis nada de la matanza de herodes? Todo mundo habló de él y hasta Cesar lo declaró: ‘cerdo que se alimenta de sangre’. ¡Bah! ¡Qué he dicho! ¡No me denunciéis! ¿Eres en realidad judío?”

“He aquí la señal de mi tribu. Así, pues, habla”.

“A Anna la mataron los soldados de Herodes con todos sus hijos, menos a una”.

“¿Pero por qué...? ¡Era muy buena!”

“¿La conociste?”

“¡Vamos!, que sí”. Judas miente descaradamente.

“La mataron porque dio hospitalidad a los que se decían ser padre y madre del Mesías... Ven aquí, e esta habitación... Las paredes tienen oídos, y... hablar de ciertas cosas... es peligroso”.

Entran en una habitacioncilla pequeña y baja. Se sientan sobre un diván.

“¡Ea... he tenido buen olfato! ¡No soy fondero para nada! Nací aquí, hijo de los hijos de fonderos. Tengo la malicia en la sangre. No los quise. Tal vez un rinconcito les habría encontrado. Pero... galileos, pobres, desconocidos, ¡eh! ¡A Exequias no se engaña! Y luego... veía... veía... que eran diferentes... aquella mujer... de esos ojos... un cierto... no, no... debía de tener el demonio dentro de sí y que le hablaba. Y la trajo aquí, no a mí sino a la ciudad. Anna era más inocente que una ovejita, y los hospedó por unos cuantos días, ya con el Niño. Decían que era el Mesías... ¡Oh! Cuánto dinero gané en aquellos días. ¡Qué censo ni qué nada! Venían aun aquellos que no tenían qué venir. Venían desde las Playas del mar, hasta de Egipto para ver... ¡y eso por meses! ¡Qué ganancias tuve...! Al fin vinieron tres reyes, tres poderosos, tres magos... ¡qué sé yo! ¡Un cortejo que no acababa nunca! Me rentaron todas las habitaciones y me compraron en oro tanto heno como para todo un mes, y al día siguiente se fueron dejando todo allí. Y ¡qué regalos hicieron a los pastores y a las mujeres! ¡También a mí! ¡Oh, yo no puedo decir sino bien del Mesías verdadero o falso que haya sido! Me permitió ganar dinero a montones. No he tenido ningún desastre. Ni siquiera muertos, porque apenas me había casado. Así pues... pero... ¡los demás!”

“Queríamos ver los lugares de la matanza”.

“¿Los lugares?... Pero si todas las casas fueron lugares de matanza. Fueron muertos por millares alrededor de Belén. Venid conmigo”.

Suben por una escalera, llegan a una gran terraza. De lo alto se ven grandes terrenos y toda Belén extendida como abanico abierto sobre sus colinas.

“¿Veis aquellos sitios en ruinas? Allí ardieron también las casas porque los padres defendieron a sus hijos con las armas. ¿Veis aquello como pozo cubierto de hierba...? Son los restos de la sinagoga. Fue quemada junto con el arquisinagogo que aseguraba que aquel era el Mesías. La quemaron los que quedaron enloquecidos con la matanza de sus hijos. Tuvimos trabajos, después... allá... ¿veis aquellos sepulcros? Son los de las víctimas... parecen ovejitas esparcidas entre el verde, vistas de lejos. Todos eran inocentes, así los padres como las madres de ellos... ¿Veis aquel tanque de agua? El agua estaba roja y después que los sicarios lavaron sus armas y sus manos en ella. Y habéis visto aquel río...? Lba enrojecido con la sangre que recogía de las cloacas... Y allí, exactamente, enfrente de mí es lo único que queda de Anna.

Jesús llora.

“¿La conocías mucho?”

Responde Judas: “Era como una hermana para con su Madre, ¿o no es así, amigo mío?”

“Lo comprendo” dice el fondero y queda pensativo.

Jesús se inclina a hablar quedo con Judas.

“Mi amigo querría ir a aquellas ruinas” dice Judas.

“¡Que vaya! ¡Pertenecen a todos!”

Baja, saludan y se van. El fondero queda desilusionado. Tal vez esperaba alguna ganancia. Atraviesan la plaza. Suben por la escalera que es lo único que está en pie.

“Por aquí” dice Jesús, “mi Madre me hizo saludar a los Magos y por aquí bajamos para ir a Egipto”.

Hay gente que mira a los cuatro en las ruinas. Uno pregunta: “¿Parientes de la muerta?”

“Amigos”.

Una mujer grita: “No hagáis mal, por lo menos vosotros, a la muerta, como le hicieron sus enemigos mientras vivía, y después escaparon salvos”.

Jesús está de pie en el balconcito de espaldas al pequeño muro bajo y en alto sobre la plaza como unos dos metros. Detrás de Él no hay nada, lo que hace que el sol al iluminarlo haga resaltar más su vestidura de lino blanquísimo que es todo lo que tiene porque el manto resbalándole por su espalda, está a sus pies como un pedestal multicolor. Atrás el fondo verde y desaliñado de lo que fuera jardín y campo de Anna, ahora lleno de arbustos y de ruinas.

Jesús extiende los brazos. Judas que ve el gesto, dice: “¡No hables! ¡Sé prudente!”

Pero Jesús llena la plaza con su fuerte voz: “¡Hombres de Judá! ¡Hombres de Belén, escuchadme” ¡Oídmme, vosotras mujeres de la sagrada tierra de Belén! Oíd a uno que viene de David, que sufrió persecuciones, que honrándose con hablaros, lo hace para daros luz y consuelo. Escuchadme”.

La multitud deja de hablar, de pelear, comprar y se amontona.

“Es un Rabi”.

“Ciertamente que viene de Jerusalén”.

“¿Quién es?”

“¡Qué hermoso es!”

“¡Qué voz!”

“¡Qué ademanes!”

“¡Y si es de la descendencia de David!”

“¡Entonces es nuestro!”

“¡Oigamos! ¡Oigamos!”

Toda la plaza está hacia la escalerilla que parece púlpito.

“Está dicho en el Génesis¹: “Pondré enemistades entre ti y la Mujer... Ella te aplastará la cabeza y tú estarás al acecho de su calcañal...” Y también está dicho: “Multiplicaré tus sufrimientos y tus partos... y la tierra producirá cardos y espinas”². Tal es la condenación del hombre, de la mujer y de la serpiente.

De lejanas tierras he venido a venerar la tumba de Raquel, he oído en el viento de la tarde, en el rocío de la noche, en el canto matutino del ruiseñor, que el sollozo de la antigua Raquel nuevamente se escucha, que se repite de boca a boca de las madres betlemitas en medio de los sepulcros, o en medio de sus corazones. Y he escuchado el bramido del dolor de Jacob en el dolor de los esposos viudos que están sin mujer, porque el dolor las ha matado³... juntamente con vosotros lloro. Pero oíd, hermanos de la tierra mía. Belén, tierra bendita, la más pequeña de entre las ciudades de Judá, pero la mayor ante los ojos de Dios y del linaje humano, porque siendo la cuna del Salvador, como dice Miqueas⁴ por esta razón, por haber

¹ Cfr. Gén. 3, 15.

² Cfr. Ib. 3, 16-18.

³ Cfr. Ib 35, 19-20; Jer. 31, 15; Mt. 2, 16-18.

⁴ Cfr. Míq. 5, 2.

sido destinada a ser el tabernáculo en que reposaría la Gloria de Dios, el Fuego de Dios, su Amor Encarnado, Satanás desencadenó su odio.

“Pondré enemistad entre ti y la mujer. Te tendrá bajo su pie y tú tratarás de morder su calcañal”. ¿Qué enemistad más grande puede haber que la que tienen por objeto los hijos que son el corazón del corazón de la mujer. ¿Y qué pie puede ser más fuerte que el de la Madre del Salvador? Por esta razón fue natural la venganza de Satanás vencido, el mal no atacó el calcañal de las madres sino el corazón de ellas.

¡Oh! ¡Los dolores de parto se multiplicaron al perderlos! ¡Oh, terribles cardos que después de haber sembrado y sudado por los hijos, son ahora padres sin prole, la sangre de los inocentes, ha servido de antorcha y púrpura al Mesías...”

La multitud que poco a poco ha venido comentando entre rumores lo que Jesús dijo al mencionar al Salvador, y después a la Madre de Él, ahora da indicio de mayor agitación.

“¡Calla, Maestro!” dice Judas. “¡Vámonos!”

Pero Jesús no le hace caso. Continúa: “...al Mesías que salvó la Gracia de Dios Padre de los tiranos para conservarlo al pueblo para la salvación del mismo y...”

Se oye una voz chillona de mujer: “¡Cinco, cinco, había yo parido y ninguno de ellos está en mi casa! ¡Desgraciada de mí!” histéricamente grita.

Es el principio de la gritería.

Otra mujer se arroja al polvo y desgarrando sus vestidos, muestra una teta mutilada sin el pezón y grita: “¡Aquí, aquí en esta teta me degollaron a mi primogénito! La espada le partió la cara juntamente con mi pezón. ¡Oh, Eliseo mío!”

“¿Yo?... ¡Y yo?... He ahí mi palacio. Tres tumbas en una, que el padre vigila. Marido e hijos juntamente. Si, si... si existe el Salvador que me devuelva a mis hijos, a mi esposo y me salve de la desesperación, ¡que me salve Belcebú!”

Todos a una gritan: “A nuestros hijos, a nuestros hijos, a nuestros maridos y padres, ¡que nos los devuelva si existe!”

Jesús agita los brazos para imponer silencio. “Hermanos de la misma tierra: gustoso devolvería a la carne, también la carne es decir los hijos. Pero Yo os digo: sed buenos, resignaos, perdonad, esperad y alegraos con la esperanza, regocijaos con la seguridad de que pronto volveréis a tener vuestros hijos, ángeles en el cielo, porque el Mesías va a abrir pronto la puerta del Cielo, y si fuereis justos la muerte será vida que viene y amor que regresa...”

“¡Ah!... ¿Eres Tú el Mesías?... ¡En nombre de Dios dílo!”

Jesús baja los brazos con un ademán tan dulce y calmado que parece un abrazo y dice: “Lo soy”.

“¡Lárgate! ¡Lárgate!... Entonces... ¡Tú tienes la culpa!”

Vuela una piedra entre silbidos e insultos.

Judas tiene un bello gesto... ¡Si así hubiera sido siempre! Se interpone ante el maestro, que está de pie sobre la pared pequeña, con el manto desplegado, y sin miedo alguno de recibir las pedradas. La sangre recorre. Grita a Juan y a Simón: “Llevaos a Jesús dentro de aquellos árboles, yo después iré. ¡Id, en nombre del cielo!” Y a la multitud le grita: “¡Perros rabiosos! Soy del templo y al Templo y a Roma os denunciaré”.

La multitud siente por un momento temor. Pero luego torna otra vez a las piedras, que por fortuna no le atinan. Impertérrito Judas las recibe, y con injurias responde a las maldiciones de la multitud. Aún más, coge al vuelo una piedra y la avienta a la cabeza de un viejecito que grita como una garza desplumada viva, y como tratan de atacar la escalerilla, rápido toma una rama seca que está en el suelo (ahora ya bajó de la pared pequeña) y le da vueltas sin piedad contra las espaldas, cabezas y manos, hasta que los soldados acuden y se abren paso con sus lanzas.

“¿Quién eres? ¿Por qué esta riña?”

“Un judío asaltado por estos plebeyos. Estaba conmigo un Rabí a quien los sacerdotes conocen. Hablaba a estos perros. Se han desencadenado y nos han atacado”.

“¿Quién eres?”

“Judas de Keriot, que pertenecía al Templo, pero ahora soy discípulo del Rabí Jesús de Galilea. Soy amigo de Simón el Fariseo, de Yocana el Saduceo, de José de Arimatea, consejero del Sanedrín y en resumidas cuentas, esto lo puedes comprobar con Eleazar Ben Anna, el gran amigo del procónsul”. “Lo verificaré. ¿A dónde vas?”

“Con mi amigo a Keriot y después a Jerusalén”.

“Ve. Te guardaremos las espaldas”.

Judas da al soldado unas monedas. Debe ser cosa ilícita... pero usual, porque el soldado las toma pronto y circunspecto saluda y sonríe. Judas salta, y va brincando por el inculto campo, hasta llegar a sus compañeros.

“¿Estás muy herido?”

“Cosa de nada, Maestro. Y... ¡Por Ti!... Pero también yo se las di. Debo estar manchado todo de sangre...”

“Sí, en la mejilla. Aquí hay un hilillo de agua”.

Juan moja un pedazo de tela y lava la mejilla de Judas.

“Me desagrada, Judas... Pero mira... decir también a ellos que uno es judío, según tu sentido práctico...”

“Son unos brutos. Espero que te habrás convencido, Maestro, y que no insistirás”.

“¡oh, no!... No por miedo, sino porque ahora es inútil. Cuando no se nos quiere, no se maldice y lo mejor es retirarse uno rogando por las multitudes que mueren de hambre y que no ven el Pan. Vámonos por este camino retirado. Creo que por aquí se puede tomar el camino que lleva al Hebrón... Pastores sí encontraremos”.

“¿Para que nos den otra apedreada?”

“¡No! Para decirles: ‘Yo soy’ ”.

“¡Ah! Entonces... sí que nos darán de palos. ¡Treinta años hace que por tu causa padecen...!”

“Veremos”.

Y se internan en un bosque tupido, sombrío y fresco. Los pierdo de vista.

39. Jesús y los pastores Elías, Leví y José

11 enero 1945

A medida que se escalan las alturas, más llenas de árboles, parecen más altas que las de Belén y cuanto más se asciende se ve una verdadera cadena de montes.

Jesús va subiendo delante de todos, con la mirada como si buscara a alguien. No habla. Pone más atención a la voz del bosque que a la de los discípulos, que unos cuantos metros detrás le siguen hablando entre sí.

Se oye lejos una campanilla, cuyo retintín el viento lleva. Jesús sonríe y se vuelve: “Creo que hay ovejas” dice.

“¿Dónde, Maestro?”

“Creo que en dirección de aquel montecillo”.

Juan no dice ni una palabra. Se quita el vestido de encima —el manto lo tiene todo sobre la espalda, envuelto porque hace calor— y con la túnica corta trepa por un árbol, que podría ser un fraxio y trepa hasta que puede ver algo. “Sí, Maestro, ¡muchas ovejas y tres pastores, allá, detrás de esa arboleda!” Baja, y todos van ciertos.

“¿Pero... serán ellos?”

“Les preguntaremos, Simón, y si no lo supieran, nos dirán alguna cosa... Se conocen entre sí”.

Alrededor de un centenar de metros y luego ante la vista de una gran pastura verde, rodeada de grandes plantas añosas hay muchas ovejas que muerden la tupida hierba. Tres hombres las están cuidando. Uno es viejo y ya encanecido, el otro va por los treinta y el otro como por los cuarenta.

“Atención, Maestro. Son malandrines...” aconseja Judas al ver que Jesús apresura el paso.

Nada le responde. Prosigue, alto, hermoso con el sol poniente sobre su rostro y sobre sus blancas vestiduras. Parece un ángel, ¡está tan brillante!

“La paz sea con vosotros, amigos”. Saluda cuando está en los bordes del pasto.

Los tres sorprendidos vuelven la cara. Silencio. El más viejo pregunta: ¿Quién eres?”

“Uno que te ama”.

“Serás el primero después de muchos años. ¿De dónde vienes?”

“De Galilea”.

“¿De Galilea?... ¡Oh! El hombre lo mira con atención. Los otros dos se han acercado. “De Galilea”... repite el pastor, y lentamente como si hablase consigo mismo: “También Él era uno que venía de Galilea... ¿De qué lugar, Señor?”

“De Nazaret”.

“¡Oh! Entonces, dime. ¿Ha regresado por fortuna un Niño con una mujer que se llamaba María y con un hombre que era llamado José; un Niño más hermoso que su madre, una flor bella que no se ha visto en las pendientes de Judá? Un Niño que nació en Belén de Judá, cuando fue el edicto. Un Niño que después huyó para fortuna del mundo. Un Niño por quien daría la vida si supiese que está vivo y que ahora será ya un hombre”.

“¿Por qué dices que fue una gran suerte para el mundo que Él hubiese huido?”

“Porque Él era el Salvador, el Mesías y Herodes lo quería matar. No estaba yo cuando huyó con su padre y Madre... Cuando me enteré de la matanza y regresé... también tenía yo hijos (un sollozo), Señor, y una mujer (sollozo) y me habían dicho que habían sido asesinados (Otro sollozo), pero te juro por el Dios de Abraham, que temblaba yo más por Él que por mi propia carne... Supe que había huido y no pude ni siquiera preguntar, ni siquiera recoger a mis hijos degollados... A pedradas como si fuese un leproso, como un inmundo, como un asesino, me tomaron... y tuve que huir a los bosques para llevar una vida de lobo... hasta que encontré un patrón. ¡Oh! No existe más Anna... ¡Es cosa dura y cruel!... si una oveja se me falsea o si el lobo arrebató un corderillo, me darán de palos hasta que me salga sangre, o me quitarán mi poca paga y tendré que trabajar en los bosques para otros, para hacer alguna cosa y pagar el triple de su valor. Pero... ¡no importa! He dicho siempre al Altísimo: “Permíteme que vea a tu Mesías, haz que al menos sepa que está vivo y todo lo demás es nada”. Señor, te he contado cómo me trataron los betlehemitas y cómo el patrón. Pude haber devuelto mal por mal, o hacer el mal robando para no sufrir con el patrón. Pero no he querido más que perdonar, padecer, ser honrado, porque los ángeles dijeron: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

“¿Exactamente así dijeron?”

“Sí, Señor, créelo al menos Tú, que eres bueno. Al menos Tú, piensa y cree en el Mesías que ha nacido. Nadie lo quiere creer. Pero los ángeles no mienten... y no estábamos borrachos como dijeron. Este, mira, era entonces un niño y fue el primero en ver al ángel. No bebía sino leche. ¿Puede la leche emborrachar a alguien? Los ángeles dijeron: ‘Hoy en la ciudad de David ha nacido el Salvador, que es el Mesías, el Señor, y lo reconoceréis así: Encontraréis a un Niño recostado sobre un pesebre, envuelto en pañales’ ”.

“De veras ¿así dijeron? ¿No oíste mal? ¿No os habéis equivocado después de tanto tiempo?”

“¡Oh, no! ¿Verdad Leví?... Para no olvidar esto —no lo habríamos logrado, porque eran palabras del Cielo en nuestros corazones y que se esculpieron con fuego del Cielo en nuestros corazones- todas las mañanas y todas las noches, cuando el sol se levanta y cuando brilla la primera estrella, decimos esas palabras como oración, bendición, fuerza y consuelo, juntamente con su nombre y el de su Madre”.

“¡Ah! ¿Decíais: Mesías?”

“No Señor, decimos: Gloria a Dios en los cielos altísimos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, por el Mesías que nació de María en un pesebre de Belén y que envuelto en pañales, estaba allí, Él que es Salvador del mundo”.

“Pero en fin de cuentas, ¿a quién buscáis?”

“Al Mesías, Hijo de María, al Nazareno, al Salvador”.

“Yo soy”. Jesús resplandece al decirlo, al manifestarse a estos tenaces hombres que lo han amado. Tenaces, fieles, pacientes.

“¡Tú! ¡Señor nuestro Jesús!” Los tres se echan a tierra y besan los pies de Jesús entre llanto de alegría,

“Levantaos. Levantaos, Elías; también tú, Leví y tú a quien no conozco”.

“José, hijo de José”.

“Estos son mis discípulos, Juan, galileo; Simón y Judas, judíos”.

Los pastores ya no están inclinados sobre la tierra, ahora de rodillas, echados sobre sus calcañales adoran al Salvador con ojos de amor, con labios que tiemblan de emoción, con rostros colorados de la alegría.

Jesús se sienta en la hierba.

“No, Señor. En la hierba, Tú, no, Rey de Israel”.

“No os preocupéis amigos. Soy pobre. Un carpintero por el mundo. Rico sólo de amor por el mundo y amor que los buenos me dan. Vine para estar con vosotros, para compartir con vosotros el pan de esta noche, dormir a vuestro lado sobre el heno y recibir consuelo de vosotros...”

“¡Oh, consuelo! Somos hombres sin educación y perseguidos”.

“También Yo lo soy. Pero vosotros me dais lo que busco: amor, fe y esperanza que aguanta durante años y al fin florece. ¿Veis? Supisteis esperarme, al creer sin dudar que Yo era y... ¡heme aquí!”

“¡Oh, sí! Has venido. Ahora, aunque me muera, no tengo nada que me dé dolor, porque lo que esperé lo tengo”.

“No, Elías. Vivirás hasta después del triunfo del Mesías. Tú que viste mi alba, debes ser mi resplandor. ¿Y los otros? Erais doce: Elías, Leví, Samuel, Jonás, Isaac, Tobías, Jonatás, Daniel, Simeón, Juan, José y Benjamín. Mi Madre me decía siempre vuestros nombres, como el nombre de mis primeros amigos”.

Los pastores se muestran cada vez más conmovidos.

“¿En dónde están los demás?”

“El viejo Samuel hace veinte años que murió. Era ya anciano. A José lo mataron peleando en la puerta de la salida, para dar tiempo a que huyera su esposa con éste, al que hacía pocas horas había dado a luz. Yo lo recogí por amor de mi amigo... y también... para tener niños alrededor. También tomé conmigo a Leví lo perseguían. Benjamín con Daniel pastorean en Líbano, Simón, Juan y Tobías, que ahora prefiere que se le llame Matías en recuerdo de su padre, al que también mataron, son discípulos de Juan. Jonás está en la llanura de Esdrelón, al servicio de un fariseo. Isaac está solo, en Yutta, con los riñones despedazados y sumido en la mayor miseria. Lo ayudamos como podemos... pero nos golpean a todos y son gotas de rocío en un incendio. Jonatás es ahora servidor de uno de los grandes de Herodes”.

“¿Cómo pudisteis, sobre todo Jonatás, Jonás, Daniel y Benjamín encontrar esos trabajos?” “Me acordé de Zacarías, pariente tuyo... Tu Madre me había mandado a él. Y cuando nos encontramos ante los desfiladeros de Judea, fugitivos y maldecidos, los llevé a su casa. Se portó bien. Nos protegió, nos dio de comer y nos buscó un patrón, como pudo. Ya había yo tomado a mi cuidado todo el ganado de Annás de manos del herodiano... y me he quedado con él... Cuando el Bautista llegó a edad adulta y empezó a predicar, Simeón, Juan y Tobías se fueron con él”.

“Pero el Bautista ahora está prisionero”.

“Sí. Y ellos cerca de Maqueronte están de ronda, con un pequeño ganado, para no levantar sospechas. Las ovejas son de un hombre rico, discípulo de Juan, tu pariente”.

“Me gustaría ver a todos”.

“Sí, Señor. Iremos a decirles: “Venid, Él está vivo. Se acuerda de vosotros y os ama”.

“Y os quiere entre sus amigos”.

“Sí, Señor”. Pero primero iremos a ver a Isaac. ¿En dónde están sepultados Samuel y José?”

“Samuel en Hebrón. Quedó al servicio de Zacarías. José... no tiene tumba, Señor. Murió en su casa incendiada”.

“No entre las llamas de los crueles, sino entre las llamas del Señor. Pronto estará en la gloria. Yo te lo digo, a ti José, hijo de José, Yo te lo aseguro. Ven a que te bese para agradecer a tu padre”.

“¿Y mis niños?”

“Son ángeles, Elías; ángeles que repetirán el “Gloria” cuando el Salvador sea coronado”.

“¿Rey?”

“No, Redentor. ¡Qué cortejo de justos y santos! ¡Adelante irán las falanges blancas y purpurinas de los niñitos mártires! Y al abrirse las puertas del Limbo subiremos juntos al reino en donde no existe la muerte. ¡Y luego volveréis a ver y a encontrar en el Señor a vuestros padres, madres e hijos! ¿Lo creéis?”

“Sí, Señor”.

“Llamadme Maestro. Ya la noche va bajando, la primera estrella ha nacido. Di tu oración antes de cenar”.

“Yo no, Tú”.

“Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad que han merecido ver la luz y servirle. El Salvador está entre vosotros. El Pastor de la estirpe real está entre su grey. La Estrella Matutina ha nacido. ¡Alegraos justos! Alegraos en el Señor. Él que creó los cielos y los sembró con estrellas, Él que puso límite entre la tierra y los mares, Él que creó los vientos y el rocío, que dispuso las estaciones para que den pan y vino a sus hijos, he aquí que nos manda un Alimento mucho mayor; el Pan vivo que descende del Cielo, el Vino de la Vid eterna. Venid, vosotros, primicias de los que me adoraron. Venid a conocer realmente al Padre, para que lo sigáis santamente y consigáis el premio eterno”. Jesús dijo esta plegaria, de pie con los brazos abiertos, mientras que discípulos y pastores están arrodillados.

Se reparten pan y las escudillas de leche recién ordeñada, y como son tres los tazones o jícara vacías, no sabría decirlo, comen primero Jesús, Simón y Judas; después Juan a quien Jesús da su tazón y el último en comer es Elías.

Las ovejas ya no pastan, se reúnen en grupo compacto esperando que las lleven a su redil. Sin embargo no es así. Miro que los tres pastores las llevan al bosque, debajo de una techumbre rústica de ramas entrelazadas con cuerdas. Se ocupan en preparar el heno que servirá de lecho a Jesús y a los discípulos. Se prenden hogueras, tal vez para ahuyentar a los animales de la selva.

Judas y Juan, cansados se acuestan y minutos después duermen. Simón quiere hacer compañía a Jesús, pero poco después también él se duerme, sentado sobre el heno, con la espalda recargada sobre un palo. Todavía están despiertos Jesús y los pastores. Hablan de José, de María, de la Huída a Egipto, del regreso... y después de estas preguntas de amor vienen otras de mayor importancia: ¿Qué hacer para servir a Jesús? ¿Cómo lo lograrán ellos, pastores sin educación?

Jesús les enseña y les explica: “Ahora voy por Judea. Siempre los discípulos os tendrán informados. Después haré que vayáis conmigo. Entre tanto reuníos. Procurad que el uno esté enterado del otro de mi presencia en el mundo, como maestro y Salvador. Como podáis, hacedles saber. No os prometo que siempre se os creerá. Pero así como supisteis ser fuertes y justos en la esperanza, así también sedlo ahora que sois míos. Mañana iremos hacia Yutta, luego a Hebrón ¿Podéis venir?”

“¡Oh sí! Los senderos son de todos y los pastizales de Dios. Tan sólo el odio injusto nos tiene alejados de Belén. Los otros poblados solo se burlan de nosotros llamándonos “bebedores”. Por esto, muy poco podemos hacer allí”.

“Os llamaré para que vayáis a otras partes. No os abandonaré”.

“¿Por toda la vida?”

“Por toda mi vida”.

“No, primero moriré yo, Maestro. Soy viejo”.

“¿Lo crees? ¡No! Yo. Una de las primeras caras que vi, fue la tuya, Elías. Y será una de las últimas. Llevaré conmigo, en mi pupila tu cara consternada de dolor a causa de mi muerte. Pero después tu cara llevará en el corazón, el irradiar de una mañana triunfal, y con ella esperarás la muerte... la muerte: el encuentro eterno con Jesús a quien pequeñito adoraste. También entonces, los ángeles cantarán el “Gloria”: ‘para el hombre de buena voluntad’ ”.

No oigo más. La dulce visión se oscurece. Termina.

40. Jesús en Yutta con Isaac el pastor

12 enero 1945

Un fresco valle en el que se oye el correr de las aguas de un plateado río entre los peñascos cubiertos de espuma y que sigue hacia el sur rocía con su risueña frescura las pequeñas hierbas de la orilla. Mas parece que sus aguas lleguen hasta los declives, porque están verdes, con un verde de esmeralda; un verde salpicado de matices que brota del suelo, a través del musgo y de los matorrales del bosquecillo selvático y parece que llega hasta las cimas de los altos árboles, como de los nogales que están en el bosque propiamente dicho, cruzado por áreas al descubierto, que son zonas verdes en donde hay hierbabuena, que sirve de alimento sano y robusto a los ganados.

Jesús viene bajando con los suyos y con los tres pastores en dirección al río. Se para con toda paciencia cuando hay que esperar a una oveja retrasada o a uno de los pastores que debe ir tras una oveja que se le extravía. Es exactamente el Buen Pastor, También se ha buscado Él una rama larga para apartar las ramas de las moreras, de los majoletos y las algalias, que salen de todas partes y se pegan a los vestidos. Así es completa su imagen de pastor.

“¿Ves?... Allá está Yutta. Pasaremos el torrente, hay un lugar en donde se puede vadear en verano, sin tener qué ir hasta el puente. Habría sido más corto, haber venido de la parte de Hebrón. Pero tú no quisiste”.

¡No. A Hebrón iremos después. Primero y siempre al que sufre. Los muertos ya no sufren, cuando son justos. Y Samuel era justo. Por otra parte no es necesario que uno esté cerca de los huesos muertos que tienen necesidad de oraciones...

Los huesos... ¿qué son?... Prueba del poder de Dios que creó al hombre del polvo, y no de otra cosa. También los animales tienen huesos. El esqueleto de los animales es menos perfecto que el del hombre. Tan solo el hombre tiene un cuerpo derecho, como rey entre sus súbditos, con un rostro que no tiene necesidad de doblar el cuello para mirar en alto, allá donde está la morada del Padre. Pero siempre huesos son. Polvo que torna al polvo. La Eterna Bondad quiere reconstruir los huesos en el día eterno para dar un poco más de gozo a los bienaventurados. Pensad: no tan solo serán reunidos los espíritus sino que se amarán *mucho más* que sobre la tierra y gozarán de volverse a ver con las mismas facciones que en la tierra tuvieron: los hijos de hermosos cabellos rizados y bonitos como los suyos, Elías, a sus padres. Seres querido en el corazón como los vuestros, Leví y José. Más... para ti, José será el momento en que reconocerás esos rostros que siempre añoras conocer. No habrá más huérfanos ni más viudos entre los justos, allá...

Sufragios se pueden hacer en donde quiera a los muertos. Es oración de un alma, por el alma de aquel con quien se estaba unido al Espíritu Perfecto. No más distancias, no más destierros, no más prisiones, no más sepulcros... No habrá nada que pueda dividir o encadenar en una impotencia dolorosa lo que está fuera y sobre las cadenas de la carne. Vosotros os dirigís, a vuestros seres amados con la mejor porción vuestra. Ellos con lo mejor que tienen vienen hacia vosotros y todo gira al experimentarse esta fusión de almas que se

aman en torno al Eterno Dios, Espíritu Perfectísimo, Creador de todo cuanto ha existido, existe y existirá. Amor que os ama y os enseña a amar¹.

Pero creo que hemos llegado al vado. Veo una hilera de piedras que salen a flor de agua”.

“Es así. Ese es, Maestro. Cuando viene la avenida, es una cascada que retumba, ahora no es otra cosa que siete riachuelos de aguas que ríen entre las gruesas piedras del vado”.

Exactamente seis grandes piedras, demasiado cuadradas, están a distancia de un palmo entre sí, en el fondo del torrente, y el agua que antes de llegar parecía una brillante cinta, se divide en otras siete pequeñas, que se dan prisa sonrientes hasta volverse a unir al pasar el vado en medio de una frescura y que va charlando entre las arenas del lecho.

Los pastores vigilan el paso de las ovejas. Algunas prefieren brincar sobre las piedras y otras entran al agua que no es más profunda que un palmo, y beben al agua de color diamantino que se viste con espuma y sonrisas.

Jesús pasa sobre las piedras y detrás de Él los discípulos y continúan su camino en la ribera opuesta.

“Me dijiste que quieres hacer saber a Isaac que estás aquí... pero... ¿no quieres entrar al poblado?”

“Así es”.

“Entonces es hora de separarnos. Yo voy a donde está; Leví y José se quedan con el ganado y con vosotros. Subo por aquí; así será más rápido”. Elías sube por la ladera, hacia las casas blanquecinas que resplandecen con el sol.

Tengo la sensación de que lo sigo. Helo en las primeras casas. Sigue por un callejón entre casas y huertos. Camina una docena de metros. Después da vuelta en un camino más ancho que lleva a la plaza. No había dicho que todo esto está ocurriendo en las primeras horas matinales. Lo digo ahora para que se comprenda el por qué en la plaza hay todavía mercado, y criadas y vendedores que gritan en rededor de los árboles que dan sombra en la plaza.

Elías se va derecho a donde la plaza se convierte otra vez en camino, un camino bastante hermoso y tal vez el mejor del poblado. En la esquina hay una casa pobre, mejor dicho, una habitación con la puerta abierta. Casi a la puerta hay un lecho miserable y sobre él hay un enfermo que es todo un esqueleto, que pide entre lamentos una limosna.

Elías entra como de rayo. “Isaac... soy yo”.

“¿Tú?... No te esperaba. Viniste la luna pasada”.

“Isaac... Isaac... ¿Sabes por qué he venido?”

“No sé... Estás excitado... ¿Qué pasa?”

“He visto a Jesús de Nazaret, hombre, ahora Rabí. Vino en busca mía... y nos quiere ver. ¡Oh, Isaac, te sientes mal!”

En realidad Isaac está como alguien que fuese a morir. Pero toma aliento. ¡No. La noticia... ¿en dónde está?... ¿Cómo es?... ¡Oh! ¡Si lo pudiera ver!”

“Está allá abajo en el valle. Me manda para que te diga esto, nada más que esto: “Ven, Isaac, quiero verte y bendecirte”. Llamaré ahora a alguien que me ayude y te llevaré allá abajo”.

“¿Así dijo?”

“así... pero... ¿qué haces?”

“Voy”.

Isaac hace a un lado la cobija, mueve las inertes piernas, las saca de la paja, las pone en el suelo, se levanta todavía un poco incierto, vacilante. Todo sucede en un instante, bajo los ojos desencajados de Elías... que al fin entiende y grita... Se asoma una mujercilla curiosa... Ve al enfermo de pie, que al no tener otra cosa se echa encima una de las cobijas y escapa gritando como una gallina.

¹ Para el origen del polvo, cfr. Gén. 2, 7; para retorno a él, ib. 3, 19; sufragios por los difuntos: 2 Mac. 12, 38-46; para la resurrección: Sal. 15, 9-10; Sal. 48, 15-16; Job. 19, 25-27; Ez. 37, 1-4; Dan. 12, 1-3; 2 Mac. 7, 1-42; Mt. 22, 23-33; Rom 8, 11; 1 Cor. 15; 2 Tim 2, 17-18, etc.

“Vámonos... vámonos por acá para llegar más rápido y no toparnos con la gente... Apúrate Elías”.

Salen en estampida por la puerta del huerto que da a la parte posterior y empujan las ramas secas que hacen las veces de puerta y corren por una vereda miserable; después siguen por un caminito entre huertos y de ahí bajan entre prados y bosquecillos, hasta llegar al río.

“¡Mira ahí a Jesús!” dice Elías señalándolo con el dedo. “Aquel alto, hermoso, rubio, vestido de blanco y con el manto azul...”

Isaac, corre, se abre paso entre el ganado que pace, y con un grito de triunfo, de alegría, de adoración, se postra a los pies de Jesús.

“Levántate, Isaac. Ya vine a traerte la paz y bendición. Levántate para que vea tu cara”.

Pero Isaac no quiere levantarse. Son demasiadas las emociones y continúa en medio de su llanto delicioso, con la cara contra el suelo.

“Al punto viniste. No te preguntaste si podías...”

“Tú me mandaste decir que viniese... y he venido”.

“Ni siquiera cerró la puerta, ni recogió las limosnas, Maestro”.

“¡No importa! Los ángeles vigilarán su habitación. ¿Estás contento Isaac?”

“¡Oh, Señor!”

“Lláname: Maestro”.

“Sí, Señor, Maestro mío. Aunque no me hubiese curado, habría sido feliz en verte. ¡Cómo he logrado tener en tu presencia tanta gracia?”

“Tu fe y tu paciencia, Isaac. Sé cuánto has sufrido...”

“¡Nada, nada! ¡Más que nada! ¡Te he encontrado! ¡Estás vivo! ¡Estás aquí! Esto es lo que vale... lo demás, *todo lo demás* ha pasado. Pero Señor y Maestro: Ahora no te vas ya ¿verdad?”

“Isaac tengo a todo Israel para evangelizarlo. Me voy... pero si no puedo quedarme, tú me puedes siempre seguir y servir. ¿Quieres ser mi discípulo, Isaac?”

“¡Oh! ¡Pero no serviré!”

“¿Sabrás declarar que Yo soy?... ¿a pesar de las burlas y amenazas podrás afirmarlo?... ¿y decir que Yo te llamé y que tú viniste?”

“Aun cuando Tú no lo quisieras, todo eso diría yo. En esto te desobedecería, Maestro. Perdona que te lo diga”.

Jesús sonríe. “¿Luego, tú comprendes que eres bueno para hacerla de discípulo?”

“¡Oh! ¡Sí! no hay otra cosa qué hacer! Pensaba que sería una cosa más difícil. Que tendría qué ir a la escuela de los Rabinos para servirte, Rabí de los rabinos... y así de viejo ir a la escuela...” El hombre bien tiene por lo menos cincuenta años.

“Ya has terminado la escuela, Isaac”.

“¿Yo? ¡No!”

“Tú, sí. ¿No acaso has seguido creyendo y amando, respetando y bendiciendo a Dios y al prójimo, sin tener envidia, sin desear lo que era de otros, ni lo que era tuyo y que ya no poseías, sin decir más que a verdad aún que te perjudicase, sin fornicar con Satanás al no cometer pecado alguno? ¿No has hecho todo esto en estos treinta años de desventura?”

“Sí, Maestro”.

“Lo ves. La escuela ya la has terminado. Sigue así y añade la revelación de mi presencia en el mundo. No tienes que hacer otra cosa”.

“Ya te he predicado, Señor Jesús... Les hablé a los niños que venían, cuando ya casi inválido, llegué a este poblado pidiendo un pan y cuando todavía podía trabajar en cosa de lana y de laticinios, y también después cuando venían alrededor de mi cama, cuando mi mal creció y perdí todas las fuerzas de las piernas. Hablaba de Ti a los niños de aquellos tiempos y a los niños de ahora, hijos de aquellos... los niños son buenos y creen siempre... Les contaba cuando naciste... de los ángeles y de la Estrella de los Magos... y de tu Madre... ¡Oh! Dime... ¿Vive todavía?”

“Vive y te manda saludos. Siempre habla de vosotros”.

“¡Oh, si pudiera verla!”

“La verás. Algún día vendrás a mi casa. María se dirigirá a ti con el saludo de: ‘amigo’”.

“María... sí. Es como tener miel en la boca al pronunciar ese nombre... Hay una mujer en Yutta, que no hace poco ha dado a luz a su cuarto hijo. Cuando era pequeña fue una de mis pequeñas amigas... y ha puesto a sus hijos los nombres de: María y José a los dos primeros, y como no se atrevieron a llamar al tercero con el nombre de Jesús, le puso el de Emmanuel, para augurio de sí misma, de su casa y de Israel. Y ahora está pensando en el nombre que dará al cuarto. ¡Oh! ¡Cuando sepa que estoy curado! ¡Y que Tú estás aquí! ¡Sara la mamá es buena como el pan, y bueno es también su esposo Joaquín! Y ¡qué decir de sus padres! Estoy vivo por ellos. Me dieron siempre refugio y ayuda”.

“Vamos a su casa a pedirles refugio mientras baja el sol y a llevarles una bendición por su caridad”.

“De este lado, Maestro, es más fácil para el ganado y para evitar a la gente que ciertamente estará excitada. La anciana que me vio ponerme en pie con seguridad ya lo habrá contado”.

Siguen por el río y lo dejan más al sur, para entrar en un sendero que sube muy inclinado; siguen por uno como espolón del monte, exactamente como si fuera un espolón de nave. Ahora el río está en dirección contraria de donde suben y corre en el fondo entre dos hileras de montes que se cruzan formando un hermoso valle quebrado. Reconozco el lugar. Es inconfundible. Es el mismo de la visión de Jesús con los niños, que tuve en la primavera pasada. La barda, de costumbre, que claramente señala la propiedad que se extiende hacia el valle. He ahí los prados con manzanas, higos y nueces; he ahí la casa, blanquecina en medio del verdor, con sus alones salientes sobre la escalera y que hacen de portal y de columna. He allí la cupulilla y el jardincillo con su pozo, con sus travesaños y sus redes...

Un vocerío grande sale de la casa. Isaac va adelante. Entra. Llama con voz fuerte. “¡María, José, Emmanuel! ¿Dónde estáis? Venid a Jesús”.

Los tres pequeños corren: una niña como de cinco años y dos niñitos de cuatro y de dos. El más pequeño todavía vacila al caminar. Quedan con la boca abierta ante el que... se ha levantado. Grita al punto la niña: ¡Isaac” ¡Mamá, Isaac está aquí! ¡Judit ha visto bien!”

De la habitación donde había un gran vocerío sale una mujer: una madre en flor, morena, alta, hermosa en su mirar lejano, muy hermosa con sus vestidos de fiesta; un vestido de blanco lino, cual rica camisa que cae entre pliegues hasta las rodillas y que se estrecha a los lados con un chal rayado, que dibuja sus magníficas caderas, llegando plegada hasta las rodillas, por detrás, y por delante queda semicerrada al cruzarse en la cintura con una hebilla de filigrana. Un velo transparente de rosas con un fondo café, que cubre las negras trenzas, como un pequeño turbante y que después baja por la nuca entre ondas y pliegues por la espalda para rematar sobre el pecho. Lo sostiene prendido en la cabeza una coronita de medallas entrelazadas con una cadena. Aretes pesados en forma de anillos y penden de las orejas y en el cuello mantiene recogida la túnica una argolla de plata que pasa entre los ojales del vestido. En los brazos, pesados brazaletes de plata.

“¡Isaac! ¡Pero cómo! Judit... ¡pensaba que el sol me la había trastornado...! ¡Tú caminas! Pero... ¿qué pasó?”

“¡El Salvador, Sara! ¡Aquí está! ¡Ha venido!”

“¿Quién? ¿Jesús de Nazaret?... ¿En dónde está?”

“Allí, detrás del nogal, que pide lo recibas”.

“¡Joaquín! ¡Madre! ¡Venid todos, venid! ¡Es el Mesías!”

Hombres, mujeres, mozos, niños corren fuera gritando... pero cuando ven a Jesús alto y majestuoso, pierden todo su entusiasmo y se quedan como petrificados.

“La paz sea en esta casa y en todos vosotros. La paz y la bendición de Dios” Jesús avanza lentamente con la sonrisa en los labios en dirección del grupo. “Amigos, ¿queréis dar hospitalidad a un viajero?” y una sonrisa muy expresiva brota de sus labios.

La sonrisa vence los temores. El esposo tiene el valor de hablar: “Entra, Mesías. Te hemos amado sin conocerte. Te amaremos mucho más conociéndote. Mi casa tiene fiesta por tres

motivos: Por Ti, por Isaac y por la circuncisión de mi tercer varoncito. Bendícelo, Maestro. ¡Mujer, trae al niño! ¡Entra, Señor!"

Pasan a una sala preparada para la fiesta. Mesas y platos, manteles y ramas verdes por todas partes. Sara regresa con un hermoso niño recién nacido y lo presenta a Jesús.

"Dios siempre sea con él. ¿Cómo se llama?"

"No tiene nombre. Esta es María, este es José, este Emmanuel, este... todavía no tiene..."

Jesús mira a los dos esposos sonriendo: "Buscadle un nombre, si es que hoy debe ser circuncidado".

Los dos se miran, lo miran, abren la boca y la cierran sin decir palabra alguna. Todos están atentos.

Jesús insiste: "La historia de Israel tiene tantos nombres grandes, dulces. Los más dulces y benditos ya los tienen estos. Pero tal vez hay todavía otro".

Al unísono los dos esposos dicen: "¡El tuyo, Señor!" Y la esposa termina diciendo: "pero es muy santo..."

Jesús sonríe y pregunta: "¿Cuándo será circuncidado?"

"Estamos esperando al que lo va a circuncidar".

"Estaré presente en la ceremonia. Entre tanto os agradezco lo que hicisteis por mi Isaac. Ahora no tiene necesidad más de los buenos, pero los buenos tienen todavía necesidad de Dios. Habéis dado al tercer niño el nombre de: Dios con nosotros. Y sin embargo a Dios lo teníais desde que tuvisteis caridad para con mi siervo. Seais benditos. En la tierra y en el cielo vuestra acción será recordada".

"¿Pero Isaac ahora nos abandona?"

"¿Os pesa?... Debe servir a su Maestro. Pero regresará y también vosotros de vuestra parte, hablad del Mesías... ¡Es necesario hablar mucho para convencer al mundo! Mas he ahí que viene al que esperabais".

Entra pavoneándose un personaje con su criado. Saludos e inclinaciones. "¿Dónde está el niño?" pregunta con solemnidad.

"Aquí está. Pero saluda al Mesías. Está aquí".

"¿El Mesías?... ¿El que curó a Isaac? Bueno... pero después hablamos. Tengo mucha prisa. El niño y su nombre".

Los presentes están mortificados con tales modales. Sin embargo Jesús sonríe como si tales desplantes no fuesen para Él. Toma al bebé, lo toca en su frentecita con sus hermosos dedos, como si fuese a consagrar, y dice: "Su nombre es Yesai" y lo pasa al padre que junto con el altisonante personaje y con otros se dirige a la habitación vecina. Jesús se queda en donde está hasta que regresan con el niño que llora desesperadamente.

"Mujer, dame al niño. ¡Ya no llorará!" dice para consolar a la angustiada madre. El niño al ser puesto sobre las rodillas de Jesús, se calla al punto.

Se forma un grupo alrededor de Jesús, con los niños, los pastores y los discípulos. Afuera se oye el balar de las ovejas que Elías ha encerrado en un corral. En la casa hay ruido de fiesta. Traen a Jesús y a los suyos dulces y bebidas, que Él distribuye entre los niños.

"¿No bebes, Maestro? ¿No te gusta? Se te da de corazón".

"Lo sé, Joaquín, y de corazón lo acepto. Pero deja que antes haga que estén contentos los pequeñitos. Son mi alegría..."

"No te preocupes de ese hombre, Maestro".

"No, Isaac. Ruego porque vea la luz. Juan, lleva a los dos niños a ver las ovejas, y tú María, acércate a Mí y dime: ¿Quién soy Yo?"

"Tú eres Jesús, Hijo de María de Nazaret, nacido en Belén, Isaac te vio y me puso el nombre de María para que yo sea buena".

"Buena como el ángel de Dios, más pura que un lirio que haya brotado en la ladera del monte, piadosa como debe de ser el levita más santo, para imitarla. ¿Lo serás?"

"Sí, Jesús".

"Niña, di Maestro o Señor".

“Judas... deja que me llame por mi nombre. Sólo cuando pasa por los labios inocentes no pierde el sonido que tiene en los labios de mi Madre. Todos en el correr de los siglos pronunciarán este nombre; unos por interés, otros por diferentes motivos, y otros para blasfemar de él. Sólo los inocentes, que ni calculan interés ni odio, lo dirán con amor como lo hace esta pequeñita y lo hace mi Madre. También los pecadores me llamarán, porque necesitan compasión. ¡Pero mi Madre y los niños! ¿Por qué me llamas Jesús?” acariciando a la niña le pregunta.

“Porque te quiero mucho... como a papá, a mamá y a mis hermanitos” responde abrazándose a las rodillas de Jesús, con la carita levantada y llena de sonrisas.

Jesús se inclina y la besa... y así termina todo.

41. Jesús en Hebrón, en casa de Zacarías. Aglae

13 enero 1945

“¿A qué hora llegaremos?” pregunta Jesús, que camina en el centro del grupo que también llevan las ovejas, que mordisquean la hierba de las veredas.

“A eso de las nueve. Son cerca de diez kilómetros”. Responde Elías.

Y después... ¿vamos a Keriot?” Judas pregunta.

“Sí, iremos allá”.

“Y ¿no era más corto ir de Yutta a Keriot? No está muy lejos. ¿O no es así, pastor?”

“Más o menos dos kilómetros más”.

“Así, caminaremos veinte inútilmente”.

“Judas... ¿por qué tan inquieto? Dice Jesús.

“No lo estoy, Maestro. Pero me habías prometido venir a mi casa...”

“E iré. Siempre mantengo mis promesas”.

“Mandé avisar a mi madre... y Tú por otra parte, dijiste que con los muertos se está aún con el espíritu”.

“Lo dije. Pero piensa bien, Judas: Tú por Mí, no has sufrido todavía. Estos hace treinta años que sufren y ni siquiera han traicionado el recuerdo mío. *Ni siquiera el recuerdo*. No sabían si estuviese vivo o muerto... y sin embargo permanecieron fieles. Se acordaban de Mí, cuando estaba recién nacido, Niño que no tenía otra cosa que llanto y deseo de leche... y sin embargo siempre me han reverenciado como a Dios. Por causa mía han sido golpeados, maldecidos, perseguidos: como un oprobio de la Judea y con todo, su fe no vacilaba: con los golpes, no se secaba, sino que echaba raíces más profundas y se hacía más robusta”.

“A propósito. Hace ya varios días que una pregunta me quema los labios. Estos son amigos tuyos y de Dios. ¿No es cierto? Los ángeles los bendijeron con la paz del cielo... ¿no es así? Permanecieron justos contra todas las tentaciones ¿No me equivoco? Entonces... explícame ¿por qué fueron desgraciados?... ¿y Anna? ¿La mataron porque te amaba?...”

“... Y por lo tanto concluyes que mi amor y el amarme traigan desgracias?”

“No... pero...”

“Pero así es. Me desagrada verte tan cerrado a la luz y tan preocupado de las cosas humanas. No te metas, Juan, ni tú tampoco Simón. Prefiero que él hable. No regaño jamás. Tan solo deseo que abráis vuestros corazones para introducirlos a la luz. Ven aquí, Judas, escucha. Tú partes de un juicio, que muchos también tienen y que otros también tendrán. Dije juicio, debería decir error. Pero como lo decís sin malicia, por ignorancia de lo que es la verdad, por eso no es error, sino un juicio imperfecto, como puede tenerlo un niño. Sois niños, pobres hombres. Y Yo soy como Maestro, para formar hombres adultos, capaces de discernir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo mejor de lo bueno. Escuchad, pues. ¿Qué cosa es la vida? Es un breve tiempo en que el hombre está en la tierra, diría Yo, en el Limbo del Limbo, que el Padre Dios os concede para probar vuestra naturaleza de hijos buenos o bastardos, para reservaros, a partir de vuestras obras, un futuro que no será ya más breve, ni tendrá pruebas. Decidme ahora: ¿Sería justo que alguien que ya tuvo el bien extraordinario de

poder servir a Dios de una manera especial, posea también por toda la vida un bien continuo? ¿No os parece que es ya mucho bien, y por tanto puede llamarse feliz, aun cuando no exista la felicidad en lo humano?... ¿No sería justo que quien tiene ya luz de manifestación divina en el corazón y la paz de una conciencia que no está intranquila, tenga también honores y bienes terrenos?... ¿No sería una cosa hasta imprudente?”

“Maestro, pienso que sería hasta profanador. ¿Por qué poner alegrías humanas en donde Tú estás?... Cuando uno te tiene –y estos te han tenido, los únicos ricos en Israel, porque durante treinta años te poseyeron- no deben tener otra cosa. No se ponen cosas humanas en el propiciatorio... y el vaso sagrado no sirve más que para usos sagrados. Estos han sido consagrados desde el día en que vieron tu sonrisa... ¡y nada, pero nada que no seas Tú debe entrar en el corazón que te posee! ¡Si fuese como ellos!” dice Simón.

“Pero te apuraste de volver a tomar tus bienes, tan pronto viste que el Maestro te había curado”, contesta irónicamente Judas.

Es verdad, lo dije y lo hice, pero... ¿sabes por qué? ¿Cómo puedes juzgar si no lo sabes todo? Mi administrador tuvo órdenes escuetas. Ahora que Simón el Zelote está curado –sus enemigos no pueden hacerle daño con segregarlo, ni pueden perseguirlo porque no pertenece más que al Mesías, y no tiene secta, tiene sólo a Jesús y basta- por eso Simón puede disponer de sus bienes que un hombre honrado, un hombre fiel le conservó. Y yo, dueño todavía por una hora, di órdenes de reajuste para obtener más dinero por su venta y poder decir... no, esto no lo digo”.

“Simón, los ángeles lo dicen por ti, y lo escriben en el libro eterno” dice Jesús.

Simón mira a Jesús. Los dos se cruzan miradas, la del uno está llenas de sorpresa, la del otro de bendición.

“¡Como siempre estoy equivocado!”

“No, Judas. Tienes sentido práctico. Tú mismo lo dices”.

“¡Oh, pero con Jesús!...! También Simón Pedro estaba apegado al sentido práctico y ahora es al revés!... También tú, Judas, llegarás a ser como él. Poco tiempo hace que estás con el Maestro, nosotros más y nos hemos mejorado” dice Juan, siempre dulce y conciliador.

“No me ha querido, de otra manera hubiera sido suyo desde la Pascua”. Hoy Judas está de mal humor.

Jesús corta la conversación al dirigirse a Leví: “¿Has estado alguna vez en Galilea?”

¡Sí, Señor”.

“Vendrás conmigo para llevarme a donde está Jonás... ¿Lo conoces?”

“Sí, lo veía siempre en Pascua. Iba entonces a su casa”.

José baja la cabeza mortificado. Jesús lo nota.

“No podéis venir al mismo tiempo. Elías quedaría solo con el ganado pero tú vendrás conmigo hasta el paso de Jericó, donde nos separaremos por un poco de tiempo. Después te diré lo que debes de hacer”.

“¿Nosotros, nada?”

“También vosotros, Judas, también vosotros”.

“Ya se ven las casas” dice Juan, que va adelante unos cuantos pasos.

“Es Hebrón, entre dos ríos, como jinete. Aquel caserón entre lo verde, un poco más alto que los demás, es la casa de Zacarías, ¿la ves, Maestro?”

“Apresuremos el paso”.

Presurosos caminan los últimos metros y entran en el poblado. Las pezuñas de las ovejas parecen castañas en las piedras irregulares de la calle, que está toscamente empedrada. Llegan a la casa. La gente mira este grupo de hombres de tan diverso aspecto, edad y vestido entre el blanquear de las ovejas.

“¡Oh! ¡Está cambiada! ¡Aquí estaba el cancel!” dice Elías. Ahora en lugar de cancel hay un portón de hierro que impide la vista, y también la valla es más alta que un hombre, por lo que nada se puede ver.

“Tal vez estará abierto por atrás, vamos”. Dan vuelta a un gran cuadrilátero, mejor dicho, un vasto rectángulo, pero la valla está siempre igual por todas partes.

“Una valla construida hace poco” dice Juan al observarla. “Está limpio de marcas y por tierra hay todavía piedras de cal”.

“Ni siquiera ver el sepulcro... estaba hacia el bosque. Ahora el bosque está fuera de la valla y... parece que es de todos. Están haciendo leña...” Elías Está perplejo.

Un hombre, un viejecito leñador de baja estatura, pero fuerte, que mira al grupo, deja de partir un tronco caído, y viene hacia él. “¿Qué buscáis?”

“Queríamos entrar en la casa para orar en el sepulcro de Zacarías”.

“Ya no existe el sepulcro. ¿No sabíais? ¿Quiénes sois?”

“Soy amigo de Samuel, el pastor. El...”

“No es necesario, Elías” dice Jesús y Elías calla.

“¡Ah! ¡Samuel!... ¡Ya! Pero desde que Juan, hijo de Zacarías, está en prisión, la casa no es más suya. Y es una desgracia, porque todas las ganancias de sus bienes las daba a los pobres de Hebrón. Una mañana vino un hombre de la corte de Herodes, arrojó fuera a Joel, puso los sellos, después regresó con trabajadores y empezó a levantar la valla. En la esquina, allí estaba el sepulcro. No lo quiso...y una mañana lo encontraron destruido... los huesos mezclados con el polvo... los recogimos como se pudo... ahora están en una sola urna... En la casa del sacerdote Zacarías, aquel infame tiene sus amantes. Ahora hay una actriz de Roma. Por eso levantó la muralla. No quiere que se vea... ¡La casa del sacerdote un prostíbulo! ¡La casa del milagro y del Precursor! Porque ciertamente lo es, ¡aun cuando no fuese el Mesías! Y ¡cuántas dificultades hemos tenido por causa del Bautista! ¡Pero es nuestro Grande! ¡Verdaderamente Grande! El haber nacido fue ya un milagro, Isabel, ya vieja como un cardo seco, fue fértil como un manzano en Adar, primer milagro. Después vino una prima, que era una santa, a servirla y a desatar la lengua del sacerdote. Se llamaba María, la recuerdo aún cuando se le veía muy raramente. ¿Cómo fue?... no sé. Se dice que para que Isabel fuese feliz, Ella hizo que la boca muda de Zacarías tocara su seno grávido, o también se dice que Ella le metió sus dedos en la boca. No sé muy bien. Lo cierto es que después de nueve meses de silencio, Zacarías habló, alabando al Señor y diciendo que estaba ya el Mesías. No dio mayor explicación. Pero mi mujer asegura, se encontraba aquel día, que Zacarías dijo, al alabar al Señor, que su hijo iría delante de Él. Ahora yo digo: no es como la gente cree. Juan es el Mesías y va por delante del Señor como Abraham delante de Dios. ¿No tengo razón?”

“Tienes razón por lo que respecta al espíritu del Bautista, que siempre camina delante de Dios. Pero no tienes razón, respecto al Mesías”.

“¿Entonces aquella mujer, que se decía, Madre del Hijo de Dios –lo dijo Samuel- no era verdad que lo fuese? ¿No existe todavía?”

“Lo era. El Mesías ha nacido, y le precedía él, que en el desierto levantó su voz como dijo el Profeta¹”.

“Eres Tú el primero en asegurarlo. Juan, la última vez que Joel le llevó una piel de oveja, como lo hacía cada año al acercarse el invierno, cuando fue preguntado acerca del Mesías no dijo: “Está...” cuando Él lo diga...”

“Oye. Fui discípulo de Juan y le oí decir: “He ahí al Cordero de Dios”, señalando...” dice Juan.

“¡NO, no! El Cordero es él. Verdadero Cordero que por sí mismo se ha desarrollado, sin necesitar casi madre ni padre. Apenas hecho hijo de la Ley, se apartó a las cuevas de los montes que dan al desierto y allí creció, hablando con Dios. Isabel y Zacarías murieron y él no vino. Para él, Dios era su padre y madre. No hay nadie que sea más santo que él. Preguntadlo a todo Hebrón. Lo decía Samuel, pero deben tener razón los betlehemitas. Juan es el Santo de Dios”.

“Si alguien te dijese: “Yo soy el Mesías” ¿qué dirías?” pregunta Jesús.

¹ Cfr. Mal. 3, 1; Is. 40, 3.

“Le llamaría blasfemo y lo arrojaría a pedradas”.

“¿Y si hiciese un milagro para probar que es ¿El?”

“Diría que estaba endemoniado; el Mesías vendrá cuando Juan se revele en su verdadero ser. El mismo odio de Herodes es la mayor prueba. Él, astuto, sabe que Juan es el Mesías”.

“No nació en Belén”.

“Pero cuando salga, después de que él mismo anuncie su próxima venida, se manifestará en Belén. También Belén espera esto. Mientras... ¡Oh!, ve a hablar a los betlehemitas de otro Mesías, si es que tienes valor... y verás”.

“¿Tenéis sinagoga?”

“Sí, por esta calle, derecho, como a doscientos pasos. No puedes equivocarte. Cerca está la urna de los restos violados”.

“Adiós que el Señor te alumbré”.

Se van. Dan vuelta hacia la parte de adelante.

En el portón hay una joven vestida descaradamente. Hermosísima. “¿Señor, quieres entrar en la casa?... ¡Entra!”

Jesús la mira, severo como un juez, pero no dice nada; Judas habla, que en esto es muy experto: “¡Métete desvergonzada! ¡No nos manches con tu vaho, perra hambrienta!”

La mujer se sonroja y baja la cabeza. Apenada trata de desaparecer, mientras pilluelos y transeúntes le hacen burla.

“¿Quién es tan puro que pueda decir: “Jamás he deseado la manzana que Eva ofreció”² dice Jesús enojado y añade: “Señálenmelo y Yo lo saludaré como “Santo” ¿Ninguno?... Entonces si no por desprecio, más por debilidad, os sentís incapaces de acercaros a ella, retiraos. No obligo a los débiles a una lucha desigual. Mujer: quiero entrar. Esta casa era de un pariente mío. Me es querido”.

“Entra, Señor, si no sientes asco de mí”.

“Deja la puerta abierta. Que el mundo vea y no murmure...”

Jesús pasa serio, majestuoso. La mujer se inclina subyugada y no se atreve a moverse. Las palabras punzantes de la gente la hieren muy a lo vivo. Se va corriendo hasta el fondo del jardín, mientras Jesús llega hasta los pies de la escalera, espía a través de las puertas semicerradas, pero no entra. Se dirige al sepulcro, que ahora es una especie de templo pagano.

“Los huesos de los justos, aunque secos y dispersos, manan bálsamo de purificación y esparcen semillas de vida eterna. ¡Paz a los muertos que vivieron en el bien! ¡Paz a los puros que duermen en el Señor! ¡Paz a los que sufrieron pero no quisieron conocer el vicio! ¡Paz a los verdaderos grandes del mundo y del cielo! ¡Paz!”

La mujer que ha dado una vuelta por una cerca que la defiende, se ha acercado a Él.

“¡Señor!”

¡“Mujer!”

“¿Tu nombre, Señor?”

“Jesús”.

“Jamás lo había oído. Soy romana, actriz, y bailarina. No soy experta en ninguna otra cosa más que en lascivias. ¿Qué significa tu nombre? El mío es Aglae y... quiere decir vicio”.

“El mío: Salvador”.

“¿Cómo salvas?... ¿A quién?”

“A quien tiene buena voluntad de ser salvo. Yo salvo al enseñar a ser puros, a preferir el dolor a la honra, a amar el bien a toda costa”. Jesús habla sin acritud pero tampoco se vuelve a la mujer.

“Yo estoy perdida”.

“Yo... soy el que busco a los perdidos”.

“Yo estoy muerta”.

² En el Apéndice de “La preparación” se habla del pensamiento del PECADO ORIGINAL de la escritora.

“Yo soy el que da la Vida”.

“Yo soy porquería y mentira”.

“Yo soy pureza y Verdad”.

“Bondad también eres, Tú que no me miras, no me tocas y no me pisoteas. Ten piedad de mí”.

“Ante todo ten piedad primero de ti. De tu alma”.

“¿Qué cosa es el alma?”

“Lo que hace del hombre un dios y no un animal. El vicio, el pecado, la mata, y muerta ya, el hombre se convierte en un animal repugnante”.

“¿Podré verte otra vez?”

“Quien me busca me encuentra”.

“¿En dónde estás?”

“Donde los corazones tienen necesidad de médico y de medicina para volverse honestos”.

“Entonces... no te veré más... yo estoy donde no se quiere médico ni medicina, ni honestidad...”

“Nada te impide que vengas a donde Yo estoy. Por las calles mi nombre será voceado y llegará hasta ti. ¡Adiós!”

“Adiós, Señor. Permíteme que te llame “Jesús”. ¡Oh! ¡No por familiaridad sino... para que penetre un poco de salvación en mí. Soy Aglae. Acuérdate de mí”.

“Sí. Adiós”.

La mujer se queda en el fondo. Jesús serio sale. Mira a todos. Ve la perplejidad en los discípulos, la burla en los hebrónitas. Un siervo cierra el portón.

Jesús toma la calle y llama a la sinagoga. Saca la cara un viejo feo. No da tiempo a Jesús de que hable. “La sinagoga está prohibida a los que comercian con prostitutas; este lugar es santo. ¡Lárgate!”

Jesús se voltea sin hablar y continúa caminando por la calle. Los suyos le siguen. Cuando están fuera de Hebrón empiezan a hablar.

“Pero, Tú lo quisiste, Maestro” dice Judas. “¡Una prostituta!”

“Judas, en verdad te digo que ella te superará. Y bien, ahora que tú me lo echas en cara, ¿qué me dices de los judíos? En los lugares más santos de Judea se han burlado de nosotros y nos han arrojado... Pero, así es. Vendrá el tiempo que Samaría y los gentiles adorarán al Dios verdadero, y el pueblo del Señor estará sucio de sangre y de un crimen... de un crimen respecto al cual, el de las prostitutas que venden su carne y su alma, será poca cosa. No he podido orar sobre los huesos de mis primos y del justo Samuel. Pero no importa. Descansad huesos santos, alegraos ¡oh espíritus que habitáis en ellos! La primera resurrección está cerca. Después vendrá el día en que seréis mostrados a los ángeles como los de los siervos del Señor”.

Jesús calla y todo termina.

42. Jesús en Keriót. Muerte del viejo Saúl

14 enero 1945

Tengo la impresión de que la parte más áspera, o sea la garganta más estrecha de las montañas de Judea, esté en Hebrón y Yutta. Pero podría también engañarme, y podría ser esto un valle más ancho y extenso que descubre horizontes más amplios en donde hay montes aislados pero ya no es cordillera. Es la primera vez que la veo y no la conozco bien. Por los campos bien labrados, aunque no extensos se ve la cebada, el centeno y también viñedos en las partes en donde da más el sol. Después bosques hermosos en la parte más alta con pinos y abetos, y otros árboles propios de la selva... un camino regular, introduce a un pequeño poblado.

“Este es el suburbio de Keriot. Te ruego que vengas a mi casa de campo. Mi madre allí te espera. Después vamos a Keriot”, dice Judas que apenas si las tiene todas consigo. Está muy agitado.

No había dicho que ahora tan solo vienen Jesús con Judas, Simón y Juan. No vienen ya los pastores. Probablemente se quedaron en los pastizales de Hebrón o bien regresaron en dirección de Belén.

“Como tú quieras Judas. Pero podríamos detenernos también aquí para conocer a tu madre”.

“¡Oh! ¡No! Es una choza. Mi madre viene cuando es la cosecha. Pero después se queda en Keriot. ¿No quieres que te vea mi ciudad? ¿No quieres traer a ella tu luz?”

“Sí que quiero, Judas. Pero sabes que no me preocupa la vileza del lugar que me hospeda”.

“Pero ahora eres mi huésped... y Judas sabe dar hospitalidad”.

Caminan todavía algunos metros entre las casitas desparramadas por la campiña y mujeres y hombres sacan la cabeza. A nadie engaña el que se trata de una curiosidad despertada. Judas debe de haber dado un grito de atención.

“He aquí mi pobre casa. Perdona mi pobreza”.

Pero la casa no es choza: es un cubo de un solo piso, extenso y bien cuidado, en medio de un jardín frondoso y bien cultivado. Una vereda privada, muy limpia, parte del camino a la casa.

“¿Me permites que vaya adelante, Maestro?”

“Ve, si quieres”.

Judas va.

“Maestro: Judas ha preparado una gran cosa”, dice Simón. “Me lo sospechaba, pero ahora me convenzo. Tú dices, Maestro, y dices bien: espíritu... espíritu... pero él... él no entiende así. Jamás te entenderá... o muy tarde” corrige, para no disgustar a Jesús.

Jesús da un suspiro y calla.

Judas sale con una mujer como de unos cincuenta años. Más bien alta, no tanto como el hijo, a quien dio sus ojos negros y su abundante cabello. Pero los ojos de ella son suaves, más bien tristes, mientras que los de Judas son imperiosos y astutos.

“Te saludo, Rey de Israel” dice postrándose con un verdadero saludo de súbdita. “Has el favor que tu sierva te dé hospitalidad”.

“La paz sea contigo mujer. Y Dios sea contigo y con tu hijo”.

“¡Oh, sí! ¡Con mi hijo!” Es más bien un suspiro que una respuesta.

“Levántate, madre. Tengo también Yo Madre y no puedo permitir que me beses los pies. En nombre de mi Madre te beso, mujer. Es tu hermana... en el amor y en el destino doloroso de madre de los señalados”.

“¿Qué quieres decir, Mesías?” pregunta Judas, un poco inquieto.

Pero Jesús no responde. Está abrazando a la mujer que ha levantado cariñosamente del suelo y a quien besa en las mejillas. Y luego de la mano de ella, va a la casa.

Entran en una habitación fresca. A la mano hay bebidas y frutas frescas. Pero antes, la madre de Judas llama a una sierva para que traiga agua y toallas, y quiere quitar las sandalias a Jesús para lavarle los pies llenos de polvo, pero Jesús se opone.

“No, madre, la madre es una criatura muy santa, sobre todo cuando es honrada y buena como tú lo eres, para permitir que lo hagas como una esclava”.

La madre mira a Judas... con una mirada extraña, y luego se va. Jesús se ha refrescado. Cuando está a punto de ponerse las sandalias, la mujer regresa con un par nuevo.

“Mira estas, Mesías nuestro. Creo que las hice bien... así como quería Judas... Él me dijo: ‘Un poco más grandes que las mías pero igual de anchas’ ”.

“¿Por qué, Judas?”

“¿No quieres permitirme que te haga un regalo? ¿No eres mi Rey y mi Dios?”

“Sí, Judas, pero no debías haber dado tanta molestia a tu madre. Tú sabes cómo soy Yo...”

“Lo sé. Eres Santo. Pero debes parecer un Rey Santo. Así es como debe ser. En el mundo en que nueve de cada diez, está compuesto de tontos, es menester imponerse con la presencia. Yo lo sé”.

Jesús se ha amarrado las sandalias nuevas de piel roja con las correas perforadas, que van desde el empeine hasta las pantorrillas. Mucho más hermosas que las sencillas sandalias de obrero y semejantes a las de Judas que son como zapatos de los que apenas si se ve algo de pie.

“También el vestido, Rey mío. Lo tenía preparado para mi Judas... pero... él te lo regala. Es de lino fresco y nuevo. Permite que una madre te vista... como si fuese su hijo”.

Jesús se vuelve a mirar a Judas... pero no contradice. Se suelta en el cuello la cinta y cae la amplia túnica, quedando con la túnica breve. La mujer le pone el vestido nuevo y le ofrece un cinturón que es una faja muy rica, de la que sale un cordón que termina con muchísimos hilos. Sin duda Jesús se sentirá bien, con los vestidos frescos y sin polvo. Pero no parece que esté muy contento. Entre tanto los otros se han aseado.

“Ven, Maestro. Son de mi pobre huerta, y este es el jugo de manzanas cocidas, que mi madre prepara. Tú, Simón, tal vez te guste más este vino blanco. Toma, es de mi viñedo. Y ¿tú, Juan?... ¿Cómo el Maestro?” Judas está feliz en poder usar los hermosos vasos de plata y en poder mostrar que es alguien que puede.

La madre habla poco. Mira... mira... mira a Judas... pero mucho más a Jesús... y cuando Jesús, antes de comer, le ofrece la fruta más hermosa (me parece que son duraznos muy grandes, de color rosado, pero no manzanas) y le dice: “Primero es la madre” una lágrima como una perla asoma a sus ojos.

“¿Mamá, todo lo demás está listo?” pregunta Judas.

“Sí, hijo mío. Creo que todo lo he hecho bien. Yo he vivido siempre aquí y no sé... no sé las costumbres de los reyes”.

“¿Qué costumbres mujer? ¿Qué reyes? Pero... ¿qué has hecho, Judas?”

“¿Pero no eres Tú el Rey prometido de Israel? Es hora que el mundo te salude como a tal, lo que debe suceder por vez primera aquí, en mi ciudad y en mi casa. Y te venero como a tal. Por el amor que me tienes, respeto tu nombre de Mesías, de Rey que los Profetas por orden de Yeová te dieron¹, no me desmientas”.

“Mujer, amigos, un momento. Debo hablar con Judas. Debo darle órdenes precisas”.

La madre y los discípulos se retiran.

“Judas ¿qué has hecho? ¿Hasta ahora me has entendido tan poco? ¿Por qué me has rebajado hasta el punto de hacerme tan solo un poderoso de la tierra, aún mucho más, uno que se esfuerza en ser poderoso? No entiendes que es una ofensa a mi misión y hasta un obstáculo? Sí. No lo niegues. Un obstáculo. Israel está sujeto a Roma. Tú sabes lo que ha sucedido, cuando alguien con apariencia de cabecilla ha querido levantarse contra Roma y crea sospechas de fomentar una guerra de liberación. Has oído, justamente en estos días, cómo se encrudieron contra un Niño porque se pensó que fuese un futuro Rey según el mundo. Y ¡tú... y tú! ¡Pero qué esperas de un poder mío humano? ¿Qué esperas? Te he dado tiempo para que pensases y decidieses. Te hablé muy francamente desde la primera vez. Te he rechazado porque sabía... porque sé, sí, porque sé, porque leo, porque veo lo que hay en ti. ¿Por qué quieres seguirme, si no quieres ser como Yo quiero? Vete, Judas. No te hagas daño y no me lo hagas... Vete. Es mejor para ti. No eres un obrero apto para esta obra... es muy superior a ti. En ti hay soberbia, concupiscencia con sus tres ramas, autosuficiencia... tu madre misma, debe tener miedo de ti... tienes inclinación a la mentira... ¡No! Así no debe ser el que me siga. Judas: Yo no te odio. No te maldigo. Tan solo te digo y con el dolor del que ve que no puede cambiar al que ama, tan solo te digo: Vete por tu camino, ábrete camino en el

¹ Al respecto del mesianismo entre los profetas. Cfr. Por ejem. 2 Re. 7, 1-1117; 1 Par. 17, 1-15; Sal, 2; 15; 21; 44; 71; 109 etc.; Is 2, 1-5; 4, 2-3; 7, 10-25; 9, 1-6; 11, 1-16; 37, 30-32; 42, 1-9; 49, 1-26; 50, 4-11; 52, 13-53, 12; Jer. 23, 1-8; 30-31; 33, 14-26; Ez. 34; Dan. 7, 9; Miq. 5, 1-7; Zac. 8, 1-23; 9, 9-10; Lc. 4, 17-21; Hech. 8, 26-40.

mundo que es el lugar que quieres, pero no te quedes conmigo. ¡Mi camino...! ¡Mi palacio! ¡Oh! Qué aflicción hay en ellos. ¿Sabes dónde seré Rey? ¿Sabes cuándo seré proclamado Rey?... Cuando sea levantado en un madero infame y tendré mi sangre por púrpura, por corona un tejido de espinas, por bandera un cartelón de burla, por trompetas, tambores, organillos y cítaras que saluden al proclamado Rey... blasfemias de todo un pueblo. De *mi* Pueblo. Que no habrá entendido nada. Corazón de bronce forjado en quien la soberbia, el sentido y la avaricia habrán destilado sus humores, y estos habrán producido como flor un montón de serpientes que se unirán como una cadena contra Mí... y como maldición en contra de él. Los demás no conocen así, claramente mi suerte... y te ruego no la digas, esto sucede entre tú y Yo. Por otra parte... es un regaño y... tú callarás por no decir “me regañaron”. ¿Has entendido, Judas?”

Judas está muy colorado... de pie ante Jesús. Está avergonzado, con la cabeza baja... se hecha de rodillas y llora con la cabeza pegada a las rodillas de Jesús. “Maestro, te amo. No me rechaces... Sí, soy soberbio, soy un necio, pero no me apartes de Ti. No, Maestro. Será la última vez que falto. Tienes razón. No he reflexionado. Pero también en este error hay amor. Quería proporcionarte mucho honor... y que los demás te lo diesen porque te amo. Tres días hace que dijiste: “Cuando os equivocáis sin malicia, por ignorancia, no es error, sino un juicio imperfecto de niños y Yo estoy aquí para haceros adultos”. ¡Ea, pues, Maestro! Yo estoy a tus rodillas... me has dicho que serás para mí un padre... y te pido perdón, te pido que me hagas un “adulto” y un adulto santo... No me despidas, Jesús, Jesús, Jesús... No todo es maldad en mí ¿Lo ves?... Por Ti he dejado todo y he venido. Tú vales más que los honores y victorias que obtenía yo cuando servía a otros. Tú, en realidad, Tú eres el amor del pobre e infeliz Judas que querría darte tan solo alegrías y que en cambio te da dolores...”

“Basta, Judas. Una vez más te perdono...” Jesús parece cansado... “Te perdono esperando... esperando que en lo porvenir me comprendas”.

“Sí, Maestro, sí. Y ahora... ahora no quieras en modo alguno desmentirme, lo que haría de mí una burla. Todo Keriot sabe que he venido con el descendiente de David, el Rey de Israel... y se ha preparado para recibirte esta ciudad mía... Había pensado que hacía bien... de hacerte ver como se hace para que lo teman y obedezcan a uno... y de mostrar a Juan y a Simón... y a través de ellos a los demás que te aman, pero que te tratan como a un igual... También mi madre será objeto de burla por ser madre de un hijo mentiroso y loco. Por ella, Señor mío... y te juro que yo...”

“No jures *por Mí*. Jura por ti mismo si puedes, para no pecar más en este sentido. Por tu madre y por los ciudadanos no me marcharé. Levántate”.

“¿Qué dirás a los demás?”

“La verdad...”

“¡Noooo!”

“La verdad. Ya te he dado órdenes para hoy. Hay siempre manera de decir la verdad con caridad. Llama a tu madre y a los demás”.

Jesús se muestra más bien severo y no sonríe a Judas sino hasta que regresa con su madre y los discípulos. La mujer escudriña a Jesús. Pero lo ve complaciente y toma confianza. Me parece que es un alma que está muy afligida.

“¿Vamos a ir a Keriot?” He descansado y te agradezco, madre, tu gentileza. El cielo te recompense y conceda, por la caridad que usas conmigo, reposo y alegría a tu esposo por quien lloras”.

La mujer trata de besarle la mano, pero Jesús se la pone sobre la cabeza, acariciándola y no permite que se la bese.

“La carreta está lista, Maestro, ven”.

En estos momentos está llegando una carreta tirada por bueyes, una cómoda carreta, sobre la que hay almohadones de asientos y un pabellón de tela roja.

“Sube, Maestro”.

Sube la mujer, después Jesús y al último los demás.

“Aquí; Maestro”. (Judas ya no lo llama Rey).

Jesús se sienta adelante, a su lado Judas, detrás la mujer y los discípulos. El conductor que va a pie, con la garrocha pincha los bueyes para que caminen.

El espacio es corto, cuatrocientos metros poco más o menos y luego aparecen las primeras casas de Keriot, que me parece que es una ciudad modesta. Un niño que está en el camino que el sol baña, mira y parte como un rayo.

Cuando la carreta llega a las primeras casas, notables y el pueblo lo reciben con banderas y ramas. Banderas y ramas hay en el camino, de casa en casa. Gritan de júbilo y se inclinan hasta la tierra. Jesús no puede menos que hacer caso, y de lo alto de su bamboleante trono, saluda y bendice.

La carreta sigue adelante, atraviesa una plaza y da vuelta por una calle y se para delante de una casa que tiene ya el portón abierto, en el que hay dos o tres mujeres. Se detienen, bajan.

“Mi casa es tu casa, Maestro”.

“Paz sea en ella, Judas. Paz y santidad”.

Entran. Además del vestíbulo hay una sala ancha con sofás bajos y con muebles incrustados de color café. Los principales del lugar entran con Jesús y los demás. Inclinationes, curiosidad, gran pompa.

Un viejo imponente pronuncia un discurso: “Es una gran fortuna para la tierra de Keriot el tenerte, ¡oh Señor! ¡Gran dicha! ¡Día Feliz! Fortuna por tenerte y fortuna porque vemos que un hijo suyo es tu amigo y te ayuda. Bendito el que antes que cualquier otro te conoció. Y Tú bendito diez veces, cien veces por haberte manifestado. Tú a quien las generaciones han esperado. Habla, Señor y Rey. Nuestros corazones esperan tu palabra como la tierra sedienta por los fuertes calores del estío espera las primeras y acariciables lluvias de septiembre”.

“Gracias, quienquiera que seas. Gracias. Y gracias a estos ciudadanos que han inclinado sus corazones ante el Verbo del Padre. Porque tened en cuenta que no al Hijo del Hombre que os habla, sino al Señor Altísimo van dirigidas las gracias y honor, por este tiempo de paz y honor, por este tiempo de paz en que Él reanuda la paternidad cortada con los hijos del hombre. Alabemos al Señor verdadero: el Dios de Abraham que ha tenido piedad por su pueblo, lo ha amado y le ha concedido el Redentor prometido. Gloria y alabanza no a Jesús, siervo de la Voluntad eterna, sino a esa Voluntad amorosa”.

“Hablas como santo... Soy el sinagogo: Hoy no es sábado. Pero ven a mi casa a explicar la Ley, Tú, sobre quien más que el aceite real, está la unción de la Sabiduría”.

“Iré”.

“Mi Señor tal vez estará cansado...”

“No, Judas. Jamás me canso de hablar de Dios, y nunca tengo deseos de quitar la esperanza de los corazones”.

“Entonces, ven” insiste el sinagogo. “Todo Keriot está afuera esperándote”.

“Vamos”.

Jesús sale entre Judas y el arquisinagogo. Luego a su rededor los principales, y gente y más gente. Jesús pasa y bendice.

La sinagoga está en la plaza. Entran. Jesús se dirige al lugar donde se enseña. Empieza a hablar. Su vestidura es muy blanca, su rostro inspirado, los brazos extendidos según su costumbre.

“Pueblo de Keriot: El Verbo de Dios habla. Escuchad. No es sino Palabra de Dios, el que os está hablando. Su Soberanía le viene del Padre y regresará al Padre después de que hubiese evangelizado a Israel. Que se abran los corazones y las inteligencias a la verdad, para que el error no le resista y no nazca confusión.

Isaías dijo²: “Toda rapiña que se hace con violencia y con vestiduras manchadas con sangre, las consumirá el fuego. He aquí que ha nacido un Niño, se nos ha dado un hijo. Tiene sobre sus hombros el principado. He aquí su nombre: Admirable, Consejero, Dios, Fuente,

² Cfr. Is. 9, 4-5.

Padre del Siglo Futuro, Príncipe de la Paz”. Este es mi Nombre. Dejemos a los Césares y a los Tetrarcas sus botines. Yo tendré el mío, pero no un botín que merezca el castigo del fuego. Antes bien arrancaré del fuego de Satanás presas y botines para llevarlos al Reino de la Paz cuyo Príncipe soy Yo, y a la edad que está por venir, el tiempo eterno que pertenece a mi Padre.

“Dios”, dice David³ de su parte, de cuya estirpe descendiendo, como predijeron⁴ los que por su santidad grata vieron a Dios, y la que Dios escogió para que hablasen de Él “ha elegido a uno que es suyo, a su Hijo para construir en los corazones su casa. Ha preparado ya el material. ¡Oh! ¡Cuánto oro de castidad! ¡y bronce y plata, y hierro y maderas raras y piedras preciosas! Todo ha sido concentrado en su Verbo y Él lo usa para construir en vosotros la morada de Dios. Pero si el hombre no ayuda al Señor, en vano Él querrá construir su casa. Al oro se responde con oro. A la plata con plata, al bronce con bronce, al hierro con hierro. O sea, se da amor por amor, continencia para servir a la pureza, constancia para ser fieles, fuerza para doblegarse. Y luego, llevar hoy la piedra, mañana la madera: hoy el sacrificio, mañana la obra y a construir. Construir siempre el templo de Dios en vosotros.

El Maestro, el Mesías, el Rey del Israel eterno, del pueblo eterno de Dios os está llamando. Pero quiere que estéis limpios por las obras. Abajo la soberbia, a Dios sea la alabanza. Abajo los pensamientos humanos: de Dios es el Reino. ¡Oh humildes! Decid conmigo: “Todas las cosas son tuyas, Padre, todo cuanto es bueno es tuyo. Enséñanos a conocerte y a servirte en verdad”. Decid: “¿Quién soy yo?” Y convenceos de que sólo seréis alguna cosa cuando lleguéis a ser mansiones purificadas en donde Dios pueda bajar y reposar.

Todos vosotros, peregrinos y extranjeros en esta tierra, tratad de juntaros y de ir al reino prometido. El camino: Son los Mandamientos que se cumplen no por temor al castigo sino por amor a Ti, Padre Santo. El Arca: un corazón perfecto en donde está el maná que nutre de sabiduría y en donde florece, la vara de una voluntad pura. Y para que la casa esté alumbrada, venid al que es la Luz del mundo. Os la he traído. Os he traído la Luz. No otra cosa. No poseo riquezas y no prometo honores que sean de la tierra. Poseo todas las riquezas sobrenaturales de mi Padre y prometo a los que siguen a Dios con amor y caridad, la honra eterna del Cielo.

La paz sea con vosotros”.

La gente que atenta ha escuchado, inquieta un poco, murmura entre sí. Jesús habla con el sinagogo. Se le unen otras personas, probablemente los principales.

“Maestro... ¿pero no eres el Rey de Israel? Nos habían dicho...”

“Lo soy”.

“Pero Tú has dicho...”

“Que no poseo y que no prometo riquezas al mundo. No puedo decir más que la verdad. Y así es. Conozco vuestro pensamiento. Pero el error proviene de una mala interpretación y de un sumo respeto hacia el Altísimo. Se os dijo: Viene el Mesías” y pensasteis, como muchos en Israel que Mesías y Rey fuesen una misma cosa. Levantad más en alto el espíritu. Contemplad este hermoso cielo de verano. ¿Os parece que allá termina, que allá son sus confines, allá donde el aire parece un cielo de zafiro?... No. Más allá hay capas más puras, de un azul más nítido, hasta aquel inimaginable del Paraíso a donde el Mesías conducirá a los justos muertos en el Señor. La misma diferencia existe entre la realeza mesiánica que el hombre imagina y la verdadera que es toda divina”.

“¿Pero podemos nosotros, pobres hombres, levantar el espíritu a donde Tú dices?”

“Tan solo con que lo queráis. Y si lo quisierais, al punto os ayudaré”.

“¿Cómo te debemos llamar si no eres Rey?”

“Maestro, Jesús, como queráis. Maestro soy y soy Jesús, el Salvador”.

³ Cfr. 1 Par. 29, 1.

⁴ Respecto del origen profetizado de Jesús que sería de la estirpe de David, cfr. por ej. Gén. 49, 8-12; Núm. 24, 15-19; 2 Re. 7, 1-17; Sal. 109; Is. 7, 10-14; 9, 1-7; 11, 1-9; Miq. 5, 1-5; Zac. 9, 9-10; Mt. 12, 35-37; Mc. 12, 35-37; Lc. 20, 41-44; Hech. 2, 22-36

Un viejo dice: “Oye, Señor. Hubo una ocasión, hace mucho tiempo, allá por tiempo del Edicto, que llegó la noticia que había nacido en Belén el Salvador... yo fui con otros... vi a un pequeño, igual que los demás. Pero lo adoré con fe. Después supe que había un hombre santo, que se llamaba Juan. ¿¿Cuál es el Mesías verdadero?”

“Él es el Precursor del que tú adoraste. Un gran santo a los ojos del Altísimo, pero no el Mesías”.

“¿Eras Tú”.

“Yo era. Y... ¿qué viste alrededor de Mí, cuando apenas había nacido?”

“Pobreza y limpieza, honradez y pureza... un carpintero gentil y serio que se llamaba José; carpintero pero de la estirpe de David. Una joven mujer rubia y gentil, de nombre María, ante cuya belleza las rosas más hermosas de Engadi palidecen y los lirios de los palacios reales son feos... y un Niño con ojos grandes de cielo, de cabellos de hilo de oro pálido. No vi otra cosa... y todavía creo oír la voz de su Madre que me decía: “Por mi Hijo yo te digo: Sea el Señor contigo hasta el encuentro final y su gracia venga a tu encuentro en tu camino”. Tengo ochenta y cuatro años... el camino se está acabando. No esperaba más, que encontrar la Gracia de Dios... Pero te he encontrado... y ahora no deseo ver otra luz que no sea la tuya... Sí. Te veo, cual eres, bajo esos vestidos de piedad que son la carne que has tomado. ¡Te veo! Escuchad la voz del que al morir ve la luz de Dios”.

La gente se agolpa alrededor del viejecito inspirado, que está en el grupo de Jesús y que, sin sostenerse en su bastón, levanta los brazos trémulo, la cabeza toda blanca, la barba larga y partida en dos, una verdadera cabeza de patriarca o de profeta.

“Veo a Este: al Elegido, al Supremo, al Perfecto, que habiendo bajado por amor, vuelve a subir a la diestra del Padre. A volver a ser UNO con Él. Pero no veo su Voz y Esencia incorpórea como Moisés vio al Altísimo⁵ y como refiere el Génesis que lo conocieron los primeros padres y hablaron con Él, al aura del atardecer⁶. Lo veo subir como un verdadero Hombre hacia el Eterno. Cuerpo que brilla. Cuerpo glorioso. ¡Oh pompa del cuerpo divino! ¡Oh, belleza del hombre-Dios. Es el Rey. Sí. ¡Es el Rey! No de Israel, sino del mundo. Ante Él se inclinan todas las realezas de la tierra y todos los cetros y coronas palidecen, ante el fulgor de su cetro y de sus joyas. Una corona, una corona tiene en su frente. Un cetro, un cetro tiene en su mano. Sobre su pecho tiene un escudo. Hay en él perlas y rubíes de un esplendor jamás visto. Llamas salen como de un altísimo horno. En sus muñecas hay dos rubíes y un lazo de rubíes sobre sus santos pies. Luz, luz de rubíes. Mirad, oh pueblos al Rey Eterno. ¡Te veo! ¡Te veo! Subo contigo... ¡Ah! ¡Señor! ¡Redentor Nuestro!... La luz aumenta en los ojos de mi alma... ¡el Rey está adornado con su sangre! ¡La corona... es una corona de espinas que sangran, el cetro una cruz... ¡He ahí al Hombre! ¡Helo! ¡Eras Tú!... Señor, por tu inmolación ten piedad de tu siervo- ¡Jesús a tu piedad confío mi espíritu!”

El viejo que había estado derecho, que se había vuelto joven en el fuego del profeta, se dobla de improviso y caería al suelo si Jesús rápido, no lo levantase contra su pecho.

“¡Saúl!”

“Está muriendo Saúl”.

“¡Auxilio!”

“Corred”.

“Paz en torno al justo que muere” dice Jesús, que poco a poco se ha arrodillado para sostener mejor al viejo, que cada vez se va haciendo más pesado. Hay silencio.

Jesús lo coloca en el suelo. Se yergue: “Paz a su espíritu. Ha muerto viendo la luz. Y en la espera, que será breve, verá el rostro de Dios y será feliz. No existe la muerte para aquellos que mueren en el Señor”.

La gente, pasados algunos minutos se aleja comentando lo sucedido. Quedan los ancianos, Jesús, los suyos y el sinagogo.

⁵ Cfr. Ex. 3, 1-6 y 13-15; 19, 9-25; 24, 12-18. etc.

⁶ Cfr. Gén. 2, 18-22; 3, 8.

“¿Ha profetizado, Señor?”

“Sus ojos han visto la Verdad. Vámonos”.

Salen.

“Maestro, Saúl ha muerto revestido con el Espíritu de Dios. ¿Quiénes le hemos tocado, estamos limpios o inmundos?”

“Inmundos”.

“¿Y Tú?”

“Yo como los otros. No cambio la Ley. La Ley es Ley y el israelita la observa. Estamos inmundos. Dentro del tercero y séptimo día nos purificaremos. Hasta entonces estamos inmundos. Judas, no regreso a la casa de tu madre. No llevaré inmundicia a su casa. Comunícaselo por medio de alguien que pueda hacerlo. Paz a esta ciudad. Vámonos”.

No veo otra cosa más.

43. Jesús de regreso. Los pastores cerca de Hebrón

13 enero 1945

Jesús camina con sus discípulos por un camino que va a lo largo del río. Por decir a lo largo ya que el torrente está abajo; arriba pero no distante de la orilla hay un camino que da vueltas, como se ve fácilmente en todos los lugares montañosos.

Juan está completamente colorado. Va cargando una alforja grande bien llena. Judas, lleva por su parte la de Jesús y la suya. Simón no tiene otra más que la suya y los mantos.

Jesús tiene otra vez sus vestidos y sandalias. La madre de Judas debe haberlos hecho lavar, porque no están arrugados.

“¡Cuánta fruta! ¡Qué hermosos los viñedos de aquellas colinas!” dice Juan que no pierde su buen humor pese al calor y al cansancio. “¿Maestro, es este el río en cuyas riberas nuestros padres cogieron los racimos milagrosos?”¹

“No. Es el otro que está más hacia el sur. Pero toda la región es muy rica en frutas sabrosas”.

“Ahora ya no es tan fértil, aunque sigue siendo bella”.

“Muchas guerras han devastado la tierra. Aquí se formó Israel... pero para esto, debió fecundarse con su sangre y la de los enemigos”.

“¿En dónde encontraremos a los pastores?”

A cinco kilómetros de Hebrón en las riberas del río que me preguntabas”.

“Entonces, ¿más allá de aquellas colinas?”

“Sí”.

“Hace mucho calor... Maestro, después ¿a dónde vamos?”

“A un lugar mucho más caliente. Pero os ruego vengáis. Caminaremos de noche. Las estrellas son tan claras que no hay oscuridad. Os quiero mostrar un lugar”.

“¿Una ciudad?”

“No... un lugar... que os hará entender al Maestro... mejor tal vez que sus palabras”.

“Perdimos varios días con ese incidente sin importancia. Destruyó todo... y mi madre que había hecho tantas cosas, ha quedado desilusionada. No sé por qué has querido retirarte hasta la purificación”.

“Judas, ¿por qué llamas ‘sin importancia’ un suceso que fue una gracia para un verdadero fiel? ¿No querías para ti una muerte semejante? Había esperado toda su vida al Mesías. Cuando era anciano fue por caminos ásperos a adorarlo cuando le dijeron: “Está”. Había conservado en su corazón por treinta años la palabra de mi Madre. El amor y la fe lo han revestido, en la última hora que Dios le había reservado, con su fuego. El corazón se le partió de alegría, se le incendió en el fuego de Dios como holocausto agradable. ¡Qué suerte mejor

¹ Cfr. Núm. 13, 16-27.

que ésta! ¿Aguó la fiesta que habías preparado?... ve en esto una respuesta de Dios. Que no se vaya a mezclar lo que es del hombre con lo que es de Dios... tu madre otra vez me verá. Aquel viejo no más. Todo Keriot, puede venir al Mesías, el viejo no tenía ya fuerzas para hacerlo. He sido feliz en haber estrechado con el corazón al viejo padre que moría y de haber encomendado se espíritu. Y por lo demás... ¿Por qué dar escándalo con mostrar desprecio a la Ley? Para decir: "Seguidme", es menester caminar. Para llevar por el buen camino, es menester recorrerlo uno mismo. ¿Cómo habría Yo podido, o cómo podré decir: "Sed fieles", si Yo soy el que no lo soy?"

"Creo que este error sea la razón de nuestra decadencia. Los rabíes y los fariseos aplastan al pueblo con sus preceptos y después... después hacen como el que profanó la casa de Juan, que la convirtió en un lugar de vicio" observa Simón.

"Es uno de Herodes".

"Sí, Judas. Pero las mismas culpas hay también en las castas que se llaman a sí mismas ser santas. ¿Qué te parece esto, Maestro? Pregunta Simón.

"Afirmo que con tal de que haya un poco de *verdadero* fermento y de *verdadero* incienso en Israel, se hará el pan y se perfumará el altar".

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que si hay alguien que con recto corazón venga a la verdad, la verdad se esparcirá como fermento en la masa de harina y como incienso en todo Israel".

"¿Qué te dijo, esa mujer?" pregunta Judas.

Jesús no responde. Se vuelve a Juan: "Pesa mucho y te cansas, dámela".

"No, Jesús, estoy acostumbrado a las cargas y lego... me lo aligera el pensar en la alegría que tendrá Isaac".

Han dado vuelta a la colina y a la sombra del bosque, a la otra parte, están las ovejas de Elías. Los pastores sentados a la sombra, las cuidan. Ven a Jesús y corren.

"La paz sea con vosotros. ¿Qué hacíais?"

"Estábamos preocupados por Ti... por el retardo... no sabíamos si ir a encontrarte u obedecer... decidimos venir hasta aquí... para obedecerte y al mismo tiempo obedecer nuestro amor. Debáis haber llegado aquí hace muchos días".

"Tuvimos qué detenernos".

"Pero... ¿ninguna desgracia?"

"Ninguna, amigo. Un fiel murió en mi pecho. No fue otra cosa".

"¿Qué querías que sucediese, pastor? Cuando las cosas están bien preparadas... Claro que es menester saber prepararlas y preparar los corazones para recibirlas. Mi ciudad tributó al Mesías honores. ¿No es verdad, Maestro?"

"Es verdad. Isaac: pasamos al regreso por la casa de Sara. También a la ciudad de Yutta, sin ningún otro preparativo que el de su bondad sencilla y el de la verdad en las palabras tuyas logró entender la esencia de mi doctrina y amar con un amor práctico, desinteresado y santo. Isaac, te envían vestidos y alimentos, y todos han querido echar alguna cosa más a los óbolos que quedaron en tu habitación, ya que ahora regresas al mundo y te encuentras sin nada. Tómalos. No tengo dinero, pero esto lo he traído porque está purificado con la caridad".

"No, Maestro, tenlo Tú... yo... estoy acostumbrado a no tener nada".

"Ahora tienes qué ir a lugares a donde te enviaré y te es necesario. El obrero tiene derecho a su recompensa, y también el obrero de almas... porque hay qué alimentar el cuerpo, como si fuese el borriquillo, que ayuda a su dueño. No es mucho, pero sabrás emplearlo. Juan, en aquella alforja hay vestidos y sandalias. Joaquín tomó lo suyo. Serán un poco grandes... pero es un regalo en que va el amor".

Isaac toma la alforja y va a vestirse detrás de un matorral. Todavía está descalzo y llevaba su rara toga hecha de una manta.

"Maestro" dice Elías. "Esa mujer... aquella que está en la casa de Juan... cuando habían pasado tres días de que te habías ido y nosotros apacentábamos los ganados en los pastizales de Hebrón –que son de todos y no nos podían echar fuera- nos mandó una criada

con esta bolsa y a decirnos que nos quería hablar... no sé si hice bien... pero la primera vez devolví la bolsa y dije: "No tengo nada qué escuchar"... Después la sirvienta me volvió a decir: "Ven en nombre de Jesús" y fui... Esperando que no estuviese su... digamos, el hombre que la tiene... Cuántas cosas quería... aún más, quería saber. Pero yo... hablé poco por prudencia. Es una prostituta. Tenía miedo de que fuese una trampa contra Ti. Me preguntó que quién eres, dónde vives, qué haces, si eres un grande... le dije: "Es Jesús de Nazaret, está por todas partes porque es Maestro y va enseñando por la Palestina"; dije que eras un hombre pobre, sencillo, un obrero a quien ha hecho sabio la Sabiduría... No dije más".

"Hiciste bien" dice Jesús y simultáneamente Judas exclama:

"¡Has hecho mal! ¿Por qué no le dijiste que Él es el Mesías, que es el Rey del mundo? ¡Aplastar la soberbia romana bajo el fulgor de Dios!"

"No me hubiera entendido... y luego... ¿estaba seguro de que fuese sincera? Le dijiste cuando la viste qué cosa es ella. ¿Podía echar las cosas y todo lo que es de Jesús es santo, podía echarlas en su boca? ¿Podía poner en peligro a Jesús, dándole muchos informes? Que el mal le venga de cualquier otro, pero no de mí".

"Vamos, Juan, a decirle quién es el Maestro, a explicar la verdad santa".

"Yo no. A no ser que Jesús me lo ordene".

"¿Tienes miedo?... ¿Qué quieres que te haga?... ¿Te causa asco?... El Maestro no le tuvo".

"No es miedo ni asco. Tengo compasión de ella, pero me imagino que si Jesús hubiera querido, se hubiera detenido a instruirla. No lo hizo... no es necesario que lo hagamos nosotros".

"Entonces no había señales de conversión... ahora... Elías, muestra la bolsa". Y Judas echa en su mano, pues se ha sentado sobre la hierba, lo que hay en ella. Anillos, brazaletes, collares salen de la bolsa; oro pálido cae sobre el pálido color del vestido de Judas. "Joyas todas!... ¿Qué hacemos con ellas?"

"Se pueden vender" dice Simón.

"Es cosa molesta" objeta Judas aunque las admira.

"Le dije también, cuando las recibía: "Tu dueño te pegará". Me respondió: "No son tuyas, son mías y hago de ellas lo que se me antoje. Sé que es oro de pecado... pero se hará bueno si se emplea con quien es pobre y santo. Para que se acuerde de mí" y se echó a llorar".

"Ve, Maestro".

"No".

"Manda a Simón".

"No".

"Entonces, voy yo".

"¡No!" Los "no" de Jesús son cortantes e imperiosos.

"¿He hecho mal, Maestro, en haber hablado con ella y en haber tomado el oro? Preguntaba Elías que ve que Jesús está enojado.

"No hiciste mal, pero no hay nada qué hacer".

"Pero tal vez esa mujer quiere redimirse y tiene necesidad de ser instruida... torna a contradecir.

"Existen en ella tantas chispas para provocar el incendio en que puede quemarse su vicio y tornar a ser un alma nuevamente virgen por el arrepentimiento. Hace poco os hablé de la levadura que se esparce en la harina y la hace un pan santo. Oíd esta breve parábola:

Esa mujer es harina. Una harina en quien el Maligno ha mezclado sus polvos de infierno. Yo soy la levadura. O sea, mis palabras son la levadura. Pero si hay mucho salvado en la harina, o piedras, o arena, o ceniza, ¿podrá hacerse el pan aunque la levadura sea buena?... ¡No puede hacerse! Es necesario quitar con paciencia ese tamo, la ceniza, las piedritas y la arena. La misericordia pasa y ofrece este tamiz... el primero: el que se compone de verdades breves, pero fundamentales, como son las necesarias para que entienda el que está en la red de la ignorancia completa del vicio y del gentilismo. Si el alma lo acepta, empieza la primera purificación. La segunda viene con el tamiz del alma misma, que compara su ser con el Ser

que se le ha revelado... y le da horror. Y empieza *su* obra. Por medio de una operación más minuciosa, después de las piedritas, la arena, la ceniza, llega también a quitar lo que es ya harina pero tiene granitos pesados, muy pesados para producir un pan óptimo. Después... he aquí, que está lista. Torna otra vez la misericordia y se introduce en esa harina preparada –y también esta es preparación, Judas- y la fermenta y hace pan. Pero es una operación larga y *de voluntad del alma*.

Esa mujer... esa mujer tiene ya en sí lo mismo que era justo darle y que puede servirle para terminar su trabajo. Dejemos que lo haga, si quiere hacerlo, sin que se le perturbe. Cualquier cosa turba a un alma que se elabora: la curiosidad, celo imprudente, las intransigencias como las piedades excesivas”.

“Entonces... ¿no vamos?”

“No. Y para que ninguno de vosotros tenga tentación, vámonos al punto. En el bosque hay sombra. Nos detendremos en las faldas del valle del Terebinto. Allí nos separaremos. Elías volverá a sus pastizales con Leví. José vendrá conmigo hasta el paso de Jericó. Después nos volveremos a reunir. Tú, Isaac, continúa haciendo lo que hacías en Yutta, partiendo de aquí por Arimatea y Lidia hasta llegar a Doco. Allí nos encontraremos. Hay que preparar la Judea, y tú sabes cómo hacerlo. Como has hecho ya en Yutta”.

“¿Y nosotros?”

“¿Vosotros? Vendréis, dije antes, para ver *mi* preparación. También Yo me preparé para la misión”.

“¿Fuiste con un rabí?”

“No”.

“¿Con Juan?”

“De él, sólo el bautismo”.

“¿Así pues?”

“Belén ha hablado con las piedras y los corazones. También allí a donde te llevo, Judas, las piedras y un corazón... el mío, hablarán y te darán la respuesta”.

Elías que ha traído leche y pan negro, dice: “Traté, mientras esperábamos, de persuadir a los de Hebrón y conmigo también trató Isaac... Pero no creen más que en Juan: por él juran, y a él quieren. Es para ellos su “santo” y no quieren más que a él”.

“Es un pecado común a muchas poblaciones y a muchos creyentes que viven y que vivirán. Miran al obrero y no al dueño que lo envió. Preguntan al operario sin siquiera decirle: “Di esto a tu patrón”. Olvidan que el operario existe porque existe el patrón, y que el patrón instruye al operario y lo hace apto para el trabajo. Olvidan que el operario puede interceder, pero uno sólo puede conceder: el patrón. En este caso Dios y su Verbo con Él. ¡No importa! El Verbo sufre, pero no guarda rencor... ¡Vámonos!”

Termina la visión.

44. Jesús en el monte del ayuno y en el peñasco de las tentaciones.

17 enero 1945

Un bellissimo amanecer en un lugar silvestre. Un amanecer que se asoma por las alturas del monte. Apenas inició el día. En el cielo todavía han quedado estrellas y el arco de la luna que no desaparece, como una coma de plata, en el azul oscuro del cielo.

Parece que el monte está solo, sin estar unido a la cordillera, pero es un verdadero monte, no una colina. La cima está mucho más arriba, y sin embargo ya a la mitad se domina un gran espacio de horizonte, señal de que ha subido uno mucho.

En el aire fresco de la mañana, a través del cual se abre camino la luz tenue, blanca-verdosa que cada vez se va haciendo más clara, aparecen los contornos y los detalles que antes cubría la oscuridad que precede al día, oscuridad de color de acero, que no hay en la noche porque se tiene la impresión de la luz de los astros que al terminar la noche y venir el día, se podría decir, se acaba. De este modo, puedo ver que el monte es rocoso y desnudo de

vegetación. Hay quebraduras que forman grutas, cuevas y escondrijos en él. Verdaderamente un lugar silvestre en el que, sólo en los lugares en que se ha depositado un poco de tierra y se ha podido recoger un poco de lluvia y conservarla, hay manchones de verdor; casi todas las plantas tienen espinas, y pocas hojas; también hay matorrales pequeños y ásperos de esa clase de hierba que parece popote verde, cuyo nombre ignoro.

Abajo hay una extensión, mucho más árida, plana, pedregosa que cuanto más se acerca uno a ese punto oscuro, tanto más se ve. Un lugar que es mucho más largo que ancho, por lo menos cinco veces más; y creo que es un oasis tupido que hicieron nacer en medio de tanta soledad, las aguas subterráneas. Pero cuando la claridad es mayor veo que no es más que agua. Un agua estancada, sucia, muerta. Un lago de una melancolía indecible.

A la luz todavía incierta viene a mi mente la visión del mundo muerto. Parece como si aspirase toda la oscuridad del cielo, toda la tristeza del lugar que le rodea para diluir en sus aguas inmóviles el verde oscuro de las plantas espinosas y de las hierbas yertas que por kilómetros y kilómetros, abajo y arriba, son la única decoración del suelo y que al convertirse en una negrura, la emane después y la extiende por los alrededores. ¡Qué diferente el lago de Genezaret en donde el sol acaricia y ríe!

En lo alto, al mirar el cielo de una serenidad completa que poco a poco se va llenando de claridad, al mirar la luz que avanza del oriente en ondas siempre más extensas, el espíritu se alegra. Pero al mirar ese lago muerto y extensísimo, el corazón se encoge. Ni un pájaro vuela sobre sus aguas. No hay animal siquiera en sus riberas. Nada.

Mientras estoy contemplando esta soledad, me saca de ella la voz de mi Jesús.

“Hemos llegado ya al lugar donde quería”.

Me volteo y lo veo a mis espaldas entre Juan, Simón y Judas, cerca de la ribera rocosa del monte, allá donde una vereda... sería mejor decir: allá donde el agua en los largos meses de lluvia ha excavado el suelo calcáreo, haciendo en el correr de los siglos un canal mal diseñado que será, por donde las aguas se precipiten de las alturas, pero que por ahora es más bien sendero de cabras montañesas que de hombres.

Jesús mira alrededor y torna a decir: “Aquí es a donde quería traeros. Aquí el Mesías se preparó para su misión”.

“¡Pero aquí no hay nada!”

“Así es como has dicho”.

“¿Con quién estuviste?”

“Con mi alma y con el Padre”.

“¡Ah! ¿Estuviste pocas horas?”

“No, Judas, no pocas horas. Muchos días”.

“¿Pero quién te atendía?... ¿Dónde dormías?”

“Tenía de criados a los asnos salvajes que por las noches venían a dormir a sus cuevas... en esta, en donde Yo también había entrado... Tenía de criadas a las águilas que me decían: “Ya es de día” con su áspero graznido al ir a buscar su presa. Tenía de amigas a las liebrecejas que venían casi a mis pies a comer las hierbas que había... Mi comida y bebida eran lo que es alimento y bebida de la flor silvestre: el rocío de la noche, la luz del sol. No otra cosa”.

“Pero... ¿por qué?”

“Para prepararme bien, como tú dices, a *mi* misión. Las cosas bien preparadas tienen buen éxito. Tú lo has dicho. Y lo mío no consistía en lo pequeño e inútil de hacerme brillar, a Mí, siervo del Señor, sino de hacer comprender a los hombres lo que es el Señor, y a través de esta comprensión hacerlo amar en espíritu y en verdad. ¡Desgraciado es el siervo del Señor que piensa en su triunfo y no en el de Dios! ¡Que trata de obtener utilidades, que sueña en subir en un trono hecho...! ¡Oh! ¡Hecho con los intereses de Dios, a los que se les ha envilecido hasta que toquen el suelo, intereses que son del todo celestiales. Ese tal no es ya más siervo, aun cuando tenga las apariencias. Es un mercader, un traficante, un falso que se engaña a sí mismo, a los hombres y querría engañar a Dios... un infeliz que se cree príncipe,

pero es esclavo... del demonio, su rey mentiroso. Aquí, en esta cueva, el Mesías durante muchos días vivió con grandes trabajos y plegarias para prepararse a su misión. Judas, ¿a dónde hubieras querido que Él se hubiese ido a preparar?”

Judas está perplejo, desorientado, al fin responde: “No sé...pensaba... con algunos rabíes... con los esenios... no sé”.

“¿Y podía encontrar un rabí que me dijese más de lo que me decía la potencia y sabiduría de Dios?... ¿Y podía Yo, Verbo Eterno del Padre, Yo que estaba cuando el Padre creó al hombre y sé de qué espíritu inmortal está animado y de que fuerza, capaz de obrar libremente haya dotado Dios al hombre, ir a beber ciencia y adiestramiento de los que niegan la inmortalidad del alma, la resurrección final, la libertad de acción del hombre, que achacan al hombre virtudes y vicios, acciones santas y perversas al destino que llaman fatal e invencible?... ¡Oh! No. Tenéis un destino. Es cierto que lo tenéis. En la mente de Dios que os creó hay un destino para vosotros. El Padre lo desea. Es un destino de amor, de paz, de gloria: “la santidad de ser sus hijos”. Este es el destino que ha estado en la mente divina desde el momento en que Adán fue hecho con el lodo de la tierra y lo seguirá siendo hasta la creación del alma del último hombre.

Sin embargo, Dios no os hace ninguna violencia en vuestra condición de reyes. El rey, si está en prisión, no es más rey, es un reyezuelo. Vosotros sois reyes porque sois libres en vuestro pequeño reino individual. En el “yo”. En él podéis hacer lo que os plazca, como queráis. Frente... y en los confines de vuestro pequeño reino tenéis un rey amigo y dos potencias enemigas. El amigo os muestra las reglas que Él ha hecho para hacer felices a los que son suyos. Os las muestra, os dice: “Helas aquí. Con éstas, segura es la victoria eterna”. Las muestra. Él, el Sabio y Santo, para que podáis, si queréis practicarlas y con ellas tener la gloria eterna. Las dos potencias enemigas son Satanás y la carne. En la carne pongo la vuestra y la del mundo: esto es, las pompas y seducciones del mundo, las riquezas, las fiestas, los honores, el poder que el mundo y en el mundo se obtienen y que no siempre honestamente se consiguen y menos todavía se las sabe usar con honradez, el hombre llega a ellas por una concatenación de causas. Satanás, maestro de la carne también él tiene sus reglas... ¡Oh! ¡que si las tiene! Y como el “yo” está envuelto en carne y la carne se inclina a la carne como las limaduras de hierro se van hacia el imán, y como el canto del Seductor es más dulce que el gorjear del ruiseñor amante entre los rayos de la luna y perfume de rosas, más fácil es ir a estas reglas, dirigirse a estas potencias y decirles: “Os considero amigas, entrad”.

Entrad... ¿Habéis visto alguna vez a un aliado que sea siempre honrado sin pedir el ciento por uno de la ayuda que prestó? Así hacen ellas. Entran... ¿se convierten en patronos?... ¡No! En carceleros. Os amarran, oh hombres a su banco de galera, os encadenan no os permiten quitar más el cuello del yugo, y su látigo os azota hasta manar sangre si queréis escapar. O bien se os hiere hasta convertirlos en un montón de carne hecha pedazos, tan inútil, como carne, que su cruel pie la rechaza, o se le condena a morir bajo él. Si sabéis proporcionaros ese martirio, proporcionáoslo, entonces... pasa la Misericordia, la Única que puede todavía tener piedad de esa miseria repugnante de la que el mundo uno de sus patronos, tiene asco y sobre la que el otro patrón, Satanás envía sus flechazos vengativos.

Entonces la Misericordia, la Única que pasa, se inclina, la recoge, la cura, le da otra vez salud y le dice: “Ven. No tengas miedo. No te mires. Tus llagas no son más que cicatrices, pero son tantas que te horrorizarían, pues te afean. Pero yo no las miro, miro tu voluntad. Por esa buena voluntad estás así señalada. Por lo cual te digo: ...te amo. Ven conmigo” y la lleva a su reino. Entonces comprenderéis que misericordia y rey son una misma persona. Volveréis a ver las reglas que os había mostrado y que no quisisteis seguir. Ahora lo queréis... y llegáis primero a la paz de la conciencia, y después a la paz de Dios.

Decidme ahora... ¿Fue este destino impuesto por Uno solo a todos, o cada uno individualmente lo eligió para sí?”

“Cada uno lo eligió”.

“Dices bien, Simón. ¿Podría Yo, para formarme ir con los que niegan la resurrección feliz y el don de Dios?... Aquí vine. He tomado mi alma de Hijo del Hombre y me la he labrado hasta los últimos retoques, he terminado mi trabajo de treinta años de aniquilamiento y de preparación para ir perfecto a mi ministerio. Os ruego ahora que estéis conmigo algunos días en esta cueva. La permanencia será menos solitaria, porque seremos cuatro amigos que luchan contra la tristeza, el miedo, las tentaciones, las necesidades de la carne. Yo estuve solo. Siempre será menos dura porque ahora es verano, y aquí arriba, sopla el viento de las alturas que templó el calor. Llegué aquí a fines de la luna de Tebet y el viento que descendía de los hielos que había en las vetas, era frío. Siempre será menos dolorosa, porque es más breve, y porque tenemos ahora los alimentos indispensables que pueden calmar nuestra hambre. Y en las pequeñas botijas de cuero que hice que los pastores os diesen hay agua suficiente para estos días de permanencia. Yo... Yo tengo necesidad de arrebatarse a Satanás dos almas. Ninguna otra cosa lo puede hacer sino la penitencia. Os pido vuestra ayuda. También vosotros os formaréis. Aprenderéis cómo se arrancan de Mammón las presas. No tanto con palabras, cuanto con el sacrificio... ¡Palabras!... el fragor satánico impide que se les oiga... Cada alma que es presa del enemigo está envuelta en torbellinos de voces infernales... ¿Queréis quedarnos conmigo?... si no queréis podéis ir. Yo me quedo. Nos encontraremos en Tecua, junto al mercado”.

“No, Maestro, yo no te dejo” dice Juan, y al mismo tiempo, Simón exclama: “Tú nos elevas al querernos contigo en esta redención”. Judas no me parece que esté muy entusiasmado. Pero hace buena cara al... destino y dice: “Me quedo”.

“Tomad pues, las botijas y las alforjas y metedlas dentro y antes de que queme el sol, partid leña y amontonadla junto a las aberturas. La noche aún en el verano es fría, y no todos los animales son buenos. Al punto prenderéis una rama. Allí... la de aquella acacia resinosa. Arde bien. Veremos entre las aberturas para echar fuera con el fuego las víboras y los escorpiones. Id...”

... El mismo lugar del monte. Tan solo que ahora es de noche. Una noche llena de estrellas. Una belleza del cielo nocturno, como creo que se puede contemplar sólo en aquellos países semitropicales. Estrellas de una grandeza y de un brillo maravilloso. Las constelaciones mayores parecen racimos de brillantes, de topacios transparentes, de pálidos zafiros, de apagados ópalos y de tenues rubíes que tiemblan, se prenden, se apagan como la mirada que el párpado oculta por un momento, vuelven a encenderse más hermosas. De cuando en cuando alguna estrella baña el cielo y desaparece por quién sabe qué horizonte. Un baño de luz que parece un grito de júbilo de las estrellas para poder volar así por aquellos prados ilimitados.

Jesús está sentado en la boca de la cueva y habla a los tres que están a su alrededor. Hubo de haber habido fuego porque, en medio del círculo de los cuatro, todavía un montoncito de tizones arroja chispazos de fuego que se dibujan en los cuatro rostros.

“Sí, la permanencia se ha acabado. Esta permanencia fue corta. La otra vez duró cuarenta días... Y todavía os digo: Aún estaba el invierno en aquellas pendientes... y... no tenía Yo alimentos. Un poco más difícil que esta vez... ¿no es así?... Comprendo que también ahora habéis sufrido. Con lo poco que teníamos y os daba, no parecía nada para el hambre de los jóvenes. Tan solo bastaba para que no desfallecieran de debilidad. Agua había menos entonces. El calor, ahora es ardiente durante el día y diréis que no lo había en el invierno. Pero entonces descendía de aquella altura que quemaba los pulmones, y subía por aquellas partes llenas de polvo del desierto y secaba a uno más que este calor de estío que puede uno calmar masticando estas frutillas ácidas que están ya casi maduras. Pero entonces el monte no producía más que viento y hierbas quebradas con el hielo que rodeaba las acacias sin hojas. No os he dado los últimos panes ni el último queso con la última botija porque los guardé para cuando regresáramos... Yo sé lo que significó el regreso, exhausto como estaba, en la soledad del desierto... Recojamos nuestras cosas y vayámonos. La noche es mucho más clara que en la que vinimos. No hay luna pero el cielo esparce luz. ¡Vámonos! Acordaos de

este lugar. No olvidéis cómo se preparó el Mesías y cómo se preparan los apóstoles. Cómo enseño Yo para que se preparen”.

Se ponen de pie. Simón con una vara revuelve las brasas, las reaviva, antes de esparcirlas con el pie al arrojarlas entre las hierbas secas y prende una rama de acacia en la llama y la pone en alto, a la entrada de la cueva, mientras Judas y Juan recogen mantos, alforjas y las pequeñas botijas de piel de las que todavía una está llena. Después apaga la tea contra la roca, se echa encima su alforja, se pone el manto, como todos, se lo amarra con las cintas para que no le moleste al caminar.

Bajan sin hablar, el uno detrás del otro, por una vereda inclinadísima, y espantan a los pequeños animalitos que comen las pocas hierbas que todavía han resistido al sol. El camino es largo e incómodo. Finalmente llegan a lo plano. No es fácil caminar ni siquiera aquí porque las piedras y guijarros se mueven traidores bajo los pies y hasta los hieren porque la tierra convertida en polvo los esconde y no se pueden ver ni evitar aquí donde los montones secos de espinos rasgan y se pegan en las orlas de los vestidos. Parece que es muy temprano. En el cielo las estrellas son siempre más hermosas.

Caminan, caminan, caminan por horas. La llanura es cada vez más estéril y triste. Luces fosforescentes brillan en algunas grietas pequeñas del terreno, en agujeros que hay en las quebraduras del suelo. Parecen pedacitos de brillantes sucios. Juan se inclina a mirarlas.

“Es la sal del subsuelo, está saturado. Sale con las lluvias de primavera y luego se seca. Por esto la vida no existe aquí. El Mar Oriental, por venas profundas, esparce su muerte a muchos kilómetros a la redonda. Tan solo donde fuentecillas de agua dulce le combaten, es posible encontrar plantas y refrigerio” explica Jesús.

Siguen caminando. Después Jesús se detiene cerca del cóncavo peñasco, donde vi que Satanás lo tentó.

“Detengámonos aquí. Sentaos. Pronto el gallo cantará. Hace seis horas que estamos caminando y tendréis hambre y estaréis cansados. Tomad, Comed y bebed, sentaos aquí junto a Mí, entre tanto os cuento algo que diréis a vuestros amigos y al mundo”. Jesús ha abierto la alforja, ha sacado pan y queso que parte y distribuye y de su botija echa agua en una tacita que también distribuye.

“¿Tú, no comes Maestro?”

“No. Yo os hablo. Escuchad. Hubo una vez un hombre que me preguntó si alguna vez había sido Yo tentado. Si había Yo pecado. Si jamás había caído en la tentación. Y que se admiró de que Yo, el Mesías, hubiese pedido, para resistir, la ayuda del Padre diciendo: ‘Padre, no me lleses a la tentación’ ”.

Jesús está hablando en voz baja, despacio, como si contase un hecho ignorado... Judas baja la cabeza como molesto. Pero los otros tienen los ojos tan clavados en Jesús, que no lo ven.

Jesús prosigue: “Ahora, amigos míos, podéis saber lo que tan solo superficialmente supo aquel hombre. Después del Bautismo –estaba Yo limpio, pero nunca se es suficientemente limpio ante el Altísimo, y la humildad en decir: “Soy hombre y pecador” es por sí mismo un bautismo que limpia el corazón- vine aquí. Había sido llamado “El Cordero de Dios” por quien, santo y profeta, veía la verdad y veía bajar el Espíritu sobre el Verbo y que lo hacía el Ungido con su crisma de amor, mientras la voz del Padre llenaba los cielos con su fuerza al decir: “He aquí a mi Hijo amado con quien tengo todas mis complacencias”. Tú, Juan estabas presente cuando el Bautista repitió las palabras... Después del bautismo, aunque limpio por naturaleza y limpio por la comparación, quise ‘prepararme’. Sí, Judas, mírame. Que te digan mis ojos lo que la boca no dice. Mírame, Judas. Mira a tu Maestro que no pensó ser superior al hombre por ser el Mesías, y que por el contrario, sabiendo que es Hombre quiso serlo en todo, a excepción de condescender en el mal²... Mira, así...”

² La futura doctrina de San Pablo (Cfr. Flp. 2, 7; Hebr. 2, 16-18; 4, 15; 5, 2.)

Judas ha levantado su rostro y mira a Jesús que tiene en frente. La luz de las estrellas hace brillar los ojos de Jesús como si fueran dos estrellas finas en un rostro pálido.

“Para prepararse a ser maestros, es menester haber sido discípulos. Yo, como Dios, lo sabía todo. Mi inteligencia podía hacerme comprender aún, intelectualmente las luchas del hombre, debido a mi fuerza intelectual. Pero algún día, un pobre amigo mío, un cierto hijo mío, me habría podido decir: “Tú, no sabes lo que es ser hombre y tener sentidos y pasiones”. Habría sido un justo reproche. Vine aquí, mejor dicho, allá, a aquel monte, a prepararme... no sólo para la misión, sino para la tentación. ¿Veis?... aquí en donde estáis, Yo fui tentado. ¿De quién?... ¿de un mortal?... ¡No! Habría sido su fuerza muy débil. Fui tentado por Satanás directamente.

Estaba ya acabando. Hacía cuarenta días que no probaba alimento... Pero mientras estuve sumergido en la oración, todo desaparecía con el gozo de hablar con Dios; más bien que desaparecido, el dolor se me hacía soportable, lo sentía como una molestia de la materia, circunscrito a la sola materia... después volví al mundo... a los cambios del mundo... y he sentido las necesidades del que está en el mundo. He tendido hambre. He sentido sed. He sentido el frío hiriente de la noche del desierto. He sentido el cuerpo quebrado con la falta de descanso, de lecho, y de largas caminatas hechas en condiciones tales de debilidad que no podía dar un paso más...

Porque Yo también, tengo cuerpo, un cuerpo *verdadero*. Y está sujeto a las mismas debilidades que todos los cuerpos humanos. Y con el cuerpo tengo un corazón. Sí. Del hombre he tomado la primera y segunda partes que lo forman⁴. He tomado materia con sus pasiones. Y si por voluntad he doblegado en su nacimiento todas las pasiones no buenas, he dejado crecer fuertes como los cedros seculares las santas pasiones del amor filial, del amor patrio, de las amistades, del trabajo, de todo cuanto es óptimo y santo. Aquí experimenté la nostalgia de la Madre que está lejos, aquí sentí la necesidad de sus cuidados en mi fragilidad humana, aquí probé el renovarse del dolor del estar separado de la Única que me ama perfectamente, aquí he presentado el dolor que me está reservado y el dolor de su dolor, pobre Mamá, que no tendrá más lágrimas, pues tantas tendrá qué derramar por su Hijo y por obra de los hombres. Aquí sufrí el cansancio del héroe y del asceta que en un momento de presentimiento cae en la cuenta de la inutilidad de su esfuerzo... he llorado... la tristeza... llamada magia de Satanás. No es pecado estar triste si los momentos son dolorosos. Es pecado ceder más allá de la tristeza, caer en la inercia o desesperación. Y Satanás viene al punto cuando ve a alguien caído en la debilidad del espíritu.

Vino... vestido de caminante bondadoso. Siempre toma el aspecto bondadoso... Yo tenía hambre... y tenía treinta años en la sangre. Me ofreció su ayuda. Primero me dijo: “Di a estas piedras que se conviertan en pan”. Pero antes... sí... antes, me habló de la mujer... ¡Oh! Él sabe hablar de ella. La conoce a fondo. Fue a la primera que corrompió para hacerla su aliada de corrupción. No sólo soy el Hijo de Dios, soy Jesús, el obrero de Nazaret. Dije a aquel hombre que me preguntaba en aquella ocasión, si conocía las tentaciones, y como que me acusaba de ser injustamente feliz por no haber pecado: “El hecho se calma en la satisfacción. La tentación que se rechaza, no cede jamás, sino que se hace más fuerte, porque Satanás la atiza”. Rechacé las tentaciones tanto del hambre de mujer, como de hambre de pan. Y tened en cuenta que Satanás me la presentaba como la primera –no se equivocaba- hablando humanamente, como la mejor aliada para abrirse campo en el mundo.

La tentación que no se dejó vencer por Mí: “No de sólo los sentidos vive el hombre”, me habló entonces de mi misión. Quería seducir al Mesías después de haber tentado al joven. Me incitó a destruir a los ministros indignos del templo con un milagro... al milagro, llama del Cielo no se le abaja para convertirlo en un montón de lazos para coronarse con ellos... y a Dios no se le tienta pidiéndole milagros para fines humanos. Esto quería Satanás. El motivo que

⁴ Cfr. 1 Tes. 5, 23.

presentaba era el pretexto, la verdad era: “Gloríate de ser Mesías”, para llevarme a la concupiscencia: la del orgullo.

No se dejó vencer con mi respuesta: “No tentarás al Señor Dios tuyo”, me circundó con la tercera fuerza de su naturaleza: el oro. ¡Oh! el oro. El pan es gran cosa y todavía la mujer, para quien tiene ansias de alimento o de placer. Pero incomparablemente mayor es cuando las multitudes aclaman a uno... ¡Por estas tres causas, cuántos crímenes se cometen! Pero el oro... es llave que abre, círculo que estrecha, es el alfa y el omega de noventa y nueve de las acciones humanas. Por el pan y la mujer, el hombre se hace ladrón. Por el poder, hasta homicida. Más por el oro se hace idólatra. El rey del oro es Satanás. Él me ofreció su oro con tal de que lo adorase... Lo derroté con las palabras eternas: “Adorarás al Señor, Dios tuyo”. Aquí... aquí sucedió esto”.

Jesús se ha levantado. Parece más hermoso que de costumbre en la naturaleza que lo rodea, a la luz débil, fosforescente que cae de las estrellas. También los discípulos se levantan. Jesús prosigue hablando y mira fijamente a Judas.

“Entonces vinieron los ángeles del cielo del Señor... el hombre había vencido la triple batalla. Sabía el Hombre, lo que significa ser hombre y había vencido. Estaba agotado. La lucha había sido más agotadora que el largo ayuno... pero el espíritu se agigantaba... Yo creo que los cielos se regocijaron cuando una criatura dotada de inteligencia, tal cosa realizó. Creo que desde este momento me vino el poder de hacer milagros. Había sido Dios... me había convertido en el Hombre. Ahora al vencer lo animal que estaba unido a la naturaleza del hombre, ved que Yo era el Hombre-Dios y lo Soy. Y como Dios todo lo puedo. Y como Hombre todo lo conozco. Haced también como Yo, si queréis hacer lo que hago, y hacedlo en recuerdo mío.

Aquel hombre se admiraba de que Yo hubiera pedido la ayuda del Padre, y que le hubiese pedido que no me llevase a la tentación, esto es que no me dejase a merced de la tentación superior a mis fuerzas. Pienso que tal hombre al saber esto, no se admirará más. Haced también vosotros de este modo, en recuerdo mío para vencer como Yo, y no dudéis jamás de verme fuerte en todas las tentaciones de la vida, victorioso en las batallas de los cinco sentidos, en las del sentido y en las del sentimiento, en mi naturaleza de Hombre verdadero como en la de Dios. Acordaos de todo esto.

Os prometí llevaros a donde habríais podido conocer al Maestro... a partir del momento en que se abrió su amanecer puro, como este que se abre en el meridiano de su vida. En el que salí para ir al encuentro de mi atardecer humano... Dije a uno de vosotros: “También Yo me prepararé” y veis que es verdad. Os agradezco de haberme acompañado a ir al lugar donde nací y a venir a este lugar de penitencia. Los primeros contactos con el mundo me habían causado náuseas y desilusiones. Es muy feo. Ahora mi corazón se ha alimentado con la fuerza de león al unirme completamente con el Padre en la oración y la soledad. Puedo regresar al mundo para tomar de nuevo la cruz, la primera cruz del Redentor: la del contacto con el mundo. Con el mundo en que hay muy pocas personas que se llaman María, que se llaman Juan...

Escuchad ahora, sobre todo Juan. Regresamos a donde está mi Madre y a donde están nuestros amigos. Os ruego que no digáis a mi Madre la dureza que encontró el amor de su Hijo. Sufriría mucho. Sufriría mucho, mucho, mucho por esa crueldad humana... pero no le mostremos desde ahora el cáliz. ¡Será muy amargo cuando se le dé! Tan amargo como un veneno que descenderá serpenteando en sus santas entrañas y en sus venas y le helará el corazón.

“¡Oh! no digáis a mi Madre que de Belén y Hebrón me rechazaron como a un perro. ¡Piedad para Ella! Tú, Simón, eres viejo y bueno, eres un corazón que reflexiona y que no hablará, lo sé. Tú, Judas, eres judío, y no hablarás por orgullo regional. Pero tú, Juan, tú galileo joven, no caigas en el pecado de orgullo, de crítica, de crueldad. Callarás. Más tarde... más tarde dirás a los otros lo que ahora te ruego que no digas, también a los otros.

Hay muchas cosas que hablar sobre el Mesías ¿Por qué tenéis qué agregar, lo que es de Satanás, contra el Mesías?... Amigos: ¿me lo prometéis?”

“¡Oh! ¡Maestro! ¡Claro que lo prometemos! ¡No desconfíes!”

“Gracias. Vamos a aquel pequeño oasis. Allí hay un manantial, un pequeño pozo de agua fresca, sombra y verdor. Está muy cerca el camino que lleva al río. Podremos encontrar alimento y descanso hasta el atardecer. Al claror de las estrellas llegaremos al río, y al vado. Esperaremos a José o nos uniremos a él si ya regresó. ¡Vámonos!”

Y se ponen en camino mientras allá en los confines del oriente un nuevo día se levanta en el color rosado con que se tiñe el cielo.

45. En el vado del Jordán. Encuentro con los pastores: Juan, Matías y Simeón

18 enero 1945

Torno a ver el vado del Jordán: el camino verde que corre de una parte y otra del río está horadado por los viajeros que buscan su sombra. Hileras de borriquillos van y vienen y con ellos los hombres.

En la ribera del río hay tres hombres que apacientan pocas ovejas. En el camino José en actitud de espera, mira hacia arriba y hacia abajo. Allá a lo lejos, donde el camino se entronca con este del río, aparece Jesús con sus tres discípulos. José llama a los pastores y estos echan las ovejas por el camino haciéndolas que vayan por la hermosa ribera. Pronto van al encuentro de Jesús.

“Yo casi no me atrevo... ¿Qué le diré de saludo?”

“¡Oh, es tan bueno! Le dirás: “La paz sea contigo”. Él también saluda de ese modo”.

“Él sí, pero nosotros...”

“Y ¿yo quién soy? No soy ni siquiera uno de los primeros que le adoraron y que quiere mucho... ¡pero mucho!”

“¿Cuál es?”

“El más alto y rubio”.

“¿Le diremos del Bautista?”

“Sí, claro”.

“¿No pensará que lo hemos preferido a Él?”

“Pero... no, Simeón. Si es el Mesías, ve en los corazones y verá en el nuestro que lo buscábamos en el Bautista”.

“Tienes razón”.

Los dos grupos ya casi están distantes unos cuantos metros uno del otro. En el rostro de Jesús se dibuja esa sonrisa que es imposible de describir. José apresura el paso. También las ovejas trotan arreadas por los pastores.

“La paz sea con vosotros” dice Jesús levantando los brazos como si fuera a dar un abrazo. Especifica: “¡La paz sea con vosotros Simeón, Juan y Matías, mis discípulos y discípulos de Juan el Profeta! La paz sea contigo José” y lo besa en la mejilla. Los otros tres están de rodillas. “Venid amigos, bajo estos árboles y junto a las aguas del río hablaremos”.

Bajan y Jesús se sienta en una gran raíz que sale a flor de tierra, los otros sobre la tierra. Jesús sonríe, los mira atento y atentamente al uno y después al otro: “Permitidme que conozca vuestros rostros. Ya conozco los corazones como de justos que van tras el bien, que aman despreciando las utilidades del mundo. Os traigo saludos de Isaac, Elías y Leví. También otro saludo, el de mi Madre. ¿Tenéis noticias del Bautista?”

Ellos que hasta ahora se habían sentido subyugados, recobran el ánimo. “Todavía está en prisión. Nuestro corazón tiembla por él, porque están en manos de un cruel al que domina una criatura del infierno y al que rodea una corte corrompida. Nosotros lo amamos... Tú sabes que lo amamos y que merece nuestro amor. Después que dejaste Belén, fuimos perseguidos... pero más que el odio, sentimos el vernos solos, abatidos, como plantas que el ventarrón haya tronchado, porque te habíamos perdido. Luego, después de años de dolor, a la manera como quien tiene los párpados cosidos y busca el sol y no lo puede ver porque está también dentro de una cárcel y no lo ve sino al sentir sus caricias tibias sobre su carne, así también sentimos

que el Bautista era el hombre de Dios, que predijeron los profetas y que prepararía los senderos a su Mesías¹. Y fuimos a él. Nos dijimos entre nosotros: “Si él lo precede, al ir a él lo encontraremos”. Porque eras Tú, Señor, a quien buscábamos”.

“Lo sé. Me habéis encontrado. Estoy con vosotros”.

“José nos dijo que Tú viniste con el Bautista. No estábamos aquel día. Tal vez nos habrían mandado a algún lugar. Le servíamos sobre todo en las cosas espirituales que nos pedía con tanto amor; y con amor lo escuchábamos, aunque era muy severo, cosa que Tú no eres, pero decía siempre palabras de Dios”.

“Lo sé. Y... ¿conocéis a este?” y señala a Juan.

“Lo veíamos con los otros galileos entre la gente más fiel del Bautista, y si no nos equivocamos, tú eres el que se llama Juan y de quien él decía a nosotros sus íntimos: “Ved, yo el primero, él el último. Después sucederá que él sea el primero y yo el último” jamás pudimos entender lo que quería decir”.

Jesús voltea a la izquierda donde está Juan, se lo trae hacia su pecho en medio de una sonrisa mucho más resplandeciente, y dice: “Quería decir el Bautista que él era el primero en decir: “He aquí el Cordero”. Y que este será el último de los amigos del Hijo del Hombre que hablará a las multitudes del Cordero, pero que en el corazón del Cordero, este es el primero porque lo quiere más que todos. Esto es lo que quería decir el Bautista. Cuando lo veáis –lo volveréis a ver y le volveréis a servir hasta la hora determinada- decidle que él no es el último en el corazón del Mesías. No tanto por ser pariente cuanto por su santidad. Yo lo amo igual que a estos. Acordaos de ello, si la humildad del Santo se proclama “último, la Palabra de Dios, lo proclama compañero de su discípulo a quien más ama. Decidle que amo a este, porque lleva su nombre y porque encuentro en él la marca suya, que es la de preparar los corazones para el Mesías”.

“Lo diremos... Pero... ¿lo volveremos a ver?”

“Lo volveréis a ver”.

“Comprendo. Herodes no se atreve a matarlo por miedo al pueblo, y en esa corte de avaricia y corrupción, sería fácil librarlo si tuviéramos mucho dinero. Pero... por mucho que tengamos – los amigos han dado ya- todavía falta mucho. Tenemos mucho miedo de que no lo hagamos a tiempo... y que lo maten”.

“¿Cuánto pensáis que os falte para el rescate?”

“No para el rescate, Señor, Herodías, no lo quiere ni ver, y ella es la dueña de Herodes, para poder pensar que se hable de rescate. Pero... en Maquerontes se han dado cita, creo, todos los avarientos del reino... Todos quieren gozar, todos quieren sobresalir, desde los ministros hasta los criados. Y para hacer esto se necesita dinero... Hemos encontrado aun quien por una respetable cantidad de dinero, dejaría salir al Bautista. También Herodes lo desea... porque tiene miedo. No por otra razón. Miedo al pueblo y miedo a la mujer. Así contentaría al pueblo, y la mujer no lo podría acusar de haberla disgustado”.

“¿Y cuánto quiere esa persona?”

“Veinte talentos de plata. Tenemos tan solo doce y medio”.

“Judas, tú dijiste que estas joyas son muy bonitas”.

“Bonitas y preciosas”.

“¿Cuánto podrían valer?... Me parece que tú eres experto en estas cosas”.

“Sí, lo soy. ¿Para qué quieres saber, Maestro, su valor? ¿Quieres venderlas?... ¿para qué?”

“¡Tal vez!... Di... ¿cuánto podrían valer?”

“Si se venden bien, por lo menos seis talentos”.

“¿Estás seguro?”

“Sí, Maestro. Sólo el collar es grueso y pesado. Es oro purísimo. Por lo menos vale tres talentos. Lo he revisado bien. También los brazaletes... no puedo ni siquiera comprender cómo las frágiles muñecas de Aglae los hubieran podido llevar”.

¹ Cfr. Is. 40, 3-5; Mt. 3, 3; Mc. 1, 3-4; Lc. 3, 2-6; Ju. 1, 23.

“Eran sus cadenas, Judas”.

“es verdad, Maestro... ¡pero a muchos les gustarían semejantes esposas!”

“¿Lo crees?... ¿A quiénes?”

“¡Oh!... ¡A muchos!”

“Sí, a muchos que tan solo son hombres porque así se les llama... ¿sabrías de algún posible comprador?”

“En resumidas cuentas... ¿quieres venderlas?... ¿y por el Bautista?... pero mira... ¡es oro maldito!”

“¡Oh incompreensión humana! Acabas de decir, con un deseo patente, que a muchos les gustaría ese oro y ¿luego dices que está maldito? ¡Judas! ¡Judas!... Es maldito, sí. Es maldito pero ella dijo: “Se santificará si sirve al que es pobre y santo” y lo dio con el fin de que el que fuere beneficiado ruegue por su pobre alma, que como embrión de futura mariposa, crece en la semilla del corazón. ¿Quién más pobre y santo que el Bautista?... Él es igual que Elías por su misión, pero superior a éste en santidad³. El es más pobre que Yo. Yo tengo una Madre y una casa... Cuando se tienen estas cosas, puras y santas como las tengo, jamás uno puede decir que está abandonado. Él no tiene ya más casa, ni siquiera el sepulcro de su madre. Todo lo ha destruido, profanado la perversidad humana... ¿Quién es pues el comprador?”

“Hay uno en Jericó y muchos en Jerusalén. Pero ¡este de Jericó! ¡Ah! ¡Es un astuto orfebre oriental, usurero, baratero, mercader en amores, ladrón ciertamente y tal vez homicida... y seguramente es un perseguido de Roma. Quiere que se le llame Isaac para parecer hebreo. Más su nombre verdadero es Diómedes. Lo conozco bien...”

“¡Lo comprendemos!” interrumpe Simón Zelote, que habla poco, pero que todo observa. Además pregunto: “¿Cómo has hecho para conocerlo tan bien?”

“Bueno.... sabes... Para contentar a los amigos poderosos... he ido a su casa... he hecho tratos.... Nosotros los del Templo... ¿sabes...?”

“Ya caigo... toda clase de servicios” concluye Simón fría e irónicamente. Judas se enciende pero calla.

“¿Podrá comprarlas?” interroga Jesús.

“Así lo creo. Jamás le falta dinero. Ciertamente es necesario saber vender porque el griego es astuto, y si ve que se las tiene qué arreglar con un hombre honrado... un pichón de nido, lo despluma a su gusto, pero si se trata de un buitre como él...”

“Ve, Judas, eres el tipo para esto. Tienes la astucia de la zorra y la rapacidad del buitre. Perdón, Maestro. Hablé antes de Ti”.

“Pienso como tú y pido a Judas que vaya. Juan, tú vas con él. Nos reuniremos cuando baje el sol. El lugar será en la plaza que está cerca del mercado. Ve y haz lo mejor que puedas”.

Judas se levanta al punto. Juan tiene ojos que imploran como los de un perro al que se echa afuera. Más Jesús torna a hablar con los pastores y no ve esa mirada suplicante. Juan sigue a Judas.

“Quisiera contentaros” dice Jesús.

“Siempre lo harás, Maestro. El Altísimo te bendiga por nosotros. ¿Ese hombre es tu amigo?”

“Sí ¿no te parece que lo sea?”

Juan el pastor baja la cabeza y guarda silencio. Habla el discípulo Simón: “Sólo quien es bueno sabe ver. Yo no soy bueno y no veo lo que la bondad ve. Veo lo externo. El bueno baja hasta el interior. También tú, Juan, ves como yo. Pero el Maestro es bueno... y... ve...”

“¿Qué ves Simón en Judas?... te ordeno que hables”

“pues, pienso al mirarlo, en ciertos lugares misteriosos que parecen cuevas de fieras y aguas estancadas de fiebre. Se divisa apenas algo que no va bien, y al punto lleno uno de miedo se retira. Por el contrario... por el contrario... por detrás hay también tórtolas y ruiseñores, y el suelo abundante en aguas buenas y rico en hierbas salutíferas. Quiero pensar que Judas es así... lo creo porque lo tienes contigo. Tú que conoces”.

³ Cfr. 3 Re. 17, 1; 4 Re. 2, 18; Mt. 17, 9-13; Mc. 9, 9-13; Lc. 1, 13-17.

“Sí, Yo lo conozco... hay muchos repliegues en el corazón de ese hombre... pero no le faltan los lados buenos. Lo viste en Belén y en Keriot. Hay que ayudar ese lado bueno, que es muy humano, para llevarle a una bondad que sea espiritual. Entonces sí que Judas será como quieres que lo sea. Es joven...”

“También Juan es joven...”

“Y concluyes en tu corazón que es mejor. ¡Pero Juan es Juan! Ama, Simón, a ese pobrecito de Judas... te lo ruego. Si lo amas... te parecerá más bueno”.

“Me esfuerzo en hacerlo... por Ti... pero es él, el que rompe mis esfuerzos como si fueran cañas de río... Maestro, yo tengo una ley sola: hacer lo que Tú quieres. Por esa razón amo a Judas, no obstante hay algo dentro de mí que da voces contra él y contra mí”.

“¿Qué cosa es, Simón?”

“Nada en concreto... una cosa que es como el grito del soldado que esté en guardia durante la noche... y que me dice: “No dormir” ¡Mira! No sé... no tiene nombre esta cosa... pero es... contra él”.

“No pienses más en esto, Simón. Ni te esfuerces en definirla. Hace mal conocer ciertas verdades... y te podrías equivocar al conocerlas... Déjalo a tu Maestro. Dame tu amor y piensa que me hace feliz...”

Y todo termina.

46. Iscariote vende a Diómedes las joyas de Aglae

19 enero 1945

Estoy en la plaza del mercado de Jericó. No es de mañana. Es ya tarde. Un largo y calidísimo crepúsculo de verano. Del mercado de la mañana no quedan sino las señales, como deshechos de verduras, montones de excrementos, paja que cayó de las canastas, pedazos de harapos... y entre todo esto las moscas son las gananciosas y el sol fermenta y hace que salga vapor y hedores un tanto desagradables. La ancha plaza está vacía. Uno que otro pasa, algún muchacho rebeldillo que arroja piedras a los pájaros que andan por el suelo. Una que otra mujer que va a la fuente. Y basta. Jesús sale de una calle y mira por todas partes. No ve a nadie. Con toda tranquilidad se arrima a un tronco y espera.

Encuentra la manera de hablar a los muchachitos sobre caridad que empieza en Dios y baja del Creador a las criaturas.

“No seáis crueles. ¿Por qué queréis molestar a los pájaros del aire? Allí tienen sus nidos y sus pequeños. A nadie le hacen daño. Cantan y limpian. Comen lo que tira el hombre y comen los insectos que dañan las mieses y las frutas. ¿Por qué los herís y los matáis... haciendo que los pequeñuelos se queden sin padre ni madre, o bien que estos queden sin sus hijitos?... ¿Os gustaría que un malvado entrase en vuestra casa y la destruyese, o que os matasen a vuestros padres o que os separasen de ellos? ¡Claro que no os gustaría! Y si es así... ¿Por qué hacéis a estos inocentes lo que no os gustaría que se os hiciese a vosotros?... ¿Cómo dejaréis de hacer mal algún día al hombre si de pequeños endurecéis el corazón contra las criaturas que no pueden defenderse, como estos siempre buenos pajaritos? ¿No sabéis que dice la Ley: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”?¹. Quien no ama al prójimo, no puede amar a Dios. Y ¿quién no ama a Dios, cómo puede ir a su Casa a orar?... Dios podría decirle, y lo dice en los Cielos: “Vete, no te conozco, Tú... ¿mi hijo? ¡No! No amas a los hermanos, no respetas en ellos al Padre que los hizo, por esto no eres hermano ni hijo, sino que eres un bastardo; un hijastro ante Dios y un hermanastro para con los hermanos”... ¿Veis cómo el Señor eterno ama?... Durante los meses más fríos hace que encuentren pajitas, para que hechas nido, en ellas vivan los pajaritos. En los calurosos, proporciona sombra con las hojas para protegerlos del sol. Durante el invierno, en los campos está el grano que apenas cubre la tierra y es fácil desenterrarlo y comérselo. En verano su sed se calma con frutas llenas de jugo, pueden

¹ Cfr. Lev. 19, 18.

hacerse los nidos más fuertes y calientes con pajita de heno y con la lana de las ovejas, que dejan entre las zarzas. Y es el Señor quien os creó a vosotros hombrecitos, así como creó también a los pájaros, por lo que sois sus hermanos. ¿Por qué queréis ser distintos a Él, pensando que podéis ser crueles contra estos pequeños animales?... Sed misericordiosos con todos, no privéis a nadie de lo que se le debe bien sea hermano-hombre o animales que son vuestros siervos y amigos, y Dios...”

“¡Maestro! Grita Simón. “Ya viene Judas”.

“...y Dios será misericordioso con vosotros; os dará cuanto os sea necesario, como lo da esos inocentes. Id y llevad con vosotros la paz de Dios”.

Jesús atraviesa el círculo de los muchachos, al que se habían juntado también los adultos y va al encuentro de Judas y Juan que apresurados llegan por otra calle. Judas viene triunfante. Juan sonrío a Jesús... pero no parece que sea muy feliz.

“Ven, ven, Maestro. Creo que lo hice bien. Pero ven conmigo. En la calle no se puede hablar”.

“¿A dónde, Judas?”

“A la fonda. He apartado cuatro habitaciones... ¡Oh! Son modestas, no te asustes. Tan solo para poder descansar en un lecho después de tantos sinsabores de este calor; poder comer como gentes y no como pajaritos junto al pozo, y hablar también tranquilamente. He hecho buena venta. ¿Verdad, Juan?”

Juan asiente sin muchas ganas. Pero Judas está tan contento de su obra, que no repara ni en la poca alegría de Jesús ante la perspectiva de un alojamiento cómodo, ni ante el menos entusiasta modo de Juan. Continúa diciendo: “Después de que vendí en más de lo que había pensado me dije: “Es justo que tome un poquitín, cien denarios para dormir y comer. Si nosotros que siempre hemos comido estamos agotados, mucho más debe de estarlo Jesús”. ¡Mi deber es cuidar que no se enferme mi Maestro! Deber de amor, porque tú me amas y yo también. Hay lugar también para vosotros y vuestras ovejas” dice a los pastores. “En todo he pensado”.

Jesús no dice palabra, Lo sigue con los demás.

Llegan a una plaza secundaria. Judas dice: “¿Veis aquella casa sin ventanas de esa calle y con la puertecilla tan estrecha, que parece una hendidura?... Es la casa del orfebre Diómedes. Parece una casa pobre ¿no es así? Pero dentro hay tanto oro como para comprar Jericó y ¡ah!... ¡ah!...” Judas ríe con malicia... “y en ese oro se pueden encontrar también muchos collares y copas, y... también otras cosas de personas muy influyentes en Israel. Diómedes... ¡Oh! Todos fingen no conocerlo, pero lo conocen todos; desde los herodianos hasta... todos, en una palabra. En esa pared lisa, pobre... se podría escribir “Misterio y Secreto”. ¡Si hablasen! Juan, nadie se podría escandalizar con derecho del modo como hice los tratos... Tú... tú... te morías ahogado de vergüenza y de escrúpulos. Ahora bien, escúchame, Maestro. No vuelvas a mandarme con Juan a ciertos negocios. Por poco hace que todo salga mal. No sabe agarrarlas al vuelo, no sabe negar, y con un astuto como Diógenes es menester ser rápidos y francos”.

Juan dice entre dientes: “Decía ciertas cosas... tan raras y tan... tan... Sí, Maestro. No me vuelvas a mandar. No soy capaz sino de amar, yo...” “Difícilmente tendremos necesidad de ventas semejantes” responde Jesús, que está serio.

“Allí está la fonda. Ven, Maestro. Hablo yo... porque... yo lo hice”.

Entran y Judas habla con el dueño que hace que lleven las ovejas al establo y después conduce personalmente a los huéspedes a un saloncito donde hay esteras para lecho, sillas y una mesa preparada. Se retira al punto.

“Hablemos pronto, Maestro, mientras los pastores están ocupados en acomodar sus ovejas”.

“Te escucho”.

“Juan puede decir si soy sincero o no”.

“No lo dudo. Entre honrados no es necesario ni juramento ni testimonio. Habla”.

“Llegamos a Jericó a la hora de la siesta. Estábamos sudados como animales de carga. No quise dar la impresión a Diómedes de tener necesidad urgente. Y primero vine aquí, me refresqué, me puse el vestido limpio y quise que también él lo hiciera. ¡Oh! No quería echarse nada de ungüento ni arreglarse los cabellos... ¡Yo ya me había formado mi plan, cuando venía por el camino!... Cuando al atardecer estaba ya cercano, dije: “Vamos”. Ya estamos descansados y frescos como los ricachones en viaje de placer. Cuando estábamos a punto de llegar a la casa de Diómedes, dije a Juan: “Tú me asegundas. No desmientas y sé rápido en entendértelas”. Pero era mejor si lo hubiera yo dejado afuera. Para nada me ayudó. Al contrario... Por buena suerte soy rápido por dos, y a todo proveí.

De la casa de Diómedes salí al alcabalero. “Bien” dije: “Si sale ese de allí encontraremos dinero y lo que necesito para hacer comparaciones”. Porque el alcabalero, usurero y ladrón como todos sus iguales, siempre tienen collares que ha arrancado con amenazas y usuras a los desgraciados a quienes impone una tasa mayor de lo lícito, para que pueda así gozar de más crápulas y con mujeres. Es un amigo de Diómedes que compra y vende oro y carne... entramos, después que me hice conocer. Digo, entramos, porque una cosa es ir al lugar en donde finge trabajar honradamente el oro, y otra es bajar al subterráneo donde él hace sus *verdaderos* negocios. Es menester que él lo conozca a uno muy bien para poder hacer esto. Cuando me vio me dijo: “¿Otra vez quieres vender oro? La situación es muy difícil y tengo poco dinero”. Su acostumbrado cantar. Le respondí: “No vengo a vender sino a comprar. ¿Tienes joyeles de mujeres, que sean bonitos, ricos, preciosos y de oro puro?” Diómedes quedó estupefacto. Preguntó: “¿Quieres una mujer?” “No te preocupes”, le respondí. “No se trata de mí. Se trata de este amigo mío que es prometido y quiere comprar oro para su amada”.

Y aquí, Juan, empezó a hacerla de chiquillo. Diómedes que lo miraba, vio que se ponía colorado y dijo como viejo lujurioso que es: “¡Eh! El muchacho al oír solo la palabra “prometida” siente fiebre de amor. “¿Es muy hermosa tu dama?” preguntó. Di un puntapié a Juan para despertarlo y hacerle comprender que no hiciera el tonto. Y respondió con un ‘Sí’ tan apagado, que Diómedes entro en sospechas. Entonces tomé yo la palabra: “Sí, hermosa y no debes interesarte, viejo. No será jamás del número de las mujeres por las que merecerás el infierno. Es una doncella honesta, y en breve será una buena esposa. Saca tu oro. Soy el amigo de bodas de él y tengo el encargo de ayudar al joven... yo, judío y ciudadano”. Él es galileo... ¿o no?” ¡Siempre os entregáis por esos cabellos! “¿Es rico?” “¡Mucho!”

Así fuimos para abajo y Diómedes abrió sus cofres y tesoros. Pero di la verdad, Juan... ¿no parecía estar uno en el cielo entre aquellas piedras preciosas y oro?... Collares, entretejidos, brazaletes, aretes, redecillas de oro y piedras preciosas para los cabellos, peinetas, broches y anillos... ¡Ah! ¡Qué esplendor! Con mucha calma de aquí y de allá elegí un collar como el de Aglae, arillos, broches y brazaletes... todo como lo que tenía en la bolsa y en igual número. Diómedes estaba aterrado y preguntaba: “¿Todavía más?... Pero ¿quién es este? Y... la novia ¿quién es? ¿Una princesa?” Cuando tuve todo lo que quería, dije: “¡El precio!”

¡Oh! ¡Qué letanía de afirmaciones de honradez! Y luego la respuesta, “porque se trata de ti, te diré la verdad. Sin exageraciones. Pero menos no puedo, ni una dracma. Pido doce talentos de plata”. “¡Ladrón!” dije. Dirigiéndome a Juan: “Vámonos. En Jerusalén encontraremos uno que sea menos ladrón que éste”, simulé que salía. Corrió detrás de mí. “Mi muy grande amigo, mi amigo predilecto, ven escucha a tu pobre siervo. No puedo menos. De veras que no puedo. Mira. Hago un verdadero esfuerzo. Me arruino. Lo hago porque siempre me has brindado tu amistad y me has hecho hacer negocios. Once talentos. ¿Qué tal? Es lo que daría si debiera comprar este oro a quien tiene hambre. Ni un céntimo menos. Sería como quitarme la sangre de las venas”.

¿Verdad que así hablaba? ¿Causaba risa y náuseas. Cuando vi que se mantenía en el precio di el golpe: “Viejo sucio, comprende que no quiero comprar sino vender. Esto es lo que quiero vender. Mira: es hermoso como el tuyo. Oro de Roma y de nueva cuña. Muchos lo querrán. Es tuyo por once talentos. Lo que pediste por esto. Tú pusiste el precio. Paga tú”. ¡Uf!

¡Entonces...! “¡Es una traición! ¡Has traicionado la estima que tenía de ti! ¡Eres mi ruina! ¡No puedo dar tanto!” aullaba. “No puedo”. “Mira que lo llevo a otro”. “No amigo” y extendía sus manos ganchudas sobre el montón de Aglae. “Entonces, paga, debería yo pedir doce talentos, pero me conformo con tu último pedido”. “No puedo”. “¡Usurero! Mira que aquí tengo un testigo y que te puede denunciar como ladrón...” y le dije otras virtudes que no repito porque aquí está este muchacho...

En fin, como tenía necesidad de vender y hacerlo pronto, le dije una cosita entre él y yo que no observaré... Pues ¿qué valor tiene una promesa hecha a un ladrón? Y cerramos la venta en diez talentos y medio. Llegamos a este acuerdo en medio de lloriqueos y afirmaciones de amistad y... de mujeres. Y Juan casi se echa a llorar,. Pero ¿qué te interesa que piensen que eres un vicioso? Basta con que no lo seas. ¿No sabes que el mundo es así y que eres un aborto del mundo? Un joven que no conoce lo que sabe una mujer ¿quién quieres que te crea? Y si te creen... ¡Oh! No me gustaría que pensasen de mí lo que pueden pensar de ti, quienes creen que no tienes deseos de mujer.

Mira, Maestro. Tú mismo cuenta. Tenía un montón de dinero. Pase por el alcabalero y le dije: “Tómate esta porquería y dame los talentos que Isaac te dio” porque por últimas noticias había sabido también esto, después del negocio. Así pues, por último dije a Isaac-Diómedes: “Acuérdate que el Judas del Templo no existe más. Ahora soy discípulo de un santo. Disimula no haberme conocido jamás, si en algo estimas el cuello” y por poco se lo tuerzo al punto, porque me respondió mal”.

“¿Qué te dijo?” con indiferencia Simón pregunta

“Me dijo: “Tú... discípulo de un santo? Jamás lo creeré, o muy pronto veré aquí al santo a pedirme mujer”. Me dijo: “Diómedes es una vieja raposa en el mundo. Pero tú eras la joven. Yo todavía podré cambiar aunque he llegado a ser lo que soy de viejo. Pero tú no cambias. Has nacido así”. ¡Viejo lujurioso! ¡Niega tu poder! ¿Entiendes?”

“Y como buen griego dice muchas verdades”.

“¿Qué insinúas Simón?... ¿Hablas por mí?”

“No. Por todos. Es uno que conoce el oro y los corazones de la misma manera. Es un ladrón lujurioso en todos sus negocios y peor en fama. Pero se escucha en él la filosofía de los grandes griegos. Conoce al hombre, animal con siete branquias de pescado, pulpo que destroza el bien, la honradez, el amor y otras tantas cosas en sí y en los demás”.

“Pero no conoce a Dios”.

“¿Y se lo querías enseñar?”

“¿Yo?... Sí... ¿por qué? Los pecadores son quienes tienen necesidad de conocer a Dios”.

“Así es. Pero... el Maestro debe conocerlo para enseñarlo”.

“Y no lo conozco yo”.

“Paz, amigos. Vienen ya los pastores. No perturbemos su corazón con estas peleas entre nosotros. ¿Contaste tú el dinero?... Basta. Lleva a buen término todas tus acciones, como has llevado esta y, te lo repito, si puedes, en lo porvenir, ni mientas ni siquiera para realizar una acción buena...”

Los pastores entran.

“Amigos. Aquí hay diez talentos y medio. Faltan sólo diez denarios que Judas tomó para gastos de alojamiento. Tomadlos”.

“¿Todo lo das?” pregunta Judas:

“Todo. No quiero ni siquiera un céntimo. Nosotros tenemos la limosna de Dios y de estos que le buscan honradamente... y jamás nos faltará lo indispensable. Créelo. Tomadlos y sed felices por causa del Bautista como lo soy Yo. Mañana iréis a su prisión, vosotros Juan y Matías. Simeón y José irán a donde está Elías a contárselo y a darle instrucciones para el futuro. Elías sabe. Después José regresará con Leví. El lugar de encuentro será dentro de diez días en la Puerta de los peces en Jerusalén, a las seis de la mañana. Ahora comamos y descansemos. Mañana al amanecer, parto con los míos. No tengo otra cosa qué deciros por el momento. Más tarde tendréis noticias de Mí”.

Todo se oscurece cuando Jesús parte el pan.

47. Jesús llora por causa de Judas y Simón Zelote lo conforta

20 enero 1945

Es una bella campiña donde se encuentra Jesús. Magníficos árboles frutales, viñedos espléndidos con racimos muy prestos a colorearse de oro y de rubí.

Jesús está sentado bajo un árbol y come la fruta que le ofreció un campesino. Tal vez habló ya antes porque el labrador dice: “Es alegría para mí socorrer tu sed, Maestro. Tu discípulo nos había ya hablado de tu sabiduría, pero nos quedamos sorprendidos al escucharte. Como estamos cerca de la Ciudad santa, frecuentemente vamos a ella a vender frutas y verduras. Entonces se sube al templo y se escucha a los rabíes. Pero no hablan como Tú. Se decía uno por el camino; “Si así son las cosas, ¿quién se salva?” Tú por el contrario. ¡Oh! Parece que has aligerado el corazón! Un corazón que torna a hacerse niño sin que uno pierda la edad. Soy un tonto... no me sé explicar. Pero Tú me entiendes”.

“Sí, te entiendo. Quieres decir que con el conocimiento maduro de las cosas, propio de un adulto, sientes que después de haber escuchado la palabra de Dios, vuelve a nacer en tu corazón la simplicidad, la fe, la pureza y te parece que te haces niño, sin culpas y sin malicia con tanta fe, como cuando asido de la mano de tu mamá subías por primera vez al Templo o cuando rezabas sobre sus rodillas. ¿Es esto lo que querías decir?”

“Exactamente esto. Felices vosotros que siempre estáis con Él” dice a Juan, Simón y Judas que comen sentados sobre una pequeña barda, higos sabrosos”. Y termina: “Yo soy feliz por haberte hospedado una noche. No tengo miedo a ninguna desgracia en mi casa, porque tu bendición ha entrado en ella”.

Jesús responde: “La bendición produce sus efectos y dura si los corazones permanecen fieles a la Ley de Dios y a mi doctrina. Por el contrario, la gracia cesa si no lo son. Porque si es verdad que Dios da su sol y su aire así a los buenos como a los malos, para que vivan; a los buenos para que se hagan mejores a los malos para que se conviertan; es justo también que la protección del Padre se dirija a otra parte, castigando al malvado para traerle a la mente, con los sufrimientos, el recuerdo de Dios”.

“¿El dolor, no es siempre un mal?”

“No, amigo. Desde el punto de vista humano es un mal, pero del sobrehumano, es un bien. Aumenta los méritos de los justos que lo sufren sin desesperarse, sin rebelarse y lo presentan ofreciéndole como sacrificio de expiación por sus propias flaquezas y por las culpas del mundo y como redención de los que no son justos”. “¡Es tan difícil el sufrimiento! Dice el campesino, al que se le han reunido sus familiares, que son como diez entre adultos y niños” Sé que el hombre lo considera difícil. Y el Padre sabiendo que el hombre como tal lo consideraría, no dio el dolor a sus hijos. Entró: por la culpa. Pero... ¿por cuánto tiempo dura el dolor sobre la tierra?... ¿Por cuánto en la vida del hombre?... ¡Poco! Siempre es poco, aunque así durase toda la vida. Ahora os digo: ¿No es mejor sufrir por poco tiempo, que por siempre?... ¿No es mejor sufrir aquí que en el Purgatorio? Pensad que allá el tiempo está en proporción de uno a mil. ¡Oh! En verdad os digo que en lugar de maldecir al dolor se le debería bendecir y llamarlo “gracia”, llamarlo “piedad”.

“¡Oh, Maestro! Nosotros bebemos tus palabras como en verano lo hace el sediento al beber agua miel de una jarra fresca. ¿De veras partes mañana, Maestro?”

“Sí, mañana, pero regresaré otra vez, para agradecerte lo que has hecho por Mí y por los míos, y para pedirte una vez más pan y descanso”.

“Siempre habrá aquí para Ti, Maestro”.

Se adelanta un hombre que trae un borriquillo cargado de verduras.

“Mira. Si tu amigo quiere ir... mi hijo va a Jerusalén para el mercado de Pascua”.

“Ve, Juan. Sabes lo que debes hacer. Dentro de cuatro días nos volveremos a ver. Mi paz sea contigo”. Jesús abraza a Juan y lo besa. También Simón hace lo mismo.

“Maestro” dice Judas, “si me permites, me iré con Juan. Tengo necesidad de ver a un amigo. Cada sábado está en Jerusalén. Iré con Juan hasta Betfagué y después yo solo... es un amigo de casa... sabes... mi madre me dijo...”

“Nada te he preguntado, amigo”.

“Mi corazón llora al dejarte. Pero dentro de cuatro días estaré de nuevo contigo. Y te seguiré en tal forma que hasta te cansarás de mí”.

“Ve, pues. Dentro de cuatro días cuando el alba se levante, estaréis en la Puerta de los Peces. Hasta la vista y que Dios te guarde”.

Judas besa al Maestro y camina cerca del borriquillo que va trotando por la senda polvorienta.

La tarde va bajando sobre la campiña que se cobija en silencio. Simón observa el trabajo de los hortelanos que riegan los surcos.

Jesús por unos momentos se ha quedado en el lugar en que estaba. Después se levanta, da vuelta por detrás de la casa y se va por el huerto. Se aísla. Se dirige hasta un lugar tupido de granados que están separados entre sí con montones de varas que podrían ser de parras silvestres. No las conozco muy bien. No hay restos de fruta y no soy experta en hojas de plantas. Jesús detrás de los granados se esconde. Se arrodilla y ora... luego pega su rostro contra el suelo, contra la hierba y llora. Esto lo colijo por los suspiros profundos y entrecortados. Un llanto desconsolador, sin sollozos pero muy triste.

Así pasa el tiempo. Hay tan solo luz crepuscular. Pero no se ha hecho tan oscuro que no se pueda ver. Y dentro de esta poca luz he ahí que se asoma sobre un montón de varas la cara fea y honrada de Simón. Mira, busca, descubre la figura encorvada de Jesús que tiene cubierto el manto azul-oscuro que hace que casi se pierda entre las sombras del suelo. Tan solo sobresalen la rubia cabeza y las manos unidas en la oración, que van más allá de la cabeza que está apoyada sobre los codos. Simón mira con sus ojos bovinos. Comprende que Jesús está triste por los suspiros que da, y de sus labios hinchados y hasta de color violeta, se oye una voz que dice: “Maestro”.

Jesús levanta el rostro.

“¿Lloras, Maestro? ¿Por qué? ¿Me permites que vaya a donde estás?” En la cara de Simón está dibujada la sorpresa y el dolor. En realidad es un hombre feo. A su no bello perfil y al color oscuro de aceituna se le añaden las cicatrices azuladas que cual hoyos le dejó su mal. Pero su mirada es tan buena, que su deformidad desaparece.

“Ven, Simón, amigo”.

Jesús está sentado sobre la hierba. Simón hace lo mismo.

“¿Por qué estás triste, Maestro mío? Yo no soy Juan y no podré darte cuanto él te da, pero tengo deseos de consolarte. Y tengo un solo dolor, y es el de sentirme incapaz de hacerlo. Dime: “Te he causado algún desagrado en estos últimos días, de manera que te canse el que debas estar conmigo?”

“No buen amigo. Desde el momento que te vi, no me has dado ningún desagrado. Y creo que jamás me serás causa de llanto”.

“¿Y entonces, Maestro?... No soy digno de tu confianza, pero dados mis años podría ser hasta padre tuyo, y bien sabes que siempre he tenido sed de hijos... Permíteme que te acaricie como si fueses un hijo mío y que haga yo en esta hora las veces de padre y madre. Tienes necesidad de tu Madre para olvidar muchas cosas...”

“¡Oh, sí... de mi Madre!”

“Pues bien, mientras no llegue el momento en que Ella te consuele, deja a tu siervo la alegría de hacerlo. Maestro, lloras porque hubo quien te desagradara. Hace días que tu rostro es como un sol cubierto de nubes. Te he estado observando. Tu bondad oculta la herida, para que no odiamos al que nos hiere. Pero esta herida te duele y te provoca náuseas. Pero dime, Señor mío: ¿por qué no dejas la fuente de esta pena?”

“Porque humanamente es inútil y sería contra la caridad”.

“¡Ah! ¡Has entendido que me refería a Judas! Tú sufres por él. ¿Cómo puedes, Tú, Verdad, soportar a ese mentiroso?... Miente y ni cambia de color. Es más falso que una zorra. Más cerrado que una piedra. Ahora se ha ido. ¿Qué va a hacer?... ¿Será posible que tenga tantos amigos?... Aleja de Ti, Señor mío a ese hombre”.

“Es inútil. Lo que deba ser, será”.

“¿Qué quieres decir?”

“Nada en particular”.

“Lo dejaste ir de buena gana porque... porque te causó asco su modo de obrar en Jericó”.

“Así es, Simón. Una vez más te digo: Lo que debe ser será y Judas forma parte de ese futuro. También él debe ser...”¹

“Juan me ha contado que Simón-Pedro es todo franqueza y fuego... ¿Tolerará a este?”

“Lo debe soportar. También está destinado a algo suyo, y Judas es la tela tosca en que él debe tejer su parte, o si mejor te gusta, es la escuela en que Pedro se ejercitará más que con cualquier otro. Ser buenos con Juan, entender los corazones como Juan, es también virtud de tontos. Pero ser buenos con quien es un Judas, saber comprender los corazones como el de Judas, ser médico y ser sacerdote para ellos es difícil. Judas es vuestra enseñanza viviente”.

“¿La nuestra?”

“Sí, *la vuestra*. El Maestro no es eterno sobre la tierra. Se irá después de haber comido el pan más duro, y bebido el vino más amargo. Pero vosotros os quedaréis para ser mis continuadores... y debéis saber. El mundo no termina con el Maestro, sino que continúa hasta el regreso final del Mesías y hasta el juicio final del hombre. En verdad te digo que para un Juan, un Pedro, un Simón, un Santiago, Andrés, Felipe, Bartolomé y Tomás, hay por lo menos otras tantas veces siete Judas. Muchos más, muchos más”.

Simón reflexivo, guarda silencio. Luego dice: “Los pastores son buenos. Judas los desprecia pero yo los amo”.

“Yo los amo y alabo”.

“Son almas sencillas, como las que te agradan”.

“Judas ha vivido en la ciudad”.

“Su único pretexto. Muchos también han vivido y sin embargo... ¿Cuándo irás a la casa de mi amigo?”

“Mañana, Simón. Y con mucho gusto porque estamos solos tú y Yo. Me imagino que es un hombre culto y experto como tú”.

“Sufre mucho... en el cuerpo y en el corazón, Maestro... me gustaría pedirte un favor: si no te habla de sus tristezas, no le preguntes nada referente a su casa”.

“No lo haré. Sé por quién sufre, pero no quiero confidencias forzadas, el llanto tiene su pudor...”

“Yo se lo he respetado... Pero me causa tanta pena...”

“Tú eras mi amigo y habías dado ya un nombre a mi dolor. Yo para tu amigo soy el Rabí desconocido. Cuando me conozca... entonces... ¡Vámonos! Ya entra la noche. No hagamos esperar a los que nos hospedan, que deben estar cansados. Mañana al amanecer iremos a Betania”.

48. “También para vosotros los buenos existe la proporción que había entre los buenos y Judas”

(Escrito el mismo día)

Jesús añade:

“Juanito, cuántas veces lloré con el rostro en el suelo por causa de los hombres. ¿Y vosotros querríais ser menos que Yo?”

¹ Cfr. Mt. 18, 7; 26, 20-25; Mc. 14, 17-21; Lc. 17, 1; 22, 21-23; Ju. 13, 21-30; Hech. 1, 16.

También para vosotros los buenos, está la proporción que había entre los buenos y Judas. Cuanto se es mejor, más se sufre. También vosotros y lo digo especialmente de los que tienen cuidado de almas, tenéis necesidad de aprender estudiando a Judas. Vosotros sacerdotes, todos sois “Pedros” y debéis ligar y soltar. Pero ¡cuánto, cuánto espíritu de observación, de unión con Dios; cuánto estudio realista, cuántas comparaciones con el método de vuestro Maestro debéis hacer para ser lo que debéis ser!

A alguien le parecerá inútil, humano, imposible cuando digo: Son los que de costumbre niegan los aspectos humanos de mi vida y me convierten en un ser tan lejano de la vida humana que queda solo lo divino. Siendo así, ¿a dónde va a terminar la Santísima Humanidad? ¿a dónde el sacrificio de la Segunda Persona que se vistió con carne?...

Era Yo, en realidad, un Hombre entre los hombres. Era hombre y por eso sufría al ver al traidor y a los ingratos. Y por esto me alegraba de que me amase alguien, o se convirtiese a Mí. Y por esto sentía profundamente en el alma y lloraba ante el cadáver espiritual de Judas. Con el corazón en las manos y con el llanto en los ojos lloré ante el amigo muerto. Pero sabía que lo traería Yo a la vida y me alegraba de verlo que estaba con el espíritu en el Limbo. Aquí... aquí tenía enfrente al demonio... y no digo más.

Tú, Juan, sígueme. Demos a los hombres también este don. Y luego... Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y se esfuerzan en hacer lo que manda. Bienaventurados los que quieren conocerme para amarme, en ellos y para ellos seré bendición”.

49. Encuentro de Jesús con Lázaro en Betania

21 enero 1945

Es un amanecer resplandeciente de estío. Más bien que aurora, es el día que ha empezado, porque el sol está ya fuera de los límites del horizonte y va sacando la cabeza sobre la tierra que también sonríe. No hay tallo que no ría a través del transparente rocío. Parece como si los astros nocturnos se hubieran pulverizado y convertido en oro y piedras preciosas para cada uno de los tallos, para todas las plantas, aún hasta para las piedras esparcidas en la tierra, que con hendiduras de silicato bañadas de rocío, parecen diamantes o polvo de oro.

Jesús y Simón caminan por una vereda que se aleja del camino principal hacia una “v”. Se dirigen hacia los magníficos huertos y campos de lino, que está más alto que un hombre y que no tardará en que se siegue. Otros campos más lejanos, parecen de color rosado a causa de las calabazas que se ven en lo amarillo de la paja.

“Estamos ya, dentro de las posesiones de mi amigo. Mira, Maestro, que la distancia estaba en la prescripción de la Ley¹. Jamás me hubiera permitido engañarte. Detrás de aquel huertecillo está la barda del jardín, y dentro, la casa. Te hice venir por esta vereda precisamente por estar dentro, la casa. Te hice venir por esta vereda precisamente para estar dentro de la distancia permitida”.

“¡Es muy rico tu amigo!”

“Mucho. Pero no es feliz. Su casa tiene posesiones también en otras partes”.

“¿Es fariseo?”

“Su padre no lo fue. El... es muy observante. Te lo dije: un verdadero israelita”.

Caminan todavía un poco más. He aquí una barda alta, luego más plantas, entre las que sobresale la casa. El terreno se eleva aquí un poco e impide que alguien pueda asomarse al jardín, que es tan grande que lo podríamos llamar parque.

Dan vuelta a la esquina. La barda sigue igual y de ella caen ramitos de rosas y de jazmines olorosos y relucientes en sus corolas bañadas de rocío. Ahora se ve el cancel pesado de hierro. Simón llama a la puerta con el aldabón.

“Simón, la hora es todavía muy temprana para entrar”, observa Jesús.

¹ Cfr. Gén. 2, 2-3; Ex. 16, 27-30; 20, 8-11; 23, 12; 34, 21; 35, 1-3; Dt. 5, 12-15; 2 Esd. 13, 15-22; 1 Mac. 2, 29-41.

“¡Oh! Mi amigo se levanta a los primeros albos del sol al no encontrar consuelo sino en su jardín y en los libros. La noche es para él un tormento. Maestro, no tardes en darle una alegría”.

Un criado abre el cancel.

“Aseo, buenos días. Di a tu patrón que Simón Zelote ha venido con su Amigo”.

El criado parte a la carrera, después de haberlos hecho entrar y decirles: “Vuestro siervo os devuelve el mismo saludo. Entrad que la casa de Lázaro está abierta para los amigos”.

Simón que conoce el lugar, se dirige no por el pasillo central, sino por uno, que entre los rosales va hasta un terrado de jazmines.

De allí es de donde poco sale Lázaro. Siempre delgado y pálido, como siempre lo he visto, alto con cabellos cortos y no abundantes, y con su barba rasurada fuera del mentón. Trae un vestido de lino blanquísimo y camina con fatiga, como quien está enfermo de las piernas. Cuando ve a Simón, le hace una señal de saludo afectuoso y después como puede, corre hacia Jesús, se arrodilla inclinándose hasta el suelo para besar la orla de su vestido y dice: “No soy digno de tanto honor. Pero ya que tu santidad se humilla hasta mi miseria, ven, Señor mío, entra, y toma posesión de mi pobre casa”.

“Levántate amigo, y recibe mi paz”.

Lázaro se levanta, besa las manos de Jesús, lo mira con veneración sin falta de curiosidad. Caminan en dirección de la casa. “¡Cuánto te he esperado, Maestro! A cada amanecer me decía: “Hoy vendrá”, y a cada crepúsculo: “¡Hoy tampoco lo he visto!”

“¿Por qué me esperabas con tanta ansia?”

“Porque...¿qué esperamos nosotros los de Israel sino de Ti?”

“¿Y crees que sea Yo el esperado?”

“Simón jamás ha dicho mentiras, ni es un muchacho que pierde el control con nubes engañosas. La edad y el dolor lo han hecho madurar como a un sabio. Y luego... aunque él no te hubiese conocido por lo que en realidad eres, tus obras lo hubiesen hablado y te hubieran llamado “Santo”. Quien hace las obras de Dios debe ser hombre de Dios, y Tú lo sabes; y las haces de modo que te proclamen el Hombre de Dios. Mi amigo fue a Ti, por la voz pública del milagro y obtuvo un milagro. Y sé que tu camino está cubierto de otros milagros. Si es así... ¿Porqué no creer que Tú eres el Esperado?... ¡Oh! ¡Que si es dulce creer en lo que es bueno! Tantas cosas no buenas hay que debemos creerlas, por amor a la paz, porque es inútil querer cambiarlas; tantas palabras engañosas que saben a adulaciones, alabanzas y bondad... y son por el contrario sarcasmo y vergüenza; veneno cubierto de miel, y debemos mostrar que así lo creemos pese a que son veneno, vergüenza y sarcasmo... debemos hacerlo porque... no se puede obrar de otro modo y somos débiles contra todo el mundo que es fuerte, y estamos solos contra todo el mundo que es nuestro enemigo... ¿Por qué entonces tener dificultad en creer en lo que es bueno?... Por lo demás los tiempos están maduros y hay señales de los tiempos. Cuanto faltase todavía a nuestro creer para que fuese completo y en él no hubiese duda, lo pone nuestra voluntad de creer y el hecho de que nuestro corazón se tranquiliza con la seguridad de que la “espera” ha terminado y que ya está el Redentor que es el Mesías... El que devolverá la paz a Israel y a los hijos de Israel, el que... hará que nuestro morir sea sin ansias, porque sabemos que estamos redimidos, y que nos hará vivir sin esa punzante nostalgia de nuestros muertos... ¡Oh!... ¡Los muertos! ¿Por qué extrañarlos, sino porque no teniendo ya más hijos, no tienen todavía al Padre y a Dios?”

¡¿Hace mucho tiempo que se murió tu padre?”

“Hace tres años, y hace siete murió mi madre. Pero de un tiempo para acá, no los extraño... Querría también yo estar donde creo que están en espera del Cielo”.

“No hubieras entonces, hospedado al Mesías”.

“Es verdad. Ahora soy más que ellos porque te tengo... y el corazón se apacigua con esta alegría. Entra, Maestro. Concédeme la honra de que mi casa sea la tuya. Hoy es sábado y no puedo honrarte con convidar a amigos...”

“No lo deseo. Hoy estoy a disposición del amigo de Simón y que también es mío”.

Entran en una bella sala donde ligeros los siervos los reciben.

“Os ruego que los sigáis” dice Lázaro. “Podéis refrescaros antes de los alimentos matinales”. Y mientras Jesús y Simón van a otro lugar. Lázaro da órdenes a los criados. Veo que la casa es rica, mejor dicho, señorial...

...Jesús bebe leche que Lázaro quiere por sí mismo servirle antes de los alimentos matinales.

Oigo que Lázaro dice a Simón: “He encontrado a la persona que está dispuesta a comprar tus bienes y al precio que tu intendente creyó ser justo. No quita ni siquiera un dracma”.

“¿Pero está dispuesto a observar mis cláusulas?”

“Lo está. Acepta con la condición de entrar en posesión de estas tierras. Y yo de mi parte estoy contento porque al menos sé de quién me fío. Pero ya que tú no quieres presenciar la venta, él también quiere permanecer desconocido. Te ruego accedas a este deseo suyo”.

“No veo ninguna razón que lo impida. Tú, amigo mío, harás mis veces... todo lo que hagas estará bien. Me basta tan sólo con que a mi criado fiel no se le eche a la calle... Maestro, vendo, y por cuenta mía soy feliz de no tener ninguna cosa que me ligue a otra que no sea el servirte. Tengo un viejo y fiel criado, el único que quedó después de mi desgracia, y como ya te lo había dicho, me ayudó cuando estaba yo separado y cuidó de mis bienes como si fuesen suyos; aún más, los hizo pasar por tales con el auxilio de Lázaro y así pudo salvarlos y de este modo con ellos socorrerme. No sería equitativo que ahora lo dejase sin casa... ahora que ya está viejo. Decidí que una pequeña casa, en los límites de mis propiedades, se le quedase y que se le dé parte del dinero para su futuro sustento, Los viejos son como la hiedra ¿sabes? Cuando han vivido siempre en un lugar, sufren mucho cuando se les arranca de ahí. Lázaro lo quería consigo, porque Lázaro es bueno, pero preferí obrar de ese modo. Sufrirá menos el viejo...”

“También tú eres bueno Simón. Si todos fuerais justos como tú, sería más fácil la misión...” observa Jesús.

“¿Encuentras, Maestro, que el mundo te resiste? Pregunta Lázaro.

“¿El mundo?... ¡No! Las fuerzas del mundo: Satanás. Si no fuese el patrón de los corazones y no los tuviese en sus manos no encontraría Yo resistencia. Pero el Mal está contra el Bien, y debo vencer en cada uno el mal para introducir el bien... ¡y no todos quieren!”

“Es verdad. No todos quieren, Maestro ¿qué palabras encuentras para convertir y doblegar a quien es culpable? ¿Palabras de represión, como la historia de Israel tiene para los culpables, palabras que el último que las empleó fue el Precursor, o bien palabras de misericordia?”

“Empleo el amor y la misericordia. ¿Crees, Lázaro que tenga más poder una mirada de amor sobre el caído, que una maldición?”

“¿Y si se hace burla del amor?”

“Insistir una vez más. Insistir hasta donde más no se pueda. ¿Lázaro conoces esas tierras en que el suelo traidor se traga a los incautos?”

“He leído, porque en mi situación actual leo mucho, ya porque me gusta, ya para pasar las largas horas de insomnio. He leído algo de eso. Sé que hay en la Siria y en Egipto y también entre los caldeos... y sé que son como ventosas. Aspiran cuando tienen la presa. Dice un romano que son bocas del infierno, en que moran monstruos paganos. ¿Es verdad?”

“No lo es. No son más que formaciones especiales de la costra terrestre. No tiene nada qué ver con el Olimpo. Nadie va ya a creer en el Olimpo y ellas continuarán, y el progreso humano no podrá menos que dar una explicación más verídica del hecho, pero jamás negarlo. Ahora Yo digo: Como leíste de ellas, así también habrás leído cómo se puede salvar al que ha caído allí”.

“Sí, echándoles una soga con un palo, también una rama. Algunas veces basta una pequeña cosa para hacer que salga el que se va hundiendo, pero sobre todo el hecho de que lo tranquiliza y hace que desesperadamente no busque otra ayuda más”.

“Pues bien, el culpable, el poseído, es uno que ha sido absorbido por el engañoso suelo cubierto arriba por flores, pero que abajo está de lodo movedizo. ¿Crees tú que si alguien supiese lo que significa poner en sus manos un solo átomo de sí, no lo haría?... Pero no sabe... y después, o lo paraliza el espanto y el veneno del mal, o lo hace enloquecer, y para huir del remordimiento de estar perdido, se contorsiona, se apega más al fango, provoca ondas pesadas, con sus movimientos tontos, los cuales apresuran su fin. El amor es la soga, la reata, la rama de que hablaste. Insistir, insistir...hasta que se haya asido... a una palabra... a un perdón... a un perdón más grande que la culpa... que sirva para detener el hundimiento y esperar el auxilio de Dios... Lázaro... ¿sabes qué poder tiene el perdón?... Hace que Dios auxilie al que socorre... ¿Lees mucho?”

“Mucho. No sé si haga bien. Pero la enfermedad y... otras cosas me han privado de muchos placeres del hombre... y ahora no tengo más pasión que por las flores y por los libros... por las plantas y... también por los caballos... Sé que me critican. Pero no puedo caminar a pie en mis posesiones es este estado (y descubre sus gruesas piernas vendadas) o cabalgar sobre una mula. Debo usar un carro y que sea veloz. Por eso tengo caballos y los quiero. Pero si Tú me dices que está mal... los mando vender”.

“No, Lázaro. Esas cosas no son las que corrompen. Corrompe lo que intranquiliza el corazón y lo aleja de Dios”.

“Pues bien, Maestro, esto querría saber. Leo mucho. Es mi consuelo. Me gusta saber... creo que en el fondo sea mejor saber que hacer el mal... sea mejor leer que... que hacer otras cosas. No leo tan sólo páginas nuestras. Me encanta también conocer otros mundos. Roma y Atenas me atraen. Sé cuánto mal le vino a Israel cuando se corrompió con los asirios y el Egipto², cuánto mal nos hicieron los gobiernos helenistas³. No sé si un particular pueda hacerse el mismo mal que Judas se hizo a sí mismo y a nosotros sus hijos. Tú, ¿qué piensas? Quiero que me enseñes. Tú que no eres un rabí, sino el Verbo sabio y divino”.

Jesús lo mira fijamente por unos momentos con una mirada penetrante y al mismo tiempo lejana. Parece que como traspasando el cuerpo de Lázaro, escudriñase su corazón y pasando más allá, viese algo... Empieza a hablar. “¿Te perturba lo que lees? ¿Te separa de Dios y de su Ley?”

“No, Maestro. Al revés, me empuja a comparar nuestra verdad con la falsedad pagana. Comparo y reflexiono con las glorias de Israel, sus justos, sus Patriarcas y las figuras miopes de la historia de otros. Comparo nuestra filosofía, si así se puede llamar la Sabiduría que habla en los textos sagrados, con la pobre filosofía griega y romana que tienen sólo chispazos de fuego, pero no la flama segura que arde y resplandece en nuestros sabios. Y luego con aún mayor veneración me inclino a adorar en espíritu a nuestro Dios que habla a Israel a través de los hechos, de las personas y de nuestros escritos”.

“Entonces sigue leyendo... Te servirá conocer el mundo pagano... Continúa... puedes hacerlo. En ti no existe el fenómeno del mal y la gangrena espiritual. Por eso puedes leer y sin temor alguno el amor verdadero que tienes para tu Dios, hace estériles los gérmenes profanos que la lectura puede esparcir en ti. En todas las acciones del hombre existe la posibilidad del bien y del mal. Según se realicen. No es pecado trabajar si se trabaja cuando hay qué hacerlo. No es pecado tener ganancias si se contenta uno con lo justo. No es pecado instruirse si con ello no se mata la idea de Dios en nosotros. Mientras que es pecado hacer servicios en el altar, si se hace por propia utilidad. ¿Lo aceptas Lázaro?”

“Sí, Maestro. Había preguntado lo mismo a otros, y han terminado por despreciarme... pero Tú me das la luz y la paz. ¡Oh! ¡Si todos escuchasen!... ven, Maestro. Entre los jazmines hay frescura y silencio. Dulce es esperar el atardecer entre su fresca sombra”.

Salen y todo termina.

² Cfr. 4 Re. 21, 1-18; 2 Par. 33, 1-20; Is. 30, 31; Ex 16, 23-29.

³ Cfr. Ambos libros de los Macabeos, por ej. 1 Mac 1; 2 Mac. 4-7

50. Jesús regresa a Jerusalén y oye a Iscariote en el Templo. En Getsemaní

27 enero 1945

Jesús está en Jerusalén con Simón. Se abren paso entre la multitud de vendedores y de asnos que parece una procesión en camino, y al hacerlo dice Jesús: “Subimos primero al templo, antes de ir a Getsemaní. Rogaremos al Padre en su casa”.

“¿Tan sólo esto, Maestro?”

“Nada más. No puedo entretenerme. Mañana al amanecer convenimos en estar en la puerta de los Peces, y si la multitud insiste... ¿cómo puedo librarme de ella? Quiero ver a los demás pastores. Los mando, como verdaderos pastores, por la Palestina para que inviten a las ovejas a que se reúnan, para que el Dueño del Rebaño sea conocido, por lo menos de nombre, de modo que cuando Yo diga, sepan que Yo soy el dueño de la grey y vengan a mí para que las acaricie”.

“¡Dulce cosa es tener un patrón como Tú! Las ovejas te amarán”.

“Las ovejas, sí... pero no los machos cabríos... Después de haber visto a Jonás, iremos a Nazaret y luego a Cafarnaúm. Simón Pedro y los demás, extrañarán tan larga ausencia... Iremos a hacerles felices, y a *hacernos* nosotros a la vez. Aún el verano nos invita a esto. La noche es para el descanso y muy pocos son los que posponen el descanso por el conocimiento de la verdad. El hombre... ¡Oh! ¡El hombre! Frecuentemente se olvida de tener un alma y piensa y se preocupa tan solo de la carne. El sol durante el día es fuerte. No deja caminar y no deja enseñar en las plazas ni en los caminos. Hace que el espíritu tenga sueño como el cuerpo, por el sol agotador. Y es bueno... que vayamos a instruir a mis discípulos. Allá la dulce Galilea, siempre verde y siempre fresca con sus aguas... ¿Has estado alguna vez allá?” “Una vez de paso y en invierno, en uno de mis penosos andares de un médico a otro. Tengo deseos...”

“¡Oh, es hermosa! Lo es siempre. En el invierno y más en las otras estaciones. Ahora que es verano, tiene noches, digamos angelicales... de veras, parecen como si hubiesen sido hechas para que volasen los ángeles. ¡Son tan claras! El lago... El lago... El lago con su anillo de montes más o menos cercanos, parece que fue hecho para hablar de Dios a las almas que lo buscan. Es un pedazo de cielo caído entre el verdor y su firmamento, no se oculta nunca, sino que se refleja en sus astros y los multiplica como para presentarlos al creador, esparcidos en una lámina de zafiro. Los olivos descienden casi hasta el nivel de las ondas y están llenos de ruiseñores. Cantan ellos también sus alabanzas al Creador que quiere que vivan en aquel lugar tan dulce y placentero.

¡Y mi Nazaret! El sol la besa toda. Es blanca, llena de verdor, sonriente entre dos gigantes que es el Grande y el Pequeño Hermón, y el pedestal de los montes que sostienen el Tabor, pedestal de dulces y verdes pendientes, que se yerguen en dirección a su señor frecuentemente cubierto de nieve, pero también bello cuando el sol corona su cima, que se convierte en alabastro de color rosado, mientras que en la parte opuesta el Carmelo es de color lapislázuli en algunas horas de fuerte sol en que sus venas de mármol y de aguas, de bosques y de prados se muestran con sus diversos colores, como una amatista a las primeras luces y de un color violáceo-celeste al atardecer y es un gigante de color sardónico cuando la luna lo presenta todo negro en el color plateado de su luz. Y luego, más allá, la alfombra fértil y florida de la Llanura de Esdrelón. Y luego, luego, ¡oh Simón! ¡Allá hay una flor! ¡que vive sola, que despide aroma de pureza y amor por su Dios y por su Hijo! Es mi Madre. La conocerás, Simón, y me dirás si hay criatura igual a Ella, también en belleza humana sobre la tierra. Es hermosa, pero todo cae bajo lo interno que mana de su corazón. Si un hombre brutal la despojase de sus vestiduras, y la mandase a caminar errante, con todo, parecería una Reina con vestiduras reales, porque su santidad le serviría de manto y resplandor.

El mundo puede pagarme mal, pero todo perdono al mundo, porque para venir a él a redimirlo, me cupo la dicha de tenerla a Ella, la humilde la gran Reina del mundo, que éste ignora, pero por la que recibió el bien y por los siglos lo tendrá.

Llegamos al Templo. Guardemos el rito del culto judío. Pero en verdad te digo que la verdadera Casa de Dios, el Arca santa es su corazón, que tiene por velo su carne purísima, y en la que hay virtudes cual brocado”.

Entran y caminan por el primer patio. Pasan un portal y se dirigen a un segundo patio.

“Maestro, mira allí a Judas en medio de aquél montón de gente. Hay también fariseos y sinedristas. Voy a oír lo que dice. ¿Me permites?”

“Ve. Te espero cerca del gran Portal”.

Simón va ligero y se mete de manera de poder oír, sin ser visto.

Judas habla con convicción: “... y aquí hay personas que todos vosotros conocéis y respetáis, que pueden decir quién soy yo. Pues bien, os digo que él me ha cambiado. El primer redimido soy yo. Muchos de entre vosotros veneran al Bautista. También Él lo venera, y lo llama “es santo igual que Elías por su misión, pero todavía mayor que él”. Ahora bien, si el bautista es esto. Él a quien el Bautista llama “el Cordero de Dios” y jura por su santidad haber visto que el fuego del Cielo lo coronaba mientras una voz del cielo lo proclamaba: “Hijo amado de Dios a quien se deba escuchar” no puede ser menos que el Mesías. Lo es. Os lo juro. No soy un cualquiera ni un tonto. Lo es. Lo he visto en sus obras y he escuchado sus palabras. Os lo digo: es Él: el Mesías. El milagro le obedece como el esclavo a su dueño. Enfermedades y desgracias caen como cosas muertas y en su lugar llega la alegría y la salud. Los corazones se cambian más que los cuerpos. Podéis verlo en mí. ¿Tenéis enfermos o penas qué aliviar? Si los tenéis, venid mañana al amanecer a la Puerta de los Peces. Estará Él allí y os hará felices. Entre tanto ved: en su nombre doy a los pobres esta ayuda”.

Y Judas distribuye dinero a dos paralíticos y a tres ciegos, y finalmente obliga a una viejita a aceptar el resto. Despide a la gente y se queda con José de Arimatea y otros tres que no conozco.

“¡Ah! ¡Ahora estoy bien!” exclama Judas “no tengo ya nada. Soy como Él quiere”.

“En verdad que no te reconozco. Pensaba que era una burla; pero veo que lo haces en serio” exclama José.

“En serio. ¡Oh! Soy el primero en reconocerlo. Soy un animal inmundo en su compañía, pera ya he cambiado mucho”.

“¿Y no pertenecerás más al Templo?” pregunta uno de los que no conozco.

“¡Oh, no! Soy del Mesías. Quien se acerca a Él, a no ser que sea una víbora, no puede menos que amarlo y de no desear más que a Él”.

“¿No vendrá, más aquí?”

“Sí que vendrá. Pero no ahora”.

“Me gustaría escucharlo”.

“Ya habló en este lugar, Nicodemo”.

“Lo sé. Pero estaba con Gamaliel... lo vi... pero no me detuve”.

“Nicodemo... ¿qué dice Gamaliel?”

“Dijo “algún nuevo profeta”. No añadió más”.

“¿José, no le dijiste lo que te dije?... ¡Tú eres su amigo!”

“Se lo dije, pero me respondió: “Tenemos ya al Bautista, y según doctrina de los escribas, por lo menos deben pasar cien años entre esto y la preparación del pueblo para la venida del Rey. Yo digo que se necesitan menos, añadió, porque a lo menos el tiempo se ha cumplido”. Y concluyó: “Mas no puedo admitir que el Mesías de este modo se manifieste... creí un día que daba principio la manifestación mesiánica, porque su primer resplandor fue un relámpago verdaderamente celestial¹. Pero después... no hubo más que un largo silencio y creo que me equivoqué”.

¹ Cfr. Cap 68.

“Trata de hablarle otra vez. Si Gamaliel estuviese con nosotros y vosotros con él...”

“No os aconsejo” protesta uno de los tres. “El Sanedrín es poderoso y Anás lo gobierna con astucia y ambición. A menos que se imponga con la fuerza. Pero en este caso está Roma...”. “Si el Sanedrín lo escuchase, se convertiría a Él”.

“¡Ja, ja, ja! Ríen los tres desconocidos y dicen: “Judas, creíamos que habías cambiado, y que eras inteligente. Si es verdad lo que dices de Él, ¿cómo puedes pensar que el Sanedrín lo siga?... Ven, ven, José. Es mejor para todos. Que Dios te guarde Judas. Te hace falta” y se alejan. Judas queda solo con Nicodemo.

Simón se desliza cuidadosamente y va a donde está Jesús. “Maestro, me acuso de haber calumniado a Judas de palabra y de corazón. Ese hombre me desorienta. Casi creía que era un enemigo tuyo, pero lo oí hablar de Ti en tal forma que pocos lo harían entre nosotros, sobre todo aquí donde el odio podría suprimir en primer lugar al discípulo y luego al Maestro. Le vi dar dinero a los pobres y tratar de convencer a los sinedristas... “¿Lo ves, Simón? Me felicito con que lo hayas visto en esta ocasión. Lo dirás a los demás cuando lo acusen. Bendigamos al Señor por esta alegría que me proporcionas; por tu honradez al decir: “He calumniado”, y por la obra del discípulo que tenías como a un malvado y que no lo es”.

Oran por largo tiempo, luego se retiran.

“¿No te vio?”

“¡No! Estoy seguro”.

“No le digas nada. Es un alma muy enferma. Una alabanza sería semejante a alimentos fuertes dados a un convaleciente de una alta fiebre estomacal... Lo haría que se enfermase más, porque se gloría de saber que es famoso... y donde entra el orgullo...”

“Guardaré silencio. ¿A dónde vamos?”

“A donde está Juan. A esta hora del calor se encontrará en la casa del Olivar”.

Van ligeros buscando sombra por las calles que son fuego. Pasan el suburbio polvoriento, atraviesan por la puerta de los muros, desembocan por la ofuscante campiña, de ésta a los olivos y de ellos a la casa.

Juan está en la cocina, fresca y oscura por la manta tendida sobre la puerta. Cabecea, Jesús dice: “Juan”.

“Maestro, ¿Tú?... Te esperaba en la tarde”.

“Vine antes. ¿Cómo has estado?”

“Como un cordero que hubiese perdido a su pastor. Hablaba a todos de Ti, porque al hacerlo, era tenerte un poco. He hablado a algunos familiares, conocidos y extraños. También a Anás... y a un paralítico del que me hice amigo con tres denarios. Me los habían dado y yo se los di a él. Y también a una pobre mujer, de la edad de mi madre, que lloraba en un grupo de mujeres cerca de una puerta. Le pregunté: “¿Por qué lloras?” Respondió: “El médico me ha dicho: ‘Tu hija está enferma de tisis. Resígnate. En los primeros días de octubre morirá’. No tengo más que a ella, es hermosa, buena y tiene quince años. Debía de casarse en primavera, y en lugar del cofre de nupcias debo prepararle el sepulcro”. Le dije: “Conozco yo a un Médico que te la puede curar si tienes fe”. “Nadie la puede curar. Ya la vieron tres médicos. Escupe sangre”. “Mi Médico” dije “no es uno como los tuyos. No cura con medicinas, sino con su poder. Es el Mesías...” Entonces una viejecita irrumpió: “¡Oh, crees, Elisa! Conozco a un ciego que ve debido a Él!” y entonces pasó la madre de la confianza a la esperanza y te está esperando... ¿Hice bien? ¡No hice más que esto!”

“Hiciste bien. Al atardecer iremos a tus amigos. ¿Has visto a Judas?”

“No, Maestro. Pero me envió alimentos y dinero, que repartí entre los pobres. Y también me mandó a decir que los usase porque eran suyos”.

“Es verdad, Juan. Mañana iremos a Galilea...”

“Me alegra, Maestro. Pienso en Simón Pedro. ¡Quién sabe cómo estará esperando! ¿Pasaremos también por Nazaret?”

“También y allí esperaremos a Pedro, a Andrés y a Santiago tu hermano”.

“¡Oh! ¿Permaneceremos en Galilea?”

“Estaremos por un tiempo”.

Juan está feliz. Y en medio de su felicidad termina todo.

51. Jesús habla en la Puerta de los Peces con el soldado Alejandro

24 enero 1945

Nuevamente una aurora y nuevamente las filas de borriquillos que se amontonan en la Puerta semicerrada. Jesús está con Simón y Juan. Algunos vendedores lo reconocen y se apiñan en su derredor. Un soldado de guardia también corre a Él, cuando se abre la Puerta y lo saluda: “Salve, galileo. Di a estos rebeldillos que estén más tranquilos. Se quejan de nosotros, pero no hacen otra cosa que maldecir y desobedecer. Dicen que para ellos todo es culto. ¿Qué religión tienen si se funda en la desobediencia?”

“Compadécelos, soldados. Son como quienes tienen a un huésped no grato en su casa y que es más fuerte, por lo que no pueden vengarse más que con la lengua y el desprecio”.

“Bien. Pero nosotros debemos cumplir nuestro deber, y entonces debemos castigarlos. Y de este modo nos hacemos los huéspedes non gratos”.

“Tienes razón. Debes cumplir con tu deber. Pero hazlo siempre como un humano. Piensa: “Si estuvieses en su lugar, ¿qué harías?” Verás que entonces sentirás piedad por los sometidos”.

“Me gusta oírte hablar. No tienes desprecio, ni altanería. Los otros palestinos nos escupen por detrás, nos insultan, muestran el asco que sienten por nosotros... a no ser que se trate de desplumarnos muy bien, ya sea por causa de alguna mujer o por compras. Entonces el oro de Roma no causa ningún asco”.

“El hombre es hombre, soldado”.

“Sí, y es más mentiroso que el mono. No es con todo agradable el estar entre quien parece una víbora en acecho... También nosotros tenemos casa, madre, esposa e hijos, y la vida nos importa”.

“Mira, si alguien se acordase de esto, no habría más odio. Tú lo has dicho: “¿Qué religión tienen?” Te respondo: Una religión santa que tiene como primer mandamiento el amar a Dios, aún cuando sean de países enemigos.

Porque oíd, ¡oh, hermanos de Israel! Nada sucede sin que Dios lo permita. También las dominaciones: desgracia sin igual para su pueblo. Pero también ellas, si el pueblo se examina con rectitud podría decirse que él las quiso con su manera de vivir contraria a Dios. Acordaos de los Profetas¹. Cuántas veces hablaron sobre esto. Cuántas veces mostraron con hechos pasados, presentes y futuros que el dominador es el castigo, la vara del castigo en las espaldas del hijo ingrato. Y cuántas veces enseñaron la manera de evitarlo: “Si tornaban al Señor”. No es la rebelión ni la guerra las que sanan las heridas y lágrimas y rompen las cadenas, sino el vivir justamente. Entonces Dios interviene. Y ¿qué cosa pueden las armas y los ejércitos armados contra los fulgores de las cohortes angelicales que luchan a favor de los buenos?... ¿Hemos sido castigados?... Hagamos de modo de que no lo seamos más, viviendo como hijos de Dios. No remachéis vuestras cadenas con nuevos pecados.

No permitáis que los gentiles crean que no tenéis religión o que sois más paganos que ellos con vuestro modo de vivir. Sed el pueblo que recibió de Dios la Ley. Observadla. Haced que también los dominadores se inclinen ante vuestras cadenas y que digan: “Están sometidos, pero son más grandes que nosotros. Su grandeza no está en el número ni en el dinero, no en las armas ni en el poderío, sino en el hecho de que vienen de Dios. Aquí resplandece la paternidad de un Dios perfecto, santo, poderoso. Aquí está la señal de una Divinidad verdadera, que brilla a través de sus hijos”. Y que mediten en esto, que vengan al

¹ Pecado divino, invitación divina a convertirse, amenazas divinas, castigo divino por medio de los hombres y elementos, conversión, pecado, perdón y bendiciones divinas; todo es uno de los temas que más trataron los Profetas. Cfr. Por ej. Is. 1, 2-9; 5, 25; 9, 7-10, 4; Jer. 2-6; LAM.; Ez. 4-24; 33, 10-33; Os.; Jl 1, 1-2; Am 2, 4-9.

conocimiento del Dios verdadero, dejando el error. Cualquiera del pueblo de Dios, aunque sea el más pobre, el más ignorante, puede ser maestro de un gentil, maestro con su manera de vivir y predicar a Dios a los paganos con obras de una vida santa.

Idos. La paz sea con vosotros”.

“Tarda Judas y también los pastores” observa Simón.

“¿esperas a alguien Galileo?” pregunta el soldado que había estado escuchando atentamente.

“A algunos amigos”.

“Ven al fresco, al “andrón”², el sol quema desde el amanecer. ¿Vas a la Ciudad?”

“No. Regreso a Galilea”.

“¿A pie?”

“Soy pobre. A pie”.

“¿Tienes mujer?”

“Tengo una Madre”.

“También yo. Ven... si no te causamos repugnancia como a los demás”.

“Tan solo la culpa me la causa”.

El soldado lo mira sorprendido y pensativo. “Nosotros nunca tendremos nada contra Ti. Jamás se levantará la espada contra Ti. Eres bueno. Pero los demás...”

Jesús está en el andrón. Juan va a la Ciudad. Simón está sentado sobre una piedra que hace de banca.

“¿Cómo te llamas?”

“Jesús”.

“¡Ah! ¿Eres el que hace milagros en los enfermos? Pensaba que fueses tan solo un mago... como nosotros tenemos, pero un mago bueno. Porque hay ciertos tipos... los nuestros no saben curar enfermos. ¿Cómo lo haces?”

Jesús sonríe y calla.

“¿Empleas fórmulas mágicas? ¿Tienes ungüentos de la médula de los muertos, polvo de serpiente, piedras mágicas de las cuevas de los Pitones?”

“Nada de eso. Tengo tan solo mi poder”.

“Entonces eres realmente santo. Nosotros tenemos arúspices y vestales... y algunos de ellos hacen prodigios... y dicen que son los más santos. ¿Qué piensas Tú?... ¿Son peores que los demás!”

“Y si es así... ¿por qué los veneráis?”

“Porque... porque es la religión de Roma. Si un súbdito no respeta la religión de su estado ¿cómo puede respetar al César y a la patria, y así, así otras tantas cosas?”

Jesús mira atentamente al soldado: “En verdad estás muy adelantado en el camino de la justicia. Prosigue, ¡oh soldado! Y llegarás a conocer lo que tu alma añora por tener, sin siquiera saber su nombre”.

“¿El alma?... ¿Qué cosa es?”

“Cuando mueras, ¿a dónde irás?”

“Bueno... no sé. Si muero como héroe, iré a la hoguera de los Héroes... si llego a ser un pobre viejo, un nada, probablemente me secaré en mi cuartucho o al borde de un camino”.

“Esto por lo que se refiere al cuerpo. Pero... ¿a dónde irá el alma?”

“No sé si todos los hombres la tengan o tan sólo lo que Júpiter destina a los Campos Elíseos después de una vida portentosa, si es que antes no se lo lleva al Olimpo como hizo con Rómulo”.

“Todos los hombres tienen un alma y esto es lo que distingue al hombre del animal. ¿Te gustaría ser semejante a un caballo?... ¿a un pez? ¿Carne que al morir, no es más que un montón de podredumbre?”

“¡Oh! ¡No! Soy hombre y prefiero serlo”.

² Andrón: era el lugar destinado sólo para los varones (N.T.)

“Pues bien, lo que hace que seas hombre, es el alma. Sin ella no serías más que un animal que habla”.

“Y ¿dónde está?... ¿Cómo es?”

“No tiene cuerpo, pero existe. Está en ti. Viene de quien creó el mundo y regresa a Él después de la muerte del cuerpo”.

“Del Dios de Israel, según vosotros”.

“Del Dios único, Uno, Eterno, Señor Supremo y Creador del Universo”.

“¿Y también un pobre soldado como yo, tiene alma, y regresa ésta a Dios?”

“También un pobre soldado. Y su alma podrá tener a Dios como amigo suyo si es buena siempre o como a su juez si fuese mala”. “Maestro, he aquí a Judas, con los pastores y las mujeres. Si veo bien está la niña de ayer” dice Juan.

“Me voy, soldado, sé bueno”.

“¿No te volveré a ver? Quisiera todavía saber...”

“Estaré en Galilea hasta septiembre. Si puedes ven. En Cafarnaúm o en Nazaret cualquiera te puede dar razón de Mí. En Cafarnaúm pregunta por Simón Pedro; en Nazaret por María de José. Es mi Madre. Ven y te hablaré del Dios verdadero”.

“Simón Pedro... María de José. Iría si pudiera. Si regresas, acuérdate de Alejandro. Soy de la centuria de Jerusalén”.

Judas y los pastores están ya en el andrón.

“La paz sea a todos vosotros” dice Jesús. E iba a decir algo más, cuando una jovencita delgaducha, pero sonriente, se abre paso y se arroja a sus pies:

“Tu bendición, una vez más, sea sobre mí, maestro y Salvador, y mi beso una vez más sea para Ti” y le besa las manos.”Vete. Alégrate. Sé buena hija y luego buena esposa y buena madre. Enseña a tus futuros hijos mi nombre y mi doctrina. Paz a ti y a tu madre. Paz y bendición a todos los que son amigos de Dios. También paz a ti, Alejandro”.

Jesús se aleja.

“Nos tardamos. Se nos juntaron estas mujeres” explica Judas, “estaban en Getsemaní y querían verte. Nosotros, sin tener noticias uno del otro, habíamos ido allá, para juntarnos contigo. Pero Tú ya te habías ido y ellas allí estaban. Las queríamos dejar... pero se nos pegaron más que las moscas. Querían saber muchas cosas... ¿Has curdo a la muchacha?”

“Sí”.

“¿Hablaste con el soldado?”

“Sí. Es un corazón honrado y busca la Verdad”.

Judas suspira.

“¿Por qué suspiras, Judas?” pregunta Jesús.

“Suspiro porque... porque querría que los nuestros fuesen los que buscasen la verdad; por el contrario o huyen de ella, o la escarnecen, o permanecen indiferentes. Estoy desilusionado. Tengo deseos de no volver a poner pie aquí, y tan solo escucharte, como discípulo no puedo hacer gran cosa”.

“¿Y crees que Yo sí?... No te desanimes, Judas. Son las luchas del apostolado. Más derrotas que victorias. Acá derrotas, pero allá arriba siempre son victorias. El Padre ve tu buena voluntad, y aunque nada lograses, lo mismo te bendice”.

“¡Oh! Tú eres bueno”. Judas le besa la mano. “Llegaré a ser bueno alguna vez?”

“Sí, si lo quieres”.

“Creo haberlo sido en estos días... He sufrido para serlo... porque tengo muchos deseos... pero lo fui pensando sólo en Ti”.

“Entonces, persevera. Me haces muy feliz. Y ¿vosotros, qué noticias me dais?” pregunta a los pastores.

“Elías te saluda y te manda un poco de alimentos. Dice que no lo olvides”.

“¡Oh! ¡Yo tengo a mis amigos en el corazón! Vámonos hasta aquel pueblecito. Por la tarde continuaremos. Me siento feliz de estar entre vosotros, de ir a ver a mi Madre y de haber hablado de la verdad a un hombre honrado. Sí, soy feliz. ¡Si supieseis lo que para Mí significa

realizar mi misión y ver cómo a ella vienen los corazones, esto es, al Padre. ¡Oh, cómo me seguiríais siempre con el espíritu!...”

No veo más.

52. Jesús e Isaac en Doco. Parten para Esdrelón

25 enero 1945

“Yo te digo, Maestro que son mejores los humildes. A los que me dirigí no tuvieron más que burlas e indiferencia. ¡Oh! ¡Los pequeños de Yutta!” Isaac está hablando a Jesús. Todos están sentados en círculo sobre la hierba que hay en las márgenes del río. Parece que Isaac estuviera dando relación de sus trabajos.

Judas interviene, y caso raro, llama al pastor por su nombre: “Isaac, yo pienso como tú. Perdemos tiempo y fe a su contacto. Yo renuncio”.

“Yo no. Pero me hace sufrir. Renunciaré sólo si el Maestro lo manda. Estoy acostumbrado desde hace años a sufrir por ser leal a la verdad. No puedo mentir para congraciarme con los poderosos. Y sabes cuántas veces fueron a burlarse de mí, en mi habitación de enfermo, prometiéndome –ciertamente promesas falsas- ayuda si decía que yo había mentido. Y que ¡Tú, Jesús, no eras Tú, el recién nacido Salvador! Pero no podía mentir, hubiera sido lo mismo que renunciar a mi alegría, matar mi sola y única esperanza, rechazarte a Ti, ¡Señor mío! ¡Rechazarte a Ti! En la oscuridad de mi miseria, en lo macilento de mi enfermedad, tenía siempre un cielo cubierto de estrellas: la cara de mi madre, única alegría de mi vida de huérfano, la de una mujer que jamás fue mi esposa y a la que he guardado amor aún después de muerta. Eran estas las dos estrellas menores. Después las mayores iguales a brillantísimas lunas: José y María que sonreían a un recién nacido y a nosotros, pobres pastores y brillante en el centro del cielo de mi corazón, tu rostro, inocente, delicado, santo, santo. ¡No podía rechazar este cielo mío! No podía quitarme su luz que es de una pureza sin igual. Más bien habría preferido perder la vida, y aún entre tormentos, que rechazarte, ¡recuerdo mío bendito, Jesús mío que apenas había nacido!”

Jesús coloca su mano sobre la espalda de Isaac y sonríe.

Judas torna a hablar: “¿Entonces tú persistes?”

“Yo, sí. Hoy, mañana y pasado mañana otra vez. Alguien vendrá”.

“¿Cuánto durará tu trabajo?”

“No lo sé. Pero créeme, basta con no mirar ni hacia adelante ni hacia atrás. Pensar sólo en el día, y al anochecer si se ha logrado algo, decir: “Gracias Dios mío”; si nada: “Espero con tu ayuda hacer algo mañana”.

“Eres un sabio”.

“No sé ni siquiera qué significa eso. Pero hago en mi misión lo que hice en mi enfermedad. Casi treinta años de enfermo... ¡no son un día!”

“¡Eh! ¡Lo creo! Todavía no había nacido y tú ya estabas enfermo”.

“Estaba enfermo. Pero jamás he contado esos años. Jamás me dije: “Torna Nisam y yo no reflorezco con las rosas. Ni: Torna Tisri y sigo en el lecho”. Seguía adelante hablándome a mí mismo y a los demás de Él. Caía en cuenta de que los años habían pasado, porque quienes habían sido niños un día, me llevaban noticias de sus dulces bodas y las del nacimiento de sus pequeñines. Ahora si miro para atrás, ahora que de viejo me he hecho joven, ¿qué veo del pasado? ¡Nada! ¡Todo se ha ido!”

“Acá nada. Pero en el Cielo es “todo” para ti, Isaac, y ese “todo” te está esperando” dice Jesús. Luego dirigiéndose a los demás: “Es menester obrar así. También Yo lo hago. Ir adelante sin fatigas. La fatiga es también una raíz de la soberbia humana. De igual manera la premura. ¿Por qué se disgusta uno con las derrotas? ¿Por qué se inquieta uno con la lentitud?... porque el orgullo dice: “¿A mí decirme que no?... ¿Conmigo tanta espera?... Eso es falta de respeto para el apóstol de Dios”. ¡No, amigos! Mirad todo lo creado, y pensad en quien lo hizo. Meditad en el progreso del hombre, y pensad en su origen. Pensad en esta hora que

se cumple, y pensad cuántos siglos le precedieron. Lo creado es obra de una creación sin prisa. El Padre no hizo nada desordenadamente. Hizo lo creado en etapas sucesivas. El hombre actual es obra de un avanzar paciente y siempre avanzará más en el saber y en el poder. Estos podrán ser santos o no, según su querer. Más el hombre no se hizo docto en un momento. Los primeros, los que fueron arrojados del Paraíso², debieron aprender todo lenta y continuamente. Aprender hasta las cosas más sencillas: que el grano de trigo es mejor si se le convierte en harina, luego en masa y después se le cuece. Tuvo qué aprender a convertirlo en harina y a cocerlo. Aprender cómo se prende la leña. Aprender cómo se hace un vestido al contemplar el pelaje de los animales. Cómo una casucha, al observar a las fieras: cómo una cama, al observar los nidos. Aprender a curarse con hierbas y con agua observando a las bestias que las emplean por instinto. Aprender a viajar por los desiertos y mares, estudiando las estrellas, domando los caballos; aprendiendo el equilibrio en las aguas, al ver la cáscara de nuez que gallardamente navega sobre las olas de un río... ¡Cuántas derrotas antes del éxito! Pero lo logró. Y seguir adelante. No será feliz en esto, porque más que en el bien, será experto en el mal. Pero seguirá adelante. ¿No es la Redención una obra de paciencia?... Fue decidida en los siglos de los siglos, y *mucho antes* fue decidida, y ved que viene *ahora*, cuando por siglos la prepararon. Todo es paciencia... ¿Por qué entonces ser impacientes? ¿No podía Dios haber hecho todo en un abrir y cerrar de ojos? ¿No podía el hombre, dotado de inteligencia, salido de las manos de Dios, saber todo en un instante?... ¿No podía Yo haber venido desde el principio de los siglos?... Todo podía haber sido. Pero nada se hizo con violencia. Nada. La violencia siempre es contraria al orden; y Dios, y lo que de Dios viene, es orden. No queráis ser más que Dios”.

“¿Entonces cuándo te conocerán?”

“¿Quién, Judas?”

“El mundo”.

“Jamás”.

“Pero... ¿no eres el Salvador?”

“Lo soy. Pero el mundo no quiere ser salvado. Sólo en la proporción de uno a mil me querrá conocer, y en la proporción de uno a diez mil realmente me seguirá. Y todavía digo más: Ni siquiera mis más íntimos me conocerán”.

“Pero si son tus íntimos, te conocerán!”.

“Sí, Judas. Me conocerán como al Jesús. Al Jesús israelita, pero no como soy. En verdad os digo que no todos mis íntimos me conocerán. Conocer quiere decir, amar con fidelidad y esfuerzo... y habrá alguien que no me conocerá”. Jesús tiene su gesto resignado, que siempre tiene cuando predice la futura traición: abre las manos y las tiene así cara a cara, con el rostro afligido que no mira ni hombres, ni cielo, sino tan solo el futuro destino del Traicionado.

“No lo digas, Maestro” suplica Juan.

“Te seguimos nosotros para conocerte mejor” dice Simón, y los pastores le hacen otro coro.

“Te seguimos como a una esposa y nos eres más querido que ella; somos más celosos por Ti que por una mujer. ¡Oh! ¡No! Te conocemos tanto ya que no podemos desconocerte. Él (y Judas señala a Isaac) dice que renegar de tu recuerdo de recién nacido, le hubiera sido más atroz que perder la vida. Y... no eras más que un Niño acabado de nacer. Nosotros tenemos al Hombre y al Maestro. Te escuchamos y vemos tus obras. Tu contacto, tu alimento, tu beso, son nuestra continua consagración y nuestra continua purificación. ¡Sólo un demonio podría renegar de Ti, después de haber sido un íntimo tuyo!”

“Es verdad, Judas, pero así será”.

“¡Ay de él! ¡Seré yo quién le ajusticie!” exclama Juan de Zebedeo.

“No. Al Padre deja la justicia. Sé su redentor. El redentor de esta alma que tiende hacia Satanás. Bueno. Saludemos a Isaac. Ya se hizo tarde. Te bendigo, siervo fiel. Ten en cuenta que Lázaro de Betania es nuestro amigo y que quiere ayudar a mis amigos. Me voy. Tú

² Cfr. Gén. 3, 23-24.

quédate. Árame el terreno árido de la Judea. Regresaré. Cuando me necesites, sabes dónde podrás encontrarme. Mi paz sea contigo”. Jesús bendice y besa a su discípulo.

53. Jesús con el pastor Jonás en la llanura de Esdrelón

26 enero 1945

Por una veredilla por entre campos quemados, sagrados y amarillentos, Jesús camina con Leví y Juan al lado; detrás, en grupo, vienen José, Judas y Simón. Es de noche, pero no hay alivio. La tierra es un fuego que continúa quemando aún después del incendio del día. El rocío es impotente ante este arder que lo seca antes de tocar el suelo. Tan fuerte es el calor que sale de los surcos y de las hendiduras del suelo. Todos caminan en silencio, fatigados y acalorados. Veo que Jesús sonríe. La noche es clara, aunque la luna menguante se ve apenas en el extremo oriente.

“¿Piensas que estará?” pregunta Jesús a Leví.

“Ciertamente. Por este tiempo se guarda la mies, y todavía no ha empezado la recolección de las frutas. Los campesinos por esto están ocupados en vigilar los viñedos y los árboles frutales de los ladrones. No se alejan, sobre todo cuando los amos son aborrecidos como el que tiene Jonás. Samaria está cercana y cuando ellos pueden... ¡Oh! Con gusto, a nosotros los de Israel nos causan daño. ¿No saben que luego a los criados se les apalea? Sí que lo saben. Pero nos odian y esta es la razón”.

“No tengas rencor, Leví” dice Jesús.

“No, pero verás cómo por culpa suya, Jonás fue golpeado hace como cinco años. Desde entonces pasa la noche en guardia. El flagelo es un suplicio cruel”.

“¿Nos falta todavía mucho para llegar?”

“No, Maestro. ¿Ves allá en donde terminan estos campos y empieza aquel monte oscuro? Allá están las arboledas de Doras, el duro fariseo. Si me permites me adelanto para que me oiga Jonás”.

“Ve”.

“Pero, Señor mío, ¿son así todos los fariseos? Pregunta Juan.

“¡Oh! ¡no querrías estar a su servicio! ¡Prefiero la barca!”

“¿Es la barca tu predilecta?” pregunta un poco serio Jesús.

“No. ¡Eres Tú! La barca lo era cuando ignoraba que el Amor estaba en la tierra” al punto responde Juan.

Jesús ríe de su vehemencia. “¿No sabías que en tierra estaba el amor? Entonces ¿cómo naciste, si tu padre no amaba a tu madre? Pregunta Jesús como en plan de broma.

“Ese amor es hermoso pero no me seduce. Eres Tú mi amor, eres Tú el Amor, en tierra para el pobre Juan”.

Jesús lo trae a Sí y le dice: “Tenía deseos de oírlo decir. El Amor está sediento del amor y el hombre da y dará a su avidez siempre gotas imperceptibles como estas que caen del cielo y son tan pequeñitas que se evaporan en el aire, al calor del estío. También las gotas de amor de los hombres se evaporarán en medio del aire, muertas al calor de tantas cosas. El corazón todavía las exprimirá... los intereses, los amores, negocios, avaricia y tantas, tantas cosas humanas, las consumirán. Y... ¿qué subirá a Jesús?... ¡Oh, muy poca cosa! Los restos, lo que queda de todos los latidos humanos, los latidos interesados de los hombres para pedir, pedir, pedir, cuando la necesidad apremia. Amarme sólo por amor, será una propiedad de pocos: de los Juanes... ¡Mira una espiga que ha vuelto a nacer! Ha sabido nacer resistiendo al sol, a la sequedad y ha sabido levantarse, crecer, dar espigas... Mira: no hay otra cosa que viva en estos campos desolados más que ella. Dentro de poco los granos maduros caerán al suelo rompiendo la tierra cubierta que los tiene encerrados en el tallo y serán un regalo para los pajarillos, o bien produciendo el ciento por uno, renacerán de nuevo y antes de que en invierno traigan el arado al campo, habrán nuevamente madurado, y saciarán el hambre de muchos pájaros que han venido sufriendo desde las estaciones más crudas... Ves, Juan mío, ¡cuánto

puede hacer una semilla valerosa! Así también serán los pocos que me amen por amor. Uno solo bastará para calmar el hambre de tantos. Uno solo, habrá hermoseado el lugar donde esté. Antes era el inútil. Uno solo dará vida en donde había muerte y a él vendrán todos los hambrientos. Comerán un grano de su amor activo y luego, egoístas y despreocupados, se irán. Pero sin que ellos lo sepan, ese grano habrá echado gérmenes vitales en su sangre, en su espíritu... y regresarán... Y hoy, y mañana, y pasado mañana, como decía Isaac, e irá creciendo en sus corazones el conocimiento del Amor. El tallo, solo, no valdrá para nada. Una paja quemada. Pero, ¡cuánto bien hará su sacrificio! Y por su sacrificio tendrán un gran premio”.

Jesús, que se había detenido un momento ante la espiga seca nacida al borde de la vereda, en una cuneta que en tiempos de lluvia podría ser un riachuelo, prosiguió caminando, mientras Juan lo escuchaba en la forma acostumbrada de alguien que ama, de alguien que bebe no solo las palabras, sino hasta los movimientos del ser amado. Los demás que entre sí hablaban, no caen en cuenta del dulce coloquio. Han llegado al huerto, se detienen, todos se reúnen. El calor es tan grande que sudan no obstante que no tienen manto. Guardan silencio y esperan.

Del follaje espeso, que apenas ilumina la luna, emerge la clara imagen de Leví, y detrás otra más oscura.

“Maestro, Jonás está aquí”.

“Mi paz llegue a ti” dice Jesús, antes de que Jonás se acerque a Él.

Jonás no contesta. Corre y llorando se arroja a sus pies que besa. Cuando puede hablar dice: “¡Cuánto te he esperado! ¡Cuánto! Qué desconsuelo al sentir que la vida se iba, que venía la muerte y que tenía qué decir: “Y no lo vi”. Sin embargo, no moría toda esperanza. Ni siquiera cuando estuve por morir. También me decía: “Ella dijo: ‘Vosotros una vez más le serviréis’ y Ella no podía haber dicho una cosa que no fuese verdad. Es la Madre del Emmanuel. Por eso ninguna más que Ella tiene a Dios consigo, y tiene a Dios y sabe lo que es Dios”.

“Levántate. Ella te saluda. La tienes cerca, muy cerca. Nazaret la hospeda”.

“Tú... Ella... ¿En Nazaret?... ¡oh! ¡Si lo hubiese sabido! Por la noche, en los meses fríos de invierno, cuando la campiña duerme y los malos no pueden causar daño alguno a los agricultores, hubiese ido corriendo a besarlos los pies, y hubiera regresado con mi tesoro de estar en lo cierto. ¿Por qué no te manifestaste, Señor?”

“Porque no era la hora. Más ya ha llegado. Es menester saber esperar. Tú lo dijiste: “En los meses helados cuando la campiña duerme”... y sin embargo ya ha sido sembrada... ¿No es verdad?... Yo también, pues, era como el grano sembrado. Tú me habías visto cuando era sembrado, después desaparecido, sepultado bajo un silencio obligatorio, para crecer y llegar al tiempo de la mies y resplandecer a los ojos de quien me había visto apenas nacido, y a los ojos del mundo. Ese tiempo ha llegado. Ahora el recién nacido está pronto para ser pan del mundo. Ante todo busco a mis fieles y les digo: “Venid, saciaos conmigo”.

El hombre lo escucha con una sonrisa feliz, y como si consigo hablase: “¡Oh! ¡Eres exactamente Tú! ¡Eres exactamente Tú!”

“¿Estuviste a punto de morir?... ¿cuándo?”

“Cuando me medio mataron porque a dos parras más les habían robado. ¡Mira cuántos cardenales!” Se baja el vestido mostrando las espaldas que son como una pintura de cicatrices caprichosas. “Con un cordel de hierro me pegó. Contó los racimos que habían cogido, y si veía donde una uva había sido arrancada, me daba otro golpe... hasta que me dejó así, semimuerto. Me socorrió María, la joven esposa de un compañero mío y que siempre me ha querido. Su padre era antes que llegase, el administrador, y cuando vine aquí, mostré amor a la niña porque se llamaba María. Me ha cuidado y después de dos meses me curé, porque las llagas con el calor se habían infectado y me producían calenturas. Dije al Dios de Israel: “No importa. Haz que vea otra vez a tu Mesías... y no importa lo que sufro. Tómallo como sacrificio.

No tengo más qué ofrecerte. Soy esclavo de un hombre y eso Tú lo sabes. Ni siquiera se me permite ir a tu altar en Pascua. Tómame por hostia, pero dámelo”.

“Y el Altísimo te contestó, Jonás, ¿quieres servirme, como tus compañeros lo hacen?”

“¿Y en qué forma?”

“Como ellos lo hacen. Leví sabe y te dirá cuán sencillo es servirme. Quiero tan solo tu voluntad”.

“Esa te la di desde que Tú apenas habías nacido. Por ella todo lo he vencido, los desconsuelos como los odios. Sucede... que aquí no se puede hablar sino poco... el amo, en cierta ocasión me pegó con el pie porque yo insistía en que Tú ya estabas. Pero cuando él no estaba y a los que les pedía tener confianza... ¡Oh! ¡Les contaba el prodigio de aquella noche!”

“Pues bien, hoy es el prodigio de encontrarnos. Casi a todos os he encontrado y a todos fieles. ¿No es esto una maravilla? Tan solo por haberme contemplado con fe y amor os habéis hecho justos ante Dios y ante los hombres”.

“¡Oh! Desde ahora tendré valor. ¡Valor! Porque sé que estás y puedo decir: “¡Él está aquí. Id a donde está...!” Pero ¿a dónde Señor mío?”

“Por todo Israel. Hasta septiembre estaré en Galilea. Nazaret o Cafarnaún frecuentemente me hospedarán y allí se me podrá encontrar... Después... estaré por todas partes. He venido a reunir a las ovejas de Israel”.

“¡Señor mío! Encontrarás muchos que no son ovejas. Desconfía de los grandes de Israel”.

“No me harán ningún daño hasta que no llegue la hora. Tú di a los muertos, a los que duermen y a los vivos: “El Mesías está entre nosotros”.

“Señor... ¿a los muertos?”

“A los muertos en su corazón. Los demás, los muertos en el Señor, se regocijarán con la alegría cercana de verse libres del Limbo. Dilo a los muertos. Yo soy la vida. Dilo a los que duermen. Soy el Sol que se levanta y quita el sueño. Dilo a los vivos: Yo soy la verdad que buscan ellos”.

“¿Y curas también a los enfermos? Leví me ha contado lo de Isaac. Tan solo para él hay un milagro, porque es tu pastor, ¿o también para otros?”

“Para los buenos hay milagro como premio justo. Para los hombres buenos lo hay para empujarlos hacia la bondad verdadera. También para los malvados, si se hace, es para sacudirlos y persuadirlos que Yo soy y que Dios está conmigo. El milagro es un regalo. El regalo es para los buenos. Pero el que es misericordioso, que ve que la dureza humana no puede algo poderoso, recurre también a este medio para decir: “Lo he hecho todo por vosotros y de nada me ha valido. Decir, pues, vosotros, ¿qué más puedo hacer?”

“Señor, no te desdén de entrar en mi casa. Si me aseguras que en los terrenos no entra un ladrón, querría hospedarte, y llamar a tu alrededor a los pocos que te conocen a través de mi palabra. El patrón nos ha doblado y quebrado como tallos inútiles. No tenemos otra cosa más que la esperanza de un premio eterno. Pero si te muestras a los corazones intimidados, tendrán una fuerza más”.

“Voy. No tengas miedo de los árboles ni de los viñedos. Puedes creer que los ángeles harán guardia”.

“¡Oh Señor! Yo he visto a tus siervos celestiales. Creo y estoy seguro de Ti. ¡Benditas estas plantas y estas viñas que tienen viento y canción de alas y de voces angelicales! ¡Bendito este suelo que santifican tus pies! ¡Ven, Señor Jesús! Oíd, plantas y vides. Oíd surcos. Ahora os repito el Nombre que os confié para tranquilidad mía. Jesús está aquí. Escuchad, y por ramas y por viñedos pase la linfa. Está con nosotros el Mesías”.

Todo termina con estas palabras preñadas de alegría.

54. Regreso a Nazaret después de haber dejado a Jonás

27 enero 1945

Apenas, apenas un parpadeo de luz. En la puerta de una pobre choza, y diría mucho llamarla casa, están Jesús, los suyos, Jonás y los otros desgraciados campesinos como él. Es la hora de separarse.

“¿No te volveré a ver, Señor mío?” pregunta Jonás... “Nos has traído la luz al corazón. Tu bondad ha hecho de estos días una fiesta que durará por toda la vida. Tú has visto cómo nos tratan. Más se preocupan del borriquillo que de nosotros. A las plantas se les cuida mejor que a nosotros, porque valen dinero. Nosotros somos tan solo máquinas que lo fabrican. Y se nos hace trabajar hasta que alguno muera a causa de esto. Pero tus palabras han sido como alas acariciadoras. Nos ha parecido que el pan abundaba y que era más sabroso porque lo partías con nosotros, el pan que ni siquiera da a sus perros. Vuelve a partirlo con nosotros Señor. Me atrevo a decirlo sólo porque Tú eres. Para cualquier otro sería una ofensa ofrecer un albergue y comida que hasta el mendigo desdeña. Pero Tú...”

“En ellos encuentro un perfume y un sabor celestial, porque hay en ellos fe y amor. Regresaré, Jonás. Quédate en tu lugar, como animal amarrado a la estaca. Tu lugar sea tu escala de Jacob¹. En realidad desde el Cielo bajan y suben los ángeles, cuidadosos en recoger todos tus méritos para llevarlos a Dios. Regresaré, para aliviar tu espíritu. Sedme fieles todos. ¡Oh! ¡Querría daros la paz humana también pero... no puedo!². Os debo decir: sufrid todavía. Y esto es triste cosa para uno que ama...”

“Señor, si Tú nos amas, no se sufre. Antes no teníamos a nadie que nos amase... ¡Si pudiese al menos ver a tu Madre!”

“No te angusties. Te llevaré a Ella. Cuando la estación sea más suave, vendré con Ella. No te expongas a castigos inhumanos por el ansia de verla. Espérala, como se espera el levantarse de una estrella. De pronto se te aparecerá, así como lo hace la estrella vespertina que ahorita no estaba, pero que de repente aparece en el cielo. Y piensa que desde ahora Ella esparce sus dones sobre ti. Adiós a todos vosotros. Mi paz sea el escudo contra las durezas de quien os llena de temor. Adiós, Jonás. No llores. Con fe paciente has esperado tantos años. Te prometo ahora que muy poco esperarás. No llores. No te dejaré solo. Tu bondad dio seguridad a mi llanto infantil. ¿No te basta la mía para secar el tuyo?”

“Sí... pero te vas... y yo me quedo...”

“Jonás, amigo, no dejes que me vaya afligido con el peso de no poderte ayudar⁴”

“No lloro, Señor... Pero ¿cómo lograré vivir sin verte más, ahora que sé que estás vivo?”

Jesús vuelve a acariciar al viejo deshecho y luego se separa. Pero, de pie en los bordes de la miserable área, abre los brazos y bendice la campiña. Luego se pone en camino.

“¿Qué hiciste, Maestro?” pregunta Simón, que notó el desacostumbrado ademán,

“He puesto una señal en todas las cosas para que Satanás no pueda dañarlas, dañando a esos infelices. No podía más...”⁵

“Maestro... vamos más aprisa. Te querría decir una cosa que nadie oiga”. Se separan del grupo y Simón toma la palabra: “Quería decirte que Lázaro tiene órdenes de usar el dinero para socorrer a todos los que en nombre de Jesús a él llegasen. ¿No podríamos librar a Jonás? Ese hombre está acabado y no tiene más alegría que la de tenerte. Démosela. ¿Cuál quieres que sea allí su trabajo? Libre sería tu discípulo en esta llanura tan hermosa y desolada. Acá los más ricos de Israel tienen tierras óptimas y las exprimen con cruel usura, exigiendo de sus trabajadores el ciento por uno. Lo sabía desde hace años. Acá podrás estar poco, porque acá impera la secta farisea y no creo que sea amiga. Esos trabajadores, oprimidos y sin luz son los más infelices en Israel. Tú lo oíste, ni siquiera para Pascua tienen

¹ Cfr. Gén. 28, 12; Ju 1, 51.

² Expresión que se justifica y se ilustra con algunos pasajes evangélicos, por ej. Mt. 10, 34-39; 16, 24-28; Mc. 8,34-9, 1; Lc. 9, 23-27; 12, 51-53; 14, 25-27; 22, 41-44; 24, 25-27; Ju. 12, 24-26; Fip. 2, 8-9. Jesús se doblegó ante la voluntad del Padre eterno, llevó la cruz y por eso fue glorificado. A los discípulos verdaderos no les puede caer suerte diferente.

⁴ Cfr. nota 2.

⁵ Cfr. nota 2.

paz ni plegarias, mientras los duros amos, con grandes gestos y ademanes fingidos se ponen en primera fila entre los fieles. Tendrán a lo menos la alegría de saber que Tú estás, de oír repetidas veces a alguien que no cambiará ni una jota de tus palabras. Maestro, si te parece, da órdenes y Lázaro lo hará”.

“Simón, ya había comprendido por qué te despojabas de todo. No me es desconocido el pensamiento del hombre. También por eso te amé. Al hacer feliz a Jonás, haces feliz a Jesús. ¡Oh! ¡Cómo me angustia el ver sufrir a quien es bueno! Mi condición de pobre y despreciado del mundo no me causa angustia alguna. Si Judas me oyese diría: “Pero, ¿no eres Tú, el Verbo de Dios? Manda y las piedras se convertirían en oro y en panes para los miserables”. Repetiría las asechanzas de Satanás⁶. Deseo quitar el hambre a los que la tienen, pero no como Judas querría. Todavía no estáis bien preparados para comprender la profundidad de lo que digo. Pero óyeme: Si Dios proveyese a todo, haría un hurto a sus amigos. Les privaría de la facultad de ser misericordiosos y de obedecer con eso a su mandato de amor. Mis amigos deben tener esta señal de Dios, junto con Él: La santa misericordia que consiste en obras y en palabras. Y la desgracia de otros, proporciona a mis amigos la manera de ejercitarla. ¿Has comprendido mi pensamiento?”

“Es profundo. Lo medito. Me humillo al comprender cuán obtuso sea yo y cuán grande Dios que nos quiere con todos sus atributos, para que seamos más benignos para llamarnos hijos suyos. Dios no se revela en su perfección múltiple a cada luz que derrama en mi corazón. De día en día, como uno que avanza a un lugar desconocido aumenta mi conocimiento de esto inmenso que es la perfección, que quiere llamarnos “hijos” y me parece que subo cual águila o me sumerjo como un pez en las dos profundidades sin confín, como lo son el cielo y el mar, y cuánto más subo y me sumerjo menos toco el límite... ¿Qué es, pues, Dios?”

“Dios es la perfección inalcanzable, Dios es la belleza completa, Dios es la Potencia infinita. Dios es la Esencia incomprensible, Dios es la Bondad insuperable, Dios... es el Amor hecho Dios. ¡Es el amor! ¡Es el amor! Dices que cuánto más conoces a Dios en su perfección, tanto más te parece subir o sumergirte en las dos profundidades sin límites, de azul sin sombras... Pero cuando comprendas al Amor hecho Dios, no subirás ni te sumergirás más en lo azul, sino en un remolino incandescente de llamas y serás arrojado a una beatitud que te será muerte y vida. Tendrás a Dios con una posesión completa, cuando, por tu voluntad, habrás llegado a comprenderlo y merecerlo. Entonces te enclavarás en su perfección”.

“¡Oh, Señor!”.. Simón está aniquilado.

Se escucha un silencio. Se llega al camino. Jesús se detiene en espera de los demás. Cuando se une al grupo Leví se arrodilla: “Debo dejarte, Maestro. Pero tu siervo te ruega una cosa. Llévame con tu Madre. Este es huérfano como yo. No me niegues a mí lo que a él concedes de que vea el rostro de tu Madre...”

“Ven. Cuando se pide en nombre de mi Madre, en nombre de mi Madre lo doy”...

...Jesús va solo. Camina aprisa entre bosques de olivos cargados de aceitunas maduras. El sol, aún cuando está ya metiéndose, flechea más allá de la cubierta verde-grisácea de las plantas útiles y pacíficas, pero no atraviesa por las ramas entretrojadas sino con sutiles ojillos de luz. La vía principal, metida entre dos riberas, es una cinta de ardiente e incandescente polvo.

Jesús con una sonrisa en los labios llega hasta la zanja... y con más ganas sonrío. ¡He ahí Nazaret!... parece temblar con el sol, tanta es su incandescencia. Jesús baja todavía más veloz. Llega al camino. No se preocupa más del sol. Parece como si volase, por lo veloz que camina, con el manto que se había puesto para protegerse la cabeza, se hincha y golpetea a ambos costados. La calle está sola y silenciosa, hasta llegar a las primeras casas. Se oye alguna voz de niño o de mujer que sale, o del interior de los huertos que dejan caer sobre el camino sus ramas. Jesús se aprovecha de estos manchones de sombra para escapar del sol implacable. Da vuelta por una callecilla que está medio envuelta en la sombra. Allí hay mujeres que se arremolinan en un pozo. Casi todas lo saludan y le dan la bienvenida.

⁶ Cfr. Mt. 4, 3; Lc. 4, 3.

“La paz a todas vosotras... pero no hagáis ruido. Quiero dar una sorpresa a mi Madre”.

“Su cuñada se acaba de ir ahora con un cántaro fresco, pero regresa. Han quedado sin agua. El manantial se ha secado o se pierde en el suelo ardiente antes de llegar a tu huerto. No sabemos bien, pero María de Alfeo, ahora lo estaba diciendo. ¡Mírala!”

La madre de Judas y Santiago viene con un cántaro sobre la cabeza y con uno en la mano. Ve de pronto a Jesús y grita: “Así lo hago más pronto. María está tristísima porque sus flores se mueren de sed. Son todavía las de José y las de Jesús, y parece que le quitan el corazón al verlas fenecer”.

“Pero ahora que me vea...” dice Jesús mostrándose detrás del grupo.

“¡Oh, Jesús mío! ¡Bendito seas! Se lo voy a decir...”

“¡No! Yo voy. ¡Dame los cántaros!”

“La puerta está solo entreabierta. María está en el huerto. ¡Oh! ¡Qué feliz será! ¿También esta mañana hablaba de Ti! Pero... ¡venir con este sol! ¡Estás todo sudado! ¿Vienes solo?”

“No, con mis amigos. Me les adelanté para ver primero a mi Mamá. ¿Y Judas?”

“Está en Cafarnaún. Va frecuentemente...” No añade más María. Sonríe mientras con su velo seca el rostro bañado de Jesús.

Los cántaros están llenos. Jesús se pone los dos al hombro con su cinturón y lleva otro en la mano. Se va, da vuelta, llega a la casa empuja la puerta, entra en la habitacioncilla que parece oscura por el sol de afuera y mira. María, de pie está cerca de un rosal con la espalda vuelta a la casa, y le dan compasión las plantas sedientas. Jesús pone los cántaros en tierra, pero el bronce suena al chocar contra la tierra. ¿Eres tú, María?” dice la Madre sin volverse. “¡Ven, ven, mira este rosal! Y estos pobres lirios. Todos morirán, si no se les socorre. Trae también cañas para sostener este tronco que cae”.

“Todo te lo traigo, Mamá”.

María se vuelve al punto. Por un momento queda con los ojos abiertos, luego con un grito corre con los brazos extendidos hacia su Hijo, que abiertos los tiene y la espera con una sonrisa que es todo amor.

“¡Hijo mío!”

“¡Mamá! ¡Mamá!”

La expansión es larga, delicada. María es tan feliz que no ve, no siente qué acalorado está Jesús. Pero poco después lo nota: “¿Por qué Hijo a estas horas? Estás colorado y sudas como una esponja. Ven, ven dentro. Que la Mamá te seque y te refresque. Ahorita te traigo un vestido nuevo y sandalias limpias. Pero... ¡Hijo! ¡Hijo! ¿Por qué caminas con este sol?... Las plantas mueren de calor y ¡Tú, flor mía, andas caminando!”

“Para venir primero contigo, Mamá”.

“¡Oh querido! ¿Tienes sed? ¡Cierto que la tendrás! Ahora te preparo...”

“Sí, con tu beso, Mamá. Con tus caricias. Déjame estar aquí, con mi cabeza en tu espalda, como cuando era pequeñín. ¡Oh, Mamá! ¡Qué falta me haces!”

“Pero dime que vaya. Hijo mío, e iré ¿Qué cosa te ha faltado con mi ausencia? ¿Lo que te gustaba comer?... ¿Vestidos lavados?... ¿cama bien hecha? ¡Oh, dime, Alegría mía, que te faltó! Tu sierva, oh Señor mío, tratará de proveerlo”.

“Ninguna cosa que no fueses Tú...”

Jesús que ha entrado cogido de la mano de su Mamá y que se ha sentado en el banco que está junto a la pared, tiene frente a Sí a María que lo rodea con sus brazos y que tiene la cabeza contra el corazón, y la besa y la mira atentamente.

“Deja que te mire, que mi mirada se llene de Ti, santa Madre mía”.

“Primero el vestido. Hace mal estar sudado. Ven”.

Jesús obedece. Cuando regresa con un vestido nuevo, el coloquio torna, suave.

“Venía con discípulos y amigos pero los dejé en el bosque de Melca. Mañana al amanecer, vendrán. Yo... no podía esperar más. ¡Mi Mamá...!” y le besa las manos. “María de Alfeo se ha ido para dejarnos solos. Ella también ha comprendido mi sed de ti, Mamá... mañana tú te deberás a mis amigos y Yo, a los nazarenos. Pero esta tarde tú eres la Amiga mía, y Yo el

Tuyo. Te los traje... ¡oh Mamá! Encontré a los pastores de Belén. Dos de los que traigo son huérfanos. También te traje uno que tiene necesidad de ti para vencerse. Y a otro que es un justo y que ha llorado. Luego a Juan... Te traigo los recuerdos de Elías, Isaac, Tobías (ahora Matías), Juan y Santiago y de Jonás el más desgraciado. Te llevaré con él. Se lo prometí. Buscaré los otros. Samuel y José están en la paz de Dios".

"¿Estuviste en Belén?"

"Sí, Mamá. Llevé los discípulos que tenía. Y te traje estas florcitas nacidas entre las piedras de la entrada".

"¡Oh!" María toma los tallos secos y los besa. "¿Anna?"

"Murió en la matanza de Herodes".

"¡Oh! Desgraciada! ¡Tanto que te quería!"

"Los betlehemitas han sufrido mucho. No han sido justos con los pastores, por lo mucho que han sufrido".

"Pero... contigo ¿se portaron bien?"

"Sí, por eso se les tiene compasión. Satanás está envidioso de su bondad y los empuja hacia el mal. También estuve en Hebrón. Los pastores, perseguidos..."

"¡Oh! ¿Hasta ese punto?"

"Sí, Zacarías los ayudó y por él tuvieron amo y pan, aunque eran duros. Pero son almas justas, y con las persecuciones y heridas se han hecho piedras santas. Los he juntado. Curé a Isaac y... di mi nombre a un pequeño. En Yutta, donde Isaac moría y de donde se levantó, hay un grupo inocente que se llama María, José y Yesaí..."

"¡Oh! ¡Tu nombre!"

"Y el tuyo y el del justo. En Keriot, patria de un discípulo, murió un israelita fiel sobre mi pecho, por la alegría de haberme tenido... Y después... ¡Oh! Cuántas cosas tengo que contarte, ¡Amiga mía, querida Mamá! Ante todo te pido, te ruego que tengas mucha piedad con los que mañana vendrán. Escucha: me aman... ¡Oh! ¡Mamá! Ayúdame a hacerlos buenos... Yo quisiera salvar a todos..." Jesús ha caído a los pies de María. Ahora Ella aparece en su majestad de Madre.

"¡Hijo, mío! ¡Qué quieres que pueda hacer la Mamá más que Tú?"

"Santifícalos... Tu virtud santifica. A propósito te los he traído, Mamá... un día te diré: "Ven" porque entonces habrá necesidad de santificar los espíritus, para que encuentre en ellos la voluntad de redención. Yo solo no podré... Tu silencio será tan bueno como mis palabras. Tu pureza ayudará a mi poder. Tu presencia tendrá lejos a Satanás... y tu Hijo, Mamá, encontrará fuerzas al saber que estás cerca. Vendrás, ¿no es verdad que vendrás, dulce Madre mía?"

"¡Jesús! ¡Querido Hijo!... No te siento feliz... ¿Qué tienes, criatura de mi corazón? ¿Fue duro el mundo contigo?... ¿No?... ¡Me consuelo al creerlo... pero... ¡Oh, sí, iré! A dónde Tú quieras. Como Tú quieras... Ahora mismo bajo el sol, bajo las estrellas, en el hielo o entre chubascos. ¿Me quieres? ¡Heme aquí!"

"No. Ahora no. Pero un día... ¡Cómo es dulce la casa y tus caricias! Déjame dormir así, con mi cabeza en tus rodillas. ¡Estoy muy cansado! Siempre soy tu hijito..." y Jesús se duerme realmente, cansado y fatigado, sentado sobre la estera, con la cabeza reclinada sobre las rodillas de la Madre que feliz lo acaricia en la cabellera.

55 El día siguiente en la casa de Nazaret

28 enero 1945

Veo a María que descalza y solícita va y viene por su casita a los primeros albos del día. Con su vestido azul pálido parece una delicada mariposa que roza sin ruido paredes y objetos. Se acerca a la puerta que da a la calle y la abre con cuidado para no hacer ruido, la deja entreabierta, después de haber echado una mirada por la calle que todavía está solitaria. Vuelve a poner todo en orden, abre puertas y ventanas, entra en el cuarto de trabajo, donde, desde que ya no es carpintería, está el telar de maría, y también allí tiene en qué ocuparse.

Cubre con cuidado uno de los telares en que hay un tejido comenzado, y una sonrisa aflora al verlo.

Sale al huerto. Las palomas se amontonan sobre los hombros y con vuelos breves, de un hombro al otro, para tener el mejor lugar, peleadoras y celosas de sus cuidados, la acompañan hasta una despensa donde están sus alimentos. Toma trigo y les dice: "Aquí, hoy aquí. No hagáis ruido. ¡Está muy cansado!" Luego toma harina, va a una habitación en donde está el horno y se pone a amasarla para hacer el pan.

Sonríe. ¡Qué sonriente está hoy la Mamá! Parece la joven Madre de navidad, tan rejuvenecida parece de alegría. De la masa toma un tanto, lo pone aparte, lo cubre, continúa su trabajo, está colorada, en sus cabellos hay una leve mancha de harina.

María de Alfeo, entra quedito: "¿Ya trabajando?"

"Sí, hago el pan, y mira: las tortas de miel que a Él tanto le gustan".

"Hazlas. Hay mucha masa. Te la preparo".

María de Alfeo, robusta y más gruesa, trabaja con fuerzas en su pan, mientras María pone miel y mantequilla en sus panecillos, y hace muchos redondos que pone sobre una lámina.

"No sé cómo avisar a Judas... Santiago no se atreve... y los demás..." María de Alfeo suspira.

"Hoy vendrán, Simón Pedro; viene siempre el segundo día después del sábado con los pescados. Lo enviaremos a casa de Judas".

"Quién sabe si quiera ir..."

"Simón jamás me dice que no".

"La paz sea en este vuestro día" dice Jesús apareciendo.

Las dos mujeres se sobresaltan con su voz.

"¿Ya te levantaste?... ¿Por qué?... Quería que durmieras..."

"He dormido como un niño, Mamá. Tú no debes haber dormido".

"Te he mirado dormir... Siempre así lo hacía cuando eras pequeño. Siempre sonreías en sueños... y esas sonrisas me quedaban todo el día como una perla en el corazón... Pero esta noche no sonreías. Hijo, suspirabas como si estuvieses afligido..." María lo mira con ansia.

"Estaba cansado, Mamá. Y el mundo no es esta casa donde todo es sinceridad y amor. Tú... Tú sabes quién soy y puedes entender qué significa para mí, el contacto con el mundo. Es como quien camina por un camino sucio y lodoso. Aún cuando uno camine atento, lo salpica a uno un poco el fango, y el hedor le llega a uno aún cuando no se respire... y si a este hombre le gusta la limpieza y el aire puro, puedes imaginar cómo le fastidie..."

"Sí, Hijo. Lo entiendo. Pero me duele que sufras..."

"Ahora estoy contigo y no sufro. Sólo el recuerdo... y me ayuda para que mi alegría de estar contigo sea mucho más grande". Y Jesús se inclina para besar a su Madre. Acaricia también a la otra María, que toda colorada entra, porque estuvo prendiendo el horno.

"Será necesario avisar a Judas" es la preocupación de María de Alfeo.

"No es necesario. Judas estará aquí hoy".

"¿Cómo lo sabes".

"Hijo, todas las semanas, en este día, viene Simón Pedro. Me quiere traer los pescados que cogió en las primeras horas. Llega un poco después de las seis. Estará contentísimo hoy. Simón es bueno. En el tiempo que se queda, nos ayuda ¿no es así, María?"

"Simón es un hombre sincero y bueno" dice Jesús. "Pero también el otro simón, que dentro de poco veréis, es un gran corazón. Voy a su encuentro. Están por llegar".

Jesús sale, mientras las mujeres que han puesto el pan en el horno, regresan a la habitación donde María se pone las sandalias y se pone un vestido blanquísimo de lino.

Pasa algún tiempo y mientras esperan, María de Alfeo pregunta: "¿No pudiste terminar aquel trabajo?"

"Pronto lo terminaré y mi Jesús tendrá el consuelo de la sombra, sin preocuparse de nada".

La puerta se abre de afuera: "Mamá, he aquí a mis amigos. Entrad".

Entran en grupo los discípulos y los pastores. Jesús toma por la espalda a los dos pastores y los presenta a María: “He aquí a los dos hijos que buscan una Madre. Sé su alegría, Señora”.

“Os saludo... ¿Tú?... Leví... ¿Tú? No sé por la edad. Él me dijo, que eres José. Este nombre es aquí un nombre dulce y sagrado. Ven, venid. Con alegría os digo: mi casa os acoge y una Madre os abraza en recuerdo del gran amor que vosotros (tú en tu padre) tuvisteis con mi Niño”.

Los pastores, parece como si estuvieran encantados, tanto es su éxtasis.

“Soy María. Sí. Tú viste a la Madre feliz de ver a su Hijo entre corazones leales”.

“Este es Simón, Mamá”.

“Mereciste el favor, porque eres bueno. Lo sé. Que la gracia de Dios sea siempre contigo”.

Simón más experto en las costumbres del mundo, se inclina hasta la tierra llevando los brazos cruzados sobre el pecho y dice: “Te saludo Madre verdadera de la Gracia, y no pido otra cosa al Eterno, ahora que conozco la luz y a ti, más que una bella luna”.

“Este es Judas de Keriot”.

“Tengo una madre, pero mi amor por ella desaparece ante la veneración que siento por ti”.

“No por mí. Por Él. Yo soy, porque Él es. Para mí no quiero nada. Sólo pido para Él. Sé cuánto honraste a mi Hijo en tu ciudad. Pero yo te digo: Sea tu corazón el lugar en que Él reciba de ti todo honor. Entonces yo te bendeciré, con corazón de Madre”.

“Mi corazón está debajo del calcañal de tu Hijo. Feliz opresión. Sólo la muerte destruirá mi lealtad”.

“Este es nuestro Juan, Mamá”.

“Estuve tranquila desde el momento en que supe que estaba cerca de Jesús. Te conozco y me tranquilizo en el alma al saber que estás con mi Hijo. Sé bendito, quietud mía”. Lo besa.

La voz ronca de Pedro se oye desde afuera: “He aquí al pobre simón que trae su saludo y...” Entra y queda con la boca abierta.

Después echa por tierra el canasto redondo que pendía sobre la espalda y se tira por tierra diciendo: “¡Ah, señor Eterno! ¡Pero... no, esto no me lo debías haber hecho, Maestro! Estar aquí... ¡y no notificármelo... al pobre Simón! ¡Dios te bendiga, Maestro! ¡Ah! ¡Qué feliz soy! ¡No podía estar más sin ti!” y le acaricia la mano sin hacer caso a Jesús que le dice: “Levántate Simón. Pero levántate, pues”.

“Me levanto, sí. Pero... ¡Ey! Tú, ¡muchacho! (el muchacho es Juan) ¡tú al menos podías haber corrido a decírmelo! Ahora, pronto, despáchate a Cafarnaúm a avisar a los demás... y primero a casa de Judas. Está por llegar tu hijo, mujer. Pronto, Haz de cuenta que eres una liebre con los perros por detrás”.

Juan sale riéndose.

Al fin Pedro se ha levantado. Pero todavía tiene entre sus cortas, toscas manos, de venas alzadas, la larga mano de Jesús que la besa sin dejarla, no obstante quiere entregar el pescado que está en el canasto en tierra.

“¡Eh! ¡No! No quiero que te me vayas otra vez sin mí. Jamás ¡jamás así sin verte! Te seguiré como la sombra sigue al cuerpo y la cuerda al ancla. ¿Dónde estuviste, Maestro?... Me decía: “¿Dónde estará, qué estará haciendo?... Y este muchacho de Juan, ¿sabrá tener cuidado de Él? ¿Estará atento de que no se canse mucho?... ¿Que no se quede sin comer?” ¡Eh! Te conozco... ¡estás más delgado! Sí, más delgado. ¡No te cuidó bien! Le diré que... Pero... ¿dónde estuviste, Maestro? ¡No me dices nada!”

“Espero que me dejes hablar”.

“Es verdad. Pero... ¡ah! Verte es como un vino nuevo. Se le sube a uno tan solo con olerlo. ¡Oh! ¡Mi Jesús!” Pedro está a punto de llorar por el gusto.

“También Yo he deseado verte, a todos vosotros, aun cuando estaba con amigos queridos. Mira, Pedro, estos dos son los que me han amado desde que tenía pocas horas de nacido. Todavía más: ya han sufrido por Mí. Aquí hay un hijo sin padre ni madre por mi causa. Pero encontrará tantos hermanos cuantos sois vosotros ¿o no es verdad?”

“¿Me lo pides, Maestro? Pero si por una suposición el Demonio te amase, lo amaría yo porque te ama. Sois pobres también como veo. Somos, pues, iguales. Venid a que os bese. Soy pescador, pero tengo el corazón más tierno que un pichoncito. Es sincero. No os fijéis si soy áspero. Lo duro es afuera. Dentro soy todo miel y mantequilla. ¡Con los buenos porque con los malvados...!”

“Este es un nuevo discípulo”.

“Me parece haberlo visto antes...”

“Sí. Es Judas de Keriot. Tu Jesús por medio de él tuvo una buena acogida en esta ciudad. Os ruego que os améis, aunque seáis de diversas regiones. Sed hermanos todos en el Señor”.

“Y a como tal lo trataré, si lo es él. ¡Eh... sí...! (Pedro mira fijamente a Judas con una mirada franca y amonestadora) ¡eh... sí... es mejor que lo diga, así me conocerá al punto y bien! Lo digo: no tengo mucha estima en general de los judíos y de los ciudadanos de Jerusalén en particular. Pero soy honrado y en mi honradez te aseguro que hago a un lado todas las ideas que tengo de vosotros y que quiero ver en ti, sólo al hermano discípulo. Toca a ti que no cambie yo ni de pensamiento ni de decisión”.

“¿También contra mí tienes iguales prejuicios?” le pregunta sonriendo el Zelote.

“¡Oh! ¡No te había visto! ¿Contra ti?... ¡Oh! Contra ti, no. Tienes pintada en la cara la honradez. Se te brota la bondad del corazón hasta afuera, como un bálsamo oloroso dentro de una copa porosa. Algunas veces, cuanto más uno envejece, tanto más se hace uno falso y malvado. Pero tú eres, como aquellos vinos alabadísimos. Entre más añejos, más secos y buenos”.

“Has juzgado bien, Pedro” dice Jesús”. “Venid ahora, mientras las mujeres trabajan para nosotros, metámonos debajo de ese emparrado fresco. ¡Qué hermoso es estar aquí con los amigos! Luego iremos todos juntos por la Galilea y por otras partes. O sea: todos, no. Leví, ahora que ha satisfecho su deseo, volverá a donde está Elías a decirle que María le manda sus saludos. ¿Verdad, Mamá?”

“Que lo bendigo, y también a Isaac y a los demás. Mi Hijo me ha prometido llevarme con ellos... iré a vosotros, primeros amigos de mi Niño”.

“Maestro, querría que llevase a Lázaro el escrito que sabes”.

“Prepáralo, Simón. Hoy es día de gran fiesta. Mañana por la tarde partirá Leví a tiempo para llegar antes del sábado. Venid, amigos...”

Salen a la verde huerta y todo termina.

56. Lección de Jesús a los discípulos en el olivar

29 enero 1945

Veo que Jesús con Pedro, Andrés, Juan, Santiago, Felipe, Tomás. Bartolomé, Judas Tadeo, Simón, Judas Iscariote y el pastor José salen de la casa y van no lejos de Nazaret, a la vecindad inmediata bajo un olivar espeso.

Dice: “Venid a mi alrededor. En estos meses de presencia y de ausencia me he formado un juicio de vosotros. Os he conocido y conozco con experiencia de hombre, el mundo. Ahora he pensado en enviaros al mundo. Pero antes debo haceros maestros, haceros capaces de enfrentaros al mundo con dulzura y sagacidad, con calma y constancia, con conciencia y ciencia de vuestra misión.

Aprovecharé este tiempo del sol ardiente, que impide que se haga viaje alguno por la Palestina, para vuestra instrucción y formación de discípulos. He escuchado cual músico lo que en vosotros desentona y quiero ponerlos en tono con la armonía celestial que debéis transmitir al mundo, en nombre mío.

He detenido a este hijo (y señala a José) porque le doy el encargo de llevar a sus compañeros mi palabras, para que también allá se forme un núcleo robusto que me anuncie, no tan sólo con decir que estoy, sino con las características más esenciales de mi doctrina.

Como primera cosa os digo, que es absolutamente necesario en vosotros el amor y la unión. ¿Qué cosa sois?... Personas de toda clase social, de toda edad y de diversas regiones. He querido escoger a quienes carecen de enseñanza y conocimientos, para que más fácilmente penetre Yo con mi doctrina, y porque —estando vosotros destinados a evangelizar a los que ignoran completamente al Dios verdadero— quiero que al acordarse de su antigua ignorancia de Dios no los desprecien y con piedad los enseñen, al recordar con cuanta piedad Yo los amaestraré.

Oigo en vosotros una objeción: “¡No somos paganos, ni tampoco carecemos de cultura intelectual”. ¡No! No lo sois. Pero no solo vosotros, aun cuando también los que de entre vosotros representan a los doctos y a los ricos, habéis sido educados en una religión, desnaturalizada por muchas razones que no tiene más que el nombre de tal. En verdad os digo que hay muchos que se glorían de ser hijos de la Ley. Pero de ellos, ocho de cada diez, no son más que idólatras que han confundido entre neblinas de mil pequeñas religiones humanas la verdadera, la santa y eterna Ley de Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Por lo cual cuidándoos el uno al otro, vosotros pescadores humildes y sin cultura, como vosotros que sois mercaderes e hijos de mercaderes, oficiales o hijos de oficiales, ricos o hijos de ricos, decir: “Todos somos iguales. Todos tenemos las mismas debilidades y todos tenemos necesidad de igual adiestramiento. Hermanos en los defectos personales o nacionales, debemos desde ahora en adelante ser hermanos en el conocimiento de la Verdad y en el esfuerzo de practicarla”.

Sí, hermanos. Quiero que así os llaméis y como tales os consideréis. Sois como una sola familia. ¿Qué familia prospera es la que el mundo admira?... La que está unida y la que está concorde. Si un hijo se hace enemigo del otro, si un hermano daña al otro, ¿puede durar acaso la prosperidad de esa familia? ¡No! En vano el padre de familia se esforzará en trabajar, en allanar las dificultades, en imponerse al mundo. Sus esfuerzos son inútiles, porque las propiedades se acaban, las dificultades aumentan, el mundo se ríe de esta situación perpetua de lucha que despedaza corazones y riquezas, que unidas eran fuertes contra el mundo, en un montoncito de pequeños, pequeños intereses contrarios, de los que se aprovechan los enemigos de la familia para acelerar más pronto su ruina.

Jamás seáis así vosotros. Permaneced unidos. Amaos. Amaos para enseñar a amar. Ved. También lo que nos rodea, nos enseña esta gran fuerza. Ved este enjambre de hormigas que todo se dirige a un lugar. Sigámoslo y descubriremos la razón de su esfuerzo que no es inútil al ir a un punto... Ved aquí. Esta pequeña hermanita descubrió con sus minúsculos órganos, que no podemos ver con facilidad, un gran tesoro debajo de ese montón de raíces silvestres. Puede ser que se trate de una migaja de pan que se le haya caído a algún agricultor que vino a ver sus olivos, o a algún caminante que se haya refugiado bajo esta sombra, para comer, o a un niño que alegre jugaba entre las hierbas. ¿Cómo podría ella sola llevar hasta su nido este tesoro que era mil veces mayor que ella?... Y ha llamado a su hermana y le ha dicho: “Mira, date prisa a decir a las demás, que aquí hay alimento para toda la tribu y por muchos días. Corre, antes de que un pájaro descubra el tesoro y llame a sus compañeros y se lo coman”.

La hormiga corrió fatigosamente entre las escabrosidades del terreno, subiendo y bajando entre los arenales y pajillas hasta llegar al hormiguero. Su voz fue: “Venid, una de nosotras os llama. Encontró para todas, pero ella sola no puede traerlo aquí, venid”... y todas, también las que estaban cansadas de haber trabajado todo el día y que descansaban en las galerías del hormiguero, corrieron; aún las que estaban amontonando provisiones en las celdillas de amasijo, Una, diez, cien, mil... Ved... Lo toman con sus tenazas, lo levantan y convierten sus cuerpos en carreta, lo arrastran con las patitas que hacen fuerza en el suelo. Esta cae, más allá de la otra, y más allá como que se inmoviliza porque la punta de pan, la detiene en un hoyo que se abre entre su patita y una piedra; pero ésta, tan pequeña, una muy joven de la tribu, se detiene... pero ved, que toma aliento y parte... ¡Oh! ¡Cómo todas están unidas! Mirad: El pedazo de pan está entre todas, y camina, camina despacio, pero avanza. Sigámoslo... Todavía un poco, hermanas pequeñas, todavía un poco y vuestra fatiga obtendrá su premio.

No pueden más. Pero no ceden. Descansan y otra vez prosiguen... Ahora llegan al hormiguero. ¿Y, luego?... Luego al trabajo de partir en pedacitos el gran migajón. Observad qué trabajo. Quién corta, quién lleva... Se ha acabado. Ahora todo está bien y contentas desaparecen entre esas quebraduras para ir a su galería. Son hormigas.

Ninguna otra cosa que hormigas y sin embargo son fuertes, porque están unidas. Medita en esto. ¿Tenéis algo qué preguntarme?..."

"Quisiera preguntarte si ya no regresamos más a Judea" pregunta Judas Iscariote.

"¿Quién lo dijo?"

"Tú, Maestro. Has dicho que prepararías a José para que fuese a instruir a los demás que están en Judea. ¿Te fue tan mal que no quieres regresar allá?"

"¿Qué te hicieron en Judea?" Tomás pregunta curioso, y el fogoso Pedro al mismo tiempo exclama: "¡Ah! Tenía razón en decir que habías regresado agotado. ¿Qué te hicieron los "perfectos" de Israel?"

"Nada, amigos. Ninguna otra cosa más que la que también acá encontraré. Si diera vueltas por toda la tierra, encontraría amigos mezclados entre enemigos. Judas, te había pedido que guardases secreto..."

"Es verdad, pero... No, no puedo callar cuando veo que prefieres la Galilea a mi Patria. Eres injusto, no más. Allá también recibiste honores..."

"Judas, Judas... ¡Oh Judas! Tu reproche es injusto. Tú mismo te acusas, al dejarte llevar de la ira y de la envidia. Me había dado mañas en dar a conocer, tan sólo el bien que recibí en Judea, y sin mentir había podido decir con alegría estas cosas buenas para que os amasen a los de Judea. Con alegría porque el Verbo de Dios no conoce separación de lugares, antagonismos, enemistades, discriminaciones. A todos vosotros os amo. A todos... ¿Cómo puedes decir que prefiero a Galilea, cuando quise hacer los primeros milagros y las primeras manifestaciones en el sagrado sitio del templo y de la Ciudad Santa que es cara a cualquier israelita? ¿Cómo puedes decir que soy parcial, si de vosotros los once discípulos, mejor dicho de los diez porque mi primo es de la familia, ¿cuántos sois de Judea?... y si a vosotros agrego los pastores, ¿puedes ver de cuántos de Judea soy amigo? ¿Cómo puedes decir que no os amo a vosotros los judíos, si cuando nací y cuando me preparé a la misión quise que hubiese dos judíos contra uno solo de galilea?... y me acusas de injusticia, pero examínate, Judas, y mira si el injusto no eres tú".

Jesús ha hablado majestuosa y dulcemente. Pero si no hubiese dicho más, habrían sido suficientes las tres veces que pronunció la palabra "Judas" al principio del discurso, para darle una gran lección. La primera vez lo dijo el Dios majestuoso que llama al respeto; la segunda el maestro que enseña de un modo paternal; la tercera fue de súplica de un amigo acongojado por los modales del otro.

Judas mortificado tiene la cabeza baja, pero aún sigue enojado y feo al dejar ver sus sentimientos.

Pedro no sabe callar. "Y por lo menos pide perdón, muchacho. Si estuviera en lugar de Jesús no te bastarían palabras. ¿Qué Él sea injusto?... ¡Eres un irrespetuoso señorito! ¿De este modo os educan en el Templo? ¿O a ti no te pudieron educar?... porque si ellos son..."

Basta Pedro. Dije lo que tenía qué decir. También de esto os hablaré mañana. Y ahora repito lo que había dicho a estos en Judea: No digáis a mi Madre que los judíos maltrataron a su Hijo. Está muy afligida al haber intuido que tuve aflicciones. Respetad a mi Madre. Vive en la sombra y en el silencio. Tan solo es activa en la virtud y en orar por Mí, por vosotros y por todos. Haced que las luces negras del mundo y las agrias disputas se queden lejos de su retiro envuelto en la reserva y en la pureza. No introduzcáis ni siquiera el eco del odio donde todo es amor. Respetadla. Tiene más valor que Judith¹ y lo veréis. Pero no la obliguéis antes de que sea la hora a gustar las heces que son los sentimientos de los desgraciados en el mundo, de los que ni siquiera saben por asomo qué cosa significa Dios y la Ley de Dios. De aquellos de

¹ Cfr. Jud. 8-16 y especialmente 13, 1-16.

los que al principio os hablaba: los idólatras que se creen conocedores de Dios y por lo cual unen la idolatría y soberbia. Vámonos”.

Jesús de nuevo se dirige a Nazaret.

57. Lección de Jesús a los discípulos cerca de su casa

30 enero 1945

Todavía Jesús está instruyendo a sus discípulos que ha llevado a la sombra de un gran nogal, cercano al huerto de maría, y que mece sus ramas hasta dentro del huerto. El día es tempestuoso y anuncia temporal, tal vez por esto Jesús no se ha alejado mucho de su casa. María va y viene de la casa al huerto, cada vez levanta la cabeza y dirige una sonrisa a Jesús que está sentado sobre la hierba, junto a un tronco, rodeado de discípulos.

Dice Jesús: “Os dije ayer que lo que una palabra imprudente provocó, me sirvió de lección para hoy. Hela aquí:

Pensad realmente y que os sirva de regla en el obrar, que ninguna cosa permanece siempre oculta. Pues, o es Dios que tiene cuidado de darla a conocer mostrando las obras de un hijo suyo por medio de signos milagrosos, o por medio de las palabras de los justos que reconocen los méritos de un hermano. O bien, es Satanás quien, por medio de la boca de un imprudente, sin añadir más, hace revelaciones de lo que los buenos quisieron guardar en silencio para evitar faltas de caridad, o deformar la verdad de modo que cree confusión en las inteligencias. Por eso siempre llega el momento en que lo oculto viene a ser conocido. Así pues, tenedlo presente siempre y que os sirva de freno en el mal, sin que por esto queráis hacer alarde del bien que cumplís. ¡Cuántas veces uno obra por bondad, verdadera bondad, pero que es humana! Y al ser humana, esto es, no gozando de una perfecta intención, busca que su obrar sea conocido a los hombres, y levanta espuma y se enoja al ver que se permanece desconocido y busca la manera de serlo. No amigos, no debe ser así.

Haced el bien y ofrecedlo al Señor eterno. ¡Oh! Él sabrá, si es que os conviene, darlo a conocer a los hombres. Si por el contrario os pudiese privar de vuestra acción justa con una complacencia de orgullo, entonces el Padre lo guarda en secreto, y lo reserva para darle gloria en el Cielo ante la presencia de toda la corte celestial.

Y quien ve una acción no juzgue sólo por las apariencias. Nunca acuséis, porque las acciones de los hombres pueden tener aspectos feos y ocultar diversos motivos. Por ejemplo, un padre puede decir a su hijo flojo y borracho: “Lárgate”, y esto puede parecer dureza y que se reniega de los deberes paternos. Pero no siempre es así. SU “lárgate” está bañado más con el llanto amargo suyo que con el de su hijo, y con las palabras que le acompañan y con el deseo que con ellas quiere dar a entender: “Volverás... cuando te hubieras arrepentido de tu pereza”.

Es también justicia para con los demás hijos, porque impide que un borracho acabe en los vicios lo que es de los demás y suyo. Pero al revés, está mal, si estas palabras las dice un padre que es culpable para con Dios y juzga tener derecho aún sobre el corazón de su hijo. ¡No!... El corazón es de Dios y ni siquiera Dios hace fuerza al espíritu para que se entregue o no. En el mundo los actos parecen iguales. ¿¡Pero qué diversos son el uno del otro! El primero es justicia, el segundo arbitrariedad culpable. Por eso no juzguéis jamás a nadie.

Pedro dijo ayer a Judas: “Qué maestro tuviste?”... que no diga más. Nadie acuse a los otros de lo que ve en uno o en sí mismo. Los maestros tienen una palabra única para todos los discípulos. ¿Cómo sucede, pues, que diez discípulos sean justos y diez malvados?... La razón es que cada uno de ellos, por sí mismo agrega lo que tiene en el corazón, y este se inclina ya hacia el bien, ya hacia el mal, si el bien que inculca lo anula el mal que reina en el corazón... el primer factor de éxito, reside en vosotros. El maestro trabaja vuestro “yo”. Pero si no sois susceptibles de mejorar, ¿qué cosa puede hacer el maestro?... ¿Qué soy Yo? En verdad os digo que no habrá maestro más sabio, paciente y perfecto que Yo. Y sin embargo, también se dirá de uno de los míos: “Pero ¿qué Maestro tuvo?”

Al juzgar no os dejéis llevar jamás por motivos personales. Ayer Judas al amar a su región más de lo razonable creyó ver que Yo era injusto con ella. Frecuentemente el hombre se somete a motivos que no pueden sopesarse, como son el amor patrio, o el amor por un ideal, y se desvía como halcón desorientado de su meta. Dios es la meta. Para ver bien hay que ver todo en Dios. No ponerse a sí mismo o a otra cosa sobre Dios. Y si uno se equivoca realmente... ¡Oh Pedro! ¡Oh vosotros! No seáis intransigentes. El error que uno de vosotros ha cometido, ¿no lo habéis hecho alguna vez también?... ¿Estáis seguros?... y supongamos que no lo hayáis cometido, ¿qué tenéis qué hacer?... Dar gracias a Dios y... Basta. Estar atentos, muy atentos siempre. Para no hacer mañana en lo que hasta el día de hoy se había evitado. Veis... Hoy el firmamento está oscuro por el granizo que viene y nosotros al escudriñar el cielo dijimos: "No nos alejemos de casa". Pues bien, si así sabemos juzgar las cosas, que por más peligrosas que sean, son nada con respecto a los peligros de perder la amistad de Dios con el pecado... ¿Por qué no sabemos juzgar dónde puede haber peligro para el alma?

Mirad, por ejemplo, a mi Madre. ¿Podéis imaginar en Ella inclinación al mal?... Pues bien, ya que el amor la empuja a seguirme, dejará su casa cuando mi amor lo quiera. Pero esta mañana, Ella, después de haberme rogado Ella, Ella... mi Maestra, me decía: "Entre tus discípulos es menester que esté también tu Madre, Hijo. Quiero aprender tu doctrina". Ella que poseyó esta doctrina en su seno, y mucho antes en su corazón, como un don que Dios daba a la futura Madre del verbo Encarnado. Ella dijo: "Pero... juzga Tú, si puedo ir sin que pueda perder la unión con Dios, sin que me acerque a lo que es mundo, y que Tú afirmas que penetra con sus hedores, y pueda corromper este corazón mío que fue y es y quiere pertenecer sólo a Dios. Me examino y por cuanto sé, me parece que todo puedo hacerlo, porque (...y aquí ella sin saber se tributó la mayor alabanza) porque no encuentro diferencia entre mi inocente paz de cuando era una flor del Templo a la que poseo, ahora que hace seis lustros que soy mujer de hogar. Pero soy yo una sierva indigna que no conoce y que mal juzga todavía las cosas del espíritu. Tú eres el Verbo, la Sabiduría, la Luz. Y puedes ser luz para tu pobre Mamá que se resigna a no verte más, antes que no ser grata al Señor"... Y debí decirle, con el corazón que se me estremecía de admiración: "Mamá, Yo te digo: el mundo no te corromperá, antes bien, el mundo será perfumado por ti".

Mi Madre, lo acabáis de oír, supo ver los peligros del vivir en el mundo, también para Ella. Y, vosotros hombres ¿no los veréis? ¡Oh! Satanás a la verdad, está en acecho. Y sólo los que vigilan serán los vencedores. ¿Los demás?... ¿Preguntáis por los demás? Para los demás será lo que está escrito".

"¿Qué cosa está escrito, Maestro?"

"...y Caín se echó sobre Abel y lo mató. El Señor dijo a Caín: "¿Dónde está tu hermano?... ¿Qué has hecho con él?... La voz de su sangre clama a Mí. Así pues, serás maldito sobre la tierra, que ha sabido gustar la sangre que el hombre derramó abriendo las venas de su hermano, y jamás cesará esta horrible sed de la tierra por la sangre humana. Ella, envenenada con esta sangre, será estéril para ti, más que una mujer ajada por los años. Y huirás a buscar paz y pan y no los encontrarás. Tu remordimiento te hará ver sangre en cada flor y hierba, en cada gota de agua y alimento. El cielo te parecerá sangre, sangre el mar, y el celo, de la tierra y del mar se levantarán tres voces que llegarán a ti: La de Dios, la del Inocente y la del Demonio, y para no escucharlas te darás muerte"¹.

"No dice así el Génesis" observa Pedro.

"No, el Génesis, no. Lo digo Yo. Y no me equivoco. Por los nuevos Caínes de los nuevos Abeles, lo digo. Por lo que, no vigilándose a sí mismos y al enemigo, llegarán a ser una cosa con él".

"Pero entre nosotros no los habrá, ¿no es así, maestro?"

"Juan: cuando el velo del Templo se rasgue, sobre todo Sión brillará escrita una gran verdad".

¹ Cfr. Gén. 4, 8-12.

“Que los hijos de las tinieblas en vano estuvieron en contacto con la Luz. Acuérdate de ello, Juan”.

“¿Seré yo, un hijo de las tinieblas?”

“No, tú no. Pero no lo olvidéis para explicar el crimen al mundo”.

“¿Cuál crimen, Señor?... ¿El de Caín?...”

“No. Este es el primer acorde del himno de Satanás. Hablo del crimen perfecto. El crimen inconcebible. El que, para entenderlo, es menester mirarlo a través del Sol divino del amor y a través de la meta de Satanás. Porque sólo el amor perfecto y el odio perfecto, sólo en bien infinito y el mal infinito pueden explicar semejante ofrenda y semejante pecado. ¿Habéis oído?... Parece que Satanás oye y aúlla con el deseo de realizarlo. Vámonos antes de que las nubes se abran en medio de rayos y granizo”.

Bajan corriendo por la zanja y saltan al huerto de María, cuando la tempestad furiosa se desata.

58. Lección a los discípulos con María Santísima en el huerto de Nazaret

31 enero 1945

Jesús sale al huerto que aparece empapado completamente con el temporal del día anterior. Ve a su Madre, que inclinada mira las plantitas. La saluda y se acerca. ¡Cuán dulce es el beso que se dan! Jesús le pasa el brazo izquierdo por la espalda, la atrae y la besa en la frente, cerca de los cabellos, luego baja su cabeza para que su Madre le bese en la mejilla. Pero lo que completa la delicadeza de ello es la mirada que acompaña el beso. El de Jesús henchido de amor, amén de majestuoso y protector; el de María, todo veneración, pese a que no es más que amor. Cuando se besan, parece que el de mayor edad sea Jesús, y que María sea una hija joven a quien el padre, o el hermano mayor, da el beso matinal.

“¿Les hicieron mal a tus flores, el granizo de ayer tarde y el viento de la noche?” pregunta Jesús.

“Ningún daño, Maestro. Tan solo desarreglaron sus corolas” antes que María lo hiciera, responde la voz un poco ronca de Pedro.

Jesús levanta la cabeza y ve a Simón Pedro que, con la túnica corta, trabaja en levantar las ramas encorvadas de la higuera.

“¿Estás ya trabajando?”

“¡Eh! Nosotros los pescadores dormimos como los peces: a cualquier hora, cuando nos dejan descansar. Y se acostumbra uno. Esta mañana al amanecer, oí que rechinaba la puerta y me dije: “Simón se ha levantado Ella. ¡Apúrate! ¡Ve con tus manazas y ayúdale!” Me imaginaba que pensaría en sus flores azotadas por el viento toda la noche. Y no me equivoqué. ¡Eh! ¡Conozco a las mujeres!... También mi mujer se revuelve en la cama como un pescado en la red, cuando hay tempestad, y... piensa en sus plantas... ¡Pobrecita! Algunas veces le digo: “Te apuesto a que te revuelves menos cuando tu Simón es agitado como una paja en el lago”. Más... soy injusto, porque es una buena mujer. Ni parece que tenga una madre tan... Bien, ¡Cállate, Pedro! No hay razón de esto. No conviene murmurar y hacer saber imprudentemente lo que es mejor callar... Ve, Maestro que también en mi cabeza de borriquillo ha entrado tu palabra”.

Jesús con una sonrisa le responde: “Allá tú que lo dices porque quieres. Por mi parte no tengo más que admirar tu experiencia de hortelano”.

“Ya ha ligado las ramas de las vides que se habían caído, hasta ha apuntalado aquella que está muy cargada, y ha pasado un cordel debajo de ese granado que creció por un solo lado”.

“¡De veras! Parece un viejo fariseo. No se inclina más que hacía donde le conviene. Lo he tratado como si fuese una vela y le he dicho: “¿No sabes que lo justo está en el medio?... Ven aquí, testarudo, si no te rompes con tanto peso”. Ahora estoy detrás de esta higuera, más bien por egoísmo. Pienso en el hombre de todos: ¡Higos frescos y pan caliente! ¡Ah! ¡Ni siquiera Antipas, ha tenido una comida tan sabrosa! Pero conviene ir despacio, porque la higuera tiene

ramitas tiernas como el corazón de una jovencita cuando pronuncia su primera palabra de amor; yo peso mucho, y los higos mejores están en lo alto. Se han secado con los primeros rayos de este sol. Deberán estar sabrosísimos. ¡Eh tú, muchacho! No me estés tan solo mirando. ¡Despiértate! ¡Dame esa canasta!”

Juan que ha salido del cuarto de carpintería obedece y sube también en la frondosa higuera. Cuando bajan los dos pescadores, han salido del mismo cuarto, Simón Zelote, José y Judas Iscariote. No veo más.

María trae pan fresco: panecillo oscuro y redondo, y Pedro, con su cuchillo los abre y sobre ellos parte los higos. Ofrece primero a Jesús, luego a María y después a los de más. Comen con gusto en el huerto fresco y hermoso de un sol matinal sereno, debido también a la lluvia del día anterior que ha lavado el aire. Pedro dice: “Es viernes... Maestro, mañana es sábado...”

“¿Has hecho algún descubrimiento?” observa el Iscariote.

“¡No! Pero el Maestro sabe lo que quiero decir...”

“Lo sé. Esta tarde iremos al lago, donde dejaste la barca, y navegaremos a Cafarnaúm. Mañana allí hablaré”.

Pedro está que no cabe.

Entran en grupos Tomás, Andrés, Santiago, Felipe, Bartolomé y Judas Tadeo, que durmieron ciertamente en otra parte. Se saludan. Jesús dice: “Permanezcamos unidos aquí. Así también habrá un nuevo discípulo. Ven, Mamá”.

Se sientan, quién sobre una piedra, quién sobre una pequeña silla y forman un círculo alrededor de Jesús que se ha sentado en el banco de piedra que da a la casa. A su lado está su madre y a sus pies, Juan, que ha querido estar en tierra con tal de tenerlo cerca. Jesús habla, despacio, majestuosamente como siempre.

“¿Con qué compararé la formación apostólica?... Con la naturaleza que nos rodea. Veis. La tierra, en invierno parece muerta. Pero dentro de ella están las semillas que trabajan y las linfas que se nutren de sabia, se depositan en selvas subterráneas, si así se pudiera llamar a las raíces, para tener después mucha abundancia de ellas en la parte superior cuando sea el tiempo de florecer. También a vosotros se os puede comparar con esta tierra invernal: seca, despojada, fea. Pero sobre vosotros ha pasado el sembrador y ha echado una semilla. Cerca de vosotros ha pasado el Labrador y ha aflojado la tierra dura alrededor de vuestro trono, que es duro y áspero como ella, para que llegue a las raíces alimento de las nubes y del aire, y lo robustezcan para cuando dé sus frutos. Y vosotros habéis cogido la semilla y el trabajo, porque hay buena voluntad de fructificar en la obra de Dios.

Se puede comparar la formación apostólica a la tempestad que azotó y dobló lo que encontró a su paso, y que pudo haber parecido una fuerza inútil. Pero ved cuánto bien ha hecho. Hoy el aire está más puro, nuevo, sin polvo y sin el calor sofocante. El sol es el mismo de ayer, pero no tiene más esa fuerza que parecía fiebre, porque nos llega a través de estratos purificados y frescos. A las hierbas y a las plantas se les ayuda como a los hombres, porque la limpieza, la calma, son cosas que sirven. También los contrastes son buenos para llegar a un conocimiento exacto y a un mayor entendimiento. De otro modo no habría sido más que una desgracia. ¿Y qué cosa son los contrastes sino los temporales que provocan las nubes de diversos tipos? Y... ¿no acaso estas nubes se acumulan poco a poco en los corazones con vapores inútiles, con pequeños celos, con humeante soberbia?... Después llega el viento de la gracia y las une, para que descarguen todos sus malos humores y venga la calma?

También la formación apostólica es semejante al trabajo que Pedro hacía esta mañana para dar alegría a mi Madre, esto es enderezar, ligar, sostener, o también desatar, según el caso y la necesidad, para hacer de vosotros “los fuertes” en el servicio de Dios. Enderezad las ideas equivocadas, ligar las fuerzas carnales, sostener las debilidades, cortar, según la necesidad, las inclinaciones, despojarse de la esclavitud y de la timidez. Vosotros debéis ser libres y fuertes. Como águilas que abandonando el picacho donde nacieron, se remontan e el aire siempre más arriba. El servicio de Dios es el vuelo. Las afecciones son los picachos.

Uno de vosotros está triste hoy porque su padre se acerca a la muerte y se acerca con el corazón cerrado a la verdad y al hijo que la sigue. Más que cerrado: hostil. Todavía no le ha dicho lo peor “¡Lárgate!” de lo que ayer hablaba Yo, proclamándose más que Dios. Pero su corazón cerrado y sus labios cosidos no son capaces ni de decir siquiera: “Sigue la voz que te llama”. Ni el hijo ni Yo pretenderíamos que dijese con sus labios: “Ven y que contigo venga el maestro. Y Dios sea bendito por haber escogido en mi casa un siervo para Sí, y con ello da vida a un parentesco mucho más sublime que el de la sangre con el Verbo del Señor”. Pero por lo menos Yo, por bien suyo, y el hijo todavía por un motivo mayor, no queríamos oír de sus labios palabras de enemigo.

Que no llore este hijo. Que sepa que en Mí no existe rencor ni desprecio por su padre, sino tan sólo piedad. He venido a estar unos días, a pesar de que conozco la inutilidad de ello, pues no querría que un día este hijo me dijese: “¡Oh! ¿Por qué no viniste?” vine, para darle a entender que todo es inútil cuando el corazón se cierra dentro del odio. Vine también, para consolar a una buena mujer que sufre ante esta disensión de la familia, como sufriría con el cuchillo que le quitase pedazos de carne. Pero tanto el hijo como esa buena mujer sepan que no respondo con odio al odio. Respeto la sinceridad del viejo creyente que es leal, aun cuando tiene una fe desviada, a lo que fue su religión hasta el momento. Hay muchos así en Israel... Por esto os digo: Los paganos me aceptarán más que los hijos de Abraham. El género humano ha corrompido la idea del Salvador y ha rebajado la realeza sobrenatural a una pobre idea de soberanía humana. Debo de aserrar la dura corteza del hebraísmo, penetrar y romper para llegar al fondo y llevarle la fecundación de la Nueva Ley, allá en donde está su alma.

¡Oh! ¡Qué diferente! Israel creció alrededor del núcleo vital de la Ley del Sinaí y se ha convertido en un fruto monstruoso de pulpa con capas siempre más fibrosas y duras, protegidas por fuera con una corteza muy resistente que no permite penetración alguna, ni aun para echar fuera la semilla, pues el Eterno juzga que ha llegado el momento en que el hebraísmo forme una nueva planta de la fe en el Dios Trino u Uno. Yo, para hacer que la voluntad de Dios se cumpla y que el hebraísmo se convierta en cristianismo, debo cortar, perforar, penetrar, hacer camino hasta el núcleo, calentarlo con mi amor para que se estimule, se agrande, germine, crezca, crezca y se convierta en la planta poderosa de Cristianismo, religión perfecta, eterna, divina.

En verdad os digo que el hebraísmo sólo el uno por ciento se le podrá perforar. Por ello no considero réprobo a ese israelita que no me ama y que no quería darme al hijo.

Así, pues, digo al hijo: No llores por la carne y la sangre que sufren al sentir que la carne y la sangre de quien te engendró te rechazan. También te digo: No llores ni siquiera por el alma. Tu sufrimiento trabaja más que cualquier otra cosa a favor de la tuya y de la de él, de la de tu padre que no comprende ni ve. Añado aún más: No te formes remordimientos porque hayas querido ser más de Dios que de tu padre. A todos digo: Más que el padre, la madre y los hermanos, es Dios. He venido a unir no según la tierra, la carne ni la sangre, sino según el espíritu y el cielo. Por eso debo separar la carne y la sangre para llevarme conmigo los corazones, ya desde la tierra, aptos para el cielo, para que sean siervos de Dios.

Por eso he venido a llamar a los “fuertes” y hacerlos todavía más fuertes, porque de “fuertes” está hecho mi ejército de mansos. No llores primo. Tu dolor, te lo aseguro, habla a Dios a favor de tu padre y de tus hermanos más que cualquier palabra, no sólo suya, sino también mía. Créeme, no entra la palabra donde el preconcepto forma una barrera. Pero La gracia sí.

En verdad os digo que cuando os llamo para Dios no hay un obedecer mayor que este. Y es necesario obedecer sin pararse siquiera a calcular cuánto y cómo reaccionarán los demás con nuestro ir a Dios. Ni siquiera detenerse a sepultar a su padre. Recibiréis premio por este heroísmo, y premio no tan sólo para vosotros, sino también para aquellos de los que os separáis con un gemido en el corazón, y cuya palabra frecuentemente os hiere más que una bofetada, porque os acusa de ser sus hijos ingratos y os maldice, en su egoísmo, como a rebeldes. ¡No! ¡No! No rebeldes. Santos.

Los primeros enemigos de los que son llamados son los familiares. Pero es menester saber distinguir entre amor y amor, y aprender a amar sobrenaturalmente. Esto es, amar más al dueño. Amar a los padres en Dios, pero no más que a Dios”.

Jesús calla, se dirige al primo, que con la cabeza inclinada, a duras penas contiene el llanto. Lo acaricia.

“Judas... Yo he dejado a mi Madre para seguir mi misión. Que esto te quite cualquier duda de tu sinceridad en el obrar. Si no hubiese sido un acto bueno ¿se lo habría Yo hecho a mi Madre, que fuera de Mí, no tiene otro?”

Judas se pasa la mano de Jesús sobre la cara y asiente con la cabeza, pero no puede decir nada.

“Vamos lo dos solos, como cuando éramos pequeños, y Alfeo decía que Yo era el más juicioso muchacho de Nazaret. Vamos a llevar al viejo este hermoso racimo de uvas de oro. Que no crea que lo olvido y que soy su enemigo. También tu madre y Santiago se alegrarán. Les diré que mañana estaré en Cafarnaum y que su hijo es todo para él. Sabes, los viejos son como los niños: celosos y suspicaces de que se les olvide. Es necesario compadecerlos...”

Jesús se va, dejando enmudecidos a los discípulos ante la revelación de un dolor y de una incompatibilidad entre un padre y un hijo por causa suya. María ha acompañado a su hijo hasta la puerta y torna suspirando de dolor.

Todo termina.

59. Curación de la Bella de Corozaim. Predica en la sinagoga de Cafarnaum.

1° febrero 1945

Jesús sale de la casa de la suegra de Pedro junto con sus discípulos, menos Judas Tadeo. El primero que lo ve es un muchachito, y lo dice hasta los que no quieren enterarse. Jesús en la ribera del lago, sentado en la barca de Pedro, se ve al punto rodeado de gente que alegre lo saluda por su regreso, y le hacen mil preguntas, a las que responde con su insuperable paciencia, sonriente y cariñoso, como si todo ese griterío fuera una armonía celestial.

Se acerca también el arquisinagogo. Jesús se levanta para saludarlo. Su saludo recíproco es de un orientalismo respetuoso.

“¿Maestro, puedo esperarte para que instruyas al pueblo?”

“Sin duda, si tú y el pueblo lo deseáis”.

“Lo hemos deseado durante todo ese tiempo. Lo puede decir el pueblo”, y de hecho lo confirma con un nuevo griterío.

“Entonces a media tarde estaré contigo. Idos todos. Debo ir a buscar a alguien que me necesita”.

La gente se aleja de mala gana, mientras Jesús con Pedro y Andrés van en la barca por el lago. Los otros discípulos quedan en tierra.

La barca navega por un breve espacio y luego los dos pescadores la dirigen a un pequeño recodo entre dos colinillas, que parece que en un principio no fuese sino una sola, la cual se partiese por el centro debido a la erosión del agua o a un terremoto. Forma un pequeño fiordo que por no ser noruego, no tiene abetos, sino olivos malhechos, que han nacido, no se sabe cómo, en esas paredes a pico, entre rocas abiertas y picachos salientes. Han entretejido sus ramas torcidas por los vientos del lago que aquí deben ser fuertes. Han formado como un techo, bajo el que hace espuma un caprichoso riachuelo, todo rumor porque es una completa cascada, todo espuma porque se precipita de metro en metro, pero en realidad es un enanito entre los ríos.

Andrés salta al agua para jalar la barca lo más cerca posible a la ribera y atarla a un tronco, mientras Pedro arrea la vela y asegura una piedra que sirva de puente a Jesús.

“Pero” dice, “te aconsejaría que te descalces y te quites el vestido y que hagas como nosotros. Ese loco de allí (y señala al riachuelo) hace revolver el agua del lago y por eso el puente no es seguro”.

Jesús obedece sin discutir. En tierra vuelven a ponerse las sandalias y Jesús también por su parte el vestido largo. Los otros dos se quedan con las túnicas cortas de color oscuro.

“¿Dónde está?” pregunta Jesús.

“Se habrá metido en la selva, al oír nuestra voces. Sabes... con lo que tiene sólo para cubrirse...”

“Lámala”.

Pedro grita fuertemente: “Soy el discípulo del Rabí de Cafarnaum. Aquí está el Rabí. Ven fuera”.

Ni una señal de vida.

“No se fía” dice Andrés. “Un día alguien llamó diciendo: “Ven que hay comida” y después la emprendió a pedradas contra ella. Nosotros la vimos entonces por vez primera, porque, yo al menos, no me acordaba de cuando era la Bella de Corozaim”.

“¿Y qué hiciste entonces?”

“Le arrojamos un pedazo de pan y pescado y un trapo que era un pedazo de vela rota que usábamos para secarnos, porque estaba desnuda. Después huimos para no contaminarnos”.

“¡Bueno! ¿Por qué habéis regresado?”

“Maestro... Tú no estabas y pensamos qué podríamos hacer para darte más a conocer. Pensamos en todos los enfermos, en todos los ciegos, mudos... y también en ella. Nos dijimos: “Hagamos la prueba”. ¿Sabes?... muchos ¡Oh! Por culpa nuestra, nos tomaron por locos y no nos quisieron escuchar. Otros por el contrario nos creyeron. Yo hablé con ella. Vine solo en barca durante varias noches de luna. La llamaba y le decía: “En el peñasco, a los pies del olivo, hay pan y pescado. No tengas miedo” y me iba. Ella debía de esperar hasta ver que me hubiese ido para venir, porque nunca la veía. La sexta vez la vi de pie en la ribera, exactamente en donde estás. ¡Me esperaba...! ¡Qué horror! No escapé sino porque pensé en Ti. Me dijo: ¿Quién eres? ¿Por qué tienes piedad de mí?...” Le respondí: “Porque soy discípulo de la Piedad”. “¿Quién es?” “Jesús de Galilea”. “¿Y os enseña a tener piedad de nosotros?” “De todos”. “¿Pero sabes quién soy yo?” “La Bella de Corozaim, ahora leprosa”. “¿Y también para mí hay piedad?” “Él dice que su piedad es para todos, y nosotros para ser como Él, debemos tenerla también”. Maestro, aquí la leprosa blasfemó sin querer, diciendo: “Luego... también Él debió haber sido un gran pecador”. Le dije: “¡No! Es el Mesías, el Santo de Dios”. Tenía ganas de decirle: “Eres maldita por tu lengua” pero no dije más que eso porque pensé: “En su desgracia no puede pensar en la misericordia divina”. Entonces se puso a llorar y dijo: “Oh, si es Santo, no puede, no puede tener piedad de la Bella. ¡No! Tendría de la leprosa... pero por la Bella, no. Y yo que esperaba...”. “¿Qué esperabas mujer?” le pregunté. “La curación... volver al mundo... entre los hombres... no como una bestia en cueva de animales, a los que causo horror”. Le dije: “¿Me juras que si vuelves al mundo serás honesta?” Y ella: “Sí. Dios me ha castigado justamente por mis pecados. Estoy arrepentida. Mi alma lleva consigo la expiación, pero para siempre aborrece el pecado”. Entonces me pareció que podía en tu nombre prometerle salvación. Me dijo: “Regresa, regresa otra vez... Háblame de Él... Que mi corazón antes que mis ojos, lo conozca...” Y venía a hablar de Ti, como sé...”

“Y Yo he venido a dar la salvación a la primera convertida de mi Andrés” (pues es Andrés el que ha hablado, mientras Pedro había ido corriendo arriba, brincando de piedra en piedra y llamando a la leprosa).

Pasando un rato apareció una horrible figura, entre las ramas de un olivo. Ve y grita.

“Baja, pues” exclama Pedro. “No te quiero lapidar. ¡Allá! ¿lo ves?... es el Rabí Jesús”.

La mujer se descuelga por la pendiente, digo exagerando, porque velozmente baja, llega a los pies de Jesús, antes que Pedro volviese al Maestro y grita: “¡Piedad, Señor!”

“¿Puedes creer que Yo te la pueda tener?”

“Sí, porque eres Santo y porque estoy arrepentida. Soy el pecado, pero Tú eres la Misericordia. Tu discípulo ha sido el primero en tener misericordia de mí y ha venido a traerme pan y fe. Límpiame, Señor, antes el alma que el cuerpo. Porque yo soy tres veces impura y si me debes dar una limpieza, *una sola*, mira, yo te pido la de mi alma pecadora. Antes de haber oído tus palabras, que él me repetía, yo pensaba para mí: “Cúrame para regresar entre los hombres” Ahora que sé, me digo: “Ser perdonada para tener vida eterna”.

“Te perdono. No recaigas otra vez sin embargo...”

“¡Que seas bendito” Viviré en mi cueva en la paz de Dios... libre... ¡Oh! Libre de remordimientos y de temores. ¡No más miedo a la muerte porque estoy perdonada! ¡No más miedo a Dios porque ahora Tú me has absuelto!”

“Ve al lago y lávate. Está allí dentro hasta que te llame”.

La desgraciada piltrafa de mujer, hecha esqueleto, corroída con la cabellera despeinada, seca, lisa, se levanta del suelo y entra en el lago, se mete con todo y su resto de vestido que bien poco le sirve.

“¿Por qué la has mandado a que se bañe? Es verdad que su hedor enferma, pero... no entiendo” dice Pedro.

“Mujer, sal y ven aquí. Toma esa tela que está en esa rama” (es la que usó Jesús para secarse cuando atravesó el breve espacio entre la barca y la tierra).

La mujer obedientemente emerge, desnuda, pues en el agua se le quedó el pedazo de harapo que tenía al ir a tomar el seco. Pedro que es el primero en verla echa un grito, mientras Andrés, más púdico, le vuelve la espalda. Pero a grito de su hermano se vuelve y grita también. La mujer, que tenía tan solo los ojos fijos en Jesús, no se preocupaba en otra cosa, a los gritos, y al ver las manos que le hacen señas, se mira... y ve que con su vestido harapiento se quedó también en el lago su lepra. No corre, como podría imaginarse uno. Se agazapa, se encoge toda en el camino, avergonzada de su desnudez, emocionada hasta el punto, que no puede hacer cosa alguna que no sea un llanto largo y débil, que es más estrujante que un grito.

Jesús se mueve... llega hasta donde está... le pone en la espalda la tela, le acaricia ligeramente la cabeza y le dice: “¡Sé buena! ¡Adiós! Por la sinceridad de tu arrepentimiento has merecido el favor. Crece en la fe del Mesías y obedece a los preceptos de la purificación”.

La mujer llora, llora y llora... Sólo cuando oye el golpeteo de los remos, con que Pedro retira la barca, levanta la cabeza, tiende los brazos y grita: ¡¡Gracias, Señor, gracias! ¡Bendito, bendito seas!”

Jesús le hace un ademán de despedida antes que la barca dé vuelta en el recodo del pequeño fiordo y desaparezca...

... Jesús, ahora con todos los discípulos, entra en la Sinagoga de Cafarnaum después de haber atravesado la plaza y la calle que conducen allí. La noticia del nuevo milagro debe haber ya recorrido porque hay muchos murmullos y comentarios.

Exactamente en el umbral de la puerta de la sinagoga veo al futuro apóstol Mateo. Ahí se queda, mitad dentro y mitad fuera, no sé si avergonzado o retraído por las señales de los ojos que todos ponen al verlo, o por algún epíteto poco agradable que le viene dirigido. Dos entesados fariseos recogen a propósito sus amplios mantos, como si tuviesen miedo de contraer una peste al tocar el vestido de Mateo.

Jesús al entrar, lo mira atentamente por un segundo y por un segundo se detiene. Mateo, nada más baja la cabeza.

Pedro apenas había pasado un poco, dice en voz baja a Jesús: “¿Sabes quién es ese hombre tan bien adornado y que tiene más perfume que una mujer?... Es Mateo, nuestro tasador... ¿Qué viene a hacer aquí?... Es la primera vez. Tal vez no encontró compañeros, y sobre todo compañeras, con quien pueda pasar el sábado, gastando en orgías lo que nos chupa con tasas duplicadas y triplicadas para tener dinero para el fisco y para el vicio”.

Jesús mira de tal manera enojado a Pedro, que éste se pone colorado como una manzana, baja la cabeza, se espere de modo que siendo el primero se queda al último en el grupo apostólico.

Jesús está en su lugar. Después de los cantos y oraciones recitadas con el pueblo, se vuelve a hablar. El arquisinagogo le pregunta si quiere algún rollo, pero le responde: “No es necesario. Tengo ya el tema”.

Y empieza: El Gran Rey de Israel, David de Belén, después de haber pecado, lloró¹

Al arrepentirse en su corazón, al gritar a Dios que se arrepentía y que le pedía perdón. El corazón de David se había nublado en las neblinas del sentido y le había estorbado ver el rostro de Dios, comprender su palabra.

El rostro dije. En el corazón del hombre hay un punto en el que se recuerda el rostro de Dios, el punto más selecto, el que es nuestro Sancta Sanctorum, del que vienen las santas inspiraciones y las santas decisiones, el que despide perfume como un altar, resplandece como una hoguera, canta como un coro de serafines. Más... cuando en nosotros el pecado humea, entonces ese punto se ofusca en tal forma que cesa la luz, el perfume, el canto y tan sólo queda el olor a humo espeso y el sabor a cenizas.

Pero cuando vuelve la luz, porque un siervo de Dios la haya traído consigo a esa oscuridad, entonces el corazón ve su fealdad, su baja condición, y horrorizado exclama como el rey David; “Ten piedad de mí, Señor, conforme a la grandeza de tu misericordia y por tu infinita bondad, lávame de mi pecado”². Pero no dice: “No puedo ser perdonado, y por eso continúo en el pecado” por el contrario³: “Estoy humillado, contrito lo estoy, pero te ruego, Tú que sabes cómo me he encontrado en el pecado, de echarme agua y limpiarme para que torne a ser cual la nieve de las cimas”. Añade⁴: “Mi holocausto no será de corderos ni de bueyes sino un arrepentimiento verdadero de corazón. Porque sé que esto es lo que quieres de nosotros y no lo desprecias”.

Esto decía David después de su pecado, y después de que el siervo del Señor, Natán, lo había hecho que se arrepintiera. Los pecadores con mayor razón pueden decir esto, ahora que el Señor no les manda un siervo suyo, sino al Redentor mismo, a su Verbo, el cual, justo y dominador no solo de los hombres, sino también de los cielos e infiernos, ha brotado entre su pueblo como la luz de la aurora, que brilla sin nubes cuando se levanta el sol matinal.

Habéis leído en qué forma el hombre, presa de Mammón, sea más débil que un esqueleto moribundo, aun cuando antes hubiera sido “el fuerte”. Sabéis cómo Sansón no valió ya nada luego que cedió al sentido. Quiero que comprendáis la lección de Sansón, hijo de Manué, destinado a vencer a los filisteos opresores de Israel⁵.

La primera condición para que fuese tal, era que desde su concepción permaneciese alejado de todo lo que provoca los bajos sentidos y une en matrimonio las entrañas del hombre con carne inmunda: o sea vino, cerveza y carnes grasosas que encienden la cintura con fuego impuro. Condición segunda: Que para ser el libertador, fuese consagrado al Señor desde la infancia y para siempre fuese nazareo. Consagrado es no sólo el que externa, sino internamente se conserva santo. Entonces Dios está con él.

Pero la carne es carne, y Satanás es tentación. Y tentación es de la carne, que excita al hombre y a la mujer y se aprovecha para combatir a Dios en su corazón y en sus santos mandamientos. Ved entonces que la robustez del “fuerte” tiembla, y se convierte en piltrafa que acaba con las dotes que Dios le había dado. Escuchad, pues: Sansón fue amarrado con siete cordeles de nervios frescos, con siete sogas nuevas, enclavado en el suelo con siete trenzas de sus cabellos. Y siempre vencía. Pero no en vano se tienta al Señor, ni a su bondad.

¹ Cfr. 2 Re. 11 y 12.

² Cfr. Sal 50, 3.

³ Cfr. Sal. 50, 7 y 9.

⁴ Cfr. Sal 50, 19.

⁵ Cfr. Jue. 13-16.

No es lícito. El perdona, perdona, perdona, pero exige voluntad de salir del pecado para continuar perdonando. Necio es el que dice: “Señor, perdón” y después ¡no huye de lo que le induce a nuevo pecado! Sansón, tres veces victorioso, no huyó de Dalila, el sentido, el pecado, y cansado hasta donde más no se puede, dice el Libro, y acabándosele el ánimo, reveló el secreto: “Mi fuerza está en mis siete trenzas”.

¿Hay alguno entre vosotros, que hastiado hasta el cansancio del pecado, sienta que las fuerzas se le acaban, porque no hay cosa que más agote que la mala conciencia, y que está por entregarse vencido al enemigo? ¡No! Quienquiera que sea, no, no lo hagas. Sansón dio a la tentación el secreto para vencer sus siete virtudes: las siete trenzas simbólicas, sus virtudes, o sea la fidelidad de nazareo. Cansado se durmió en el seno de la mujer y fue vencido. Ciego, esclavo, impotente, por no haber sido fiel al voto. Tornó a ser “el fuerte”, “el libertador” cuando en el dolor de un sincero arrepentimiento encontró su fuerza... Arrepentimiento, paciencia, constancia, heroísmo y luego... ¡Oh, pecadores, os prometo que seréis los libertadores de vosotros mismos! En verdad os digo que no hay bautismo que valga, ni rito que sirva, si no hay arrepentimiento y voluntad de renunciar al pecado. En verdad os digo que no hay pecador más grande, que no pueda hacer renacer con su llanto las virtudes que el pecado le había arrebatado del corazón.

Hoy una mujer, una culpable de Israel, a quien Dios castigó por su pecado, ha obtenido misericordia por su arrepentimiento. Misericordia, dije, pero no la tendrán quienes no la usaron con ella después del castigo. ¿No tenían esos tales en sí, la lepra de la culpa?... Que se examine cada uno... y que tenga piedad si es que la quiere obtener. Yo os extiendo mi mano por esta arrepentida que torna entre los vivos después de una horrenda separación. Simón de Jonás, no Yo, llevará el óvolo a la arrepentida que, en los umbrales de la vida, regresa a la vida verdadera. Y no murmuréis, vosotros grandes. No murmuréis. No estaba Yo, cuando era Bella. Vosotros estabais. Y no digo más”.

“Nos acusas de haber sido sus amantes?” pregunta rabioso uno de los dos viejos.

“Cada uno tenga enfrente de sí, su corazón y sus acciones. No acuso. Hablo en nombre de la justicia ¡Vámonos!” y Jesús sale con los suyos.

Pero dos que parece, conozcan a Judas le detienen y oigo que le dicen: “¿También tú estás con Él?... ¿Es realmente santo?”

El Iscariote tiene una de sus salidas que desorientan: “Os aseguro que no llegaréis ni al menos a sospechar su santidad”.

“Pero curó en sábado ¿o no?”

“¡No! Perdonó en sábado... ¿y qué día más propicio para el perdón sino el sábado?... ¿No me dais nada para la redimida?”

“No damos nuestro dinero a las prostitutas. Se ofrece al Templo santo”.

Judas echa una risotada irreverente y los deja plantados. Alcanza al Maestro que está entrando en la casa de Pedro, que le dice: “Mira, el pequeño Santiago apenas fuera de la sinagoga, me dio dos bolsas en lugar de una, y siempre por el encargo del desconocido. ¿Quién es Maestro? Tú lo sabes... ¡Dímelo!”

Jesús sonríe: “Te lo diré cuando hayas aprendido a no murmurar de nadie”.

Y todo termina.

60. Santiago de Alfeo es recibido entre los discípulos. Jesús predica cerca del banco de Mateo

2 febrero 1945

Es una mañana de mercado en Cafarnaum. La plaza está llena de vendedores de toda clase de mercancías. A ella, Jesús llega viniendo del lago y ve que vienen a su encuentro sus primos Judas y Santiago. Se apresura a su vez, y después de abrazarlos con cariño, pregunta ansioso: “Vuestro padre... ¿qué pasó?”

“Nada nuevo por lo que se refiere a su salud” responde Judas.

“Y entonces ¿a qué viniste?... Te había dicho que te quedarás”.

Judas baja la cabeza y calla. Pero el que se explica es Santiago que dice: “Por mi culpa él no te obedeció. Sí. Por culpa mía. Pero no pude soportar más. Todos en contra... Y ¿por qué? ¿Hago mal acaso en amarte? ¿lo hacemos acaso? Hasta aquí un escrúpulo del mal me había detenido, pero ahora que sé, ahora que has dicho que sobre Dios no hay nadie, ni el padre, ya no pude soportar. ¡Oh! Traté de ser respetuoso, de hacer entender razones, de corregir las ideas. Dije: “¿Por qué me combatís? Si es el Profeta, si es el Mesías... ¿Por qué queréis que el mundo diga: ‘Su familia no lo quería. Cuando todos lo seguían, ella no lo hizo Porque su fuera el infeliz que vosotros decís, ¿no debemos nosotros los de su familia, estar cerca de su demencia, para impedirle que se dañe o que nos dañe?’” ¡Oh! Jesús, de este modo hablaba yo, para discutir humanamente como ellos razonaban. Pero Tú sabes que Judas y yo no creemos que estés loco. Tú sabes que en Ti vemos al Santo de Dios. Tú sabes que siempre te hemos considerado como a nuestra Estrella Mayor. Pero no nos han querido comprender. Ni siquiera nos han querido escuchar. Y me he venido. Entre la elección de Jesús o la familia, te he escogido. Heme aquí, pues, si me quieres. Si no, seré entonces el hombre más infeliz porque no tendré nada: Ni tu amistad, ni el amor de mi familia”.

“¿Resuelto?... ¡Oh! Santiago mío, mi pobre Santiago. ¡No hubiera querido verte sufrir así, porque te amo! Pero si el Jesús-Hombre llora contigo, el Jesús-Verbo se regocija por ti. ¡Ven! Estoy cierto que la alegría de ser portador de Dios entre los hombres aumentará de día en día tu gozo hasta llegar al éxtasis completo en la última hora de la tierra, y en la eterna del cielo”.-

Jesús se vuelve y llama a sus discípulos que prudentemente se habían mantenido retirados unos cuantos metros.

“Venid amigos. Mi primo Santiago desde ahora es de mis amigos y por esto, amigo vuestro. ¡Cuánto he deseado esta hora, este día para él, mi amigo perfecto de infancia, mi buen hermano de juventud!”

Los discípulos alegres dan la bienvenida a Santiago y a Judas que hacía días no miraban.

“Te habíamos buscado en casa... estabas en el lago?”.

“Sí, en el lago por dos días con Pedro y los demás. Pedro ha tenido una buena pesca ¿Verdad?”

“Sí y ahora esto me desagrada porque deberé entregar más dracmas a aquel ladrón...” y señala al alcabalero Mateo cuyo banco está rodeado de gente que paga por la tierra o por los frutos.

“Será todo en proporción, digo. Más pescados, más paga, pero también más ganancia”.

“No, Maestro. Más pesco, más gano. Pero si hago cálculos después de la pesca ese de allá, me hace pagar no el doble sino el cuádruplo... ¡chacal!”

“¡Pedro! Acerquémonos a él. Quiero hablar. Hay gente siempre cerca del banco de la alcabala”.

“¡Ya lo creo! Refunfuña Pedro. “Gente y maldiciones”.

“Pues bien, iré Yo a introducir bendiciones. Quién sabe si entre un poco de honradez en el alcabalero”.

“¡Puedes estar tranquilo que tu palabra no entrará en esa piel de cocodrilo!”

“¿Qué le vas a decir?”

“Directamente, nada. Pero hablaré en tal forma que sirva también para él”.

“Dirás que es un ladrón tan grande el que asalta en las calles, como quien despelleja a los pobres que trabajan por tener pan, no por mujeres ni ebriedades...”

“¿Pedro, quieres hablar tú por Mí”

“No, Maestro, no sabría hacerlo bien”.

“Y con el vinagre que tienes dentro, te harías mal a ti y a él”.

Han llegado cerca del banco de la alcabala. Pedro hace por pagar. Jesús lo detiene y le dice: “Dame las monedas, hoy pago Yo”. Pedro lo mira sorprendido y le entrega la bolsa de cuero con el dinero.

Jesús espera su turno y cuando está enfrente del alcabalero dice: “Pago por ocho canastos de Simón de Jonás. Allí están los canastos, a los pies de los trabajadores. Verifica si quieres, pero entre honrados basta sólo la palabra. Y creo que me tienes por tal”.

Mateo, que estaba sentado en su banco, en el momento en que Jesús le dijo: “Creo que como a tal me tienes” se pone de pie. Bajo de estatura y ya un poco viejo, más o menos como Pedro, muestra con todo una cara cansada de alegrías y una vergüenza completa. Tiene al principio la cabeza inclinada, después la levanta y mira a Jesús, que también lo mira atenta y seriamente como dominándolo con su imponente estatura.

“¿Cuánto?” torna Jesús a preguntar.

“No hay tasa para el discípulo del Maestro” responde Mateo, y en voz baja añade: “Ruega por mi alma”.

“La llevo conmigo porque recojo la de los pecadores. Pero tú... ¿por qué no la curas?” y Jesús al punto vuelve las espaldas para ir a Pedro que está empapado de admiración. También los otros lo están. Hablan en voz baja, o lo hacen con los ojos.

Jesús recargado en un árbol, a unos diez metros de Mateo, empieza a hablar.

“El mundo se puede comparar con una gran familia cuyos miembros desempeñan quehaceres diversos y todos son necesarios. Hay agricultores, pastores, viñadores, carpinteros, pescadores, albañiles, leñadores, herreros, escribanos, soldados, oficiales destinados a especiales funciones, médicos, sacerdotes, de todo hay.. El mundo no podría componerse de una sola clase. Todas las profesiones son necesarias, todas santas, si todos hacen lo que deben, con honradez y justicia. ¿Cómo se puede llegar a esto si Satanás tienta por todas partes? Si se piensa en Dios que todo lo ve, aun las obras ocultas, y en su ley que dice: “Ama a tu prójimo como te amas tú mismo, no hagas a otro lo que no querrías que se te hiciese; no robar de ningún modo”¹

Decidme, vosotros que me estáis escuchando: Cuando muere uno, ¿se lleva acaso su dinero?... y cuando fuese tan necio de querer tenerlo en el sepulcro, ¿puede usarlo en la otra vida? ¡No! El dinero se convierte en metal mohoso al contacto de la corrupción de un cuerpo descompuesto. Y su alma estaría en otra parte desnuda, más pobre que el bienaventurado Job², sin tener ni siquiera un céntimo, aun cuando aquí o en la tumba hubiese dejado millones y millones. Antes bien, ¡escuchad, escuchad! En verdad os digo que difícilmente se conquista el Cielo con riquezas, sino más bien y casi siempre se pierde con ellas, aún cuando fueren riquezas que se hubiesen adquirido honestamente, bien por herencia, bien por ganancia. Porque pocos son los ricos que saben justamente usan de ellas.

Entonces... ¿qué se necesita para tener este cielo bendito, este descansar en el seno del Padre?... Es menester no tener sed de riquezas. En el sentido de no quererlas tener a cualquier precio, aun faltando a la honradez y amor. En el sentido de que, si tienen, no se les ame más que al cielo y que al prójimo, y se niegue la caridad al que tuviere necesidad. No tener sed en el sentido de que puedan proporcionar mujeres, placeres, banquetes, vestiduras suntuosas que son una bofetada para el que tiene frío y hambre. Existe, existe una moneda que cambia el dinero injusto en valores que son reconocidos en el Reino de los Cielos. Es la santa astucia de hacer de las riquezas humanas, frecuentemente injustas o causa de injusticia, riquezas eternas. En otras palabras, ganar con honradez, devolver lo que injustamente se obtuvo, usar de los bienes con parsimonia y despego, saberse separar de ellas, porque antes o después ellas nos dejan y pensar por otra parte que el bien llevado a cabo jamás nos abandona.

A todos nos gustaría ser “justos” y como a tales ser tenidos y que Dios nos premie como a tales. Pero... ¿cómo puede Dios premiar a quien tan solo tiene nombre de justo?... pero ¿no las obras? ¿Cómo puede decir: “Te perdono” si ve que el arrepentimiento es tan solo de

¹ Cfr. Ex. 20, 15; 21, 16; Lev. 19, 11y 18; Dt. 5, 19: 24.7; Mt. 5, 43; 7, 12; 22, 39; Lc. 6, 31; Rom. 13, 8-10; Gal. 5, 14; Sant. 2, 8.

² Cfr. Jb. 2, 7-10.

palabra y que no va acompañado de un verdadero cambio de espíritu? No hay arrepentimiento mientras dure el deseo por el objeto que pecamos. Pero cuando uno se humilla, cuando uno se corta la parte moral de una mala pasión, digamos mujer u oro y dice uno: "Por Ti Señor y no por esto", entonces sí, realmente está arrepentido. Dios lo recoge con estas palabras: "Ven, te quiero como a un inocente y como a un héroe".

Jesús ha terminado. Se va sin siquiera voltear a donde está Mateo, que se acercó al círculo de los oyentes, desde las primeras palabras.

Cuando están cerca de la casa de Pedro, su mujer corre al encuentro de su marido para decirle algo. Pedro hace señas a Jesús de que se le acerque. "Está la madre de Judas y de Santiago. Quiere hablar contigo, pero no quiere que la vean. ¿Cómo hacemos?"

"Bien. Yo entro en casa como para descansar y vosotros id a distribuir las limosnas entre los pobres. Ten también el dinero de la tasa que no quiso. Vete". Jesús hace señal a todos de que se vayan, mientras Pedro les habla de que vengan juntos.

"¿Dónde está la mamá, mujer? Pregunta Jesús a la mujer de Pedro.

"En la terraza, Maestro. Allí hay sombra y está fresco. Sube también Tú. Allí se está mejor que en otra parte de la casa".

Jesús sube por la escalera. En un ángulo bajo el viñedo, sentada en un banquito cercano a la baranda, vestida toda de oscuro, con el velo en la cara, está María de Alfeo. Lloro quedito, sin hacer ruido. Jesús la llama: "¡María! ¡Amada tía!" Levanta ella su pobre cara angustiada y extiende las manos: "¡Jesús! ¡Traigo un gran dolor en el corazón!"

Jesús está cerca de ella. Le hace que siga sentada. Él sigue de pie con su manto todavía echado en el hombro. Pone una mano en la espalda de su tía y la otra en las manos de ella, y le dice: "¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras tanto?"

"¡Oh Jesús! Escapé de casa diciendo: "Voy a Caná a buscar vino y huevos para el enfermo". En casa está tu Madre que cuida como sólo Ella sabe hacerlo, y estoy tranquila. Pero en realidad vine aquí. He corrido durante dos noches para llegar aquí lo más pronto. Y no puedo más... pero el cansancio no importa. ¡Es el dolor del corazón que me hace mal!... Mi Alfeo... mis hijos... ¡Oh! ¿Por qué entre los de una misma sangre hay tanta diferencia, y por qué ésta es como dos piedras de una máquina, que muelen el corazón de una madre?... ¿Están contigo Judas y Santiago?... ¿Sí?... Entonces sabe, ¡oh Jesús!... Mi Alfeo ¿por qué no comprende?... ¿Por qué se muere?... ¿Por qué quiere morir así?... ¿Y Simón y José? ¿Por qué, por qué están contra Ti y no contigo?"

"No llores, María. No les tengo rencor. Se lo dije también a Judas. Los entiendo y los compadezco. Si por esto lloras, no llores más".

"Lloro, sí, porque te ofenden. Por esto y luego... porque no quiero que mi esposo muera como enemigo tuyo. Dios no lo perdonará... y yo... ¡oh! no lo tendré para siempre en la otra vida..." María realmente está angustiada. Gruesas lágrimas caen sobre su mano izquierda que Jesús ha soltado, la besa de cuando en cuando, y levanta su pobre cara destrozada.

"No" dice Jesús. "No, no digas así. Perdono. Y si perdono Yo..."

"¡Oh! Ven Jesús. Ven a salvar el alma y el cuerpo. Ve... empiezan a decir también para acusarte... ya empezaron a decir que has quitado dos hijos a un padre que muere, y lo dicen por Nazaret ¿entiendes?... y añaden: "Por todas partes hace milagros, pero en su casa, no puede hacerlos" y... cómo te defienden diciendo: "¿Qué cosa puede hacer si lo habéis casi arrojado con vuestros reproches, si no creéis? "no me dejan en paz".

"Dijiste bien. Si no creéis, ¿qué puedo hacer donde no se cree?"

"¡Oh! Tú lo puedes todo! ¡Creo por todos! Ven. Haz un milagro... por tu pobre tía..."

"No puedo". Jesús al decir esto se ve que está tristísimo. De pie y apretando contra su pecho la cabeza de la que está llorando parece como si confesase su impotencia a la naturaleza serena que parece llamarla como testigo de su pena de no poder por decreto eterno.

La mujer llora más fuerte.

“Escucha, María. Sé buena. Yo te juro que si pudiese, si conviniese hacerlo, lo haría. ¡Oh! Obtendría del Padre esta gracia, por ti, por mi Madre, por Judas y Santiago y también, sí, también por Alfeo, José y Simón. Pero... no puedo. Un gran dolor oprime tu corazón y no puedes entender la justicia del poder mío. Te la puedo decir, pero no la comprenderías. Cuando llegó la hora del tránsito de mi padre, y tú sabes si era justo, y si mi Madre lo amaba... no lo devolví a la vida. No es razonable que la familia en que vive un santo, esté libre de desventuras inevitables de la vida. Si así no fuese, debería ser eterno en la tierra, y sin embargo pronto moriré, ni María, mi Santa Madre podrá arrebatarme de la muerte. No puedo. Lo que puedo es esto, y lo haré”. Jesús se ha sentado y ha tomado la cabeza de su tía: “Haré esto. Por este dolor tuyo, te prometo la paz a tu Alfeo. Que no estarás separada de él en la otra vida. Te doy mi palabra de que nuestra familia estará reunida en el cielo, toda junta en la eternidad... y que mientras Yo viva y también después infundiré siempre a mi querida tía tanta paz, tanta fuerza hasta convertirla en un apóstol para otras tantas mujeres, a las que tú, como una de ellas, te les podrás fácilmente acercar. Serás mi amiga amada en este tiempo de evangelización. La muerte, no llores, la muerte de Alfeo te libera de los deberes conyugales y te eleva a la sublimidad mística de un sacerdocio femenino, muy necesario cerca del altar de la Gran víctima y cerca de tantos paganos que doblarán su corazón ante el santo heroísmo de las mujeres discípulas, que no ante el de los discípulos. ¡Oh! Tu nombre será, querida tía, como una llama en el cielo cristiano... no llores más. Ve en paz. Fuerte, resignada y santa. Mi Madre... ha sido viuda antes que tú... y te consolará como sabe Ella. Ven. No quiero que partas sola bajo este sol. Pedro te acompañará en la barca hasta el Jordán y de allí a Nazaret en un borriquillo. Cálmate”.

“Bendíceme, Jesús. Dame fuerzas, Tú”.

“Sí, te bendigo y te beso, buena tía”. Y la besa tiernamente, y la retiene por un tiempo contra su pecho hasta que ve que se ha serenado.

61. Jesús en Betsaida predica a la gente

3 febrero 1945

Jesús está en Betsaida. Habla de pie en la barca que lo ha llevado hasta allí y que casi enclava en la arena, está amarrada a una estaca de una piedra rudimentaria de moler. Mucha gente, sentada sobre la arena, en forma de círculo lo escucha. Jesús ya comenzó su discurso.

“...por esto también comprendo que me amáis vosotros de Cafarnaüm, vosotros que me habéis seguido, dejando los negocios, las comodidades para oír la palabra que os hace doctos. Sé muy bien, que más que descuido de negocios, lo que es merma en vuestro bolso, os trae burlas y hasta daño social. Sé que Simón, Elí, Urías y Joaquín me son contrarios. Hoy lo son y mañana me serán enemigos. Y os digo, porque a nadie quiero engañar, ni a vosotros, mis leales amigos, que para dañarme a Mí, para causarme dolor, para vencerme al aislarme, ellos, los poderosos de Cafarnaüm, emplearán todos los medios... insinuaciones como amenazas, burlas sin igual y calumnias.

El enemigo estará echando mano de todo para arrebatarse al Mesías y convertirlas en su presa. Os digo: quien persevera, se salvará; pero también os digo: quien ama más a su vida y el bienestar, que a la salvación eterna, puede irse, dejarme, ocuparse de la vida insignificante y del transitorio bienestar. Yo no detengo a nadie.

El hombre debe ser libre. He venido para liberarlo del pecado y por lo tanto del espíritu. De las cadenas de una religión deformada, opresora, que seca todos los ríos con cláusulas, palabras, preceptos, la palabra verdadera de Dios, que es neta, breve, luminosa, fácil, santa, perfecta. Mi venida es un cedazo de las conciencias. Recojo mi grano en la era, lo apaleo con la doctrina del sacrificio y lo cierno en el cedazo de su misma voluntad. La paja, la zahina, la algarrobilla, la cizaña, ligeras e inservibles caerán por su propio peso de mal y serán alimento de los pájaros, y en mi granero entrará sólo el grano selecto, puro, fuerte y bueno. El grano de los santos.

Durante los siglos había habido un desafío entre el Eterno y Satanás, que enorgullecido por su primera victoria sobre el hombre, dijo a Dios: “Tus criaturas para siempre serán mías. Ninguna cosa, ni el castigo, ni siquiera la Ley que les quieres dar, los hará capaces de ganarse el cielo, y este lugar tuyo del que me has arrojado; a mí *el único inteligente* entre tus criaturas, quedará vacío, inútil, triste, como todas las cosas inútiles”.

Y el Eterno respondió al Maldito: “Podrás hacer todavía esto mientras tu veneno sea el único que reine en el hombre. Mandaré Yo a mi Verbo y su palabra neutralizará el tuyo. Él sanará los corazones, curará la locura con que los ha satanizado y... ellos volverán a mi redil y el Cielo se poblará. Lo he hecho para ellos. Tú rechinarás tus horribles dientes con impotente rabia, allá en tu tétrico reino que es prisión y lugar maldito, y sobre ti los ángeles harán volver la piedra de Dios, se sellarán y contigo y los tuyos, tan sólo habrá tinieblas y odio, entre tanto que la luz y el amor, el canto y la beatitud, la libertad infinita, eterna, sublime pertenecerá a los míos” Y Mammón con una risa burlona dijo: “Y yo te juro por mi infierno que cuando llegue la hora vendré. Estaré junto a todos los evangelizadores, y veremos cuál de los dos es el vencedor”.

Así es, Satanás os pone asechanzas para herirlos. Y también Yo os rodeo por lo mismo. Los competidores somos dos: Yo y él. Vosotros estáis en medio. El duelo del amor con el odio, de la sabiduría con la ignorancia, de la bondad con el mal, es por causa vuestra y alrededor vuestro. Yo me basto para apartar de vosotros los golpes del malvado. Me interpongo entre las armas de Satanás y vuestro ser, y acepto que se me hiera en lugar vuestro porque os amo. Pero los golpes en vuestro interior, esos debéis recibirlos con vuestra voluntad, viniendo a Mí, poniéndoos en mi camino que es Verdad y Vida. Quien no tenga ganas del Cielo, jamás lo tendrá. Quien no ha sido apto para ser discípulo del Mesías, será paja ligera que el viento del mundo arrastrará consigo. Quien es enemigo del Mesías, es semilla mala que renacerá en el reino satánico.

Sé por qué habéis venido vosotros de Cafarnaum. Tengo conciencia pura del pecado que se me culpa, y en nombre de un pecado que no existe; se murmura detrás de Mí, y se insinúa que oírme y seguirme es haceros cómplices con el pecador, hecho del que no tengo ningún cuidado en dar razón a estos de Betsaida. Entre vosotros, ciudadanos de Betsaida, hay personas de edad que no han olvidado por diversas razones, a la Bella de Corozaim. Hay hombres que pecaron con ella, hay mujeres que por ella gimieron. Gimieron y -¡Oh! Todavía no os lo había dicho: “Amáis a los que os causan mal”- gimieron y después se alegraron cuando supieron que la podredumbre había hecho presa de ella, que había salido fuera de sus entrañas impuras a lo exterior de su magnífico cuerpo. Esa corrupción era la figura de aquella mucho más dura que había roído su alma de adúltera, homicida y prostituta. Setenta veces siete adúltera con cualquier hombre que tuviera dinero. Homicida siete veces por sus concepciones bastardas; prostituta por el vicio y ni siquiera por necesidad.

¡Oh, comprendo... esposas traicionadas! Comprendo vuestro júbilo cuando se os dijo: “Las carnes de la Bella huelen horrible y están deshechas, más que las de una carroña tirada en la zanja de un camino, y que es presa de cuervos y gusanos”. Pero os digo: sabed perdonar, Dios os ha vengado y luego Él ha perdonado. Perdonad también vosotras. Yo la he perdonado en nombre vuestro, porque sois buenas, ¡oh mujeres de Betsaida! Que me saludáis con el grito: “Bendito el cordero de Dios. ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” ¡Sí! Soy el Cordero, y como a tal me conocéis... ¡Sí!... vengo entre vosotros, Yo el Cordero y todas vosotras debéis de ser ovejas mansas. También las que llevaron hace tiempo un dolor lejano de esposas traicionadas, y que con instinto de fiera defendían su nido. No podría, Yo que soy el Cordero, permanecer entre vosotras si sois tigresas y hienas.

El que ha venido en el nombre santísimo de Dios para recoger justos y pecadores para llevarlos al Cielo, fue también a ver la arrepentida y le dijo: “Queda limpia. Vete y expía” Esto lo hice en sábado, y de esto se me acusa. Acusación oficial. La segunda es la de haberme acercado a una prostituta, a una que *lo fue* y que entonces no era sino un alma que lloraba sobre sus pecados.

Pues bien... Yo digo: Lo hice y lo haré. Traedme el Libro de la Escritura, escudriñarlo, estudiadlo, desentrañadlo. No encontraréis jamás un punto donde se prohíba al médico que cure a un enfermo, al levita que se ocupe del altar, y al sacerdote que no escuche a un fiel, tan solo porque es sábado. Y Yo, si encontraseis ese punto y me lo mostraseis, os diría, golpeándome el pecho: "Señor, he pecado ante tu presencia y ante la de los hombres. No soy digno de perdón. Pero si eres compasivo con tu siervo, Te bendeciré hasta el último aliento de mi vida". Porque esa alma era una enferma. Y los enfermos son los que tienen necesidad de médico. Era un altar profano, y tenía necesidad que un levita lo limpiara. Era una fiel que iba a llorar en el templo verdadero de Dios y tenía necesidad del sacerdote que la presentase. En verdad os digo que si no cumplo con mi deber y que si pierdo una sola alma de las que sienten el acicate de salvación, Dios Padre me pedirá cuenta de ella y me castigará por esa alma perdida.

Este es mi pecado según los poderosos de Cafarnaum. Podría haber esperado para el día siguiente al sábado para hacerlo. Sí. Pero ¿por qué tardar más de veinticuatro horas, a que un corazón contrito, se ponga nuevamente en paz con Dios?... En aquel corazón había humildad verdadera, sinceridad clara, dolor perfecto. Lo leí en su corazón. La lepra estaba todavía sobre su cuerpo, pero su corazón estaba ya curado por el bálsamo de años de arrepentimiento, de lágrimas, de expiación. Este corazón no tenía necesidad, para acercarse a Dios, sin que su acercamiento viciase el aire santo que rodea a Dios, de otra cosa que de la que lo consagrarse otra vez. Lo hice. Salió limpia del lago. Cuántos, ¡oh!... ¡Cuántos entre los que entraron en las aguas del Jordán para obtener la orden del Precursor, no salieron de él limpios!

Porque su bautismo no era un acto voluntario, sentido, sincero de un espíritu que quisiese prepararse a mi llegada, sino tan sólo una forma para que aparentasen ser perfectos en santidad a los ojos del mundo. Y era por esto hipocresía y soberbia. Dos culpas que aumentan el cúmulo de las que ya existían en sus corazones. El bautismo de Juan no era más que un símbolo que quería decir: "Limpios de la soberbia, humillándoos hasta confesaros pecadores; de la lujuria, lavándoos de su escoria". Es el alma la que se bautiza por voluntad vuestra, para estar limpia a la invitación de Dios. No hay culpa tan grande que no pueda lavarse primero con el arrepentimiento, después con la gracia a fin que la pueda lavar el Salvador. No hay pecador tan grande que no pueda levantar su cara estropeada y sonreír con una esperanza de redención. Basta con que tal acto sea completo al renunciar a la culpa, heroico al resistir la tentación, sincero en la voluntad de renacer.

Os digo una verdad que a mis enemigos parecerá blasfemia, pero vosotros sois mis amigos. Hablo especialmente a vosotros, mis discípulos y elegidos, y luego a todos quienes me escucháis. Os digo: los ángeles, espíritus puros y perfectos, que viven en la luz de la Santísima Trinidad y en ella se gozan, reconocen que la perfección que tienen es inferior a la vuestra, ¡oh hombres, lejanos del Cielo! Son inferiores porque no tienen poder de sacrificarse, de sufrir para cooperar a la redención del hombre ¿y qué os parece? Dios no toma un ángel para decirle: "Sé el Redentor del género humano", sino toma a su Hijo, y sabiendo que, por más que sea el sacrificio e infinito su poder, todavía falta –y es una muestra de bondad paternal que no quiere hacer diferencia entre el Hijo de su amor y los hijos de su poder- al conjunto de los méritos que se contrapondrán al de los pecados de cada momento que el género humano va acumulando, por esto no toma a los ángeles para completar la medida² y no les dice: "Sufrid para imitar al Mesías" sino que lo dice a vosotros hombres. Os dice: "Sufrid, sacrificaos, sed semejantes a mi Cordero. Sed corredores..." ¡Oh! Yo veo cohortes de ángeles que, dejando por un instante de rodear en éxtasis de adoración el Centro que es Dios Trino, se arrodillan, vueltos a la tierra y dicen: "¡Benditos vosotros que podéis sufrir con el Mesías y por el Dios Eterno, que es nuestro y vuestro!"

Muchos todavía no lograrán comprender esta grandeza. Está muy alto del hombre. Pero cuando la ostia fuere inmolada, cuando el Grano eterno resucitare para no morir más, después

² CFr. Col. 1, 24.

que le hubiesen tomado, golpeado, despojado y sepultado en las entrañas de la tierra, entonces verán al que ilumina e ilustra sobrenaturalmente los espíritus, aun los más retardados, pero que siguieron firmes al Mesías Redentor, y entonces comprenderéis que no he blasfemado, sino que os he anunciado la dignidad más alta del hombre: la de ser corredentores, aun cuando antes se era sólo un pecador. Entre tanto preparaos para ello con pureza de corazón y de propósitos. Cuanto más puros seáis, tanto mejor comprenderéis. Y es porque la impureza cualquiera que sea, es siempre humo que oscurece y entorpece la vista y la inteligencia.

Sed puros. Empezad por los cinco sentidos para pasar a las siete pasiones. Empezad por la vista, por el sentido que es rey y que abre el camino al hambre más voraz y complicada. Los ojos ven la carne de la mujer y desean la carne. Los ojos ven las riquezas de los ricos y desean el oro. Los ojos ven el poder del gobernante y desean el poder. Tened ojos tranquilos, honestos, morigerados y puros. Cuanto más puros sean vuestros ojos tanto más puro será vuestro corazón. Vigilad vuestros ojos, que siempre están ávidos de descubrir manzanas tentadoras. Sed castos en las miradas si queréis ser castos en el cuerpo. Si tuvieseis castidad en la carne, tendréis castidad en las riquezas y en el poder. Tendréis toda la castidad y seréis amigos de Dios.

No tengáis miedo de que se os haga burla porque sois castos. Temed tan sólo el ser enemigos de Dios. Oí un día decir: “El mundo se burlará de Ti como de un mentiroso y de eunuco si muestras no apetecer a la mujer”. En verdad os digo que Dios ha dejado el matrimonio para elevaros a fin de que a imitación suya procreéis y para que cooperéis con Él a poblar los Cielos. Pero hay un estado mucho más alto, ante el cual se inclinan los ángeles porque ven su sublimidad sin poder imitarla. Un estado que fue perfecto todo el tiempo desde el nacimiento hasta la muerte porque no excluye a los que no son ya vírgenes sino que destruyen su fecundidad ya sea femenina o masculina anulando su virilidad animal para ser fecundos tan solo en el espíritu. Es el eunuquismo sin imperfección natural, sin mutilación violenta o voluntaria. El eunuquismo que no impide acercarse al altar⁴. Antes por el contrario, en los siglos que están por venir, le servirá y lo rodeará. El eunuquismo más alto, el que tiene como instrumento amputador, la voluntad de pertenecer sólo a Dios y conservar para Él, casto el cuerpo y el corazón, para que brillen siempre con el esplendor que ama el Cordero.

He hablado al pueblo y a los elegidos de entre el pueblo. Ahora, antes de entrar a partir el pan y compartir la sal en la casa de Felipe, os bendigo a todos: a los hombres como premio, y a los pecadores para infundirles valor de acercarse al que vino a perdonar. La paz sea con vosotros”.

Jesús desciende de la barca y pasa entre la multitud que se agolpa alrededor. En la esquina de una casa todavía está Mateo que ha escuchado desde allí al Maestro, pero no se atrevió a más. Llegado Jesús a ese punto, se detiene y como si bendijese a todos, bendice una vez más y mira a Mateo. Sigue el camino entre el grupo de los suyos, seguido del pueblo, y desaparece en una casa.

Todo termina.

62. Llamamiento de Mateo para ser discípulo¹

4 febrero 1945

Todavía estamos en la plaza de Cafarnaúm, pero es una hora en que todavía hace mucho calor; en que el mercado ha terminado y allí están sólo los ociosos y los niños que juegan.

Jesús en medio de su grupo, llega del lago a la plaza, acaricia a los niños que corren a su encuentro y le platican sus confidencias. Una niña muestra un golpe que le sangra en la frente y de ello acusa al hermanito.

⁴ Cfr. Lev. 21, 16-24; Mt. 19, 10-12; 1 Cor. 7, 1 y 7-8; 32-34

¹ Cfr. Mt. 9, 9-11; Mc. 2, 13-17; Lc. 5, 27-32.

“¿Por qué has herido así a tu hermanita? ¡No está bien!”

“No lo hice a propósito. Quería tumbar aquellos higos y tomé un bastón. Era muy pesado y se me cayó sobre ella... cogía higos también para ella...”

“¿Es verdad, Juana?”

“Es verdad”.

“Entonces puedes ver que tu hermano no te *quiso* hacer mal. Quería antes bien tenerte contenta. Ahora *al punto* haced las paces y daos un besos. Los buenos hermanitos y también los buenos niños, jamás deben saber lo que es rencor. ¡Ea, pues...!”

Los dos niños se besan con lágrimas. Los dos lloran juntos: Ella porque le duele el golpe y él porque le pesa de haber causado ese dolor.

Jesús sonríe al ver ese beso lleno de lagrimones: “¡Oh! Ahora, porque veo que sois buenos os corto higos... y sin bastón. ¡Os apuesto!” Como es alto, extiende el brazo y sin esfuerzo alguno los corta y se los da.

Acude una mujer: “Toma Maestro y ahora te traigo pan”.

“No eran para Mí. Eran para Juana y Tobías. Ellos querían...”

“¿Y habéis molestado para esto al Maestro?... ¡Oh qué necios! Señor, perdona”.

“Mujer, se trataba de hacer las paces... y las hice con el objeto mismo de la guerra: los higos. Pero los niños jamás son necios. Les gustan los higos dulces y a Mí... me gustan los corazones dulces e inocentes. Me quitan mucha amargura...”

“Maestro... son los señores esos, los que no te aman. Pero nosotros, el pueblo, te queremos mucho. Ellos son pocos, nosotros muchos...”

“Lo sé mujer. Gracias por tu consuelo. La paz sea contigo. ¡Adiós Juana! ¡Adiós Tobías! Sed buenos. No os hagáis mal y no os lo queréis hacer. ¿No es así?”

“Sí, sí, Jesús” responden los dos pequeñines.

Jesús con una sonrisa al comenzar a caminar dice: “Ahora que con la ayuda de los higos el cielo se ha despejado donde había nubes, vámonos a... ¿A dónde queréis ir?”

Los apóstoles no saben. Quién dice a un lugar, quién a otro. Pero Jesús mueve siempre la cabeza sonriendo. Pedro dice: “Yo renuncio; a menos que Tú no lo digas... Hoy tengo ideas negras. Tú no viste, pero cuando desembarcamos, estaba allí Elí, el fariseo. ¡Más verde que lo acostumbrado! ¡Y nos miraba de tal modo!”

“¡Dejadlo que mire!”

¡¡Eh! No hay remedio. ¡Pero te aseguro, Maestro, que para hacer las paces con ese no bastan dos higos!”

“¿Qué cosa dije a la mamá de Tobías? ‘He hecho las paces con el objeto mismo de la guerra’, y trataré de hacer las paces al volver a ver a los principales de Cafarnaum, puesto que según ellos les he ofendido. De este modo se contentarán”.

“¿Quién?...”

No responde Jesús a la pregunta y continúa: “No lo lograré, probablemente, porque en ellos falta la voluntad de hacer las paces, pero oíd: Si en todas las disputas el más prudente supiese ceder y en lugar de encarnizarse en tener razón, aconsejase, aun cuando cediese la mitad de lo que, supongamos, que así fuese, de su derecho, sería siempre el mejor y más santo. No siempre uno causa mal por estar en el bando que quiere hacer algo. Algunas veces se hace sin querer. Pensad siempre en esto y perdonad. Elí y los demás creen servir a Dios con justicia obrando como obran. Con paciencia y constancia, con mucha humildad y buen contentamiento, trataré de persuadirlo a que ha llegado un nuevo tiempo y que Dios, *ahora*, quiere que se le sirva conforme a lo que enseñó. La astucia del apóstol está en las buenas maneras y su arma es la constancia, el éxito es el ejemplo y la oración para los que hay que convertir”.

Han llegado a la plaza. Jesús va derecho al banco de la alcabala, donde Mateo está haciendo sus cuentas y verificando el dinero que subdivide en categorías y lo pone en bolsitas de diversos colores y las coloca en una caja fuerte de hierro, que dos esclavos transportan a otro lugar. Apenas levanta la cabeza para ver quién era el que se había retardado en pagar.

Entre tanto Pedro jala de una manga a Jesús y le dice: “No tenemos nada qué pagar, Maestro. ¿Qué haces?”

Jesús no le hace caso. Mira atentamente a Mateo que se ha puesto de pie al punto, en actitud reverente. Le da una segunda mirada que traspasa. No es la del juez severo de otras veces. Es una mirada de llamamiento y de amor. Lo envuelve, lo llena de amor. Mateo se pone colorado. No sabe qué hacer, qué decir...

“Mateo, hijo de Alfeo, ha llegado la hora. Ven... ¡Sígueme!” majestuosamente ordena Jesús.

“¿Yo, Maestro? ¡Señor! ¿Pero sabes quién soy?... Lo digo por Ti, no por mí...”

“Ven, y sígueme, Mateo, hijo de Alfeo” repite con voz más dulce.

“¡Oh! ¿Cómo es posible que haya alcanzado favor ante Dios?... ¿Yo... yo...?”

“Mateo, hijo de Alfeo, he leído en tu corazón. Ven, ¿sígueme!” La tercera invitación es una caricia.

“¡Oh! ¡Al punto Señor!” y Mateo con lágrimas en los ojos, sale por detrás del banco, sin preocuparse siquiera de recoger las monedas esparcidas sobre de él, ni de pedir la caja fuerte, ni de nada. “¿A dónde vamos, Señor?” pregunta cuando está cerca de Jesús, “¿a dónde me llevas?”

“A tu casa. ¿Quieres dar hospedaje al Hijo del Hombre?”

“¡Oh! Pero qué dirán los que te odian?”

Yo escucho lo que se dice en los Cielos, y es “Gloria a Dios por un pecador que se salva”... y el Padre dice: “Para siempre la misericordia se levantará en los Cielos y se derramará sobre la tierra, porque con un amor eterno, con amor perfecto te amo, por eso también contigo uso de misericordia”... Ven. Y que el venir a ti, además de santificar tu corazón, santifique también tu casa”.

“La tengo ya purificada, por una esperanza que tenía en el alma... pero cómo podría creer que fuese verdadera la razón... ¡Oh! Yo con tus santos...” y mira a los discípulos.

“Sí, con mis amigos. Venid. Os uno y sed hermanos”.

Los discípulos están de tal modo estupefactos que no encuentran palabra alguna. Detrás de Jesús y Mateo caminan en grupo en la plaza que está completamente vacía de gente y van por un estrecho paso de la calle que arde bajo un sol abrasador. No hay ser viviente alguno en las calles. Tan sólo sol y polvo.

Entran en casa. Una hermosa casa con un portón que se abre hacia fuera. Un hermoso atrio lleno de sombra y fresca, luego un pórtico ancho que hay en el jardín.

“¡Entra, Maestro mío! ¡Traed agua y de beber!”

Los criados corren a traerles.

Mateo sale a dar órdenes, mientras Jesús y los suyos se refrescan. Regresa y dice: “Ahora ven, Maestro. La sala está fresca... ahora vendrán amigos... ¡Oh! ¡Quiero que se haga una gran fiesta! Es mi regeneración. Es la mía... esta es la circuncisión verdadera... Me has circuncidado en el corazón con tu amor... Maestro, será la última fiesta... ahora no más fiestas para el publicano Mateo. No más fiestas mundanas... sólo la fiesta interna de haber sido redimido y de servirte a Ti... de ser amado por Ti... cuánto he llorado... no sabía cómo hacer... quería ir... pero... ¿cómo ir a Ti?... ¿a Ti, santo... con mi alma sucia?”

“Tú la lavabas con el arrepentimiento y caridad para Mí y para el prójimo. Pedro... ven aquí”.

Pedro que todavía no ha hablado, pues sigue tan estupefacto, da un paso adelante. Los dos hombres, igualmente ya de edad, de estatura baja, robustos, están frente a frente, y Jesús ante ellos, los mira con una hermosa sonrisa.

“Pedro me ha preguntado muchas veces quién era el desconocido de la bolsa que llevaba Santiago. Míralo. Lo tienes enfrente”.

“¿Quién?... este lad... ¡Oh! ¡Perdona Mateo! Pero ¿Quién podría pensar que lo fueses? Y... exactamente tú, nuestra desesperación por la usura, ¿fueses capaz de arrancarte cada semana un pedazo de corazón, al dar ese rico óbolo?”

“Lo sé. Injustamente los tasé. Pero mirad, me arrodillo ante todos vosotros y os digo: ¡No me arrojéis! Él me escogido. No seáis más severos que Él”.

Pedro que está junto a Mateo, lo levanta de golpe, en peso, ruda pero cariñosamente: “¡Ea! ¡Ea! Ni a mí, ni a los demás. A Él pide perdón. Nosotros... ¡Eh! Más o menos todos somos ladrones como tú,... ¡Oh! ¡Lo dije! ¡Maldita lengua! Pero soy así: lo que pienso lo digo, lo que tengo en el corazón lo tengo en los labios” y besa a Mateo en las mejillas.

Los otros también lo hacen con más o menos cariño. Digo así porque Andrés lo hace con reserva, debido a su timidez y Judas Iscariote se muestra frío. Parece como si abrazase un montón de serpientes, pues apenas si lo abraza.

Mateo sale al oír un rumor.

“Pero, Maestro” dice Judas Iscariote, “me parece que esto no sea prudente. Ya te empezaron a acusar los fariseos de aquí, y Tú... ¡un publicano entre los tuyos! Un publicano después de una prostituta!... ¿Has determinado arruinarte? Si es así, dilo que...”

“Que nosotros desfilamos... ¿es así?” concluye irónicamente Pedro.

“¿Y quién está hablando contigo?”

“Sé que no estás hablando conmigo, pero yo, por el contrario hablo con tu alma de señorito, con tu purísima alma, con tu sabia alma. Sé que tú, miembro del Templo, sientes hedor del pecado de nosotros, pobres, que no pertenecemos al Templo. Sé que tú, judío perfecto, amalgama de fariseo, saduceo y herodiano, medio escriba y migaja de esenio... quieres otras palabras nobles... te sientes mal entre nosotros, como una alosa cualquiera en una red llena de pescados sin valor. Pero... ¿qué quieres que hagamos?... Él nos llamó y nosotros... nos quedamos. Si te sientes mal... vete tú. Respiraremos mejor todos. También Él. Como lo ves, está descontento de mí y de ti. De mí porque faltó a la paciencia y también, también a la caridad, pero más de ti que no entiendes nada, con toda tu tela de nobles atributos, y que no tienes caridad, ni humildad, ni respeto. No tienes nada, muchacho, sino un gran humillo... y quiera Dios que ese humo no sea nocivo”.

Jesús de pie, disgustado, con los brazos cruzados, la boca cerrada y con los ojos duros ha dejado que hablase Pedro. Después se dirige a éste y le dice: “¿Has dicho todo, Pedro? ¿También tú has purificado tu corazón de la levadura que había dentro? Has hecho bien. Hoy es Pascua de Asimos para un hijo de Abraham, el llamamiento del Mesías es como la sangre del cordero sobre vuestras almas, y donde está no bajará más la culpa. No bajará si el que la recibe no le fuese fiel. Liberación es mi llamamiento y se le festeja con diversas clases de levadura”.

A Judas no dice nada. Pedro mortificado guarda silencio.

“Regresa Mateo” dice Jesús, “con amigos. No les enseñemos otra cosa que no sea virtud. Quien no lo pueda, salga. No seáis iguales a los fariseos que oprimen con preceptos y son los primeros en no observarlos”.

Vuelve a entrar Mateo con otras personas, y el banquete empieza. Jesús está en medio, entre Pedro y Mateo. Hablan de muchas cosas y Jesús con paciencia explica a Ticio y Cayo lo que desean. Hay quejas contra los fariseos porque los desprecian.

“Pues bien, venid a quien no os desprecia. Y luego obrad en tal forma, que al menos, los buenos no os puedan despreciar” responde Jesús.

“¡Tú eres bueno, pero eres solo!”

“No. Estos son como Yo y... además está el Padre que ama a quien se arrepiente y quiere volver a su amistad. Si al hombre le faltase cualquier cosa, pero tuviese al Padre, ¿no sería la alegría del hombre más que completa?”

El banquete ha llegado a los postres, cuando un criado hace señal al dueño de la casa y le dice algo.

“Maestro: Elí, Simón y Joaquín piden permiso de entrar y de hablarte. ¿Los quieres ver?”

“¡Claro!”

“Pero... mis amigos son publicanos”:

“Y ellos vienen a ver exactamente esto. Dejémoslos que los vean. De nada servirá esconderlos. No servirá para el bien, porque la malicia aumentará el hecho, hasta llegar a decir que había también prostitutas. Que entren”.

Los tres fariseos entran, miran alrededor con una sonrisa proterva y están a punto de hablar, pero Jesús que se ha levantado e ido a su encuentro junto con Mateo, se les adelanta. Pone una mano en la espalda de Mateo y dice: “¡Oh hijos verdaderos de Israel! Os saludo, y os doy una gran noticia que ciertamente alegrará vuestros corazones perfectos de israelitas, los cuales quieren como él, que todos los corazones observen la Ley para dar gloria a Dios. Pues bien, mateo, hijo de Alfeo, desde hoy no es más el pescador, el escándalo de Cafarnaúm. Una oveja roñosa de Israel ha sido curada. ¡Alegraos! Después se curarán otras ovejas pecadoras en vuestra ciudad, de cuya santidad os interesáis mucho y se harán igual que gratas, santas ante el Señor. Mateo deja todo para servir a Dios. ¡Dad el beso de paz al israelita extraviado que torna al seno de Abraham!”

“¿Y torna con los publicanos en estrepitoso banquete?... ¡Oh! ¡A la verdad que se trata de una conversión favorable! Elí, mira allí a ese Josías el procurador de mujeres”.

“Y a Simón de Isaac, el adúltero”.

“Y aquel... es Azarías el cantinero, en cuya cantina los romanos y judíos juega a los dados, pelean, se emborrachan y van a las mujeres”.

“Pero, Maestro. ¿Sabes al menos quiénes son estos? ¿Lo sabías?”

“Lo sabía”.

“¿Y vosotros, vosotros de Cafarnaúm, vosotros discípulos, por qué lo habéis tolerado? ¡Me admira, Simón de Jonás!”

“¡Tú, Felipe, que aquí todos conocen, y tú Natanael! ¡Pero yo veo fantasmas! ¡Tú, verdadero israelita! ¿Cómo es posible que hubieses permitido que tu Maestro comiese con publicanos y pecadores?”

“Ya no hay más vergüenza en Israel” Los tres están escandalizadísimos.

Jesús dice: “Dejad en paz a mis discípulos. Yo lo quise. Yo solo”.

“¡Eh! ¡Bien! Se comprende... ¡Cuando se quiere hacer a otros santos y no se es, se cae pronto en errores imperdonables!”

“Y cuando se educan los discípulos en la falta al respeto –y todavía me está quemando la risa irreverente que me hizo ese judío y del Templo, ¡a mí, Elí el Fariseo!- no se puede hacer otra cosa que faltar al respeto a la Ley. Se enseña lo que se sabe”.

“Te equivocas Elí. Os equivocáis todos. Se enseña lo que se sabe. Es verdad y Yo que sé la Ley, la enseño a quien no la sabe: por eso a los pecadores. Vosotros... os conozco dueños de vuestra alma. Los pecadores no lo son. Busco y busco su alma, se las vuelvo a dar, para que a su vez me la traigan, tal como está: enferma, herida, sucia y Yo la curo y la limpio. Para esto he venido. Los pecadores son los que tienen necesidad del Salvador. Y vengo a salvarlos. Comprendedme... no me odiéis sin razón”.

Jesús es dulce, persuasivo, humilde... pero ellos son tres cardos espinosos... y salen con gesto de disgusto.

“Se fueron... Ahora nos criticarán por todas partes” murmura Judas Iscariote.

“¡Deja que lo hagan! Procura sólo que el Padre no tenga nada qué criticarte- No te apenes, Mateo, ni vosotros amigos suyos. La conciencia nos dice: “No hagáis mal”. Y eso es más que suficiente”.

Jesús vuelve a sentarse en su lugar y todo termina.

63. Jesús en el lago de Tiberíades. Lección a los discípulos cerca de la misma ciudad

5 febrero 1945

Jesús con todos los suyos –son 13 y Él- van por el lago de Galilea, siete en cada barca, Jesús va en la de Pedro, la primera. Junto con Pedro están Simón, José y los dos primos. En la otra, los dos hijos de Zebedeo con Iscariote, Felipe, Tomas, Natanael y Mateo.

Las barcas se deslizan esbeltas, empujadas por un viento fresco boreal, que apenas si peina el agua con hilillos de espuma que simula un tul azul turquesa en el hermoso lago

sereno. Las barcas van dejando dos estelas que prontamente se funden en un beso, confundiendo sus espumas alegres en una sola sonrisa de agua, pues las barcas van muy cerca, apenas separadas unos dos metros.

De barca a barca se intercambian palabras y noticias. De esto colijo que los galileos ilustran y explican a los judíos los puntos del lago, su comercio, sus características, la distancia de lugar de partida al de llegada, o sea de Cafarnaúm a Tiberíades. Las barcas no pescan, se les emplea tan solo para el transporte de los pasajeros.

Jesús está sentado en la proa y se ve claramente que goza de la belleza que le rodea, del silencio, de todo ese cielo limpio, y de las aguas que rodean las riberas verdes, esparcidas por todos los poblados blancos. No pone atención a la conversación de los discípulos que están en la proa. Va recargado sobre un montón de velas, casi siempre con la cabeza inclinada sobre el espejo de zafiro que es el lago, como si estudiase el fondo y se interesase de cuanto vive en las transparentes aguas. Pero... quién sabe en qué está pensando... Pedro le pregunta dos veces si el sol –que ya está en alto y cuyos rayos ya calientan, aunque todavía no queman en la barca- le perturba: otra vez le dice si quiere también pan y queso como los demás. Pero Jesús no quiere nada, ni cosa que le defienda ni alimento. Y Pedro lo deja en paz.

Un grupo de barquichuelas de recreo, pequeñas, pero ricas de baldaquinos de púrpura y de mullidos cojines, se atraviesa por el camino que llevan las barcas de los pescadores. Estrépito, risas, perfumes pasan con ellas. Van ahí hermosas mujeres con alegres romanos y palestinos. Más romanos, por lo menos no palestinos, pues alguno será griego, lo deduzco de las palabras de un joven alto, delgado, moreno como una oliva madura, todo elegante con un vestido rojo, que en los bordes lleva un pesado adorno en greca, y va ceñido con un cinturón que es una obra maestra de artífice.

Dice: “¿La Hélade es hermosa? Pero ni siquiera mi olímpica patria tiene este azul y estas flores. Y a la verdad, nada extraño es que las diosas la hayan abandonado para venir aquí. Arrojemos flores sobre las diosas, ¡que no griegas sino judías lo son...! Arrojámosles rosas...” y esparce sobre las mujeres que van en su barca, pétalos de espléndidas rosas; y avienta otras a la barca cercana.

Responde un romano: “¡Echa, echa, griego! Pero Venus está conmigo. Yo no desfloro, yo recojo las rosas en esta hermosa boca. ¡Es más dulce!” y se inclina a besar la boca abierta y sonriente de María Magdalena, que con la cabeza sobre las pernas del romano, va recostada sobre cojines.

Las barquichuelas están ya casi a punto de chocar contra las pesadas barcas, debido a la impericia de los bogadores o a una racha de viento. “Atentos, si queréis vivir” grita Pedro enfurecido mientras vira con un golpe de barra para evitar el choque. Insultos de hombres y gritos de espanto de mujeres van de barca en barca. Los romanos insultan a los galileos con: “Alejaos, perros judíos” Pedro y los otros galileos no dejan caer el insulto y Pedro especialmente, rojo como un gallo de pelea, de pie sobre el borde de la barca que se balancea, con las manos en la cintura, responde vivamente, y no perdona ni a romanos, ni a griegos, ni a hebreos, ni a hebreas. Antes bien a estas dedica un collar de apelativos honoríficos que dejó en la pluma. El altercado dura mientras la maraña de quillas y de remos no se deshace, y cada quien se va por su camino.

Jesús no cambió de posición. Se quedó sentado, ausente, sin miradas, ni palabras a las barcas ni a sus ocupantes. Apoyado sobre el codo, sigue mirando la lejana ribera como si nada sucediese. Le avientan también a Él una flor. No sé quién haya sido, con seguridad una mujer, porque oigo una risilla femenina que acompañó el acto. Pero Él... nada. La flor le pega casi en la cara y cae sobre las tablas para ir a quedar a los pies de Pedro que sigue hirviendo.

Cuando las barquichuelas se van ya alejando, veo que Magdalena se pone de pie, y sigue la señal que hace una compañera de vicio, o sea que le señala con sus ojos espléndidos, el rostro sereno y lejano de Jesús. ¡Qué lejos del mundo ese rostro...!

“Di, Simón” dice Iscariote “tú que eres judío como yo, responde. Aquella hermosísima rubia en las piernas del romano, que estaba de pie hace poco ¿no es hermana de Lázaro de Betania?”

“Yo no sé nada” responde seco Simón Cananeo. “Hace poco que he tornado entre vosotros y aquella mujer era joven...”

“¡Espero que no vayas a decir que no conoces a Lázaro de Betania! Sé bien que eres su amigo y que has estado allí con el Maestro”.

“¿Y si eso fuese?”

“Y puesto *que así es*, yo digo, que debes conocer también a la pecadora, que es la hermana de Lázaro. ¡También las timbas la conocen! Diez años hace que está en la boca de todos. Apenas llegada a la pubertad empezó a ser ligera de cascos. Pero ¡desde hace cuatro años! No puedes ignorar el escándalo, aunque estuvieras en el “valle de los muertos”. Toda Jerusalén habló de ella, y Lázaro se encerró entonces en Betania... Hizo bien, por otra parte, nadie hubiera puesto un pie en su espléndido palacio de Sión a donde también ella iba y venía. Quiero decir: ninguno que fuese santo. En el campo se sabe... ¡Y luego... está por todas partes como si fuera su propia casa... ahora ciertamente está en Magdala... se habrá encontrado un nuevo amor... ¿No respondes?... ¿Puedes desmentirme?”

“No desmiento, callo”

“Entonces, ¿ella es? ¡También tú la has conocido!”

“La conocí de pequeña y pura. La vuelvo a ver ahora... pero la conozco. Impudicamente refleja la cara de su madre, que era una santa”.

“Y entonces ¿por qué querías casi negar, que tu amigo fuese su hermano?”

“Nuestras llagas y las de los que amamos, tratamos de tenerlas cubiertas. Sobre todo cuando uno es honrado”.

Judas ríe forzado.

“Dices bien Simón, y tú eres un hombre honrado” observa Pedro.

“¿Y tú la habías reconocido? Seguro que vas a Magdala a vender tu pescado, y ¡quién sabe cuántas veces la has visto!...”

“Muchacho, ten en cuenta que cuando uno tiene cansados los riñones de un trabajo honrado, no se le antojan las mujeres. Se prefiere sólo el lecho casto de nuestra esposa”.

“¡Eh! ¡Pero lo bello a todos gusta! Al menos que no sea otra cosa, se le mira”.

“¿Por qué?... ¿Para decir: “No es comida para tu mesa?” No, ¿sabes? De mi trabajo en el lago he aprendido varias cosas y una de ellas es que peces de agua dulce y de fondo no están hechos para agua salada ni vertiginosa”.

“¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir que cada uno debe estar en su lugar, para no morir de mala muerte”. ¿Te hacía morir la Magdalena?”

“No. Tengo el cuero duro. Pero... me lo dices. ¿Te sientes tal vez mal?”

“¿Yo?... ¡Ni siquiera la he visto!...”

Mentiroso, apuesto que te habrás arrepentido de no haber estado en esa primera barca para tenerla más cerca... Me habrías soportado con la condición de estar más junto... y tan cierto es lo que estoy diciendo, que me honras con tu palabra, en honor suyo, después de tantos días de silencio”.

“¿Yo? Pero... ¡ni siquiera me hubiera visto! Miraba ella fijamente al Maestro!”

“¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Y dices que no la mirabas! ¿Cómo has hecho para ver a dónde miraba, si tú no la veías?”

A la ironía de Pedro todos se ríen menos Jesús y Zelote.

Jesús que ha hecho como que no oía, pone fin a la discusión preguntando a Pedro. “¿es aquello Tiberíades?”

“Sí, Maestro, ahora llegamos”.

“Espera. ¿Puedes meterte en aquel lugar tranquilo?... Querría hablaros sólo a vosotros”.

“Mido el fondo y te lo diré”. Pedro echa una pértiga larga y lento va hacia la playa. “Se puede, maestro. ¿Avanzo más hacia la playa?”

“Todo lo que puedas. Hay sombra y paz. Me gusta”.

Pedro va hasta la ribera. La tierra está lejos todavía como unos quince metros. “Ahora tocaré”.

Detente. Y vosotros acercaos lo más que podáis para oír”.

Jesús deja su lugar y se sienta en el centro de la barca, en una banca que va de lado a lado. Enfrente tiene la otra barca, y alrededor a los que venían con Él.

“Escuchad. Os parecerá que algunas veces no pongo atención a vuestras conversaciones y que por eso sea Yo un Maestro descuidado que no se preocupa de sus discípulos. Tened en cuenta que mi alma no os abandona ni un instante. ¿Habéis visto a un médico cuando estudia a un enfermo de un mal que no conoce y que tiene síntomas raros? No separa sus ojos de él. Después de haberlo visitado, lo vigila, cuando duerme y cuando está despierto, por la mañana y por la tarde, cuando está callado y cuando habla, porque todo puede ser un medio y guía para descifrar la enfermedad oculta y curarla. Lo mismo hago con vosotros. Os tengo unidos con hilos invisibles, pero sensibilísimos, que están en Mí y me transmiten aun las más leves vibraciones de vuestro yo.

Os dejo que penséis que sois libres, para que manifestéis cada vez más lo que sois, cosa que sucede cuando un alumno o un maníaco, cree que el vigilante lo ha perdido de vista. Sois un grupo de personas, pero formáis un núcleo, esto es, una sola cosa. Y puesto que sois un grupo complejo, que va tomando cuerpo, hay que estudiarlo en sus características particulares, más o menos buenas, para formarlo, juntarlo, limpiarlo, aumentarlo en facetas poliédricas y hacer un único objeto perfecto. Por esto os estudio, aun cuando dormís.

¿Qué sois?... ¿Qué debéis ser?... Sois la sal de la tierra. En tal os debéis convertir: sal de la tierra. Con sal se preservan las carnes de la corrupción y otras cosas. Pero si la sal pierde su fuerza, ¿podría salar algo?... Quiero salar al mundo con vosotros, para que sepa saborear lo celestial. Pero ¿cómo podéis salar si perdéis vuestro sabor?

¿Qué cosa hace que perdáis el sabor de lo celestial?... *Lo que es humano*. ¿No es verdad que el agua del mar no es buena para beber porque está salada?... sin embargo si alguien toma un vaso de agua y lo vacía en una jarra de agua dulce, entonces sí se puede beber, porque el agua de mar se ha diluido en tal forma que perdió su propio sabor. El género humano es como el agua dulce que se mezcla con vuestra sal celestial. Todavía más, si dado el caso en que se pudiese hacer venir un hilo de agua de mar e introducirlo en el lago ¿podrías después, encontrar el hilo del agua salada?... ¡No! Habría desaparecido en medio de tanta agua dulce. Así acontece con vosotros cuando inmergís vuestra misión, mejor dicho, la sumergís en mucha humildad. Sois hombres. Lo sé. Pero... y Yo, ¿Qué soy? Soy quien tiene consigo toda la fuerza. Y ¿qué hago? Os comunico esta fuerza, porque os he llamado. Pero ¿de qué sirve que os la comunique si luego la perdéis bajo una avalancha de cosas y sentimientos humanos?

Vosotros sois, debéis ser la luz del mundo. Os escogí: Yo, Luz de Dios, de entre los hombres para continuar iluminando al mundo después de que hubiere regresado al Padre. Pero... ¿podrías dar luz si sois linternas apagadas o llenas de humo?... ¡No! Antes bien, con el humo –es peor el humo que una mecha totalmente apagada- oscureceríais ese rayo de luz, que los corazones aún pudieran tener. ¡Oh! ¡Desgraciados de aquellos que al buscar a Dios se dirigen a los apóstoles y en lugar de luz obtienen humo! Escándalo y muerte conseguirán. Pero maldición y castigo tendrán los apóstoles indignos. ¡Grande es vuestra suerte! Pero también, ¡grande y terrible compromiso! Acordaos que a quien más se le dio, más obligado está a dar. Y a vosotros se os ha dado lo máximo de instrucción y de dones. Yo, el Verbo de Dios os instruyo, y de Dios recibís el don de ser “los discípulos” esto es, los continuadores del Hijo de Dios.

Querría que meditaseis siempre esta lección vuestra, que escudriñéis y que calculéis... y si uno siente poder ser fiel –no quiero ni siquiera decir: si uno no se siente sino pecador e

impenitente; digo tan solo: si uno siente poder ser fiel- pero no siente en sí el valor del apóstol, que se retire. ¡El mundo para quien lo ama es ancho, hermoso, suficiente y vario! Ofrece todas las flores y todos los frutos para el vientre y los sentidos. Yo no ofrezco sino una sola cosa: la santidad. Está en la tierra, es la cosa más angosta, pobre, insípida, espinosa y perseguida. En el cielo, su angostura se torna en inmensidad, su pobreza en riqueza, sus espinas en una alfombra de flores, su rigidez en sendero liso y suave, su persecución en paz y beatitud. Pero acá, tan solo el héroe puede ser santo. No os ofrezco más que esto.

¿Queréis permanecer conmigo?... ¿Os sentís con fuerzas para hacerlo? ¡Oh! ¡No os miréis con ojos de estupor y de dolor! Muchas veces me oiréis hacer la misma pregunta y cuando la oigáis pensad que mi corazón llora al hacerla, porque no respondéis a vuestra vocación. Entonces examinaos y juzgad con honradez y sinceridad, y decidid: Decidid para no ser de los réprobos. Decir: “Maestro, amigos, conozco que no he sido hecho para este camino. Os doy el beso de compañero y os digo, rogad por mí”. Mejor así que traicionar... Mejor así...

¿Qué decís?... ¿A quién traicionar?... ¿A quién?... A Mí. A mi causa, o sea, a la causa de Dios, porque soy Uno con el Padre y vosotros también os traicionaríais. Traicionaríais a vuestra alma y la entregaríais a Satanás. ¿Queréis permanecer hebreos? No os fuerzo a cambiar. Pero no traicionéis. No traicionéis vuestra alma, ni al Mesías, ni a Dios. Os juro que ni Yo, ni los fieles a Mí os criticarán, ni os señalarán para que las multitudes fieles os desprecien. Hace poco un hermano vuestro dijo una *gran* palabra: “Se trata de poner ocultas nuestras llagas y las de los que amamos” Y el que se separase sería una llaga, una gangrena que, nacida en nuestro organismo apostólico, se separaría completamente como una gangrena y dejaría una señal dolorosa que cuidadosamente esconderíamos.

No. No lloréis, amigos. No lloréis. No os guardo rencor, ni soy intransigente por verlos tan lentos. Apenas os he tomado y no puedo exigir que seáis perfectos. Pero si después de años lo exigiré, aun cuando inútilmente haya repetido cien o doscientas veces la misma cosa. Antes bien, escuchad: con los años seréis menos ardientes que ahora que sois neófitos. La vida es Así... el linaje humano es así... pierde su ímpetu después de su primer choque. Pero (Jesús de pronto se levanta) Yo os juro que venceré. Purificados, por selección natural, fortificados por lo sobrenatural, vosotros los mejores os convertís en mis héroes. Héroes del Mesías. Héroes del Cielo. El poderío de los Césares será polvo respecto a la realeza de vuestro sacerdocio. Vosotros, pobres pescadores de Galilea, vosotros desconocidos judíos, vosotros, un puñado entre la masa de los hombres que actualmente viven, seréis más célebres, aclamados, venerados que Cesar, y que todos los Césares que haya tenido y tenga la tierra. Vosotros célebres, vosotros benditos en un futuro próximo y en los siglos más remotos, hasta el fin del mundo.

Yo os elijo a esta suerte sublime. A vosotros que sois sinceros en la voluntad, y para que seáis capaces de ella os doy las líneas esenciales de vuestro carácter de apóstoles.

Estar siempre alertas y pronto. Vuestras cinturas estén ceñidas, siempre ceñidas, y vuestras lámparas encendidas como lo hace quien de un momento a otro debe de partir o de salir al encuentro de quien está por llegar. Y de hecho, vosotros seréis hasta que la muerte os detenga, los incansables peregrinos en busca del extraviado; y hasta que la muerte la apague, vuestra lámpara debe de estar en alto y encendida para señalar el camino a los extraviados que viene al redil del Mesías.

Debéis ser fieles al dueño que os ha colocado en este servicio. El siervo a quien el amo encontrase siempre alerta y la muerte en estado de gracia, será premiado. No podéis, no debéis decir: “Soy joven, tengo tiempo de hacer esto o aquello, ya después pensaré en mi dueño, en la muerte, en mi alma”. Mueren los jóvenes como los viejos, los fuertes como los débiles. Y viejos y jóvenes, fuertes y débiles están expuestos igualmente al asalto de la tentación. Pensad que el alma puede morir antes que el cuerpo y podéis cargar, sin saberlo, junto con vosotros un alma en corrupción. El morir del alma es tan insensible, como la muerte de una flor. No lanza grito alguno, no tiene ninguna convulsión... inclina tan solo su llama, cual cansada corola y se apaga. Algunas veces después de mucho tiempo, otras, tal vez

inmediatamente, el cuerpo cae en cuenta de que lleva dentro de sí un cadáver en gusanos, y enloquece de espanto, y se mata para escapar de este connubio... ¡Oh! ¡No escapa! Cae exactamente con su alma agusanada en un bullir de serpientes en el Infierno.

No seáis injustos cual corredores de cambios o de oradores que luchan por dos clientes opuestos. No seáis falsos como los políticos que llaman “amigo” a este y a aquel y después son enemigos de aquel o de este. No queráis ser dobles. A Dios no se le hace burla ni se le engaña. Portaos con los hombres como os portáis con Dios, porque la ofensa que se hace a los hombres, se hace a Dios. Procurad que Dios os vea, como queráis ser vistos de los hombres.

Sed humildes. No podéis echar en cara a vuestro Maestro de que no lo sea. Os doy ejemplo. Haced como hago. Humildes, dulces, pacientes. El mundo se conquista con esto, no con violencia y fuerza. Sed fuertes y violentos contra los vicios. Arrancáoslos, aun cuando os arranquéis pedazos de corazón. Os dije hace algunos días que vigilaseis el mirar pero no lo sabéis hacer. Os digo: es mejor que os hagáis ciegos arrancándoos los ojos voraces, más bien que ser lujuriosos.

Sed sinceros. Soy verdad, en las cosas sublimes y en las humanas. Quiero que también vosotros seáis francos. ¿Por qué andar con engaños conmigo?... ¿con los hermanos o con el prójimo?... ¿por qué jugar al engaño? ¿Sois tan orgullosos y no tenéis ni el orgullo de decir: “No quiero que se me tache de mentiroso”? Sed francos con Dios. ¿Creéis poderlo engañar con oraciones largas y a la vista de todos? ¡Oh! ¡Pobres hijos! ¡Dios ve el corazón!

Sed sencillos, puros al hacer el bien, también al hacer limosna. Un publicano supo serlo antes de su conversión y ¿vosotros no lo podéis?... Te alabo, Mateo, por la oferta pura, semanal que tan sólo Yo y el Padre, conocíamos, y te cito como ejemplo. También esto es castidad, amigos. No descubráis el bien que hicierais... ¿cómo descubriríais a una joven hija vuestra a los ojos de una multitud?... Sed vírgenes en hacer el bien. Y el acto es virgen cuando no tiene ningún pensamiento de alabanza o de estima, o de acicate de soberbia.

Sed esposos fieles a Dios en vuestra vocación. No podéis servir a dos señores. El lecho nupcial no puede acoger al mismo tiempo a dos esposas. Dios y Satanás no pueden dividirse vuestros brazos. El hombre no puede, y no pueden ni Dios ni Satanás compartir un triple abrazo que se dan los tres. Procurad estar lejos de tener hambre de oro, de carne y de poder. Satanás os ofrece eso. ¡Oh! ¡Sus mentirosas riquezas! Hombres, éxito, poder, abundancia: mercados obscenos que ocupan vuestra alma como dinero. Contentaos con poco. Dios os da lo necesario. Basta. Esto es lo garantiza, como lo garantiza a las aveillas del aire, y vosotros valéis más que ellas. Pero quiere de vuestra parte confianza y que seáis parcos. Si tenéis confianza, Él no os desilusionará. Si sois parcos, su don cotidiano os bastará.

No seáis paganos, aun cuando por nombre sois de Dios. Paganos son los que aman más que a Dios el oro y el poder para parecer semidioses. Sed santos y seréis semejantes a Dios en la eternidad.

No seáis intransigentes. Todos vosotros, pecadores, tratad de ser con los demás como querríais que fuesen con vosotros: esto es, llenos de compasión y perdón.

No juzguéis. ¡Oh! ¡No juzguéis! Poco hace que estáis conmigo, y habéis comprobado cuántas veces, Yo, inocente, he sido mal juzgado y he sido acusado de pecados que no existen. El mal juicio es una ofensa. Y sólo el que es verdadero santo no responde ofensa con ofensa. Por lo cual absteneos de ofender para no ser ofendidos. Así no faltaréis a la caridad, ni a la santa, querida, suave humildad, la enemiga de Satanás al par que la castidad. Perdonad, perdonad siempre. Decid: “Perdono, oh Padre, para que Tú perdones mis innumerables pecados”.

Procurad ser mejores hora tras hora, con paciencia, firmeza, heroicidad. Y... ¿quién os dice que no sea una cosa dura el ser buenos?... antes bien os digo: es la más grande fatiga de todas. Pero el primero es el cielo y por esto vale la pena aceptar esta lucha.

¡Amad! ¡Oh! ¿qué palabras puedo deciros para persuadiros al amor? Ninguna es apta para llevaros a este, pobres hombres a quienes Satanás instiga. Ahora bien, Yo digo: “Padre

apresura la hora de purificación. Esta tierra y esta grey están secas y enfermas. Pero existe un rocío que lo puede ablandar y limpiar. Abre, abre esa fuente, Ábreme... ¡a Mí ábreme! Mira, Padre, ardo en deseos de hacer tu Querer que es el Mío y el del Amor Eterno. ¡Padre, Padre, Padre! Mira a tu Cordero y sé su sacrificador”.

Jesús realmente está inspirado. De pie, con los brazos abiertos en cruz... con su vestido de lino parece un ángel que ora.

La visión termina.

64. En Tiberíades Jesús busca en la casa de Cusa a Jonatás

6 febrero 1945

Tengo ante mi vista la hermosa ciudad de Tiberíades que en su conjunto me dice que es nueva y rica, está mejor delineada que otras ciudades palestinas y presenta un conjunto armónico, que ni siquiera Jerusalén lo tiene. Hermosas y rectas ciudades, que tienen ya el sistema de drenaje, por lo que las aguas y las inmundicias no se estancan en ellas. Plazas anchas con fuentes y las más bellas están hechas de trozos de mármol. Palacios que rivalizan el estilo de Roma con portales llenos de luz. El ojo puede descubrir anchos vestíbulos, a través de algunos portones que a esta hora matutina están ya abiertos; columnas de mármol decoradas con mantas preciosas, sillas y mesas. Casi todos los vestíbulos tienen en el centro un patio que tiene en el suelo mármol con una fuente con surtidor y tanques también de mármol llenos de plantas en flor.

En realidad no es otra cosa más que una imitación de la arquitectura de Roma que ha sido copiada perfectamente bien. Las casas más hermosas son las que están junto al lago. Las tres primeras, que están paralelas, son verdaderamente señoriales. La primera situada en la avenida que suavemente bordea el lago, en realidad es maravillosa. Donde termina sigue una hilera de villas cuya fachada principal no da al lago sino a los jardines que están en frente de él y que bajan hasta el pie de las olas. Todas tienen un pequeño portón, en que están atracadas barcas de transporte con baldaquinos preciosos y cojines de púrpura.

Parece que Jesús haya descendido de la barca de Pedro no en el puerto de Tiberíades sino en algún otro lugar, tal vez en los suburbios, y viene caminando por la avenida que bordea el lago.

“¿Has estado alguna vez en Tiberíades, Maestro?” pregunta Pedro.

“Nunca”.

“¡Eh! ¡Antipas ha hecho bien las cosas, y en grande, para adular a Tiberio! ¡Es un verdadero vendido ese...!”

“Me parece que es una ciudad más bien de descanso que de comercio”.

“Los negocios están del otro lado. Tiene mucho comercio. Es rica”.

“¿Estas casas son palestinenses?”

“Sí y no. Muchas pertenecen a romanos, pero muchas... ¡eh! ¡sí! Aunque están llenas de estatuas y de tonterías, son de hebreos”. Pedro suspira y murmura: “... ¡Si nos hubiesen quitado tan solo la independencia!... pero... nos han quitado la fe... ¡Estamos haciéndonos más paganos que ellos!”

“No es culpa de ellos, Pedro. Tienen sus costumbres y no nos obligan a que las tengamos. Somos nosotros los que queremos corrompernos. Por utilidad, por moda, por servilismo...”

“Dices bien. El primero es el Tetrarca...”

“Maestro, hemos llegado” dice el pastor José. “Esta es la casa del mayordomo de Herodes”.

Se detienen en el borde de la avenida, donde se bifurca y sigue una calle. Las villas quedan, pues, entre esta y el lago. La casa señalada es la primera hermosísima, envuelta en un jardín tapizado de flores. Fragancia, ramas de jazmines y rosas se extienden hasta el lago.

“¿Y aquí está Jonatás?”

“Aquí, eso me dijeron. Es el mayordomo del mayordomo. A él le fue bien. Cusa no es malo y es justo en reconocer los méritos de su mayordomo. Es uno de los pocos de la corte que es honrado. ¿Voy a llamarlo?”

“Ve”.

José va al gran portón y toca. Acude el portero. Hablan entre sí. Veo que José tiene un gesto de desagrado y que el portero saca su cabeza gris y mira a Jesús y luego pregunta algo a José, el cual asiente. Hablan otra vez entre sí.

Después viene a Jesús, que ha estado esperando pacientemente bajo la sombra de un árbol. “No está Jonatás. Se encuentra en el Alto Líbano. Fue a llevar al aire fresco y puro a Juana de Cusa, que está muy enferma. Dice el criado que fue él porque cusa está en la corte, y que no puede venir dado el escándalo producido con la fuga de Juan el Bautista, y que le enferma empeoraba y que el médico dijo que moriría. Pero el criado dice que entres a descansar. Jonatás le ha hablado del Mesías niño y tu nombre le es conocido y te esperan”.

“¡Vamos!”

El grupo se encamina. El portero ha estado espiando, llama a los demás criados abre el portón hasta ahora cerrado, y corre al encuentro de Jesús con verdadero respeto.

“Derrama, Señor, tu bendición sobre nosotros y sobre esta malhadada casa, ¡Oh! ¡Cuánto pesará a Jonatás el no haber estado! Su esperanza era verte. Entra, entra y contigo tus amigos”.

En el atrio hay siervos y criadas de todas edades. Todos se inclinan respetuosamente a saludar pese a su curiosidad. Una anciana llora en un rincón. Jesús entra y bendice con su ademán y saludo de paz. Le ofrecen descanso y se sienta en una silla y todos le rodean.

“¡Oh! Jonatás nos ha alimentado con su historia. Jonatás es bueno. Dice que lo es porque lo hizo el beso que te dio. Pero también es bueno porque lo es”.

“Yo di besos también y me los dieron... pero como tú dices, sólo en los buenos aumenta la bondad... ¿Está ahora ausente?... vine por él”.

“Ya lo dije: está en el Líbano. Allá tiene amigos. Es la última esperanza para la joven patrona, y si esto no da resultado...”

La anciana que está en el rincón llora más fuerte. Jesús interrogativamente la mira.

“Es Ester la nodriza de la patrona. Lloro porque no se resigna a perderla”.

“Ven, madre. No llores así” dice Jesús. “Ven aquí cerca de Mí. ¡No está dicho que enfermedad quiera decir muerte!”

“¡Oh! ¡Es muerte! Desde que tuvo aquel parto único e infeliz ¡se me muere! Las adúlteras secretamente paren y viven, y ella, ella que es buena, honrada, amada, muy amada, ¡debe morir!”

“Pero... ¿qué cosa tiene?”

“Fiebre que la consume... es como una lámpara que ardiese en medio de un ventarrón... que aumenta su fuerza de día en día, y ella cada vez más débil. ¡Oh! Yo quería ir con ella, pero Jonatás prefirió criadas jóvenes, porque ella no tiene fuerzas y se le carga en vilo y yo ya no sirvo... Para eso, no, pero... para amarla, sí. La recibí del seno de su madre... yo también estaba casada, y hacía un mes que había tenido un hijo, y yo le di la leche, desde que fue huérfana y que apenas sabía decir “mamá”. Tengo canas ya y estoy arrugada de velar sus enfermedades. Yo fui quien la vistió para su matrimonio, yo la llevé al tálamo... sonreí con ella con sus esperanzas de ser madre... lloré con ella sobre el hijo muerto... He recibido todas las sonrisas y lágrimas de su vida.. Le he dado todas las sonrisas y consuelo de mi corazón... y ahora muere, y no la tengo cerca de mí...” La anciana da compasión.

Jesús la acaricia pero es inútil. “Escucha, madre... ¿tienes fe?”

“¿En Ti?... sí”.

“En Dios, mujer. ¿Puedes creer que todo lo puede Dios?”

“Lo creo y creo que Tú, su Mesías, lo puedes. ¡Oh! En la ciudad ya se habla de tu poder. Aquel hombre (y señala a Felipe) hace tiempo que hablaba junto a la sinagoga de tus milagros. Y Jonatás le preguntó: “¿Dónde está el Mesías?” y le contestó: “No sé”. Jonatás me

dijo entonces: “Si estuviese aquí, yo te juro, que ella sanaría”. Pero Tú no estabas aquí... y él partió con ella... y ahora estará por morir...”}

“No. Ten fe. Dime claramente lo que tienes en el corazón. ¿Puedes creer que ella por tu fe no morirá?”

“¿Por mi fe? ¡Oh! Si la quieres te la doy. Toma mi vida, mi vieja vida pero tan solo déjame verla sana”.

“Yo soy la vida. Doy vida pero no muerte. Tú, un día le diste la vida con la leche de tu seno, y era una pobre vida que podía acabar. Ahora con tu fe le das una vida ilimitada. Sonríes, madre”.

“Pero ella no está...” La vieja oscila entre la esperanza y el temor. “Ella no está y tú... estás aquí”.

“Ten fe. Escucha. Voy a Nazaret por algunos días. Tengo también allá amigos enfermos... después iré al Líbano. Si Jonatás regresa dentro de seis días, mándalo a Nazaret, a Jesús de José. Si no viene iré Yo”.

“¿Cómo lo harás?”

“Me guiará el arcángel de Tobías¹. Tú robustécete en la fe. No te pido sino esto. No llores más, madre”.

La anciana, por el contrario, llora más fuerte. Está a los pies de Jesús y tiene la cabeza sobre las rodillas divinas, mientras besa y baña con sus lágrimas la mano bendita. Jesús, con la otra la acaricia, y mientras los otros criados le insisten en que deje de llorar, dice: “Dejadla que llore. Es un llanto que alivia. Le hace bien. ¿Seréis felices todos, si la patrona sana?”

“¡Oh! Es muy buena. Cuando alguien es así, no es patrón, es un amigo y se le ama. La amamos. Créelo”.

“Lo veo en vuestros corazones. Vosotros también sed buenos. Ya me voy. No puedo esperar. Tengo la barca. Os bendigo”.

“Maestro regresa, regresa otra vez”.

“Regresaré muchas veces. Adiós. La paz sea en esta casa y en todos vosotros”.

Jesús sale con los suyos, acompañado de los criados que lo aclaman.

“¡Eres más conocido aquí que en Nazaret!” observa tristemente Santiago su primo.

“Esta casa la preparó alguien que tenía verdadera fe en el Mesías. Para Nazaret yo soy el carpintero... Nada más”.

“Y... y nosotros no tenemos la fuerza de anunciarte por lo que eres...”

“¿No la tenéis?”

“No, primo. No somos heroicos como los pastores...”

“¿Lo crees, Santiago?” Jesús sonríe mirando a su primo que tanto se asemeja a su padre putativo, por el color castaño moreno de sus ojos y cabellos, lo mismo que su cara. Por su parte, Judas, aparece pálido, con su barba rubia y ondulada cabellera, con los ojos azules que ligeramente concuerdan con los de Jesús. “Pues bien, Yo te digo que no te conoces. Tú y Judas sois dos fuertes”.

Los primos sacuden la cabeza.

“Os persuadiréis de que no me equivoco”.

“¿Vamos de veras a Nazaret?”

“Sí. Quiero hablar con mi Madre... y hacer alguna otra cosa más. Quien quiera venir, que venga”.

Todos quieren ir. Los primos son los que están más contentos: “¿Se trata del padre y de la madre... entiendes?”

“Entiendo. Pasaremos por Caná y luego iremos allá”.

“¿Por Caná? ¡Oh! Entonces vamos a casa de Susana. Nos dará huevos y frutas para papá, Santiago”.

“Y por supuesto que también de su buena miel. ¡A él tanto que le gusta!”

¹ Cfr. Tob 5-12

“Y lo alimenta”.

“¡Pobre padre! ¡Sufre tanto! Como planta desenraizada siente que se le acaba la vida, y no quisiera morirse...” Santiago mira a Jesús, con una muda plegaria... Pero Jesús no da señales de haberlo visto. “José también murió con dolores, ¿no es verdad?”

“Sí” responde Jesús. “Pero sufría menos porque estaba resignado”.

“Y... como te tenía a Ti”.

“También Alfeo podría tenerme”.

Los primos suspiran con tristeza y todo termina.

65. Jesús en casa de su tío Alfeo y luego en la suya

7 febrero 1945

Jesús con los suyos se encuentra por las bellas colinas de Galilea. Para escapar del sol que todavía está alto, aunque muy cercano al ocaso, caminan bajo los árboles, que casi todos son olivos.

“¡Más allá de aquel promontorio está Nazaret” dice Jesús. “Dentro de poco estaremos allí. AL llegar a las afueras de la ciudad nos separaremos. Judas y Santiago irán a casa de su padre, como su corazón lo desea. Pedro y Juan distribuirán la limosna entre los pobres, que de seguro están cerca de la fuente. Los demás y Yo iremos a casa para cenar y luego pensaremos en el reposo”.

“Nosotros regresamos a la casa del buen Alfeo. Se lo prometimos la otra vez. Pero Yo iré tan sólo para saludarlo. Cedo mi lecho a Mateo que todavía no está acostumbrado a las incomodidades” dice Felipe.

“No, tú no, que eres viejo. No lo permito. He tenido hasta ahora un lecho fino... pero ¡qué sueños infernales tenía yo! Creedme, ahora me siento tan tranquilo que me parece dormir entre plumas aun cuando esté acostado sobre piedras. ¡Oh! ¡es la conciencia la que te deja o no te deja dormir!” responde Mateo.

Se prende una disputa caritativa entre Tomás, Felipe, Bartolomé y Mateo, que, es claro, son lo que estuvieron la otra vez en casa de este Alfeo, (que no es el padre de Santiago, porque éste al hablar con Andrés, dice: “Habrà siempre un lugar para ti como la otra vez, aunque el padre esté muy enfermo”). Tomás gana: “Yo soy el más joven del grupo. Yo soy el que cedo la cama. Mateo, deja que lo haga. Poco a poco te acostumbrarás. ¿Crees que me pesa? No. Soy como un enamorado que piensa... “Estaré en lo duro pero cerca de mi amor”. Tomás que frisa en los treinta y ocho años, jovial ríe y Mateo cede.

“Nazaret se encuentra ya con sus primeras casas a pocos metros.

“Jesús... nos vamos” dice Judas.

“Está bien”.

Los dos hermanos se van casi corriendo.

“¡Eh! El padre es padre” murmura Pedro. Y aunque si es duro, siempre es sangre nuestra, y la sangre jala más fuerte que una sogá. Y además... me gustan tus primos. Son muy buenos”.

“Son muy buenos, sí. Y son tan humildes que ni siquiera se ponen a reflexionar en la medida que lo son. Creen tener siempre defectos porque su alma siempre ve lo bueno en otros, a excepción suya. Mucho que aprovecharán...”

Están ya en Nazaret. Algunas mujeres ven a Jesús y lo saludan, también algunos hombres y niños lo hacen. Pero acá no hay aclamaciones al Mesías como en otros lugares. Acá son amigos que saludan al amigo que regresa. Quién más, quién menos expresivamente. Observo en muchos de ellos una curiosidad irónica al ver al grupo heterogéneo que viene con Jesús y que ciertamente no es grupo de dignatarios reales, ni de pomposos sacerdotes. Acalorados, empolvados, vestidos modestamente, menos Judas Iscariote, Mateo, Simón y Bartolomé –los he puesto en orden decreciente en elegancia- semejan un grupo de campesinos viajeros por algún mercado, que no a seguidores de un rey, el cual, de sí, no tiene sino la imponencia de su estatura y sobre todo la de su aspecto.

Avanzan algunos metros y luego Pedro y Juan se separan para ir a la derecha, mientras Jesús prosigue con los demás hasta una placita llena de niños que gritan alrededor de un estanque lleno de agua al que vienen sus mamás.

Un hombre ve a Jesús y hace una señal de sorpresa aun sin creerlo. Se apresura a ir a Él y lo saluda: “¡Bienvenido, no te esperaba tan pronto! Ten, besa a mi último nieto. Es el pequeño José. Nació en tu ausencia” y le extiende el pequeñito que tiene entre sus brazos.

“¿Le has puesto de nombre, José?”

“Sí. No me olvido del que fue casi pariente mío, y más que pariente, mi *gran* amigo. Ahora también he puesto todos los nombres más amados a mis nietos: Anna, mi amiga de cuando yo era pequeño y Joaquín. Después María... ¡Oh! ¡Qué fiesta cuando nació! Recuerdo cuando me la dieron para que la besase y me dijeron: “¿Ves?... Aquel arco iris ha sido el puente por donde Ella bajo del Cielo. Los ángeles caminan por allí” y... en verdad que parecía un angelito... ¡Tan hermosa era!... Ahora, aquí tienes a José. Si hubiese sabido que regresabas pronto te hubiese esperado para la circuncisión”.

“Te agradezco tu amor por mis abuelos y por mis padres. Es un niño bonito. Que sea justo para siempre como el justo José”. Jesús mece al pequeñín que dibuja sonrisitas llenas de leche.

“Si me esperas, voy contigo. Espero que estén llenas las ánforas. No quiero que se fatigue mi hija María. Pero mejor, mira, le voy a hacer así: Las doy a los suyos, si quieren, y hablo un poco contigo aparte”.

¡¡Claro que las llevamos! No somos reyes asirios” exclama Tomás que es el primero en tomar una.

“Entonces, ved, María de José no está en casa. Está en la de su primo, pero la llave está en mi casa. Decid que os la den para que entréis a ella, a la carpintería, quiero decir.” “Sí, Sí. Id también a casa. Ya iré Yo”.

Los apóstoles se van y Jesús se queda con Alfeo.

“Quería decirte, soy tu verdadero amigo... y cuando uno es verdadero amigo, y uno es más viejo y del lugar puede hablar. Creo que *deba* hablar... Yo... yo no quiero darte consejos. Eres más entendido que yo. Sólo quiero ponerte sobre aviso de que... ¡Oh! No quiero hacerla de espía ni ponerte en mal a tus parientes. Pero yo creo en Ti, Mesías y... y me siento mal al ver que ellos dicen que no eres Tú, o sea, el Mesías; que Tú eres un enfermo, que estás arruinando a la familia y a los parientes. La ciudad... ¿sabes?... Alfeo es muy estimado y por eso la ciudad también lo escucha, y ahora está enfermo y da compasión... También el dolor algunas veces sirve para hacer cosas injustas. Mira, yo estaba aquella tarde en que Judas y Santiago te defendieron y defendieron la libertad de seguirte... ¡Oh! ¡Qué escena! No sé cómo tu Madre pueda aguantar y la pobre María de Alfeo. En ciertas situaciones de familia las mujeres son siempre las víctimas”.

“Ahora mis primos están en la casa de su padre...”

“¿De su padre...? ¡Oh! ¡Los compadezco! El viejo está realmente fuera de sí, y será por la edad, o mejor dicho por la enfermedad, que se comporta como un loco. Si no lo estuviese me daría mucha mayor compasión porque... pondría en peligro su alma”.

“¿Piensas que tratará mal a sus hijos?”

“Estoy seguro. Me desagrada por ellos y por las mujeres... ¿A dónde vas?”

“A casa de Alfeo”.

“¡No! ¡Jesús! ¡No quisiera que te falte al respeto!”

“Los primos me aman más que a ellos mismos, y justo es que les pague con igual amor... allí hay dos mujeres a quienes amo... Voy. No me entretengas”. Jesús apresura el paso para ir a la casa de Alfeo, mientras el otro se queda pensativo en medio de la calle.

Jesús camina veloz. Helo ya que se acerca al huerto de Alfeo. Le llega el llanto de una mujer y los gritos descompasados de un hombre, Más de prisa va Jesús a través del huerto verdeante hasta pocos metros que separan el camino de la casa. Ya está casi en los umbrales de la casa cuando su Madre saca la cabeza y lo ve.

“¡Mamá!”

“¡Jesús!”

Dos gritos de amor. Jesús quiere entrar, pero María dice: “No, Hijo” y se pone en el umbral con los brazos abiertos y las manos puestas en el marco de la puerta. Una barrera de carne y de amor, que repite: “No, Hijo, no lo hagas”.

“Déjame, Mamá que no pasará nada”. Jesús está tranquilísimo, a pesar que la marcada palidez de María ciertamente lo turba. Toma su muñeca delgada, le quita la mano del marco y pasa.

En la cocina, esparcidos por el suelo hechos un montón viscoso, están los huevos que trajeron de Caná. De la otra habitación sale una voz quejumbrosa de un viejo que insulta, acusa, se lamenta, con uno de esos arrebatos seniles tan injustos, impotentes, dolorosos cuando se ven y penosos al sufrirlos. “...ved mi casa destruida, convertida en el hazmerreír de todo Nazaret, ¡y yo aquí solo, sin ayuda, herido en el corazón, en el respeto, en mis necesidades!... ¡Esto es lo que te toca Alfeo, por haberte portado como un verdadero fiel! Y... ¿por qué? ¿...Por qué?... Por un loco. Un loco que hace locos a mis estúpidos hijos. ¡Ay! ¡Ay! ¡qué dolores!”

Y se oye la voz llena de lágrimas de María de Alfeo que suplica: “¡Calma, Alfeo, calma! ¿Ves que te hace mal? Espera a que te ayude... Tú que siempre eres bueno, siempre justo... ¿Por qué ahora te portas así contigo? ¿Conmigo?... ¿con tus pobres hijos?...”

“¡Nada! ¡Nada! ¡No me toques! ¡No quiero! ¿Buenos los hijos? ¡Ah, sí! ¡En realidad dos ingratos! Me traen miel después de haberme convertido en un vaso de hiel. ¡Me traen huevo y frutas después de que se han atragantado de mi corazón! Lárgate, lárgate, te lo digo. Lárgate. No te quiero. Quiero a María. Ella sabe hacerlo. ¿Dónde está esa débil mujer que no sabe hacerse obedecer de su Hijo?”

María de Alfeo, arrojada, entra a la cocina en el momento en que Jesús está por entrar en la habitación de Alfeo. Lo ve y se le arroja a la espalda llorando desesperada, mientras María, la Virgen, humilde y paciente va a donde está el viejo iracundo.

“No llores tía. Ahora voy Yo”.

“¡Nooo! ¡No hagas que te insulten! Parece un loco. Tiene el bastón. No, Jesús, no. Les pegó también a sus hijos”.

“No me hará nada” y Jesús suave pero resueltamente hace a un lado a su tía y entra.

“La paz sea contigo Alfeo”.

El viejo, que está por acostarse en medio de mil quejas e insultos a María porque no sabe cómo hacerlo (antes había dicho que Ella era la única que sabía) se voltea de golpe: “Aquí... aquí... ¿para burlarte de mí?... ¿También esto?”

“No, a traerte paz. ¿Por qué tan intranquilo? ¿Te pones peor! Mamá, deja. Yo lo levanto. No te haré mal y no te costará trabajo. Mamá levanta las cobijas” y Jesús toma con cuidado aquel montón de huesos que se desquebrajan, anhelante, duro, quejumbroso, miserable, y lo recuesta con cuidado como si fuese un recién nacido. “Así, así, como hacía Yo con mi padre. Más arriba está la almohada. Te sentirás mejor y fácilmente respirarás. Mamá, ponle esa bajo la cintura. Estará más cómodo. Ahora, así, la luz, que no le hiera los ojos, pero sí que pueda entrar aire puro. ¡Muy bien! Vi una pócima en el fuego. Tráela, Mamá y que esté bien dulce; estás sudando y te resfrías. Te hará bien”.

María obediente, sale.

“Pero yo... pero yo... ¿Por qué eres bueno conmigo?”

“Porque te quiero mucho. Lo sabes”.

“Yo te quería, pero ahora...”

“Ahora no me quieres más. Lo sé. Pero yo te quiero, y esto me basta. Luego me amarás...”

“Y entonces... ¡ay!... ¡ay!... ¡qué dolores! Y entonces, si es verdad que me quieres, ¿por qué ofendes mis canas?” No te ofendo, Alfeo, de ningún modo. Te respeto”.

“¿Respeto?... Soy el hazmerreír de Nazaret, eso sí”.

“¿Por qué, Alfeo, dices eso? ¿En qué cosa te hago el hazmerreír?”

“En los hijos. ¿Por qué son rebeldes?... ¡Por Ti! ¿Por qué se burlan de mí los demás?... Por Ti”.

“Dime: ¿si Nazaret te alabase por la suerte de tus hijos, experimentarías igual dolor?”

“¡Claro que no! Pero Nazaret no me alaba. Me alabaría si de verdad fueses Tú como alguien que va a la conquista. Pero abandonarme por uno que es poco menos que un loco, que va por el mundo atrayéndose odios y burlas... ¡Pobre en medio de los pobres! ¡Ah! Quién no se burlaría... ¡Pobre casa mía! ¡Pobre casa de David! ¡Cómo termina! Y ¿yo debía vivir tanto para contemplar tal desgracia?... verte a Ti, última palmera de la estirpe gloriosa, hecho un demente por demasiado servilismo. ¡Ah! La desgracia vino sobre nosotros desde el día en que mi cobarde hermano se dejó unir con aquella insípida, prepotente mujer que ejerció sobre él todo su imperio. Dije entonces: “José no es para el matrimonio. “¡Será infeliz” y lo fue. Él sabía cómo era, y nunca había querido saber nada de casamiento. ¡Maldición a la Ley de huérfanas herederas!¹ Maldición al destino y maldición a aquellas bodas”.

La “Virgen heredera” con la pócima en la mano regresa a tiempo para oír las lamentaciones de su pariente. Se ve mucho más pálida, pero su actitud paciente no ha perdido la calma. Se dirige a Alfeo y con una dulce sonrisa le ayuda a beber.

“Eres injusto, Alfeo. ¡Pero has sufrido tanto que todo se te perdona! Dice Jesús que le está levantando la cabeza.

“¡Oh, sí ¡Mucho he sufrido! ¿Dices que eres el Mesías y que haces milagros! Así dicen. Al menos, que si me curaras para pagarme los hijos que te has llevado. Cúrame... y te perdonaré”.

“Tú, perdona a los hijos. Comprende su corazón y Yo te daré consuelo. Si tienes rencor, no puedo hacer nada²”.

“¿Perdonar?” El viejo hace un movimiento rápido que, claro es, hace más agudos los espasmos, lo que de nuevo lo enfurece.

“¿Perdonar?... ¡Jamás! ¡Lárgate!... ¡Lárgate si has de decirme esto! ¡Largo! Quiero morirme sin ser más perturbado”.

Jesús tiene un gesto de resignación. “Adiós, Alfeo. Me voy... ¿De veras debo irme?... Tío, ¿de veras debo irme?...”

“Si no me curas, sí, vete. Y di a esas dos serpientes que su viejo padre muere teniéndoles rencor”.

“No. Esto, no. NO pierdas tu alma. No me ames, si quieres. No creas que soy el Mesías. Pero no odies. No odies, Alfeo. Búrlate de Mí. Dime loco. Pero no odies”.

“Pero... ¿por qué me quieres tanto si te insulto?”

“Porque soy Aquel a quien no quieres reconocer. Soy el Amor. Mamá, me voy a casa”.

“Sí. Hijo mío. Iré pronto”.

“Te dejo mi paz Alfeo. Si me necesitas, mándame llamar a cualquier hora y vendré”.

Jesús sale tranquilo como si nada hubiese pasado. Tan solo está más pálido.

“¡Oh! Jesús, Jesús, perdónalo” gime María de Alfeo.

“Claro que sí, María. No hay necesidad ni siquiera de hacerlo. A uno que sufre todo se le perdona. Ahora está ya más calmado. La gracia trabaja aún sin que los corazones sepan. Y luego ahí están tus lágrimas, y también el dolor de Judas y Santiago y su fidelidad a su vocación. La paz sea en tu angustiado corazón, tía”. La besa y sale al huerto para irse a casa.

Cuando está ya por poner el pie en la calle, se ven Pedro y Juan que corren uno tras el otro anhelantes.

“¡Oh, Maestro! Pero... ¿qué sucedió? Santiago me dijo: “Corre a mi casa. ¡Quién sabe cómo sea tratado Jesús!” Pero... no me equivoco. Vino Alfeo el de la fuente y dijo a Judas: “Jesús está en tu casa” y entonces así dijo Santiago...tus primos están espantadísimos. Yo no entiendo nada. Pero te veo... y me tranquilizo”.

¹ Cfr. Núm. 26, 33; 27, 1-11; Jos. 17, 3-4.

² Cfr. Mt. 5, 43-48; Mc. 6, 1-6; Lc. 6, 27-35.

“Nada, Pedro. Un pobre enfermo a quien los dolores hacen insoportable. Ahora ya todo se acabó”.

“¡Oh! ¡Me da gusto!... ¿Y tú por qué aquí?” Pedro con un tono de voz no muy suave interpela a Iscariote que también se ha acercado.

“Me parece que también tú estás”.

“Me pidieron que viniera y he venido”.

“También yo he venido. Si el Maestro está en peligro y *en su patria* yo que lo defendí en Judea, puedo defenderlo también en Galilea”.

“Para esto bastamos nosotros. Pero en Galilea no hay necesidad”.

“¡AH! ¡Ah! ¡En realidad! Su patria lo arroja como un alimento indigesto. Bien. Estoy contento de ti que te escandalizaste con un pequeño incidente ocurrido en Judea, donde Él es desconocido. ¡Aquí al contrario!...” y Judas termina con un silbido que es un poema de sátira.

“Oye, muchacho. No estoy de buen humor para aguantarte. Olvida todo, si algo se te atora. Maestro... ¿te hicieron algún mal?”

“No, Pedro mío. Te lo aseguro. Vamos más aprisa a consolar a los primos”.

Se van, entran en el gran taller de carpintería. Judas y Santiago están junto al banco de carpintero. Santiago de pie, Judas sentado en un banquillo con los codos sobre el banco y la cabeza entre las manos. Jesús se le acerca sonriente, para asegurarles que su corazón los ama.

“Alfeo está más tranquilo ahora. Los dolores se calman y todo está en paz. También vosotros tranquilizaos”.

“¿Lo viste?... y ¿mamá?”

“Vi a todos”.

Judas pregunta: “¿También a los hermanos?”

“No, no estaban allí”.

“Estaban. No quisieron dejarse ver. Pero nosotros los vimos. ¡Oh! Si hubiésemos cometido un crimen, no nos hubieran tratado asó. ¡Y pensar que veníamos volando desde Caná por la alegría de volverlo a ver y traerle lo que le gusta! Lo amamos... pero no nos comprende más... ya no nos cree”. Judas dobla el brazo y llora con la cabeza sobre el banco. Santiago es más fuerte, pero su cara muestra un martirio interno.

“No llores, Judas. Y tú, no sufras”.

“¡Oh, Jesús! Somos sus hijos... y nos ha maldecido. Pero aun cuando esto nos destroza, ¿no daremos paso atrás! ¡Somos tuyos, y tuyos seremos aún cuando nos amenazasen con la muerte!” exclama Santiago.

“¿Y tú decías que no eras capaz del heroísmo? Yo lo sabía. Lo dices por tu propia boca. En verdad, serás fiel aún hasta la muerte. Y tú también”. Jesús los acaricia. Ellos sufren. El llanto de Judas empapa la parte curva de la piedra. Y aquí tengo la ocasión para ver el alma de los discípulos.

Pedro, que en su honrada cara refleja dolor, exclama: “¡Eh! ¡Sí! Es un dolor... cosas tristes. Pero, muchachos míos (y los sacude con cariño) no todos merecen estas palabras... Yo... yo caigo en la cuenta que he sido un afortunado porque se me llamó. Esa buena mujer mía, siempre me dice: “Es como si yo estuviese repudiada, porque no eres ya mío. Pero yo digo: ‘feliz repudio’”. También decidlo vosotros. Perdéis un padre, pero conseguís a Dios”.

José el pastor, que siempre ha sido huérfano, está sorprendido que un padre pueda ser causa de llanto, dice: “Yo creía que era el más infeliz porque no tenía padre. Ahora caigo en la cuenta que es mejor llorarlo muerto que tenerlo por enemigo”.

Juan se limita a besar a acariciar a sus compañeros. Andrés suspira y guarda silencio. Se muere por hablar, pero si timidez no se lo permite. Tomás, Felipe, Mateo y Natanael hablan en voz baja en un rincón como quien respeta un dolor verdadero. Santiago de Zebedeo, ruega a Dios, apenas si se nota, para que dé paz.

Simón Zelote... ¡Oh! ¡Cuánto me gusta su actitud! Deja su rincón y se acerca a los dos afligidos, pone una mano sobre la cabeza de Judas y el otro brazo alrededor de los hombros

se Santiago y dice: “No llores, hijo. Él nos lo había dicho, a mí y a ti: “Os uno a ti que por mi causa pierdes a un padre, y a ti que tienes corazón de padre sin tener hijos”. No comprendimos la profecía que encerraba en sus palabras. Pero Él lo sabía.. Pues bien: yo os ruego. Soy viejo y siempre he soñado en que se me llame “padre”. Acéptame como tal, y yo, como padre, os bendeciré mañana y tarde. Os ruego que me aceptéis por tal”.

Los dos hacen señal que sí entre sollozos más fuertes.

María entra y corre junto a los dos afligidos. Acaricia a Judas en su cabellera oscura y a Santiago en las mejillas. Está pálida como lirio. Judas le toma la mano y se la besa diciendo: “¿Qué está haciendo?”

“Durmiendo, hijo. Vuestra mamá os manda un beso” y besa a los dos.

Se oye irrumpir la áspera voz de Pedro: “Oye, ven aquí un momento, que te quiero decir una cosa” y veo que Pedro ase con su robusta mano un brazo de Iscariote y lo lleva fuera, a la calle. Luego torna solo.

“¿A dónde lo enviaste?” pregunta Jesús.

“¿A dónde?... a tomar aire, si no acabaría yo por dárselo de otro modo... y no lo hice tan sólo por Ti. ¡Oh! Ahora se está mejor. Quien ríe ante un dolor es un áspid, y yo aplasto a las serpientes... Aquí estás Tú... y tan sólo lo mandé al claro de la luna. Será... pero más bien yo me haré un escriba, cosa que Dios solo puede hacer en mí, puesto que apenas comprendo que estoy en el mundo, pero él, ni aun con la ayuda de Dios, se hará bueno. Te aseguro Simón de Jonás, y no me equivoco. ¡No! ¡No te molestes! No piensa que ha habido verdaderamente una tristeza. Es más seco que una piedra bajo el sol de agosto. ¡Ea, muchachos! Que aquí hay una Madre que más dulce no la tiene siquiera el Cielo. Aquí hay un Maestro que es más bueno que todo el Paraíso, aquí hay tantos corazones honrados que os aman sinceramente. Las borrascas hacen bien: hacen caer el polvo. Mañana estaréis más frescos que las flores, más ligeros que los pájaros para seguir a nuestro Jesús”.

Y con estas palabras sencillas y buenas, Pedro termina.

Jesús después dice:

Después de esta visión pondrás lo que te concedí en la primavera del cuarenta y cuatro, en que pido a mi Madre sus impresiones sobre mis discípulos. Por lo demás sus figuras morales han dado ya suficiente resplandor para que pueda ponerse aquí la visión, sin crear en nadie escándalo. No tenía necesidad de aconsejarme con alguien. Pero cuando estábamos solos, mientras los discípulos estaban esparcidos, entre familias amigas o en lugares vecinos, durante mis permanencias en nazaret, cómo gozaba Yo en hablar y pedir consejo a mi dulce amiga: a mi Madre, y obtener un sí de su boca de gracia y de sabiduría de cuánto había Yo visto. No fui otra cosa con Ella más que “El Hijo”. Y entre los nacidos de mujer, no ha habido una mujer más digna del nombre de “Madre” que Ella, con todas las perfecciones de las virtudes humanas y morales. Ni ha habido uno que se haya comportado como “hijo” en el respeto, confianza y amor que Yo.

Y ahora que vosotros tenéis un mínimo de conocimiento de los Doce, de sus virtudes, defectos, carácter y luchas ¿hay alguien todavía que diga que me fue muy fácil unirlos, elevarlos, educarlos? Y ¿hay alguien que piense ser fácil la vida del apóstol, y para ser apóstol, o bien que para *creerse tal*, juega a tener derecho a una vida llana, sin dolores, dificultades, ni derrotas? ¿Hay todavía alguien que, porque me sirve pretende que sea Yo su siervo, y que haga milagros a cada paso a su favor, convirtiendo en una alfombra tapizada de flores, fácil y humanamente gloriosa?... Mi vida, mi trabajo y mi servicio son la cruz, el dolor, las renunciaciones, el sacrificio... Yo lo he hecho. ¡Que lo hagan quienes quieran llamarse “míos”!

66. Jesús pregunta a su Madre acerca de los discípulos

13 febrero 1944

Ahora estoy viendo, dos horas después de lo escrito anteriormente la casa de Nazaret. Reconozco la pequeña habitación del adiós, que da al huerto donde las plantas están llenas de follaje.

Jesús está con María. Están sentados juntos en la banca de piedra junto a la pared. Parece que la cena ha terminado y que mientras los demás, si es que alguien hubiese –no veo a nadie– ya se retiraron, y la Madre y el Hijo se sienten felices de estar cerca y en trabar una dulce conversación. La voz interna me dice que es una de las primeras veces que Jesús regresa a Nazaret después del Bautismo, del ayuno del desierto y de la formación del colegio apostólico antes mencionado. Cuenta a su Madre sus primeras jornadas de evangelización, sus primeras conquistas de corazones... y María está pendiente de los labios de su Jesús.

Está más delgada, más pálida, como si hubiera sufrido mucho durante ese tiempo. Tiene dos grandes ojeras, como las de alguien que ha llorado mucho y que está preocupado. Pero ahora está feliz y sonríe. Sonríe acariciando la mano de su Jesús. Es feliz con tenerlo allí. Con estar de corazón a corazón en el silencio de la noche que va entrando.

Debe ser verano, porque la higuera ya tiene sus primeros frutos maduros que se extienden hasta la casa, y Jesús corta algunos poniéndose de pie, y da los más bonitos a su Madre, limpiándolos con cuidado y se los presenta como si fuesen cálices blancos de estrías rojas, con su corona de pétalos blancos por dentro y púrpura por fuera. Los presenta en la palma de la mano y sonríe al ver que le gustan a su Mamá.

Después a quemarropa le pregunta: “Mamá, ¿has visto a mis discípulos?... ¿Qué piensa de ellos?”

María que está para llevar a la boca el tercer higo, levanta la cabeza, suspende su movimiento, se sobresalta y mira a Jesús.

“¿Qué piensas de ellos ahora que te los he presentado?” recalca Jesús.

“Creo que te aman y que podrás obtener mucho de ellos. Juan... ama a Juan como Tú sabes amar. Es un ángel. Y estoy tranquila cuando pienso que está contigo. También Pedro es bueno... Es duro porque ya es viejo, pero franco y de convicción. Y su hermano... te aman por ahora como son capaces de hacerlo. Después te amarán más. También nuestros primos, ahora que se han convencido te serán fieles. Pero... el hombre de Keriot... ese no me gusta. Hijo. Su ojo no es limpio y su corazón mucho menos. Me causa miedo”.

“Contigo es muy respetuoso”.

“*Demasiado respetuoso.* También contigo es muy respetuoso. Pero no es por Ti, Maestro; es por Ti, su futuro Rey de quien espera utilidades y gloria. Era un nadie, apenas un poco más que los demás de Keriot. Pero ahora espera desempeñar a tu lado un papel de importancia y... ¡Oh, Jesús!... No quiero faltar a la caridad, pero pienso, aun cuando no quiero pensarlo, que en caso que lo desilusiones, no dudará en reemplazarte, o en tratar de hacerlo. Es ambicioso, avariento y vicioso. Está más preparado para ser un cortesano de un rey terrenal que no un apóstol tuyo, Hijo mío. ¡Me causa miedo!” y la Mamá mira a Jesús con los ojos aterrorizados y su cara pálida.

Jesús lanza un suspiro. Piensa. Mira a su Madre. Le sonríe para darle fuerzas: “También esto es necesario, Mamá. Si no fuese él, sería otro. Mi colegio debe representar el mundo, y en el mundo no todos son ángeles y no todos son del temple de Pedro y de Andrés. Si escogiese todas las perfecciones, ¿cómo podrían las pobres almas enfermas atreverse a poder llegar a ser mis discípulos?... He venido a salvar lo que estaba perdido, Mamá. Juan por sí ya está salvo... pero ¡cuántos otros no lo están!”

“No tengo miedo de Leví. Se redimió porque quiso serlo. Dejó su pecado con su banco de alcahalero y se hizo un alma nueva para venir contigo... Pero Judas de Keriot, no. Y además el orgullo llena más su vieja alma manchada. Pero Tú sabes estas cosas, Hijo. ¿Por qué me has preguntado?... No puedo sino rogar y llorar por Ti. Tú eres el Maestro también de tu pobre Mamá”.

La visión termina aquí.

67. “¡Cuán grande es la fragilidad humana de los apóstoles!”

Dice Jesús:

“Mi mirada había leído en el corazón de Judas Iscariote. Nadie debe pensar que la Sabiduría divina, no haya sido capaz de comprender aquel corazón. Pero como dije a mi Madre, él me era necesario¹. ¡Ay de él, que fue traidor! Pero era necesario un traidor. Doble, astuto, avariento, lujurioso, ladrón; más inteligente y más culto que el resto de la masa, había sabido imponerse a todos. Audaz me allanaba el camino, aun cuando fuese difícil. Le gustaba sobre todo sobresalir y hacer resaltar su puesto de confianza que tenía conmigo. No era servicial por instinto de caridad, sino que era uno como aquellos que llamáis “convenencieros”. Esto también le permitía tener la bolsa y acercarse a las mujeres. Dos cosas que juntas con la tercera: los cargos humanos, amaba desenfrenadamente.

La Pura, la Humilde. La Separada de las riquezas terrenales, no podía menos que sentir asco por aquella sierpe. También Yo lo tenía. Yo sólo, y el Padre y el Espíritu, sabemos qué esfuerzos tuve qué hacer para tenerlo junto a Mí. Te lo explicaré en otra ocasión.

Igualmente no ignoraba la hostilidad de los sacerdotes, fariseos, escribas y saduceos. Eran zorras astutas que trataban de empujarme a su trampa para atraparme. Tenían hambre de mi sangre, y buscaban poner engaños a fin de sorprenderme, para tener armas con qué acusarme, y quitarme de en medio. La asechanza duró tres largos años y no se aplacó sino cuando me vieron muerto. Esa noche durmieron felices. La voz del acusador se había extinguido para siempre. Lo creían. ¡No! No estaba todavía extinguida. No lo será jamás y trueno y trueno y maldice a sus semejantes. ¡Cuánto dolor tuvo mi Madre por culpa de ellos! Y no olvido ese dolor.

Que el pueblo sea mudable no es cosa nueva. Es la fiera que lame la mano del domador, si está armada con la vara o si ofrece un pedazo de carne a su hambre. Pero basta que caiga el domador, y no pueda usar la vara, o que no tenga nada para su hambre, que ella se arroja y lo destroza. Basta decir la verdad y ser buenos, para que la multitud lo odie a uno después del primer momento de entusiasmo. La verdad es reproche y aviso. La bondad despoja de la vara y logra hacer que los buenos no tengan miedo. Por lo cual: “Crucifícale”... después de haber dicho: “¿Hosanna!” Mi vida de Maestro está llena de esos dos gritos. El último fue “Crucifícale”. El hosanna es como el aliento que toma el cantor para dar un agudo. María en la tarde del Viernes Santo volvió a oír dentro de sí todos los hosannas mentirosos, que fueron aullidos de muerte para su Hijo, y quedó deshecha. Esto tampoco lo olvido.

La debilidad de los apóstoles. ¡Cuánta! Los llevaba en los brazos, para levantarlos al Cielo, cual piedras pesadas que tiraban hacia la tierra. También los que se creían ministros de un rey temporal, como Judas Iscariote, los que no pensaban como él en subir, cuando llegue la oportunidad, al trono, más estaban siempre ansiosos de gloria². Llegó el día en que mi Juan y su hermano ambicionaban esta gloria que os fascina cual espejismo aún en las cosas celestiales. No es el anhelo santo del Paraíso, que deseo que tengáis.

Pero no sólo esto, sino que es un intercambio odioso, a la manera de un usurero, porque por un poco de amor que habéis dado a quien Yo os dije que debíais entregaros completamente, pretendéis un puesto a su derecha en el Cielo.

No, hijos, no. Primero es necesario saber *beber todo* el cáliz que bebí Yo. Todo: con su caridad prodigada en recompensa del odio, con su castidad contra las voces de los sentidos, con su heroicidad en las pruebas, con su holocausto por amor de Dios y de los demás hermanos. Luego, cuando todo el deber se haya cumplido, hay qué decir: “Somos siervos inútiles” y esperar que mi Padre y vuestro os conceda, por su bondad, un lugar en su Reino. Es menester despojarse, como me has visto despojado en el Pretorio, de todo lo que es

¹ Lea el capítulo anterior y compárelo con Mt. 18, 5-11; Mc. 14, 17-21; Lc. 17, 1-3; 22, 14 y 21-23; Ju. 13, 21-30.

² Cfr. Mt. 20, 23; Mc. 10, 35-40.

humano, conservando sólo lo que es indispensable como el don de Dios que es la vida y darla por los hermanos a los que podemos ser más útiles desde el cielo que en la tierra, y dejar que Dios os revista con la estola inmortal emblanquecida con la sangre del Cordero”.

68. Juana de Cusa es curada cerca de Caná

8 febrero 1945

Los discípulos están cenando en el amplio taller de carpintería de José. El gran banco sirve de mesa, en la que hay todo lo que es necesario. Veo que el taller es también dormitorio. En los otros dos tableros de carpintero hay esteras que sirven de lecho, y lechos bajos (esteras sobre tapetes) han sido colocados junto a las paredes. Los apóstoles hablan entre sí y con el Maestro.

“¿Vas de veras al Líbano?” pregunta Iscariote.

“No prometo nunca si no voy a cumplir. Dos veces lo prometí: a los pastores y a la nodriza de Juana de Cusa. He esperado cinco días desde que lo dije, y he añadido el día de hoy por prudencia. Pero ahora, voy. Apenas salga la luna, partiremos. El camino será largo aun cuando usemos la barca hasta Betsaida. Quiero dar alegría a mi corazón, saludando también a Benjamín y Daniel. Tú ves qué almas tienen los pastores. ¡Oh! Merecen que uno vaya a honrarles, pues ni Dios se quita algo al honrar a un siervo suyo, antes bien aumenta su justicia”.

“¡Con este calor! ¡Mira lo que haces! Lo digo por Ti!”

“Las noches están menos sofocantes. El sol por un poco se encontrará en León y los temporales harán que no se sienta tanto, pero lo repito. No obligo a nadie que venga conmigo y a mi alrededor, todo es espontáneo. Si tenéis negocios u os sentís cansados, quedaos. Nos volveremos a ver después”.

“Muy bien. Tú lo dices. Tengo qué ver por los intereses de mi casa. Llega el tiempo de la vendimia y mi madre me rogó que viera a algunos amigos... de hecho sabes que soy la cabeza de mi familia”.

Pedro rezonga: “Menos mal que se acuerda que la madre es siempre la primera después del padre”.

Sea que Judas no oiga, o no quiera oír, no da señales de comprender lo que dijo Pedro, a quien por otra parte, Jesús refrena con una mirada, mientras Santiago de Zebedeo, sentado junto a Pedro, le jala el vestido para hacerlo callar.

“Ve, pues, Judas. Comprendo que *debes ir*. No hay que faltar a la obediencia a la madre”.

“Me voy al punto, si lo permites. Llegaré a Naim a tiempo de encontrar alojamiento. Adiós, Maestro, adiós amigos”.

“Sé amigo de la paz y merece tener a Dios siempre contigo. ¡Adiós!” dice Jesús, mientras los demás saludan con gesto simultáneo.

No hay ninguna aflicción al verlo partir, al contrario... Pedro, tal vez por miedo a que Judas se arrepintiera, le ayuda a apretar las cintas de su alforja y a ponérsela; lo acompaña hasta la puerta del taller que está abierta, como lo está la que da al huerto, para que se ventile la habitación asfixiante después de un día de mucho calor; se queda en el umbral para verlo partir, y cuando ve que se ha alejado, hace un gesto de alegría y de irónico saludo, y vuelve restregándose las manos. No dice nada... pero ya lo ha dicho todo.

Alguien que lo ha visto, se ríe para sus adentros, pero Jesús no lo nota, porque está mirando fijamente a su primo Santiago que se ha enrojecido y deja de comer las aceitunas. Le pregunta: “¿Qué te pasa?”

“Dijiste: ‘No se debe faltar a la obediencia a la madre...’ ¿y entonces nosotros...?”

“No tengas escrúpulo. Como línea de conducta así es. Cuando no es uno más que *hombre* y no más que hijo. Pero cuando está uno cerca de otra naturaleza y de otra paternidad, no. Ella es más sublime, si se le sigue sus órdenes y deseos. Judas llegó primero que tú y que Mateo... pero está muy atrás todavía. Es menester que se forme, y lo hará muy despacio.

Tened caridad con él ¡tenla Pedro! Lo comprendo... pero te digo: ten caridad. Soportar a las personas molestas es otra virtud. ¡Úsala!”

“Sí, Maestro... Pero cuando lo veo así... así... Bien, calla, Pedro, que Él te comprende muy bien... me parece que soy una vela muy hinchada con el viento... Se me va la cabeza, se me va con el esfuerzo y se me rompe siempre alguna cosa... Pero Tú sabes, mejor dicho, no sabes, porque como barquero no sabes nada, por eso te digo yo, que si a una vela se le rompen los amarres por la fuerte tensión, te juro que ésta da una bofetada al barquero tonto, que lo deja viendo estrellas... pero yo siento que... me parece que estoy a punto de que todos mis lazos se rompan... y entonces... es mejor, sí, que de cuando en cuando se vaya. De este modo la vela se amaina porque no hay viento, y tengo tiempo de reforzar amarres”.

Jesús sonríe y mueve la cabeza, compadeciendo al justo y sanguíneo Pedro.

Se oye el golpetear herraduras y voceillas de muchachos en la calle. “¿Quién es?... ¿quién es? ¡Detente hombre!” y antes de que Jesús y los discípulos caigan en cuenta, ante el umbral de la salida se ve el cuerpo negro y sudoroso de un caballo del que se apea un jinete que se precipita dentro como un bólide y se postra a los pies de Jesús y le besa con veneración.

Todos miran asombrados.

“¿Quién eres?... ¿Qué quieres?”

“Soy Jonatás”.

Con un grito responde José, que por estar sentado detrás del banco y por la rapidez de la llegada no pudo conocer a su amigo. El pastor corre ligero a él: “¡Tú, pero tú!”

“Sí. ¡Adoro a mi Señor amado! Treinta años de espera. ¡Oh! ¡Larga espera! Más, ahora han florecido como flor de un agave solitario, y florecido de golpe en un éxtasis feliz, y tanto más feliz cuanto más lejano! ¡Oh, mi Salvador!”

Mujeres, niños y alguno que otro hombre, entre quienes está el bueno de Alfeo de Sara, con un pedazo todavía de pan y queso en la mano, se agolpan a la salida y hasta dentro de la habitación.

“Levántate, Jonatás. Estaba ya a punto de ir a buscarte y también a Benjamín y a Daniel...”

“Lo sé...”

“Levántate para que te dé el beso que he dado a tus compañeros”. Lo obliga a levantarse y lo besa.

“Lo sé” repite el viajero robusto, bien parecido y bien vestido. “Lo sé, Ella tenía razón. ¡No era delirio de una que muere! ¡Oh! ¡Señor Dios! ¡Cómo te ve el alma y cómo te siente, cuando Tú la llamas!” Jonatás está conmovido.

Se recobra. No pierde su tiempo. Con rostro de adoración y sin embargo lleno de vida va a su objeto: “Jesús, Salvador y Mesías nuestro, he venido a pedirte que vengas conmigo. Hablé con Ester y me dijo... pero antes Juan te había hablado y me dijo... ¡Oh! No os burléis de un hombre feliz, vosotros que me estáis escuchando, feliz y angustiado hasta que no oiga tu “Voy”. ¿Sabes?... estaba yo de viaje con la patrona que muere. ¡Qué viaje! De Tiberíades a Betsaida fue bueno. Pero después, al dejar la barca y tomar un carro, por más que lo habían preparado lo mejor posible, fue una tortura. Se caminaba despacio y de noche, pero ella sufría. En Cesare de Filipo estuvo a punto de morir de vómitos de sangre. Nos detuvimos... a la tercera mañana, hace siete días, me mandó llamar. Parecía ya muerta, ¡tan pálida estaba y tan agotada se veía! Cuando le hablé, abrió sus dulces ojos de gacela agonizante y me sonrió. Me hizo señal con su mano helada de que me inclinase, porque tiene solo un hilillo de voz, y me dijo: “Jonatás, llévame otra vez a la casa. Pero *pronto*”. Fue tan grande el esfuerzo en dar la orden, que ella que siempre es más dulce que una niña buena, se le pusieron rojas las mejillas y por un instante sus ojos se llenaron de fulgor. Continuó: “Soñé mi casa de Tiberíades. Dentro de ella había uno, con rostro de estrella, alto, rubio, con ojos de cielo y una voz más dulce que el sonido del arpa que me decía: “Yo soy la Vida. ¡Ven, regresa, te espero para dártela!”... ¡quiero ir!” Yo le decía: “Patrona mía, ¡No puedes! ¡Estás mal! Ahora, cuando estés mejor... ¡Lo veremos!” Lo tomé yo por delirio de una agonizante. Pero ella lloró y luego... ¡Oh! Es la primera vez, desde hace seis años que le sirvo como a mi patrona, se sentó como

pudo, ella que no puede hacer nada y... se enojó y me dijo: "Siervo, lo quiero, soy tu patrona. ¡Obedece!" Y luego cayó con vómito de sangre. Creía que muriese... Yo dije: "Contentémosla. ¡Morir por morir!... no tendré ningún remordimiento de haberla descontentado en su fin, después que siempre quise tenerla contenta"... ¡Qué viaje! No quería descansar sino entre las nueve y las doce. He matado casi los caballos para llegar pronto. Llegamos a Tiberíades a las tres, de esta mañana... y Ester me dijo... Entonces comprendí que Tú la habías llamado, porque esa era la hora y el día en que prometiste el milagro a Ester y te apareciste al alma de mi patrona. Quiso regresar apenas habían dado las tres y me ha mandado por delante... ¡Oh! ¡Ven, Salvador mío!"

"Voy al punto. La fe merece su premio. Quien me quiere me tiene. ¡Vamos!"

"Oye, he dado una bolsa a un joven a quien dije: "Tres, cinco, cuantos borriquillos tengas si no tenéis caballos, y pronto, a la casa de Jesús". Están por llegar. Iremos así más pronto. Espero encontrarla cerca de Caná. Si al menos..."

"¿Qué cosa Jonatás?"

"Si al menos estuviese viva..."

"Viva está. Pero aunque estuviera muerta, Yo soy la Vida. He aquí a mi Madre".

La Virgen a quien alguien le había llevado la noticia, viene corriendo seguida de María de Alfeo. "¿Hijo, partes?"

"Sí, Madre, voy con Jonatás. Ha venido. Sabía que te lo podría presentar. Por eso esperé un día más".

Jonatás primero la había saludado inclinándose profundamente con las manos cruzadas sobre el pecho, y ahora se arrodilla, levanta tantito el vestido de María y besa la orla: "Te saludo, Madre de mi Señor".

Alfeo de Sara dice a los curiosos: "¡Oh! ¿Qué decís de esto? ¿No es cosa vergonzosa que tan solo nosotros seamos los que no tenemos fe?"

Se oye un gran ruido de cascos por la calle. Son los asnos. Creo que serán todos los de Nazaret, son tantos que bastaría para un escuadrón. Jonatás escoge los mejores y contrata, pagando sin regatear; toma consigo a dos nazarenos con otros borriquillos por temor de que algún animal pierda las herraduras por el camino, y para que pueda regresar toda la caballería. María y la otra María ayudan a cerrar los sacos y las alforjas.

María de Alfeo dice a sus hijos: "Dejaré aquí vuestros lechos... y me parecerá que os tengo a vosotros. Hijos, sed buenos, dignos de Jesús... y yo... seré feliz..." gruesas lágrimas corren por sus mejillas.

Por su parte María ayuda a Jesús, lo acaricia con amor, haciéndole mil recomendaciones y encargos para los otros dos pastores libaneses, porque Jesús ha dicho que no regresará hasta haberlos encontrado. Parten. La noche ha entrado y la luna parece con su cuarto creciente. A la cabeza van Jesús y Jonatás, detrás los demás. Mientras están en la ciudad van al paso, pero apenas llegan a las afueras, van al trote de los borriquillos.

"Está en el carro con Ester" explica Jonatás "¡Oh, mi patrona! ¡Qué alegría de hacerla feliz! ¡Traerte a Jesús! ¡Oh, Señor mío! Mira a mi lado, mira... tienes exactamente el rostro de estrella que te vio y eres rubio y tienes los ojos azules y tu voz es igual al sonido del arpa... ¡Oh! ¡pero tu Madre! ¿La llevarás algún día a la patrona?"

"La patrona vendrá a verla a Ella y se harán amigas".

"¿Si?... ¡oh... sí!... lo puede ser. Juana es esposa y fue madre., pero tiene un alma pura como la de una virgen. Puede estar cerca de María bendita".

Jesús vuelve su rostro al oír una risotada de Juan, a la que imitan todos los demás.

"Soy yo, Maestro, que hago reír. En la barca estoy más seguro que un gato, pero ¡aquí arriba! ¡Parezco un barril de madera suelto en el puente de una nave con el viento del sudoeste!" dice Pedro.

Jesús sonríe y lo anima, prometiéndole que pronto terminará el trote.

"¡Oh! No es nada. Si los muchachos se ríen, nada hay de malo. Vamos, vamos a hacer feliz a esa buena mujer".

Jesús vuelve otra vez su rostro por otra explosión de risa. Pedro exclama: “¡No! Esto no te lo digo, Maestro... y ¿por qué no? Sí que te lo digo, decía yo: “Nuestro *supremo* ministro se roerá las manos, cuando sepa que no estuvo cuando tenía que hacerla de pavo real cerca de una dama” Y se ríen. Pero es así, estoy seguro que si le hubiera pasado por el magín no habría tenido viñedos paternos qué cuidar”.

Jesús no contradice.

El camino se hace pronto con esos asnos bien alimentados. Al claror de la luna se ha llegado a Caná.

“Si me permites me adelanto. Detengo el carro. El zarandeo, le hace mucho mal”.

“Sí”.

Jonatás va a galope de su caballo.

Todavía se camina a la luz blanca de la luna y luego de pronto la forma oscura de un gran carro cubierto, parado a la orilla del camino. Jesús anima a su borriquillo, que se arroja a un breve galope. Ha llegado a donde está el carro. Se apea.

“¡El Mesías!” anuncia Jonatás.

La vieja nodriza se echa del carro al camino, del camino al polvo. “¡Oh! ¡Sálvala! Está muriendo”.

“¡Aquí estoy!” Y Jesús sube al carro, donde hay un montón de cojines y sobre ellos un cuerpo macilento. Hay una lamparilla en el rincón y copas y jarras. Hay una sierva que llora, mientras seca el sudor helado de la agonizante. Jonatás acude con uno de los faroles del carro.

Jesús se inclina sobre la mujer que ya no tiene fuerzas y que realmente está muriendo. No hay diferencia entre la blancura del vestido de lino y la palidez hasta un poco azulada de las manos y venas secas. Tan solo las tupidas cejas, las largas y negrísimas pestañas, dan color a la nivea cara. No tiene ni siquiera, en sus mejillas enjutas el infausto color de los tuberculosos, la respiración es difícil y en los labios semiabiertos hay una sombra purpúrea.

Jesús se arrodilla a su lado y la mira. La nodriza le toma una mano y la llama. Pero el ama, ya en los umbrales que despiden a la vida, no oye más.

Han llegado los discípulos, los dos jóvenes de Nazaret, y se arremolinan junto al carro.

Jesús pone una mano en la frente de la moribunda, que por un instante abre sus ojos nublados, vagos y luego los cierra.

“Ya no oye” deplora la nodriza, y llora más fuerte.

Jesús hace un ademán: “Madre, oirá, ten fe” y luego llama: “¡Juana!... ¡Juana! Soy Yo. Yo que te amo. Soy la Vida. Mírame, Juana”.

La moribunda abre sus grandes ojos negros con un mirar más vivo, y mira el rostro que está junto a ella. Tiene un movimiento de alegría y una sonrisa brota. Mueve despacio los ojos sin voz, con palabras que no tienen sonido.

“Sí, soy Yo, viniste... y vine a salvarte. ¿Puedes creer en Mí?”

La agonizante asiente con la cabeza. Toda la vitalidad se ha acumulado en la mirada y en las palabras que no puede pronunciar.

“Pues bien (Jesús, aunque continúa de rodillas y con la mano izquierda en la frente, se endereza y toma la posición de milagro) pues bien: Yo quiero. Sé sana. Levántate”. Quita la mano y se pone en pie.

Una fracción de minuto y luego Juana de Cusa, sin ayuda de nadie, se sienta, da un grito y se lanza a los pies de Jesús con una voz fuerte y llena de felicidad: “¡Oh! ¡Amarte toda mi vida! ¡Para siempre! ¡Tuya! ¡Para siempre tuya! ¡Nodriza! ¡Jonatás! ¡Estoy curada! ¡Oh! ¡Pronto! Corred a decirlo a Cusa. Que venga a adorar al Señor. ¡Bendíceme una vez más, oh Salvador mío!” Lloro y ríe mientras besa el vestido y las manos de Jesús.

“Te bendigo, sí. ¿Qué otra cosa quieres que te haga?”

“Ninguna, Señor, a no ser que me ames y que me permitas que te ame”.

“Y... ¿no querríais un niño?”

“¡Oh! ¡Un niño!... Lo que Tú quieras, Señor. Te entrego todo: mi pasado, mi presente y mi futuro. Todo te lo dedico y todo te lo doy. Da a tu sierva lo que sabes que es mejor para ella”.

“La vida eterna, entonces. Sé feliz. Dios te ama. Me voy. Te bendigo y os bendigo”.

“No, Señor, quédate en mi casa que ahora, ¡oh! Ahora es un rosal en flor. Permíteme que entre contigo nuevamente... ¡Soy feliz!”

“Voy. Pero tengo a mis discípulos”.

“Mis hermanos, Señor. Juana tendrá para ellos como para Ti de comer y de beber y... descanso. ¡Hazme feliz!”

“Vamos, devolved los borriquillos y sigamos a pie. El camino es corto. Caminaremos despacio para que nos podáis seguir. Adiós Ismael; adiós, Aser. Salud a mi Madre, y a mis amigos”.

Los dos nazarenos, sin saber qué decir, se van con sus asnos, mientras que por su lado el carro emprende el regreso con corazones llenos de alegría. Detrás vienen los discípulos comentando el hecho.

Todo termina.

69. Jesús en el Líbano con los pastores Benjamín y Daniel

10 febrero 1945

Jesús camina al lado de Jonatás por un borde verde y lleno de sombra. Detrás vienen los discípulos que hablan entre sí. Pedro se les separa adelantándose y franco como siempre, pregunta a Jonatás: “¿Pero no era más corto el camino que va a Cesárea de Filipo? Hemos tomado este... y ¿cuándo llegaremos? Tú, con tu patrona has ido por aquel”.

“Con una enferma me atreví a todo. Pero piensa que yo soy uno de la corte de Antipas; y Filipo desde aquel incesto, no ve con buenos ojos a los de la corte de Herodes... no tengo miedo por mí... pero no quiero que vosotros y particularmente el Maestro, tengáis molestias y os crean enemigos. La Palabra es necesaria en la Tetrarquía de Filipo como en la de Antipas... y si os odian, ¿cómo podréis ir?... Cuando regreséis podéis tomar aquel camino, si os gusta”.

“Alabo tu prudencia, Jonatás. Al regreso pienso pasar por tierras fenicias” dice Jesús.

“Están envueltas en las tinieblas del error”.

“Me acercaré a sus confines para recordarles que hay una Luz”.

“¿Crees que Filipo se vengaría con un siervo, del mal que su hermano le hizo?”

“Sí, Pedro. El uno es igual al otro. Los dominan todos los instintos más bajos, y no hacen distinción. Créeme, parecen animales y no humanos”.

“Y sin embargo a nosotros, mejor dicho a Él, pariente de Juan, lo debería estimar. Juan en el fondo, habló en su nombre y a su favor, al hablar en el nombre de Dios”.

“No os preguntaría siquiera de dónde venís, ni quiénes sois. Si os viese conmigo, si me reconociese o algún enemigo de la casa de Antipas me señalase con el dedo, como procurador de ella, al punto serían encarcelados. “Si supieseis qué fango hay detrás de los vestidos púrpura! Ventas, injurias, delaciones, lujurias y robos son el alimento de sus almas... ¿Alma?... ¡Bueno! digamos así. Creo que ni alma tengan. ¿Lo veis: Juan tuvo buen fin. Pero ¿por qué fue liberado Juan?... Por una venganza entre dos oficiales de la corte. Uno, para quitar de en medio al otro, a quien favorecía tanto Antipas de modo que tenía a Juan bajo su custodia, por una suma, de noche abrió la cárcel... yo creo que haya adormecido a su rival con vino con droga, y a la mañana siguiente... el miserable perdió la cabeza en lugar del Bautista que había escapado... una vergüenza, te lo digo yo”.

“Y ¿tu patrón aguanta?... ¡Me parece bueno!”

“Lo es pero no puede obrar de otro modo. Su padre y el padre de su padre, pertenecieron a la corte de Herodes el Grande y el hijo ha tenido qué serlo por fuerza. No aprueba. Pero no puede sino limitarse a tener lejos de esa corte de vicio a su mujer”.

“Y ¿no podría decir: “Me causas asco”?... ¿e irse?”

“Podría, pero aunque es bueno, no es todavía capaz de más. Eso significa de seguro a muerte. Y... ¿quién quiere morir por honradez de espíritu, llevada hasta el punto más sublime?... Un santo como el Bautista. Pero ¡nosotros, pobrecillos!”

Jesús que los ha dejado hablar entre sí, interviene: “Dentro de no mucho tiempo, en cualquier punto de la tierra conocida habrá, plantados como flores de un prado abrialeño, santos que serán felices de morir por esta honradez a la gracia y por amor a Dios”.

“¿De veras? ¡Oh! Me gustaría saludar a esos santos y decirles: “¡Rogad por el pobre Simón de Jonás!” dice Pedro.

Jesús le mira de hito en hito y sonríe.

“¿Por qué me miras así?”

“Porque tú los verás como su ayudante... y los verás cuando a ti te asistan”.

“Señor, ¿a qué cosa?”

“Para ser la piedra consagrada del Sacrificio, sobre la que se celebrará y edificará mi Testimonio”.

“No entiendo”.

“¡Entenderás!”

Los otros discípulos que se habían acercado y oído, hablan entre sí.

Jesús se vuelve: “En verdad os digo que probaréis uno u otro suplicio, por ahora es el de la renuncia a las comodidades, a los afectos, a los intereses. Después vendrá algo mucho más vasto, que os ceñirá las frentes con una sonrisa inmortal. Sed fieles. Todos vosotros lo seréis y obtendréis esto”.

“¿Nos matarán tal vez los judíos o el Sanedrín porque te amamos?”

“Jerusalén lava los umbrales de su Templo con la sangre de sus profetas y de sus santos. Pero también el mundo espera que se le lave... hay templos y templos de dioses horribles. Serán en el porvenir templos del Dios verdadero, y las lepra del paganismo se limpiará con el agua lustral hecha con la sangre de los mártires”.

“¡Oh! ¡Dios Altísimo, Señor, Maestro! ¡Yo no soy digno de tanto! ¡Soy débil! ¡Tengo miedo al dolor! ¡Oh, Señor!... O haz que regrese tu siervo o dame la fuerza. No me gustaría, Maestro, hacerte perder la cara con mi villanía”. Pedro se ha arrojado a los pies del Maestro y le suplica con el corazón en la boca.

“Levántate. Pedro mío. No tengas miedo. Tienes todavía mucho qué caminar... y vendrá la hora cuando no querrás sino terminar el último trabajo y entonces todo tendrás del Cielo y de ti mismo. Yo admirado te estaré contemplando”.

“Tú lo dices... y yo creo. ¡Pero soy un hombre tan pobre!”

Tornan a caminar...

...y después de una corta interrupción vuelvo a ver cuando la llanura ha desaparecido y empiezan a trepar por un monte tupido y cada vez más alto. No debe ser ni el mismo día, porque, mientras entonces la mañana era ardiente, ahora es un bello amanecer que se enciende en todos los pistilos de gotas diamantinas. Han pasado ya bosques y bosques de coníferas que dominan las alturas, y como catedrales verdes acogen entre sus columnas a los peregrinos infatigables.

Verdaderamente este Líbano es una cadena maravillosa. No sé si todo el conjunto sea el Líbano, o tan solo este monte. Lo que veo son barrancas llenas de árboles que se yerguen para formar un nudo alto envuelto en crestas y aberturas, con valles y llanuras por las que corren, para después entrar en el valle, ríos que parecen cintas de plata teñidas levemente de azul... Pájaros de todas clases llenan los bosques de coníferas con sus cantos y vuelos. Se aspira un perfume de resina en esta hora matinal. Volteándome hacia el valle, mejor dicho, hacia el occidente, se ve lejano reír el mar, ancho, tranquilo, solemne y todas las cosas que se alargan hacia el norte y hacia el sur con sus ciudades, sus puertos y los cursos caprichosos de los ríos que desembocan en el mar, formando apenas una coma de luz en la tierra seca con la poca agua que el sol de estío seca, una huella amarillenta en el azul marino.

“Estos lugares son hermosos” comenta Pedro.

“Y no hace mucho calor” dice Simón.

“Con estos árboles, el sol molesta poco...” añade Mateo.

“¿De aquí llevaron los cedros del Templo?” pregunta Juan.

“De aquí. Estos bosques son los que proporcionan la mejor madera. El patrón de Daniel y de Benjamín tiene muchísimos, además de muchísimo ganado. Los parten allí mismo y luego los transportan al valle por algunos pasillos o sobre los hombros. El trabajo es difícil cuando tienen qué emplearse enteros, como sucedió en el Templo. Pero paga bien y muchos le sirven. Y luego es muy bueno. No es como aquel feroz de Doras. ¡Pobre Jonás!” contesta Jonatás.

“Pero ¿cómo es posible que sus servidores sean como esclavos? Me dijo Jonás, a mí que le aconsejaba: “Déjalo ahí plantado y vente con nosotros, Simón de Jonás tendrá siempre para ti un pan”; me dijo: “No puedo si no me rescato”. ¿Qué historia es esta?”

“Doras no es el único en Israel en obrar del modo siguiente; cuando ve a un siervo bueno, lo lleva con astucia sutil para que sea su esclavo. Le carga con deudas inmensas que no son verdaderas y cuando el pobre no puede pagar y la suma es crecida, le dice: ‘Eres mi esclavo por deudas’”.

“¡Oh! ¡Qué vergüenza! ¡Y es fariseo!”

“Sí. Jonás mientras tuvo ahorros, pudo pagar... luego... en un año hubo granizo, en otro sequía. El grano y la vid dieron poco y Doras multiplicó el daño por diez, y otros diez más... Luego Jonás se enfermó por el mucho trabajo. Doras le prestó dinero para que se curara, pero quiso el doce por ciento y como Jonás no lo tenía lo añadió a lo demás. En fin: después de algunos años había una deuda que lo convirtió en esclavo. Y no lo dejará nunca que se vaya... Siempre encontrará otras razones y otras deudas...” Jonatás está triste al pensar en su amigo.

“Y tu patrón no podría...”

“Qué... ¿Qué lo trate como a hombre?...Pero ¿quién se mete con los fariseos? Doras es uno de los más poderosos; creo que sea hasta pariente del Sumo Pontífice... al menos así se cuenta. Una vez que fue apaleado casi hasta morir y yo lo supe y lloré tanto que Cusa me dijo: “¡Lo rescato para darte gusto!” Pero Doras se rió en su cara y no aceptó nada. ¡Ea! Aquel de allá... tiene los campos más ricos de Israel... pero te juro... están abonados con la sangre y lágrimas de sus siervos”.

Jesús mira a Zelote y éste a Él. Ambos están afligidos.

“Y ¿el de Daniel, es bueno?”

“Por lo menos es humano. Exige pero no oprime. Y ya que los pastores son honrados, los trata con amor. Son los jefes del pastizal. A mí me conoce y me respeta porque soy siervo de Cusa y... podría ser útil en algo... Pero... ¿por qué, Señor, el hombre es así de egoísta?”

“Porque el amor fue estrangulado en el Paraíso terrenal; pero yo he venido a aflojar esa soga y poner de nuevo vida en el amor”.

“Ahora estamos en las posesiones de Eliseo. Los pastizales todavía están lejos, pero a esta hora las ovejas están encerradas en los rediles por el sol. Voy a ver si están” y Jonatás parte casi a la carrera.

Después de algún tiempo regresa con dos fuertes pastores que verdaderamente se precipitan por la pendiente para venir a Jesús.

“La paz sea con vosotros”.

“¡Oh! ¡Oh! ¡Nuestro Niño de Belén!” dice uno; y el otro: “Paz de Dios, que has venido a nosotros, bendito seas”. Los dos están inclinados hasta tocar la hierba. No se saluda tan profundamente el altar, como estos lo hacen ante el Maestro.

“Levantaos, os doy la bendición y soy feliz de hacerlo para que venga la alegría sobre quien es digno de ella”.

“¡Oh! ¿Dignos, nosotros?”

“Sí, vosotros siempre fieles”.

“Y ¿quién no lo habría sido? ¿Quién puede borrar esa hora? ¿Quién podría decir: “¿No es verdad lo que vimos”? ¿Quién podría olvidar que Tú nos sonreíste por meses, cuando al regresar por la tarde de las ovejas, te llamábamos y Tú batías las manitas al sonido de

nuestras flautas?... ¿Te acuerdas Daniel? Casi siempre vestido de blanco entre los brazos de su Madre, te veíamos entre los rayos del sol en el jardín de Anna o desde la ventana, y parecías una flor que descansaba en la nieve del vestido materno”.

“Y aquella vez que viniste, cuando ya dabas los primeros pasos, a acariciar un corderito de lana menos ondulado que tus cabellitos... ¡Qué dichoso estabas! Y nosotros no sabíamos qué hacer de nuestras rústicas personas. Querríamos haber sido ángeles para que no nos vieras tan feos...”

“¡Oh, amigos míos! Veía vuestro corazón y lo sigo viendo”.

“Y nos sonríes como entonces”.

“¿Y has venido hasta aquí para ver a los pobres pastores?”

“A mis amigos. Ahora estoy contento. Os he encontrado a todos y no os perderé más.

¿Podéis dar hospedaje al Hijo del Hombre y a sus amigos?”

“¡Oh! ¡Señor! ¿Pero lo pides? No nos falta ni pan ni leche. Si tuviésemos un solo bocado te lo daríamos porque estuvieses con nosotros. ¿Verdad, Benjamín?”

“Te daríamos el corazón por comida, ¡oh Señor nuestro tan suspirado!”

“Bueno, vámonos. Hablaremos de Dios...”

“Y de tus padres, Señor. ¡José tan bueno! ¡María...! ¡Oh! ¡la Madre! Ved este narciso cubierto de rocío. Es bello y puro en su cabeza que parece una estrella diamantina. Pero Ella... ¡Oh! Está sucio si se le compara a la Madre. Su sonrisa era purificación; el encontrarse con Ella una fiesta y el oírla, santificación. ¿Te acuerdas tú también de aquellas palabras, Benjamín?”

“Sí, te las puedo repetir, Señor. Porque cuanto Ella nos dijo, en los meses que pudimos oírla, está escrito (y se golpea el pecho) en el corazón. Es la página de *nuestra* sabiduría. Y esta la comprendemos aun nosotros, porque es palabra de amor. Y amor... ¡Oh! ¡el amor lo entienden todos! Ven Señor, entra y bendice esta morada feliz!”

Entran en una habitación, cerca de un externo redil y todo termina.

70. Jesús en la ciudad marítima. Recibe cartas acerca de Jonás

11 febrero 1945

Jesús se encuentra en la bellísima ciudad marítima que está en donde el mapa dice “golfo bellísimo”, el cual es amplio y bien proyectado capaz de muchos navíos; y que es todavía más seguro porque tiene un dique. Se le debe emplear para objetivos militares, porque veo trirremes romanas con soldados a bordo, no sé si para cambio de tropas o para refuerzo de la fortaleza. El puerto, o sea la ciudad porteña, me recuerda vagamente Nápoles, dominada por los montes del Vesuvio.

Jesús está sentado en una casa pobre cerca al puerto. Ciertamente es casa de pescadores, tal vez amigos de Pedro o de Juan, porque veo que estos se encuentran muy a sus anchas en ella y con sus moradores. No veo al pastor José y naturalmente tampoco veo a Iscariote que todavía está ausente. Jesús habla amigablemente con los miembros de la familia y con otros que han venido a oírlo. No se trata de una verdadera predicación. Son palabras sencillas de consejo, de consuelo, como sólo Él puede darlas.

Vuelve a entrar Andrés, que parece haber salido a algún encargo, porque todavía tiene en las manos unas grandes tortas. Se pone colorado al acercarse. Debe ser para él un suplicio el llamar la atención, y más bien que hablar, murmura entre dientes: “Maestro... ¿Podrías venir conmigo? Hay... un poco de bien que se puede hacer, Tú eres el único que puede”.

Jesús se levanta sin preguntar siquiera de qué se trata. Pero Pedro le pregunta: “¿A dónde lo llevas? Está muy cansado. Es hora de cenar. Lo pueden esperar también mañana”.

“No... hay que hacerlo pronto. Es...”

“Pero habla, gacela atemorizada! ¡Ved si un hombre viejo y grandote deba ser así!... ¡Me parece un pececillo metido en la red!”

Andrés se pone más colorado. Jesús lo defiende con atraerlo a Sí. “A mí me gusta así, déjalo en paz. Tu hermano es como agua saludable. Trabaja en lo profundo y sin ruido, sale como un hilo de la tierra, y quien lo toca, es curado. ¡Vamos Andrés!”

“¡Yo también voy! ¡Quiero ver a dónde te lleva!” replica Pedro.

Andrés suplica: “No, Maestro. Tú y yo solos. Si hay gente no se puede... es cosa de corazones...”

“¿Qué hay?... ¿Ahora la hacemos de casamenteros?”

Andrés no contesta a su hermano. Dice a Jesús: “Un hombre quiere repudiar a su esposa... y yo he hablado. Pero no soy capaz... Mas... si Tú hablas... lo logras, porque el hombre no es malo. Es... es... él te lo dirá”.

Jesús sale con Andrés sin añadir más.

Pedro queda por un momento dudoso y luego dice: “Pero yo voy. Quiero al menos ver a dónde van” y sale, no obstante que los otros le digan que no lo haga.

Andrés está a punto de dar la vuelta por una callecita pueblerina, y Pedro detrás. Rodean por una plazoleta llena de comadres, y... Pedro detrás. Se meten en un portón que va a un ancho patio rodeado de chozas bajas y pobres. Digo portón, porque hay un arco, pero puerta no hay, y... Pedro detrás. Jesús entra en una de las chozas con Andrés. Pedro se queda allí fuera. Una mujer lo ve y le pregunta: “¿Eres pariente de Ava? ¿Y esos dos también? Vinisteis a llevárola?”

“¡Valla gallina! No debo ser visto!”

Hacer callar a la mujer es cosa difícil. Y puesto que Pedro la fulmina con sus ojazos, se va a hablar con otras comadres. El pobre de Pedro en un momento está rodeado de un círculo de mujeres, muchachos... y hasta hombres, que solo para imponerse mutuamente silencio, hacen tanto ruido que denuncian su presencia. Pedro está que se muere de rabia... pero de nada sirve.

Del interior llega la voz llena, hermosa, calmada de Jesús, junto con la estrujante de una mujer, y con la voz ronca, dura de un hombre: “Si ha sido siempre buena esposa ¿por qué repudiarla? ¿Te ha faltado en algo?”

“No, Maestro, ¡te lo juro! ¡Lo he amado como a la pupila de mis ojos!” gime la mujer.

El esposo breve y duro, contesta: “No me ha faltado en ninguna otra cosa más que en ser estéril. Quiero hijos. No quiero la maldición de Dios sobre mi nombre¹”.

“Tu mujer no tiene la culpa de serlo”.

“Me culpa a mí y a los míos como de una traición...”

“Mujer, sé sincera. ¿Sabías que eras estéril?”

“No. Era y soy en todo como todas. También el médico lo ha dicho. Pero no logro tener hijos”.

“¿Ves que no te ha traicionado? También ella lo sufre. Respóndeme sinceramente. Si fuese madre, ¿la repudiarías?”

“No. Lo juro. No tendría razón. Pero el rabí me dijo, y también el escriba: “La estéril es la maldición de Dios en el hogar y tú tienes el derecho y el deber de darle el papel de divorcio y no afligir tu virilidad privándote de hijos”, Hago lo que dice la Ley”.

“No. Escucha. La Ley dice: “No cometerás adulterio²” y tú estás por cometerlo. Así dice el mandamiento. Y si por la dureza de vuestros corazones Moisés concedió el divorcio³ fue para impedir trifulcas y concubinatos que Dios no quiere. Luego vuestros vicios siempre obraron sobre la cláusula de Moisés y obtuvo las cadenas infames y las piedras homicidas que son la condición actual de la mujer, víctima siempre de vuestro capricho, de vuestra arrogancia, de la asquerosidad y ceguera de vuestros afectos. Yo te digo: No te es lícito hacer lo que quieres hacer. Tu acción es una ofensa para Dios. ¿Acaso Abraham repudió a Sara?... ¿y Jacob a

¹ Cfr. Gén. 30, 22-24; Dt. 28, 15-19; 1 Re. 1, 4-8; 2 Re. 6, 20-23; Os 9, 10-14.

² Ex. 20, 14; Dt. 5, 18.

³ Cfr. Dt. 24, 1-4; mt. 19, 1-9; Mc. 10, 1-12

Raquel? Y... ¿Elcana a Anna? Y... ¿Manué a su mujer? ¿Conoces al Bautista? ¿Sí? Pues bien: su madre fue estéril hasta la vejez en que dio a luz al Santo de Dios⁴; así como la esposa de Manué parió a Sansón⁵, Anna de Elcana a Samuel⁶ y Raquel a José⁷ y Sara a Isaac⁸... Así es como Dios premia la continencia del esposo, la compasión por la estéril, la fidelidad a las bodas y el premio que es celebrado en los siglos. Así también da sonrisas al llanto de las estériles; y no son más estériles, ni vilipendiadas, sino gloriosas en la alegría de ser madres. No te es lícito ofender el amor de ésta. Sé justo y también honrado, Dios te premiará con creces tu mérito”.

“Maestro. Tú solo hablas así... Yo no sabía. Había preguntado a los doctores y me habían dicho: “Hazlo”, pero ni una palabra de que Dios premia con dones una acción buena. Estamos en sus manos... y nos cierran los ojos y el corazón con una mano de hierro. No soy malo, Maestro, no te desdeñes de mí”.

“No me desdeño. Me causas más lástima que esta mujer que está llorando. Porque su dolor tendrá fin con la vida; y el tuyo empezará entonces, y para toda la eternidad. Piénsalo”.

“No, que no empiece. No lo quiero. ¿Me juras por el Dios de Abraham que cuanto dices es verdad?”

“Yo soy Verdad y Ciencia. Quien cree en Mí, tendrá en Él, justicia, sabiduría, amor y paz”.

“Quiero creerte. Sí, quiero creerte. Siento que hay en Ti algo que no hay en los demás. Mira. Voy a ir al sacerdote y le diré: “Ya no la repudio. ¡La tengo y pido sólo a Dios que me ayude a sentir menos el dolor de no tener hijos!” Anna, no llores. Diremos al Maestro que venga otra vez para que yo sea bueno, y tú... sigue amándome”.

La mujer llora más fuerte por el contraste entre el dolor de antes y la alegría de ahora.

Jesús, por el contrario, sonrío. “No llores. Mírame, mujer”.

Ella levanta la cabeza. Mira su rostro luminoso, con su rostro mojado en lágrimas.

“Ven aquí, hombre. Arrodíllate junto a tu esposa. Ahora os bendigo y santifico vuestra unión. Oíd: “Señor Dios de nuestros padres que hiciste a Adán del lodo y le diste de compañera a Eva, para que te poblasen de hombres la tierra, creándolos en tu santo temor, descende con tu bendición y misericordia, abre y fecunda las entrañas que el Enemigo tenía cerradas para conducir a un doble pecado de adulterio y de desesperación. Ten piedad de estos hijos, Padre Santo, Creador Supremo. Hazlos felices y santos. Que ella sea fecunda como una viña, y que él la proteja como el olmo que la sostiene. Desciende, ¡oh Vida, a dar vida! Desciende ¡oh Fuego a calentar! Desciende, ¡oh Poderoso!, a obrar. ¡Desciende! Haz que para la fiesta de gracias, para el tiempo de las fecundas mieses, ellos te ofrezcan su manípulo vivo, su primogénito hijo, consagrado a Ti, Eterno que bendices a los que en Ti esperan”.

Jesús ha orado con voz potente con las manos puestas en las dos cabezas inclinadas.

La gente no se detiene más y se amontona, el primero que está en línea es Pedro.

“Alzaos. Tened fe y sed santos”.

“¡Oh! ¡Quédate, Maestro!” ruegan los dos reconciliados.

“No puedo. Volveré repetidas veces”.

“Quédate, quédate. Háblanos también a nosotros” grita la gente.

Jesús bendice pero no se detiene. Sólo promete que regresará pronto. Y se dirige a la casa donde se hospeda, seguido de unos cuantos.

“Hombre curioso ¿qué te debo hacer?” pregunta por el camino a Pedro.

“Lo que Tú quieras. Pero entre tanto ya estuve...”

Entran a la casa, despiden al pueblo que comenta las palabras escuchadas y se sientan a cenar.

⁴ Cfr. Lc. 1, 5-19.

⁵ Cfr. Jue. 1, 5-19.

⁶ Cfr. 1 Re. 1, 1-20.

⁷ Cfr. Gén. 30, 1 y 22-24.

⁸ Cfr. Gén. 11, 30; 17, 15-21; 21, 1-7.

Pedro todavía está picado por la curiosidad: “Maestro, ¿pero... de veras vendrá el hijo?”

“¿Me has visto alguna vez que prometa algo y no lo cumpla? ¿Te parece que Yo abuse de la confianza de mi Padre para mentir y engañar?”

“No... pero... ¿podrías hacer así con todos los esposos?”

“Podría. Pero lo hago sólo donde veo que un hijo puede ser estímulo a la santificación. Donde podría ser obstáculo no lo hago”.

Pedro se rasca la cabeza y calla.

Entra el pastor José. Está bien lleno de polvo como quien ha caminado mucho.

“¿Tú? ¿Cómo pues?” pregunta Jesús después del beso de saludo.

“Tengo cartas para Ti. Me las dio tu Madre, y una es la suya. Aquí están”. José saca tres pequeños rollos de una especie de pergamino delgado, amarrados con una cinta. La más grande tiene un sello. La otra tiene tan solo un nudo y la tercera, un sello roto. “Esta es la de tu Madre” dice José indicando la del nudo.

Jesús la desenvuelve y lee: Primero en voz baja y luego en alta: “A mi amado Hijo, paz y bendición. Llegó a casa a las primeras horas de las calendas de la luna de Elul, un enviado de Betania. Era Isaac el pastor, a quien di el beso de paz y también reposo en tu nombre y en agradecimiento mío. Me trajo estas dos cartas que te remito, y me dijo de palabra que Lázaro, el amigo de Betania, te ruega que condesciendas a su súplica. Amado Jesús, mi bendito Hijo y Señor, yo también tengo que pedirte dos cosas. Una, que recuerdes que prometiste llamarme a mí, tu pobre Madre, para que la instruyas en Palabra. La segunda que te pido es que no vengas a Nazaret sin haberme antes avisado”.

Jesús de pronto deja de leer, se pone en pie y va hacia donde están Santiago y Judas. Los abraza estrechamente y dice como mentalmente: “Alfeo ha regresado al seno de Abraham la última luna llena, y el duelo de la ciudad fue grande...” Los hijos lloran sobre el pecho de Jesús que continúa: “... a última hora te quiso tener. Pero estabas lejos. Pero esto sirvió para consolar a María que ve en ello el perdón de Dios, y también debe tranquilizar a los sobrinos”. ¿Oís?... Ella lo dice... Y Ella sabe lo que dice”.

“Dame la carta” suplica Santiago.

“No, te haría mal”.

“¿Por qué? ¿Qué cosa más penosa puede decir que la muerte de mi padre?”

“Que nos ha maldecido” suspira Judas.

“No, ni esto” dice Jesús.

“Tú lo dices... para no afligirnos. Pero así es”.

“Lee, entonces”.

Y Judas lee: “Jesús te ruego y también María, que no vengas a Nazaret hasta que el duelo haya terminado. El amor que tenían los nazaretanos por Alfeo los hace injustos contra Ti, y tu Madre llora por eso. El buen amigo Alfeo me consuela y calma al pueblo. Ha causado mucho rumor lo que contaron Aser e Ismael de la mujer de Cusa, pero por ahora Nazaret es un mar agitado con vientos contrarios. Te bendigo, Hijo mío y te pido paz y bendición en mi alma. Paz a los sobrinos. Tu Mamá”.

Los apóstoles comentan y consuelan a los dos hermanos que lloran. Pedro dice: “Y ¿estas... no las lees?”

Jesús hace señal que sí y toma la de Lázaro. Llama a Simón Zelote. Leen juntos en un rincón, luego abren el otro rollo y también lo leen, discuten entre sí, y veo que Zelote trata de persuadir a Jesús acerca de algo pero no lo logra.

Jesús con los rollos en la mano, viene a la mitad de la habitación y dice: “Oíd amigos. Todos somos una familia y no hay secretos entre nosotros y si es piedad tener oculto el mal, es justo publicar el bien. Oíd lo que escribe Lázaro de Betania: “Al Señor Jesús, paz y bendición, y paz y salud al amigo Simón. Recibí tu carta y cual siervo tuyo he puesto todo mi empeño, mi grano de arena en todos los medios disponibles para contentarte y tener la honra de no ser un siervo inútil. Fui a la casa de Doras, a su castillo en Judea, a rogarle que vendiese al siervo Jonás como Tú deseas. Confieso que si Simón amigo mío fiel, no me hubiera dicho que me lo pedía

por Ti, no habría visto la cara de ese burlón, cruel y nefasto chacal. Por Ti, Maestro mío y Amigo, me siento capaz de afrontar aun a Mammón, porque pienso que quien trabaja para Ti, te tiene cerca y por lo mismo está defendido. Y ciertamente no me ha faltado la ayuda, porque contra toda previsión, gané. Dura fue la discusión e indignas las repulsas. Tres veces tuve que inclinarme ante ese poderoso carnicero. Luego me dijo que esperara varios días. Al final he aquí la carta que envió y digna de una serpiente. Yo casi me atrevía a decirte: Deja tu propósito porque él no es digno de Ti. Pero no hubo otro modo y acepté en tu nombre y firmé. Si hice mal repréndeme. Pero créeme, busqué el medio mejor de servirte y que tenía a mano. Ayer vino un discípulo tuyo judío, diciendo que venía en tu nombre a saber si había noticias que llevarte. Se llama Judas de Keriot. Pero preferí esperar a Isaac para darle la carta. Me extrañó que hubieses mandado a otro, sabiendo que cada sábado viene Isaac a mi casa, para descansar. Tengo otra cosa que añadir. Tan solo te ruego, al besar tus santos pies que los dirijas a la casa de tu siervo y amigo Lázaro, como me prometiste. A Simón, salud. A Ti, Maestro y Amigo, da el beso de paz y suplica le bendigas. Lázaro”.

Y la otra: “A Lázaro, salud. He decidido que por la doble suma tendrás a Jonás. Estas son las condiciones y no cambiaré ninguna, por ningún motivo. Quiero que antes, Jonás termine las cosechas del año, esto es, será consignado en la luna de Tisri, hasta el final de ella. Quiero que venga personalmente Jesús de Nazaret, al que ruego que entre bajo mi techo para conocerlo. Quiero pago inmediato, después de haber hecho el contrato normal. Adiós. Doras”.

“¡Qué peste!” grita Pedro. Pero ¿quién es el que paga? Quién sabe cuánto pida y nosotros... ¡estamos siempre sin ningún céntimo!”

“Paga Simón. Para tenerme contento a Mí y al pobre de Jonás. No adquiere sino una piltrafa humana, que para nada le servirá, pero conquista un gran mérito en el Cielo”.

“¡Tú! ¡Oh!” todos están sorprendidos, hasta los hijos de Alfeo salen de su dolor por la sorpresa.

“Es él. Es justo que se supiese por qué Judas de Keriot fue a casa de Lázaro. ¿Quién lo habrá enviado?... ¿Tú?”

Jesús no responde a Pedro, está muy serio y pensativo. Sale de su meditación sólo para decir: “Dad reposo a José y luego vámonos a reposar. Prepararé la respuesta para Lázaro... ¿Está Isaac todavía en Nazaret?”

“Me está esperando”.

“Iremos todos”.

“¡Noo! Tu Madre dice...” Todos susurran.

“Callaos. Así lo quiero. Mi Madre habla siempre con su corazón de amor. Yo juzgo con la razón. Prefiero hacer esto mientras no está Judas, y quiero tender mi mano amiga a los primos Simón y José, y llorar con ellos antes de que termine el duelo. Luego regresaremos a Cafarnaúm, a Genesaret, al Lago, en una palabra, para esperar que termine la luna de Tisri. Y tomaremos a las Marías con nosotros. Vuestra madre porque tiene necesidad de amor y se lo daremos. Mi Madre tiene necesidad de paz y Yo soy la suya”.

“¿Crees que en nazaret?...” pregunta Pedro.

“No creo nada”.

“¡Ah! ¡Bien! Porque si te causaran algún mal, o le diesen alguna pena... ¡se las tendrían que arreglar conmigo!” dice Pedro con los cabellos todos en desorden.

Jesús lo acaricia, pero está muy pensativo. Diría más bien, triste. Después va con Judas y Santiago y se sienta. Los abraza para consolarlos.

Los otros hablan en voz baja para no turbar su dolor.

71. Jesús en casa de María de Alfeo. Hace paces con su primo Simón

12 febrero 1945

La tarde va cayendo en medio de un rojo crepúsculo, que cual fuego que se apaga, toma el color plumizo, que cambia luego en morado oscuro. Una tinta espléndida, extraordinaria, que peina, esfumándose poco a poco, en occidente, hasta desaparecer en el cobalto oscuro del cielo, allá por oriente, donde avanzan cada vez más las estrellas y la luna con su arco creciente, que ya está en su segunda fase. Los campesinos se apresuran a regresar a sus hogares donde los hornos están ya encendidos y de los que sale en volutas el humo.

Jesús está a punto de entrar a Nazaret, y sin hacer caso de lo que otros dicen, no quiere que alguien vaya a avisar a su Madre.

“Nada sucederá. ¿Para qué turbarla de antemano?” dice.

Helo ya entre las casas. Algún saludo, algún susurro detrás de Él, alguno que otro descaradamente le vuelve las espaldas y se oye el ruido de las puertas y ventanas cuando pasa el grupo apostólico.

La mímica de Pedro es un poema. Pero también los otros están un poco intranquilos. Los hijos de Alfeo parecen dos sentenciados. Caminan con la cabeza baja, al lado de Jesús, mas observan todo. De cuando en cuando tienen miradas de temor y de preocupación por Jesús. Él, como si nada sucediera, responde con su acostumbrada afabilidad a los saludos, se inclina a acariciar a los niños que, en su simplicidad, no toman parte en ellos, y son siempre amiguitos suyos, para quienes es muy cariñoso.

Uno, un pedazo de carne, gordo, gordo, que tendrá apenas cuatro años, corre a su encuentro separándose de su mamá y le tiende los bracitos diciendo: “¡Cárgame!” y luego que lo tiene en brazos, lo besa con su boquita toda embadurnada de higos que está comiendo. Y lleva su amor hasta ofrecerle un pedacito, diciendo: “¡Toma, está sabroso!” Jesús acepta lo que le da y ríe al ver que ese pedacito de hombre se lo pone en la boca.

Isaac, con los cántaros al hombro, viene de la fuente. Ve a Jesús, los deja por tierra y grita: “¡Oh, mi Señor!” y corre a su encuentro. “Tu Madre ha regresado a casa. Estaba en la de la cuñada. Pero... ¿recibiste la carta?” pregunta.

“Por eso estoy aquí. No digas nada a Mamá por ahora. Primero voy a la casa de Alfeo”.

Isaac, prudente, no dice otra cosa que: “Te obedeceré”, y carga de nuevo los cántaros y se dirige a la casa.

“Ahora vamos nosotros. Vamos amigos, nos esperaréis aquí. No me tardo”.

“¡Eso no! No entraremos en la casa del luto, pero estaremos allí afuera. ¿No es verdad?” dice pedro.

“Pedro tiene razón. Estaremos en la calle. Pero cerca de Ti”.

Jesús cede a la voluntad de todos. Sonríe y dice: “No me harán nada. Creedlo. No son malos. Están sólo humanamente apasionados. Vamos”.

Ya están en la calle que lleva a la casa. Ya están en los límites del huerto. Jesús va adelante. Detrás Judas y Santiago. Jesús está ya en los umbrales de la cocina, y en ella, cerca de la hoguera, está María de Alfeo que llora y cocina. En un rincón Simón y José, con otros hombres, están sentados en círculo. Entre ellos está Alfeo de Sara. Están allí, silenciosos cual estatuas. ¿Será la costumbre? No sé.

“Paz en esta casa y paz al espíritu que la ha abandonado”.

La viuda da un grito y un movimiento instintivo de retirar a Jesús, de interponerse entre Él y los otros. Simón y José se levantan hoscos y turbados. Pero Jesús no muestra haber caído en la cuenta de su actitud hostil. Se dirige a los dos: (Simón tiene alrededor de cincuenta años, o algo más por la cara) y les tiende las manos en actitud de amorosa invitación. Los dos más que nunca no saben qué hacer, pero no se atreven a hacer ninguna villanía. Alfeo de Sara tiembla y se le ve el sufrimiento. Los otros están mudos, en espera de una señal.

“Simón, tú que eres ya la cabeza de la familia, ¿por qué no me das la bienvenida? Vengo a llorar contigo. Cómo hubiera querido estar con vosotros en la hora del dolor. Pero no fue mi culpa que hubiese estado lejos. No seas malo Simón. Lo debes confesar”.

El hombre parece inmovible.

“Y tú, José, que tienes un nombre tan querido para mí ¿por qué no aceptas mi beso? ¿No me permitís que llore con vosotros? La muerte es un lazo para los afectos verdaderos. Y nosotros nos amamos. ¿Por qué debemos ahora estar separados?”

“Por culpa tuya, nuestro padre murió con dolores”, dice con dureza José.

Y Simón: “Debías de haberte quedado. Sabías que estaba por morir. ¿Por qué no te quedaste? Te quería...”

“No habría podido hacer por él más que cuanto hice. Vosotros lo sabéis...”

Simón, hombre más recto, dice: “Es verdad. Sé que viniste y que te echó fura. Pero era un enfermo y estaba afligido”.

“Lo sé y lo dije a tu madre y a tus hermanos: “No le guardo rencor, porque comprendo su corazón”, pero sobre todo está Dios y Dios quería ese dolor para todos. Para mí que, creedlo, he sufrido como si me hubiesen arrancado un pedazo de carne viva; para vuestro padre, que en este sufrimiento ha logrado comprender una gran verdad que le había quedado oculta durante toda su vida; para vosotros, porque por este dolor, tenéis la manera de ofrecer un sacrificio agradable, más que el de un becerro inmolado; y para Santiago y Judas, que en formación son iguales a ti, ¡oh Simón mío!, porque un dolor tan grande es para ellos un peso mayor y los oprime como una piedra de moler y los hace adultos de edad perfecta ante los ojos de Dios”.

“¿Qué verdad vio papá? Una sola: que su sangre, en la última hora le fue enemiga” objeta con dureza José.

“No, más que la sangre es el espíritu. Comprendió el dolor de Abraham¹ y por eso tuvo a Abraham por ayuda!” responde Jesús.

“¡Si fuese verdad! Pero ¿quién lo asegura?”

“Yo, Simón. Y más que Yo, la muerte de tu padre. ¿No me buscó? Tú lo dijiste”.

“Lo dije, es verdad. Quería a Jesús. Y decía: “¡Al menos el espíritu no está muerto! Él lo puede hacer. Lo rechacé y no vendrá. ¡Oh muerte sin Jesús! ¡Qué horrible eres, oh muerte! ¿Por qué lo eché fuera?” decía estas cosas y añadía: “Él muchas veces me preguntó: ‘¿Me voy?’ y... yo lo arrojé... ahora no viene más”. Te necesitaba. Te necesitaba. Tu Madre te mandó buscar, pero no te encontraron en Cafarnaúm, y él lloraba mucho, y con las últimas fuerzas que le quedaban tomó la mano de tu madre y quiso que estuviera cerca. No hablaba sino con fatiga, pero repetía: “La Madre es un poco del Hijo. Tengo a la Madre para tener algo de Él, porque tengo miedo a la muerte”. ¡Pobre papá!”

Se sucede una escena oriental de gritos y actos de dolor, en la que todos toman parte. También Santiago y Judas, que se han atrevido a entrar. El más apacible es José, que tan solo llora.

“¿Tú lloras?... ¿entonces lo amabas?”, pregunta Simón.

“¡Oh Simón! ¿me lo preguntas? ¿Crees que hubiera permitido este dolor, si hubiera podido? Yo estoy con el Padre, pero no soy más que el Padre²”.

“Curas a los agonizantes, pero ‘ja él no lo curaste!’ con rencor reprocha José.

“No creía en mí”.

“Es verdad, José observa Simón, el hermano.

“No creía y no dejaba su rencor. No puedo nada en donde hay incredulidad y odio³. Por eso os digo: No odiéis más a vuestros hermanos. Aquí están. Que su aflicción no reciba el peso de vuestro rencor. Vuestra madre está más destrozada por el odio que respira, que por la muerte que en sí misma todo lo acaba, pues vuestro padre ha alcanzado la paz, porque el haberme deseado fue perdón de Dios para él. De Mí no hablo y para Mí no pido nada. Estoy en el mundo, pero no soy del mundo. El que vive dentro de Mí, me paga muy bien con lo que el mundo me niega. Sufro con mi humanidad, pero levanto el espíritu más allá de la tierra y me

¹ Cfr. Gén. 22, 1-19.

² Cfr. Nota anterior

³ Cfr. Nota anterior

alegre en las cosas celestiales. ¡Pero ellos!... No faltéis a la ley de amor y de la sangre. Amaos. La sangre de Santiago y Judas no os ha ofendido. Aún si hubiera sido así, perdonadlos. Ved con ojos justos las cosas y veréis que ellos son los más ofendidos, puesto que no son comprendidos en la necesidad que experimenta su alma que Dios ha tomado. Y pese a ello, en ellos no existe odio, sino el deseo de amor. ¿No es verdad, primos?”

Judas y Santiago, a quienes la madre tiene junto a sí, asienten con su llanto.

“Simón, eres el mayor. Da el ejemplo...”

“Yo... por mí... pero el mundo... pero Tú...”

“¡Oh! ¡El mundo! Olvida y cambia con cada aurora que amanece... y Yo ¡Ven! Dame tu beso de hermano, Yo te amo. Lo sabes. Despójate de esas escamas que te hacen duro y que no son tuyas, sino que un extraño te las ha puesto, y es menos justo que tú. Juzga siempre con el recto corazón”.

Simón, todavía con un poco de repugnancia abre los brazos. Jesús lo lleva a sus hermanos que se besan entre llantos y lamentos.

“Ahora tú, José”.

“No. No insistas. Tengo en mi mente el dolor de mi padre”.

“Es verdad que tú lo perpetúas con ese rencor tuyo”.

“No importa. Soy fiel”.

“Jesús no insiste. Se vuelve a Simón: “Ya es tarde. Si quisierais... Nuestro Corazón arde en deseos de venerar las cenizas. ¿Dónde está Alfeo? ¿Dónde lo habéis colocado?”

“Detrás de la casa. Donde el olivar termina junto a la zanja. Un sepulcro digno”.

“Te ruego que me lleves ahí. María, toma aliento. Tu esposo se regocija porque ve en tu pecho a los hijos. Quedaos. Voy con Simón. ¡Quedaos en paz! José: Te digo lo que dije a tu padre: “No te guardo rencor. Te amo. Cuando me necesites, llámame. Vendré a llorar contigo”. Adiós”. Y Jesús sale con Simón...

Los apóstoles sacan tamaños ojos, pero ven que los dos están de buen acuerdo y se aplacan.

“¡Venid también vosotros!” dice Jesús. “Son mis discípulos. Simón. También ellos quieren honrar a tu padre. Vamos”.

Se encaminan por el olivar, y todo termina.

72. La Gracia de Dios obra siempre donde hay voluntad de ser justos

(Continúa de lo anterior)

Dice Jesús:

“Como ves, Simón, menos terco, se doblegó, si no del todo, al menos en parte a la justicia con espíritu pronto; y no fue al punto mi discípulo ni mucho menos mi apóstol, como en tu ignorancia lo creíste hace más de un año. Después de este encuentro con la ocasión de la muerte de Alfeo, se convirtió en espectador, pero no en enemigo. Protector de su madre y de la mía, cuando alguien tenía qué escoltarlas y defenderlas de la burla de la gente. No tenía valor de imponerse a quien me llamaba “loco”; pues era muy humano para avergonzarse un poco de Mí, y estaba preocupado de los peligros, de toda la familia y de mi apostolado que era contrario a las sectas.

Pero ya estaba en el sendero del bien, en el que después del Sacrificio, supo continuar, cada vez más seguro, hasta derramar su sangre por Mí. La gracia a veces obra a la manera de un rayo, a veces es muy lenta, pero siempre obra donde hay voluntad de ser justos”.

73. Jesús acogido mal en Nazaret¹

(Escrito la tarde del 13 de febrero de 1944)

¹ Cfr. Lc. 4, 16-30.

Estoy viendo un gran salón cuadrado. Digo salón, porque por lo que puedo entender es la sinagoga de Nazaret (así me lo dice quien me habla en mi interior) ya que no hay otra cosa que paredes desnudas, pintadas de color amarillo y una especie de púlpito. Hay un atril alto con rollos encima. Atril o escritorio, como usted quiera llamarlo, no es otra cosa que una tabla inclinada, levantada sobre un palo y sobre la que están alineados los rollos.

Hay gente que ora, no como oramos nosotros, sino vueltos hacia un lado con las manos separadas como un sacerdote suele tenerlas en el altar.

Hay lámparas puestas sobre el púlpito del atril.

No veo la razón de esta visión, que no cambia y se queda fija por un tiempo, pero Jesús me dice que la escriba y lo hago.

Desde el principio me encuentro en la sinagoga de Nazaret.

Ahora el rabí lee. Oigo la cantinela de su voz nasal, pero no entiendo las palabras que son pronunciadas en una lengua que ignoro. Entre la gente está también Jesús con sus primos, los apóstoles y con otros que son ciertamente parientes suyos, pero a quienes no había conocido.

Después de la lectura, el rabí vuelve la mirada a la multitud en muda pregunta. Jesús se adelanta y pide poder dirigir hoy la palabra.

Oigo su hermosa voz que lee el paso de Isaías citado por el Evangelio³: “El espíritu del Señor está sobre Mí...” y oigo el comentario que de él hace, llamándose “el portador de la Buena Nueva, de la ley de amor que sustituye el rigor de antes con la misericordia, por la que conseguirán la salvación, todos los que la culpa de Adán ha enfermado en el corazón y en la carne y por consiguiente, porque el pecado suscita siempre el vicio y el vicio también la enfermedad física. Por ello todos los que son prisioneros del espíritu del mal obtendrán liberación. . He venido a romper estas cadenas, a volver a abrir el camino del cielo, a dar luz a las almas ciegas y oído a las sordas. Ha llegado el tiempo de la gracia del Señor. Está ella entre vosotros, es la que habla. Los Patriarcas desearon ver este día, cuya existencia la voz del Altísimo ha proclamado y cuyos tiempos predijeron los profetas⁴. Ha llegado a ellos la Voz en alas de un ministerio sobrenatural, y conocen que el alba de este día se ha levantado y que su entrada al Paraíso está ya muy cerca y se alegran con sus espíritus, que santos, no les falta otra cosa que mi bendición para ser ciudadanos del Cielo. Vosotros estáis viendo el día, venid a la luz que se ha levantado. Despojaos de vuestras pasiones para ser ágiles en el seguimiento del Mesías. Tened la buena voluntad de creer, de mejorar, de querer salvación y ésta se os dará. Está en vuestras manos. Pero no la doy sino a quien tiene buena voluntad de poseerla. Porque sería una injuria a la gracia darla a quien quiere continuar sirviendo a Mammón”.

Un murmullo se levanta en la sinagoga. Jesús mira a su alrededor. Lee en sus rostros y corazones y prosigue: “Comprendo lo que estáis pensando. Vosotros, pues, de Nazaret, querríais un privilegio, pero no porque tengáis una gran fuerza de fe sino de egoísmo. Por lo que os digo que en verdad que ningún profeta es bien mirado en su patria. Otras regiones me han acogido y me acogerán con mayor fe, aun aquellos cuyo nombre es un escándalo entre vosotros. Allá cosecharé mis seguidores, mientras que en esta tierra nada podré hacer porque me está cerrada y me es hostil. Os recuerdo a Elías y a Eliseo. El primero encontró fe en una mujer fenicia, y el segundo en un sirio⁶ y a favor de uno y otra hicieron milagros. Los que morían de hambre en Israel, no tuvieron pan para su hambre, ni limpieza porque su corazón no tenía la buena voluntad, como perla que pudiese ver el profeta. También esto sucederá de nuevo a vosotros que sois hostiles e incrédulos a la palabra de Dios”.

La multitud comienza a hacer tumulto y dice palabras injuriosas tratando de poner la mano sobre Jesús, pero los apóstoles primos: Judas, Santiago y Simón⁷ lo defienden y entonces los

³ Cfr. Is. 61, 1-3; Lc. 4, 118-19.

⁴ Cfr. Gén. 17; Mt. 13, 10-17; Lc. 10, 23-24; Ju. 8, 31-59; 1 Pe. 1, 10-12.

⁶ Cfr. 3 Re. 17, 7-16; 4 Re.5; Lc. 4, 25-27.

⁷ Cfr. Cap. Anterior.

fariseos nazarenos, arrojan fuera de la ciudad a Jesús. Lo siguen con amenazas, no solamente verbales, hasta la cima del monte. Pero Jesús se vuelve y los inmoviliza con su mirar magnético, e incólume pasa en medio de ellos, desapareciendo sendero arriba.

Veo un pequeño, un pequeñísimo poblado. Un puñado de casas. Está más alto que Nazaret, que se ve allá abajo, y distante unos pocos kilómetros. Un poblado verdaderamente miserable.

Jesús y María, sentados en una pequeña barda cerca de unas casuchas, están hablando. Tal vez es la casa de algún amigo, o de quien le da hospedaje, según las leyes de la hospitalidad oriental. Jesús se ha refugiado allí después que lo arrojaron de Nazaret, para esperar a los apóstoles que se habían esparcido por la región mientras Él estuvo con su Madre.

No están con Él sino los tres apóstoles primos, quienes en estos momentos están en la cocina y hablan con una mujer anciana a quien Tadeo llama “madre”. Por lo que entiendo es María de Cleofás. Es una mujer más bien anciana, y reconozco que es la que estuvo con María Santísima en las bodas de Caná. Ciertamente María de Cleofás y sus hijos han ido allí para que Jesús y su Madre puedan libremente hablar.

María está afligida. Se ha enterado de lo que ha sucedido en la sinagoga y está adolorida. Jesús la consuela. María suplica a su Hijo que se aleje de Nazaret, donde todos están en contra suya, aun los parientes que le tienen por un loco deseoso de suscitar rencores y disputas.

Una sonrisa se dibuja en los labios de Jesús. Parece como si dijese: “¡No faltaba más! No te preocupes”. Pero María insiste. El Hijo responde: “Mamá, si el Hijo del Hombre tuviese qué ir únicamente a donde lo aman, debería de dejar la tierra e irse al cielo. Dondequiera tengo enemigos, porque la verdad es odiada y Yo soy la Verdad. Pero no he venido a encontrar un amor fácil. He venido para hacer la voluntad del Padre y redimir al hombre. El amor eres Tú, Mamá, amor que me compensa de todo. Tú y esta pequeña grey que diariamente aumenta con alguna ovejita que arranco de los lobos de las pasiones y llevo al redil de Dios. Lo demás es un deber. He venido para cumplir ese deber y debo cumplirlo aun cuando me parta en pedazos contra las piedras de los durísimos corazones que se oponen al bien. ¡Antes bien, cuando haya caído bañado con mi sangre los corazones, los suavizaré estampando y anulando al enemigo. Mamá, para esto bajé del Cielo. No puedo sino desear que se cumpla”.

“¡Oh! ¡Hijo! ¡Hijo mío!” María tiene la voz destrozada. Jesús la acaricia. Noto que María tiene sobre la cabeza además del velo, el manto. Más que nunca está velada como sacerdotisa.

“Me ausentaré por algún tiempo para contentarte. Cuando esté cerca te mandaré avisar”.

“Manda a Juan. Me parece ver un poco de Ti al verlo a él. También su madre está preocupada por Ti y por mí. Ella espera, es verdad, un puesto de privilegio para sus hijos. Hablará de esto contigo. Pero estará entregada a Ti sinceramente. Y cuando se vea libre de su fragilidad humana, que fermenta en ella y en sus hijos, como en otros, como en todos, Hijo mío, será grande en la fe. Es doloroso que todos esperen de Ti un bien humano, un bien que aunque no sea humano, es egoísta. Es el pecado en ellos y su concupiscencia. Aún no ha venido la hora bendita y *temida*, aunque el amor de Dios y del hombre me la hacen desear, en que anularás el pecado. ¡Oh! ¡Aquella hora! ¡Cómo tiembla el corazón de tu Madre por ella! ¿Qué te harán, Hijo? ¿Hijo Redentor, de cuyo martirio tan grande hablan los profetas?”

“No te preocupes, Mamá. Dios te ayudará en esa hora. Dios me ayudará y te ayudará y después será la paz. Te lo digo de una vez. Ahora vete que el atardecer está pronto y el camino es largo. Te bendigo”.

74. Jesús con su Madre en casa de Juana de Cusa

13 febrero 1945

Veo que Jesús se encamina a la casa de Cusa. Cuando el portero ve quién es el que va llegando, da un grito de alegría que retumba por toda la casa. Jesús entra sonriente y bendiciendo.

Juana corre del jardín ahora en flor, a precipitase a besar los pies del maestro. Viene también Cusa, que profundamente se inclina y besa la orla del vestido de Jesús. Cusa es un tipo común de unos cuarenta años, no muy alto, pero recio, cabello negro entre los que se ve uno que otro hilo de plata sobre sus sienes, ojos vivos y oscuros, color pálido y barba cuadrada, negra y bien cuidada.

Juana es más alta que su marido. De su pasada enfermedad no conserva sino una acentuada delgadez, que no es la antigua que le hacía parecer como esqueleto. Parece una sutil y flexible palma que remata en la hermosa cabecita de ojos negros, profundos y dulcísimos. Sus negrísimos cabellos los tiene graciosamente peinados. La frente lisa y alta da la impresión de ser más blanca bajo aquellos cabellos, y la pequeña boca bien dibujada, sobre sale con su color rojo entre las mejillas de un color pálido y fino, como lo tienen ciertas camelias.

Es una mujer bellísima... es la que da la bolsa a Longinos en el Calvario. Entonces era la mujer que lloraba, deshecha y toda velada. Aquí sonríe y tiene la cabeza descubierta. Pero es ella.

“¿A qué debo la alegría de tener a mi huésped?” pregunta Cusa.

“A que tengo necesidad de estar un poco, mientras espero a mi Madre. Vengo de Nazaret... y debo traer a mi Madre por algún tiempo. Iré a Cafarnaúm con Ella”.

“¿No se queda conmigo? No soy digna, pero...” dice Juana.

“Lo eres mucho, pero mi Madre trae consigo a su cuñada, viuda hace unos cuantos días”.

“La casa es grande para poder hospedar a más de uno. Me has dado tanta alegría que todo me parece mínimo para Ti. Ordena, Señor. Tú que alejaste la muerte de este hogar y le has devuelto mi rosa más bella y floreciente”, dice Cusa apoyando la petición de su mujer, a quien parece amar mucho. Lo colijo por la forma como la mira.

“No ordeno, sino acepto. Mi Madre está cansada y ha sufrido mucho en estos últimos tiempos. Teme por Mí y quiero mostrarle que hay alguien que me ama”.

“¡Oh! ¡Entonces tráela aquí! ¡La amaré como hija y como esclava!” dice Juana de Cusa.

Jesús asiente. Cusa va al punto a dar órdenes pertinentes y mientras la visión se desdobra, dejo a Jesús en el espléndido jardín oyendo hablar a Cusa y a su mujer. Yo me espero y veo que un carro veloz y cómodo llega a Nazaret, en el que Jonás ha ido a traer a María.

Naturalmente, la ciudad se pone en alarma por el hecho. Y cuando María y la cuñada, atendidas como dos reinas por Jonás suben al carro, después de haber confiado a Alfeo de Sara las llaves de la casa, la confusión crece. El carro parte, mientras Alfeo se venga de lo que villanamente hicieron a Jesús en la sinagoga con estas palabras: “¡Los samaritanos son mejores que nosotros! ¿Veis cómo uno de los de Herodes venera a la madre de Él?... ¡Y nosotros! Me da vergüenza ser Nazareno”.

Hay un verdadero tumulto entre los dos bandos. Hay quien defeccione del partido contrario para ir con Alfeo y preguntarle miles de cosas.

“Pero claro” responde Alfeo, “son huéspedes en la casa del Procurador. Oísteis lo que dijo a su mayordomo: “Mi patrón te suplica que honres su hogar”... ¿Honrar, entendéis? Y es el rico y poderoso Cusa y la mujer es una princesa real. “¡Honrar! Y nosotros, más bien, vosotros lo habéis apedreado. ¡Qué vergüenza!”

Los nazarenos no le contestan y Alfeo se envalentona. “¡Teniendo a Él se tiene todo! Y no es necesario el apoyo humano. Pero, ¿os parece inútil tener a Cusa como amigo? ¿Os parece bien que él os desprecie? Es el procurador del Tetrarca... ¿sabéis? ¡No decís nada! ¡Sed, sed los samaritanos con el Mesías! Os atraeréis el odio de los grandes. Y entonces... ¡Oh! ¡Entonces os querré ver! ¡Sin auxilio del Cielo y sin ayuda de la tierra! ¡Estúpidos! ¡Perversos! ¡Incrédulos!” La granizada de injurias y más injurias continúa, mientras los nazarenos, se van

yendo mudos cual perros apaleados. Alfeo queda solo como un arcángel vengador a la entrada de la casa de María...

...Ya es muy avanzada la noche, el magnífico camino que va por el lago aparece y en él el carro de Jonás tirado de robustos caballos. Los siervos de Cusa que hacen de centinelas a la puerta, dan la señal y corren con las lámparas, aumentando la claridad de la luna.

Juana y Cusa acuden luego. También se deja ver sonriente Jesús y detrás suyo el grupo apostólico. Cuando María baja, Juana se postra hasta el suelo y la saluda: "Preces a la Flor de estirpe real. ¡Alabanza y bendiciones a la Madre del verbo Salvador!" Y Cusa hace una inclinación que más profunda no la haría ante Herodes y dice: "Bendita la hora que te condujo a mi casa. Bendita tú, Madre de Jesús".

María, dulce y humildemente responde: "Bendito nuestro Salvador, y benditos los que aman a mi Hijo".

Entran todos en casa, acogidos con las más vivas señales de obsequio. Juana tiene por la mano a María y sonriendo dice: "Me permitirás que yo te sirva ¿no es verdad?"

"No mí. A Él, siempre a Él sírvele y ámallo y me habréis dado todo. El mundo no lo ama... ese es mi dolor".

"¡Lo sé" ¿Por qué una parte del mundo no lo ama y la otra estaría dispuesta a dar su vida por Él?"

"Porque es señal de contradicción para muchos. Porque Él es el fuego que purifica el metal. El oro queda limpio, Caen las escorias al fondo y se le arroja afuera. Esto se me dijo desde que Él era un pequeñín¹... y no pasa día en que la profecía no se cumpla..."

"No llores María. Lo amaremos y defenderemos" dice Juana por consolarla.

El llanto silencioso de María continúa y que sólo Juana ve, pues ambas están sentadas juntas en un rincón semioscuro.

Todo termina.

75. Jesús en la vendimia en la casa de Anna. Milagro en el niño paralítico

14 febrero 1945

En todas las campiñas de Galilea, el alegre trabajo de la vendimia ha comenzado. Los hombres, rápidos en las altas escaleras parece como si estuviesen colgando de los terrados y viñedos; las mujeres en la cabeza llevan los cestos cargados como de oro y rubíes a donde están pisando las uvas. Cantos, risotadas, chanzas vuelan de colina en colina, de huerto en huerto, justamente con el olor del mosto y el zumbir de abejas que parecen ebrias y que veloces y danzarinas van a los ramos de uvas que todavía les quedan algunas, a los cestos y cubas donde se pierden los pedazos de uva que tanto buscan, entre el espeso jugo de mosto. Los niños manchados con el mismo jugo parecen una parvada de golondrinas que van por la hierba, por los atajos y por las calles.

Jesús se dirige a un poblado que está cerca del lago y que aunque es una llanura, parece una cañada entre dos cadenas de montes que van hacia el sur. Está bien regada por un río (tal vez sea el Jordán) la atraviesa. Jesús pasa por el camino principal y lo saludan con el grito de: "¡Rabí! ¡Rabí!" y Él pasa bendiciendo.

Antes de llegar al poblado hay una rica propiedad, a cuya entrada hay dos ancianos esposos que esperan al Maestro.

"Entra. Cuando termine el trabajo, todos vendrán aquí para oírte. ¡Cuánta alegría me das! Parte de Ti como la linfa por los ramos de uvas y se convierte en vino de alegría de los corazones. ¿Es aquella tu Madre?" pregunta el dueño de la casa.

"Es Ella. Os la he traído porque ahora también se encuentra en el ejército de mis discípulos. El último soldado en orden de leva, el primero en orden de fidelidad. Es el apóstol. Me predicó

¹ Cfr. Lc. 2, 33-35.

desde antes que Yo naciera... Madre: ven. Un día, en los primeros tiempos en que Yo evangelizaba, esta madre hizo que no te extrañase, se portó tan dulce para tu cansado Hijo”.

“El Señor te dé gracia, mujer buena”.

“Tengo gracia porque tengo al Mesías y a ti. Ven. La casa está fresca y tranquila. Podrás descansar. Estarás cansada”.

“No me cansa otra cosa que el odio del mundo. Pero seguirlo y oírlo ha sido mi deseo desde mi más lejana infancia”.

“¿Sabías que serías la Madre del Mesías?”

“¡Oh! ¡No! Sólo tenía esperanza de vivir para oírlo y poder servirle y ser la última entre sus evangelizados, ¡pero fiel! ¡Oh!... ¡fiel!”

“Lo oyes y le sirves y eres la primera. También yo soy madre y tengo hijos sabios. Cuando los oigo hablar, mi corazón se hincha de orgullo. ¿Tú qué experimentas al oírlo?”

“Un suave éxtasis. Me sumerjo en mi nada y la Bondad, que es Él mismo, me levanta consigo. Entonces contemplo con sencilla mirada la Verdad eterna, y ella se hace carne y sangre de mi espíritu”

“¡Bendito el corazón tuyo! Es puro y por esto comprende de este modo al Verbo. Nosotros somos más duros, porque estamos llenos de culpas...”

“De buena gana daría mi corazón a todos por este motivo; porque el amor os fuese luz de inteligencia. Porque creedlo, es el Amor y yo soy la Madre y en mí es natural el amor, el cual hace fácil cualquier empresa”.

Las dos mujeres continúan hablando entre sí, la anciana con la joven madre de mi Señor, mientras tanto que Jesús habla con el dueño acerca de las cubas donde los vendimiadores echan racimos y racimos. Los apóstoles sentados bajo el terrado de un jazmín, comen con buen apetito uvas y pan.

El día va llegando a su atardecer, el trabajo poco a poco termina. Los trabajadores se encuentran casi todos en el amplio patio, donde se percibe un fuerte olor a uvas pisadas. De otras casas cercanas vienen también trabajadores.

Jesús sube una escalera que lleva al lado de un pórtico, bajo el cual hay sacos de mercancías e instrumentos agrícolas. ¡Cómo sonríe Jesús al subir esos pocos escalones! Lo veo sonreír entre sus rubios cabellos que se mueven a la caricia de la brisa de la tarde. Querría saber por qué su sonrisa está tan iluminada. Su alegría entra en mi corazón, que hoy ha estado muy triste y lo consuela, como el vino del que hablaba el dueño de la casa. Se vuelve, se sienta en el último escalón que se convierte en púlpito para los afortunados oyentes, o sea para los dueños de la casa, para los apóstoles y para María, que siempre humilde, ni siquiera había tratado de subir a aquel lugar de honor, si no la hubiera llevado allí, la dueña de la casa. Está sentada en un escalón más abajo que Jesús, de modo que su rubia cabeza está a la altura de las rodillas del Hijo, y sentándose de lado puede mirar en la cara, con su mirada de paloma enamorada. El suave perfil de María resalta claro como el mármol contra el muro oscuro del pórtico.

Más abajo están los apóstoles y los dueños de la casa. En el patio los trabajadores, unos están de pie, otros sentados por tierra, otros subidos en los barriles, o bajo las ramas de las higueras que hay en las cuatro esquinas del patio.

Jesús habla lentamente, metiendo la mano en un saco grande de semillas, que está a espaldas de María; parece que juega con los granos y que los acaricia con placer, mientras que con la derecha con solemnidad gesticula.

“Se me dijo: ‘Ven, Jesús, a bendecir el trabajo del hombre’” y vine. En nombre de Dios lo bendigo. Porque cualquier trabajo honrado merece la bendición del Dios eterno. Pero lo he dicho: la primera fuerza para obtener las bendiciones de Dios es ser hombre en todas las cosas.

Veamos ahora juntos cuánto y cómo las acciones son honradas. Lo son cuando al realizarse se tiene presente en el corazón al eterno Dios. ¿Podría un hombre pecar si se dijera: “Dios me mira. Dios tiene puestos sus ojos en mí y no se le escapa nada de mis acciones”? ¡No! No

puede, porque el pensamiento de Dios es un pensamiento saludable, y refrena al hombre de pecar, más que cualquier amenaza humana. Pero... ¿debe solamente temerse al eterno Dios? No. Escuchad. Se dijo: “Teme al Señor Dios tuyo”¹. Y los Patriarcas temblaron, temblaron también los Profetas cuando se apareció a sus espíritus el rostro de Dios o un ángel del Señor². Y en realidad en tiempo de la ira divina la aparición sobrenatural debió hacer temblar los corazones. ¿Quién hay, que aunque puro como un infante, no tiemble ante el Poderoso, ante cuyo fulgor eterno están siempre en adoración los ángeles, prontos en el aleluya del Paraíso? El fulgor irresistible de un Ángel Dios lo suaviza con un velo piadoso, para permitir al ojo humano de que le vea sin que se le queme la pupila y la mente. ¿Qué significa entonces ver a Dios?

Pero esto mientras dura la ira. Cuando viene la paz y el Dios de Israel dice: “Yo lo he jurado, y mantengo mi pacto. Ved que lo envío, y soy Yo, aun cuando Yo no soy, sino mi Palabra que se hace carne para la Redención”, entonces en lugar de temor debe entrar el amor, y solo el amor que se da al Dios eterno va acompañado de alegría porque la era de la paz entre Dios y el hombre ha venido a la tierra. Cuando los primeros vientos de primavera esparcen el polen de las flores de la viña, el agricultor todavía tiene qué temer ya que puede haber peligro de parte del temporal y de los insectos. Pero cuando llega la alegre hora de la vendimia, entonces todo temor cesa y el corazón se regocija con la certeza de la cosecha.

Ha venido como estaba anunciado por la palabra de los Profetas: El Retoño de la estirpe de Yessé⁴. Ahora está entra vosotros. Óptimo racimo que trae consigo el jugo de la Sabiduría eterna y que no quiere sino que se le cultive y se le exprima para ser vino de los hombres. Pero ¡ay de aquellos, que habiendo tenido al alcance este vino lo hayan rechazado, y tres veces! ¡Ay de aquellos que después de haberse alimentado con él, lo hayan arrojado o mezclado en su interior con alimentos de Mammón.

Ahora regreso a lo que al principio dije: La primera fuerza para tener la bendición de Dios, sea en obras del espíritu como en las humanas, es la bondad del propósito. Es honrado el que dice: “Sigo la Ley no porque me alaben los hombres, sino por ser fiel a Dios”. Es honrado el que dice: “Sigo al Mesías no por los milagros que hace, sino por los consejos que me da de vida eterna”. Es honrado el que dice: “Trabajo no por amor al lucro, sino porque también el trabajo ha sido impuesto por Dios como medio de santificación por su valor que forma, que preserva y que eleva. Trabajo para poder ayudar a mi prójimo. Trabajo para poder hacer resplandecer los prodigios de Dios, el cual de un granito hace una espiga y de una semilla de uva, una parra; de un grano una planta, y de mí, hambre que nada valgo y a quien trajo de la nada porque quiso, hace un instrumento suyo en la obra incansable de las mieses, vides, frutos, como de poblar la tierra de los hombres”.

Hay quienes trabajan como bestias de carga y que no tienen otra religión más que esta: Aumentar sus riquezas. ¿Muere a su lado el compañero más desgraciado, de agotamiento y de fatiga? ¿Mueren de hambre los hijos de este miserable? ¡Qué importa eso al ávido acumulador de riquezas!

Hay otros todavía más duros que no trabajan, pero hacen trabajar, y acumulan riquezas con el sudor de los demás. Hay otros todavía que despilfarran los bienes que maliciosamente fertilizan con la fatiga de otros. En verdad para estos el trabajo no es honrado. Y no digáis: “Y sin embargo Dios los protege”. No, no los protege. Tendrán ahora una hora de triunfo, pero pronto el rigor divino los castigará y les hará recordar en el tiempo y en la eternidad el precepto. “Yo soy el Señor Dios tuyo. Ámame sobre todas las cosas y ama a tu prójimo como

¹ Cfr. Por ejem. Lev. 19, 14 y 32; 25, 17 y 36; Dt. 6, 13; 10, 12 y 20.

² Cfr. Por ejem. Gén. 17, 1-4; 32, 25-31; Ex. 3, 1-6; 33, 18-23; Dt. 18, 16; Jue. 6, 11-24; 13, 8-25; 3 Re. 19, 9-18; Is. 6, 1-5; Dan. 8, 15-27; 10, 1-19. Sería, sin embargo, un error pensar que en el Antiguo Testamento prevaleció el temor o el error. Cfr. Por ejem. Ex. 33, 11; Núm. 12, 7-8; Dt. 34, 10.

⁴ Cfr. Is. 11, 1-12.

a ti mismo!”⁵. ¡Oh! Qué es entonces, si estas palabras suenan para siempre, serán más terribles que los rayos del Sinaí⁶. Muchas, pero muchas palabras se os han dicho. Yo os digo las siguientes: “Amad a Dios, amad al prójimo”.

Ellas son como el trabajo que en primavera se hace alrededor de la viña y que la hace fecunda. El amor de Dios y del prójimo es como el rastrillo que limpia el suelo de las hierbas nocivas del egoísmo y de las malas pasiones; es como el azadón que excava alrededor de la planta para que esté lejos de contacto de hierbas parásitas que quita lo superfluo, para que se acumule el vigor y lo encause a donde dé fruto; es el lazo que amarra y sostiene al robusto palo, es en fin el sol que madura los frutos del buen querer y los convierte en frutos de vida eterna. Alégrese ahora porque el año fue bueno y fueron ricas las mieses y óptima la vendimia. Pero en verdad os digo que este vuestro júbilo es menor que el más pequeño grano de arena respecto al júbilo sin medida que será vuestro cuando el Padre eterno os diga: “Venid, fecundaos ramos injertados en la vid verdadera. Fuisteis dóciles en todo aun en lo penoso con la condición de dar mucho fruto, y ahora venid a Mí cargados de dulce jugo de amor por Mí y por el prójimo. Floreced en mis jardines por toda la eternidad”.

Tended a esa alegría eterna. Perseguid ese fin con fidelidad, bendecid con agradecimiento al eterno que os ayuda a obtenerlo. Bendecidlo por la gracia de su Palabra, y bendecidlo por la buena cosecha. Amad con gratitud al señor y no temáis, Dios da el ciento por uno a quien le ama”.

Jesús ha terminado, pero todos gritan: ¡Bendícenos! ¡Venga tu bendición sobre nosotros!”

Jesús se pone en pie, abre los brazos y en voz alta dice: “El Señor os bendiga y os guarde, os muestre su rostro y tenga piedad de vosotros; el señor vuelva su rostro sobre vosotros y os dé la paz. El nombre del señor sea en vuestros corazones, en vuestras casas y en vuestros campos”⁷

La multitud, la pequeña multitud reunida ahí, da gritos de alegría y de aclamaciones al Mesías. Luego se calla y se abre para dar paso a una madre que trae en brazos a un niño paralítico como de unos diez años, lo pone al pie de la escalera, como si se lo ofreciera a Jesús.

“Es una sierva mía. Su hijo se cayó el año pasado de lo alto de la terraza y se le despedazaron los riñones. Por toda su vida estará recostado sobre su espalda” explica el dueño de la casa.

“Ha esperado en Ti durante estos meses...” añade la dueña.

“Dile que venga a Mí”.

Pero la mujer está tan emocionada que parece paralizada. Tiembla toda, se tropieza con su largo vestido al subir los escalones con su hijo en los brazos.

María, compasiva, se pone de pie y va a su encuentro. “Ven, no temas. Mi Hijo te ama. Dame el tuyo. Subirás mejor. Ven, hija. Yo también soy madre” y le toma al niño, al que dulcemente sonríe y en brazos lo sube. La madre del niño le sigue detrás, llorando.

María está ante Jesús. Se arrodilla y dice: “¡Hijo! ¡Por esta madre!” No dice más.

Jesús no pregunta lo que suele siempre preguntar, esto es: “¿Qué quieres que te haga? ¿Crees que lo pueda hacer?” No, hoy sonríe y dice: “Mujer, ven aquí”.

La mujer se acerca a María. Jesús pone una mano sobre la cabeza y sólo le dice: “Alégrate” y todavía no ha terminado de decir la palabra, cuando el niño que con todo su peso estaba en los brazos de María y con sus piernas tiesas, se sienta de golpe y con un grito de regocijo, busca refugio en el seno materno llamándola: “¡Mamá!”

Los gritos de hosanna parece como si quisieran penetrar en el rojo crepúsculo del cielo. La mujer estrechando a su hijo contra el pecho, no sabe qué decir y al fin pregunta: “¿qué cosa debo hacer para decirte que soy feliz?”

⁵ Cfr. Dt. 6, 4-9; Lev. 19, 18.

⁶ Xfr. Ex. 19, 16; 20, 21.

⁷ Cfr. Núm. 6, 22-27. Una fórmula de bendición que Dios inspiró a Moisés para que con ella bendijese al pueblo.

Y Jesús acariciándola una vez más, responde: “Ser buena, amar a Dios, al prójimo y educar a tu hijo en ese amor”.

Pero la mujer no queda satisfecha. Quisiera... quisiera... y al fin se resuelve: “Un beso tuyo y de tu Madre para mi hijo”.

Jesús se inclina y lo besa, también María. Y mientras la mujer, feliz en medio de tantos amigos que aclaman, Jesús dice a la dueña de la casa: “No fue necesaria otra cosa. El niño estaba en los brazos de mi Madre. Aun cuando no hubiera dicho nada, lo hubiera curado porque Ella es feliz cuando puede remediar una aflicción y *Yo quiero hacerla feliz*”.

Y entre Jesús y María se cruzan una de esas miradas que solo quien las ha visto, puede entenderlas. Son tan significativas.

76. Jesús va a casa de Doras. Muerte de Jonás

15 febrero 1945

Vuelvo a ver la llanura de Esdrelón, es de día pero un día seminublado de fines de otoño. Debió haber llovido por la noche; una de las primeras melancólicas lluvias de los meses invernales, porque la tierra está húmeda aunque no lodosa. Todavía sopla el viento, un viento que arranca las amarillentas hojas y penetra en los huesos con su humedad.

Son escasas las yuntas de bueyes para hacer la fatigosa tarea de revolver la pesada tierra de esta fértil llanura, para prepararla para cuando comience la siembra. Y lo que más duele es ver que en algunos lugares son los mismos hombres los que hacen el trabajo de los bueyes, jalado el arado con todas las fuerzas de sus brazos, y hasta con el pecho, apuntalando los pies en el suelo ya flojo y cual esclavos trabajan penosamente en lo que hasta los fuertes toros se cansan.

También Jesús ve y contempla. La tristeza se ve en su rostro bañado en lágrimas. Los discípulos: once, porque Judas está todavía ausente y los pastores ya no están, hablan entre sí y Pedro dice: “Pequeña, pobre y fatigosa también es la barca... ¡pero cien veces mejor que este trabajo de bestia de tiro!” y luego pregunta: “Maestro, ¿serán ya los siervos de Doras?”

Simón Zelote responde: “No creo; sus campos están más allá de aquellos árboles frutales. Todavía no los vemos”.

Mas Pedro siempre curioso, se separa del camino y se va por una vereda entre los dos campos. Sobre los bordes se han sentado por un momento cuatro flacos y sudados campesinos. Respiran fatigosamente. Pedro les pregunta: “¿Sois de Doras?”

“No, somos de su pariente, Yocana. Y tú, ¿quién eres?”

“Soy Simón de Jonás, pescador de Galilea hasta la luna de Ziv, ahora soy Pedro de Jesús de Nazaret, el Mesías de la Buena Nueva”. Pedro dice gustoso y con el orgullo de alguien que dijera: “Pertenezco al alto y divino César de Roma” y mucho más. Su honrada cara resplandece de alegría al decir que es de Jesús.

“¡Oh! ¡El Mesías! ¿Dónde?, ¿Dónde está?” preguntan los cuatro infelices.

“Es aquel. Aquél alto y rubio, vestido de rojo oscuro. El que está ahora mirando hacia aquí y que sonríe porque está esperándome”.

“¡Oh!... Si fuésemos a Él... ¿nos arrojaría?”

“¿Arrojaros?... ¿Por qué? Es el amigo de los infelices, de los pobres, de los oprimidos, y me parece que vosotros... pertenecen a estos...”

“¡Oh! ¡Que si lo somos! Pero jamás como los de Doras. Al menos tenemos pan suficiente y no se nos apalea a no ser que dejemos el trabajo, pero...”

“Queréis decir que si el hermoso señorito de Yocana os encontrase hablando os...”

“Nos apalearía, como no apalea a sus perros...”

Pedro da un silbido significativo. Luego dice: “Ahora es mejor así...” y poniendo sus manos en la boca a modo de embudo, grita, grita fuerte: “Maestro, ven aquí. Hay corazones que sufren y te quieren”.

“Pero ¿qué estáis diciendo? ¡Él! ¡Si nosotros somos siervos sin ningún valor!” Los cuatro están aterrorizados de tanto atrevimiento.

“Las apaleadas no son algo agradables, y si se asoma ese hermoso fariseo, yo no querría participar de ellas...” ríe Pedro, sacudiendo con una de sus manotas al más aterrorizado de los cuatro.

Jesús con su largo paso va hasta allí. Los cuatro no saben qué hacer. Querrían ir a su encuentro, pero el respeto los paraliza. Pobres seres a quienes la perversidad humana ha atemorizado. Caen al suelo adorando desde ahí al Mesías que se acerca.

“La paz a todos lo que me desean. Quien me desea tiene deseo del bien y Yo lo amo como a un amigo. Levantaos. ¿Quiénes sois?”

Los cuatro apenas si quieren levantar la cara del suelo y siguen de rodillas, mudos.

Pedro habla: “Son cuatro siervos del fariseo Yocana, pariente de Doras. Querrían hablarte, pero... si llega él, serán apaleados y por eso te dije: “¡Ven!” ¡Ea, muchachos! ¡No os come! Tened confianza. Tomadlo como a un amigo vuestro”.

“Nosotros... nosotros te conocemos... lo decía Jonás...”

“Vengo por él. Sé que me ha anunciado. ¿Qué sabéis de Mí?”

“Que eres el Mesías. Que te vio cuando eras pequeñito, que los ángeles cantaron paz a los buenos cuando Tú llegaste, que fuiste perseguido... pero que te salvaste, y ahora has buscado a tus pastores... y que los amas. Estas últimas cosas las decía ahora. Y nosotros pensábamos: Si es tan bueno de amar y buscar a los pastores, ciertamente nos podrá querer también a nosotros aunque sea un poco... Tenemos mucha necesidad de que alguien nos ame...”

“Os amo. ¿Sufrís mucho?”

“¡Oh!... Pero los de Doras peor. ¡Si Yocana nos encontrase hablando!... Pero hoy está en Gerguesa. Todavía no ha regresado de los Tabernáculos. Su mayordomo nos dará esta noche de comer según el trabajo hecho. ¡No importa! Recuperaremos el tiempo con no descansar en la comida en la hora de la siesta”.

“Di, muchacho. ¿No sería yo capaz de jalar ese arado? ¿Es un trabajo difícil?” Pregunta Pedro.

“Difícil no, pero fatigoso. Requiere fuerza”.

“Fuerza tengo. Déjame ver. Si logro, mientras tú hablas, yo la hago de buey. Tú Juan, Andrés y Santiago... adelante a la lección. Pasemos de los peces a los gusanos de la tierra. ¡Ea!” Pedro pone su mano en el eje que atraviesa el timón. En cada arado hay dos hombres, uno de cada lado de la larga esteva. Mira e imita todos los movimientos del campesino. Fuerte como es, y reposado, trabaja bien y el otro lo alaba.

“Soy un maestro en arar” exclama contento el buen Pedro. “¡Ea, Juan! Ven aquí. Un toro y un becerro por arado. En el otro, Santiago y el toro mudo de su hermano. ¡Ánimo!... ¡Ea! ¿ahora!” y el par de arados, empiezan a revolver la tierra y a hacer el surco a través del largo campo; y al llegar al límite, voltean el arado y hacen otro surco. Parece como si hubieran trabajado siempre de campesinos.

“¡Qué buenos son tus amigos!” dice el más valeroso de los siervos de Yocana. “¿Tú los hiciste?”

“He dado una regla a su bondad. Como tú haces con las tijeras de podar. La bondad existía en ellos. Ahora florece bien, porque hay quien cuide de ella”.

“Son también humildes. Amigos tuyos y ayudar ¡así a pobres siervos!”

“Conmigo no pueden estar sino los que aman la humildad, la mansedumbre, la continencia, la honradez y el amor, sobre todo el amor. Porque quien ama a Dios y al prójimo tiene por lo tanto todas las virtudes y conquista el cielo”.

“¿Podremos también nosotros conseguirlo, nosotros que no tenemos tiempo de orar, de ir al Templo, ni siquiera de levantar la cabeza del surco?”

“Responded, ¿existe en vosotros rebelión, y reprocháis a Dios por haberos puesto entre los últimos de la tierra?”

“¡Oh, no, Maestro! Es nuestra suerte. Cuando cansados nos echamos en la cama, decimos: ‘¡Y bien!, el Dios de Abraham sabe que estamos tan exhaustos que no podemos decirle más que: ‘Bendito seas Señor’ y agregamos: ‘También hoy hemos vivido sin cometer pecado’... Sabes... podríamos robar un poquito, comer el pan con frutas, o echar aceite en las hierbas molidas. Pero el amo dijo: ‘A los siervos basta el pan y las hierbas cocidas, y en tiempo de la mies un poco de vinagre para templar la sed y proporcionar vigor’, y... así haremos. En fin... se podría estar peor”.

“Yo en verdad os digo, que el Dios de Abraham sonríe al ver vuestros corazones, mientras su rostro es severo con quienes los insultan en el Templo con mentirosas plegarias, porque no aman a sus semejantes”.

“¡Oh! ¡Pero entre sí se aman! Al menos parece ser así porque se veneran mutuamente con regalos e inclinaciones. A nosotros es a quien no aman. Somos diferentes de ellos, y es justo”.

“No. En el reino de mi Padre no es justo. Diversa será la manera de juzgar. No los ricos y poderosos, porque lo sean, tendrán honras, sino los que habrán amado siempre a Dios sobre sí mismos y sobre cualquier otra cosa como dinero, poder, mujeres y mesa; y amado a sus semejantes que son *todos* los hombres, ricos o pobres, famosos o desconocidos, doctos o sin cultura, buenos o malvados. Sí, también es necesario amar a los malvados. No porque lo sean sino por compasión de su pobre alma que han herido de muerte. Es menester amarlos con un amor que pida al Padre celestial que los cure y redima. En el reino de los cielos serán bienaventurados los que habrán honrado al Señor con verdad y justicia, y amando a sus padre y parientes con respeto; los que no habrán robado de ninguna manera cosa alguna, en otras palabras, los que habrán dado y pretendido lo justo, también en el trabajo de sus siervos. Los que no habrán destruido ni reputación ni persona y no habrán tenido deseo de matar, aún cuando los modales de los otros sean tan crueles que solivianten el corazón al desprecio y a la rebelión; los que no habrán jurado en falso, dañado al prójimo y a la verdad; los que no habrán cometido adulterio o cualquier otro vicio carnal; los que mansos y resignados habrán siempre aceptado su suerte sin envidiar a los demás. De estos es el reino de los Cielos, y aún el mendigo puede ser allá un rey feliz, mientras el Tetrarca con su poder será un poco menos que nada, mejor dicho más que nada: Será pasto de Mammón si hubiere obrado contra la ley eterna del Decálogo¹”.

Los hombres tienen la boca abierta al oírlo. Cerca de Jesús está Bartolomé, Mateo, Simón, Felipe, Tomás, Santiago y Judas de Alfeo. Los otros cuatro continúan su trabajo, colorados, acalorados, pero alegres. Pedro es suficiente para tener a todos alegres.

“¡Oh! Cuánta razón tenía Jonás en llamarte ‘Santo’ Todo en Ti es santo; las palabras, las miradas, la sonrisa... Jamás habíamos experimentado en el alma, así...”

“¿Hace mucho que no veis a Jonás?”

“Desde que está enfermo”.

“¿Enfermo?”

“Sí, Maestro. No puede más. Antes se podía arrastrar, pero después de las labores del verano y de la vendimia no puede estar ya en pie. Y con todo... ese lo hace trabajar... ¡Oh! Tú dices que es menester amar a todos. ¡Pero es muy difícil amar a las hienas! Y Doras es peor que una hiena”.

“Jonás, lo ama...”

“Sí, Maestro. Y yo digo que es un santo, como los que por su fidelidad al Señor Dios fueron martirizados”.

“Has dicho bien. ¿Cómo te llamas?”

“Miqueas y este Saulo, este Joel y este Isaías”.

“Recordaré al Padre vuestros nombres. ¿Decís que Jonás está muy enfermo?”

“Sí. Apenas termina el trabajo se echa sobre el jergón de paja y no lo vemos más. Nos lo dicen otros siervos de Doras”.

¹ Cfr. Ex. 20, 1-21; Dt. 5, 1-22.

“¿Está en el trabajo a esta hora?”

“Si puede estar en pie, sí. Entonces estará más allá de aquel manzanar”.

“¿Tuvo buena cosecha Doras?”

“¡Oh! Célebren en toda la región. Fueron apuntalados los árboles por el tamaño tan grande, tan milagroso y Doras tuvo qué construir nuevas cubas, porque en las antiguas no hubiera cabido la uva. ¡Era tanta!”

“Entonces Doras debió de haber premiado a su siervo”.

¡Premiado! ¡Oh! ¡Señor, qué mal lo conoces!”

“Jonás me dijo que hace años lo golpearon hasta medio matarlo porque se perdieron algunos racimos de uvas y que por deuda se convirtió en esclavo, al haberlo acusado el amo por la pequeña pérdida. Este año que tuvo una cosecha milagrosa, debía haberle dado premio”.

“No. Lo apaleó ferozmente, acusándolo de no haber obtenido los años anteriores igual abundancia, porque no había cultivado la tierra como se debía”.

“¡Ese hombre es una fiera!” exclama Mateo.

“No. Es un sin alma” dice Jesús. “Os dejo hijos, con una bendición. ¿Tenéis pan y comida para hoy?”

“Tenemos este pan” y muestra una torta oscura que sacaron de una bolsa que está en el suelo.

“Tomad mi comida. No tengo más que esto. Hoy estaré en la casa de Doras y...”

“¿Tú en la casa de Doras?”

“Sí, para rescatar a Jonás. ¿No lo sabías?”

“Nadie sabe nada aquí. Pero... desconfía, Maestro. Eres como una oveja en la cueva del lobo”.

“No me podrá hacer nada. Tomad mi comida. Santiago, dales cuanto tengamos. También vuestro vino. Alegraos un poco también vosotros, pobres amigos, en el alma y en el cuerpo. Pedro, vámonos”.

“Voy, Maestro. No quedaba más que este surco”. Corre a donde está Jesús, respirando fatigado. Se acerca con el manto que se había quitado, se lo pone y ríe feliz.

Los cuatro no terminan de dar las gracias.

“¿Pasarás por aquí, Maestro?”

“Sí, esperadme. Saludaréis a Jonás. ¿Lo podéis hacer?”

“¡Oh! ¡Sí! El campo debía estar arado para el tardecir y ¿ya hay más de dos terceras partes! ¡Qué bien y qué pronto! ¡Tus amigos son fuertes! Dios os bendiga. Hoy para nosotros es una fiesta mayor que la de los Ácimos. ¡Oh! ¡Que Dios os bendiga a todos! ¡A todos! ¡A todos!”

Jesús se dirige derecho al manzanar. Lo atraviesan, llegan a Los Campos de Doras. Otros campesinos al arado o encorvados para arrancar de los surcos las hierba. Jonás, no está. Jesús es reconocido y sin dejar los hombres el trabajo, lo saludan.

“¿Dónde está Jonás?”

“Después de dos horas se cayó en el surco y lo han llevado a casa. Pobre Jonás. Poco le queda por sufrir. Está ya a su término. Jamás volveremos a tener un amigo tan bueno”.

“Me tenéis en la tierra y a él en el seno de Abraham. Los muertos aman a los vivos con doble amor: con el suyo y con el que reciben al estar con Dios, y por lo tanto con amor perfecto”.

“¡Oh! Ve pronto a donde está. ¡Que te vea en su sufrimiento!”

Jesús bendice y se va.

“Y ahora ¿qué vas a hacer? ¿Qué vas a decir a Doras?” preguntan los discípulos.

“Iré como si nada supiera. Si el se ve cogido de frente, es capaz de enfurecerse contra Jonás y sus siervos”.

“Tiene razón tu amigo: es un chacal” dice Pedro a Simón.

“Lázaro nunca dice más que la verdad y nunca habla mal de nadie. ¡Lo conocerás y lo amarás!” responde Zelote.

Se distingue ya la casa del fariseo. Larga, baja, bien construida, en medio de árboles frutales ya sin fruta. Una casa de campaña, pero rica y cómoda. Pedro con Simón van por delante a avisar.

Sale Doras. Un viejo con el perfil duro, de viejo rapaz. Ojos irónicos, boca de sierpe que gesticula una sonrisa falsa entre la barba que es más blanca que negra. “Salud, Jesús”, saluda familiarmente y con manifiesta condescendencia.

Jesús no dice: “Paz”; sólo responde: “Tenla igualmente”.

“Entra, la casa te acoge. Has sido puntual como un rey”.

“Como hombre honrado”, objeta Jesús.

Doras ríe con sorna.

Jesús se vuelve y dice a los discípulos, que no habían sido invitados: “¡Entrad! Son mis amigos”.

“Que entren... pero... ¿aquel no es el alcabalero hijo de Alfeo?”

“Este es Mateo, el discípulo del Mesías” dice Jesús con un tono que... el otro entiende y vuelve a reír con mayor sorna que antes.

Doras querría aplastar al “pobre” Maestro galileo bajo la opulencia de la casa que por dentro es fastuosa. Fastuosa y fría. Los siervos parecen esclavos. Caminan inclinados, dándose prisa, rápidos, temerosos siempre de que se les castigue. La casa da la impresión de que en ella reina la frialdad y el odio.

Jesús no se deja aplastar con la ostentación de las riquezas, ni con recordarle la posición y el parentesco... y Doras, que comprende la indiferencia del maestro, lo lleva consigo por el jardín, en donde hay también árboles; le muestra plantas raras y le ofrece frutos de ellas que los siervos traen en palanganas y en copas de oro. Jesús gusta y alaba la exquisitez de las frutas, algunas conservadas como en jalea con duraznos bellísimos. Otras al natural, como peras de tamaño raro.

“Soy el único en Palestina, que tengo estas frutas y creo que ni siquiera las haya en toda la península. Las mandé traer de Persia y de lugares más lejanos todavía. La caravana me costó casi un talento. Pero ni siquiera los Tetrarcas tienen estas frutas. Probablemente ni el mismo Cesar. Cuento las frutas y recojo todas las semillas. Las peras sólo se comen en mi mesa, porque no quiero que se roben ni una semilla. Le envió a Annás, pero tan solo cocidas porque así son ya estériles”.

“Sin embargo son plantas de Dios. Y los hombres todos son iguales”.

“¿Igual? ¡Noooo! ¿Yo igual a... a tus galileos?”

“El alma viene de Dios, y Él las crea iguales”.

“Pero yo soy Doras, el fiel fariseo...” parece un pavo real que se esponja al decirlo.

Jesús lo atraviesa con sus ojos de zafiro, que cada vez más se encienden, señal precursora en Él de un acto de piedad o de rigor. Jesús, de vestido purpúreo es mucho más alto que Doras y domina imponente a este pequeño, encorvado fariseo embutido en su vestido amplísimo y con una impresionante abundancia de franjas.

Doras después de algún tiempo de auto-admiración exclama: “Pero Jesús, ¿por qué enviar a la casa de Doras, el fariseo puro, a Lázaro, hermano de una prostituta? ¿Lázaro es tu amigo? ¡No debe serlo! ¿No sabes que está en el anatema, porque su hermana María es una prostituta?”

“No conozco a otro que a Lázaro y sus acciones honradas”.

“Pero el mundo recuerda el pecado de esa casa y ve que su mancha se extiende sobre los amigos... ¡No vayas! ¿Por qué no eres fariseo? Si quieres... yo soy poderoso... Hago que te acepten no obstante que tú eres galileo. Puedo todo en el Sanedrín. Annás está en mis manos como este pedazo de paño de mi manto. Serías más temido”.

“Yo quiero sólo ser amado”.

“Yo te amaré. Ve que te amo desde que te cedo, atendiendo a tu deseo, a Jonás”.

“Lo he pagado”.

“Es verdad, y me admiré que Tú pudieses disponer de tal cantidad”.

“No fui Yo, sino un amigo lo hizo por Mí”.

“Bien, bien. No indago. Digo: “Ves que te amo y quiero contentarte. Tendrás a Jonás después de la comida. Sólo por Ti hago este sacrificio...” y ríe en medio de su cruel sonrisa.

Jesús lo mira cada vez con mayor rigor, con los brazos cruzados en el pecho. Están todavía en el jardín de los árboles, en espera de la comida.

“Me debes hacer un favor. Alegría por alegría. Te doy mi mejor siervo, me privo por lo tanto de una utilidad futura. Tu bendición este año (supe que viniste al principio de los grandes calores) me dio cosechas que han hecho célebres mis posesiones. Bendice ahora mis ganados y mis campos. Para el año próximo echaré de menos a Jonás... y mientras encuentro otro igual a él, ven, bendice. Dame la alegría de que se hable de mí por toda la Palestina y de tener rediles y graneros que revienten de abundancia. ¡Ven!” Lo toma, trata de llevarlo a la fuerza, poseído de su sed de oro.

Jesús se opone: ¿Dónde está Jonás?” enérgicamente pregunta.

“En los arados. Ha querido hacer esto por su buen patrón, pero vendrá antes de que termine la comida. Entre tanto ven a bendecir los ganados y los campos, los árboles frutales, las viñas y los olivares... Todo... todo... ¡Oh! ¡Qué fértiles serán el año que entra! Ven, pues”.

“¿Dónde está Jonás?” dice Jesús en un tono mucho más fuerte.

¡Ya te lo dije! Al frente de los arados. Es el primer siervo y no trabaja: preside”.

“¡Mentiroso!”

“¿Yo?... ¡Lo juro por Yeové!”

“¡Perjuro!”

“¿Yo?... ¿Yo perjuro? Yo soy el fiel más fiel. ¡Ten cuidado como hablas!”

“¡Asesino!” Jesús ha levantado cada vez más fuerte la voz, y la última palabra parece como si fuese trueno.

Los discípulos se acercan a Él, los siervos se asoman por las puertas, temerosos. El rostro de Jesús es formidable en su severidad. Parece como si sus ojos arrojasen rayos fosforescentes.

A Doras por un momento el temor lo sobrecoge. Se hace más pequeñito, como un montón de tela finísima junta a la alta persona de Jesús vestido con lana pesada de un rojo oscuro. Pero después la soberbia se apodera otra vez de él y grita con voz chillona, como la de las zorras: “En mi casa yo solo doy órdenes. ¡Sal de aquí vil galileo!”

“Saldré después de haberte maldecido a ti, a tus campos, ganados y viñas para este año y para los que vengan!”

“¡No, esto no! Sí, es verdad. Jonás está enfermo. Pero se ha curado. Se ha recuperado. Retira tu maldición”.

“¿Dónde está Jonás? Que un siervo me conduzca a él, *al punto*. Yo lo pagué y como tú lo consideras una mercancía, como a máquina, por tal lo tomo y como lo he comprado, lo quiero”.

Doras saca un silbato de oro de entre su pecho y silba tres veces. Muchos siervos de la casa y del campo acuden de todas partes, corriendo en tal forma inclinados, que casi cubren a su temido dueño. “¡Llevad a este a donde está Jonás y entregádselo! ¿A dónde vas?”

Ni siquiera responde Jesús. Camina detrás de los siervos que se han precipitado más allá del jardín por las casuchas de los campesinos. Entran en la bamboleante casucha de Jonás.

Él, realmente es un esqueleto semidesnudo que respira fatigosamente por la fiebre, sobre un lecho de cañas, sobre las que sirve de colchón un vestido remendado y de cobija un manto todavía más roto. La joven de la otra vez lo cuida como puede.

“¡Jonás, amigo mío! ¡He venido a llevarte!”

“¿Tú?... ¡Señor mío! Me muero... ¡pero soy feliz de tenerte aquí!”

“Fiel amigo, eres libre desde ahora, y no morirás aquí. Te llevo a mi casa”.

“¿Libre?... ¿Por qué?... ¿A tu casa? ¡Ah sí! Habías prometido que vería a tu Madre”.

Jesús es todo amor. Se inclina sobre el miserable lecho del infeliz.

“Pedro, tú eres fuerte. Levanta a Jonás, y vosotros dadle el manto. Este lecho es muy duro para cualquiera en estas condiciones”.

Los discípulos prontamente se quitan los mantos, los doblan y vuelven a doblar y los ponen debajo, otros los ponen de almohada. Pedro coloca su carga de huesos y Jesús lo cubre con su mismo manto.

“Pedro, ¿tienes dinero?”

“Sí, Maestro, tengo cuarenta denarios”.

“Está bien. Vámonos. Ánimo, Jonás. Un poco todavía de molestia y después habrá mucha paz en mi casa, cerca de María...”

“María... sí... ¡Oh!” En medio de su agotamiento llora Jonás. No sabe más que llorar.

“Adiós, mujer. El Señor te bendecirá por tu misericordia”.

“Adiós Señor. Adiós Jonás. Ruega, roga por mí”. La joven llora...

Cuando están por salir, aparece Doras. Jonás por un momento se llena de terror y se tapa la cara. Jesús le pone una mano sobre la cabeza y sale a su lado, más severo que un juez. El miserable cortejo sale al patio, y toma el camino del jardín.

“¡Este lecho es mío! Te vendí el siervo, no el lecho”.

Jesús le arroja a los pies la bolsa sin hablar. Doras la toma, la vacía. “Cuarenta denarios y cinco dracmas. ¡Es poco!”

Jesús mira al avariento y repugnante hombre en tal forma que es imposible describirla. No dice nada.

“Dime al menos que retiras el anatema”.

Jesús lo fulmina con una nueva mirada y una nueva frase: “Te pongo en manos del Dios del Sinaí³” y pasa derecho al lado de la rústica camilla que llevan Pedro y Andrés.

Doras, al ver que todo es inútil, que su condena es segura, grita: “¡Nos veremos, Jesús! ¡Oh! ¡Te tendré nuevamente entre las uñas! Te haré guerra a muerte. Llévate si quieres esa piltrafa de hombre. No me sirve más. Me ahorré el entierro. Vete, vete. ¡Satanás maldito! Todo el Sanedrín lo pondré contra ti. ¡Satanás, Satanás!”

Jesús aparenta no oír. Los discípulos están consternados. Jesús se preocupa sólo de Jonás. Busca los caminos más planos y mejores hasta que llega a un cruce cerca de los campos de Yocana. Los cuatro campesinos corren a saludar a su amigo que parte y al Salvador que bendice.

Pero desde Esdrelón hasta Nazaret el camino es largo y no se puede avanzar ligeros con la piadosa carga. Por el camino principal no se ve ningún carro o carreta. Nada. Continúan en silencio. Jonás parece que duerme, pero no abandona la mano de Jesús.

Ya al atardecer, se ve un carro militar romano que los alcanza. “En nombre de Dios, deteneos” dice Jesús, levantando el brazo.

Los dos soldados se detienen. Del capote extendido sobre el carro saca la cabeza un pomposo militar: “¿Qué quieres?” pregunta a Jesús.

“Tengo un amigo que se está muriendo. Os pido para él un lugar en el carro”.

“No se podría... pero sube. Tampoco somos perros”.

Suben la camilla.

“¿Tu amigo?... ¿Quién eres?”

“Jesús de Nazaret”.

“¿Tú? ¡Oh!...” el oficial lo mira curioso. “Entonces, si tú eres... subid cuantos podáis. Basta con que no os asoméis... así son las órdenes... pero sobre las órdenes está el ser humano, ¿o no?... y Tú eres bueno. Lo sé. ¡Eh! Nosotros los soldados lo sabemos todo. ¿Cómo lo sé?... Hasta las piedras hablan en bien y en mal. Nosotros tenemos orejas para oír y servir al César,

³ Cfr. Ex. 19, 9-25; 20, 18-19. Expresión que se esclarece con “Lo he puesto en la justicia de Dios. Yo, el Amor, lo he abandonado”.

Tú no eres un falso Mesías como los anteriores, sediciosos y rebeldes. Tú eres bueno. Roma lo sabe. Este hombre... está muy enfermo”.

“Por eso lo llevo a casa de mi Madre”.

“¡Umm! ¡Poco tendrá qué cuidarlo! Dale un poco de vino de esa cantimplora... Tú, Aquila, arrea los caballos y... tú Quinto dame las raciones de miel y de mantequilla. Es mía pero le hará bien. Tiene mucha tos y la miel le hace bien”

“Eres bueno”.

“No. Soy menos malo que muchos. Estoy contento de tenerte conmigo. Acuérdate de Publio Quintiliano de la Itálica. Estoy en Cesarea. Pero ahora voy a Tolemaide. Inspección de orden”.

“No me eres enemigo”.

“¿Yo? Enemigo de los malos, jamás de los buenos. Querría también yo ser bueno. Dime: ¿Qué doctrina predicas para nosotros los hombres de armas?”

“La doctrina es única para todos. Justicia, honradez, continencia, piedad. Ejercer el propio oficio sin abusos. Aun en los duros momentos de las armas, no olvidar de ser humanos. Buscar de conocer la verdad, o sea a Dios Uno y Eterno, sin cuyo conocimiento cualquier acción está privada de gracia y por lo tanto del premio eterno”.

“Y cuando esté muerto, ¿qué me interesa el bien hecho?”

“Quien se acerca al Dios verdadero encuentra ese bien en la otra vida”.

“¿Vuelvo a nacer?... ¿me convierto en tribuno o aun en emperador?”

“No. Te haces igual a Dios al unirse con Él en su eterna beatitud en el cielo”.

“¿Cómo? ¿En el Olimpo yo?... ¿Entre los dioses?”

“No existen los dioses. Existe el Dios verdadero. El que Yo predico. El que te oye y pone señal en tu bondad y en tu deseo de conocer el bien”.

“¡Esto me basta! No sabía que Dios se pudiese ocupar de un pobre soldado pagano”.

“Él te creó, Publio. Por eso te ama y querría que estuvieses con Él”.

“¡Eh!... ¿Por qué no? Pero... nadie nos habla de Dios jamás...”

“Iré a Cesarea y me escucharás”.

“¡Oh! Sí, iré a oírte. Allá está Nazaret. Querría servirme algo más. Pero si me ven...”

“desciendo y te bendigo por tu buen corazón”.

“Salve, Maestro”.

“El Señor se os muestre, ¡adiós, soldados!”

Descienden y vuelven a caminar.

“Jonás, en breve vas a descansar”, dice Jesús alentándolo.

Jonás sonríe. Entre más atardece, está más seguro de estar más lejos de Doras y más tranquilo se muestra.

Juan con su hermano corren a avisar a María. Y cuando el pequeño cortejo llega a Nazaret que está casi desierto en la noche que cae, María está en las afueras esperando a su Hijo.

“Madre, aquí está Jonás. Bajo tu dulzura se recupera para comenzar a gustar de su Paraíso. ¡Feliz Jonás!”

“¡Feliz, feliz!” murmura el extenuado como en un éxtasis. Se le lleva a la habitación en donde murió José.

“Estás en el lecho de mi padre. Y aquí estamos mi Mamá y Yo. ¿Ves? Nazaret se convierte en Belén, y tú ahora eres el pequeño Jesús entre dos que te aman, y ellos son los que veneran en ti al siervo fiel. No ves los ángeles, pero revolotean a tu alrededor con alas de luz y cantan las palabras del canto navideño...”

Jesús derrama su dulzura sobre el pobre Jonás que poco a poco va debilitándose. Parece como si para morir aquí, hubiera aguantado tanto... pero es feliz. Sonríe, trata de besar la mano de Jesús, la de María y de decir... pero la falta de aliento destroza sus palabras. María cual Madre lo conforta. Él repite: “Sí... Sí” con una sonrisa en su cara de esqueleto.

Los discípulos conmovidos miran desde la puerta del huerto.

“Dios ha escuchado su largo deseo. La estrella de su larga noche se convierte ahora en la estrella de su eterno amanecer. ¿Sabes su nombre?” pregunta Jesús.

“Jesús, ¡el tuyo! ¡Oh! ¡Jesús! Los ángeles... ¿Quién está cantándome el himno angelical? Mi alma lo oye... pero también mis orejas lo quieren oír. ¿Quién la canta para hacerme feliz?... ¡Tengo mucho sueño! Me he cansado mucho. ¡Muchas lágrimas... muchos insultos... Doras... Yo... lo perdono... pero no quiero oír su voz y la oigo... Es como la voz de Satanás junto a mi agonía. ¿Quién me cubre esa voz con palabras venidas del Paraíso?”

Es María que vuelve a cantar en voz baja y con el mismo tono la canción que compuso a Jesús Niño: “Gloria a Dios en los altos cielos y paz a los hombres de acá abajo”. Lo repite dos o tres veces porque ve que Jonás se ha tranquilizado al oírla.

“¡No habla más Doras!” dice después de un poco de tiempo. “Sólo los ángeles... era un Niño... en un pesebre... entre un buey y un asno... y era el Mesías y yo lo adoré... y con Él estaban José y María...” La voz se apaga en un breve murmullo y sigue un silencio.

“¡Paz en el Cielo al hombre de buena voluntad! ¡Ha muerto! Lo pondremos en nuestro pobre sepulcro. Merece que espere la resurrección de los muertos junto a mi justo padre” dice Jesús. Y mientras María de Alfeo, a quien alguien ha avisado entra, todo termina.

77. Jesús en casa de Jacob cerca del lago Merón

17 febrero 1945

Puedo decir que además del lago de Galilea, y del Mar Muerto, la Palestina tiene otro pequeño lago o laguna, digamos un brazo del río, cuyo nombre ignoro.

En cuanto a medidas no valgo nada, pero a ojo de buen cubero diría que esta pequeña laguna puede tener de dos a tres kilómetros. Muy poco de lo que se ve. Pero es bonita con sus verdes alrededores, con su vista tan azul y plácida que parece una escama de esmalte celeste pintada en el centro con una pincelada más clara y un poco movida, tal vez por la corriente del río que en ésta desemboca por el norte para salir luego por el sur, y que, por no ser muy grande, deberá ser poco profunda. No pierde su dirección porque más que agua estancada es un canal que delata su vitalidad y presencia con diversos coloridos y ligero vaivén de las aguas.

No hay barca alguna en el lago, tan solo una que otra chalupa de remos en que un solitario pescador mete o saca sus redes o lo atraviesa uno que quiere acortar el camino. Ganados y más ganados que bajan de los pastizales montañosos para el otoño que se acerca y que pacen en sus verdes y fértiles riberas.

En el extremo del lago, que es de forma oval, pasa un camino principal que va de este a oeste, mejor dicho, de noroeste a sudoeste. Es un camino muy bueno porque lo transitan muchos que se dirigen a los diversos poblados esparcidos por la región.

Por este camino van Jesús y los discípulos. El día es más bien ceniciento y Pedro hace esta observación: “Era mejor no haber ido a donde estaban esa mujeres. Los días se hacen cada vez más cortos y más feos... y Jerusalén está todavía muy lejos”.

“Llegaremos a tiempo, créeme, Pedro, obedece más bien a Dios haciendo el bien que con una ceremonia externa. Esa mujer bendice a Dios con todos sus hijos, alrededor del que es cabeza de familia y que se encuentra tan sano que puede ir a Jerusalén para los Tabernáculos, de otro modo debería haber dormido en un sepulcro todo el tiempo, bajo vendas y aromas. No hay qué corromper jamás la fe con la exterioridad de las acciones. Jamás se debe criticar. ¿Cómo puedes maravillarte de los fariseos si tú mismo caes en un error de piedad y cierras el corazón al prójimo diciendo: “Sirvo a Dios y basta?”

Tienes razón, Maestro. Soy más ignorante que un burro”.

“Y Yo te tengo conmigo para hacerte sabio. No tengas miedo. Cusa me ofreció su carro hasta Yaboc. De allí al vado el trecho es corto. Tanto insistió, y con razones de mucho peso que cedí aun cuando juzgo que el Rey de los pobres debe utilizar medios pobres, pero la muerte de Jonás nos ha hecho retrasar, y debo adaptar mi plan a este casi imprevisto”.

Los discípulos hablan de Jonás, cuya miserable vida compadecen, pero cuya muerte feliz envidian. Simón Zelote en voz baja dice: “No pude hacerlo feliz y darle al Maestro un

verdadero discípulo que se había madurado en el largo martirio y en una fe inconmovible... y me duele. ¡El mundo tiene necesidad de hombres que crean, convencidos de Jesús, para poder balancear la otra parte en que hay tantos que lo niegan y que lo negarán!"

"¡No importa, Simón!" responde Jesús. "Es más feliz *ahora*. Es más activo. Y tú has hecho mucho más que cuanto hubiese hecho cualquier otro por él o por Mí. Por eso también te doy las gracias. Sabe ahora quién lo liberó y te bendice".

"Entonces ¿ahora maldice a Doras?" exclama Pedro.

Jesús lo mira y pregunta: "¿Lo crees? Estás en un error. Jonás era un justo. Ahora es un santo; cuando vivió ni odió ni maldijo, ahora tampoco lo hace. Mira el paraíso desde el lugar donde se encuentra, y como ya sabe que pronto el Limbo dejará salir a los que están esperando, se alegrará. No hace otra cosa".

"Y a Doras... ¿llegará tu maldición?"

"¿En qué sentido, Pedro?"

"Pues... haciéndolo meditar y cambiar... o también castigándolo".

"Lo he entregado a la justicia del Padre. Yo, el amor, lo he abandonado".

"¡Misericordia! ¡No querría encontrarme en su lugar!"

"¡Ni yo!"

"¡Ni yo!"

"Nadie querría. ¿Cómo pues, será la justicia del Perfecto?" preguntan los discípulos.

"Será éxtasis de los buenos, relámpago para Satanás. En verdad os digo: ser esclavo, leproso, mendigo por toda la vida, es una felicidad de reyes con respecto a una hora, a una sola hora de castigo divino".

"Ya empezó a llover, Maestro. ¿Qué hacemos? ¿A dónde vamos?" En realidad sobre el agua se refleja el cielo oscuro, cubierto de nubes plomizas; caen y rebotan las primeras gotas de un temporal que parece que arreciará.

"A alguna casa. Pediremos refugio en nombre de Dios".

Y esperamos encontrar a uno que sea bueno como aquel romano. No creía que fueran así... los había evitado siempre como inmundos y veo que... si saco las cuentas son mejores que muchos de nosotros" dice Pedro.

"¿Te gustan los romanos?" pregunta Jesús.

"¡Eh!... No veo que sean peores que nosotros. Se les trata sólo como samaritanos..."

Jesús sonríe y no dice nada. Les alcanza una mujercita que arrea ocho ovejas.

"Mujer, ¿sabes dónde podemos encontrar un techo?..." pregunta Pedro.

"Yo soy sierva de un hombre pobre y solo. Pero si queréis venir... creo que el patrón os acogerá con bondad".

"Vamos".

Caminan bajo el chaparrón, rápidos en medio de las ovejas que trotan con sus obesos cuerpos para huir de la lluvia. Dejan el camino principal para tomar un sendero que lleva a una casa. Reconozco la casa del campesino Jacob, el de Matías y María, los dos huérfanos de la visión de agosto, me parece.

"¡Allí esta! Adelante mientras conduzco las ovejas al redil. Al otro lado de la valla hay un patio y de este se va a la casa. Estará en la cocina. No os preocupéis que sea de pocas palabras... tiene muchas aflicciones". La mujer se mete por un boquete de la derecha, Jesús con los suyos da la vuelta a la izquierda.

Se ve la era con el pozo, el horno en el fondo, un manzano al lado, y ahí está la puerta abierta de la cocina en donde arde fuego y un hombre arreglando un arnés roto.

"Paz a esta casa. Te pido hospedaje para esta noche para Mí y mis compañeros" dice Jesús en los umbrales de la puerta.

El hombre levanta la cabeza. "Entra" dice, "y Dios te devuelva la paz que ofreces. Pero... ¿paz, aquí? Es enemiga de Jacob la paz, desde hace tiempo. ¡Entra, entra!... Entrad todos. El fuego es la única cosa que puedo daros en abundancia... porque... ¡Oh! Pero... Tú, ahora que te quitas el capucho (Jesús se había cubierto la cabeza con la punta del manto y lo tenía

sostenido bajo la barba) y te veo bien... Tú eres, sí, eres el Rabí galileo a quien llaman Mesías y que hace milagros... ¿Eres Tú? ¡Dilo en nombre de Dios!"

"Soy Jesús de Nazaret, el Mesías. ¿Me conoces?"

"La luna pasada te oí hablar en casa de Judas y Anna... estaba yo entre los vendimiadores porque... soy pobre... Una cadena de infortunios, granizadas, orugas, plagas en las plantas y en las ovejas... Lo que tenía me bastaba a mí y a la sierva que tengo. He trabajado en casa de otros para no vender todas las ovejas... mis campos... parecía como si por ellos hubiese pasado la guerra, porque estaban como quemados y las viñas y olivos sin nada de fruto. Desde que murió mi mujer, y ya son seis años, parece como que Mammón está jugando conmigo. ¿Lo ves? Estoy arreglando este arado. El palo está roto. ¿Cómo le hago?... No soy carpintero y amarro y amarro pero no sirve. Y debo pensar en otras menudencias. Ahora venderé una oveja para ajustar los arneses. El techo comienza a gotear... pero me importa más el campo que la casa. ¡Una calamidad! Todas las ovejas están preñadas... esperaba aumentar el ganado... ¡pero...!"

"Veo que vengo a ser molestia en donde ya hay muchas".

"¿Molestia Tú? ¡No! Te oí hablar y... me ha quedado en el corazón lo que dijiste. Es verdad que he trabajado honradamente, y sin embargo... Pero pienso que no era bastante bueno. Pienso que tal vez la buena era mi mujer que tenía piedad de todos. ¡Pobre Lía que murió tan pronto, tan pronto para su marido!... Creo que es el bienestar que teníamos en esos tiempos nos lo daba el Cielo por causa de ella. Y me quiero hacer mejor, por lo que Tú dices y para imitar a mi esposa. No pido mucho... sólo de continuar viviendo en este hogar en donde murió ella, donde nací yo... y tener un pan para mí y para mi sierva que me sirve de mujer, de pastora y me ayuda como puede. No tengo nada más siervos. Tenía dos y me bastaban trabajando también yo en el olivar... pero el pan ahora apenas si me basta y es muy poco..."

"No te prives de él por nosotros..."

"No, Maestro. Si no tuviese sino un bocado te lo daría. Es honra para mí tenerte... jamás me lo hubiera esperado. Si te digo mis miserias es porque Tú eres bueno y entiendes".

"Sí, entiendo. Dame ese martillo. No se hace así. Así partes el palo. Dame también aquel punzón, pero después de haberlo calentado. De este modo se perfora mejor el palo y pasará más fácilmente la cuña de hierro. Deja que lo haga. Yo era carpintero..."

"¿Tú vas a trabajar para mí?... ¡No!"

"Déjame que te lo haga. Me das hospedaje. Te ayudo. Es necesario que los hombres se amen entre sí dando cada uno lo que puede".

"Das la paz, das la sabiduría y haces milagros. Das ya mucho, ¡mucho!"

"También doy mi trabajo. ¡Ea!, obedece..." y Jesús que tiene solo el vestido trabaja rápidamente y con experiencia sobre el timón roto. Perfora, amarra, mete la cuña de hierro y mira si está fuerte. "Por algún tiempo servirá para el trabajo; hasta el año que viene, y entonces podrás hacerte uno nuevo".

"Yo también lo creo. Ese arado ha estado en tus manos y me bendecirá la tierra".

"Jacob, por esto no te la bendeciría".

"Entonces ¿por qué, Señor mío?"

"Porque eres misericordioso. No te encierras en el rincón del egoísmo y de la envidia, sino que aceptas mi doctrina y la pones en práctica. Bienaventurados los misericordiosos. Tendrás misericordia". ¿En qué cosa la he usado, Señor mío? Casi ni lugar ni alimento tengo para tus necesidades. No tengo sino una buena voluntad, y nunca más que ahora me pesa por ser pobre porque no tengo con qué honrarte a Ti y a tus amigos".

"Me basta tu deseo. En verdad te digo que un solo vaso de agua dado en mi nombre es una cosa grande ante los ojos de Dios. Yo era un viajero cansado bajo la tempestad, tú me has dado hospedaje. Es la hora de la comida y me dices: "Te ofrezco lo que tengo". La noche ya nos cubre y me ofreces un techo amigo. ¿Qué cosa de más quieres hacer? Ten confianza, Jacob. El Hijo del Hombre no mira la pompa del recibimiento y de la comida, mira los

sentimientos del corazón. El Hijo de Dios dice al Padre: “Padre, bendice a mis bienhechores y a todos los que en mi nombre son misericordiosos con sus hermanos”. Esto lo digo por ti”.

Mientras Jesús trabaja en el arado, la sierva había hablado con el dueño. Regresa con pan. Leche apenas ordeñada, unas cuantas manzanas secas y un vaso de aceitunas.

“No tengo más”. Dice el hombre excusándose.

“¡Oh! ¡Yo estoy viendo entre tu comida un alimento que tú no ves! Me alimento de él porque tiene un sabor celestial”.

“¿Te nutres tal vez, Tú, Hijo de Dios, con algún alimento que te traen los ángeles? Quizás vives de pan espiritual”.

“Sí. El espíritu tiene más valor que el cuerpo, y no tan solo en Mí. Pero no me alimento de pan angelical, sino del amor del Padre y de los hombres. Este amor lo encuentro en tu mesa y bendigo porque me acoges con amor y con amor me das. Esta es mi comida de quien hace la voluntad de mi Padre”.

“Bendice entonces y ofrece en mi lugar a Dios, este alimento. Hoy Tú eres la cabeza de la familia y siempre serás mi Maestro y Amigo”.

Jesús toma el pan y lo ofrece en la palma de sus manos, recitando en voz alta un salmo, creo. Después se sienta, parte y distribuye...

Todo termina.

78. Regresan al vado del Jordán cerca de Jericó

18 febrero 1945

“Me sorprende que no esté aquí el Bautista” dice Juan al Maestro. Se encuentran todos en la ribera oriental del Jordán cerca del famoso vado donde un tiempo solía bautizar el Bautista.

“Y no está ni siquiera en la otra ribera” hace notar Santiago.

“Lo habrán otra vez arrestado esperando una bolsa más” comenta Pedro “Son ciertos instrumentos de cruz, los de Herodes”.

“Pasemos a otro lado y preguntemos” dice Jesús.

Así lo hacen y preguntan a un barquero: “¿Ya no bautiza aquí más el Bautista?”

“No. Está en los confines de Samaría. ¡A esto se ha llegado! Un santo debe estar junto a los samaritanos para salvarse de los ciudadanos de Israel. ¿Qué admiración os puede causar que Dios nos abandone? Yo sólo me maravillo de una cosa: que no haga de toda la Palestina una Sodoma y Gomorra¹”.

“No lo hace por los justos que hay en ella, por los que sin ser todavía del todo justos, sienten sed de justicia y siguen las enseñanzas de los que predicán la santidad” responde Jesús.

“Entonces hay dos: El Bautista y el Mesías. Conozco al primero porque también yo le he servido aquí en el Jordán al pasarle algún fiel sin pedirle nada, porque él dice que hay que contentarse con lo justo. Me parecía que estaba bien contentarme con lo que ganaba en otros servicios y que estaba mal pedir dinero por llevar un alma a la purificación. Mis amigos me han tratado de loco. Pero qué hemos de hacer... Contento con lo poco que tengo ¿quién puede lamentarse? Por otra parte veo que todavía de hambre no me muero y espero que en mi muerte me sonría Abraham”.

“Estás en lo justo, hombre. ¿Quién eres?” pregunta Jesús.

“¡Oh! Tengo un nombre muy rimbombante y me río de él, porque no tengo sabiduría sino para remar. Me llamo Salomón”.

“Tienes la sabiduría para juzgar que quien coopera a una purificación no debe corromperla con el dinero. Yo te lo digo, no tan sólo Abraham te sonreirá en tu muerte como a hijo fiel, sino también el Dios de Abraham

“¡Oh, Dios! ¿De veras lo dices?” ¿Quién eres?”

“Soy un justo”.

¹ Cfr. Gén. 19, 1-29.

“Oye: te dije que hay dos justos en Israel: uno es el Bautista y el otro es el Mesías. ¿Eres Tú el Mesías?”

“Lo soy”.

“¡Oh! Eterna misericordia. Pero... oí un día a los fariseos que decían... Olvidémoslo... No quiero mancharme la boca. Tú no eres como te pintan. ¡Lenguas venenosas más que las de serpientes”...

“Soy Yo y te digo: No estás muy lejos de la luz. Adiós, Salomón. La paz sea contigo”.

“¿A dónde vas, Señor?” El hombre está fuera de sí por lo que ha oído y ha tomado un tono del todo distinto. Al principio era un bonachón que hablaba. Ahora es un fiel que adora”.

“A Jerusalén por Jericó. Voy a los tabernáculos”.

“¿A Jerusalén? Pero... ¿también tú?”

“Soy Hijo también de la Ley. No la anulo. Os doy luz y fuerza para seguirla perfectamente”.

“¡Pero Jerusalén te odia! Quiero decir: los grandes, los fariseos de Jerusalén. Te dije que oí...”

“Déjalos. Ellos cumplen con su deber, con el deber que creen cumplir. Yo cumplo con el mío. En verdad te digo que mientras no sea la hora, nada podrán”.

“¿Qué hora, Señor?” preguntan los discípulos y el barquero.

“La del triunfo de las tinieblas”.

“¿Vivirás hasta el fin del mundo?”

“No. Habrá unas tinieblas más atroces que la de los astros apagados y de nuestro planeta, muerto con todos sus habitantes. Y será cuando los hombres sofocarán a la Luz que soy Yo. En muchos el delito ya se ha cometido. Adiós, Salomón”.

“Maestro, te sigo”.

“No. Ven entre los días del hermoso Nidrasar. La paz sea contigo”.

Jesús se pone en camino con sus discípulos pensativos.

“¿En qué estáis pensando? No tengáis miedo por Mí, ni por vosotros. Hemos pasado por la Decápolis y la Perea y por todas partes hemos visto sembradores en los campos. La tierra estaba todavía bajo las pajas y las hierbas, seca, dura, llena de plantas parásitas que los vientos de verano habían arrastrado y esparcido las semillas en los lugares desérticos. Eran los campos de los perezosos y de los diligentes. Por otra parte el arado había ya abierto la tierra, y el fuego o el hombre la habían limpiado de piedras, zarzas y hierbas. Y lo que antes era un mal, esto es, plantas inútiles, ahora con la purificación del fuego y con cortarlas, se ha cambiado en bien: en abono y sales útiles para la fecundación. La tierra pudo haber llorado con el dolor de la reja que la abría y barbechaba y bajo el ardor del fuego que la martirizaba en sus heridas. Pero volverá a reír mucho más hermosa en la primavera, diciendo: “El hombre me torturó para darme esta opulenta mies que me hace bella”. Estos eran los campos de los que tienen buena voluntad. En otras partes de la tierra está todavía muelle, limpia aun de las cenizas, un verdadero lecho nupcial para el matrimonio de los terrones con la semilla que en su fecundidad produce magníficas espigas. Estos eran los campos de los generosos hasta la perfección de su actividad.

Pues bien, igual cosa se puede decir de los corazones. Yo soy el arado y mi palabra el fuego, para preparar el triunfo eterno.

Hay quién, perezoso o diligente, no me quiere y se extingue en el vicio y son cardos y espinas que rasgan a muerte el espíritu, lo ligan y lo hacen un manojo para el fuego del Geenna. Por ahora Decápolis y Perea son así... y no sólo ellas. No piden milagros porque no desean la cuchilla de la palabra ni el ardor del fuego. Pero llegará la hora para ellos. En otros lugares hay quien acepta esa cortadura y ese ardor y piensa: “Es doloroso, pero me purifica y me hará fértil para el bien”. Son aquellos, que si es verdad que no tienen el heroísmo de hacer, dejan que Yo actúe. El primer paso en mi caminar. En fin hay quienes ayudan con su diligencia, trabajo diario, mi trabajo, y no caminan, sino que vuelan en el camino de Dios... Son esos los discípulos fieles: vosotros y los demás esparcidos por Israel”.

“Somos pocos... contra tantos. Somos humildes... contra los poderosos. ¿Cómo podríamos defenderte si te quisieran hacer daño?”

“Amigos, recordad el sueño de Jacob³. Vio una multitud incalculable de ángeles que subían y bajaban por la escala que iba del Cielo al patriarca. Una multitud, y con todo no era sino una parte de los ejércitos celestiales... aunque todos los ejércitos que cantan a Dios aleluya en el Cielo bajasen a mi alrededor a defenderme, cuando llegase la hora, *nada podrán*. Se debe cumplir la justicia...”

“La injusticia ¡querrás decir! Porque Tú eres Santo y si te hacen mal, si te odian son los injustos”.

“Por eso te digo que en algunos el delito ya se ha realizado. Quien alimenta pensamientos de homicidio ya es homicida, quien de hurto ya es un ladrón, quien de adulterio ya es adúltero, quien de traición ya es traidor. El Padre sabe y Yo lo sé. Pero Él me permite que vaya, y voy. Porque para esto he venido. Todavía las mieses madurarán y volverá a sembrarse una y otra vez antes que el Pan y el Vino sean dados en alimento a los hombres”.

“¿Entonces habrá un banquete de júbilo y de paz?”

“¿De paz?... ¡Sí! ¿De júbilo?... ¡También! Pero... ¡Oh, Pedro! ¡Oh, amigos! ¡Cuántas lágrimas habrá primeramente entre este cáliz y el segundo! Y cuando se haya bebido la última gota del tercer cáliz⁴ habrá júbilo entre los justos, y la paz segura a los hombres de voluntad recta”.

“Y Tú estarás ¿no es verdad?”

“¿Yo?... ¿cuándo falta al rito el que es cabeza de la familia?... ¿Y no soy Yo acaso la Cabeza de la gran familia del Mesías?”

Simón Zelote que no ha hablado para nada, dice como hablando consigo mismo: “¿Quién es este que viene con la vestidura teñida de rojo? Es bello con su vestido y camina con ostentación de su fuerza”. “Soy Yo que hablo con justicia y protejo de modo que puedan salvarse” “¿Por qué pues, tus vestidos están teñidos de rojo y tus vestiduras están como las de quien pisa en el lagar?” “Yo solo he pisado en el lagar y ha venido el año de mi libertad”⁵.”

“Simón tú has comprendido” declara Jesús.

“He comprendido, Señor mío”.

Los dos se miran; los otros contemplan admirados y se preguntan entre sí: “Pero habla de los vestidos rojos que tiene ahora Jesús, ¿o de la púrpura de Rey de que se vestirá cuando llegue la hora?”

Jesús se abstrae y parece como si no oyese más. Pedro lleva aparte a Simón y le dice: “Tú eres sabio y humilde, explica a mi ignorancia tus palabras”.

“Sí, hermano. Su nombre es Redentor. Los cálices del banquete de paz y júbilo entre el hombre y Dios, la tierra y el cielo, Él los da si los llena con su vino, pisándose a Sí mismo en el sufrimiento por amor a nosotros. Por esto estará presente, aunque el poder de las Tinieblas haya entonces aparentemente sofocado la Luz que es Él. ¡Oh! Hay qué amarle mucho, a este nuestro Mesías, porque no encontrará amor. Hagamos que en la hora del abandono no se pueda decir y echarse en cara el lamento de David: “Una jauría de perros (y entre esos también nosotros) me rodea”⁶”.

³ Cfr. Gén 28, 10-22.

⁴ Según el Misha (en el tratado sobre la Pascua) texto fundamental del Talmud, especie de casuística judía codificado en los siglos II-III A.D. pero que contiene elementos que llegan hasta los doctores contemporáneos de Jesús, para la Cena Pascual estaba prescrito el beber por lo menos cuatro copas rituales de vino. Según esta obra, entre las dos primeras copas, habría habido mucha tristeza (tal vez aludiendo a la predicción de la traición de Judas: Mt. 26, 20-20; Mc. 14, 17-26); pero después de la tercera copa, esto es, después de haber bebido el vino consagrado en Sangre de Jesús, habría invadido a los presentes un gran júbilo y profunda paz (tal vez alusión a los admirables e íntimos discursos que Jesús dirigió a los apóstoles entre la ausencia de Judas y el fin de la reunión pascual: Ju. 13, 30 – 17, 26).

⁵ Cfr. Is. 63, 1-4.

⁶ Cfr. Sal. 21, 17.

“Tú lo dices... ¡pero lo defenderemos nosotros a costa de nuestra vida hasta morir con Él!”

“Lo defenderemos... pero somos hombres, Pedro, y nuestro valor desaparecerá antes de que a Él le sean destrozados los huesos... Sí. Seremos como hielo congelado del frío que un rayo derrite en agua y luego el viento la esparce por el suelo. ¡Así nosotros! ¡Así nosotros! Nuestro actual valor de que somos sus discípulos es porque su amor y su presencia nos da entusiasmo viril pero bajo el rayo azotador de Satanás y de los satanases se derretirá... y ¿qué quedará de nosotros? Luego después de la prueba viril y necesaria, mira que la fe y el amor nos volverán a unir y seremos como un cristal que no teme que se le quiebre. Pero esto lo sabremos y podremos, si lo amamos mucho mientras lo tenemos. Entonces... sí, pienso que entonces no seremos, por su palabra, ni enemigos ni traidores”.

“Tú eres sabio, Simón. Yo... un hombre sin letras. Y hasta me avergüenzo de preguntarte tantas cosas. Me siento mal cuando oigo que son cosas de lágrimas. Mira su rostro. Parece como si lo lavara un llanto secreto. Mira sus ojos. No miran ni al Cielo, ni al suelo. Están abiertos en un mundo desconocido de nosotros. ¡Cuán cansado y encorvado es su andar! Parece envejecido en sus pensamientos. ¡Oh! No lo puedo ver así. ¡Maestro! ¡Maestro! Sonríe, no te puedo ver así de triste. Te quiero como a un hijo y te daré mi pecho por almohada, para que duermas y sueñes otros mundos... ¡Oh! ¡Perdona si te llamé “Hijo”! Es que te amo Jesús”.

“Soy el Hijo... ese es mi nombre. Pero no estoy ya más triste. ¿Lo ves? Sonríe, porque sois mis amigos. Ved allá en el fondo Jericó, enrojecido por el crepúsculo. Dos de vosotros iréis a buscar alojamiento. Yo y los otros os esperaremos a lado de la sinagoga. Id”.

Y todo tiene fin al irse Judas Tadeo y Juan a buscar una casa en donde se hospeden.

79. Jesús en casa de Lázaro. Marta habla de Magdalena

19 febrero 1945

La plaza del mercado de Jericó con sus árboles y mercaderes que vocean. En una esquina el alcahalero Zaqueo ocupado con sus transacciones legales e ilegales. Probablemente también se ocupa en comprar y vender cosas preciosas porque veo que pesa e indica el valor de collares y objetos de metales finos, no sé si se los den a cambio de dinero porque no pueden pagar las contribuciones o se los venden por otras causas.

El Turno es de una mujer delgada, cubierta toda con un grande manto que tira al color rojizo de moho grisáceo. También tiene la cara cubierta con un velo de algodón grueso y de color amarillo que no deja que se le vea. No se nota más que la delgadez de su cuerpo, que se descubre pese a la vestidura grisácea que la envuelve. Debe ser joven, al menos por lo poquísimo que se ve, esto es, una mano que por un momento sale del manto y extiende un brazalete de oro, y por los pies calzados con sandalias no muy sencillas, cubiertas con cuero, que llevan correas por las que aparecen los dedos, lisos y juveniles, y un poco de los tobillos delgados blanquísimos.

Extiende el brazalete sin decir palabra alguna, recibe el dinero sin objetar y se va. Ahora caigo en la cuenta que tiene a sus espaldas a Iscariote que atentamente la observa, y cuando está para irse le dice una palabra que no logro oír. Pero ella como si fuese muda no responde y se va ligera.

Judas pregunta a Zaqueo: “¿Quién es?”

“No pregunto a los clientes su nombre, sobre todo cuando son buenos como esa”.

“Es joven, ¿verdad?”

“Así parece”.

“Es judía”.

“Y quién lo va a saber?” ¡El oro es amarillo en todos los países!”

“Déjame ver el brazalete”.

“¿Lo quieres comprar?”

“No”.

“Entonces nada. ¿Qué piensas? ¿Qué se ponga uno a hablar con ella?”

“Quería ver si lograba saber quién es...”

“¿Te urge tanto? ¿Eres nigromante que adivinas, o perro de caza que percibe el olor? ¡Lárgate y cálmate! Si así es, o es honrada o infeliz o leprosa... Lo que sea... no hay nada qué hacer”.

“No tengo hambre de mujeres” responde Judas con desprecio.

“Así será... pero con esa cara que tienes, muy poco lo creo. ¡Bien! Si no quieres algo más, quítate. Tengo a otros clientes a quienes servir”.

Judas se va enojado y pregunta a un vendedor de pan y a uno de frutas si conocen a la mujer que les había antes comprado pan y manzanas, y si saben dónde habita. No lo saben. Responden: “Hace tiempo que viene, cada dos o tres días. Pero dónde esté lo ignoramos”.

“Y ¿cómo habla?” insiste Judas.

Los dos se echan a reír y uno de ellos responde: “Con la lengua”.

Judas les dice unas frescas y se va... a caer justamente en medio del grupo de Jesús y de los suyos que vienen a comprar pan y alimentos para la comida de todos los días. La sorpresa es mutua y... no muy entusiasta. Jesús dice tan sólo: “¿Quién eres?” y mientras Judas masculla entre dientes alguna cosa, Pedro rompe en una clamorosa carcajada: “O soy ciego o incrédulo. No veo las viñas. Y no creo en el milagro”.

“Pero ¿qué dices?” preguntan dos o tres de los discípulos.

“Digo la verdad. Aquí no hay viñedos. Y no puedo creer que Judas vendimie, entre este polvo, sólo porque es discípulo del Rabí”.

“Hace tiempo que la vendimia terminó” responde secamente Judas.

“Y Keriot está lejos a muchos kilómetros” concluye Pedro.

“Tú al punto me atacas. No me quieres”.

“No. Soy menos tonto de lo que tú querrías”.

“Basta” corta Jesús. Está enojado y se vuelve a Judas: “No pensaba encontrarte aquí. Me imaginaba que por lo menos estarías en Jerusalén para los Tabernáculos”.

“Mañana me voy. Estaba yo esperando a un amigo de la familia que...”

“Te ruego: es suficiente”.

“¿No me crees Maestro? Te ruego que yo...”

“No te he preguntado nada y te ruego que no me digas nada. Estás aquí y basta. Puedes venir con nosotros ¿o tienes todavía otros negocios? Responde con franqueza”.

“No... he terminado. Ese tal vez no viene y yo voy a Jerusalén a la fiesta. Y ¿Tú a dónde vas?”

“A Jerusalén”.

“¿Hoy mismo?”

“Esta tarde estaré en Betania”.

“¿En la casa de Lázaro?”

“Exacto”.

“Entonces, vengo yo también”.

“Ven también hasta Betania. Después Andrés, Santiago de Zebedeo y Tomás irán a Getsemaní a preparar y esperarnos a todos nosotros, y *tú irás con ellos*”. Jesús marca en tal forma las palabras que el otro no tiene qué decir.

“¿Y nosotros?” pregunta Pedro.

“Tú con mis primos y Mateo iréis a donde os enviaré para regresar por la tarde. Juan, Bartolomé, Simón y Felipe se quedarán conmigo, o sea, irán por Betania a anunciar que el Rabí ha llegado y que les hablará a las tres de la tarde”.

Aprisa pasan por la campiña desierta. Sopla aire anunciador de tempestad no en el cielo sereno, sino en los corazones, todos lo presienten y avanzan en silencio.

Al llegar a Betania, viniendo de Jericó, la casa de Lázaro es de las primeras. Jesús despide al grupo que debe ir a Jerusalén, después manda al otro que va hacia Belén.

“Id seguros. Encontraréis a mitad del camino a Isaac, Elías y a los demás. Decidles que estaré en Jerusalén por muchos días y que los espero para bendecirlos”.

Entre tanto, Simón ha llamado al cancel y lo han abierto. Los siervos dan aviso a Lázaro, que acude. Judas Iscariote que se había distanciado unos cuantos metros, torna atrás con la excusa de decir a Jesús: “Te he desagradado, Maestro, lo entiendo, perdóname” y entre tanto echa una ojeada por el cancel abierto que da al jardín y a la casa.

“Sí. Está bien. ¡Vete, vete! No hagas esperar a los compañeros”.

Judas debe de irse. Pedro murmura: “Esperaba que hubiese cambio de órdenes”.

“Esto, jamás, Pedro, sé lo que hago. Pero tú compadece a este hombre...”

“Trataré pero no prometo... Adiós, Maestro. Ven, Mateo y también vosotros dos. Vámonos ligeritos”.

“Mi paz sea siempre con vosotros”.

Jesús entra con los cuatro restantes y después de dar el beso a Lázaro, presenta a Juan, Felipe y Bartolomé. Después les dice que se retiren y Él se queda con Lázaro.

Se dirigen a la casa. Esta vez bajo el hermoso portal hay una mujer. Es Marta. Es alta aunque no tanto como su hermana, morena mientras que la otra es rubia y de color de rosa, pero también bella con un cuerpo armónicamente grueso, bien modelado, de cabeza negra, frente morena y lisa y dos ojos dulces y suaves, grandes con pestañas oscuras. Tiene la nariz ligeramente encorvada hacia abajo y una boca pequeña muy roja que resalta más con su color moreno de las mejillas. Sonríe y muestra unos dientes fuertes y blanquísimos.

Viste de lana azul oscura con tiras de rojo y verde oscuro en el cuello y en las extremidades de las mangas cortas hasta el codo, de las que salen otras mangas de blanco y finísimo lino amarradas a las muñecas con un cordoncillo que las recoge. También arriba del pecho, a la altura del cuello, se deja ver una camiseta blanca, finísima amarrada con una cinta. El cinturón de color azul, rojo y verde hecho de una tela muy fina que le llega hasta las caderas y termina en un fleco por el lado izquierdo. La ciñe un vestido rico y casto.

“Tengo una hermana, Maestro. Es esta. Se llama Marta. Es buena y piadosa. Es el consuelo y la honra de la familia y la alegría del pobre Lázaro. Antes era mi primera y única alegría, pero ahora es mi segunda, porque la primera eres Tú”.

Marta se postra hasta el suelo y besa la orla del vestido de Jesús.

“Paz a la buena hermana y a la mujer de casa. ¡Levántate!”

Marta se levanta y entra en casa con Jesús y Lázaro, luego pide licencia de ausentarse por los quehaceres de la casa.

“Es mi paz...” Lázaro murmura y mira a Jesús. Es una mirada investigadora, que Jesús hace como que no la ve.

Lázaro pregunta: “¿Y... Jonás?”

“Ha muerto”.

“¿Muerto?... ¿Entonces?...”

“Lo tuve al fin de su vida. Murió libre y feliz en mi casa, en Nazaret, entre Yo y mi Madre”.

“¡Doras se lo había acabado antes de entregártelo!”

“Sí, con cansarlo y también golpeándolo...”

“Es un demonio y te odia. Odia a todo el mundo esa hiena... ¿No te dijo que te odiaba?”

“Me lo dijo”.

“Desconfía de él, Jesús. Es capaz de todo, Señor... ¿qué te dijo Doras? ¿No te dijo que me evitaras? ¿No te ha puesto en mal al Lázaro?”

“Creo que me conoces suficientemente para comprender que Yo juzgo con justicia, y cuando amo, amo sin pensar si ese amor puede hacerme bien o mal según los entenderes del mundo”.

“Pero este hombre es cruel y atroz en herir y dañar... Me molestó también hace unos días. Vino aquí y me dijo... ¡Oh!... ya tengo bastantes penas para querer también arrebatarme de Ti”.

“Soy el consuelo de los atormentados y el compañero de los abandonados. He venido a ti también por eso”

“¡Ah! Entonces... ¡sabes!... ¡Oh! ¡Vergüenza mía!”

“No, ¿por qué tuya? Lo sé. Y ¿qué con ellos? ¿Te despreciaré porque sufres? Yo soy misericordia, paz, perdón y amor por todos, ¿cuánto más para los inocentes? Tú no tienes el pecado por el que sufres. ¿Estaría bien que me ensañase contra ti, si tengo *piedad también de ella?*”

“¿La has visto?”

“Sí. No llores”.

Mas Lázaro con la cabeza reclinada en sus brazos sobre la mesa, llora dolorosamente. Se asoma Marta y mira. Jesús le hace seña de estarse quieta y se retira con lágrimas que le caen silenciosamente. Lázaro poco a poco se calla y se humilla por su debilidad. Jesús lo consuela, y como desea retirarse un momento, sale al jardín y pasea entre las pequeñas veredas donde una que otra rosa purpúrea todavía se ve.

Poco después Marta lo alcanza. “Maestro... ¿Lázaro te ha dicho?”

“Sí, Marta”.

“Lázaro no puede estar tranquilo desde que sabe que Tú lo sabes y de que la viste”.

“¿Cómo lo supo?”

“Primero. Aquel hombre que estaba contigo y que se dice ser tu discípulo; aquel joven, alto, moreno y sin barba... luego Doras. Este abofetea con su desprecio. El otro dijo sólo que la habías visto en el lago... con sus amantes...”

“¡Pero no llores por esto! ¿Creéis que ignorase vuestra herida? Lo sabía desde que estaba con el Padre... No te aflijas, Marta. Levanta tu corazón y la frente”.

“Ruega por ella, Maestro. Ruego... pero no sé perdonar completamente y tal vez el Eterno rechaza mi oración”.

“Has dicho bien: es menester perdonar para ser perdonados y escuchados. Yo ruego por ella. Pero dame tu perdón y el de Lázaro. Tú, buena hermana, puedes hablar y obtener todavía más que Yo. Su herida está recientemente abierta y adolorida para que mi mano la toque. Tú puedes hacerlo. Dadme vuestro perdón completo, santo... y Yo haré...”

“¿Perdonar?... no podemos. Nuestra madre murió de dolor por sus malas acciones y... eran de poca importancia en comparación de las actuales. Veo los tormentos que sufrió mi madre... los tengo presentes. Y veo lo que sufre Lázaro”.

“Está enferma, Marta, está loca. ¡Perdónala!”

“Está endemoniada, Maestro”.

“Y ¿qué es la posesión diabólica, sino una enfermedad del espíritu contagiado por Satanás hasta el punto de convertirse en un ser espiritual diabólico?... De otro modo ¿cómo explicarías ciertas perversiones en los humanos? Perversiones que hacen al hombre una bestia peor que cualquiera de ellas, más libidinosa que los monos en calor, y así sucesivamente, ¿y crean un ser híbrido en que se funden el hombre y el animal y el demonio? Esta es la explicación de lo que nos deja estupefactos como una monstruosidad inexplicable en tantas criaturas. No llores. Perdona. Yo veo. Porque tengo una vista más alta que la del ojo y del corazón. Tengo mirar de Dios. Veo, te digo: Perdona porque está enferma”.

“Entonces... ¡cúrala!”

“La curaré. Ten fe. Te haré feliz. Perdona y di a Lázaro que lo haga. Perdónala. Vuélvela a amar. Acércate a ella. Háblale como si fuera una como tú. Háblale de Mí...”

“¿Cómo quieres que te entienda a Ti, que eres Santo?”

“Parecerá que no comprende. Pero aun mi solo nombre es salvación. Haz que piense en Mí y me llame... ¡Oh! Satanás huye cuando en su corazón se piensa en mi nombre. Sonríe, Marta, ante esta esperanza. Mira esta rosa. La lluvia de los días pasados la había ajado, pero el sol de hoy la ha vuelto a abrir y está más bella todavía porque la lluvia que queda entre pétalo y pétalo la enriquece de diamantes. Así sucederá en vuestra casa... llanto y dolor,

ahora, y después... alegría y gloria. Vete. Dilo a Lázaro mientras Yo, en la paz del jardín, ruego al Padre por María y por vosotros..."

Todo termina aquí.

80. Todavía en casa de Lázaro después de la fiesta de los Tabernáculos.

José invita a Arimatea

20 febrero 1945

Nuevamente Jesús está en casa de Lázaro, por lo que oigo, caigo en cuenta de que los Tabernáculos ya pasaron y de que Jesús ha regresado a Betania por insistencia de su amigo, que no quiere verse separado de Él. También caigo en cuenta que Jesús está con Simón y Juan, y que los demás están esparcidos en diversos lugares. Y finalmente comprendo que Lázaro para dar a conocer a Jesús invitó a varios amigos que le son fieles.

Todo esto lo comprendo mejor porque Lázaro expone todavía mejor las características morales de cada uno. Al hablar de José de Arimatea lo define como: "un hombre justo y verdadero israelita". Dice: "No osa decirlo porque teme al Sanedrín del que forma parte, y que ya te odia. Pero espera en Ti, el predicho por los Profetas. Él mismo me ha pedido poder venir a conocerte y a juzgar por sí mismo, pues no le parece justo lo que decían de Ti tus enemigos... aunque desde la Galilea han venido fariseos a acusarte de pecado. Pero José juzgó de este modo: "Quien obra milagros tiene a Dios consigo. Quien tiene a Dios no puede estar en pecado. Antes bien no puede ser otro que uno a quien Dios ama". Querría verte en su casa de Arimatea. Me dijo que te lo dijera. Te lo ruego, escucha mi petición y la suya".

"He venido para los pobres y para los que sufren en el alma y en el cuerpo, más que para poderosos que ven en Mí solo un objeto de interés. Iré a la casa de José. No tengo nada en contra de los poderosos. Un discípulo mío, el que por curiosidad y por darse importancia que él mismo se abroga, el que vino aquí sin órdenes mías... es un joven a quien hay que compadecer; es testigo de mi respeto para con las castas reinantes que se autoproclaman "las defensoras de la Ley" y... dan a entender "las sustentadoras del Altísimo". ¿¡Oh! Que el Eterno por Sí solo se sustenta. Ninguno entre los doctores ha tenido jamás igual respeto por los oficiales del Templo como Yo".

"Lo sé y esto lo saben muchos, y muchos... pero tan solo los mejores llaman justo a este acto. Los demás lo llaman... 'Hipocresía'."

"Cada uno da lo que tiene en sí, Lázaro".

"Es verdad, pero vas a la casa de José y querría que fuese el próximo sábado".

"Iré. Se lo puedes comunicar".

"También Nicodemo es bueno. Hasta... me dijo... ¿puedo decirte un juicio sobre uno de tus discípulos?"

"Dilo. Si es justo, justo dirá; si injusto, criticará una conversación, porque el Espíritu da luz al espíritu del alma, si es hombre recto, y el espíritu del hombre guiado por el Espíritu de Dios tiene sabiduría sobrehumana y lee la verdad de los corazones".

"Me dijo: 'No critico la presencia de los ignorantes ni de los publicanos entre los discípulos del Mesías. Pero no creo que sea digno de Él, siendo uno de los suyos, uno que no sabe si está a favor o en contra de Él. Parece un camaleón que toma el color del lugar en donde se encuentra'".

"Es Iscariote. Lo sé. Pero creedme todos: juventud es vino que fermenta y luego se purifica. Cuando fermenta se esponja y hace espuma y se derrama por todas partes por la exuberancia de su fuerza. Viento de primavera que sopla por todas partes, y parece un loco arrancador de hojas. Pero es el que debemos agradecer que fecunde las flores. Judas es vino y viento. Malvado no lo es. Su modo de ser desorienta y turba, hasta molesta y hace sufrir. Pero no es del todo malvado... es un potro de sangre ardiente".

"Tú lo dices. No soy competente para juzgarlo, De él me queda la amargura de haberme dicho que la habías visto..."

“Pero esa amargura se modera con la miel de ahora, con mi promesa...”

“Sí. Pero recuerdo aquel momento. El sufrimiento no se olvida aunque ya hubiera cesado”.

“¡Lázaro! ¡Lázaro! Tú te turbas por muchas cosas... ¡y tan mezquinas! Deja que pasen los días: pompas de aire que se esfuman y que no regresan con sus colores alegres o tristes. Mira el cielo. No desaparece, es para los justos”.

“Sí, Maestro y Amigo. No quiero juzgar por qué Judas está contigo, ni por qué lo tengas. Rogaré que no te haga daño”.

Jesús sonríe y todo termina.

81. Jesús encuentra a Gamaliel en el banquete de José de Arimatea

21 febrero 1945

Arimatea es un lugar algo montañoso. Yo me imaginaba que era una llanura, no sé por qué, y sin embargo está sobre montes que van poco a poco bajando hacia la llanura que se nota en ciertos recodos del camino fértil, que desaparece en el horizonte en esta mañana de noviembre, en medio de una neblina baja que parece una extensión de agua sin fin.

Jesús está con Simón y Tomás. No tiene consigo a otros discípulos. Tengo la impresión que sabiamente mide los efectos de los tipos con quienes tiene qué tratar, y según las circunstancias, lleva consigo a los que pueden ser aceptados sin molestar en gran cosa al que los invita. Estos judíos deben ser algo más que... quisquillosos, damiselas románticas...

Oigo que hablan de José de Arimatea, y que Tomás que probablemente lo conoce muy bien, da a conocer las amplias y magníficas posesiones que se extienden sobre el monte, sobre todo a la parte de Jerusalén, en el camino que viene de la capital a Arimatea y junta poco después este lugar con Jope. Oigo que así dicen, y que Tomás alaba también los campos que José tiene a lo largo del camino de la llanura.

“¡Pero al menos aquí no son tratados los hombres como bestias! ¡Oh! ¡aquel Doras!” exclama Simón.

De hecho los trabajadores de aquí están bien alimentados y bien vestidos, y muestran satisfacción de que están bien. Saludan respetuosamente porque de seguro saben quién sea aquel hombre alto y hermoso que va por la campiña de Arimatea a la casa de su patrón. Lo miran y hablan de Él en voz baja.

Cuando aparece la casa de José, he aquí que un siervo que profundamente se inclina y pregunta. “¿Eres Tú, el Rabí esperado?”

“Lo soy” responde Jesús.

El siervo hace un nuevo saludo profundo y corre a avisar a su dueño. Antes de que Jesús llegue a los límites de la casa, la cual está circundada de una alta valla de siemprevivas, que hace las veces de una cerca que separa la casa de José con el camino pero que no es otra cosa que la continuación de un jardín lleno de árboles, que por ahora no tienen mucho follaje y que también rodean la casa.

José de Arimatea con amplias vestiduras y cintas, sale al encuentro de Jesús y profundamente se inclina con los brazos cruzados sobre el pecho. Aunque no es el saludo humilde de quien reconoce en Jesús al Dios hecho carne y que se humilla hasta arrodillarse en el suelo y a besar sus pies o la orla del vestido. También Jesús se inclina profundamente y le da el saludo de la paz.

“Entra, Maestro. Me haces feliz al haber aceptado mi invitación. No esperaba tanta condescendencia de tu parte”.

“¿Por qué? Voy también a la casa de Lázaro y...”

“Lázaro es tu amigo... yo soy un desconocido”.

“Eres un alma que busca la verdad. Por eso la verdad no te rechaza”.

“¿Eres Tú la Verdad?”

“Soy Camino, Vida y Verdad. Quien me ama y me sigue tendrá el camino cierto, la vida bienaventurada y conocerá a Dios; porque Dios, fuera de ser Amor y Justicia es Verdad”.

“Eres un gran doctor. Cada palabra tuya respira sabiduría. Luego se dirige a Simón: “Estoy contento que tú también regreses a mi casa, después de tan larga ausencia”.

“No lo estuve porque haya querido. Tú sabes la suerte que tuve y cuán grande llanto hubo en la vida del pequeño Simón a quien tu padre amaba”.

“Lo sé. Y creo que sabes que jamás tuve palabra alguna en tu contra”.

“Sé todo. Mi fiel siervo me dijo que *también a ti* debo el que mis posesiones hubiesen sido respetadas. Dios te lo premie”.

“Valía yo algo en el Sanedrín, y lo empleé en ayudar, según justicia a un amigo de mi casa”.

“Muchos eran amigos de *mi casa*, y muchos eran *algo* en el Sanedrín. Pero no todos fueron honrados como tú”.

“¿Y este, quién es?... No me es desconocido... no sé dónde...”

“Soy Tomás, apodado Dídimos...”

¡¡Ah! ¡Ahora! ¿Vive todavía tu anciano padre?”

“Vive, continúa con sus negocios, con mis hermanos. Lo abandoné por el Maestro, pero soy feliz por ello”.

“Su padre es un verdadero israelita, y como ha llegado a creer que Jesús de Nazaret sea el Mesías, no puede menos que ser feliz, al saber que su hijo se encuentra en medio de sus predilectos”.

Están ya en el jardín cerca de la casa.

“Entretuve a Lázaro. Está en la biblioteca y lee un resumen de las últimas juntas del Sanedrín. No quería detenerse porque... Sé bien que Tú lo sabes... por eso no quería quedarse. Pero yo dije: “No, no es justo que te avergüences así. En mi casa nadie te ofenderá. Quédate. Quien se aísla es solo contra todo un mundo. Y como en el mundo hay más malos que buenos, el solo siempre es derrotado y pisoteado”. ¿Dije bien?”

“Dijiste bien y has hecho bien” responde Jesús.

“Maestro... hoy estará Nicodemo y... Gamaliel. ¿Te molesta?”

“¿Cómo quieres que me moleste? Reconozco su saber”.

“Sí. Tenía deseos de verte y... pero quiere seguir aferrado a su palabra. Sabes... ideas. Dice que él ya vio al Mesías, y que espera la señal que le prometió, cuando se manifieste. Pero también dice que Tú eres “un hombre de Dios”. No dice “el hombre de Dios”. Sutilezas rabínicas, ¿verdad? No te ofendes ¿No es así?”

Jesús responde: “Sutilezas. Has dicho bien. No hay qué preocuparse. Los mejores se podarán a sí mismos de todas las ramas inútiles que no son más que follaje y que no dan ningún fruto y vendrán a Mí”.

“Quise repetirte sus palabras porque ciertamente te las dirá a Ti también. Es franco” explica José.

“Virtud rara y que mucho estimo” responde Jesús.

“Sí. También le dije: ‘Pero con el Maestro está Lázaro de Betania’. Dije así... porque sí, en resumidas cuentas, por causa de su hermana. Gamaliel respondió: ¿Ella está presente? ¿No? ¿Y entonces? El lodo cae del vestido que no está ya en el lodo. Lázaro lo ha sacudido de sí, y no me mancha el vestido. Y además pienso que si a su casa va un hombre de Dios, puedo acercarme a él también yo, doctor de la ley’ ”.

“Gamaliel juzga bien. Fariseo y doctor hasta la médula, pero honrado y aun justo”.

“Estoy contento de oírtelo decir, Maestro, mira a Lázaro”.

Lázaro se inclina a besar el vestido de Jesús. Esta feliz de estar con Él, pero se ve claramente su preocupación por la llegada de los convidados. Estoy segura que el pobre Lázaro, a sus conocidos sufrimientos que todos saben, pues todos los dicen, tiene qué añadir este, que nadie conoce y sobre el que nadie reflexiona casi nunca, el sufrimiento moral de esta terrible espina que es el pensamiento de: ‘¿Qué dirá este de mí? ¿qué piensa de mí? ¿cómo me tiene?... ¿me herirá con palabras o con una mirada de desprecio?’ Espina que atormenta a todos los que tienen una deshonra en la familia.

Han entrado a la riquísima sala donde la mesa está ya preparada, y solo esperan a Gamaliel y a Nicodemo, porque los otros cuatro invitados ya han llegado. Oigo que los presentan con el nombre de Félix, Juan, Simón y Cornelio.

Los siervos hacen gran ruido cuando llegan Nicodemo y Gamaliel, el siempre imponente Gamaliel, el de espléndido vestido de nieve hilada que lleva con majestad real.

José se precipita a encontrarlo y el saludo que se dan es de un pomposo respeto. También ante Jesús se inclina, el cual a su vez lo hace. Nicodemo dice: 'El Señor sea contigo' a lo que Jesús responde: "Y su paz siempre te acompañe". Lázaro saluda también a los otros.

Gamaliel ocupa el centro de la mesa entre Jesús y José. Junto a Jesús está Lázaro y junto a José, Nicodemo. Empieza la comida después de las preces rituales que Gamaliel recita después de un intercambio oriental de cortesías entre los principales personajes, esto es, Jesús, Gamaliel y José.

Gamaliel es un hombre de dignidad pero no orgulloso. Prefiere escuchar que hablar. Se ve que medita cada una de las palabras de Jesús, y lo mira frecuentemente con sus negros, profundos y severos ojos. Cuando Jesús se calla porque el tema se ha agotado, Gamaliel con una pregunta oportuna enciende la conversación.

Lázaro al principio está un poco sin saber qué hablar. Después toma confianza y participa en la conversación.

Hasta cuando la comida está por terminar no se hacen alusiones directas a la personalidad de Jesús. Se prende entonces, entre Félix y Lázaro, a quien se une a apoyarlo Nicodemo, y hasta el otro huésped de nombre Juan, una discusión acerca de los milagros y lo que pueden significar a favor o en contra del individuo. Jesús guarda silencio. Se le nota una sonrisa hasta cierto punto misteriosa, pero no dice nada. También Gamaliel se calla. Tiene un codo apoyado sobre el lecho y mira intensamente a Jesús. Parece como que quisiera como que quisiera descifrar alguna palabra sobrenatural, escrita en la piel pálida y lisa de la faz de Jesús. Parece como que cuenta cada fibra.

Félix sostiene que la santidad de Juan es innegable, y de esta santidad de la que nadie discute ni duda saca una conclusión desfavorable a Jesús de Nazaret, autor de muchos y muy famosos milagros. Concluye: "El milagro no es prueba de santidad porque en la vida del profeta Juan no los hay. Y sin embargo nadie en Israel lleva una vida igual a la suya. Para él no hay banquetes, ni amistades, ni comodidades. Para él los sufrimientos y las prisiones por el honor de la Ley. Para él la soledad, y aunque si tiene discípulos, no convive con ellos y encuentra culpas aun en los más honrados y sobre todos truenas... mientras... ¡eh! Mientras el Maestro de Nazaret, aquí presente, ha hecho, es verdad, milagros, pero veo que a Él también le gusta lo que la vida le ofrece, y no desdeña amistades y... perdona lo que te diga uno de los ancianos del Sanedrín, es muy fácil en perdonar en nombre de Dios y en amar a los pecadores públicos y señalados con anatema. No lo deberías de hacer, Jesús".

Jesús sonríe pero no habla. Lázaro responde por Él: "Nuestro poderoso Señor es libre de dirigir a sus siervos cómo y a dónde quiera. A Moisés le concedió el milagro. A Aarón su primer pontífice, no se lo concedió¹. Y entonces, ¿qué concluyes? ¿El uno más santo que el otro?"

"Ciertamente" responde Félix.

"Entonces el más santo es Jesús que hace milagros".

Félix perdió la brújula, pero acude a un último subterfugio: "A Aarón se le había concedido el pontificado. Era suficiente".

"No amigo" responde Nicodemo. "El pontificado es un cargo santo, pero no es más que cargo. No siempre y no todos los pontífices de Israel han sido santos, y sin embargo fueron pontífices, aunque no fuesen santos".

¹ Cfr. Ex. Por ejem. 4, 1-17 y 27-31; 7, 8-19; 28-29. Como aparece por los cap 7-8 del Ex. Dios también concedió a Aarón la gracia de hacer milagros, que no deben confundirse con los de los magos de Egipto (7, 12) Lázaro pues, en este punto no demuestra ser muy preciso en citar la Biblia.

“¡No queráis decir que el Sumo Sacerdote sea un hombre privado de gracia!...” exclama Félix.

“Felix, no entremos en el fuego que quema. Yo, tú, Gamaliel, José, Nicodemo, todos sabemos muchas cosas... interviene el que se llama Juan.

“Pero ¡cómo!... pero ¡cómo...! ¡Gamaliel interviene...” Félix está escandalizado.

“Si es justo, dirá la verdad que no quieres oír” dicen los tres que la traen contra Félix.

José trata de poner paz. Jesús no dice nada, lo mismo que Tomás, Zelote y el otro Simón, amigo de José. Gamaliel parece que está jugando con las cintas de su vestido, pero mira de arriba abajo a Jesús.

“¡Habla pues Gamaliel! Grita Félix.

“Sí. ¡Habla!... ¡Habla!” dicen los tres.

“Yo digo: las debilidades de la familia se tienen ocultas” responde.

“No es una respuesta” grita Félix. “Parece como si confesases que hay culpas en la casa del Pontífice”.

“Es boca de la que sale la verdad” dicen los tres.

Gamaliel se corrige y se vuelve a Jesús: “Aquí está el Maestro que eclipsa a los más doctos. Hable, pues, Él sustanciosamente”

“¿Lo quieres? Obedezco. Yo digo: El hombre es hombre. El cargo o misión está sobre el hombre. Pero el hombre revestido de un cargo, se hace capaz de cumplirlo como superhombre cuando lleva una vida santa y tiene a Dios por amigo. Él es quien dijo: “Tú eres sacerdote según el orden que *Yo te he dado*”. ¿Qué cosa está escrita en el Racional²? “Doctrina y Verdad”. Esto deberían tener los que son pontífices. A la doctrina se llega por medio de una meditación constante, dirigida a conocer al Sapiientísimo. A la Verdad, con fidelidad absoluta al bien. El que juega con el mal, entra en la mentira y pierde la Verdad”.

“¡Bien has respondido! Como un gran Rabí. Yo, Gamaliel, te lo digo. Me ganas”.

“Entonces, que éste aclare por qué Aarón no hizo milagros y Moisés sí” estalla Félix.

Jesús al punto responde: “Porque Moisés debía imponerse sobre la masa oscura y pesada, y hasta contraria, de los israelitas, y debía llegar a tener sobre ellos un ascendiente, para poder doblarlo a la voluntad de Dios. El hombre es el eterno salvaje y el eterno niño. Se admira de lo que sale de las reglas. Tal cosa es el milagro. Es una luz movida ante las pupilas cerradas; es un sonido que resuena cerca de las orejas tapadas. Despierta. Llama. Hace que se diga: ‘Aquí está Dios’ ”.

“Lo dices a tu favor” rebate Félix.

“¿A mi favor? ¿Y qué me añade haciendo milagros? ¿Puedo parecer más alto si pongo una hoja de hierba bajo mis pies? Así es el milagro con respecto a la santidad. Hubo santos que jamás hicieron milagros. Hay magos y nigromantes que con fuerzas oscuras los hacen, pero no son santos y ellos son unos demonios. Yo seré Yo, aunque no hiciere más milagros”.

“¡Perfectamente bien! ¡Eres grande, Jesús!” aprueba Gamaliel.

“¿Y quien es, según tú, este ‘grande’?” pregunta con ansias Félix a Gamaliel.

“El más grande profeta que yo conozca, tanto en obras como en palabras” le responde.

“Es el Mesías, te lo digo, Gamaliel. Créelo, tú que eres sabio y justo” dice José”.

¿Cómo? ¿Aunque tú, jefe de los judíos, tú el Anciano, gloria nuestra, caes en la idolatría de un hombre? ¿Quién te prueba que es el Mesías? No lo creeré jamás aunque le vea hacer milagros. Pero, ¿por qué no hace uno delante de nosotros? Díselo tú que lo alabas, díselo tú que lo defiendes” dice Félix a Gamaliel y a José.

“No lo invité para diversión de mis amigos y te ruego que recuerdes que eres mi huésped” responde seriamente José.

Félix, enojado y grosero se va.

Después de unos momentos Jesús se dirige a Gamaliel: “¿Y tú no pides milagros para creer?”

² Cfr. Ex. 28, 15-30; 39, 8-21; Lev. 8, 8; i Re. 14, 36-46.

“No serán los milagros de un hombre de Dios que me quiten la espina dolorosa que llevo en el corazón de tres preguntas que siempre han permanecido sin respuesta”.

“¿Qué preguntas?”

“¿Está vivo el Mesías? ¿Era Aquel?... ¿Es este?”

“Él es, te lo digo Gamaliel” exclama José. “¿No lo sientes santo? ¿Diferente?... ¿Poderoso? ¿Sí?... ¿Entonces qué esperas para creer?”

Gamaliel no responde a José. Se dirige a Jesús: “Una vez... no te desagrade, Jesús, si soy tenaz en mis ideas... Una vez, cuando aún vivía el grande y sabio Hilel, yo creí, y él conmigo, que el Mesías estaba ya en Israel. ¡Un gran resplandor del sol divino en aquel frío día de un persistente invierno! Era Pascua... el campesino temblaba por las mieses heladas... Yo dije, después de haber oído estas palabras. “Israel está a salvo. ¡Desde hoy abundancia en los campos y bendiciones en los corazones! El Esperado se ha manifestado con su primer fulgor”. Y no me equivoqué. Todos podéis recordar qué cosecha hubo en aquel año, de trece meses³, cosa que en este año se repite”.

“¿Qué palabra oíste? ¿Quién las dijo?”

“Uno... un poco más que un niño... pero Dios resplandecía en su inocente y apacible rostro... son diez y nueve años que pienso y que recuerdo... y trato de volver a oír aquella voz... que hablaba palabras de sabiduría. ¿En qué parte de la tierra está? Yo pienso... era Dios, en vestido de Niño, para no atemorizar al hombre. Y como el rayo que de un momento a otro recorre los cielos de oriente a poniente, de norte a sur, Él, el Divino, recorre con su vestidura de hermosa misericordia, con voz y rostro de Niño y pensamiento divino, la tierra para decir a los hombres: “Yo soy”. Así pienso... ¿Cuándo regresará a Israel?... ¿Cuándo?... Y pienso: Cuando Israel sea altar para el pie de Dios. Gime mi corazón al ver la abyección de Israel. Jamás sucederá. ¡Oh! ¡Dura respuesta! ¡Y verdadera! ¿Puede la santidad descender en su Mesías mientras exista en nosotros la abominación?”

“Lo puede y lo hace porque es Misericordia” responde Jesús.

Gamaliel lo mira pensativo y le pregunta: “¿Cuál es tu verdadero nombre?”

Y Jesús imponente se levanta y dice: “Yo soy quien Soy. El Pensamiento y la Palabra del Padre. Soy el Mesías del Señor”.

“¿Tú?... no lo puedo creer. Grande es tu santidad. Pero aquel Niño en quien creo dijo: “Yo daré una señal... estas piedras bramarán cuando llegue mi hora” Espero esta señal para creer. ¿Me la puedes dar Tú para persuadirme que Tú eres el Esperado?”

Los dos, de pie, altos, majestuosos. El uno con un amplio vestido de blanco lino, el otro con el suyo de lana de color rojo negruzco. Uno de edad; el otro, joven. Ambos de ojos dominadores y profundos se miran fijamente.

Jesús baja su brazo derecho, que tenía sobre el pecho y como si jugase exclama: “¿Esta señal aguardas? ¡Y la tendrás! Repito las palabras de aquel entonces: “Las piedras del Templo del Señor bramarán a mis últimas palabras”. Espera esa señal, doctor de Israel, hombre justo, y luego cree si quieres obtener perdón y salvación. ¡Serías bienaventurado si pudieses creer antes! Pero no puedes. Siglos de creencias equivocadas de una promesa justa, y nubes de orgullo como muro se te interponen para llegar a la verdad y la fe”.

“Dices bien. Esperaré esa señal. Adiós. ¡El Señor sea contigo!”

“Adiós Gamaliel. Que el Espíritu eterno te ilumine y te guíe”.

Todos saludan a Gamaliel que se va con Nicodemo, Juan y Simón (el sinedrista). Se quedan, Lázaro, Tomás, Simón Zelote y Cornelio.

“¡No se dobla!... Me gustaría que estuviera entre tus discípulos. Sería peso decisivo en tu favor y no lo logro” dice José.

“No te apesadumbres. Ningún peso será capaz de salvarme de la tempestad que ya se prepara. Gamaliel no se dobla a favor pero tampoco contra el Mesías. Es uno que espera...”

Todo termina.

³ El año hebraico constaba de 12 meses de 29 o 30 días, con un mes suplementario cada dos o tres años.

82. Curación del pequeño que estaba por morir. El soldado Alejandro. Desafío a Jesús

22 febrero 1945

Es el interior del Templo. Jesús está con los suyos, muy cerca del verdadero Templo, es decir del lugar santo a donde sólo podían entrar los sacerdotes. Es un hermosísimo patio al que se llega por una columnata y al que se llega por otro todavía más rico. Del patio se pasa a la alta plataforma sobre la que está edificado el lugar del "Santo". ¡Es inútil! Si viese mil veces el Templo y lo describiese dos mil, bien por lo complejo del lugar, bien porque ignoro los nombres y porque soy incapaz de hacer un mapa, jamás lograría describir este lugar majestuoso y laberíntico...

Parece que están en oración. Hay también muchos israelitas, todos son hombres y oran ahí por su propia cuenta. La tarde de un día plomizo de noviembre a hora temprana desciende.

Un vocerío, en el que se oye la voz estentórea y preocupada de un hombre que en latín dice blasfemias, se mezcla con las altas y chillonas de los hebreos. Es como la confusión de una lucha. Se oye una voz femenina que grita: "¡Oh, dejadlo que pase! ¡El dice que lo salvará!"

El recogimiento del suntuoso santuario se interrumpe. Hacia el lugar de donde provienen los gritos, muchas cabezas se vuelven. Y también Judas Iscariote que está con los discípulos, la vuelve. Como es alto, ve y dice: ¡Un soldado romano que lucha por entrar! ¡Está violando, está violando el lugar sagrado! ¡Horror!" Muchos se hacen eco.

"Dejadme pasar, perros judíos! Aquí está Jesús. ¡Lo sé! ¡Lo quiero a Él! No sé qué hacer de vuestras estúpidas piedras. El niño está muriendo y Él lo salvará. ¡Apartaos hipócritas! ¡Hienas!"

Jesús que tan pronto como comprendió que lo buscaban, al punto se dirigió al pórtico bajo el cual se oía la confusión, llega a él y grita: "Paz y respeto al lugar y a la hora de la oferta".

"¡Oh, Jesús! ¡Salve! Soy Alejandro. ¡Largo de aquí perros!"

Y Jesús con voz tranquila dice: "Haceos a un lado. Llevaré a otra parte al pagano que no sabe lo que significa para nosotros este lugar".

El círculo se abre y Jesús llega a donde está el soldado que tiene la coraza ensangrentada. "¿Estás herido? Ven. Aquí no se puede estar". Y lo conduce por otro patio y más allá.

"Yo no estoy herido. Un niño... mi caballo cerca de la Antonia, no obedeció el freno y lo revolcó. Le abrió la cabeza de una patada. Prócolo dijo: "No hay nada que hacer". Yo... no tengo la culpa... pero me sucedió a mí... y su madre está desesperada. Como te había visto pasar... y que venías aquí... pensé: "Prócolo no puede, pero Él sí" y dije: "Vamos mujer, Jesús lo curará". Me detuvieron estos locos... y tal vez el niño estará ya muerto".

"¿Dónde está?" pregunta Jesús.

"Debajo de aquel pórtico, en los brazos de su madre" responde el soldado a quien ya se ha visto en la puerta de los Peces.

"Vamos" y Jesús va más de prisa aún. Le siguen los suyos y gente.

En las gradas que dividen el pórtico, apoyada en una columna, se ve una mujer deshecha que llora por su hijo que está boqueando. El niño tiene color cenizo, los labios morados, semiabiertos, cosa característica en los que han recibido un golpe en el cerebro. Tiene una venda en la cabeza, sangre por la nuca y por la frente.

"La cabeza está abierta por adelante y por detrás. Se ve el cerebro. A esta edad es tierno y el caballo además de fuerte, hace poco tiene herraduras" explica Alejandro.

Jesús está cerca de la mujer que ni siquiera dice una palabra, muerta de dolor ante su hijo que está muriendo. Le pone la mano sobre la cabeza. "No llores mujer" dice con toda la suavidad de que es capaz, es decir infinita. "Ten fe. Dame a tu hijo".

La mujer atontada lo mira. La multitud maldice a los romanos y compadece al niño y a la madre. Alejandro se encuentra entre la ira, por las acusaciones injustas, y la piedad y esperanza.

Jesús se sienta junto a la mujer que ve que no reacciona. Se inclina. Toma entre sus brazos la cabeza herida, se inclina todavía más, se dobla sobre la carita color de cera, da aire en la boquita que se abre... un momento pasa. Después se ve una sonrisa que se percibe entre los cabellos que le han caído por delante. Se endereza. El niño abre los ojitos y hace como si quisiera sentarse. La madre teme como si fuese el último estertor y grita estrechándolo en su corazón.

“Deja que camine, mujer. Niño, ven a Mí” dice Jesús que sigue sentado al lado de la mujer, y extiende sus brazos con una sonrisa. Y el niño sin miedo alguno se arroja en aquellos brazos y llora no como si algo le doliera, sino de miedo que suele volver con el recuerdo de algo acaecido.

“No está ya el caballo, no está” asegura Jesús. “Ya pasó todo. ¿Te duele todavía aquí?”

“¡No, pero tengo miedo, tengo miedo!”

“¿Lo ves mujer? No es más que miedo. Ya pasará. Traedme agua. La sangre y las vendas lo impresionan. Juan, dame una manzana... Toma, pequeño. Come. Está sabrosa...”

Traen agua, más bien es el soldado Alejandro que la trae en el yelmo.

Jesús trata de quitar la venda y Alejandro y la mamá le dicen: “¡No... Vuelve a sangrar!... ¡la cabeza está abierta!...” Sonríe Jesús y quita la venda. Una, dos, tres, ocho vueltas. Les quita los hilos ensangrentados. Desde la mitad de la frente hasta la nunca en la parte derecha, no hay más que un coágulo de sangre fresca en la cabellera del niño. Jesús moja una venda y lava.

“Pero debajo está la herida... si quitas el coágulo volverá a sangrar” insiste Alejandro.

La madre se tapa los ojos para no ver.

Jesús lava, lava y lava. El coágulo se deshace... ahora aparecen los cabellos limpios. Están húmedos, pero no hay herida. También la frente está bien. Tan solo queda una señal roja de la cicatriz.

La gente grita de admiración. La mujer se atreve a mirar, y cuando ve, no se detiene más. Se echa sobre Jesús y lo abraza junto con el niño y llora. Jesús tolera esas expansiones y lágrimas.

“Te agradezco, Jesús” dice Alejandro “me pesaba haber matado a un inocente”.

“Tuviste bondad y confianza. Adiós, Alejandro. Regresa a tu puesto”.

Alejandro está por irse cuando llegan como ciclón, oficiales del Templo y sacerdotes: “El Sumo Sacerdote te intima a Ti y al pagano profanador, por nuestro medio, de que al punto salgan del Templo. Habéis turbado la oferta del incienso. Este entró en el lugar de Israel. No es la primera vez que por tu causa hay confusión en el Templo. El Sumo Sacerdote, y con él, los ancianos de turno, te ordenan que no vuelvas más a poner los pies aquí adentro. Vete y quédate con tus paganos”.

“Nosotros no somos perros, Él dice que hay un solo Dios, Creador de los judíos y de los romanos. Si esta es su casa y Él me creó, puedo entrar también yo” responde Alejandro, herido del desprecio con que los sacerdotes dicen “paganos”.

“Calla, Alejandro. Yo hablo” interviene Jesús, que después de haber besado al niño y entregado a su madre se ha puesto de pie. Dice al grupo que lo arroja: “Nadie puede prohibir a un fiel, a un verdadero israelita a quien de ningún modo se le puede acusar de pecado, de orar junto al Santo”. “Pero de explicar en el Templo la Ley, sí. Te has arrogado el derecho y ni siquiera lo has pedido. ¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Quién te conoce? ¿Cómo usurpas un nombre y un puesto que no es el tuyo?”

¡Jesús los mira con ciertos ojos! Luego dice: “Judas de Keriot. Ven aquí”.

A Judas no parece que lo llamen. Había tratado de eclipsarse apenas llegaron los sacerdotes y oficiales del Templo (que no visten como soldados: se trata de un cargo civil). Mas debe obedecer porque Pedro y Judas de Alfeo lo empujan adelante.

“Responde, Judas. Y vosotros miradlo. ¿Lo conocéis?... Es del templo... ¿Lo conocéis?”

Tienen qué responder que sí.

“Judas, ¿qué te pedí que hicieras cuando hable aquí por ves primera? Y di también de que te extrañaste, y qué cosa dije al ver tu admiración. Habla y sé franco”.

“Me dijo: “Llama al oficial en turno para que pueda pedirle permiso de enseñar”. Y dio su nombre y prueba de su personalidad y de su tribu...y me admiré de ello como de una formalidad inútil porque se dice el Mesías. Y Él me dijo: “Es necesario, y cuando llegue mi hora, recuerda que no he faltado al respeto al Templo ni a sus oficiales”. Ciertamente así dijo. Debo decirlo por honor a la verdad”. Si Judas, al principio hablaba un poco incierto, como cortado, después, con uno de esos gestos bruscos, propios suyos, ha tomado confianza y se ha hecho hasta arrogante.

“Me causa admiración que lo defiendas. Has traicionado la confianza que en ti teníamos” le reprocha un sacerdote.

“No he traicionado a nadie. ¡Cuántos de vosotros sois del Bautista” Y... ¿por eso sois traidores? Yo soy del Mesías y eso es todo”.

“Con todo y eso, este no debe hablar aquí. Que venga como fiel. Es mucho para uno que se hace amigo de paganos, meretrices, publicanos...”

“Respóndeme a Mí, entonces” dice enérgica pero tranquilamente Jesús. “¿Quiénes son los ancianos de turno?”

“Doras y Félix, judíos, Joaquín de Cafarnaún y José Itureo”.

“Entiendo. Vámonos. Decid a los tres acusadores, porque el Itureo no ha podido acusar, que el templo no es todo Israel e Israel no es todo el mundo, y que la baba de los reptiles aunque sea mucha y venenosísima, no aplastará la voz de Dios, ni su veneno paralizará mi caminar entre los hombres hasta que no sea la hora. Y luego... ¡Oh! Decidles, que después, los hombres se vengarán y harán justicia de los verdugos y levantarán en alto a la víctima haciendo que sea ella su único amor. Idos. Nosotros nos vamos”. Jesús se echa encima su pesado manto y sale en medio de los suyos.

En la cola está Alejandro que había asistido a la disputa. Fuera del recinto, cerca de la Torre Antonia dice: “Que te vaya bien, Maestro. Y te pido perdón de haber sido la causa de pleito contra Ti”.

“¡Oh, no te preocupes! Buscaban un pretexto. Lo encontraron. Si no eras tú, eran otros... Vosotros en Roma, celebráis juegos en el Circo con fieras y serpientes, ¿no es verdad?... Pues bien, te digo que no hay fiera más cruel y engañosa que el hombre que quiere matar a otro”.

“Y yo te digo que al servicio del Cesar he recorrido todas las regiones de Roma. Pero entre los miles y miles de súbditos suyos, jamás he encontrado uno más divino que Tú. ¡Ni siquiera nuestros dioses son divinos como Tú! Vengativos, crueles, peleoneros, mentirosos... Tú eres bueno. Tú verdaderamente eres el Hombre. Que te conserves bien, Maestro”.

“Adiós Alejandro. Prosigue en la luz”.

Todo termina.

83. Jesús de noche, en Getsemaní habla con Nicodemo¹

24 febrero 1945

Jesús está en la cocina de la casucha del olivar, cenando con sus discípulos. Hablan de lo acaecido durante el día, pero no de lo escrito anteriormente, porque oigo que hablan de otros acontecimientos, entre los que se cuenta la curación de un leproso, cerca de los sepulcros que hay en el camino de Betfagé.

“Había también un centurión romano que observaba” dice Bartolomé. Y añade: “Me preguntó desde su caballo: ‘¿El hombre a quien sigues hace frecuentemente cosas similares?’ y a mi respuesta afirmativa, exclamó: ‘Entonces es más grande que Esculapio y será más rico que Creso’. Le contesté: ‘Será siempre pobre, según el mundo, porque no recibe sino que da y

¹ Cfr. Ju. 3, 1-21.

no quiere sino almas que lleve al Dios verdadero' El centurión me miró con tamaños ojos, espoleó su caballo y partió a galope' ”.

“Había también una mujer romana en la litera. No podía ser sino una mujer. Tenía las cortinas corridas, mas ojeaba por ellas. Yo la vi” dice Tomás.

“Sí, estaba cerca de la curva alta del camino. Había dado órdenes de detenerse cuando el leproso gritó: ‘Hijo de David, ten piedad de mí’. Entonces recorrió una cortina y yo vi que te miró a través de una lente preciosa, y luego irónicamente se rió. Pero cuando vio que Tú, sólo con tu palabra, lo habías curado, me llamó y me preguntó: ‘¿Pero es ese del que dicen que es el verdadero Mesías?’, respondí afirmativamente y añadió: ‘¿Estás tú con Él?’ y volvió a preguntar: ‘¿Es verdaderamente bueno?’” dice Juan.

“¿Entonces la viste ¿Cómo era?” Preguntan Pedro y Judas.

“Pues... una mujer...”

“¿Qué descubrimiento!” se ríe Pedro, e Iscariote insiste: “¿Era bella, joven, rica?”

“Sí, me parece que era joven y también hermosa. Pero yo estaba mirando más bien hacia Jesús que a ella. Quería cerciorarme si el Maestro nuevamente se ponía en camino...”

“¿Estúpido!” dice entre dientes, Judas Iscariote.

“¿Por qué?” lo defiende Santiago de Zebedeo: “Mi hermano no es un Ganimedes en busca de aventuras. Respondió por educación y no faltó a su primera cualidad”.

“¿Cuál?” pregunta Iscariote “La del discípulo que ama sólo a su Maestro”.

Judas inclina la cabeza irritado.

“Y luego... no es muy bueno que lo vean a uno hablar con los romanos” dice Felipe. “Ya nos andan acusando de que somos galileos y por eso menos ‘puros’ que los judíos. Esto por nacimiento. Luego nos acusan de detenernos frecuentemente en Tiberíades, lugar de cita de los gentiles, romanos, fenicios, sirios... y luego... ¡Oh! ¡de cuántas cosas nos acusan!”

“Eres bueno Felipe y pones un velo en la dureza de la verdad que dices. Pero sin velo es esta: ¡De cuántas cosas *me* acusan!” dice Jesús que hasta ahora ha estado callado.

“En el fondo no están del todo equivocados. Demasiado contacto con los paganos” dice Iscariote.

“¿Tienes tú, sólo por paganos a los que no tienen la ley mosaica?” pregunta Jesús.

“Y ¿cuáles otros podrían ser?”

“Judas... ¿puedes jurar por nuestro Dios de no tener paganismo en el corazón? ¿Y puedes jurar que no lo tengan los israelitas más sobresalientes?”

“Maestro... de los otros no sé... de mí... puedo jurar”.

“¿Qué cosa es para ti, según tu modo de pensar, el paganismo?” torna a preguntar Jesús.

“Seguir una religión que no es la verdadera, adorar dioses” replica vehementemente Judas.

“Y ¿cuáles son?”

“Los dioses de Grecia y Roma, y de los Egipcios... en una palabra los dioses de mil nombres y de seres que no existen, pero que según los paganos llenan sus Olimpos”.

“¿Ningún otro dios existe? ¿Sólo los Olímpicos?”

“Y ¿cuáles otros? ¿No son ya demasiados?”

“Demasiados, sí. Demasiados. Pero hay otros y a ellos cada hombre les quema incienso en sus altares. También los sacerdotes, escribas, rabíes, saduceos, herodianos, todos los de Israel ¿No es verdad? No solo ellos sino hasta mis discípulos lo hacen”.

“¡Ah! ¡Eso no!” replican todos.

“¿No?... Amigos... ¿Quién de vosotros no tiene un culto o muchos cultos secretos?... Uno tiene la belleza y elegancia... Otros el orgullo de su saber... Otro incienso la esperanza de llegar a ser *humanamente* grande. Otro... adora... adora todavía a la mujer. Otro el dinero... Otro se postra delante de su saber... y así sucesivamente. En verdad os digo que no hay hombre que no esté manchado de idolatría. ¿Cómo, entonces se puede desdeñar a los paganos que lo son por desgracia, mientras que siendo uno con el Dios verdadero, permanece pagano por su voluntad?...”

“Pero somos humanos, Maestro” exclaman muchos.

“Es verdad. Entonces... tened caridad para con otros, porque Yo la he tenido para todos y a eso he venido y vosotros no valéis más que Yo”.

“Pero entre tanto nos acusan y a tu misión le ponen trabas”.

“Es lo mismo. Seguiré adelante”.

“A propósito de mujeres” dice Pedro, tal vez porque está sentado junto a Jesús y se siente en tal forma feliz que es bueno, bueno. “Hace pocos días, mejor dicho, desde que hablaste en Betania la primera vez después de tu regreso a Judea, hay una mujer velada que siempre nos sigue. No sé cómo se las arregla para saber nuestras intenciones. Sé que o te escucha en la cola de las últimas filas del pueblo cuando hablas, o que camina detrás de la gente que te sigue, o también detrás de nosotros si vamos anunciándote por las campiñas. Casi siempre está en Betania, la primera vez, me susurró detrás del velo: “¿Aquel hombre que dices que hablará, es verdaderamente Jesús de Nazaret?” Le respondí que sí, y por la tarde fue a escucharte detrás del tronco de un árbol. La perdí de vista por un poco de tiempo, pero ahora la he visto dos o tres veces en Jerusalén. Hoy le pregunté: “¿Necesitas algo? ¿Estás enferma?... ¿Quieres una limosna?”.. Respondió que no con la cabeza, porque no habla con nadie”.

“A mí me dijo un día: ‘¿Dónde vive Jesús?’ y le dije: ‘En Getsemaní’ ” dice Juan.

“¡Valiente bobo! ¡No debiste hacerlo. Debías de haberle dicho: ‘¡Descúbrete! Hazte conocer y te lo diré’ ” dice iracundo Iscariote.

“Pero... ¿desde cuándo exigimos estas cosas? Exclama Juan sencilla e inocentemente.

“A los otros se les puede ver. Ella está cubierta y completamente con el velo. O es una espía, o una leprosa. No debe seguirnos y enterarse. Si es espía es para hacer mal. Tal vez el Sanedrín le paga para esto”.

“¡Ah! ¿El Sanedrín usa estos medios?” pregunta Pedro. “¿Estás seguro?”

“Segurísimo. Estuve en el Templo y lo sé”.

“¡Qué belleza! Esto viene como dedal al dedo lo que dijo hace poco el Maestro...” comenta Pedro.

“¿Qué?...” Judas está rojo de ira.

“Que también hay sacerdotes paganos”.

“¿Qué tiene qué ver esto con pagar a una espía?”

“¡Que sí tiene! ¿Por qué pagan? Para aplastar al Mesías y triunfar ellos. Se ponen pues en el altar con sus puercas almas bajo vestidos limpios” responde Pedro con su buen juicio de iletrado.

“Bien, en resumidas cuentas” dice Judas. “Esa mujer es un peligro para nosotros o para la gente. Para la gente si es leprosa, para nosotros si es espía”.

“Esto es: Para Él, en caso de que así fuese” replica Pedro.

“Pero si cae Él, también nosotros caemos...”

“¡Ah! ¡Ah!” ríe Pedro y concluye: “y si cae uno, el ídolo se rompe en pedazos y se pierde el tiempo, estima y tal vez hasta el pellejo, y entonces... ¡Ah! ¡Ah!... y entonces es mejor tratar de que no caiga o... retirarnos a tiempo... ¿verdad?... Yo, al revés, mira, lo abrazo con todas mis fuerzas. Si cae pisoteado por los traidores de Dios, quiero caer con Él” y Pedro abraza estrechamente a Jesús con sus cortos brazos.

“No pensaba que hubiese hecho muy mal, Maestro” dice Juan muy triste, que está sentado ante Jesús. “Pégame, maltrátame, pero sálvate. ¡Ay de mí si yo fuera la causa de tu muerte!... ¡Oh! Jamás volvería a tener paz. Me imagino que las lágrimas surcarían mi cara de tanto llorar y perdería la vista. ¿Qué he hecho? Judas tiene razón. ¡Soy un tonto!”

“No, Juan. No lo eres e hiciste bien. Déjala que venga siempre. Respetad su velo. Puede ser que lo use como medio de lucha entre el pecado y la sed de redimirse. ¿Tenéis idea qué causa ese llanto y ese pudor? Dijiste, Juan, querido hijo de corazón de niño bueno, que un llanto continuo surcaría tu rostro si fueses causa de un mal mío. Pero piensa que cuando una conciencia nuevamente agitada empieza a roer una carne, que fue pecado, para destruirla y triunfar con el espíritu, debe necesariamente consumir todo cuanto fue atracción de la carne; y

la criatura envejece, languidece bajo la llama del fuego que la tortura. Tan solo después de una redención completa, se rehace una segunda belleza santa y más perfecta, porque es la belleza del alma que se deja ver en la mirada, en la sonrisa, en la voz, en el orgullo honesto del rostro sobre el que ha descendido y resplandece como una diadema el perdón de dios”.

“¿Entonces no hice mal?”

“No. Ni tampoco Pedro. Dejadla. Y ahora cada uno vaya a descansar. Me quedo con Juan y Simón, a los que debo hablar. Podéis iros”.

Los discípulos se retiran. Tal vez duermen en el olivar. No lo sé. Se van y ciertamente no entran en Jerusalén, porque desde hace algunas horas, las puertas están cerradas.” ¿Dijiste Simón, que Lázaro te envió hoy a Isaac con Maximino, cuando Yo estaba cerca de la Torre de David?... ¿Qué quería?”

“Quería decirte que Nicodemo estaba en su casa y que deseaba hablarte en secreto. Me permití decir: “Que venga. El Maestro lo espera esta noche”. No tienes sino la noche para estar solo. Por eso te dije: “Manda a todos menos a Juan y a mí”. Juan es para que vaya al puente de Cedrón a esperar a Nicodemo que está en una de las casas de Lázaro, fuera de los muros. Yo, para explicarte. ¿Hice mal?”

“Hiciste bien. Ve, Juan, a tu lugar”.

Se quedan solos Simón y Jesús, el que está pensativo. Simón respeta su silencio. Pero de repente lo rompe Jesús y como si terminase de hablar consigo mismo, dice: “Sí. Está bien hacer así. Isaac, Elías, los demás bastan para tener viva la idea que ya se afirma entre los buenos y entre los humildes. Para los poderosos... hay otras levas. Está Lázaro, Cusa, José y todavía otros... Pero los poderosos... no me quieren. Temen y tiemblan por su poder. Me iré lejos de este corazón judío, siempre más hostil al Mesías”.

“¿Regresamos a Galilea?”

“No. Pero lejos de Jerusalén. Se evangeliza la Judea y también Israel. Pero aquí lo ves... todo sirve para acusarme. Me retiro y por segunda vez...”

“¡Maestro! ¡Aquí está Nicodemo!” dice Juan que es el primero en entrar.

Se saludan y luego Simón toma a Juan y sale de la cocina, dejándolos solos a los dos.

“Maestro, perdona si quise hablarte en secreto. Desconfío de muchos por Ti y por mí. No todo es vileza mía. También prudencia y deseo de ayudarte más que si abiertamente te perteneciera. Tienes muchos enemigos. Soy uno de los pocos que te admiran. Pedí consejo a Lázaro. Este es poderoso de nacimiento y le temen porque goza del favor de Roma; es justo a los ojos de Dios, es sabio por madurez de ingenio y cultura. Es en verdad tu *verdadero* amigo y mío. Por eso he querido hablar con él. Y estoy contento de que él también haya pensado de la misma manera. Le platiqué de las últimas discusiones que tuvo el Sanedrín respecto de Ti”.

“Las últimas acusaciones. Di la verdad desnuda como es”.

“Las últimas acusaciones. Sí, Maestro. Estaba a punto de decir: “Y bien. Yo también soy uno de los de Él”. Tan solo porque en aquella asamblea era necesario que hubiese alguno en tu favor. Pero José que estaba cerca de mí, me susurró: “Cállate. Ocultemos nuestro modo de pensar. Luego te diré”. Y a la salida me dijo, ciertamente dijo: “Es mejor así. Si saben que somos discípulos, nos tienen a oscuras de cuanto piensen y decidan, y pueden dañarle y dañarnos. Como sencillos admiradores de Él, no nos tendrán secretos”. Comprendí que tenía razón. Son muchos... ¡y malos! También tengo yo mis intereses y mis obligaciones... lo mismo que José... ¿Entiendes, Maestro?”

“No os reprocho nada. Antes de que tú llegases decía esto a Simón. Y he determinado alejarme también de Jerusalén”.

“¡Nos odias porque no te amamos!”

“No. ¡No odio ni siquiera a los enemigos!”

“Tú lo dices. Pero es así. Tienes razón. ¡Pero para mí y para José es un gran dolor! ¿Y Lázaro? ¿Qué dirá Lázaro que exactamente hoy ha decidido que se te dijera que dejases este lugar para ir a una de sus propiedades de Sión. ¿Sabes? Lázaro es muy rico. Gran parte de la ciudad es suya, y también muchas tierras de Palestina. Su padre juntó su herencia a la de

Euqueria de tu tribu y familia, todo lo que los romanos recompensaron a su fiel siervo, y dejó a sus hijos grandes posesiones. Y lo que más vale, una oculta pero poderosa amistad con Roma. Sin esta, ¿quién habría podido salvar de la infamia a toda su casa después de la vergonzosa conducta de María, de su divorcio, que lo obtuvo solo porque era “ella”; de su vida licenciosa en esta ciudad que es su feudo y en Tiberíades que es el elegante lupanar donde Roma y Atenas han construido lechos de prostitutas para tantos del pueblo elegido? En realidad si el Teófilo siro hubiese sido un prosélito más convencido, no hubiera dado a sus hijos esa educación helenista que mata las virtudes, siembra la voluptuosidad que bebieron pero vomitaron sin consecuencia alguna Lázaro y sobre todo Marta, pero que ha contagiado y fructificado en la desenfrenada María, y ha hecho de ella el fango de la familia y de Palestina. ¡No! Sin la poderosa sombra del favor romano, más que a los leprosos se les hubiera anatematizado. Y puesto que las cosas son así, aprovéchate de ellas”.

“No. Me retiro. Quien me quiera, vendrá a Mí”.

“¿Hice mal en hablar de ellos?” Nicodemo está preocupado.

“No, espera. Persuádetes” y Jesús abre una puerta y dice: “Simón, Juan ¡Venid!”

Los dos acuden.

“Simón, di a Nicodemo lo que te había dicho cuando él estaba por llegar”.

“Que para los humildes bastan los pastores. Para los poderosos, Lázaro, Nicodemo, José y Cusa y que Tú te retiras lejos de Jerusalén sin dejar con todo la Judea. Esto dijiste. ¿Por qué has hecho que lo repitiese? ¿Qué ha pasado?”

“Nada. Nicodemo temía que me fuese Yo por sus palabras”.

“Dije al Maestro que el Sanedrín cada vez más, es su enemigo, y que estaba bien que se pusiese bajo la protección de Lázaro. Protegió sus bienes porque tiene a Roma en su favor. Protegería también a Jesús”.

“Es verdad, es un buen consejo. Pese a que mi casta no sea bien vista por Roma, sin embargo una palabra de Teófilo me conservó mis bienes durante la proscripción y la lepra. Y Lázaro es *muy* amigo suyo, Maestro”.

“Lo sé, pero ya dije y lo que digo lo sostengo”.

“Entonces, ¿te perdemos?”

“No, Nicodemo. Van al Bautista hombres de todas las sectas. A Mí podrán venir también hombres de todas las sectas y de todos los cargos”.

“Nosotros venimos a Ti, porque sabemos que eres más que Juan”.

“Podéis venir, pues. También Yo, como Juan, seré un Rabí solitario, y hablaré a las turbas deseosas de oír la voz de Dios y capaces de creer que yo sea su voz. Y los otros me olvidarán. Si es que son capaces de tanto”.

“Maestro, Tú estás triste y desilusionado. Tienes razón. Todos te escuchan y creen en Ti hasta poder obtener milagros. Hasta uno de los de herodes, uno que debería tener necesariamente podrida la bondad natural en esa corte incestuosa; hasta los soldados romanos. Sólo nosotros los de Sión somos tan duros... Pero no todos. Lo ves... Maestro, sabemos que has venido de parte de Dios, para hablarnos de Él mejor que ningún otro lo haya hecho. También Gamaliel lo dice. Nadie puede hacer lo milagros que hace si no tiene a Dios consigo. Hasta los doctores como Gamaliel creen en esto. ¿Por qué entonces sucede que no podamos tener fe como la tienen los pequeños de Israel? ¡Oh! Dímelo claro. No te traicionaré aunque me dijese: “He mentido para dar valor a mis palabras sabias con un sello del que nadie puede burlarse” ¿Eres Tú el Mesías del Señor?... ¿El Esperado? ¿La Palabra del Padre, encarnada para instruir y redimir a Israel según su Pacto?...²”

“¿Lo preguntas porque tú quieres, u otros te dijeron que me lo preguntases?”

“Yo lo pregunto, Señor. Tengo aquí un tormento. Hay en mí una borrasca. Vientos contrarios y voces contrarias. ¿Por qué no hay en mí, hombre maduro, esa pacífica seguridad que tiene este, casi analfabeta muchacho, en cuya cara le pone esa sonrisa, en sus ojos esa luz, ese sol

² Cfr. Gén. 3, 14-15; Ju. 1, 1-18.

en su corazón? ¿De qué modo crees Juan, para estar así tan seguro? Enséñame hijo, tu secreto, el secreto con que supiste ver y encontrar al Mesías en Jesús de Nazaret”.

Juan se pone colorado como una fresa, baja la cabeza como si pidiese permiso para decir una cosa muy grande, y responde sencillamente: “**Amando**”.

“¡Amando!... Y tú, Simón, hombre probó y ya en las puertas de la vejez, tú docto y sobre quien ha habido tantas pruebas... ¿cómo has hecho para que puedas dejarte convencer?...

“Meditando”.

“¡Amando! ¡Meditando! ¡Yo también amo y medito y no estoy todavía seguro!”

Jesús interviene: “Yo te diré el verdadero secreto. Estos han sabido nacer de nuevo, con un nuevo espíritu, libres de toda cadena, vírgenes de cualquier otra idea. Y por eso han comprendido a Dios. Si uno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios ni creer en su rey”.

“¿Cómo puede un hombre volver a nacer si ya es adulto? Expulsado del seno materno, el hombre no puede jamás volver a entrar. ¿Aludes tal vez a la reencarnación como creen muchos paganos? Pero, no, no es posible en Ti esto. Y luego no sería volver a entrar en el seno, sino reencarnarse más allá del tiempo. Por esto, ahora no más. ¿Cómo? ¿De qué modo?”

“No hay más que *una* existencia de la carne sobre la tierra y *una* vida eterna del espíritu, más allá de la tierra. Yo no hablo de la carne y de la sangre, sino del espíritu inmortal, que renace a la vida verdadera por dos cosas: Por el agua y por el Espíritu. Lo más grande es el espíritu, sin el cual el agua no es más que un símbolo. Quien se ha lavado con el agua, debe purificarse luego con el Espíritu y con Él encenderse y renacer, si quiere vivir en el seno de Dios que está en el Reino eterno. Porque lo que la carne engendra es carne y muere con ella después de haberle servido en sus apetitosos pecados. Pero lo que engendra el espíritu, es espíritu y vive al regresar el Espíritu generador después de haber alimentado hasta la edad perfecta su propio espíritu. En el Reino de los Cielos no habitarán sino los que han llegado a la edad perfecta espiritual. No os maravilléis si digo: “Es necesario que nazcáis de nuevo” Estos han sabido renacer. El joven ha matado la carne y hecho renacer el espíritu poniendo su yo en la hoguera del amor. Todo lo que era materia se quemó. De las cenizas, he aquí, que se levanta su nueva flor espiritual, maravilloso heliotropo que sabe dirigirse hacia el Sol eterno. El de edad, puso la guadaña de la meditación honesta a los pies de su viejo pensar, y arrancó la vieja planta dejando sólo el retoño de la buena voluntad, del que hizo nacer su nuevo pensamiento. Ahora ama, ama a Dios con su espíritu nuevo y lo ve. Cada uno tiene su modo para llegar al puerto. Cualquier viento es bueno con tal de que se sepa usar la vela. Vosotros oís que sopla el viento y por su corriente podéis regular y dirigir la maniobra. Pero no podéis decir de dónde viene, ni llamar el viento que necesitáis. También el Espíritu llama y viene llamando y pasa. Pero solo el que está atento puede seguirlo. El hijo conoce la voz del padre, la voz del Espíritu conoce la voz del Espíritu y quien lo engendró”.

“¿Cómo puede suceder esto?”

“Tú, ¿Maestro en Israel me lo preguntas? ¿Ignoras estas cosas? Se habla y se da testimonio de lo que sabemos y hemos visto. Por esto yo hablo y doy testimonio de lo que sé. ¿Cómo podrás aceptar las cosas que no has visto, si no aceptas el testimonio que te traigo? ¿Cómo puedes creer en el Espíritu, si no crees en la Palabra encarnada?... Bajé para ascender y llevar a los que están acá abajo. Uno solo ha descendido del Cielo: Yo, Hijo del Hombre. Recuerda a Moisés. Levantó una serpiente en el desierto para curar las enfermedades de Israel⁴. Cuando Yo sea levantado en alto, los que ahora están ciegos, sordos, mudos, locos, leprosos, enfermos por la fiebre de la culpa, serán curados y cualquiera que creyere en Mí, tendrá esta vida bienaventurada. No bajes la frente, Nicodemo. He venido a salvar, no a destruir. Dios no ha enviado a su Unigénito al mundo para condenar al que está en el mundo, sino para que el mundo se salve por medio de Él. En el mundo ha encontrado

⁴ Cfr. Ex. 21, 4-9.

toda clase de culpas, herejías, idolatrías. ¿Puede la golondrina que vuela veloz a flor de tierra ensuciarse el plumaje?... ¡No! Lleva sólo por los tristes caminos de la tierra una coma de azul, un olor de cielo, lanzando un chillido para sacudir a los hombres y hacerles levantar la mirada del fango y seguir su vuelo que torna al cielo. Igualmente vengo Yo, para llevaros conmigo. ¡Venid...! Quien cree en el Unigénito, no será juzgado. Ya está salvo porque por él, el Hijo del Hombre ruega al Padre diciéndole: “Este me ha amado”. Pero el que no cree, es inútil que haga obras santas. Está ya juzgado porque no ha creído en el Hijo Único de Dios. ¿Cuál es mi nombre, Nicodemo?”

“Jesús”.

“¡No! ¡Salvador! Yo soy salvación. Quien no cree en Mí, rechaza su salvación y la justicia eterna lo ha sentenciado. La sentencia es esta: “La Luz se había enviado a ti, y al mundo para salvaros, y tú y los hombres habéis preferido las tinieblas a la luz, porque preferisteis las obras malas, que por lo demás eran vuestras costumbres, a las obras buenas que Él os señalaba que siguieseis para ser santos”. Habéis olvidado la luz porque los malvados buscan las tinieblas para sus delitos, y habéis rehuido de la luz para que no alumbrase vuestras llagas ocultas. No es por ti, Nicodemo. Pero esta es la verdad y el castigo estará en relación con la sentencia, bien se trae de uno solo, bien del conjunto. Respecto a los que me aman y ponen en práctica la verdad que enseño, naciendo por esto en el espíritu una segunda vez, que es la más verdadera. Yo afirmo que no tienen miedo a la Luz, antes bien se acercan a ella porque su luz aumenta la luz con la que fueron iluminados, gloria reciproca que hace a Dios bienaventurado en sus hijos y a sus hijos en el Padre. En realidad, los hijos de la luz no tienen miedo a que se les alumbré. Antes bien con el corazón y con las obras dicen: “No Yo, Él, el Padre; Él el Hijo; Él el Espíritu Santo han realizado en mí el bien, ¡a ellos la gloria de siempre” Y del cielo responde el eterno canto de los Tres que se aman en su perfecta Unidad: “A Ti sea la bendición en la eternidad, hijo verdadero de nuestro querer”. Juan: Recuerda estas palabras para cuando llegue la hora de escribirlas. ¿Estás persuadido, Nicodemo?”

“Sí... Maestro. ¿Cuándo podré hablarte otra vez?”

“Lázaro sabrá llevarte. Iré a su casa antes de separarme de aquí”.

“Me voy, Maestro. Bendice a tu siervo”.

“Mi paz sea contigo”.

Nicodemo sale con Juan.

Jesús se vuelve a Simón: ¿Ves la obra del poder de las tinieblas?... Como una araña tiende sus asechanzas, envuelve y aprisiona a quien no sabe morir para renacer como una mariposa; que no tiene la fuerza de traspasar la tela tenebrosa y seguir adelante, llevando como recuerdo de su victoria, pedazos de tela reluciente en sus alas de oro, como estandarte y lábaros arrebatados al enemigo. Morir para daros la fuerza de morir. Vete a descasar, Simón. Y Dios sea contigo”.

Todo termina.

84. Jesús en casa de Lázaro antes de ir a “Aguas Claras”

25 febrero 1945

Jesús sube por el áspero sendero que lleva al altiplano sobre el que está construida Betania. Esta vez, no ha tomado el camino principal sino este que es rápido y más corto, que viene del noroeste al este, y que es menos transitado, probablemente por ser tan pendiente y áspero. Tan solo los que tienen prisa, pasan por él; los que tienen ganados y que prefieren no llevarlos por lugares frecuentados; los que, como hoy Jesús, no quieren que otros los vean. Sube platicando amigablemente con Zelote. Detrás en grupo, vienen los primos con Juan y Andrés, después en otro grupo Santiago de Zebedeo, Mateo, Tomás, Felipe y los últimos son Bartolomé, Pedro e Iscariote.

Cuando han llegado al altiplano, en que Betania sonríe al sol en un día sereno de noviembre, desde donde, si se mira hacia el oriente, se ve el valle del Jordán, y el camino que

viene de Jericó, Jesús dice a Juan que vaya a avisar a Lázaro su llegada. Mientras Juan se va rápidamente, Jesús continúa con los suyos, despacio. Personas del lugar lo saludan.

La primera persona que viene de la casa de Lázaro es una mujer que se postra hasta el suelo diciendo: “Feliz este día para la casa de mi señora. Ven, Maestro. Ahí está Maximino, y en el cancel Lázaro”.

También Maximino acude. No sé exactamente quién sea. Tengo la impresión de que sea un pariente menos rico y que viva con los hijos de Teófilo o sea un mayordomo de sus grandes posesiones, pero que se trata como amigo por sus cualidades y por el largo tiempo que tiene de servir en la casa. Tal vez se trata del hijo del mayordomo del padre, que ha conservado el mismo puesto con los hijos de Teófilo. Es un poco mayor de edad que Lázaro, esto es, tendrá unos treinta y cinco años, más o menos.

“No esperábamos tenerte tan pronto” dice.

“Pido albergue por una noche”.

“Si fuera para siempre, nos harías felices”.

Están ya en el umbral y Lázaro besa y abraza a Jesús y saluda a los discípulos. Después llevando a Jesús del brazo, entra con Él en el jardín y al separarse de los demás pregunta al punto: “¿A qué debo la alegría de tenerte?”

“Al odio de los sanedristas”.

“¿Te han hecho mal?... ¿Otra vez?”

“No. Me lo quieren hacer. Pero todavía no es la hora. Hasta que no haya arado toda la Palestina y esparcido la semilla, no seré abatido”.

“Debes también recoger tu cosecha, buen Maestro. Es justo que así sea”.

“Mi cosecha la recogerán mis amigos. Llevarán la guadaña a donde he sembrado. Lázaro, he decidido alejarme de Jerusalén. Sé que no sirve para nada, lo sé de antemano. Pero servirá para poder evangelizar, que ya es suficiente. En Sión, aún esto se me ha negado”.

“Te había mandado decir con Nicodemo que te fueses a una de mis posesiones. Ninguno se atreve a violarlas. Podrías hacer tu ministerio sin molestia. Y... ¡Oh! ¡Mi casa! ¡La más bienaventurada de todas mis casas para que sea santificada con tu enseñanza, con tu respirar en ella! Dame la alegría de serte útil, Maestro mío”.

“Lo ves que ya te la estoy dando. Pero no puedo permanecer en Jerusalén. No me molestarían, pero sí a los que viniesen a Mí. Voy hacia Efraín, entre este lugar y el Jordán. Allá evangelizaré y bautizaré como el Bautista”.

“En la campiña de aquella región tengo una casita. Sirve para los arneses y utensilios de los trabajadores. Algunas veces duermen allí cuando llega el tiempo de la cosecha y de las vides. Es muy pobre. Un techo sencillo y cuatro paredes. Pero está dentro de mis tierras... y se sabe... será como un espantapájaros para esos chacales. Acepta, Señor. Mandaré siervos a que la preparen...”

“No es necesario. Si duermen tus campesinos, también será suficiente para nosotros”.

“No pondré riquezas, sino completaré el número de camas, pobres como Tú quieres, y haré que lleven cobijas, sillas, cántaros y copas. Debéis también comer y cubriros, sobre todo en estos meses de invierno. Déjame que lo haga. Ni siquiera yo lo haré. He aquí a Marta que viene a vernos. Ella tiene el genio práctico y exquisito para todos los quehaceres domésticos. Ha sido hecha para la casa y para ser consuelo de los cuerpos y de los corazones que en ella viven. ¡Ven, mi dulce y buena recamarera! ¿Lo ves? Yo también me he venido a poner bajo su maternal cuidado, en la parte de su herencia. De este modo no lamento mucho a mi madre que ya no vive. Marta: Jesús se retira a la choza de “Aguas Claras”. El suelo es fértil, la casa es un redil. Pero Él quiere una casa de pobres. Hay que amueblarla lo menos posible. Da órdenes, tú que eres inigualable!” Y Lázaro besa la bellísima mano de su hermana que se alza y lo acaricia con verdadero amor de madre.

Después Marta dice: “Voy al punto. Me llevo a Maximino y a Marcela. Los hombres del carro nos ayudarán a arreglar todo. Bendíceme, Maestro, y así llevaré algo tuyo”.

“Sí, mi buena recamarera. Te llamaré como Lázaro. Te doy mi corazón para que lo lleves en el tuyo”.

“¿Sabías, Maestro, que hoy está por estas campiñas Isaac con Elías y otros?... me pidieron permiso para pastar abajo en la llanura para poder estar un poco juntos y les di permiso. Hoy transmigran. Los espero para la comida”.

“Me da gusto. Les daré instrucciones...”

“Sí, para que podamos estar en contacto. Alguna vez vendrás pero...”

“Vendré. Hablé ya con Simón. Y como no es justo que invada tu casa con los discípulos, iré a la casa de Simón...”

“No, Maestro. ¿Por qué me quieres dar ese dolor?”

“No preguntes, Lázaro. Sé que así está bien”.

“Pero entonces...”

“Pero entonces estaré siempre en *tus* posesiones. Lo que aún Simón ignora *Yo lo sé*. El que quiso comprar, sin mostrarse y sin discutir, con la condición de estar cerca, fue Lázaro de Betania; fue el hijo de Teófilo, el amigo de Simón Zelote y el *gran* amigo de Jesús de Nazaret. El que duplicó la suma por Jonás y la tomó de los bienes de Simón para darle alegría de que pudiese hacer más por el Maestro pobre y por los pobres del maestro es uno que tiene por nombre Lázaro. El que discreto y atento mueve, dirige, ayuda todas las fuerzas buenas para darme auxilio, consuelo y protección, es Lázaro de Betania. Yo sé”.

“¡Oh! ¡No lo digas! ¡Creí que así hacía bien y en secreto!”

“Para los hombres es secreto, pero no para Mí. Leo en los corazones. Quieres que te diga ¿por qué tu natural bondad se baña de perfección sobrenatural? Es porque pides un don sobrenatural: pides la salvación de *un* alma y que seáis santos tú y Marta.

Y comprendes que no basta ser buenos según el mundo, sino que es necesario ser buenos según las leyes del espíritu, para tener la gracia de Dios. No escuchaste mis palabras cuando Yo dije: “Cuando hagáis el bien, hacedlo en secreto, y el Padre os dará una gran recompensa”. Lo hiciste por natural impulso de humildad y en verdad te digo que el Padre te prepara una recompensa que ni siquiera puedes imaginar”.

“¿La redención de María?...”

“Esta y más, y más, todavía”.

“¿Qué cosa más imposible que esta, Maestro?”

Jesús lo mira y sonríe. Luego dice como en tono de salmo¹:

“El Señor reina y con Él sus santos.

Con sus rayos teje una corona y la pone sobre la cabeza de los santos.

Donde pueda para siempre brillar a los ojos de Dios y del Universo.

¿De qué metal está hecho?... ¿De qué piedras decorada?... Oro, oro purísimo... es la diadema obtenida con el doble fuego, del amor divino y del hombre, que ha sido labrada con el cincel de la voluntad que martillea, corta, pule.

Perlas de gran riqueza y esmeraldas más verdes que la hierba nacida en abril, turquesas de color de cielo, ópalos de color de luna, amatistas como púdicas violetas, jaspes, zafiros, jacintos y topacios. Estos engastados por toda la vida y luego una diadema de rubíes por remate. Una gran diadema para una frente gloriosa.

“Porque este hombre bienaventurado, habrá tenido fe y esperanza, mansedumbre y castidad, templanza y fortaleza, justicia y prudencia, misericordia ilimitada, y en realidad, escrito con sangre mi nombre y la fe en Mí, su amor por Mí, y su nombre en el cielo.

Alegraos. ¡Oh, justos del Señor! El hombre ignora lo que Dios ve.

Escribe en los libros eternos las promesas y vuestras obras, y con ellas vuestros nombres, príncipes del siglo futuro, triunfadores eternos con el Mesías del Señor”.

Lázaro lo mira estupefacto. Luego dice en voz baja: “¡Oh!... yo... no seré capaz...”

¹ Cfr. Sal 92, 1; 96, 1; 98, 1.

“¿Lo crees?” y Jesús toma una rama flexible de sauce que cae sobre el camino y dice: “Mira, de la manera que mi mano dobla fácilmente esta rama, así el amor doblará tu alma y hará de ella una corona eterna. El amor es el redentor individual. Quien ama, inicia su redención. Lo que le falte lo pondrá el Hijo del Hombre”.

85. Jesús en “Aguas Claras”.

Preliminares de la vida común de los discípulos

26 febrero 1945

Si se compara esta casucha baja y rústica con la de Betania, ciertamente es un redil, como dice Lázaro. Pero si se le compara con las casas de los campesinos de Doras, es una habitación muy hermosa.

Es muy baja y muy larga. Está construida sólidamente. Tiene una cocina, en otras palabras, una gran chimenea en un cuarto todo húmedo. Hay una mesa, sillas, cántaros y un rústico instrumento donde están los platos y las copas. Una puerta grande de madera tosca les proporciona luz y además entrada. Sobre la misma pared se abre la puerta, hay otras tres que comunican a tres largos y estrechos camarotes, cuyas paredes están blanqueadas con cal, y el suelo está solo pisoteado como el de la cocina. En dos de los camarotes están ahora los lechos. Parecen pequeños dormitorios. Los muchos ganchos colgados en las paredes hablan claro de que allí se colgaban los enseres y otros instrumentos agrícolas y ahora sirven de clavijeros para colgar los mantos y las alforjas. El tercer camarote (es más bien un largo corredor que camarote, porque la longitud está en desproporción con la anchura) está vacío. Debía servir también para refugio de los animales porque tiene un pesebre y argollas clavadas en el muro, y hay hoyos en el suelo que son indicios de haber sido hechos con los cascos herrados. Ahora no hay nada.

Afuera, cerca de este último camarote, hay un largo portal rústico. El techo está cubierto con madera delgada y piedras alargadas. Se apoya sobre troncos de árboles casi con la corteza. No es ni siquiera un portal, es un techo tan solo que está abierto por tres lados: dos de ellos, por lo menos de diez metros de largo y el otro de cinco metros de ancho. En el verano la vid debe extender sus ramas y ramos de tronco a tronco en la parte sur. Ahora no tiene hojas y tan solo ostenta sus ramas secas, como también lo está una higuera gigantesca que en verano da sombra al estanque que está en el centro de la era, que es abrevadero de animales. Apenas un cerco de piedras planas y blancas lo indica.

Esta es la casa en donde Jesús y los suyos se hospedarán, y que se llama “Aguas Claras”. Campos, prados y viñedos la rodean, y a distancia de unos trescientos metros (no tome en serio mis medidas) se ve otra casa en medio del campo, más hermosa porque tiene una terraza en el techo, que no tiene la de Lázaro. Más allá de esta, hay bosques de olivos y de otras plantas, parte sin hojas; parte con ellas que impiden la vista.

Pedro, con su hermano y con Juan gustosos trabajan en limpiar la era, y los camarotes, en arreglar los lechos y sacar agua. Aun más, Pedro pone unos palos alrededor del pozo para ajustar y reforzar las sogas y hacer más práctico y cómodo el sacar agua. Por otra parte los primos de Jesús trabajan con el martillo y la lima en las cerraduras y goznes; y Santiago de Zebedeo les ayuda segando y cortando con una sierra como si fuese un hombre que trabajase en el astillero.

En la cocina está Tomás y parece ser buen cocinero. Experto en ver que el fuego y la llama sean justos, en limpiar pronto las verduras que el señorito Judas se ha dignado traer del poblado cercano. Sé que hay un poblado vecino más o menos grande, porque Judas dice que hacen el pan solo dos veces por semana, y por lo que ese día no hay pan.

Pedro oye y dice: “Haremos tortas en el fuego. Allí hay harina. Pronto, quítate el vestido y amasa, que yo puedo cocerlas. Soy capaz”. Y no pudo menos que reír al ver que Iscariote se humilla con los vestidos interiores, a amasar las harinas. ¡Y que si se empolva bien!

Jesús no está, como tampoco Simón, Bartolomé, Mateo ni Felipe.

“Lo peor de todo es hoy” responde Pedro a una queja de Judas de Keriot. “Pero mañana caminará mejor. Y en primavera perfectamente”.

“¿En primavera? ¿Estaremos siempre aquí?” pregunta asustado Judas.

“¿Por qué no? Es una casa. Si llueve no nos mojamos. Hay agua de beber. No falta fuego... ¿Qué más quieres? Yo me encuentro a mis anchas. Y también porque no huelo el hedor de los fariseos y compañía”.

“Pedro... ¿vamos a sacar las redes?” dice Andrés. Y se lleva consigo a su hermano antes de que empiece una agria disputa entre él e Iscariote.

“¡Este hombre no me puede ver!” exclama Judas.

“No. No lo puedes decir. Es así de franco con todos. Pero es bueno. Tú eres el que siempre estás descontento” responde Tomás que siempre tiene buen humor.

“Es que yo me imaginaba otra cosa...”

“Mi primo no te prohíbe ir a *las otras cosas*” dice tranquilo Santiago de Alfeo. “Creo que todos pensábamos en *otra cosa* al seguirlo. La razón es que tenemos cerviz dura y mucha soberbia. Jamás ha ocultado el peligro y la fatiga en seguirlo”.

Judas refunfuña entre dientes. El otro Judas, Tadeo, que trabaja en una mesita de la cocina para transformarla en un pequeño armario, dice: “Estás equivocado. También te equivocas según las costumbres. Todo israelita *debe* trabajar. Y nosotros trabajamos. ¿Te molesta tanto trabajar? Yo no siento nada. Desde que estoy con Él cualquier fatiga no me pesa”.

“Yo tampoco extraño nada. Y estoy contento de estar como si estuviese en familia” dice Santiago Zebedeo.

“¡Aquí haremos mucho!...” irónico comenta Judas de Keriot.

“Pero en resumidas cuentas, ¿qué quieres?... ¿qué pretendes?... ¿Una corte de sátrapas? No te permito criticar lo que hace mi primo. ¿Entendido?” estalla Tadeo.

“Calla, hermano. A Jesús no le gustan estas disputas. Hablemos menos y trabajemos más. Será mejor para todos. Por otra parte... si Él no logra cambiar los corazones... ¿Puedes esperar hacerlo tú con tus palabras?” dice Santiago de Alfeo.

“El corazón que no cambia es el mío... ¿verdad?” pregunta agresivo Judas.

Santiago no le responde, antes bien se mete un clavo entre los labios y empieza a clavar con todas sus fuerzas los goznes haciendo tal ruido que no se oye el farfullar de Judas.

Pasa un poco de tiempo, luego entran justamente Isaac con huevos y una cesta de panes fragantes y Andrés con peces en una canasta.

“Tened” dice Isaac “lo manda el administrador y dice que si hace falta algo, le den órdenes”.

“¿Ves que de hambre no se muere?” dice Tomás a Iscariote. Y añade: “Dame el pescado, Andrés. ¡Qué hermoso! Pero ¡cómo se hace para prepararlo?... yo no sé”.

“Yo sí sé, dice Andrés. “Soy pescador” y se pone en un rincón a sacar las entrañas de los peces que todavía están coleando.

“El Maestro está por llegar. Recorrió el poblado y la campiña. Veréis que dentro de poco estará aquí. Curó ya a un enfermo de los ojos. Yo ya había recorrido esta campiña y sabían...”

“¡Eh! ¡Ya! Yo, yo... Todos los pastores... nosotros dejamos una vida segura, yo al menos, una vida segura e hicimos esto y aquello, pero nada se ha logrado...”

Isaac estupefacto mira a Iscariote... pero filosóficamente no objeta nada. Los otros lo imitan, pero por dentro son una caldera.

“¡La paz sea con vosotros!” En el umbral está Jesús, sonriente, amable. “¡Qué diligentes! ¡Todos trabajando! ¿Puedo ayudarte, primo?”

“No, descansa. Ya terminé”.

“Traemos muchos alimentos. Todos han querido regalarnos. Si todos tuviesen el corazón de los humildes” dice Jesús con un poco de tristeza.

“¡Oh, Maestro mío! ¡Qué Dios te bendiga!” Es Pedro que entra con una carga de leña sobre sus espaldas, y que bajo su fardo, saluda a Jesús.

“También a ti, Pedro, te bendiga el señor. ¡Habéis trabajado mucho!”

“Y en las horas libres trabajaremos más. Tenemos una casa en la campiña... y hay que hacerla un Edén. Entre tanto arreglé el pozo para ver de noche dónde está y para estar seguros de no perder los cántaros al bajarlos. Luego... ¿ves qué buenos son tus primos? Todas las cosas necesarias para quien debe vivir en un lugar por largo tiempo, yo pescador no lo había sabido. Verdaderamente son capaces. También Tomás, podría hacer de cocinero en el palacio de Herodes. También Judas es bueno. Hizo unas óptimas tortas...”

“Para nada sirven. Hay pan” responde de mal humor Judas. Pedro lo mira y espera que dé una buena respuesta, pero sacude la cabeza, mueve las cenizas y sobre ellas pone las tortas...

“¡Dentro de poco todo estará listo!” dice riendo Tomás.

“¿Hablarás hoy? Pregunta Santiago de Zebedeo.

“Sí. Entre las doce y las tres. Vuestros compañeros lo dijeron, Por eso comamos aprisa”.

Pasan algunos minutos y Juan pone el pan sobre la mesa, prepara las sillas, trae las copas y los cántaros y Tomás trae las verduras cocidas y el pescado frito.

Jesús está en el centro, ofrece y bendice, distribuye y todos comen con gusto.

Todavía están comiendo cuando en la era se asoman algunas personas. Pedro se levanta y va a la puerta: “¿Qué queréis?”

“¿El Rabí no hablará aquí?”

“Hablará, ahora está comiendo, porque también Él es hombre. Sentaos aquí afuera y esperad”.

El grupillo se va al rústico tejado.

“Se acerca el frío y llueve frecuentemente. Digo que estaría bien usar aquella ala vacía. La he limpiado muy bien. El pesebre servirá de banco...”

“No digas ironías tontas. El Rabí es rabí” dice Judas.

“¿Cuáles ironías? Si nació en un establo, ¿podrá hablar sobre un pesebre!”

“Pedro tiene razón, ¡pero os ruego que os améis!” Jesús parece hasta cansado en decir estas palabras.

Terminan de comer y Jesús sale al punto a donde está el pequeño grupo.

“Espera, Maestro” le grita por detrás Pedro. “Tu primo te ha hecho una silla porque el suelo de ahí está húmedo”.

“No es necesario. ¿Sabes?... hablo de pie. La gente quiere verme y Yo a ellos. Antes bien... preparad sillas y lechos. Tal vez vendrán enfermos... y los podrán usar”.

“Siempre piensas en los demás, ¡Buen Maestro!” dice Juan y le besa la mano.

Jesús con una sonrisa ligeramente triste va al grupo. También todos los discípulos.

Pedro que está al lado de Jesús, lo hace inclinar y le dice en voz baja: “Detrás del muro está la mujer velada. La he visto. Está desde esta mañana, vino siguiéndonos desde Betania. ¿La arrojo o la dejo?”

“Déjala. Lo he dicho”.

“¿Pero si es espía como dice Iscariote?”

“No es. Ten confianza en lo que te digo. Déjala y no digas nada a nadie. Respeta su secreto”.

“No he dicho nada, porque pensé que estaba bien...”

“Paz a vosotros que buscáis la Palabra” comienza diciendo Jesús. Se dirige al fondo del portal, teniendo a sus espaldas la pared de la casa. Es el tibio atardecer de un día de noviembre en que Jesús habla a unas veinte personas sentadas por tierra o apoyadas en las columnas.

“El hombre cae en un error en considerar lo que es la vida y lo que es la muerte, y en emplear estos dos términos. Llama “vida” al tiempo en que después de haber nacido, empieza a alimentarse, a respirar, a moverse, pensar, obrar; y llama “muerte” al momento en que deja de respirar, de comer, de moverse, de pensar y de obrar, y se convierte en un frío e insensible despojo, pronto para volver a entrar en el seno, que es el sepulcro. Pero no es así. Quiero hacer que entendáis lo que es la “vida” y señalaros las obras aptas para ella.

Vida no es existencia. Existencia no es vida. Existe también vida en la parra que se enrolla en esta columna. Pero no tiene la vida de que estoy hablando. Existe también aquella oveja que bala amarrada a aquel árbol de allá. Pero no tiene la vida de que estoy hablando. La vida a que me refiero no empieza con la existencia y no se acaba cuando la carne tiene su fin. La vida de la que hablo no tiene principio en el seno materno. Empieza cuando creada nace un alma del Pensamiento de Dios para habitar en una carne y tiene fin cuando el pecado la mata.

El hombre primeramente no es más que una semilla que crece, semilla de carne, no de grano o hueso como la del trigo o la de ese árbol. Primero no es más que un animal que se forma, un embrión de animal no diverso del que ahora hinche el seno de aquella oveja. Pero desde el momento en que esta concepción se infunde, esta parte incorpórea que es la de mayor importancia ya que lo sublima, existiendo entonces no sólo el embrión animal como corazón que palpita, sino que “vive” según el Pensamiento creador y se hace hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, se hace hijo de Dios, ciudadano futuro del Cielo. Pero esto acontece si la vida dura. El hombre puede existir teniendo imagen de hombre pero ya no es más hombre. Es un sepulcro en que se pudre la vida.

Por esto digo: “La vida no comienza con la existencia y no se acaba cuando la carne tiene fin”. La vida comienza antes del nacimiento. La vida, no tiene fin porque el alma no muere, esto es, no se convierte en nada. *Muere a su destino*, que es celestial, pero sobrevive a su castigo. A este destino bienaventurado muere, cuando muere a la gracia. Esta vida, atacada de la gangrena que es la muerte de su destino, dura por los siglos para la condenación y en el tormento. Esta vida, si se conserva como tal, llega a la perfección del vivir, haciéndose eterna, perfecta, bienaventurada como su Creador.

¿Tenemos obligaciones para con la vida?... Sí. Es un don de Dios. Cualquier don de Dios debe ser usado y conservado con cuidado, porque es cosa santa, como es quien lo creó. ¿Destruiríais el don de un rey? ¡No! Pasa a los herederos, y de estos a los siguientes como gloria de la familia. Y si es así ¿Por qué destruir el don de Dios? ¿Cómo se le usa y cómo se conserva este don divino? ¿De qué modo tener viva la flor paradisíaca del alma, para guardarla para el Cielo? ¿Cómo alcanzar el “vivir” sobre la existencia y más allá?

Israel tiene leyes claras para este fin y no tiene más que observarlas. Israel tiene profetas y justos que dan ejemplo y enseñan a practicar las leyes. Israel tiene también santos. No puede, no debe por tanto equivocarse. Veo pulular manchas en los corazones y espíritus muertos en todas partes. Por lo que digo: Haced penitencia; abrid vuestro corazón a la Palabra; poned en práctica la Ley inmutable; infundid nuevamente sangre en la vida que en vosotros languidece; si ya la habéis matado, venid a la Vida verdadera: a Dios. Llorad por vuestras culpas. Gritad: ¡Misericordia!... pero levantaos. No seáis muertos vivos para que no seáis mañana de los eternos condenados. No os hablaré de otra cosa, más que de la manera de obtener y conservar la vida. Otro os dijo:³ “Haced competencia. Limpiaos del fuego impuro de la lujuria, del fango de las culpas”. Yo os digo: Pobres amigos, estudiemos juntos la Ley. Volvamos a oír en ella la voz paternal de Dios verdadero y luego juntos oremos al Eterno con estas palabras: “Tu misericordia descienda sobre nuestros corazones”.

Ahora es el plomizo invierno, pero dentro de poco vendrá la primavera. Un espíritu muerto es más triste que un bosque congelado y sin nada, pero si penetran en vosotros la humildad, la voluntad, la paciencia y la fe, la vida tornará en vosotros como bosque primaveral, y floreceréis para Dios, produciendo para mañana, para el mañana de los siglos y de los siglos, un perenne fruto de vida verdadera.

¡Venid a la Vida! Dejad de existir solamente y empezad a “vivir”. Entonces la muerte no será “fin” sino principio. El principio de un día sin crepúsculo, de una alegría sin cansancio ni medida. La muerte será el triunfo de lo que vivió antes de la carne, y el triunfo de la carne, la cual será llamada a la resurrección eterna, para participar juntamente de esta vida que

³ Cfr. Mt. 3, 1-12; 14, 1-12; Mc. 1, 1-8; 6, 14-29; Lc. 3, 2-30; 9, 7-9.

prometo, en el nombre de Dios verdadero a todos los que *hayan querido* la “vida” para su alma, aplastando los sentidos y las pasiones para gozar de la libertad de los hijos de Dios.

Idos. Cada día a esta hora os hablaré de la verdad eterna. El Señor sea con vosotros”.

La gente se retira haciendo muchos comentarios. Jesús vuelve a la solitaria casa y todo tiene fin.

86. Jesús en “Aguas Claras”; “Yo soy el Señor Dios tuyo”¹

27 febrero 1945

Por lo menos hay el doble de gente que ayer. Hay también personas que no parecen campesinas. Algunas han venido en burro y toman su comida bajo el cobertizo. Han amarrado allí también sus animales en espera del Maestro.

El día es frío pero sereno. La gente charla entre sí y los más eruditos explican quién es y por qué el Maestro habla desde ese lugar. Uno pregunta: “Pero... ¿es más que Juan?”

“No. Es diferente. Yo era de Juan, que era el Precursor, la voz de la justicia. Este es el Mesías, y la voz de la sabiduría y misericordia”.

“¿Cómo lo sabes?” preguntan varios.

“Me lo dijeron tres discípulos del Bautista que siempre han estado con él. ¡Si supierais qué cosas! Ellos lo vieron nacer. Pensad: nació de la luz. Era una luz tan fuerte, que ellos que eran pastores huyeron fuera del redil, entre las bestias enloquecidas de terror, y vieron que toda Belén estaba en fuego con sus alas, y en la tierra estaba Él, el Niño nacido de la luz y todo el fuego se convirtió en una estrella...”

“¡Pero no! ¡No es así!”

“Sí, así es. Me lo dijo uno que cuidaba los establos de Belén, cuando yo era niño. Ahora que el Mesías se ha hecho adulto, se gloria”.

“No es así. La estrella vino después, vino con aquellos magos de oriente, uno de los cuales era pariente de Salomón y por lo tanto del Mesías, porque Él lo es de David y David es el padre de Salomón y Salomón amó a la reina de Sabá porque era hermosa y por los dones que le había llevado y tuvo un hijo que era de Judá, aun cuando está más allá del Nilo”.

“¡Qué cosa cuentas! ¿Estás loco?...”

“No. ¿Quieres decir que no es verdad que le trajo, el pariente, aromas como se estila entre los reyes y de alta alcurnia?”

“Yo sé cuál es la verdad” dice otro. “La sé porque Isaac es uno de los pastores y es mi amigo. Así pues: el Niño nació en el establo de la Casa de David como estaba profetizado²”.

“Pero... ¿no es de Nazaret?”

“Déjame hablar. Nació en Belén porque es descendiente de David, y era el tiempo del edicto. Los pastores vieron una luz bellísima como no hay otra, y el más pequeño por ser el más inocente, fue el primero en ver al ángel del Señor que dijo con música de arpa: “El Salvador ha nacido. Id a adorarlo” y luego los ángeles cantaron: “¡Gloria a Dios y paz a los hombres buenos!” Los pastores fueron y vieron a un Niño en un pesebre entre un buey y un asno, y a los padres. Lo adoraron y luego lo llevaron a la casa de una buena mujer y el Niño crecía como todos, bello, dulce y amoroso. Luego llegaron los magos de más allá del Eúfrates y del Nilo, porque habían visto una estrella y en ella reconocieron la estrella de Baláam³. El Niño ya podía caminar, Y Herodes ordenó un exterminio por envidia del reino. Pero el ángel del Señor había advertido del peligro, y los niños de Belén murieron, pero Él, no, porque habían huido más allá de Matarea. Luego regresó a Nazaret a trabajar como carpintero, y llegado su tiempo, después que el bautista, su primo, lo hubo anunciado, empezó su misión y

¹ Cfr. Ex. 20, 2; Dt. 5,6.

² Cfr. Míq. 5, 1-5.

³ Cfr. Núm. 24, 15-19.

primero buscó a sus pastores. Curó a Isaac de parálisis, después de treinta años de enfermedad. E Isaac es incansable en predicarlo. Esto es la verdad”.

“Pero los tres discípulos del bautista me dijeron exactamente esas palabras” dice el que había hablado primero y que está mortificado.

“Es verdad. Lo que no es verdad es la descripción del que cuidaba los establos. ¿Se gloria?... Haría bien en decir a los betlemitas que fuesen buenos. Ni en belén ni en Jerusalén pudo predicar”.

“¡Sí! ¡Imagínate si los escribas y fariseos van a querer sus palabras! Son unas víboras y hienas, como los llama el Bautista⁴”.

“Yo querría que me curase. ¿Ves? Tengo una pierna con gangrena. He sufrido lo indecible en venir en burro hasta aquí. Lo busqué en Sión, pero ya no estaba...” dice uno.

“Lo amenazaron de muerte...” responde otro.

¡Perros!”

“Sí. ¿De dónde vienes?”

“De Lidda”.

“¡Mucho camino!”

“Yo... yo quisiera decirle un error mío... se lo dije al Bautista... me escapé... con tantos reproches que me dijo. Pienso que no puedo ser perdonado...” dice todavía otro.

“¿Qué has hecho?”

“Mucho mal. Se lo diré a Él. ¿Qué pensáis? ¿Me maldecirá?”

“No. Lo oí hablar en Betsaida. Estaba yo por casualidad allí. ¡Qué palabras! Hablaba de una pecadora. ¡Ah! Habría yo querido ser ella para merecer su perdón...” dice un viejo imponente.

“Mírenlo que ahí viene” gritan varios.

“¡Misericordia! ¡Me avergüenzo! Dice el culpable y hace intento como de huir.

“¿A dónde huyes hijo mío? ¿Tienes tanta lobreguez en el corazón como para odiar la Luz y huir de ella? ¿Has pecado tanto como para tener miedo de mi perdón? Pero ¿qué pecado pudiste haber cometido? ¡Ni siquiera que hubieses matado a Dios, deberías de tener miedo, si hubiese en ti *verdadero* arrepentimiento. ¡No llores! Más bien: Ven que lloraremos juntos”.

Jesús que había levantado su mano y detenido al que iba a huir, lo tiene ahora estrechado contra Sí, y luego se dirige a los que le estaban esperando y dice: “Un momento, para aliviar este corazón, y luego regreso”.

Y se va más allá de la casa, rozando, al dar vuelta en la esquina la mujer velada, que está en su lugar acostumbrado. Jesús la mira fijamente por un momento, da unos diez pasos y se detiene: “¿Qué hiciste, hijo?”

El hombre cae de rodillas. Es un hombre como de cincuenta años. Una cara quemada por muchas pasiones y consumida por un tormento secreto. Extiende sus brazos y grita: “Para gozar de toda la herencia paterna, maté a mi madre y a mi hermano, para gastarla en mujeres... No he tenido jamás paz... ¡Ah! En el pecho de las mujeres, en sus gritos de lujuria, sentía el frío de mi madre muerta y la asfixia de mi hermano envenenado. Malditas mujeres de placer que sois áspides, medusas, murenas insaciables, ruina, ruina... ¡ruina mía!”

“¡No maldigas! ¡Yo no te maldigo!”

“¿No me maldices?”

“¡No! ¡Lloro y tomo sobre Mí tu pecado!... ¡Qué pesado es! Me quiebra. Pero lo abrazo fuerte para destruirlo por ti... y a ti te doy el perdón. ¡Sí, te perdono tu gran pecado”. Extiende sus manos sobre la cabeza del hombre que solloza y dice estas palabras de oración: “Padre, también para él mi sangre será derramada. Pero ahora mira el llanto y la plegaria. Padre, perdona porque él se ha arrepentido. Tu Hijo, en cuyas manos se ha confiado todo juicio, ¡así lo quiere!...” Por algunos minutos sigue en esta actitud, luego se inclina, levanta al hombre y le dice: “La culpa se te ha perdonado. Te toca ahora expiar con una vida de penitencia lo que queda por tu delito”.

⁴ Cfr. Mt. 3, 1-2; 14, 1-12; Mc. 1, 1-8; 6, 14-29; Lc. 3, 2-20; 9, 7-9.

“¿Me ha perdonado Dios?... ¿Y mi madre?... ¿Y mi hermano?”

“Lo que Dios perdona, lo perdonan todos. Vete y no peques más”.

El hombre llora más fuerte y le besa la mano. Jesús lo deja que siga llorando. Regresa a casa. La mujer velada hace un movimiento como de salirle al encuentro, pero luego baja la cabeza y no se mueve. Jesús pasa delante de ella sin mirarla.

Nuevamente en su lugar habla: “Un alma ha regresado al Señor. Sea bendita su Omnipotencia que arranca de las garras del demonio las almas que son criaturas suyas y las lleva otra vez por el camino del Cielo. ¿Por qué el alma se había perdido? Porque había perdido de vista la Ley.

Está escrito en el Libro⁶ que el Señor se manifestó en el Sinaí con su terrible poder para decir con él: “Yo soy Dios. Esto es mi Voluntad. Y estos son los rayos que tengo preparados para los que fueron rebeldes al querer de Dios”. Y antes de hablar, ordenó que ninguno del pueblo subiera a contemplarle a Él “que Es”, y que también los sacerdotes se purificasen antes de llegar al límite DE Dios, Para no ser heridos. La razón de esto es porque era tiempo de justicia y de prueba. Los Cielos están cerrados como con un peñasco sobre el misterio del Cielo y sobre la ira de Dios, y sólo las espadas de la justicia flechaban el cielo sobre los hijos culpables. Pero ahora ya no. Ahora el Justo ha venido a cumplir toda justicia y ha venido el tiempo en que sin fulgores y sin límites, la Palabra divina habla al hombre para darle gracia y vida.

La primera palabra del Padre y Señor es esta: “Yo soy el Señor Dios tuyo”. No hay un solo instante del día en que no se oiga esta palabra y no la escriba la voz y el dedo de Dios. ¿Dónde?... Por todas partes... Todo lo está continuamente diciendo. Desde la hierba a la estrella, desde el agua al fuego, desde la lana a la comida, desde la luz a las tinieblas, desde la salud a la enfermedad desde la riqueza a la pobreza. Todo dice: “Yo soy el Señor. Por Mí tienes esto. ¡Un pensamiento mío te lo da y otro te lo quita, no hay fuerzas de ejércitos, ni defensas que te puedan preservar de mi *voluntad!*” Se oye gritar en la voz del viento, cantar en el parlotear del agua, perfumar en la fragancia de la flor, gritar en las conciencias: “Yo soy el Señor Dios tuyo”.

No lo olvides jamás. No cerréis los ojos, las orejas; no estranguléis las conciencias para no oír esta palabra. El dedo del fuego de Dios la escribe ya en la pared del banquete, ya sobre las olas del mar tempestuoso; bien en el labio sonriente del niño, bien en la palidez del anciano que muere, ahora en la rosa fragante, ahora en el fétido sepulcro. Llega siempre el momento que en medio de la ebriedad del vino y del placer, entre el ajeteo de los negocios, en el reposo de la noche, en un paseo solitario, se levanta esa voz y dice: “Yo soy el Señor Dios tuyo” y no esta carne que ávido besas, y no esta comida que obeso engulles, y no este oro que avaro acumulas, y no este lecho en el que eres un ocioso; y no sirve el silencio, no estar solos, o durmiendo, para hacerla callar.

“Yo soy el Señor Dios tuyo”, el Compañero que no te abandona, el Huésped que no puedes arrojar. ¿Eres bueno? He aquí que el huésped y compañero es el Amigo bueno. ¿Eres perverso y culpable? He aquí que el huésped y compañero es el Rey airado y no de paz. Y no deja, no deja, no deja... Sólo los condenados pueden estar separados de Dios. Pero la separación es el tormento insaciable y eterno. “Yo soy el Señor Dios tuyo” y añade: “que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud”. ¡Oh! *Ahora* se cumple exactamente. ¿De qué Egipto te saca a la tierra prometida, que no es este lugar, sino el Cielo? Es el Reino eterno del Señor en donde no habrá hambre ni sed, ni frío ni muerte, sino todo destilará alegría y placer, todos los espíritus estarán llenos de paz y gozo.

Os saca ahora de la verdadera esclavitud. He aquí al libertador. Yo soy. Vengo a despedazar vuestras cadenas. Cualquier dominador humano puede gustar la muerte, y con su muerte verse libres los pueblos de la esclavitud. Pero Satanás no muere. Es eterno. Y él es el dominador que os ha puesto grilletes para arrastraros a donde él quiere. El pecado está en

⁶ Cfr. Ex. 19 y 20.

vosotros y es la cadena con que os tiene Satanás. Yo vengo a desplazar esa cadena. En nombre del Padre, vengo y por deseo mío. Esta es la razón por la que se cumple la *no comprendida* promesa: “Te saqué de Egipto y de la esclavitud”.

Ahora esto se está cumpliendo espiritualmente. El Señor Dios vuestro os saca de la tierra del ídolo que sedujo a los primeros padres, os arrebató de la esclavitud de la culpa, os reviste con la gracia, os admite a su reino. En verdad os digo que quienes vinieren a mí podrán oír al Altísimo decir en su corazón con dulzura de voz paternal: “Yo soy el Señor Dios tuyo, quien te trae libre y feliz a Mí”.

Venid. Volved al Señor el corazón y la cara, la plegaria y la voluntad. Ha llegado al hora de la Gracia”.

Ya terminó Jesús. Pasa bendiciendo y acariciando a un anciano y a una niña morena que es toda una sonrisa.

“Cúrame, Maestro. ¡Sufro tanto!” dice el enfermo de gangrena.

“Primero el alma, primero el alma. Haz penitencia...”

“Dame el bautismo como Juan. No puedo ir a él, estoy enfermo”.

“Ven”. Jesús baja al río que está más allá de dos grandes campos y del bosque que lo esconde. Se quita las sandalias y también el hombre que se ha arrastrado con sus muletas. Bajaron al río y Jesús, haciendo copa con sus dos manos juntas, echa el agua sobre la cabeza del hombre que está metido hasta las rodillas.

“¡Quítate las vendas!” ordena Jesús mientras torna a subir por el sendero.

El hombre obedece. La pierna está curada. La multitud da un grito de estupor.

“¡También yo!”

“¡También yo!”

“¡Yo también quiero el bautismo de Ti!” gritan muchos.

Jesús que está en medio del camino, se vuelve: “Mañana. Idos y sed buenos. La paz sea con vosotros”.

Todo tiene fin y Jesús regresa a casa, a la oscura cocina no obstante sean todavía las primeras horas del atardecer.

Los discípulos se aglomeran a su alrededor. Pedro pregunta: “¿Qué tenía el hombre que llevaste detrás de la casa?”

“Necesidad de purificación”.

“No ha regresado y ni siquiera fue a pedir el bautismo”.

“Se fue a donde se le envió”.

“¿A dónde?”

“A expiar, Pedro”.

“¿En la cárcel?”

“No. Con la penitencia por todo el resto de su vida”.

“¿Entonces no se purifica con el agua?”

“También el llanto es agua”.

“Esto es verdad. Ahora que has hecho milagros, ¡quién sabe cuántos vendrán!... Hoy eran ya más del doble...”

“Así es. Si debiera hacer todo Yo, no podría. Vosotros bautizaréis. Primero uno por turno, después seréis dos, tres, muchos, Yo predicaré y curaré a los enfermos y culpables”.

“¿Nosotros a bautizar? ¡Oh! ¡Yo no soy digno! ¡Quítame esa misión Señor! ¡Tengo necesidad de ser bautizado!” Pedro se ha arrodillado y suplica.

Jesús se inclina y le dice: “Tú vas a ser el primero en bautizar. Desde mañana”.

“¡No, Señor! ¿Cómo voy a hacerlo si estoy más negro que una chimenea...”

Jesús sonrío de la sinceridad humilde del apóstol arrodillado junto a sus rodillas, sobre las que tiene puestas sus gruesas manos de pescador. Lo besa en la frente, en el borde de los cabellos grisáceos y despeinados que se arremolinan.

“Mira, te bautizo con un beso. ¿Estás contento?”

“¡Cometería al punto otro pecado para tener otro!”

“Eso no. No hay que burlarse de Dios, abusando de sus dones”.

“¿Y a mí no me das un beso? También yo tengo uno que otro pecado” dice Iscariote.

Jesús lo mira atentamente. Su mirar tan cambiante pasa de la luz de la alegría que lo hacía claro mientras hablaba con Pedro, al de una opaca severidad, que diría yo cansado: “Sí... también a ti. Ven. No soy injusto con nadie. Sé bueno, Judas. ¡Si quieres...! Eres joven. Toda una vida para ascender siempre, hasta la perfección de la santidad...” y lo besa.

“Ahora tú, Simón, amigo mío. Y tú, Mateo, mi victoria. Y tú sabio Bartolomé, y tú, Felipe. Y tú, Tomás el de la pronta voluntad. Ven, Andrés, el del silencio activo. Y tú Santiago el del primer encuentro. Y ahora tu, alegría de tu Maestro, y tú Judas, compañero de la infancia y juventud. Y tú Santiago que me recuerdas al Justo” en sus facciones y en su corazón. ¡Ea! todos, todos. Recordad que si mi amor es grande, es necesaria también vuestra buena voluntad. Daréis un paso adelante en la vida de discípulos míos desde mañana. Y pensad que cada paso adelante es una honra y una obligación”.

“Maestro... un día me dijiste a mí, a Juan, a Santiago y a Andrés que nos enseñarías a orar. Creo que si orásemos como Tú oras, seremos capaces de ser dignos del trabajo que requieres de nosotros dice Pedro.

“También entonces te respondí: “Cuando estéis suficientemente formados, os enseñaré la plegaria sublime¹⁰ para dejaros *mi* plegaria. Pero también ella no tendrá ningún valor si se le dice sólo con la boca. ¿Por ahora levantad el alma y la voluntad hacia Dios. La plegaria es un don que Dios concede al hombre y que el hombre da a Dios”.

“Y ¿cómo?... ¿No somos todavía dignos de orar? Todo Israel ora...” dice Iscariote.

“Sí, Judas. Pero puedes ver por sus obras cómo ora Israel. No quiero hacer de vosotros traidores. Quien ora externamente y por dentro está contra el bien, es un traidor”.

“¿Y los milagros? ¿Cuándo nos capacitas para que los hagamos?” pregunta siempre Judas.

“¿Nosotros?... ¿Milagros?... ¡Misericordia eterna! ¡Aunque se beba agua pura! ¡Nosotros!... ¿milagros?... Pero muchacho ¿estás loco?” Pedro está escandalizado, espantado, fuera de sí.

“Nos lo dijo a nosotros en Judea. ¿No es verdad?”

“Sí, es verdad. Lo dije. Y los haréis. Pero entre tanto que en vosotros haya mucha carne, no tendréis milagros”.

“Ayunaremos” dice Iscariote.

“De nada sirve. Por carne entiendo las pasiones corrompidas, la triple concupiscencia, y detrás de esta páfida trinidad la secuela de sus vicios... iguales a los hijos de una unión lujuriosa bígama, la soberbia de la inteligencia engendra, con la avidez de la carne y el poder, todo el mal que hay en el hombre y en el mundo”.

“Nosotros hemos dejado todo por Ti” objeta Judas.

“Pero no a vosotros mismos”.

“¿Debemos entonces morir? Con tal de estar contigo lo haremos. Yo al menos...”

“No, no pido vuestra muerte material. Pido que muera en vosotros lo animal y satánico, y esto no muere mientras la carne esté satisfecha y haya en vosotros mentira, orgullo, ira, soberbia, gula, avaricia, pereza”.

“¡Somos tan frágiles cerca de Ti que eres tan Santo!” dice entre dientes Bartolomé.

“Y siempre fue Santo. ¡Lo podemos afirmar!” dice el primo Santiago.

“Él sabe cómo somos... No debemos por eso perder los ánimos. Hay qué decirle solamente: Danos diariamente la fuerza de servirte. Si dijésemos: ‘Estamos sin pecado’ nos engañaríamos y seríamos mentirosos. Y ¿a quién engañaríamos?... ¡A nosotros que sabemos lo que somos, aunque no lo queramos confesar!... ¿Engañaríamos a Dios a quien no se puede?... Pero si decimos: “Somos débiles y pecadores. Ayúdanos con tu fuerza y perdón” Dios entonces no nos desilusionará, y en su bondad y justicia nos perdonará y purificará de la iniquidad de nuestros pobres corazones”.

¹⁰ Padre Nuestro Cfr. Mt. 6, 9-13; Lc. 11, 2-4.

“Eres bienaventurado Juan, porque la Verdad habla en tus labios que tienen perfume de inocencia y no besan sino el Amor adorable” dice Jesús, poniéndose de pie y atrayendo hacia su corazón al predilecto que había hablado desde su oscuro rincón.

87 Jesús en “Aguas Claras”: “No te harás dioses en mi presencia”¹

28 febrero 1945

“Se dijo: “No te harás dioses en mi presencia. No te harás ninguna escultura ni representación de lo que está arriba en el cielo o abajo en la tierra o en las aguas o bajo la tierra. No adorarás tales cosas, ni les darás culto. Yo soy el Señor Dios tuyo, fuerte y celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y hago misericordia hasta la milésima generación con los que me aman y observan mis mandamientos” ”.

La voz de Jesús retumba en el salón lleno de gente, porque llueve y todos han ido a refugiarse.

En primera línea están cuatro enfermos, esto es, un ciego a quien ha conducido una mujer, un niño todo lleno de granos, una mujer amarillenta de ictericia o de malaria y uno a quien han llevado en camilla.

Jesús habla, apoyado en el pesebre vacío. Juan y los dos primos, junto con Mateo y Felipe están cerca de Él, mientras Judas con Pedro, Bartolomé y Andrés están en la salida y regulan la entrada de los que todavía están llegando; por su parte Tomás y Simón andan entre la gente haciendo callar a los niños, recogiendo los óbolos, escuchando las peticiones.

“No te harás dioses en mi presencia”.

Habéis oído cómo Dios sea Omnipotente en su mirar y en su hablar. En verdad siempre estamos ante su presencia. Encerrados en lo interior de una habitación o en público en el Templo, siempre estamos ante su presencia. Bienhechores ocultos, que aun al que ayudamos ocultamos nuestra cara, y asesinos que asaltamos al viajero en un paso solitario y lo matamos, siempre estamos en su presencia. En su presencia está el rey en medio de su corte, el soldado en el campo de batalla, el levita en el interior del Templo, el sabio inclinado sobre sus libros, el campesino en el surco, el mercader en su banco, la madre inclinada en la cuna, la recién casada en su habitación nupcial, la virgen en el secreto de la casa paterna, el niño que estudia en la escuela, el anciano que se extiende para morir. Todos están ante su presencia y todas las acciones del hombre igualmente.

¡Todas las acciones del hombre! ¡Palabra terrible y palabra consoladora! Terrible si las acciones son pecaminosas, consoladora si santas. Saber que Dios ve. Freno para hacer el mal. Ayuda para hacer el bien. Dios ve que obró el bien. Yo sé que Él no olvida lo que ve. Yo creo que Él premia las buenas acciones. Por lo cual estoy convencido que por estas recibiré un premio y en esta certeza, reposo. Esta me dará una vida serena y muerte plácida, porque en vida y muerte mi alma será consolada con el rayo de la luz de la amistad de Dios. De este modo reflexiona el que obra bien. El que obra mal, ¿por qué no piensa que entre las acciones prohibidas están los cultos idolátricos?... ¿Por qué él no dice: “Dios ve que mientras finjo un culto santo, adoro un dios o dioses falsos a los que he erigido un altar secreto que no conocen los hombres, pero Él sí lo sabe?”

Diréis: “¿Cuáles dioses, si ni siquiera en el Templo hay una figura de Dios? ¿Qué cara tienen esos dioses, si al verdadero Dios nos es imposible darle un rostro?” ¡Así lo es! Es imposible darle un rostro, porque el Perfecto y el Purísimo no puede ser dignamente trazado por el hombre. Sólo el espíritu entrevé su belleza incorpórea y sublime y oye su voz, gusta de sus caricias cuando Él se derrama sobre un santo suyo merecedor de estos contactos divinos. Mas el ojo, el oído, la mano del hombre no lo pueden ver, oír... y por lo tanto repetir en la cítara del sonido, ni con martillo, ni cincel en el mármol, lo que es del Señor.

¹ Cfr. Ex. 20, 3-6.

¡Oh! ¡Felicidad eterna cuando, vosotros, espíritus de los justos veréis a Dios. La primera mirada será la aurora de la beatitud que por los siglos de los siglos os acompañará. Y sin embargo lo que no podemos hacer por un Dios verdadero el hombre si lo hace por sus dioses falsos. Alguien erige un altar; otro al oro; el de acá al poder; el de más allá a la ciencia; este a los triunfos militares, aquel adora al hombre que está en el poder, semejante suyo por naturaleza, tan solo superior por la fuerza o por la suerte; hay quien se adora a sí mismo y dice: “No hay otro igual a mí”. He aquí los dioses que tiene el pueblo de Dios.

No os espantéis de los paganos que adoran animales, reptiles, astros. ¡Cuántos reptiles! ¡Cuántos animales! ¡Cuántos astros apagados adoráis en vuestros corazones! Los labios pronuncian palabras mentirosas para adular, conseguir, corromper. Y ¿no son estas las plegarias de los idólatras secretos? Los corazones fomentan pensamientos de venganza, de contrabando, de prostitución. Y ¿no son estos los cultos que se dan a los dioses inmundos de placer, de avaricia y del mal?

Se dijo: “No adorarás nada de lo que no sea tu Dios verdadero, Único, Eterno”. Y se dijo: “¡Yo soy el Dios fuerte y celoso!”

Fuerte: Ninguna fuerza supera la suya. El hombre es libre de obrar, Satanás de tentar. Pero cuando Dios dice: “Basta” el hombre no puede continuar haciendo mal, ni Satanás tentando. Arrojado este a su infierno, inutilizado en su abuso de hacer mal. Porque hay límite en esto, más allá del cual Dios no permite se vaya.

Celoso: ¿De qué cosa? ¿Qué cela?... ¿Los mezquinos celos de los hombrecillos? ¡No! Dios cela a sus hijos. Un justo celo. Un amoroso celo. Os creó. Os ama, os quiere. Sabe lo que os daña. Conoce lo que puede separaros de Él. Es celoso de lo que se interpone entre el Padre y los hijos, y los desvía solo por amor que es salud y paz: Dios. Comprended este sublime celo que no es sucio, que no es cruel, que no es carcelero. Sino que es amor infinito, bondad infinita; es libertad sin confines que se da a las criaturas limitadas para absorberlas en la eternidad para Sí y en Sí, y hacerlas partícipes de su infinitud. Un buen padre no quiere gozar solo de sus riquezas, sino que quiere que gocen de ellas también sus hijos. En realidad más que para sí, para los hijos fueron acumuladas. Igualmente Dios, que trae en este amor y deseo la perfección que hay en cada acción suya.

No desilusiones al Señor. Amenaza con castigar a los culpables y a los hijos de los culpables. Y no miente en lo que dice. Pero no perdáis valor, ¡oh, hijos del hombre y de Dios! Oíd la otra promesa y alegraos: “Hago misericordia hasta la milésima generación a quienes me aman y observan mis mandamientos”.

Hasta la milésima generación de los buenos y hasta la milésima debilidad de los pobres hijos del hombre, los cuales caen no por malicia sino por la veleidad y por trampa de Satanás. Aún más, Yo os digo que Él abre sus brazos, si con corazón contrito y la cara lavada en llantos decís: “Padre! He pecado. Lo sé. Me humillo por esto y te confieso mi pecado. Perdóname. Tú serás mi fuerza para volver a ‘vivir’ la verdadera vida”.

No temáis. Antes de que hubieseis pecado por debilidad. Él sabía que lo haríais. Pero tan solo su corazón se cierra cuando persistís en el pecado, porque queréis pecar, haciendo de un cierto pecado o de muchos pecados vuestros dioses horrorosos. Destruid todo ídolo, poned l Dios verdadero. Él bajará con su gloria a consagrar vuestro corazón, cuando vea que es Él solo entre vosotros.

Devolved a Dios su morada, que no está en los templos de piedra, sino en el corazón de los hombres. Lavad el dintel, escombrad el interior de toda cosa inútil o de aparato culpable. Dios solo. Sólo Él. ¡Él es todo! De ningún modo es inferior el corazón de un hombre en que Dios habita al Paraíso, el corazón de un hombre que canta su amor al Huésped divino.

Haced de cada corazón un Cielo. Empezad a vivir con el Excelso que en vuestra eterna mañana, se perfeccionará en el poder y alegría y que será tan grande de poder sobrepujar el terrible estupor de Abraham, Jacob y Moisés. Porque no será más el encuentro resplandeciente y aterrador que desciende con el Poderoso, sino estar con el Padre y

Amigo que desciende para deciros: 'Mi alegría es estar entre los hijos de los hombres. Tú me haces feliz. Gracias'".

El grupo que es de más de cien personas, después de algún tiempo sale de su encantamiento. Alguien llora, alguien sonríe por la esperanza misma de alegría. La gente parece despertar. Se oye como un sordo ruido, un fuerte suspirar, y al final un grito como de libertad: "¡Bendito Tú! ¡Tú nos abres los caminos de la paz!"

Jesús sonríe y responde: "La paz estará en vosotros, si desde hoy seguís el bien".

Luego se dirige a los enfermos y pasa la mano sobre el niño enfermo, sobre el ciego y sobre la mujer amarillenta; se inclina sobre el paralítico y dice: ¡Quiero!"

El hombre lo mira y luego grita: "¡Hay calor en mi cuerpo muerto!" se pone de pie así como estaba, hasta que le echan la cobija encima. La madre levanta a su hijo, sin grano alguno, y el ciego abre sus ojos y parpadea al primer contacto con la luz, y unas mujeres gritan: "Dina ya no está amarilla como la retama de la montaña".

El ruido llega a su colmo. Quién grita, quién bendice, quién empuja para ver, quién trata de salir para ir a publicarlo por el poblado. De todas partes Jesús es oprimido. Pedro ve que casi lo estrujan y grita: "¡Muchachos! ¡Sofocan al Maestro! Abrios paso". Y con una buena dosis de codazos y hasta de puntapiés en las espinillas, los doce logran abrirse paso, librar a Jesús y llevarlo fuera.

"Mañana yo tendré cuidado" dice Pedro. "Tú en la puerta y los demás en el fondo. ¿Te hicieron mal?"

"No".

"Parecían locos. ¡Qué modales!"

"Déjalos. Estaban felices... y Yo con ellos. Id con el que pide bautismo. Entro en casa. Tú, Judas junto con Simón da el óbolo a los pobres. Todo. Tenemos mucho, y no es justo que lo tengan los apóstoles del Señor. Vete, Pedro, vete. No tengas miedo de extralimitarte. Te justifico ante el Padre porque soy quien te lo mando. Adiós, amigos".

Jesús cansado y sudado, se encierra en la casa, mientras cada uno de los discípulos cumple su deber con los peregrinos.

88. Jesús en "Aguas Claras": "No invocar en vano mi Nombre"¹

1° marzo 1945

Los discípulos están todos revueltos. Parece un enjambre provocado. Están muy agitados. Hablan, entrecierran sus ojos para ver fuera, los vuelven a todas partes... Jesús no está. En fin deciden qué hacer y Pedro ordena a Juan: "Vete a buscar al Maestro. Está en el bosque junto al río. Dile que venga pronto y que diga lo que se tiene qué hacer".

Juan se va a carrera abierta. Iscariote dice: "No entiendo por qué tanta confusión y tanta descortesía. Yo habría ido y lo habría recibido con todos los honores... Es un honor suyo y también para nosotros. Así, pues..."

"Yo no sé nada. Él será diferente a su pariente de leche... pero... pero quien está con hienas se le pega el olor y el instinto. Por lo demás, tú querrías que se fuese aquella mujer... ¡pero ten cuidado! El Maestro no quiere, y yo la tengo bajo mi protección. Si la tocas... Yo no soy el Maestro... te lo digo para tu futura conducta".

"¡Mmm! ¿Quién es pues? ¿Tal ves la bella Herodías?"

"¡No te hagas el chistoso!"

"Tú eres el que me lo hace ser. Le has hecho alrededor la guardia como a una reina..."

"El Maestro me dijo: 'Procura que no se le perturbe y respétala', y eso es lo que hago".

"Pero ¿quién es?... ¿Lo sabes?" pregunta Tomás.

"Yo no".

"¡Ea! Dilo. Tú lo sabes..." insisten varios.

¹ Cfr. Ex. 20, 7.

“Os juro que no sé nada. El Maestro lo sabe, pero yo no”.

“Hay qué preguntárselo a Juan. A él le dice todo”.

“¿Por qué? ¿Qué cosa de especial tiene Juan? ¿Es un dios tu hermano?”

“No Judas. Es el más bueno de nosotros”.

“Por mí no me preocupo” dice Santiago de Alfeo. “Ayer mi hermano la vio cuando salía del río con el pescado que le había dado Andrés y se lo preguntó a Jesús. Él respondió: “No tiene cara, es un espíritu que busca a Dios. Para Mí no se trata de otra cosa, y *así quiero que sea para todos*”, y dijo en tal forma “*quiero*” que os aconsejo no insistir”.

“Yo voy a donde está ella” dice Judas de Keriot.

“Prueba si eres capaz” dice Pedro encendido como un gallo.

“¿La harás de espía para acusarme con Jesús?”

“Dejo ese cargo a los del Templo. Nosotros los del lago, ganamos el pan con el trabajo y no con la delación. No tengas miedo de que Simón de Jonás la haga de espía. Pero no me provoques y no te permitas desobedecer al maestro, porque soy yo...”

“¿Y quién eres tú?... Un pobre como yo”.

“Sí, señor, al revés, más pobre, más ignorante, más vulgar que tú. Lo sé y no me avergüenzo. Me avergonzaría si fuese igual a ti en el corazón. El Maestro me confió ese cargo y yo lo hago”.

“¿Igual a mí en el corazón? Y ¿qué cosa hay en mi corazón que te causa asco?... habla, acusa, ofende...”

“¡Pero en resumidas cuentas! Interviene Zelote y con él Bartolomé. “En resumidas cuentas, Judas, cállate. Respeta los cabellos de Pedro”.

“Respeto a todos, pero quiero saber qué cosa hay en mí...”

“Al punto eres servido... Déjame hablar... hay soberbia, tanta que se puede llenar esta cocina, hay falsedad y hay lujuria”.

“¿Yo falso?”

Todos se interponen y Judas debe callar.

Simón con calma dice a Pedro: “Perdona amigo si te digo una cosa. Él tiene defectos, pero tú también tienes, y uno de ellos es el no compadecer a los jóvenes. ¿Por qué no tienes en cuenta la edad, el nacimiento... y tantas cosas? Mira: Tú obras por amor a Jesús. ¿Pero no caes en la cuenta que estas disputas le causan hastío? A él no le digo nada (y señala a Judas) pero a ti sí, que eres hombre maduro y muy sincero, te hago esta súplica. ¡Él tiene tantas penas por sus enemigos, y darle también nosotros!

Hay tanta guerra a su alrededor, ¿por qué provocar otra en su nido?”

“Es verdad, Jesús está triste y ha adelgazado” dice Judas de Tadeo. “En las noches oigo que da vueltas sobre su cama y suspira. Hace algunos días me levanté y vi que lloraba orando. Le pregunté: “¿Qué te pasa? Me abrazó y me dijo: “Quiéreme mucho. ¡Qué fatigoso es ser ‘Redentor’!”

“También yo lo encontré con señales de haber llorado en el bosque del río” dice Felipe. “Y a mi mirada interrogativa respondió: “Sabes qué diferencia hay entre el cielo y la tierra, además de la de no ver a Dios? Es la falta de amor entre los hombres. Me estrangula como una soga. He venido a echar granos a los pajaritos para que me amen los seres que se aman” ”.

Judas Iscariote (debe ser un poco desequilibrado) se arroja en tierra y llora como un muchacho. En este momento entra Jesús con Juan: “Pero ¿qué sucede? ¿Por qué ese llanto?”

“Por mi culpa, Maestro. Cometí un error. Regañé a Judas muy duramente” responde franco Pedro.

“No... yo... yo... el culpable soy yo. Yo soy... el que te causo dolor... no soy bueno... perturbo. ¡Pero ayúdame a ser bueno! Porque aquí tengo una cosa, aquí en el corazón, que me obliga a hacer cosas que no querría hacer. Es más fuerte que yo... y te causo dolor, a Ti, Maestro, al que debería de dar gozo... Créelo. No es falsedad...”

“Pero sí, Judas, no lo dudo. Viniste a Mí con sinceridad de corazón, con verdadero entusiasmo. Pero eres joven... Nadie, ni siquiera tú mismo, te conoces, como Yo te conozco. ¡Ea! Levántate y ven aquí. Luego hablaremos los dos solos. Entre tanto hablemos de aquello por lo que me mandasteis llamar. ¿Qué mal hay si aun Mannaén viene? ¿No puede un hermano de leche de Herodes, tener sed de Dios verdadero? ¿Tenéis miedo de Mí? ¡Pero no! Tened fe en mi palabra. Este hombre no ha venido sino por fines honestos”.

“Entonces ¿por qué no se dio a conocer?” preguntan varios.

“Precisamente porque viene como un “alma”, no como hermano de leche de Herodes. Se ha envuelto en el silencio porque piensa que ante la Palabra de Dios no existe parentesco con un rey... Respetaremos su silencio”.

“¿Pero si por el contrario, él lo enviase?”

“¿Quién?... ¿Herodes?... No. No tengáis miedo”.

“¿Quién lo manda entonces? ¿Cómo se ha informado de Ti?”

“Por Juan mi primo. ¿Crees que no me haya predicado en la cárcel? Por Cusa... Ya la fronda y el aire hablan de Mí. Se ha echado la piedra en el agua inmóvil y el palo ha golpeado el bronce. Las ondas cada vez se van ensanchando, llevando al agua lejana la revelación, y el sonido lo confía a los espacios... La tierra ha aprendido a decir: “Jesús” y jamás se callará. Id, sed con él corteses como con los demás. Id. Yo me quedo con Judas”.

Los discípulos se van.

Jesús mira a Judas, todavía lloroso y le pregunta: “Y pues?... ¿No tienes nada qué decirme? ¿Por qué ese llanto? Y sobre todo, ¿por qué ese desequilibrio que te tiene siempre descontento?”

“¡Oh! Sí, Maestro. Lo dijiste. Soy celoso por naturaleza. Tú sabes que así es... y sufro al ver que... al ver tantas cosas. Esto me saca de quicio por ser injusto. Y me hago malo, aun cuando no quisiera, no...”

“¡Pero no llores de nuevo! ¿De qué estás celoso? Acostúmbrate a hablar con tu *verdadera* alma. Hablas mucho, hasta demasiado. Pero ¿con qué? Con el instinto y con tu mente. Tomás un fatigoso y continuo trabajo para decir lo que quieres decir: hablo por ti, de tu yo, porque cuando tienes qué hablar de otros y a otros, no te pones cortapisas ni límites. Igualmente no pones cortapisas a tu carne. Ella es un caballo bronco. Pareces un jinete a quien el jefe de las carreras le hubiera dado dos caballos locos. El uno es el sentido, el otro... ¿quieres saber quién es el otro? ¿Sí?... Es el error que no quiere domar. Tú, jinete capaz, pero imprudente, te fías de tu capacidad y crees que basta. Quieres llegar primero... no pierdes tiempo ni siquiera para cambiar *de caballo*. Antes bien los espoleas y pinchas. Quieres ser “el vencedor”. Quieres aplauso... ¿No sabes que la victoria es segura cuando se conquista con constante, paciente y prudente trabajo?... Habla con tu alma. De aquí quiero que salga tu confesión. ¿O debo decirte lo que hay dentro?”

“Veo que tampoco Tú eres justo y no eres firme, y esto me hace sufrir”.

“¿Por qué me acusas? ¿En qué he faltado a tus ojos?”

“Cuando quise llevarte con mis amigos, no te gustó y dijiste: “Prefiero estar entre los humildes”. Luego Simón y Lázaro te dijeron que era bueno que te pusieras bajo la protección de un poderoso y aceptaste. Tú das preferencia a Pedro, a Simón, a Juan Tú...”

“¿Qué otra cosa?”

“Nada más Jesús”.

“Nubecillas... pompas de espuma de agua. Me das compasión, porque eres un desgraciado que te torturas, pudiendo alegrarte. ¿Puedes decir que este lugar es de lujo? ¿Puedes decir que no hubo una razón *poderosa* que me obligó a aceptarlo? ¿Si Sión hubiera sido menos madrastra para sus profetas, estaría aquí, escondido como uno que teme a la justicia humana, y se refugia en un lugar de asilo?”

“No”.

“Y ¿entonces puedes decir que no te he dado encargos como a los demás? ¿Puedes decir que he sido duro contigo cuando has faltado? Tú no fuiste sincero... Las vides... ¡Oh! ¡Las

vides! ¿Qué nombre tenían esas vides? No fuiste complaciente con quien sufría y se redimía. Ni siquiera fuiste respetuoso conmigo. Y los otros lo vieron... y con todo una voz sola e incansable se levanta en tu defensa. La mía. Los otros tendrían el derecho de ser celosos, porque si ha habido uno que haya sido protegido eres tú”.

Judas avergonzado, conmovido llora.

“Me voy. Es hora en que soy de *todos*. Tú quédate y reflexiona”.

“Perdóname, Maestro. No podré tener paz si no tengo tu perdón. No estés triste por mi causa. Soy un muchacho malvado... Amo y atormento... Así sucedía con mi madre... así contigo... así sucederá con mi esposa si algún día me casase... ¡sería mejor que me muriese!...”

“Sería mejor que te enmendases. Estás perdonado. ¡Hasta luego!”

Jesús sale. Afuera está Pedro: “Ven, Maestro. Ya es tarde. Hay mucha gente. Dentro de poco se pondrá el sol. Y no has ni comido... ese muchacho es causa de todo”.

“Ese ‘muchacho’ tiene necesidad de todos vosotros para no ser causante de estas cosas. Procura recordártelo, Pedro. Si fuese tu hijo ¿lo compadecerías?...”

“Uhhmm! Sí y no. Lo compadecería... pero... le enseñaría también algunas cosas. Aunque fuese adulto, le enseñaría como a un jovencillo mal educado. Bueno, si fuese mi hijo, no sería así...”

“Basta”.

“Sí, basta, Señor mío. Mira allí a Mannaén. Es el que tiene el manto casi negro, es rojo muy oscuro. Me dio esto para los pobres y me dijo que si podía quedarse a dormir”.

“¿Qué respondiste?”

“La verdad: ‘No hay más que para nosotros’”.

Jesús no dice nada. Deja a Pedro y va a donde está Juan; a quien dice algo. Luego llega a su puesto y comienza a hablar.

“La paz sea con todos vosotros y con la paz os venga luz y santidad. Se dijo: “No proferirán en vano mi nombre”.

¿Cuándo se nombra en vano? ¿Solo cuando se blasfema? ¡no! También cuando se le nombra sin ser dignos de Dios. ¿Puede un hijo decir: “Amo a mi padre y lo honro” si luego hace todo lo contrario de lo que el padre desea de él? No es diciendo: “Dios, Dios” cómo se ama al Señor”.

En Israel, como ayer expliqué, hay tantos ídolos en lo secreto de los corazones y existe también la alabanza hipócrita a Dios, alabanza a la que no corresponden los que lo alaban. También hay en Israel una tendencia: la de encontrar pecados en las cosas exteriores, y al *no quererlos* encontrar, donde existen realmente, en las cosas interiores. En Israel hay también una soberbia necia, una costumbre inhumana y no espiritual: la de tomar por blasfemia que los labios de los paganos pronuncien el nombre de nuestro Dios, y se ha llegado hasta prohibir a los gentiles que se acerquen al Dios verdadero porque se le tiene como sacrilegio. Esto se ha hecho hasta el presente. De hoy en adelante no se hará así. El Dios de Israel es el mismo que creó a todos los hombres. ¿Por qué impedir que se sienta la atracción de su Creador? ¿Creéis que los paganos no sienten algo en el fondo de su corazón, alguna insatisfacción que grita, que se mueve, que busca?... ¿A quién?... ¿Qué cosa?... Al Dios desconocido. Y ¿creéis que si un pagano busca por sí mismo el altar del Dios Desconocido, el altar incorpóreo que es el alma en donde siempre hay un recuerdo de su Creador, no sea el alma la que trata de ser poseída por la gloria de Dios, así como aconteció en el Tabernáculo que Moisés erigió según las órdenes recibidas², y que llora hasta que no se realiza el ser poseída? ¿Creéis que Dios rechazará su búsqueda como si rechazase una profanación?... ¿Y creéis que sea pecado este acto, que ha cobrado vida en un sincero deseo del alma que despertada con llamamientos celestiales, dice a Dios: “Voy”, el cual le contesta: “Ven”, mientras sea santidad el culto

² Cfr. Ex. 25-27; 33, 7-11; 35, 8-38, 31; 39, 33-40, 38; Núm. 9, 15-23.

corrompido de un Israel que ofrece al Templo lo que le sobra de sus goces, y entra a la presencia de Dios e invoca al Purísimo con un alma y cuerpo que es un gusanero de culpas?

¡No! En verdad os digo que el sacrilegio perfecto lo hace el israelita que con alma impura pronuncia en vano el nombre de Dios. Es en vano pronunciarlo cuando, y no seáis necios, cuando sabéis, por el estado de vuestra alma que lo pronunciáis inútilmente. ¡Oh! Yo veo que el rostro indignado de Dios se vuelve a otra parte con desagrado cuando un hipócrita lo invoca, cuando lo nombra un impertinente. Me da miedo, aún a Mí que no merezco ese airarse divino.

En más de uno de los corazones leo este pensamiento: “¡Entonces fuera de los niños, nadie podrá llamar a Dios, porque en el hombre no hay más que impureza y pecado!” No. No digáis así. Son los pecadores que invocan este nombre, son ellos los que se sienten estrangulados por Satanás y *quieren librarse del pecado* y del seductor. *Quieren*. He aquí lo que hace que el sacrilegio se cambie en rito. Querer curarse, llamar al Todopoderoso para ser perdonados y para ser curados. Invocar lo para poner en fuga al Seductor.

Se dice en el Génesis³ que la Serpiente tentó a Eva en la hora en que el Señor no paseaba por el Edén. Si Dios hubiese estado en el Edén, Satanás no hubiese estado allí. Si Eva hubiese invocado a Dios, Satanás hubiese huido. Tened en el corazón siempre este pensamiento. Y con sinceridad llamad al Señor. Su nombre es salvación. Muchos de vosotros queréis bajar a purificaros. Pero purificaos el corazón sin cesar, escribiendo amorosamente sobre vosotros la palabra “Dios”. No más mentirosas plegarias rutinarias. Con el corazón, pensamiento, acciones, con todo vuestro ser decir este nombre: “Dios”. Decidlo para no estar solos. Decidlo para que os sostenga. Decidlo para que se os perdone.

“En vano” significa, según la palabra del Dios del Sinaí, significa no cambiarlo por ningún bien, que entonces sería pecado: “En vano” no se dice cuando a manera de latido de la sangre en el corazón, cada minuto del día y a cada acción honrada, a cada necesidad, a cada tentación o dolor os llega a los labios como palabra filial del amor: Ven Dios mío”. Entonces, en verdad no pecáis al pronunciar el Nombre Santo de Dios.

Idos, la paz sea con vosotros”.

No hay ningún enfermo. Jesús se queda con los brazos cruzados y apoyado en la pared debajo del cobertizo sobre el que, las sombras ya van cayendo; Jesús mira a los que se van yendo en borriquillos y a los que se dirigen al río a purificarse, y a los que atravesando los campos se dirigen al poblado.

El hombre vestido de rojo oscuro parece que no sabe qué hacer. Jesús no lo pierde de vista. Después de algún tiempo el hombre se mueve y se dirige a su caballo, un caballo hermosísimo blanco con gualdrapas de color rojo que penden de la silla adornada con plata.

“Oye, espérame” dice Jesús y lo alcanza. “Ya va a anochecer, ¿Tienes dónde dormir? ¿Vienes de lejos? ¿Estás solo?”

El hombre responde: “De muy lejos... y me iré... no sé... si en el pueblo encontraré... o hasta Jericó... Dejé allí la escolta de la que no confiaba”.

“No, te ofrezco mi cama. Está ya lista. ¿Tienes qué comer?”

“No tengo nada. Creía que este lugar sería más hospitalario”.

“Nada falta”.

“Nada. Ni siquiera el odio contra Herodes. ¿Sabes quién soy?”

“Los que me buscan tienen un solo nombre: Hermanos en el nombre de Dios. Ven, juntos dividiremos el pan. Puedes llevar el caballo a aquel galerón. Yo dormiré allí, y te lo guardaré”.

“No, esto jamás. Yo dormiré ahí. Acepto el pan, pero no más. No pondré mi sucio cuerpo, donde descansa el tuyo que es santo”.

“¿Me crees santo?”

“Sé que eres santo. Juan, Cusa... tus obras... tus palabras. El palacio real es como una concha que conserva el rumor del mar. Iba yo a donde estaba Juan... y luego lo perdí. Él me

³ Cfr. Gén. 3, 1-8.

dijo: “Uno que es más que yo te recogerá y te elevará” No podría ser otro sino Tú. Vine cuando supe en dónde estabas”.

Han quedado solos bajo el cobertizo. Los discípulos charlan cerca de la cocina y se esfuerzan por mirar.

Zelote, que era a quien tocaba hoy bautizar, regresa del río con los últimos bautizados. Jesús los bendice y luego dice a Simón: “Esta persona es el peregrino que busca refugio en nombre de Dios. Y en el nombre de Dios lo saludamos como amigo”.

Simón se inclina y el hombre también. Entran al galerón y Mannaén amarra el caballo en el pesebre. Acude Juan, a quien Jesús, había hecho señal, con hierba y un cubo de agua. Acude también Pedro con una lámpara de aceite porque está ya oscuro.

“Aquí estaré muy bien. Dios os lo pague” dice el caballero, y luego entra con Jesús y con Simón a la cocina en donde arde una tea.

Todo termina.

89. Jesús en “Aguas Claras”: “Honra a tu padre y a tu madre”¹

3 marzo 1945

Lentamente pasea Jesús a lo largo del río. Hace poco debe haber amanecido porque la neblina de un triste día invernal, envuelve todavía las varas. Por ninguna parte se ve a otra persona a lo largo del Jordán. Tan solo hay neblina a ras de tierra y chocar del agua entre las varas, quejas de ellas porque en días anteriores ha llovido y está inquieta. Una que otra llamada de pájaros corta, triste, como lo es cuando pasó la estación de sus amores y están ahora en la que difícilmente hay comida.

Jesús los escucha y parece atraer mucho la llamada de un pajarito, que con regularidad matemática voltea su cabecita hacia el norte y lanza un lamentoso “chiruit”, luego la dobla hacia el sur y repite su interrogativo “chiruit” sin obtener respuesta. Finalmente el pajarito parece haber obtenido respuesta con el “chip” que llega de la otra ribera y con un grito de alegría se lanza a través del río. Jesús hace un gesto como diciendo: “¡Menos mal!” y continúa paseando.

“¿Te disturbo, Maestro?” pregunta Juan que llega del lado de los prados.

“No. ¿Qué quieres?”

“Quería decirte... me parece que sea una noticia que te pueda dar consuelo y vine al punto a decírtela, además te quisiera pedir consejo. Estaba barriendo los salones y vino Judas de Keriot y me dijo: “Te ayudo”. Me quedé sorprendido porque casi siempre hace de mala gana estos quehaceres humildes... pero no tuve más que decirle: “¡Oh, gracias! ¡Lo haré más pronto y mejor!” Se puso a barrer y pronto estuvo terminado. Me dijo: “Vayamos al bosque. Los viejos son siempre los que acarrear la leña. No está bien. Vamos nosotros. Yo no sé cómo se hace, pero si me enseñas...” y nos fuimos, y mientras estaba yo con él atando la leña, me dijo: “Juan, te quiero decir una cosa”. “Habla” le dije. Pensaba que sería una crítica. Por el contrario dijo: “Tú y yo somos los más jóvenes. Sería necesario que estuviésemos unidos. Tú tienes casi miedo de mí y tienes razón porque no soy bueno. Pero créeme... no lo hago a propósito. Hay veces que siento ganas de ser malo. Tal vez, como yo era el único, no me educaron bien. Querría hacerme bueno. Sé que los viejos no me miran con buenos ojos. Los primos de Jesús están sentidos porque... en realidad, así es, he faltado mucho contra ellos y también contra su primo. Pero tú eres bueno y tienes paciencia. Quiéreme mucho. Has de cuenta que sea hermano tuyo, malo sí, pero a quien hay que amar aunque sea así. El Maestro también dice que hay que obrar así. Cuando vea que no obro bien, dímelo. Y luego no me dejes siempre solo. Cuando voy al poblado, ven también tú. Me ayudarás a no hacer el mal. Ayer sufrí mucho. Jesús me habló y yo lo vi. Dentro de mi necio rencor no me miraba ni a mí mismo, ni a los otros. Ayer lo comprobé... Tienes razón de decir que Jesús sufre... y pienso que tengo algo

¹ Cfr. Ex. 20, 12.

de culpa en ello... No quiero más tenerla. Ven conmigo. ¿Vendrás?... ¿Me ayudarás a ser menos malo?" Así habló. Te confieso que el corazón me latía, como le late a un pajarito cuando se le coge. Me latía de gozo porque me gusta que sea bueno por Ti, y me latía un poco de miedo porque... no querría hacerme como Judas. Pero después me acordé de lo que dijiste cuando aceptaste a Judas, y respondí: "Sí te ayudaré. Pero debo obedecer, si tengo otras órdenes..." Pensaba: ahora se lo diré al Maestro y si Él quiere lo hago, y si no quiere, haré que se me den órdenes de no alejarme de la casa".

"Oye Juan. Puedes ir, pero debes prometerme que si sientes que alguna cosa te turba, me lo dirás. Me has alegrado con esto, mucho, Juan. Mira a Pedro con su pescado. Puedes irte, Juan".

Jesús se dirige a Pedro: "¿Buena pesca?"

"¡Uhhmm! No muy buena. Pescaditos... pero todo sirve. Está Santiago que reniega porque algún animal rompió el lazo y se perdió una red y le dije: "¿Y él no debe comer? Ten compasión del pobre animalito". Pero Santiago no lo toma así..." Pedro se echa una carcajada.

"Es lo que Yo digo de uno que es hermano y eso no lo sabéis hacer".

"¿Te refieres a Judas?"

"Me refiero a él. Sufre. Tiene buenos deseos e inclinación perversa. Pero dime un poco tú, experto pescador. ¿Cuándo quisiese ir en barca por el Jordán y llegar al lago de Nazaret, ¿cómo deberé hacer? ¿Lo lograría?..."

"¡Eh! ¡Sería un trabajo enorme! Lo lograrías con lanchas planas... Cuesta trabajo, ¿sabes? ¡Es lejos! Sería necesario medir siempre el fondo, tener ojo en la ribera, en los remolinos, en los bosquecillos flotantes, en la corriente. La vela en estos casos no sirve, antes estorba... ¿pero quieres regresar al lago siguiendo el río? Ten en cuenta que no le va a uno bien contra corriente. Es menester dividirse en muchas cosas, si no..."

"Tú lo has dicho. Cuando alguien es vicioso, para ir al bien, debe ir contra corriente, y no puede por sí solo lograrlo. Judas es uno de estos. Y vosotros no lo ayudáis. El pobre rema hacia arriba, solo y se pega contra el fondo, da con remolinos, se mete en bosquecillos flotantes y cae en una vorágine. Si quiere medir el fondo, no puede tener al mismo tiempo el timón y el remo. ¿Por qué se le echa en cara si no avanza? Tenéis piedad de los extraños, y de él, vuestro compañero ¡no!... ¡No es justo! ¿Ves allá a Juan y a él que van al pueblo a traer pan y verduras? Él ha pedido que por favor no se le deje ir solo. Se lo pidió a Juan, porque no es tonto y sabe cómo pensáis los viejos de él".

"¿Y Tú lo has mandado? ¿Y si Juan también se echa a perder?"

"¿Quién? ¿Mi hermano? ¿Por qué se echa a perder?" pregunta Santiago que llega con la red que sacó de las varas.

"¿Porque Juan va con él?"

"¿Desde cuándo?"

"Desde hoy. Yo le di permiso".

"Si Tú lo permites, entonces..."

"Aun más bien, lo aconsejo a todos. Lo dejáis muy solo. No seáis jueces solo de él. No es peor que otros. Está muy mal educado desde su infancia".

"Así será. Si hubiese tenido por padre y madre a Zebedeo y a Salomé, las casas no serían así. Mis padres son buenos pero se acuerdan de tener un derecho y una obligación sobre sus hijos".

"Dijiste bien. Hoy hablaré exactamente de esto. Vámonos. Veo que empieza a aparecer gente por los prados" No sé cómo vamos a hacer para vivir. No hay ya tiempo de comer, de orar, de descansar... y la gente aumenta" dice Pedro entre animado y fastidiado.

"¿Te desagrada? Señal es que hay quien todavía busca a Dios".

"Sí, Maestro, pero Tú sufres. Ayer te quedaste sin comer, y esta noche sin otras cobijas que tu manto, ¡Si lo supiese tu Madre!"

"¡Bendeciría a Dios que me trae tantos fieles!"

"Y me regañaría a mí, a quien te recomendó" objeta Pedro.

Vienen en dirección de ellos Felipe y Bartolomé gesticulando. Ven a Jesús y apresuran el paso diciendo: “¡Oh! ¡Maestro! ¿Qué hacemos? Es una verdadera peregrinación de enfermos, quejosos y pobres que vienen de lejos sin medios”.

“Compraremos pan. Los ricos dan limosnas. Las emplearemos en ellos”.

“Los días son breves. El cobertizo está lleno de gente como si fueran a pernoctar. Las noches son húmedas y frías”.

“Tienes razón Felipe. Nos estrecharemos en un solo galerón. Podemos hacerlo y arreglaremos los otros para quienes no puedan regresar a su casa en la misma tarde”.

“¡Entendido! Dentro de poco tendremos qué pedir a los huéspedes permiso de cambiarnos de ropa. Nos invadirán en tal forma que nos echarán fuera” refunfuña Pedro. “Otras fugas verás, Pedro mío. ¿Qué tiene esa mujer?” Han llegado a la era y Jesús ve que llora.

“Ayer también estuvo, y ayer también lloraba. Cuando hablabas con Mannaén hizo el intento de salirte al encuentro, pero después se fue. Debe estar en el poblado, por acá cerca, porque ha regresado. No parece enferma”.

“La paz sea contigo, ¡mujer!” dice Jesús al pasar cerca de ella.

Y en voz baja, responde: “Y contigo” No más.

Habrá por lo menos trescientas personas. Bajo el cobertizo hay cojos, ciegos, mudos, uno que no hace más que temblar; un jovencillo claramente hidrocefalo a quien por la mano tiene un hombre. No hace más que bufar, babear, sacudir su cabezota con expresión de estúpido.

“¿Será el hijo de la mujer?” pregunta Jesús.

“No sé. Simón se ocupa de los peregrinos, y sabe”.

Llaman a Zelote y le preguntan. Pero el hombre no está con la mujer. Ella está sola y no hace más que llorar y rezar. “Me preguntó hace poco: “¿Cura también el Maestro los corazones?”, da como explicación el Zelote.

“Será alguna mujer traicionada” comenta Pedro.

Mientras Jesús va a donde están los enfermos. Bartolomé y Mateo van a la purificación con muchos peregrinos.

La mujer llora en su rincón sin moverse.

Jesús no niega a nadie el milagro. Maravilloso lo del jovencito, al que infunde inteligencia con su aliento, teniendo entre sus manos la cabezota. Todos se agolpan. También la mujer velada, tal vez porque hay mucha gente se atreve a acercarse un poco, y se pone cerca de la mujer que llora. Jesús dice al tonto: “Quiero en ti la luz de la inteligencia para abrir paso a la luz de Dios. Oye, Di conmigo: “Jesús”. Dilo, lo quiero”.

El tonto que antes mugía como una bestia, masculla fatigosamente: “Jesús”, mejor dicho “Jesú”.

“Otra vez” dice Jesús que continúa teniendo entre sus manos la cabeza deforme y mirándolo fijamente.

“Jess-sús”.

“¡Otra vez!”

“¡Jesús!” dice finalmente el tonto. En sus ojos hay expresión y en su boca se dibuja una sonrisa diferente.

“Hombre” dice Jesús a su padre, “Tuviste fe. Tu hijo está curado. Pregúntaselo. El nombre de Jesús es milagro contra enfermedades y pasiones”.

El hombre dice a su hijo: “¿Quién soy yo?”

El muchacho contesta: “Mi padre”.

El hombre estrecha a su hijo contra el pecho, y da la siguiente explicación: “Así nació. Mi mujer murió en el parto y él tenía impedida la mente y el habla. Ahora ved. Tuve fe, sí, vengo desde Joppe. ¿Qué debo hacer por Ti, Maestro?”

“Ser bueno. También tú hijo. No más”.

“Y amarte. ¡Oh! Vamos pronto a decírselo a tu abuela. Fue ella la que me persuadió a venir. Que sea bendita”.

Los dos se van felices. Del infortunio pasado no queda rastro sino la cabezota del muchacho. La expresión del rostro y el habla son normales.

“¿Pero se curó por voluntad tuya o por tu nombre?” preguntan muchos.

“Por voluntad del Padre, siempre benigno con su Hijo. También mi nombre es salvación. Vosotros sabéis que Jesús quiere decir Salvador. La salvación es de las almas y de los cuerpos. Quien dice el nombre de Jesús con verdadera devoción y fe, se levanta de las enfermedades y del pecado porque en cada enfermedad espiritual o física está la uña de Satanás, el cual produce las enfermedades físicas para llevar la rebelión y desesperación al sentir los dolores de la carne y las morales o espirituales para conducir a la condenación”.

“Entonces, según Tú ¿en todas las cosas que afligen al hombre no es un extraño Belcebú?”

“No es un extraño. La enfermedad y la muerte entraron por él. E igualmente el delito y la corrupción. Cuando veáis a alguien atormentado de una desgracia, recordad que también él sufre por causa de Satanás. Cuando veáis que alguien es causa de infortunio, pensad que él es instrumento de Satanás”.

“Pero las enfermedades vienen de Dios”.

“Las enfermedades son un desorden del orden, porque Dios creó al hombre sano y perfecto. El desorden introducido por Satanás en el orden puesto por Dios, ha traído consigo la enfermedad en el cuerpo y las consecuencias de la misma, o sea la muerte, o también herencias funestas². El hombre heredó de Adán y Eva la mancha de origen. Pero no solo esa. La mancha se extiende cada vez más comprendiendo las tres ramas del hombre: la carne siempre viciosa y por lo tanto débil y enferma, la parte moral siempre más soberbia y por lo tanto corrompida, el espíritu siempre más incrédulo, o sea, cada vez más idólatra. Por esto es necesario como hice con el jovencito, enseñar el nombre que ahuyenta a Satanás, grabarlo en la mente y en el corazón. Ponerlo sobre el “yo” como un sello de propiedad”. “Pero ¿nos posees Tú? ¿Quién eres que te crees tan gran cosa?”

“¡Si fuera así! Pero no lo es. Si os poseyera estaríais ya salvados. Sería mi derecho, porque soy el Salvador y deberé tener a quien salve. A los que tengan fe en Mí, los salvaré”.

“Juan... Yo vengo de parte de Juan. Me dijo: “Ve al que habla y bautiza cerca de Efraín y Jericó. El tiene el poder de atar y desatar, mientras yo no puedo sino decirte: haz penitencia para hacer tu alma ágil en conseguir la salvación””, dice uno de los curados, que antes usaban muletas y ahora se mueve ágilmente.

“¿No siente el Bautista que pierde gente?” pregunta uno.

Y el que había hablado antes responde: “¿Sentirlo?... A todos dice: ‘Id... Id... Soy yo el astro que se oculta. Él es el astro que sube y se queda fijo en su eterno esplendor. Para no permanecer en las tinieblas id a Él, antes que se apague mi lámpara’”.

“¡Los fariseos no dicen así! Están rabiosos porque atraes las multitudes. ¿Lo sabías?”

“Lo sabía” responde cortamente Jesús.

Se desata una disputa sobre la razón y modo de proceder de los fariseos. Jesús la trunca con: “No critiquéis” que no admite réplica.

Regresan Bartolomé y Mateo con los bautizados.

Jesús empieza a hablar.

“La paz sea con todos vosotros.

He pensado, pues que habéis venido a hora muy temprana, y así es más fácil que podáis regresar para medio día, que hablaremos esta mañana de Dios. He pensado también alojar a los peregrinos que no puedan regresar a sus casas dentro de la misma tarde. Soy también Yo peregrino y no poseo sino lo mínimamente indispensable que me dio la piedad de un amigo. Juan todavía tiene menos que Yo. Pero a Juan van personas sanas o muy poco enfermas, contrahechos, ciegos, mudos; pero no agonizantes o apasionados como vienen a Mí. Van a Él

² Cfr. Gén. 3; Sap. 2, 21-24; Rom. 5, 12-21; 6, 20-23.

para el bautismo de penitencia; vienen a Mí para que los cure en sus cuerpos. La Ley dice: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”³

Pienso y digo: ¿Cómo enseñaría a mis hermanos que los amo, si cerrase mi corazón a sus necesidades aun físicas? Y concluyo, daré a ellos lo que me dieron. Extendiendo la mano a los ricos pediré pan para los pobres, quitándome de la cama, acogeré al cansado y al que sufre.

Todos somos hermanos. El amor no se prueba con palabras sino con hechos. El que cierra su corazón a sus semejantes, tiene corazón de Caín. El que no tiene amor es un rebelde al mandamiento de Dios. Todos somos hermanos. Y sin embargo Yo sé y vosotros sabéis, que aun en el seno de las familias —allí en donde igual sangre corre, y con la sangre y carne, la fraternidad que nos viene de Adán— hay odio y rencores. Los hermanos están contra los hermanos, los hijos contra los padres, los esposos como si fuesen enemigos.

Para no ser hermanos malvados, y esposos adúlteros algún día, es menester aprender desde la tierna edad, el respeto hacia la familia, organismo que es el más pequeño y el mayor en el mundo. El más pequeño en comparación de una ciudad, una región, una nación, un continente. El mayor por ser el más antiguo; porque lo puso Dios, cuando el concepto de patria y país no existía, pero ya estaba vivo y activo el núcleo familiar, fuente de raza y de las razas, reino pequeño en donde el hombre es rey, la mujer reina y los súbditos los hijos. ¿Puede alguna vez perdurar un reino que se divida dentro de sí y en que sus habitantes sean mutuamente enemigos? No se puede, y en verdad una familia no dura si no hay obediencia, respeto, economía, buena voluntad, diligencia y amor.

“Honra a tu padre y madre” dice el Decálogo. ¿Cómo se les honra? ¿Por qué se les debe honrar?

Se les honra con verdadera obediencia, con verdadero amor, con respeto, con temor reverencial que no excluye la confianza, pero al mismo tiempo no deja tratar a los mayores como si fuésemos siervos e inferiores. Se les debe honrar porque, después de Dios, son los que han dado la vida y cuidado en todas las necesidades materiales de la misma; los primeros maestros, los primeros amigos del recién nacido. Se dice: “Dios te bendiga” y “Gracias” a quien nos recoge un objeto caído o nos da un pedazo de pan. ¿Y a estos que se matan en el trabajo por quitarnos el hambre, para tejernos vestidos y tenerlos limpios, para estos que se levantan a ver cómo dormimos y que no descansan hasta vernos sanos, que hacen lecho de su seno cuando estamos dolorosamente cansados no les diremos *con amor*: “Dios te bendiga” y “Gracias”?

Son nuestros maestros. Al maestro se le teme y se le respeta. Esto se comprende cuando podemos ya estar derechos, alimentarnos y decir lo más esencial, y se nos deja cuando se nos debe enseñar la dura enseñanza de la vida, *“el vivir”*. Son el padre y la madre que nos preparan para la primera escuela, y después para la vida.

Son nuestros amigos. Pero ¿qué amigo puede ser más amigo que el padre? Y ¿qué amiga más amiga que la madre? ¿Podéis temer de ellos? ¿Podéis decir: “Me traicionó él o ella?” y sin embargo, ved que el joven necio y la aún más necia joven se hacen amigos de los extraños, cierran su corazón a su padre y madre, desperdician su inteligencia y corazón con contactos que son imprudentes, si no hasta culpables y que son causa de lágrimas que vierten el padre y la madre, que las riega como gotas de plomo fundido su corazón de progenitores. Pero Yo os digo que estas lágrimas no caen en polvo y en el olvido. Dios las recoge y las cuenta. El martirio de un padre despreciado recibirá premio del Señor, y la acción de verdugo de su hijo, tampoco se olvidará, aún cuando el padre y la madre supliquen, llevados de su amor que sufre, piedad de Dios por el hijo culpable.

“Honra a tu padre y madre si quieres vivir largo tiempo sobre la tierra” se dijo, y Yo añadido: ‘Y eternamente en el cielo’. ¡Muy poco sería el castigo de vivir aquí por haber faltado a los padres! En el más allá no se juega con chanzas, y en el más allá habrá premio o castigo conforme vivamos. Quien falta a su padre, falta a Dios, porque Dios ha ordenado que se ame

³ Cfr. Lev. 19, 18.

al padre, y quien no lo ama, peca. Y con esto pierde, más que la vida material, la verdadera vida de que os he hablado, y va al encuentro de la muerte, mejor dicho, tiene ya en sí la muerte puesto que tiene el alma en desgracia de su Señor. Tiene en sí un crimen, porque hiere el amor más santo después del de Dios; tiene en sí los gérmenes de los futuros adúlteros, porque siendo hijo malo, llegará a ser pérfido esposo; tiene en sí los estímulos de la perversión social, porque siendo un hijo malo se convierte en futuro ladrón, en cruel y violento asesino, en el duro usurero, en el libertino seductor, en el desvergonzado cínico, en el repugnante traidor de su patria, amigos, hijos, esposa, de todos. ¿Y podéis tener estima y confianza del que ha sabido traicionar el amor de una madre y burlarse de los plateados cabellos de un padre?

Oíd algo más. Al deber de los hijos corresponde el de los padres. Maldición al hijo culpable. Maldición también al padre culpable. Haced de modo que los hijos no os puedan criticar ni imitaros en el mal. Hacedos amar con amor que proporciona la justicia y misericordia. Dios es misericordioso. Los padres, que después de Dios ocupan el segundo lugar, sean misericordiosos. Sed ejemplo y consuelo de los hijos. Sed paz y guía. Sed el primer amor de vuestros hijos. Una madre es siempre la primera imagen de la esposa que querríamos. Un padre, para las hijas jóvenes tiene la cara del que sueñan por esposo. Haced que sobre todo, los hijos y las hijas elijan con mano inteligente sus respectivos consortes pensando en la madre y el padre y deseando en el consorte lo que hay en el padre y en la madre: una virtud sincera.

Si tuviese qué hablar hasta agotar el tema, no sería suficiente ni el día, ni la noche. Por amor de vosotros voy a terminar. Lo demás que os lo diga el Espíritu eterno. Yo arrojo la semilla y luego paso. La semilla en los buenos echará raíces y dará espigas. Idos. La paz sea con vosotros”.

Quien debe partir se va pronto. Quien se queda, entra en el tercer galerón y come su pan o lo que los discípulos les ofrecen en nombre de Dios. Sobre rústicos trípodes se han puesto tablas y paja y allí podrán dormir los peregrinos.

La mujer velada se va de prisa, la otra que lloraba desde el principio y que ha seguido llorando mientras Jesús hablaba, da vueltas inciertas, y luego decide por irse.

Jesús entra en la cocina para tomar alimentos, pero apenas ha comenzado cuando se oye que llaman a la puerta.

Se levanta Andrés, el más cercano a ella, y sale al patio. Habla y luego torna a entrar. “Maestro, una mujer, la que lloraba, te quiere ver. Dice que se va a ir, pero que *debe* hablarte”.

“Pero de este modo ¿cómo y cuándo come el Maestro?” grita Pedro.

“Debías de haberle dicho que viniese después” dice Felipe.

“Silencio. Después comeré. Seguid vosotros”.

Jesús sale. La mujer está allí afuera.

“Maestro... una palabra... Tú dijiste... ¡Oh! ¡ven detrás de la casa! Tengo pena en decir mi dolor”.

Jesús consiente en hablar. Cuando están detrás de la casa, le pregunta: “¿Qué quieres de Mí?”

“Maestro... te oí primero, cuando hablabas entre nosotros... y luego te oí cuando predicabas. Parece como si te hubieras dirigido a mí. Dijiste que en cada enfermedad física o moral está Satanás... tengo un hijo enfermo del corazón. ¡Ojalá te hubiese podido oír cuando hablabas de los padres! Es mi tormento. Se ha desviado con malos compañeros y es exactamente como Tú dices... ladrón... por ahora en casa, pero... pero es difícil, altanero... como es joven, se arruina con la lujuria y la embriaguez. Mi marido lo quiere expulsar. Yo... yo soy la madre... y sufro lo increíble. ¿Ves cómo palpita mi pecho? Es el corazón que se me despedaza de tanto dolor. Desde ayer quería hablarte porque espero en Ti, Dios mío. Pero no me atrevía a decir nada. Es muy doloroso para una madre decir: “Tengo un hijo que parece una fiera!” La mujer llora, se inclina llena de dolor ante Jesús.

“No llores más. Curará de su mal”.

“Si te pudiese oír. Pero *no quiere*. ¡Oh! Nunca se curará”.

“¿Tienes tú fe por él? ¿Tienes tú voluntad por él?”

“¿Y me lo preguntas? Vine de la alta Perea para suplicarte por él...”

Entonces vete. Cuando llegues a tu casa, tu hijo te saldrá al encuentro arrepentido”.

“¿Cómo?”

“¿Cómo? ¿Crees que Dios no puede hacer lo que Yo le pido? Tu hijo está allá, Yo estoy aquí, pero Dios está en donde quiera. Digo a Dios: “Padre, ten piedad de esta madre”, y Dios hará oír fuerte llamada en el corazón de tu hijo. Vete, mujer. Un día pasaré por las vecindades de tu pueblo y tú, orgullosa de tu hijo, me saldrás al encuentro con él. Y cuando él de rodillas llorando te pida perdón y te cuente su misteriosa lucha de la que ha salido con un alma nueva, y te pregunte cómo sucedió, dile: “Jesús ha sido la causa de que tú renacieses al bien”. Haz que él sepa, que piense en Mí para tener consigo la fuerza que salva. Adiós. La paz sea con la madre que tuvo fe, con el hijo que retorna, con el padre que está ya tranquilo, con la familia que ha vuelto a unirse. Vete”.

La mujer se va en dirección del poblado y todo tiene fin.

90. Jesús en “Aguas Claras”: “No fornicarás”¹

4 marzo 1945

Jesús está de pie, sobre un montón de mesas que se han colocado como tribuna en el último galerón y habla con voz potente, cerca de la puerta para que lo oigan los que están adentro, como los que estaban debajo del cobertizo, y hasta los que están en la era sobre los que la lluvia está cayendo. Parecen frailes bajo sus mantos oscuros y hechos de lana, en la que el agua no penetra. En el galerón están los más débiles, bajo el cobertizo las mujeres, en el patio, bajo el agua, los fuertes, en su mayoría los hombres.

Pedro va y viene descalzo y con el vestido corto con un pedazo de tela que se ha echado sobre la cabeza y no pierde el buen humor, aunque tenga qué chapotear el agua y darse una bañada que no buscaba. Le ayudan Juan, Andrés y Santiago. Llevan con mucho cuidado al otro galerón a los enfermos y guían a los enfermos y a los ciegos o levantan a los tullidos.

Jesús espera con paciencia que todos se acomoden, y solo siente que los cuatro discípulos estén bañados como sopas.

“¡Nada, nada! Somos leña dura. No te preocupes. Recibimos otro bautismo y el que nos bautiza es Dios mismo” responde Pedro a las observaciones de Jesús.

Finalmente todos están en su lugar y Pedro cree que es tiempo de ponerse sus vestidos secos y también los otros tres. Pero cuando ha vuelto a empezar el Maestro, ve que se asoma en el rincón del cobertizo el gris manto de la velada, y sin preocuparse que tenga que atravesar de lado a lado la era, bajo el martilleo de la lluvia que es más tupida y que al meterse en los hoyos el agua le da hasta las rodillas, va a donde está. La toma del brazo sin quitarle el manto y la jala con fuerza, hasta la pared del galerón, donde no llueve. Y luego se queda cerca de ella, como un centinela, sin moverse y sin pestañear.

Jesús ha visto. Para ocultar la sonrisa que ha brillado en su rostro baja la cabeza. Continúa luego, hablando.

“No digáis, quienes habéis sido constantes en venir a Mí, que no hablo con orden, y que paso por alto alguno de los Diez Mandamientos. Oís. Yo veo. Escucháis, yo suplico a los dolores y a las llagas lo que veo en vosotros. Soy el Médico. Un médico va primero a los más enfermos, a los que están más próximos a morir. Luego va a los enfermos graves. También Yo. Hoy os digo: “No cometáis impurezas”.

No volváis la mirada tratando de descubrir en el rostro de alguien la palabra “lujuria”. Teneos mutua caridad. ¿Os gustaría que otro la leyese en vuestra cara? ¡No! Entonces no tratéis de

¹ Cfr. Ex. 5, 18; 20, 14.

leerla en los ojos conturbados del vecino, en su frente que se pone colorada y que se inclina al suelo. Y luego... ¡Oh! Decir, vosotros hombres en particular. ¿Quién de vosotros no ha hincado el diente en ese pan de ceniza y de estiércol que es la satisfacción sexual?... ¿Es tan solo lujuria la que os arrastra por una hora en los brazos de una prostituta? ¿No acaso es también lujuria el acto sexual manchado con la esposa, manchado porque es vicio legalizado, en donde se busca la recíproca satisfacción del sentido. Y se evaden las consecuencias del mismo? Matrimonio quiere decir procreación, y el acto sexual significa y debe ser fecundación.

Sin esto es inmoralidad. Del tálamo no se debe hacer un lupanar. Y se convierte en esto si se ensucia y no se consagra con el de la maternidad. La tierra no rechaza la semilla. La recoge y la hace planta. La semilla no huye del lugar porque se le sembró, sino que al punto echa raíces y se esfuerza por crecer y echar espigas, esto es, la criatura vegetal que nació del connubio de la tierra y de la semilla. El hombre es la semilla, la mujer es la tierra, la espiga es el hijo. Rehúsar a echar espigas y desperdiciar la fuerza en vicio, es culpa. Es un acto de prostitución cometido en el lecho nupcial, que no se diferencia en nada del otro, antes bien es más grave porque desobedece al mandamiento que dice: “Sed una sola carne y multiplicaos en los hijos”.³

Por esto ved, oh mujeres que voluntariamente sois estériles, esposas según la Ley y honestas no ante los ojos de Dios, sino en el mundo, que no obstante esto, podéis ser como comparadas y cometer actos impuros aun estando solo con el marido, porque no es la maternidad, sino el placer, el que frecuentemente buscáis. ¿Y no reflexionáis en que el placer es un veneno que contagia a quien lo aspira, arde con fuego, que creyendo haberse saciado, sale fuera del hogar y devora, cada vez más insaciable y deja un sabor acre de ceniza bajo la lengua, y asco, y náusea... y desprecio de sí y del compañero de placer, porque cuando la conciencia se levanta otra vez, entre una y otra fiebre, surge, no puede menos que nacer este desprecio de sí mismo, porque se ha envilecido hasta el nivel de las bestias?

“No cometáis actos impuros” se dijo. Muchas de las acciones carnales del hombre son fornicación. No hablo siquiera de las uniones inconcebibles cual pesadilla que el Levítico condena con estas palabras: “Hombre: no te acostarás con otro hombre como si fuese mujer” y “No te juntarás con ninguna bestia para mancharte con ella. Igualmente la mujer no lo hará, porque es una infamia”.⁴

Después de haber hablado brevemente del deber de los esposos en el matrimonio, que deja de ser santo cuando, *por malicia*, se hace infecundo, quiero hablaros de los verdaderos y propios actos inmorales entre hombre y mujer por vicio recíproco y por compensación con dinero o regalos.

El cuerpo humano es un magnífico templo que contiene un altar. Sobre el altar debe de estar Dios. Pero Dios no está en donde hay corrupción. Por esto el cuerpo del impuro, tiene el altar consagrado pero sin Dios.

Igual a quien ebrio se revuelca en el fango en su mismo vómito, el hombre envilece a sí mismo en la bestialidad de los actos impuros y se hace peor que el gusano y que la bestia más inmundada. Y decidme, si entre vosotros hay alguien que se haya envilecido hasta comerciar con su cuerpo como se comercia con el trigo o animales, ¿qué bien recibió?... Tomad en la mano vuestro propio corazón, observadlo, interrogadlo, escuchadlo, ved sus heridas, sus gemidos de dolor, y luego decidme y respondedme: ¿era tan dulce ese fruto que mereciese este dolor de un corazón que nació puro, y al que habéis obligado a vivir en un cuerpo impuro, a palpar para dar vida y calor a la lujuria, a sumergirse en el vicio?

Decidme: ¿Sois tan depravados que no lloréis en secreto al oír una voz de niño que grita “mamá” y al pensar en vuestra madre, ¡oh mujeres de placer!, que habéis huido de casa, o que se os arrojó de ella para que el fruto prohibido no destruyese con su vaho a los otros

³ Cfr. Gén. 1, 26-28; 2, 18-24; 9, 1.

⁴ Cfr. Lev. 18, 22-23.

hermanos? ¿Al pensar en vuestra madre que tal vez murió de dolor se dijo: “Di a luz un oprobio”?

¿No sentís que se os cae la cara de vergüenza, al encontraros un anciano respetable en sus canas y al pensar que sobre las de vuestro padre habéis arrojado a manos llenas deshonra como fango y con ella la burla del país natal?

¿No sentís que las entrañas se revuelven de dolor al ver la felicidad de una esposa o la inocencia de una virgen, y que debáis decir: “Yo a todo esto he renunciado y jamás lo podré tener”?

¿No sentís cómo os arde la cara de vergüenza, al encontraros la mirada ávida o desdeñosa de los hombres?

¿No sentís vuestra miseria cuando tenéis sed de que os bese un niño y no podéis decir: “Dámelo” porque matasteis en su raíz la vida; os sacudisteis de ella como de un peso molesto y un estorbo inútil, que la separasteis del árbol que la había concebido y la arrojasteis para que fuese estiércol, y ahora esa pequeña vida os grita: “¡Asesina!”?

¿No tenéis miedo, sobre todo del juez que os crió y os espera para preguntaros: “¿Qué hiciste de ti misma? ¿Para esto, acaso, te di la vida? ¿Nido que hierve con gusanos y putrefacción? ¿Cómo te atreves a estar en mi presencia? Tuviste todo de lo que para ti fue Dios: *el placer*. Vete a la maldición que no tiene fin”.

¿Quién llora? ¿Nadie? ¿Vosotros decís, nadie? Y sin embargo mi alma sale al encuentro de otra alma que llora. ¿Por qué sale al encuentro? ¿Para lanzarle el anatema por ser prostituta? ¡No! Porque me da compasión de su alma. Su cuerpo sucio, sudando en lujuriosa fatiga me repugna, ¡pero su alma!

¡Oh! ¡Padre! ¡Padre! ¡También por esta alma tomé carne y dejé el Cielo para ser su Redentor y de tantas almas hermanas tuyas! ¿Por qué no debo de recoger esa oveja extraviada, y traerla al redil, limpiarla, juntarla con las demás, darle de comer, y amarla con un amor sin igual, diferente de los que hasta aquí para ella habían tenido el nombre de amor y que no eran sino odio, porque el mío está lleno de compasión, es completo, cariñoso, para que diga: “Muchos días he perdido lejos de Ti, Belleza eterna, que me devuelve el tiempo que pasó? ¿Cómo puedo gustar con el poco tiempo que me queda, la que debía de haber tenido, si hubiese sido siempre pura?”

Y con todo, no llores alma a quien toda libidine del mundo pisoteó. Escucha: eres un trapo sucio, pero puedes tornar a ser una flor. Eres una paja suelta por el suelo, pero puedes convertirte en un jardincito. Eres animal inmundo pero puedes hacerte ángel. Un día lo fuiste. Danzabas en los prados floridos, rosa entre las rosas, fresca cual ellas, respirando virginidad. Cantabas serena tus canciones de niña, y luego corrías hacia donde estaba tu madre, tu padre y les decías: “Sois mis amores”; y el custodio invisible que cada hombre tiene a su lado, sonreía con su alma blanca.

Y luego, ¿Por qué?... ¿por qué te has arrancado tus alas de pequeña inocente? ¿Por qué has pisoteado un corazón de padre y un corazón de madre para ir tras de corazones inciertos? ¿Por qué has doblado tu voz pura a mentirosas frases de pasión? ¿Por qué has quebrantado el tallo de la rosa y te volviste a ti misma? Arrepiéntete, hija de Dios. El arrepentimiento renueva. El arrepentimiento purifica. El arrepentimiento sublima. No te puede perdonar el hombre. Ni siquiera tu padre. Pero Dios puede. Porque la bondad de Dios no tiene parangón con la bondad humana y su misericordia es infinitamente más grande que la miseria humana. Hónrate a ti misma haciendo que tu alma, con una vida honesta, se haga digna de honra. Justifícate ante Dios no volviendo a pecar más contra tu alma. Toma un nombre nuevo ante Dios. Es el que vale. Eres el vicio; conviértete en honestidad, en sacrificio, en mártir por tu arrepentimiento. Supiste bien martirizar tu corazón para que la carne gozara. Aprende ahora a martirizar la carne para dar a tu corazón, paz eterna.

Puedes irte, podéis iros todos. Cada uno con su peso y su pensamiento y meditación. Dios espera a todos y no rechaza a nadie de los que se arrepienten. Os dé el Señor su luz para conocer vuestra alma. Idos”.

Muchos se dirigen hacia el poblado. Otros entran en el galerón. Jesús se dirige a los enfermos y los cura.

Un grupo de hombres discuten en un rincón. Gesticulan, se acaloran. Algunos acusan a Jesús y otros lo defienden; otros exhortan a unos y a otros a un juicio más maduro. En fin los más encarnizados, tal vez pocos, respecto de los otros dos grupos, toman un camino medio. Van a Pedro que junto con Simón transportan las andas que ya no se necesitan para los tres curados, y los asaltan orgullosos dentro del galerón adaptado para que en él pudiesen pernoctar los peregrinos y dicen: “Hombres de Galilea, escuchad”.

Pedro se regresa y los mira como a bestias raras. No habla, pero su cara es una sátira. Simón echa solo una mirada a los cinco energúmenos, y luego sale, dejándolos a todos.

Uno de los cinco continúan: “Yo soy Samuel el escriba; este es Sadoc, otro escriba; este es el judío Eleazar, muy célebre y muy poderoso; este es el ilustre anciano Calascebona, y este, en fin, Nahum. ¿Entiendes?... ¡Nahum!” y recalca la voz al decir este nombre.

Pedro ha hecho una inclinación al oír cada nombre, pero al oír el último la hace a medias y dice, con la máxima indiferencia: “No sé, jamás lo había oído. Y... no entiendo nada”.

“¡Vulgar pescador! ¡Ten en cuenta que es el hombre de confianza de Annás!”

“No conozco a Annás. Conozco a muchas mujeres que se llaman Anna. Hay un montón de ellas también en Cafarnaúm. No sé de qué Annás pueda ser el hombre de confianza”.

“¿Este?... A mí me llama “¿este?”

“¿Cómo quieres que te llame? ¿Burro o pájaro? Cuando iba a la escuela el maestro me enseñó a decir “este” refiriéndose a un hombre, y si los ojos no me engañan, tú eres un hombre”.

El hombre se retuerce como si estas palabras lo hubieran torturado. El que primero había hablado había hablado explica: “Pero Annás es el suegro de Caifás...”

“¡Aaaa!... ¡Entiendo!... ¿Y bien?...”

“¡Y bien, ten entendido que estamos disgustados!”

“¿De qué cosa? ¿Del tiempo? Yo también. Es la tercera vez que me cambio de vestidos y no tengo ningún otro seco”.

“No te hagas el estúpido”.

“¿Estúpido? Es verdad. Si no estáis descontentos del tiempo ¿de quién entonces? ¿de los romanos?”

“¡De tu Maestro! ¡Del falso Profeta!”

“¡Eje! ¡caro Samuel! Mira que me despierto y soy como el lago. De la bonanza a la tempestad no necesito sino un instante. Ten cuidado como hablas...”

Han entrado también los hijos de Zebedeo y Alfeo, y con ellos Iscariote y Simón, y se aprietan junto a Pedro que cada vez más levanta la voz.

“¡No vas a tocar con tus manos plebeyas a los grandes de Sión!”

“¡Oh! ¡Qué hermosos señoritos! Y vosotros no toquéis al Maestro porque de otro modo iréis al punto a parar en el pozo, a purificaros de verdad, por dentro y por fuera”.

“Me permito hacer observar a los doctos del Templo que la casa es dominio privado” dice con calma Simón. E Iscariote refuerza con: “Y que el Maestro de lo que yo soy testigo, ha tenido siempre el máximo respeto para las casas de los demás, ante todo para la casa del Señor. Igual respeto se tenga para la suya”.

“Tú, cállate, gusano mentiroso”.

“¡Mentiroso en parte! Me habéis provocado asco y he venido a donde no lo hay. Ha sido voluntad de Dios que a pesar de que estuve con vosotros no me corrompí hasta los tuétanos!”

“En una palabra: ¿qué queréis?” pregunta secamente Santiago de Alfeo.

“Y tú, ¿quién eres?”

“Soy Santiago de Alfeo, y Alfeo de Jacob y Jacob de Matán y Matán de Eleazar, y si quieres te digo toda la ascendencia hasta el Rey David que es de donde vengo. Y también soy primo del Mesías. Por lo que te ruego que hables conmigo de estirpe real y de sangre judía; si a tu

altanería provoca asco el hablar con un honrado israelita que conoce mejor a Dios que Gamaliel y que Caifás. ¡Es! Habla”.

“Tu Maestro y pariente se hace seguir de las prostitutas. La velada es una de ellas. La vi cuando vendía oro. Y la reconocí. Es la amante escapada de Sciammai. Es deshonra para él”.

“¿Para quién? ¿Para Sciammai el rabino? Entonces debe ser una vieja roña. Ningún peligro hay de esta parte...” se burla Iscariote.

“¡Cállate loco! Para Sciammai de Elqui, el predilecto de herodes”.

“¡Bah! ¡Bah! Señal de que para ella no es ya más el predilecto. Es ella la que debe ir al lecho con él y no tú. Y entonces... ¿qué te importa?” Judas ha desencadenado su ironía.

“Hombre, ¿no piensas que te deshonras haciendo de espía?” pregunta Judas de Alfeo. “¿Y no piensas que se deshonra quien se rebaja a pecar, no el que trata de levantar del pecado? ¿Qué deshonra le viene a mi Maestro y hermano si Él, con sus palabras hace que llegue su voz hasta las orejas profanadas con la baba de los lujuriosos de Sión?”

“¿La voz? ¡Ah! ¡Ah! ¡Tiene treinta años tu Maestro y primo, y no es más hipócrita que los otros! Y tú y vosotros dormís juntos la noche...”

“¡Desvergonzado reptil! ¡Lárgate de aquí o te destrozol!” grita Pedro, a quien se unen Santiago y Juan, mientras Simón se limita a decir: “¡Vergüenza! Tu hipocresía es tanta que se revuelve dentro de ti y sale, y babea como un caracol sobre la flor limpia. Sal y hazte hombre, porque ahora *no eres más que una baba*. Te reconozco Samuel. Eres siempre el mismo corazón. Dios te perdone, pero vete de mi presencia”.

Mientras Iscariote con Santiago de Alfeo contienen al enfurecido Pedro, Judas Tadeo, que en el gesticular se asemeja más que nunca a su Primo de quien tiene ahora la mirada con el mismo brillante color azul y la majestad en la expresión, en voz alta dice: “Se deshonra así mismo quien deshonra al inocente. Los ojos y la lengua los hizo Dios para hacer cosas santas. El malediciente los profana y envilece, al hacer con ellos cosas malas. No ensuciaré mis manos villanamente con tus canas. Pero te recuerdo que los malvados odian al hombre íntegro y que el necio desahoga su malhumor sin siquiera reflexionar que se traiciona. Quien vive en las tinieblas, toma por reptil lo que es una rama en flor. Pero quien vive en la luz, ve las cosas como son, y las defiende por amor a la justicia, aunque estén denigradas. Vivimos nosotros en la luz, y nuestro Jefe es el Santo, que no conoce mujer ni pecado. Lo seguimos y lo defendemos de sus enemigos, para los que no tenemos odio sino plegaria, como Él nos ha enseñado. Aprende. ¡Oh viejo!, de un joven, que se hace maduro, porque la Sabiduría le es maestra, a no ser ligero en el hablar y bueno para nada en el hacer el bien. Vete, y di a quien te envió que no en la casa profanada que está en el Monte Moria, sino en esta humilde mansión reposa Dios en su gloria. Adiós”.

Los cinco no se atreven a objetar y se van.

Los discípulos se consultan. ¿Decirlo o no decirlo a Jesús, que está todavía con los curados?... ¡Decirlo! Es mejor así.

Se acercan, lo llaman y se lo dicen. Jesús oye con toda calma y responde: “Os agradezco la defensa... ¿pero qué queréis hacer? Cada uno da lo que tiene”.

“Mas tienen un poco de razón. Los ojos están en la cabeza para ver y muchos ven. Ella siempre está allí afuera, como un perro. Te hace daño” dicen varios.

“Déjenla. Ella no será la piedra que me pegue en la cabeza. Y ella se salva... ¡Oh! Que me critiquen por esta alegría, ¡qué importa!”

Con esta dulce respuesta todo termina.

91. La velada en “Aguas Claras”

5 marzo 1945

El día es tan tempestuoso que no hay ningún peregrino. Llueve a cántaros y la era se ha convertido en una pequeña laguna por la que flotan hojas secas, que quién sabe de dónde sean, pero que el viento las trajo, el viento que silva y sacude puertas y ventanas. En la cocina

más que nuca oscura, porque para impedir que entre la lluvia se debe tener apenas un poco entre abierta la puerta, se llena de humo, se salen las lágrimas y se tose porque el viento empuja más adentro el humo.

“Tenía razón Salomón¹” como un sabio dice Pedro. “Tres cosas echan afuera al hombre: la mujer pendenciera... y a esa la dejé en Cafarnaúm para que se peleé con los otros yernos; la chimenea que echa humo y el techo que gotea. Y estas dos cosas las tenemos... pero mañana me las arreglaré con esta chimenea. Voy al techo y tú, y tú y tú (Santiago, Juan y Andrés) venís conmigo. Y con piedras planas haremos un techo a la chimenea”.

“Y ¿dónde te encuentras las piedras planas?” pregunta Tomás.

“En el cobertizo. Si gotea allá no se acaba el mundo. Pero aquí... ¿te molesta que tus platillos no se decoren con más lágrimas de hollín?”

“¡Bonito estaría! ¡Ojalá se pudiese hacer! ¡Mira cómo estoy teñido. Me cae en la cabeza cuando estoy cerca del fuego”.

“Parece un monstruo egipcio” dice riéndose Juan.

De hecho Tomás tiene pintada la cara con diversas y extrañas figuras. El primero que se ríe de ello es él, siempre alegre, y se ríe Jesús porque cuando estaba hablando, una nueva gota llena de hollín le cayó en la nariz y le puso la punta negra.

“Tú que eres experto en el tiempo, ¿qué piensas? ¿durará mucho así?” pregunta Iscariote a Pedro, que hace tiempo está cambiado.

“Ahora te voy a decir. Voy a hacer de astrólogo” dice Pedro y se va a la puerta, la entrecierra sacando un poco el cuerpo y una mano. Después sentencia: Viento bajo y del sur. Caliente y neblina... ¡Ummm! Poco hay que...” Pedro calla, despacio vuelve a entrar, deja la puerta un poquito entreabierta y espía.

“¿Qué cosa hay?” preguntan tres o cuatro.

Pedro hace señal con la mano de que guarden silencio. Mira. Luego dice en voz baja: “Es aquella mujer. Ha bebido agua del pozo y tomado un poco de leña del patio. Está toda mojada. No encenderá... se va... voy a seguirla. Quiero ver...” y cauteloso sale.

“Pero ¿dónde puede quedarse para estar siempre seca? Pregunta Tomás.

“Y ¡para estar aquí con este tiempo!” dice Mateo.

“Ciertamente va al poblado porque anteayer estaba allí comprando pan” dice Bartolomé.

“¡Tiene una constancia inaudita en estar así velada!” observa Santiago de Alfeo.

“O un gran motivo” concluye Tomás

“¿Pero será propiamente esa de la que hablaba ayer aquel judío?” pregunta Juan. “Son siempre tan falsos”.

Y Jesús continúa callado como si estuviese sordo. Todos lo miran, seguros de que Él lo sabe. Sigue trabajando con un cuchillo en un pedazo de palo suave, que poco a poco va tomando la forma de un trinche para sacar las verduras del agua cuando esté hirviendo. Cuando ha terminado, se lo ofrece a Tomás que está dedicado con todas sus fuerzas a la cocina.

“Eres muy bueno, Maestro... pero... nos dices ¿quién es?”

“Un alma. Para Mí todos vosotros sois “almas”. Ninguna otra cosa. Hombres, mujeres, ancianos, niños, almas, almas, almas. Almas blancas los niños, almas azules los muchachos, almas color de rosa los jóvenes, almas de oro los justos, almas negrísimas los pecadores. Pero sólo almas; sólo almas. Y sonrío a las almas blancas porque me parece sonreír a los ángeles; y descanso entre las flores color de rosa y azules de los adolescentes buenos; y me alegro con las almas preciosas de los justos; y me canso, sufriendo, para hacer preciosas y brillantes las almas de los pecadores. ¿Las caras?... ¿Los cuerpos?... ¡Nada! Yo os conozco y reconozco por vuestras almas”.

“Y ¿qué alma tiene ella?” pregunta Tomás.

¹ Cosa similar se lee en Prv. 25, 24.

“Un alma menos curiosa que la de mis amigos, porque no indaga, no pregunta, va y viene sin decir palabra, sin echar una mirada”.

“Yo creí que era una mujer mala o leprosa. Pero he cambiado de parecer porque... maestro, si te digo una cosa ¿no me regañas?” pregunta Iscariote y se va a poner cerca de Jesús apoyándose sobre sus rodillas, todo cambiado, humilde, bueno, mucho más bello en esa actitud que no lo es cuando anda pomposo y soberbio.

“No te regañaré. Habla”.

“Sé dónde vive. La seguí una tarde... fingiendo que iba a sacar agua, porque he caído en cuenta que viene siempre al pozo cuando está ya oscuro... una mañana encontré por tierra una orquilla de plata... exactamente en el brocal del pozo... y comprendí que ella la había perdido. Y bien: ella está en una chocita de leña que hay en el bosque. Tal vez sirve para los campesinos. Está casi en ruinas. Le ha puesto encima ramas que sirven de techo. Tal vez el montón de leña lo quería para eso. Es una cueva. No comprendo cómo puede estar así. La luna brillaba y pude ver bien. Está medio sepultada e las zarzas, pero adentro... está vacía y no hay puerta. Por esta razón cambié de parecer y caí en la cuenta que no es una mujer de la mala vida”.

“No lo deberías haber hecho, pero sé sincero: ¿No has hecho algo más?”

“No, Maestro. Habría querido verla, porque desde Jericó la vi y me parece conocer su paso suave con el que va veloz a donde quiere. También su persona todos esos vestidos... Pero no me atreví a espiarla cuando estaba acostada por tierra. Tal vez no tenía el velo puesto, pero la respeté...”

Jesús lo mira fijamente y luego dice: “Y has sufrido. Pero dijiste la verdad. Yo te digo que estoy contento de ti. Otra vez te costará menos ser bueno. Todo consiste en dar el primer paso. ¡Muy bien, Judas!” y lo acaricia.

Regresa Pedro: “¡Pero Maestro! ¡Esa mujer está loca ¿Sabes en dónde está Cerca de la ribera del río, en una casita de madera bajo un matorral. Tal vez en un tiempo sirvió a algún pescador o guardabosques... ¡Quién sabe! Jamás me hubiera imaginado que en aquel lugar húmedo, metido en un foso, bajo una enramada de zarzas se encontrase aquella pobre mujer. Le dije: “Habla y sé sincera ¿Eres leprosa?”. Me respondió con voz apagada: “¡No!”. “Júralo” le dije. Y ella: “Lo juro”. Mira que si lo eres y no dices y vienes cerca de la casa y llego a saber que eres inmunda, te hago lapidar. Pero si eres perseguida, ladrona o asesina y estás aquí por temor de nosotros, no tengas miedo de nada. Sal de allí. ¿No ves que estás en el agua? ¿Tienes hambre? ¿Estás temblando? Soy viejo, ¿lo ves? No te hago la corte. Viejo y honesto. Por esto ¡escúchame! Así dije. Pero no ha querido venir. La encontraremos muerta porque está en el agua”.

Jesús piensa. Mira las dos caras que lo contemplan. Luego pregunta: “¿Qué pensáis que se pueda hacer?”

“Maestro, Tú decide”.

“No. Quiero que vosotros juzguéis. Se trata de algo en que vuestra honra también se haya mezclada. Y no debo violentar vuestro derecho de conservarla”.

“En nombre de la misericordia digo que no se le puede dejar allí” dice Simón.

Y Bartolomé: “Diría que hoy se le lleve al galerón. Van también los peregrinos y también ella puede ir”. “Es una criatura como todas las demás, ¡en resumidas cuentas!” comenta Andrés.

“Y además hoy no vino nadie, y por lo tanto...” hace observar Mateo.

“Propondría darle hospedaje por hoy, y mañana decirlo al panadero. Es un buen hombre” dice Judas Tadeo.

“Tienes razón. ¡Bravo! Y tiene tantas cuadras vacías. Una cuadra será un palacio respecto a ese barquichuelo ¡que está haciendo agua! Exclama Pedro.

“Ve a decírselo entonces” dice Tomás con ansia.

“Los jóvenes todavía no han hablado” observa Jesús.

“Para mí está bien lo que Tú hagas” dice Santiago y el otro Santiago con su hermano a una voz: “Para nosotros también”.

“Pienso solo en que por desgracia fuese a venir un fariseo” dice Felipe.

“¡Oh! Aunque caminásemos por las nubes, ¿crees que no nos acusarían? No acusan a Dios porque está lejos. Pero si pudiesen tenerlo cerca, como lo tuvieron Abraham, Jacob y Moisés, le harían reproches... ¿Quién para ellos no tiene culpa?” dice de Keriot.

“Si es así, id a decirle que venga a cobijarse bajo el galerón. Ve Pedro con Simón y Bartolomé. Sois viejos y haréis menos fuerza a la mujer. Y decidle que le daremos comida caliente y un vestido seco. El que dejó Isaac. ¿Veis que todo sirve? También un vestido que una mujer dio a un hombre...”

Los jóvenes se ríen, porque el vestido del que se habla debió de haber tenido una historia bufa.

Los tres de edad se van... poco después regresan.

“Que si ha neceado... pero terminó por venir. Le hemos jurado que no la perturbaremos de ningún modo. Ahora le llevo paja y el vestido. Dame las verduras y un pan. No tiene ni siquiera para comer hoy. Por otra parte... ¿quién puede salir con este diluvio?” El buen Pedro sale con sus tesoros.

“Y ahora a todos una orden: por ningún motivo se va al galerón. Mañana proveeremos. Acostumbraos a hacer el bien por el bien, sin curiosidad y deseo de tener con ello una distracción u otra cosa. ¿Veis? Os lamentáis que hoy no hubiese habido algo útil. Hemos amado al prójimo. Y qué cosa más grande podíamos hacer. Si ella, como es verdad, es una infeliz, ¿no puede nuestro auxilio darle alivio, calor, protección más sentida que los pocos alimentos, el pobre vestido y el techo que le hemos dado? Si es una culpable, una pecadora, una criatura que busca a Dios, ¿nuestro amor no será la más bella lección, la palabra más poderosa, la señal más clara para ponerla en el camino de Dios?”

Pedro entra despacito y escucha a su Maestro.

“Ved amigos. Muchos Maestros tiene Israel, y hablan, hablan... pero las almas se quedan como son. ¿Por qué? Porque las almas oyen las palabras de los maestros pero también ven sus acciones. Y estas destruyen a aquellas. Y las almas se quedan donde estaban, si no es que retroceden. Pero cuando un maestro hace lo que dice y obra santamente en sus acciones; aun cuando sólo haga cosas materiales como las de dar un pan, un vestido, alojo al prójimo que sufre, consigue que las almas avancen y lleguen a Dios, porque las acciones son las que dicen a los hermanos: “¡Dios es! ¡Dios está aquí”. ¡Oh! ¡el amor! En verdad os digo que quien ama, se salvará a sí mismo y a los demás”.

“Dices bien Maestro. La mujer me dijo: “Sea bendito el Salvador y quien lo ha enviado, y todos vosotros que estáis con Él” y me quería besar los pies a mí, hombre miserable, y lloraba por debajo de su denso velo... pero... ahora esperemos que no llegue ninguna de esas celebridades de Jerusalén... ¡Si no! ¿Quién nos salva?”

“Nuestra conciencia nos libra del juicio de nuestro Padre. Eso es suficiente” dice Jesús y se sienta a comer después de haber bendecido y ofrecido el alimento.

Todo tiene fin.

92. Jesús en “Aguas Claras”: “Santificarás las fiestas”¹

6 marzo 1945

El día nos es tan malo como ayer. Sigue lloviendo pero poco y la gente viene al Maestro.

Jesús escucha a dos o tres personas que tienen cosas importantes que decirle y luego tranquilas se van a sus puestos. Bendice a un niño que tiene las piernitas quebradas y que ningún médico puede curar, pues dicen: “Es inútil. Están rotas en la parte de arriba, cerca de la espina. “Lo dice la madre llena de lágrimas y explica: “Andaba corriendo con su hermanita en el camino del poblado. Venía por él, a galope en su carro un herodiano y lo revolcó bajo él.

¹ Cfr. Ex. 20, 8-11; Dt. 5, 12-15.

Creí que había muerto pero es peor. Lo ves. Lo tengo sobre estas muletotas porque... no se puede hacer otra cosa. Sufre, sufre, porque el hueso le sale. Y luego cuando el hueso ya no salga, sufrirá mucho más porque no podrá estar acostado sino sobre su espalda”.

“¿Te duele mucho?” pregunta compasivo Jesús al niño que llora.

“Sí”.

“¿En dónde?”

“Aquí y... aquí” y se toca con la manita no muy segura los dos huesos ilíacos. “Y también por aquí” y se toca los riñones y la espalda. “Es dura la muleta y quisiera moverme...” y llora desesperado.

“¿Quieres venir a mis brazos? ¿Vienes? Te subo arriba y verás a todos mientras hablo”.

“Sííí” (es un sí lleno de deseo). El pobrecito extiende su bracitos suplicantes.

“Ven entonces”.

“Pero no puede, Maestro, ¡es imposible! Le duele mucho. No puedo ni siquiera moverlo para lavarlo”.

“No le haré mal”.

“El médico...”

“El médico es el médico. Yo soy Yo. ¿Por qué viniste?”

“Porque eres el Mesías” responde la mujer, que cambia de colores en medio de una esperanza y en medio de una desilusión.

“Y ¿entonces?... Ven pequeñín”. Jesús pasa un brazo bajo sus piernas, otro bajo su espaldita, toma al niño y le pregunta: “¿Te duele? ¿No?... entonces di adiós a tu madre y vamos”.

Y se va con su carga, entre la multitud que le espera. Se va hasta el fondo, sube a una especie de tribuna que le hicieron para que todos lo puedan ver, también los que están en el patio, pide un banquito y se sienta, se acomoda al niño en las rodillas y le pregunta: “¿Te gusta?” Pórtate bien y pon tú también atención” y empieza a hablar, moviendo una sola mano, la derecha, porque con la izquierda tiene al niño, que mira a la gente contento de ver algo y sonríe al ver a su mamá que allá en el fondo nutre una esperanza, juguetea con el cordón del vestido de Jesús y hasta con la suave y rubia barba del maestro y con un mechón de sus largos cabellos.

“Se dijo: “Ocupate en un trabajo honesto y el séptimo día dedícalo al Señor y a tu espíritu”. Esto se dijo junto con la orden del descanso en día sábado.

El hombre no es más que Dios. Y sin embargo Dios llevó a cabo en seis días su Creación y descansó el séptimo². ¿Cómo puede suceder que el hombre se permita no imitar al Padre y no obedecer sus órdenes? ¿Es una orden necia? No. En realidad es una orden útil tanto para bien del cuerpo como para lo moral y espiritual.

El cuerpo fatigado tiene necesidad de descanso como lo tiene cualquier ser creado, El buey trabaja en el campo y descansa. Lo dejamos descansar para no perderlo; el borriquillo que nos carga, la oveja que nos da corderitos y leche, también descansan. Igualmente el campo laborable descansa y lo dejamos descansar, para que en los meses que no se le siembra, se nutra y alimente de las sales que o le llueven del cielo o que brotan del suelo. Descansan, bien, aun sin pedir nuestro parecer, los animales y plantas que obedecen leyes eternas de una sapiente reproducción. ¿Por qué el hombre no quiere imitar ni a su Creador que descansó el séptimo día, ni a uno inferior que, vegetal o animal cualquiera que sea, sin tener otra orden que el instinto, según él, se regula y la obedece?

Existe un orden moral fuera del físico. Durante seis días el hombre fue todo y de todos. A la manera del hilandero que en su telar tiene hilo que sube y baja todos los días, pero el séptimo se dice: “Ahora me ocupo de mí mismo, de mis seres más queridos. Soy padre, y hoy pertenezco a los hijos, soy esposo y hoy me dedico a mi esposa, soy hermano y me alegro con ellos, soy el hijo y cuido de la senectud de mis padres”.

² Cfr. Gén. 2, 2-3; Ex. 31, 12-17.

Existe un orden espiritual. El trabajo es santo. Más santo es el amor. Dios es Santísimo. Entonces hay que acordarse por lo menos de dar un día de los siete a nuestro bueno y santo Padre, que nos ha dado la vida y nos la conserva. ¿Por qué tratarlo menos que a nuestros padres, que a nuestros hijos, hermanos, esposa, menos que a nuestro propio cuerpo?... El día de la venganza pertenezca a Él, ¡Oh! ¡Qué dulce es, después de un día de trabajo, descansar por la noche, en una casa en donde hay sólo cariño! ¡Qué dulce volverla a ver después de un largo viaje! Y ¿por qué no recuperarse después de seis días de trabajo en casa del Padre? ¿Por qué no ser como el hijo que regresa de un viaje de seis días y decir: "He venido a pasar contigo un día de descanso"?

Escuchad, os dije: "Ocupate de un trabajo *honesto*".

Sabéis que nuestra Ley ordena el amor del prójimo. La honradez del trabajo entra en el amor al prójimo. El honrado en el trabajo no roba en el comercio, no defrauda al obrero de su salario, no se aprovecha de él culpablemente, tiene ante la mente que el siervo y el trabajador son un ser que tiene carne y alma como él, y no los trata como a pedazos de piedra sin vida a los que se puede hacer pedazos y golpear con los pies y con el hierro. Quien no obra de este modo no ama a su prójimo y peca a los ojos de Dios. Maldita es su ganancia, aun cuando de ella tome un óbolo para el Templo.

¡Oh! ¡Qué oferta mentirosa! Cómo puede atreverse a ponerla a los pies del altar cuando brotan lágrimas y sangre del súbdito de quien se aprovecha y tiene el nombre de 'robo', esto es, de traición hacia el prójimo, porque el ladrón no es otra cosa más que el traidor de su prójimo. Creedme, la fiesta no es santificada si no se le emplea para examinarse a sí mismo y no se dedica a mejorarse uno mismo, a reparar los pecados cometidos durante los seis días.

¡He aquí lo que significa la fiesta! En esto consiste y no en algo exterior que no cambia en lo mínimo vuestro modo de pensar. *Dios quiere obras vivas y no máscaras de ellas.*

Es una máscara de ella el obedecer mentirosamente a su Ley. Es una máscara la santificación mentirosa del sábado, esto es, el descanso que se hace solo por mostrar a los ojos de los hombres que se obedece a la Ley, pero que se emplean luego aquellas horas de descanso en el vicio de la lujuria, embriaguez, en pensar calmadamente cómo aprovecharse del prójimo y cómo dañarlo en la semana que está por entrar. Es máscara la santificación del sábado, o sea, el reposo material que no se adapta al trabajo íntimo, espiritual, santificador de un examen concienzudo de sí mismo, de un humilde reconocimiento de la propia miseria, de un serio propósito de portarse mejor en la semana siguiente.

Diréis: "¿Y si luego vuelve uno caer en pecado?" ¿Qué diríais entonces de un niño, que porque se cayó una vez, no quisiese más dar paso para no volver a caer? Que es un necio. Que no se debe avergonzar de no poder guardar equilibrio en el caminar, porque todos así fuimos de pequeños, y que nuestro padre no por eso dejó de amarnos. ¿Quién no recuerda cómo nuestras caídas hicieron llover sobre nosotros una lluvia de besos de parte de nuestra mamá y de caricias del papá?

Lo mismo hace el dulcísimo Padre que está en los Cielos. Se inclina sobre su pequeño que llora en el suelo y le dice: "No llores. Te voy a levantar. Procurarás estar más atento otra vez. Ven ahora a mis brazos, en los que todo tu mal pasará y de los que saldrás robusto, curado y feliz". Esto dice nuestro Padre que está en los Cielos. Esto os digo Yo. Si llegáis a tener fe en el Padre que está en los Cielos, todo lo podréis. Una fe, estad atentos, como la de un niño. El niño cree que todo es posible. No pregunta si puede ocurrir o cómo puede ocurrir. No mide su profundidad. Cree en quien le inspira confianza, y hace lo que él le dice. Ante el Altísimo sed como pequeñuelos. ¡Cómo ama Él a estos pequeños angelitos que son la hermosura de la tierra! De igual modo ama a las almas que se hacen sencillas, buenas, puras como es el niño.

¿Queréis ver la fe de un niño para aprender a tenerla? Todos habéis compadecido al pequeño que tengo conmigo, y que contrario a todo lo que los médicos y su madre decían, no ha llorado, aun cuando está sentado en mis rodillas. ¿Veis? Hace mucho que no hacía otra cosa que llorar de día y de noche sin encontrar alivio. No ha llorado y plácidamente se ha dormido contra mi pecho. Le pregunté: "¿Quieres venir a mis brazos?" y respondió: "Sí" sin

reflexionar en su miserable estado, y en el probable dolor que habría podido experimentar en las consecuencias de moverse. En mi rostro descubrió amor y dijo: “Sí” y vino, conmigo para ver. El que estuvo enclavado en esa tabla se ha sentido contento de estar sobre mi blanda carne. Se ha reído, ha juguetado y se ha dormido con un mechón de mis cabellos entre sus manitas. Ahora lo despertaré con un beso...” y Jesús besa los castaños cabellitos. El niño se despierta con una sonrisa.

“¿Cómo te llamas?”

“Juan”.

“Escucha Juan, ¿quieres caminar? ¿ir a tu mamá y decirle: “El Mesías te bendice por tu fe?”

“Sí, sí” y el pequeño bate sus manitas, luego pregunta: “¿Me haces caminar” ¿Por los campos? ¿O tendré otra vez la fea dura tabla? ¿Otra vez tendré los médicos que me hacen sufrir?”

“No más”.

“¡Ah! ¡Cómo te amo!” y echa sus bracitos en torno al cuello de Jesús y lo besa, y para besarlo mejor *brinca* de rodillas sobre las piernas de Jesús, y una lluvia de besos inocentes cae sobre la frente, ojos y mejillas.

El niño en medio de su alegría ni siquiera se acuerda de haberse movido, él que hasta ahora no podía. El grito de su madre y de la multitud lo espanta y lo deja boquiabierto. Sus ojitos inocentes en medio de su carita enflaquecida miran interrogativamente. Continuando de rodillas, con su bracito derecho alrededor del cuello de Jesús le pregunta con confianza – señalando a la gente que se mueve, a su madre que al fondo lo llama por su nombre y que también dice el nombre de Jesús: “¡Juan! ¡Jesús! ¡Juan! ¡Jesús!”-: “¿Por qué grita la gente y mi mamá también? ¿Qué les pasa? ¿Eres Tú, Jesús?”

“Yo soy. La gente grita porque está contenta que puedas caminar. Adiós Juanito (Jesús lo besa y bendice). Vete con tu mamá y que seas bueno”.

El niño baja sin temor de las rodillas de Jesús, de estas a la tierra y corre a su mamá, le brinca al cuello y le dice: “Jesús te bendice. ¿Por qué lloras ahora?”

Cuando la gente está un poco calmada, Jesús en voz alta dice: “Haced como Juanito, vosotros caéis en pecado y os herís. Tened fe en el amor de Dios. La paz sea con vosotros”.

Y mientras el griterío de la multitud que aplaude, se mezcla con el feliz llanto de la madre, Jesús protegido por los suyos, sale del galerón y todo termina.

93. Jesús en “Aguas Claras”: “No matarás”¹. Muerte de Doras

10 marzo 1945

“‘No matarás’ se dijo.

¿A cuál de las dos partes de los Mandamientos pertenece? ‘Al segundo’ decís vosotros. ¿Seguros?

Os pregunto nuevamente: ¿éste pecado ofende a Dios o al herido? Decías vosotros: “Al herido”. ¿Estáis seguros de ello?

Y otra vez pregunto: ¿no es más que un pecado de homicidio? Al matar ¿no cometéis más que este pecado?? Decís: “Este solo” ¿Nadie tiene duda alguna? Responded en alta voz. Que hable uno por todos. Espero”.

Y Jesús se inclina a acariciar a una niña que se ha acercado a Él y lo mira extática que hasta olvida de seguir comiendo la manzana que la mamá le había dado para tenerla tranquila.

Se levanta un viejo imponente y dice: “Escucha, Maestro. Soy un viejo sinagogo y me dijeron que hablase por todos. Hablo. Me parece, y nos parece, haber respondido según justicia y según nos han enseñado. Baso mi decir en el capítulo de la Ley sobre el homicidio y

¹ Cfr. Ex. 20, 13; Dt. 5, 17.

personas heridas². Pero Tú sabes para qué hemos venido: para que se nos enseñe, pues reconocemos en Ti sabiduría y verdad. Si pues me equivocase, ilumina mis tinieblas, para que el viejo siervo vaya a su rey vestido de luz. Y así como lo haces conmigo, hazlo con estos que son mi grey que han venido con su pastor a beber en la fuente de la Vida” y se inclina, antes de sentarse, con el más profundo respeto.

“¿Quién eres, padre?”

“Cleofás de Meaux, tu siervo”.

“No mío: del que me ha enviado, porque al Padre se debe cualquier precedencia y todo amor en el Cielo, en la tierra y en los corazones. Y el primero que le tributa ese honor es el verbo que toma y ofrece, sobre la mesa sin defecto, los corazones de los buenos como hace el sacerdote con los panes de la proposición. Pero escucha, Cleofás, para que vayas iluminando como es tu santo deseo de Dios.

Al medir una culpa conviene pensar en las circunstancias que le preceden, preparan, justifican y explican la misma. “¿A quién he herido? ¿Qué cosa he dañado? ¿Dónde he herido? ¿Con qué medios lo he hecho? ¿Por qué lo hice? ¿Cómo lo hice? ¿Cuándo herí?”: esto debe preguntarse al que mató antes de presentarse a Dios para pedirle perdón.

“¿A quién he herido?”

A un hombre. Digo: *un hombre*. No pienso ni me pongo a pensar si es rico o pobre, libre o esclavo. Para Mí no existen esclavos o poderosos. Existen sólo los hombres a quienes creó el Único, y por lo tanto son iguales. De hecho ante la majestad de Dios es polvo también el más poderoso monarca de la tierra. Y a sus ojos y a los míos no existe sino una esclavitud: la del pecado y por consiguiente estar bajo Satanás. La Ley antigua³ distingue los libres de los esclavos y sutiliza entre el matar de un golpe y el matar, dejando que sobreviva uno o dos días, e igualmente si la mujer en cinta se le lleva a ser muerta o si tan solo su fruto es muerto. Esto se dijo cuando la luz de la perfección estaba todavía lejana. Ahora está entre vosotros y os dice: “Cualquiera que hiere a muerte a un semejante suyo, peca” y no solo contra el hombre sino contra Dios.

¿Qué cosa es el hombre? Es la criatura soberana que Dios creó a su imagen y semejanza para que fuese rey de lo creado, al que le dio la semejanza según el espíritu y la imagen, al tomar esta perfecta imagen de su pensamiento perfecto. Contemplad el aire, contemplad la tierra, las aguas. ¿Encontraréis algún animal o planta, que por bellas que sean, igualen al hombre? El animal corre, bebe, duerme, engendra, trabaja, canta, vuela, trepa. Pero no habla. El hombre también corre, brinca y con el brinco es tan ágil que emula al pájaro; nada y en el hacerlo es tan veloz como el pez; sabe arrastrarse y parece reptil; puede trepar y parece un mono; canta y parece un pájaro. Engendra y se reproduce. Pero además de esto puede hablar.

No digáis: “Cada animal tiene su lenguaje”. Si, el uno muge, el otro bala; este rebuzna, aquel trina, el de más allá gorjea, pero desde el primer buey hasta el último, no habrá mas que una clase de mugido y así la oveja balará hasta el fin del mundo y el borriquillo rebuznará, como rebuznó el primero; el pájaro siempre repetirá su corto trinar, mientras que la alondra, el ruiseñor, dedicarán su mismo himno, algunos en el día y otros en la noche estrellada y así lo harán hasta el último día de la tierra, así saludarán al sol como si fuese la primera vez que iluminase y como si fuese la primera noche. El hombre al contrario como no tiene una sola palabra y una sola lengua, sino un conjunto de nervios que se reúnen en el cerebro, sede de la inteligencia, puede captar las sensaciones nuevas y pensar sobre ellas y darles nombre.

Adán llamó⁴ perro, al amigo suyo y león, al que le pareció más semejante con su hirsuta melena, que le cae sobre la cara que apenas tiene barba. Llamó oveja al animal que mansamente lo saludaba, y llamó pájaro al manojito de plumas que volaban como mariposa,

² Cfr. Ex. 21, 12-32; Lev. 24, 17-22; Núm. 35, 9-34.

³ Cfr. Ex. 21, 20-25

⁴ Cfr. Gén. 2, 19-20; donde se refiere, cómo Adán puso nombre a los animales

pero que emitía un canto que no emite la mariposa. Y luego, en los siglos, los hijos de Adán crearon siempre nuevos nombres, según iban “conociendo” las obras de Dios en las criaturas o que, por la chispa divina que existe en el hombre, no solo engendraron hijos, sino crearon también cosas útiles o nocivas a sus mismos hijos. Según que estuviesen *con* Dios o *contra* Dios. Están *con* Dios los que crean y obran cosas buenas. Están *contra* Dios los que crean cosas malvadas para dañar al prójimo. Dios venga a sus hijos que son torturados por el perverso ingenio humano.

La razón es que el hombre es la criatura predilecta de Dios. Aunque si ahora es culpable, siempre es para Él, lo más querido. Testigo de ello es que envió a su mismo Verbo, no a un ángel, ni arcángel, querubín o serafín, sino a su Verbo, revistiéndolo de carne humana, para que salvase al hombre. No juzgó indigno este vestido para que pudiese sufrir y expiar, el que por ser como Él, Purísimo Espíritu, no habría podido sufrir y expiar la culpa del hombre.

El Padre me dijo: “Serás hombre: El Hombre. Yo había hecho uno, perfecto como todo lo que hago. Le había destinado a un dulce vivir con un dulcísimo despedirse de este mundo y un feliz despertar con una felicísima y eterna permanencia en mi Paraíso celestial. Pero, Tú sabes, en este Paraíso no puede entrar nada que esté manchado, porque en el Yo-Nosotros, Uno y Dios Trino tenemos el trono. Y delante de él no puede haber sino santidad. Yo soy el que soy. Tan solo lo que no tiene mancha puede conocer mi naturaleza divina, nuestra misteriosa esencia. Ahora el hombre, en Adán y por Adán está manchado. Ve. Límpialo. Lo quiero. De hoy en adelante serás: El Hombre. El Primogénito. Porque serás el primero en entrar aquí con carne mortal que no tiene pecado, con alma sin culpa original. Quienes te precedieron sobre la tierra y quienes te seguirán, tendrán vida, por tu muerte redentora”. No podría morir si no hubiera nacido. Nací y moriré.

El hombre es la criatura predilecta de Dios. Decidme ahora: si un padre tiene muchos hijos, pero uno es su predilecto, la pupila de su ojo, y a este le matan, ¿qué padre hay que no sufre más, que si hubiera sido matado otro?... No debería acontecer porque el padre debería ser justo con todos sus hijos. Pero sucede porque el padre es imperfecto. Dios lo puede hacer con justicia porque el hombre es la única criatura, entre lo creado, que tenga en común con el Padre Creador el alma espiritual, signo innegable de la paternidad divina.

Si se mata un hijo a un padre, ¿se hace injuria solamente al hijo? No. También al padre. En la carne al hijo, en el corazón al padre. A ambos pues se ha herido. ¿Al matar a un hombre, se hace injuria sólo a él? No. También a Dios. En la carne al hombre, en su derecho a Dios. Porque de la vida y la muerte es el único dador. Matar es hacer violencia a Dios y al hombre. Matar es penetrar en el dominio de Dios. Matar es faltar al precepto del amor. No ama a Dios quien mata, porque destruye un trabajo suyo: a *un* hombre. No ama al prójimo quien mata, por que quita al prójimo lo que el asesino exactamente quiere: la vida.

He respondido, pues, a las dos primeras preguntas.

“¿Dónde he herido?”

Se puede herir en el camino, en la casa de quien se ataca, o bien atrayendo a la víctima a la propia. Se puede herir uno u otro órgano produciendo un sufrimiento mucho más duro, y cometiendo dos homicidios en uno, si se hiere a la mujer que tiene en el vientre su fruto.

Se puede herir en el camino sin tener intención. Un animal que acaricia nuestra mano, puede matar al que pasa. En este caso en nosotros no hay premeditación, mientras si uno se va, armado con puñal oculto bajo hipócritas vestidos de lino, a la casa de un enemigo –y sucede con frecuencia que sea el enemigo quien tenga la razón- o bien se invita a la víctima a su casa con señales de honra y luego se le degüella y se le arroja a la cisterna, entonces hay premeditación, y la culpa está empapada de malicia, crueldad y violencia.

Si mato al fruto de una madre, entonces tendré qué dar cuentas a Dios de dos seres. Porque el vientre que engendra a un nuevo ser, según el mandamiento de Dios, es sagrado⁸, y sagrada es la pequeña vida que en él va madurando, a la que Dios ha dado un alma.

⁸ Cfr. Gén. 1, 28; 9, 1; 17, 6; 49, 25; Ex. 23, 20-26; Dt. 7, 7-16; 28, 1-19.

“¿Con qué medios he herido?”

En vano dice uno: “No quería herir” cuando ha ido armado hasta los dientes. En la ira también las manos se convierten en armas, y armas es la piedra que se recoge del suelo, o la rama que se desgaja del árbol. Quien fríamente mira el puñal o la hoz, y si le parecen que no están filosos y los hace, y luego se los ciñe al cuerpo de modo que no sean vistos, pero que fácilmente puedan blandirse, y así preparado va a ver a su rival, ciertamente no puede decir: “No tenía voluntad de herir”. Quien prepara un veneno recogiendo hierbas y frutos tóxicos para hacer polvos o pócima, y luego lo ofrece a la víctima como si no fuese dañino o como una bebida buena, no puede decir: “No quería yo matarlo”.

Y ahora escuchad vosotras, mujeres que calladas y sin castigo alguno asesinaís tantas vidas. Matar, es también sacar el fruto que crece en el seno porque es de semen culpable o porque es un germen que no se quiso: fardo a sus espaldas y a vuestra riqueza. Hay un solo modo para *no* tener ese peso; permanecer castas. No unáis el homicidio a la lujuria, violencia a la desobediencia, y no creáis que Dios no vea, porque el hombre no lo ve. Dios todo lo ve, *todo* lo recuerda. Recordadlo también vosotras.

“¿Por qué he herido?”

¡Oh, cuántos porqués hay! Desde el imprevisto desequilibrio que crea en vosotros una emoción violenta, como es la de encontrar el tálamo profanado, o el ladrón en casa, o en un intento criminal de hacer violencia a la propia hija, al frío y meditado cálculo de librarse de un testigo peligroso, de uno que se atraviesa por el camino, de uno cuyo puesto o bolsa se quiere: estos son tantos porqués y hay más. Y si Dios todavía puede perdonar a quien en la fiebre del dolor se convierte en asesino, no perdona a quien lo hace por avidez de poder o de estima entre los hombres.

Obrad siempre bien y no tendréis miedo de que alguien os mire u os hable. Contentaos con lo vuestro y no aspiréis a algo que para obtenerlo asesinaís al prójimo.

“¿Cómo herí?”

¿Infiriendo otros golpes después del primero que fue impulsivo? Algunas veces el hombre no se puede frenar. Porque Satanás lo arroja en el mal como el hondero arroja la piedra. Pero ¿qué diríais de una piedra que después de haber dado en el blanco, regresase por sí misma a la honda para que de nuevo se le lanzase y diese en el blanco? Diríais: “Está poseída de una fuerza mágica e infernal”. Así es el hombre que después del primer golpe, diese el segundo, el tercero, el décimo sin que su ferocidad amainara. Porque la ira se apaga y se cae en la cuenta inmediatamente después del primer ímpetu, si es un ímpetu que procede de un motivo justificado. Mientras la ferocidad aumenta, cuanto más la víctima es herida, *en el verdadero asesino*, esto es, en Satanás que no tiene, no puede tener piedad del hermano porque, siendo Satanás, es *odio*.

“¿Cuánto herí?”

¿En el primer ímpetu? ¿Después que desapareció? ¿Fingiendo perdón, mientras el rencor era siempre alentado? ¿He esperado tal vez años para herir y así causar doble dolor, al matar al padre a través de los hijos?

Veis que matando se ofende al primero y al segundo grupo de los mandamientos. ¿Por qué os arrogáis el derecho de Dios, y por qué pisoteáis al prójimo? Por lo tanto es un pecado contra Dios y contra el prójimo. Cometéis no solo un pecado de homicidio sino de ira, de violencia, soberbia, desobediencia, sacrilegio y tal vez, si matáis para robar un puesto o dinero, de avaricia. Hoy apenas os lo insinúo, algún día lo explicaré mejor, se comete pecado de homicidio no sólo con las armas y el veneno, sino con la calumnia también. Meditad en ello.

Y todavía añadido: el patrón que hiriendo a un siervo, lo hace con astucia de manera que muera entre sus manos, es doblemente culpable. El siervo no es dinero del patrón, es una alma de Dios. Sea para siempre maldito ese patrón que trata a su siervo peor que al buey”.

Jesús parece como si lanzara rayos y truenos. Todos lo miran espantados, porque antes hablaba con calma.

“¡Maldito sea! La Nueva Ley no conoce esta dureza, que era todavía justicia cuando en el pueblo de Israel no había hipócritas que se fingen santos y afilan su ingenio para sólo disfrutar y eludir la Ley de Dios. Pero ahora que Israel escapa de estos seres viperinos, que hacen de su capricho cosa lícita sólo porque son *ellos*, los miserables poderosos a quien Dios mira con odio y náusea. Yo digo. Esto no existe más.

Caen en sus surcos y en sus muelas de molino los esclavos. Caen con los huesos quebrados y los nervios desnudos por los azotes. Los acusan de delitos que no existieron para poder golpearlos, para justificar su propio sadismo satánico. Hasta se echa mano del milagro de Dios como acusación para tener el derecho de golpearlos. Ni el poder de Dios, ni la santidad del esclavo convierten su torva alma. No se le puede convertir. *El bien no cabe donde está todo lleno de mal.* Dios ve y dice: “¡Basta!”

Son muchos los Caínes que matan a los Abeles. Y ¿qué pensáis, inmundos sepulcros blanqueados al exterior con palabras de la Ley, y en cuyo interior se pasea Satanás y pulula el satanismo más astuto? ¿Qué creéis? ¿Qué Abel sólo haya sido hijo de Adán y que Dios mire benigno solo a los que no son esclavos de los hombres, mientras rechaza de Sí la única oferta que puede hacer éste en su honradez envuelta en llanto? ¡No! En verdad os digo que cada justo es un Abel, aun cuando esté cargado de cadenas, aun cuando muera entre los terrones del campo, o sangrando por los azotes; y que son Caínes todos los injustos que dan a Dios por orgullo, no por verdadero culto, que dan lo que está manchado por su pecado y manchado con sangre.

¡Vosotros que profanáis el milagro, que profanáis el hombre, asesinos, sacrílegos! ¡Fuera! ¡Idos de mi presencia! ¡Basta! Yo os digo: Basta. Y lo puedo decir porque soy la Palabra divina que traduce el Pensamiento divino. ¡Idos!

Jesús de pie en la pobre tribuna causa miedo, impone temor. Parece lanzar rayos contra los pecadores presentes al señalar la salida de la puerta con su brazo derecho extendido, con sus ojos que parecen dos hogueras de azul. La niñita que estaba a sus pies se pone a llorar y corre a su madre. Los discípulos se miran espantados y tratan de descubrir contra quién es la invectiva. La gente también se vuelve con los ojos interrogativos.

Finalmente el secreto se descubre. En el fondo, fuera de las puertas, semi-escondido detrás de un grupo de campesinos altos, se muestra Doras. Está ahora más flaco, amarillo, arrugado, no parece más que narices y mentón. Trae consigo un siervo que lo ayuda a moverse porque parece que haya sufrido un accidente. Y ¿quién lo había visto allí en medio del patio?... Se atreve a hablar con su voz ronca: “¿Te refieres a mí? ¿Por mí lo dices?”

“Por ti. Sal de mi casa”.

“Me voy. Pero dentro de poco haremos cuentas, no lo dudes”.

“¿Pronto? *Al punto.* El Dios del Sinaí, te lo dije, te está esperando”.

“También Tú, hombre malo, que has hecho venir sobre mí la ruina y los animales que dañan los campos. Nos volveremos a ver, y será mi alegría”.

“¡Sí, y no querrás volverme a ver. Porque Yo te juzgaré”.

“¡Ha muerto!” grita el siervo. “¡Ha muerto el patrón! ¡Que seas bendito, Tú, Mesías nuestro vengador!”

“No Yo, Dios, el Señor Eterno. Ninguno se contamine. Tan solo el siervo piense en su patrón. Trata bien su cuerpo. Todos vosotros sus siervos sed buenos. No os regocijéis con odio por el que ha muerto, para que no merezcáis condenación. Dios y el Justo Jonás sean siempre vuestros amigos. Y Yo con ellos. ¡Adiós!”

“Pero.... ¿ha muerto por tu querer? Pregunta Pedro.

“No. Sino que el Padre entró en Mí... es un misterio que no puedes entender¹⁰. Acuérdate que no es lícito herir a Dios. Él por sí mismo se venga”.

¹⁰ “El Padre entro en Mí...” expresión que debe interpretarse a la luz de: Mt. 21, 12-17; Mc. 11, 15-19; Lc. 19, 45-46; Ju. 2, 13-22, en donde se habla del celo por la casa de su Padre y de cómo Jesús arrojó a los profanadores con golpes. La dicha expresión equivaldría a la siguiente: Fui invadido del celo de la divina justicia ultrajada

“¿No podrías entonces decir a tu Padre que haga morir a todos los que te odian?”

“¡Cállate! Tú no sabes de qué espíritu eres¹¹. Yo soy Misericordia y no venganza”.

El viejo sinagogo se acerca: “Maestro has resuelto todas mis preguntas y hay luz en mí. Que seas bendito. Ven a mi sinagoga. No rehúses a un pobre viejo tu palabra”.

“Iré. Vete en paz. Que el Señor sea contigo”.

Mientras la multitud se va poco a poco, todo termina.

94. Jesús en “Aguas Claras”. Los tres discípulos del Bautista¹

11 marzo 1945

Es un serenísimo día de invierno. Sol, viento y cielo azul, sin ni siquiera la menor mancha de nubes. Son las primeras horas del día. Todavía un ligero velo de rocío, mejor dicho de escarcha cubre cual polvo el suelo y las hierbas.

Vienen en dirección a la casa tres hombres que caminan seguros como quien sabe a dónde va. Ven a Juan que atraviesa el patio cargado de cubos de agua sacados del pozo. Lo llaman.

Juan se voltea, los deja y les dice: “¿Vosotros aquí? ¡Bienvenidos! El Maestro os verá con alegría. Venid, venid, antes de que haya gente. ¡Ahora viene mucha!...”

Son los tres pastores, discípulos de Juan el Bautista. Simeón, Juan y Matías siguen contentos al apóstol.

“Maestro, hay tres amigos. Mira” dice Juan entrando en la cocina donde arde alegre un buen fuego de raíces, y que echa un olor grato de bosque y de laurel quemado.

“¡Oh! La paz sea con vosotros, amigos míos. Qué milagro que habéis venido. ¿Alguna desgracia sobre el Bautista?”

“No, Maestro. Vinimos con su licencia. Te saluda y dice que encomiendes a Dios al león perseguido de los arqueros. No se hace ilusiones sobre su suerte. Pero ahora es libre, y es feliz porque sabe que tienes muchos fieles, aun los que antes eran suyos. Maestro... también nosotros tenemos el anhelo de serlo, pero... no queremos abandonarlo ahora que lo persiguen. Compréndenos... dice Simeón.

“Antes bien os bendigo porque lo hacéis. El Bautista es digno de todo respeto y amor”.

Dices bien. El Bautista es grande y siempre crece más. Parece el agave que cuando está cercano a morir forma el más grande candelabro de la flor de siete hojas que blanquea y que perfuma. Así él dice siempre: “Sólo querría verlo una vez más...” Verte. Hemos recogido ese grito de su alma y sin decírselo, te lo traemos. Él es “el Penitente”, “el Abstinente”. Se macera aún con el deseo santo de verte y de oírte. Yo soy Tobías o Matías y pienso que él no sería diferente del ángel que se dio a Tobías². Todo en él es sabiduría”.

“No se ha dicho que Yo no lo vea... Pero ¿sólo por eso habéis venido? Es muy duro caminar en esta estación. Hoy es un día sereno, pero hace tres días... ¡Cómo llovía por todas partes!”

“No sólo por eso. Hace algunos días llegó Doras el fariseo a purificarse. El Bautista le negó el rito con estas palabras: “No entra el agua en donde hay costra tan grande de pecado. Sólo uno te puede perdonar: el Mesías”. Y le dijo: “Iré a donde está Él. Quiero curarme y pienso que este mal es un maleficio suyo”. Entonces el Bautista lo arrojó como si hubiera arrojado a Satanás. Y cuando se estaba yendo encontró a Juan a quien conoció desde que iba a ver a Jonás de quien era lejano pariente y le dijo: “Yo voy. Todos van. Hasta Mannaén y hasta... las... (yo digo prostitutas pero el dijo otra palabra peor) van. Aguas Claras está lleno de ilusos. Ahora si me cura y retira su anatema contra mis tierras que están siendo excavadas como con

desvergonzadamente por el cruel que no quiso arrepentirse; celo que prevaleció sobre la Misericordia la cual no puede tener lugar en quien solo hay odio. Cfr. también Mt. 23, 13-39; 25, 41-46.

¹¹ Cfr. Lc. 9, 51-56.

¹ Cfr. Ju. 3, 22-26.

² Cfr. Tob. 5, 1-112, 21.

máquinas de guerra por ejércitos de topes y de gusanos de todas clases y animales que acaban con las semillas y roen las raíces de los árboles frutales y de las viñas y no hay cosa con que se les pueda derrotar, seré su amigo. De otro modo... ¡ay de Él!" Le respondimos: "¿Y con ese corazón vas allá? Y él contestó: "¿Y qué se cree el pedazo de Satanás? Por otra parte así como convive con prostitutas, puede hacer alianza también conmigo". "Quisimos venir a decírtelo para que tomases providencias".

"Ya todo está hecho".

"¿Ya hecho? ¡Es verdad! Él tiene carros y caballos, nosotros tan sólo las piernas. ¿Cuándo fue?"

"Ayer".

"Y ¿qué pasó?"

"Lo siguiente: que si preferís ocuparos de Doras, podéis ir a su casa de Jerusalén y hacer duelo por él. Están preparándolo para el sepulcro".

"¿Muerto?"

"Muerto. Aquí. Pero ya no hablemos de él".

"Sí, Maestro... Sólo dinos una cosa. ¿Es verdad cuanto ha dicho de Mannaén?"

"Sí ¿Os desagrada?"

"¡Oh! ¡Es nuestra alegría! ¡Le hablamos a él tanto de Ti en Maqueronte! Y ¿qué quiere el discípulo sino que el Maestro sea amado? Esto quiere Juan y también nosotros".

"Hablas bien, Matías. La sabiduría está contigo".

"Y... no lo creo. Pero ahora la encontraremos... Antes de los Tabernáculos fue a buscarte a donde estábamos. Le dijimos: "A quien buscáis no está aquí, pero pronto estará en Jerusalén para los Tabernáculos". Así dijimos porque el Bautista dijo: "Ved aquella pecadora, es una costra de inmundicia, pero dentro hay una llama que va creciendo. Se hará tan fuerte que saldrá de la costra y arderá toda. Cederá la inmundicia y quedará solamente la llama". Así dijo. Pero... ¿es verdad que aquí duerme, como nos vinieron a decir dos escribas famosos?"

"No. Está en una de las caballerizas del panadero, más o menos a un kilómetro de aquí".

"¡Lagunas infernales! ¡Oíste?... ¡Y ellos...!"

"Dejadlos que digan. Los buenos no creen en sus palabras sino a mis obras".

"También lo dice Juan. Hace días algunos discípulos suyos le dijeron en nuestra presencia: "Rabí, El que estaba contigo al otro lado del Jordán y de quien diste testimonio, ahora bautiza. Todos van a Él. Te quedarás sin fieles". Y Juan respondió: "Bienaventurada mi oreja que oye esta nueva! No sabéis qué alegría me proporcionáis. Tened en cuenta que el hombre no puede tomar cosa alguna sino se la da el Cielo. Podéis testificar que dije: 'Yo no soy el Mesías, sino quien ha sido mandado delante de Él para prepararle el camino'. El hombre justo no se apropia un nombre que no es suyo y aunque el hombre quiera alabarle con decirle: 'Eres esto', es decir, 'Eres el Santo', el dice: ¡No! En verdad ¡no! Yo soy su siervo e igualmente tiene gran alegría porque: 'Ved, me le parezco un poco, si el hombre puede tomarme por Él'. Y ¿qué cosa quiere quien ama que el asemejarse a su amado? Sólo la esposa se alegra con el esposo. El parainfo no se podría alegrar con ella, porque sería inmoralidad y hurto.. El amigo del esposo, que le está cerca y escucha sus palabras llenas de júbilo nupcial, experimenta una alegría tan grande de ser casi semejante a la que hace feliz a la doncella casada, que le anticipa con ella la miel de las palabras nupciales. Esta es *mi* alegría y es absoluta. ¿Qué otra cosa hace el amigo del esposo, después de que por meses le sirvió y escoltó a la esposa hasta el hogar? Se retira y desaparece. ¡Así yo! Una sola cosa me falta: el esposo con la esposa: el hombre con la humanidad. ¡Oh! ¡Profunda palabra! Es necesario que Él aumente y que yo disminuya. Quien viene del Cielo está sobre todos. Patriarcas y Profetas desaparecen a su llegada, porque Él, igual al Sol que todo ilumina y con luz tan fuerte, que los astros y planetas, que no tienen luz, se revisten de ella, y los que no están apagados desaparecen ante su supremo resplandor. Así sucede porque Él viene del Cielo, mientras los Patriarcas y Profetas irán al Cielo, pero del Cielo no vienen. Quien viene del Cielo está sobre todos, y anuncia lo que vio y oyó. Pero nadie de los que no tienden al Cielo y por lo tanto reniegan de

Dios pueden aceptar su testimonio. Quien acepta el testimonio del que ha bajado del Cielo, demuestra, con ese creer suyo su fe de que Dios es verdadero y no una patraña y siente la Verdad *porque tiene el ánimo generoso de Él*. Porque aquel a quien Dios ha enviado, prefiere palabras de Dios, porque Dios le da el Espíritu de plenitud, y el Espíritu dice: ‘Heme aquí. Tómame, que quiero estar contigo, Tú, delicia de nuestro amor’, pues el Padre ama al Hijo sin medida y todas las cosas las ha puesto en su mano. Por lo cual quien cree en el Hijo tiene la vida eterna. Pero quien rehúsa creer en el Hijo, no verá la vida y la cólera de Dios permanecerá en él y sobre él”. Así ha hablado. Me grabé estas palabras en la memoria para repetírtelas” dice Matías.

“Te alabo y te doy las gracias. El último Profeta de Israel no es el que desciende del Cielo, sino por haber sido adornado de dones desde el vientre de su madre –vosotros no lo sabéis, pero Yo os lo digo- es el que más se acerca al Cielo”.

“¿Qué cosa? ¿Qué cosa? ¡Cuenta!... Él dice de sí mismo: ‘Yo soy el pecador’ ”. Los tres pastores y también los discípulos tienen deseos de saber.

“Cuando mi Madre me llevaba en su vientre, fue a servir, porque es la humilde y amorosa, a la madre de Juan, prima de ella por parte de su madre y que había concebido en su vejez. El Bautista tenía ya su alma porque era el séptimo mes de su formación y el germen del hombre encerrado en el seno materno dio muestras de alegría al oír la voz de la Esposa de Dios. Precursor también en esto, se adelantó a los redimidos, porque de seno a seno se derramó la Gracia, y penetró y cayó la culpa de origen del alma del niño. Por lo cual Yo os digo que sobre la tierra hay tres que poseen la Sabiduría, así como en el Cielo son tres los que son Sabiduría: El Verbo, la Madre y el Precursor sobre la tierra; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en el Cielo”.

“Nuestro corazón está lleno de estupor... como cuando se nos dijo: “Ha nacido el Mesías...”. Porque eres Tú el abismo de la Misericordia y este Juan nuestro es el abismo de la humildad”.

“Y mi Madre es el abismo de la Pureza, de la Gracia, de la Caridad, de la Obediencia, de la Humildad, de todas las virtudes que son de Dios y que Dios infunde en sus santos”.

“Maestro” dice Santiago de Zebedeo, “hay mucha gente”.

“Vamos. Venid también vosotros”.

La gente es muchísima.

“La paz sea con vosotros” dice Jesús. Está risueño como, pocas veces. La gente murmura entre sí y lo señala. Hay mucha curiosidad.

“No tentarás al Señor tu Dios”³ se dijo.

Se olvida frecuentemente este precepto. Se tienta a Dios cuando se le quiere imponer nuestra voluntad. Se tienta a Dios cuando se obra imprudentemente contra las reglas de la Ley, que es santa y perfecta y en su parte espiritual, la principal, se ocupa y preocupa también del cuerpo que Dios creó⁴. Se tienta a Dios cuando, perdonados por Él, se vuelve a pecar. Se tienta a Dios, cuando, habiendo recibido un beneficio de Él, se convierte en daño el bien recibido que no recordaría a Dios. De Dios nadie puede burlarse. Muchas veces sucede esto.

Ayer visteis qué castigo espera a los que se burlan de Dios⁵. El Eterno Dios, que es todo piedad con quien se arrepiente, es por el contrario todo severidad con el impenitente que por ningún motivo se cambia a sí mismo. Vosotros venís a Mí para oír la palabra de Dios. Venís para recibir algún milagro. Venís para ser perdonados. Y el Padre os da la Palabra, milagro y perdón. Y Yo no extraño el Cielo, porque os puedo proporcionar milagros y perdón y puedo haceros conocer a Dios.

³ Cfr. Dt. 6, 14-25.

⁴ En muchos lugares bíblicos aparece el cuidado que tiene Dios del cuerpo humano y el destino a que está asignado. Cfr. por ej.: Rom. 6, 12-14; 8, 1-13 y 23; 1 Cor. 3, 16-17; 6, 12-20; 10, 31; 12, 12-26; 15; 1 Tes. 4, 3-8; Fip. 1, 20; 3, 20-21.

⁵ Cfr. Caps. 76, 77, 93.

El hombre ayer cayó fulminado, como Nabad y Abiú⁶ en el fuego de la divina ira. Absteneos de juzgarlo. Sólo cuanto sucedió, milagro nuevo, os ruego meditar de cómo se debe obrar para tener a Dios por amigo. Él quería el agua de la penitencia pero sin espíritu sobrenatural. La quería por espíritu humano. Como una práctica mágica que lo sanase de la enfermedad y lo liberase de la ruina. El cuerpo y las cosechas. Esto era su objeto. No la pobre alma. Para él no tenía ella valor. Lo que valía para él era la vida y el dinero.

Yo digo: donde está tu tesoro allí está tu corazón y donde está el corazón estará el tesoro. Tenía en el corazón la sed de vivir y de tener mucho dinero. ¿Cómo tenerlo? De cualquier modo. Aun con el crimen. Y ¿entonces pedir el bautismo no era burlarse y tentar a Dios? Hubiera bastado el arrepentimiento sincero por su larga vida de pecado para darle una santa muerte y también cuanto era justo tener sobre la tierra. Pero era impenitente. No habiendo amado a ningún otro fuera de sí mismo, llegó a no amarse ni a sí mismo. Porque el odio mata también el amor animal y egoísta del hombre. El llanto del arrepentimiento sincero debía ser su agua lustral. Y también así sea para todos vosotros que me escucháis. Porque no hay nadie sin pecado. Y por eso todos tenéis necesidad de esta agua. Ella baja, exprimida del corazón y lava, purifica lo que está profanado, vuelve a levantar lo que está caído, da fuerza a quien estaba sin ella por la culpa.

Este hombre se preocupaba solo de la miseria de la tierra. Pero una miseria única debe poner pensativo al hombre. Y es la eterna miseria de perder a Dios. Aquel hombre no faltaba de hacer las ofertas rituales. Pero no sabía ofrecer a Dios un sacrificio espiritual, o sea, alejarse del pecado, hacer penitencia, pedir *con sus acciones* el perdón. Las ofertas hipócritas hechas con riquezas de algo mal adquirido son como si fuesen invitaciones a Dios para que se haga cómplice suyo. Pero ¿puede suceder esto? ¿No es burlarse de Dios el atreverse a esto? Dios arroja de Sí al que dice: “He aquí mi sacrificio” pero arde en deseos de continuar pecando. ¿Sirve de algo el ayuno corporal cuando el alma no se abstiene de pecar?

La muerte del hombre sucedida así os haga meditar sobre las condiciones necesarias para que Dios os ame. Ahora en su rico palacio sus familiares y las plañideras hacen duelo sobre el cadáver que dentro de poco será llevado al sepulcro.

¡Oh! ¡Verdadero duelo y verdadero cadáver! No es más que *un cadáver*. No es otra cosa que un duelo sin esperanzas. Porque *ya muerta* el alma está separada para *siempre* de quienes amó por parentesco y afinidad de ideas. Aun cuando un mismo lugar los una para la eternidad, el odio que allí reina los dividirá. Y entonces sí que la muerte es “verdadera” separación. Sería mejor que el hombre, en lugar de plañir por otro, plañese por su alma, si la tiene muerta. Y con ese llanto de contrición y de corazón humilde devolver al alma la vida con el perdón de Dios.

Idos. Sin odios y sin comentarios. Sin otra cosa que humildad. Como Yo que he hablado por justicia, pero sin odio. La vida y la muerte son maestras para vivir bien y morir bien y para conquistar la vida que no tiene muerte. La paz sea siempre con vosotros”.

No hay enfermos ni milagros. Pedro dice a los tres discípulos del Bautista: “Lo siento por vosotros”.

“¡Oh! No es necesario. Creemos sin ver. Tuvimos el milagro de *su* nacimiento que nos hizo crecer. Y ahora tenemos *su* palabra que confirma nuestra fe. No pedimos otra cosa más que servirle hasta el cielo como Jonás, nuestro hermano”.

Todo termina.

95. Jesús en “Aguas Claras”: “no desearás a la mujer de los demás”¹

12 marzo 1945

⁶ Cfr. Ex. 6, 23; 24, 1 y 9; 28, 1; Lev. 10, 1-7; Num 3, 1-4; 26, 60-61; Par. 24, 1-2.

¹ Cfr. Ex. 20, 17; Dt. 5, 18.

Jesús está atravesando por en medio de tanta gente como si fuese un poblado pequeño que lo llama por todas partes. Quién muestras sus heridas, quién le enumera sus desgracias, quién se limita a decir: “Ten piedad de mí” y quién le presenta su pequeñuelo para que lo bendiga. El día sereno y sin viento ha atraído mucha, mucha gente.

Cuando Jesús ya está casi en su lugar, del caminillo que conduce al río llega un lamento: “Hijo de David piedad para este infeliz”.

Jesús voltea hacia aquella dirección y la gente y los discípulos también. Pero un montón de hojas esconde al que ha hecho la súplica.

“¿Quién eres? Sal fuera”.

“No puedo. Estoy infectado. Debo ir al sacerdote para que sea yo borrado del mundo. He pecado y la lepra me ha salido al cuerpo. ¡Espero en Ti!”

“¡Un leproso! ¡Un leproso! ¡Anatema! ¡Lapidémoslo!” La multitud se amotina.

Jesús hace un gesto e impone silencio y hace que nadie se mueva. “Es uno que no está más infectado que el que ha pecado. A los ojos de Dios es mucho más inundo el pecador impenitente que el leproso arrepentido. Quien es capaz de creer venga conmigo”.

Además de los discípulos, algunos curiosos siguen a Jesús. Los otros alargan sus cuellos, pero se quedan donde están.

Jesús se adentra más allá de la casa y del caminillo en dirección del montón de hojas. Luego se detiene y ordena: “¡Muéstrate!”

Sale fuera un hombre que todavía es joven, de cara hermosa en la que despunta el bigote y barba rala, una mirada aún llena de vida, de ojos enrojecidos por el llanto.

Le sale al encuentro un fuerte grito: “Hijo mío” de en medio del grupo de mujeres todas cubiertas que lloraban ya en el patio de la casa, cuando Jesús pasó y que se habían puesto a llorar mucho más fuerte, cuando la multitud la había amenazado. “Hijo mío” y la mujer cae en los brazos de otra, que no sé si será pariente o amiga.

Jesús avanza solo a donde está el infeliz: “Eres muy joven. ¿Cómo es que estás leproso?”

El joven baja los ojos, enrojece, balbucea, pero no más. Jesús repite la pregunta. El joven dice algo más claro, pero no logro captar sus palabras: “...mi padre... fui... y pecamos... no solo yo...”

“Allí está tu madre que está esperando con lágrimas. En el Cielo está Dios, el cual sabe. Aquí estoy Yo que también sé. Pero para tener compasión, tengo necesidad de que te humilles. Habla”.

“Habla, hijo. Ten piedad de las entrañas que te llevaron” grita la madre que se ha arrastrado hasta Jesús, y de rodillas, inconscientemente ha cogido la orla del vestido de Jesús con una mano y extiende la otra hacia su hijo y al hacerlo enseña una pobre cara bañada en lágrimas.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza. “Habla” vuelve a decir.

“Soy el primogénito y ayudo a mi padre en los negocios. Me mandó a Jericó muchas veces para hablar con sus clientes y... la de uno... la esposa de uno era bella y joven... me... gustó. Fui más veces que las necesarias... Le agradé... nos deseamos y... pecamos en ausencia del marido... no sé cómo sucedería, porque ella estaba sana y me amó. No sé si... si junto conmigo amaba a otros y se contagió... sé que muy pronto ella se marchitó y ahora está en los sepulcros para morir viva... Y... yo... y... yo... ¡Mamá! Tú lo has visto. Es poca cosa, pero dicen que es lepra... y que moriré con ella. ¿Cuándo? ¡No más vida, no más casa... no más mamá! ¡Oh, mamá ¡Te veo y no te puedo besar! Hoy vienen a descoserme los vestidos y a arrojarme de mi casa... del poblado... soy peor que un muerto. Y no tendré el consuelo de que mi madre lllore sobre mi cadáver...”

El joven llora. La madre parece una planta arrancada por el vendaval, así tanto la sacuden los sollozos. La gente hace comentarios diversos.

Jesús está triste. Habla: “Y cuando pecabas no pensabas en tu madre? ¿Eras tan necio que no te acordabas que tenías una madre en la tierra y un Dios en el Cielo? ¿Y si no hubiera aparecido la lepra, habrías caído en la cuenta de que ofendíais a Dios y al prójimo? ¿Qué hiciste de tu alma? ¿Qué de tu juventud?”

“Fui tentado...”

“¿Eras un niño para no saber que el fruto era maldito? ¡Merecerías morir sin piedad!”

“¡Oh! Piedad. Tú solo puedes...”

“No Yo, Dios². Si juras aquí no pecar más”.

“Lo juro. Lo juro. Sálvame, Señor. Me quedan pocas horas para oír la sentencia. ¡Mamá... mamá... ayúdame con tus lágrimas!... ¡Oh madre mía!”

La mujer no tiene ya ni voz. Se abraza fuertemente a las piernas de Jesús, levanta su cara con los ojos agrandados por el dolor, una cara en la que está pintada la tragedia de alguien que se ahoga y que sabe que es el último sostén que lo mantiene y puede salvarlo.

Jesús mira. Piadoso le sonríe: “Levántate, madre. Tu hijo está curado. Pero *por ti*. No por él”.

La mujer todavía no cree. Le parece que estando separado, él no puede haber sido curado, y hace señales entre sus continuos sollozos de que no.

“Hombre. Quítate la túnica del pecho. Ahí tenías la mancha. Para que tu madre se consuele”.

El joven se quita el vestido, y queda desnudo a los ojos de todos. No tiene más que una piel perfecta y lisa de un joven robusto.

“Mira, madre” dice Jesús y se inclina a levantarla del suelo lo que sirve para retenerla, porque su amor maternal y la vista del milagro la hubiesen lanzado hacia el hijo, sin esperar a que estuviese purificado. Sintiéndose imposibilitada de ir a donde su amor la arrojaría, se inclina sobre el pecho de Jesús y lo besa en un verdadero delirio de alegría. Lloro, ríe, besa, bendice... y Jesús compasivo la acaricia. Luego dice al joven: “Ve al sacerdote, y acuérdate que Dios te ha sanado por causa de tu madre y para que seas justo en el porvenir. Vete”.

El joven se va después de haber alabado al Señor. De lejos lo sigue su madre y las mujeres que la habían acompañado. La multitud prorrumpe en gritos de hosanna.

Jesús regresa a su lugar.

“También él había olvidado que existe Dios que quiere honestidad en las costumbres. Había olvidado que está prohibido hacerse dioses que no son Dios. Había olvidado santificar el sábado como he enseñado. Había olvidado el respeto amoroso hacia su madre. Había olvidado que no se deben cometer actos impuros, que no se debe robar, ser falsos, no desear la esposa de los demás, no matarse a sí mismo y a la propia alma, no cometer adulterio. Todo había olvidado. Ved cómo fue castigado.

“No desearás a la esposa de los demás” se une con “no cometerás adulterio”. Porque el deseo precede siempre a la acción. El hombre es muy débil para poder desear sin que no llegue a consumir su acto. Y lo que es del todo triste, el hombre no sabe hacer lo mismo con los deseos justos. Se desea el mal y se realiza. Se desea el bien y hasta ahí se queda, sino es que hasta se retroceda.

Como dije a él, lo digo a todos vosotros, porque el pecado de deseo se extiende como se propaga la grana: ¿sois niños para no saber que *aquella* tentación es mala y que se le debe huir? “Fui tentado”. La vieja excusa³. Pero así como también es un viejo ejemplo, debería el hombre acordarse de las consecuencias y saber decir: “No”. Nuestra historia no carece de ejemplos de castos que permanecieron tales, no obstante las seducciones del sexo opuesto y las amenazas de hombres crueles.

¿Es la tentación un mal? No lo es. Es la obra del maligno. Y se cambia en gloria para quien la vence.

El marido que va a otros amores es un asesino de su mujer, de sus hijos, de sí mismo. El que entra a la casa de otro para cometer adulterio es un ladrón y de los más viles. Se parece al cuco, se aprovecha del nido de los demás sin gastos de su parte. El que traiciona la buena

² “No Yo, Dios” expresión que debe entenderse a la luz de Mt. 19, 16-17; Mc. 10, 17-18; Lc. 18, 18-19.

³ Cfr. Gén. 3, 9-13.

fe de un amigo es un falsario, porque muestra una amistad que realmente no tiene. El que obra así, se deshonor a sí mismo y a sus padres. ¿Podrá tener de este modo a Dios consigo?

Hice un milagro para su pobre madre. Pero me provoca tanto asco la lujuria que volví la cara. Vosotros gritasteis de miedo y asco de la lepra; Yo, con mi alma, he gritado por asco a la lujuria. Todas las miserias me rodean y para todas soy el Salvador. Pero prefiero tocar un muerto que ya está corrompido en su carne, y que ya su espíritu goza de paz, que acercarme al que huele a lujuria. Soy el Salvador, pero soy inocente. Que lo recuerden todos los que vienen a Mí, y que ponen a mi personalidad lo que en ellos fermenta.

Comprendo que querríais otra cosa distinta de Mí, pero no puedo. La ruina de una juventud apenas formada y destruida por la libidine, me ha conturbado más que si hubiera tocado la muerte. Vayamos a los enfermos, ya que no puedo por el asco que me ahoga, ser la Palabra, seré la salud de quien en Mí espera.

La paz sea con vosotros”.

De hecho Jesús está muy pálido, como que sufre. No vuelve a sonreír sino hasta cuando se inclina sobre los niños enfermos y sobre los enfermos en andas. Entonces torna a ser el mismo. Sobre todo cuando, al introducir su dedo en la boca de un mudo de unos diez años de edad, le hace decir: “Jesús” y luego “Mamá”.

La gente regresa poco a poco. Jesús se queda a pasear por el sol que inunda la era hasta que se acerca Iscariote: “Maestro, no estoy tranquilo...”

“¿Por qué, Judas?”

“Por aquellos de Jerusalén... los conozco. Déjame ir allá por unos días. No te digo que me mandes solo. Antes bien te ruego que no sea así. Mándame junto con Simón y Juan. Quienes fueron tan buenos conmigo en el primer viaje a Judea. El uno me frena, el otro me purifica aun el pensamiento. ¡No puedes creer qué cosa sea para mí Juan! Es un rocío que calma mis ardores y es aceite en mis aguas agitadas... Créelo”.

“Lo sé. No te debes por lo tanto admirar si tanto lo amo. Es mi paz, pero también serás mi consuelo si siempre eres bueno; si empleas los muchos dones de Dios, para el bien, como hace días que lo estás haciendo, llegarás a ser un verdadero apóstol”.

“¿Y me amarás como amas a Juan?”

“Te amo lo mismo, Judas. Pero sólo te amaré sin preocupación y dolor”.

“¡Oh, Maestro mío! ¡Qué bueno eres!”

“Ve a Jerusalén. No servirá de nada. Pero no quiero quitarte tu deseo de ayudarme. Lo diré ahorita a Simón y a Juan. Vamos. ¿Ves cómo sufre tu Jesús por muchas culpas? Me siento como uno que haya levantado una carga demasiado pesada. No me des jamás ese dolor. No más...”

“No, Maestro. No. Te amo. Lo sabes... pero soy débil...”

“El amor fortifica”.

Entran en la casa y todo termina.

96. Jesús en “Aguas Claras” cura a un romano enfermo de locura. Habla a los romanos.

13 marzo 1945.

Jesús está hoy con los nueve restantes porque los otros tres partieron para Jerusalén. Tomás siempre alegre, se divide entre sus verduras y sus otras ocupaciones más espirituales, mientras Pedro, Felipe, Bartolomé y Mateo se ocupan de los peregrinos, y los demás van al río para administrar el bautismo como signo de penitencia, ¡con el viento frío que sopla!

Todavía está Jesús en un rincón de la cocina, y Tomás va y viene en silencio para no molestar al Maestro, cuando entra Andrés que dice: “Maestro hay un enfermo que quisiera yo que lo curaras al punto porque... dicen que está loco, nosotros diríamos que está poseído... pero no es israelita. Grita... se desgañita con alaridos, se retuerce... Ven Tú a ver”.

“Al punto. ¿En dónde está?”

“Todavía en el campo. ¿Oyes eso como rugido? Es él, parece una bestia, pero es él. Debe ser un rico porque su acompañante está bien vestido, y lo traen en un carro, de mucho lujo y muchos siervos. Debe ser pagano porque blasfema de los dioses del Olimpo”.

“Vamos”.

“Y también yo voy a ver” dice Tomás, más curioso de saber qué va a suceder que de sus verduras.

Salen y en lugar de irse hacia el río, dan vuelta por los campos que separan esta granja (así la llamaríamos) de la casa del administrador.

En medio del parado donde hace poco pastaban unas ovejas que han huido despavoridas por todas partes, y las que los pastores y el perro tratan de reunir –dicho sea de paso, este es el segundo perro que veo desde que contemplo estas escenas- hay un hombre que está amarrado y que grita fuertemente que aumenta a medida que Jesús se va acercando.

Pedro, Felipe, Mateo y Natanael están ahí cerca sin saber qué decir. También hay gente, porque las mujeres tienen miedo.

“¿Has venido, Maestro? ¡Mira qué furia!” dice Pedro.

“Ahora se le pasará”.

“Pero... es pagano. ¿Sabes?”

“¡Y qué importa eso!”

“¡Eh!... ¡por razón de su alma!...”

Por el rostro de Jesús se dibuja una sonrisa y continúa. Llega al grupo del enfermo, que se agita cada vez más.

Se separa del grupo uno que tiene el vestido sin franjas y el rostro sin barba, lo que demuestra que es romano. Saluda: “Salve, Maestro. Llegó hasta mí tu fama. Eres más grande que Hipócrates para curar, y que la estatua de Esculapio para curar milagrosamente enfermedades, por eso he venido. Este es mi hermano. ¿Lo ves? Está loco por un mal misterioso. Ningún médico lo comprende. Lo llevé al templo de Esculapio, pero salió de allí mucho más loco. Tengo un familiar en Tolemaide, me mandó un mensajero con una galera. Decía que hay Uno que cura a todos... y vine. ¡Qué viaje tan duro!”

“Merece su premio”.

“Pero ten en cuenta que no somos ni siquiera prosélitos. Somos romanos fieles a los dioses. Vosotros nos llamáis paganos. Somos de Síbari pero ahora estamos en Chipre”.

“Es verdad. Sois paganos”.

“Entonces... ¿nada para nosotros? ¿Tu Olimpo arroja el nuestro, o el nuestro al tuyo?”

“Mi Dios, Único, Trino reina Único y Solo”.

“¿En vano vine?” pregunta el romano desilusionado.

“¿Por qué?”

“Porque yo pertenezco a otro dios”.

“Uno solo crea el alma”.

“¿El alma?...”

“El alma es cosa divina que Dios crea para *cada* hombre. Compañera en la existencia, sobreviviente más allá de la vida”.

“Y ¿dónde está?”

“En lo profundo del yo. Pese a que está como cosa divina en lo más sagrado del interior de un templo, se puede hablar de ella no como de cosa sino como de ser verdadero y digno de respeto, que no es contenida sino que contiene”.

“¡Por Júpiter! Pero... ¿eres filósofo?”

“Soy la Razón unida a Dios”.

“Creo que lo eres por lo que estabas diciendo...”

“Y ¿qué es filosofía, cuando es verdadera y honesta, sino la elevación de la razón humana hacia la Sabiduría y Potencia infinita, o sea, hacia Dios?”

“¡Dios! ¡Dios!... Tengo aquel desgraciado que me molesta. Pero como que me olvido de su estado por escucharte a Ti, que eres divino”.

“No soy como tú dices. Tú llamas divino a lo que es superior a lo humano. Yo digo que esta palabra se emplea solo con quien viene de Dios”.

“Está escrito: “¡Salve, Tú que nos formaste! Cuando describo la perfección humana, la armonía de nuestro cuerpo, celebro tu gloria”. Se dijo: “Tú bondad resplandece por haber distribuido tus dones a todos los que viven, para que cada hombre tuviese lo que necesita. Tu sabiduría, se deja ver en tus dones, con tu potencia en cumplirse tu querer”. ¿Reconoces estas palabras?”

“Si Minerva me ayuda... son de Galeno ¿Pero cómo las sabes? Me extraña...”

Jesús sonriente responde: “Ven al Dios verdadero y su divino espíritu te hará docto de la “verdadera sabiduría y piedad que consiste en conocerte a ti mismo y adorar la verdad”. ”

“Pero ¡esto es siempre Galeno! Ahora estoy seguro. Además de médico... y filósofo... ¿Por qué no vienes a Roma?”

“No soy médico, ni mago, ni filósofo como dices, sino que soy el testimonio de Dios sobre la tierra. Traedme aquí al enfermo”.

Entre bramidos y saltos lo arrastran hasta allí.

“¿Ves? Tú lo crees loco. Dices que ningún médico puede curarlo. Es verdad. Ningún médico, porque no está loco, sino que uno de los inferiores, hablo así porque eres pagano, ha entrado en él”.

“Pero no tiene el espíritu de pitón². Al contrario, sólo dice errores”.

“Nosotros lo llamamos “demonio”, no pitón. Hay el que habla y el que es mudo³. El que engaña con razones aparentes de verdad, y el que es solo un desorden mental. El primero de los dos es el más completo y peligroso. Tu hermano tiene el segundo. Pero ahora saldrá de él”.

“¿Cómo?”

“Él mismo te lo dirá”. Jesús ordena: “¡Deja a este hombre! Regresa a tu abismo”.

“Me voy. Contra Ti mi poder es demasiado débil. Me arrojas y me amordazas. ¿Por qué siempre me vences?” El espíritu habló por boca del hombre, que luego aparece como si estuviera del todo agotado.

“Está curado. ¡Soltadlo sin miedo!”

“¿Curado?... ¿Estás seguro?... Pero... ¡yo te adoro!” El romano trata de postrarse, más Jesús no se lo permite.

“Levanta tu alma. En el Cielo está Dios. A Él adórale, y dirige tus pasos hacia Él. Adiós”.

“No, así no. Al menos acepta esta, permíteme que te trate como a los sacerdotes de Esculapio. Permíteme que te oiga hablar... Permíteme que hable de Ti, en mi patria...”

“Hazlo y ven con tu hermano”.

Este mira sorprendido a su rededor y pregunta: “Pero, ¿dónde estoy? Aquí no es Cintium. ¿Dónde está el mar?”

“¡Estabas...!” Jesús hace una señal con la que impone silencio y agrega: “Tenías una fiebre muy alta y te han traído a otro clima. Ahora estás mejor. Ven”.

Todos van, pero no todos están igualmente conmovidos, porque hay quines admiran y quienes critican el que haya sido curado el pagano. Jesús se dirige a su lugar. Ante sus ojos, los romanos están en primera fila.

“No os desagrade si cito un trozo de los Reyes⁴. Se refiere allí que cuando el rey de Siria estaba listo para hacer la guerra a Israel, había en su corte un hombre valioso y respetado de

² Cfr. Lev. Q9, 26 y 31; 20, 6 y 27; Dt. 18, 9-22; Re. 28, 3-25; 4 Re. 21, 1-18; 23, 24-25; 1 Paralip. 10, 13-14; Is. 8, 16-20; 19, 3; Hech. 16, 16-24.

³ Como en esta obra se hace mención frecuente del demonio y endemoniados, Cfr. Gén 3, 1-15; 1 Paralip. 21, 1-2; Job. 1, 6-12; Ps. 108; Zac. 3, 1-2; Mt. 4, 1-11 y 24; 6, 13; 8, 16 y 28-34; 10, 1 y 8; 12, 23-32 y 43-45; 15, 21-28; 17, 14-21; Mc. 1, 12-13 y 21-28; 3, 11 y 23-30; 5, 1, 20; 9, 14-29; Lc. 3, 1-37; 4, 1-13 y 40-41; 8, 1-3 y 26-39; 9, 37-43; 10, 17-20; 11, 14-26; 12, 10; 13, 10-17 y 32; 22, 1-6; Ju. 6, 67-71; 8, 44; 13, 2-5; 13, 21-30; Hech. 16, 16-18; 19, 11-20; 2 Cor. 4, 3-4; 2 Thes. 2, 1-12; 1 Ju. 2, 18-29; 4, 1-6; 2 Ju. 7-11; Apoc. 12-13.

⁴ Cfr. 4 Re. 5, 1-20.

nombre Naamán, el cual era leproso. También se refiere que una jovencita israelita, que habían robado los sirios y era esclava, les dijo: “Si llevasen a mi señor al Profeta que hay en Samaria, ciertamente lo limpiaría de la lepra”. Naamán, pedido el permiso al rey, siguió el consejo de la joven. El rey de Israel perdió sus cabales y dijo: “¿Soy acaso yo Dios para que el rey de Siria me mande sus enfermos? Esto es una trampa para que haya guerra”. Mas el profeta Eliseo cuando supo, dijo: “Que venga a casa el leproso, y lo curaré y sabrá él que en Israel hay un Profeta”. Naamán fue a ver a Eliseo, pero este no lo recibió, tan solo le mandó decir: “Lávate siete veces en el Jordán y quedarás limpio”. Naamán se enojó, pareciéndole que para nada había caminado tanto y trató de regresarse. Sus siervos le dijeron: “No te pidió sino que te lavases siete veces, y aunque te hubiera mandado muchas más, deberías hacerlo porque él es el Profeta”. Entonces Naamán se levantó, fue y se lavó y quedó curado. Lleno de gozo fue a casa del siervo de Dios y le dijo: “Ahora sé la verdad: No hay otro Dios sobre la tierra, sin solo el de Israel”. Y como Eliseo no aceptara dones, le pidió que le permitiese cuando menos llevar tanta tierra que pudiese sacrificar al Dios verdadero sobre la tierra de Israel.

Sé que entre vosotros hay quien no aprueba lo que he hecho. Sé que no estoy obligado a justificarme ante vosotros, pero como os amo con todo el corazón, quiero que comprendáis mi acción y por ella aprendáis, y que de vuestra alma desaparezca cualquier idea de crítica y de escándalo.

Tenemos aquí dos súbditos de una nación pagana, uno de los cuales estaba enfermo. Por boca de algún familiar, pero ciertamente por boca de Israel se les dijo: “Si fueseis al Mesías de Israel, Él sanará al enfermo”. De muy lejos vinieron en mi busca. La confianza de ellos fue mayor que la de Naamán, porque no sabían nada de Israel ni del Mesías, entre tanto que el sirio, porque su nación era vecina a la de Israel, y porque tenía continuo contacto con esclavos de Israel, sabía que acá había Dios. ¡El Dios verdadero! ¿No estaba bien que un pagano regresase a su casa diciendo: “Verdaderamente en Israel hay un hombre de Dios, y que en Israel se adora al Dios verdadero”?

Yo no dije: “Lávate siete veces”. Sino que hablé de Dios y del alma, dos cosas que ignoran y que como dos vertedores de una fuente que no se agota, traen consigo siete dones. Donde hay concepto de Dios y del espíritu, deseo de llegar a ellos... nacen las plantas de la fe, esperanza y caridad; justicia, templanza, fortaleza, prudencia. Virtudes que ignoran porque de sus dioses no pueden copiar sino las pasiones humanas comunes, aumentadas licenciosamente porque las comenten supuestos seres celestiales. Ellos regresan a su patria. Y más que la alegría de haber sido escuchada su súplica, tendrán la de decir: “Sabemos que no somos animales irracionales, que más allá de esta vida hay una futura. Sabemos que el Dios verdadero es bondad y que por esto nos ama también a nosotros, y nos hace beneficios para empujarnos a que vayamos a Él”.

¿Y pensáis que tan solo ellos ignoran la verdad? Hace poco un discípulo mío creía que no podía curar al enfermo porque tenía un alma pagana. ¿Qué cosa es el alma? ¿De quién viene?

El alma es la esencia espiritual del hombre. La que creada desde un principio perfecta, enviste, acompaña y durante todo el tiempo da vida al cuerpo y continúa viviendo después de que no existe más él y es inmortal como Dios que la creó. Puesto que no hay más que un solo Dios no puede haber almas de paganos o almas de no paganos que otros dioses hubieran creado. Hay una sola fuerza que crea las almas: La del Creador, la de nuestro Dios, Único, Poderoso, Santo, Bueno, sin otra pasión que no sea el amor, la caridad perfecta, toda espiritual, y para que entendiesen estos romanos digo caridad, pero también digo: *caridad toda moral*. Porque estos pequeños no comprenden el concepto de espíritu, pues no saben nada de las palabras santas.

¿Y creéis que solo para Israel he venido? Soy quien reuniré las razas en un solo cayado: El Cielo. En verdad os digo que pronto llegará el tiempo cuando muchos paganos dirán: “Permitidnos que tengamos el poder suficiente de poder sacrificar en nuestras tierras paganas

al Dios verdadero, al Dios Uno y Trino” de quien Yo soy la Palabra. Ellos regresan, y convencidos, mejor que si los hubiese despachado con desprecio. Sienten a Dios en el milagro y en mis palabras, y a donde regresan lo dirán.

Todavía añadido: ¿No era justo premiar tanta fe? Desorientados con las respuestas de los médicos, desilusionados con los inútiles viajes a los templos, supieron tener todavía fe para venir al desconocido, al Gran Desconocido del mundo, al Escarnecido, al Gran Escarnecido y Calumniado de Israel y decirle: “Creo que Tú sí puedes”. La primera confirmación de su nueva mentalidad, les vino porque supieron creer. Los he curado no tanto de la enfermedad, cuanto de una fe equivocada, porque puse sus labios en una copa e la que la sed aumenta cuanto más se bebe de ella; la sed de conocer al Dios verdadero.

He terminado. A vosotros de Israel os digo: “Aprended a tener fe como estos”.

El romano se acerca con el curado: “Pero... no me atrevo a decir más: ¡Por Júpiter! Digo, ¡bajo mi palabra de honor de ciudadano romano que te juro que tendré esta sed! Ahora debo partir. ¿Quién me da de beber?”

“Tu espíritu, el alma que ahora sabes que tienes, hasta el día en que un enviado mío llegará a tu casa”.

“¿Y Tú, no?”

“Yo... Yo no. Pero no estaré ausente aun cuando presente no esté. No pasarán muchos años más, que no te dé un don mayor que el de la curación de este a quien amas. Vosotros dos, adiós. Tratad de perseverar en este sentimiento de fe”.

“Salve, Maestro. Que el Dios verdadero te guarde”. Los dos romanos se van y se oye que llaman a los siervos que traigan el carro.

“¡Y no sabían ni siquiera que tuvieran alma!” murmura un anciano.

“Sí, padre, pero han sabido aceptar mi palabra mejor que muchos de Israel. Ahora que han dado una limosna tan grande, daremos doble y triple a los pobres de Dios. Y que los pobres rueguen por estos benefactores, más pobres que ellos mismos, para que lleguen a la verdadera y única riqueza: conocer a Dios”.

La mujer velada llora bajo su velo que impide ver sus lágrimas, pero que no impide que se oigan sus sollozos.

“Esa mujer llora” dice Pedro. “Tal vez no tiene más dinero. ¿Se lo damos?”

“No llora por eso. Pero ve a decirle estas palabras: “Las patrias pasan, pero queda el Cielo y es de quien sabe tener fe, Dios es bondad y por eso ama también a los pecadores, y hace beneficios para persuadirte a que vayas con Él”. Ve. Así dile y déjala que lllore. Es veneno que sale”. Pedro va a donde está la mujer que ya se dirige al campo. La llama y ella regresa. Se puso a llorar mucho más y dice: “Creía que la iba a consolar...” y mira a Jesús.

“Sí, se ha consolado. También se llora de alegría”.

“¡Uhm!... Pero... ¡Eh! Estaré contento cuando le vea la cara. ¿Se la veré?”

“En el día del juicio”.

“¡Válgame Dios! ¡Para entonces ya habré muerto! ¿Y qué sacaré con verla? Entonces miraré solo al Eterno”.

“Hazlo desde ahora. Es la única cosa útil”.

“Sí... pero... Maestro, ¿quién es?”

Todos se echan a reír.

“Si me lo preguntas otra vez nos vamos al punto, así la olvidarás”.

“No, Maestro. Pero... basta con que Tú te quedes...”

Jesús sonríe. “Esa mujer” dice “es un beneficio y una primicia”.

“¿Qué quieres decir? No te entiendo”.

Jesús lo deja plantado y se va en dirección del poblado.

“Ve a la casa de Zacarías. Tiene a su mujer agonizante” explica Andrés. “Me mandó a que te lo dijera”.

“¡Me causas enojo! Sabes todo, haces todo y no me dices nada. Eres peor que un pescado” Pedro se desahoga contra su hermano, porque Jesús no le dijo nada.

“Hermano, no te enojés. Tú hablas también por mí. Vamos a sacar las redes del agua. Ven”.
Unos se van por la derecha, otros por la izquierda. Todo termina.

**97. Jesús en “Aguas Claras”:
“No decir falso testimonio”¹**

14 marzo 1945

“¡Cuánta gente!” exclaman Mateo, y Pedro añade: “¡Eh, mira! Hay también galileos... ¡Ay! ¡Ay! Digámoslo al Maestro. ¡Son tres honorables desvergonzados!”

“Tal vez vienen por cusa mía. Hasta aquí nos persiguen...”

“No, Mateo. El tiburón no come pescaditos, quiere al hombre, una buena presa. Tan solo si no los encuentra, se atraganta un pez grande. Yo, tú, los demás somos pescaditos... una insignificancia”.

“¿Lo dices por el Maestro?” interroga Mateo.

“¿Y entonces por quién? ¿No ves cómo miran por todas partes? Parecen fieras que husmean los rastros de la gacela”.

“Voy a decírselo...”

“¡Espera! Lo decimos a los hijos de Alfeo. Él es muy bueno, una bondad inerme cuando cae en esas bocas”.

“Tienes razón”.

Van al río a llamar a Santiago y a Judas. “Venid, hay unos tipejos... Buenos para el suplicio. Ciertamente han venido a molestar al Maestro”.

“Vamos. ¿Dónde está Él?”

“Ahorita en la cocina. Vamos pronto, porque si cae en la cuenta, no va a querer”.

“Sí, y hace mal”.

“También yo lo digo”.

Regresan a la era. El grupo señalado como “galileo” habla calmadamente con otras personas. Judas de Alfeo se acerca como por casualidad y oye: “...las palabras deben apoyarse con hechos”.

“¡Y Él así hace! ¡Ayer curó a un romano endemoniado!” le objeta un robusto campesino de aquellos lugares.

“¡Horror! ¡Curar a un pagano! ¡Escándalo! ¿Lo oyes Elí?”

“Hay toda clase de culpas en Él: amistad con publicanos y prostitutas, trato con paganos y...”

“Y paciencia con los que maldicen. También esto es una culpa. A mis ojos la más grave. Pero ya que Él no sabe y no quiere defenderse a Sí mismo hablad conmigo. Soy hermano y mayor que Él, y este otro es también su hermano y mucho mayor, hablad”.

“¿Pero por qué te sulfuras? ¿Crees que entre nosotros se hable mal de Maestro? ¡Oh! ¡No! Vinimos desde lejos atraídos por su fama. A estos lo estábamos diciendo...”

“¡Mentiroso! Me causas tanto asco que te vuelvo las espaldas”. Y Judas de Alfeo, tal vez creyendo que puede faltar a la caridad para con el enemigo se va.

“¿No es acaso verdad? Decidlo vosotros...”

Pero “todos” esto es, los otros con quienes hablaron los galileos, se quedan callados. No quieren mentir y no se atreven a desmentir. Prefieren guardar silencio.

“Ni siquiera sabemos cómo es Él...” dice el galileo Elí.

“¿No lo insultaste en mi casa?” pregunta irónicamente Mateo “¿O una enfermedad te ha hecho perder la memoria?”

El “galileo” se cubre con el manto y se va con los otros sin responder.

“¡Bellaco” le grita por detrás Pedro.

¹ Cfr. Ex. 20, 16; Dt. 5, 17.

“Querían decir pestes de Él...” explica un hombre. “Pero nosotros hemos visto los hechos. Y al revés, sabemos cómo son ellos: los fariseos. ¿A quién se va a creer? ¿Al Bueno, que verdaderamente es bueno, o a los perversos que se llaman a sí mismos buenos, pero que en resumidas cuentas, no son más que un castigo? Por mi parte sé decir que desde que vengo no me conozco. Era yo un violento, duro con mi mujer y mis hijos, no respetaba al vecino y ahora... Todos dicen en el pueblo: “Azarías no es más el mismo”. ¿Y entonces? ¿Se ha oído alguna vez que un demonio haga gente buena? ¿Por quién trabaja entonces? ¿Por nuestra santificación? ¡Oh! ¡Sería estrambótico demonio si trabajase por el Señor!”

“Exacto, hombre. Que Dios te proteja porque sabes comprender bien, ver bien y obrar bien. Continúa y llegarás a ser un verdadero discípulo del Mesías bendito. Se alegra al saberlo porque quiere vuestro bien y soporta todo para llevaros a Él. No os escandalicéis sino del *verdadero* mal. Cuando veáis que en el nombre de Dios Él hace cosas, no os escandalicéis, y no queráis creer a esos que quisieran percutirlos de escándalo, aún cuando veáis que hace cosas nuevas. Este es el tiempo nuevo. Ha venido como la flor nueva que brota después de siglos durante los que la raíz ha trabajado. Si no lo hubiesen precedido no podríamos comprender su palabra. Pero los siglos de obediencia a la Ley del Sinaí nos ha dado ese mínimo de preparación para poder aspirar —a partir de nuevos tiempos— de la flor divina que la Bondad ha concedido que veamos, aspiremos todo su aroma y toda su savia para que nos purifiquemos, fortifiquemos y nos hagamos olorosos en santidad como un altar. Siendo el tiempo nuevo, tiene nuevos sistemas, no contrarios a la Ley, sino todos empapados de misericordia y de caridad. Porque Él es la Misericordia y el Amor que ha bajado del Cielo”. Santiago de Alfeo saluda y se dirige a la casa.

“¡Qué bien hablas tú! Dice admirado Pedro. “Yo no sé qué decir. Tan sólo digo: “Sed buenos. ¡Amadlo, escuchadlo, creedle!” ¡No puedo comprender cómo es que esté contento de mí!”

“Y sin embargo lo está y ¡mucho!” responde Santiago de Alfeo.

“¿De veras lo dice, o es tu buen corazón que te impele a decirlo?”

“En verdad así es. Ayer también lo decía”.

“¿Sí? Entonces hoy estoy más contento que el día en que me presentaron a mi esposa. Pero... ¿dónde ha aprendido a hablar así tan bien?”

“Sobre las rodillas de su Madre y a su lado. ¡Qué palabras! Él es el único que puede hablar mejor que Ella. Pero lo que falta a Ella en poder te lo añade en dulzura... y penetran sus lecciones. ¿Has visto cuando acercas un pedazo de tela a un aceite perfumado? Poco a poco se empapa no del aceite sino del perfume, y así el aceite ya no está pero el perfume queda como testigo para decir: “Yo estuve”. Así pudo decir de Ella. También nosotros, telas toscas que nos hicimos suaves cuando Ella penetró con su sabiduría y gracia y su perfume ha quedado en nosotros”.

“¿Por qué no haces que venga? ¡Decía que le gustaría! Sería uno mejor... menos calabazas... por lo menos yo. Y también esta gente... ante Ella serían mejores hasta esas víboras que vienen de cuando en cuando...”

“¿Crees? Yo no. Seríamos mejores, y también los pobres lo serían. ¡Pero los poderosos y los malvados!... ¡Oh, Simón de Jonás! ¡Nunca supongas en los demás tus sentimientos honestos! ¡Te desengañarías! Pero... ¡Míralo! No le diremos nada...”

Jesús sale de la cocina llevando de la mano a un niño, que a su lado con pasos menuditos trota mordisqueando un pedazo de pan con aceite. Jesús acomoda su paso largo a las piernas de su amiguito. “Una conquista” alegre dice “Me ha dicho este hombre de cuatro años que se llama Asrael, que quiere ser mi discípulo y que quiere aprender todo: a predicar, a curar a los niños enfermos, a que haya uvas en los sarmientos aun en diciembre y que luego quiere ir a un monte a gritar a todo el mundo: “Venid, está el Mesías”, ¿No es así Asrael?”

El niño dice que sí, que sí y sigue comiendo pan.

“Apenas si sabes cómo comer” lo provoca Tomás.

“No sabe ni siquiera decir quién es el Mesías”.

“Es Jesús de Nazaret”.

“¿Y qué quiere decir “Mesías”?”

“Quiere decir... quiere decir: El hombre que ha sido enviado para que sea bueno y para que haga a todos buenos”.

“¿Y cómo hará para hacernos buenos? Tú que eres un pilluelo, ¿cómo harás?”

“Lo amaré. Y haré todo lo que pueda y Él hará lo que falte porque yo lo querré mucho. Haz también igual y serás bueno”.

“La lección se ha dado, Tomás. Tienes la orden. “Ámame y podrás todo, porque Yo te amaré si me amases y el amor hará todo en ti”. El Espíritu Santo ha hablado. Ven, Asrael. Vamos a predicar” Jesús se pone tan contento cuando tiene consigo a un niño, que yo le llevaría todos los niños y haría que *todos* los niños lo conociesen. ¡Hay tantos que no lo conocen ni siquiera de nombre!

Está casi llegando a donde está la mujer velada y dice al niño: “Di a aquella mujer: ‘La paz sea contigo’.”

“¿Por qué?”

“Porque se parece a ti, cuando te duele algo y lloras. Pero si tú le dices lo que te dije se le pasará”.

“La paz sea contigo, mujer. No llores. Me lo dijo el Mesías. Si lo quieres, Él te quiere y te cura” grita el niño, mientras Jesús lo arrastra consigo sin detenerse. Hay en Asrael madera de misionero, aunque si por ahora es un poco... inoportuno en sus predicaciones y dice más de lo que se le ha dicho que anunciara.

“La paz sea con todos vosotros. ‘No darás falso testimonio’ se dijo.

¿Qué cosa hay más asquerosa que uno que dice mentiras? ¿No se podría decir que él reúne crueldad con impureza? Sí. Se puede decir. Mata la fama con su lengua. Así pues, no difiere del asesino. Aún más, digo: es más que un asesino. Este mata tan sólo el cuerpo, el mentiroso también la fama, el recuerdo de alguien. Por lo cual es dos veces asesino. Es el asesino impune, porque no derrama sangre, pero hiere el honor de la persona a quien calumnia y de toda su familia. Ni siquiera traigo a colación el caso de alguien que jurando en falso, hace que otro vaya a la muerte. Sobre este, los carbones del infierno están ya acumulados. Me refiero al que con palabras mentirosas insinúa y persuade a que otros se pongan en contra de un inocente. ¿Por qué lo hace? ¿O por odio sin motivo alguno, o por avidez de tener lo que el otro tiene, o por miedo?

Odio: Tiene solamente odio quien es amigo de Satanás. . El bueno no odia. ¡Jamás! ¡Por ningún motivo! Aun cuando sea vilipendiado y se le haga daño, perdona. Jamás odia. El odio es el testimonio que da de sí misma un alma perdida, y el testimonio más hermoso que se da de un inocente. Porque el odio es la rebelión del mal contra el bien. No se perdona a quien es bueno.

Avidez: “Ese tiene lo que yo no tengo. Deseo lo que él tiene. Pero solo si siembro la desestima de él podré llegar a tener su puesto. Y lo haré. ¿Mentiré?... ¡Qué importa! ¿Defraudo?... ¡Qué importa! ¿Puedo lograr que una familia completa venga a la ruina?... ¡Qué importa!” Entre tantas preguntas que el astuto mentiroso se hace, olvida, *quiere* olvidar *una* pregunta, y esta es: ¿Y si me desenmascarasen?” No se la hace, porque llevado de orgullo y de la avidez, es como si tuviese los ojos tapados. No ve el peligro. Es como si estuviese ebrio. Está ebrio del vino satánico, y no piensa que Dios es más fuerte que Satanás y que toma a su cargo vengar al calumniado. El mentiroso se ha entregado a la Mentira y confía neciamente en su protección.

Miedo: Muchas veces alguien calumnia por excusarse a sí mismo. Es la forma más corriente de mentira. Se ha hecho mal. Se teme que nuestra acción sea descubierta y conocida. Entonces, usando y aprovechándose de la estima que se le tiene todavía, he aquí que los papeles se cambian, pues lo que hicimos se le imputa a otro cuyo honor tenemos. Algunas veces se hace, porque sin querer, el otro fue testigo de nuestra mala acción y con todo esto se

quiere poner a buen recaudo su testimonio. Se le acusa para hacerlo sospechoso, y para que si hablase, nadie lo crea.

Pero obrad bien. Obrad bien, y no tendréis jamás necesidad de mentir. ¿No reflexionáis, cuando mentís, qué yugo tan pesado os ponéis? Está hecho de sumisión al demonio, del temor perpetuo de un mentís y de la necesidad de recordar la mentira que se dijo y santo y seña de cómo se dijo, aun después de años, para no caer en contradicción. Un cansancio galeote. Y ¡ojalá fuese para el Cielo! ¡Pero tan solo sirve para prepararse un lugar en el infierno!

Sed francos. ¡Qué digna de estima es la boca del hombre que no conoce la mentira! ¿Se trata de uno que es pobre, tosco, desconocido? ¿De veras?... Aun cuando así sea, es siempre *un rey*, porque es sincero, y la sinceridad es más regia que el oro y la diadema. Eleva sobre las multitudes más que un tronco y proporciona una corte de buenos, más de los que puede tener un monarca. La cercanía del hombre sincero da seguridad y alivio. Por el contrario la amistad del que no es sincero da intranquilidad y aun con tenerlo cerca uno se siente mal. ¿No piensa el que miente que cuando se descubra su mentira, después, por cualquier razón se sospechará de él? ¿Cómo se puede aceptar cuanto él dice? Aun cuando diga la verdad y quien lo oye quiera creerle, con todo en el fondo hay siempre una duda: “¿También ahorita estará diciendo mentiras? Objetaréis: “¿Pero en dónde está el falso testimonio?” Cualquier mentira es un testimonio falso. No tan solo el legal.

Sed sencillos como Dios lo es y lo son los niños. Sed veraces en todos los momentos de vuestra vida. ¿Queréis que se os tenga por buenos? Sedlo en verdad. Si un calumniador quiere hablar mal de vosotros, cien buenos dirán: “No, no es verdad. Él es bueno. Sus obras hablan por él”. En un Libro sapiencial se ha dicho³: “El hombre apóstata avanza con la perversidad en sus labios... en su perverso corazón prepara el mal y a cada momento siembra discordias... Seis cosas odia el Señor y la séptima le causa vómito: los ojos soberbios, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que medita planes inicuos, los pies que corren presurosos al mal, el falso testigo que profiere mentiras, y el que siembra discordias entre sus hermanos... por los pecados de la lengua el malvado se acerca a la ruina... Quien miente da un testimonio falso. El labio veraz permanece para siempre, pero la lengua mentirosa por un instante. Las palabras del murmurador parecen sencillas, pero penetran en las entrañas. Al enemigo se le echa de ver cuando está preparando una traición en su modo de hablar. Cuando hable en voz baja no te fíes de él, porque trae en su corazón siete malicias. Fingidamente esconde su odio, pero su malicia se manifestará... Quien excava el hoyo, en él caerá, y la piedra cae sobre la espalda de quien la arroja sobre sí”.

Viejo como el mundo es el pecado de mentira, pero el pensamiento del sabio no cambia en su propósito, como no cambia el juicio de Dios respecto del mentiroso. Yo os digo: Usad un solo lenguaje. Que el “sí” sea siempre “sí” y que el “no” sea siempre “no” aun cuando estéis frente de poderosos y dictadores; y vuestro mérito será grande en el Cielo. Os digo, sed espontáneos como el niño que instintivamente va con quien siente que es bueno, y que no busca otra cosa que la bondad. Lo que su misma bondad le hace pensar y además no calcula si dice mucho o si pudo recibir un regaño.

Id en paz. Que la verdad sea amiga vuestra”.

El pequeño Asrael que ha estado sentado todo el tiempo a los pies de Jesús con la cabecita levantada como pajarito que escucha el canto de su padre, tiene un gesto muy curioso. Restriega su carita sobre las rodillas de Jesús y dice: “Yo y Tú somos amigos porque Tú eres bueno y yo te quiero mucho. Ahora también yo digo” y esforzando su vocecita para que en el galerón todos lo oigan, dice gesticulando como vio hacer a Jesús: “Escuchad todos. Yo sé a dónde van quienes no dicen mentiras y aman a Jesús de Nazaret... Van camino arriba en la

³ Cfr. Prov. 6, 12-19; 12, 13 y 17 y 19 etc.

escala de Jacob⁴. Arriba, arriba, arriba... junto a los ángeles, y luego se detienen cuando encuentran a Dios” y feliz ríe mostrando sus dientecitos.

Jesús lo acaricia. Baja entre la gente. Entrega el niño a su madre: “Gracias mujer, por haberme prestado tu hijo”.

“¿Te dio molestias...?”

“No. Me dio amor. Es un pequeño del Señor y que el Señor esté siempre con él y contigo. Adiós”.

Todo termina.

98. Jesús en “Aguas Claras”: “No desearás lo que es de otros”¹

15 marzo 1945

“Dios da a cada uno lo necesario. Esto es innegable. ¿Qué cosa es necesaria? ¿El fausto? ¿Un gran número de siervos? ¿Tierras que apenas se pueden contar? ¿Banquetes que empiezan en el crepúsculo y terminan con el levantarse de la aurora? No. Al hombre basta un techo, un pan, un vestido. Lo indispensable para vivir.

Mirar a vuestro alrededor. ¿Quiénes son los más alegres y los más santos? ¿Quiénes gozan de una santa y serena vejez? ¿Los que gozan? No. Quienes honradamente viven, trabajan y desean. No tienen ellos el veneno de la lujuria y permanecen robustos. No tienen el de la crápula y permanecen ágiles. Ni el de la envidia y permanecen alegres. Mientras que quien desea siempre tener más, siempre tener más, siempre más, mata su paz y no goza y envejece precozmente al arder en medio de su rencor y del abuso.

Puedo unir el mandamiento de no robar con el de no desear lo que es de otros. De hecho el deseo excesivo, empuja al robo. No hay más que un paso corto entre ambos. ¿Es ilícito cualquier deseo? No quiero decir esto. El padre de familia que trabaja en el campo o en la oficina y desea obtener lo que asegure el pan de los suyos, en verdad no peca. Al contrario obedece a su deber de padre. Pero el que por su parte no desea sino gozar más, y se apropia de lo que es de otros para llegar a gozar más éste sí peca.

¡La envidia! Y ¿qué otra cosa es el deseo de las cosas de los demás sino avaricia y envidia? La envidia separa a Dios, hijos míos y os junta con Satanás. ¿No pensáis que el primero que deseó las cosas del otro fue Lucifer? Era el más bello de los arcángeles y gozaba de Dios. Debía de haberse contentado con ello. Tuvo envidia de Dios y quiso ser Dios y se convirtió en demonio². El primer demonio. Segundo ejemplo: Adán y Eva tenían todo; gozaban con lo que había en el Paraíso terrenal y de la amistad de Dios; eran bienaventurados con los dones de la gracia que Dios les había dado. Debían de haberse contentado con ello. Envidiaron en Dios el conocimiento del bien y del mal y fueron arrojados del edén convirtiéndose en proscritos odiosos a Dios³. Los primeros pecadores. Tercer ejemplo: Caín tuvo envidia de Abel por su amistad con el Señor, y se convirtió en el primer asesino⁴; María hermana de Aarón y Moisés, tuvo envidia de su hermano y se convirtió en la primera leprosa de la historia de Israel⁵. Podría Yo paso a paso llevaros por toda la vida del Pueblo de Dios y veríais que el deseo desmedido hizo de quien lo tuvo, un pecador y de la nación un castigo. Porque los pecados de cada uno se van acumulando y provocan los castigos de las naciones, así como los granos y granos de arena, acumulados por los siglos y siglos, provocan un desmoronamiento que sepulta pueblos y a quienes están adentro de ellos.

⁴ Cfr. Gén. 28, 1-22.

¹ Cfr. Ex. 20, 17; Dt. 5, 18.

² Cfr. Is. 14, 3-21; en el tirano, descrito detalladamente en los versículos 12-15, los Santos Padres vieron representado y simbolizado al príncipe de las demonios.

³ Cfr. Gén. 1, 26-3, 24.

⁴ Cfr. Gén. 4, 1-16.

⁵ Cfr. Núm. 12, 1-15.

Frecuentemente os he presentado a los niños como ejemplo, porque son sencillos y no desconfían. Hoy os digo: imitad a los pajaritos en su libertad de desear. Mirad. Ahora es invierno y hay poco alimento en los huertos. ¿Se preocupan acaso en verano de guardarlo? ¡No! Se confían al Señor. Saben que podrán encontrar un gusanito, un grano, una migaja, una arañita, una mosquita sobre el agua para su buche. Saben que un alero, un copo de lana los tendrán siempre para guarecerse del invierno, como saben que cuando llegue el tiempo en que tengan necesidad de paja para sus nidos y de más alimento para sus polluelos, habrá siempre heno oloroso en los prados, y alimento jugoso en los huertos y en los surcos; y que el aire y la tierra estarán llenos de insectos. Despacio cantan: “Gracias, Creador, por lo que nos das y darás”, y están listos a cantar con sus piquitos, cuando llegue la época de sus amores y se vean multiplicados en su prole.

¿Hay criatura más alegre que un pajarito? ¿Y qué es su inteligencia con respecto a la humana? Una astilla de sílice comparada con un monte. Pero os enseña. En verdad os digo que posee la alegría del pajarito, quien vive sin deseo impuro. Pone su confianza en Dios y lo siente como a Padre. Sonríe cuando nace el día y cuando cae la noche; porque sabe que el sol es su amigo y la noche su protectora. Sin rencor mira a los hombres y no teme sus venganzas, porque no le hace mal de ningún modo. No tiene miedo de su salud ni siquiera en el sueño, porque sabe que una vida honrada tiene alejadas las enfermedades y que proporciona un dulce descanso. En fin, no teme a la muerte porque sabe que, al haber obrado bien, no puede tener otra cosa que la sonrisa de Dios. También el rey muere. Lo mismo el rico que el pobre. Ni el cetro aleja la muerte, ni el dinero compra la inmortalidad. Delante del Rey de reyes y Señor de señores son cosas irrisorias las coronas y el dinero. Lo que solamente tiene valor es la vida que se vivió según la Ley.

¿Qué cosa estáis diciendo vosotros allá atrás al fondo? No tengáis miedo de hablar”.

“Decíamos: ¿Antipas⁷ de qué pecado es culpable? ¿De hurto o de adulterio?”

“Yo quisiera que no miraseis a los demás, sino a vuestros corazones. Pero os respondo que es culpable de idolatría porque adora a la carne más que a Dios, de adulterio, de hurto, de deseo ilícito y pronto lo será de homicidio”.

“¿Lo salvarás Tú que eres Salvador?”

“Salvaré a los que se arrepientan y regresen a Dios. Los impenitentes no tendrán redención”.

“Dijiste que es ladrón... pero... ¿qué se ha robado?”

“La mujer a su hermano. El robo no solo es de dinero. Lo es también quitar la honra a un hombre, la virginidad a una doncella, al marido su mujer, como igualmente es quitar un buey al vecino o tomarle sus plantas. El hurto, empeora con la libidine o falso testimonio, se agrava con adulterio, fornicación o mentira”.

“¿Y qué pecado comete una mujer que se prostituye?”

“Si es esposa, de adulterio y de robo para su marido. Si no lo es, de impureza y de robo para consigo misma”.

“¿Para consigo misma? ¡Si ella da de lo suyo!”

“No. Nuestro cuerpo lo creó dios para que sea templo del alma que es el templo de Dios. Por esto se debe conservar honesto, pues de otro modo al alma se le quita la amistad con Dios y la vida eterna”.

“¿Entonces una prostituta no puede ser sino algo de Satanás?”

“Cualquier pecado es prostitución con Satanás. El pecador, como una mujer a quien se le paga, se entrega a Satanás por amores ilícitos, con la esperanza de ganancias sucias. El pecado de prostitución es grande, grandísimo, pues hace que los hombres se asemejen a los animales inmundos. ¿Pero creéis que otro pecado mortal no los haga menos? ¿Qué decir de la idolatría? ¿Qué del homicidio? Y con todo perdonó Dios a los israelitas después que

⁷ Cfr. Mt. 14, 3-12; Mc. 6, 14-29; Lc. 3, 19-20; 9, 7-9.

hicieron el becerro de oro⁸. Perdonó a David su pecado y que era doble⁹. Dios perdona a quien se arrepiente. Que el arrepentimiento esté en proporción del número y grandeza de las culpas; y Yo os digo que será perdonado más, quien más se arrepienta. Porque el arrepentimiento es una forma de amor. *De amor activo*. Quien lo hace dice a Dios con su arrepentimiento: “No puedo soportar tu enojo, porque te amo y quiero que me ames”. Y Dios ama a quien lo ama. Por lo cual os digo: Cuanto uno más ama, más es amado. A quien ama con todo su corazón, *todo* se le perdona.

Esta es la verdad. Idos, pero antes sabéis que a las puertas del poblado hay una viuda, que tiene muchos hijos, y que se encuentra en el hambre más completa. La arrojaron de donde vivía porque tiene deudas. Y puede todavía decir: “gracias” al patrón que no hizo más que echarla fuera. He empleado vuestro óbolo para su pan. Pero tiene necesidad de un abrigo. La misericordia es el sacrificio más agradable ante el Señor. Sed buenos y en su nombre os aseguro el premio”.

La multitud cuchichea, se consulta mutuamente y disputa.

Entre tanto Jesús cura a uno que casi estaba ciego y escucha a una viejecita llegada desde Doco que le ruega que vaya a su casa a curar a su nuera enferma. Una larga historia de lágrimas que no transcribo, porque hoy estoy casi muerta.

99. Jesús en “Aguas Claras”. Clausura. Comentario al “De profundis” y al “Miserere”¹

17 marzo 1945

“Hijos míos en el Señor, la fiesta de la Purificación está cerca, y os mando Yo, Luz del Mundo que os preparéis con lo indispensable para que la celebréis bien. La primera luz de la fiesta es la que sacaréis para todos los demás. Pues sería muy necio quien pretendiese prender muchas luces, si la suya no está encendida; y mucho más necio sería quien pretendiese iniciar su santificación con las cosas más difíciles, olvidando lo que es la base del edificio inmutable de la perfección: El Decálogo.

Se lee en los Macabeos² que Judas con los suyos, después que capturó con la ayuda del Señor el Templo de la Ciudad destruyó los altares y los templillos dedicados a los dioses extranjeros, y purificó el Templo. Después levantó otro altar, y con un pedernal prendió fuego, ofreció sacrificios, encendió el incienso, puso las candelas y panes de la proposición y luego, postrados todos por tierra, suplicaron al Señor que no les permitiese pecar más, o si, por debilidad. Volviesen a hacerlo, que fuesen tratados con divina misericordia. Sucedió esto el 25 del mes de Casleu.

Reflexionemos y apliquémonos a nosotros mismos lo referido, porque cada palabra de la historia de Israel, puesto que es el Pueblo elegido, tiene un significado especial. La vida es siempre una enseñanza. La vida de Israel es enseñanza no solo para los días en que se vive sobre la tierra, sino para la conquista de los días eternos.

“Destruyeron los altares y los templillos”. He aquí la primera operación. Es la que os indiqué al nombraros los dioses individuales que sustituyen al Dios verdadero: las idolatrías de los sentidos, del oro, orgullo, vicios capitales que llevan la profanación y muerte del alma y del cuerpo y al castigo de Dios. No os he oprimido con innumerables formulas que oprimen hoy a los fieles, y sirven de obstáculo a la verdadera Ley, que está oprimida, escondida con montones y montones de prohibiciones que son todas extremas, que con su peso conducen al fiel a que pierda de vista la voz recta, clara y santa del Señor que dice: “No blasfemarás. No cometerás idolatría. No profanarás las fiestas. No faltarás al respeto a los padres. No matarás.

⁸ Cfr. Ex. 32-34

⁹ Cfr. 2 Re. 11, 1-12, 23.

¹ Cfr. Salmos 129 y 50.

² Cfr. 1 Mac. 4, 36-52.

No cometerás acciones impuras. No hurtarás. No mentirás. No envidiarás las cosas de los demás. No desearás la mujer ajena”. Diez “no” ni uno más. Son las diez columnas del templo del alma. Arriba entre los santos brilla el oro del santo precepto: “Ama a tu Dios. Ama a tu prójimo”. Es el remate de la cúpula del templo. Es la protección de los fundamentos. Es la gloria del constructor.

Sin amor no podrá obedecerse a las diez reglas y las columnas caerían: Todas o algunas y el templo caería en ruinas totales o parciales. Pero siempre sufriría ruinas y no sería apto para recoger al Santísimo. Haced lo que os digo: Aplastad las tres concupiscencias. Dad un nombre claro a vuestro vicio, como claro es Dios en deciros: “No hagas esto, no hagás aquello”. Es inútil ser sutiles en las formas. Quien ama con más fuerzas de las que ama a Dios, cualquiera que sea este amor, es un idólatra. Quien invoca a Dios llamándose su siervo y luego lo desobedece, es un rebelde. Quien por avidez trabaja en sábado es un profanador, uno que no tiene confianza, un presuntuoso. Quien se niega a ayudar a sus padres bajo pretextos aun cuando diga que lo que hace lo hace por Dios, lo odia a Él pues tiene al padre y a la madre como retratos suyos sobre la tierra. Quien mata siempre es un asesino. Quien comete actos impuros es un lujurioso. Quien roba es siempre un ladrón. Quien miente, siempre es un abyecto. Quien desea lo que no es suyo es un codicioso del hambre más execrable. Quien profana un tálamo es siempre inundo.

Así es. Recuerdo que después que se erigió el becerro de oro, vino la ira del Señor³; después de la idolatría de Salomón, el cisma que dividió y debilitó a Israel⁴; después del helenismo aceptado, y más bien que esto, introducido por los judíos indignos bajo Antíoco Epífanés, vinieron nuestras actuales desventuras de espíritu, fortuna y nacionalidad⁵. Os recuerdo que Nadab y Abiú, siervos falsos de Dios⁶, fueron heridos por Yeové. Os recuerdo que no era santo el maná del sábado⁷. Os recuerdo a Cam y a Absalón. Os recuerdo el pecado de David contra Urías⁹ y el de Absalón contra Amnón. Os recuerdo el fin de Absalón y de Amnón¹⁰. Os recuerdo la suerte de Heliodoro que era un ladrón¹¹, de Simón y de Menelao¹². Os recuerdo el fin vergonzoso de los dos falsos líderes que habían testificado mentirosamente contra Susanna¹³. Y podría continuar sin encontrar fin a los ejemplos. Pero volvamos a los Macabeos.

“Y purificaron el Templo”. No basta decir: “Destruyó”. Es necesario decir: “Purificó”, Os he dicho cómo se purifica el hombre: Con arrepentimiento humilde y sincero. No hay pecado que Dios no pueda perdonar, si el pecador está realmente arrepentido. Tened fe en su bondad divina. Si lograsedis entender lo que significa esta Bondad, aun cuando hubieseis cometido todos los pecados del mundo, no huiríais de Dios, antes bien correríais a sus pies porque solo el Bueno por excelencia puede perdonar lo que el hombre no lo puede.

“Y erigieron otro altar”. ¡Oh! No tratéis de engañar al Señor. No seáis falsos en vuestra conducta. No mezcléis a Dios con Mammón. Tendréis un altar vacío: el de Dios. Porque es inútil levantar un altar nuevo si quedan los restos de otro. O Dios o el ídolo. Escoged.

“Y prendieron fuego con piedra y yesca” Piedra significa la firme voluntad de ser de Dios. La yesca es el deseo de anular, en lo que resta de vida, aun el recuerdo del pasado en el pecado de haberos separado del Corazón de Dios. Sólo entonces se prende el fuego: que es amor. Porque el hijo que trata de consolar a su padre ofendido, con una vida honrada, ¿qué otra

³ Cfr. Ex. 32.

⁴ Cfr. 3 Re. 11-13; 2 Paralip. 10, 1-11, 4.

⁵ Cfr. 1 Mac. 1; 2 Mac. 4-7

⁶ Cfr. Ex 6, 23; 24, 1 y 9; 28, 1; Lev. 10, 1-7; Núm. 3, 1-4; 26, 60-61; 1 Paralip. 24, 1-2.

⁷ Cfr. Ex. 16; Núm. 11, 7-9.

⁹ Cfr. 2 Re. 11, 1-12, 23.

¹⁰ Cfr. 2 Re. 13, 1-38; 18, 1-18.

¹¹ Cfr. 2 Mac. 3, 1-34.

¹² Cfr. 2 Mac. 4-5; 13, 1-8.

¹³ Cfr. Dan. 13.

cosa hace sino amar a su padre, para que este, contento lo ame a él que en otro tiempo fue la causa de sus lágrimas y ahora de su alegría?

Cuando hayáis llegado a este punto, podéis ofrecer sacrificios, prender el incienso, encender las luces y poner los panes. Los sacrificios son agradables a Dios, así como las plegarias. El altar en realidad está iluminado y enriquecido con el alimento de vuestra oferta diaria. Podréis orar de este modo: “Sé nuestro protector” porque Él será vuestro amigo. Sin embargo su misericordia no ha esperado a que le pidiésemos piedad. Se ha adelantado a vuestro deseo. Os ha mandado la Misericordia para deciros: “Esperad. Os digo: Dios perdona. Venid al Señor”.

Hay un altar entre vosotros: el nuevo. De él fluyen ríos de luz y de perdón, que como aceite se extienden, curan y dan fuerzas. Creed en la palabra que procede de Él. Llorar conmigo vuestros pecados. A la manera como el levita dirige el coro, así también Yo dirijo vuestras voces hasta Dios, y no será rechazado vuestro gemido si va unido a mi voz. Me aniquilo con vosotros, hermano de los hombres según la carne, Hijo del Padre en el espíritu, y digo por vosotros, con vosotros: “Desde este profundo abismo, donde Yo-humanidad he caído, clamo a Ti Señor. Escucha la voz de quien te mira y suspira, y no cierres tu oído a mis palabras. Horror es el verme, ¡Oh Señor! Soy un horror aun a mis propios ojos... ¿Qué seré a los Tuyos? No mires mis culpas ¡oh Señor! Porque de otro modo no podré resistir ante Ti sino más bien ten misericordia de mí. Tú lo dijiste: ‘Yo soy misericordia’. Y yo creo en tu palabra. Mi alma herida y abatida, confía en Ti, en tu promesa, y desde el amanecer hasta la noche, desde la juventud hasta la vejez esperaré de Ti”¹⁴.

David, culpable de homicidio y de adulterio, desechado de Dios, obtiene el perdón, después de que clamó al Señor: “Ten piedad de mí, no por consideración mía, sino por honor a tu misericordia, que es infinita. Y por ella borra mi pecado. No hay agua que pueda lavar mi corazón si no se le toma de las aguas profundas de tu santa bondad. Lávame con ella de mi iniquidad y purifícame de mi inmundicia. No niego haber pecado. Aún más, confieso mi delito. Y como un testigo que me echa en cara mi culpa, siempre está ante mí. Ofendí al hombre en el prójimo y en mí mismo, pero sobre todo me duele haber pecado contra Ti. Y esto sea para decirte que reconozco que eres justo en tus palabras y que temo tu juicio que triunfa sobre cualquier pecado humano. Pero considera, ¡oh Eterno! Que nací en culpa, y que pecadora fue quien me concibió, y que Tú tanto me has amado que has llegado a revelarme tu sabiduría, a dárme la por maestra para comprender los misterios de tus sublimes verdades. Y si has hecho tanto ¿debo de temerte? ¡No! No tengo miedo. Rocíame con la amargura del dolor y seré purificado. Lávame con el llanto y seré como la nieve de las montañas. Haz que oiga tu voz y tu humillado siervo se regocijará, porque tu voz es su gozo y alegría, aun cuando reprenda. Torna tu rostro a mis pecados. Tu mirada borraré mis iniquidades. El corazón que me diste lo profanó Satanás y mi flaqueza humana. Fórmame un nuevo corazón que sea puro, y destruye lo que hay de corrupción en las entrañas de tu siervo para que reine sólo en él un espíritu recto. Pero no me arrojes de tu presencia, ni me quites tu amistad, porque sólo la salud que procede de Ti es gozo de mi alma, y tu espíritu soberano es consuelo para el que se humilla. Haz que me convierta en uno de los que vayan diciendo entre los hombres: ‘Ved qué bueno es el Señor. Caminad por sus senderos y seréis benditos como yo lo soy, yo aborto de hombre, pero que ahora torno a ser hijo de Dios, por la gracia que en mí vuelve a nacer’. Y los impíos se convertirán a Ti. La sangre y la carne se rebelan y rugen dentro de mí. Líbrame de ellas, ¡oh Señor! Salvación del alma mía, y cantaré tus alabanzas. No lo sabía, mas ahora lo he comprendido; no es el sacrificio del carnero lo que Tú quieres, sino el holocausto de un corazón contrito. Un corazón contrito y humillado, te es más agradable que los carneros y los machos cabríos, porque nos creaste para Ti, y quieres que nos acordemos de ello y te devolvamos lo que es tuyo. Sé benigno para conmigo por tu gran bondad y reedifica mi Jerusalén y tu Jerusalén que no es otra cosa que un espíritu purificado y perdonado, sobre el

¹⁴ Paráfrasis del Salmo 50.

que puede ofrecerse el sacrificio, la oblación y el holocausto por el pecado, por acción de gracias y por alabanza. Y que cada nuevo día sea una hostia santa consumada sobre tu altar para que ascienda con el olor de mi amor hasta donde Tú estás”.

¡Venid! Vayamos Al Señor, Yo adelante y vosotros detrás. Vayamos a las aguas salutíferas, a los pastizales buenos, y vayamos a las tierras de Dios. Olvidad el pasado. Sonreíd al porvenir. No penséis en el fango, sino levantad vuestra mirada a las estrellas. No digáis: “Son tinieblas”. Decir: “Dios es luz”. He venido a anunciaros la paz, a anunciar a los mansos la Buena Nueva¹⁵. a curar a quienes tienen el corazón quebrantado por *muchas* cosas, a pregonar la libertad a todos los esclavos, entre los que primero se cuentan están los de Mammón, la libertad a los prisioneros de la concupiscencia.

Os digo: Ha llegado el año de la gracia. Vosotros que os sentís tristes no lloréis con la tristeza de quien se siente pecador; no derramáis lágrimas, vosotros desterrados del reino de Dios. Yo sustituyo la ceniza por el oro, el aceite por las lágrimas. Os visto de fiesta para presentaros ante el Señor y decir: “He aquí las ovejas que me enviaste a buscar”¹⁶. Las he ido a ver y las he juntado, las conté, busqué a las dispersas y te las he traído sacándolas de las nubes y de las tinieblas. Las he tomado de entre todos los pueblos, las he recogido de todas las regiones para conducir las a la Tierra, no más tierra¹⁷ que les ha preparado, ¡oh Padre santo! Para llevarlas a las cimas paradisíacas de tus hermosos montes donde todo es luz y belleza, junto a los ríos de las beatitudes celestiales donde se sacian de Ti los espíritus de quienes amas, y di fuerzas a las débiles, no dejé ni a una sola sin ver; la que estaba más desgarrada de los voraces lobos de los sentidos me la puse sobre los hombres como un yugo de amor y la deposito a los pies, Padre benigno y santo, porque ella no puede caminar más, no conoce tus palabras, es una pobre alma perseguida por los remordimientos y por los hombres, es un espíritu que deplora y tiembla, es como una ola empujada y vuelta a ser empujada por el oleaje de la playa. Viene con el deseo, la rechaza el conocimiento que tiene de sí... Ábrele tu seno, Padre que eres todo amor, para que en él encuentre paz esta criatura extraviada. Dile: ‘Ven’. Dile: ‘Eres mía’. Fue posesión de todo el mundo, pero ahora tiene náuseas y miedo. Dice: ‘Cada patrón es un asqueroso esbirro’. Haz que pueda decir: ‘Este Rey mío me ha dado *el gozo de ser una presa*’. No sabe qué cosa sea el amor. Pero si Tú la acoges comprenderá qué cosa es este amor celestial que es el amor de nupcias entre Dios y el espíritu humano y como un pajarito liberado de la jaula de los crueles, subirá, subirá, siempre más arriba hasta Ti, hasta el cielo, hasta el gozo, la gloria, cantando: ‘He encontrado a quien buscaba. Mi corazón no tiene otro deseo. ¡En Ti reposo y me alegro, Señor eterno, por los siglos de los siglos bienaventurada’ ”.

Idos. Con nuevo espíritu celebrad la fiesta de la Purificación. Y la Luz de Dios se encienda en vosotros”.

Jesús al final de su discurso ha estado arrebatador. Su rostro era luminoso con ojos que resplandecían. Una sonrisa y una melodía de dulzura inimaginables.

La gente como extática no se mueve, y solo lo hace cuando repite: “Idos, la paz sea con vosotros”. Los peregrinos se retiran hablando entre sí.

La mujer velada se va rápida como siempre, con su paso veloz y ligeramente ondulante. El manto a sus espaldas parece como si fueran alas que el viento hincha.

“Ahora comprenderé si es de Israel” dice Pedro.

“¿Por qué?”

“Porque si está aquí es señal de que...”

“... es una pobre mujer sin casa propia. No otra cosa. Recuérdalo bien Pedro”. Jesús se dirige hacia el poblado.

¹⁵ Cfr. Is. 61. 1-3.

¹⁶ Cfr. Ez. 34, 11-16.

¹⁷ Esto es, el Cielo, la Jerusalén celestial: cfr. Is. 65, 17; 66, 22; Apoc. 21.

“Sí, Maestro, lo recordaré... ¿Y qué haremos ahora en que todos regresan a su casa para la fiesta?”

“Nuestras mujeres prenden por nosotros las lámparas”. “Me desagrada... es el primer año que no las veré prender en la mía, o que no las prendo...”

“¡Eres un viejo niño! Prenderemos también las lámparas, así no tendrás esa cara de enfado. Y tú las prenderás”.

“¿Yo? Yo no. Tú eres la cabeza de nuestra familia. Te toca a Ti”.

“Yo soy siempre una lámpara encendida... y querría que todos también así fueseis. Soy la Encenia perpetua, Pedro. ¿Sabes que nací exactamente el veinticinco de Casleu?”

“Quién sabe cuántas luces, ¿eh?” Pedro admirado pregunta.

“No se podían contar... eran todas las estrellas del Cielo...”

“¿No te hicieron fiesta en Nazaret?”

“No nací en Nazaret, sino en medio de unos escombros en Belén. Veo que Juan ha sabido quedarse callado. Es *muy* obediente”.

“Y no es curioso... Pero... ¡yo no me aguanto! Cuéntaselo a tu pobre Simón, Si no, ¿cómo le hago para hablar de Ti? Algunas personas preguntan y no sé qué decir... Los otros saben hacerlo, me refiero a tus hermanos y a Simón, Bartolomeo y Judas de Simón. También Tomás sabe hablar... parece un pregonero de mercado... que está vendiendo sus mercancías. Pero para hablar... Mateo... ¡eh! ¡Lo hace bien! Usa su antigua sabiduría de cuando desplumaba sentado en su banco de alcabalero, para obligar a los otros a que le digan: “Tienes razón”. ¡Pero yo!... ¡Pobre Simón de Jonás! ¿Qué cosa te han enseñado los peces? Y ¿qué cosa el lago? Dos cosas... pero no sirven: los pescados a callar y a tener constancia. Ellos constantes en huir de la red y yo constante a meterlos. Y el lego a tener valor y ojo en todas partes. ¿Qué cosa me enseñó la barca? A fatigarse sin dejar descansar ni un solo músculo y a estar derecho aun cuando las olas estén agitadas y pueda uno caerse. Ojo a la estrella polar, mano firme en el timón, fuerza, valor, constancia, atención. Esto es lo que me ha enseñado mi pobre vida...”

Jesús le pone la mano sobre la espalda, lo sacude y lo mira con afecto y admiración verdadera de tanta sencillez, y dice: “¿Y te parece poco Simón Pedro? Tienes todo cuanto es necesario para que seas mi “piedra”. Nada te falta, nada te sobra. Serás el navegante eterno Simón. Y a quien venga después de Ti le dirás: “Ojo a la estrella polar que es Jesús. Mano firme en el timón, fuerza, valor, constancia, atención, tener el ojo en todo y fatigarse sin descansar, y saber estar derechos aun en medio de las olas agitadas...” En cuanto al silencio... eso si no... los peces no te lo enseñaron”.

“Pero soy más mudo que los peces en lo que debo de decir. Las otras palabras... También las gallinas saben cacarear como lo hago yo... Pero dime, Maestro mío. ¿Me das a mí también un hijo? Somos viejos... Tú me dijiste que el Bautista nació de una mujer ya entrada en años... Ahorita me dijiste: “Y a quien venga después de ti, dirás... ¿Quién viene después si no es el hijo?” Pedro pone una cara de súplica y de esperanza.

“No, Pedro. Y no te duela. Te pareces exactamente a tu lago cuando una nube oculta el sol. De risueño se hace oscuro. No, Pedro mío. No tendrás *uno*, sino miles y decenas de miles de hijos, y en cada nación... ¿No te acuerdas cuando te dije: “Serás pescador de hombres?”

“¡Oh! Si... pero... Sería tan dulce que un niño me llamase “padre” ”.

“Tendrás tantos que no los podrás contar, y a quienes darás la vida eterna. Los volverás a encontrar en el cielo y me los llevarás diciendo: “Son los hijos de tu Pedro y *quiero* que donde yo estoy, estén ellos” y te diré: “Sí, Pedro. Como tú quieras, así será. Porque tú hiciste todo por Mí y Yo hago todo por ti”. Jesús muestra una dulzura extraordinaria en estas promesas.

Pedro traga saliva, llorando la esperanza de una paternidad terrena, pero también llora por éxtasis, por lo que le anuncia. “¡Oh, Señor!” dice. “Para dar la vida eterna es menester persuadir a las almas para el bien... y estamos siempre en lo mismo: yo no sé hablar”.

“Sabrás hablar, cuando llegue la hora y mejor que Gamaliel”.

“Quisiera creerlo... Haz Tú el milagro, porque si yo debo hacerlo por mis propias fuerzas...”

Jesús ríe de la tranquila risa de Pedro y dice: “Yo estaré siempre contigo. Vamos al poblado. A la casa de aquella viuda. Tengo una limosna secreta. Un anillo que quiero vender. ¿Sabes cómo lo obtuve? Me llegó una piedra a los pies, mientras oraba junto a ese peñasco. En la piedra venía un pequeñísimo envoltorio con un pedazo de pergamino. Dentro del envoltorio estaba el anillo. En el pergamino la palabra “caridad” ”.

“¿Me lo dejas ver? ¡Oh! ¡Hermoso! De mujer. ¡Qué dedo tan pequeño! ¡Cuánto oro!...”

“Ahora tú lo vendes, yo no sé cómo hacer eso. El fondista compra oro. Lo sé. Te espero cerca del horno. Ve, Pedro”.

“Pero... ¿si no lo hago bien? Yo y el oro... Yo no entiendo de oro”.

“Piensa que es pan para el que sufre hambre, y haz lo mejor que puedas. Hasta pronto”.

Pedro va hacia la derecha mientras Jesús, muy despacio toma la izquierda, y continúa yendo hacia el poblado que se ve un poco lejos; detrás del bosquecillo que está más allá de la casa del administrador.

100. Jesús abandona “Aguas Claras” y va a Betania

18 marzo 1945

“Aguas Claras” está sin peregrinos. Y parece extraño verla sin vestigios de los que se quedan por la noche o que al menos toman sus alimentos en la era o debajo del cobertizo. Hoy no se ve más que orden y limpieza. No hay huella alguna de las que suele dejar tras de sí la multitud.

Los discípulos ocupan su tiempo en trabajos manuales. Unos trabajan en reparar los anzuelos, otros en quitar tierra y en hacer calos para que el agua que cae del techo no se acumule en la era. Jesús está de pie en medio de un prado y echa migajas a los pajaritos. Se puede decir que a pesar de que el día es despejado, no se descubre ningún ser viviente.

Regresa Andrés de algún encargo y se dirige a Jesús: “La paz sea contigo, Maestro”.

“Y contigo Andrés. Ven un poco aquí. Puedes estar cerca de los pajaritos. Eres como ellos. ¿Ves? Cuando saben que quien se les acerca los quiere, no tienen miedo... Mira qué confianzudos, seguros, contentos están. Antes estaban casi junto a mis pies. Ahora estás tú y están alertas. Pero mira... mira aquel pájaro que se acerca más audaz. Sabe que no hay ningún peligro. Detrás de él vienen los demás. ¿Ves cómo brincan? ¿No somos iguales nosotros, hijos del Padre? Él nos llena con su amor. Y cuando estamos seguros de que nos ama y de que nos invita con su amistad... ¿por qué temer de Él y no de nosotros? Su amistad nos debe hacer audaces hasta con los hombres. Créeme: solo el malviviente puede tener miedo de sus semejantes. No el justo como tú”.

Andrés está colorado pero no habla. Jesús lo atrae a Sí, sonriendo: “Sería necesario poneros a ti y a Simón en un solo filtro, destilaros y luego volver a haceros. Seríais perfectos. Y sin embargo, ¿lo creerás si te digo que, aunque diversos en el principio, serás perfectamente igual a Pedro, al final de tu misión?”

“Tú lo dices y cierto será. No me pregunto ni siquiera cómo puede suceder. Porque lo que dices es verdad. Me gustaría ser como Simón, mi hermano, porque es justo y te hace feliz. ¡Simón vale! Estoy muy contento de que valga. Valeroso, fuerte. Pero también los demás...”

“Y tú, ¿no?”

“¡Oh!... ¡Yo!... Solo tú puedes estar contento de mí...”

“Y de que soy el único que me doy cuenta de que trabajas sin hacer ruido y más profundamente que los demás. Porque entre los doce hay quien hace tanto ruido, cuando trabaja. Hay quien hace más ruido que trabajo... y hay quien hace otra cosa que trabajar. Un trabajo humilde, activo, ignorado... los otros pueden creer que él no haga nada. Pero Él que ve, sabe. Estas diferencias se deben, porque todavía no sois perfectos. Y siempre las habrá entre los futuros discípulos, entre los que vendrán después de vosotros, hasta el momento en que el ángel grite: “Ya no hay más tiempo”. Siempre habrá servidores del Mesías que tratarán tanto de trabajar, como de atraer sobre sí la mirada del mundo. Serán los *Maestros*. Habrá por

desgracia, quienes harán sólo ruido y cosas exteriores: los falsos pastores con actitud de bufones... ¿Sacerdotes?... No, *pantomimas*. No otra cosa. No es el ademán el que hace al sacerdote, ni tampoco su vestido. No es su mundana cultura ni las relaciones sociales y poderosas lo que hacen al sacerdote. Es su alma. Un alma que es tan grande que anula su carne. Todo espíritu, el sacerdote mío... Así lo sueño. Así serán mis *santos* sacerdotes. El espíritu no tiene voz ni postura de payaso. No lo soporta porque es espiritual y porque no puede ponerse máscara. Es lo que es: espíritu, llama, luz, amor. Habla a los espíritus; habla con la castidad de las miradas, de los actos, de las palabras y de las obras.

El hombre mira y ve a un semejante suyo. Pero más allá y sobre la carne ¿qué ve? Una cosa que lo detiene en su caminar presuroso, lo hace meditar y concluir: “Este hombre semejante a mí, tiene sólo el aspecto de hombre. El alma es de ángel” y si no es un creyente termina con: “Por él creo que existe un Dios y un cielo. Y si es un lujurioso: “Este semejante a mí, tiene ojos del cielo; refreno mis sentidos para no profanarlos”. Y si es avaro: “Por el ejemplo de este no me apegó a las riquezas. Dejo de ser avaro”. Y si es iracundo, un feroz ante el manso se cambia en el ser más plácido. Tanto puede hacer un sacerdote santo. Y créeme, siempre habrá sacerdotes santos que sabrán morir por amor de Dios y del prójimo, y lo harán con sencillez después de haber ejercitado la perfección durante toda su vida, de una manera igualmente sencilla, de modo que el mundo ni siquiera se habrá percatado de ellos. Si el mundo no se convierte en un lupanar e ídolatra, se deberá a estos: *Los héroes del silencio y de la fiel actividad*. Tendrán tu sonrisa: pura y tímida. Porque habrá siempre “Andreses” por gracia de Dios y fortuna del mundo”.

“No creía que iba a merecer esas palabras... no hice nada para provocarlas...”

“Me has ayudado a llevar un corazón a Dios. Y es el segundo que llevas a la Luz”.

“¡Oh! ¿Por qué hablo?... Me había prometido...”

“Nadie habló. Lo sé. Cuando los compañeros cansados descansan, hay tres que en “Aguas Claras” no duermen. El apóstol del silencio y del amor activo por los hermanos pecadores. La criatura a la que el alma empuja hacia la salvación; y el Salvador que ruega y vigila, que está alerta y espera... Mi esperanza: que un alma encuentre su salvación... Gracias, Andrés. Continúa y que seas bendito”.

“¡Oh, Maestro!... Pero no digas nada a los demás... He hablado a solas con una leprosa en una playa desierta, y he hablado con otra cuya cara no he visto. Pero es muy poco lo que hago. Si los otros lo saben, y sobre todo Simón, que querrá venir... no sé hacer otra cosa más... Ni siquiera Tú vengas... porque me avergüenzo de hablar ante Ti”.

“No iré. Jesús no irá. El Espíritu de Dios ha ido siempre contigo. Vamos a casa, nos llaman para la comida”.

Y así termina el diálogo entre Jesús y el discípulo suave.

Todavía están comiendo y ya han prendido las lámparas, porque la tarde baja rapidísimo y el cierzo aconseja tener la puerta cerrada, cuando fuera alguien llama y se oye la alegre voz de Juan.

“¡Bienvenidos!”

“¡Qué pronto!”

“¿Qué os trae?”

“¡Traéis tanto!”

Todos hablan al mismo tiempo y ayudan a los tres a quitarse de las espaldas las pesadas alforjas.

“¡Espacio!”

“Dejad que saludemos al Maestro”.

“¡Un momento!”

Hay una confusión alegre, familiar, por el gozo de estar juntos.

“Os saludo amigos. Días serenos tuvisteis, gracias a Dios”.

“Sí, Maestro, pero no noticias serenas. Lo preveía” dice Iscariote.

“¿Qué hay? ¿Qué hay?” La curiosidad se ha despertado.

“Primero dejad que se hayan repuesto” dice Jesús.

“No, Maestro. Primero te damos lo que tenemos para Ti y para los demás. Y en primer lugar, Juan... entrega una carta”.

“La tiene Simón. Tenía miedo de estropearla”.

Zelote, que ha estado luchando hasta ahora con Tomas que le quería servir agua para sus pies cansados, acude diciendo: “La tengo aquí en la bolsa de la cintura” y saca del bolso de su grueso cinturón de cuero rojo un pergamino que está todo aplastado.

“Es de tu Madre. Cuando nos encontramos cerca de Betania, encontramos a Jonatás que iba a la casa de Lázaro con la carta y otras muchas cosas. Jonatás iba a Jerusalén porque Cusa pone en orden su palacio... Tal vez Herodes se va a Tiberíades... y Cusa no quiere que su mujer esté cerca de Herodías” explica Iscariote, mientras Jesús desata los nudos del pergamino y lo desenrolla.

Los apóstoles cuchichean mientras Jesús con una sonrisa de felicidad lee las palabras de su Mamá.

“Escuchad” dice luego. “Hay también para los galileos algo. Mi Madre escribe:

“A Jesús, mi dulce Hijo y Señor, paz y bendición. Jonatás, siervo de su Señor me ha traído obsequiosos presentes de parte de Juana, que pide que su Salvador la bendiga. También María de Alfeo y Salomé mandan a sus hijos besos y bendiciones. Y como Jonatás fue buenísimo sin medida, hay también saludos de la mujer de Pedro a su marido lejano, y también los familiares de Felipe y Natanael les envían saludos. Todas vuestras mujeres, ¡oh queridos varones lejanos! Con la aguja y en el telar, con el trabajo en el huerto os envían vestidos para estos meses de invierno, y dulce miel, recordándoos que la toméis con agua muy caliente en las tardes húmedas. Cuidaos. Eso me dijeron las mamás y las esposas que os comunicase, lo que hago. También a mi Hijo. No nos hemos sacrificado en nada. Creedlo. Que os gusten los sencillos regalos que nosotras, discípulas de los discípulos del Mesías, damos a los siervos del Señor, y dadnos tan solo la alegría de saber que estáis sanos.

Ahora, amado Hijo, me acuerdo que ya va casi para un año que no estás conmigo. Y me parece que vuelven aquellos tiempos en que sabía que Tú ya estabas, porque sentía un corazoncito palpar en mi seno, pero también podía decir que todavía no estabas, porque me estabas esperando con una barrera que me impedía acariciar tu delicado cuerpo, y solo podía mi corazón adorarte, ¡oh querido Hijo mío y adorable Dios! También sé ahora que eres mío y que tu corazón palpita con el mío, que jamás se han separado, pero no te puedo acariciar, escuchar, servir, venerar, Mesías del Señor y de su pobre sierva.

Juana quería que fuese a su casa para que no estuviese sola en la fiesta de las Luces. Quise con todo quedarme aquí con María para prender las candelas. Por mí y por Ti. Aunque fuese la reina más grande de la tierra y pudiese prender miles y decenas de millares de candelas, estaría a oscuras porque no estás Tú aquí. Mientras que estaba en medio de una claridad perfecta en aquella oscura cueva, cuando te tuve en mi corazón. Luz mía y Luz del mundo. Será la primera vez que me diga: ‘Mi niño cumple un año más’ y no tengo a mi Niño. Y será más triste que tu primer cumpleaños en Matarea. Pero Tú cumples con tu misión y yo con la mía, y ambos hacemos la voluntad del Padre y trabajamos por la gloria de Dios. Esto enjuga mis lágrimas.

Querido Hijo, caigo en la cuenta de lo que haces, por lo que se me cuenta. Como las ondas de un mar abierto llevan las voces del inmenso océano a una solitaria y encerrada bahía, de igual modo el eco de tu santo trabajo por la gloria del Señor llega hasta nuestra quieta casita, a tu Mamá que se regocija y tiembla, porque si todos hablan de Ti, no todos lo hacen con igual corazón. Vienen amigos que han recibido algún beneficio de Ti para decirme: ‘Sea bendito el Hijo de tu seno’ y vienen tus enemigos a herir mi corazón diciéndome: ‘¡Que Dios lo maldiga!’ Yo ruego por estos porque son más infelices que los paganos que vienen a preguntarme: ‘¿En dónde está el mago... el adivino?’ Y no saben que dicen una verdad grande, en medio de su error, porque verdaderamente Tú eres *Sacerdote y grande*, como se colige de lo que antiguamente fue dicho, y eres divino, ¡oh Jesús mío! Yo te los mando diciendo: ‘Está en

Betania'. Porque sé que así debo de decir mientras Tú no ordenes de otro modo. Ruego por los que vienen a buscar salud, para lo que muere, a fin de que encuentren salud para el eterno espíritu.

Te ruego que no te aflijas por mi dolor. Se compensa con la alegría que le dan las palabras de los curados del alma y cuerpo. María tuvo y tiene un dolor todavía más fuerte que el mío; no solamente el mío cuenta. José de Alfeo quiere que sepas que, en un viaje reciente que hizo a Jerusalén por razón de negocios, fue detenido y amenazado por causa tuya. Eran unos hombres del Gran Consejo. Pienso que alguno de los grandes de aquí lo señaló. Porque ¿de otro modo quién habría podido reconocer a José como cabeza de la familia y hermano tuyo? Te digo esto por obedecer a María. Por mí te digo que querría estar cerca de Ti, para darte consuelo. Pero obra Tú mejor, Sabiduría del Padre, sin tener en cuenta mi llanto. Simón, tu hermano, estaba a punto de ir contigo por esto. Pero la estación lo ha detenido y más el miedo de no encontrarte, porque se nos dijo, y como una amenaza, que Tú ya no puedes permanecer donde estás.

¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Adorado y Santo Hijo mío! Estoy con los brazos levantados como Moisés los tuvo en el Monte¹ para rogar por Ti en la batalla contra los enemigos de Dios y tuyos, Jesús mío a quien el mundo no ama.

Aquí murió Lía de Isaac. He sufrido porque siempre fue buena amiga conmigo. Pero la pena mayor eres Tú, lejano y amado. Te bendigo, Hijo mío, y así como te ofrezco paz y bendición, así te ruego que la des a tu Mamá”.

“¡Hasta esta casa llegan esos desvergonzados!” ruge Pedro.

Judas Tadeo exclama: “José... podía haberse guardado la noticia en el pecho y ¡gozó en darla!”

“Gritos de hiena no infunden temor a los vivos” enjuicia Felipe.

“Lo malo es que no son hienas, sino tigres. Buscan una presa viva” dice Iscariote. Y volviéndose a Zelote: “Di todo lo que hemos sabido”.

“Sí, Maestro. Judas tenía razón de temer. Fuimos a casa de José de Arimatea y de Lázaro que son abiertos amigos tuyos. Luego Judas y yo, como si hubiese sido un amigo de la infancia, fuimos a casa de algunos amigos suyos de Sión... y... José y Lázaro te dicen que te vayas pronto durante estas fiestas. No insistas, Maestro. Es por tu bien. Luego los amigos de Judas dijeron: “Mira que ya está decidido de ir a sorprenderlo para acusarlo, exactamente en estos días de fiesta en que no hay gente. Que se retire por algún tiempo. Para engañar a estas víboras. La muerte de Doras ha llenado de cólera su veneno y su miedo. Porque tienen miedo además de odio. Y el miedo les hace ver lo que no hay y el odio les hace decir hasta mentiras”.

“¡Todo, todo lo nuestro lo saben! ¡Es una cosa odiosa! ¡Y todo alteran! Todo exageran.. Y cuando creen que no hay bastante razón para maldecir, inventan. Tengo náuseas y me siento desquebrajado. Me llegan ganas de desterrarme, de irme... no sé... lejos. Lejos de este Israel que es todo un pecado...” Iscariote está deprimido.

“Judas, Judas... una mujer para dar al mundo un hombre trabaja por nueve lunas. Tú, para dar al mundo el conocimiento de Dios, ¿querrías hacerlo más pronto? No nueve lunas, sino millares de lunas serán necesarias. Así como la luna nace y muere cada mes, se nos muestra apenas, luego llena y finalmente como un adoquín, así sucederá siempre en el mundo, entre tanto que haya fases, crecientes, llenas y decrecientes de religión. Cuando pareciera muerta, otra vez estará viva, así como la luna que existe aun cuando parece que se haya extinguido. Quien hubiere trabajado en esta religión, tendrá mérito completo, aun cuando si tan solo una escasa minoría de almas fieles haya quedado sobre la tierra. ¡Ea! ¡Ea! No fáciles entusiasmos en los triunfos y no fáciles abatimientos en las derrotas”.

“Bueno... pero vete de aquí. *Nosotros* no somos todavía fuertes. Pensamos que ante el Sanedrín tendríamos miedo. Yo a lo menos... De los otros no sé... creo que es una

¹ Cfr. Ex. 17, 8-16.

imprudencia el probarlo. No tenemos el corazón de los tres jóvenes de la corte de Nabuconodossor²”.

“Sí, Maestro. Es mejor”.

“Es prudente”.

“Judas tiene razón”.

“Ves que también tu Madre y familiares...”

“Y Lázaro y José...”

“Hagámoslos venir en balde...”

Jesús abre los brazos y dice: “Sea como queréis. Pero luego regresamos aquí. Veis cuántos vienen. No fuerzo y no tiento vuestras almas. Sé que todavía no está preparada... Pero veamos las labores de las mujeres”.

Mientras todos, con ojos alegres y voces de alegría extraen de las alforjas los paquetes con los vestidos, sandalias y los alimentos que enviaron las mamás y las esposas, y tratan de interesar a Jesús a que admire tanto favor de Dios. Él sigue triste y distraído. Lee y vuelve a leer la carta de su mamá. Se ha arrinconado con una lamparita en la esquina más retirada de la mesa, sobre la que hay vestidos y miel, vasitos de metal, quesos... con una mano hace sombra a sus ojos y parece que medita, pero sufre.

“Mira, Maestro, que mi esposa, la pobrecita, qué hermoso vestido con capucha me hizo. Quién sabe cuánto habrá trabajado, porque no es experta como tu Mamá” dice Pedro contentísimo, cargando en los brazos sus tesoros.

“Hermosos, en realidad, hermosos. Es una mujer muy buena” dice cortés Jesús. Pero con los ojos lejanos de las cosas que le presentan.

“La mamá nos hizo vestidos con doble forro. ¡Pobre mamá! ¿Te gustan, Jesús? Es un hermoso color. ¿No es así?” dice Santiago de Zebedeo.

“Muy hermoso, Santiago. Te quedará bien”.

“Mira. Apuesto a que estas fajas las hizo tu Mamá. Es la que borda de este modo, y yo digo que María ha hecho este velo que es doble para proteger del sol. Es igual al tuyo. El vestido no. Ciertamente nuestra mamá lo tejió. ¡Pobre mamá! Después de que lloró tanto en el verano, ve menos y frecuentemente se le rompe el hilo. ¡Querida mamá!” Judas de Alfeo besa el pesado vestido de color café.

“¿No estás alegre, Maestro?” por fin dice Bartolomé. “No miras siquiera las cosas que te enviaron”.

“No puede estarlo” objeta Simón Zelote.

“Pienso... Pero... rehaced los bultos. Poned todo en su lugar. No es la hora de que seamos capturados y no lo seremos. A media noche, al claror de la luna iremos a Doco, luego a Betania”.

“¿Por qué a Doco?”

“Porque hay una mujer que está muriendo y me espera para que la cure”.

“¿No pasamos por la casa del administrador?”

“No, Andrés, no iremos a la casa de nadie. De este modo nadie tiene por qué mentir diciéndole que no sabe en dónde estamos. Si a vosotros os interesa no ser perseguidos, a Mí el no dar molestias a Lázaro”.

“Pero Lázaro te está esperando”.

“Y vamos donde Él. Mejor dicho... Simón, ¿me puedes hospedar en la casa de tu viejo siervo?”

“Con gusto, Maestro. Ya sabes todo. Por lo tanto puedo decirte en nombre de Lázaro y mío y de quien está en la casa: Es tuya”.

“Vámonos pronto para estar en Betania antes del sábado”.

Y entre tanto que todos se desparraman con lámparas para hacer lo que es menester para la partida imprevista, Jesús queda solo.

² Cfr. Dan. 3, 1-97.

Vuelve a entrar Andrés, se acerca a Jesús y le dice: “¿Y aquella mujer? Me desagrada abandonarla hora que parecía que estaba próxima a venir... es prudente... ¿la has visto?”

“Ve a decirle que regresaremos dentro de algunos días y que entre tanto se acuerde de tus palabras...”

“De las tuyas, señor. Yo sólo dije las tuyas”.

“Ve. Hazlo pronto, y ten cuidado de que nadie te vea. En realidad, en este mundo de malos, deben tomar la apariencia de pérfidos quienes son inocentes...”

Y todo se me acaba aquí con esta gran verdad.

101. Curación de Yerusa, la cancerosa en Doco

19 marzo 1945

Veo a Jesús en los primeros albores de un triste amanecer invernal que entra en la pequeña ciudad de Doco y pregunta a un viajero: “¿Dónde vive Mariana, la anciana suegra de la mujer que está muriendo?”

“¿Mariana? ¿La viuda de Leví? ¿La suegra de Yerusa, mujer de Josías?”

“Ella”.

“Mira, hombre. Al fin de esta calle hay una plaza y en la esquina una fuente, de allí parten tres calles. Toma la que tiene en el centro una palma y camina unos cien pasos. Encontrarás un foso, Síguelo hasta el puente de tablas. Lo pasas y verás una callecita cerrada. Cuando termine la calle, saliendo encontrarás un pozo un poco y ya has llegado. La casa de Mariana es amarilla porque ya es vieja. Y con los gastos que hacen, no pueden limpiarla. No te equivoques. Adiós. ¿Vienes de lejos?”

“No mucho”.

“¿Eres galileo?”

“Sí”.

“¿y estos? ¿Vienen a la fiesta?”

“Son amigos míos. Adiós, hombre. La paz sea contigo”. Jesús deja con la palabra en la boca a este hombre que no tiene prisa, y continúa su camino. Los apóstoles lo siguen.

Llega a la... placita: un montón de tierra lodosa en cuyo centro hay una encina que ha crecido como dueña y que tal vez en verano será de utilidad. Por ahora sólo causa melancolía, tan tupida y cenicienta sobre las casa a las que arrebató luz y sol.

La casa de Mariana es la más miserable. Larga y baja, y... ¡tan descuidada! El portón está lleno de remiendos hechos en donde la viejísima madera se ha roto. La ventana no tiene bastidor y presenta un agujero negro como la órbita de un ojo.

Jesús llama al portón. Sale una niña como de diez años, pálida, despeinada, con los ojos rojos. “¿Eres la nieta de Mariana? Dile a la anciana que Jesús está aquí”.

La niña da un grito y huye llamando en alta voz. Acude la anciana, seguida de seis niños, además de la primera. El mayor parece ser gemelo de ella: los últimos, dos pequeñuelos descalzos y demacrados, se aferran al vestido de la anciana, pues apenas si pueden caminar suficientemente bien.

“¡Oh! ¡Has venido! ¡Hijos venerad al Mesías! Llegas oportunamente a mi pobre casa. La hija se me está muriendo... no lloréis, niños, que no oiga. ¡Pobres criaturas! Las niñas están agotadas con los desvelos, porque yo hago todo, pero no puedo velar más, me caigo de sueño por tierra. Ya hace meses que no sé lo que es cama. Ahora duermo sobre una silla, para estar cerca de ella y de las niñas. Son tan pequeñas y sufren. Los niños: estos van a traer leña para tener fuego, y la venden también para comprar pan. ¡Pobrecitos míos que están tan extenuados! Pero lo que nos mata, no es la fatiga, es el verla morir... No lloréis. Tenemos a Jesús”.

“Sí. No lloréis. La mamá se curará, el papá regresará, no tendréis muchos gastos y no tendréis hambre. ¿Son estos los dos últimos?”

“La pobre criatura por tres veces ha dado a luz gemelos... y está enferma del pecho”.

“¡A unos mucho, y a otros nada!” rezonga Pedro entre dientes. Toma a un pequeñín y le da una manzana para hacerlo callar. Y mientras el otro pide una y Pedro se la da, Jesús va con la anciana más allá del patio y sube por la escalera para entrar en una habitación en donde llora una mujer joven, que es un esqueleto.

“El Mesías, Yerusa. Ahora ya no sufrirás. ¿Ves que ha venido? Isaac jamás miente. Lo dijo. Creo pues, que así como vino, te puede sanar”.

“Sí, buena madre. Sí, Señor mío. Pero si no me puedes curar, haz al menos que me muera. Tengo esos que todo el día están sobre los pechos. Las bocas de mis hijos a los que amamanté con dulce leche, han hecho de mí, fuego y amargura. Sufro mucho. ¡Señor! ¡Cuesto mucho! Mi marido está lejos en busca de pan. Mi madre se va acabando. Yo me muero... ¿A quien quedarán los hijos cuando haya muerto de la enfermedad, y ella de cansancio y ellos tan flacos?”

“Dios cuida de los pájaros y también de los niños. No morirás. ¿Te duele aquí mucho?” Jesús hace como si fuera a poner su mano sobre el seno cubierto con vendas.

“¡No me toques! ¡No me aumentes el dolor!” grita la enferma.

Jesús pone delicadamente su larga mano sobre los pechos enfermos. “Realmente tienes adentro el fuego, pobre Yerusa. El amor maternal se te convirtió en fuego. Pero no detestas a tu esposo ni a tus hijos ¿verdad?...”

“¡Oh! ¿Por qué debería de hacerlo? Él es bueno y siempre me ha amado. Nos amamos con un amor bueno... y el amor floreció en niños... ¡Ellos!... Me angustia el dejarlos, pero... ¡Señor! ¡El fuego cesa! ¡Madre! ¡Madre! Es como si un ángel soprase aire del cielo sobre mi tormento. ¡Oh! ¡Qué consuelo! No quites... no quites tu mano, Señor mío. Antes bien. Oprime. ¡Oh! ¡Qué fuerza! ¡Qué alegría! ¡Mis hijos! ¡Aquí, mis hijos! Los quiero. Dino... Osías, Anna, Seba, Melquíás, David, Judá. ¡Aquí! ¡aquí! No muere más la mamá, ¡oh...!” La joven madre se revuelve sobre las almohadas llorando de alegría mientras acuden sus hijos y la anciana de rodillas, no encontrando otra cosa, en su gozo, entona el cántico de Azarías en el horno ardiente¹ lo recita todo con su voz temblorosa de anciana y de emoción.

“¡Ah! ¡Señor! ¡Qué puedo hacer! ¡No tengo nada para honrarte!” dice al terminar.

Jesús la levanta y le dice: “Déjame sólo descansar, porque estoy fatigado. Y *no digas nada*. El mundo no me ama. Debo irme por un poco de tiempo. Te pido fidelidad a Dios y silencio. A ti, a ella y a los niños”.

“¡Oh! ¡No temas! Nadie viene a la casa del pobre. Puedes estar aquí sin temor de ser visto. Los fariseos... ¿eh?... Pero... ¿y para comer? No tengo más que un poco de pan...”

Jesús llama a Iscariote: “Toma dinero y ve a comprar lo que sea necesario. Comeremos y descansaremos hasta la tarde en casa de estas buenas personas. Ve y guarda silencio”. Luego se dirige a la curada: “Quítate las vendas, levántate y ayuda a tu madre y alégrate. Dios ha concedido este favor por tus virtudes de esposa. Juntos partiremos el pan, porque hoy el Señor Altísimo está en tu casa y conviene celebrarlo con una buena fiesta”. Jesús sale y alcanza a Judas que está por salir. “No te midas en comprar, *compra mucho* para que tengan para varios días. Nada nos faltará en la casa de Lázaro”.

“Sí, Maestro y si me permites... tengo dinero mío... he hecho votos de ofrecerlo para que te veas salvo de tus enemigos. Lo cambio en pan. Es mejor emplearlo con estos hermanos en Dios que en las gargantas del Templo. ¿Me permites? El oro ha sido siempre mi serpiente. No quiero que me siga fascinando más, pues me encuentro muy bien, ahora que soy bueno. Me siento libre y soy feliz”.

“Has como quieras, Judas, y el Señor te dé la paz”.

Jesús se reúne con los discípulos mientras Judas sale y todo termina.

102. En Betania en casa de Simón Zelote

¹ Cfr. Dan. 3, 51-90.

21 marzo 1945

Cuando Jesús, superada la última cuesta, llega a la llanura, ve a Betania bañada con un sol de diciembre, que hace que despojada la campiña se vea menos triste y menos negras las manchas verdosas de los cipreses y encinos. Los algarrobos que aparecen acá y allá semejan cortesanos prontos a inclinarse ante una altísima palma, verdaderamente real y que solitaria se yergue en los más hermosos jardines.

En Betania no solo existe la bella casa de Lázaro, sino también la de otros ricos, tal vez ciudadanos de Jerusalén que prefieren venir acá, cerca de sus propiedades; y cuyas hermosas quintas anchas y fuertes, con jardines bien cultivados sobresalen entre las humildes casitas de los aldeanos. Causa extrañeza encontrar en una colina palmas de delgado tronco y de hojas secas y ruidosas detrás de cuyo verde jade se espera encontrar instintivamente el amarillo confín del desierto. Acá por el contrario hay fondo de verdes, plateados olivos, campos arados, donde no se encuentra señal alguna de semilla y huertos que muestran tan solo negros troncos de ramas entrelazadas como si fuesen almas condenadas del infierno que se retuercen dentro del tormento.

Un siervo de Lázaro que está de centinela, descubre a los que van llegando. Saluda profundamente y pide permiso de llevar la noticia de su llegada a su amo, y obtenido, rápido se va.

Entre tanto campesinos y burgueses acuden a saludar al Rabí, y de un cercado de laureles, que rodean con su gallardo color verde una bonita casa en la que se deja ver una joven que a las claras no es israelita. Su vestido consiste, si bien recuerdo los nombres, de una estola larga ancha, que arrastra hasta el suelo y está hecha de lana blanquísima adornada con recamadas grecas de vivos colores en que brillan hilos de oro. Una cinta liga la estola al cinturón de igual color que los adorna. Su peinado una redecilla de oro que sostiene un complicadísimo peinado de rizos por delante y lisa, que termina en un grueso nudo sobre la nuca. Esto me hace pensar que sea griega o romana. Curiosamente mira, porque a ello la incitan los gritos vibrantes de mujeres y hosannas de los hombres. Una sonrisa de desprecio aparece en su cara al ver que van dirigidos a un pobre hombre que no tiene ni siquiera un borriquillo en que cabalgue, y que camina entre un grupo de gente que es todavía menos atractiva que él. Levanta los hombros con gesto de hastío y se aleja, a la manera de los perros, seguida de un grupo de aves multicolores, entre los que hay blanquísimos ibis y gansos, además de dos grullas que llevan una coronita que se va moviendo sobre su cabeza que parece de oro, lo único blanco que se encuentra en su espléndido plumaje de rojo dorado.

Por un instante la mira Jesús, luego torna a escuchar a un ancianillo que... no quiere sufrir la debilidad de las piernas. Jesús lo acaricia y lo exhorta a tener paciencia, porque dentro de poco llegará la primavera y con el bello sol de abril se sentirá más fuerte.

Maximino llega, que por pocos metros se ha adelantado a Lázaro. “Maestro... me dijo Simón... que vas a su casa... es un dolor para Lázaro... pero se comprende...”

“Luego hablaremos de ello. ¡Oh! ¿Amigo mío!” Jesús ligero va a Lázaro que parece estar embarazado. Lo besa en las mejillas. Han llegado entre tanto a un caminito que lleva a una casita situada entre huertos que no son de Lázaro.

“¿De veras quieres ir a la casa de Simón?”

“Sí, amigo mío. Traigo conmigo a todos mis discípulos y prefiero que sea así...”

A Lázaro del desagrada la determinación pero no objeta. Se dirige a la pequeña multitud que le sigue y dice: “Idos, el Maestro tiene necesidad de descanso”.

Aquí me convenzo de la autoridad que tiene Lázaro. Todos se inclinan al oír sus palabras, se retiran, mientras Jesús les manda un dulce saludo: “La paz sea con vosotros. Os avisaré cuando predique”.

“Maestro” dice Lázaro a Jesús que se ha adelantado un poco a los discípulos que vienen hablando con Maximino: “Maestro... Marta está hecha un mar de lágrimas. Por eso no vino, pero luego vendrá. Yo no lloro sino en mi corazón. Pero digamos: es justo. Si hubiéramos

pensado que ella vendría... pero jamás viene a las fiestas... Sí... jamás viene... Me imagino que el demonio la ha traído exactamente aquí”.

“¿El demonio? ¿Por qué no puede ser un ángel por órdenes de Dios? Pero créeme que aunque ella no hubiese estado aquí de todas maneras hubiera ido a la casa de Simón”.

“¿Por qué, Señor mío? ¿No te ha brindado tranquilidad mi casa?”

“Tanta, que después de Nazaret es mi lugar preferido. Pero, respóndeme: ¿por qué me dijiste: “Sal de Aguas Claras”? Por las asechanzas que se acercan. ¿No es así? Por eso entro a tierras de Lázaro pero no quiero que Lázaro sea insultado en su casa. ¿Crees que te respetarían? Con tal de pisotearme pasarían sobre el Arca Santa... déjame por lo menos ahora. Luego vendré. Por otra parte nadie me prohíbe que venga a comer a tu casa y que tú vengas a donde Yo estoy. Procura que se diga: “Está en casa de un discípulo suyo””.

“¿Y no lo soy yo?”

“Tú eres el amigo más querido para el corazón que un discípulo. La malicia no entiende esto. Déjame que haga lo que Yo quiero, Lázaro, esta es casa tuya... pero no lo es sino como la hermosa y rica casa de Teófilo. Y para los pedantes eso significa mucho”.

“Tú hablas así... pero ¿por qué?... es a causa de ella ¿no es así? Estaba tratando de persuadirme de persuadirme de que la perdonaría... pero si te aleja ¡vive Dios! ¡Que la odiaré!...”

“Y me perderás para siempre. Pronto desecha ese pensamiento, y al punto, o al punto me perderás. Mira que llega Marta. La paz sea contigo, mi buena hospitalaria”.

“¡Oh!, Señor!” Marta arrodillada llora. Se ha bajado el velo que cubre el peinado en forma de corona para que los demás no vean su llanto. Pero a Jesús no piensa ocultarlo.

“¿Por qué ese llanto? En realidad que malgastas esas lágrimas. Hay tantas razones para llorar y hacer de las lágrimas un objeto precioso. ¡Pero llorar por este motivo! ¡Oh Marta! Parece que te olvidas quién soy Yo. De hombre no tengo más que el vestido¹. Mi corazón es divino, y por tal palpita. ¡Ea! Levántate y ven a casa... en cuanto a ella, dejadla en paz. Aunque viniera a burlarse de Mí, dejadla en paz, os lo digo. No es ella sino el que la tiene y que la hace instrumento de turbación. Pero aquí hay Uno que es más fuerte que su amo. Ahora la lucha pasa de él a Mí directamente. Rogad, perdonad, tened paciencia y creed. Ninguna otra cosa.”.

Entran en la casita, que es un cuadrado pequeño rodeado de un pórtico que le sirve de prolongación. Dentro hay cuatro habitaciones que divididas por un corredor forma una cruz. La escalera, que como de costumbre es externa conduce a la parte alta del portalillo y que se convierte en una terraza que lleva a una amplia habitación probablemente se le empleó para provisiones, ahora está escombrada, barrida y del todo vacía.

Simón que está al lado del viejo siervo que oigo se llama José, al ofrecer su casa dice: “Aquí se podría hablar a la gente, o también comer... como Tú quieras”.

“Vamos a pensarlo. Y ahora ve a decir a los demás que después de la comida, también puede venir gente. No haré que se desilusionen los buenos de este lugar”.

“¿A dónde digo que vayan?”

“Que vengan aquí. El día es tibio. El lugar está protegido de los vientos. Al huerto como no tiene fruta, la gente no le puede hacer ningún daño. Hablaré aquí desde la terraza. Ve a decirlo”.

Se quedan solos Lázaro y Jesús. Marta, la “buena hospitalaria” como tiene qué cuidar de tanta gente regresó a trabajar con los siervos y los mismos apóstoles abajo, para preparar las mesas y lugar en donde descansen.

Jesús pone su brazo sobre la espalda de Lázaro, sale con él de la espaciosa habitación y lo lleva a pasear a la terraza que circunda la casa, bajo el bello sol que entibia el día; y desde arriba mira a los siervos que trabajan y a los discípulos, y envía una sonrisa a Marta que va y viene pero sin la cara de congoja que antes tenía. Mira también el hermoso panorama que

¹ Cfr. Filip 2, 7.

rodea el lugar. Cita a Lázaro diversos lugares y diversas personas y luego exabrupto le pregunta: “¿Entonces la muerte de Doras fue como una vara echada en el nido de víboras?”

“¡Oh, Maestro! Me dijo Nicodemo que fue una de las sesiones más violentas a que haya asistido en el Sanedrín”.

“¿Qué cosa hice para que el Sanedrín se inquietase? Doras murió por sí mismo, a la vista de todo el pueblo, muerto de ira. No permití que se faltase al respeto a su cadáver. Luego...”

“Tienes razón. Pero ellos... están locos de miedo. Y... sabes que han dicho que es menester cogerte en pecado para poder matarte”.

“¡Oh! Si es así, ¡ni te preocupes! ¡Tendrán que esperar hasta la hora de Dios!”

“¡Pero, Jesús! ¿Sabes de quién se habla? ¿Sabes de qué son capaces los fariseos y escribas? ¿Sabes qué alma tiene Anás? ¿Sabes quién es su segundo? Sabes... ¡pero qué estoy diciendo! ¡Tú sabes! Y por esto es inútil que te diga que inventarán el pecado para poder acusarte”.

“Ya lo encontraron. He hecho más de lo que necesitan. He hablado a los romanos, he hablado a los pecadores... Sí. A *las pecadoras*, Lázaro. Una... no mires con esa cara de espanto... una siempre fue a oírme y se hospeda en uno de los establos de tu administrador, porque se lo pedí. La razón es para que estuviera cerca de Mí. Había tomado por habitación una pocilga...”

Lázaro estupefacto parece una estatua. Ni se mueve. Mira a Jesús como quien ve algo sumamente raro. Jesús sonriente lo sacude. “¿Has visto a Mammón?” pregunta.

“No... He visto la Misericordia. Pero... lo entiendo. Esos, los del Consejo, no. Dicen que es pecado. ¡Luego es verdad! Creía... ¡Oh!, ¿qué has hecho?”

“Mi deber, mi derecho y mi deseo: buscar y redimir a un alma caída. Por esto podrás ver que tu hermana no será el primer fango al que me acerque y sobre el que me incline y no será la última. Quiero sembrar en el fango flores y quiero que nazcan flores del bien...”

“¡Oh! ¡Dios mío!... ¡Oh Maestro mío! Tienes razón. Es tu derecho, es tu deber y es tu deseo. Pero las hienas no comprenden esto. Son carroñas tan fétidas que no huelen, no pueden oler el perfume de los lirios. Y aún en donde florecen, ellos, las potentes carroñas, perciben olor de pecado; no comprenden que procede de su cloaca... Te ruego, que no estés en un lugar por mucho tiempo. Ve de acá para allá sin darles tiempo a que te alcancen. Sé como un fuego nocturno que danza sobre los pistilos de las flores, velos, inconquistable, desconcertante en su movimiento. Hazlo, no por cobardía, sino por el amor del mundo que tiene necesidad de que vivas para que seas santificado. La corrupción aumenta. Contraponle la santificación... ¡La corrupción! ¿Has visto la nueva habitante de Betania? Es una romana casada con un judío. También él es observante, pero ella es idólatra, y como no puede vivir conforme quiere en Jerusalén, porque han resultado disputas con los vecinos por los animales que tiene, se ha venido aquí. Su casa está llena de animales que son inmundos para nosotros... y ella es mucho más inmunda porque vive burlándose de nosotros y con modales que... no puedo criticarle porque... Quiero decir mientras en mi casa no ponen pie porque está María cuyo pecado pesa sobre toda la familia, en la casa de ella sí lo ponen. Goza del favor de Poncio Pilatos y vive sin marido, que está en Jerusalén y ella aquí. De este modo se hacen ilusiones, él y ellos, de que no se profanan en venir y no caen en la cuenta de haberse profanado. ¡Hipocresía! ¡Se vive de hipocresía hasta el cuello! Y en breve nos ahogará. El sábado es el día del festín... y hay también miembros del Consejo. Un hijo de Anás es el más asiduo”.

“La vi. Déjala en paz. Y déjala que haga lo que quiera. Cuando un médico prepara una medicina mezcla las sustancias y parece como si el agua se perdiese, porque las revuelve y el agua se hace turbia. Luego todo se asienta, el agua se hace más clara aunque esté llena de jugos de las sustancias medicinales. Así ahora. Todo se está mezclando y Yo trabajo con todos. Todo se asentará y las cosas no necesarias serán arrojadas y las buenas quedarán activas en el gran mar del pueblo mío. Bajemos. Nos están llamando”...

.. y la visión continúa cuando Jesús vuelve a subir a la terraza para hablar a la gente de Betania y de los lugares circunvecinos, que ha acudido a escucharle.

“La paz sea con vosotros. Aun cuando Yo guardase silencio, los vientos de Dios llevarían hasta vosotros la palabra de mi amor y los del rencor de los otros. Sé que están intranquilos porque no desconocéis el motivo por el cual estoy entre vosotros. Pero no hagáis otra cosa que alegraros y bendecir conmigo al Señor que emplea el mal para dar alegría a sus hijos, al traer otra vez bajo el aguijón del mal a su Cordero entre los corderos para salvarlo de los lobos.

Ved cuán bueno es el Señor. Al llegar en donde estaba, llegaron como las aguas del mar, un río y un riachuelo. Un río de amorosa dulzura, un riachuelo de amargura punzante. El primero era vuestro amor, desde el de Lázaro y Marta hasta el último del poblado: el riachuelo era el injusto hastío de quien, no pudiendo venir al Bien que lo invita, acusa al bien de ser delito. Decía el río: “Vuelve, vuelve entre nosotros, para que nuestras ondas te rodeen, te aparten, te defiendan, te den todo lo que el mundo te niega”. El riachuelo malvado lanzaba amenazas y quería matar con su tóxico. Pero... ¿qué es un riachuelo respecto a un río... y qué cosa respecto al mal?... ¡Nada! Y el tóxico del río ha desaparecido porque el río de vuestro amor lo ha superado, y en el mar de mi amor no se ha sumergido más, que la dulzura de vuestro amor. En otras palabras: Ha hecho bien. Me ha traído nuevamente entre vosotros. Bendigamos al Señor Altísimo”.

La voz fuerte de Jesús, se extiende por el aire tranquilo y silencioso. Jesús a quien el sol ilumina, acciona y sonríe sosegado desde lo alto de la terraza. Abajo la gente feliz lo escucha y cual flores, sus rostros sonríen a la armonía de su voz. Lázaro está cerca de Jesús, lo mismo simón y Juan. Los demás se han mezclado entre la multitud. Sube también Marta y se sienta por tierra a los pies de Jesús, y desde allí puede ver su casa que está más allá del huerto.

“El mundo es de los malos. El Paraíso de los buenos. Esta es la verdad y la promesa. Y sobre esta se apoya vuestra fuerza que no titubea. El mundo pasa, el Paraíso no. Quien es bueno y lo conquista, en la eternidad gozará de él. Si es así, ¿por qué perturbarse de lo que hacen los malos? ¿Recordáis los lamentos de Job?² Son los eternos lamentos de quien es bueno y oprimido; por qué la carne gime, cosa que no debería hacer, y cuánto más pisoteada, tanto más debería levantar las alas del alma en el júbilo del Señor.

¿Pensáis que sean felices quienes así lo parecen porque con su modo lícito y mucho más con el ilícito sus graneros están repletos, sus barriles llenos, y de sus odres se desparrama el aceite? ¡No! Saborean la sangre y lágrimas del prójimo en cada comida que hacen, y su lecho les parece estar tapizado de espinas. Tan grandes son los gritos de su remordimiento. Saquean a los pobres, despojan a los huérfanos, roban al prójimo para hacer amasijo, oprimen a quien puede menos que ellos en poder y perversidad. No importa. No los molestéis. Su reino es de este mundo. Y cuando mueren ¿qué les queda? ¡Nada! A no ser que se quiera dar el nombre de tesoro al cúmulo de culpas que consigo llevan y con el que se presentan ante Dios. Dejadlos. Son los hijos de las tinieblas, los rebeldes a la luz y no pueden seguir los senderos luminosos que ella les brinda. Cuando Dios hace brillar la Estrella maturina, la llaman sombra de muerte y consideran como si estuviese contaminada y prefieren caminar al relumbrón sucio de su oro y de su odio, que flamea solo porque las cosas del infierno brillan con el fósforo de los eternos lagos de perdición...”

“Mi hermana, Jesús... ¡oh!” Lázaro descubre a María que se escurre detrás de una valla del huerto de Lázaro para acercarse lo más posible. Camina agachada. Su rubia cabellera resplandece como oro contra el rojo oscuro.

Marta trata de levantarse, pero Jesús le pone la mano sobre la cabeza y *debe* quedarse en donde está. Todavía más fuerte levanta Jesús su voz.

“¿Qué decir de estos infelices? Les ha dado Dios tiempo de hacer penitencia y ellos lo emplean en pecar. Dios no los pierde de vista, aún cuando así pareciera. Llega el momento en que el amor de Dios resquebraja su duro corazón como un rayo que penetra en el peñasco, o porque la cantidad de sus delitos llega hasta su garganta y hasta su nariz la ola de su fango.

² Cfr. Job. 3, 6-7; 9-10; 12-14; 16-17; 19; 21; 23-24;: 30.

Ellos lo perciben. ¡Oh! Que final mente perciben la náusea de aquel sabor y de aquel hedor que repugna a los demás y que llena su corazón. Viene el momento en que tienen asco y brota un movimiento de deseo por el bien. Entonces el alma grita: “Quién me concediera volver como antes, cuando estaba yo en amistad con Dios? ¿Cuándo su luz resplandecía en mi corazón y caminaba yo bajo sus rayos? ¿Cuándo ante mi recto proceder, admirado callaba el mundo y quien me veía, feliz me llamaba? El mundo bebía una sonrisa y mis palabras eran aceptadas cual de ángel y de orgullo el corazón de mis familiares se sentía repleto... Y ahora... ¿Qué soy? Burla de los jóvenes, horror de los ancianos, tema de sus cantares y el esputo de su desprecio baña mi cara”⁴.

En realidad que así hablaba en algunas horas el alma de los pecadores, de los verdaderos Jobes, porque no hay miseria mayor para alguien que el haber perdido la amistad con Dios y su reino. Inspiran tan solo piedad. Piedad tan solo. Son pobres almas que por holgazanería o ligereza han perdido al eterno Esposo. “De noche en mi cama, busqué el amor del alma mía y no lo encontré”⁵. De hecho en las tinieblas no se puede reconocer al esposo, y el alma agujoneada del amor, sin saber qué hacer porque está rodeada de la noche espiritual, busca y trata de encontrar un alivio a su tormento. Cree poder encontrarlo en cualquier amor. ¡No! *Uno sólo es el amor del alma: Dios*. Estas almas agujoneadas por el amor de Dios, andan en busca de amor. Bastaría con que quisiesen dentro de sí la luz, y tendrían por consorte el Amor. Caminan como enfermas. Buscan a tientas un amor y encuentran toda clase de amores, todo lo asqueroso que el hombre así ha bautizado, pero no encuentra el Amor; porque el Amor es Dios y no el oro, ni los placeres, ni el poder.

¡Pobres, pobres almas! Si hubiesen sido menos haraganas y hubiesen salido a las primeras invitaciones del Esposo eterno, de Dios que dice: “Ábreme” no hubiera llegado a abrir la puerta, con el espíritu del amor despertado, cuando el Esposo se había ya alejado envuelto en desilusiones... No hubieran profanado aquel ímpetu santo por una necesidad de amor, en un lodazal que causa repugnancia al animal inmundo por su hediondez, no hubieran sembrado cardos, que no fueron flores sino agujones que punzan y que no sirven de corona. No hubiera conocido las befas de las guardias de ronda, de todo el mundo que, como Dios pero con motivos opuestos no pierde de vista al pecador y lo asecha para burlarse y criticarlo.

¡Pobres almas a quienes el mundo ha apaleado, desnudado, herido! Tan sólo Dios no acude a esa lapidación que nace de un desprecio sin piedad. Pero hace que caigan sus lágrimas para curar las heridas y volver a vestir con vestidura diamantina a su criatura. *Siempre su criatura...* Sólo Dios... Y los hijos de Dios con el Padre. Bendigamos al Señor. Quiso Él que regresase por los pecadores para deciros: “Perdonad, perdonad siempre. Convertir cualquier mal en bien. Haced que una ofensa se convierta en gracia”. No os digo que sólo “hagáis”. Os digo: Imitad mi modo de obrar. Amo y bendigo a mis enemigos porque por ellos pude regresar entre vosotros, amigos míos.

La paz sea con todos vosotros”.

La gente agita sus velos y ramas en dirección de Jesús, y luego se aleja poco a poco.

“¿Habrán visto a aquella impúdica?”

“No. Lázaro. Estaba detrás de la valla y bien escondida. Podíamos verla porque estábamos en lo alto. Los otros no”.

“Había prometido que...”

“¿Por qué no podía venir? ¿No es también ella una hija de Abraham? Quiero que vosotros, hermanos, discípulos, me juréis que no haréis ninguna alusión a ella. Dejadla en paz. ¿Qué se reirá de Mí? Dejadla que se ría. ¿Qué llorará? Dejadla que llore. ¿Qué querrá quedarse? Que se quede. ¿Tendrá ganas de huir? Que escape. El secreto del Redentor y de los redentores es: tener paciencia, bondad, constancia y oración. Algunas veces cualquier tocamiento a los

⁴ Cfr. Job. 29, 1-30, 10

⁵ Cfr. Cantar. 3, 1.

enfermos es insufrible... Adiós, amigos. Me quedo a orar. Cada uno vaya a su empeño. Y que Dios os acompañe”.

Todo termina.

103. La Encenia en casa de Lázaro.

Los pastores están presentes

22 marzo 1945

La casa de Lázaro siempre es grandiosa, esta noche es grandiosísima. Parece como si estuviese incendiándose, debido a la cantidad de lámparas que arden. La luz se desparrama por fuera en estos primeros momentos en que comienza la noche. Pasa de las salas al atrio y del atrio al pórtico. De ahí se alarga para revestir con oro los guijarros del camino, las hierbas y las matas de los viveros, lucha, vence en los primeros metros, con la claridad de la luna y con su amarillo resplandor. Más adelante es algo angelical por el vestido de plata pura que la luna arroja sobre las cosas. También el silencio que envuelve al magnífico jardín en donde el cantar del surtidor que está en el estanque se oye y parece que contribuye a aumentar la paz tranquilísima de esta noche de luna, mientras que cerca de la casa voces alegres, junto con el ruido de muebles que se mueven y vajillas que se ponen sobre las mesas, recuerdan que el hombre es hombre y no es todavía espíritu.

Marta, ágil en su amplio, espléndido y púdico vestido de color violeta rojo, parece una flor, una hermosa campánula o una mariposa que vuela contra las paredes purpurinas del atrio o sobre las de la sala del banquete, que tienen pequeños dibujos que dan la impresión que fuese una alfombra.

Jesús por su parte, pasea solo y absorto cerca del estanque. Parece como si desapareciera bajo la sombra oscura que proyecta un alto laurel, que en realidad es gigante, o bajo la fosfórica luz de la luna que se hace cada vez más fuerte, y lo es tanto que el surtidor del estanque parece un manojo de plumas de plata que se desmenuza en astillas de brillantes que caen para perderse sobre la loza tranquila, plateada del estanque. Jesús mira y escucha las palabras del agua en la noche. Adquieren tal tono musical, que un ruiseñor que está en el espeso laurel, responde al arpegio lento de las gotas con un agudo de flauta, y luego se calla, como para tomar nota y ponerse de acuerdo con la del agua, luego empieza, su perfecto, variado, placentero himno de alegría al rey de los trinos.

Jesús ni siquiera se atreve a caminar para no turbar con el ruido de sus pasos la tranquila alegría del ruiseñor y creo que también suya, porque se ve dibujar una sonrisa en sus labios, teniendo la cabeza inclinada, sonrisa verdaderamente de paz: Cuando el ruiseñor, después de una nota clarísima que sostuvo y que poco a poco fue haciendo subir –no sé cómo pueda lograrlo una avecita tan pequeña- y termina de cantar, exclama Jesús: “¡Te bendigo, Padre Santo, por esta perfección y esta alegría que me has dado!” y continúa su lento pasear lleno de quién sabe qué profundas meditaciones.

Se le junta Simón: “Maestro, Lázaro te ruega que vengas. Todo está preparado”.

“Vamos. Y así desaparezca la última duda que pueden tener de que no los ame por causa de María”.

“¡Qué llanto, Maestro. Sólo un milagro secreto tuyo ha podido curar ese dolor. ¿No sabes que Lázaro estuvo a punto de huir después que ella regresó, salió de la casa diciendo que dejaba los sepulcros por la alegría..... y otras insolencias? Yo y Marta lo conjuramos que no lo hiciera, además porque nunca se sabe cómo puede reaccionar un corazón. Si la hubiese encontrado, le habría dado una buena tunda por todas. Al menos hubiera hecho que guardase silencio respecto de Ti”.

“Y el inmediato milagro mío en ella. Lo habría podido hacer. Pero no quiero una resurrección forzada en los corazones. Doblegaré a la muerte y me devolverá a su presa, porque soy el Señor de la muerte y de la vida. Pero los espíritus no son materia la cual depende tal sólo del aliento sino de esencias inmortales capaces de resucitar por voluntad propia, a ellos no los

fuerzo a resucitar. Hago la primera invitación y doy la primera ayuda. Hago como quien abriese un féretro donde hay uno que fue encerrado vivo y que debe morir si sigue en esas tinieblas asfixiantes. Dejo que entre aire y luz... luego espero. Si el espíritu tiene deseos de salir, saldrá. Si no quiere, busca más las tinieblas y se hunde más. Pero si sale!... ¡Oh! Si sale, te digo en verdad que nadie será más grande que el espíritu resucitado. Tan sólo la inocencia absoluta es mayor que este muerto que vuelve a vivir porque ha amado y por la alegría que siente de Dios... ¡Mis grandes triunfos!

Simón, mira el cielo. ¿Ves en él estrellas, estrellitas y planetas de diferentes tamaños? Todos tienen existencia y esplendor porque Dios los creó y porque el sol los ilumina, pero no todos son iguales en resplandor y tamaño. También en mi cielo sucederá así. Todos los redimidos tendrán vida en Mí y resplandor por mi luz, pero no todos serán iguales en el resplandor y en la grandeza. Algunos serán cual polvo sencillo de astros, como ese que forma la Vía Láctea y lo serán muchísimos, los cuales tan solo tuvieron del Mesías, mejor dicho, que tan solo aspiraron a lo mínimamente indispensable para no ser condenados, y sólo por la infinita misericordia de Dios, después de un largo Purgatorio llegarán al Cielo. Otros serán más resplandecientes y bellos: los justos que habrán unido su voluntad –fíjate bien- voluntad, no digo buena voluntad, al querer del Mesías y habrán obedecido a mis palabras para no condenarse. Habrá también planetas, las buenas voluntades, y... ¡Qué brillantísimas! Los enamorados hasta la muerte por el amor, los penitentes, por amor, los que trabajaron por amor, los inmaculados por amor, brillarán con resplandor diamantino inigualable o cual piedras preciosas de diversos colores: lucirán rojos como el rubí, de color violeta como el amatista, rubios como el topacio, blancos como las perlas.

Y habrá algunos de estos planetas –serán mis glorias de Redentor- que contendrán en sí el resplandor del rubí, de la amatista, del topacio y de la perla, porque serán *todo* por amor. Fueron héroes porque se perdonaron a sí mismos de no haber sabido antes amar. Fueron penitentes porque abrazaron completamente la expiación a manera como Ester que antes de presentarse a Asuero se saturó de perfumes². Fueron incansables para hacer en el poco tiempo que les restaba, lo que no hicieron en años que perdieron pecando. Fueron puros hasta el heroísmo de olvidar, no sólo en su cuerpo mismo, sino también en su corazón y pensamiento, que existe un instinto. Serán aquellos que llamarán la atención por su diverso brillo, de los que creen, de los puros, de los que hacen penitencia, de los mártires, de los héroes, de los ascetas, de los pecadores, y para cada una de estas categorías su resplandor tendrá una palabra, una respuesta, una invitación y una seguridad...

Pero vámonos. Nosotros hablando y allá nos esperan”.

“Sucede que cuando hablas se olvida a uno que vive. ¿Puedo decir todo esto a Lázaro? Me parece que en ello se oculta una promesa...”

“Lo *debes* decir. La palabra del amigo puede tocar su herida y no se avergonzará ante Mí... te hemos hecho esperar, Marta, pero estaba hablando con Simón de estrellas y nos olvidamos de estas luces. Verdaderamente tu casa es un firmamento esta noche”.

“Hemos prendido las lámparas no sólo por nosotros y los siervos sino también por Ti y por tus amigos que son nuestros huéspedes. Gracias por haber venido la última noche. Ahora, propiamente es la Fiesta de la Purificación...” Marta quería añadir más, pero siente que el llanto sube a su garganta y calla.

“La paz sea con todos vosotros” dice Jesús al entrar en el vestíbulo que resplandece con docenas de luces plateadas, y que han sido repartidas por todas partes.

Lázaro se adelanta: “Paz y bendición a Ti, Maestro, y muchos años de santa felicidad”. Se besan. “Me han dicho estos amigos nuestros que naciste mientras Belén ardía por una Encenia tanto tiempo esperada. Estamos felices ellos y nosotros de que estés con nosotros esta noche. ¿No preguntas quiénes sean?”

² Cfr. Est. 2, 1-18.

“No tengo otros amigos que no sean mis discípulos, mis amados de Betania y los pastores. Estos deben ser. ¿Han venido? ¿A qué cosa?”

“A adorarte, Mesías nuestro. Lo supimos por Jonatás y aquí estamos. Nuestras ovejas están en los corrales de Lázaro, y nuestros corazones como siempre a tus santos pies”. Isaac fue el que habló por Elías, Leví y Jonatás que se han postrado. Jonatás viene vestido con el lujo de mayordomo a quien su dueño ama. Isaac trae su vestido de incansable peregrino, de lana color café oscuro e impermeable al agua. Leví, José, Elías traen unos vestidos que Lázaro les proporcionó. Frescos, limpios para poder sentarse a la mesa sin llevar sus vestiduras rasgadas y olorosas de majadas pastoriles.” ¿Por eso me enviaste al jardín? ¡Dios os bendiga a todos! No falta a mi felicidad mas que mi Madre. Alzaos, alzaos. Es mi primer natalicio que celebro sin mi Madre, pero vuestra presencia me quita la tristeza, la nostalgia de su beso”.

Todos pasan al comedor. Acá casi todas las lámparas están doradas y el metal brilla a la luz de las flamas y estas parecen más brillantes por el reflejo que les da el oro. Las mesas se han puesto en forma de “U” para dar lugar a tanta gente y poder servir sin estorbar a los que cortan las carnes y a los siervos. Además de Lázaro, están los apóstoles, los pastores, Máximo y el viejo siervo de Simón.

Marta vigila la disposición de los lugares y querría estar de pié. Jesús le ordena: “Hoy no eres la que nos hospeda, eres la hermana y te sientas como si fueras mi hermana. Somos una familia. Cedan las reglas de etiqueta su lugar al amor. Aquí, a mi lado, y cerca de Juan. Yo junto a Lázaro. Pero denme una lámpara. Entre Yo y Marta hay una luz... una llama: por los ausentes y por los presentes; por las personas amadas, por los seres queridos lejanos. Por todos, la flama tiene palabras de luz. El amor tiene palabras de fuego y palabras que se van lejos, sobre las ondas incorpóreas de los espíritus que se encuentran siempre, más allá de los montes y de los mares, y llevan besos y bendiciones... todo llevan ¿No es verdad?”

Marta coloca la lámpara donde Jesús indicó, en donde estaba vacío... y como Marta comprende, se inclina para besar la mano de Jesús, y luego Él pone la suya sobre la cabeza morena de ella, La bendice y consuela.

Empieza la cena. Los pastores están al principio un poco desconcertados. Isaac se muestra franco. Jonatás a sus anchas. Se sienten cada vez con mayor franqueza y según avanza la comida, hablan también. Y ¿de qué cosa pueden hablar sino de *su* recuerdo?

“Habíamos regresado no muchos minutos antes” dice Leví. “Yo tenía tanto frío que me refugié entre las ovejas y lloraba porque deseaba tener junto a mi mamá...”

“Yo al contrario, tenía en la mente la figura de la joven Madre que había encontrado poco antes y me preguntaba: “¿Habrás encontrado lugar?” ¡De haber sabido que estaba en un pesebre, la hubiera traído al redil! Pero... era tan gentil cual lirio de nuestros valles. Me pareció que podía ofenderla si le hubiese dicho: “Ven con nosotros”. Su recuerdo persistía en mi mente... y sentía más frío, al pensar el que ella estaría sufriendo. ¿Recuerdas qué hermosa luz la de aquella noche?... ¿y tu miedo?”

“Sí, pero luego... el ángel... ¡Oh!” Leví un poco somnoliento, sonríe con este recuerdo.

“Escuchad un poco amigos. Nosotros no sabemos sino poco y mal. Hemos oído hablar de ángeles, pesebres, ganados, Belén... Y nosotros sabemos que Él es galileo y carpintero... ¿no es justo que no lo sepamos nosotros! Se lo pregunté al Maestro en “Aguas Claras” pero luego me habló de otra cosa. Este que sabe no ha dicho nada... Sí, me refiero a ti, Juan de Zebedeo. ¡Qué bonito respeto tienes para un anciano! Te quedas con todo y me dejas que crezca cual un discípulo ignorante. ¿Qué... no te basta mi ignorancia que es natural?”

Ríen todos de buena gana por el mohín de Pedro. Ahora se dirige a su Maestro: “Se ríen pero tengo razón” y luego volviéndose a Bartolomeo, Felipe, Mateo, Tomás, Santiago y Andrés: “¡Ea! también pedidlo vosotros. Protestad conmigo por que nosotros no sabemos nada”.

“Verdaderamente... ¿Dónde estabais cuando moría Jonás? ¿Y dónde? en el Líbano”

“Tienes razón. Yo al menos pensé que Jonás, como moría, estaba delirando... y en el Líbano estaba yo cansado y somnoliento.

Perdonadme, Maestro, pero es la verdad”.

“Y muchos así dirán. El mundo de aquellos a quienes se anunciará el Evangelio responderán al Juez Eterno, para excusar su ignorancia –pese a que mis discípulos les enseñaron- diciendo: “Creí que era un delirio... Estaba cansado y adormecido”. Frecuentemente no admitirá la verdad porque la tomará por delirio y no la recordará porque estará cansado y adormecido con muchas cosas inútiles, caducas y hasta pecaminosas. Una cosa es necesario: Conocer a Dios”.

“Ahora que nos has reprendido, cuéntenos las cosas como son... a tu Pedro, que las contaré a la gente. De otro modo –ya te lo dije- ¿qué puedo decir? Lo pasado no lo sé, las Profecías y el libro no los sé explicar, lo futuro... ¡Oh, pobre de mí! Y entonces ¿qué nueva puedo anunciar?”

“Sí, Maestro. Que también nosotros lo sepamos... Sabemos que eres el Mesías y creemos. Al menos por lo que a mí toca, tuve trabajo en admitir que de Nazaret pudiese venir algo bueno... ¿Por qué no me diste a conocer al punto tu pasado?” dice Bartolomeo.

“Para probar tu fe y la claridad de tu espíritu. Ahora os lo diré, mejor dicho: hablaremos del pasado. Hablaré hasta de lo que los pastores no saben, y eso que lo vieron. Conoceréis el alba del Mesías. Oíd:

Habiendo llegado el tiempo de la Gracia, Dios se preparó su Virgen. Comprenderéis que no podía Dios asentar su trono donde Satanás había puesto su sello que no se borra. Por eso la potencia se preparó su futuro tabernáculo sin mancha y dos justos en su vejez y contra las reglas comunes de la procreación concibieron a la que no tiene mancha. ¿Quién colocó el alma en el embrión que haría florecer el viejo seno de Anna de Aarón, mi abuela? Leví, tú has visto el ángel que hace los anuncios; puedes decir quién es él, porque la Fuerza de Dios⁴ fue siempre quien victoriosamente llevó el canto de alegría a los santos y a los profetas, y sobre quien el poder de Satanás se despedaza como una paja seca, fue el inteligente arcángel quien trastornó con su buena y clara mente las insidias del otro ser inteligente pero malvado, y que con prontitud llevó a cabo las ordenes de Dios.

En un grito de júbilo, él, el anunciador que ya conocía cómo se bajaba a la tierra por haber bajado a hablar a los profetas⁵ recogió del fuego divino la chispa inmaculada que era el alma de la eterna Niña, y encerrándola en un halo de flamas angelicales, que son su amor espiritual, la llevó a la tierra, dentro de un estuche, dentro de una caja y desde aquel momento el mundo tuvo a la Adoradora, y Dios desde aquel instante, pudo mirar un punto de la tierra sin disgusto. Nació una criatura: la Amada de Dios y de los ángeles, la Consagrada de Dios, la que santamente amaron sus padres. “Y Abel ofreció a Dios las primicias de sus ganados”⁷ ¡Oh! Realmente los abuelos del eterno Abel supieron dar a Dios la primicia de su propiedad, le dieron todos sus bienes, porque al morir le devolvieron el bien a quien se los había dado.

Mi Madre desde los tres hasta los quince años fue la Niña del templo y apresuró la venida del Mesías con la fuerza de su amor, Virgen antes de su concepción, virgen en la oscuridad del seno, virgen en sus primeras lágrimas, virgen en sus primeros pasos. Ella fue la Virgen de Dios, de sólo Dios y proclamó su derecho, superior al decreto de la Ley de Israel, al obtener del esposo que Dios le había concedido, el de permanecer intacta después de las bodas.

José de Nazaret era un justo. Tan solo a él se le podía confiar el Lirio de Dios, y sólo él lo consiguió. Ángel en alma y carne, amó como aman los ángeles de Dios, Muy pocos sobre la tierra comprenderán el abismo de ese gran amor que tuvo todas las ternuras conyugales sin traspasar la barrera del fuego celestial más allá del que estaba el Arca del Señor. Muy pocos sobre la tierra lo comprenderán. Es el testimonio de lo que puede un justo con tal de que quieran, de lo que puede, porque el alma aún herida con la mancha de origen, tiene fuerzas

⁴ En sustancia tal es el significado d la palabra “Gabriel”.

⁵ Cfr. Dan. 8-9.

⁷ Cfr. Gén. 4, 1-4.

poderosas para elevarse, para regresar a su dignidad de hija de Dios y para obrar por amor al Padre.

Todavía estaba María en su casa, en espera de unirse a su prometido cuando Gabriel, el ángel de los anuncios divinos, tornó a la tierra y pidió a María que fuese Madre. Al sacerdote Zacarías le había ya prometido el Precursor, y no fue creído. Pero la Virgen creyó que esto podía suceder por voluntad de Dios y sublime en su ignorancia, sólo preguntó: “¿Cómo puede suceder esto?” El ángel le respondió: “Tú eres la Llena de Gracia, oh María. No tengas miedo pues, porque has encontrado favor ante el Señor y también por tu virginidad. Concebirás y darás a luz un Hijo, al que pondrás por nombre Jesús, porque Él es el Salvador prometido a Jacob y a todos los Patriarcas y Profetas de Israel. Él será grande e Hijo verdadero del Altísimo, porque será concebido por obra del Espíritu Santo. El Padre dará a Él el trono de David como está predicho, y reinará en la casa de Jacob hasta el fin de los siglos, pero su verdadero reino no tendrá jamás fin. Ahora el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo esperan tu obediencia para cumplir su promesa. El Precursor del Mesías está ya en el seno de Isabel, tu prima, y si concientes, el Espíritu Santo descenderá sobre ti, y será santo el que nacerá de ti, y llevará su verdadero nombre que es Hijo de Dios”.

Y María respondió: “He aquí la esclava del Señor. Que se haga en mí según su palabra”. Y el Espíritu de Dios descendió sobre su Esposa y en el primer abrazo le impartió sus luces, que perfeccionaron en gran extremo su virtud de silencio, su humildad, prudencia y caridad de que estaba llena. Se convirtió en una sola cosa con la Sabiduría y no pudo jamás separarse de la Caridad. La Obediente y la Casta se perdieron en el océano de la Obediencia que soy Yo, y conoció la alegría de ser Madre sin conocer el ansia de perder su virginidad. Fue la nieve que se concentra en una flor y se ofrece de este modo a Dios...”

“¿Pero el marido?” pregunta Pedro aturdido.

“El sello de Dios cerró los labios de María. José no se enteró del prodigio sino cuando, al regresar de la casa de Zacarías, su pariente, vio que María estaba en cinta”.

“¿Y qué hizo él?”

“Sufrió... y sufrió María...”

“Si yo hubiera sido...”

“José era un santo, Simón de Jonás. Dios sabe en dónde poner sus dones... Sufrió cruelmente y decidió abandonarla, cargando sobre sí la afrenta de injusto. Pero el ángel bajó a decirle: “No tengas miedo de tomar a María por esposa tuya. Lo que en ella se ha formado es el Hijo de Dios y por obra de Dios ella es madre. Y cuando haya nacido el Hijo, le pondrás por nombre Jesús, porque es salvador” ”.

“¿Era José docto? Pregunta Bartolomeo.

“Como un descendiente de David”.

“Entonces habrá podido encontrar luz al recordar al Profeta⁸. “He aquí que una virgen concebirá...” ”

“Sí, la tuvo. A la prueba sucedió el gozo...”

“Si yo hubiera sido...” torna a decir Pedro “no hubiera sucedido porque yo antes hubiese... ¡Oh Señor!, ¡qué bien estuvo que no hubiera sido yo! La habría destrozado como una paja sin haberle dado tiempo de hablar. Pero, si no hubiese sido asesino, habría tenido miedo de ella... el miedo de todo Israel, el de los siglos, debido al Tabernáculo...”

“También Moisés tuvo miedo de Dios y sin embargo se le ayudó y estuvo con Él en el monte⁹ José vivió pues, en la casa santa de la esposa y proveyó a las necesidades de la Virgen y del que iba a nacer. Y cuando llegó para todos el tiempo del Edicto, fue con María a la tierra de sus padres. Belén lo rechazó porque el corazón de los hombres está cerrado a la caridad. Ahora hablad vosotros”.

⁸ Cfr. Is. 7, 14.

⁹ Cfr. Ex. 19, 1-20, 21; Dt. 5, 1-6, 13.

“Encontré al atardecer a una mujer joven. Sonreía sobre el asno en que cabalgaba. Iba un hombre con ella... me pidió leche e informes. Le dije lo que sabía... después vino la noche... y una gran luz... y salimos... y Leví vio un ángel cerca del redil. El ángel le dijo: “Ha nacido el Salvador” era a media noche. El firmamento estaba lleno de estrellas. Pero la luz desaparecía ante la del ángel y miles y miles de ángeles... /Elías llora al recordarlo). El ángel nos dijo: “Id a adorarlo. Está en un establo, sobre un pesebre, entre dos animales... encontraréis a un Niño envuelto en pobres pañales...” ¡Oh! ¡Cómo resplandecía el ángel al decir estas palabras!... ¿Te acuerdas Leví, cómo parecía que sus alas despedían llamas, cuando, después de haberse inclinado al pronunciar el nombre del Salvador dijo: “... que es el Mesías del Señor?” ”

“¡Sí recuerdo! ¿Y las voces de los miles? ¡Oh!... “¡Gloria a Dios en los más altos cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!”... Esta música está aquí y me lleva al cielo cada vez que la oigo” y Leví levanta su rostro extático en el que brilla el llanto.

“Y fuimos” dice Isaac, “cargados como animales, alegres como si nos fuéramos a casar, y luego... no supimos hacer otra cosa cuando oímos tu voccecita y la de tu Madre, y empujamos a Leví, que era muchacho par que mirase. Nos sentimos como leprosos ante tan gran candor... y Leví escuchaba y reía llorando y repetía con unos balidos como la oveja que llevaba Elías. José se acercó a la entrada y nos hizo pasar... ¡Oh! ¡Qué pequeñito y bonito eras! Un pedacito de carne sobre el tosco heno... y llorabas... luego reíste al calor de la piel de oveja que te ofrecimos y por la leche que habíamos llevado... fue tu primera comida... ¡Oh! Y luego... luego te besamos... tenías sabor de almendra y jazmín... y no pudimos más dejarte...”

“En realidad nunca me habéis abandonado”.

“Es verdad, dice Jonatás. “Tu mirada se grabó en nosotros como también tu voz y tu sonrisa... Crecías... cada vez eras más hermoso... El mundo de los buenos venía a hacerse feliz contigo... y el de los malvados no te veía... Anna... tus primeros pasos... los tres Sabios... la estrella”.

“¡Oh! ¡Aquella noche, qué luz! Parecía como si el mundo ardiese con miles de luces. La tarde en que llegaste, la luz estaba fija y blanquecina... ahora era la danza de los astros, entonces era la adoración de ellos. Desde una altura vimos pasar la caravana y fuimos detrás de ella para ver dónde se detendría... al día siguiente toda Belén vio la adoración de los Sabios. Y luego... ¡Oh! ¡no decimos el horror!... No lo decimos...” Elías padece al recordarlo.

“Sí, no lo digas. Silencio sobre el odio...”

“Lo que más me dolía era no tenerte más a Ti y no saber nada de Ti. Ni siquiera Zacarías que era nuestra esperanza, tenía noticia alguna. Después nada”.

“¿Por qué, Señor, no consolaste a tus siervos?”

“¿Preguntas, Felipe, el por qué? Porque era prudente hacerlo así. Mira que también Zacarías, cuya formación espiritual se completó a partir de aquella hora, no quiso levantar el velo. Zacarías...”

“No dijiste que él se preocupó por los pastores. ¿Entonces por qué no lo dijo él, primero a ellos y luego a Ti, que ciertos individuos andaban en tu busca?”

“Zacarías era un justo *todo hombre*. Se hizo menos hombre y más justo durante los nueve meses de mutismo. Se perfeccionó en los meses que siguieron al nacimiento de Juan, pero se hizo un espíritu justo cuando sobre su soberbia humana cayó el mentís de Dios. Había dicho: “Yo sacerdote de Dios, digo que en belén *debe* vivir el Salvador”. Y Dios le había mostrado cómo su juicio, aunque de sacerdote, si no es iluminado es un pobre juicio. Bajo el horror del pensamiento: “Podría yo hacer matar a Jesús con mi palabra” Zacarías se hizo el justo que ahora descansa esperando el paraíso. Y la justicia le enseñó prudencia y caridad. Caridad para con los pastores, prudencia para con el mundo al *cual* debía manifestarse el Mesías. Cuando de regreso a la patria, Nos dirigimos a Nazaret, por la misma prudencia que ya guiaba a Zacarías, evitamos Hebrón y Belén, y costeanado el mar regresamos a Galilea. Ni siquiera el día en que cumplí doce años fue posible ver a Zacarías, porque un día antes había partido con su hijo a la misma ceremonia.

Dios velaba, probaba, proveía, perfeccionaba. Tener a Dios es también recibir esfuerzos, no tan sólo gozar. Y esfuerzos tuvieron mi padre que me amó y mi Madre que me ha amado con toda su mente y corazón. Aun lo lícito fue prohibido para que el misterio envolvese en la sombra al Mesías Niño. Y esto es una explicación para muchos que no comprenden la doble razón de la angustia cuando me perdí por tres días. Amor de madre, amor de padre por el hijo perdido; temor, porque custodios del Mesías como eran, podía ser descubierto antes de tiempo; terror de haber custodiado mal la Salvación del mundo y el mayor don de Dios¹⁰. Esto es el motivo del insólito grito: “Hijo ¿Por qué te has portado así...? ¡Tu padre y yo angustiados te buscábamos! Tu padre, tu madre... el velo echado sobre el fulgor del divino Verbo encarnado. Y la respuesta que los tranquilizaba: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo de ocuparme de las cosas de mi Padre?” La Llena de Gracia comprendió y recogió lo que dije. En otras palabras: “No tengáis miedo. Soy pequeño, soy Niño. Si crezco en cuerpo y estatura, en sabiduría y gracia los ojos de los hombres, Yo soy perfecto en cuanto soy el Hijo del Padre, y por eso puedo comportarme con perfección, sirviendo al Padre con hacer resplandecer la luz, sirviendo a Dios con conservarles el Salvador” y así lo hice hasta hace un año.

Ahora el tiempo ha llegado. Se levantan los velos. El hijo de José se muestra en su naturaleza: Soy el Mesías de la Buena nueva, el Salvador, el Redentor y el Rey del siglo venidero”.

“¿Y no viste jamás a Juan?”

“Sólo en el Jordán, Juan mío, cuando quise el bautismo”.

“¿Así que no sabías que Zacarías había ayudado a estos?”

“Te dije: Después del derramamiento de la sangre inocente, los justos se hicieron santos. Sólo los demonios permanecieron como eran. Zacarías aprendió a santificarse con humildad, caridad, prudencia, silencio”.

“Quiero tener siempre esto en mi memoria ¿lo conseguiré?” pregunta Pedro.

“No te preocupes, Simón. Mañana haré que me lo repitan los pastores con tranquilidad, en el jardín, una, dos, tres veces si fuera necesario. Tengo buena memoria que ejercité en el banco y lo recordaré para todos. Cuando quieras te lo podré repetir. No tenía en Cafarnaun notas y sin embargo...”

“¡Oh!, no te equivocabas ni siquiera con un didracma... Recuerdo... Bien. Te perdono lo pasado si te acuerdas de lo que se ha dicho... y me lo recuerdas con frecuencia. Quiero que me entre en el corazón como ha entrado en estos... como lo sabía Jonás. ¡Oh! ¡Morir pronunciando tu Nombre...!”

Jesús mira a Pedro y sonríe. Se levanta y lo besa en su entrecana cabeza.

“¿Por qué, Maestro, me das ese beso?”

“Porque fuiste profeta. Morirás pronunciando mi Nombre. He besado al Espíritu Santo que en ti hablaba”.

A continuación, Jesús en voz alta entona un salmo y todos de pié contestan: “Levantaos y bendecid al Señor vuestro Dios, de eternidad en eternidad. Sea bendito, su nombre sublime y glorioso con toda clase de bendiciones y de alabanzas. Tú sólo eres el Señor. Tú hiciste el cielo y el cielo de los celos con todo su ejército, la tierra y todo lo que en ella hay. (es el himno que cantan los levitas en la fiesta de la consagración del Pueblo, cap IX del II libro de Esdras)” y todo termina con este largo canto, que no sé si existiese en el rito antiguo o Jesús lo dice porque quiere.

104. Regreso a “Aguas Claras”

15 abril 1945

¹⁰ Cfr. Lc. 2, 44-48

Jesús atraviesa con sus discípulos la llanura de Aguas Claras. El día estuvo lluvioso y todo está desierto. Es más o menos medio día, porque cuando logra el sol abrirse paso entre los resquicios de las nubes, envía sus rayos perpendiculares. Jesús está hablando con Iscariote y le da el encargo de ir al poblado para comprar lo más necesario. Cuando se queda solo, se le junta Andrés, y siempre tímido, dice en voz baja: “¿Quieres escucharme, Maestro?”

“Sí, ven conmigo adelante” y alarga el paso, seguido de su discípulo, separándole algunos metros de los demás.

“¡No está más la mujer, Maestro!” dice afligido. Luego continúa: “Le pegaron y huyó. Estaba herida. Manaba sangre. El administrador la vio. Me adelanté, diciendo que iba a ver si no había asechanzas, pero era porque quería ir al punto a donde estaba. ¡Tantas esperanzas tenía de traerla a la luz! ¡Mucho he orado por ella en estos días!... ¡Ahora ha huido! Se perderá. Si supiese en dónde está, la iría a buscar... No lo diría a los demás, pero a Ti, sí, porque me entiendes. Sabes que no hay pasión alguna, sino el deseo, ¡oh! tan grande que parece un tormento, de salvar a una hermana...”

“Lo sé, Andrés, y te digo: aun cuando las cosas se han presentado así, tu deseo se cumplirá. Jamás la plegaria hecha con ese motivo se pierde. Dios la escucha y ella se salvará”.

“Tú lo dices y mi dolor se dulcifica”.

“¿No querías saber otra cosa de ella? ¿No te interesa ni siquiera ser quien me la traiga? ¿No me preguntas cómo sucederá?” Jesús sonríe dulcemente, con un esplendor de luz en sus azules pupilas que miran al apóstol que va caminando a su lado. Una de esas sonrisas y de esas miradas que son uno de los secretos de Jesús para conquistar los corazones.

Andrés con sus dulces ojos castaños lo mira y dice: “Me basta saber que vendrá a Ti. Que sea otro a yo, no me importa. ¿Cómo sucederá? Tú lo sabes y no tengo necesidad yo de saberlo. Tengo tu promesa y me siento feliz”.

Jesús le pasa el brazo por la espalda y lo trae a Sí dándole un abrazo afectuoso, que transporta al buen Andrés en éxtasis y en esta forma le sigue hablando. “Este es el don del verdadero apóstol. Mira, amigo: Tu vida y la de los apóstoles futuros será siempre así. Algunas veces sabréis que fuisteis “los salvadores”. Pero muchas veces salvaréis sin saber siquiera que salvasteis las almas que más queríais que se salvaran. Sólo en el Cielo veréis venir a vuestro encuentro, o subir al Rey Eterno, a quienes salvasteis. Algunas veces lo sabréis en la tierra. Son las alegrías que os infundo para daros un vigor mucho mayor para buscar nuevas conquistas. ¡Bienaventurado será el sacerdote que no tenga necesidad de estos incentivos para cumplir con su propio deber! Bienaventurado el que no se amilana al no ver triunfos y que no dice: “No hago más porque no tengo satisfacción”. La satisfacción apostólica que se busca como único incentivo, demuestra que no existe formación apostólica; por otra parte envilece el apostolado, que es cosa espiritual, y lo reduce al nivel de un vulgar trabajo humano. No se debe caer jamás en la idolatría del ministerio. No sois vosotros los que debéis ser adorados, sino el Señor Dios vuestro. A Él sea la gloria de los que se salvan. A vosotros la obra de la salvación, dejando para cuando estéis en el Cielo la gloria de haber sido los “salvadores”. Me decías que el administrador la vio: Cuéntame”.

“Tres días después de que habíamos partido, vinieron algunos fariseos a buscarte. Naturalmente no te encontraron. Dieron vueltas por el poblado y por las casas de la campiña con muestras de que tenían ganas de verte. Nadie lo creyó. Entraron a la fonda echando fuera con soberbia a los que estaba allí, porque decían que no querían entrar en contacto con extranjeros desconocidos que pudiesen aún profanarlos. Todos los días iban a la casa. Después de algunos días encontraron a la pobrecita, que siempre iba allá porque tal vez esperaba encontrarte y estar tranquila. Hicieron que huyese. La siguieron hasta su refugio que estaba en el establo del administrador. No le pegaron al punto porque él intervino con sus hijos armados de garrotes, pero por la tarde, cuando salió, regresaron y había otros con ellos, y cuando estaba en el pozo la apedrearon, llamándola “prostituta” y exponiéndola al oprobio del pueblo. Y como huyese maltratada la alcanzaron, le quitaron el velo y manto para que todos la

viesen y otra vez la golpearon. Se impusieron con su autoridad sobre el sinagogo para que la maldijese y la lapidasen además que te maldijese a Ti que la habías llevado al país. Pero no quiso hacerlo y ahora está en espera del anatema del Sanedrín. El administrador la arrancó de las manos de esos bribones y la ayudó. Pero por la noche se fue, dejando un brazalete y escrito sobre un pedazo de pergamino: “Gracias, ruega por mí”. El administrador dice que es joven y hermosísima, aunque muy pálida y delgada. La buscó por los campos, porque estaba muy herida, pero no la encontró y no sabe cómo haya podido ir muy lejos. Tal vez ha muerto en algún sitio... y no se salvó...”

“No”.

“¿No? ¿No ha muerto? ¿No se ha perdido?”

“La voluntad de redimirse es ya una absolución. Aun cuando hubiese muerto sería perdonado, porque ha buscado la verdad y puesto bajo sus pies el error. Pero no ha muerto. Empieza a subir por la pendiente del monte de la redención. La veo... inclinada bajo su llanto de arrepentimiento. El llanto la hace siempre más fuerte, mientras el peso disminuye. La veo. Se dirige al encuentro del Sol. Cuando haya subido encorvada, estará en la gloria del Dios-Sol. Va subiendo... ayúdala con tus oraciones”.

“¡Oh, Señor mío!” Andrés está casi asustado por poder ayudar un alma en su santificación.

Jesús sonríe mucho más dulce. Dice: “Será necesario abrir los brazos y el corazón al sinagogo perseguido e ir a bendecir al buen administrador. Vamos con los compañeros a decírselo”.

Regresan por el camino andado y se unen a los discípulos que se habían detenido aparte comprendiendo que Andrés tenía cosas secretas que comunicar al Maestro y entre tanto ven que Judas se acerca a la carrera. Parece una mariposota que atraviesa por un jardín. Su manto flota al viento con la carrera que trae y con los brazos hace toda clase de señales.

“¿Pero qué tiene?” pregunta Pedro. “¿Se ha vuelto loco?”

Antes de que alguien pudiese responderle, Iscariote, ya un poco cerca, con voz jadeante grita: “¡Espera, Maestro! Escúchame antes de ir a la casa... hay asechanzas. ¡Oh, qué villanos!...” y corre. Ha llegado: “¡Oh Maestro! ¡No se puede ir allá! En la población están los fariseos y todos los días van a la casa. Te están esperando para hacerte daño. Despiden a los que van a buscarte. Los espantan con anatemas horribles. ¿Qué quieres hacer? Aquí se te perseguiría y tu obra resultaría en vano... Uno de ellos me vio y me atacó. Un viejo, feo, narigón que me conoce, porque es uno de los escribas del templo, pues también hay escribas. Me atacó asiéndome con sus garras y me insultó con su voz de gavilán. Mientras me insultó, me rasguñó, mira... (y muestra una muñeca y una mejilla con señales claras de las uñas) no le hice nada, pero cuando babeó sobre Ti, lo tomé por el cuello...”

“¡Pero, Judas!” grita Jesús.

“No, Maestro. No lo estrangulé. Tan sólo le impedí que blasfemara contra Ti y luego lo dejé que se fuera. Ahora está allí muriéndose de miedo por el percance en que se encontró... Vámonos de acá, te ruego. Por otra parte, nadie podrá venir a verte...”

“¡Maestro!”

“¡Es un horror!”

“Judas tiene razón”.

“¡Son como hienas al asecho!”

“Fuego del Cielo que bajaste sobre Sodoma¹ ¿por qué no vuelves a bajar?”

“En verdad has estado valiente, muchacho. Una mala suerte que no hubiese estado también yo. Te habría ayudado”.

“¡Oh, Pedro! Si hubieses estado también tú, ese viejo gavilán hubiese perdido para siempre las plumas y la voz”.

“¿Pero cómo hiciste para... para no darle un hermoso fin?”

¹ Cfr. Gén. 19, 1-29.

“¡Ah! Un rayo de luz atravesó mi mente; una idea que salió quién sabe de qué parte profunda del corazón: “El Maestro condena la violencia”, y... me contuve. Experimenté un choque más profundo que el que recibí cuando di contra el muro sobre el que me había arrojado el escriba, cuando me atacó. Sentí los nervios como despedazados... en tal forma que no hubiera podido tener más fuerzas. ¡Qué fatiga el vencerse!...”

“¡Eres un muchacho valiente! ¿Verdad, Maestro? ¿Nos das tu parecer?” Pedro está feliz por lo que hizo Judas, que no comprende por qué Jesús haya pasado del estado luminoso dibujado antes en su rostro a una actitud severa, que le brota a los ojos, le aprieta la boca que parece hacerse más pequeña.

La abre para decir: “Yo digo que estoy más disgustado de vuestro modo de pensar que de la conducta de los judíos. Ellos, desgraciados se encuentran en las tinieblas, vosotros, que estáis en la Luz, sois duros, vengativos, murmuradores, violentos aprobadores del acto brutal como ellos. Os digo que me dais la prueba de ser siempre los mismos que erais cuando por primera vez me visteis. Y esto me duele. En cuanto a los fariseos, sabed que el Mesías no huye. Retiraos. Les hago frente. No soy un cobarde. Cuando haya hablado con ellos y no los hubiese persuadido, me retiraré. No se debe decir que no he buscado todos los medios para atraerlos a Mí. También ellos son hijos de Abraham. Cumpló con mi deber hasta el fin. Su condenación la pronunciará su mala voluntad, y no el que los haya descuidado”. Jesús va a la casa que se deja ver con su techo bajo más allá de una hilera de árboles sin hojas.

Los apóstoles le siguen con la cabeza baja, hablando entre sí.

Han llegado a la casa. Entran a la cocina en silencio, y se ponen a preparar lo necesario. Jesús está absorto en su pensamiento.

Está a punto de comer cuando un grupo de personas aparece en la puerta. “Helos aquí” dice en voz baja Judas.

Jesús rápido se ha levantado y se dirige a ellos. Es tan imponente que el grupillo retrocede por un instante, pero el saludo de Jesús les da seguridad: “La paz sea con vosotros. ¿Qué queréis?”

Entonces los bellacos creen poder atreverse a todo y arrogantes le intiman: “En nombre de la santa Ley te ordenamos que abandones este lugar. Tú, turbador de las conciencias, violador de la Ley, corruptor de las tranquilas ciudades de Judá. ¿No temes el castigo del Cielo? Tú, mono, imitador del Justo que bautiza en el Jordán; Tú, que proteges a las prostitutas. Lárgate de la tierra santa de Judá. Que tu aliento no llegue desde aquí a los muros de la Ciudad santa”.

“No hago ningún mal. Enseño como Rabí. Como un taumaturgo, arrojo los demonios como exorcista. Estas categorías también existen en Judá y Dios, que las quiere, hace que las respetéis y veneréis. No exijo veneración. Quiero sólo que me dejéis hacer el bien a los que están enfermos en el cuerpo, en la mente o en el espíritu. ¿Por qué me lo prohibís?”

“Eres un poseído ¡lárgate!”

“El insulto no es una respuesta. Os pido que no me prohibáis lo que a otros permitís”.

“Porque eres un poseído y arrojas los demonios y haces milagros con la ayuda de ellos”.

“¿Y vuestros exorcistas, entonces? ¿Con la ayuda de quién lo hacen?”

“Con su vida santa. Tú eres un pecador. Y para aumentar tu poder, te sirves de pecadoras, porque con esta clase de uniones aumenta su fuerza la posesión demoníaca. Nuestra santidad ha purificado la zona de tu cómplice. Pero no permitimos que te quedes aquí, para que no traigas otras mujeres”.

“¿Pero esta casa es vuestra?” pregunta Pedro que se acercado al Maestro en actitud no muy recomendable.

“No es casa nuestra. Pero todo Judá y todo Israel está en manos de los santos, de los puros de Israel”.

“¿Lo sois vosotros?” termina Iscariote, que vino a la puerta y concluye la frase con una risa sarcástica. Luego pregunta: “¿Dónde está el otro amigo vuestro? ¿Todavía está temblando? ¡Desvergonzados, largaos! Y al punto. De otro modo haré que os arrepintáis de...”

“Silencio, Judas. Y tú, Pedro, regresa a tu lugar. Oíd, escribas y fariseos. Por vuestro bien, por piedad de vuestra alma, os ruego que no combatáis al Verbo de Dios. Venid a Mí. No os odio. Comprendo vuestra mentalidad y la compadezco. Pero os ruego que no combatáis al Verbo de Dios. Venid a Mí. No os odio pero os ruego que tengáis una nueva mentalidad, santa, capaz de santificaros y de que os dé el Cielo. ¿Creéis que he venido para pelear contra vosotros? ¡Oh, no! He venido a salvaros. Para esto he venido. Os amo. Os pido amor y comprensión. Precisamente porque sois los más santos en Israel debéis comprender más que todos la verdad. Sed alma y no cuerpo. ¿Queréis que os lo pida de rodillas? Lo hago. Os pido en cambio vuestra alma que pondría bajo mis pies para adquirirla para el cielo, seguramente que el Padre no tomará como error mío mi humillación. ¡Decidme la palabra que espero!”

“Maldición, decimos”.

“Está bien. Está dicho. Idos. También Yo me iré”. Y Jesús les da la espalda y regresa a su lugar. Dobla su cabeza sobre la mesa.

Bartolomé cierra la puerta para que ninguno de esos bellacos que lo han insultado, y que se están yendo con amenazas y blasfemias, vea este llanto.

Un largo silencio, luego Santiago de Alfeo acaricia la cabeza de Jesús y le dice: “No llores. Nosotros te amamos. Y también en su lugar”.

Jesús levanta su rostro y dice: “No lloro por Mí. Lloro por ellos que se matan, sordos a toda llamada”.

“¿Qué hacemos ahora, Señor?” pregunta el otro Santiago.

“Iremos a Galilea. Partiremos mañana por la mañana”.

“¿Hoy no, Señor?”

“No. Debo saludar a los buenos del lugar. ¿Vendréis conmigo?”

105. Un nuevo discípulo. Parten para Galilea

16 abril 1945

“Señor, no he cumplido más que con mi deber para con Dios, con mi amo y la sinceridad de mi conciencia. Durante el tiempo en que estuvo esa mujer, la cuidé porque era mi huésped y siempre vi que era una mujer honesta. Puede ser que haya sido pecadora. Ahora no lo es. ¿Por qué debo meterme en el pasado sobre el que ella ha puesto una cerradura para anularlo? Tengo hijos jóvenes y que no son feos. Jamás enseñó su cara, que es verdaderamente hermosa, ni se le oyó hablar. Puedo decir que oí su voz argentina cuando gritó al ser herida. Cuando pedía algo que era poca cosa, me lo pedía a mí o a mi mujer, y lo decía detrás del velo y tan quedito que casi no se entendía. Mira qué prudente fue. Cuando temió que su presencia podía causar daño, se fue... le había prometido ayuda y defensa, pero no las aceptó. De este modo no se comportan las mujeres perdidas. Rogaré por ella como me lo pidió sin tener necesidad de este recuerdo. Tenlo, Señor. Haz alguna limosna con el brazalete y que sea para su bien. Esto le producirá ciertamente paz”.

El administrador habla respetuosamente a Jesús. Es un hombre muy bien presentado, de cara honrada y cuerpo robusto. Detrás de él hay seis jovencillos parecidos a su padre, seis caras francas e inteligentes, y está su mujer, una mujercita delgada y toda dulzura que escucha a su marido como escucharía a un dios, inclinando la cabeza continuamente.

Jesús toma el brazalete de oro y lo entrega a Pedro diciendo: “Para los pobres”. Luego se dirige al administrador: “No todos en Israel tienen tu rectitud. Eres sabio, porque distingues el bien y el mal y sigues el bien sin valorar la utilidad humana en hacerlo. Te bendigo en nombre del Eterno Padre, y también a tus hijos, a tu mujer, a tu casa. Conservaos siempre en esta disposición de espíritu, y el Señor estará siempre con vosotros y obtendréis la vida eterna. Ahora me voy. Pero no digo que no nos volveremos a ver. Regresaré y podréis venir siempre a Mí. Dios os dé su paz por lo que hiciste por Mí y por esa pobre criatura”.

El administrador, sus hijos y por último su mujer se arrodillan y besan los pies de Jesús, que después de un último ademán de bendición se aleja junto con los discípulos en dirección del poblado.

“¿Y si todavía están esos sinvergüenzas?” pregunta Felipe. “A nadie se le puede prohibir hablar por las calles de la tierra” responde Judas de Alfeo.

“No, pero para ellos somos “anatema” ”.

“¡Oh!. Déjalos. ¿Te preocupa algo?”

“No me preocupo de otra cosa más que de que el Maestro no ama la violencia. Y ellos que lo saben, se aprovechan de ellos” rezonga Pedro entre la barba. Y cree que Jesús no lo ha oído porque está hablando con Simón e Iscariote.

Pero lo ha oído y medio severo, medio sonriente se vuelve y dice: “¿Crees que vencería usando la violencia? Esto es un pobre sistema humano que sirve por un tiempo, para victorias de los hombres. ¿Cuánto tiempo dura el atropello? Hasta que no produzca en los atropellados reacciones que, al unirse, engendran una violencia mayor, que abate el atropello que existía antes. No quiero un reino temporal. Quiero un reino eterno: el reino de los Cielos. ¿Cuántas veces os lo he dicho? ¿Cuántas os lo deberé decir? ¿No lo entenderéis jamás? Sí. Vendrá el momento cuando lo entenderéis”.

“¿Cuándo, Señor mío? Tengo prisa en entender para ser menos ignorantes” dice Pedro.

“¿Cuándo? Cuando seréis machacados como el grano entre las piedras del dolor y del arrepentimiento... Podríais, antes bien, *deberíais* entender antes. Pero para obtener esto deberíais despedazar vuestra humanidad y dejar libre el espíritu, y no sabéis despedazar vuestra humanidad y dejar libre el espíritu, y no sabéis usar esta fuerza sobre vosotros mismos. Pero entenderéis... entenderéis. Y entonces también comprenderéis que no podía usar de la violencia, ni de medio humano para establecer el reino de los Cielos: el reino del Espíritu. Pero entre tanto, no tengáis miedo. Esos hombres que os preocupan no os harán nada. A ellos les basta el haberme arrojado”.

“¿No es más fácil mandar un recado al sinagogo para que viviese a la casa del administrador, o que nos espere en el camino principal?”

“¡Oh, que prudente estás hoy, Tomás mío! No, no era fácil. Mejor dicho: era más fácil, pero no era justo. Él ha demostrado heroísmo por Mí y se le injurió en su lugar por causa mía. Es justo que Yo vaya a consolarlo en su casa”.

Tomás levanta los hombros y no dice más.

He aquí el poblado, grande pero muy campestre, con sus casas entre los huertos ahora sin hojas y con muchos rebaños. Debe ser un lugar muy propicio para el pastoreo, porque por todas partes se oye el balido que van y vienen por los pastizales de la llanura. El acostumbrado crucero de caminos en cuyo centro está la plaza con su fuente en medio. Y allí está la casa del sinagogo.

Una mujer anciana en cuya cara hay muestras de llanto abre y al ver al Señor tiene un movimiento de alegría y se postra profiriendo una bendición.

“Levántate, madre. Vine a deciros adiós. ¿Dónde está tu hijo?”

“Allí...” y señala una habitación que está en el fondo. “¿Viniste a consolarlo? Yo no soy capaz...”

“¿Está desconsolado? ¿Le duele el haberme defendido?”

“No, Señor. Pero tiene un escrúpulo. Tú lo oirás. Voy a llamarlo”.

“No, Yo voy. Esperadme aquí. Vamos, mujer”.

Jesús camina los pocos metros del vestíbulo, empuja la puerta, entra en una habitación, se acerca despacio a un hombre que está sentado, inclinado hacia la tierra, absorto en una dolorosa meditación.

“La paz sea contigo, Timoteo”.

“¡Señor! ¡Tú!”

“Yo. ¿Por qué estás triste?”

“Señor... yo... Me dijeron que he pecado. Me dijeron que soy anatema. Me estoy examinando, y no me parece que lo sea. Pero ellos son los santos de Israel, y yo el pobre sinagogo. Ciertamente tienen razón. Ahora no me atrevo a levantar la cara ante el rostro airado de Dios. Y tanto que me hace falta en esta hora. Lo servía con verdadero amor y trataba de darlo a conocer. Ahora estoy privado de este bien, porque el Sanedrín de seguro me maldice”.

“¿Pero cuál es el dolor? ¿De no ser más el sinagogo, o de estar imposibilitado de hablar de Dios?”

“¡Es esto, Maestro, lo que me produce dolor! Pienso que me insinúas si me desagrade no ser sinagogo por las utilidades y honores que trae consigo. Esto no me preocupa. No tengo más que a mi madre, nativa de Asra, donde tengo una pequeña casa. Techo para ella y con qué viva ella, lo hay. En cuanto a mí... soy joven. Trabajaré. Pero no he pecado, no me atreveré a hablar más de Dios”.

“¿Por qué has pecado?”

“Dicen que soy cómplice de... ¡Oh! ¡Señor!... ¡No me hagas que lo diga!...”

“No. Ni siquiera Yo lo digo. Yo y tú conocemos sus acusaciones y sabemos que son mentira. Por lo tanto no has pecado. Yo te lo digo”.

“¿Entonces puedo otra vez levantar mi mirada al Omnipotente? Te puedo...”

“¿Qué cosa hijo?” Jesús es todo dulzura mientras se inclina sobre el joven que bruscamente se ha encogido como atemorizado. “¿Qué cosa? Mi Padre *busca* tu mirada, la quiere. Yo quiero tu corazón y tu pensamiento. Ciertamente el Sanedrín lanzará su golpe contra ti. Yo te abro los brazos y te digo: “Ven”. ¿Quieres ser un discípulo mío? Veo en ti cuanto es necesario para ser obrero del Patrón Eterno. Ven a mi viña...”

“¿De veras lo dices, Maestro? Madre... ¿oyes? Soy feliz, madre mía. Yo... bendigo este dolor porque me has proporcionado esta alegría. Celebrémoslo con una fiesta, madre. Luego, me iré con el Maestro, y tú regresarás a tu casa. Vengo al punto. Señor mío, que has desterrado todos mis temores, dolores y miedo que tenía de Dios”.

“No. Esperarás la palabra del Sanedrín con corazón sereno y sin rencor. Quédate en tu lugar, hasta que se te permita que sigas. Luego me alcanzarás en Nazaret o Cafarnaún. Adiós. La paz sea contigo y con tu mamá”.

“¿No te detienes en mi casa?”

“No. Iré a casa de tu mamá”.

“Es una población poco fiel”.

“Le enseñaré fidelidad. Adiós, madre. ¿Estas feliz ahora?” Jesús la acaricia, como hace con las mujeres ancianas a las que casi siempre llama: “madre”.

“Feliz, Señor. Había alimentado un varón para el Señor. Él me lo toma para siervo de su Mesías. Sea bendito el Señor. Bendito Tú que eres su Mesías. Bendita la hora en que viniste. Bendito mi hijo que ha sido llamado a su servicio”.

“Bendita sea la madre santa como Anna de Elcana¹. La paz sea con vosotros”.

Los dos acompañan a Jesús que sale. Se junta con sus discípulos, nuevamente saluda y luego empieza su camino en dirección de Galilea.

106. En los montes de Emmaús

17 abril 1945

Jesús está con los suyos en un lugar muy montañoso. El camino es duro y áspero. Los más viejos se cansan mucho. Los jóvenes, por su parte, están contentos alrededor de Jesús y ágiles brincan, conversando entre sí. Los dos primos, los hijos de Zebedeo y Andrés están felices con el pensamiento de su regreso a Galilea, y tal es su alegría que contagia a Iscariote que hace un poco de tiempo está en las mejores disposiciones de espíritu. Se limita a

¹ CFr. 1 Re. 1, 1-2, 11.

preguntar: “Maestro, para Pascua si vienes al Templo... ¿regresas a Keriot? Mi madre espera siempre volver a verte. Me lo ha hecho saber. Igualmente mis paisanos...”

“Ciertamente, ahora aunque quisiese, la estación es muy dura para meterse por esos caminos infranqueables. Ved cómo aquí también sea muy fatigoso. Si no hubiera sido forzado no habría emprendido el camino... Pero no podía uno quedarse allí más...” Jesús calla, pensativo.

“Y luego, quiero decir, ¿para Pascua se podrá venir? Querría mostrar tu gruta a Santiago y a Andrés” dice Juan.

¿Te olvidas que Belén no nos ama?” pregunta Iscariote. “Mejor dicho, ¿al Maestro?”

“No. Pero iré con Santiago y Andrés. Jesús podría estar en Yutta o en tu casa...”

“¡Oh! Eso sí me gusta. ¿Lo harás, Maestro? Ellos van a Belén. Tú te quedas conmigo en Keriot. Solo conmigo nunca has estrado... Y tengo tantas ganas de que yo solo pueda hospedarte”.

“¿Estás celoso? ¿No sabes que amo a todos de igual modo? ¿No crees que estoy con todos vosotros, aun cuando os parezca que esté lejos?”.

“Sé que nos amas. Si no fuese así, serías más severo, al menos conmigo. Creo que tu espíritu vela siempre sobre nosotros. ¿Pero somos todo espíritu? Existe también el hombre con sus pasiones, sus deseos y sus quejas, Jesús mío, yo sé que no soy quien te dé más contento. Pero creo que conoces cuán vivo en mí es el deseo de agradarte y cómo me pesan las horas en que te pierdo por mi miseria...”

“No, Judas. No me pierdes. Estoy más cerca de ti, por la sencilla razón de que conozco lo que eres”.

“¿Qué cosa soy, Señor mío? Dímelos. Ayúdame a entender lo que soy. No me comprendo. Me parece que sea como una mujer que sufre los efectos de estar en cinta. Tengo apetitos santos y perversos. ¿Por qué? ¿Qué cosa soy, yo...?”

Jesús lo mira con una mirada indefinible. Está triste, pero con una tristeza llena de piedad. Mucha piedad. Parece un médico que comprueba el estado del enfermo y que sabe que sea un enfermo incurable... Pero no habla.

“Dímelos, Maestro mío. Tu juicio será el menos severo de todos los que se lancen contra el pobre Judas. Y luego... somos hermanos. No me importa que sepan de qué estoy hecho. Al contrario, al oírlo de ti, corregirán su juicio y me ayudarán. ¿No es verdad?”

Los otros están cohibidos y no saben qué decir. Miran al compañero, miran a Jesús.

Él hace que Iscariote ocupe el lugar que antes tenía su primo Santiago y dice: “Eres simplemente un desordenado. Tienes en ti todos los mejores elementos, pero no bien asegurados. El soplo más débil de viento los hecha por tierra. Hace poco pasamos por aquellos desfiladeros y nos mostraron el daño que el agua, la tierra y las plantas causaron a las pobres casas del poblado. Estos tres elementos son cosas útiles y benditas, ¿no es verdad? Y sin embargo allí fueron maldición. ¿Por qué? Porque el agua del río no tenía una ribera propia. Además por pereza del hombre, se habrían formado más riberas, según su capricho. Era bello mientras no había tempestades. Era como un primor de joyeles esa agua clara que regaba el monte con riachuelos, con hilos de diamantes o collares de esmeraldas según se refleje la luz o la sombra de los bosques. El hombre gozaba de esto porque era útil esa agua parlanchina a sus campos. De igual modo eran bellas las plantas nacidas al capricho del viento con ramas de acá y de allá dejando claros llenos de sol. Y bella era la tierra suave, depositada por quién sabe qué lejanos aluviones entre las quebradas del monte, tan fértil para el cultivo. Bastó que llegasen hace un mes las tempestades, para que los caprichosos senderos del río se uniesen y saliesen de cause por otro camino, arrastrando las plantas que no estaban en orden y llevándose consigo hasta el valle los trozos de tierra. Si las aguas hubiesen estado bien reguladas, si las plantas hubiesen estado dispuestas en bosques bien ordenados; si la tierra hubiese estado sostenida con antemurales, entonces los tres elementos buenos, las plantas, el agua y la tierra no se habrían convertido en ruina y muerte de este poblado. Tú tienes inteligencia, valor, educación, actividad, elegancia, muchas, muchas cosas.

Pero están colocadas sin orden alguno y las dejas que sigan así. Mira: tienes necesidad de un trabajo paciente y constante sobre ti mismo para poner en orden que es también fuerza en tus cualidades, de modo que cuando ruja la tempestad de la tentación, lo bueno que existe en ti no se convierta en mal para ti y para los demás”.

“Tienes razón, Maestro. De vez en cuando un viento me golpea y todo se me embrolla. Y dices que podré...”

“La voluntad lo es todo, Judas”.

“Pero hay tentaciones tan ardientes... que se ocultan por miedo de que el mundo las pueda leer en la cara”.

“¡Aquí está el error! Sería el momento preciso de no ocultarse, sino buscar en el mundo de los buenos, su ayuda. También el contacto con los buenos calma la fiebre. Y busca también criticones del mundo porque el orgullo empuja a esconderse para que no se lea en nuestros espíritus tentados, y esto sirve de reactivo a la debilidad moral... y no se caería”.

“Te metiste en el desierto...”

“Porque lo podía hacer. Pero ¡Ay! de los solos si no son, en su soledad, multitud contra multitud”.

“¿Cómo? No entiendo”.

“Multitud de virtudes contra multitud de tentaciones. Cuando la virtud es poca, hay que hacer lo que hace esta hiedra o asirse a las ramas de los árboles robustos para poder subir”.

“Gracias, Maestro. Yo me asgo a Ti y a mis compañeros. Ayudadme todos. Sois mejores que yo”.

“Ha sido mejor el ambiente parco y honesto en que hemos crecido, amigos. Ahora estás con nosotros y te queremos mucho. Verás... no es por crítica a la Judea, pero créeme que en Galilea hay, al menos en nuestras regiones, menos riquezas y menos corrupción. Están cerca Tiberíades, Mágdala y otros lugares de regocijo. Pero vivimos con “nuestra” alma sencilla, vulgar, si quieres, pero activa, contenta santamente de lo que da Dios. Dice Santiago de Alfeo.

“Santiago, ¿no sabes que la mamá de Judas es una mujer santa? Se le ve la bondad escrita en la cara” objeta Juan.

Judas de Keriot feliz de haber oído tal alabanza le manda una sonrisa, que crece de punto cuando Jesús confirma: “Dijiste bien, Juan. Es una criatura santa”.

“¡Eh, sí! Pero mi padre soñaba con hacerme gran personaje en el mundo, y muy pronto y profundamente me arrancó de mi madre”.

“¿Pero de qué tema habláis que siempre hay materia?” pregunta desde lejos Pedro. “¡Deteneos! Esperadnos. No está bueno caminar y no pensar que tengo piernas cortas”.

Se detienen hasta que el otro grupo los alcanza.

“¡Uff...! ¡Cómo te amo, barquita mía! Aquí se suda como esclavo... ¿de qué hablabais?”

“Hablabamos de las cualidades para ser buenos” responde Jesús.

“¿Y no me las dices a mí, Maestro?”

“Claro que sí: Orden, paciencia, constancia, humildad, caridad... muchas veces las he enumerado”.

“Pero el orden, no. ¿Qué tiene que ver el orden?”

“El desorden no es jamás una buena cualidad. Y lo he dicho a tus compañeros. Te lo dirán. Lo puse en primer lugar, y en el último la caridad, porque son los dos extremos de la línea de la perfección. Ahora bien, tú sabes que una línea puesta en plano no tiene principio ni fin. Ambos pueden ser principio y fin, mientras que los de un espiral o de otra figura que no se cierra en sí misma, siempre hay un principio y un fin. La santidad es línea, sencilla, perfecta, y no tiene, como la recta, sino dos extremos”.

“Es fácil hacer una recta”.

“¿Lo crees? Te engañas. En un dibujo, aunque complicado puede pasar inadvertido algún defecto. Pero en la recta al punto se ve el error: o de inclinación o de inseguridad. José, cuando me enseñaba el oficio, insistía mucho en la derechura de las tablas y justamente me decía: “¿Ves, hijo mío? Una leve imperfección en un adorno o en un trabajo de torno puede

pasar, porque el ojo, si no es expertísimo, si observa un punto no ve el otro. Pero si un eje no está derecho realmente, ni siquiera se obtiene el trabajo más sencillo, como podría ser la mesa pobre de los campesinos. Se cuelga o comba. No sirve sino para el fuego". Podemos aplicar lo mismo a las almas que no sirven sino para el fuego del infierno; en otras palabras, para conquistar el Cielo, es menester ser perfecto como un eje cepillado y puesto a escuadra como se debe. Quien empieza su trabajo espiritual desordenadamente comenzando por las cosas inútiles, saltando como un pájaro intranquilo de acá para allá, termina con no lograr nada al querer reunir las partes del trabajo. No se ajustan. Por lo tanto: orden. Y para esta razón: caridad. Luego, fijando los dos extremos con dos tornillos que no se zafen de ningún modo, confeccionar lo que falta, bien se trate de objetos con adornos o en talla. ¿Has entendido?"

"Entendí". Pedro se traga en silencio la lección y de pronto concluye: "Entonces mi hermano es mejor que yo. Él es muy ordenado. Un paso después del otro, callado, silencioso. Parece como que no se moviese y por el contrario... yo... a mí me gustaría hacer pronto y mucho. Y no hago nada. ¿Quién me ayuda?"

"Un buen deseo. No temas, Pedro. Hazlo, también tú *te haces*".

"¿Y yo?"

"También tú, Felipe"

"¿Y yo? Me parece que no sirvo para nada"

"No, Tomás. También tú trabajas. Todos, todos trabajáis. Sois árboles sin podar, pero el injerto cambia despacio pero seguro, y en esto está la alegría que recibo de vosotros".

"Vamos. Estamos tristes y Tú nos consuelas; débiles y nos das fuerza; miedosos y nos das valor. En todo y en todas las circunstancias tienes a la mano el consejo y el consuelo. ¿Cómo haces, Maestro, para estar siempre pronto y ser así bueno?"

"Amigos míos, para esto he venido, sabiendo lo que habría encontrado y lo que debía hacer. Sin ilusiones no existen desilusiones. Por esto no se pierde el aliento. Se sigue. Recordadlo para cuando debáis también tallar al hombre animal para hacerlo hombre espiritual".

107. En casa de Cleofás el sinagogo

19 abril 1945

Juan y su hermano llaman a la puerta de una casa en el poblado. Reconozco la casa donde entraron los dos de Emmaús con Jesús resucitado. Cuando se les abre, entran y hablan con alguien que no veo, luego salen y se van. Se juntan con Jesús y con los demás que están en un lugar desierto.

"Está, Maestro. Y está muy contento de que hayas venido. Nos dijo: "Id a decirle que mi casa es suya. Ahorita mismo yo voy" ".

"Entonces ¡vamos!"

Por un poco de tiempo caminan y luego encuentran a Cleofás el viejo sinagogo que vimos en "Aguas Claras". Mutuamente se inclinan, pero luego el anciano, parece un patriarca, se arrodilla con un ademán de veneración. Los que pasan se acercan curiosos.

El anciano se levanta y dice: "¡He aquí al Mesías. Recordad este día ¡oh ciudadanos de Emmaús!"

Alguien lo ve todo con curiosidad humana, alguien con ojos de respeto religioso. Dos se abren paso y dicen: "La paz sea contigo, Rabbí. También nosotros estábamos ese día".

"La paz sea con vosotros y con todos. He venido conforme el deseo de vuestro sinagogo".

"¿También aquí harás milagros?"

"Si hay hijos de Dios que creen y tienen necesidad de un milagro, los haré".

Dice el Sinagogo: "Quien desee oír al Mesías venga a la sinagoga. También quienes tengan enfermos. ¿Está bien que lo diga, Maestro?"

“Está bien. Después de la hora de la siesta estaré a vuestra disposición. Ahora estaré en la casa del buen Cleofás” Y seguido de un buen grupo de personas se dirige a la casa del anciano que va a su lado.

“Este es mi hijo, Maestro. Y esta es mi mujer. Esta es la mujer de mi hijo y los niños. Me desagrada mucho que mi otro hijo esté con el suegro de Cleofás, mi hijo en Jerusalén junto con un infeliz del que... Te lo diré. Entra, Señor con tus discípulos”.

Entran y se le ofrecen los acostumbrados refrigerios hebreos. Luego se acercan al fuego que arde en una gran chimenea porque el día es húmedo y frío.

“Dentro nos sentaremos a comer. He invitado a los principales del lugar. Hoy es gran fiesta. No todos creen en Ti, pero no son enemigos, tan sólo curiosos... Querrían creer. Muchas veces, en estos últimos tiempos hemos sido engañados acerca del Mesías. Hay desconfianza. Bastaría una palabra del Templo para hacer desaparecer cualquier duda. Pero el Templo... He pensado que al verte y oírte, sencillamente de este modo se logre algo. Querría darte verdaderos amigos”.

“Tú eres uno de ellos”.

“Soy un pobre viejo. Fuese más joven, te seguiría, pero los años pasan”.

“Me sirves con creer, me predicas con tu fe. No te preocupes, Cleofás. No te olvidaré en las horas de la Redención”.

“Aquí está Simón con Hermas. Acaban de llegar” anuncia el hijo del Sinagogo.

Todos se levantan al entrar dos personajes de mediana edad y de aspecto señorial.

“Este es Simón y este Hermes, Maestro. Son verdaderos israelitas, y sinceros de corazón”.

“Dios se descubrirá a sus corazones. Entre tanto descienda sobre vosotros la paz. Sin paz no se oye a Dios”.

“Se dijo lo mismo en el Libro de los Reyes al hablar de Elías¹”

“¿Son estos tus discípulos?” pregunta el que se llama Simón.

“Sí”.

“Hay de cada edad y lugar. ¿Eres Tú galileo?”

“De Nazaret. Nací en Belén cuando el censo”.

“Entonces eres Betlemita. Esto confirma tu figura”.

“Es una confirmación benigna para la debilidad humana. La verdadera confirmación está en lo sobrehumano”.

“En tus obras, querrás decir” objeta Hermas.

“En ellas y en las palabras que el Espíritu enciende en mis labios”.

“Me las han repetido quienes te han oído. Verdaderamente es grande tu sabiduría. ¿Y con ésta pretendes formar tu reino?”

“Un rey debe tener súbditos que conozcan las leyes de su reino”.

“Pero tus leyes son del todo espirituales”.

“Tú lo has dicho, Hermas. Del todo espirituales. Tendré un reino espiritual. Por consiguiente tengo un código espiritual”.

“Y entonces... ¿la reconstrucción de Israel?”

“No caigas en el error común de tomar el nombre de Israel con el significado que tiene humanamente. Se dice “Israel” en lugar de “Pueblo de Dios” Yo reconstruiré la libertad y potencia verdadera de este pueblo de Dios y lo reconstruiré al dar al Cielo las almas redimidas y sabias de la verdad eterna”.

“Sentémonos a la mesa, os lo pido” dice Cleofás que se sienta junto a Jesús, en el centro. A la derecha de Jesús está Hermas y al lado Cleofás, Simón y luego sigue el hijo del sinagogo, y en los demás lugares los discípulos.

Cleofás ruega a Jesús que ofrezca y bendiga la comida que empieza al punto.

¹ Se habla de Elías en: 3 Re. 17, 18; 19; 21; y en 4 Re. 1; 2; 3; 9; 10. Pero ni en estos capítulos, ni en otras alusiones del Antiguo o Nuevo Testamento se encuentran las expresiones a las que alude el modesto interlocutor de Jesús, probablemente poco versado en las Escrituras.

“¿Vienes a estas partes, Maestro?” pregunta Hermas.

“No. Voy a Galilea. Estoy aquí de paso”.

“¿Cómo? ¿Dejas “Aguas Claras”?”

“Sí, Cleofás”.

“Iban multitudes aunque era invierno. ¿Por qué las desilusionas?”

“Yo no. Así lo quieren los puros de Israel”.

“¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué mal hacías? En Palestina hay muchos rabinos que hablan donde quieren ¿Por qué a Ti no se te ha de conceder?”

“No preguntes más, Cleofás. Eres viejo y sabio. No metas veneno de amargo rencor en tu corazón”.

“¿Predicabas tal vez doctrinas nuevas que los escribas y fariseos ciertamente por error han considerado peligrosa? Por lo que sabemos... ¿Verdad Simón? No nos parecen. Probablemente no sabemos todo. ¿Según Tú en qué consiste la doctrina?” pregunta Hermas.

“En el conocimiento exacto del Decálogo. En el amor y misericordia. El amor y la misericordia, respiro y sangre de Dios, son las normas de mi conducta y doctrina, las uso en todos los momentos difíciles del día”.

“Pero esto no es una falta. Esto es bondad”.

“Los escribas y fariseos lo toman por culpa. Yo no puedo mentir a mi misión, ni desobedecer a Dios que me ha mandado como “Misericordia” sobre la tierra. Ha llegado el tiempo de la Misericordia completa, después de los siglos de Justicia. Esta es hermana de la primera. Como gemelas. Pero mientras que antes era más fuerte la Justicia y la otra templaba su severidad –porque Dios no puede prohibirse amar- ahora es reina la misericordia, y ¡cómo se alegra la justicia que sufría porque debía castigar! Si consideráis bien las cosas, fácilmente veréis que existieron desde que el hombre obligó a Dios a ser duro. La subsistencia del linaje humano no es más que la confirmación de cuanto estoy diciendo. En el mismo castigo de Adán estuvo mezclada la misericordia. Podía haberlos convertido en ceniza por el pecado. Les dio la manera de expiar; y a la mujer, causa de todos los males, envilecida por esta razón por ser causa de todo el mal, hizo aparecer como relámpago, la figura de una mujer causa del bien. Y a ambas concedió hijos y el conocimiento de la existencia². A Caín, el asesino, junto con la justicia concedió la señal que era misericordia para que no fuese muerto³. Concedió al género humano corrompido a Noé para conservarlo en el Arca, y de allí prometió un pacto sempiterno de paz. No habría más diluvio sin piedad. No más. La Justicia se doblegó ante la Misericordia⁴. ¿Queréis venir conmigo con la Historia sagrada hasta el momento mío? Veréis que siempre y cada vez más vastas se suceden las ondas del amor. Ahora el mar de Dios está rebosando. Y te levanta en alto ¡oh género humano! sobre las aguas dulces y serenas. Te levanta hasta el Cielo, purificado, hermoso, y te dice: “Te presento a mi Padre” ”.

Los tres están absortos con la belleza de tanta luz amorosa. Cleofás con un suspiro dice: “Así es. Pero Tú solo eres así. ¿Qué pasará con José? Debería de haber sido escuchado. ¿Lo habrá sido?”

Nadie responde. Cleofás se dirige a Jesús: “Maestro, uno de Emmaús cuyo padre en un tiempo repudió a su mujer que fue a vivir a Antioquía en la casa de un hermano cuyo propietario de un negocio, ha incurrido en culpa grave. Jamás él conoció a esa mujer, echada fuera, ni investigó las razones, después de varios meses de matrimonio. Nada había sabido ella, porque como es natural, su nombre estaba proscrito en aquel hogar. Cuando fue mayor de edad y heredó de su padre los negocios y bienes, pensó en casarse y habiendo conocido en Joppe a una mujer, dueña de unos ricos negocios, con ella unió su destino. Ahora, no sé cómo se llegó a saber y es del dominio público que tal mujer era hija de la mujer de su padre. Por esta razón es un pecado grave, aun cuando según mi parecer, es muy incierta la

² Cfr. Gén. 3, 14-4, 2.

³ Cfr. Gén. 4, 9-16.

⁴ Cfr. Gén. 6, 5-9, 17.

paternidad de la mujer. José castigado y sentenciado, ha visto destruido al mismo tiempo su paz de fiel y la de marido. Y pese a que con mucho dolor haya repudiado a la mujer, tal vez hermana suya, la que a causa del dolor fue presa de fiebres a consecuencia de lo que murió, no se le perdona. Digo en conciencia, que si no hubiese enemigos de sus bienes, nunca hubiera sido castigado. ¿Qué harías Tú?”

“El caso es muy grave. Cleofás. Cuando fuiste a donde estaba Yo ¿por qué no me hablaste de ello?”

“No quería que dejaras de venir aquí...”

“¡Oh! ¡Esas cosas no alejan! Escucha, pues. Materialmente se trata de un incesto, y por lo tanto existe un castigo⁵. Pero la culpa para que moralmente sea culpa presupone la voluntad de pecar. ¿Este hombre a sabiendas ha cometido incesto? Tú dices que no. Entonces ¿en dónde está la culpa? Quiero decir: ¿La culpa de haber querido pecar? Ahora bien ¿qué hay sobre complicidad de vivir con la hija del mismo padre? Tú afirmas que el caso como tal es incierto. Y aunque así fuese, la culpa deja de serlo tan pronto termina la complicidad. Que hasta haya terminado, es claro no sólo por el hecho del repudio, sino por la muerte que sobrevino. Por lo que digo que el hombre debería ser perdonado aun del pecado aparente. Y además digo, que si no hay condenación del incesto real, que está a la vista de todo el mundo, se debería tener compasión de este caso doloroso cuyo origen se encuentra en el permiso de repudio que Moisés concedió para evitar males, si no más graves, más numerosos. Yo condeno esta licencia que favorece adulterios y circunstancias semejantes a esta⁶ porque el hombre que contrajo matrimonio bien o mal, debe vivir con la cónyuge. Además, repito, que si se debe ser severo, hay que serlo de igual modo con todos; mejor dicho. Primero consigo mismo y con los grandes. Ahora, por lo que yo sepa, nadie, fuera del Bautista⁷ ha levantado la voz contra el pecado real. ¿Los que condenan están inmunes de culpas semejantes o peores? O mejor dicho, les sirve de velo el nombre o el poder, así como el gallardo y rico manto les sirve para defender el cuerpo, frecuentemente enfermo por el vicio”.

“Has dicho bien, Maestro. Así es. Pero, en resumidas cuentas, ¿Tú quién eres?” preguntan juntos los dos amigos.

Jesús no puede responder porque se abre la puerta y entra Simón, el suegro de Cleofás el hijo.

“¡Bienvenido! ¿Qué hubo?”

La curiosidad es tan grande que nadie se ocupa ya más del Maestro.

“Pues bien... condenación absoluta. Ni siquiera aceptarán la oferta del sacrificio. José ha sido cortado de Israel”.

“¿En dónde está?”

“Allá afuera. Está llorando. Traté de hablar con los más poderosos. Me arrojaron como a un leproso. Ahora... pero... es la ruina de ese hombre. Los bienes y el alma. ¿Qué querréis que haga?”

Jesús se levanta y se dirige a la puerta sin decir una sola palabra.

El viejo Cleofás cree que Él se haya ofendido por haberlo olvidado y dice: “¡Oh! ¡Perdona, Maestro! Es el hecho doloroso que ha turbado mi cabeza. Quédate ¡te lo ruego!”

“Sí, Cleofás. Voy sólo a donde está el infeliz. Venid si queréis, conmigo”. Jesús va al vestíbulo.

Delante de la casa hay una faja de terreno, con pequeñas eras, a partir de las cuales empieza el camino. Echado por tierra en el umbral hay un hombre, Jesús se le acerca con las manos extendidas. Detrás todos los demás que quieren ver lo que va a pasar.

“José ¿nadie te perdonó?” Jesús habla con dulzura.

⁵ Cfr. Lev. 18; 20, 8-21.

⁶ Cfr. Gén. 1, 26-31; 2, 18-25; Dt. 24, 1-4; Mal. 2, 10-16; Mt. 5, 31-32; 19, 1-9; Mc. 10, 1-12; Lc. 16, 18; 1 Cor. 7; Ef. 5, 22-33; 1 Tim. 5, 3-16.

⁷ Cfr. Mt. 14, 3-12; Mc. 6, 14-29; Lc. 3, 19-29; 9, 7-9.

El hombre se sobresalta al oír una voz nueva y cariñosa después de las otras que le condenaron. Levanta la cara y mira asustado.

“José ¿nadie te perdonó?” vuelve a repetir Jesús y se inclina para tomar las manos del hombre, y de este modo levantarlo.

“¿Quién eres?” pregunta el desgraciado.

“Soy la Misericordia y la Paz”.

“Para mí no existe más ni la misericordia ni la paz”.

“En el seno de Dios siempre hay misericordia y sobre todo rebosa cuando se trata de hijos infelices”.

“Mi culpa es tan grande que me han cortado de Dios. Déjame Tú, que ciertamente eres bueno, para que no te contamines”.

“No te dejaré. Quiero llevarte a la paz”.

“Pero yo soy... ¿Quién eres Tú?”

“Ya te lo dije: La Misericordia y la Paz. Yo soy el Salvador. Soy Jesús. Levántate, puedo lo que quiero. En nombre de Dios te absuelvo de la involuntaria contaminación. No existe ninguna otra culpa. Soy el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

El Eterno me ha entregado todo juicio. Quien cree en mi palabra tendrás vida eterna. Ven ¡pobre hijo de Israel! Restablece tu cuerpo cansado y fortifica el espíritu abatido. Perdonaré otras culpas que sí lo son. Y de Mí, jamás manará la desesperación a los corazones. Soy el Cordero sin mancha pero no rehuyo las ovejas perdidas por miedo de contaminarme. Antes bien, las busco y las llevo conmigo. Muchos, pero muchos, son los que se dirigen a una ruina completa, debido a la demasiada severidad y aun injusta, al dar una sentencia. ¡ay de aquello que por rigor intransigente conducen un alma a la desesperación. No son los intereses de Dios, sino los de Satanás los que les preocupan. Veo ahora una mujer pecadora deseosa de redención que la alejan del Redentor, veo que se persigue a un sinagogo porque es justo, veo a uno que inconscientemente cayó en culpa y ha sido castigado. Veo muchas cosas que se hacen allí donde vive el vicio y la mentira. Y así como al poner tabiques sobre tabiques se va formando un muro, así también las cosas que he visto y que en un año son demasiadas para haber sido vistas, han empezado a levantar entre Mí y ellos un muro de crueldad. ¡Ay de ellos cuando se haya terminado con el material que ellos mismos dieron! Ten: Bebe, come. Estás agotado. Después... mañana vendrás conmigo. No tengas miedo. Cuando la paz haya entrado nuevamente a tu espíritu, podrás elegir libremente tu futuro. Ahora no puedes, y sería peligroso el permitir que lo hicieras”.

Jesús ha llevado al hombre a la sala y lo ha obligado a sentarse en su lugar. Le sirve. Luego se dirige a Hermas y a Simón y les dice: “Esta es mi Doctrina y no otra. No me limito tan sólo a predicar. La hago una experiencia real. Quién tenga sed de verdad y de amor, que venga a Mí”.

Dice Jesús:

“Y con esto termina el primer año de evangelización. Tomad nota de ello. ¿Qué cosa podré deciros? Lo di porque era mi deseo que fuese conocido. Pero así los fariseos, así también hay quienes se oponen a este trabajo. Muchas cosas rechazan mi deseo de que se me ame, de que se me conozca, porque conocer es amar. Y esto me produce un gran dolor a Mí, al Eterno Maestro que por vuestra causa estoy aprisionado...”

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 3

El segundo año de la vida pública (Primera parte)

Lección a los discípulos en el camino mientras van a Arimatea.

19 abril 1945

“Señor, ¿qué haremos de este? Pregunta Pedro a Jesús, señalando a José que los sigue desde que dejaron Emmaús y que ahora escucha a los hijos de Alfeo y Simón que han tomado particularmente cuidado de él.

“Ya lo dije. Vendrá con nosotros hasta Galilea”.

“Y luego... se quedará con nosotros. Verás que así va a suceder”.

“¿También él será discípulo? ¿Con eso que tiene en su cuenta?”

“¿También eres tú fariseo?”

“¡Yo no! Pero... me parece que los fariseos no nos pierden de vista...”

“Y si lo ven con nosotros, nos causarán molestias. Esto querías decir. Luego por el temor de que se nos perturbe ¿se va a dejar a un hijo de Abraham a merced de la aflicción? No, Simón Pedro. Es un alma que se puede perder o se puede salvar según se le cure su gran herida que tiene”.

“¿Pero no somos nosotros ya tus discípulos?”

Jesús mira y sonríe a Pedro con los ojos fijos. Dice: “Un día, hace muchos meses, te lo dije: “Otros muchos vendrán”. El campo es vasto, vastísimo. Los trabajadores serán insuficientes para esa extensión... también porque a muchos acaecerá lo que sucedió a Jonás: morirán en el duro trabajo. Pero vosotros seréis siempre mis predilectos” termina Jesús atrayendo hacia Sí al turbado Pedro, que se serena con esa promesa.

“¿Entonces viene con nosotros?”

“Sí. Hasta que se cure el corazón. Está envenenado con tanto rencor que tuvo qué beber. Está intoxicado”.

Santiago y Juan junto con Andrés alcanzan al Maestro y escuchan.

“Vosotros no podéis valorar el inmenso mal que el hombre puede causar a otro con una intransigencia hostil. Os ruego que os acordéis que vuestro Maestro fue siempre muy bondadoso con los enfermos del corazón. Vosotros pensáis que mis grandes milagros y mi principal poder sea la curación de los cuerpos. No, amigos... Sí, venid también vosotros que vais adelante y quienes venís detrás. El camino es ancho y podemos caminar en grupo”.

Todos se juntan a Jesús que continúa hablando: “Mis obras principales que mejor dan testimonio de mi naturaleza y de mi corazón, bien que se trate de extirpar un vicio o más vicios capitales, sea que se trate de aflicciones que atormentan con el pensamiento de que uno está castigado y abandonado de Dios.

Al alma que ha perdido la certeza de la ayuda de Dios, ¿qué le pasa? Es un pedazo de hierba seca que se arrastra en el polvo y que no puede asirse más a la idea que era su fuerza y su alegría. Vivir sin esperanza es un horror. La vida es bella en sus asperezas, porque recibe este rayo del Sol divino. Tiene como fin este Sol. ¿Es el día humano tétrico, bañado en lágrimas, señalado con sangre? Sí. Pero después vendrá el Sol. No habrá más dolor, ni más separaciones, ni más asperezas, ni odios, ni miserias o soledad dentro de la niebla que oprime, sino luz y canto, serenidad y paz, Dios, el Sol eterno. Ved qué triste aparece la tierra cuando hay eclipse. Si el hombre tuviese qué decirse a sí mismo: “Ha muerto el sol”, ¿no le parecería vivir para siempre dentro de un calabozo subterráneo, y estar allí ya sepultado y muerto antes de morir? Pero el hombre sabe que más allá de este astro que esconde el sol y produce tinieblas en el mundo, existe siempre el alegre sol de Dios. Semejante es el pensamiento de la unión con Dios

durante la vida. ¿Los hombres hieren, roban, calumnian? Pero Dios cura, devuelve, justifica. Y con creces. Los hombres dicen: “¿Dios te ha arrojado?” Pero el alma tranquila *debe pensar*: “Dios es justo y es bueno. Ve las causas y es benigno. Lo es infinitamente. Por esto, no me rechazará si inclino mi cara llena de lágrimas sobre su seno y le digo: ‘Padre, Tú sólo me quedas. Tu hijo está afligido y desolado. Dame tu paz...’”.

Ahora Yo, el Enviado de Dios, recojo a los que el hombre ha perturbado o que Satanás ha trastornado y los salvo. Esta es mi obra. Esta es verdaderamente mi obra. El milagro en el cuerpo es muestra de poder divino. La redención de los espíritus es obra de Jesucristo, del Salvador y Redentor. Pienso y no me equivoco, que los que han encontrado en Mí su rehabilitación ante los ojos de Dios y propios, serán mis discípulos fieles, serán los que con mayor fuerza podrán arrastrar a las turbas hacia Dios diciendo: “¿Vosotros pecadores? Yo también. ¿Vosotros desalentados? Yo también. ¿Vosotros desesperados? Yo también. Lo estáis viendo ¿no es así? El Mesías tuvo piedad de mi miseria espiritual, me ha hecho sacerdote suyo, porque Él es la Misericordia y quiere que el mundo se persuada de ello. Y nadie es más apto para persuadir que el que en sí mismo lo ha experimentado”. Así pues, a mis amigos, a los que me adoraron desde que nací, a los pastores, junto éstos. Aún más: los junto con los pastores, con los curados con lo que sin especial elección, como es la vuestra de vosotros los doce, han entrado en mi camino y lo seguirán hasta la muerte. Cerca de Arimatea está Isaac, y me ha pedido a José como amigo nuestro. Tomaré a Isaac conmigo para que se una a Timoteo cuando nos alcance. Si crees que en Mí existe la paz y el objetivo de una vida entera, podrás unirte con ellos. Serán para ti buenos hermanos”.

“¡Oh consuelo mío!” Exactamente es como tú dices. Mis grandes heridas de hombre y de creyente, van recibiendo curación conforme las horas pasan. Hace tres días que estoy contigo, y me parece que lo que hace tres días era tan sólo un desgarré del alma, era un sueño que se aleja. Me parece que cuanto más el tiempo pasa, tanto más se desvanece en sus tajantes perfiles, ante tu realidad. He pensado mucho en estas noches. En Joppe tengo un buen pariente. Él involuntariamente fue causa de mi desgracia porque por él conocí a esa mujer. Esto te puede decir si podíamos saber de quién era hija... Puede ser que haya sido hija de la primera mujer de mi padre, pero no de mi padre. Tenía otro nombre. Venía de lejos. Conoció a mi pariente por intercambio de mercancía. Así fue el modo como la conocí. Mi pariente se muere por los negocios. Se los ofreceré. Se arruinarían si no tuviesen dueño. Él los adquirirá sin duda alguna, y hasta por no sentir todo el remordimiento del mal que me pudo haber causado. Yo me las podré arreglar por mí mismo y seguirte tranquilo. Te ruego que me concedas este Isaac que nombraste. Tengo miedo de estar sólo con mis pensamientos. Todavía son muy tristes...”

“Te daré a Isaac. Es un buen corazón. El dolor lo ha hecho perfecto. Por treinta años llevó su cruz. Sabe qué cosa es el sufrimiento... Entre tanto nosotros nos adelantamos. Nos alcanzareis en Nazaret”.

“¿No nos detendremos en la casa de José?”

“Probablemente José está en Jerusalén... El Sanedrín tiene mucho qué hacer. Lo sabremos por medio de Isaac. Si está le llevaremos nuestra paz. Si no está nos detendremos a descansar sólo por una noche. Tengo prisa de llegar a Galilea. Hay una Madre que sufre, porque recordadlo, hay quien tiene afán en afligirla. Quiero tranquilizarla”.

2. Lección a los apóstoles en el camino a Samaria¹

21 abril 1945

Jesús va con los doce. El lugar es montañoso, pero como el camino es suficientemente cómodo, todos están en grupo y charlan entre sí.

“Ahora que estamos solos, podemos decirlo: ¿Por qué hay tantos celos entre los dos grupos?” pregunta Felipe.

“¿Celos? Si no es más que soberbia” rebate Judas de Alfeo.

“No. Yo digo que sólo es un pretexto para justificar, en cierto modo, su injusticia contra el Maestro. Bajo el velo de un celo por el Bautista se consigue alejarlo sin disgustar mucho a la multitud” dice Simón.

“Yo los desenmascararía”.

“Nosotros, Pedro, haríamos muchas cosas que Él no hace”.

“¿Por qué no las hace?”

“Porque sabe que no está bien hacerlas. No debemos más que seguirlo. No nos toca el ser su guía. Es suficiente con ser felices. Es un gran consuelo tener sólo que obedecer...”

“Has dicho bien, Simón” dice Jesús que caminaba un poco adelante pensativo. “Dijiste bien. Es más fácil obedecer que mandar. No lo parece. Pero las cosas son así. Ciertamente es fácil cuando el espíritu es bueno; así como es difícil mandar cuando lo es. Porque si un espíritu no es recto, da órdenes tontas y más que tontas. Entonces es fácil mandar. Y qué difícil se hace el obedecer. Cuando uno tiene la responsabilidad de un lugar o de un grupo de personas, debe tener siempre presentes la caridad y la justicia, la prudencia y humildad, la templanza y la paciencia, la firmeza pero no la testarudez. ¡Oh, que si es difícil!... Por ahora vosotros no tenéis más que obedecer a Dios y a vuestro Maestro. Tú, y no tan sólo tú, te preguntas por qué hago y no hago aquello, te preguntas por qué Dios permite estas cosas y no permite aquellas. Mira, y también vosotros amigos míos. *Uno de los secretos del perfecto fiel consiste en no arrogarse jamás el derecho de interrogar a Dios.* El que todavía está poco formado pregunta a Dios: “¿por qué has hecho esto?” Y parece como si se pusiera el vestido de un profesor experimentado delante de su alumno para decirle: “Esto está mal hecho. Es una tontería. Es un error”. ¿Quién puede más que Dios?”

Ved ahora que bajo el pretexto del celo por Juan, se me arroja, y vosotros os escandalizáis, y querriais que enmendase el error entrando en polémica con los que obran así. No, Esto jamás sucederá. Oísteis al Bautista por boca de sus discípulos: “Es necesario que Él crezca y que yo disminuya”. Ningún lamento, ningún aferramiento a su posición. El santo no se apega a estas cosas. Trabaja no por el número de sus “propios” fieles. Él *no* tiene fieles propios, sino que trabaja para dar más fieles a Dios. Sólo Dios tiene el derecho de tener fieles. Así como no me siento porque, de buena o mala fe, algunos continúen siendo discípulos del Bautista, así también él no se aflige. Y lo habéis oído de que algunos de sus discípulos vienen a Mí. Se abstiene hasta de estas cicaterías numéricas. Mira al cielo, Yo también lo miro. Así pues no estéis luchando entre vosotros si sea justo o no que los judíos me acusan de tomarle al Bautista sus discípulos o que sí sea justo o no que se permita decirlo. Estas son peleas de mujeres habladoras en el pozo. Los santos se ayudan, se dan y se intercambian los espíritus con una facilidad alegre, con la sonrisa al pensar que trabajan por el Señor.

He bautizado, mejor dicho, *os he hecho bautizar*. Más como el espíritu es muy torpe, es menester *ahora*, presentarle formas materiales de piedad, formas materiales de algún milagro, formas materiales de alguna escuela. Por razón de esta torpeza espiritual deberé ayudar las sustancias materiales cuando haga que también vosotros podáis hacer milagros. Pero pensad que

¹ Cfr. Ju. 4, 1-4.

la prueba de la santidad no está en el aceite, ni en el agua, ni en ninguna otra ceremonia. Está aproximándose el tiempo en que algo impalpable, invisible, inconcebible a los materialistas, será la reina, la reina que ha regresado poderosa y santa en todas y cada una de las cosas santas. Por medio de ella el hombre volverá a ser “hijo de Dios” y hará lo que Dios hace porque tiene a Dios consigo²: la gracia. He aquí la reina que regresa. Entonces el bautismo será sacramento. Entonces el hombre hablará y comprenderá el lenguaje de Dios, dará vida y vida, dará poder de ciencia y de poder. ¡Oh, en ese futuro entonces! Todavía no estáis maduros para comprender lo que la gracia os dará. Os ruego que ayudéis su venida con vuestra continua obra de formación propia y que dejéis, dejéis las cosas inútiles de los mezquinos...

Ved los confines de Samaria. ¿Creéis que haré bien en hablar con ellos?”

“¡Oh” Todos más o menos están escandalizados³.

“En verdad os digo que hay samaritanos por todas partes y si no pudiese hablar donde hay un samaritano, no podría hablar en ningún lugar. Venid pues. No buscaré la ocasión de hablar, pero no me desdeñaré de hablar de Dios si se me pide. Se ha acabado un año. Empieza el segundo, que domina entre el principio y el fin. En el principio todavía era predominante el Maestro, ahora, se descubre el Salvador. Al final aparecerá el rostro del Redentor. Aumento las obras de misericordia porque se acerca la desembocadura”.

“¿Vamos a ir a algún río grande después de la Galilea? ¿Al Nilo? ¿Al Éufrates?” cuchichean algunos.

“Tal vez iremos entre los gentiles...” responden otros.

“No habléis entre vosotros. Vamos a “mi” desembocadura, esto es el cumplimiento de mi misión. Estad muy atentos a lo que os diga, porque luego os dejaré y deberéis continuar en mi nombre”.

3. La samaritana Fotinai¹

22 abril 1945

“Yo me detengo aquí. Id a la ciudad y comprad lo que sea necesario para la comida. Aquí comeremos”.

“Sí Juan. Está bien que vayáis en grupo”.

“¿Y Tú te quedas solo... Son samaritanos...”

“No serán los peores de entre los enemigos del Mesías. Id, id. Oraré por vosotros y por ellos mientras os espero”.

Los discípulos se van de mala gana, y tres o cuatro veces se voltean a mirar a Jesús que se ha sentado sobre un muro pequeño asoleado que está cerca del brocal ni alto ni ancho de un pozo, que en realidad es un señor pozo, pues parece una cisterna por lo profundo. En el verano se cubrían con su sombra altos árboles, que ahora están sin hojas. No se ve el agua, pero cerca del pozo hay muestras claras de agua en pequeñísimos charcos en los lugares donde se dejaron por un momento los cántaros. Jesús medita en su usual posición, con los codos apoyados sobre las rodillas y las manos juntas hacia delante, el cuerpo levemente doblado y la cabeza inclinada hacia la tierra. Siente que el sol le calienta y deja caer por tierra el manto de la cabeza y de la espalda pero lo recoge sobre sus rodillas.

² Nota: Primer anuncio del poder de quien creará en Él. Cfr. Mt. 21, 18–22; Mc. 16, 14–18; Ju. 14, 12; Hech. 28, 1–6.

³ Sobre los motivos y origen del cisma de los samaritanos, sobre su enemistad, sobre la actitud que Jesús tomó con respecto a los samaritanos, Cfr. Deut. 12, 2–12; Jos. 9, 30–35; 3 Rey. 12–13; 4 Rey. 17; 18, 9–12; 1 Esdr. 4; Ecls. 50, 27–28; Zac. 11, 4–14; Mt. 10, 1–6; Lc. 10, 51–56; 11, 29–37; 17, 1–42; Ju. 4, 1–42; 8, 44–53; Hech. 8, 4–25.

¹ Cfr. Ju. 4–42.

Levanta la cabeza y se ríe de una bandada de pájaros que se pelean por un pedacito de pan que alguien habrá perdido cerca del pozo. Los pájaros levantan el vuelo al acercarse una mujer que viene al pozo con un cántaro vacío que trae del asa con la mano izquierda, y con la derecha, como sorprendida aparta el velo para ver quién es el hombre que está sentado. Jesús envía una sonrisa a la mujer que frisa entre los treinta y cinco y cuarenta años. Alta, de rasgos muy bien marcados, hermosos. Una clase de tipo que solemos llamar “española” por el color de olivo.. Los labios muy rojos y bastante grandes. Los negros ojos desmesuradamente grandes escondidos bajo espesas cejas. Trenzas negras que se transparentan bajo el velo ligero. También las formas corporales que pueden llamarse hasta cierto punto hermosas, tienen un marcado tipo oriental muelle como el de las mujeres árabes. Su vestido es de tela con rayas de varios colores. Lo lleva bien ceñido a la cintura. Le cae perpendicularmente sobre las caderas y sobre el pecho abultado, para caer en forma de ondas, hasta el suelo. En sus manos y en sus muñecas ya un poco regordetas y morenas que se dejan ver bajo mangas de lino hay muchos anillos y brazaletes. En el cuello trae un collar pesado del que penden medallas, mejor dicho, amuletos, porque son de todas clases. Pesados aretes le llegan hasta le cuello y brillan bajo el velo.

“La paz sea contigo, mujer. ¿No me das agua para beber? He caminado mucho y tengo sed”.

“¿Pero no eres Tú, judío? Me pides a mí, samaritana, que te dé a beber. ¿Qué ha pasado pues? Ciertamente algo grande habrá sucedido si un judío habla de esa manera tan cortés a una samaritana. Pero debería decirte: “No te doy nada para vengar en Ti todas las injurias que los judíos durante tantos siglos nos han hecho” ”.

“Has dicho bien. Algo grande ha sucedido, y por esto muchas cosas han cambiado y cambiarán otras. Dios ha hecho un gran regalo al mundo y por eso muchas cosas han sido cambiadas. Si tú conocieses el don de Dios y quién es el que te dice: “Dame de beber”, probablemente tú misma se lo habrías pedido, y Él te habría dado agua fresca”.

“El agua fresca está en las venas de la tierra. En este pozo hay, pero es nuestro”. La mujer es burlona y altiva.

“El agua es de Dios. Como la bondad es de Dios. Como la vida es de Dios, mujer, todo es de un Dios único. Todos los hombres vienen de Dios: los samaritanos como los judíos. Este pozo ¿no es el de Jacob? ¿Y no es Jacob la cabeza de nuestra raza?² Esto no cambia el origen”,

“¿Error nuestro, verdad?” pregunta agresiva la mujer.

“No es ni nuestro ni vuestro. Error de alguien que perdió de vista la Caridad y la Justicia. No te ofendo ni a ti ni a tu raza. ¿Por qué eres tan ofensiva?”

“Eres el primer judío que oigo que hable así. Los otros... Pero, respecto al pozo, sí, es el de Jacob y tiene un agua tan abundante y clara que nosotros los de Sicar la preferimos a la de otras fuentes. Pero es muy profundo. No tienes ni cántaro ni odre. ¿Cómo podrás tener agua fresca para mí? ¿Eres más que Jacob, nuestro santo Patriarca, que encontró esta abundante vena para sí, para sus hijos y ganados y la dejó en recuerdo suyo y como un regalo?”

“Es así como tú has dicho, pero quien bebe de esta agua tendrá otra vez sed. Yo por el contrario dispongo de un agua que quien la bebiere, no sentirá más sed. Pero es sólo mía, y la daré a quien me la pida. En verdad te digo que quien posea el agua que Yo le dé, para siempre estará fresco y no tendrá más sed, porque el agua mía se convertirá en él manantial seguro y eterno”.

² Cfr. La historia de Jacob en Gén. 25, 19–37, 36; 45, 15–550, 14. Jacob, a quien Dios impuso el nombre de Israel (Cfr. Gén. 32, 23–31) fue el tronco de la estirpe israelita. Compró un campo cerca de Siquén y construyó allí un altar (Cfr. Gén. 33, 18–20; Jos. 24, 32) El Gén. No dice que allí hubiera habido un pozo, pero lo deja suponer desde el momento en que Jacob se estableció allí por un poco de tiempo. Siquem en aramáico se dice Sicara.

¿Cómo? No entiendo. ¿Eres un mago? ¿Cómo puede el hombre convertirse en pozo? El camello bebe y hace provisión de agua en su vientre grande, mas después se le termina y no le dura para toda la vida. ¿Y Tú dices que tu agua es para siempre?”

“Aún más: brotará hasta la vida eterna. En quien la beba será cual un surtidor que llegue hasta la vida eterna y la vida eterna producirá brotes porque es una fuente de salvación”.

“Dame de esta agua si es verdad que la tienes. Yo me canso en venir hasta aquí. Me la darás y no tendré más sed, y no me enfermaré nunca ni envejeceré”.

“¿Tan sólo de esto te cansas? ¿De otra cosa, no? ¿No sientes más necesidad que de beber agua para tu miserable cuerpo? Piénsalo bien. Hay algo más que el cuerpo. Existe el alma. Jacob no dio sólo agua del cosuelo para beber él y los suyos, sino que se preocupó de darse y de dar la santidad, que es el agua de Dios”.

“Nos llamáis paganos...” La mujer ha dejado su tono petulante e irónico y se ve una poca de sumisión y un poco confundida.

“También un pagano puede ser virtuoso. Y Dios que es justo lo premiará por el bien que hizo. No será un premio completo, pero, Yo te digo, entre un fiel en culpa grave y un pagano sin culpa, Dios mira con menos rigor al pagano. Y si sabes lo que sois, ¿por qué no venís al verdadero Dios? ¿Cómo te llamas?”

“Fotinai”.

“Pues bien, Fotinai, respóndeme. ¿Te produce dolor no poder aspirar a la santidad, porque eres pagana, como tú dices, porque estás en las tinieblas de un antiguo error, como digo Yo?”

“Sí, me duele”.

“Y entonces ¿Por qué no vives al menos como una pagana virtuosa?”

“¡Señor!...”

“Sí. ¿Puedes negarlo? Ve a llamar a tu marido y regresa con él”.

“No tengo marido...” El turbamiento de la mujer aumenta.

“Dijiste bien que no tienes marido. Has tenido cinco y el que ahora está contigo no es tu marido. ¿Era necesario esto? Tu religión tampoco aconseja la deshonestidad. También tenéis el Decálogo. ¿Por qué entonces, Fotinai, vives así? ¿No te sientes cansada de esta fatiga de ser carne para otros, y no la mujer honesta de uno sólo? ¿No te causa temor alguno cundo llegue tu atardecer y te encuentres sola con recuerdos, con amarguras, con temores? Sí. Temor de Dios y de los espectros. ¿Dónde están tus criaturas?”

La mujer baja la cabeza. No habla.

“No las tienes en la tierra, pero sus pequeñitas almas, a las que prohibiste ver la luz del día, te acusan siempre. Joyeles... hermosos vestidos... casa rica... mesa bien colmada... Sí. Pero vacío, con un sincero arrepentimiento por medio del perdón de Dios, y por consiguiente el perdón de tus criaturas, puedes volver a ser rica”.

“Señor, veo que eres un profeta, y tengo vergüenza...”

“Y del Padre que está en los Cielos ¿no tenías vergüenza cuando hacías el mal? No llores de abatimiento ante el Hombre... Ven acá, Fotinai, cerca de Mí. Te hablaré de Dios. Tal vez no lo conocías bien, y por esto, ciertamente por esto, te has equivocado tanto. Si hubieses conocido bien al verdadero Dios, no te habrías rebajado hasta tal punto. Te habría hablado y ayudado a levantarte...”

“Señor, nuestros padres adoraron sobre este monte⁵. Vosotros decís que sólo en Jerusalén se debe adorar. Tú dices que Dios es uno solo. Ayúdame a comprender dónde y cómo debo orar...”

⁵ El monte Garizim, cerca de Siquem (Sicara); Cfr. Deum. 11, 29; 27, 12; Jos 8, 33. En ese monte los samaritanos construyeron un templo, cual rival del de Jerusalén.

“Mujer créeme. Dentro de poco llegará la hora en que ni sobre este monte de Samaria, ni en Jerusalén el Padre será adorado. Vosotros adoráis al que no conocéis. Nosotros adoramos al que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Te recuerdo los profetas. Pero vendrá la hora, mejor dicho, ha empezado en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, no con el rito antiguo, sino con el nuevo en que no habrá sacrificios ni hostias de animales consumados en el fuego, sino el sacrificio eterno de la Hostia espiritual en el reino espiritual. Y los que sepan adorarlo en espíritu y verdad lo comprenderán. Dios es Espíritu. Quienes lo adoren deberán adorarlo espiritualmente”

“Tienes palabras santas. Yo sé, pues también nosotros sabemos alguna cosa, que está por venir el Mesías, el que también es llamado “el Cristo”. Cuando venga nos enseñará todo. Acá cerca está el que dicen que es su Precursor. Muchos van a oírlo, pero es muy severo... Tú eres bueno, y las pobres almas no tienen miedo de Ti. Me imagino que el Cristo será bueno. Lo llaman el Rey de la Paz⁷. ¿Faltará mucho para que venga?”

“Te dije que su tiempo es ya presente”.

“¿Cómo lo sabes? ¿Eres un discípulo suyo? El Precursor tiene muchos. También el Mesías los tendrá”.

“Soy el que te hablo, Jesucristo”.

“¡Tú!... ¡Oh!...” La mujer, que se había sentado cerca de Jesús, se levanta y está por huir.

“¿Por qué huyes, mujer?”

“Porque tengo horror de estar cerca de Ti. Eres Santo...”

“Soy el Salvador. He venido aquí —no era necesario— porque sabía que tu alma estaba cansada de andar errante, que estás nauseada de tu comida... Vine a darte una comida nueva que te quitará las náuseas y el cansancio... ve ahí a mis discípulos que regresan con mi pan. Pero Yo ya me he alimentado al darte las migajas iniciales de tu redención”.

Los discípulos miran de reojo, más o menos prudentemente, a la mujer, pero nadie dice nada. Se va ella sin pensar más ni en el agua ni en el cántaro.

“Henos aquí, Maestro” dice Pedro. “Nos trataron bien. Aquí hay queso, pan fresco, aceitunas y miel. Toma lo que quieras. Esa mujer hizo bien en haber dejado su cántaro. Terminaremos más pronto con él que con nuestras pequeñas vejigas. Beberemos y las llenaremos, sin tener qué pedir otra cosa a los samaritanos. Ni siquiera acercarnos a sus fuentes. ¿No comes? Quería buscarte algo de pescado pero no hubo. Tal vez te habría gustado más. Estás cansado y pálido”.

“Tengo un alimento que no conocéis. Comeré de él. Me dará muchas fuerzas”.

Los discípulos se miran con ojos interrogativos.

Jesús contesta a su muda pregunta. “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado para que realice la obra que es su deseo que Yo haga. Cuando un sembrador arroja la semilla ¿puede acaso decir que ya hizo todo de modo que ya ha cosechado? No. No es así. Cuánto le falta todavía para decir: “Mi obra está ya terminada”. Y hasta que no llegue ese momento, no puede descansar. Mirad estos pequeños campos bajo el alegre sol de la hora de siesta. Hace un mes, menos si se quiere, la tierra estaba desnuda, negra por las lluvias. Vedla ahora. Tallos y tallos de trigo, apenas despuntando, de un color verde tenue, que bajo la luz fuerte parece más claro, cubren la tierra de un ligero color blanquecino. Esta es la mies futura y al verla decís: “Dentro de cuatro meses viene la cosecha. Los sembradores tomarán segadores, porque si uno es suficiente para sembrar su campo, se necesitan muchos para segarlo. Y todos están contentos. Tanto el que sembró un pequeño costal de trigo y que ahora debe preparar graneros donde lo ponga, como los que en pocos días ganan para vivir por algunos meses”. También en el campo

⁷ Cfr. Is. 9, 5–6.

del espíritu los que segarán lo que Yo he sembrado., se alegrarán conmigo y como Yo, porque les daré mi salario y el fruto debido. Daré de qué vivir en mi Reino eterno. Vosotros no tenéis mas que segar. El trabajo más duro lo he hecho. Y sin embargo os digo: “Venid. Segad en mi campo. Estoy contento de que os carguéis de haces de mi trigo y lo hubieseis cosechado, entonces será cumplida la voluntad de Dios y me sentaré al banquete de la Jerusalén celestial”. Ved que los samaritanos vienen con Fotinai. Tened caridad con ellos. Son almas que vienen a Dios”.

4. Con los habitantes de Sicar¹

23 abril 1945

Viene a donde está Jesús un grupo de samaritanos principales guiados por Fotinai. “Dios sea contigo, Rabbí. La mujer nos ha dicho que eres un profeta, y que no desdeñas hablar con nosotros. Te rogamos que te quedes con nosotros y que no nos niegues tu palabra porque, si es verdad, que estamos separados de Judá, no está escrito que sólo Judá sea santo, y que todo el pecado esté en Samaría. También entre nosotros hay quien es justo”.

“Dije lo mismo a ella. No me impongo, pero no me niego a quien me busca”.

“Eres un justo. La mujer nos ha dicho que eres el Mesías. ¿Es verdad? Respóndenos en nombre de Dios”.

“Lo soy. Ha llegado la era mesiánica. Israel ha sido reunido por su Rey. Y No sólo Israel”.

“Pero Tú estás de parte de aquellos que... que no están en el error como nosotros lo estamos” objeta un venerable anciano.

“Hombre, Yo leo en ti, cabeza de todos estos y leo también una sincera búsqueda de lo verdadero. Ahora escucha, tú que estás instruido en la lección sagrada. Lo que el Espíritu dijo a Ezequiel² cuando le confió su misión de profeta, me lo dijo a Mí: “Hijo del hombre, Yo te mando a los hijos de Israel, a un pueblo de rebeldes que se han alejado de Mí... Son hijos de corazón obstinado y que no se quiere doblar... Puede ser que ellos te escuchen y que luego no tengan en cuenta tus palabras, que son mías. Son una casa rebelde, pero al menos sabrán que en medio de ellos hay un profeta. Así pues tú no tengas miedo de ellos, ni te espanten sus discursos porque son incrédulos y revoltosos... Repíteles mis palabras, bien te escuchen, bien no te escuchen. Haz lo que te digo; escucha lo que te mando para que no seas rebelde como ellos. Por esto come lo que te dé”. Y Yo he venido. No me hago ilusiones y no pretendo que se me reciba como un triunfador. Pero dado que la voluntad de Dios es mi miel, por eso la cumplo, y si queréis os diré la palabra que el Espíritu ha puesto en Mí”.

“¿Cómo es posible que el Eterno haya pensado en nosotros?”

“Hijos, porque Él es amor”.

“De este modo no se expresan los rabbíes de Judá”.

“Pero así os habla el Mesías del señor”.

“Dicho está que el Mesías nacería de una virgen de Judá³. ¿Tú de quién y cómo naciste?”

“En Belén Efrata, de María de la estirpe de David, por una concepción espiritual. Creedlo”. La hermosa voz de Jesús es un retintín de triunfo gozoso al proclamar la virginidad de su madre.

“Tu rostro resplandece con una viva luz. No. Tú no puedes mentir. Los hijos de las tinieblas tienen una cara tenebrosa y ojos intranquilos. Tú eres luminoso; claros como una mañana de

¹ Cfr. En cierto modo Ju. 4, 39–42.

² Cfr. Ez. 2, 2–8.

³ Cfr. Is. 7, 13–14; Miq. 5, 2; Mat. 1, 20–23.

abril son tus ojos y tu palabra es buena. Entra en Sicar, te lo ruego, y enseña a los hijos de este pueblo. Luego te podrás ir... y recordaremos la Estrella que rieló nuestro cielo..."

"¿Y por qué no la seguís?"

"¿Cómo quieres que se haga?" Hablan mientras se dirigen a la ciudad. "Somos de los separados. Al menos así se ha dicho. Pero hemos nacido en esta fe y no sabemos si sea justo dejarla. Además tenemos ojos para ver y cerebro para pensar. Cuando por razón de viajes o de negocios, pasamos por vuestras tierras, todo lo que vemos no es santo hasta el punto que nos convenza que Dios está con vosotros de Judá, o con los de Galilea".

"En verdad te digo que la acusación principal contra el resto de Israel será el que no os persuadieron, ni os llevaron otra vez a Dios, no con ofensas y maldiciones, sino con el ejemplo y la caridad".

"¡Cuánta sabiduría hay en Ti! ¿Oís?"

Todos asienten con un murmullo de admiración. Han llegado a la ciudad y mucha gente se acerca mientras se dirigen a una casa.

"Escucha, Rabbí. Tú que eres sabio y bueno, resuélvenos una duda. Mucho de nuestro porvenir puede provenir de ella. Tú que eres el Mesías, y por ello el Restaurador del reino de David, debes tener alegría por reunir este miembro separado con su cuerpo. ¿No es verdad?"

"No tan sólo de reunir las partes separadas de lo que es caduco, como de llevar otra vez a Dios todos los espíritus. Esta es mi preocupación. Gozo en volver a hacer la verdad en un corazón. Bueno, expón tu duda".

"Nuestros padres pecaron. Desde entonces Dios mira con ojos de desagrado a las almas de Samaria. Por lo tanto, ¿qué utilidad recabaremos si seguimos el Bien? Somos para siempre leprosos ante los ojos de Dios".

"Vuestra duda es la eterna queja, el perenne descontento de todos los cismáticos. Vuelvo a responderte con Ezequiel⁴: "Todas las almas son mías" dice el Señor. Tanto la del padre, como la del hijo. Pero quien pecare él sólo morirá. Si un hombre fuese justo, si no fuere idólatra, si no fornicare ni robare, ni fuere usurero, sino que tuviese misericordia por el cuerpo y el espíritu de los demás, éste será justo ante mis ojos y vivirá una vida verdadera. Y algo más. Si un justo tuviese un hijo rebelde, ¿tendrá acaso este hijo la vida, porque su padre es justo? No la tendrá. Y algo más. Si el hijo de un pecador fuere justo, ¿morirá como el padre porque es su hijo? No. Vivirá la vida eterna porque fue justo. No sería justo que alguien lleve el pecado de otro. Quien pecare morirá. Quien no pecare, no morirá. Y si el que pecó se arrepiente y viene a la justicia, él también tendrá verdadera vida. El Señor Dios, el solo y único Señor dice: "No quiero la muerte del pecador, sino que se arrepienta y que tenga la vida". Por eso me mandó, oh hijos extraviados, para que tengáis la vida verdadera. Yo soy la vida. Quien cree en Mí y en el que me envió tendrá la vida eterna, aún cuando hasta ahora haya sido pecador".

"Henos en mi casa, Maestro. ¿No tienes horror de entrar?"

"Tengo horror tan sólo del pecado".

"Entonces entra y descansa. Partiremos juntos el pan, y luego, si no te es gravoso, nos desmenuzará la palabra de Dios. La palabra que das tiene otro sabor... y nosotros aquí tenemos un tormento: de no sentirnos seguros de estar en lo justo..."

"Todo se calmaría si con toda franqueza vinieseis a la verdad. Que Dios hable en vosotros, ciudadanos. Pronto va a oscurecer. Mañana a las nueve os hablaré más, si queréis. Id con la misericordia".

⁴ Cfr. Ez. 18, 4-44.

5. Evangelización en Sicar

24 abril 1945

Jesús habla desde el centro de una plaza llena de gente. Está subido sobre un banco de piedra que está cerca de la Fuente. La gente lo rodea. Cerca están los doce con caras... consternadas, aburridas o hasta en las que se dibuja el desprecio al sentir algún contacto.

Sobre todo Bartolomé e Iscariote muestran a las claras su malestar y para huir lo más posible de la cercanía de los samaritanos, este último se ha subido a un árbol donde está sentado a horcajadas, como si quisiese dominar la escena, mientras que el primero está recargado sobre un portón que hay en el ángulo de la plaza. El prejuicio es vivo y en todos se nota. Por el contrario Jesús no tiene nada que se le note, mejor dicho, parece como si tratase de no asustar con su majestad y al mismo tiempo de hacerla brillar para quitar cualquier duda. Acaricia a dos o tres niños cuyos nombres pregunta, se interesa por un viejo ciego al que personalmente da limosna, responde a dos o tres preguntas que le presentan sobre asuntos privados.

Una de ellas es la que le hace un padre acerca de su hija que se había escapado de casa por amor y ahora quiere ser perdonada.

“Concédele al punto el perdón”.

“He sufrido por esto, maestro, y sigo sufriendo. En menos de un año he envejecido diez”.

“El perdón te dará alivio”.

“No puede ser. La herida queda”.

“Es verdad. En la herida hay dos cosas que hacen mal.. La una es que no puede negarse la afrenta que recibiste de la hija; la otra es el esfuerzo que has hecho por dejarla de amar. Quitale a lo menos ésta. El perdón, que es la forma más alta del amor, la quitará. Piensa, pobre padre, que esa hija nació de ti, y que tiene siempre el derecho de tu amor. ¿Si la vieses enferma en alguna parte de su cuerpo y supieses que si no la curas, tú, exactamente tú, moriría? ¿La dejarías morir? Ciertamente que no. Así pues piensa que tú, exactamente tú, con tu perdón puedes detener su mal y hacer que sea una equilibrada en el instinto; porque mira, en ella ha predominado la parte más fuerte de la materia”.

“¿Entonces Tú dices que debo perdonarla?”

“Debes”.

“Pero ¿cómo podré hacer para verla en la casa sin maldecirla?”

“Entonces no la habrás perdonado. El perdón no consiste en abrirle de nuevo la puerta de tu casa, sino abrirle de nuevo tu corazón. Trata de ser bueno, hombre. ¿Y qué? La paciencia que tenemos por el becerro peleador, ¿no la tendremos por nuestra hija?”

Una mujer pregunta por su parte si está bien que se case con su cuñado para que sus hijitos tengan padre.

“¿Crees que sería un *verdadero* padre?”

“Sí, Maestro. Son tres varoncitos. Es necesario un hombre para que los guíe”.

“Hazlo entonces y procura ser una mujer fiel como lo fuiste con el primero”.

Un tercero le pregunta si haría bien o mal en aceptar la invitación de ir a Antioquia.

“¿Por qué quieres ir allá?”

“Porque aquí no tengo medios para mí y para mis hijos que son muchos. Conocí a un gentil que me tomaría porque ha visto que soy capaz en el trabajo y daría también trabajo a mis hijos. Pero no querría... te parecerá extraño el escrúpulo de un samaritano, pero así es. No querría que se perdiese la fe. Es un pagano, ¿sabes?”

“Y bien, *ninguna cosa contamina si uno no quiere ser contaminado*. Ve a Antioquia y adora siempre al Dios verdadero. Él te guiará y también serás el bienhechor del patrón que conocerá a Dios a través de tu vida honrada”.

Después empieza a hablar a todos.

“He oído a muchos de vosotros, y en todos he sentido un dolor secreto, una pena, de lo que tal vez ni vosotros mismos habéis caído en cuenta; he sentido que vuestros corazones lloran. Este dolor hace siglos que se viene acumulando, y ni las razones que vosotros decís, ni las injurias que se os arrojan, pueden acabar con ella. Antes al contrario, más se endurece y se hace pesada como la nieve que se convierte en hielo.

Yo no soy vosotros, y no soy ni siquiera uno de los que acusen. Soy la Justicia y la Sabiduría. Y os cito, para solución de vuestro caso, una vez más a Ezequiel. Él, proféticamente habla de Samaría y de Jerusalén llamándolas hijas de un solo seno y les da por nombre Oholá y Oholiba. La primera que cayó en la idolatría fue la primera, Oholá porque estaba ya privada de la ayuda espiritual de la unión con el Padre de los cielos. *La unión con Dios es siempre salvación*. Cambió la verdadera riqueza, la verdadera potencia, la verdadera sabiduría, por una pobre riqueza, potencia y sabiduría de alguien que todavía más que ella era inferior a Dios, y fue sacudida hasta el punto de hacerse esclava de las costumbres del que la había seducido. Por querer ser fuerte se hizo débil; por querer ser más, se hizo menos; por ser imprudente, se hizo loca. Cuando alguien imprudentemente se contamina con una infección, muy difícilmente puede librarse de ella.

Diréis: “¿Ser menos? No. Fuimos grandes”. Grandes, sí, pero que conquistan la riqueza al precio terrible de su propia honra!. Consiguen algo que puede acabarse. Pierden algo que no se recuperará: el buen nombre.

Al ver Oholiva que la locura de Oholá le había valido riquezas, quiso imitarla y se hizo más loca que Oholá, y con *doble culpa*, porque tenía consigo al Dios verdadero y no debía haber jamás pisoteado la fuerza que le venía de esta unión. Un castigo duro, tremendo cayó sobre ella, y le caerá otro peor, a ella doblemente loca y prostituta. Dios le volverá la espada. Ya lo está haciendo, para ir a los que no son de Judá. No se podrá acusar a Dios de ser injusto porque Él no se impone. A todos abre los brazos, a todos invita pero si uno le dice: “Vete, vete” Él se va. Y va a buscar amor, a invitar a otros, hasta que encuentra quien dice: “Voy”.

Por lo cual os digo que podéis tener consuelo para vuestro tormento, que debéis tenerlo, al pensar en esto. Oholá. ¡torna en ti!, Dios te llama.

La sabiduría del hombre consiste en saber corregir sus propios yerros, la sabiduría del espíritu consiste en el amor de Dios verdadero y de su verdad. No miréis ni a Oholiva, ni a Fenicia, ni a Egipto, ni a Grecia. Mirad a Dios. El cielo es la patria de todos los espíritus rectos. No hay muchas leyes sino una sola: la de Dios, y con la que se tiene la Vda. No digáis: “Hemos pecado”, sino decid: “No queremos más pecar”. Pues Dios al haberos enviado a su Verbo muestra que os ama. Él os dice: “Venid”, tenéis la prueba. Venid, os digo. ¿Se os ha injuriado? ¿Sois proscritos? ¿De quién? De seres semejantes a vosotros. Pero Dios es más que ellos, y Él os dice: “Venid” vendrá un día en que os alegraréis de no haber estado en el Templo... Con el corazón os alegraréis de ello. Pero más se regocijarán los espíritus porque sobre los rectos de corazón, esparcidos por Samaría, habrá ya descendido el perdón de Dios. Preparadle su llegada. Venid al Salvador universal, oh hijos de Dios que camináis por una vía equivocada”.

“A lo menos alguno de nosotros iría. Son los de la otra parte que no nos quieren”.

“Y nuevamente con el sacerdote y profeta, os digo: “Tomaré la vara de José que está en la mano de Efraín y la uniré con la de la tribu de Israel y la juntaré con la de Judá y haré una sola vara...”². Sí. No es al templo a donde debéis ir, sino a Mí. No rechazo. Soy el llamado rey que domina sobre todos³. El Rey de reyes soy Yo. Os purificaré a todos vosotros, pueblos que queréis ser purificados. Os juntaré, oh rebaños sin pastor, o con ídolos que hacen veces de

² Cfr. Ex. 37, 19; Para entender bien todo lo que sigue, Cfr. Ez. 37, 15–28.

³ Cfr. Deum. 10, 17.

pastores, porque Yo soy el Buen Pastor. Os daré un tabernáculo único y lo pondré en medio de mis fieles. Será fuente de vida, pan de vida, será luz, salvación, protección, sabiduría. Todo será porque será el Viviente dado en forma de comida a los muertos para hacerlos vivos, será el Dios que se derrama con su santidad para santificar. Esto soy y seré. Ha pasado el tiempo del odio, de la incomprensión y del temor. Pueblo de Israel, ven pueblo separado, pueblo afligido, pueblo lejano, pueblo querido. Infinitamente querido porque enfermo, porque desgraciado con una flecha que te abrió las venas del corazón e hizo que de allí escapase la unión vital con tu Dios. Ven, ven al seno de donde naciste, ven al pecho de donde puedes tener vida. Dulzura y blandura hay aquí para ti. Siempre. Ven a la vida y a la salud”.

6. Adiós a los de Sicar

25 abril 1945

Jesús dice a los samaritanos de Sicar: “Antes de dejaros, porque tengo otros hijos a quienes he de evangelizar, quiero haceros brillantes los caminos de la esperanza y ponerlos dentro de ellos diciendo: caminad seguros de que la meta es cierta. Y hoy no tomo al gran Ezequiel; tomo al discípulo predilecto de Jeremías, el más grande de los Profetas.

Baruc habla por vosotros¹. Realmente él toma vuestras almas y habla por ellas al Dios sublime que está en los cielos. Vuestras almas. No me refiero tan sólo a las de los samaritanos sino a las vuestras, oh stirpe del pueblo electo, que habéis caído en muchísimos pecados y también toma las vuestras, oh pueblos gentiles que oís que hay un Dios desconocido entre los muchos que adoráis, un Dios que vuestra alma siente que es el único y el verdadero, pero que vuestra pesantez os impide buscarlo para conocerlo como el alma quería. Por lo menos os ha sido dada una ley moral, oh gentiles, oh idólatras, porque sois hombres y el hombre tiene en sí una esencia que viene de Dios y que se llama espíritu, esencia que habla y aconseja de elevación y que impele a una vida santa. Vosotros la habéis obligado a ser esclava de una carne viciosa, destruyendo la ley moral humana, a la que teníais, y os habéis hecho, también humanamente hablando, pecadores, al rebajar el concepto de vuestra fe y de vosotros mismos a un nivel de *bestialidad* que es inferior a la de los brutos. Y con todo oíd. Oíd todos. Y comprended, y por lo tanto obrad cuanto más conocedores sois de la Ley de una moral sobrenatural que el Dios verdadero os entregó.

Baruc ruega, y esta es la plegaria que debe estar en vuestros corazones humillados. Una noble humildad que no es degradación ni cobardía, sino conocimiento exacto de las propias condiciones miserables y deseo santo de encontrar el medio para mejorarse espiritualmente. Baruc, pues, ora así: “Míranos oh Señor, desde tu santa morada, inclina tus oídos y escúchanos. Abre los ojos y piensa que no los muertos que están en el sepulcro, cuyo espíritu está separado de sus entrañas, serán los que rendirán honra y justicia al Señor, sino el alma afligida con el tamaño de sus desventuras, que encorvada y débil camina con los ojos entristecida. Es el alma que tiene hambre de Ti, oh Dios, la que te devuelve gloria y justicia”. Y Baruc humildemente llora, y cada justo debe llorar con él viendo y nombrando con su verdadero nombre las desgracias que tiene un pueblo, en otro tiempo fuerte, y ahora desolado, dividido y sujeto: “No escuchamos tu voz y has cumplido tus palabras que nos dijiste por medio de los siervos, los profetas... Y he aquí que los huesos de nuestros reyes y de nuestros padres han sido sacados de sus sepulcros, han muerto entre atroces dolores, de hambre, de peste, al filo de la espada. Y el templo en el que tu Nombre era invocado, ha sido reducido al estado en que se encuentra a causa de la iniquidad de Israel y de Judá”.

¹ Baruc 2, 11-4, 4

¡Oh, hijos del Padre! No digáis: “Tanto nuestro templo como el vuestro se ha levantado y resucitado, y son hermosos”. No. Un árbol que el rayo ha dividido desde la cima hasta las raíces, no puede sobrevivir. Podrá vegetar miserablemente con un esfuerzo de vida que le dan retoños de las raíces que no quieren morir, y será una maleza infructuosa, pero jamás llegará a ser otra vez la planta orgullosa, rica en frutos buenos y suaves. La resquebrajadura que empezó con la separación, se acendra siempre más, no obstante no se vea que la construcción está quebrada, sino que es bella y nueva. Destroza las conciencias que en ella habitan. Y llegará la hora en que, apagada toda llama sobrenatural, faltará el Templo, altar de metales preciosos que para subsistir debe estar en continua ebullición al calor de la fe y caridad de sus ministros, lo que es su vida. Y el Templo, frío, apagado, manchado, lleno de cadáveres, se convertirá en pestilencia sobre la que los cuervos extranjeros y el alud del castigo divino caerían para hacer de él una ruina.

Hijos de Israel, llorando orad conmigo, vuestro Salvador. Mi voz levante las vuestras y penetre, ella que puede, hasta el trono de Dios. Quien ora con el Cristo, Hijo del Padre, es escuchado. Digamos la antigua y santa plegaria de Baruc: “Y ahora, Señor Omnipotente, oh Dios de Israel, todas las almas llenas de angustia, todos los corazones llenos de ansiedad gritan a Ti. Escucha, oh señor y ten piedad Tú que eres un Dios misericordioso, ten piedad de nosotros porque hemos pecado delante de Ti. Tú para siempre estás sentado en tu trono, ¿y debemos nosotros perecer para siempre? Señor Omnipotente, Dios de Israel, escucha la plegaria de los que han muerto y de sus hijos, que han pecado delante de Ti. No escucharon la voz de su Señor Dios y a nosotros nos han sobrevenido sus desgracias. No te acuerdes de la iniquidad de nuestros padres, sino de tu poder y de tu Nombre... Puesto que invocamos este Nombre y abandonamos la iniquidad de nuestros padres, ten piedad”.

Orad de este modo y convertíos verdaderamente, tornando a la verdadera sabiduría que es la de Dios y se encuentra en el Libro de los mandamientos de Dios y en la Ley que para siempre dura y que ahora, Yo, el Mesías de Dios, he venido otra vez a traer, en su simple e inalterable forma, a los pobres del mundo, anunciándoles la buena nueva de la era de la redención, del perdón, del amor, de la paz. Quien cree en estas palabras, llegará a la vida eterna.

Os dejo, ciudadanos de Sicar que habéis sido buenos con el Mesías de Dios. Os dejo con mi paz”.

“¡Quédate otro poco!”

“¡Vuelve otra vez!”

“Nadie nos volverá a hablar como Tú”.

“¡Que seas bendito, Maestro bueno!”

“Bendice a mi niño”.

“Ruega por mí, Tú, que eres santo”.

“Permíteme que conserve una de tus franjas como bendición”.

“Acuérdate de Abel”.

“Y de mí, Timoteo”.

“Y de mí, Yorai”.

“De todos. De todos. La paz venga sobre vosotros”.

Lo acompañan hasta fuera de la ciudad por algunos centenares de metros, luego, poco a poco, regresan...

7. Amaestramiento a los discípulos.

Milagro de la mujer de Sicar

26 abril 1945

Jesús camina delante, solo, rozando con su vestido los nopales como si se burlasen de las otras plantas sin hojas, alegres ríen al sol con sus paletas espinosas en las que hay de cuando en cuando una tuna que ha quedado y que el tiempo ha hecho más roja, o sobre las que alguna flor de color amarillo subido, orgullosa flota al aire.

Detrás, los apóstoles cuchichean entre sí, y no me parece que tengan verdaderas alabanzas por el Maestro, el cual en cierto momento se vuelve pronto y dice: “‘Quien mira a los vientos no siembra, y quien se pone a mirar las nubes jamás cosecha’². Es proverbio antiguo, pero lo sigo. Y ved que donde temíais vientos malos y no queríais estar, encontré terreno y modo de sembrar. No obstante “vuestras” nubes, que dicho sea de paso, no está bien que las mostréis donde la Misericordia quiere mostrar su sol, estoy cierto de haber segado”.

“Pero entre tanto, nadie te pidió un milagro. Tienen una fe muy extraña en Ti”.

“¿Y piensas Tomás, que sólo pedir milagros es prueba de fe? Te equivocas. Todo al contrario. Quien quiere un milagro para poder creer, señal es que sin él, cual prueba tangible, no creería. Pero quien dice: “Creo” por la palabra de otro, muestra la máxima fe”.

“¡Luego, los samaritanos son mejores que nosotros!”

“No digo esto. Pero en su condición de abatimiento espiritual han demostrado capacidad de comprender a Dios mucho mejor que los fieles de Palestina. Esto lo encontraréis muchas veces en vuestra vida, y os ruego que recordéis también este episodio para saberos regular sin prejuicios con respecto a las almas que vendrán a la fe en el Mesías”.

“Con todo, perdona, Jesús, si te lo digo. Me parece que con todo el odio que tienes en las espaldas, te sea nocivo crearte nuevas acusaciones. Si los sanedristas supiesen que has tenido...”

“Dilo claro: “amor”. Porque esto es lo que he tenido y tengo, Santiago. Y tú, que eres mi primo, puedes comprender que no puedo tener otra cosa que amor. Te he mostrado que no tengo más que amor, aun para quien me fue enemigo de entre los de mi sangre y de mi tierra. ¿Y no debería tener amor por estos que me han respetado sin haberme conocido? Los sanedristas pueden hacer todo el mal que quieran pero no será la consideración de este mal futuro lo que cerrará los diques de mi amor omnipresente y omnipotente. Por lo demás... aunque lo hiciese... no impediría al Sanedrín de encontrar en su odio acusaciones”.

“Pero, Maestro, pierdes tu tiempo en un país idólatra mientras tantos lugares en Israel te esperan. Tú dices que cada hora es consagrada al Señor. ¿No son estas horas perdidas?”

“No se ha perdido el día en recoger las ovejas esparcidas. No se ha perdido, Felipe. Está dicho: “Quien respeta la Ley hace muchas oblaciones... pero quien usa de misericordia ofrece un sacrificio”³. Y se ha dicho: “Da al Altísimo en proporción de lo que te ha dado y ofrece con ojo alegre según tus facultades”⁴. Esto es lo que hago, amigo. El tiempo del sacrificio no es tiempo perdido. Hago misericordia y uso de mi poder que he tenido al ofrecer mi trabajo a Dios. Estad tranquilos. Y por lo demás... Quien de vosotros deseaba que se me hubiera pedido un milagro, para convencerse que los de Sicar creen en Mí, he aquí, que se le dará gusto. Aquel hombre hace un poco de tiempo que nos está siguiendo. Detengámonos”.

De hecho en la misma dirección viene un hombre que parece traer un gran peso sobre las espaldas. Ve que se detiene el grupo y también él.

“Quiere hacernos algún mal. Se detuvo porque vio que nos hemos dado cuenta. Oh, ¡son samaritanos!”

“¿Estás seguro de ello, Pedro?”

“¡Seguro!”

² Cfr. Ecl. 11, 4.

³ Ecl. 35, 1 y 4.

⁴ Cfr. Ecl. 35, 12; 35, 1–13 los sacrificios que agradan al Señor.

“Entonces estaros aquí. Voy a su encuentro”.

“Eso no, Señor. Si Tú vas, yo voy contigo”.

“Entonces, ven”.

Jesús se dirige a donde está el hombre. Pedro trota a su lado curioso y hostil al mismo tiempo. Cuando están a pocos metros el uno del otro, Jesús pregunta: ¿Qué quieres, hombre? ¿Qué buscas?”

“A Ti”.

“Y ¿por qué no me buscaste en la ciudad?”

“No me atreví... Si me hubieses rechazado delante de todos, me habría dolido mucho y me habría avergonzado”.

“Podías haberme llamado apenas me encontré a solas con los míos”.

“Esperaba verte cuando estuvieses solo, como Fotinai. También yo tengo un motivo grande de estar a solas contigo”.

“¿Qué quieres? ¿Qué traes sobre las espaldas con tanto trabajo?”

“A mi mujer. Un espíritu la ha poseído y ha hecho de ella un cuerpo muerto y una inteligencia apagada. Debo darle de comer en la boca, vestirla, cargarla como una niña. Fue una cosa de improviso, sin haber estado enferma... La llaman “la endemoniada”. Tengo mucha pena, y dolor y gastos. Mira”. El hombre baja al suelo su carga de huesos inertes, envueltos en un manto, como si fuese un saco, y descubre un rostro de mujer todavía joven, que si no respirase se podría tomar por muerta. Los ojos cerrados, la boca cerrada... la cara de alguien que ha expirado.

Jesús se inclina hacia la infeliz tendida en el suelo, la mira, mira a su marido: “¿Crees que Yo pueda? ¿Por qué lo crees?”

“Porque eres el Mesías”.

“Pero tú no has visto nada que lo pruebe”.

“He oído tu palabra, y eso me basta”.

“Pedro ¿lo oyes? ¿Qué dices que deba hacer ante fe tan buena?”

“Pero... Maestro... Tú... yo... Pero Tú...; en resumidas cuentas”, Pedro se siente muy embarazado.

“Sí. Lo hago. Mira, hombre”. Jesús toma de la mano a la mujer y ordena “Vete de ella. Lo quiero”.

La mujer, hasta este momento inerte, es asaltada por una terrible convulsión, muda al principio, pero que estalla en gritos y lamentos que terminan en un alarido, durante el cual abre los ojos que había tenido cerrados, los abre desmesuradamente como quien despierta de una pesadilla. Luego se calma y espantada mira a su redor, fijando primero los ojos en Jesús, el Desconocido que le sonríe... mira el polvo del camino en que está acostada, mira un montón de hierbas que hay en la vera del camino y donde hay hongos de cabecita blanco-rojizo cual perlas próximas a abrirse, mira el seto de nopales, el cielo tan azul y luego vuelve sus ojos y mira a su marido... su marido que la mira ansioso y escudriña todos sus movimientos. Una sonrisa le llega a los labios, y luego, con una completa libertad, se pone de pie de un brinco y se refugia sobre el pecho de su marido, que la acaricia y abraza en medio de lágrimas.

“¿Cómo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué? ¿Quién es ese hombre?”

“Es Jesús, el Mesías. Estabas enferma. Te ha curado. Dile que lo amas”.

“¡Oh, sí! Gracias... Pero ¿qué tenía yo? Los niños... Simón... no recuerdo el día de ayer, pero recuerdo haber tenido niños...”

Jesús habla: “No es necesario que te acuerdes de ayer. Acuérdate siempre de hoy, y procura ser buena. Adiós. Sed buenos y Dios estará con vosotros”. Jesús, a quien lo siguen bendiciendo, ligero regresa.

Cuando alcanza a los otros que están cerca del seto de nopales, no les dice ni una palabra, sino que se dirige a Pedro: “¿Y ahora? Tú que estabas seguro de que aquel hombre quería hacerme mal. ¿qué dices? ¡Simón, Simón! Cuánto te falta para ser perfecto. Cuánto os falta. Tenéis, a excepción de una idolatría manifiesta, todos los pecados de ellos y además la soberbia de juzgar. Tomemos nuestro alimento. No podemos llegar ante de que anochezca a donde quería llegar. Dormiremos en algún pajar, si no encontramos cosa mejor”.

Los doce, con el sabor del regaño en el corazón, se sientan sin hablar y toman sus alimentos.

El sol de un día apacible ilumina la campiña que descende en ondulaciones a la llanura.

Terminado de comer, descansan todavía un poco, hasta que Jesús se levanta y dice: “Venid, Andrés, Simón. Voy a ver si aquella casa es amiga o enemiga”. Y se va, mientras los otros se quedan callados, hasta que Santiago de Alfeo dice a Judas Iscariote:

“Esta que viene ¿no es la mujer de Sicar?”

“Que siga su camino” responde Pedro que está de mal humor.

“No. Mira mucho a donde estamos, poniéndose la mano sobre los ojos como para ver mejor”.

La siguen viendo hasta que ella se acerca y dice, en voz humilde: “¿Dónde está vuestro Maestro?”

“Se ha ido un poco, ¿Para qué lo quieres?”

“Tengo necesidad de Él...”

“No se pierde con las mujeres” responde seco Pedro.

“Lo sé. Con las mujeres, no. Pero yo soy un alma que tengo necesidad de Él”.

“Déjala en paz” aconseja Judas de Alfeo. Y dice a Fotinat: “Espera. Dentro de poco regresa”.

La mujer se queda en un recodo del camino y se queda quieta y callada. Los apóstoles no le hacen caso. Jesús regresa pronto y Pedro dice: “He aquí al Maestro. Dile lo que quieras y habla pronto”.

La mujer ni siquiera le responde, sino que se va a los pies de Jesús y se inclina hasta el suelo, sin decir palabra alguna.

“Fotinai, ¿qué quieres de Mí?”

“Tu ayuda, Señor. Soy muy débil. No quiero pecar más. Se lo dije al hombre con quien vivía. Pero ahora que no soy más pecadora, no soy nada. Ignoro el bien. ¿Qué debo hacer? Dímelo Tú. Soy fango. Pero también tus pies pisan el polvo del camino para ir a las almas. Pisa mi fango, pero ven a mi alma con tu consejo” y se echa a llorar.

“No puedes venir sola detrás de Mí, mujer. Si de veras no quieres más pecar y deseas conocer paciencia de no pecar, vuelve a tu casa con espíritu de penitencia y espera. Vendrá el día en que podrás estar cerca de tu Redentor y aprender la ciencia del Bien con otras mujeres redimidas como tú. Vete. No tengas miedo. Procura ser fiel a tu voluntad actual de no pecar. Adiós”.

La mujer besa el polvo, se levanta y se retira de espaldas por algunos metros, luego toma su camino hacia Sicar...

8. Jesús visita al Bautista cerca de Ennón

27 abril 1945

Una noche clara de luna, tan clara que se ve el terreno con todas sus particularidades y los campos, con el trigo que acaba de nacer hace unos cuantos días, parecen alfombras de felpa verde plateada, por los que atraviesan las cintas oscuras de los senderos, y a su lado cual vigilantes, los troncos blancos de árbol por donde los ilumina la luna, oscuros por el poniente.

Jesús camina seguro y solo. Su paso es veloz hasta que encuentra un riachuelo que desciende platicando hacia la llanura en dirección del noroeste. Sube por su curso hasta un lugar solitario cercano a una cuesta llena de árboles. Da vuelta, trepando por un sendero, y llega a un refugio natural que está en la falda de la colina.

Entra, se inclina sobre alguien que está en el suelo, que apenas puede verse a la claridad de la luna que ilumina el sendero, pero que no penetra dentro de la selva. Dice: “Juan” ”.

El hombre se despierta, y se sienta todavía medio adormecido. Pero pronto se da cuenta de quién lo llama y se pone en pie para luego postrarse por tierra diciendo: “¿Cómo es posible que haya venido a verme mi Señor?”

“Para hacer feliz tu corazón y el mío. Me querías ver, Juan. He venido. Levántate. Vamos a la luz de la luna y sentémonos sobre la piedra que está junto a la cueva”.

Juan obedece. Se levanta y sale. Cuando Jesús se ha sentado, él con su piel de oveja que probablemente le cubre su flaquísimo cuerpo, se pone de rodillas frente a Cristo, echándose atrás los largos cabellos, descompuestos, que le caen sobre los ojos para ver mejor al Hijo de Dios.

El contraste es muy grande. Jesús pálido y rubio, de cabellera bien peinada y corta barba. Juan es un mechón de cabellos negrísimos por los que se asoman dos ojos hundidos, diría yo, ardientes, que brillan tan profundamente en su negro azabache.

“He venido a darte las “gracias”. Has cumplido y sigues cumpliendo con la gracia que tienes, tu misión de Precursor mío. Cuando llegue la hora, a mi lado entrarás al Cielo, porque Dios con ello te premiará todo. Cuando me esperes, estarás ya en la paz del Señor, querido amigo”.

“Muy pronto estaré en la paz. Maestro mío y Dios mío, bendice a tu siervo para que encuentre fuerzas en su última prueba. Sé que está próxima y que todavía tengo qué dar un testimonio, el de la sangre. Y Tú, mejor que yo, sabes que la hora mía se acerca. Tu venida, es muestra de misericordiosa bondad, de tu corazón de Dios para fortalecer el último martirio de Israel y al primer mártir de la nueva era. Pero dime una cosa: ¿deberé esperar mucho tu llegada?”

No, Juan. Un poco más de cuanta diferencia existió entre tu nacimiento y el mío”.

“Sea bendito el Altísimo. Jesús... ¿puedo decirte así?”

“Lo puedes porque eres mi pariente y porque eres santo. El Nombre que también los pecadores pronuncian lo puede decir el santo de Israel. Para ellos es salvación, para ti que sea dulzura. ¿Qué quieres de Mí, Maestro y primo tuyo?”

“Voy a morir. Así como un padre se preocupa de sus hijos, así yo de mis discípulos... Tú eres Maestro y sabes cómo los amamos. La única pena que tengo al morir es el miedo de que se pierdan como ovejas sin pastor. Recógelos. Te devuelvo los que son tuyos y que fueron perfectos discípulos míos en esperarte. En ellos, especialmente en Matías, está realmente presente la Sabiduría. Tengo otros. Irán a Ti. Pero permíteme que te confíe estos personalmente. Son los que más quiero”.

“Yo también los quiero. Ve tranquilo, Juan. No perecerán. Ni estos ni los otros tus verdaderos discípulos. Recojo tu herencia y la cuidaré como el tesoro más querido que Yo el Señor haya recibido de su amigo y siervo”.

Juan se postra hasta la tierra, y cosa que parece imposible en un personaje tan austero, llora fuertemente de alegría.

Jesús le pone una mano sobre la cabeza: “Tu llanto de alegría y humildad, tiene eco en un canto lejano, a cuya melodía tu corazoncito saltó de júbilo. Ese canto y este llanto son el mismo himno de alabanza al Eterno que “ha hecho grandes cosas, Él que es poderoso, en los espíritus

humildes”¹. También mi Madre está por entonar de nuevo su canto, que en otros tiempos cantara. Y después también para Ella vendrá la más grande gloria, como para ti después del martirio. Te manda por mi medio muchos saludos, la despedida y consuelos. Lo mereces. Aquí no tienes más que la mano del Hijo del hombre que está sobre tu cabeza, pero del cielo abierto descendiende la luz y el amor para bendecirte, Juan”.

“No merezco tanto. Soy tu siervo”.

“Eres mi Juan. Aquel día, en el Jordán, era Yo el Mesías que se manifestaba; aquí, ahora soy el primo y Dios que te quiere dar el viático de su amor de Dios y de pariente. Levántate, Juan. Démonos el beso de despedida”.

“No merezco tanto... Siempre lo he deseado. Durante toda mi vida. Pero no me atrevo a besarte. Eres mi Dios”.

“Soy tu Jesús. Adiós. Mi alma estará junto a la tuya hasta la paz. Vive y muere en paz por amor a tus discípulos. No puedo darte ahora más que esto, pero en el cielo te daré el ciento por ciento porque has encontrado gracia ante los ojos de Dios”.

Lo levanta y lo abraza besándole sobre las mejillas, y a su vez Juan lo besa. Luego éste se arrodilla otra vez y Jesús le pone las manos sobre la cabeza y ora con los ojos levantados al cielo. Parece como si lo consagrara. Es algo majestuoso. El silencio se prolonga por algún tiempo. Finalmente se despide con su dulce saludo: “Mi paz sea siempre contigo”. Y regresa por el camino que vino.

9.- Jesús instruye a los apóstoles

28 abril 1945

“Señor, ¿por qué no reposas en la noche? Esta vez me levanté y no te encontré. Tu lugar estaba vacío”.

“¿Para qué me buscabas?”

“Para darte mi manto. Temía que tuvieses frío en la noche serena, pero muy fresca”.

“¿Y tú no tenías frío?”

“Me acostumbré durante muchos años de miseria a vivir casi desnudo, sin comer, sin dónde dormir... El valle de los muertos... Qué horror No me refiero a estos momentos, pero otra vez que bajemos a Jerusalén, porque ciertamente iremos, ven Señor mío, a aquellos lugares de muerte. Hay tantos infelices allí... y la miseria corporal no es lo peor... Lo que más roe y consume allí es la desesperación... ¿No te parece Señor, que hay mucha dureza contra los leprosos?”

Isariote responde, antes de que Jesús lo hiciera, a Zelote que habla a favor de sus antiguos compañeros y dice: “Y querías que estuviesen entre la gente? Peor para ellos si son leprosos”.

“Faltaba más que se fuese a hacer mártires de los hebreos. Bonito sería que la lepra anduviese entre los soldados y otras cosas...” exclama Pedro.

“Me parece que sea medida de justa providencia tenerlos alejados” advierte Santiago de Alfeo.

“Sí, pero se haría con piedad. No sabes qué cosa significa ser leproso. No puedes hablar. Porque si es justo tener cuidado de nuestros cuerpos, no observamos igual justicia para con las almas de los leprosos. ¿Quién les habla de Dios? Y sólo Dios sabe cuánto tienen necesidad de pensar en Él y en paz en medio de aquella atroz desolación”.

“Simón, tiene razón. Iré a ellos, porque es justo y para enseñaros esta clase de misericordia. Hasta ahora he curado a los leprosos que han salido al paso. Hasta este momento, esto es, hasta

¹ Cfr. Lc. 1, 46-55; 1 Rey. 2, 1-10.

que me han arrojado de Judea, me he dirigido a los grandes de Judá, como a los más lejanos y más necesitados de redención para que ayudasen al Redentor. Ahora convencido de la inutilidad de este intento mío, no lo hago más. No voy ni a los grandes, ni a los pequeños de Israel, sino a los más miserables de él, y entre ellos están los leprosos del valle de los muertos. No haré que pierdan su fe que tienen en Mí estos a quienes evangelizó un leproso agradecido”.

“¿Cómo sabes, Señor, que lo hice?”

“Como sé lo que de mí piensan amigos o enemigos cuyo corazón escudriño”.

“¡Misericordia! ¿Sabes Tú todo lo nuestro, Maestro?” grita Pedro.

“Sí. También tú y no sólo tú, querías alejar a Fotinai. Pero ¿no sabes que no te es lícito alejar del bien un alma? ¿No sabes que para penetrar en un poblado es menester tener una gran piedad aún para aquellos que la sociedad, que no es santa porque no está unida con Dios, llama y juzga como indignos de piedad? No te perturbes porque sé esto. Procura dolerte de que tu corazón tenga movimientos que Dios no aprueba y esfuérzate en no tenerlos más. Os lo dije. El primer año ha terminado, También debéis avanzar en este segundo año. De otro modo sería inútil que me canse en evangelizar, y tornar a evangelizaros a vosotros, mis futuros sacerdotes”.

“¿Habías ido a orar, Maestro? Nos prometiste enseñarnos tus oraciones. ¿Lo harás en este año?”

“Lo haré. Mas quiero enseñaros a ser buenos, pues la bondad en sí es ya oración. Lo haré, Juan”.

“¿Y también nos enseñarás a hacer milagros este año?” pregunta Iscariote.

“No se enseña a hacer milagros. No es juego de un escamoteador. El milagro viene de Dios. Lo obtiene quien goza de favor ante Dios. Si aprendéis a ser buenos tendréis este favor y podréis hacer milagros”.

“Pero Tú nunca respondes a nuestra pregunta. La hicieron Simón y Juan y nunca nos dices a dónde fuiste anoche. Ir así solo, en país pagano, puede ser peligroso”.

“Fui a hacer feliz a un corazón recto, porque pronto morirá y a recoger su herencia”.

“¿De veras? ¿Es mucha?”

“Mucha, Pedro, y de gran valor. Fruto del trabajo de un verdadero justo”.

“Pero... yo no he visto ninguna otra cosa más en tu alforja. ¿Son acaso joyas que tienes en el seno?”

“Sí. Son joyas que amo con todo el corazón”.

“Muéstranolas, Señor”.

“Las recibiré cuando el que está por morir haya fallecido. Por ahora le sirven a él y a Mí, dejándolas donde están”.

“¿Las has puesto en interés?”

“Pero, ¿crees que todo lo que tenga valor sea dinero? Esto es la cosa más inútil e insípida que haya sobre la tierra. No sirve sino para la materia, el crimen y el infierno. Muy raras veces el hombre lo emplea para el bien”.

“Entonces... si no es dinero ¿qué cosa es?”

“Tres discípulos educados por un santo”.

“Has estado con el Bautista. ¡Oh! Pero ¿por qué?”

“Porque... vosotros siempre me tenéis; y entre todos valéis menos que una uña del Profeta. ¿No es justo que llevase al justo de Israel la bendición de Dios para darle fuerzas para el martirio?”

“Pero si es un santo... no tiene necesidad de fuerzas. ¡Lo hace por sí mismo!...”

“Llegará un día en que “mis” santos serán llevados ante los jueces y a la muerte. Serán santos, estarán en gracia de Dios, estarán fortalecidos con la fe, esperanza y caridad, y con todo

ya oigo el grito, el grito de su corazón: “Señor, ¡ayúdanos en esta hora!”. Sólo con mi ayuda mis santos serán fuertes en las persecuciones”.

“Pero no seremos nosotros, ¿no es verdad? Porque yo no tengo realmente la capacidad de sufrir”.

“Es verdad. No la tienes, Bartolomeo, porque todavía no estás bautizado”.

“Sí, que lo he sido”.

“Con el agua, pero te falta todavía otro bautismo. Entonces sabrás sufrir”.

“Ya estoy viejo”.

“Y cuando seas viejísimo serás más fuerte que un joven”.

“Pero nos ayudarás siempre ¿no es verdad?”

“Estaré siempre con vosotros”.

“Trataré de acostumbrarme al sufrimiento” concluye Bartolomé.

“Te pediré siempre, y desde ahora, esta gracia” dice Santiago de Alfeo.

“Soy viejo y no pido otra cosa sino la de precederte y de entrar contigo en la paz” dice Simón Zelote.

“Yo... no sé qué querría, si precederte o estar cercano a Ti para morir juntos” dice Judas de Alfeo.

“Me dolerá mucho si sobreviviese a tu muerte, pero me consolaría predicándote a los pueblos” declara Iscariote.

“Pienso como tu primo” dice Tomás.

“Yo al revés, como Simón Zelote” dice Santiago de Zebedeo.

“Y tú, ¿Felipe?”

“Yo... yo digo que no quiero pensar en esto. El Eterno me dará lo que es mejor”.

“¡Oh! ¡Pero callad! ¡Parece como si el Maestro tuviese qué morir pronto! ¡No me hagáis pensar que va a morir!” exclama Andrés.

“Dijiste bien, hermano mío. Jesús eres joven y sano. Debes de enterrarnos a todos nosotros, los más viejos que Tú”.

“¿Y si me matasen?”

“Que no sucederá jamás. Te vengaría”.

“¿En qué forma? ¿Con venganza de sangre?”

“¡Eh!... también de este modo si me lo permites. O bien, arrancando de entre la gente con mi profesión de fe las acusaciones que se te hayan hecho. El mundo te amará porque seré incansable en predicarte”.

“Es verdad. Así sucederá. ¿Y tú, Juan? ¿Y tú, Mateo?”

“Debo sufrir y esperar haber lavado con mucho trabajo mi espíritu” dice Mateo.

“Y yo... yo no sé. Querría morir al punto para no verte sufrir. Querría estar a tu lado para consolarte en la agonía. Querría vivir por mucho tiempo, para servirte por largos años. Querría morir contigo para entrar contigo al cielo. Querría todo porque te amo. Y pienso que yo, el menor entre mis hermanos, podré todo esto si sé amarte perfectamente. Jesús, aumenta tu amor” dice Juan. “Querrás decir:”Aumenta mi amor”” arguye Iscariote.

“Porque somos quienes debemos amar siempre más”.

“No. Digo: “Aumenta *tu* amor”. Porque amaremos más cuanto más nos consuma con su amor”.

Jesús atrae a Sí al puro y apasionado Juan y lo besa en la frente diciendo: “Haz revelado un misterio de Dios sobre la santificación de los corazones. Dios se derrama sobre los justos y cuanto más ellos se rinden a su amor, tanto más Él lo aumenta y crece la santidad. Es este el misterio e inefable obrar de Dios y de los corazones. Se lleva a cabo en los silencios místicos y su poder que no puede describirse con palabras humanas, con obras maestras indescriptibles de

santidad. No es equivocación sino una sabia palabra de pedir que Dios aumente su amor en el corazón de uno”.

10. Jesús en Nazaret. “Hijo, vendré contigo”

30 abril 1945

Jesús está solo. Camina rápido por el camino próximo principal cercano a Nazaret y entra en la ciudad dirigiéndose hacia su casa. Cuando está cerca ve que su Madre se dirige también a ella y que a su lado va su sobrino Simón cargando ramas secas. Le grita: “¡Mamá!”

María se voltea exclamando: “¡Oh! ¡Hijo mío bendito!” y ambos corren a encontrarse mientras Simón, echa al suelo sus ramas, imita a María en ir al primo, a quien saluda cordialmente.

“Mamá. Heme aquí. ¿Estás ahora contenta?”

“Mucho, Hijo mío. Pero... si sólo lo has hecho porque te lo supliqué, te digo que no me es lícito y no te es lícito seguir la sangre más que tu misión”.

“No, Mamá. Vine también por otras cosas”.

“¿Es pues verdad, Hijo mío? Quería creer que eran tan sólo palabras mentirosas y de que no eras objeto de tanto odio...” Las lágrimas están en la voz y en los ojos de María.

“No llores, Mamá. No me causes esta pena. Tengo necesidad de tu sonrisa”.

“Sí, Hijo, sí. Es verdad. Ves tantas caras duras de enemigos que tienes necesidad de mucho amor y sonrisas. Pero aquí, ¿ves?, hay quien te ama por todos... María se apoya ligeramente sobre su Hijo que la tiene abrazada por la espalda, camina lentamente hacia la casa, y trata de sonreír para borrar cualquier dolor del corazón de Jesús. Simón ha vuelto a tomar sus ranas y camina junto a Jesús.

“Estás pálida mamá. ¿Te han causado mucho dolor? ¿Has estado enferma? ¿Te has cansado mucho?”

“No, Hijo. No. No tengo ningún dolor. La única pena que tengo es tenerte lejos y que no te amen. Acá conmigo todos son muy buenos. No me refiero ni siquiera a María ni a Alfeo. Tú sabes quiénes son. También Simón, qué bueno es. Siempre lo mismo. Ha sido mi ayuda en estos meses. Ahora me provee de leña. Es muy bueno. Y también José ¿sabes? Siempre acomodados conmigo”.

“Dios te bendiga Simón, y también a José. Que todavía no me améis como a Mesías os lo perdono. Oh, ¡vendréis a mi amor! Pero ¿cómo perdonaros si no la amarais?”

“Amar a María es justo y da paz, Jesús. Pero también eres amado... sólo que nosotros tenemos mucho miedo por Ti”.

“Sí. Me amáis humanamente. Querría un amor diverso”.

“Pero también Tú, Hijo mío, estás pálido y flaco”.

“Es verdad. Pareces más viejo. También yo lo observo” añade Simón.

Entran en casa y Simón, puestas en su lugar las ramas, se retira discretamente.

“Hijo, ahora que estamos solos, dime la verdad. Toda. ¿Por qué te han arrojado?” María habla teniendo sus manos sobre la espalda de Jesús y lo mira en el rostro enflaquecido.

Jesús sonríe dulce y con un dejo de cansancio: “Porque trataba de llevar al hombre a la honestidad, a la justicia, a la verdadera religión”.

“Pero ¿quién te acusa? ¿el pueblo?”

“No, Mamá. Los fariseos y los escribas, pero ninguno de entre ellos que sea justo”.

“¿Qué hiciste para atraerte sus acusaciones?”

“Dije la verdad. ¿No sabes que es el más grande error entre los hombres?”

“¿Y qué han dicho para justificar sus acusaciones?”

“Mentiras, Las que sabes y otras más”.

“Dilas a tu mamá. Pon tu dolor en mi corazón. Un corazón de madre está acostumbrado al dolor, y es feliz de beberlo completamente, con la condición de arrancarlo del corazón del hijo. Dame tu dolor, Jesús. Ponlo aquí, como cuando eras pequeño, y aparta de Ti tu amargura”.

Jesús se sienta sobre un banquito a los pies de su Madre y le cuenta todo lo sucedido en los meses pasados en Judea, sin rencor, y sin veladuras.

María le acaricia los cabellos, con una heroica sonrisa en los labios que lucha con el brillar de las lágrimas que están en sus azules ojos. Jesús habla también de la necesidad de acercarse a las mujeres para redimir las, y su pena por no poderlo hacer debido a la malicia humana. María como si no estuviese presente decide: “Hijo mío, no me debes negar cuanto yo quiero. De hoy en adelante vendré contigo a cualquier hora, en cualquier estación y a cualquier lugar. Cuando estés lejos te defenderé de la calumnia. Mi sola presencia hará caer el fango. También María vendrá conmigo. Tanto que lo desea. Cerca del Santo y contra el demonio y el mundo es necesario el corazón de las mamás”.

11. En Caná en casa de Susana. El oficial del rey¹

1° mayo 1945

Jesús tal vez va en dirección del lago, y en su camino llega a Caná y se dirige a la casa de Susana. Con Él van los primos. Mientras descansan en la casa y comen, los discípulos, los parientes y amigos que hay en Caná escuchan a Jesús como suelen hacerlo. Instruye a estas buenas personas y consuela al esposo de Susana que parece estar enferma porque no está presente y oigo que insistentemente se habla de que sufre, En medio de esto, entra un hombre bien vestido que se postra a los pies de Jesús. “¿Quién eres? ¿Qué quieres?”

“Mientras todavía sigue llorando y suspirando, el dueño de la casa tira a Jesús de la orla del vestido y en voz baja dice: “Es un oficial del Tetrarca. No te fíes mucho”.

“Habla pues. ¿Qué quieres de Mí?”

“Maestro, supe que habías regresado. Te esperaba como se espera a Dios. Ven pronto a Cafarnaum. Mi hijo está tan enfermo que tiene las horas contadas. Vi a Juan tu discípulo, Por él supe que habías venido derecho aquí. Ven, ven antes de que sea demasiado tarde”.

“¿Cómo? Tú eres siervo del perseguidor del santo de Israel ¿puedes creer en Mí? No creéis al Precursor del Mesías; ¿cómo podéis creer en Él, entonces?”

“Es verdad. Estamos en medio de un pecado de incredulidad y crueldad. Pero ¡ten piedad de un padre! Conozco a Cusa y he visto a Juana. Antes y después del milagro la vi, y he creído en Ti”.

“¡Ya! Sois una generación tan incrédula y perversa que sin señales y prodigios no podéis creer. Os falta la primera condición para obtener el milagro”.

“¡Es verdad! ¡Todo es verdad! Pero mira... Ahora yo creo en Ti, y te ruego que vengas, que vengas pronto a Cafarnaum. Te buscaré una barca en Tiberíades para que llegues lo más pronto posible. Pero ven, antes de que mi hijo muera” y acongojadamente llora.

“Por ahora no voy. Vete a Cafarnaum, que tu hijo desde este momento está curado y vive”.

“Dios te bendiga, Señor mío. Lo creo. Pero para que mi familia te lo agradezca, te ruego que vengas a Cafarnaum a mi casa”.

“Iré. Adiós. La paz sea contigo”.

El hombre sale con premura y pocos instantes después se oye el galopar de un caballo.

“Pero ¿realmente está curado ese muchacho? Pregunta el esposo de Susana.

¹ Cfr. Ju. 4, 46-54.

“¿Y puedes pensar que Yo diga mentiras?”

“No, Señor. Pero Tú estás aquí y el muchacho está allá”.

“Para Mí no hay barreras ni distancias”.

“¡Oh, Señor mío! Tú que cambiaste el agua en vino en mis bodas, cambia, pues, mi llanto en sonrisa. Cúrame a Susana”.

“¿Qué cosa me darás en cambio de ello?”

“La suma de dinero que quieras”.

“No ensucio lo que es santo con sangre de Mamona. Pido a tu corazón lo que me puedas dar”.

“Yo mismo me ofrezco, si quieres”.

“¿Y si te pidiese, sin palabras, un gran sacrificio?”

“Señor mío. Te pido la salud corporal de mi esposa y la santificación de todos nosotros. Creo que para obtener lo que pido, no pueda sacrificar cosa mayor...”

“Tú te mueres por tu mujer. Pero si la devolviese a la vida para tenerla para siempre como discípula ¿qué dirías?”

“Que, que tienes el derecho... y que... y que imitaría a Abraham en no tardarme en ofrecer el sacrificio³” Has dicho bien. Oídme todos: se acerca la hora de mi sacrificio, a la manera del agua veloz que corre sin detenerse hasta su desembocadura. Debo cumplir lo que debo. La dureza humana me impide un gran campo de misionar. Mi Madre y María de Alfeo vendrán conmigo cuando me aleje para ir a otras poblaciones que menos me amarán, o que jamás lo harán. Mi sabiduría sabe que las mujeres pueden ayudar al Maestro en este campo que me está cerrado. He venido también a redimir a la mujer y en los siglos venideros en *mi* tiempo habrá mujeres semejantes a las sacerdotisas que servirán al Señor y a los siervos de Dios. He escogido a mis discípulos pero para elegir a las mujeres que no son libres, debo pedir el consentimiento de sus padres y maridos. ¿Lo aceptas?”

“Señor... Yo amo a Susana. Hasta ahora la he amado más en su cuerpo que en su alma, pero al oír tu enseñanza algo ha cambiado en mí y considero a mi mujer más bien como un alma que como un cuerpo. El alma es de Dios y Tú eres el Mesías Hijo de Dios. No puedo disputar tu derecho en lo que es de Dios. Si Susana quiere seguirte, no se lo impediré. Te ruego tan sólo, que obres el milagro de curar a ella su cuerpo, y a mí en mi modo de pensar...”

“Susana está curada. Dentro de pocas horas vendrá a anunciarte su alegría. Deja que su alma siga su impulso. No le digas nada de cuanto he dicho ahora. Verás que su alma vendrá a Mí espontáneamente como la llama tiende a subir. Pero ni por esto morirá su amor de esposa, antes al contrario, subirá al grado más alto que es el de amarse con lo mejor que hay, con el espíritu”.

“Susana te pertenece, Señor. Debía morir y lentamente en medio de crueles torturas. Y si hubiera muerto la habría perdido sobre la tierra. Pero al ser como Tú dices, la tendré todavía a mi lado para que me lleve por tus senderos. Dios me la dio y Dios me la quita. Sea bendito el Altísimo cuando da, como cuando quita”.

12. En casa de Zebedeo. Salomé aceptada como discípula

2 mayo 1945

Jesús está en casa que entiendo sea la de Santiago y Juan por que ellos dicen que es la suya. Con Jesús además de los dos apóstoles, están Pedro, Andrés, Zelote, Iscariote y Mateo. No veo a los demás.

³ Cfr. Gén. 1–18.

Santiago y Juan están felices. Van, vienen ya a su mamá, ya a Jesús como mariposas que no saben cuál flor escoger, pues a las dos aman. María Salomé acaricia a sus hijos, feliz por su parte Jesús sonríe. La comida debe de haberse terminado porque sobre la mesa se ven todavía los platos; con todo ambos se esfuerzan en hacer comer a Jesús uvas blancas que su madre tenía guardadas, y que deben ser dulces como la miel. ¡Qué no darían a Jesús!

Mas Salomé quiere dar y quiere tener algo que sea más que uvas y caricias. Y después de haber estado pensando un poco, mirando ya a Jesús, ya a Zebedeo, se decide. Se va al Maestro que está sentado con las espaldas apoyadas sobre la mesa y se arrodilla por delante.

“¿Qué quieres mujer?”

“Maestro, Tú has decidido que tu Madre y la madre de Santiago y Judas vengan contigo y también viene Susana, y de seguro que también vendrá Juana, la famosa mujer de Cusa. Todas las mujeres que vendrán contigo te veneran. Quisiera estar también con ellas. Tómame, Jesús. Te serviré con amor”.

“Está todavía Zebedeo a quien tienes qué cuidar. ¿No lo amas más?”

“¡Oh, que si lo amo! Pero te amo más a Ti. Oh, no quiero decir que te amo como hombre. Tengo sesenta años y hace ya casi cuarenta que soy esposa, y jamás he mirado un hombre que no fuese el mío. Ahora que soy vieja, no seré una loca. Pero con todo, no porque tenga ya mis años, mi amor por mi Zebedeo fenece. Pero Tú... no sé qué decir. Soy una pobre mujer. Oigo lo que siento. Amo a Zebedeo con todo lo que yo era antes. A Ti, a ti te amo con todo lo que has sabido introducir en mí con tus palabras y con las que me han referido Santiago y Juan. Y es una cosa completamente diversa... pero muy bella”.

“Jamás será tan hermosa como el amor de un esposo sin igual”.

“¡Oh no, lo es mucho más!... ¡Oh, no lo tomes a mal, Zebedeo! Te amo todavía con todo mi ser, pero a Él lo amo con algo que sigue siendo María, pero no es más ella, la pobre María tu esposa, sino que es algo más... Oh, no sé cómo expresarme”.

Jesús sonrías a la mujer que no quiere ofender a su marido, pero que no puede guardar silencio, su grande y nuevo amor. Zebedeo también sonríe seriamente a su mujer. Se acerca a ella, que sin dejar de estar de rodillas, mueve su cabeza para mirar ahora a su esposo, ahora a Jesús alternativamente.

“¿Pero sabes, María, que deberás dejar tu casa? La casa que tanto amas... tus colmenas, las más famosas de tu pueblo,, y que no tendrás más el telar en que has hecho tantas telas y has tejido tanta lana para tus seres queridos. ¿Y los nietecitos? ¿Cómo podrás vivir sin ellos?”

“¡Oh, Señor mío! ¿Qué cosa quieres que signifiquen las paredes, las palomas, las flores, la vid, las colmenas, el telar, todas estas cosas agradables, queridas, pero que son tan pequeñas respecto de Ti y de amarte a Ti? Los nietecitos... ¡eh! Sí, me dolerá no poderlos tener dormidos sobre mis rodillas ni oír que me llamen... ¡Pero Tú eres más que ellos! ¡Oh! Ciertamente eres más que las cosas que me has nombrado. Y si todas en conjunto, por mi debilidad, me pareciesen más dignas de amar que el servirte y seguirte, yo, con las lágrimas en los ojos, las arrojaría, con las lágrimas de una mujer lo haría y te seguiría con la sonrisa de mi corazón. Tómame, Maestro. Decídselo, vosotros Juan y Santiago... y también tú, esposo mío. Sed buenos. Ayudadme todos”.

“Está bien. Vendrás con ellas. He querido que pensases bien sobre el pasado y el presente, sobre lo que dejas, y lo que tomas. Ven, Salomé. Eres apta para entrar en mi familia”.

“¡Oh, apta! Soy menos de lo que es un niño. Tú me perdonarás mis errores y me tendrás de la mano. Tú... porque soy una mujer sin educación, tendré mucha vergüenza de tu Mamá y de Juana. Me avergonzaré delante de todos, menos delante de Ti, porque eres el Bueno y todo lo comprendes y perdonas”.

13. Jesús habla a los suyos del apostolado femenino

3 mayo 1945

“¿Qué cosa te pasa, Pedro? Me parece que estás de mal humor” pregunta Jesús que camina por un pequeño sendero del campo bajo las ramas de almendros en flor que anuncian que el tiempo inclemente ha terminado.

“Pienso, Maestro”.

“Que estás pensando lo veo. Pero tu cara me dice que no estás pensando en algo alegre”.

“Tú que sabes todo lo nuestro, lo sabes ya”.

“Claro, lo sé ya. También Dios Padre conoce las necesidades del hombre, pero quiere que haya en el hombre la confianza que exponga las propias necesidades y que pida ayuda. Te puedo asegurar que no tienes razón en estarte atormentando”.

“¿Entonces Tú no quieres mucho a mi mujer? ¿no es verdad?”

“Claro que la quiero, Pedro, ¿por qué no debía quererla? Mi Padre tiene en el cielo muchas habitaciones. En la tierra las moradas del hombre son muchas. Y todas son bendecidas para que todas sean santas. ¿Podría yo decir que las mujeres que no siguen a las Marías y a Susana no las va a ver con buenos ojos Dios?”

“¡Oh, no! Mi mujer cree en el Maestro, pero no sigue el ejemplo de las otras” dice Bartolomé.

“Tampoco la mía con mis hijas. Están en casa, pero siempre dispuestas a dar hospedaje, como lo hicieron ayer” dice Felipe.

“Creo que igual cosa hará mi madre. No puede dejar todo... está sola” dice Iscariote.

“¡Es verdad, es verdad! Estaba yo muy triste porque me parecía que la mía fuese... así... poco... ¡Oh, no sé cómo decirlo!”

“No la critiques, Pedro. Es una buena mujer” dice Jesús.

“Es muy tímida. Su madre las ha doblado a todas, a hijas y a nueras como pajas” dice Andrés.

“Pero después de haber estado conmigo tantos años, debía haber cambiado”.

“¡Oh, hermano! Tú tampoco eres muy dulce, ¿sabes? Sobre un tímido haces el efecto de una pesada viga entre las piernas. Mi cuñada es muy buena y se ve por el hecho de que siempre ha soportado con paciencia el mal carácter de su madre, y tus arbitrariedades”.

Todos se echan a reír por la conclusión tan franca de Andrés y por la cara de sorpresa que pone Pedro al oír que se le llama arbitrario.

También Jesús ríe de buena gana. Luego dice: “Las mujeres fieles que no se sienten con fuerzas de dejar su casa para seguirme, igualmente me sirven quedándose en ellas. Si todas hubiesen querido venir conmigo, debería de haber ordenado que algunas se quedasen. Ahora que las mujeres se unirán con nosotros, debo pensar también en ellas. No sería ni decente ni prudente que las mujeres al ir de acá y allá no tuviesen dónde quedarse. Nosotros podemos hacerlo donde quiera. Las mujeres tienen otras necesidades y necesidad de refugio. Nosotros podemos quedarnos en un solo cuarto. Ellas no podrían estar en medio de nosotros, por respeto y por prudencia de su constitución muy delicada. No se debe jamás tentar a la Providencia ni la naturaleza más allá de sus límites. Haré ahora de cada casa amiga, donde hay una mujer vuestra, un refugio para sus hermanas. Lo será la tuya, Pedro; la tuya, Felipe; la tuya, Bartolomé; y la tuya, Judas. No podemos imponer a las mujeres el incansable caminar que seguiremos nosotros, pero las haremos que nos aguarden, en el lugar del refugio de donde partiremos cada mañana para regresar por la tarde. Les daremos instrucciones en las horas de descanso, y ni el mundo podrá murmurar más de que algunas infelices criaturas vengan a Mí, ni me será prohibido el poderlas escuchar. Las madres y las esposas que nos seguirán, nos protegerán tanto a ellas como

a nosotros de la maledicencia del mundo. Vosotros veis que estoy haciendo un viaje rápido para saludar a los amigos que tengo o para ver a los que tendré. Esto no es porque Yo lo necesite, sino por los discípulos más débiles. Con su flaqueza sostendrán nuestras fuerzas y las harán útiles para tantas almas”.

“Has dicho que ahora vamos a Cesárea. ¿Qué cosa hay allí?”

“Criaturas que esperan al Dios verdadero hay en todas partes. Ya la primavera manda sus primeros anuncios de presencia con el florear rosado de los almendros. Los días de escarcha han terminado. Dentro de poco habrán establecido los lugares de tránsito y de refugio para las discípulas y entonces volveremos a ponernos en camino, esparciendo la palabra de Dios sin preocuparnos por las hermanas, sin temor de las calumnias y su paciencia y dulzura os servirán de lección. También para las mujeres está ya sonando la hora de rehabilitación. En mi Iglesia habrá una floridez de vírgenes, de esposas, de madres santas”.

14. Jesús en Cesarea Marítima habla a los galeotes

4 mayo 1945

Jesús está en medio de una amplia y bastante bella plaza, que continúa por una calle muy larga, como una prolongación suya hasta la playa del mar. Una galera acaba de partir y toma su camino empujada por el viento y los remos. Otra está haciendo las maniobras para entrar, porque se emplean menos las velas y los remos se mueven por una sola banda para hacer virar la nave a una posición conveniente. No se ve el puerto desde la plaza, pero no estará lejos. A los lados de la plaza hay alineados edificios grandes con característicos muros que casi no tienen entradas. No hay bodegas.

“¿A dónde vamos ahora? Quisiste venir mejor aquí que a la parte oriental. Este es lugar de paganos. ¿Quién quieres que te escuche?” reprocha Pedro.

“Vamos allá, a aquel ángulo que da al mar. Allí hablaré”.

“¿A las olas?”

“También Dios creó las olas”.

Se van. Han llegado al ángulo y ven el puerto en que lentamente entra la galera que habían visto hace poco y que es amarrada en su lugar. Uno que otro marino vagabundea por el muelle. Alguno que otro vendedor de fruta se arriesga a ir hasta la nave romana y vender. No se ve otra cosa.

Jesús apoyado contra la pared, parece como si hablase a las olas. Los apóstoles descontentos de la situación, lo rodean, algunos a pié, otros sentados sobre piedras que hay por allí, para que sirvan de bancos.

“Es necio el hombre que al verse poderoso, sano, feliz, dice: “¿De qué tengo necesidad? ¿De quién? De nadie. No me falta nada, me basto a mí mismo; por eso las leyes y órdenes de Dios o de moral no me importan nada. Mi ley es hacer lo que puedo, sin pensar si daña a los demás””.

Un vendedor al oír la voz sonora se vuelve y se dirige a Jesús que sigue diciendo de este modo: “Así habla el hombre y así la mujer sin sabiduría ni fe. Pero si con esto demuestran que tienen una fuerza más o menos grande, por lo mismo manifiestan que tienen parentesco con el Mal”.

Algunos hombres bajan de la nave y de otras barcas y se dirigen a Jesús.

“El hombre demuestra, no con las palabras sino con los hechos, que tiene parentesco con Dios y con la virtud, cuando reflexiona que la vida es más mudable que las olas del mar, que ahora son plácidas y mañana furia. De igual modo el bienestar y el poder de hoy puede cambiarse mañana en miseria e impotencia. ¿Y qué hará entonces el hombre que no tiene a

Dios? Cuántos hubo un día en aquella galera que fueron felices pudientes, y ahora son esclavos y tenidos como criminales. Criminales, esto es, dos veces esclavos: una por la ley humana de la que inútilmente se burla uno porque castiga sus transgresores y otra por Satanás que se apodera para siempre del culpable que no llega a aborrecer su culpa”.

“¡Salve, Maestro! ¿Cómo es que te encuentras aquí? ¿Me conoces?”

“Dios venga a ti, Publio Quintiliano. ¿Lo ves? He venido”.

“Y exactamente al barrio romano. No esperaba volverte a ver otra vez. Tengo deseos de oírte”.

“Yo también ¿En esta galera hay muchos destinados al remo?”

“Muchos. Casi la mayor parte, prisioneros de guerra. ¿Te interesan?”

“Me gustaría ir cerca de la nave”.

“Ven. Hacedos a un lado, vosotros” grita a los pocos que se habían juntado, y que al punto se alejan, echando sierpes y culebras.

“Déjalos. Estoy acostumbrado a estar en medio de la gente”.

“Te permito hasta aquí. No más allá. Es una nave de soldados”.

“Me basta. Dios te lo pague”.

Jesús torna a hablar y el romano de gallarda vestidura se queda a su flanco como si le hiciese guardia.

“Esclavos por una desgracia, esto es, esclavos de una vez. Esclavos hasta que dure la vida. Pero cada lágrima que cae sobre sus cadenas, cada golpe que baja a escribir un grito de dolor más sobre las carnes, disminuye sus grillos, adorna lo que muere, les depara en fin la paz de Dios quien es amigo de los pobres hijos infelices y a los que dará tanta alegría cuanto fue su dolor”.

De los bordes de la galera se asoman tripulantes y escuchan. Naturalmente entre ellos no hay galeotes, pero hasta ellos llega por todos lados la voz potente de Jesús, voz que se difunde por el aire tranquilo en las horas de la baja marea. Un soldado llama a Publio Quintiliano que se va.

“Quiero decir a estos infelices a quienes Dios ama, que se resignen a su dolor, que hagan de su sufrimiento una flama que más pronto rompa las cadenas de la galera y de la vida, consumiendo, con deseos de ver a Dios, este día pobre que es la vida, día oscuro, borrascoso, lleno de temores y trabajos, para entrar en el día de Dios, día luminoso, sereno, sin miedos ni languidez. Entraréis oh mártires en la gran paz, en la infinita libertad del paraíso, con tal que sepáis ser buenos en medio de vuestros sufrimientos y que aspiréis por Dios”.

Publio Quintiliano, regresa con otros soldados y detrás de él viene una litera que cargan esclavos. Los soldados le buscan un lugar

“¿Quién es Dios? Hablo a los gentiles que no saben quién es Dios. Hablo a los hijos de los pueblos sometidos que no saben quién es Dios. En vuestras selvas, oh galos, oh iberos, oh tracios, oh germanos, oh celtas tenéis una figura de Dios. El alma espontáneamente tiende a la adoración, porque se acuerda del cielo. Pero no sabéis encontrar a Dios verdadero que puso un alma en vuestros cuerpos, un alma igual a la de nosotros de Israel, igual a la de los poderosos romanos que os han subyugado, un alma que tiene los mismos deberes y los mismos derechos hacia el Bien, y a la que será fiel el Bien, esto es el Dios verdadero. Sedlo también para con Él. El dios o los dioses que hasta ahora habéis adorado, cuando aprendisteis su nombre o sus nombres sobre las rodillas maternas; el dios en el que tal vez no pensáis más, porque no sentís que os venga de él algún consuelo en vuestro sufrimiento, al que tal vez llegaréis a odiar y a maldecir en la desesperación del día, no es el Dios verdadero.

El Dios verdadero es Amor y Piedad. ¿Lo eran acaso así vuestros dioses? No. También ellos son dureza, crueldad, mentira, hipocresía, vicio, latrocinio. Y ahora os han abandonado sin ese

mínimo de consuelo que es la esperanza de ser amados y la certeza de descansar después de tanto sufrir. Esto sucede porque vuestros dioses no existen. Pero Dios, el Dios verdadero que es Amor y Piedad, y cuya existencia Yo os aseguro, es el que ha hecho cielos, mares, montes, selvas, plantas, flores, animales y el hombre. Él es el que inculca en el hombre vencedor piedad y amor, como Él es para los pobres de la tierra. Oh vosotros que tenéis poder, que sois dueños, pensad que todos sois de una sola planta. No seáis crueles con los que un infortunio os ha puesto en las manos. Sed humanos también para los que un crimen ha amarrado al bando de la galera.

El hombre peca muchas veces. Ninguno está sin culpas más o menos secretas. Si pensáis en esto, seréis muy buenos para con los hermanos que no tuvieron tanta suerte y que fueron castigados por cosas que también vosotros habéis cometido y con todo no habéis sido castigados. La injusticia humana es una cosa tan incierta en juzgar que sería realmente una desgracia que lo fuese de igual modo la divina. Hay reos que no parecen serlo, y hay inocentes que son tenidos como culpables. No investiguemos el por qué. Esto sería una grande acusación contra el hombre injusto y lleno de odio contra su semejante. Hay reos que tal lo son, pero que llegaron al crimen llevados por fuerzas poderosas que excusan en parte la culpa. Por esta razón, vosotros que presidáis en la galera, sed humanos. Sobre la justicia humana hay una justicia divina que está muy por arriba de todo, la del Dios verdadero, del Creador del rey y del esclavo, de la piedra y del granito de arena. Él os está mirando a Vosotros los del remo y a vosotros los jefes de tripulación. Ay de vosotros si llegáis a ser crueles sin razón alguna. Yo, Jesucristo, el Mesías del Dios verdadero, os lo aseguro. Él, cuando muráis, os amarrará a una galera eterna, confiará el látigo manchado de sangre a los demonios y seréis torturados y golpeados, como lo hicisteis vosotros. Porque, si es verdad que la ley humana dice que el reo sea castigado, conviene que al castigarlo no se exceda de la medida. Tratad de recordarlo. El poderoso de hoy puede ser el miserable de mañana. Dios solo es eterno.

Querría cambiaros el corazón y querría sobre todo romper las cadenas, devolveros la libertad y a vuestra patria, pero hermanos galeotes que no veis mi rostro, pero cuyo corazón con sus heridas conozco, en cambio de libertad y de la patria de la tierra que no os puedo dar, oh pobres hombres esclavos de los poderosos, os daré una libertad más grande y una patria. Por causa vuestra me he hecho prisionero y dejé mi patria, por causa vuestra me entregué por rescate vuestro, por vosotros, también por vosotros, que no sois el oprobio de la tierra, aunque así se os llame, sino vergüenza del hombre que olvida la medida en el rigor de la guerra y de la justicia, os daré una nueva Ley sobre la tierra y una tranquila mansión en el cielo. Acordaos de mi Nombre, hijos de Dios que lloráis. Es el nombre de vuestro Amigo. Decidlo en vuestras penas. Estad seguros que si me amáis, me tendréis aun cuando sobre la tierra jamás nos veamos. Soy Jesucristo, el Salvador, vuestro Amigo.

En nombre del Dios verdadero os consuelo. Que pronto venga sobre vosotros la paz”.

La gente en su mayoría romanos, se han amontonado alrededor de Jesús, cuyos nuevos conceptos, los dejan estupefactos.

“¡Por Júpiter! Me has hecho pensar en cosas nuevas en las que jamás lo había hecho, pero que me parecen verdaderas”.

Publio Quintiliano mira a Jesús que está pensativo y abstraído.

“Así es, amigo. Si el hombre emplease su inteligencia no llegaría a cometer delitos”.

“¡Por Júpiter, por Júpiter! ¡Qué palabras! ¡Las debo recordar! Dijiste: “Si el hombre emplease su inteligencia...””

“...no llegaría a cometer delitos”.

“¡Es verdad! ¡Por Júpiter! ¿Pero sabes que eres grande?”

“Cualquier hombre que quisiese, podría serlo como Yo, si fuese una sola cosa con Dios”.

El romano continúa con su cadena de “Por Júpiter” cada vez más lleno de admiración.

Jesús le dice: “¿Podrías dar un poco de alivio a esos galeotes? Tengo dinero... Una fruta, una ayuda, para que sepan que los amo”.

“Dámelo. Puedo hacerlo. Y por otra parte allí hay una mujer que puede mucho. Le voy a decir”. Publio va a la litera y habla entre las cortinas un poco semiabiertas. Regresa: “Tengo todas las facultades. Proveo yo a la distribución para que los cómitres no se aprovechen. Y será la única vez que un soldado imperial tendrá piedad de los esclavos de guerra”.

“La primera, pero no la única. Llegará un día en que no habrá más esclavos. Y antes de esto mis discípulos habrán trabajado entre los galeotes y los esclavos para llamarlos con el nombre de hermanos”.

Otra sarta de “Por Júpiter” vuela por el tranquilo aire, mientras Publio cuida de que haya suficiente fruta y vino para los galeotes. Luego antes de subir a la galera, dice, al oído de Jesús: “Allí dentro está Claudia Prócula. Le gustaría oírte otra vez, pero entre tanto te quiere pedir alguna cosa. Ve a verla”.

Jesús va a la litera.

“Salve, Maestro”. La cortina apenas se abre, y deja ver una hermosa mujer que frisa más o menos treinta años.

“Que llegue a ti el deseo de la sabiduría”.

“Dijiste que el alma se acuerda del Cielo. ¿Es, por consiguiente, eterna esa cosa que decís que hay en nosotros?”

“Es eterna. Por eso se acuerda de Dios, del Dios que la creó”.

“¿Qué cosa es el alma?”

“El alma es la verdadera nobleza del hombre. Tú eres gloriosa porque perteneces a la familia de los Claudios. El hombre lo es mucho más porque es de Dios. En ti existe la sangre de los Claudios, la familia más poderosa que tuvo un principio y tendrá un fin. En el hombre, por el alma está la sangre de Dios, –porque el alma es la sangre espiritual pues Dios es espíritu purísimo– del Creador del hombre: que es el Dios eterno. Poderoso Santo. Así pues el hombre es eterno, poderoso, santo por el alma que existe en él y vive mientras está unida con Dios”.

“Yo soy pagana. No tengo, pues, alma...”

“La tienes, pero está aletargada. Despiértala a la Verdad y a la Vida...”

“Adiós, Maestro”.

“Que la Justicia te conquiste. Adiós”.

“Como veis, también aquí he tenido quienes me escuchasen” dice Jesús a los discípulos.

“Sí, pero fuera de los romanos, ¿quién te pudo haber entendido? ¡Son bárbaros!”

“¿Quiénes? Todos me entendieron. La paz está en ellos y se acordarán de Mí mucho más que otros tantos en Israel. Vamos a la casa en que nos hospedamos para comer”.

“Maestro, esa mujer es la misma que me habló aquel día en que curaste a aquel enfermo. La he visto y la reconocí” dice Juan.

“Ved, pues, que había alguien que nos estaba esperando. Pero no parecéis muy contentos. Mucho habré conseguido aquel día en que os haya convencido, que no sólo para los hebreos, sino para todos los pueblos he venido y que a todos os preparo. Pero os digo: acordaos de todo lo de vuestro Maestro. No hay una cosa por insignificante que parezca que algún día no llegue a convertirse para vosotros en regla de apostolado”.

Nadie responde y por el rostro de Jesús se dibuja una sonrisa triste de compasión.

15. Curación de la niña romana en Cesarea

5 mayo 1945

Jesús se encuentra todavía en Cesarea Marítima, no está en la plaza de ayer, sino en un lugar más adentro, pero desde el que no se ven ni el puerto ni las naves. Hay aquí muchos almacenes y bodegas, y viendo que en tierra, en un espacio terroso hay esteras con diversas clases de mercancía, deduzco que estoy cerca de los mercados, que tal vez están situados junto al puerto y a los depósitos para comodidad de los navegantes y compradores. Hay mucho ruido y mucho trajín de gente. Jesús está esperando con Simón y sus primos que los demás apóstoles hayan comprado los alimentos de que tienen necesidad. Algunos niños miran a Jesús con cierta curiosidad. Jesús los acaricia con dulzura mientras sigue hablando con sus discípulos, les dice: “Me desagrada ver la contrariedad que hay de que me acerque a los gentiles. Pero no puedo menos de lo que puedo y de ser bueno con todos. Esforzaos para ser buenos por lo menos vosotros tres y Juan; los otros os seguirán por imitación”.

“¿Pero cómo puede uno ser bueno con todos? En fin ellos nos desprecian y oprimen, no nos comprenden, están llenos de vicios... dice por excusa Santiago de Alfeo.

“¿Que cómo puede uno? ¿Estás contento de haber nacido de Alfeo y de María?”

“Claro que lo estoy. ¿Por qué me lo preguntas?”

“Si Dios te hubiera preguntado antes de haber sido concebido, ¿habrías querido nacer de ellos?”

“Claro que sí. Pero no comprendo...”

“Y si por el contrario, hubieras nacido de un pagano, al oír que eres acusado de haber nacido de él, ¿qué hubieras dicho?”

“Habría dicho... habría dicho: ‘No tengo la culpa de esto. Nací de él, pero habría podido haber nacido de otro’. Habría dicho: ‘Sois injustos de acusarme. Si no hago mal ¿por qué me odiáis?’”

“Tú mismo lo has dicho. También estos, a quienes despreciáis porque son paganos, pueden decir lo mismo. Tú no tienes ningún mérito por haber nacido de Alfeo, un verdadero israelita. Debes dar gracias al Eterno porque te hizo este gran favor, y por agradecimiento y humildad deberías tratar de llevar al Dios verdadero otros que no tuvieron este don. Es necesario ser buenos”.

“¡Es difícil amar a quien no se conoce!”

“No. Mira. Eh, pequeñín, ven aquí”.

Se acerca un niño como de 8 años que estaba jugando en la esquina con otros dos pequeñuelos. Es un niño fuerte y de cabellos negros, pero de piel muy blanca.

“¿Quién eres?”

“Soy Lucio, Cayo Lucio de Cayo Mario, soy romano, hijo del decurión de guardia, que aquí se ha quedado después de haber sido herido”.

“¿Y quiénes son aquellos?”

“Son Isaac y Tobías. Pero no debes decirlo porque no está bien. Les pegarían”.

“¿Por qué?”

“Porque ellos son hebreos y yo soy romano. No se puede”.

“Pero tú sí puedes estar con ellos. ¿Por qué?”

“Porque nos queremos. Siempre jugamos a los dados y al saltárselo. Pero nos escondemos”.

“¿Me querías? También Yo soy hebreo, y no soy niño. Piensa, soy un maestro, como quien dijera soy un sacerdote”.

“¿Y a mí qué me interesa? Si me amas, yo te amo. Y te quiero mucho, porque Tú me quieres”.

“¿Cómo lo sabes?”

“Porque eres bueno. Quien es bueno, ama”.

“He aquí, amigos, lo que os decía. El secreto para amar es ser buenos. Entonces se ama sin pensar si este pertenece a esta o a otra fe”.

Y Jesús, llevando de la mano al pequeño Cayo Lucio, va a acariciar a los pequeñuelos hebreos que espantados se escondieron detrás de un zaguán, y les dice: “Los niños buenos son ángeles. Los ángeles tienen una sola patria: el Paraíso. Tienen una sola religión: la del Dios único. Tienen un solo templo: el corazón de Dios. Amaos siempre como ángeles”.

“Pero si nos ven, nos pegan...”

Jesús mueve con tristeza la cabeza, pero no objeta nada...

Una mujer alta y hermosa llama a Lucio, que gritando: “Mamá”, deja a Jesús. Al acercarse a su mamá le dice: “Tengo un amigo grande, ¿sabes? ¡Es un maestro!...”

La mujer no se aleja con el hijo, antes se dirige a Jesús y le pregunta: “Salve. ¿Eres Tú el hombre de galilea y que ayer habló en el puerto?”

“Yo soy”

“Entonces, espérame aquí. Vengo pronto” y se va con su pequeñuelo. Los otros apóstoles se han juntado, todos menos Mateo y Juan. Preguntan: “¿Quién es?”

“Una romana, me parece” responde Simón y los demás.

“¿Qué quiere?”

“Dijo que la esperara aquí. Ya lo sabremos”.

Entre tanto gente curiosa se ha acercado y espera.

Regresa la mujer con otros romanos. “¿Eres, pues Tú el Maestro?” pregunta uno que parece ser siervo de alguna casa de ricos. Y al recibir respuesta afirmativa: “¿Te causaría asco curar a la hijita de un amigo de Claudia? La niña está muriendo casi sofocada. Ni el médico sabe la causa. Ayer estaba bien, y esta mañana se encuentra en agonía”.

“Vamos”.

Dan unos cuantos pasos por el camino que lleva al lugar donde estuvieron ayer y entraron por el portón abierto de una casa, en la que parece viven romanos.

“Espera un momento”. El hombre entra veloz y casi un instante después aparece y dice: “Ven”.

Pero antes de que Jesús pueda entrar, sale una joven de aspecto señorial, pero en un estado de aflicción que todos ven. Trae en sus brazos a una niñita de pocos meses, que lívida se va ahogando. Yo pienso que tenga una difteria mortal y que se encuentra en los últimos momentos de la vida. La mujer busca consuelo en el pecho de Jesús como un náufrago en un peñasco. Su llanto es tan grande que no le permite hablar.

Jesús toma a la niña, que tiene todavía algunos movimientos convulsivos en las manitas exangües. Sus uñitas están moradas. La levanta. Su cabecita balancea sin fuerza alguna. La mamá, sin ninguna soberbia de ser romana, se ha dejado caer a los pies de Jesús, por tierra, y llora con la cara levantada, los cabellos medio descompuestos, los brazos extendidos que ajan el vestido y manto de Jesús. Detrás y alrededor, hay romanos de la casa y hebreas de la ciudad que están mirando. Jesús moja su índice de la mano derecha con saliva y lo mete en la boquita anhelante, hasta dentro. La niñita se contorsiona y ennegrece más su carita. La madre grita: “¡No, no!” y parece como si se clavase un puñal. La gente detiene la respiración. El dedo de Jesús sale envuelto en medio de montón de membranas purulentas; y la niña no se contorsiona más. Y luego después de un brevísimo llanto se calma con una sonrisa angelical. Agita las manitas y mueve los labios como un pajarito que pía batiendo sus alitas en espera de la comida.

“Tómala, mujer. Dale leche. Está curada”.

La madre está en tal forma atolondrada que toma a su hijita y sin levantarse de la tierra, la besa, la acaricia, le da de mamar. Está como loca. Se ha olvidado de todo lo que no sea su pequeñita.

Un romano pregunta a Jesús: “Pero ¿cómo pudiste hacerlo? Soy el médico del Procónsul y soy un hombre docto. Traté de quitar el obstáculo, pero ya estaba abajo, ¡muy abajo! Y Tú... así...”

“Eres docto, pero el Dios verdadero no está contigo. ¡A Él se le dé toda clase de bendiciones! Adiós”. Y Jesús hace como para irse; pero he ahí que un grupito de israelitas cree que debe intervenir.

“¿Cómo has tenido el atrevimiento de acercarte a los extranjeros? Son depravados, impuros, y quien se acerca a ellos, se hacen igual”.

Son tres, Jesús los mira detenida, severamente y luego dice: “¿No eres tú Ageo? ¿El hombre de Azoto que vino el pasado Tisri para afianzar sus negocios con el mercader que está cerca del viejo fontanar? ¿Y no eres tú José de Rama, que viniste aquí para consultar al médico romano? Y tú sabes como Yo sé, el por qué. ¿Entonces no os sentisteis impuros?”

El médico no es jamás un extranjero. Cura el cuerpo y el cuerpo es igual en todos”.

“El alma con mayor razón es mayor que el cuerpo. Por otro lado, ¿qué cosa curé? El cuerpo inocente de una niñita y con este medio espero curar las almas no inocentes de los extranjeros. Como médico y como Mesías, puedo por consiguiente acercarme a cualquiera”.

“No puedes”.

“¿No, Ageo? ¿Y tú que tienes tratos con el mercader romano?”

“No me acerco a él sino con las mercancías y el dinero”.

“Y como no tocas su cuerpo, sino sólo lo que tocó su mano, ¿Te parece que no te contaminas? ¡Oh, ciegos y crueles!

Oídme todos vosotros. Exactamente en el libro del Profeta¹ cuyo nombre tiene éste está escrito: “Dirige a los sacerdotes esta pregunta sobre la Ley: ‘Si un hombre lleva carne consagrada en la falda de su vestido y con ella toca vino, o guisado, pan o aceite u otros alimentos, ¿serán cosas santificadas?’ Y los sacerdotes respondieron: ‘No’. Entonces Ageo dijo: ‘Si alguien impuro por haber tocado un cadáver, tocara una de estas cosas, ¿se contaminará?’ Y los sacerdotes respondieron ‘Sí’”.

Por medio de esta doble, mentirosa e incoherente manera de obrar, vosotros cerráis la puerta del Bien y lo alejáis y sólo aceptáis vuestra utilidad, y en este caso, no existe ya el desdén, la repugnancia, el asco. Hacéis distinción entre si esto no os trae daño personal, o si eso es inmundo y hace inmundo, o si aquello no lo es. ¿Y cómo, ¡vosotros bocas mentirosas! Podéis declarar que si lo que es santificado por haber tocado una carne santa o cosa santa, no santifica lo que toca, pero lo que ha tocado cosa inmunda sí puede hacer inmundo lo que toca? ¿No comprendéis que os contradecís, mentirosos ministros de la Ley de Verdad? Vosotros que os aprovecháis de ella, que la torcéis como si fuera un hilo según lo que os pueda producir alguna utilidad, hipócritas fariseos que bajo pretexto religioso desahogáis vuestro rencor humano, muy humano, profanadores vosotros de lo que es de Dios, insultadores y enemigos del Enviado de Dios. En verdad, en verdad os digo que cada acción vuestra, cada conclusión vuestra, cada movimiento vuestro tiene como motor una máquina astuta a la que sirven de ruedas y muelles, de pesos y tirantes, vuestros egoísmos, vuestras pasiones, vuestra falta de sinceridad, vuestro odio, vuestra sed de engañar, vuestra envidia.

¡Vergüenza deberíais tener! Voraces, tremebundos, vengativos. Vivís el miedo orgulloso de que alguien sea más que vosotros, sin que sea de vuestra casa. Y merecéis por ello, ser como aquel que os produce miedo e ira. Vosotros, que como dice Ageo², un montón de veinte almudes lo hacéis de diez, y uno de cincuenta barriles de veinte, embolsándoos la utilidad de la

¹ Cfr. Ag. 2, 11 ss.

² Cfr. Ag. 2, 17.

diferencia, mientras, a fin de dar ejemplo a los demás y por amor de Dios, deberíais añadir al montón de almudes y al de barriles de lo vuestro para ayudar al que tiene hambre, y no hacéis sino lo contrario. Merecéis que el viento de fuego, la herrumbre, y el granizo hagan estériles todas las obras de vuestras manos.

¿Quiénes son de entre vosotros los que vienen a Mí? Éstos, estos que para vosotros son estiércol e inmundicia, éstos que son muy ignorantes hasta el grado máximo de no saber que existe el Dios verdadero, vienen a éste que trae a Dios presente en sus palabras y en sus obras. Pero vosotros, vosotros, os habéis construido un nicho y allí os estáis, secos, fríos como ídolos en espera de incienso y adoración. Y puesto que os creéis dioses, os parece inútil pensar en el verdadero Dios, como en Él se debe pensar, y os parece peligroso que otros, que no sois vosotros, se atrevan a hacer lo que no os atrevéis. No podéis, en realidad, atreveros a hacerlo, porque sois ídolos, y porque sois esclavos del ídolo. Pero el que tiene valor de hacerlo, lo hace porque no él, sino Dios hace en él sus obras.

Id a decir a quien os envió a mis calcañales que desprecie los mercaderes que juzgan no ser contaminación vender sus mercancías, la patria o el templo a aquellos de quienes reciben dinero. Decidles que tengo asco de los animales que tienen sólo por culto la propia carne y la propia sangre, y que cuando estos tienen qué curarse, no piensan que sea contaminación ir a ver al *médico extranjero*. Decidles que la medida es una y no doble. Decid que Yo, el Mesías, el justo, el Consejero, el Admirable, el que tendrá sobre sí el Espíritu del Señor en sus siete dones; el que no juzgará por lo que aparece a los ojos, sino por lo que está oculto en los corazones, el que no condenará por lo que oye con sus oídos, sino por las voces espirituales que oirá en el interior de cada hombre; el que tomará en sus manos la defensa de los oprimidos y juzgará con justicia a los pobres, está ya juzgando y castigando a los que en la tierra son tan sólo tierra, y al soplo de mi aliento hará morir al impío y exterminará sus cuevas, entre tanto habrá vida y luz, libertad y paz para aquellos que deseosos de justicia y fe vendrán a mi monte santo, a saciarse de la ciencia del Señor. ¿No es verdad que esto es de Isaías?³

¡Pueblo mío! Todos descienden de Adán y Adán salió de mi Padre. Todo es obra, pues, del Padre y tengo el deber de llevar a todos al Padre. Así lo hago, oh Padre Santo, Eterno, Poderoso. Te llevo a los hijos errantes, después de haberlos reunido llamándolos con gritos de amor, reuniéndolos bajo mi vara pastoril semejante a la que Moisés levantó contra las serpientes venenosas⁴, para que Tú tengas tu Reino y tu pueblo. No hagas distinciones, porque en el fondo de cada hombre veo un punto que resplandece más que el fuego: el alma, chispa de Ti, eterno Esplendor. ¡Oh eterno deseo mío, oh incansable querer mío!

Esto quiero, esto me consume. Una tierra que toda ella cante a tu Nombre. Un género humano que te llame Padre. Una Redención que salve a todos. Una voluntad fortalecida que sea obediente en todo a la tuya. Un triunfo eterno que llene el Paraíso con su hosanna sin fin... ¡Oh, multitudes de cielos!... Estoy viendo la sonrisa de Dios... y es el premio contra toda la dureza humana”.

Los tres han escapado bajo la granizada de reproches. Los otros, romanos o hebreos se han quedado donde estaban, casi a los pies de Jesús, y lloran de alegría y de emoción espiritual. Muchos lloran por el vibrante fin del discurso de Jesús que parece resplandecer en éxtasis.

Y Él, bajando los ojos y el espíritu del cielo a la tierra, ve la multitud, ve a la madre... y al pasar, después de haber hecho un ademán de adiós, toca levemente a la joven romana, como para bendecirla por su fe, y se va, con los suyos mientras la gente, todavía sin caer en la cuenta de lo que ha sucedido, se queda donde estaba...

³ Cfr. Is. 11, 1 ss.

⁴ A propósito de la vara milagrosa de Moisés Cfr. Por el. Ex. 4, 1-23; 7, 8-25; 8, 16-19; 9, 23; 10, 13; 14, 16; 17.

(La joven romana, si no es semejanza fortuita, es una de las que estuvieron con Juana de Cusa en el camino al Calvario. Como nadie la llamó por su nombre me encuentro incierta.)

16 Annalía se consagra virgen

6 mayo 1945

Jesús a quien acompaña Pedro, Andrés y Juan, llama a su casa en Nazaret. María abre al punto. Su rostro se ilumina con una resplandeciente sonrisa al ver a su Hijo.

“Pasa, ¡Hijo mío! Desde ayer está conmigo una paloma pura que te está esperando. Vino de lejos. Y quien la acompañó no pudo permanecer más. Como ella buscaba consejo, se lo di como pude. Pero Tú solo, Hijo mío, eres Sabiduría. Has hecho bien en regresar. Venid a reposar al punto”.

“Sí, quedaos aquí. Voy inmediatamente a donde está la persona que me espera”.

En los tres, de diverso modo, la curiosidad se despierta. Pedro mira por todas partes como si pudiese ver más allá de los muros. Juan parece como si quisiera leer en la cara sonriente de María el nombre de la desconocida. Andrés, que se ha puesto muy colorado, mira con todas sus fuerzas los ojos de Jesús, y en su mirada y labios se ve una súplica muda.

Pero Jesús no se preocupa de ninguno de los tres. Deciden ir a la cocina, donde María les ofrece alimentos y el calor del fuego y Jesús levanta la cortina que oculta la entrada que lleva al jardincillo y va a él.. Un hermoso sol hace todavía más aéreas e irreales las ramas en flor del almendro, que es el único que está floreciendo, el más alto de los árboles que hay en el huerto, bello con su vestidura de seda blanco rosada en medio de la pobreza desnuda de los otros árboles del manzano, de la higuera, de la vid, del granado que están secos y sin hojas. El almendro, lleno de pompa con su velo espumoso y vivo que hace contraste con la monótona y gris humildad de los olivos, parece como que si con sus ramas largas hubiese capturado una ligerísima nubecilla, perdida en el vasto campo azul del cielo, y se haya puesto de adorno para decir a todos: “Las nupcias de la primavera han llegado. Alegraos, animales. Es la hora de los besos bajo las tejas o entre la espesura de los bosques, oh pajaritos de Dios, o cándidas ovejas. Hay besos, hermosa prole, para perpetuar la obra de nuestro Dios Creador”.

Jesús con los brazos cruzados sobre el pecho, sonríe, de frente al sol ante la hermosura pura y placentera del huerto materno con sus lirios que apenas se dejan ver con sus manojos de color verde, con sus rosales todavía desnudos, con el olivo, con las demás flores esparcidas entre los pedazos de tierra sembrados con verduras que apenas empiezan a reverdecer.

“Hijo mío, ven a mi cuarto. Te la traeré, porque se ha ido allí cuando oyó tu voz”.

Jesús entra en la habitación materna, siempre casta, castísima habitación que escuchó las palabras del saludo del ángel y de la que emana, mucho más que del huerto, el perfume virginal, angelical, santo de quien durante muchos años ahí vive, y del Arcángel que en Ella veneró a su Reina. Han pasado ya treinta años ¿o tal vez fue ayer el encuentro? También hoy sobre la rueca se ve el estambre y sobre el uso el hilo. Hay un bordado sobre la mesa que está junto a la puerta. Se ve un rollo de pergamino y una jarra de cobre en la que hay un ramo de flores de almendro. También ahora la cortina se mueve al contacto del viento, y la cama, en un ángulo, tiene siempre la apariencia gentil de la juventud que apenas hubiera llegado a pisar los umbrales de la juventud. Y en la almohada ¿qué sueños habrá habido o los habrá...

La mano de María levanta poco a poco la cortina. Jesús, que con las espaldas hacia la puerta, de pié, contemplaba el nido de pureza, voltea.

“Hijo mío, mírala. Una ovejita, y Tú eres su pastor”. María que entra llevando de la mano a una jovencita morena, delgada, que se pone muy colorada al presentarse a Jesús, se retira suavemente recorriendo la cortina.

“La paz sea contigo, jovencita”.

“La paz... Señor...” La jovencita muy emocionada, se queda sin palabras, pero se arrodilla con la cabeza hacia la tierra.

“Levántate. ¿Qué quieres de Mí? No tengas miedo...”

“Miedo... jamás... ahora que estoy ante Ti... después de haberlo tanto deseado... todo lo que me parecía fácil, todo lo que quería decirte... no lo encuentro ya... no se me viene a la mente... Soy una tonta, perdona, Señor mío...”

“¿Pides una gracia para la tierra? ¿Quieres algún milagro?”

“Tienes almas que quisieras que se convirtiesen? ¿No? ¿Y entonces? ¡Vamos habla! Tuviste tanto valor ¿y ahora te falta? ¿No sabes que soy quien aumenta las fuerzas? ¿Sí? ¿Lo sabes? Entonces habla, como si Yo fuese un padre para ti. Eres joven, ¿Cuántos años tienes?”

“Dieciséis, Señor mío”.

“¿De dónde viniste?”

“Desde Jerusalén”.

“¿Cómo te llamas?”

“Annalía”.

“El nombre querido de mi abuela y de otras tantas mujeres santas de Israel, y tiene consigo el de la buena, fiel, amorosa y dulce mujer de Jacob². Será para ti de augurio. Serás una esposa y madre ejemplar. ¿No? ¿Sacudes la cabeza? ¿Lloras? ¿Has sido, por ventura, rechazada? ¿No? ¿Ha muerto tu prometido? ¿Todavía no has sido escogida?”

La jovencita sacude cada vez la cabeza. Jesús da un paso, la acaricia y la fuerza a levantar la cara, a que lo mire... Su sonrisa vence el temor de la jovencita. Toma confianza: “Señor mío, yo sería esposa y feliz y por tu mérito. ¿No me reconoces, Señor mío? Soy la enferma tísica, la prometida que moría y que curaste por súplica de tu discípulo Juan... Después del favor tuyo... yo... yo he recibido otro cuerpo: sano en lugar de aquel que antes tenía, enfermizo; y he recibido otra alma... No sé. No me sentía ser yo la misma... La alegría de haber sido curada, la certeza de poderme casar, el no llegar a serlo era mi lamento al morir no duraron más que las primeras horas, y luego...” La jovencita cada vez más franca. Encuentra palabras e ideas, perdidas en la perturbación de estar sola con el Maestro: “... Y luego pensé que no debía ser egoísta, pensar sólo en: “ahora seré feliz”, sino que debía pesar en alguna cosa de más, y en que viniese a Ti. Y a Dios, tu Padre y mío, a decirte alguna cosa insignificante, pero con la que te mostrase mi gratitud. Mucho pensé y cuando el siguiente sábado vi a mi novio le dije: “Escúchame Samuel: Sin el milagro yo moriría dentro de algunos meses y me habrías perdido para siempre. Ahora querría hacer a Dios un sacrificio, yo y tú, para decir a Dios que lo alabo y doy gracias”. Samuel al punto dijo, pues me ama: “Vamos al templo a inmolar juntos a la víctima”. Pero yo no quería sólo esto. Soy pobre y de pueblo, Señor mío. Poco entiendo y menos puedo; pero a través de tu mano, que pusiste encima de mi pecho enfermo., había sobrevenido no sólo algo de mis pulmones corroídos, sino el corazón. En los pulmones la salud, en el corazón la sabiduría. Y comprendía que el sacrificio de un cordero no era el sacrificio que quería mi espíritu que te... que te empezaba a amar”. La jovencilla guarda silencio. Está colorada después de esta profesión suya de amor.

“Continúa sin temor. ¿Qué cosa quería tu espíritu?”

² Esto es, Lía. Cfr. Gén. 29, 1–30, 24.

“Sacrificarte una cosa digna de Ti, ¡Hijo de Dios! Y entonces... y entonces pensaba que debía ser una cosa espiritual, como lo que pertenece a Dios, esto es, mi sacrificio de renunciar a las bodas por amor de Ti, mi Salvador. Es una grande alegría el matrimonio ¿sabes? ¡El amarse es algo muy grande! ¡Un deseo, un ansia de realizarlo!... Pero no era ya más la de días anteriores. No amaba yo las bodas como la cosa más hermosa... Se lo dije a Samuel... y él me entendió. Él también ha querido hacerse nazir³ por un año, empezando desde el día en que se debían celebrar nuestras nupcias, o se el día siguiente a las calendas de Adar. En este intervalo vino a buscarte para amar a quien le había devuelto la prometida, amarlo y conocerlo, esto es, a Ti. Te encontró, después de varios meses, en “Aguas Claras”. Yo también fui... y tu palabra terminó por cambiarme el corazón. Ahora no me basta el voto de antes... Como aquel almendro que está allí afuera, que bajo el sol siempre más fuerte ha vuelto a nacer después de muerto por varios meses y ha empezado a florecer y luego tendrá hojas y después frutos, así yo siempre he avanzado más en la sabiduría de lo que es mejor. La última vez, ya segura de mí y de lo que quería –durante todos estos meses he pensado. La última vez que fui a “Aguas Claras” Tú ya no estabas. Te habían arrojado. Lloré mucho y pedí al Altísimo que me escuchase, que pudiese persuadir a mi madre que me enviase con algún familiar que venía a Tiberíades para hablar con los cortesanos del Tetrarca. El administrador me dijo que te había encontrado. Encontré a tu Madre... y sus palabras, tan sólo con oírlas y estar a su lado en estos días, terminaron por madurar el fruto de tu gracia”. La jovencita se ha arrodillado como delante de un altar, con los brazos cruzados sobre el pecho.

“Está bien. Pero ¿qué quieres en realidad? ¿qué puedo hacer por ti?”

“Señor, quisiera... quisiera una gran cosa. Y Tú sólo Dador de vida y salud, me la puedes dar, porque pienso que lo que Tú puedes dar, puedes también quitar... Quisiera que la vida que me has dado, me la quitases durante el año de mi voto, antes de que termine...”

“Pero ¿Por qué? ¿No estás agradecida a Dios por la salud obtenida?”

“¡Mucho! ¡Sin medida! Pero por una sola cosa: porque viendo por su gracia y por el milagro que me hiciste, he comprendido lo mejor”.

“¿Qué cosa?”

“Vivir como los ángeles, como tu Madre, Señor mío... como Tú vives... como vive tu discípulo Juan... Los tres lirios, las tres llamas blancas, las tres bienaventuranzas de la tierra. Sí. Porque pienso que es una bienaventuranza poseer a Dios y que Dios sea poseído por los puros. Me imagino que el puro es un cielo con su Dios, en el centro y los ángeles alrededor... ¡Oh, Señor mí! ¡Querría esto!... Poco te he escuchado y también a tu Madre y a tu discípulo y a Isaac. No me he acercado a otros para oír tus palabras. Pero me parece que mi espíritu siempre te oye, y que Tú eres su Maestro... Dije, Señor mío...”

Annalía, mucho es lo que pides y mucho es lo que das... Hija: has comprendido a Dios y la perfección a la que la criatura puede subir para asemejarse al Purísimo y para agradecerle”. Jesús ha tomado entre sus manos la cabeza de cabellos negros de la jovencita arrodillada y le habla inclinado. “El que nació de una Virgen –porque no podía menos de hacerse su nido que en un manojo de lirios– está asqueado de la libidine triple del mundo, y se quebraría con tanto horror si el Padre, que sabe de qué vive su Hijo, no interviene en amorosos auxilios a sostener mi alma angustiada. Los puros son mi alegría. Tú me devuelves lo que el mundo me quita con su inexhausta bajeza. Sea bendito el Padre, y también tú, Annalía. Vete tranquila. Alguna cosa intervendrá para hacer eterno tu voto. Eres uno de lo lirios esparcidos en los senderos sangrientos del Mesías”.

“¡Oh, Señor mío!... querría todavía una cosa...”

³ Cfr. Num. 6.

“¿Cuál?”

“No estar a tu muerte... No podría ver morir al que es mi Vida”.

Jesús sonríe dulcemente y con la mano enjuga dos arroyuelos de lágrimas que bajan por la carita morena. “No llores. Los lirios no son para el luto. Reirás con todas las perlas de tu corona angelical cuando veas que entra coronado el rey en su reino. Vete. El espíritu del Señor te enseñe entre una venida mía y otra. Te bendigo con las llamas del Eterno Amor”.

Jesús se asoma al huerto y dice: “Mamá, he aquí a una hijita, que lo es por ti. Está feliz. Pero tú sumérgela en tus candores ahora y cada vez que vayamos a la Ciudad Santa, para que sea nieve de pétalos celestiales esparcidos ante el trono del Cordero”. Jesús regresa a los suyos, mientras María acaricia a la jovencita que se queda con ella.

Pedro, Andrés y Juan lo miran con ojos interrogativos. El rostro brillante de Jesús les dice que está feliz. Pedro no se contiene y pregunta: “¿Con quién has hablado tanto, Maestro mío? ¿Y qué oíste para estar radiante de alegría?”

“Con una mujer en los albores de la vida; con la que es el amanecer de otras muchas que vendrán”.

“¿Quiénes?”

“Las vírgenes”.

Andrés se dice a sí mismo despacio y en voz baja: “No es ella...”

“No. No es ella, pero no te canses de orar. Sigue. Cada palabra de tu plegaria es como un reclamo, una luz en la noche y la levanta y quía”.

“Pero ¿a quién está esperando mi hermano?”

“A un alma, Pedro. A una gran miseria que él quiere cambiar en una gran riqueza”.

“Y ¿dónde la encontró Andrés, que no se mueve jamás, ni habla jamás, que jamás tiene iniciativas?”

“Por mi sendero. Ven conmigo, Andrés. Vayamos a casa de Alfeo a desearle bien entre sus muchos sobrinos. Vosotros esperadme en casa de Santiago y Judas. Mi Madre tiene necesidad de estar sola todo el día”.

Yéndose unos por aquí y otros por allá, el secreto cubre la alegría de la primera consagrada a la virginidad por amor de Cristo.

17. Instrucciones a los discípulos en Nazaret

7 mayo 1945

Jesús está todavía en Nazaret, en su casa. Mejor dicho, está en su antiguo taller de carpintero. Con Él están los doce apóstoles y además María, María la madre de Santiago y Judas, Salomé, Susana y cosa nueva, Marta; una Marta muy afligida con claras señales de lágrimas bajo los ojos. Una Marta encogida, atemorizada de estar tan sola cerca de otras personas y cerca, sobre todo, de la Madre del Señor. María trata de que hable con las demás y de quitarle ese aire de desacomodo de que sufre. Pero sus caricias más bien parecen no llegar al corazón de la pobre Marta. Ahora se pone roja, ahora gruesas lágrimas corren por sus mejillas bajo el velo que tiene puesto.

Juan con Santiago de Afeo entran. “No está el Señor. Se fue con el marido a visitar una amiga. Así dijeron los siervos” dice Juan.

“Por cierto que mucho le desagradará. Pero podrá verte siempre y recibir tus instrucciones” concluye Santiago de Alfeo

“Está bien. No está el grupo de las discípulas como lo pensaba. Pero ved, en lugar de Juana ausente, está presente Marta, hija de Teófilo, hermana de Lázaro. Los discípulos saben quién es Marta. Mi Madre también. También tú, María, y tal vez, también tú, Salomé, conocéis por

vuestros hijos quién es Marta, no sólo como una mujer de mundo, sino como una criatura a los ojos de Dios. Por tu parte, Marta, sabes quiénes son estos que te consideran como hermana y que te amarán mucho. Hermana e hija. Tienes mucha necesidad de esto, buena Marta, para tener también alivio humano de afectos buenos que Dios no condena, sino que dio al hombre para que se levante en medio de la fatiga de la vida.

Y Dios te trajo a la hora precisa que Yo había escogido para poner las bases, diría mejor, el esquema según el cual volveréis a bordar vuestra perfección de discípulas. Discípulo quiere decir: el que sigue las reglas del Maestro, de su doctrina. Por esto, en sentido amplio, serán llamados para no multiplicar muchos nombres, diciendo: discípulos de Jesús según la enseñanza de Pedro o de Andrés, de Santiago o de Juan, de Simón o Felipe, de Judas o de Bartolomé o de Tomás y Mateo; se dirá, con un solo nombre que los reunirá bajo una sola señal, cristianos. Pero entre la gran multitud de los seguidores de mi doctrina he elegido a los primeros y después a los segundos, y así se hará en los siglos futuros en memoria mía. Como en el templo, y todavía antes, desde Moisés² hubo pontífice, sacerdotes, levitas, encargados de diversos servicios, oficios y puestos, cantores, etc. de igual modo en mi templo nuevo, grande como la tierra, que durará como ella, habrá grandes y pequeños, todos necesarios, todos caros a Mí, y además habrá mujeres, la nueva categoría que Israel siempre ha despreciado, confiándola a los cantos virginales en el templo o a las instrucciones de las vírgenes de allí mismo. Y ninguna otra cosa más.

No discutáis si es justo. En la religión cerrada de Israel y en el tiempo de la ira esto era justo. Toda la vergüenza caía sobre la mujer, origen del pecado. En la religión universal de Cristo y en el tiempo del perdón todo esto cambiará. Toda la gracia se ha reunido en una sola Mujer y ella la ha dado a luz al mundo para que fuese redimido. Por tal razón la mujer no es más el desdén de Dios, sino su auxilio. Y por la Mujer, amada del señor, todas las mujeres pueden llegar a ser sus discípulas no sólo como la masa, sino como sacerdotisas menores, coadjutoras de los sacerdotes a los que les pueden dar mucha ayuda y también a los fieles y a los que no lo son, a las que no llevarán tanto el rocío de la palabra santa cuanto la sonrisa de ser discípulas mías.

Me habéis pedido venir detrás de Mí, como lo hacen los varones. Pero respecto de vosotras es muy poco para Mí el que tan sólo vengáis, escuchéis, os fatiguéis. Sería vuestra santificación, cosa grande pero no basta. Soy Hijo del Absoluto y de mis predilectos quiero lo absoluto. Quiero todo porque todo lo he dado.

Además no sólo Yo, sino que también el mundo existe. Esta cosa terrible que es el mundo. Debería ser grande en santidad: en una santidad ilimitada en número, en poder e hijos de Dios.

² Entre los numerosos pasajes bíblicos que preparan, presentan o esclarecen la figura de los ministros de Dios en la Antigua y Nueva ley pueden escoger y considerar los siguientes: Gén. 4, 1-16; 8, 13-9, 17; 14, 17-24; 22, 1-18; Ex. 25-31; 35-40; Lev. 8-10; 13-14; 16; 21-22; Núm. 3-4; 8; 11, 16-30; 18; Deum. 16, 18; 3 Rey. 6, 1-9, 9; 1 Paral. 9; 23-26; 2 Paral. 29-31; Is. 40, 9-11; Ez. 34; zac. 11, 4-17; Mt. 4, 17-23; 9, 9; 9, 36-10; 40; 16, 13-20; 18, 15-20; Mc. 1, 14-22; 2, 13-17; 3, 13-19; 6, 7-13; 16, 14-20; Lc. 5, 1-32; 6, 12-16; 9, 1-6; 10, 1-24; 24, 44-53; Ju. 1, 35-51; 10, 1-21; 20, 19-29; 21, 1-23; Hech. 1-2; 4, 23-31; 6, 1-8; 8, 4-40; 10, 34-48; 14, 19-28; 15, 1-35; 19, 1-7; 20; 1 Cor. 10, 14-22; 11, 17-34; 2 Cor. 5, 11-6, 10; 1 Tim. 3, 5; 2 Tim. 1, 6-14; 2, 1-13; 4, 1-8; Tit. 1, 5-9; Hebr. 1, 5-10, 18; Sant 5, 14-16; 1 Pedr. 5, 1-11; Apoc. 2-3. Admirable es la armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, porque el Dios de ambos es el mismo y porque Jesús vino no para destruir sino para sublimar, como dice Mt. 5, 17. A la luz de tales testimonios bíblicos, de otros muchos, de su armonía, claramente aparece que Dios mismo instituyó el Sacerdocio y la jerarquía; estableció, los requisitos físicos y espirituales para poder acercarse; llama con clara o secreta vocación, consagra a los elegidos, sirviéndose de sus representantes con ritos que sustancialmente lo tienen a Él como Fundador y exigen gestos sagrados y oraciones inspiradas, destinan a estos sus siervos a la multiforme misión de ser cooperadores de Cristo, Sumo y Eterno sacerdote, en la glorificación de Dios y en la enseñanza, santificación y salvación de los hombres.

Por el contrario, es grande en su iniquidad. Su completa perversidad es realmente ilimitada en el número de sus manifestaciones y en la potencia del vicio. Todos los pecados están en el mundo, que no es más la multitud de los hijos de Dios sino la multitud de los hijos de Satanás; y sobre todo está vivo el pecado que trae la más clara señal de su paternidad; el odio. El mundo odia. Quien odia ve, y quiere hacer ver también a quien no ve, el mal aún en las cosas más santas. Si preguntaseis al mundo por qué he venido, no os respondería: “Para hacer el bien y redimir”. Sino que os diría: “Para corromper y usurpar”. Si preguntaseis al mundo qué piensa de vosotros que me seguís, no os contestaría: “Lo seguís para santificaros y dar consuelo al Maestro con santidad y pureza” sino que: “Lo seguís porque os ha seducido”.

Así es el mundo. Os digo también esto para que midáis todo antes de mostraros al mundo como discípulas elegidas, las fundadoras de las otras discípulas, cooperadoras de los siervos del Señor. Tomad vuestro corazón en las manos y decidle, a este vuestro corazón sensible de mujeres, que a vosotras y a él también se os despreciará, calumniará, escupirá y que os pisoteará el mundo, su desdén, su mentira, su crueldad. Preguntadle si se siente capaz de recibir todas las heridas sin dar un grito de indignación, sin maldecir a los que os hieren. Preguntadle si se siente capaz de afrontar el martirio de la calumnia sin llegar a odiar a los calumniadores y a la causa por la que se os calumnia. Preguntadle si, después de que se os haga beber y cubrirse con el rencor del mundo, sabrá siempre producir miel, si al sufrir cualquier tortura de incomprensión, de burla, de injuria, sabrá continuar sonriendo, señalando con la mano el cielo, su meta, a la que queréis llevar a los demás, llevadas de una caridad femenina, maternal aun en las jovencitas, maternal aun si se da a ancianos que podrían ser vuestros abuelos, pero que son niños espirituales apenas nacidos e incapaces de comprender y guardarse en el camino, en la vida, en la verdad, en la sabiduría que he venido a dar, dándome a Mí mismo: Camino, Vida, Verdad, Sabiduría divina. Os amaré lo mismo aunque me dijeseis: “No tengo fuerzas, Señor de desafiar a todo el mundo por Ti”.

Ayer una jovencita me pidió que la inmolase, antes de que suene la hora de las nupcias, porque siente que me ama como Dios es amado; o sea con todo su ser, con la perfección completa de su entrega. Y lo haré. Le oculté la hora para que no tiemble su alma de miedo, más que el alma la carne. Su muerte será semejante a aquella flor que cierra su corola en un atardecer, esperando volverla a abrir el día siguiente; pero no la abre más, porque el beso de la noche ha aspirado su vida. Y lo haré conforme su deseo, adelantándose por pocos días su sueño de muerte al mío, para no hacer esperar en el Limbo a esta primera virgen mía, para encontrarla presto cuando Yo muera...

¡No llores! Soy el Redentor... Pero esta jovencita santa, que no se limitó al hosanna tan pronto como recibió el milagro, sino que ha sabido trabajarlo como una moneda puesta a interés, pasando de la gratitud humana a una sobrenatural, de un deseo terreno a otro que no lo es, mostrando una madurez de espíritu superior a la de casi todos, digo “casi” porque entre vosotros que me estáis escuchando hay perfecciones iguales y aún superiores, ella la joven no pidió seguirme, al contrario mostró su deseo de completar su transformación de joven en ángel en lo secreto de su morada. Y sin embargo, Yo así la amo, que en las horas en que el mundo me dé disgusto, recordaré a esta dulce criatura, bendiciendo al Padre que me enjuga las lágrimas y sudores de Maestro de un mundo que no me quiere, con estas flores de amor y pureza.

Pero si queréis, si tenéis el valor de permanecer cual discípulas elegidas, ved que os enseñe el trabajo que debéis llevar a cabo para justificar vuestra presencia y elección entre Mí y entre los santos del Señor. Podéis hacer mucho ante vuestros semejantes y ante los ministros del Señor.

Ya hace algunos meses lo insinué a María de Alfeo. ¡Cuánta necesidad hay de la mujer cerca del Altar de Cristo! Las infinitas miserias del mundo las puede curar mejor la mujer que el

hombre, a esta hay que llevarlas para que sean completamente sanas. Se os abrirán muchos corazones, especialmente los femeninos. Los debéis recoger como, que regresan a la casa paterna si fuesen queridos hijos extraviados, que regresan a la casa paterna, pero que no se atreven a enfrentarse a su padre. Seréis las que confortaréis al culpable y sosegaréis al juez. Muchos vendrán a vosotras en busca de Dios. Los recogeréis como a peregrinos cansados diciéndoles: “Aquí es la casa del Señor. Pronto viene”, y entre tanto los rodearéis con vuestro amor. Si no vengo Yo, vendrá un sacerdote mío.

La mujer sabe amar. Está hecha para amar. Ella ha envilecido el amor convirtiéndolo en hambre de los sentidos, pero en el fondo de su carne está siempre prisionero el verdadero amor, la perla preciosa de su alma: el amor libre del fango acre de los sentidos y hecho con alas y perfumes angelicales, hecho con la llama pura y con los recuerdos de Dios. La mujer: la obra maestra de la bondad junto a la de la creación que es el hombre: “Y se dé ahora a Adán la compañera para que no se sienta solo”³, no debe abandonar a los Adanes. Tomad pues esta fuerza de amar y usadla en el amor de Cristo y por Cristo a favor del prójimo. Sed todo caridad para con los culpables arrepentidos. Decidles que no tengan miedo de Dios. ¿Cómo no sabréis hacer esto, vosotras que sois madres o hermanas? ¿Cuántas veces vuestros pequeñuelos, vuestros hermanitos no estuvieron enfermos y necesitaron del médico? Y tenían miedo, y ellos con su manita en la vuestra, se dejaron curar sin tener otra vez miedo. Los culpables son vuestros hermanos y los hijos enfermos y tienen miedo de la mano del médico, de su diagnóstico... No. No así. Decid vosotras que sabéis cuán bueno es Dios, que Dios es bueno y que no es menester tenerle miedo. Aun cuando será firme y preciso en decir: “No harás más esto”, no arrojarás al enfermo, sino que lo curarás para sanarlo.

Sed madres y hermanas para con los santos. También ellos tienen necesidad de amor. Se cansarán y se acabarán en la evangelización. No podrán terminar con todo lo que tienen que hacer. Ayudadlos discreta y diligentemente. La mujer sabe trabajar en casa, en las mesas y en los lechos, junto a los telares y junto a todo lo que es necesario para la vida diaria. El futuro de la Iglesia será un continuo venir de peregrinos a los lugares de Dios. Sed piadosas las que deis hospedaje, que tomáis todos los trabajos más humildes para dejar libres a los ministros de Dios que continúen el oficio del Maestro.

Y luego vendrán los tiempos difíciles, llenos de sangre, de heroicidad. Los cristianos, también los santos, tendrán horas de terror, de debilidad. El hombre no es nunca fuerte en el sufrir. La mujer al contrario, supera al hombre por su verdadera heroicidad en el saber sufrir. Enseñádsela al hombre, sosteniéndolo en las horas de miedo, desconsuelo, llanto, cansancio, sangre. En nuestra historia tenemos ejemplos de mujeres grandiosas que supieron realizar actos de audacia liberadora. Tenemos a Judit, a Yael⁴. Pero pensad que ninguna, hasta ahora, es superior a la ocho veces madre mártir, siete en su hijo y una en ella misma, en tiempo de los Macabeos⁵. Pero habrá otra... después de ella, abundarán las mujeres heroicas del dolor y en el dolor, las mujeres consuelo de los mártires y ellas también mártires, las mujeres ángeles de los perseguidos, las mujeres, sacerdotisas mudas que predicarán a Dios con su modo de vivir, y que sin otra consagración fuera de la que tuvieron del Dios-Amor, serán, oh, serán consagradas y dignas de serlo.

Estos son vuestros deberes en líneas muy esquemáticas. No tendré mucho tiempo que dedicaros en particular, pero os formaréis oyéndome, y lo conseguiréis mejor bajo la guía perfecta de mi Madre.

³ Cfr. Gén. 2, 18–24.

⁴ Cfr. Jud. 8, 1–16; Jue. 4, 17–22; 5, 24–27.

⁵ Cfr. 2 Mac. 7, 1–41.

Ayer esta mano materna (y Jesús toma en la suya la de María) me trajo la jovencita de que os hablé, y ella me dijo que sólo con haberla oído y haber estado a su lado por unas cuantas horas le había ayudado a madurar el fruto de la gracia recibida, conduciéndolo hasta la perfección. No es la primera vez que mi Madre trabaja con su Hijo, el Cristo. Tú y tú, discípulos míos, además de primeros, sabéis qué cosa sea María formando almas para Dios y lo podéis decir a aquellos o a aquellas que tengan miedo de que Yo mismo no los preparé para la misión, o que cuando ya no esté más entre vosotros, pensarán estar insuficientemente preparados. Ella, mi Madre, estará con vosotros, ahora, en la hora en que no estaré con vosotros, y luego, cuando no estaré más. Ella os queda, y con Ella queda la sabiduría con todas sus virtudes. Seguid desde ahora en adelante todos sus consejos.

Ayer tarde, cuando estábamos solos, Yo sentado junto a Ella como cuando era pequeño, con la cabeza reclinada sobre sus espaldas, tan suaves y tan fuertes, mi Madre me dijo su santo secreto –habíamos hablado de la jovencita que había partido en las primeras horas de la tarde con un sol, más brillante que el que brilla en el firmamento, encerrado en su corazón virginal– me dijo: “¡Qué dulce es ser Madre del Redentor!”. Sí, qué dulce es, cuando la criatura que viene al redentor es ya una criatura de Dios, una en que sólo existe la mancha de origen que nadie fuera de Mí puede lavar. Todas las otras pequeñas manchas de imperfección humana las quita el amor.

Pero, dulce Madre mía, Tú guías las almas a tu Hijo, Estrella santa para orientarse, Maestra benigna de los santos, piadosa Nodriz de los más pequeños. Remedio saludable de los enfermos: no vendrán siempre a ti estas criaturas que buscan la santidad, sino lepras, horrores, hediondecas, nido de serpientes enroscadas junto a cosas inmundas, que se arrastrarán hasta tus pies, oh Reina del género humano, para gritarte: “¡Piedad! ¡Socórrenos! ¡Tráenos a tu Hijo!” y deberás poner esta mano tuya de candor sobre las llagas, inclinarte con tu mirada de paloma paradisíaca sobre las deformidades infernales, aspirar el hedor del pecado y no huir; antes bien, recogerás sobre tu corazón a estos mutilados de Satanás, a estos abortos, a estas podredumbres y los lavarás con tu llanto y me los llevarás!”... y me dirás: “¡Cuán difícil es ser la Madre el Redentor!”. Pero lo harás porque eres la Madre... Yo beso y bendigo estas manos tuyas de las que vendrán a Mí tantas criaturas, y cada una será mi gloria. Pero antes que mía, *será* Madre santa, *una gloria tuya*.

Vosotras discípulas amadas, seguid el ejemplo de mi Maestra y de Santiago y Judas, y de todos los que quieran formarse en la gracia y sabiduría. Seguid su palabra. Es mi voz pero mucho más dulce. Nada tiene qué añadirse a ella porque es la palabra de la Madre de la Sabiduría.

Y vosotros amigos míos, aprended de las mujeres la humildad y la constancia. Venced la soberbia masculina. No despreciéis a las mujeres discípulas, antes bien moderad vuestras fuerzas, y hasta diría, vuestra dureza e intransigencia al contacto de ellas. Y sobre todo aprended de ellas a amar, a creer y sufrir por el Señor, porque en verdad os digo que ellas, las débiles serán las fuertes en la fe, en el amor, en la audacia, en sacrificarse por el Maestro al que aman con todo su ser, sin pedir nada, sin pretender nada, contentas sólo con amar para darme consuelo y alegría.

Id a vuestras casas donde os hospedáis. Yo me quedo con mi Madre. Dios sea con vosotros”.

Todos se van menos Marta.

“Quédate, tú, Marta. Hablé ya con tu siervo. Hoy no es Betania la que te da hospedaje, sino la pequeña casa de Jesús. Ven. Comerás al lado de María y dormirás en la habitación cercana a la suya. El espíritu de José, nuestro consuelo, te confortará, mientras descansas, y mañana regresarás a Betania más fuerte y llena de confianza, a preparar allá mujeres discípulas, en

espera de la que amo y de la que tú amas. No dudes, Marta. Nunca prometo en vano, pero para convertir un desierto lleno de víboras en un bosque ameno, se requiere tiempo... Mi primer trabajo no se ve. Parece como si nada hubiese sucedido. Pero al revés, la semilla está ya. La semilla. Y luego vendrá el llanto en lugar de la lluvia a abrir las semillas... Y vendrán los buenos árboles... ¡Ven!... ¡No llores más!”

18. Jesús en la casa de Juana de Cusa en el lago

8 mayo 1945

Jesús está en el lago, en la barca de Pedro, que sigue a las otras dos barcas, una conocida barca de pesca, gemela de la de Pedro, la otra es una barca ligera, rica, de recreación. Es la barca de Juana de Cusa, pero su dueña no viene en ella; está a los pies de Jesús, en la barca rústica de Pedro.

Me parece que casualmente se reunieron en alguna parte de la playa florida de Genezaret, muy bella cuando empieza a aparecer la primavera palestina que esparce sus nubes sobre los perales y manzanos, granados, membrillos, sobre todos los árboles más ricos y más gallardos cuando florecen y cuando dan frutos. Cuando la barca toca una playa que el sol baña ya, se ven los millones de botones que hinchaban las ramas, esperando florecer, mientras que por el aire quieto vuelan cual mariposas, hasta ponerse sobre las caras ondas los pétalos de almendros. Las riberas entre la nueva hierba que parece un tejido de seda de color verde alegre, están sembradas, de ojitos de oro de marimónas, de las margaritas estrelladas y cerca de ellas, tiesas sobre su tallo como pequeñas reinas con corona, sonríen suave, plácidamente como pupilas de niños, las “no-me-olvides” azules, lindas que parece como si dijese: “Sí, sí” al sol, al lago, a las hierbas hermanas que están felices de florecer y de florecer bajo los ojos azules de su Señor.

Cuando empieza la primavera, el lago no tiene todavía esa opulencia que lo convertirá en un trofeo en los meses sucesivos, no tiene todavía aquella pompa majestuosa, diría sensual, de miles y miles de rosales tiesos y flexibles que asoman a los montones en los jardines o cubren los muros, de miles y miles de corimbos de retamas y de acacias, de miles y miles de tuberosas en flor, de miles y miles de estrellitas como de cerca de los naranjales; de toda esta fusión de colores, de perfumes penetrantes suaves, embriagantes, que ofrecen mesa e incentivo a la manía humana de deleitarse de este pedazo de tierra, tan puro, que es el lago de Tiberíades, el lugar escogido durante tantos siglos para ser teatro del número más grande de los prodigios que realizó nuestro Señor Jesús.

Juana mira a Jesús que está absorto en la belleza de su lago galileo que refleja su rostro sonriente cual fiel espejo. En las otras barcas se habla, en esta hay silencio. El único rumor, es el rumor sordo de los pies desnudos de Pedro y Andrés que regulan los movimientos de la barca y el suspiro del agua hendida con la proa que cuenta su dolor a los lados de la nave, para cambiarse en la popa en una sonrisa, cuando la herida se convierte en una estría plateada que el sol enciende como si fuese de diamantino polvo.

Jesús abandona su contemplación y vuelve la mirada a la discípula. Le sonríe. Le pregunta: “Hemos llegado casi, ¿no es verdad? Dirás que tu Maestro es un compañero muy poco bondadoso. No te he dirigido ni una palabra”.

“Pero yo las he leído en tu rostro, Maestro y he percibido todo lo que decías a lo que está a nuestro alrededor”.

“Qué cosa decías, ¡veamos!”

“Amad, sed puros, sed buenos, porque venís de Dios. De su mano nada perverso e impuro salió”.

“Leíste bien”.

“Pero, Señor mío, las hierbas sí que lo harán, igualmente los animales, pero el hombre... ¿Por qué no lo hace, que es el más perfecto?”

“Porque el diente de Satanás entró en él. Ha tratado de destruir al Creador en su maravilla mayor, la más semejante a Él”.

Juana baja su cabeza y piensa. Parece una persona que cambiase y pesase dos voluntades opuestas. Jesús observa. Finalmente levanta la cabeza y dice: “Señor, ¿te desdeñarías de que unas amigas mías paganas se acercaran a Ti? Tú sabes... Cusa trabaja en la corte. Y el Tetrarca –todavía más, la verdadera señora de la corte: Herodías, a cuya voluntad se doblan los otros palestinos, para que Roma los proteja al adorar Roma y lo que es romano– galantea con los romanos de la casa del procónsul... y casi se le impone. En verdad debo decirte que no son mujeres peores que nosotras. Pues algunas de las nuestras, en estas mismas riberas, han descendido muy bajo. ¿Y de qué podemos hablar si no hablamos de Herodías?... Cuando perdí mi niña y estuve muy enferma, fueron muy buenas conmigo ya que no las había buscado. Y luego, la amistad permaneció. Pero si Tú me dices que está mal, me separo. ¿No? Gracias, Señor. Anteayer estuve en casa de una de estas amigas. Visita de amistad, de obligación de parte de Cusa. Eran órdenes del Tetrarca... que quisiera regresar acá pero que no se siente muy seguro y entonces... anuda fuertes lazos con Roma para tener resguardadas sus espaldas. Te ruego... Tú eres pariente del Bautista. ¿No es verdad? Dile que no se fie mucho. Que no salga jamás de los confines de Samaría, y que si no le causa enojo, se pierda por algún tiempo. La sierpe se acerca al cordero y el cordero tiene por qué tener *mucho* miedo. Que esté sobre aviso, Maestro. Y que no se sepa que yo lo he dicho. Sería la ruina de Cusa”.

“Está tranquila, Juana. Advertiré al Bautista de manera que no hará daño a nadie”.

“Gracias, Señor. Te quiero servir... pero no quisiera con esto dañar a mi marido. Yo... no podré siempre venir contigo. Algunas veces tendré que quedarme, porque él lo quiere, y es justo...”

“Te quedarás, Juana. Entiendo todo. No digas más, que no es necesario”.

“Pero en las horas en que te encuentres en mayor peligro, ¿querrás que esté cerca de Ti?”

“Sí, Juana, por supuesto”.

“¡Esto me costaba tanto trabajo decirlo! Ahora me siento aliviada”.

“Si tienes fe en Mí, siempre encontrarás alivio. Tú me estabas hablando de una amiga tuya romana...”

“Sí. Es muy íntima de Claudia y me imagino que sea pariente suya. Quería hablar contigo, por lo menos oírte hablar. No es sola. Pues curaste a la niña de Valeria, y la noticia veloz como el rayo ha llegado, tienen ellas muchos más deseos. En el banquete de la otra tarde se oyeron muchos “pros” y “contras” de Ti. Porque había también herodianos y saduceos. Si se les hubiese preguntado a ellos, lo hubieran negado y había también mujeres... ricas... y no honestas. Había... estaba también María de Mágdala con su nuevo amigo y otra mujer, pienso que griega, y libertina como ella. Sabes... entre los paganos, la mujeres se sientan a la mesa con los hombres y ya es mucho... mucho... ¡Qué fastidio! Mi amiga tan buena escogió como compañero a mi esposo mismo y eso me tranquilizó mucho. Pero las otras... ¡oh!... Y bien... Se habla de Ti porque el milagro realizado en Faustina ha provocado muchos rumores y si los romanos admiran en Ti a un gran médico o mago –perdona, Señor– los herodianos y saduceos arrojan veneno sobre tu Nombre, y María ¡oh! María, ¡qué horror!... Principió por burlarse y luego... No, eso no te lo digo. Lloré toda la noche...”

“Déjala por ahora, se curará”.

“Si no está enferma ¿sabes?”

“No lo está en su carne, pero en lo demás está intoxicada. Se curará”.

“Tú lo dices... Las romanas sabes cómo son,, dijeron: “Nosotros no tenemos miedo a las brujerías, ni a los cuentos. Queremos juzgar por nosotras mismas” y luego me dijeron: “¿No podríamos oírlo?””

“Diles que al fin de la luna de Scebat estaré en tu casa”.

“Se los diré. ¿Crees que vendrán a Ti?”

“Hay un mucho en ellas qué rehacer. Lo primero, que es necesario destruir y luego se edificará. Pero no es cosa imposible. Juana, mira tu casa con su jardín. Trabaja en ella por tu Maestro como te lo he dicho. Adiós, Juana. Que el Señor sea contigo. Te bendigo en su nombre”.

La barca se acerca a la ribera. Juana suplica: “¿De veras no vienes?”

“Ahora no. Tengo qué reavivar las flamas. En pocos meses de ausencia como que se han apagado. Y el tiempo vuela”.

La barca se detiene en la pequeña ensenada que penetra hasta el jardín de Cusa. Los siervos acuden a ayudar a bajar a su patrona. La barca de los dueños entra después de la de Pedro, y después de que Juan, Mateo, Iscariote y Felipe subieron a la de su compañero, que lentamente se aparta de la ribera y se dirige nuevamente a la playa opuesta.

19. Jesús en Gherghesa. Los discípulos de Juan¹

9 mayo 1945

Jesús está hablando en una ciudad que nunca había visto, a lo menos así me parece porque casi todas tienen el mismo estilo y es difícil diferenciarlas a primera vista. También aquí una calle bordea el lago y hay muchas barcas en la ribera. Las casas grandes como las pequeñas están alineadas al lado del camino. Las colinas de aquí están más retiradas y por eso la ciudad se encuentra en una llanura hermosa que se prolonga sobre las riberas orientales del lago, defendida de los vientos por el baluarte de las colinas y por eso se siente muy tibio el aire con el sol, que aquí más que en otras partes, ha hecho florecer los árboles.

Parece que el discurso haya empezado porque Jesús: “...Es verdad, Vosotros decís: “No te abandonaremos jamás, porque abandonarte sería abandonar a Dios”. Pero, oh pueblo de Gherghesa, recuerda que nada es más mutable que el pensamiento humano. Estoy convencido que en este momento en verdad tenéis tal intención. Mi palabra y el milagro realizado os ha exaltado en esta dirección y en este momento sois sinceros en lo que decís. Pero os recuerdo un episodio, podría citar miles de los ya olvidados o recientes. Os citaré uno solo, pues:

Josué², siervo del Señor, antes de morir reunió a su alrededor todas las tribus de sus ancianos, príncipes, jueces y magistrados y les habló ante la presencia del Señor, recordando todos los beneficios y prodigios que el Señor había hecho por medio suyo. Y después de haber enumerado todas estas cosas, los invitó a repudiar cualquier dios que no fuese el Señor, o al menos a ser leales en la fe, escogiendo sinceramente o al Dios verdadero o a los dioses de Mesopotamia y de los Amorreos, de modo que hubiese una separación neta entre los de Abraham y los paganos.

Es mejor siempre un error valiente que una declaración hipócrita y mezcla de fe, lo que es oprobio para Dios y muerte de los espíritus. Y ninguna cosa es más fácil y común que esta mezcla. La apariencia es buena; pero bajo ella el meollo no lo es. Todavía, hijos. Todavía. Los fieles que mezclan la observancia de la Ley con lo que prohíbe, los desgraciados que tambalean como ebrios entre la fidelidad a la Ley y la utilidad de negocios y compromisos con los que

¹ Cfr. Mt. 9, 14–17; Mc. 2, 18–22; Lc. 5, 5, 34–39.

² Cfr. Jos. 24, 1–31.

están fuera de la Ley de los que esperan utilidades; los sacerdotes, escribas o fariseos que no tienen ante sus ojos el servir a Dios como una meta, sino como una política astuta para vencer a los demás, y prevalecer contra los otros más honestos, porque son siervos no de Dios sino de un poder que saben que es fuerte y la reconocen como valioso para sus fines, no son sino personas hipócritas que mezclan a nuestro Dios con los dioses extranjeros. El pueblo respondió a Josué: “Que no nos suceda jamás que abandonemos al Dios verdadero para servir a dioses extranjeros”. Josué les dijo lo que hace poco os dije del celo santo del Padre, de su voluntad de ser amado exclusivamente, con todo nuestro ser, de su justicia en castigar a los mentirosos. ¡Castigar! Dios puede castigar como puede ayudar. No es necesario haber muerto para recibir premio o castigo. ¡Mira, oh pueblo hebreo, si Dios, después de haberte dado tantas cosas, al librarte de los Faraones, llevándote a salvo a través del desierto y de los ataques de tus enemigos, concediéndote llegar a ser una grande y poderosa nación rica en glorias, una, dos, diez veces te ha castigado por tus culpas! ¡Mira lo que eres ahora! Ya que veo que te precipitas en la más sacrílega de las idolatrías, veo también el abismo en el que estás para caer porque sigues aferrado a tus mismas culpas. Por esta razón te llamo la atención, pueblo que eres dos veces mío porque soy el Redentor y porque he nacido de ti. Este llamamiento mío no es de odio, no es de rencor, no es intransigencia. Es amor aunque sí energético.

Josué entonces dijo: “Sois testigos. Habéis escogido al Señor”, y respondieron todos: “Sí”, y Josué, el sabio amén de valiente, sabiendo qué débil es la voluntad del hombre, escribió en su libro todas las palabras de la Ley y de la Alianza y las puso en el templo, y también en el santuario del Señor, en Siquem, en donde estaba por este tiempo el Tabernáculo; puso una gran piedra para testimonio diciendo: “Esta piedra que ha oído vuestras palabras dichas al Señor quedará como testimonio, para que no podáis renegar y mentir al Señor Dios vuestro”.

El hombre puede convertir en polvo una piedra por más grande y dura que sea. Lo pueden hacer también el rayo, o la corrosión de las aguas y del tiempo. Pero Yo soy la Piedra angular y eterna. No puedo ser destruido. No digáis mentiras a esta Piedra. No la améis sólo porque hace prodigios. Amadla porque por esa llegaréis al cielo. Quería gente más espiritual, más fiel para el Señor. No digo para Mí. Yo no hablo sino porque soy la voz del Padre. Al abatirme a Mí, herís al que me ha enviado. Soy quien está en medio. Él es Todo. Recoged de Mí cuanto es santo y conservadlo en vosotros para que lleguéis a Dios. No améis al Hombre, amad al Mesías del Señor no por los milagros que hace, sino porque quiere realizar en vosotros el milagro íntimo y sublime de vuestra santificación”.

Jesús bendice y se dirige a una casa. Está casi en los umbrales cuando un grupo de ancianos lo detienen y lo saludan con respeto diciendo: “¿Podemos hacerte alguna pregunta, Señor? Somos discípulos de Juan y como siempre habla de Ti, y porque ha llegado hasta aquí la fama de tus prodigios, hemos tenido el deseo de conocerte. Ahora, al oírte, se nos ha presentado una pregunta que queremos hacerte”.

“Decidla. Si sois discípulos de Juan, estaréis ya en el sendero de la justicia”.

“Dijiste al hablar de la idolatría común entre los fieles, que hay personas entre nosotros que trafican entre la Ley y entre los que están fuera de ella. Pero Tú eres su amigo. Sabemos que no desprecias a los romanos. ¿Entonces?”

“No lo niego. Pero ¿podéis afirmar que lo haga por recibir alguna utilidad? ¿Podéis asegurar que los mimo para obtener protección?”

“No, Maestro. De ello estamos seguros, pero el mundo no está hecho sólo de nosotros que queremos creer solamente en el mal que vemos y no en el que se nos cuenta. Dinos, pues, a nosotros las razones por las que se puede aceptar ir con los gentiles. Lo queremos para que sea nuestra regla y tu defensa si alguno te calumniase delante de nosotros”.

“Está mal tener contacto cuando se hace por un fin humano. No es mal cuando se acerca uno a ellos para llevarlos a nuestro Señor Dios. Es lo que hago. Si fueseis gentiles, podría detenerme en explicaros cómo todos los hombres vienen de un solo Dios, pero sois hebreos y discípulos de Juan, por tanto, sois la flor de los israelitas, y no hay necesidad de que os lo explique. Podéis, pues, comprender y creer que es mi deber, siendo el Verbo de Dios, llevar su palabra a todos los hombres, hijos del Padre universal”.

“Pero ellos no son hijo, porque son paganos...”

“No lo son por la gracia. No lo son por la fe equivocada. Esto es verdad. Pero hasta que no os habré redimido, el hombre también el hebreo, no tendrá la gracia, porque la Mancha de Origen impide el rayo inefable de la gracia que baje a los corazones. Pero por la creación el hombre siempre es hijo de Adán, cabeza de todo el género humano, descienden todos los hebreos como los romanos, y Adán es hijo del Padre que le dio su semejanza espiritual”.

“Es verdad. Otra pregunta, Maestro. ¿Por qué los discípulos de Juan hacen grandes ayunos y no los tuyos? No decimos que no debas comer. También el Profeta Daniel fue santo a los ojos de Dios, aun cuando se encontraba en la corte de Babilonia³, y Tú eres más que él. Pero esos...”

“Lo que muchas veces no se obtiene con rigorismo se obtiene con benevolencia. Hay quienes jamás vendrán al Maestro, y el Maestro debe ir a ellos. Hay otros que vendrían al Maestro, pero se avergüenzan de andar entre la multitud. También a ellos debe ir el Maestro. Y cuando me dicen: “Ven a mi casa, para que pueda conocerte” voy, no por gozar de una mesa opulenta y de discursos, algunas veces penosos para Mí, pero siempre es por los intereses de Dios. Y como frecuentemente por lo menos una de las almas a las que en tal forma me acerco se convierte, y cada conversión es una fiesta nupcial para mi alma, una gran fiesta en la que toman parte todos los ángeles del cielo, y la bendice el Dios eterno, también así mis discípulos, los amigos míos que soy el Esposo, gozan con Él y con el Amigo. ¿Os gustaría ver a los amigos hacer el duelo mientras Yo me alegro, mientras estoy con ellos? Vendrá el tiempo en que no me tendrán más, y entonces ayunarán. Para nuevos tiempos, nuevos métodos. Hasta ayer, hasta el Bautista, era el tiempo de la penitencia. Hoy, en Mí, es el tiempo del dulce maná de la redención, de la misericordia, del amor. Estos métodos no podrían injertarse en el mío, como no podría ser usado en este tiempo el mío, porque todavía la misericordia no estaba sobre la tierra. Ahora lo está. No más el profeta, sino el Mesías, a quien Dios todo ha entregado, está sobre la tierra. A cada tiempo pertenecen sus cosas inútiles. Nadie cose un pedazo de tela nueva en un vestido viejo, porque sobre todo al lavarlo, ese se encoge y rompe la vieja, y la rotura se hace mucho más grande. De igual modo nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque de otro modo el vino rompe los odres incapaces de contener su efervescencia, y se derrama fuera de ellos al haber sido rotos. Pero el vino viejo que ya ha fermentado, se echa en odres viejo, y el nuevo en nuevos, para que una fuerza resista a otra igual. Así también ahora. La fuerza de la nueva doctrina aconseja nuevos métodos para difundirla. Y Yo que lo sé, los pongo en práctica”.

“Gracias, Señor. Ahora estamos contentos. Ruega por nosotros. Somos odres viejos. ¿Podremos contener tu fuerza?”

“Sí, porque os ha remendado el Bautista, y porque sus oraciones como las mías, os harán capaces de ello. Id con mi paz y decir a Juan que lo bendigo”.

“Pero... según Tú, ¿es mejor para nosotros estar con el Bautista que contigo?”

“Mientras haya vino viejo, hay que beber de él porque el paladar se ha acostumbrado a ello. Después... os gustará el vino nuevo, porque el agua apestosa que hay dondequiera os causará náuseas”.

“¿Crees que el Bautista será de nuevo prisionero?”

³ Cfr. Dan. 2 y 5-6.

“Sí. Ya le mandé un aviso. Idos, idos. Gozaos con vuestro Juan mientras podáis, y hacedlo feliz. Después me amaréis. Y os costará mucho... porque nadie que se ha acostumbrado a beber el vino viejo, desea al punto beber el nuevo. Dice: “El viejo era mejor”. Y de hecho Yo tendré sabores especiales que os parecerán ásperos. Pero gustaréis día tras día su vital sabor. Adiós, amigos. Dios esté con vosotros”.

20. De Neptalí a Giscala. Encuentro con el rabbi Gamaliel

10 mayo 1945

“¡Maestro, Maestro! Pero ¿no sabes quién va delante de nosotros? ¡Es el rabbi Gamaliel! Está sentado con sus siervos, en una caravana, bajo la sombra de los árboles del bosque, y a salvo de los ventarrones. Están cocinando un corderito. ¿Y ahora, qué hacemos?”

“Lo que habíamos pensado hacer, amigos. Nosotros vamos por nuestro camino...”

“Pero Gamaliel es del Templo”.

”Gamaliel no es un pérfido. No tengáis miedo. Voy delante de él”.

“¡Oh, también yo voy!” dicen juntos los primos, los discípulos galileos y Simón. Sólo Iscariote, y Tomás un poco menos, no muestran ganas de seguir adelante, pero lo siguen.

Caminan algunos metros por un camino montañoso hundido entre las paredes boscosas del monte, Luego da vuelta y desemboca en una especie de llanura que atraviesa, y luego se hace estrecho y sinuoso bajo el techo de ramas entrelazadas. En el claro donde da el sol, pero al mismo tiempo sombreado con las primeras hojas de los árboles, se ve a mucha gente bajo una rica tienda, y se ve a otros que en un ángulo están dando vueltas al cordero sobre el fuego.

No hay que negar que Gamaliel se trata bien. Para su viaje trajo en su servicio un regimiento de siervos y no sé cuántas maletas. Está allí sentado, en el centro de su tienda: Una lona ancha sostenida con cuatro estacas doradas, una especie de baldaquín, bajo el que hay sillas bajas con cojines y una mesa colocada sobre piel de cabra, cubierta con un finísimo mantel sobre el que los siervos ponen cubiertos preciosos. Gamaliel parece un ídolo. Con las manos abiertas sobre sus rodillas, tieso, hierático, me parece una estatua. A su alrededor los siervos dan vueltas como mariposas. Él que no se preocupa de ello. Piensa con los párpados más bien bajados sobre sus ojos enérgicos, y cuando los alza sus dos oscurísimos ojos profundos y llenos de pensamientos se dejan ver en toda su austera belleza por los lados de su larga y delgada nariz y bajo la frente, que está ya un poco calva, alta, cruzada de arrugas paralelas; y sobre la que una vena gruesa, azulada hace como una V en el centro de la sien derecha.

El ruido de los pies de los que se acercan hace voltear a los siervos, y también a Gamaliel... Ve a Jesús que es el primero en avanzar y hace un gesto de admiración. Se pone de pie y va al umbral de la tienda; no más allá de él. Pero desde allí hace una profunda inclinación con los brazos cruzados sobre el pecho. Jesús responde del mismo modo.

“¿Aquí estás, rabbi?” pregunta Gamaliel.

“Aquí estoy rabbi” responde Jesús.

“¿Puedo preguntarte a dónde vas?”

“Mucho gusto tengo en responderte. Vengo de Neptalí, derecho a Giscala”.

“¿A pié? Es largo y penoso el camino de estos montes. Te cansas pronto”.

“Créeme. Si se me acepta y se me escucha todo mi cansancio desaparecerá”.

“Entonces... concédeme por una vez ser yo quien te quite el cansancio. El cordero está pronto. Habríamos dejado para los pájaros las sobras porque no acostumbro el llevarlas conmigo. Comprendes que no me molesta ofrecértelo a Ti y a los que te siguen. Soy amigo tuyo, Jesús. No te creo inferior a mí, ni superior”.

“Lo creo. Acepto”.

Gamaliel habla con un siervo que parece ser el de mayor autoridad entre los demás, el cual a su vez da órdenes, y la tienda viene alargada y de muchos mulos se descargan más asientos para los discípulos de Jesús y más cubiertos de mesa.

Traen las palanganas para purificarse los dedos. Jesús, con aire señorial se lava los dedos, mientras los apóstoles a los que sin quitar de encima los ojos, los mira Gamaliel quién más, quién menos lo hace mal, menos Simón, Judas de Keriot, Bartolomé y Mateo, más avezados en las costumbres.

Jesús está al lado de Gamaliel que está sentado solo a un lado de la mesa. Enfrente de Jesús, Zelote. Después de la plegaria de ofrecimiento de Gamaliel dice con lentitud solemne, los siervos trinan el cordero y reparten entre los huéspedes. Llena las copas de vino o de agua miel a quien quiere.

“La casualidad nos ha reunido, Rabbí. Realmente no pensaba encontrarte y en dirección a Giscala”.

“Me dirijo a todo el mundo”.

“Sí. Eres el Profeta incansable. Juan es el estable. Tú eres el peregrino”.

“Por eso es más fácil que las almas me encuentren”.

“No lo diría. Al viajar los desorientas”.

“Desoriento a mis enemigos; pero los que me quieren, pues aman la palabra de Dios, me encuentran. No todos pueden venir al Maestro, y el Maestro que quiere a *todos* va a ellos, y de este modo a los buenos hace bien, y al que me odia lo destanco”.

“¿Lo dices por mí? Yo no te odio”.

“No lo digo por ti. Pero como eres justo y sincero, puedes confirmar que lo que te digo es verdad”.

“Así es. Pero... mira. Sucede que nosotros los viejos te comprendemos mal”.

“Sí. El viejo Israel me comprende mal, para desgracia suya y... por su voluntad”.

“¡Nooo!”

“Sí, rabbí. No pone su voluntad en entender al Maestro. Quien se limita a hacer esto, hace mal, pero no tanto. Muchos por el contrario, aplican su voluntad a entender mal y a desnaturalizar mis palabras para dañar a Dios”.

“¿A Dios? Él está por encima de las asechanzas humanas”.

“Sí, pero el alma que se extravía o es extraviada, y es extraviado el desfigurar para sí mismo o para los demás mi palabra y mis obras, daña a Dios en el alma que se pierde. Cada alma que se pierde es una herida hecha a Dios”.

Gamaliel baja la cabeza y piensa con los ojos cerrados. Luego oprime su frente con sus largos y flacos dedos, con un movimiento involuntario de dolor. Jesús lo mira. Gamaliel levanta la cabeza, abre los ojos, mira a Jesús y dice: “Pero Tú sabes que yo no pertenezco a estos”.

“Lo sé. Pero eres de los primeros”.

“¡Oh, es verdad! Mas no es que no me aplique a entenderte, es que tu palabra se detiene en mi mente y no sube más allá. Mi inteligencia la admira como palabra de un docto y mi corazón...”

“*Tu corazón no puede recibirla*, Gamaliel, porque está *obstruido con muchas cosas*, y cosas viejas. Hace poco al venir de Neptalí a esta parte, pasé por un monte que sobresale sobre la cadena. Me gustó pasar por allí para ver la belleza de dos lagos, el de Genezaret y el de Merón, vistos desde lo alto, como lo ven las águilas y los ángeles del Señor para decir una vez más: “Gracias, Creador, por la belleza que nos regalas”. Pues bien, mientras todas las montañas son un fértil florecer, reverdecen, cubriéndose de prados, de frutos, de campos, de bosques, y los laureles dan su perfume junto a los olivos, preparando de este modo la nieve de miles de flores, y hasta

el fuerte roble parece que se haga más bueno porque se cubre con las algalias y madre selvas, ve cómo allá no hay nada de verde, ninguna fertilidad, ni de parte del hombre, ni de la naturaleza. La fatiga de los vientos, la fatiga de los hombres ahí mueren, porque las ruinas ciclópeas de la antigua Hatzor escombran todo y entre piedra y piedra no puede crecer sino la ortiga y la zarza y no habitan sino las serpientes. Gamaliel...”

“Te he entendido. También nosotros somos ruinas... Entendí tu parábola, Jesús. Pero... no puedo. No puedo obrar de otro modo. Las piedras están muy profundas”.

“Uno en quien crees te dijo: “Las piedras bramarán a mis últimas palabras”². Pero ¿por qué esperar las últimas palabras del Mesías? ¿No tendrás remordimiento de no haberme querido seguir antes? ¡Las últimas!... Tristes palabras también para ser las de un amigo que muere y a las que se les podría escuchar *muy tarde*. Mis palabras son las de un amigo”.

“Tienes razón... Pero no puedo. Espero aquella señal para creer”.

“Cuando un terreno está desolado no basta un rayo para cultivarlo. No la tierra, sino las piedras lo reciben. Trabaja, por lo menos para quitarlas, Gamaliel. De otro modo, si así se quedan, en lo profundo de tu ser, la señal no te conducirá a creer”.

Gamaliel calla, absorto, La comida ha terminado.

Jesús se levanta y dice: “Te doy las gracias, Dios mío, por la comida y por haber hablado al sabio. Y gracias te doy, Gamaliel”.

“Maestro, no te vayas así. Tengo miedo de que estés enojado conmigo”.

“¡Oh no lo creas!”

“Entonces no te vayas, Voy a la tumba de Hilel. ¿Desdeñarías el venir conmigo? No perderemos tiempo porque tengo mulos y asnos para todos. No tenemos qué hacer sino quitarles las albardas que llevarán los siervos. Y el camino se te acortará en el tramo más difícil”.

“No desdeño el ir contigo y de ir a la tumba de Hilel. Antes bien me honra. Vamos pues”.

Gamaliel da órdenes y mientras todos trabajan en desmontar la tienda que sirvió de sala de banquetes, Jesús y el rabbi caballeros sobre sendas mulas, van por el sendero pendiente y silencioso donde tan sólo se oyen resonar los cascos con sus herraduras...

Gamaliel va callado. Dos veces tan sólo pregunta a Jesús si está bien sobre su silla. Jesús responde y calla. Va tan absorto en su pensamiento, que no cae en la cuenta de que Gamaliel, deteniendo un poquito su mula, lo deja pasar un poco para estudiar cada movimiento suyo, Los ojos del viejo rabbi parecen ojos de halcón que contemplan su presa, tan atentos y fijos van. Jesús no lo advierte, sigue tranquilo, y según el paso movedizo de su cabalgadura, piensa y sin embargo ve cada cosa que va a su alrededor. Alarga su mano para cortar una ramita de retama y de color de oro, manda una sonrisa a dos pajaritos que hacen su nido en un gigantesco enebro, detiene su mula para escuchar a una curuca, y asiente, como bendiciendo el grito de ansia con que una tórtola selvática espolea a su compañero al trabajo.

“Amas mucho las hierbas y los animales, ¿no es verdad?”

“Mucho. Son mi libro viviente. El hombre siempre tiene delante de sí los fundamentos de la fe. *El Génesis vive en la naturaleza*. Uno que sabe ver, sabe también creer. Esta flor, tan suave con su perfume y con su corola, que es un contraste con este enebro espinoso y con aquella aulaga llena de espinas, ¿pudo haberse hecho por sí? Y mira: aquel petirrojo con esa mancha de sangre sobre su cuellito, ¿pudo haberse hecho por sí? Y aquellas dos tórtolas ¿en dónde y cómo pudieron pintarse ese collar de ónix sobre el velo de sus plumas grises? Allá esas dos mariposas, la una negra con grandes manchas de oro y rubí, la otra con líneas azules, ¿dónde encontraron las piedras preciosas y las cintas para sus alas? ¿Y ese río? Es agua. Está bien. Pero ¿de dónde

² Expresión que debe entenderse como otros antropomorfismos bíblicos. Cfr. Gén. 6, 66; 8, 8; 1 Rey. 15, 10–11; 35; Jer. 18, 10; 26, 3; etc.

viene? ¿Cuál es la fuente principal del agua? ¡Oh! *que contemplar quiere decir creer, si se sabe mirar*".

"Contemplar quiere decir creer. Nosotros miramos y poco el Génesis vivo que está delante de nosotros".

"Mucha ciencia, Gamaliel, y muy poco amor, y muy poca humildad".

Gamaliel suspira y mueve la cabeza.

"Mira, he llegado, Jesús. Allá está sepultado Hilel. Vamos a bajar y dejemos aquí las cabalgaduras. Un siervo las cuidará".

Bajan. Amarran a un tronco las dos mulas y se dirigen a un sepulcro pequeño que sobresale del monte y que está cerca de una gran casa cerrada. "Allí vengo a meditar, para prepararme para las fiestas de Israel" dice Gamaliel señalando la casa.

"Que la sabiduría te conceda todas sus luces".

"Y aquí (Gamaliel señala el sepulcro) para prepararme a la muerte. Él era un justo".

"Era un justo. Oro de buen grado junto a sus cenizas, Pero, Gamaliel, no debe sólo Hilel enseñarte a morir. *Te debe enseñar a vivir*".

"¿Cómo, Maestro?"

"El hombre es más grande cuando se humilla" fue su lema predilecto..."

"¿Cómo lo sabes si no lo conociste?"

"Lo conocí... y por lo demás aunque no hubiese conocido a Hilel el rabbi, personalmente su pensamiento lo he conocido, porque nada ignoro del pensamiento humano".

Gamaliel baja su cabeza y entre dientes dice: "Sólo Dios puede decir esto".

"Dios y su Verbo. Porque el Verbo conoce el Pensamiento y el Pensamiento conoce al Verbo, y lo ama, comunicándole a Él sus riquezas para hacerlo participante. El Amor aprieta las ligaduras y hace una sola Perfección. Es la Trinidad que se ama y que divinamente se forma, se engendra, procede y completa. Todo pensamiento santo ha nacido en la Mente perfecta, y es un reflejo en la mente del justo. ¿Puede entonces el Verbo ignorar los pensamientos del justo, que son los Pensamientos del Pensamiento?"

Oran junto al sepulcro cerrado. Después de un tiempo, se les reúnen los discípulos y luego los siervos. Los primeros a caballo, los otros bajo el peso del bagaje. Se detienen a la orilla del prado más allá del cual está el sepulcro. La plegaria termina.

"Adiós, Gamaliel. Asciende como Hilel".

"¿Qué quieres decir?"

"Asciende. Él te precede porque supo creer más humildemente que tú. La paz sea contigo".

21. El nieto del fariseo Elí de Cafarnaun curado

11 mayo 1945

La barca en que Jesús llega a Cafarnaúm está a punto de tocar la orilla. Es un largo atardecer y el lago es de un color dorado-rosado. Mientras las dos barcas hacen las maniobras para atracar, Juan dice: "Ahorita voy, al punto, a la fuente y te traigo agua para que bebas".

"El agua de aquí es buena" dice Andrés.

"Sé que lo es. Y mucho más me la hace vuestra solicitud".

"Llevaré a casa el pescado. Las mujeres lo prepararán para la cena. ¿Después nos hablas, a nosotros y a ellos?"

"Sí, Pedro".

"Ahora es más bello regresar a casa. Antes parecíamos otros tantos nómadas, pero ahora con las mujeres hay más orden. ¡Y luego! Ver a tu Madre me quita el cansancio. No sé..."

Jesús sonríe y calla.

La barca raspa contra las piedritas de la orilla. Juan y Andrés que vienen con las túnicas cortas, saltan al agua y con la ayuda de los trabajadores acercan la barca a la orilla, y echan piedras que sirven de puentecillo. Jesús es el primero en bajar y espera a que la otra barca esté también en la orilla para que todos estén unidos. Luego, con pasos lentos, se dirigen hacia la fuente, que es una fuente natural, un manantial cuya agua cae fresca, abundante, plateada en el recipiente de piedra. Tan pura es el agua que invita a uno a beberla. Juan que se fue corriendo con el ánfora, ya está regresando y se la da a Jesús que bebe a largos sorbos.

¡Qué sed tenías Maestro mío! Y yo, tonto de mí, no pensé en traer en la barca”.

“No importa, Juan. Ahora todo pasó” y lo acaricia.

Están para volver atrás, cuando veo que llega con toda la velocidad de que es capaz, Simón Pedro, que había ido a casa a llevar el pescado. “¡Maestro!” grita con aire entrecortado. “Toda la gente está alborotada porque el único nieto de Elí el fariseo está muriendo porque le picó una serpiente. Había ido con el mismo viejo y contra la voluntad de su madre, a su olivar. Elí inspeccionaba los trabajos, el niño jugaba cerca de las raíces de un viejo olivo. Metió la mano en un agujero creyendo que encontraría alguna lagartija y encontró una víbora. El viejo parece loco. La madre del niño, que entre paréntesis, odia al suegro y tiene razón, lo acusa de ser un asesino. El niño se está enfriando de momento en momento. Los parientes no se han amado entre sí. ¡Y de este modo son más que parientes!”

“Son una cosa fea los rencores en familia”.

“Pero, Maestro, yo digo que las serpientes, no amaron a la víbora Elí y le mataron a la viborita. Me desagrada que me haya visto y que me haya gritado: “¿Está el Maestro?” Me desagrada por el pequeñín. Era un niño hermoso y no tiene la culpa si es nieto de un fariseo”.

“Claro que no la tiene...”

Siguen caminando hacia el poblado y ven venir a ellos un montón de gente que grita y llora, y a cuya cabeza viene el viejo Elí.

“¡Nos encontró! Volvamos atrás”.

“Pero, ¿por qué? El viejo sufre”.

“El viejo te odia, acuérdate. Uno de los más encarnizados y de tus primeros acusadores en el Templo”

“Recuerda que soy Misericordia”.

El viejo Elí, despeinado, asustado, con los vestidos en desorden, corre a Jesús con los brazos extendidos, y cae a sus pies gritando: “¡Piedad! ¡Piedad! ¡Perdón! No te vengues de mi dureza en el inocente. ¡Tú solo puedes salvarlo! Dios, tu Padre, que te ha traído. ¡Creo en Ti!, Te venero, Te amo perdón! Fui injusto, mentiroso, he sido castigado. Estas horas han sido un castigo. Auxilio. Es el varoncito el único hijo de mi difunto hijo. Y ella me acusa de haberlo matado” y llora pegando rítmicamente su cabeza contra la tierra.

“Vamos, hombre. No llores así. ¿Quieres morir y no ocuparte más del nieto?”

“¡Está muriendo, está muriendo!, tal vez ya se murió. Haz que también yo muera, para que no viva yo en esa casa vacía. ¡Oh, mis últimos días, qué tristes!”

“Elí, levántate y vamos...”

“Tú... ¿de veras vienes? Pero ¿sabes quién soy yo?”

“Un infeliz. Vamos”.

El viejo se levanta y dice. “Voy delante, pero Tú corre, corre. ¡Date prisa!” y aprisa camina por la desesperación que lleva en el corazón.

“Señor, ¿piensas que con esto lo cambiarás? Vamos, ¡qué milagro desperdiciado! Deja que se muera esa viborita. También el viejo se morirá de aflicción y... tendrás uno menos en tu camino. Dios ha pensado en...”

“¡Simón! En verdad que la serpiente eres tú”. Jesús rechaza severamente a Pedro, que se queda con la cabeza baja, y así sigue su camino.

En la plaza mayor de Cafarnaúm hay una buena casa ante la que la gente se ha estado juntando... Jesús se dirige a aquella casa y está para llegar cuando de la puerta abierta sale el viejo, al que sigue una mujer despeinada que estrecha entre sus brazos un niño agonizante. El veneno ha paralizado ya los órganos y la muerte se acerca. La manita herida va colgando y se ve la señal de la picadura en la base del dedo pulgar. Elí no hace más que gritar: “¡Jesús, Jesús!”

Y Jesús apretujado, oprimido por la multitud que casi le impide el moverse, toma la manita, se la lleva a la boca, chupa la herida, luego sopla sobre la carita de cera de ojos semicerrados y vidriosos. Después se yergue: “El niño despierta. No lo espantéis con tanto alborozo. Tiene ya mucho con el miedo a la víbora”.

De hecho el pequeñín, cuyo rostro se tiñe de color rosado, abre su boca con un largo bostezo, se restriega los ojitos, los abre y queda estupefacto de estar entre tanta gente; luego recuerda y trata de huir, con un brinco tan repentino, que caería al suelo si Jesús no hubiese estado listo para recibirlo entre sus brazos.

“¡Bueno, bueno! ¿a qué tienes miedo? ¡Mira qué hermoso sol! Allá está el lago, allá tu casa, aquí la mamita y el abuelo”.

“¿Y la víbora?”

“No está más. Estoy Yo”.

“Tú. Sí...” El niño piensa... luego, la voz del inocente que es verdad, dice: “Me aconsejaba mi abuelo que te dijese “Maldito”. Pero no lo digo: Te quiero mucho”.

“¿Yo? ¿dije eso? El pequeñín delira. No le creas, Maestro. Siempre te he respetado”. El miedo que ya está pasando, permite que su antigua naturaleza salga a flor.

“Las palabras tienen y no tienen valor. Las tomo por lo que valen. Adiós, pequeño, adiós mujer, adiós Elí. Amaos bien y amadme, si podéis”. Jesús les vuelve la espalda y se va a la casa donde vive.

“¿Por qué, Maestro, no hiciste un milagro que llamase la atención? Debías haber ordenado al veneno que abandonase al pequeñín. Debías mostrarte Dios; al contrario has chupado el veneno como cualquier pobre hombre”. Judas de Keriot no está muy contento. Quería algo que fascinase. Los otros también son de igual parecer. “Debías haber aplastado a ese enemigo con tu poder. ¿Has visto eh? Al punto sacó el veneno...”

“No importa el veneno. Pensad que si hubiese hecho como queríais hubiera dicho él que Belcebú me había ayudado. En su alma en ruinas todavía puede entrar mi poder como médico. No otra cosa. *El milagro lleva a la fe a los que están ya en este camino.* Pero en los que no hay humildad –la fe prueba que existe en un alma humildad– conduce a la blasfemia. Es mejor evitar este peligro recurriendo a formas de apariencia humana. Es la miseria de los incrédulos, miseria incurable. Ninguna moneda la elimina, porque ningún milagro los lleva a creer, ni los hace ser buenos. No importa. Esto es mi deber. De ellos es su mala suerte”.

“Entonces, ¿Por qué lo hiciste?”

“Porque soy la Bondad y para que no se diga que soy vengativo con mis enemigos y que soy un provocador con los provocadores. Acumulo carbones sobre su cabeza, y ellos me los dan, para que Yo se los ponga. No te preocupes, Judas de Simón. Trata de no hacer como ellos. Vamos a ver a mi Madre. Estará feliz de saber que he curado a un pequeñín”.

22. Jesús en la casa de Cafarnaúm después del milagro

13 mayo 1945

De un huerto que empieza a florecer por todas partes penetra Jesús en un amplia cocina donde las dos Marías (María Cleofás y María Salomé) que son ya de edad están preparando la leña.

“¡Oh, Jesús, Maestro!” Las dos mujeres se han volteado y lo saludan, una con un buen pescado en la mano al que le está sacando las entrañas, la otra tiene todavía la cazuela llena de hierbas que están hirviendo, que había quitado de su gancho para ver a qué punto estaban. Las caras de ellas, buenas y arrugadas, enrojecidas con el calor y el trabajo sonríen de alegría y parecen rejuvenecer y embellecerse de felicidad.

“Dentro de uno momentos, todo está preparado, Jesús. ¿Estás cansado? Debes tener hambre” dice la tía María que tiene más confianza por ser consanguínea de Jesús y a quien me imagino que ama más que a sus mismos hijos.

“Igual que siempre. Pero comeré ciertamente con gusto los buenos alimentos que tú y María me habéis preparado. Y también los demás comerán con placer. Ved que allí vienen”.

“Tu Mamá está en la habitación de arriba. Sabes... Vino Simón. ¡Oh! ¡estoy contenta con lo sucedido esta tarde! No. No del todo, porque... Tú sabes cuándo lo estaré”.

“Sí, lo sé” Jesús se acerca a su tía y la besa en la frente, luego le dice: “Sé tu deseo y que envidias sin pecado a Salomé. Pero llegará el día en que, como ella, podrás decir: “Todos mis hijos son de Jesús”. Voy a ver a Mamá”.

Sale y sube por la escalerilla externa que da sobre una terraza. Una mitad está libre, mientras la otra es un gran salón de donde salen voces roncadas de hombre y a intervalos la dulce voz de María, la argentina voz virginal de jovencita, voz que los años no han ajado, la misma que dijo: “He aquí a la esclava de Dios” y la que cantó los arrullos a su Niño.

Jesús se acerca sin hacer ruido, sonriente porque oye a su Mamá que dice: “Donde vivo es mi Hijo, y no siento ninguna pena estar fuera de Nazaret, a no ser cuando Él está lejos. Pero si estoy cerca de Él... Oh, nada me falta. Además no tengo miedo alguno por mi casa. Estáis vosotros...”

“¡Oh! Mira ahí a Jesús” grita Alfeo de Sara que, al haber volteado hacia la puerta, fue el primero en ver que se acercaba Jesús.

“Aquí estoy. La paz a todos vosotros. ¡Mamá!” Besa a su Madre sobre la frente, y ella también hace lo mismo. Se dirige a los huéspedes que no se esperaban y que son sus primos Simón, Alfeo de Sara, el pastor Isaac y José, aquel a quien Jesús aceptó en Meaux después del veredicto del Sanedrín.

“Fuimos a Nazaret y Alfeo nos dijo que había que venir aquí. Vinimos. Alfeo nos quiso acompañar y también Simón” dice Isaac como explicación.

“No creía que pudiera yo venir” dice Alfeo.

“Yo también te quería saludar, estar un poco contigo y con María” termina diciendo Simón.

“Y Yo estoy muy contento de estar con vosotros. Hice bien en no haberme quedado más tiempo como querían los habitantes de Quedeq, a donde llegué al venir de Gherghesa a Merín y de ahí di vuelta por otra parte”.

“¿Vienes de allá?”

“Sí. Me hice ver en los lugares donde ya había estado y en otros también. Llegué hasta Giscala”.

“¿Cómo has caminado!”

“Pero ¡qué cosecha! ¿Sabes, Isaac? Fuimos comensales del rabbi Gamaliel. Se portó muy bien. Luego encontré al sinagogo de “Agua Clara”. También viene él. Te lo confío. Y además... además conquisté tres discípulos...” Jesús sonríe con todas sus fuerzas contento, contento.

“¿Quiénes son?”

“Un anciano de Corazaim. Hace tiempo que le hice un favor, y el pobrecito, que es un verdadero israelita sin prejuicios, para mostrarme su amor, me trabajó la zona como un perfecto orador lo hace en la tierra. El otro es un niño, de cinco años más o menos. Inteligente, atrevido. A él le hablé la primera vez que estuve en Betsaida, y se acordó de ello mejor que los adultos. El tercero es un antiguo leproso. Lo curé cerca de Corazaim un atardecer. De esto ya hace tiempo. Después no lo volví a ver. Ahora lo encontré de nuevo, como un propagandista mío en los montes de Neptalí, y para confirmación de sus palabras, levanta los restos de sus manos, que están curadas, pero que en algunas partes les falta carne, y muestra sus pies curados, y deformes, con los que hace largas caminatas. La gente comprende cuán gravemente estuvo enfermo por lo que le queda de carne y cree a sus palabras bañadas en lágrimas de gratitud. Fue fácil para Mí hablar allá porque me había ya dado a conocer y movido a otros a que creyesen en Mí. Pude hacer muchos milagros. Lo que puede alguien que realmente cree...”

Alfeo asiente sin hablar; a cada paso asiente con la cabeza, mientras Simón se inclina bajo el velado reproche, e Isaac se alegra con toda su alma de la felicidad del Maestro que está a punto de contar el milagro que hizo en la persona del nieto de Elí.

Pero la cena está ya lista y las mujeres, junto con María, están preparando la mesa en la amplia sala; traen manjares, y luego se retiran. Quedan tan sólo los hombres y Jesús ofrece, bendice y distribuye las porciones.

Apenas habían tomado uno que otro bocado cuando Susana sube diciendo: “Está aquí Elí con siervos y muchos regalos. Querría hablar contigo”.

“Voy al punto, o mejor dile que suba”

Susana va y pocos instantes después regresa acompañando al vejete a quien acompañan dos siervos que traen una canasta grande. Detrás de ellos las mujeres, menos María Santísima, curiosas se están asomando.

“Dios sea contigo, bienhechor mío” saluda el fariseo.

“Y contigo Elí. Entra. ¿Qué quieres? ¿No está bien todavía el nieto?”

“Oh sí, muy bien. Está brincando en el huerto como un cabrito. Al principio estaba yo tan aturdido, tan turbado que falté a mi deber. Te quiero mostrar mi gratitud y te ruego que no rechaces la poquedad que te ofrezco. Un poco de alimento para Ti y para los tuyos. Son frutos de mis campos. Y luego... querría... me gustaría que mañana me acompañases a comer, para agradecerte y honrarte ante mis amigos. No digas que no, maestro. Comprendería que no me amas y que si curaste a Eliseo fue sólo por amor a él, y no por mí”.

“Te lo agradezco. Pero no era necesario que trajeses regalos”.

“Todos los grandes y todos los doctos lo aceptan. Es costumbre”.

“Yo también. Pero acepto con mayor gusto un regalo sólo, el que hasta Yo mismo busco”.

“¿Y es? Dilo. Si puedo te lo daré”.

“Vuestro corazón. Vuestro pensamiento. Dádmelo para bien vuestro”.

“Si yo te lo consagro, Jesús bendito. ¿Lo puedes poner en duda? Yo cometí... sí... cometí equivocaciones respecto de Ti. Pero ahora comprendo. Supe también de la muerte de Doras que te ofendí... ¿Por qué sonríes, Maestro?”

“Iba en pos de un recuerdo”.

“Pensaba que no creyeses en mis palabras”.

“¡Oh no! Sé que te ha conmovido la muerte de Doras, mucho más que el milagro de esta tarde. No tengas miedo de Dios, si realmente has comprendido y si realmente quieres ser mi amigo de hoy en adelante”.

“Veo que de veras eres un Profeta. En realidad tenía mucho miedo... fui a verte más a Ti por miedo de recibir un castigo como el de Doras –y esta tarde dije: “¡Mira! El castigo ha llegado. Y es mucho más duro porque no ha herido la vieja encina en su propia vida, sino en su

amor, en su alegría de vivir, fulminando el retoño de ella con el que era yo feliz”– pero más bien no fui por la desgracia. Había comprendido que hubiera sido una cosa justa como sucedió a Doras...”

“Habíais comprendido que hubiera sido una cosa justa, pero todavía no creías en quien es bueno”.

“Es así como Tú dices, pero ahora ya no. Entonces ¿vienes mañana a mi casa?”

“Elí, había decidido partir al amanecer, pero para que no vayas a creer que te desprecio, lo pospongo por un día. Mañana iré a tu casa”.

“¡Oh! Realmente eres bueno. Siempre lo recordaré”.

“Adiós, Elí. Gracias por todo. Estas frutas son bellísimas y estos quesillos deben ser muy ricos. El vino será muy bueno. Pero podías haber dado todo a los pobres en mi nombre”.

“Hay también para ellos. Si quieres, en el fondo hay un regalo para Ti”.

“Entonces este lo distribuiremos mañana juntos, antes o después de la comida, como te parezca mejor. Que pases muy buena noche, Elí”.

“Lo mismo te deseo. Adiós” y se va con los siervos.

“Pedro que había sacado, con toda una mímica pintada en su cara, lo que había en el canasto, para devolverlo a los siervos, pone ante Jesús la bolsa sobre la mesa y dice, como si terminase un discurso que había ido diciendo dentro de sí: “Y será la primera vez que este búho de viejo haga una limosna”.

“De acuerdo” remacha Mateo. “A mí me odiaban, pero él me gana. Lo odian dos veces más porque es usurero”.

“Y bien... Si se arrepiente... ¿No es cosa hermosa?” dice Isaac.

“Claro que lo es, y parece que en realidad así lo sea” asienten Felipe y Bartolomé.

“Que el vejete Elí se convierta, ¡ja! ¡ja!” Pedro ríe de gusto.

“Simón el primo de Jesús, que había estado pensativo dice: “Jesús, yo querría... querría seguirte. No como estos, pero al menos como las mujeres. Permíteme que me una a mi mamá y a la tuya. Todos vienen... yo, yo pariente... No pretendo tener un lugar entre estos, pero al menos, así, como un buen amigo...”

“¡Dios te bendiga, hijo mío! ¡Cuánto tiempo hace que estaba esperando que dijese estas palabras!” grita María de Alfeo.

“Ven. No rechazo a nadie y no fuerzo a ninguno. No exijo ni siquiera *todo* a todos. Tomo lo que me podéis dar. Está bien que las mujeres no estén siempre solas, cuando iremos a lugares un poco desconocidos. Gracias, hermano”.

“Se lo voy a decir a María” dice María de Simón y concluye: está allá abajo en su habitación y ora. Será feliz”...

...La noche rápidamente descende. Prenden una lámpara para bajar por las escaleras que ya está oscuro. Quién se va a la derecha, quién a la izquierda para descansar.

Jesús sale y va en dirección a la playa. La población está toda en calma. Las calles vacías como también la costa. El lago está solo en esta noche sin luna. Sólo las estrellas en el firmamento y charla de resaca sobre la arena. Jesús sube a la barca que está fuera en tierra, se sienta, apoya un brazo sobre el borde y sobre él reclina la cabeza y así se queda. Qué piense u ore no lo sé.

Con mucho tiento, Mateo llega hasta Él: “¿Maestro, duermes?” pregunta en voz baja.

“No, pienso. Ven aquí conmigo, si no tienes sueño”.

“Me parecía que estabas conturbado y he venido siguiéndote. ¿No estás contento de lo del día? Has conquistado el corazón de Elí, has adquirido a Simón de Alfeo como discípulo...”

“Mateo, no eres un hombre sencillo como Pedro y Juan. Eres astuto, eres un hombre de letras. Eres también franco. ¿Te sentirías feliz por estas conquistas?”

“Pero... Maestro... Son siempre mejores que yo; y me dijiste aquel día, que estabas muy contento porque me había convertido...”

“Sí. Pero tú realmente te habías convertido. Eras sincero en tu evolución hacia el Bien. Te acercabas a Mí sin tanto cavilar. Venías porque querías. Pero no es así el caso de Elí y ni siquiera el de Simón. El primero no está movido más que en la superficie. Elí en su ser humano está agitado, no en su corazón, que es siempre igual. Tan pronto como desaparezca la efervescencia que el milagro de Doras y del nietecito produjeron en él, será el Elí de ayer y de siempre, Simón, él también no es más que un hombre. Si hubiese visto que se me injuriaba en lugar de que se me alabase, habría tenido compasión de Mí, y me habría como siempre, abandonado. Oyó esta tarde que un anciano, que un niño, que un leproso... saben hacer lo que él, que es mi consanguíneo, no lo sabe; ha visto que el orgullo de un fariseo se ha doblado ante Mí, y dijo: “Yo también”. Pero las conversiones que se hacen bajo el acicate de consideraciones humanas no me hacen feliz. Al contrario, me envilecen. Quédate conmigo, Mateo. En el cielo no hay luna, pero al menos brillan las estrellas. Esta noche en mi corazón no hay más que lágrimas. Tu compañía es la estrella de tu afligido Maestro...”

“Pero, Maestro... ¡mira... si puedo! Porque yo soy siempre un desdichado, un pobre inepto. Tengo muchos pecados para poder agradarte. No sé hablar. Ni siquiera sé todavía las palabras nuevas, puras, santas, ahora que he dejado mi antiguo lenguaje de engaño y de lujuria. Temo que no seré jamás capaz de hablar contigo y de Ti”.

“No, Mateo. Tú eres un hombre con toda la experiencia del hombre. Por eso eres el que, por haber comido tal fango y ahora por comer de la miel celestial, puedes clasificar los dos sabores y dar su verdadero contenido, y comprender, comprender y hacer comprender a tus iguales de hoy y del futuro. Te creerán porque precisamente eres un hombre, un hombre pobre que, por su voluntad, llega a ser hombre justo, el hombre que Dios sueña. Deja que Yo, el Hombre-Dios, me apoye en ti, humanidad que amo hasta dejar el Cielo por ti y para morir por ti”.

“No, morir, no. No me digas que mueres por mí”.

“No por ti, Mateo, sino por todos los Mateos de la tierra y de los siglos. Abrázame, Mateo, besa a tu Mesías. Hazlo por ti y por todos. Alivia mi cansancio de Redentor incomprendido. Yo te saqué de la tuya de pecador. Enjuga mi llanto... porque mi amargura es, Mateo, ser comprendido muy poco”.

“¡Oh, Señor, Señor! ¡Sí, sí!...” y Mateo sentado junto al maestro, a quien pasa el brazo por la espalda, lo consuela con su amor...

23. El banquete en la casa del fariseo Elí de Cafarnaúm

14 mayo 1945

Hoy todos están enfadados en la casa de Elí. Siervos y siervas que van y vienen y en medio de ellos, travesando alegre, el pequeño Eliseo. Llegan dos y luego otros dos personajes pomposos. De los primeros reconozco a los que estuvieron con Elí en casa de Mateo y a los otros dos no los conozco, pero los llaman Samuel y Joaquín. Por último viene Jesús con Iscariote.

Muchos saludos recíprocos y luego la pregunta: “¿Tan sólo con este? ¿Y los demás?”

“Los otros están por los campos. Regresarán por la tarde”.

“¡Oh, me desagrada! Pensaba que sería... Bueno, ayer tarde no te invité más que a Ti, pero junto contigo a todos los tuyos. Ahora tengo miedo que puedan sentirse ofendidos, o también... que pudiesen experimentar desdén en venir a mi casa, a causa de antiguos resquemores... ¡ja, ja!” ríe el vejete.

“¡Oh, no! Mis discípulos no conocen de susceptibilidades orgullosas, ni de rencores incurables”.

“Bueno, bueno, muy bien; entremos pues”.

El acostumbrado ceremonial de purificaciones y luego el ir a la sala del banquete, que da al extenso patio donde las primeras rosas alegran el ambiente.

Jesús acaricia al pequeño Eliseo que anda jugando en el patio y que del peligro en que se vio no conserva sino cuatro señales pequeñísimas de color rojo en su manita. Ni siquiera se acuerda más del miedo que tuvo, pero sí se acuerda de Jesús y con la espontaneidad de los niños lo quiere besar y quiere también que lo bese. Con los bracitos echados al cuello de Jesús, entre su cabellera le confía un secreto de que cuando será grande irá con Él, y le pregunta: “¿Me quieres?”

“Quiero a todos. Procura ser bueno y vendrás conmigo”.

El niño se va brincando.

Se sientan a la mesa y Elí quiere ser cortés que se pone a su lado a Jesús y en el otro lado a Judas, que se encuentra de este modo entre Elí y Simón, como Jesús entre Elí y Urías.

La comida empieza; al principio conversaciones sin tema fijo, luego se hacen más interesantes. Y como las heridas duelen y las cadenas pesan, el eterno hablar de la esclavitud de Roma en Palestina viene a cuento. No sé si se hayan hecho con malicia o sin ella. Sé que los cinco fariseos se lamentan de nuevos atropellos romanos como de un sacrilegio y quieren interesar a Jesús en la discusión.

“¡Entiende! Quieren escudriñar hasta el fondo nuestros ingresos. Y como han caído en la cuenta de que nos reunimos en las sinagogas para hablar de esto o de ellos, nos amenazan con entrar, sin respeto alguno. Temo que entrarán hasta en las casas de los sacerdotes, ¡un buen día!” grita Joaquín.

“¿Y Tú qué dices? ¿No te causa disgusto?” pregunta Elí.

Jesús al ser cuestionado directamente, responde: “Como israelita, sí; como hombre, no”.

“¿Por qué esta distinción? No entiendo. ¿Eres dos en uno?”

“No. Pero en Mí hay la carne y la sangre: en una palabra la animalidad¹ y también hay el espíritu. El espíritu de israelita diferente a la ley, sufre por estas profanaciones. La carne y la sangre no, porque me falta el acicate que os hiera”.

“¿Cuál?”

“El interés. Vosotros estáis diciendo que os reunís en las sinagogas para hablar *también de negocios* sin temor de oídos indiscretos. Y tenéis miedo de no poderlo hacer más, y además de no poder ocultar al fisco ni siquiera un céntimo para que paguéis los impuestos conforme a vuestras haciendas. Yo no tengo nada. Vivo de la bondad del prójimo y de amarlo. No tengo oro, ni campos, ni viñedos, ni casas, si se exceptúa la casita materna de Nazaret, tan pequeña y pobre que el fisco ni la tiene en cuenta. Por eso no me punza el miedo de que se me denuncie de haber dicho mentiras, ni tampoco de impuestos o castigos. Todo lo que tengo es la palabra de Dios y que Yo soy. Pero ella es tan alta que el hombre no la puede herir con nada”.

“Pero si estuvieses en nuestro caso ¿cómo te comportarías?”

“Bueno, no lo toméis a mal si digo claramente mi pensamiento que es contrario al vuestro. En verdad os digo que obraría de manera diversa”.

“¿Y cómo?”

¹ La expresión: “... en Mí hay la carne... animalidad” no tiene ningún inconveniente y si se considera no según suena en nuestra lengua, sino considerándola bajo la luz de expresiones bíblicas Cfr. Ju. 1, 14; Hebr. 2, 10–18. Y poniendo cuidado al contexto presente en donde “la carne y la sangre” significan sencillamente la naturaleza humana psicofísica (... como hombre...) que no tiene pecado o tendencia al pecado... falta el acicate que os hiera”.

“No faltando a la verdad santa. Siempre es una virtud sublime, aun cuando se aplique a cosas tan humanas como son los impuestos”.

“¡Pero entonces! ¡entonces! ¡Cómo nos despellejarían! Pero Tú no reflexionas que tenemos mucho y que debemos mucho”.

“Lo habéis dicho: Dios os ha concedido mucho, en proporción *debéis* dar mucho. ¿Por qué hay qué obrar así de mal, como por desgracia sucede, para que al pobre se le impongan impuestos exorbitantes? Esto se sabe entre nosotros. Cuántos impuestos hay en Israel, impuestos que tenemos e injustos. Son para los grandes que ya mucho tienen. Entre tanto hay desesperación entre los pobres que deben pagar exprimiéndose a sí mismos hasta el hambre, La caridad hacia el prójimo no aconseja de ese modo. Nosotros los israelitas deberíamos meter nuestras espaldas bajo la carga del pobre”.

“Así hablas porque también Tú eres pobre”.

“No, Urías. Hablo así, porque así es la justicia. ¿Por qué Roma pudo y puede oprimirnos así? Porque hemos pecado y porque estamos divididos por rencores. El rico odia al pobre, el pobre odia al rico. Como no hay justicia, el enemigo se aprovecha de ello para hacernos sus subyugados”.

“Te referiste a otros motivos... ¿Cuáles son?”

“Faltaría a la verdad al desnaturalizar el carácter del local consagrado al culto, convirtiéndolo en un refugio seguro para los intereses humanos”.

“Nos regañas”.

“No. Respondo. Escuchad vuestras conciencias. Sois maestros y por esto...”

“Yo diría que es la hora de levantarse, rebelarse, de castigar al invasor y restablecer nuestro reino”.

“¡Claro, claro! Tenéis razón. Pero aquí está el Mesías. Él debe hacerlo” habla Elí.

“Pero el Mesías por ahora, perdona Jesús, es sólo Bondad. Aconseja todo, con tal de que no sea una revuelta. Nosotros hacemos y...”

“Simón, escucha. Acuérdate del libro de los Reyes², de cuando Saúl se encontraba en Gálgala, los filisteos en Macmas, el pueblo con miedo y desbandado y el profeta Samuel que no llegaba. Saúl quiso adelantarse al siervo de Dios y ofrecer por sí mismo el sacrificio. Acuérdate de la respuesta que Samuel dio al llegar al imprudente rey Saúl: “Obraste como un necio y no observaste las órdenes que el Señor te había dado. Si no lo hubieses hecho, ahora el Señor habría ya establecido para siempre tu reino sobre Israel. Sin embargo no subsistirá tu reino”. Una acción intempestiva y orgullosa no sirvió para nada ni al rey ni al pueblo. Dios sabe la hora, no el hombre. Dios sabe los medios, no el hombre. Dejad que Dios lo haga, tratando de merecer su ayuda con una conducta santa. Mi reino no es de rebelión y crueldad, pero se establecerá. No será reserva de unos cuantos, sino universal. Bienaventurados los que a él vendrán, a quienes no atraiga el error de mi apariencia humilde, según el espíritu de la tierra, que vean en Mí al Salvador. No tengáis miedo. Seré Rey. El Rey venido para Israel. El Rey que extenderá su Reino sobre todos los hombres. Pero vosotros maestros de Israel, no comprendáis mal mis palabras y las de los Profetas que me anuncian. Ningún reino humano, por poderoso que sea, es universal y eterno. Los profetas dicen que el mío será tal que esto os aclare la verdad y espiritualidad de mi Reino. Os dejo. Sin embargo, tengo qué pedirle a Elí un favor; aquí está tu bolsa. En un refugio de Simón de Jonás hay pobrecitos que han venido de donde pudieron. Ven conmigo para darles el óbolo del amor. La paz sea con todos”.

¡Quédate otro poco!” ruegan los fariseos.

² Cfr. 1 Rey 13, 1–14.

“No puedo. Hay enfermos en el cuerpo y el corazón que esperan ser consolados. Mañana me iré lejos. Quiero que todos me vean partir sin contrariedad”.

“Maestro, yo... estoy viejo y cansado. Ve Tú en mi nombre, tienes contigo a Judas de Simón, y *lo conocemos bien*... hazlo Tú solo. Dios sea contigo”.

Jesús sale con Judas, que apenas se ve en la plaza, dice: “¡Sierpe vieja! ¿Qué habrá querido decir?”

¡No te preocupes! O mejor piensa que quiso alabarte”.

“¡Imposible, Maestro! Esas bocas no alaban jamás a quien obra bien. Pero sinceramente quiero decir, que en cuanto a no venir, es porque tiene asco del pobre y miedo de su maldición. Tantas veces ha torturado a los pobres de aquí. Lo puedo jurar sin temor, y por esto...”

“Bien, Judas. Deja el juicio a Dios”.

24. Hacia el monte antes de la elección de los Apóstoles

15 mayo 1945

Las barcas de Pedro y Juan ligeras navegan sobre el tranquilo lago. Creo que les siguen todas las embarcaciones que hay en las playas de Tiberíades, pues son tantas las barcas como barquichuelas que van y vienen tratando de acercarse, pasarse para ponerse nuevamente detrás de la barca de Jesús. Plegarias, súplicas, gritos, peticiones se cruzan sobre las azules ondas.

Jesús responde, bendice, incansable. Con Él viene también María su Madre, y la de Santiago y Judas. En la otra con Juan están María Salomé y Susana. Jesús dice: “Volveré. Sí. Os lo prometo. Sed buenos. Recordad mis palabras para unirlos a las que después os diré. Será una separación breve. No seáis egoístas. He venido también para los otros. ¡Bueno, bueno!, no podéis hacer mal. Sí; rogaré por vosotros. Me tendréis siempre cerca. El Señor esté con vosotros. Ciertamente que me acordaré de tus lágrimas y serás consolado. Espera, ten fe”.

Y de este modo, avanzando, bendiciendo, prometiendo, la barca llega a la playa. No es Tiberíades, sino un pueblecito, un puñado de casas, pobres, casi destartadas. Jesús y los suyos bajan. Las barcas regresan, guiadas por los trabajadores y por Zebedeo, cosa que imitan las otras, pero hay muchos que bajan también y quieren a toda costa seguir a Jesús. Entre estos veo a Isaac con sus dos favorecidos: José y Timoteo. No reconozco a otros entre tanta gente de jóvenes y viejos.

Jesús abandona el pueblecito, que indiferente permanece con sus pocos habitantes andrajosos, a los que da limosnas y llega al camino principal. Se detiene. “Ahora dividámonos” dice. “Mamá, tú con María y con Salomé vete a Nazaret. Susana, puedes regresar a Caná. Regresaré pronto. Sabéis lo que hay que hacer. ¡Dios esté con vosotros!”

Para su Madre tiene un saludo especial lleno de sonrisas y cuando María también se arrodilla, dando el ejemplo a las demás, para que la bendiga, Jesús le sonríe con tanta dulzura. Las mujeres, con las que están Alfeo de Sara y Simón, se dirigen a sus respectivas ciudades.

Jesús se dirige a los que se han quedado: “Os dejo, pero no os rechazo. Os dejo por un tiempo, al retirarme con estos a aquellos montes de allá. Quien desee esperarme que lo haga en esta llanura, quien no quiera, que regrese a su casa. Me retiro a orar porque estoy en vísperas de grandes acontecimientos. Quien ama la causa del Padre, que ore, uniéndose conmigo en espíritu. La paz sea con vosotros, hijos. Isaac, tú sabes lo que debes hacer. Te bendigo, pequeño pastor”. Jesús sonríe al flaco Isaac, pastor empero de hombres que agrupa a su rededor.

Jesús se pone en camino dando la espalda al lago, y se dirige sin vacilar hacia una garganta que hay entre las colinas que corren del lago hacia el oeste en líneas, que parecen paralelas.

Entre una y otra colina rocosa, escarpada, que se abren a pico como fiordo, baja un riachuelo envuelto en espumas en su carrera desenfrenada y por arriba se descubre el monte

agreste, con plantas que han crecido en todas las direcciones, como han podido, entre piedra y piedra. Tan sólo un sendero de cabras hay en la colina más escabrosa, y Jesús toma este.

Los discípulos lo siguen con trabajo, en fila india, y con el silencio más grande. Tan sólo cuando se detiene para darles descanso, en algún lugar un poco ancho que parece como un rasguño sobre la pendiente difícilísima, se miran sin hablarse. Parece que con sus miradas se dijese: “¿A dónde nos lleva?” Y sin embargo ni una palabra sale de sus labios. Se miran con tanta mayor ansia por cuanto ven que Jesús vuelve otra vez a emprender el camino por en medio de la garganta salvaje, llena de cuevas, hendiduras, peñascos que dificultan el andar, como también por las zarzas y otras miles de hierbas que se prenden por todas partes de sus vestidos, que rasguñan, que hacen tropezar, y que pegan en la cara. Hasta los más jóvenes, cargados con alforjas pesadas, han perdido el buen humor.

Finalmente Jesús se detiene y dice: “Aquí estaremos durante una semana en oración, para que os preparéis a un gran acontecimiento. Por esta razón quise que estuviésteis solos, en un lugar desierto, alejado de toda caravana, de cualquier poblado. Aquí hay cuevas que han servido otras veces a hombres. Nos servirán a nosotros también. Aquí hay aguas frescas y abundantes, mientras el terreno está seco. Tenemos pan y alimentos suficientes para nuestra breve permanencia. Quienes el año pasado estuvieron conmigo en el desierto saben cómo vivir. Esto es un palacio real respecto de aquel lugar, y la estación que no es inclemente, no molesta con su cruel frío, ni con el fuerte sol. Tratad de estar de buen grado. Tal vez jamás volveremos a estar todos juntos y solos. Esta breve permanencia debe unirnos, haciendo de vosotros no más doce hombres, *sino una sola institución*.

¿No habláis? ¿No me preguntáis nada? Descansad sobre aquel peñasco las alforjas que traéis, y arrojad hacia abajo el peso que tenéis en el corazón; vuestra fragilidad humana. Aquí os he traído para hablaros al espíritu, para nutrir el espíritu, para haceros espíritu. No diré muchas palabras. Tantas os he dicho en un año que estoy con vosotros. Ahora basta. Si debiera cambiaros por la fuerza de palabras tendría qué estar diez y cien años y todavía seguiríais siendo imperfectos. Ahora es tiempo que Yo os emplee. Debo formaros para emplearos. Recurro a la gran medicina, a la gran arma: la oración. Siempre he orado por vosotros. Pero que ahora lo hagáis vosotros mismos. Todavía no os enseñé mi oración, pero os doy a conocer el modo cómo se ora y qué cosa es la oración. Es un diálogo franco, animado, lleno de confianza, recogido, claro. La oración es todo: es confesión, es conocimiento de nosotros mismos, promesa a nosotros y a Dios, búsqueda de Dios, y todo esto hecho a los pies del Padre. No puede hacerse en el alborozo, entre las distracciones a menos de ser gigantes en la oración. Y aún estos se resienten del griterío y rumor del mundo en sus ratos de oración. Vosotros no sois colosos, sois pigmeos. No sois más que niños en el espíritu. Sois flacos en el espíritu. Aquí llegaréis a la edad de la razón espiritual. El resto vendrá después.

Por la mañana, a mediodía y por la tarde nos reuniremos para orar juntos con las antiguas palabras de Israel y para partir el pan, y luego cada uno volverá a su cueva, teniendo ante sí a Dios y a su alma, teniendo ante sí cuanto os he dicho acerca de vuestra misión y de vuestra capacidad. Medíos, escuchaos, decidid. Es la última vez que os lo digo; pero después debéis ser perfectos, en vuestras medidas, sin cansancio ni fragilidad humana. Después no seréis Simón de Jonás o Judas de Simón. No seréis más Andrés o Juan, Mateo o Tomás, sino que seréis mis ministros. Id, cada uno por sí solo. Yo estaré en aquella cueva. Siempre presente. No vengáis sin seria razón. Debéis aprender a valeros por vosotros y a estar solos porque en verdad os digo, hace un año que estábamos a punto de conocernos, y dentro de poco estaremos para abandonarnos. ¡Ay de vosotros y ay de Mí si no lográis aprender a valeros por vosotros! Dios esté con vosotros. Judas, Juan, llevad dentro de mi gruta, esa, los alimentos. Deben durar y Yo los distribuiré”.

“Será poco” objeta alguien.

“Lo suficiente para no morir. El vientre muy lleno hace pesado el espíritu. Os quiero elevar y no haceros lastre”.

25. La elección de los doce apóstoles¹

16 mayo 1945

Es un amanecer que ilumina los montes y parece suavizar este lugar silvestre donde tan sólo se oye el estrépito del riachuelo que espumoso corre en el fondo y que al repercutir en el monte lleno de cavernas adquiere un rumor muy raro. Allí, en el lugar donde han estado los discípulos, no se oye más que algún cauteloso ruido entre las hojas y las hierbas, el de los primeros pajaritos que se van, y de los últimos nocturnos que regresan a ocultarse. Un grupo de liebres o conejos selváticos que están royendo una mata de mora, huye espantado por el caer de una piedra. Luego precavidos regresan, moviendo las orejas para captar cualquier ruido, y al ver que todo está en paz, vuelven a la mata. El rocío lava todas las plantas, todas las piedras, y el bosque da un olor fuerte a musgo, a menta y a mejorana,

Un petirrojo baja hasta el borde de una cueva a la que hace de techo una roca resquebrajada y moviendo su cabecita, bien parado sobre sus patitas, pronto a huir, mira hacia adentro, mira por tierra, murmura sus “chip–chip” de interrogación y de ... placer al ver migajas de pan por el suelo; pero no se decide a bajar sino cuando ve que le ha ganado ya un mirlo que avanza echando brinquitos de lado, cómico en su pretensión de travieso y con su perfil de viejo notario, y al que faltan solo las gafas para ser un retrato. Entonces baja también el petirrojo y sigue al atrevido mirlo, que de cuando en cuando hinca su pico amarillo en la tierra húmeda en busca de... alimentos que pudieran haberse perdido años y años atrás, y luego continúa después de echar un “chip” o un breve silbido, exactamente como un pilluelo. El petirrojo se atraganta de las migajas y queda sorprendido cuando ve que el mirlo, que había entrado sin temor a la cueva silenciosa, sale con una cortecita de queso que golpea y vuelve a golpear para desmenuzarla sobre una piedra y darse con ella un banquete. Torna a entrar, cuidadosamente mira, y no encontrando más que un silbido de burla, vuela para ir a terminar su gorjeo encima de un roble que introduce su copa en el azul de la mañana. También el petirrojo vuela al oír un ruido que sale de adentro de la cueva... y se posa sobre una ramita que se balancea en el vacío.

Jesús avanza hacia el umbral y despedaza un pan llamando quedito a los pajaritos con un silbido melodioso que imita muy bien el gorjeo de ellos. Luego se separa y sube más arriba, quedándose inmóvil contra una pared rocosa para no espantar a sus amigos que pronto bajan: primero el petirrojo y luego muchos de varias especies. La inmovilidad de Jesús y también su mirada –prefiero pensar así porque tengo experiencia de que las bestias más desconfiadas se acercan a quienes por instinto sienten que no son enemigos sino protectores– hacen que en breves momentos y a pocos centímetros de Él empiecen a saltar los pajaritos y el petirrojo, ya satisfecho, vuela a lo alto del peñasco sobre el que está apoyado Jesús y se posa en una delgadísima ramita de algalia y se columpia sobre la cabeza de Jesús con muchas ganas de posarse sobre su rubia cabeza y sobre sus espaldas. La comida ha terminado. El sol besa la cima del monte y luego las copas de los árboles más altos del bosque mientras el valle todavía se encuentra envuelto en la luz pálida del alba. Los pajaritos vuelan, satisfechos y llenos, cantando con todos los piquitos abiertos.

¹ Cfr. Mt. 10, 1–4; Mc, 3, 13–19; Lc. 6, 12–16.

“Y ahora vamos a despertar a los otros hijos míos”, dice Jesús, y baja porque su cueva es la que está más arriba. Entra a las cuevas llamando en cada una de ellas a sus discípulos que duermen.

Simón, Bartolomé, Felipe, Santiago, Andrés responden al punto. Mateo, Pedro y Tomás son más lentos en responder. Mientras Judas Tadeo ya pronto y listo sale al encuentro de Jesús así como le ve en el umbral, el otro primo, y con él Iscariote y Juan, duermen como leños, de modo que Jesús debe sacudirlos sobre su lecho de hojas para que se despierten.

Juan, el último en haber sido llamado, duerme tan profundamente que no cae en cuenta de quien lo llama y en las sombras del sueño medio interrumpido murmura: “Sí mamá. Voy pronto...” y da media vuelta. Jesús sonríe, se sienta sobre el montón de hojas recogidas en el bosque, se inclina y besa en la mejilla a su discípulo Juan, que abre sus ojos y queda frío al ver allí a Jesús. Al punto se incorpora y pregunta: “¿Me necesitas? Sí, aquí estoy”.

“No. Te he despertado como a todos. Soñabas que Yo era tu mamá, y por eso te besé para hacer lo que hacen las mamás”.

Juan, con la túnica inferior, porque se cobija con el vestido y el manto, se prende del cuello de Jesús y mete su cabeza entre el hombro y la mejilla diciendo: “¡Oh, eres más que mi mamá! Yo la dejé por Ti; pero a Ti, no te dejaría por ella. Ella me dio a luz a la tierra, pero Tú al Cielo. Oh, lo sé”.

“¿Qué sabes más de los otros?”

“Lo que me dijo el Señor en esta cueva. Mira, yo no fui a tu cueva y pienso que mis compañeros hayan dicho que era indiferencia y soberbia. Pero no me importa lo que piensen. Sé que Tú sabes la verdad. No fui a donde estaba Jesucristo, hijo de Dios encarnado, pero siempre he tenido conmigo lo que eres en el seno del Fuego que es el Amor eterno de la Trinidad Santísima, su Naturaleza, su esencia, su verdadera esencia. Oh, que no sé expresar todo lo que he podido comprender en esta negra cueva que ha estado para mí llena de luces, en esta fría cueva en la que he ardido en un fuego que no veía con los ojos, pero que ha bajado hasta lo profundo de mi ser, y lo ha encendido con un dulce martirio en esta cueva sin voz, pero que me ha cantado las verdades celestes, y lo que eres, la Segunda Persona del inefable misterio que es Dios y que penetro porque Dios me llevó a Sí. Todos mis deseos, todos mis llantos, todas mis preguntas, las he derramado en tu seno divino Verbo de Dios. No ha habido jamás palabra alguna, entre las que de Ti oí, tan inmensa como la que me dijiste aquí, Tú, Hijo de Dios; Tú, Dios como el Padre; Tú, Dios como el Espíritu Santo; Tú, Tú que eres el eje de la Trinidad... ¡oh, tal vez blasfemo! Pero así me parece porque si Tú no Fueses, el amor del Padre y amor por el Padre, entonces faltaría el Amor, el divino Amor y la Divinidad no sería más Trina y faltaría a Ella el atributo de Dios más apropiado; su amor. Oh, lo siento mucho aquí, pero es como el agua que brota dentro de un lugar cerrado y no puede salir... me siento morir porque es violento y sublime el tumulto que ha descendido a mi corazón desde que te he comprendido... pero de ningún modo querría verme libre de él... Hazme morir de este amor, dulce Dios mío”. Juan sonríe y llora, anheloso, encendido en su amor, con la cabeza sobre el pecho de Jesús, como si la flama lo enervase. Y Jesús lo acaricia lleno de amor.

Juan bajo una oleada de humildad se recobra y con voz suplicante dice: “No digas a los otros cuanto te he dicho. Ciertamente también ellos han sabido vivir de Dios como yo en estos días. Deja sobre mi secreto la piedad del silencio”.

“Puedes estar seguro, Juan. Nadie conocerá tu amor por el Amor. Vístete y ven. Debemos partir”.

Jesús sale al sendero donde ya están los demás. Sus caras tienen un aspecto más venerable, más recogido. Los de edad parecen patriarcas, los jóvenes tienen un no sé qué de madurez, de dignidad, que antes la juventud escondía. Iscariote mira a Jesús con una sonrisa tímida en su

rostro, bañado en lágrimas. Jesús lo acaricia al pasar. Pedro... no habla y esto es en él lo que más llama la atención. Mira atentamente a Jesús, pero con una nueva dignidad que parece hacerle la frente más ancha y proporcionada, su mirada hasta entonces llena de un fulgor de donaire, es más austera. Jesús lo llama para que esté cerca de Él y así lo tiene en espera de Juan, que por fin sale con la cara, no sé decir, si más pálida o más sonrosada, pero sí encendida con una llama que no cambia el color, pero que con todo es manifiesta. Todos lo miran.

“Ven aquí, Juan, cerca de Mí. Y también tú, Andrés, y tú, Santiago de Zebedeo. Luego, tú Simón y tú, Bartolomé, Felipe y vosotros hermanos míos, y Mateo, Judas de Simón, aquí enfrente de Mí. Tomás, ven aquí. Sentaos, que os debo hablar”.

Se sientan quietos como niños, todos un poco absortos en su mundo interior y con todo atentos a Jesús como jamás lo habían estado.

“¿Sabéis lo que os he hecho? Todos lo sabéis. El alma lo ha dicho a la razón y ella, que en estos días ha sido la reina, ha enseñado a la razón dos grandes virtudes: la humildad y el silencio, hijo de la humildad y de la prudencia, las cuales son hijas de la caridad.

Sólo hace ocho días habríais venido a proclamar como niños valerosos, que quieren sorprender y vencer al rival, vuestras hazañas, vuestros nuevos conocimientos. Ahora guardáis silencio. Habéis sido cambiados de niños en jóvenes y comprendéis que esta proclama podría modificar al compañero que ha recibido menos de Dios, y guardáis silencio. Sois como las doncellas. Ha nacido en vosotros el santo pudor sobre la metamorfosis que os ha revelado el misterio nupcial de las almas con Dios. El primer día os parecieron estas cuevas frías, duras, repulsivas... ahora las miráis como perfumadas y luminosas habitaciones de nupcias. En ellas habéis conocido a Dios. Antes sabíais algo de Él; pero no lo conocías en la intimidad que de dos hace uno. Entre vosotros hay quienes hace varios años están casados, otros que no tuvieron sino engañosas relaciones con mujeres, algunos que por causas diversas son castos. Pero éstos saben ahora lo que es el amor perfecto, así como lo saben los casados. Aún más, puedo afirmar que ninguno, como el ignorante del apetito carnal, sabe qué cosa es el amor perfecto. Porque Dios se revela a los vírgenes en toda su plenitud y por su delicia de darse a quien es puro, encontrando cómo una parte suya se revela Purísimo en la criatura limpia de lujuria, y para recompensarla de cuanto ella se priva por amor suyo.

En verdad os digo que por el amor que os tengo y por la sabiduría que poseo, si no tuviese el deber de cumplir la obra del Padre, querría teneros aquí, y estar con vosotros, separados; y ciertamente os haría así *grandes* santos sin más extravíos, sin defecciones, caídas, relajamiento, retrocesos. Pero no puedo; debo ir, y también vosotros. El mundo nos espera. El mundo profano y profanador que tiene necesidad de maestros y redentores. He querido que conocieseis a Dios para que lo améis mucho mejor que el mundo, que con todos sus afectos no merece ni siquiera una sonrisa de parte de Dios. Quise que pudieseis meditar sobre lo que es el mundo y sobre lo que es Dios para que anheléis cosas mejores. En este momento no anheláis otra cosa más que a Dios. Oh, si pudiese enclavaros en esta hora, en este anhelo. Pero el mundo nos espera; e iremos a él. Así como la Caridad me mandó al mundo, así también por órdenes mías os manda a él. Pero ¡oid bien! Como perla en un cofrecito encerrad el tesoro de estos días en que habéis sido custodiados, curados, levantados, revestidos, unidos con Dios, en vuestro corazón, y como las piedras de testimonio que los patriarcas alzaban a Dios como recuerdo de su alianza con Él³, conservad y guardad estos preciosos recuerdos en vuestro corazón.

De hoy en adelante no seréis más los discípulos predilectos, sino los apóstoles, cabeza de mi Iglesia. De vosotros saldrán en los siglos que están por venir, todas las jerarquías de ella y seréis llamados maestros, teniendo a Dios como vuestro Maestro en su triple potencia, sabiduría y

³ Cfr. Gén. 8, 15–9, 17; 12, 1–9; 15; 17; 28, 10–22; 35, 1–15.

caridad. No os escogí porque fueseis los más dignos, sino por ejemplo de causa que no es necesario que por ahora sepáis. Os escogí en lugar de mis pastores que fueron mis discípulos desde que Yo era niño. ¿Por qué lo he hecho? Porque así estaba bien que se hiciese. Entre vosotros hay galileos y judíos, doctos e indoctos, ricos y pobres. Esto por el mundo, para que no diga que he preferido una categoría. Pero vosotros no os daréis a basto con todo lo que hay que hacer. Ni ahora, ni después.

No todos habéis tenido presente un punto de la Escritura. Os lo recuerdo. En el 2, de las Crónicas, en el Capítulo 29, se encuentra cómo Ezequías, rey de Judá, hizo purificar el templo y después que fue purificado, ofreció sacrificios por el pecado, por el santuario y por Judá, y luego se procedió a las ofertas de cada uno. Pero no siendo suficientes los sacerdotes para la inmolación, fueron llamados otros para ayuda de los levitas, los cuales fueron consagrados con ritos más sencillos que los sacerdotes.

Esto es lo que Yo haré. Sois sacerdotes, a quienes Yo, Pontífice eterno he preparado con grandes cuidados. Pero no sois suficientes para el trabajo siempre extenso de inmolaciones de cada uno a su Señor Dios. Por lo que os agregaré discípulos, que así siempre quedarán. Algunos de ellos nos están esperando en la falda del monte, otros más arriba, y otros están esparcidos por la tierra de Israel y que después se esparcirán por todos los confines de la tierra. Ellos recibirán cargos iguales, porque la misión es una, aunque será diversa la clasificación ante los ojos del mundo. Pero no ante los ojos de Dios ante quien hay justicia, de modo que el discípulo desconocido, aun para los apóstoles y demás hermanos, que viva santamente llevando a Dios almas, será más grande que el apóstol famoso que sólo tiene el nombre de apóstol, y que rebaja su dignidad de apostolado a fines humanos.

El cargo de los sacerdotes y levitas de Ezequías será siempre el de los apóstoles y discípulos: practicar el culto al Señor, destruir las idolatrías, purificar los corazones y lugares, predicar al Señor y su Palabra. No hay cargo más alto sobre la tierra. Ni siquiera hay dignidad más alta que la vuestra. Por eso os dije: “Escuchaos, examinaos”. ¡Ay del apóstol que cae! Consigo arrastrará a muchos discípulos, los cuales por su parte arrastran a un número mayor de fieles, y aumenta así cada vez más la ruina como avalancha que cae o como círculo que se extiende sobre el lago con piedras que se lanzan al mismo punto.

¿Seréis todos perfectos? No. ¿Durará el espíritu de ahora? No. El mundo arrojará sus tentáculos para estrangular vuestra alma. Victoria del mundo, hijo de Satanás por cinco partes, siervo de Satanás por otras tres, apático hacia Dios en las otras dos, la de apagar las luces de los corazones de los santos. Defendeos vosotros mismos contra vosotros, contra el mundo, la carne, el demonio, pero sobre todo defendeos de vosotros mismos. A la defensa, oh hijos, contra la soberbia, la sensualidad, la doblez, tibieza, sopor espiritual, avaricia. Cuando el “yo inferior” hable y gimotee por supuesta crueldad, hacedlo callar con estas palabras: “Por un momento que te privo, te procuro y para la eternidad, el banquete de éxtasis que tuviste en la cueva de la montaña al fin de la luna de scebath”.

Vámonos. Vamos al encuentro de los demás que numerosos están en espera de mi regreso. Luego iré por algunas horas a Tiberíades y vosotros después que habléis de Mí a la gente, me iréis a esperar a los pies del monte que está en el camino derecho de Tiberíades al mar. Os veré allí y subiré a predicar. Tomad las bolsas y mantos. La breve permanencia ha terminado y os he escogido”.

26, La primera predicación de Zelote y de Juan

18 mayo 1945

Al llegar Jesús a la mitad de la ladera encuentra a muchos discípulos y a muchos otros que no lo son que poco a poco fueron uniéndose a ellos, y han venido hasta aquí que es lugar fuera del camino, porque tienen necesidad de milagros, porque desean oír la palabra de Jesús. Llegaron seguros porque la gente les indicó el lugar o por instinto del alma. Me imagino que los ángeles de los hombres los guían a ellos, deseosos de Dios, del Hijo de Dios. No creo que invente una leyenda. Si se piensa con qué prontitud y astuta constancia Satanás llevaba enemigos a Dios y a su Verbo, en los momentos en que el espíritu demoníaco podía hacer creer a los hombres que hubiese apariencia de culpa en Jesús, es lícito poder pensar, más que lícito es justo, que también los ángeles no fuesen inferiores a los demonios y condujesen los espíritus no diabólicos a Cristo.

Jesús es pródigo en milagros y en palabras de consuelo para todos estos que lo han esperado sin cansancio ni temores. ¡Cuántos milagros! Como una florescencia igual a la que embellece los riscos del monte. Grandes como el acaecido en un niño, el cual cayó dentro de un pajar en llamas. Se le sacó cruelmente quemado, se le trajo sobre una camilla. Era un montón de carne asada que gemía lamentosamente bajo el lino con que lo han cubierto. Su cara quemada tenía un aspecto horrible, parecía que estaba por morir. Jesús lo curó soplando encima y cerrando las quemaduras que desaparecieron en tal forma que el niño se levantó completamente desnudo y feliz corrió a su mamá que lo acarició bañando con sus lágrimas de alegría su cuerpo del todo curado, sin señales de fuego; besó sus ojos que se creyó habían sido quemados pero que por el contrario están sanos y resplandecientes de alegría. Sus cabellos están cortos, pero no quemados, como si la llama hubiera sido una hoja de rasurar y no de muerte. Jesús cura a un anciano tuberculoso que dice: “No por mí, sino porque debo hacer las veces de padre por los nietecitos huérfanos y no puedo trabajar la tierra con este tumor clavado en la garganta que me ahoga”...

Y también el milagro invisible, pero real, que obraron las palabras de Jesús: “Entre vosotros hay uno que llora con el corazón y no se atreve a decir con la boca: “¡Ten piedad!” Te digo: “Sea como tú pides. Ten piedad, para que sepas que soy la Misericordia”. Sé generoso para con Dios. Rompe toda ligadura con el pasado. Ven a Dios a quien sientes con corazón libre, con amor total”. Quién sea, entre la multitud, al que o a la que fueron dirigidas estas palabras, no lo sé.

Jesús agrega: “Estos son mis discípulos. Son representantes míos, porque como a tales los he elegido. Dirigíos a ellos confiadamente. Les he enseñado lo que necesitan vuestras almas...” Los apóstoles espantados miran a Jesús, pero Él sonríe y continúa: “...darán a vuestras almas luz de estrellas y consuelo de rocío que harán que no languidezcáis en las tinieblas. Luego vendré, os daré plenitud de sol, toda la sabiduría para haceros fuertes y felices con una fortaleza y alegría sobrenaturales. La paz sea con vosotros, hijos. Otros más infelices y pobres que vosotros me están esperando. No os dejo solos. Os dejo a mis apóstoles y es como si dejase a los hijos de mi amor confiados al cuidado de las nodrizas más amorosas y fieles”

Jesús hace un ademán de adiós y bendición y se abre paso entre la multitud que no lo quiere dejar partir, y es entonces cuando se produce el último milagro, el de una viejita semiparalizada que llevó el nieto. Alza contenta el brazo que estaba paralizado y grita: “Él apenas me tocó al pasar con su manto, y me curé. Ni siquiera se lo pedí, porque soy ya anciana... El tuvo piedad de mi deseo secreto. Y con el manto, con su punta que me tocó apenas el brazo muerto, me he curado. ¡Oh, cuán grande hijo ha tenido nuestro santo David! Gloria al Mesías. ¡Mirad, mirad! También mi pierna está curada como el brazo... Oh, me siento como de veinte años”.

Al dirigir todos la mirada a la anciana, que grita feliz con todas sus fuerzas, Jesús puede escabullirse sin que le estorben. Los apóstoles van detrás de Él. Cuando están ya solos, casi en la llanura, entre tupidos matorrales, se detienen un momento. Jesús dice: “Os bendigo. Regresad a vuestro trabajo y hacedlo como os lo he dicho hasta que regrese”.

Pedro que hasta ahora había estado callado, prorrumpe: “Pero, Señor mío, ¿qué has hecho? ¿Por qué dices que tenemos cuanto necesitan las almas? Es verdad; nos has dado mucho, pero somos calabazas, por lo menos yo, y... me queda muy poco de lo que me diste. Es como uno que después de una comida siente en el estómago lo más pesado. Lo demás ya no está”.

Jesús sonríe completamente: “¿Y dónde está lo demás?”

“No sé. Lo que sé es que son como platillos delicados, después de una hora siento como si no tuviese nada en el estómago; mientras que si como raíces pesadas o lentejas con aceite, sí se requiere tiempo para echarlas abajo”.

“Así es; pero ten en cuenta que las raíces y lentejas que te parece te llenan más, son las que menos sustancia dejan: es una escoria que pasa sin mucha utilidad. Entre tanto que los platillos que después de una hora ya no sientes, no están en tu estómago después de una hora, sino en tu sangre. Cuando un alimento es digerido no está en el estómago, sino que su jugo está en la sangre y ayuda mucho más. Ahora te parece y a tus compañeros también que de cuanto os he dicho no os queda nada o muy poco. Tal vez recordáis los papeles que son más conformes a vuestra particular naturaleza; a los violentos los papeles violentos; a los que gustan de mediar los papeles de medición; a los amorosos los papeles de amor. Sin perplejidad así es. Pero creedme: *todo está en vosotros*. Aunque os parezca que se ha diluido, lo habéis absorbido. El pensamiento se desenvolverá como un hilo multicolor que según tengáis necesidad os llevará colores suaves o fuertes. No tengáis miedo. Pensad también que Yo sé y que jamás os mandaría si os supiese incapaces de hacerlo. Adiós, Pedro. ¡Ea, alégrate! Ten fe. Un acto de fe en la Sabiduría omnipotente. Adiós a todos. El Señor quede con vosotros”.

Y ligero los deja todavía sorprendidos y espantados con lo que oyeron que tienen qué hacer.

“Y sin embargo es necesario obedecer” dice Tomás.

“Sí... Oh, ¡pobre de mí! Como que me voy detrás de Él...” murmura Pedro.

“No, no lo hagas. La obediencia para Él es amor” dice Santiago de Alfeo.

“Comenzar cuando lo tenemos cerca, y puede decirnos si nos equivocamos, es cosa elemental y también de santa prudencia. Debemos ayudarlo” aconseja Zelote.

“Es verdad; Jesús está más bien cansado. Es menester ayudarlo un poco, según nuestras fuerzas. No basta con llevar las alforjas, preparar los lechos y la comida. Eso lo puede hacer cualquiera. Pero ayudarlo como Él quiere, en su misión” expresa Bartolomé claramente.

“Como eres docto, dices bien; pero yo... pero yo soy casi un ignorante...” dice con voz llorosa Santiago de Zebedeo.

“¡Oh Dios! Ved que están llegando los que estaban allá. ¿Qué hacemos?” exclama Andrés.

Y Mateo: “Perdonad si yo, el más miserable, os aconsejo. ¿No sería mejor rogar al Señor, en lugar de estar aquí lamentándose, cosa que de nada sirve? Ea, Judas, tú que conoces bien las Escrituras, di por todos nosotros las plegarias de Salomón para alcanzar la Sabiduría¹. ¡Pronto y antes de que se acerquen”.

Tadeo con su hermosa voz empieza: “Dios de mis padres, Señor de misericordia que todo lo creaste... etc. etc....” hasta: “... por la sabiduría todos los que te agradaron desde el principio, Señor, fueron salvados”. Apenas tuvo tiempo de terminar antes de que llegase la gente, los rodease, los asaltase con miles de preguntas como a dónde fue el Maestro, cuándo regresará, y la más difícil de responder: “¿Cómo se hace para seguir al Maestro no con las piernas, sino con el alma por los caminos del sendero que Él señala?”

A esta pregunta los apóstoles se quedan sin saber qué responder. Se miran entre sí. Iscariote dice: “Con seguir la perfección” como si fuese una respuesta que diese una explicación completa...

¹ Cfr. Sap 9.

Santiago de Alfeo, más humilde y más calmado, piensa y luego dice: “A la perfección de la que habló mi compañero se llega obedeciendo la Ley. Porque la Ley es justicia y la justicia es perfección”.

Sin embargo la gente no está contenta y pregunta por boca de uno que parece ser el jefe: “Somos en el bien pequeños como niños. Los niños no conocen todavía el significado del bien y del mal, no pueden distinguir la diferencia. Y nosotros, en este camino que se nos señala, estamos tan mal preparados para distinguirlo. Conocíamos un sendero. El antiguo que nos enseñaron en las escuelas. Tan difícil, largo, espantoso. Ahora, al oír sus palabras, nos parece que es como aquel acueducto que desde aquí se ve. Abajo está el camino para los animales y para el hombre, arriba; sobre los arcos ligeros, arriba el sol y el firmamento cerca de las ramas más altas que chocan entre sí y que cantan al viento y a los pájaros, hay otro camino, liso, limpio, luminoso cuando el de abajo es escabroso, sucio, oscuro, un camino para las aguas que son limpias y parlanchinas, que son bendición, que vienen de Dios y que reciben las caricias de lo que es de Dios: de los rayos del sol y de las estrellas, de nuevas ramas, flores, aleteos de golondrinas. Queríamos llegar hasta ese camino alto, que es el suyo, y no sabemos, porque estamos clavados aquí, en lo bajo, con el peso de todas las construcciones antiguas. ¿Cómo haríamos?”

El que habló es un joven como de veinticinco años, moreno, robusto, de mirada inteligente y de aspecto que no es de pueblerino como el de casi todos los presentes. Se apoya en otro que es más maduro.

Iscariote, que como es alto, lo ve, dice en voz baja a sus compañeros: “Pronto, hablad bien ¡Está Ermas con Esteban el predilecto de Gamaliel! Cosa que termina por descorazonar a los apóstoles.

En fin, Zelote toma la palabra: “No existiría el arco si no existiese base en el camino oscuro. Este sirve de centro para que él se lance y suba a lo azul que a ti te gusta. Las piedras enterradas en el suelo, y que sostienen el peso sin poder gozar de los rayos, sin poder volar, no ignoran que exista, porque no falta la golondrina que con su chirrido llegue hasta el lodo y acaricie la base del arco, y no falta rayo del sol o de estrella que no les diga qué bello es el firmamento. Así en los siglos pasados de cuando en cuando bajó del cielo una promesa, un rayo celestial de sabiduría, para acariciar las piedras temerosas de la ira divina. Porque las piedras fueron necesarias, jamás son, fueron y serán inútiles. Sobre ellas el hombre ha llegado a conocer el tiempo presente y la sabiduría del conocer sobre humano.

Ya estoy leyendo tu objeción que veo escrita en tu cara. Todos la hemos tenido antes de haber sabido comprender qué es la Nueva Doctrina, la Buena Nueva que se predica a los que no han podido llegar a ser capaces de elevarse hasta ella apoyándose en las piedras del saber, sino que cada vez más encontraron tinieblas como un muro que se entierra en un oscuro abismo.

Nosotros, para salir de esta enfermedad de oscuridad sobrenatural, debemos liberar con valor la piedra fundamental de todas las piedras que están sobre ella. No tengáis miedo de destruir el alto muro que no trae consigo las aguas limpias de eterna fuente. Volved a la base. Esta no se cambia. Es de Dios, es inmovible. Pero antes de quitar las piedras –no todas son malas ni inútiles– examinad una por una, el sonido de la palabra de Dios. Si oís que no desafinan, conservadlas, usadlas nuevamente para la construcción. Pero si desafinasen o fuesen iguales a la voz satánica –no os podéis equivocar, porque si es palabra de Dios, su sonido es de amor, si es humana es de sensualidad, si voz satánica, de odio– sólo entonces reducid a añicos las piedras malas. He dicho “reducir a añicos” porque acto de caridad es no dejar atrás brotes u objetos dañinos que puedan seducir al viajero y lo induzcan a hacer uso de ellas para su mal. Destruid completamente cualquier cosa que en vuestras acciones no fuese buena, en vuestros escritos o enseñanzas. Es preferible quedarse con poco, elevarse apenas un centímetro con

buenas piedras que con malas a metros. Los rayos del sol y las golondrinas bajan también sobre las paredes que casi apenas se elevan sobre el suelo y las florcitas humildes de la vera del camino llegan a acariciar las piedras que están a flor de tierra. Pero las soberbias piedras que quieren elevarse difíciles y ásperas no reciben sino bofetones de zarzas y de hierbas venenosas. Destruíd para que construyáis nuevamente, y para que subáis a la voz de Dios después de experimentar la bondad de vuestras antiguas piedras”.

“Hablas bien; no cabe duda. Pero ¡subir! ¿Cómo? Te hemos dicho que somos como niños. ¿Quién nos ayuda a subir sobre la alta columna? Probaremos las piedras al sonido de Dios, destruiremos las que no son buenas, pero ¿cómo subir? ¡Da vértigo sólo pensarlo!” dice Esteban.

Juan, que con la cabeza inclinada pero sonriendo, ha estado escuchando, levanta una cara luminosa y toma la palabra: “¡Hermanos! Causa vértigo el subir. Es verdad; pero ¿quién os ha dicho que sea necesario lanzarse sobre la cima directamente? Esto no ya los niños, pero ni siquiera los adultos pueden hacerlo. Tan sólo los ángeles pueden lanzarse a la infinitud azul, porque están libres del peso de la materia. Entre los hombres sólo los gigantes en santidad pueden hacerlo.

Tenemos uno todavía, en este mundo envilecido, que sabe hacerlo como los antiguos que florecieron en Israel, cuando los Patriarcas eran amigos de Dios y la palabra del Código eterno era la única, y a la que obedecían todas las criaturas honestas. Juan, el Precursor enseña cómo se lanza uno sobre la cima directamente. Juan es un hombre, pero la gracia que le ha comunicado el Fuego de Dios, al principio desde el vientre de su madre, así como el Serafín limpió los labios del profeta², para que pudiese preceder al Mesías, dio a Juan alas de ángel y la penitencia, desde su cuerpo donde arde el espíritu del que es dueña la gracia, pueden lanzarse a lo alto del arco, más allá del que está Dios, nuestro Altísimo Señor y puede, dominando los siglos pasados, el día presente, el tiempo futuro, anunciar, con voz de profeta, con ojos de águila que puede mirar fijamente el sol eterno y reconocerlo: “He ahí el Cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo”³, y morir después de este canto sublime que se empleará no sólo en el tiempo limitado, sino en el Tiempo sin fin, en la Jerusalén para siempre eterna y bienaventurada, para aclamar la Segunda Persona, para invocarla sobre las miserias humanas, para cantarle himnos en los resplandores eternos.

Pero el Cordero de Dios, el dulcísimo Cordero que dejó su luminosa mansión de los cielos en los cuales está el Fuego de Dios –oh eterna generación del Padre que concibe con el pensamiento iluminado y santísimo su Verbo, y se lo absorbe produciendo una fusión de amor que crea al Espíritu de Amor en quien se concentra la Potencia y Sabiduría– el Cordero de Dios que ha dejado su purísima incorpórea forma, para encerrar su pureza infinita, su santidad, su naturaleza divina en carne mortal, sabe que a nosotros no nos ha limpiado la gracia, y sabe que no podemos, como el águila que es Juan, lanzarnos a las alturas, a la cima donde está Dios Uno y Trino. Somos nosotros los pajaritos del techo y del camino, somos las golondrinas que tocan el azul del firmamento pero que se alimentan de insectos; somos las calandrias que quieren cantar para imitar a los ángeles, pero respecto de su canto, el nuestro es un grito desafinado de chicharra de estío. Esto lo sabe el dulce Cordero de Dios, que ha venido a quitar los pecados del mundo. Porque, si no es ya más el Espíritu infinito de los cielos, pues se ha encerrado en una carne mortal, su infinitud no ha disminuido por esto, y sabe todo, porque infinita es su sabiduría.

Ved que ahora nos enseña el camino, el camino del amor. Él es el Amor que por misericordia a nosotros se hizo carne. Ved que este Amor misericordioso nos depara el camino

² Cfr. Lc. 1, 5–17 y 39–45; Is. 6.

³ Cfr. Ju. 1, 29–34.

por el cual hasta los pequeñuelos pueden subir y Él, no porque tenga necesidad, sino para enseñarnoslo, es el primero en recorrerlo. Ni siquiera tendría necesidad de abrir las alas para sumergirse en el Padre. Su espíritu, yo os lo aseguro, está encerrado acá en la tierra de miseria, pero siempre está con el Padre, porque Dios todo lo puede y Él es Dios. Va caminando por delante, dejando los aromas de su santidad, el oro y el fuego de su amor. Ved su camino. Cuán perfectamente llega al arco superior, pero cuán suave y seguro es. No es una recta, es una espiral, más larga; y su sacrificio de un amor misericordioso se descubre en esta largura en la que se detiene Él mismo por amor a nosotros, los débiles. Es más larga pero se adapta más a nuestra miseria. La subida al amor de Dios es un abismo que podría decirse inalcanzable, si Él no se rebajase para que las almas que están enamoradas de Él puedan llegar a Él, para sentir que las besa. (Juan habla y llora sonriente, por la emoción que experimenta al revelar a Dios). Es largo el camino sencillez del amor, porque el Abismo que es Dios no tiene fondo, y uno puede subir cuanto quiera. El Abismo admirable llama a nuestro abismo miserable, lo llama con sus luces y dice: “Venid a Mí”.

¡Oh, invitación de Dios! ¡Invitación del Padre! ¡Escuchad, escuchad! Llegan hasta nosotros palabras dulcísimas desde los cielos que dejó abiertos Cristo porque abrió sus puertas, y para tenerlas abiertas puso las de la misericordia y del perdón, para que mientras los hombres esperan la gracia lleguen hasta ellos, por lo menos, luces, perfumes, cantos y bonanzas, capaces de seducir santamente los corazones humanos. Es la voz de Dios que habla. Dice: “¿Vuestra infancia? Pero ¡sí es la mejor moneda! Quisiera que os hicieseis completamente pequeñuelos para que exista en vosotros la humildad, sinceridad y amor de los pequeñuelos, el amor confiado de los hijos para con su padre. ¿Vuestra incapacidad? Pero ¡Sí es mi gloria! ¡Oh, venid! Ni siquiera os pido que probéis antes el sonido de las piedras buenas o malas, ¡dádmelas! Las escogeré y vosotros construiréis. ¿La escalera a la perfección? ¡Oh, no pequeños hijos míos! Poned la mano en la mano de mi Hijo, Hermano vuestro, y subid así a su lado...” ¡Subir, llegar a Ti, Eterno Amor! ¡Asemejarnos a Ti, esto es, a tu Amor!

¡Amar, he aquí el secreto!... ¡Amar! Darse... ¡Amar!... Borrarse... ¡Amar! Fundirse... ¿La carne? Es nada. ¿El dolor? Nada. ¿El tiempo? Nada. El pecado mismo se anula si yo lo disuelvo en tu fuego, oh Dios. El amor sólo existe, El amor, el amor que nos ha dado el Dios encarnado, nos dará su perdón. Y amar es algo que nadie sabe mejor que los niños. Y nadie es más amado que un pequeñuelo.

¡Oh, tú a quien no conozco, pero que quiere conocer el Bien para distinguirlo del mal, para tener el firmamento azul, el Sol celestial, todo lo que es alegría sobrenatural, ama y lo tendrás! Ama a Cristo. Morirás en la vida, pero resucitarás en el espíritu, con un espíritu nuevo; sin tener más necesidad de usar las piedras, serás para la eternidad un fuego que no muere. La llama tiende a lo alto. No tiene necesidad ni de escalones, ni de alas para subir. Libera tu “yo” de toda construcción, pon en ti el amor. Te encenderás. Deja que suceda sin restricciones. Aviva, antes bien, la llama, echando en ella, para alimentarlo, tu pasado de pasiones, de saber. La flama consumirá lo que es menos bueno y lo que es ya metal fino se hará puro. Arrójate, oh hermano, en el amor activo y gozoso de la Trinidad. Comprenderás lo que ahora te parece incomprensible porque comprenderás a Dios⁸, el Comprensible que sólo se da a los que se entregan sin medida a su fuego sacrificador. Te unirás a Dios en un abrazo de llama, rogando por mí, el pequeño de Cristo, que ha tenido el atrevimiento de hablarte del amor”.

Todos están estupefactos: los apóstoles, los discípulos, los fieles... A quien se dirigió Juan está pálido, entre tanto que él está como una rosa encendida no por la fatiga sino por el amor.

Esteban lanza un grito: “¡Bendito tú! Dime ¿Quién eres?”

⁸ Para el significado de la palabra “comprender” cfr. Ef. 3, 18.

Y Juan –el cual tiene un movimiento que trae a mi mente el de la Virgen, en el momento de la Anunciación– dice quedito, inclinándose como si adorase al que nombra: “Soy Juan. Soy el más pequeño entre los siervos del Señor”.

“Pero ¿quién era tu maestro antes?”

“Otro que no es Dios, porque bebí la leche espiritual de Juan al que Dios santificó de antemano, como el pan de Cristo, Verbo de Dios y bebo el fuego de Dios que me viene de los cielos. ¡Sea dada la gloria al Señor!”

“¡Oh! Yo no os dejaré más. Ni a ti, ni a estos. Tomadme con vosotros”

“¿Cuándo? ¡Oh! Pero aquí está Pedro, nuestra cabeza” y Juan toma al atolondrado Pedro y así lo proclama como el primero”.

Pedro recobra su aliento: “Hijo, a grande misión, madura reflexión. Este es nuestro ángel que inflama. Es necesario saber si la llama en nosotros podrá durar. Mídete a ti mismo, y luego ven al Señor. Te abriremos el corazón como a un hermano muy amado. Entre tanto, si quieres conocer mejor nuestra vida, quédate. Las greyes del Mesías pueden aumentar sin medida alguna para que sean escogidos los perfectos y los imperfectos, y distinguidos los verdaderos corderos de los cabros”.

Y con esto termina la primera manifestación apostólica.

27. En la casa de Juana de Cusa. Jesús y las romanas

19 mayo 1945

Jesús, con la ayuda que le prestó un barquero, desembarca en el puentecillo del jardín de Cusa. Lo vio ya un jardinero y corre a abrirle el cancel que prohíbe la entrada a la propiedad de la parte del lago. El cancel grande y fuerte está detrás de una valla espesísima de laureles y bosques de la parte externa, que da al lago y de rosas de colores variados que hay en la parte interior. Los espléndidos rosales florecen sobre la fronda de color bronceado de laureles y hojas, se meten entre las ramas, se ven por la otra parte, trepando por toda la verde valla dejan caer su cabellera florida. En un punto, donde se encuentra un camino se ve solo el cancel, y allí se abre para dar paso a quien viene del lago, y al que va a él.

“La paz a esta casa y a ti. ¿Dónde está tu patrona?”

“Con sus amigas allí. La voy a llamar. Hace tres días que te están esperando por temor de llegar tarde”.

Jesús sonríe. El siervo va corriendo a llamar a Juana. Entre tanto Jesús, camina lentamente al lugar que el siervo le había señalado, admirando el espléndido jardín, mejor dicho, el espléndido rosal, que Cusa hizo plantar para su mujer. Rosas de todos los colores, tamaños y formas, en este lugar separado del lago ríen, hermosas. Hay otras plantas que florecerán pero que todavía no están y además son pocas en comparación de la multitud de rosas.

Acude aprisa Juana. Ni siquiera ha depositado el cesto que tiene rosas hasta la mitad, ni las tijeras que tenía para cortarlas, y corre así, con los brazos extendidos, ligera y gentil. Su vestido es de lana finísima de un tenue color rosado. Sus dobleces los sostienen cabujones y hebillas de filigrana de plata en que resplandecen pálidos granates. En los cabellos negros y ondulados una diadema a manera de mitra también de plata y con granates, que detiene el velo ligerísimo, de color rosado que cae por detrás, dejando descubiertas las pequeñas orejas de las que cuelgan pesados aretes semejantes a la diadema. Su cara resplandeciente de alegría. En su delgado cuello brilla un collar que hace juego con los demás adornos que lleva.

Deja caer su cesto a los pies de Jesús y se arrodilla a besarle el vestido, entre las rosas esparcidas.

“La paz sea contigo, Juana. Aquí estoy”.

“Y yo soy feliz. Ya vinieron ellas. Oh, ahora reparo que tal vez hice mal en haber hecho esto. ¿Cómo os entenderéis? Son de veras paganas” Juana está un poco confusa.

Jesús sonríe, le pone la mano sobre la cabeza: “No tengas miedo. Nos entenderemos a las maravillas y tú has hecho muy bien en “hacer esto”. El encuentro florecerá de bienes como tu jardín de rosas. Recoge esas pobres rosas que has dejado caer y vamos con tus amigas”.

“¡Oh, rosas hay muchísimas! Lo estaba haciendo para pasar el tiempo, y porque mis amigas son así... así... voluptuosas... les gustan las flores como si fuese... no sé...”

“A mí también me gustan— ¿Ves que hemos encontrado ya un argumento sobre el que podemos entendernos? ¡Ea! Recojamos estas espléndidas rosas...” y Jesús se inclina para darle ejemplo.

“Tú no, Tú no, Señor. Si de veras lo quieres, mira... está hecho”.

Camina hasta un kiosco que está formado de un trenzado de rosas multicolores. Tres romanas se asoman por el umbral: Plautina, Valeria y Lidia. La primera y la última están sin saber qué hacer, pero Valeria corre afuera y se inclina diciendo: “¡Salve Salvador de mi pequeña Fausta!”

“Paz y luz a ti y a tus amigas”.

Las amigas se inclinan sin hablar.

Ya conocemos a Plautina. Alta, majestuosa, de ojos negros brillantes, un poco imperiosa, baja su frente lisa y blanquísima de nariz recta perfecta; de boca un poco gruesa pero bien hecha, de mentón redondo marcado. Me trae a la memoria ciertas estatuas hermosas de emperatrices romanas. Anillos pesados brillan en sus bellas manos y grandes brazaletes de oro adornan sus brazos, de una verdadera estatua y en el pulso y más arriba del codo, que se deja ver fuera de la manga drapeada, de un color blanco rosado, liso y perfecto.

Lidia por su parte es rubia más delgada y más joven. No tiene la majestad de Plautina, pero tiene toda la gracia de una juventud femenina todavía no madura. Y ya que nos encontramos en un tema pagano, podría decir que si Plautina parece la estatua de una emperatriz. Lidia podría ser Diana o una ninfa de gentil y púdico aspecto.

Valeria ahora que no se encuentra en un estado de aflicción inmensa en que la vimos en Cesarea, se deja ver en su belleza de joven madre, de formas llenas, pero todavía juveniles, de ojos tranquilos de una madre feliz que alimenta y que ve crecer con su leche el fruto de sus entrañas. De color rosado y castaño, tiene una sonrisa tranquila, pero muy cariñosa.

Me da la impresión de que sean inferiores en grado a Plautina, a la que con la mirada respetan como reina.

“¿Os ocupáis de flores? Seguid, seguid. Podemos hablar aún mientras cortáis estas espléndidas obras del Creador que son las flores, y mientras las disponéis hábilmente, en lo que Roma es maestra, para prolongarles la vida, ¡ay de Mí!, demasiado breve... Si admiramos este botón que apenas deja ver su sonrisa con sus pétalos amarillo-rosados, ¿cómo no lloraríamos al verlo morir? ¡Cómo se quedarían estupefactos los israelitas en oírme hablar de estas cosas! Pero es que también en las plantas que florecen nos parece sentir un no sé qué de vida. Y nos causa dolor ver que se acaban. Sin embargo, la planta es más sagaz que nosotros. Sabe que a cada herida de su tallo cortado nacerá un nuevo retoño que será una nueva rosa. Y ved que entonces nuestra inteligencia debe acoger esta enseñanza y hacer del amor un poco sensual por las flores, un incentivo para pensar en cosas más altas”.

“¿Como qué, Maestro?” pregunta Plautina que atenta escucha y que está seducida con el pensamiento elegante del Maestro israelita.

“Esto; mientras la planta no muere, entre tanto sus raíces se nutran del suelo, no muere porque mueran los tallos. De igual modo, el género humano no muere por excluirse al vivir

terreno de un ser; sino que siempre brota con nuevas flores, y –pensamiento todavía muy grande y apto para hacernos rededir al Creador– y mientras la flor, una vez que se marchita, no vuelve a vivir, y esto causa tristeza, el hombre aunque se duerma con el último sueño, no está muerto, sino que vive con una vida muy radiante, obteniendo por su parte mejor la vida eterna y el esplendor del Creador que lo hizo. Por esto, Valeria, si tu niña hubiese muerto, no habrías perdido sus caricias. A tu alma llegaría siempre el beso de tu hijita, que aunque separada, no se habría olvidado de tu amor. ¿Ves qué dulce es tener fe en la vida eterna? ¿Dónde está la niña?”

“En aquella cuna tapada. Antes no me separaba de ella, porque el amor de mi marido y de mi hija eran dos objetos iguales en mi vida; pero ahora que sé qué cosa es verla morir, no la dejo ni siquiera por un instante”.

Jesús se dirige a un asiento sobre el que está una especie de cuna de madera, cubierta con una rica manta. La quita y mira a la niña que duerme. Al punto se despierta al sentir un aire más fresco, Sus ojitos se abren sorprendidos y una sonrisa de un ángel se asoma por su boquita, mientras sus manitas, cerradas en puño, se abren con ansia de coger los cabellos ondulados de Jesús, entre tanto que un gorgoteo de pajarito parece venir de un discurso que tuviera en su cabecita. Al fin se oye la palabra universal: “Mamá”.

“Tómala, tómala” dice Jesús y se hace a un lado para dejar a Valeria que se inclina sobre la cuna.

“¡Te dará fastidio!... Voy a llamar a una esclava y le diré que se la lleve al jardín”.

¿Fastidio? ¡Oh no! Los niños jamás dan fastidio. Son siempre mis amigos”.

“¿Tienes hijos o nietos, Maestro?” pregunta Plautina que observa con qué sonrisas Jesús provoca a la niña para hacerla reír.

“No tengo ni hijos ni nietos, pero amo a los niños como amo las flores. Son puros y sin malicia. Mujer, dame tu niña. Es muy dulce para Mí estrechar contra mi corazón un pequeño ángel”. Y se sienta con la niña, que lo observa, que despeina la barba que se divierte más a sus anchas con la orla del manto y el cordón del vestido a los que dedica un largo y misterioso discurso.

Plautina dice: “Nuestra buena e inteligente amiga, una de las pocas que no se desdeña de nosotros y no se corrompe a nuestro contacto, te habrá dicho que teníamos deseos de verte y oírte para juzgarte por lo que eres. Porque Roma no cree embustes... ¿Por qué te ríes, Maestro?”

“Después te lo diré, prosigue”.

“Porque Roma no cree a los embustes y quiere juzgar con ciencia y conciencia antes de condenar y exaltar. Tu pueblo te exalta y te calumnia con igual fuerza. Tus obras podrían hacerte subir. Las palabras de muchos israelitas bastarían para creerte poco menos que un delincuente. Tus palabras son solemnes y sabias como las de un filósofo. A Roma le gustan mucho las doctrinas filosóficas y... debo confesarlo, nuestros filósofos actuales no tienen una doctrina que satisfaga tan bien, porque no corresponde su forma de vida con ella”.

“No pueden tener una forma de vida que corresponda a su doctrina”.

“Porque son paganos, ¿no es verdad?”

“No. Porque son ateos”.

“¿Ateos? Tienen sus dioses”.

“Mujer, ni siquiera eso tienen. Te acuerdas de los antiguos filósofos, los más grandes. Eran filósofos paganos, pero no obstante, mira qué elevación de vida tuvieron, mezclada con el error, porque el hombre es arrastrado por él. Pero cuando estuvieron frente a los misterios más grandes: la vida y la muerte; cuando se encontraron ante el dilema de la Honestidad y Deshonestidad, de la Virtud o Vicio, de la Heroicidad y Villanería, y pensaron que al abrazar al mal, vendría desgracia a la patria y conciudadanos, entonces con una voluntad ciclópea

desecharon los tentáculos de pulpos, y libres y santos supieron amar el Bien a cualquier precio. Este Bien no es otra cosa que Dios”.

“¿Tú eres Dios, así se dice. ¿Es verdad?”

“Soy el Hijo de Dios verdadero, hecho carne sigo siendo Dios”.

“Pero ¿qué es Dios? El más grande de los maestros, si te miramos a Ti”.

“Dios es más que un Maestro. No rebajéis la idea sublime de la Divinidad a una limitación de la sabiduría”.

“La sabiduría es una deidad. Tenemos a Minerva. Es la diosa del saber”.

“Tenéis también a Venus, la diosa del placer. ¿Podéis admitir que un Dios, o sea, un ser superior a los mortales haya llevado a la perfección, todo lo que es porquería de ellos? ¿Podéis pensar que uno que es eterno tenga eternamente las pequeñas, mezquinas, humillantes delicias de quien dispone de una hora? ¿Y que haga de esto meta de su vida? ¿No pensáis qué cielo asqueroso es el que llamáis Olimpo donde fermentan los humores más irritantes del género humano? Si echáis vuestros ojos al cielo, ¿qué veis? Lujuria, crímenes, odios, guerras, robos, embriagueces, engaños, venganzas. Si queréis celebrar las fiestas de vuestros dioses ¿qué hacéis? Orgías. ¿Qué culto les dais? ¿Dónde está la verdadera castidad de las consagradas a la Vesta? ¿En qué ley divina se apoyan para juzgar vuestros pontífices? ¿Qué palabras pueden leer en el vuelo de los pájaros, o en el ruido del trueno vuestros augures? Y las entrañas sangrientas de los animales sacrificados ¿qué respuesta pueden dar a vuestros arúspices? Se ha dicho: “Roma no cree a los embustes”. Y entonces ¿por qué creéis que doce pobres hombres, que hacen dar vuelta a un cerdo, una oveja, o un toro, por los campos y después de haberlos inmolado, puedan ofrecer propiciación a Ceres, si tenéis infinitas deidades, que mutuamente se odian, y de cuyas venganzas estáis persuadidos? No. Una cosa muy diversa es Dios. Es eterno, único y espiritual”.

“Pero Tú dices ser Dios y eres carne”.

“Hay un altar sin dios en la patria de los dioses. La sabiduría humana lo dedicó al Dios desconocido¹. Los sabios, los verdaderos filósofos intuyeron que hay alguna cosa más allá del escenario creado por aquellos eternos niños que son los hombres, con sus espíritus envueltos en el error. Si, pues, estos sabios –que han intuido que hay alguna cosa más allá del escenario mentiroso, alguna cosa verdaderamente sublime y divina que ha hecho cuanto existe, y de quien procede lo que hay de bueno en el mundo– quisieron dedicar un altar al Dios desconocido, que presentían ser el Dios verdadero, ¿cómo podéis vosotros dar el nombre de dios a lo que no es, y decir que conocéis lo que en realidad no sabéis? Ante todo procurad saber quién es Dios para poder conocerlo y honrarlo. Dios es el que con su pensamiento creó todo de la nada. ¿Os puede convencer y satisfacer la fábula de las piedras que se cambian en hombres? En verdad, hay hombres más duros y malvados que la piedra y hay piedras más útiles que el hombre. ¿No acaso, Valeria, te es más dulce al mirar a tu pequeñita, pensar: “Es una criatura que vive por voluntad de Dios, Él la creó y formó. Le ha dado una segunda vida que no muere, de modo que todavía tendré a mi pequeña Fausta para la eternidad, si creo en el Dios verdadero”; antes bien hay que decir: “Este cuerpecito de rosa, esos cabellos finísimos, estas pupilas serenas ¿vienen de una piedra”? ¿O también decir: “Soy semejante en todo a una loba o a una yegua, y como ellas me aparejo, como ellas engendro, como ellas doy alimento, y esta hija es fruto de mi instinto animal, es un animalito igual a mí, y mañana cuando ella y yo también estemos muertas, seremos dos carroñas que se descompondrán en hedor y que jamás se volverán a ver”? ¡Dime! Tu corazón de madre ¿cuál de las razones escogería?”

¹ Cfr. Hech. 17, 16–34.

“La segunda no, Señor. Si hubiese sabido que Fausta no iba a disolverse (morir) para siempre, mi dolor, cuando agonizaba, hubiera sido menos, pues habría dicho: “He perdido una perla; pero todavía existe, y la volveré a encontrar” ”.

“Así es. Cuando vine a veros, vuestra amiga me dijo que se admiraba de vuestra pasión por las flores, y temía que me pudiese disgustar. Le dije claramente: “También Yo las amo, y por esto podemos entendernos bien”... Pero quiero llevaros a amar las flores, como llevo a Valeria a amar a su niñita, a la que cuidará mucho más, ahora que sabe que tiene alma, que es una partecita de Dios encerrada en su cuerpecito; una partecita que no muere, y que la mamá encontrará en el cielo, si creyese en el Dios verdadero. Así también vosotras; mirad esta espléndida rosa. La púrpura que adorna la veste imperial es menos espléndida que este pétalo, que no sólo alegra los ojos por su color, sino que también al tacto con su suavidad y al olfato con su perfume. Y mirad ésta, y también ésta y aquella. La primera tiene el color de sangre, la segunda es como nieve caída apenas y la tercera es oro pálido; la de más allá parece haber sido hecha con la dulce carita infantil que me sonrío. Pero ved: la primera parece tiesa en su grueso tallo, casi sin espinas, de color rojizo en sus hojas como si estuviese salpicada de sangre; la segunda tiene rayos y pequeños garfios, y opacas y pálidas hojas en el tallo; la tercera es flexible como junco y tiene hojas pequeñas y brillantes como de verde cera; la de más allá parece como si impidiese de cualquier modo tocar su corola rosada, pues tantas espinas la rodean. Parece una lima de punta muy aguda. Pensad ahora, ¿Quién ha hecho todo esto? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿En dónde? ¿Qué cosa era este lugar en las noches de los tiempos?

No había nada. Existía sólo el confuso moverse de los elementos. Dios dijo un “Quiero” y los elementos se separaron reuniéndose. Oyose otro “Quiero” y se ordenaron uno después del otro: el agua entre la tierra, el uno sobre el otro, el aire y la luz en el planeta ordenado. Un “Quiero” más y existieron las plantas, y luego vinieron las estrellas, después los animales y a continuación el hombre. Y para que el hombre tuviese deleite, Dios alargó a su predilecto cual hermosos juguetes, flores, astros, y por último la alegría de procrear no lo que muere, sino lo que sobrevive a la muerte por una gracia suya, que es el alma. Estas rosas son una manifestación más de la voluntad del Padre. Su infinito poder se muestra en la infinitud de bellezas.

No he podido explicarme mejor porque vuestra inteligencia no lo puede aceptar. Espero sin embargo que, para ser la primera vez que nos encontramos, haya algún punto de comprensión. Trabaje vuestra alma en lo que he dicho. ¿Tenéis alguna pregunta qué hacer? Hacedla. Estoy aquí para responder. La ignorancia no es vergüenza, lo es persistir en ella cuando hay alguien que puede esclarecer las dudas”.

Y Jesús como si fuese el papá más experimentado, sale del kiosco llevando consigo la pequeñita que comienza a dar los primeros pasos y que quiere ir a un surtidor que brilla al sol.

Las mujeres se quedan donde estaban hablando entre sí. Y Juana, viéndose en medio de dos deseos, se para en el umbral del kiosco. Al fin Lidia se decide, y después de ella las demás y van a Jesús que ríe porque la niña quiere coger el sol reflejado en el agua y no aprieta sino rayos y vuelve a insistir una y otra vez con un grito de pichoncito en sus labios rosa.

“Maestro... no comprendo por qué dijiste que nuestros maestros no pueden tener una forma de vida buena porque son ateos. Creen en un Olimpo, pero creen...”

“No tienen más que la apariencia exterior. Hasta que hayan creído verdaderamente, como creyeron los verdaderos sabios en aquel desconocido del que te hablé, en aquel Dios que aunque sin nombre satisfacía su alma que inconcientemente lo quería; hasta que hayan vuelto su pensamiento en este ser, muy superior, *muy superior a los pobres dioses llenos de humanidad, y de baja humanidad*, que el paganismo les ha dado, habrán vislumbrado necesariamente un poco de Dios. El alma es un espejo que refleja y un eco que devuelve”.

“¿Qué cosa, Maestro?”

“A Dios”.

“¡Es una gran palabra!”

“Es una gran verdad”.

Valeria, atraída por el pensamiento de la inmortalidad, pregunta: “Maestro, explícame, dónde está el alma de mi niña. Besaré ese lugar como un sagrario y lo adoraré, porque es parte de Dios”.

“El alma es como este rayo de luz que Faustina quiere coger y no puede porque es incorpóreo. Pero existe. Yo, tú, tus amigas lo vemos. De igual modo el alma es invisible en todo lo que hace que se diferencie el hombre del bruto. Cuando tu niña te llegue a comunicar sus primeros pensamientos, ten en cuenta que la inteligencia que es desarrollo, es su alma. Cuando te llegue a amar no con el instinto, sino con la razón, piensa que aquel amor es su alma. Cuando crezca bella a tu lado, no tanto en el cuerpo, sino en virtud, piensa que esa belleza es su alma. Y no adores el alma, sino al Creador de ella, a Dios que quiere hacerse en cada alma buena un trono”.

“Pero, ¿dónde está esa cosa incorpórea y sublime: en el corazón, en el cerebro”

“Está en todo el hombre. En ella cabéis y cabe ella en vosotros. Cuando se separa, os convertís en cadáveres. Cuando muere, con algún delito que el hombre mismo hubiese cometido, estáis condenados, os separáis para siempre de Dios”.

“Lugo, admites que el filósofo que nos llamó “inmortales” tenía razón, aunque era pagano?” pregunta Plautina.

“No lo admito, es algo más. Digo que es una cosa que hay que creer. La inmortalidad del alma o se, la inmortalidad de la parte superior del hombre es el misterio más seguro y más consolador al creer. Es lo que nos asegura de dónde venimos, y a dónde vamos, de quién somos y nos quita la amargura de cualquier separación”.

Plautina piensa detenidamente. Jesús la observa y calla. Al fin pregunta: “¿Y tienes, Tú alma?”

Jesús responde: “Por supuesto”.

“Pero ¿eres o no eres Dios?”

“Soy Dios, te lo he dicho, pero por ahora he tomado naturaleza humana. Y ¿sabes por qué? Porque sólo con este sacrificio mío podía explicar los puntos insuperables a vuestra razón, y después de haber destruido el error, liberado el pensamiento, podía liberar también el alma de una esclavitud que por ahora no te puedo explicar—. Por esto he encerrado la Sabiduría en un cuerpo, la Santidad en un cuerpo. Esparzo la Sabiduría como semilla en el terreno y como polen a los vientos, la Santidad se desparramará en el mundo en la hora de la gracia, como de una preciosa ánfora que se ha roto y santificará los hombres. Entonces el Dios ignoto será conocido”.

“Pero, Tú ya eres conocido. Quien ponga en duda tu poder y tu sabiduría es un malvado y un mentiroso”.

“Soy conocido. Pero no es más que el alba. El mediodía será cuando todos me conozcan”.

“¿Cómo será tu mediodía? ¿Lo veré yo?”

“En realidad será un triunfo y lo sabrás, porque tienes náuseas de lo que sabes y apetito de lo que ignoras. Tu alma tiene hambre”.

“¡Es verdad! Tengo hambre de la verdad”.

“Yo soy la Verdad”.

“Concedete, pues, a la que tiene hambre”.

“No tienes más que venir a mi mesa. Mi palabra es pan de verdad”.

“Pero ¿qué dirán nuestros dioses si los abandonamos? ¿No se vengarán de nosotros?” Pregunta Lidia, llena de miedo.

“Mujer: ¿has visto alguna vez una mañana de neblina? Los prados se pierden bajo una neblina que los esconde. Llega el sol, y la niebla desaparece, y los prados más bellos resplandecen. Así también vuestros dioses, neblina del pensamiento humano que, ignorando a Dios y teniendo necesidad de creer, porque la fe es el estado permanente y necesario del hombre, se crearon este Olimpo, verdadero embuste que no puede sostenerse. De este modo también vuestros dioses, al levantarse el Sol, el Dios verdadero, se esfumarán de vuestros corazones sin poder dañarlos, porque no existen”.

“Será necesario que otra vez te escuchemos. Nos encontramos completamente ante lo desconocido. Todo lo que dices es nuevo”.

“¿Te repugna? ¿No lo puedes aceptar?”

Plautina responde clara: “No. Me siento más orgullosa de lo poquísimo que sé, y que Cesar no sabe, que de mi nombre”.

“Entonces persevera. Os dejo con mi paz”.

“Pero ¿Cómo? ¿No te quedas, Señor mío?” Juana se pone tristísima.

“No me quedo. Tengo mucho qué hacer...”

“¡Oh, que te quería contar mis penas!”

Jesús que se pone en camino, después del saludo respetuoso de las romanas, se vuelve y dice: “Ven hasta la barca y me contarás tus penas”.

Juana viene con Jesús y le dice: “Cusa me quiere enviar por algún tiempo a Jerusalén y a mí no me gusta. Lo hace para que no me releguen al olvido ahora que estoy sana”.

“También tú te creas neblinas inútiles”. Jesús tiene un pie sobre la barca: “Si pensases que así podrías darme hospedaje o seguirme con más facilidad estarías contenta y dirías: “La Bondad ha pensado en esto””.

“Oh... es verdad, Señor mío! No había reflexionado en ello”.

“Así pues, obedece como una buena esposa. Tu obediencia te premiará al tenerme como huésped tuyo en la próxima Pascua, y con ayudarme a evangelizar a tus amigas. La paz sea contigo”.

La barca se separa y todo termina.

28. Aglae en casa de María de Nazaret

20 mayo 1945

María está trabajando sosegadamente en una tela. Ya ha anochecido. Las puertas están cerradas. Una lámpara con tres quemadores ilumina la pequeña habitación de Nazaret y sobre todo la mesa cerca de la que está la Virgen. La tela, tal vez una sábana, cayendo por las rodillas y sobre el banco llega hasta la tierra. El vestido de María es color azul oscuro, parece como que saliese de un montón de nieve. Está sola. Rápidamente cose con la cabeza inclinada en su trabajo. La luz ilumina la punta de su cabeza con reflejos de oro pálido. Lo demás del rostro está en la penumbra.

En la habitación que es todo orden, reina el más grande silencio. Ni por la calle se oye rumor alguno, ni en el huertecillo. La pesada puerta que conduce al huerto de la habitación donde trabaja María, donde suele tomar sus alimentos y recibir a los amigos, está cerrada e impide que entre aun el rumor de la fuente que brota en el estanque. Es un silencio profundo. Me gustaría saber dónde está el pensamiento de la Virgen mientras sus manos ligeras trabajan...

Oye que alguien llama quedamente a la puerta. María levanta su cabeza, escucha... Ha sido tan leve el toque, que María debe pensar que fue algún animal nocturno o que el viento haya movido un poco la puerta, y vuelve a inclinar su cabeza en el trabajo. Mas de nuevo se oye con más claridad el llamar a la puerta. María se levanta y va a la puerta: ¿Quién llama?”

Responde una voz muy fina: “Una mujer. En nombre de Jesús ten piedad de mí”.

María abre al punto levantando la lámpara para conocer a la peregrina. Ve un montón de vestidos, una envoltura que no deja traslucir nada, una pobre envoltura que se inclina profundamente y dice: “¡Ave, Señora!” y otra vez repite: “En nombre de Jesús, ten piedad de mí”.

“Entra y dime lo que quieres. No te conozco”.

“Nadie y muchos me conocen. Señora. Me conoce el vicio, y me conoce la Santidad. Pero tengo necesidad ahora de que la piedad me abra sus brazos. Tú eres la piedad...” y se echa a llorar.

“Entra pues... y dime... Has hecho suficiente para que comprenda que eres infeliz... Pero quién seas, todavía no lo sé. Dime tu nombre, hermana...”

“¡Oh, no! No hermana. No te puedo llamar hermana. Tú eres la Madre del Bien... y yo soy el Mal...” y llora mucho bajo el manto que la oculta.

María deja la lámpara sobre una silla, toma la mano de la desconocida arrodillada en el umbral, y la hace que se levante.

María no la conoce... yo sí. Es la Velada de Aguas Claras.

Se levanta sin fuerzas, temblorosa, sacudida de su llanto, y con todo no quiere entrar. Dice: “Soy una pagana, Señora. Para vosotros los hebreos: suciedad aunque fuese santa. Doble suciedad porque soy una prostituta”.

“Si vienes a mí, si buscas a mi Hijo por mi medio, no puedes ser sino un corazón que se arrepiente. Esta casa acoge a quien tiene el nombre de Dolor” y la jala hacia adentro. Cierra la puerta. Pone ahora la lámpara sobre la mesa, le ofrece una silla y luego: “Habla” le dice.

Pero la Velada no quiere sentarse; inclinada continúa llorando. María está ante ella dulce, majestuosa. Espera con súplicas que termine el llanto. Veo que ora con todo su ser, aunque nada en ella parezca signo de plegaria, ni sus manos que tienen entre sí la pequeña mano de la Velada, ni sus labios cerrados.

Finalmente deja de llorar. La Velada se seca las lágrimas con su velo y dice: “Y sin embargo, no he venido de muy lejos para ser desconocida. Es la hora de la redención y me debo desnudar para... para mostrarte las heridas que tiene el corazón. Y... tú eres una madre, y su Madre... “Tendrás, pues, piedad de mí” ”.

“Sí, hija”.

“¡Oh, sí! ¡Dime hija!... Tenía yo mi madre... y la abandoné... Después me dijeron que había muerto de dolor... Tenía mi papá... y me maldijo... y a los de esa ciudad dice: “No tengo ya más hija” ”... (el llanto de nuevo cobra fuerzas. María palidece de pena. Le pone su mano sobre la cabeza para consolarla) La velada torna a hablar: “No tendré más quien me llame ¡hija!... Sí... así, acaríciame así, como hacía mi mamita... cuando yo era pura y buena... Deja que te bese esta mano y que con ella me seque mis lágrimas. Mi llanto solo no me lava. ¡Cuánto he llorado desde que comprendí!... Antes había llorado, porque es un horror ser carne de la que disfruta e insulta el hombre. Mas era llanto de una bestia maltratada que odia y que se revuelve contra quien la tortura, y me ensuciaba más porque... cambiaba yo de dueño, pero no de bestialidad... Hace ocho meses que lloro... porque he comprendido... He comprendido mi miseria, mi podredumbre. Estoy cubierta de ella, saturada de ella y tengo náuseas... Pero mi llanto siempre más consciente, no me lava toda vía. Se mezcla con la podredumbre y no la lava. ¡Oh, Madre! ¡Sécame el llanto y así limpia podré acercarme a mi Salvador!”

“Sí, hija mía. Siéntate, aquí, conmigo. Habla tranquilamente. Deja todo tu peso, aquí, sobre estas rodillas mías de madre” y María se sienta.

Pero la Velada se echa a los pies para hablarle así. Empieza poco a poco: “Soy de Siracusa... tengo veintiséis años... Era yo hija de un intendente o procurador de un poderoso

romano. Era hija única. Vivía feliz. Habitábamos cerca de la playa en la hermosa quinta de la que mi padre era el intendente. De cuando en cuando venía el dueño de la quinta, o su mujer, e hijos. Nos trataban bien, y eran buenos conmigo. Las niñas jugaban conmigo... Mi mamá era feliz... estaba orgullosa de mí. Yo era hermosa... inteligente... todo me salía bien... Pero amaba yo más las cosas frívolas que las buenas. En Siracusa hay un gran teatro. Un teatro grande. Es hermoso... espacioso. Sirve para los juegos y para las comedias... En las comedias y tragedias que se representan se emplean las danzarinas. Con su danza muda dan vida al significado de lo que canta el coro. Tú no sabes... pero también con las manos, con los movimientos del cuerpo podemos expresar los sentimientos del hombre agitado por alguna pasión. Jóvenes y jovencitas son educados para ser danzantes en un escenario apropiado. Deben ser bellos como dioses y ágiles como mariposas... A mí me gustaba ir a un lugar un poco alto de donde se domina ese lugar para ver las danzas. Luego las imitaba en los prados florecientes, en la arena rojiza de mi tierra, o en el jardín de la quinta. Parecía yo estatua de arte, o un viento que pasaba soplando, porque podía tomar poses cual de una estatua o girar que pareciese que no tocaba el suelo. Mis amigas ricas me admiraban... y mi mamá se sentía orgullosa..."

La velada habla, recuerda, vuelve a ver en su imaginación, sueña el pasado y llora. Los sollozos parecen ser las "comas" en su discurso.

"Un día... era el mes de mayo... toda Siracusa estaba en flor. Hacía poco que había terminado la fiesta y me había quedado admirando una danza que se había hecho... Los dueños me habían llevado con sus hijas. Tenía yo catorce años... En aquella danza las jóvenes que debían representar las ninfas de primavera que corren a adorar a Ceres, danzaban coronadas con rosas, y vestidas de rosas... De estas solas porque las vestiduras eran un velo ligerísimo, una red de hilos finísimos sobre la que esparcidas estaban las rosas... Cuando danzaban parecían semialadas, por lo ligeras. Sus espléndidos cuerpos se dejaban ver detrás de las bandas que parecían alas. Practiqué esta danza... día tras día..." La velada llora mucho más fuerte... luego continúa.

"Era yo hermosa. Lo soy, ¡mira!" Se pone de pie. Rápida se echa atrás el velo y deja caer el manto; y me quedo estupefacta porque veo que emerge de aquellas telas Aglae, hermosísima aunque no la adornen las vestiduras, con sus trenzas y peinados sin collares, sin ricos vestidos. Es una verdadera flor de carne. Delgada y perfecta. Tiene una cara hermosísima, de color moreno pálido y con ojos de terciopelo, pero llenos de fuego.

Vuelve a arrodillarse ante María: "Era yo hermosa, para desgracia mía. Era yo una necia. Un día me puse unos velos, me ayudaron las muchachas, las hijas de los dueños que querían verme danzar... me vestí en el borde de una playa rojiza, teniendo a mi frente al mar. En la playa, que allí estaba desierta, había flores selváticas blancas y amarillas con perfumes penetrantes de almendros, de vainilla, de carne apenas lavada. También de los limonares venían ondas de perfume y en él envolvían a los rosales de mi tierra, y también al mar, y a la arena. El sol traía de todas las cosas perfume... Algo así como de pánico rodeaba mi cabeza. Me sentía una ninfa y adoraba... ¿a quién? ¿A la tierra fecunda? ¿Al sol fecundador? No lo sé. Yo pagana como soy entre paganos, pensaba que adorase el sentido, mi rey déspota, del que no sabía otra cosa más que era un dios poderoso... me coroné con rosas que había tomado del jardín... y empecé a danzar... Estaba yo ebria de luz, perfumes del placer de ser joven, ágil y hermosa. Dancé... fui vista. Noté que me miraban. Pero no me avergoncé de estar desnuda a los ojos ávidos de un hombre. Antes bien, me complací en aumentar mis vuelos. La complacencia de ser admirada me ponía verdaderamente alas. Y esto fue mi ruina. Tres días después me quedé sola porque los dueños habían partido para regresar a su casa patricia de Roma. Pero no me quedé en casa... Aquellos dos ojos admiradores habían despertado en mí otra cosa más que la danza... Me habían despertado el sentido y el sexo".

María hace un acto de disgusto involuntario que nota Aglae. “¡Oh, Tú eres pura! Tal vez te repugno...”

“Habla, habla, hija. Mejor a María que a Él. María es un mar que lava...”

“Sí, mejor a ti. Me lo dije a mí misma cuando supe que Él tenía una Madre... Porque al principio, al ver que es tan distinto de todos los hombres, cual si fuese solo espíritu —ahora sé que existe el espíritu, lo que es— no habría yo podido decir de qué estaba hecho tu Hijo, que pese a ser hombre, no muestra nada de sensualidad; y pensaba dentro de mí que no habría tenido Madre, que así habría descendido sobre la tierra para salvar las horribles miserias de las que soy la más grande...”

Volví todos los días a aquel lugar esperando volver a ver aquel joven, moreno, bello... Y después de algún tiempo torné a verlo. Me habló

. Me dijo: “Ven conmigo a Roma. Te llevaré a la corte imperial, serás la perla de Roma”. Respondí: “Sí. Seré tu fiel mujer. Ven a hablar con mi padre”. Burlón se rió y me besó. Dijo: “No mi mujer. Tú eres una diosa y yo sacerdote que te descubrirá a ti misma los secretos de la vida y del placer”. Era yo una necia, era yo una niña. Mas aunque jovencita no ignoraba qué cosa era la vida... era yo una taimada. Era yo una loca, pero no pervertida todavía... y tuve asco de su propuesta. Me le escapé de los brazos y corrí a casa... No dije nada a mi mamá... pero no supe resistir al deseo de volver a verlo... Sus besos me habían enloquecido más. Y regresé... Apenas había yo regresado a la desierta playa cuando me abrazó, me besó con frenesí. Una lluvia de besos, de palabras de amor, de preguntas: “¿No te amo en realidad? ¿No es más dulce que un vínculo? ¿Qué otra cosa quieres? ¿Puedes vivir sin esto?”

¡Oh, Madre!... Huí la misma tarde con el asqueroso patricio... y fui el andrajo que pisoteó bajo su animalidad... Nada de diosa, sino fango. No perla, sino estiércol. No se me reveló la vida, sino la suciedad de la vida, la infamia, la náusea, el dolor, la vergüenza, la infinita miseria de no pertenecerme más a mí... Y luego... la caída total. Después de seis meses de orgía, cansado de mí, encontró nuevos amores y me vi en la calle. Me aproveché de mi habilidad como danzarina... Sabía que mi madre había muerto de dolor y que no tenía ya casa, ni padre. Un maestro de danza me recogió en su gimnasio. Me perfeccionó... gozó de mí... y me lanzó cual experta flor en todas las artes del sentido en medio de la corrupción del patriciado romano. La flor, que está sucia, cae en la cloaca. Hace diez años ya que he bajado al abismo, y siempre bajo más. Luego me llevaron para alegrar los ratos libres de Herodes y nuevamente aquí tuve un dueño. ¡Oh! No hay perro más encadenado que una de nosotras. Y no hay patrón de perros de caza más brutal que el hombre que posee a una mujer. ¡Madre... tiembles, te causo horror!”

María se ha llevado la mano al corazón como si se sintiese herida. Responde: “No. No tú. Me causa horror el Mal que es muy dueño de la tierra. Continúa, pobre criatura”.

“Me llevó a Hebrón... ¿Era yo libre, rica? Sí, porque no estaba en la cárcel y porque abundaba en joyas. Pero no lo era porque podía ver qué cosa él quería y porque no podía tener derecho ni siquiera sobre mí misma.

Un día llegó a Hebrón un hombre, tu Hijo. Esa casa le era cara. Lo supe y lo invité a entrar. No estaba Sciammai... y por la ventana había oído palabras y visto un rostro que me desosegó el corazón. Te juro, oh Madre, que no fue la carne, la que me empujó a tu Jesús. Fue aquello que Él me reveló lo que me hizo ir hasta el umbral, desafiando las burlas del vulgo, para decirle: “Entra”. Fue entonces cuando supe que tenía alma. Me dijo: “Mi nombre quiere decir: Salvador. Salvo a quien tiene voluntad de ser salvado. Salvo enseñando a ser puros, a amar el dolor más que el honor, el bien más que cualquier otra cosa. Soy el que busca a los perdidos, el que da la vida. Soy pureza y Verdad”. Me dijo que también yo tenía un alma y que la había matado con mi modo de vivir. Pero ni me maldijo, ni me escarneció. ¡No me miró ni un instante! El primer hombre que no me comía con la mirada, porque parece maldición mía, el que atraiga a los

hombres... Me dijo que quien lo busca lo encuentra, porque Él está donde hay necesidad de médico y medicina. Y se fue. Pero sus palabras estaban aquí, y de aquí jamás se han ido. Me decía a mí misma: “Su nombre quiere decir Salvador”, como si empezase a curarme. Se me habían quedado grabadas sus palabras y sus amigos pastores. Di el primer paso al darles una limosna a ellos y pidiéndoles una oración... y luego... huí...

¡Oh, santa huída! Huí del pecado en busca del Salvador. Anduve buscándolo. Me enviaron a un hombre que se llama Juan, como si él fuese, pero no lo era. Un hebreo me indicó Aguas Claras. Vivía con vender el oro que poseía. Durante los meses que anduve errante tuve que cubrirme siempre la cara para que no me aprendiesen y para que realmente Aglae se sepultase bajo este velo. Murió la antigua Aglae, pero su alma estaba herida y sangraba. Buscaba al médico. Debí muchas veces huir al sentir al hombre que me perseguía, aun así hecha nada bajo mis vestidos. También uno de los amigos de tu Hijo...

En Aguas Claras viví como un animal, pobre, pero feliz. Los rocíos y el río no me lavaron tanto como sus palabras. ¡Oh! No me perdí ni una de ellas. Una vez perdonó a un asesino. Lo vi y... estuve por decirle: “Perdóname a mí también”. Otra vez habló de la inocencia perdida... ¡Oh! Cuántas lágrimas. Otra ocasión curó a un leproso... y estuve para decirle: “Límpime de mi pecado...” Cierta día curó a un demente, y era romano... y lloré... y me hizo pensar que pasan las patrias, pero el cielo permanece. Una tarde en que había tempestad me acogió en su casa... y luego hizo que me diera hospedaje el administrador... y por medio de un niño me mandó decir: “No llores”... ¡Oh, bondad suya! ¡Oh miseria mía! Ambas tan grandes que no me atreví a llevar mi miseria a sus pies... no obstante que uno de los suyos me hablase en la noche de la infinita misericordia de tu Hijo. Y luego el que andaba en asecho mío, porque consideraba pecado de alma vuelta a nacer, desapareció... Lo esperé... pero también lo esperaba la venganza de quien es más indigno que yo de verlo. Porque yo como pagana he pecado contra mí misma, mientras ellos pecan, conociendo a Dios, contra el Hijo de Dios... y me pegaron... y las piedras me hicieron menos que sus acusaciones, y menos que en la carne, me hirieron en mi pobre alma, arrojándola a la desesperación.

¡Oh, lucha tremenda contra mí misma! Desgarrada, sangrando, herida, febril, sin tener más al Médico, sin techo, ni pan, miré atrás, adelante... El pasado me decía: “Regresa”, el presente: “Mátate”, el futuro: “Espera”. He esperado... No me he matado. Lo haré si Él me arroja, porque no quiero lo que era... Me he ido hasta una población pidiendo refugio... Allí me reconocieron. He debido huir como una bestia, acá, allá, siempre perseguida, siempre escarnecida, siempre maldecida, porque quería ser honesta y porque había desengañado a los que, por medio mío, querían herir a tu Hijo. Siguiendo el río, llegué hasta Galilea y hasta aquí... Tú no estabas... Fui a Cafarnaúm, apenas había partido de allí. Me vio un viejo, uno de sus enemigos, y me dijo que podía yo acusarle a Él, a tu Hijo, y como llorase sin reaccionar agregó: “... Todo podría cambiar para ti si quieres ser mi amante y mi cómplice al acusar al Rabbí Nazareno. Basta con que digas, delante de mis amigos, que Él era tu amante...”. Huí como quien ve salir una serpiente de en medio de un manojo de flores.

Así comprendí que no podía ir a sus pies y vine a los tuyos. Aquí estoy. Písame, soy lodo. Aquí estoy: arrójame, porque soy pecadora. Llámame: prostituta. Todo lo aceptaré de tu parte, pero ten piedad. Madre. Toma mi pobre alma sucia y llévala a Él. En tus manos es un crimen poner mi lujuria, pero sólo en ellas estará protegida del mundo que la quiere, y hará penitencia. Dime qué debo hacer. Dime qué medios debo emplear para no ser más Aglae. ¿Qué cosa debo mutilar de mí? ¿Qué debo arrancar de mí para no ser más pecado, ni seducción, para no tener miedo ni de mí misma, ni del hombre? ¿Me debo arrancar los ojos? ¿Me debo quemar los labios? ¿Me debo cortar la lengua? Ojos, labios, lengua me han ayudado al mal. Aborrezco el mal y estoy dispuesta a castigarme y a sacrificarlos. ¿O quieres que me arranque estas cadenas

que me empujaron a perversos amores? ¿Estas entrañas insaciables que temo se despierten? Dime, dime cómo se hace para olvidar que una es mujer, y cómo se hace para hacer olvidar a otro que una lo es”.

María está conturbada. Lloro, sufre; de su dolor no hay más señal que las lágrimas que caen sobre la arrepentida.

“Quiero morir perdonada. Quiero morir, no recordando a otro que al Salvador. Quiero morir con su sabiduría como amiga mía... y no puedo acercarme porque el mundo lo asecha a Él y a mí para acusarnos...” Aglae llora echada en tierra. Como un andrajo.

María se levanta y entre dientes dice: “¡Qué difícil es ser redentores!” Casi está acongojada.

Aglae que oye aquel murmullo e intuye dice: “¿Lo ves? ¿Ves que también tú sientes asco? Me voy. ¡Todo se ha acabado!”

“No, hija, no se ha acabado. Ahora empieza. Escucha, pobre alma. No lloro por ti, sino por el mundo cruel. No te dejo ir sino te recojo, pobre golondrina a la que la tempestad ha arrojado contra mis paredes. Te llevaré a Jesús y Él te dirá qué camino debes seguir para tu redención...”

“No tengo más esperanzas... El mundo tiene razón. No puedo ser perdonada”.

“El mundo no te puede perdonar, pero Dios, sí. Deja que te hable en nombre del Amor supremo que me dio un Hijo para que lo diese al mundo. Ha nacido la bienaventurada ignorancia de mi virginidad consagrada, para que el mundo tuviese perdón. Me ha sacado sangre, no en el parto, sino en el corazón al revelarme que mi Hijo es la Gran Víctima. Mírame, hija. En este corazón hay una gran herida. Hace más de treinta años que gime y cada vez más crece y me consume. ¿Sabes cómo se llama?”

“Dolor”.

“No, amor. Lo que me desagrada es este amor que hace que no esté solo mi Hijo para salvar. Es amor el que da fuego para que purifique a los que no se atreven a ir a donde está el Hijo. Es amor el que me da llanto para que lave a los pecadores. Querías mis caricias. Te doy mis lágrimas que te hacen más blanca para que puedas mirar a mi Señor. No llores así. No eres la única pecadora que viene al Señor y regresa redimida. Hubo también otras y las habrá.

¿Dudas que pueda perdonarte? Pero ¿no ves en cada cosa de las que te han sucedido un misterioso querer de su bondad divina? ¿Quién te llevó a Judea? ¿Quién a la casa de Juan? ¿Quién te puso a la ventana aquel día? ¿Quién encendió una luz para iluminarte sus palabras? ¿Quién te dio la capacidad de comprender que la caridad unida a la plegaria de quien recibe el beneficio, alcanza ayuda divina? ¿Quién te dio fuerzas para huir de la casa de Sciammai? ¿Quién de perseverar en los primeros días hasta el de su llegada? ¿Quién te trajo a su camino? ¿Quién te hizo capaz de vivir como penitente para limpiar cada vez más tu alma? ¿Quién te dio alma de mártir, alma de creyente, alma de perseverante, alma de pura?...

No muevas la cabeza, ¿Crees que tan sólo sea puro el que no ha conocido el placer sensual? ¿Crees tú que el alma no pueda hacerse más virgen y bella? ¡Oh, hija! Entre mi pureza que es una gracia del Señor y tu heroica ascensión de espaldas a la cima de tu pureza perdida, puedes pensar que es más grande la tuya. Tú la rehaces contra los sentidos, la necesidad y la costumbre. Para mí es una dote natural como el respiro. Debes truncar el pensamiento, los afectos, la carne, para no acordarte, para no apetecer, para no secundar. Yo... Oh, ¿puede una niña recién nacida apetecer la carne? ¿Tiene mérito en no hacerlo? Así yo. No sé lo que significa esta trágica hambre que ha hecho de los hombres una víctima. No conozco otra cosa más que el hambre santísima de Dios. Tú ésta no la conocías y por ti misma la has apresado. Y la otra, trágica y horrenda, la has entregado por amor a Dios, que era tu único amor. ¡Sonríes, hija de la misericordia divina! Mi Hijo obra en ti lo que te dijo en Hebrón. Ya lo ha dicho. Estás salvada porque has tenido buena voluntad para salvarte, porque has preferido la pureza, el dolor, el bien.

El alma ha renacido. Sí. Es necesario que Él te diga en nombre de Dios: “Estás perdonada”. Esto no puedo decírtelo, pero te doy mi beso como promesa, como principio del perdón...

¡Oh, Espíritu eterno!, siempre hay un poco de Ti en tu María. Deja que Ella te infunda, Espíritu Santificador, sobre la criatura que llora y que espera. Por nuestro Hijo, oh Dios de amor, salva a ésta que de Dios espera la salvación. La gracia de la que el Ángel dijo que estaba llena², descansa por un milagro sobre ésta y la levante hasta Jesús, el Salvador bendito, el supremo Sacerdote, que la observará en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu...

Es noche, hija. Estás cansada y herida. Ven, descansa. Mañana partirás. Te mandaré con una familia de personas buenas, porque muchos son los que vienen ya. Te daré un vestido semejante al mío. Parecerás una hebrea. Y como veré a mi Hijo a solas en Judea, pues la Pascua se aproxima y en la nueva luna de abril estaremos en Betania, le hablaré de ti. Ven a la casa de Simón Zelote. Me encontrarás y te llevaré a Él”.

Aglae todavía llora pero con sosiego. Se ha sentado sobre la tierra. También María ha vuelto a sentarse. Aglae reclina su cabeza sobre sus rodillas y besa la mano de María... Luego gime: “Me reconocerán...”.

“¡Oh, no! No tengas miedo. Tu vestido era muy llamativo. Yo te prepararé para este viaje tuyo al Perdón y serás como la doncella que va a las nupcias, diversa y desconocida a la gente que no sabe que va a casarse. Ven. Tengo una habitación pequeña que está junto a la mía. Se han alojado allí santos y peregrinos deseosos de ir a Dios. También tú estarás allí”.

Aglae hace como que quisiera recoger el manto y el velo.

“Déjalos. Son los vestidos de la pobre Aglae extraviada. No existe más... y ni siquiera los vestidos deben permanecer. Han experimentado mucho odio... y el odio hace mal como el pecado”.

Salen al huerto oscuro, entran a la habitacioncilla de José. María toma la lamparita que está sobre una mesa, acaricia nuevamente a la arrepentida, cierra la puerta y con su lamparita de tres mecheros va a donde va a llevar el manto desgarrado de Aglae, para que ningún visitante lo vea a siguiente día.

29. Discurso de la Montaña. “Sois la sal de la tierra”¹

22 mayo 1945

Jesús va ligero y solo por un camino principal, hacia un monte que se levanta cerca del camino principal, que corre al oeste, después de un poco de tiempo empieza a elevarse lentamente por un largo trecho y forma una especie de llanura desde la que se ve el lago con la ciudad de Tiberíades al sur y las otras ciudades, menos bellas, que están hacia el norte. A partir de la llanura, el monte toma una especie como de rápida subida que se prolonga en forma de punta, que desciende para volver a aparecer en otra punta igual. La forma es como la de una silla.

Jesús sube hacia la llanura por un camino de animales de carga, muy bueno, y llega a un poblado, cuyos habitantes trabajan en esta llanura elevada donde ya el trigo empieza a espigar. Atraviesa el poblado y continúa entre campos y prados que están tapizados de flores y de futuras mieses.

El día es sereno. Se pueden ver las bellezas de la naturaleza que circunda el lugar. Además de la montaña solitaria a la que se dirige Jesús, está la cima imponente del Hebrón que parece

² CXfr. Mt. 1, 18–25; Lc. 1, 26–38.

¹ Cfr. Mt. 5, 13–16; Mc. 9, 49–50; Lc. 14, 34–35.

una perla colocada sobre una base de esmeraldas, pues blanca en su cima cubierta de nieve, y verde el color sobre sus faldas. Además del lago, y entre él y el Hermón, está la llanura verde donde se encuentra el lago Merón, que en realidad no se ve, de esta parte, y luego otros montes que se dirigen hacia el lago de Tiberíades al lado occidental; y más allá del lago, todavía hay montes que se esfuman en lontananza y hermosas llanuras. Al sur, además del camino principal creo que las colinas ocultan Nazaret. Cuanto más sube, tanto más la vista alcanza a ver mejor. No veo lo que hay en la parte occidental porque el monte hace de pared.

Al primero que encuentra Jesús es al apóstol Felipe que parece hacer de centinela. “Cómo, Maestro, ¿Tú aquí? Te esperábamos en el camino. Estoy esperando a los compañeros que fueron en busca de leche a casa de los pastores que tienen sus rebaños en estas partes. Abajo, en el camino, está Simón con Judas de Simón y con ellos Isaac y... ¡Oh! ¡Venid! ¡Venid! ¡El Maestro está aquí!”

Los apóstoles que están bajando con frascos y cantimploras se echan a correr y los más jóvenes llegan, es claro, los primeros. La fiesta que hacen al Maestro es conmovedora. Han llegado los demás y mientras Jesús sonríe, todos quieren hablar, contar...

“Sí, te esperábamos en el camino”.

“Habíamos pensado que ni siquiera hoy vendrías”.

“Hay mucha gente, ¿sabes?”

“Estábamos muy embarazados porque hay escribas y hasta discípulos de Gamaliel...”

“Sí, Señor, nos abandonaste exactamente en el momento preciso. No he tenido tanto miedo como en ese instante. Ni por juego me lo vuelvas a hacer”.

Pedro se lamenta y Jesús sonriendo le pregunta: “¿Os ha pasado alguna desgracia?”

“¡Oh no! Al contrario... ¡Oh! Maestro mío. Pero ¿no sabes que habló Juan?... Parece como si Tú hubieses estado hablando en él... Yo... nosotros estamos perdidos... Este muchacho que sólo hace un año no sabía más que echar las redes... ¡Oh!” Pedro todavía está admirado y sacude al sonriente Juan que está callado. “Mirad si es posible que este muchacho haya dicho tales palabras con esa boca de sonrisa. Parecía Salomón”.

“También Simón hablo bien, Señor mío. Ha sido la “cabeza”” dice Juan.

“¡Ya lo creo! Me puso ahí. Pero... Dicen que hablé bien. Así será. Yo no lo sé... porque entre la admiración por lo que había dicho Juan y el miedo de hablar en medio de tanta gente y de hacerte pasar un mal papel, estaba yo con la cabeza, quién sabe dónde...”

“¿Hacerme pasar a Mí un mal papel? Tú eras el que hablaba y el mal papel lo hubieras hecho, tú Simón” le dice Jesús en son de guasa.

“Oh, si era por mí, nada me importaba. No quería que se burlasen de Ti por haber tomado un pedazo de alcorcho por discípulo tuyo”.

Jesús muere de alegría al ver la humildad y amor de Pedro. “¿Y los demás?”

“También Zelote habló bien. Pero él... todos lo saben. Este ha sido sorpresa. Bueno, desde que estuvimos en la oración, el muchacho parece estar siempre con el alma en el cielo”.

“Es verdad. Es verdad”. Todos asienten a las palabras de Pedro. Y luego se ponen a contar lo sucedido.

“¿Y sabes? Entre los discípulos ahora hay dos que, según palabras de Judas de Simón, son muy importantes. Judas está muy ocupado. Conoce a muchos de ellos... él sabe atraerlos. Y le gusta hablar... Habla bien... Pero la gente prefiere oír a Simón, a tus hermanos y sobre todo a este muchacho. Ayer un hombre me dijo: “Habla bien ese joven –era Judas el que estaba hablando– pero te prefiero a él”. Oh, pobrecito; preferirme a mí que no sé más que decir cuatro palabras... Pero ¿por qué has venido aquí? El lugar de encuentro era en el camino y allá hemos estado”.

“Porque sabía que aquí os encontraría. Escuchad ahora. Bajad y decir a los otros que vengan, también a los discípulos conocidos. Y que hoy no venga la gente. Quiero hablaros a vosotros solos”.

“Entonces es mejor esperar hasta la tarde. Cuando llega el crepúsculo la gente se va por los poblados cercanos y regresa al día siguiente en espera tuya

. Si no... ¿quién los detiene?”

“Está bien. Haced así. Os espero allá, en la cima. La noche no es fría. Podemos dormir al descubierto”.

“Donde quieras, Maestro. Basta con que estés con nosotros”.

Los discípulos se van y Jesús continúa subiendo hasta la cima. Es la que vi el año pasado al final del discurso de la Montaña y donde fue el primer encuentro con la Magdalena. El panorama, con el crepúsculo que ha empezado, se hace más extenso. Jesús se sienta en una piedra, se entrega a la meditación. Y así continúa hasta que las pisadas de los apóstoles le advierten de su llegada. La noche está ya cerca, pero en aquella altura el sol se deja ver todavía más, trayendo perfume de hierbas y de flores. El de los lirios del monte es muy fuerte. Los altos tallos de los narcisos sacuden sus estrellas y sus botones como si pidiesen el rocío.

Jesús se pone de pie y saluda como habitualmente lo hace: “La paz sea con vosotros”.

Son muchos los discípulos que han subido con los apóstoles. Isaac con su sonrisa de asceta en su delgada cara los capitanea. Todos se arremolinan alrededor de Jesús que está saludando de modo particular a Judas Iscariote y a Simón Zelote.

“He querido que todos estuviesen conmigo para estar algunas horas juntos y para hablaros en privado. Tengo qué deciros algo para prepararos siempre mejor a la misión. Comamos y luego hablaremos, y mientras duerman vuestra alma continuará saboreando la doctrina”.

Termina la parca cena y luego se acercan a Jesús que está sentado sobre una gran piedra. Son alrededor de 100, o tal vez más entre discípulos y apóstoles. Una corona de caras atentas que la llama de dos hogueras ilumina de modo extraño. Jesús habla despacio. Sus ademanes son tranquilos. Su rostro parece más blanco, al emerger como de su vestido azul oscuro, y al rayo de la nueva luna que descende exactamente donde está, una luna en forma de coma, un rayo de luz que acaricia al Padre del cielo y de la tierra.

“He querido que estuviéseis solos aquí, porque sois mis amigos. Después de la primera prueba que hicieron los doce, os llamé a vosotros, para agrandar el círculo de discípulos activos y para oír de vosotros las primeras reacciones que habéis tenido al recibir instrucciones de ellos como continuadores míos. Sé que todo ha estado bien. Yo sostenía con la oración las almas de los apóstoles que habían salido de ella con una fuerza nueva en la inteligencia y corazón. Una fuerza que no les viene de un estudio humano sino de un completo abandono en Dios.

Los que han dado más, son los que se olvidaron más de sí mismos. Olvidarse a sí mismo es una cosa difícil.

El hombre está hecho de recuerdos, y los que gritan más son los recuerdos del propio “yo”. Es menester distinguir entre el “yo” y el “yo”. Existe el “yo” del alma, que se acuerda de Dios y de su origen, y existe el “yo” inferior de la carne que se acuerda de miles de exigencias que se refieren a sí misma, y las voces que forman coro, vencen, si el espíritu no está fuerte, vencen la voz solitaria del espíritu que se acuerda de su nobleza de hijo de Dios. Por esta razón para ser perfectos como discípulos es necesario saber y olvidarse a sí mismo de todos los recuerdos, exigencias y reflexiones del “yo” humano.

En la primera experiencia a que se sujetaron mis doce, los que dieron más, fueron los que se olvidaron de sí. Se olvidaron no sólo de su pasado, sino de su personalidad limitada. Se olvidaron de lo que eran y se unieron de tal manera con Dios, que no tuvieron nada qué temer. Nada. ¿Por qué la arrogancia de alguno? Porque se acordaron de sus escrúpulos habituales, de

sus consideraciones diarias, de sus prevenciones frecuentes. ¿Por qué otros fueron lacónicos? Porque se acordaron de su incapacidad doctrinal y temen representar un mal papel y hacérmelo pasar a Mí. ¿Por qué otros dieron muestras más vistosas? Porque se acordaron de su habitual soberbia, de sus deseos de querer figurar, de ser aplaudidos, de sobresalir, de ser “alguna cosa”. En fin, ¿por qué otros de improviso mostraron una oratoria de rabinos, segura, persuasiva, como de vencedores? Porque estos y otros solos supieron acordarse de Dios. Igual cosa hicieron los que hasta ahora humildes y que han tratado de pasar inadvertidos, cuando se presentó el momento, supieron portarse con la dignidad del primado que se les dio, y que no quisieron ejercitarla por temor de presunción. Las tres primeras categorías se acordaron de su “yo” inferior. Las dos últimas, del “yo” superior, y no tuvieron miedo. Sintieron a Dios consigo, a Dios en sí, y no temieron. ¡Oh santo atrevimiento que mana del hecho de estar con Dios!

Así pues, escuchad todos vosotros: apóstoles y discípulos. Los apóstoles ya habéis oído estos conceptos, pero los comprenderéis más profundamente. Los discípulos o no los habéis escuchado o tan sólo fragmentos. Es necesario que los esculpáis en el corazón. Tanto más tendré necesidad de vosotros, cuanto más aumenta la grey de Cristo. El mundo os atacará cada vez, según crezcan en él los lobos, que me ataquen y ataquen la grey. Quiero ponerlos en las manos armas con qué defendáis la Doctrina y mi grey. Lo que es suficiente a la grey, no lo es a vosotros, pastorcitos. Si las ovejas pueden cometer errores, rumiando hierbas que les hacen la sangre amarga, que las enloquecen, no podéis cometer los mismos errores, porque llevaríais a la grey a la ruina. Pensad que donde hay un pastor ídolo, perecen las ovejas o con el veneno o con el asalto de los lobos.

Sed la sal de la tierra y la luz del mundo. Si fallaseis en vuestra misión os convertiríais en una sal insípida e inútil. Ninguna cosa os podría devolver el sabor, porque la fuerza de la sal que os regalo la perdisteis al lavarla con las aguas insípidas y sucias de la humanidad. La endulzasteis con el dulzor corrompido de los sentidos. Mezclasteis con la sal pura de Dios, desperdicios y desperdicios de soberbia, avaricia, gula, lujuria, ira, pereza, de modo que cada granito de sal se convierte en una que contiene los siete vicios. Vuestra sal no es más que una mezcla de piedritas que pierde el sabor de ella, de piedritas que rechinan entre los dientes, y que dejan un sabor de tierra en la boca, y que quitan el sabor de la comida. Para nada sirve esa sal, a no ser para que se le tire y se le pisotee. ¡Cuánta gente, cuánta gente no podrá pisotear así a los hombres de Dios! Estos al no servir ya para nada ni para cosas buenas, ni para celestiales, serán tan sólo desperdicios.

Vosotros sois la luz del mundo. Sois como esta cima que fue la última donde brilló el sol y es la primera en bañarse con la luz de la luna. Quien se encuentra en un puesto alto brilla y los ojos aunque no quieran, habrá veces que se posen en él. Puedo decir que el ojo material, que frecuentemente se le llama, espejo del alma, refleja el ansia de ella, ansia muchas veces desapercibida, pero que existe hasta que el hombre no sea un demonio, el ansia por lo alto, por las alturas donde la razón instintivamente coloca al Altísimo. Y al buscar los cielos, alguna vez en la vida, los ojos se posan allá arriba,

Acordaos lo que hacemos todos desde nuestra niñez, al entrar en Jerusalén, ¿A dónde van las miradas? Al monte Moria, coronado con el hermoso mármol y oro del Templo. ¿Y qué hacemos cuando estamos dentro de él? Mirar sus bellas cúpulas que resplandecen al sol. ¡Qué hermoso es cuando se ven sus atrios, pórticos y patios! Sin embargo las miradas van siempre arriba. Acordaos cuando nos encontramos en camino; ¿A dónde van nuestras miradas para olvidar la monotonía, el cansancio, el calor, el fango? A las cimas, aunque no sean muy altas, aunque estén lejos. Y con qué gusto vemos que aparecen, cuando estamos en una llanura extensa y monótona. Aquí hay fango, allá limpieza. Aquí el bochorno, allá lo fresco. Aquí los ojos no abarcan mucho, allá está la amplitud. Y con sólo mirar las cimas, el día nos parece

menos caliente, menos sucio el fango, menos triste el caminar. Si además en la cima hay una ciudad, entonces no hay ojos que no la admiren. Se puede añadir que un lugar de poca importancia se embellece si está sobre la cima de una montaña. Por esta razón, en la verdadera y en las falsas religiones, se construyen los templos lo más posible, en alto y si no hay colina o monte, donde se quiere construirlo, se levanta un gran pedestal de piedra para que sobre él se coloque. ¿Por qué esto? Porque se quiere que el templo sea visto para que al verlo el pensamiento se eleve a Dios.

Igualmente os he dicho que sois luz. Cuando se prende una lámpara, ¿dónde se pone? ¿En un agujero que esté bajo el horno? ¿En la cueva que hace de cantina? ¿En un armario? O ¿Se cubre con el almud? No; porque entonces hubiera sido inútil prenderla. Se pone sobre una mesa o en algún lugar alto para que ilumine toda la habitación y a los que están dentro de ella. Precisamente, lo que se ha puesto en alto es para que recuerde a Dios, y por ello debe estar a la altura de su cargo.

Vosotros debéis recordar al Dios verdadero. Así pues procurad no tener en vosotros el paganismo de las siete fórmulas, de otro modo os convertiréis en lugares profanos con bosquecitos, dedicados a este o a aquel dios³ y arrastraréis con vuestro paganismo a quienes os consideran como templos de Dios. Debéis llevar con vosotros la luz de Dios. Un pabilo sucio, uno que no tiene aceite, humea y no da luz, apesta y no ilumina. Una lámpara puesta detrás de un cuarzo mugriento no forma la elegancia espléndida, no crea el brillante juego de luz en el transparente mineral. Se oscurece con la cortina del negro humo que lo opaca.

La luz de Dios resplandece donde la voluntad es cuidadosa en limpiarse diariamente de las escorias del mismo trabajo, que produce con sus contactos, reacciones y desilusiones. La luz de Dios resplandece donde el pabilo se ha sumergido en un abundante líquido de oración y caridad. La luz de Dios se multiplica en infinitos rayos, cuantas son las perfecciones de Dios que suscita en el santo en una virtud heroica, si él conserva separado el cuarzo de su alma, del negro humo de las pasiones que humean. ¡Separado! ¡Separado! (Jesús levanta la voz que retumba en este anfiteatro natural). Sólo Dios tiene el derecho y poder de tirar líneas sobre ese cristal, de escribir con el diamante de su voluntad su Santísimo Nombre. Entonces ese Nombre se convierte en adorno que muestra facetas de belleza sobrenatural.

Pero si el siervo necio del Señor, perdiendo el control sobre sí mismo y de su misión, que es *tan sólo y únicamente sobrenatural*, se deja poner falsos adornos, rayas, misteriosos y satánicos números que la astucia del fuego de Satanás graba, entonces no brilla más la lámpara, sino que revienta, y con los pedazos del cristal apaga la llama, o si no revienta produce una clase de señales inequívocas en que se deposita el hollín, y poco a poco desaparece.

¡Ay de los pastores que pierden la caridad, que rehúsan conducir día tras día su grey a la altura a donde quiere ir! Yo los castigaré derribándolos de su puesto y quitaré todo su humo.

¡Ay de los maestros que rechazan la Sabiduría para llenarse de ciencia frecuentemente contraria, o soberbia, y tal vez satánica! Oíd y no olvidéis, si todos los hombres tienen como destino, por medio de la santificación, ser semejantes a Dios, el sacerdote desde la tierra debería tener ya el aspecto de perfección. *Debería de tenerlo* para llevar a Dios a sus discípulos. Anatema a los maestros de doctrina sobrenatural que se convierten en ídolos del humano saber.

¡Ay de mis sacerdotes muertos en su alma! ¡Ay de los que con su insipidez, con su tibieza carnal, con su soñar en apariciones alucinantes, hacen cálculos, en los que no hay nada de deseo de aumentar las riquezas de los corazones y de Dios. Viven materializados, mezquinos, lentos, arrastrados en sus aguas muertas a los que los siguen creyendo “vida”. Maldición de Dios sobre los corruptores de mi pequeña y amada grey. No a los que perecen por vuestra dejadez sino a

³ Cfr. Deum. 12, 1–14; Jue. 6, 25–32; 4 Rey. 23, 4–20; 2 Paral. 34, 3–7.

vosotros. ¡Oh vosotros siervos inútiles del Señor, de hoy, de todos los tiempos! Os pediré cuentas y os castigaré.

Recordad estas palabras. Ahora podéis ir. Voy a la cima. Dormid. Mañana el Pastor abrirá sus pastizales de la Verdad”.

30. El Discurso de la Montaña. Las bienaventuranzas¹ (primera parte)

24 mayo 1945

Jesús está hablando a los apóstoles y les indica el lugar que ocupen para conducir y vigilar a la gente que desde las primeras horas de la mañana comienza a subir con enfermos apoyados en los brazos o traídos en andas, o bien en muletas. Entre la gente se encuentra Esteban y Hermas.

El aire es claro y un poco fresco, pero el sol pronto lo templará. La gente se sienta sobre peñascos o piedras que hay esparcidos en la llanura. Otros esperan que el sol seque la hierba para sentarse sobre el suelo. Hay mucha gente de todos los lugares de Palestina y de todas las condiciones. Los apóstoles se pierden entre la multitud, pero como abejas que van y vienen de los prados a la colmena, de rato en rato vienen al Maestro para decirle algo, para preguntarle, por el gusto de estar cerca de Él.

Jesús sube un poco más arriba del prado que hay en el valle y empieza a hablar.

“Muchos me han dicho, durante este año de predicación: “Pero Tú te dices ser el Hijo de Dios, dínos qué cosa sea el cielo, qué cosa es el Reino y qué cosa sea Dios, porque no tenemos ideas claras. Sabemos que hay cielo con Dios y con los ángeles. Pero nadie ha venido a decirnos cómo es, pues está cerrado aún a los justos”. Me han preguntado qué cosa es el Reino y qué cosa es Dios. Yo me he esforzado en explicaros qué cosa son. Me he esforzado, no porque me sea difícil daros a explicar, sino que debido a diversas causas no podéis aceptar fácilmente la verdad que contradice a un edificio de ideas que se han venido acumulando durante siglos. Y por eso es difícil explicar lo que es el Reino y lo que es Dios.

Otros me dijeron: “Está bien. Esto es el Reino y esto es Dios. Pero ¿cómo se consiguen?” También en este punto he tratado de explicaros sin cansarme, el verdadero espíritu de la Ley del Sinaí. Quien hace de ella su alma, se hace su cielo. Porque para explicaros la Ley del Sinaí es menester que oigáis el trueno retumbante del Legislador y de su Profeta, que si prometen bendiciones a los que la observan, amenazan duramente y maldicen a los que no la obedecen. La aparición del Sinaí fue terrible², Esto se refleja en toda la Ley, se refleja en todos los siglos, se refleja en todas las almas. Pero Dios no sólo es Legislador, es también Padre, y Padre de una inmensa bondad.

Tal vez sí, tal vez, no, vuestras almas debilitadas con el pecado de origen, con las pasiones, pecados, con vuestros egoísmos, con lo ajeno –los no propios os exacerban el alma, los propios la encierran– no pueden elevarse a contemplar las infinitas perfecciones de Dios. ¡La bondad! Oh qué dulzura es ser buenos, no tener odios, ni envidias, ni soberbia. Tener ojos que sólo miran por amor y manos que se extienden con un gesto de amor, y un corazón, un corazón sobre todo, lleno únicamente de amor, y que empuja los ojos, las manos y labios a actos de amor.

Los más doctos entre vosotros saben de qué dones había enriquecido Dios a Adán, y en él a sus descendientes³. Aun los más ignorantes entre los hijos de Israel saben que en nosotros hay un alma. Sólo los pobres paganos ignoran esto. No conocen a este huésped real, este soplo vital,

¹ Cfr. Mt. 5, 1–12; Lc. 6, 20–23.

² Cfr. Ex. 19–24; Deum. 4, 41–6, 25.

³ Cfr. Gén 1, 26–2, 25; 5, 1–22; Job 33, 4; Sal. 8, 5–9; Eccle. 12, 7; Sap 2, 23; 9, 2–3; 10, 1–2; Eccle 17, 1–14.

esta luz celestial que santifica y vivifica nuestro cuerpo. Pero los más doctos, saben qué dones hayan sido dados al hombre, al alma humana.

No fue menos espléndido en el espíritu que en el cuerpo y en la sangre del ser que creó del lodo y que infundió su aliento. Como regalo dones de belleza e integridad, inteligencia y voluntad, de capacidad de ser amado y amar, así también dio dones morales con sujeción de los sentidos a la razón, de modo que en la libertad y control de sí mismo y de la propia voluntad, existían las cadenas de los sentidos y pasiones, pero era libre el amarse, libre el querer, libre el gozar rectamente sin eso que os hace esclavos de sentir la picadura del veneno que Satanás ha esparcido y de que rebosa, llevándoos del cause limpio a los pantanos de estanques putrefactos, donde fermentan los ardores de las pasiones carnales y de los sentidos morales. Sabes que es sensualidad también la concupiscencia del pensamiento. Y tuvieron dones sobrenaturales, o sea, la gracia santificante, un destino superior, la visión de Dios.

La gracia santificante es la vida del alma. Esa cosa espiritualísima que ha sido depositada en nuestra alma espiritual. La gracia que nos hace hijos de Dios porque nos preserva de la muerte del pecado y quien no está muerto “*vive*” en la casa del Padre: el Paraíso; en mi reino: el cielo. ¿Qué cosa es esta gracia que santifica y que da vida y un reino? ¡Oh, no empleéis muchas palabras! La gracia es amor; y por eso, es Dios. Es Dios quien al admirarse a Sí mismo en la criatura que creó perfecta, se ama, se contempla, se desea, da lo que es suyo para multiplicar ese haber, para ser bienaventurado al multiplicarse, para amarse con cuantos son otros como Él mismo.

¡Oh hijos! No defraudéis a Dios de este derecho suyo. No robéis a Dios este haber suyo. No engañéis a Dios en este deseo suyo. Pensad que Él obra por amor. Aun cuando vosotros no existieseis, Él sería siempre el Infinito, ni su potencia se disminuiría. Pero Él, siendo perfecto en su medida infinita, inconmensurable, quiere no para Sí o en Sí —no lo podía pues es el Infinito— sino para el hombre, su criatura, aumentar el amor que ya tiene, y por esto os da la gracia, el amor, para que lo conduzcáis en vosotros hasta la perfección de la santidad, y devolváis este tesoro, que obtenéis del tesoro que Dios os da con su gracia, y aumentado con todas vuestras obras santas, con vuestra vida heroica de santos, al Océano infinito donde está Dios en el cielo.

¡Divinos, divinos pozos de amor! Esto lo sois y a vuestro ser no se ha dado la muerte, para que seáis eternos como Dios, siendo Dios⁵. Lo seréis y no tendrá fin vuestro ser porque seréis inmortales como los espíritus santos que os han alimentado. Vivís y nutríis, vivís y enriquecéis, vivís y formáis esa cosa santísima que es la Comunión de los espíritus perfectísimos, hasta el pequeño que acaba de nacer y que por vez primera bebe la leche materna.

No me critiquéis en vuestros corazones, ¡oh, doctos! No digáis “Este está loco. Este es un mentiroso. Porque como loco habla de la gracia que hay en nosotros, de la que estamos privados por la culpa. Porque miente al decir que somos una cosa con Dios”. Sí, la culpa existe; sí, la separación existe. Pero ante el poder del Redentor, la culpa, separación cruel que vino a introducirse entre el Padre y los hijos, caerá como columna sacudida por el nuevo Sansón⁶. Ya la he cogido, la sacudo y vacila, y Satanás tiembla de ira y de impotencia no pudiendo nada contra mi poder; siente que se arranca la presa y que el hombre más difícilmente se deja llevar por el pecado. Porque cuando os haya llevado al Padre, cuando mi Sangre y mi dolor os hayan permitido, seréis limpios y fuertes, tornará viva, activa, potente la gracia a vosotros y seréis vencedores, si lo queréis.

Dios no os hace fuerza en el pensamiento y ni siquiera en que seáis santos. Sois libres. Pero os da fuerzas. Os restituye la libertad del imperio de Satanás. Toca a vosotros el imponeros al

⁵ Cfr. Sal. 81, 6; 2 Petr. 1, 4; Rom 8, 16.

⁶ Cfr. Jue. 16, 22–31.

yugo infernal o colocaros alas angelicales. Yo, vuestro hermano, os guiaré y nutriré con el alimento inmortal.

“Cómo se conquista a Dios y su Reino por un camino más dulce que no sea el duro del Sinaí?” preguntáis. No hay otro. Es este. Pero mirémoslo no a través del color de las amenazas, sino a través del amor. No digamos: “¡Ay de mí, si no hiciere esto!” quedando temblorosos ante la posibilidad de pecar, de no ser capaces de no pecar. Sino digamos: “¡Bienaventurado de mí si hago esto!” y con el empuje de la alegría sobrenatural, gozosos, lancémonos hacia estas bienaventuranzas que nacen al observar la Ley, como nacen las corolas de las rosas de entre un montón de espinas.

“Bienaventurado si soy pobre de espíritu porque entonces el Reino de los cielos es mío.

Bienaventurado de mí si soy manso porque heredaré la tierra.

Bienaventurado de mí si soy capaz de llorar sin rebelarme porque seré consolado.

Bienaventurado de mí si tengo más hambre y sed de justicia que del pan y del vino.

Bienaventurado de mí si soy misericordioso porque se usará misericordia divina conmigo.

Bienaventurado de mí si soy puro de corazón porque Dios se inclinará sobre mi corazón y lo verá.

Bienaventurado de mí si tengo espíritu de paz porque Dios me llamará hijo suyo, porque en la paz está el amor, y Dios es Amor que ama a quien se le asemeja.

Bienaventurado de mí si por ser fiel a la justicia, soy yo perseguido, porque Dios, mi Padre me dará el Reino de los cielos para premiarme de las persecuciones terrenas.

Bienaventurado de mí si soy ultrajado, y acusado mentirosamente porque sé que soy tu hijo, oh Dios. De esto me vendrá no dolor, sino alegría, porque esto me iguala a tus mejores siervos, a los profetas, que fueron perseguidos por la misma razón y con los cuales creo firmemente participar de la misma recompensa grande, eterna, en el cielo que es mío”.

Contemplemos así el camino de la salvación, a través de la alegría de los santos.

“Bienaventurado de mí si soy pobre de espíritu”.

¡Oh fiebre satánica, a cuántos delirios de riquezas conduces a los ricos y a pobres! El rico que vive para su dinero: el ídolo infame de su espíritu en ruinas. El pobre que vive odiando al rico porque tiene dinero y si es verdad que no lo mata de hecho, sin embargo lanza contra la cabeza de los ricos anatemas, y les desea toda clase de males. No basta no hacer el mal, es menester no desearlo. El que maldice y desea desgracias y muertes no es muy diverso del que mata realmente, porque tiene deseo de que perezca la persona odiada. En verdad os digo que *el deseo no es sino un acto no realizado, algo así como el feto que existe ya en el vientre, pero que todavía no sale*. El deseo perverso envenena y arruina, porque dura más que el acto violento, y es más intenso.

El pobre de espíritu si es rico no peca porque tenga dinero, antes bien lo emplea para ser santo. Todos le aman y bendicen porque es semejante a aquellas fuentes que en los desiertos salvan a uno, *sin avaricia alguna*; alegre dan para aliviar la desesperación de los demás. Si es pobre se alegra en su pobreza, come su pan con la alegría que no sabe del ansia del dinero, y duerme tranquilamente sin pesadillas y descansado se levanta a su trabajo que le parece más llevadero, porque lo hace sin ambición ni envidia.

Las cosas que hacen rico al hombre, son dinero como objeto material, los afectos como algo moral. Por oro se entiende no sólo el dinero, sino casa, campos, joyas, muebles, rebaños, todo lo que materialmente hace acaudalada una vida. En los afectos se cuentan los lazos de sangre o de matrimonio, las amistades, la capacidad intelectual, los cargos públicos. Como veis en la primera parte el pobre puede decir: “Oh, en cuanto a mí, me basta que no envidie a quien tiene, que así me siento bien”; en la segunda también el pobre tiene qué estar atento, porque aún el

más miserable en el mundo, puede llegar a ser pecaminosamente rico de espíritu. Quien desmoderadamente se aficiona a alguna cosa ese tal peca.

Diréis: “Luego ¿debemos odiar los bienes que Dios nos regaló? Entonces ¿por qué ordena que amemos a nuestro padre, madre, esposa hijos y añade: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’?”⁸ Distinguid. Debemos amar a nuestro padre y madre, a la esposa y al prójimo, pero en la medida que Dios ha determinado: “como a nosotros mismos”. A Dios se le debe amar sobre todas las cosas, con todo nuestro ser. Debemos amar a Dios no como a los seres más queridos, por ejemplo, a esta persona porque nos amamantó, a la otra porque duerme sobre nuestro pecho y cría nuestros hijos, sino amarlo con *todo* nuestro ser, esto es, con toda la capacidad de amar que hay en el hombre: con amor de hijo, de esposo, de amigo, y no os escandalicéis, de padre. Sí, debemos tener el mismo cuidado de los intereses de Dios que tiene un padre por sus hijos, cuya hacienda cuida con amor y la aumenta; que ante sus ojos tiene su vida física y cultural, así como éxito en el mundo.

El amor no es un mal y no debe serlo. Las gracias que Dios nos concede tampoco lo son y tampoco deben serlo. Son amor. Por amor se han concedido. Es menester emplear con amor estas riquezas de afectos y bienes que Dios nos concedió. Y sólo el que no los convierte en ídolos, sino en medios para servir santamente a Dios, ese tal demuestra que no tiene inclinación pecaminosa. Pone en práctica la santa pobreza del espíritu que se despoja de todo para poder más libremente conquistar a Dios santo, suprema riqueza. Conquistar a Dios significa: tener el reino de los cielos.

“Bienaventurado de mí, si soy manso”.

Esto parece contrario a la vida cotidiana. Los que no son mansos parece que triunfan en sus familias, en su ciudad, en su nación. Pero ¿es verdadero triunfo? No lo es. Es el miedo que hace que los súbditos se inclinen en apariencia ante el déspota, pero en realidad no existe sino un velo en fermento de rebelión contra el tirano. Quienes son iracundos y prepotentes no son dueños de los corazones de sus familiares, ni de sus conciudadanos, ni de sus súbditos. No doblegan las inteligencias ni los corazones a sus doctrinas los maestros que repiten: “lo he dicho, lo he dicho”, antes bien forman autodidactas, buscadores de una llave apta para abrir las puertas cerradas de una sabiduría o de una ciencia que saben existe y que es contraria a la que se les impone.

Aquellos sacerdotes que no van a la conquista de los espíritus con la paciencia, humilde y amorosa dulzura, sino que parecen guerreros armados que se lanzan a un asalto feroz –tanta es la impetuosidad e intransigencia contra almas– esos tales no llevan a Dios. ¡Oh, pobres almas! Si fueran santas, no tendrían necesidad de vosotros, sacerdotes, para llegar a la luz; la tendrían ya dentro de sí. Si fuesen justos no tendrían necesidad de vosotros como jueces para mantenerse en el freno de la justicia. Ya tendrían ésta consigo. Si fueran sanos no tendrían necesidad de quien los curase. Sed, pues, mansos. No ahuyentéis a las almas. Atraedlas amorosamente, porque la mansedumbre es amor, así como lo es la pobreza de espíritu.

Si sois así, heredaréis la tierra y llevaréis a Dios este lugar, que era de Satanás, porque vuestra mansedumbre, que además de amor es humildad, habrá vencido el odio y la soberbia matando en los corazones al rey abyecto de la soberbia y del odio y el mundo será vuestro, esto es de Dios porque seréis justos que reconoceréis a Dios como Dueño absoluto de lo creado, a quien se debe dar alabanza y bendición.

“Bienaventurado si sé llorar sin rebelarme”.

El dolor existe en la tierra, y arranca lágrimas al hombre. No existía el dolor, pero el hombre lo puso en la tierra y por depravación de su inteligencia trata siempre de aumentarlo con todos

⁸ Cfr. Lev. 19, 18.

los medios. Además de las enfermedades, de las desgracias que acarrea vienen rayos, tempestades, terremotos. Ved que el hombre más que para sufrir viene sobre todo para hacer sufrir, pues quisiéramos que los otros sufriesen, mas no nosotros, con los medios que buscamos para atormentarlos ved que cavila en fabricar armas cada vez más mortíferas e intransigencias morales cada vez más astutas. ¡Cuántas lágrimas acarrea el hombre al hombre e instigación a su oculto rey que es Satanás! Y en verdad os digo que estas lágrimas no son una mengua, sino una perfección del hombre.

El hombre es un niño distraído, es un desocupado, es una criatura de inteligencia retardada hasta que el llanto lo hace adulto, reflexivo, inteligente. Sólo los que lloran, o quienes han llorado, saben amar y comprender. Aman a los que gimen, los entienden en sus dolores, los ayudan con una bondad que sabe cuán duro es estar solos en el llanto. Ellos saben amar a Dios porque han comprendido que todo fuera de Dios es dolor; que el dolor se mitiga si se llora en el corazón de Dios; que el llanto resignado, que no destroza la fe, que no seca la oración, que no conoce la rebelión, sirve para transformarse, y que del dolor viene el consuelo.

Sí. Los que lloran amando al Señor, serán consolados.

“Bienaventurado si tengo hambre y sed de justicia”.

Desde el momento en que el hombre nace, hasta el que muere busca el alimento. Al nacer abre su boquita para coger el pecho, abre los labios para tomar consuelo en su agonía. Trabaja para alimentarse. Hace de la tierra un lugar del que absorbe su sustento sin cansarse. Pero ¿qué es el hombre? ¿Un animal? No, es un hijo de Dios. Está en el destierro por pocos o muchos años, y su vida no termina al cambiar de domicilio.

Hay una vida en la vida, así como en la cáscara de nuez, están los gajos. La nuez no es la cáscara, sino los gajos y pulpa que están en ella. Si sembráis la cáscara de nuez, no nace nada, pero si sembráis los gajos o pulpa nacerá un árbol grande. Así es el hombre. No es la carne la que se hace inmortal, es el alma. Se le alimenta para llevarla a la inmortalidad, a la que, por amor, ella después llevará la carne a una resurrección bienaventurada. El alimento del alma es la sabiduría, la justicia. Se le toma cual liquido y alimento y fortalecen. Cuanto más se gusta, tanto más crece el santo deseo de poseer la sabiduría y de conocer la justicia. Pero vendrá un día en que el alma ya insaciable verá satisfecha del todo su hambre. Dios se dará a su hijo, lo llevará directamente a su pecho, y se saciará en el paraíso de la madre admirable que es Dios mismo y no tendrá más hambre, sino que descansará en el divino seno. Ninguna ciencia humana puede suplantar a la divina. La curiosidad de la inteligencia puede extinguirse, pero no la necesidad del espíritu. Y sucede que el espíritu encuentra disgusto en la diversidad del sabor y separa la boca del pecho amargo, prefiriendo sufrir de hambre que llenarse de comida que no venga de Dios.

No tengáis miedo, vosotros que tenéis sed y hambre de Dios. Sed fieles y seréis saciados por quien os ama.

“Bienaventurado de mí, si soy misericordioso”.

¿Entre los hombres quién puede decir: “No tengo necesidad de compasión”? Nadie. Si en la antigua Ley está escrito: “Ojo por ojo y diente por diente”¹⁰, ¿Por qué en la Nueva no deba decirse: “Quien sea misericordioso encontrará misericordia”? Todos tienen necesidad de perdón.

Pues bien, no son ni la fórmula ni la forma de un rito, figuras externas que se han concedido a causa de la opaca mentalidad humana, las que obtienen perdón, sino el rito interno del amor, o mejor dicho, de la misericordia. La razón porqué se ordenó el sacrificio de un cabro o de un cordero y la oferta de algunas monedas¹¹, se debió al hecho de que en la raíz de todo mal se encuentra siempre: la avaricia y la soberbia. La primera encuentra su castigo al comprar la

¹⁰ Cfr. Ex. 21, 22–25; Lev. 24, 19–22; Deum 19, 21.

¹¹ Cfr. Por ejemplo: Ex. 29, 38–46; Lev. 1–7; Núm. 7–8; 28, 33–8; Deum. 12, 13–28; Ex. 46, 8–24.

oferta, la segunda con la confesión clara de lo que se va a hacer: “Hago este sacrificio porque he pecado. Se impuso además para adelantarse a tiempos y señales de los tiempos, y en la sangre que se esparce está la figura de la sangre que será derramada para borrar los pecados de los hombres.

Bienaventurado, pues, el que sabe ser misericordioso con los hambrientos, desnudos, con los que no tienen techo, con los infelices que lo son tanto más cuanto que poseen un mal carácter, con los que sufren y hacen sufrir a quien con ellos convive. Tened misericordia. Perdonad, compadeced socorred, enseñad, levantad. No os encerréis en una torre de cristal diciendo: “Soy puro y no desciendo entre los pecadores”. No digáis: “Soy rico y feliz, y no quiero oír las miserias de los demás”. Ved que vuestra riqueza, salud, bienestar familiar, pueden desaparecer más presto que el humo al soplo de un fuerte viento. Recordad que el cristal es lento, y lo que pasaría desapercibido si os mezcláis entre la multitud, al meteros en una torre de cristal, solos, separados, iluminados por todas partes, no lo podéis ocultar.

Misericordia para realizar un sacrificio de expiación secreto, continuo, santo y para obtener misericordia.

“Bienaventurado de mí si soy puro de corazón”.

Dios es pureza. El paraíso es reino de pureza. Nada impuro puede entrar en el cielo donde está Dios. Por esto, si sois impuros no podéis entrar en el reino de Dios. Pero, ¡Oh alegría que el Padre anticipadamente concede a los hijos! El que es puro tiene ya desde la tierra un principio de cielo porque Dios se inclina sobre el puro y el hombre desde la tierra va a su Dios. No conoce sabor de amores humanos, sino que gusta, hasta el éxtasis, el sabor del amor divino y puede decir: “Estoy contigo y Tú estás en mí por lo cual te poseo y conozco cual esposo amantísimo de mi alma”. Y creedlo, que quien tiene a Dios alcanza cambios radicales e inexplicables aun en sí mismo, para los que se hace santo, sabio, fuerte, y en sus labios florecen palabras y sus acciones se revisten de una fuerza que no viene de la criatura, sino de Dios que en ella vive.

¿Qué cosa es la vida de quien ve a Dios? Bienaventuranza. ¿Y querríais privaros de un premio tan grande por una fétida impureza?

“Bienaventurado si tengo espíritu de paz”.

La paz es una de las características de Dios. Él no es más que paz, porque la paz es amor, mientras la guerra es odio. Satanás es odio. Dios es paz. No puede uno llamarse hijo de Dios, ni puede Dios decir que un hombre es su hijo, si éste tiene espíritu irascible siempre dispuesto a desencadenar tempestades. Pero tampoco puede llamarse hijo de Dios el que sin desencadenar propiamente tempestades, no contribuye con su grande paz a calmar la que otros han suscitado. El que es pacífico difunde la paz sin palabras. Es dueño de sí mismo y me atrevo a decir: “dueño de Dios, pues lo lleva como una lámpara lleva su flama, como el incensario despide su perfume, como el odre contiene su líquido. Debido a este suave aceite que es el espíritu de paz que emana de los hijos de Dios, se produce luz en medio de la neblina llena de humo de rencores, y se purifica el alma de los miasmas de rencores y se calman las ondas enfurecidas.

Hacer que Dios y los hombres os puedan llamar así.

“Bienaventurado si se me persigue por amor de la justicia”.

El hombre se deja llevar tanto de Satanás que odia el bien dondequiera que lo encuentra, odia al bueno, como al que con su silencio lo acusa y reprende. De hecho, la bondad de uno hace aparecer más negra la perversidad del malvado. La fe del creyente *verdadero*, hace aparecer más viva la hipocresía del falso. No pueden los injustos menos de odiar al que con su modo de vivir es constante testimonio de justicia y entonces, ved que se enfurecen contra los que aman la justicia.

También en esto es como en las guerras. El hombre progresa más en su arte satánico de perseguir que en el santo arte de amar. Pero no puede perseguir sino lo que tiene vida breve. Lo

eterno que existe en el hombre escapa a sus asechanzas, y hasta adquiere una vitalidad más robusta que las persecuciones. La vida escapa por las heridas que abren las venas o por las fatigas que lleva el perseguido. Pero la sangre teje la púrpura del futuro rey y las fatigas son escalones para subir a los tronos que el Padre ha preparado a sus mártires, a los que están reservados los reales asientos del reino de los cielos.

“Bienaventurado si se me ultraja y calumnia”.

Procurad que vuestro nombre pueda ser escrito en los libros celestiales¹³, allí donde no se consignan los nombres según la mentira humana, que alaba a los que no son dignos. En estos libros también se consignan con justicia y amor, las obras de los buenos para darles el premio que Dios ha prometido a los que ha bendecido.

Hasta ahora fueron calumniados y ultrajados los profetas, pero cuando se abran las puertas de los cielos, cual reyes imponentes, entrarán en la ciudad de Dios, y ante ellos se doblarán los ángeles, cantando de alegría. También vosotros, también vosotros, ultrajados y perseguidos por haber sido de Dios, tendréis un triunfo celestial, y cuando llegue el tiempo, y esté completo el paraíso, entonces os será muy querida cada lágrima con que conseguisteis esta gloria eterna que os prometo en nombre del Padre.

Idos, mañana os hablaré de nuevo. Que queden tan sólo los enfermos, para que los socorra en sus dolores. La paz sea con vosotros, y al meditar en la salvación, por medio del amor, os guíe en el camino cuya meta es el cielo”.

31. El Discurso de la Montaña. Las bienaventuranzas (segunda parte)¹

25 mayo 1945

El lugar y la hora son los mismos. Hay mucha gente. En un recodo cercano a un sendero, como para no provocar la repugnancia de la multitud, pero como si quisiese escuchar, está un romano, Lo distingo por el vestido corto y el manto diverso. También están Estaban y Hermas.

Jesús lentamente va a su lugar y empieza a hablar.

“Con lo que os dije ayer no debéis llegar a la conclusión de que vine a destruir la ley. No. Sólo porque soy hombre y comprendo la debilidad humana, quise daros valor para seguirla, al hacer que vuestra mirada espiritual se dirija no al negro abismo, sino al luminoso. Porque si el temor del castigo puede refrenar algunas veces, la seguridad del premio anima mucho más. Lo que no hace el miedo, lo hace la confianza, la que quiero que la tengáis completa para que podáis hacer siempre el bien y conquistar el premio santísimo del cielo.

No cambio ni siquiera una tilde de la Ley. Y ¿Quién la dio en medio de los truenos del Sinaí? El Altísimo².

¿Quién es el Altísimo? El Dios Uno y Trino.

¿De dónde sacó la Ley? De su Pensamiento.

¿Cómo la dio? Con su palabra.

¿Por qué la dio? Por su amor.

Ved pues que la Trinidad está presente, y el Verbo obediente como siempre al Pensamiento y al Amor, habló por el Pensamiento y el Amor.

¹³ Cfr. Ex. 32, 30–35; Sal. 68, 28–29; 138, 16–17; Is. 4, 2–3; Dan. 7, 9–14; 12, 1–4; Lc. 10, 17–20; Fil. 4, 1–3; Apoc. 3, 1–6; 12, 18–13, 10: 17, 8–9; 20. 11–15.

¹ Cfr. Mt. 5; 7, 15–220; Lc 6.

² Cfr. Ex. 19–20; Deum. 5.

¿Podría mentirme a Mí mismo? No. Pero puedo, porque así es, perfeccionar la Ley, hacerla divinamente completa, no como lo intentaron los hombres en el transcurso de los siglos, que la hicieron hasta indescifrable, imposible de cumplirse, amontonando leyes y preceptos, preceptos y leyes, que han sacado de su pensamiento, de lo que más les conviene, y echan todos esos escombros para sepultar, sofocar y esterilizar la Ley santísima de Dios. ¿Puede sobrevivir una planta que para siempre es aplastada con aludes, escombros e inundaciones? No. Muere. En muchos corazones la Ley ha muerto. Está sofocada bajo las avalanchas de demasiadas superestructuras. He venido a arrancarlas todas, y sacada la Ley del sepulcro, resucitada, ved que la convertiré no en una ordenanza sino en una reina.

Las reinas promulgan leyes, que sean su obra, pero que no pertenecen más a ella. Yo por el contrario hago de la ley una reina, la completo, coronó, al poner en la cima de su guirnalda los consejos angélicos. Antes era el orden, ahora es más que él. Antes era lo necesario, ahora es más que ello: es la perfección. Quien la arreglase, como Yo la doy, al punto sería rey porque ha llegado a lo “perfecto”, porque no ha sido tan solo obediente, sino héroe, esto es, santo, porque la santidad es el culmen de las virtudes al que puede llegar el hombre, virtudes a las que se ama heroicamente y a las que se sirvió con un desapego completo de todo lo que es apetito y reflexión humana de cualquier cosa. Podría decir que el santo es al que el amor y el deseo sirven de obstáculo para cualquier otra cosa que no sea Dios. Sin distraerse de las cosas inferiores, tiene las pupilas del corazón fijas en el esplendor santísimo que es Dios y en el que ve, pues todo está en Dios, que se agitan sus hermanos y que extienden sus manos suplicantes. Y sin separar los ojos de Dios, el santo se entrega a ellos. Él endereza su ideal contra la carne, riquezas, comodidades, que es el servir. ¿Es pobre el santo? ¿Tiene menos? No. Ha llegado a poseer la sabiduría y riquezas verdaderas. Por eso todo lo posee. Ni se fatiga, porque si es verdad que es un creador continuo, lo es también que continuamente es alimentado. Porque si es verdad que comprende el dolor del mundo lo es también que se alimenta con las alegrías del cielo. Se nutre de Dios y en Él se regocija. *Es la criatura que ha comprendido el sentido de la vida.*

Como veis, Yo no puedo cambiar ni mutilar la Ley, de igual modo que ni la corrompo con superestructuras de teorías humanas. Antes bien la completo. Ella es lo que es, y así lo será hasta el último día, sin que se cambie una palabra, o se quite un precepto. Perfectamente es coronada. Para adquirir la salvación basta aceptarla como fue dada. Para tener unión inmediata con Dios es menester vivirla como la aconsejo. Mas dado que los héroes son excepción, hablaré para las almas comunes, para todas en general, a fin de que no se diga que al buscar lo perfecto, haga oscuro lo necesario. Pero de cuanto diga, no olvidéis esto: el que cree que puede violar uno de estos mandamientos, aunque sea el más pequeño, como tal será tenido en el reino de los cielos. Y quien indujese a otros a violarlos, será considerado como el más pequeño, lo mismo *que a quien indujo*. Pero quien con su vida y obras, más bien que con sus palabras, haya persuadido a los demás a la obediencia, este será grande en el reino de los cielos y su grandeza *aumentará por cada uno de los que llevó a obedecer y a santificarse así*. Sé que lo que estoy a punto de decir, amargará a muchos. Pero no puedo mentir, aun cuando con ello me forje enemigos.

En verdad os digo que si su justicia no se rehace, separándose de la pobre e injustamente definida justicia, que os han enseñado los escribas y fariseos; que si no sois *verdaderamente* y mucho más justos que los fariseos y escribas, que creen serlo con aumentar fórmulas, pero sin cambio radical de sus corazones, no entraréis en el reino de los cielos.

Guardaos de los falsos profetas y de los doctores del error. Se os acercan con piel de corderos y son lobos feroces; se os acercan con vestidura de santidad y son unos burlones de Dios; dicen que aman la verdad y se apacientan de mentira. Estudiadlos antes de que los sigáis.

El hombre tiene lengua y con ella habla, tiene ojos y con ellos mira, tiene manos y con ellos hace señas. Pero tiene otra cosa que más claramente muestra su verdadero ser: sus propias acciones. ¿Qué puede ser un par de manos unidas en forma de plegaria, si luego ese hombre es un ladrón y fornicador? ¿Y qué son dos ojos que tratan de hacerse pasar como de alguien inspirado y que resuelven con todo sentido, si después de pasada la hora de la comedia, saben fijarse ávidamente en la mujer, por lujuria o en el enemigo para matarlo? ¿Y qué queréis que sea la lengua que sabe murmurar la mentirosa canción de alabanzas y seducir con sus dichos melosos, mientras después a vuestras espaldas os calumnia y es capaz de perjurar con tal de haceros pasar como gente despreciable? ¿Qué cosa es la lengua que hace largas e hipócritas oraciones, y luego veloz mata la fama del prójimo o engaña se buena fe? Es náusea. Igual cosa los ojos y las manos mentirosas: son náusea. Pero las acciones del hombre, sus *verdaderas* acciones, o sea su modo de comportarse en la familia, en el comercio, con sus prójimos y siervos, son las que dan testimonio de que “este es un siervo del Señor”. Porque las acciones santas, son fruto de una verdadera religión. Un árbol bueno no produce frutos malos y un árbol malo no produce frutos buenos. Estos zarzales ¿podrían producir sabrosas uvas? Y aquellos cardos ¿podrán daros suaves higos? No. Aquellos a lo sumo podrán dar una cuantas moras y de las flores de los cardos no saldrán sino unos frutos que no podrán comerse, flores que pese a serlo, están rodeadas de espinas. El hombre que no es justo podrá imponer con su aspecto, reverencia, pero no más. Aquel plumoso cardo parece un mechón de finos hilos plateados que el rocío ha adornado con diamantes; pero si por descuido lo tocáis, veréis que no es plumón, sino un manojo de agujones, que hiere al hombre, y hacen mal a las ovejas, razón por la que los pastores los arrancan de los pastizales y los arrojan al fuego de la noche para que ni siquiera la semilla pueda salvarse. Justa y previsora medida. Yo no os digo: “Matad a los falsos profetas y a los fieles hipócritas”. Al contrario: “Dejádselos a Dios” y añadido: “Tened cuidado, apartaos para que no os envenenéis con su jugo”.

Como Dios deba ser amado os lo dije ayer. Ahora insisto cómo lo deba ser el prójimo.

En otros tiempos se dijo: “Amarás a tu amigo y odiarás a tu enemigo”⁴. No. No será así. Esto es bueno para los tiempos en que el hombre no tenía consuelo de la sonrisa de Dios; pero ahora han llegado tiempos nuevos, en que Dios tanto ha amado al hombre que le manda su Hijo para redimirlo. Ahora habla el Verbo. Es una gracia que se derrama. Después el Verbo consumirá el sacrificio de paz y de redención, y la gracia no sólo se derramará, sino que se dará al que cree en el Mesías. Por esto conviene encumbrar el amor hacia el prójimo de modo que una el amigo con el enemigo.

¿Se os calumnia? Amad y perdonad. ¿Se os golpea? Amad y presentad la otra mejilla a quien os abofetea. Pensad que es mejor que la ira se desfogue en contra de vosotros que sabéis soportarla, y no contra uno que vengaría la afrenta. ¿Se os ha robado? No penséis: “Este prójimo mío es un ambicioso”, pensad caritativamente: “Este pobre hermano tiene necesidad” y dadle también la túnica si es que os quitó el manto. De este modo lo pondréis en la imposibilidad de cometer un doble robo porque no tendrá más necesidad de robar a otro su túnica. Pero podréis decir: “Esto podría ser un vicio y no una necesidad”. Aún cuando así sea, dad igualmente. Dios os recompensará y el inicuo pagará su pecado. Pero muchas veces, y para este fin recordad lo que dije ayer sobre la mansedumbre, al verse tratado el pecador de este modo, desaparece de su corazón su vicio, y se redime llegando a reparar su hurto con devolver lo quitado.

Sed generosos con quienes, antes que robaros, prefieren pedirlos lo que necesitan. Si los ricos fuesen realmente pobres de espíritu, como enseñé ayer, no existirían las feas desigualdades sociales, causa de tantas desgracias humanas y sobrehumanas. Pensad siempre: “Si me

⁴ Cfr. Lev. 19, 18; Mt. 5, 43.

encontrase en la necesidad, ¿cómo saborearía yo que se negasen a ayudarme?” y según responda vuestro “yo”, obrad así. Haced a los demás lo que querríais que se os hiciese y no hagáis a otros lo que no os gustaría que se os hiciese.

El antiguo dicho “Ojo por ojo y diente por diente”⁵, que no está en los diez mandamientos, sino que fue puesto porque el hombre, privado de la gracia es en tal forma un animal que no puede comprender sino lo que es venganza, queda anulado con este otro: “Amad a quien os odia, ruega por quien te persigue, justifica a quien te calumnia, bendice a quien te maldice, haz bien a quien te hace daño, sé pacífico con el furioso, condescendiente con el que te desagrada, socorre de buena gana a quien recurre a ti y no te aproveches de él; no critiques, no juzgues” Vosotros no conocéis los cabos de las acciones humanas. Sed generosos en todo lo que se trate de ayuda, sed misericordiosos. Cuanto más deis, más se os dará. Dios pondrá en las manos de quien fue generoso una recompensa mucho mayor. Dios no sólo os dará lo que disteis, sino mucho más. Tratad de amar y de haceros amar, Los pleitos cuestan más que un arreglo amigable y el buen trato es como miel cuyo sabor queda por largo tiempo en la lengua.

¡Amad, amad! Amad a amigos y enemigos para que seáis semejantes a vuestro Padre que hace llover sobre buenos y malos y hace bajar su sol sobre justos e injustos reservándose el dar sol y rocío eternos, y fuego y granizadas infernales, cuando los buenos sean escogidos, como espigas preciosas, entre las gavillas de la cosecha. No basta amar a los que os aman y de los que esperáis una compensación. Esto no es mérito, es una alegría, y hasta los hombres naturalmente honestos lo saben hacer. También los publicanos lo hacen. Igualmente los paganos. Pero vosotros amad a semejanza de Dios y amad por respeto a Dios, que es creador también de vuestros enemigos o de los que no son muy amables. Quiero que en vosotros exista la perfección del amor y por esto os digo: “Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre que está en los cielos”.

Tan grande es el precepto del amor hacia el prójimo, el perfeccionamiento del precepto del amor hacia él, que no os digo como se os dijo: “No mataréis”⁶ porque al que mata lo condenarán los hombres. Os digo: “No os enojéis”, porque sobre vosotros existe una sentencia y tiene en cuenta aún las acciones que no se ven. Quien hubiere insultado a su hermano lo condenará el Sanedrín. Pero a quien lo hubiese tratado de loco, y por esto perjudicado, Dios lo condenará. Es inútil presentar ofertas si antes no se han sacrificado en el interior del corazón los propios rencores por amor de Dios y no se ha llevado a cabo el rito santísimo de saber perdonar. Por esto, si cuando estás a punto de presentar tu ofrenda a Dios, te acuerdas de haber faltado a tu hermano o de guardarle rencor por algo que te ofendió, deja tu oferta ante el altar, haz antes la inmolación de tu propio amor, reconciliándote con tu hermano, y luego ven al altar. Entonces será santo, sólo entonces lo será, tu sacrificio. El ponerse de acuerdo es siempre el mejor de los negocios. El juicio humano es precario, y quien lo desafía obstinadamente puede perder la causa y tendrá que pagar al adversario hasta el último céntimo o quedarse en la cárcel.

Levantad la mirada a Dios en todas las cosas. Preguntaos diciendo: “¿Tengo el derecho de hacer esto que Dios no hace conmigo?” Porque Dios no es inexorable*, ni terco como lo sois vosotros. ¡Hay de vosotros si lo fueseis! Nadie se salvaría. Que esta reflexión os lleve a sentimientos suaves, humildes, piadosos. Y entonces no os faltará la recompensa de parte de Dios en esta tierra y en el más allá.

⁵ Cfr. Ex. 21, 22–25; Lev. 24, 18–22; Deum. 19, 21.

⁶ Cfr. Ex. 20, 13; Deum. 5, 17.

* Inexorable = Duro, Inflexible.

Aquí, delante de Mí, hay uno que me odia y que no se atreve a decir: “Cúrame” porque sabe que conozco sus pensamientos. Pero Yo digo: “Hágase como tú quieres. Y así como caen de tus ojos las escamas, que caiga de tu corazón el rencor, que caigan las tinieblas”.

Idos con mi paz. Mañana os hablaré nuevamente”.

La gente desfila poco a poco, tal vez en espera del grito “milagro” que no se oye.

También los apóstoles y los discípulos más antiguos que se quedan en la montaña, preguntan: “¿Quién era? ¿No se ha curado?” y preguntan una y otra vez al Maestro que, de pie, con los brazos cruzados ve bajar a la gente.

Jesús no responde al principio, luego dice: “Los ojos están curados. El alma no. No puede porque está llena de odio”.

“Pero ¿quién es? ¿Acaso el romano?”

“No, un desgraciado”.

“Entonces ¿para qué lo curaste?” pregunta Pedro.

“¿Debería mandar rayos contra todos los que se parecen a él?”

“Señor, sé que no quieres que diga: “sí”, y por esto no lo digo... pero lo pienso... y es lo mismo...”

“Es lo mismo, Simón de Jonás. Pero sabe entonces que... ¡Oh, cuántos corazones llenos de escamas de odio hay en mi alrededor! Ven. Vamos allá a la cumbre a mirar desde lo alto nuestro hermoso mar de Galilea. Yo y tú solos”.

32. El Discurso de la Montaña. Las bienaventuranzas (tercera parte)¹

26 mayo 1945

En el mismo lugar y a la misma hora, la gente menos el romano, es la misma. Tal vez más numerosos porque hay muchos desde donde comienzan los senderos que llevan al valle.

Jesús empieza a hablar:

“Uno de los errores que el hombre fácilmente comete contra sí mismo es la falta de honradez. Y como el hombre difícilmente es sincero y honrado, por eso se creó un freno para verse obligado a ir por el camino que dijo. Freno que, como en el caballo indómito, fácilmente se sale y cambia a su talante el paso, o se lo quita del todo por propia comodidad sin pensar seriamente en que Dios, los hombres y su propia conciencia pueden reprochárselo.

Este freno es el juramento, que no es necesario entre las personas honradas; y Dios, por sí, no lo ha enseñado. Al contrario se ha dicho: “No dirás falso testimonio”², sin añadir más, porque el hombre debería ser franco sin necesidad de otra cosa que la fidelidad a su palabra. Cuando en el Deuteronomio se habla de los votos, aun de los votos que un corazón unido con Dios pronunció, o por motivo de necesidad o de gratitud, se dijo: “Debes mantener la palabra que salió una vez de tus labios, haciendo cuanto prometiste al Señor Dios tuyo, cuando la dijiste con el corazón y la boca”³. Siempre se habla de la palabra dada, sin añadir más que la palabra. El que siente la necesidad de jurar es porque no es sincero en sí mismo y por el concepto que tiene del prójimo. Y el que hace jurar testifica con tal exigencia, que desconfía de la sinceridad y honradez del que jura.

Como veis el hábito de jurar es una consecuencia de la falta de sinceridad moral del hombre. Es una vergüenza para el hombre. Doble vergüenza porque el hombre no es fiel ni

¹ Cfr. Mt. 5; 6, 5-6 y 16-18; 7, 7-11; Lc. 6; 11, 9-13.

² Cfr. Ex. 20, 16; Lev. 19, 12; Deut. 5, 20.

³ Cfr. Deum. 23. 23.

siquiera en esta cosa vergonzosa que es el juramento, y burlándose de Dios, con la misma facilidad con que se burla del hombre. Llega hasta ser perjurio con tanta facilidad y tranquilidad. ¿Puede haber criatura más vil que el perjurio? Se aprovecha frecuentemente de una fórmula sagrada, y pone a Dios como cómplice y fiador, o bien invoca los afectos más queridos, como son el del padre, madre, mujer, hijos, sus muertos, su misma vida, o parte de su ser, y los invoca en apoyo de su decir mentiroso, para inducir a su prójimo a que le crea. Lo induce, pues, en engaño. Es un sacrílego, ladrón, traidor, homicida, ¿De quién? De Dios porque mezcla la verdad con la infamia de su mentira y lo escarnece desafiándolo: “Pégame, desmiénteme, si puedes. Tú estás allá, yo estoy aquí y me río de todo”. Oh, sí, os reís ‘¡Oh! mentirosos y burladores’. Pero llegará un momento en que no os reiréis y será cuando Aquel, a quien todo poder se ha dado, aparezca terrible en su majestad y sólo con su presencia os pondrá alertas, y con su mirada os fulminará, antes, antes de que su voz caiga en vuestro eterno destino marcándoos con su maldición.

Es un ladrón porque se apropia una honra que no merece. El prójimo, fustigado con el juramento, se le entrega, y la serpiente se adorna fingiéndose lo que no es. Es un traidor porque con el juramento promete cosas que no quiere mantener. Es un homicida porque o mata la honra de un semejante suyo, al arrebatarle la estima que otros tenían de él, o mata su alma porque el perjurio es un pecador abyecto* ante los ojos de Dios, los cuales ven la verdad, aun cuando otros no. Dios no se engaña ni con falsas palabras, ni con acciones hipócritas. Él ve. No pierde de vista por un instante a ninguno de los hombres. No existe muralla gruesa, ni cueva profunda donde no penetre su mirada. Aun en vuestro interior, único castillo, que cada uno tiene en su corazón, Dios penetra. Y os juzgará no por lo que juráis sino por lo que hacéis.

Por esta razón, pongo un nuevo orden, que sustituye al que se os puso, cuando fue introducido el juramento como freno para evitar la mentira y para no faltar a la palabra dada. No digo como los antiguos: “No perjurarás, sino más bien mantén tus juramentos”. Yo digo: “No juréis jamás”, ni por el cielo que es trono de Dios, ni por la tierra que es escabel^α de sus pies, ni por Jerusalén y su templo que es la ciudad del gran Rey, y la casa de nuestro Señor Dios.

No juréis ni sobre las tumbas de los muertos, ni por sus almas. Las tumbas están llenas de restos de lo que es inferior en el hombre y común con el animal; dejad los espíritus en su lugar. Procurad que no sufran ni se horroricen los espíritus que vislumbran a Dios. Y aunque sólo sea un vislumbre, esto es, un conocimiento parcial por que hasta el momento de la Redención no podrán ver a Dios en su resplandor completo, no pueden menos de sufrir al ver que sois pecadores. Y si son justos, no aumentéis su tormento al acordarse de su pecado con el vuestro. Dejadlos, en sus penas. No quitéis a unos nada ni a otros les añadáis algo. ¿Por qué recurrir a los muertos? No pueden hablar. Porque la caridad lo prohíbe, lo santos deberían desenmascararos muchas veces. Los condenados porque el infierno no abre sus puertas y los condenados no abren sus bocas sino para maldecir. Cualquier palabra queda sofocada con el odio de Satanás y de los satanases, pues los condenados son satanases.

No juréis por la cabeza de vuestro padre ni de vuestra madre, ni por vuestra esposa, ni por vuestros inocentes hijos. ¿Son acaso una moneda o una mercancía? ¿Son una firma en una carta? Son más que estas cosas. Son sangre ¡oh hombre! de tu sangre, pero también son criaturas libres y no puedes servirte de ellas como de esclavos para fianza de tu mentira, son menos que una firma tuya, porque eres inteligente, libre y eres adulto ya, y no un impedido o un niño que no sabe lo que hace y por esto es menester que sus padres los respeten. Tú eres tú, un hombre con inteligencia y por eso responsable de tus acciones, y debes obrar por ti mismo, poniendo

* abyecto = despreciable.

^α escabel = taburete para los pies.

como fianza de ellas acciones y palabras, tu honradez y sinceridad, la estima que has sabido inspirar en el prójimo, no la honradez, ni la sinceridad de tus padres, y la estima que ellos han sabido inspirar. ¿Son los padres responsables de los hijos? Sí, pero mientras sean menores de edad. Después cada uno es responsable de sí mismo. No siempre nacen justos de los justos, ni tampoco una mujer santa se casa con un hombre santo. ¿Por qué entonces debe de servirse uno de la justicia de otro? De igual modo, de un pecador pueden nacer hijos santos, y mientras son inocentes, todos son santos. ¿Por qué invocar entonces una cosa pura para un acto vuestro impuro, como es el juramento, que poco después se convierte en perjurio”

No juréis ni siquiera por vuestra cabeza, ojos, lengua y manos. No tenéis derecho sobre ellos. Todo lo que tenéis es de Dios. No sois más que custodios temporales, banqueros de tesoros morales o materiales que Dios os ha concedido. ¿Por qué usáis entonces lo que no es vuestro? ¿Podéis añadir un cabello a vuestra cabeza o cambiar su color? Y si no lo podéis hacer, ¿por qué os servís de la vista, de la palabra, de la libertad de vuestros órganos, para reforzar un juramento vuestro? No desafiéis a Dios. Puede tomaros la palabra y secar vuestros ojos como seca vuestras huertas, o arrancar los hijos como puede arrancar vuestras casas, para que os acordéis que Él es el Señor y vosotros los súbditos, y que es maldito quien se idolatra hasta el punto de tenerse más que Dios, desdeñándolo con la mentira.

Sea vuestro hablar: sí, sí, y no, no. Que no sea más. Lo que es de más lo sugiere el Maligno, y lo que hace para burlarse de vosotros, que no pudiendo sostener todo, caéis en mentira y se burlan de vosotros y se os tilda de mentirosos. Sinceridad, hijos, tanto en las palabras como en la oración.

No hagáis como los hipócritas que cuando oran, les gusta hacerlo en las sinagogas o en las esquinas de las plazas para que los hombres los vean y los alaben como piadosos y justos, pero en el interior de sus familias, son culpables ante Dios y ante el prójimo. ¿No veis que esto es como un perjurio? ¿Por qué deseáis sostener lo que no es verdad con objeto de conquistar una estima que no merecéis? La oración hipócrita se propone decir: “En verdad yo soy un santo. Lo juro a los ojos de quien me ve, y que no puede mentir al verme orar”. La oración hecha con semejantes fines es una blasfemia, es un velo extendido sobre la perversidad que está allí.

Dejad que Dios os proclame santos, y haced que toda vuestra vida en voz alta diga de vosotros: “He aquí a un siervo de Dios”. Pero vosotros, vosotros, por caridad, no digáis nada. No hagáis que vuestra lengua, acicateada por la soberbia, se convierta en objeto de escándalo ante los ojos de los ángeles. Sería preferible que en ese instante os hicieses mudos, si no tuvieseis la fuerza de imponeros al orgullo y a la lengua, llamándoos a vosotros mismos justos y agradables ante Dios. Dejad a los soberbios y falsos esta pobre gloria. Dejad a los soberbios y falsos esta efímera recompensa. ¡Y lo pobre que es! Pero es la que quieren, y no tendrán otra, porque no hay más que una. O la verdadera, la del Cielo que es eterna y justa; o la no verdadera, la de la tierra, que dura cuanto la vida del hombre y hasta menos, y luego como es injusta, se paga no sólo con la vida, sino también con un duro castigo.

Debéis orar ya con los labios, ya con el trabajo, o con todo vuestro ser, al impulso del corazón que ama a Dios, lo siente como a Padre, pero que recuerda que es el Creador, y que él es la criatura y con amor reverencial se pone siempre ante su presencia, bien ore, bien se entregue a sus negocios, bien camine o esté descansando, bien tenga ganancias o bien haga favores a otros. He dicho por impulso del corazón. Es la cualidad primera y esencial, porque todo procede del corazón, y así como éste es, así es la mente, así la palabra, así la mirada, así las obras.

El hombre justo extrae el bien de su corazón recto, y cuanto más extrae tanto más halla, porque el bien que hace, engendra otro nuevo, algo así como sucede con la sangre que se renueva en las venas y regresa enriquecida con elementos nuevos, que obtuvo del oxígeno y de

los alimentos asimilados. El perverso no puede menos de extraer de su negro corazón lleno de engaño y veneno, sino esto, lo cual aumenta, crece cuanto más aumenta y crecen las culpas, mientras que en el corazón del justo aumentan y crecen las bendiciones de Dios. No olvidéis que lo que abunda en el corazón es lo que brota por los labios y se revela en las acciones.

Forjaos un corazón humilde y puro, amoroso, confiado, sincero; amad a Dios con amor púdico, como una virgen ama a su esposo. En verdad os digo que cada alma es una virgen casada con el eterno amador, con nuestro Señor Dios; esta tierra es el tiempo de los esponsalicios, en los que el ángel custodio, que cada hombre tiene, es el paraninfo; y todas las horas de la vida y sus vicisitudes, son otras tantas doncellas que preparan el ajuar nupcial. La hora de la muerte es la hora de las nupcias celebradas. Entonces viene el conocimiento, el abrazo, la fusión, y el alma puede levantar el velo de su rostro, arrojándose en los brazos de Dios con todas sus fuerzas sin inducir a nadie al escándalo.

Mas por ahora, oh almas, todavía sacrificadas con el lazo de esponsalicios con Dios, cuando queráis hablarle, entrad en la paz de vuestra habitación, y sobretodo en la paz de vuestro interior, y hablad al Rey de los ángeles. Hablad con vuestro Padre en el secreto de vuestros corazones y de vuestra habitación interior. Dejad fuera todo cuanto es mundo: la manía de que lo vean a uno otros y la de edificar, la de amontonar palabras sobre palabras, palabras monótonas, tibias, enjalbegadas⁵ de amor. Por caridad, libraos de las medidas cuando oréis. En verdad os digo que hay quienes desperdician horas y más horas en un monólogo que repiten sólo con los labios, que es un verdadero soliloquio porque ni siquiera el ángel custodio lo escucha, pues no es más que un ruido sin sentido, al que él trata de remediar, sumiéndose en una oración ardiente a favor del necio a quien guarda. En verdad os digo que hay quienes ni siquiera cambiarían aun cuando Dios se les apareciera diciendo: “La salvación del mundo depende de que dejes este tu charlar que no tiene alma, y de que vayas a sacar un poco de agua de ese pozo y la derrames sobre la tierra por amor mío y de tus semejantes”. En verdad os digo que algunos creen que su monólogo es más importante que la cortesía de acoger al visitante o el acto caritativo de socorrer a quien tiene necesidad. Son almas caídas en la idolatría de la oración.

La plegaria es acción de amor. Y se puede amar tanto al orar, como haciendo pan, tanto en la meditación como asistiendo a un enfermo, tanto en la peregrinación que se hace al templo, como socorriendo a la familia, tanto al sacrificar un cordero, como sacrificar nuestros deseos, aunque justos, de recogernos en el Señor. Basta con que uno sumerja a sí mismo y cualquier acción en el amor. No tengáis miedo. Vuestro Padre ve, comprende, escucha, concede. Cuántas gracias no se dan tan sólo por un suspiro perfecto y verdadero de amor. Cuánta abundancia por un sacrificio íntimo hecho con amor. No seáis semejantes a los paganos. Dios no tiene necesidad que le digáis lo que debe hacer en vuestro favor. Eso pueden hacer los paganos con sus ídolos que no entienden, pero no vosotros con Dios, con el Dios verdadero, espiritual, que no sólo es Dios y Rey, sino vuestro Padre y sabe antes de que le pidáis, de qué necesitáis.

Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad a la puerta y se os abrirá. Porque quien pide, recibe; quien busca, encuentra; y se abre a quien llama. Cuando un hijo vuestro extiende su manita y os dice: “Padre, tengo hambre”, ¿le dais acaso una piedra? ¿Le dais una serpiente si os pide un pescado? No. Y además del pan del pescado lo acariciáis y bendecís, porque es dulce para el padre alimentar a su hijo y ver en su rostro una alegría feliz. Si pues vosotros, imperfectos de corazón, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos sólo por el amor natural, igual como los animales lo hacen con su prole. Cuanto más vuestro Padre que está en los cielos concederá, a quienes se lo piden, cosas buenas y necesarias para su bien. No tengáis miedo de pedir y no tengáis miedo de no obtener.

⁵ Enjalbegar = blanquear las paredes.

Pero ved que os pongo en guardia contra un error común. No hagáis como si fueseis débiles en la fe o en el amor, así hacen los paganos de la religión verdadera –porque también entre los fieles hay paganos para quienes la pobre religión no es sino un montón de supersticiones y de fe, un edificio descentrado en que se han metido hierbas parásitas de todas las clases, hasta el punto que empieza a cuartearse y cae en ruinas– los cuales, débiles y paganos, sienten que muere su fe, si no son escuchados.

Pedís y justo os parece el pedir. En realidad en ese instante no sería ni siquiera injusta aquella gracia. Pero la vida no termina con *ese* momento: y lo que puede estar bien hoy, no lo podrá estar mañana. Esto no lo sabéis porque tan sólo sabéis el presente, y es también esto una gracia de Dios. Pero Él conoce también el futuro, y muchas veces para ahorraros una pena mayor, no escucha vuestra plegaria. En el año de vida pública más de una vez he oído decir a corazones: “Cuánto sufrí, cuando Dios no me escuchó. Pero ahora: ‘Estuvo mejor así porque esa gracia me habría impedido llegar a esta hora de Dios’ ”. He oído a otros que dicen y que me dicen: ‘¿Por qué, Señor, no me escuchabas? Lo haces con todos y conmigo no’. Y sin embargo, aun cuando duele el ver sufrir, he dicho: “No puedo” porque si los hubiese escuchado habría puesto un obstáculo en su vuelo a la perfección.

Algunas veces también el Padre dice: “No puedo”, no porque no pueda realizar al punto ese acto, sino porque sabe las consecuencias futuras. Oíd: Un niño está enfermo del estómago; la madre llama al médico y este dice: “Para curarlo es menester que no coma nada”. El niño llora, chilla, suplica, parece que va a morir. La madre, siempre buena, une sus lamentos a los de su hijo. Le parece duro lo que dijo el médico; le parece que pueda hacer mal a su hijo el no comer y el tanto llorar. Pero el médico permanece inflexible. Al fin dice: yo sé y tú no sabes. ¿Quieres perder a tu hijo o quieres que se salve?” La madre grita: “Quiero que viva” “Entonces” dice el médico, “no puedo permitir que coma. Sería su muerte”. También el Padre algunas veces dice así. Vosotras, madres compasivas de vuestro “yo”, no queréis oírlo llorar porque no ha obtenido lo que pedía. Pero Dios dice: “No puedo; sería tu mal”. Llega el día, o llega la eternidad, en que se dirá: “¡Gracias, Dios mío, por no haber escuchado mi necesidad!”

Lo que dije para la oración, vale para el ayuno. Cuando ayunéis, no pongáis una cara melancólica como lo hacen los hipócritas que a propósito se la desfiguran para que el mundo sepa y crea, aun cuando no sea verdad, que están ayunando. También han tenido al recibir la alabanza del mundo, su recompensa y no tendrán otra. Pero vosotros, cuando ayunéis, poned una cara alegre, laváosla con mucha agua para que parezca lisa y fresca, poneos aceite en vuestra barba y perfumaos el cabello; sonreíd como lo hace el que ha comido bien. Oh, en verdad os digo que no hay comida que alimente como el amor. Quien ayuna con espíritu amoroso, de amor se nutre. En verdad os digo que si el mundo os llamase también “vanidosos” y publicanos”, vuestro Padre que verá vuestro secreto heroico, os dará doble recompensa, por el ayuno, y por el sacrificio de no ser alabado con él.

Y ahora id a alimentar el cuerpo. El alma se ha alimentado. Esos pobrecitos que se queden con nosotros. Serán los huéspedes que con su presencia darán sabor a nuestro pan. La paz sea con vosotros”.

Se quedan los dos pobrecillos. Son una mujer muy demacrada y un viejo ya muy viejo. No viven juntos. La casualidad los reunió y se habían casi ocultado en un rincón, extendiendo inútilmente su mano a los que pasaban.

Jesús va a verlos. No se atreven a avanzar. Los toma de la mano y los lleva al centro del grupo de los discípulos, bajo una especie de tienda que levantó Pedro en una inclinación y en la que tal vez pasan la noche y se reúnen de día en los momentos de mayor calor. Es un tinglado de ramas y de mantos. Pero sirve para lo que se desea, aun cuando es tan baja que Jesús e Iscariote, los dos más altos, deben inclinarse cuando entran.

“Aquí está nuestro papá y nuestra hermana. Traedles cuanto tengamos. Mientras comemos, oiremos su historia”. Y Jesús personalmente sirve a los dos, que se sienten avergonzados y escucha su triste vida. El viejo está solo después que la hija se fue lejos con el marido, y se olvidó de él. La mujer está sola, después que una fiebre mató a su esposo, y por añadidura también está enferma.

“El mundo nos desprecia porque somos pobres” dice el viejo. “Voy pidiendo limosna para recoger con lo que haré la Pascua. Tengo ochenta años. Siempre he celebrado la Pascua⁶ y puede ser que esta sea la última. Pero no quiero ir al seno de Abraham con algún remordimiento. Como perdono a mi hija, así espero ser perdonado. Quiero celebrar mi Pascua”.

“El camino es largo, padre”.

“Más largo es el del cielo, si se falta a lo prescrito”.

“¿Vas solo? Y ¿Si te sientes mal por el camino?...”

“El ángel del Señor me cerrará los párpados”.

Jesús le acaricia la cabeza temblorosa y blanca. Pregunta a la mujer: “¿Y tú?”

“Ando en busca de trabajo. Si estuviese mejor alimentada, me curaría de las calenturas. Y si estuviera sana podría trabajar en los campos”.

“¿Crees que tan sólo la comida te curaría?”

“No. También estás Tú... Pero soy una nada, una piltrafa para pedir piedad”.

“Y si te curase, ¿qué pedirías después?”

“Ninguna otra cosa. Habría conseguido más de lo que esperaba tener”.

Jesús sonríe. Le da un pedazo de pan mojado en agua con aceite y vinagre que sirve de bebida. La mujer se lo come sin hablar y Jesús continúa sonriendo.

Pronto se acaba de comer. Fue muy parco. Los apóstoles y discípulos van en busca de sombra entre las quebraduras, entre los matorrales. Jesús se queda en la tienda. El viejo se ha reclinado sobre el terreno lleno de hierbas y cansado se duerme.

Después de un rato, la mujer que también se había ido en busca de sombra y de descanso, regresa a Jesús que la recibe con una sonrisa para darle ánimo. Se acerca tímida pero alegre hasta cerca de la tienda. Después la alegría la vence y los últimos pasos los da de prisa. Cae de boca en el suelo diciendo con un grito que apenas se escucha: “Me curaste. Seas bendito. Es la hora de los escalofríos y no tengo nada... ¡Oh!” y besa los pies de Jesús.

“¿Estás segura de estar sana? No te dije nada. Podría ser una casualidad...”

“¡Oh, no! Tu virtud entró en mí con ese bocado que me diste. No tengo nada que darte en cambio, fuera de mi corazón. Da órdenes a tu sierva, Señor, y te obedeceré hasta la muerte”.

“Sí. ¿Ves ese viejo? Está solo y es un hombre justo. Tú tenías marido y la muerte te lo arrebató. Él tenía una hija y el egoísmo se la llevó. Peor cosa. Y sin embargo, no se lamenta. Pero no es justo que camine solo en sus últimas horas, Sé tú su hija”.

“Sí, Señor mío”.

“Pero ten en cuenta lo que significa trabajar para dos”.

“Me siento fuerte y lo haré”.

“Ve entonces a aquel borde, y di al que está allí descansando, a ese vestido de gris, que venga aquí”.

La mujer ligerita va y regresa con Simón Zelote.

“Ven, Simón. Debo hablarte. Espera mujer”.

Jesús se separa unos cuantos metros.

“¿Piensas que Lázaro tendría dificultad en acoger a una trabajadora más?”

⁶ Cfr. Ex. 12, 1-13, 16; 23, 14-19; 34, 10-28; Lev. 23, 5-8; Núm. 9, 1-14; 28, 16-25; Deum. 16, 1-8; Ex. 45, 18-24; Mt. 26, 17-30; Mc. 14, 12-26; Lc. 22, 1-39; Ju. 13, 1-18.

“¿Lázaro? Me imagino que no sabe ni siquiera cuántos siervos tenga. Uno más, uno menos... Pero ¿de quién se trata?”

“De esa mujer. La curé y...”

“Basta, Maestro. Si la has curado, señal es de que la amas. Lo que amas es cosa sagrada para Lázaro. Doy mi palabra por él”.

“Es verdad. Lo que amo es cosa sagrada para Lázaro. Dijiste bien. Y por eso Lázaro llegará a ser santo, porque al amar lo que Yo ame, amará la perfección. Quiero unir ese viejo con esa mujer y que celebre su última Pascua con alegría de patriarca. Quiero mucho a los viejos santos, y si les puedo dar un sereno crepúsculo, soy feliz”.

“También quieres mucho a los niños...”

“Sí, y a los enfermos...”

“Y a los que lloran...”

“Y a los que están solos...”

“¡Oh, Maestro mío! Pero, ¿no te das cuenta que quieres a todos? ¿También a tus enemigos?”

“Ni de eso me doy cuenta, Simón. Amar es mi naturaleza. Mira. El patriarca se despertó. Vamos a decirle que celebrará la Pascua con una hija cercana a sí, y sin tener necesidad de mendigar el pan”.

Regresan a la tienda donde la mujer los esperaba y los tres van a donde está el viejo que se ha sentado y se anuda las sandalias

“¿Qué estás haciendo, padre?”

“Voy a bajar al valle. Espero encontrar un refugio para la noche, y mañana pediré limosna en el camino, y luego poco a poco, dentro de un mes, si no me muero antes, estaré en el Templo”.

“No”.

“¿No debo hacerlo? ¿Por qué?”

“Porque el buen Dios no lo quiere. No irás solo. Esta irá contigo. Te conducirá donde le diré y os aceptarán por amor a Mí. Celebrarás tu Pascua, pero sin trabajo. Ya has cargado, padre, tu cruz. Déjala ahora, y recógete solo en oración para dar gracias al buen Dios”.

“Pero por qué... pero por qué... yo... yo no merezco tanto... Tú... una hija... más que si me dieses veinte años... Y a dónde, ¿a dónde me mandas? El viejo llora entre los matorrales de su barba.

“A la casa de Lázaro, hijo de Teófilo. No sé si lo conocas”

“Oh, ...Soy de los confines de Siria y recuerdo a Teófilo. Pero... pero. ¡Oh Hijo bendito de Dios, deja que yo te bendiga!”

Jesús, que está sentado sobre la hierba, en frente del viejo se inclina verdaderamente para dejar que le ponga majestuosamente las manos sobre la cabeza, diciendo en voz alta, en voz cavernosa de anciano, la antigua bendición: “El Señor te bendiga y te guarde. El Señor te muestre su rostro y tenga misericordia de Ti. El Señor vuelva a Ti su rostro y dé su paz⁸”.

Jesús, Simón y la mujer al unísono responden: “Así sea”.

33. El Discurso de la Montaña Las bienaventuranzas (cuarta parte)¹

27 mayo 1945

⁸ Cfr. Núm. 6, 22–27.

¹ Cfr. Mt. 5; 6, 1–4 y 19–21 y 25–34; Lc. 6; 12, 23–34.

La multitud aumenta cada vez más. Hay hombres, mujeres, ancianos, niños, ricos, pobres. Siempre están presentes los dos: Esteban y Ermas, que todavía no se han unido a los viejos discípulos a cuyo frente está Isaac. Todavía se encuentra la pareja de ayer: el viejo y la mujer. Están casi enfrente de su consolador, y su actitud es de mayor confianza y seguridad. El viejo como para desquitarse de los muchos meses o años que permaneció abandonado de su hija, ha puesto su mano arrugada sobre las rodillas de la mujer y ella se la acaricia por un instinto propio de la mujer, moralmente sana, de ser madre.

Jesús pasa delante de ellos para subir a su púlpito, que la naturaleza le hizo, y al hacerlo acaricia la cabeza del viejo que lo mira, como si lo viese en su forma de Dios. Pedro dice algo a Jesús que le responde con un gesto, como diciendo: “No importa” No entendí lo que le dijo el apóstol, que se queda cerca de Jesús, y al que se unen poco después Judas Tadeo y Mateo. Los otros se dispersan ante la multitud.

“¡La paz sea con todos vosotros!”

“Ayer hablé de la oración, del juramento y del ayuno. Hoy quiero instruiros sobre otras perfecciones. Son también oración, confianza, sinceridad, amor, religión.

La primera de la que os hablo es la del recto uso de las riquezas, que el siervo fiel cambia en tesoros celestiales. Los de la tierra no duran, pero los del cielo son eternos. ¿Amáis lo que es vuestro? ¿Os da angustia morir porque no podéis cuidar de vuestros bienes y los debéis dejar? Entonces, ¡Llevadlos al Cielo! Decís: “En el Cielo no entra lo que es terreno y Tú enseñas que el dinero es la cosa más sucia de la tierra. ¿Cómo podemos transportarlo al cielo?” No. No podéis llevar el fruto del dinero. Cuando entregáis a un banquero vuestro oro, ¿para qué lo hacéis? Para que lo haga fructificar. Ciertamente que no os priváis de él, aunque por un poco de tiempo para que él os lo devuelva tal cual, sino que queréis que de diez talentos os devuelva uno o más. Entonces sois felices y alabáis al banquero. De otro modo decís: “Este hombre es honrado pero un tonto”. Y si luego en vez de devolveros 10 os devuelve 9, diciendo: “Perdí lo demás”, lo denunciaríais y lo enviáis a la prisión.

¿Qué cosa es el fruto del dinero? ¿Siembra acaso el banquero vuestro dinero y le echa agua, lo riega para hacerlo crecer? No. El fruto lo produce un astuto manejo de negocios de modo que, con hipotecas y con préstamos a interés, el dinero aumenta con el justo beneficio del dinero prestado. ¿No es así? Pues bien, escuchad; Dios os da riquezas terrenas; a unos muchas, a otros apenas lo suficiente para vivir, y os dice: “Ahora te toca a ti. Te las he dado. Haz de estos medios un fin, como lo desea mi amor para bien tuyo. Te las confío, pero no para que tú mismo te dañes, sino por la estima que tengo de ti, por reconocimiento de estos dones míos que te doy, hazlos fructificar para la verdadera Patria”.

He aquí el modo para llegar a este fin.

No queráis acumular vuestros tesoros sobre la tierra, viviendo para ellos, siendo crueles por su causa, haciendo que o maldigan por ello el prójimo y Dios. No valen la pena. Son siempre inseguros acá abajo. Los ladrones los pueden robar. El fuego puede destruir vuestras casas. Las enfermedades pueden exterminar vuestras plantas y rebaños. ¡Cuántas cosas están al acecho de los bienes! No se pueden trasladar o no se les puede destruir como las residencias o el oro; están sujetos a la destrucción por su naturaleza, como cualquier ser viviente, como los vegetales y los animales. Hasta las telas preciosas, pueden estar sujetas al menoscabo; los rayos que caen sobre las casas, el fuego, la lluvia; los ladrones, el orín, la sequedad, los roedores, los insectos de los campos; la enfermedad de los caballos, las fiebres, las descoyunturas de los músculos de los animales, las pestilencias, los comejenes y los ratones que dañan los vestidos preciosos y los muebles de valor, el oxidarse de las vajillas, de las lámparas, cancelos artísticos. Todo, todo está sujeto a la destrucción.

Pero si de todos estos bienes terrenos hacéis un bien sobrenatural, éste queda a salvo del tiempo, de los hombres y de la intemperie. Haced tesoros en el cielo donde no entran los ladrones y donde no hay ninguna desgracia. Tratad con amor misericordioso *todas* las miserias de la tierra. Acariciad, sí, vuestro dinero, besadlo si queréis, alegraos en los meses que hay prosperidad, por los viñedos cargados de uvas, por los olivos que se doblan con el peso de las aceitunas, por las ovejas que pronto parirán y por las que están amamantando. Haced todo esto pero que no sea en vano, que no sea humanamente. Hacedlo con amor y admiración, con alegría y cálculo sobrenatural.

“Gracias Dios mío, por este dinero, por estas mieses, por estas plantas, por estas ovejas, por estos negocios. Gracias, ovejas, plantas, campos, comercios que me ayudáis tan bien. Sed benditos todos, *porque* debido a tu bondad o Eterno, y por vuestra utilidad, ‘oh cosas’, ved que puedo hacer mucho bien a quien tiene hambre, a quien está desnudo, sin techo, enfermo, solo... El año pasado gané por diez. Este año aun cuando he dado mucha limosna, tengo más dinero, las cosechas son más abundantes y las ganancias más numerosas, yo daré dos, tres veces más, para que todos, aun los privados de cualquier bien gocen con mi alegría y te bendigan conmigo, a Ti Señor Eterno”. Esta es la oración del justo. Plegaria que unida a la acción, transporta vuestros bienes al cielo, y no sólo os los conserva para siempre, sino que hace que los encontréis aumentados con los frutos santos del amor.

Poseed vuestro tesoro en el cielo para que tengáis allí vuestro corazón no sólo fuera de todo peligro que podrían correr el oro, las residencias, los campos, los ganados, sino vuestro mismo corazón para que no sea robado, corroído, quemado, matado por el espíritu del mundo. Si así obráis, tendréis vuestro tesoro en vuestro corazón porque tendréis a Dios en vosotros hasta el día dichoso en que vosotros estaréis en Él.

Pero, para que no mengüéis el fruto de la caridad, poned atención en ser caritativos con espíritu sobrenatural. Lo que dije acerca de la oración y el ayuno, lo digo también del hacer favores y de cualquier otra cosa que poseáis.

Procurad preservar el bien que hacéis de la sensualidad del mundo. Conservadlo puro de las alabanzas humanas. No profanéis la rosa perfumada, incienso real de perfumes que agradan al Señor, de vuestra caridad y de vuestro buen obrar. El espíritu de soberbia, el deseo de ser conocidos al hacer el bien, y el buscar las alabanzas profanas del bien. Sucede entonces que la rosa de la caridad se encuentra manchada con la baba de los lobos llenos de soberbia espuma, y caen en el incensario pajas fétidas de la cama en que soberbio se regodea como animal bien alimentado.

¡Oh, esos favores hechos para que lo alaben a uno! ¡Es mejor no hacerlos! Quien no los hace, peca de duro; quien los hace, y quiere ser conocido, como la suma que dio, a quien la dio y mendiga la alabanza, peca de soberbia al dar a conocer la ofrenda. En otras palabras, dice: “¿Veis cuánto puedo?”, peca contra la caridad porque mortifica a quien le hizo el favor, al darle a conocer su nombre, peca de avaricia espiritual, al querer acumular alabanzas humanas... Pajas, pajas, no más que pajas. Haced que Dios y sus ángeles os alaben.

Cuando deis una limosna, no toquéis la trompeta para llamar la atención que pasa y para que se os honre, como hacen los hipócritas que buscan el aplauso de los hombres y por esto sólo hacen limosnas donde pueden verlos los demás. También estos han recibido ya su recompensa y de Dios nada recibirán. No incurráis en la misma culpa y en la misma presunción. Cuando hagáis limosnas, no sepa vuestra siniestra lo que hace la derecha. Que sea oculta y púdica. Y *luego olvidaos de ella*. No estéis viendo una y otra vez lo que hicisteis, hinchándoos con ello como hace el sapo que se contempla con sus ojos en el estanque, y como ve que se reflejan en el agua tranquila las nubes, los árboles, el carro que se ha detenido junto al camino, y se ve él tan pequeño, en comparación de lo que está viendo, se llena de aire hasta reventar. También vuestra

caridad es una nada respecto al infinito que es la caridad de Dios, y si quisieseis ser semejantes a Él y hacer que vuestra caridad pequeña fuese grande, grande para igualar a la suya, os llenaríais de orgullo y acabaríais con perecer.

Olvidaos de ella. Olvidaos de la acción misma. Siempre os quedará presente una luz, una voz, una miel y os hará luminoso el día, dichoso el día, porque esa luz será la sonrisa de Dios; esa miel la paz espiritual que es también Dios, esa voz, la voz del Padre Dios que os dirá: “Gracias”. Él ve el mal oculto y ve el bien escondido, y dará su recompensa. Yo os lo...”

“Maestro, estás mintiendo con tus propias palabras”.

El insulto rencoroso imprevisto ha partido del centro de la multitud. Todos se vuelven a donde salió la voz. Hay confusión. Pedro dice: “Te lo había dicho. ¡Eh, cuando hay uno de esos... nada va bien!”

De entre la multitud se oyen silbidos y murmullo contra el insultador. Jesús es el único que está tranquilo. Ha cruzado los brazos sobre el pecho y se yergue, con el sol en la frente, derecho en la piedra en que está de pie, con su vestido azul subido.

El insultador sin preocuparse de la reacción de la multitud, continúa diciendo: “Eres un mal Maestro porque enseñas lo que no haces y...”

“¡Cállate! Lárgate de aquí. Lárgate. Vergüenza deberías tener” Aúlla la gente. Y otros: “¡Lárgate con tus escrituras! A nosotros nos basta el Maestro. Los hipócritas con los hipócritas. ¡Falsos maestros! ¡Usureros!...” y seguirían pero Jesús grita: “Silencio. Dejadlo que hable” y la gente no grita más pero entre dientes dice sus maldiciones acompañadas de miradas feroces.

“Sí; enseñas lo que no haces. Dices que se debe hacer limosna sin ser visitas y ayer, a la presencia de todo el pueblo, dijiste a dos pobres: “Quedaos conmigo que os quitaré el hambre””.

“Dije: “Quédense los dos pobrecitos. Serán los huéspedes que con su presencia darán sabor a *nuestro* pan”. No fue más. No di a entender que les quería quitar el hambre. ¿Quién es el pobre que no tenga por lo menos un pedazo de pan? La alegría era de obsequiarles con una buena amistad”.

“¡Ah, sí, eres astuto y sabes hacerla del cordero!...”

El viejo se levanta, se vuelve y levantando su bastón grita: “Lengua infernal que acusas al Santo. ¿Crees acaso saber todo y poder acusar por lo que sabes? Como ignoras quién es Dios, y quién al que insultas, de igual modo ignoras sus acciones. Sólo los ángeles y mi corazón deseoso lo saben. Oíd, vosotros, oíd, y decid si Jesús es mentiroso y soberbio como este bribón del Templo trata de decir. El...”

“¡Cállate, Ismael! ¡Cállate por amor de Mí! Si te hice feliz, hazme a Mí con tu silencio” le ruega Jesús.

“Te obedezco, Hijo santo. Pero déjame decir sólo esto: la bendición del fiel anciano israelita está sobre el que de parte de Dios me ha socorrido, y Dios la puso en mis labios por mí y por Sara, mi nueva hija. Pero sobre tu cabeza *no vendrá* bendición. No te maldigo. No ensucio mi boca con una maldición, que debe decir a Dios: “Acógeme”. Ni siquiera la pronuncié contra quien me desconoció y que tiene ya su recompensa. Pero habrá quien haga las veces del inocente acusado y de Ismael, amigo de Dios que lo ayuda”.

Un coro de gritos cierra el discurso del anciano que de nuevo se sienta, y un hombre se escabulle, perseguido con las maldiciones. Luego la gente grita a Jesús: “Sigue, sigue, Maestro Santo. No escuchamos a otro más que a Ti, y Tú nos oyes. No esos cuervos malditos. Tienen celos, porque te amamos más que a ellos. Pero en Ti hay santidad, en ellos maldad. Habla, habla. Mira que no nos aguijonea otro deseo que tu palabra. ¿Casas, negocios? Nada importa con la condición de oírte”.

“Sí, continúo a hablar. No estéis pensando en lo que pasó. Rogad por esos infelices. Perdonadlos como Yo los perdono. Si perdonáis a los hombres sus errores, también vuestro Padre de los cielos os perdonará vuestros pecados. Pero si tenéis rencor y no perdonáis a los hombres tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras faltas. Todos tienen necesidad de perdón.

Os decía que Dios os dará recompensa por el bien hecho aun cuando no se lo pidáis. Pero no hagáis el bien por este motivo, para tener una garantía en el día de mañana. No ayudéis a medias pensando: “¿Y luego habrá para mí? Y si no tuviese nada, ¿quién me ayudará? ¿Encontraré quien haga conmigo lo que yo he hecho? Y cuando ya no pueda dar, ¿me amarán todavía?”

Ved: tengo amigos poderosos entre los ricos y amigos entre los pobrecitos de la tierra. Y en verdad os digo que los más amados no son los amigos poderosos. Voy a la casa de ellos no para recabar algunas utilidades para Mí, sino porque de ellos puedo obtener muchas cosas para quien no tiene nada. Yo soy pobre. No tengo nada. Quisiera tener todos los tesoros del mundo y cambiarlos por pan para darlo a quien tiene hambre, por techo para quien no lo tiene, por vestido para quien está desnudo, por medicinas para quien está enfermo. Diréis: “Puedes curar”. Sí; puedo esto y otras cosas, pero no siempre hay fe en los otros, y Yo no puedo hacer lo que podría y querría, si no hubiese fe en Mí en los corazones. Querría ayudar aún a los que no tienen fe, y como no piden milagros al Hijo del hombre, querría, hombre a hombre, ayudarles. Pero no tengo nada, y así extendiendo mi mano a quien tiene y le digo: “Ayúdame en nombre de Dios”. Esta es la razón por la que tengo amigos que se encuentran arriba. Mañana cuando no esté ya más en la tierra, pobres habrá todavía, y Yo no estaré aquí para realizar milagros en quien tiene fe, ni para hacer limosnas para llevar la fe. Para ese entonces mis amigos ricos ya habrán aprendido, a mi contacto, a socorrer, y mis apóstoles habrán, también a mi contacto, aprendido a hacer limosnas por amor a sus hermanos. Y los pobres tendrán siempre una ayuda.

Pues bien, ayer recibí de uno que no tiene nada, más de cuanto me han dado los que tienen. Es un amigo pobre como Yo. Pero me dio algo que no se compra con dinero, y que me hizo feliz, trayéndome a mi corazón tantas horas serenas de mi niñez y juventud, cuando cada tarde, ponía sobre mi cabeza sus manos el justo e iba a dormir con su bendición como guardia de mi sueño. Esto me dio ayer mi amigo con su bendición. Ved, pues, que lo que me dio, ninguno de mis amigos ricos me lo ha dado. Por lo cual no tengáis miedo. Si no tenéis cantidades de dinero, con tal que tengáis amor y santidad, podéis socorrer al pobre, al cansado, al afligido.

Por eso os digo: no os preocupéis mucho, ni temáis, de tener poco. Tendréis siempre lo necesario. No tengáis tanta preocupación en pensar en lo futuro. Ninguno sabe cuánto es lo que resta de vida. No perdáis la calma preocupándoos por lo que comeréis, para sostener esta vida, ni con qué os vestiréis para dar abrigo al cuerpo. La vida de vuestro espíritu es más preciosa que el estómago y que los miembros; vale mucho más que la comida, y el cuerpo más que el vestido. Vuestro Padre lo sabe. Tenedlo también en cuenta. Mirad los pajarillos del cielo; no mueren de hambre, porque el Padre celestial los alimenta. Vosotros hombres, criaturas predilectas del Padre, valéis mucho más que ellas.

¿Quién de vosotros, con todo su ingenio puede añadir unos cuantos centímetros a su estatura? Si no lográis aumentarla ni siquiera con un palmo, ¿cómo podéis pensar en cambiar vuestra condición futura, aumentando vuestras riquezas para aseguraros una vejez larga y dichosa? ¿Podéis decir a la muerte: “Vendrás por mí cuando te lo diga”? No podéis. Entonces, ¿por qué preocuparos del mañana? Y ¿por qué tanto miedo de quedaros sin vestidos? Mirad cómo crecen los lirios del campo: no se fatigan, ni hilan, no ven a los comerciantes de telas para comprar. Y sin embargo, os aseguro que ni siquiera Salomón se vistió de tanta gloria como uno de ellos. Y si Dios viste de este modo a la hierba del campo, que hoy existe y mañana sirve para calentar el horno o de alimento del ganado y termina en ser ceniza o estiércol, mucho más cuidará de vosotros, hijos suyos.

No seáis gente de poca fe. No os angustiéis por el futuro incierto, diciendo: “Cuando sea viejo ¿qué comeré? ¿Qué beberé? ¿Cómo me vestiré?” Dejad estas preocupaciones a los gentiles que no tiene la certeza amorosa de la paternidad divina. Vosotros la tenéis y sabéis que el Padre conoce vuestras necesidades y que os ama. Poned, pues, vuestra confianza en Él. Buscad ante todo las cosas verdaderamente necesarias: la fe, la bondad, la caridad, la humildad, la misericordia, la pureza, la justicia, la mansedumbre, las tres y las cuatro virtudes principales, y el derecho a su reino. Os aseguro que todo lo demás se os dará por añadidura aun cuando no lo pidáis. Nadie es más rico que el santo, y nadie está más seguro de ello que él. Dios está con el santo. El santo está con Dios. No pide para su cuerpo y Dios le provee de lo necesario. Trabaja para su espíritu y Dios mismo se da a él, acá en la tierra, y allá en el Paraíso.

No os aflijáis, pues, por lo que no merece la pena afligirse. Afligíos de ser imperfectos, no de no tener tantos bienes terrenos. No os amarguéis por el mañana. El mañana pensará en sí mismo, y vosotros en él cuando lo viváis. ¿Por qué pensar desde ahora? La vida ¿no tiene ya bastante recuerdos penosos de ayer y pensamientos molestos de hoy, para sentir necesidad de buscar las pesadillas de “qué será” mañana? Dejad a cada día su preocupación. Siempre habrá más penas de las que quisiéramos en la vida, sin tener qué añadir las presentes a las futuras. Decid siempre la gran palabra de Dios “Hoy”. Sed sus hijos creados a su semejanza. Decid pues, con Él: “Hoy”.

Y hoy os doy mi bendición. Que os acompañe hasta el principio del nuevo hoy: de mañana; o sea de cuando os daré nuevamente la paz en nombre de Dios”.

34. El Discurso de la Montaña. Las bienaventuranzas (quinta parte)¹

29 mayo 1945 y 12 agosto 1944

La multitud se prepara a escuchar al Maestro en una mañana espléndida. El aire parece más claro de lo acostumbrado. Parece como si la lejanía se acortase o que las cosas se viesan a través de una lente que las hiciera más nítidas aun en sus más pequeños detalles. Día tras día la naturaleza se hace más bella, se reviste con su opulencia primaveral que en Palestina me parece que sea exactamente entre marzo y abril, porque después se ve que empieza el verano, con sus frutos y con los árboles llenos de ramajes.

Ahora todo está en flor. Desde lo alto del monte, que se ha vestido con flores aun donde menos se podría creer, se ve la llanura ondear de trigales que se balancean con el aire, y se distingue un color verde oscuro con un remate de oro pálido en la cima de las espigas que despuntan entre las aristas. En este ondear de mieses al viento suave, están derechos con sus vestidos de pétalos y parecen grandes plumeros o montones de garzas blancas, o de color tenue, o subido los árboles frutales; y recogidos en su vestido de ascetas penitentes, los olivos oran, y su oración se cambia en un blanquear, por ahora no muy claro, de florcitas blancas.

El Hermón es un alabastro* de color rosa que el sol besa y de ese alabastro descienden dos hilos de diamantes, desde acá así parecen, a cuyo contacto el sol brilla maravillosamente. Luego se sepultan bajo las galerías verdes de los bosques y no se ven más sino en el valle, donde forman ríos que ciertamente van al lago Merón, que desde este punto no se ve, y luego salen con aguas parlanchinas del Jordán para hundirse nuevamente en céfiro claro del mar de Galilea que es un vibrar de espumas preciosas a las que el sol parece dar engaste y resplandores. Parece que

¹ Cfr. Mt. 5, 27–32; 6, 22–24; 7, 1–6 y 13–14 y 24–27; Lc. 6; 11, 34–35; 13, 24–16. 13.

* alabastro = mármol traslúcido con visos de colores. Fig. Blancura.

a las velas que se deslizan sobre este espejo, quieto y brillante en sus ángulos de jardines y campiñas maravillosas, las guíen nubes ligeras que a su vez navegan en el firmamento.

Verdaderamente la naturaleza sonríe en este día de primavera y a esta hora matinal.

Y la gente afluye, afluye sin cesar. Sale de todas partes: viejos, sanos, enfermos, niños, esposos que quieren empezar su vida con la bendición de la palabra de Dios, mendigos, ricos que llaman a los apóstoles para darles limosnas para el que no tiene, y parece como si se confesasen, pues tratan de que quede oculto. Tomás ha tomado una alforja de viaje, saca lo que había, y echa en ella todo este tesoro de monedas, como si fuese comida para pollos, y luego lleva todo cerca del peñasco donde Jesús habla, y alegre y sonriente dice: “¡Mira, Maestro! ¡Hoy tienes para todos!”

Jesús le devuelve la sonrisa y dice: “Comenzaremos al punto para que el que esté triste se alegre inmediatamente. Tú y tus compañeros buscad a los enfermos y pobres y traédmelos aquí delante”.

Cosa que sucede en un tiempo relativamente breve, porque si se debiera escuchar el caso de este y aquel, se haría más largo, sin el sentido práctico de Tomás que subiéndose a un peñasco, con su vozarrón grita: “Todos los que sufren en el cuerpo vengan a mi derecha, allí, donde hay sombra”. Lo imita Iscariote que también tiene una voz fuerte y bella. Grita: “Y todos los que creen tener derecho a una limosna, vengan aquí, a mi alrededor. Y procuren no decir mentiras porque los ojos del Maestro leen los corazones”.

La multitud se agita al dividirse en tres partes: por aquí los enfermos, por allá los pobres, y en esta parte los deseosos de doctrina. Pero dentro de estos últimos, hay dos, luego tres, que parece como que tuviesen necesidad de otra cosa que no sea la salud ni el dinero, sino de algo que es más necesario que estas cosas. Una mujer y dos hombres. Miran, miran a los apóstoles, pero no se atreven a hablar. Pasa Simón Zelote con su aspecto severo; pasa Pedro arengando a una docena de niños traviesos a los que promete uvas si se portan bien hasta el fin, y una paliza si hacen bulla cuando esté hablando el Maestro; pasa Bartolomé anciano y serio; pasan Mateo y Felipe que llevan en brazos a un lisiado que difícilmente habría podido abrirse paso entre la multitud; pasan los primos del Señor dando el brazo a un mendigo casi ciego y a una pobrecita de edad indescifrable, que llora al contar a Santiago todas sus desgracias; pasa Santiago de Zebedeo con una pobre niña en los brazos que ciertamente está enferma, se la tomó a su madre, que la sigue angustiada por temor de que la multitud le cause algún dolor. Los últimos que pasan son, podría llamarlos invisibles, Andrés y Juan. Porque si Juan, con su natural sereno de muchacho santo, la lleva con todos sus compañeros. Andrés, por su gran timidez, prefiere andar con el antiguo compañero de pesca y de fe en el Bautista. Los dos habían estado en donde se reúnen los dos caminos principales para guiar a la gente a su lugar; pero por ahora en el monte no se ven otros peregrinos que vengan por caminos pedregosos y los dos se juntan para ir con las últimas limosnas recibidas a donde está el Maestro.

Jesús está ya viendo a los enfermos, y los gritos de alegría de la multitud indican que se realizó un milagro.

La mujer, que parece encontrarse en una situación muy afligida, se atreve a jalar del vestido a Juan que habla con Andrés. Se voltea y le dice: “¿Qué quieres mujer?”

“Quisiera hablar con el Maestro...”

“¿Estás enferma? No eres pobre...”

“No estoy enferma, ni tampoco soy pobre, pero tengo necesidad de Él... Hay males que no producen fiebre y hay miserias sin pobreza y la mía... la mía...” y se echa a llorar.

“Oye, Andrés; esta mujer tiene una pena en el corazón y querría decírsela al Maestro. ¿Cómo hacemos?”

Andrés mira a la mujer y dice: “Ciertamente debe ser algo que duele al darla a conocer...” La mujer asiente con la cabeza. Andrés le vuelve a decir: “No llores... Juan, haz el favor de llevarla detrás de nuestra tienda. Le llevaré al Maestro”.

Juan con la sonrisa en los labios, pide que le dejen pasar. Andrés va en dirección opuesta. Dos hombres afligidos observan a Andrés y Juan. Uno detiene a este y el otro a aquél, y hete, que pocos instantes después ambos están con Juan y con la mujer detrás del enramado que hace de pared a la tienda.

Andrés se acerca a Jesús en el momento en que cura al baldado que levanta las muletas como dos trofeos, vigoroso como un bailarín, y que anuncia el favor recibido. Andrés dice en voz baja: “Maestro, detrás de nuestra tienda hay tres que lloran. Su aflicción es del corazón y no puede revelarse a los demás...”

“Está bien; me falta esta niña y esta mujer. Luego iré. Diles que tengan fe”.

Andrés se va mientras Jesús se inclina sobre la niña a quien su madre ha tomado nuevamente entre los brazos: “¿Cómo te llamas?” le pregunta Jesús.

“María”.

“Y ¿cómo me llamo Yo?”

“Jesús” responde la niña.

“Y ¿quién soy?”

“El Mesías del Señor que ha venido a hacer el bien a los cuerpos y a las almas”.

“¿Quién te lo ha dicho?”

“Mamá y papá en Ti esperan por mi vida”.

“Vive y sé buena”.

La niña, que pienso estaba enferma de la columna vertebral, porque aunque tiene siete u ocho años, sin embargo no mueve sino las manos, y está envuelta en vendas desde los hombros hasta la cadera. Las vendas se ven porque su madre ha abierto el vestidito para mostrarlas; se queda así por un breve tiempo como estaba, y luego tiene un sobresalto y baja los brazos maternos al suelo y corre a donde está Jesús que está curando a la mujer de quién sabe qué cosa.

Todo los enfermos son escuchados y son los que más gritan entre la multitud que aplaude al “Hijo de David, gloria de Dios y nuestra”.

Jesús se dirige a la tienda. Judas de Keriot grita: “Maestro! ¿Y estos?”

Jesús se voltea y dice: “Que esperen donde están. También ellos serán consolados” y rápido va detrás del enramado, donde están los tres afligidos con Andrés y Juan.

“Primero la mujer. Ven conmigo aquí entre los setos, y habla sin temor”.

“Señor, mi marido está por abandonarme por causa de una prostituta. Tengo cinco hijos, y el último tiene dos años... Mi dolor es muy grande... pienso en los hijos... No sé si los querrá él o me los dejará. Al menos querrá al primero de los hombres... Y yo que lo di a luz, ¿no tendré el gozo de verlo? Y ¿qué pensarán ellos de su padre y de mi? Pensarán mal de uno de los dos. No quisiera que juzgasen a su padre...”

“No llores. Soy el dueño de vida y muerte. Tu marido *no se casará* con esa mujer... Ve en paz y continúa siendo buena”.

“Pero... ¿no lo matarás, verdad? Oh ¿Señor, yo lo amo!”

Sonríe Jesús: “No mataré a nadie. Pero habrá quien cumpla con su deber. Ten en cuenta que el demonio no puede más que Dios. Cuando hayas llegado a la ciudad, sabrás que fue muerta esa persona malvada y en tal forma que tu marido comprenderá lo que estaba haciendo y te amará con un nuevo amor”.

La mujer le besa la mano que le había puesto sobre la cabeza y se va.

Se acerca uno de los hombres. “Tengo una hija. Por mala suerte fue a Tiberíades a casa de unas amigas y fue como si hubiese respirado el veneno. Regresó como una ebria. Se quiso ir con

un griego... y luego... Pero ¿por qué tuve yo esa hija? Su madre está muerta de dolor, y tal vez pronto partirá de este mundo... Yo... sólo tus palabras que escuché el invierno pasado, me hacen que no la mate. Pero te lo confieso, mi corazón la ha ya maldecido”.

“No. Dios que es Padre, no maldice al que ha pecado y que se obstina en serlo. ¿Qué quieres de Mí?”

“Que cambies su vida”.

“No la conozco y ciertamente no vendrá a Mí”.

“Pero Tú puedes cambiar el corazón desde lejos. ¿Sabes quién me ha mandado a Ti? Juana de Cusa. Estaba por partir a Jerusalén cuando fui a verla a su palacio para preguntarle si conocía a ese griego infame. Me imaginaba que no lo conocería, porque es una buena mujer, pese a que vive en Tiberíades, pero como su marido trata a gentiles... No lo conoce. Me dijo: “Ve a Jesús. Él llamó a mi espíritu que estaba lejos y me curó de la tisis al haberlo llamado. También curará el corazón de tu hija. Pediré a Dios y tú ten fe”. La tengo; lo ves. Ten piedad, Maestro”.

“Tu hija esta tarde llorará sobre las rodillas de su madre pidiéndole perdón. Tú también como la madre sé bueno, perdónala. Lo pasado ha muerto”.

“Sí, Maestro; como Tú quieras y que seas bendito”.

Empieza ya a caminar... pero se regresa y dice: “Perdona, Maestro... Tengo mucho miedo... La lujuria es un demonio tan grande. Dame un pedacito de tu vestidura. Lo pondré debajo de la almohada de mi hija. Mientras duerme el demonio no la tentará”.

Jesús sonríe y mueve su cabeza... pero da gusto al hombre: “Para que estés tranquilo” le dice. “Pero créeme que cuando Dios dice: “Quiero” el demonio se va sin necesidad de otra cosa. Esto lo tendrás como un recuerdo mío” y le da un pedacito de la orla de su vestido.

Se acerca la tercera persona: “Maestro, mi padre murió. Pensábamos que tenía las riquezas en dinero. No las encontramos. Y no hubiera sido gran cosa, porque no nos faltaba el pan. Yo vivía con mi padre, porque soy el primogénito. Los otros dos hermanos me acusan de haber hecho desaparecer el dinero y quieren entablarme proceso. Tú estás viendo mi corazón. No he robado ni siquiera un céntimo. Mi padre tenía su dinero en un cofrecito y dentro había una caja de hieno. Cuando murió abrimos el cofrecito, pero la cajita ya no estaba. Ellos dicen: “En la noche, mientras dormíamos, la tomaste”. No es verdad. Ayúdame a poner la paz y amor entre nosotros”.

Jesús lo mira fijamente y sonríe.

“¿Por qué sonríes, Maestro?”

“Porque el culpable es tu padre, se ha portado como un niño al esconder su juguete por temor de que se lo quitaran”.

“No era avaro. Créemelo. Hacía favores”.

“Lo sé; pero era muy viejo... Son enfermedades de los viejos... Lo guardaba para vosotros y ha hecho que os enojarais, debido a su gran amor. La cajita está encerrada a los pies de la escalera de la bodega. Te lo digo para que sepas que lo sabía. Ahorita que te estoy hablando, tu hermano menor, que pisotea el suelo con ira, la hizo sonar y la han descubierto. Están avergonzados y arrepentidos de haberte culpado. Vete a casa tranquilo y sé bueno con ellos. No les digas palabras duras”.

“No, Señor, y ni siquiera me voy. Me quedo para escucharte. Iré mañana”.

“Y ¿si te quitan el dinero?”

“Tú dices que es menester no ser ambicioso. No quiero serlo. Me basta que haya paz entre nosotros. Por lo demás... ni sabía cuánto dinero había en la cajita y no tomaré a mal que no me digan toda la verdad. Hago como si hubiera perdido ese dinero... Como he vivido hasta ahora, así viviré, si me lo niegan. Basta con que no me digan: ladrón!”

“Estás muy adelantado en el camino de Dios. Continúa. La paz sea contigo”.

También éste se va contento. Jesús vuelve a la multitud, a los pobrecitos, y da limosnas, según sus propias medidas. Ahora todos están contentos y Jesús empieza a hablar.

“La paz sea con vosotros”.

Cuando os explico los caminos del Señor. Es con el fin de que los sigáis. ¿Podéis seguir al mismo tiempo el camino que baja por la derecha y el que desciende por la izquierda? ¿Verdad que no? Porque si bajáis por uno, no bajaréis por el otro. No siquiera aunque los dos caminos estuviesen juntos, podríais caminar con un pie en uno y con otro pie en el otro. Terminaríais por cansaros y equivocaros aunque hubiera una apuesta. Pero entre los senderos de Dios y de Satanás hay una gran distancia, que cada vez se hace más grande; exactamente como esos dos senderos que desembocaban aquí, pero cuanto más descienden al valle tanto mas se separan de él; uno va a Cafarnaum y otro a Tolemaide.

La vida es así. Corre cual jinete entre el pasado y el futuro, entre el mal y el bien. En el centro está el hombre con su voluntad y libre albedrío; en los extremos; en uno está Dios y su cielo; en el otro Satanás y su infierno. El hombre puede escoger. Ninguno lo fuerza. Que no se me venga a decir: “Satanás me tentó”, para excusar la bajada que lleva al sendero de allá abajo. También Dios tienta y con su amor y es muy fuerte; con sus palabras y son realmente santas; con sus promesas y que ¿por qué debe uno dejarse tentar tan solo de uno de los dos, y no dejarse mejor del que más merece que se le escuche? Las palabras, promesas, el amor de Dios ¿no son suficientes para neutralizar el veneno de Satanás?

Ved que esto no os favorece mucho. Cuando uno está físicamente sano de cuerpo no está inmune de contagio pero lo supera con facilidad. Pero si uno ya está enfermo y por lo tanto débil, ciertamente perecerá con una nueva infección o si sobrevive se pondrá más enfermo que antes, porque no hay fuerzas en la sangre para destruir completamente los gérmenes infecciosos. Lo mismo sucede con la parte superior. Si uno está moral y espiritualmente sano y fuerte, creedme que no deja de ser tentado, pero el mal no se desarrolla en él. Cuando oigo que uno me dice: “Hablé con fulano o zutano. Leí esto o aquello. Traté de convencer a mengano y perengano al bien, pero en realidad el mal que había en su mente y corazón, el mal que había en el libro, ha penetrado en mí”. Yo concluyo: “Lo que demuestra que en ti *habías ya creado* el terreno favorable para que te penetrase. Lo que demuestra que eres un débil sin fuerza moral y espiritual. Porque aun de nuestros enemigos, debemos sacar el bien. Al observar sus errores debemos aprender a no cometer los mismos. El hombre inteligente no se convierte en un hazmerreír con la primera teoría que oye. El hombre que está empapado en una doctrina, no puede dar cabida en sí a otra. Esto explica a dificultad que hay en tratar de convencer a los que están con otras doctrinas para que sigan la verdadera. Pero si tú me dices que cambias de pensamiento al soplo más ligero del viento, digo que estás lleno de vacíos, que tienes tu fortaleza espiritual llena de grietas, los diques de tu pensamiento tienen muchos agujeros y de ellos sale el agua buena y entra la sucia, y tú eres tan tonto y apático que ni siquiera caes en la cuenta, ni procuras poner remedio. Eres un desgraciado”.

Sabed escoger entre lo dos senderos el bueno y continuad en él resistiendo, resistiendo, resistiendo a los alicientes de los sentidos, del mundo, de la ciencia y del demonio, La fe a medias, los compromisos, los pactos son dos y entre sí contrarios, dejadlos a los hombres del mundo. No deberían de existir ni siquiera entre ellos si en realidad fuesen honrados. Al menos, vosotros hombres de Dios, no los tengáis. No podréis tenerlos con Dios y con Mammona. Pero ni siquiera con vosotros mismos los tengáis, porque no tendrían valor. Vuestras acciones mezcladas con cosas buenas y no buenas, no tienen valor alguno. Las buenas acaban por ser anuladas completamente por las no buenas. Las malas os llevarían directamente a las manos del Enemigo. Por esto no lo hagáis. Sed fieles en vuestro modo de servir.

Ninguno puede servir a dos patrones de ideas diversas. Amará a uno y despreciará al otro o viceversa. No podéis ser igualmente de Dios y de Mammona. El espíritu de Dios no puede conciliarse con el mundo. El uno asciende, el otro baja. El uno santifica, el otro corrompe. Y si os corrompéis ¿cómo podéis obrar con pureza? Los sentidos arden en los hombres que se han dejado corromper, y detrás de los sentidos, siguen otros deseos. Vosotros sabéis cómo se corrompió Eva y cómo también Adán por causa de ella⁷.

Satanás besó los ojos de la mujer y los hechizó en tal forma que todo lo que antes tenía una apariencia pura tomó una no pura y despertó una curiosidad extraña. Después Satanás besó sus orejas e hizo que escuchase palabras de una ciencia desconocida: la suya. También la inteligencia de Eva quiso conocer lo que no era necesario. A continuación Satanás ya con los ojos y la mente despertados hacia el mal, mostró lo que al principio no habían visto ni entendido. Todo en Eva se despertó y se corrompió. La mujer, fue al hombre, le reveló el secreto y lo persuadió a gustar del nuevo fruto, que era muy hermoso a la vista y que hasta el presente había estado prohibido. Lo besó y lo miró con la boca y pupilas en donde ya estaba lo turbio de Satanás. Y la corrupción penetró en Adán que vio, y a través de sus ojos apeteció lo prohibido, lo mordió con su compañera, y calló de gran altura al fango.

Cuando uno se corrompe arrastra a la corrupción al otro, a menos que éste sea un santo en el sentido propio de la palabra.

Estad atentos, ¡oh hombres! A la mirada. Sí, al mirar con vuestros ojos y mente. Una vez corrompidos no pueden menos que corromper lo demás. El ojo es la luz del cuerpo. La luz de tus pensamientos son tus ojos. Pero si tus ojos no fueron puros, porque los sentidos se corrompen por el pensamiento, pues los órganos dependen de él, todo en ti será oscuro, y niebla seductora creará en ti fantasmas impuros. Todo es puro en quien tiene un pensamiento que produce miradas puras, y la luz de Dios descende cual reina donde los sentidos no hacen ningún obstáculo. Pero si por mala voluntad has educado los ojos para que vean visiones turbias, todo en ti será tinieblas. Inútilmente mirarás aún las cosas más santas. En la penumbra no habrá más que tinieblas y no harás más que obras de las tinieblas.

Por esto, hijos de Dios, guardaos contra los sentidos. Vigilaos atentamente contra todas las tentaciones. Ser tentado no es mal. El atleta se prepara a la victoria con la lucha. El mal está en ser vencidos, porque no está uno preparado y no está uno atento. Sé que cualquier cosa sirve de tentación. Sé que la defensa debilita. Sé que la lucha cansa. Pero, levantad los ojos y ved qué os conquista esto. ¿Querriais por una hora de placer, cualquiera que sea éste, perder una eternidad de paz? ¿Qué os deja el placer de la carne, del oro y del pensamiento? Nada. ¿Qué os produce el repudiarlos? Todo. Me dirijo a los pecadores porque el hombre es pecador. Pues bien, decidme la verdad: después de haber apaciguado los sentidos, el orgullo, la avaricia, ¿os habéis sentido frescos, más contentos, más seguros? ¿Os habéis sentido realmente felices en la hora que siguió al relajamiento, tiempo que siempre es de reflexión? No he gustado este pan de los sentidos. Respondo por vosotros: “No. Tristeza, descontento, incertidumbre, náuseas, temor, intranquilidad. Este es el jugo que exprimisteis en esa hora”.

Pero ved, que si os digo: “No hagáis jamás esto”, también os digo: “No seáis inexorables* con los que yerran”. Recordad que todos sois hermanos, hechos de la misma carne y alma. Pensad que muchas son las razones por las que uno es llevado a pecar. Sed misericordiosos con los pecadores y bondadosamente levantadlos, conducidlos a Dios, mostrándoles que el sendero que han recorrido está lleno de peligros de la carne, de la mente y del espíritu. Haced esto y

⁷ Cfr. Gén. 3, 1–7.

* inexorable = duro, inflexible.

tendréis un gran premio, porque el Padre que está en los cielos es misericordioso con los buenos y sabe dar ciento por uno.

Por lo que os digo...”

(Y Jesús me dice que en este lugar me debe copiar Ud. La visión dictada el 12 de Agosto de 1944. Luego seguirá con el resto, naturalmente omitiendo el paréntesis)

Dice Jesús:

“Mira y escribe. Es un evangelio de misericordia que doy a todos y en especial a los que se reconozcan en la pecadora, y los invito a seguirla en su redención”.

Jesús de pie sobre un peñasco habla a una gran multitud. El lugar es montañoso. Una colina solitaria entre dos valles. La cumbre de la colina tiene forma de montura, mejor dicho forma de joroba de camello, de modo que a pocos metros de la cima hay un anfiteatro en que retumba la voz clara como en una sala bien hecha de conciertos

La colina es toda flor. La estación debe ser propicia. La mies de las llanuras tiende a tomar pronto su color de oro y lista estará para la cosecha. Al norte resplandece al sol un alto monte con su cresta cubierta de nieve. Abajo, al oriente, el Mar de Galilea parece un espejo quebrado en pedazos que son cada uno un zafiro que el sol ilumina. Deslumbra con su parpadear azul y oro en que no se refleja sino alguna que otra nubecilla que galopea en un cielo purísimo y la sombra fugaz de alguna vela. Más allá del lago de Genezaret hay un alejarse de llanuras que – debido a una ligera neblina que se tambalea sobre la tierra, hecha con el vapor del rocío, pues debe ser todavía temprano, las primeras horas de la mañana, porque en la hierba del monte hay todavía alguno que otro rocío diamantino posado en los tallos- parece continuar el lago, pero con tinte como de ópalo, veteado de verde, y más allá una cadena montañosa que parece haber sido hecha al capricho y que hace pensar en un dibujo de nubes en el sereno cielo.

De la gente, unos están sentados sobre la hierba, otros sobre piedras, otros de pie. No están todos los apóstoles. Veo a Pedro, a Juan y a Santiago. Oigo que llaman a otros dos, a Natanael y a Felipe. Hay uno que no es del grupo. Tal vez será nuevo, lo llaman Simón. No hay otros más, a no ser que no los vea entre la multitud.

El discurso hace tiempo que ya empezó. Comprendo que es el discurso de la Montaña. Las Bienaventuranzas han sido ya dichas: Estoy para decir que el discurso toca a su fin porque dice Jesús:

“Haced esto y tendréis un gran premio, porque el Padre que está en los cielos es misericordioso con los buenos y sabe dar el ciento por uno. Por lo que os digo...”

Hay un gran movimiento entre la multitud que está junto al sendero que sube a la meseta. Los que están más cerca de Jesús voltean la cabeza. La atención se desvía. Jesús deja de hablar y vuelve la mirada en esa dirección. Serio y hermoso con su vestido azul oscuro. Los brazos sobre el pecho. El sol besa su cabeza con sus primeros rayos que han sobrepasado el pico oriental de la colina.

“Haceos a un lado plebeyos” se oye la voz iracunda de un hombre. “Dejad pasar a la bella que llega”... Avanzan cuatro pisaverdes acicalados, de los cuales uno ciertamente es romano, porque trae la toga romana. Traen como en triunfo entre sus manos entrelazadas, a manera de silla, a María de Mágdala que todavía es una gran pecadora.

Con su muy hermosa boca despide sonrisas. Sus bucles los sostienen preciosas horquillas y una lámina de oro con perlas que le ciñen lo alto de la frente a modo de diadema. De esta bajan leves rizos que ocultan los ojos brillantes, que, por un artificio bien hecho, los hacen más grandes y seductores. La corona en forma de diadema se pierde detrás de las orejas, bajo las

trenzas que pesan en el cuello blanquísimo descubierto. Lo que se deja ver va mucho más allá. Las espaldas están descubiertas hasta los omóplatos y el pecho lo está más. Dos cadenillas de oro sostienen el vestido en las espaldas. No hay mangas. Todo está descubierto, por decirlo así, con un velo que tiene el solo encargo de defender la piel contra los rayos del sol. El vestido es muy ligero y la mujer inclinándose como por mimo ya contra uno ya contra el otro de sus adoradores, es como si se echase desnuda. Me parece que el romano es el preferido porque de preferencia a él se dirigen las sonrisas y las miradas y con más facilidad la cabeza de ella cae sobre sus hombros.

“Bueno, la diosa ha sido contentada” dice el romano, “Roma ha servido de cabalgadura a la nueva Venus. Y allá está el Apolo que has querido ver. Sedúcelo pues... pero déjanos a nosotros una migajas de tus cariños”.

María es toda risa. Con un movimiento ágil y atrevido brinca al suelo, y se descubren en sus pies calzados con sandalias blancas que tienen hebillas de oro, sus pantorrillas. Su vestido es amplísimo, de lana delgada como velo y blanquísimo, Está sostenido muy abajo en las caderas. La mujer está en pie como una flor impura, que ha desabotonado como por encanto en la meseta en que hay muchos lirios campestres y narcisos.

Más que nunca es hermosa. Su boca pequeña y de púrpura parece un clavel que se desabotona entre la dentadura perfecta. Su cara y cuerpo podrían satisfacer al pintor más exigente o al escultor, bien se tratase de color que de forma. Con abundante pecho y caderas bien proporcionadas. Con un traje flexible y sutil respecto a las caderas y al pecho, parece una diosa, como ha dicho el romano, una diosa esculpida en mármol de tinte ligeramente rosado sobre el que se extiende la tela leve sobre las caderas para caer hacia delante en un montón de pliegues. Todo ha sido estudiado para agradar.

Jesús la mira fijamente, y ella sostiene su mirada con descaro, mientras sonríe y se retuerce con el cosquilleo que el romano le hace en las espaldas y en los senos que trae descubiertos, con una ramita de lirio silvestre que ha cogido. María con desdén fingido, levanta el velo y dice: “Respeto mi candor”, lo que hace estallar a los cuatro en una clamorosa risotada.

Jesús continúa mirándola. Apenas se pierde el rumor de las risotadas, cuando Él, como si la aparición de la mujer hubiese encendido las llamas a su discurso que parecía ir ya muriendo, vuelve a empezar y *no la mira más*, pero mira a sus oyentes que parecen molestos y escandalizados con lo que acaba de suceder.

Jesús dice: “Dije que uno debe ser fiel a la Ley, humilde, misericordioso, amar no sólo a los hermanos por sangre, sino también al que por haber nacido es humano como uno. Os dije que el perdón es más útil que el rencor, que la compasión es mejor que el ser inexorable. Ahora os digo que no se debe condenar si no está uno exento del pecado, por el que se quiere condenar al otro. No hagáis como los escribas y fariseos que son severos con todos, menos consigo mismos. Lllaman impuro lo externo, y que pueden contaminar sólo lo externo, y luego acogen en lo más profundo de su corazón la impureza.

Dios no está con los impuros, porque la impureza corrompe lo que es de Dios: el alma, y sobre todo el alma de los niños que son ángeles desparramados sobre la tierra. ¡Ay de aquellos que les arrancan sus alas con crueldad de bestias endemoniadas y doblegan estas flores del cielo en el fango, haciéndoles conocer el sabor de la materia! ¡Ay de ellos!... ¡Sería mejor que muriesen consumidos por un rayo que cometer tal pecado!

¡Ay de vosotros ricos y de vosotros que gozáis! Exactamente entre vosotros fermenta la más grande impureza a la que sirven de lecho y almohada el ocio y el dinero. Ahora estáis saciados. Hasta la garganta os llega la comida de las concupiscencias y os ahoga. Pero tendréis hambre para siempre. Un hambre terrible, insaciable y sin ablandamiento. Sois ahora ricos. Cuánto bien podríais hacer con vuestras riquezas, y cuánto mal os hacéis y a los demás. Probaréis una

pobreza atroz en un día que no tendrá fin. Ahora reís. Creéis ser los triunfadores, pero vuestras lágrimas llenarán los lagos del Geena, y no cesarán.

¿En dónde anida el adulterio? ¿En dónde la corrupción de las jovencitas? Quién tiene dos o tres lechos de libertinaje, además del propio esposo, y en ellos arroja su dinero y el vigor de su cuerpo que Dios le dio sano para que trabajase por su familia y no lo mezclase en sucias uniones que lo ponen más abajo del nivel de una bestia inmundada. Habéis oído que se dijo: “No cometerás adulterio”¹². Yo os digo que quien ha visto a una mujer con placer, que quien ha ido a un hombre con deseo, *aun cuando sólo con éste*, ha cometido adulterio en su corazón. Ninguna razón justifica la fornicación. *Ninguna*. Ni el abandono, ni el repudio del marido. Ni la compasión a la repudiada. Tenéis solo un alma. Cuando se une a otra por pacto de fidelidad, que no diga mentira. De otra manera, el cuerpo bello por el que pecáis irá con vosotros, almas impuras, a las llamas que no tendrán fin. Mutiladlo más bien, pero no lo matéis condenándolo para siempre. Volved, ¡oh vosotros ricos! sentinas* de gusanos de vicio; regresa ¡Oh hombre!, para no causar repugnancia al cielo...”

María, que al principio con una cara que era toda una poesía de seducción e ironía había escuchado, y que de cuando en cuando lanzaba risotadas de desprecio, al final de las palabras de Jesús ennegrece de rabia. Comprende que Jesús le estaba hablando a *ella*, aunque no la mira. Cada vez más su ira sube de punto y se rebela. Al fin no resiste. Despechada se envuelve en su velo, y seguida de las miradas de la multitud que la escarnecen, y de la voz de Jesús que la sigue, echa a correr cuesta abajo dejando, entre los cardos y entre los rosales silvestres que están a la orilla del camino, trozos de vestido. De ira va riendo y de desprecio.

No veo más. Pero Jesús dice: “Todavía continuarás viendo”¹³

Jesús continúa: “Estáis enojados por lo sucedido. Hace dos días que nuestro refugio, aunque está en lo alto sobre el fango, lo turba el silbido de Satanás. Ni es ya más un refugio. Lo desharemos. Pero quiero concluir este código del “más perfecto” en medio de esta riqueza de luz de horizontes. Realmente Dios se manifiesta aquí en su majestad de Creador, y al ver sus maravillas podemos llegar a creer firmemente que Él es el dueño y no Satanás... El Maligno no podría crear ni siquiera un tallo de hierba. Pero Dios puede todo. Esto os dé fuerzas. El sol os está quemando, y os hace daño. Idos por las pendientes, hay sombra y frescura. Tomad vuestra comida, si queréis. Os hablaré de lo mismo. Muchos motivos han alargado la hora, pero no os duela. Aquí estáis con Dios”.

La multitud grita: “Sí, sí, contigo” y se desplaza en los bosquecillos del lado oriental de modo que las paredes de la montaña y las ramas sirven de defensa contra el sol que quema.

Jesús dice a Pedro que desmonte la tienda.

“Pero... ¿de veras nos vamos?”

“Sí”.

“¿Porque vino ella?...”

“Sí. Pero no lo digas a nadie y menos a Zelote. Se afligiría por amor a Lázaro. No puedo permitir que la palabra de Dios se convierta en escarnio de paganos...”

“Comprendo, comprendo...”

“Pero entonces ten en cuenta otra cosa”.

“¿Cuál, Maestro?”

¹² Cfr. Ex. 20, 14; Deut. 5, 18.

* sentina = cloaca, lugar de gran vicio o corrupción.

¹³ Aquí termina el trozo añadido.

“La necesidad de callar en determinadas circunstancias. Te lo ruego. Te quiero mucho, pero algunas veces eres tan impulsivo que haces advertencias que hieren”.

“Entiendo... no lo quieres ni por Lázaro, ni por Simón...”

“Y por otros también”.

“Hoy, mañana, pasado mañana y siempre. Siempre será necesario vigilar a mi impulsivo Simón de Jonás. Vete a hacer lo que te dije”.

Pedro se va y llama a sus compañeros a que le ayuden.

Iscariote se ha quedado pensativo en un rincón. Jesús lo llama, y hasta tres veces, pero él no oye. Al fin se vuelve: “¿Me necesitas, Maestro?”

“Sí, ve tú también a comer y a ayudar a tus compañeros”.

“No tengo hambre. Tampoco Tú tienes”.

“Tampoco Yo, pero por motivos opuestos. ¿Te pasa algo, Judas?”

“No, Maestro. Cansado...”

“Nos vamos a ir al lago, y luego a Judea. Y vamos a la casa de tu mamá. Te lo prometí”.

Judas se reanima. “¿De veras vienes conmigo solo?”

“Pues claro. Quiéreme mucho, Judas. Quisiera que mi amor estuviese de tal modo que te preservase de todos los males¹⁴”.

“Maestro... soy hombre. No soy un ángel. Tengo momentos de cansancio. ¿Es pecado sentir necesidad de dormir?”

“No, si duermes sobre mi pecho. Mira allá a la gente. Qué feliz es, y cuán alegre es desde aquí el paisaje. También la Judea debe ser muy bella en primavera”.

“Hermosísima, Maestro. Tan sólo que allá es más tardía, en las montañas que son más altas que las de acá. Hay flores bellísimas. Los manzaneros no se diga. Mi madre tiene especial cuidado del mío que es uno de los más bellos. Cuando por él camina, con los palomos que le van detrás por los granos que les da, créeme que es una vista que alegra el corazón”.

“Lo creo. Si mi madre no se siente muy cansada, me gustaría llevarla a la casa de la tuya. Se amarán porque las dos son buenas”.

Judas ante esta idea, se serena y olvidándose de “que no tenía hambre ni de que estaba cansado” corre con sus compañeros alegre, y como es alto desata los nudos que están más arriba sin molestia. Se come su pan y sus olivas, contento como un muchachito. Jesús lo mira con compasión, y luego se va a donde están los apóstoles.

“Ten este pan, Maestro, y este huevo. Se los pedí a aquel rico vestido de rojo que está allí. Le dije: “Escúchame y serás feliz. Él ha estado hablando y está rendido. Dame uno de los huevos que estás comiendo. Le aprovechará a Él mejor que a ti” ”.

“Pero, Pedro”.

“¡No, Señor! Estás pálido como un niño que quiere mamar de un pecho que no tiene leche, y estás enflaquecido como un pez después de sus amores. Déjalo de mi cuenta. No quiero que se me hagan reproches. Ahora lo pongo en esta ceniza caliente de las ramas que quemé y Tú lo bebes. No sabes que son... ¿cuántos son ya? Cierto que semanas, que no se come sino pan y aceitunas y un poco de leche... ¡Uhm! Parecemos como purgados, y Tú comes menos que todos y hablas por todos. He aquí el huevo.. Bébetelo tibio, que hace bien”.

Jesús obedece y al ver que Pedro come sólo pan, le dice: “¿Y no comes las aceitunas?”

“¡Pues! Me servirán después. Las tengo prometidas”.

“¿A quién?”

“A unos niños con la condición de que estén callados hasta el fin, de otro modo yo me las como y a ellos les daré huesos, esto es bofetones”.

¹⁴ Cfr. 1 Ju. 3, 5-6.

“¡Perfectamente bien!”

“Y no les daré nada. Si no se hace así. A mí también me dieron los míos. Y si me hubieran dado los que merecía por mis travesuras, hubiese recibido diez veces más. Soy así porque me los dieron”.

Todos se ríen de la franqueza del apóstol.

“Maestro, te querría decir que hoy es viernes y que esta gente... no sé si podrá procurarse comida a tiempo para mañana o llegar a algún caserío” dice Bartolomé.

“Es verdad; es viernes” dicen varios.

“No interesa. Dios proveerá. Se los diremos a ellos.

Jesús se levanta. Va a su lugar, en medio de la gente esparcida entre los árboles. “Ante todo os recuerdo que hoy es viernes. Si alguien teme no poder llegar a tiempo a su casa y no puede llegar a creer que Dios dará comida a sus hijos, puede irse al punto, para que el crepúsculo no lo sorprenda en el camino”.

Unas cincuenta personas de la multitud se levantan. Los demás se quedan donde están.

Jesús sonríe y empieza a hablar.

“Habéis oído que se dijo en la antigüedad: “No cometerás adulterio”. Quien de entre vosotros me ha oído en otros lugares, sabe que muchas veces he hablado de este pecado. Tened en cuenta que para Mí no sólo es pecado de una persona sino de dos o tres. Me explicaré. El adúltero peca, peca con su cómplice, peca induciendo a la mujer a pecar, o al marido traicionado, el cual o la cual pueden llegar a la desesperación o al crimen. Esto se refiere al pecado consumado. Pero añado algo más. Digo: “No sólo el pecado consumado, sino el deseo de consumarlo es ya pecado”. ¿Qué cosa es el adulterio? Desea con ansias a aquel que no es nuestro, o a aquella que no es nuestra. Se empieza a pecar con el deseo, se continúa con la seducción, se obtiene con la persuasión y se termina con el acto.

¿Cómo se empieza? Generalmente con una mirada impura; y esto tiene que ver con lo que antes dije. El ojo impuro ve lo que está escondido a los puros y por el ojo entra la sed a las fauces, el hambre al cuerpo, la fiebre a la sangre. Sed, hambre, fiebre carnales. El delito empieza. Si el otro, a quien se mira, es una persona honesta, entonces el que arde en deseos no tiene más que revolcarse sobre su carbón ardiente, o bien calumniar por venganza. Si la persona a quien se mira es deshonesto, entonces corresponde a la mirada, y así empieza a bajarse. Por esto os digo: “Quien ha mirado a una mujer con concupiscencia ya cometió adulterio con ella porque su pensamiento ha hecho lo que deseaba”. Ahora bien, oíd: si tu ojo derecho te es causa de escándalo, sácatelo y arrójalo lejos de ti. Te es mejor estar sin un ojo que desbarrancarte en las tinieblas profundas para siempre. Y si tu mano derecha ha pecado, córtatela y tírala lejos. Te es mejor estar sin un miembro que ir todo entero al infierno. Es verdad que está escrito que los deformes no pueden servir en el Templo¹⁶. Pero después de esta vida, los deformes por nacimiento, que hayan sido sanos, o los deformes por causa de la virtud, serán más hermosos que los ángeles y servirán a Dios, amándolo en la alegría del cielo.

También se dijo: “Quien despidiere a su propia mujer, le entregue el escrito de divorcio”. Pero esto no se acepta. No viene de Dios. Dios dijo a Adán: “Esta es la compañera que te he hecho. Creced y multiplicaros sobre la tierra. Llenadla y sujetadla a vosotros”. Adán, con una inteligencia superior porque el pecado todavía no oscurecía su razón que había salido perfecta de Dios exclamó: “He aquí finalmente el hueso de mis huesos y la carne de mi carne. Será llamada varona, o sea otro yo, porque ha sido tomada del hombre. Por eso el hombre dejará a su padre y madre, y los dos formarán un solo ser”. Y en medio de un soberbio esplendor de luces, la Eterna luz aprobó con una sonrisa las palabras de Adán, que se convirtieron en la primera Ley

¹⁶ Cfr. Lev. 16, 24.

que no puede abolirse¹⁸. Pero por la dureza tan grande del hombre el legislador humano debió introducir una nueva ley, si por la volubilidad del hombre se debió poner un freno y decir: “Si la has repudiado no la puedes tomar otra vez”, esto no destruye la ley primera, genuina que nació en el Paraíso terrestre y que Dios aprobó.

Yo os digo: “Quien despide a su mujer, fuera del caso de fornicación comprobada, la expone al adulterio”. Porque de hecho, ¿qué hará en el 90% de los casos la mujer repudiada? Pasará a otras nupcias. ¿Y las consecuencias? Oh, cuánto se podría hablar sobre esto. ¿No sabéis que podéis provocar incestos con este sistema? Cuántas lágrimas derramadas por un acto inmoral. Sí. Por lujuria. No merece otro nombre. Sed francos. Todo se puede vencer cuando el espíritu es recto. Pero todo se presta a excusas para satisfacer los sentidos cuando el corazón es lujurioso. Si se ama santamente, todo se vence, frigidez femenina, torpeza de la mujer, incapacidad relativa para los quehaceres, lengua pendenciera, amor al lujo, aún las enfermedades, aún el carácter irascible. Pero como después de pasado algún tiempo ya no se ama como los primeros días, entonces se ve imposible lo que no lo es, y se arroja a su pobre mujer al camino y a la perdición,

Comete adulterio quien la rechaza. Lo comete quien se casa con ella después del repudio. Sólo la muerte rompe el matrimonio. Acordaos de ello. Si hicieseis una elección infeliz, soportad las consecuencias como una cruz, siendo dos infelices, pero santos, y sin hacer más infelices a los hijos, que son inocentes y que sufren estas situaciones desventuradas. El amor a los hijos os haría pensar seriamente cien y cien veces aun en el caso de que muera uno de los dos. Oh, si supieseis contentaros con lo que habéis tenido y a lo que Dios ha dicho: “Basta”. Si supieseis vosotros, viudos, o vosotras viudas, ver en la muerte no un menguarse sino un elevarse hacia una perfección de procreadores. Ser madre también en lugar de la madre difunta. Ser padre también en lugar del padre muerto. Ser dos almas en una, recoger el amor por los hijos del labio frío del agonizante y decirle: “Vete en paz, sin temor por los que trajiste al mundo. Continuaré amándolos por ti y por mí. Los amaré dos veces. Seré padre y madre. La desgracia de ser huérfanos no pesará sobre ellos y ni siquiera experimentarán el celo innato del hijo al ver que otro ha ocupado el lugar sagrado de la madre o del padre, a quien Dios llamó a la otra vida”.

Hijos, estoy casi por terminar, así como está para terminarse el día que declina con el sol que llega al horizonte. De este encuentro en el monte, quiero que recordéis mis palabras. Grabadlas en vuestros corazones. Leedlas frecuentemente. Sean una guía perenne. Sobre todo sed buenos con los débiles. No juzguéis para no ser juzgados. Recordad que puede llegar el momento en que Dios os diga: “Así júzgate. *Sabías, pues, que estabas mal. Has cometido por lo tanto pecado con conciencia de lo que hacías. Paga ahora tu castigo*”.

La caridad es ya una absolución. Tened piedad en vosotros, para con todos y sobre todas las cosas. Si Dios os dispensa tantos auxilios, para teneros rectos, no os enorgullezcáis. Tratad de subir por larga que sea la escalera de la perfección y extended la mano a los cansados, a los ignorantes, a los que son presa de desilusiones repentinas. ¿Por qué has de mirar la pajita en el ojo de tu hermano, si tú antes no te sacas la viga que está en el tuyo? ¿Cómo puedes decir a tu prójimo: “Permíteme que te saque del ojo esa pajita”, mientras la viga que está en el tuyo te hace ciego? No seas hipócrita, hijo. Sácate primero la viga que tienes en el tuyo y entonces podrás sacar la pajita del ojo de tu hermano sin hacerle mal.

De igual modo que no debéis ser anticaritativos, no seáis imprudentes. Yo os digo: “Extended la mano a los cansados, a los ignorantes, a los que son presa de imprevistas desilusiones”. Si es caridad instruir a los ignorantes, animar a los cansados, dar nuevas alas a los que por muchas cosas las han roto, es imprudencia revelar las verdades eternas a los que están

¹⁸ Cfr. Gén. 1, 26–31; 2, 18–25.

infectados de satanismo, quienes se las apropian para fingir ser profetas, meterse entre los sencillos, corromper, extraviar, ensuciar sacrílegamente las cosas de Dios. Las virtudes del verdadero discípulo para conseguir prosélitos y servir a Dios son el respeto absoluto, saber hablar y saber callar, saber reflexionar y saber obrar. Tenéis inteligencia, y si fuereis justos, Dios os dará todas sus luces para guardarla todavía mejor. Tened en cuenta que las verdades eternas son semejantes a las perlas, y jamás se ha visto que se arrojen las margaritas a los cerdos que prefieren las bellotas y el lodo apestoso a las perlas preciosas, las que pisotearían sin piedad y después con la furia de quien ha sido despreciado, se voltearían contra vosotros para desgarraros. No deis las cosas santas a los perros. Ahora y nunca.

Os he dicho muchas cosas, hijos míos. Escuchad mis palabras. Quien las escucha y pone en práctica es semejante a un hombre reflexivo que para construir su casa escogió un lugar rocoso. Claro que trabajó mucho para echar los cimientos. Tuvo qué trabajar con el pico y el cincel. Pero después pudo colar la argamasa en las hendiduras de la roca y meter los ladrillos compactos como se hace en la muralla de una fortaleza, y la casa se hizo tan sólida como un monte. Vinieron los malos tiempos, los aguaceros, las lluvias hicieron salir de cause los ríos, los vientos rugieron, las olas atacaron, pero la casa resistió todo. Así es el que tiene una fe bien fundada. Por el contrario quien escucha con superficialidad y no se esfuerza en grabar en su corazón mis palabras, porque sabe que para hacerlo debería fatigarse, sufrir, extirpar muchas cosas, es semejante al que por pereza y tontería construye su casa sobre la arena. No apenas se acercan los malos tiempos, que la casa hecha con prisa, cae al punto y el necio contempla triste los escombros, y la ruina de su capital. Y aquí se trata de una ruina que puede repararse con trabajo y con dinero. Pero al caer el edificio que construyó mal un corazón, no hay ya esperanzas de volverlo a edificar. En la otra no se construye. ¡Ay de quien se presenta allá con escombros!

He terminado. Ahora voy en dirección del lago. Os bendigo en el nombre de Dios Uno y Trino. Mi paz sea con vosotros”.

Pero la multitud vocífera: “Vamos contigo. Permítenos que vengamos. Nadie habla como Tú”.

Y siguen a Jesús que baja no por donde había subido, sino por la parte contraria que va en dirección de Cafarnaum. La bajada es pendiente, pero más corta, y pronto llegan a los pies del monte que se extiende en una verde y florida llanura.

Jesús dice: “Basta por hoy. Mañana...”

35. El leproso curado a los pies del monte¹

30 mayo 1945

Entre la cantidad de flores que perfuman el lugar y alegran la vista, se levanta el horroroso espectro de un leproso, llagado, fétido, corroído.

La gente grita de espanto y se echa de nuevo sobre las faldas del monte. Alguien coge piedras para arrojarlas al atrevido. Jesús se vuelve con los brazos abiertos y grita: “No, quedaos donde estáis y no tengáis miedo. No tiréis las piedras. Tened piedad del pobre hermano. También él es hijo de Dios”.

La gente dominada por el poder del Maestro obedece. Jesús avanza por la alta hierba en flor, hasta pocos pasos cerca del leproso que a su vez al comprender que Jesús lo protegía, se ha acercado. Llegado se postra, la hierba en flor lo acoge, lo sumerge como un agua fresca y

¹ Cfr. Mt. 8, 1-4; Mc. 1, 40-45; Lc. 5, 12-16.

perfumada. Las flores ondean y se unen para echar un velo sobre la miseria que entre ellas se esconde. Sólo la voz luminosa que se escucha nos dice que allí está un pobre. Se oye decir: “Señor, si Tú quieres, puedes limpiarme. ¡Ten piedad también de mí!”

Jesús responde: “Alza tu cara y mírame. El hombre debe saber mirar al Cielo cuando en él cree. Y tú crees, porque lo pides”.

La hierba se mueve y se abre. Aparece, cual aparece la cabeza de un náufrago que emerge del mar, la del leproso, sin cabellos y sin barba. Una cabeza que es calavera, sin nada de carne. Sin embargo Jesús no tiene miedo en poner la punta de sus dedos sobre la frente, donde está intacta, esto es, donde no hay llagas, donde tan sólo está la piel cenicienta escamosa, entre dos purulentas corrosiones. Una de ellas ha acabado con el cuero cabelludo y la otra ha hecho un agujero donde estaba el ojo derecho, de modo que no podría yo decir si entre este enorme agujero que va desde las sienes hasta la nariz descubriendo el hueso y el cartílago nasal, lleno de suciedad, esté todavía el globo ocular o no.

Y Jesús con su bella mano apoyada en la frente dice: “Lo quiero. Queda limpio”.

Y como si el hombre no hubiese estado corroído y lleno de llagas, sino tan solo cubierto de suciedades, y sobre ellas se echase agua detergente, así desaparece la lepra. Las llagas son las primeras en cerrarse; después la piel se hace blanca, se deja ver el ojo derecho entre los párpados nuevos, los labios se cierran ante los amarillentos dientes. No se ven ni cabellos, ni barba a no ser por raros montoncitos de ellos, donde antes había algo de piel sana.

La gente grita de estupor. El hombre al oír los gritos de júbilo comprende que ha sido curado. Levanta las manos, que hasta ahora la hierba había escondido, se toca el ojo, allí en donde estaba el enorme agujero; se toca la cabeza, allí donde estaba la gran llaga que dejaba al descubierto el cráneo, y siente la nueva piel. Se yergue y se mira el pecho, las piernas... Todo está sano y limpio. El hombre se deja caer en medio de la hierba en flor llorando de alegría.

“No llores. Levántate y escúchame. Vuelve a la vida según el rito² y no hables a nadie hasta que lo hayas cumplido. Muéstrate lo más pronto posible al sacerdote. Haz la oferta que prescribe Moisés para testimonio del milagro de tu curación”.

“¡A Ti debería dártelo, Señor!”

“Me lo darás amando mi doctrina. Vete”.

La multitud nuevamente se junta, y aunque guarda su distancia, se felicita por el milagro. Alguien siente ganas de dar algo al curado para el viaje y le avienta monedas. Otros le echan panes y alimentos, y uno al ver que el vestido del leproso no es más que un harapo que deja al descubierto su cuerpo, se quita el manto, lo enrolla como si fuese un pañuelo, y lo arroja al leproso que puede así cubrirse más decentemente. Otros, pues la caridad es contagiosa cuando en común lo hacen muchos, no resiste el deseo de darle sus sandalias. Se las quita y se las arroja.

“Pero ¿y tú?” pregunta Jesús que ve la acción.

“¡Oh! Vivo cerca. Puedo caminar descalzo. Él debe caminar mucho”.

“Dios te bendiga a ti y a todos quienes habéis ayudado al hermano. Oye, rogarás por estos”.

“Sí, sí, por ellos y por Ti; para que el mundo tenga fe en Ti”.

“Adiós. Vete en paz”.

El hombre se aleja algunos metros y luego volviéndose grita: “Pero ¿puedo decir al sacerdote que Tú me curaste?”

“No es necesario, Di sólo: “El Señor tuvo misericordia de mí”. Es la verdad y no se necesita otra cosa”.

La gente se agolpa junto al Maestro. Se forma un círculo que no quiere abrirse a ningún costo. Pero el sol ha caído y empieza el descanso sabático. Los poblados están lejos. Más la

² Cfr. Lev. 14, 1-32.

gente no se preocupa ni de los poblados, ni de la comida, ni de nada. Pero los apóstoles se preocupan de ello y se lo dicen a Jesús. También los discípulos de edad están preocupados. Hay mujeres y niños, y si la noche es tibia, y la hierba es blanda, las estrellas no son pan, ni las piedras de la orilla se convierten en alimento.

Jesús es el único que permanece tranquilo. Entre tanto la gente come lo que tiene, como si nada sucediese y Jesús lo hace notar a los suyos: “En verdad os digo que estos valen más que vosotros. Mirad qué despreocupación. Terminan con todo. Les dije: “Quien no puede creer que mañana Dios dará alimento a sus hijos, que se retire”, y ellos se quedaron. Dios no desmentirá a su Mesías. No desilusionará a quien en Él cree”.

Los apóstoles levantan los hombros y no se preocupan más.

Tras un rojizo crepúsculo la noche desciende plácida y bella. El silencio de la campiña se extiende sobre todas las cosas, después de los últimos gorjeos de los pájaros. Algún zumbido de viento y luego el primer aleteo mudo de algún pájaro nocturno, al mismo tiempo que comienza a parpadear la primera estrella y la primera rana a croar.

Los niños ya están dormidos. Las personas mayores hablan entre sí y no falta quien vaya al Maestro a pedirle alguna explicación, de modo que no causa ninguna sorpresa cuando, por el camino que se abre en medio de dos campos de trigo, se ve acercarse una persona de imponente aspecto, en su vestir como en su edad. Detrás de él vienen otros. Todos se voltean a mirarlo y se lo muestran en voz baja. Los grupos más retirados se acercan atraídos por la curiosidad.

El hombre de noble aspecto, se acerca a Jesús que sentado a los pies de un árbol está atendiendo a varias personas. Lo saluda con una inclinación profunda de cuerpo. Jesús rápido se levanta y con igual respeto le devuelve el saludo. Los presentes son todo oídos.

“Yo estaba arriba en la montaña y tal vez pensaste que no tenía fe, o que me iba por temor al ayuno. Pero me fui por otra razón. Quería ser un hermano entre sus hermanos. Quería ser un hermano mayor. Me gustaría manifestarte mis intenciones aparte. ¿Quieres que lo haga? Aunque soy escriba, no soy enemigo tuyo”.

“Vamos allá un poco...” y se van al trigal.

“Como quería yo pensar en la comida de los peregrinos, bajé para ordenar que hicieran pan para la multitud. Mira que estoy dentro del espacio legal, porque estos campos me pertenecen y de aquí hasta la cumbre se puede caminar en sábado. Habría venido mañana con los siervos. Pero me enteré que estabas aquí con la gente. Te ruego me permitas que provea yo en este sábado. Si no es así, mucho me desagradaría haber dejado de oírte por nada”.

“No. Por nada, no. El Padre te habría recompensado con sus luces. Yo te doy las gracias y no te desilusiono. Tan sólo quiero que mires que la gente es mucha”.

“Mandé que encendiesen todos los hornos, aún los que sirven para secar alimentos. Podré tener para todos pan”.

“No es por esto. Me refiero a la cantidad de pan...”

“Oh, no me molesta. El año pasado tuve una buena cosecha. Este año ve qué espigas. Permíteme hacerlo. Para mí será la mayor garantía en mis campos. Y después de todo, Maestro... Me has concedido hoy un pan tal... ¡Tú, en realidad, que eres el pan del espíritu!...”

“Sea, pues, como quieres. Ven y lo comunicaremos a los peregrinos”.

“No. Tú lo dijiste”.

“Y ¿eres escriba?”

“Sí; lo soy”.

“Que el señor te lleve a donde tu corazón merece”.

“Comprendo lo que no dices. Esto es, me quieres decir: a la verdad. En nosotros existen muchos errores, y... y mala intención”.

“¿Quién eres?”

“Un hijo de Dios. Ruega al Padre por mí. Adiós”.

“La paz sea contigo”.

Jesús a paso lento regresa a los suyos, mientras esa persona se va con sus siervos.

“¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Te dijo algo desagradable? ¿Tiene enfermos?” Las preguntas lleven sobre Jesús.

“Quién sea no lo sé. Sé que tiene un buen corazón y esto me...”

“Es Juan el escriba” dice uno de la multitud.

“¡Ah! Lo sé ahora porque lo dices. Él quería sólo hacer de servidor de Dios ante sus hijos. Rogad por él, porque mañana todos comeremos gracias a su bondad”.

“Realmente es un hombre justo” alguien dice.

“Así es, y ni siquiera me puedo imaginar cómo pueda ser amigo de otros” comenta uno de más allá.

“Está envuelto en escrúpulos y como un recién nacido, pero no es malo” corea otro.

“¿Estos son campos suyos?” preguntan muchos que no son del lugar.

“Sí. Creo que el leproso era uno de sus siervos o campesinos, al que toleraba que estuviese cerca, y creo que hasta le daba de comer”.

Continúan las noticias y Jesús se separa. Llama a sus doce a los que dice: “Y ahora ¿qué debo deciros por vuestra incredulidad? ¿No ha puesto el Padre un pan para todos nosotros en las manos de uno, que por secta, es enemigo? Oh, ¡hombres de poca fe!... Idos a la hierba suave y dormid. Voy a rogar al Padre para que os abra los corazones y a darle las gracias por su bondad. La paz sea con vosotros”.

Va a la falda del monte. Se sienta, se recoge en su oración. Al levantar los ojos ve los racimos de estrellas que atestan el cielo y al bajarlos ve la grey de los que duermen en los campos. Nada más. Pero tal es la alegría que experimenta en el corazón que parece transfigurarse en luz...

36. El sábado después del Discurso. A los pies del Monte¹

1º junio 1945

Jesús, en la noche, se ha alejado subiendo un poco más arriba, de modo que cuando sale la aurora, aparece sobre un picacho. Pedro, que lo ve, lo señala a sus compañeros y todos van a donde está. “Maestro, ¿por qué no estuviste con nosotros?” le preguntan varios.

“Tenía necesidad de orar”.

“Pero también tienes mucha necesidad de descansar”.

“Amigos, en la noche una voz me vino de los cielos y me decía que orase por los buenos y por los malos y también por Mí mismo”.

“¿Por qué? ¿También Tú tienes necesidad de eso?”

“Como los demás. Mi fuerza se nutre con la oración y con la alegría de hacer lo que quiere mi Padre. Me comunicó dos nombres de personas, y un dolor que soportaré. Estas tres cosas tienen necesidad de oración”. Jesús está muy triste y mira a los suyos con ojos suplicantes de alguna cosa o como que les preguntase alguno. Su mirada pasa de este a aquel, y finalmente se detiene en Judas.

El apóstol lo nota y pregunta: “Por qué me miras así?”

“No te veía a ti. Mis ojos contemplaban otra cosa...”

“¿Y es?”

¹ Cfr. Mt. 7, 21–23; Lc. 6, 46.

“Es la naturaleza del discípulo. Todo el bien y todo el mal que un discípulo puede dar, puede hacer por su Maestro. Pensaba en los discípulos de los Profetas y en los de Juan, y pensaba en los míos. Rogué por Juan, por los discípulos y por Mí...”

“Esta mañana estás triste y cansado, Maestro. Di a quienes te aman tu aflicción” le dice Santiago y Zebedeo.

“Sí, dínosla y si hay alguna cosa que se pueda hacer para aliviártela, lo haremos” añade su primo Judas.

Pedro está hablando con Bartolomé y Felipe, pero no oigo lo que dicen.

Jesús responde: “Sed buenos, esforzaos en ser buenos y fieles. Esto me alivia. No hay otra cosa, Pedro. ¿Has entendido? No tengas sospechas de nada. Queredme y queredme mucho. No os dejéis seducir de quien me odia. Amad sobre todo la voluntad de Dios”.

“Eh, pero si todo viene de ella, hasta nuestros errores vendrán” exclama Tomás con aire de filósofo.

“¿Lo crees? No es así. Se han levantado muchos y están mirando para acá. Bajemos. Santifiquemos el día santo con la palabra de Dios”.

Empiezan a bajar mientras los que se despiertan van aumentando en número. Los niños, alegres como pajaritos, gritan corriendo y brincando entre los campos. En pocos minutos se han bañado en el rocío y no falta algún coscorrón, que arrebata unas cuantas lágrimas. Luego los niños corren a donde está Jesús que los acaricia, y vuelve a encontrar su sonrisa, como si reflejase en Sí esas alegrías inocentes. Una niña quiere meterse en la cintura un manojo de flores que cogió en el campo “porque así el vestido es más bonito” dice, y Jesús le permite que lo ponga, aunque los apóstoles protestan. Jesús les dice: “Pero estad contentos de que me amen. El rocío quita el polvo de las flores. El amor de los niños me quita las tristezas del corazón”.

En medio de los peregrinos llegan al mismo tiempo Jesús que ha bajado del monte y el escriba Juan que viene de su casa con muchos siervos cargados unos con cestas de pan y otros con olivas, quesos y un corderito o cabrito asado para el Maestro. Todo lo ponen a los pies del Maestro que toma a su cargo la distribución. A cada uno da un pan, un pedazo de queso con un puñado de olivas. A una mamá, que tiene todavía pegado al pecho un gordito montón de carne que ríe con sus dientitos que apenas empiezan a salir, junto con el pan le da un pedazo asado y lo mismo hace con dos o tres que le parecen tener más necesidad de fuerzas.

“Pero es para Ti, Maestro” dice el escriba.

“Comeré, no lo dudes. Pero mira... si sé que tu bondad alcanza para muchos, me sabe más sabroso”.

Termina la distribución y la gente se come una parte de su pan, y el resto se lo guarda para después. Jesús bebe un poco de leche que el escriba le hace echar en una taza preciosa que había en un frasco que trae un siervo (parece un cántaro pequeño).

“Pero me contentarás si me das la alegría de oírte” dice Juan el escriba, a quien saluda Ermas con respeto y, con mayor todavía, Esteban.

“No te la negaré. Ven acá” y Jesús dando la espalda al monte empieza a hablar.

“Nos entretuvo aquí la voluntad de Dios para no ir más lejos. Porque eso hubiera sido quebrantar los preceptos y dar escándalos. Y esto hay que observarlo hasta que se escriba el Nuevo Pacto. Es justo santificar las fiestas y alabar al Señor en los lugares de oración. Pero todo lo creado puede ser un lugar de oración si la criatura sabe hacerlo levantando su espíritu al Padre. El arca de Noé, a la deriva² de las olas fue lugar de oración y lugar de oración fue también para Jonás el vientre de la ballena³. Fue lugar de oración la casa del faraón cuando vivió

² Cfr. Gén. 6, 13–9, 17.

³ Cfr. Jonás. 2.

en ella José⁴ y lo fue para Judit la tienda de Holfernes⁵ y ¿no era acaso muy sagrado para el Señor el lugar corrompido donde vivía cual esclavo el profeta Daniel, sagrado por la santidad de su siervo que santificaba el lugar, de modo que mereció enunciar profecías sobre el Mesías y sobre el Anticristo, las que son llaves de los tiempos de ahora y de los últimos?⁶ Con mayor razón es santo este lugar que con sus colores, perfumes, pureza de aire, riqueza de trigales, con las perlas de rocío, habla de Dios Padre y Creador y dice: “Creo. Y vosotros tratad de creer porque nosotros damos testimonio de Dios”. Sea, pues, este lugar la sinagoga de este sábado, y leamos en la corola y en las espigas las páginas eternas y el sol haga de lámpara sagrada.

Os mencioné a Daniel. Os dijo: “Sea este lugar la sinagoga”. Esto trae a la memoria el “benedicid” de los tres jóvenes entre las llamas del horno⁷. Cielos y aguas, rocíos y escarcha, hielos y nieves, fuegos y calores, luz y tinieblas, fulgores y nubes, montes y colinas, todas las cosas alabad; pájaros, peces y animales, alabad y bendecid al Señor junto con los hombres de corazón humilde y santo. Podemos orar y podemos merecer el cielo en este lugar. Lo merecemos cuando hacemos la voluntad del Padre. Cuando el día empezaba, se me hizo observar que si todo venía de la voluntad divina, también los errores que los hombres hacen a propósito vendrán de ella. Esto es un error, y error muy difundido. ¿Puede acaso un padre querer que su hijo se haga culpable? No. Y sin embargo, vemos que hay en algunas familias hijos que se hacen culpables, aun cuando hay en ellas un padre justo que indica el bien que ha de hacerse y el mal que debe evitarse. Y ninguno que sea recto podrá acusar al padre de haber estimulado al hijo al mal.

Dios es el Padre, los hombres los hijos. Dios indica el bien y dice: “Mira, te pongo en esta circunstancia por tu bien”, o también cuando el Maligno y los hombres sus siervos buscan el mal a los hombres, Dios dice: “Mira, en esta hora penosa, obra así; y haciendo así, este mal te servirá para un bien eterno”. Os aconseja, pero no os fuerza. Ahora bien, si uno pese a que conoce cuál es la voluntad de Dios, prefiere hacer todo lo contrario ¿se puede decir que esto que es contrario sea la voluntad de Dios? No.

Amad la voluntad de Dios. Amadla más que la vuestra y seguidla contra las seducciones y poder de las fuerzas del mundo, de la carne y del demonio. También estas cosas tienen su voluntad. Pero en verdad os digo que es muy infeliz quien se doblega a ellas. Vosotros me llamáis: Mesías y Señor. Decís que me amáis y me gritáis “vivas”. Me seguís y esto parece que es por amor. Pero en verdad os digo que no todos los que entráis, entraréis conmigo en el Reino de los Cielos. También entre mis más antiguos y más cercanos discípulos habrá quienes no entrarán, porque harán su voluntad o la de la carne, la del mundo y la del demonio, pero no la del Padre.

No quien me dice: “¡Señor! ¡Señor!” entra en el reino de los cielos, sino los que hacen la voluntad de mi Padre. Sólo estos entrarán en el reino de Dios. Vendrá un día en que Yo que ahora hablo, después de haber sido Pastor, seré Juez. No os engañe la apariencia actual. Mi cayado ahora reúne todas las almas dispersas y es dulce. Os invita a venir a los pastizales de la verdad. Pero en aquel entonces el cayado se cambiará en el cetro del Juez Rey y muy diverso será mi poder. Con justicia inexorable y no con dulzura, separaré las ovejas apacentadas con la verdad de las que mezclaron la verdad y el error o se alimentan sólo de éste.

Lo haré una y otra vez. Y ¡ay! de quienes entre la primera y segunda aparición ante el Juez, no sabrán purificarse, no podrán limpiarse de los venenos. La tercera categoría no se purificará.

⁴ Cfr. Gén. 41.

⁵ Cfr. Judit 13, 1–12.

⁶ Cfr. Dan. 7–12.

⁷ Cfr. Dan. 3, 46–90.

Ninguna pena podría purgarla. Quiso sólo el error y que se quede en él. Y con todo entre ellos habrá quien se queje: “Pero ¿cómo, Señor? ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre arrojamos a los demonios, y en tu nombre hicimos milagros?”

Y entonces muy claramente les diré: “Sí. Tuvisteis la osadía de revestiros con mi Nombre para aparecer lo que no erais. Vuestro satanismo lo quisisteis hacer pasar como vida en Jesús. Pero el fruto de vuestras obras os acusa. ¿Dónde están los que salvasteis? ¿Se cumplieron vuestras profecías? ¿En qué terminaron vuestros exorcismos? ¿Qué compadre tuvieron vuestros prodigios? Oh, sí que es poderoso mi enemigo, pero no puede más que Yo. Os ayudó sí, para hacer más grandes las presas, y por obra vuestra el círculo de los arrastrados en la herejía se ensanchó. Sí. Hicisteis prodigios. Llamaron todavía más la atención que los que hicieron los verdaderos siervos de Dios, que no son payasos que envuelven a la gente, sino humildad y obediencia que cautiva a los ángeles. Ellos, mis siervos verdaderos, con sus inmolaciones no crean fantasmas sino que los arrojan de los corazones; ellos, mis verdaderos siervos, no se imponen a los hombres, sino que muestran a Dios en sus almas. No hacen otra cosa más que la voluntad del Padre y conducen a otros a hacerla, así como una onda empuja y atrae la onda anterior y la onda superior y la que sigue, sin ponerse en trono para decirle: ‘Mirad’. Ellos, mis siervos verdaderos, hacen lo que Yo diga, y no piensan sino en hacer, y sus obras tienen mi señal de paz imperturbable de dulzura, de orden. Por lo que puedo deciros: estos son mis siervos; a vosotros no os conozco. Largaos de Mí todos vosotros, operarios de la iniquidad”.

Esto lo diré entonces. Y terrible será mi palabra. Procurad que no la merezcáis y venid por el camino seguro, aunque duro, de la obediencia a la gloria del reino de los cielos. Gozad ahora de vuestro reposo sabático alabando a Dios con todo vuestro ser. La paz sea con todos vosotros”.

Jesús bendice a la multitud antes de que se desparrame en busca de sombra, y que formando grupos van comentando las palabras que acaban de escuchar. Junto a Jesús se quedan los apóstoles y el escriba Juan que no habla sino que medita profundamente estudiando a Jesús en cada movimiento y el ciclo de la montaña ha terminado.

37. El siervo del centurión es curado¹

2 junio 1945

Jesús de la campiña entra en Cafarnaum. Están con Él los doce, mejor dicho, tan sólo once, porque Juan no está. Los acostumbrados saludos de la gente en una gama intrincada de expresiones, comparados con los sencillos de los niños, con los un tanto tímidos de las mujeres, con los de admiración de los curados, hasta con los de los curiosos y burlones. Son diversos según los gustos.

Jesús responde el saludo según sea éste: con caricias a los niños, con bendiciones a las mujeres, con sonrisas a los curados, y con seriedad a los demás. A estos saludos hoy se añade el del centurión del lugar, según parece. Lo saluda a su manera; ¡Salve, Maestro!”; al que el Maestro responde con su: “Que Dios venga a ti”.

El romano continúa, entre tanto que la multitud se agolpa para presenciar el encuentro: “Hace algunos días que te estoy esperando. No me reconociste de entre los que te escucharon en la Montaña. Iba vestido de particular. ¿No quieres saber por qué fui?”

“No. ¿Qué se te ofrece?”

“Tengo órdenes de seguir a los que celebran reuniones, porque muchas veces Roma ha debido arrepentirse de haber permitido reuniones con pretexto de bien. Pero al ver y oír, he

¹ Cfr. Mt. 8, 5-13; Lc. 7, 1-10; Ju. 4, 46-53.

pensado en Ti como en un... Señor, tengo un siervo enfermo. Está en mi casa, en su cama. Una enfermedad le ha paralizado los huesos y sufre mucho. Nuestros médicos no lo curan. Los vuestros, a los que mandé llamar se han rehusado venir. Son enfermedades que provienen de los aires corrompidos de estas regiones y podrían curarlas con hierbas del suelo ardiente de la ribera donde se detienen las aguas antes de que desaparezcan entre la arena del mar. Lo siento mucho porque se trata de un siervo fiel”.

“Iré a curarlo a tu casa”.

“No, Señor. No te pido tanto. Soy pagano, inmundicia para vosotros. Si los médicos israelitas tienen miedo de contaminarse con poner su pie en mi casa, con mayor razón debe de provocarte asco a Ti, que eres divino. No soy digno de que entres en mi casa. Pero si desde aquí dices una sola palabra mi siervo se curará porque Tú das órdenes a todo lo que existe, pues yo soy un hombre sujeto a unas autoridades, la primera de las cuales, la del César, por quien debo hacer, pensar y obrar como se me ordenó, puedo a mi vez mandar a los soldados que están bajo mis órdenes, y si digo a uno: “Vete”, a otro “Ven”, y al siervo: “Haz esto”, el uno va a donde lo mando, el otro a donde lo llamo, el tercero hace lo que digo; Tú que eres quien eres, al punto te obedecerá la enfermedad y se irá”.

“La enfermedad no es un hombre...” replica Jesús.

“Tampoco Tú eres un hombre, sino el Hombre. Puedes por lo tanto ordenar también a los elementos, y a la fiebre porque todo está sujeto a tu poder”.

Algunos principales de Cafarnaum toman a Jesús aparte y le dicen: “Es romano, pero Tú hazle caso porque es un hombre de bien que nos respeta y ayuda. Figúrate que él por sí mismo ha hecho fabricar nuestra sinagoga y ha hecho que sus soldados no se burlen de nosotros en los sábados. Concédete el favor por amor a tu caridad, para que no quede desilusionado y contrariado, y su amor se convierta en odio contra nosotros”.

Y Jesús después de haber escuchado a éste y aquél se vuelve sonriente al centurión y le dice: “Adelante que Yo voy”.

Pero el centurión torna a decir: “No, Señor, lo he dicho: me sentiría honrado si entrases en mi casa, pero no soy digno de tanto; pronuncia sólo una palabra y mi siervo se curará”.

“Y así sea. Ve con fe. En ese instante la fiebre lo deja y la vida torna su cuerpo. Procura que también venga la Vida a tu alma. Vete”.

El centurión saluda militarmente, después se inclina y se va.

Jesús mira y luego se dirige a los presentes. “En verdad os digo que no he encontrado tanta fe en Israel. Oh, es verdad que “el pueblo que caminaba en las tinieblas vio una gran luz. Ésta ha despuntado sobre los que habitaban en la oscura región de la muerte”, y en otra parte: “El Mesías reunirá a las naciones cuando levante su estandarte”². Oh, mi Reino. Verdaderamente que a ti vendrán en número sin fin. Más que todos los camellos y dromedarios de Medián y Efa³, y que los que trajeron oro e incienso de Saba; más que todos los ganados de Cedar y los machos cabrios de Nabaiot serán los que vendrán a ti, y mi corazón se ensanchará de gozo al ver que vienen a Mí los pueblos del mar y las naciones poderosas. Me están esperando las islas para adorarme, y los extranjeros edificarán los muros de mi Iglesia cuyas puertas estarán siempre abiertas para acoger a reyes y a las fuerzas de las naciones y por Mí se santificarán⁴. Esto que Isaías vio se cumplirá. Yo digo que muchos de oriente y occidente vendrán y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras los hijos del Reino Serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y rechinar de dientes”.

² Cfr. Is. 9, 2; 11, 12.

³ Cfr. Is. 60.

⁴ Cfr. Is. 60, 6–11.

“¿Profetizas, pues, que los gentiles serán iguales a los hijos de Abraham?”

“No iguales: *superiores*. No os duela, porque es vuestra culpa. No Yo, sino los Profetas lo dicen, y las señas ya lo confirman. Vaya alguno de vosotros a la casa del centurión para comprobar que su siervo ha sido curado según lo merecía su fe. Venid. Tal vez en casa haya enfermos que me están espetando”.

Jesús con los apóstoles y alguno que otro va a la casa donde suele hospedarse en Cafarnaum. Los más se dirigen curiosos y con gritos a la del centurión.

38. “Deja que los muertos sepulten a sus muertos”¹

3 junio 1945

Veo a Jesús que se dirige con sus once, pues sigue faltando Juan, a la orilla del lago. Mucha gente lo rodea. Muchos de ellos son los que estuvieron en la Montaña, casi en su totalidad hombres que han venido hasta Cafarnaum para oír su palabra una vez más. Querrían que no se fuese. Pero Él dice: “Pertenezco a todos. Hay muchos que quieren que esté con ellos: Regresaré. Nos volveremos a ver. Por ahora dejadme partir”. Con trabajo se va abriendo paso entre la gente que se estruja en la callezuela estrecha. Los apóstoles con los hombros tratan de hacerle paso, pero es como querer pasar entre algo blando, que al punto se cierra como antes. Inútilmente se inquietan.

Están ya cerca de la ribera cuando un hombre de mediana edad que a duras penas ha logrado abrirse paso, se acerca al Maestro. Le toca la espalda para llamarle la atención. Jesús se voltea, se detiene y pregunta: ¿Qué quieres?”

“Soy un escriba. Pero lo que hay en tus palabras no tiene comparación con lo que hay en nuestros preceptos. Me has ganado, Maestro. No te dejaré. Te seguiré a donde fueres. ¿Cuál es tu camino?”

“El del cielo”.

“No me refiero a ese. Te pregunto: ¿a dónde vas? Fuera de la casa de aquí, ¿cuáles son en las que te puedo encontrar?”

“Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos. Pero el Hijo del hombre no tiene lugar fijo dónde dormir. Mi casa es el mundo, allí donde hay almas a quienes se debe instruir, miserias qué aliviar, pecadores qué redimir”.

“Por todas partes, en una palabra”.

“Es así como lo has dicho. Tú doctor de Israel, podrías hacer lo que hacen por amor mío estos mínimos? Aquí es necesario sacrificio y obediencia, caridad para todos, espíritu de adaptación, principalmente con todos, porque la condescendencia atrae. Quien quiere curar, debe curarse de cualquier herida. Después vendrá la pureza del cielo. Estamos en el fango y es menester arrancar el fango, en que tenemos los pies, las víctimas que están en él sumergidas. No levantarse el vestido y apartarse porque allí el fango es más profundo. La pureza debe existir en *nosotros*. Debemos estar completamente empapados de ella de modo que nada pueda entrar. ¿Puedes todo esto?”

“Por lo menos déjame intentarlo”.

“Intenta. Rogaré para que seas capaz”.

Jesús continúa su camino. Atraído por dos ojos que lo miran, dice a un joven alto y robusto que se ha detenido para dejar pasar el séquito y que parece dirigirse a otra parte: “Sígueme”.

¹ Cfr. Mt. 8, 18–22; Lc. 9, 57–62.

El joven se sobresalta, cambia de color, bate los ojos como deslumbrados, luego abre la boca para decir: “Te seguiré. Mi padre murió en Corozaim y debo sepultarlo. Permíteme que lo haga y luego vendré”.

“Sígueme. Deja que los muertos sepulten a sus muertos. Tú ya has aspirado la Vida. La has deseado. No llores por el vacío que la Vida te ha formado a tu alrededor para tenerte por discípulo. Las podaduras de afecto son raíces de las que nacen alas al hombre transformándolo en siervo de la Verdad. Deja la corrupción a su suerte. Levántate hacia el Reino de lo incorrupto. Allí encontrarás la perla incorruptible de tu padre. *Dios llama y pasa. Puede ser que mañana no encontrarás más tu corazón de hoy y la invitación de Dios.* Ven, para que vayas a anunciar el Reino de Dios”.

El hombre recargado sobre una pared pequeña, tiene los brazos colgados, de los que cuelgan bolsas, con aromas y vendas. Tiene bajada la cabeza. Piensa entre dos amores: el de Dios y el del padre.

Jesús lo mira y espera, toma un niño, se lo aprieta al corazón diciéndole: “Repíteme conmigo: “Te alabo, oh Padre, e invoco tu luz para los que lloran entre las nieblas de la vida. Te alabo, oh Padre, e invoco tu fuerza para quien es cual niño que necesita de quien lo sostenga. Te alabo, oh Padre, e invoco tu nombre para que hagas olvidar cualquier otra cosa que no seas Tú, a todos los que en Ti encontrarían, y no saben creerlo, todo su bien, que está en el cielo””. Y el niño, un inocente de unos cuatro años, repite con su vocecita las palabras santas y con las manos juntas en oración que tiene juntas al pulso de la mano derecha de Jesús, cual si fuesen dos florcitas.

El hombre se decide. Da a un compañero sus bolsas y se acerca a Jesús, que baja en tierra al niño después de haberlo bendecido y abraza al joven para confortarlo y sostenerlo en su esfuerzo.

Otro hombre le pregunta: “También querría venir como él, pero antes de seguirte quisiera despedirme de mis familiares. ¿Me das permiso?”

Jesús lo mira fijamente y responde: “Muchas raíces están trabadas en el ser humano. Sepáralas, y si no puedes, córtalas. *Con libertad espiritual se viene al servicio de Dios. Nada debe de impedir a quien se entrega.*”

“Señor, la carne y la sangre son siempre carne y sangre. Poco a poco llegaré a esa libertad de la que hablas”.

“No. No lo podrás jamás. Dios es exigente como es infinitamente generoso en premiar. Si quieres ser discípulo, es menester que abras la cruz y vengas. De otro modo estás en el número de los simples fieles. La vida del siervo de Dios no es una vida tapizada de pétalos. Es absoluta en sus exigencias. Nadie que haya puesto mano en el arado para arar los campos de los corazones y esparcir la semilla de la doctrina de Dios, puede volverse atrás para mirar lo que ha dejado y lo ha perdido, lo que podría haber tenido si hubiese seguido otro camino usual. Quien obra así no está adaptado al Reino de Dios, Mira tú mismo lo que puedes. Date valor y después ven. Por ahora no”.

Han llegado a la playa. Jesús sube a la barca de Pedro al que dice algunas palabras al oído; veo que sonríe y Pedro hace un gesto de admiración. Pero no dice nada. Sube también el joven que dejó de ir a sepultar a su padre por seguir a Jesús.

39. La parábola del sembrador¹

4 junio 1945

¹ Cfr. Mt. 13, 1-19; Mc. 4, 1-9; Lc. 8, 4-8.

Jesús me dice al mostrarme el curso del Jordán, mejor dicho, su desembocadura en el lago de Tiberíades, allí donde está la ciudad de Betsaida, a la derecha del río, para quien se sitúa en dirección del norte: “Ahora la ciudad no se encuentra en las riberas del lago, sino un poco dentro, tierra adentro. Esto desconcierta a los expertos. La explicación debe buscarse en el enterramiento del lago de esta parte, que se debió a veinte siglos de tierra que ha depositado el río y a los aluviones y derrumbes que han bajado de las colinas de Betsaida. En esos tiempos la ciudad estaba exactamente en la desembocadura del río en el lago, y hasta las barcas más pequeñas, y en las estaciones en que hay más agua, podían navegar por un buen espacio, hasta la altura de Corozaim. El río mismo servía de puerto y de refugio, en sus riberas, a las barcas de Betsaida, durante los días tempestuosos del lago. Esto no es para ti a quien poco importa, sino para los doctores de dura cabeza. Y ahora escribe”.

Las barcas de los apóstoles, después de haber atravesado el corto espacio que separa Cafarnaum de Betsaida, atracan en esta ciudad. Otras barcas los han seguido y muchos de los que están en ellas venían, desembarcan y se unen pronto a los de Betsaida que han venido a saludar al Maestro que entra en casa de Pedro donde... la mujer hace de cabeza de familia. Creo que haya preferido la soledad a vivir entre frecuentes quejas de su madre por el marido.

La gente que está afuera, a gritos pide la presencia del Maestro, cosa que irrita a Pedro que sube a la terraza y arenga a sus conciudadanos o semejantes, diciéndoles que es menester respeto y educación. Él, su Maestro querría gozar un poco de tranquilidad, ahora que la tiene en casa, y con todo no tiene tiempo ni siquiera de ofrecerle un poco de agua y miel entre la multitud de cosas que ordenó a la mujer de traer, y gruñe.

Jesús lo mira sonriente; menea la cabeza y le dice: “Parece como si jamás me vieses, y que sea una casualidad que estemos juntos”.

“Pero si es así. Cuando estamos en otras partes, ¿estamos acaso Tú y yo? ¡Ni por sueños! Entre Tú y yo está el mundo con sus enfermos, afligidos, oyentes, curiosos, calumniadores, enemigos y nosotros Tú y yo jamás estamos juntos. Aquí al contrario estás conmigo, en mi casa y deberían entenderlo”. Realmente está enfadado.

“Pero no veo ninguna diferencia, Simón. Mi amor es igual, mi palabra es la misma. Que te la diga en privado, o en público ¿no es lo mismo?”

Pedro confiesa su gran dolor: “Es que soy un pedazo de tonto y pierdo la atención fácilmente. Cuando hablas en alguna plaza, en algún monte, entre la gente, no sé por qué yo entiendo todo, pero después no me acuerdo de nada. Lo he dicho a mis demás compañeros y dicen que tengo razón. Los demás, quiero decir, la gente que te escucha, te entiende y recuerda lo que dices. Cuántas veces hemos oído que alguien te dice: “No he hecho esto porque Tú lo dijiste” o bien: “He venido porque una vez te oí decir esto y me llegó al corazón”. Nosotros al contrario... ¡uhm! Es como un torrente de agua que pasase sin detenerse. El lecho del río no la retiene. El agua se ha ido. Viene otro torrente, sí, muy grande, pero pasa, pasa, pasa... Y con horror pienso que, si como Tú dices, así será, llegará el momento en que no estarás más con el río y... y yo... ¿Qué podré dar al que tiene sed, si no guardo ni siquiera una gota de tanto que me das?”

Los demás apoyan también las quejas de Pedro. Se lamentan de no tener en sí nada de lo que oyen, cosas que deberían tener para responder a los que les hacen preguntas.

Jesús sonríe. Dice: “No me parece que sea así, La gente está muy contenta de vosotros”.

“Oh, sí, por lo que hacemos: abrirte paso a codazos, llevar los enfermos, recoger las limosnas, y decir: “Sí, aquel es el Maestro”. Bonita cosa ¿no es así?”

“No te rebajes tanto, Simón”.

“No me rebajo; me conozco”.

“Esta es la cosa más difícil de la sabiduría. Quiero quitarte esta pena tan grande. Cuando he hablado y no habéis podido comprender todo y retenerlo, preguntadme sin temor de parecer

molestos o de disgustarme. Siempre tenemos horas de intimidad. En éstas abridme el corazón. Mucho doy a tantos, y ¿qué no daría Yo a vosotros a quien amo como Dios no podría más? Has hablado de ondas que vienen y que nada queda en el lecho. Vendrá un día en que caerás en la cuenta de que cada onda depositó en ti una semilla, y que cada semilla ha producido una planta. Te encontrarás ante flores y plantas para todos los casos. Te sorprenderás de ti mismo. Dirás: “Pero ¿qué me ha hecho el Señor?” porque en ese entonces habrás sido redimido de la esclavitud del pecado y tus virtudes actuales serán perfeccionadas a un alto grado”.²

“Tú lo dices, señor, y me confío a tu palabra”.

“Vamos con quien nos está esperando. Venid. La paz sea contigo, mujer. Esta noche me darás hospedaje”.

Salen y Jesús se dirige al lago para que la multitud no le oprima. Pedro está pronto en separar la barca de la ribera unos cuantos metros de modo que oigan todos la voz de Jesús, pero al mismo tiempo que haya un espacio entre Él y los oyentes.

“Desde Cafarnaum a aquí he pensado en la parábola que os diré. Y he encontrado algo en lo sucedido en la mañana.

Visteis que se acercaron a mí tres hombres. Uno espontáneamente; el otro porque Yo se lo dije, y el tercero por un entusiasmo pasajero. Y habéis visto que de ellos tan sólo me quedé con dos. ¿Por qué? ¿Vi acaso en el tercero a un traidor? No. No es así. Sino a uno que no estaba preparado. Aparentemente parecía menos preparado éste que está a mi lado, y que se dirigía a sepultar a su padre. Sin embargo el imprevisto era el tercero. Éste estaba preparado sin saberlo, de modo que ha sabido realizar un sacrificio muy heroico. *El heroísmo en seguir a Dios siempre es prueba de una gran preparación espiritual*. Esto explica ciertos hechos sorprendentes que suceden a mi alrededor. Los mejor preparados para aceptar al Mesías, cualquiera que sea su casta y cultura, vienen a Mí con una prontitud y fe absolutas. Los menos preparados me ven como a un hombre que sale de lo acostumbrado, o bien me estudian con desconfianza y curiosidad, o si se quiere me atacan y me denigran acusándome de varios modos. Las diversas maneras de obrar están en proporción de la falta de preparación de los espíritus.

En el pueblo elegido se deberían encontrar en todas partes espíritus prontos a recibir este Mesías, que con tanta ansia deseaban Patriarcas y Profetas; este Mesías que finalmente ha llegado al que han precedido y acompañado todas las señales profetizadas; este Mesías cuya figura espiritual se delinea cada vez más clara a través de los milagros visibles que hace en los cuerpos y en los elementos, y en los milagros visibles que hace en las conciencias que se convierten, y en gentiles que vienen al Dios verdadero. Y por el contrario no es así. Son los hijos de este pueblo quienes más obstinadamente se oponen a seguir al Mesías, y es doloroso decirlo, esta resistencia es tanto mayor cuanto más sube a las clases altas. No digo esto para ponerlos en mal. Lo hago para que oréis y reflexionéis. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué los gentiles y pecadores avanzan mejor por mi vía? ¿Por qué ellos aceptan cuanto digo, y los otros no? Porque los hijos de Israel han echado anclas, mejor dicho, se han adherido como ostras de perlas en donde nacieron. Porque están satisfechos, llenos, obesos con su sabiduría y no quieren abrir paso a la mía, echando fuera lo superfluo para dejar lugar a lo necesario. Los otros no conocen esta esclavitud. Son pobres paganos, o pobres pecadores, cual nave a la deriva sin ancla, son pocos los que no tienen tesoros propios sino fardos de errores o pecados, de los que se despojan con alegría, apenas logran comprender qué cosa es la Buena Nueva y gustan su miel fortificante que es del todo diversa de la mezcla repugnante de sus pecados.

Oíd, y tal vez comprenderéis mejor cómo puede haber diversos frutos en una misma obra.

² Cfr. Ju. 16, 13.

Salió un hombre a sembrar. Tenía muchos campos y de diversas clases. Algunos los había heredado de su padre, y por descuido había dejado que crecieran espinas. Otros los había comprado de alguien que había sido negligente, y así como los compró los dejó. Otros campos estaban cruzados de caminos porque este hombre era muy comodino y para no caminar mucho atravesaba por sus campos de un lado a otro. Había, en fin, otros cercanos a su casa, que había cuidado para que le diesen una vista agradable. No había piedras en ellos, ni espinas, ni hierba. Estaban limpios.

Así, pues, este hombre tomó su morral de semillas, la mejor y empezó a sembrar. La semilla cayó en un terreno bueno, blando, limpio, abonado, que estaba cercano a su casa. Cayó en los campos cruzados de caminos y veredas, en que además estaba el polvo que venía a cubrir la tierra buena. Otras semillas cayeron en campos donde la torpeza humana había dejado caer espinas. El arado las revolvió, parecía como si no estuvieran ya, pero allí estaban, porque tan sólo el fuego, *es capaz de destruir las malas plantas, e impedirles volver a retoñar*. Las últimas semillas cayeron en campos recientemente comprados que había dejado tal cual, sin labrarlos ni quitarles las piedras metidas en el suelo y que impedían que prendiesen las raíces tiernas de la semilla. Y después de haber esparcido toda la semilla, regresó a su casa y dijo: “¡Oh, qué bien! Ahora no hay más que esperar la cosecha”. Y se felicitaba porque con el correr del tiempo veía que despuntaba el trigo en los campos cercanos a su casa y que crecía... Oh, qué alfombra tan suave, y qué espigar... Oh, qué mar de cabelleras rubias que cantaban, chocando contra otras, sus canciones al sol. El hombre decía: “Como estos campos, todos los demás. Preparemos la guadaña y los graneros. Cuánto pan. Cuánto oro”. Y se congratulaba a sí mismo...

Segó el trigo en los campos cercanos y luego pasó a los que heredó de su padre, que había dejado que en ellos creciesen hierbas. Y quedó sorprendido. La semilla había nacido, pues las tierras eran buenas, fértiles, abonadas. Pero la fertilidad había ayudado también a las espinas que habían sido revueltas bajo tierra, pero no exterminadas. Habían retornado y habían producido ramajes de zarzas, a través de las que el trigo no había podido salir, sino una que otra espiga. Todo lo demás estaba muerto.

El hombre dijo: “No fui cuidadoso en este lugar. Pero allá no había zarzas, y habrá sido mejor”. Pasó a los campos que recientemente había comprado. Su estupor se tornó en dolor. Delgadas, amarillentas hojas de trigo estaban tiradas por el suelo como heno seco. “Pero ¿cómo es posible?” Y lloraba el hombre. “Y con todo, aquí no había espinas, y la semilla fue la misma; y con todo había nacido tupida y hermosa. Se echa de ver por las hojas y abundancia de ellas. ¿Por qué pues todo ha muerto sin producir una espiga?” Y en su dolor se puso a rascar el suelo para ver si encontraba nidos de topos o de otros animales. Nada de insectos y roedores. No había. Pero lleno de piedras. Realmente un pedregal. Los campos estaban literalmente empedrados y la poca tierra que se veía, había sido un engaño. Oh, si hubiera metido más profundo el arado cuando era tiempo. Oh, si hubiese pensado antes de aceptar este campo y comprarlos como buenos. Oh, si al menos, después del error cometido en haberlos comprado, los hubiera preparado a costa de fatiga. Pero ya era tarde e inútil lamentarse. El hombre se puso en pie, destruido y se fue a los campos cruzados de veredas, hechas por comodidad... Se rasgó las vestiduras de dolor. Aquí no había nada, nada absolutamente... La tierra negra del campo estaba cubierta por una ligera capa de polvo blanco... Se dejó caer en el suelo gimoteando: “¿Por qué? Aquí no había espinas ni piedras. Son campos nuestros. Mi abuelo, mi padre y yo siempre los hemos tenido y por años y años siempre los hemos abonado. Yo abrí veredas, habré quitado terreno bueno, pero aún esto, no lo hubiera hecho estéril...” Lloraba todavía cuando su dolor tuvo la respuesta de una parvada de voraces pájaros que de los caminos saltaban a los campos, y de estos a ellos para buscar, buscar la semilla, la semilla, la semilla. El campo que era nada menos que una red de veredas en cuyos bordes la semilla había caído, había atraído

muchos pájaros, los que primero se comieron lo caído en el camino y luego lo del campo, y finalmente hasta el primer retoño que pudo asomarse a flor de tierra.

De este modo, la semilla que había sido la misma en todos los campos, en algunos había producido el ciento por ciento, en otros el sesenta, en otros el treinta, y en otros nada. Quien tenga oídos que comprenda. La semilla es la Palabra: la misma para todos. El lugar donde cae. Vuestros corazones. Cada uno aplíquese esto y trate de comprender. La paz sea con vosotros”.

Y luego, dirigiéndose a Pedro, le dice: “Remonta lo más que puedas, y atraca al otro lado”.

Y mientras las dos barcas navegan un poco trecho para detenerse junto a la orilla, Jesús se sienta y pregunta al nuevo discípulo: “Ahora ¿quién se queda en casa?”

“Mi madre con mi hermano mayor, que hace cinco años se casó. Mis hermanas están en diversas partes. Mi padre era muy bueno. Mi madre lo llora desolada”. El joven bruscamente se para, porque siente que un sollozo le sube del corazón.

Jesús, lo toma por una mano y le dice: “También conocí Yo ese dolor, y vi a mi Madre llorar. Te comprendo...”

El arrastrarse la barca por la arena hace que la conversación se interrumpa. Van a bajar a tierra. Aquí no hay colinas bajas como en Betsaida que parece como si metiese sus pies en el lago, sino una llanura rica de mieses que se extiende sobre esta ribera, opuesta a Betsaida, al norte.

“¿Vamos a Merón?” pregunta Pedro.

“No. Vamos por entres estos campos”.

Los campos son hermosos, bien cultivados. En ellos se ven las espigas tiernas, pero ya formadas, todas a la misma altura, y con el ligero ondearse que les imprime el viento fresco del norte, parecen otro pequeño lago, en que las velas son los árboles que se yerguen acá y allá, llenos de pájaros.

“Estos campos no son como los de la parábola” observa Santiago el primo.

“No. Los pájaros no los han acabado. No hay piedras ni espinas. ¡Un buen trigo! Dentro de un mes amarillará... y dentro de dos, vendrá la guadaña y al granero” dice Judas Iscariote.

“Maestro... te recuerdo lo que dijiste en mi casa. Has hablado muy bien. Pero comienzo a tener en mi cabeza nubecillas dispersas, como las que se ven allá...” dice Pedro.

“Esta noche te daré la explicación. Ahora estamos enfrente de Corozaim”. Jesús mira firmemente al nuevo discípulo diciéndole: “*A quien da se le da. Y el tener no quita el mérito del que da.* Condúceme a su sepulcro y a la casa de tu madre”.

El joven se arrodilla, besando entre lágrimas la mano de Jesús.

“Levántate. Vamos. Mi corazón ha sentido tu llanto. Quiero fortificarte en el heroísmo con mi amor”.

“Isaac el viejo me había contado que Tú eres bueno... Isaac, al que Tú curaste la hija. Fue mi apóstol. Pero veo que tu bondad es todavía mayor de lo que se me había dicho”.

“Saludaremos también a Isaac para darle las gracias de haberme dado un discípulo”.

Ha llegado a Corozaim y la casa de Isaac es la primera que se ve. El anciano, que está regresando a su casa, cuando ve el grupo de Jesús y discípulos, y entre ellos al joven de Corozaim, levanta los brazos con su bastoncito en la mano, se queda casi sin respirar, con la boca abierta. Jesús sonríe y su sonrisa le devuelve la voz al anciano.

“Dios te bendiga, Maestro. Pero ¿por qué esta honra a mí?”

“Para decirte: “gracias” ”.

“Pero ¿de qué cosa, Dios mío? Yo soy el que te debo decir esta palabra. Entra, entra. Oh, qué pena que mi hija esté lejos para ayudar a su suegra. Se casó ya, ¿sabes? Todas las bendiciones sobre mí, después de que te encontré. Ella curada, poco después un rico pariente

que había regresado de lejos, viudo, con pequeñitos, que necesitaban madre... Oh, pero si ya te había contado estas cosas. Mi cabeza ya está vieja. Perdóname”.

“Tu cabeza es de un sabio y olvida hasta gloriarse del bien que hace por su Maestro. Olvidarse del bien es sabiduría, demuestra humildad y confianza en Dios”.

“Pero yo... no podía...”

“Y este discípulo, que tengo ahora, ¿no es por ti?”

“¡Oh!... pero no he hecho nada, ¿sabes? Sólo dije la verdad... y estoy contento de que Elías esté contigo” Se voltea al joven y le dice: “Tu madre, después de los primeros momentos de sorpresa, secó su llanto al saber que eras del Maestro. Tu padre tuvo un digno entierro. Hace poco que está en el sepulcro”.

“¿Y mi hermano?”

“Cállate... Sabes... le costó un poco saber que no estabas... Todavía él piensa así...”

El joven se vuelve a Jesús: “Tú lo dijiste. Yo no quisiera que estuviese muerto... Haz que torne a la vida como yo, y a tu servicio”.

Los demás no entienden y se miran con ojos interrogativos, pero Jesús responde: “No te desesperes y aguarda”. Luego bendice a Isaac y se va, no obstante todo lo que se hace por retenerlo.

Van primero al sepulcro cerrado y oran. Después, a través de un viñedo que todavía está semidesnudo, llegan a la casa de Elías.

El encuentro de ambos hermanos es un poco serio. El mayor se siente ofendido y quiere hacerlo notar. El menor se siente humanamente culpable y no sabe qué hacer. Pero al llegar la madre, que sin decir palabra alguna se postra y besa la orla del vestido de Jesús, el ambiente se tranquiliza e igualmente los ánimos, de modo que se quiere honrar al Maestro. Él por su parte no acepta nada. Tan solo dice: “Que vuestros corazones sean justos, el uno para con el otro, como justo era por quien lloráis. No hagáis de lo sobrehumano algo humano: la elección para ser discípulo y la muerte. El alma del justo no se intranquilizó al ver que faltaba el hijo a la sepultura de su cadáver. Antes bien está serena, y segura del futuro de su Elías. El pensamiento del mundo no turbe la gracia de la elección. Si el mundo se asombró al ver que éste no estuvo cerca del féretro paterno, los ángeles se han alegrado al verlo al lado del Mesías. Sed justos. Y tú, madre, consuélate con esto. Has educado bien a tu hijo, y la Sabiduría lo ha llamado. Os bendigo a todos. La paz sea con vosotros ahora y siempre”.

Regresan al río por donde vinieron, y de ahí a Betsaida. Elías, ni siquiera un momento se detuvo en el umbral paterno. Después de haber dado el beso a su madre, siguió al Maestro con la simplicidad con que un niño sigue a su padre.

40. En la cocina de Pedro.

Enseñanza y predicción de la captura del Bautista¹

7 junio 1945

Henos aquí nuevamente en la cocina de Pedro. La cena debió de haber sido abundante porque los platos con restos de pescado, carne, queso, frutas secas o semisecas, están amontonados en una especie de credencia que da un cierto aire a las usadas en regiones toscasas, y todavía jarras con copas se ven sobre la mesa.

La mujer de Pedro debió de haber hecho milagros por contentar a su marido, y debió de haber trabajado todo el día. Ahora, cansada pero feliz, está en su rincón y escucha lo que dice su hombre y lo que dicen los demás. Lo mira, mira a su Simón, que para ella debe ser un

¹ Cfr. Mt. 13, 10–23; Mc. 4, 10–25; Lc. 8, 9–15.

gran hombre, aunque sea un poco exigente; y cuando lo oye hablar con palabras nuevas que ya no son ni de barcas, ni de redes, ni de pescados, ni de dinero, mueve sus pestañas como si estuviese ofuscada con tanta luz. Pedro, sea por el placer de haber tenido a su mesa a Jesús, sea por la alegría de la abundante y sazónada comida, está realmente de buen humor, y se revela en él el futuro Pedro que predicará a las multitudes.

No sé qué cosa haya dicho algún compañero que produjo la respuesta de Pedro: “Les acaecerá como a los fundadores de la torre de Babel². Su misma soberbia provocará el derrumbe de sus teorías y quedarán aplastados”.

Andrés objeta a su hermano con: “Pero Dios es Misericordia. Impedirá el derrumbe para darles tiempo a reconocer sus yerros”.

“No te imagines. En la cúspide de su soberbia pondrán calumnias y persecuciones. Oh, ya me lo imagino. Persecuciones sobre nosotros para dispersarnos por testigos odiosos. Y como atacarán con engaño la verdad, Dios los castigará, y perecerán”.

“¿Tendremos fuerza para resistir?” Pregunta Tomás.

“Bueno... yo por mí no las tendré. Confío en Él” y Pedro señala al Maestro que escucha y calla con la cabeza un poco inclinada como para tener escondida la expresión de su rostro.

“Yo pienso que Dios no nos dará pruebas superiores a nuestras fuerzas” dice Mateo.

“O por lo menos las aumentará en proporción a ellas” concluye Santiago de Alfeo.

“Él ya lo hace. Yo era rico y poderoso. Si Dios no me hubiese querido conservar para un fin suyo, habría perecido en la dispersión cuando fui perseguido y leproso. Habría terminado conmigo mismo... Sin embargo en mi derrumbe completo descendió una riqueza nueva que jamás antes había yo tenido: la riqueza de la persuasión de que: “Dios Existe”. Antes... Dios... Yo era un creyente, era fiel israelita, pero mi fe era de formalismos. Me parecía que su premio era siempre inferior a mis virtudes. Me tomaba la libertad de discutir con Dios porque creía yo ser algo en la tierra. Simón Pedro tiene razón. Yo también edificaba una torre de Babel con las autoalabanzas y satisfacciones de que yo era algo. Cuando todo se derrumbó, y fui gusano aplastado bajo el peso de toda inutilidad humana, entonces no discutí más con Dios, sino conmigo mismo, con mi fatuo ser, y terminé por destruirlo. Y cuanto más lo hacía al abrir camino a lo que pienso sea el Dios inmanente* en nuestro ser terrestre, tanto más alcanzaba yo una fuerza, una riqueza nueva. La certeza de que no estaba yo solo, y de que Dios velaba sobre el hombre vencido por el hombre y por el mal”.

“Según tú, ¿piensas que sea Dios, lo que dijiste “el Dios inmanente en nuestro ser terrestre”? ¿Qué quiere decir? No te comprendo y me parece una herejía. Dios es lo que conocemos por la Ley y los Profetas. No hay otro medio” dice un poco severo Judas Iscariote.

“Si estuviese Juan te lo diría mejor que yo, pero yo te lo digo como lo sé. Dios es lo que conocemos por la Ley y los Profetas. Es verdad. Pero ¿en qué lo conocemos? ¿Cómo?”

Judas de Alfeo salta a la arena: “Poco y mal. Los Profetas que nos lo describieron, lo conocían. Nosotros tenemos una idea confusa que se filtra de la obstrucción de un montón de sectas...”

“¿Sectas? Pero ¡cómo hablas! No tenemos sectas. Somos los hijos de la Ley. Todos” dice Iscariote con desdén y con tono agresivo.

“Los hijos de las *leyes*. No de la Ley. Hay una pequeña diferencia. Del singular al plural. Pero en realidad así es; somos hijos de lo que hemos creado y no somos ya de lo que Dios nos dio” rebate Tadeo.

“Las leyes han nacido de la Ley” dice Iscariote.

² Cfr. Gén. 11, 1-9.

* inmanente = dícese de lo que es inherente a algún ser o va unido de un modo inseparable a su esencia.

“También las enfermedades nacen de nuestro cuerpo y no me vas a decir que sean cosa buena” refuta otra vez Tadeo.

“Pero déjame saber qué cosa es el Dios inmanente de Simón Zelote” Iscariote que no ha podido contradecir lo que dijo Tadeo, busca llevar la disputa al punto de donde había surgido.

Simón Zelote dice: “Vuestros sentidos siempre tienen necesidad de una base para captar una idea. Cada uno de nosotros, me refiero a nosotros que creemos, cree por la virtud de la fe en el altísimo Señor y Creador, eterno Dios que está en el Cielo. Todos los seres tienen más necesidad de esta fe desnuda, virgen, incorpórea, que es apta y que basta a los ángeles que ven y aman a Dios espiritualmente, compartiendo con Él la naturaleza espiritual y teniendo la capacidad de verlo. Nosotros tenemos necesidad de crearnos una “figura” de Dios, figura que se obtiene de las cualidades esenciales que atribuimos a Dios para dar nombre a su perfección absoluta, infinita. Cuanto más el alma se concentra, tanto más logra llegar a una precisión en el conocimiento de Dios. Esto es lo que llamo: Dios inmanente. No soy filósofo. Tal vez empleé mal la palabra. Pero al final de cuentas, para mí Dios inmanente quiere decir, sentir, *percibir* a Dios en nuestro espíritu; sentirlo y percibirlo no como una idea abstracta sino como una presencia real que nos da una fortaleza y paz desconocidas”.

“Está bien. Pero, en fin de cuentas, ¿cómo lo sentías? ¿Qué diferencia hay entre sentir por la fe y sentir por la inmanencia?” pregunta un poco irónico Iscariote.

“Dios es seguridad, muchacho. Cuando lo sientas, como dijo Simón, con esa palabra que no entiendo a la letra, pero sí su espíritu, y piensas que nuestro mal radica en entender sólo la letra, y no con el espíritu de las palabras de Dios, quiere decir que llegas a captar no sólo el concepto de la majestad terrible, sino la paternidad dulcísima de Dios. Quiere decir que sientes que aunque todo el mundo te juzgase y condenase injustamente, uno solo, Él, el Eterno, que hace las veces de padre, no te juzga sino que absuelve y consuela. Quiere decir que sientes que aunque todo el mundo te odiase, experimentarías en ti un amor mayor que todo el mundo. Quiere decir que arrojado en una cárcel o en un desierto, siempre sentirías que alguien te habla y dice: “Sé santo para que seas como tu Padre”. Quiere decir que por el amor verdadero a este Padre Dios, al que finalmente se llega a sentir como tal, se acepta, se obra, se toma o se deja sin medida humana, pensando sólo en devolver amor con amor, en copiar lo más posible a Dios en las propias acciones” dice Pedro.

“¡Eres un soberbio! ¡Copiar a Dios! No puedes” sentencia Iscariote.

“No es soberbia. El amor lleva a la obediencia. Copiar a Dios me parece aún una forma de obediencia porque dice Dios que nos hizo a su imagen y semejanza⁴” replica Pedro.

“Nos hizo. No debemos ir más allá”.

“¡Eres un infeliz si así piensas, querido muchacho! Olvidas que hemos caído y que Dios nos quiere volver a llevar a donde estábamos”.

Jesús toma la palabra: “Todavía mucho más, Pedro, Judas y todos vosotros. Todavía mucho más. La perfección de Adán era susceptible aún de aumento mediante el amor que lo había llevado a una imagen siempre más exacta de su creador. Adán sin la mancha del pecado original habría sido un espejo tersísimo de Dios. Por esto digo: “Sed perfectos como Perfecto es mi Padre que está en los cielos”. Como el Padre, por lo tanto como Dios. Pedro dijo muy bien. Y también simón. Os ruego que recordéis sus palabras y las apliquéis a vuestras almas”.

La mujer de Pedro por poco se desvanece de la alegría de oír que así se alaba a su marido. Lloro detrás del velo, inmóvil, feliz. Pedro parece como si tuviera un ataque apopléjico. Se ha puesto colorado, colorado. Por unos instantes no sabe qué decir, mas luego: “Pues bien, entonces dame el premio. La parábola de esta mañana...”

⁴ Cfr. Gén. 1, 26-27.

También los otros se unen a Pedro, diciendo: “Sí. Lo prometiste. Las parábolas sirven muy bien para comprender la comparación. Entendemos que tienen un espíritu superior a lo comparado. ¿Por qué les hablas en parábolas?”

“Porque a ellos no se les ha concedido entender más de lo que explico. A vosotros se os concede mucho más porque cual discípulos míos, debéis conocer el misterio del reino de los cielos. Por esto os digo: “Preguntad si no comprendéis el espíritu de la parábola”. Dais todo y todo se os devuelve para que a vuestra vez podáis dar todo. Dais a Dios a todo: afectos, tiempo, intereses, libertad, vida. Y Dios os da todo para recompensaros, y para haceros capaces de dar todo en nombre de Dios, a quien está detrás de vosotros. De este modo a quien ha dado se le dará abundantemente. Pero a quien no da sino parcialmente y de hecho no ha dado todo, se le quitará aún lo que tiene.

Les hablo en parábolas a ellos para que al ver no vean sino sólo lo que la voluntad de adherirse a Dios ilumina, para que al oír siempre por su voluntad de adhesión, oigan y comprendan. Vosotros veis. Muchos oyen mi palabra, pocos se adhieren a Dios, sus espíritus están mancos de la buena voluntad. Se cumple en ellos la profecía de Isaías⁵: Oiréis con vuestras orejas y no percibiréis, miraréis con los ojos y no veréis”. Porque este pueblo tiene un corazón insensible; las orejas son duras: tienen los ojos cerrados para no ver y para no sentir, para no entender con el corazón y no convertirse para que los cure. Pero vosotros sois bienaventurados por vuestros ojos que ven, y vuestras orejas que oyen, por vuestra buena voluntad. En verdad os digo que muchos Profetas y muchos justos desearon ver lo que veis y no vieron, oír lo que oís y no lo oyeron. Se consumaron en el deseo de comprender el misterio de las palabras, y apagada la luz de la profecía, sus palabras quedaron cual carbones apagados, también para el santo que las había pronunciado.

Sólo Dios se manifiesta a Sí mismo. Cuando se retira su luz, una vez que terminó el fin de iluminar el misterio, la incapacidad de entender liga, como las vendas de una momia, la real verdad de la palabra recibida. Por eso te dije esta mañana: “Llegará un día en que volveréis a encontrar cuanto se te ha dado”. Ahora no puedes retenerlo. Pero después la luz vendrá sobre ti, y no por un momento sino por una unión inseparable del Espíritu Santo con el tuyo, por lo cual tu enseñanza será infalible en lo que es cosa del reino de Dios. Así como en ti, en tus sucesores, *si vivieren de Dios como de único pan*.

Ahora escuchad el espíritu de la parábola.

Tenemos cuatro clases de campos: los fértiles, los espinosos, los pedregosos y los llenos de caminos. Tenemos también cuatro clases de espíritus.

Tenemos los espíritus honestos, los espíritus de buena voluntad, los que ella misma y las obras de su apóstol, de un “verdadero” apóstol preparan, porque hay apóstoles que tienen el nombre, pero no el espíritu, los cuales son más crueles en su voluntad que se está formando, que los mismos pájaros, espinas y piedras. Trastornan en tal modo, con sus intransigencias, prisas, regaños, amenazas, que alejan para siempre de Dios. Hay otros por el contrario que con un derroche de benignidad, fuera de lugar, hacen secar la semilla en un terreno muy blando. Privados de un espíritu viril lo quitan a las almas cuyo cargo tiene. Pero quedémonos con los verdaderos apóstoles, o sea con los espejos tersos de Dios. Son paternos, misericordiosos, pacientes, y al mismo tiempo fuertes como su Señor. Así pues, los espíritus que ellos preparan y su propia voluntad pueden compararse a los campos fértiles, limpios de piedras y de zarzas, sin grama, ni cizaña, en los que prospera la palabra de Dios y cada palabra: una semilla, un manojo de espigas, produciendo en algunas partes el ciento por ciento, en otras el sesenta, en otras el treinta. ¿Hay de estos entre los que me siguen? Ciertamente. Serán los santos. Entre ellos hay de

⁵ Cfr. Is 6, 9–10.

todas las castas y de todas las naciones, hay hasta gentiles, y que también producirán el ciento por ciento por su buena voluntad, sólo por ella, o también por ella y la de un apóstol o discípulo que me los prepara.

Los campos espinosos son aquellos en que la dejadez ha permitido penetrar montones de espinas de intereses personales que ahogan la buena semilla. Es necesario vigilar siempre, siempre. Jamás decir: “Oh, ya estoy formado, en mí hay semilla, puedo estar tranquilo que produciré siempre semilla de vida eterna”. Es necesario vigilarse a sí mismo: la lucha entre el Bien y el Mal es continuo. ¿Habéis observado cómo un montón de hormigas se apodera de una casa? Helas en el horno. La mujer de casa no deja allí más los alimentos y los pone sobre la mesa y ellas ventean y dan el salto a la mesa. La mujer las pone en la alacena y hasta allí llegan. La mujer cuelga del techo sus provisiones, pero ellas dan un rodeo grande por las paredes y las vigas, bajan por la cuerda y comen. La mujer las quema, les pone fuego, envenenan y luego se queda tranquila pensando que las ha acabado. Oh, que si no está atenta, ¡qué sorpresa! Otras nacen, y de nuevo hay que empezar. De este modo hasta que dure la vida; ¡es menester estar atento para extirpar las plantas nocivas tan pronto como despuntan! De otro modo crean un techo de zarzas y ahogan el trigo. Las preocupaciones mundanales, el cebo de las riquezas crean el entretejido, ahogan la planta de la semilla de Dios y le impiden que produzca espigas.

Ved ahora los campos llenos de piedras. Cuántos hay en Israel que pertenecen a los “hijos de la ley” como dijo exactamente mi hermano Judas. En ellos no existe la piedra única del testimonio, no existe la Piedra de la Ley. Hay un montón de piedras pequeñas, sin valor, de leyes humanas que los hombres han hecho, y son tantas que con su peso han logrado aun astillas en la Piedra de la Ley. Es una destrucción tal que impide que pueda crecer semilla alguna. Las raíces no encuentran jugo alguno. No hay tierra, no hay nada. El agua no hace más que marchitar la planta porque se estanca en el pavimento de las piedras, el sol calienta en esas piedras y quema las plantitas. Son los espíritus de los que quieren sustituir la doctrina sencilla de Dios con doctrinas humanas complicadas. Reciben por decirlo así, mi palabra con alegría. Se dejan al punto mover y seducir por ella. Pero después... Sería necesario un gran heroísmo para escombrar el campo, el alma y la mente de todas las piedras. De este modo la semilla, echaría raíces y robusta crecería. Del otro modo... no es nada. Basta el temor de la venganza humana. Basta una reflexión. “¿Y luego? ¿Qué cosa me harán los poderosos?” y la pobre semilla, sin alimento, muere. Basta que todo el montón de piedras haga ruido vano de cien y cien preceptos, que han sustituido el Precepto, para que el hombre perezca junto con la semilla aceptada... Israel es un ejemplo de esto. Esto explica en qué forma el acercarse a Dios vaya en proporción inversa del poder humano.

Los últimos campos están llenos de caminos, están desnudos, llenos de polvo. Son los mundanos, los egoístas. La comodidad es su ley, el gozar su meta. No fatigarse, adormilarse, reír, comer... Entre estos el espíritu mundano es rey. El polvo de lo mundanal cubre el terreno que toma el color negruzco. Los pájaros, esto es, las disipaciones, se precipitan en los millares de caminos abiertos para hacer más fácil la vida. El espíritu del mundo, esto es, el del maligno, picotea y destruye cada semilla que cae en este terreno abierto a toda sensualidad y liviandad.

¿Habéis entendido? ¿Tenéis algo que preguntar? ¿No? Entonces podemos ir a descansar para irnos mañana a Cafarnaúm. Debo ir primero a un cierto lugar antes de empezar el viaje a Jerusalén para la Pascual”.

“¿Volveremos a pasar por Arimatea?” pregunta Iscariote.

“No es seguro. Depende de...”

Se oyen afuera que tocan la puerta.

¿Quién podrá ser a esta hora?” dice Pedro que se levanta para ir a abrir.

Es Juan, espantado, lleno de polvo, con señas visibles de que ha llorado.

“¿Tú aquí?” gritan todos. “¿Qué ha pasado?”

Jesús se ha puesto en pie y pregunta: “¿Y mi Madre, dónde está?”

Juan que ha seguido avanzando se arrodilla a los pies de su Maestro, extiende los brazos como para pedir socorro y dice: “Tu Madre está bien, pero llora como yo también y como otros muchos. Te ruega que no vengas por la ribera del Jordán viniendo de nuestra parte. Por eso me mandó que viniese a donde estás, pues... pues Juan tu primo ha sido puesto en prisión...” Juan llora, mientras un alboroto se levanta entre los presentes.

Jesús visiblemente se pone pálido, pero no se intranquiliza. Le dice: “Levántate y cuéntanos”.

“Bajaba yo con tu Mamá y con las mujeres. También Isaac y Timoteo estaban con nosotros. Tres mujeres y tres hombres. Obedecí tus órdenes de llevar a María donde estaba Juan... Ah, ¡Tú sabías que era el último adiós!... Que debía ser la última despedida. Hace unos días hubo una tempestad que hizo que nos detuviéramos algunas horas, pero fueron suficientes para que Juan no volviese a ver a María... Llegamos a la hora de la siesta y él había sido hecho prisionero en la madrugada...”

“¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué fue? ¿En su cueva?” todos preguntan. Todos quieren saber.

“¡Fue traicionado!... ¡Emplearon tu Nombre para traicionarlo!”

“¡Qué horror! ¿Quién fue?” a gritos todos preguntan.

Juan se estremece, despacio, con horror dice algo que ni siquiera el aire debería oír: “Un discípulo suyo...”

El alboroto llega hasta el cielo. Quién maldice, quién llora, quién sin saber qué hacer se queda cual estatua.

Juan se echa al cuello de Jesús y grita: “¡Tengo miedo por Ti! Los santos tienen sus traidores que se venden por el oro y por el temor a los grandes, por sed de premio, por... por obedecer a Satanás. Por miles y miles de cosas. ¡Oh, Jesús, Jesús, Jesús! ¡Qué dolor! Mi primer maestro. Mi Juan que me entregó a Ti”.

“Está bien. Está bien. Por ahora nada me sucederá”.

“¿Y después? ¿Y después? Me veo... veo a ellos... tengo miedo de todos, también de mí. Estará entre nosotros tu traidor...”

“Pero ¿estás loco? ¿Crees que no lo haríamos pedazos?” grita Pedro.

E Iscariote: “Oh, que si estás loco. Jamás lo seré. Pero si me sintiese tan débil de modo que pudiese llegar a serlo, me mataría. Es mejor así que asesino de Dios”.

Jesús retira a Juan y sacude enérgicamente a Iscariote diciéndole: “¡No blasfemes! Ninguna cosa te podrá hacer débil, *si no quieres*. Y si fuese así, llora, y no añadas un crimen más al deicidio. Quien se separa de Dios, se hace débil”. Luego regresa a donde está Juan que llora inclinado sobre la mesa y le dice: “Habla con orden. Yo también sufro. Era mi pariente, fue mi Precursor”.

“No vi sino algunos discípulos, algunos de ellos, estaban consternados y furiosos contra el traidor. Los otros habían acompañado a Juan hasta su prisión para estar cercanos a su muerte”.

“Aún no ha sido muerto... la otra vez pudo huir” trata Zelote de consolar a Juan a quien quiere mucho.

“Aún no ha sido muerto, pero morirá” responde Juan.

“Sí, morirá. Lo sabes como Yo lo sé. Esta vez nadie, ni nada lo salvará. ¿Cuándo? No lo sé. Sé que no saldrá vivo de las manos de Herodes”.

“Sí, de Herodes. Oye. Fue él hacia esos desfiladeros por donde pasamos al regresar a Galilea, entre el monte Ebal y Garizim, porque el traidor le dijo: “El Mesías está muriendo porque sus enemigos lo asaltaron. Te quiere ver para confiarte un secreto”. Y él fue con el traidor y con algún otro. En el fondo del valle había soldados armados de Herodes que lo aprendieron.

Los demás huyeron y llevaron la noticia a los discípulos que estaban cerca de Ennón. Apenas habían llegado cuando llegué con tu Madre. Y lo que es horrible es que fue uno de los de nuestra ciudad... y que los fariseos de Cafarnaúm estuvieron a la cabeza del complot para aprenderlo. Habían estado con él y le habían dicho que Tú habías sido su huésped y que partías de allí para ir a Judea... Si no hubiera sido por Ti, no hubiera salido de su cueva...”

Un silencio sepulcral cae después de la narración de Juan. Jesús parece destruido, sus ojos son de un color azul negro, como si estuviesen empañados. Tiene la cabeza inclinada, su mano que está todavía sobre la espalda de Juan, le tiembla levemente. Nadie se atreve a hablar. Jesús rompe el silencio: “Iremos a Judea por otro camino. Mañana, de todos modos, debo ir a Cafarnaúm. Lo más pronto posible. Descansad. Voy a arriba entre los olivos. Tengo necesidad de estar solo” Y se va sin añadir más.

“Cierto, va a llorar” murmura Santiago de Alfeo.

“Sigámoslo, hermano” dice Judas Tadeo.

“No. Déjalo que lllore. Vamos despacio a la escucha. Tengo miedo de asechanzas por todas partes” añade Zelote.

“Sí. Vamos, nosotros los pescadores a la orilla. Si alguien viene de la parte del lago lo veremos. Vosotros por los olivos. Ciertamente estará en su lugar acostumbrado, cerca del nogal. Cuando despunte el sol, prepararemos la barca para irnos pronto. ¡Qué serpientes! ¡Eh! Ya lo había dicho yo. Eh, muchacho, ¿la Madre de Él está de veras segura?”

“¡Oh, sí! También los pastores discípulos de Juan se fueron con Ella. Andrés, no veremos más a nuestro Juan”.

“Cállate, cállate. Me parece el canto del cuco... Uno que sigue al otro y... y”.

“¡Por el Arca Santa. Si continuáis hablando de desventuras que pueden sobrevenir al Maestro, ved que probaréis mis remos sobre vuestros riñones!” grita Pedro enfurecido. “Vosotros” dice a los que irán en dirección de los olivos, “tomad bastones, ramas gruesas. Allí hay un montón de leña, caminad. El primero que se acerque a Jesús para hacerle daño, que muera”.

“Discípulos. Discípulos! Es menester ser precavidos de los nuevos!” exclama Felipe.

El nuevo discípulo se siente herido y pregunta: “¿Dudas de mí? Él me escogió porque quiso”.

“No dudo de ti. Sino de los escribas y fariseos y de los adoradores. De allí vendrá la ruina, crédmelo”.

Salen. Se desparrraman unos por las barcas, otros por entre los olivos de las colinas, y todo termina.

41. Parábola del buen trigo y de la cizaña¹

8 junio 1945

Una bella alba adorna el lago y corona los montes con una neblina ligera cual velo de muselina por el que se ven cual caballeros, los olivos y los nogales, las casas y los perfiles de las ciudades del lago. Las barcas se deslizan tranquilas y silenciosas. Van en dirección de Cafarnaún. Pero en cierto punto, Pedro da vuelta al timón tan bruscamente que la barca se inclina de un costado.

“¿Qué estás haciendo?” pregunta Andrés.

“Es la barca de uno de esos. Está saliendo de Cafarnaún. Tengo buenos ojos, y desde ayer por la tarde lo estoy venteando. No quiero que nos vean. Regreso al río. Iremos a pie”.

¹ Cfr. Mt. 13, 24–3 y 36–43.

También la otra barca hizo lo mismo y Santiago que es el que tiene el timón, pregunta a Pedro: “¿Por qué lo hiciste?”

“Te lo diré. Sígueme”.

Jesús que está sentado en la popa, cuando se llega casi a la altura del Jordán, se sacude y pregunta a Pedro: “¿Qué estás haciendo, Simón?”

“Aquí se baja. Hay un chacal cercano. Hoy no se puede ir a Cafarnaún. Primero voy a tantear un poco el terreno. Yo con Simón y Natanael. Tres personas honradas contra tres deshonestas... si es que éstas no sean más”.

“No veas trampas por todas partes. ¿No es esa la barca de Simón el fariseo?”

“Exactamente es esa”.

“No fue a aprender a Juan”.

“Yo no sé nada”.

“Siempre me respetas”.

“No sé nada”.

“Me haces que parezca Yo un cobarde”.

“No sé nada”.

Aun cuando Jesús no tenga ganas de reír, debe hacerlo ante la santa testarudez de Pedro: “Tendremos qué ir a Cafarnaún, si no hoy, más tarde”.

“Te dije que primero voy a ver qué hay y... según sea... haré también esto... será una espina gruesa de tragar... pero lo haré por amor a Ti. Iré, iré a la casa del centurión a pedirle protección...”

“Pero, ¿si no es necesario!”

La barca se detiene en la playa desierta, opuesta a Betsaida. Bajan todos.

“Vengan dos. También tú, Felipe. Vosotros jóvenes os quedáis aquí. Terminaremos pronto”.

Elías el nuevo discípulo dice: “Ven a mi casa, Maestro. Me sentiré muy contento en hospedarte”.

“Voy. Me alcanzarás en la casa de Elías, Simón. Adiós, Simón. Vete. Pero sé bueno, prudente y misericordioso. Ven que te bese y bendiga”.

Pedro no asegura que será ni bueno ni paciente, ni misericordioso. Se calla. Besa a su vez al Maestro. Lo mismo hacen Zelote, Bartolomé y Felipe. Los dos grupos se dividen, yendo cada uno en dirección apuesta.

Cuando llegan, en Corozaim el día ya ha empezado. No hay ramita que no brille con las piedras preciosas del rocío. Los pájaros cantan por todas partes. Se percibe un aire fresco, puro, que parece que sepa hasta leche, una leche más bien vegetal que de animales. El olor del trigo que va creciendo, el de almendros cargados de frutos... un olor que he percibido en las frescas mañanas de los ricos campos de la llanura del Po.

Pronto llegan a la casa de Elías. Muchos ya saben que ha llegado el Maestro, y cuando está casi por entrar, una mujer corre gritando: “Jesús, Hijo de David, ¡ten piedad de mi hijita!” Tiene en sus brazos una niña como de diez años, pálida y flaquísima. Más amarillenta que pálida.

“¿Qué tiene tu hija?”

“La fiebre. La pilló en el apacentador a lo largo del Jordán. Somos pastores de un rico. Su padre me mandó llamar para que viniera a estar con la niña enferma. Él regresó a los montes. Y Tú sabes que con esta enfermedad no se puede pasar por lugares altos. ¿Cómo puedo estar aquí? El patrón me ha permitido estar aquí hasta ahora. Tengo qué cuidar de la lana y de las camadas. Para nosotros los pastores llega la estación de trabajo. Se nos despedirá o quedaremos atrapados si yo me quedo aquí. Mi hija de seguro morirá si voy a Hermón”.

“¿Crees que lo pueda Yo?”

“Hablé con Daniel, el pastor de Eliseo. Me dijo: ‘Nuestro Niño cura cualquier mal. Ve al Mesías’. He venido desde allá de Merón con ésta en los brazos en busca tuya. Habría caminado siempre hasta encontrarte...”

“No camines, si no es para regresar a casa, al trabajo tranquila. Tu hija está curada porque lo quiero. Vete en paz”.

La mujer mira su hija y mira a Jesús. Tal vez espera ver que su hija se ponga gorda y colorada al punto. La niña también abre sus cansados ojos, que tenía antes cerrados, para ver a Jesús que le sonreía.

“No temas mujer. No te engaño. Ha desaparecido la fiebre para siempre. De día en día se recobrará. Déjala que camine. Ya no temblará, ni sentirá cansancio”.

La madre pone a la niña en el suelo, ve que se queda derecha y que sonríe muy contenta. Al fin con su argentina voz: “Bendice al Señor, mamá. Estoy curada. Lo siento”. Y en su sencillez de pastorcilla y de niña, se lanza al cuello de Jesús y lo besa. La madre reservada como la edad dispone, se postra y besa el vestido, bendiciendo al Señor.

“Podéis iros. Acordaos del beneficio que Dios os dispensó y sed buenas. La paz sea con vosotros”.

La gente ya se ha agolpado en el huertecillo de la casa de Elías y pide que Jesús hable. Y aunque no tiene muchas ganas de hacerlo, adolorido como está por la aprehensión del Bautista, y por el modo como sucedió, se rinde y a la sombra de los árboles empieza a hablar.

“En este hermoso tiempo de trigo que despunta, os quiero proponer una parábola tomada del trigo. Oídla”.

“El Reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en sus campos. Mientras él y sus siervos dormían vino su enemigo y esparció semilla de cizaña en los surcos y se fue. Nadie al principio se percató de cosa alguna. Vino el invierno con las lluvias y escarchas, llegó a su fin Tebet y germinó el grano. Hojas de color verde comenzaron a despuntar. Todas parecían iguales, todas inocentes. Llegó Scebát y después Adar y se formaron las plantas y aparecieron las espigas. Se vio entonces que no todo lo verde era trigo, sino también cizaña bien enroscada con sus finas y tenaces campanillas que se agarraban al trigo.

Los siervos del dueño fueron a su casa y le dijeron: “Señor ¿qué semilla sembraste? ¿No era una semilla escogida y que no tenía ninguna otra?”

“Así es; escogí todos los granos iguales en tamaño. Y habría caído en la cuenta si hubiera habido diversos”.

“Entonces ¿cómo ha nacido tanta cizaña en medio de tu trigo?”

El dueño pensó, y dijo: “Algún enemigo mío me lo ha hecho”.

Los siervos añadieron: “¿Quieres que vayamos entre los surcos y con paciencia liberemos las espigas de la cizaña arrancándola? Ordena y lo haremos”.

Pero el dueño repuso: “No; al hacerlo podríais arrancar también el trigo y casi de seguro haréis mal a las espigas que todavía están tiernas. Dejad que uno y otra estén juntos hasta la siega. Entonces diré a los segadores: ‘Cortad todo junto; después, antes de que amarréis las gavillas, cuando ya está seca la cizaña, y las espigas maduras, separad la cizaña del trigo, y haced montones aparte. Después los quemaréis y servirán de abono al terreno. Llevaréis el trigo a los graneros y servirán de pan óptimo para vergüenza de mi enemigo que no habrá ganado otra cosa más que ser despreciado por Dios debido a su envidia’ ”.

Ahora reflexionad en vosotros cuán frecuentemente venga, y cuán numerosa sea la semilla del enemigo en vuestros corazones. Y comprended cómo es necesario vigilar con paciencia y constancia para hacer que poca cizaña se mezcle con el buen grano. El destino de la cizaña es arder. ¿Queréis vosotros arder o ser ciudadano del Reino. Pues bien, sabed serlo. El buen Dios os da la Palabra. El Enemigo vigila para hacerla nociva, pues harina de trigo mezclada con

harina de cizaña hace un pan amargo y hace daño al estómago. Tratad con buena voluntad, si es que existe cizaña en vuestra alma, de escogerla y arrojarla para que no seáis indignos de Dios.

Idos, hijos; la paz sea con vosotros”.

La gente despacio se dispersa. En el huerto se quedan además de los ocho apóstoles, Elías, su hermano, su madre y el viejo Isaac que alimenta su alma en ver a su Salvador.

“Venid a mi alrededor y oíd. Os explicaré el sentido completo de la parábola que tiene todavía otros aspectos, además del que dije a la gente.

En el sentido universal la parábola tiene esta explicación: el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino de Dios sembrados por Él en el mundo en espera de llegar a su límite y ser cortados con la Guadaña y llevados al Dueño del Mundo y de dañar también las espigas de Dios. El enemigo de Dios, por su sortilegio, la ha sembrado a propósito, porque en realidad el diablo desnaturaliza al hombre hasta hacerlo criatura suya, y la siembra para hacer desviar a los que no ha podido sujetar de otro modo. La siega, las gavillas de cizaña, y el transporte del trigo a los graneros, es el fin del mundo y quienes hacen todo son los ángeles. A ellos se les han dado órdenes de juntar las criaturas separadas y separar el grano de trigo de la cizaña y, como dije en la parábola, ésta será quemada; de igual modo serán quemados en el fuego eterno los condenados, en el Último Juicio.

El Hijo del Hombre mandará sacar de su reino a todos los que han hecho escándalo y han sido malos, porque por ahora el Reino está en la tierra y en el cielo, y entre los ciudadanos del Reino en la tierra, se mezclarán los hijos del Enemigo. Estos llegarán, como lo han dicho hasta los Profetas², a la perfección del escándalo y abominación en todas partes, y molestarán muchísimo a los hijos del espíritu. En el Reino de Dios, en los cielos, no habrán podido entrar, porque la corrupción no entra en el cielo. Así pues, los ángeles del Señor llevando la guadaña entre las filas de la última cosecha, segarán y separarán el grano del trigo de la cizaña y echarán ésta en el horno ardiente donde hay llanto y crujir de dientes³. Pero los justos, que son el grano escogido, llegarán a la Jerusalén eterna donde resplandecerán como soles en el Reino de mi Padre y vuestro.

Esto en sentido universal. Pero para vosotros hay otro que da respuesta a muchas preguntas que os hacéis y sobre todo desde ayer por la noche. Os preguntáis: “Luego entre el número de los discípulos ¿puede haber traidores?” y os horrorizáis dentro de vuestro corazón y os llenáis de pavor. Puede haber. Existen.

El Sembrador riega la buena semilla. En este caso más bien que esparcir, se podría decir: “recoge”; pues el maestro, bien sea Yo, bien el Bautista, escogimos los discípulos. ¿Cómo pues se extraviaron? No, al contrario, dije mal al llamar “semilla” a los discípulos. Podréis entender mal. Los llamaré “campo”. Tantos discípulos tantos campos, que recogió el maestro para establecer la zona del Reino de Dios, los bienes de Dios. El maestro trabaja en ellos para cultivarlos a fin de que produzcan el ciento por ciento. No ahorra trabajos, lo hace con toda paciencia, amor sabiduría, fatiga, constancia. Considera también sus inclinaciones perversas. Su sequedad y ambición, su testarudez y debilidades. Pero espera, siempre espera, y fortalece su esperanza, con la oración y la penitencia, porque los quiere llevar a la perfección.

Pero los campos están al descubierto, no son un jardín cerrado, rodeado de muralla, cuyo dueño único sea el maestro y a donde sólo él pueda penetrar. Están al descubierto. Colocados en el centro del mundo, entre el mundo, todos pueden acercarse a ellos, todos pueden entrar en ellos. Todos y todo. Oh, no tan sólo la cizaña es la mala semilla sembrada. La cizaña, podría ser símbolo de la ligereza amarga del espíritu mundanal. Allí nacen todas las otras semillas que

² Cfr. Dan. 9, 27; 11, 31 y 36; 12, 11; 1 Mac. 1, 57.

³ Cfr. Ps. 34, 15–16; 36, 12–13; 111, 10; Job. 16, 7–11.

arroja el enemigo. Allí las ortigas, la grama, la cuscuta, la cizaña, hasta la cicuta y los venenos. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué cosa son?

Las ortigas son los espíritus punzantes, indomables, que hieren con sobreabundancia de venenos y causan mucho fastidio. La grama: son los parásitos que acaban con el maestro a fuerza de hacer cumplido y de aprovecharse del trabajo de él y causan daño a los que tienen voluntad de producir mayor fruto si el maestro no los turbase y distrajesen los espíritus de grama. La cizaña es la que no se levanta de la tierra sino con el esfuerzo de los demás. Las cuscutas, son dolor en el ya doloroso camino del maestro y tormento para los fieles discípulos que lo siguen. Se enganchan, se clavan, hieren, rasgan, introducen desconfianza y sufrimiento. Los venenos: los delincuentes entre los discípulos, los que llegan a traicionar y a apagar la vida como la cicuta y otras plantas venenosas. ¿Habéis visto qué bellas son con sus florcitas que se convierten en bolitas blanquecinas, rosadas, azul violeta? ¿Quién podría asegurar que de esta corola estrellada, blanca o apenas rosada, de corazoncito de oro; quién podría decir que, de esas corolas multicolores, tan semejantes a otras, puedan sus frutos, que son delicia de los pajaritos y niños, cuando son maduros, causar la muerte? Y los inocentes caen. Creen que todos son buenos como ellos... los recogen y mueren.

¡Creen buenos a todos como ellos! Oh, una gran verdad que ensalza al maestro y condena al traidor. ¿Cómo? ¿La bondad no desarma? ¿No hace al malvado inofensivo? No. No lo hace tal porque el hombre caído, presa del enemigo es insensible a todo lo que es superior. Y toda cosa superior cambia para él de aspecto. La bondad se convierte en debilidad que es lícito pisotear y avivar su mala voluntad como en una fiera; la gana de destrozar se hace más fuerte al olor de la sangre. También el maestro es un inocente... y deja que su traidor lo envenene porque no puede pensar que un hombre llegue a ser homicida de quien es inocente.

A los discípulos, los campos del maestro, vienen los enemigos. Son muchos. El primero es Satanás, los otros sus siervos, o sea los hombres, las pasiones, el mundo y la carne. Y he aquí que al discípulo que más fácilmente golpean es al que no está *muy* cerca del Maestro, sino que está entre Él y el mundo. No sabe, no quiere separarse de todo lo que es mundo, carne, pasiones y demonios, para ser todo de quien lo lleva a Dios. Sobre este discípulo esparcen sus emillas el mundo, la carne, las pasiones y el demonio; el oro, el poder, las mujeres, el orgullo, el miedo de que el mundo piense mal de él y el espíritu de utilitarismo*. “Los grandes son los más fuertes; yo les sirvo para tenerlos por amigos”. ¡Y por estas miserables cosas se cometen crímenes y se condena el hombre...!

¿Por qué el Maestro, que ve la imperfección del discípulo aun cuando no quiere aceptar el pensamiento: “Este será mi asesino”, no lo extirpa de sus filas? Esto os preguntáis. *Porque es inútil hacerlo*. Si lo hiciese no impediría que se convirtiese en doble enemigo suyo mucho más rabioso, o por el dolor de ser descubierto o por el haber sido expulsado. Dolor. Sí. Porque a veces el discípulo perverso no cae en la cuenta de que lo es. Es tan sutil la obra del demonio que él no la advierte. Pasa a ser presa del demonio sin sospechar que está bajo su poder. El discípulo cobra furia, sí, rabia porque es conocido cual es, cuando está conciente del trabajo de Satanás y de sus adeptos: los hombres que tienen al débil en sus debilidades para que quite del mundo al santo que les echa en cara con su bondad sus malas acciones. Y entonces el santo ora, y se pone en manos de Dios. “Lo que permites que se haga, que sea hecho” dice. Tan solo añade esta cláusula: “con la condición de que sirva para tus fines”. El santo sabe que vendrá la hora en que será expulsada de su mies la mala cizaña. ¿Quién la expulsará? Dios mismo que no permite más de lo que no sea útil para el triunfo de su voluntad amorosa”.

* utilitarismo = sistema moral que hace de la utilidad el principio y norma de toda acción.

“Pero si admites que siempre es Satanás y sus adeptos... me parece que la responsabilidad del discípulo disminuya” dice Mateo.

“No te lo imagines. Si existe el mal, también existe el bien, y existe en el hombre el discernimiento y con él la libertad”.

“Tú dices que Dios no permite más de lo que es útil, si Él lo permite, y sirve para triunfo de la voluntad divina” dice Iscariote.

“Y tú arguyes como Mateo, que esto justifica el delito del discípulo. Dios había creado el león sin su ferocidad y la serpiente sin veneno. Ahora aquél es feroz y ésta es venenosa. *Pero Dios por esta razón los alejó del hombre.* Medita esto y aplícatelo. Vayamos a la casa. El sol está muy fuerte, como si fuera a haber tempestad. Vosotros estáis cansados porque no dormisteis anoche”.

“La casa tiene una habitación en alto, grande y fresca. Podréis descansar” dice Elías.

Suben por la escalera externa, pero sólo los discípulos se tiran sobre las esteras para descansar. Jesús sube a la terraza. En una esquina se proyecta la sombra de un roble alto. Se absorbe en sus pensamientos.

42. Jesús va a Mágdala. Habla a los pastores

9 junio 1945

Un día después regresa Pedro. Está más tranquilo que antes porque no encontró sino buena acogida en Cafarnaún y vio que Elí y Joaquín le hablan.

“Deben haber sido aquellos los del complot. Pregunté a varios amigos que cuándo se habían ido, y colegí que no habían regresado todavía después de haber estado con el Bautista como penitentes. Creo que no regresarán pronto, porque dije que estuvieron presentes a la aprehensión... Hay alboroto por esto... Procuraré que lo sepan hasta los mosquitos. Es la mejor arma de que disponemos. Encontré también al fariseo Simón y... y si es como se me presentó, creo que está bien inclinado. Me dijo: “Aconseja a tu Maestro de que no siga al Jordán por el valle occidental. Es más seguro por la otra parte” y dijo estas palabras con marcada voz. Luego terminó así: “Yo no te he visto. No te he hablado. Acuérdate; y compórtate así por mi bien, el tuyo y el de todos. Di al Maestro que soy amigo suyo” y miraba en alto, como si estuviera hablando al viento. Siempre son falsos, aun en las cosas buenas y... añadiré: extraños para que no los reprecas Tú; pero, eh, fui a echar un vistazo al centurión. Le dije más o menos: “¿Está bien tu siervo?” y diciéndome que sí, dije: “¡Menos mal! Procura cuidar su salud, porque hay asechanzas contra el Maestro. El Bautista ha sido ya puesto en prisión” y el romano lo entendió al vuelo. ¡Qué hombre tan listo! Respondió: “Donde haya una señal, habrá un guardia por Él, y habrá quien recuerde a los israelitas que bajo la bandera de Roma no se permite el complot, bajo pena de muerte o de galera”. Son paganos... pero le habría dado un beso. Me gusta la gente que entiende y que *obra*. Nos podemos ir, pues”.

“Vámonos. Pero no era necesario todo esto” dice Jesús.

“¡Era necesario! ¡Era necesario!”

Acompañan a Jesús la familia que le dio hospedaje y el nuevo discípulo que debe haber recibido instrucciones. De nuevo se encuentran solos: el Maestro y los discípulos y caminan por la fresca campiña por un sendero que Jesús ha tomado con admiración de Pedro que habría querido se tomase otro diverso.

“Nos separa el lago...”

“Llegaremos a tiempo para lo que debo hacer”.

Los apóstoles no dicen ninguna palabra. Se dirigen hacia un villorrio que hay en la campiña. Se oye un sonido constante de campanitas de ovejas que van a sus pastizales del monte. Cuando

Jesús se detiene para dejar pasar un hato numeroso de ovejas, los pastores lo señalan. Se consultan, pero no se atreven a mayor cosa. Pero Jesús rompe esas dudas e incertidumbres. Ahora que el ganado está comiendo la hierba, él lo atraviesa y se dirige derecho a acariciar a un pastorcito que está casi en medio de las ovejas. Le pregunta: “¿Son tuyas?” Jesús sabe bien que no son del niño, pero le quiere hablar.

“No, Señor; Yo estoy con aquellos. Los rebaños son de muchos pastores. Nos hemos reunido por los bandidos”.

“¿Cómo te llamas?”

“Zacarías, hijo de Isaac. Mi padre murió y yo estoy trabajando porque somos pobres y mi mamá tiene otros tres hermanitos menores que yo”.

“¿Cuánto tiempo hace que murió?”

“Hace tres años, Señor... y no he reído otra vez porque mi mamá llora y no tengo más quién me acaricie... Soy el primogénito, y la muerte de mi padre me ha hecho hombre a mí, que era un niño... No debo llorar, sino ganar dinero... Pero ¡es tan difícil!” Realmente caen las lágrimas sobre una cara muy triste para su edad. Los pastores se han acercado y también los apóstoles. Un grupo de hombres dentro de un ondear de ovejas.

“No estás sin padre, Zacarías. Tienes un Padre santo en el cielo y siempre te ama, si eres bueno, y tu papá no ha dejado de amarte porque está en el seno de Abraham. Debes creerlo, y con esta fe debes ser siempre mejor”. Jesús dulcemente habla, y acaricia al niño.

Un pastor se atreve a preguntar: “Eres Tú el Mesías, ¿no es verdad?”

“Sí; Yo soy. ¿Cómo me conoces?”

“Sé que andas por la Palestina y sé que dices palabras santas. Por eso te conocí”.

“¿Vais muy lejos?”

“A los montes altos; vienen los calores... ¿No nos dirás una palabra? Allá donde estamos, tan sólo hablan los vientos, y algunas veces aúlla el lobo y hace matanzas, como pasó al padre de Zacarías. Durante todo el invierno deseamos verte, pero no te pudimos encontrar”.

“Venid a la sombra de ese bosquecillo. Os hablaré”.

Jesús es el primero en dirigirse al bosquecillo, con una mano lleva al pastorcito y con la otra acaricia las ovejas en el hocico. Los pastores reúnen el ganado bajo el bosque de plantas, y mientras las ovejas o bien se echan al suelo rumiando, o bien comen alguna hierba o se restriegan contra algún tronco, Jesús habla.

“Dijisteis: “Allá donde estamos hablan sólo los vientos y algunas veces aúlla el lobo y hace matanzas”. Lo que sucede allá arriba sucede en los corazones por obra de Dios, del hombre y de Satanás. Por eso podréis tener allá cuanto lo podríais en cualquier lugar.

¿Conocéis bien la ley para saber sus diez mandamientos? ¿También, tú, niño? Entonces tenéis mucho. Si practicáis con fidelidad lo que Dios ha ordenado, seréis santos. No os lamentéis de estar lejos del mundo. Estáis preservados con esto, de mucha corrupción. Y Dios no está lejano, sino muy cerca de esa soledad, donde habla su voz en los vientos que creó, en las hierbas y en las aguas, que no entre los hombres. El ganado os enseña una virtud, mejor dicho, muchas. Es manso y obediente. Se contenta con poco y es agradecido con lo que tiene. Sabe amar y agradecer a quien lo cuida y acaricia. Haced de igual modo diciendo: “Dios es nuestro Pastor y nosotros sus ovejas. Sus ojos nos miran. Nos guarda y nos concede no lo que es fuente de vicio, sino lo que es necesario para la vida”. Y del corazón tened lejano al lobo. “El lobo” son los hombres perversos que tal vez os instigan y seducen a cometer acciones malas por orden de Satanás, y es el mismo Satanás el que os tienta al pecado para despedazaros.

Vigilad; vosotros, pastores, conocéis los hábitos del lobo. Es astuto, así como las ovejas son simples e inofensivas. Se acerca poco a poco, después de haber estudiado desde arriba las costumbres y el hábito del ganado; se acerca arrastrándose entre los matorrales, y para no llamar

la atención se queda algunas veces tieso, como si fuese una piedra. ¿No es verdad que parece una piedra grande entre la hierba? Pero tan pronto como está seguro de que nadie vigila, salta y ataca a dentelladas. De igual modo procede Satanás. Os vigila para conocer vuestros puntos débiles, os da vueltas, parece inofensivo y como si no pensase en vosotros, mientras sus ojos no se separan de vosotros, y luego de repente brinca para arrastraros al pecado y algunas veces lo logra. Cerca de vosotros hay un médico y es compasivo. Dios y vuestro ángel. Si os sentís heridos, si caéis enfermos, no os separéis de ellos como hace el perro rabioso, antes el contrario, con el llanto en la voz gritad: “Ayuda”. Dios perdona a quien se arrepiente y vuestro ángel de buena gana ruega a Dios por vosotros y con vosotros.

Amaos entre vosotros y amad a este niño. Cada uno debe sentirse padre del huérfano. La presencia de un niño entre vosotros refrene cualquier acción *con el freno santo del respeto hacia el pequeño*. Y vuestra presencia dé a él, lo que la muerte le quitó. Es menester amar al prójimo. Este pequeñín es el prójimo que Dios os confía de modo especial. Educándolo bueno y creyente, honesto y sin vicios. Él vale mucho más que una de esas ovejas. Si cuidáis de ellas porque son del dueño, que os castigaría si dejaseis que pereciesen, cuanto mayor cuidado debéis tener de esta alma que Dios os confía para que se la guardéis a Él y a su padre muerto. Su orfandad es muy triste. No lo hagáis intolerable con aprovecharos de que es pequeño y no lo tiranicéis. Pensad que Dios ve los actos y lágrimas de cada hombre y tiene cuenta de todo para premiar y castigar.

Y tú, pequeñín, acuérdate que jamás estás sólo. Dios te ve y también el espíritu de tu padre. Cuando algo te turbe y te aconseje a hacer el mal, di: “No. No quiero ser huérfano para siempre”. Lo serías si condenases tu corazón con el pecado.

Sed buenos. Os bendigo para que todo bien sea con vosotros. Si hubiésemos caminado juntos os habría hablado más. El sol está ya en alto, y debéis iros como también Yo. Vosotros a llevar las ovejas donde se defiendan del sol, Yo a expulsar de los corazones un ardor más horrible. Rogad para que ellos me acepten como al Pastor. Adiós, Zacarías. Sé bueno. La paz sea con vosotros”.

Jesús busca al pastorcillo y lo bendice. Y mientras el ganado lentamente camina. Él lo sigue con la mirada. Después continúa su camino.

“Dijiste que vamos a quitar de los corazones un ardor... ¿A dónde vamos?” pregunta Iscariote.

“Por ahora hasta aquel lugar lleno de sombra, donde está aquel río. Allí comeremos y luego sabréis a dónde iremos”.

Jesús dice: “Aquí pondréis el segundo paso de la conversión de María de Mágdala, sucedido el año pasado, el 12 de agosto de 1944. Título: “Pedro, no la insultes. Ruega por los pecadores” ”.

43. Jesús en Mágdala.

Segundo encuentro con la Magdalena

12 agosto 1944

Todos los apóstoles están alrededor de Jesús. Sentados sobre la hierba, bajo el fresco de las copas de los árboles, cerca de un río, comen su pan y queso, y beben agua del río que es fresca y clara. Las sandalias llenas de polvo indican que han recorrido un largo camino y que tal vez los discípulos pidieron descanso en la hierba.

Pero el Incansable Caminante no es de igual parecer. Apenas si nota que la hora más calurosa ha pasado, se pone en pie, toma el camino y mira... Luego se voltea y dice: “Vámonos” sencillamente.

Llegados a una bifurcación, mejor dicho a una encrucijada porque cuatro caminos polvorosos se dan cita allí, Jesús toma decididamente el que va en dirección al noroeste.

“¿Regresamos a Cafarnaún?” pregunta Pedro.

Jesús responde: “No”. Únicamente: no.

“Entonces a Tiberíades” insiste Pedro que *quiere saber*.

“Tampoco”.

“Ese camino va al Mar de Galilea... y allí está Tiberíades y allí está Cafarnaún...”

“Y también está Mágdala” dice Jesús con rostro algo serio para calmar la curiosidad de Pedro.

“¿Mágdala? ¡Oh!...” Pedro queda algo escandalizado. Esto me hace sospechar que la ciudad tiene mala fama.

“A Mágdala, sí, a Mágdala. ¿Te tienes por demasiado honesto para entrar? ¡Pedro, Pedro!... Por amor mío deberás entrar no en una ciudad de diversión sino en verdaderos lupanares...”

Cristo no ha venido a salvar a los que ya están salvados, *sino a salvar a los perdidos*... y tú... tú serás “Piedra” y no Simón; y por *esto* Cefas¹. ¿Tienes miedo de contaminarte? ¡No! Ni siquiera éste, (y señala al joven Juan) ni siquiera éste recibirá daño. Porque *él no quiere*. Como tú no *quieres*, como no quiere tu hermano y el hermano de Juan... como no quiere ninguno de vosotros *por ahora*. *Mientras no se quiere, no viene el mal*. Pero es menester *no querer fuerte y constantemente*. *Fuerza y constancia se obtienen del Padre, si se ora con rectitud de propósito*. No todos sabéis rogar siempre así... ¿Qué estás diciendo Judas? No te fíes mucho de ti mismo. Yo, que soy el Mesías, ruego constantemente para tener fuerzas contra Satanás. ¿Puedes tú más que Yo? *El orgullo es una rendija por donde Satanás penetra*. Vigila y sé humilde, Judas. Mateo, tú eres muy práctico del lugar, dime: ¿es mejor entrar por este camino o hay otro?”

“Según, Maestro. Si quieres ir a Mágdala de los pescadores y de los pobres el camino es este. Por aquí se entra al barrio. Pero –no lo creo, lo hago con todo para darte una respuesta amplia– si quieres ir donde están los ricos, entonces hay que dejar este camino, tomar otro que está de aquí unos cien metros, porque las casas de los ricos están casi a esta altura y hay que regresar...”

“Regresaremos, porque a la Mágdala de los ricos es a donde quiero entrar. ¿Qué has dicho, Judas?”

“Nada, Maestro. Es la segunda vez que me lo preguntas en poco tiempo. Yo no he dicho nada”.

“Con los labios, no. Has hablado dentro de tu corazón. Has platicado con tu huésped que es tu corazón. *No es menester tener otra persona con quien hablar. Nos decimos a nosotros mismos muchas palabras... Pero no hay que murmurar, ni calumniar siquiera con nuestro propio “yo”*”.

El grupo sigue caminando ahora en silencio. La calle, es una calle de ciudad pavimentada con piedras largas cuadradas. Las casas son ricas y bellas entre huertos y jardines lozanos y floridos. Me parece que Mágdala, la elegante ciudad, era para los palestinos una especie de lugar de placer, como ciertas ciudades italianas: Sirena, Gardone, Pallanza, Bellagio, etc. Los ricos palestinos están mezclados con los romanos, que ciertamente habrán venido de otros lugares, como Tiberíades, o Cesárea donde habrán servido al gobernador en calidad de funcionarios o comerciantes que envían a Roma las cosas más hermosas que les produce su colonia palestina.

Jesús se adentra como quien sabe a dónde va. Costea el lago, en cuya ribera se ven las casas con sus jardines.

¹ Cfr. Mt. 10, 1–2; 16, 13–19; Mc. 3, 13–16; Lc. 6, 12–14; Ju. 1, 40–42.

Gritos de llanto salen de una rica casa. Son de niños y mujeres. Una voz femenina rompe el aire: “Hijo, hijo”.

Jesús se vuelve y mira a sus discípulos. Judas se adelanta. “Tú, no” ordena Jesús. “Tú, Mateo. Ve a preguntar”.

“Una riña, Maestro. Un hombre está agonizando. Un judío. El que lo hirió, escapó, era romano. Han acudido la mujer, la madre, y los pequeñines... Está muriendo”.

“Vamos”.

“Maestro... Maestro... Esto ha sucedido en la casa de una mujer que no es la esposa”.

“Vayamos”.

Entran por la puerta que da a un largo y espacioso vestíbulo que comunica con un hermoso jardín. Parece que la casa está dividida en un columnato cubierto de verdes plantas que están en macetas, con estatuas y objetos enchapados. Una combinación de sala e invernadero. Es una habitación cuya puerta da al vestíbulo, hay mujeres que están llorando. Jesús entra pero no da su saludo.

Entre los hombres hay un mercader que debe conocer a Jesús, porque apenas lo ve, dice: “¡El Rabbí de Nazaret!” y lo saluda con respeto.

“José, ¿qué ha sucedido?”

“Maestro, un golpe de puñal al corazón... Se está muriendo”.

“¿Por qué?”

Una mujer de cabello gris y despeinada se levanta —estaba de rodillas cerca del moribundo, le tenía asida la mano— y con ojos de demente grita: “Por esa, por esa... Me lo embrujó... Tenía madre, tenía mujer, tenía hijos. El infierno debe estar en ti, Satanás”.

Jesús levanta los ojos en dirección de la mano, que temblorosa acusa, y ve en el rincón, contra la pared de color rojo oscuro a María de Mágdala, más provocativa que nunca, diría yo, que está vestida casi con nada hasta la mitad de su cuerpo, esto es, semidesnuda de la cintura para arriba, lleva sólo una especie de redecilla hexagonal de algo que parecen perlitas. Está en la penumbra y no puedo distinguir bien.

Jesús baja los ojos. María, humillada con la indiferencia, se yergue, ella que antes parecía como aniquilada y se da aire.

“Mujer” dice Jesús a la madre. “No maldigas. Respóndeme. ¿Por qué tu hijo estaba en esta casa?”

“Ya te lo dije. Porque ella lo había hecho como loco. Esa.”

“Silencio. También él estaba cometiendo un pecado de adulterio, y era un padre indigno de estos inocentes. Merece, pues, su castigo. En esta y en la otra vida *no hay misericordia para quien no se arrepiente*. Tengo compasión de tu dolor, mujer, y de estos inocentes. ¿Está lejos tu casa?”

“Unos cien metros”.

“Levantadlo y llevadlo allá”.

“No es posible, Maestro” dice José, el mercader. “Está muriendo ya”.

“Haz como dije”.

Ponen una tabla debajo del cuerpo del moribundo, y lentamente sale el cortejo. Atraviesa la calle y entra en un jardín lleno de sombra. Las mujeres siguen llorando con todas sus fuerzas. Apenas entrados en el jardín, Jesús se vuelve a la madre.

“¿Puedes perdonar? *Si tú perdonas, Dios perdona. Es menester limpiar el corazón para obtener gracias*. Este pecó y volverá a pecar. Sería mejor para él morir porque si vive, volverá a recaer en el pecado y deberá responder también de la ingratitud para con Dios que lo salva. Pero tú y estos inocentes (señala a la mujer y a los niños) caeríais en la desesperación. He venido a salvar y no a condenar. Hombre, Yo te mando. Levántate y queda sano”.

El hombre vuelve a la vida, abre los ojos, ve a su madre, a sus hijos, a su mujer, inclina la cabeza avergonzado.

“Hijo, hijo” dice la madre. “Estarías muerto si Él no te hubiese salvado. Vuelve en ti. No delires por una...”

Jesús interrumpe a la mujer: “Cállate. Ten misericordia, como se ha tenido para contigo Tu casa ha sido santificada con el milagro *que siempre es prueba de la presencia de Dios*. Por esto no pude hacerlo donde había pecado. Procura conservar tu casa así, aun cuando este no lo hará. Ahora tened cuidado de él. Es justo que sufra un poco. Sé buena mujer. Adiós, niños”. Jesús pone su mano sobre la cabeza de las dos mujeres y de los niños.

Luego sale pasando delante de Magdalena, que siguió al borde del camino el cortejo y estaba recargada contra un árbol. Jesús camina despacio como para esperar a los discípulos, pero creo que lo haga para ver si María hace algo. No se mueve.

Los discípulos se reúnen con Jesús y Pedro no puede refrenarse de decir un epíteto apropiado a María. Esta, que quiere darse aire, estalla en una risotada que es un triunfo muy mezquino. Jesús que oyó la palabra de Pedro, severo se voltea: “Pedro. Yo no insulto. No debes insultar. Ruega por los pecadores. No más”.

María deja de reír, baja la cabeza y huye como una gacela a su casa.

44. En Mágdala en casa de la madre de Benjamín

11 junio 1945

Hace poco que debió haber sucedido el milagro, porque los apóstoles hablan de él. Los de la ciudad que también lo comentan, señalan con el dedo al Maestro que se va, severo y derecho a la periferia de la ciudad, donde viven los pobres.

Se detienen en una casucha de la que sale un niño retozón y detrás de él su madre. “Mujer, ¿me permites entrar en tu huerto y estar un poco hasta que baje el sol?”.

“Entra, Señor. También a la cocina si quieres. Te traeré agua y algo”.

“No te afanes. Me basta estar en este huerto tranquilo”.

Pero la mujer quiere ofrecer agua de no sé qué, y luego va y viene por el huerto como si quisiera decir algo, pero no se atreve. Se pone a ver sus verduras, pero lo hace por fingimiento. En realidad está atenta al Maestro, y el niño con sus gritillos, cuando coge una mariposa u otro insecto la pone nerviosa y le impide oír lo que Jesús dice. Se pone de mal humor, y le da un coscorrón al chiquillo, el cual... grita mucho más fuerte.

En ese momento, Jesús respondía a Zelote con: “Más de lo que se deja ver...” porque éste le había preguntado: “¿Crees que María se haya conmovido con esto?, y al oír al niño, se voltea y lo llama a Sí. El pequeñín corre a acabar de llorar en las rodillas de Jesús.

La mujer lo llama: “Benjamín! Ven aquí. No perturbes”.

Pero Jesús dice: “Déjalo, déjalo; se portará bien y te dejará en paz” luego dice al niño: “No llores; no te hizo daño la mamá; sólo te ha hecho obedecer. ¿Por qué gritabas cuando ella quería que no lo hicieras? Tal vez se siente mal, y tus gritos la ponen nerviosa”.

El niño, rápido, rápido, con esa insuperable franqueza infantil que desespera a los mayores, dice: “No, no se siente mal; quería oír lo que Tú estabas diciendo. Me lo dijo. Y yo, que quería venir contigo, hacía ruido a propósito para que Tú me mirases”.

Todos ríen de buena gana y la mujer se pone colorada.

“No te pongas colorada mujer. Ven aquí. ¿Me querías oír hablar? ¿Por qué?”

“Porque eres el Mesías. No puedes ser sino el Mesías con el milagro que hiciste... y quería oírte. Casi nunca salgo de Mágdala porque mi marido es muy duro y tengo cinco niños. El más pequeño tiene cuatro meses... y Tú nunca vienes acá”.

“He venido a tu casa. Míralo”.

“Por eso quería oírte”.

“¿En dónde está tu marido?”

“En el mar, Señor. Si no se pesca, no se come. No tengo más que este huertecillo ¿Crees que pueda alcanzar para siete personas? Y con todo Zaqueo querría que así fuese...”

“Ten paciencia, mujer. Todos tienen su cruz”.

“¡Eh, no! Las desvergonzadas no hacen más que gozar. Viste lo que hacen ellas. Gozan y hacen sufrir. No se destrozan los riñones con tener hijos y con trabajar. No tienen ampollas de la pala, ni se desuellan con la lavada de ropa. Hermosas y frescas que están. Para ellas no existe la sentencia contra Eva¹. Al revés son nuestra sentencia, porque los hombres... Tú me entiendes”.

“Te entiendo; pero ten en cuenta que también ellas tienen una cruz muy dura. La más dura; que no se ve. La de la conciencia que les reprocha, la del mundo que se burla de ellas, la de su sangre que las rechaza, la de su Dios que las maldice. No son felices, créemelo. No se destrozan los riñones en engendrar ni en trabajar, no se hacen llagas en las manos con el trabajo; pero da lo mismo, se sienten destrozadas y con vergüenza; su corazón es una llaga completa. Es un velo puesto sobre una ruina de muerte, y que no da paz. No tengas envidia de su sueño, tú, que eres una madre honrada que sueñas con tus inocentes... Ellas no tienen más que pesadillas sobre su almohada. Y al día siguiente, en el día que se encuentran agonizantes o sea viejas, no tendrán más que remordimiento y pavor”.

“Es verdad... perdóname... ¿Me permites que me esté aquí?”

“Quédate; diremos una hermosa parábola a Benjamín y los que no son niños se la aplicarán así mismos y a María de Magdala. Escuchad.

En vosotros existe la duda de que María se convierta al Bien. No se ve señal alguna en ella en este sentido. Desvergonzada y sin pudor, consciente de su posición y poder, tuvo la osadía de desafiar a la gente y de ir hasta el umbral de la casa donde lloran por su culpa. Al reproche de Pedro respondió con una risotada. A mi mirada que la invita, con una soberbia de desprecio. Algunos de vosotros habréis deseado que por amor a Lázaro, o por amor a Mí, le hablase directamente, sujetándola con mi fuerza, mostrando mi poder de Mesías Salvador. No. No es necesario. Lo dije hace meses también por otra pecadora. Las almas deben hacerse por sí mismas. Yo paso, arrojo la semilla; ésta trabaja secretamente. Se respeta al ama en este trabajo suyo. Si la primera semilla no sirve, se siembra otra, otra... y sólo deja uno de hacerlo cuando haya pruebas de que es inútil sembrar. Se ruega. La plegaria es como el rocío sobre los terrones: que los tiene flojos y buenos y la semilla puede germinar. ¿No haces así, mujer, con tus verduras?

Escuchad ahora la parábola que os habla de lo que Dios trabaja en los corazones para fundar el Reino². Cada corazón es un reino pequeño de Dios en la tierra. Después de la muerte, todos estos pequeños reinos, se juntarán y formarán un solo Reino de los cielos, inmenso, santo, eterno.

El Sembrador divino crea el reino de Dios en los corazones. Viene a su posesión –el hombre es de Dios, por eso cada hombre inicialmente es suyo– y esparce la semilla. Luego pasa a otras posesiones, a otros corazones. Los días pasan y con ellos las noches. Los días traen sol y lluvias, esto es, rayos de amor divino y efusión de la Sabiduría divina que habla al espíritu. Las noches traen estrellas y silencio, que da paz en nuestro caso, llamamientos luminosos de Dios y silencio para el espíritu para que se recoja el alma y medite.

¹ Cfr. Gén. 3, 16.

² Cfr. Mt. 13, 31–32; Mc. 4, 31–32; Lc. 13, 17–19.

La semilla, durante esta sucesión de providencias inadvertidas y poderosas, se hincha, se parte en dos, echa raíces y arroja afuera las primeras hojitas, crece. Todo esto sin que el hombre la ayude. La tierra produce espontáneamente de la semilla la plantita, luego ésta se robustece, se yergue y brota la espiga, ésta se yergue, se hincha, endurece, toma color dorado, se hace un señora espiga. Cuando está ya madura, regresa el sembrador, la siega. No podría hacerse de otro modo y por esto se le corta.

Mi palabra realiza el mismo trabajo en los corazones; me refiero a los que aceptan la semilla. Pero el trabajo es lento. Es menester no deteriorarlo con la premura. Cuando trabajosamente la semilla pequeña se parte en dos, y cuando difícilmente echa raíces en la tierra. También el corazón duro es indomable y agreste, y el trabajo es fatigoso. Debe abrirse, dejarse buscar, aceptar cosas nuevas, cansarse para nutrirlas, aparecer diverso, porque ya no lo cubren como antes pomposas e inútiles flores, sino humildes y útiles cosas que ya no lo hacen atrayente. Debe contentarse con trabajar humildemente, sin llamar la atención porque esto es útil a la idea divina. Debe esforzarse con todos los medios para crecer y dar espiga. Se debe encandecer de amor para convertirse en grano. Y cuando haya logrado vencer los respetos humanos, cosa muy dura, muy dura, y haya sufrido y se haya acostumbrado a su nueva vestidura, entonces debe despojarse de un tajo cruel. Dar todo para tener todo. Quedarse sin nada para ser revestido en el cielo con la estola de los santos. *La vida del pecador que llega a ser santo, es la batalla más larga, heroica, gloriosa.* Os lo aseguro.

Por lo que os he dicho podéis comprender que es justo que me comporte así con María. ¿Me comporté de manera diversa contigo Mateo?”

“No, Señor mío”.

“Y dime la verdad: qué te movió más, ¿mi paciencia o las sátiras de los fariseos?”

“Tu paciencia, tanto que estoy aquí. Los fariseos con sus desprecios y sus anatemas, me hacían desdeñoso y por desprecio hacía más mal de cuanto había hecho hasta el presente. Así sucede. Cuando uno está en pecado se insensibiliza, mucho más cuando oye que se le trata de pecador. Pero cuando en lugar de insulto recibimos una caricia, queda uno estupefacto, después vienen las lágrimas... y cuando éstas llegan las otras del pecado se abren y caen... Queda uno desnudo ante la Bondad y se le pide, con el corazón, que se digne vestirlo a uno consigo”.

“Dijiste bien Benjamín, ¿te gusta lo que dije? Bravo. Y ¿dónde está la mamá?”

Santiago de Alfeo responde: “Cuando estabas por terminar la parábola salió, y se fue de carrera por aquel camino”.

“Habrá ido al mar, para ver si ya viene el esposo” dice Tomas.

“No. Fue a casa de su mamá a traer a mis hermanos. Mi madre los lleva allá para poder trabajar” dice el niño que confiadamente está apoyado en las rodillas de Jesús.

“¿Y tú estás aquí, muchacho? Debes ser una viborita para que te tenga solo” observa Bartolomé.

“Yo soy el mayor, y la ayudo...”

“A ganarse el paraíso. Pobre mujer. ¿Cuántos años tienes? Pregunta Pedro.

“Dentro de tres años seré hijo de la Ley” dice con orgullo el niño.

“¿Sabes leer?” pregunta Tadeo.

“Sí... pero despacio porque... el maestro me echa casi todos los días afuera...”

“Ya lo había dicho yo” dice Bartolomé.

“Pero lo hago así porque el maestro es viejo, y feo y dice siempre las mismas cosas que lo provocan a uno a dormir, si fuese como Él (Y señala a Jesús) estaría contento. ¿Pegas, Tú, a quien se duerme o juega?”

“Yo no pego a ninguno. Digo a mis estudiantes: ‘Estad atentos por vuestro bien y por amor mío’ ” responde Jesús.

“Muy bien, así. Por amor, está bien, no por miedo”.

“Pero si te portas bien, el maestro te va a querer”.

“¿Quieres sólo al que es bueno? Hace poco dijiste que habías sido paciente con este que no era bueno...” La lógica infantil es intransigente.

“Soy bueno con todos. Pero a quien se hace bueno lo amo mucho, mucho y con este tal yo soy muy bueno, muy bueno”. El niño piensa... levanta la cabeza y pregunta a Mateo: “¿Cómo hiciste para ser bueno?”

“Lo amé”.

Vuelve el niño a pensar, mira a los doce y dice a Jesús: “¿Todos estos son buenos?”

“Claro que lo son”.

“¿Estás seguro? Algunas veces finjo ser bueno, pero es cuando quiero hacer una travesura mucho mayor”.

Todos se ríen a carcajadas. También el pilluelo. Ríe Jesús que lo estrecha al corazón y lo besa.

El niño que se ha hecho ya amigo de todos quiere jugar y dice: “Ahora te digo yo quién es bueno” y empieza su selección. Mira a todos y ve derecho a Santiago y a Andrés que están juntos y dice: “Tú y tú. Venid aquí” Después escoge a los dos Santiagos, y los junta con ellos. Luego a Tadeo. Queda muy pensativo ante Zelote y Bartolomé y dice: “Sois viejos, pero sois buenos” y los pone con los demás. Mira atentamente a Pedro, que bajo el examen a que se somete, no deja de hacerle burla con los ojos. También dice que es bueno. Igual suerte corren Mateo y Felipe. A Tomás le dice: “Tú ríes mucho. Yo lo estoy haciendo en serio. ¿No sabes que mi maestro dice que quien siempre se ríe se equivoca luego en la prueba? Pero al final de cuentas también Tomás pasa con poco votos, pero pasa el examen. El niño regresa a Jesús.

“Eh, precioso, también yo estoy. No soy una planta. Soy joven y hermoso. ¿Por qué no me sometéis al examen?” dice Iscariote.

“Porque no me gustas. La mamá dice que cuando una cosa no le gusta a uno, no se debe tocar. Se deja sobre la mesa, para que la tome a quien le guste. Y también dice que si a uno le ofrece una cosa que no le gusta, uno no debe decir: “No me gusta” sino: “Gracias. No tengo hambre”. Yo no tengo hambre de ti”.

“¿Pero cómo? Mira, si dices que soy bueno, te doy esta moneda”.

“¿Para qué la quiero? ¿Qué puedo comprar con una mentira? Mi mamá dice que el dinero obtenido con engaño, se convierte en paja. Un día engañé a mi abuela para que me diese un dracma para comprarme hogazas de miel y por la noche se había convertido en paja. La puse en aquél agujero, allí, bajo la puerta, para comérmelas al día siguiente, y sólo encontré un manojo de paja”.

“¿Por qué no crees que sea yo bueno? ¿Qué tengo? ¿Qué tengo? ¿Torcido el pie? ¿Soy feo?”

“No, pero me das miedo”.

“¿De qué cosa?” pregunta Iscariote acercándose.

“No lo sé. Déjame. No me toques o te rasguño”.

“¡Qué intratable! Está loco”. De Judas sale una risa forzada.

“No estoy loco. Tú eres malo” y el niño se refugia con Jesús que sin hablar lo acaricia.

Los apóstoles ríen de buena gana con lo que acaba de pasar a Iscariote. En esos momentos la mujer regresa con una docena de personas, y luego, llegan otras más. Son como unas cincuenta. Todas, personas pobres.

“¿Les dirás alguna palabra? Por lo menos algo. Esta es la madre de mi marido, estos, mis hijos. Este hombre es mi marido. Una palabra, Señor” suplica la mujer.

La mujer entra en la casa, a donde la está llamando el niño que quiere mamar. Se sienta en el umbral y da de mamar al pequeñuelo.

“Escuchad. Sobre mis rodillas tengo a un niño que ha hablado magistralmente. Dijo: “Todas las cosas que se obtienen con engaño se convierten en paja” Su mamá le enseñó la verdad.

No es una fábula, es una verdad eterna. Nada se logra, cuando se hace sin honradez. La razón es que la mentira en las palabras, en las acciones, en la religión, señal es siempre de alianza con Satanás, maestro de la mentira. No penséis que las obras que sirven para conseguir el reino de los cielos sean las estrepitosamente vistosas. Son las acciones continuas, comunes, pero hechas con un fin sobrenatural de amor. Es esta la semilla de la planta que al nacer en vosotros crece hasta el cielo, y a cuya sombra nacen todas las otras virtudes. La compararía con la semillita de la mostaza. ¡Qué pequeñita es! Una de las semillas que suele sembrar el hombre. Y con todo, ved que cuando llega a su madurez, es fuerte y frondosa, da muchos frutos, no el ciento por ciento, sino el ciento por uno. La más pequeña, pero la más diligente en trabajar. Cuántas utilidades proporciona.

De este modo es el amor. Si tenéis encerrado en vuestro pecho una semillita de amor por vuestro Santísimo Dios y por vuestro prójimo; y bajo la guía del amor realizáis vuestras acciones, no pecaréis contra ningún precepto del Decálogo. No mentiréis al prójimo con una conducta de hijos ingratos, de esposos adúlteros, de muy exigentes, de estafadores en el comercio, de falsos en la vida, de violentos para con el que consideraréis como enemigo. Mirad en esta hora de calor cuántos pajaritos se refugian entre las ramas de los árboles de este huerto. Dentro de poco aquel surco de mostaza todavía pequeña, se convertirá en una pajarería. Vendrán todos los pájaros a refugiarse a la sombra de esas plantas entre el ramaje que sirve de escalera y de red para subir y para no caer. Así es el amor, base del reino de Dios.

Amad y seréis amados. Amad y se os compadecerá. Amad y no seréis crueles con exigir más de lo que es lícito de quien está bajo vuestras órdenes. Amor y sinceridad para obtener la paz y la gloria de los cielos. De otro modo, como dijo Benjamín, cada acción vuestra que miente al amor y a la verdad se tornará en paja de vuestro lecho en el infierno. No os digo más. Os digo tan sólo: tened presente el gran precepto del amor y sed fieles a Dios – Verdad y la sinceridad en cada palabra, acción y sentimiento, porque la verdad es hija de Dios. Una obra continua de perfeccionamiento de vosotros, a la manera como la semilla crece continuamente hasta su madurez. Una obra silenciosa, humilde, paciente. Estad seguros de que Dios ve vuestras luchas y os premia más por un egoísmo vencido, por una grosería que no dijisteis, por una exigencia que no manifestasteis, que si armados para combatir mataseis al enemigo. El Reino de los Cielos que poseeréis, si vivís como justos, se construye con pequeñas cosas diarias. Con la bondad, morigeración*, paciencia, con contentarse con lo que se tiene, con la compasión recíproca, con el amor, el amor, el amor.

Tratad de ser buenos. Vivid en paz los unos con los otros. No murmuréis. No juzguéis. Entonces Dios estará con vosotros. Os doy mi paz y también mi bendición y agradecimiento de la fe que tenéis en Mí”. Luego Jesús se dirige a la mujer: “Dios te bendiga en particular, porque eres una mujer santa y una madre sana. Persevera en la virtud. Adiós, Benjamín. Ama siempre la verdad, y obedece a tu madre. Te bendigo a ti, a tus hermanos, y a ti madre”.

Un hombre se abre paso. No sabe qué decir. Balbucea: “Pero, pero... yo estoy conmovido por lo que dices de mi mujer... No sabía”.

“Por ventura ¿no tienes ojos e inteligencia?”

“Los tengo”.

“¿Por qué no los usas? ¿Quieres que te los limpie?”

* morigeración = templanza o moderación en las costumbres.

“Ya lo hiciste, Señor. La quiero mucho, ¿sabes? Es que uno se acostumbra... y...”

“Y uno cree que es lícito pretender mucho del otro porque es más bueno. No lo hagas más. Siempre te encuentras en peligro en tu trabajo. No tengas miedo de las tempestades si Dios está contigo. Pero ten mucho, si la injusticia está contigo ¿Entendiste?”

“Más de lo que no me has dicho. Trataré de obedecer... No sabía...” y mira a su mujer como si la viese por vez primera.

Jesús bendice y sale a la callecita. Continúa el camino hacia la campiña.

45. La tempestad calmada¹

30 enero 1944

He “visto” el evangelio de hoy. Me acordé que esta mañana al leerlo, me dije a mí misma: “Este es un episodio que nunca veré porque se presta muy poco a una visión”. Y sucedió que cuando menos me lo pensaba, vino a llenarme de alegría. Esto es lo que vi.

Una barca con velas, ni muy grande, ni muy pequeña surca un hermoso lago de color azul muy intenso. Es una barca de pesca, en que cómodamente pueden caber de cinco a seis personas.

Jesús está durmiendo en popa. Su vestido es blanco, como de costumbre. Tiene la cabeza reclinada sobre el brazo izquierdo y debajo del brazo derecho, y en la cabeza tiene su manto azul gris doblado con muchos pliegues. Está sentado, pero no estirado, en la barca. Tiene la cabeza apoyada en el trozo de tablado que está en la parte extrema de popa. No sé como la llaman los marineros. Jesús duerme plácidamente. Está cansado. Se refleja la placidez en su rostro.

Pedro está en el timón. Andrés tiene a su cuidado las velas. Juan y otros dos, que no sé cómo se llamen, ponen en orden los cables y las redes en la barca como si tuviesen intención de prepararse para la pesca, que será probablemente en la noche. El día está por terminarse, pues el sol ya está llegando al occidente. Los discípulos tienen las túnicas remangadas, que sostienen con cordón que ciñe la cintura, para verse más libres en los movimientos y poder pasar de un lado a otro de la barca, brincando sobre remos, asientos y cestas sin que les estorben los vestidos. Todos han dejado el manto.

Estoy viendo que el cielo se pone de color cobrizo. El sol se esconde detrás de nubes, presagio de tempestad porque salieron de repente de detrás de una colina. El viento las empuja velozmente hacia el lago. El viento por ahora está en alto y el lago todavía está tranquilo, tan sólo se hace de color cobrizo en sus ondas, que empiezan a agitar el agua.

Pedro y Andrés contemplan el cielo y el lago y toman las providencias para atracar en la ribera, pero el viento se echa sobre el lago y en pocos minutos todo se revuelve y todo se llena de espuma. Olas que se golpean unas contra otras, que golpean la navicilla, la levantan, la bajan, la inclinan de un lado a otro e impiden las maniobras del timón. El viento choca furioso contra la vela que baja.

Jesús sigue durmiendo. Ni los pasos, ni los gritos de los discípulos, ni el silbido del viento y ni siquiera los golpes de las olas contra los costados y la proa lo despiertan. Sus cabellos ondean al viento y le llega alguna rociada de agua; pero sigue durmiendo. Juan de la proa corre a la popa y lo cubre con su manto que sacó de debajo de la tarima. Lo cubre con cariño delicado.

La tempestad cada vez ruge más. El lago es negro ya, como si sobre él se hubiese echado tinta. Las espumas de las olas lo rasguñan. La barca empieza a tragar agua, y el viento cada vez la empuja más. Los discípulos con dificultad pueden maniobrar y sacar el agua que meten las

¹ Cfr. Mt. 8, 23–27; Mc. 4, 35–40; Lc. 8, 22–25.

olas. Pero de nada sirve. Están echando el agua que les llega hasta la mitad de las piernas. La barca cada vez se hace más pesada.

Pedro pierde la calma y la paciencia. Da el timón a su hermano y tambaleándose va a Jesús, lo sacude con fuerza y Jesús se despierta y levanta la cabeza.

“Sálvanos, Maestro. ¡Estamos perdidos!” grita Pedro (debe gritar para hacerse oír).

Jesús mira fijamente a su discípulo, mira a los demás y luego mira el lago. “¿Tienes fe de que Yo pueda salvar?”

“Pronto, Maestro” grita Pedro, mientras una verdadera montaña de agua, que ha partido del centro del lago, veloz se dirige contra la pobrecilla barca. Parece una tromba, por lo alto y espantosa.

Los discípulos que la ven venir, se arrodillan y se agarran de donde pueden, seguros de que les ha llegado el fin.

Jesús se pone de pie, sobre la tarima de la proa. Una blanca figura proyectada sobre el cárdeno de la tempestad. Extiende los brazos hacia la ola y dice al viento: “Detente y cállate” y al agua: “Aquíétate. Lo ordeno”.

Aquel monstruo se desgrana en espuma que cae sin causar daño alguno. Su rugido se pierde en un murmullo, igual que el viento que se pierde en un silbido que parece un suspiro. Sobre el lago apaciguado vuelve a aparecer un cielo sereno y la esperanza y la fe en los corazones de los discípulos.

No puedo describir la majestad de Jesús. Es menester verla para comprenderla. Yo gozo de ella en mi interior porque la tengo ante mi vista y pienso qué sueño tan plácido tenía Jesús, y cuán poderoso fue su imperio contra los vientos y contra las olas.

46. “Las desventuras os sirven para que os persuadáis de que sois nada”

(Escrito el mismo día)

Luego añade Jesús:

“No te comento el evangelio con el sentido con que los demás suelen comentarlo. Te explicaré lo que hay de fondo en el trozo evangélico.

¿Por qué dormía? ¿No sabía acaso que estaba por llegar la tempestad? Sí, lo sabía. *Yo sólo lo sabía*. Y entonces ¿por qué dormía?

Los apóstoles eran hombres, María, animados de buena voluntad, pero todavía muy “mortales”. El hombre se cree siempre capaz de todo. Cuando realmente es capaz de alguna cosa, se llena de gravedad y de cariño por su “capacidad”. Pedro, Andrés, Santiago y Juan eran buenos pescadores y se creían insuperables en las maniobras marinas. Yo para ellos era un gran “Rabbí, pero un nada como marinero. Por eso me tenían por incapaz de ayudarlos y cuando subían a la barca para atravesar el mar de Galilea me pedían que me estuviera sentado porque no era capaz de hacer otra cosa. Su cariño también tomaba parte en ello, porque no querían que me fatigase. Pero su seguridad de que eran capaces, era mayor que su cariño.

No me impongo sino en casos excepcionales, María. Generalmente os dejo libres y espero. Aquel día, estaba cansado y me pidieron que descansase, esto es, que los dejase hacer lo suyo, pues eran muy prácticos, y me dormí. En mi sueño aparecía clara la señal de que el hombre es “hombre” y quiere hacer todo por sí, sin pensar que Dios quiere ayudarlo. Veía en aquellos “sordos espirituales” y en aquellos “ciegos espirituales”, a todos los sordos y ciegos del espíritu, que por siglos y siglos habrían llegado a la ruina por querer hacer por sí, cuando me tienen a Mí cercano a ellos, a sus necesidades en espera de que me llamen en su ayuda.

Cuando Pedro gritó: “Sálvanos” mi amargura cayó como una piedra que se deja rodar. Yo no soy un “hombre”, soy el Dios-Hombre. No obro como vosotros hacéis. Vosotros, cuando

alguien ha rechazado vuestro consejo o ayuda y lo veis en medio de dificultades, aun cuando no sois demasiado malos para alegraros de ello, frecuentemente permanecéis fríos, indiferentes a su grito que os pide ayuda. Con vuestra actitud le decís: “Cuando te quise ayudar ¿quisiste? Ahora arréglatelas tú”. Pero Yo soy Jesús. Soy Salvador; y salvo, María. Salvo siempre, en cuanto se me invoca.

Los pobres hombres podrían objetar: “Entonces ¿por qué permites que se formen las tempestades individuales o colectivas?” Si con mi poder se destruye el mal, cualquiera que sea, llegaríais a creerlos *autores* del bien que en realidad sería don mío y no os acordaríais más de Mí. Tenéis necesidad, pobrecitos hijos, del dolor para acordaros que tenéis un Padre. Como el hijo pródigo que se acordó de tenerlo cuando tuvo hambre¹.

Las desventuras sirven para que os persuadáis de vuestra nada, de vuestra locura, de vuestros errores, de vuestra maldad, causante de tantos lutos y dolores, de vuestras culpas, causa del castigo que vosotros mismos os inflingís, y de la existencia de mi poder, de mi bondad. Ved que esto es lo que dice el evangelio de hoy. “Vuestro” evangelio de la hora presente, pobrecitos hijos.

Llamadme. Jesús no duerme porque tiene angustia al ver que *no le amáis*. Llamadme y vendré”.

47. Los endemoniados de Gerasa¹

11 junio 1945

Después de atravesar el lago en dirección del noroeste al sudeste, Jesús dice a Pedro que ataque cerca de Ippo, cosa que hace sin discutir. Bajan con la barca hasta la desembocadura de un río pequeño, que la primavera y el temporal apenas pasado han hinchado y viene haciendo mucho estrépito. Desemboca en el lago por una barranca áspera y llena de escollos, como se ve por todas partes en estos lugares. Los trabajadores aseguran las barcas –hay uno por cada una– y reciben la orden de esperar hasta la tarde para regresar a Cafarnaum.

“Y cerrad vuestras boquitas, si alguien os pregunta” aconseja Pedro. “A quien os pregunte que dónde está el Maestro, sin vacilar responded: “No sé”. A quien quiera saber a dónde se fue, lo mismo. Tanto da, es verdad. No lo sabéis”.

Se separan. Jesús empieza a subir por un sendero escarpado que va por un acantilado casi a pico. Los apóstoles lo siguen hasta la punta. De aquí desaparece en una meseta sembrada con encinos bajo los que comen muchos cerdos.

“¡Ves, animales!” exclama Bartolomé. “Nos impiden pasar...”

“No. No, nos impiden. Hay lugar para todos” con calma responde Jesús.

Por otra parte, los cuidadores de los cerdos, al ver a los israelitas tratan de juntar a los puercos y dejar el camino libre. Los apóstoles pasan, haciendo mil desfiguros con la boca, entre la suciedad que los animales han dejado, los cuales bien gordos hurgan con el hocico.

Jesús pasó sin hacer nada. Dice a los cuidadores de la piara: “Que Dios os recompense por vuestra cortesía”.

Los cuidadores, gente pobre, un poco menos sucia que los mismos puercos pero sí mucho más flaca, lo miran estupefactos, luego entre sí hablan en voz baja. Uno dice: “Puede ser que no sea israelita”. Los demás le dicen: “¿No ves que tiene las franjas en su vestido?”

El grupo apostólico se reúne, ahora que pueden caminar todos juntos por un camino bastante amplio.

¹ Cfr. Lc. 15, 11–20.

¹ Cfr. Mt. 8, 28–34; Mc. 5, 1–20; Lc. 8, 26–39.

El panorama es hermosísimo. Elevado unas cuantas decenas de metros sobre el nivel del lago, permite dominar todo el espejo del lago con las ciudades que están en sus playas. Tiberíades brilla con sus hermosas construcciones ante los ojos de los apóstoles. Allí abajo, a los pies del acantilado de basalto, la pequeña playa parece una almohadita de verdor, mientras en la parte opuesta, desde Tiberíades hasta la desembocadura del Jordán, hay una llanura bastante ancha, con mucha agua que recibe del río. Árboles plantas, arbustos la cubren completamente. Muchísimos pájaros acuáticos de diversos colores que viven allí. Parecen joyeles derramados. Parece todo como si fuera un jardín. Los pájaros levantan el vuelo de entre los matorrales y cañizales, vuelan sobre el lago, se echan de pico para coger un pescado, se levantan mucho más brillantes por el agua que ha avivado los colores de sus plumas y regresan a la llanura florida en la que el retazón viento les quita los colores. Acá por el contrario hay bosques con encinas muy altas, bajo las cuales la hierba es suave y de color esmeralda, y terminada, el monte vuelve a subir partiendo de un gran valle, y forma una áspera cima rocosa en la que están incrustadas las casas, construidas a escalones. Me parece que el monte hace una sola cosa con las paredes y ofrece una caverna para habitación, es una mezcla de viviendas trogloditas y de una ciudad ordinaria.

Característico de acá es que las azoteas de una casa están a la altura de la entrada de otra. De la parte donde el terreno es más escabroso, y tan lo es que no se puede construir nada, hay cavernas y hendiduras profundas, bajadas que se despeñan al valle. En tiempo de temporales, estas bajadas serán otros tantos pavorosos torrentes. Peñascos de toda clase, que los aluviones han rodado hacia el valle, forman la falda sin orden del montecito tan escabroso y salvaje; jorobado y pedante como un señorito que quisiera ser respetado a toda costa.

“Aquello ¿no es Gamala?” pregunta Zelote.

“Sí. ¿La conoces?” dice Jesús.

“En una noche que hace mucho tiempo pasó, allí fugitivo me oculté. Después vino la lepra y no salí más de los sepulcros”.

“¿Hasta que te persiguieron?” pregunta Pedro.

“Regresé de Siria, a donde había ido por protección. Pero me descubrieron y sólo en la fuga por estas tierras pude lograr que no me capturasen. Después poco a poco fui bajando, siempre amenazado, hasta el desierto de Tecua, y de allí, ya leproso, al Valle de los Muertos. La lepra me salvó de mis enemigos...”

“Estos son paganos, ¿no es verdad?” pregunta Iscariote.

“Casi todos. Hay pocos hebreos por negocios, y luego una mezcla de creencias o de no creencias. Pero no fueron malos con el fugitivo”.

“¡Lugares para fugitivos! ¡Qué escarpaduras!” exclaman muchos.

“Sí. Pero creedme, hay más bandidos en la otra parte” dice Juan que todavía sigue impresionado por la captura del Bautista.

“En la otra parte hay también bandidos aun entre los que tienen el nombre de justos” termina su hermano.

Jesús toma la palabra: “Y sin embargo nos acercamos a ellos sin asco. Mientras que torcisteis la boca cuando pasasteis cerca de los animales”.

“Son inmundos²...”

“Mucho más lo es el pecador. Estas bestias son así, y no se les puede culpar su suerte. El hombre, por el contrario, es responsable en ensuciarse con el pecado”.

“Pero entonces, ¿por qué los hemos clasificado como inmundos?” pregunta Felipe.

² Cfr. Gén. 7, 1-5; Lev. 11; 20, 22-25; Deum. 14, 3-21.

“Una vez ya lo insinué. En esto hay una razón sobrenatural y natural. La primera es para enseñar al pueblo elegido a que sepa vivir según la elección que se hizo de él y la dignidad de hombre, aun en acciones ordinarias como el comer. El hombre salvaje come de todo. Le basta con llenarse el estómago. El hombre pagano, aunque no salvaje, igualmente come de todo, sin pensar que el sobrealimentarse fomenta los vicios e inclinaciones que envilecen al hombre. Todavía más, los paganos tratan de llegar a este frenesí de placeres que para ellos es casi una religión. Muchos de entre vosotros habéis oído hablar de sus fiestas obscenas en honor de sus dioses que degeneran en una lujuriosa orgía. El hijo del pueblo de Dios debe saber controlarse, y perfeccionarse con la obediencia y prudencia, teniendo presente su origen y su fin: Dios y el cielo. La razón natural es de no excitar la sangre con comidas que producen calores indignos en el hombre, al cual no se le niega el amor carnal, pero debe controlarlo siempre con la frescura del alma que tiende al cielo. Así pues, hacer del sentimiento que une al hombre con su esposa un “*amor*”, no una sensualidad. En la mujer debe ver a su semejante, no a la hembra. Los pobres animales no son culpables de ser cerdos, ni de los efectos que su carne puede producir en la sangre. Mucha menor culpa tienen los que están encargados de cuidarlos. Si son honestos, ¿qué diferencia habrá en la otra vida entre ellos y el escriba que está inclinado sobre los libros, y que, por desgracia, no aprende de ellos a ser bueno? En verdad os digo que veremos cuidadores de cerdos entre los justos, y escribas entre los injustos. Pero ¿qué es este derrumbamiento?”

Se hace a un lado del monte porque piedras y tierra ruedan y caen por la pendiente. Se miran estupefactos.

“Mira, mira allá. Dos hombres desnudos... que vienen a donde estamos, haciendo señales. Locos...”

“O endemoniados” dice Jesús a Iscariote que fue el primero en ver los posesos que se dirigen a ellos.

Deben haber salido de alguna caverna del monte. Aúllan y uno, el más veloz en correr, se precipita hacia Jesús. Parece un extraño pajarraco sin plumas. Es tan ligero y con los brazos parece como si remara. Se echa a los pies de Jesús: “Estás aquí, Dueño del mundo. ¿Qué tengo qué ver contigo Jesús, Hijo de Dios Altísimo? ¿Ha llegado la hora de nuestro castigo? ¿Por qué has venido antes de tiempo a atormentarnos?”

El otro endemoniado bien porque no puede hablar, bien porque algún demonio lo haya hecho tartamudo, no hace más que echarse de boca y llorar quedo. Después se sienta. Se queda inmóvil. Se pone a jugar con sus pies desnudos con las piedras. El demonio continúa hablando por la boca del primero que se retuerce en el suelo en medio de un paroxismo de terror. Me siento tentada a decir que parece como si quisiera reaccionar y que no puede sino adorar, como si fuese atraído y rechazado al mismo tiempo por el poder de Jesús. Dice en su aullar: “Te conjuro en nombre de Dios, que dejes de atormentarme. Déjame ir”.

“Sí, fuera de éste; espíritu inmundo, sal de éstos, y di tu nombre”.

“Mi nombre es legión, porque somos muchos. Hace años que tenemos a éstos, y por ellos rompemos las cadenas. No hay fuerza humana, que los pueda contener. Ellos por nuestra causa son el terror, y nos servimos de ellos para que blasfemen en contra de Ti. Nos vengamos en ellos porque nos maldices. Rebajamos al hombre más abajo del animal para burlarnos de Ti. Y no existe lobo alguno, ni chacal, ni hiena, ni buitres, ni vampiro semejante a estos que son cosa nuestra. Pero, no nos arrojes. ¡Es muy horrible el infierno!...”

“¡Salid! En nombre mío, ¡salid!” La voz de Jesús parece un trueno, sus ojos arrojan flechas de majestad.

“Permítenos a lo menos que entremos en esa piara de cerdos que encontraste”.

“Entrad”.

Con un aullido de fieras los demonios se separan de los dos desgraciados, y en medio de un súbito torbellino que hace ondearse las encinas como tallos, se arrojan sobre los cerdos que con chillido verdaderamente diabólicos, se echan a correr como endemoniados por las encinas. Se golpean, se hieren. Se muerden y finalmente se precipitan en el lago, al llegar a la punta del acantilado. No tienen más que el agua que está bajo sus patas por refugio. Mientras que los cuidadores, espantados y sin saber qué hacer, gritan de miedo. Los animales, que son centenares siguen cayendo en el agua tranquila, como piedras. La abren por un instante en medio de espumas. Se sumergen. Salen a la superficie con sus panzas repletas o con el hocico salido fuera en el que los ojos despiden terror, y luego se pierden bajo las aguas.

Los cuidadores gritan, corren a la ciudad. Los apóstoles, que han ido al lugar del desastre, regresan diciendo: “Ni siquiera uno se salvó. Les has hecho un favor no grato”.

Jesús con toda calma responde: “Es mejor que perezcan dos mil cerdos que no un solo hombre. Dad a estos algo con qué se cubran. No pueden estar así”.

Zelote saca de una alforja uno de sus vestidos y lo da. Lo mismo hace Tomás. Los dos están como embobados, algo así como si despertasen de un mundo de pesadillas.

“Dadles de comer. Que otra vez vivan como hombres”.

Y mientras los dos comen pan y aceitunas que les dan y beben de la castaña de Pedro. Jesús los mira detenidamente.

Al fin hablan: ¿Quién eres?” pregunta uno.

“Jesús de nazaret”.

“No te conocemos” dice el otro.

“Vuestra alma me reconoció. Levantaos e id a vuestros hogares”.

“No recuerdo bien, pero creo que hemos sufrido mucho. ¿Quién es este?” dice el que hablaba en lugar del demonio, y señala a su compañero.

“No sé; estaba contigo”.

“¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí? Pregunta a su compañero.

El que estaba como mudo, y que es menos vivaz, dice: “Soy Demetrio. ¿Es acá Sidón?”

“Sidón está más allá. Aquí estás al otro lado del lago de Galilea”.

“Pero ¿por qué estoy aquí?”

Nadie sabe responder. Comienza a llegar gente detrás de la que vienen los pastores. Parece como asustada y curiosa. Cuando ven a los dos vestidos y quietos, aumenta su estupefacción.

“Este es Marcos de Josías... Es hijo del mercader pagano...”

“Y ese es el que los curó e hizo que muriesen enloquecidos nuestros cerdos porque en ellos entraron los demonios” dicen los cuidadores de los animales.

“Señor, Tú eres poderoso. Lo reconocemos. Ya nos has hecho mal. Un mal valuado en muchos talentos. Vete, te lo rogamos. Y también que tu poder no haga sacudir este monte y echarlo en el lago. Vete de aquí...”

“Me iré; a nadie me impongo” Y Jesús toma otra vez el camino por el que había llegado sin discutir. Detrás de los discípulos lo siguen el endemoniado que hablaba, y a distancia, muchos de la ciudad, para convencerse si realmente se ha ido.

Vuelve otra vez por el áspero sendero y vuelven otra vez al riachuelo gritón, donde están las barcas. Los de la ciudad se quedan sobre el talud a contemplar. El que ha sido curado baja detrás de Jesús.

En las barcas los trabajadores están aterrorizados. Vieron el chubasco de cerdos en el lago y ahora contemplan sus cuerpos que flotan, cada vez más hinchados, con las panzas redondas al aire y las patas cortas y flacas como cuatro estacas clavadas en una vejiga grasosa.

“Pero ¿qué pasó?” preguntan.

“Os lo diremos. Ahora soltad las amarras y vámonos... ¿A dónde Señor?” dice Pedro.

“A la bahía de Tariquea”.

El hombre que los ha seguido y que ve que suben a las barcas dice: “Llévame contigo Señor”.

“No. Vete a tu casa. Los tuyos tienen derecho de que estés con ellos. Háblales de las grandes cosas que el Señor hizo en ti y cómo ha tenido compasión de ti. Esta región tiene necesidad de creer. Enciende las llamas de la fe por gratitud al Señor. Vete. Adiós”.

“Consuélame al menos con tu bendición, para que el demonio no se apodere de mí otra vez”.

“No tengas miedo. Si no quieres, él no puede venir. Te bendigo. Vete en paz”.

Se separan las barcas de la ribera en dirección de este a oeste. Sólo entonces, cuando las barcas surcan por en medio de los cerdos muertos, los habitantes de la ciudad, *que no han querido al Señor*, se retiran y regresan.

48. De Tariquea al Tabor. Empieza el segundo viaje pascual

12 junio 1945

Jesús despide las barcas diciendo: “No regresaré atrás” y seguido por los suyos, a través de un área que desde la ribera opuesta se veía frondosa, se dirige a un monte que se deja ver en dirección del sur al suroeste.

Los apóstoles, poco contentos, caminan en silencio hablándose sólo con los ojos, por el camino en medio de esta región hermosa, pero selvática, llena de espadañas* que se prenden a los pies; de cañas que dejan caer sobre la cabeza gotas que habían conservado en las hendiduras de sus hojas; de huesos de frutas secas que golpean la cara; de sauces quebradizos que se sacuden por todas partes haciendo cosquillas; de lugares engañosos de hierbas que parecen haber nacido en el suelo firme y que por el contrario ocultan hoyos de agua en que se sume el pie, porque no son sino montones de amarantos que nacieron en pequeños charcos, y tan bien escondidas que a uno engañan muy bien.

Jesús por su parte, parece ser feliz con todo este verdor de tantos matices. Con las flores que chocan entre sí, que se agrupan por subir, que arrojan finísimos festones esparcidos entre las enredaderas de malvarrosa que forman una alfombra suave de azul por entre los millares de corolas de raspillas de pantanos, que abren su copa de corola blanca, rosada o azul por entre las hojas largas aplanadas por nenúfares. Jesús admira los penachos de las cañas laguneras, y sedosos y llenos de perlas, y feliz se inclina a observar el donaire de los amarantos que forman un velo esmeraldino en las aguas. Jesús se detiene extático ante los nidos que hacen los pajaritos, los que con idas y venidas hechas de alegres trinares, de escabullimientos, de gozoso trabajo, con el piquito lleno de paja seca, de algodones de las cañas, de guedejas de lana arrancadas de las espinas, que éstas a su vez habían arrancado a los ganados cuando pasaban... Parece el hombre más feliz que pudiera existir. ¿Dónde está el mundo con sus maldades, mentiras, dolores, asechanzas? El mundo está de aquella parte del oasis verde y florido, allí donde todo es perfume, donde todo brilla, todo ríe, todo canta. Esta es la tierra que creó el Padre y que el hombre no ha profanado y allí puede uno olvidarse del hombre.

Quiere compartir su felicidad con los otros, pero no encuentra terreno propicio. Los corazones están cansados y agriados de tanta perversidad y se desquitan con las cosas y también

* espadaña = planta que crece junto a las aguas estancadas, parecida a una caña y cuyas flores forman una espiga compacta.

con el Maestro con un mutismo negro como el viento que precede a una tempestad. Tan sólo su primo Santiago, Zelote y Juan se interesan por lo que interesa a Jesús, pero los demás no parecen sino... ausentes, para no decir, hostiles. Tal vez, para no murmurar, prefieren callar, pero por dentro deben llevar la procesión y muy buena.

Es el grito de admiración al ver un halcón que llega a su compañera trayéndoles un pescadito plateado, lo que los hace abrir la boca.

Dice Jesús: “¿Puede haber algo, algo más agasajador?”

Pedro responde: “Más gentil tal vez no... pero te aseguro que es más cómoda la barca. Aquí también está húmedo, en cambio no hay comodidad...”

“Hubiera preferido el camino real... a este jardín, si quieres llamarlo así, y estoy de acuerdo completamente con Simón” dice Iscariote.

“No quisisteis el camino real” responde Jesús.

“Eh, así es... pero no me habría yo puesto fácilmente en manos de los gerasenos. Me hubiera ido de aquella parte, pero habría continuado del otro lado del río, siguiendo por Gadara, Pela y más abajo” gruñe Bartolomé.

Y su gran amigo concluye: “En fin de cuentas los caminos son de todos, y también podíamos pasar nosotros”.

“Amigos, amigos: Estoy afligido, hastiado... No aumentéis mi dolor con vuestras mezquindades. Dejadme buscar un poco de consuelo en las cosas que no saben odiar...”

El reproche, dulce y triste, llega al corazón de los apóstoles.

“Tienes razón, Maestro. Somos indignos de Ti. Perdona nuestra necesidad. Tú eres capaz de ver lo hermoso porque eres santo y miras con los ojos del corazón. Nosotros piltrafa humana, no sentimos más que ésta... No hagas caso. Créenos, que aunque estuviésemos en un paraíso, sin Ti nos sentiríamos tristes. Pero contigo... el corazón encuentra siempre lo bello. Son tan sólo nuestros cuerpos que se rehúsan” dicen muchos de ellos.

“Dentro de poco saldremos de aquí y encontraremos terreno más cómodo, aunque menos fresco” promete Jesús.

“¿A dónde pues nos dirigimos?” pregunta Pedro.

“A dar la Pascua a quien sufre. Quería hacerlo hace tiempo. No he podido. Lo habría hecho al regreso de Galilea. Ahora que nos obligan a caminar por donde queríamos, voy a bendecir a los pobres amigos de Jonás”.

“¡Perderemos tiempo! La Pascua está cerca. Siempre hay retardos por diversas razones”. Otro coro de lamentos se levanta al cielo. No sé cómo Jesús pueda soportar con tanta paciencia...

Dice, sin regañar a nadie: “Os ruego que no me estorbéis. Comprended mi necesidad de amar y ser amado. No tengo más que este consuelo en la tierra: el amor y el hacer la voluntad de Dios”.

“¿Y de aquí vamos allá? ¿No hubiera sido mejor ir a Nazaret?”

“Si lo hubiese propuesto, os habríais revelado. En estas partes nadie me creerá... y lo hago por vosotros que... tenéis miedo”.

“¿Miedo? Oh no, estamos prontos a pelear por Ti”.

“Rogad al Señor que no os ponga en la prueba. Sé que sois peleadores, rencorosos, con una manía de ofender a quien me ofende, de molestar al prójimo. Todo esto lo sé. Pero que seáis valientes, no lo he visto. Por lo que toca a Mí, me habría ido, hasta solo, y por el camino principal, y nada me hubiera pasado, porque todavía no es la hora. Pero tengo compasión de vosotros. Y obedezco a mi Madre, y además no quiero disgustar a Simón el Fariseo, y no lo haré. Pero, ellos, mis enemigos, me disgustarán”.

“Y de aquí ¿por dónde se pasa? No conozco estas regiones” dice Tomás.

“Llegaremos al Tabor, lo costearemos en parte, y pasando cerca de Endor, iremos a Naim, y de aquí a la llanura de Esdrelón. ¡No tengáis miedo!... Doras, el hijo de Doras, y Yocana, están en Jerusalén”.

“Oh, será bello. Dicen que desde la cima, desde un cierto punto, se descubre el Mar Grande, el de Roma. Tanto que me gusta ¿Nos llevas a verlo?” dice Juan con su carita de muchacho, mirando a Jesús.

“¿Por qué te gusta tanto verlo?” pregunta Jesús acariciándolo.

“No sé... Porque es grande y no se le ve horizonte... Me hace pensar en Dios... Cuando estuvimos en el Líbano, por vez primera vi el mar, porque nunca había estado fuera del Jordán o de nuestro lago... y lloré de emoción. Qué azul. Tanta agua, no rebosa jamás... Qué cosa tan maravillosa y los astros que rielan el mar con sus luces... Oh, no te rías de mí. Contemplaba el camino de oro del sol hasta quedar deslumbrado, el plateado de la luna hasta no tener más que su blancura fija en el ojo, y los miraba cómo se perdían en lontananza. Esos caminos me hababan. Me decían: “Dios está en aquella lontananza infinita, y estos son los caminos de fuego y pureza que un alma debe seguir para llegar a Dios. Ven. Sumérgete en lo infinito, navegando en estos por estos dos caminos, y encontrarás el infinito” ”.

“Eres poeta, Juan” dice Tadeo admirado.

“No sé si sea poesía esto. Lo que sé es que me enciende el corazón”.

“También has visto el mar en Cesarea y en Tolemaide, y muy de cerca. Estuvimos en la playa. No veo por qué debemos caminar tanto para ver otra agua de mar. De hecho... hemos nacido en el agua...” advierte Santiago de Zebedeo.

“Y todavía lo estamos y en qué forma” exclama Pedro, que distraído por un momento al escuchar a Juan, no vio un charco disimulado y se ha metido en él... Todos se echan a reír, y él es el primero.

Juan responde: “Es verdad; pero de arriba es más hermoso. Se alcanza a ver más lejos. Se piensa más arriba y más extensamente... Se desea... se sueña...” Mira hacia delante y sonríe a su sueño... Parece una rosa encarnada y bañada con finísimo rocío, porque su piel lisa y clara de un joven rubio toma el color carmesí y un ligero sudor le corre.

“¿Qué cosa deseas? ¿En qué sueñas?” pregunta Jesús quedo a su predilecto, y parece un padre que pregunte a su hijo querido que habla de un dulce sueño. Jesús habla al alma de Juan con mucha dulzura para no herir su sueño de amor.

“Deseo ir por ese mar infinito... ver otras tierras que están más allá... Deseo ir para hablar de Ti... Sueño... sueño... en ir a Roma, a Grecia, a los lugares desconocidos para llevar la Luz... donde los que viven en tinieblas entren en contacto contigo, y *vivan* en comunión contigo, Luz del mundo... Sueño en un mundo mejor... en hacerlo mejor conociéndote, o sea, a través del conocimiento del amor que los haga buenos, puros heroicos. Un mundo que se ame por tu Nombre y levante tu nombre, tu fe, tu doctrina, sobre el odio, el pecado, la carne, el vicio de la inteligencia, el oro y sueño en que yo con estos mis hermanos vayamos por esos mares de Dios, por caminos de luz a llevarte... como tu Madre te trajo un tiempo entre nosotros del cielo... Sueño... sueño en ser el muchacho, que sin conocer otra cosa más que el amor, está sereno, aun en los tormentos... y que canta para dar fuerzas a los adultos que demasiado piensan... y que va adelante... al encuentro de la muerte con una sonrisa... al encuentro de la gloria con humildad de quien no sabe cuánto hace, pero que sí sabe ir a Ti, Amor...”

Los apóstoles ni siquiera parecen respirar durante la confesión extática de Juan. No se han movido de donde estaban. Miran al más joven que habla con los ojos ocultos tras los párpados, cual un velo echado sobre el amor ardiente de su corazón, Miran a Jesús que se transfigura de gozo al encontrarse así perfecto en su discípulo”.

Cuando Juan calla, quedando un poco inclinado, Jesús lo besa sobre la frente y le dice: “Iremos a ver el mar, para hacerte soñar todavía en el porvenir de mi Reino en el mundo”.

“Señor... dijiste que iremos a Endor. Entonces conténtame a mí también... para olvidar el juicio amargo de aquel chiquillo...” dice Iscariote.

“Oh, ¿todavía estás pensando en eso?” pregunta Jesús.

“Sí. Me siento empequeñecido ante tus ojos y ante los de los compañeros. Pienso en lo que pensáis de mí...”

“¿Cómo te exprimes el cerebro por nada! Ni siquiera Yo pienso en esa tontería, ni en lo que dijo de los otros. Tú eres el que te acuerdas de eso... Eres un muchacho acostumbrado a las caricias; y la palabra de un niño te ha parecido ser la condenación de un juez. No debes de tener miedo a esta palabra, sino más bien a tus acciones y al juicio de Dios. Pero para demostrarte que te quiero como antes, como siempre, te digo que te contentaré. ¿Qué quieres ver en Endor? Es un lugar pobre entre las rocas...”

“Llévame y te lo diré”.

“Está bien; pero ten cuidado de no sufrir luego...”

“Si a éste no le puede hacer daño ver el mar, a mí tampoco ver Endor”.

“¿Ver?... No. Es el deseo del que quiere ver en el ver, lo que hace mal. Pero iremos...”

Toman el camino que va al Tabor. Su mole parece cada vez más cercana. El terreno ya no es lodoso. Es duro. La vegetación va desapareciendo y en su lugar se ven árboles altos y montones de algalias y de zarzas que ríen con sus nuevas hojas y sus flores que se abren.

49. En Endor. En la gruta de la maga. Conversión de Félix, llamado Juan

13 junio 1945

Ahora el Tabor está a las espaldas de los caminantes. Ya lo pasaron. Entre una llanura encerrada entre montes y otro que está enfrente, camina el grupo, hablando de la ascensión. Parece que en un principio los más viejos querían ahorrársela. Pero ahora están contentos de haber subido hasta la cima. El camino es fácil porque es una vía principal bien arreglada. El tiempo es fresco, y me imagino que pernoctaron en las faldas del Tabor.

“Aquello es Endor” dice Jesús señalando un ranchito aferrado a las primeras altitudes de ese grupo montañoso. “¿De veras quieres ir allí?”

“Si quieres contentarme...” responde Iscariote.

“Vamos entonces”.

“¿Tendremos qué caminar mucho?” pregunta Bartolomé que por su edad no debe ser muy amante de excursiones panorámicas.

“¡Oh, no! Si os queréis quedar...” dice Jesús.

“Sí, sí. Quedaos mejor. Me basta ir con el Maestro” se presura a decir Judas de Keriot.

“Pues bien, yo quisiera saber qué hay de hermosos antes de decidir... Sobre el Tabor vimos el mar, y después del discurso del muchacho debo confesar que lo he visto por primera vez y lo he visto como Tú: con el corazón. Allí... querría saber qué cosa se puede aprender más y en este caso voy aunque me canse...” dice Pedro.

“¿Lo oyes? Tú no has dicho todavía tu intención. Por cortesía hacia tus compañeros, dila” invita Jesús.

“¿No fue a Endor a donde quiso ir Saúl para consultar a la pitonisa¹?”

¹ Cfr. Rey 28, 3–25; Lev. 19, 26 y 31; 20, 6 y 27; Deum. 18, 9–12; 4 Rey. 21, 1–18; 1 Paralip. 10, 13–14; Eccli 46, 16–23; Is. 8, 16–20.

“Sí, y ¿qué cosa?”

“Pues a mí me gustaría, Maestro, ir a aquel lugar y oírte hablar de Saúl”.

“Oh, entonces hasta yo voy” entusiasta exclama Pedro.

“Vamos”.

Rápidamente caminan el pedazo de la vía principal, lo dejan, entran por una secundaria que lleva directamente a Endor.

Es un lugar pobre, como dijo Jesús. Las casas están contraídas sobre la falda, que más allá de este ranchito, es muy áspera. La gente que vive allí es pobre. Sus habitantes son pastores que llevan sus ganados por el monte y por los bosques de encinas centenarias. Pocos campos de cebada, o de pienso, en los trozos aptos, y árboles de manzanas y de higos. Pocos viñedos junto a las casas, que sirvan para adornar sus paredes oscuras, como si este lugar fuese más bien húmedo.

“Ahora preguntaremos dónde era el lugar de la adivina” dice Jesús.

Detiene a una mujer que vuelve de la fuente con cántaros. Ella lo mira con curiosidad, luego groseramente responde: “No sé. Tengo otras cosas más importantes que estas estupideces” y lo deja plantado.

Jesús se dirige a un viejecito que entalla un pedazo de leño.

“¿La adivina?... ¿Saúl?... Y ¿quién piensa más en ello? Pero, espera... Hay uno que ha estudiado y tal vez sabrá... Ven”.

El viejecillo sube por una callejuela pedregosa hasta una casa muy miserable y descuidada. “Espera aquí. Voy a entrar a llamarlo”.

Pedro señala las gallinas que escarban en un corralito sucio, y dice: “Este hombre no es israelita”.

Apenas acaba de decirlo cuando ya está de regreso el viejecito a quien sigue un hombre tuerto, sucio y desaliñado como todo lo de la casa. El viejecito dice: “¿Ves? Este dice que es allí, más allá de aquella casa destruida. Un camino, luego una cañada, después un bosque y las cavernas, y de éstas la más alta, la que tiene todavía paredes derribadas a su lado. Es la que buscas. ¿No dijiste así?”

“No. Lo has confundido todo. Iré con estos extranjeros”.

El hombre tiene voz dura y gutural, lo que aumenta el sentimiento de malestar. Se echa a caminar. Pedro, Felipe y Tomás hacen señales y más señales a Jesús para que no vaya, pero no les hace caso. Camina con Judas detrás del hombre y los otros lo siguen... de mala gana.

“¿Eres israelita?” pregunta el hombre.

“Sí”.

“Yo también, o casi, aunque no parezca. Estuve mucho tiempo en tierras extranjeras y tomé costumbres que estos tontos no quieren aceptar. Soy mejor que los demás. Me dicen demonio porque leo mucho, cuido gallinas que vendo a los romanos y sé curar con hierbas. De joven, por causa de una mujer, reñí con un romano –todavía estaba yo entonces en Cintio– y lo apuñalé. Él murió y yo perdí el ojo y mis bienes y fui condenado a prisión por muchos años... para siempre. Pero como sabía curar, sané a la hija del carcelero. Esto me valió su amistad y un poco de libertad... Me aproveché de ella para huir. Ciertamente hice mal, porque él con su vida pago mi huida. La libertad parece atractiva cuando uno es prisionero...”

“Y ¿después no lo es?”

“No. Es mejor la cárcel, donde se está solo, al contacto con hombres que no permiten estar solo, y que están juntos para odiarse...”

“¿Has estudiado los filósofos?”

“Era maestro en Cintium... Era yo prosélito...”

“Y ¿ahora?”

“Ahora soy nada. Vivo en realidad. Y odio, como fui odiado y lo soy”.

“¿Quién te odia?”

“Todos. Dios es el primero. Tenía mi mujer... y Dios permitió que me traicionase y arruinase. Era yo libre y respetado, y Dios permitió que fuese yo un presidiario. El abandono de Dios, la injusticia de los hombres, han borrado a Aquel y a éstos. Aquí no hay nada...” y se pega en la frente y en el pecho. “Esto es: aquí, en la cabeza, está el pensamiento, el saber. Aquí está lo que es nada” y escupe con desprecio.

“Te equivocas. Tienes todavía dos cosas allí”.

“¿Cuáles?”

“El recuerdo y el odio. Arráncatelos. Vacíate de ellos... y te daré una cosa nueva que metas allí”.

“¿Qué cosa?”

“El amor”.

“¡Ah, ah, ah! Me haces reír. Oye, hace treinta y cinco años que no me reía yo. Desde que tuve la prueba de que mi mujer me traicionaba con el mercader romano de vinos. El amor, el amor, ¿a mí? Como si echase joyas a mis pollos. Morirían de indigestión, si no lograsen arrojarlas en el estiércol. Lo mismo me sucedería a mí. Tu amor me sería pesado, si no lo pudiera digerir...”

“No, hombre. No digas así”. Jesús claramente afligido le pone la mano sobre la espalda.

El hombre lo mira con el único ojo que tiene y lo que ve en ese rostro dulce y hermosísimo lo hace enmudecer y cambiar de expresión. Del sarcasmo pasa a una seriedad profunda, de esta a una verdadera tristeza. Baja la cabeza y pregunta con voz diferente: “¿Quién eres?”

“Jesús de Nazaret. El Mesías”.

“¡¡Tú!!!”

“Sí. No sabías nada de Mí, ¿tú que lees?”

“Sabía... Pero no que estuvieses vivo y no... Oh, sobre todo esto no lo sabía. No sabía que fueses bueno con todos... así... hasta con los asesinos... Perdóname lo que dije de Dios y del amor... Ahora entiendo por qué quieres darme el amor... Porque sin él, el mundo es un infierno, y Tú, Mesías, quieres hacerlo un paraíso...”

“Un paraíso en cada corazón. Dame el recuerdo y el odio que te tienen enfermo y deja que Yo meta en tu corazón el amor”.

“¡Oh! Si antes te hubiese conocido... entonces... Pero cuando yo lo maté ciertamente no habías nacido... Pero después... después... cuando libre como libre es la serpiente en el bosque, viví para envenenar con mi odio”.

“Pero también has hecho el bien. ¿No dijiste que curabas con hierbas?”

“Sí, para los que me toleren. Pero cuántas veces he luchado con las ganas de envenenar con pócimas... ¿Ves? Me he venido a refugiar aquí porque es un lugar donde se ignora al mundo, y en que este a su vez lo ignora. Un país maldito. En otros lugares se me odiaba y odiaba y tenía miedo de ser reconocido... Pero soy malo”:

“Tienes remordimiento por haber hecho mal al carcelero de la prisión. ¿Ves que todavía tienes algo de bondad? No eres malvado... Tienes sólo una gran herida abierta, y nadie te la cura... Tu bondad huye de ella como la sangre se escapa de las heridas. Pero si hubiese quien te curase la herida, pobre hermano, tu bondad paulatinamente crecería en ti”.

El hombre llora con la cabeza inclinada, sin que nada indique que llora. Sólo Jesús que camina a su lado, lo ve. Sí, lo ve. Pero no dice nada.

Llegan al socavón que está hecho de ruinas y cuevas en el monte. El hombre trata de que su voz sea segura, y dice: “Es aquí. Entra pues”.

“Gracias amigo. Eres bueno”.

El hombre no dice nada y se queda allí, mientras Jesús con los suyos, subiendo sobre grandes piedras que fueron trozos de muros bastante fuertes, perturbando a lagartijas y otros feos animales, entran en una espaciosa gruta ahumada en las paredes. Hay rasgos del zodiaco y cosas semejantes en las piedras, en un rincón ahumado un nicho y debajo un agujero como si fuese un acueducto para dejar salir los líquidos. Los murciélagos adornan el techo con sus alas extendidas que causan horror, y un búho, molesto con la luz de una rama que acababa de encender Santiago para ver si pisan escorpiones o víboras, se lamenta sacudiendo sus alas y cerrando sus ojos heridos por la luz. Está exactamente echado sobre el nicho. Se percibe hedor de ratones muertos, de comadrejas, pájaros corrompidos. Y a esto se añade el hedor de estiércol y de la humedad del suelo.

“Un hermoso lugar, en realidad” dice Pedro. “Era mejor tu Tabor y tu mar, muchacho”. Y luego volviéndose a Jesús: “Maestro, contenta pronto a Judas porque aquí... ciertamente no es la sala real de Antipas!”

“Al punto. ¿Qué quieres saber exactamente?” pregunta a Judas de Keriot.

“Pues bien... Querría saber si Saúl pecó al venir aquí y por qué... Querría saber si es posible que una mujer pueda llamar a los muertos. Querría saber si... Oh, en resumidas cuentas, habla Tú. Te haré preguntas”.

“Bonito negocio. Vámonos por lo menos allá afuera, al sol, sobre las piedras... Nos veremos libres de la humedad y del hedor” suplica Pedro.

Y Jesús asiente. Se sientan como pueden sobre trozos de muros caídos.

“El pecado de Saúl no fue sino uno de otros pecados. Muchos cometió antes y después. Todos graves. Fue doblemente ingrato para con Samuel que lo ungió rey y que se eclipsó después para no dividir con el rey la admiración del pueblo. Ingrato muchas veces para con David que lo libró de Goliath. Lo perdonó en la cueva de Engaddi y en Aquila. Culpable de muchas desobediencias y de escándalo entre el pueblo. Culpable de haber causado un gran dolor a Samuel su bienhechor, faltando a la caridad. Culpable de envidia y de atentados contra David, que también fue bienhechor suyo del pecado que aquí cometió²”.

“¿Contra quién? A quién mató”.

“Mató su alma, aquí dentro terminó por matarla. ¿Por qué bajas la cabeza?”

“Estoy pensando, Maestro”.

“Que estés pensando, lo veo. Pero ¿en qué? Por qué quisiste venir aquí? No por mera curiosidad de investigación, confíesalo”.

“Siempre se oye hablar de adivinos, magos, espíritus llamados. Quería ver si descubría alguna cosa... Me gustaría saber cómo sucedió. Pienso que nosotros destinados a llamar la atención para atraer, debemos ser un tanto adivinos. Tú eres Tú y haces con tu poder, pero nosotros debemos pedir un poder, una ayuda, para hacer obras extrañas, que se impongan...”

“¡Bah! ¿Estás loco? Pero ¿qué estás diciendo?” gritan varios.

“Callad. Dejadlo hablar. No está loco”.

“Sí. En resumidas cuentas me parecía que al venir aquí podría entrar en mí algo de la magia de tiempos idos, y hacerme más grande. Por interés tuyo, créemelo”.

“Sé que eres sincero en este deseo natural tuyo. Pero te responderé con palabras eternas, porque son del Libro, y el Libro existirá mientras exista el hombre. Que se le crea o que se le insulte, que se le ataque en nombre de la verdad o que sea objeto de burla, existirá, siempre existirá.

Se dijo: “Y Eva, al ver que el fruto del árbol era bueno para comerse y bello a los ojos, lo cortó, comió de él y dio a su marido... y entonces los ojos de ambos se abrieron y cayeron en la

² Cfr 1 Rey 8-31

cuenta de que estaban desnudos y se hicieron taparrabos... Y Dios dijo: ‘¿Cómo caísteis en la cuenta de que estabais desnudos? Sólo por haber comido del fruto prohibido’. Y los arrojó del paraíso de delicias”³. Y en el libro de Saúl está dicho: “Dijo Samuel apareciendo: ‘¿Por qué me perturbaste con hacerme llamar? ¿Por qué preguntarme después que el Señor se ha retirado de ti? El Señor te tratará como te dije, *porque no quisiste obedecer a su voz*’ ”⁴.

Hijo, no extiendas tu mano al fruto prohibido. Aun sólo el acercarse es imprudencia. No tengas curiosidad por conocer lo ultraterreno por temor de que no se te meta el veneno satánico. Huye de lo oculto y de lo que no tiene explicación. Una sola cosa tiene qué aceptarse con santa fe: Dios. Pero lo que Dios no es, y que no es explicable con la fuerza de la razón o que pueden crearse con las fuerzas del hombre, *huye de eso, huye de eso*, que no se abran las fuentes de la malicia y comprendas que estás “desnudo”. *Desnudo: cosa repulsiva aún al mundo*.

¿Por qué quieres llamar la atención con prodigios tenebrosos? Haz que los demás queden estupefactos ante tu santidad y que sea luminosa como cosa que viene de Dios. No tengas deseo de rasgar los velos que separan los vivientes de los que se han ido. No los perturbes. Escúchalos, si son prudentes, mientras están en la tierra: venéralos con obedecerlos aún después de su muerte. Pero no disturbances su segunda vida. *Quien no obedece la voz del Señor, pierde al Señor. Y el Señor ha prohibido el ocultismo, la nigromancia, el satanismo en todas sus formas*. ¿Qué quieres saber de más que la Palabra no te lo haya dicho? ¿Qué quieres hacer de más de cuanto tu bondad y mi poder te conceden de realizar? No ambiciones el pecado, sino la santidad, hijo. No te mortifiques. Me gusta que te descubras cual eres. Lo que te agrada a ti, agrada a muchos, a *demasiados*, Sólo el fin que pones en este deseo tuyo: de “ser poderoso para atraer a Mí” quita a esta debilidad mucho peso, y pone alas, pero son de pájaro nocturno. No, Judas mío. Ponte alas de sol, pon alas de ángel a tu espíritu. Con el solo viento de ellas atraes corazones, y los transportarás a tu estela, a Dios. ¿Podemos irnos?”

“Sí, Maestro; me equivoqué...”

“No. Has sido un investigador... El mundo estará lleno siempre de eso. Ven, ven. Salgamos de este lugar apestoso. Salgamos al sol. Dentro de pocos días es la Pascua, y luego iremos a la casa de tu madre. Te recuerdo tu casa honesta, a tu madre santa. ¡Oh, qué paz!”

Como siempre, el recuerdo de la mamá, y la alabanza de Jesús a la madre, tranquilizan a Judas. Salen de las ruinas y empiezan a bajar por el sendero que habían seguido antes, El hombre tuerto todavía está allí.

“¿Todavía aquí?” pregunta Jesús tratando de no ver la cara enrojecida por el llanto.

“Sí, aquí. Si me permites, te seguiré. Tengo qué decirte una cosa”.

“Ven pues, conmigo. ¿Qué quieres decirme?”

“Jesús... Pienso que para tener fuerzas de hablar y de cambiarme a mí mismo por medio de una magia santa, para evocar mi alma muerta, del modo como la adivina llamó a Samuel, porque quería Saúl, yo debo pronunciar tu Nombre, que es dulce como tu mirada, santo como tu voz. Tú me has dado una nueva vida y no tiene forma, está incapacitada como la de un ser que acaba de nacer con miembros defectuosos. Lucha entre membranas que le estorban. Ayúdame a salir de mi muerte”.

“Sí, amigo”.

“Yo... yo comprendo que tengo todavía un poco de ser humano en mi corazón. No soy del todo una fiera, y puedo todavía amar y ser amado, perdonar y ser perdonado. Esto me lo está enseñando tu amor que es perdón. ¿No es así?”

“Sí, amigo”.

³ Cfr. Gén. 3, 6–7 y 11.

⁴ Cfr. 1 Rey. 28, 15–17.

“Entonces... llévame contigo. Seré Félix. ¡Ironía! Dame otro nombre. Quiero que el antiguo quede muerto para siempre. Te seguiré como el perro callejero que al fin encuentra un dueño. Seré tu esclavo si así lo deseas, pero no me dejes solo...”

“Sí, amigo”.

“¿Qué nombre me das?”

“Un nombre que amo, Juan. Porque eres el regalo que hace el Señor”.

“¿Me llevas siempre contigo?”

“Por ahora sí, luego me seguirás con los discípulos. Y ¿tu casa?”

“No tengo más casa. Dejaré a los pobres cuanto poseo. Dame sólo amor y un pan”.

“Ven. Jesús se voltea y llama a los apóstoles. “A vosotros amigos, y sobre todo a ti, Judas, os doy las gracias. Por ti, por vosotros, a Dios llega un alma. He aquí el nuevo discípulo. Viene con nosotros hasta que lo podamos dejar con los hermanos discípulos. Sed fieles de haber encontrado un corazón y alabad a Dios conmigo”.

Realmente los doce no parecen muy felices, pero hacen buena cara por obediencia y cortesía.

“Si me permites, me adelanto. Me encontrarás en el umbral de mi casa”.

“Ve, pues”.

El hombre parte a la carrera. Parece diverso.

“Y ahora que estamos solos os ordeno, *esto os ordeno*, de que seáis buenos con él y que no digáis nada de su pasado a *nadie por ningún motivo*. Quien dijese algo, o faltase a la caridad al hermano redimido, lo arrojaría al punto de Mí. ¿Habéis entendido? Y ¡ved cuán bueno es el Señor! Vinimos aquí por un fin humano, y nos concede regresar con algo sobrenatural. Oh, Yo gozo con la alegría que ahorita hay en el cielo por el nuevo convertido”.

Llegan en frente de la casa. En el umbral está el hombre con vestido oscuro y limpio, de igual color, un par de sandalias nuevas y una alforja sobre las espaldas. Cierra la puerta y luego cosa extraña en un hombre que podría ser tenido como insensible, toma una gallina blanca, tal vez la que más quería, que se echa entre sus manos, la besa, llora y la deja.

“Vámonos... perdona. Pero estas gallinas, me han amado... Platicaba con ellas y me entendían...”

“También Yo te entiendo... y te amo mucho. Te daré todo el amor que el mundo te negó durante treinta y cinco años”.

“Oh, lo sé, lo siento. Por esto vengo. Pero compadece al hombre... que ama a un animal... que le fue muy fiel...”

“Sí... sí. No pienses más en el pasado. Tendrás mucho qué hacer. Y con tu experiencia harás mucho bien. Simón, ven aquí y también tú, Mateo. ¿Ves? Este fue más que prisionero, fue leproso. Este fue pecador. Los quiero porque saben comprender los pobres corazones... ¿No es verdad?”

“Por bondad tuya, Señor. Créeme, amigo, que todo se borra en servirlo. Queda tan sólo la paz” dice Zelote.

“Sí. La paz y una nueva juventud entran donde había vejez de vicio y de odio. Yo era publicano, ahora soy apóstol. Tenemos ante nuestra frente el mundo. Se nos ha hablado de ello, No somos los niños distraídos, que pasan cerca del fruto nocivo y de la planta que se dobla, y no vemos la realidad. Podemos evitar el mal y enseñar a los demás a evitarlo. Sabemos enderezar a quien se dobla. Porque sabemos qué consuelo hay en ser enderezados. Y conocemos a quien lo hace: *a Él*” dice Mateo.

¡Es verdad, es verdad! Me ayudaréis. Gracias. Es como si pasase de un lugar oscuro y fétido a un florido vergel... Algo semejante experimenté al salir, libre, finalmente libre, después de veinte años de prisión y de trabajos forzados en la mina de Anatolia, y me encontré –había yo

huido en una noche borrascosa— encima de un monte áspero, pero espacioso, lleno de sol cuando amaneció, y cubierto de bosques odoríferos... ¡La libertad! Más ahora es mucho más que eso. ¡Todo se expansiona en mí! Hace unos quince años que no tenía cadenas, más el odio, el miedo, la soledad lo eran... Ahora han caído... Ved la casa del viejo que os llevó a la mía. Oye, oye”.

El viejecito corre y se queda de una pieza al ver que el tuerto está limpio, que lleva un vestido de viajero, y con una cara llena de sonrisa.

“Ten. Esta es la llave de mi casa. Yo me voy *para siempre*. Te agradezco lo que hiciste por mí. Me has devuelto la familia. Haz de lo mío *lo que te parezca*... y cuida de mis gallinas. No las maltrates. Cada semana viene un romano y compra los huevos... Te dejarán utilidades... Trata bien a mis gallinas... y que Dios te pague”.

El viejecillo está atolondrado... Toma la llave y se queda con la boca abierta.

Jesús agrega: “Haz como él dice. También Yo te lo agradeceré. En nombre de Jesús te bendigo”.

“El Nazareno. Eres Tú, Misericordia. He hablado con el Señor. ¡Mujeres, mujeres! ¡Todos! ¡El Mesías está entre nosotros!” Da un chillido como un águila, y de todas partes acude gente.

“Bendice, bendice” gritan. Unos: “Quédate” y otros “¿A dónde vas? Dinos al menos a dónde vas?”

“A Naim. No puedo quedarme”.

“Te seguiremos. ¿Quieres?”

“Venid. Y a quien se queda mi paz y bendición”.

Se dirigen hacia el camino principal. Lo toman.

El hombre, el cual camina junto a Jesús y que se cansa bajo el peso de su alforja, atrae la curiosidad de Pedro. “Pero ¿qué llevas ahí tan pesado?” pregunta.

“Mi ropa... y libros... Mis amigos junto con los pollos. No puedo separarme de ellos. Y pesan”.

“¡Eh, la ciencia pesa! Y ¿a quién le gusta, eh?”

“No me dejaron enloquecer”.

“¡Debes quererlos mucho! ¿Qué libros son?”

“De filosofía, historia, poesías griega y romana”.

“Hermosos, hermosos. Ciertamente hermosos. Pero, ¿piensas llevarlos contigo?”

“Tal vez lograré aun separarme de ellos, pero al mismo tiempo no se puede, ¿o no es así, Mesías?”

“Llámame Maestro. No se puede. Te buscaré un lugar dónde puedas dar refugio a tus amigos, los libros. Te podrán servir para discutir con los paganos acerca de Dios”.

“¡Oh, cuán claramente sabes pensar!”

Jesús sonríe y Pedro exclama: “¡Vive Dios! ¡Es la misma Sabiduría!”

“Es la Bondad, créemelo. Y ¿eres tú culto?”

“¿Yo? ¡Cultísimo! Distingo una loza de una carpa, y ahí termina toda mi cultura. Soy pescador, amigo”. Pedro ríe humilde y francamente.

“Eres honrado. Es una ciencia que se aprende por sí misma. Y es muy difícil de conseguirla. Me gustas”.

“También tú, porque eres franco, aun en el excusarte. Yo perdono todo, ayudo a todos. Pero soy enemigo jurado de los falsos. Me dan asco”.

“Tienes razón. El falso es un criminal”.

“Un criminal. Lo has dicho. Oye, ¿no tienes desconfianza en prestarme un poco tu alforja? Puedes estar seguro de que no me escaparé con los libros... Me parece que te pesan mucho...”

“Veinte años de minas despedazan a uno... Pero ¿por qué quieres cansarte tu?”

“Porque el Maestro nos ha enseñado a amarnos como hermanos. Dámela y toma mis harapos. Mi alforja es ligera... No hay ni historias ni poesías. Mi historia, mi poesía y la otra cosa que dijiste, es Él, Él, mi Jesús, nuestro Jesús”.

50. Resurrección del hijo de la viuda de Naim¹

14 junio 1945

Naim debió haber sido una población de importancia en tiempos de Jesús. No es muy extensa, pero bien construida, encerrada dentro de un cinturón de murallas, sobre una colina de poca altura y hermosa. Una extensión del pequeño Hermón, que domina toda una llanura fertilísima que va en dirección del noroeste.

Se llega, viniendo de Endor, atravesando un riachuelo que debe ser afluente del Jordán, pero que no se ve desde aquí, ni su valle, porque las colinas lo ocultan formando un arco, como una interrogación, hacia el este.

Jesús se dirige por un camino principal que junta las regiones del lago Hermón y a sus poblados. Detrás de Él caminan muchos habitantes de Endor enzarzados en animosas charlas.

La distancia que separa el grupo apostólico de la muralla es muy corta: unos doscientos metros a lo más. Y ya que el camino principal va a dar directamente a una puerta de la ciudad – está abierta durante el día – se puede ver al punto cuanto hay más allá de la muralla. De este modo, Jesús que estaba hablando con los apóstoles y con el nuevo convertido, ve que viene entre un gran clamor de llantos a la manera oriental, un cortejo fúnebre.

“Vamos a ver, Maestro” dicen varios. Muchos de los que vinieron de Endor ya se han ido a ver.

“Vamos, pues” dice Jesús condescendiente.

“¡Oh” se trata de un niño porque mira cuántas flores y cintas hay sobre la camilla” dice Judas de Keriot a Juan.

“O puede ser una doncella” responde.

“No, ciertamente debe ser un joven por los colores que han puesto. Y luego faltan los mirtos...” dice Bartolomé.

Sale el funeral fuera de la muralla. Qué cosa vaya sobre la camilla, que llevan en alto sobre las espaldas los que la cargan, no es posible adivinar. Se comprende que es un cuerpo porque va envuelto en vendas y por la sábana que toma su forma. Además debe ser el cuerpo de alguien que ha llegado al desarrollo completo porque es tan largo como la camilla.

A su lado una mujer velada, a quien ayudan parientes o amigas, camina llorando. El único llanto verdadero en toda esa comedia de gritos. Y cuando la camilla parece moverse porque uno de los cargadores ha encontrado un hoyo, o tropezado contra una piedra, la madre entre gemidos dice: “Oh, no. Espacio. Sufrió tanto mi hijo” y levanta una mano temblorosa para acariciar el borde de la camilla y no pudiendo hacer otra cosa, besa la tela y las cintas que el viento suavemente mueve, y que descubren la forma inmóvil.

“Es la mamá” dice Pedro afligido y con lágrimas que se le asoman en los ojos. Pero no es el único en cuyos ojos el llanto brille. Zelote, Andrés, Juan y hasta el siempre alegre Tomás, tienen en los ojos las perlas prontas a caer. Todos, todos están conmovidos. Judas Iscariote murmura: “¡Si fuese yo! Oh pobre madre mía...”

Jesús cuyos ojos son de una dulzura infinita, se dirige a la camilla.

La madre, que llora mucho más fuerte porque el cortejo va a torcer para ir al sepulcro que está ya abierto, empuja con violencia a los cargadores, al ver que Jesús trata de tocar la camilla.

¹ Cfr. Lc. 7, 11–16.

En su delirio tal vez, algo habrá imaginado. Grita: “¡Es mío!” y con ojos de una demente mira a Jesús.

“Lo sé, madre. Es tuyo”.

“Es mi hijo único. ¿Por qué la muerte? ¿A él era bueno y amable? ¿A él que era mi alegría, que soy viuda? ¿por qué?” El grupo de las plañideras aumenta su llanto, por el que les pagan, para hacer coro al de la madre que prosigue gritando: “¿Por qué él y no yo? No es justo que quien ha engendrado, vea perecer lo suyo. La semilla debe vivir, porque de otro modo ¿de qué sirve que estas entrañas se desgarran para dar a luz aun hombre?” y se pega en el vientre sin temor, sin compasión.

“No hagas así. No llores, madre”. Jesús le toma las manos y fuertemente se las estrecha con la izquierda, mientras con la derecha, toca la camilla y dice a los cargadores: “Deteneos, y poned la camilla en la tierra”.

Obedecen. Bajan la camilla que queda apoyada sobre cuatro patas

Jesús toma la sábana que cubre al muerto, la echa hacia atrás, descubriendo el cadáver. La madre expresa todo su dolor al llamar a su hijo por el nombre de “Daniel”.

Jesús sin soltar las manos de la mujer, se endereza. Su mirada despide imponente fulgor, es la mirada de los grandes milagros. Baja la mano derecha y ordena con toda la fuerza de su voz: “Joven, Yo te mando: ¡levántate!”

El muerto, así como está, envuelto en las vendas, se incorpora, se sienta en la camilla y dice: “¡Mamá!” La llama con una voz de niño, con una voz de pequeño que se siente aterrorizado.

“Es tuyo, mujer. Te lo devuelvo en nombre de Dios. Ayúdale a quitarse el sudario. Sed felices”.

Jesús trata de retirarse. Pero no. La multitud lo aprisiona junto a la camilla, a donde la madre se ha arrojado y que gesticula entre las vendas para quitarlas lo más pronto posible, mientras que se oye otra vez la voz implorante: “Mamá, mamá”.

Ha quitado el sudario, ha desenvuelto las vendas, y madre e hijo se abrazan, y lo hacen sin tener en cuenta las capas de bálsamo que la madre quita de la cara, de las manos, con las mismas vendas; y luego, no teniendo qué echarle encima, se quita el manto y se lo envuelve, y lo vuelve a acariciar...

Jesús la mira... mira esta pareja de amor, estrechándose sobre la orilla de la camilla, y de sus ojos brotan las lágrimas. Judas Iscariote ve este llanto y pregunta: “¿Por qué lloras, Señor?”

Jesús le vuelve el rostro y le dice: “Pienso en mi Madre...”

Esta breve conversación hace volver a la mujer los ojos hacia su Bienhechor. Toma por la mano al hijo, lo levanta, porque es como uno cuando siente cierto adormecimiento en los miembros, se arrodilla y dice: “También tú, hijo mío; bendice a este Santo que te devuelto la vida y a tu madre” y se inclina a besar el vestido de Jesús, entre tanto que la multitud prorrumpe en hosannas a Dios y a su Mesías, porque los apóstoles y los vecinos de Endor lo han propalado y llamado por tal.

Toda la multitud grita: “Sea bendito el Dios de Israel. Bendito el Mesías: su enviado. Bendito Jesús, hijo de David. Un gran profeta ha nacido entre nosotros. Dios ha visitado realmente su pueblo. Aleluya. Aleluya”.

Finalmente Jesús puede escabullirse y entra en la ciudad. La multitud lo sigue y lo sigue, llevada de su amor.

Sale al paso un hombre que profundamente se inclina a saludarlo. “Te ruego que te quedes en mi casa”.

“No puedo. La Pascua me impide que me detenga fuera de lo establecido”.

“Dentro de pocas horas llega el crepúsculo y hoy es viernes...”

“Por esta razón debo llegar antes del crepúsculo a mi etapa. Te doy las gracias como si me quedase. No me retengas”.

“Soy el sinagogo”.

“Y con esto quieres insinuar que tienes derecho. Hombre, bastaba con que me hubiese tardado una hora para que aquella mujer no hubiese recuperado a su hijo. Voy a donde otros infelices me esperan. No retardes por egoísmo su alegría. Otra vez regresaré y me hospedaré contigo, en Naim, por algunos días. Ahora déjame ir”.

El hombre no insiste más. Se limita a decir: “Lo has dicho. Te espero”.

“Sí. La paz sea contigo y con los habitantes de Naim. También a vosotros los de Endor, paz y bendición. Regresad a vuestras casas. Dios os ha hablado a través del milagro. Hace que en todos vuestros corazones por la fuerza del amor, haya tanta resurrecciones”.

Un último grito de hosannas. Luego la multitud deja que vaya Jesús que atraviesa diagonalmente la ciudad y sale al despoblado, hacia Esdrelón.

51. Llega a Esdrelón y se hospeda en casa de Miqueas

15 junio 1945

Cuando ya están a la vista los campos de Yocana el crepúsculo tiñe de color anaranjado el cielo.

“Apresuremos el paso, amigos, antes de que se meta el sol. Tú, Pedro, con Andrés ve a avisar a nuestros amigos que están con Doras”.

“Claro que voy, y también por ver si de veras el *hijo* no está en casa”. Pedro pronuncia la palabra “hijo” de tal modo que vale por un discurso. Se va.

Jesús continúa ahora caminando lentamente, volviendo sus ojos por todas partes por si descubre algún campesino de Yocana; pero no se ven sino campos fértiles con espigas ya maduras.

Por fin por entre las ramas del viñedo se asoma una cara sudada y se oye: “¡Oh, Señor bendito!” es un campesino que corre fuera del viñedo para venir a postrarse ante Jesús.

“La paz sea contigo, Isaías”.

“¡Oh! ¿Hasta de mi nombre te acuerdas?”

“Lo he escrito en mi corazón. Levántate. ¿Dónde están los compañeros?”

“Allá entre los manzanares. Ahorita les voy a decir. Eres nuestro huésped, ¿verdad? No está el patrón y podemos hacerte fiesta, y luego... un poco de miedo, un poco de alegría, es mejor. Imagínate, nos ha concedido el cordero este año, e ir al Templo. Nos ha permitido tan sólo seis días, pero correremos por el camino... También nosotros en Jerusalén... Imagínatelo... Y es debido a Ti”. El hombre rebosa de alegría, parece como si estuviese en el séptimo cielo; pues ha sido tratado como humano y como israelita.

“Yo no he hecho ninguna cosa que sepa...” dice Jesús sonriente.

“¡Eh! La hiciste. Doras, y luego los campos de Doras, y éstos al revés tan hermosos este año. Yocana se enteró de tu venida, *no es un tonto*. Tiene miedo... miedo”.

“¿De qué cosa?”

“Miedo de que le sucede como a Doras, con morirse y con perder todo. ¿Has visto los campos de Doras?”

“Vengo de Naim...”

“Entonces no los has visto. Están todos que dan lástima. (El hombre dice esto en voz baja y marcada, como quien confía algo horrible en secreto). ¡Todos destruidos! Nada de heno, nada de

pienso, nada de fruta. Los viñedos secos, los árboles frutales secos... Muertos... todo muerto... como Sodoma y Gomorra¹... Ven que te los mostraré”.

“No es necesario. Voy con aquellos trabajadores...”

“¡Ya no están más! ¿No lo sabías? Doras, el hijo de Doras, los ha regalado o despedido. A los que regó por los otros lugares de la campiña, les ha prohibido que hablen de Ti, so pena de latigazos... ¡No hablar de Ti! ¡Será difícil! También Yocana nos lo ha dicho”.

“¿Qué ha dicho?”

Dijo: “Yo no soy tan necio como Doras, y no digo: ‘No quiero que hablen del Nazareno’. Sería inútil porque de todos modos lo haríais y no quiero perderos ni acabaros como a animales brutos a latigazos. Yo de mi parte os digo: ‘Sed buenos como el Nazareno os enseña y decidle que os trato bien’ No quiero tampoco ser yo maldecido”. Comprende bien qué son estos campos después que los bendijiste, y qué cosa son esos que maldijiste. ¡Oh! Esos que me araron el campo...” y el hombre corre al encuentro de Pedro y Andrés.

Pedro lo saluda con pocas palabras y mientras camina grita: “Oh Maestro. Pero no hay nadie. Todos son caras nuevas, Y todo está asolado. En realidad, sería mejor que no tuviera ni siquiera trabajadores. Está peor que el Mar Salado...”

“Lo sé. Me lo ha dicho Isaías”.

“Pero ¡ven a ver! ¡Qué espectáculo!...”

Jesús quiere satisfacer el gusto de Pedro y dice primero a Isaías: “Entonces me quedaré con vosotros. Dilo a tus compañeros. Pero no os molestéis. Yo tengo comida. Nos basta un poco de heno para acostarnos a dormir y vuestro cariño. Vengo pronto”.

El espectáculo de los campos de Doras es sencillamente desolador. Campos y pastizales secos y sin nada; los viñedos áridos, el follaje acabado, y la fruta de los árboles perforada con millares de animaluchos. Cerca de la casa, también el jardín lleno de árboles presenta igual aspecto desolador como de un bosque acabado. Los trabajadores andan aquí y allá arrancando hierbas, pisoteando orugas, caracoles, lombrices y todo lo que se encuentran, sacuden las ramas y debajo de ellas pone aguamaniles llenos de agua para que se ahoguen las mariposas y todos los parásitos que cubren las hojas y chupan la planta hasta hacerla morir. Buscan alguna señal de vida entre los surcos de los viñedos, pero estos se desbaratan apenas si se les toca, y a veces hay en que se caen como si hubiesen sido cortados de raíz. El contraste con los campos de Yocana, con sus viñedos y árboles frutales es clarísimo. La desolación de los campos maldecidos parece más horrible si se le compara con la fertilidad de los otros.

“El Dios del Sinaí tiene la mano pesada” dice entre dientes Simón Zelote.

Jesús hace como si quisiese decir: “Aquí estoy” pero no dice nada. Pregunta tan sólo: “¿Cómo ha sucedido?”

Un trabajador entre dientes responde: “Topos, langostas, gusanos, pero vete. El vigilante es fiel a Doras... No nos causes mal...”

Jesús da un suspiro y se va.

Otro labrador dice, mientras se inclina a recalzar un manzano, esperando salvarlo: “Iremos mañana a donde estás, cuando el vigilante se vaya a Yezrael para orar... iremos a casa de Miqueas”.

Jesús hace un ademán como de bendición y se va.

Cuando regresa al crucero, están ya todos los trabajadores de Yocana, contentos, felices, y rodeando a si Mesías lo llevan a sus casuchas.

“¿Viste lo que hay allá?”

“Lo he visto. Mañana vendrán los labradores de Doras”.

¹ Cfr. Gén. 19, 23-29.

“Claro, mientras las hienas están en oración... Cada sábado hacemos así... y hablamos de Ti, de lo que nos enseñó Jonás, y de lo que nos ha dicho Isaac que viene frecuentemente a vernos, y de tu discurso de Tisri. Como sabemos, hablamos, porque no se puede hablar de Ti, y tanto más se habla cuanto más se sufre y más se prohíbe hacerlo. Aquellos pobrecitos cada sábado beben la vida... Pero en esta llanura cuántos hay que tienen necesidad de saber, al menos de saber de Ti, y que no pueden venir hasta aquí...”

“También en ellos pienso. Sed benditos por lo que hacéis”.

Mientras el sol se oculta Jesús entra en una cocina llena de humo. Ha empezado el reposo del sábado.

52. El sábado en Esdelón. El pequeño Yabe¹

16 junio 1945

“Entrega a Miqueas el dinero que mañana reembolsará el que prestaron los labradores de esta zona” dice Jesús a Judas Iscariote que generalmente administra los bienes comunes. Después Jesús llama a Andrés y a Juan y los manda que vayan al encuentro de los trabajadores de Doras con órdenes de que los detengan cerca de los límites de entre ambas propiedades. Para terminar dice a Santiago y a Judas: “Tomad los alimentos y venid”.

En pos de Jesús vienen los trabajadores de Yocana, mujeres, hombres y niños; los hombres traen las jarras pequeñas, por decir así, que están muy probablemente llenas de vino. Son jarrones que contienen cada uno unos diez litros. Van a donde está un viñado, llenos de hojas y que señala el fin de las posesiones de Yocana. Más allá hay un foso que siempre tiene agua, que habrá sido acarreada quién sabe con cuántos trabajos.

“¿Ves? Yocana se peleó con Doras por esto. Yocana decía: “Es culpa de tu padre si todo es una ruina. Si no lo quería adorar por lo menos debía haberlo temido, y no provocarlo”. Y Doras aullaba, parecía un demonio: “Tú has salvado tus tierras por este foso. Los animaluchos no lo han pasado...” Y Yocana contestaba: “Y entonces ¿por qué sobre ti tanta desolación, cuando antes tus campos eran los más bellos de Esdelón? Es el castigo de Dios. Créemelo. Habéis sobrepasado la medida. ¿Estás seguro?... Siempre ha estado y no es la que me ha salvado”. Y Doras gritaba: “Esto prueba que Jesús es un demonio”. “Es un justo” gritaba Yocana. Y continuaron así, mientras tuvieron aliento. Después Yocana con grandes gastos trajo el agua del río y mandó excavar para buscar agua en el suelo y excavar un número de fosos entre los límites. Los mandó hacer más profundos y a nosotros nos dijo lo que ayer te dijimos... En el fondo de él está feliz de lo que ha sucedido. Tenía mucha envidia de Doras. Ahora espera comprar todo, porque Doras acabará por venderlo en unos cuantos céntimos”.

Jesús benignamente escucha todas estas confidencias, entre tanto espera a los pobres campesinos de Doras que no tardan en venir y que se postran en el suelo apenas lo ven. Jesús está recargado bajo un árbol.

“La paz sea con vosotros amigos. Venid. Hoy la sinagoga es aquí y yo soy vuestro sinagogo, pero antes quiero ser vuestro padre de familia. Sentaos alrededor, para que se os dé algo de comer. Hoy tenéis al Esposo, y celebraremos las nupcias”.

Jesús quita la tapadera de un canasto, saca panes que da a los campesinos estupefactos de Doras, y de otra canasta lo siguiente: quesos, verduras que hizo cocer y un corderillo o cabrito bien cocido, que reparte entre esos pobres. Luego les da vino en una copa grande, de la que hace beban todos.

“Pero ¿por qué? Pero ¿por qué?” dicen los de Doras señalando a los de Yocana.

¹ Cfr. Lc. 19–31

“Ya tuvieron lo suyo”.

“¡Cuánto gasto! ¿Cómo lo has hecho?”

“En Israel todavía hay buenas personas” dice Jesús sonriendo.

“Pero hoy es sábado...”

“Dad las gracias a esta persona” dice Jesús señalando al hombre de Endor. “Él fue quien dio el corderito. Lo demás fue cosa fácil obtenerla”.

Aquellos pobrecitos devoran, si así puede decirse, la comida desconocida para ellos. Hay uno, ya viejo, que tiene a su lado un niño de unos diez años. Come y llora.

“¿Por qué, padre, haces así?...” pregunta Jesús.

“Porque eres muy bueno...”

El hombre de Endor con su voz gutural añade: “Es verdad... y llora. Pero su llanto no tiene amargura...”

“No la tiene. Es verdad y querría una cosa. Este llanto es también un deseo”.

“¿Qué deseas padre?”

“¿Ves este niño? Es mi nieto. Se me ha quedado después de la desgracia de este invierno. Ni siquiera Doras sabe que se ha venido conmigo, porque lo haré vivir como una bestezuela en el bosque y tan sólo el sábado lo veo. Si me lo descubriese, lo arrojará o lo pondrá a trabajar... y sería peor que un animal de tiro, este pedazo de mi sangre... Lo mandaré en la Pascua con Miqueas a Jerusalén para que se convierta en hijo de la Ley... ¿y luego?... Es el hijo de mi hija...”

“¿Me lo darías a Mí? No llores. Tengo muchos amigos que son buenos, santos y no tienen hijos. Lo educarán santamente en mi Camino...”

“¡Oh, Señor! Desde que supe de Ti, lo he deseado. Rogaba al santo Jonás, él que sabe lo que significa pertenecer a este patrón, que salvase a mi nieto de esta muerte...”

“Muchacho, ¿quieres venir conmigo?”

“Sí, Señor mío. Y no te causaré molestias”.

“Palabra dada”.

“Pero... ¿a quién se lo vas a dar?” pregunta Pedro, que tira a Jesús de una manga”.

“¿También este a Lázaro?”

“No Simón. Hay tantos sin hijos...”

“También yo...” La cara de Pedro toma un perfil en que se dibujo su anhelo.

“Simón, ya te lo dije; tú debes ser “padre” de todos los hijos que te dejaré en herencia. Pero no debes estar encadenado a ningún hijo tuyo. No te entristezcas. Eres muy necesario al maestro, para que el Maestro pueda separarse de ti por un cariño. Soy exigente, Simón. Soy exigente más de lo que un esposo celosísimo. Te amo con toda predilección y te quiero todo para Mí y por Mí”.

“Está bien, Señor... Está bien... Sea como Tú quieres”. El pobre Pedro es un héroe en aceptar la voluntad de Jesús.

“Será el hijo de mi naciente Iglesia. ¿Te parece bien? De todos y de nadie. Será “nuestro” niño. Nos seguirá o andará con nosotros cuando lo permitan las distancias, y sus tutores serán los pastores, ellos que en todos los niños aman a “su” niño Jesús. Ven aquí, muchacho. ¿Cómo te llamas?”

Yabé de Juan, y soy de Judá” dice con aplomo el rapazuelo.

“Así es. Nosotros somos judíos” confirma el anciano. “Yo trabajaba en tierras de Doras en Judea, y mi hija se casó con uno de estas regiones. Trabajaba en los bosques cercanos a Arimatea y este invierno...”

“He visto la desgracia”.

“El muchacho se ha salvado porque estaba en casa de un pariente lejano... Verdaderamente se ha merecido el nombre, Señor. Lo dije al punto a mi hija: “¿Por qué? ¿No recuerdas lo pasado?” Pero el marido quiso llamarlo así, y es Yabé”.

“ ‘El niño invocará al Señor y el Señor lo bendecirá y la mano del Señor está sobre su mano, y él no será oprimido del mal’². Esto le concederá el Señor para consolarte, padre, a ti y a los espíritus de los muertos, y confortar al huérfano. Y ahora que hemos satisfecho la necesidad del cuerpo y la del alma con un acto de amor por el niño, escuchad la parábola que pensé deciros.

Hubo un tiempo en que vivió un hombre muy rico. Los mejores vestidos eran los suyos. Por las plazas y por su casa se pavoneaba con su vestido de púrpura y lino. Sus conciudadanos le respetaban como al más poderoso de la región. Sus amigos le halagaban su ambición para recibir utilidades. Sus salones estaban abiertos cada día a los espléndidos banquetes en que la multitud de invitados, todos ellos ricos, y por lo tanto no necesitados, se morían por halagar al rico Epulón. Sus banquetes eran célebres por su abundancia de alimentos y de vinos.

En la ciudad había un mendigo, un verdadero mendigo. Era grande en su miseria, como el otro era grande en sus riquezas. Pero bajo la costra de la miseria humana del mendigo Lázaro, se ocultaba un tesoro todavía mayor que su miseria y que las riquezas de Epulón. La santidad de Lázaro era verdadera. Jamás había traspasado la Ley, ni siquiera bajo el pretexto del aguijón de la necesidad, y sobre todo había obedecido al precepto del amor para con Dios y el prójimo. Él, como siempre hacen los pobres, se acercaba a las puertas de los ricos para pedir limosna y no morir de hambre. Cada tarde iba a la puerta de Epulón, esperando recibir siguiera las migajas de los pomposos banquetes que se daban en las riquísimas salas.

Se tendía en la calle, cerca de la puerta, y pacientemente esperaba. Si Epulón lo veía, mandaba arrojarlo, porque aquel cuerpo cubierto de llagas, desnutrido, vestido de harapos, era un espectáculo muy desagradable para sus convidados. Esto decía Epulón, pero la realidad era que aquel espectáculo de miseria y de bondad era su continuo reproche. Más compasivo que Epulón eran sus perros, bien alimentados, con hermosos collares. Se acercaban al pobre Lázaro y le lamían las llagas, gruñendo de alegría por sus caricias, y hasta le llevaban lo que sobraba de las ricas mesas. Gracias a estos animales Lázaro sobrevivía a la desnutrición completa, pues de parte del hombre hubiera muerto, ya que este no le permitía ni siquiera entrar en las salas después de los banquetes para poder recoger las migajas caídas de las mesas.

Un día Lázaro se murió. Nadie en la tierra cayó en la cuenta. Nadie lo lloró. Epulón por su parte, se alegró de no ver aquel día ni los siguientes aquella miseria que llamaba “oprobio” de sus umbrales. Pero en el cielo cayeron en la cuenta los ángeles. En su último aliento, en su lecho frío y pobre, estaban presentes las cohortes celestiales que en medio de un fulgor de luces recogieron su alma, y con cantos de hosannas la llevaron al seno de Abraham.

Pero poco tiempo después murió Epulón. Oh, ¡qué funerales fastuosos! Toda la ciudad, que ya de antemano sabía que estaba agonizando, se arremolinaba en la plaza donde estaba su casa, para que se le tomase como amiga del grande. Y por curiosidad o por interés con los herederos, se unió el cortejo, y los alaridos llegaron hasta el cielo y con ellos las alabanzas mentirosas al “grande” al “benefactor”, al “justo” que había muerto.

¿Puede la palabra del hombre cambiar el juicio de Dios? ¿Puede la apología humana borrar cuanto está escrito en el libro de la Vida? No, no puede. Lo que está juzgado, queda juzgado, y lo que está escrito, escrito queda. No obstante los funerales solemnes de Epulón, su espíritu fue sepultado en el infierno.

En aquella cárcel horrorosa, en que bebía y comía fuego y tinieblas, en que encontraba odio y tormentos por todas partes y a cada momento de esa eternidad, levantó su mirada al cielo, al

² Cfr. 1 Paral. 4, 9–10.

cielo que había visto en un instante de fulgor, en una fracción de segundo, y cuya indecible belleza le había quedado presente para ser atormentado entre las torturas atroces. Y vio a Abraham, lejano, pero radiante, feliz... y en su seno, radiante y feliz también³ estaba Lázaro. El pobre Lázaro despreciado de otro tiempo, el repulsivo, el miserable Lázaro ¿y ahora?... Y ahora bello con la luz de Dios y de su santidad, rico con el amor de Dios, a quien admiraban no los hombres sino los ángeles de Dios.

Epulón levantó el grito diciendo: “¡Padre Abraham, ten piedad de mí. Manda a Lázaro, porque no puedo esperar que tú mismo lo hagas; manda a Lázaro a que moje la punta de su dedo en el agua y que la ponga en mi lengua, para refrescarla porque me muero en esta llama que me penetra continuamente y que quema!”

Abraham respondió: “Acuérdate, hijo, que tuviste todos los bienes durante tu vida, mientras Lázaro todos los males. Él supo hacer del mal un bien, mientras tú no supiste hacer de tus bienes nada que no fuera malo. Por esto, justo es que él sea consolado y que tú sufras. Además no es posible hacerlo. Los santos están esparcidos sobre la tierra para que los hombres se aprovechen de ellos. Pero, cuando no obstante el estar cercano, el hombre se queda tal cual —en tu caso un demonio— es inútil recurrir a los santos. Ahora estamos separados. Las hierbas en el campo están mezcladas, pero una vez que se les siega, se separan las útiles de las no útiles. Así es entre vosotros y nosotros. Estuvimos juntos en la tierra. Nos arrojasteis. Nos atormentasteis por todos los modos. Entre vosotros y nosotros existe un abismo tal que los de aquí quieren pasar, no pueden, ni vosotros, que estáis allí podéis salvar el abismo inmenso para venir a donde estamos”.

Epulón en medio de un grito de dolor dijo: “Al menos, oh padre santo, manda, te lo ruego, manda a Lázaro a la casa de mi padre. Tengo cinco hermanos. Jamás conocí el amor, ni siquiera por mis parientes, pero ahora, ahora comprendo qué cosa terrible es el no ser amado. Y como aquí donde estoy, existe el odio, ahora entiendo, por el instante que mi alma vio a Dios qué cosa sea el amor. No quiero que mis hermanos sufran mis dolores. Tengo pavor por ellos que siguen mi mismo camino. Oh, manda a Lázaro a que les advierta del lugar donde estoy, y por qué estoy, y que les diga que existe el infierno, que es atroz, y que quien no ama a Dios ni al prójimo viene acá. Mándalo. Que tomen sus providencias para que no tengan qué venir aquí, a este lugar de eterno tormento”.

Abraham respondió: “Tus hermanos tienen a Moisés y a los Profetas. Que escuchen”.

Con un gemido de alma torturada replicó Epulón: “Oh padre Abraham! Les hará más impresión un muerto... ¡Escúchame! Ten piedad”.

Abraham dijo: “Si no escuchan a Moisés ni a los profetas, mucho menos creerán a uno que resucite por una hora de entre los muertos para decirles las palabras de verdad. Y por otra parte no es justo que un bienaventurado deje su seno para ir a recibir ofensas de los hijos del Enemigo. Ya pasó el tiempo de las injurias, ahora está en paz y aquí se queda por orden de Dios que ve la inutilidad de una tentativa de conversión de los que ni siquiera creen en la palabra de Dios, ni la ponen en práctica”.

Esta es la parábola, cuyo significado es tan claro, que no necesita explicación.

Aquí verdaderamente vivió, conquistando la santidad, el nuevo Lázaro, mi Jonás, cuya gloria ante Dios se manifiesta por la protección que dispensa a quien espera en Él. Jonás sí puede venir a vosotros, como protector y amigo, y vendrá si siempre sois buenos. Yo quisiera deciros lo que le dije en la primera pasada, que quería ayudaros, aun materialmente, pero que no puedo, y esto es mi dolor. No puedo sino dirigiros al cielo. No puedo sino enseñaros la gran sabiduría de la resignación prometiándoos el reino futuro. No odiéis jamás por ningún motivo.

³ Cfr. Lc. 16, 25.

El odio es poderoso en el mundo. Pero siempre tiene sus límites. El amor no tiene límites ni en fuerza ni en tiempo. Por lo tanto amad, para poseéroslo como defensa y consuelo sobre la tierra y como premio en el cielo. Es mejor ser Lázaro que Epulón, creédmelo. Buscad la manera de creerlo y seréis felices.

No tengáis en los sufrimientos de estos campos ni una palabra de odio, aún cuando los hechos la justifiquen. No interpretéis mal el milagro. Soy el Amor y no habría castigado. Pero al ver que el Amor no podía doblegar al cruel Epulón, lo entregué a la justicia, y ésta vengó al mártir Jonás y a sus hermanos. Vosotros lo sabéis por el milagro, que la justicia siempre vigila aunque parezca ausente, y que Dios que es dueño de todo lo creado, se puede servir, para aplicarla, de los animales pequeños como las orugas y las hormigas para morder el corazón del cruel y del ambicioso y hacerlo morir con un desbordamiento de veneno que estrangule.

Os bendigo. A cada aurora rogaré por vosotros. Y tú, padre, no te preocupes más por el corderito que me confías. Te lo traeré de cuando en cuando para que puedas regocijarte de verlo crecer en sabiduría y bondad en el camino de Dios. Será tu cordero de esta pobre Pascua, el más agradable de los corderos que se presentarán al altar de Yavé. Yabé, despídete de tu abuelo, y luego ven a tu Salvador, a tu Buen Pastor. ¡La paz sea con vosotros!”

“¡Oh Maestro, Maestro bueno, dejarte!...

“Sí. Es doloroso. Pero no está bien que el vigilante os encuentre. Vine a propósito hasta aquí para evitaros castigos. Obedeced por amor del Amor que os aconseja”. Los desventurados se levantan con las lágrimas en los ojos, y van a su cruz. Jesús nuevamente los bendice, y luego, con la mano del niño en la suya, y con el hombre de Endor al otro lado, regresa a casa de Miqueas. Los alcanza Andrés y Juan que, terminado su turno de guardia, regresan a sus compañeros.

53. De Esdrelón a Enganim pasando por Meguido

17 junio 1945

“Señor, ¿aquella cima es el Carmelo?” pregunta el primo Santiago.

“Sí, hermano. Esta es la cadena del Carmelo y la cima más alta y aquella es la que da el nombre a la cadena”.

“Debe ser bello el mundo también desde allí. ¿Has estado alguna vez?”

“Una sola vez, al principio de mi predicación. Iba Yo solo. A sus pies curé a mi primer leproso. Pero iremos juntos para acordarnos de Elías...”

“Gracias, Jesús. Como siempre me has comprendido”.

“Y como siempre te perfecciono, Santiago”.

“¿Por qué?”

“El por qué está escrito en el cielo”.

“¿No me lo dirás, hermano, Tú que lees lo que está escrito en el cielo?” Jesús y Santiago caminan uno al lado del otro, y sólo el pequeño Yabé que va prendido de la mano de Jesús, puede oír la conversación íntima de los primos que se sonríen mirándose mutuamente.

Jesús pasa un brazo sobre la espalda de Santiago para atraerlo todavía más cerca y le pregunta: “¿Lo quieres saber? Te lo diré a manera de adivinanza, y cuando hayas encontrado la clave, serás sabio. Escucha: “Juntados los falsos profetas sobre el monte Carmelo, se acercó Elías y dijo al pueblo: ‘¿Hasta cuándo querréis nadar en medio de dos aguas? Si el señor es Dios, seguidlo; si lo es Baal, seguid a éste’. El pueblo no respondió. Entonces Elías prosiguió diciendo al pueblo: ‘Soy el único que he quedado en los profetas del Señor’, y de la tierra era el único grito: ‘Escúchame, Señor, escúchame para que este pueblo comprenda que eres el señor

Dios, y que nuevamente has convertido sus corazones', Entonces cayó el fuego del Señor y devoró el holocausto"¹. Adivina, hermano".

Santiago con la cabeza inclinada piensa, mientras Jesús sonríe. Caminan algunos metros, Santiago pregunta: "¿Tiene qué ver con Elías o con mi futuro?"

"Con tu futuro, naturalmente".

Santiago piensa nuevamente y luego dice en voz baja: "¿Estaré destinado a invitar a Israel para que siga de corazón un camino? ¿Seré llamado para ser el único que quede de Israel? Si es así, querrás decir que los otros serán perseguidos y dispersos y que... y que... rogaré a Ti por la conversión de este pueblo... como si fuese yo un sacerdote... como si fuese... una víctima... Pero si así fuese, enciéndeme desde ahora, Jesús..."

"Lo estarás ya. Pero el fuego te arrebatará, así como arrebató a Elías. Por eso tú y Yo solos iremos a hablar al Carmelo".

"¿Cuándo? ¿Después de la Pascua?"

"Después de una Pascua. Y entonces te diré muchas cosas..."

Un río que corre hacia el mar, lleno de las lluvias de primavera y de las nieves disueltas, los detiene.

Acude Pedro y dice: "El puente está allá más arriba. Allí donde pasa el camino que va de Tolemaide a Enganim".

Jesús vuelve atrás dócilmente. Pasa el río sobre un robusto puente de piedra. Se dejan ver al punto otras montañas pequeñas y colinas.

"¿Llegaremos esta tarde a Engamin? Pregunta Felipe.

"Ciertamente. Pero... ahora tenemos al niño. ¿Estás cansado, Yabé?" pregunta amorosamente Jesús. "Sé sincero como un ángel".

"Un poco, señor. Pero procuraré tener ánimos de seguir caminando".

"Este niño está debilucho" dice con su voz gutural el hombre de Endor.

"Lo mismo digo yo" exclama Pedro. "Con la vida que tuvo durante varios meses. Ven que te llevo en mis brazos".

"Oh, no, señor. No te fatigues. Puedo todavía caminar".

"Ven, ven. No estás pesado. Pareces un pajarito mal comido" Y Pedro se lo echa sobre sus espaldas cuadradas, con sus piernitas que le cuelgan a los lados.

Caminan aprisa porque el sol está muy fuerte e invita a llegar lo más pronto a las colinas sombrías.

Se detiene en un lugar que oigo que llaman Meguido, para tomar su comida y descansar cerca de un fresco y murmurador riachuelo, del que brota mucha agua por entre piedras oscuras. Ninguno del pueblo se interesa por los viajeros anónimos entre muchos otros peregrinos más o menos ricos que va a pie, o sobre sus asnos, y mulas de Jerusalén para la Pascua. Ya se respira un aire de fiesta y se ven muchos niños alegres con la idea de la ceremonia con que serán mayores de edad.

Dos muchachitos de condición acomodada, que han venido a jugar cerca del manantial, donde están Yabé y Pedro, que se lo atrae con miles de cosas, preguntan al niño: "¿Vas también para ser hijo de la Ley?"

Yabé responde tímidamente: "Sí", pero se esconde casi detrás de Pedro.

"¿Este es tu padre? Eres pobre, ¿verdad?"

"Sí, soy pobre".

Los dos muchachos, tal vez hijos de fariseos, lo escudriñan irónicamente y curiosamente. Le dicen: "Se ve".

¹ Cfr. 3 Rey. 18, 21-22 y 36-38.

Y así es de hecho... Sus vestidos son miserables. El niño creció, y no obstante que el borde de su vestido, de un color café que ha desaparecido, haya sido bajado, le llega hasta la mitad de las morenas pantorrillas, dejando al descubierto sus pequeños pies que se meten en sandalias feas, sostenidas con correas que deben torturarle los pies.

Los muchachitos, llevados de un egoísmo propio de muchos niños, que no son buenos dicen: “¡Oh! ¡entonces no vas a tener vestido nuevo para tu fiesta! Nosotros, ¡mira!... ¿Verdad, Joaquín? Mi vestido es rojo, y también el manto. El de él es del color del cielo, y tendremos sandalias con hilos de plata y un cinturón precioso y un talet sostenido con una lámina de oro y...”

“...y un corazón de piedra, digo yo!” grita Pedro que ha acabado de refrescarse los pies y de poner agua en las cantimploras. “Sois malos, muchachos. La ceremonia y los vestidos valen un comino si el corazón no es bueno. Prefiero a mi niño. ¡Largaos orgullosos! Idos entre los ricos y tened respeto a quien es pobre y honesto. Ven, Yabé. El agua es buena para los pies cansados. Ven para que te los lave. Después caminarás mejor. Cómo te habrán molestado esas correas. No debes caminar. Te llevaré en brazos hasta que estemos en Enganim. Buscaré uno que tenga un par de sandalias nuevas”. Pedro lava y seca los piecitos que hace tanto tiempo no habían sido acariciados.

El niño lo mira, titubea, luego se inclina sobre el hombre que le estaba acomodando las sandalias, lo rodea con sus bracitos descarnados y dice: “¡Qué bueno eres!” y lo besa en sus alborotados cabellos.

Pedro se conmueve. Se sienta en tierra, en la humedad, como puede y poniéndoselo sobre las piernas le dice: “Ahora dime ‘padre’ ”.

El cuadro es enternecedor, Jesús se acerca con los demás. Los dos muchachitos que se habían quedado por curiosidad dicen al niño: “Luego ¿no es tu padre?”

“Para mí es padre y madre” con firmeza responde Yabé.

“Sí, querido. Dijiste bien: padre y madre. Y a vosotros señoritos, os aseguro que no irá mal vestido a la ceremonia. Irá vestido como rey. Será de color rojo como el fuego y con una faja verde como la hierba, y el talet blanco como la nieve”.

Aun cuando las prendas no vienen al caso, esto parece sorprender a los dos muchachitos que se van corriendo.

“¿Qué haces sentado ahí sobre la humedad?” pregunta Jesús con una sonrisa.

“¿En la humedad? ¡Oh, sí! Ahora caigo en cuenta. Quiero volver a tener la inocencia del cordero en el corazón. ¡Ah, Maestro, Maestro! Está bien, vamos. Debes dejarme que me encargue de este pequeño. Luego lo entregaré. Pero hasta que no sea un verdadero israelita es mío”.

“¡Pero claro que sí! Tú serás su tutor, como un viejo padre. ¿Está bien? Vámonos para llegar al atardecer a Enganim y para no hacer correr mucho al niño”.

“Yo lo cargo. Pesa más mi red. No puede caminar con estas suelas rotas. Ven”. Y Pedro cargándose su hijito, continúa feliz el camino entre arboledas, y por colinas desde las que se puede contemplar la fértil llanura de Esdelón.

Están ya cerca de Enganim —es una ciudad hermosa, con su acueducto, probablemente obra de los romanos— cuando el ruido de un pelotón de soldados los obliga a hacerse a un lado del camino. Los cascos de los caballos resuenan en el camino, que en las cercanías a la ciudad, muestra una especie de pavimento que se deja ver tras el polvo amontonado y basura.

“¡Salve, Maestro! Milagro de verte por aquí” grita Publio Quintiliano que bajando del caballo que lo tiene de la brida, se acerca a Jesús con una sonrisa franca. Sus soldados aflojan el paso por respeto a su jefe.

“Voy a Jerusalén para la Pascua”.

“Yo también. Durante las fiestas se refuerzan las guardias, pero también porque viene Poncio Pilato a ellas y está Claudia. Somos su estafeta. Son caminos inseguros. Las águilas espantan a los chacales” dice el soldado sonriente y mira a Jesús. Después en voz baja: “Este año, doble guardia para proteger las espaldas del desvergonzado de Antipas. Hay mucho descontento porque arrestó al Profeta. Descontento en Israel y descontento, de remache entre nosotros. Pero... hemos pensado ya dar una... cadenciosa melodía de flautas al Sumo Sacerdote y compinches” y en voz más baja: “Tú estás seguro. Los de uñas largas, no las sacarán. ¡Ah, ah! Nos tienen miedo. Basta con que se aclare la voz, para que crean que es un rugido. ¿Hablarás en Jerusalén? Ven cerca del pretorio. Claudia habla de Ti como de un gran filósofo. Es bueno para Ti porque... el procónsul es Claudia” Mira a su alrededor y ve a Pedro colorado, sudando y cargando al niño. “¿Y ese?”

“Un huérfano que tengo conmigo”.

“¡Pero ese hombre tuyo se cansa mucho! Muchacho ¿tienes miedo de venir conmigo en el caballo por unos cuantos metros? Te echaré encima la clámide y cabalgaré despacio. Te devolveré a este hombre cuando estemos a las puertas”.

El niño no opone resistencia. Es tan manso como un cordero. Publio lo pone consigo sobre la silla. Y al ir a dar órdenes a sus soldados de caminar despacio ve al hombre de Endor. Lo mira fijamente y dice: “¿Tú aquí?”

“Sí. Ya no venderé huevos a los romanos. Pero allí dejé las gallinas. Ahora estoy con el Maestro...”

“Bien para ti; tendrás más tranquilidad. Adiós. Salve, Maestro. Te espero en aquel montón de árboles”. Y espolea al caballo.

“¿Lo conoces? ¿Te conoce?” preguntan varios a Juan de Endor.

“Sí; le vendía pollos. Yo primero no le conocía, pero una vez fui llamado a Naim para fijar las contribuciones, y él estaba allí. Desde entonces, cuando iba a comprar libros u otras cosas a Cesarea, siempre me saludaba. Me llama Cíclope o Diógenes. No es malo. Y aunque odio a los romanos, no le he ofendido en nada, porque me podía ser útil”.

“¿Has oído, Maestro? Mis palabras al centurión de Cafarnaúm dieron resultado. Ahora voy más tranquilo” dice Pedro.

Llegan a la arboleda, a cuya sombra la patrulla ha bajado.

“Bien. Aquí está el niño. ¿Alguna orden, Maestro?”

No, Publio. Que Dios se te muestre”.

“Salve”. Sube al caballo, lo espolea. Los suyos lo siguen. Se oyen los cascos de los caballos, se ven brillar las corazas.

Entran a la ciudad y Pedro lleva al niño a comprarle sus sandalias.

“Este hombre se muere por tener un hijo” dice Zelote, y concluye: “Tiene razón”.

“Os daré a millares. Ahora a buscar un refugio para que continuemos mañana al amanecer”.

54. De Engamin a Siquem en dos días

18 junio 1945

Por los caminos cada vez más atestados de peregrinos Jesús continúa su camino hacia Jerusalén. Un fuerte aguacero que cayó por la noche, ha dejado los caminos lodosos, pero a cambio se ha llevado el polvo y el aire está limpio. Los campos parecen un jardín al cuidado de un buen jardinero.

Todos caminan aprisa, porque están descansados y porque el niño que trae sandalias nuevas, puede caminar mejor, y ahora que ya ha cobrado confianza, habla con este y con aquel. A Juan le confía que su padre se llamaba Juan y que su madre María, y que por eso lo quiere mucho.

“Bueno” termina, “quiero a todos, y en el templo rogaré mucho, por vosotros y por el Señor Jesús”.

Es conmovedor ver que este grupo de hombres, en su generalidad sin hijos, muestran un cariño paternal, lleno de cuidados, por el discípulo más pequeño de Jesús. Hasta el hombre de Endor siente ablandarse, cuando hace beber un huevo crudo al niño, o bien cuando se mete entre los bosques verdes que tapizan las colinas y montañas, separadas por grandes valles, por donde va el camino principal, para cortar ramitas agri dulces de espino o las perfumadas de seucédano silvestre. Se las lleva al pequeñín para calmarle la sed y no tenga necesidad de beber mucha agua. Le hace ver y contemplar los panoramas para que no piense en el cansancio.

El antiguo pedagogo de Citium, al que arruinó la maldad humana, vuelve a la vida por este niño, que es una miseria como él lo es. Las arrugas de la desgracia y amargura se hinchan con una sonrisa de bondad. Yabé no tiene ya el aspecto lastimero. Tiene sus sandalias nuevas, y en su cara hay menos tristeza. No sé qué apóstol tuvo cuidado de quitarle cualquier seña de la vida salvaje que por tantos meses llevó, y le ha compuesto con bastante agua sus cabellos sucios y polvorientos, que ahora están limpios y lisos. También el hombre de Endor, que se queda un tanto sorprendido al oírse llamar: Juan, es otro. Sacude su cabeza con una sonrisa como para indicar su poca memoria. Día tras día su cara va perdiendo la dureza que en ella se refleja y adquiriendo una seriedad que no infunde miedo. Naturalmente estas dos piltrafas humanas que vuelven a la vida por la bondad de Jesús, corresponden con su amor por Él. Los demás son personas queridas, pero Jesús... Cuando les habla o mira, en ellos se dibuja la expresión de la felicidad completa.

Después de haber pasado un gran valle y luego subido una verde y hermosísima colina desde la que se puede ver todavía la llanura de Esdrelón, algo hace suspirar al niño: “¿Qué hará mi papá?” y en sus ojitos cafés brillan dos perlititas: “¡Oh, él no es feliz como yo... y es tan bueno!” y estas palabras echan un manto de tristeza sobre todos. De allí se baja a un fértil valle de campos y de olivos. El viento ligero hace que caiga la nieve de las florecitas de las vides y la de los olivos que han brotado prematuramente. La llanura de Esdrelón ha desaparecido del todo.

Se detienen un poco a comer y luego otra vez hacia Jerusalén. Debe haber llovido mucho, o bien se trata de un lugar de aguas subterráneas, porque los prados parecen estar en terrenos pantanosos. El agua brilla entre las hierbas, y llega hasta el borde del camino, que está un poco alzado, pero que con todo no deja de ser lodoso. Las personas adultas se levantan los vestidos para no convertirlos en trapeadores. Judas Tadeo se echa al niño sobre la espalda para que descanse y para que pueda atravesar la zona inundada y tal vez malsana más aprisa. El día ya se va a acabar cuando, después de haber caminado por las faldas de nuevas colinas y haber atravesado un vallecillo de piedras pero seco, llegan a un poblado que está sobre un terreno rocoso, y abriéndose camino entre los muchos peregrinos, buscan alojamiento en algo que parece albergue rústico: un gran tejado, bajo el que hay abundante paja y nada más.

Lámparas encendidas iluminan acá y allá la escena de las familias que van en peregrinación. Familias pobres, como la de los apóstoles, porque los ricos, en general, han puesto sus tiendas fuera del poblado. Sería deshonesto para ellos tener contacto con los del lugar y con los peregrinos pobres.

Baja la noche envuelta en silencio... El primero que se duerme es el niño reclinado sobre las piernas de Pedro, que después lo arregla sobre la paja y lo cubre cuidadosamente.

Jesús reúne a los demás para una plegaria y luego cada uno se acuesta en su lecho de paja.

El nuevo día ha salido. La comitiva apostólica que partió temprano está por entrar al atardecer en Siquem después de haber pasado la ciudad de Samaría. Bella, rodeada de muralla, coronada con edificios elegantes y majestuosos alrededor de los que se estrechan en orden casas

bonitas. Soy de parecer que esta ciudad, como Tiberíades, no hace mucho tiempo que haya sido reconstruida con métodos tomados de Roma. Además de los muros, hay una faja de tierra fertilísima y bien cultivada. El camino que va de Samaría a Siquem se va desenvolviendo de trozo en trozo al bajar con sistemas de terraplenes que sostienen los terrenos, cosa que me trae a la memoria las columnas de Fiésole. Se goza de una magnífica vista de las verdes montañas al sur, y hacia el oeste de una hermosísima llanura.

El camino baja hacia el valle poco a poco, pero vuelve a subir para pasar otras colinas, desde las que se domina la tierra de Samaría con sus cultivos de olivos, de trigo, con sus viñedos. Las colinas están cubiertas de bosques de encinas y de otros fuertes árboles que providencialmente defenderán los cultivos que de otro modo desaparecerían por los vendavales. Esta región me recuerda nuestros montes Apeninos hacia Amiata, cuando una contempla las llanuras cultivadas y las de cereales de Maremma y las colinas alegres y los montes majestuosos que se levantan más allá, en el interior. No sé cómo sea ahora Samaría, pero en aquel entonces era muy hermosa.

Ahora de pronto entre dos altos montes, los más altos de la región, se ve un valle, y en su centro, la fertilísima y bien regada Siquém. La caravana festiva de la corte del Procónsul alcanza aquí a Jesús y a los suyos. Se dirige a Jerusalén para las fiestas. Esclavos a pie y esclavos en carros para guardar todo el mobiliario... Dios mío, cuántas cosas podían transportarse en aquellos tiempos. Carros verdaderos que llevan de todo un poco, y hasta literas completas y carrozas de viaje: son carros anchos de cuatro ruedas, bien protegidos, y bien cubiertos, en los que van las damas. Y después otros carros y esclavos...

Una mano femenina con joyeles recorre una cortina, y se deja ver el perfil enérgico de Plautina que saluda sin palabras, pero sí con una sonrisa. Igual cosa hacer Valeria que tiene su pequeña sobre las rodillas, que es un trinar de alegría. El otro carro, todavía mucho más pomposo, pasa sin que ninguna cortina se recorra. Pero cuando hubo ya pasado, se asoma por la parte de atrás, por entre las cortinas plegadas la cara de color de rosa de Lidia que hace un ademán de inclinación. La caravana se aleja...

“También ellas van” dice Pedro cansado y lleno de sudor. “Si Dios nos ayuda, pasado mañana estaremos en Jerusalén”.

“No, Simón. No puedo menos que desviarme hacia el Jordán”.

“¿Por qué, Señor?”

“Por el niño. Está muy triste, y mucho si volviese a ver el monte de la desgracia”.

“Pero ¡no lo veremos! Mejor dicho, veamos la otra parte... y ya me preocuparé de tenerlo distraído. Yo y Juan... Al punto se distrae. Pobrecita palomita sin nido. Ir en dirección del Jordán. ¡Oh, qué fastidio! Mejor por aquí. Vía directa, más breve, más segura. No. No. Esta, esta. ¿Lo ves? También las romanas lo hacen. A lo largo del mar y del río hay fiebres con esas primeras aguas. Aquí. Y luego... ¿Cuándo se llegue, todavía se alargará? Piensa qué inquietud tendrá tu Madre, ¡después de lo que sucedió al Bautista!... Pedro gana y Jesús conciente.

“Bueno, entonces descansen pronto. Al alba partiremos para llegar pasado mañana por la tarde al Getsemaní. Al día siguiente, viernes iremos a ver a mi Madre, en Betania, donde descansaremos los libros de Juan que no pesan poco, y encontraremos a Isaac al que entregaremos este pobre hermano...”

“¿Y el niño? ¿pronto lo entregas?”

Jesús sonríe: “No. Lo entregaré a mi Madre, para que lo prepare para “su” fiesta. Lo tendremos con nosotros para la Pascua. Después debemos dejarlo... ¡No te aficiones mucho a él! O mejor: Ámalo, ámalo como si fuese un hijo tuyo, pero con espíritu sobrenatural. Lo estás viendo: es débil y se cansa. También a Mí me habría gustado instruirlo y hacerlo creer en la Sabiduría. Pero Yo soy el Incansable, y Yabé es muy chico y muy débil para sobrellevar

nuestras fatigas. Iremos por la Judea, luego regresaremos a Jerusalén para Pentecostés y después nos iremos... nos iremos... nos iremos evangelizando... Lo volveremos a ver para el verano en nuestra pequeña patria. Ya estamos a las puertas de Siquem. Adelántate con tu hermano y con Judas. Ve, Simón, a buscar alojamiento. Iré a la plaza del mercado y esperaré allí”.

Se separan. Pedro aprisa va en busca de alojamiento. Los otros caminan cansadamente por las calles llenas de gente que grita y gesticula, de asnos, de carros que van a Jerusalén para la Pascua que se aproxima. Los gritos, los llamamientos, las imprecaciones se mezclan con los rebuznos de los borricos, y se forma un ruido que retumba bajo los zaguanes de las casas, con estrépito que recuerda el que se percibe cuando uno se pone al oído una de esas conchas de mar. El eco va dando trompicones donde ya las sombras aparecen, y la gente, como agua siempre empujada, se echa por las calles, se desliza en busca de techo, una plaza, un jardín para pasar la noche...

Jesús con el niño de la mano, recargado a un árbol espera a que Pedro regrese a la plaza, la que debido a la hora está siempre llena de vendedores.

“Que nadie nos vea, ni que nos reconozcan” dice Iscariote.

“¿Cómo se puede reconocer un granito entre el arenal?” replica Tomás: “¿No ves cuánta gente hay?”

Pedro regresa: “Fuera de la ciudad hay un tejado con heno. No encontré algo mejor”.

“Ni tampoco buscaremos más. Es muy bello para el hijo del hombre”.

55. De Siquem a Berot

19 junio 1945

Como un río que se enriquece con nuevos afluentes, así es el camino que de Siquem va a Jerusalén. Cada vez aumenta conforme los poblados van echando gente sobre los fieles que se dirigen a la Ciudad Santa, lo cual no poco ayuda a Pedro para tener distraído al niño que extraña sus colinas nativas, bajo cuyos terrones quedaron sepultados sus padres.

En Silo, ciudad levantada en un monte, y que ahora se le deja a la izquierda, se interrumpió la marcha para descansar y comer en un verde valle con aguas musicales, puras y cristalinas. Los viajeros nuevamente emprenden el camino, pasan un montecillo calcáreo, casi árido, sobre el que el sol quema sin misericordia. La bajada se hace entre una serie de bellísimos viñedos que echan sus ramas sobre los riscos del monte calcáreo y que invitan al sueño.

Pedro suelta una carcajada y hace señal a Jesús que a su vez sonríe. El niño no se da cuenta de nada. Va escuchando a Juan de Endor que le habla de otras tierras que él visitó y en la que se dan uvas dulcísimas, pero que no sirven para hacer vino, sino para hacer caramelos más sabrosos que las empanadas de miel.

Ahora otra subida y más pendiente. Jesús y los apóstoles dejan el camino principal, lleno de polvo y de gente para tomar esta vereda cubierta de árboles. Llegados a la cima, allá en la lejanía resplandece un mar de luces, que es un poblado de casas blanqueadas de cal.

“Yabé” dice Jesús, “ven aquí. ¿Ves aquel punto dorado? Es la Casa del Señor. Allí vas a jurar obediencia a la Ley, ¿La sabes bien?”

“Mi mamá me hablaba de ella, y mi padre me enseñaba los mandamientos. Sé leer y... creo que sé lo que “ellos” me dijeron antes de morir...” El niño que con una sonrisa había venido a Jesús, llora ahora con la carita inclinada y la manita que tiembla en la de Jesús.

“No llores. ¿Sabes dónde estamos? Aquí es Betel. Aquí el santo Jacob tuvo su sueño de ángeles¹. ¿Lo sabes? ¿Te acuerdas de él?”

¹ Cfr. . 28, 11–22.

“Sí, Señor, vio una escalera que llevaba de la tierra al cielo, y por ella bajaban y subían los ángeles, y mi mamá me decía que en la hora de la muerte, si uno ha sido bueno, se veía la misma escalera, y se subía por ella a la casa de Dios. Me decía muchas cosas mamá... Pero ahora ya no me las dice... todas las tengo aquí y es todo lo que tengo de ella...” Las lágrimas bajan por la carita muy triste.

“Pero ¡no llores así!” Mira, Yabé. Yo tengo también una Madre y se llama María. Es santa y buena y sabe decir muchas cosas. Es más sabia que un maestro, y más buena y más bella que un ángel. Ahora vamos a donde está. Te querrá mucho. Te contará muchas cosas. Además está la mamá de Juan, que también es muy buena y se llama María. También está la mamá de mi hermano Judas, que es muy dulce como un pan con miel, y también se llama María. Te van a querer mucho, porque eres un buen niño y porque Yo te quiero mucho. Tú crecerás bajo su protección y cuando llegues a ser grande serás un santo de Dios, predicarás como un doctor a Jesús que te ha dado una madre, que abrirá las puertas de los cielos a tu madre muerta, a tu padre, y también a ti, cuando llegue tu hora. No tendrán ni siquiera necesidad de subir por la escalera de los cielos a la hora de la muerte, porque ya la habrás subido durante tu vida, siendo un buen discípulo, y te encontrarás allí a la puerta del Paraíso y Yo estaré allí y te diré: “Ven amigo mío e hijo de María” y estaremos juntos”. La sonrisa sin igual de Jesús, que va caminando un poco encorvado para acercarse más a la carita levantada del niño, que camina a su lado con su manita en la suya y lo que le dijo, le seca las lágrimas y le hacen brotar una sonrisa.

El niño que no es nada tonto, si bien las privaciones y los dolores lo hacen parecer un poco retrasado, inteligentemente pregunta: “Tú dices que abrirás las puertas de los cielos. ¿No están cerradas por el gran Pecado? Mi mamá me decía que nadie podía entrar hasta que no hubiese llegado el perdón y que los justos lo esperaban en el Limbo”.

“Así es. Pero luego iré al Padre, después de haber predicado la palabra de Dios y... haber obtenido el perdón y le diré: “Padre mío, he cumplido toda tu Voluntad. Ahora quiero mi premio por mi sacrificio. Que vengan los justos que esperan tu Reino”. Y el Padre me dirá: “Hágase como Tú quieres”. Y entonces bajaré a llamar a todos los justos, y el Limbo abrirá sus puertas al oír mi voz y saldrán gozosos los santos Patriarcas, los luminosos Profetas, las mujeres benditas de Israel y luego, ¿sabes cuántos niños? Como un vergel, así habrá niños de toda edad. Detrás de Mí vendrán subiendo al Paraíso”.

“¿Y estará mi mamá con ellos?”

“Claro”.

“No me has dicho que estará contigo en la puerta del Cielo cuando habré muerto...”

“Ella y tu padre no tendrán necesidad de estar en la puerta. Como ángeles brillantes volarán del cielo a la tierra, de Jesús a su pequeño Yabé, y cuando estés para morir harán como hacen aquellos dos pajaritos, allá, en aquel seto. ¿Lo ves?” Jesús toma en brazos al niño para que vea mejor. “¿Ves cómo están sobre los huevecillos? Esperan que piquen el cascarón los pajaritos, y luego extenderán sus alas para protegerlos de cualquier mal, y cuando hayan crecido y puedan volar, los ayudarán con sus alas robustas, y los llevarán arriba, arriba, arriba... hacia el sol. Así harán tus papás contigo”.

“¿De veras?”

“De veras”.

“¿Les dirás que se acuerden de venir?”

No habrá necesidad porque ellos te aman. Se los diré a ellos”.

“¡Oh, cuánto te quiero! El niño que está todavía en los brazos de Jesús lo abraza y lo besa con una expresión tan cariñosa que conmueve, Jesús por su parte lo besa y lo vuelve a poner en el suelo.

“¡Oh, está bien! Ahora prosigamos, hacia la Ciudad Santa, donde llegaremos mañana por la tarde. ¿Por qué tanta prisa? ¿Me lo puedes decir? ¿No sería lo mismo llegar pasado mañana?”

“No. No sería lo mismo, porque mañana es la preparación de la Pascua y después del crepúsculo no se puede caminar más de 1,200 metros porque ha empezado el sábado su descanso”.

“Luego, ¿debemos estar de ociosos en el sábado?”

“No. Se ruega al Altísimo Señor”.

“¿Cómo se llama?”

Adonai. Pero los santos pueden decir su Nombre”.

“También los niños buenos. Dilo si lo sabes”.

“Gchyavé” (el niño así pronuncia. Una Gch muy dulce que casi es una Lli, y una “a” muy larga).

“Y ¿por qué se ruega al Altísimo Señor en sábado?”

“Porque se lo ordenó a Moisés, cuando le dio las tablas de la Ley⁴”.

“Ah, ¿sí? Y ¿qué mandó?”

“Mandó santificar el sábado. “Trabajarás durante seis días, pero descansarás el séptimo y descansarás porque así hice Yo después de la Creación” ”.

“¿Cómo? ¿Descansó el Señor? ¿Se había cansado de crear? ¿Y propiamente creó Él? ¿Cómo sabes? Yo sé que Dios nunca se cansa”.

“No se había cansado, porque Dios no camina, y no mueve los brazos. Pero lo hizo para enseñar a Adán y a nosotros, y para tener un día en que pensemos en Él. Él creo todo. Es verdad. Lo dice el Libro del Señor”.

“¿Escribió Él el Libro?”

“No; pero es la Verdad. Y hay que creerlo para no ir con el demonio”.

“Me dijiste que Dios no camina, que no mueve los brazos. ¿Cómo creó entonces? ¿Cómo es? ¿Es una estatua?”

“No es un ídolo. Es Dios. Y Dios es... Dios es... déjame pensar y acordarme cómo me decía mi mamá, y mejor que ella, aquel hombre que iba en tu nombre a encontrar a los pobres de Esrelón... Mi mamá decía, para hacerme entender a Dios: “Dios es como mi amor por Ti. No tiene cuerpo, y con todo existe” y aquel pequeño hombre con una sonrisa dulce decía: “Dios es un Espíritu Eterno, Uno y Trino y la Segunda Persona ha tomado carne por amor nuestro, por nosotros los pobres, y su nombre...” Oh, ¡Señor mío! Ahora que me acuerdo... eres Tú”. El niño sorprendido, se echa en tierra y adora a Jesús.

Corren todos creyendo que se haya caído, pero Jesús les hace señal con el dedo en los labios, y luego dice: “Levántate, Yabé. Los niños no deben tener miedo de Mí”.

El niño levanta con veneración profunda su cabeza y mira a Jesús con otros ojos, como de miedo. Jesús le sonríe y le tiende la mano diciendo: “Eres un sabio, pequeño israelita. Continuemos nuestra investigación. Ahora que me has reconocido, ¿sabes si se habla de Mí en el Libro?”

“¡Oh, claro, Señor! Desde el principio hasta ahora. Él habla sólo de Ti. Tú eres el Salvador prometido. Ahora entiendo por qué abrirás las puertas del Limbo. ¡Oh, Señor, Señor! ¿Y me quieres mucho?”

“Sí, Yabé”.

“No me digas más Yabé. Dame un nombre que quiera decir que me amas, que me has salvado...”

“Escogeré el nombre junto con mi Madre. ¿Está bien?”

⁴ Cfr. Ex. 20, 8–11; Deut. 5, 12–15.

“Pero que quiera significar esto. Y me llamaré así desde el día en que me convierta en hijo de la Ley”.

“Desde aquel día así te llamarás”.

Se ha pasado Betel. Se detienen en un valle pequeño, fresco y abundante en aguas para tomar su comida. Yabé ha quedado como medio atolondrado con la revelación y come en silencio. Con respeto profundo acepta cualquier pedazo de pan que le ofrece Jesús. Pero poco a poco vuelve a su antiguo modo de ser, sobre todo después de haber jugado con Juan, mientras los demás descansan en la verde hierba. Regresa a Jesús junto con Juan que es todo sonrisa y los tres forman un círculo.

“No me dijiste quién habla de Mí en el Libro”.

“Los Profetas, Señor. Y antes habla el Libro desde que fue arrojado Adán. Y luego se dijo a Jacob y a Abraham y a Moisés...”

¡Oh! Me decía mi papá que fue a donde estaba Juan —no este, el otro Juan, el del Jordán— que él era un gran profeta. Te llamaba el Cordero... Ahora comprendo el cordero de Moisés... ¡Tú eres la Pascua!”

Juan lo provoca: “Pero ¿quién es el profeta que hablo mejor de Él?”

“Isaías y Daniel. Pero... a mí me gusta más Daniel, ahora que te amo como si fueses mi padre. ¿Puedo decirlo? ¿Decir que te amó como amé a mi padre? ¿De veras? Pues si es así, yo prefiero a Daniel”.

“¿Por qué? Quien habla mucho del Mesías es Isaías”.

“Sí, pero habla de los dolores del Mesías. Sin embargo Daniel habla del ángel hermoso y de tu venida. Es verdad... también él dijo que el Mesías será inmolado. Yo pienso que el Cordero será inmolado de un solo golpe. No como dice Isaías y David. Yo lloraba siempre cuando los leía mi mamá, pero ella no me los mencionó más” Casi está a punto de llorar, aunque ahora acaricia una mano de Jesús.

“Por ahora basta. Oye, ¿sabes los mandamientos?”

“Sí, Señor. Creo que los sé. Los repetía en el bosque para no olvidarlos, y para oír las palabras de mi mamá y de mi papá. Pero no lloro más (realmente hay un centelleo en sus pupilas), porque ahora te tengo”.

Juan sonríe y abraza a Jesús sonriendo: “¡Mis mismas palabras! Todos los niños de corazón hablan igual”.

“Sí, porque sus palabras proceden de una sola Sabiduría. Es necesario irnos ahora para llegar a Berot muy pronto. La gente sigue aumentando y el tiempo se cierra. Los lugares donde pueda uno refugiarse eran tomados por asalto y no quiero que os enferméis”.

Juan llama a los compañeros y se prosigue la caminata hasta Berot, a través de una llanura, ni muy cultivada, ni muy árida como estaba el montecillo que pasaron después de Silo.

56. De Berot a Jerusalén

20 junio 1945

El cielo está lluvioso, y Pedro parece un Eneas al revés, porque en lugar de cargar a su padre sobre las espaldas, lleva al pequeño Yabé, que va cubierto con el manto de Pedro. La cabecita se deja ver sobre la cabeza cana de Pedro a cuyo cuello se ciñen los brazos del pequeño. A Pedro le gusta chapotear en los charcos.

“Podías dejar de hacerlo” refunfuña Iscariote que está nervioso con el agua que le sale de todas partes.

“¡Eh, tantas cosas habría qué hacer!” responde Juan de Endor clavando su único ojo, que me parece que valga por dos, en el gallardo Judas.

“¿Qué quieres decir?”

“Quiero decir que es inútil desear que los elementos nos respeten, cuando nosotros no respetamos a nuestros semejantes y en cosas que no son dos gotas de agua o rociadas de lodo”.

“Es verdad. Pero a mí me gusta entrar a la ciudad bien vestido, limpio. Tengo muchos amigos que están arriba”.

“Entonces mira de no caer”.

“¿Me provocas?”

“¡Noo! Soy un viejo maestro, y... y un viejo estudiante. Aprendo desde que vivo. Primero aprendí a vegetar, luego observé la vida, después conocí su amargura. Practiqué una justicia inútil, la del “solo” contra Dios y contra la sociedad con sus cadenas; por eso, en el fondo, el ajusticiado fui yo. En fin, ahora, he aprendido, *estoy aprendiendo* a “vivir”. Siendo ahora maestro y estudiante, comprendes que naturalmente me vienen las ganas de repetir las lecciones”.

“Pero yo soy apóstol...”

“Y yo soy un desgraciado, lo sé, y no debería atreverme a enseñarte. Pero mira, no se sabe nunca a lo que puede uno llegar. Me imaginaba morir como un pedagogo honrado y venerado en Chipre y me convertí en homicida y presidiario. Pero cuando levantaba el puñal para hacerme venganza, y cuando arrastraba las cadenas odiando a todos, si me hubiesen dicho que llegaría a ser discípulo del Santo, habría pensado que no estaban bien de la cabeza. Y sin embargo... lo ves. Por esto, también yo puedo tal vez darte una lección buena a ti, que eres apóstol. Con mi experiencia, no con mi santidad. Ni siquiera en ella pienso”.

“Este romano que te llama Diógenes, tiene razón”.

“Sí, pero Diógenes buscaba al hombre y no lo encontró. Yo, más afortunado que él, encontré una víbora donde pensaba encontrar una mujer, y un cuco donde veía al hombre amigo; pero después de haber vagado durante tantos años, sin poder conocer nada, encontré al Hombre, al Santo”.

“Yo no conozco otra sabiduría que la de Israel”.

“Así es. Tienes con qué salvarte. Pero ahora tienes también la ciencia, aún más, la ciencia de Dios”.

“Es la misma cosa”.

“¡Oh, no! Como un día nublado y un día lleno de sol”.

“Bueno, ¿me quieres enseñar? No tengo ganas”.

“Déjame hablar. Antes hablaba a los niños. No me ponían atención. Luego a las sombras: me maldecían. Después a los pollos; eran mejores que los dos primeros, mejores por cierto. Ahora hablo conmigo mismo, no pudiendo hablar con Dios. ¿Por qué me lo quieres impedir? Tengo un solo ojo. La vida destruida en las minas, el corazón enfermo desde hace muchos años. Permite que a lo menos mi mente no se haga estéril”.

“Jesús es Dios”.

“Lo sé, lo creo, más que tú, porque he vuelto a nacer por obra suya; tú no. Pero aunque sea bueno, es siempre Él: Dios, y yo el pobre desgraciado que no me atrevo a tratarlo con familiaridad con que tú lo haces. Le habla mi alma... pues mis labios no se atreven; el alma, que me imagino que la oye llorar de gratitud y de amor penitente”.

“Es verdad Juan. Yo oigo tu alma”. Jesús interviene en la conversación de los dos. Judas enrojece de vergüenza, el hombre de Endor de alegría. “Oigo tu alma, es verdad. Escucho el trabajo de tu inteligencia. Has hablado bien. Cuando en Mí llegues a formarte, te ayudará mucho haber sido maestro alumno estudioso. Habla, habla también contigo mismo”.

“Maestro, una vez y no hace mucho, me dijiste que era malo hablar con el propio “yo” ” toscamente advierte Judas.

“Es verdad lo que dije. Pero la razón fue que murmurabas con tu propio “yo”. Este hombre no murmura: medita, y con un fin bueno. No hace mal”.

“En resumidas cuentas, ¡estoy equivocado!” Judas está de mal humor.

“No. Tienes desasosiego en tu corazón. No siempre puedes estar tranquilo. Los campesinos desean la lluvia. Es caridad rogar para que venga. *También esta es caridad*, pero mira, el arco iris que va de Atarot a Rama. Hemos pasado ya Atarot, hemos pasado el valle triste. Acá todo está cultivado y risueño bajo un sol que se asoma por las nubes. Cuando hayamos llegado a Rama, estaremos a unos 6 kilómetros de Jerusalén. Volveremos a ver Rama desde aquella colina, que señala el lugar de la horrible lujuria que cometieron los gabaonitas¹. Cuando la carne muerde es cosa horrible, Judas...”

Judas no responde. Se retira chapoteando con coraje en los charcos.

“¿Qué le pasa hoy a ese?” pregunta Bartolomé.

“Cállate. Que Simón de Jonás no lo oiga. Evitemos altercados y... no envenenemos a Simón. Está tan contento con el niño”.

“Es verdad, Maestro. Pero no está bien. Se lo diré”.

“Es joven, Natanael. También tú lo fuiste...”

“Sí... pero... No debe faltarte al respeto” Sin querer levanta la voz.

Acude Pedro: “¿Qué pasó? ¿Quién falta al respeto? ¿El nuevo discípulo?” y mira a Juan de Endor, que discretamente se separó al comprender que Jesús corregía al apóstol y que está hablando con Santiago de Alfeo y Simón Zelote.

“Ni por piensos. Es respetuoso como una doncella”.

“¡Ah, bien! Si no... eh, tu ojo estaba en peligro. Entonces... entonces, fue Judas...”

“Oye, Simón, ¿no podrías mejor ocuparte de tu pequeño? Me lo quitaste, y quieres ahora intervenir en una conversación amigable entre Natanael y Yo. ¿No te parece que quieres hacer muchas cosas?”

Jesús con una sonrisa tranquila mira a Pedro que queda dudoso en lo que tiene que hacer. Mira a Bartolomé... pero este ha levantado su cara aguileña para escudriñar el cielo... Pedro comprende que no hay nada que hacer.

La aparición de la Ciudad, que está muy cerca, que puede verse en toda su belleza de colinas, olivos, casas y sobre todo del Templo, este panorama que debía ser fuente de emoción y orgullo de los israelitas, termina de distraer del todo a Pedro. El sol caliente de Abril de Judea ya seca las piedras del camino romano. Ahora hay que buscar dónde hay agua. Los apóstoles descansan al lado del camino. Se bajan los vestidos que llevaban doblados, se lavan los pies llenos de lodo en un riachuelo limpio, se componen los cabellos, se envuelven en los mantos. Lo mismo hace Jesús. Veo que todos hacen lo mismo.

Estar en Jerusalén debía haber sido una cosa importante. Llegar a los muros en estos tiempos de fiesta era como presentarse ante un soberano. La Ciudad Santa era la “verdadera” reina de los israelitas. Lo comprendo este año en que puedo observar, en esta vía romana, las turbas y su modo de comportarse. Los cortejos de las diversas familias se reúnen en orden aquí. Las mujeres en una parte, los hombres en otra. Los niños con uno de ambos grupos, pero todos serios, y al mismo tiempo, serenos. Algunos doblan el manto más usado y sacan uno nuevo de las alforjas de viaje, o se cambian las sandalias. Su andar es solemne, hierático. En cada grupo hay un solista que da el tono, y empiezan a cantarse los viejos, los gloriosos himnos de David. La gente se mira entre sí con ojos más buenos, como si se hubieran ablandado al haber visto la Casa de Dios, y luego miran esta Casa Santa, un enorme cubo de mármol sobre el que

¹ Cfr. Jue. 19, 22–28.

sobresalen sus cúpulas de oro, colocado como perla en el centro del imponente recinto del Templo.

La comitiva apostólica se forma así: adelante Jesús y Pedro que tienen en medio al niño; después Simón, Iscariote y Juan; luego Andrés que ha hecho a Juan de Endor estar entre él y Santiago de Zebedeo; en cuarto lugar los dos primos del Señor con Mateo; los últimos son Tomás, Felipe y Bartolomé. Y en este grupo es Jesús quien entona su fuerte y hermosísima voz de barítono ligero y con vibraciones de tenor. Responde Judas con su voz de tenor seco y Juan con su voz limpia y juvenil, y los dos primos de Jesús con sus voces de barítonos, y el inigualable Tomás con esa voz baja y profunda. Los demás, que no tienen esta hermosa cualidad, siguen sotto-voce al coro. (Los salmos son los conocidos vulgarmente con el nombre de graduales). El pequeño Yabé, con su voz de ángel entre las voces robustas de los hombres, canta muy bien, tal vez porque conoce mejor que los demás el salmo CXXI: “Me he alegrado por lo que me dijeron: “Iremos a la casa del Señor””. Y realmente la carita irradia alegría, la carita que pocos días antes estaba nublada de tristeza.

Los muros están cercanos. Ahí está la Puerta de los Pescados; allí las calles abarrotadas de gente.

Se va al Templo para una oración preliminar. Después la tranquilidad del Getsemaní, la cena, el sueño.

Ha terminado el viaje a Jerusalén.

57. El sábado en Getsemaní

21 junio 1945

La mañana del sábado se ocupa casi en dar descanso a los cuerpos fatigados, en limpiar los vestidos llenos de polvo y arrugados del camino. En los grandes aljibes del Getsemaní, que la lluvia llenó, y en el Cedrón, que es una sinfonía en sus rocas, lleno de espuma, rebosante, con las aguas de los últimos días, hay tanta agua que parece que lo llaman a uno. Los peregrinos, unos después de otros, sin hacer caso de que hace fresco, bajan a meterse al agua, y después de haberse vestido nuevamente de pies a cabeza, con los cabellos todavía tiesos, sacan agua para echarla en piletas donde están sus vestidos separados por colores.

“¡Oh, qué bueno!” dice Pedro contento. “Allí se limpiarán y María los lavará con menos fatiga” (supongo que sea la mujer que está en Getsemaní).

“Sólo tú, pequeñín, no puedes cambiarte. Pero mañana...” De hecho tiene un vestido limpio, que sacó de su pequeño saco, un saquito que bastaría a una muñeca, por lo pequeño que es. El vestido está más desteñido y rasgado que el otro, y Pedro lo mira con preocupación. Dice en voz baja: “¿Cómo puedo hacer para llevarlo a la ciudad? Casi haría de mi manto dos, para que con un trozo... se cubriese”.

Jesús que oye este soliloquio paterno dice: “Es mejor que descanse ahora. Iremos esta tarde a Betania”.

“Pero yo quiero comprarle un vestido. Se lo prometí”.

“Lo harás ciertamente, pero es mejor que pidas consejo con mi Mamá. Sabes... las mujeres... son más hábiles en compras que nosotros... y se sentirá feliz de ocuparse de un niño... Iréis juntos”.

La idea de ir con María a hacer las compras saca de quicio al apóstol. No sé si Jesús diga todo lo que piensa o tan sólo una parte, esto es, de que su Madre tiene un gusto más refinado en los colores de los vestidos. El hecho es que alcanza su objetivo sin mortificar a Pedro.

Se dispersan por el olivar que es muy hermoso en este día de abril. Las lluvias de los días anteriores parecen haber llenado de plata los olivos y de haberlos sembrado de flores, pues sus

hojas resplandecen al sol y muchísimas florecitas están a los pies de los olivares. Los pájaros cantan y vuelan por todas partes. Allí se ve la ciudad alargada al oeste con respecto de quien la mira.

No se ve el hormiguero de gente dentro de ella, pero se ven las caravanas que se dirigen a la Puerta de los Pescados y a otras, cuyo nombre ignoro, de la parte oriental. Esta multitud al entrar viene absorbida como por un animal hambriento.

Jesús está paseando y mira a Yabé que juega con Juan y con los más jóvenes. También Iscariote, al que ya se le pasó el mal humor de ayer, está alegre y juega. Los más viejos miran y sonríen.

“¿Qué cosa dirá tu Madre de este pequeñín?” pregunta Bartolomé.

“Yo digo que dirá: “Está muy delgaducho” dice Tomás.

“¡Oh, no! Dirá: Pobrecito niño” responde Pedro.

“Al revés, te dirá: “Estoy contenta de que lo quieras”” objeta Felipe.

“Tu Madre nunca lo hubiera dudado. Yo creo que no hablará. Se lo estrechará contra su corazón” dice Zelote.

“Y Tú, Maestro, ¿qué crees que dirá?”

“Hará lo que decís. Pero muchas cosas, mejor dicho, todas las pensará y dirá en su corazón y al besarle dirá sólo: “¡Que seas bendito!” y lo curará como si fuera un pajarito caído del nido. Me contó lo que le pasó un día cuando era pequeña. Todavía no tenía tres años, pues aún no estaba en el Templo, y el corazón se le despedazaba al dar, como flor y aceituna en el molino todo su aceite, todo su perfume. Y llevada de un delirio de amor decía a su mamá que quería ser virgen para agradar mas al Salvador, pero que habría querido ser pecadora para poder ser salvada, y como que lloraba, porque su mamá no la entendía y no sabía decirle cómo se puede lograr para ser “la pura” y “pecadora” al mismo tiempo. Su padre la calmó llevándole un pajarito que había salvado de caer en una fuente. Le dijo la parábola del pajarito, diciéndole que Dios la había salvado de antemano y que por eso debía bendecirlo doblemente. La pequeña Virgen de Dios, María la gran Virgen, ejerció su primer maternidad espiritual con aquel pajarito, que ella restituyó a la libertad cuando ya estuvo grande, pero él no abandonó jamás el huerto de Nazaret, consolando con sus vuelos y trinos la casa triste y los corazones tristes de Ana y Joaquín después de que María se fue al Templo. Murió poco antes de que Ana entregase su alma... Había terminado con su destino. Mi Madre había hecho voto de virginidad por amor. Pero tenía, siendo una criatura perfecta, la maternidad en la sangre y en el corazón. Porque la mujer ha sido hecha para ser madre, y es una aberración cuando se hace sorda a este sentimiento, que es amor de segunda potencia”.

También los otros se han acercado poco a poco.

“¿Qué cosa quieres decir, Maestro, con amor de segunda potencia?” pregunta Judas Tadeo.

“Hermano mío, hay muchos amores y muchas fuerzas. Está el amor de primera fuerza: el que se da a Dios. El amor de segunda fuerza: el materno o paterno, porque si el primero es completamente espiritual, el segundo por dos partes es espiritual, y por una carnal. Se mezclan, sí, el sentimiento afectivo humano, pero predomina el superior, porque un padre y una madre que son santos, no sólo dan comida y caricias al cuerpo del hijo, sino también alimento y amor al corazón y al alma de su hijo. Y tan verdad es lo que estoy diciendo que quien se entrega a los niños aun tan sólo por educarlos, termina por amarlos como si fuesen carne suya”.

“Yo amaba mucho a mis discípulos” dice Juan de Endor.

“He comprendido que debiste ser un buen maestro al ver cómo tratabas a Yabé”.

El hombre de Endor se inclina y besa la mano de Jesús sin decir nada.

“Continúa, te lo ruego, tu clasificación de amores” dice Zelote.

“Está el amor por la compañera: amor de tercera fuerza, porque está hecho por mitad, hablo siempre de los amores sanos y santos, de espíritu y por mitad de carne. El hombre para la esposa un maestro y un padre, además de esposo; la mujer para él un ángel y una madre además de esposa. Estos son los tres amores más grandes”.

“Y ¿el amor al prójimo? ¿No te has equivocado? ¿O lo has olvidado?” pregunta Iscariote. Los otros lo miran estupefactos... e irritados por lo que dijo y cómo lo dijo.

Jesús tranquilamente responde: “No, Judas. Pero mira. A Dios se le ama porque es Dios. Así pues, no hay necesidad de explicar para aconsejar este amor. Él es el que es, o sea el Todo; y el hombre: el Nada, que se hace participante del Todo porque el Eterno le infundió el alma. Sin ella el hombre sería uno de tantos animales que viven en la tierra o en el agua o en el aire. Debe adorarlo por deber y para poder sobrevivir en el Todo, esto es, para merecer formar parte del Pueblo santo de Dios en el cielo, ciudadano de la Jerusalén que conocerá ni profanada ni destruida para siempre.

El amor del hombre, y sobre todo el de la mujer, por sus hijos, tiene algo de orden en las palabras que Dios dijo a Adán y Eva, después de que los bendijo, al ver que había hecho una “cosa buena” en el primer sexto día de la creación. Les dijo: “Creced y multiplicaos y llenad la tierra”². Comprendo tu tácita objeción y te respondo de este modo: “Antes de la culpa todo estaba regulado y basado en el amor. El multiplicarse los hijos habría sido amor, santo, puro, poderoso, perfecto. Dios dijo como primer mandamiento al hombre: “Creced, multiplicaos”. Amad, por lo tanto, después de Mí, a vuestros hijos. La malicia no existía y con ella no existía la abominable hambre de los sentidos. El hombre amaba naturalmente a la mujer y ésta al hombre; no en el sentido con que lo entendemos, o mejor, lo entendéis, vosotros hombres, *sino según la naturaleza de los hijos de Dios, sobrenaturalmente*. Dulces fueron los primeros días de amor entre ambos que eran hermanos, porque habían nacido de un Padre único, y sin embargo, eran esposos, y al amarse se miraban con ojos inocentes de dos gemelos en la cuna; y el hombre experimentaba el amor del padre por su compañera “hueso de sus huesos y carne de su carne” como es el hijo para con su padre; y la mujer experimentaba la alegría de ser hija, esto es, de ser protegida con un amor muy sublime, porque sentía tener en sí algo de aquel gallardo hombre que la amaba con inocencia y amor angelical, en los hermosos jardines del Edén!

Después en el orden de los mandamientos que Dios entregó con una sonrisa a sus queridos hijos, está el que el mismo Adán, dotado gratuitamente con una inteligencia inferior tan sólo a la de Dios, estableció lo que se refiere a su compañera y a todas las mujeres en ella. Lo que dijo Adán fue el pensamiento de Dios que se reflejaba en el terso espejo de su alma. Sus palabras fueron: “El hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne”.

Si no hubiesen existido los tres pilares de estos amores, ¿habría podido existir el amor del prójimo? No. No habría existido. El amor de Dios hace amigos a Dios y enseña a amar. Quien no ama a Dios, que es bueno, no puede ciertamente amar a su prójimo, que en gran parte es defectuoso. Si no hubiese existido amor conyugal y paternidad en el mundo, no habría existido prójimo, porque el prójimo son los hijos nacidos de los hombres. ¿Está claro?”

“Sí, Maestro. No había parado mientes en ello”.

“De hecho es difícil remontarse hasta las fuentes. El hombre por desgracia durante siglos y milenios ha estado sumido en el fango y las fuentes están arriba en la cima. Y luego, la primera viene de una grandísima altura: Dios... Pero yo os tomo de la mano y os conduzco a las fuentes. Sé dónde están...”

“¿Y los otros amores?” preguntan al mismo tiempo Simón Zelote y el hombre de Endor.

² Cfr. Gén. 1, 26–31; 2, 18–24.

“El primero de la segunda serie es el del prójimo. En realidad es el cuarto en fuerza. Luego viene el amor por la ciencia; de aquí el amor al trabajo”.

“¿Y basta?”

“Y basta”

“Pero ¡hay muchos otros amores!” exclama Judas Iscariote.

“No. Hay otras hambres, pero no son amores. Son “desamores”. Niegan a Dios, niegan al hombre. No pueden por lo tanto ser amores, porque son negación y la negación es odio”.

“Si me niego consentir en el mal ¿es odio?” replica Judas Iscariote.

“¡Pobres de nosotros! Eres más caviloso que un escriba. ¿Me puedes decir qué te pasa? ¿Es el aire fino de Judea que te picotea los nervios como un calambre?” exclama Pedro.

“No. Me gusta instruirme y tener muchas ideas y claras. Aquí cabalmente es fácil hablar con escribas. No quiero quedarme corto en argumentos”.

“¿Y crees que podrás en el momento en que te haga falta, sacar la hilacha del color necesario de tu saco donde metes todos esos harapos?” pregunta Pedro.

“¿Harapos las palabras del Maestro? ¡Blasfemas!”

“No te hagas el escandalizado. En su boca no hay harapos; pero lo son cuando tratamos mal sus palabras. Da un viso precioso a un niño... Poco después no será más que un jirón sucio. Es lo que nos sucede... Ahora bien, si tú tratas de coger en el momento oportuno el trapo que necesitas, entre éste y el que está sucio... ¡Uhm!... no sé qué te resultaría”.

“Tú no te preocupes. Son negocios míos”.

“Puedes estar seguro que no me meteré. Tengo suficientes con los míos, y luego... Me contento con que no hagas daño al Maestro, porque en ese caso, pensaría en tus negocios...”

“Cuando haga mal, lo harás. Pero no sucederá jamás porque sé hacer... No soy un ignorante yo...”

“Lo soy yo, lo sé. Pero no acumulo nada para después estarlo mostrando al aire. Le ruego a Dios, y Él me ayudará por amor de su Mesías de quien soy su siervo más pequeño y más fiel”.

“Todos somos fieles” replica Judas.

“¡Oye, sinvergüenza! ¿Por qué ofendes a mi padre? Es viejo, es bueno. No debes hacerlo. Eres un mal hombre y me das miedo” dice Yabé enérgicamente, y con ello interrumpe el silencio en que se había metido.

“¡Y van dos!” exclama en voz baja Santiago de Zebedeo, dando un codazo a Andrés. Habló quedito, pero Iscariote lo oyó.

“Ves, Maestro, si las palabras del tonto muchacho de Mágdala no han dejado una huella” dice Judas encendido en ira.

“¿No sería mejor que el Maestro continuase su lección, más bien que estar como gallitos? Pregunta el pacífico Tomás.

“Así es, Maestro. Háblanos un poco más de tu Mamá. Es tan luminosa su infancia. Por reflejo nos hace el alma virgen, y yo pobre pecador, tengo tanta necesidad” exclama Mateo.

“¿Qué queréis que os diga? Tengo tantos episodios, el uno más dulce que el otro...”

“¿Te los contó Ella?”

“Alguno que otro, pero José mucho más. He aquí uno de ellos que también me dijo Alfeo de Sara, un poco mayor que mi Madre, y que fue su amigo en el breve tiempo en que Ella estuvo en Nazaret”.

“Oh, cuéntalo...” dice Juan. Todos han formado un círculo, sentados bajo la sombra de los olivos. Yabé está en el centro. Mira fijamente a Jesús como si oyese un cuento deliciosísimo.

“Os contaré la lección de castidad que mi Madre dio, pocos días antes de que entrase en el Templo, a su pequeño amigo y a otros muchos.

Un día se casó una doncella en Nazaret, parienta de Sara, y Joaquín y Ana fueron invitados a las nupcias. Con ellos fue también la pequeña María, que con otros niños tenía el encargo de arrojar pétalos de flores por donde pasaba la novia. Dicen que era muy bella de pequeña, y que todos se la disputaban, después de que en medio de la pompa entró la novia. Era muy difícil ver a María que siempre estaba en casa. Quería muchísimo una grutita que todavía ahora la llama: “La gruta de los esponsalicios”. Como era rubia, con mejillas de color de rosa y gentil, cuando la gente la veía la colmaba de caricias. La llamaban: “La flor de Nazaret” o también “La Perla de Galilea”, o bien “La Paz de Dios” como recuerdo de un arco iris que apareció de improviso cuando nació. Y de hecho, es todo esto y algo más. Es la Flor del cielo y de lo creado; la Perla del Paraíso y la Paz de Dios... Sí, la Paz. Yo soy el Pacífico porque soy el Hijo del Padre, e hijo de María: La Paz infinita y la Paz dulce.

Aquel día todos la querían besar y tomar en los brazos. Pero ella, a quien no le gustaban ni los besos ni las caricias, dijo con gravedad infantil: “Os ruego. No me estrujéis”. Creyeron que se refería a su vestido de lino, sobre el que llevaba una franja de color azul, a sus muñecas, a su cuello... o bien a la corona de flores azules que Ana le había puesto en la cabeza para detenerle los rizos y le dicen que no le habían estrujado ni su vestido, ni su guirnalda. Pero Ella, una pequeña de tres años, en medio de un círculo de personas adultas, seriamente dijo: “No me refiero a lo que se repara. Me refiero a mi alma. Es de Dios. Y no quiero sino que Dios la toque”. Le replicaron: “Nosotros te besamos a ti, no a tu alma”. Y Ella: “Mi cuerpo es templo del alma y el sacerdote es el Espíritu. Al pueblo no se le admite en el recinto sacerdotal. Os ruego. No entréis en el recinto de Dios”.

Alfeo que entonces tenía ocho años y que la quería mucho, recibió esta respuesta, al día siguiente de la fiesta, cuando la encontró cerca de la grutita, recogiendo flores. Le preguntó: “María, cuando llegues a ser grande ¿te querrás casar conmigo?” Todavía en su mente bullía la fiesta nupcial a la que él había asistido. Y Ella: “Te amo mucho, pero no te veo como a hombre. Te diré un secreto. Veo sólo el alma de los vivientes. A esa amo mucho, con todo el corazón. Pero no veo a otro fuera de Dios, ‘Verdadero Viviente’, al que pueda entregarme yo misma”.

“Esto fue un episodio”.

““¡Verdadero Viviente!” Pero sabes que es una palabra profunda” exclama Bartolomé.

Y Jesús humilde y sonriente: “Ella era la Madre de la Sabiduría”.

“¿Era?... Pero ¿no tenía tres años?”

“Era. Yo vivía en Ella desde su concepción como Dios en Ella, en la unidad y Trinidad perfectísima”.

“Perdona si yo pecador me atrevo a hablar. ¿Joaquín y Ana sabían que era la virgen protegida?” pregunta Judas Iscariote.

“No lo sabían”.

“Y entonces ¿cómo pudo Joaquín decir que Dios la había salvado de antemano? ¿No se refiere a su privilegio de la culpa?”

“Se refiere. Pero Joaquín hablaba por boca de Dios, como todos los profetas. Él tampoco comprendió la verdad sublime, sobrenatural que el Espíritu ponía sobre sus labios. Joaquín era un justo, tanto que llegó a merecer ser padre de Ella. Y era humilde. De hecho no hay justicia donde reina la soberbia. Era un hombre justo y humilde. Consoló a su Hija con amor de padre. Le enseñó con sabiduría de sacerdote, pues lo era como protector del Arca de Dios. La consagró como Pontífice con el dulce título: “La sin Mancha”. Vendrá un día en que otro Pontífice canoso dirá al mundo: “Ella es la que fue concebida sin Mancha” y presentará al mundo de los creyentes esta verdad, como artículo de fe que deberá aceptarse, para que en el mundo de ese entonces que cada vez más se sumirá en neblina de herejías y de vicios, resplandezca radiante la

Toda Bella de Dios; apoyada en los astros, la Reina de lo Creado y de lo increado. Porque Dios-Rey, tiene en su Reino a María por Reina”.

“Entonces ¿Joaquín era Profeta?”

“Era un justo. Su alma repitió como un eco lo que Dios decía a su alma”.

“¿Cuándo iremos a donde está esta Mamá, Señor?” pregunta Yabé con ojos de ansia.

“Esta tarde. ¿Qué le dirás cuando la veas?”

““Buenas tardes, Madre del Salvador” ¿Está bien así?”

“Muy bien” afirma Jesús y lo acaricia.

“¿Hoy no iremos al Templo?” pregunta Felipe.

“Iremos antes de partir para Betania. Tú te quedarás aquí. ¿No es verdad?”

“Sí, Señor”.

La mujer de Jonás, el cuidador del olivar, que se ha acercado despacito, dice: “¿Por qué no lo llevas? El muchacho tiene ganas...”

Jesús la mira fijamente sin decirle nada.

La mujer entiende y dice: “¡Entiendo! Debo tener todavía un pequeño manto de Marcos. Voy a buscarlo” y corre ligera.

Yabé jala a Juan de la manga: “¿Serán duros los maestros?”

“¡Oh, no! No tengas miedo. Además no es para hoy. En pocos días serás más sabio, con la Madre de Jesús, que un doctor” lo anima Juan. Los otros oyen a Yabé y se ríen de sus temores.

“Pero ¿quién lo presentará como su padre?” pregunta Mateo.

“Yo. ¡Es natural!... a no ser que lo quiera presentar el Maestro” responde Pedro.

“No, Simón. No lo haré. Te dejo esta honra”.

“Gracias, Maestro. Pero... ¿también estarás Tú?”

“Ciertamente. Todos estaremos. Es “nuestro” niño...”

Regresa María de Jonás con un manto de color violeta, en buenas condiciones. ¡Pero el color! Ella misma dice: “Marcos nunca quiso usarlo porque no le gustó el color”.

A fe mía que es horrible. Y el pobre Yabé con esa cara cenicienta parece una ahogado en ese color. Pero él no se ve... y estará feliz de poder envolverse en el manto como un adulto...

“La comida está pronta, Maestro. La sirvienta ha quitado ahora el cordero del asador”.

“Vamos, pues”.

Y bajando del lugar donde estaban, entran en la ancha cocina para comer.

58. En el Templo, a la hora de la Oferta

22 junio 1945

Pedro en realidad entra solemne con vestido de padre en el recinto del Templo, llevando de la mano a Yabé. Parece hasta más alto, tan derecho que camina.

Detrás y en grupo, el resto de los apóstoles. Juan es el último. Viene conversando animadamente con Juan de Endor, que parece tener vergüenza de entrar en el Templo.

Pedro pregunta a su protegido: “¿Has alguna vez estado?” Y al oír la respuesta: “Cuando nací, padre. Pero no me acuerdo”, ríe de gusto y pasa la respuesta a los demás que también ríen acompañándola con donaires y chistes: “Tal vez estaba dormido y por eso...” o también: “Todos fuimos como tú. No nos acordamos de cuando vinimos aquí después de nacidos”.

Jesús pregunta lo mismo a su protegido y obtiene una respuesta más o menos semejante. Porque Juan de Endor dice: “Éramos prosélitos y vine en brazos de mi madre, exactamente en la Pascua, porque nací en los primeros días de Adar y mi madre que era judía, hizo el viaje a duras penas para ofrecer al Señor en el Templo a su hijo. Tal vez fue muy pronto... porque se enfermó y ya no se curó. Tenía menos de dos años cuando me quedé sin mamá. Fue mi primera desgracia

en la vida. Era yo su primogénito y fui su único hijo por su enfermedad. Ella estaba orgullosa de morir por haber obedecido la Ley. Mi padre me decía: “Murió contenta por haberte ofrecido al Templo”... ¡Pobre mamá! ¿Qué ofreciste? Un futuro asesino...”

“Juan, no digas así. Entonces eras Félix, ahora eres Juan. No olvides la gracia que Dios te ha hecho. Siempre tenla presente. Haz a un lado el envilecimiento de lo que fuiste... ¿No volviste otra vez al Templo?”

“Oh, sí! A los doce y desde entonces hasta que pude... hasta que pude hacerlo... Luego, cuando pude haberlo hecho, no lo hice, porque ya te dije que tenía un solo culto: el odio... Y también por esto no me atrevo a seguir más adelante. Me siento extraño en la Casa del Padre... Por mucho tiempo lo abandoné”.

“Tú regresas de la mano ahora conmigo, que soy el hijo del Padre. Si te llevo ante el altar es porque todo está perdonado”. Juan de Endor con un fuerte sollozo dice: “Gracias, Dios mío”.

“Sí da gracias al Altísimo. ¿Ves que tu madre, verdadera israelita, tenía espíritu profético? Tú eres su primogénito consagrado al Señor, y que no será rescatado. Eres discípulo mío, de Dios y por eso futuro sacerdote de tu Señor en la nueva era y religión que llevará mi nombre. Te absuelvo *de todo*, Juan. Sigue adelante sereno ante el Santo. En verdad te digo que entre los que viven en este recinto, hay muchos más culpables que tú, y mucho más indignos de acercarse al altar”...

Entre tanto Pedro se industria en explicar al niño las cosas de mayor relieve del Templo, pero tiene qué llamar en su ayuda a los más cultos, y sobre todo a Bartolomé y Zelote, porque con ellos sí se siente a sus anchas con su vestido de padre.

Están cerca del gazofilacio para echar sus ofrendas cuando les habla José de Arimatea: “¿Os encontráis aquí? ¿Desde cuándo?” pregunta después de haberse saludado recíprocamente.

“Desde ayer por la tarde”.

“¿El Maestro?”

“Está allí, con un nuevo discípulo. Ahora viene”.

José mira al niño y pregunta a Pedro: “¿Un nieto tuyo?”

“No... sí... En otras palabras: nada por la sangre, mucho por la fe, todo por amor”.

“No te entiendo...”

“Un huérfano... por esto nada por la sangre. Un discípulo... por esto mucho por la fe. Un hijo... por esto, todo por amor. El Maestro lo recogió... y yo lo cuido. En estos días será mayor de edad...”

“¿Tan pronto doce años? ¡Qué chiquito!”

“Eh, pero te lo dirá el Maestro... José tú eres bueno... uno de los pocos buenos, que hay aquí adentro... Dime: ¿me ayudarás en esto? Sabes... yo lo presento como si fuese mi hijo. Pero soy galileo y tengo una lepra horrible en la espalda...”

“¿Lepra?” exclama y pregunta asustado José, retirándose.

“¡No tengas miedo!... Tengo la lepra de ser de Jesús. La más odiosa para esos del Templo, salvo pocas excepciones”.

“¡Nooo! ¡No digas eso!”.

“Es verdad y hay qué decirlo... Por esto temo que sean duros con el pequeño, por mi causa y por causa de Jesús. Además no sé si sepa y cómo sepa la Ley, la Halascia, la Haggada y los Midrashot¹. Jesús dice que sabe demasiado...”

“¡Bueno! Si lo dice Jesús, no debes temer”.

“Con tal de darme esos un disgusto...”

“¡Quieres mucho a este pequeño! ¿Lo tienes siempre contigo?”

¹ Esto es, los comentarios rabínicos sobre la Biblia. Una clase de estos se encuentra en Sap. 16–19

“¡No puedo!... Siempre estoy en el camino... El niño es pequeño y delgaducho”.

“Pero yo vendré siempre gustoso contigo...” dice Yabé que ha cobrado confianza al sentir las caricias de José.

Pedro despidió alegría por todos los costados, pero: “El Maestro dice que no está bien, y no lo haremos. De todos modos nos veremos José... ¿me ayudas?”

“Claro que sí. Vendré contigo. Delante de mí no cometerán ninguna injusticia. ¿Cuándo? ¡Oh, Maestro! ¡Dame tu bendición!”

“La paz sea contigo, José. Tengo mucho gusto en verte y de que estés bien”.

“Yo también, Maestro. Nuestros amigos te verán con gusto. ¿Estás en Getsemaní?”

“Después de la oración voy a Betania”.

“¿A casa de Lázaro?”

“No, a la de Simón. Tengo allí a mi Madre, y a la madre de mis hermanos y a la de Juan y Santiago. ¿Vendrás a verme?”

“¿Me lo pides? Es una gran alegría y gran honor. Te lo agradezco. Iré con varios amigos...”

“Despacio, José, con los amigos...” aconseja Simón Zelote.

“¡Oh! Ya los conocéis. La prudencia dice: “Que el aire no huela”. Pero cuando los veáis, comprenderéis que son *amigos*”.

“Entonces...”

“Maestro, Simón de Jonás me estaba hablando de la ceremonia que tiene que hacer el pequeño. Cuando llegaste, le estaba preguntando cuándo pensáis hacerla. Quiero también yo estar presente”.

“El miércoles antes de la Pascua. Quiero que haga su Pascua como hijo de la Ley”.

“Muy bien. Entendido. Iré a Betania para traerlos, Pero el lunes iré con mis amigos”.

“Aceptado”.

“Maestro, te dejo. La paz sea contigo. Es la hora del incienso²”

“Adiós, José. La paz sea contigo. Ven. Yabé. Esta es la hora más solemne del día. En la mañana hay una igual, pero esta es más solemne. En la mañana empieza el día. Es justo que el hombre alabe al Señor para que lo bendiga durante todo el día en todo lo que haga. Pero la tarde es todavía más solemne. La Luz se va, termina el trabajo, viene la noche. La luz que se va, trae a la mente la caída en el mal, y en realidad las acciones pecaminosas con frecuencia se cometen en la noche. ¿Por qué? Porque el hombre, que no tiene ya el trabajo en las manos, más fácilmente lo rodea el Maligno que le arroja sus llamamientos y sus pensamientos molestos. Por esto está bien, que después de haber agradecido a Dios por habernos protegido durante el día, le pidamos que se alejen de nosotros los fantasmas de la noche y las tentaciones. La noche, el sueño... símbolos de la muerte. Bienaventurados los que habiendo vivido con la bendición del Señor, se duermen no en las tinieblas, sino en una brillante aurora. El sacerdote que ofrece el incienso lo hace por todos nosotros; ruega por todo el pueblo, en unión de Dios, y Dios le confía su bendición para el pueblo de sus hijos. ¿Ves cuán grande sea el misterio del sacerdote?”

“Me gustaría... me parecía de estar más cercano a mi mamá...”

“Si eres siempre un buen discípulo y un buen hijo de Pedro, lo obtendrás. Ven ahora. Oye, las trompetas anuncian que ha llegado la hora. Vamos con veneración a alabar a Yeová”.

59. En Betania. Jesús se encuentra con su Madre

23 junio 1945

² Cfr. Ex. 30, 1–10; 37, 25–29; (Apoc. 8, 2–5).

A través del camino sembrado que une el Monte de los Olivos con Betania o podría decir mejor que el monte llega con sus faldas verdes hasta los campos de Betania, Jesús con los suyos camina ligero a la ciudad de Lázaro. Todavía no entra en ella, cuando ya lo reconocen, y estafetas voluntarios corren en todas las direcciones para anunciar su llegada. Esta es la razón por la que acuden Lázaro y Maximino de una parte, Isaac, Timoteo y José de la otra. Por su parte, vienen Marta y Marcela que levantan su velo para inclinarse a besar los vestidos de Jesús, e inmediatamente después acuden María de Alfeo y María Salomé que hacen una reverencia profunda al Maestro, y luego abrazan a sus hijos. Entre tanto el pequeño Yabé, siempre asido de la mano de Jesús, mira atolondrado a todos los que están llegando. Juan de Endor, que se siente extraño, se separa del grupo. Y sobre el sendero que lleva a la casa de Simón aparece la Madre de Jesús.

Jesús suelta la mano de Yabé y con delicadeza rechaza a sus amigos para llegar pronto a Ella. Las palabras con que suelen saludarse rompen el aire en una nota de amor. “¡Hijo!”, “¡Mamá!” Ambos se saludan con un beso. En el beso de María se encuentra la inquietud que durante tanto tiempo ha existido, y ahora, al desaparecer el temor, siente el cansancio del esfuerzo hecho, con el que medía la inmensidad del peligro en que se había encontrado.

Jesús la acaricia. Le dice: “Además de mi ángel, tenía el tuyo, Madre, que me cuidaba. Nada malo podía sucederme”.

“Sea alabado el Señor. Pero ¡he sufrido mucho!”

“Quería venir más pronto, pero tuve qué ir por otros caminos para obedecerte. Y estuvo bien, porque tus órdenes, Madre mía, como siempre traen el bien”.

“Tu obediencia, ¡Hijo!”

“Tus sabias órdenes, Madre...” Se sonríen mutuamente como dos que siempre se aman.

Pero ¿es posible que esta Mujer sea Madre de este Hombre?

¿En dónde están los dieciséis años de diferencia? La frescura y gracia del rostro y cuerpo virginal hacen que María parezca ser hermana de su Hijo, que se halla en la plenitud de su hermosísima virilidad.

“¿No me preguntas por qué siempre tus ordenes dan buen resultado?” pregunta Jesús con su eterna sonrisa.

“Sé que mi Jesús nada me oculta”.

“¡Querida Mamá!” La besa otra vez...

La gente está un poco retirada y hace como si nada observara. Pero apuesto que no hay ningún par de ojos que fingen mirar a otra parte que de soslayo no miren esta dulce escena.

El que más es Yabé, a quien Jesús soltó cuando corrió a abrazar a su Madre y que se quedó solo, porque en la tempestad de preguntas y respuestas nadie pensó en el pobre niño... Mira, sigue mirando, luego baja la cabeza, lucha contra el llanto... pero al final no puede más y rompe en llanto con: “¡Mamá, mamá!”

Todos vuelven la cara. Los primeros son Jesús y María. Todos quieren saber qué cosa ha pasado al niño. María de Alfeo acude, y acude Pedro —estaban juntos— y ambos le preguntan: “¿Por qué lloras?”

Pero antes de que su llanto pueda calmarse y pueda hablar, María ha llegado y lo ha tomado en sus brazos diciéndoles: “Sí, hijito mío, aquí está Mamá, no llores... y perdona que no te haya visto antes. Ved, amigos, a mi hijito...” Se entiende que Jesús, cuando se separó unos metros, debió haberle dicho: “Es un huerfanito que lo tengo conmigo”. Lo demás lo intuyó María.

El niño sigue llorando, pero no tan tristemente. Y como María lo tiene en sus brazos y lo besa, termina con sonreír aquella carita bañada en llanto.

“Ven que te voy a secar esas lágrimas. ¿No tienes qué llorar más! Dame un beso...”

Yabé no quería más que eso, después de haber recibido las caricias de hombres barbados se complace en besar las tersas mejillas de María.

Jesús ha buscado y visto a Juan de Endor, al que va a encontrar en un rinconcito, entre tanto que todos los apóstoles saludan a María. Jesús se acerca, trayendo de la mano a Juan de Endor y le dice: “Mira Madre otro discípulo. Tus órdenes me dieron estos dos hijos”.

“Tu obediencia, Hijo” repite María. Luego se dirige a Juan y le dice: “La paz sea contigo”.

Este hombre, el hombre rudo de Endor, que tanto ha cambiado desde aquella mañana en que el capricho de Iscariote condujo a Jesús a aquella población, termina por arrojar de sí su pasado, mientras se inclina ante María. Creo que sucedió así, porque al bajar su cara y al levantarla, parece serena, verdaderamente “llena de paz”.

Todos se dirigen a la casa de Simón: María con Yabé en los brazos, Jesús con Juan de Endor a quien tiene de la mano y luego a su alrededor Lázaro y Marta; los apóstoles con Maximino, Isaac, José y Timoteo.

Entran en la casa en cuyos umbrales el viejo siervo de Simón hace reverencia a Jesús y a su dueño.

“La paz sea contigo, José, y en esta casa” dice Jesús levantando su mano para bendecirla, después de que la puso sobre la blanca cabeza del viejo servidor.

Lázaro y Marta, después de los primeros arrebatos de alegría, están un poco tristes. Jesús les pregunta: “¿Por qué, amigos?”

“Porque Tú no estás con nosotros, y porque todos vienen a Ti, menos el alma que quisiéramos fuese tuya”.

“Tened paciencia. Esperad y orad. Yo estoy con vosotros. ¡Ésta casa!... no es sino el nido de donde el Hijo del Hombre volará diariamente a donde están sus queridos amigos, que están muy cerca si tienen en cuenta la distancia, y sobrenaturalmente, sin comparación alguna, cercanos en el amor. Vosotros estáis en mi corazón y Yo en el vuestro. ¿Puede existir una vecindad mejor? Esta tarde estaremos juntos. Os ruego que os sentéis con nosotros a mi mesa”.

“Oh, pobre de mí. Y ¡yo aquí de perezosa! Ven, Salomé. ¡Tenemos qué hacer!” El grito que dio María de Alfeo hace reír a todos, mientras la buena parienta de Jesús se levanta presta para ir a su trabajo.

Marta la alcanza: “No te preocupes, María, por la comida. Voy a dar órdenes. Prepara sólo las mesas. Te mandaré alimentos suficientes y cuanto sea necesario. Ven, Marcela. Vuelvo al punto, Maestro”.

“Lázaro, vi a José de Arimatea. El lunes viene aquí con amigos suyos”.

“¡Oh! Entonces ¡ese día estás conmigo!”

“Sí. Viene a estar con nosotros, pero también para tratar de una ceremonia que tiene qué ver con Yabé. Juan: lleva al niño a la terraza. Allí estará contento”.

Juan de Zebedeo, siempre obediente, se levanta al punto de su asiento y poco después se oye que charla y que corre sobre la terraza.

“El niño” explica Jesús a su Madre, a los amigos y mujeres, entre las que está Marta que volvió inmediatamente, para no perderse ni un instante del placer de estar cerca del Maestro “es nieto de un campesino de Doras. Pasé por Esdrelón...”

“¿Es verdad que los campos son una desolación y que los quiere vender?”

“Están en verdad, desolados. De que los quiera vender no sé. Un campesino de Yocana me lo indicó. Pero no sé si sea cosa segura”.

“Si los vendiese... los compraría gustoso para que tuvieses un refugio aun en medio de ese nido de serpientes”.

“No creo que lo lograrías. Yocana está pronto a tomarlos”.

“Veremos... Pero sigue contándonos. ¿Qué campesinos son? Dispersó a los de antes por todas partes”.

“Sí, los que están, vinieron de sus tierras de Judea, al menos el viejo que es abuelo del niño. A este se le tenía en el bosque como a un animal salvaje, para que Doras no lo descubriese... estuvo allí desde el invierno...”

“¡Oh! ¡Pobre niño! Pero ¿por qué?” Todas las mujeres están conmovidas.

“Porque sus padres quedaron sepultados en el derrumbe que hubo cerca de Emmaús. Todos: padre, madre, hermanitos. Él sobrevivió porque no estaba en casa. Lo llevaron al abuelo. Pero ¿qué podía hacer un campesino de Doras? Tú, Isaac, le hablaste de Mí como de un salvador, *aun* en este caso”.

“¿Hice mal, Señor?” pregunta humildemente Isaac.

“Hiciste bien. Dios lo quería. El viejo me dio al niño, que en estos días será mayor de edad”.

“¡Oh! ¡Pobrecito! ¿tan pequeño a los doce? Mi Judas era a su edad casi el doble de tamaño... ¿Y Jesús? ¡Qué flor!” exclama María de Alfeo.

Y Salomé: “También mis hijos eran muy fuertes!”

Marta dice en voz baja: “Realmente es muy pequeño. Yo creía que tuviese unos diez años”.

“¡Eh! ¡El hambre es horrible! Y debe haberla padecido desde que vino al mundo. Además... ¿qué cosa podía darle el viejo, si allí mueren todos de hambre?” dice Pedro.

“Sí, ha sufrido mucho. Pero es muy bueno e inteligente. Lo tengo conmigo para consolar al viejo”.

“¿Lo adoptas?” pregunta Lázaros.

“No, no puedo”.

“Entonces lo tomo yo”.

Pedro ve que sus esperanzas se le van, y con un verdadero grito de angustia dice: “Señor, ¿todo a él?”

Jesús sonríe: “Lázaro, ya has hecho muchas cosas y te lo agradezco. Pero no te puedo confiar este niño. Es “nuestro” niño. De “todos” nosotros. La engría de los apóstoles y del Maestro. Por otra parte, aquí crecería en medio de la abundancia. Quiero regalarle mi manto real: “la pobreza honrada”. La que el Hijo del Hombre quiere para sí, para poder acercarse a todas las grandes miserias sin mortificar a nadie. Hace poco recibiste un regalo mío...”

“Ah, sí. El viejo patriarca y su hija. La mujer es muy diligente y el viejo muy bueno”.

“¿Dónde está ahora? Quiero decir: ¿En qué lugar?”

“Acá en Betania. ¿Creías que iba yo a dejar la bendición que me enviaste? La mujer está en el lino. Se necesitan manos suaves y expertas para ese trabajo. El viejo como quiere trabajar, lo puse en las colmenas. Ayer –¿verdad, hermana?– tenía su larga barba toda de oro. Las abejas que estaban formando su enjambre, se le habían amontonado en ella, y les hablaba como si fueran sus hijas. Está contento”.

“¡Lo creo! ¡Que seas bendito!” dice Jesús.

“Gracias, Maestro. Pero ¿ese te costará dinero! Al menos me permitirás...”

“Yo me preocuparé de su vestido para la fiesta” grita Pedro. Todos se echan a reír por lo inesperado del grito.

“Está bien. Pero tendrá necesidad de otros vestidos. Simón, sé bueno. También yo estoy sin niños! Permite que yo y Marta nos consolemos preocupándonos de los pequeños vestidos que hay que hacerle”.

Pedro, ante esta súplica, se conmueve al punto y dice: “Los vestidos... sí... Pero el del miércoles lo compro yo. Me lo ha prometido el Maestro y me dijo que iré mañana con su Madre a comprarlo”. Pedro dice esto por temor de algún cambio en su contra.

Jesús sonríe y dice: “Sí, Madre. Te ruego que vayas mañana con Simón. De otro modo este hombre se me muere de ansias. Lo aconsejarás en la compra”.

“Ya dije: vestido rojo y faja verde. Se verá muy bien, mejor que con ese color que tiene ahora”.

“El rojo le quedará muy bien. También Jesús iba vestido de rojo. Yo propondría que sobre el vestido rojo hubiese una faja roja, o a lo menos recamado en rojo” dice dulcemente María.

“Yo decía así, porque veo que Judas que es moreno, se ve muy bien con esa faja sobre su vestido rojo”.

“Pero estas no son verdes, amigo” dice Iscariote con una sonrisa.

“¿No?... ¿de qué color?”

“Este color se llama “vena de ágata””.

“Y ¿cómo quieres que lo sepa yo? Me parecía verde. Lo he visto en las hojas...”

María Santísima con dulzura interviene: “Simón tiene razón. Es el color exacto con que se revisten las hojas en las primeras aguas de Tisri...”

“Y como las hojas son verdes, yo decía que eran verdes tus fajas” concluye contento Pedro. María ha puesto paz y ha dado alegría aun en esta cosa pequeña.

“Llamad al niño” dice María. Y el niño acude al punto con Juan.

“¿Cómo te llamas?” le pregunta María acariciándolo.

“Me llamo... me llamaba Yabé; pero estoy esperando el nombre...”

“¿Lo estás esperando?”

“Sí, Yabé quiere un nombre que quiera decir que Yo lo salve. Lo buscarás, Madre. Un amor que entrañe amor y salvación”.

María piensa... luego dice: “Marzyam. Eres la pequeña gota en el mar de los que salva Jesús. ¿Te gusta? Así me recuerda y recuerda a la Salvación”.

“Es muy hermoso” dice contento el niño.

“Pero ¿no es un nombre de mujer?” pregunta Bartolomé.

“En lugar de la “m” final, cuando llegue a ser adulto este pedazo de hombre, se le puede poner “l” y así el nombre será de varón. Por ahora llevará el nombre que le dio mi Madre. ¿No es verdad?”

El niño asiente y María lo acaricia.

Su cuñada le advierte: “Esta es una lana buena” y toca el manto de Yabé. “Pero ¡tiene un color! ¿Qué te parece? La teñiría de rojo oscuro. Quedará mejor”.

“Lo haremos mañana por la tarde. Porque mañana tendrá su nuevo vestido. Ahora no podemos teñirla”.

Dice Marta: “¿Vendrías conmigo niño? Te voy a llevar aquí cerca para que veas muchas cosas y luego regresaremos...”

Yabé no se opone. Nunca dice que no... pero parece como si tuviera un poco de miedo de ir con una mujer que no conoce bien. Tímida pero comedidamente dice: “¿Podría venir conmigo Juan?”

“¡Claro que sí!...”

Se van. Durante su ausencia las conversaciones siguen entre los diversos grupos. Narraciones, comentarios, suspiros por la dureza humana. Isaac cuenta lo que ha podido saber acerca del Bautista. Algunos dicen que está en Maqueronte, otros en Tiberíades. Los discípulos todavía no han regresado...

“Pero ¿no lo siguieron?”

“Sí. Pero cerca de Doco los aprehensores atravesaron el río con el prisionero, y no se sabe si después volvieron a pasar el lago o bajaron a Maqueronte. Juan, Matías y Simón se fueron en pos de él, y ciertamente que no lo abandonarán”.

“Y tú, Isaac, tampoco me abandonarás este nuevo discípulo. Por ahora está conmigo. Quiero que celebre la Pascua conmigo”

“Yo la celebraré en Jerusalén, en casa de Juana. Me vio y me ofreció una habitación para mí y los compañeros. Vienen todos este año. Estaremos con Jonás”.

“¿También los del Líbano?”

“También. Tal vez no podrán venir los discípulos de Juan”.

“¿Sabes? Vienen los de Yocana”.

“¿De veras? Estaré cerca de la puerta, junto a los sacerdotes que inmolan. Los veré y los llevaré conmigo”.

“Espéralos para la última hora, no tienen más que un tiempo limitado, pero traen su cordero”.

“Yo también tengo uno magnífico. Me lo dio Lázaro. Inmolaremos éste, y el suyo les servirá para su regreso”.

Regresan Marta y Juan con el niño que viene vestido de lino blanco con una bata roja. En el brazo trae un manto también rojo.

“¿Lo reconoces, Lázaro? ¿Ves que todo sirve?”

Los dos hermanos ríen.

Jesús dice: “Te lo agradezco Marta”.

“Oh, ¡Señor mío! Tengo la manía de guardar todo. Lo heredé de mi madre. Tengo todavía muchos vestido de mi hermano, los aprecio mucho porque los tocó mi madre. De cuando en cuando les quito una punta para un niño. Se los daré a Marziam. Están un poco largos, pero se les puede hacer un dobladillo. Cuando Lázaro fue declarado mayor, no los quiso más... Capricho de niño... y ganó porque mi madre adoraba a su Lázaro”.

La hermana lo acaricia con amor y Lázaro le toma se bellísima mano, se la besa y dice: “Y ¿tú no?” se sonríen entre sí.

“Es una providencia esa”. Hacen notar varios.

“Sí. Mi capricho ha hecho un bien. Se me perdonará por esta razón”.

La cena está lista y cada uno va a su lugar...

...Ya es de noche cuando Jesús puede hablar tranquilamente con su Madre. Han subido a la terraza y están sentados uno cerca del otro, mano con mano. Hablan, escuchan. Jesús primero le cuenta lo que ha sucedido. Luego es el turno de María que dice: “Hijo, después de tu partida, inmediatamente después, vino a la casa una mujer... Te buscaba. Una *gran* miseria y una *gran* redención. Esta persona tiene necesidad de que la perdones para que sea tenaz en su resolución. La confié a Susana diciéndole que era una que habías curado. Es verdad. La habría podido tener conmigo si nuestra casa no fuese ya un mar, donde todos navegan... y muchos con malas intenciones. La mujer siente ya el desprecio por el mundo. ¿Quieres saber quién es?”

“Es un alma. Pero dime su nombre para que pueda admitirlo sin equivocarme”.

“Es Aglae, romana, danzarina y pecadora a la que empezaste a salvar en Hebrón, que te ha buscado y encontrado en Aguas Claras. La que ha sufrido por tratar nuevamente de ser honesta. ¡Ha sufrido mucho!... Me lo dijo todo... ¡qué horror!...”

“¿Su pecado?”

“Esto y... añadiría yo: ¡qué horrible es el mundo! ¡Oh, Hijo mío! ¡Desconfía de los fariseos de Cafarnaúm! Querían utilizar a esta infeliz para hacerte daño. *Aun* de esta...”

“Lo sé, Madre... ¿dónde está Aglae?”

“Llegará con Susana antes de la Pascua”.

“Está bien. Le hablaré. Todas las tardes estaré aquí. Menos la de la Pascua que dedicaré a la familia. La esperaré. No tienes más que decirle que espere, si viene. Es una gran redención, como dijiste. Y ¡tan espontánea! Te digo en verdad que en pocos corazones mi semilla ha

echado tan profundas raíces como en este terreno pobre. Andrés la ayudó a crecer hasta que se hizo grande”.

“Me lo dijo”.

“Madre, ¿qué has experimentado al acercarte a esa pobre alma?”

“Asco y alegría. Me parecía estar cerca de un abismo de infierno, pero al mismo tiempo, sentía transportarme a la región azul ¡Cómo eres Dios, Jesús mío, cuando realizas estos milagros!”

Se quedan callados bajo las brillantísimas estrellas y envueltos en el claror de la luna que pronto estará llena. Madre e Hijo, dos corazones que se aman.

60. El poder de la palabra de María

24 junio 1945

La espléndida mañana invita realmente a dar un paseo, a dejar el lecho, a salir de casa. Los que viven en la de Zelote, como otras tantas abejas cuando despunta el sol, se levantan pronto, salen a respirar el aire puro en el huerto de Lázaro que rodea la hospitalaria casa. Pronto se unen los que habían pernoctado en la casa de Lázaro, esto es, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Andrés y Santiago de Zebedeo. El sol festivo entra por las ventanas y puertas abiertas; las habitaciones sencillas y limpias se cubren de dorado que aviva los colores de los vestidos y hace más brillante los cabellos y pupilas.

María de Alfeo y Salomé están ocupadas en servir a estos hombres de buen apetito. María está viendo cómo un siervo de Lázaro arregla la cabellera de Marziam igualándolo con gran habilidad, mejor de la que usó su anterior peluquero. “Por ahora, así” dice el siervo. “Después, cuando hayas ofrecido a Dios tu cabellera de niño, te la compondré mejor. Viene el calor y te sentirás mejor sin cabellos en la nuca. Y se harán más fuertes. Están secos, duros y descuidados. ¿Lo ves, María? Hay qué cuidar de ellos. Les pongo aceite para que se alisen. ¿Sientes, muchacho, el buen olor? Es el aceite que usa Marta. De almendra de palma y meollo de lo más fino con esencias raras. Hace mucho bien. Mi patrona dijo que guardase este frasquito para el niño. Oh, mira, ahora pareces el hijo del rey” y el siervo que tal vez es peluquero de la casa de Lázaro, da a Marziam una palmada en la mejilla, saluda a María y se va satisfecho.

“Ven que te voy a vestir” dice María al niño que tiene ahora nada más una tunicuita de mangas cortas. Me parece que sea el camisón, o lo que en aquellos tiempos servía para dormir. Por lo fino del lino comprendo que era parte del ajuar de Lázaro cuando era niño. María quita la toalla en que estaba envuelto Marziam y le pone el vestido de lino con crespones en el cuello y en las muñecas. Le pone una bata roja de lana con gran escote y mangas anchas. Aparece por el escote el lino blanquísimo y en las mangas el color rojo oscuro. La mano de María debe haber pensado en arreglar lo largo del vestido y de las mangas, y ahora todo está bien, sobre todo cuando María le ciñe la cintura con la faja que termina en flecos de lana blanca y roja. El niño ya no es el de hace pocos días. Está irreconocible.

“Ahora ve a jugar sin ensuciarte, mientras yo me preparo” dice María acariciándolo. El niño se va brincando alegre a buscar a sus grandes amigos.

El primero que lo ve es Tomás: “Pero ¡qué hermoso te ves! ¡Como las nupcias! Me haces desaparecer” dice el siempre alegre y regordete Tomás. Lo toma por la mano diciéndole: “Ven. Vamos a donde están las mujeres. Te buscan para darte de comer”

Entran en la cocina y Tomás hace que se sobresalten las dos Marías en los hornillos, con su vozarrón: “Aquí hay un jovencillo que desea veros” y riéndose presenta al niño que se había escondido detrás de él.

“Oh, ¡precioso! ¡ven para que te de un beso! ¡Mira Salomé, qué bien se ve!” exclama María de Alfeo.

“En realidad lo que le falta es ponerse fuerte. Ya pensaré en eso. Ven que te voy a besar” dice Salomé.

“Jesús lo va a confiar a los pastores...” replica Tomás.

“¡Ni lo pienses! En esto mi Jesús se equivoca. ¿Qué cosa queréis hacer y qué sabéis hacer, vosotros los hombres? Pelear –pues por incidente se dijo que sois más bien rijosos... cual cabritos, que se quieren, pero que se dan de topes– comer, hablar, tener tantas necesidades y exigir que el maestro os atienda de modo especial... de otro modo hay reproches... los niños tienen necesidad de las mamás. ¿No es verdad?... ¿cómo te llamas?” “Marzyam”.

“Ah, sí. ¡Bendita mi María! ¡Podía haberte puesto un nombre más fácil!”

“¡Es casi como el suyo!” observa Salomé.

“Sí, pero el suyo es sencillo. No tiene esa pronunciación tan difícil”.

Iscariote que entra dice: “Puso su nombre con su significado, conforme a la antigua lengua que no ha muerto”.

“Está bien, pero es difícil. Lo llamaré sencillamente Marziam. Es más fácil y el mundo no se caerá con ese cambio. ¿Verdad Simón?”

Pedro, que en esos momentos pasaba por delante de la ventana hablando con Juan de Endor, se asoma y dice: “¿Qué quieres?”

“Decía que al niño lo voy a llamar Marziam. Es más fácil”.

“Tienes razón. Si María me lo permite, lo llamaré también así. ¡Qué bien te ves! ¿También yo, eh? ¡Mirad!”

Está completamente cepillado. Se ha rasurado las mejillas. Se ha compuesto los cabellos y la barba. Se puso aceite. El vestido no tiene arrugas. Las sandalias parecen nuevas, por lo limpias que están. Quién sabe con qué les dio brillo. Las mujeres lo miran y él ríe contento.

El niño ha terminado de comer y sale para irse con su gran amigo a quien llama siempre “padre”.

Se ve venir a Jesús de la casa de Lázaro con este. El niño corre a su encuentro. Jesús le dice: “La paz entre nosotros, Marzyam. Démonos el beso de paz”.

El niño saluda a Lázaro que le da un caramelo.

Todos vienen alrededor de Jesús. También María, cuyo vestido es de lana de color turquesa, sobre el que tiene un manto más oscuro. Se dirige a su Hijo con una sonrisa en los labios.

“Entonces, nos podemos ir” dice Jesús. “Tu Simón, con mi Madre y el niño, si es que quieres gastar, a pesar de que Lázaro ha provisto”.

“¡Claro que quiero! Y después... podré decir que tuve la suerte de caminar una vez al lado de tu Mamá. Es una gran honra”.

“Entonces vete. Tú, Simón, me acompañarás a donde están tus amigos leprosos...”

“¿De veras, Maestro? Si es así, permíteme que me adelante a Ti, para reunirlos... Me alcanzarás. Sabes muy bien en dónde están...”

“Está bien. Vete. Los demás haced lo mejor que os parezca. Estáis libres hasta el miércoles por la mañana. A las nueve de la mañana todos en la Pascua Dorada”.

“Yo voy contigo, Maestro” dice Juan.

“Yo también” dice su hermano Santiago.

“Y también nosotros” agregan sus dos primos.

“También yo” dice Mateo y al mismo tiempo Andrés.

¿Y yo? Me gustaría también ir... pero si voy de compras, no puedo...” dice Pedro que se halla preso entre dos deseos.

“Lo puedes hacer. Primero vamos a los leprosos, mientras mi Madre con el niño pasan a la casa de unos amigos que tiene en Ofel. Luego nos juntaremos. Tú te irás con Ella y Yo y los otros iremos a la casa de Juana. Nos veremos en Gestsemaní para comer, y al atardecer regresaremos aquí”.

“Si me permites voy a ver a algunos amigos...” dice Judas Iscariote.

“Ya lo dije. Haced lo que queráis”.

“Entonces iré a casa de algunos parientes. Tal vez ya vino mi padre. Te lo traeré” dice Tomás.

“Nosotros dos ¿qué dices Felipe? Podríamos ir a la casa de Samuel”.

“¡Buena idea!” responde a esto Bartolomé.

“¿Y tú Juan?” pregunta Jesús al de Endor. “¿Prefieres quedarte aquí para poner en orden tus libros o venir conmigo?”

“Realmente prefiero ir contigo... Los libros... me gustan menos. Me gusta más leerte a Ti, Libro viviente...”

“Entonces vente. Adiós Lázaro...”

“Si también yo voy. Me siento un poco mejor de las piernas y te dejaré donde están los leprosos, para ir a esperarte en Getsemaní”.

“Vámonos. La paz sea con vosotras, mujeres”.

Hasta las cercanías de Jerusalén todos van juntos. Luego se separan. Iscariote se va por su cuenta, entra en la ciudad, probablemente por la puerta que va en dirección a la Torre Antonia. Tomás, Felipe y Natanael caminan unos cuantos metros con Jesús y sus compañeros, entran en la ciudad por el suburbio de Ofel, junto con María y el niño.

“¡Vamos a ver a eso pobrecitos!” dice Jesús. Da la espalda a la ciudad y se dirige a un lugar desolado, que está en las faldas de una colina rocosa que hay entre los dos caminos que llevan de Jericó a Jerusalén. Un lugar extraño hecho como a escalones. Llegando al primero un sendero se alza. Al dirigir la vista para abajo se ve un foso como de tres metros de altura. Después del primer escalón viene el segundo que también se encuentra a pico. El lugar es árido. Está muerto... se respira tan sólo la tristeza.

“Maestro” grita Simón Zelote “están aquí. Esperad ahí que os enseñe el camino...” y Zelote, que estaba recostado a una roca para protegerse del sol, se acerca a Jesús y lo conduce por un camino con escaloncitos que va directamente a Getsemaní, pero que está separado por el camino que del Monte de los Olivos va a Betania.

“Hemos llegado. Yo viví entre los sepulcros de Siloán, y aquí están mis amigos. Algunos de ellos, porque los otros están en Ben Hinnom, pero no pueden venir... deberían atravesar el camino y los podrían ver”.

“Iremos a donde están”.

“¡Gracias! en su nombre y en el mío”.

“¿Son muchos?”

“El invierno mató a los más. Hay todavía cinco de ellos, a los que les había hablado. Te están esperando. Míralos. Están en el borde de su mazmorra...”

Son como diez, digo que “son como” porque si cinco de ellos están parados y pueden distinguirse, los otros por lo gris de la piel y por la deformidad de la cara y porque apenas se asoman de los peñascos, se distinguen tan mal que podrían ser menos. Entre los que están parados, hay una mujer. Lo dicen sus cabellos canos, despeinados que lisos y sucios le caen sobre la espalda hasta la cintura, fuera de esto no se distingue el sexo debido a la enfermedad, que ha avanzado y la ha convertido en un esqueleto, destruyendo sus líneas femeninas. De los hombres, uno solo tiene en su cara rastros de bigote y barba. A los demás la enfermedad los ha dejado sin nada.

Gritan: “Jesús, Salvador nuestro, ¡piedad de nosotros!” y extienden sus manos deformes y ulceradas. “Jesús, Hijo de David, ¡ten piedad!”

“¿Qué queréis que os haga?” pregunta Jesús levantando su rostro hacia aquellas miserias.

“Que nos salves del pecado y de la enfermedad”.

“Del pecado, salva la voluntad y el arrepentimiento...”

“Pero si quieres, puedes borrar nuestros pecados. Por lo menos esos, si no quieres curar nuestros cuerpos”.

“Yo os digo: “Escoged entre ambas cosas”, ¿cuál queréis?”

“El perdón de Dios, Señor, para vivir menos entristecidos”.

Jesús hace una señal de aprobación. En su rostro una sonrisa brilla. Levanta los brazos y grita: “Obtened lo que pedís, quiero”.

Así fueron escuchados. Los cinco infelices quedan dudosos de si se trata el pecado o de la enfermedad, o de ambas cosas. Pero los apóstoles no dudan y no pueden menos que levantar el grito de hosanna, al ver que la lepra rápida desaparece como desaparece el copo de nieve caído al fuego. Entonces los cinco comprenden que fueron escuchados del todo. Su grito resuena cual clarín de victoria. Se abrazan entre sí, avientan besos a Jesús, porque no pueden ir a arrojarse a sus pies, luego se vuelven a sus compañeros diciéndoles: “¿Y no queréis todavía creer? ¿Pero qué infelices sois?”

“¡Calma! ¡Sed buenos! Nuestros pobres hermanos tienen necesidad de pensar. No les digáis nada. *La fe no se impone, se predica con paz, dulzura, paciencia, constancia.* Lo que haréis después de vuestra purificación como Simón hizo con vosotros. Por otra parte el milagro habla ya de por sí. Vosotros, curados; id al sacerdote lo más prono posible. Vosotros enfermos, esperad hasta la tarde. Os traeremos comida. La paz sea con vosotros”.

Jesús desciende al camino seguido de las bendiciones de todos.

“Ahora vamos a Ben Hinnom” dice Jesús.

“Maestro... querría ir, pero comprendo que no puedo. Voy a Getsemaní” dice Lázaro.

“Vete, vete, Lázaro. La paz sea contigo”.

Mientras Lázaro poco a poco se va, Juan el apóstol dice: “Maestro, yo lo acompaño. Le cuesta caminar, y el sedero no es muy bueno. Te alcanzaré en Ben Hinnom”.

“Está bien... Vamos”.

Pasan el Cedrón, flanquean el lado sur del monte Tofet y entran en un valle no muy grande sembrado de sepulcros y suciedades. Ni un árbol. Ni una defensa contra el sol, que en este lado sur flagela con todos sus rayos, calienta las piedras de estos escalones de infierno, de cuyo fondo sale humo apestoso que aumenta el calor. Y dentro de los sepulcros, como hornos crematorios, están los cuerpos de los pobres que se consumen... Siloán será duro en el invierno, húmedo por estar orientado hacia el norte; pero este lugar en verano debe ser horrible...

Simón Zelote llama con un grito. Aparecen tres, luego dos, luego uno y otro. Todos se acercan como pueden hasta el límite prescrito. Aquí hay dos mujeres. Una tiene de la mano a un niño. Un monstruo. La lepra le atacó especialmente en la cara. Está ya casi ciego... hay un hombre de aspecto noble, no obstante su miserable condición. Habla por todos: “Sé bendito, Mesías del Señor, que has bajado a nuestra Geena para sacar de ella a los que esperan en Ti. ¡Sálvanos, Señor, que nos morimos! ¡Sálvanos, Salvador! ¡Rey de la estirpe de David, Rey de Israel, piedad para tus súbditos! Oh, Retoño de la estirpe de Jesé, de quien se dijo que en su tiempo no habría ya mal¹. Extiende tu mano para que recojas a estos restos de tu pueblo. Aparta de nosotros esta muerte. Seca nuestras lágrimas, porque así está escrito de Ti. Llámanos, Señor,

¹ Cfr. Is. 7, 10–16; 9, 1–9.

a tus campos ubérrimos, a tus dulces aguas, porque estamos sedientos. Llévanos a las eternas colinas donde no hay culpa, ni dolor. Ten piedad, señor...”

“¿Quién eres?”

“Juan, uno del Templo. Tal vez me contaminé con algún leproso. Hace poco, como Tú ves. ¡Pero estos!... Hay quien hace años está esperando la muerte. Esta niña, cuando todavía no comenzaba a caminar. No sabes qué cosa sea lo que Dios ha creado. Lo que conoce o recuerda de las maravillas de Dios, son estos sepulcros, este sol despiadado y las estrellas de la noche. Piedad para los culpables y para los inocentes, Señor, Salvador nuestro”. Todos están arrodillados con las manos extendidas.

Jesús llora sobre tanta tristeza. Abre sus brazos y en voz alta grita: “Padre. Lo quiero. Salud, vida, vista vengan sobre ellos”. Se queda con los brazos abiertos orando intensamente, con toda su alma. Parece como si se levantase en el aire el orar. Cual una llama de amor, blanca y fuerte entre el fuerte oro del sol.

“¡Mamá! ¡Yo creo!” es el primer grito y al que responde el de su madre que estrecha contra su corazón a la niña curada. Luego se oyen los demás, y los de los apóstoles... Se ha realizado el milagro.

“Juan, tú que eres sacerdote, guiarás a tus compañeros en el rito. La paz sea con vosotros. También a vosotros os traeremos comida esta tarde”. Bendice y hace como que se va.

Pero Juan el leproso grita: “Quiero seguir tus pasos. Dime qué debo hacer, ¿a dónde debo ir para predicarte?”

“En esta tierra desolada y desnuda que tiene necesidad de convertidos al Señor. Sea la ciudad de Jerusalén tu campo. Adiós”.

“Ahora vamos a donde está mi Madre” les dice a los apóstoles.

“¿Dónde está?” preguntan varios.

“En una casa que Juan conoce. Es casa de la niña curada el año pasado”.

Entran en la ciudad. Camina una buena parte del populoso suburbio de Ofel hasta llegar a una casita blanca. Entra con su dulce saludo en la casa, cuya puerta está emparejada. De dentro se oye la voz dulce de María, y la argentina de Analía y la gruesa de su mamá. La niña se postra para adorarlo; su mamá se arrodilla, María se pone en pie.

Querrían entretener al Maestro con su Madre, pero promete regresar otro día. Bendice y se va. Pedro se va feliz con María. Ambos llevan al niño de la mano y parecen una familia feliz. Muchos vuelven la cara para mirarlos. Jesús los mira con una sonrisa al verlos ir.

“Simón está feliz” dice Zelote.

“¿Por qué sonríes, Maestro? pregunta Santiago de Zebedeo.

“Porque veo en ese grupo una gran promesa”.

“¿Cuál, Hermano? ¿Qué ves?” pregunta Tadeo.

“Veo esto: que podré irme tranquilo, cuando llegue la hora. No debo temer por mi Iglesia. Será entonces pequeña y delgaducha como Marzyam, pero estará mi Madre para tenerla de la mano y para prodigarle favores maternos. Estará Pedro para hacer las veces de padre. En su mano honrada y callosa puedo poner sin preocupaciones la mano naciente de mi Iglesia... como Marzyam... ¡Es verdaderamente el niño-símbolo! Dios bendiga a mi Madre, a mi Pedro y a su niño y nuestro. Vamos ahora a la casa de Juana...”

... De nuevo nos encontramos al atardecer, en la casa de Betania. Muchos, cansados, se han retirado. Pedro va y viene caminando por el sendero. Levanta frecuentemente su cabeza hacia la terraza donde están sentados conversando Jesús y María. Juan de Endor está hablando con Zelote, sentados bajo un granado todo en flor.

María ha hablado ya por algún tiempo, porque oigo que Jesús dice: “Todo lo que me has dicho es justo y lo tendré presente. Por lo que se refiere a Analía, también digo que tu consejo es

justo. Es buena señal que el hombre la haya recogido prontamente. La alta Jerusalén está llena de terquedad y envidia, podría decir, también de asquerosidad. Pero dentro de su humilde pueblo hay perlas de valor desconocido. Estoy contento de que Analía sea feliz. Es una criatura más del cielo que de la tierra; y tal vez el hombre, ahora que ha entrado en el concepto del espíritu, lo intuye y como que siente un respeto profundo. Lo demuestra su idea de irse a otra parte para no turbar con hálito humano el cándido rostro de su jovencita”.

“Sí, Hijo mío. El hombre percibe el perfume de las vírgenes... me acuerdo de José. No sabía qué palabras usar. No conocía mi secreto... y sin embargo me ayudó a decírselo con una intuición de santo. Había percibido el aroma de mi alma... Ve también a Juan... ¡Qué paz!... Todos lo buscan. El mismo Judas de Keriot que... No, Hijo. Judas no ha cambiado, lo sé y Tú lo sabes. No hablamos porque no queremos participar la guerra, pero aunque no lo hablamos, los otros lo intuyen... ¡Oh! ¡Jesús mío! Hoy los jóvenes me contaron en Getsemaní el episodio en Mágdala y el de la mañana del sábado...”

La inocencia habla... porque ve a través de los ojos de su ángel. Pero también los viejos lo entreven... no está equivocados. Es un hombre falso... Todo en él es falso... tengo miedo de él y tengo en mis labios las mismas palabras de Benjamín en Mágdala y de Marzyam en Getsemaní, porque siento la misma repugnancia por Judas, como la que sienten los niños”.

“¡No todos pueden ser Juan!”

“¡No lo exijo! Sería entonces un paraíso la tierra. Mira, me has hablado de otro Juan... un hombre que asesinó... me causa sólo piedad, Judas me causa miedo”.

“¡Ámalo, Madre! ¡Ámalo, por amor mío!”

“Sí, Hijo. Pero de nada servirá mi amor. Será para mí sufrimiento y para él, culpa. Oh, ¡por qué entró! Molesta a todos, ofende a Pedro que es digno de todo respeto”.

“Sí, Pedro es bueno. Por él haré cualquier cosa porque se lo merece”. “Si te oyese, diría con su franca risa: “Ah, ¡Señor! ¡Esto no es verdad!” y tendría razón” ¿Por qué Mamá?” Jesús sonrío pues ya ha entendido.

“Porque no lo contentas dándole un hijo. Me ha contado todas sus esperanzas, sus deseos... sus rechazos”.

“¿Y no te ha dicho las razones por las cuales he justificado todo?”

“Sí, me ha dicho y añadió: “Es verdad... pero yo soy un hombre, un pobre hombre. Jesús se obstina en ver en mí un gran hombre. Pero yo sé que no soy más que un ser mezquino y por esto... podría darme un hijo. Me casé para tener hijos... muero sin tenerlos”. Y dijo – acordándose del niño, que feliz con el vestido que le había comprado, lo besó diciéndole: “Querido padre” – dijo: “Ves, cuando un pequeñito a quien hace diez días no conocía, me llama así, siento hacerme más suave que la mantequilla y más dulce que la miel, y lloro porque... cada día que pasa me lo quita este niño...” ”

María se calla. Observa a Jesús. Estudia su rostro. Espera una palabra... Pero Jesús ha reclinado los codos en las rodillas, con la cabeza entre las manos y no dice nada. Mira lo verde del huerto.

María le toma la mano, se la acaricia y le dice: “Simón tiene este *gran* deseo... Mientras estuve con él, no hizo más que hablarme de ello, y con razones tan justas que... no pude decir nada para hacerlo callar. Son las mismas razones que pensamos todas nosotras mujeres y madres. El niño no es fuerte. Fuese como fuiste Tú... ¡Oh! Entonces podría hacer frente a la vida de discípulo sin miedo alguno. Pero ¡está tan flacucho!... Muy inteligente, muy bueno... pero no más. Cuando un palomito es débil no se le puede hacer volar pronto, como se hace con los fuertes. Los pastores son buenos... hombres siempre. Los niños tienen necesidad de las mujeres. ¿Por qué no se lo dejas a Simón? Comprendo el motivo por el que le niegas un hijo propio, nacido de él. Un pequeñuelo nuestro es como un áncora, y Simón destinado a un fin tan

alto, no puede tener áncoras que lo detengan. Pero debes aceptar que él será el “padre” de todos los hijos que le dejarás. ¿Cómo puede ser padre, si no ha aprendido en la escuela de un niño? Un padre debe ser dulce. Simón es bueno, pero no dulce. Es impulsivo e intransigente. Nadie más que una criatura puede enseñarle el arte sutil de comprender al que es débil... Piensa en la suerte de Simón... ¡Está bien que sea tu sucesor! ¡Oh! ¡Que aún debo pronunciar esta atroz palabra! Pero por todo el dolor que experimento en decirlo, escúchame. Nunca te aconsejaría cosa que no fuera buena. Marzyam... quieres hacer de él un discípulo perfecto... pero todavía es niño. Tú... te irás antes de que sea hombre. ¿A quién se le dará para que termine su formación, mejor que a Simón? De veras, pobre Simón, Tú sabes cómo su suegra, también por causa tuya, tanto que lo molesta, y con todo no ha tomado ni siquiera un granito de su pasado, de su libertad desde hace un año más o menos, pese a que la suegra se opuso, a la que ni Tú pudiste cambiar. ¿Y la pobre criatura de su mujer? Oh, tiene tantas ganas de amar y de ser amada. La madre... ¡Oh!... ¿el marido? Un prepotente a su modo... jamás le dio una caricia sin haberle exigido mucho... ¡Pobre mujer!... Déjale el niño. Escucha, Hijo. Por ahora lo tenemos. Vendré también yo a Judea. Me llevarás contigo a la casa de una antigua compañera mía del templo, y algo emparentada porque descende de David. Está en Betsur. La veré con gusto, si todavía vive. Luego, al regresar a galilea, se lo daremos a Porfiria. Cuando vengamos por acá, lejos, el niño estará con ella. ¡Ah! ¡Ahora te estás riendo! Entonces vas a contentar a tu mamá. Gracias, Jesús mío”.

“Sí, sea como quieras”. Jesús se levanta y dice con voz fuerte: “Simón de Jonás. Ven aquí”.

Pedro viene como disparado. Sube a la carrera los escalones: “¿Qué quieres, Maestro?”

“Ven aquí, hombre usurpador y sobornador”.

“¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho, Señor?”

“Has sobornado a mi Madre. Por eso querías estar solo. ¿Qué te debo hacer?...” Jesús sonríe y Pedro se serena.

“¡Oh!” dice “¡Me habeis causado realmente miedo! Pero ahora te ríes... ¿Qué quieres de mí, Maestro? ¿La vida? No tengo más que ella, porque me has quitado todo... pero si quieres te la doy”.

“No te quiero quitar, sino que te quiero dar. Mas no te aproveches de la victoria, y no digas el secreto a los demás, hombre astutísimo que vienes al Maestro con el arma de las palabras maternas. Tendrás al niño, pero...”

Jesús no habla más, porque Pedro que se había puesto de rodillas, se pone de pié de un brinco y besa a Jesús con tal fuerza que le quita la palabra.

“Agradécele a Ella, no a Mí. Pero recuerda que te debe servir de ayuda, no de obstáculo...”

“Señor, no tendrás por qué arrepentirte del regalo hecho... ¡Oh, María! Que seas siempre bendita, santa y buena...”

Y Pedro que ha caído de rodillas, llora en verdad mientras besa la mano de María.

61. Aglae con el Maestro

25 junio 1945

Jesús entra solo en la casa de Zelote. Está cayendo la tarde, plácida y serena, envuelta en los rayos del sol. Jesús se asoma a la puerta de la cocina, saluda y luego sube a meditar a la habitación superior, preparada para la cena. No parece estar muy contento. Lanza frecuentes suspiros y va y viene por el salón. De cuando en cuando echa una miradita por la campiña circundante, que puede verse por muchas partes, desde esta amplia habitación, en forma de cubo, sobre el extenso terreno. Sale a pasear a la terraza, dando vueltas a su rededor. Se detiene

a mirar a Juan de Endor que comedidamente saca agua del pozo para la atareada Salomé. Mira, sacude la cabeza y suspira.

La fuerza de su mirada hace voltear a Juan, que le pregunta: “Maestro, ¿se te ofrece algo?”

“No. Te miraba solamente”.

“Juan es bueno. Me ayuda” dice Salomé.

“Dios también lo recompensará por esta ayuda”.

Dichas estas palabras vuelve a entrar al salón y se sienta. Está tan absorto en sus pensamientos que no oye el alboroto de tantas voces y el arrastrarse de pies en el corredor que da a la entrada ni dos pisadas rápidas que suben por la escalera de fuera y que se acercan. Sólo cuando María lo llama, levanta la cabeza.

“Hijo, ha llegado a Jerusalén Susana con la familia y me ha traído inmediatamente a Aglae. ¿Quieres escucharla mientras estamos solos?”

“Sí, Madre. Al punto. Y que nadie suba, hasta que no haya terminado. Espero que termine todo antes de que regresen los demás. Te ruego que veas que no hay curiosos indiscretos... nadie... sobre todo Judas de Simón”.

“Vigilaré muy bien...”

María sale y poco después regresa con Aglae de la mano, que no viene ya envuelta en su manto gris y con el velo caído por delante. No trae sandalias altas y entrelazadas con correas y cintas que antes usaba. Ahora parece una hebrea con sus sandalias bajas y planas, sencillísimas como las de María, con su vestido de color azul oscuro sobre el que pende el manto, y con el velo blanco como lo usan las hebreas del pueblo, esto es, sencillamente sobre la cabeza con una extremidad que cae sobre sus espaldas de modo que la cara no queda totalmente cubierta. Es el vestido usual de muchísimas mujeres; y el estar en medio de un grupo de galileos, ha evitado a Aglae el ser reconocida.

Entra con la cabeza baja. A cada paso que da enrojece. Me imagino que si María no la empujase hacia Jesús, se habría arrodillado en el umbral.

“Mira, Hijo, a la que hace tanto tiempo te buscaba. Estréchala” dice María cuando se acerca a Jesús y luego se retira, bajando las cortinas sobre la puerta entornada. Cierra la que está más cerca de la escalera.

Aglae se quita la alforja que trae sobre las espaldas. Se arrodilla a los pies de Jesús en medio de un gran llanto. Se dobla hasta el suelo y llora con la cabeza apoyada en sus brazos cruzados sobre él.

“No llores así. Ya no es tiempo. Debiste haber llorado cuando no querías a Dios, no ahora que lo amas y te ama”.

Pero Aglae continúa llorando...

“¿No crees que así sea?”

En medio de los sollozos sale la voz: “Lo amo, es verdad, como sé, como puedo... pero aún cuando sé y creo que Dios es Bondad, no puedo atreverme a esperar que tengo yo su amor. He pecado mucho... Tal vez, un día lo tendré... Todavía me falta mucho qué llorar... por ahora estoy sola en mi amor. Estoy sola... no es la soledad sin esperanzas de los años pasados. Es una soledad llena del deseo de Dios, y por esto de esperanza... pero muy triste, muy triste...”

“Aglae, ¡qué mal conoces al Señor! Este deseo que tienes de Él, es prueba de que corresponde a tu amor, que es tu amigo, que te llama, que te invita, que te quiere. Dios es incapaz de permanecer inerte ante el deseo de la criatura, porque se deseo lo ha encendido el Creador y Señor de todas las cosas, en el corazón. Lo ha encendido Él porque con amor privilegiado ama al alma que lo busca. *El deseo de Dios siempre precede al deseo de la criatura*, porque Él es Perfectísimo y por esto su amor es más diligente e inflamado que el de la criatura”.

“Pero ¿cómo puede Dios amar mi fango?”

“No trates de entenderlo con tu inteligencia. Es un abismo de misericordia, incomprensible para la mente humana. Pero lo que no puede comprender con la razón, lo comprende la inteligencia del amor, el amor del espíritu. Este comprende y entra seguro en el misterio que es Dios y en el misterio de las relaciones del alma con Dios. Entra, Yo te lo digo. Entra porque Dios lo quiere”.

“¡Oh, Salvador mío! ¿De veras he sido perdonada? ¿Soy amada yo? ¿Lo debo de creer?”

“¿Te he dicho mentira alguna vez?”

“Oh, no, Señor. Todo lo que me dijiste en Hebrón se ha cumplido. Me has salvado como tu nombre significa. Me has buscado a mí, alma perdida. Has devuelto la vida a mi alma, que estaba muerta. Me dijiste que si te buscaba, te encontraría. Y es verdad. Me dijiste que estás donde el hombre tiene necesidad de médico y medicina. Es verdad. Todo, todo lo que dijiste a la pobre Aglae, desde aquella mañana de junio, hasta lo de Aguas Claras...”

“Entonces debes de creer lo que te acabo de decir”.

“Sí, creo, creo. Pero Tú dime: “Yo te perdono””.

“Yo te perdono en nombre de Dios y de Jesús”.

“Gracias... pero ahora... ahora que debo hacer? Dime Salvador mío, ¿qué cosa debo hacer para tener la Vida eterna? El hombre se corrompe solo con mirarme... No puedo vivir en el sobresalto continuo de ser descubierta y rodeada... en este viaje temblaba ante cada mirada de un hombre... no quiero más pecar ni hacer pecar. Dime ¿cuál es el camino que debo seguir? El que me indiques, lo seguiré. Sabes que soy fuerte en las fatigas... y si por mucha fatiga tuviese qué morir, no tengo miedo. Llamaré a la muerte “amiga mía” porque me quitará de todos los peligros de la tierra y para siempre. Habla, Salvador mío”.

“Vete a un lugar despoblado”.

“¿A dónde, Señor?”

“A donde quieras. A donde te lleve tu espíritu”.

“¿Será capaz mi espíritu, que apenas se ha formado, de tanto?”

“Sí, porque Dios te conduce”.

“¿Quién me hablará de Dios?”

“Tu alma que ha resucitado ahora...”

“¿Nunca te volveré a ver más?”

“Jamás sobre la tierra. Dentro de poco te habré redimido del todo y entonces vendré a tu espíritu para prepararte a subir a Dios”.

“¿Cómo acaecerá mi redención completa si no te veré más? ¿Cómo me la darás?”

“Al morir por todos los pecadores”.

“Oh, ¡no! Tú... ¡Jamás!”

“Para daros la vida, debo darme la muerte. Por eso he venido con carne humana. No llores... Muy pronto te juntarás conmigo después de haber consumado mi sacrificio y el tuyo”.

“¿Mi sacrificio, Señor? ¿Moriré también yo por Ti?”

“Sí pero de otro modo. Por ahora morirá tu carne y porque quiere tu voluntad. Hace como un año que está muriendo. Cuando haya muerto del todo te llamaré”.

“¿Tendré la fuerza de destruir mi carne culpable?”

“En la soledad donde estarás y donde Satanás te asaltará con una violencia libidinosa cuanto más te acerques al cielo, encontrarás un apóstol mío, que fue pecador antes y que ahora es redimido”.

“¿No es entonces ese que hablaba de Ti? Él ha sido muy bueno, por haber sido pecador”.

“No es ese, es otro. Cuando sea el tiempo propicio iré a donde estás. Te enseñará lo que ahora todavía no puedes comprender. Vete en paz. La bendición de Dios venga sobre ti”.

Aglae, que ha estado de rodillas, se inclina a besar los pies del Señor. No se atreve a algo más. Toma su alforja, la vacía. Caen vestidos sencillos, un bolsito que suena y un frasco de fino alabastro color de rosa.

Aglae vuelve a meter los vestidos, toma el saquito y dice: “Esto es para los pobres. Es el resto de mis joyas. No me he reservado sino el dinero para el largo viaje... porque, si Tú no me lo hubieras dicho, me hubiera ido a tierras lejanas. Esto es para Ti. Es menos suave que el perfume de tu santidad. Pero es lo mejor que puede dar de sí la tierra. Me servía para hacer el mal.. Helo aquí. Que Dios me conceda perfumar *al menos* como este, ante tu presencia, en el cielo” y destapa el frasquito y desparrama su contenido sobre el suelo. Un aroma fuerte de rosas se levanta de los tapetes que se impregnan con la esencia. Aglae quita el frasquito vacío: “Como recuerdo de esta hora” dice y luego se inclina nuevamente a besar los pies de Jesús. Se levanta, se retira sin dar las espaldas, sale y cierra la puerta...

Se oye el alejarse de sus pasos en dirección de las escaleras, se oye su voz que se mezcla con la de María, luego se percibe el sonido de las sandalias que bajan por la escalera, y luego no se oye más.

Ninguna otra cosa de Aglae queda sino su bolsita a los pies de Jesús y el aroma fortísimo que ha invadido toda la habitación. Jesús se levanta... recoge el saquito, y se lo guarda en el pecho. Se dirige a una ventana que da al camino; sonríe al ver a la mujer que sola se aleja envuelta en su manto hebreo en dirección de Belén. Hace señal de bendecir. Va a la terraza y dice: “Mamá”.

María ligera sube la escalera: “La has hecho feliz, Hijo mío. Se ha ido con fortaleza y paz”.

“Sí, Mamá. Cuando regrese Andrés, mándamelo cuanto antes”.

Pasa el tiempo. Luego se oyen las voces de los apóstoles que regresan... Acude Andrés: “Maestro, ¿me necesitabas?”

“Sí, ven aquí. Nadie lo sabrá, pero es justo que te diga a ti. Andrés, gracias en nombre de Dios y de un alma”.

“¿Gracias? ¿de qué cosa?”

“¿No percibes este perfume? Es el recuerdo de la Velada. Ha venido. Se ha salvado”.

Andrés se pone rojo como amapola. Cae de rodillas. No encuentra ni una palabra que decir... Al fin murmura: “Ahora estoy contento. ¡Sea bendito el Señor!”

“Sí. Levántate. No digas a los demás que vino”.

“Me guardaré el secreto, Señor”.

“Vete. Oye, ¿está todavía Judas de Simón?”

“Sí, nos quiso acompañar... diciendo... tantas mentiras. ¿Por qué obra así, Señor?”

“Porque es un muchacho con defectos. Dime la verdad: ¿habéis peleado?”

“No. Mi hermano está feliz con su niño para querer pelear, y los demás... lo sabes... son más prudentes. Pero en realidad, en nuestro corazón, todos estamos disgustados. Después de cenar se irá... con otros amigos... dice él. ¡Oh! Y ¡desprecia a las meretrices!...”

“Sé bueno, Andrés. Esta noche también tú debes sentirte feliz...”

“Sí, Maestro. Tengo también la paternidad, aunque invisible. Me voy”.

Pasa un poco de tiempo, y luego suben en grupo los apóstoles con el niño y Juan de Endor. Los sigue las mujeres con los alimentos y con luces. Al último viene Lázaro con Simón. Apenas entran en la habitación cuando exclaman: “Ah, ¡pero si salía de aquí!” y aspiran el aire cargado de perfume de rosas, que todavía se siente, no obstante que las puertas estén abiertas.

“Pero quién ha perfumado tanto esta habitación? Marta, tal vez” dicen varios.

“Mi hermana no se ha movido de casa, después de la comida”. Dice Lázaro.

“Entonces ¿quién fue? ¿Algún sátropa asirio?” dice con sorna Pedro.

“El amor de una redimida” dice con seriedad Jesús.

“Podía haberse ahorrado este inútil desahogo de redención, y dar lo que gastó a los pobres. Hay tantos, y saben que repartimos. No tengo ni un centavo más” dice irritado Iscariote. “Y tenemos qué comprar el cordero, alquilar la habitación para el cenáculo y...”

“Pero os he pagado todo yo...” dice Lázaro.

“No es justo. El rito pierde su belleza. La Ley dice: “Tomarás un cordero para ti y tu familia²”. No dice: “Aceptarás un cordero””.

Bartolomé se voltea rápido, abre la boca, luego la cierra. Pedro está colorado por el esfuerzo que hace por callar. Pero Zelote, que está en su casa, cree tener derecho de hablar. Dice: “Estas son sutilezas rabínicas... Te ruego que no le hagas caso y que guardes, en cambio, respeto a mi amigo Lázaro”.

“¡Bravo Simón!” revienta Pedro. “¡Bravo! Me parece que nos olvidamos algunas veces que el único que tiene derecho de enseñar es el Maestro...” Pedro dice “nos olvidamos” con esfuerzo heroico para no decir “que Judas se olvida”.

“Es verdad... pero... estoy nervioso... es todo. Perdona, Maestro”.

“Sí y también oye lo que te voy a decir. La gratitud es una gran *virtud*. Estoy agradecido con Lázaro, como aquella redimida que estuvo conmigo. Derramo sobre Lázaro, el perfume de mi bendición y también sobre mis apóstoles que no saben hacerlo. *Yo lo hago, Yo, la cabeza de todos vosotros*. La mujer esparció a mis pies el perfume de su alegría por haber sido salvada. Reconoció al Rey, y vino a Él, antes de muchos otros sobre quienes el rey ha derramado mucho más amor que sobre ella. Lo que ha hecho no se lo critiquéis. No podrá asistir a mi aclamación, ni a mi unción. Su cruz la lleva sobre sus espaldas ya. Pedro: Habías preguntado si había venido un sátrapa asirio. En verdad te digo que ni siquiera el incienso de los Magos, tan puro y tan valioso, fue más delicado que éste. La esencia se ha difundido en el llanto y por eso es tan fuerte: La humildad sostiene el amor y lo hace perfecto. Vamos a comer, amigos...”

Y con el ofrecimiento de la comida, termina la visión.

62. El examen de Marziam

26 junio 1945

Debe ser miércoles por la mañana, porque la comitiva de los apóstoles y de las mujeres a cuyo frente va Jesús y María con el pequeño, se acerca a la Puerta de los Pescados, José de Arimatea fiel a su palabra, ha venido a su encuentro. Jesús busca con sus ojos a soldado Alejandro, pero no lo ve.

“Ni siquiera hoy está. Me gustaría saber qué ha sido de él...”

La gente es tan numerosa que no hay manera de dirigirse a los soldados, además sería imprudente porque los judíos están de peor humor con la cercanía de la fiesta, y con él, la rabia que sienten por la captura del Bautista de quien hacen cómplice a Pilatos y sus satélites. Esto lo deduzco por los epítetos y discusiones que continuamente se suceden en la Puerta entre los soldados y ciudadanos, y por los insultos... pintorescos aunque no diplomáticos, que estallan a cada instante como las chispas de una rueda de fuegos artificiales. Las mujeres de Galilea se sientan escandalizadas y se cubren más estrechamente con sus velos y en sus mantos. María se sonroja, pero avanza sin temor, derecha como una palma, mirando a su Hijo, que, de suyo, no trata ni siquiera de hacer que razonen los exaltados hebreos, ni de aconsejar a los soldados piedad para con ellos. Y como no falta epíteto no muy gracioso que se dirija al grupo de galileos, José de Arimatea se adelanta, cerca de Jesús, y la multitud que lo conoce guarda silencio por respeto a él.

² Cfr Ex. 12, 3.

Han pasado la Puerta de los Pescados, han pasado el río de gente que en andanadas se arroja a la ciudad, mezclada con asnos y rebaños, para desparramarse Luego por las calles...

“Eh, Maestro” grita Tomás, que está al otro lado de la puerta con Felipe y Bartolomé.

“¿No está Judas?”; “¿Por qué aquí?” preguntan varios.

“Estamos aquí desde muy temprano por temor de que fueses a venir antes. Pero él no se ha dejado ver. Ayer lo encontré. Estaba con Sadoc el escriba. ¿No lo conoces, José? Es viejo, flaco, con una verruga bajo el ojo. Había también otros... jóvenes... Le grité: “¿Cómo estás Judas?” No me respondió, fingió no conocerme. Yo dije: “¿Qué le pasa? Y me acerqué a él unos cuantos metros. Se separó de Sadoc, ante quien parecía un levita, y se fue con los otros de su edad, que... ciertamente no eran levitas... y ahora no ha venido... ¡Sabía que habíamos determinado venir aquí!”

Felipe no dice nada. Bartolomé aprieta los labios para que no digan lo que está pensando en su corazón.

“Está bien. Da lo mismo. Vamos. No me voy a poner a llorar porque no esté aquí” dice Pedro.

“Vamos a esperar un poco. Puede ser que se haya entretenido en el camino” dice Jesús

Las mujeres y los hombres en diversos grupos se apoyan sobre el muro donde hay sombra. Todos vienen vestidos para la solemnidad. El que está más lejos es Pedro. Hace gala de un turbante recientemente comprado. Es blanco como la nieve y tiene un galón recamado de color rojo y dorado. El vestido que trae es de color granada, muy oscuro. Lo adorna una faja nueva del mismo color del turbante de donde cuelga la vaina de un puñal. La empuñadura está grabada y la vaina está adornada de latón bruñido. A través de ella se ve brillar el acero. Más o menos todos los demás están armados. El que no lo está es Jesús. Su vestido es de lino blanquísimo y su manto de color azul que María de seguro le tejió durante el invierno. Marziam trae un vestido de un color rojo pálido con un galón más oscuro al cuello, en los bordes y en las muñecas. En la cintura hay también un galón recamado, y también en los bordes del manto, que el niño trae doblado sobre el brazo. Lo toca con cariño. De cuando en cuando levanta una carita mitad sonrisa, mitad preocupación... Pedro trae en una mano un envoltorio que cuida bien.

Pasa el tiempo... y Judas no llega.

“No se dignó...” gruñe Pedro, y diría algo más, si Juan el apóstol no interviene diciendo: “Tal vez nos espera en la Puerta Dorada...”

Se van al Templo pero Judas no está.

José de Arimatea no pregunta más. Dice: “Vámonos”.

Marziam se pone un poco pálido. Besa a María diciéndole: “Ruega... ruega”.

“Sí, querido. No tengas miedo. Estás muy bien preparado...”

Marziam se arrima a Pedro. Le estrecha nuevamente la mano, y como no se siente muy seguro, busca la mano de Jesús.

“Yo no voy, Marziam. Voy a rogar por ti. Nos veremos después”.

“¿No vienes? ¿Por qué, Maestro?” dice asombrado Pedro.

“Porque es mejor así...” Jesús está serio, diríase triste. Y concluye: “José que es justo, no puede menos que aprobar mi acción”.

En realidad, José no dice nada. Con su silencio y con un suspiro, confirma lo dicho por Jesús.

“Entonces... vámonos...” Pedro está un poco afligido.

Marziam se pega a Juan. José a quien saludan a cada paso con inclinaciones profundas los precede. Los acompañan Simón y Tomás. Los demás se han quedado con Jesús.

Entran en la sala donde una vez entró Jesús. Un joven que está escribiendo en un rincón, se levanta al punto al ver a José y se inclina hasta el suelo.

“Dios sea contigo, Zacarías. Ve al punto a llamar a Asrael y a Jacob”.

Inmediatamente se va, y poco después regresa con dos rabinos, que no sé si son de la sinagoga, o escribas. Son dos personajes severos, que pierden su cejo de preocupación ante José. Detrás de ellos entran otros ocho personajes de menor rango. Se sientan, menos los postulantes, e incluso José.

“¿Qué quieres, José?” pregunta el de mayor edad.

“Presentar a vuestro saber este hijo de Abraham que ha cumplido el tiempo prescrito para entrar en la Ley y gobernarse por sí solo”.

“¿Pariente tuyo?” y miran con admiración.

“En Dios todos somos parientes. El niño es huérfano y este hombre de cuya honradez yo soy fiador, lo ha tomado como suyo, a fin de que su tálamo no quede sin descendencia”.

“¿Quién es?... Que responda por sí”.

“Simón de Jonás, de Betsaida de Galilea, casado sin hijos, pescador, porque así quiere el mundo, hijo de la Ley por voluntad del Altísimo”.

“Y tú, galileo, ¿asumes esa responsabilidad? ¿Por qué?”

“Está en la Ley que se tenga amor por el huérfano y por la viuda¹, lo cumplo”.

“Conoce realmente esta Ley para merecer que... Pero tú, niño, responde, ¿Quién eres?”

“Yabé Marziam de Juan, de la campiña de Meaux. Tengo doce años de edad”.

“Luego eres de Judá. ¿Es lícito que cuide de él un galileo?... Busquemos en las leyes”.

“Pero ¿qué soy? ¿Leproso o maldito” A Pedro la sangre le empieza a hervir.

“Cállate, Simón. Yo hablo por él. Dije que soy fiador de este hombre. Lo conozco como si fuese de mi casa. El anciano José jamás propondría una cosa contraria a la Ley, y ni siquiera a las leyes. Examinad, por favor, al niño justa y cuidadosamente. El patio está lleno de niños que esperan el examen. No os tardéis, por amor a los demás”.

“Pero ¿quién prueba que el niño tiene doce años y que fue rescatado del Templo?”

“Lo puedes comprobar con las escrituras. Es una investigación molesta, pero se puede hacer. Niño, me dijiste que fuiste el primogénito, ¿no es así?”

“Sí, señor. Puedes verlo, porque fui consagrado al Señor y rescatado con lo prescrito²”.

Entonces busquemos otros datos...” dice José.

“No es necesario” responden secamente los dos quisquillosos. “Ven aquí muchacho. Di el Decálogo” y el niño lo recita. “Dame ese rollo Jacob. Si sabes, lee”.

“¿En dónde, Rabbí?”

“Donde quieras. Donde tus ojos se fijen” dice Asrael.

“No, aquí. Dámelo” dice Jacob. Desenvuelve el rollo y luego dice: “Aquí”.

“Entonces él les dice en secreto: ‘Benedicid al Dios del Cielo y alabadle ante todos los vivientes, porque ha tenido misericordia de vosotros. Cosa justa es tener escondido el secreto del rey, pero honroso el darlo a conocer³...’”.

“Basta, basta... ¿Qué cosa es esto?” pregunta Jacob señalando las extremidades de su manto.

“Las franjas sagradas, señor. Las llevamos para acordarnos de los preceptos del Altísimo Señor”.

“¿Es lícito a un israelita comer de cualquier carne?... pregunta Asrael.

“No, señor. Tan sólo de las que han sido declaradas lícitas⁴”.

¹ Cfr. Ex. 22, 21–23; Deum. 24, 17–18; 27, 19.

² Cfr. Gén. 22; Ex. 13, 1–2 y 11–16; 22, 28–30; 34, 19–20; Núm. 3, 11–13 y 40–51; 8, 5–22.

³ Cfr. Tob. 12, 6–7.

⁴ Cfr. Lev. 11; Deum. 14, 3–21.

“Dime los preceptos...”

Y obediente el niño empieza la letanía de: “No cometerás...”

“Basta, basta. Para ser galileo sabe demasiado. Oye tú; a ti te toca jurar que el hijo ha llegado a la mayoría de edad”.

Pedro con el mejor garbo que todavía conserva después de tantos desaires empieza a recitar su discurso que le pertenece como padre: “Como habéis observado, mi hijo, llegado a la edad prescrita, es capaz de guiarse por el conocimiento de la Ley y de los preceptos, costumbres, tradiciones, ceremonias, bendiciones y oraciones. Por eso, como habéis comprobado, puede él, como yo también, pedir que se le conceda el derecho de haber llegado a la mayoría de edad. En realidad yo debí haberlo dicho antes, pero las costumbres han sido violadas, no por nosotros los galileos. Al niño le preguntaron antes que a su padre. Ahora os digo: Una vez que lo habéis considerado capaz, desde este momento no soy yo responsable de sus acciones, ni ante Dios ni ante los hombres”.

“Pasad a la sinagoga”.

El reducido grupo pasa a la sinagoga en medio de caras rígidas de rabinos a los que Pedro ha dicho la verdad. Derecho, enfrente de los facistoles y lámparas, le cortan los cabellos a Marziam hasta las orejas, y Pedro, que ha desenvuelto el envoltorio, toma una hermosa faja de lana de color de rosa, recamada en oro pálido, y la pone en la cintura del niño. Después, mientras los sacerdotes amarran en la frente y en el brazo tiritas de cuero, Pedro coloca diligentemente en el manto de Marziam las franjas sagradas. Pedro está conmovido cuando entona la palabra del Señor...

La ceremonia ha terminado. Lo más pronto posible escapan. Pedro dice: “Menos mal, ya no me aguantaba. ¿Viste, José? Ni siquiera terminaron la ceremonia. ¡No importa! Tú, tú hijo mío, tienes quién te consagre... vamos a tomar un corderito como tú. Te agradezco mucho José. Tú también di “gracias” a ese gran amigo. Sin ti, nos hubieran tratado muy mal”.

“Simón, me alegro de haber servido de algo. Te ruego que vengas a mi casa de Bezeta para el banquete. Es natural que todos vengan también”.

“Vamos a decírselo al Maestro. Para mí... es mucho honor”, dice cortésmente Pedro, pero se muere de alegría.

Vuelven a pasar por los atrios hasta el de las mujeres, donde a Marziam todos lo felicitan, y luego los hombres, cuando han llegado al atrio de estos y donde se encuentra Jesús con los suyos. Todos se unen en un racimo de felicidad. Y mientras Pedro va a sacrificar el cordero los demás se van por el pórtico y patios hasta el primer muro.

Tan contento está Pedro con su niño, que es ya un israelita perfecto, que no ve la arruga que cruza la frente de Jesús, que no echa de ver el silencio agobiador de sus compañeros. Es hasta la casa de José –cuando el niño, a la pregunta ritual de qué cosa quiere hacer en su vida, responde: “Seré pescador como mi padre”– que entre lágrimas, vuelve en sí y comprende...

“Pero... Judas ha puesto una gota de hiel en medio de esta felicidad... Tú estás muy preocupado, Maestro... y los demás están tristes por eso. Perdóname si antes no me di cuenta... ¡Ah! Ese Judas!...”

Me imagino que su lamento está en el corazón de todos los demás. Jesús para quitar la preocupación, se esfuerza en sonreír. Dice: “No te molestes Simón. No hace falta a la fiesta sino tu mujer... Yo... pensaba en ella que es tan buena y sacrificada como siempre. Muy pronto tendrá su alegría, que no se esperaba, y que tal vez aceptará con gusto. Pensemos en el bien que existe en el mundo. Oye, ¿entonces Marziam respondió muy bien? Lo sabía de antemano...”

José regresa después: “Os agradezco a todos vosotros” dice “Por haberme rejuvenecido con esta ceremonia y por haberme dado el honor de tener en mi casa al Maestro, a su Madre y familiares y a vosotros queridos condiscípulos. Venid al jardín. Hay aire y flores...”

Todo termina.

63. La vigilia Pascual en el Templo

27 junio 1945

La vigilia de la Pascua. Sólo con sus discípulos porque las mujeres no se han unido al grupo, Jesús espera que regrese Pedro que ha llevado el cordero pascual al sacrificio. Mientras están esperando y Jesús está hablando al niño de Salomón, he ahí a Judas que atraviesa el gran patio. Está con un grupo de jóvenes. Habla con grandes gestos y ademanes de un hombre de valer. Su manto se mueve continuamente, y se lo compone con movimientos de sabio... me imagino que Cicerón no haría tanto alarde cuando pronunciaba sus discursos...

“Mira, allá está Judas” dice Tadeo.

“Está con un grupo de “saforim” (escribas)” aclara Felipe.

Tomás agrega: “Voy a oír qué está diciendo” y se va, sin esperar a que Jesús diga su acostumbrado “no”.

Jesús... oh, ¡qué rostro tiene Jesús! De verdadero sufrimiento y de juicio severo. Marziam que lo estaba mirando desde el principio, con un tinte de tristeza y de dulzura al hablarle del gran rey de Israel, nota ese gran cambio y como que se espanta. Sacude la mano de Jesús como para que vuelva en sí. Le dice: “¡No mires! ¡No mires! Mírame a mí que te quiero mucho...”

Tomás logra acercarse a Judas sin que este lo vea y lo sigue por algunos metros. No sé lo que oiga, lo único que sé es que se le escapa una exclamación imprevista que hace que varios dirijan a él sus ojos y sobre todo Judas, que se pone pálido de ira: “Pero ¡cuántos Maestros ha tenido jamás Israel! ¡Me congratulo contigo, nueva luz de sabiduría!”

“No soy una piedra, sino una esponja, y absorbo. Y cuando lo exige el deseo de los que tienen hambre de sabiduría, entonces me exprimo para darme a todos con el jugo de vida”. Judas tiene aire orgulloso y despectivo.

“Pareces un eco fiel. Pero este para que subsista debe estar cerca de la Voz. De otro modo muere, amigo. Tú me parece que te alejas. Él está allí, ¿No vienes?”

Judas cambia de color. Su cara, como en uno de sus peores momentos refleja ira y es repugnante pero se domina y dice: “¿Cómo estás amigo? Heme aquí, Tomás querido amigo mío. Vamos pronto a donde está el Maestro. No sabía que estuviese en el Templo. Si lo hubiese sabido me hubiera puesto a buscarlo” y pasa un brazo por la espalda de Tomás, como si experimentase por él un cariño grande.

Tomás, complaciente, pero nada tonto, no se deja engatusar con estas palabras y con algo de sorna pregunta: ¿Cómo? ¿No sabes que es Pascua? ¿Crees que el Maestro no sea fiel a la Ley?”

“¡Oh, no se trata de eso! El año pasado se mostraba, hablaba... me acuerdo precisamente que en este día me atrajo por su energía de rey... ahora... me parece como si hubiera perdido su fuerza. ¿No te parece?”

“A mí no. Me parece como que alguien hubiese perdido crédito”.

“En su misión. Lo dices bien”.

“No. Entiendes mal. Ha perdido el crédito en los hombres. Y tú eres uno de los que contribuye a ello. ¡Deberías avergonzarte!” Tomás está serio. Su “deberías avergonzarte” suena como una bofetada.

“¡Mira cómo hablas!” amenaza Iscariote.

“Mira cómo obras. Somos dos judíos, sin testigos y por eso hablo. Y te vuelvo a decir: “Deberías avergonzarte”, y ahora cállate. No te quieras dar baños de santo ni ponerte a llorar, porque de otro modo hablo ante todos. Mira allí al Maestro y a los compañeros. ¡Pórtate bien!”

“La paz sea contigo, Maestro...”

“La paz sea contigo, Judas de Simón”.

“Mucho placer en encontrarte aquí... tengo algo que decirte...”

“Habla”.

“Pero... quiero decirte... ¿No me puedes escuchar aparte?”

“Estás entre compañeros”.

“Pero yo quisiera hablarte a Ti solo”.

“En Betania estoy a solas con quien quiere y me busca, pero tú no lo haces. Me huyes...”

“No, Maestro, no puedes afirmarlo”

“¿Por qué despreciaste a Simón y a Mí con él, y con nosotros a José de Arimatea, a tus compañeros, a mi Madre y a las demás mujeres?”

“¿Yo? ¡Si no los vi!”

“No nos quisiste ver. ¿Por qué no viniste, como lo habíamos acordado, para bendecir al Señor por un inocente al que la Ley ha acogido? ¡Responde! No sentiste ni siquiera la necesidad de mandar avisar que no vendrías”. “¡Ahí viene mi padre!” grita Marziam que ve a Pedro que regresa con su cordero degollado, sin las entrañas, envuelto en su piel. “¡Oh! ¡Con él vienen Miqueas y los demás! Voy... ¿Puedo ir a su encuentro para preguntarle algo de mi viejo padre?”

“Ve, hijo” dice Jesús acariciándolo. Y luego, tocando a Juan de Endor por la espalda le dice: “Te ruego que lo acompañes y lo entretengas un poco”. De nuevo se dirige a Judas: “Responde pues, te espero”.

“Maestro... un compromiso inesperado... que no podía menos que... me pudo mucho... pero...”

“Pero ¿no había en toda Jerusalén alguien que me pudiese notificar tu excusa, en el supuesto de que tuvieses una? Y esto ya era falta. Te recuerdo que hace poco un hombre dejó de ir a enterrar a su padre por seguirme, y estos hermanos míos, dejaron en medio de las maldiciones la casa paterna por seguirme, y que Simón y Tomás, Andrés, Santiago, Juan, Felipe y Natanael dejaron su familia y Simón Cananeo su riqueza para dármele y Mateo su vida pecaminosa por seguirme. Así podría enunciarle cien más. Hay quien abandona su vida, *la vida misma* por seguirme en el reino de los cielos. Pero ya que no eres generoso, procura ser al menos educado. No tienes caridad, pero al menos sé caballero. Imita, pues te gustan, los falsos fariseos que me traicionan, que nos traicionan mostrándose educados. Tu obligación era no comprometerte para estar con nosotros, para no ofender a Pedro, al que ordeno que todos respetéis. ¡Si al menos hubieses llegado a mandar un aviso!”

“He faltado. Pero ahora venía con intenciones de buscarte para decirte, que, siempre por la misma razón, mañana no podré venir... ¿Sabes?... tengo amigos de mi padre y me...”

“Basta. Vete con ellos. ¡Adiós!”

“Maestro... ¿Estás enojado conmigo? Me dijiste que serías como el padre... soy un joven atolondrado, pero un padre perdona...”

“Te perdono, sí. Pero vete. No hagas esperar más a los amigos de tu padre así como no hago esperar más a los amigos del santo Jonás”.

“¿Cuándo partirás de Betania?”

“Al fin de los Acimos. Adiós”.

Jesús le da la espalda y se dirige a los campesinos que contemplan extáticamente al transformado Marziam. Da unos cuantos pasos, luego se detiene, por lo que dice Tomás: “¡Por Yaveh! Quería verte con la energía de un rey y te ha visto...”

“Os ruego que olvidéis este incidente, como Yo también me esfuerzo en hacerlo. Os ordeno que no digáis nada a Simón de Jonás, ni a Juan de Endor, ni al pequeño. Por motivos que comprendéis fácilmente, no está bien causar aflicción ni escándalo a los tres. Silencio en Betania, con las mujeres. Está mi Madre, recordadlo”.

“Puedes estar seguro, Maestro”.

“Haremos todo lo posible para repararlo”.

“Y para consolarte” dicen todos.

“Gracias... ¡Oh! La paz sea con todos vosotros. Isaac os encontró. Estoy contento. Gozad en paz de vuestra Pascua. Mis pastores serán otros tantos hermanos buenos con vosotros. Antes de que partan, Isaac, acompañalos. Los quiero bendecir una vez más. ¿Habéis visto al niño?”

“Oh, ¡Maestro! ¡Qué guapo está! ¡Tiene ya color! ¡Oh, lo diremos al viejo! Qué feliz se sentirá. Este justo nos dijo que Yabé ahora es su hijo... ¡Una providencia! ¡Todo se lo contaremos, todo!”

“También que soy hijo de la Ley, y que soy feliz, y que siempre lo recuerdo, y que no llore por mí, ni por mi mamá. La tengo cerca de mí, y también él la tiene cual un ángel, y siempre la tendrá, y también ahora y a la hora de la muerte, y si Jesús para ese entonces ya abrió las puertas del Cielo, entonces, mi mamá más hermosa que un ángel, vendrá al encuentro de mi viejo padre y lo conducirá a Jesús. Él así lo dijo. ¿Se lo diréis? ¿Lo sabéis decir bien?”

“Sí, Yabé”.

“No me llamo Yabé, me llamo ahora Marziam. La Mamá del Señor me dio este nombre. Es como si pronunciase este nombre. Me quiere mucho. Me acuesta cada noche y me hace recitar las oraciones que hacía recitar a su Niño. Me despierta con un beso, me viste y me enseña muchas cosas. También Él. Pero entran tan suave que no los siento. ¡Mi Maestro!” y el niño se estrecha a Jesús con tal acto de adoración y de amor que conmueve.

“Le diréis todo esto y también que no pierda las esperanzas. Este ángel ruega por él y Yo lo bendigo. También a vosotros os bendigo. La paz sea con vosotros”.

Los grupos se separan, y se va cada uno por su lado.

64. Jesús enseña el “Pater Noster”¹

28 junio 1945

Jesús sale con los suyos de una casa vecina a los muros, y que creo que está en el barrio de Bezeta porque para salir fuera de ellos, se debe pasar delante de la casa de José, que está cerca de la Puerta, que oigo llaman de Herodes.

En esta noche tranquila de luna, la ciudad está semidesierta. Caigo en la cuenta que se hizo la Pascua en una de las casas de Lázaro, pero no fue la del Cenáculo. Esta se encuentra exactamente en el lado opuesto. Como quien dice: una se encuentra al norte y la otra al sur de Jerusalén.

En los umbrales de la puerta, Jesús se despide, con ese porte gentil, propio suyo, de Juan de Endor a quien deja para que se quede con las mujeres y de antemano se lo agradece. Besa a Marziam que también está en la puerta y luego atraviesa la Puerta de Herodes.

“¿A dónde vamos, Señor?”

“Venid conmigo. Os llevo a que coronemos la Pascua con una perla rara y deseada. Por eso he querido estar con vosotros solos. ¡Mis apóstoles! Gracias, amigos, de vuestro amor que me profesáis. Si pudieseis ver cómo me consuela, os quedaríais estupefactos. Lo estoy viendo: sigo caminando entre continuos rozamientos y desilusiones. Desilusiones para vosotros. Para Mí, convenceos, no hay ni una desilusión, pese a que no me ha negado el don de ignorar... También por esto os aconsejo que os dejéis guiar por Mí. Si permito esto o aquello, no pongáis ningún obstáculo. Si no quiero poner fin a algo, no lo hagáis tampoco vosotros. Cada cosa a su tiempo. Tened sobre todo confianza en Mí”.

¹ Cfr. Mt. 6, 9-15; 7, 7-11; Lc. 11, 1-13.

Están en el ángulo noreste del recinto de los muros. Los rodean y costean el Monte Noria, donde atraviesan el Cedrón por un puentecito.

“¿Vamos a Getsemaní?” pregunta Santiago de Alfeo.

“No. Más arriba. Al Monte de los Olivos”.

“Oh, ¡será algo bello!” dice Juan.

“Habría estado también contento el niño” dice por su parte Pedro.

“¡Vendrá muchas veces! Estaba cansado. Es niño. Quiero daros una grande cosa porque ya es justo que la tengáis”.

Suben por entre el olivar. Deja a su derecha Getsemaní. Siguen subiendo más por el monte, hasta llegar a la cumbre donde los olivos se balancean crujiendo.

Jesús se para y dice. “Detengámonos... queridos y muy queridos discípulos míos y mis continuadores en el futuro, acercaos a Mí. Un día, y no uno sólo me habéis dicho: “Enseñanos a orar como Tú oras. Enseñanos como Juan enseñó a los suyos para que nosotros podamos orar con las mismas palabras del Maestro”. Y siempre os respondí: “Os enseñaré cuando vea en vosotros un mínimo de preparación suficiente para que la plegaria no se convierta en una fórmula vacía de palabras humanas, sino que sea una verdadera conversación con el Padre”. Ha llegado el tiempo. Vosotros poseéis cuanto es suficiente para conocer las palabras dignas que se digan a Dios, y os las quiero enseñar esta noche en medio de la paz y el amor que existe entre nosotros, en la paz y en el amor de Dios y con Dios, porque hemos obedecido el precepto pascual, como verdaderos israelitas, y al precepto divino de la caridad para con Dios y para con el prójimo. Uno de vosotros ha sufrido mucho estos días, debido a una acción que no merecía y ha sufrido por el esfuerzo que se ha hecho a sí mismo para controlar la ira que esa acción había provocado. Sí, Simón de Jonás, ven aquí. Ni un latido de tu corazón honrado me ha pasado desapercibido, y no ha habido sufrimiento que no hubiese compartido contigo. Yo y... tus compañeros...”

“Pero Tú, Señor has sido ofendido más que yo. Y esto era para mí una pena mayor... mayor, no.... más sensible... ni siquiera... más... más... que Judas haya desdeñado acompañarme en la fiesta, me molestó mucho, como hombre. Pero al ver que Tú estabas adolorido, y ofendido, me molestó de otro modo y sufrí de otro modo, el doble... Yo... no quiero gloriarme ni hacerme el héroe, usando tus palabras... Pero debo decir... y si es por soberbia dímelo, debo decir que he sufrido con mi alma... y causa mayor dolor”.

“No es soberbia, Simón. Has sufrido espiritualmente porque Simón de Jonás pescador de Galilea, se está cambiando en Pedro de Jesús, Maestro del espíritu. Porque has avanzado en la vida del espíritu, porque vosotros también habéis avanzado, quiero enseñaros esta noche la oración. ¡Cuánto habéis cambiado desde aquel día en que en un lugar desierto nos detuvimos algunos días!”

“¿Todos, Señor?” pregunta Bartolomé un poco incrédulo.

“Comprendo lo que quieres decir... Yo os hablo a vosotros los once, no a otros...”

“Pero ¿qué le pasa a Judas de Simón, Maestro? No lo comprendemos más... parecía muy cambiado y ahora, desde que dejamos el lago...” dice entristecido Andrés.

Cállate hermano. La llave del misterio la tengo yo. Se ha colgado un pedacito de cebú. Fue a buscarlo a la caverna de Endor para sorprender a los demás... y ¡se lo ha merecido! El Maestro se lo dijo aquel día... en Gamala los diablos entraron en los cerdos. En Endor los diablos, salidos del entonces desgraciado Juan, entraron en él... Se entiende que... se entiende. ¡Déjame decirlo, Maestro! Lo tengo aquí en la punta de los labios, y si no lo digo me muero...”

“Simón ¡sé bueno!”

“Sí, Maestro... y te aseguro que no le haré ningún desprecio. Pero digo y pienso que siendo Judas tan vicioso –todos lo sabemos– es un semejante a un cerdo... y se entiende que los demonios gustosos cambian de domicilio... Bueno, lo he dicho”.

“¿Tú dices que es así?” pregunta Santiago de Zebedeo.

“Y ¿qué otra cosa quieres que sea? No ha habido ninguna otra razón para que se haya hecho tan intratable. Peor que en Aguas Claras. Allí se podía pensar que el lugar y la estación lo pusiesen nervioso. Pero ahora...”

“Hay otra razón, Simón...”

“Dila, Maestro. Estoy contento de desengañarme del compañero”.

“Judas está celoso. Está inquieto por celos”.

“¿Celoso? ¿De quién? No tiene mujer, y aunque la tuviese, con las mujeres, creo que ninguno de nosotros sería capaz de ofender a un condiscípulo...”

“Está celoso de Mí. Piensa: Judas ha cambiado desde Endor, y luego desde Esdrelón. Esto es, desde que vio que me ocupaba de Juan y luego de Yabé. Pero ahora que Juan nos dejará e irá con Isaac, verás que se hará alegre y bueno”.

“Esta bien, pero no querrás decirme que no sea presa de un diablillo y sobre todo... ¡No lo digas! Y sobre todo no querrás que diga que se ha compuesto en estos meses. El año pasado también yo era celoso... ¿No recuerdas que no quería que hubiese más que nosotros seis? Ahora, deja que invoque a Dios como testigo de mi pensamiento. Ahora digo que soy feliz entre más aumentan los discípulos a tu alrededor. ¡Oh! Cómo querría disponer de todos los hombres y traerlos a Ti, y de contar con todos los medios para socorrer a los necesitados, a fin de que la miseria no sea obstáculo para que ninguno deje de venir a Ti. Dios está viendo si digo la verdad. Pero ¿por qué he cambiado? Porque me he dejado cambiar por Ti. Él... no está cambiado... al contrario... convéncete, Maestro... un diablillo se ha apoderado de él...”

“No lo digas ni lo pienses, Ruega para que se cure. Los celos son una enfermedad...”

“De la que se puede uno curar, si uno quiere. ¡Ah! Lo soportaré por causa tuya... Pero ¡qué fatiga!”

“Por eso te he premiado con el niño, y ahora te enseño a orar”.

“Oh, sí, hermano. Hablemos de esto, y recordemos al que lleva igual nombre que yo, como a uno que tiene necesidad. Me parece que ya recibió su castigo, al no estar con nosotros a esta hora” dice Judas Tadeo.

“Escuchad. Cuando oréis, decid así: **“Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre. Venga Tu reino a la tierra como lo está en el cielo, y en la tierra como en el cielo se haga tu voluntad. Danos hoy nuestro pan diario. Perdónanos nuestras deudas, como perdonamos a los que nos deben. No nos dejes entrar en la tentación, sino libarnos del maligno”**”.

Jesús se puso en pie para decir esta oración y todos los demás lo imitan, atentos y conmovidos.

“No hay necesidad de más, amigos míos. En estas palabras está encerrado como en un aro de oro todo cuanto necesita el hombre para el espíritu y para las cosas materiales como el cuerpo. Con esta oración pedís lo que es útil al espíritu y al cuerpo. Y si hacéis lo que pedís conquistaréis la vida eterna. Es una oración tan perfecta que las olas de las herejías y el transcurso de los siglos no la atacarán. El mordisco de Satanás despedazará el cristianismo, y muchas partes de mi carne mística, serán separadas, distanciadas, convirtiéndose en células propias, con el empeño vano de crearse un cuerpo perfecto como lo será el Cuerpo Místico de Cristo, o sea el Cuerpo que forman todos los fieles unidos en la Iglesia Apostólica, que será, mientras exista en la tierra, la única verdadera Iglesia. Pero estas partes separadas, por este mismo hecho, privadas de los dones que dejaré a la Iglesia Madre para nutrir a mis hijos,

siempre se llamarán cristianas, pues su culto será Cristo, y siempre se acordarán, en su error, de estar unidas a Cristo. Oíd: también ellas dirán esta oración universal. Recordadla bien. Meditadla continuamente. Aplicadla a vuestras acciones. No hay necesidad de otra cosa para santificarse. Si alguien estuviese, en un lugar de paganos, sin Iglesia, sin libros, tendría todo lo necesario para meditar con esta oración y una Iglesia abierta en su corazón para ella. Tendría una regla y seguramente se santificaría.

“Padre nuestro”.

Yo lo llamo: “Padre”. Es Padre del Verbo. Es Padre del Encarnado. Así quiero que lo llaméis porque sois uno conmigo, si permanecéis en Mí. Antes el hombre se arrojaba cara en tierra para decir, entre el estremecimiento del miedo: “¡Dios!”. Quien no cree en Mí y en mi palabra, todavía tiene ese pavor que paraliza... Ved lo que sucede en el Templo. No sólo Dios, sino su recuerdo está escondido detrás de un triple velo⁴ a los ojos de los fieles. Separación por la distancia, separación por los velos. Todo se ha empleado para decir a quien ruega: “Tú eres fango; Él es luz. Tú eres un ser abyecto; Él es Santo. Tú eres esclavo; Él es Rey”.

Pero ahora... Levantaos. Acercaos. Soy el Sacerdote Eterno. Puedo tomaros por las manos y deciros: “Venid”. Puedo tomar con mis manos las cortinas y descerrarlas, dejando ver el lugar inaccesible que ha estado oculto hasta ahora. ¿Oculto? ¿Por qué? Oculto por la culpa, ciertamente, pero cerrado al pensamiento envilecido de los hombres. ¿Por qué ocultarlo si Dios es amor, si Dios es Padre? Yo puedo, debo, quiero llevaros no a través del polvo, sino por el firmamento; no lejos, sino cerca; no con vestidos de esclavos, sino con el de hijos al corazón de Dios. Decid: “¡Padre!... ¡Padre!” y no os canséis de repetir esta palabra. ¿No sabéis que cada vez que la pronunciáis, el cielo se derrite de alegría divina? Si no dijereis más que esta plegaria, y con verdadero amor, habríais ya hecho una oración acepta al Señor. “¡Padre! ¡Padre mío!” dicen los niños al llamar a su progenitor. Las primeras palabras que dicen son: “Madre, Padre”. Vosotros sois pequeñuelos de Dios. Os he engendrado del hombre viejo que erais, al que he destruido con mi amor, para que naciera el hombre nuevo, el cristiano. Llamad pues, con la primera palabra que el niño sabe, al Padre santísimo que está en los cielos.

“Sea santificado tu Nombre”.

¡Oh, Nombre más santo y dulce que cualquier otro! Nombre que el pavor de la culpa ha enseñado a tener oculto bajo otro nombre. ¡No! ¡No! ¡No más Adonai!⁵ ¡No más! Es Dios. Es Dios que en un exceso de amor creó al genero humano. Este, cuyos labios serán purificados con el bautismo que preparo, lo llamará por su nombre. Se reservará el derecho de comprender con plenitud de sabiduría el verdadero significado de este incomprensible nombre, cuando unido con él, con sus mejores hijos, será elevado al Reino que ha venido a establecer.

“Venga tu Reino a la tierra como está en el cielo”.

Desead con todas vuestras fuerzas este acontecimiento. Sería el regocijo de la tierra, si viniese. El Reino de Dios en los corazones, en las familias, entre los ciudadanos, entre las naciones. Sufrid, trabajad, sacrificaos por este Reino. Sea la tierra un espejo que refleja en cada uno la vida del cielo. Vendrá. Llegará el día en que esto sucederá. Siglos y siglos de lágrimas, y sangre, de errores, de persecuciones, de nubes que dejan pasar rayos de luz que vienen del faro que es mi Iglesia —la que es barca y que jamás será sumergida; también es una roca que no se

⁴ Cfr. Ex., 31–37; 36, 35–38; Lev. 16, 2; 3 Rey. 6, 15–22; Mt. 27, 50–51; Mc. 15, 37–38; Lc. 23, 45–46; Hebr. 6, 19–20; 9, 1–5.

⁵ La palabra Adonai significa “Mi Señor”.

abate ante ninguna y tendrá en alto la Luz, mi Luz, la Luz de Dios— precederán el momento en que la tierra poseerá el reino de Dios. Y entonces será como el resplandecer intenso de un astro que, llegado a su estado máximo de existencia, se disgrega, cual flor inmensa en los jardines etéreos para despedir en una palpitación radiante su existencia y su amor a los pies de su Creador. De que sucederá. Y luego vendrá el Reino perfecto, feliz, eterno del Cielo.

“En la tierra como en el Cielo se haga tu Voluntad”.

La aniquilación de la voluntad propia en la de otro se puede realizar sólo cuando se ha llegado al perfecto amor por la criatura. *El aniquilamiento de la voluntad propia en la de Dios se puede sólo realizar cuando se ha llegado a la posesión de las virtudes teologales en forma heroica.* En el cielo es donde no hay defectos, se hace la voluntad de Dios. Aprended vosotros, hijos del cielo, a hacer lo que en el Cielo se hacer.

“Danos el pan diario”.

Cuando estéis en el Cielo os alimentaréis tan sólo de Dios. La bienaventuranza será vuestro alimento. Pero acá abajo tenéis necesidad del pan. Sois los hijos de Dios. Es justo decir: “Padre danos pan”. ¿Tenéis temor de no ser escuchados? Oh, ¡no! Pensad en esto: si uno de vosotros tiene un amigo y cayendo en cuenta de que no tiene pan para dar de comer a otro amigo o familiar, que llegó a su casa muy de madrugada, va a él y le dice: “Amigo mío, préstame tres panes porque ha llegado un huésped y no tengo qué darle de comer”, ¿puede acaso responder desde dentro de su casa: “No me molestes porque ya cerré la puerta y he asegurado las aldabas y mis hijos están durmiendo conmigo. No puedo levantarme y darte lo que quieres” No. Si él se dirigió a un *verdadero* amigo, y si insiste tendrá lo que pide. Igual cosa obtendría aún cuando se hubiese dirigido a un amigo menos bueno. Lo habría obtenido por su insistencia. Porque a quien se le pide tal favor, con tal de no ser molestado se apresurará a darle cuanto quiere.

Pero vosotros, al orar al Padre, no os dirigís a un amigo de la tierra, os dirigís al Amigo Perfecto que es el Padre de los cielos. Por esto os digo: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá”. De hecho, se da a quien pide, quien busca termina por encontrar, y a quien llama a la puerta se le abre. “Qué hijo hay que vea que se le pone en la mano una piedra cuando pide a su padre un pan? ¿Quién hay que vea que se le ponga una serpiente en la mano, en cambio del pescado que pidió? El padre que así obrase, sería un criminal para su prole. Os lo he dicho y os lo repito para atraeros a sentimientos de bondad y de confianza. A la manera que un hombre sano de mente, no daría un escorpión en cambio de un huevo, con una bondad mucho mayor, ¿no os dará Dios lo que pedís? Él es bueno, entre tanto que vosotros, más o menos sois malos. Pedid pues con amor humilde y filial vuestro pan al Padre.

“Perdónanos nuestras deudas como perdonamos a los que nos deben”.

Hay deudas materiales y espirituales. Hay también morales. Es una deuda material el dinero o la cosa que se restituye porque se le prestó a uno. Es una deuda moral la honra ofendida y no reparada, como el amor pedido y no recibido. Es una deuda espiritual la obediencia a Dios, a quien pedir lo que se quiera, siempre es poco. Es obediencia espiritual el amarlo. Él nos ama y es amado, como una madre, una esposa, un hijo, de quienes se exigen muchas cosas. El egoísta quiere tener, pero no dar. Este es el *antípoda del cielo*. Tenemos deudas con todos. Desde Dios al progenitor, de éste al amigo, del amigo al prójimo, del prójimo al siervo y al esclavo, que son iguales a nosotros. ¡Ay de quien no perdona! No será perdonado. Dios no puede en justicia, perdonar la deuda que tiene el hombre con Él, Ser Santísimo, si el hombre no perdona a su semejante.

“No nos dejes entrar en tentación, sino libranos del maligno”.

El hombre que no tuvo la necesidad de compartir con nosotros la cena pascual me preguntó, hace más o menos un año: “¿Cómo? ¿Has pedido, Tú, que no seas tentado y has pedido ser ayudado en la tentación para vencerla?” Estábamos los dos solos... y le respondí. Después éramos cuatro, en un lugar solitario, y también le respondí. Pero de nada sirvió, porque en un espíritu firme, es menester hacer brecha, demoliendo la gran fortaleza de su terquedad. Por eso lo repetiré una, diez, cien veces, hasta que todo se cumpla.

Pero vosotros no estáis blindados con enseñanzas infelices, y mucho menos con pasiones infelices, procurad orar de este modo. Orad humildemente para que Dios impida las tentaciones. ¡Oh, humildad que consiste en conocerse uno por lo que es, sin envilecerse, antes bien conociéndose! Decir: “Podría yo ceder, aunque no me parece que lo hiciera, porque soy un juez imperfecto de mí mismo. Por esto, Padre mío, de ser posible, dame libertad en las tentaciones con tenerme muy cerca de Ti de modo que no permitas que el maligno me pueda hacer daño”. Porque recordadlo, no es Dios quien tienta al mal, sino el mal quien tienta. Rogad al Padre para que sostenga vuestra debilidad, de modo que no pueda ser llevada a la tentación por el maligno.

Esta ha sido mi segunda Pascua entre vosotros, queridos amigos. El año pasado comimos tan solo el pan y el cordero. Este año os doy la plegaria. Dispondré de otros dones para otra Pascua mía que celebre con vosotros, para que, cuando me hubiere ido al Padre, tengáis un recuerdo mío, de Mí que soy el Cordero, en cada fiesta del cordero mosaico.

Levantaos y vámonos. Entremos a la ciudad en la aurora. Mejor dicho: Tú, Simón, y tú, hermano mío (señala a Judas), iréis a traer a las mujeres y al niño. Tú, Simón de Jonás, y vosotros, os quedaréis conmigo hasta que hayan regresado. Luego iremos juntos a Betania”.

Descienden hasta Getsemaní en cuya casa entran a descansar.

65. Jesús y los gentiles en Betania

29 junio 1945

Jesús pasó el descanso del sábado cerca de un campo de lino en flor perteneciente a Lázaro. Más que cerca, diría yo, que se metió entre el lino que está alto, y sentado en el borde de un surco se sumerge en sus pensamientos. Cerca de Él no hay nadie a no ser alguna mariposa o alguna lagartija que se sacude y que lo mira con sus ojitos de color amarillento, levantando su cabecita triangular y dejando ver su garganta blanquecina y palpitante. Fuera de esto, ninguna otra cosa más. Después de medio día aun el mínimo soplo de viento se calla entre los tallos de lino. De lejos, tal vez el jardín de Lázaro, se oye la canción de una mujer, y con ella los gritos alegres del niño que juega con alguien. Después, una, dos, tres voces que dicen: “¡Maestro! ¡Jesús!”

Jesús se sacude y se levanta. Aunque el lino está ya crecido y es muy alto, sin embargo Jesús es más alto que él y aparece parte de su figura en el mar verde del lino.

“Allí esta, Juan” grita Zelote.

Y Juan a su vez dice: “¡Madre! El Maestro está aquí, en el lino”.

Y mientras Jesús se acerca al sendero que lleva a la casa, llega María.

“¿Qué quieres, Mamá?”

“Hijo mío, han llegado algunos gentiles con mujeres. Dicen que Juana les dijo que estabas aquí. Dicen también que te ha estado esperando durante estos días cerca de la Antonia...”

“¡Ah! Muy bien. Voy al momento. ¿En dónde están?”

“En casa de Lázaro, en su jardín. A él lo quieren los romanos y no siente el desprecio que nosotros sentimos. Les dije que entrasen en sus carros, en el amplio jardín para no escandalizar a nadie”.

“Está bien, Madre. Son soldados y damas romanas. Lo sé”.

“Y ¿para qué te quieren?”

“Buscan la Luz, más que muchos de Israel”.

“Pero ¿en qué forma y de qué modo creen en Ti? ¿Acaso como en Dios?”

“A su manera de ellos, sí. Les es más fácil aceptar la idea de que un Dios se encarne en un hombre, más que nosotros”.

“Entonces ¿han llegado a creer en tu fe?”

“Todavía no, Mamá. Primero les destruiré la suya. Por ahora soy a sus ojos un sabio, un filósofo, como dicen. Pero bien de este anhelo de conocer doctrinas filosóficas, bien de su inclinación a creer posible la encarnación de un dios, me ayudan mucho para llevarlos a la verdadera fe. Créelo, son más sencillos en su modo, que muchos de Israel”.

“¿Serán sinceros? Se dice que el Bautista...”

“No, si hubiera estado en sus manos, Juan estaría libre y seguro. A quien es rebelde se le deja estar. Aún más, te digo, que entre ellos el ser profeta –le llaman filósofo, porque la elevación de la sabiduría sobrenatural para ellos es siempre filosofía. Es una garantía para que sea uno respetado. No te preocupes, Mamá. De este lado no me vendrá ningún mal...”

“Pero los fariseos... si lo saben, ¿qué dirán también de Lázaro?... A él ya lo han injuriado mucho...”

“Pero es intocable. ¡Saben que Roma lo protege!”

“Te dejo, Hijo mío. Viene Maximino para llevarte a donde están los gentiles” y María, que iba caminando al lado de Jesús se separa rápida, y se va en dirección de la casa de Zelote. Jesús entra por una puertecilla de hierro abierta que hay en la valla del jardín que está cerca del huerto; cerca del lugar, donde un día no lejano, será enterrado Lázaro. Allí también está Lázaro y *nadie más*: “Maestro, me permití hospedarlos...”

“Hiciste bien. ¿Dónde están?”

“Entre aquella sombra de boj es y laureles. Como ves están separados de la casa al menos quinientos pasos”.

“Está bien, está bien... Que la luz llegue a todos vosotros”.

“¡Salve, Maestro!” dice Quintiliano, vestido de civil.

Las damas se ponen de pie para saludar. Son Plautina, Valeria y Lidia. Hay una anciana, que no sé quién sea ni qué cosa, si del mismo rango o inferior. Están vestidas de una manera sencilla y nada las distingue.

“Hemos querido oírte. No viniste nunca. Estaba de... guardia cuando llegaste. Pero no te pude ver”.

“Yo tampoco vi a un soldado amigo mío, en la Puerta de los Pescados. Se llama Alejandro...”

“¿Alejandro? ...No sé exactamente si haya sido él. Lo que sé es que hace tiempo, tuvimos que retirar, para calmar a los judíos a un soldado culpable... de... haber habado contigo. Ahora está en Antioquia. Pero tal vez regresará. ¡Oh! Cómo son fastidiosos... esos que quieren mandar todavía ahora que son súbditos. Es menester temporizar para no llevar las cosas más lejos. Nos hacen difícil la vida, créelo... pero Tú eres bueno y sabio. ¿Nos diriges unas palabras? Tal vez pronto dejaré Palestina. Quiero alguna cosa que me traiga tu recuerdo”.

“Os hablaré. Sí. Jamás desilusiono a alguien. ¿Qué queréis saber?”

Quintiliano mira con ojos interrogativos a las mujeres.

“Lo que quieras, Maestro” dice Valeria.

Plautina se pone de pié nuevamente y dice: “He pensado mucho... tengo tanto qué saber... todo, para juzgar. Pero si es lícito preguntar, querría saber cómo se construye una fe, la tuya por ejemplo, sobre un terreno que dijiste ser yermo de la fe verdadera. Dijiste que nuestras creencias son vanas. Entonces nos quedamos sin nada. ¿Cómo se podrá llegar a tener fe?”

“Tomaré el ejemplo de una cosa que tenéis, por ejemplo, los templos. Vuestros edificios sagrados, verdaderamente bellos, que tienen un solo defecto y es que están dedicados a la Nada, os pueden enseñar cómo pueden llegar a tener una fe y dónde colocarla. Mirad. ¿Dónde se construyó? ¿Qué lugar se escoge para su construcción? ¿En qué forma son contruidos? El lugar generalmente es espacioso, está libre y elevado. Si no es ni espacioso ni libre, se le hace, demoliendo cuanto estorba e impide. Si no está en alto, se le levanta sobre un estereóbato más alto que el usual de tres escalones, que se usa en los templos que se construyen sobre un lugar alto de por sí. Encerrados generalmente en una valla sagrada hecha de columnatas y pórticos, dentro de los que están los árboles sagrados para los dioses, fuentes y altares, estatuas y obeliscos, tienen por delante casi siempre el propileo, y más allá de éste está el altar donde se recitan las plegarias a la divinidad. Enfrente del altar está el lugar del sacrificio, *porque al sacrificio precede la plegaria*. Muchas veces, y sobre todo en los templos más suntuosos, un peristilo los ciñe con una guirnalda de mármoles preciosos. En el interior está el vestíbulo anterior, externo o interno al peristilo, la habitación de la divinidad, el vestíbulo posterior. Mármoles, estatuas, frontis, sotabancos, tímpanos, todo limpio, precioso, adornado, hacen que el templo sea un edificio digno aun a los ojos más burdos. ¿No es así?”

“Así es, Maestro. Los has visto y estudiado muy bien” dice Plautina alabando.

“Pero ¡si nos consta que jamás has salido de Palestina!” exclama Quintiliano”.

Nunca he salido para ir a Roma o a Atenas, pero no ignoro la arquitectura griega o romana. En el genio del hombre que decoró el Partenón estaba Yo presente porque Yo estoy dondequiera que haya vida y manifestación de ella. Allí donde piensa un sabio, esculpe un escultor, compone un poeta, canta una madre sobre la cuna, trabaja un hombre en los surcos, lucha un médico con las enfermedades, respira un ser viviente, vive un animal, vegeta un árbol, allí estoy Yo junto con Aquel de quien vengo. En el pavor del movimiento de los mares, en el vuelo de las águilas o en el zumbido del mosquito estoy Yo con él, Altísimo Creador”.

“Luego... Tú... ¿Tú sabes todo? ¿El pensamiento y las obras humanas?” pregunta una vez más Quintiliano.

“Así es”.

Los romanos se miran estupefactos. Luego un rato de silencio, después Valeria tímidamente dice: “Desenvuelve tu pensamiento, Maestro, para que sepamos qué cosa hacer”.

“Sí. La fe se construye como se construyen los templos de los que estáis muy orgullosos. Se busca espacio al templo, se busca que quede libre, que quede en alto”.

“Pero ¿dónde está el templo en donde se ponga la fe, esa deidad verdadera? Pregunta Plautina.

“La fe no es una deidad, Plautina. Es una virtud. No hay deidades en la fe verdadera. Hay un único y verdadero Dios”.

“Entonces... ¿está Él allá arriba, solo en su Olimpo? Y ¿qué hace si está solo?”

“Se basta a sí mismo y se ocupa de todas las cosas creadas. Te dije antes que aún el zumbido del mosquito lo tiene Dios presente. No se cansa, no lo dudes. No es un hombre pobre, dueño de un inmenso imperio en que se siente odiado, y en el que vive temblando. Es el Amor, y vive amando. Su vida es amor continuo. Se basta a Sí mismo porque su amor es infinito, potentísimo, es la perfección. Son tantas las cosas creadas que viven por su continuo querer, que Él no tiene tiempo de aburrirse. *El aburrimiento es el fruto del ocio y del vicio*. En el cielo del Dios verdadero no hay ocio ni vicio. Pero pronto va a tener, además de los ángeles que le sirven,

un pueblo de justos que se alegrará con Él, y este pueblo aumentará cada vez más con los futuros creyentes en el Dios verdadero”.

“¿Son los ángeles los genios?” pregunta Lidia.

“No, son seres espirituales como es Dios que los creó”.

“Y ¿qué cosa son entonces los genios?”

“Como vosotros los imagináis, son mentira. No existen, como vosotros pensáis. Debido a la necesidad instintiva que experimenta el hombre por buscar la verdad, esta necesidad es un acicate del alma que vive y que está presente aun en los paganos, pero que sufre en ellos; porque se le engaña en su deseo; porque tiene hambre, en su nostalgia, del Dios verdadero que ella sola recuerda en el cuerpo en que habita y al que gobierna una mente pagana. También vosotros habéis oído que el hombre no es sólo carne y que con su cuerpo perecedero está unido a un algo inmortal. De este modo lo tienen las ciudades y las naciones. Por esta razón creéis y sentís la necesidad de creer en los “genios” y os dais un genio individual. El de la familia, de la ciudad, de las naciones... Tenéis el “genio de Roma”. Tenéis “el genio del emperador”, y los adoráis como divinidades. Entrad en la fe verdadera. Entraréis en contacto y amistad con vuestro ángel, a quien veneraréis, pero no adoraréis. Sólo Dios es adorado”.

“Has dicho: ‘Acicate del alma que vive y está presente aun en los paganos, que sufre en ellos porque es engañada’. Pero ¿de quién viene el alma?” pregunta Publio Quintiliano.

“De Dios. Él es su creador”.

“¿No nacemos entonces de una mujer por sus relaciones matrimoniales con el hombre? También nuestros dioses han sido engendrados de este modo”.

“Vuestros dioses no existen. Son fantasmas de vuestro pensamiento que tiene necesidad de creer. Porque esta necesidad es más imperiosa que la de respirar. Aun quien dice que no cree, cree. En alguna cosa cree. Sólo el hecho de decir: “No creo en Dios” presupone otra fe, tal vez en sí mismo, o en su inteligencia soberbia. De creer, siempre se cree. Es como el pensamiento. Si decís vosotros: “No quiero pensar” o también: “No creo en Dios”, sólo con estas dos frases que decís, tratáis de mostrar que no queréis creer en Quien sabéis que existe, y en quien no queréis pensar. Para ser exactos en expresar este concepto, debéis decir acerca del hombre: “El hombre es engendrado como todos los animales, al unirse el hombre y la mujer. Pero el alma, o sea lo que diferencia al animal-hombre del animal-bruto, viene de Dios. Él la crea cada vez que un hombre es engendrado, mejor, que es concebido en su seno y la injerta en esta carne que de otro modo sería solo animal””.

“¿Nosotros la tenemos? ¿Nosotros, los paganos? Si damos oídos a tus connacionales, parecería que no...” dice irónicamente Quintiliano.

“Cualquiera que ha nacido de mujer tiene alma”.

“Pero Tú has afirmado que el pecado la mata. ¿Cómo, entonces vive en nosotros pecadores” pregunta Plautina.

“Vosotros no pecáis contra la fe, pensando que estáis en la Verdad. Cuando la conozcáis y persistáis en el error, entonces, cometeréis pecado. De igual modo, muchas cosas que para los israelitas son pecado, para vosotros no lo son, porque ninguna ley divina las prohíbe. El pecado existe cuando uno concientemente se rebela contra la orden de Dios y dice: “Sé que esto está mal, pero no me interesa, quiero hacerlo”. Dios es justo. No puede castigar a quien hace el mal, creyendo hacer el bien. Castiga a quien, habiendo tenido modo de conocer el bien y el mal, escoge este último y persiste en él”.

“Luego ¿en nosotros hay alma, y vive y está presente?”

“Sí”.

“¿Y sufre? ¿Crees de veras que ella se acuerda de Dios? Nosotros no nos acordamos del seno que nos llevó. No podemos decir cómo estaba hecho. El alma, si he entendido bien, es

engendrada espiritualmente por Dios. ¿Puede acaso recordarlo, si el cuerpo no se acuerda de su larga permanencia en el seno?”

“El alma no es un bruto, Plautina. El embrión, sí. Y tan es verdad esto, que el alma se dona, cuando el feto está formado. El alma es, a semejanza de Dios, eterna y espiritual. Eterna desde el momento en que viene creada, mientras Dios es el perfectísimo Eterno, y por esto no tiene principio en el tiempo como no tendrá fin. El alma, reluciente, inteligente, espiritual obra de Dios, se acuerda. Y sufre porque desea a Dios, al Dios verdadero de quien viene, y tiene hambre de Dios. Esta es la razón por qué agujonea al cuerpo que tarde trata de acercarse a Dios”.

“Entonces ¿tenemos también un alma como la tienen los que llamáis “justos” de vuestro pueblo? ¿Exactamente igual?”

“No, Plautina. Tienen sentido diferente, según lo que quiera dar a entender. Si te refieres a su origen y naturaleza, es igual completamente a la de nuestros santos. Si te refieres a la formación, entonces te diré que es diversa. Si después te quieres referir a la perfección alcanzada antes de la muerte, entonces la diferencia puede ser absoluta. Pero esto sucede no sólo en vosotros, paganos, también un hijo de este pueblo puede ser absolutamente diferente, en la vida futura, de un santo. El alma experimenta tres fases. La primera es la de su creación. La segunda la de una nueva creación. La tercera la de la perfección. La primera es común a todos los hombres. La segunda es propia de los justos que con su voluntad llevan al alma a un nuevo nacimiento más completo, al unir sus buenas acciones con la obra buena de Dios y de este modo transforman su alma que ya es perfecta espiritualmente en un alma más perfecta. Esta es como el puente entre la primera y la tercera. La última es propia de los bienaventurados, o santos, si así quieren llamarlos, los cuales han superado con miles y miles de grados su alma original, que es propia del hombre y la han hecho apta para reposar en Dios”.

“¿Cómo podemos crear espacio, dar libertad, elevar el alma?”

“Con destruir las cosas inútiles que tenéis en vuestro yo. Liberarlo de todas las ideas erróneas, y con los escombros de esta demolición construir un lugar elevado donde el templo sea soberano. El alma es llevada siempre a lo más alto, sobre los tres escalones.

¡Oh! A vosotros romanos que os gustan los símbolos. Mirad los tres escalones a la luz del símbolo. Pueden deciros sus nombres: penitencia, paciencia y constancia. O también humildad, pureza, justicia. O bien: sabiduría, generosidad, misericordia. O en fin el trinomio sin par: fe, esperanza y caridad. Una vez más contemplad el símbolo de la valla, que adornada y robusta ciñe el área del templo. Es necesario saber rodear al alma, reina del cuerpo, templo del Espíritu Eterno, con una barrera que la proteja pero sin quitarle la luz, ni oprimirla con vistas de inmundicias. Una valla limpia y devastada del deseo, de amor por las cosas inferiores, la carne y la sangre, y dignidad hacia lo que es superior: el espíritu. Devastar con la voluntad. Hacer desaparecer esquinas, resquebraduras, manchas, venas mal formadas del mármol de nuestro yo para que sea perfecto en torno al alma. Y al mismo tiempo hacer un misericordioso refugio de la valla puesta al abrigo del templo, para los más infelices que no conocen lo que es la caridad. Los pórticos son el derramar amor, piedad, deseo de que otros vengan a Dios, a esos brazos amorosos que se abren para cubrir la cuna de un huérfano y más allá de la valla las plantas más hermosas y más perfectas, como homenaje al Creador. Primero sembrad en terreno baldío, y luego cultivad las plantas. Cualquier virtud que sea. Lo cual constituye la segunda valla fresca y florida alrededor del sagrario. Entre las plantas, entre las virtudes, fuentes que son amor, purificación antes de acercarse al propileo, cerca del que, y antes de subir al altar, se debe hacer el sacrificio de la carnalidad, quitarse las venas de la lujuria. Y luego seguir más adelante hasta el altar para colocar la ofrenda y después pasando el vestíbulo donde está Dios... Y ¿qué será el lugar en donde está Dios? Una abundancia de riquezas espirituales, porque ninguna cosa es bastante para hacer un marco a Dios.

¿Habéis entendido? Me preguntasteis cómo se construye la fe. Os respondí: “Como se alza los templos”. Ved que así es. ¿Tenéis otra cosa qué preguntarme?”

“No, Maestro. Creo que Flavia escribió lo que dijiste. Claudia las quiere saber. ¿Las escribiste?”

“Al pié de la letra” dice la mujer, que entrega las tablas enceradas”.

“Las tendremos para poder leerlas” dice Plautina.

“Es cera. Se borra. Escribidlas en el corazón. Nunca se borrarán”.

“Maestro, están llenos de templos vanos. Arrojamus tu palabra contra ellos para sepultarlos. Pero es un trabajo largo” dice Plautina con un suspiro. Y luego: “Acuérdate de nosotros en tu cielo...”

“Id seguras que lo haré. Os dejo. Tened en cuenta que vuestra venida me ha hecho feliz. Adiós, Publio Quintiliano. Acuérdate de Jesús de Nazaret”.

Las mujeres saludan y son las primeras en retirarse. Después, pensativo se va Quintiliano. Jesús lo mira que sale acompañado de Maximino que los lleva otra vez a sus carros.

“¿Qué piensas, Maestro?” pregunta Lázaro.

“Que hay muchos infelices en el mundo”.

“Y yo soy uno de ellos”.

“¿Por qué amigo mío?”

“Porque todos vienen a Ti, y María no. ¿No es acaso la desgracia más grande?”

Jesús lo mira y sonríe.

“¿Sonríes? Pero ¿no te duele que María no se convierta? ¿No te importa que yo sufra? Marta no hace otra cosa que llorar desde el lunes por la noche. ¿Quién era esa mujer? ¿No sabes que por un día entero estuvimos esperando que fuera ella?”

“Sonrío, porque eres un niño impaciente... y sonrío porque pienso que desperdiciáis sin razón energía y lágrimas. Si hubiese sido ella, habría corrido a anunciároslo”.

“Entonces... ¿no fue ella?”

“¡Oh!... ¡Lázaro!”

“Tienes razón. Paciencia. ¡Todavía paciencia!... Mira, Maestro, las joyas que me diste para que las vendiese. Se han convertido en dinero para los pobres. Eran muy hermosas... eran de mujer”.

“Eran de “esa” mujer”.

“Me lo imaginaba. Hubiesen sido de María... Pero ella... ella... Voy perdiendo las esperanzas, ¡Señor mío!”

Jesús lo abraza por unos instantes sin decir nada. Luego: “Te ruego que guardes secreto completo en lo que se refiere a estas joyas. Ella debe desaparecer de la admiración y de los apetitos como una nube que el viento lleva a otras partes, sin que deje rastro alguno en el azul del cielo”.

“Pierde cuidado, Maestro... y, en cambio, tráeme a María, a nuestra infeliz María...”

“La paz sea contigo, Lázaro. Lo que prometo lo cumplo”.

66. La parábola del hijo pródigo

30 junio 1945

“Juan de Endor, ven aquí conmigo. Debo hablarte” dice Jesús asomándose a la entrada de la puerta.

El hombre deja al niño, a quien le estaba enseñando algo y acude pronto: “¿Qué se te ofrece, Maestro?” pregunta.

“Ven conmigo aquí arriba”.

Suben a la terraza y se sienta en donde no da el sol, porque si bien es de mañana, ya hace mucho calor. Jesús pasa la vista sobre los campos cultivados en los que de día en día el trigo se convierte en espigas de oro y los árboles se hinchan con sus frutos, parece como si quisiera abreviar su pensamiento en la metamorfosis vegetal.

Escúchame Juan. Creo que hoy viene Isaac y me trae a los campesinos de Yocana antes de que partan. He dicho a Lázaro que preste a Isaac un carro para que regresen más pronto y no vayan a retardarse, lo que podría ocasionarles un castigo. Lázaro lo hará, porque él hace todo lo que le pido. Pero a ti te voy a pedir otra cosa. Tengo aquí una cantidad de dinero que me dio una persona para los pobres del Señor. Casi siempre es un apóstol mío el encargado de guardar el dinero y de distribuir las limosnas. Casi siempre es Judas de Keriot; muy rara vez otro. Judas no está ahora. No quiero que los demás sepan lo que quiero hacer. Esta vez tampoco Judas lo hubiera sabido. Lo harás en nombre mío...”

“¿Yo, Señor?... ¿Yo?... ¡oh! ¡No soy digno!...”

“Debes acostumbrarte a trabajar en mi nombre. ¿No viniste para esto?”

“Sí, pero pensaba que trabajaría en reconstruir mi pobre alma”.

“Y Yo te doy los medios. ¿Contra qué cosa pecaste? Contra la misericordia y el Amor. Con odio has destruido tu alma. Con amor y misericordia la reconstruirás. Te doy material. Te emplearé sobre todo en las obras de misericordia y de amor. Tú también eres capaz de curar, eres capaz de hablar. Por este motivo estás preparado para cuidar de la desgracia física y moral, y tienes capacidad para hacerlo. Empezarás con esta obra. Ten la bolsa. La entregarás a Miqueas y a sus amigos. Distribúyela en partes iguales. Y lo harás como te lo voy a decir. La divides en diez partes. Darás cuatro a Miqueas, una para él, otra para Saulo, Otra para Joel y otra más para Isaías. Las otras seis las entregarás a Miqueas para que las entregue al viejo padre de Yabé, para sí y para sus compañeros. Así podrá tener alguna ayuda”.

“Está bien. Pero ¿qué razón les doy?”

“Les dirás: “Esto es para que os acordéis de rogar por un alma que se redime””.

“Pero podrán pensar que trata de mí. ¡No es justo!”

“¿Por qué? ¿No te quieres redimir?”

“No es justo que piensen que sea yo el benefactor”.

“No te preocupes y has como te dije”.

“Obedezco... pero al menos permíteme que ponga algo de lo mío. Por otra parte... por ahora no tengo necesidad de nada. No compraré más libros, no tengo gallinas qué alimentar. Me contento con muy poco... Ten, Maestro. Me guardo tan solo un poco para lo que me cuesten las sandalias...” y saca de una bolsa que tenía colgada en la cintura muchas monedas y las junta con las de Jesús.

“Dios te bendiga por tu misericordia... Juan, dentro de poco nos separaremos, porque te irás con Isaac”.

“Lo siento, Maestro; pero obedezco”.

“También a Mí me duele alejarte, pero tengo necesidad de discípulos peregrinos. No me doy abasto. Pronto lanzaré a los apóstoles, después a los discípulos. Lo harás muy bien. Te reservaré para misiones difíciles. Entre tanto te formarás con Isaac. Es muy bueno, y el Espíritu de Dios lo instruyó verdaderamente durante su larga enfermedad. Es el hombre que siempre ha perdonado todo... Separarnos no quiere decir que no nos volveremos a ver. Nos encontraremos frecuentemente, y cada vez que sea así, hablaré sólo por ti, acuérdate de ello...”

Juan se doblega sobre su cuerpo. Esconde su cara entre las manos con una explosión de llanto. Dice entre lágrimas: “Oh, entonces dime pronto algo que me convenza que he sido perdonado... que puedo servir a Dios... si lo supiese, ahora que ha desaparecido el humo del odio, y como veo mi alma... y como... y como pienso en Dios...”

“Lo sé. No llores. Sé humilde, pero no te rebajes. El rebajamiento es todavía soberbia. Ten tan sólo humildad. ¡Ea, no llores...!”

Juan de Endor poco a poco se va tranquilizando...

Cuando Jesús ve que se calma, le dice: “Ven, vayamos a aquel montón de manzanos y reunamos a los compañeros y mujeres. Les hablaré a todos a todos, pero te diré cómo Dios te ama”.

Descienden. Reúnen a su rededor a los demás conforme van avanzando, y se sientan en rueda bajo la sombra del manzanar. También Lázaro que estaba hablando con Zelote, se une a los demás. Son unas veinte personas por todas.

“Escuchad. Es una hermosa parábola que os guiará con su luz en muchos casos.

Un hombre tenía dos hijos. El mayor era serio, trabajador, cariñoso y obediente. El menor era más inteligente que el mayor que en realidad era un poco tonto y que se dejaba guiar para no tener el trabajo de tener qué tomar por sí la decisión. Pero el menor era en cambio rebelde, disipado, amante del lujo y del placer, dilapidador y ocioso. La inteligencia es un gran don de Dios, pero es un don que se debe usar con sagacidad, de otro modo es como ciertas medicinas, que usadas del modo que no conviene lejos de sanar, matan. El padre estaba en su derecho y en su poder. Lo invitaba a que llevase una vida más propia, pero sin ningún resultado, fuera de haberle arrancado malas respuestas y provocado a una mayor terquedad en sus propias malas ideas.

En fin, llegó un día en que después de una disputa muy agria, el hijo menor dijo: “Dame la parte de mis bienes. Así no oiré más tus reproches y las quejas de mi hermano. Cada uno lo suyo y todo ha terminado”. “Piensa” respondió el padre “que pronto estarás arruinado. ¿Qué harás entonces? Piensa que no seré injusto por favorecerte y que no le quitaré a tu hermano ni siquiera un céntimo para dártelo”. “No te pediré nada. Puedes estar seguro. Dame mi parte”.

El padre mandó valuar sus tierras, y las cosas de valor, y al ver que el dinero que tenía y las joyas valían tanto cuanto las tierras, dio al mayor los campos y los viñedos, los rebaños y los olivos y al menor el dinero y las joyas, el cual las vendió al punto cambiándolo todo por dinero. Hecho esto, en pocos días, se fue a un país lejano donde vivió como gran señor, despilfarrando todo lo que tenía, en orgías de cualquier clase, haciéndose pasar por hijo de un rey porque se avergonzaba de decir: “Soy un campesino”. Por eso renegaba de su padre. Banquetes, amigos y amigas, vestidos, vinos, juegos... vida disoluta. Muy pronto vio que sus riquezas se esfumaban y que le salía al encuentro la miseria. Y para venir a hacer ésta más dolorosa, sobrevino en aquella región una gran carestía que acabó con lo que quedaba de sus riquezas. Había querido volver a su padre, pero era soberbio y no quiso. Se fue a un ricachón de aquel país, que era su amigo en la bonanza y le rogó de este modo: “Acógeme entre tus siervos como recuerdo de lo que gozaste con mis riquezas”. ¡Ved cuán necio es el hombre! Prefiere ponerse bajo el látigo de un capataz antes que decir a su padre: “¡Perdóname! ¡Me he equivocado!” Aquel joven había aprendido con su buena inteligencia muchas cosas útiles pero no había aprendido el dicho del Eclesiástico²: “Cuán infame es el que abandona a su padre y cómo maldice a Dios a quien quita la paz a su madre”. Era inteligente pero no sabio.

El hombre al que se había dirigido, en cambio de lo mucho que había gozado con las riquezas de este joven necio, lo mandó a cuidar los cerdos. Era una región pagana y había muchos de esos animales. Lo mandó a cuidar en sus pastizales las pjaras de cerdos. Sucio, desgarrado, apestoso, hambriento, pues la comida era poca para todos los siervos y sobre todo para los de menor grado y él, extranjero cuidador de cerdos, como le decían burlándose, veía a los cerdos hartarse con bellotas y suspiraba: “¡Si pudiese también llenar mi estómago con estos

² Cfr. Eccl. 3, 18.

frutos! Pero ¡son muy amargos! Ni siquiera el hambre me los hace ver sabrosos"... y lloraba pensando en los ricos festines, que hacía poco tiempo, cual sátrapa, celebraba entre risas, cantos y danzas... y luego pensaba en las comidas honestas pero sustanciosas de su lejano hogar, en las proporciones que su padre daba a todos imparcialmente, conservando para sí la menor, contento al ver el buen apetito de sus hijos... y pensaba también en lo justo que era su padre con sus siervos y suspiraba: "Los trabajadores de mi padre, aun los que valen menos tienen pan en abundancia... y yo aquí me muero de hambre..."

Un largo trabajo de meditación, una larga lucha para destruir la soberbia... llegó por fin el día en que renaciendo a la humildad y sabiduría se puso de pie y dijo: "¡Me voy a mi padre! Es necio este orgullo que me aprisiona. Y... ¿por qué?... ¿por qué debo sufrir en el cuerpo y mucho más en el corazón, mientras puedo obtener su perdón y remedio? Me voy a donde está mi padre. Está dicho. ¿Qué le diré? ¡Lo que ha nacido aquí dentro, en esta abyección, entre estas suciedades, entre los mordiscos del hambre! Le diré: 'He pecado contra el Cielo y contra ti. No soy más digno de que me llames hijo. Trátame pues, como a un trabajador del nivel más ínfimo, pero tenme bajo tu techo. Que te vea pasar...' No podré decirte: '...porque te amo'. No lo creerías, pero te lo dirá mi vida, y él lo comprenderá y antes de morir me volverás a bendecir... ¡Oh! Así lo espero. Porque mi padre me ama"... y al regresar por la tarde se despidió de su patrón y pidiendo limosna por el camino regresó a su casa. Ahí estaban los campos paternos... la casa... y el padre que dirigía los trabajos, envejecido, enflaquecido por el dolor, pero siempre bueno... El culpable al contemplar aquella desgracia que había causado, se paró atemorizado... pero su padre, al volver los ojos, lo vio y corrió a su encuentro, pues todavía estaba lejos, y al llegar a él le echó los brazos al cuello y lo besó. Sólo el padre había reconocido en aquel vil mendigo a su hijo y sólo él había sentido una palpitación de amor.

El hijo estrechado por aquellos brazos, con la cabeza sobre la espalda de su padre, murmuró entre sollozos: "Padre, permíteme que me arroje a tus pies". "No hijo mío, no a mis pies; sobre mi corazón que ha sufrido tanto con tu ausencia y que tiene necesidad de volver a la vida al sentir tu calor sobre mi pecho", y el hijo llorando con mayor fuerza, dijo: "Oh, padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti, no soy más digno de que me llames hijo. Mas permíteme que viva entre tus siervos, bajo tu techo, viéndote, comiendo de tu pan, a cada respiro se renovará mi corazón tan corrompido y será más honrado..."

Pero aquel hombre, teniendo siempre abrazado a su hijo, lo llevó ante los siervos que habían acudido de lejos y que contemplaban lo que sucedía. Les dijo: "Pronto. Traed aquí el vestido más hermoso, las palanganas de agua olorosa, lavadlo, perfumadlo, vestidlo, ponedle calzado nuevo y un anillo en el dedo. Después tomaréis el becerro cebado y matadlo. Que se prepare un banquete porque este hijo mío estaba muerto y ahora ha resucitado; estaba perdido y ahora ha sido encontrado. Quiero que también ahora, encuentre de nuevo su amor simple de niño, y mi amor y la fiesta de la casa por su regreso, se lo darán. Debe entender que para siempre es mi querido hijo menor, cual lo fue en su infancia lejana, cuando caminaba a mi lado haciéndome feliz con sus sonrisas y su balbuceo"... y los siervos cumplieron sus órdenes.

El hijo mayor estaba en la campiña y no supo nada hasta que regresó. Era el atardecer. Al llegar a su casa la vio llena de luces y oyó melodías de instrumentos y que salían de ella las danzas. Llamó a su siervo que andaba atareado y le preguntó: "¿Qué pasa?" El siervo respondió: "Ha regresado tu hermano! Tu padre ha mandado matar un becerro cebado porque ha vuelto a ver a su hijo sano y curado de su gran mal, y mandó preparar un banquete. No esperan a otro para empezar más que a ti". El primogénito se enojó porque le parecía una injusticia tanta fiesta en honor de su hermano menor, que además de ser menor había sido malo y no quiso entrar y hasta trató de alejarse de la casa.

Pero su padre a quien le avisaron, salió corriendo, lo alcanzó y trató de convencerlo, rogándole que no amargase su alegría. El primogénito le respondió: “¿Y quieres que yo no esté descontento si cometes una injusticia y haces un desprecio a tu primogénito?... Desde que pude trabajar, te he servido y esto ya hace muchos años. Jamás he desobedecido ninguna de tus órdenes, ni siquiera un deseo tuyo. Siempre he estado cerca de ti, te he amado por dos para curarte la llaga que te causó mi hermano. Y ni siquiera me has dado un cabrito para comérmelo con mis amigos. Éste que te ofendió... que te abandonó, que ha sido un holgazán y dilapidador, y que ha regresado ahora, acicateado por el hambre, a él lo honras y por él matas el mejor becerro. ¡Cuesta trabajo ser trabajador y sin vicios! ¡Esto no me lo deberías haber hecho!” El padre le dijo estrechándole contra el pecho: “¡Oh, hijo mío! ¿Puedes imaginar que no te ame porque no extiende un velo de fiesta sobre tus acciones? Tus acciones son santas de por sí. El mundo te alaba por ellas. Pero este hermano tuyo, por el contrario tiene necesidad de volver a ser colocado en la estima del mundo y a sus propios ojos... ¿Crees que no te amo porque no te doy un premio que puedes palpar? Mañana y tarde, en cada aliento y pensamiento mío estás presente a mi corazón y en cada momento te bendigo. Tienes el premio de estar siempre conmigo y todo lo que tengo es tuyo. Pero era justo hacer un banquete y dar una fiesta a tu hermano que había muerto y ha resucitado al bien. Que estaba perdido y ha regresado a nuestro amor” y el primogénito se sometió.

De igual modo, amigos míos, sucede en la casa del Padre. Y quien se tiene igual al hijo menor de la parábola, piense también que, si lo imita en ir al Padre, este le dirá: “No a mis pies, sino sobre mi corazón que ha sufrido con tu ausencia y que ahora está feliz por tu regreso”. Quien esté en condiciones de primogénito sin culpa ante el Padre, no sea celoso de la alegría paterna, sino tome parte y ame a su hermano redimido.

Esto es todo. Quedaos Juan de Endor y Lázaro. Los demás vayan a preparar las mesas. Iremos pronto”.

Se retiran todos. Cuando Jesús, Lázaro y Juan están solos, Jesús dice a Lázaro y a Juan: “Así será tratada el alma querida que esperas, Lázaro... y así se trata a la tuya, Juan. La bondad de Dios, sobrepasa toda medida”...

...Los apóstoles, junto con la Madre de Jesús y las mujeres, se dirigen a la casa precedidas por Marziam que va saltando entre ellas. De pronto se regresa y toma a María por la mano diciéndole: “Ven conmigo. Te debo decir una cosa. Nada más a ti”. Y María le da gusto. Dan vuelta hacia el pozo que se encuentra en un ángulo del patio, cubierto con un emparrado que se extiende hasta la terraza en forma de arco. Detrás está Iscariote.

“Judas... ¿qué quieres?... Vete, Marziam... habla... ¿qué quieres?”

“Me siento culpable... no me atrevo a ir al Maestro ni a verme con mis compañeros... Ayúdame...”

“Te ayudaré. Pero ¿no tienes idea de lo que me afliges? Mi Hijo ha llorado por tu causa. Tus compañeros han sufrido. Pero ven. Nadie te dirá nada. Y si puedes, no vuelvas a cometer iguales cosas. Es indigno de un hombre, y es sacrilegio ante el Verbo de Dios”.

“Y tú, Madre, ¿me perdonas?”

“¿Yo? Yo no valgo para ti que te crees muy grande. Soy la más pequeña de las siervas del Señor... ¿Cómo te puedes preocupar por mí, si no tienes compasión por mi Hijo?”

“Porque también yo tengo madre, y si obtengo tu perdón, me parece que obtengo el suyo”.

“Ella no conoce esta falta tuya”.

“Pero ella me hizo jurar ser bueno con el Maestro. Soy perjuro. Siento en mi alma el reproche de mi madre”.

“¿Lo sientes? Y el lamento y el reproche del Padre y del Verbo ¿no lo sientes? Eres un desgraciado, Judas. Siembras en ti y en quien te ama, el dolor”.

María tiene un rostro serio y triste. No habla con brusquedad, sino con mucha gravedad. Judas se echa a llorar.

“No llores. Procura corregirte. Ven” y lo toma de la mano. Lo lleva así a la cocina. La admiración en todos los rostros se dibuja.

María se adelanta piadosa a cualquier palabra que no lo fuera. Dice: “Judas ha regresado. Sed como el primogénito después de haber hablado con su padre. Juan, ve a avisar a Jesús”.

Juan de Zebedeo sale a la carrera. Hay un gran silencio, en la cocina... luego Judas dice: “Perdóname, Simón, tú primero. Tienes un corazón paternal. Soy también yo un huérfano”.

“Sí, sí, te perdono. Por favor, no hablemos más de eso. Seamos hermanos... y no me gusta, esos altos y bajos de perdones pedidos y de recaídas. Envilecen a quien las comete, y a quien las da. Ahí está Jesús. Ve a Él y... basta”.

Judas se va, entre tanto que Pedro se desahoga rompiendo leña seca...

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 4

El segundo año de la vida pública (Segunda parte)

67. Parábola de las diez vírgenes¹

1° julio 1945

Jesús está hablando en presencia de los campesinos de Yocana, Isaac, de muchos discípulos y de mujeres, entre las que está la Virgen, Marta y muchos de Betania. Están presentes todos los apóstoles. El niño sentado enfrente de Jesús, no se pierde ni una palabra suya. El discurso tal vez empezó hace poco, porque veo que todavía sigue viniendo gente...

Jesús dice: "...por el temor que siento vivo en muchos, por eso quiero proporcionaros ahora una consoladora parábola. Consoladora para los hombres de buena voluntad, amarga para los demás, los cuales con todo tienen la posibilidad de destruir esta amargura. Que también se hagan limpios de buena voluntad, y el reproche, que la parábola suscite en sus conciencias, desaparecerá.

El Reino de los cielos es la casa de las nupcias celebradas entre Dios y las almas. El momento de la entrada, es el día de los esponsales.

Ahora bien, escuchad. Entre nosotros existe la costumbre de que vírgenes acompañan al esposo que llega, para llevarlo entre lámparas y cantos a la casa nupcial junto con su hermosa esposa. Cuando el cortejo sale de la casa de la novia, que velada y emocionada se dirige a su lugar de reina, a una casa que no es suya, pero desde el momento en que con su esposo se convierte en una sol carne, se hace suya, el cortejo de vírgenes, que son generalmente amigas de ella, corre al encuentro de ambos, para rodearlos con un anillo de luces.

Sucede, pues, que en un pueblo se celebraron unos esponsales. Mientras los novios con sus padres y amigos se alegraban en la casa de la novia, fueron diez vírgenes a su lugar, al vestíbulo de la casa del novio, prontas a salir a su encuentro cuando el lejano rumor de tambores y cánticos les advierte que los novios habían salido de la casa de la novia para venir a la del novio. El convite en la casa de los esponsales se prolonga, y la noche cubrió todo. Las vírgenes, vosotros lo sabéis, tienen siempre las lámparas encendidas para no perder tiempo cuando llega el momento. Ahora bien, entre esas diez vírgenes de lámparas encendidas y que alumbraban bien, cinco eran sagaces y cinco necias. Las sagaces, llenas de buen sentido, se habían provisto de pequeños vasos llenos de aceite para poder alimentar sus lámparas por si la espera se prolonga más de lo previsto, entre tanto que las necias se habían limitado a llenar tan sólo sus lámparas.

Pasó una hora, pasó otra. Bellas conversaciones, historietas, chascarrillos animaron la espera, pero después no supieron decir otra cosa, ni hacer nada y fastidiadas o bien cansadas las diez jovencitas se sentaron cómodamente, con sus lámparas encendidas junto a ellas, y poco a poco se durmieron. Llegó la media noche, y se oyó un grito: "Llegó la novia, salid a encontrarla". Las diez jovencitas se levantaron al oírlo, tomaron sus velos y las guirnaldas, se arreglaron y corrieron a la mesa donde estaban las lámparas. Cinco de ellas estaban ya casi apagadas... el pabito, sin tener más aceite, echaba humo o chispazos cada vez más cada vez más débiles, que se apagaría al punto con el menor soplo de aire; entre tanto que las otras cinco lámparas, a las que les habían puesto más aceite antes de dormirse las más sagaces, conservaban aún una fuerte llama, la que se encendió todavía más con el aceite que le echaron.

"¡Oh!" con voz suplicante dijeron las necias, "dadnos un poco de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se pueden apagar tan solo con moverlas. ¡Las vuestras están muy hermosas!..." Pero las sagaces respondieron: "Afuera sopla el viento nocturno y cae el rocío a gota gruesa. Nunca es suficiente el aceite para sostener una llama fuerte que pueda resistir a los vientos y a la humedad. Si os damos, nos podrá suceder que nuestra luz se debilite. Y

¹ Cfr. Mt. 25, 1-13; Lc. 12. 35-38.

¡sería muy triste el cortejo de las vírgenes sin la danza de la llama! Id pronto al tendero más cercano. Rogad, llamad, hacedlo que se levante para que os dé aceite”. Y las necias, de prisa, arrebujaando el velo, manchándose los vestidos, perdiendo las guirnaldas en el chocar entre sí y en el correr, siguieron el conejo de sus compañeras.

Y mientras iban a comprar el aceite, sucedió que del fondo de la calle aparecieron el novio y la novia. Las cinco vírgenes, que tenían las lámparas encendidas, corrieron a su encuentro y en medio de ellas los novios entraron en casa para finalizar la ceremonia, después de que las vírgenes hubiesen acompañado finalmente a la novia hasta la habitación nupcial. Se cerró la entrada después de que hubieron pasado los novios, y quien estaba afuera, afuera se quedó. Y esto sucedió también a las cinco necias, que llegaron con el aceite; encontraron la puerta cerrada e inútilmente llamaron, lastimándose las manos, y con gemidos decían: “Señor, señor, ¡ábrenos! Somos del cortejo de las bodas. Somos las vírgenes propiciatorias, escogidas para traer honra y fortuna a tu tálamo”. Pero el novio desde arriba de la casa, dejando por un momento a sus invitados íntimos, que le acompañaban, mientras la novia estaba en la habitación nupcial les dijo: “En verdad os digo que ni os conozco. No sé quiénes sois. Vuestras caras alegres no estuvieron junto a mi amada. Sois unas mentirosas. Y por esto quedaos fuera de la casa de las bodas”. Y las cinco necias llorando, se fueron por las calles oscuras con sus lámparas que para nada les servían, con los vestidos arrugados, y los velos quitados. Las guirnaldas deshechas o perdidas...

Y ahora escuchad el significado que encierra esta parábola. Os dije al principio que el Reino de los cielos es la casa de los esponsales celebrados entre Dios y las almas. A las nupcias celestiales son llamados *todos* los fieles, porque Dios ama a todos sus hijos. Quién antes, quién después se encuentra en el momento de las nupcias, tiene una gran suerte.

Pero escuchad todavía. Sabéis cómo las doncellas tienen por honor y suerte el que las llamen para ser esclavas de la esposa. Apliquemos a nosotros los personajes y entenderemos mejor. El novio es Dios. La novia es el alma de un justo que, pasado el tiempo de su noviazgo en la casa del Padre, o sea bajo la tutela de la doctrina de Dios y bajo su obediencia, viviendo según su justicia es llevada a la casa del Esposo para las nupcias. Las esclavas vírgenes, son almas de los fieles que, tratan de llegar a este honor por medio de la santidad, de igual manera que la novia fue escogida por el novio por sus virtudes. Su vestido es blanco, limpio y fresco con velos blancos y coronas de flores. Tienen las lámparas encendidas en la mano. Las lámparas están bien limpias. El pabito se alimenta con mucho aceite y del mejor para que no oliera mal.

Vestido blanco. La justicia que se practica de todo corazón proporciona un vestido cándido y pronto llegará el día en que lo será en grado incomparable, sin el recuerdo de mancha alguna; de una candidez sobrenatural, de un candor angélico.

Vestido limpio. Es necesario conservar siempre limpio el vestido con humildad, pues es muy fácil empañar la pureza del corazón. Y quien no es limpio de corazón no puede ver a Dios. La humildad es como el agua que lava. El humilde cae pronto en la cuenta, porque sus ojos no están empañados con los humos del orgullo para no ver que su vestido se ha manchado. Corre a su Señor y le dice: “He quitado la limpieza a mi corazón. Lloro por quererme limpiar, a tus pies lloro. Tú, Sol mío, ¡emblanquece con tu perdón benigno, con tu amor paternal, mi vestido!”

Vestido fresco. ¡Oh, frescura de corazón! Los niños la tienen por una gracia de Dios. Los justos la tienen por don de Dios y voluntad propia. Los santos la tienen por don de Dios, y por voluntad que llegó al heroísmo. Y los pecadores de alma hecha jirones, quemada, envenenada, manchada, ¿no podrán jamás tener un alma fresca? Sí pueden tenerla. Empiezan desde el momento en que se miran con horror; la aumentan cuando deciden cambiar la vida, la perfeccionan cuando con la penitencia se levantan, se desintoxican, ponen en orden su pobre alma; con la ayuda de Dios, que socorre a quienes se lo piden, y con su propia voluntad, llevada al heroísmo mucho mayor, porque no tiene necesidad de defender lo que tienen, sino de reconstruir lo que han destruido. Por eso deben trabajar, dos, tres, siete

veces más. Finalmente con una penitencia que debe durar, con una penitencia que no tiene compasión por el yo que fue pecador, vuelven a dar al alma una nueva frescura infantil que es embellecida con la experiencia que los hace capaces de enseñar a los demás, pues en otro tiempo ellos fueron pecadores.

Velos blancos. ¡La humanidad! Ya he dicho: “Cuando oréis o hagáis penitencia, haced de tal modo que el mundo no os vea”². En los libros Sapienciales está escrito: “No está bien revelar el secreto del rey”³. La humildad es el velo cándido que se pone para cubrir el bien que se hace, y el bien que Dios concede. No gloria por el amor de privilegio que Dios concede, ni gloria humana necia, el don sería quitado al punto sino un cántico interno del corazón dirigido a Dios: “Mi alma te engrandece, oh Señor... porque has vuelto tu mirada a la inutilidad de tu sierva”⁴.

Jesús se detiene un momento y mira a su Madre que se pone roja bajo el velo y se inclina, como para componer los cabellos del niño que está sentado a sus pies, pero en realidad para ocultar el emocionante recuerdo...

“Coronada de flores. El alma debe tejerse su guirnalda diaria con actos virtuosos, porque delante del Altísimo, no debe haber cosas marchitas, ni ajadas. He dicho, diaria. Porque el alma no sabe cuando Dios-Esposo puede aparecer y decirle “ven”. Por esto es menester nunca cansarse en renovar las guirnaldas. No tengáis miedo. Las flores no se marchitan. Las flores de las coronas virtuosas no se ajan. El ángel de Dios, que cada uno tiene a su lado, recoge estas guirnaldas diarias y las lleva al cielo. Y allí servirán de trono al nuevo bienaventurado cuando entre como una novia a la casa nupcial.

Lámparas encendidas. Son para honrar al Esposo y para que sirvan de guía en el camino. ¡Cuán radiante es la fe, y qué amiga tan dulce es! Produce una llama brillante como una estrella, una llama que ríe porque tiene seguridad en su certeza, una llama que hace luminoso, aún el instrumento que la lleva. Aun el cuerpo del hombre alimentado por la fe, parece ya desde la tierra, que es más luminoso y espiritual, inmune de un marchitamiento temprano. Pues quien cree que se gobierna con las palabras y mandamientos de Dios para llegar a poseerlo, a Él que es su fin, y por esto huye de cualquier corrupción, no tiene turbaciones, miedos, remordimientos, no está obligado a un esfuerzo para acordarse de sus mentiras o para esconder sus malas acciones, y se conserva bello y joven con la incorrupción de santo. Una carne y una sangre, una inteligencia y un corazón limpio de cualquier clase de lujuria para tener consigo el aceite de la fe, para alumbrar sin humo. Una voluntad constante de alimentar siempre esta luz. La vida diaria, con sus desilusiones, experiencias, contactos, tentaciones, discrepancias, tienden a disminuir la fe. No. No debe de suceder. Id diariamente a las fuentes del oloroso aceite, del aceite de la sabiduría, del aceite de Dios.

Lámpara que tiene poco aceite, puede apagarla el viento más débil, puede apagarla el rocío de la noche. La noche... la hora de las tinieblas, del pecado, de las tentaciones llega a todos. Es la noche para el alma. Pero si está llena y colmada de fe, el viento del mundo no puede apagar su llama, ni las tinieblas de la sensualidad.

En fin, vigilancia, vigilancia. Quien se confía imprudentemente y dice: “Dios me socorrerá a tiempo, mientras tengo luz en mí”, quien se duerme en lugar de velar, o se duerme sin lo necesario para levantarse al punto a la primera llamada, quien espera hasta el último momento proveerse del aceite de la fe, o de un pabito fuerte de buena voluntad, incurre en el peligro de quedarse fuera cuando llegue el esposo. Vigilad, pues, con prudencia, con pureza, con esperanza, para estar siempre listos cuando llame Dios, porque en realidad no sabéis cuándo llegue Él.

Queridos discípulos míos, no quiero que tengáis miedo de Dios, sino más bien fe en su bondad. Ya sea los que os quedáis, como los que os vais, pensad que, si hiciereis lo que

² Cfr. Mt. 6, 5-6 y 16-18.

³ Cfr. Tob. 12, 6-7.

⁴ Cfr. Lc. 1, 44-48.

hicieron las vírgenes sabias, seréis llamados no sólo a hacer cortejo al Esposo, sino como la doncella Ester, que se convirtió en reina en lugar de Vasti⁵, seréis elegidos y escogidos para que vuestras almas tengan el Esposo que “encontró en vosotros toda gracia y favor en grado supremo”. Os bendigo a quienes partís. Llevad en vosotros y a vuestros compañeros estas palabras mías. La paz del Señor sea siempre con vosotros”.

Jesús se acerca a los campesinos para saludarlos nuevamente y Juan de Endor le dice en voz baja: “Maestro, ya está Judas...”

“No importa. Acompáñalos al carro y haz lo que te dije que tenías que hacer”.

La asamblea se disuelve lentamente. Muchos hablan a Lázaro... éste se dirige a Jesús que, dejados a un lado los campesinos, se vuelve a donde lo llaman: “Maestro, antes de que nos dejes hálbanos nuevamente... lo desean los corazones de Betania”.

“La tarde baja. Es plácida y serena. Si queréis reuniros en la paja cortada, os hablaré antes de que me vaya de este lugar acogedor. O también mañana, al amanecer, pues ha llegado la hora de la despedida”.

¡Más tarde! ¡Esta noche!” gritan todos.

“Como queráis. Idos ahora. Os hablaré a la mitad de la primera vigilia”...

68. Parábola del rey que celebra las bodas de su hijo¹

(Escrito el mismo día que el anterior)

...de hecho es incansable –mientras los últimos rayos rojizos del sol se pierden, y los grillos empiezan a saludar la noche– Jesús se dirige a un prado cuya hierba cortaron hace poco, y que sirve de alfombra en medio de la fragancia un poco acre. Lo siguen los apóstoles, las Marías, Marta y Lázaro con los de su casa, Isaac con los discípulos, diría yo, toda Betania. Entre los siervos está el anciano con la mujer, los dos que en el Monte de las Bienaventuranzas encontraron una ayuda aun para sus días.

Jesús se detiene a bendecir al patriarca que le besa entre lágrimas la mano, y que acaricia al niño que camina al lado de Jesús. Le dice: “¡Dichoso tú que lo puedes seguir siempre! Sé bueno, sé atento hijo. Tienes una gran suerte. Sobre tu cabeza está suspendida una corona... ¡Oh!... ¡Qué dichoso eres!”

Cuando todos se han acomodado, Jesús empieza a hablar: “Han partido nuestros pobres amigos, que tenían necesidad de ser muy consolados en la esperanza, en la seguridad, de que basta saber poco para poder entrar al Reino, que basta un mínimo de verdad sobre el que trabaje la voluntad, os hablo ahora a vosotros, que sois menos infelices porque os encontráis en condiciones materiales mucho mejores, y con más auxilio del Verbo. Mi amor los sigue a ellos en alas del pensamiento, a vosotros con mi palabra os llega. A vosotros se os trata en la tierra como en el cielo con mayor fortaleza, a fin de que a quien se le dio más, más se le exija. Ellos, nuestros pobres amigos que están en camino de su galera, no pueden tener sino un mínimo de bien, y en compensación, un gran dolor. Por esto a ellos, sólo la promesa de la benignidad, pues otra cosa sería superflua. En verdad os digo que su vida es penitencia y santidad, y otra cosa no se les debe imponer. En verdad os digo, que cual vírgenes sagaces, no dejarán apagar su lámpara hasta la hora en que serán llamados.

¿Dejarla apagar? No. Su bien es la luz. No pueden dejarla apagar. En verdad os digo que así como Yo estoy en el Padre, así los pobres están en Dios. Por esta razón, Yo, Verbo del Padre, quise nacer pobre, y permanecer pobre, porque me siento más cercano al Padre entre los pobres. El cual ama a los pequeños y estos lo aman con todas sus fuerzas. Los ricos tienen muchas cosas. Los pobres tienen sólo a Dios. Los ricos tienen amigos. Los pobres están solos. Los ricos tienen muchas consolaciones. Los pobres carecen de ellas. Los ricos tienen diversiones, los pobres no tienen más que trabajo. A los ricos se les facilita todo con

⁵ Cfr. Ester 2, 1-18.

¹ Cfr. Mt. 22, 1-14; Lc. 14, 16-24.

dinero, los pobres tienen además la cruz de tener miedo a las enfermedades y carestía porque sería su fin la muerte. Pero tienen a Dios. Es su Amigo. Su consolador. El que los distrae de su penosa vida actual con esperanzas celestiales. A quien se puede decir –y ellos saben decirlo, de hecho lo dicen porque son pobres y humildes–: “Padre, socórrenos con tu misericordia”.

Lo que digo en estas tierras de Lázaro, amigo mío y amigo de Dios si bien es rico, puede parecer extraño. Pero Lázaro es la excepción entre los ricos. Lázaro ha llegado a la virtud que es difícilísimo encontrar en la tierra, y todavía más difícil de poner en práctica para enseñar a otros. La virtud de la libertad de las riquezas. Lázaro es justo. No se ofende. No se puede ofender porque sabe que es un rico-pobre, y por esto no le llega mi oculto reproche. Lázaro es justo. Reconoce que en el mundo de los grandes es así como digo. Por esto, en verdad, en verdad, os digo que es más fácil que esté en Dios un pobre, que un rico; y en el cielo de mi Padre y vuestro, muchos asientos los ocuparán los que en la tierra fueron despreciados como los mínimos y como tales pisoteados cual se pisa el polvo.

Los pobres conservan en su corazón las perlas de la palabra de Dios. Son su único tesoro. Y son su sola riqueza y la cuidan bien. Quien tiene muchas, está hastiado, y es soberbio y sensual. Por esto no admira con ojos humildes y de agradecimiento el tesoro que Dios le ha concedido y lo confunde con otros tesoros, solo en apariencia hermosos; tesoros que son las riquezas de la tierra, y piensa: “Es un dignarme si acepto las palabras de alguien, que es igual a mí como hombre” y embota su capacidad de gustar lo sobrenatural debido a los fuertes sabores de la sensualidad. ¡Sabores acres!... Sí, muy condimentados para confundir su hedor y sabor de podredumbre...

Escuchad y comprenderéis cómo las preocupaciones, las riquezas y las crápulas* impiden entrar en el Reino de los cielos.

Una vez un rey celebró las nupcias de su hijo único. Podéis imaginar qué alegría había en el palacio real. Era su único hijo y llegado a la edad propia se casaba con la mujer a quien amaba. El padre y rey quiso que todo fuese alegría en la alegría de su amado hijo que iba a contraer nupcias. Entre las muchas fiestas para las bodas, preparó también un gran banquete y lo hizo a tiempo, cuidando de todos sus pormenores para que fuese espléndido y digno del matrimonio del hijo de un rey.

Mandó con tiempo a sus siervos a avisar a sus amigos y aliados y también a los grandes de su reino, que las nupcias se celebrarían determinada noche y que estaban invitados, que viniesen para que su presencia fuese un digno marco del hijo del rey. Pero amigos, aliados y grandes del reino no aceptaron la invitación.

Entonces el rey, pensando que tal vez los primeros siervos no habían dado el aviso con propiedad, mandó a otros, para que con palabras insistentes les dijese: “¡Venid! Os rogamos. Todo está ya preparado. La salsa está aderezada, los vinos preciosos se han llevado de todas partes, y en la cocina la carne de bueyes y otros animales cebados está ya para ser cocida, las esclavas revuelven la harina para hacer pastelitos, y otras muelen las almendras para hacer golosinas delicadísimas a las que añaden golosinas delicadísimas a las que añaden aromas muy raros. Las bailarinas y los músicos mejores están ya todos listos para la fiesta. Venid pues, y que no sea inútil tanta preparación”.

Pero amigos, aliados, y grandes del reino no aceptaron y dijeron: “Tenemos otras cosas qué hacer”, o bien fingieron aceptar la invitación, pero poco después se fueron a sus negocios. Unos al campo, otros a sus quehaceres; algunos a otras cosas de menor importancia. Y en fin, hubo quien cansado de tanta insistencia, cogiese al siervo del rey y lo matase para hacerlo callar, pues seguía diciendo: “No neguéis al rey esto, porque os podría venir alguna desgracia”.

Los siervos regresaron al rey y le contaron todo con pormenores. El rey se irritó con la injuria. Mandó fuerzas a castigar a los que habían matado a sus siervos y a castigar a los que habían despreciado su invitación, pero no a los que habían prometido ir. Pero en la noche de

* crápula = libertinaje

la fiesta no llegó nadie. El rey airado llamó a sus siervos y dijo: “No puedo dejar de festejar a mi hijo en esta noche de sus bodas. El banquete está preparado. Los invitados no han sido dignos de él. Y con todo, el banquete de mi hijo debe celebrarse. Id, pues, a las plazas, a las calles, a las encrucijadas, detened al que pase y traed a todos aquí. Que la sala se llene de gente que festeje”.

Los siervos partieron. Fueron a los caminos, se esparcieron por las plazas, llegaron a las encrucijadas y reunieron a cuantos encontraron, buenos o malos, ricos o pobres y los llevaron a la morada real. Les dieron los medios para aparecer dignos de entrar en la sala del banquete de las nupcias. Los llevaron después a ella. La sala se llenó de gente, como el rey había dispuesto.

El rey entró en la sala para ver si podía empezar la fiesta y vio que no obstante la ayuda que habían prestado sus siervos, uno no tenía vestiduras de bodas. Le preguntó: “¿Cómo has entrado aquí sin vestiduras de bodas?” Él no supo qué responder, pero en realidad no tenía excusa. Entonces el rey llamó a unos siervos y les dijo: “Tomas a este, atáadlo por las manos y por los pies, y arrojadlo fuera de mi casa, en la oscuridad y en el frío lodo. Allí llorará y rechinará sus dientes como ha merecido por su ingratitud y por la ofensa que me acaba de hacer, y más que a mí, a mi hijo, pues entró con vestidos pobres y sucios a la sala del banquete, a donde no debe entrar sino quien es digno de ella y de mi hijo”.

Como veis las preocupaciones del mundo, la avaricia, la sensualidad, la crueldad, atrae la ira del rey; hacen que estas no entren de ningún modo a la casa del rey. Y ved también cómo entre los llamados, por amor a su hijo, hubo castigados. ¡A cuántos hasta el día de hoy ha enviado Dios en esta tierra a su Verbo!

A sus aliados, amigos, grandes del pueblo, Dios verdaderamente los invitó a través de sus siervos, y lo hará todavía más con invitaciones urgentes, conforme la hora de mis Nupcias se aproxima. Pero no cogerán la invitación porque son falsos aliados, falsos amigos y no son grandes sino de nombre, pero en realidad son unos viles. (Jesús va elevando la voz. Sus ojos a la luz del fuego encendido que está entre Él y los oyentes, para iluminar la noche en la que no hay luna, pues es menguante y sale más tarde, despiden rayos de luz como si fueran diamantes). Sí, son viles. Por esto no comprenden que es un deber y un honor aceptar la invitación del rey.

Soberbia, dureza, libidine hacen un baluarte en su corazón. Y –descarados son– me odian, y por esto no quieren venir a mis bodas. No quieren venir. Prefieren a las bodas sus uniones con la política sucia, con el dinero puerco, con los sentidos malolientes. Prefieren el astuto cálculo, la conjura traidora, el engaño, el crimen.

Todo esto lo condeno en nombre de Dios. Se odia la voz que habla y que invita a las fiestas. En este pueblo se busca a los que matan a los siervos de Dios: los profetas que han sido los siervos hasta el día de hoy; a mis discípulos que serán los siervos a partir de ahora. En este pueblo se escoge a los que se burlan de Dios diciendo: “Sí, iremos”, mientras que en su corazón piensan: “¡Ni por asomos!” Todo esto sucede en Israel.

Y el Rey del Cielo, a fin de que su hijo tenga un cortejo digno de sus bodas, enviará a recoger de las encrucijadas, de los caminos a los que no son amigos, ni grandes, ni aliados, sino sencillamente pueblo que pasa. Y la cosecha –por mi mano, por mi mano de Hijo y de siervo de Dios– ha empezado.

Los que sean, vendrán... Han ya venido. Los ayudo a hacerse limpios y hermosos para la fiesta de las bodas. Pero habrá, para su desgracia, quien aún en la magnificencia de Dios, que le proporciona perfumes y vestidura real para que se presente cual no es: un rico y digno, habrá quien a pesar de toda esta bondad, se aprovechará indignamente de ello para seducir, ganar... individuo de ánimo torcido, estrechado en los tentáculos del pulpo repugnante de todos los vicios... y sacará perfumes, vestidos para obtener una ganancia ilícita, pues los empleará no para las nupcias del Hijo sino para las suyas con Satanás.

Pues bien, esto sucederá, porque muchos son los llamados, pero pocos los que, para poder perseverar en el llamamiento, llegan a ser los elegidos. Pero también acontecerá que estas

hienas, que prefieren lo podrido al alimento fresco, serán castigados al arrojárseles afuera de la sala del Banquete, a las tinieblas y al fango de un lago eterno en que la risa chillona de Satanás se oye al conquistar un alma, y donde se escucha el eterno llamado de desesperación de los necios que prefirieron el Delito a la Bondad que los había llamado.

Levantaos y vámonos a descansar. Os digo a todos vosotros ciudadanos de Betania. Os digo y os doy mi paz. Te bendigo en particular a ti Lázaro, amigo mío, y a ti, Marta. Bendigo a mis discípulos, a los que llegaron primero y a los que acaban de llegar, y a los que envío por el mundo para llamar a las bodas del Rey. Arrodillaos para que os bendiga. Pedro, di la oración que os enseñé, y dila aquí a mi lado, de pie, porque así se debe decir de quien es destinado por Dios para esto”.

Todos se arrodillan sobre el heno. Quedando pie Jesús alto y muy bello con su vestido de lino, y Pedro. Este con su vestido café oscuro, lleno de emoción, casi está temblando. Con su voz que no es hermosa, pero viril, despacio, por temor a equivocarse empieza: “Padre nuestro...”

Se percibe un llanto... de hombre... de mujer... Marziam, arrodillado exactamente delante de María que le tiende las manitas juntas, mira con una mirada angelical a Jesús y dice quedito: “¡Mira Madre, qué hermoso es! Y ¡cómo también mi padre es hermoso! Parece como si estuviera en el cielo... ¿Estará también aquí mi mamá asistiendo?”

Y María con voz baja que termina en un beso, responde: “Sí querido. Ella está aquí y aprende la oración”.

“Y ¿yo?... ¿La aprenderé?”

“Ella la dirá a tu alma mientras duermes, y yo te la repetiré en el día”.

El niño dobla su cabeza sobre el pecho de María y así permanece mientras Jesús bendice con la siempre majestuosa bendición mosaica.

Todos se ponen de pie. Cada uno se va a su casa. Lázaro es el único que va detrás de Jesús. Entra con Él a la casa de Simón para estarse allí. Entran también los demás. Iscariote se queda en un rincón semioscuro, apenado. No se atreve a acercarse a Jesús, como lo demás...

Lázaro se congratula con Jesús. Dice: “¡Oh! me desagrada que te vayas. Pero estoy más contento que si te hubiese visto partir anteayer”.

“¿Por qué Lázaro?”

“Porque tenías un aire triste y cansado... No hablabas. Sonreías poco... Ayer y hoy has vuelto a ser mi santo y dulce Maestro, y esto me causa alegría”.

“Lo estaba, aunque no decía nada...”

“Lo estabas. Pero Tú eres serenidad y palabra. Esto queremos de ti. Bebemos en estas fuentes nuestra fortaleza. Estas fuentes parecían secas. Teníamos una gran sed... Tú ves que hasta los gentiles se han admirado, y vinieron a buscarlas...”

Iscariote a quien se había acercado Juan de Zebedeo, se atreve a hablar: “También a mí me habían preguntado... Pues estaba muy cerca de la Antonia, esperando verte”.

“Sabías dónde estaba Yo” responde cortante Jesús.

“Lo sabía, pero esperaba que no hubieras desilusionado a quien te aguardaba. También los romanos se sintieron desilusionados. No sé por qué obraste así...”

“Y ¿eres tú quien me pregunta? ¿No estás al corriente de los rumores del Sanedrín, de los fariseos, de los demás, acerca de Mí?”

“¿Cuáles? ¿Habías tenido miedo?”

“No. Asco. El año pasado, cuando estaba solo –uno solo contra todo el mundo que ni siquiera sabía que fuese Yo profeta– mostré no tener miedo. Y tú eres una de las adquisiciones de mi autoridad. Hice oír mi voz contra todo un mundo de gritos. Hice oír la voz de Dios en un pueblo que había olvidado. Purifiqué la casa de Dios de las suciedades materiales que había, sin esperar limpiarla completamente de las suciedades morales que anidan en ella, porque no ignoro el futuro de los hombres, sino para cumplir con mi deber, por el celo de la casa del Señor eterno convertida en una plaza, en que se oían las voces de

barateros usureros y ladrones y para sacar del adormecimiento, a los que durante siglos han olvidado su obligación sacerdotal dejado en el letargo espiritual. Fue el toque de llamada a mi pueblo para llevarlo a Dios... He regresado este año... y he visto que el Templo es siempre el mismo... Lo que es peor todavía. No es ya más cueva de ladrones, sino lugar de conjura, y después se convertirá en la cede del crimen, y luego en un lupanar, y finalmente será destruido con una fuerza más grande que la de Sansón, aplastando a una casta indigna de ser llamada santa. Es inútil hablar en ese lugar, en el que, te lo recuerdo, me prohibieron hablar. ¡Pueblo perjuro! ¡Pueblo envenenado en sus jefes que se atreve a prohibir a que hable la Palabra de Dios en su casa! Se me prohibió. Callé por amor a los mínimos. No ha llegado la hora de que me maten. Muchos tienen necesidad de Mí, y mis apóstoles no están todavía fuertes para recibir en sus brazos mi prole: el Mundo. No llores Madre, perdona, tú que eres buena, que tu Hijo sintió la necesidad de decir a quien quiere o puede engañarse, la verdad que Yo conozco... callo... Pero ¡ay de aquellos, por quienes Dios guarda silencio!... Madre, Marziam, ¡no llores!... Os lo ruego. Que nadie lllore”.

Pero en realidad todos lloran más o menos dolorosamente.

Judas pálido como un muerto, en su vestido amarillo y rojo con rayas se atreve a hablar otra vez, con una voz plañidera y ridícula: “Créeme, Maestro, que estoy confundido y adolorido... No sé qué cosa decir... Yo no sé nada... De veras que no vi a nadie del Templo. He roto el contacto con todos... pero si Tú lo dices, verdad será...”

“Judas... ¿ni siquiera viste a Sadoc?”

Judas inclina la cabeza rezongando: “Es un amigo... como a tal lo traté. No como a uno del Templo...”

Jesús no le responde. Se dirige a Isaac y a Juan de Endor a quien vuelve a hacer recomendaciones pertinentes a su trabajo.

Entre tanto las mujeres confortan a María que llora y al niño que llora al ver llorar a María.

Lázaro y los apóstoles están muy tristes. Jesús se dirige a ellos. Ha vuelto a tomar su dulce sonreír, y mientras abraza a su Madre y acaricia al niño, dice: “Y ahora me despido de vosotros que os quedáis, porque mañana al amanecer partiremos. Adiós, Lázaro. Adiós Máximo. José, te agradezco las atenciones que tuviste para con mi Madre y demás discípulos durante el tiempo en que me esperaban. Gracias por todo. Lázaro da mi bendición a Marta. Regresaré pronto. Ve, Madre, a descansar. También tú, María, y tú, Salomé, si queréis”.

“¡Claro que vamos!” dicen las dos Marías.

“Entonces a descansar. La paz sea con todos. Dios esté con vosotros”. Hace una señal de bendición y sale llevando de la mano al niño y abrazando a su Madre...

La permanencia en Betania ha terminado.

69. Hacia Belén con los apóstoles y discípulos

3 julio 1945

Salen de Betania a la primera sonrisa de la aurora. Jesús se dirige a Belén con su Madre, con María de Alfeo y con María Salomé. Les siguen los discípulos. El niño encuentra por todas partes motivos para alegrarse; las mariposas que despiertan, los pajaritos que cantan o caminan por el sendero, las flores que resplandecen con las perlas del rocío, la aparición de un rebaño en que hay muchos corderitos que balan. Pasado el río que está al sur de Betania, que se deshace en espumas, la comitiva se dirige a Belén en medio de dos series de colinas verdes con sus olivares y viñedos, con campos en los que apenas mieses doradas se ven. El valle es fresco, y el camino bastante bueno.

Simón de Jonás se adelanta, llega al grupo de Jesús y pregunta: “¿De acá se puede ir a Belén? Juan dice que la otra vez fuisteis por otros caminos”.

“Es verdad” responde Jesús; “pero es porque veníamos de Jerusalén. Por acá es más corto. Nos separaremos como habéis decidido en la tumba de Raquel¹ que las mujeres quieren ver. Luego nos reuniremos en Betsur donde mi Madre quiere detenerse”.

“Así es... pero sería muy hermoso que estuviésemos todos... tu Madre especialmente... porque, en fin de cuentas, la Reina de Belén y de la gruta es Ella, y Ella sabe todo, todo, muy bien... Si lo oyese de sus labios... sería diferente... eso es todo”.

Jesús sonríe al mirar a Simón que insinúa dulcemente su gusto.

“¿Cuál gruta, padre?” pregunta Marziam.

“La gruta donde nació Jesús”.

“¡Oh! ¡Qué bien! ¡También yo voy!...”

“¡Sería muy hermoso en realidad!” dice María de Alfeo y Salomé.

“¡Muy hermoso!... Sería regresar para atrás... cuando el mundo te ignoraba es verdad, pero que no te odiaba todavía... Sería encontrar otra vez el amor de los sencillos que no supieron dudar y amaron con humildad y fe... Para mí sería lo mismo que quitarse este peso de amargura que me taladra el corazón desde que sé que te odian, ponerlo allí, en el lugar en donde naciste.... Debe quedar ahí la dulzura de tu mirada, de tu respiración, de tu sonrisa vaga, allí... y me acariciarían el alma que está tan amargada...” María llora quedito, con recuerdos y con tristeza.

“Si es así iremos, Mamá. Hoy tú eres la Maestra y Yo el niño que aprende”.

“Oh, ¡Hijo! ¡No! Tú siempre eres el Maestro...”

“No, Mamá. Simón de Jonás dijo bien. En la tierra de Belén tú eres la Reina. Es tu primer castillo. María, de la descendencia de David, guía a este pequeño pueblo a su morada”.

Iscariote hace intento de hablar, pero se calla. Jesús que lo ve y comprende, dice: “Si alguien por cansancio o por otra razón no quiere venir, que prosiga a Betsur”. Pero nadie dice nada.

Prosiguen por el camino del valle que va en dirección de este a occidente. Después dan vuelta al norte para costear una colina que se interpone y así llegan al camino, que lleva de Jerusalén a Belén, exactamente cerca del cubo sobre el que hay una cúpula redonda, que señala la tumba de Raquel. Todos se acercan a orar respetuosamente.

“Aquí nos detuvimos yo y José... está igual a entonces. Tan sólo la estación es diferente. En ese entonces era un día frío de Casleu. Había llovido y los caminos estaban lodosos. Después sopló un viento helado y en la noche sobrevino la brisa. Los caminos se endurecieron, pero sobre ellos pasaron los carros y la gente. Era como un mar lleno de barcas y mi asnito caminaba con fatiga...”

“Y tú, Madre mía, ¿no?”

“Oh, ¡Te tenía a Ti!...” Y lo mira con unos ojos tan dulces que conmueven. Vuelve a hablar: “La noche se acercaba y José estaba muy preocupado. A cada paso se estaba levantando un viento que cortaba... La gente se dirigía presurosa a Belén, chocando unos con otros, y muchos se enojaban contra mi asnito que caminaba despacio, buscando dónde poner las pezuñas... Parecía como si supiese que estabas Tú ahí... y que dormías la última noche en mi seno. Hacía frío... pero yo ardía. Sentía que estabas por llegar... ¿Llegar? Podrías decir: “Yo estaba aquí, desde hace nueve meses”. Pero entonces era como si bajases del Cielo. Los cielos bajaban sobre mí, y yo veía sus resplandores... Veía arder la divinidad en su gozo de tu próximo nacimiento, y esos rayos que penetraban, me encendían, me abstraían... de todo... Frío... viento... gente... ¡de todo! Veía a Dios... De cuando en cuando y con esfuerzo lograba traer mi corazón a la tierra y sonreír a José que tenía miedo del frío y del cansancio que soportaba, y que guiaba al asnito por temor de que tropezase y que me envolvía en la manta por miedo de que me fuese a resfriar... Pero nada podía acaecer. No sentía los empujones. Me parecía como si caminase sobre un camino de estrellas, entre nubes de luz, como si me llevasen ángeles... y sonreía... primero a Ti... te miraba a través de la barrera de la carne. Te

¹ Cfr. Gén. 35, 16-20.

miraba dormir con los puñitos cerrados en tu lecho de rosas frescas; Tú, capullo de lirio... luego sonreía a mi esposo que estaba muy afligido, tan afligido, para darle ánimos... también a la gente que ignoraba que ya respiraba en el aire del Salvador...

Nos detuvimos cerca de la tumba de Raquel para que descansase un poco el asnito y para comer un poco de pan y olivas, nuestras provisiones de pobres. Yo no tenía hambre. No podía tener hambre... estaba colmada de alegría... Emprendimos otra vez el camino... Venid. Os mostraré en dónde encontramos al pastor... no creáis que me equivocaré. Vuelvo a vivir aquella hora y encuentro todos los lugares porque miro todo a través de una luz angelical. El ejército angélico tal vez aquí está de nuevo, invisible a nuestros ojos, pero visible a las almas con su resplandor, y así todo se descubre, todo se vuelve a ver. No pueden engañarse y me llevan... para alegría mía y vuestra. Ved, de aquel campo a este vino Elías con sus ovejas, y José le pidió leche para mí. Y allí en ese prado, nos detuvimos mientras ordeñaba la leche caliente y restauradora, y le daba sus avisos a José.

Venid, venid... este es el sendero del último valle antes de llegar a Belén. Tomamos éste por el camino principal, al llegar a la ciudad, era un mar de gente y de animales... ¡Allí está Belén! Oh, ¡cómo lo amo! ¡Tierra querida de mis padres que me dieron el primer beso de mi Hijo! Te has abierto, buena y fragante como el pan, cuyo nombre tienes², para dar el Pan verdadero al mundo que muere de hambre. Me abrazaste como una madre, tú, en cuyo seno ha quedado el amor maternal de Raquel. Oh, tú, tierra santa, Belén davídica, primer templo dedicado al Salvador, a la Estrella matinal que nació de Jacob para indicar la ruta de los Cielos³ al linaje humano. ¡Mirad qué hermosa es la primavera! Pero también lo fue entonces, aunque los campos y viñedos estaban desnudos. Un ligero velo de escarcha volvía a resplandecer en las ramas limpias, y parecía cubrirse de diamantes como si hubiesen sido envueltos en un velo impalpable paradisíaco. De las casas salía humo. La cena se acercaba y el humo, que subía en espirales, hasta este borde, dejaba ver la ciudad, que por no estar despejada no se descubría bien... Todo era limpio, silencioso... todo estaba en espera... de Ti, ¡Hijo! La tierra presagiaba tu llegada... Te habrían presagiado también los betlemitas, pues no eran malos, aunque no lo creáis. No podían darnos hospedaje... En los hogares buenos y honrados de Belén se apretaban, arrogantes como siempre, sordos y soberbios, los que todavía ahora lo son, y que no podían sentirte... ¡Cuántos fariseos, saduceos herodianos, escribas, esenios había! Oh, el que ahora ellos no puedan entender, les viene desde aquel entonces en que su corazón fue duro. Lo han cerrado al amor a aquella hermana suya, en aquella noche... y se quedaron, han permanecido en las tinieblas. Desde entonces rechazaron a Dios, al rechazar de su amor al prójimo.

Venid. Vamos a la gruta. Es inútil entrar en la ciudad. Los mejores amigos de mi Niño no están ya. Basta la naturaleza amiga con sus piedras, su río, su leña para hacer fuego. La naturaleza que sintió la llegada de su Señor... Venid sin miedo. Por aquí se da vuelta... Ved allí las ruinas de la Torre de David. ¡Oh! ¡que la amo más que un palacio! ¡Benditas ruinas! ¡Bendito río! ¡Bendita planta que como por milagro te despojaste con el viento de todas tus ramas para que encontrásemos leña y pudiésemos encender fuego!"

María baja rápida a la gruta. Atraviesa el riachuelo, sobre una tabla que hace de puente. Corre al lugar despejado en donde están las ruinas y cae de rodillas a sus umbrales. Se inclina y besa el suelo. La siguen los demás. Están conmovidos... El niño, al que no han dejado ni un momento, parece como si escuchase una narración maravillosa y sus ojitos negros absorben las palabras y acciones de María. No se pierde de nada.

María se levanta, entra: "Todo, todo como entonces... Con excepción de que era de noche... José hizo fuego a la entrada. Entonces, sólo entonces, al bajar del asnito, sentí qué cansada y fría estaba yo... nos saludó un buey. Fui a donde estaba, para sentir un poco de calor, para apoyarme en el heno... José, aquí donde estoy, extendió heno que me sirvió de

² Belén significa: Casa del pan.

³ Cfr. Ex. 24, 17.

lecho, y lo secó por mí y por Ti, Hijo, con el fuego que encendió en aquel rincón... porque era bueno como un padre en su amor de esposo-ángel... y unidos de la mano, como dos hermanos extraviados en la oscuridad de la noche, comimos nuestro pan y queso. Luego se fue allí para echar leña en la hoguera. Se quitó el manto para que tapase la abertura... en realidad bajó el velo ante la gloria de Dios que descendía de los cielos, ante Ti, Jesús mío... y yo me quedé sobre el heno, al calor de los dos animales, envuelta en mi manto y mi cobija de lana... ¡Querido esposo mío!... En aquella hora temerosa en que me encontraba solamente ante el misterio de la maternidad, hora que la mujer por vez primera ignora del todo y para mí, la hora de mi única maternidad, me encontraba sumergida ante lo ignoto del misterio que sería ver al Hijo de Dios salir de mi carne, y él, José, fue para mí como una madre, un ángel... mi consuelo... entonces y... siempre.

Luego el silencio y el sueño envolvieron a José... para que no viese lo que para mí era el beso cotidiano de Dios... y a mí me llegaron las ondas inconmensurables del éxtasis que provenían de un mar de delicias, que me elevaban de nuevo sobre las crestas luminosas cada vez más altas. Me llevaba arriba, arriba con ellas, en un océano de luz, de alegría, de paz, de amor, hasta encontrarme sumergida en el mar de Dios, del seno de Dios... Se oyó una voz de la tierra: “¿Duermes, María?” ¡Oh! ¡Tan lejana!... un eco, un recuerdo de la tierra... Es tan débil que el alma no se sacude y no sé cómo se puede decir. Entre tanto subo, subo en este abismo de fuego, de felicidad infinita de un preconocimiento de Dios... hasta Él, hasta Él... ¡Oh! Pero ¿eres Tú el que naciste de mí, o soy yo la que nací de fulgores Trinos, aquella noche? ¿Soy yo quien te di, o Tú me aspiraste para darme? No sé...

Y luego la bajada, de coro en coro, de astro en astro, de capa en capa, dulce, lenta, bienaventurada feliz como una flor que es llevada en alto por un águila y luego se le deja que se vaya, y que poco a poco desciende sobre las alas del aire, que se hace más hermosa a causa de la lluvia, con su arco iris que se eleva al cielo, y luego se encuentra en el lugar en donde nació... Mi diadema: ¡Tú! Tú sobre mi corazón...

Sentada aquí, después de haberte adorado de rodillas, te amé. Finalmente pude amarte sin las barreras de la carne; y de aquí me levanté para llevarte al amor del que como yo era digno de amarte entre los primeros. Y aquí, entre estas dos columnas rústicas, te ofrecí al Padre. Y aquí por primera vez estuviste sobre el pecho de José... luego te envolví entre pañales y juntos te colocamos aquí... Yo te mecía en mis brazos, mientras José secaba el heno en la hoguera y lo conservaba caliente, metiéndoselo en el pecho. Después allí ambos te adoramos. Inclinaos sobre Ti, para aspirar tu aliento, para ver a qué grado puede conducir el amor, para llorar lágrimas que ciertamente se vierten en el cielo al ver la gloria inexhausta de Dios”.

María, que al recordar aquella noche ha ido y venido señalando los lugares, llena de amor, con un parpadear de llanto en sus ojos azules y con una sonrisa de alegría en su boca, se inclina ahora sobre su Jesús, que está sentado sobre una gran piedra, y lo besa en los cabellos, llorando, adorándolo como en aquel entonces...

“Y luego los pastores, vinieron a adorarlo aquí adentro con su buen corazón. Era el primer suspiro de la tierra que entraba con ellos. Era el olor de la humanidad de rebaños, de heno. Y afuera los ángeles, que te adoraban con amor, que te cantaban con cánticos que jamás repetirá criatura humana; que te amaban con amor de los cielos, con el aire del cielo que entraba con ellos, que te traían con sus fulgores... tu nacimiento, ¡oh bendito!...”

María está arrodillada al lado de su Hijo y llora de emoción con la cabeza apoyada sobre sus rodillas. Nadie se atreve a romper el silencio. Más o menos emocionados los presentes se dirigen miradas, como si sobre las telarañas y piedras toscas esperasen ver pintar la escena que acaban de escuchar...

María vuelve a decir: “Este fue el nacimiento de mi Hijo. Nacimiento infinitamente sencillo, infinitamente grande. Lo he referido. No hubo nada más, porque fue la cosa más grande de la tierra, escondida bajo las apariencias más comunes”.

“¿Y al día siguiente? ¿Y luego?” preguntan varios, entre cuyas voces están las de las dos Marías.

“¿El día siguiente? Oh, muy sencillo. Fui la madre que amamanta a su niño, que lo lava, que lo envuelve en pañales como lo hacen todas las madres. Calentaba el agua, que tomaba del río cercano, sobre el fuego encendido, allá afuera para que el humo no hiciera llorar a estos ojitos azules, en el rincón más separado, en una vieja jofaina lavaba a mi Hijo y le ponía pañales frescos. Iba al río a lavar estos y los ponía a secar al sol... y luego, alegría que no puede descifrarse, ponía a mi Hijo sobre mi pecho y Él bebía mi leche. Se ponía cada vez más bonito y feliz. El primer día, en la hora de más calor, fui a sentarme allí afuera para verlo mamar. Aquí la luz no entra, se filtra, y luz y llama dan aspectos caprichosos a las cosas. Fui allá afuera al sol... y miré al Verbo encarnado. La madre conoció entonces a su Hijo, y la sierva de Dios a su Señor. Y fui mujer y adoradora... Después la casa de Ana... Los días que pasaste en la cuna, tus primeros pasos, tus primeras palabras... Pero esto sucedió después, a su tiempo... Nada, nada fue semejante a la hora en que naciste... sólo cuando regrese a Dios encontraré esa plenitud...”

“Pero... ¡partir así cuando se acercaba! ¡Qué imprudencia! ¿Por qué no esperaron?... El decreto concedía un lapso largo de tiempo para casos excepcionales como el nacimiento o enfermedad... Alfeo me lo dijo...” dice María de Alfeo.

¿Esperar? Oh, ¡no! Aquella tarde cuando José llevó la noticia, Tú y yo, Hijo saltamos de alegría. Era la llamada... porque aquí, sólo aquí debías nacer, como habían predicho los profetas⁴; aquel decreto imprevisto fue como un cielo piadoso que borra de José aun el recuerdo de su sospecha⁵. Era lo que esperaba para ti, para él, para el mundo judío y para el mundo futuro, hasta la consumación de los siglos. Estaba dicho. Y como tal así sucedió. ¡Esperar! ¿Puede la novia poner obstáculos a su sueño de bodas? ¿Por qué esperar?”

“Por todo lo que podía suceder...” vuelve a decir María Alfeo.

“No tenía ningún miedo. Me apoyaba en Dios”.

“Pero ¿sabías que todo sucedería así?”

“Nadie me la había dicho, y de hecho no pensaba en ello, tanto que para dar ánimos a José permití que él y vosotros dudéis de que el tiempo de su nacimiento no estaba cercano. Pero yo sabía, sabía que para la fiesta de las Luces⁶ habría nacido la Luz del mundo”.

“Tú, más bien, mamá, ¿por qué no acompañaste a María? Y ¿por qué no pensó en ello mi padre? Deberíais haber venido también vosotros aquí. ¿No vinisteis todos?” pregunta con un tono de reproche Judas Tadeo.

“Tu padre había decidido venir después de las Encenias y lo dijo a su hermano, pero José no quiso esperar”.

“Pero tú al menos...” le objeta Tadeo.

“No le reproches, Judas. De común acuerdo encontramos que era justo poner un velo sobre el misterio de este nacimiento”.

“¿Sabía José que sucedería con esas señales? Si tú no lo sabías, ¿cómo podía saberlas él?”

“No sabíamos nada, excepto de que Él debía nacer”.

“¿Entonces?”

“Entonces la Sabiduría divina nos guió, como era justo. El nacimiento de Jesús, su presencia en el mundo, debía presentarse sin nada que fuese extraordinario, que pudiese incitar a Satanás.

Vosotros veis que el rencor que existe todavía en Belén contra el Mesías es una consecuencia de su primera epifanía. La envidia diabólica se aprovechó de la revelación para derramar sangre, odio. ¿Estás contento, Simón de Jonás, que ni hablas y como que ni respiras?”

⁴ Cfr. Miq. 5, 2.

⁵ Cfr. Mt. 1, 18-25.

⁶ Cfr. 1 Mac. 4, 36-41; 2 Mac. 10, 1-8; Ju. 10, 22.

“Muy contento... tanto, que me parece estar fuera del mundo, en un lugar todavía más santo que si estuviese más allá que el velo del Templo... tanto que... ahora que te he visto en este lugar y con la luz de entonces, creo siempre haberte tratado con respeto, como a una mujer, una gran mujer. Ahora... ahora no me atreveré a decirte como antes: “María”. Para mí, antes, eras la Mamá de mi Maestro, ahora, ahora te he visto sobre la cima de esas ondas celestiales. Te he visto cual reina, y yo miserable soy tu esclavo” se arroja en tierra y besa los pies de María.

Jesús ahora habla: “Levántate Simón. Ven aquí, cerca de Mí”. Pedro va a la izquierda de Jesús, porque María está a la derecha: ¿Quiénes somos ahora nosotros?” pregunta Jesús.

“¿Nosotros?... Somos Jesús, María y Simón

“Muy bien. Pero... ¿Cuántos somos?”

“Tres, Maestro”.

“Entonces, una trinidad. Un día en el Cielo en la divina Trinidad afloró un pensamiento: “Ahora es tiempo de que el Verbo vaya a la tierra”, y en un palpar amoroso el Verbo vino a la tierra. ¿Se separó por esto del Padre y del Espíritu Santo⁷? Vino a trabajar a la tierra. En el Cielo los dos se habían quedado, contemplando las obras del Verbo, permaneciendo más unidos que nunca para fundir Pensamiento y Amor para ayudar a la Palabra que obra en la tierra. Llegará un día en que del Cielo se oirá una orden: “Es tiempo que regreses porque todo está cumplido” y entonces el Verbo regresará a los cielos, así... (Jesús da un paso atrás, dejando a María y a Pedro en donde estaban) y de lo alto del cielo contemplará las obras de, los dos que han quedado en la tierra, los cuales por un movimiento santo, se unirán más que nunca, para unir poder y amor y con ellos cumplir el deseo del Verbo: “La Redención del Mundo a través de la perpetua enseñanza de su Iglesia”. Y el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo con sus rayos de luz entretejerán una cadena para estrechar siempre más a los dos que quedan sobre la tierra: a mi Madre, el amor; y a ti, el poder. Debes, sí, tratar a María como Reina pero no como esclavo. ¿No te parece?”

“Me parece todo lo que quieras. ¡Estoy anonadado! ¿Yo el poder? Oh, si debo ser el poder, ¡entonces no me queda más que apoyarme sobre Ella! Oh, Madre de mi Señor, no me abandones jamás, jamás...”

“No tengas miedo. Te tendré así de la mano, como hacía con mi Niño, hasta que fue capaz de caminar por Sí solo”.

“Y ¿luego?”

“Luego te sostendré con mis plegarias. ¡Ea! Simón, no dudes jamás el poder de Dios. No dudé yo, ni tampoco José. Tampoco debes hacerlo. Dios ayuda hora tras hora, si permanecemos humildes y fieles... Venid ahora acá afuera, cerca del río, a la sombra del árbol que, si estuviese más avanzada la estación del verano, nos proporcionaría manzanas. Venid. Comeremos antes de irnos... ¿En dónde, Hijo mío?”

“En Yala. Está cerca. Y mañana iremos a Betsur”.

Se sientan bajo la sombra del manzano y María se recarga sobre el tronco. Bartolomé la mira fijamente, cómo acepta de su Hijo los alimentos que ha bendecido. ¡Tan joven y todavía emocionada celestialmente con la revelación que acaba de escuchar! Sonríe a su Hijo con ojos de amor y dice en voz baja: “A la sombra de él me senté y su comida fue dulce a mi paladar”.

Le responde Judas Tadeo: “Es verdad. Ella languidece de amor, pero no se puede decir que despertó bajo un manzano⁹”.

“Y ¿por qué no hermano? ¿Qué sabemos nosotros de los secretos del Rey?” responde Santiago de Alfeo.

Y Jesús sonriendo dice: “La nueva Eva fue concebida por el Pensamiento a los pies del manzano paradisiaco¹⁰ para que con su sonrisa y llanto ahuyentase a la serpiente y

⁷ Cfr. Jn. 16, 28; 28; 20, 17.

⁹ Cfr. Cant. 2, 3-5; 5, 8; 8, 5.

desintoxicase el fruto envenenado. Ella se convirtió en árbol por el fruto redentor. Venid, amigos y comed de él. Porque alimentarse de su dulzura es alimentarse de la miel de Dios”.

“Maestro, responde a una pregunta mía que hace tiempo he querido hacerte. El Cántico de que estamos hablando ¿la incluye a Ella? Pregunta despacio Bartolomé mientras María se ocupa del niño y habla con las mujeres.

“Desde el principio del libro se habla de Ella, y de Ella se hablará en los libros futuros hasta que la palabra del hombre se cambie en el sempiterno hosanna de la eterna Ciudad de Dios” y Jesús se dirige a las mujeres.

“¿Cómo se percibe que desciende de David! ¡Qué Sabiduría! ¡Qué poesía!” dice Zelote hablando con sus compañeros.

“Pues bien” interviene Iscariote que todavía bajo los sentimientos de días anteriores habla poco, pero tratando de volver a tener la misma franqueza de antes, dice: “pues bien yo querría comprender por qué debió acaecer la Encarnación. Sólo Dios puede hablar de modo que derrote a Satanás. Sólo Dios puede tener el poder de redención. Esto no lo dudo. Pero me parece que el Verbo no debía de haberse envilecido tanto haciéndose como los demás hombres, y sujetándose a las miserias de la infancia y de las demás de la vida. ¿No habría podido aparecer en forma humana, ya adulto, en forma adulta? O si quería tener una Madre, ¿podría haberse buscado una adoptiva, así como hizo con su padre? Me parece que una vez se lo pregunté, pero no me respondió ampliamente, o no lo recuerdo”.

“Pregúntaselo; pues que de eso estamos hablando...” dice Tomás.

“Yo no. Lo hice enojar un poco y no me siento perdonado. Pregúntaselo por mí”.

“Pero, perdona. Nosotros aceptamos todo sin hacer elucubraciones, y ¿debemos hacer la pregunta? ¡No es justo!” replica Santiago de Zebedeo.

“¿Qué cosa no es justo?” pregunta Jesús.

Silencio. Zelote se hace intérprete de los demás.

“No te guardo rencor. Esto ante todo. Hago las observaciones necesarias, sufro y perdono. Esto para quien tiene miedo, fruto todavía de su turbación. En cuanto a la Encarnación *real* que llevé a cabo, escuchad: “Es justo que haya sido así”.

En el futuro mucho caerán en errores sobre mi Encarnación, y me darán exactamente las formas erróneas que Judas querría que hubiese tomado. Hombre, aparentemente con cuerpo, pero en realidad, fluido como un juego de luces, por lo cual sería y no sería carne real. Y sería y no sería verdadera maternidad de María. En verdad Yo tengo un cuerpo real y María, en verdad, es la Madre del Verbo Encarnado. Si la hora del nacimiento no fue sino un éxtasis, la razón es, porque Ella era la nueva Eva sin peso de culpa y sin herencia de castigo. Pero no me envilecí al descansar en Ella ¿acaso el maná encerrado en el Tabernáculo se envileció?¹⁰ No, antes bien se honró con estar ahí. Otros dirán que no teniendo Yo cuerpo real, no padecí y no morí durante mi permanencia en la tierra. No pudiendo negar que Yo existí, se negará mi Encarnación real, o mi Divinidad verdadera. En verdad os digo que soy Uno con el Padre *in eterno*, y estoy unido a Dios como hombre, porque en verdad ha acontecido que el Amor haya llegado a lo inimaginable en su perfección, revistiéndose de carne para salvar la carne. A todos estos errores responde mi vida entera, que da sangre desde mi nacimiento hasta la muerte, y que se ha sujetado a lo que es común con el hombre excepto el pecado. Nacido, sí, de Ella. Y para vuestro bien. Vosotros no sabéis cómo se ablanda la Justicia desde que tiene a la Mujer como colaboradora. ¿Estás contento ahora, Judas?”

“Sí, Maestro”.

“Haz lo mismo conmigo”.

Iscariote inclina la cabeza, avergonzado, y tal vez emocionado ante una bondad tan grande.

Se quedan allí un poco más de tiempo bajo el manzano. Quién duerme, quién ronca. María se levanta, vuelve a la cueva, Jesús la sigue...

¹⁰ Cfr. Gén. 3, 8-15.

¹¹ Cfr. Ex. 16; Núm. 11, 4-9; Deum. 8; Sap. 16, 15-29; Ju. 6, 22-65; Hebr. 9, 1-5.

70. Van de la casa de Elisa a Betsur

4 julio 1945

“Seguramente que los encontraremos, si caminamos por un tiempo por la vía que va a Hebrón. Os lo pido. Id de dos en dos en busca de ellos por los senderos de las montañas, de aquí a las Piscinas de Salomón, luego de allí a Betsur. Os seguiremos. Es la zona en que apacientan” dice el Señor a los doce, y comprendo que se refiere a los pastores.

Los apóstoles se apresuran a irse cada uno con su compañero preferido, pero la pareja inseparable: Andrés y Juan no se unen, porque ambos dicen a Iscariote: “Voy contigo” Judas responde: “Sí, ven Andrés. Es mejor así, Juan, tú y yo somos dos que conocemos a los pastores. Es mejor que vayas con otro”.

“Entonces, ¡ven conmigo, muchacho!” dice Pedro que deja a Santiago de Zebedeo, el cual sin protestar se va con Tomás, mientras Zelote se va con Judas Tadeo, Santiago de Alfeo con Mateo y los dos inseparables Felipe y Bartolomé por su cuenta. El niño se queda con Jesús y las Marías.

El camino es fresco y hermoso entre montes cubiertos de verdor. Se encuentran rebaños que van a los pastizales bajo la luz suave de la aurora.

A cada sonido de campanitas, Jesús deja de hablar y mira, luego pregunta a los pastores si Elías, el pastor betlemita está en aquellos lugares. Comprendo que Elías es llamado “el Betlemita”. Aunque si los otros pastores lo son, él lo es por derecho o por apodo. Pero nadie lo sabe. Responden deteniendo su rebaño o dejando de tocar sus flautas rústicas. Casi todos los jóvenes tienen esta clase de flautas primitivas, cosa que atrae muchísimo la atención de Marziam, hasta que un pastor de edad y bueno, le da la de su nieto diciendo: “Se hará otra” y Marziam se va contento con su instrumento, aunque por ahora no la sabe usar.

“¡Me gustaría mucho encontrarlos!” exclama María.

“Ciertamente los encontraremos. En esta estación se encuentran siempre en Hebrón”.

El niño se interesa por los pastores que vieron a Jesús Niño y hace miles de preguntas a María que le da razón de todo con paciencia y con bondad.

“Pero... ¿por qué los castigaron? ¡No hicieron sino el bien!” concluye el niño después de haber escuchado las desventuras de los pastores.

“Porque muchas veces el hombre comete errores, y acusa a los inocentes del mal que en realidad hizo otro. Pero como han sabido ser buenos, y perdonar, Jesús los ama mucho. Es necesario saber siempre perdonar”.

“Pero ¿todos esos niños que fueron muertos, cómo hicieron para perdonar a Herodes?”

“Son pequeños mártires, Marziam, y los mártires son santos. Ellos no solo perdonan a su verdugo, sino que lo aman, porque les abre el cielo”.

“¿Están en el cielo?”

“No, por ahora no. Están en el Limbo para ser la alegría de los patriarcas y de los justos”.

“¿Por qué?”

“Porque han dicho, al llegar con su alma bañada en su sangre: “Mirad, somos los heraldos del Mesías Salvador. Alegraos, vosotros que estáis esperando, porque está ya Él sobre la tierra”. Y todos los aman porque ha llevado esta Buena Nueva”.

“Mi padre me dijo que también la Buena Nueva es la palabra de Jesús. Entonces, cuando mi padre vaya al Limbo después de haberle predicado sobre la tierra, y cando también yo estaré allá, ¿nos amarán?”

“Tú no irás al Limbo, pequeñín”.

“¿Por qué?”

“Porque Jesús habrá regresado a los cielos y los habrá abierto, y todos los buenos a la hora de la muerte, irán al punto al cielo”.

“Te prometo que seré bueno. Y ¿Simón de Jonás? ¿También él? Porque no quiero ser huérfano por segunda vez”.

“También él, puedes estar seguro. Pero en el cielo no hay huérfanos. Tendremos a Dios y Dios es todo. Ni siquiera aquí lo somos, porque el Padre siempre está en nosotros”.

“Pero Jesús, en aquella oración que tú me enseñaste de día, y mi Mamá de noche, dice: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Nosotros todavía no estamos en el cielo. ¿Cómo pues, estamos con Él?”

“Porque Dios está en todas partes, hijo mío. Él cuida al niño que nace y al anciano que muere. El niño que nace en este momento, en cualquier lugar lejano de la tierra, tiene los ojos y el amor de Dios consigo y los tendrá hasta la muerte”.

“¿Aun cuando sea malo como Doras?”

“Aunque lo sea”.

“Pero Dios que es bueno, ¿puede amar a Doras que es muy malo y que hace llorar a mi viejo padre?”

“Lo mira con desdén y dolor. Pero si se arrepintiese, le diría lo que dijo el padre de la parábola a su hijo arrepentido. Deberías de rogar para que se arrepienta Y...”

“¡Oh, no! ¡Madre! ¡Rogaré para que se muera!” dice con ardor el niño. Aunque esta salida del niño sea un poco... angelical, su ardor es tal y tan sincero que los demás se echan a reír.

Luego María vuelve a tomar su dulce seriedad de Maestra: “No, querido. Eso no debes hacer con un pecador. Dios no te escucharía y te miraría con enojo. Debemos augurar al prójimo, aunque sea malo, el mayor bien. La vida es un bien porque concede al hombre conquistar méritos ante los ojos de Dios”.

“Pero si uno es malo conquista pecados”.

“Si ruegas puede hacerse bueno”.

El niño piensa pero no puede digerir bien esta lección sublime y concluye: “Doras no se hará bueno, aunque yo rogase. Es muy malo. Ni siquiera aunque orasen conmigo todos los niños mártires de Belén. ¿No sabes que... un día golpeó a mi viejo padre con una varilla de hierro porque lo encontró sentado a la hora del trabajo? No podía levantarse porque se sentía mal y él... lo golpeó dejándolo como muerto y luego le dio un puntapié en la cara... y lo vi porque estaba escondido detrás de un matorral... Había ido hasta allá porque nadie me había llevado pan desde dos días antes y tenía hambre... Debí escapar para que no me descubrieran, porque lloraba al ver a mi padre así, con sangre en la barba, por tierra, como muerto... me fui llorando a pedir un pan... pero ese pan lo tengo siempre aquí... tiene el sabor de la sangre y de las lágrimas de mi padre y mías, y todos los que son torturados y que no pueden amar a quien los tortura. Yo quisiera golpear a Doras para que sienta qué cosa es ser golpeado... lo quisiera dejar sin pan para que sepa qué cosa es el hambre, lo quisiera hacer trabajar al sol, en el lodo, con la amenaza del capataz y sin comer, para que sepa qué cosa es lo que da a los pobres... no puedo amarlo porque... porque él está matando a mi santo padre, y si no os encontrara, ¿de quién iba a ser?” El niño presa de un ataque de dolor, grita y llora, tiembla, golpea el aire con los pequeños puños cerrados, no pudiendo golpear al verdugo.

Las mujeres están asombradas y conmovidas y tratan de calmarlo. Pero él se encuentra en una crisis de dolor y no escucha a nadie. Grita: “No puedo, no puedo amarlo y perdonarlo. Lo odio por todos, lo odio... lo odio...”

Causa aflicción y miedo. Es la reacción de la criatura que ha sufrido mucho. Jesús lo dice: “Este es el más grande crimen de Doras, hacer que un inocente llegue a odiar...”

Toma al niño en sus brazos y le dice: “Escúchame, Marziam, ¿quieres ir un día con mamá, papá, tus hermanos y el viejo padre?”

“Sííí...”

“Entonces no debes odiar a nadie. Al cielo no entra quien odia. ¿No puedes rogar, por ahora, por Doras? Está bien, no ruegues, pero no odies. ¿Sabes qué debes hacer? No debes más volver a pensar en el pasado...”

“Pero mi padre que sufre no es pasado...”

“Es verdad. Pero mira, Marziam, trata de rogar así: “Padre nuestro que estás en los cielos, piensa en lo que yo deseo...” Verás que el Padre te escuchará de la mejor de las maneras.

Aunque matases a Doras ¿qué harás? Perder el amor de Dios, el cielo, el reunirse con tu padre y tu madre y no lograrías consolar al viejo padre que amas. Eres muy pequeño para poderlo hacer. Dios lo puede. Díselo a Él: “Tú sabes cómo amo a mi viejo padre y cómo amo a todos los que son infelices. Piensa Tú que puedes todo ¿Cómo?. ¿No quieres predicar la Buena Nueva? ¡Ella habla de amor y de perdón! ¿Cómo puedes decir a otro: “No odies. Perdona”, si tú no sabes amar ni perdonar? Deja, deja al buen Dios que obre y verás qué bien dispone todo. ¿Lo harás?”

“Sí. Porque te quiero mucho”.

Jesús besa al niño y lo pone en el suelo. El episodio ha terminado y también el camino. La superficie de los tres grandes depósitos de agua excavados en la roca del monte, una obra verdaderamente grandiosa, resplandecen, lo mismo que el agua que desciende del primero al segundo y de este al tercero que es un pequeño lago, y de aquí va a la ciudad lejana. Debido a la humedad del terreno en esta zona, todo el monte, desde las fuentes hasta las piscinas, y de estas hasta la tierra, es una fertilidad admirable. Las flores con mejor savia que las otras alegran las laderas verdes junto con hierbas aromáticas y raras. Parece como si aquí el hombre hubiese sembrado las flores de los jardines y las hierbas perfumadas que esparcen por el aire, por el sol que calienta, sus aromas de canela, alcanfor, clavo, espliego, y otros fuertes olores, suaves, delicados en una mezcla maravillosa de los mejores aromas de la tierra. Me siento tentada a decir que es una sinfonía de perfumes, porque realmente está el poema de las hierbas y de las flores en los tintes y en las fragancias.

Todos los apóstoles están sentados bajo la sombra de un árbol cargado de flores blancas, cuyo nombre ignoro, de enormes campanillas, que penden, que ondean al mínimo soplo del viento y en cada movimiento se percibe una ola de fragancia. No sé el nombre de este árbol. Por sus flores me trae a la memoria el que hay en Calabria que lo llaman “bottaro”, pero por el tronco estoy incierta, porque es grueso y además alto.

Jesús los llama y ellos acuden: “Encontramos casi al punto a José que regresaba de un mercado. Esta tarde estarán todos en Betsur. Nos juntamos, llamándolos a gritos y estamos allí abajo en el fresco” dice Pedro explicando lo hecho.

“¡Qué hermoso lugar! ¡Parece un jardín! Discutíamos si era natural o no, y hay quien se obstina en una cosa y otros en otra” dice Tomás.

“La tierra de Judea tiene estas maravillas” dice Iscariote que siempre se deja llevar de su arrogancia en todo, aunque sean flores y hierbas.

“Cierto, pero... yo creo que si, por ejemplo, el jardín de Juana en Tiberíades fuese abandonado y se hiciese selvático, también la Galilea tendría las maravillas de espléndidas rosas entre las ruinas” objeta Santiago de Zebedeo.

“Y no estás equivocado. En esta zona se encontraba los jardines de Salomón, célebres en el mundo de entonces como sus palacios. Tal vez aquí soñó su Cantar de los Cantares, aplicando a la ciudad todas las bellezas que hizo crecer aquí” dice Jesús.

“Entonces tenía yo razón” dice Tadeo.

“Tenías razón. ¿Sabes, Maestro? Él citaba el Eclesiástico¹ juntando la idea de jardines a la de depósitos y terminaba diciendo: “Pero cayó en la cuenta de que todas las cosas son vanidad y de que nada dura bajo el sol, fuera de la palabra de mi Jesús”” dice Santiago, su otro hermano.

“Te lo agradezco. Pero también debemos dar gracias a Salomón, sean tuyas o no tuyas las flores que han quedado. Ciertamente son tuyos los depósitos que alimentan hierbas y hombres. Que sea bendito. Vamos ahora hasta aquel rosal grande que ha hecho una galería entre los árboles. Allí nos detendremos. Estamos casi a mitad del camino”...

...Vuelven a emprender el camino hacia las tres de la tarde, cuando las sombras se alejan de todos los árboles de esta zona tan bien cultivada por todas partes. Parece como si atravesasen por un inmenso vivero botánico. Toda clase de plantas de diversos troncos,

¹ Cfr. Especialmente 1-2 y 11; 7-12, 8.

frutos, belleza están allí representadas. Los trabajadores de este lugar van y vienen por todas partes, pero sin que les llame la atención el grupo que pasa. No es el único y se ven otros grupos que pasan de regreso de las fiestas pascales.

El camino es bastante cómodo no obstante esté tallado entre los montes, y los panoramas que a cada paso cambian, quitan el cansancio. Arroyos y ríos forman comas plateadas de líquido y escriben palabras que van cantando entre sus miles de vericuetos que se cruzan, se echan entre las cuevas para salir más hermosas. Parece como si jugasen con las plantas y las piedras, cual alegres chiquillos. También Marziam que se ha calmado, juega y trata de tocar su instrumento para imitar a los pajarillos. Pero sus melodías no son cantos, sino lamentos desafinados que molestan a algunos de la comitiva, por ejemplo Bartolomé por su edad, y Judas de Keriot por otros motivos. Pero nadie le dice nada al niño que silba brincando de acá para allá. Sólo dos veces señala un pueblito escondido entre los bosques y dice: “¿Es el mío?” y se pone pálido. Pero Simón, que lo tiene cerca de sí le responde: “El tuyo está muy lejos de aquí. Ven, ven, vamos a cortar aquella flor para dársela a María” y de este modo lo distrae.

El crepúsculo se asoma cuando Betsur aparece sobre una colina y como de repente, en el camino secundario que llevan, se ven los rebaños con sus pastores, y los pastores acuden. Y cuando Elías ve que también se encuentra María, levanta los brazos admirado y así se queda, no dando crédito a sus propios ojos.

“La paz sea contigo Elías. Soy yo. Había la promesa de que en Jerusalén nos veríamos, pero no fue posible... ya no pienses en eso. Ahora nos hemos encontrado” dice María con dulzura.

“Oh, Madre, Madre”... Elías no sabe decir otra cosa. Luego le sale: “Pues bien, ahora celebro mi pascua. Es lo mismo, y mejor todavía”.

“Claro que sí, Elías. Vendimos bien. Podemos comprar un corderito. ¡Oh! Os ruego que seáis comensales de mi pobre mesa...” suplica Leví y también José.

“Esta noche estamos cansados. Mañana. Escuchad. ¿Conocéis una cierta Elisa, esposa de Abraham de Samuel?”

“Sí, está en su casa de Betsur. Pero Abraham murió y el año pasado murieron sus hijos. El mayor estuvo enfermo unas cuantas horas, y nunca se supo de qué murió. El otro durante un tiempo estuvo enfermo y nadie fue capaz de detenerle el mal. Le dábamos leche de cabra primeriza, porque los médicos decían que ayuda a los enfermos. Bebía mucha, ordeñada de los rebaños de los pastores, porque la pobre madre mandaba a buscar quien tuviese una cabra primeriza con leche. Pero no sirvió de nada. Cuando nos fuimos a la llanura el joven ya no bebió más leche. Cuando regresamos en Adar, hacía dos lunas que había muerto”.

“¡Pobre amiga mía! Me quería mucho en el Templo... somos algo parientes. Era buena. Salió para casarse con Abraham, a quien le estaba prometida desde su niñez, dos años antes que yo, y recuerdo que fue al Templo para ofrecer su primogénito al Señor. Me mandó llamar, no sólo a mí, pero después quiso que estuviese a solas con ella por un poco más de tiempo... y ahora está sola... ¡Oh! Es necesario que me dé prisa para ir a consolarla. Quedaos aquí. Voy con Elías y entraré sola. El dolor exige respeto en su rededor...”

“¿Ni siquiera Yo, Madre?”

“Tú, siempre. Pero los otros... ni siquiera, tu chiquito. Sería un dolor. Ven, Jesús, ¡ven!”

“Esperadnos en la plaza de aquí. Buscad un lugar para pasar la noche. Hasta pronto” ordena Jesús a todos.

Elías, Jesús y su Madre se dirigen a una casa espaciosa toda cerrada y llena de silencio. A su puerta llama el pastor con su bastón. Una criada saca su cabeza por la ventana preguntando que quién es. María se adelanta y dice: “María de Joaquín y su Hijo de Nazaret. Dilo a tu dueña”.

“Es inútil. No quiere ver a nadie. No hace más que llorar”.

“Ve si es posible”.

“No. Sé por experiencia cómo me arroja si trato de distraerla. No quiere a nadie, a nadie quiere ver, no habla con nadie. Habla solo con el recuerdo de sus hijos”.

“Ve, mujer. Te lo ordeno. Dile: “Ha llegado la pequeña María de Nazaret, la que en el Templo era para ti como una hija...” Verás que me querrá ver”.

La mujer se va sacudiendo la cabeza. María explica a su Hijo y al pastor: “Elisa era mucho mayor que yo. Estuvo esperando en el Templo hasta que regresase su prometido, que había ido al Egipto por razones de herencia, y se quedó allí hasta una edad que no se acostumbra. Es como diez años mayor que yo. Las maestras acostumbraban dar a las menores, compañeras mayores para que las guiasen... y ella fue mi compañera y maestra. Era buena y... Ya viene la mujer”.

De hecho la criada llega presurosa y sorprendida. Abre el gran portón: “Entra, entra” dice. Y luego en voz baja: “Bendita tú que la haces salir de su habitación”.

Elías se despide y entra María con su Hijo.

“Pero este hombre de veras... ¡Piedad! Tiene la edad de Leví...”

“Déjalo entrar, es mi Hijo y la consolará mejor que yo”.

La mujer se encoge de espaldas y los guía por el largo vestíbulo de una casa hermosa pero triste. Todo está limpio, pero todo parece muerto...

Una mujer de talla alta pero encorvada en sus vestidos oscuros viene a su encuentro en la penumbra.

“¡Elisa querida! ¡Soy María!” dice la Madre de Jesús que corre a su encuentro y la abraza.

“¿María? Tú... Creía que también tú habías muerto. Me habían contado... ¿Cuándo?... No sé nada... Tengo un vacío en la cabeza... me habían contado que habías muerto con muchas madres después de la llegada de los Magos. Pero ¿quién me dijo que eras la Madre del Salvador?”

“Tal vez los pastores...”

“Oh, ¡los pastores!” La mujer estalla en llanto amargo. “No me repitas ese nombre. Me trae a la memoria la última esperanza para la vida de Leví... y con todo... sí... un pastor me habló del Salvador y yo maté a mi hijo al llevarlo al lugar donde dijeron que estaba el Mesías, cerca del Jordán. Pero no había nadie... Mi hijo regresó a tiempo para morir... la fatiga, el frío... yo lo maté. Pero no quise ser asesina. Me decían que Él, el Mesías, curaba las enfermedades... y lo hice por eso... ahora mi hijo me acusa de haberlo matado...”

“No. Elisa, tú eres quien lo piensa. Escucha. Yo creo al revés que tu hijo me tomó la mano diciendo: “Ven a la casa de mi querida mamá, llévale al Salvador. Estoy mejor que en la tierra. Pero ella no escucha más que su llanto y no las palabras que le susurro entre besos, a ella, a mi pobre mamá, que está como si estuviera poseída de un demonio que la lleva a la desesperación para que nos dividamos. Pero si ella se resigna y cree que Dios todo lo hace con un fin bueno, estaremos para siempre unidos, con mi padre y hermano. Jesús lo puede hacer”. Y yo he venido... con Él... ¿no lo quieres ver?” María le dijo estas palabras sin dejarla de estrechar. La ha besado repetidas veces en sus cabellos grises, y con una dulzura que sólo ella tiene.

“¡Oh! ¡Si fuese verdad! Pero ¿por qué, entonces Daniel no fue a verte, para que te dijese que viniese cuanto antes?... Pero, ¿quién me dijo que hace tiempo habías muerto? No recuerdo... no recuerdo... También por esto he esperado tal vez mucho tiempo para ir donde está el Mesías. Me habían contado que Él había muerto, que tú, que todos habían muerto en Belén...”

“No pienses en quién te lo dijo. Ven, mira. Aquí está mi hijo. Ven a verlo. Da gusto a tus hijos y a tu María ¿no comprendes que sufrimos al verte así?” La lleva a donde está Jesús que ha estado en un rincón oscuro, y que sale de él, a la luz de una lámpara que la criada había colgado sobre un escritorio.

La pobre madre levanta su cabeza... y veo que es Elisa la que estuvo en el Calvario con las mujeres piadosas. Jesús le extiende las manos con una actitud amorosa. La desventura lucha un poco, luego le extiende las suyas y finalmente se recarga sobre el pecho de Jesús llorando: “Dime, dime que yo no tengo la culpa de su muerte, de la muerte de Leví. Dime que no se han perdido para siempre. Dime que pronto estaré con ellos...”

“Sí, sí. Escucha. Ellos se regocijan inmensamente al ver que estás recargada sobre mi pecho. Pronto iré a donde están. Y... ¿qué les diré? ¿Qué no te resignas al Señor? ¿Debo decir esto? Las mujeres de Israel, las mujeres de David, tan fuertes, tan sabias, ¿deben desilusionarse de ti? No. Tú sufres, porque has estado sola con tu dolor. Tu dolor y tú. Tú y tu dolor. Entonces no se puede sobrellevar. ¿No tienes presentes las palabras de esperanza para aquellos que la muerte nos ha arrebatado? “Yo os sacaré de vuestros sepulcros y os conduciré a la tierra de Israel. Y conoceréis que Yo soy el Señor cuando haya abierto vuestras tumbas y os haya sacado de vuestros sepulcros. Cuando habré infundido en vosotros mi espíritu, tendréis vida”². La tierra de Israel para los justos que se han dormido en el Señor es el reino de Dios. Lo abriré y lo daré a los que esperan”.

“¿También a mi Daniel? ¿Y a mi Leví, también...? Tenía mucho miedo a la muerte... No podía resignarse a estar separado de su mamá. Por eso quería morirme e ir a su lado en el sepulcro...”

“Pero no están allí con su parte que vive. Allí están las cosas muertas que no pueden escucharte. Están en el lugar de espera...”

“Pero ¿de veras? ¡Oh! No te escandalices de mí. ¡Se me ha ido la memoria de tanto llorar! Tengo la cabeza llena de los gemidos y del estertor de mis hijos. ¡Aquel estertor! ¡Aquel estertor!... me ha destruido el cerebro. No tengo más que ese estertor aquí adentro...”

“Yo pondré en ti las palabras de vida. Sembraré la vida, porque Yo soy la Vida, donde hay fragor de muerte. Recuerda al gran Judas Macabeo que ofreció un sacrificio por los muertos³, pensando rectamente que ellos estaban destinados a resucitar, y que es necesario apresurar su tranquilidad con sacrificios oportunos. Si Judas Macabeo no hubiese estado seguro de la resurrección, ¿habría rogado y hecho que se rogase por los muertos? Por el contrario, como está escrito, pensó en una gran recompensa que está reservada a los que mueren piadosamente, como ciertamente murieron tus hijos... ¿ves que tu misma fe dice que sí?... Así pues, no te desesperes, sino ruega con confianza por tus muertos para que sus pecados sean anulados antes de que llegue a donde están. Y entonces, sin esperar ni un momento, vendrán conmigo al cielo, porque Yo soy el Camino, la Verdad y Vida, y conduzco y digo la Verdad, y doy Vida a quien cree en mi Verdad y me sigue. Dime, ¿creían tus hijos en la venida del Mesías?”

“Sí. Creían. De mí aprendieron a creer en ello”.

“Y ¿creía Leví que podía curarse con quererlo Yo?”

“Sí, Señor. Esperábamos en Ti, pero... no sirvió... y él murió sin consuelo después de haber esperado tanto...” El llanto de la mujer es más sosegado pero más desgarrador precisamente por la calma con que se escucha.

“No digas que de nada sirvió. Quien cree en Mí, aunque esté muerto vivirá para siempre... Y la noche ha llegado, mujer. Me voy a unir con mis apóstoles. Te dejo a mi Madre...”

“Oh, quédate Tú también... tengo miedo de que si te vas, vuelva a mí ese tormento... empieza poco a poco a calmarse la tormenta al sonido de tus palabras...”

“¡No tengas miedo! Tienes a María contigo. Mañana regresaré.

Tengo algo que decir a los pastores. ¿Puedo decirles que vengan aquí?...”

“Oh, ¡sí! Venían también el año pasado por mi hijo... detrás de la casa hay un huerto y un redil. Pueden ir allá, como hacían para tener recogidos su rebaños...”

“Está bien, volveré. Consuélate. Acuérdate que María en el Templo se confió a ti. Yo también te la confío esta noche”.

“Sí, pierde cuidado. Tendré cuidado de ella... de que cene... de que duerma... ¡Cuánto tiempo hace que no pienso en estas cosas! María, ¿quieres dormir en mi habitación como lo hacía Leví cuando estuvo enfermo? Yo dormiré en el lecho de mi hijo, tú en el mío. Y me parecerá escuchar su respiración ligera... Siempre me tenía de la mano...”

² Cfr. Ex. 37, 12-14.

³ 2 Mac. 12, 38-46.

“Sí, Elisa. Primero hablaremos de *muchas* cosas”.

“No, estás cansada y debes dormir”.

“Tú también...”

“Oh, ¡yo! Desde hace meses que no duermo más... lloro... lloro... no sé hacer otra cosa...”

“Esta noche oraremos, y luego iremos a dormir y tú dormirás... dormiremos también nosotras dos con las manos juntas. Vete, Hijo y ruega por nosotras...”

“Os bendigo. ¡La paz sea con vosotras y en esta casa!”

Jesús sale con la criada que está sin saber qué hacer y que no sabe más que repetir: “¡Qué milagro, Señor! ¡Qué milagro! Ha hablado después de tantos meses... ha logrado pensar... ¡Oh! ¡qué cosa!... decían que moriría loca... y me dolía porque es buena”.

“Sí, es buena, y por esto Dios la ayudará. Adiós, mujer. La paz también sea contigo”.

Jesús sale a la calle semioscura y todo termina.

71. En casa de Elisa.

“Haced fructificar vuestro dolor”

5 julio 1945

La noticia de que Elisa había salido de su trágica melancolía, debió haberse desparamado por el poblado, pues cuando Jesús, seguido por los apóstoles y discípulos, va a la casa de ella, atravesando el poblado, lo mira curiosamente mucha gente, y hasta piden a éste o a aquel pastor informes sobre Él... de por qué ha venido... de quiénes son los que están con Él... y quién es el niño, quiénes las mujeres y qué medicina dio a Elisa para sacarla de la oscuridad de la locura, tan pronto, apenas estuvo en su casa... y qué hará y qué dirá... y quien tiene ganas de hacer más preguntas que las haga...

La última que se hace es: “¿No podríamos venir también nosotros?”, a la que responden los pastores: “Eso no lo sabemos. Es menester preguntárselo al Maestro. Vamos a Él”.

“¿Y si nos trata mal?”

“Jamás trata mal a nadie, ni siquiera a los pecadores. Id, id, se alegrará mucho”.

Un grupo de hombres y mujeres, casi todos adultos, de la edad de Elisa, deliberan y después se dirigen a Jesús que está hablando con Pedro y Bartolomé. Dicen con un poco de inseguridad: “Maestro...”

“¿Qué queréis?” pregunta Bartolomé.

“Hablar con el Maestro para preguntarle...”

“La paz sea con vosotros. ¿Qué me queréis preguntar?”

Toman confianza ante la sonrisa de Jesús y dicen: “Todos somos amigos de Elisa, de su casa. Hemos sabido que está curada. Quisiéramos verla, y oírte. ¿Podemos venir?”

“¿A escucharme? ¡Claro! A verla a ella, no, amigos. Mortificad la amistad y también vuestra curiosidad, porque hay también de esto. Respetad su dolor y no la turbéis”.

“Pero ¿no está curada?”

“Se vuelve a la Luz. Cuando la noche se acaba... ¿llega de ponto el mediodía? Y cuando se vuelve a prender una hoguera apagada... ¿sube al punto la llama? Lo mismo sucede a Elisa. Si un viento cae sobre una flama, que apenas si se levanta... ¿no acaso la apaga? Tened, pues, prudencia. La mujer es toda una llaga. Hasta la amistad podría exasperarla, porque tiene necesidad de descanso, de silencio, de soledad que no sea más trágica como la de ayer, sino una soledad más tranquila por haberse encontrado a sí misma...”

“Entonces ¿cuándo la volveremos a ver?”

“Más pronto de lo que pensáis, porque ya está en los umbrales de la salud. ¡Si supieseis qué significa salir de esas tinieblas! Son peor que la muerte. Y quien sale de ellas, tiene vergüenza de haber estado allí y de que el mundo lo sepa”.

“¿Eres médico?”

“Soy el Maestro”.

Han llegado a la casa. Jesús se vuelve a los pastores: “Id al redil. Que vaya con vosotros quien quiera. Nadie haga ruido y no traspaséis el redil. Tened vosotros cuidado” dice a los apóstoles para que así se haga. Y también (se dirige a Salomé y a María de Alfeo) ved que el niño no haga ruido. Nos vemos”.

Llama a la puerta mientras los demás se van por una callejuela. Abre la criada. Jesús entra en medio de inclinaciones repetidas de la sirvienta.

“¿Dónde está tu dueña?”

“Con tu Madre... y piensa, ¡han salido al jardín! ¡Una cosa! ¡Una cosa! Ayer en la noche vino al comedor... Lloraba, pero tornó. Hubiera querido que tomase algo de alimento en lugar de la poquita leche acostumbrada que bebe, pero ¡no lo logré!”

“Comerá. No insistas. Ten paciencia también con el amor que tienes a tu patrona”.

“Sí, Salvador. Haré lo que dices”.

Me imagino y no dudo que si Jesús dijese a la mujer que hiciese las cosas más estrambóticas, las haría sin discutir, tan persuadida está que Jesús es Jesús y de que todo lo que hace está bien. Lo acompaña entre tanto a un vasto jardín-huerto, lleno de árboles frutales y de flores. Más si los primeros por sí mismos pensaron en vestirse de hojas, de flores y de frutitas que crezcan, las pobres flores que hace más de un año que nadie cuida, casi son un bosque en miniatura enmarañado. Las plantas más fuertes aplastan a las más pequeñas bajo su peso, los bordes y senderos, todo ha desaparecido en medio de un caos. Sólo en el fondo, donde la sirvienta ha sembrado lechugas y legumbres, hay un poco de orden.

María está con Elisa, debajo de una parra caprichosísima que deja caer hasta el suelo sus sarmientos y zarcillos. Jesús se detiene, mira a su joven Madre que con arte finísimo despierta y dirige la mente de Elisa a cosas muy diferentes de lo que hasta ayer habían sido sus pensamientos.

La sirvienta va a la patrona y le dice: “Ha venido el Salvador”.

Las mujeres se vuelven hacia donde viene Él. La una con su dulce sonrisa, la otra con su mirada cansada y extraviada.

“La paz sea con vosotras. Bello jardín este...”

“Era bello...” dice Elisa.

“Y fértil el suelo. ¡Mira cuántas frutas se están madurando! ¡Cuántas flores tiene ese rosa!... y aquello ¿son lirios?”

“Sí. Están alrededor de un estanque donde jugaban mis pequeños. Entonces estaba muy arreglada... ahora todo es desorden aquí. No parece ser el jardín de mis hijos”.

“Dentro de pocos días será como antes. Te ayudaré. ¿Verdad Jesús? ¿Me dejas aquí con Elisa unos días? Tenemos muchas cosas que hacer...” dice María.

“Todo lo que tú quieras, Yo lo quiero”.

Elisa lo mira y murmura: “Gracias”.

Jesús le acaricia la cabeza cana, y luego se despide para ir a donde están los pastores. Las mujeres se quedan en el jardín, pero poco después, cuando se oye la voz de Jesús que saluda a los presentes y que por el aire quietamente se difunde, Elisa como arrastrada por una fuerza irresistible se acerca lentamente a una valla bastante alta, más allá de la cual está el redil donde Jesús habla primero a los pastores. Está muy cerca de la valla. Delante de sí tiene a los apóstoles y a los ciudadanos de Betsur que lo han seguido. Las Marías con el niño están sentadas en un rincón.

Jesús dice: “¿Estáis obligados por contrato o podéis decir que no en cualquier momento?”

“Hablando claro, somos siervos libres. Pero dejarlo de pronto ahora que los rebaños exigen mucho cuidado y que es difícil encontrar pastores, no nos parece bien.” Bien, no lo es. Pero no es necesario que sea pronto. Os lo digo a tiempo para que toméis las providencias justas. Os quiero libres, para uniros a los discípulos y para que me ayudéis”.

“Oh, ¡Maestro!...” Los tres están en éxtasis de alegría. “Pero, ¿seremos capaces?” preguntan.

“No hay duda alguna. Entonces nos hemos entendido. Tan pronto podáis uníos a Isaac”.

“Sí, Maestro”.

“Id con los demás. Les diré unas dos palabras”.

Y dejados los pastores se vuelve a la gente.

“La paz sea con vosotros. Ayer oí hablar a dos que se encontraban en grande amargura. Al uno en la aurora de la vida, a la otra en el crepúsculo; dos almas que lloraban su soledad. He llorado en mi corazón con ellos, al ver cuánto dolor hay en la tierra, y cómo sólo Dios puede aliviarlo. ¡Dios! El conocimiento exacto de Dios, de su grandeza e infinita bondad, de su constante presencia, de sus promesas. Oí cómo el hombre puede torturar a otro y cómo puede ser arrollado por la muerte en una desolación en la que Satanás trabaja para aumentar su dolor y crear su ruina. Entonces me dije: “No deben los hijos de Dios sufrir esta tortura en la tortura. Demos el conocimiento de Dios a quien no lo tiene, volvamos a darlo a quien lo olvida en medio de las borrascas del dolor”. Pero también vi que Yo sólo no me doy abasto con las innumerables necesidades de mis hermanos. He decidido llamar a muchos en número cada vez mayor, para que todos los que tienen necesidad del consuelo del conocimiento de Dios, lo puedan tener.

Estos doce son los primeros, como mis segundos, capaces de conducir a Mí y por esto al consuelo a todos los que van encorvados bajo pesos muy grandes de dolor. En verdad os lo digo: Venid a Mí todos los que tenéis dolores, disgustos, el corazón herido, cansados y compartiré vuestro dolor y os daré paz. Venid a través de mis apóstoles, a través de mis discípulos que cada día aumentan. Encontraréis el alivio en vuestros dolores, la compañía en vuestra soledad, el amor de los hermanos para que olvidéis el odio del mundo. Encontraréis el amor de Dios elevado sobre todos, consolador como ninguno y compañero perfecto. No dudaréis más de nada, ni diréis: “¡Todo ha terminado para mí!” Sino que diréis: “Todo para mí tiene principio en un mundo sobrenatural que borra las distancias y anula las separaciones”, por lo cual los hijos huérfanos se reunirán con sus padres que están en el seno de Abraham y los padres y las madres, las esposas y los viudos encontrarán a sus hijos perdidos y al consorte perdido.

En esta tierra de Judea, cercana a Belén de Noemí os recuerdo que el amor alivia el dolor y devuelve la alegría.

Pensad vosotros que lloráis en la desolación de Noemí, después que su casa se quedó sin varones¹. Oíd sus palabras de amarga despedida a Orfa y a Ruth: “Regresad a la casa de vuestra madre. El Señor use de misericordia con vosotras como la habéis usado con los que murieron y conmigo...” Oíd sus repetidas insistencias. No esperaba más de la vida, la que en un tiempo había sido Noemí la hermosa y que ahora se había convertido en Noemí la despedazada por el dolor. Esperaba sólo regresar para morir en el lugar en donde había sido feliz en su juventud con el amor de su marido y los besos de sus hijos. Decía: “Idos, idos. Es inútil que vengáis conmigo... soy como una muerta... mi vida no está ya más aquí, sino allá en la otra donde están. No sacrificuéis vuestra juventud al lado de alguien que muere porque realmente ahora soy ‘una cosa’. Todo me es indiferente. Dios me ha quitado todo... Me encuentro en gran angustia y no quiero que os angustiéis, me pesaría en el corazón. El Señor me pediría cuenta de ello. Él me ha castigado tanto, porque teneros vivos, cerca de mí, que estoy muerta, sería egoísmo. Id a donde vuestras madres...”

Con todo, Ruth se quedó para sostener a la pobre mujer. Ruth había comprendido que hay dolores siempre más grandes que los propios y que le suyo de viuda joven era más llevadero que el de aquella mujer que había perdido además de su marido, a sus dos hijos. Así como el dolor de niño huérfano, que se ve obligado a vivir mendigando, sin tener más caricias, sin más consejos buenos, es mucho mayor que el de la madre que ha quedado sin hijos. Es grande el dolor quien por un complejo de motivos, llega a odiar al linaje humano y ve en cada hombre a un enemigo del que debe defenderse y a quien debe temer; es mayor que los otros dolores porque arrastra consigo no tan solo la carne, sangre e inteligencia, sino su corazón con sus

¹ Cfr. Ruth

obligaciones y derechos sobrenaturales y lo conduce a la perdición. ¡Cuántas madres sin hijos y cuántos hijos sin madre hay en el mundo! ¡Cuántas viudas sin prole hay por ser comprensivas para con los ancianos solitarios! ¡Cuántos hay que se privan de amores para entregarse a los infelices que tienen necesidad de amor y que combaten de este modo al odio, dando amor al linaje humano infeliz que sufre siempre más porque odia más!

El dolor es cruz pero también alas. El luto despoja pero para vestir de nuevo. ¡Levantaos, vosotros que lloráis! ¡Abrid los ojos, salid de las pesadillas, de las tinieblas, de los egoísmos! Mirad... el mundo es el erial donde se llora y se muere. Grita pidiendo “ayuda” por la boca de los huérfanos, de los enfermos, de los solos, de los que se encuentran en duda, por las bocas de los que una traición, una crueldad hacen prisioneros del rencor. Id a estos que gritan. Olvidaos entre los olvidados. Curad entre los enfermos. ¡Esperad entre los desesperados! El mundo está abierto a las buenas voluntades que quisieren servir a Dios en el prójimo y conquistar el cielo que es la unión con Dios y la reunión con los que lloran. Aquí está la palestra. Allí el triunfo. Venid. Imitad a Ruth con sus dolores. Decid también: “Estaré con vosotros hasta la muerte” y si os respondiesen estas desventuras que creen no tener remedio con estas palabras: “No me llaméis más Noemí, sino llamadme Mara, porque Dios me ha llenado de amargura”, persistid. Y en verdad os digo que un día, por vuestra insistencia estas desventuras exclamarán: “Sea bendito el Señor que me ha quitado la amargura, la desolación, la soledad, por obra de una criatura que supo hacer fructificar su dolor en bien. Dios la bendiga en la eternidad, porque ha sido mi salvadora.

Pensad que la acción buena de Ruth para con Noemí dio al mundo al Mesías, porque de David, hijo de Isaí y este de Obed, viene el Mesías, como Obed viene de Booz, éste de Salomón y Salomón de Najasson de Aminadab, Aminadab de Aram, Aram de Esron, Esron de Fares. Fueron ellos los que poblaron los campos de Belén². Cada acción buena es origen de grandes cosas, como vosotros no tenéis una idea. El esfuerzo de uno solo sobre el propio egoísmo puede provocar una onda tal de amor que es capaz de subir, teniendo entre su pureza al que la provocó, hasta llevarlo a los pies del altar, al corazón de Dios. Dios os da la paz”.

Y Jesús sin regresar al jardín por la puertecita que hay en la valla, procura que nadie se acerque a ella de donde se escucha un largo llanto... sólo cuando todos los de Betsur se han marchado, se aleja con los suyos, sin turbar aquel llanto saludable.

72 A Hebrón. Las razones del mundo y las de Dios

6 julio 1945

“Pero no creo que queráis hacer una peregrinación a todos los lugares famosos de Israel” dice irónico Iscariote que discute en un grupo donde está María de Alfeo, Salomé, Andrés y Tomás.

“¿Por qué no? ¿Quién nos lo prohíbe?” pregunta María de Cleofás.

“Pero yo... Mi Madre hace tiempo que nos espera...”

“Vete con tu madre. Te alcanzaremos después” dice Salomé y parece como si mentalmente agregase: “Nadie se afligirá por tu ausencia”.

“¡No tanto! Voy con el Maestro. Ya no está su Madre como estaba determinado. Y esto no me gusta porque había prometido que iría”.

“Se quedó en Betsur por una obra buena. Esa mujer era muy infeliz”.

“Jesús la podría curar al punto sin necesidad de hacer que vuelva en sí poco a poco. No sé por qué no prefiera más los milagros llamativos”.

“Si así ha obrado, razones habrá tenido” dice tranquilo Andrés.

² Cfr. Mt. 1, 1-17; Lc. 3, 23-38.

“¡Está bien! Y así pierde prosélitos. La permanencia en Jerusalén. ¡Qué desilusión! Cuanto más hacen falta cosas resonantes, tanto más El se agazapa en la sombra. Cuántas ilusiones me había formado de ver, combatir...”

“Perdona la pregunta... ¿qué querías ver y qué combatir?”

“¿Qué cosa? ¿Quién? Ver sus obras milagrosas y luego tener cara para enfrentarme a quien dice que es un falso profeta o un endemoniado. ¿Comprendes por qué se dice *esto*? Dicen que si Belzebú no lo sostiene, El es un pobre hombre. Y teniendo en cuenta que el humor caprichoso de Belzebú es conocido y se sabe que se deleita con tomar y dejar, como hace el leopardo con su presa y que los hechos justifican este pensamiento, me intranquilizo en pensar que no haga nada. ¡Bonita facha que hacemos! Los apóstoles de un Maestro... todo doctrina, esto es innegable, pero no más”. El haberse detenido bruscamente Judas después de la palabra “Maestro”, hace pensar que habría dicho algo que iba a ser peor.

Las mujeres están aterrorizadas y María de Alfeo, como pariente de Jesús dice claro: “No me admiro de esto, sino de que El te soporte, ¡muchacho!”

Andrés, el siempre manso Andrés, pierde la paciencia y rojo, encolerizado, muy igual de cuando en cuando a su hermano, grita: “Pero ¡lárgate! y ¡no hagas mala facha por causa del Maestro! ¿Quién te ha llamado? A nosotros nos llamó. No a ti. Tuviste que insistir muchas veces para que te aceptase. Tú te impusiste. No sé qué cosa me detiene para no contarlo a los demás...”

“Con vosotros no se puede hablar. Tiene razón en llamarnos peleoneros e ignorantes...”

“Pues bien, tampoco yo no comprendo dónde encuentras que el Maestro está equivocado. No había yo oído hablar de estos humores caprichosos del demonio. “Pobrecito”. Me imagino que debe ser estrambótico. Si hubiera sido inteligente, no se hubiera revelado contra Dios. Pero lo tendré en cuenta”. Dice burlón Tomás para apartar la tempestad que se acerca.

“No te burles, que no estoy bromeando. ¿Puedes decir que en Jerusalén llamó la atención? Hasta Lázaro lo dijo”.

La risa de Tomás es rimbombante. Después sin dejar de reír, cosa que a Iscariote ya ha desorientado, dice: “¿Que no hizo nada?” Ve a preguntárselo a los leprosos de Siloán y de Hinnom. Mejor: en Hinnom no encontrarás a nadie porque todos fueron curados. Si tú no estabas es porque tenías prisa de irte con tus... amigos y por esto lo ignoras, pero esto no quita que los valles de Jerusalén y otros muchos, resuenen con los gritos de hosanna de los curados” concluye serio Tomás y luego enérgico continúa: “Tú estás enfermo de bilis, amigo, y todo te sabe amargo y verde por todas partes. Debe ser una enfermedad que se encuentra en ti. Y creo que es poco agradable convivir con uno como tú. Corrígete. No diré nada a nadie, y si estas buenas mujeres me escuchan, se callarán como yo, y como lo hará Andrés. Pero corrígete. No te creas desilusionado, porque no hay razón. Ni te creas necesario porque el Maestro sabe obrar de por sí. No quieras ser tú el maestro del Maestro. Si El se comportó de este modo con la pobre mujer Elisa, señal es que estaba bien el proceder así. Deja que las serpientes silben y arrojen su veneno como le venga la gana. No te tomes el cuidado de querer ser intermediario entre Él y ellos, y mucho menos pienses que te envileciste al estar con Él. Aunque no curase ni siquiera un resfrío, siempre sería poderoso. Su palabra es un continuo milagro. Y ponte en paz. No tenemos detrás a los arqueros. Llegaremos –a fe mía– llegaremos a convencer al mundo de que Jesús es Jesús. Tranquilízate también, que si María prometió ir a la casa de tu madre, irá. Entre tanto nosotros peregrinamos por estas hermosas tierras. Es nuestro trabajo, y ¡seguro! Contentemos también a las discípulas al ir a ver la tumba de Abraham, su árbol y luego la tumba de Jesé y... ¿qué otra cosa dijisteis?”

“Cuentan que ese lugar en donde vivió Adán y donde fue muerto Abel...”

“Las acostumbradas leyendas sin sentido...” arguye Judas.

“Dentro de un siglo se dirá que fue leyenda la gruta de Belén y otras cosas iguales. Además, ¡perdona! Tú quisiste ir a aquella hedionda cueva de Endor, que –y debes aceptar– que no era de un... ciclo santo ¿no te parece? Y ellos van a donde se dice que hay sangre y cenizas de santos. Endor nos trajo a Juan y quién sabe...”

“Hermosa conquista, ¡Juan!” se mofa Iscariote.

“En su cara no lo será, pero en su alma puede serlo más que nosotros”.

“Y luego, ¡con ese pasado!”

“Cállate. El Maestro dijo que no debíamos recordarlo”.

“¡CÓmodo! Quisiera ver, si yo hiciese cosa semejante, ¡no la recordaríais!”

“Adiós, Judas. Es mejor que estés solo. Eres muy inquieto. ¡Al menos supiese yo, qué tienes!”

“¿Qué tengo, Tomás? Tengo que ver que se nos hace a un lado como primeros vencidos. Tengo que ver que todos son preferidos a mí. Tengo que ver cómo se aguarda la ocasión de que no esté yo para que se enseñe a orar. Y ¿quieres que me gusten estas cosas?”

“No agradan. Pero te debo recordar que si hubieses estado con nosotros para la cena pascual, habrías también estado con nosotros, cuando el Maestro nos enseñó la oración. No entiendo cómo nos haya a nosotros los primeros hecho a un lado... ¿Te refieres a aquél pobre inocente? O ¿por qué está aquél infeliz de Juan?”

“Al uno y al otro. Jesús casi no nos habla, míralo todavía ahora... Está allí háblate que te habla con el niño. Tiene que esperar mucho tiempo antes de que pueda colocarlo entre los discípulos. Y el otro, nunca lo será. Muy soberbio, culto, endurecido y con malas inclinaciones. Y sin embargo: “Juan aquí, Juan allá”...”

“Padre Abraham, ¡sostenme la paciencia! Y ¿en qué te afecta que el Maestro prefiera a otros a ti?”

“Pero ¿no lo ves todavía? Cuando llegó la hora de partir de Betsur, después de detenerse para instruir a los pastores, a los que podía muy bien instruir Isaac, mira... ¿a quién deja con su Madre? ¿A mí?... ¿A ti?... ¡No! Deja a Simón. A un viejo que casi no habla...”

“Pero lo poco que dice siempre lo dice bien” replica Tomás que se ha quedado porque las mujeres y Andrés se han separado rápidos como para huir.

Los dos apóstoles están tan acalorados que no sienten que se acerca Jesús, pues el rumor de sus pasos se pierde completamente en el polvo del camino. Pero si Él no hace ruido, ellos gritan por diez, y Jesús oye. . Detrás de Él están Pedro, Mateo, los dos primos del Señor, Felipe y Bartolomé y los dos hijos del Zebedeo que tienen entre sí a Marziam.

Jesús dice: “Dijiste bien Tomás. Simón habla poco, pero lo poco que dice, lo dice siempre bien. Es una mente equilibrada y un corazón honesto. Sobre todo es una gran voluntad. Por esto lo dejé con mi Madre. Es un caballero y además uno que sabe vivir, que ha sufrido y que es de edad. Por eso –lo digo porque me imagino que puede haber a quien le parezca injusta la elección– por esto era el más a propósito. No podía, Judas, permitir que mi Madre permaneciera sola con una mujer todavía enferma. Era justo que la dejase. Mi Madre terminará la obra que empecé. No podía dejarla ni siquiera con mis hermanos, ni con Andrés, Santiago o Juan, ni siquiera contigo. Si no entiendes las razones, no sé qué decir...”

“Porque es tu Madre, joven, bella y... la gente...”

“¡No! La gente siempre tendrá fango en su cabeza, en sus labios, en sus manos y sobre todo en el corazón. La gente deshonesto que ve en todos los sentimientos que abriga; pero no me interesa su fango. Cae de por sí cuando está seco. Preferí a Simón porque es de edad y no habría recordado mucho a la mujer a sus hijos muertos. Vosotros jóvenes se los habríais recordado con vuestra juventud... Simón sabe velar y sabe cómo no se hacerse sentir; jamás exige algo, sabe compadecer; sabe velar sobre él mismo. Podía escoger a Pedro. ¿Quién mejor que él para estar cerca de mi Madre? Pero es muy impulsivo todavía. Mira que se lo digo en su cara, y él no se espanta. Pedro es sincero, ama la sinceridad aun en su contra. Podría haber escogido a Natanael, pero nunca ha estado en Judea. Simón, por el contrario, la conoce bien, servirá mucho para guiar a mi Madre a Keriot. Sabe bien dónde está tu casa de campo y la de la ciudad y no se...”

“Pero... ¡Maestro!... ¿Tu Madre vendrá de veras a la casa de la mía?”...

“Dicho está. Y cuando una cosa se dice, se hace. Iremos lentamente deteniéndonos a evangelizar por estas regiones ¿No quieres que evangelice tu Judea?”

“Oh, sí, Maestro. Creía... pensaba...”

“Más que todo, te creas sufrimientos con las quimeras que sueñas contigo. En la segunda fase de la luna de Ziv estaremos todos en la casa de tu madre. *Nosotros*, esto es, mi Madre y también Simón. Por ahora Ella está evangelizando en Betsur, ciudad de Judea, como Juana evangeliza en Jerusalén y con ella lo hacen una niña y un sacerdote que fue leproso. También Lázaro con Marta y el viejo Ismael evangelizan Betania. En Yutta evangeliza Sara, y en Keriot ciertamente tu madre habla del Mesías. No puedes afirmar que dejo la Judea sin voces. Antes bien doy a ella, cerrada y obstinada, más que a otras regiones, las voces más dulces, la de las mujeres, además de las de Isaac, el santo y de Lázaro, el amigo. Las mujeres que a sus palabras unen el arte sutil femenino maestro en el hablar a los corazones, cuando es su punto. ¿No dices más? ¿Por qué casi quieres llorar, caprichoso niño? ¿De qué te sirve envenenarte con sombras? ¿Tienes todavía motivo de estar intranquilo? ¡Ánimo! Habla...”

“Soy malo... y Tú eres bueno. Tu bondad me hiere siempre porque es siempre tan fresca, tan nueva. Yo... yo no sé decir cuando la encuentro en mi camino”.

“Dijiste bien. No lo puedes saber. Pero no es porque sea fresca ni nueva. Es eterna, Judas. Es omnipresente, Judas... ¡Oh! Ved que llegamos a las cercanías de Hebrón, y María y Salomé con Andrés nos están haciendo muchas señales. Vamos. Están hablando con unos hombres. Les habrán preguntado en dónde están los lugares históricos. Tu madre rejuvenece, hermano mío, con estos recuerdos”.

Judas Tadeo sonríe al primo que a su vez le envía una sonrisa.

Pedro dice: “Rejuvenecemos todos. Me parece estar en la escuela. Pero una hermosa escuela, mejor que la de aquel gruñón de Eliseo. ¿Te acuerdas de él, Felipe?... pero las pilladas que cometíamos, ¡bah! Aquella historia de la tribu: “Decid las ciudades de las tribus”, “No las dijisteis en coro... Repetidlas...”, Simón, pareces una rama dormida. Quédate atrás. Empezad desde el principio” ¡Ay de mí! Me había convertido en nombres de ciudades y países de viejísimos tiempos y no sabía otra cosa. Por el contrario aquí se aprende en realidad. ¿Sabes, Marziam? Uno de estos días tu padre vas a presentar examen ahora que sabe...”

Todos se echan a reír, mientras se dirigen a donde están Andrés y las mujeres.

73. Acogida cariñosísima en Hebrón

7 julio 1945

Todos están sentados en rueda en un bosque cercano al Hebrón. Comen y hablan entre sí. Judas, ahora está seguro de que María irá a ver a su madre, se encuentra en las mejores disposiciones de ánimo y trata de borrar el recuerdo de su mal humor, con mil cortesías entre sus compañeros y las mujeres. Probablemente fue él de compras al poblado que encontró muy cambiado, respecto al año, pasado pues cuenta que “la noticia de la predicación y de los milagros de Jesús han llegado hasta aquí. La gente ha empezado a reflexionar sobre muchas cosas ¿Sabías, Maestro, que de esta parte Doras tiene una posesión? También la mujer de Cusa tiene, sobre estos montes, tierras y un castillo propio, su dote, se ve que un poco ella y un poco los campesinos de Doras, porque debe de haber algunos de los de Esdrelón, han preparado el terreno. Doras, por su parte, impuso silencio. Pero ¡jellos!... Creo que ni ante el tormento callarían. ¿Sabes? Ha causado estupefacción la muerte del viejo fariseo y también la salud óptima de Juana, que vino aquí antes de la Pascua. ¡Ah! Y luego para servirte, ha estado también el amante de Aglae. ¿Sabías que escapó poco después de que pasamos por aquí Y él se ha vengado cruelmente con muchos inocentes. De este modo la gente ha terminado por pensar en Ti como en un vengador de oprimidos y te desea. Quiero decir los mejores...”

“¡Vengador de oprimidos! Sí lo soy, pero sobrehumanamente. Nadie de los que me ven como con cetro y hacha en la mano, como rey justiciero según el espíritu de la tierra está en lo justo. Pero sí es cierto que he venido a librar de la opresión, del pecado, la más grave de las enfermedades, de las desolaciones; de la ignorancia y del egoísmo. Muchos aprenderán que

no es justo oprimir porque la suerte los puso arriba, sino que al revés se debe usar esta posición para aliviar al que está abajo”.

“Lo hace Lázaro y también Juana, pero son dos contra centenares...” dice con un dejo de tristeza Felipe.

“Los ríos no son tan grandes cuando salen de la fuente, como lo son al desembocar. Pocas gotitas, un hilo de agua, pero después... hay ríos que parecen mares en su desembocadura”.

“El Nilo ¿eh? Tú Madre, me contaba cuando fuiste a Egipto. Siempre me decía: “Un mar, créeme, una mar verde-azul. Verlo en la riada es verdaderamente un sueño” y me contaba de las plantas que parecían nacer del agua, y después de todo, ese verde que parecía nacer del agua cuando se retiraba...” dice María de Alfeo.

“Y bien, Yo os digo. Como en su fuente el Nilo es un hilo de agua, y luego se convierte en el gigante que es, así también el hilito de grandeza de por ahora que se dobla con amor y por amor sobre los mínimos, se convertirá después en una multitud. Juana, Lázaro, Marta por ahora, y luego... ¡cuántos, cuántos!” Parece como si Jesús viera a estos que serán misericordiosos para con sus hermanos y... sonríe, absorto en su visión.

Judas dice como si fuera un secreto que el sinagoga quería venir con él, pero no quiso tomar por sí mismo una decisión: “¿Te acuerdas, Juan, cómo nos arrojó el año pasado?”

“Lo recuerdo... pero digámoslo al Maestro”.

Y Jesús al oírlo dice que entrarán en Hebrón. Si lo aman, lo llamarán y vendrán; y si no pasarán de largo.

“De este modo veremos también la casa del bautista ¿de quién es ahora?”

“De quien la quiera, me parece. Sciammai se ha ido y no ha regresado. Ha retirado los siervos y muebles. Los ciudadanos para vengarse de sus vejaciones han perforado el muro y la casa es de todos. El jardín, al menos. Se reúnen allí para venerar a su Bautista. Se dice que Sciammai ha sido asesinado. No sé por qué... parece que por faldas...”

“Por cualquier trama de la corte que apesta, ciertamente...” murmura Natanael entre la barba.

Se levantan y se dirigen a Hebrón, a la casa del Bautista. Cuando están para llegar a ella, aparecen los ciudadanos en grupos compactos. Avanzan un tanto inseguros, curiosos y faltos de valor. Jesús los saluda con una sonrisa. Toman confianza, se dividen, y el grupo avanza con el descortés sinagogo del año pasado.

“La paz sea contigo” saluda al punto Jesús. “¿Nos permites hospedarnos en tu ciudad? Estoy con todos mis discípulos predilectos y con las madres de algunos de ellos”.

“Maestro, ¿no guardas rencor ni para mí?”

“¿Rencor no lo conozco, ni tampoco sé por qué debería de tenerlo”.

“El año pasado te ofendí...”

“Ofendiste al Desconocido, creyéndote con derecho de hacerlo. Luego lo comprendiste y te ha pesado haberlo hecho. Esto ya pasó. Y como el arrepentimiento borra la culpa, así el presente borra el pasado. Ahora para ti no soy más el Desconocido. ¿Qué sentimientos abrigas para mí?”

“De respeto, Señor. De... deseo...”

“De deseo... ¿qué quieres de Mí?”

“Conocerte mejor de lo que te conozco”.

“¿Cómo? ¿De qué modo?”

“A través de tus palabras. Nos ha llegado noticia de Ti, de tu doctrina, de tu poder, y se ha dicho que no dejaste de tener parte en la liberación del Bautista. Luego, Tú no lo odiabas, ni tratabas de suplantar nuestro Juan... él mismo no negó que se debía a Ti que hubiese vuelto a ver el valle santo del Jordán. Fuimos a verlo, le hablamos de Ti, y nos dijo: “No sabéis lo que rechazasteis. Debería maldeciros, pero os perdono porque Él me ha enseñado a perdonar y a ser manso. Mas si no queréis ser anatema ante el Señor, y ante mí su siervo, amad al Mesías. No dudéis. Su testimonio es este: espíritu de paz, amor perfecto, sabiduría superior a cualquier otra, doctrina celestial, mansedumbre absoluta, poder sobre todas las cosas, humildad

completa, castidad angelical. No podréis engañaros. Cuando respiréis paz cerca de un hombre que se dice Mesías; cuando bebáis amor, el amor que emana de Él, cuando paséis de vuestras tinieblas a la luz, cuando veáis redimirse los pecadores y curarse los cuerpos, decid entonces: “¡Este verdaderamente es el Cordero de Dios!”¹. Sabemos que tus obras son las que dice nuestro Juan. Por esto, perdónanos, ámanos, danos lo que el mundo espera de Ti”.

“Estoy aquí para eso. Vengo de muy lejos para dar también a la ciudad de Juan lo que doy a cada lugar que me acoge. Decid lo que deseáis de Mí”.

“Nosotros también tenemos enfermos, y somos ignorantes. Sobre todo en lo que se refiere al amor y bondad somos ignorantes. Juan en su amor completo por Dios, tiene mano de hierro y palabra de fuego y quiere doblar a todos, como un gigante que pliega un tallo de hierba. Muchos se desaniman porque el hombre es más pecador que santo. ¡Es difícil ser santos!... Tú... se dice que no doblegas, sino levantas; que no cauterizas sino que pones bálsamo; que no trituras sino que acaricias. Se sabe que eres paternal para con los pecadores, y que eres poderoso sobre las enfermedades, cualesquiera que sean y también y sobre todo, sobre las del corazón. Los rabinos no lo saben hacer ya más”.

“Traedme vuestros enfermos y luego reuníos en este jardín abandonado y profanado con el pecado, jardín que fue templo por la gracia que aquí habitó”.

Los hebronitas se van por todos los rumbos como golondrinas. Se queda el sinagogo que entra con Jesús y los discípulos más allá del cercado del jardín. Van a la sombra de un emparrado enmarañado de rosas y vides que han crecido caprichosamente. Los hebronitas no tardan en regresar con un paralítico que traen en andas y a una joven ciega, un mudo y otros dos enfermos no sé de qué enfermedad.

“¡La paz sea contigo!” dice Jesús a cada enfermo que llega. Luego dulcemente pregunta: “¿Qué queréis que os haga?” y responde el coro de lamentos de estos infelices, en los que cada uno quiere contar su historia.

Jesús que estaba sentado, se levanta. Va hacia el mudito a quien pone saliva en sus labios y dice la gran palabra: “Abríos”. Esta misma palabra la repite, al poner saliva sobre los dos enfermos diciendo: “¡Curaos en el nombre del Señor!”; y el mudito que antes gruñía, dice claramente: “Mamá” mientras la joven parpadea a la luz y se pone la mano como visera contra el desconocido sol, y llora y ríe, y mira otra vez, apretando los ojos porque no está acostumbrada a la luz, a lo verde, a la tierra, a las personas, sobre todo a ver a Jesús. El paralítico confiadamente baja de las andas. Sus compasivos cargadores las levantan para dar a entender a los que están lejos, que se ha obtenido un favor, mientras los dos enfermos lloran de alegría y se arrodillan a venerar a su Salvador.

La multitud ruge con frenéticos gritos de hosanna. Tomás que está junto a Judas, lo mira tan insistentemente y con una expresión tan franca que este le dice: “Era yo un necio, perdóname”.

Terminado el griterío Jesús empieza a hablar.

“El Señor habló a Josué¹ diciendo: “Habla a los hijos de Israel y diles: Separad las ciudades para los fugitivos de los que os hablé por medio de Moisés, a fin de que se pueda refugiar quien involuntariamente haya matado a alguien, y pueda sustraerse a la ira del pariente próximo, del vengador de la sangre”. Y Hebrón es una de ellas.

Siempre se dijo: “Los ancianos de la ciudad no entregarán al inocente a quien lo busca para matarlo, sino que lo acogerán y le darán dónde habitar y se quedará hasta la sentencia y hasta que no muera el sacerdote de ese entonces; después de lo cual podrá entrar en su ciudad y en su casa”. En esta Ley se tiene en cuenta y se manda el amor misericordioso para con el prójimo. Esta Ley la ha impuesto Dios, porque no es lícito condenar sin oír al acusado, ni es lícito matar en un arrebató de ira.

Esto también puede aplicarse a los delitos y a las acusaciones morales. No es lícito si no se le conoce, ni juzgar si no es oído el acusado. Pero ahora a las acusaciones y a las condenas

¹ Cfr. Josué 20.

por las culpas acostumbradas o reputadas, se ha añadido una nueva clase: la que se hace a los que vienen en el nombre de Dios. En siglos pasados se repitió contra los profetas, ahora viene a decirse contra el Precursor del Mesías y contra el Mesías. La estáis viendo. El Bautista fue sacado con engaño del territorio de Siquén. Ahora espera la muerte en las prisiones de Herodes, porque jamás se doblegará a la mentira y al compromiso, y podrá ser echa pedazos su vida y cortada su cabeza, pero no se le podrá hacer pedazos su honradez ni separar su alma de la verdad, a la que ha servido fielmente en todas sus diversas formas; divina, sobrenatural y moral. De igual modo se persigue al Mesías, con duplicado y sin igual odio, porque no se limita a decir: “No te es lícito” a Herodes, sino “No te es lícito” dondequiera que se encuentre el pecado o sabe que es pecado, sin excluir ninguna categoría, en nombre de Dios y por su honor. ¿Cómo puede suceder esto? ¿No hay ya más siervos de Dios en Israel? Sí, que los hay. Pero son “ídolos”.

En la carta que Jeremías dirigió a los desterrados se lee entre otras cosas estas, y sobre estas llamo la atención, porque cada palabra del Libro es una enseñanza que, desde el momento en que el Espíritu hizo que se escribiese teniendo en cuenta un hecho de sus tiempos, se refiere a un hecho que sucedería en el futuro. Se lee² “... cuando hayáis entrado en Babilonia, veréis dioses de oro, de plata, de piedra, de madera... Guardaos de imitar a los extranjeros que les tienen miedo, pavor... Decid en vuestro corazón: ‘Es necesario adorarte a Ti sólo, oh Señor’”. Y la carta enumera las características de estos ídolos que tienen lengua de un artífice y no la usan para reprochar a sus falsos sacerdotes que los despojan para vestir con su oro a las prostitutas, y que después arrebatan el oro profanado con el sudor de la prostitución para volver a vestir a los ídolos. Les dice que se cuiden de estos ídolos a los que el orín y los gusanos roen y que están limpios y arreglados si el hombre les lava la cara y torna a vestirlos, pues por sí mismos no pueden hacer nada, aunque tengan cetro o segur* en la mano. Y concluye el profeta: “Por esto no les temáis”. Luego prosigue: “Estos dioses son cual vasos rotos, inútiles. Sus ojos están llenos de polvo del que se sacuden de los pies los que entran en el templo; y están bien encerrados como en un sepulcro o como quien ha ofendido, al rey para que nadie los pueda despojar de sus preciosos vestidos. No ven la luz de las lámparas. Están en los templos como vigas. Las lámparas no sirven más que para alumbrarlos, mientras que las lechuzas, golondrinas y otros pájaros vuelan sobre sus cabezas y los llenan de excremento y los gatos hacen sus nidos en sus vestidos y se los desgarran. Por esto no se les puede temer, son cosas muertas. El oro de nada les sirve. Es una muestra, y si no se limpia no brilla, así como no sintieron nada, cuando se les hizo. El fuego no los ha desperezado. Fueron comprados a precios fabulosos. Van a donde el hombre los lleva, porque desvergonzadamente son incapaces... ¿Por qué pues deben llamarse dioses? Porque son adorados con ofertas y con pantomimas de falsas ceremonias, que no se hacen de corazón. Ni creen en ellas los que las ven. Si se les hace el bien o el mal, ni recompensan ni se vengan. Son incapaces de elegir o de arrojar del trono a algún rey. No pueden dar riquezas, ni desgracias. No pueden salvar al hombre de la muerte ni salvar al débil del poderoso. No tienen piedad de las viudas ni de los huérfanos. Son semejantes a las piedras de las montañas”... Y la letra continúa en un tono igual.

Pues bien, también nosotros tenemos ídolos, no más santos en las filas del Señor. Por esta razón puede el mal levantarse contra el bien. El mal que ensucia la mente y el corazón de los que no son más santos y hace nidos en sus falsos vestidos de bondad.

No saben más decir las palabras de Dios. Es natural. Tienen una lengua que el hombre hizo y hablan palabras de hombre, cuando no hablan palabras de Satanás, y no saben sino reprochar tonterías a los inocentes y a los pobres, pero guardan silencio donde ven gran corrupción. Todos están corrompidos y no puede el uno acusar al otro de las mismas culpas. Avarientos no del Señor, sino de Mamón. Trabajan aceptando el oro de la lujuria y del crimen.

² Cfr. Baruc 6.

* SEGUR = Hoz o guadaña para segar.

Lo truecan, lo roban, llevados de un frenesí desbordante y arrollador. El polvo anida en ellos, fermenta en ellos, y si muestran su cara limpia, los ojos de Dios ven un corazón sucio. El orín del odio y el gusano del pecado los corroe, ni siquiera saben cómo ayudarse para su salvación. Agitan las maldiciones como cetros o segures, pero no saben que ellos son maldecidos. Encerrados en su pensamiento y en su envidia cual cadáveres de un sepulcro o prisioneros de una cárcel, se están allí, agarrados a las barras por temor a que una mano los arrebatase, porque allá estos muertos son alguna cosa: momias, pero no momias de forma humana, sino de cuerpo tieso, reducido a leña seca, mientras afuera serían objetos despreciados del mundo que busca la vida, que tiene necesidad de la vida, como el niño de su mamá y que quiere que le dé la vida y no hedor de muerte.

Están en el templo, sí. El humo de las lámparas, de los honores los ahúma, pero la luz no prende en ellos. Todas las pasiones anidan en ellos como pájaros y gatos, mientras que el fuego de la misión no les da el místico tormento de arder en el fuego de Dios. Son refractarios al amor. El fuego de la caridad no los enciende, así como no los viste con sus resplandores áureos. La caridad que es doble en su forma y en su fuente: Dios y el prójimo. Porque Dios se aleja del hombre que no ama, y así se acaba la primera fuente; y se aleja el hombre del hombre malvado, y cesa también la segunda. La caridad quita todo al hombre sin amor. Se dejan comprar con un precio maldito y se dejan llevar a donde la utilidad y el poder lo desean.

No. ¡No es lícito! No existe moneda con que se pueda comprar la conciencia y sobre todo la de los sacerdotes y maestros. No es lícito tener complacencia con los poderosos de la tierra cuando quieren conducir a actos contrarios a los mandados por Dios. Esto es impotencia espiritual, y está dicho: “El eunuco no entrará en la asamblea del Señor”³. Si pues, el impotente por naturaleza no puede pertenecer al pueblo de Dios, ¿podrá acaso ser su ministro el impotente de espíritu? Porque en verdad os digo que muchos sacerdotes y maestros son culpables de eunuquismo espiritual, al ser mutilados de su virilidad espiritual... ¡Muchos, demasiados!

Meditad, observad, comparad. Veréis que tenemos muchos ídolos y pocos ministros del bien que es Dios. Esta es la razón por la que puede hacerse que las ciudades de refugio no sean más refugio. Ninguna cosa es ya respetada en Israel y los santos mueren porque los no santos los odian.

Yo os digo: “Venid”. Os llamo en nombre de vuestro Juan que languidece porque fue santo, al que se le hiere porque me precede, y porque trató de quitar las asquerosidades de los caminos del Cordero. Venid a servir a Dios. El tiempo se acerca. Que la Redención no os encuentre no preparados. Haced que la lluvia caiga en terreno sembrado, de otro modo es inútil. Vosotros, vosotros de Hebrón, ¡debéis estar en la cabeza! Aquí vivisteis con Zacarías e Isabel: los santos que merecieron del cielo a Juan; y aquí Juan ha esparcido el perfume de la gracia con su verdadera inocencia de niño, y desde su desierto os envió el incienso incorrupto de su gracia, convertida en prodigio de penitencia. No desilusionéis a vuestro Juan. Él llevó el amor del prójimo a un nivel casi divino y ama al último habitante del desierto como a vosotros sus conciudadanos. Pero ciertamente que él impetra para vosotros la salud. Y esta consiste en seguir la voz del Señor y creer en su palabra. Venid en masa de esta ciudad sacerdotal al servicio de Dios. He pasado a llamaros. No seáis inferiores a las prostitutas, a las que basta una palabra de misericordia para abandonar el camino que llevan y cambian el camino por el bien.

A mi llegada me preguntaron: “¿Nos guardas rencor?” ¿Rencor? ¡Oh, no! ¡Os guardo amor! Y abrigo la esperanza de veros entre mis ejércitos del pueblo que conduzco a Dios, y en el nuevo éxodo hacia la verdadera tierra prometida: el reino de Dios, más allá del Mar Rojo de los sentidos, y más allá de los desiertos del pecado. Libres de la esclavitud de cualquier género que sea, os llevo a la tierra eterna, rica en delicias, llena de paz... ¡Venid! Este es el amor que

³ Cfr. Deum. 23, 1.

pasa. Quien quiera puede seguirlo, porque para que Él os acepte, no hay necesidad más que de buena voluntad”.

Jesús ha terminado en medio de un silencio de admiración. Parece como si muchos sospechasen las palabras que escucharon, las aquilatan, las gustan, las comparan.

Mientras esto sucede, Jesús cansado y lleno de calor, se sienta y habla con Juan y con Judas. Pero de pronto se oye un clamor más allá del cercado del jardín. Gritos al principio confusos y luego más claros: “¿Está el Mesías? ¿Está?” y al cerciorarse que sí, hete que traen un paralítico que parece una “S” de tan deforme que está.

“¡Oh, es Masala!”

“Pero qué lisiado está ¿qué espera?”

“¡He ahí a su infeliz madre!”

“Maestro, el marido la rechazó por aquel aborto de hombre que es su hijo, y vive aquí de caridad. Por otra parte ya es vieja y poco vivirá...”

El aborto de hombre –y la expresión es exacta– está ahora ante Jesús. No puede ni siquiera verle la cara, tan torcido está. Parece una caricatura de hombre-chimpancé, o de un camello con forma humana. La madre anciana y pobre, no habla ni siquiera, tan sólo gime: “Señor, Señor... yo creo...”

Jesús pone sus manos sobre las espaldas torcidas del hombre que apenas le llega a la cintura, levanta su rostro al cielo y dice en voz alta: “Levántate y camina en los senderos del Señor” El hombre se sacude. Se pone de pie como un hombre cabal y perfecto. Fue tan súbito el sacudimiento que pare como si se hubiesen roto los tornillos que le hubiesen tenido en esa posición anormal. Da ahora hasta las espaldas de Jesús, lo mira, y luego cae de rodillas, con su madre, besando los pies del Salvador.

Es inútil decir lo que acaece entre la multitud... y pese a que Jesús no quería, se ve obligado a quedarse en Hebrón, porque la gente está pronta a formar una valla para impedir que salga.

Así pues, entra en la casa del viejo sinagogo, que está tan cambiado del año pasado.

74. En Yutta. Predica en la casa de Isaac

8 julio 1945

Toda Yutta ha salido al encuentro de Jesús con flores selváticas de las pendientes y con las primicias de sus cultivos, además de las sonrisas de sus niños y bendiciones de sus ciudadanos. Todavía Jesús no pone pie en el poblado, y ya lo rodea un gran número de personas, a las que avisaron Judas de Keriot y Juan mandados adelante, las que ha acudido con cuanto encontraron de mejor, sobre todo con su amor para honrar al Salvador.

Jesús no hace más que bendecir con su mano y con su palabra a esta multitud de personas adultas y de niños que lo estrechan besándole el vestido, manos y que le pone sobre sus brazos a los infantes para que los bendiga con un beso. La primera en hacerlo es Sara, que le pone sobre su pecho ese precioso pedazo de carne de diez meses de edad que es Yesai.

El amor impide que se avance, tan arrollador que es, y con todo es como una onda que refresca. Tengo la impresión de que Jesús es más bien llevado por esa onda, que por sus propios pies, pero ciertamente su corazón ha volado muy alto, hasta el cielo, por la alegría que le proporciona ese amor. Su rostro resplandece de gozo como muy pocas veces resplandeció el rostro del Hombre-Dios. No es el rostro majestuoso de mirada magnética de las horas del milagro, ni de cuando manifiesta su unión continua con el Padre, ni siquiera el severo de cuando reprocha una falta. Esta es una de esas horas en que su Yo se llena de lucidez, pues debe siempre vigilar cualquier gesto suyo por mínimo que sea, cualquier palabra suya o de otros, porque se encuentra en un mundo de trampas que, cual temible telaraña, despide sus hilos satánicos alrededor de la divina mariposa del Hombre-Dios y espera paralizar su vuelo, aprisionar su espíritu para que no se salve al mundo; amordazar la palabra para que no disipe la ignorancia culpable de la tierra; ligar sus manos, sus manos de eterno sacerdote, para que

no santifiquen a los hombres que el demonio y la carne han corrompido; tapar sus ojos para que la perfección de su mirada, que es imán, que es perdón, que es amor, que es fascinación que vence cualquier resistencia que no sea la de un perfecto Satanás, para que no atraiga a Sí los corazones.

Jesús entra a Yutta, y es conducido a la plaza del mercado y de acá a la pobre casucha donde Isaac languideció por treinta años. Le dicen: “Aquí vinimos a hablar de Ti y a rogar como en una sinagoga, la más verdadera, porque aquí empezamos a conocerte, y aquí las plegarias de un santo te llamaron. Entra. Mira cómo se ha arreglado”.

La casucha, apenas el año pasado se componía de tres agujeros que eran habitaciones –la primera era en la que Isaac enfermo pedía limosna, la segunda un escondrijo, la tercera una cocinita que daba al patio– son ahora un salón y hay bancas para quien se reúna ahí. En el patio, en una barraca pequeña, se han puesto los pocos trastos de Isaac, como otras tantas reliquias. El respeto que tienen los de Yuta, ha adornado el patio. Han sembrado plantas trepadoras que con sus flores cubren lo rústico del lugar y dan comienzo a una especie de pérgola y que caminan por las cuerdas tendidas a modo de red sobre el patio a la altura del techo que es bajo.

Jesús los elogia y dice: “Podemos detenernos aquí. Os pido solamente dar hospedaje a las mujeres y al niño”.

“¡Oh, Maestro nuestro!! Esto no será así. Aquí vendremos contigo, y nos hablarás, pero Tú y los tuyos son nuestros huéspedes. Concédenos la bendición de que te hospedemos a Ti y a los siervos de Dios. Tan sólo nos desagrada que no sea en número como son las casas...”

Jesús dice que sí y sale de la casucha y se va a la casa de Sara, que no cede a ninguno el derecho de hospedar a Jesús y a los suyos para la cena...

...Jesús en la casa de Isaac está hablando. Revienta de gente la habitación y el patio. Se derrama en la plaza, y Jesús para que le escuchen todos, se ha puesto a la mitad de la habitación para que su voz llegue tanto a los que están en el patio como en la plaza.

Debe estar hablando de algo que le preguntaron o de algún acontecimiento, pues dice: “...Pero no tengáis duda. Como dice Jeremías¹ ellos conocerán por experiencia cuán doloroso y amargo es haber abandonado al Señor. Para ciertos crímenes, amigos, no hay nitro, ni borit que puedan quitar su huella. Ni siquiera el fuego del infierno destruye esta señal. Es indeleble.

Aquí también es necesario reconocer la exactitud de las palabras de Jeremías. Verdaderamente nuestros grandes de Israel se parecen a las borricas salvajes de las que habla el profeta. Acostumbrados al desierto de su corazón –porque, creedlo, uno está con Dios, aún cuando sea pobre como Job, aunque solo, desnudo... jamás está solo, jamás pobre, jamás despojado, jamás en el desierto– pero ellos han quitado a Dios de su corazón y por eso se encuentran en un desierto árido. Como borricas salvajes olfatean en el aire el olor de los machos que en nuestro caso, por su libidine, se llama poder, dinero, Además de la lujuria verdaderamente dicha, y van en pos de ese olor, hasta el delito. Así es en realidad. Lo siguen y lo seguirán más. No saben tener, ya no el pie, sino el corazón desnudo a los dardos de Dios, que castigará su delito. Como entonces quedan confusos los reyes y príncipes sacerdotes y escribas que han ido y dicen a lo que es nada o peor: es pecado: “Tú eres mi padre. ¡Tú me has engendrado!”

En verdad os digo que Moisés despedazó con ira las Tablas de la Ley al ver al pueblo cometer idolatría y luego volvió a subir al monte, y oró, adoró y obtuvo el perdón². Esto hace siglos. Pero ahora no ha cesado ni cesará, antes bien crece como fermento echado en harina, la idolatría en el corazón de los hombres. Ahora casi cada uno tiene su becerro de oro. La tierra es una selva de ídolos, porque cada corazón es un altar y allí no puede estar Dios. Quien no tiene una pasión perversa tiene otra, quien no tiene una concupiscencia, tiene otra de diverso nombre. Quien no busca del todo el oro, busca la posición, quien no busca la carne,

¹ Cfr. Jer. 2.

² Cfr. Ex. 32-34; Deut. 9, 7-10, 5.

busca el egoísmo. ¡Cuántos yo reducidos a becerros de oro son adorados en los corazones! Por eso vendrá el día en que castigados invocarán al Señor y oirán que se les responda: Volveos a vuestros dioses, Yo no os conozco” ¡No te conozco! Terrible palabra si la dice Dios a un hombre. Dios creó la raza humana y conoce a cada uno de los hombres. Si dice: “Yo no te conozco”, señal es que ha borrado con la fuerza de su querer, el recuerdo de ese hombre. ¡No te conozco! ¿Demasiado severo Dios para esta sentencia? ¡No! El hombre gritó al cielo: “No te conozco” y el cielo le respondió: “Yo no te conozco”, fiel como un eco...

Y medita: el hombre está obligado a conocer a Dios por gratitud y por respeto hacia su propia inteligencia.

Por gratitud: Dios creó al hombre dándole el inefable don de la vida y proporcionándole el don súper-inefable de la gracia. Perdida está por la culpa propia, el hombre escuchó una gran promesa: “Te devolveré la gracia”. Es Dios, el ofendido, quien se dirige así al ofensor, como si fuese Él, Dios, el culpable que tuviese la obligación de reparar la ofensa. Y Dios mantiene su promesa. Aquí estoy para devolver la gracia al hombre. Dios no se limita a dar lo sobrenatural sino doblega su esencia espiritual para proveer a las necesidades perentorias de la carne y de la sangre, y le da el calor del sol, el alivio del agua, trigo, vino, árboles de toda especie, y animales de toda clase. De este modo el hombre tiene de Dios todos los medios para la vida. Es bienhechor. Es menester serle agradecido y mostrarlo con tratar de conocerlo.

Por respeto hacia la propia inteligencia. El mentecato, el idiota, no guardan gratitud para quien los protege porque no comprenden sus cuidados en lo que valen; y a quien los lava y da de comer, los conduce y los pone en cama, a quien vela porque no caigan en peligro, lo odian porque incapaces de comprender la causa del mal, confunden los cuidados con los tormentos. El hombre que falta para con Dios es uno que se deshonra a sí mismo, deshonra el estar dotado de inteligencia. Sólo los necios y los locos no logran distinguir a su padre del que no lo es. Al bienhechor del enemigo. Pero el hombre inteligente conoce a su padre y a su bienhechor y se complace en conocerlo mejor, aun en las cosas que ignora porque sucedieron antes que hubiese nacido o de que hubiese recibido los beneficios de su padre o de su bienhechor. De igual modo se debe hacer con el Señor para mostrar que se es inteligente y no irracional. Pero muchos en Israel son semejantes a los locos que no reconocen a su padre ni a su bienhechor.

Jeremías se pregunta: “¿Puede una doncella olvidar sus adornos y la novia su faja?” ¡Oh, sí! Israel está hecho de vírgenes necias, de esta clase de esposas impúdicas que se olvidan de sus adornos y de sus fajas honestas para ponerse oropeles de prostituta; y esto se encuentra más, cuanto más se sube a las clases que deberían ser maestras del pueblo. El reproche de Dios, el enojo de Dios, su llanto, se dirige a ellos: “¿Por qué te esfuerzas en mostrar conducta buena al buscar amor, tú que por el contrario enseñas la malicia y tus mañas y has encontrado en tus pliegues de tu vestido la sangre de los pobres y de los inocentes?”

Amigos, la distancia es un bien y un mal. Estar muy lejos de los lugares donde hablo con frecuencia es un mal porque os impide oír la palabra de vida. Os lamentáis de ello, es verdad. Pero es un bien, os tiene alejados de los lugares en donde fermenta el pecado, bulle la corrupción y la asechanza cavila para atacarme, enredándose en mis obras, e insinúa en los corazones dudas y mentiras contra Mí. Os prefiero lejanos que corrompidos. Pensaré en el modo con que os formaréis. Ved que Dios ha proveído desde el principio que nos conociéramos y por esto que nos amáramos. Yo era conocido, antes de que nos hubiésemos visto. Isaac fue quien me anunció. Mandaré muchos Isaques a deciros mis palabras. Por lo demás tened en cuenta que Dios puede hablar donde quiera, puede hablar por Sí, a solas, con el espíritu del hombre, y formarlo en su doctrina.

No temáis que el encontraros solos os pueda arrastrar a error. ¡No! Si no queréis, no seréis infieles al Señor y a su Mesías. Por otra parte, quien realmente no pueda estar lejos del Mesías, sepa que Él abre su corazón y sus brazos y le dice: “Ven”. Venid los que queráis. Pero predicad los unos a los otros al Mesías con una vida honesta. Predicadle contra la deshonestidad que anida demasiado en los corazones. Predicadlo contra la negligencia de los

innumerables que no saben permanecer fieles y que olvidan sus adornos y fajas de almas llamadas a las nupcias con el Mesías. Felices me dijisteis: “Desde que viniste, jamás hemos tenido ni enfermos ni muertos. Tu bendición nos ha protegido”. Sí, gran cosa es la salud. Pero haced que mi venida de ahora os sane a todos el corazón para siempre y del todo. Por esto os bendigo y os doy mi paz, a vosotros, a vuestros niños, a vuestros campos, casas, mieses, rebaños, huertos. Usad de todo esto santamente. No viváis para ellos, sino de ellos. Dad lo superfluo a quien carece, adquiriendo de este modo la medida perfecta de las bendiciones del Padre y un lugar en los cielos. Podéis retiraros. Me quedo a orar...”

75. En Keriot habla en la sinagoga

9 julio 1945

Es el interior de la sinagoga de Keriot. En el mismo lugar en donde fue colocado sobre el suelo Saúl, muerto después de haber visto la gloria futura del Mesías. Y en este lugar, en grupo compacto del que sobresalen Jesús y Judas –los dos más altos, ambos resplandecientes en el rostro, uno porque ama, y el otro por la alegría de ver su ciudad que ha sido fiel al Maestro y que recibe honra con lo fastuoso de los honores– están los príncipes de Keriot y luego, más separados de Jesús, pero compactos como semillas en una bolsa, los habitantes del pueblo. La sinagoga está llena. Apenas si se puede respirar, pese a que las puertas están abiertas. Y para honrar, para escuchar al Maestro terminan en crear una confusión tan grande, y un ruido tal que no se escucha nada.

Jesús soporta y calla. Los demás pierden la paciencia y hacen señas gritando: “¡Silencio!” Pero su grito se pierde en el alboroto como se pierde el que se lanza en una playa con tempestad.

Judas sabe lo que debe hacerse. Sube a un banco alto y hace chocar las lámparas entre sí, que penden cual racimo. El metal resuena y las cadenas chocan entre sí cual instrumentos musicales. La gente se calma y finalmente puede oírse la voz de Jesús.

Dice al sinagogo: “Dame el décimo rollo de aquel estante”. Se lo dan, lo desenrolla, lo devuelve al sinagogo diciéndole: “Lee el capítulo cuarto de la historia, 2°. De los Macabeos”.

El sinagogo obediente lee. Ante la imaginación de los presentes pasan las dificultades de Onías, los errores de Jasón, las traiciones y robos de Menelao. Termina el capítulo. El sinagogo mira a Jesús que ha escuchado atentamente.

Jesús le hace señal de que basta. Se vuelve al pueblo: “En la ciudad de mi queridísimo discípulo, no tendré las palabras acostumbradas de enseñanza. Estaremos aquí por algunos días y quiero que sea él quien os las transmita. Porque quiero que de este lugar empiece el contacto directo, el continuo contacto entre los apóstoles y el pueblo. Se tomó la decisión de la alta Galilea y tuvo allí su primer fulgor. Pero la modestia de mis discípulos los hizo buscar la oscuridad, porque temen que no podrán hacerlo y de arrebatarle mi lugar. ¡No! Deben hacerlo. Lo harán bien y ayudarán a su Maestro. Aquí, pues, uniendo en un único amor los confines galileo-fenicios con las tierras de Judá, las más meridionales, los confines que dan a los países del sol y de las arenas, debe empezar la verdadera predicación apostólica, pues el Maestro no se da abasto más a las necesidades de la gente. Y porque justo es que los aguiluchos dejen su nido y den los primeros vuelos mientras el Sol está con ellos y las alas robustas del que los dirija.

Por esta razón, durante estos días seré vuestro amigo y vuestro auxilio. Ellos serán la palabra e irán esparciendo la semilla que les he dado. No enseñaré públicamente, pero os concederé algo que es un privilegio. Una profecía. Os ruego que la recordéis cuando lleguen aquellos días, cuando el evento más horrible que haya presenciado el género humano, habrá oscurecido el sol, y en las tinieblas, los corazones podrán ser arrastrados a cometer juicios erróneos. No quiero que seáis llevados al error, vosotros que desde el primer momento fuisteis buenos conmigo. No quiero que el mundo vaya a decir: “Keriot fue enemigo del Mesías”. Yo soy justo. No puedo permitir que la crítica, que me odia y que no me ama, pueda llevada del

rencor de su sentimiento, a acusaros de haberme ofendido. Así como no se puede en una familia numerosa pretender que todos tengan la misma santidad, lo mismo no se puede pretender en una ciudad numerosa. Sería contra la caridad afirmar que a causa de un hijo o ciudadano malo: “Toda la familia o toda la ciudad sea anatema”. Así pues, escuchad, acordaos a su tiempo, sed fieles siempre, y así como os amo en tal forma que quiero defenderos contra una acusación injusta, así también vosotros trataréis de amar a los inocentes. Siempre. Cualesquiera que sean. Cualquiera que sea el lazo que los uniere con los culpables, oíd. Llegará un día en que en Israel habrá delatores del tesoro y de la patria, quienes con la esperanza de ganarse como amigos a los extranjeros, hablarán mal de su Sumo Sacerdote, acusándolo de haberse aliado con los enemigos de Israel y de acciones perversas contra los hijos de Dios. Y para llegar a esto, serán capaces de cometer crímenes, de los que harán responsable al Inocente. Y vendrá un día, siempre en Israel en que peor que en los tiempos de Onías, un infame, tramando de ser él, el pontífice, irá a los poderosos de Israel y los corromperá con el oro y peor todavía con palabras mentirosas. Desfigurará la verdad de los hechos. No hablará contra las culpas, antes bien, por conseguir sus fines indignos, tratará de corromper las costumbres para poder hacer presa de los corazones privados de la amistad de Dios. Y todo para llegar a su objeto. Y lo logrará. Sí, lo logrará. Porque si en el mismo lugar del Monte Moria no están ya los gimnasios del impío Jasón, lo están en los corazones de los habitantes del monte, que están dispuestos a vender lo que vale más que un terreno, su propia conciencia. Se ven ahora los frutos del antiguo error. Y quien tiene ojos para ver ve lo que acontece allí donde debería haber caridad, pureza, justicia, bondad, religión santa y profunda. Y si hay frutos nacidos que hacen estremecer a uno, los frutos nacidos de las semillas no serán objeto de estremecimiento, sino de maldición divina.

Y henos aquí llegados a la verdadera profecía. En verdad os digo que el que arrebató el lugar y confianza, mediante un largo y astuto juego, entregará por dinero en las manos de los enemigos al Sumo Sacerdote, al verdadero Sacerdote. Cogido engañosamente con protestas de afecto señalándolo a los verdugos con un acto de amor, será matado sin ningún respeto a la justicia ¿Qué acusaciones se harán en contra del Mesías, pues que de Mí estoy hablando, para justificar el derecho de matarlo? ¿Qué suerte les estará reservada a los que esto hagan? Una inmediata y horrenda justicia. Un destino no individual sino colectivo del que participarán los cómplices del traidor. Una suerte más horrible tocará a aquel hombre a quien el remordimiento empujará a coronar su corazón de demonio cometiendo el último crimen contra sí mismo. Aquello sucederá en un momento. Este último castigo será largo, tremendo. Lo encontraréis en las frases: “y encendido de ira ordenó que Andrónico fuese despojado de la púrpura y matado en el lugar donde cometió sus impiedades contra Onías”¹. Sí, la casta sacerdotal será castigada en sus hijos además de los ejecutores. Leed el destino que espera a la masa cómplice en: “La voz de esta sangre grita a Mí desde la tierra. Así pues, serás maldito...”². Y Dios la pronunciará contra un pueblo que no supo tutelar el don del cielo. Porque si es verdad que vine a redimir... ¡Ay de aquellos que serán los asesinos y no los redimidos de este pueblo que tiene por primera Redención mi palabra!

He terminado. Acordaos de esto, y cuando oigáis decir que soy un malhechor, decid: “¡No! Él lo había dicho. Esta es la señal que se cumple y Él es la víctima muerta por los pecados del mundo”.

La sinagoga se vacía y todos hablan y discuten acerca de la profecía y de la estima que Jesús tiene por Judas. Los de Keriot por la honra que les da el Mesías al escoger el lugar de un apóstol y hablando más claro, del apóstol de Keriot, para empezar su magisterio apostólico y también por la profecía que dijo. Por cuanto sea triste, es una gran honra haberla oído y con las palabras amorosas que la precedieron.

¹ Cfr. 2 Mac. 4, 38.

² Cfr. Gén. 4, 9-12.

Se quedaron en la sinagoga Jesús y el grupo de apóstoles, mejor dicho, pasan al jardincito que hay entre la sinagoga y la casa del sinagogo. Judas está sentado y llora.

“¿Por qué lloras? No veo el motivo...” dice el otro Judas.

“Casi, casi haría como Él. ¿Oísteis? Es necesario que hablemos nosotros...” dice Pedro.

“Ya lo hicimos un tantito en el monte. Lo haremos mejor. Tú y Juan lo hicisteis al punto muy bien” dice Santiago de Zebedeo para dar ánimo.

“Yo no puedo... pero Dios me ayudará. ¿O no es así, Maestro?” pregunta Andrés.

Jesús que veía unos rollos que había tomado consigo, se vuelve y dice: “¿Qué decías?”

“Que Dios me ayudará, cuando llegue la ocasión de hablar. Trataré de repetir tus palabras lo mejor que pueda. Pero mi hermano tiene miedo y Judas llora”.

“¿Lloras? ¿Por qué?”

“Porque verdaderamente he pecado. Andrés y Tomás lo pueden decir. Hablé mal de Ti, y Tú me tratas con el título de “queridísimo discípulo” y quieres que la haga de maestro aquí... ¡Cuánto amor!...”

“Pero ¿no sabías que te amo?”

“Sí, pero... gracias, Maestro. Jamás murmuraré, porque en realidad yo soy las tinieblas y Tú eres la luz”.

Torna el sinagogo y los invita a ir a su casa, y mientras van caminando dice: “Pienso en tus palabras. Si he entendido bien, como en Keriot encontraste un predilecto, a nuestro Judas de Simón, has profetizado que encontrarás un indigno. Esto me aflige. Menos mal que Judas compensará al otro”.

“Con todo mi ser” dice Judas que ha recobrado su control.

Jesús no habla, pero mira a sus interlocutores y abre sus brazos como diciendo: “Así es”.

76. En casa de Judas de Keriot

10 julio 1945

Jesús está por ir a comer a la hermosa casa de Judas con todos los suyos. Dice a la madre de Judas, que había venido de su casa de campo para darle hospedaje digno: “No madre, tú también debes estar con nosotros. Somos como una familia. No se trata de un banquete frío y de etiqueta dado a huéspedes. Te he tomado un hijo y quiero que tú me tomes como hijo tuyo, así como Yo te amo como madre, porque eres digna de ello. ¿No es verdad amigos que así nos sentiremos todos más contentos y más a nuestras anchas?”

Los apóstoles y las dos Marías dicen que sí con mucho gusto. La madre de Judas con una gran perla en las pupilas debe sentarse entre su hijo y el Maestro que tiene enfrente a las dos Marías con Marziam al centro. La criada trae viandas. Jesús ofrece, bendice y reparte, porque en este punto la madre de Judas es inflexible. Y comienza repartiendo por ella, cosa que la conmueve más y enorgullece a Judas y al mismo tiempo hace que se avergüence

La conversación gira sobre diversos tópicos. Jesús trata que la madre de Judas tome parte en ellos y que trabee relaciones amistosas con las dos discípulas. A esto ayuda mucho Marziam, el cual afirma que quiere mucho a la madre de Judas “porque se llama María como todas las mujeres que son buenas”.

“Y a la que te espera allá en el lago, ¿no la vas a querer, muchacho malo?” pregunta Pedro con un poco de seriedad.

“¡Oh! ¡Mucho! ¡Si es buena!”

“De ese modo puedes estar seguro. Todos lo dicen, y también yo debo de decirlo. Si siempre ha sido dulce con su madre y conmigo, señal inequívoca de que es buena. Pero no se llama María, hijo. Tiene un nombre extraño, porque su padre le puso el del que le daba riquezas y la llamó Porfiria. La púrpura es hermosa y preciosa. Mi mujer no es bella, pero es preciosa en su bondad. Y yo la quise mucho porque era quieta, casta y silenciosa. Tres virtudes... ¡eh! ¡No son fáciles de encontrarse! Le eché los ojos desde que era niña. Bajaba yo a Cafarnaúm con los pescados y la veía trabajar en silencio junto a las redes, o cerca de la

fuelle, o también en el huerto en su casa. No era la disipada mariposa que vuela aquí, vuela allá, ni siquiera la distraída gallina que da vuela a sus ojitos donde quiera que oye el quí qui ri quí de un gallo. Jamás levantaba la cabeza, aunque oyera voces de hombre, y cuando yo, enamorado de su bondad y de sus espléndidas trenzas –su única belleza– y también... sí, también compadecido, por su condición de esclava en su familia, le dirigí mis primeros saludos –tenía entonces dieciséis años– me respondió a duras penas, bajando todavía más su velo, y metiéndose más en casa. ¡Eh! ¡Se necesitó mucho para saber si no le parecía yo un ogro, o para enviarle el paraninfo!... Pero no me arrepiento. Podría dar la vuelta a la tierra, pero una igual, así, no la encontraría ¿No es verdad Maestro, que es buena?”

“Muy buena. Y estoy seguro que Marziam la amará aunque no se llame María. ¿No es cierto Marziam?”

“Sí. Se llama “mamá” y las mamás son buenas y se les ama”.

Luego Judas cuenta lo que ha hecho durante el día. Caigo en la cuenta de que fue a avisar a su madre de que habían venido y que después empezó a hablar en la campiña de Keriot llevando por compañero a Andrés. Añade: “Me gustaría que mañana vinieseis todos. No quiero brillar yo solo. Iremos, si es posible, un judío y un galileo. Yo con Juan, por ejemplo, y Simón con Tomás. ¡Si viniese el otro Simón! Vosotros dos (señala a los hijos de Alfeo) podéis ir solos. He dicho aún a los que no querían saberlo que sois hermanos del Maestro. Y también vosotros dos (señala a Felipe y Bartolomé) podéis ir juntos. He dicho que Natanael es un rabí que ha venido en seguimiento del Maestro. Es cosa que hace impresión. ¡Ah!... vosotros os quedaréis. Tan pronto venga Zelote, se puede formar otra pareja. Y luego nos alternaremos, porque quiero que todos os conozcan...” Judas rebosa de brío. “Hablé sobre el Decálogo, Maestro, tratando de poner en relieve sobre todo los lugares en que sé que esta religión falta más...”

“No tengas la mano pesada, Judas. Te ruego. Ten siempre presente que alcanza más la dulzura que la intransigencia y que también tú eres humano. Por esto examínate y reflexiona cuán fácil es que también caigas, y cómo te irritas cuando se te dice algo claro” dice Jesús, mientras la madre de Judas baja la cabeza encendida en vergüenza.

“No te preocupes, Maestro. Me esfuerzo en imitarte en todo. Pero, en el poblado que podemos ver desde la puerta (están comiendo con las puertas abiertas y se otea un hermoso horizonte desde esta habitación en alto) hay un enfermo que quiere curarse. No se le puede transportar. ¿Podrías ir conmigo?”

“Mañana, Judas. Mañana por la mañana, sin falta. Y si hay otros enfermos decídmelo o traédmelos”.

“¿Quieres de veras hacer favores a mi patria, Maestro?”

“Sí. Para que no se diga que he sido injusto con quien no me ha hecho ningún mal. ¡Hago bien aun a los malos! ¿por qué no a los buenos de Keriot? Quiero dejar un recuerdo indeleble de Mí...”

“Pero ¡cómo! ¿No volveremos más aquí?...”

“Volveremos otra vez, pero...”

“¡Ved a mi madre con Simón!” grita el niño que ve a María y a Simón subir la escalera que lleva a la terraza en que está la habitación.

Todos se ponen de pie y van al encuentro de los dos que llegan. Alboroto de exclamaciones, de saludos, de sillas movidas. Nada hace que María deje de saludar primero a Jesús y luego a la madre de Judas que se ha inclinado profundamente. María la levanta y la abraza como si fuese una querida amiga a quien vuelve a ver después de una larga ausencia.

Tornan a la habitación y María de Judas ordena a la criada que traiga alimentos para los que acaban de llegar.

“He aquí, Hijo, el saludo de Elisa” dice María entregando a Jesús un pequeño rollo que abre y lee.

Después Jesús dice: “Lo sabía. Era cierto. Gracias, Mamá. Te lo agradecemos Elisa y Yo. ¡Eres verdaderamente la salud de los enfermos!”

“¿Yo?... Tú, Hijo, no yo”.

“Tú; y eres mi más grande ayuda”. Se dirige a los discípulos y discípulas con estas palabras: “Elisa ha escrito: “Regresa, paz mía. Quiero no sólo agradecer de todo corazón, sino servirte”. De este modo arrebatamos de la angustia, de la melancolía a alguien, y nos hemos conseguido una discípula. Regresaremos. ¡Claro!”

“Quiere conocer también a las discípulas. Viene poco a poco, pero sin detenerse. ¡Pobre amiga! Todavía tiene momentos de extravío que causa miedo. ¿Verdad Simón? Un día quiso hacer la prueba de salir conmigo, vio a un amigo de Daniel... y nos costó mucho trabajo calmar su llanto. ¡Simón fue muy bueno! Me sugirió llamar a Juana, puesto que tiene Elisa deseo de regresar al mundo, pero que el de Betsur está muy lleno de recuerdos para ella. Fue a buscarla. Había regresado, después de las fiestas de Béter, cerca de sus espléndidos rosales de Judea. Dice Simón que le pareció un sueño cuando atravesaba aquellas colinas de rosas, que le pareció un paraíso. Vino al punto. Ella puede entender y comprender a una mujer que llora por sus hijos. Elisa se ha encariñado mucho con ella y yo me vine. Juana la quiere percutir a que salga de Betsur y que vaya a su castillo. Y lo logrará porque es dulce como una paloma, pero firme como un mármol en sus decisiones”.

“Iremos a Betsur al regreso y luego nos separaremos. Vosotras, discípulas, os quedaréis con Elisa y Juana por un tiempo. Nosotros iremos por Judea y nos encontraremos en Jerusalén para Pentecostés”...

María Santísima y María, madre de Judas, están juntas no en la casa de la ciudad sino en la de campo. Están solas. Los apóstoles con Jesús están afuera. Las discípulas con el niño están en el hermoso huerto de manzanas y se oyen sus voces junto con el ruido de la ropa al ser restregada en los lavaderos. Tal vez están lavando, mientras el niño juega.

La madre de Judas, sentada en la penumbra al lado de María, le dice: “Estos días de paz permanecerán como en un sueño. ¡Muy breves! ¡Muy breves! Comprendo que no debe uno ser egoísta y que es justo que vayáis con aquella pobre mujer y con tantos seres infelices. Si pudiese yo... si pudiese detener el tiempo e ir con vosotros... Pero no puedo. No tengo parientes fuera de mi hijo y debo cuidar de las propiedades nuestras...”

“Comprendo... te duele separarte de tu hijo. Nosotros las madres quisiéramos tener siempre a los hijos. Los entregamos por un motivo muy grande y no los perdemos. Ni siquiera la muerte nos quita los hijos, si Dios los mira y nos mira, con ojos favorables. Pero los tenemos todavía en tierra, aun cuando si la voluntad de Dios nos los arrebate de nuestro seno para darlos al mundo para bien de él. Podemos siempre juntarnos con ellos. Aún el eco de sus obras como que nos acaricia el corazón porque sus obras son el perfume de sus almas”.

“¿Qué cosa es, Señora, tu Hijo para tí?” pregunta despacio María de Judas, y María Santísima sin dudar responde: “Es mi alegría”.

“¡Tu alegría!... y luego una explosión de llanto se oye. La madre de Judas se dobla sobre sí misma como para esconder su llanto. Toca casi con la frente sus rodillas, tanto se ha doblado.

“¿Por qué lloras, pobre amiga mía? ¿Por qué? Dímelo. Soy feliz en mi maternidad, pero sé comprender también a las madres que no lo son...”

“Sí. Que no lo son. Y yo soy una de ellas. Tu Hijo es tu alegría... El mío es un dolor, al menos lo ha sido. Desde que está con tu Hijo, me causa menos aflicción. ¡Oh! Entre todos los que ruegan por tu santo Hijo para que le vaya bien y triunfe, no hay ni siquiera alguien después de ti, bienaventurada, que ruegue tanto como esta infeliz que te está hablando... Dime la verdad ¿qué piensas de mi hijo? Somos dos madres, la una frente a la otra. Entre nosotras está Dios, y hablamos de nuestros hijos. A ti no te puede ser sino fácil hablar de tu Hijo. Yo... yo debo hacerme fuerza a mí misma para hablar de él. Pero también ¡cuánto bien o cuánto dolor me puede venir al hablar de esto! Y aunque me sea doloroso, siempre me servirá de alivio el haber hablado...”

Aquella mujer de Betsur casi enloqueció por la muerte de sus hijos ¿no es verdad? Pero yo te juro que he pensado a veces, y pienso al ver a mi Judas que es bello e inteligente, pero que no es bueno, ni virtuoso, ni de corazón recto, ni de sentimientos limpios, preferiría llorarlo muerto más bien que saber que... que saber que Dios no lo quiere. Tú, dime ¿qué piensas de

mi hijo? Sé franca. Hace más de un año que me quema el corazón esta pregunta. Pero... ¿a quién preguntársela? ¿a los ciudadanos? Ellos ignoraban todavía que fuese el Mesías, y que Judas quisiese ir con Él. Yo lo sabía. Me lo había dicho cuando vino después de la pascua, exaltado, violento, como siempre, cuando se apodera de él un capricho, y como siempre sin hacer caso de los consejos de su madre... ¿A sus amigos de Jerusalén? Me detenía una santa prudencia y una piadosa esperanza. No les quería decir a esos, a los que no puedo amar, porque son todo, menos santos: "Judas sigue al Mesías". Y esperaba que su capricho le pasase, como otros tantos, como todos, aunque costase lágrimas y tristeza como lo ha sido más de una jovencita, que aquí y en otras partes ha enamorado y luego no se ha casado.

¿No sabes que hay lugares a donde no puede ir, porque podría encontrar un castigo justo? Aún el pertenecer al Templo fue un capricho. No se sabe lo que quiere, jamás. Su padre, Dios lo perdona, lo echó a perder. Jamás tuve valor ni voz con estos dos hombres míos. Tan sólo he debido llorar y reparar con humillaciones de toda clase... Cuando murió Juana –y aunque nadie lo dijese, sé que murió de dolor, cuando después de haber esperado toda su juventud, Judas dijo claro que no quería casarse, entre tanto que era cosa conocida en Jerusalén que había mandado a amigos suyos a pedir la mano de una mujer rica y con negocios hasta en Chipre por su hija– yo tuve que llorar mucho, mucho por los reproches de la madre de la joven muerta, como si yo hubiese sido cómplice de mi hijo. ¡No! ¡No lo soy! Tampoco valgo nada ante sus ojos.

El año pasado cuando estuvo aquí el Maestro, comprendí que Él había caído en la cuenta... y fui a hablarle. Pero es doloroso, doloroso lo es para una madre tener qué decir: "No te confíes de mi hijo. Es un avaro, duro de corazón, vicioso, sobrio, inconstante". Y es esto. Yo... Yo, yo... pido un milagro, porque tu Hijo que hace tantos milagros, haga uno en mi hijo Judas... Pero... tú... tú... dime: ¿qué piensas de él?"

María que ha estado siempre callada y con expresión de un dolor comprensivo ante estas quejas maternas, a las que no puede menos que dar razón, dice despacio: "¡Pobre madre!... ¿qué pienso? Ciertamente tu hijo no es el alma limpia de Juan, ni la dulce de Andrés, ni la firme de Mateo que quiso cambiar y ha cambiado. Es... inconstante, sí, ¡es así! Pero rogaremos mucho por él. Tú y yo. No llores. Tal vez llevado de tu amor de madre, que quisieras poder enorgullecerte de tu hijo, lo ves más deforme de cómo es..."

"No, no. Estoy en lo cierto y tengo miedo".

La habitación está llena de gemidos de la madre de Judas, y en la penumbra se distingue el color blanco de María, que ha palidecido ante esta confesión materna que aviva todas las sospechas suyas. Pero se domina. Atrae a sí a la madre infeliz y la acaricia, mientras ésta, rotos los diques del control, cuenta confusa, angustiosamente todas las durezas, exigencias y violencias de Judas y termina: "Me avergüenzo por él cuando veo que tu Hijo me da muestras de amor. No se las pido. Estoy segura que además de su bondad, las hace para decir con ellas a Judas: "Acuérdate que de este modo se trata a una madre". Ahora parece muy bueno... ¡Oh! ¡Si fuese verdad! Ayúdame, ayúdame con tus oraciones, tú que eres santa, para que mi hijo no sea indigno de la gracia inmensa que Dios le ha concedido. Si no me quiere amar, ni sabe ser reconocido conmigo, que lo di a luz y lo alimenté, no me importa. Pero que realmente sepa amar a Jesús, que sepa servirle con fidelidad y reconocimiento. Si esto no sucediese, entonces... entonces, que Dios le quite la vida. Prefiero tenerlo en el sepulcro... finalmente *lo tendría*, porque desde que tuvo uso de razón, ha sido muy poco mío. Muerto, antes que mal apóstol ¿Puedo pedir a Dios así? Tú ¿qué dices?"

"Ruega al Señor que haga lo mejor. No llores más. He visto prostitutas y gentiles a los pies de mi Hijo, y con estos, a publicanos y pecadores. Todos se han convertido en corderos por su gracia. Espera, María, ten confianza. Las penas de las Madres salvan a los hijos, ¿no lo sabías?"

Y con esta pregunta llena de piedad, termina todo.

77. La jovencita lunática de Betginna

11 julio 1945

No veo el regreso a Betsur, ni los rosales de Béter que tantas ganas tenía de ve. Jesús está solo con los apóstoles. No está ni siquiera Marziam, debió haberse quedado con la Señora y las discípulas. El lugar es muy montañoso, pero muy rico en bosques de coníferas, mejor dicho, pinos; y el olor de su resina invade por todas partes, balsámico y fortalecedor. A través de estos montes verdes camina Jesús con los suyos, volviendo las espaldas al oriente.

Oigo que hablan de Elisa que está muy cambiada y que se ha convencido ir con Juana a su propiedad de Béter, y de la bondad de ésta. Oigo también que hablan también de la nueva gira que harán yendo hacia las fértiles llanuras que preceden las costas magníficas. Salen a flor nombres de glorias pasadas. Surgen narraciones, preguntas, explicaciones y discusiones amigables.

“Cuando lleguemos a la cima de este monte os mostraré desde lo alto las zonas más importantes. Al verlas podréis sacar pensamientos para lo que tengáis qué decir al pueblo”.

“Pero ¿cómo lo haremos, Señor mío? Yo no soy capaz” se queja Andrés, al que se unen Pedro y Santiago. “Somos los más desgraciados del grupo”.

“Oh, ¡por esto! Ni tampoco soy yo de lo mejor. Se tratase de oro y plata podría hablarles, pero de estas cosas...” dice Tomás.

“Y yo... ¿Quién era yo?” pregunta Mateo.

“Pero tú no tienes miedo al público. Sabes discutir” le objeta Andrés.

“De otras cosas distintas...” replica Mateo.

“¡Eh, bueno!... pero... al fin de cuentas tú sabes lo que yo quería decir y haz de cuenta que no te lo he dicho. Lo cierto es que vales más que nosotros” dice Pedro.

“Pero, queridos míos, no es necesario llegar hasta lo sublime. Decid con sencillez lo que penséis, con convicción. Tened en cuenta que cuando uno está convencido, siempre persuade” dice Jesús.

Pero Judas de Keriot dice con voz de ruego: “Dadnos muchos puntos. Una idea bien dada puede servir para muchas cosas. Me imagino que estos lugares se han quedado sin oír una palabra de Ti, porque nadie da señales de conocerte”.

“Es porque aquí hay todavía mucho viento que llega del Moria... Esteriliza...” le contesta Pedro.

“Es porque no se ha sembrado, pero nosotros sembraremos” con firmeza le replica Iscariote, que se siente feliz por sus primeros triunfos.

Han llegado a la cima del monte. Un amplio panorama se descubre. Es bello verlo bajo la sombra de los árboles que coronan la cresta, tan variado y soleado. Un agruparse de cordilleras que se ven cual ondas de mar petrificadas, de un océano al que barren vientos contrarios, y luego, como en tranquilo golfo, todo se llena de una claridad sin límite que es anticipo de una vasta llanura en la que se yergue, solitario como un faro, en la entrada de un puerto, un montecito.

“Ved. Este poblado que se extiende así sobre la cima, como para gozar del sol, y donde nos detendremos, es como el eje de una cadena de lugares históricos. Venid aquí. Allí (al norte) está Gerimont. ¿Os acordáis de Josué? La derrota de los reyes que quisieron asaltar el campo de Israel sostenido con la alianza de los Gabaonitas¹. Cerca de Betsames, la ciudad sacerdotal de Judá en donde restituyeron los filisteos el Arca con exvotos de oro, que les obligaron a dar sus adivinos y sacerdotes, para que pudiesen verse libres de los castigos que les llovían encima². Ved allá, toda sumergida en el sol, a Sorá, patria de Sansón, y un poco más al oriente Timná donde él tomó mujer e hizo tantas hazañas y tantas necedades³. Allá Azeco y Soco, campo filisteo. Todavía más allá está Szanoe, una de las ciudades de Judá. Y

¹ Cfr. Josué 10.

² Cfr. 1 Rey. 4, 1-7, 2.

³ Cfr. Jue. 13-16.

por aquí, ¡volteaos! Está el Valle de Terebinto donde David se batió con Goliat⁴. Allá está Maceda donde Josué derrotó a los Amorreos⁵... Voltead otra vez. ¿Veis aquel monte solitario que está en medio de la llanura que fue un tiempo posesión de los filisteos? Ahí está Get, patria de Goliat y lugar de refugio de David, bajo la protección de Aquis, cuando huyó de la ira necia de Saúl, y donde el Rey Sabio se fingió loco, pues el mundo defiende a los locos contra los sabios⁶. Aquel horizonte amplio con las llanuras de fertilísima tierra filistea. Iremos por ahí, hasta Ramle. Ahora vamos a Betginna. Tú, tú, Felipe que miras con esos ojos suplicantes, irás con Andrés por el poblado. Nosotros estaremos entre tanto cerca de la fuente o en la plaza del poblado”.

“Oh, Señor, ¡no nos mandes solos! ¡Ven también Tú!” ambos suplican.

“Id, he dicho. Vuestra obediencia os ayudará más que mi presencia muda”.

...Así pues, Felipe y Andrés se van al ocaso por el poblado hasta que encuentren un albergue pequeño. Es más bien un establo que una fonda. Adentro hay contratistas de corderos, Felipe y Andrés entran y se detienen en medio del patio rodeado de pórticos muy rústicos.

Acude el dueño del albergue: “¿Qué queréis?... ¿Hospedaje?”

Los dos consultan con la mirada, una mirada de susto. Muy probablemente no encuentran ni una palabra, de las que habían pensado decir. Pero es exactamente Andrés quien toma ánimo y responde: “Sí, hospedaje para nosotros y para el Rabbí de Israel”.

“¿Qué Rabbí? Hay tantos y de mucha pompa. No vienen a tierras pobres a traer su sabiduría a los necesitados. Son los pobres quienes deben ir a ellos, y ¡todavía es un favor si nos soportan cercanos!”

“El Rabbí de Israel es uno solo. Él viene para traeros la Buena Nueva a vosotros los pobres, y entre más pobres y más pecadores, tanto más los busca y los acerca” responde dulcemente Andrés.

“Si es así, ¡no ganará dinero!”

“No busca riquezas. Es pobre y bueno. Cuando puede salvar a un alma está contento con ese día” dice nuevamente Andrés.

“¡Hum! Es la primera vez que oigo que un rabbí sea bueno y pobre. El Bautista es pobre, pero es duro. Todos los demás son severos y ricos, ávidos como sanguijuelas. ¿Oísteis? Venid aquí, vosotros que dais vueltas por el mundo. Estos hombres dicen que se trata de un Maestro pobre, bueno que viene a buscar a los pobres y a los pecadores”.

“¡Ah! Debe ser ese que viste de blanco como un esenio. Hace tiempo que lo vi en Jericó” dice un chalán.

“No. Aquel está solo. Tal vez sea el que habla Toma. Por casualidad se había puesto a hablar de Él con los pastores de Líbano” responde un pastor alto y nervudo.

“Sí, exactamente. Y viene hasta aquí, si estaba en el Líbano. ¡Por tus ojos de gato!” exclama otro.

Mientras el hostelero habla y escucha a sus clientes, los dos apóstoles siguen allí, en medio del patio como dos piedras. Un hombre dice: “¡Ey! ¡Vosotros! ¡Venid aquí! ¿Quién es? ¿De dónde viene ese del que habláis?”

“Es Jesús de José de Nazaret” dice majestuosamente Felipe, y tiene el aire como quien espera que hagan burla de él. Andrés añade: “Es el Mesías predicho. Os lo aseguro, por vuestro bien, escuchadlo. Hicisteis mención del Bautista. Pues bien, yo estuve con él, y él nos enseñó a Jesús que pasaba, con estas palabras: “He aquí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”. Cuando Jesús vino del Jordán para ser bautizado, se abrieron los cielos y una voz clamó: “Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido” y el Amor de Dios bajó cual paloma a brillar sobre su cabeza”.

⁴ Cfr. 1 Rey. 17.

⁵ Cfr. Josué 10.

⁶ Cfr. 1 Rey. 18, 6-30; 27, 1-7.

“¿Lo ves? ¡Es exactamente el Nazareno!! Pero decid, vosotros que os llamáis sus amigos...”

“Amigos no, somos sus apóstoles, discípulos. Él nos mandó para anunciaros su llegada para quien tenga necesidad de salvación, venga a Él” replica Andrés.

“Está bien. Pero decid ¿es exactamente como dicen algunos, esto es, un hombre más santo que el Bautista, o es un demonio como otros lo llaman? Vosotros que estáis junto a Él, porque sois sus discípulos, y seguiréis estando, responded sinceramente. ¿Es verdad que es lujurioso y deshonesto? ¿Qué ama las prostitutas y los publicanos? ¿Qué es nigromante y que por la noche evoca a los espíritus para conocer los secretos de los corazones?”

“Pero, ¿para qué preguntas eso a estos hombres? Pregunta más bien si es bueno. Estos se enojarán y se irán a decir al Rabbí nuestras malas respuestas y seremos maldecidos. ¡Nunca se sabe!... Sea Dios, sea el diablo, siempre es mejor tratarlo bien”.

Esta vez habla Felipe: “Os podemos responder sinceramente porque no hay nada malo que se deba ocultar. Él, nuestro Maestro, es el Santo entre los santos. Pasa el día entre las fatigas de enseñar. Incansable va de un lugar a otro buscando los corazones. Pasa la noche orando por nosotros. No desdeña ni la mesa ni la amistad, pero no por sacar algún provecho propio, sino para acercarse a aquellos que de otro modo nunca estarían cercanos. No rechaza ni a publicanos ni a prostitutas. Pero hace sólo redimidos. Señala su vida con milagros de redención, con milagros curando a los enfermos. Le obedecen los vientos y el mar. No tiene necesidad de nadie para obrar prodigios, ni tiene necesidad de evocar espíritus para conocer los corazones”.

“¿Cómo puede hacerlo?... Has dicho que le obedecen vientos y mar. Se trata de seres sin razón. Y ¿cómo puede darles órdenes?” pregunta el hostelero.

“Respóndeme, hombre: según tú, ¿qué cosa es más difícil: dar órdenes al viento, y al mar o a la muerte?”

“¡Por Júpiter! ¡A la muerte no se le dan órdenes! Al mar se le puede echar aceite, se puede hacerle frente con las velas, se puede, si se piensa bien, no ir a él. Al viento se le puede enfrentar con los cerrojos de las puertas. Pero a la muerte no se le manda. No existe aceite que la calme. No existe vela que puesta en nuestra navicilla, la haga tan veloz que rápida escape de la muerte. Y no existen cerrojos para ella. Cuando quiere venir, viene, aunque se le ponga candados. ¡Eh! ¡Nadie impera sobre esta reina!”

“Y sin embargo, nuestro Maestro la manda, no sólo cuando está cercana, sino aún cuando ha hecho ya la presa. Un joven de Naim estaba ya a punto de ser puesto en la tétrica boca del sepulcro, y Él dijo: “Yo te lo digo: ¡Levántate!” y el joven tornó a la vida. Naim no está en los polos. Podéis ir a comprobarlo”.

“¿De veras? ¿En presencia de todos?”

“En el camino. En presencia de todo Naim”.

Hostelero y clientes se miran en silencio. Luego el hostelero dice: “Será que hace estas cosas para sus amigos ¿no?”

“No, hombre. Las hace para todos los que creen en Él y no solo para ellos. Es la Piedad sobre la tierra, créemelo. Nadie se vuelve a Él en vano. Oíd todos vosotros: ¿hay alguno entre vosotros que sufra y llore a causa del algún enfermo que tenga en la familia, o por las dudas, remordimientos, tentaciones, ignorancia? Dirigíos a Jesús, el Mesías de la Buena Nueva. El hoy está aquí. Mañana estará en otra parte. No dejéis que se vaya inútilmente la gracia del Señor que pasa” dice Felipe que cada vez más ha ido cobrando confianza en sí mismo.

El hostelero se despeina los cabellos, abre y cierra la boca, se aprieta las franjas de la cintura... al cabo dice: “¡Yo hago la prueba!... Tengo una hija. Hasta el verano pasado estuvo bien, luego se hizo lunática. Se encuentra como una bestia muda en un rincón. Siempre allí; y con trabajos su madre puede vestirla y darle de comer. Dicen los médicos que se le quemó el cerebro por el mucho sol, otros que por desilusión de amor. El pueblo dice que está endemoniada. Pero ¿cómo puede suceder, si es una jovencita que jamás ha salido de aquí? ¿En dónde pudo haberla cogido este demonio? ¿Qué cosa dice tu Maestro? ¿Qué el demonio puede también apoderarse de una inocente?”

Felipe responde con seguridad: “Sí, para atormentar a los padres y arrastrarlos a la desesperación”.

“Y... ¿cura Él a los lunáticos? ¿Puedo abrigar esperanzas?”

“Debes creer” dice rápido Andrés. Cuenta el milagro de los gerasenos. Termina diciendo: “Si aquellos que eran una legión dentro del corazón de pecados, huyen de este modo ¿cómo no huirá aquel que a fuerza a penetrado en el corazón de la muchacha Yo te lo aseguro: a quien en Él espera, lo imposible se le hace fácil, como el respirar. He visto las obras de mi Señor y doy testimonio de su poder”.

“¡Oh! Entonces, ¿quién de vosotros va a llamarlo?”

“Yo mismo. Espérame un momento” y Andrés se va ligero, mientras Felipe se queda hablando.

Cuando Andrés ve a Jesús, parado bajo un zaguán para defenderse del sol implacable que llena la plaza del poblado, corre a Él diciendo: “Ven, ven, Maestro. La hija del hostelero es lunática. El padre te implora su curación”.

“¿Me conocía?”

“No, Maestro. Tratamos de hacerte conocer...”

“Y lo habéis logrado. Cuando alguien puede creer que Yo puedo curar a un incurable, ya está adelantado en la fe. Y vosotros teníais miedo de no saber qué hacer. ¿Qué dijisteis?”

“Ni siquiera te lo podría decir. Dijimos lo que pensábamos de Ti y de tus obras. Dijimos sobre todo que eres el Amor y la Piedad. ¡Te conoce tan mal el mundo!”

“Pero vosotros me conocéis bien. Y esto es suficiente”.

Llegan al pequeño albergue. Todos los clientes curiosos están en la puerta, y en medio con Felipe, el hostelero que continúa hablando consigo mismo. Cuando ve a Jesús, corre a su encuentro: “Maestro, Señor, Jesús... yo... creo, yo creo muy bien que Tú eres Tú, que sabes todo, que te digo: Ten piedad de mi hija aunque tenga yo muchos pecados en el corazón. Que no se castigue a mi hija, por no haber sido yo honrado en mi negocio. No seré más odioso, te lo juro. Tú ves mi corazón con su pasado, y los pensamientos que ahora tiene. Perdón, piedad, Maestro. Hablaré de Ti a todos los que vengan aquí a mi casa...” el hombre está de rodillas.

Jesús le dice: “Levántate y preserva en los sentimientos que ahora tienes. Llévame a donde está tu hija”.

“Está en un rincón del corral, Señor. El bochorno hace que se sienta peor, y no quiere salir”.

“No importa. Voy a donde está ella. No es el bochorno. Es que el demonio siente que me acerco”.

Entran en el corral, y de él a un rincón oscuro. Los demás se quedan atrás. La jovencita despeinada, demacrada, se retuerce en lo más oscuro y cuando ve a Jesús aúlla: “Atrás, atrás. No me perturbes. Tú eres el Mesías del Señor, yo un derrotado tuyo. Déjame estar. ¿Por qué siempre vienes sobre mis pasos?”

“Sal de ella. Lárgate. Lo ordeno. Devuelve a Dios tu presa y cállate”.

Un aullido desgarrador, un golpe, y como si no tuviera fuerzas se deja caer sobre la paja... y luego las preguntas lentas, tristes, llenas de estupefacción: “¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Quiénes son esos?” y el grito: “mamá” La jovencita se ha avergonzado de no tener el velo y de que traiga sus vestidos rotos, ante los ojos de muchos extraños. “¡Oh, Señor eterno! ¡Está curada...! Y cosa extraña de verse en un hostelero coloradote y fuerte, se echa a llorar como un niño... Está feliz. Lloro. No sabe hacer otra cosa que besar las manos de Jesús, mientras la madre de la joven también se llena de lágrimas, rodeada de sus hijitos que están estupefactos de lo acontecido. Besa a su primogénita librada del demonio.

Los presentes son toda una algarabía. Llegan otros para ver el prodigio. El patio está lleno.

“Quédate, Señor. Llega la tarde. Quédate bajo mi techo”.

“Somos trece, hombre”.

“Si fueseis trescientos, no sería nada. Comprendo lo que quieres decir. Pero el Samuel avariento e injusto ha muerto, Señor. Se ha ido también con el demonio. Ahora está el Samuel nuevo. Y continuará hospedando, pero como un santo. Ven, ven conmigo para que te honre

como a un rey, como a un Dios. Cualquiera que seas. ¡Oh, bendito el día de hoy que te trajo a mí!”

78. En la llanura de Ascalón

12 julio 1945

Una llanura sobre la que el sol cae, que caldea el trigo maduro y saca de él un olor que recuerda el del pan hecho. Olor del sol, de la ropa lavada, de las mieses, el olor del verano.

Jesús, pues, va en medio de las mieses. El día es caluroso. El lugar desierto. No se ve hombre alguno por los campos. Tan sólo espigas maduras y árboles aquí y allá. Sol, espigas, pájaros, cuijes, mechones verdes y firmes en el aire tranquilo. Esto es lo que hay alrededor de Jesús. En los dos extremos del camino que lleva a Jesús, cinta de polvo y mágica, con su ondear de trigo, en una de ellas hay un poblado, en la otra una hacienda. Ninguna otra cosa.

Todos avanzan en silencio, llenos de calor. Se han quitado los mantos pero no hay duda que sufren con sus vestidos de lana, aunque sea ligera. Sólo Jesús, sus dos primos y Judas Iscariote llevan vestidos de lino o cáñamo. Los vestidos de Jesús y de Iscariote son de lino blanco, los de los otros, debido a su tejido compacto, me parece que son más pesados y por su color de marfil, me hace pensar que están hechos de cáñamo no blanqueado. Los otros van vestidos como de costumbre y se van secando el sudor con el lino que les sirve de turbante.

Llegan a un grupo de árboles que hay en un cruce de caminos. Se detienen a la sombra amiga, y beben de sus botijas.

“Está caliente como si se hubiese quitado del fuego” refunfuña Pedro.

“¡Hubiese por lo menos un arroyuelo! Pero ¡nada, nada!” suspira Bartolomé. “Dentro de poco no tendré más”.

“Casi estoy por afirmar que es mejor la montaña” se queja Santiago de Zebedeo muerto de calor.

“Mejor que todo es la barca, tranquila, limpia, ¡ah!” el corazón de Pedro va a su lago y a su barca.

“Todos tenéis razón. Pero los pecadores están en la montaña como en la llanura. Si no nos hubiesen arrojado de “Aguas Claras” y perseguido hasta donde pudieron, habría venido aquí entre Tebet y Scebat. Pero dentro de poco estaremos a lo largo de la costa. El aire está templado con el viento del mar abierto” dice Jesús para dar ánimo los suyos.

“¡Eh! Que si hace falta. Aquí parece que somos pescados agonizantes. Pero... ¿cómo logran estar tan hermosas las espigas de trigo sin agua?” pregunta Pedro.

“Hay aguas subterráneas. Mantienen el suelo húmedo” explica Jesús.

“Sería mejor que estuvieran arriba que abajo, ¿De qué me sirve que estén abajo? ¡Yo no soy raíz!” dice Pedro con su humor impetuoso, mientras los otros se echan a reír.

Y cuando pasan las risas, Judas Tadeo con seriedad dice: “Es egoísta el suelo como son los corazones, y es igualmente seco. Si nos hubiesen dejado quedarnos en aquel poblado, y pasar el sábado así, hubiese habido sombra, agua, reposo. Pero nos arrojaron...”

“Hubiéramos tenido también comida. Pero ni siquiera eso. Tengo hambre. Si hubiese frutas. Estas si las hay, están cerca de las casas. Y ¿quién va? Si estos también tienen iguales ideas que los de allá... dice Tomás, señalando el poblado que dejaron a sus espaldas, en dirección al oriente.

“Toma mi comida. No tengo mucha hambre” dice Zelote.

“Tomad también la mía” dice Jesús, “quien sienta tener más hambre que coma”.

Puestos juntos los alimentos de Jesús, de Zelote y de Natanael, se ve que son tan pocos. Lo están diciendo los ojos espantados de Tomás y de los jóvenes. Pero se callan mordisqueando las microscópicas partes.

Zelote, paciente, va a un lugar en donde hay un montón verde en el suelo ardiente y que hace pensar que haya algo húmedo. En realidad hay un hilito de agua en el fondo de un arenal, un hilo que pronto desaparecerá. Da un grito a sus compañeros para que vengan.

Vienen todos, corriendo, siguiendo la sombra de una hilera de plantas puestas a lo largo del riachuelo medio seco, y allí pueden refrescar sus pies polvorientos, lavarse la cara sudada, y ante todo llenar sus botijas vacías y luego dejarlas allí, donde hay sombra, para que se conserven frescas. Se sientan al pie de un árbol, donde hay sombra y cansados se echan a dormir.

Jesús los mira con amor y compasión. Mueve la cabeza. Zelote que había ido a beber otra vez, lo descubre y pregunta: “¿Qué te pasa, Maestro?”

Jesús se levanta, se va con Zelote a quien pone un brazo sobre la espalda. Lo lleva a otro árbol y le dice: “¿Qué tengo? Me aflijo por vuestro cansancio. Si no supiese lo que estoy haciendo de vosotros, no me permitiría jamás causaros tantas molestias”.

“¿Molestias? No, ¡Maestro! Es nuestra alegría. Todo desaparece al venir contigo. Todos somos felices, créelo. Ninguno se lamenta, ni...”

“Calla, Simón. Lo humano da gritos aun en los buenos. Y humanamente hablando no os equivocáis al gritar. Os he arrancado de vuestras casas, familias, intereses y vinisteis pensando que significaría otra cosa el seguirme. Vuestro grito de ahora, vuestro interno grito, un día se calmará, y entonces entenderéis que fue una cosa hermosa haber venido entre neblinas y fango, entre polvo y canículas, perseguidos, sedientos, cansados, hambrientos, detrás del Maestro perseguido, odiado, calumniado... y más, y más falta todavía. Entonces todo os parecerá hermoso, porque vuestro pensamiento será diverso, y todo lo veréis bajo otra luz. Y me beneficiaréis por haberos conducido por mis caminos difíciles...”

“Estás triste, Maestro. El mundo justifica tu tristeza; pero no, nosotros. Todos estamos contentos...”

“¿Todos? ¿Estás seguro?”

“¿Piensas Tú de otro modo?”

“Sí, Simón, de otro modo. Tú siempre estás contento. Tú has entendido. Otros muchos no. ¿Ves a esos que están durmiendo? ¿Puedes imaginarte cuántos pensamientos revuelven aún en el sueño? Y ¿todos los que están entre los discípulos? ¿Crees que serán felices hasta que todo se cumpla?”

Mira: juguemos a esto que ciertamente tú hiciste cuando eras pequeño (y Jesús toma un “diente de león” ya florecido que sale de entre las hierbas. Lo lleva con cuidado a la boca. Sopla y el “diente de león” se disuelve en minúsculos paraguas que se van por el aire, vagando con su flequito en alto y derecho). ¿Ves? Mira... ¿Cuántos han vuelto a caer sobre mis piernas como si las hubiesen buscado? Cuéntalos... veintitrés. Por lo menos eran tres veces más. Y ¿los otros? Mira: Algunos todavía siguen vagando, otros han caído. Quién orgulloso sube, soberbio con su penacho de plata, quién cae en el lodo que hemos hecho con nuestras botijas. Sólo... mira, mira... Aún de los veintitrés que habían caído sobre mis piernas, siete han volado!... ¿De qué tienen miedo? ¿O quién los sedujo? Tal vez tenía miedo del aguijón o tal vez fueron seducidos por los colores negros y amarillos, de la forma encantadora, de las alas iridiscentes... se fueron... detrás de una hermosura mentirosa...

Simón, así serán mis discípulos. Algunos por inquietud, otros por inconsistencia, quién por torpeza, quién por orgullo, este por ligereza, aquel por apetito de fango; el de aquí por miedo, el de más allá por simplicidad se irá. ¿Crees tú que todos los que ahora me dicen: “Voy contigo” los encontraré a mi lado en la hora decisiva de mi misión? Eran más de setenta los penachitos del “diente de león” que el Padre me creó... y ahora sobre mis piernas han quedado siete, porque los demás se fueron en medio de esa onda de viento que arrastró a los tallitos más ligeros. Así sucederá. Y pienso en qué luchas os encontraréis por serme fieles... Ven, Simón. Vamos a ver aquellas libélulas que forman sus danzas sobre el agua. A no ser que quieras descansar”.

“No, Maestro. Tus palabras me han llenado de tristeza. Yo espero que el leproso curado, el hombre perseguido a quien Tú rehabilitaste, el solitario a quien diste compañía, el nostálgico de afectos al que abriste el cielo y el mundo para que encontrase amor y lo diese, no te abandonará, Maestro... ¿qué piensas de Judas? El año pasado lloraste conmigo por su causa.

Después... no sé... Maestro deja esas dos libélulas, mírame, escúchame. A Ti, sí, pero no diría ni a mis compañeros, ni a mis amigos, ni a nadie esto: No logro amar a Judas. Te lo confieso. Él es quien rechaza mi deseo de amarlo. No quiero decir que me desprecie, no, antes bien, es más cortés con el viejo Zelote, que le adivina más fácilmente pues conoce a los hombres mejor que los demás. Sino es que su modo de obrar. ¿Te parece sincero? ¡Dímelo!"

Jesús guarda silencio por un momento como fascinado del las dos libélulas que posadas sobre la superficie del agua forman un pequeño arco iris con sus élitros iridiscentes, un bonito arco iris que sirve para atraer a un curioso mosquito que cae muerto al contacto del élitro, de una libélula, a la que atrapa en vuelo un sapo o rana, y junto con el mosquito que cae en ella se lo traga. Jesús se mueve y se incorpora, porque casi se había tendido en tierra para ver los pequeños dramas de la naturaleza y dice: "Así es. La libélula tiene sus robustas mandíbulas para alimentarse de hierbas y sus robustas alas para matar los mosquitos y la rana tiene una garganta ancha para tragar libélulas. Cada uno tiene su modo de ser y lo emplea. Vamos, Simón. Los otros ya se despiertan".

"No me has respondido. Señor. ¿No quieres hacerlo?"

"¡Te he dado la respuesta" Viejo sapiente mío, medita y darás con ella..."

Jesús vuelve a subir por el arenal y va a donde están los discípulos que se han despertado y lo están buscando.

79. Encuentro con los fariseos. Jesús, Señor también del sábado¹

13 julio 1945

El lugar es el mismo, aunque el sol ya no quema tanto, porque despacio se va a su crepúsculo.

"Es menester caminar para llegar a aquella casa" dice Jesús.

Se van. Llegan. Piden pan y alivio. El administrador los rechaza bruscamente.

"¡Raza de filisteos! ¡Víboras! ¡Siempre esos! Nacidos de aquel tronco dan frutos venenosos" refunfuñan los discípulos hambrientos y cansados. "Que se os pague con la misma moneda".

"Pero por qué faltáis a la caridad. No es ya más el tiempo del talión. Prosigamos adelante. Todavía no oscurece y no os estáis muriendo de hambre. Un poco de sacrificio para que estas almas lleguen a tener hambre de Mí" exhorta Jesús.

Pero los discípulos, y me imagino que más por desprecio que por hambre insoportable se meten en buen campo y empiezan a cortar espigas. Las desgranas sobre las palmas de las manos y se las llevan a la boca.

"Están sabrosas, Maestro" grita Pedro. "¿No quieres unas? Tienen doble sabor. Me comería todo el campo".

"¡Tienes razón! Así se arrepentirían de no habernos dado un pedazo de pan" dicen los otros y continúan caminando entre las espigas y comiendo con gusto. Jesús camina solo, por el camino polvoriento. A cinco o seis metros detrás de Él vienen Zelote y Bartolomé que hablan entre sí.

Otra encrucijada. Una vía secundaria que atraviesa el camino principal. Y derechos en este punto hay un grupo de fariseos ceñudos, que con toda probabilidad regresan de las funciones del sábado, que celebraron en el poblado que se ve allá en el fondo de este camino secundario. El grupo da la impresión de ser como una fiera que agazapada espera en su madriguera.

Jesús los ve y mira sonriente y dulce dándoles el saludo: "La paz sea con vosotros".

En lugar de responder al saludo, uno de los fariseos arrogante le pregunta: "¿Quién eres?"

"Jesús de Nazaret".

¹ Cfr. Mt. 12, 1-8; Mc. 2, 23-28; Lc. 6, 1-5.

“¿Veis que es Él? Dice uno de ellos. Natanael y Simón han alcanzado al Maestro, mientras los demás, caminando entre los surcos, vienen al camino. Todavía vienen masticando y traen en las manos granos de trigo.

El fariseo que fue el primero en hablar, tal vez el más importante vuelve a dirigirse a Jesús que se había detenido esperando el resto: “¡Ah! Luego ¡tú eres el famoso Jesús de Nazaret? ¿Cómo es posible que te encuentres aquí?”

“Porque también aquí hay almas qué salvar”.

“Para eso somos suficientes nosotros. Sabemos salvar las nuestras y las de los que dependen de nosotros”.

“Si es así, hacéis bien. Pero Yo he sido enviado para evangelizar y salvar”.

“¡Mandado! ¡Mandado! Y ¿quién nos lo prueba? Ciertamente ¡no tus obras!”

“¿Por qué hablas así? ¿No te importa tu vida? “¡Ah, ¡entendido! Tú eres el que brinda la muerte a los que no te adoran. Entonces quieres matar a toda la clase sacerdotal, a los fariseos, la de los escribas y los demás porque no te adoran, ni jamás te adorarán. ¿No puedes entender? Nosotros los elegidos de Israel jamás te adoraremos, y ni siquiera te amaremos”.

“No os fuerzo a amarme. Os digo: “Adorad al Dios” porque...”

“En otras palabras a Ti, porque eres Dios ¿no es verdad? Nosotros no somos los piojosos campesinos galileos, ni los estúpidos de Judá que vienen en pos de Ti, olvidando a nuestros rabbíes...”

“No te inquietes hombre. No pido nada. Cumpló con mi misión, enseño a amar a Dios y vuelvo a repetir el Decálogo porque ha sido olvidado, y lo peor de todo, se aplica mal. Quiero dar la vida. La eterna. No auguro la muerte corporal, ni mucho menos, la espiritual. La vida de que te preguntaba, si no tenías interés en perderla, es la de tu alma, porque Yo amo tu alma, aun cuando ella no me ame. Y me duele ver que la matas con ofender al Señor despreciando a su Mesías”.

El fariseo parece presa de una convulsión, tanto es lo que se agita; se descompone la vestidura, se arranca las franjas, se quita el turbante, se revuelve los cabellos y grita: “¡Oíd! Me dice esto a mí, a Jonatás de Uziel, descendiente directo de Simón el Justo. ¡Yo ofender al Señor! No sé qué cosa me detiene, para no maldecirte, pero...”

“El miedo. Hazlo. No serás convertido en cenizas. A su tiempo lo serás, y entonces me llamarás, pero entre tú y Yo habrá en ese *entonces* un arroyo purpúreo: mi sangre”.

“Está bien. Pero entre tanto, Tú, que te llamas santo ¿por qué permites ciertas cosas? Tú que te llamas Maestro ¿por qué no instruyes primero a tus discípulos antes que a los demás? Míralos detrás de Ti... Míralos con el instrumento del pecado en sus manos ¿Los ves? Han cortado espigas y es sábado. Han cortado espigas que no son tuyas. Han violado el sábado y han robado”.

“Tenían hambre. Pedimos pan en el poblado a donde llegamos ayer tarde, pedimos alojamiento y comida. Nos arrojaron. Sólo una viejecita nos dio su pan y un puñado de aceitunas. Que Dios le devuelva centuplicado, porque dio todo lo que tenía, y tan solo pidió una bendición. Caminamos lo permitido y luego nos detuvimos, como es la Ley, bebiendo agua de un río. Luego, cuando llegó el crepúsculo, fuimos a aquella casa... Nos despidieron. Ves pues que teníamos voluntad de obedecer la Ley” responde Pedro.

“Pero no lo hicisteis. No es lícito en sábado hacer obras manuales y jamás es lícito tomar lo que es de otros. Yo y mis amigos estamos escandalizados”.

“Yo por el contrario, no. ¿No habéis leído jamás cómo David en Nobe tomó los panes sagrados de la proposición para alimentarse y alimentar a sus compañeros? ⁴ Los panes sagrados eran de Dios. Estaban en su casa. Reservados por orden eterna a los sacerdotes. Está dicho: “Pertenece a Aarón y a sus hijos que los comerán en lugar santo, porque son

⁴ Cfr. 1 Rey. 21, 1-6.

cosa santísima”⁵; y sin embargo David los tomó para sí y para sus compañeros, porque tenía hambre. Si pues el santo rey entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición en sábado, él, a quien no era lícito comérselos, y con todo no se le imputó a pecado porque Dios continuó amándolo aun después de esta acción ¿cómo puedes tú decir que somos pecadores si recogemos en el suelo de Dios las espigas crecidas y maduras por su voluntad, las espigas que son de los pájaros y cómo puedes prohibir que se alimenten de ellas los hombres, hijos del Padre?” pregunta Jesús.

“Les pidieron esos panes, no se los tomaron sin haberlos pedido. Y esto cambia de aspecto. Y luego no es verdad que Dios no hubiese imputado este pecado a David, porque lo castigó duramente”.

“Pero no por eso. Por la lujuria, por el censo⁶ no por...”

“¡Oh! ¡Basta! No es lícito y... no es lícito. No tenéis derecho de hacerlo y no lo haréis. Largaos. No os queremos en nuestras tierras. No tenemos necesidad de vosotros. No sabemos qué hacer con vosotros”.

“Nos iremos” dice Jesús.

“Y para siempre, recuérdalo. Que jamás Jonatás de Uziel se encuentre en tu presencia. ¡Largo!”

“Sí. ¡Largo! Y con todo, nos volveremos a encontrar. Y será entonces Jonatás el que querrá verme para repetir la sentencia y para librar para siempre el mundo de Mí. Pero entonces será el cielo el que te dirá: “No te es lícito hacerlo”, y ese “No te es lícito” te resonará en el corazón como un rugido de trompetas por toda la vida, y más allá de ella. Así como en los sábados los sacerdotes en el Templo no violan el reposo sabático y no cometen pecado alguno, así también nosotros, siervos del Señor, podemos, puesto que el hombre se niega a dar amor, obtener que el Padre Santísimo nos ame y socorra, sin cometer por eso alguna culpa. Aquí hay Uno que es mucho mayor que el Templo y puede tomar lo que quiere de cuanto hay en la creación, porque Dios ha puesto todo para que sirva de escabel a la palabra. Yo tomo y doy. Así como lo hago con las espigas que el Padre colocó en la extensísima mesa que es la tierra, así la palabra. Tomo y doy a buenos y a malvados. Porque soy misericordia. Pero vosotros no sabéis qué cosa es la misericordia. Si supieseis qué quiere decir que Yo soy la misericordia, entenderíais también que no quiero otra cosa. Si supieseis qué cosa es la misericordia no habríais condenado a los inocentes. Pero no lo sabéis. No sabéis ni siquiera que no os condeno, no sabéis que os perdono, que pediré al Padre que os perdone. Porque quiero misericordia y no castigo. Pero no lo sabéis. No queréis saberlo. Y esto es un pecado mucho mayor del que me imputáis, del que decís que cometieron estos que no son culpables. Por otra parte, sabed que el sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado y que el Hijo del hombre es el Señor también del sábado. Adiós...”

Se voltea a sus discípulos: “Venid. Vamos a buscar un lecho entre la arena que ya está cerca. Tendremos como compañeras a las estrellas y nos dará alivio el rocío. Dios que envió el maná a Israel, proveerá a alimentarnos también, que somos pobres y fieles a Él”. Jesús deja plantado al grupo envidioso y se va con los suyos, mientras la noche baja con sus primeros velos de color violeta...

Encuentran finalmente unos nopales. Sobre sus pencas llenas de espinas hay tunas que están casi maduras. Pero para el que tiene hambre, todo es sabroso. Espinándose cortan las más maduras y así van acercándose a las dunas. De lejos se oye el rumor del mar.

“Quedémonos aquí. La arena es suave y acogedora. Mañana entraremos en Escalón” dice Jesús y todos cansados se echan a los pies de una alta duna.

80. Jesús y los suyos se dirigen a Ascalón

⁵ Cfr. Lev. 24, 5-9

⁶ Cfr. 2 Rey. 11, 1-12; 23; 24, 1-17; 1 Paral. 21, 1-17.

14 julio 1945

El alba con sus frescas caricias despierta a los que duermen. Se levantan de sus camas de arena en las que durmieron a espaldas de una algaida salpicada con unas cuantas hierbas secas. Suben hasta arriba. Ante ellos aparece una profunda ladera de arena, pero por aquí y por allá se ven campos cultivados. En un riachuelo por el que no corre nada de agua, se ven las piedras blancas, cual huesos disecados, que se extienden hasta el mar que brilla allá, a lo lejos con sus vapores de la marea matinal, que aumenta con el viento que sopla.

Caminan por el borde de la duna hasta el seco riachuelo. Lo pasan. Continúan caminando diagonalmente por las algaidas que se desmoronan bajo sus pasos y en tal forma onduladas que parecen una continuación del océano con objetos y cosas que no son agua. Llegan a la húmeda playa. Caminan más aprisa. Jesús queda como hipnotizado al mirar ese mar sin fin que se extiende con los primeros rayos del sol y parece como si bebiera toda esa belleza que se hace más azul en los ojos. Pedro, más práctico, se quita las sandalias, se levanta el vestido y chapotea en el agua, tratando de encontrar un langostino, o alguna concha que pueda chupar. A unos dos kilómetros se ve una hermosa ciudad marítima alargada sobre el arrecife en forma de hoz, sobre la que el viento y las borrascas han transportado la arena. Se puede ver el arrecife ahora que se retira la marea. Los apóstoles se ven obligados a regresar a la arena seca para no molestarse los pies con las piedras.

“¿Por qué parte entraremos, Señor? De este lado se ve sólo una muralla bien fuerte. Por la otra parte del mar no se puede entrar. La ciudad está en el punto más profundo del arco” dice Felipe.

“Venid, sé por dónde se puede entrar”.

“¿Has estado ya aquí?”

Una vez, de pequeño y no me acordaría bien. Pero sé por dónde se pasa”.

“¡Extraño! Tantas veces lo he notado... Jamás equivocas el camino. Algunas veces te lo hacemos equivocar. Pero ¡Tú! Parece como si siempre hubieras estado en el lugar en que te mueves” hace observar Santiago de Zebedeo.

Jesús sonríe, pero no responde. Derecho y sin titubear se dirige a un arrabal donde los hortelanos cultivan sus verduras para la ciudad. Los campillos están bien alineados y bien cuidados. Mujeres y hombres trabajan. Están echando agua en los surcos, agua que sacan de los pozos a fuerza de brazo, o también con el antiguo sistema de sacar agua con el borrico vendado, que da vueltas por el pozo. No dicen nada. Jesús les da su saludo: “La paz sea con vosotros”. La gente se queda, si no hostil, sí indiferente.

“Señor, aquí corremos peligro de morirnos de hambre. No entendieron tu saludo. Ahora hago yo la prueba” dice Tomás. Se acerca al primer campesino que ve y le dice: “¿Cuesta mucho tu verdura?”

“No más de lo que cuesta la de otros. Cara o no cara, lo es según como la bolsa esté de llena”.

“Bien dicho. Como ves no me estoy muriendo de hambre. Estoy gordo y colorado, aun sin tus verduras. Señal será que mi bolsa está muy bien. En pocas palabras, somos trece y podemos comprar. ¿Qué nos puedes vender?”

“Huevos, verduras, almendras tempraneras, manzanas añejas, aceitunas... Lo que quieras”.

“Dame unos huevos, manzanas y panes para todos”.

“No tengo pan. En la ciudad puedes encontrar”.

“Ahora tengo hambre, no dentro de una hora. No creo que no tengas pan”.

“No tengo. Mi mujer lo está haciendo. ¿Ves aquel viejo? Siempre tiene mucho, porque como está cerca del camino, los peregrinos le piden. Se llama Ananías, pídeselo. Ahora te traigo los huevos. Pero ten en cuenta que dos cuestan un denario”.

“¡Ladrón! ¿Acaso tus gallinas ponen huevos de oro?”

“No. Pero no es nada lindo estar en medio del hedor de las gallinas, y por nada. Y luego ¿no sois judíos? ¡Pagad!”

“¡Quédate con ellos! Eres un sinvergüenza” y Tomás le voltea la espalda.

“Oye, ¡hombre! Ven. Te los vendo en menos. Tres por un denario”.

“Ni siquiera cuatro. Bébetelos y que se te atoren en la garganta”.

“Ven. ¿Cuánto quieres dar? El hortelano sigue a Tomás. “Nada. Ya no los quiero. Quería echarme un tentempié antes de entrar en la ciudad. Pero es mejor así. No perderé ni voz ni apetito para cantar las leyendas del rey y de hacer una buena comida en la fonda”.

“Te los doy por un dracma el par”.

“¡Oh! Eres más molesto que un tábano. Dame los huevos, y frescos. Si no lo son, regreso y te pongo las narices más amarillas de lo que las tienes” y Tomás va y regresa al menos con una docena de huevos en su manto. “¿Habéis visto?... De ahora en adelante yo hago las compras en este país de ladrones. Sé cómo tratarlos. Llegan con nosotros cargados de dinero a comprar para sus mujeres brazaletes demasiado gruesos, y regatean y regatean durante todo el día. Me estoy vengando. Ahora vamos a aquel otro escorpión. Ven, Pedro. Tú, Juan, ten los huevos”.

Se dirigen al hombre cuyo huerto está cerca del camino principal, que por el norte, al costear las casas del arrabal, conduce a la ciudad. Un hermoso camino empedrado, con seguridad es obra de romanos. La puerta de la ciudad, por el lado del oriente, está ya muy cerca y se ve que más allá continúa el camino derecho y muy artístico, que tiene doble pórtico, de columnas de mármol, bajo cuya sombra la gente camina dejando que por el centro caminen los burros, camellos, perros y caballos.

“¡Buenos días! ¿Nos vendes pan?” pregunta Tomás.

El vejete o no oye o no quiere oír. En verdad el rechinar de la noria es tan grande que no deja oír.

Pedro pierde la paciencia y grita: “¡Detén a tu Sansón! Al menos podrá tomar aire para que no muera a mis ojos, y ¡escúchanos!”

El hombre para el burro y mira de soslayo a su interlocutor. Pedro lo desarma diciéndole: “¡Eh! ¿No es justo poner el nombre de Sansón a un burro? Si eres filisteo te debe gustar porque es en ofensa de Sansón. Si eres de Israel, te debe gustar porque recuerda una derrota filistea. Mira pues...”

“Soy filisteo y me enorgullezco...”

“Está bien. Me gloriaré de ti también si me das pan”.

“Pero... ¿no eres judío?”

“Soy cristiano”.

“¿Qué lugar es ese?”

“No es lugar. Es una persona. Y soy de aquella”.

“¿Eres un esclavo?”

“Soy más libre que cualquier otro hombre, porque quien pertenece a esa persona, no depende más que de Dios”.

“¿De veras? ¿Ni siquiera del Cesar?”

“¡Puff! ¿Qué cosa es Cesar respecto de Este a quien sigo, y al que pertenezco, y en cuyo nombre te pido un pan?”

“Pero ¿dónde está ese poderoso?”

“Ese hombre que está allí, que nos ve y está sonriendo. Es el Mesías. ¿Nunca has oído hablar de Él?”

“Sí. El Rey de Israel. ¿Vencerá a Roma?”

“¿A Roma? Pero si a todo el mundo y aun al infierno”.

“¿Sois vosotros sus generales? ¿Así vestidos? Tal vez para escapar a las persecuciones de los pérfidos judíos”.

“Sí y no. Pero dame panes y mientras comemos te explicaré”.

“¿Panes? Pero bajo la sombra te daré a ti, a tus compañeros y al Mesías, también agua y vino. ¡Llámalo!”

Pedro rápido corre a donde está Jesús: “Ven, ven. Este viejo filisteo nos da lo que queremos. Me imagino que te asaltará con preguntas... Le dije que eres... le he dicho de todo. Está bien dispuesto”.

Todos van al huerto en donde el hombre ya ha puesto bancas alrededor de una tosca mesa bajo un tupido emparrado.

“La paz sea contigo. Ananías. Que la tierra florezca para ti por tu caridad y te produzca frutos abundantes”.

“Gracias. También a Ti sea la paz. Siéntate. Sentaos. ¡Anibé! ¡Nubio! Pan, vino, agua. Al punto” ordena el viejo a dos mujeres ciertamente africanas, porque una es absolutamente negra, con labios gruesos y cabellos crespos, la otra es menos oscura, aunque de tipo europeo. El viejo explica: “Las hijas de las esclavas de mi mujer. Murió ella, y con ella las que vinieron con ella. Quedaron sus hijas. Alto y bajo Nilo. Mi mujer era de allá. Prohibido, ¿eh? Pero no me importa a mí eso. No soy de Israel, y las mujeres de raza inferior son mansas”.

“¿No eres de Israel?”

“Lo soy por la fuerza, porque a Israel lo tenemos sobre el cuello como un yugo... pero... eres tú israelita y ¿te ofendes por lo que estoy diciendo?...”

“No, no me ofendo. Tan sólo querría que escuchaseis la voz de Dios”.

“No nos habla a nosotros”.

“Tú lo dices. Yo te hablo en su voz”.

“Pero Tú eres el Rey de Israel”.

Las mujeres que están llegando con pan, agua, vino y que oyen hablar de “rey” se paran cohibidas, mirando al rubio joven, sonriente, lleno de dignidad, a quien su dueño llama “rey”, luego se retiran como arrastrándose por el respeto.

“Gracias, mujeres. Y también la paz sea con vosotras”. Volteándose otra vez al viejo: “Son jóvenes... puedes continuar tu trabajo”.

“No. La tierra está mojada y puede esperar. Habla un poco. Anibé, desata al borrico y ponlo bajo la sombra. Tú, Nubi, derrama los últimos cubos, y luego... ¿Te detienes, Señor?”

“No te molestes más. Me basta con tomar un poco de alimento y luego iré a Escalón”.

“No es ninguna molestia. Ve a la ciudad si quieres, pero regresa por la tarde. Partiremos el pan y compartiremos la sal, ¡Daos prisa vosotras! Tú al pan. Tú llama a Geteo que mate un cabrito y lo prepare para la tarde. Podéis iros” Las dos mujeres se retiran sin decir nada.

“Pues bien ¿eres tú rey? ¿Y las armas? Herodes es cruel en cualquier género. Nos reconstruyó Escalón. Pero, por gloria suya. ¡Y ahora!... Tú conoces mejor las vergüenzas de Israel, que yo. ¿Cómo vas a hacer?”

“No tengo sino el arma que viene de Dios”.

“¿La espada de David?”¹

“La espada de mi palabra”.

“¡Oh! ¡Pobre tonto! Se achatará, perderá el filo en el bronce de los corazones”.

“¿Lo crees? No pienso en un reino del mundo, Yo pienso en un reino celestial para todos vosotros”.

“¿Para todos nosotros? ¿Para mí también, filisteo? ¿Para mis esclavas también?”

“Para todos. Para ti y para ellas. Y para el más salvaje que se encuentra en el centro de la floresta africana”.

“¿Quieres formar un reino tan grande? ¿Por qué lo llamas celestial? Podrías llamarlo: reino de la tierra”.

“No. No te equivoques en tu razonamiento. Mi reino es el del verdadero Dios. Y Dios está en los cielos. Por esto es reino celestial. Cada hombre es un alma vestida con un cuerpo, y el alma no puede vivir sino en el cielo. Yo quiero curar el alma, quitarle sus errores y sus rencores, conducirla a Dios a través de la bondad y el amor”.

¹ Cfr. 1 Rey. 21, 8-9.

“Eso me está gustando mucho. Los otros –yo de mi parte no voy a Jerusalén– pero los otros de Israel, lo sé, desde hace siglos no se expresan de este modo. Tú no nos odias. ¿Verdad?”

“No odio a nadie”.

El viejo piensa un momento, luego pregunta: “Y las dos esclavas ¿tienen también alma como vosotros los de Israel?”

“¡Claro! No son animales. Son criaturas infelices. Hay qué amarlas ¿Las amas?”

“No las trato mal. Exijo que me obedezcan, pero no uso el látigo, y les doy bien de comer. Animal que no está bien comido, no trabaja, dice el dicho. Igualmente el hombre que no está bien alimentado, no sirve para nada. Además nacieron en esta casa. Las he visto desde pequeñas. Ahora se quedan solas, porque estoy muy viejo ¿sabes? Casi ochenta años. Ellas y Geteo constituyen mi casa desde hace tiempo. Los quiero como mobiliario. Me cerrarán los ojos...”

“¿Y luego?”

“Y luego... ¡Pero! No lo sé. Irán a servir a otra parte, y mi casa se destruirá. Me desagrada. La he enriquecido con mi trabajo. Esta tierra volverá a cubrirse de arena, será estéril... esta viña... La plantamos mi mujer y yo. Aquel rosal es de Egipto, Señor. Siento el perfume de mi esposa en él... me parece como si fuera mi hijo... el hijo único que está sepultado a sus pies, y que no es más que polvo ya... dolores... es mejor morir joven y no ver esto y la muerte que se nos echa encima...”

“Tu hijo no está muerto, ni tu mujer. Su espíritu sobrevive. Ha muerto la carne. No debe causar terror la muerte. *La muerte para quien espera en Dios y vive justamente, es vida.* Piensa en esto... Voy a la ciudad. Volveré esta tarde y te pediré aquel pórtico para que allí duerma con los míos”.

“No, Señor. Tengo muchas habitaciones vacías. Te las ofrezco”.

Judas pone sobre la mesa el dinero.

“No, no lo quiero. A vosotros no os gusta, porque es de esta tierra. Pero tal vez sea mejor que aquellos que nos dominan. Adiós, Señor”.

“La paz sea contigo Ananías”.

Las dos esclavas juntamente con Geteo, un nervudo y viejo campesino, acuden a verlo partir. “La paz también sea con vosotros. Portaos bien. Adiós” Y Jesús toca los cabellos crespos de Nubi y los brillantes de Anibé. Saluda al anciano con una sonrisa y se va.

Poco después entran en Escalón, por la calle que tiene doble portal y que va derecho al centro de la ciudad que es una imitación tosca de Roma, con piscinas y fuentes, con plazas tipo foro, con torres a lo largo de la muralla y por todas partes el nombre de Herodes, que él mismo puso para aplaudirse, porque los escalonitas no lo harían. Hay un gran tráfico, y crece cuanto más pasa el tiempo y más se acerca a la parte principal de la ciudad, que está al aire libre, que da al mar que aparece encerrado como una turquesa en una tenaza de coral rosado debido a las casas situadas en un arco profundo, que hace aquí de costa, no de golfo. Un verdadero arco, una parte de círculo que el sol ilumina con un color rosado muy pálido.

“Dividámonos en cuatro grupos. Yo me voy. Mejor dicho, os dejo ir. Luego escogeré. Idos. Después de las tres nos encontraremos en la puerta por donde entramos. Sed prudentes y tened paciencia”. Jesús los mira al irse. Él se queda con Judas Iscariote que ha afirmado que a esta gente no le dirá ni una palabra, porque son peores que los paganos.

Pero cuando oye que Jesús quiere ir de acá para allá sin hablar, entonces cambia de pensamiento y dice: “¿Te desagrada quedarte solo? Me voy con Mateo, Santiago y Andrés, son los menos capaces...”

“Vete, pues. Hasta pronto”.

Y Jesús camina por la ciudad solo. La recorre de lado a lado. Anónimo entre la gente atareada que ni siquiera lo mira. Sólo dos o tres niños levantan su cabeza curiosos y una mujer descaradamente vestida, que le viene al encuentro con aire decidido, con una sonrisa llena de sobreentendidos. Jesús la mira tan severamente que ella se pone colorada, baja los ojos y se va. En la esquina una vez más se voltea pero como uno de la ciudad, que observó lo

sucedido, le lanza una pulla mordaz, y de burla porque la dejaron plantada, se envuelve en su manto y huye.

Los niños por el contrario se reúnen alrededor de Jesús, lo miran y sonríen también. Uno que es más audaz le pregunta: “¿Quién eres?”

“Jesús” responde acariciándolo.

“¿Qué haces?”

“Espero a unos amigos”.

“¿De Escalón?”

“No, de mi tierra y de Judea”.

“¿Eres rico? Yo sí. Mi padre tiene una casa hermosa y dentro hay tapetes. Ven a ver. Está cerca de aquí”.

Jesús se va con el niño. Entran bajo un largo pasillo, que hace como de calle cubierta. En el fondo, resplandece debido a la penumbra del portal, un pedazo de mar, encendido por el sol. Encuentran a una niña que llora de miedo.

“Es Dina. Es pobre ¿sabes? Mi madre le da comida. Su madre no puede ya sanar. Su padre ya murió, en el mar, en una tempestad cuando iba de Gaza al puerto del gran Río a llevar y traer mercancías. Y como las mercancías eran de mi padre, el padre de Dina era un marinero nuestro, mi mamá las cuida ahora. Muchos se han quedado así sin padre... ¿Qué te parece? Debe ser cosa fea ser huérfano y pobre. Esta es mi casa. No les digas que andaba por las calle. Debería estar en la escuela. Me echaron fuera porque hacía reír a mis compañeros con esto...” y saca de debajo del vestido un muñeco tallado en madera, en una tablita delgada, muy cómico en realidad, con una barba y unas narices descomunales.

Por los labios de Jesús se asoma una sonrisa, pero se refrena y dice: “No será el maestro ¿verdad? ¿Ni ningún familiar?... ¡No está bien?”

¡No. Es el sinagogo de los judíos. Es viejo y feo y siempre nos burlamos de él”.

“Tampoco esos está bien. Ciertamente es mucho más viejo que tú... y...”

“¡Oh! Es un vejete, medio jorobado y casi ciego, pero ¡es tan feo!... No tengo yo la culpa de que sea feo”.

“No. Pero tienes la culpa de burlarte de un viejo. También tú cuando llegues a ser viejo, serás feo, porque caminarás inclinado, tendrás pocos cabellos, medio ciego caminarás con bastones, tendrás una cara semejante. ¿Y entonces? ¿Te gustaría que se burlen de ti muchachos sin respeto? Y luego ¿por qué debes perturbar al maestro y a tus compañeros? ¡No está bien! Si tu padre lo supiese te castigaría, tu madre se afligiría. No les diré nada. Tú dame al punto dos cosas: la promesa de no volver a hacer esto, y ese muñeco. ¿Quién lo hizo?”

“Yo, Señor...” dice avergonzado, el niño, conciente como nunca de la gravedad de sus pillerías. Agrega: “Me gusta mucho tallar en madera. Algunas veces logro reproducir las flores de los tapetes o los animales que hay allí ¿sabes?... también los dragones, las esfinges y otros animales...”

“Esto puedes hacer. Hay tantas cosas bellas en la tierra. Así pues, promete y dame ese muñeco. Si no, no somos más amigos. Lo guardaré como recuerdo tuyo, y rogaré por ti. ¿Cómo te llamas?”

“Alejandro. Y Tú, ¿qué me das?”

Jesús no sabe qué hacer. Casi nunca tiene nada. Se acuerda luego de tener una hebilla muy bonita en el cuello de su vestido. Busca en su alforja, la encuentra, la quita y la da al niño. “Ahora vámonos. Pero ten en cuenta que aunque Yo me vaya, de todos modos Yo sé todo y si sé que eres malo, regresaré y lo diré todo a tu mamá” El pacto se hace.

Entran en una casa. Después del vestíbulo hay un amplio patio, rodeado por tres partes de habitaciones en donde están los telares.

La criada que abrió y que se ha sorprendido al ver al niño con un desconocido, avisa a su patrona, y esta, una mujer alta y de dulce aspecto, acude preguntándole: “¿Se sintió mal mi hijo?”

“No, mujer. Me ha traído para ver tus telares. Soy forastero”.

“¿Quieres hacer algunas compras?”

“No. No tengo dinero”.

La mujer mira con curiosidad a este hombre que declara paladinamente ser pobre. Dice: “Te tenía por un Señor. Tienes modales y aspecto de un gran señor”.

“Al revés, soy sencillamente un rabbí galileo: Jesús, el Nazareno”.

“Nosotros somos comerciantes y no tenemos prejuicios. Ven a ver”.

Lo lleva a que vea sus telares, donde jovencillas están trabajando bajo la dirección de la dueña. Los tapetes verdaderamente son dignos de alabanza por sus dibujos y por sus colores. Largos, suaves, parecen cuadros en flor o caleidoscopios de piedras preciosas. En otros tapetes las flores están mezcladas con figuras alegóricas como tipógrafos, serenas, dragones, o también grifos heráldicos semejantes a los nuestros.

Jesús admira: “Eres muy inteligente. Estoy contento de haber visto esto. Y estoy contento de que seas buena”.

“¿Cómo lo sabes?”

“Se ve en la casa y el niño me ha contado lo de Dina. Dios te lo pague. Aunque no lo creas estás muy cerca de la verdad, al tener caridad en ti”.

“¿Cuál verdad?”

“Del Señor Altísimo. Quien ama al prójimo en su familia y en sus dependientes ejercita la caridad y la comparte también entre los miserables, posee ya en sí la religión. Esa es Dina ¿no es así?” “Sí. Tiene una madre que está muriendo. Después la tomaré yo, pero no para los telares. Es muy pequeña y muy delgaducha. Ven, Dina, con este Señor”.

La niña de cara triste como todos los niños que son infelices, se acerca tímidamente. Jesús la acaricia y le dice: “¿Me conduces a donde está tu mamá? Querrías que se curase ¿verdad? Entonces llévame con ella. Adiós mujer, adiós, Alejandro; sé bueno”.

Sale con la niña de la mano. “¡Estás sola?” pregunta.

“Tengo tres hermanitos. El último no conoció a nuestro padre”.

“No llores. ¿Eres capaz de creer que Dios puede curar a tu madre? Lo sabes, ¿no es verdad?, que es un solo Dios que ama a los hombres que creó y sobre todo a los niños buenos. ¿Y que lo puede todo?”

“Lo sé, Señor. Primero iba a la escuela mi hermano Tolmé y en la escuela se mezcla uno con los judíos. Por esto se saben tantas cosas. Sé que existe y que se llama Yeová y que nos han castigado porque los filisteos fueron malos con Él³, siempre nos lo echan en cara. Pero yo no existía en ese entonces, ni mi mamá, ni mi papá... ¿Por qué entonces...?” Y el llanto impide que salgan las palabras.

“No llores. Dios te ama también y me ha traído aquí por ti y por tu mamá ¿Sabes que los israelitas esperan al Mesías que debe venir para fundar el reino de los cielos? ¿El Reino de Jesús Redentor y Salvador del Mundo?”

“Lo sé., Señor. Y nos amenazan diciendo: “Entonces ¡ay de vosotros!””

“¿Y sabéis qué hará el Mesías?”

“Hará grande a Israel y nos tratará muy mal”.

“No. Redimirá al mundo, quitará los pecados, enseñará a no pecar, amará a los pobres, a los enfermos, a los afligidos, irá a donde estén ellos; enseñará a los ricos, a los sanos, a los felices que lo amen; recomendará que sea uno bueno para poseer la vida eterna y bienaventurada del cielo. Hará esto y no oprimirá a nadie”.

“¿Y cómo sabrá uno que es Él?”

“Porque amará a todos y curará a los enfermos que creen en Él; redimirá a los pecadores y enseñará el amor”.

³ Cfr. 1 Rey. 4, 1-7; 15; 17.

“Oh, ¡si estuviese antes de que mi mamá se muriese! ¡Yo creería! ¡Yo le rogaría! Iría a buscarlo hasta encontrarlo y le diría: “Soy una pobre niña sin padre. Mi mamá se está muriendo. Yo espero en Ti” y estoy segura que aunque yo sea filisteo, me escucharía”.

Una fe sencilla y fuerte vibra en la voz de la niña. Jesús sonríe. Mira a la pobrecita que camina a su lado. Ella no mira esta sonrisa brillante, porque va mirando en dirección de su casa que está ya cerca...

Llega a una casucha muy pobre, en el fondo de un callejón cerrado. “Es aquí, Señor, entra...” Una habitación miserable, un jergón con un cuerpo desvanecido, tres pequeñitos desde los tres hasta los diez años sentados junto al jergón. Miseria y hambre se reflejan por todas partes.

“La paz sea contigo mujer. No te muevas, no te desacomodes. Encontré a tu hijita y supe que estabas enferma. He venido. ¿Querías curarte?”

La mujer con un hilito de voz responde: “¡Oh, Señor!... Pero ya no tengo remedio... y le caen lágrimas.

“Tu hija ha llegado a creer que el Mesías puede curarte. ¿Y tú?”

“¡Oh! También yo creería... Pero, ¿dónde está el Mesías?”

“Soy Yo, quien te está hablando”. Y Jesús que estaba inclinado sobre el jergón hablando en voz baja cerca de la cara enflaquecida de la mujer, se endereza y en voz alta dice: “Quiero que seas curada”.

Los niños tienen como miedo de la imponencia de Jesús y los tres con sus caritas de estupor rodean en forma de corona el lecho materno. Dina se aprieta las manos contra su pechito. Una luz de esperanza, de felicidad atraviesa su carita. Casi se le va la respiración por lo emocionada que está. Tiene la boca abierta para decir una palabra que su corazón ya pronuncia, cuando ve que su madre, que tenía antes color de cera, demacrada como si una fuerza la atajase introduciéndose en ella, se incorpora, y luego con los ojos siempre fijos en los del Salvador, se pone de pie, da un grito de alegría: “Mamá”. La palabra que llenaba su corazón ha brotado... y luego otra más sale: “¡Jesús!” Y abrazando a su madre, la obliga a arrojarse diciendo: “Adora, adora. Es Él. El que el profesor de Tolmé tenía profetizado”.

“Adorar al verdadero Dios. Sed buenos. Acordaos de Mí. Adiós” y rápido sale mientras las dos felices están postradas en el suelo...”

81. Predicación y milagros en Ascalón

15 julio 1945

Los grupos de los apóstoles obedientes a las órdenes recibidas, uno tras otro vienen a la puerta de la ciudad. Jesús no ha llegado todavía. Pero poco después llega por un vericuetto que corre a lo largo de la muralla.

“El Maestro debió haber tenido buena suerte” dice Mateo. “Mirad cómo sonríe”.

Le salen al encuentro y juntos salen por la puerta del camino principal que bordea las hortalizas del arrabal.

Jesús les pregunta: “Y bien. ¿Qué tal os fue? ¿Qué hicisteis?”

“Muy mal” responden Iscariote y Bartolomé.

“¿Por qué? ¿qué os sucedió?”

“Que por un poco nos apedrean. Tuvimos qué escapar. Vámonos de este país de bárbaros. Regresemos a donde nos aman. Aquí no hablo más. No quería hablar. Pero luego me dejé convencer y Tú no me entretuviste. Y Tú sabes todo...” Iscariote está irritado.

“Pero, ¿qué te pasó?”

“Me fui con Mateo, Santiago y Andrés. Nos fuimos a la plaza de los Juicios, porque allí hay gente que escucha mientras tenga tiempo qué perder. Habíamos decidido que hablaría Mateo, el más apto para hablar a publicanos y a sus clientes. Él comenzó diciendo a dos que litigaban por un campo de una herencia embrollada: “no odiéis por lo que muere, y por lo que no podéis llevaros a la otra vida. Amaos para poder gozar de los bienes eternos que se obtienen tan sólo

con sujetar las malas pasiones y de este modo ser poseedores del bien”. Así dijiste, ¿no es verdad? Y luego continuó, mientras dos o tres se acercaron a oírlo: “Escuchad a la Verdad que enseña esto al mundo para que el mundo tenga paz. Sois testigos de que se sufre por esto. Por este interés desmesurado de las cosas que perecen. Pero la tierra no lo es todo. Existe también el cielo y en el cielo está Dios. Así como en la tierra está ahora su Mesías, que nos mandó a anunciaros que el tiempo de la misericordia ha llegado, y que no hay pecador que pueda decir: ‘Yo no seré escuchado’, porque si alguien se arrepiente verdaderamente, se le escucha, es amado, y se le invita al reino de Dios”.

“Se había ya juntado mucha gente. Unos escuchaban con respeto, otros hacían preguntas, perturbando a Mateo. Yo no vuelvo a dar respuesta para no echar a perder el discurso. Hablaré y responderé en particular. Que se conserven en su cabeza lo que queramos decir y que se callen. Pero Mateo quiso responder al punto... y también a nosotros nos hacían preguntas. Había también alguien que maliciosamente sonreía: “¡He aquí a otro loco! Claro que viene de la guarida de Israel. Los judíos son una grama que se extiende a todas partes. ¡He ahí sus eternas fábulas! Ellos tienen como cómplice a Dios. ¡Oídllos! Está en el filo de la espada y en el veneno de la lengua ¡Oíd! ¡Oíd! Ahora sacan a relucir a su Mesías. Otro frenético que nos atormentará como en siglos anteriores. ¡Mueran Él y su raza!”

Entonces perdí la paciencia. Hice a un lado a Mateo que continuaba hablando como si nada, si le estuvieran brindando honores, y comencé a hablar yo. Tomé a Jeremías¹ como punto de mi discurso: “He aquí que suben las aguas del septentrión y se convertirán en un torrente que inunda...” “A su estruendo” dije “el castigo de Dios que caerá sobre vuestra raza perversa, hará estrépito como torrentes de agua. Y por su parte habrá armas y habrá soldados de la tierra y celestiales honderos, todo bajo las órdenes de los jefes del pueblo de Dios para castigar vuestra terquedad, a su estruendo perderéis toda fuerza. Caerán orgullosos, corazones, brazos, cariños, todo. Seréis exterminados, vanguardia de la isla del pecado, puerta del infierno. ¿Os habéis hecho orgullosos porque Herodes os ha reconstruido la ciudad? Pero seréis arrasados, hasta que os hagáis calvos sin esperanza. Seréis castigados en vuestras ciudades y poblados, en los valles y en las llanuras. La profecía no ha muerto todavía...” y quería continuar pero se nos arrojaron, y sólo por una caravana que providencialmente pasaba por la calle, pudimos salvarnos, porque las piedras empezaban a volar. Dieron las piedras contra camellos y camelleros. Se trabó una riña, y pudimos emprender la de Villadiego. Luego nos quedamos quietos en el patio de las afueras de la ciudad. ¡Ah! No vuelvo más aquí...”

“Pero, perdona... los ofendiste. ¡La culpa es tuya! Ahora se comprende por qué llegaron a tan hostiles medios para arrojarnos!” exclama Natanael. Y continúa: “Escucha, Maestro. Nosotros, esto es, Simón de Jonás, Felipe y yo, nos fuimos en dirección de la torre que da al mar. Había allí marineros y dueños de naves que cargaban sus mercancías para Chipre, Grecia y hasta para lugares más lejanos. Maldecían contra el sol, el polvo, el cansancio. Blasfemaban de su suerte de filisteos, de esclavos. Blasfemaban contra los profetas y el templo y contra todos nosotros. Me quería retirar, pero Simón no quiso: “No, al revés. Son exactamente estos pecadores a quienes debemos acercarnos. El Maestro lo haría y también nosotros debemos hacerlo”. “Habla tú, entonces” dijimos Felipe y yo. ‘¿Y si no lo sé hacer?’ contestó Simón.

“Entonces te ayudaremos” respondimos.

Simón, pues, fue sonriente hacia dos que, sudando se habían sentado sobre un gran fardo, que no lograba llevar a la nave. Dijo: “Está pesado ¿no es verdad?” “Más que pesado es que estamos cansados. Debemos terminar la carga porque el patrón lo ha ordenado. Quiere zarpar en las horas de bonanza porque esta noche el mar estará intranquilo, y es menester haber pasado los escollos, para no peligrar”. “¿Escollos en el mar?” “Sí allí donde el agua está bullendo. Lugares peligrosos”. “Corrientes, ¿no?... ¡Entiendo! El viento del sur da vuelta en la

¹ Cfr. Jer. 47, 1-7.

punta y allí se encuentra con la corriente...” “¿Eres marino?” “Pescador de agua dulce. Pero el agua siempre es agua, y el viento. He bebido más de una vez, y la carga se me ha ido al fondo varias veces. Es un trabajo hermoso pero duro. En todas las cosas hay siempre su lado bello y su lado feo; su lado bueno y lado malo. Ningún lugar está hecho de solo malos, ni ninguna raza es toda cruel. Con un poco de buena voluntad se pone uno siempre de acuerdo y se encuentra que por todas partes hay gente buena. ¡Ea! Os quiero ayudar” y Simón llamó a Felipe diciendo: “¡Fuerzas se necesitan! Coge de allí, y yo de aquí, y esta buena gente nos lleva allá, a su nave, a las bodegas”.

Los filisteos no querían, pero después consintieron. Puesta en su lugar la carga y otra que había en el puente, Simón se puso a alabar la nave, como él sabe hacerlo, a alabar el mar, la ciudad tan hermosa vista desde el mar, a interesarse de la navegación marina, de ciudades de otras naciones. Y todos a su rededor, todos le agradecían y lo alababan... Hasta que uno preguntó: “¿De dónde eres tú? ¿Nilótico?” “No, del mar de Galilea. Como veis no soy un tigre”. “Es verdad, ¿Buscas trabajo?” “Sí”. “Yo te contrato si quieres. Veo que eres un marino capaz” dijo el patrón. “Yo al revés te contrato a ti”. “¿A mí? Pero ¿no has dicho que andas en busca de trabajo?” “En verdad; mi trabajo es llevar hombres al Mesías de Dios. Tú eres un hombre, y por lo tanto, un trabajo mío”. “Pero soy filisteo!” “¿Y... qué? ¿Qué quiere decir?” “Quiere decir que nos odiáis, nos perseguís desde remotos tiempos. Lo han dicho siempre vuestros jefes...”. “Los profetas... ¿no es eso? Pero ahora los profetas son voces que no gritan más. Ahora existe sólo el Único grande y Santo, Jesús. No grita sino que llama con voces de amigo. No odia. No quiere que alguien odie. Él ama a todos y quiere que amemos aun a nuestros enemigos. En su reino, no habrá más vencidos ni vencedores; no habrá libres y esclavos; ni amigos y enemigos. No existirán más esas discriminaciones que causan tanto mal, que han nacido de la perversidad humana. Tan sólo estarán sus seguidores, esto es, la gente que vive en el amor, en la libertad, en la victoria de todo lo que es peso y dolor. Os ruego que queráis creer a mis palabras y a tener deseo de Él. Las profecías fueron escritas, pero Él es más grande que los profetas; y para quien ama, las profecías han dejado de existir. ¿Veis esta hermosa ciudad vuestra? La encontraréis otra vez más bella en el cielo si lográis amar a nuestro Señor Jesús, el Mesías de Dios”.

Así estuvo hablando Simón, bonachón e inspirado al mismo tiempo. Todos le escuchaban con atención y respeto. Sí, con respeto. Pero de una calle se oyeron gritos de personas armadas con bastones y piedras. Nos vieron y reconocieron por el vestido como forasteros, y por forasteros –ahora entiendo– de tu misma raza Judas, y por tales nos tomaron. Si no nos hubieran protegido los de la nave, no estaríamos para contarlos. Nos bajaron en una chalupa y nos llevaron por el mar. Nos hicieron bajar en la playa cerca de los jardines del sur, y de allá nos vinimos junto con los que cultivan las flores para los ricos de acá. Pero tú, Judas, echaste a perder todo. ¿Es esa la manera de decir insolencias?”

“Es verdad”.

“Hay que saber usarla. Tampoco Pedro dijo mentira alguna, pero ¡supo hablar!” replica Natanael.

“¡Oh, yo! Traté de ponerme en el lugar del Maestro, pensando “Él se portaría así, muy dulce. Entonces... yo...” dice con sencillez Pedro.

“Yo prefiero los modales majestuosos. Son más propios de reyes”.

“Tu acostumbrada idea. Estás equivocado, Judas. Hace un año que el Maestro te va corrigiendo de este modo de pensar, pero no haces caso de ello. Tú también estás obstinado en el error como los filisteos sobre los que te arrojas” le reprende Simón Zelote.

“¿Cuándo me ha corregido por eso? Y luego cada uno tiene su modo de ser y debe usarlo”.

Simón Zelote tiene hasta un sobresalto al oír estas palabras. Mira a Jesús que calla, y le responde con una sonrisa como que está de acuerdo.

“No es una razón esta” dice calmadamente Santiago de Alfeo y continúa: “Nosotros ¿no estamos aquí para corregirnos antes que corregir? El Maestro ha sido primero nuestro

Maestro. No lo habría sido si no hubiese querido que cambiásemos nuestras costumbres e ideas”.

“Era Maestro por la sabiduría”.

“¿Era?... ¡Es!” dice serio Tadeo.

“¡Cuántas cavilaciones! Es. Sí. Es”

“Y también es de todos los demás Maestro, no sólo por la sabiduría. Su enseñanza se dirige a todo lo que hay en nosotros. Él es perfecto, nosotros imperfectos. Esforcémonos, pues, a serlo” aconseja con dulzura Santiago de Alfeo.

“No creo haber cometido culpa alguna. Es que son una raza maldita. Todos son perversos”.

“No. No puedes afirmar” interrumpió Tomás. “Juan fue entres los de la clase ínfima: los pescadores que llevan el pescado al mercado. Y mira este saco húmedo. Es del pescado más sabroso. Gastaron su ganancia en dárnoslo. Por miedo de que no estuviese fresco por la tarde el de la mañana, volvieron al mar, y quisieron que estuviésemos con ellos. Me parecía estar en el Lago de Galilea y te aseguro que si el lugar parecía recordarlo, lo parecían las barcas llenas de caras atentas. Mucho más lo recordaba Juan. Parecía otro Jesús. Las palabras de su boca sonriente le salían dulces como la miel. Su cara brillaba como otro sol. ¡Cómo se parecía a Ti, Maestro! Yo estaba conmovido. Estuvimos por tres horas en el mar, en espera de que las redes extendidas sobre las boyas, estuviesen llenas de peces, y fueron tres horas de felicidad. Querían verte pero Juan dijo: “Os doy la cita en Cafarnaum” algo así como si hubiese dicho: “Os doy la cita en la plaza de vuestra ciudad” Y con todo, prometieron: “Iremos y tomaron nota. Tuvimos qué luchar para que no nos cargasen con tanto pescado. Nos dieron hasta el más fino. Vamos a cocerlo. Esta noche un buen banquete, para rehacernos del ayuno de ayer”.

“Pero ¿qué dijiste pues? Pregunta cortado Iscariote.

“Nada especial. Hablé de Jesús” responde Juan.

“A la manera como tú hablaste. También Juan citó los profetas. Pero los puso al revés” explica Tomás.

“¿Al revés? ¿de cabeza?” pregunta sorprendido Iscariote.

“Sí. Tú de los profetas extrajiste aspereza, él dulzura. Porque en resumidas cuentas, la misma aspereza de ello es amor, exclusivo, violento, si quieres, pero siempre amor por las almas que querrían que fuesen fieles al Señor. No sé si lo has pensado, tú, el alumno de escribas. Yo sí, bien que sea orfebre. También el oro se bate y se pone al fuego, pero para hacerlo más bello. No por odio, sino por amor. Así los profetas con las almas. Yo lo entiendo, probablemente por que soy orfebre. Citó la profecía de Zacarías referente a Adrac y Damasco llegando al punto: “A la vista de esto Escalón será tomada de espanto y Gaza se encontrará en gran duelo y también Acarón porque se ha desvanecido su esperanza. Gaza no tendrá más rey”², se puso a explicar cómo todo esto ha sucedido porque el hombre se ha separado de Dios, y ha hablado de la venida del Mesías, que es perdón de amor, prometió que de una realeza pobre, como los hijos de la tierra se auguran para sus naciones, los hombres que siguieren al Mesías en su doctrina, llegarán a poseer una realeza eterna e infinita en el cielo. Decirlo es nada, pero ¡oírlo! Parecía como si se escuchase una música y que fuese uno transportado por los ángeles; mira que los profetas que te dieron de palos, a nosotros nos dieron pescado exquisito”.

Judas guarda silencio desconcertado.

“¿Y vosotros?” pregunta el Maestro a sus primos y a Zelote.

“Fuimos por donde están los astilleros, los calafateadores. También nosotros hemos preferido ir a donde están los pobres, pero también había ricos filisteos que vigilaban la construcción de sus navíos. No podíamos decir quién debía hablar, y lo decidimos como los niños, con puntos. Judas sacó siete dedos, yo cuatro, Simón dos. Tocaba pues a Judas. Y habló” explica Santiago de Alfeo.

“¿Qué dijiste?” preguntan todos.

² Cfr. Zac. 9, 1-8

“Me di a conocer francamente por lo que soy. Les dije que les rogaba por su gran hospitalidad que acogiesen la palabra de un peregrino que venía con ellos, como otros tantos hermanos. Que tenemos un mismo origen y fin, y una esperanza, no común, sino llena de amor, de poder llevarlos a la casa del Padre y llamarlos “hermanos” en la eternidad, en medio de la suprema alegría del cielo. Dije después: “Está dicho en Sofonías³, nuestro Profeta: ‘La región del mar será lugar de pastores... allí tendrán sus pastizales y por la tarde descansarán en las casas de Ascalón’”. Desarrollé el pensamiento diciendo: “El Pastor supremo ha llegado entre vosotros, no está armado de flechas, sino de amor. Os extiende los brazos, os señala sus santos pastizales. No recuerda el pasado sino para compadecer a los hombres por el mal que se hacen y se han hecho, como niños tontos, con el odio, mientras habrían podido hacer desaparecer tanto dolor amándose mutuamente, porque son hermanos. Esta tierra –he dicho– será lugar de pastores santos, los siervos del Pastor supremo que ya saben que aquí tendrán sus pastizales más fértiles y los rebaños mejores, y su corazón, en la tarde de su vida podrá descansar, pensando en vuestros corazones, en los de vuestros hijos, más familiares que las casas de amigos porque tendrán como patrón a Jesús, nuestro Señor”. Me entendieron, me preguntaron, mejor dicho, *nos* preguntaron. Y Simón ha referido su curación, mi hermano tu bondad para con los pobres. La prueba aquí está. Cinco gruesas bolsas para los pobres que encontramos por el camino. Tampoco a nosotros los profetas nos hicieron ningún mal”.

Iscariote no dice ni siquiera esta boca es mía.

“Pues bien” dice Jesús consoladoramente, “otra vez Judas lo hará mejor. Él creyó que haría bien de este modo. Como obró con fin honesto no cometió ningún pecado. Estoy también contento de él. Hacerla de apóstol no es fácil. Se aprende después. Una cosa me desagrada y es de no haber visto antes ese dinero y de no haberos encontrado. Me hubiera servido para socorrer a una familia desgraciada”.

“Podemos regresar. Todavía es temprano... pero, perdona, Maestro ¿cómo la encontraste? Tú, ¿qué hiciste? ¿De veras nada? ¿No has evangelizado?”

“¿Yo? He paseado. Con el silencio dije a una prostituta: “Deja el pecado”. Encontré a un niño, pilluelo como el que más, y lo evangelicé intercambiándonos regalos. Le di la hebilla que María Salomé me había puesto en el vestido allá en Betania, y me dio este trabajo suyo”. Jesús se saca del vestido el muñeco caricaturesco. Todos lo miran y se echan a reír. “Luego fui a ver los primeros tapetes que hace uno de Escalón para venderlos en Egipto y en otras partes... luego consolé a una niña sin padre, y le curé a su madre”.

“¿Y te parece poco?”

“Sí. Porque tenía también necesidad de dinero y no lo tuve”.

“Vayamos adentro nosotros... los que no dimos molestias a nadie” dice Tomás.

“¿Y tus pescados?” dice con burla Santiago de Zebedeo.

“¿El pescado? Aquí está. Vosotros que... tenéis encima el anatema, id a la casa del viejo que nos hospeda y comenzad a prepararlo. Nosotros vamos a la ciudad”.

“Sí” dice Jesús. “Pero yo os muestro la ciudad de lejos. Habrá gente. Yo no voy. Me entretendrían. No quiero disgustar al que nos hospeda, faltando a su invitación. La descortesía es siempre una acción que falta a la caridad”.

Iscariote baja la cabeza más y se pone morado. Cambia tantas veces de color cuantas veces ha caído en esa falta.

Jesús continúa: “Iréis a la casa y buscaréis a la niña. No hay más que ella. No os equivocareis. Le daréis esta bolsa y le diréis: “Esta te la manda Dios porque has sabido creer. Para ti, tu mamá y hermanitos”. No digáis más. Y regresaos al punto. Vamos”.

El grupo se divide. Con Jesús y a la ciudad van Juan, Tomás y los primos; los otros van a la casa del hortelano filisteo.

³ Cfr. Sof. 2, 4-7.

82. Jesús en Magdalgad reduce a cenizas a un ídolo

16 julio 1945

Escalón y sus hortalizas son ya un recuerdo. En las horas frescas de una bellísima mañana, dando las espaldas al mar, Jesús con los suyos se dirige hacia las colinas verdeantes, poco bajas, pero hermosas que se elevan en la llanura exuberante. Los apóstoles descansados y contentos alegremente hablan de Ananías, de sus esclavas, de Ascalón, de la algaraza que hubo en la ciudad a su regreso por haber llevado las monedas a Dina.

“Estaba escrito que tenía que probar los estrechamientos de los filisteos. El odio y el amor tienen las mismas manifestaciones, si se quiere. Y yo, que no había tenido por qué quejarme del odio de los filisteos por poco me hieren por su amor. Esos fanáticos del milagro, por poco nos meten en la cárcel para que les dijésemos en dónde estaba el Maestro. Y qué griterío. ¿Verdad, Juan? La ciudad hervía como un caldero. Los que estaban descontentos no querían admitir razones y querían buscar a los judíos para darles de palos, los que habían recibido el beneficio, o amigos de ellos, querían persuadir a los primeros que un dios había pasado. ¡Una confusión! Tienen para discutir por varios meses. Lo malo está en que discuten más con los bastones que con la lengua. Y bien... están entre sí. Que hagan lo que quieran” dice Tomás.

“Pero no son malos...” anota Juan.

“No. Solamente están cegados por muchas cosas” responde Zelote.

Jesús por un largo espacio de camino no dice ni una palabra. Luego: “Voy ahora a aquel poblado que está sobre el monte. Vosotros continuaréis hasta Azoto. Prestad atención. Sed corteses, dulces, pacientes. Aunque se burlen de vosotros, soportadlo en paz, como ayer hizo Mateo, y Dios os ayudará. Salid al crepúsculo. Id cerca del estanque que está en las cercanías de Azoto. Allí nos volveremos a encontrar”.

“Pero, Seor, ¡yo no permito que vayas solo!” exclama Iscariote. “Esta gente es violenta... es una imprudencia”.

“No tengas miedo por Mí. Vete, vete, Judas, y *tú* sé prudente. Hasta la vista. La paz sea con vosotros”.

Los Doce se van poco contentos. Jesús los mira irse y toma el sendero fresco, sombrío de la colina, que está cubierta con bosques de olivos, nogales, higueras y viñedos bien cultivados y que están cargados de frutos. En la llanura hay campos de cereales, en las pendientes apacientan cabras rubias sobre la verde hierba.

Jesús llega a las primeras casas del poblado. Está para entrar cuando encuentra un extraño cortejo. Mujeres que gritan, hombres que dan voces alternadas de quejas y todos forman una especie de danza en rededor de un macho cabrío, que avanza con los ojos vendados. Se le va pegando. Le cae sangre por las rodillas por tropezar y caer sobre las piedras del camino. Otro grupo, que también vocifera y da alaridos, se agita alrededor de un simulacro esculpido, muy feo a la verdad que tiene arriba algo así como sartenes en los que hay brazas encendidas las que alimentan echándoles resina y sal —al menos así parece— porque el olor es de resina, y la sal chisporrotea al contacto del calor. Un tercer grupo rodea un santón delante del cual continuamente se inclinan gritando: “¡Por tu fuerza!” (hombres). “¡Tú sólo puede!” (mujeres). “¡Suplica al dios!” (hombres). “¡Quita el sortilegio!” (mujeres). “¡Da órdenes a la matriz!”. “¡Salva a la mujer” y todos al mismo tiempo con gritos estruendosos: “¡Muerte a la maga!” Y luego, con variantes, otra vez. “¡Por tu fuerza!”, “¡Tú sólo puedes!”, “¡Ordena al Dios!”, “¡Que haga ver!”, “¡Da órdenes al macho cabrío!”, “¡Que señale a la maga!” y en un alarido de condenados: “¡Que odia a la casa de Fara!”

Jesús detiene a uno del último grupo y le pregunta dulcemente: “¿Qué sucede? Soy forastero...”

Como la procesión se detuvo un momento para golpear al macho cabrío, echar resina en los braceros y tomar alimento, el hombre le explica: “La esposa de Fara, el gran de Magdalgad, está muriendo de parto. Una que la odia le ha echado el maleficio. Las entrañas se le han anudado y el hijo no puede nacer. Buscamos a la maga para matarla, sólo así la esposa de Fara se salvará, y si no encontramos a la maga, sacrificaremos al macho cabrío para impetrar

misericordia de la diosa Matriz". (se comprende que aquel escarabajo de títere es una diosa...).

"Deteneos. Soy capaz de curar a la mujer y de salvar al niño. Decidlo al sacerdote" dice Jesús al hombre y a otros dos que se han acercado.

"¿Eres médico?"

"Algo más".

Los tres rompen entre la gente y van al sacerdote idólatra. Le hablan, corre la voz. La procesión, que tornaba a caminar, se detiene. El sacerdote, imponente en sus vestidos multicolores, hace una señal a Jesús y ordena: "Joven, ¡ven aquí!" Cuando lo tiene cerca: "¿es verdad cuanto dijiste? Mira, que si lo que has dicho no sucede, pensaremos que el espíritu de la maga se ha apoderado de ti y te mataremos en su lugar".

"Es verdad. Llevadme al punto a donde está la mujer, y entre tanto dadme el macho cabrío. Tengo necesidad de él. Quitadle las vendas y traédmelo aquí".

Así lo hacen. El pobre animal, atolondrado, tambaleándose, sangrando, es llevado a Jesús que lo acaricia sobre la negra cerviz.

"Ahora es necesario que me obedezcáis todos. ¿Lo haréis?"

"¡Sí!", grita la turba.

"Vamos. No gritéis más, no queméis más resina. Lo ordeno".

Se dirigen al poblado y por una calle que es la mejor, llegan a una casa que está en el centro del huerto. Gritos y llantos salen por las puertas abiertas, y sobre todo, lúgubre, atroz el lamento de una mujer que no puede dar a luz al hijo.

Corren a avisar a Fara que se acerca con color de cera. Viene despeinado. Mujeres que lloran lo acompañan e inútiles santones en los que se quema incienso y se queman hojas.

"¡Sálvame a mi mujer!", "¡Salva a mi hija!", "¡Sálvala, sálvala!" gritan simultáneamente el hombre y una vieja y la turba.

"La salvaré y con ella a tu niño, porque es un niño, y hermosísimo con dos dulces ojos color aceituna que está madurando y de cabellos negros como este".

"¿Cómo lo sabes? ¿Qué ves?... ¿También las entrañas?"

"Yo veo en todo y lo penetro. Reconozco y puedo. Soy Dios".

Hubiese mandado un rayo y habría hecho menos efecto. Todos se arrojan al suelo como muertos.

"Levantaos, escuchad. Soy el Dios Poderoso y no soporto otros dioses delante de Mí. Haced una hoguera y arrojad esa estatua".

La multitud se revela. Comienza a dudar del "dios" misterioso que ordena que sea quemada la diosa. Los más encolerizados son los sacerdotes.

Pero Fara y su suegra, a quienes importa la vida de la mujer, se oponen a la multitud hostil, y como Fara es el grande del poblado, la turba no pasa a la obra. Fara pregunta: "¿Cómo puedo creer que Tú eres Dios? Dame una señal y ordenaré que se haga lo que quieres".

"Mira... ¿Ves las heridas de este macho cabrío? Están abiertas, ¿verdad? Sangran... ¿no es así? La bestia está casi para morir ¿no es verdad? ¡Pues bien! Yo quiero que no sea así... ¡Mira!"

El hombre se inclina y mira... y da un grito: "¡No tiene ninguna herida!" y se arroja al suelo diciendo: "¡Mi mujer... mi mujer!"

Pero el sacerdote de la procesión dice: "¡Ten miedo, Fara! No conocemos quién sea este. Ten miedo a la venganza de los dioses".

El hombre se encuentra en medio de dos temores: los dioses, la mujer... Pregunta: "¿Quién eres?"

"Yo soy el que soy. En el cielo y en la tierra. Cualquier poder me está sujeto. Cualquier pensamiento me es conocido. Los habitantes del cielo me adoran, los habitantes del infierno me temen. Y los que creen en Mí verán que se cumple cualquier prodigio".

"¡Creo! ¡Creo!... ¡Tu nombre!"

“Jesucristo, el Señor Encarnado. ¡Este ídolo a las llamas! No soporto dioses ante mi presencia. Esos incensarios que se apaguen. No existe más que mi Fuego que puede y quiere. Obedecer o Yo reduciré a cenizas ese ídolo y me iré sin salvarla”.

Jesús es majestuoso en su vestido de lino, de cuya espalda pende el manto azul que llega hasta los pies. Ha levantado su brazo en señal de orden. Su rostro fulgura. Tienen miedo de Él. Nadie habla... En el silencio, el grito cada vez más débil y más estrujador de la mujer que está sufriendo. Se tardan en obedecer. El rostro de Jesús se hace cada vez más terrible. No se le puede mirar. Es un fuego que quema materia y espíritus. Los sartenes de cobre son los primeros que no resisten su fuerza... y con todo los carbones parecen apagados... luego los cargadores del ídolo deben poner en el suelo las andas que llevan sobre las espaldas, porque la madera se carboniza como si una misteriosa llama la consumiese, y apenas en el suelo, el ídolo arde completamente.

La gente aterrorizada huye...

Jesús se volve a Fara: “¿Puedes creer realmente en mi poder?”

“Creo. Creo. Tú eres Dios. Eres el Dios Jesús”.

“No. Yo soy el Verbo del Padre, de Yeové de Israel, que ha venido en carne, sangre, alma y divinidad a redimir el mundo y a darle la fe en el Dios verdadero, Uno y Trino que está en los cielos altísimos. Vengo a dar ayuda y misericordia a los hombres para que dejen el error y vengan a la verdad que es el único Dios de Moisés y de los profetas. ¿Puedes creer?”

“Creo, creo”.

“He venido a traer el camino, la verdad y la vida a los hombres, para aplastar los ídolos y enseñar la sabiduría. Por Mí el mundo será redimido porque moriré por amor del mundo y para la salvación eterna de los hombres. ¿Puedes creer así?”

Creo, creo”.

“He venido a decir a los hombres que si creen en Dios verdadero, tendrán la vida eterna en el Cielo, ante el Altísimo que es el creador de todos los hombres, animales, plantas y estrellas. ¿Puedes creer todavía?”

Creo, creo”.

Jesús no entra ni siquiera en la casa. Extiende sus brazos en dirección de la casa, con las manos extendidas, como en la resurrección de Lázaro y grita: “¡Sal a la luz para que conozcan la luz divina y por orden de la Luz que es Dios!” Un mandato sin réplica. Un momento después de oye un grito de triunfo envuelto en un gemido de alegría. A continuación un imperceptible gemido del recién nacido, que poco a poco va aumentando su fuerza y en claridad.

“Tu hijo llora al saludar a la tierra. Ve donde él y dile, ahora y después también, que la tierra no es la patria, sino el cielo. Edúcalo y también educa te para el cielo. Esta es la verdad que te habla. Esas... (señala los sartenes de cobre enroscados como hojas secas, inservibles, tirados por el suelo, y la ceniza muestra el lugar de las andas del ídolo) son la mentira que ni ayuda ni salva. Adiós”.

Y hace por irse, pero una mujer corre a Él, llevando un niño vivaz: “Es un varón, Fara. Hermoso, robusto con ojos morados como de aceituna que está madurando y los mechoncos más finos que los de un macho cabrío destinado al sacrificio. La mamá dichosa está descansando. No sufre nada, como si nada hubiera pasado. Algo imprevisto, cuando estaba ya a punto de morir... y después de aquellas palabras...”

Jesús sonríe. El hombre le presenta al recién nacido y Él lo toca en la cabeza con la punta de sus dedos. La gente, menos los sacerdotes que se han ido encolerizados por la defección de Fara, se acerca curiosa para ver al recién nacido y para ver a Jesús.

Fara querría darle cosas y dinero por el milagro, pero Jesús dice dulce y resueltamente: “Nada. El milagro no se paga sino con fidelidad para con Dios que lo sucedió. Me quedo tan sólo con este macho cabrío como recuerdo de la ciudad” y se va con el animal que trota a su lado, como si fuese su dueño. Sin heridas, contento, balando de alegría de estar con uno que no lo golpea... Descienden por los riscos de la colina, tomando el camino principal que lleva a Azoto...

Cuando llega la tarde, cerca del estanque sombreado, Jesús ve que vienen sus discípulos y de ambas partes hay admiración. Los discípulos se admiran de que Jesús venga con ese macho cabrío, y Él, de que los ve con caras tristes como de quien no ha logrado nada.

“Desgracia, Maestro. No nos golpearon, pero nos arrojaron de la ciudad. Hemos vagado por la campiña y pagando muy caro hemos conseguido algo de comida. Sí fuimos buenos...” dicen desconsolados.

“No interesa. También de Hebrón nos arrojaron el año pasado, y hace poco nos hicieron honores. No debéis desconsolaros”.

“¿Y Tú, Maestro? ¿Y ese animal?” le preguntan.

“Fui a Magdalgad. Reduje a cenizas a un ídolo y los incensarios dedicados a él, e hice que naciera un niño; prediqué al Dios verdadero por medio de milagros y me trajeron por regalo este macho cabrío destinado al culto idolátrico. ¡Pobre animal, era todo una llaga!”

“Pero, ¡ahora está bien! ¡Es un bello ejemplar!”

“Un animal sagrado, destinado al ídolo... Sano... Sí. El primer milagro que hice para convencerlos de que soy poderoso y no un pedazo de leño”.

“¿Y qué vas a hacer con él?”

“Se lo llevo a Marziam. Ayer un espantajo, hoy un macho cabrío. Será feliz”.

“¿Te lo vas a llevar hasta Betel?”

“Claro. No veo nada malo en ello. Si soy el Pastor podré tener un carnero. Lo daremos a las mujeres y se lo llevarán a Galilea. Encontraremos una cabra, Simón, te convertirás en pastor de cabritos, mejor que si fueras de ovejas... pero el mundo tiene más cabras que corderos... es un símbolo, Pedro mío. Acuérdate de él... con tu sacrificio... ganarás muchas cabras y corderos. Venid, vamos a aquel poblado que está en medio de los huertos. Encontraremos alojamiento en sus casas o en sus gavillas que tienen ya atadas en los campos y mañana iremos a Yabnia”.

Los apóstoles están extrañados, apesadumbrados, desilusionados. Extrañados del milagro, apesadumbrados por no haber estado, desilusionados de su incapacidad, mientras Jesús todo lo puede. Por el contrario ¡qué contento está! Logra persuadirlos de que “nada es inútil, ni siquiera la derrota, porque sirve para que seáis humildes; el hablar sirve para dar a conocer un nombre, el Mío... y dejar un recuerdo en los corazones” y es tan convincente y radiante su alegría que también ellos terminan por serenarse.

83. Enseñanzas a los apóstoles yendo a Yabnia

17 julio 1945

“¿Iremos de Yabnia a Acarón?” preguntan varios al ir caminando por una fertilísima campiña donde duermen los granos de trigo su último sueño al sol, al gran sol que maduró, y que ahora en gavillas están por los campos segados y tristes, como inmensos lechos funerarios, ahora que no tienen ya más sus vestidos de espigas, sino sábanas de trigo en espera que se le lleve a otra parte.

Pero si los campos están desnudos, los manzanares están vestidos de fiesta con sus frutos que pronto madurarán, que pasan del verde oscuro de frutita, al amarillo rosado que lucen como si les hubiesen puesto cera. También los higos abren sus cofrecitos, sacando de su pellejo elástico el dulcísimo tesoro de la fruta que fue flor, y enseñan, además del color verde, blanco y violeta la gelatina transparente y esparcida como sémola más oscura que la pulpa. Los olivos al menor viento sacuden sus gotas de óvalo de jade suspendidas al tronquito entre el verde-plata de las ramas. Los nogales, llenos de dignidad sostienen en su tallo sus frutos que se hinchan bajo la cáscara. Los almendros terminan por madurar sus frutos en la cubierta que arruga su terciopelo y que cambia de color. Las vides hinchan sus uvas y hay más de un racimo que ufano por su suerte se adelanta a pintarse de topacio transparente y con el futuro rubí cuando esté maduro. Los cactus de la llanura o de las faldas de las colinas, se alegran con las decoraciones que día tras día son más claras que las gotitas de coral que algún pintor

con tanta maestría puso alegre arriba de las hojas pulposas que parecen manos y manos, encerradas en estuches de espinas que alargan al cielo sus frutos que de ellos nacieron y en ellas han madurado.

Una que otra palma y algarrobos recuerdan a uno el África cercana y mientras aquellas resuenan sus castañuelas entre las hojas duras estos se han vestido de esmalte de color verde oscuro, orgullosos de su galante vestido, están firmes, sin moverse. Cabras rubias y cabras negras, altas, ligeras, de largos cuernos retorcidos y de ojos dulces y vivaces se alimentan de los cactus y no dudan en comer bien los magueyes de largas y duras pencas; magueyes, que cual alcachofas, abiertos en su centro, arrojan de su corazón el candelabro de catedral; de en medio de sus grandes brazos, sobre el cual flamea gallarda la flor amarilla o roja de perfume tan delicado.

África y Europa se dan la mano en cubrir la tierra con hermosa vegetación. Apenas el grupo apostólico deja la llanura para tomar un camino que trepa por una colina lateralmente cubierta de viñedos, cuya pendiente mira al mar –pendiente pedregosa calcárea en la que la uva debe ser algo divino, como jugo transformado en jarabe– he ahí el mar, mi mar, el mar de Juan, el mar de Dios. Aparece con su paño inmenso de seda encrespada y azul que habla de lejanías infinitas de poder... mientras canta con el cielo y con el sol el frío de las glorias creadoras. Y la llanura toda se extiende, en toda su belleza de ondas de colinitas de unos cuantos metros, que se mezcla con los terrenos planos, en dunas de oro fino que llegan hasta la ciudad y poblados situados juntos al mar, blancos en un fondo azul.

“¡Qué bello es! ¡Qué bello!” murmura extático Juan.

“Pero, Señor mío, ese muchacho vive de azul. Debes destinarlo para eso. Parece como si viera a su prometida cuando ve el mar” dice Pedro que no hace diferencia entre el agua del mar y el agua del lago. Y bonachonamente se echa a reír.

“Está ya destinado, Simón. Todos tenéis vuestro destino”.

“¡Oh! ¿Y a dónde me mandas?”

“¿A ti...?”

“Dímelo. Sé bueno”.

“A un lugar más grande que tu ciudad y la mía, más grande que Mágdala y Tiberíades juntas”.

“Me extraviaré”.

“No tengas miedo. Parecerás una hormiga sobre un esqueleto. Pero yendo y viniendo lo resucitarás”.

“No entiendo nada... Sé más claro”.

“Entenderás... entenderás...” y Jesús sonríe.

“¿Y yo?” “¿Y yo?” Todos quieren saber.

“Haré así”. Jesús se inclina –están junto a una ribera guijosa de un río que todavía tienen mucho agua en su centro– y toma un puñado de guijarros pequeños. Los arroja al aire y caen en diferentes direcciones. “Ved. Esta piedrita se ha quedado entre los cabellos. También vosotros seréis esparcidos”.

“Y Tú, Hermano, representas la Palestina, ¿verdad?” pregunta con seriedad Santiago de Alfeo.

“Sí”.

“Querría saber quién es el que queda en Palestina” pregunta de nuevo Santiago.

“Guarda esta piedrita como recuerdo” y le da la que se había quedado entre sus cabellos, con una sonrisa.

“¿No podrías dejarme en Palestina? Soy más apto, porque soy el más tonto y en casa propia me las arreglo muy bien. Pero afuera...” dice Pedro.

“Tú, por el contrario, eres el menos apto para quedarte aquí. Tenéis prevención contra el resto del mundo, y creéis que es más fácil evangelizar tierras de fieles que de idólatras, mientras es todo lo contrario.

Si reflexionáis qué nos ofrece la *verdadera* Palestina en sus clases altas y también, aunque no tanto, en su pueblo, y si pensáis que aquí, en el lugar en que el nombre de Palestina es odiado, y el de Dios, en su verdadero sentido desconocido, hemos sido acogidos no menos peor que en Judea, en Galilea y en la Decápolis, despreciarían vuestras prevenciones y veréis que estoy en lo cierto al decir que es más fácil convencer a los ignorantes del Dios verdadero que a los del Pueblo de Dios, idólatras sutiles, culpables y que creen orgullosamente ser perfectos, y tal cual quieren permanecer. ¡Cuántas joyas, cuántas perlas ve mi ojo donde vosotros veis solo tierra y mar! La tierra de las multitudes que *no son* Palestina. El mar del linaje humano que *no es* Palestina y que, como mar, no pide otra cosa sino que se acepte a los buscadores para darles estas perlas y que, como tierra ser escarbada para dejar que se apoderen de las joyas. Los tesoros están doquier. Pero hay que buscarlos. Cada terrón puede esconder un tesoro y alimentar una semilla; cada lugar profundo puede ocultar una perla. Pero ¿qué pues? ¿Querriais acaso que el mar se resolviese en su fondo como terribles tempestades para arrebatrar a los bancos sus ostras de perlas, abrirlas al ser golpeadas con la marea y presentarlas luego en la playa a los perezosos que no quieren fatigarse, a los pusilánimes que no quieren enfrentarse a los peligros? ¿Pretenderíais que la tierra formase de un grano de arena una planta para que sin ninguna semilla os diera sus frutos? No, queridos míos. Es necesario el sudor, el trabajo, el atrevimiento. Y sobre todo, no están bien las prevenciones.

Vosotros, lo sé, quién más, quién menos, desaprobáis este viaje entre los filisteos. Ni siquiera las glorias de esas tierras recuerdan, las glorias de Israel que hablan de esos campos, fecundados por la sangre hebrea derramada para hacer grande a Israel, de aquellas ciudades que fueron una tras otra arrebatadas de las manos de quien las poseía, para que fuesen corona de Judá y hacer una nación poderosa¹, son incapaces de haceros amar este recorrido. Y ya no digo que ni siquiera la idea de preparar el terreno para que se acepte el Evangelio y la esperanza de salvar las almas, basta para ello. Es todavía muy superior a vuestras inteligencias comprender este viaje. Llegará el día, y entonces diréis: “Creíamos que era un capricho, creíamos que era una pretensión, creíamos que era poco el amor que nos tenía el Maestro para haceros caminar tan lejos de pasar horas muy desagradables. Y sin embargo era amor, era previsión, era el allanaros el camino para que ahora que no lo tenemos más, y que nos sentimos todavía extraviados. En aquel entonces éramos sarmientos que se extendían por todas partes, pero que ignoran que la vid los alimenta y que ahí cerca está siempre la fuerte estaca que los puede sostener, y ahora al revés somos sarmientos que por sí tienen qué formar un emparrado y extraer su jugo, sí, del tronco de la vid, pero sin apoyarse ya más sobre él”. Esto diréis y entonces lo agradeceréis.

¡Y luego!... ¿No os parece que sea cosa muy bella ir dejando chispas de luz, notas de música, corolas celestiales, perfume de verdad, en servicio y alabanza de Dios, en tierras envueltas en tinieblas, en corazones mudos, sobre almas estériles cual desiertos, para derrotar los hedores de la mentira y hacer juntos, vosotros y Yo; el Maestro y los apóstoles, con un solo corazón, un solo deseo, un sólo querer, que Dios sea conocido y amado, que Dios reúna todos los pueblos bajo su tienda; que donde Él está, estemos todos? Esta es la esperanza, el deseo, el hambre de Dios. Y esta es la esperanza, el deseo, el hambre de los corazones, que no son de razas diversas, sino de una *única* raza: *la que Dios ha creado*. Pues todos ellos son hijos de Dios Único. Tienen los mismos deseos, las mismas esperanzas y la misma hambre de cielo, de verdad, de amor real...

Parece como si tantos siglos de error hubiesen cambiado el instinto de los corazones, pero no es así. El error envuelve las inteligencias, porque están unidas con la carne y resiente el veneno que Satanás inoculó en el hombre animal. Y de este modo el error puede envolver el corazón, que también está injertado en la carne y que se resiente en sus tóxicos. La triple concupiscencia ha mordido los sentidos, los sentimientos y el pensamiento, pero el espíritu no

¹ Cfr. 1 Rey. 13-14; 17, 1-19; 8; 23, 1-5; 2 rey. 5, 25-27; 8; 1 Paralip. 13, 8-17; 18, 1-13..

está injertado en la carne. Está adormecido por los puños de Satanás y de la carne; estará casi ciego por los baluartes carnales y por las inyecciones de sangre bullente de animal-hombre con quien está unido. Pero no ha cambiado su anhelo por el cielo, por Dios... *no puede cambiar*. ¿Veis el agua pura de este río? Bajo el cielo y a él regresará con la evaporación. Sube y baja. *El elemento no se destruye jamás, torna a sus fuentes*.

El espíritu regresa a sus orígenes. Esta agua, que corre entre peñascos, si pudiera hablar, os diría que tiene deseos de volver a las alturas, para que, los vientos la lleven por los espaciosos campos del firmamento, delicada, blanca, o también rosada en la aurora. O de fuego encendido en el poniente, o de violeta como una flor en el crepúsculo, antesala de las estrellas. Os diría que querría servir de tamiz a las estrellas que se asoman por las aberturas de los cerros, para que recuerden el cielo a los hombres, o que querría servir de velo a la luna para que no viese las maldades que se cometen de noche y más bien que estar aquí encerrada en diques, teniendo a cada momento qué convertirse en fango, obligada a estar en medio de serpientes y de ranas, mientras que a ella le gusta tanto la libertad solitaria de la atmósfera. También los espíritus si se atreviesen a hablar, dirían lo mismo: “Dadnos a Dios. Dadnos la verdad”. Pero no dicen porque saben que el hombre no pone atención, no comprende o se burla de la súplica de los “*grandes mendicantes*”, de los espíritus que buscan a Dios por el hambre horrible que experimentan: el hombre de la verdad. Esos idólatras, esos romanos, esos ateos, esos infelices, que encontramos por nuestros caminos, que siempre encontraréis, esos cuyos deseos de Dios son tenidos en nada o por política, o por egoísmo de familia, o por herejía que nació en un corazón podrido y ha crecido en varias naciones, tienen hambre. ¡*Tienen hambre!* Y Yo tengo piedad de ellos, ¿No tendría piedad siendo quién soy? Si doy de comer al hombre y al pájaro porque tengo piedad de ellos, ¿por qué no debería tener piedad de los espíritus, que encuentran obstáculos puestos para pertenecer al verdadero Dios, y que extienden sus brazos gritando: “Tenemos hambre”? ¿Los tenéis por malvados? ¿Salvajes? ¿Incapaces de llegar a amar la religión de Dios y a Dios? Estáis equivocados. Son espíritus que esperan amor y luz.

Esta mañana me despertaron los balidos amenazadores del carnero que quería espantar el perrote que había venido a estar cerca de Mí. Visteis después riéndoos, cómo el carnero levantaba amenazador sus cuernos, después de haber roto el lazo que lo tenía atado al árbol bajo el cual estábamos durmiendo metiéndose entre Mí y el perro de un solo salto, sin pensar que podía ser atacado y degollado por el perrazo al defenderme. Igualmente los pueblos, que a vuestros ojos parecen cual salvajes cabras, sabrán tener valor para salir a la defensa de la fe de Cristo cuando hayan conocido que Cristo es amor, que los invita a su seguimiento. Los invita. Sí. Y vosotros debéis ayudarles a venir.

Escuchad esta parábola:

Se casó un hombre y tuvo muchos hijos, pero uno de ellos nació deforme en el cuerpo como si fuese de otra raza diferente. Su padre no lo quiso, ni lo amó, aún cuando él no tenía culpa alguna. Creció el niño entre los siervos de menor categoría y desatendido; debido a esto creció con una inteligencia menor que la de sus hermanos. La madre se había muerto cuando lo dio a luz, no podía suavizar la dureza del padre ni impedir la burla de sus hermanos, ni corregir las ideas equivocadas, nacidas del pensamiento rudo del niño. Una fiera pequeña a la que apenas se le soportaba en la casa de los hijos que eran amados.

En estas condiciones el niño llegó a ser adulto. La inteligencia que no se había desenvuelto bien, llegó a la madurez, comprendió que no era de un hijo vivir en los establos, recibir un trozo de pan y un pedazo de tela para vestirse y jamás un beso, jamás una palabra, jamás una invitación a entrar en la casa paterna. Y sufría, sufría gimiendo en su cueva: “¡Padre!” Y mordisqueaba el pan pero le quedaba una gran hambre en el corazón. Se cubría con lo que se le daba, pero le quedaba frío en el corazón. Tenía por amigos a los animales y algunos compasivos de la población, pero su corazón no conocía más que la soledad.

“¡Padre! ¡Padre!”... le oían gritar entre gemidos los siervos, sus hermanos, los ciudadanos, cual si estuviese loco, y así le llamaban. Por fin un siervo se atrevió a acercarse en uno de los

momentos más duros, y le dijo: “¿Por qué no te arrojas a los pies de tu padre?”... “Lo haría pero no me atrevo...” “¿Por qué no vas a casa?”... “Tengo miedo”. “Pero ¿querrías hacerlo?” “Oh, ¡claro! Porque tengo hambre de ello, de eso tengo frío, y me siento solo como en un desierto. Ignoro cómo se viva en la casa de mi padre”.

El buen siervo se puso a darle clases de cómo se había de conducir, a darle una apariencia hermosa, a quitarle el miedo de que su padre no lo quisiese, diciéndole: “Tu padre te amará pero no sabe si tú lo amas. Siempre le rehuyes... quita a tu padre el remordimiento de haber obrado severamente y su dolor de saber que eres deforme. Ven, también tus hermanos no quieren escarnecerte más porque les he contado tu dolor” y el pobre hijo fue una tarde guiado por el buen siervo a su casa paterna y dijo en voz alta: “Padre, ¡déjame entrar!...”

El padre que ya era viejo, y pensaba con tristeza en su pasado y su futuro eterno se alegró de oír aquella voz y dijo: “Finalmente mi dolor se acaba porque en la voz del deforme he oído la mía, y su amor es prueba de que es sangre de mi sangre y carne de mi carne. Que venga pues a tomar lugar entre sus hermanos y que sea bendito el buen siervo que ha completado mi familia, al traer con los demás al hijo que yo había rechazado”.

Esta es la parábola. En la aplicación de ella debéis pensar en el padre de los deformes espirituales: es Dios –porque los deformes espirituales son los cismáticos, herejes, separados– que fue obligado a ser riguroso por las deformidades voluntarias *que ellos quisieron*. Pero su amor jamás ha cambiado. *Los espera. Llevádselos*. Es vuestro deber.

Os he enseñado a decir: “Dadnos hoy *nuestro* pan, oh Padre *nuestro*”. Pero ¿entendéis qué quiere significar aquel “nuestro”?...

No quiere decir vuestro, de vosotros los doce. Ni vuestro como discípulos del Mesías. Sino “vuestro” como hombres, de todos los hombres. De los actuales y de los futuros. De los que conocen a Dios como de los que no lo conocen. De los que aman a Dios y a su Mesías, y de los que no lo aman o lo odian. He puesto en vuestros labios la plegaria de *todos*. Es vuestro ministerio. Vosotros que conocéis a Dios, a su Mesías y lo amáis, debéis rogar *por todos*. Os he dicho que mi plegaria es universal, y durará cuanto dure la tierra. Pero debéis orar *universalmente*, uniendo vuestras voces y vuestros corazones de apóstoles y discípulos de la Iglesia de Jesús con todas y con las que pertenecen a otras Iglesias que serán cristianas pero no apostólicas. E insistir, porque sois hermanos. Vosotros que estáis en la casa paterna por ellos que están fuera y con hambre, con nostalgia hasta que se les dé como a vosotros se os ha dado: “*el pan*” verdadero que es el Cristo Señor, *administrado en las mesas apostólicas, no en otras donde está mezclado con alimentos impuros*. Insistir hasta que el Padre no ha dicho a estos hermanos “deformes”: “Mi dolor ha terminado porque en vosotros, en vuestra voz, he oído la voz y las palabras de mi Unigénito y Primogénito. Sean benditos estos siervos que os han traído a la casa de vuestro Padre para que mi familia estuviese completa”. *Siervos de un Dios infinito, debéis poner la infinitud en cada una de vuestras acciones e intenciones*,

“¿Habéis entendido? He allí Yabnia. Una vez por aquí pasó el Arca a Acarón, que no pudo custodiarla y la devolvió a Betseme². El Arca vuelve a ir a Acarón. Juan, ven conmigo. Vosotros quedaos en Yabnia y procurad reflexionar y hablar sobre ello. La paz sea con vosotros”.

Jesús se va con Juan y con el macho que balando le sigue cual can.

84. Jesús y los suyos hacia Modín.

18 julio 1945

Las colinas quedan detrás de Yabnia en la dirección oeste respecto a la estrella polar, cada vez se ven más altas cuanto más uno se aleja de ellas. Allí en lontananza se perfilan las cumbres verdes y violetas de las montañas de Judea. El día se apaga rápidamente como sucede en las zonas meridionales. De la orgía del rojo atardecer se ha pasado en menos de

² Cfr. 1 Rey. 5-6.

una hora al primer titilar de las estrellas, y parece imposible que el brillante sol esté apagado tan pronto, cubriendo el rojizo cielo con un velo cada vez más grueso de amatista oscuro, y luego de malva que cambia de color y que se hace cada vez más transparente para que se levante un cielo inimaginable, no azul sino verde púdicico que luego se escurre en un color blanco de avena reciente que es el mensajero del índigo y que en la noche será el rey con su manto de diamantes y las primeras estrellas han comenzado a sonreír y la luna en su cuarto creciente parece una hoz delgada.

La tierra se extasía siempre más, bajo la luz de los astros y en silencio de los hombres. Ahora empiezan a cantar las cosas que no pecan: los ruiseñores, las aguas de melodiosa orquesta, las hojas que chocan una con otra, los grillos con su violín, y las ranas que con punteados ojos cantan al rocío. Tal vez cantan a las estrellas que están allá... que están más cerca de los ángeles que nosotros. El calor ha apagado sus fuerzas en el aire de la noche húmeda con el rocío que las hierbas tanto anhelan, como los hombres y los animales.

Jesús que ha estado esperando a los pies de una colina a los apóstoles que vienen de Yabnia, a donde Juan fue a llamarlos, está hablando animadamente con Iscariote. Le entrega unas bolsitas de dinero y le da instrucciones de cómo repartirla. Detrás de Él y de Juan, que callado tiene el macho cabrío entre Zelote y Bartolomé, que están hablando de Yabnia en donde Andrés y Felipe se portaron valientemente. Detrás, en grupo cada uno a su modo, hace un resumen de las aventuras en tierras filisteas y se alegran por su pronto regreso a Judea para la fiesta de Pentecostés.

"Pero ¿será cierto que pronto iremos?" pregunta Felipe que está muy cansado de haber andado por candentes arenas.

"Así dijo el Maestro. Lo oíste". Responde Santiago de Alfeo.

"Mi hermano lo sabe sin duda alguna. Parece trasañado. Es un misterio qué cosa hayan hecho durante estos cinco días" dice Santiago de Zebedeo.

"Yo no me aguanto las ganas de saber. Al menos que compense de aquella... purga en Yabnia. Cinco días que estuvimos alertas a cualquier palabra, mirada o paso para cometer algún error" dice Pedro.

Pero lo logramos. Hemos empezado a saber hacer algo" contento dice Mateo.

"Así es... dos o tres veces me puse a temblar. ¡Ese bendito muchacho de Judas de Simón!... ¿Jamás va a aprender a controlarse?" pregunta Felipe.

"Cuando sea viejo. Y con todo, si se quiere, lo hace con fin bueno. ¿Has oído? También el Maestro lo dijo. Lo hace por celos..." dice Andrés excusándolo.

"¡Y qué con eso! El Maestro lo dijo así porque es la Bondad y la Prudencia. Pero no creo que lo apruebe" dice Pedro.

"¡Jamás miente!" le replica Tadeo.

"Mentir, ¡no! Pero en sus respuestas sabe poner la prudencia, cosa que nosotros no sabemos, y dice la verdad sin que te hiera el corazón, sin provocar desdén, ni reproche. ¡Eh! ¡Él es Él!" dice Pedro en un suspiro.

Un silencio se oye mientras camina entre la blancura siempre mayor de la luna. Luego Pedro dice a Santiago de Zebedeo: "Prueba llamar a Juan. No sé por qué nos huye".

"Te lo digo al punto: porque sabe que lo atormentamos con preguntas" dice Tomás.

"¡Natural! Está con los dos prudentes y sagaces" confirma Felipe.

"No te preocupes, Santiago. Haz la prueba. Sé bueno" insiste Pedro.

Santiago condesciende, llama tres veces a Juan que no oye o que hace por no oír. Se vuelve a Bartolomé: "Di a mi hermano que venga aquí" y luego a Pedro: "Pero me imagino que nada sabremos".

Juan, obediente, al punto se acerca: "¿Qué queréis?"

"Saber si de aquí vamos derecho a Judea" dice su hermano.

"Así dijo el Maestro. Casi no quería regresar a Acarón sino que yo fuese a llamarlos. Pero luego prefirió venir hasta estas colinas... De aquí también se puede ir a Judea".

"¿Por Modín?"

“¡Claro!”

“Es un camino inseguro, Los bandidos están al acecho de las caravanas y las suelen atacar” advierte Tomás.

“Oh... con Él... ¡Nada se opone a Él!...” Juan lanza una mirada rápida al cielo, como si algo recordase y sonríe.

Todos lo ven y Pedro pregunta: “Dinos algo, ¿estás leyendo una narración interesante en el cielo, que pones esa cara?”

“¿Yo?... ¡No!”

“¡Que te lo crean! Hasta las piedras ven que estás fuera del mundo; dinos: ¿qué cosa te pasó en Acarón?”

“Pero si no fue nada, Simón. Te lo aseguro. No sería feliz si hubiese acontecido algo penoso”.

“Claro que no penoso”. Ea... ¡Pronto! ¡Habla!”

“Si no tengo nada qué decir más de lo que Él haya dicho. Se portaron tan bien, como quien queda estupefacto ante el milagro. Eso fue todo. Exactamente como Él dijo”.

“¡No!” y Pedro sacude la cabeza. “No. No sabes mentir. Eres transparente como agua de manantial. ¡No! Cambias de color. Te conozco desde chiquitín. Jamás podrás mentir, por incapacidad del corazón, de cabeza, de lengua y en fin de tu piel que cambia de color. Por eso siempre te he querido mucho. Ea, ven con tu viejo amigo, Simón de Jonás. ¿Te acuerdas cuando eras pequeño y yo era ya un hombre, cómo te mimaba? Te gustaban los cuentos y las barquitas de alcorcho “que nunca se sumen”, decías, y que te servían para ir lejos... También ahora te vas lejos y dejas en la ribera al pobre Simón. Y tu barquita jamás se sumirá. Se va colmada de flores como aquellas que echabas de pequeño en Betsaida, en el río, para que las transportase al lago, y se fuesen, se fuesen. ¿Te acuerdas de esto? Te quiero mucho, Juan. Todos te queremos. Eres nuestra vela. Eres nuestra barca que no naufraga. Nos llevas en pos de tu estela. ¿Por qué no nos cuentas el prodigio de Acarón?”

Pedro le ha estado hablando cogiéndole con la mano la faja. Juan, que trata de eludir la pregunta, responde: “Y tú, que eres la cabeza, ¿por qué no hablas a la gente con esa intensidad persuasiva que usas conmigo? Ella tiene necesidad de ser convencida, yo, no”.

“Porque contigo me siento a mis anchas. Te amo. A la gente no la conozco”.

“Y no la amas. Este es tu error. Ámala, aunque no la conozcas. Dite a ti mismo: “Es de nuestro Padre” y te parecerá que la conoces y que la amas. En ella mira a otros tantos “Juanes”...”

“Pronto, ¡habla! Como si pudiesen cambiarse por ti las serpientes o los erizos, ¡muchacho eterno!”

“Oh, ¡no! ¡Soy como todos!”

“No, hermano. No como todos. Nosotros, fuera de Bartolomé, Andrés y Zelote habríamos ya contado aún a las hierbas lo que nos pasó y que nos hace felices. Tú, cállate, pero a mí, tu hermano mayor, se lo debes decir. Soy para ti como un padre” dice Santiago de Zebedeo.

“El Padre es Dios, el Hermano es Jesús, la Madre es María...”

“Luego... ¿para ti la sangre no tiene ya valor?” grita inquieto Santiago.

“No te intranquilices. Yo bendigo la sangre y el seno que me dio el ser: a mi padre y a mi madre: te bendigo, hermano mío por la sangre. Ellos porque me engendraron y me alimentaron para haber podido seguir al Maestro y tú porque lo sigues. Amo a nuestra mamá porque es su discípula de dos modos: con la carne y sangre, por ser su hijo, y con el espíritu por ser condiscípula. ¡Oh! Qué alegría estar unidos en su amor...”

Jesús ha vuelto atrás al oír la voz inquieta y desasosegada de Santiago y las últimas palabras que ilustran lo que pasa. “Dejad en paz a Juan. Inútilmente lo atormentáis. Se parece mucho a mi Madre, y no hablará”.

“Entonces, habla Tú, Maestro”.

“Pues si lo queréis. Me llevé a Juan conmigo porque es el más apto para lo que Yo quería hacer. Él me ayudó y se perfeccionó. Eso es todo”.

Pedro, Santiago, hermano de Juan, Tomás e Iscariote se miran, torciendo un poco la boca, desilusionados. Judas Iscariote no se contenta y dice: “¿Para qué perfeccionarse él que ya es el mejor?”

Jesús responde: “Tú lo dijiste: ‘Cada uno tiene su modo y lo usa’. Yo tengo el mío, Juan tiene el suyo, semejante al mío. El mío no puede perfeccionarse, el suyo sí. Y esto es lo que quiero que así sea, porque así está bien. Y por eso lo llevé, porque tenía necesidad de alguien que tuviese ese modo y ese espíritu. Por esto, nada de caprichos ni de curiosidad. Vamos a Modín. La noche es serena, fresca y llena de luz. Caminaremos mientras duerme la luna, y luego dormiremos hasta el amanecer. Llevaré a los dos Judas a venerar la tumba de los Macabeos cuyo nombre glorioso tienen”.

“¿Nosotros solos contigo?” feliz pregunta Iscariote.

“No. Con *todos*. Pero la visita a los Macabeos¹ es por vosotros, para que sepáis imitarlos sobrenaturalmente, luchando y venciendo en un campo del todo espiritual”.

85. Jesús habla a los bandidos

19 julio 1945

“Ya hablaré en el lugar a donde vamos” dice el Señor mientras la comitiva se interna por valles que arremeten contra montes con veredas ásperas, pedregosas, estrechas, y suben y bajan ya haciendo perder de vista el horizonte, ya volviéndose a presentar hasta que llega a un valle profundo, a través de una bajada escarpadísima, por la que solo se siente gustosa la cabra, como dice Pedro. Ahí van a descansar. Toman su comida y beben el agua rica de una manantial.

Otras personas se encuentran por prados y bosquecillos, y también toman sus alimentos como lo hacen Jesús y los suyos. Debe ser un lugar de descanso porque se encuentra resguardado de los vientos, con prados de hierba muelle y agua. Son peregrinos que van a Jerusalén, viajeros que van probablemente hacia el Jordán, mercaderes de corderos destinados al Templo, pastores con sus rebaños. Algunos viajan en cabalgadura y otros a pié. Se acerca también una caravana que lleva a la novia enjaezada toda para la fiesta, brilla tras el velo que envuelve a la novia a quien acompañan dos matronas, con brazaletes y collares relucientes, y un hombre, que tal vez sea el paraninfo y dos esclavos. Han llegado con asnos adornados de flecos y cascabeles. Se retiran a un ángulo a comer, como si temiesen que los ojos de los presentes fuesen a manchar a la novia. El paraninfo o pariente, lo que fuese, hace guardia con ojos amenazadores, mientras las mujeres comen.

De hecho, la curiosidad acicatea a varios y con la excusa de pedir un poco de sal, un cuchillo, una gota de vinagre, no falta quien vaya allí a preguntar si la novia es conocida, que a dónde va, y otras cosas semejantes... Por casualidad hay alguien que sabe de dónde viene y a dónde va y es feliz en contar todo lo que sabe, sobre todo al sentir que el que le pregunta, no deja de refrescarle la boca con generoso vino. Y hay momentos en que salen a relucir las cosas más secretas de ambas familias, el ajuar que lleva la novia en cofres, las riquezas que tendrá en la casa de su marido y otras cosillas por el estilo. De este modo se llega a saber que la novia es hija de un rico mercader de Joppe, y que el novio se ha adelantado a su llegada para prepararle todo; que el que la acompaña es amigo del prometido. Hijo de un mercader llamado Abraham que trafica en diamantes y joyas y que el novio es batihoja*, y el padre de la novia es mercader de lana, telas, tapetes, tiendas...

Como el chismoso está cerca del grupo apostólico. Tomás lo oye y pregunta: “Pero ¿no será Natanael de Leví el novio?”

“Exactamente. ¿Lo conoces?”

¹ Cfr. 1 Mac. 2, 49-70; 9, 14-22; 13, 20-30.

* batihoja = artífice que convierte el oro y la plata en láminas tenues o panes.

“Conozco bien a su padre por cuestión de negocios, y a Natanael un poco menos. ¡Un matrimonio rico!”

“¡Y dichosa novia! Está cubierta de oro. Abraham pariente de la madre de la novia y padre del amigo del novio, se han honrado, igualmente el novio y su padre. Se dice que en esos cofres hay valores por muchos talentos de oro”.

“Salud” exclama Pedro y da un silbido. Luego dice: “Voy a ver de cerca si lo principal corresponde al resto” se levanta. También Tomás. Van a dar una vuelta por donde está la novia, miran despacio a las tres mujeres, un montón de telas y velos de los que salen manos y muñecas con joyeles y se traslucen centelleos desde las orejas hasta el cuello. Miran al parainfo que parece que estuviese dispuesto a rechazar cualquier asalto de piratas contra la doncella. Qué cara amenazadora pone. Les echa unas miradas terribles a los apóstoles. Tomás le ruega que salude, en nombre de Tomás llamado Dídimos a Natanael de Leví. Las paces están hechas, tanto que mientras él habla, la noviecita encuentra el modo de hacerse admirar. Se levanta el velo y el manto de modo que caen y se deja ver su hermoso cuerpo, vestidos y joyas. Tendrá a lo más quince años y... ¡Qué ojazos! Graciosamente se mueve pese a que no lo aprueban las matronas. Se deshace las trenzas que compone con orquillas preciosas, se aprieta la cintura llena de piedras preciosas, se desata y vuelve a atarse las sandalias en forma de zapatillas con hebillas de oro. Muestra sus magníficas guedejas negras, sus hermosas manos y sus bien torneados brazos. La delgada faja, el pecho, las hermosas caderas, el pie perfecto y todos sus adornos que despiden levisimos sonidos y brillan con los últimos rayos del día y al resplandor de las primeras hogueras.

Pedro y Tomás regresan. Dice este último: “Es una hermosa muchacha”.

“Y una perfecta mochuela*... Tu amigo Natanael pronto sabrá quién es el que tendrá caliente el lecho mientras él mantiene caliente el oro para trabajarlo. Y su amigo es un perfecto tonto. ¡Le ha confiado a la noviecita!” concluye Pedro y se sienta con sus compañeros.

“A mí no me gustó ese hombre que hizo hablar a aquel tonto de allá. Tan pronto como supo lo que quería, se fue por el monte por allá arriba... estos lugares son malos, y es la ocasión oportuna para que los bandidos den un golpe de mano. Noche de luna; calor que adormece; árboles llenos de verdor. ¡Hum! No me gusta este lugar” refunfuña Bartolomé. “Sería mejor proseguir”.

“¡Y ese imbécil que ha hablado de tantas riquezas! ¡Y ese otro que la hace de héroe y de custodio bajo la sombra y no ve los verdaderos cuerpos!... Bueno, yo vigilaré las hogueras. ¿Quién viene conmigo?” pregunta Pedro.

“Yo, Simón” responde Zelote. “Aguanto bien el sueño!”

Mucha gente del campo, sobre todo los viajeros aislados se han levantado e ido poco a poco. Se han quedado los pastores con sus rebaños, la comitiva de la novia, la de los apóstoles y tres mercaderes de corderos, que ya se han entregado al sueño. También la noviecita está durmiendo con las matronas bajo una tienda que los siervos levantaron. Los apóstoles se reúnen en un lugar. Jesús se separa para ir a orar. Los pastores hacen una gran hoguera en el centro del lugar en donde están. Pedro y Simón hacen otra cerca del borde del sendero por el que desapareció el hombre que suscitó sospechas en Bartolomé.

Pasan las horas y quien no ronca cabecea. Jesús está en oración. El silencio es profundo. Parece como si hubiese callado la fuente que brilla a la luz de la luna y que alta en el cielo ilumina muy bien la explanada, entre tanto que las pendientes están ocultas bajo el follaje espeso. Un perrazo de los pastores gruñe. Otro levanta la cabeza. El can se pone grifo. El pelo del lomo se le para como en actitud de defensa o de percibir algo. Un temblor recorre sus miembros, y el gruñido sordo se hace más fuerte. Simón levanta también su cabeza y mueve a Pedro que dormita. Un ruido imperceptible viene del bosque.

* mochuela = pequeña ave rapaz nocturna, gris, con la cabeza aplanada, que nidifica en los muros viejos y en los árboles viejos

“Vamos a donde está el Maestro. Traigámosle aquí” dicen los dos. El pastor despierta a sus compañeros. Todos son oídos y todo es silencio. También Jesús se ha levantado, antes de que lo llamasen y se dirige a donde están los apóstoles. Se reúnen con los demás, que están junto a los pastores, cuyo perro se muestra cada vez más inquieto.

“Llamad a los que están durmiendo. A todos. Decidles que vengan aquí sin hacer ruido, y sobre todo a las mujeres y a los esclavos con los cofres. Decidles que tal vez se trate de bandidos, pero no lo digáis a las mujeres. A los hombres nada más”. Los apóstoles se desparraman obedeciendo al Maestro que dice a los pastores: “Echad leña al fuego, mucha, para que haga una buena llama”. Los pastores obedecen y como están un poco inquietos Jesús les dice: “No tengáis miedo. No se os quitará ni siquiera un pelo de lana”.

Llegan los mercaderes, y dicen en voz baja: “¡Oh! ¡Nuestras ganancias!” y echan una letanía de improperios contra los gobernantes romanos y judíos porque no limpian en mundo de ladrones.

“No tengáis miedo. No perderéis un sueldo” los conforta Jesús. Llegan las mujeres, llorando atemorizadas, porque uno de los compañeros, entre los temores de un miedo colosal, las aterroriza gritando: “¡Es la muerte! La muerte por mano de los bandidos”.

“No tengáis miedo. Ni siquiera os ofenderá una mirada” dice Jesús dándoles valor. Pone a las mujeres en el centro reducido de hombres y bestias espantadas.

Los asnos rebuznan, los hombres maldicen y tienen más miedo que las mujeres. Jesús está tranquilo como si nada acaeciese. El ruido del bosque no se puede escuchar en medio de esta algazara. Que los bandidos están en el bosque lo denuncian las ramas que se quiebran o las piedras que se ruedan.

“¡Silencio!” dice Jesús y lo dice en tal forma que todos callan. Jesús se va en dirección del bosque, donde termina el espacio en forma de plazoleta y empieza a hablar.

“La maldita hambre de oro arrastra a los hombres a sentimientos abyectos. El hombre se desvela más por el oro que por otras cosas. Ved cuánto mal siembra con su fascinante e inútil esplendor. Pienso que el infierno tenga su color, pues tanto más arrastra al hombre cuanto este por su causa se convierte en pecador. El Creador lo había dejado en las entrañas gigantescas que hay en la tierra, que creó porque quiso, para que fuese útil al hombre con sus sales y sirviese de adorno en sus templos, pero Satanás besando los ojos de Eva y mordiendo el corazón del hombre, puso un sabor de maleficio en ese metal que no tiene nada de culpa. Y a partir de ese tiempo se mata y se peca por el oro. La mujer por su causa se hace coqueta y fácil al pecado carnal. El hombre por su causa se hace ladrón, usurpador, homicida, duro para con su prójimo y para con el alma a la que despoja de su verdadera herencia para proporcionarse algo efímero, a su alma a la que roba el tesoro eterno para conquistarse unas cuantas piedras relumbrosas que a la hora de la muerte tiene qué abandonar.

Oh vosotros que por el oro pecáis, quién más, quién menos. Y cuanto más pecáis tanto más os reís de cuanto enseñaron vuestras madres y maestros. Os reís que hay un premio y un castigo para las acciones que se hacen durante la vida. ¿No reflexionáis, pues, que por este pecado perderéis la protección de Dios, la vida eterna, la alegría y tendréis remordimientos, maldiciones en el corazón, miedo de la compañía, el miedo al castigo humano y que con todo no poseéis ni siquiera una brizna de miedo por los castigos divinos? ¿No reflexionáis que podéis tener un fin terrible, si hasta ese punto llega, vuestros crímenes? ¿Y un fin todavía más terrible, porque es eterno, si vuestros delitos, por amor del oro aunque no lleguen al derramamiento de sangre, con todo despreciaron la ley del amor y de respeto al prójimo, negándoos a socorrer a quien tiene hambre por la avaricia, apoderándoos de lugares, o dinero por avidez? No. No pensáis en ello. Decís: “Todo es embuste. Yo he aplastado estas patrañas bajo el peso del oro que tengo. Y no existe más”. No son patrañas, es verdad.

No digáis: “Y bien, una vez que haya muerto, todo se habrá terminado” ¡No! Todo empieza. La otra vida no es el abismo muerto y sin recuerdos del pasado vivido, y sin aspiración, de modo que creáis que es descanso vuestro en espera del Redentor que os liberará. La otra vida es espera para los justos, espera paciente para los que penan, espera horrible para los

condenados. Para los primeros es un limbo, para los segundos, un purgatorio, para los últimos un infierno¹ y mientras la espera de los primeros terminará cuando entren al cielo detrás del Salvador y la de los segundos se consolará con la esperanza, la de los terceros se oscurecerá con la terrible certeza de una maldición eterna. Pensad en ello, vosotros que pecáis. Jamás es tarde para volver atrás. Cambiad la sentencia que se está escribiendo en el cielo contra vosotros con un verdadero arrepentimiento. Que el sheol sea para vosotros no un infierno, sino espera de penitencia. Por lo menos desead esa espera. No oscuridad sino crepúsculo de luz, no destrozamiento del corazón sino nostalgia, no desesperación sino esperanza.

Idos. No tratéis de luchar con Dios. Él es fuerte y bueno. No arrojéis oprobio sobre el nombre de vuestros familiares. Oíd cómo esa fuente ha llorado, ha lanzado un gemido semejante al que destrozará el corazón de vuestras madres al ver que sois asesinos. Oíd cómo brama el viento en las quebraduras, parece que os amenaza y maldice. Como os maldicen vuestros padres por la vida que lleváis. Oíd cómo aúlla el remordimiento en vuestros corazones. ¿Por qué queréis sufrir, en vuestros corazones mientras podríais estar tranquilamente en paz con la tierra y con el cielo? Dad paz a vuestro espíritu. Dad paz a los hombres que tiemblan, que os temen como a unas fieras. Daos a vosotros mismos la paz ¡Oh, hombres sin conciencia! Levantad la mirada al cielo, quitad la boca del alimento venenoso, limpiad vuestras manos que chorrean sangre fraterna, purificaos el corazón.

Tengo fe en vosotros. Por eso os he hablado. Sé que todo el mundo os odia y os teme. Yo no os odio ni os temo. Os extiendo la mano para deciros: “Levantaos. Venid. Volved cambiados entre los hombres. Sed otra vez humanos entre los humanos”. Puesto que nada os temo, por eso digo a todos estos: “Regresad a donde estabais durmiendo, sin tener rencor contra vuestros propios hermanos. Rogad por ellos. Yo me quedo aquí a miraros con ojos de amor y os juro que nada sucederá” *Porque el amor desarma a los violentos y harta a los avaros*. Sea bendito el amor, fuerza verdadera del mundo. Fuerza desconocida y poderosa. Fuerza que es Dios”.

Y volviéndose a todos: “Volved, volved. No tengáis miedo. Allí no hay más bandidos, sino hombres asustados, y hombres que lloran. Quien llora no hace mal. Quiera Dios que así permanezcan, como ahora son. Sería su redención”.

86. Llegan a Beter

20 julio 1945

La comitiva apostólica ha sufrido un cambio en su séquito. No viene más con ellos el macho cabrío, en su lugar viene trotando una oveja y dos corderillos. La oveja está gorda, las ubres llenas, los corderitos alegres como dos pilluelos. Un rebaño pequeñísimo con el que se sienten más felices todos que con el aspecto mágico del macho.

Os había dicho que queríamos la cabrita para Marziam para que fuese un pequeño pastor. Pero en lugar de ella, porque a vosotros no os gustaba, tenemos ovejas y blancas... eh... ¡Tal cual la soñaba Pedro!”

“Tienes razón. Me parecía que arrastraba en pos de mí a Belzebú” dice este”Y de hecho desde que estuvo con nosotros nos pasaron cosas no muy agradables. Era el sortilegio que nos perseguía” dice irritado Iscariote.

“Entonces era un buen sortilegio ¿no? Porque nada malo nos sucedió” dice calladamente Juan.

Todos se le echan encima como para reprocharle su ceguera. “Pero... ¿viste cómo se burlaron de nosotros en Modín?”... “¿Y te parece nada la caída que tuvo mi hermano? Podía haberse hecho mal. ¿Cómo íbamos a cargarlo si se rompía las piernas o la espalda?”... “¿Y te pareció bello el entreacto de ayer?”

¹ Cfr. 2 Mac. 12, 38-46.

“Lo vi todo, en todo he reflexionado, y he bendecido al Señor porque ningún mal con acaeció. Vino hasta nuestras narices, pero huyó, como siempre. Y por otra parte su encuentro nos sirvió para dejar semillas bien sembradas tanto en Modín como entre los veraniegos, que cayeron en la cuenta de haber encontrado a un herido y que se arrepintieron, de no haber tenido caridad, y tanto lo sintieron que quisieron reparar el mal. Igualmente con los ladrones de anoche. Ningún mal nos han hecho y nosotros, mejor dicho, Pedro, se ganó una ovejita en lugar de la cabra, como regalo de que se salvaron. Los pobres tienen ahora mucho dinero en las bolsas que los mercaderes regalaron y con el de las mujeres. Y lo que tiene más importancia es que todos acogieron la palabra de Jesús”.

“Juan tiene razón” dice Zelote y Judas Tadeo. Este último añade: “Parece como si cada cosa sucediese a sabiendas de lo que va a venir. Llegar exactamente allí retrasados a causa de mi caída, al mismo tiempo que aquellas mujeres con tantas joyas, con los pastores de buenos rebaños, con mercaderes cargados de dinero, presas sin par para los ladrones. Hermano, dime la verdad. ¿Sabías que esto iba a suceder?” pregunta Tadeo a Jesús.

“Muchas veces os he dicho que leo en los corazones y que, cuando el Padre no dispone de otro modo, no ignoro lo que debe suceder”.

“Entonces ¿por qué a veces cometes errores como los de ir al encuentro de fariseos que son hostiles, o de ciudades que no nos quieren?” pregunta Judas Iscariote.

Jesús lo mira fijamente, y luego con calma responde: “No son errores. Es algo inherente a mi misión. Los enfermos tienen necesidad del médico y los ignorantes del Maestro y algunas veces unos y otros rechazan al médico y al Maestro. Pero estos si son buenos médicos y buenos maestros, continuarán yendo a donde están los que los rechazan porque tal es su deber. Yo voy. Vosotros queríais que donde me presentase, se desvaneciese toda resistencia. Lo podría hacer. Pero no hago violencia a nadie. Persuado. La coerción se usa tan solo en casos muy excepcionales y sólo cuando el espíritu iluminado por Dios comprende que puede ser útil para percutir de que Dios es, y es el más fuerte, o también en casos de salvación múltiple”.

“Como ayer noche ¿o no?” pregunta Pedro.

“Los ladrones de anoche tuvieron miedo al vernos prontos a recibirlos” dice con significativo desprecio Iscariote.

“No. Fueron persuadidos con sus palabras” dice Tomás.

“Sí. ¡Eso quisieras! Son realmente almas tiernas que se persuaden con dos palabras, aún cuando sean de Jesús. Lo sé por experiencia de aquella vez que nos asaltaron a mí y a toda la familia y a muchos de Betsaida en las barrancas de Adomín” dice Felipe.

“Maestro. Dime la verdad. Desde ayer te lo quería pregunta. ¿Fueron realmente tus palabras o tu voluntad para que nada sucediese?” pregunta Santiago de Zebedeo.

Jesús sonríe y calla.

Mateo responde: “Yo creo que haya sido su voluntad que venció la dureza de esos corazones para paralizarlos y poder así hablar y salvarlos”.

“También yo digo lo mismo. Y por esto Él se quedó allí, a mirar el bosque. Los tenía subyugados con su mirada, con su confianza en ellos, con su calma desarmada. ¡Ni siquiera tenía un bastón!...” dice Andrés.

“¡Está bien! Pero eso lo diremos nosotros. Son ideas nuestras. Quiero saberlo del Maestro” dice Pedro.

Se traba una viva discusión, que Jesús deja. Unos sostienen que, como Jesús ha dicho. Él no fuerza a nadie, y que por lo tanto no usó violencia ni siquiera con los ladrones. Esto sostiene Bartolomé, pero Iscariote por su parte, a quien apoya suavemente Tomás dice que no puede creer que la mirada de un hombre tenga tanta fuerza. Mateo le replica diciendo: “Esto y algo más. Yo me convertí al contacto primero de su mirada que de sus palabras”. Los pros y los contras van y vienen violentos, tenaces. Cada uno aferrado a su propia tesis. Juan guarda silencio, lo mismo Jesús. Una risa se dibuja perpetua en su rostro que tiene inclinado. Pedro vuelve al asalto porque ninguna razón de sus compañeros lo persuade. Piensa. Dice que la

mirada de Jesús es diversa de la de un hombre cualquiera, y quiere saber si es porque Jesús es el Mesías, o porque es siempre Dios.

Jesús toma la palabra: “En verdad os digo que no solo Yo, sino cualquiera que esté unido íntimamente a Dios con una santidad, una pureza, una fe sin tacha, podrá hacer esto y mucho más. La mirada de un niño si su espíritu está unido a Dios, puede hacer caer los templos vanos sin emplear los sacudimientos de Sansón¹, hacer que las fieras sean mansas lo mismo que los hombres-fieras, rechazar la muerte, derrotar las enfermedades de espíritu; así como también la palabra de un niño unido con el Señor e instrumento suyo puede también curar enfermedades, hacer que las serpientes no sean venenosas, obrar cualquier clase de milagros. Porque Dios obra en él”.

“¡Ah! He entendido!” exclama Pedro. Y mira, a Juan. Y luego concluye su razonamiento que tenía fermentado en el interior: “Cierto, Tú, Maestro lo has podido porque eres Dios, y porque eres Hombre unido con Dios, lo mismo sucede con quien llega o ha llegado a estar unido con Dios. ¡He entendido! ¡He entendido bien!”

“Pero ¿no te preguntas la llave de esta unión, ni el secreto de este poder? No todos los hombres lo logran, a pesar de que tienen capacidad para hacerlo”.

“¡Justamente! ¿Dónde está esta llave de esta fuerza para unirse con Dios y para sujetar las cosas? Una oración o palabras secretas...”

“Hace poquito Judas culpaba a la cabra de todos los momentos desagradables que han sobrevivido. Las bestias no traen sortilegio consigo. Arrojad de vosotros esas supersticiones que huelen a idolatría y que pueden acarrear males. Y como no existen fórmulas para hacer brujerías, así tampoco existen para hacer milagros. Tan sólo existe el amor. Como dije ayer anoche, el amor desarma a los violentos y harta a los ávidos. El Amor: Dios. *Si Dios está en vosotros, si poseéis de un modo pleno por medio de un amor perfecto, el ojo se convierte en fuego que quema todos los ídolos y entierra todos los simulacros, la palabra se hace poderosa. Y aún más: el ojo se convierte en un arma que desarma.* No se resiste a Dios, al Amor. Sólo el demonio resiste porque es el odio perfecto, y con él resisten sus hijos. Los demás, los débiles poseídos de una pasión, pero que no se han vendido voluntariamente al demonio, no resisten. Cualquiera que sea su religión, y su alejamiento de cualquier fe, cualquiera que sea el nivel de su bajeza espiritual, son heridos del Amor que es siempre vencedor. Trata de llegar a esto, y pronto harás lo que hacen los hijos de Dios y los que lo llevan consigo”.

Pedro no quita los ojos de Juan. También Zelote, los hijos de Alfeo, Santiago y Andrés tienen una inteligencia despejada e investigadora.

“Pero entonces, Señor” Pregunta Santiago Zebedeo, “¿qué cosa ha sucedido a mi hermano? Tú te refieres a él. Él es el muchacho que hace milagros. ¿Es eso? ¿Es así?”

“¿Qué cosa ha hecho? Ha volteado una página del libro de la vida y ha leído y conocido nuevos misterios. Ninguna otra cosa. Os ha precedido porque no se detiene a reflexionar en cada obstáculo, a sopesar todas las dificultades, a calcular las utilidades. No ve la tierra, sino algo más: La Luz y a ella se dirige, sin pararse. Dejadlo en paz. A las almas que producen mayor flama no se les perturba en su arder que alegra y consume. Es menester dejarlas arder. Es una gran alegría y un gran trabajo. Dios les concede momentos de noche porque conoce que el ardor mata a las almas-flores, si quedan expuestas a un sol continuo. Dios concede silencio y rocío místico a estas almas-flores como a las flores del campo. Dejad al atleta del amor que descanse cuando Dios se lo permita. Imitad a los maestros de gimnasia que dan reposo a sus alumnos... Cuando hayáis llegado a donde él está, y mucho más allá, porque avanzaréis tanto como él, comprenderéis la necesidad de respeto, silencio, penumbra que experimentan las almas de las que ha hecho presa e instrumento el Amor. No penséis: “Entonces yo tendré gusto en ser conocido, y Juan es un tonto, porque las almas del prójimo como las de los niños quieren que las seduzcan cosas maravillosas”. Cuando hayáis llegado

¹ Cfr. Jue. 16, 22-31.

allí, tendréis el mismo deseo de silencio y de penumbra que tiene ahora Juan. Y cuando ya no esté más entre vosotros, acordaos de que para juzgar una conversión o una santidad debéis *siempre* tener por medida la humildad. Si en alguien perdura el orgullo, no os hagáis ilusiones de que se haya convertido. Y si en alguien que aun cuando sea tenido por “santo” reina la soberbia, estad seguros de que no es santo. Podrá como charlatán e hipócrita hacer de santo, fingir milagros. Pero no es tal. La apariencia es hipocresía, los prodigios satanismo. ¿Habéis entendido?”

“Sí, Maestro”. Todos se callan pensativos. Y si las bocas continúan cerradas, los pensamientos se adivinan a las claras tras los ojos, tras las expresiones. Un gran deseo de saber revolotea como ave alrededor de ellos.

Zelote se ingenia para distraer a sus compañeros para poder hablarles en privado y sin duda para aconsejarles que se callen. Tengo la impresión de que Zelote desarrolla mucho este ministerio en el grupo apostólico. Es el controlador, conciliador, consejero de sus camaradas, además de ser el que comprende muy bien al Maestro. Les está diciendo ahora: “Estamos ya en la tierra de Juana. Aquel país en esa hondonada es Beter. Aquel palacio sobre la cima es su castillo natal. ¿Percibís en el aire este perfume? Son los rosales que comienzan a perfumar al sol matinal. Cuando la noche llega es una fragancia imponente. Ahora es bello verlos en esta frescura de la mañana, en que todavía tienen rocío cual diamantes arrojados sobre millones de botones que se abren. Cuando el sol se va a poner, se cortan todas las flores que abrieron. Venid. Os quiero mostrar desde un cerro la vista de los rosales que se despeñan de la cima como una cascada por las pendientes. Una cascada de flores que luego vuelve a subir como una onda por otros dos altillos. Un anfiteatro, un lago de flores. Es una cosa espléndida. La vía es muy áspera, pero merece la pena el caminarla, porque desde el precipicio se domina todo ese paraíso. Y luego pronto llegaremos al castillo. Juana vive allí libre, en medio de sus trabajadores, el único custodio para tanta riqueza. Ellos quieren muchísimo a su patrona que hace de estos valles un Edén de belleza y de paz, que valen más que todas las guardias de herodes. Mira, Maestro, ved amigos” y con una señal indica un semicírculo de altillos cubiertos de rosales.

Dondequiera que los ojos se pongan atraviesan bajo árboles muy altos, que defiende contra los vientos, y contra los rayos tostadores del sol y granizadas, rosales y más rosales. El sol circula y también el aire bajo este techo ligero que hace el velo, pero que no pesa, sostenido según las reglas propias de jardineros y debajo viven felices los más hermosos rosales del mundo. Hay millares y millares de plantas de cada especie de rosas. Rosales enanos, pequeños, altos, altísimos. Unos están cual macetones bajo los árboles, sobre prados de hierba sumamente verde o junto a los bordes de los caminos, al lado de los riachuelos, rodeando los estanques de irrigación, que hay por este parque que abarca colinas; otros retorcidos sobre los árboles, con su cabellera florida que va de tronco en tronco para formar festones y guirnaldas. Algo que es un sueño, todos los colores y matices se encuentran aquí y se entrelazan poniendo colores de marfil junto al rojo subido de otras corolas. Las rosas de color de mejillas de niño se ven por todas partes, parecen las reinas por sus largos dominios.

Todos se quedan estupefactos ante belleza tan grande.

“¿Y en qué emplea todo esto?” pregunta Felipe.

“Lo disfruta” responde Tomás.

“No. Extrae esencias, y así da trabajo a centenares de jardineros y a los que trabajan en las prensas de esencias. Los romanos se mueren por ellas. Jonatás me lo decía al mostrarme las cuentas de la última cosecha. Pero miren ahí a María de Alfeo con el niño. Nos han visto y llaman a las otras”.

De hecho Juana y las dos Marías, a quienes se adelanta Marziam que baja de carrera, con los brazos extendidos para que lo abracen, hacia Jesús y Pedro, vienen ligeras y se postran ante Él.

“La paz sea con todos vosotros. ¿Dónde está mi Madre?”

“Entre los rosales, Maestro. Con Elisa. ¡Está muy mejorada! Puede enfrentarse al mundo y seguirte. Gracias por haber hecho que yo sirviera de algo”.

“Te doy las gracias, Juana. ¿Ves que era útil venir a Judea? Marziam: mira lo que te traemos de regalo. Este hermoso muñeco y estas incomparables ovejas. ¿Te gustan?”

Al niño se le ha ido el aliento de gusto. Se estira hacia Jesús que se ha inclinado para darle el muñeco y que se ha quedado así mirándole la cara, se le ase del cuello y lo besa con todas sus fuerzas.

“Así te harás manso como las ovejas y un buen pastor para los creyentes en Jesús. ¿No es verdad?”

Marziam dice que sí, con la respiración entrecortada, con los ojos que le brillan de alegría.

“Ahora vete con Pedro, que Yo me voy con mi Madre. Le veo la punta de su velo que flota tras un montón de rosas”.

Corre a donde está María a la que recibe sobre su corazón en el recodo del sendero. Después de que se dan el saludo acostumbrado con un beso. María ansiosa dice: “Detrás está Elisa... corrí para besarte... ¡porque no besarte, Hijo, no resistía! Y besarte enfrente de ella no quería... Está muy cambiada... Pero el corazón padece siempre ante las alegrías ajenas, que jamás ella tendrá. Mírala que allá viene”.

Elisa rápida da los últimos pasos. Se arrodilla para besar la orla del vestido de Jesús. No es ya más la enlutada mujer de Betsur, sino una anciana austera que lleva las huellas del dolor y majestuosa con ellos escritos en su cara y en su mirada.

“Que seas vendito, Maestro mío, ahora y siempre, por haberme devuelto lo que había perdido”.

“La paz siempre aumente en ti, Elisa. Estoy contento de encontrarte aquí. Levántate”.

“Estoy contenta. Tengo tantas cosas qué decirte, y qué pedirte, Señor”.

“Tendremos mucho tiempo porque me detendré aquí por varios días. Ven que te voy a presentar a tus discípulos”.

“¡Oh! ¡Has comprendido ya lo que te quería decir! Que quiero nacer a nueva vida: a la tuya, a crearme una nueva familia: la tuya; a tener hijos: los tuyos, como dijiste cuando hablaste de Noemí, en mi casa de Betsur. Es una gracia tuya, Señor, que sea yo una nueva Noemí. ¡Que seas bendito! No estoy ya más amargada, ni soy más infecunda. Seré nuevamente madre. Y si María lo permite, también un poco madre tuya, además de los hijos de tu doctrina”.

“Sí. Lo serás. María no estará celosa y Yo te amaré de modo que no lamente haber venido. Vamos ahora con aquellos que quieren decirte que te aman como hermanos”. Jesús la toma de la mano, y la lleva ante su nueva familia.

El viaje en espera de la fiesta de Pentecostés ha terminado.

87. El paralítico de la piscina de Betsaida¹

21 julio 1945

Jesús está en Jerusalén y precisamente en las cercanías de la torre Antonia. Todos los apóstoles, menos Iscariote, están con Él. Mucha gente se apresura a ir al Templo. Los apóstoles como los demás peregrinos lucen sus vestidos de fiesta, de lo que deduzco que se trata de los días de Pentecostés. Muchos mendigos se mezclan entre la gente. Les cuentan sus miserias con cantinelas lastimeras en los lugares mejores, cerca de las puertas del Templo o en los cruceros donde debe pasar la gente al ir al lugar sagrado. Jesús pasa repartiendo bien entre estos miserables que vuelven a repetir sus miserias y calamidades. Tengo la impresión de que Jesús haya estado ya en el Templo, porque oigo que los apóstoles hablan de Gamaliel que fingió no verlos, no obstante que Esteban, uno de sus oyentes, le señalase a Jesús cuando pasaba.

¹ Cfr. Ju 5, 1-47.

Oigo también que Bartolomé pregunta a sus compañeros: “¿Qué habrá querido decir ese escriba con la frase “un rebaño de terneros destinado a una vulgar carnicería?””

“Se habrá referido a algún negocio suyo” responde Tomás.

“No. Nos señaló. Lo vi bien. La segunda frase confirmó la primera. Sarcásticamente había dicho: “Dentro de poco el Cordero será trasquilado y luego al degüello””.

“Yo también oí lo mismo” confirma Andrés.

“¡Bien! Pero yo me muero de ansias por regresar y preguntar al compañero del escriba qué cosa sabe sobre Judas de Simón” dice Pedro. “Si no sabe nada. Esta vez Judas no está con nosotros, porque de veras está enfermo. Nosotros lo sabemos. Tal vez padeció mucho con el viaje. Nosotros somos gente fuerte. Él ha vivido aquí, cómodamente. Se cansa” dice Santiago de Alfeo.

“Así es como tú dices, pero ese escriba dijo: “Falta en el grupo el camaleón”. ¿No es el camaleón el que cambia de color las veces que se le antoja?” pregunta Pedro.

“Es como tú dices Simón, pero sin duda se han referido a sus vestidos siempre nuevos. A él le gustan. Está joven. Hay que comprenderlo...” aconseja Zelote.

“También esto es verdad. Pero... ¡qué frases curiosas!” concluye Pedro.

“Parece siempre como si nos amenazasen” dice Santiago de Zebedeo.

“La verdad es que nosotros sabemos que nos amenazan, y vemos amenazas también si no hay alguna...” dice Judas Tadeo.

“Y vemos faltas también donde no están” concluye Tomás.

“Bueno. No por eso deja de haber sospecha... Quién sabe cómo esté hoy Judas. Entre tanto se la pasa bien en su paraíso con sus angelitos... También me gustaría a mí enfermarme para tener todas esas comodidades” dice Pedro, y Bartolomé le responde: “Esperamos que pronto se cure. Es necesario terminar el viaje porque los calores arrecian”.

“¡Oh! A Judas no le faltan cuidados, y luego... si le faltasen, ya pensaría el Maestro” asegura Andrés.

“Tenía mucha fiebre cuando lo dejamos. No se sabe cómo le llegó así...” dice Santiago de Zebedeo, y Mateo responde: “Como siempre viene, porque debe venir. Pero yo no sé nada. El Maestro no tiene ninguna preocupación por eso, si hubiese visto que se trataba de una cosa seria, no habría dejado el castillo de Juana”.

Realmente Jesús no está nada preocupado. Va hablando con Marziam y Juan y va también repartiendo limosnas. Al niño le irá explicando muchas cosas, porque veo que le señala esto y aquello. Se dirige al extremo del muro del Templo que está en el ángulo noreste. Allí hay mucha gente que va también a un lugar con un gran pórtico, que está antes de la puerta que oigo que la llaman con el nombre de “Puerta del Rebaño”.

“Esta es la probática, la piscina de Betsaida. Ahora tiene mucha agua. ¿Ves qué tranquila está? Dentro de poco verás que se mueve y que se levanta hasta llegar a aquella señal. ¿Lo ves? Ahora baja el Ángel del Señor. El agua lo siente y lo venera a su modo. Él da órdenes al agua de curar a quien se echa en ella. ¿Ves cuánta gente? Pero muchos se distraen y no ven el primer movimiento del agua; o bien, los más fuertes, sin caridad, estorban a los más débiles. No se debe uno nunca distraer ante las señales de Dios. Es menester siempre vigilar; porque nunca se sabe cuándo Dios se muestra o manda su ángel. Y nunca debe ser uno egoísta, ni siquiera por motivos de salud. Muchas veces, por estar discutiendo sobre a quién le toca primero, o quién tiene mayor necesidad, esos infelices pierden el beneficio de la venida angélica”. Jesús pacientemente explica a Marziam que lo mira con sus ojos bien abiertos, atentos, pero sin dejar de echar un ojo al agua.

“¿Se puede ver al ángel? Me gustaría”.

“Leví, un pastor de tu edad, lo vio. Mira bien tú y prepárate a alabarlo”.

El niño no se distraer más. Sus ojos recorren el agua. No oye nada, no ve nada. Jesús entre tanto mira ese pequeño grupo de enfermos, ciegos, paralíticos que están esperando. También los apóstoles están observando atentamente. El sol juega con sus rayos de luz sobre el agua, y cual rey invade los cinco portales que rodean la piscina.

“Mira, mira Marziam. “El agua sube, se mueve, ¡resplandece! ¡Qué luz! ¡El ángel!”... y el niño se arrodilla.

De hecho al moverse el agua dentro del estanque, parece como si lo hiciese debido a algo que la levantase hasta el borde, y resplandece cual espejo frente al sol. Por un instante, un resplandor que ciega. Un cojo prontamente se echa al agua y poco después sale con la pierna curada, que antes estaba tullida con una gran cicatriz. Los demás se lamentan y pelean con el sanado, diciendo que él no estaba imposibilitado al trabajo, y que ellos sí. La riña continúa.

Jesús da una mirada a su rededor y ve a un paralítico en su camilla que llora en silencio. Se le acerca, se inclina, y le acaricia preguntándole: “¿Lloras?”

“Sí. Nadie se acuerda de mí. Estoy aquí, estoy aquí. Todos se curan, menos yo. Hace treinta y ocho años que estoy acostado. He acabado con todo. Han muerto los míos, ahora soy un peso para un pariente mío lejano que me trae aquí en la mañana y me lleva en la tarde... pero ya está cansado de hacerlo. ¡Oh! ¡Quisiera morirme!”

“No te desconsueles. Has tenido tanta paciencia y fe. Dios te escuchará”.

“Lo espero... pero llegan momentos de desconsuelo. Tú eres bueno. Pero los otros... Quien se cura, por agradecimiento a Dios, podría estar aquí a ayudar a sus pobres hermanos...”

“Debería hacerlo. Así es. Pero no tengas rencor. Ellos no piensan en esto. No es que tengan mala voluntad. Es la alegría de estar curados la que les hace egoístas. Perdónalos...”

“Tú eres bueno. Tú no harías así. Yo me esfuerzo en arrastrarme con mis manos hasta allí, cuando el agua se mueve, pero siempre otros se me adelantan, y cerca del borde no se puede estar, me aplastarían; y aunque estuviese allí, ¿quién me cuidaría? Si te hubiese visto antes, te lo habría pedido...”

“¿Quieres de veras curarte? Levántate, pues. ¡Toma tu camilla y camina!” Jesús se ha enderezado al dar la orden y parece como si al enderezarse, levantase también al paralítico, porque se pone en pie y luego da uno, dos, tres pasos, como si no oyese, detrás de Jesús que se va, y al ver que camina, da un grito que hace que todos se vuelvan a él.

“Pero ¿quién eres? N nombre de Dios, ¡dímelo! ¿Tal vez el ángel de Señor?”

“Soy más que un ángel. Mi nombre es Piedad. Vete en paz”.

Todos se apiñan. Quieren ver. Quieren hablar. Quieren curarse. Acuden los guardias del Templo, que pienso también estaban encargados de la piscina, y hacen a un lado aquel vocerío con amenaza de castigos.

El paralítico toma su camilla: dos barrotes con dos pequeñas ruedas y un pedazo de tela descosido en ellos. Contento se va, gritando detrás de Jesús: “Te volveré a ver. Jamás olvidaré ni tu nombre ni tu rostro”.

Jesús, mezclándose entre la gente, se va en dirección contraria, hacia la muralla. Todavía no ha pasado el último pórtico, como empujados por un ventarrón, un grupo de judíos de las peores castas, lo buscan para decirle sus insolencias. Miran, escudriñan, pero no logran comprender bien de qué se trata. Jesús se va mientras estos, desilusionados, a instigación de los guardias, se lanzan contra el pobre y feliz curado y le dicen: “¿Por qué vas cargando eso? Es sábado, no te es lícito”.

El hombre los mira y dice: “Yo no sé nada. Lo que sé es que quien me curó, me dijo: “Toma tu camilla y camina”. Esto es lo que sé”.

“Se trata de un demonio porque te ordenó que violases el sábado. ¿Cómo era? ¿Quién era? ¿Judío? ¿Galileo? ¿Prosélito?”

“No lo sé. Estaba aquí. Me vio llorar y se me acercó. Me habló. Me curó. Y se fue con un niño de la mano. Creo que es su hijo, porque edad tiene para haberlo tenido”.

“¿Un niño? Entonces no es Él... ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿No se lo preguntaste? ¡No mientas!”

“Me dijo que se llamaba Piedad”.

“Eres un pedazo de alcornoque. Eso no es un nombre”.

El hombre se encoge de hombros y se va.

Los otros dicen: “Ciertamente era Él. Los escribas Ananías y Zaqueo lo vieron en el Templo”.

“Pero ¡Él no tiene hijos!”

“Y sin embargo es Él. Estaba con sus discípulos”.

“Pero no estaba Judas. Es a quien conocemos bien. Los otros... pueden ser gente de cualquier parte”.

“No. Eran ellos”.

La discusión continúa, mientras los pórticos se llenan de gente.

Jesús vuelve a entrar en el templo por otro lado, por el que da al poniente y que es el que está más cercano a la ciudad. Los apóstoles lo siguen. Jesús mira a su alrededor y finalmente encuentra a quien buscaba: a Jonatás, quien a su vez lo andaba buscando,

“Se encuentra mejor, Maestro. La fiebre ha bajado. Tu Mamá dice que espera venir para el próximo sábado”.

“Gracias, Jonatás. Has sido puntual”.

“No muy puntual. Maximino el de Lázaro me entretuvo. Te anda buscando. Fue al pórtico de Salomón”.

“Voy a alcanzarlo. M paz sea contigo, y dala a mi Madre, a las discípulas y también a Judas”.

Jesús, rápido va al pórtico de Salomón en donde encuentra a Máximo.

“Lázaro se enteró de que estabas aquí. Te quiere ver para decirte una cosa importante. ¿Irás?”

“Sin duda alguna, y pronto. Le puedes decir que me espere dentro de la semana”.

Máximo se va después de haber dicho otras cuantas palabras.

“Vamos a orar todavía, ya que por eso regresamos hasta aquí” dice Jesús y se dirige al atrio de los hebreos.

Pero cerca de él encuentra al paralítico curado, que vino a dar gracias al Señor. Lo descubre entre la multitud, lo saluda con alegría y le cuenta lo que pasó en la piscina después de su partida. Termina diciendo: “Luego uno de ellos de ellos me dijo, que estaba fuera de sí al verme sano, que Tú eres, Tú eres el Mesías. ¿Es verdad?”

Lo soy. Pero aun cuando el agua te hubiese curado, o por otro medio hubieses recobrado la salud, tendrías el mismo deber para con Dios, de emplear tu salud en buenas obras. Estás curado. Vete pues con recta intención a emprender tu nueva vida. Y no peques más, para que Dios no te castigue. Adiós. Vete en paz”.

“Soy viejo... no puedo nada... Quisiera ir en pos de Ti para servirte, para conocerte. ¿Me aceptas?”

“No rechazo a nadie. Pero medítalo antes de venir. Y si te decides ven”.

“¿A dónde? No sé a dónde vas”.

“Por el mundo voy. Donde quiera encontrarás discípulos que te llevarán a Mí. Que el señor te ilumine lo mejor”.

Jesús se dirige a su lugar y se pone a orar.

No sé si el hombre curado fuera espontáneamente a ver a los judíos o si éstos, que estaban en espera, lo hayan detenido para preguntarle si El que había hablado, era quien le había curado. Veo que el hombre habla con los judíos y que luego se va, mientras éstos se acercan hasta la escalera por donde debe bajar Jesús para pasar a los otros patios y salir del templo. Cuando Jesús llega allí, sin siquiera saludarlo le dicen: “Así pues, ¿continúas violando el sábado, no obstante todos los reproches que se te han hecho? Y ¿Quieres que se te respete como a enviado de Dios?”

“¿Enviado? Mucho más: como a su Hijo. Porque Dios es mi Padre. Si no me queréis respetar, no lo hagáis, pero Yo no dejaré de cumplir mi misión por esto. No hay momento en que Dios no deje de obrar. Ahora también mi Padre está trabajando, y Yo también, porque un buen hijo hace lo que hace su padre, y porque he venido a trabajar en la tierra”.

Se acerca gente a oír la disputa. Entre ellos hay quienes conocen a Jesús, otros que recibieron de Él un beneficio, y otros que lo ven por primera vez. Los apóstoles forman grupo con su Maestro. Marziam casi tiene miedo y pone cara como de querer llorar.

Los judíos, mezcla de escribas, fariseos y saduceos, gritan en voz alta lo que les parece escándalo: “¡Tienes osadía! ¡Oh! ¡Se llama Hijo de Dios! ¡Sacrílego! ¡Dios es el que es² y no tiene hijos! ¡Llamad a Gamaliel! ¡Llamad a Sadoc” Reunid a los Rabíes para que oigan y le demuestren que está equivocado”.

“No os espantéis. Llamadlos y os dirán, si es verdad que sepan que Dios es Uno y Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo y que el Verbo, o sea el Hijo del Pensamiento, ha venido, según las profecías para salvar a Israel y al mundo del pecado. Yo soy el Verbo. Soy el Mesías predicho. No cometo por lo tanto ningún sacrilegio si al Padre lo llamo Padre. Estáis inquietos porque hago milagros, y porque de este modo me atraigo las multitudes y las convezco. Me acusáis de ser un demonio porque obro prodigios. Pero Belcebú anda por el mundo desde hace tantos siglos y en realidad, que no le han faltado adoradores devotos... ¿Por qué entonces no hace él lo que hago Yo?”

La gente cuchichea: “Es verdad, es verdad, nadie hace lo que Él hace”.

Jesús continúa: “Os lo diré: la razón es que Yo sé lo que él no sabe y puedo lo que él no puede. Si hago obras de Dios es porque soy su Hijo. Por sí mismo uno no puede llegar a hacer lo que no ha visto. Yo, el Hijo, no puedo hacer sino lo que he visto que hace el Padre, pues soy uno con Él por los siglos de los siglos, y tenemos igual naturaleza e igual poder. Todas las cosas que hace el Padre, también las hago Yo que soy su Hijo. Ni Belcebú, ni otros pueden hacer lo que Yo hago, porque Belcebú y los otros no saben lo que Yo sé. El Padre me ama a Mí, su Hijo, y me ama sin medida así como Yo le amo. Por eso me ha mostrado todo cuanto hace, para que Yo haga todo lo que Él hace: Yo sobre la tierra, en este tiempo de gracia, Él en el Cielo, antes de que el tiempo existiese en la tierra. Y mostrará cosas mucho mayores para que las haga y para que quedéis admirados.

Su pensamiento es inagotable en el pensar. Yo lo imito siendo inagotable en cumplir lo que el Padre piensa y quiere con el pensamiento. No comprendéis todavía cuanto el amor creó inagotablemente. Nosotros somos el Amor. No hay limitaciones para Nosotros, ni existe cosa que no pueda aplicarse en los tres grados del hombre: el inferior, el superior, el espiritual. Pues así como el Padre, resucita los muertos y les devuelve la vida, de igual modo Yo, Hijo, puedo dar la vida a los que quiera, y también por el amor infinito, que el Padre tiene por el Hijo, se me ha concedido no sólo devolver la vida a la parte inferior, sino también a la superior, librando al pensamiento del hombre y su corazón de los errores mentales y de las malas pasiones, y a la parte espiritual al hacer que el espíritu se libere del pecado, porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dejado que el Hijo juzgue, pues Él es quien con su sacrificio ha comprado la humanidad para redimirla; y esto lo hace el Padre con justicia, porque a quien le paga a Él con su moneda es justo que se le dé, y para que todos honren al Hijo como honran al Padre.

Tened en cuenta que si separáis al Padre del Hijo, o al Hijo del Padre, y no os acordáis del Amor, no amáis a Dios como se debe amar: con verdad y sabiduría, más bien sois culpable de herejía porque dais culto a uno solo mientras Ellos son una admirable Trinidad. Por esto, quien no honra al Hijo es como si no honrase al Padre, porque el Padre, Dios no acepta que una parte suya sea adorada, sino que quiere que sea adorada su plenitud. Quien no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió por un pensamiento perfecto de amor. Niega pues, que Dios sepa hacer cosas justas.

En verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree en quien me ha enviado, tiene la vida eterna y no es amenazado con la condenación, sino que pasa de la muerte a la vida, porque creer en Dios y aceptar mi palabra quiere decir infundir en sí mismo la vida que no muere. Está llegando la hora, mejor dicho, para muchos ya ha llegado, en que los muertos

² Cfr. Ex. 3, 13-15; Is. 42, 8.

oirán la voz del Hijo de Dios y quien la sintiere resonar llena de vida en el fondo de su corazón, vivirá.

“¿Qué dices tú, escribe?”

“Digo que los muertos no oyen nada, y que Tú eres un loco”.

“El cielo te persuadirá de que no es así, y que tu saber es nada respecto del de Dios. Habéis en tal manera materializado las cosas sobrenaturales, que no ponéis en las palabras sino un significado inmediato y terrenal. Habéis enseñado el Haggada con fórmulas fijas que son *vuestras* sin esforzaos en comprender las alegrías en su verdad, y ahora en vuestro corazón, que está cansado de ser oprimido de una humanidad, siempre victoriosa sobre el espíritu, no creéis ni siquiera en lo que enseñáis. Y esta es la razón por la que no podéis luchar contra las fuerzas ocultas.

La muerte de que estoy hablando no es de la carne, sino la del espíritu. Vendrán quienes oirán mi palabra y la aceptarán en su corazón y la pondrán en práctica. Estos, aunque muertos en el alma, volverán a vivir, porque mi palabra es vida que se infunde y la puede dar a quien quiera Yo, porque en Mí es perfección de vida, pues así como el Padre tiene en sí la vida perfecta, así también el Hijo consiguió del Padre la vida, en Sí mismo, perfecta, completa, eterna, inexhausta y fácil de transfundir. Con la vida el Padre me dio el poder de juzgar, porque el Hijo del Padre es el Hijo del hombre, y puede y debe juzgar al hombre.

No os maravilléis de esta primera resurrección, la espiritual que llevo a cabo con mi palabra. Veréis cosas mayores, mayores para vuestros pensamientos lerdos, porque en verdad os digo que no hay cosa mayor que la resurrección invisible pero real de un espíritu. Pronto llega la hora en que hasta los sepulcros llegará la voz del Hijo de Dios, y los que se encuentran en ellos, la escucharán; y los que hicieron el bien, saldrán de ellos para ir a la resurrección de la vida eterna, y los que hicieron el mal, a la resurrección de una condenación eterna.

No digo que haré y no haré por Mí mismo, por mi propia voluntad, sino por voluntad del Padre que está unido conmigo. Yo hablo y juzgo según escucho y mi juicio es recto porque no busco mi voluntad, sino la del que me envió.

Yo no estoy separado del Padre. Yo estoy en Él y Él está en Mí y conozco su pensamiento y lo traduzco en palabras y en acciones.

Lo que Yo digo para dar testimonio de Mí mismo no puede aceptarlo vuestro espíritu incrédulo que no quiere ver en Mí más que a un hombre semejante a todos vosotros. Hay también otro que da testimonio de Mí, y a quien veneráis como gran profeta. Yo sé que su testimonio es verdadero. Decís que lo veneráis, pero no aceptáis su testimonio porque no se adapta a vuestro pensamiento que me es contrario. No aceptáis el testimonio del hombre justo, el del último profeta de Israel, porque en lo que no os agrada, decís que no es más que un hombre, y que puede equivocarse.

Mandasteis preguntar a Juan, esperando que dijese de Mí lo que deseabais, esto es, lo que pensáis de Mí, lo que *queréis pensar*. Pero Juan dio un testimonio verdadero y no pudisteis aceptarlo. Pues como el profeta dice que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, vosotros en lo secreto de vuestros corazones, ya que tenéis miedo a las multitudes, decís que el Profeta es un loco como lo es el Cristo. Yo no recibo el testimonio del hombre, aun cuando sea el más santo de Israel. Yo os digo: él era la lámpara que ardía e iluminaba y vosotros quisisteis por un poco de tiempo gozar de su luz. Cuando esta luz se proyectó sobre Mí, para daros a conocer el Cristo por lo que es, permitisteis que la lámpara fuese puesta bajo el almud, y antes de esto levantasteis entre ella y vosotros un muro, para no ver en su luz al Cristo del Señor.

Agradezco a Juan el que haya dado testimonio de Mí, y también se lo agradece el Padre. Juan recibirá un gran premio por este testimonio, brillando en el cielo como el primer sol entre todos los hombres, que también brillarán, porque fueron fieles a la verdad, y tuvieron hambre de justicia. Sin embargo Yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, y son mis obras, porque las que el Padre me encomendó que llevase a cabo, las hago, y ellas dan testimonio de que el Padre me envió al darme todo poder. Y así es el Padre mismo quien me envió, quien da testimonio a mi favor.

Jamás habéis oído su voz, ni visto su rostro. Yo lo he visto y lo estoy viendo, y lo he oído y lo estoy oyendo. En vosotros su palabra no permanece, porque no creéis en el que Él envió.

Investigáis las Escrituras porque creéis obtener por su conocimiento la vida eterna, y ¿no caéis en la cuenta que son exactamente ellas las que hablan de Mí? Y ¿por qué entonces seguís en vuestra resolución de no acercaros a Mí para tener la vida? Os lo diré: porque cuando una cosa es contraria a vuestras ideas inveteradas, la rechazáis. Os falta humildad. No podéis llegar a decir: “Me he equivocado. Este o aquel libro dice lo cierto y yo me encuentro en error”. Así hicisteis con Juan, así con las Escrituras, así con el Verbo que os está hablando. No podéis ver ni entender porque estáis envueltos de soberbia y aturridos con vuestras voces.

¿Creéis que os hablo así porque tengo deseos de que me glorifiquéis? No, tenedlo en cuenta. Yo no busco y no acepto la gloria de los hombres. Lo que busco y quiero es vuestra salvación eterna. Esta es la gloria que busco. Mi gloria de Salvador no puede existir si no tengo a los que salve, que aumenta tanto más cuanto más aumente el número de los salvados, gloria que me darán los espíritus, y el Padre y el Espíritu Purísimo. Pero vosotros no os salvaréis. Os conozco por lo que sois. No tenéis en vosotros el amor de Dios. Estáis sin amor, y por esto no venís al Amor que os habla, y no entraréis en el reino del Amor. Allí sois unos desconocidos. El Padre no os conoce porque no me conocéis a Mí que estoy en el Padre. No me queréis conocer.

Vine en nombre de mi Padre y no me recibís pero estáis prontos a recibir a cualquiera que venga en nombre propio, con tal de que diga lo que os agrada. ¿Decís que sois espíritus de fe? No. No lo sois. ¿Cómo podéis creer vosotros que mendigáis la gloria entre vosotros mismos, y no buscáis la gloria de los cielos que procede de Dios? La gloria que es verdad, y no juego de intereses que se quedan en la tierra y que brindan solo sus caricias a la humanidad viciosa de los desgraciados hijos de Adán.

No os acusaré ante el Padre, ni os lo imaginéis. Hay quien os acuse. Moisés en quien esperáis, os echará en cara el que no hayas creído en Mí, porque él escribió de Mí³ y no me reconocéis en lo que él dejó escrito de Mí. Vosotros no creéis en las palabras de Moisés que es el gran personaje por el que juráis. ¿Cómo podéis creer entonces a las mías, a las del Hijo del Hombre, en las que no tenéis fe? Humanamente hablando es lógico. Pero aquí estamos en el campo del espíritu, y se trata de vuestras almas. Dios las contempla a la luz de mis obras y compara las acciones vuestras con lo que enseño y os juzga.

Yo me voy. Por mucho tiempo no me volveréis a encontrar, y tened en cuenta que no es un triunfo, sino un castigo. Vámonos”.

Jesús se abre paso por entre la multitud de entre la que algunos permanecen mudos, y otros dan su aprobación en voz baja por temor a los fariseos. La multitud poco a poco se retira.

88. En Betania: “Maestro, María llamó a Marta”

22 y 23 julio 1945

Jesús en compañía de Zelote llega al jardín de Lázaro en medio de un hermoso amanecer de verano. Todo es fresco, todo ríe.

El jardinero, que corre a recibir al Maestro, le señala la punta de una vestidura blanca que desaparece detrás de un seto, diciéndole: “Lázaro va al emparrado de los jazmines a leer unos rollos. Le voy a llamara al punto”.

“No. Yo mismo voy”.

Jesús camina rápido por la vereda a cuyos lados hay setos en flor. La hierba que hay cerca de los setos amortigua el rumor de los pasos y Jesús trata de ponerlos allí para poder llegar de imprevisto ante Lázaro.

³ Cfr. Deum. 18, 9-22; Lc. 24, 13-35; Hech. 3, 11-26; 7, 37.

Lo sorprende cuando, de pié, con los rollos sobre una mesa de mármol, ora en voz alta: “No me engañes, Señor. Este hilo de la esperanza que me ha nacido en el corazón hazlo crecer. Dame lo que con lágrimas te he pedido diez y cien mil veces. Lo que te he pedido con mis acciones, con el perdón, con todo mi ser. Dámelo en cambio de mi vida. Dámelo en nombre de tu Jesús que me ha prometido esta paz. ¿Puede acaso mentir Él? ¿Debo pensar que su promesa fue tan sólo de palabras? ¿Qué su poder es inferior al abismo de pecado que es mi hermana? Dímelo, señor, que me resignaré por amor tuyo...”

“Sí, te lo digo” dice Jesús.

Lázaro se voltea de una pieza y grita: “Oh, ¡Señor mío! Pero ¿cuándo llegaste?” Y se inclina a besar el vestido de Jesús.

“Hace unos minutos”.

“¿Sólo?”

“Con Simón Zelote. Pero aquí, donde estás, he venido solo. Sé que me debes decir una *gran cosa*. Dímela, pues”.

“No. Primero responde a las preguntas que hago a Dios. Según lo que me respondas te lo diré”.

“Dime, dime esta *grande cosa* tuya. La puedes decir...” Y Jesús sonríe abriendo sus brazos en ademán de invitación.

“¡Dios Altísimo! Pero ¿es verdad? Luego ¿sabes que es cierto?” y Lázaro se echa sobre los brazos de Jesús para confiarle su gran secreto. “María mandó decir a Marta que fuese a Mágdala. Marta se fue con temor de que se tratase de una desgracia... Y yo aquí, me quedé solo con el mismo temor. Pero Marta, por medio del siervo que la acompañó, me ha enviado una carta que me ha llenado de esperanzas. Mira, la tengo aquí en el pecho. La tengo aquí porque para mí vale más que un tesoro. Son unas cuantas palabras, pero las leo poco a poco para estar seguro que en realidad han sido escritas. Mira...” Lázaro saca de su vestido un pequeño rollo ligado con una cinta de color violeta y lo desenrolla. “¿Ves? Lee, lee. En voz alta. Si la lees me parecerá que cobra mayor realidad”.

“Lázaro, hermano mío. Sea contigo la paz y la bendición. Llegué pronto y bien. Mi corazón no tiene que temer que se trate de alguna desgracia, porque he visto a María, a nuestra María sana y... ¿te lo digo? En su cara no existe ya ese frenesí de antes. Ha llorado sobre mi pecho. Un llanto largo... Y luego, en la noche, en la habitación a donde me condujo, me preguntó tantas y tantas cosas acerca del Maestro. Por ahora sólo fue esto. Pero, al ver la cara de María, sin tener necesidad de oír sus palabras, digo que la esperanza ha nacido en mi corazón. Ruega, hermano, espera. ¡Oh! ¡Si fuese verdad! Me quedo aquí todavía porque me imagino que me quiere cerca de sí como para que pueda escudarse conmigo de las tentaciones y para comprender... ¿Qué cosa? Lo que ya sabemos. La bondad infinita de Jesús. Le platiqué de la mujer que ha llegado a Betania... Veo que piensa, piensa y piensa... Haría falta Jesús... Ruega. Espera. El Señor sea contigo”. Jesús envuelve el rollo y lo devuelve.

“Maestro...”

“Iré. ¿Dispones de algún medio para que avises a Marta que me salga al encuentro en Cafarnaúm, dentro de 15 días al máximo?”

“Sí, Señor, ¿Y yo?”

“Tú te quedas aquí. A Marta la haré regresar aquí”.

“¿Por qué?”

“Porque las redenciones experimentan una vergüenza muy grande y la sienten mucho más cuando están los padre o hermanos. Yo también te digo: “Ruega, ruega, ruega””.

Lázaro llora sobre el pecho de Jesús... Después, ya calmado, cuenta sus entusiasmos, sus desilusiones... “Hace como un año que estoy esperando... que me desespero... ¿Qué tiempo tan largo es el de la resurrección!...” exclama. Jesús lo deja que hable, que hable, que hable, que hable... hasta que Lázaro se da cuenta de que está faltando a sus deberes de

hospitalidad y se levanta para llevar a Jesús a su casa. Al hacerlo, pasan cerca de jazmines en flor y sobre sus corolas con sus alitas abejitas de oro.

“¡Ah! Me olvidaba decirte... El viejo patriarca que me mandaste, ha regresado al seno de Abraham. Maximino lo encontró sentado aquí, con la cabeza apoyada sobre este seto, como si hubiese dormido cerca de las colmenas que él cuidaba como si fuesen cajas llenas de niños de oro. Así les llamaba a las abejas. Parecía como si le comprendiesen y que él las entendiese. Y sobre el patriarca dormido en la paz de su buena conciencia, cuando Maximino lo encontró, había un velo precioso de pequeños cuerpos de oro. Todas las abejas posadas sobre su cuerpo. Los siervos debieron trabajar -¡y vaya que lucharon!- para separarlas de su amigo. Era tan bueno, que tal vez tenía sabor de miel... Era tan honesto que tal vez para las abejas era como una corola incontaminada... me ha dolido muchísimo. Me hubiera gustado haberlo tenido por más tiempo en mi casa. Era un justo...”

“No llores por eso. Está en paz, y desde allí ruega por ti, que le hiciste dulces sus últimos días. ¿Dónde está sepultado?”

“Junto al manzanar. Todavía cercano a sus colmenas. Ven que te llevo allá”.

Se van por un pequeño bosque de laureles cerosos, en dirección de las colmenas de donde viene un zumbido de trabajadoras...

89. Marziam confiado a Porfiria, mujer de Pedro

24 julio 1945

Jesús está en el lago de Galilea junto con sus discípulos. Pronto llega el amanecer. Están todos los apóstoles y también Judas que está perfectamente curado, con una cara más dulce debido a la enfermedad y a los cuidados que recibió, y a la compañía. También está Marziam, un poco atemorizado por ser la primera vez que está en el agua. No quiere que se le note, pero a cada movimiento fuerte de la barca se agarra con un brazo del cuello de la oveja, que con él comparte su miedo, balanceándose lastimeramente, y con el otro se agarra a lo que puede, palo, asiento, remo, o hasta a las piernas de Pedro, a las de Andrés, o a las de los trabajadores de la barca que están ocupados en sus trabajos, y cierra los ojos, convencido tal vez que llega su última hora.

Pedro de vez en cuando le dice, dándole un cachetadita: “No tengas miedo. Un discípulo no debe jamás temer”. Y el niño dice que no con la cabeza, pero como el viento sopla más fuerte y el agua se mueve más conforme se va acercando la desembocadura del Jordán, aprieta más fuerte sus ojos hasta cuando una ola fuertemente azota sobre un costado de la nave, da un grito de miedo.

Algunos se ríen, otros se burlan de Pedro porque quiso ser padre de uno que no sabe estar en la barca, y otros se burlan de Marziam que siempre anda diciendo que quiere ir por tierras y por mares a predicar a Jesús y que luego tiene miedo de caminar unos cuantos kilómetros sobre un lago. Pero Marziam se defiende diciendo: “Cada uno tiene miedo de lo que no conoce. Yo del agua, Judas de la muerte...”

Comprendo que Judas debió haber tenido mucho miedo de morir, y me admiro que no reaccione, sino que más bien diga: “Dijiste bien. Se tiene miedo de lo que no se conoce. Pero ahora estamos para llegar. Betsaida se encuentra a pocos kilómetros. Y tú estás seguro de encontrar allí amor. ¡Así quisiera estar cercano a la casa del Padre, y estar seguro de encontrar amor!” Lo dice con cansancio y tristeza.

“¿Desconfías de Dios?” pregunta sorprendido Andrés.

“No. Desconfío de mí mismo. En aquellos días en que estuve enfermo, rodeado de tantas mujeres puras y buenas, ¡me sentí tan pequeño en mi espíritu! ¡Cuánto he pensado! Decía: si ellas todavía trabajan para ser mejores y para conquistar el cielo, ¿qué cosa debo de hacer yo? Porque ellas a mí me daban la impresión de ser todas santas y se sienten todavía pecadoras. ¿Y yo?... ¿Llegaré alguna vez, Maestro?”

“Con buena voluntad se puede todo”.

“Pero mi voluntad es muy imperfecta”.

“El auxilio de Dios pone en ella lo que le falta para ser completa. Tu actual humildad ha nacido en la enfermedad. Piensa pues, que el buen Dios ha provisto, mediante un accidente penoso, a darte una cosa que no tenías”.

“Es verdad, Maestro. Pero ¡esas mujeres! ¡Qué perfectas discípulas! Claro que no me refiero a tu Mamá. Me refiero a las demás. Oh, verdaderamente se superaron. He sido una de sus primeras pruebas en su futuro ministerio. Créeme, Maestro, puedes apoyarte seguro en ellas. Elisa y yo estuvimos bajo sus cuidados. Elisa ha regresado a Betsur con el alma rehecha, y yo... espero rehacerme, ahora que tanto trabajaron...” Judas, todavía débil, se echa a llorar. Jesús que está sentado cerca de él le pone una mano sobre la cabeza, y hace señal a los demás de que no digan ni una palabra.

Pedro y Andrés están muy ocupados con el próximo arribo, y por lo tanto no hablan. Zelote, Mateo, Felipe y Marziam no lo hacen, algunos de ellos por estar viendo que se acercan a la playa, otros por prudencia.

La barca entra en la desembocadura del Jordán y poco después se detienen en la arena. Mientras los trabajadores bajan para amarrarla a una estaca, y para poner una piedra que sirva de puente, y Pedro se pone su vestidura larga, lo mismo Andrés, la otra barca hace la misma maniobra, y de ella bajan los otros apóstoles. Jesús y Judas también bajan. Pedro pone al niño su vestidito y lo arregla para presentarlo a su mujer.

Todos están en tierra, hasta las ovejas.

“Vamos ahora” dice Pedro. Está muy emocionado. Da la mano al niño, que a su vez está emocionado en tal forma que olvida las ovejitas de las que se preocupa Juan y pregunta con un destello de miedo: “Pero ¿me irá a querer? ¿De veras me amará?” Pedro se lo asegura, mas parece que el miedo se le ha metido también y dice a Jesús: “Díselo Tú, Maestro, a Porfiria. Creo que no podré decir algo en su lugar”. Jesús sonríe y promete que lo tomará a su cuidado.

Siguiendo por la playa de arena, pronto se llega a la casa. Por la puerta abierta se oye el ruido de que Porfiria se está ocupando de sus quehaceres domésticos.

“La paz sea contigo” dice Jesús asomándose a la puerta de la cocina donde la mujer está poniendo en orden los trastos.

“¡Maestro! ¡Simón!” La mujer corre a postrarse a los pies de Jesús, y luego a los de su marido. Luego se endereza, y con su cara, que si no es hermosa es buena, dice sonrojándose: “Tanto que os estaba esperando. ¿Estáis todos bien? Venid. Venid. Estaréis cansados...”

“No. Venimos de Nazaret, donde nos quedamos unos días y fuimos a Caná para quedarnos también unos días. En Tiberíades estaban las barcas. Ves que no estamos cansados. Teníamos un niño con nosotros y a Judas de Simón que se encuentra débil por haber estado enfermo”.

“¿Un niño? ¿Un discípulo pequeño?”

“Un huérfano que recogimos por el camino?”

“¡Oh, prenda! ¡Ven, tesoro, para que te bese!”

El niño que había estado temeroso y medio escondido detrás de Jesús se deja tomar por la mujer que se ha arrodillado para estar a su altura y se deja besar sin protesta alguna.

“Y ahora os lo lleváis. ¡Tan pequeño que es! Se cansará...” La mujer siente verdadera compasión. Tiene abrazado al niño, mejilla con mejilla.

“En realidad Yo tenía en la cabeza otra cosa. El de confiarlo a alguna discípula, cuando nos vamos lejos de Galilea, del lago...”

“¿A mí no, Señor? Nunca tuve hijos. Sobrinos sí, y sé cómo tratar a los niños. Soy la discípula, que no es muy sana para poder seguirte como lo hacen otras que... Oh, ¡Tú lo sabes! Seré cobarde, si lo quieres, pero sabes entre qué tenazas me encuentro. ¿Tenazas dije? No. Me encuentro en medio de dos sogas que me arrastran en dirección contraria, y no tengo el valor de romper con una de ellas. Deja que al menos te sirva un poco, siendo la mamá-discípula de este niño... A amarte...”

Jesús le pone la mano sobre la cabeza y dice: “Hemos traído aquí al niño porque habría encontrado una madre y un padre. ¡Ea, pues! ¡Formemos la familia!” Y Jesús pone la mano de Marziam en la de Pedro, que tiene los ojos resplandecientes, y en la de Porfiria. “Educadme santamente a este inocente”.

Pedro ya lo sabía y por eso no hace más que secarse una lágrima con el dorso de la mano, pero su mujer, que no se lo esperaba, queda como muda de estupefacción. Luego torna a arrodillarse y dice: “¡Oh, Señor mío! Me quitaste al esposo, haciéndome casi viuda, pero ahora me das un hijo... Así pues me vuelves todas las rosas a la vida, no solo las que me tomaste, sino las que nunca tuve. Que seas bendito. Amaré a este niño mucho más que si hubiese salido de mis entrañas, porque Tú me lo has dado”. La mujer besa el vestido de Jesús y besa al niño. Se lo sienta sobre sus rodillas... Es feliz...

“Dejémosla en sus expansiones” dice Jesús. “Quédate también tú, Simón. Vamos a la ciudad a predicar. Vendremos al atardecer a pedirte comida y descanso”.

Jesús sale con los apóstoles, dejando a los tres en su dicha... Juan dice: “Señor mío, ¡Simón hoy es feliz!”

“¿También tú quieres un niño?”

“No. Quisiera un par de alas para remontarme hasta las puertas del cielo y aprender el lenguaje de la luz, y traerlo a los hombres” y se sonríe.

Metan las ovejas en el fondo del huerto, cerca del lugar donde entran las redes. Les dan hierba y agua del pozo, y se van en dirección del centro de la ciudad.

90. Jesús habla en Betsaida

25 julio 1945

Jesús habla desde la casa de Felipe. Mucha gente se ha reunido allí y Jesús está de pie, sobre el umbral, que tiene dos altos peldaños.

La noticia del hijo adoptivo de Pedro, que vino con su pequeña riqueza de tres ovejitas a pedir que se le admitiera en la riqueza de una familia, se ha esparcido como gota de aceite sobre tela. Todos hablan de ella. Todos hacen comentarios a su manera con su alegría. Quién, envidia, dice: “Para que lo pudiese aceptar, le tuvo qué dar una dote”. Quién, llevado por su buen corazón, dice: “Amaremos todos a ese pequeño al que ama Jesús”. Quién, malicioso, advierte: “¿La generosidad de Simón? Sí. Espérate. Servirá de ganancia, si no...”

Otros, ambiciosos: “Lo habría hecho también yo si hubiese tenido un niño con ovejas. Tres ¿entiendes? Un pequeño ganado. ¡Y hermosas! ¡Lana y leche están aseguradas!, y luego los corderitos que se pueden vender y tener ¡Es dinero! Y el niño puede servir, trabajar...”

Otros levantan la voz: “¡Qué vergüenza! ¡Hacerse pagar una buena acción! Ciertamente que Simón no habrá pensado en ello. Siempre lo hemos conocido generoso en medio de su modesta riqueza con los pobres, sobre todo, con los niños. Es justo, que ya que ahora no gana nada con la pesca, y aumente uno de familia, que tenga un poco de ganancia por otra parte”.

Entre tanto que cada uno hace su comentario, sacándolo del corazón que tiene, bueno o malo, y lo reviste con palabras, Jesús escucha y habla a uno de Cafarnaúm que ha venido a verlo para rogarle que vaya lo más pronto posible a la casa del sinagogo porque su hija está muriendo y también porque una mujer acompañada de una criatura anda en su busca. Jesús promete que irá durante la mañana, cosa que apesadumbra a los de Betsaida que quisieran tenerlo allí por algunos días.

“Vosotros tenéis menos necesidad que los demás. Dejadme ir. Por otra parte, mientras dure el verano, estaré en galilea, y frecuentemente en Cafarnaúm. Nos veremos con facilidad. Allí hay un padre y una madre que se encuentran afligidos. Es caridad el socorrerlos. Vosotros aprobáis la bondad de Simón para con el huérfano. Me refiero a lo buenos que hay entre vosotros. El juicio de estos es el único que tiene valor. A los que no son buenos no se les escucha, porque sus juicios siempre están empapados de veneno y de mentira. Por eso, vosotros que sois buenos, debéis aprobar también mi bondad de que vaya a remediar a un

padre y a una madre. No permitáis que vuestra aprobación sea estéril, sino más bien ponedla en práctica.

Las páginas de la escritura dicen cuánto bien procede de una buena acción. Recordemos a Tobías. Mereció que el arcángel cuidase a su hijo Tobías y que le enseñase con qué devolvería la vista a su padre. Pero ¡cuántas caridades y sin interés alguno había hecho el justo Tobías, no obstante los reproches de su mujer y peligros de su vida! Acordaos de las palabras del arcángel: "Buena cosa es la oración con el ayuno. La limosna vale más que montes de minas de oro, porque la limosna libra de la muerte, purifica de los pecados, hace que encuentre uno, la misericordia y la vida eterna... Cuando orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos... yo presenté tus plegarias al Señor".

Mi Simón, en verdad os digo, sobrepujará en mucho la virtud del viejo Tobías. Él protegerá vuestras almas con mi doctrina, después de que me haya ido. Ahora empieza a ser padre de un alma, para ser mañana padre santo de todas las almas fieles a Mí. Así pues, no murmuréis. Si algún día, cual pajarito caído de su nido, encontraseis un huérfano en vuestro camino, recogedlo. El pedazo de pan compartido con el huérfano no empobrece la mesa de los hijos propios, antes al contrario, trae las bendiciones de Dios. Haced esto porque Dios es el Padre de los huérfanos y os los presenta para que los ayudéis en volver a construir el nido que destruyó la muerte. Hacedlo porque así enseña la Ley que Dios entregó a Moisés que es nuestro legislador, el cual en tierra enemiga y de ídolos halló en su infancia un corazón que se inclinó para rescatarlo de la muerte, que lo sacó de las aguas, que lo llevó consigo, que lo puso a salvo de las persecuciones, porque Dios había destinado que Israel tuviese algún día su libertador. Por un acto de piedad Israel tuvo su jefe². Las repercusiones de una acción buena son como ondas de sonido que se esparcen mucho más lejos del punto de donde partieron, o si os agrada más, como ondas de viento que llevan consigo muy lejos las semillas arrebatadas a fértiles tierras. Id, pues. La paz sea con vosotros".

91. La hemorroisa y la hija de Jairo¹

11 marzo 1944

Jesús va por una calle soleada y polvorienta que bordea la ribera del lago. Se dirige al poblado rodeado por mucha gente que sin duda alguna lo estaba esperando y que le aprieta no obstante que los apóstoles se esfuerzan en separarla con brazos y espaldas, y que en voz alta exijan que lo dejen pasar.

Jesús por su parte, no se inquieta con tanto ruido. Más alto que todos los que lo rodean, miran con una dulce sonrisa la gente que lo estruja, responde a los saludos, acaricia a algún niño que logra pasarse entre la gente y que se le acerca, pone la mano sobre la cabeza de los niños que sus madres levantan en alto para que los toque. Y así sigue caminando, lenta, pacientemente en medio de este vocerío, y de estos apretujamientos que pondrían de mal humor a cualquiera.

Se oye el grito de un hombre: "Abrid paso, abrid paso". Es una voz de angustia, que muchos deben conocer y respetar como de una persona de importancia, porque la multitud a duras penas deja el paso a un hombre de unos cincuenta años de edad, que lleva un vestido largo y suelto con una especie de pañuelo blanco sobre su cabeza y cuyos bordes le caen en la cara y el cuello.

Llegado ante Jesús se postra ante sus pies y le dice: "Oh, Maestro. ¿Por qué te has tardado tanto? Mi niña está muy enferma. Nadie le puede curar. Tú eres mi esperanza y la de mi mujer. Ven, Maestro. Te esperaba con ansia infinita. Ven, ven al punto. Mi única hija está muriendo..." y se echa a llorar.

² Cfr. Ex. 1, 22 – 3, 12.

¹ Cfr. Mt. 9, 18-26; Mc. 5, 21-43; Lc. 8, 40-56.

Jesús pone su mano sobre la cabeza del hombre que, inclinado y angustiado solloza. Le dice: “No llores. Ten fe. Tu niña vivirá. ¡Vamos! ¡Levántate! ¡Vamos!” Estas últimas palabras son como orden. Las primeras eran las del que consuela, las segundas las del que manda.

Vuelve a ponerse en camino. Jesús tiene a su lado y de la mano al padre que llora. Cuando un sollozo más fuerte sacude al pobre hombre, veo que Jesús lo mira y le estrecha la mano. No hace otra cosa, pero cuánta fuerza debe de llegar a un alma cuando Jesús la trata así. El lugar que tiene ahora el padre lo tenía antes Santiago. Jesús hizo que se lo cediera. Pedro va al otro lado. Juan al lado de Pedro. Trata de formar barrera, como lo hacen también de la otra parte Santiago e Iscariote, que viene detrás del padre que llora. Los otros apóstoles van unos delante, otros detrás de Jesús. ¡Es algo espantoso! Sobre todo los tres que vienen detrás, entre los que veo a Mateo, no logran rechazar la masa de gente, y cuando dicen algo que no está bien o casi insultan a la multitud indiscreta, Jesús vuelve su cabeza y con dulzura dice: “¡Dejad en paz a estos pequeñitos míos!...” Pero llega un momento en que se vuelve de pronto. Suelta la mano del padre y se detiene. Vuelve no sólo la cabeza sino todo el cuerpo. Parece todavía más alto porque ha tomado una actitud de rey. Con el rostro y mirada severos, investigadores, busca entre la multitud. Sus ojos despiden luz, no de dureza sino de majestad: “¿Quién me ha tocado?” pregunta.

Nadie responde. “¿Quién me ha tocado? Repito” insiste Jesús.

“Maestro” responden los discípulos, “¿No ves cómo la gente se te apretuja por todas partes? Todos te tocan, no obstante nuestros esfuerzos”.

“Pregunto que quién me ha tocado para alcanzar un milagro. He sentido que virtud de hacer milagro salió de Mí, porque lo pedía un corazón con fe. ¿De quién este corazón?”

Los ojos de Jesús se bajan dos o tres veces mientras habla a una mujercita como de cuarenta años, vestida muy pobremente, con una cara muy arrugada, y que trata de desaparecer entre la multitud, antes de que ésta se la trague. Esos ojos deben llegarle hasta el alma. Comprende que no puede huir y regresa, se echa a los pies de Jesús, casi con la cara en el polvo, pero sin atreverse a tocar a Jesús con sus manos extendidas.

“Perdón. Soy yo. Estaba enferma. ¡Hace doce años que estaba enferma! Todos huían de mí. Mi marido me abandonó. He gastado todos mis bienes para que no fuese tenida como oprobio, para vivir como todos viven. Pero nadie pudo curarme. Lo ves. Maestro. ¡Soy una vieja antes de tiempo! Las fuerzas se me escaparon con este flujo incurable y con él también mi paz. Me dijeron que eres bueno. Me lo dijo uno a quien curaste de lepra, y como por muchos años todos huyeron de él, no tuvo asco de mí. No tuve valor para decirlo antes. ¡Perdón! Pensaba que con solo tocarte, me curaría. Pero no te he hecho inmundo. Apenas toqué la punta de tu vestido que va tocando el suelo, que toca lo sucio del camino... También soy yo una suciedad... Pero estoy curada. ¡Que seas bendito! En el momento en que te toqué el vestido, mi mal se detuvo. Soy como todas las demás. Nadie me huirá más. Mi marido, mis hijos, mis parientes podrán estar conmigo, los podré acariciar. Podré ser útil en mi casa. Gracias Jesús, Maestro bueno. ¡Que para siempre seas bendito!”

Jesús la mira con una bondad infinita. Le envía una sonrisa. Le dice: “Vete en paz, hija. Tu fe te ha salvado. Estás curada para siempre. Sé buena y sé feliz. Vete”.

Mientras está hablando llega un hombre, me parece que es un esclavo, el cual se dirige al padre que ha estado esperando respetuosa, pero ansiosamente, como si estuviese sobre brasas. “Tu hija ya murió. Es inútil que molestes al Maestro. Su espíritu la ha abandonado y ya las mujeres empiezan los lamentos. Tu mujer te manda el recado y te ruega que regreses rápido”.

El pobre hombre emite un sollozo. Se lleva las manos a la frente, se la oprime. Se oprime los ojos y se dobla como si hubiese recibido un golpe.

Jesús que parece que no ve ni oye, pues atento está en escuchar y en responder a la mujer, se vuelve y pone la mano sobre la espalda encorvada del pobre padre: “Ya te lo he dicho: “ten fe”. Te repito “ten fe” No tengas miedo. Tu niña vivirá. Vamos allá”. Y se encamina llevando muy cerca de Sí a aquel hombre aniquilado. La multitud ante el dolor y ante el milagro ocurrido

se detiene atemorizada, se divide, no estorba el paso de Jesús, ni el de los suyos. Como sombra sigue a la Gracia que ha pasado.

Rápidamente avanza unos cien metros o menos –no soy buena calculadora– y llegan al centro del poblado. Hay gente enfrente de una casa de condición mediana. La gente habla en voz alta y chillona de lo que acaba de pasar, respondiendo así a otros chillidos más fuertes que salen de las puertas abiertas. Son gritos vibrantes, agudos, sostenidos en una sola nota y parece como si otra voz más fuerte los dirigiese, y a la que responden primero un grupo de voces débiles, después otro de voces más potentes. Es una gritería capaz de enloquecer a uno.

Jesús dice a los suyos que permanezcan en el umbral de la puerta y llama a Pedro, Juan y Santiago. Con ellos entra a la casa, teniendo siempre asido de un brazo al padre que llora. Parece como si quisiera infundirle la certeza de que Él está allí para hacerlo feliz. Las plañideras (las llamaría: aulladoras) al ver al jefe de casa y al Maestro redoblan el griterío. Baten las manos, golpean unos tamborcitos, tocan unos triángulos y al ritmo de esta música apoyan sus lamentos.

“Callaos” dice Jesús. “No es necesario que lloréis. La niña no ha muerto, sino que está dormida”.

Las mujeres lanzan gritos más desgarradores y algunas se echan por tierra, se despeinan (mejor dicho: simulan como si lo hicieran), para mostrar que realmente ha muerto. Los que tocan los instrumentos y los amigos de la familia sacuden la cabeza ante la ilusión de Jesús. A lo menos por eso la tienen. Jesús repite: “¡Callaos!” con una voz tan enérgica que el griterío si no se apaga del todo, se hace menor. Y avanza. Entra en una habitacioncilla. Sobre el lecho está extendida una jovencita muerta, delgada, palidísima. Está vestida. Su cabellera compuesta. Su mamá está llorando al lado derecho de su cama y besa su manita de color de cera. Jesús... ¡qué bello es ahora! ¡Como pocas veces lo he visto! Jesús se acerca pronto, parece como si patinara sobre el suelo, tanta es la prisa con que se acerca al lecho. Los tres apóstoles se quedan en la puerta que cierran par impedir a los curiosos. El padre está parado a los pies del lecho.

Jesús se dirige al lado izquierdo del lecho, extiende su mano izquierda y con ella toma la mano abandonada de la niña. La mano izquierda. No me equivoco al ver. Es la mano izquierda tanto la de Jesús como la de la niña. Levanta el brazo derecho, con la palma abierta hasta la altura de los hombros y luego la baja con ademán de quien jura u ordena. Dice: “¡Niña! Yo te lo ordeno. ¡Levántate!”

Un instante en que todos, menos Jesús y la muerta, quedan en suspenso. Los apóstoles alargan su cuello para ver mejor. El padre y la madre miran con ojos desgarrados a su hija. Un instante, luego un suspiro se levanta del pecho de la muertita. Un ligero color sube por la carita de cera y hace desaparecer el de la muerte. Una sonrisa se pinta sobre sus pálidos labios antes de que los ojos se abran. Algo así como si despertase de un apacible sueño. Jesús la tiene siempre de la mano. La niña abre dulcemente los ojos, los vuelve a su rededor como si despertase. Primero ve el rostro de Jesús que la mira con sus ojos brillantes y le sonríe con una bondad que le quita todo miedo y ella sonríe.

“Levántate” repite Jesús, y separa con sus manos los preparativos fúnebres que había esparcidos sobre el lecho y a su lado (flores, velos, etc., etc.) y la ayuda a bajar. Le hace que dé unos pasos, sosteniéndola siempre de la mano.

“Dadle de comer, ahora” ordena. “Está curada. Dios os la ha devuelto. Dadle gracias. No digáis a nadie lo que sucedió. Vosotros sabéis lo que le había pasado. Habéis creído y merecido un milagro. Los otros no han tenido fe. Inútil el persuadirlos. Dios no se muestra a quien niega el milagro. Y tú, niña, sé buena. Adiós. La paz sea con toda esta casa”. Y sale cerrando la puerta detrás de Sí.

La visión termina.

92. Jesús y Marta en Cafarnaúm

27 julio 1945

Jesús asoleado y lleno de polvo, regresa con Pedro y Juan a la casa de Cafarnaúm.

Apenas ha puesto pie en el huerto, que da a la cocina, cuando el dueño de la casa, familiarmente lo llama y le dice: “Jesús, ha regresado a buscarte esa mujer de la que te hablé en Betsaida. Le dije que te esperaba y la llevé arriba, en la habitación que está allí”.

“Gracias, Tomás. Voy al punto. Si vienen los demás, entreténlos”. Jesús sube rápido por la escalera sin quitarse siquiera el manto.

En el lugar donde arranca la escalera está Marcela, la sierva de Marta. “¡Oh, Maestro nuestro! Mi dueña está allí dentro. Hace días que te está esperando” dice la mujer arrodillándose ante Jesús.

“Me lo imaginaba. Voy al punto. Dios te bendiga, Marcela”.

Jesús levanta la cortina colocada para defender de la luz que es fuerte, pese a que el crepúsculo se acerca, y que ha encendido como fuego en el aire y las casas blancas de Cafarnaúm a su contacto parecen braseros encendidos. En la habitación, toda velada y envuelta en un manto, sentada cerca de una, ventana, está Marta. Tal vez está mirando un pedazo de largo en donde una colina llena de árboles ha metido sus pies. Tal vez no está mirando sino sus pensamientos. Lo que sí es cierto es que está muy absorta, en tal forma que no siente el ligero caminar de Jesús que se acerca. Da un sobresalto cuando la llama.

“¡Oh, Maestro!” grita. Y cae de rodillas con los brazos extendidos, como pidiendo ayuda, luego se inclina hasta tocar el suelo con la frente, y se pone a llorar.

“Pero ¿qué sucede? ¡Levántate! ¿Por qué estas lágrimas? ¿Te ha sucedido alguna desgracia que me tengas qué contar? ¿Sí? ¿Cuál, pues? Estuve en Betsaida, ¿lo sabes? ¿Sí? Y allí supe que había buenas noticias. Y ahora tú con este llanto... ¿Qué pasó?” y la obliga a levantarse, y a que se siente en la silla recargada contra la pared y Él también se sienta.

“Vamos, quítate el velo y el manto, como yo lo estoy haciendo. Debes morirte de calor. Y luego quiero ver la cara de esta Marta intranquila, para que le despeje todas las nubes que la oscurecen”.

Marta obedece sin dejar de llorar, y se ve su rostro colorado, con ojos hinchados por las lágrimas.

“¿Bueno? Te ayudaré. María te mandó llamar. Ha llorado mucho, ha querido saber mucho de Mí y has llegado a imaginar que se trata de una buena señal, por lo que has querido que esté Yo aquí para realizar el milagro. Aquí estoy, pues. ¿Y ahora?...”

“Ahora ya no hay nada, Maestro. Me equivoqué. Fue la esperanza tan grande que me hizo pensar lo que no es... te hice venir por nada... María está peor que antes... ¡No! ¡Qué estoy diciendo! La calumnio, miento. Es diversa, pero siempre mala. Me parece que está loca... No la entiendo más. Antes por lo menos la entendía. ¡Pero ahora! ¿Quién la entiende?” y Marta llora desesperadamente.

“¡Ea! Tranquilízate y dime qué cosa hace. ¿Por qué es mala? Así pues, no quiere a su rededor a hombres. Me imagina que vivirá sola en su casa. ¿No es así? ¿Sí? Bien, está muy bien. El haber deseado que estuvieses cerca de ella, como para protegerse contra las tentaciones –son tus palabras– y para evitarlas apartándose de relaciones culpables, o aún sencillamente de lo que podría llevarla a relaciones no sanas, es señal de buena voluntad”.

“¿Dices que sí, Maestro? ¿De veras lo crees?”

“Pues claro. ¿En qué te parece mala? Cuéntame qué hace...” Marta, un poco animada con las palabras de Jesús, habla con mayor claridad. “Mira. Desde que llegué, María no ha salido de casa, ni del jardín, ni siquiera ha ido al lago en la barca. Su nodriza me dijo que ya desde antes no salía. Parece que este cambio empezó en la Pascua. Pero antes de que yo viniese todavía iban personas a buscarla, y siempre las rechazaba. Algunas veces daba órdenes de que a nadie se le permitiese entrar. Y parecía que eran órdenes absolutas. Luego llegaba hasta a azotar a los siervos, presa de una ira injusta, si al ir al vestíbulo por haber oído voces de visitantes, llegaba cuando ya se habían ido. Desde que llegué no ha vuelto a hacerlo. La

primera noche me dijo, y por esto he abrigado estas esperanzas: “Detenme, amárrame si quieres, pero no me dejes salir más; que no vuelva a ver a nadie que no seas tú o la nodriza. Yo estoy enferma y me quiero curar. Los que vienen a verme, o que quieren vaya a verlos, son como pantanos donde hierve la fiebre. Hacen que me enferme más. Son tan hermosos aparentemente, cubiertos con flores y llenos de trinos, con frutos de aspecto agradable, que no logro resistir porque soy una desafortunada, una desgraciada. Marta, tu hermana es débil. Y hay quien se aprovecha de su debilidad para que cometa cosas infames aunque una parte de mí no consiente en ellas. Lo único que me queda de mamá todavía, de mi pobre mamacita...” y se ponía a llorar, a llorar.

Yo me porté con ella dulcemente en las horas en que era más razonable, y con firmeza cuando parecía una fiera enjaulada. Jamás se rebeló contra mí, al contrario, pasados los momentos de mayor tentación, venía a llorar a mis pies, con la cabeza sobre mis rodillas y me decía: ¡¡Perdóname, perdóname!” y si le preguntaba: “¿Por qué, hermana? No me has hecho nada”, me respondía: “Porque hace unos momentos, o ayer por la noche, cuando me dijiste: ‘No puedes salir de aquí’, en mi corazón te odiaba, maldecía y deseaba que te murieras”.

“¿No es, Señor por ventura doloroso? ¿Qué está loca? ¿A esto la llevó al vicio? Me imagino que algún amante suyo le haya dado una pócima para hacerla esclava de la lujuria y que le haya llegado hasta el cerebro...”

“No. Nada de pócimas. Nada de loca. Es algo muy diverso. Pero sigue”.

“Conmigo es respetuosa y obediente. No ha maltratado más a los siervos. Pero después de la primera noche no ha preguntado más de Ti. Si yo le hablo de Ti, desvía la conversación. Eso sí se pasa horas y horas en el peñasco del mirador y se queda contemplando el lago, hasta el cansancio, y luego me pregunta al ver pasar una barca: “¿te parece que sea la de los pescadores galileos?” Jamás pronuncia tu Nombre, ni el de los apóstoles. Pero yo sé que ve a ellos y a Ti en la barca de Pedro. También colijo que piensa en Ti porque algunas veces en la noche, mientras paseamos por el jardín o bien esperamos a que llegue la hora de dormir y entretanto yo me dedico a coser y ella mano sobre mano sin hacer nada, me dice: “¿Es necesario vivir de este modo según la doctrina que sigues?” Y a veces se echa a llorar, otras a reír con unas carcajadas sarcásticas, de loca o de demonio. Otras veces se suelta el cabello, que siempre trae muy bien arreglado, y hace dos trenzas, se pone uno de mis vestidos y se acerca con las trenzas sueltas por la espalda, o por delante, toda tímida, púdica, jovencita en el vestido, las trenzas y la expresión de la cara y pregunta: “¿A este punto debo llegar, Marta?” y algunas veces se pone a llorar besándose sus espléndidas y gruesas trenzas, que le dan hasta las rodillas, esa belleza que era la gloria de mi madre, y a veces prorrumpe en horribles carcajadas o bien me dice: “Pero mira, mejor hago así y me mato”, y se anuda el cuello con las trenzas, se aprieta en tal forma que se pone morada, como si quisiera estrangularse. Otras veces, cuando parece que siente más fuerte la tentación de su carne, se compadece a sí misma, o bien se maltrata. La he encontrado golpeándose con furia el pecho, las piernas. Se rasguña la cara, se da cabezazos contra la pared. Y si le pregunto: “¿por qué lo haces?” se vuelve a mí y con una mirada feroz, de enajenada responde: “Para despedazarme, despedazar mis entrañas, mi cabeza. Las cosas nocivas, las cosas malditas deben destruirse. Yo me destruyo”.

Si le hablo de la misericordia divina, de Ti –porque yo no hago caso y le hablo de Ti como si fuese ella la más fiel de tus discípulas, y te juro que a veces me arrepiento de hablar de Ti ante ella– me responde: “Para mí no puede haber misericordia. He pasado la medida”. Y es entonces cuando una desesperación se apodera de ella, y grita, se golpea hasta que le mana sangre: “Pero ¿por qué? ¿Por qué este monstruo que me destroza? No me da paz. Me arrastra hacia el mal con arrullos melodiosos y luego se me juntan las voces de papá y mamá, de vosotros que me maldecís, porque también tú y Lázaro me maldecís, como también Israel. ¿Por qué este monstruo que me hace enloquecer?...”

Cuando habla así le respondo: “¿Por qué piensas en Israel que es un pueblo, y no piensas en Dios? Dado que no pensaste antes, cuando todo lo pisoteabas, piensa ahora en vencer

todo, y a no preocuparte más del mundo, sino de Dios, de papá, de mamá. Ellos no te maldice si cambias de vida, antes te abren sus brazos...” Ella me escucha, pensativa, estupefacta como si le dijese un cuento imposible. Luego se echa a llorar, pero no dice más. Algunas veces ordena a los siervos que le lleven vinos y manjares, y bebe como “para no pensar” como dice ella.

Desde que sabe que estás en el lago, cada vez que sabe que vengo, me dice: “Alguna vez también iré yo” y riéndose con esa sonrisa que es un insulto para ella misma, termina con: “Así al menos el ojo de Dios caerá sobre el estiércol”. Pero yo no quiero que venga. Espero el momento en que ella, cansada por la ira, fatigada con el vino, con el llanto, con todo, se eche a dormir. Hoy también de este modo he salido, y regresaré a la noche, antes de que se despierte. Esta es mi vida... y no espero más...” el llanto refrenado mientras hablaba, hace presa de Marta con toda su fuerza.

“¿Te acuerdas, Marta, de lo que un día te dije? “María está enferma”. No lo quisiste creer. Ahora lo estás viendo. Tú la crees loca. Ella misma dice que está enferma de fiebre pecaminosa. Yo digo: enferma por posesión diabólica. Siempre es una enfermedad. Sus incoherencias, sus arrebatos de ira, sus llantos, desconsuelos, ansias de venir a Mí son las fases de un mal que cuando va llegando al momento de su curación se manifiesta en estas crisis. Haces bien en ser bondadosa con ella, en ser paciente, en hablarle de Mí. No te arrepientas de pronunciar mi nombre en su presencia. ¡Pobre alma de mi María! También salió del Padre Creador, igual que las demás, que la tuya, que la de Lázaro, que la de los apóstoles y discípulos. También ella está incluida entre las almas, más por ella que por ti, por Lázaro, por los apóstoles y discípulos he venido. ¡Pobre alma de mi María a quien amo tanto! ¡Pobre alma envenenada con siete venenos además del primordial y universal! ¡Pobre alma prisionera de María! ¡Déjala que venga a mí! ¡Deja que respire mi aliento, oiga mi voz, que encuentre mi mirada!... Si dice: “estiércol”... ¡Oh pobre alma que de los siete demonios, el menos fuerte que tiene es el de la soberbia! Sólo por esto se salvará”.

“¿Y si después de haber salido encuentra a alguien que la conduzca nuevamente al vicio? Ella misma siente ese temor...”

“Y siempre lo tendrá ahora que ha llegado a experimentar náuseas del vicio. Pero no te preocupes. Cuando un alma ha concebido ya el deseo de ir al bien, y tan solo la detiene el enemigo diabólico que sabe que va a perder su presa y el enemigo personal que es el “yo”, que piensa todavía muy humanamente y de igual modo se juzga, que cree que Dios juzga como él para impedir al espíritu que domine el yo humano, entonces esa alma ya se ha fortalecido contra los asaltos del vicio y de los viciosos. Ha hallado la Estrella Polar, y no se aparta más.

Igualmente no le digas más: “¿No pensaste en Dios y sí piensas en Israel?” es un reproche escondido. No lo hagas. Es una escapada del fuego. Es toda una llaga. No la toques con otra cosa que no sean los bálsamos de la dulzura, del perdón, de la esperanza...

Déjala en libertad de que venga. Aun más, debes decirle cuando salga de ella, pero no de ti, que quiere venir: “Ven conmigo”. Mejor, si llegas a comprender que viene, tú no vengas. Regrésate. Espérala en casa. La Misericordia la hará suya. Porque le debo arrebatar esa malvada fuerza que ahora la oprime, y por unas horas parecerá como una que acaba de arrojar el veneno, una a quien el médico haya quitado los huesos. Después se sentirá mejor. Estará atolondrada.

Tendrá necesidad de caricias y de silencio. Asístela como si fueses su segundo ángel custodio, sin hacérselo notar. Si la vieres llorar, déjala que llore. Si te hiciere preguntas, déjala que las haga. Si la vieres sonreír con una sonrisa cambiada, con una mirada diversa, con una cara diferente, no le hagas preguntas, no trates de dominarla. Sufre ahora más en el subir que cuando bajó. Y *debe hacerlo por sí misma*, como lo hizo por sí misma cuando bajó. No tuvo valor para tolerar vuestras miradas cuando bajaba, porque en vuestros ojos estaba el reproche. Pero ahora no puede soportarlas por la vergüenza que por fin se le ha despertado. Entonces era fuerte porque tenía en sí a Satanás, su dueño, y la fuerza siniestra que la

dominaba, y que podía desafiar al mundo, y con todo vosotros nunca la visteis cuando pecaba. Ahora ya Satanás no está en ella como su dueño, sino como su huésped, pero a quien la voluntad de María tiene ya cogido de la garganta. Todavía no me tiene a Mí, por eso es muy débil. No puede sostener ni siquiera la caricia de tus ojos de hermana al declararse por su Salvador. Toda su energía está dirigida a tener asidos de la garganta los siete demonios. En todo lo demás está indefensa, desnuda, pero la volveré a vestir y la fortificaré.

Vete en paz, Marta. Y mañana, con tacto, dile que hablaré cerca de la Fuente, aquí en Cafarnaúm, al atardecer. Vete en paz. Vete en paz. Te bendigo”.

Marta está todavía perpleja.

“No caigas en la incredulidad, Marta” le dice Jesús que la mira.

“No, Señor. Pero pienso... ¡Oh! Dame alguna cosa que pueda darle a María para darle un poco de fuerza... Sufre mucho... y yo tengo miedo de que no logre vencer al demonio”.

“¡Eres una niña! María me tiene a Mí y a ti. ¿No lo logrará? Pero ven. Dame esta mano que jamás ha pecado, que ha sabido ser dulce, misericordiosa, activa, piadosa, que siempre ha hecho ademanes de amor y de oración. Que jamás se ha pasado las horas en el ocio; que jamás se ha corrompido. Mira, la tengo entre las mías para hacerla todavía más santa. Levántala contra el demonio y él no la soportará. Toma esta faja mía. No la tires. Y cada vez que la vieres dite a ti misma: “Más fuerte que esta faja de Jesús es el poder de Jesús y con ello todo se vence: demonios y monstruos. No debo tener miedo”. ¿Estás contenta ahora? Mi paz sea contigo. Vete tranquila”.

Marta le hace una profunda reverencia y se va.

Jesús sonríe cuando ve que sube otra vez a su carro, que mandó llamar a Marcela la puerta, y que se dirige a Mágdala.

93. Dos ciegos y un endemoniado son curados¹

28 julio 1945

Después Jesús baja a la cocina y al ver que Juan está por irse a la fuente, en lugar de quedarse en la cocina caliente y llena de humo prefiere irse con él, y dejar a Pedro ocupado con los pescados que trajeron los trabajadores de Zebedeo para la cena del Maestro y de los apóstoles.

No van al manantial que se encuentra en la periferia de la ciudad sino a la fuente que está en la plaza, y cuya agua viene desde allá, de donde nace cerca de las faldas del monte que está junto al lago. En la plaza está la acostumbrada multitud de gente que se ve en las ciudades palestinas al atardecer. Mujeres con cántaros, niños que juegan, hombres que tratan de negocios o de chismes del lugar. Pasan también fariseos rodeados de siervos o amigos, que regresan a sus ricos hogares. Todos guardan silencio y les muestran respeto cuando pasan, tan solo después, no hacen más que maldecirlos de corazón y referir sus últimos abusos y usuras.

Mateo en un ángulo de la plaza, habla a sus antiguos amigos, lo que es causa de que el fariseo Urías con desprecio y alta voz diga: “¡Las famosas conversiones! El afecto al pecado se queda y se ve por las amistades que perduran. ¡Ah! ¡Ah!”

Al que Mateo se dirige un poco resentido: “Perduran para convertirlos”.

“No hay necesidad. Basta *tu* Maestro. Tú quédate lejos, que no te vuelvas a enfermar, si en verdad has sido curado completamente”.

Mateo cambia de colores por no poderle decir unas cuantas. Se limita a: “No tengas miedo y no lo esperes”.

“¿Qué cosa?”

“No tengas miedo de que yo vuelva a ser Leví, el publicano, y no esperes que te imite en perder estas almas. Dejo a ti y a tus amigos la separación y el desprecio. Imito a mi Maestro y

¹ Cfr. Mt. 9, 27-34.

me acerco a los pecadores para llevarlos a la gracia". Urías trata de contestarle, pero llega otro fariseo, el viejo Elí y le dice: "No manches tu pureza y no te ensucies tu boca, amigo. Vente conmigo" y toma del brazo a Urías llevándoselo a su casa.

Entre tanto la multitud, sobre todo los niños, se han agrupado en torno a Jesús. Entre ellos están los dos hermanitos Juana y Tobías, los que hace tiempo se pelearon por unos higos, y dicen a Jesús, levantando sus bracitos para llamar la atención: "Oye, oye. También hoy hemos sido buenos ¿sabes? No lloramos para nada. No nos hemos ofendido por amor tuyo. ¿Nos das un beso?"

"Sed buenos, pues, y por amor mío. Qué alegría me dais. Os voy a dar un beso, y mañana sed mejores todavía".

Esta Santiago, el pequeño que llevaba cada sábado la bolsa de Mateo a Jesús. Dice: "Leví no me da más para los pobres del Señor, pero yo he ahorrado todo lo que me dan cuando me porto bien, y ahora te lo doy. ¿Se lo das a los pobres por mi abuelo?"

"Claro ¿Qué cosa tiene tu abuelo?"

"Ya no camina. Es muy viejo y las pernas no lo aguantan más".

"¿Esto te desagrada?"

"Sí, porque era mi maestro cuando íbamos por la campiña. Me decía tantas cosas. Me hacía amar al Señor. Todavía ahora me habla de Jacob, y me hace contemplar las estrellas del cielo, pero desde su silla... Antes era más bonito".

"Mañana iré a la casa de tu abuelo. ¿Estás contento?"

Santiago es reemplazado por Benjamín, no el de Mágdala, sino por el de Cafarnaúm, el que vi hace tiempo. Al llegar a la plaza junto con su madre y al ver a Jesús se suelta de la mamá y se deja ir entre la pequeña multitud con un grito que parece silbido de las golondrinas y al llegar ante Jesús lo abraza en las rodillas, diciéndole: "También a mí, también a mí una caricia".

Pasa en esos momentos Simón el fariseo y hace una pomposa inclinación a Jesús quien lo saluda también. El fariseo se detiene y mientras la gente se hace un lado por temor a él, dice: "Y a mí ¿no me darías una caricia?" Una leve sonrisa se dibuja en su rostro.

"La doy a todos los que me la piden. Me congratulo contigo, Simón, por tu óptima salud. Me dijeron en Jerusalén que habías estado un poco enfermo".

"Sí, muy enfermo. Cómo pensé en Ti para que me curases".

"¿Creías que lo podía Yo hacer?"

"Ni un momento lo dudé. Pero tuve qué curarme por mí mismo, porque estabas muy lejos. ¿Dónde estuviste?"

"Por los confines de Israel. Y de este modo estuve ocupado entre los días de Pascua y Pentecostés".

"¿Buenos resultados? He oído hablar de los leprosos de Innón y de Siloán. Grandioso. ¿Sólo eso? Ciertamente, no. Eso se sabe por el sacerdote Juan. Quien no tiene prevenciones, cree en Ti y es bienaventurado".

"Y quien no cree porque tiene prevenciones ¿qué cosa es de él, sabio Simón?"

El fariseo se turba un poco... se encuentra entre el deseo de no condenar a sus muchos amigos que tienen prejuicios contra Jesús, y la de merece elogios de parte de Él. Vence este último prejuicio y dice: "Quien no quiere creer en ti, a pesar de las pruebas que das está condenado".

"Yo quisiera que nadie lo fuese..."

"Tú, sí. No te medimos con la misma bondad que usas con nosotros. Muchos no te merecemos... Jesús, querría invitarte a mi casa, mañana..."

"Mañana no puedo. Dentro de dos días, ¿qué te parece?"

"Muy bien. Tendré amigos... y les tendrás paciencia..."

"Sí, sí. Iré con Juan".

"¿Sólo él?"

Los otros tienen diversas misiones. Míralos que regresan ahora de la campiña. La paz sea contigo, Simón”.

“Dios sea contigo, Jesús”.

El fariseo se va y Jesús se reúne con sus apóstoles.

Vuelven a casa para la cena.

Mientras estaban comiendo, su pescado frito, llegan los ciegos que ya habían implorado a Jesús por el camino. Repiten su frase: “Jesús, Hijo de David. ¡Ten piedad de nosotros!”

“¡Idos! Os dijo: “Mañana” y mañana será. Dejadlo comer” les grita Simón Pedro.

“No, Simón. No los arrojes. Tanta constancia merece un premio. Venid acá vosotros” dice a los dos ciegos, que entran tanteando con el bastón suelo y paredes. “¿Creéis que pueda hacer que veáis?”

“¡Oh, sí, Señor! Vinimos porque estamos seguros de ello”.

Jesús se levanta de la mesa, se acerca más, pone sus yemas sobre los párpados, levanta su rostro, ora y dice: “Que se haga según la fe que tenéis”. Quita las manos y los párpados que antes no se movían, ahora se mueven, porque la luz hiere de nuevo las pupilas renacidas en uno, y se abren las del otro, y donde hubo antes una cicatriz natural debido a alguna úlcera mal curada, he aquí que se rehace el borde de los párpados, sin dejar huella alguna y se levanta y baja.

Los dos caen de rodillas.

“Levantaos e idos. Y tened cuidado, de que nadie sepa lo que os he hecho. Llevad a vuestras ciudades, a parientes y a amigos la nueva de la gracia recibida. Aquí no es necesario y no es útil para vuestras almas. Conservadlas inmunes en la fe, así como ahora sabéis qué significa tener ojos, y procuraréis evitar toda lesión en ellos para no volver a ser ciegos”.

La cena ha terminado. Sube a la terraza, donde se respira un poco de fresco. La luna en su cuarto creciente lava la cara del lago. Jesús se sienta en el borde de la pared y se pierde contemplando ese lago que la luna pinta de color plateado. Los demás hablan en voz baja para no distraerle.

Pero lo miran, como atraídos por algo misterioso. En realidad, “¡Que bello es! La luna le transmite sus mejores adornos sobre su rostro sereno pero tranquilo, y así permite estudiar hasta sus mínimos rasgos. Su cabeza está ligeramente apoyada sobre el tosco tronco de la parra que parte de allí para extenderse por la terraza. Sus grandes ojos, de color azul, parecen tomar en la noche el color del ónix, y sobre todas las cosas arrojan ondas de paz. De vez en cuando se dirigen al cielo sereno, tapizado de estrellas, algunas de las cuales están acariciando las colinas, otras parece como si se sonrieran con alguien. Los cabellos de Jesús al soplo del viento ondean pausadamente. Una pierna no toca el suelo y se balancea, la otra lo toca, y así está sentado con las manos sobre las rodillas. Su blanco vestido parece como si hiciese resaltar su color níveo, como si se pintase de plata al beso de la luna. Sus manos largas de color marfil son varonilmente bellas y bien formadas. Igualmente su rostro, con su frente despejada, nariz recta, sutil óvalo de las mejillas, que la rubia barba larga, esta noche de luna, parece teñirse de color marfil viejo, y no tiene el rosado que durante el día suele tener.

“¿Estás cansado, maestro?” pregunta Pedro.

“No”.

“Me parece que estás pálido y pensativo...”

“Pensaba en... pero no creo que esté más pálido de lo acostumbrado. Venid aquí... La luz de la luna también a vosotros os tiñe de palidez. Mañana iréis a Corozaim. Tal vez encontraréis algunos discípulos. Habladles, y procurad estar mañana por la tarde aquí. Predicaré cerca del arroyo”.

“¡Qué felicidad! Lo comunicaremos a los de Corozaim. Hoy, al regreso, encontramos a Marta y a Marcela. ¿Estuvieron aquí?” pregunta a Andrés.

“Sí”.

“En Mágdala todos hablan de que María ya no sale, que no da más fiestas. Nos quedamos en la casa de la mujer de la otra vez. Benjamín me dijo que cuando tiene ganas de portarse mal, piensa en Ti y...”

“Y en mí, dilo, Santiago” dice Iscariote.

“No lo dijo”.

“Pero lo sobreentendió al decir: “No quiero ser bello y malo” y me miró de soslayo. No me puede pasar...”

“Antipatías sin motivo alguno, Judas. No pienses en ello” dice Jesús.

“Sí, Maestro. Pero me molesta que...”

“¿Está el Maestro?” se oye una voz fuerte que viene de la calle.

“Está, pero primero decid qué queréis. ¿No os basta el día por largo que sea? ¿Es esta la hora de molestar a los pobres peregrinos? Volved mañana” tajante dice Pedro.

“Sucede que tenemos con nosotros a un mudo endemoniado. Por el camino se nos escapó tres veces. Si no hubiera sido por esto, hubiéramos llegado antes. Tened paciencia. Cuando la luna esté más arriba, comenzará a aullar muy fuerte y espantará a toda la población. Ved cómo empieza ya a agitarse”.

Jesús atraviesa la terraza y se asoma por la barda. Los apóstoles lo imitan. Cabezas que parecen formar un collar miran para abajo, mientras otro collar se levanta para arriba.

En medio con sacudidas y bufidos de oso o de lobo encadenado, hay un hombre a quien han amarrado fuertemente por los puños para que no escape. Bufo horriblemente como si buscara algo en el suelo. Cuando levanta los ojos y se encuentra con la mirada de Jesús prorrumpe en aullido de fiera, que no tiene nada de humano, un verdadero aullido, y trata de escapar.

La multitud, esto es, casi todos los adultos de Cafarnaúm, se aleja llena de espanto. “Ven por caridad. Le vuelve el ataque como antes...”

“Voy al momento”.

Jesús baja. Mira al desgraciado hombre que más que nuca se retuerce.

“Sal de él. Te lo mando”.

El aullido termina en una palabra: “¡Paz!”

“Sí, paz ¡Ten paz ahora que has sido liberado!”

La multitud grita de admiración al ver el instantáneo paso de la furia a la tranquilidad, de la posesión diabólica a la liberación, del mutismo a poder hablar.

“¿Cómo supiste que estaba aquí?”

“Nos dijeron en Nazaret: ‘está en Cafarnaúm’. En Cafarnaúm nos lo confirmaron dos a quines curaste de sus ojos en esta casa”.

“¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡También a nosotros nos lo contaron!” gritan muchos. Y el comentario de ellos: “¡Jamás se vieron cosas semejantes en Israel!”

“Si, Belcebú no le ayudase, nada podría hacer” añaden los fariseos de Cafarnaúm. Entre ellos no está Simón.

“Con su ayuda o sin su ayuda yo estoy curado, y también los ciegos. ¡Jamás vosotros lo haríais pese a vuestras prolongadas oraciones!” objeta el que había estado mudo. Besa el vestido de Jesús, y este no responde a los fariseos, sino se limita a despedir a la multitud con su: “La paz sea con vosotros”. Al hombre curado le dice que se quede en la casa, para que descanse y que al día siguiente al amanecer se vaya.

94. La parábola de la oveja perdida¹

12 agosto 1944

¹ Cfr. Mt. 18, 11-14; Lc. 15, 1-17. No será inútil volver a leer: Jer. 23, 1-4; Ex. 34; Zac. 11, 4-17; Ju 10, 1-18.

Jesús está hablando a la gente, de pie, en el borde lleno de árboles de un riachuelo. La gente está esparcida por el campo que ha sido segado hace poco, y presenta un aspecto triste.

Ya es tarde. La luna empieza a salir. Es un atardecer bello y claro de los primeros días de verano. Los rebaños regresan a sus rediles y se oye el repiqueteo de sus campanitas, que se mezcla con el cantar de los grillos y de las chicharras. Se oye el cri, cri, cri.

Jesús toma tema de los rebaños que están pasando. Dice: "Vuestro Padre es como un pastor solícito. ¿Qué hace el buen pastor? Busca buenos pastos para sus ovejas, donde no hay cañahejas*, y hierbas venenosas, sino dulces tréboles, buenas hierbas y raíces amargas pero salutíferas. Busca en donde haya comida y también fresca, agua limpia, y que no surjan entre el pasto víboras. No trata de buscar los pastizales de hierba alta porque sabe que entre ellas fácilmente puede haber culebras y hierbas nocivas. Prefiere los pastizales de hierba no muy alta, fresca del rocío, y donde el sol ahuyenta todos los reptiles. Busca los lugares donde el aire es fresco, ligero y no pesado como el de las llanuras. El buen pastor ve una por una de sus ovejas. Las cura si están enfermas, les pone medicina si están heridas. A la que enfermaría por comer mucho, le grita; a la que podría contraer algún mal por quedarse por mucho tiempo en la humedad o exponerse al sol, la obliga que vaya a otro lugar. Y si una no come, trata de buscarle hierbas aciduladas y aromáticas para despertarle el apetito, y se las da con su propia mano, hablándole como a un amigo.

Así hace el buen Pastor que está en los cielos con sus hijos que andan errantes por la tierra. Su amor es la vara que los reúne, su voz es la guía, sus pastizales son la ley, su redil es el cielo.

Ved ahí que una oveja lo abandona. ¡Cuánto la amaba! Era joven, limpia, cándida, como una nubecilla en un cielo de abril. El pastor la veía con ojos llenos de amor, al pensar lo que podía hacer por ella. Pero esta lo abandonó. Había pasado por el camino que bordeaba el pastizal, un tentador. No tiene la casaca austera sino un vestido de miles de colores. No lleva a la cintura el cinturón de cuero con la hachuela y el puñal pendientes, sino uno de oro del que cuelgan cascabeles de plata que suenan maravillosamente cual trinos de ruiseñor y una redoma de perfumes que embriagan... No trae bastón como el buen pastor con el que reúne y defiende las ovejas, y si el bastón no fuera suficiente, él está a punto de defenderlas con el hachuela y cuchillo y aun con su vida. Pero este pastor que pasa, tiene entre las manos un incensario brillante de piedras preciosas de donde se levanta un humo que es hediondez y perfume al mismo tiempo, pero que aturde como emboba el puñado de joyeles, que son falsos. El tentador pasa cantando y deja caer puñados de algo que parece sal y que brilla en el camino...

Hay noventa y nueve ovejas. La centésima, la más joven, a la que más quería, da un brinco y desaparece detrás del tentador. El pastor la llama, pero ella no entiende. Más veloz que el viento corre para alcanzar al que ha pasado, y para tener fuerzas en su carrera, prueba la sal que al entrar le quema con un delirio extraño, con el que tiene necesidad de aguas verdes que hay en la selva. Y aquí, detrás del tentador, cae en su espesura. Sube, baja, sube, baja: una, dos, tres veces. Y una, dos, tres veces siente junto a su cuello el contacto viscoso de reptiles, y al querer beber agua, y al querer alimentarse muerde hierbas que brillan con baba asquerosa.

Entre tanto ¿qué hace el buen pastor? Deja en buen recaudo las noventa y nueve fieles y se pone en camino. No deja de caminar hasta que encuentra huellas de su oveja perdida. Y como ella no regresa a él, que sigue invitándole con sus gritos, él va a donde está. La ve desde lejos ebria entre lazos de reptiles, tan ebria que no siente nostalgia de quien la ama; y se burla de él. La vuelve a mirar, a ella que es culpable de haber penetrado, cual ladrona en la casa de otro, y se siente tan culpable que no se atreve a mirarlo... Y sin embargo el pastor no se cansa... La busca, la busca, la sigue, la alcanza. Va llorando sobre las huellas de la perdida:

* cañahejas Planta de 2 metros de altura de la que se obtiene una gomorresina.

vellones de lana: vellones de alma; manchas de sangre: crímenes diversos; suciedad: prueba de su lujuria; él sigue adelante y la alcanza.

Te he encontrado, amada. ¡Te he alcanzado! Cuánto he caminado por ti, para llevarte al redil. No bajas la frente envilecida. Tu pecado está sepultado en mi corazón. Nadie, fuera de mí que te amo, lo conocerá. Te defenderé de las críticas de los demás. Te cubriré con mi persona como escudo, contra las piedras de los acusadores. ¡Ven! ¿Estás herida? ¡Oh muéstramelas! Las conozco pero quiero que me las muestres con la confianza que tenías cuando eras pura y me mirabas, tu pastor y dios, con ojos inocentes. Aquí están las heridas. Tienen nombre propio. ¡Qué profundas! ¿Quién te las infligió tan hondamente en el fondo del corazón? El tentador, lo sé. Es el que no tiene bastón, ni hachuela, pero que causa mucho mal con su mordida envenenada, y con esta, los joyeles falsos de su incensario que te sedujeron con su brillante color... y que eran azufre de infierno expuesto a la luz para enardecer tu corazón. ¡Mira! ¡Cuántas heridas! Tu lana está deshecha, tu sangre, tiene cardos.

¡Oh pobre pequeña alma engañada! Pero dime: si Yo te perdono, ¿me amarás? Pero dime: si te tiendo los brazos, ¿vendrás a ellos? Dime: ¿tienes sed del amor bueno? Entonces ven y renace. Regresa a los pastizales santos. Lloras. Tu llanto y el mío lavan las huellas de tu pecado y Yo para alimentarte, pues estás enflaquecida por el mal en que has ardido, me abro el pecho, me abro las venas, y te digo: “¡Aliméntate y vive!”

Ven para llevarte en mis brazos. Iremos pronto a los pastizales santos y seguros. Olvidarás esta hora de desesperanza. Las noventa y nueve, las buenas se alegrarán con tu regreso, porque, Yo te lo aseguro, ovejita perdida a quien he buscado desde tierras muy lejanas, a quien he encontrado, he salvado, que los buenos harán más fiesta por alguien extraviado que regresa, que no por noventa y nueve justos que jamás se han alejado del redil”.

Jesús jamás se ha vuelto a mirar el camino que tiene a sus espaldas, y por donde llegó entre penumbras del atardecer, María de Magdala, que viste todavía muy elegantemente, pero al menos vestida, y que trae un velo oscuro que no deja traslucir sus rasgos y sus contornos. Cuando Jesús dice: “Te he encontrado, amada”, María se lleva las manos bajo el velo y llora, quedito pero mucho. La gente no la ve porque está en el otro borde que da al camino. La ven sólo la luna que ya está alta y el espíritu de Jesús...

95. “Después de haber recordado la Ley he hecho cantar la esperanza del perdón”

13 agosto 1944

Dice Jesús:

“Desde enero cuando te hice ver la cena en casa de Simón el leproso, tú, y quien te guía, tuvisteis deseos de conocer mejor a María de Magdala, y las palabras que le dirigí. Siete meses después os doy a leer estas páginas para satisfacer vuestro deseo y para dar una norma a los que deben saber inclinarse sobre estas lepras de alma, y una voz que invita a tales infelices que se asfixian en su tumba de vicio al tratar de salir.

Dios es bueno. Con todos es bueno. No mide con la medida humana. No hace diferencia entre pecado y pecado mortal. El pecado, cualquiera que sea le causa dolor. El arrepentimiento le proporciona alegría y lo inclina a perdonar. La resistencia a la gracia lo hace inexorablemente severo, porque la justicia no puede perdonar al impenitente que *muere en tal estado, no obstante todos los auxilios que se dan para convertirse.*

Las causas, si no la mitad de las conversiones fallidas, a lo menos, cuatro décimos de ellas, son la negligencia de los que están para convertir, un celo mal entendido y falso que es un velo puesto sobre un *real* egoísmo y orgullo por el que se está tranquilo en su propio descanso, sin descender al fango para arrancar de allí un corazón. “Yo soy puro, digno de respeto. No voy allí donde hay podredumbre y donde se me puede faltar al respeto”. Quien así habla ¿no ha leído en el Evangelio que el Hijo de Dios vino a convertir a publicanos y

meretrices además de las personas honestas que había en la Ley antigua¹? ¿No piensa este tal que el orgullo es impureza de mente, que la falta de caridad es impureza de corazón? ¿Serás vilipendiado? Yo lo fui antes que tú, y soy el Hijo de Dios. ¿Deberás poner tu vestidura sobre la inmundicia? ¿Y no acaso Yo toqué con mis manos esta inmundicia para ponerla en pie y decirle: “Camina por este nuevo sendero”?

¿No os acordáis de lo que dije a vuestros predecesores²? “En cualquier ciudad o poblado en que entraseis, informaos de quien se lo merezca y *quedaos* en su casa” Esto es para que el mundo no murmure. El mundo que *fácilmente, ve el mal en todas las cosas*. Yo dije: “al entrar en las casas -‘casas’ dije no ‘casa’— saludadlas con: ‘La paz sea en esta casa’. Si la casa fuere digna, vendrá sobre ella, si no lo fuese, regresará a vosotros”. Esto es para enseñaros que, si no hay prueba clara de impenitencia, debéis de comportaros con todos con igual corazón. Y terminé la enseñanza con: “Si alguien no os recibiere, y no escuchase vuestras palabras, salid de esa casa, de esa ciudad, y sacudid el polvo que se os hubiese pegado en la suela”. La fornicación en los buenos que aman constantemente a la bondad, es a la manera de un cristal liso, no es más que polvo, que para quitarlo, no hay necesidad sino de sacudirlo o soplar sobre él.

Sed *verdaderamente* buenos. Formad una sola pieza con la bondad eterna en medio. Ninguna corrupción podrá ensuciaros más arriba fuera de las suelas que pisan el suelo. El alma está muy arriba. El alma de quien es bueno y de quien forma una cosa con Dios. El alma está en el cielo. Allí no llega ni el polvo, ni el fango, ni aun cuando se arroje con odio contra el alma del apóstol.

Puede azotaros la carne, esto es, heriros materialmente y moralmente, persiguiéndoos, porque el mal odia al bien, o colmándoos de injurias. ¿Y qué? ¿No acaso me ofendieron? ¿No acaso fui herido? ¿Acaso se clavaron en mi espíritu aquellas palabras obscenas? No. ¿Lo turbaron? No. Como saliva en un espejo, como la piedra lanzada contra la pulpa jugosa de un fruto, se resbalaron sin penetrar, o si penetraron fue en la superficie, sin causar daño al hueso que está en el centro, antes bien le hicieron favor para que germinase más fácilmente y brotase de una pulpa entreabierta, que no de una completamente cerrada. Solamente muriendo, el grano germina y el apóstol produce. Muriendo materialmente tal vez, muriendo diariamente, en el sentido metafórico porque el yo humano no está sino quebrado. Y esto no es muerte, es vida. El espíritu triunfa sobre la muerte de la humanidad.

³Vino a mí por mero capricho de pasar el rato, en que no sabía qué hacer, en sus orejas que estaban aturcidas con halagos mentirosos de quien la empujaba hacia atrás con los encantos de los sentidos para tenerla de esclava, sonó la voz clara enérgica de la verdad, de la verdad que no tiene miedo de que se escarnezca y de que no se le comprenda, porque tan solo había mirado a Dios. Como un coro de campanas en una fiesta, todos los llamamientos se unieron en la palabra. Las voces que hablan en los cielos, en el azul del aire, que se propagan por valles y colinas, llanuras y lagos, para recordar las glorias del Señor y su fiestas.

¿No os acordáis de las fiestas que en los tiempos de paz alegraban tanto el día dedicado al Señor? La campana mayor, con su badajo sonoro, daba su primer toquido en nombre de la ley divina. Decía: “Hablo en nombre de Dios: Juez y Rey”. Y en su seguimiento las otras campanas emitían sus arpegios: “que es bueno, misterioso y paciente”, y después la campana de timbre argentino, con voz de ángel decía: “cuyo amor empuja a perdonar y a compadecer para enseñarnos que el perdón es más útil que el rencor, y la compasión más que la inexorabilidad. Venid a quien perdona. Tened fe en quien compadece”. También yo después de haber hecho recordar la Ley, pisoteada por la pecadora, hice cantar el cántico de la esperanza del perdón. Como una cinta de seda de color verde o azul la sacudí entre tintas negras para que os pusiese sus palabras de consuelo.

¹ Cfr. Por ejemplo: Mt. 9, 10-13; 21, 28-32; Mc. 2, 15-17; Lc. 5, 29-32.

² Cfr. Mt. 10, 11-16; Mc. 6, 10-11; Lc. 9, 4-5; 10, 5-12.

³ Este trozo pertenece a la explicación de un episodio diverso, por lo que parece que no se une bien.

¡El perdón! Rocío en la sed ardiente del culpable. El rocío no es granizo que golpea, azota, rebota y desaparece, sin penetrar, y que mata la flor. El rocío que baja tan delicadamente que aun la flor más tierna no siente cuando se posa en sus pétalos de sed, y que bebe su frescura y cobra fuerzas. El rocío cae en las raíces, en el terrón ardiente del suelo y en tantas cosas... Es una humedad de lágrimas, llanto de estrellas, amoroso llanto de madre por sus hijos que tienen sed. Rocío que baja, que en sí mismo ya es consuelo, junto a la leche dulce y fecunda. ¡Oh misterios de los elementos que obran cuando el hombre descansa o peca!

El perdón es como este rocío. No sólo trae consigo limpieza, sino juegos vitales, que arrebató no a los elementos sino a las hogueras divinas. Luego, después de la promesa del perdón, la Sabiduría habla y dice lo que es lícito o no, avisa y sacude no por dureza, sino por solicitud maternal de salvación.

¡Cuántas veces vuestro pedernal no se hace más impenetrable y filoso contra la caridad que se doblega sobre vosotros!... ¡Cuántas veces huís mientras os hala!... ¡Cuántas os burláis de ella! ¡Cuántas la llegáis a odiar...! Si la caridad os pagase como le pagáis a ella, ¡ay de vuestras almas! Sin embargo, lo estáis viendo. Ella es la caminante incansable que anda en busca vuestra. Viene a donde estáis aunque estéis sumergidos en asquerosas cuevas.

¿Por qué quise ir a aquella casa? ¿Por qué no obré en ella el milagro? Para enseñar a los apóstoles cómo obrar, *desafiando prejuicios y críticas para llevar a cabo un deber tanto más alto cuanto más exento de esas cosillas del mundo.*

¿Por qué dije a Judas aquellas palabras? Los apóstoles eran muy humanos. Todos los cristianos son muy humanos. Los santos que están en la tierra también lo son, pero en grado menor. Algo de humano sobrevive aún en los perfectos. Los apóstoles no lo eran todavía. Sus pensamientos estaban compenetrados de lo humano. Los llevaba a las alturas, pero el peso de su humanidad les volvía a traer abajo. Para hacerlos subir, debía poner en su camino de ascensión cosas apropiadas para impedir que bajasen, de modo que en ellas meditasen y descansasen, para que pudiesen avanzar más arriba. Cosas que pudiesen servirles de peldaño para persuadirlos de que Yo soy Dios. Por eso, el conocimiento exacto de las almas; por esto, la victoria sobre los elementos; por esto los milagros; por esto, la transfiguración, la resurrección, la ubicuidad.

Me encontré en el camino de Emaús cuando estaba en el cenáculo⁴; y el hecho de que hubiese estado en ambos lugares, -al meditar en ello los apóstoles y discípulos- fue una de las razones que más les convenció, y los arrancó de sus lazos, empujándolos por el camino mío.

Más que por Judas, en quien la muerte ya empezaba a incubar, hablé por los once. Debía mostrarles claramente, no por orgullo, sino por necesidad de formación, que Yo Soy Dios. Soy Dios y Maestro. Estas palabras dan razón de Mí. Me revelo en una facultad extra-humana y enseño una perfección: a no tener razonamientos perversos, *ni siquiera en nuestro interior.* Porque Dios ve, y gusta ver un interior puro para poder bajar y quedarse.

¿Por qué no obre el milagro en esa casa? Para enseñar a *todos* que la presencia de Dios *exige un ambiente puro.* Por respeto a su excelsa majestad. Para hablar, no con palabras que salen de los labios, sino con palabras más profundas, al espíritu de la pecadora y decirle: “¿Lo ves, infeliz? Eres tan sucia, que todo a tu alrededor se hace sucio. Tan sucio que Dios no puede obrar. *Tú más sucia que estos.* Porque repites el pecado de Eva y ofreces el fruto a los Adanes⁵, tentándolos y arrebatándolos de su deber. Tú, servidora de Satanás”.

¿Por qué no quiero que su madre angustiada la llame “satanás”? *Porque ninguna razón justifica la ofensa y el odio. Condición primera y necesaria para tener a Dios con nosotros es no tener rencor y saber perdonar. Condición segunda, saber reconocer que también nosotros, o quien es nuestro, es culpable. No ver tan sólo las culpas de los demás. Tercera: saber tener gratitud y ser fieles por justicia, después de haber recibido la gracia, para con el Eterno.*

⁴ Cfr. Lc. 24, 13-35; Mt. 28, 1-10; Mc. 16, 1-14; Lc. 24, 1-49; Ju. 20, 1-25.

⁵ fr. Gén. 3, 6.

¡Infelices aquellos que después de recibida la gracia no se acuerdan de su Bienhechor y son peores que los perros, que lo hacen!

No dije ninguna palabra a Magdalena. La vi por un instante como una estatua, y luego la dejé. Volví con “los vivos” a quienes quería salvar. Ella, materia muerta igual o más que un mármol esculpido, la envolví en un aparente descuido. No dije ni una palabra, e hice como si no hubiese tenido presente ante todo su alma que quería redimir. Y la última palabra. “No insulto. No insultes. Ruega por los pecadores. No otra cosa” como guirnalda de flores, vino a juntarse con la que dije en el monte: “El perdón es más útil que el rencor y la comprensión que la inexorabilidad”, y la encerraron dentro de un arco fresco, perfumado de bondad, haciéndole experimentar cuán diverso es el servir a Dios a la esclavitud de Satanás, cuán suave es el perfume celestial respecto a la hediondez de la culpa, y qué gran tranquilidad proporciona el ser amado *santamente* con respecto a ser poseídos *satánicamente*.

Ved cuán mesurado sea el Señor en querer. No exige conversiones instantáneas, ni exige lo absoluto de un corazón. Sabe esperar y sabe conformarse. Y mientras espera que el alma extraviada encuentre el sendero, la mente, la razón, se contenta con lo que puede darle la madre trastornada en el dolor.

No le pido otra cosa que: “¿Puedes perdonarme?” ¡Cuántas cosas puede haberle pedido para hacerla digna del milagro, si hubiese juzgado a lo humano! Yo mido conforme a Dios vuestras fuerzas. Aquella pobre madre presa del dolor, habría hecho mucho si llegaba a perdonar. Le pido sólo esto. Después le digo: “Sé santa y haz santa esta casa”. Pero mientras el dolor la tiene presa, no le pido sino perdón para la culpa. No se debe exigir *todo* de quien poco antes estaba en el fondo de las tinieblas. Esa madre habría venido a la luz total, y con ella la esposa y los niños. En aquel momento, a sus ojos, ciegos de llanto, era necesario hacer llegar los primeros rayos de la luz: el perdón, el alba del Señor.

De los presentes uno sólo –no cuento a Judas, hablo de los ciudadanos que allí se encontraban, no de mis discípulos– uno solo no vino a la luz. Estos sinsabores están unidos a las victorias del apostolado. Hay siempre alguien por quien el apóstol en vano se fatiga. Pero estas derrotas no deben quitar el aliento. El apóstol no debe esperar obtener *todo*. Contra él existen muchas fuerzas adversas que cual tentáculos de pulpo aferran la presa que él les había arrebatado. El mérito del apóstol es igual. Infeliz el apóstol que dice: “Sé que allá no podré hacer ninguna conversión y por eso no voy”. Este es un apóstol que vale muy poco.

Es menester ir aun cuando de mil se salve uno. Su jornal apostólico será el mismo por uno que por mil, porque él hizo todo lo que podía, y Dios lo premia. También hay que pensar que donde el apóstol no puede convertir porque quien debe convertirse está asido fuertemente por Satanás y las fuerzas del apóstol son inferiores al esfuerzo necesario, puede intervenir Dios. Y ¿entonces? ¿Quién puede más que Dios?

Además, lo que absolutamente *debe* practicar el apóstol es el amor. Amor *patente*. No solo amar en secreto el corazón de los hermanos. Esto basta a los hermanos buenos. El apóstol es obrero de Dios y no debe limitarse a orar: debe obrar. Que obre con amor, con gran amor. El rigor paraliza el trabajo del apóstol y el que las almas vayan a la luz. No dureza, sino amor.

El amor es el vestido de asbesto que preserva del ataque del calor de las malas pasiones. El amor es un cúmulo de esencias que preservan, que impide que penetre la podredumbre humano-satánica en vosotros. Para conquistar un alma es necesario saber amar. Para conquistar un alma es menester llevarla a amar. Amar el bien repudiando sus pobres amores por el pecado.

Yo *quería* el alma de María. Y me comporté con ella, como contigo, pequeño Juan, a quien no hablo tan sólo desde mi cátedra de Maestro, sino que descendí a buscarla por los caminos del pecado. La seguí y perseguí con mi amor. ¡Dulce persecución! Entré, Yo-Pureza, donde estaba ella, la impureza.

No temí ni escándalo de mi parte, ni el de los demás. En Mí no podía haber escándalo, puesto que soy la Misericordia, y esta llora sobre las culpas, pero no se escandaliza. ¡Infeliz aquel pastor que se escandaliza, y detrás de este biombo se atrinchera para abandonar un

alma! ¿No sabéis que las almas están más proclives a resucitar que los cuerpos y que la palabra *de piedad y de amor* que dice: “Hermana, levántate por tu bien” frecuentemente realiza el milagro? No temía del escándalo de los demás. Los ojos de los buenos me comprendían. Los de los malos, en donde la malicia fermenta, arrojando emanaciones de una corrupción interna, *no tiene valor*. Ellos encontraban culpa aun en Dios. Creían que sólo ellos eran perfectos. Por eso no les curaba.

Las tres etapas para salvar un alma son:

Ser muy íntegros para poder hablar sin temor de que lo hagan callar a uno. Hablar a toda una multitud de modo que nuestra palabra apostólica dirigida a las turbas que se agolpan alrededor de la mística barca, vaya como en círculos de onda, siempre más lejos, hasta la ribera pantanosa donde están enclavados los que se encuentran en el fango y que no se preocupan por conocer la verdad.

Este es el primer trabajo para romper la costra del terrón duro y prepararlo para la semilla. Es el trabajo más arduo para el que lo tiene qué hacer, y para quien lo recibe, porque la palabra debe, cual arado, romper para abrir. Y en verdad os digo que el corazón del apóstol bueno se hiere y se sangra de dolor al tener qué hacer una herida para abrir. Pero también este dolor es fecundo. Con la sangre y el llanto del apóstol se hace fértil el terreno inculto.

Segunda cualidad: *Trabajar allí donde alguien*, que no ha comprendido bien su misión, *huiría*. Despedazarse con el esfuerzo de arrancar la cizaña, la grama, las espinas para que el terreno esté limpio y arado, y hacer que cual sol, el poder de Dios y su bondad lo atraviere, y al mismo tiempo como juez y médico, ser severo y también compasivo, y dar tiempo a las almas para que superen la crisis, mediten y decidan.

Tercer punto: *Tan pronto como el alma que en el silencio se ha arrepentido*, que llora y piensa en sus errores, *se atreve a venir tímidamente* al apóstol, miedosa de que la arrojen, este debe tener un corazón *más ancho* que el mar, *más dulce* que el corazón de una madre, más enamorado que el corazón de un esposo, y *debe abrirlo todo* para hacer que fluyan ondas de ternura.

Si tenéis a Dios en vosotros, Dios que es caridad, encontraréis fácilmente palabras de amor para las almas. Dios hablará en vosotros y por vosotros y como miel que escurre de un panal, como bálsamo que sale de un ánfora, el amor llegará a los labios ardientes e insípidos, irá a los espíritus heridos y servirá de alivio y medicina. Haced que os amen los pecadores, vosotros, doctores de las almas. Haced que sientan el sabor de la caridad celestial y que la ansíen tanto que no busquen otro alimento. Haced que sientan en vuestra dulzura un alivio tal que la pidan todas sus demás heridas.

Es menester que vuestra caridad expulse de sí todo temor, porque como dice la epístola que hoy leíste: “El temor supone castigo; quien teme no es perfecto en la caridad”⁶. Pero tampoco lo es, quien hace temer. No digáis: “¿Qué hiciste?” No digáis: “Lejos, lejos”. No digáis: “Tú no puedes tener gusto por el amor bueno”. Decid en mi nombre: “Ama y yo te perdono”. Decid: “Ven. Los brazos de Jesús están abiertos”. Decid: “Prueba este Pan de ángeles y esta palabra y olvida la peste del infierno y los desprecios de Satanás”. Hacedos acémilas para la debilidad de los demás. El apóstol debe llevar su carga y la de los demás, su cruz y la de los demás. Y mientras os acercáis a Mí, cargados con las ovejas perdidas, dadles confianza, decidles: “Desde ahora todo se ha olvidado”; decid: “No tengas miedo al Salvador. Él vino del cielo por ti, exactamente por ti. Yo no soy sino el puente para que te lleve a Él que te está esperando, al otro lado del río de la absolución penitencial, para llevarte a los pastizales santos, cuyo comienzo está en la tierra, pero continúa, con una belleza eterna que alimenta y hace feliz, hasta los cielos”.

Este es el comentario. Poco toca a vosotros, ovejas fieles del Pastor. Si a ti, pequeña esposa, se aumenta la confianza, al Padre se le aumentará la luz para poder juzgar, y a otro

⁶ Cfr. 1 Ju. 4, 18.

se les aumentará el incentivo de acercarse al bien. Será el rocío que penetra y fecunda, del que hablé, y que hace que se levanten las flores caídas. Levantad la cabeza. El cielo está en lo alto. Queda en paz. María. El Señor es contigo”.

96. Jesús dice a Marta: “Tienes ya la victoria en la mano”

29 julio 1945

Jesús está a punto de subir a la barca, en un amanecer claro de verano que arroja pétalos de rosas en las crestas de las olas del lago, cuando llega Marta con su criada. “¡Oh, Maestro! Escúchame por amor de Dios”.

Jesús sube de nuevo a la ribera y dice a los apóstoles: “Idos y esperadme cerca del río. Entre tanto preparad todo lo necesario para la misión de Magedán. También la Decápolis espera la palabra. Idos”.

Y mientras la barca se separa de la ribera y se va, Jesús camina llevando a Marta a su lado, a los que respetuosamente sigue Marcela.

Se alejan del poblado caminando por la ribera, que después de una cuchilla de arena, con alguna que otra hierba, se cubre de vegetación, que empieza a subir por una pendiente, de donde se ve el lago.

Cuando llegan a un lugar solitario, Jesús dice sonriendo: “¿Qué se te ofrece?”

“Maestro... esta noche, apenas había pasado la segunda vigilia, cuando María regresó a casa. ¡Ah! Me olvidaba de decirte que me dijo cuando comíamos a las doce: “¿Te desagradaría prestarme un vestido tuyo y un manto? Me quedarán un poco cortos, pero me ceñiré el vestido y dejaré que el manto llegue hasta abajo...” Le respondí: “Toma lo que quieras, hermana”, y el corazón comenzó a darme fuertes latidos, porque ya antes, en el jardín, había dicho hablando con Marcela: “Hay que estar en la tarde en Cafarnaum porque el Maestro habla a la gente esta tarde” y había yo visto a María turbarse, cambiar de color, que no podía estar tranquila, sino que iba acá, iba allá, como quien tiene una aflicción, como quien tiene que tomar una resolución... y no sabe qué hacer, si aceptar o rechazar.

Después de la comida vino a mi habitación y tomó el vestido más serio que tenía, el más modesto, se lo probó y pidió a la nodriza que le bajase todo el dobladillo, porque era muy corto. Ella trató de hacerlo, pero al ver que no podía se echó a llorar diciendo: “No soy capaz de coser. Todo lo bueno y útil lo he olvidado...” y me echó los brazos al cuello con estas palabras: “Ruega por mí”. Salió hacia el atardecer... Cuánto pedí porque no fuese a encontrar a alguien que la entretuviese, que comprendiese tu palabra, que lograse deshacerse definitivamente del monstruo que la esclaviza... Mira, he puesto sobre mi faja la tuya, y cuando sentía la presión del cuero duro, pues no estoy acostumbrada a usar estas cosas ásperas, me decía: “Él es más fuerte que todo”.

Con el carro se llega más pronto. Luego vinimos Marcela y yo. No sé si nos viste entre la multitud... Pero qué dolor, que espina en el corazón al no ver a María... Pensaba yo dentro de mí: “Se arrepintió. Ha vuelto a casa. O también... tal vez ha huido no pudiendo resistir a mi autoridad, que ella misma me pidió”. Te escuchaba y lloraba bajo mi velo. Las palabras me parecían dirigidas a ella... y ¡no las escuchaba! Así pensaba yo que no la veía. Regresé a casa desconsolada. Es verdad. Te desobedecí porque me habías dicho: “Si viene, espérala en casa”. Pero ten en cuenta mi corazón, Maestro. ¡Es mi hermana la que viene a Ti! ¿Podía menos de no ver cuando ella se acercase a Ti? Y luego... Me habías dicho: “Será despedazada”. Quería estar cerca de ella, para sostenerla...

Estaba yo de rodillas bañada en lágrimas y oraba en mi habitación cuando a eso de la segunda vigilia entró tan despacito que no la sentí sino hasta cuando arrojándose sobre mí y abrazándome, me dijo: “Es verdad todo lo que dice, hermana bendita. No, es mucho más de lo que refieres. Su misericordia es mucho más grande. ¡Oh, Marta mía! No tienes necesidad más de retenerme. ¡No me verás ya cínica, ni decaída! No me oirás más decir: ‘¡Para no pensar!’ Ahora quiero pensar. Sé en qué debo hacerlo. Es la bondad hecha carne. Tú orabas, hermana

mía, ciertamente que orabas por mí. Tienes ya tu victoria en la mano: Tu María que no quiere más pecar, que renace ahora. Mírale a la cara, porque es una María nueva, con su cara lavada con el llanto de la esperanza y del arrepentimiento. Me puedes besar, hermana santa. No hay más que huellas de vergonzosos amores en mis ojos. El dijo que ama mi alma, porque a ella le habló, y de ella habló. Yo era la oveja perdida. Dijo, escucha si repito bien. Tú conoces el modo de hablar del Salvador...” y me repitió perfectamente tu parábola.

María tiene inteligencia muy buena, mejor que la mía. Y buena memoria. De este modo dos veces te oí. Y si tales palabras en tus labios eran santas y adorables, en los suyos eran para mí santas, adorables y amables porque salían de los labios de mi hermana, de mi hermana a quien he vuelto a encontrar, quien ha vuelto al redil de la familia. Estuvimos sentadas y abrazadas. Sentadas sobre la alfombra del suelo, como cuando éramos pequeñas y así pasábamos las horas en la habitación de mamá o cerca de su telar donde ella tejía o recamaba sus magníficas telas. Así estuvimos no ya divididas por el pecado. Me parecía como si mamá estuviese presente con su espíritu. Lloramos sin dolor alguno, mejor dicho, con una gran paz. Nos besamos felices... Después, María cansada por el camino que había hecho a pie, por la emoción, por tantas cosas, se me durmió entre los brazos y con la ayuda de la nodriza la extendimos en el lecho, y así la dejé... y vine corriendo hasta aquí...” y Marta, dichosa, termina besando la mano de Jesús.

“También Yo te digo lo que te dijo María: “Tienes la victoria en la mano”. Vete y sé feliz. Vete en paz. Sigue portándote con mucha dulzura y prudencia con la renacida. Adiós Marta. Hazlo saber a Lázaro que allá se muere de angustia”.

“Sí, Maestro, ¿pero cuándo vendrá María con nosotras las discípulas?”

Jesús sonríe y le dice: “El Creador lo hizo todo en seis días y el séptimo descansó”.

“Comprendo. Es necesario la paciencia...”

“Paciencia, sí. No suspires. También es una virtud. La paz sea con vosotras. Nos volveremos a ver pronto” y Jesús las deja y se dirige a la barca que lo espera junto a la ribera.

97. Magdalena en la casa de Simón el Fariseo¹

21 enero 1944

Para consuelo de mi mucho sufrir y para hacerme olvidar la maldad de los hombres. Jesús me concede esta bellísima visión.

Estoy viendo una sala riquísima. Una lámpara con muchos quemadores arde en el centro. Las paredes están cubiertas con tapices bellísimos. Los asientos tienen incrustaciones y adornos de marfil y láminas preciosas. Los muebles son muy bonitos.

En el centro hay una mesa grande, cuadrada y que consta de cuatro mesas unidas. La mesa está preparada de modo que puedan estar a ella muchos convidados (todos hombres) y está cubierta con manteles muy preciosos y muy buena vajilla. Hay jarras y copas de mucho valor. Muchos criados van y vienen trayendo los manjares y sirviendo los vinos. En el centro del cuadrado no hay nadie. El pavimento está limpiísimo. En él se refleja el candelero de aceite. Por la parte de afuera del cuadrado hay lechos-asientos, que ocupan los convidados. En la parte más retirada de la puerta, está el dueño de la casa con los invitados más importantes. Es un hombre ya de edad. Viste una túnica ceñida con una faja hermosamente recamada. En el cuello, en las mangas, en los bordes del mismo vestido se ven como cintas bordadas o galones, si uno cree mejor. La cara de este vejete no me gusta. Es una cara de hombre malo, frío, soberbio y codicioso.

En el lado opuesto, enfrente de él, está mi Jesús. Lo veo de lado, y diría mejor, por detrás, por las espaldas. Trae su acostumbrado vestido blanco, sus sandalias, y sus cabellos partidos en dos en la frente, y largos como de costumbre.

¹ Cfr. Lc. 7, 36-50

Noto que tanto Jesús como los comensales no se sientan, como yo me imaginaba que se sentarían sobre esta especie de sofás, esto es, perpendicularmente a la mesa, sino paralelamente a ella. En la visión de las nupcias de Caná no puse mucha atención a este particular. Había visto que comían apoyados sobre el codo izquierdo, pero me parecía que no estaban muy cómodos, porque los lechos no eran muy lujosos y eran mucho más cortos. Estos son verdaderos lechos. Se parecen a los modernos divanes turcos.

Cerca de Jesús está Juan, y teniendo en cuenta que Jesús está apoyado sobre el codo izquierdo (como todos), Juan está entre la mesa y el cuerpo del Señor. Su codo está a la altura de la ingle del Señor, de modo que no le estorba comer, sino que antes bien le permite, si quiere, apoyarse confiadamente sobre su pecho.

No hay ninguna mujer. Todos hablan y el dueño de la casa de cuando en cuando se dirige, con exagerada condescendencia y con muestras claras de benignidad a Jesús. Es claro que quiere demostrarle y demostrar a todos los presentes, que le ha hecho un gran honor en haberlo invitado a su rica casa, a él, el pobre profeta a quien se le toma por un poco exaltado...

Veo que Jesús corresponde a las cortesías. Elegantemente sonríe a quien le pregunta. Su sonrisa está llena de luz cuando Juan le habla o lo ve.

Veو que se abre la rica cortina que cubre el hueco de la puerta y que entra una mujer joven, hermosísima, vestida muy ricamente y peinada con sumo esmero. Su cabellera rubia es un adorno de pelluzgones* artísticamente entrelazados. Parece como si trajese un yelmo de oro, pues así resplandece su abundante cabellera. Su vestido, si lo comparo con el que veo que siempre trae la Virgen María, podría asegurar que es muy excéntrico y variado. Broches en las espaldas, joyas que sostienen los pliegues a la altura del pecho, cadenas de oro para hacer resaltar el pecho, faja con bullones de oro y piedras preciosas. Un vestido provocativo que hacer resaltar los contornos de su bellísimo cuerpo. En la cabeza trae un tocado tan ligero que... no cubre nada; es algo que se viene a agregar a los adornos. Sus pies calzan sandalias con broches de oro, de piel roja y con correas entrelazadas sobre el tobillo.

Todos se vuelven a verla, menos Jesús. Juan la mira un instante, y luego se vuelve a Jesús. Los demás la miran con aparente y maligna complacencia. La mujer no los mira para nada y ni se preocupa del murmullo que se levantó cuando entró y del guiño de ojos que se hacen todos, menos Jesús y el discípulo. Jesús hace como si no cayese en cuenta. Continúa hablando al dueño de la casa.

La mujer se dirige a Jesús. Se arrodilla a sus pies. Deposita al suelo una especie de jarra muy barriguda. Se levanta el velo y deja ver el broche precioso que sostiene los cabellos. Se quita los anillos de los dedos y pone todo sobre el lecho-asiento que está cerca de los pies de Jesús, y luego toma entre sus manos los pies, primero el derecho, luego el izquierdo, y desata las sandalias. Las pone en el suelo, luego besa con gran llanto los pies. Apoya contra ellos su frente, los acaricia y las lágrimas caen como una lluvia torrencial, que brilla al resplandor de la lámpara, y bañan esos pies adorados.

Jesús lentamente vuelve su cabeza. Su mirada azul se detiene por un instante sobre aquella cabeza inclinada. Una mirada que absuelve. Luego vuelve a mirar al centro. La deja que libremente se desahogue.

Pero los otros no. Entre sí se mofan de ella, se guiñan los ojos, se ríen sarcásticamente. El fariseo se endereza un momento para ver mejor, y su mirada refleja un deseo, un tormento, una ironía. Refleja un deseo por la mujer. Esto se le nota claramente. Refleja un tormento, porque sin pedir permiso entró, cosa que podría decir a los demás, que la mujer frecuenta su casa. Refleja una ironía para Jesús...

Pero la mujer no se preocupa de nada. Continúa llorando con todas sus fuerzas, sin grito alguno. Sus lágrimas se mezclan con profundos suspiros. Luego se despeina. Se quita las peinetas de oro que sostenían el complicado peinado, y las pone junto a los anillos y al broche.

* pelluzgón = porción de pelo, lana, etc. que se coge de una vez con los dedos.

Las guedejas de oro caen sobre las espaldas. Las toma con ambas manos, las pone en su pecho y las pasa sobre los pies bañados de Jesús, hasta que los ve secos. Luego mete los dedos en el pomo y saca una pomada ligeramente amarilla y olorosísima. Un aroma que tiene de lirio y de tuberosas se extiende por toda la sala. La mujer introduce una y otra vez los dedos, y extiende la pomada, y besa y acaricia los pies.

Jesús de cuando en cuando la mira con amorosa piedad. Juan se ha volteado sorprendido al oír el llanto. Ahora mira a Jesús, ahora al grupo, ahora a la mujer.

El rostro del fariseo es cada vez más ceñudo. Oigo las palabras que refiere al Evangelio y las oigo acompañadas *con un tono y una mirada* que hacen bajar la cabeza al viejo envidioso.

Oigo las palabras de absolución que dice a la mujer que abandona a los pies de Jesús sus joyeles. Se ha echado encima el velo, cubriendo de este modo su cabellera despeinada. Jesús cuando le dice: “Vete en paz” le pone por un momento, pero con gesto benignísimo, la mano sobre la cabeza inclinada.

98. “Se perdona mucho a quien ama mucho”

(Escrito el mismo día)

Jesús me dice ahora:

“Lo que hizo bajar la cabeza al fariseo y a sus compañeros, cosa que no aparece en el Evangelio, son las palabras que mi espíritu, a través de mi mirada, dirigió cual saetas en aquella alma seca y voraz. Respondí más de lo que se me había preguntado, porque nada se me oculta de los pensamientos humanos. Él entendió mi mudo lenguaje, que contenía mayores reproches que los que pudiesen haber tenido mis palabras.

Le dije: “No. No hagas insinuaciones perversas para justificarte tú mismo ante tus ojos. Yo no tengo tu ansia sexual. Esta no ha venido a Mí porque el sexo la haya traído. No soy como tú ni como tus compañeros. Ha venido a Mí porque mi mirada y mis palabras que por casualidad oyó, le iluminaros su alma, en la que la lujuria había creado tinieblas. Y ha venido porque quiere vencer los sentidos, y comprende, que siendo una pobre criatura, por sí misma no puede lograrlo. Ama en Mí el espíritu, no más que el espíritu que siente sobrenaturalmente bueno. Después de tantos males que recibió de todos vosotros, que habéis disfrutado de su debilidad y que le habéis pagado con los azotes del desprecio, viene a Mí, porque siente haber encontrado el bien, la alegría, la paz, que inútilmente buscó entre las pompas del mundo. Cúrate de esta lepra tuya que tienes en el alma, fariseo hipócrita. Aprende a juzgar rectamente las cosas. Despójate de la soberbia de tu inteligencia y de la lujuria de la carne. Estas son las lepras más hediondas de vuestras personas. Puedo curaros de la lepra del cuerpo, si me lo pedís, *pero de la lepra del espíritu no, porque no queréis curaros, porque os gusta*. Esta quiere curarse. Y mira que la limpio, mira que le quito las cadenas de su esclavitud. La pecadora está muerta. Está ahí, en aquellos adornos de los que se avergüenza de ofrecerlos para que los santifique al usarlos en las necesidades mías y de mis discípulos, en las de los pobres que socorro con lo superfluo de los demás, porque *Yo, el Señor del universo, no poseo nada, ahora que soy el Salvador del hombre*. Ella está allí en ese perfume derramado a mis pies, que ha usado, como ha usado sus cabellos, en la parte de mi cuerpo a la que no te dignaste dar un poco de agua fresca de tu pozo, a pesar de haber caminado tanto para traerte a ti también la luz. La pecadora está muerta. Ha renacido María. Es bella como una niña púdica. Se ha lavado con el llanto. En verdad te digo, oh fariseo, que entre aquella que me ama con su juventud pura y esta que me ama con su sincera contrición de un corazón que ha vuelto a nacer a la gracia, no hago ninguna diferencia; y al que es puro y a la arrepentida le doy el encargo de comprender mi pensamiento como no lo he hecho con nadie. Ella se honrará en dar el último tributo de honor a mi cuerpo, y recibirá el primer saludo después de mi resurrección, después de mi Madre”. Esto fue lo que quise decirle al fariseo con mi mirada.

A ti te hago notar una cosa, para *alegría tuya y alegría de muchos*. También en Betania, María repitió esto mismo que fue el amanecer de su redención. Hay acciones personales que

se repiten y muestran claramente el genio de la persona. Gestos inconfundibles. Pero en Betania, pues justo era, su acción no fue igual en todo a la de acá, sino más amigable dentro de su reverencia y adoración.

María ha caminado mucho desde aquel amanecer de su redención. Mucho. El amor la ha arrebatado cual torbellino hacia arriba y hacia delante. El amor la ha consumado, como una hoguera, destruyendo en ella la carne impura y haciendo en ella un espíritu purificado. Y María, cambiada con su dignidad de resucitada, como cambiada está también en sus vestidos, que son sencillos como los de mi Madre, con su arreglo, mirada, actitud, palabras, tiene un nuevo modo de honrarme. Toma el último de sus pomos de perfume que ha conservado para Mí, y me lo esparce sobre los pies, *sin llorar, con una mirada alegre que el amor y la seguridad de haber sido perdonada y salvada la hacen, y me lo esparce sobre la cabeza*. Puede ahora tocarme la cabeza. *El arrepentimiento y el amor la han limpiado con el fuego de los serafines y ella es un serafín*.

“Dilo a ti misma, María, mi pequeña “voz”, dilo a las almas. Ve. Dilo a las almas que no se atreven a venir a Mí porque se sienten culpables. Mucho, mucho se ha perdonado a quien mucho ama. A quien mucho me ama. No comprendéis, pobres almas, cuánto os ame el Salvador. No tengáis miedo de Mí. Venid con confianza, con amor. Os abro el corazón y los brazos.

Acuérdate siempre de lo siguiente: “No hago ninguna diferencia entre el que me ama con su pureza íntegra y el que me ama con su sincera contrición de un corazón que ha renacido a la gracia. Soy el Salvador. Acuérdate siempre de ello.

Ve en paz. Te bendigo”.

99. Consideraciones sobre la conversión de María Magdalena

22 y 25 enero 1944

He estado pensando durante este día en lo que me dijo Jesús ayer por la tarde y en lo que vi y comprendí aunque no se me dijo.

Nada más por no dejar le digo que la conversación de los invitados, en lo que pude entender, esto es, la que dirigían a Jesús, giraba alrededor de las nuevas del día: los romanos, la Ley combatida por ellos y la misión de Jesús como Maestro de una nueva escuela. Bajo la aparente benevolencia, se podía uno dar cuenta de que eran preguntas maliciosas y capciosas para hacerlo caer. Cosa por ningún modo fácil, porque Jesús, con pocas palabras daba una respuesta justa y concluyente.

Por ejemplo, a la pregunta de en qué particular escuela o secta se había hecho Maestro, sencillamente respondió: “En la escuela de Dios. A Él sigo en su santa Ley, y procuro que se renueve completamente en estos pequeños (y miró con amor a Juan, y en Juan a todos los rectos de corazón), así como fue en el día en que el Señor lo promulgó en el Sinaí¹. Llevo nuevamente los hombres a la luz de Dios”.

A la pregunta de qué pensaba sobre el abuso de César, que se había hecho dominador de Palestina, respondió. “César es lo que es, porque así quiere Dios. Recuerda al profeta Isaías². ¿No acaso llama él, por inspiración divina, a Asur “bastón” de su cólera, la vara que castiga al pueblo de Dios, que se ha separado mucho de Él? ¿Y no dice, que después de haberlo empleado para el castigo, lo destruirá porque se aprovechó de su encargo, pues se hizo muy soberbio y cruel?”

Estas son las dos respuestas que me llamaron más la atención.

Esta tarde, mi Jesús me dijo sonriendo:

¹ Cfr. Ex. 19, 16-20, 21; Deum. 5, 1-22.

² Cfr. Is. 10, 5.

“Me gustaría llamarte como a Daniel³. Eres la de los deseos y a la que quiero mucho porque desea tanto a Dios. Podría decirte lo que mi ángel dijo a Daniel: “No temas, porque desde el primer día en que trataste de comprender y de castigarte en la presencia de Dios, tus oraciones fueron escuchadas, y por eso vine”. No es el ángel que te habla, Soy Yo quien te está hablando: Jesús.

“Siempre, María, vengo cuando alguien “trata de comprender”. No soy un Dios duro y severo. Soy misericordia viviente. Y más rápido que el pensamiento llego a quien se vuelve a Mí.

Lo mismo hice con la pobre María de Mágdala, que estaba tan inveterada* en el pecado. Veloz fui con mi espíritu, *apenas sentí que se levantaba en ella, el deseo de comprender: comprender la luz de Dios y comprender su estado de tinieblas.* Y me hice luz para ella.

Hablaba, Yo aquel día a mucha gente, pero en realidad le hablaba a ella sola. No veía más que a ella que se había acercado, llevada de un impulso de su corazón, que luchaba contra la carne que la había esclavizado. No tenía ante mis ojos sino a ella con su pobre carita envuelta en la tempestad, con su forzada sonrisa que escondía bajo un vestido que no era suyo; y que era un desafío al mundo y a sí misma ese gran llanto interno. No veía más que a ella, a la ovejita metida entre las espinas; a ella que sentía náuseas de su vida.

No dije palabras llamativas, ni toqué un argumento que se pudiese referir a ella, que era bien conocida como pecadora, para no mortificarla y para no obligarla a huir, a avergonzarse a venir. No toqué ese argumento. Dejé que mi palabra y mi mirada bajasen en ella y fermentasen, para que aquel impulso de un momento se convirtiese en el futuro glorioso de una santa. Hablé con una de las más dulces parábolas: un rayo de luz de bondad derramado para ella particularmente. Y aquella tarde cuando entraba en la casa del rico soberbio, en la que mi palabra no podía fermentar para una gloria futura, porque era muerta con la soberbia farisea, sabía bien que ella vendría, después de haber llorado mucho en su habitación donde pecó, bajo la luz de aquel llanto que había decidido su porvenir.

Los hombres que ardieron de lujuria, al verla se alegraron en su carne y en su pensamiento. Todos menos Yo y Juan, la desearon. Todos creyeron que hubiese ido por uno de esos caprichos que bajo la presión del demonio, la arrojaban en aventuras imprevistas. *Pero Satanás estaba ya vencido.* Y sintieron envidia al ver que a ninguno de ellos se dirigía, sino a Mí.

El hombre ensucia siempre aun las cosas más puras, cuando sólo es carne y sangre. Sólo los puros ven lo justo porque el pecado no turba su pensamiento. María, que el hombre no comprenda esto, no debe asustarlo. Dios comprende y es suficiente para el cielo.

La gloria que viene de los hombres no aumenta ni un gramo la gloria que es la suerte de los elegidos en el paraíso. Recuérdalo siempre. La pobre María de Mágdala fue siempre juzgada mal en sus buenas acciones pero no en las malas, que se prestaban a ser bocados de lujuria a la insaciable hambre de los libinidosos. Se le criticó y se le juzgó mal en Naín, en casa del fariseo; se le criticó y se le reprendió en Betania, en su casa.

Juan da la clave de esta última crítica, dice: “Judas... *porque era ladrón*⁵. Yo añadido: “El fariseo y sus amigos, *porque eran lujuriosos*”. Ves. La voracidad de los sentidos, la voracidad del dinero levantan su voz para criticar una acción buena. Los buenos no critican *jamás*. Comprenden.

Pero, te repito: no importa la crítica del mundo, lo que importa es lo que piensa Dios”.

³ Cfr, Dan. 9, 23; 10, 11 y 19.

* inveterado = arraigado

⁵ Cfr. Ju. 12, 1-8.

100. “Merece perder una amistad por conquistar un alma”¹

29 julio 1945

Jesús viene por el camino largo de Merón al de Galilea. Están con Él, Zelote y Bartolomé y parece como que esperan cerca de un riachuelo, que con su hilito de agua alimenta las plantas, a los demás que están llegando de dos direcciones opuestas.

Hace mucho calor y con todo ha venido mucha gente detrás de los tres grupos, que predicaron por la campiña, escoltando los enfermos al grupo de Jesús y reservándose el derecho de hablar de Él a los sanos. Muchos de los curados forman un grupo. Se sientan entre los árboles, y su alegría es tal que no sienten ni el cansancio producido por el calor, ni el polvo, ni la luz deslumbrante, cosas que a los demás sí molestan.

Cuando el grupo que capitanea Judas Tadeo, llega a donde está Jesús, salta a los ojos el cansancio de todos lo que lo forman y que lo siguen. . El último en llegar es el capitaneado por Pedro, en que hay muchos de Corozaim y Betsaida.

“Hicimos lo que se pudo, Maestro, pero sería necesario que hubiese más grupos... Ves. No se puede caminar mucho, por el calor. Y entonces ¿qué? Parece como si el mundo se extendiese cuanto más están esparcidas las poblaciones, y crecen las distancias. Jamás me había imaginado que la Galilea fuese así de vasta. Nos encontramos en un rincón de ella, exactamente en un ángulo suyo, y no logramos evangelizarla, pues es muy extensa y los que sienten necesidad y deseo de verte son muchos” dice Pedro.

“¡No es que el mundo se extienda, Simón, es que muchos conocen a nuestro Maestro!” explica Tadeo.

“Sí, es verdad. Mira cuánta gente. Algunos nos siguen desde esta mañana. Cuando el calor arreció nos refugiamos en un bosque. Y todavía ahora que la tarde va cayendo, cuesta trabajo caminar. Y estos pobrecitos viven mucho más lejos que nosotros. Si esto sigue creciendo así, no sé cómo haremos...” dice Santiago de Zebedeo.

“En octubre vendrán también los pastores” agrega Andrés con aire de querer dar ánimos.

“¡Ah, sí! Pastores, discípulos, ¡bonita ayuda! No sirven más que para decir: “Jesús es el Salvador. Allí está” responde Pedro.

“Pero al menos la gente sabrá dónde se encuentra. Ahora, no. Nosotros estamos allá y ellos corren aquí, entre tanto que van allá y nosotros estamos aquí y deben correr detrás de nosotros. Y no es nada cómodo con niños y enfermos”.

Jesús habla: “Tienes razón, Simón Pedro. También siento compasión por estas almas y por esta gente. Puede ser causa de una desventura irremediable el que muchos no me encuentren en un determinado momento. Ved qué cansados y extraviados están los que todavía no poseen la certeza de mi verdad, y cuánta hambre experimentan los que gustaron mi palabra, y no pueden estar sin ella, ni tampoco ninguna otra palabra los satisface. Parecen ovejas sin pastor que vagan por todas partes sin encontrar quien las conduzca y quien las lleve a los pastizales. Vosotros debéis ayudarme con todas vuestras fuerzas espirituales, morales y físicas. Debéis aprender a ir no a grupos numerosos, sino a multitudes. Y a ellas mandaremos los mejores discípulos. Porque realmente la mies es mucha. Para Tamuz se nos habrá reunido Isaac con los mejores discípulos y os prepararé. Todavía no os daréis abasto, pues si la mies es verdaderamente mucha, los operarios por su parte son pocos. Rogad, pues, al dueño de la tierra que mande muchos operarios a su mies”.

“Sí, Señor mío. Pero no cambiaré gran cosa la situación de estos que te buscan” dice Santiago de Alfeo.

“¿Por qué, hermano?”

“Porque no buscan sólo doctrina y palabras de vida, sino que les curen en sus debilidades, enfermedades, en todo lo que Satanás o la vida pudo haberles causado de mal en su cuerpo o en su alma. Y esto sólo Tú puedes hacerlo, porque en Ti existe el poder”.

¹ Cfr. Mt. 4, 23; 9, 35-38; 13, 44; Mc. 6, 34; Lc. 10, 2.

“Aquellos que conmigo formen una sola cosa, llegarán a hacer lo que Yo hago, y se socorrerá a los pobres en todas sus miserias. Pero todavía no poseéis en vosotros lo que es necesario para llegar a esto. Esforzaos en superaros a vosotros mismos, en pisotear vuestra debilidad humana para hacer triunfar el espíritu. Asimilad no sólo mis palabras, sino su espíritu, esto es, santificaos por medio de ella, y luego podréis todo. Y ahora vamos a decirles mi palabra, ya que no quieren irse si no les dirijo la palabra de Dios. Luego regresaremos a Cafarnaum. También hay allí quien nos está esperando...”

“Señor, ¿es verdad que María de Mágdala pidió perdón en la casa del fariseo?”

“Es verdad, Tomás”.

“¿Y Tú se lo concediste?” pregunta Felipe.

“Se lo di”.

“Hiciste mal” exclama Bartolomé.

“¿Por qué? Era un arrepentimiento sincero y merecía perdón”.

“Pero no debías de habérselo dado en *aquella* casa, públicamente...” reprocha Iscariote.

“No veo en qué me haya equivocado”.

“En esto: Tú sabes quiénes son los fariseos, cuántas cavilaciones tienen en su cabeza, cómo te espían, te calumnian, te odian. Tenías en Cafarnaum un amigo, y era Simón. Y llamas a su casa a una prostituta para profanarle la casa y hacer que se escandalicen de tu amigo Simón”.

“No la llamé Yo. Ella vino. No era una prostituta. Era una arrepentida. Esto cambia mucho. Si antes no se sentía asco en acercarse a ella y en desearla siempre, igualmente en mi presencia, ahora que no es más un cuerpo sino un alma, no se debe tener repugnancia en verla entrar para arrodillarse a mis pies y para llorar al acusarse, envilecerse en una confesión humilde, pública que manifestó con su llanto. La casa de Simón el fariseo se ha santificado con un gran milagro: “con la resurrección de un alma”. Hace unos cinco días me preguntó en la plaza de Cafarnaum: “¿Hiciste sólo este milagro?” él mismo se respondió: “Ciertamente no”, pues ardía en deseos de ver uno. Se lo di. Lo elegí para que fuese testigo, para que fuese el paraninfo de los esponsalicios de un alma con la gracia. Debería estar orgulloso”.

“Y al contrario, está escandalizado. Has perdido un amigo”.

“Encontré un alma. Merece perder un hombre con su amistad, la pobre amistad de un hombre, si con ello se hace regresar un alma a la amistad de Dios”.

“Es inútil. Contigo no se puede reflexionar a manera humana. Estamos en la tierra, Maestro. Acuérdate de ello. Rigen las leyes y las ideas de la tierra. Tú obras con el método del cielo, te mueves en tu cielo que tanto amas, todo lo ves a través de las luces del cielo. ¡Pobre Maestro mío! ¿Cuán divinamente inepto eres para vivir entre nosotros los perversos!” Judas Iscariote lo abraza entre admirado y triste. Termina diciendo: “Siento en el alma que te hagas de tantos enemigos por demasiada perfección”.

“No te enojas, Judas, Está escrito que así sea². Pero ¿cómo sabes que Simón se ofendió?”

“No dijo haberse ofendido. Sino que a mí y a Tomás nos dio a entender que eso no estaba bien. No debías haberla invitado a su casa a donde no entran sino personas honestas”.

“¡Ja! Mejor no toquemos la honestidad de Simón” dice Pedro. Y Mateo: “Podría asegurar que el sudor de las prostitutas se ha filtrado en el pavimento de Simón, en sus mesas y en otros lugares más”.

“Pero no públicamente” objeta Iscariote.

“No. Con hipocresías para ocultar el hecho”.

“Entonces todo cambia”.

“Cambia también cuando una prostituta entra para decir: “Dejo mi pecado infame”, como cambia cuando otra dice: “Ya vine. Aquí estoy para cometer juntos el pecado””.

“Mateo tiene razón” dicen todos.

² Mt. 26, 53, 54; Mc. 14, 49; Lc. 22, 37;; 24, 44; Ju 17, 12; Hech. 1, 16.

“Sí, tiene razón. Pero ellos no piensan como nosotros. Es menester que hagamos transacciones con ellos, que nos adaptemos a ellos para que sean nuestros amigos”.

“Esto jamás, Judas. En la verdad, en la honestidad, en la conducta moral, no existen adaptaciones ni transacciones” con voz fuerte dice Jesús. Y concluye: “Por otra parte me consta que hice bien. Y es suficiente. Vamos a despedir a estos que están cansados”.

Se dirigen a los que están sentados bajo los árboles y que miran a donde está Él con ansias de oírlo.

“La paz sea con todos vosotros. Despreciando distancias y calores habéis venido a oír la Buena Nueva. En verdad os digo que habéis empezado a comprender realmente lo que significa el reino de Dios, que el poseerlo es una cosa preciosa y que es una felicidad el pertenecer a él. Para vosotros no es fatiga lo que para otros sí lo es, porque en vosotros manda el corazón, y dice a la carne: “Alégrate de que te aflija. Lo hago por tu felicidad. Cuando te habrás reunido conmigo, en la resurrección final, me amarás, porque te pisoteé y verás en mí tu segundo salvador”. ¿No habla de ese modo vuestro corazón? Claro que así habla. Apoyáis vuestras acciones en la enseñanza de mis palabras lejanas. Ahora os doy otras luces para haceros siempre más enamorados de este reino que os espera, y cuyo valor es inapreciable.

Escuchad: un hombre fue al campo a coger un poco de tierra para su huerto. Al excavar con todas sus fuerzas en la tierra dura, encontró, después de una cierta profundidad, un filón de metal precioso. ¿Qué hará? Cubre con la tierra lo que descubrió. No le importa trabajar más todavía porque el descubrimiento merece la fatiga. Se va a su casa, recoge todas sus riquezas que tenía en dinero y las cosas que tenía las vende para tener más dinero. Después va a la casa del dueño del campo y le dice: “Tu campo me gusta. ¿En cuánto me lo vendes?” “Si yo no quiero venderlo” responde el otro. El hombre ofrece cada vez sumas mayores, desproporcionadas con el valor del campo, lo cual termina por seducir al dueño quien está pensando: “Este hombre está loco, y como lo es, me aprovecho de ello. Acepto la suma que me ofrece. No es un logro inmoderado porque él es quien me lo ofrece. Con esa cantidad me compraré al menos otros tres campos, y mejores”. Vende, pues, su terreno, convencido de haber hecho un magnífico negocio. Sin embargo, es el otro el que ha hecho un negocio incomparable. Se privó de cosas que los ladrones le pueden robar, o puede perder, o se le pueden acabar, y se ha hecho dueño de un tesoro que es inagotable por ser verdadero, natural. Merece pues sacrificar todo cuanto tiene para adquirirlo. Por algún tiempo se queda tan sólo con la posesión del campo, pero en realidad se ha hecho dueño del tesoro que en él está escondido.

Esto lo habéis entendido y os comportáis como el hombre de la parábola. Dejáis las efímeras riquezas para poseer el reino de los cielos. Las vendéis a los necios del mundo. Se las entregáis. Aceptáis ser objeto de burla a los ojos del mundo por comportaros aparentemente de una manera necia. Haced siempre de este modo, hacedlo, y vuestro Padre que está en los cielos con gozo os dará un día vuestro lugar en el reino. Regresad a vuestros hogares antes de que venga el sábado, y en el día del Señor pensad en la parábola del tesoro que es el reino celestial. La paz sea con vosotros”.

La gente se dispersa lentamente por caminos y veredas de la campiña, mientras Jesús a su vez se dirige a Cafarnaum envuelto en la tarde que va bajando.

Llega allí cuando ha entrado la noche. En silencio atraviesan la ciudad bajo la luz de la luna que es la única lámpara que hay por las callejuelas oscuras y mal empedradas. También en silencio entran en el huerto que da al lado de la casa, pensando que todos estén ya dormidos. Sin embargo hay una luz que arde en la cocina y tres sombras, que se mueven al movimiento de la llama, se proyectan en la pared blanca del horno.

“Hay gente, Maestro, que te está esperando. Pero las cosas no pueden seguir así. Ahora mismo voy a decirles que estás muy cansado. Vete entre tanto a la terraza”.

“No, Simón. Voy a la cocina. Si Tomás entretuvo a esas personas, señal es que hay un motivo serio”.

Los que estaban dentro oyeron el cuchicheo, y Tomás, el dueño de la casa, se asoma al umbral. "Maestro, está la mujer de siempre. Desde ayer por la tarde te está esperando. Está con un siervo", y luego en voz baja: "Está muy excitada. Lloro sin descanso..."

"Está bien. Dile que venga arriba. ¿En dónde durmió?"

"No quería dormir, pero al final se retiró, por alguna hora, ya al amanecer, a mi recámara. Hice que el siervo durmiera en uno de vuestros lechos".

"Está bien. También esta noche dormiré, y tú dormirás en el mío".

"No, Maestro. Iré a la terraza y me dormiré en las esteras. Dondequiera puedo dormir".

Jesús sube a la terraza y también Marta.

"La paz sea contigo, Marta".

Un sollozo es la respuesta.

"¿Todavía lloras? ¿Pero no eres feliz?"

Marta con su cabeza dice que no.

"¿Qué pues!"...

Una larga pausa llena de sollozos, luego: "Hace muchas noches que María no ha regresado y no se le encuentra. Ni yo, ni Marcela, ni la nodriza la encontramos... Salió con su carro que había mandado preparar. Iba pomposa en sus vestiduras... ¡oh! No quiso ponerse otra vez las mías... No iba semidesnuda, pero iba muy provocativa... Se llevó consigo joyas y perfumes... No ha regresado. Devolvió al siervo en las primeras casas de Cafarnaum, diciéndole: "Volveré con otra compañía". Pero no han regresado. ¡Nos engañó! Tal vez se sintió sola, tal vez se sintió tentada... o le pasó algo malo... No ha vuelto..." Y Marta se deja caer de rodillas llorando con la cabeza inclinada sobre el antebrazo que se recarga sobre un montón de sacos vacíos.

Jesús con su mirada dominadora le dice despacio y con tono seguro: "No llores. Hace tres noches que María vino a Mí. Me embalsamó los pies, y junto a ellos puso todas sus joyas. De este modo se ha consagrado y para siempre; y ocupa un lugar entre mis discípulas. No la denigres en tu corazón. Te ha ganado".

"¿Pero dónde, dónde está mi hermana?" grita Marta levantando su rostro desencajado. "¿Por qué no regresó a casa? ¿Ha sido acaso asaltada? ¿Subió acaso a una barca y se ahogó? ¿O bien algún amante a quien haya rechazado la raptó? ¡Oh María, María mía! ¡La había encontrado y muy pronto la perdí!" Marta está fuera de sí. No piensa en que los que están abajo, puedan oírla. No piensa en que Jesús puede decirle dónde está su hermana. Se desespera sin querer reflexionar en algo.

Jesús la toma por los puños y la hace que se aquiete con su fuerza hercúlea y que lo escuche, con su mirada magnética: "¡Basta! Exijo de ti fe en mis palabras. Exijo de ti generosidad. ¿Has entendido?" Y no la suelta hasta que ve que se tranquiliza un poco.

"Tu hermana fue a disfrutar de su alegría en medio de una soledad santa porque existe en ella el pudor supersensible de los redimidos. Te lo había dicho antes. No puede soportar que sus familiares le miren dulce, pero escrutadoramente, su vestido de esposa de la gracia. Lo que digo es siempre verdad. Me debes creer".

"Sí, Señor, sí. Pero mi María ha sido por mucho tiempo presa del demonio. La ha vuelto a tomar, el..."

"Él se está vengando en ti por la presa que para siempre perdió. ¿Acaso debo ver que tú, la fuerte, te conviertas en su presa por un miedo necio que no tiene razón de ser? ¿Debo ahora ver que por causa de ella, que cree en Mí, pierdes tú la radiante fe que siempre has manifestado? ¡Marta! Mírame bien. Escúchame. No escuches a Satanás. ¿No sabes que cuando se ve obligado a abandonar la presa porque Dios lo ha vencido, se da inmediatamente trazas, este incansable atormentador de los hombres, este incansable ladrón de los derechos de Dios, para encontrar otra presa? ¿No sabes que son los tormentos de un tercero, que resiste sus asaltos porque es bueno y fiel, los que dan consistencia a la curación de un corazón? ¿No sabes que no hay nada desligado de cuanto sucede y existe en lo creado, sino que todo sigue una ley eterna de dependencia y de consecuencias, por la que la acción de uno

tiene repercusiones naturales y sobrenaturales vastísimas? Tú llora aquí, tú que conoces la duda cruel, y continúas siendo fiel a tu Mesías aún en esta hora de tinieblas. Allá, en un lugar no muy lejano, que no sabes, María siente que se despeja de su última duda de haber sido perdonada y su llanto se cambia en una sonrisa y sus sombras en luz. Fue tu tormento el que la guió allá donde hay paz, allá donde se regeneran las almas, junto a la Mujer sin mancha, junto a la que es así vida que obtuvo al haber dado al mundo el Mesías que es la vida. Tu hermana está con mi Madre. ¡Oh! no es la primera que recoge las velas en ese puerto de paz después que el suave rayo de la hermosa estrella María la llamó a su seno de amor mudo y activo por amor de su Hijo. Tu hermana está en Nazaret”.

“¿Pero cómo fue, si no conoce a tu Madre, tu casa?... Sola... De noche... Así sin medios... con aquel vestido... Un camino tan largo... ¿Cómo?”

“¿Cómo? Como regresa la golondrina cansada a su nido que la vio nacer, atravesando mares y montes, superando tempestades, nubes y vientos contrarios. Como regresan las golondrinas a sus lugares por instinto que les guía por la tibieza que las invita, por el sol que las llama. También ella corrió al rayo que la llamaba... a la Madre universal. Y la veremos regresar a la aurora, feliz, porque ha salido para siempre de las tinieblas, con una Mamá a su lado, la mía, para no ser jamás huérfana. ¿Puedes creer esto?”

“Sí, Señor mío”.

Marta está como fascinada. Realmente Jesús ha estado muy dominador. Alto, un poco doblado sobre Marta que está de rodillas. Lenta, pero firmemente habló, como para transfundirse en la discípula perturbada. Pocas veces le he visto tan severo para persuadir con sus palabras a un oyente suyo. Pero al final, ¡qué de luz, qué sonrisa hay en su rostro! Marta en su cara refleja una sonrisa y una luz más calmada.

“Ahora vete a descansar tranquilamente”.

Marta le besa la mano y baja ya serena...

101. Magdalena acompañada de María entre los discípulos.

30 julio 1945

“Maestro, tal vez hoy habrá tempestad. ¿Ves aquellos jirones de color plumizo que avanza detrás del Hermón? ¿Y ves cómo se empieza a arrugar el lago? Mía cómo las ráfagas del viento del norte se alternan con las calientes del sur. Si hay torbellinos hay tempestad”.

“¿A qué hora, Simón?”

“Antes que termine la primera hora. Mira cómo se apresuran a regresar los pescadores. Oyen que brama el lago. Dentro de poco se teñirá de color plumizo, después de brea, y luego llegará lo horrible”.

“¡Pero parece muy calmado!” dice Tomás incrédulo.

“Tú conoces el oro y yo el agua. Sucederá como dije. Una tempestad jamás se improvisa. Se prepara con signos muy claros. El agua parece tranquila en la superficie, apenas una arruga que parece nada. Pero si estuvieses en la barca sentirías como si millares de cáscaras se estrellasen contra su fondo y la sacudiesen de un modo raro. El agua comienza a agitarse abajo. Espera que el cielo dé la señal y verás luego... Deja que el viento del norte se trabase con el del sureste, y luego... Oíd, mujeres, quitad lo que tendisteis y poned en buen refugio vuestros animales. Dentro de poco lloverá a cántaros”.

De hecho el cielo poco a poco se va tiñendo de color verdoso, con venas de color de pizarra, porque nuevas cuñas de nubes, cual si las arrojase el gran Hermón continúan llegando. La luz desaparece ante ellas como si la hora retrocediese al anochecer, en lugar de caminar hacia el mediodía. Un rayo de sol resiste tras las barricadas de nubes de color pez y da una pincelada de color amarillo verde en la cima de una colina al suroeste de Cafarnaum. El color azul del lago se ha cambiado en azul negro. Las primeras espumas se deslizan entre ola y ola, ligeras, de un solo rasgo, tienen el color blanquizco irreal sobre el agua oscura. En el lago no se ve ya ninguna barca. Los hombres se apresuran a llevar a la arena sus barcas, a

dejar sus redes, cestos, velas y remos. Si se trata de campesinos, se que esconden sus mercancías, que aseguran los palos y ligaduras, que encierran sus animales en los establos. Las mujeres por su parte se apresuran a ir a la fuente antes que empiece a llover, o bien reúnen a sus niños que se levantaron muy temprano, y los llevan a sus casas, cierran las puertas, preocupadas como gallinas cluecas que escuchasen el granizo que se acerca.

“Simón, ven conmigo. Llama también al siervo de Marta, y a Santiago, mi hermano. Toma una tela gruesa y grande. Vienen dos mujeres en el camino y es menester ir a su encuentro”.

Pedro lo mira curioso, pero obedece sin perder tiempo.

Cuando van por el camino, atravesando el poblado hacia la parte sur, Simón pregunta: “¿Y quiénes son?”

“Mi Mamá y María de Mágdala”.

La sorpresa es tal que Pedro se detiene un momento como si lo hubiesen clavado en el suelo y dice: “¿Tu Mamá y María de Mágdala?! ¿Juntas?!” Luego se echa a correr porque Jesús no se ha detenido, como tampoco se detuvieron Santiago ni el siervo. Pero vuelve a repetir: “¿Tu Mamá y María de Mágdala! ¿Juntas!... ¿Pero desde cuándo?”

“Desde que no es más que María de Jesús. Date prisa, Simón. Ya comienzan a caer las primeras gotas...”

Pedro se esfuerza en ir junto a sus compañeros, que son más altos y más ligeros que él. Del ardiente camino se levanta el polvo como nube al contacto del viento que a cada momento se hace más fuerte, un viento que despedaza el lago y lo levanta en crestas de ondas que se rompen como un primer borbollón sobre la playa. Cuando se ve el lago parece como si se hubiese cambiado en una gran cazuela que con furor hierve. Por lo menos olas de un metro de altura lo cruzan en todas direcciones. Chocan. Al unirse crecen. Se separan corriendo en sentido opuesto en busca de otra ola con qué toparse. Es un duelo de espuma, de crestas, de jorobas infladas, de crujidos, de mugidos, de bofetadas a las casas más cercanas a la ribera. Cuando las casas impiden ver el lago, este se hace sentir con su fragor que calla el bramido del viento, que dobla los árboles, arrancándoles las hojas y haciendo caer los frutos y el resonar de los prolongados, amenazadores truenos, que preceden los relámpagos cada vez más frecuentes y más fuertes.

“¿Quién sabe qué miedo tendrán esas mujeres!” dice Pedro con el resuello cansado.

“Mi Mamá no; de la otra no sé. Pero si no nos apresuramos, la mojada que se van a dar”.

Unos cuantos centenares de metros más y Cafarnaum queda atrás, cuando de entre nubes de polvo, en medio del golpeteo de un aguacero que oblicuo y violento baja bañando el aire cobrizo, convirtiéndose en un momento en una catarata que se hace polvo, que ciega, que quita el aliento, se ve correr a dos mujeres, en busca de refugio bajo cualquier árbol que tenga follaje.

“Míralas. ¡Corramos!”

Pero por más que el amor que Pedro siente por María le da alas, con sus piernas cortas y que no son de corredor, llega cuando Jesús y Santiago han cubierto ya a las mujeres con un grueso pedazo de vela.

“Aquí no podemos quedarnos. Hay peligro de algún rayo y dentro de poco el camino será un torrente. Vámonos, Maestro. Por lo menos hasta las primeras casas” dice Pedro anhelante.

Se van, llevando a las dos mujeres en el centro, con la tela extendida sobre sus cabezas y espaldas.

Las primeras palabras que Jesús dice a la Magdalena que todavía viste el vestido que llevaba en la tarde del banquete de Simón, pero que trae un manto de María Santísima sobre las espaldas, son las siguientes: “¿Tienes miedo, María?”

Ella que ha estado con la cabeza inclinada bajo el velo de su cabellera, que se le deshizo al correr, se pone colorada, la baja más y en voz baja le dice: “No, Señor”.

También la Madre de Jesús perdió sus orquillas y parece una niña con las trenzas sobre las espaldas, pero envía una sonrisa a su Hijo que va a su lado y que le habla con otra sonrisa.

“Estás muy mojada, María” dice Santiago de Alfeo tocando el velo y el manto de la Virgen.

“No importa. Ahora ya no nos mojamos más. ¿No es verdad, María? Él nos ha salvado también de la lluvia” dice con dulzura María a Magdalena cuya vergüenza penosa comprende. Magdalena asiente con la cabeza.

“Tu hermana estará contenta de volverte a ver. Está en Cafarnaum. Te andaba buscando” dice Jesús.

María por un instante levanta su cabeza y fija sus maravillosos ojos en el rostro de Jesús, que le habla con la naturalidad que usa con las discípulas, pero no le dice nada. Está destrozada con tantas emociones.

Jesús concluye: “Estoy contento de haberla entretenido. Después que os bendiga os dejaré partir”.

Sus palabras se pierden al chasquido seco de un ayo que cayó cerca. Magdalena se estremece de espanto. Se lleva las manos a la cara y prorrumpe en llanto.

“No tengas miedo” le dice Pedro. “Ya pasó. Y con Jesús no hay nada qué temer”.

También Santiago que está al lado de Magdalena, dice: “No llores. Las casas están ya cerca”.

“No tengo miedo... Lloro porque Él me dijo que me bendeciría... yo... yo...” y no pudo decir más.

La Virgen interviene para consolarla: “María, tú ya has superado tu temporal. No pienses más en él. Ahora todo es serenidad y paz. ¿No es verdad, Hijo mío?”

“Sí, Mamá. Es verdad. Dentro de poco volverá el sol y todo será más bello, más limpio, más fresco que ayer. Igual te sucederá, María”. La Mamá estrechando la mano de Magdalena, le dice: “Diré a Marta tus palabras. Estoy contenta de poder verla al punto y de decirle cuán llena de buena voluntad está su María”.

Pedro que va chapoteando entre el lodo y que toma el chaparrón con paciencia, se sale de debajo de la tela y va a una casa a pedir refugio.

“No, Simón. Regresemos mejor a la nuestra. ¿No es así?” pregunta Jesús.

Todos aprueban y Pedro regresa bajo la tela.

Cafarnaum es un desierto. El viento, la lluvia, los truenos, los relámpagos y ahora el granizo que salpica y choca contra las terrazas y las fachadas son las que mandan. El lago es horriblemente majestuoso. A las casas cercanas las azotan las olas, porque ya no existe una playa, y las barcas, amarradas cerca de las casas, parecen haber naufragado, pues están llenas de agua que aumenta con cada oleaje, haciendo que se desparrame la que antes había en ellas.

Entran corriendo al huerto que se ha convertido en un charco en que navegan desperdicios y del huerto a la cocina donde todos se han reunido.

Marta lanza un grito agudo cuando ve a su hermana de la mano de María. Se le arroja al suelo. No siente que se moja al hacerlo. La besa, le dice: “¡Mirí, Mirí, amor mío!” Tal vez era la palabra cariñosa con que saludaban a Magdalena cuando era pequeña.

María inclinada llora. Su cabeza se apoya sobre el hombro de su hermana. Su velo pesado de oro cubre el vestido oscuro de Marta, el velo que es el único que resplandece en la cocina oscura donde hay otro fogoncito de ramajes que sirven para esclarecer la oscuridad que una lamparita se esfuerza en hacerlo pero que no lo consigue.

Los apóstoles están de una sola pieza. Lo mismo el dueño de la casa y su dueña que se han asomado al grito de Marta, pero que después de un momento de curiosidad se han retirado discretamente.

Cuando la violencia de los abrazos se ha calmado un poco, Marta se acuerda de Jesús, de cómo es posible que todos allí estén juntos, y pregunta a su hermana, a la Virgen, a Jesús y no podría decir a quién pregunta con mayor insistencia: “¿Pero cómo estáis todos juntos?”

“El temporal, Marta, nos acercó. Fui con Simón, Santiago y tu siervo al encuentro de las dos viajeras”.

Marta está tan estupefacta que no reflexiona en el hecho que Jesús hubiese ido, sin dudar un momento, a su encuentro y por eso no le pregunta: “¿Pero lo sabías?” Es Tomás quien se

lo pregunta, pero no obtiene ninguna respuesta porque Marta pregunta a su hermana: “¿Pero cómo es que estabas con María?”

La Magdalena inclina la cabeza. La Virgen la ayuda tomándola de la mano y dice: “Llegó a mi casa como una peregrina que va al lugar donde se le pueda indicar el camino que debe seguir para llegar a la meta. Me dijo: “Enséñame qué debo de hacer para pertenecer a Jesús”. Pues como en ella hay voluntad verdadera y total al punto comprendió y aprendió esta sabiduría. Yo vi al punto que estaba preparada para que la tomase de la mano y para que te la trajese a Ti, Hijo mío, a ti buena Marta, a vosotros, hermanos discípulos, y poder deciros: “He aquí a la nueva discípula y hermana que no proporcionará más que alegrías sobrenaturales a su Señor y a sus hermanos”. Os ruego que me creáis y que la améis todos como Jesús y yo la amamos”.

Los apóstoles se acercan a saludar a la nueva hermana. No está dicho que no haya curiosidad... ¡Pero qué se puede hacer si todavía son hombres...!

Pedro con su buen sentido del humor dice: “Está bien todo. Vosotros le aseguráis ayuda y santa amistad, pero estaría bien que pensásemos que la Mamá de Jesús y Magdalena están muy mojadas... También nosotros lo estamos... Pero ellas más. Sus cabellos destilan agua como los sauces después del huracán. Tienen sus vestidos llenos de lodo. Prendamos fuego, pidamos unos vestidos, y preparemos una comida caliente...”

Todos se ponen a trabajar y Marta lleva a la habitación a las viajeras hechas sopa, mientras se echa más leña al fuego, y extienden los mantos, los velos, los vestidos mojados. No sé cómo se las arreglen para proveer a todo... Veo que Marta, con su energía de mujer óptima de hogar, va y viene solícita con aguamaniles de agua caliente, con tazones de leche hervida, con vestidos que pidieron prestados a la dueña para ayudar a las dos Marías...

102. La parábola de los pescadores¹

31 julio 1945

Todos están reunidos en la amplia habitación de arriba. El violento temporal es ahora una lluvia persistente que algunas veces parece haber cesado, otras vuelve con inusitada fuerza. Hoy el lago no es de color azul, sino amarillento, con tiras de espuma cuando lo azota el viento o el chubasco; de color cenizo con espumas blanquecinas, cuando la lluvia cesa. Por las colinas, que chorrean agua, con su follaje doblado bajo el peso de la lluvia, o con ramas pendientes que el viento cortó, con muchas hojas que el granizo arrebató, corretean hilos de arroyos por todas partes, aguas de color café que echan en el lago hojas, piedras, tierra que robaron por las cuestas. La luz está encapotada, de color verdoso.

En la habitación, sentadas junto a una ventana que da a las colinas, están María, Marta, Magdalena y otras dos mujeres que no sé exactamente quiénes sean. Me da la impresión de que Jesús, María y los apóstoles las conocen, porque están a sus anchas, más que Magdalena que está quieta, con la cabeza inclinada, entre la Virgen y Marta. Se han puesto sus vestidos que la llama secó, después de haberles quitado el lodo. No digo bien. La Virgen se ha puesto su vestido de lana de color azul oscuro. A Magdalena le prestaron un vestido que le queda corto y estrecho, puesto que ella es alta y hermosa, pero trata de repararlo con envolverse en el manto de su hermana. Se ha recogido los cabellos con dos gruesas trenzas, que las tiene en cierta manera anudadas en la nuca, porque para sostener el peso de tanto cabello, serían necesarias muchas orquillas. De hecho he observado que Magdalena además de las orquillas se pone una cinta que le sirve como ligera diadema, que desaparece con su color de paja en el oro de la cabellera.

En la otra parte de la habitación, sentados en banquillos que dan al frente de las ventanas, están Jesús, los apóstoles y el dueño de la casa. Falta el siervo de Marta. Pedro y los otros

¹ Cfr. Mt. 13, 45-52.

pescadores escudriñan las entrañas del tiempo, y hacen pronósticos para el día siguiente. Jesús escucha, o bien responde a esta o aquella pregunta.

“Si hubiera sabido esto, habría dicho a mi madre que hubiese venido. No está mal que la mujer se encuentre pronto con sus compañeras” dice Santiago de Zebedeo, mirando a hurtadillas a las mujeres.

“¡Eh! ¡De haberlo sabido!... ¿Pero por qué mamá no vino con María?” pregunta Tadeo a su hermano Santiago.

“No lo sé. Yo también me lo pregunto”.

“¿No se sentirá bien?”

“María ya nos lo había dicho”.

“Se lo voy a preguntar” y Tadeo va a donde están las mujeres.

Se oye la voz clara de María que responde: “Se siente bien. Fui yo quien le evitó este calor terrible. Nos salimos como dos niñas. ¿No es verdad María? María llegó por la noche, y al amanecer partimos. Tan sólo dije a Alfeo: “Ten la llave. Regreso pronto. Díselo a María”. Y me vine”.

“Volveremos juntos, Mamá. Apenas se componga el tiempo y María tenga su vestido, nos vamos todos juntos, por Galilea. Acompañaremos a la hermana hasta el camino más seguro. Así las conocerán Porfiria, Susana, vuestras mujeres e hijas, Felipe y Bartolomé”.

Con exquisitez dice; “la conocerán”, y no: “Conocerán a María”. De este modo todas las prevenciones y restricciones mentales de los apóstoles para con la redimida no tienen lugar. Jesús lo quiere así, y así vence su repugnancia de ellos y la vergüenza de ella. Marta se siente feliz. María Magdalena se pone colorada y envía una mirada suplicante, agradecida, ¿qué sé yo?... María Santísima dulcemente se sonríe.

“¿Cuál es el primer lugar a donde vamos, Maestro?”

“A Betsaida. Luego atravesamos Mágdala, Tiberíades, Caná, hasta Nazaret. De allí atravesamos Yafia y Semerón, iremos a Belén de Galilea y luego a Sicaminón y a Cesarea...” Un violento sollozo de Magdalena interrumpe las palabras de Jesús. Levanta su cabeza, la mira y luego continúa como si nada hubiese sucedido: “En Cesarea encontraréis vuestro carro. *Así se lo ordené al siervo*, e iremos a Betania. Nos volveremos a ver, para la fiesta de los Tabernáculos”.

Magdalena prontamente se recobra. No responde a las preguntas de su hermana. Sale de la habitación y se va a la cocina por algún espacio de tiempo.

“Jesús, María sufre al oír que debe ir a ciertas ciudades. Es necesario comprenderla... Maestro, lo digo más bien por los discípulos que por Ti” dice humilde y ansiosa Marta.

“Es verdad como dices. *Pero así debe suceder*. Si no tiene valor para hacer frente al mundo y no pisotea ese monstruo de verdugo que es el respeto humano, su heroica conversión quedará paralizada. Al punto y con nosotros”.

“Nadie le dirá algo mientras esté con nosotros. Te lo aseguro, Marta, y conmigo todos mis compañeros” promete Pedro.

“¡Pues claro! La rodearemos como si fuese nuestra hermana, pues ella dijo que eso era, y así será nuestros ojos” confirma Tadeo.

“Y luego... Todos somos pecadores y el mundo ni siquiera nos perdonó. Por esto comprendemos su lucha” dice Zelote.

“Yo la entiendo más que todos vosotros. Es muy meritorio vivir en el lugar donde pecamos. ¡Todos saben lo que fuimos!... Es una tortura. Pero también es una justicia y una gloria resistir allí. Precisamente porque así se muestra el poder de Dios en nosotros, hacemos que otros se conviertan sin que les digamos palabra alguna” dice Mateo.

“Ves, Marta, que todos comprenden y quieren a tu hermana, y la querrán más. Ella será un anuncio que llame a muchas almas culpables y cobardes. Aún para los buenos es una gran fuerza. Pues María, cuando haya quebrado las últimas cadenas de su ser humano, será un fuego de amor. No ha hecho más que cambiar la dirección de su exuberancia en el amor, la ha colocado en un plano sobrenatural, y realizará prodigios con ella. Os lo aseguro. Ahora todavía

está avergonzada. Pero la veréis que día tras día se irá apaciguando, se irá robusteciendo en su nueva vida. En casa de Simón dije: “Mucho se le perdona, porque mucho ama ella” Ahora os digo que en verdad todo le será perdonado porque amará a su Dios con todas sus fuerzas, con toda su alma, con toda su inteligencia, con su sangre, hasta el holocausto”.

“¡Bienaventurada ella que merece este elogio! ¡También yo quisiera merecerlo!” suspira Andrés.

“¡Tú! Tú ya lo tienes. Ven aquí, pescador mío. Te quiero contar una parábola que parece que fue hecha para ti”.

“Maestro, espera. Voy a llamar a María. Desea mucho conocer tu doctrina...”

Mientras sale Marta, los otros arreglan los asientos de modo que se forme un semicírculo alrededor de Jesús.

Regresan las dos hermanas y se sientan junto a María Santísima.

Jesús empieza a hablar: “Unos pescadores fueron al lago y echaron su red, después de cierto tiempo la jalaban. Fatigosamente cumplían con el trabajo que les había impuesto su patrón, que les había dado órdenes de proporcionar pescado exquisito a su ciudad, y les había dicho: “los pescados que sean nocivos o de mala calidad, ni siquiera los transportéis. Arrojadlos al mar. Los pescarán otros pescadores, y los llevarán a la ciudad de sus patrones, para que se coman cosa nociva y de este modo la ciudad de mi enemigo sea más fea. En la mía, que es hermosa, llena de luz, santa, no debe entrar nada que no sea bueno”.

Así pues los pescadores, sacada la red, empezaron a escoger. Había muchos pescados de diverso aspecto, tamaño y color. Había unos muy bonitos, pero con muchas espinas, de mal sabor, con su panza llena de lodo, gusanos, hierbas podridas que aumentaban el sabor malo de su carne. Otros al revés eran feos, con una trompa que parecía el hocico de un delincuente o de un monstruo de pesadillas. Pero los pescadores sabían que su carne era deliciosa. Otros por no valer tanto pasaron inadvertidos. Los pescadores trabajaron y trabajaron. Las cestas estaban llenas de pescado delicioso, y en su red los había de poco valor. “¡Bien! Basta. Las cestas están llenas. Arrojemos lo que sobró al mar” dijeron muchos pescadores.

Pero uno, que había hablado poco, cuando los otros alababan o se burlaban de los pescados que tenían en la mano, se quedó a buscar en la red y entre la multitud de pescaditos, encontró dos o tres pescados que puso encima de la cesta. “¿Pero qué estás haciendo?” le preguntaron: “las cestas están llenas, y así se ven bien. Tú las echas a perder poniéndoles encima ese pobre pescado. Parece como si quisieras decir que ese es el más bonito”. “Déjenme. Yo conozco esta clase de pescados y sé qué rendimiento y qué placer proporcionan”.

Esta es la parábola que termina con la bendición que el patrón dio al pescador paciente, experto, silencioso, que supo distinguir entre la multitud los mejores pescados.

Ahora escuchad la explicación.

El dueño de la bella ciudad, llena de luz y santa es el Señor. La ciudad es el reino de los cielos. Los pescadores, mis apóstoles. Los peces del mar, el género humano en el que se encuentra toda clase de personas. Los peces buenos, son los santos.

El patrón de la ciudad horrible es Satanás. La ciudad horrible, el infierno. Sus pescadores el mundo, la carne, las malvadas pasiones encarnadas en los siervos de Satanás, bien sean espirituales, como los demonios, bien humanos, como los hombres que corrompen a sus semejantes. Los pescados malos son los hombres que no fueron dignos del reino de los cielos: los condenados.

Entre los pescadores de almas para la ciudad de Dios, habrá siempre quienes emulen la capacidad paciente del pescador que sabe perseverar en su búsqueda, exactamente en los estratos del género humano, donde sus compañeros, más impacientes, tomaron sólo los buenos que a primera vista tuvieron a sus ojos. Y por desgracia habrá también pescadores, que porque son muy distraídos y charlatanes no verán los pescados buenos y los echarán a perder, porque su trabajo es un trabajo de selección que exige sumo cuidado y silencio para escuchar las voces de las almas y las indicaciones sobrenaturales. Y habrá otros que por

demasiada intransigencia rechazarán aun almas que no son perfectas en su aspecto exterior, pero que lo son en todo lo demás.

¿Qué importa si uno de los pescados que habéis cogido para Mí, tiene señales de luchas pasadas, de mutilaciones, si por otra parte, esto no hace daño al espíritu? ¿Qué importa si uno de estos, para librarse del enemigo, se hirió y se presenta con estas heridas, si su interior muestra su clara voluntad de querer pertenecer a Dios? Almas probadas, almas seguras. Son mejores que aquellas que cual niños envueltos en pañales, que protege la cuna o su madre, y que duermen satisfechos y contentos, o se sonríen con toda tranquilidad, pero que pueden después, al llegar a determinada edad o uso de razón, y con los vaivenes de la vida, dar sorpresas dolorosas de desviaciones morales.

Os recuerdo la parábola del hijo pródigo. Escucharéis otras parábolas, porque siempre trataré de infundiros un recto discernimiento al probar las conciencias y escoger el modo con que las guiéis, *pues cada una tiene su modo especial de sentir y de reaccionar a las tentaciones y a las enseñanzas. No creáis que sea cosa fácil el ser discernidores de corazones. Todo lo contrario. Requiere ojos espirituales repletos de luz divina, requiere inteligencia infusa de sabiduría divina, requiere la adquisición de las virtudes en forma heroica, la primera de las cuales es la caridad. Requiere capacidad de meditar porque cada alma es un texto oscuro que debe leerse y meditarse. Requiere unión continua con Dios, olvidando todos los intereses egoístas. Vivir para las almas y para Dios. Superar prejuicios, resentimientos, antipatías. Ser dulces como padres y fuertes cual guerreros. Dulces para aconsejar y dar valor. Fuertes para decir: “Esto está bien que lo hagas y lo harás”.* Porque, pensadlo bien, muchas almas serán arrojadas a los fosos infernales. Pero no serán tan sólo almas de pecadores, también habrá almas de pescadores evangélicos, las de aquellos que faltaron a su ministerio, contribuyendo así a que se perdieran muchos espíritus.

Llegará el día, el último día para la tierra, el primero de la Jerusalén completa y eterna, en el que los ángeles, como los pescadores de la parábola, separarán los justos de los malos, para que según la orden inexorable del Juez, los buenos entren al cielo y los malos al fuego eterno. Y entonces se conocerá la verdad acerca de los pescadores y pescados; caerán las hipocresías y aparecerá el pueblo de Dios cual es, con sus jefes que los salvaron. Entonces veremos que muchos de los que son considerados sin valor, o inútiles, son los resplandores del cielo y que los pescadores quietos y pacientes son los que lograron más, y que resplandecen con piedras preciosas que son tantas cuantas fueron las almas que salvaron.

Ya terminó la parábola y su explicación”.

“¿Y mi hermano?... ¡Oh pero...!” Pedro lo mira, lo mira, luego mira a Magdalena.

“No, Simón. En esa yo no tengo ningún mérito. Sólo el Maestro lo hizo” dice secamente Andrés.

“Pero los otros pescadores, los de Satanás, ¿se quedan con las sobras?” pregunta Felipe.

“Tratan de coger los mejores, las almas capaces de mayor prodigio de gracias, y emplea a los mismos hombres para lograrlo, además de las tentaciones que les ponen. ¡Hay tantos en el mundo que por un plato de lentejas renuncian a su primogenitura!”

“Maestro hace unos días nos hablabas de que hay muchos que se dejan seducir de las cosas del mundo. ¿Serán, pues, también los que pescan para Satanás?” pregunta Santiago de Alfeo.

“Sí, hermano mío. En aquella parábola el hombre se dejó seducir del mucho dinero, que le podía proporcionar muchos placeres, y así perdió todo derecho al tesoro del reino. Pero en verdad os digo que de cien hombres, un tercio debe resistir a la tentación del oro, o a otras seducciones, y de este tercio sólo la mitad sabe hacerlo de manera heroica. El mundo está ahogado de asfixia con echarse encima voluntariamente tantos lazos de pecados. Es mejor estar despojado de todo, más bien que tener riquezas irrisorias y engañosas. Procurad comportaros como los joyeros inteligentes, que, apenas saben que en un determinado lugar se pescó un perla riquísima, no se preocupan de llevar consigo placeres pequeños en sus esfuerzos, sino que se libran de todo para conquistar aquella perla maravillosa”.

“Pero entonces, ¿por qué haces diferencias en las misiones que confías a los que te siguen, y dices que nosotros debemos considerar las misiones como un don de Dios? Entonces sería necesario renunciar aun a estas, porque también estas son migajas en comparación al reino de los cielos” dice Bartolomé.

“No son migajas, *son medios*. Serían migajas, mejor dicho, serían paja sucia, si se convirtiesen en la meta humana de la vida. Los que se atarean por tener un puesto con fines humanos, hacen de ese puesto, aunque sea santo, una paja sucia. Pero convertid vuestra misión en una santa obediencia, en un alegre cumplimiento del deber, en un holocausto completo y habréis hecho de ella una perla rarísima. *La misión es un holocausto si se efectúa sin reservas; es un martirio, es una gloria*. Chorrea, lágrimas, sudor, sangre, pero entreteje una corona de eterna realeza”.

“¡Tú sabes responder a todo y bien!”

“¿Me habéis entendido? ¿Comprendéis esto que digo con comparaciones que se encuentran en la vida diaria, pero que se les ilumina con una luz sobrenatural que explica las cosas eternas?”

“Sí, Maestro”.

“Recordad entonces el método para instruir a las multitudes. El recordar es uno de los secretos de los escribas y rabíes. En verdad os lo digo que cada uno de vosotros instruido en la sabiduría de poseer el reino de los cielos, es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro lo que sirve a ella. Usa las cosas antiguas y las nuevas, pero todo es con el único objeto de procurar el bienestar de sus propios hijos. Ya ni llueve. Dejemos en paz a las mujeres y vayamos nosotros a la casa del viejo Tobías que dentro de poco abrirá sus ojos espirituales a la aurora del más allá. La paz sea con vosotras”.

103. Marziam enseña el “Pater” a Magdalena

1° agosto 1945

Sobre el mar de Galilea la tranquilidad ya reina. Todo es más hermoso que antes de la tempestad, porque no hay polvo. El aire es brillante, y cuando uno mira al firmamento, parece como si éste se hubiera elevado, se hubiese hecho más ligero... como si hubiese un velo casi transparente entre la tierra y los fulgores del paraíso. El lago refleja este azul perfecto y sosegadamente juguetea con sus aguas de turquesa.

La aurora apenas está despuntando. Jesús, María, Marta y Magdalena suben a la barca de Pedro. Vienen además de Pedro, Andrés, Zelote, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, los primos de Jesús e Iscariote están en la otra barca en la de Santiago y Juan. Se dirigen a Betsaida. El trayecto es breve, y el viento ayuda. En pocos minutos han hecho la travesía.

Cuando están por llegar Jesús dice a Bartolomé y a su inseparable Felipe: “Id a avisar a vuestras mujeres que hoy estaré en vuestra casa”. Y mira a los dos de una manera elocuente.

“Así se hará, Maestro. ¿No concedes ni a mí ni a Felipe el tenerte?”

“No vamos a estar aquí sino hasta el atardecer y no quiero privar a Simón Pedro del gozo de ver a Marziam”.

La barca llega a la playa, se detiene. Bajan Felipe y Bartolomé. Se separan de sus compañeros para ir a la población.

“¿A dónde van esos dos?” pregunta Pedro al Maestro que fue el primero en bajar y está a su lado.

“A avisar a sus mujeres”.

“Entonces yo también voy a avisar a Porfiria”.

“No es necesario. Porfiria es muy buena y no es necesario prepararla para nada. Su corazón no sabe más que repartir dulzuras”.

Simón Pedro brilla al oír las alabanzas tributadas a su esposa y no añade más. Para que bajen las mujeres se ha puesto una tabla. Se dirigen a la casa de Simón.

Marziam está sacando sus ovejitas para llevarlas a pacer la hierba fresca en las cuevas cercanas a Betsaida, es el primero en verlos y con un grito de alegría da el anuncio, corre a refugiarse en el pecho de Jesús que se ha inclinado para besarlo. Luego viene con Pedro. Acude, con las manos llenas de harina, Porfiria, y se inclina para saludar a Jesús.

“La paz sea contigo, Porfiria. No nos esperabas tan pronto, ¿verdad? Además de mi bendición quise traerte a mi Madre. Ella deseaba volver a ver al niño... Míralo entre sus brazos. Las discípulas desean conocerte... Esta es la mujer de Simón. La discípula buena y silenciosa, activa en su múltiple obediencia. Estas son María y Marta de Betania. Dos hermanas. Amaos mucho”.

“Las personas que me traes las amo más que a las de mi sangre, Maestro. Ven. Mi casa es más hermosa cada vez que en ella pones tu pie”.

María sonriente se acerca y abraza a Porfiria diciéndole: “Veo que realmente tienes corazón de una madre. El niño está muy bien y se siente feliz. Gracias”.

“¡Oh, Mujer bendita entre todas! Sé que por ti tengo la alegría de que me llame: mamá. Y tú recuerda que no te daré jamás el dolor de no serlo con todo lo mejor que hay en mí. Entra, entra con las hermanas...”

Marziam mira curiosamente a Magdalena. Toda una red de pensamientos se teje en su cabeza. Al fin prorrumpe en: “Pero... tú no estabas en Betsaida...”

“No estaba. Pero ahora estaré siempre” dice Magdalena con un color rosa en sus mejillas y con un tinte de sonrisa. Acaricia al niño diciéndole: “Aunque apenas nos acabamos de conocer, ¿me quieres?”

“Sí, porque eres buena. Has llorado ¿no es verdad? Por eso eres buena. Te llamas María ¿o no? También mi mamá se llamaba así y era buena. Todas las mujeres que se llaman María son buenas. Pero...” y se interrumpe para no causar dolor a Porfiria y Marta, “pero también hay buenas que tienen otro nombre. ¿Cómo se llamaba tu mamá?”

“Euqueria... y era muy buena”. Dos gruesas lágrimas caen de los ojos de María de Mágdala.

“¿Lloras porque ya se murió?” pregunta el niño y le acaricia sus bellísimas manos cruzadas sobre su vestido oscuro, que debió ser de María porque el dobladillo está descocido. Y prosigue: “No llores. No estamos solos ¿lo sabes? Nuestras mamás siempre están cercanas a nosotros. Lo ha dicho Jesús. Son como nuestros ángeles custodios. También esto lo dice Jesús. Y si uno es bueno, cuando se muera vendrán a nuestro encuentro, y sube uno a Dios en los brazos de la mamá. Es verdad esto ¿sabes? Lo dijo Él”.

María de Mágdala estrecha al pequeño en un abrazo, lo besa diciéndole: “Ruega entonces para que yo sea buena”.

“¿Pero no lo eres? Con Jesús caminan sólo los que son buenos. Y si no lo es uno del todo, se hace, para poder ser discípulo de Jesús, porque no se puede enseñar lo que no se sabe. No se puede decir: “Perdona” si antes no perdonamos. No se puede decir: “Debes amar al prójimo” si antes no lo amamos nosotros. ¿Sabes la oración de Jesús?”

“No”.

“¡Ah bueno! Hace poco que estás con Él. Es muy bonita ¿sabes? Dice todas estas cosas. Mira qué bonita es”. Y Marziam despacio recita el “Padre nuestro” con sentimiento y fe.

“Qué bien las sabes” dice admirada María de Mágdala.

“Me la enseñó mi mamá por la noche y la Mamá de Jesús en el día. Si quieres te la enseño. ¿Quieres venir conmigo? Las ovejas están balando. Tiene hambre. Ahora las llevo al pasto. Ven conmigo. Te enseñaré a orar y te harás completamente buena”, y la toma de la mano.

“Pero no sé si el Maestro quiera...”

“Vete, vete, María. Tienes por amigo a un inocente y a los corderos... Vete, pues, sin preocupación alguna...”

María de Mágdala sale con el niño y se ve que se aleja precedida de tres ovejas. Jesús mira... y los demás también.

“Pobre hermana mía” dice Marta.

“No le tengas compasión. Es una flor que endereza su tallo después del huracán. ¿Oyes?... Ríe... La inocencia siempre da consuelo”.

104. Jesús a Felipe: “Yo soy quien ama fuertemente”. La parábola de la dracma encontrada¹

2 agosto 1945

La barca va costeanado el trecho que hay entre Cafarnaum y Mágdala.

María de Mágdala por primera vez está en su posición de convertida: está sentada en el fondo de la barca a los pies de Jesús, quien está sentado austeramente sobre una de las bancas. La cara de Magdalena hoy es más diversa que la de ayer: todavía no es la cara radiante que saldrá al encuentro de su Jesús cada vez que vaya a Betania. Es una mirada desescombrada de temores y tormentos. Sus ojos que antes se sintieron envilecidos, por ser descarados, ahora están serios, pero seguros; y dentro de su seriedad majestuosa brilla de cuando en cuando una centella de alegría al escuchar a Jesús que habla con los apóstoles o con su Madre y Marta.

Están habando de la bondad de Porfiria, tan sencilla y tan amorosa. Hablan de la acogida tan cariñosa de Salomé y de las mujeres de Bartolomé y Felipe. Este mismo dice: “Si no fuese porque todavía son muy jovencitas, y porque su madre se opone a que vayan lejos, ellas te seguirían, Maestro”.

“Me sigue su alma, e igualmente es un amor santo. Felipe escúchame. Tu hija mayor dentro de poco será prometida ¿no es verdad?”

“Sí, Maestro., Unos esponsalicios dignos y un esposo bueno. ¿No es verdad, Bartolomé?”

“Es cierto. Soy fiador porque conozco la familia. No pude encargarme de este negocio, porque he estado cerca del Maestro, pero lo habría hecho con toda tranquilidad para crear una familia santa”.

“Tu hija me rogó te dijese que no hicieses nada”.

“¿No le gusta el novio? Está equivocada. La juventud es tonta. Espero que se persuada. No hay razón para rechazar a un novio muy bueno. A menos que... No, ¡no puede ser!” dice Felipe.

“A menos que... Termina, Felipe” le incita Jesús.

“A menos que ame a otro. Pero no es posible, Jamás sale de casa, y en ella vive muy retirada. ¡No es posible!”

“Felipe, hay otros amantes que penetran aún las casas más cerradas; que saben hablar a las que aman, no obstante todas las barreras y vigilancias; los que destruyen todo obstáculo que pueda haber alrededor de viudas o jóvenes, o cualquier otro impedimento, y que toman lo que quieren. Hay amantes que no pueden ser rechazados. Porque son poderosos en el amar. Porque con su seducción acaban con toda resistencia, aunque fuese la del demonio. Tu hija ama a uno de estos, y es el más poderoso”.

“Pero ¿quién? ¿Alguno de la corte de Herodes?”

“¡Eso no es potencia!”

“¿Alguno de la casa del Procónsul? ¿Algún patricio romano? No lo permitiré por ningún motivo. La sangre pura de Israel no entrará en contacto con sangre impura, aun cuando tuviese que matar a mi hija. ¡No te sonrías, Maestro! ¡Yo sufro!”

“Eres como un caballo encabritado. Ves sombras donde sólo hay luz. Está tranquilo. ¿No acaso el Procónsul es también un siervo igual que los patricios sus amigos, y no acaso es un siervo el César?”

“¡Te estás burlando, Maestro! Quisiste meterme miedo. No existe nadie más grande que el César y más señor que él”.

“Yo soy, Felipe”.

¹ Cfr. Lc. 15, 8-10.

“¿Tú? ¿Tú quieres casarte con mi hija?”

“No. Quiero su alma. Yo soy el amante que penetra en las casas más cerradas y en los corazones guardados con siete y siete clavos. Soy Yo quien sabe hablar no obstante todas las barreras y vigilancias. Soy Yo quien destruye todos los obstáculos y tomo lo que quiero: a puros y pecadores, a vírgenes y viudas, a libres de vicio y a esclavos de él. Y a todos doy una sola y nueva alma, regenerada, feliz, eternamente joven. Son mis esponsalicios. Ni el padre, ni la madre, ni los hijos, ni siquiera Satanás. Sea que hable Yo al alma de una jovencilla como es tu hija, o a la de un pecador sumergido en el vicio y encadenado por Satanás con siete cadenas, el alma viene a Mí. Y nada ni nadie me la arrebató. Ninguna riqueza, poder, alegría del mundo proporciona un gozo perfecto como es el que tienen los que se unen con mi pobreza, con mi mortificación. Se desnudan de todo pobre bien, y se revisten de todo celestial bien. Alegres en su serenidad de pertenecer a Dios, sólo a Dios... Ellos son los dueños de la tierra y del cielo. Lo son de la tierra, porque la dominan; del cielo, porque la conquistan”.

“¡En nuestra Ley jamás ha sucedido esto!” exclama Bartolomé. “Despójate del hombre viejo, Natanael. Cuando te vi por vez primera te saludé llamándote perfecto israelita sin engaño. Ahora tú perteneces al Mesías, no a Israel. Sólo sin engaño, sin trabas. Revístete de esta nueva mentalidad, de otra manera no podrás comprender tantas bellezas de la redención que vino a traer a todo el género humano”.

Felipe interviene diciendo: ¿Dice mi hija que Tú la llamaste? ¿Y qué va a hacer ahora? Ciertamente no te la voy a disputar. Pero quiero saber, y para ayudarla en qué consiste tu llamamiento...”

“En llevar lirios de un amor virginal al jardín del Maestro. En los siglos que están porvenir cuántas no habrá... Muchas... Pebeteros de incienso para contrabalancear las sentinas del vicio. Almas que orarán para contrabalancear a los blasfemos y ateos. Ayuda para toda la humana infidelidad. Alegría de Dios”.

María Magdalena abre sus labios para preguntar y lo hace con sonrojo, pero con más desembarazo que en días anteriores: “Y nosotras, ruinas que edificas, ¿qué seremos?”

“Lo que son las hermanas vírgenes...”

“¡Oh, no puede ser! hemos pisoteado demasiado fango y... y... no puede ser”.

“¡María, María! Jesús no perdona jamás a medias. Te dije que te perdoné. Y así es. Tú y todos los que como tú habéis pecado y a los que mi amor perdona, perfumaréis, oraréis, amaréis, consolaréis, concientes del mal, y pronto para curarlo donde esté, almas que ante los ojos de Dios sois mártires. Y por esto dignas de amor como las vírgenes”.

“¿Mártires? ¿En qué cosa Maestro?”

“De vosotras mismas, del recuerdo del pasado, de sed de amor y de expiación”.

“¿Puedo creerlo?...” Magdalena mira a todos los que están en la barca, como pidiendo que den alas a su esperanza que se enciende.

“Pregúntaselo a Simón. Hablé de ti, y de vosotros pecadores en general. Fue una noche tapizada de estrellas. Fue en tu jardín. Y todos tus hermanos te pueden decir si mi palabra no ha cantado para todos los redimidos los prodigios de la misericordia y de la conversión”.

“También de ello me habló, con voz de ángel, el niño. Volví con el alma refrescada después de su lección. Me hizo conocerte mejor que mi hermana, de tal manera que hoy me siento con más fuerzas para afrontar a Mágdala. Ahora que me dices esto, siento que crece en mí la fortaleza. Di escándalo al mundo. Pero te juro, Señor, que el mundo al verme, llegará a comprender qué cosa sea tu poder”.

Jesús le pone por un momento sobre su cabeza la mano, mientras María Santísima le envía una sonrisa como sólo Ella sabe hacerlo: una sonrisa celestial.

Ahí está Mágdala extendida a la orilla del lago. El sol que va creciendo le baña la frente. La montaña de Arbela, a sus espaldas, la protege contra los vientos, y el estrecho valle, despeñado y salvaje, de donde sale un río que desemboca en el lago, que se adelanta por la parte occidental con su pendiente a pico. Todo está lleno de una belleza fascinante y austera.

“Maestro” grita Juan desde la otra barca “he allí el valle de nuestro retiro... y su rostro resplandece como si en su interior brillase un sol.

“Nuestro valle, sí. Lo he reconocido muy bien”.

“No se pueden olvidar los lugares donde se conoció a Dios” responde Juan.

“Entonces yo me acordaré siempre de este lago, porque en él te conocí. ¿Sabes, Marta que aquí, una mañana, vi al Maestro?”

“Sí, y por poco nos vamos todos al fondo, nosotros y vosotros. Mujer, créeme que todos tus remeros no valían un comino” dice Pedro que está haciendo las maniobras para desembarcar.

“No valían ni un comino, ni los remeros, ni quien iba con ellos... Pero fue siempre el primer encuentro, y tiene un gran valor. Después te vi en el monte, y después en Mágdala, y después en Cafarnaum... Tantos encuentros, tantas cadenas rotas... Pero Cafarnaum ha sido el lugar más bello. Allí me liberaste...”

Bajan a tierra donde ya están los de la otra barca. Entran a la ciudad. La curiosidad simple o... no simple de los habitantes debe ser como un tormento para Magdalena, pero lo soporta heroicamente siguiendo al Maestro que va adelante, en medio de sus discípulos, mientras las tres mujeres un poco atrás. El cuchicheo es fuerte. No falta la ironía. Todos los que respetaron a María aparentemente cuando fue la señora poderosa de Mágdala, ahora que la ven y saben que humilde y casta se ha separado para siempre de sus amigos influyentes, le lanzan hasta desprecios y epítetos poco halagadores.

Marta que sufre por esto, le pregunta: “¿Quieres retirarte a casa?”

“No. No dejo al Maestro. Y mientras no esté purificada de todo rastro del pasado, no lo invitaré a que pase”.

“Pero estás sufriendo, hermana”.

“Me lo merezco” Y que si debe sufrir. El sudor que le corre por la cara lo colorada que está, y que le llega hasta el cuello, ciertamente no son efectos del calor.

Atraviesan todo Mágdala. Se dirigen al barrio de los pobres, hasta la casa donde se detuvieron la otra vez. La mujer queda de una pieza cuando, al levantar la cabeza del lavadero para ver quién la saludaba, se encuentra de frente a Jesús y a la célebre señora de Mágdala, que ya no viene pomposa, ni con joyeles, sino que trae la cabeza cubierta con un velo ligero de lino, con su vestido cerrado en el cuello, estrecho, de color alhelí, que se ve que no es suyo, a pesar de que haya querido adaptárselo; envuelta en un pesado manto que debe ser un suplicio con ese calor.

“¿Me permites que esté en tu casa y que hable desde aquí a quien me sigue?” En otras palabras a toda Mágdala, porque toda la población ha seguido al grupo apostólico.

“¿Y me lo pides a mí, Señor? Mi casa es tu casa”. Y al punto empieza a traer sillas y bancas para las mujeres y los apóstoles. Al pasar cerca de Magdalena le hace una inclinación de esclava.

“La paz sea contigo, hermana” le responde ella. Y la sorpresa de la mujer es tal que deja caer el banquito que tiene en las manos. No dice nada. Lo que paso me hace pensar que María trataba a sus súbditos más bien con despotismo. La mujer está a punto de perder el sentido, cuando oye que se le pregunta que cómo están los niños, que dónde están, y que si la pesca ha sido buena.

“Están bien. Están en la escuela, o en casa de mi madre. Sólo el pequeñín está durmiendo en la cuna. La pesca es buena. Mi marido te llevará las décimas...”

“No es necesario más. Empléalo todo en los niños. ¿Me permites ver al pequeñín?”

“Ven...”

La gente se agolpa sobre el camino.

Jesús empieza a hablar: “Una mujer tenía diez dracmas en su bolsa, pero en un movimiento la bolsa se le cayó del seno, se abrió, y las monedas rodaron por tierra. Las recogió con la ayuda de las vecinas que estaban con ella y las contó. Había nueve. No se podía encontrar la décima. Como ya había atardecido, y faltaba la luz, la mujer prendió una lámpara, la puso en el suelo, tomó la escoba y se puso a barrer con mucho cuidado para haber si había rodado

lejos del lugar donde había caído. La dracma no se encontraba. Sus amigas cansadas se fueron. La mujer movió el asiento, el escafal, el cofre pesado, las jarras y los cántaros, que había en la hornacina de la pared. Pero la dracma no aparecía. Entonces a gatas se puso a buscar en el montón de la basura, que estaba junto a la puerta, para ver si la dracma no había rodado fuera de casa, mezclándose con los restos de verduras. Al fin encontró su dracma toda sucia, enterrada en la basura de la casa.

La mujer llena de alegría la tomó, la lavó, la secó. Era más hermosa que antes. La enseñó a sus vecinos a quienes llamó a gritos, y que se habían ido a sus casas después de las primeras pesquisas. Les dijo: “¡Ved, ved! Me aconsejabais que no me fatigase más, pero yo seguí y encontré la gracia perdida. Alegraos conmigo por esto, porque no tuve el dolor de perder ni uno sólo de mis tesoros”. También vuestro Maestro, y con Él sus apóstoles, hace como la mujer de la parábola. Él sabe que un movimiento puede hacer caer un tesoro. Cada alma es un tesoro y Satanás, que envidia a Dios, provoca los malos movimientos para hacer caer las almas. Hay quien en la caída se queda cerca de la bolsa, esto es, se aleja poco de la Ley de Dios, que recoge las almas en la observancia de sus mandamientos. Y hay quien va más lejos, esto es, se aleja mucho más de Dios y de su ley. Hay en fin quien rueda hasta la basura, hasta la suciedad, hasta el fango, y allí perecería al quemarse en los fuegos eternos, de igual modo que la basura se quema en lugares propios.

El Maestro lo sabe y busca incansablemente Las monedas perdidas. Las busca con amor en todos los lugares. Son sus tesoros. Y no se cansa, y de nada tiene asco. Hurga, hurga, remueve, limpia, hasta que encuentra. Y cuando ha encontrado, lava el alma con su perdón, llama a sus amigos: “Alegraos conmigo porque encontré lo que se había perdido, y es más hermoso que antes porque mi perdón lo hace nuevo”.

En verdad os digo que hay mucha fiesta en el cielo y que los ángeles de Dios así como los buenos de la tierra se alegran por un pecador que se convierte. En verdad os digo que no hay cosa más bella que las lágrimas de arrepentimiento. En verdad os digo que sólo los demonios no saben, ni pueden alegrarse por esta conversión que es un triunfo de Dios. Y también os digo que el modo como un hombre acoge la conversión de un pecador es medida de su bondad y de su unión con Dios.

“La paz sea con vosotros”.

La gente entiende la lección y mira a Magdalena, que ha venido a sentarse junto a la puerta con el niño entre sus brazos, tal vez para darse aire. La gente poco a poco se va. Quedan la dueña de la casucha y su madre que ha venido con los niños. Falta Benjamín que todavía está en la escuela.

105. “El saber no es corrupción si es religión”

3 agosto 1945

Cuando la barca atraca en el pequeño puerto de Tiberíades, gente que no tiene nada qué hacer y que pasea por el malecón corre a ver quién llega. Hay personas de toda clase y de todas las naciones. Los hebreos de largos vestidos a colores, de cabelleras y barbas imponentes se mezclan con los robustos romanos de vestidura de lana blanca, corta y sin mangas, de cara sin barba, de cabellos cortos, y con los griegos de cuerpos delgados y afeminados y de vestidos muy estrechos, que parece que hasta en su actitud hayan imitado el arte de su patria lejana, como estatuas de dioses bajados a la tierra en cuerpos humanos, envueltos en túnicas suaves, que tienen caras perfectas bajo cabelleras rizadas y perfumadas, de brazos llenos de brazaletes que suenan según los movimientos que a propósito hacen.

Muchas mujeres que sirven de placer se encuentran mezcladas entre estas dos últimas clases de personas, porque los romanos y los griegos no titubean en mostrar sus amores en las plazas y en los caminos mientras los palestinos se abstienen de ello, fuera del libre amor al que son adictos en el interior de sus hogares. Esto se ve claramente, porque las cortesanas,

pese a la mala cara que les hacen cuando les guiñan el ojo, llaman por su nombre a varios israelitas entre los que no falta algún fariseo con sus franjas.

Jesús se dirige a la parte de la ciudad donde la gente más elegante se reúne. La gente elegante, esto es, romanos y griegos en su mayoría, con algún puñado de cortesanos de Herodes y de otros que creo que son ricos mercaderes de las costas fenicias, de Sidón y Tiro, porque hablan de esas ciudades, de sus centros comerciales y naves.

Los portales de las tabernas están llenos de esta clase de gente elegante y ociosa que pierde su tiempo en discusiones de argumentos baladíes, como cuál es el atleta más favorito en disco, el más ágil, o más diestro en la lucha greco-romana. Algunas veces charlan de modas y banquetes, otras, de citas que se dan para ir alegres a invitar a las bellas cortesanas o damas que salen perfumadas y ensortijadas de las Termas o palacios, y se vienen a este centro de Tiberíades, lleno de mármol, de arte como si fuera un salón.

Naturalmente el grupo suscita gran curiosidad al pasar, y se hace hasta morbosa cuando alguien reconoce a Jesús, porque lo vio en Cesarea y hay quien reconozca a Magdalena, aunque venga envuelta en su manto y traiga un velo blanco que le cae sobre la frente y mejillas de modo que muy poco puede verse de su cara, que lleva inclinada.

“Es el nazareno que curó a la niña de Valeria” dice un romano.

“Me gustaría ver un milagro le responde otro romano.

“A mí me gustaría oírlo hablar. Dicen que es un gran filósofo. ¿Le pedimos que hable?” dice un griego.

“No te metas en eso, Teodato. Él predica a las nubes. Habría gustado al tragedista para componer una sátira” responde otro griego.

“No te inquietes, Aristóbulo. Parece como que baja de las nubes y camina en firme. ¿Ves que lleva una compañía de mujeres jóvenes y bellas?” burlón dice el romano.

“Pero, ¿si ella es María de Mágdala!” grita un griego y luego: “¡Lucio! ¡Cornelio! ¡Tito! ¡Ved allí a María!”

“¡Si no es ella! ¿María de ese modo? ¿Estás borracho?”

“Ella es, te lo apuesto. No puede engañarme aunque venga así disfrazada”.

Griegos y romanos se precipitan hacia el grupo apostólico que corta de sesgo la plaza llena de portales y fuentes. También hay mujeres que se unen a estos curiosos, y hasta una de ellas, curiosa, se acerca a Magdalena para verle la cara y se queda estupefacta al ver que es ella.

Le pregunta: “¿Qué haces en estas trazas?” y una risa sarcástica se oye de sus labios.

María se detiene, se yergue, levanta su mano y echando el velo atrás descubre su cara. Es María de Mágdala, la señora poderosa sobre todo lo que es despreciable, y dueña, de sus impresiones. “Soy yo, sí soy yo” dice con su maravillosa voz y con esos ojos negros, bellísimos. “Soy yo. Y me descubro para que no vayáis a pensar que me avergüenzo de venir con estos santos”.

“¡Oh, oh! ¡María con los santos! ¡Eso está mal! No te envilezcas tú misma” dice la mujer.

“Hasta ahora he sido vil. De ahora en adelante no más”.

“¿Estás loca? ¿Es un capricho?” pregunta,

Un romano que le hace señas con los ojos burlonamente la invita: “Ven conmigo. Soy más hermoso y más alegre que aquella llorona de bigotes que hace amarga la vida y la convierte en un funeral. ¡La vida es hermosa! Un triunfo. Una orgía de placeres. Ven. Sabré ser mejor que todos para hacerte feliz”. Es un joven romano de color moreno, de cara de zorra, pese a que sea bien presentado. Intenta tocarla.

“Retírate, no me toques. Has dicho bien: la vida que lleváis es una orgía, y de las más vergonzosas. Tengo asco de ella”.

“¡Oh, oh! Hasta hace poco eso era tu vida” le dice el griego.

“¡Ahora la hace de virgen!” sarcásticamente dice un herodiano.

“¡Echas a perder a los santos! Tu Nazareno perderá la aureola contigo. Ven con nosotros” insiste el romano.

“Venid vosotros conmigo detrás de Él. Dejad de ser bestias y convertíos al menos en hombres”.

Un coro de carcajadas y burlas le responde.

Sólo un viejo romano dice: “Respetad a una mujer. Es libre de hacer lo que quiera. Yo la defiendo”.

“¡El demagogo! ¡Oídllo! ¿Te hizo mal el vino anoche?” pregunta un joven.

“No. Tiene hipocondría porque le duele la espalda” responde otro.

“Vete con el Nazareno para que te la rasque”.

“Voy para que me quite el fango que he cogido al contacto con vosotros” responde el anciano.

“¡Oh Crispo, a los sesenta años te has corrompido!” dicen varios en son de burla acercándosele alrededor.

Crispo no hace caso de las burlas y se echa a caminar detrás de Magdalena que alcanza al Maestro, que está parado a la sombra de un hermosísimo edificio que se extiende en forma de exedra sobre los lados de una plaza.

Jesús por su parte habla con un escriba que le reprocha el haber venido a Tiberíades y con tal compañía.”Y tú ¿por qué estás aquí? Yo te aseguro que también en Tiberíades más que en otras partes, hay almas qué salvar” le responde Jesús.

“No pueden salvarse: son gentiles, paganos, pecadores”.

“Yo vine por causa de los pecadores. Para dar a conocer al Dios verdadero. Darlo a conocer a todos. También por ti vine”.

“No tengo necesidad ni de maestros ni de redentores. Soy puro y docto”.

“Si lo fueses lo suficiente para conocer tu estado”.

“Y Tú de saber cuánto te dañas con la compañía de una prostituta”.

“Te perdono también en su nombre. Con su humildad borra su pecado. Tú con tu soberbia, duplicas tus culpas”.

“No tengo culpas”.

“Tienes la más grande: el no tener amor”.

El escriba dice: “Raca”¹ y le vuelve las espaldas.

“Fue mi culpa, Maestro” dice Magdalena. Y al ver la palidez de la Virgen, entre llanto le dice: “Perdóname. Soy culpable de que insulten a tu Hijo. Me retiraré...”

“No. *Tú te quedas donde estás. Lo quiero*” dice Jesús resueltamente. Hay en sus ojos un relampaguear, una majestad que lo transforma en algo que infunde temor. Y después con dulzura vuelve a decir: “Tú quédate donde estás. Y si alguien no soporta que estés cerca, que se vaya”.

Jesús se pone de nuevo en camino, dirigiéndose a la parte occidental de la ciudad.

“¡Maestro!” lo llama un romano corpulento y viejo, el que había salido en defensa de Magdalena.

Jesús se vuelve.

“Te llaman Maestro y también te llamo así. Tenía deseos de oírte” hablar. Soy medio filósofo y medio epicúreo. Pero tal vez podrías hacer de mí, un hombre honesto”.

Jesús lo mira fijamente y le dice: “Dejo esta ciudad en que reina lo más bajo de los instintos humanos, y donde el escarnio manda”. Y vuelve a caminar.

El hombre lo sigue, sudoroso anhelante porque el paso de Jesús es rápido, y él es grueso y entrado en años, además del peso de los vicios. Pedro que vuelve su cabeza atrás se lo advierte a Jesús.

“Déjalo que camine. No te preocupes”.

Pasados algunos minutos, Iscariote dice: “Ese hombre nos está siguiendo. ¡No está bien!”

“¿Por qué? ¿Por piedad o por otro motivo?”

¿Piedad de él? No, porque más lejos nos sigue el escriba de antes con otros judíos”.

¹ Metafóricamente significa: cabeza vacía, persona a quien le falta el seso. Igual sentido en Mt. 5, 22.

“Déjalos que hagan lo que quieran. Sería mejor que tuvieses compasión de él que de ti”.

“La tengo por Ti, Maestro”.

“No. Tenla de ti, Judas. Sé franco en comprender tus sentimientos y en confesarlos”.

“Yo también tengo compasión de ese viejo. Apenas si puede venir tras nosotros” dice Pedro con el sudor en la cara.

“Siempre cuesta trabajo seguir la perfección, Simón”.

El hombre sin detenerse les sigue. Trata de acercarse a las mujeres, pero sin dirigirles palabra alguna.

Magdalena llora en silencio bajo su velo.

“No llores, María” la consuela la Virgen tomándola de la mano. “Después el mundo te respetará. Los primeros días son los más penosos”.

“¡Oh, no lo siento por mí, sino por Él! Si le tuviese qué causar algún mal, no me lo perdonaría yo misma. ¿Oíste lo que dijo el escriba? Le causo daño”.

“¡Pobre hija! Pero ¿no sabes que estas palabras silban como tantas otras serpientes a su alrededor, aun antes de que hubieses pensado venir a Él? Me contó Simón que lo acusaron de esto el año pasado, porque curó a una leprosa, que en un tiempo había sido pecadora, a la que vieron cuando se realizó el milagro, pero no después, que aunque tiene más edad que yo, soy como si fuera su madre. ¿No sabes que debió huir de Aguas Claras porque una hermana tuya de desgracia fue allí para redimirse? ¿Con qué quieres que le acusen a Él, que no tiene pecado? Con mentiras. ¿Y en dónde las encuentran? En la misión que realiza entre los hombres. La acción buena se le toma como prueba de culpa. Y cualquier cosa que haga mi Hijo, para ellos será siempre culpa. Si se encerrase en un lugar retirado, sería culpable de no cuidar el pueblo de Dios. Desciende al pueblo y porque lo hace es culpable. Ante sus ojos siempre es culpable”.

“¡Son realmente malos, entonces!”

“No. Obstinadamente no quieren la luz. Jesús, mi Jesús, es el Eterno incomprendido. Y siempre y siempre lo será más”.

“¿Y no sufres con esto? Me pareces muy serena”.

“Espera. Es como si mi corazón estuviese envuelto en espinas y a cada respiro suyo se le clavase una. Pero que Él no lo sepa. Pongo esta cara así para sostenerlo con mi serenidad. Si su Mamá no lo consuela, ¿en dónde podrá reclinar su cabeza sin encontrar herida o calumnia? Por lo tanto es muy justo que yo, sin pensar en las espinas que taladran mi corazón, ni en las lágrimas que bebo en las horas de soledad, extienda un manto de amor, envíe una sonrisa, al precio que sea, para dejarlo más tranquilo, calmado hasta que... hasta que la ola del odio llegue a ser tan grande, que ninguna cosa le podrá ayudar, ni siquiera el amor de su Mamá...” Por el rostro de María dos silenciosos riachuelos de lágrimas corren.

Las dos hermanas la miran conmovidas, “Él nos tiene a nosotras que lo amamos, también los apóstoles...” dice Marta para consolarla.

“Os tiene a vosotras, no hay duda... Tiene a los apóstoles... todavía muy inferiores al cargo para el que Él los llama... Pero mi dolor es mucho más intenso porque sé que Él no ignora nada...”

“Entonces sabrá que quiero obedecerlo hasta el sacrificio” dice Magdalena.

“Lo sabe. Eres una gran alegría en su duro camino”.

“¡Oh Madre!” y la Magdalena toma la mano de María y se la besa desahogadamente.

Tiberíades en sus suburbios de hortalizas encuentra su límite. Más allá está el camino polvoriento que va a Caná. A un lado hay huertos, de otro una serie de prados y de campos que se retuercen bajo el sol del estío.

Jesús entra en un huerto y se detiene a la sombra de los árboles de tupido follaje. Se le unen las mujeres y el romano jadeante, que no puede ya con su alma. Se acerca un poco. No habla. Tan solo mira.

“Mientras descansamos, tomemos nuestros alimentos” dice Jesús. “Allí cerca hay un pozo y cerca un campesino. Id a pedirle agua”.

Van Juan y Tadeo. Regresan con un cubo lleno de agua. El campesino viene con hermosísimos higos.

“Dios te lo pague en tu salud y cosecha”.

“Dios te proteja. ¿De veras eres el Mesías?”

“Sí”.

“¿Hablas aquí?”

“No hay quien lo desee”.

“Yo, Maestro. Más que el agua que es buena para el sediento”, grita el romano.

“¿Tienes sed?”

“Mucha he venido corriendo desde la ciudad detrás de Ti”.

“En Tiberiades no faltan fuentes de aguas frescas”.

“No me comprendas mal, Maestro, o no finjas no comprenderme. He venido detrás de Ti para oírte hablar”.

“¿Por qué?”

“No sé por qué ni cómo. Fue al ver a esa mujer (y señala a Magdalena) No sé, algo me dijo: “Aquel te dará lo que todavía no sabes”. Y heme aquí”.

“Dadle agua e higos. Que el cuerpo cobre fuerzas”.

“¿Y la inteligencia?”

“La inteligencia cobra fuerzas en la verdad”.

“Por esta razón te seguí. He buscado la verdad en todas partes; y encontré corrupción. En las mejores doctrinas hay siempre algo que no es bueno. He llegado hasta el envilecimiento de tener asco de mí mismo y de causarlo sin otro futuro que la hora en que vivo”.

Jesús lo mira de hito en hito mientras come su pan e higos que le trajeron los apóstoles.

Pronto termina la comida.

Jesús así sentado, empieza a hablar como si diese una sencilla lección a sus apóstoles. También está el campesino.

“Hay muchos que buscan la verdad durante toda su vida, sin llegar a encontrarla. Parecen locos que quisieran ver, aunque tengan sobre sus ojos una jáquima de bronce y gesticulan tanto, tanto que se alejan cada vez más de la verdad, o bien la esconden echando sobre ella objetos que su búsqueda necia mueve y hace que se caigan. Y es claro que así suceda porque buscan la verdad donde no puede estar.

Para encontrar la verdad es menester unir la inteligencia con el amor, y mirar las cosas no sólo con ojos de sabio, sino con ojos buenos, porque vale más la bondad que la sabiduría. Quien ama llega siempre a descubrir una huella que lo lleva a la verdad. Amar no quiere decir gozar de la carne y por la carne. Eso no es amor. Es sensualidad. Amor es el afecto del alma, de la parte superior por la parte superior. El amor hace que se vea en la compañera no una esclava sino la engendradora de hijos, que se vea en ella mitad de lo que hace el hombre, capaz de crear una vida, muchas vidas; que se vea en ella a una madre, a una hermana y a una hija, que es más débil que un recién nacido o más fuerte que un león según las circunstancias. Y que debe ser amada con respeto lleno de confianza y de protección cual una madre, cual una hermana o cual una hija. Lo contrario no es, como dije, amor, sino vicio. No lleva a lo alto, sino a lo bajo. No a la luz, sino a las tinieblas. No a las estrellas, sino al fango. Amar a la mujer para saber amar al prójimo. Amar al prójimo para saber amar a Dios. Este es el camino que lleva a la verdad. Y la Verdad está aquí, hombres que la buscáis. La Verdad es Dios. La llave para comprender cualquier cosa está aquí.

La doctrina que no tiene defecto alguno es la de Dios. ¿Cómo puede el hombre dar respuesta del por qué a los suyos, si no tiene a Dios que le responda? ¿Quién puede recorrer los misterios de lo creado, aunque sean los más sencillos, sino el Hacedor Supremo? ¿Cómo se puede comprender el prodigio viviente que es el hombre, el ser en quien se funde la perfección animal con lo inmortal que es el alma, por la que somos dioses, si la conservamos viva, esto es, libre de culpas que envilecerían al animal, y que con todo el hombre hace y se gloria de ello?

Os digo a vosotros, buscadores de la verdad, las palabras de Job: “Pregunta a los jumentos y te enseñarán, a los pájaros y te señalarán el lugar. Dirígete a la tierra y te responderá; a los peces y te lo harán saber”⁴. La tierra, esa tierra que verdea, que florece; estos frutos que crecen en las plantas, estos pájaros que se multiplican; estas corrientes de aire que distribuyen las nubes; este sol que no se equivoca hace siglos y milenios en levantarse. Todo habla de Dios, todo explica a Dios, todo lo descubre y manifiesta. *Si la ciencia no se apoya en Dios, se convierte en error que no eleva, sino envilece. El saber no es corrupción si es religión.* Quien tiene su saber en Dios, no cae, porque conoce su dignidad, porque cree en su futuro eterno. Pero es menester buscar a Dios que es realidad, no las fantasías que no son dioses, sino delirios de hombres envueltos todavía en las vendas de la ignorancia espiritual, quienes no tienen sombra de sabiduría en sus religiones o sombra de verdad en la fe de sus divinidades.

Cualquier edad del hombre es apta para ser sabios. En Job se dice también: “Al atardecer se levantará para ti una especie de luz meridiana, y cuando creyeres que estás acabado, te levantarás cual estrella matinal. Estarás lleno de confianza por la esperanza que te aguarda”⁵. Basta la buena voluntad para encontrar la verdad, porque antes o después se dejará encontrar. Pero una vez que se le encuentra, ¡ay de aquel que no la sigue! Imitará a los testarudos de Israel que pese a que tienen en sus manos el hilo conductor para llegar a Dios – esto es, todas las cosas que hablan de Mí en la escritura– no quieren rendirse a la verdad y la odian, y amontonan sobre sus inteligencias y corazones los escombros del odio y de las fórmulas, e ignoran que por el demasiado peso se abrirá la tierra a su paso, que se imagina ser triunfador y no es más que el paso de un esclavo de formulismos, de rencor, egoísmo. Serán tragados y caerán en donde caen los culpables concientes de su paganismo más culpable todavía que el que tienen y se dan aquellos para quienes su religión es una regla según la cual vivan. Así como no rechazo a ningún hijo de Israel que se arrepiente, de igual modo no rechazo ni siquiera a los idólatras que creen en lo que les dijeron que creyesen, y que en su interior con lágrimas dicen: “¡Dadnos la verdad!”

He terminado. Ahora descansenos en este lugar verde, si el dueño nos lo permite. Por la tarde iremos a Caná”.

“Señor, yo te dejo. Pero como no quiero profanar la ciencia que me acabas de dar, partiré esta tarde de Tiberíades. Abandono esta tierra. Me voy con mi siervo a las costas de Lucania. Allá tengo una casa. Me has dado mucho. Sé muy bien que no puedes dar más al viejo epicúreo. Pero con lo que le diste, puedo reconstruir un pensamiento. Y... Tú ruega a tu Dios por el viejo Crispo, que fue el único oyente tuyo de Tiberíades. Ruega para que antes de los estrechos de Lebitinia pueda volver a oírte. Y con la capacidad que pienso crear en mí, apoyándome en tus palabras, pueda entenderte mejor y comprender mejor la verdad. Te saludo, Maestro”.

Y a la usanza romana lo saluda. Al pasar cerca de las mujeres que están un poco retiradas, se inclina ante María Magdalena y le dice: “Gracias, María. ¡Qué bueno es haberte conocido! Has dado a tu viejo compañero de festines, el tesoro buscado. Si llegare a donde estás, lo deberé a ti. Adiós”.

Y se va.

Magdalena se lleva las manos sobre el corazón, con una cara de admiración y de gozo. Luego, de rodillas se acerca a Jesús.” ¡Oh, Señor, Señor! ¿Luego es verdad que puedo llevar el bien? ¡Oh, Señor mío! ¡Es demasiada bondad!” E inclinando su cara contra la hierba, besa los pies de Jesús. Los baña de nuevo en lágrimas, lágrimas de agradecimiento, de un gran amor que experimenta ella, la mujer de Mágdala.

⁴ Cfr. Job. 12, 7-8.

⁵ Cfr. Job. 11, 17-18.

106. En la casa de Caná

4 agosto 1945

En la casa de Caná la alegría no es menor con la llegada de Jesús, que cuando se realizaron las nupcias en las que obró el milagro del vino. Faltan los músicos, no hay invitados, la casa no está adornada con flores, de ramas verdes, no están las mesas para los invitados, ni está el maestro de ceremonias junto a las credenciales y a las ánforas llenas de vino. Pero todo es suficiente al existir ese amor que se da en justa forma y medida, no al huésped, que es tal vez un poco cercano por lazos de familia, sino al Maestro Huésped cuya verdadera Naturaleza se conoce y cuya palabra se venera como algo divino. Por esta razón los corazones de Caná aman con todas sus fuerzas al gran Amigo, que se asoma con su vestido de lino por la portezuela del huerto, entre el verdor de la tierra y el rojo crepuscular, embelleciendo todas las cosas con su presencia, comunicando su paz no sólo a los amigos a quienes dirige su saludo, sino hasta las mismas cosas.

En realidad parece que a dondequiera que vuelva la mirada azul, se extiende su velo de paz solemne y además llena de alegría. De sus pupilas se desparrama la pureza, cae a torrentes la paz, igual como de su boca brota la sabiduría y de su corazón a borbotones de amor.

[A quien leyere estas páginas le parecerá imposible lo que voy a decir. Y sin embargo el lugar que antes de la venida de Jesús era un lugar común y corriente, un lugar de agitación donde no hay tranquilidad, apenas Él se presenta hay dignidad, y el trabajo mismo se convierte en algo muy ordenado que no excluye la presencia de un pensamiento sobrenatural en Él. No sé si me explico bien. Jesús jamás está ceñudo, ni aún en las horas en que encuentra disgusto por lo que sucede. Siempre está lleno de majestad, majestad de la que hace partícipe a lo que a su alrededor se mueve. Jesús jamás es un hombre que parezca morir de alegría o de tristeza. Ni las carcajadas descompasadas, ni la melancolía se ven jamás en Él, ni aun en los momentos de mayor alegría o de mayor desconsuelo. Su sonrisa es inimitable. Jamás pintor alguno podrá reproducirla. Parece como si saliese de Él una luz que le brotase del corazón, una luz radiante en las horas de mayor alegría cuando algún alma se redime u otra se acerca a la perfección. Una sonrisa de –digamos– de color de rosa, cuando aprueba las acciones espontáneas de sus amigos o discípulos o se complace de tenerlos junto; una sonrisa, para no salir de la escala de los colores, de azul, angelical, cuando se inclina hacia los niños para escucharlos, enseñarles, bendecirlos; una sonrisa mezclada de piedad cuando mira alguna miseria de la carne o del espíritu; en fin, una sonrisa divina cuando habla de su Padre o de su espíritu; en fin, una sonrisa divina cuando habla de su Padre o de su Mamá, o la mira o la escucha. No puedo asegurar que lo haya visto melancólico, ni siquiera en los momentos de mayor aflicción. En medio del dolor que sufrió al ser traicionado, en medio de las angustias del sudor de sangre, en medio de las torturas de la Pasión, si la tristeza empaña el fulgor dulcísimo de su sonrisa, no es capaz de borrar esa paz que parece una corona de piedras preciosas brillando en su frente limpia y que baña en su luz a toda su divina persona.]

Igualmente no puedo decir que lo haya visto entregado a alegrías baladíes. Sabe reír con ganas, si el caso lo exige, pero al punto vuelve a su serenidad. Cuando se ríe, rejuvenece de una manera sorprendente. Parece como si fuese un joven de 20 años. Parece como si el mundo rejuveneciese con su hermosura, franca, sonora y argentina sonrisa.

No puedo igualmente afirmar que lo haya visto hacer alguna cosa aprisa. Cuando habla, cuando se mueve, lo hace siempre con calma, sin ser lento ni flemático. Tal vez se deberá a que como es alto, puede dar pasos largos sin tener qué correr para avanzar, e igualmente puede alcanzar con facilidad objetos sin tener necesidad de alzarse para tenerlos. Cierto es que en su modo de moverse es señorial y majestuoso.

¿Y su voz? Hace dos años que lo oigo hablar, y con todo, algunas veces pierdo el hilo de lo que dice, pues me sumerjo en investigar su voz. Y el buen Jesús paciente, repite lo que dijo y

me mira con su sonrisa de Maestro bueno para que en el dictado no haya mutilaciones debidas a la felicidad que siento en escuchar su voz, en gustarla, en estudiar su tono, su fascinación. Y después de dos años, no puedo decir con precisión cuál sea el tono de su voz. Del todo excluyo el tono bajo, igualmente el de tenor ligero. Pero estoy incierta en que si sea su voz de tenor o la de un perfecto barítono con una gama vocal amplísima. Podría decir que es porque algunas veces parece dar notas de bronce, por lo profundas que son, sobre todo cuando habla de tú a tú con algún pecador para llevarlo a la Gracia, o señala las desviaciones humanas a la multitud. Sin embargo cuando se trata de analizar y de indicar claramente las cosas prohibidas, descubrir las hipocresías, el bronce se hace más claro; es algo que corta como estallido de un trueno cuando impone la verdad y su voluntad; hasta llegar a cantar como una lámina de oro golpeada por un martillo de cristal cuando se eleva alabando la Misericordia o habla de Ella. Entonces esa voz se envuelve en amor, en un amor reverente de hijo, un amor de Dios que alaba sus obras mejores. Y con este tono de voz, aunque menos marcado suele hablar a sus predilectos, a los convertidos, a los niños. Jamás su voz cansa, ni aún cuando dure mucho en hablar, porque es voz que perfecciona el pensamiento y la palabra, a la que da fuerza o dulzura según las necesidades.

Y en esos casos me quedo con la pluma en la mano escuchando, y luego caigo en la cuenta de que el pensamiento se me ha escapado, y que no puedo asirlo... y así me quedo, hasta que el buen Jesús me lo repite, como hace cuando alguien me interrumpe, para enseñarme a soportar pacientemente las cosas o las personas que me son molestas, como Vtra. Reverencia puede comprender, porque me quitan la felicidad de escuchar a Jesús...]

Aquí en Caná está dando las gracias a Susana por la hospitalidad que dio a Aglae. Están solos, debajo de un emparrado cargado de racimos de uvas que se van poniendo negras. Los demás descansan en la amplia cocina.

“Maestro, la mujer era muy buena. No fue en realidad un peso. Me ayudó a lavar la ropa, a limpiar la casa para la Pascua, como si hubiese sido una esclava, y trabajó, te lo aseguro como tal para ayudarme a terminar los vestidos para la fiesta. Delante de la familia hablaba muy poco. Era muy parca en el comer. Se levantaba antes que todos para arreglarse y antes de que se despertasen los hombres y encontraba yo siempre el fuego ya prendido y barrida la casa. Cuando estábamos solas me preguntaba de Ti, y me pedía que le enseñase los salmos de nuestra religión. Decía: “Para saber orar, como ora el Maestro”. ¿Y ya acabó de penar? Porque sufría mucho. De todo tenía miedo y suspiraba mucho y lloraba. ¿Es ahora feliz?”

“Sí, sobrenaturalmente feliz. Libre de temores. En paz. Nuevamente te doy las gracias por el bien que hiciste”.

“¡Oh Señor mío! ¿Cuál bien? No le di más que amor en tu nombre, porque otra cosa no sé hacer. Era una pobre hermana mía. La comprendí. Y por agradecimiento al Altísima que me ha mantenido en gracia, le di amor”.

“E hiciste más que si hubieras predicado en Bel Nidrasc. Ahora aquí tienes otra. ¿Ya la conociste?”

“Y por estos rumbos ¿quién no la conoce?”

“Todos, es verdad. Pero vosotros y estos lugares no conocéis a la segunda María, que permanecerá fiel siempre a su vocación. *Siempre*. Haz el favor de creerlo”.

“Tú lo dices. Tú lo sabes. Creo”.

“También di: “amo”. Sé que es más fácil comprender y perdonar a uno que ha faltado, siendo de los nuestros, que no a alguien que tenga la excusa de ser pagano. Pero si fuese grande el dolor de ver que algún familiar apostase, más fuerte será la compasión y el perdón. *Yo perdoné en nombre de todo Israel*” termina Jesús recalcando las últimas palabras.

“Yo perdonaré por mi parte, pues un discípulo debe hacer lo que hace el Maestro”.

“Has dicho bien y Dios se alegra de ellos. Vamos con los otros. Ya va a oscurecer. Será dulce el descanso en el silencio de la noche”.

“¿No nos dirás algo, Maestro?”

“Todavía no sé”.

Entran a la cocina donde están preparados los alimentos y las bebidas para la cena.

Susana se abre paso con sus mejillas juveniles teñidas de rosa: “¿Quieren mis hermanas venir conmigo a la habitación de arriba? Debemos preparar pronto la mesa para que luego extendamos los lechos para los hombres. Puedo hacerlo yo sola, pero me tardaría mucho”.

“Yo voy, Susana” dice la Virgen.

“No basta con nosotras, y así servirá para que nos conozcamos, porque el trabajo hermana mucho”.

Se van. Jesús después de haber bebido agua preparada con una clase de almíbar, va a sentarse junto a su Madre, con los apóstoles y los de la casa, en lo fresco del emparrado, dejando así libres a las sirvientas y a la dueña anciana de preparar todo.

De la habitación de arriba salen las voces de las tres discípulas que preparan la mesa. Susana cuenta nuevamente el milagro sucedido en su matrimonio, y María Magdalena dice: “Cambiar el agua en vino es cosa grande, pero cambiar a una pecadora en discípula es mucho mayor. Quiera Dios que haga yo como aquel vino: que sea siempre mejor”.

“No lo dudes. Él cambia todo en algo mejor. Aquí estuvo una que era para remate pagana y a la que convirtió en el corazón y a la fe. ¿Puedes dudarlo tú que eres de Israel?”

“¿Una? ¿Joven?”

“Joven y muy bella”

“¿Y dónde está ahora? pregunta Marta.

“Sólo el Maestro lo sabe”.

“¡Ah! Entonces es de la que te hablé. Lázaro estaba con Jesús aquella tarde, y oyó sus palabras. Qué perfume había en aquella habitación. Los vestidos de Lázaro se impregnaron de él por muchos días. Y con todo Jesús dice que el corazón de la convertida es más grande con su perfume de arrepentimiento. Quién sabe a dónde se habrá ido. Me imagino que a algún lugar solitario...”

“Ella en un lugar solitario, y además extranjera. Yo aquí donde me conocen. Su expiación en la soledad, la mía en vivir entre el mundo que me conoce. No envidio su suerte porque estoy con el Maestro, pero espero poder imitarla un día para estar sin nada que me distraiga de Él”.

“¿Lo abandonarías?”

No. Pero Él dice que se va, y entonces mi espíritu lo seguirá. Con Él puedo desafiar al mundo. Sin Él tendría miedo de los hombres. Pondré un desierto entre yo y el mundo”.

“¿Y Lázaro y yo qué haremos?”

“Lo que hicisteis cuando estabais afligidos: amaros y amarme, y sin rubor alguno, porque aunque estaréis solos, sabréis que estaré con el Señor, y os amaré en Él”.

“María es decidida y franca en sus decisiones” dice Pedro que la ha escuchado.

Zelote añade por su parte: “Es una espada filosa como su padre. Tiene el semblante de su madre, pero de su padre el espíritu indómito”.

Y esa mujer de espíritu indómito baja ahora rápida a decir a todos que las mesas están ya preparadas.

.....

... La campiña se cobija con el manto oscuro y sereno de la noche sin luna. La débil claridad de los astros señala con miedo los contornos de las plantas y los blancos de las casas. Ninguna otra cosa. Las aves nocturnas vuelan alrededor de la casa de Susana en busca de insectos, rozando en su vuelo a las personas que están sentadas en la terraza alrededor de una lámpara que arroja luz amarillenta en las caras que están con Jesús. Marta a quien los murciélagos infunden mucho miedo lanza un grito cada vez que alguno de ellos le pasa cerca. Jesús está muy ocupado de las maripositas que atrae la flama. Con su mano las aleja para que no se quemen.

“Son unos animalillos muy estúpidos, tanto los unos como los otros” dice Tomás. “Esos se mueren por los insectos, estos por la llama que se imaginan que es un sol y se queman. No tienen ni rastro de seso”.

“Son animales. ¿Quieres que piensen?” dice Iscariote.

“No. Querría que tuviesen al menos instinto”.

“No tienen tiempo para ello. Me refiero a las maripositas, porque después de la primera prueba son bellas si no mueren. El instinto se despierta y se hace agudo después de las primeras tentativas penosas” dice comentando Santiago de Alfeo.

“¿Y los murciélagos? Después de tantos años que viven, deberían tenerlo. ¡Que si son estúpidos!” replica Tomás.

“No, Tomás. No son más que los hombres. También estos se parecen a los necios murciélagos muchas veces. Vuelan, o mejor, rozan como ebrios las cosas que no sirven sino para causar dolor. Mira, mi hermano con su mano ha atrapado uno. Dámelo”. Dice Jesús.

Santiago de Zebedeo, a cuyos pies cayó el murciélago que atolondrado del golpe se remueve con movimientos cursis, lo toma con sus dedos por una de sus alas y como si fuese trapo sucio lo pone sobre las rodillas de Jesús.

“Ved al imprudente. Soltémoslo y veréis que tornará sin arrepentirse”.

“Un animal feo, Maestro. Yo mejor lo mataría” dice Iscariote.

“No. ¿Por qué? Él tiene también vida y la defiende”.

“No lo creo. O no sabe que lo tiene o bien no la defiende. ¡La pone en peligro!”

“¡Oh, Judas, Judas! ¡Qué severo serías con los pecadores, con los hombres! También los hombres saben que tienen una y otra vida y no titubean en poner en peligro a esta y a la otra”.

“¿Tenemos dos vidas?”

“La del cuerpo y la del espíritu. Lo saben bien”.

“¡Ah! Pensaba que aludieses a la reencarnación. Hay quien cree en ello”.

“No existe la reencarnación, pero sí existen dos vidas. Y con todo el hombre las pone en peligro. Si fueses Dios ¿cómo juzgarías a los hombres que además del instinto tienen razón?”

“Severamente a no ser que se tratase de alguien que estuviese dañado de la cabeza”.

“¿No tendrías en cuenta las circunstancias que hacen al hombre enloquecer moralmente?”

“No”.

“Así pues, tú no tendrías piedad de alguien que conoce a Dios y la Ley, y que sin embargo peca”.

“No la tendría, porque el hombre *debe* saber controlarse”.

“¡Debería!”

“*Debe*, Maestro. Es una vergüenza imperdonable que un adulto caiga en ciertos pecados, sobre todo, si ninguna fuera lo empuja”.

“Según tú, ¿cuáles serían estos pecados?”

“Ante todo los de los sentidos. Es un degradarse sin remedio...”. María Magdalena inclina la cabeza... Judas prosigue: “...es también corromper a los demás, porque el cuerpo del impuro exhala un hedor que atolondra a los más puros y los arrastra a cometer los mismos...”

Mientras María Magdalena baja la cabeza, Pedro dice: “¡Oh! ¡ra! ¡ra! ¡ra! No seas tan severo. La primera que cometió esta imperdonable vergüenza fue Eva. Y no me vas a decir que el hedor impuro que exhalaba algún lujurioso la corrompió. Por mi parte ten muy en cuenta que nada se agita en mí aunque me siente junto a un lujurioso. Eso es cosa suya...”

“La cercanía siempre ensucia. Si no la carne, al alma, y es peor todavía”.

“¡Me pareces un fariseo! Pero: entonces según esto sería necesario encerrarse dentro de una torre de cristal y quedarse allí, encerrado”.

“Simón, no te hagas ilusiones de que te serviría de algo. En la soledad las tentaciones son más fuertes” dice Zelote.

“¡Oh, bien! ¡Serían sueños! ¡Ningún mal” responde Pedro.

“¿Ningún mal! ¿No sabes que la tentación lleva a uno a pensar, y que el pensamiento busca un expediente para satisfacer de cualquier modo el instinto que aulla y que el expediente

aplana el camino para un refinamiento del pecado en que el sentido se une al pensamiento?" pregunta Iscariote.

"De eso no sé nada, querido Judas. Tal vez porque nunca he pensado detenidamente, como dices, en ciertas cosas. Me parece que nos hemos ido muy lejos de los murciélagos y que es muy bueno que no seas Dios, de otro modo te quedarías tú solo en el paraíso con tu severo ceño. ¿Qué dices de esto, maestro?"

"Digo que es una cosa muy buena no ser muy absolutos porque los ángeles del Señor escuchan las palabras de los hombres y las consignan en sus libros eternos³, y podría ser desagradable que en alguna ocasión se le dijese a uno: "Te sucedió como juzgaste". Digo que si Dios me mandó es porque quiere perdonar *todas* las culpas de las que el hombre se arrepiente, pues sabe que el hombre es muy débil por causa de Satanás. Judas respóndeme: ¿admites que Satanás puede apoderarse de un alma de modo que ejerza sobre ella una coerción que disminuya su pecado ante los ojos de Dios?"

"No lo admito. Satanás no puede atacar sino la parte inferior".

"¡Blasfemas, Judas de Simón!" dicen juntos Zelote y Bartolomé.

"¿Por qué? ¿En qué?"

"Haces mentiroso a Dios y al Libro. En él está escrito que Lucifer atacó también la parte superior, y Dios, por boca de su Verbo, muchísimas veces lo ha dicho", responde Bartolomé.

"También está escrito que el hombre tiene arbitrio⁵. Esto significa que Satanás no puede hacer violencia a la libertad humana del pensamiento y del sentimiento. Ni siquiera Dios lo hace".

"Dios no, porque es orden y lealtad. Pero Satanás sí, porque es desorden y odio" le replica Zelote.

"El odio no es el sentimiento opuesto a la lealtad. Te equivocaste".

"No me he equivocado porque si Dios es lealtad, y por esto no falta a su palabra que dio de dejar libre al hombre en sus acciones, el demonio no puede mentir a esto, porque no prometió al hombre libertad de arbitrio. Sin embargo, es muy cierto que él es odio, y por esto se arroja contra Dios y el hombre, y se arroja asaltando la libertad de la inteligencia del ser humano, además de atacar su carne, y arrastrar esta libertad de pensamiento a la esclavitud, haciendo que el hombre cometa acciones, que si estuviese libre de él, no las haría" afirma Simón Zelote.

"No lo admito".

"¿Entonces los endemoniados? Niegas la evidencia" grita Judas Tadeo.

"Los endemoniados son sordos, mudos o locos pero no lujuriosos".

"¿Tienes tan sólo presente este vicio?" pregunta irónico Tomás.

"Porque es el más difundido y el más bajo".

"¡Ah! Pensaba que era el que conocías mejor" dice Tomás riéndose.

De un brinco Judas se pone de pie. Después se domina, baja los escalones y se va a los campos.

Un silencio... Andrés dice luego: "Su idea no está del todo equivocada. Se podría decir que de hecho Satanás se apodera sólo de los sentidos: de los ojos, del oído, del habla y del cerebro. Pero entonces, Maestro, ¿cómo se explicarían ciertas maldades? ¿No son acaso posesiones? Por ejemplo Doras..."

"Un Doras, como tú dices, para no faltar a la caridad a nadie, y de esto Dios te recompense, o bien una María, como todos, y ante ella, pensamos, después de haber oído las alusiones claras y anticaritativas de Judas, son y fueron poseídos completamente por Satanás, que extiende su poder. Hay posesiones nada más tiránicas y sutiles, *de las que se libran sólo los que no han llegado a tal degradación del espíritu que no pueden acoger la invitación que les*

³ Cfr. Para la expresión "libros eternos" Ex. 32. 30-35; Job 19, 21-29; Salmos 68, 20-29; 138, 14-17; Is 4, 2-3; Jer. 17, 1-2; Dan 7, 9-14; Mal. 3, 13-21; Lc. 10, 17-20; Hech. 13, 44-52; Fil. 4, 2-3; Apoc. 3, 1-6; 12, 18 – 13, 10; 17, 8-18; 20, 11-15.

⁵ Cfr. Por ej. Gén. 2, 16-17; 3, 1-20; Deum. 11, 26-28; 30, 15-20; Eccli. 15, 11-21; Ex. 24, 13.

hace la Luz. Doras no era un lujurioso, pero no supo ir a su Libertador. En esto consiste la diferencia. Mientras los lunáticos, los mudos, los sordos o ciegos por obra del demonio los buscan y preocupan sus familiares de traerlos a Mí los poseídos en su espíritu no lo hacen, porque es el espíritu que trata de buscar la verdad. Por eso aquellos son perdonados, además de la libertad que recobran. El primer paso para librarse de la posesión del demonio es el querer.

Y ahora vamos a descansar. María, tú que sabes qué cosa sea el ser poseído, ruega por los que se entregan a ratos al enemigo, cometiendo pecados y causando dolor”.

“Sí, Maestro mío. Y sin rencor”.

“La paz sea con todos. Dejemos aquí la causa de tan gran discusión. Que se queden las tinieblas aquí afuera, en la noche. Nosotros entremos a dormir bajo la mirada de los ángeles”.

Jesús pone el murciélago sobre un banco. Se retira con los apóstoles a la habitación alta, mientras las mujeres con los dueños de la casa descienden.

107. Juan en el Tabor repite el discurso de Jesús

5 agosto 1945

Por frescas veredas que conducen a Nazaret todos van subiendo. Las faldas de las colinas galileas parece como si hubieran sido creadas esta mañana, tan fuerte fue la tempestad, que las lavó y el rocío las conserva brillantes y frescas, que son un relampaguear al contacto del sol. El aire es tan puro que deja ver cualquier cosa aun insignificante en los montes o en cosas lejanas, y da una impresión de levedad y vivacidad.

Cuando se llega a la cima de alguna colina, la vista feliz se extiende sobre un trozo de lago, que es bellissimo en esta mañana. Todos admiran el paisaje, imitando a Jesús. Pero María Magdalena aparta su mirada pronto de aquel punto y busca otros lugares. Sus ojos se detienen en la cresta de los montes que están al noroeste del sitio de donde se encuentra y parece como si no encontrase un lugar.

Susana que está también con ellos, le dice: “¿Qué buscas?”

“Quisiera localizar el monte donde encontré al Maestro”.

“Pregúntaselo”.

“¡Oh! No es necesario que lo perturbes. Está hablando ahora con Judas de Keriot”.

“¡Qué clase de hombre es ese Judas!” cuchichea Susana. No dice más, pero se entiende lo que hubiera agregado.

“Aquel monte no se encuentra en este camino. Algún día te llevaré allí Marta. Era un día como este y con tantas flores... y tanta gente... ¡Oh Marta! Y tuve la desfachatez de presentarme con vestidos pecaminosos y con tales amigos... No puedo haberme ofendido con las palabras de Judas. Me las merezco. Todo me he merecido. Mi expiación está en sufrir esto. Todos lo recuerdan, todos tienen derecho a decirme la verdad. Y yo debo guardar silencio. ¡Oh si se meditase antes de pecar! Quien me ofende ahora, es mi mejor amigo, porque me ayuda a expiar”.

“Pero eso no quita que haya faltado, Madre, ¿de veras tu Hijo está contento de ese hombre?”

“Es necesario rogar mucho por él. Así me lo ha dicho”.

Juan se separa de los apóstoles para ir a ayudar a las mujeres en un lugar escabroso, donde las sandalias resbalan, pues la vereda tiene muchas piedras lisas, como trozos de pizarra rojiza, y una hierba clara pero dura, que de posar sobre ella el pie, punza. Zelote lo imita y apoyándose sobre ellos, suben el lugar peligroso.

“Es un poco difícil este atajo, mas no tiene polvo ni hay gente. Es más corto”, dice Zelote.

“Lo conozco, Simón. Fui a aquel lugar, a la mitad de la falda, con mis sobrinos, cuando Jesús fue arrojado de Nazaret” dice María con un suspiro.

“Desde aquí es hermoso el mundo. Allí está el Tabor y el Hermón, al norte los montes de Arbela, y al fondo el gran Hermón. Es una desgracia que no se vea el mar como se ve desde el tabor” dice Juan”.

“¿Has estado alguna vez?”

“Sí, con el Maestro”.

“Juan con su amor por lo infinito nos proporcionó una gran alegría, porque Jesús, allá, nos habló de Dios con un entusiasmo jamás experimentado. Y luego, después de tan gran favor, obtuvimos una gran conversión. Lo conocerás también tú, María, y tu espíritu se robustecerá mucho más de lo que te imaginas. Encontramos un hombre endurecido en el odio, embrutecido en sus remordimientos. Jesús hizo de él un hombre, que no dudo en decirlo, será un gran discípulo. Como tú, María. Créeme que es verdad lo que te digo: nosotros los pecadores somos los más flexibles para el Bien que nos toma, porque sentimos la necesidad de perdonarnos también nosotros mismos” dice Zelote.

“Es verdad. Pero tú eres muy bueno al decir: “Nosotros pecadores”. Tú has sido un desafortunado, pero no un pecador”.

“Todos lo somos, quién más, quién menos. Quien cree serlo menos es el más propenso a serlo, si no es que ya lo es. Todos lo somos. Los más grandes pecadores que se convierten son los que saben ser de una sola pieza en el bien como lo fueron en el mal”.

“Tus palabras me confortan. Siempre has sido un padre para los hijos de Teófilo”.

“Y como un padre me alegro en el alma de tenerlos y de que seáis los tres, amigos de Jesús”.

“¿En dónde encontrasteis a aquel discípulo, gran pecador?”

“En Endor, María. Simón quiere atribuir a mi mérito el que hayamos visto el mar y tantas cosas hermosas y buenas. Si Juan el anciano vino a Jesús no fue por mérito de Juan el tonto. Fue por mérito de Judas de Simón” dice sonriendo el hijo de Zebedeo.

“¿Lo convirtió?” pregunta dudosa Marta.

“No. Sino que él quiso ir a Endor y...”

“Sí, así es, para ver la cueva de la maga... Es un hombre muy extraño Judas de Simón... Hay qué tomarlo como es... ¡Bien! Y Juan de Endor nos guió a la cueva, y luego se quedó con nosotros. Pero, hijo mío, siempre es tuyo el mérito porque sin tu deseo de lo infinito no habríamos hecho ese camino y si a Judas de Simón no le hubieran llegado las ganas de ir buscando algo extraño”.

“Me gustaría saber qué cosa dijo Jesús en el Tabor... cómo me gustaría reconocer el monte donde lo vi” suspira María Magdalena.

“El monte es aquel en el que se ve como si se encendiese el sol en el pequeño estanque. Allí suelen beber los ganados las aguas que nacen de manantiales. Nosotros estábamos más arriba, donde la cima parece como cortada, a la manera de un gran bidente que tratase de meterse entre las nubes y llevarlas a otra parte. Por lo del discurso de Jesús, creo que Juan te lo podrá repetir”.

“¡Oh, Simón! ¿Puede un muchacho repetir las palabras de Dios?”

“Un muchacho no, pero tú sí. Haz la prueba, por complacer a tus hermanas y a mí, que te quiero mucho”.

Juan se pone muy colorado cuando empieza a repetir el discurso de Jesús.

“Él dijo: “He aquí la página infinita en la que las corrientes escriben la palabra: ‘Creo’. Pensad en el caso del Universo antes de que el Creador quisiera ordenar los elementos y construirlos en tan maravilloso modo y entregó a los hombres la tierra y cuanto hay en ella, y el firmamento a los planetas y a las estrellas. No existía nada, ni como caos informe, ni como cosa en orden.

Dios creo¹. Hizo pues antes todos los elementos, porque son necesarios, aunque parezca que sean nocivos. Pero pensad siempre: no hay la más pequeña gota de rocío que no tenga

¹ Cfr. Gén. 1, 1-25; 2, 1-6; Salm. 8, 103; Prov. 8, 23-31.

su razón *buena* de existir, no hay insecto por pequeño y nocivo que sea que no tenga su razón *buena* de ser. De igual modo no hay montaña que aunque de sus entrañas arroje fuego y piedras incandescentes, que no tenga razón *buena* de ser. No hay ciclón sin motivo. Y no hay, pasando de las cosas a las personas, ni evento, ni llanto, ni alegría; no hay nacimiento ni muerte; no hay esterilidad ni maternidad abundante; no hay largo matrimonio ni pronta viudez; no hay desventura, miseria y enfermedad, como no hay prosperidad de medios y de salud que no tenga su razón *buena* de ser, aun cuando si tales cosas no las vea la miopía y soberbia humanas que ven y juzgan con sus cataratas y ofuscación propias de las cosas imperfectas. Pero el ojo de Dios, el pensamiento ilimitado de Dios, ve y sabe. El secreto para vivir inmune de estériles dudas que quitan las fuerzas, agotan, envenenan la jornada terrenal, está en saber creer que Dios hace todo por razón inteligente y buena, que Dios todo lo hace, lo hace por amor, y no con el necio anhelo de atormentar por atormentar.

Dios había creado ya a los ángeles. Algunos de ellos, por no haber querido creer que era bueno el nivel de gloria al que Dios los había destinado, se rebelaron y con el espíritu encendido en la falta de fe en su Señor intentaron asaltar el trono inasequible de Dios². A su armoniosa razón de ángeles fieles opusieron su discorde, injusto y pesimista pensamiento; y el pensamiento que es falta de fe, los convirtió de espíritus de luz en espíritus de tinieblas. ¡Vivan para siempre los que en el Cielo como en la tierra saben inclinar su pensamiento sobre un presupuesto optimismo lleno de luz! Jamás se equivocarán aun cuando los hechos no correspondan. No se equivocarán *al menos en lo que se refiere a su espíritu*, el cual continuará creyendo, esperando, aun sobre todas las cosas a Dios y al prójimo, ¡y por esta razón permanecerá en Dios por los siglos de los siglos!

Ya se había limpiado el paraíso de estos orgullosos pesimistas que veían negro aún en la luminosísimas obras de Dios, de igual modo como en la tierra los pesimistas ven negro aún en las más escuetas y claras acciones del hombre, y por querer separarse en una torre de marfil, creyéndose los únicos perfectos, ellos mismos se condenan a una oscura galera, cuyo fin conduce a las tinieblas del reino infernal, el reino de la negación. Pues el pesimismo es una pura negación.

Dios, pues, creó todo. Y como para comprender el misterio glorioso de nuestro Ser Uno y Trino, es menester saber creer y ver que desde el principio existía el Verbo, y que estaba con Dios, unidos por el Amor perfectísimo que sólo pueden inspirar dos, que son un solo Dios; de igual modo, para ver lo creado por lo que es, es menester mirarlo con ojos de fe, porque en su ser, así como un hijo lleva la huella indeleble de su padre así también lo creado tiene en sí la imborrable marca de su Creador. Veremos, pues, que también en el principio existieron el cielo y la tierra y existió después la luz, que se puede comparar al amor. Porque la luz es alegría, como lo es el amor. La luz es la atmósfera del paraíso. Y el ser incorpóreo que es Dios, es luz y es Padre es toda luz intelectual, afectiva, material, espiritual, así en el cielo como en la tierra.

En el principio existieron el cielo y la tierra y para ellos fue dada la luz y por la luz todas las cosas fueron dadas. Y como en el cielo altísimo los espíritus de luz fueron separados de los de las tinieblas, así en lo creado fueron separadas las tinieblas de la luz y existieron el día y la noche, y el primer día de lo creado existió con su mañana y tarde, con su mediodía y medianoche. Y cuando la sonrisa de Dios: la luz, regresó después de la noche, entonces la mano de Dios, su omnipotente querer se extendió sobre la tierra informe y vacía, se extendió sobre el cielo en el que vagaban las aguas, uno de los elementos, libres en el caos, y quiso que el firmamento dividiese el error desordenado de las aguas entre el cielo y la tierra, para que sirviese de velo a los fulgores paradisíacos, cosa necesaria para las aguas superiores a fin de que en el hervir de los metales y de los átomos no descendiesen los diluvios, a deslavar y disgregar lo que Dios juntaba.

Se había puesto orden en el cielo. Y el orden existió sobre la tierra en las aguas que sobre ella había porque Dios así lo había mandado. Y existió el mar. Helo ahí. Sobre él como sobre

² Cfr. Is. 14, 3-21; Ex 28, 1-19; Lc. 10, 17-20; Ju. 12, 31-32; 2 Thes. 2, 3-4; Apoc. 8, 10; 9, 1; 12, 7-9.

el firmamento está escrito: 'Dios existe'. Cualquiera que sea la cultura intelectual de un hombre o su fe, o su no fe, ante esta pagina, en, en que brilla una parte mínima de la infinidad que es Dios, en que se manifiesta su poder, -porque ningún poder humano, ni ningún arreglo natural de los elementos puede rehacer, aun en lo mínimo, un prodigio semejante— está obligada a creer. A creer no sólo en el poder, sino en la bondad del Señor que por ese mar da alimentos y vida al hombre, da sales solubles, da calor al sol, espacio a los vientos, semillas a las tierras separadas entre sí, voces a la tempestad para que la hormiga que es el hombre dirija sus ojos al Infinito, a su Padre, para que se eleve, contemple otras visiones, otras altas esferas.

Tres son las cosas que más hablan de Dios en lo creado. La luz, el firmamento y el mar. El orden de los astros y meteoros, es reflejo del orden divino; la luz que sólo un Dios podía crear; el mar que sólo el poder de Dios, después de haberlo creado, podía poner en límites seguros, dándole movimiento y voz sin que por esto, como elemento poderoso de desorden, se convierta en daño de la tierra, que lo sostiene en su superficie.

Penetrad en el misterio de la luz que jamás se acaba. Levantad la mirada al firmamento donde se ríen las estrellas y los planetas. Echad una sonda en el mar. Vedlo por lo que es: no separación, sino puente entre los pueblos que están en las otras riberas, invisibles, desconocidas aún, pero que es necesario creer que existen sólo porque existe este mar. Dios no hace ninguna cosa inútil. No habría hecho esta infinidad si no tuviese en su borde allí, más allá del horizonte que nos impide ver, otras tierras, pobladas de otros hombres, que ha salido todos de un único Dios, que están allí, por el querer de Dios, para poblar continentes y regiones. Y este mar trae en sus ondas, en las voces de sus olas y de sus mareas, llamadas lejanas. Es un camino, no una separación. Esa ansia que produce una suave angustia en Juan, es la llamada de hermanos lejanos. Entre más se convierte el espíritu en dominador de la carne, tanto más es capaz de oír las voces de los espíritus que están unidos, aunque separados, así como las ramas que han brotado de una sola raíz, están unidas, aunque si la una no ve a la otra, porque se interpone entre ellas un obstáculo. Mirad el mar con ojos de luz. Veréis tierras y tierras esparcidas sobre las playas, en sus bordes, en el interior, tierras y más tierras, y de todas ellas viene el grito que dice: ¡Venid! Traednos la luz que poseéis. Traednos la vida que se os ha dado. Decid a nuestro corazón la palabra que ignoramos, pero que sabemos que es la base, el fundamento del universo: el amor. Enseñadnos a leer la palabra que vemos trazada sobre las páginas infinitas del firmamento y del mar: Dios. Iluminadnos para que comprendamos que hay luz más pura todavía que la que enrojece los cielos y da perlas al mar. Dad a nuestras tinieblas la luz que Dios os dio después de haberla engendrado con su amor, y os la dio a vosotros pero para todos, así como la dio a los astros, pero para que la diesen a la tierra. Vosotros los astros, nosotros el polvo, para que el hombre la poblase adorándolo ahora y siempre, hasta que llegue la hora en que no sea más la tierra, sino su reino. El reino de la luz, del amor, de la paz, así como el Dios viviente ha dicho que será, porque también nosotros somos hijos de este Dios y pedimos conocer a nuestro Padre”.

Id por caminos infinitos, sin temor, sin desdén, al encuentro de aquellos que dan gritos y lloran. Al encuentro de aquellos que os darán también dolor porque sienten a Dios, pero no saben adorarlo; que también os dará la gloria porque seréis grandes cuanto más amor poseáis y lo sepáis dar, trayendo a la verdad los pueblos que esperan”.

Jesús dijo así, mucho mejor de lo que yo he hecho. Pero al menos estas fueron sus ideas”.

“Juan, has repetido exactamente lo que dijo el Maestro. Sólo omitiste lo que dijo de tu capacidad de entender a Dios por tu generosidad en darte. Eres bueno, Juan. El mejor entre nosotros. Hemos llegado al final del camino sin darnos cuenta. Ved Nazaret sobre sus colinas. El Maestro nos mira y sonríe. Alcancémoslo pronto para entrar juntos en la ciudad”.

“Te doy las gracias, Juan” dice la Virgen. “Has hecho un gran regalo a la Mamá”.

“Yo también te las doy. También a la pobre María has abierto infinitos horizontes...”

“¿De qué veníais habando tanto?” les pregunta Jesús cuando llegan.

“Juan repitió perfectamente el discurso que dijiste en el Tabor. Y nos sentimos felices”.

“Estoy contento que Mamá lo hubiese escuchado. Ella que tiene un nombre en el que el mar no es extraño, y posee una caridad extensa como él”.

“Hijo mío, ¡Tú la posees como hombre, y no es nada en comparación con la caridad infinita del Verbo divino!”

“Ven, Mamá a mi lado. Como cuando regresábamos de Caná o de Jerusalén, cuando era niño y me traías de la mano”.

Y ambos se miran con amorosa mirada.

108. Jesús en Nazaret

6 agosto 1945

El primer lugar donde Jesús se detiene al llegar a Nazaret es en la casa de Alfeo. Está por entrar en el huerto cuando se encuentra con María de Alfeo que sale con dos jarras de cobre para ir a la fuente.

“La paz sea contigo, María”. Dice Jesús y abraza a su pariente, que expansiva como de costumbre, lo besa con un grito de alegría.

“Ciertamente será un día de paz y felicidad, Jesús mío, porque viniste. ¡Oh, hijos míos amados! Qué felicidad tiene vuestra mamá en veros otra vez” y cariñosamente besa a sus hijos que venían detrás de Jesús. “Os quedáis conmigo, ¿no es verdad? Tengo exactamente encendido el horno para el pan. Iba a traer agua para no tener qué suspender la cocción”.

“Mamá, vamos nosotros” dicen los hijos tomándole las jarras.

“Cuán buenos sois. ¿No es verdad, Jesús?”

“Muy buenos”.

“Pero también contigo ¿o no? Si te amasen menos de lo que me aman, no los querría yo mucho”.

“No tengas miedo, María. A mí me proporcionan solo dicha”.

“¿Viernes solo? María se fue de improviso. Iba con una mujer... ¿una discípula?”

“Sí, la hermana de Marta”.

“¡Oh, que Dios sea bendito! Tanto que he rogado por esto. ¿Dónde está?”

“Mírala que llega con mi Madre, Marta y Susana”.

En realidad las mujeres están dando la vuelta a la calle. Las siguen los apóstoles. María de Alfeo corre a su encuentro y exclama: “¡Qué feliz soy de tenerte por hermana! Debería llamarte “hija” porque eres joven y yo soy vieja. Pero te llamo con el nombre que amo tanto, con el que llamo a mi María. Ven querida. Estás cansada... Pero también dichosa” y besa a Magdalena asiéndole la mano como para hacerle sentir más su cariño.

La fresca hermosura de Magdalena resalta mucho más al estar cerca de María de Alfeo, cuya cara está ya arrugada.

“Hoy os quedáis todos conmigo. No os dejaré ir” y con un suspiro que involuntariamente le brota, se le escapa la verdad: “¡Estoy siempre tan sola! Cuando no está mi cuñada, me paso los días muy tristes y solitarios”.

“¿Están ausentes tus hijos?” pregunta Marta.

María de Alfeo se pone colorada y con un suspiro dice: “Con el alma sí. Todavía. El ser discípulo une y divide... Pero como viniste, María, también ellos vendrán” y se seca una lágrima. Mira a Jesús que la contempla con ojos de piedad, y se esfuerza por sonreír. Le dice: “Son cosas largas, ¿verdad?”

“Sí, María, pero las verás”.

“Esperaba... Después que Simón... Luego supo otras... cosas, y se hizo nuevamente titubeante. Jesús, quiérela no obstante”.

“¿Lo puedes dudar?”

Mientras María habla, prepara refrescos para los peregrinos, sorda a las palabras de todos los que le aseguran que no tienen necesidad de nada.

“Dejemos a las discípulas en paz” dice Jesús y luego: “Vayamos por el poblado”.

“¿Te vas? ¿Tal vez vendrán los otros hijos?”

“Me entretengo hasta mañana. Estaremos, pues, juntos. Ahora voy a buscar a unos amigos. La paz sea con vosotras. Mamá, hasta pronto”.

Toda Nazaret está llena de algazara por la llegada de Jesús y por la persona que se le agregó, María de Magdala. Quién corre a la casa de María de Alfeo, y quién a la de Jesús para verlo, y al encontrarla cerrada corre hacia donde va. La ciudad está siempre cerrada al Maestro. Unos por ironía, otros por incredulidad con algún grupo claro de mala voluntad que se manifiesta con ciertas frases punzantes, lo siguen, pero sin amar a su gran Hijo que no comprenden. Aun en las preguntas que le dirigen no se descubre el amor, sino incredulidad y burla. Él hace como si no viese nada, y dulce y manso responde a quien le habla.

“Das a todos, pero pareces un hijo sin vínculos para tu patria, pues no les das nada”.

“Estoy aquí para daros lo que pedís”.

“Pero prefieres no estar aquí. ¿Somos acaso más pecadores que los otros?”

“No hay pecador por grande que sea, a quien no quiera Yo convertir. Y vosotros no lo sois más que los otros”.

“Ni siquiera dices que somos mejores que los demás. Un hijo bueno dice siempre que su madre es mejor que las otras aun cuando no lo sea. ¿Es acaso para Ti Nazaret, una madrastra?”

“No afirmo nada. *Callar es una regla de caridad para con los otros y para consigo mismo*, cuando no se pueda decir que alguien sea bueno, y cuando no se quiere mentir. Las alabanzas saldrían pronto, si vinieseis a mi doctrina”.

“¿Quieres, pues que se te admire?”

“No. Sólo que se me escuche y crea, por el bien de vuestras almas”.

“Habla entonces. Te escuchamos”.

“Decidme sobre qué queréis que os hable”.

Un hombre que estará entre los cuarenta o cuarenta y cinco años dice: “¡Pues bien! A mí me gustaría que vinieses conmigo y me explicaras un punto”.

“Voy contigo, Leví”,

Van a la sinagoga. La gente se agolpa detrás de Jesús y del sinagogo. En un instante llenan el lugar.

El sinagogo toma un rollo y lee: “Él hizo subir a la hija del Faraón de la ciudad de David a la casa que le construyó, porque dijo: ‘Mi mujer no debe habitar en la casa de David, rey de Israel que fue santificada cuando entró en ella el arca del Señor’”¹. Pues bien, querría saber de ti, si esta providencia fue justa o no, y por qué”.

“Sin duda alguna que fue justa, porque lo estaba exigiendo el respeto a la casa de David que fue santificada al haber entrado en ella el arca del Señor”.

“¿Pero el ser mujer de Salomón no hacía a la hija del Faraón digna de vivir en la casa de David? ¿La mujer no se convierte, según las palabras de Adán, en “hueso de los huesos” del marido y “en carne de su carne”²? Si es así ¿cómo puede profanar algo si no profana al esposo?”

“En el primero de Esdras está escrito: “Habéis pecado casándoos con mujeres extranjeras, y habéis agregado un crimen más a los muchos de Israel”³. Y una de las causas de idolatría de Salomón fue exactamente esta clase de matrimonios con mujeres extranjeras. Dios lo había dicho: “Ellas, las extranjeras pervertirán vuestros corazones hasta haceros seguir a dioses extraños”⁴. Las consecuencias las conocemos”.

“Pero si no se había pervertido al casarse con la hija del faraón, tan es así que sabiamente determinó que no debía permanecer en la casa santificada”.

¹ Cfr. Paral. 8, 11.

² Cfr. Gén. 2, 21-24.

³ Cfr. 1 Esdr. 9-10, y sobre todo 10, 10.

⁴ Cfr. Deut. 7, 1-6; Jue. 3, 5-6; 3 Rey 11.

“La bondad de Dios no puede medirse con la nuestra. El hombre, después de una ofensa, no perdona, aún cuando él siempre es ofensor. Dios no es inexorable después de la primera culpa, pero no permite que impunemente el hombre se endurezca en su pecado. Por esta razón no castiga a la primera caída. Habla al corazón. Castiga solamente cuando su bondad no sirve para convertir, y el hombre la toma por debilidad. Entonces baja el castigo porque de Dios nadie se burla. Hueso de sus huesos y carne de su carne, la hija del Faraón había depositado los primeros gérmenes de corrupción en el corazón del Sabio y sabéis que una enfermedad se declara no cuando hay un solo germen en la sangre, sino cuando la sangre está corrompida con muchos gérmenes que se multiplicaron a partir del primero. La caída del hombre empieza siempre con una ligereza que aparentemente es inofensiva. Después aumenta la condescendencia hacia el mal. Se forma la costumbre de transigir con la conciencia, con el descuido de los deberes y de la obediencia debida a Dios, y paulatinamente se llegan a cometer grandes pecados. Salomón el de idolatría con el que se provocó el cisma con las consecuencias que todavía hasta ahora perduran”.

“Así pues, ¿tu afirmas que es necesario un gran cuidado y un sumo respeto por las cosas sagradas?”

“Sin duda”.

“Explícame también esto. Tú te dices el Verbo de Dios. ¿Es verdad?”

“Lo soy. Él me mandó traer a la tierra la buena nueva a todos los hombres y a que los redima de sus pecados”.

“Si es así, eres más que el Arca, porque no te cubre la gloria, como la cubría, sino que en Ti mismo está Dios”.

“Tú lo dices y es verdad”.

“Y entonces ¿por qué te profanas?”

“¿Y para decirme esto, me trajiste aquí? Te compadezco, a ti y a quien te incitó a hablar. No tendría razón de justificarme, porque cualquier justificación la destroza vuestro rencor. Pero Yo, a quien acusáis de que no os amo, y de profanación de mi persona, os daré la justificación. Escuchad: Sé a qué aludís. Pero os respondo: “Estáis en un error”. Así como abro mis brazos a los agonizantes para traerlos de nuevo a la vida y llamo a los muertos para devolverles la existencia, de igual modo abro los brazos a los que realmente son moribundos, y a los verdaderos muertos. Los pecadores para llevarlos a la vida eterna, y resucitarlos si ya están corrompidos para que no mueran más. Os diré una parábola. Un hombre, debido a muchos vicios, se cubrió de lepra. La sociedad de los hombres lo alejó de su compañía y él, en medio de una soledad cruel, meditó sobre su situación y sobre su pecado que lo había reducido a tan gran mal. Pasaron largos años de este modo, y cuando menos se lo esperaba, se curó. El Señor tuvo misericordia por sus muchas plegarias y lágrimas. ¿Qué hizo el hombre? ¿Puede regresar a su casa porque Dios tuvo misericordia de él? No. Debe mostrarse al sacerdote, el cual, después de haberlo examinado atentamente por algún tiempo, lo hace purificar después de su primer sacrificio de dos pájaros. Y después de haber lavado sus vestidos no una, sino *dos veces*, el curado regresa al sacerdote con corderos sin mancha y con una oveja y con harina y con aceite, cosas prescritas⁵. Sólo entonces el hombre vuelve a ser admitido según la religión dentro del pueblo de Israel. Decidme: cuando fue por primera vez al sacerdote ¿por qué lo hizo?”

“¿Para purificarse la primera vez de modo que pudiera realizar la purificación mayor con la que vuelve a ser admitido entre el pueblo santo!”

“Respondisteis bien. ¿Pero entonces no estaba completamente purificado?”

“No. Mucho le faltaba todavía; según la materia y según el espíritu”.

“Entonces, ¿por qué se atrevió a acercarse al sacerdote la primera vez, si estaba completamente inmundo, y otra, cuando se acercó también al tabernáculo?”

⁵ Cfr. Lev. 14, 1-32.

“Porque el sacerdote es el medio necesario para que pueda ser admitido nuevamente entre los vivos”.

“¿Y el tabernáculo?”

“Porque sólo Dios puede borrar las culpas, y es de fe creer que más allá del santo velo esté Dios sobre su gloria, otorgando desde allí su perdón”.

“Entonces cuando el leproso se acercó al sacerdote y al tabernáculo, todavía no estaba limpio de culpa”.

“No. ¡Claro que no!”

“Hombres de pensamiento torcido y de corazón no limpio, ¿por qué entonces me acusáis si Yo, Sacerdote y Tabernáculo, dejo que se me acerquen los leprosos de alma? ¿Por qué tenéis dos medidas para juzgar? La mujer que era una perdida, como Leví el publicano que está aquí presente con su nueva alma y su nuevo oficio, y con ellos otros y otras, que antes de ellos se habían acercado, están ahora a mi lado. *Pueden estar porque han sido admitidos nuevamente en el pueblo del Señor.* El querer de Dios que ha puesto en Mí el poder de juzgar y de absolver, de curar y de resucitar, los trajo a Mí. Sería profanación si en ellos perseverase su idolatría, como permaneció en la hija del faraón; pero no lo es, porque han abrazado la doctrina que traje a la tierra y por medio de ella han resucitado a la gracia del Señor.

Hombres de Nazaret que me tendéis trampas, porque no os parece posible que en Mí esté la verdadera sabiduría y la justicia del Verbo del Padre. Yo os digo: “Imitad a los pecadores”. En verdad, os ganan en saber venir a la verdad. Y añadido: “No recurráis a trampas sucias para poderme combatir” No lo hagáis. Pedid y os daré, como doy a cada uno que viene a Mí, la palabra de vida. Acogedme como un hijo de esta tierra nuestra. No os guardo rencor. Mis manos están llenas de suavidad, y mi corazón del deseo de instruiros y de haceros dichosos. Tan es cierto que si me permitís, pasaré entre vosotros el sábado, instruyéndoos en la nueva Ley”.

La multitud se encuentra en medio de ideas contrarias que se combaten. La curiosidad o el amor prevalecen, y muchos gritan: “Está bien. Mañana aquí te escucharemos”. Rogaré esta noche para que caiga de vosotros la capa que os oprime el corazón. Rogaré para que libres de todo prejuicio podáis comprender la voz de Dios que vino a traer la buena nueva a la tierra, y con el deseo de que la primera región capaz de acogerla sea la ciudad donde he crecido. La paz sea con todos vosotros”.

109. El sábado en la sinagoga de Nazaret¹

7 agosto 1945

Es sábado. Están en la sinagoga de Nazaret. Jesús acaba de leer el apólogo contra Abimelec² y termina con las palabras: “que salga de él fuego y que devore los cedros del Líbano”. Devuelve el rollo al sinagogo.

“¿No lees lo que falta? Estaría bien para comprender el apólogo” dice el sinagogo.

“No es necesario. La época de Abimelec está muy lejana. Aplico el apólogo antiguo al momento actual.

Oíd gentes de Nazaret.

Sabéis, gracias a las instrucciones que os ha dado vuestro sinagogo, quien fue instruido en su tiempo por un rabí, y este por otro, y así sucesivamente, y con el mismo método y con las mismas conclusiones, las aplicaciones del apólogo contra Abimelec.

Os pondré una explicación diversa. Por lo demás os ruego que sepáis usar vuestra inteligencia y que no seáis como sogas de garrucha de pozo, que mientras no están gastadas resbalan muy bien: de las garruchas al agua, de esta a aquella, sin necesidad de que se les

¹ Cfr. Mt. 13, 53-58; Mc. 6, 1-6.

² Cfr. Jue. 9, 1-21.

sustituya. El hombre no es una soga, ni un instrumento mecánico. El hombre está dotado de cerebro inteligente y debe emplearlo, según las necesidades y circunstancias.

Si la letra de la palabra es eterna, las circunstancias cambian. Miserables son aquellos maestros que no les gusta la fatiga y la satisfacción de extraer cada vez una nueva enseñanza, esto es, el espíritu que las palabras antiguas y sabias siempre contienen. Se asemejan a los ecos que no hacen sino repetir tal vez diez y diez veces, una sola palabra, sin poner nada de su parte.

Los árboles, esto es, el linaje humano, figurado en el bosque donde está reunida toda clase de plantas, arbustos, hierbas sienten la necesidad de que quien los conduzca se cargue de todas las glorias, pero también, y es un peso mucho mayor, con todas las responsabilidades de la autoridad, de ser responsable de la felicidad e infelicidad de sus súbditos. Responsable ante sus súbditos, ante los pueblos vecinos, y lo que es más, ante Dios. Las preeminencias sociales o coronas, cualesquiera que sean, las concede Dios a los hombres y las permite, y sin estas condescendencias no puede imponerse ninguna fuerza humana. Lo cual explica los cambios imprevistos e inimaginables de dinastías que se antojaban eternas, y de poderes que parecían intocables, y que cuando sobrepasaron la medida de ser castigo de pueblos o prueba de ellos, fueron destruidas por estos mismos, porque Dios lo permitió y se convirtieron en nada, en polvo, y tal vez en fango de cloacas.

Dije: los pueblos sienten la necesidad de elegir a alguien que cargue toda la responsabilidad para con sus súbditos, para con las naciones cercanas y para con Dios, y esto último es lo más terrible de todo.

Si el juicio de la historia es tremendo, y en vano los pueblos llevados de intereses propios, tratan de cambiarlo, si los eventos y los pueblos futuros lo devolverán a su forma primordial, verdad digna de temerse, todavía mayor es el juicio de Dios, quien no sufre presión de nadie, y no está sujeto a cambios de humor o de parecer, como sucede frecuentemente entre los hombres, y mucho menos está sujeto a errar en sus resoluciones. Sería pues necesario que los elegidos para ser cabezas de pueblos y creadores de la historia obrasen con justicia heroica propia de los santos, para que no cayese infamia alguna sobre su nombre en los siglos por venir y para que Dios no los castigue en los siglos de los siglos.

Pero volvamos al apólogo de Abimelec.

Los árboles, pues, quisieron elegirse un rey y fueron al olivo. Este árbol sagrado y consagrado para usos sobrenaturales, gracias al aceite que arde delante del Señor y es parte importante en los diezmos y en los sacrificios, porque su líquido sirve para confeccionar el bálsamo santo con que se unge el altar, se ungen los sacerdotes y reyes, y desciende por los cuerpos sanos y enfermos con propiedades, podría decir, taumátúrgicas*, respondió: “¿Cómo puedo faltar a mi vocación santa y sobrenatural para envilecerme en cosas terrenas?”

¡Oh dulce respuesta del olivo!

¿Por qué no la aprenden y practican todos los que Dios elige para una santa misión? Digo, ¿al menos ellos? Porque en realidad cualquier hombre podría dar tal respuesta a las sugerencias del demonio, puesto que cada hombre es rey e hijo de Dios, dotado de un alma que lo hace tal, real, filialmente divino, llamado a un destino sobrenatural. Tiene un alma que es un altar y una casa. El altar de Dios, la casa donde el Padre de los cielos desciende a recibir amor y reverencia de su hijo y súbdito. Todos los hombres tienen un alma y cada alma que es altar, hace del hombre, que la tiene, un sacerdote, un guardián del altar. En el Levítico está dicho: “Que no se contamine el sacerdote”³.

El hombre, pues, debería responder a la tentación del demonio, del mundo y de la carne: “¿Puedo cesar de ser espiritual para ocuparme de cosas materiales y pecaminosas?”

* taumaturgia = facultad de realizar prodigios o milagros.

³ Cfr. Lev 21, 1-9.

Entonces los árboles fueron a la higuera, a invitarla a que fuese su rey. Pero la higuera respondió: “¿Cómo puedo renunciar a mi dulzura y a mis delicadísimos frutos para convertirme en vuestro rey?”

Muchos se vuelven al que es dulce para tenerlo como rey. No tanto porque admiren su dulzura cuanto porque esperan que debido a su dulzor se convierta en un rey de burla, de quien se pueda esperar todo.

Pero la dulzura no es debilidad. Es bondad: justa, inteligente, decidida. No cambiéis jamás la dulzura con la debilidad: la primera es virtud, la segunda defecto. Y como es virtud, da a quien la posee una rectitud de conciencia que le permite resistir a las solicitudes y seducciones humanas, que tratan de doblegarlo hacia sus propios intereses, que no son los de Dios, permaneciendo fiel a su destino a toda costa.

El dulce de espíritu jamás combatirá con aspereza los regaños de otros, no rechazará jamás con dureza a quien le pide ayuda. Con excusa y sonrisas dirá: “Hermano, déjame con mi dulce suerte. Vine a consolarte y a ayudarte, pero no puedo ser rey, como tú piensas, porque sólo me preocupo de una realeza, de la de mi alma, y de la tuya: de la realeza espiritual”.

Los árboles fueron a la vid a pedirle que fuera su rey. La vid respondió: “¿Cómo puedo renunciar a ser la alegría y fuerza, para reinar entre vosotros?”

El ser rey, ya por la responsabilidad, ya por remordimientos, pues un rey que no peca y no tiene remordimientos es más raro que un diamante negro tiene siempre hosquedades de espíritu. El poder seduce durante el tiempo en que brilla como un faro lejano, pero cuando se acerca uno, se ve que no es más que un destello de luciérnaga, y no de estrella.

Además: el poder no es más que una fuerza ligada con miles de lazos de miles de intereses que se envuelven alrededor de un rey. Intereses de cortesanos, intereses de aliados, intereses personales y de parentela. ¿Cuántos reyes juran consigo mismos, cuando el aceite se derrama sobre sus frentes: “Seré imparcial” y después no lo son? Como robusto árbol que no protesta el primer abrazo de la hiedra o de cualquier otra hierba trepadora, dice: “Es tan delgada que no me hará daño”, aun más se complace en que se le enrede y en ser protector de la trepadora. De este modo podría yo decir que casi siempre el rey cede al primer abrazo de un interés de algún cortesano, aliado, propio o de la familia y se complace en ser un protector espléndido. “Es tan poco” dice, aun cuando la conciencia le dice: “¡Ten cuidado!” Y piensa que no puede causar ningún daño ni al poder ni a su buena fama. También el árbol así cree. Pero llega el día en que, rama después de rama, crece robusta, crece con la linfa que absorbe del suelo y sube a la conquista de la luz y del sol, ella la hiedra ha envuelto todo el árbol, el árbol gigante, lo cubre, lo ahoga, lo mata. ¡Y era tan delicada la hierba trepadora y el árbol muy fuerte!

Lo mismo sucede con los reyes. Primeramente una transacción con el propio cargo, un alzar los hombros a la voz de la conciencia, porque las alabanzas son dulces, porque el hecho que lo busquen como protector, complace, y viene el momento en que el rey no es el que reina, sino los intereses ajenos y lo aprisionan, lo amordazan hasta querer ahogarlo y lo hacen a un lado, al hacerse más fuertes que él, y al ver que no se apresura en morir.

También el hombre de la calle, que es siempre un rey en su alma, se pierde si acepta realezas inferiores a través de la soberbia, de la avaricia. Y pierde su serenidad espiritual, que le viene de su unión con Dios. Pues el demonio, el mundo y la carne pueden proporcionar un poder y alegría ilusorios, pero a costa de la alegría espiritual que procede de la unión con Dios. Alegría y fuerza de los pobres de espíritu, de modo que el hombre pueda decir: “Y ¿cómo puedo aceptar ser rey en la parte inferior, si al hacer alianza con vosotros, pierdo fuerza y alegría internas, además el cielo y su verdadera realeza?”

Pueden decir también estos bienaventurados pobres de espíritu que tienen por meta el poseer el reino de los cielos y desprecian cualquier otra riqueza que no sea ese reino, y pueden decir: “Y ¿cómo podemos abandonar nuestra misión que es la de tener jugos que dan fuerza y alegría para nuestros hermanos los hombres que viven en el seco desierto de la animalidad, y que tienen necesidad de que no se les deje morir de sed, que se les alimente de

jugos vitales como si fuesen un niño huérfano de nodriza? Somos las nutrices del género humano que perdió el seno de Dios, que estéril y enfermo anda errante, que llegaría a desesperarse, que llegaría a aceptar el negro escepticismo si no nos encontrase a nosotros que con alegre actividad de quienes están libres de cualquier lazo terreno, lo podemos persuadir de que hay una vida, una alegría, una libertad, una paz. No podemos renunciar a esta caridad por un interés mezquino". Entonces los árboles se fueron a la zarza. No los rechazó. Les impuso condiciones duras: "Si queréis que sea vuestro rey, venid a ponerlos debajo de mí. Pero si no lo queréis hacer, después de haberme elegido, haré que cada zarza sea un tormento, y os quemaré a todos vosotros, y aun a los cedros del Líbano".

Esta es la realeza que aún el mundo acepta hasta con gusto. La prepotencia y ferocidad son, para el decaído género humano, como la verdadera realeza, mientras la mansedumbre y bondad son consideradas como necedad y sentimientos viles.

El hombre no se somete al bien sino al mal. Es seducido, y por lo tanto arde.

Esto es el apólogo de Abimelec.

Ahora os propongo otro, que no es ni lejano, ni se refiere a hechos lejanos, sino cercano, actual.

Los animales pensaron elegir un rey, y siendo astutos pensaron en elegirse uno que no les causase temor de que fuese feroz o fuerte.

Al león lo descartaron al punto, lo mismo que a todos sus congéneres. Decidieron no aceptar al águila de pico curvo, ni a ninguna ave de rapiña. Desconfiaron del caballo que con su rapidez podía alcanzarlos y ver sus acciones, hasta desconfiaron del asno, cuya paciencia conocían, pero que también conocían muy bien sus arranques de ira, y sus coces. Se les pararon los pelos de punta y se estremecieron de temor al pensar que su rey pudiese ser un mono por ser muy inteligente y vengativo. Con la excusa de que la serpiente había sido de Satanás para engañar al hombre, dijeron que no la querían por rey, no obstante sus diversos colores y elegancia de sus movimientos. En realidad no la aceptaron porque conocían su silencioso caminar, la fuerza de sus anillos y la acción poderosa de su veneno. Tomar por rey a un toro u otro animal de punzantes cuernos, ni por pienso. ¡Uy! "También el diablo los tiene" dijeron. Y luego entre sí razonaban: "Si nos rebelásemos un día nos acabaría con sus cuernos".

Descartaron a este, descartando a aquel animal, vieron a un corderito, gordo y blanco que alegre en el prado saltaba, y que daba trompazos en las ubres maternas. No tenía cuernos. Tenía ojos mansos como un cielo de abril. Era suave y sencillo. De todo estaba contento: del agua de un riachuelo donde había metido su trompita color de rosa; de las flores de diversos colores que satisfacían la vista y el paladar; de la hierba tupida en que se encontraba placer echarse en ella cuando estaba lleno; de las nubes que parecían otros corderitos que corriesen por los prados azules de allá arriba, y que lo invitasen a jugar y a saltar por los prados como ellos por el firmamento; y sobre todo, de las caricias de su nana que le permitía que le mamase leche tibia, mientras le lamía la blanca lana con su lengua rosada; y del redil seguro y defendido de los vientos, de la cama de paja suave y olorosa, en la que sería muy dulce para él dormir junto a su madre.

"Fácilmente se contenta con todo. No tiene ni armas ni veneno. Es ingenuo. Hagámoslo nuestro rey".

Y como dijeron, hicieron. Se gloriaban de él porque era bello y bueno. Los pueblos cercanos lo admiraban, sus súbditos lo amaban por su paciencia tan dulce.

Pasó el tiempo y el cordero se convirtió en carnero y dijo: "Ahora es tiempo de que empiece *realmente* a gobernar. Ahora sé muy bien cuál es mi misión. La voluntad de Dios, que permitió que fuese elegido por rey, me formó para esta misión, al darme capacidad de reinar. Es pues justo que la ejercite de modo cabal, y también para no despreciar los dones de Dios".

Y al ver a súbditos que hacían cosas contrarias a la honestidad de las costumbres, o contra la caridad, dulzura, lealtad, morigeración, obediencia, respeto, prudencia, etc. Levantó la voz para amonestarles.

Los súbditos se rieron de su balido inteligente pero dulce, que no causaba ningún temor, como lo haría el rugido del león; ni como el graznido de los buitres, cuando se arrojan sobre su presa, ni como el silbido de la serpiente, ni siquiera como el ladrido del perro.

El corderito que se había hecho ya un carnero, no se limitó tan sólo a balar. Se fue a los culpables para llevarlos al cumplimiento de su deber. Pero la serpiente se le escapó entre las patas, el águila se elevó entre los aires y lo dejó plantado. Los felinos con sus zarpas lo amenazaron diciéndole: “Mira qué cosa hay en la zarpa cubierta por pelo. Por ahora no se toca. Son garras”. Los caballos, y todos los de la misma clase, se pusieron a galopar a su alrededor, y a burlarse de él. Los fuertes elefantes y otros paquidermos, con un golpe de su trompa, lo arrojaron aquí y allá, mientras los monos, desde lo alto de los árboles, le disparaban piedras.

El corderito que se había hecho ya un carnero, se intranquilizó y dijo: “No quería usar mis cuernos ni mi fuerza. También yo tengo fuerza en mi cuello, y la usaré para destruir barreras. No quería usarla porque prefería usar el amor y la persuasión. Pero ya que no os doblegáis ante estas armas, usaré la fuerza, porque si vosotros faltáis a vuestro deber para conmigo y para con Dios, yo no quiero faltar para con Dios ni para con vosotros. Vosotros y Dios me pusieron aquí para guiaros a la justicia y al bien. Y yo aquí exijo que reinen la justicia y el bien, esto es, el orden”.

Y castigó delicadamente con sus cuernos, pues era bueno, a un perro testarudo que continuaba molestando a sus vecinos, y luego con su robusto cuello rompió la puerta de la cueva donde un gordo y egoísta marrano había amontonado comida con menoscabo de los demás, y echo abajo igualmente el montón de lianas que dos lujuriosos monos habían hecho para sus amores ilícitos.

“Este rey se ha hecho muy fuerte. Verdaderamente quiere reinar. Quiere que vivamos como cuerdos. Esto nos choca. Hay que destronarlo” dijeron.

Pero un mono astuto dio el siguiente consejo: “No nos comportemos bien sino para aparentar un motivo justo; de otra manera los pueblos cercanos se burlarán de nosotros, y Dios se enojará. Espiemos, pues, cada acción del carnero para que lo podamos acusar con apariencia de justicia”.

“Yo lo tomaré a mi cargo”, dijo la serpiente.

“También yo” añadió el mono.

Ella arrastrándose entre la hierba, el otro desde lo alto de los árboles, no perdían jamás de vista al cordero que se había hecho carnero, y cada noche cuando se retiraba a meditar y a descansar de las fatigas de la misión, y a pensar también sobre las providencias que tenía que adoptar, las palabras que tenía que emplear para domar la rebelión y suprimir los pecados de sus súbditos, estos, a excepción de uno que otro que le eran fieles, se reunían para escuchar las relaciones de los dos espías, de los dos traidores. Pues otra cosa no era.

La serpiente decía a su rey: “Te sigo porque te amo y si viese que alguien te atacase, te defendería”.

El mono decía a su rey: “¡Cuánto te admito! Te quiero ayudar. Mira: desde aquí diviso que más allá de este prado, se está pecando. Corre”. Y luego decía a sus compañeros: “También hoy tomo parte en el banquete de algunos pecadores. Fingió ir allá por convertirlos, pero en realidad, se ha hecho cómplice de sus glotonerías”.

La serpiente daba su relación en estos términos: “Fue más allá de los confines de su pueblo. Se acercó a mariposas, moscones y a feos caracoles y babosas. Es un infiel. Tiene trato con extranjeros inmundos”.

Así hablaban a espaldas del inocente, pensando que él no lo sabía. Pero el espíritu del Señor que lo había formado para su misión, lo iluminaba también en la conjura de sus súbditos. Podía huir, despreciándolos, maldiciéndolos, pero era dulce y humilde de corazón. Amaba. Su defecto era el amar, y tenía también el de perseverar, amando y perdonando conforme a su misión, a pesar de que pudiese morir, y sólo por cumplir la voluntad de Dios.

¡Oh! Cuán grandes eran estos defectos ante los ojos de los hombres. Imperdonables eran, y tanto que fueron causa de que se le condenase.

“Que muera, para que nos veamos libres de su opresión”.

La serpiente se encargó de matarlo porque siempre era traidora...

Esto es el apólogo. ¡Toca a ti pueblo de Nazaret, entenderlo! Yo, por amor que me liga a ti, te deseo que por lo menos seas un pueblo hostil, y no más. El amor a la tierra a la que de pequeño vine, en la que crecí amándolos y siendo amado me obliga a que diga: “No seáis más hostiles. No queráis que algún día se diga: ‘De Nazaret partió su traidor y de allá sus jueces inicuos’ ”.

Adiós. Tratad de juzgar rectamente y sed constantes en el querer. La primera cosa, la digo a todos vosotros, mis conciudadanos. La segunda a los que todavía no están dominados por pensamientos no rectos. Me voy... La paz sea con vosotros”.

Y Jesús en medio de un silencio penoso, interrumpido sólo por dos o tres voces que lo aplauden, sale triste, con la cabeza inclinada, de la sinagoga de Nazaret. Los apóstoles lo siguen.

Los últimos que van tras Él son los hijos de Alfeo. Sus ojos no son los de un cordero manso... Miran con dureza a la multitud y Judas Tadeo no duda en plantársele a su hermano Simón y de decirle: “Creía tener un hermano más honrado y de carácter más decidido”.

Simón baja la cabeza y calla, pero el otro hermano protegido por otros de Nazaret dice. “Avergüénzate de ofender a tu hermano mayor”.

“No. Me avergüenzo de vosotros. No una buena madrastra, sino una depravada madrastra es Nazaret para el Mesías. Pero oíd estas palabras proféticas. Lloraréis tanto que podréis llenar una fuente, pero de nada servirán vuestras lágrimas para borrar de los libros de la historia el nombre verdadero de esta ciudad y el vuestro. ¿Sabéis cual es? “necedad”, Adiós”.

Santiago en su saludo augura luz de sabiduría. Salen juntos con Alfeo de Sara y con sus dos jovencuelos, que si no veo mal, son los dos que llevan los borricos, en los que cabalgaron para ir al encuentro de Juana de Cusa que estaba muriendo.

La multitud que se ha quedado, dice entre dientes: “¿Pero de dónde le viene a este tal sabiduría?”

“¿Y de dónde el poder para hacer milagros? Porque los hace. Toda Palestina habla de ellos”.

“¿No es el hijo de José el carpintero? Todos lo hemos visto en el banco del carpintero de Nazaret, que hacía mesas y lechos, y ajustaba ruedas y cerraduras. Ni siquiera fue a la escuela, y sólo su Madre fue su maestra”.

“Es un escándalo también este que nuestro padre criticó” dice José Alfeo.

“Pero también tus hermanos terminaron la escuela con María de José”.

“¡Bien! Mi padre fue débil con su mujer...” responde de nuevo José.

“Entonces, ¿también el hermano de tu padre?”

“También”.

“¿Pero es en realidad el hijo del carpintero?”

“¿Y no lo estás viendo?”

“¡Oh, tantos se parecen entre sí! Me imagino que sea uno que quiera pasar por tal, pero que no lo es”.

“¿Y entonces dónde está Jesús, el hijo de José?”

“¿Te parece que su Madre no lo conozca?”

“Aquí están sus hermanos y sus hermanas, y todos lo llaman pariente suyo. ¿No es así, vosotros dos?”

Los dos hijos mayores de Alfeo asienten con la cabeza.

“Entonces ha enloquecido o está endemoniado, porque lo que dice no puede proceder de un carpintero”.

“Sería mejor no escucharlo. Su pretendida doctrina es delirio o posesión”.

.....

Jesús está de pie en la plaza, en espera de Alfeo, hijo de Sara, que está hablando con un hombre. Y mientras aguarda uno de los que llevan los borricos y que se había quedado cerca de la puerta de la sinagoga, le cuenta las calumnias que dijeron contra él.

“No te aflijas. Un profeta generalmente no recibe honores en su patria o en su casa. El hombre es tan necio que cree que para ser profeta es menester ser como algo que esté fuera de la vida. Mis conciudadanos y mis familiares mejor que todos conocen y recuerdan que su conciudadano y familiar es un verdadero hombre. Pero la verdad triunfará. Te saludo. La paz sea contigo”.

“Gracias, Maestro, porque curaste a mi madre”.

“Lo merecías porque supiste creer. Mi poder aquí es inerte, porque no hay fe. Vámonos, amigos. Mañana al amanecer partiremos”.

110 La Virgen enseña a Magdalena

8 agosto 1945

“¿En dónde haremos parada, Señor mío?” pregunta Santiago de Zebedeo mientras van caminando por una cañada que hay entre dos colinas, muy bien cultivadas y verdes, desde abajo hasta la cima.

“A Belén de Galilea. Pero cuando haga calor nos detendremos en el monte que domina Merala, y así tu hermano será feliz una vez más viendo el mar”. Una sonrisa sobre el rostro de Jesús. Luego añade: “Nosotros los hombres habríamos podido haber avanzado más, pero detrás de nosotros vienen las discípulas, que aunque jamás se lamentan, con todo no debemos cansarlas en exceso”.

“Jamás se lamentan. Es verdad. Nosotros somos más propensos a hacerlo” admite Bartolomé.

“Y sin embargo están menos acostumbradas que nosotros a esta vida...” dice Pedro.

“Tal vez por esto lo hacen con más gusto” interviene Tomás.

“No, Tomás. Lo hacen gustosas por amor. Recuerda que ni mi Madre, ni las otras mujeres de hogar, como María de Alfeo, Salomé y Susana, lo dejan gustosas por venir por los caminos del mundo y acercarse a la gente. Marta y Juana, cuando ésta también venga, que no están acostumbradas a las fatigas, no lo harían gustosas si el amor no las excitase. Respecto a María Magdalena sólo un poderoso amor le puede dar fuerzas para soportar este tormento” dice Jesús.

“¿Por qué se lo has impuesto, si sabes que es tortura?” pregunta Iscariote. “No es cosa buena para ellas ni para nosotros”.

“Ninguna otra cosa podría persuadir al mundo de su indudable cambio que una demostración clara. María quiere convencer al mundo de que ha cambiado. Su separación del pasado ha sido perfecta. Es completa”.

“¡Habrà qué ver! Es todavía pronto para afirmarlo. Cuando se ha acostumbrado uno a un determinado género de vida, difícilmente se separa del todo. Amistades y nostalgias nos llevan otra vez a él” dice Iscariote.

“¿Entonces tienes tú nostalgia de tu vida de antes?” pregunta Mateo.

“Yo... no. Lo hago por decir. Yo soy: un hombre, que ama al Maestro y... en resumidas cuentas tengo en mí medios que me sirven para perseverar en mis propósitos, pero ella es una mujer, y ¡qué mujer! Y luego aunque estuviese muy firme no es muy agradable tenerla con nosotros. Si tuviésemos qué encontrarnos con rabíes o sacerdotes, o grandes fariseos, pensad que no sería placentero el momento. De antemano siento enrojecerme de vergüenza”.

“No te contradigas, Judas. Si realmente has destruido los puentes que te unían con el pasado, como tratas de insinuar, ¿por qué te duele tanto que una pobre alma nos siga para completar su transformación en el bien?”

“Por amor, Maestro. Yo también lo hago todo por amor. Amor por Ti”.

“Entonces perfeccionate en ese amor. Un amor, para ser tal, no debe ser jamás exclusivista. Cuando uno ama un solo objeto y no quiere amar otro, aun cuando se sienta correspondido, demuestra con esto que no posee el verdadero amor. El amor perfecto ama, con sus debidos niveles, a todo el género humano, y también a los animales y vegetales, a las estrellas y al agua, porque todo lo ve en Dios. Ama a Dios como es debido y ama todo en Dios. No olvides que el amor exclusivista es casi siempre un egoísmo. Por lo tanto procura llegar a amar también a los otros por amor”.

“Sí, Maestro”.

La discusión termina tan pronto se acercan las mujeres que vienen con Magdalena, la cual no sabe que ha sido el objeto de ella.

Llegan al pueblo de Yata. Lo atraviesan, salen de él, sin que ninguno de sus habitantes muestre el deseo de seguir al Maestro o de detenerlo. Continúan. Los apóstoles se inquietan por la indiferencia. Jesús trata de tranquilizarlos.

El valle continúa en dirección hacia el poniente y en sus límites se descubre otro poblado que se extiende a las faldas de un monte.

Esta población, que oigo se llama Meraba, es también indiferente. Tan sólo algunos niños se acercan a los apóstoles, cuando toman agua de una fuente limpiísima cercana de una casa. Jesús los acaricia preguntándoles su nombre y los niños le preguntan el suyo, y quién es, a dónde va, qué cosa hace. Se acerca también un mendigo semiciego, viejo, encorvado. Extiende su mano para recibir una limosna, que de hecho recibe. Empieza de nuevo la marcha al subir por una colina que se interpone al valle y en el que arroja el agua de sus dos riachuelos, que no son más que un hilo plateado y piedras que se tuestan bajo el sol ardiente. El camino es bueno, entre olivares de primera clase, de diversa clase de plantas que al entrelazar rama con rama forman una especie de galería verde. Llegan a la cima donde se encuentran con un bosque, que me parecen son fresnos. Se sientan para descansar y tomar sus alimentos. Además de suave descanso, tienen ante su vista un hermoso panorama formado con la cordillera del Carmelo a la izquierda de quien mira al poniente. En esa cordillera se descubre que todo es verde, verde de muchos tonos, un verde delicado y bello que termina en el mar, abierto, sin límites, que se alarga, con su movimiento de ondas imperceptibles, hacia el norte, para ir a bañar las playas que suben de la punta del promontorio formado por la última parte del Carmelo hacia Ptolemaida y otras ciudades, hasta perderse en una larga neblina en dirección a la Siro-Fenicia. Sin embargo no se ve el mar al sur del promontorio del Carmelo, porque la cordillera, más alta que la colina, donde está uno, estorba la vista.

Las horas pasan envueltas en la sombra que cuchichea en medio del bosque ventilado por todas partes. Alguien duerme, alguien habla en voz baja, alguien contempla el panorama, Juan se aparta de sus compañeros y busca un lugar más alto para ver mejor. Jesús se recoge en un lugar tupido para orar y meditar. Las mujeres por su parte se han retirado detrás de una cortina flotante de madreselva que está en flor. Se han ido a refrescar en un insignificante manantial que pronto se convierte en lodo. Terminado esto, las de más edad se han dormido, cansadas. María la Madre de Jesús con Marta y Susana hablan de sus lejanos hogares y ella dice que le gustaría tener ese bosquecillo de flores en su gruta pequeña.

Magdalena que se había soltado el cabello, no pudiendo resistir su peso, se lo recoge de nuevo y dice: “Voy con Juan, ahora que está con Simón, a ver el mar”.

“También yo voy” dice la Virgen.

Marta y Susana se quedan con las que están durmiendo.

Para llegar a donde están los dos apóstoles, deben pasar ¿cerca del lugar donde Jesús, solo, está en oración.

“Mi Hijo encuentra su descanso en la oración” dice en voz baja María.

Magdalena observa: “Me parece que le sea aún indispensable el alejarse para mantener el maravilloso dominio que tiene, y que el mundo somete a pruebas tan duras. ¿Sabes, Madre? Hice lo que me dijiste. Cada noche me alejo por un poco de tiempo más o menos largo para

poder restablecer dentro de mí misma la calma que muchas cosas turban. Y luego me siento mucho más fuerte”.

“Por ahora te sientes fuerte, más tarde, feliz. Créeme, María, que tanto en la alegría como en el dolor, en la paz como en la lucha, nuestro espíritu tiene necesidad de sumergirse dentro del océano de la meditación para construir lo que el mundo y las vicisitudes humanas debilitan, para crear nuevas fuerzas, para poder subir siempre hacia arriba. En Israel usamos y hasta abusamos de la oración vocal. No quiero decir que sea inútil o que no agrade a Dios, digo que siempre es más útil al corazón elevarse a Dios con la mente en la meditación, en que se contempla su divina perfección y nuestra miseria, o la de tantas pobres almas, no para murmurar de ellas, sino para compadecerlas y comprenderlas, y para agradecer al Señor que nos ha sostenido, para no hacernos pecar, o nos ha perdonado para no dejarnos caídas y así llegamos a orar realmente, esto es, a amar. Porque la oración para que sea realmente lo que es, debe ser amor, de otro modo no es más que un murmullo de labios, de los que el alma está ausente”

“¿Es lícito hablar con Dios, cuando todavía se tienen los labios sucios de tantas palabras profanas? En mis horas de recogimiento, que hago como me enseñaste, tú, mi apóstol dulcísimo, no permito a mi corazón que querría decir a Dios: “te amo”...”

“¡No! ¿Por qué?”

“Porque me parece que le haría una ofrenda sacrílega al ofrecerle mi corazón...”

“No lo vuelvas a hacer, hija. No lo vuelvas a hacer. Ante todo, mi Hijo te ha vuelto a consagrar tu corazón con su perdón y el Padre no ve otra cosa que este perdón. Aun en el supuesto de que Jesús no te hubiera perdonado, y tú en un lugar solitario, que puede ser tanto material como moral, grites a Dios: “¡Te amo, Padre, perdona mis miserias! Me desagradan por el dolor que te dan”, créeme, María, que Dios Padre te absolvería por sí y le sería agradable tu grito de amor. Abandónate, abandónate al amor. No le hagas violencia, Aun más, que en ti se convierta como un incendio devorador. El incendio consume todo lo que es material, pero no destruye una molécula de aire, porque el aire es incorpóreo, antes bien lo purifica de los desperdicios pequeñitos que los vientos esparcen, aun el viento más ligero. De igual modo se comporta el amor con el espíritu. Más pronto consumirá lo material del hombre, si Dios lo permite, pero no destruirá el espíritu, al contrario, aumenta su vitalidad y lo hace puro y ágil para subir a Dios. ¿Ves ahí a Juan? Es realmente muy joven, y con todo es un águila. Es el mas fuerte de todos los apóstoles, porque ha comprendido el secreto de la fortaleza, de la formación espiritual; la meditación amorosa”.

“El es puro. Yo... Él es un jovencillo. Yo...”

“Mira a Zelote. No es un jovencillo. Llevó su vida, lucho, odió. Lo confiesa sinceramente. Pero aprendió a orar. Y créeme, también él está muy alto. ¿Ves? Se buscan ambos, porque se sienten iguales. Han llegado a la misma edad perfecta del espíritu y con el mismo medio: la oración mental. Por medio de ella el jovencillo se ha hecho un adulto en el espíritu, y por ella el adulto y cansado, ha vuelto a encontrar una robusta vitalidad. ¿Y sabes? Hay otro que por su inclinación natural a la meditación está muy adelante, y desde que se hizo amigo de Jesús, se ha convertido en él una necesidad espiritual. Tu hermano”.

“¿Mi hermano Lázaro?... ¡Oh, Madre! Dímelo, tú que sabes muchas cosas porque Dios te las muestra, ¿cómo me tratará Lázaro en nuestro primer encuentro? Antes desdeñoso, guardaba silencio, pero lo hacía porque no soportaba sus amonestaciones. Fui muy cruel con mi hermano... Ahora lo comprendo. Ahora que sabe que puede hablar, ¿qué me dirá? Temo que sea muy franco. Ciertamente me echará en cara todas las penas que le causé. Quería ir muy lejos de donde está Lázaro. Tengo miedo. Antes iba allá, y ni siquiera los recuerdos de nuestra difunta mamá, de sus lágrimas aun vivas en los objetos que usó, de sus lágrimas que derramó por mí, por mi culpa, me hacían mella. Mi corazón era cínico, desvergonzado, cerrado a toda voz que no fuese el “mal”. Ahora no tengo más fuerza perversa del mal y tengo miedo... ¿Qué me hará Lázaro?”

“Te abrirá sus brazos y te gritará más con el corazón que con sus labios: “hermana mía amada”. Ha avanzado tanto en Dios que no puede más de usar este modo. No tengas miedo, no te dirá ninguna palabra del pasado. Me parece como si lo estuviese viendo. Le parecen largos los días, ahí en Betania, los días de la espera. Te está aguardando para estrecharte sobre su corazón, para colmar su amor de hermano. Tú no tienes qué amarlo sino como él para gustar la dulzura de haber nacido de igual seno”.

“Lo amaré aunque me eche en cara todo. Me lo merezco”.

“Él sólo te amará. Sólo esto”.

Han llegado donde está Simón y Juan que hablan de los viajes futuros y que se levantan reverentes cuando llega la Madre del Señor.

“También venimos nosotras a alabar al Señor por sus bellas obras de la creación”.

“¿Has visto alguna vez el mar, Madre?”

“Lo vi. Y en esa ocasión estaba menos tempestuoso que mi corazón; menos salado que mi llanto. Huía a lo largo del litoral de Gaza hacia el mar Rojo, con mi Niño entre los brazos y el miedo de Herodes a las espaldas. Lo vi cuando regresamos. Entonces estaba la primavera en la tierra y en mi corazón. La primavera del regreso a la patria. Jesús movía sus manitas, feliz de ver cosas nuevas... José y yo también éramos felices. Pues la bondad del Señor nos había hecho de mil modos menos duro el destierro en Matarea”.

Su conversación dura mientras que en mí cesa la capacidad de ver u oír.

111. En Belén de Galilea

9 agosto 1945.

Es tarde ya cuando llegan a Belén de Galilea. La ciudad se encuentra recostada en medio de colinas ondulantes envueltas en verdor, en bosques, en prados, en los que pastan los rebaños, que poco a poco van bajando a sus rediles para la noche.

El aire rojo, huella del crepúsculo que se ha sumido, está lleno de música pastoril de cencerros y de balidos temblorosos, a los que se unen los gritos alegres de los niños que juegan, y las voces de sus madres que los llaman.

“Judas se Simón, ve con Simón a buscar alojamiento para nosotros y para las mujeres. En el centro del poblado está el albergue, y allí nos reuniremos”.

Mientras Judas y Zelote lo obedecen, Jesús se vuelve a su Madre y le dice: “Esta vez no será como en la otra Belén. Encontrarás reposo, Mamá. En esta estación poco se mueve, y no hay ningún edicto”.

“En esta estación sería placentero dormir aun en los prados y en medio de estos pastores, en medio de estos corderitos” y María envía una sonrisa a su Hijo, como a los pastorcitos curiosos que la miran de hito en hito. Es tan atractiva su sonrisa que uno da un codazo al otro, y en voz baja le dice: “No puede ser menos que Ella” y se adelantan diciendo: “Te saludo, María llena de gracia. ¿El Señor está contigo?”

María responde con una sonrisa mucho más dulce: “Ahí está” y señala a Jesús que está hablando con sus primos, dándoles el encargo de dar limosnas a los pobres que se acercan con lamentosas súplicas. María tocando el hombro de Jesús delicadamente le dice: “Hijo mío, estos pastorcitos te buscan y me han reconocido. No sé cómo...”

“Es que ha pasado por aquí Isaac dejando el perfume de la revelación. Muchacho, ven aquí”.

El pastorcito, un zagal* de doce a catorce años, moreno, robusto aunque delgado, de ojos negros vivísimos, de melena de color de ébano que le cae sobre las espaldas, trae una piel de oveja –me parece como si fuera un retrato juvenil del Precursor– se acerca con una sonrisa dichosa, como fascinado por Jesús.

“La paz sea contigo muchacho. ¿Cómo reconociste a María?”

* zagal = pastor joven que está a las órdenes del mayordomo.

“Porque sólo la Madre del Salvador podía tener tal sonrisa y tal rostro. Me dijeron: “Un rostro de ángel, con ojos de estrella y una sonrisa que es más dulce que el beso de la propia madre, dulce como su nombre santo que es María, que pudo inclinarse sobre el Dios recién nacido”. Esto descubrí en Ella y la saludé porque te andaba buscando. Te buscamos Señor, y... no me atrevía a hablarte sin más ni más”.

“¿Quién te habló de nosotros?”

“Isaac, originario de Belén, que nos ha prometido llevarnos a Ti, cuando llegue el otoño”.

“¿Estuvo aquí Isaac?”

“Está todavía por estas zonas, con muchos discípulos. Él nos habló nosotros los pastores y creímos en su palabra. Señor, permite que también nosotros te adoremos como aquellos compañeros nuestros en la bienaventurada noche” y mientras se pone de rodillas en el polvo del camino echa un grito a los otros pastores que han detenido su rebaño a las puertas de la ciudad (puertas por decirlo de algún modo, porque la ciudad no tiene murallas), allí donde Jesús se detuvo para esperar a las mujeres y entrar todos en el poblado.

El pastorcillo grita: “Padre, hermanos, amigos, hemos encontrado al Salvador. Venid a adorarlo”.

Los pastores llegan, se apiñan con sus ganados alrededor de Jesús, y le piden que no se vaya, sino que acepte su pobre hogar, que no está lejos, por su propia casa y para sus amigos.

“Es un gran redil”, explican “porque Dios nos protege y hay habitaciones y portales llenos de heno oloroso. Las habitaciones serán para la Madre y para sus hermanas, pues son mujeres. Pero también para Ti hay una. Los demás pueden dormir con nosotros bajo los pórticos sobre el heno”.

“Yo también estaré con vosotros. Vayamos primero a dar la noticia a Judas y a Simón”.

“Yo voy Maestro” dice Pedro y se va junto con Santiago de Zebedeo.

Se quedan parados al lado del camino esperando a que regresen los cuatro apóstoles.

Los pastores miran a Jesús como si fuese ya Dios en su gloria. Los más jóvenes se sienten realmente felices, y parece como si quisieran grabarse en la mente cada pormenor de Jesús y de María, la cual se ha inclinado a acariciar a corderitos que juntan su trompita, balando, contra sus rodillas.

“Había uno en la casa de Isabel, mi pariente, que cada vez que me veía, me lamía las trenzas. Le decía que era mi amigo, porque lo quería mucho y apenas si podía, corría a mí. Este se parece mucho a él, con estos ojos de dos colores. No lo matéis. Al otro también lo dejaron vivir, porque yo lo quería mucho”.

“Es corderita, Señora y la queríamos vender porque tiene ojos de dos colores y creo que con uno no ve bien. Pero la tendremos con nosotros, si tú lo quieres”.

“¡Oh, sí! Yo no querría que fuese degollado un cordero más... son tan inocentes y con una voz de niño que llaman a su nana. Me da la impresión de que se matase a un niño al degollar a uno de estos”.

“Pero, Señora, entonces, si no se degollase a todos los corderitos, no habría lugar en la tierra para nosotros” dice el pastor de mayor edad.

“Lo sé, pero pienso en su dolor y en el de sus madres. Tanto que gimen cuando les quitan sus hijos. Se parecen a nosotras las madres. No puedo ver a alguien que sufra, pero siento la aflicción de una madre destrozada. Es diversa de las demás, porque a nosotras nos desgarran no sólo el corazón y el cerebro cuando se mata a un hijo nuestro, sino las mismas entrañas. Nosotras las madres permanecemos unidas al hijo, siempre. Y es desgarrarnos, cuando nos lo quitan” María no sonríe más. Tiene una gota de llanto en sus ojos azules y mira a Jesús que la escucha y mira. Le pone una mano en el brazo, como si tuviese miedo de que se lo fuesen a arrebatar de su lado.

Por el camino polvoriento se acerca un reducido número de personas armadas: seis hombres, y personas que con ellos vienen gritando. Los pastores se miran entre sí y hablan en

voz baja. Luego miran a María y Jesús. El de mayor edad toma la palabra: “Si es así es una buena suerte que no hubieseis entrado en Belén esta tarde”.

“¿Por qué?”

“Porque esa gente, que acaba de pasar y de entrar en la ciudad, va a arrebatarse a una madre su hijo”.

“¡Oh! ¿pero por qué?”

“Para matarlo”.

“¡Oh, no! ¿Qué hizo?”

También Jesús pregunta y los apóstoles se agolpan para oír.

“Encontraron asesinado por el camino al rico Yoel. Regresaba de Sicaminón, con las bolsas llenas de dinero. No se trató de ladrones porque el dinero estaba con el occiso. El siervo que lo acompañaba dice que su patrón le había dicho que se adelantase corriendo para avisar de su llegada, y por el camino, dirigiéndose al lugar donde se cometió el homicidio, vio sólo al joven que ahora será matado. Además, dos de la población juran haberle visto cuando atacaba a Yoel. Ahora los familiares del occiso exigen su muerte. Y si es homicida...”

“¿No lo crees?”

“No me parece que sea posible. El joven no es un muchacho cualquiera. Es bueno. Siempre ha vivido con su madre, que no tiene otro hijo más. Ella es viuda, y una viuda santa. No le faltan los medios para vivir. No piensa en las mujeres. No es peleonero. Es un hombre cabal. ¿Por qué entonces lo mató?”

“Tal vez tendrá enemigos”.

“¿Quién: Yoel el muerto o Abel el acusado?”

“El acusado”

“¡Ah! No sabría... No... No sabría...”

“Sé franco, hombre”.

“Señor, pienso en una cosa, pero Isaac nos dijo que no debemos pensar mal del prójimo”.

“Pero se debe tener valor para salvar a un inocente”.

“Si hablo, tenga razón o no, debo huir de acá porque Aser y Jacobo son poderosos”.

“Habla sin temor. No te verás obligado a huir”.

“Señor, la madre de Abel es joven, bella e industriosa. Aser no es industrial, como tampoco Jacobo. Al primero le gusta la viuda y al segundo... el poblado sabe que el segundo es un cuculo(???) en el tálamo de Yoel. Yo pienso que...”

“Entiendo. Vamos amigos. Quedaos aquí, vosotras mujeres, con los pastores. Regreso pronto”.

“No, Hijo. Yo voy contigo”.

Jesús con premura está ya en el camino, en el centro de la población. Los pastores se quedan indecisos, pero luego dejan su ganado a los más jóvenes, que se quedan con todas las mujeres, menos la Virgen y María de Alfeo, que siguen a Jesús, y se apresuran por alcanzar al grupo apostólico.

En la tercera calle que corta el camino principal de Belén se encuentran con Iscariote, Simón, Pedro y Santiago, que hacen señas y dan gritos.

“Qué desgracia, Maestro, ¡qué desgracia! ¡y qué pena!” dice Pedro desfigurado.

“Un hijo a quien arrebatan de su madre a la fuerza. Ella lo defiende como una leona. Pero es mujer y ellos están armados” agrega Simón Zelote.

“Le sale sangre por todas partes” dice Iscariote.

“Le rompieron la puerta, porque se había atrancado detrás de ella” añade Santiago de Zebedeo.

“Voy allá”.

“Oh, sí. Tú eres el único que puedes controlarla”.

Dan vuelta a la derecha, después a la izquierda, hacia el centro del poblado. Se distingue ya un montón de gente que se agita alrededor de la casa de Abel. Se oyen los gritos desgarradores de la madre, gritos que no saben a humano, agresivos y dignos de compasión

al mismo tiempo. Jesús apresura el paso. Llega a una plaza pequeña, que es una curva de la calle, que se alarga. Allí el tumulto está en su colmo.

La mujer defiende a su hijo contra los soldados. Con una mano está agarrada a un pedazo de la puerta destrozada, y con la otra a la cintura de su hijo. Si alguien trata de quitársela, lo muerde con toda furia, sin preocuparse de los golpes que recibe, ni de los tirones que recibe en su cabellera, que son tan fuertes que le echan la cabeza atrás. Cuando no muerde, grita: “¡Déjadlo! ¡Asesinos! ¡Es inocente! ¡La noche en que fue muerto Yoel, durmió conmigo a mi lado! ¡Asesinos, asesinos! ¡Calumniadores! ¡Inmundos! ¡Perjuros!”

Y el jovenzuelo, a quien sus captores han cogido por la espalda y lo llevan arrastrando por los brazos, se vuelve con la cara desfigurada y grita: “Mamá, mamá! ¿Por qué he de morir si no he hecho nada?”

Es un hermoso jovencillo. Alto, delgado, de ojos oscuros y dulces. De cabello negro. Sus vestidos desgarrados muestran un cuerpo ágil y joven, casi como si fuera niño.

Jesús con la ayuda de quienes lo acompañan, se abre paso por entre la multitud, como si fuera un mozo. Se acerca hasta el grupo que causa lástima, exactamente en el momento en que la mujer, cansada, es arrancada de la puerta y arrastrada, como un costal, unida al cuerpo de su hijo, por la calle pedregosa. Pero esto no sucede más que por unos cuantos metros. Un jalón mucho más fuerte, arranca las manos maternas de la cintura del hijo, y la mujer cae por tierra, golpeando su cara contra el suelo, en un mar de sangre. Al punto se endereza, se pone de rodillas, tiende sus brazos mientras su hijo, a quien se llevan a toda prisa, a través de la multitud que a duras penas abre paso, se libera el brazo izquierdo y lo agita, retorciéndose hacia atrás y gritando: “Mamá, adiós. ¡Recuerda tú, al menos, que soy inocente!”

La mujer lo mira con ojos de demente, y luego, desvanecida, cae por tierra.

Jesús se interpone al paso de los captores. “Deteneos un momento. ¡Os lo ordeno!” Y su rostro no admite réplica.”

“¿Quién eres?” agresivamente pregunta un ciudadano que está en el grupo. “No te conocemos. Retírate y déjanos ir para que sea muerto antes de que llegue la noche”.

“Soy un Rabbí. El más grande. En nombre de Yehová deteneos, o Él os destruirá con sus rayos”. Parece como si Él fuese quien los enviase. “¿Quién es el que da testimonio contra este?”

“Yo, él y él” responde el que había hablado antes.

“Vuestro testimonio no es válido, porque no es verdadero”.

“¿Y cómo lo puedes decir? Estamos prontos a jurarlo”.

“Vuestro juramento es pecado”.

“¿Que estamos pecando nosotros? ¿Nosotros?”

“Vosotros. Así como dentro fomentáis la lujuria, dais pasto al odio, apacentáis la avaricia de las riquezas, y cometéis homicidios, así también sois unos perjuros. Os habéis vendido a la inmundicia. Cualquier cosa criminal podéis realizar”.

“Ten cuidado de lo que estás diciendo. Yo soy Aser...”

“Y Yo soy Jesús”.

“No eres de aquí y no eres sacerdote, ni juez. No eres nada. Eres un forastero”.

“Sí, soy el forastero, porque la tierra no es mi reino, pero soy juez y sacerdote, no sólo de esta pequeña parte de Israel, sino de todo Israel y de todo el mundo”.

“Vámonos, vámonos. Dejemos a este loco” dice otro testigo, y da un empujón a Jesús para quitarlo de allí.

“No darás ni un paso más” grita Jesús mirándolo con una mirada que subyuga, que paraliza, así como devuelve la vida y alegría cuando ama. “Tú no darás ni un paso más. ¿No crees en lo que estoy diciendo? Pues bien, mira. Aquí no hay el polvo del templo, ni el agua de él, y no están las palabras escritas con tinta para hacer el agua amarguísima que es la señal de los celos y del adulterio¹. Pero aquí estoy Yo. Y Yo voy a juzgar”.

¹ Cfr. Núm. 5, 11-31.

La voz de Jesús es un resonar de trompetas, por lo penetrante que es.

La gente se amontona por ver. Sólo la Virgen y María de Alfeo se quedan a ayudar a la mujer desvanecida.

“Y Yo voy a juzgar aquí. Dadme un poco de polvo del camino, y una poquita de agua en una taza. Y mientras me lo traéis, vosotros acusadores, y tú, el acusado, responded. ¿Eres tú inocente, hijo? Dilo con sinceridad al que es tu Salvador”.

“Lo soy, Señor”.

“Aser, ¿puedes jurar de no haber dicho más que la verdad?”

“Lo juro. No tendría razón de mentir. Lo juro por el altar. Descienda del cielo fuego que me queme, si no digo la verdad”.

“Jacob, ¿puedes jurar de ser sincero en tu acusación y sin ningún motivo interno que te empuje a mentir?”

“Lo juro por Yehová. El amor que tengo por el amigo occiso me obliga a hablar. No tengo nada que ver con éste”.

“Y tú, siervo, ¿puedes jurar que has dicho la verdad?”

“Mil veces, si fuera necesario. Mi patrón, mi pobre patrón” y llora cubriéndose la cabeza con el manto.

“Está bien. He aquí el agua y he aquí el polvo. Voy a decir lo siguiente: “Tú, Padre Santo y Dios Altísimo, muestra tu juicio verdadero por este medio, a fin de que vida y honra permanezcan con el inocente y con la madre desolada y digno castigo par con el que no lo es. Pero por la gracia que tengo ante tus ojos, no fuego ni muerte, sino larga expiación tenga el que cometió el pecado””.

Dice estas palabras teniendo las manos extendidas sobre la taza como hace el sacerdote en el altar durante la misa, en el ofertorio. Después mete la derecha en la taza y con la mano mojada de agua rocía a los cuatro, sujetos a juicio, y los hace beber un poco de agua. Primero al joven, y luego a los demás.

Cruza los brazos sobre el pecho y mira. También la gente mira, y poco momentos después un grito se les escapa de los labios y se echan por tierra de bruces. Entonces, los cuatro que estaban en línea se miran entre sí y gritan a su vez. El primero, el joven, de estupefacción, los otros de horror, porque se ven cubiertos en la cara de una subitánea lepra, entre tanto que en la del joven no hay nada.

El siervo se arroja a los pies de Jesús que se separa como todos los demás, los soldados incluidos, y se separa tomando de la mano al joven Abel, para no contaminarse con los tres leprosos. Grita el siervo: “¡No! ¡No! ¡Perdón! ¡Estoy leproso Son ellos los que me pagaron para que retardase a mi patrón hasta el atardecer, para pegarle en el camino solitario. Me hicieron que quitara la herradura a la mula. Me enseñaron cómo mentir diciendo que yo me había adelantado, y no es así, porque me estuve allí para matarlo con ellos. Diré también por qué lo hicimos. Porque Yoel sabía que Jacobo amaba a su joven mujer y porque Aser deseaba a la madre de este y ella lo rechazaba. Se pusieron de acuerdo para librarse de Yoel y de Abel al mismo tiempo y quedarse con las mujeres. Esto es la verdad. Quítame la lepra, quítamela. Abel, tú eres bueno ¡intercede por mí!”

“Tú vete a donde está tu madre. Que cuando salga de su desvanecimiento vea tu cara y vuelva a una vida tranquila. Y vosotros... Debería deciros: “Que os castiguen, como queráis hacer”, sería una justicia humana, pero os entrego a una expiación sobrehumana. La lepra de la que os horrorizáis os salva de ser cogidos y muertos como merecéis. Pueblo de Belén, apartaos, abríos como el agua del mar para que se vayan estos a su galera, ¡horrible galera! Más atroz que la muerte. Es una piedad divina el que se les da un modo de volver en sí, si quieren. ¡ldos! ¡Largaos!”

La multitud se pega a las paredes, dejando libre el centro de la calle, y los tres, cubiertos de lepra como si muchos años antes la tuviesen, se van uno detrás del otro a la montaña en el silencio, en las penumbras que empiezan a caer. No se escucha ni el trinar de los pájaros, ni ruido de animales. Tan sólo se escucha el llanto.

“Purificad el camino con mucha agua después de haberos quemado con el fuego. Soldados, id y referid que se hizo justicia según la más perfecta ley mosaica”.

Jesús da muestra de ir a donde su Madre y María Cleofás siguen socorriendo a la mujer que poco a poco torna en sí, mientras su hijo le acaricia las manos heladas y la besa. Pero la gente de Belén con un respeto como si estuviese aterrorizada, le ruega: “Háblanos, Señor. Realmente eres poderoso. Ciertamente. Tú eres el hombre de quien habló uno que por aquí pasó anunciando al Mesías”.

“Hablaré por la noche, cerca del redil de los pastores. Ahora voy a consolar a la madre”.

Va a donde está la mujer que sentada sobre las rodillas de María de Alfeo, torna cada vez más a la vida; mira con cara de afecto a María que le sonríe, pero no logra recapacitar del todo sino que al bajar su mirada ve la cabeza negra de su hijo que está inclinado sobre sus manos temblorosas, y le pregunta: “¿También estoy yo muerta? ¿Es este el seno de Abraham?”

“No, mujer. Esta es la tierra, este es tu hijo, salvado de la muerte. Y este es Jesús, mi Hijo, el Salvador”.

La mujer hace un movimiento muy humano. Reúne todas sus fuerzas y se alarga para tomar la cabeza inclinada de su hijo. Lo ve vivo y sano, lo besa frenética, llorando, riendo, diciendo aquellas palabras cariñosas que sólo le había dicho cuando fue un bebé.

“Sí, mamá, sí. Pero ahora mira, no a mí sino a Él que me ha salvado. Bendice al Señor”.

La mujer todavía muy débil para levantarse o para ponerse de rodillas, extiende sus manos temblorosas, en las que hay sangre, toma la mano de Jesús y la cubre de besos y lágrimas.

Jesús le coloca su mano izquierda sobre la cabeza, le dice: “Sé dichosa. En paz. Sé buena siempre, y también tú, Abel”.

“No, Señor mío. Mi vida y la de mi hijo son tuyas, porque las salvaste. Permite que se vaya con los discípulos como lo deseaba ya desde que estuvieron aquí. Te lo doy con toda mi alegría y te ruego que me permitas ir tras él para servirlo, y para servir a los siervos de Dios”.

“¿Y tu casa?”

“¿Oh, Señor! ¿Puede uno que ha resucitado de la muerte tener los mismos afectos que antes de morir? Mirta ha salido de la muerte y del sepulcro por Ti. Aquí podría llegar a odiar a los que me han atormentado en mi criatura, y Tú predicas el amor. Lo sé. Deja pues, que la pobre Mirta ame al único que merece amor, como su misión y a sus siervos. Ahora me encuentro todavía débil y no podría seguirte, pero apenas pueda, permítemelo Señor. Iré siguiéndote y contigo, mi Abel...”

“Seguirás a tu hijo y a Mí con él. Sé feliz. Quédate en paz, con mi paz que te doy. Adiós”.

Y mientras la mujer, a quien sostiene su hijo y algunos compasivos, vuelve a entrar en su casa, Jesús con los pastores, apóstoles, su Madre y María de Alfeo, salen de nuevo del poblado, se dirige al redil que está situado en la punta de un camino que termina en los campos..

...Se ha prendido una gran hoguera para iluminar la reunión. Sentados en rueda por el campo, esperan que venga Jesús a hablar. Se habla de los sucesos del día. Está también presente Abel con el que muchos se congratulan, diciendo que *todos* creían en su inocencia.

“¡Pero estabais prontos a matarme! Hasta tú que me habías saludado en la puerta de mi casa en la hora en que fue asesinado Yoel”, no puede dejar de responder el jovenzuelo. Pero añade: “Te perdono en nombre de Jesús”.

En estos momentos Jesús sale del redil y se dirige a ellos. Alto, vestido de blanco, rodeado de sus apóstoles, seguido por los pastores y las mujeres.

“La paz sea con todos vosotros.

Si el haber venido, sirvió para establecer el reino de Dios entre vosotros, sea bendito el Señor. Si el haber venido sirvió para hacer brillar una inocencia, sea bendito el Señor. Si el haber llegado a tiempo para impedir un crimen, sirve también para dar un medio de redimirse a tres culpables, sea bendito el Señor.

Entre las muchas cosas que nos ofrece el día de hoy como tema de meditación y en el que meditaremos mientras la noche baja a rodear con sus tinieblas la alegría de dos corazones y el

remordimiento de otros tres –pues que en sus tinieblas esconde como con un velo púdico las lágrimas de alegría de aquellos y las que les quema a estos, lagrimas que Dios ve– está sin duda el tema de que nada es inútil de cuanto Dios estableció en su ley.

La ley que dio, Israel la observa pero no en la realidad. La Ley está allá, analizada, desentrañada, despedazada, hasta hacerla morir con tormentos de sutilezas y sutilezas. Está allí, como un cadáver momificado que no tiene vida, ni respiración, ni circula por él la sangre, no obstante tenga la apariencia de alguien que parezca no moverse porque está sumergido en el sueño. De igual modo la ley no tiene vida, ni respira, ni tiene sangre en muchos, en muchos corazones. Se sienta uno sobre una momia, como se sienta uno sobre un escalón. Sobre una momia se pueden poner objetos, vestidos, hasta cosas sucias, si se quiere, y no se rebela porque no tiene vida. De este modo se comportan muchos con la ley, a la que toman por escalón, por arroyo, por escape de sus inmundicias, seguros de que no se rebela en su conciencia porque está muerta para ellos.

Se podría comparar gran parte de Israel con los lugares pedregosos que se ven esparcidos por el valle del Nilo y por el desierto egipcio. Fueron bosques de plantas grandes, con linfa, que hacían ruido a las caricias del sol, hermosas con su follaje, con sus flores, sus frutos. Del lugar en que nacían se formaba un paraíso terrestre, querido a los hombres y animales que olvidaban la aridez desolada del desierto, la sed ardiente que la arena produce en el hombre al penetrar con su fuego por las narices; que olvidaban el sol despiadado que calcifica los cadáveres en poco tiempo, quitándoles la carne, reduciéndola a polvo y dejando tan solo retorcidos sobre la arena esqueletos y esqueletos limpios como si fuera obra de algún obrero; que olvidan todo bajo esta sombra verde, que hace ruido en su follaje, rica en agua y de frutos que devuelven la fuerzas, alivian el cansancio, robustecen para nuevas caminatas.

Después por una causa que se ignora, como si hubieran sido cosas maldecidas, no solo se secaron, como sucede con las plantas que ya muertas sirven para hacer fuego en las hogueras del hombre, o como las hierbas que se usan para iluminar la noche, y mantener alejadas las fieras, y apartar la humedad de los que vienen de lejanas tierras; pero que ni para leña sirven. Se han convertido en piedra. En piedras. Parece como si por ella hubiera subido la sílice del suelo como un sortilegio, desde sus raíces hasta el tronco, por sus ramas, por su follaje. Los vientos despedazaron después sus ramitas más débiles, que parecían de color alabastro, que es duro y frágil al mismo tiempo. Pero las ramas más robustas están allí sobre sus fuertes troncos para engañar a las caravanas cansadas, que debido al reflejo abrasador del sol o a la luz espectral de la luna, ven que se dibujan sombras de troncos derechos en sus mesetas, o en el fondo de los valles que tienen agua sólo en tiempos de avenidas, y que por ansia de un refugio, de un consuelo, de un pozo, de frutas secas y por el cansancio de los ojos quemados por el sol en las arenas sin misericordia, se precipitan a esas forestas que son un fantasma. En realidad ¡fantasmas! Ilusorias apariencias de cuerpos vivos. Reales presencias de cosas muertas.

Yo las he visto. Se me han quedado impresas como una de las cosas más tristes de la tierra, aun cuando no era Yo más que un niño. Así me parecieron hasta que no toqué, medí, pesé las cosas *completamente* tristes de la tierra, porque están completamente muertas: las cosas inmateriales, esto es la virtud y las almas muertas. Las virtudes muertas en las almas y estas porque han sido muertas.

La ley existe en Israel, pero se ha convertido como las plantas petrificadas del desierto: en sílice, que son muerte, objeto de engaño; objeto destinado a corroerse sin ser útil, y que causan mal porque crean espejismos que alejan de los verdes oasis, y hacen que se muera de sed, de hambre, de desolación, al traer al hombre a su muerte, la cual a su vez atrae a otros, como se lee en ciertas leyendas de los paganos.

Tuvisteis hoy un ejemplo de lo que significa una ley reducida a piedra en corazones que se habían petrificado. Es causa de toda clase de pecados y desventuras. Que esto os sirva para saber vivir y para saber hacer vivir la ley en vosotros, en su integridad que Yo ilustro con luces de misericordia.

Ya es muy noche. Las estrellas nos están mirando y también Dios. Levantad la mirada al cielo estrellado y elevad hacia Dios vuestro corazón, sin criticar a los infelices que Dios ha castigado, sin orgullos por haber estado limpios de pecado, y prometed a Dios y a vosotros mismos de no caer en la sequedad de las plantas maldecidas del desierto y de los valles de Egipto. La paz sea con vosotros”.

Les bendice y luego se retira al amplio recinto del redil, rodeado de rústicos portales bajo los que han puesto heno que sirva de lecho a los siervos del Señor.

112. “La vocación vale más que la sangre” En el camino a Sicaminón

10 agosto 1945

La mañana está tranquila y con sol, lo cual facilita la marcha por las colinas que se encuentran en dirección al poniente, esto es, al mar.

“Hicimos bien en haber llegado a estos montes en las primeras horas de la mañana. No hubiéramos podido aguantar en la llanura este sol, pero aquí hay sombras y está fresco. Compadezco a los que siguen el camino romano, bueno en el invierno” dice Mateo.

“Cuando pasemos estas colinas, encontraremos el viento del mar. Siempre es templado el aire” dice Jesús.

“Comeremos allá, en la cima. El otro día fue tan hermoso. Y de aquí debe serlo más porque el Carmelo está más cercano y más cercano está el mar” añade Santiago de Alfeo.

“¡Es realmente hermosa nuestra patria!” exclama Andrés.

“Así lo es. Hay de todo. Montes cubiertos de nieves, colinas de suaves pendientes, lagos, ríos, plantas de todas clases, y no falta el mar. En verdad el país de las delicias que celebraron nuestros salmistas, nuestros profetas, nuestros grandes guerreros y poetas” dice Tadeo.

“Recítanos siquiera un trozo, tú lo sabes” pide Santiago de Zebedeo.

“Con la belleza del paraíso creó Él la tierra de Judá.

Con la sonrisa de sus ángeles adornó la tierra de Neftalí y con los ríos de miel del cielo dio sabor a los frutos de la tierra.

Todo lo creado se refleja en ti, piedra preciosa de Dios, que a su pueblo santo dio.

Más dulce que los jugosos racimos que maduran en las pendientes de tus montes, más suave que la leche que llena las ubres de tus ovejas, más embriagadora que la miel que tiene el sabor de las flores que te visten, tierra bienaventurada, es la belleza del corazón de tus hijos.

El cielo bajó a crearse un río que una dos piedras preciosas. Para hacerte unos pendiente y una faja en tu vestido verde.

Canta tu Jordán y sonríe tu mar, que además recuerda que Dios es terrible, mientras que parece que danzan las colinas a la hora del crepúsculo como alegres jovencillas en el prado, y que tus montes dijese oraciones en las albas angelicales o que cantasen el alaluya en el quemar del sol, o también que adorasen juntos con las estrellas tu poder, Señor Altísimo.

No nos encerraste entre confines. Ante nosotros has dejado abierto el mar para decirnos que el mundo es nuestro”.

Hermoso, realmente hermoso. Yo solamente he estado en el lago y en Jerusalén, por años y años no he visto otra cosa. Conozco ahora tan sólo la Palestina, pero estoy seguro que no hay cosa más bella en el mundo” dice Pedro lleno de orgullo nacional.”María me dijo que es muy hermoso también el valle del Nilo” dice Juan.

Y el hombre de Endor habla de Chipre como de un paraíso” añade Simón.

“Sí, ¡pero nuestra tierra!..”

Los apóstoles, menos Iscariote y Tomás que van un poco atrás con Jesús, continúan alabando las bellezas de Palestina.

Las mujeres son las últimas, que no pueden menos que abstenerse de recoger semillas de flores para plantarlas en sus huertos o jardines, porque son hermosas, y porque serán un recuerdo de su viaje.

Águilas o buitres revolotean en lo alto sobre las crestas de las colinas, descendiendo hasta ellas, tal vez en busca de presa. Se traba una pelea entre dos buitres que luchan, perdiendo plumas en un duelo elegante y feroz que termina con la derrota y fuga de uno de los dos, que tal vez va a morir en algún remoto picacho. Al menos así creen todos, pues no tiene ya fuerza en volar, como si estuviese moribundo.

“Le hizo mal su glotonería” dice en forma de comentario Tomás.

“La glotonería y la terquedad siempre hacen mal. Como sucedió a aquellos tres de ayer... ¡Misericordia eterna! ¡Qué mala suerte!” dice Mateo.

“¿Jamás se curarán?” pregunta Andrés.

“Pregúntaselo al Maestro”.

Jesús, al ser interrogado, responde: “Sería mejor preguntar si se convertirán. Porque en realidad os digo que es preferible morir leproso y santo que sano y pecador. La lepra se queda en la tierra, en la tumba, pero el pecado permanece en la eternidad”.

“Me gustó mucho tu discurso de anoche” dice Zelote.

“A mí, no. Fue muy duro para muchos de Israel” dice Iscariote.

“¿Te encuentras entre ellos?”

“No, Maestro”.

“Y entonces, ¿por qué te sientes ofendido?”

“Porque te puede causar algún mal”.

“¿Debería entonces, para no ir al encuentro de mal alguno, pactar y ser cómplice de pecadores?”

“No quiero decir esto. Ni lo podrías hacer. Pero calla, no enemistarte con los grandes”.

“Callar es consentir. Yo no asiento a las culpas, ni de grandes ni de pequeños...”

“¿Pero no estás viendo lo que le pasó al Bautista?”

“Su gloria”.

“¿Su gloria? A mí me parece su ruina”.

“Persecución y muerte porque somos fieles a nuestro deber, son la gloria del hombre. El mártir es siempre glorioso”.

“Pero con la muerte, él mismo se obstaculiza de ser maestro, causa dolor a sus discípulos y padres. Él escapa de todo dolor, pero deja a otros en sufrimientos mayores. El Bautista no tiene padres, es verdad, pero no deja de tener deberes con sus discípulos”.

“Sería lo mismo aunque tuviese padres. La vocación es más que la sangre”.

“¿Y el cuarto mandamiento²?”

“Viene después de los que hablan de Dios”.

“Tú mismo viste ayer cómo sufre una madre...”

“¡Mamá! ¡Ven aquí!”

María rápida acude a la llamada de Jesús y le pregunta: “¿Qué quieres, Hijo mío?”

“Mamá, Judas de Keriot está defendiendo tu causa porque te ama y me ama”.

“¿Mi causa? ¿De qué cosa?”

“Me quiere persuadir a tener una prudencia mayor para que no me vaya a pasar lo que ha pasado a nuestro pariente, el Bautista. Y me dice que es menester tener piedad de la madre propia, no exponiéndose al peligro por causa de ella, porque así lo ordena el cuarto mandamiento. ¿Tú qué dice? Te cedo la palabra, Mamá, para que tu enseñes con dulzura a este Judas nuestro”.

“Yo digo que no amaría a mi Hijo como Dios, que llegaría hasta pensar que he estado siempre engañada, de estarlo en lo que se refiere a su Naturaleza, si viese que se rebaja en su perfección al colocar en igual nivel su pensamiento y las consideraciones humanas y

² Cfr. Ex. 20, 12; Lev. 19, 3; Deut. 5, 16; Eccli. 3, 1-16.

perdiendo así las sobrehumanas, esto es, redimir, tratar de redimir a los hombres, porque los ama y por gloria de Dios, a costa de procurarse dolores y rencores. Lo amaría sí, pero como a un hijo descarriado por alguna fuerza maligna, lo amaría por piedad, porque es mi hijo, porque sería un desgraciado, pero no más con la plenitud de amor con que lo amo ahora que lo veo ser fiel al Señor”.

“A Sí mismo, querrás decir”.

“Al Señor. Ahora es Él el Mesías del Señor y debe ser fiel al Señor como cualquier otro, mejor dicho, más que cualquier otro, porque Él tiene la misión más grande que haya habido, que existe y que existirá sobre la tierra, y ciertamente recibe de Dios la ayuda proporcionada a tan grande misión”.

“¿Pero si le sucediese alguna desgracia, no llorarías?”

“Derramaría todas mis lágrimas. Pero derramaría lágrimas y sangre, si lo viese perjuro para con Dios”.

“Esto disminuirá mucho las culpas de los que lo perseguirán”.

“¿Por qué?”

“Porque tanto tú como Él casi los justificáis”.

“No te lo imagines. Las culpas serán siempre las mismas a los ojos de Dios, bien sea que juzguemos que eso es inevitable, sea que se piense que en Israel ningún hombre cometería ofensa alguna contra el Mesías”.

“¿Ningún hombre de Israel? Y si fuesen gentiles, ¿no sería lo mismo?”

“No. Para los gentiles no sería sino una culpa como lo es si la comete uno de sus semejantes. Israel sabe quién es Jesús”.

“Muchos de Israel no lo saben”.

“*No lo quieren saber*. Israel es incrédulo a propósito. Y por esto a la falta de caridad une la incredulidad y se cierra a toda esperanza. Pisotear las tres virtudes principales, Judas, no es una culpa muy pequeña. Es grave, espiritualmente es más grave que el acto material que se cometa contra mi Hijo”.

Judas que no tiene ya argumentos, se inclina a amarrarse una sandalia y se queda atrás.

Se llega a la cima, o mejor, a un borde que está casi en la cima, a un borde que se alarga hacia adelante como si quisiese correr hacia el azul sonriente del mar infinito. Hay un bosque tupido de encinas de luz color verde-claro esmeralda, por donde atraviesan agujitas de sol, en esta cima que es ancha, donde llegan los vientos, abierta a las playas marinas ya cercanas, frente a la majestuosa cordillera del Carmelo. Abajo, después del pie del borde que se levanta como ansioso vuelo, hay campitos a la mitad de la ladera, y hay un valle estrecho con un río profundo que será imponente cuando llegan las avenidas, pero que ahora está reducido a un hilo de plata por el centro de su lecho. Corre hacia el mar, pasando cerca de los pies del Carmelo. Un camino va a lo largo del río, sobre un dique, que une una ciudad que está en el centro de la ensenada de la costa con la del interior, tal ves Samaría, sin no estoy desorientada.

“Aquella ciudad es Sicaminón” dice Jesús. “Estaremos allí al atardecer. Ahora descansenos porque la bajada es difícil, aunque fresca y breve”.

Y sentados en círculos, mientras se tuestan sobre un rústico asador un cordero, que sin duda alguna fue regalo de los pastores, hablan entre sí y con las mujeres...

113. A los discípulos de Sicaminón: “Encenderse a sí mismos”

11 agosto 1945

En las riberas del torrente que está allá abajo Jesús encuentra a Isaac con muchos discípulos, conocidos unos, desconocidos otros.

Entre los conocidos están el sinagogo de Aguas Claras: Timoneo; José el acusado de incesto en Emaús; el joven que dejó de enterrar a su padre para seguir a Jesús; Esteban; el leproso Abel, que fue curado hace un año cerca de Corozaim con su amigo Samuel; el

barquero de Jericó; Salomón y otros, otros que no conozco, ni me acuerdo si alguna vez o en algún lugar los vi. Caras conocidas, que ya son muchas, y todas conocidas como caras de discípulos. Hay otros, conquistas de Isaac o de los mismos discípulos antes mencionados, que siguen el núcleo principal en espera de encontrar a Jesús.

El encuentro es afectuoso, lleno de alegría y reverencia. Isaac despidió rayos de alegría al ver al Maestro, al enseñarle su nueva grey, y por premio pide que hable a la gente que está con él.

“¿Conoces un lugar tranquilo donde pueda uno reunirse?”

“En la extremidad del golfo hay una playa desierta, en que hay chozas de pescadores, y que están vacías en este tiempo por malsanas y porque la estación de salar los pescados ha terminado, ellos han ido a Siro-Fenicia a la pesca del púrpura. Muchos de ellos creen ya en Ti porque te oyeron hablar en las ciudades marítimas y porque encontraron discípulos, y me cedieron sus chozas para que ahí descansásemos. Hemos regresado después de una misión, porque hay mucho qué hacer por esta costa. Está corrompida de muchas cosas. Quisiera llegar hasta Siro-Fenicia, y lo podría hacer por mar, porque sería muy duro caminar por la costa que quema los pies. Yo soy pastor y no marinero, y entre estos no hay uno solo que sepa navegar”.

Jesús, de alta estatura, un poco inclinado escucha a Isaac. En el rostro de Él se dibuja una sonrisa al oír la relación de Isaac, como lo hiciera un general con su soldado. Responde: “Dios te ayuda por tu humildad. Si aquí me conocen se debe a ti, discípulo mío, no a otros. Ahora preguntaremos a aquellos del lago, si pueden navegar, e iremos, si nos es posible, hasta la Siro-Fenicia”. Se vuelve a buscar a Pedro, Andrés, Santiago y Juan, que están en animada conversación con algunos discípulos, mientras Judas Iscariote está detrás para hacer los cumplidos a Esteban; y Zelote con Bartolomé y Felipe están junto a las mujeres. Los otros cuatro están con Jesús.

Vienen al punto los cuatro pecadores: “Qué tal, ¿podríais ir en barca por el mar?” pregunta Jesús.

Los cuatro se miran perplejos. Pedro se jala los pelos con la mano, mientras reflexiona. Luego pregunta: “¿Pero a dónde? ¿Muy adentro? Nosotros somos peces de agua dulce...”

“No muy lejos, a lo largo de la costa hasta Sidón”.

“¡Puf! Creo que se puede. ¿Qué decís vosotros?”

“También yo lo creo. Mar o lago siempre será la misma cosa: agua” dice Santiago.

“Al contrario: será más bello y fácil” dice Juan.

“No sé por qué piensas así” le replica su hermano.

“Porque ama el mar. Quien ama una cosa ve en ella todas las perfecciones. Si amases así a una mujer serías un esposo perfecto” dice por chanza Pedro a Juan sacudiéndolo.

“No. Lo digo porque en Ascalón vi que las maniobras son iguales y la navegación es tan dulce” responde Juan.

“Entonces, ¡vamos!” exclama Pedro.

“Pero sería mejor que uno del lugar nos acompañase. No conocemos este mar, ni sus fondos” observa Santiago.

“¡Oh! De eso ni me preocupo. ¡Tenemos a Jesús con nosotros! Antes no me sentía muy seguro ¡pero desde que aplacó el lago! Vamos, vamos con el Maestro a Sidón. Tal vez se hará algún bien” dice Andrés.

“Así pues, iremos. Conseguirás las barcas para mañana. Pedid a Judas de Simón dinero”.

Y mezclados entre sí, apóstoles y discípulos —es inútil decir qué alegría hay entre muchos, sobre todo los que ya conocían a Jesús— vuelven sobre sus pasos hacia la ciudad, le dan vuelta por las afueras hasta llegar a la extremidad de la bahía que se alarga como un brazo doblado dentro del mar. Las pocas chozas que hay allí, esparcidas sobre la costa guijarrosa y corta, son el lugar más miserable de la ciudad, el más despoblado y en el que se habita de vez en cuando. Ahora las chozas: resquebrajadas por la salobridad y la vejez, están todas

cerradas, y cuando las abren los discípulos se ve al punto su miserable estado. Húmedas, y con el mínimo de ajuar”

Mira. Son muy cómodas y limpias, aunque no bonitas” dice Isaac que las presenta.

“Bonitas no, pobres. Aguas Claras era un palacio real con estas. ¡Y había quién se lamentaba!...” refunfuña Pedro.

“Para nosotros representa una fortuna”.

“¡Claro! Lo que interesa es tener un techo y amarse. ¡Oh mira! Aquí está nuestro Juan. ¿Qué tal te va? ¿Dónde estabas?”

Juan de Endor, aunque envía una sonrisa a Pedro, veloz se dirige a Jesús que lo saluda con palabras cariñosas.

“No le dije que fuera, porque no se encuentra bien... prefiero que esté aquí. Está muy ocupado en dar noticias del Mesías a los de esta población y a los que las piden” dice Isaac.

De hecho el hombre de Endor está mucho más delgado que antes, pero en su rostro se refleja la serenidad. La flaqueza le da un cierto aire de dignidad, que hace pensar en alguien como si hubiese sufrido el martirio de la carne y del espíritu.

Jesús lo mira atentamente y le pregunta: “¿Estás enfermo Juan?”

“No más de lo que estaba antes de encontrarte. Sufro en la carne, pero en el corazón, si juzgo bien, me estoy curando de las heridas que tenía”.

Jesús mira aquellos ojos tranquilos y la frente, en cuyas sienes hay concavidades, pero no dice nada. Le pone una mano en la espalda, mientras con él entra en una choza, a donde han llevado conchas de agua de mar para refrescarse los pies cansados y jarras de agua para aliviar la sed. Afuera, en mesas rústicas, bajo la sombra de una especie de emparrado de hierbas trepadoras, se prepara lo necesario para comer. Es hermoso ver, mientras el crepúsculo va cayendo y el mar recita la plegaria de la tarde con su resaca sobre la playa de guijarros, la cena que Jesús divide con las mujeres y los apóstoles sentados en tablas sin labrar. Los demás, sentados en tierra, o sobre sillas o cestas puestas al revés, rodean la mesa principal. Pronto termina la cena, y mucho más pronto se limpia todo, pues la vajilla era muy poca, y sólo para los huéspedes más importantes. El mar se ha puesto de un color negro en la noche, que la luna todavía no ilumina. Toda su impotencia se descubre en esta hora triste y solemne propia de las costas marinas. Jesús, con vestido blanco realza su figura entre las sombras de la oscuridad. Se levanta de la mesa. Se acerca al centro de la pequeña multitud de discípulos, mientras las mujeres se retiran. Isaac y otro prenden en la arena pequeñas hogueras para iluminar y para tener alejados a los mosquitos que vienen de marismas cercanas.

“La paz sea con todos vosotros.

Antes del tiempo fijado la misericordia de Dios nos une, dando recíproca alegría a nuestros corazones. He escudriñado todos vuestros corazones moralmente buenos, como lo demuestra el hecho de que estuviéseis en espera mía, para que os forme, pues todavía sois imperfectos, de lo que hablan vuestras reacciones, que confiesen que perdura todavía en vosotros el hombre viejo de Israel con todos sus conceptos y prejuicios y que todavía no sale, como una mariposa de su larva, el hombre nuevo, el hombre del Mesías, que de Él ha recibido su amplia, luminosa y misericordiosa mentalidad, y todavía más su extensa caridad. Pero vosotros no os apenéis si he escudriñado y leído todos vuestros secretos. Un maestro debe conocer a sus estudiantes para poderlos corregir de sus defectos, y creedme, un buen maestro no se disgusta de los alumnos que tienen más defectos, antes bien sobre ellos se inclina para mejorarlos. Vosotros sabéis que Yo soy un buen Maestro.

Veamos ahora estas reacciones y estos prejuicios. Tratemos de considerar juntamente la razón por la que existen, y por el gozo de que estamos aquí reunidos, sepamos bendecir al Señor que siempre obtiene un bien colectivo de un bien particular.

De vuestros propios labios he oído la admiración que experimentáis por Juan de Endor. Esta admiración crece tanto más, cuanto que él declara ser un pecador convertido, y sobre lo pasado, y sobre lo nuevo apoya su tesis para poder predicar y hablar de Mí a todos. Es

verdad. Era un pecador. Ahora es un discípulo. Muchos de vosotros os habéis acercado al Mesías por mérito suyo. Ved, pues con qué medios, que el hombre viejo de Israel despreciaría, Dios se crea un nuevo pueblo suyo.

Os ruego que os abstengáis de juzgar con mala voluntad la presencia de una hermana que el viejo Israel no acepta como discípula. Mandé a las mujeres que se fuesen a descansar. Pero no fue por ese deseo cuanto porque tengáis la ocasión de poder valorar una conversión, y de evitar cualquier pecado contra el amor y justicia. Esta fue la razón por la que ordené a las mujeres que se fuesen a descansar.

María Magdalena, la gran pecadora de Israel, la que nos se excusaba de haber pecado, ha vuelto al Señor. ¿Y de quién debe esperar fidelidad y misericordia sino de Dios y de los siervos de Dios? Todo Israel y con él los extranjeros que viven entre nosotros, quienes muy bien la conocen y que la critican sin piedad alguna, ahora que no es más su cómplice de vicios, critica y se burla de esta resurrección.

Resurrección. Sí. Es la palabra más exacta. Resucitar de la carne no es el milagro más grande. Es siempre un milagro relativo destinado a que un día lo destruya la muerte. Yo no doy inmortalidad al que resucito en la carne, pero doy eternidad al que resucito en su corazón. Y entre tanto que un hombre muerto en la carne no une su voluntad con la mía para levantarse, y por lo tanto no tiene ningún mérito; en el que resucita en el espíritu está presente su voluntad, mejor dicho, es la primera en estarlo. Y así el resucitado tiene mérito.

Esto no os lo digo para justificarme. A Dios sólo debo dar cuentas de mis acciones. Pero vosotros sois mis discípulos. Y mis discípulos deben ser los primeros que me sigan. En vosotros no debe existir ninguna ignorancia y ninguna de aquellas inveteradas culpas, por cuya causa muchos están unidos con Dios tan sólo de nombre.

Todo es capaz de buenas acciones. Aun las cosas aparentemente menos aptas. Cuando una materia se presenta ante Dios, aunque sea la más inerte, helada, sucia, puede convertirse en movimiento, llamas, belleza. Os voy a dar un ejemplo tomado del libro de los Macabeos¹.

Cuando el rey de Persia envió a Nehemías a Jerusalén, se trató de ofrecer en el reconstruido templo y en el altar purificado los sacrificios. Nehemías recordaba cómo, en el momento en que Jerusalén fue capturada por los persas, los sacerdotes encargados del culto divino, tomaron el fuego del altar y lo escondieron en un lugar secreto, en el fondo de un valle, en un pozo profundo y seco y lo hicieron tan bien y en forma tan secreta que sólo ellos supieron dónde se quedó el fuego sagrado. Este hecho lo recordaba Nehemías. Tomó, pues, a los nietos de aquellos sacerdotes, y les dijo, que fuesen al lugar en que, antes de morir, los sacerdotes habían señalado a sus hijos, y estos a los suyos –pasando de este modo el secreto de padres a hijos– habían depositado el fuego sagrado para encender el fuego del sacrificio.

Los nietos bajaron al pozo secreto. No encontraron fuego, sino agua espesa, un lodo sucio, fétido, pesado, que se había acumulado allí de todos los albañales de la Jerusalén destruida. Se lo anunciaron a Nehemías. Ordenó que se tomase agua y se la llevasen. Hizo colocar la leña sobre el altar, y sobre la leña los sacrificios. Roció abundantemente todo con el agua lodosa. El pueblo estaba admirado. Los sacerdotes escandalizados de lo que miraban, pero obedecieron a Nehemías por respeto. ¡Cuánta tristeza en los corazones! ¡Cuánta desconfianza! Así como en el cielo había nubes que triste lo hacían, así también en los corazones había dudas que sumían en su tristeza a los hombres.

Pero el sol rompió tras las nubes y bajó con sus rayos al altar y la leña rociada con el agua pantanosa se prendió con tal llama que pronto consumió el sacrificio, mientras los sacerdotes recitaban las plegarias que Nehemías había compuesto, los himnos más hermosos de Israel, y todo esto hasta que el sacrificio fue consumido. Y para persuadir a la multitud de que Dios puede aun con materias menos aptas, pero empleadas con fin recto, hacer prodigios. Nehemías ordenó que el resto del agua se derramase sobre grandes piedras, y hecho esto se encendió una llama que fue absorbida por la luz que resplandeció sobre el altar.

¹ Cfr. 2 Mac. 1, 18-36.

Cada alma es un fuego sagrado que Dios envía al altar del corazón para que encienda el sacrificio de la vida en amor al Creador que la hizo. Cada vida es un holocausto, si es bien vivida, cada día es un sacrificio que se consume con la santidad.

Pero llegan los salteadores, los opresores del hombre y del alma. El fuego cae en lo profundo del pozo, y no por necesidad santa, sino por necedad sin nombre. Y allí, sumergido en los albañales de todos los vicios, se convierte en fango apestoso y pesado, hasta que no baja a aquel lugar un sacerdote, que lleva otra vez a la luz del sol el fango, colocándolo sobre el holocausto de su propio sacrificio. Porque tened muy en cuenta: no basta el heroísmo del que se convierte. Es necesario también el del que convierte. Aún más, este debería preceder, para que las almas se salven con nuestro sacrificio. Pues de este modo se llega a alcanzar que el fango se cambie en llama y acepte Dios como cosa grata a su santidad el sacrificio que se consume.

Sucede entonces, que como no es posible todavía ni suficiente persuadir al mundo de que un fango arrepentido, sea mucho más fuerte que un fuego común, aunque sea consagrado, pues este fuego sirve sólo para encender leña y quemar vicios, esto es, material apto para prender, sucede entonces que este fango arrepentido se hace tan fuerte que logra encender y prender aun las piedras, materia incombustible.

¿Y no preguntáis de dónde le venga a esta piedra tal propiedad? ¿No lo sabéis?

Os lo diré: en el ardor del arrepentimiento se funde en Dios llama con llama; llama que sube, llama que desciende; llama que se ofrece amando, que se encuentran de nuevo, que se unen, formando una sola cosa. Y cuando la llama más grande es la de Dios, acontece que rebose, venza, penetre, absorba. La llama del fango arrepentido no es más que una llama que pueda tomarse como cosa creada, sino llama infinita de una Cosa Increada: del Altísimo, Potentísimo, del Infinito Dios.

Son estos los grandes pecadores que se arrepienten verdaderamente, que lo hacen con todo su ser, con generosidad se entregan a su conversión sin quedarse sin nada del pasado, que enciende por primera cosa a sí mismo en la parte más difícil, con la llama que se levanta de su fango, que fue el encuentro de la gracia, al que ella tocó.

En verdad, en verdad os digo que muchas piedras en Israel serán presas del fuego de Dios debido a estos hornos ardientes que arderán cada vez más, hasta que se consuma lo humano y continuarán encendiendo piedras, tibiezas, incertidumbres, timidez de la tierra. Desde su elevado trono del cielo, verdaderos espejos, ustorios* sobrenaturales que recogen las luces que son Una y Trina para dirigirlas sobre el género humano y encenderlo de Dios.

Os repito que no tenía necesidad de justificar mis acciones, pero he querido que entraseis en mi concepto y lo hicieseis vuestro, para el caso presente, como para futuros, cuando no esté ya con vosotros.

Jamás os entretenga un concepto errado, una sospecha farisea de contaminar a Dios con llevarle un pecador arrepentido, de llevar a cabo esta obra que es el coronamiento perfecto de la misión para la que os destino. Tened siempre ante los ojos que no vine a salvar a los santos, sino a los pecadores. Igual cosa haced vosotros, porque el discípulo no es mayor que el Maestro y si no desdeño tomar de la mano a los deshechos de la tierra que sienten necesidad del cielo, que llegan a sentirlo en realidad, y con gozo los llevo a Dios, porque esa es mi misión, y cada conquista es una justificación de mi Encarnación que humilla al Infinito³, no desdeñéis hacerlo vosotros, hombres limitados, que más o menos habéis conocido la imperfección, que habéis sido hechos de la misma naturaleza que vuestros hermanos pecadores, a vosotros que os elijo como a salvadores para que continúe mi obra hasta que perdure la tierra, como si estuviese viviendo en ella, como si viviese corporalmente. Y así será porque la unión de mis sacerdotes será como la parte vital del gran cuerpo de la Iglesia, de la que será el Espíritu el animador y alrededor de esta parte vital se concentrarán todas las

* ustorio = que quema o es capaz de quemar.

³ Expresión que debe entenderse a la luz de: Filip. 2, 5-11. Cfr. También: Rom 8, 3; Hebr. 4, 15.

infinitas partículas de los creyentes para que formen un solo cuerpo, que tendrá mi Nombre. Pero si faltase la vitalidad en la parte sacerdotal ¿podrán las infinitas partículas tener vida?

Es verdad que estando Yo en este cuerpo, podría empujar mi vida hasta las partículas más lejanas, dejando a un lado las cisternas y los canales cerrados e inútiles, reacios a su ministerio. Porque la lluvia baja donde quiere, y las partículas buenas, que son capaces por sí mismas de querer la vida, vivirían de igual modo mi vida. ¿Pero qué sería entonces del cristianismo? Un conjunto de almas y almas. Juntas y sin embargo separadas por canales y cisternas que no son de modo alguno diques que unan distribuyendo a cada partícula la sangre vital, que mana de un solo centro, sino que serían muros y precipicios de separación a través de los cuales las partículas se mirarían, humanamente hostiles, sobrenaturalmente entristecidas, diciéndose de sí mismas: “Y con todo éramos hermanos y como tales nos sentimos aunque estén divididos”. Un acercamiento, no una fusión, no un organismo. Y sobre esta ruina resplandecería con pena mi amor...

Aún más, no pensáis que esto valga sólo para los cismas religiosos. No. Sirve también para todas las almas que quedan solas, que los sacerdotes rehúsan, ocuparse de ellas, amarlas, faltando a su misión que es la de decir y hacer lo que Yo digo y hago, esto es: “Venid a Mí todos vosotros, que os conduciré a Dios”.

Id en paz ahora, y que Dios sea con vosotros”.

La gente poco a poco se va desparramando, cada uno a su choza en que pasa la noche. También se levanta Juan de Endor que siempre toma notas de lo que Jesús dice y está colorado del fuego que tiene cerca para ver lo que escribe.

Jesús lo detiene: “Quédate un poco con tu Maestro”. Y así lo tiene cerca, hasta que todos se han ido.

“Vamos a aquel peñasco que se ve. La luna está alta y se ve el camino”.

Juan conciente sin decir palabra alguna. Se alejan de las chozas unos doscientos metros. Se sientan sobre un gran peñasco, que no sé si sea resto de un dique, o pico de un arrecife que se sumerge en el mar, o bien ruinas de alguna casa sepultada bajo las aguas, que algún día se entraron hasta el litoral. Lo que sé es que mientras de la playa se puede subir apoyando el pie en huecos o salientes que hacen las veces de escalones, de la parte del mar, la pared cae derecha y se mete en el agua azul. Ahora, debido a la marea está rodeado de agua que choca contra ella suavemente y luego se va con ruido, como de alguien que roncase. Pasa un momento. Vuelve otra vez, siempre con un movimiento y sonido monótonos: un chasquido, un ronquido y un silencio, como si se tratase de una música o cantinela de repetición.

Se sientan en la punta, desde donde se oye el rumor del mar. La luna está pintando una vereda de plata en el mar y por donde pasa el agua cobra un color azul profundo, que antes de que lo besase no era más que una tira de color negro de la noche.

“Juan ¿no dices a tu Maestro la razón por la que sufre tu cuerpo?”

“Tú lo sabes, Señor. Pero no digas “sufre”, sino más bien: “se consume”. Es más exacto y Tú lo sabes, y sabes que se consume con gozo. Gracias, Señor. También yo me reconocí en el fango que se convierte en llama. Pero no tendré tiempo de encender las piedras. Señor mío, pronto moriré. Sufrí mucho por odio del mundo y ardo en alegría del amor de Dios. No me quejo de la vida. Acá podría todavía pecar, faltar a la misión a la que me destinas. Dos veces he faltado en mi vida. A mi misión de maestro, porque en ella debía haber sabido encontrar el modo de formarme, y no me formé. A mi misión de marido, porque no supe formar a mi mujer. Y es lógico, pues no había sabido formarme, y así no podía formarla. Podía faltar también a mi misión de discípulo, y no quiero faltarte. Sea, pues, bendita la muerte si viene a llevarme a donde no se puede pecar. Pero si no tuviese la suerte de ser un discípulo que enseñe, tendré la de discípulo víctima, y será la que más me asemeje a la tuya. Esta noche acabas de decir: “encendiéndose por primera cosa a sí mismos””.

“Juan, ¿es una suerte de que sufras, o una oferta que haces?”

“Una oferta que hago, si Dios no se desdén del fango que se ha hecho fuego”.

“Juan, haces muchas penitencias”.

“Las hacen los santos y Tú eres el primero. Es justo que las haga quien tiene mucho qué pagar. ¿Encuentras acaso que las mías no son gratas a los ojos de Dios? ¿Me lo prohíbes?”

“Jamás soy estorbo a las buenas aspiraciones del alma enamorada. Vine a predicar con hechos que en el sufrimiento hay expiación, y en el dolor redención. No puedo contradecirme”.

“Gracias, Señor. Tal será mi misión”.

“¿Qué cosa estabas escribiendo?”

“¡Oh, Maestro! Algunas veces el viejo Félix surge con sus costumbres de maestro. Me acuerdo de Marziam. Él tiene ante sí toda una vida para predicarte, y por su edad, no está presente a tus predicaciones. Pensé en escribir algunas enseñanzas, que nos has dado y que el niño no oyó, porque estaba entregado a sus juegos, o porque está separado de nosotros. En tus palabras aun las mínimas, “hay tanta sabiduría” Tus pláticas de amigo son ya una enseñanza, y exactamente sobre cosas cotidianas, sobre cosas que palpa cada hombre, sobre aquellas pequeñeces que en el fondo son las máximas de la vida, porque acumulándose llegan a una gran suma que exige paciencia, constancia, resignación para realizarla santamente. Es más fácil llevar a cabo un acto heroico grande y único que miles y decenas de miles de pequeñas cosas que exigen una constante presencia de virtud. Y con todo no se llega a una gran acción, tanto en el bien como en el mal, lo sé por experiencia, si no se hace apresto de acciones pequeñas, aparentemente insignificantes. Yo comencé a matar, cuando cansado de la frivolidad de mi mujer, le arrojé la primera mirada de desprecio. He escrito para Marziam tus pequeñas lecciones, y esta noche tuve el deseo de escribir tu grande lección. Dejaré mi trabajo al niño para que se acuerde de mí, del viejo maestro, y para que tenga lo que de otro modo jamás poseería: su espléndido tesoro: tus palabras. ¿Me lo permites?”

“Sí, Juan. Pero procura estar tranquilo, como este mar. ¿Ves? Te causaría mucho mal caminar bajo el sol ardiente, y la vida apostólica es un prenderse en el fuego. Has luchado mucho en la vida. Ahora Dios te llama a Sí en este plácido claror de luna que todo clama y hace puro. Camina en la dulzura de Dios. Yo te lo digo: Dios está contento de ti”.

Juan de Endor toma la mano de Jesús, la besa y en voz baja dice: “Y con todo habría sido una cosa bella decir al mundo: “¡Ven a Jesús!””.

“Lo dirás desde el paraíso, un espejo ustorio* también serás tú. Vámonos, Juan. Me gustaría leer lo que escribiste”.

“Aquí está, Señor. Mañana te entregaré otro rollo en el que escribí otras palabras tuyas”.

Bajan del picacho, y bañados en un esplendor inmenso de luna, que ha cambiado en plata los guijarros de la playa, regresan a sus chozas. Se desean las buenas noches. Juan se inclina, Jesús lo bendice con la mano que pone sobre su cabeza y le da la paz.

114. En Tiro. “Perseverar es la contraseña”

12 agosto 1945

Son las primeras horas de la mañana cuando Jesús llega ante una ciudad. Algunas barcas siguen la suya. La ciudad, de un modo extraño, está metida dentro del mar, como si hubiese sido construida sobre un istmo: mejor dicho, como si un delgado istmo uniese toda la parte que se mete en el mar con la de la playa.

Vista desde el mar parece un enorme hongo recostado sobre las olas con su sombrero y enclavado con sus raíces en la costa, y el istmo el tallo. De una parte y de otra hay dos puertos: el del norte, menos cerrado, está lleno de pequeñas embarcaciones. El otro, al sur, mejor defendido, tiene grandes navíos que acaban de llegar, o que están por partir.

“Es menester ir allá” dice Isaac, señalando el puerto de pequeñas embarcaciones. “Allá están los pescadores”.

Dan vuelta por la isla y ven que el istmo es artificial, una especie de dique ciclópeo que une la islilla con la tierra firme. En otros tiempos se podía construir sin mezquindades. Al ver esta

* ustorio = que quema o es capaz de quemar.

obra y el número de sus naves ancladas en sus puertos deduzco que debe haber sido una ciudad rica y activa comerciante. Detrás de la ciudad, pasando una zona plana, hay colinillas de hermosa presentación, y más allá, se puede distinguir el gran Hermón y la cadena libanesa. También deduzco que esta ciudad sea una de las ciudades que vi desde el Líbano.

La barca de Jesús está llegando al puerto que da al norte, a su rada^α, porque no ancla, sino que lenta, a fuerza de remos, avanza, hasta que Isaac descubre a los que buscaba y a quienes llama a grandes gritos.

Se acercan dos hermosas barcas pesqueras y el equipaje se inclina hacia el lado de las barcas más pequeñas que traen los discípulos.

“Amigos mío, el Maestro está con nosotros. Venid, si queréis oírle hablar. Al atardecer regresará a Sicaminón” dice Isaac.

“Vamos al punto. ¿A dónde iremos?”

“A un lugar tranquilo. El Maestro no baja a Tiro, ni a la ciudad. Hablará desde la barca. Escoged un lugar sombreado y que nos resguarde del calor”.

“Venid a las rocas, detrás de nosotros. Hay ancones quietos y sombríos. Hasta podréis bajar”.

Se dirigen a un encogimiento del arrecife que da más al norte. La costa, separada a pico, defiende del sol. El lugar es solitario. Sólo las gaviotas y palomas que moran aquí, salen a sus correrías y vuelven con grandes chillidos a sus nidos que tienen en la roca.

Otras barcas pequeñas se han unido a las que hacen de guía y forman una pequeña flotilla. En el fondo de este minúsculo golfo hay una especie de playa. Una placita acomodada sobre piedras. Pero puede dar acogida a un centenar de personas.

Bajan empleando un arrecife largo y plano que sobresale del agua, cual si fuera un dique natural, y se dispersan sobre la plazoleta de piedra, iluminada por el sol. Son hombres morenos, delgados, quemados por el sol y del mar. Bajo sus vestidos cortos aparecen los miembros ágiles y delgados. Se nota claramente la diversidad de razas al compararse con la de los judíos que están aquí presentes, diversidad menos aparente con la de los galileos. Podría decir que estos sirio-fenicios tienen más semejanza con los antiguos filisteos que con los pueblos vecinos. Al menos, los que estoy viendo.

Jesús tiene a su espalda la costa y empieza a hablar.

“Se lee en el libro de los Reyes¹, cómo el Señor dijo a Elías que fuese a Sarepta de los Sidonios. Había entonces una sequía y carestía que azotaba la tierra ya por tres años.

Al Señor no faltaban medios para saciar el hambre de su profeta en cualquier lugar, ni lo mandó a Sarepta porque esta ciudad fuese rica en alimentos. No, porque también allí se moría de hambre. ¿Por qué entonces Dios envió a Elías Tesbites?

Había en Sarepta una mujer de corazón recto. Era viuda y santa. Tenía un hijo. Era pobre. Estaba sola. Y sin embargo jamás fue rebelde al tremendo castigo, ni egoísta en su hambre, ni desobediente. Dios la quiso premiar con tres milagros. Uno por el agua que llevó al sediento; otro por el panecillo que coció bajo las cenizas cuando no tenía más que un puñado de harina, y el tercero por la hospitalidad que dio al profeta. Le dio pan y aceite, la vida de su hijo y el conocimiento de la palabra de Dios.

Veis que un acto de caridad no sólo quita el hambre del cuerpo, el dolor de la muerte, sino que instruye el alma en la sabiduría del Señor.

Vosotros disteis alojamiento a los siervos de Dios y Él os da la palabra de la Sabiduría. A estas tierras a donde no llega la palabra del Señor, ved que una buena acción la trae. Os puedo comparar con la única mujer de Sarepta que acogió al profeta. También vosotros aquí sois los únicos en acoger al Profeta. Si hubiese bajado a la ciudad, los ricos y poderosos no me habrían acogido, los atareados en negocios y los marineros de naves no habrían puesto atención e inútil hubiera quedado mi venida.

^α rada = bahía o ensenada que constituye un puerto natural

¹ 3 Reyes 17.

Ahora os dejaré y vosotros diréis: “¿Pero qué cosa somos nosotros? Un puñado de hombres. ¿Qué cosa poseemos? Una gota de sabiduría”. Y sin embargo os digo: “Os dejo con el encargo de anunciar la hora del Redentor”. Os dejo repitiendo las palabras de Elías profeta: “La olla de harina no se agotará. El aceite no mermará hasta que venga quien más abundantemente lo distribuya”.

Lo habéis hecho. Aquí hay fenicios mezclados con vosotros, los del Carmelo. Lo que es señal que habéis habado, así como os habló. Ved que el puñado de harina y la gotita de aceite no se han agotado, antes bien, han aumentado. Continúa haciéndolas aumentar. Y si os pareciera que Dios os haya escogido para esta obra, no sintiéndolos aptos para ejecutarla, decid la palabra que tanto ayuda: “Haré lo que Tú digas, fiándome en tu palabra”.

“Maestro, pero ¿cómo comportarnos con los paganos? A todos los conocemos por la pesca. El trabajo en común hace a todos iguales. ¿Pero los demás?” pregunta un pescador de Israel.

“El trabajo en común hace a todos iguales, tú lo has dicho. Y un origen común ¿no serviría para unir? Dios creó tanto a los israelitas como a los fenicios. Los de la llanura de Sarón o de la alta Judea no difieren de los de esta costa. El paraíso fue hecho para todos los hijos del hombre. Y el Hijo del Hombre viene a llevar al paraíso a todos los hombres. El objeto es el de conquistar el cielo y dar alegría al Padre. Encontraros, pues en el mismo camino y amaos espiritualmente, así como os amáis por razón de trabajo”.

“Isaac nos ha contado muchas cosas. Queríamos nosotros saber algo más. ¿Sería posible tener un discípulo aunque fuese de cuando en cuando?”

“Mándales a Juan de Endor, Maestro. Es muy capaz para hacerlo y está acostumbrado a vivir con paganos” sugiere Judas de Keriot.

“No. Juan se queda *con nosotros*” responde seco Jesús. Y luego volviéndose a los pescadores: “¿Cuándo termina la temporada de pesca del púrpura?”

“Cuando lleguen las borrascas de otoño. El mar se pone muy agitado”.

“¿Entonces regresaríais a Sicaminón?”

“Sí, y a Cesarea. Abastecemos a muchos romanos”.

“Entonces podréis encontraros con los discípulos. Entre tanto perseverad”.

“Hay a bordo de mi barca un sujeto que no quería yo, y que casi vino en tu nombre”.

“¿Quién es?”

“Un joven pescador de Ascalón”.

“Hazlo bajar y venir aquí”.

El hombre va a bordo y regresa con un jovencillo avergonzado de ser objeto de tanta atención.

El apóstol Juan lo reconoce. “Es uno de los que dieron pescado al Maestro” y se levanta a saludarlo. “¿Viniste, Ermasteo? ¿Estás aquí? ¿Solo?”

“Solo. Me avergoncé en Cafarnaum... Me quedé en la playa esperando...”

“¿Qué cosa?”

“Ver a tu Maestro”.

“¿No es todavía el tuyo? ¿Por qué, amigo, todavía andas con rodeos? Ven a la luz que te está esperando. Mira cómo te observa y sonríe”.

“¿Cómo me tratará?”

“Maestro, por un momento, ven con nosotros”.

Jesús se levanta y va a donde están.

“Él no se atreve porque es extranjero”.

“No existen extranjeros para Mí. ¿Y tus compañeros? ¿No erais muchos?... No te pongas colorado. Tú solo has sabido perseverar. Pero aun por ti solo soy feliz. Ven conmigo”.

Jesús vuelve a su lugar con la nueva conquista.

“A este sí que lo daremos a Juan de Endor” dice a Iscariote. Y luego se dirige a los demás.

“Un grupo de mineros bajaron a una mina donde sabían que había tesoros, pero muy escondidos en las entrañas de la tierra. Empezaron a excavar. El terreno era duro y el trabajo lleno de fatiga. Muchos se cansaron y arrojaron los picos y se fueron. Otros se burlaron del

jefe de la escuadra, tratándolo casi como un loco. Otros maldijeron su suerte, el trabajo, la tierra, la mina, y con coraje golpearon el suelo, despedazando el filón en pedazos inútiles, y luego después de haber visto que no habían ganado nada, se fueron también. Permaneció solo el más perseverante. Con dulzura trató las capas de la tierra tenaz para perforarla sin destruir. Hizo pruebas, ahondó, excavó. Un filón, espléndido, precioso, salió por fin a la luz. La perseverancia del minero fue premiada y con el metal purísimo que descubrió, pudo obtener muchos trabajadores y conquistar mucha gloria y muchos clientes, porque todos desean ese metal que sólo la perseverancia supo encontrar, allí donde los otros, perezosos e iracundos no consiguieron nada.

Pero el oro encontrado, para que sea bello, y para que sirva al orfebre, debe por su parte perseverar en el deseo de que se trabaje en él. Si el oro, después del primer trabajo de excavación, no quisiese padecer penas, sería un metal tosco y rústico. Veis, pues, que no basta el primer entusiasmo para lograr algo, bien se trate de apóstoles, de discípulos, como de fieles. Es necesario perseverar.

Ermasteo tenía muchos compañeros, y en el primer entusiasmo prometieron venir. Pero sólo él vino. Muchos son mis discípulos, y los habrá más, pero la tercera parte de la mitad, sólo lo serán hasta el final. Perseverar, es la contraseña para todas las cosas buenas.

Cuando arrojáis el trasmallo para atrapar las conchas de la púrpura ¿lo hacéis de una sola vez? No. Sino una después de la otra, y por horas, días, meses, prontos a regresar al lugar al año siguiente, porque da pan y comodidad a vosotros y a vuestras familias. ¿Queríais comportaros de manera diversa con las cosas más grandes que son los intereses de Dios y de vuestras almas? ¿Con las de vuestros hermanos? ¿Bien seáis fieles, bien discípulos? En verdad os digo que para extraer la púrpura de las vestiduras eternas es necesario perseverar hasta el final.

Y ahora portémonos como buenos amigos hasta que llegue la hora de mi regreso. Así nos conoceremos mejor y será más fácil reconocernos entre nosotros”.

Se extienden por el pequeño ancón pétreo. Cuecen mejillones y langostas que han sacado del arrecife, pescados cogidos con sus redes. Descansan sobre el lecho de algas secas, dentro de cavernas que abrieron terremotos o las olas, entre tanto que el cielo y mar tienen un azul que ciega, que se besa con el horizonte y las gaviotas no dejan de volver a sus nidos con chirridos estridentes y sacudidas de alas, únicas voces que junto al chapoteo de la ola, hablan de esta hora de calor sofocante del estío.

115. A los discípulos de Sicaminón: la fe

13 agosto 1945

La gente de Sicaminón atraída por la curiosidad de ver, ha rondado durante todo el día el lugar de los discípulos esperando que regrese el Maestro. Las discípulas por su parte, no han perdido el tiempo. Lavaron los vestidos polvorientos y sudados, y sobre la playa se ve una alegre exposición de ropa que se seca al viento y al sol. Ahora que la tarde va declinando y con ella comienza a sentirse lo salado de la humedad se apresuran a recogerlos antes de que se humedezcan, a sacudirlos, y estirarlos en todas direcciones antes de doblarlos, para que se ven bien cuando se los pongan.

“Llevemos pronto sus vestidos a María” dice María de Alfeo. Y luego añade: “Que si ha estado mal en aquella habitación sin aire ayer y hoy...”

Con estas palabras comprendo que la ausencia de Jesús duró más de un día, y que María de Mágdala, que tiene un solo vestido, debió esconderse hasta que su ropa, que es prestada, no se seque del todo.

Susana responde: “¡Buena suerte es que jamás se queja! ¡No pensaba que fuese tan buena!”

“Tan humilde, dirías, y modesta. ¡Pobre hija! Era exactamente el diablo que la atormentaba. ¡Ahora que mi Jesús la liberó, ha vuelto a ser la antigua niña!”

Y charlando entre sí, llevan a casa los vestidos lavados.

Entre tanto, en la cocina María se da prisa en preparar los alimentos, y la Virgen lava las verduras en una concha de bronce, y las pone a hervir para la cena.

“Mira. Todas se secaron y están limpias y dobladas. Que si les hacía falta. ¡Ve a donde está Magdalena y dale sus vestidos!” dice Susana al dárselos a Marta.

Las hermanas poco después regresan juntas: “Muchas gracias. El sacrificio más duro que estaba haciendo era el no cambiarme vestidos durante varios días” dice Magdalena sonriendo. “Ahora me siento toda fresca”.

“Ve a sentarte allá afuera. Está soplando un poco de aire. Te ha de hacer falta después de haber estado tanto tiempo encerrada” le dice Marta que, siendo menos alta que su hermana y menos bella, se puso un vestido de Susana o de María de Alfeo, mientras lavaron el suyo.

“Esta vez así nos pasó, pero para las siguientes, nos haremos una pequeña alforja, como las demás, y no tendremos ninguna molestia” dice Magdalena.

“¿Cómo? ¿Piensas también seguirlo como nosotras?”

“Claro. A menos que Él no me dé órdenes contrarias. Voy a la playa a sentarme y a ver si ya regresan. Esta tarde regresarán ¿no?”

“Así lo espero” responde la Virgen. “Estoy preocupada porque fue a Fenicia. Pero me consuelo al pensar que está con los apóstoles y en que tal vez los fenicios serán mejores que otros. Quisiera que regresasen también por la gente que espera. Cuando fui a la fuente, una mujer que es madre me detuvo y me preguntó: “¿Estás con el Maestro galileo, al que llaman al Mesías? Ven, pues y mira a mi niño. Hace un año que la fiebre le está matando”. Entré en una pequeña choza. ¡Pobre criatura! Parece una florecita que se marchita. Se lo diré a Jesús”.

“Hay otros también que esperan ser curados. Más curaciones que enseñanza” dice Marta.

“El hombre difícilmente es todo espiritual. Siente con más fuerza los gritos de la carne y sus necesidades” responde la Virgen.

“Muchos, después del milagro, nacen a la vida espiritual”.

“Sí, Marta. Y también por esto mi Hijo hace tantos milagros. Por su bondad hacia el hombre, pero también para atraerlo, con este medio, a su camino, que de otro modo muchos no lo seguirían”. Juan de Endor que no fue con Jesús regresa a casa, y con él muchos discípulos que van a su choza donde viven. Casi al mismo tiempo regresa Magdalena diciendo: “Están llegando. Vienen las cinco barcas que partieron ayer. Las reconocí al punto”.

“Estarán cansados y muertos de sed. Voy a traer más agua. La de la fuente es muy fresca” y María de Alfeo sale con los cántaros.

“Vamos al encuentro de Jesús. Venid” dice la Virgen, y salen con Magdalena y Juan de Endor, porque Marta y Susana se quedan junto a los braseros, y en dar la última mano a la cena.

Costeando la playa se acercan a un dique donde hay otras barcas pescadoras que han regresado y están allí. Desde la punta del dique se ve bien todo el golfo y la ciudad cuyo nombre tiene. Se ven también las cinco barcas que rápidas se deslizan, un poco inclinadas por la velocidad, con la vela al viento sur, que les ayuda y que refresca a los remeros cansados del calor.

“Mira cómo Simón y los otros reman tan hábilmente. Siguen la barca piloto de maravilla. Mira que ya pasaron el rompiente; ahora se entran un poco en mar abierto para dar vuelta a la corriente que es fuerte en aquel lugar. Mira... Ahora todo ha salido bien. Dentro de poco estarán aquí” dice Juan de Endor. De hecho las barcas se acercan cada vez más y sus pasajeros se ven claramente.

Jesús viene en la primera barca con Isaac. Está de pie. Su estatura se ve grande, mientras la vela no le oculta, al inclinarse, por algún minuto. Como la barca, virando, pasa con la proa de lado para entrar al dique, todos pasan junto a las mujeres que están encima. Jesús con su sonrisa las saluda. Ellas se apresuran a caminar ligeras para llegar al punto en que desembarquen.

“Dios te bendiga, Hijo mío” dice la Virgen saludando a Jesús que pone su pie sobre el banco.

“Dios te bendiga, Mamá. ¿Estuviste preocupada? En Sidón no estuvo quien buscábamos. Fuimos hasta Tiro. Ahí lo encontramos. Ven, Ermasteo... Mira, Juan. Este joven quiere aprender. Te lo confío”.

“No permitiré que pierda sus ilusiones en aprender tus palabras. ¡Gracias, Maestro! Hay muchos que te están esperando” responde Juan de Endor.

“También hay un pobre niño enfermo. Hijo mío, y su mamá te quiere ver”.

“Voy al punto”.

“Sé quién es, Maestro. Te acompaño. Ven tú también Ermasteo. Empieza a conocer la bondad infinita de nuestro Señor” dice el hombre de Endor.

Baja de la segunda barca Pedro, de la tercera Santiago, de la cuarta Andrés, de la quinta Juan y los cuatro pilotos a los que siguen los otros apóstoles o discípulos que estaban con ellos y que se agolpan en torno a Jesús y María.

“Id a casa. Vengo al punto. Preparad entre tanto la cena y decir a quienes me esperan que al anochecer hablaré”.

“Hay enfermos”.

“Los curaré primero. Mejor, antes de la cena para que así felices regresen a su hogar”.

Se separan. Jesús se va con el hombre de Endor y con Ermasteo en dirección de la ciudad. Los otros vuelven a caminar por la playa de guijarros. Cuentan todo lo que vieron y oyeron. Estaban contentos como los niños cuando vuelven a ver a su mamá. También Judas de Keriot está contento. Muestra todas las limosnas que los pescadores de púrpura les dieron, y sobre todo enseña un pequeño paquete de esta preciosa materia.

“Esto es para el Maestro. Si no lleva Él ¿quién puede llevarla? Me llamaron aparte y me dijeron: “Tenemos en la barca preciosas madréporas y también tenemos una perla. ¡Piensa! ¡Un tesoro! No sé cómo se nos vino encima tan gran fortuna. Gustosos te la damos para el Maestro. Ven a verla” Fui con ellos para contentarlos, mientras el Maestro se había retirado a una gruta a orar. Eran bellísimos corales y una perla, no grande pero bella. Les dije: “No os privéis de esto. El Maestro no suele llevar ni una joya. Dadme mejor un poco de ese púrpura para que adorne su vestido”. Tenían este montoncito. A toda costa me quisieron dar todo. Ten, Madre, haz una bella labor a nuestro Señor. Pero lo haces ¿eh? Si la ve, querrá que se venda para los pobres, y a nosotros nos gusta verlo vestido como se merece ¿no es verdad?”

“Oh, claro que sí. Yo sufro cuando lo veo sencillo en medio de los otros. Ellos peores que esclavos y todos adornados de flecos y brillantes. Lo miran como a un pobre, indigno de ellos” dice Pedro.

“Viste ¿eh? ¿qué carcajadas se echaban aquellos de Tiro, mientras nos despedíamos de los pescadores? Le pregunta su hermano.

“Yo dije: “Avergonzaos, vosotros, perros. Vale más un hilo de su blanca vestidura que todas vuestras baratijas”” dice Santiago de Zebedeo.

“A mí me gustaría, pues Judas pudo conseguir esto, que se le preparase para la fiesta de los Tabernáculos” propone Judas Tadeo.

“Jamás he hilado púrpura, pero trataré...” dice la Virgen, tocando el hilo sedoso de hermoso color.

“Mi nodriza es experta. La veremos en Cesarea. Te enseñará. Aprenderás al punto porque todo lo hace bien. Yo le haré un galón para el cuello, para las mangas y para los bordes inferiores del vestido: púrpura en lino blanquísimo o en lana purísima, con palmas y rosas como están en los mármoles del Santo, y con el nudo de David en el centro. Se verá mejor” dice Magdalena, experta en esta clase de preciosidades.

Marta dice: “Nuestra madre hizo aquel diseño, bello en realidad, en el vestido de Lázaro, cuando fue a Siria a tomar posesión de las tierras. Lo conservo porque fue el último trabajo de nuestra madre. Te lo enviaré”.

“Y yo rogaré por vuestra madre”.

Han llegado a las chozas. Los apóstoles se desparraman para juntar a los que quieren ver al Maestro, sobre todo los enfermos...

Vuelve Jesús con Juan de Endor y Ermasteo. Pasa saludando a los que se apiñan ante las chozas. Su sonrisa es una bendición.

Le presentan al enfermo de ojos que nunca falta, que está casi ciego con úlceras sobre los párpados y lo sana. Es el turno de un enfermo de paludismo, enflaquecido y amarillo como un chino, y lo cura. Se acerca una mujer que le pide un milagro singular: que tenga leche en su pecho, y le enseña un niño de pocos días, desnutrido y rojo como un enfermo de infección intestinal. Lloro: "Ves. Tenemos la orden de obedecer al hombre y de procrear¹. ¿Pero de qué sirve, si después vemos languidecer a nuestros hijos? Es el tercero que engendro. A los dos primeros los tengo en el sepulcro, porque mi pecho no da nada. Este está ya muriendo, porque ha nacido en tiempo de calores. Los otros vivieron: uno diez lunas, el otro seis, para hacerme todavía llorar más cuando murieron enfermos del estómago. Si hubiese tenido leche, no habría sucedido..."

Jesús la mira y le dice: "Tu niño vivirá. Ten fe. Vete a casa. Cuando llegues ofrécele de mamar. Ten fe".

La mujer se va con su pequeñín que se lamenta como un gatito, apretado al pecho.

"¿Le vendrá la leche?"

"Cierto que le vendrá".

"Yo afirmo que al niño le irá bien, pero que no le vendrá la leche, será un milagro que no muera. Está casi muerto de debilidad".

"Yo por mi parte afirmo que le vendrá la leche".

"Sí, claro".

"No".

Los pareceres se dividen en tantos cuantos son los presentes. Jesús se retira a comer. Cuando sale a predicar, la gente es mucha más, porque la noticia del niño curado de fiebre, cuando apenas Jesús había desembarcado, se ha esparcido por la ciudad.

"Os doy mi paz para que prepare vuestro corazón a fin de que podáis comprender. En la tempestad no puede llegar la voz del Señor. Toda perturbación impide la sabiduría, porque es paz, puesto que viene de Dios. La turbación no viene de Dios. Las preocupaciones, ansias, dudas, son obras del maligno con que perturba a los hijos del hombre para separarlos de Dios.

Os voy a proponer una parábola para que podáis entender mejor lo que os quiero enseñar.

Un agricultor tenía en un campo muchos árboles y vides que le daban abundantes frutos. Entre las vides había una que todos alababan por su calidad superior.

Un año la vid produjo muchas ramas y pocos racimos. Un amigo dijo al agricultor: "Es porque la podaste poco". Al siguiente el agricultor la podó mucho. La vid produjo pocas ramas y menos racimos. Otro amigo le dijo: "Es porque la podaste mucho". Al tercer año el agricultor no hizo nada. La vid ni siquiera produjo un racimo y las hojas que produjo eran pocas, amarillentas, arrugadas y llenas de verdugillo. El tercer amigo dijo secamente: "Se muere porque el terreno no es bueno. Quémala". "¿Pero por qué si las otras están en el mismo terreno, y la cuido como a ellas? ¡Antes producía mucho!" El amigo se encogió de hombros y se fue.

Pasó un caminante desconocido. Se detuvo a observar al agricultor que tristemente estaba apoyado al tronco de la pobre vid.

"¿Qué te pasa?" le preguntó ¿Algún muerto?"

"No. Se me muere esta vid que tanto quería. No tiene ya jugo para producir frutos. En un año dio pocos, en otro menos y en este nada. Hice todo lo que me dijeron, pero nada sirvió".

El caminante desconocido entró al campo y se acercó a la vid. Tocó las hojas, tomó en sus manos un terrón de tierra, lo olió, lo deshizo entre sus dedos, miró el tronco de un árbol que apoyaba la vid. "Debes arrancar este tronco. Es la causa de la esterilidad".

¹ Cfr. Gén. 1, 27-28; 9, 1.

“¡Pero si hace tantos años que la sostiene!”

“Respóndeme: cuando pusiste la vid junto a él ¿cómo era? Y él ¿cómo?”

“Era entonces un manojo de tres años. La obtuve de otra planta mía. Hice un hoyo grande, para no dañar las raíces al sacarla del suelo donde había nacido. También aquí hice un gran hoyo, mucho más ancho para que estuviese bien. Antes entrecavé ligeramente la tierra para que estuviese suelta y no molestase en nada a las raíces, para que así pudiesen extenderse fácilmente. Con todo cuidado la coloqué. Le eché buenos abonos. Tú sabes. Las raíces se ponen fuertes, si encuentran abono. Me ocupé muy poco del olmo. Era un arbolito que no tenía otro fin más que de servir de apoyo a la vid, por eso lo metí casi a flor de tierra, cerca de la vid, lo recalqué y me fui. Ambos prendieron porque la tierra era buena. La vid crecía año en año. La cuidaba, la podaba, la escarbaba. El olmo poco a poco languidecía. ¡Pero no importaba! Después se robusteció. ¿Ves qué hermoso es? Cuando regreso de lejos veo que su copa sobresale cual una torre, y me parece que fuese la bandera de mi reino. Primero la vid lo cubría, y no se veía su follaje. Pero ahora mira qué bello es arriba, al sol ¡y qué tronco! Derecho, fuerte. Puede sostener esta vid por años y años, aun cuando llegase a ser igual a las que los exploradores de Israel tomaron cerca del Río de las vides. Y ahora...”

“Y ahora la ha matado. El olmo la ha acabado. Todo estaba proporcionado para hacerla vivir: terreno, posición, luz, sol, cuidados. Pero este la mató. Se ha hecho muy fuerte. Ha entrelazado sus raíces hasta ahogarlas. Les quitó todo el jugo del suelo, las ha amordazado para que no respiren, para que no les llegue la luz. Corta al punto esta inútil y poderosa planta, y tu vid volverá a la vida. Y resurgirá mejor que antes, si con paciencia excavas el suelo para que le quites las raíces al olmo y se las cortas, y no vuelvan a retoñar. Se secarán con sus últimas ramificaciones, y con su muerte se convertirán en vida, porque serán abono, castigo digno de su egoísmo. Quemarás el tronco y para algo servirá. Pues una planta inútil y nociva no sirve sino para el fuego. Se le arranca para que crezca la planta buena y útil. Cree en lo que te digo, y tú mismo te congratularás”.

“¿Pero quién eres tú? Dímelo para que pueda creerte”.

“Soy el Sabio. Quien cree en Mí, estará seguro” y se fue.

El agricultor se revolvió un poco dentro de sus dudas, después se sacudió de ellas, y cortó el olmo. Mejor dicho, llamó a sus amigos para que le ayudasen.

“¿Pero estás loco? Perderás el olmo y la vid. Yo me limitaría a cortarle el follaje de la copa, para que entre el aire a la vid. No más”.

“Debe tener un rodrigón*. Haces un trabajo inútil. ¡Quién sabe quién sea! Tal vez uno que te odia sin saberlo tú. O bien un loco”, y así cada uno de sus amigos.

“Yo hago lo que me dijo. Tengo fe en él” y cortó el olmo hasta la raíz, y no contento abrió un gran hoyo, ancho, sacó las raíces de las dos plantas, con paciencia cortó las del olmo, cuidando de no molestar las de la vid, volvió a tapar el agujero y a la vid, ahora sin sostén, puso un rodrigón de hierro con la palabra: “Fe” escrita en una tablilla. Los otros se fueron, moviendo la cabeza. Pasó el otoño y pasó el invierno. Vino la primavera. Los sarmientos se adornaron de yemas y yemas, que al principio estaban encerradas como en un cofrecito de vello plateado y luego entreabiertas en uno de esmeralda de las hojas que iban naciendo. Era todo un nacimiento de florcitas y luego montoncitos de granos. Más racimos que hojas. Estas eran anchas, verdes, robustas. Cada uno de los racimos era un montón de granos llenos de jugo, carnosos y espléndidos.

“Y ahora: ¿Qué decís? ¿Tenía o no tenía la culpa el árbol de que muriese mi vid? ¿Dijo o no dijo bien el Sabio? ¿Tuve o no tuve razón de escribir en la tablilla la palabra “Fe”? preguntó el agricultor a sus amigos incrédulos.

“Tuviste razón. Feliz tú que supiste tener fe y que fuiste capaz de destruir lo pasado y lo que se te dijo que era nocivo”.

* rodrigón = estaca o vara que hincada en la tierra al lado de un árbol o un arbusto sirve de arrimo

Esta es la parábola. En cuanto a la mujer del pecho seco, ahí está la respuesta. Mirad para allá, hacia la ciudad”.

Todos se voltean y ven a la mujer que viene corriendo, y aun así no se quita su hijo del pecho lleno, lleno de leche, que el pequeño mama con tal voracidad que casi se ahoga. La mujer no se detiene sino hasta llegar a los pies de Jesús, ante quien separa un momento al niño de la teta, gritando: “¡Bendícelo, bendícelo, para que viva para Ti!”

Pasado este momento, Jesús vuelve a hablar: “Habéis tenido respuesta a vuestras hipótesis del milagro. Pero la palabra tiene un sentido más amplio que el pequeño episodio de una fe premiada. Y es esto. Dios colocó su vid, su pueblo en un lugar apropiado. Le dio todo cuanto necesitaba para que creciera y siempre produjera frutos. Lo apoyó sobre nosotros para que más fácilmente pudiese comprender la ley y tuviese fuerzas. Pero los maestros quisieron ser superiores al legislador, y crecieron, crecieron hasta imponerse sobre la palabra eterna. Israel quedó estéril. El Señor ha enviado al Sabio para que los que en Israel con corazón sincero, se duelen de semejante esterilidad y prueban este o aquel remedio –según los dictámenes y consejos de los maestros, doctos humanamente, pero indoctos sobrenaturalmente y por esto, lejanos de conocer lo que debe hacerse para dar vida al espíritu de Israel– pueden tener un consejo verdaderamente saludable.

¿Qué sucede pues? ¿Por qué Israel no vuelve a tomar fuerzas y ser vigoroso como en los tiempos áureos de su fidelidad al Señor? El consejo sería el siguiente: arrancar todo lo que es parásito y que ha crecido para daño de lo que es santo: la Ley del Decálogo, como fue dada, sin compromisos, sin tergiversaciones, sin hipocresías, quitarlo para dejar que entre aire, haya espacio, alimento para la vid, que es el pueblo de Dios, y darle un sostén robusto, derecho, que no se doble, un sostén único, que tenga por nombre: la Fe. Y este consejo no se acepta.

Por esto os digo que Israel perecerá, cuando podría levantarse y poseer el reino de Dios. Si supiese creer, generosamente reconocer sus yerros, y cambiarse del todo y por todo.

Id en paz y que el Señor sea con vosotros”.

116. Jesús a Magdalena: “Te forjaré con el fuego y en el yunque”

14 agosto 1945

Es una noche bellísima de luna cuando Jesús con los apóstoles y mujeres silenciosamente se despiden con Juan de Endor y Ermasteo de Isaac, el único que está despierto y empiezan a caminar a lo largo de la costa. El rumor de los pasos es un crujir ligero de guijarros que pisan las sandalias. Nadie habla hasta que dejan por algunos metros la última choza. Es claro que quien duerme en ella, o en las anteriores no advirtió la partida silenciosa del Señor y de sus amigos. El silencio es profundo. Sólo el mar está en charla con la luna que se va yendo por el poniente, muy cerca de su ocaso, y sólo él platica con las arenas la historia que pasa en sus profundidades con sus ondas largas de alta marea que ya empieza, dejando siempre un pequeño margen seco en la playa.

Esta vez las mujeres van delante con Juan, Zelote, Judas Tadeo y Santiago de Alfeo, que las ayudan a subir los pequeños arrecifes húmedos y resbalosos esparcidos aquí y allá. Zelote va con la Magdalena, Juan con Marta, Santiago de Alfeo tiene cuidado de su madre y de Susana y Tadeo no cede a nadie el honor de tomar en su mano larga y robusta, otra cosa en la que se asemeja a Jesús, la mano pequeña de María para ayudarla en los lugares difíciles. Cada uno habla con su compañera en voz baja. Parece como si todos quisiesen respetar el sueño de la tierra.

Zelote va en animada conversación con Magdalena, y veo que más de una vez Simón abre sus brazos y dice: “así es y no hay otra cosa qué hacer” pero no oigo lo que dicen los que van más adelante.

Juan habla sólo de cuando en cuando con su compañera, señalándole el mar y el Carmelo cuyas faldas, que dan al poniente, se bañan en la blanca luna. Tal vez le cuenta lo de la otra vez cuando dieron vuelta al Carmelo por la otra parte.

También Santiago, que va en medio de María de Alfeo y Susana, habla del Carmelo. Dice a su madre: "Jesús me prometió subir allá solo conmigo, y decirme una cosa solo a mí".

"¿Qué te querrá decir, hijo? Me la dices después, ¿eh?"

"Mamá, si fuese un secreto no te lo diré" responde Santiago sonriente, cuya semejanza con José, el esposo de María, es muy grande en muchos rasgos y sobre todo en su plácida dulzura.

"Para la mamá no hay secretos".

"En realidad no los tengo. Pero si Jesús me quiere allá arriba solo y sólo para hablarme, señal es que no quiere que alguien sepa lo que me dirá. Y tú, mamá, eres mi querida mamá a quien amo tanto, pero Jesús está sobre el amor que te tengo, y también su voluntad. Cuando llegue el momento le preguntaré si puedo decirte sus palabras. ¿Contenta?"

"Te olvidarás de preguntarlo..."

"No mamá. Jamás te olvido, aunque estés lejos. Cuando oigo y veo alguna cosa bella, siempre pienso: ¡Si estuviese aquí mi mamá!"

"Querido, ¡dame un beso, hijo mío!" María de Alfeo está conmovida, pero esto no acaba con su curiosidad. Vuelve al asalto después de haber guardado silencio por un momento: "Dijiste su voluntad. Entonces has entendido que quiere anunciarte alguna voluntad suya. ¡Ea! Al menos esto podrás decir. Esto te lo dijo delante de los demás".

"En realidad estaba solo con Él" dice sonriendo Santiago.

"Pero los demás pudieron haber oído".

"No me dijo gran cosa, mamá. Me recordó las palabras y la oración de Elías en el Carmelo: "De los profetas del Señor soy el único que ha quedado". "Escúchame para que este pueblo reconozca que Tú eres el Señor Dios"¹

"¿Y qué quiso decir?"

"¡Cuántas cosas quieres saber, mamá! Ve, entonces, con Jesús y te las dirá" se defiende Santiago.

"Habrá querido decir que, puesto que el bautista ha sido preso, Él es el único profeta que queda en Israel y que Dios lo conservará por largo tiempo para que el pueblo sea adoctrinado" dice Susana.

"¡Ummm! No creo que Jesús pida vivir por largo tiempo. Para Sí no pide ninguna cosa... ¡Ea, Santiago mío" Dilo a tu mamá".

"Mamá la curiosidad es un defecto; es una cosa inútil, peligrosa y hasta cierto punto dolorosa. Haz un buen acto de mortificación..."

"¡Ay de mí! ¿No habrá querido decir que tu hermano será metido en prisión, tal vez hasta muerto?" pregunta perturbada María de Alfeo.

"Judas no es "todos los profetas", mamá, aun cuando ante todos los ojos de tu amor, cada hijo tuyo representa el mundo..."

"Pienso también en los demás porque... porque entre los profetas futuros ciertamente estáis vosotros. Entonces... Entonces si tú sólo quedas... Si tú sólo quedas, señal es de que los demás, que mi Judas... ¡Oh!" María de Alfeo deja secamente a Santiago y Susana. Rápida como si fuese una jovencilla vuelve hacia atrás, sin preocuparse de las preguntas que le dirige Tadeo. Llega como si la persiguiesen, al grupo en que viene Jesús.

"Jesús mío... venía hablando con mi hijo., de lo que le dijiste en... el Carmelo... de Elías... de los profetas... le dijiste... que se quedará solo... ¿Y qué será de Judas? Es mi hijo ¿sabes?" dice todo con el aliento que se le va por la angustia y por la carrera.

"Lo sé, María. Y sé que también estás contenta de que sea *mi* apóstol. Ves que tienes los derechos de madre, y Yo los de Maestro y Señor".

¹ Cfr. 3 Reyes 18, 20-40, y sobre todo los versículos 22 y 36.

“Es verdad... es verdad... ¡pero Judas es mi hijo...!” y María en su vislumbrar del futuro, se echa a llorar.

“¡Oh, qué lágrimas inútilmente derramadas! Todo se excusa a un corazón de madre. Acércate, María. No llores. Otra vez ya te consolé. Entonces te prometí que ese dolor tuyo te habría proporcionado muchas gracias de parte de Dios, para ti, para tu Alfeo, para tus hijos...” Jesús ha puesto un brazo sobre la espalda de su tía, y se la acerca hacia sí.... A los que venían con Él les ordena: “Adelantaos...”

Luego, solo con María Cleofás, vuelve a hablar: “Y no te mentí. Alfeo murió invocándome, y por esto, todas sus deudas ante Dios quedaron anuladas. Esta conversión para con el pariente incomprensido, para con el Mesías a quien antes no quiso reconocer, la obtuvo su dolor, María. Ahora, este obtendrá que el inseguro Simón y el obstinado José imiten a Alfeo”.

“Sí, pero... ¿qué harás a Judas, a mi Judas?”

“Lo amaré mucho más de lo que lo amas ahora”.

“No, no. Hay una amenaza en esas palabras. ¡Oh Jesús! ¡Oh, Jesús...!”

La Virgen regresa atrás para consolar también a su cuñada del dolor cuyo motivo no conoce; y al saberlo, porque María de Alfeo al verla a su lado llora mucho más fuerte diciéndolo, se hace más pálida que la luna. Entre lágrimas dice: “Dile tú, que no, que no muerte para mi Judas...”

La Virgen, mucho más pálida todavía, le dice: “¿Y puedo pedir eso, si ni siquiera pido para mi Hijo se salve de la muerte? María, di conmigo: “Que se haga tu voluntad, Padre, en el cielo, en la tierra y en el corazón de las madres”. Hacer la voluntad de Dios a través de la suerte de los hijos es el martirio redentor de las madres... Y por otra parte... nadie ha dicho que Judas deba ser muerto, o muerto antes de que tú mueras. Tu oración de ahora para que llegue a una edad longeva, cómo te pesará entonces, cuando en un reino de verdad y amor, verás las cosas, todas, a través de la luz de Dios y a través de tu maternidad espiritualizada. En ese día, estoy segura, como dichosa y como madre, habrías querido que Judas hubiese sido semejante a mi Jesús en su suerte de Redentor, y te morirás de ansias por tenerlo presto contigo, de nuevo, para siempre. El tormento de las madres es el de verse separadas de sus hijos. Un tormento tan grande que creo perdure, como ansia de amor, aun en el cielo que nos acogerá”.

El llanto de María, tan fuerte en el silencio de los primeros albos, hizo que todo volviesen atrás, para saber lo que ha pasado, y así escuchan las palabras de la Virgen y la turbación se propaga.

María Magdalena con lágrimas en los ojos dice: “Y yo a mi madre, ya desde la tierra, le di ese tormento”.

Marta también con lágrimas: “El dolor de estar separados es recíproco entre madre e hijos”.

En los ojos de Pedro no falta un lagrimón. Zelote dice a Bartolomé: “¡Qué palabras de sabiduría son necesarias para explicar lo que será la maternidad de una bienaventurada!”

“Y como una madre dichosa valuará todo: a través de la luz de Dios y de su maternidad espiritualizada... Lo deja a uno sin respirar como delante de un misterio luminoso” replica Natanael.

Iscariote dice a Andrés: “La maternidad se despoja de toda pesantez del sentido y se hace todo alas, digamos así. Parece que podamos ver transformadas a nuestras madres en una inimaginable belleza”.

“Es verdad. Santiago, la nuestra nos amará así. ¿Puedes imaginar cómo entonces será perfecto su amor?” dice Juan a su hermano, y es el único que tiene una sonrisa. El pensamiento de que su madre llegue a amar de ese modo tan perfecto, lo conmueve maravillosamente.

“¡Me desagrada haber causado tanto dolor! Se excusa Santiago de Alfeo “Intuyó mucho más de lo que le había dicho... Créeme Jesús”.

“Lo sé, lo sé. María se está elaborando a sí misma, y esto fue un golpe más fuerte que el escoplo. Sin embargo le quita un gran peso” responde Jesús.

“¡Valor, mamá! Deja de llorar. Me entristece que llores como una pobrecita mujer que ignora la seguridad del reino de Dios. No te pareces en nada a la madre de los jóvenes Macabeos³” con acento severo dice Tadeo a su madre, abrazándola. La besa en la cabeza, en sus cabellos entrecanos. Luego añade: “Pareces una niña que tenga miedo de las sombras y de las leyendas que le cuentan para infundirle miedo. Sabes muy bien, dónde me puedes encontrar: en Jesús. ¡Qué mamá! ¡Qué mamá! Deberías de llorar si se te dijese que yo un día lejano, fuese traidor a Jesús, uno que lo abandonase, un condenado. Entonces sí que deberías llorar y llorar lagrimas de sangre. Pero, si Dios me ayuda, no te daré jamás este dolor, madre mía. Quiero estar contigo por toda la eternidad...”

Primero el reproche, luego las caricias, terminan con las lágrimas de María de Alfeo, que está avergonzada de su debilidad. Al esconderse la luna en el horizonte la luz, en el paso de la noche al día, disminuyó. Hay un breve intermedio crepuscular. La luz que al principio tenía ese color plomizo, después grisáceo, luego verduzco, para llegar a ser color lácteo con matices de azul se hace clara finalmente, como si fuese plata sin peso. Se hace más fuerte cada vez, y hace más fácil el camino sobre los guijarros húmedos que baña el mar. Los ojos se alegran al contemplar el mar que se hace de un color azul más claro y que pronto se encenderá en joyas de tantos colores. El aire deslíe su color plateado de rosa siempre más fuerte, hasta que el rosa de oro de la aurora se convierte en lluvia rosada sobre el mar, sobre las caras, sobre la campiña, con contrastes de tinta siempre más vivos, que llegan a su punto más perfecto, para mí el más bello del día, cuando el sol, saliendo de los límites del oriente, arroja sus primeros rayos sobre los montes y pendientes, bosques, prados y sobre las inmensidades del mar y del cielo, acentuando cada color, esto es, bien la blancura de nieves o de las lejanas montañas, con uno de índigo que varía entre el verde jaspe bien e cobalto del cielo que palidece para retomar el de rosa, bien el zafiro con venas de jade y fileteado con perlas de mar.

Hoy el mar es un verdadero milagro de belleza. Ni muerto en su desagradable calma, ni perturbado en su lucha con los vientos, sino majestuosamente movidizo con sonrisas de ondas muy sutiles, que apenas si se distinguen por sus crestas que coronan alguna espumita.

“Llegaremos a Dora antes de que el sol nos queme. Luego volveremos a partir cuando llegue el crepúsculo. Mañana terminará en Cesarea vuestra fatiga, hermanas, y también nosotros descansaremos. Ciertamente que vuestro carro os estará esperando. Nos separaremos... ¿Por qué lloras, María? ¿Deberé, pues, ver que todas las Marías lloran?” pregunta Jesús a Magdalena.

“Le duele dejarte” dice su hermana por excusa.

“No se ha dicho que no nos volveremos a ver y pronto será”.

María hace señal con la cabeza de que no. Que no llora por eso.

Zelote da la explicación: “Teme de no ser siempre buena sin tu cercanía. Teme de... de que será tentada muy fuertemente cuando no le estés ya cerca para tener alejado al demonio. Hace poco me hablaba de ello”.

“No tengas miedo de esto. Jamás retiro la gracia que di. ¿Quieres pecar? ¿no? Entonces, no te intranquilies. Está atenta, eso sí, pero no tengas miedo”.

“Señor, lloro también porque en Cesarea... Cesarea está llena de mis pecados. Ahora los veo todos... tendré qué sufrir mucho en mi ser humano...”

“Me alegro de saberlo. Entre más sufras, mejor. Porque después no sufrirás con estas penas inútiles. María de Teófilo, quiero recordarte que eres hija de un valiente, y que eres un alma fuerte y que Yo quiero hacerte fortísima. Compadezco las debilidades en las otras porque han sido siempre mujeres mansas y tímidas, incluyendo a tu hermana. En ti no lo soporto. Te forjaré con el fuego y en el yunque para que estés así templada a fin de que no vayas a echar a perder el milagro de tu voluntad y mía. Esto tenlo en cuenta y quien de los presentes o de los ausentes pueda pensar que Yo porque te he querido mucho, vaya a ser débil contigo: te

³ Cfr. 2 Mac. 7.

permiso que llores por arrepentimiento y por amor. No por otra cosa. ¿Has entendido?” Jesús es claro y severo.

María Magdalena lucha en pasarse algunas lágrimas y sollozos. Cae a los pies de Jesús, se los besa y se esfuerza en decir con serenidad: “Sí, Señor mío. Haré lo que quieras”.

“Levántate, entonces y está tranquila”.

117. Síntica, la esclava griega

15 agosto 1945

No veo la ciudad de Dora. El sol se ha puesto ya. Los peregrinos se dirigen a Cesarea. No vi cuando llegaron ni cuanto tiempo estuvieron en Dora. Tal vez no hubo nada especial. El mar parece que hierve de rojo, porque refleja el cielo, refleja ese rojo tan irreal, tan avasallador. Parece como si el firmamento se hubiera bañado de sangre.

A pesar de la brisa marina, hace todavía calor. Van caminando a lo largo del mar para esquivar el ardor del terreno seco. Muchos se han quitado las sandalias y levantado los vestidos para ir en el agua. Pedro afirma: “Si no estuvieran las discípulas me metería desnudo y hasta allí adentro, hasta el cuello”.

Pero debe salir también de allí porque Magdalena que caminaba delante de los demás, vuelve y dice: “Maestro, conozco muy bien esta zona. ¿Ves allí donde el mar tiene aquel manchoncito amarillo en su azul? Allí desemboca un río, aun en estos tiempos de verano. Y es menester saber vadearlo...”

“¡Hemos vadeado tantos! ¡No será el Nilo! Este también lo pasaremos” dice Pedro.

“No es el Nilo, pero en sus aguas y en sus riberas hay animales nocivos. Es necesario pasar con cuidado, y no quitarse las sandalias para no hacerse mal”.

“¡Oh! ¿Qué clase de bichos son? ¿Leviatanes?”

“Dijiste bien, Simón. Se trata nada menos que de cocodrilos. Pequeños, es verdad, pero lo suficientemente grandes para no dejarte caminar por un espacio”.

“¿Y qué hacen allí?”

“Me parece que los llevaron por razón de culto, desde que reinaban aquí los fenicios. Allí se quedaron, haciéndose cada vez más pequeños, pero no por eso menos agresivos, pasando de los templos al lodo del río. Ahora son grandes ¡y con unos dientes! Los romanos suelen venir aquí para cazarlos y para divertirse... También yo vine con ellos. Todo es para... para pasar el tiempo. Las pieles son bellas, y sirven para muchas cosas. Dejad que mi experiencia los guíe”.

“Está bien. Me gustaría verlos...” dice Pedro.

“Tal vez veremos alguno, aun cuando por la caza a que se les sujeta están ya por ser exterminados”.

Dejan la ribera y doblan hacia la parte de adentro, hasta que encuentran un camino principal que va entre el mar y las colinas. Llegan pronto a un puente muy arqueado, que cruza un río de lecho bastante grande, pero que ahora no acarrea mucho agua. Las pocas corren por el centro. Donde no hay agua, se ven espadañas y cañas, semiquemadas ahora del calor, pero que en otras estaciones debieron haber formado pequeños islotes. La ribera tiene zarzas y árboles tupidos.

Por más que abren los ojos no ven ningún animal, y varios quedan desilusionados. Pero cuando están a punto de atravesar el puente, cuyo arco es muy alto, tal vez para que en tiempo de avenidas, no lo tapen las aguas —una robusta construcción romana— Marta da un grito agudísimo y retrocede aterrorizada. Un animal que se parece mucho al cocodrilo con su cabeza clásica, está atravesando sobre el camino, fingiendo dormir.

“No tengas miedo” grita Magdalena. “Cuando están allí no son peligrosos. Lo malo es cuando se esconden y los pasa uno sin verlos”.

Pero Marta se conserva prudentemente atrás. También Susana... María de Alfeo es más valerosa. Prudentemente y poniéndose cerca de sus hijos se adelanta y mira. Por su parte los apóstoles no tienen miedo. Miran el enorme animal y cada uno hace su comentario. El animal

se digna voltear lentamente su cabeza para dejarse ver así de frente y luego hace como si quisiera moverse en dirección de los que lo perturban. Otro grito de Marta que huye más atrás. Susana la imita y también María Cleofás. María Magdalena coge una piedra, la tira al animal y al sentirse golpeado en el costado, escapa entre la arena y se sumerge en el agua lodosa.

“No tengas miedo. Ven. Ya se fue” dice a su hermana. Las mujeres se acercan.

“De veras que es feo” comenta Pedro.

“¿Es verdad, Maestro, que en otros tiempos les daban por comida víctimas humanas?” pregunta Iscariote.

“Se le consideraba como animal sagrado. Representaba a un dios y así como nosotros ofrecemos un sacrificio a nuestro Dios, ellos, pobrecitos idólatras, lo hacían según su modo y los errores que su estado lo permitía”.

“Pero ¿continúan aún?” pregunta Susana.

“Creo que no está excluido, que se haga en lugares idólatras” dice Juan de Endor.

“¡Dios mío! Pero se los darán muertos ¿o no?”

“No. Se los dan vivos. Les dan niños, niñas. Las primicias del pueblo. Al menos así he leído” responde Juan a las mujeres que se miran espantadas.

“yo me moriría de miedo si tuviese qué acercarme” dice Marta.

“¿De veras? Pero esto no es nada, mujeres, respecto al verdadero cocodrilo. Por lo menos es tres veces más largo”.

“Y también hambriento. Este ciertamente estaba lleno de culebras y conejos salvajes”.

“¡Misericordia! ¡Hasta víboras! ¡Pero a dónde nos trajiste, Señor!” gime Marta, tan aterrorizada que todos se echan a reír.

Ermasteo, que ha guardado silencio, dice: “No tengas miedo. Basta con hacer algo de ruido y escapan todos. Soy práctico. He estado varias veces en el bajo Egipto”.

Se vuelven a poner en camino batiendo las manos o goleando los troncos. El punto peligroso ya pasó. Marta se ha ido cerca de Jesús y le pregunta: “Pero ya no habrá más ¿verdad?”

Jesús la mira y mueve la cabeza sonriendo. Le da ánimos. “La llanura de Sarón no es más que belleza y ya casi llegamos. ¡Pero de veras que las discípulas este día han dado sorpresas! No comprendo por qué debes ser tan miedosa”.

“Ni yo tampoco lo sé, pero todo lo que se arrastra me aterroriza. Me parece como si sintiera el frío de sus cuerpos, ciertamente fríos, viscosos, sobre mí. Me he hecho la pregunta de por qué existen. ¿Son en realidad necesarios?”

“Esto habría qué preguntarlo a quien los hizo. Pero créeme que si los hizo, señal es que son útiles. Aunque no fuese más que para hacer brillar el heroísmo de Marta” dice Jesús con un resplandor en sus ojos.

“¡Oh, Señor! Te burlas y tienes razón. Pero tengo miedo, y jamás me controlaré”.

“Lo veremos... ¿Qué cosa se mueve allí entre aquellos zarzales?” dice Jesús levantando su cabeza y dirigiendo hacia delante su mirada, en dirección de un montón de espinas y arbustos de largas ramas que parece como si atacasen una muralla de nopales, que esperan con sus paletas duras.

“Señor, ¿un cocodrilo?...” atemorizada pregunta con lágrimas Marta.

El ruido de las hojas aumenta y se asoma una cara humana, cara de mujer. Mira. Ve a todos. No sabe si huir por la campiña o por aquella selva. El primer impulso gana y huye dando un alarido.

“¿Leprosa? ¿Endemoniada? ¿Loca?” se preguntan perplejos todos.

Pero la mujer vuelve sobre su carrera porque de Cesarea viene un carro romano. Se encuentra como un ratón en la trampa. No sabe a dónde irse, porque Jesús y los suyos están cerca ya de aquellos matorrales que le servían de refugio y no puede regresar. Ir al encuentro del carro romano no quiere... El largo crepúsculo ha desaparecido y las primeras avanzadas de la noche siguen en firme. En medio de ellas se ve que la mujer es joven y linda, pese a sus vestidos desgarrados y a su cabellera en desorden.

“¡Mujer! ¡Ven aquí!” le dice Jesús con imperio.

La mujer extiende su brazo suplicante: ¡No me hagas mal!”

“Ven aquí. ¿Quién eres? No te haré ningún mal” y lo dice tan dulcemente que la persuade.

La mujer se adelanta. Se inclina y cae al suelo diciendo: “Quienquiera que seas, ten piedad de mí. Márame pero no me entregues a mi patrón. Soy una esclava que se escapó...”

“¿Quién es tu patrón? ¿De dónde eres? Hebrea por supuesto que no. Tu modo de hablar la dice, y también tu vestir”.

“Soy griega. La esclava griega de... ¡Oh piedad! ¡Escóndeme! El carro se acerca...”

Todos forman un círculo en torno a la infeliz que está agazapada en el suelo. El vestido desgarrado por las espinas muestra sus espaldas surcadas de golpes y de rasguños. El carro pasa sin que nadie de los que van en él muestre interés por el grupo.

“Se han ido. Habla. Si podemos te ayudaremos” dice Jesús, poniéndole la punta de los dedos sobre la cabellera despeinada.

“Soy Síntica, esclava griega de un noble romano, del séquito del Procónsul”.

“¡Entonces eres la esclava de Valeriano!” dice Magdalena.

“¡Ah! ¡Piedad, piedad! No me denuncies a él” suplica la infeliz.

“No tengas miedo. Jamás volveré a hablar con Valeriano” responde Magdalena.

Y dice el por qué a Jesús: “Es uno de los romanos más ricos y más asquerosos que hay acá. Es tan asqueroso como cruel”.

“¿Por qué has huido?” le pregunta Jesús.

“Porque tengo un alma. No soy una mercancía... (la mujer cobra confianza al ver que ha encontrado gente compasiva). No soy una mercancía. Él me compró. Es verdad. Podrá haber comprado mi persona para que embellezca su casa, para que le alegre las horas con leerle, para que le sirva, pero no más. ¡El alma es mía! No es cosa que se compre. Él quería también ésta”.

“¿Qué sabes tú del alma?”

“No soy literata, Señor. Soy botín de guerra desde mi más joven edad. Pero plebeya. Este es mi tercer dueño y es un fauno asqueroso. Pero en mí todavía están las palabras de nuestros filósofos. Y sé que no sólo somos carne. Hay alguna cosa inmortal encerrada en nosotros. Algo que no podemos definir claramente, pero hace poco sé su nombre. Un día pasó un hombre por Cesarea, haciendo prodigios y hablando mejor que Sócrates y Platón. Mucho se ha hablado de él, en las termas y en los banquetes o en los pórticos dorados, ensuciando su augusto nombre al pronunciarlo en las salas de las inmundas orgías. Y mi patrón, exactamente a mí, que ya sentía de tener algo inmortal que pertenece sólo a Dios y que no se compra, como si fuera una mercancía, en un mercado de esclavos, me hizo volver a leer las obras de los filósofos para comparar y buscar si esta cosa que ignoramos, que el Hombre que llegó a Cesarea la llamó con el nombre de “alma”, se encontrase descrita en ellos. ¡Él me hizo leer esto! ¡El que quería que yo lo complaciera en los sentidos! De este modo llegué a saber que esta cosa inmortal es el alma. Y mientras Valeriano con otros compañeros suyos escuchaba mi voz, y entre eructos y bostezos trataba de comprender, paragonar y discutir, yo unía las palabras del Desconocido, a las de los filósofos, y las ponía de mi parte, y con ellas me creaba una dignidad mucho mayor para rechazar su pasión insensata... Una noche hace poco, me golpeó hasta matarme, porque a mordidas lo rechacé... Al día siguiente huí... hace cinco días que vivo dentro de aquellos matorrales, recogiendo por la noche moras y tunas. Pero terminaré en que me capture otra vez. Ciertamente que anda en mi busca. Le costé mucho dinero y le agrado mucho, para que me deje en paz... ten piedad, te lo ruego. Eres hebreo y ciertamente sabes dónde se encuentra. Te ruego que me lleves al Desconocido que habla a los esclavos y que habla del alma. Me dijeron que es pobre. No me importa que sufra el hambre, pero quiero estar cerca de Él para que me instruya y me levante otra vez. Vivir en medio de los brutos, embrutece a uno, aunque se resista a ello. Quiero volver a tener mi antigua dignidad moral”.

“El hombre, el Desconocido, a quien buscas, está delante de ti”.

“¿Tú? ¡Oh Desconocido Dios de la Acrópolis⁵, te saludo!” e inclina la frente hasta el suelo.

“Aquí no puedes estar. Yo voy a Cesarea”.

“¡No me dejes, Señor!”

“No te dejaré... Estoy pensando...”

“¡Maestro! Nuestro carro ciertamente habrá llegado ya al lugar convenido. Mándale avisar. En el carro estará segura como en nuestra casa” aconseja Magdalena.

“Sí, Señor. Déjanosla en lugar del viejo Ismael. Le hablaremos de ti. La arrebataremos al paganismo” dice Marta con tono suplicante.

“¿Quieres venir con nosotros?” pregunta Jesús.

“Con cualquiera de los tuyos, con la condición de que no sea ese hombre. Pero... ¿esta mujer dice que lo conoce? ¿No me traicionará? ¿No irán a su casa a buscarme los romanos? No...”

“No tengas miedo. A *Betania* no llegan los romanos, y mucho menos los de esa clase” le asegura Magdalena.

“Simón y Simón Pedro id a buscar el carro. Os esperamos aquí. Después entraremos a la ciudad”. Ordena Jesús.

.....

Cuando se escucha el rumor de los cascos y de las ruedas del carro y se ve la luz que se bambolea del techo, los que estaban en su espera, dejan la ribera, donde seguramente habrán cenado y se dirigen al camino. El carro se detiene tambaleándose a la orilla del camino. Bajan Pedro y Simón, a quien sigue una mujer anciana que corre a abrazar a Magdalena diciéndole: “Ni un momento puedo dejar, ni un momento puedo dejar de decirte que soy feliz, de decirte que tu mamá se muere de alegría conmigo, de decirte que te has convertido en la bella rosa de nuestro hogar, como cuando dormías en la cuna después de haber mamado mi pecho” y la besa y la vuelve a besar.

María llora entre sus brazos.

“Mujer, te encargo esta joven y te pido el sacrificio de que esperes aquí toda la noche. Mañana podrás ir a la primera población que haya en el camino consular y nos esperarás allí. Llegaremos como a las seis” dice Jesús a la nodriza.

“Sea como tú dices. ¡Que seas bendito! Déjame tan solo dar a María los vestidos que le traje”. Y sube al carro con la Virgen, con María y con Marta. Cuando salen fuera, será la Magdalena que veremos siempre: con un sencillo vestido, con un amplio velo de lino sutil y con un manto sin adornos.

“Vete tranquila, Síntica. Mañana también nosotros iremos. Hasta pronto” le dice Jesús por saludo. Y continúa su camino hacia Cesarea...

La larga costa del mar está llena de gente que pasa a la luz de las antorchas o linternas que portan esclavos, y que respira el aire que viene del mar, un gran consuelo para los pulmones cansados del bochorno estival.

Y los que están paseando son exactamente ricos romanos. Los hebreos están encerrados en sus casas, y gozan de la brisa desde lo alto de sus terrazas. La larga playa parece un salón vastísimo a la hora de huéspedes. Pasar por ahí significa que lo desmenucen a uno completamente. Y sin embargo Jesús pasa por allí... a lo largo de la playa, sin importarle que lo vean, que hablen de Él, que se rían.

“Maestro, ¿Tú aquí? ¿A esta hora?” le pregunta Lidia que está sentada en una especie de silla poltrona o silla plegadiza que le han puesto los esclavos al lado de la vía. Se pone de pie.

“Vengo de Doras y he llegado tarde. Voy en busca de alojamiento”.

“Te diría: aquí está mi casa” y señala un hermoso edificio a sus espaldas. “Pero no sé si...”

“No. Te lo agradezco. Vienen conmigo muchas personas, y dos de ellas se han adelantado para dar el aviso a otras que conozco. Creo que me alojarán”.

⁵ Cfr. Hech. 17, 16-34.

Los ojos de Lidia recorren las caras de las mujeres que Jesús ha señalado, lo mismo que las de los discípulos, y al punto descubre a Magdalena.

“¡María! ¿Tú? Pero entonces, ¿es verdad?”

En los ojos de María hay un mirar de cierva acorralada, una mirada en que hay tormento. Y tiene razón porque no sólo a Lidia debe hacer frente, sino a muchos, a muchos que la están mirando... Pero también mira a Jesús y cobra fuerzas.

“Es verdad”.

“Entonces, ¡Te hemos perdido!”

“No. Me habéis encontrado. Por lo menos espero volver a encontrarte algún día y con una amistad mejor en el camino, que por fin encontré. Dilo, te ruego, a todos los que me conocen. Hasta la vista, Lidia. Olvida todo el mal que me viste hacer. Te ruego me perdonen...”

“Pero, María ¿por qué te envileces? Hemos vivido la misma vida, de ricas y de desvergonzadas, y no hay...”

“No. Llevé una vida peor, pero he salido de ella, y *para siempre*”,

“Buenas noches, Lidia” interrumpe el Señor, y se dirige a su primo Judas que se acerca a Él con Tomás.

Lidia detiene por un momento a Magdalena. “Dime la verdad ahora que estamos solas. ¿Estás verdaderamente convencida?”

“Convencida, no: *feliz de ser discípula*. Sólo una cosa lamento, y es de no haber conocido antes la Luz y de haber comido fango en lugar de haberme alimentado de ella. Hasta la vista, Lidia”.

La respuesta suena clara en el silencio que rodeó a las dos mujeres. Ninguno de los presentes se atreve a decir palabra...

María se vuelve y rápida trata de alcanzar al Maestro.

Un joven se le para delante: “¿Es tu última locura?” dice y quiere abrazarla, pero como está medio borracho, no lo logra, y María se le escapa gritando: “No, es mi única sabiduría”.

Alcanza a las compañeras, que van cubiertas con sus velos como mahometanas, pues sienten disgusto de que las vean esos viciosos.

“María”, dice temblorosa Marta “¿Has sufrido mucho?”

“No. Y tiene razón. Ahora no sufriré más por esto. Él tiene razón...”

Doblan una callejuela oscura para entrar luego en una amplia casa, que de seguro es un albergue, donde pasarán la noche.

118. El hasta pronto Marta, Magdalena y Síntica.

17 agosto 1945

De nuevo en camino, hacia el oriente, hacia la campiña.

Ahora los apóstoles y dos discípulos vienen con María Cleofás y Susana, algunos metros después de Jesús que viene hablando animadamente con su Madre y las dos hermanas de Lázaro. Los apóstoles no hablan; parece como si estuviesen cansados o desilusionados. No les atrae la belleza de la campiña que es en realidad espléndida, ni las ligeras ondulaciones de la llanura, cual si fuesen verdes cojines puestos a los pies de un rey gigante, con sus colinas de unos cuantos metros de altura, que son un preludio de las cordilleras del Carmelo y de la de Samaría. En la llanura, que domina todo ese lugar, y en las pequeñas colinas y ondulaciones de la tierra, hay un mar de hierbas en flor y un diluvio de frutas. El lugar está muy bien regado, pese a la región y estación. Debe haber abundancia de agua porque todo está tan florido. Ahora comprendo por qué la llanura de Sarón es celebrada con entusiasmo en la Sagrada Escritura¹. Pero este entusiasmo no lo participan los apóstoles que caminan de mal humor, los únicos fastidiados en este día sereno y en esta región que es un sonreír.

¹ Cfr. Is. 33, 7-16; 35.

El camino consular está muy bien cuidado, traza con su cinta blanca esta campiña fertilísima, y como todavía es temprano, es fácil encontrar gente cargada de mercancías o viajeros que van a Cesarea. Uno que llega con una recua de asnos, cargados de sacos, obliga a los apóstoles a que se hagan a un lado del camino y con sorna les pregunta: “¿Es aquí el Kisón?”

“Más atrás” responde seco Tomás, y entre dientes refunfuña: “¡Pedazo de alcornoque!”

“Es un samaritano y con eso está todo dicho” dice Felipe.

Y otra vez el silencio. Luego, unos pocos metros después, como si concluyese un discurso dice Pedro: “¡Para lo que sirvió! No valía la pena haber caminado tanto”.

“¡Pues claro! ¿Para qué fuimos a Cesarea si ni siquiera dijo una palabra? Yo me imaginaba que pensaba hacer algún milagro sorprendente para persuadir a los romanos, y sin embargo...” dice Santiago de Zebedeo.

“¡Nos expuso a la chacota y basta!” comenta Tomás. Iscariote aumenta: “Y nos hizo sufrir. A Él le gustan las ofensas y piensa que también a nosotros”.

“Pero en realidad quien sufrió en esta ocasión fue María la hija de Teófilo” observa calmadamente Zelote.

“¡María! ¡María! María se ha convertido en el centro del universo. Nadie sufre sino ella. Nadie es heroico sino ella. Nadie tiene qué formarse sino ella. Si hubiera sabido me habría hecho ladrón y homicida para ser objeto de tantas deferencias” revienta Iscariote.

“La otra vez que vinimos a Cesarea y que Él hizo un milagro y evangelizó, nosotros le dimos aflicción con nuestro mal humor porque lo hizo” observa el primo del Señor.

“Es que no sabemos lo que queremos... Hace de este modo y nos molestamos; hace al contrario y refunfuñamos. Somos defectuosos” dice con seriedad Juan.

“¡Oh! Ahora tenemos al otro sabio que habla! Lo cierto es que hace tiempo que no se hace nada bueno”.

“¿Nada, Judas? ¿Y la griega? ¿Y Ermasteo? Abel, María...”

“Él no fundará su reino ciertamente con estas cosas inútiles” le replica Iscariote, obsesionado como está de la idea de un triunfo terreno.

“Judas, te ruego que no juzgues las obras de mi Hermano. Es algo ridículo. Es como si un niño quisiera juzgar a su maestro; por no decir: es una nulidad que quiere estar en alto” dice Tadeo que es del mismo nombre, pero que siente una antipatía profunda hacia su homónimo.

“Te agradezco que te hayas limitado a llamarme niño. En realidad esperaba que después de haber servido por mucho tiempo en el templo, se me hubiese juzgado al menos como adulto” responde sarcástico Iscariote.

“¡Oh, qué fastidiosas son estas disputas!” lamenta Andrés.

“¡Tienes razón! En vez de formar un solo ato mientras más vivimos juntos, parece como si más nos separásemos. Hay que recordar que en Sicaminón dijo que tenemos qué estar unidos con la grey ¿Cómo podemos serlo, si como pastores no lo estamos?” observa Mateo.

“¿Entonces no se debe hablar? ¿Jamás podemos manifestar nuestro pensamiento? No somos esclavos, por lo que creo”.

“No, Judas. No somos esclavos, pero somos indignos de seguirlo porque no comprendemos” replica tranquilamente Zelote.

“Yo lo comprendo muy bien”.

“No. No lo comprendes y contigo nosotros. Más o menos todos los que lo criticamos. Comprender es obedecer sin discutir, porque está uno persuadido de la santidad de quien guía” insiste Zelote.

“¡Ah! ¡Pero tú te refieres a comprender su santidad! Yo me refería a sus palabras. Su santidad es sencillamente indiscutible” se apresura a afirmar Iscariote.

“¿Y puedes dividir la santidad de las palabras? Un santo siempre poseerá la sabiduría y sus palabras serán santas”.

“Es verdad. Pero comete acciones que causan daño. Claro que por demasiada santidad. Lo concedo. Pero el mundo no es santo y Él se busca malos ratos. Ahora, por ejemplo, ¿crees que para algo nos sirvan este filisteo y esta griega?”

“Si soy causa de algún daño, me retiro” dice mortificado Ermasteo. “Vine con la idea de honrarlo y de que hacía una cosa recta”.

“Le causarías dolor si te fueses por esta razón” le dice Santiago de Alfeo.

“Dejará de pensar que había cambiado de idea. Ahora le diré adiós y me voy...”

“¡No! Tú no te vas. No es justo que por los nervios de otro pierda el Maestro un buen discípulo” brusco dice Pedro.

“Pero si por cosa tan pequeña se quiere ir, señal es que no está seguro de su voluntad. Déjalo que se vaya” replica Iscariote.

Pedro pierde la paciencia: “Le prometí a Él, cuando me concedió a Marziam, de ser paternal con todos, y me desagrade faltar a mi promesa, pero tú me empujas a ello. Ermasteo está aquí y con nosotros se queda. ¿Sabes lo que debería decirte? Qué tú eres el que mete confusión en la voluntad de los demás y las haces inseguras. Eres uno que separa y mete desorden. Esto es lo que eres, y avergüénzate de ello”.

“¿Qué cosa eres tú? El protector de...”

“Sí, señor. Dijiste bien. Sé lo que quieres decir. Protector de la Velada, protector de Juan de Endor, de Ermasteo, de esa esclava, protector de cuantos ha encontrado Jesús, y no son los magníficos ejemplares pavoneados del templo, los fabricados con sagrada argamasa y telarañas del templo, los pabilos que humean a alpechín del templo, los que, como tú, para decirlo en una palabra, y para hacer más inteligible la parábola. Si el templo es gran cosa, a no ser que me haya vuelto un entupido, el Maestro es más que el templo, y tú le faltas al respeto...” grita tan fuerte que Jesús se detiene, vuelve su rostro y hace como si quisiera volver atrás dejando a las mujeres.

“¡Oyó! ¡Ahora se afligirá!” dice el apóstol Juan.

“No, Maestro. No vengas. Discutíamos... para no aburrirnos en el camino” dice pronto Tomás.

Jesús se detiene. Los discípulos se acercan a Él.

“¿De qué discutíais? ¿Una vez más debo decirlos que las mujeres los superan?”

El dulce reproche llama a la puerta del corazón de todos. Callan, bajando la cabeza.

“¡Amigos míos! No os hagáis objeto de escándalo para los que están naciendo apenas a la luz. ¿No sabéis que hace más daño una imperfección en vosotros para redimir a un pagano o un pecador que todos los errores que hay en el paganismo?”

Nadie responde, porque nadie sabe qué decir para justificarse, o para acusar.

Cerca de un puente donde hay un río seco, está parado el carro de las hermanas de Lázaro. Los dos caballos comen la hierba de la orilla del río, que probablemente no hace mucho se habrá secado porque la hierba es verde y abundante. El siervo de Marta y otro más, tal vez el conductor, está en la arena. Las mujeres están dentro del carro que está cubierto con una pesada manta de pieles curtidas, que bajan a modo de cortinas pesadas hasta el piso del carro. Las mujeres discípulas lo ven, y aceleran el paso. El siervo que las ve primero, da la voz de alarma a la nodriza. El otro se apresura a llevar los caballos a la limonera.

El siervo corre al encuentro de sus dueñas. Se inclina hasta la tierra. La anciana nodriza, una hermosa mujer de color aceituna, pero agradable, baja ligera y se va también al encuentro de ellas. María Magdalena le dice algo, y al punto se dirige a la Virgen diciéndole: “Perdona. Pero es tanta la alegría de verla que no veo sino a ella. Ven, bendita, el sol quema. En el carro hay sombra”.

Suben todas, esperando a los hombres que se quedaron muy atrás. Mientras esperan y mientras Síntica que trae los vestidos que ayer usaba Magdalena, besa los pies de sus dueñas, a quienes así llamaba obstinadamente, pese a que le digan que para ellas no es criada, ni esclava, sino una huésped en nombre de Jesús, la Virgen muestra el precioso

envoltorio de la púrpura y pregunta cómo se puede hilar ese montoncito de hilo que no permite ni humedad ni torcedura.

“No se usa así, Señora. Se le reduce a polvo y se le usa como cualquier otra tintura. Esta es la baba de la conchilla, no es ni cabello ni pelo. ¿Ves cómo es flojo ahora que está seco? La reduces a polvo fino, la cueles para que no quede ningún pedazo largo que pudiese manchar el hilado de la tela. Es mejor si tiñes el hilado en madejas. Cuando estés segura que está hecha toda polvo, la disuelves como se hace con la cochinilla, o con el azafrán o polvo de añil, o con el de corteza de raíces o frutas, y así la puedes usar. En la última enjuagada para que se fije la tinta, usa vinagre fuerte”.

“Gracias, Noemí. Haré como me enseñaste. He bordado con hilo de púrpura, preparado de antemano... Mira, Jesús está ya cerca. Es hora de que nos despidamos, hijas. Os bendigo en el nombre del Señor. Id en paz y llevad la paz y alegría a Lázaro.

Hasta pronto, María. Acuérdate que lloraste sobre mi pecho tus primeras felices lágrimas. Por esto soy para ti como una madre, porque es sobre ella, sobre quien el recién nacido lanza su primer llanto. Soy como una madre y para siempre. Lo que te cause pena de decir a la más dulce de las hermanas, a la más amorosa de las nodrizas, ven a decírmelo a mí. Siempre te comprenderé. Lo que no te atrevieses a decir a Jesús porque te pareciese algo muy humano que Él no quiere que haya en ti, ven a decírmelo. Siempre te compadeceré. Y si después me quieres contar también tus triunfos –eso prefiero que se lo digas a Él, como flores olorosas, porque Él es y no yo tu Salvador– me regocijaré contigo.

Hasta pronto, Marta. Te vas ahora feliz, y siempre vivirás en esta felicidad sobrenatural. No tienes, pues, otra necesidad más que adelantar en la justicia en medio de la paz que nadie te perturba. Hazlo por amor a Jesús que tanto te ha amado, al amar a esta tu hermana, a quien de corazón amas.

Hasta pronto Noemí. Vete con tu tesoro que encontraste de nuevo, Como tú antes le quitabas el hambre con tu leche, así ahora quítate la tuya al oír sus palabras y las de Marta, y trata de ver en mi Hijo no al exorcista que liberte los corazones del mal.

Hasta pronto Síntica, flor de Grecia, que supiste comprender por ti sola que hay algo más que la carne. Ahora florece en Dios, y sé la primera de las flores de la Grecia del Mesías.

Estoy muy contenta de dejaros así unidas. Os bendigo de corazón.

El ruido de los pasos está ya muy cerca. Levantan la pesada cortina y ven que Jesús está a unos dos metros del carro. Bajan en medio de un sol que quema.

María Magdalena se arrodilla a los pies de Jesús y le dice: “Te doy gracias de todo, y también porque me hiciste hacer este largo viaje. Tú solo tienes sabiduría, Ahora me voy despojada de los restos que quedaban de la María de otro tiempo. Bendíceme, Señor, para que me fortifique cada vez más”.

“Te bendigo. Alégrate de tus hermanos y alégrate con los hermanos que se forman siempre más según mis deseos. Hasta la vista, María, hasta la vista, Marta, Dile a Lázaro que lo bendigo. Os confío esta mujer. No os la doy. Es mi discípula, pero quiero que le deis un mínimo para que pueda entender mi doctrina. Luego vendré Yo. Te bendigo, Noemí, y también a vosotras dos”.

Las lágrimas se asoman a los ojos de María y Marta. Zelote las despiden en particular; les da un escrito para su siervo. Los otros las despiden al mismo tiempo. El carro se pone en movimiento.

“Y ahora vamos a buscar un poco de sombra. Que Dios las acompañe... ¿Tanto te desagrada que se hayan ido, María?” pregunta a María de Alfeo que en silencio llora.

“Sí... eran muy buenas...”

“Las volveremos a ver pronto. Y más numerosas. Tendrán muchas hermanas... o hijas, si más te gusta. Todo es amor, bien sea el materno, como el fraterno” la consuela Jesús.

“Con tal de que no cause molestias...” dice entre dientes Iscariote.

“¿Molestias cause el amarse?”

“No. Molestias el tener personas de otra raza y de otra pertenencia”.

“¿Te refieres a Síntica?”

“Sí, Maestro. Porque en resumidas cuentas ella es cosa que pertenece al romano y apropiársela está mal. Lo irritará contra nosotros y nos echaremos encima a Poncio Pilato que es tan cruel”.

“¿Pero crees que le moleste a Pilato si un dependiente suyo pierde una esclava? ¡Lo conocerá por lo que vale! Y si es un poco honrado, como se dice serlo, por lo menos en lo que se refiere a su familia, dirá que esta mujer hizo bien en huir. Si es deshonesto dirá: “Esto se merece. Tal vez así la encontraré yo” Los deshonestos no son sensibles a los dolores de los demás. Y luego ¡Oh pobre Poncio! Con todos los disgustos que le damos, no creo que vaya a tener tiempo de oír las quejas que alguien que le diga que su sierva se le escapó” dice Pedro. Muchos le dan la razón, burlándose de las iras del lascivo romano.

Jesús lleva la disputa a un plano más alto. “Judas, ¿conoces el Deuteronomio?”

“Ciertamente, Maestro. Y no dudo en decir que lo conozco como pocos”.

“¿Qué piensas de él?”

“Que es el portavoz de Dios”.

“Portavoz. Por lo tanto repite las palabras de Dios ¿o no?”

“Exactamente así”.

“Has respondido bien. ¿Entonces por qué juzgas que esté bien hacer lo que ordena?”

“Jamás he dicho esta cosa. Al revés, creo que lo descuidamos mucho al seguir la nueva Ley”.

“La nueva Ley es el fruto de la antigua, esto es, es la perfección a la que ha llegado el árbol de la fe. Ninguno de nosotros lo hace a un lado, por lo que entiendo, porque Yo soy el primero en respetarlo y en impedir que lo descuiden”. Jesús es punzante en decir estas palabras. Continúa:

“El Deuteronomio es intocable. Cuando triunfe mi reino, y con mi reino la nueva ley con sus nuevos códigos y artículos, será siempre aplicado a los nuevos dictámenes, a la manera como las piedras labradas a escuadra de antiguas construcciones se les usa para nuevas, porque son piedras perfectas que dan robustez a las murallas. Por ahora todavía no existe mi reino, y Yo, como fiel israelita, no ofendo ni descuido el libro mosaico. Es la base y fundamento de mi modo de obrar y de mi enseñanza. Sobre la base del Hombre y del Maestro, el Hijo del Padre coloca la celeste construcción de su naturaleza y sabiduría.

Se dice en el Deuteronomio: “No entregarás al patrón el esclavo que se ha refugiado contigo. Habitará contigo en el lugar que le pareciere. Estará tranquilo en una de tus ciudades y no le infligirás ningún mal”². Esto en el caso de que alguien se vea obligado a huir de una esclavitud inhumana. En mi caso, en el de Síntica, la fuga no es por una libertad limitada, sino por la libertad *ilimitada* del Hijo de Dios. ¿Y quieres tú que Yo ponga de nuevo a esta alondra que huye de las trampas de los cazadores el hilo y la devuelva a su prisión para quitarle aún la esperanza de que llegue a ser libre? No. ¡Jamás! Bendigo a Dios que así como la ida a Endor trajo un hijo al Padre, la ida a Cesarea trajo a Mí esta criatura para que la lleve al Padre. En Sicaminón hablé de la fuerza de la fe. Hoy os hablaré de la luz de la esperanza, pero antes bajo esta arboleda quedémonos a comer y descansar, porque el sol quema como si el infierno estuviese abierto”.

119 Jesús habla de la esperanza

18 agosto 1945

Unos viñadores que pasan con sus cestos cargados de uvas que parecen de color ámbar por lo blanco, preguntan a los apóstoles:

“¿Sois peregrinos o forasteros?”

² Cfr. Deut. 23, 15-16.

“Somos galileos y peregrinos en dirección del Carmelo” responde por todos Santiago de Zebedeo, que con sus compañeros pescadores se está desentumeciendo las piernas para no dejarse vencer de un poco más de somnolencia. Iscariote y Mateo se están despertando en la hierba, en la que se habían tirado. Los de más edad todavía están durmiendo. Jesús está hablando con Juan de Endor y Ermasteo, mientras la Virgen y María Cleofas que están juntas, no hablan para nada.

Los viñadores dicen: “¿Y venís de lejos?”

“La última etapa fue Cesarea. Antes de ella estuvimos en Sicaminón y de mucho más allá. Vinimos de Cafarnaum”.

“¡Oh, qué caminatas tan largas en este tiempo! ¿Por qué no vinisteis a nuestra casa? Está allí ¿La veis? Os habríamos dado agua para que refrescaseis vuestros cuerpos y comida, que aunque de campo, es buena. Venid ahora”.

“Estamos por partir. Dios os pague lo mismo”.

“El Carmelo no se va en su carro de fuego como su profeta¹” dice un campesino con cara medio seria.

“No viene más ningún carro del cielo a llevarse a los profetas. No hay más profetas de Israel. Se dice que Juan ya murió” dice otro campesino.

“¿Muerto? ¿Y desde cuánto?”

“Así dicen unos que vinieron de la otra parte del Jordán. ¿Lo venerabais?”

“Éramos sus discípulos”.

“¿Por qué lo dejasteis?”

“Para seguir al Cordero de Dios, al Mesías que él anunció. Todavía existe en Israel. Y un carro de fuego no sería tan digno para llevarlo al cielo”.

“No creéis en el Mesías?”

“¡Sí creemos! Nos hemos decidido ir a buscarlo después de la vendimia. Se dice que es celoso de la observancia de la ley, y que va al Templo en las solemnidades prescritas. Pronto iremos a la fiesta de los Tabernáculos y estaremos todos los días en el Templo para verlo. Y si allí no lo encontramos, iremos en su búsqueda hasta que lo encontremos. Vosotros que lo conocéis, decidnos: ¿Es verdad que casi siempre está en Cafarnaum? ¿Es verdad que es alto, joven, de color pálido, rubio y que tiene una voz diversa de la de los demás hombres, que llega hasta el corazón, y que hasta las bestias y las plantas lo oyen?”

“Todos los corazones menos los de los fariseos, Gamala. Los de ellos son muy ásperos”.

“Esos ni siquiera son animales. Son demonios, incluido aquel cuyo nombre llevo. Pero decid: ¿Es verdad que es así, y que es tan bueno que habla con todos, consuela a todos, cura enfermedades y convierte pecadores?”

¿Creéis esto?”

“Sí. Pero nos gustaría saberlo de vuestros labios, de vosotros que lo seguís. ¡Oh, si nos condujeseis a Él!”

“¿No debéis cuidar los viñedos?”

“Pero también tenemos un alma a quién cuidar, y más que los viñedos. ¿Está en Cafarnaum? Haciendo caminatas forzadas podremos ir y volver en diez días”...

Está allí al que buscáis. Descansó en vuestro huerto y ahora está hablando con ese viejo y con ese joven. A su lado está su Madre y su tía”. ¡Aquel!... ¡Oh!... ¿Qué hacer?”

Se quedan como paralizados. Se hacen todos ojos para mirarlo. Toda su alma se ha asomado a sus pupilas.

“¿Y bien? ¿Tanto deseo teníais de verlo y ahora ni os movéis? ¿Os habéis convertido en estatuas de sal?” les instiga Pedro.

“No... es que... ¿Pero es tan sencillo el Mesías?”

“¡Pues qué queríais que fuese? ¿Sentado en un trono resplandeciente y con el manto regio? ¿Lo creíais un nuevo Asuero²”

¹ Cfr. 4 Rey. 2, 1-18; Eccli. 48, 1-12.

“No... pero... tan sencillo. ¡Él, tan santo!”

“Y muy sencillo, porque es santo. Bien. Hagamos así... ¡Maestro! Ten paciencia, y ven a hacer aquí un milagro. Hay unas personas aquí que te buscan y que al verte las has petrificado. Ven a devolverles el movimiento y la palabra”.

Jesús se ha vuelto al oírse llamar. Se levanta sonriente y viene a los viñadores que lo miran así estupefactos, que parecen aterrorizados.

“La paz sea con vosotros. ¿Me necesitabais? Aquí estoy” y como de costumbre, abre los brazos para ofrecerse. Los viñadores caen de rodillas y se quedan sin decir palabra.

“No tengáis miedo. Decidme lo que queréis”.

Extienden sus cestos llenos de uvas, sin hablar. Jesús admira la magnífica fruta y dice: “Gracias”. Extiende una mano, toma un racimo, y se lo empieza a comer.

“¡Oh Dios Altísimo! ¡Come como nosotros!” dice con un suspiro el llamado Gamala.

Es imposible dejar de reír ante estas palabras. También Jesús se sonríe más, y como para excusarse dice: “¡Soy el Hijo del Hombre!”

La actitud de Jesús ha terminado con fascinación. Gamala dice: “¿No entrarías en nuestra casa, hasta el atardecer por lo menos? Somos muchos, porque somos siete hermanos con sus esposas y niños, además de los viejos que esperan la muerte tranquilamente”.

“Vamos. Llamad a los compañeros y alcanzadnos allí. Mamá, ven con María”.

Y Jesús va con los campesinos que se han levantado y caminan un poco de lado para verlo caminar. El sendero es estrecho, en medio de troncos de árboles unidos el uno con el otro por vides.

Pronto llegan a la casa, mejor dicho, a las casas porque es un pequeño cuadro de casas. En el centro un amplio patio. Un pozo. Hay un gran corredor que hace de vestíbulo, y que en las noches se cierra con un pesado portón.

“La paz sea en esta casa y a quien en ella habita” dice Jesús entrando y levantando su mano para bendecir. La baja para acariciar un pedazo de carne semidesnudo que lo mira extático. Un bellissimo niño metido en su camisa sin mangas, que le cae por las espaldas. Está parado en sus piecitos desnudos, con un dedito en la boca y un pedazo de pan mojado en aceite en la otra manita.

“Es David, el niño de mi hermano” dice Gamala. Otro viñador entra en la casa más próxima para dar el anuncio y luego sale para ir a otra, y así a todas, de modo que caras de todas las edades se asoman, y se meten para volver a salir después de haberse arreglado por un momento.

Sentado a la sombra de un cobertizo, que sostiene una higuera gigantesca, hay un viejo con un bastón entre las manos. No levanta ni siquiera la cabeza, como si nada le importase.

“Es nuestro padre” dice Gamala. “Uno de los viejos de nuestro hogar, porque también la mujer de Jacobo trajo aquí a su padre, que se quedó solo, y además está la anciana madre de Lía, la esposa más joven. Nuestro padre está ciego. Tiene un velo sobre sus pupilas. ¡Tanto sol en los campos! ¡Tanto calor en la tierra! ¡Pobre padre! ¡Está muy triste! Pero es muy bueno. Ahora espera a los nietos, son su única alegría”.

Jesús se va al viejo. “Dios te bendiga, padre”.

“Quienquiera que Tú seas, que Dios te devuelva tu bendición” responde el viejo levantando su cabeza en dirección de la voz que oyó.

“Tu suerte es triste, ¿no es verdad?” pregunta Jesús con dulzura, y hace señal de no decir quién está hablando.

“Viene de Dios, después de tantos bienes que me dio en mi larga vida. Así como recibí bienes de Dios, así debo aceptar ahora la pérdida de la vista. Al fin y al cabo no es eterna. Terminaré en el seno de Abraham”.

“Dices bien. Peor sería si estuviese ciega el alma”.

“Traté que siempre mirase”.

² Cfr Ester, especialmente 5, 9.

“¿Cómo hiciste?”

“Tú eres joven. Tu vos me lo dice. No serás ¿verdad? Uno de esos jóvenes que son ciegos porque no tienen religión. Ten cuidado, es una desgracia no creer y no seguir lo que Dios mandó. Muchacho, un viejo te lo dice. Si abandonas la ley, serás un ciego en la tierra y en la otra vida. Jamás verás a Dios, porque vendrá un día en que el Mesías Redentor nos abra las puertas de Dios. Soy muy viejo para ver ese día sobre la tierra. Pero lo veré desde el seno de Abraham, por eso no me lamento de nada, ya que espero que con estas sombras descontaré lo que pude haber hecho contra Dios, y me ganaré méritos para la vida eterna. Tú eres joven. Sé fiel, hijo, de modo que veas al Mesías, pues el tiempo se acerca. El Bautista lo dijo. Lo verás, pero si tienes el alma ciega, serás como aquellos de los que habla Isaías³: tendrás ojos y no verás”.

“¿Querías verlo, padre?” pregunta Jesús poniéndole la mano sobre la blanca cabeza.

“Me gustaría verlo. Sí. Pero prefiero irme sin verlo ¡porque si lo viese y mis hijos no lo reconociesen! Tengo todavía la fe antigua y me basta. Ellos... ¡Oh el mundo de ahora...!

“Padre, ve, pues, al Mesías, y tu atardecer se llene de alegría”. Jesús pasa su mano de los cabellos blancos a la frente y hasta el mentón barbado del anciano, como si lo acariciase, y se inclina para estar a la altura de la cara del anciano.

“¡Oh, Altísimo Señor! ¡Sí veo!... ¿Quién eres? Este rostro me es desconocido y sin embargo me parece tan familiar como si lo hubiese visto... Pero... ¡Oh, qué tonto soy! Tú que me has devuelto la vista, eres el Mesías bendito. ¡Oh!” El viejo llora en las manos de Jesús que ha tomado, se las cubre de besos y lágrimas. Toda la familia está alborozada.

Jesús zafa una mano y acaricia una vez más al anciano, diciéndole: “Sí, lo soy. Ven para que además de mi rostro, reconozcas mi palabra”. Se dirige a una escalerilla que va a una terraza que sombrea un emparrado tupido de hojas. Todos lo siguen.

“Había prometido a mis discípulos hablarles sobre la esperanza y de que les presentaría una parábola. La parábola es la siguiente: este viejo israelita. El tema me lo da el Padre celestial para enseñar a todos la gran virtud, que como las extremidades o brazos de un yugo, sostiene la fe y la caridad.

Dulce yugo. Patíbulo del género humano como el brazo atravesado de la cruz. Trono de salvación como apoyo de la serpiente que levantada en el desierto curaba al pueblo⁴. Patíbulo del linaje humano. Puente del alma para que remonte el vuelo hacia la luz. Ha sido puesta en medio, entre la indispensable fe y la perfectísima caridad, porque sin esperanza no puede existir fe, y sin esperanza muere la caridad.

Fe presupone una esperanza segura. ¿Cómo se puede creer de llegar a Dios si no se espera en su bondad? ¿Cómo sostenerse en la vida si no se espera en la eternidad? ¿Cómo poder persistir en la justicia si no nos anima la esperanza de que cada acción buena nuestra la vea Dios, y que por ella nos premie? De igual modo, ¿cómo hacer vivir la caridad si no hay esperanza en nosotros? La esperanza precede a la caridad y la prepara. Un hombre tiene necesidad de esperar para poder amar. Los desesperados no aman más. Esta es la escalera hecha de peldaños y barandillas. En lo alto está la caridad, a la que se sube mediante las otras dos. El hombre espera para creer, creer para amar.

Este hombre supo esperar. Nació como un niño cualquiera de Israel. Creció con las mismas enseñanzas que reciben los demás. Se hizo hijo de la ley como todos los demás. Creció, se casó, ha sido padre y ha envejecido, esperando siempre en las promesas hechas a los patriarcas que los profetas repitieron, En su vejez las sombras cayeron sobre sus pupilas, pero no sobre su corazón. En él siempre ha quedado encendida la esperanza; esperanza es ver a Dios; de verlo en la otra vida; y con la esperanza de esta vida eterna, una más íntima y amada: “ver al Mesías”. Me dijo, sin conocer quién era el joven que le estaba hablando: “Que si

³ Cfr. Is. 6.

⁴ Cfr. Núm. 21, 4-9; 4 Rey. 18, 1-4; Sab. 16, 5-14.

abandonase la ley sería ciego en la tierra y en el cielo. No vería a Dios, ni reconocería al Mesías”.

Dijo muy bien. Hay muchos en Israel que son ciegos. No tienen más esperanza porque la rebelión contra la ley la mató. Pues, aun cuando se cubra con vestiduras sagradas, *la no aceptación integral de la palabra de Dios es siempre rebelión*. Me refiero a la palabra de Dios, no a las superestructuras que el hombre ha añadido, y que por ser demasiadas, y todas humanas, no se preocupan de ellas los que las pusieron. Se las hace maquinales, forzadas, cansadas, estériles. Ellos no tienen más esperanza, sino que se burlan de las verdades eternas. No tienen, pues, fe, y mucho menos caridad. El yugo divino que Dios entregó al hombre para que se hiciese de él obediencia y merito, la cruz celestial que Dios entregó al hombre como conjuro contra las serpientes del mal, para que obtuviese la salud, perdió su brazo travesaño, él que sostenía la llama blanca y la llama roja: la fe, y la caridad, y las tinieblas cayeron sobre los corazones.

Esta persona me dijo: “Es gran desventura no creer y no seguir lo que Dios ha dicho”.

Es verdad. Lo confirmo. Es peor que la ceguera física, que puede tener remedio, al darle a un hombre la alegría de volver a ver el sol, los jardines, los frutos de la tierra, las caras de los hijos y nietos y sobre todo lo que era la esperanza de su esperanza: “Ver al Mesías del Señor”. Querría que una virtud semejante viviese en el corazón de todo Israel y sobre todo en los que están más instruidos en la ley. No basta haber estado en el templo, o ser de él, ni basta tener memoria para repetir las palabras del Libro. Es menester saber vivir nuestra vida mediante las tres virtudes divinas.

Tenéis un ejemplo: donde ellas viven todo es fácil, aun la desventura. Porque el yugo de Dios es siempre un yugo ligero, que oprime sólo la carne, pero no pisotea el espíritu. Caminad en la paz, vosotros que permanecéis en esta casa de buenos israelitas. Camina en paz, viejo padre. Que Dios te ame, de ello puedes estar seguro. Cierra tu día justo poniendo tu sabio modo de pensar en el corazón de los descendientes de tu sangre. No puedo quedarme, pero mi bendición queda entre estos muros ricos de gracia como los racimos de este viñedo”.

Jesús quiere irse, pero debe, al menos, detenerse hasta que conozca esta tribu de todas las edades, y hasta que reciba lo que le quieren dar, con lo que las alforjas del viaje se inflan como odres... Terminado esto, continúa su camino por una vereda que va entre vides. Los viñadores son sus guías. No lo dejan sino hasta el camino principal, desde el que se distingue un poblado donde Jesús y los suyos podrán pasar la noche.

120. Jesús va al Carmelo con Santiago de Alfeo

19 agosto 1945

“Anunciad el evangelio en la llanura de Esdrelón hasta que vuelva” dice Jesús a sus discípulos en una plácida mañana, cuando están, a la orilla del Kisón, terminando su parco desayuno: pan y frutas.

Los apóstoles no parecen muy entusiastas, pero Jesús los conforta y les da la línea que les sirva como de regla para conducirse. Termina diciendo: “Por otra parte tenéis con vosotros, a mi Madre. Es una buena consejera. Id a los campesinos de Yocana y tratad de hablar con los demás de Doras el sábado. Dadles auxilios y consolad al viejo padre de Marziam con noticias del niño. Decidle que para los Tabernáculos se lo llevaremos. Dad mucho, todo cuanto tengáis a esos infelices, todo lo que sepáis, todo el cariño de que seáis capaces, todo el dinero que tengamos. No tengáis miedo. Así como lo recibimos así lo debemos dar. Jamás moriremos de hambre, aun cuando viviésemos sólo de pan y fruta. Si veis a alguien sin vestidos, dadle aun los míos. Mejor dicho. Primero los míos. Jamás estaremos desnudos. Y sobre todo, si encontráis miserias que me buscan no las desdeñéis. No tenéis derecho de hacerlo. Hasta pronto, Mamá. Dios os bendiga por mi boca. Id tranquilos. Ven conmigo Santiago”.

“¿No te llevas ni siquiera tu alforja?” Tomás al ver que el Señor se pone en camino y no la recoge.

“No hay necesidad. Así estaré más libre por el camino”.

También Santiago deja la suya, no obstante que su madre se apresura a llenarla de pan, queso y frutas.

Por un espacio de tiempo siguen la ribera de Kisón, después se acercan a las primeras pendientes que llevan al Carmelo, y desaparecen a la vista de los que quedaron.

“Madre, estamos en tus manos. Guíanos porque... no somos capaces de nada” confiesa humildemente Pedro.

María le manda una sonrisa consoladora. Contesta: “Es muy sencillo. No hay más que obedecer sus órdenes, y todo lo haréis bien. Vamos”.

Jesús sube con su primo Santiago. Ninguno de los dos habla. Jesús va sumido en sus pensamientos. Santiago, que se cree en el umbral de una revelación, se siente presa de un amor reverencial, de un estremecimiento espiritual. Mira a Jesús de tanto en tanto, que sigue sumido en sus pensamientos. De cuando en cuando aparece una luz de sonrisa en su majestuoso rostro. Lo mira, como miraría a Dios aún no encarnado, y resplandece en toda su inmensa majestad. La cara de Santiago es muy semejante a la de san José, de un color morenillo que la lleva bien con un poco de rojo en las mejillas. Palidece de emoción, pero respeta el silencio de Jesús.

Camina por escabrosas veredas, como si no viesan los pastores que apacientan sus greyes en verdes pastizales, que hay entre los bosques de carrascas, robles, fresnillos y otras plantas de alto tronco. Continúan ascendiendo y sacudiendo con sus manos las florcitas de los enebros verdes y las de oro de las hiniestas, o bien los mechones de esmeralda con perlas de mirtos, o bien las cortinas semovientes de las madreselvas o de algalias.

Suben dejando atrás bosques y pastores hasta llegar, después de un fatigoso camino, hasta la cresta del monte o mejor, hasta una pequeña llanura sobre una cima coronada de robles gigantescos, rodeada de una balaustrada de alto troncos, que tienen como base las copas de los árboles de lado, de modo que parece como que el prado descansase en este movable sostén, separado del monte que no puede verse por los árboles que hay. Al fondo del prado se ve el pico que lanza sus árboles al cielo, y sobre el descubierto cielo, de frente a un limitado horizonte que se enrojece con el atardecer y que se extiende sobre el inmenso mar que parece encendido. Se descubre una grieta abierta en la tierra, que no se derrumba sólo porque las raíces de los gigantescos robles la sostienen con una red de tenazas, suficientemente ancha para que en ella quepa un hombre, con tal de que no sea corpulento. Un matorral enmarañado parece alargarse, al extenderse horizontalmente al lado del precipicio donde está la grieta.

Jesús abre su boca para decir: “Santiago, hermano mío, aquí pasaremos la noche, y no obstante el cansancio corporal, te ruego que pases la noche en oración. La noche y todo el día hasta esta hora. Un día completo no es mucho para recibir lo que Dios te quiere dar”.

“Jesús, Señor y Maestro mío, haré siempre lo que Tú quieras”. Responde Santiago que había palidecido mucho más, cuando Jesús había empezado a hablar.

“Lo sé. Vamos ahora a recoger moras y gayubas para nuestro estómago, y para beber, iremos a una fuente que hay por aquí abajo. Deja también el manto en la cueva, nadie se lo llevará”.

Junto a su primo da vuelta por el precipicio, recogiendo algunas frutas selváticas de los matorrales del bosque, y luego un metro más abajo, en la parte opuesta por la que subieron, llenan las cantimploras, lo único que trajeron consigo, en un manantial que mana de entre un montón de raíces, y se lavan para refrescarse del calor, que pese a que está ya por ponerse el sol, todavía está muy fuerte. Vuelven a subir a la planicie, mientras el aire que es todo rojo en la cima que el sol viste por última vez antes de desaparecer en el poniente, comen lo que habían recogido y beben otra vez, sonriéndose como los niños felices o como dos ángeles. Pocas palabras: un recuerdo a los que quedaron en la llanura, una exclamación ante la belleza del crepúsculo, el nombre de las mamás... Ninguna otra cosa en particular.

Jesús acerca a Sí a su primo, el cual toma la actitud de Juan. Apoya su cabeza sobre el hombro de Jesús. La tarde baja envuelta en los gorjeos de los pajaritos, en un tintineo de campanillas que se aleja y se pierde, en medio de un chasquido leve del viento que acaricia las cimas, las refresca, y les vuelve a dar fuerzas después del calor persistente del día, preludio del rocío de la noche.

Ambos primos se están así. Hay un silencio de labios, pero los corazones de ambos, más activos, entrelazan conversaciones sobrenaturales.

121. “Amar perfectamente para ser un Jefe santo”

20 agosto 1945

Es la misma hora pero del día siguiente.

Santiago que todavía está en la Abertura del monte, y está sentado en cuclillas con la cabeza inclinada sobre las rodillas, sostenidas con los brazos, o se encuentra en profunda meditación o está dormido. No puedo decirlo. Ciertamente es insensible a lo que hay a su alrededor, esto es, a la pelea de los pájaros que por motivos particulares se picotean ferozmente en el prado. Me parece que son gallos de montaña, o faisanes, porque son del alto de un pollo, de plumas de varios colores, pero que no tienen cresta, sólo un pedazo de carne roja que parece yelmo y sobre las barbas. Yo le aseguro que si la cabeza es pequeña, el pico es como un punzón de acero. Plumas y sangre se ven por tierra y aire, en medio de un estrépito, que ha hecho callar a los demás pajaritos que gorjeaban. Tal vez se ha puesto a contemplar la lucha feroz...

Santiago no se percata de nada. Jesús, por el contrario, oye y baja de la cima donde se había subido y batiendo las manos separa a los dos contrincantes que huyen ensangrentados, el uno hacia la pendiente, el otro a la cima de un roble y allí se componen las plumas todavía erizadas y enmarañadas. Santiago no levanta la cabeza ni siquiera al rumor que hace Jesús, el cual se detiene a poco pasos con la sonrisa en los labios. Su vestidura blanca parece teñirse de rojo en el lado que dan los rayos del crepúsculo. Parece como si el cielo estuviese ardiendo. Santiago no ha de estar durmiendo, porque apenas en voz baja susurra: “Santiago, ven aquí” levanta la cabeza de las rodillas, suelta los brazos, se pone de pie y se dirige a donde está Jesús.

Se para ante Él, a unos dos pasos de distancia, y lo mira. También Jesús lo mira serio, pero con una sonrisa que le infunde valor, sonrisa que no está en los labios, ni en la mirada, y que con todo se ve.

Lo mira detenidamente, como si quisiese leer las mínimas reacciones y emociones de su primo y apóstol que como ayer, al comprender que está los umbrales de una revelación, palidece y mucho más de modo que parece tener el mismo color de su vestido de lino cuando Jesús levanta sus brazos y apoya sus manos sobre sus espaldas con los brazos extendidos. Santiago parece una verdadera hostia. Tan sólo sus mansos ojos castaño-oscuros y la barba castaña dan color a aquella cara atenta.

“Santiago, hermano mío, ¿sabes por qué quise estar contigo aquí, a solas, para hablarte después de haber orado y meditado?”

Santiago parece que no sabe responder, por lo conmovido que está; al fin abre sus labios y en voz baja responde: “Para darme una lección especial; o para el futuro o porque yo soy el más incapaz de todos. Te doy las gracias de antemano, aún cuando sea un regaño. Pero créeme, Señor y Maestro, que si soy tarde e incapaz, se debe a deficiencia mía, y no a mala voluntad”.

“No es regaño, sino una lección, para cuando no esté ya con vosotros. En estos meses, has pensado mucho en tu corazón en lo que te dije un día, a los pies de este monte, al prometerte que vendría contigo, no sólo para hablar del profeta Elías y para mirar el mar que resplandece allá, inmenso, sino para hablarte de otro mar, todavía mucho más inmenso, mutable, perjuero, de este que parece hoy el más tranquilo, y que tal vez dentro de pocas horas engullirá naves y

hombres con su feroz apetito. Y jamás has separado tu pensamiento de lo que entonces te dije, con la venida que puede tener relación con tu futuro. Y tanto es así, que cada vez más palideces, intuyendo que se trata de un destino grande, de una herencia llena de tal responsabilidad que puede hacer temblar a un héroe. Tal responsabilidad y tal misión tiene qué llevar consigo toda la santidad posible de modo que el hombre no eche a perder la voluntad de Dios.

No tengas miedo, Santiago. No quiero tu ruina. Si te destino a tal cosa, señal es que obtendrás de ella no daño, sino gloria.

Escúchame Santiago. En tu corazón mete la paz, con un buen acto de entrega a Mí, para que puedas oír y recordar mis palabras.

Jamás volveremos a estar solos y con el espíritu así preparado para entendernos. Un día me iré. Como todos los hombres que durante un tiempo permanecen en la tierra. Mi permanencia terminará de modo diverso del de los hombres, pero cesará. No me tendréis cercano sino con mi Espíritu, el cual, te lo aseguro, jamás os abandonará.

Me iré después de haberos dado lo que se necesita para hacer avanzar mi doctrina en el mundo, después de que haya realizado el sacrificio y os haya obtenido la gracia. Con esta y con el Fuego de la sabiduría de los siete dones, podréis hacer lo que ahora os parece necedad, presunción, aún el imaginarlo.

Me iré y vosotros os quedaréis. El mundo que no ha comprendido al Mesías, no comprenderá ni a sus apóstoles. Por esto se os perseguirá y seréis dispersos como los más peligrosos del bienestar de Israel. Pero ya que sois mis discípulos, debéis ser felices por padecer las mismas aflicciones de vuestro Maestro.

Un día de Nisán te dije: “Tú serás el que quede de los profetas del Señor”. Tu madre, por gracia semi-intuyó el significado de estas palabras, pero antes de que se cumpla en mis apóstoles, en ti, y por ti se habrá realizado.

¡Santiago! Todos serán dispersos a excepción tuya, y esto hasta que Dios te llame a su cielo. Te quedarás en el puesto para el que te habrá elegido Dios por boca de tus hermanos, tú, descendiente de la estirpe real, en la ciudad real para levantar el cetro y para hablar del verdadero Rey, del Rey de Israel y del mundo, según una realeza sublime, que nadie comprende a excepción de aquellos a quienes se reveló. Serán tiempos en que tendrán necesidad de fortaleza, constancia, paciencia, sagacidad sin límites.

Deberás ser justo con caridad, con una fe sencilla y pura, como la de un niño y al mismo tiempo erudita de un maestro verdadero para sostener la de otros tantos que se verá asaltada en sus corazones y por tantas cosas contrarias; para refutar los errores de falsos creyentes y las sutilezas doctrinarias del viejo Israel, el cual, ciego desde ahora, cada vez más se cegará después de haber asesinado la luz, torcerá las palabras proféticas, y hasta los mandamientos del Padre, del cual procedo, para persuadirse a sí mismo –y así poder tener paz– y al mundo, de que de quien hablan los patriarcas y profetas no soy Yo. Que Yo, por el contrario, no era sin un pobre hombre, un iluso, un loco para los buenos, un hereje endemoniado para los menos buenos del viejo Israel.

Para ese entonces te ruego que seas otro Yo. ¡No que sea imposible! No. Deberás tener presente a tu Jesús, sus acciones, su palabra, sus obras. Como si tomases la forma de la arcilla que se emplea para fundir metales, para darles forma, así deberás verte en Mí. Estaré presente y vivo siempre con vosotros, con mis fieles que os unieseis a Mí, para formar otro Yo, con tal de que lo queráis. Pero tu, que has estado conmigo desde la más tierna edad, y te has alimentado de la sabiduría de las manos de mi Madre, antes que de las mías, tú eres sobrino del hombre más justo que Israel haya tenido, debes ser perfecto...”

“No puedo, no puedo, Señor. Da a mi hermano esa tarea. Dala Juan, a Simón Pedro, al otro Simón, pero no a mí, Señor. ¿Por qué a mí? ¡Qué he hecho para merecerla! ¿No ves que soy un pobre con una sola capacidad, la de amarte y la de creer firmemente en todo cuanto dices”

“Judas tiene un temperamento muy fuerte. Estará bien él, donde haya qué abatir el paganismo. Pero no aquí donde hay qué convencer a la nueva fe a los que por pertenecer al

pueblo de Dios, se creen en lo justo a todo trance. Pero no aquí donde hay que convencer a los que aunque creen en Mí y que se desilusionarán ante el desarrollo de los acontecimientos. Convencerlos de que mi reino no es de este mundo, sino que es ese reino espiritual, de los cielos, cuyo preludio es una vida de creyentes, esto es, una vida cuyos valores preponderantes son los del espíritu.

La convicción se obtiene con una dulce firmeza. ¡Ay del que coge de la garganta para persuadir! ¡El que se sienta así agredido dirá: “sí” en este momento, por liberarse, pero después huirá sin volver más atrás, y sin querer aceptar más discusiones, si se trata de uno que está fuera del camino. O huirá para ir a armarse y dar muerte al prepotente que asegura ser el poseedor de doctrinas diversas de las tuyas, si se trata de un malvado o fanático.

Y tú te verás rodeado de fanáticos. Fanáticos entre los creyentes, fanáticos entre los israelitas. Los primeros exigirán actos de violencia, o al menos, permiso para llevarlos a cabo. Porque el viejo Israel con sus intransigencias, y restricciones, agitará en ellos su cola venenosa. Los segundos marcharán contra ti, como si se tratase de una guerra santa, en defensa de su vieja fe, de sus símbolos, de sus ceremonias. Y tú estarás en el centro de este más tempestuoso.

Tal es la suerte de los jefes. Y tú serás el jefe de los creyentes que Jesús haya hecho en Jerusalén. Debes *saber amar perfectamente para ser un jefe santo*. No opondrás armas ni anatemas, sino tu corazón a las armas y anatemas de los judíos. Jamás te vayas a tomar la licencia de imitar a los fariseos, con juzgar a los gentiles como basura. También por ellos vine, porque en realidad, sólo para Israel hubiera sido desproporcionado el aniquilamiento de Dios en una carne sujeta a la muerte¹. Porque si es verdad que mi amor se habría hecho encarnar con alegría aún por la salvación de una sola alma, la justicia, que también es parte de Dios, exige que el Infinito se aniquile por una infinitud: el Género humano.

Deberás ser dulce para con los demás y para que no los rechaces. Te limitarás a ser inmovible en el dogma, pero condescendiente con otras formas materiales de vida que no son semejantes a las nuestras, pero sin lesionar el espíritu. Tendrás que combatir mucho con los hermanos por este motivo, porque Israel está envuelto en prácticas, que son externas, inútiles para cambiar el espíritu. Tú, al revés, trata de ser comprensivo y enseña a los demás a preocuparse únicamente del espíritu. No vaya a pretender que los gentiles cambien en un instante sus costumbres. Ni siquiera cambiarías las tuyas de un solo golpe. No te quedes anclado en tu dique, porque para recoger en el mar los restos y llevarlos al astillero para reconstruirlos para un nuevo servicio, es menester navegar y no estar firme. Tú debes ir a buscar los restos. Los hay en el gentilismo y también en Israel. Al fin del inmenso mar está Dios que abre a *todos* sus brazos, bien se trate de ricos de santo origen, como israelitas, o de pobres, porque son paganos.

Dije: “Amaréis a vuestro prójimo”. Prójimo no es sólo el pariente o el conciudadano. Es también prójimo el hombre hiperbóreo* cuya cara no conoces; es también prójimo el que a esta hora está mirando una aurora en regiones que no conocéis, o que recorre los nevados de las montañas fabulosas de Asia, o que bebe en un río que se abre lecho entre las forestas desconocidas del centro de África. Tú no podrás ni deberás decir al adorador del sol que venga a ti, o al que tenga por Dios un voraz cocodrilo, o al que se crea el sabio reencarnado que supo intuir la verdad, pero que no llegó a la perfección para darla a sus fieles, o que venga un asqueroso ciudadano de Roma o Atenas pidiéndote: “Dame el conocimiento de Dios”, tú no puedes y no debes decirles: “Os arrojo porque sería una profanación llevaros a Dios”.

Ten presente que ellos no saben, y que Israel sabe. Y con todo, en verdad, muchos en Israel son y serán más idólatras y crueles que el más bárbaro idólatra que haya en el mundo. No sacrificarán a este o a aquel ídolo víctimas humanas, sino a sí mismos, a su orgullo, sedientos de sangre, luego que en ellos se encienda una sed inextinguible que durará hasta el

¹ Expresión que debe entenderse a la luz de: Filip. 2, 5-11. Cfr. También Rom. 8, 3; Hebr. 4, 2-15.

* hiperbóreo = relativo a las regiones muy septentrionales.

fin de los siglos. Solo el beber de nuevo y con fe lo que encendió esa atroz sed, podrá extinguirla. Pero entonces será el fin del mundo, porque los últimos que digan: “Creemos que Tú eres Dios y el Mesías” será Israel, no obstante todas las pruebas que he dado y que daré de mi Divinidad.

Vigilarás una y otra vez porque la fe de los creyentes no sea vana. Sería si fuese sólo de palabras o de prácticas hipócritas. Es el espíritu lo que vivifica. El espíritu falta en el ejercicio maquinal o fariseo que no es sino ficción de fe y no de verdadera fe. ¿De qué valdría al hombre cantar alabanzas a Dios en la congregación de los fieles, si después, cada acción suya es una imprecación contra Dios, que no se convierte en el hazmerreír del fiel, sino que en su paternidad, conserva siempre sus prerrogativas de Dios y Rey?

Vigila una y otra vez para que nadie tome el lugar que no le corresponde. Dios os dará la Luz según los grados en que os encontréis. Dios no permitirá que os falte la luz, a menos que la gracia desaparezca a causa del pecado. A muchos les gustará que los llamen “maestros”. Uno es el Maestro: El que te está hablando y una sola es la Maestra: la Iglesia que lo perpetúa. En la Iglesia serán maestros los que fueron consagrados con cargo especial de enseñar. Pero entre los fieles habrá quienes por voluntad de Dios o por santidad propia, esto es, por su buena voluntad serán presa del torrente de la sabiduría y hablarán. Habrá otros, si no sabios, sí dóciles como instrumentos en las manos del artífice, y hablarán en nombre del Artífice, repitiendo como niños buenos lo que el Padre les dice que repitan, aun cuando no comprendan toda la extensión de lo que dicen. Finalmente habrá aquellos que hablarán como si fuesen maestros, con un esplendor que seducirá a los sencillos, pero serán soberbios, duros de corazón, celosos, iracundos, mentirosos y lujuriosos.

Así como te ordeno que recojas las palabras de los sabios en el Señor y de los sublimados por el Espíritu Santo, ayudándoles a comprender la profundidad de la palabra divina, cual portadores de la voz de Dios, vosotros, mis apóstoles, seréis siempre los que enseñaréis en mi Iglesia y deberéis siempre tender la mano a estos cansados sobrenaturalmente de la riqueza arrobadora y majestuosa que Dios puso en ellos para que la lleven a sus hermanos, así también te digo: rechaza las palabras mentirosas de los falsos profetas, cuya vida no es conforme a mi doctrina. La vida ordenada, la mansedumbre, pureza, caridad y humildad, jamás faltarán en las voces sabias y pequeñas que Dios enviará, pero faltarán *siempre* en las otras.

Vigila una y otra vez para que no haya celos y calumnias en la congregación de los fieles, y ni siquiera resentimientos y espíritu de venganza. Vigila una y otra vez para que la carne no venza al espíritu. No podrá soportar las persecuciones el que no tiene en su carne como rey al espíritu.

Santiago, Yo sé que lo harás. Pero da a tu Hermano la promesa de que no lo desilusionarás”.

“Pero ¡Señor, Señor! Sólo tengo miedo, de no ser capaz de hacerlo. Señor mío, te ruego que des a otro este encargo”.

“No. No puedo...”

“Simón de Jonás, te ama y Tú lo amas...”

“Simón de Jonás no es Santiago de David”.

“¡Juan! ¡Juan! El ángel docto, hazlo tu siervo aquí”.

“No. No puedo. Ni Simón, ni Juan poseen lo que también vale mucho ante los hombres: el parentesco. Tú eres mi pariente. Después de haberme... después de haberme desconocido, la parte mejor de Israel buscará alcanzar perdón de Dios y de sí misma con tratar de conocer al Señor que habrán maldecido en la hora de Satanás y les parecerá obtenerlo, o con esto entrar en mi camino, si en mi lugar hubiere uno de mi sangre. Santiago, en este monte se han realizado grandes cosas. Aquí el fuego del Dios consumió no solo el holocausto, la leña, las piedras, sino también el polvo y hasta el agua que había en el foso. Santiago, ¿crees tú que Dios no puede hacer cosas semejantes, encendiendo y consumiendo toda la materialidad del hombre, que se llama Santiago para hacer un Santiago de fuego divino? Hemos estado

hablando mientras el crepúsculo tiñó nuestros vestidos. ¿Crees que menos fulgurante o más fulgurante fue el resplandor del carro que arrebató a Elías⁴?”

“Mucho más resplandeciente porque era de fuego celestial”.

“Piensa entonces en qué se convertirá el corazón hecho fuego por tener en sí a Dios, porque Dios lo quiere como perpetuador de su palabra en la predicación de la nueva salvación”.

“Pero Tú, pero Tú, Verbo de Dios ¿por qué no te quedas?”

“Porque soy Verbo y carne. Con el Verbo debo instruir, con la carne redimir”.

“¡Oh Jesús mío! ¿Cómo redimirás? ¿De qué cosa vas al encuentro?”

“Santiago recuerda a los profetas”.

“¿Pero no es una alegoría su decir? ¿Puedes Tú, Verbo de Dios, ser maltratado por los hombres? ¿Acaso quieren decir que a tu divinidad se dará martirio, a tu perfección? Pero no más allá. Mi madre está preocupada por mí y por Judas, pero yo por Ti y por María, y también por nosotros, que somos muy débiles, Jesús, Jesús, si el hombre te superase, ¿no crees que muchos de nosotros pensaríamos que fueses reo y que se alejarían de Ti desilusionados?”

“Estoy seguro de ello. Habrá un desquiciamiento en *todas* las capas de mis discípulos, pero después regresará la paz, y aún más vendrá una cohesión de las mejores partes, sobre las que, después de mi sacrificio y de mi triunfo. Vendrá el Espíritu fortificador y sabio: el Espíritu Divino”.

“Jesús, para que yo no me escandalice en la hora tremenda, dime: ¿Qué te harán?”

“Es una gran cosa la que me pides”.

“Dímela, señor”.

“Te servirá de tormento que la sepas con exactitud”.

“No importa. Por el amor que nos ha unido...”

“No debe ser conocida”.

“Dímela y luego bórramela de la memoria hasta la hora en que debe realizarse. Cuando llegue la hora tráemela otra vez a la memoria, junto con estos momentos, así no me escandalizaré de nada, y no seré enemigo tuyo en el fondo del corazón”.

“De nada servirá porque también cederás a la tempestad”.

“¡Dímela, Señor!”

“Seré acusado, traicionado, preso, torturado y crucificado”.

“¡Nooo!” Santiago aúlla y se retuerce como si hubiese sido él el condenado a muerte. “¡No!” repite. “Si a Ti te hacen así, ¿Qué cosa nos harán? ¿Cómo podremos continuar tu obra? No puedo, no puedo aceptar el puesto que me destinas... ¡No puedo!... ¡No puedo! Tú muerto, también yo seré muerto, sin más fuerzas. ¡Jesús, Jesús! Escúchame, no me dejes sin Ti. ¡Prométeme, prométeme esto al menos!”

“Te prometo que vendré a guiarte con mi Espíritu, después que la gloriosa resurrección me haya liberado de las restricciones de la materia. Yo y tú seremos todavía una sola cosa como ahora que te tengo estrechado” de hecho Santiago se ha recargado llorando sobre el pecho de Jesús.

“No llores más. Salgamos de esta hora de éxtasis, luminosa y llena de dolor, como uno que sale de las sombras de la muerte recordando todo, menos qué cosa fue el momento de morir, miedo congelador que dura un minuto, pero que como muerte, realidad, dura por siglos. Ven, te besaré para ayudarte a olvidar el peso de mi suerte de Hombre. Encontrarás el recuerdo a su tiempo, como pediste. Mira, te besaré en la frente para que repitas mis palabras a la gente de Israel, en tu corazón que deberá amar como dijiste, aquí en las sienes donde cesará la vida junto a la última palabra de fe amorosa en Mí. Vendré a estar cerca de ti, hermano amado, en las asambleas de los fieles, en las horas de meditación, en las de peligro y en la de la muerte. Nadie, ni siquiera tu ángel recibirá tu espíritu, sino Yo, con un beso, como ahora lo hago...”

⁴ Cfr. 4 Rey. 2, 1-18; Eccli. 48, 1-12.

Ambos primos, Jesús y Santiago quedan por un instante abrazados. Santiago parece como si perdiese el sentido al percibir el beso de Dios que le quita todo recuerdo de su sufrimiento.

Cuando levanta la cabeza, ha tornado a ser Santiago de Alfeo, tranquilo y bueno, tan semejante a José, esposo de María. Sonríe a Jesús con una sonrisa muy juiciosa, un poco triste, pero siempre dulce.

“Vamos a comer, Santiago, y luego durmamos bajo las estrellas. A la primera luz bajaremos al valle... iremos entre los hombres...” Y Jesús da un suspiro... Pero concluye con una sonrisa: “y a donde está María”.

“Jesús, ¿qué le diré a mi madre? ¿Y qué cosa a los compañeros? No dejarán de preguntarme...”

“Les podrás decir todo cuanto te dije haciendo que reflexionaras sobre Elías en sus respuestas a Acab, sobre el pueblo en el monte, y sobre la potencia del hombre a quien Dios ama, para que pueda conseguir lo que quiera de los pueblos y de los elementos enteros, de su celo, que lo devora por el Señor, y de cómo te hice considerar que con la paz y en la paz se comprende y se sirve a Dios. Dirás a ellos, como dije a vosotros: “Venid”. Como Elías usó su manto con Eliseo, así también vosotros con el manto de la caridad podréis conseguir nuevos siervos de Dios para el Señor. Y a los que siempre tienen preocupaciones, diles cómo te hice notar el alegre desprendimiento de las cosas del pasado de que da muestra Eliseo, al dejar sus bueyes y el arado. Diles cómo he traído a la memoria que al que desea milagros por medio de Belcebú le sucede mal y no bien, como sucedió a Ocozías, según la palabra de Elías. Diles finalmente, cómo te he prometido que venga el fuego purificador del amor sobre quien sea fiel hasta la muerte para que queme las imperfecciones y lo lleve al cielo. Lo demás te lo dejo a tu cargo⁵”.

⁵ Para las diversas alusiones bíblicas en este capítulo, cfr. 3 Rey. 18 y 19; 22, 52-54; 4 Rey 1; Eccli. 48, 1-15.

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 5

El segundo año de la vida pública (Tercera parte)

122. “Llama hijo a quien te da dolor”

21 agosto 1945

Jesús abandona la planicie de Carmelo y baja por los senderos llenos de rocío, a través de los bosques que se animan siempre cada vez más con trinos y voces, bajo los primeros rayos que cubren de dorado la pendiente oriental del monte. Cuando la leve neblina de calor se disuelve bajo el sol, se deja ver en su belleza de árboles frutales y viñedos pegados a las casas la llanura de Esdrelón. Parece una alfombra verde por todas partes, con rayos oasis amarillentos, salpicados con algo de rojo, que son los campos de trigo cortado, donde ahora brillan las sandías, una alfombra encerrada en el triángulo de los montes Carmelo, Tabor, Hermón (el pequeño Hermón) y montes más lejanos, cuyos nombres ignoro, que ocultan el Jordán y que se unen a la suerte con los montes de Samaría.

Jesús se detiene a contemplar pensativamente toda aquella parte de Palestina, Santiago lo mira y pregunta: “¿Miras la belleza de esta región?”

“Sí, también aquella. Pero más que en otra cosa, pienso en los viajes futuros y en la necesidad de mandaros, y de mandar sin vacilar los discípulos, no al limitado trabajo de ahora, sino a un verdadero trabajo misionero. Tenemos regiones y regiones que todavía no me conocen y no quiero dejar lugares sin Mí. Es mi preocupación actual: ir, hacer, mientras puedo, y hacer todo...”

“De cando en cuando suceden cosas que parece te impiden”.

“Más que impedirme, me imponen cambios en el itinerario, pues nunca son inútiles los viajes que hacemos. Pero hay tanto qué hacer... También porque después de una ausencia de un lugar, encuentro que muchos corazones han vuelto al punto de antes, y hay que empezar de nuevo”.

“Sí, es desanimador y es desagradable esta apatía de los espíritus, esta volubilidad, y esta preferencia por el mal”.

“*Desanima*. Pero no digas desagradable. *El trabajo de Dios jamás es desagradable*. Las pobres almas nos deben mover a compasión, no a desagrado. Debemos tener siempre un corazón de padre, de buen padre. Un buen padre jamás tiene asco de las enfermedades de sus hijos. Nosotros no debemos tenerlo por nadie”.

“Jesús, ¿puedo hacerte algunas preguntas? Tampoco dormí anoche. Muchas cosas pensaba, al verte dormir. En el sueño pareces muy joven, Hermano. Sonreías con la cabeza apoyada en un brazo y con el otro la cubrías. Como duermen los niños. Te veías muy bien a los rayos de la luna. Yo pensaba y muchas preguntas se me vinieron a la mente...”

“Dilas”.

“Decía: hay qué preguntar a Jesús cómo podemos formar con nuestras insuficiencias este organismo que llamaste Iglesia y en el que, si entendí bien, habrá jerarquías. ¿Nos dirás Tú todo lo que debemos hacer, o somos nosotros quienes tomaremos la iniciativa?”

“Cuando llegue la hora, os señalaré la cabeza de él. No otra cosa. Mientras estoy con vosotros, os señalo las diversas clases, y las diferencias entre los apóstoles, discípulos y discípulas. Porque estas son inevitables. Pero así como quiero que los discípulos respeten y obedezcan a los apóstoles, así también quiero que estos amen y tengan paciencia con los discípulos”.

“¿Y qué debemos hacer? ¿Siempre y sólo predicarte?”

“Esto es lo más importante. También en mi nombre absolveréis y bendeciréis, admitiréis de nuevo a la gracia, administraréis los sacramentos que Yo estableceré”.

“¿Qué es esto?”

“Son medios sobrenaturales y espirituales que se aplican aun con medios materiales, y que se emplearán para persuadir a los hombres que el sacerdote realiza en verdad alguna cosa.

Sabes muy bien que si el hombre no ve, no cree. Tiene necesidad de algo que le diga *que hay alguna cosa*. Por esta razón cuando hago un milagro impongo las manos, o pongo saliva, o doy un pedazo de pan mojado. Podría hacer el milagro sólo con querer. ¿Pero crees que la gente diría: “Dios hizo el milagro?” Diría: “Se curó porque llegó la hora en que debía curarse”. Y atribuirían el mérito al médico, a las medicinas, a la resistencia física del enfermo. Lo mismo se puede decir de los sacramentos: formas del culto para administrar la gracia, o devolverla, o para fortificar en ella a los fieles. Por ejemplo, Juan empleaba la inmersión en el agua para dar una figura de la limpieza de los pecados. En realidad más que el agua que lava el cuerpo, era útil la mortificación de confesarse uno sucio por los pecados cometidos. También Yo seré bautizado, tendré *mi* bautismo, que no será sencillamente una figura, sino una limpieza de la mancha de origen del alma y un volver al estado espiritual que poseían Adán y Eva antes de su culpa, estado que será mucho mayor debido a los méritos del Hombre–Dios”.

“Pero el agua no baja al alma. Esta es espiritual. ¿Quién la puede asir en el recién nacido, o en el anciano? Nadie”.

“¿Ves que tú mismo admites que el agua es un medio material que no tiene fuerza de una cosa espiritual? No será, pues, el agua, sino la palabra del sacerdote, miembro de mi Iglesia, consagrado a su servicio, o de algún otro creyente que en casos excepcionales lo haga en su lugar, la que obrará el milagro de la redención de la culpa original en el bautizado”.

“Está bien, pero el hombre de por sí es pecador... ¿y quién quitará los otros pecados?”

“Siempre el sacerdote, Santiago. Si un adulto se bautiza, junto con la culpa de origen, se anulan las otras culpas. Si el hombre está ya bautizado y vuelve a pecar, el sacerdote lo absolverá en nombre de Dios Uno y Trino y por mérito del Verbo encarnado, como hago con los pecadores”.

“¡Pero Tú eres santo! Nosotros...”

“Vosotros debéis ser santos porque tocáis cosas santas y administráis lo que pertenece a Dios”.

“¿Entonces bautizaremos muchas veces al mismo hombre, como hace Juan, que admite a la inmersión del agua cuantas veces uno se lo pide?”

“Juan con su bautismo no obtiene sino una purificación a causa de la humildad del que se inmerge. Ya te lo dije. Vosotros no volveréis a rebautizar al que ya está bautizado, fuera del caso que lo haya sido con una fórmula cismática y no apostólica¹; y en este caso puede administrarse un segundo bautismo si el antes bautizado lo pide claramente, si es adulto, o si dice que quiere formar parte de la verdadera Iglesia. Las otras veces, para devolver la amistad y la paz con Dios, usaréis la palabra del perdón unida a los méritos míos, y el alma que se acercó a vosotros con verdadero arrepentimiento y humilde acusación, será absuelta”.

“Y si uno no puede ir porque está enfermo hasta el punto de que no puede uno ser movido ¿morirá entonces en pecado? ¿Al sufrimiento de la agonía unirá el del miedo al juicio de Dios?”

“No. El sacerdote irá al moribundo y lo absolverá. Aún más le dará una forma más amplia de absolución, que no será compendiada sino que se dará a todos y cada uno de los órganos de los sentidos, por medio de los cuales el hombre generalmente suele pecar.

Tenemos en Israel el aceite santo, compuesto según como lo ordenó el Altísimo⁴, con el que se consagran el altar, el pontífice, rey por su elección a un trono del cielo; se le puede, pues, consagrar con el aceite de la unción. El aceite santo será tomado junto con otros actos del culto israelita e introducido en mi Iglesia, pero con usos diversos. Porque no todo lo que hay en Israel está mal, ni todo debe rechazarse. Yo te digo que muchos recuerdos de la antigua cepa estarán en mi Iglesia para consagrar el altar, los pontífices, la jerarquía eclesiástica; para consagrar reyes, fieles, cuando serán los príncipes herederos del reino, o también cuando tendrán necesidad de una grandísima ayuda para comparecer ante Dios son sus miembros y

¹ Cfr. Mat. 28, 19.

⁴ Cfr. Ex. 30, 22-33.

sentidos limpios de toda culpa. La gracia del Señor socorrerá al alma y también el cuerpo, si a Dios así place para el bien del enfermo.

Si el cuerpo muchas veces no reacciona contra la enfermedad, se debe también a los remordimientos que turban la paz y a intervención de Satanás que con la muerte espera ganar un alma para su reino, y también hacer que se desesperen los que sobreviven al agonizante. El enfermo pasa de la estrechura satánica y de la turbación interior a la paz mediante la certidumbre de que Dios lo perdona, lo cual también hace que se aleje Satanás. Y como el don de la gracia llevaba por compañero, en los primeros padres, el de inmunidad de enfermedad y de dolor, el enfermo restituido a la gracia, así como lo es el recién nacido que acababa de ser bautizado, puede obtener también la victoria sobre la enfermedad. A esto también ayuda la oración de los hermanos en la fe, quienes tienen obligación de tener piedad para con el enfermo, piedad no sólo corporal, sino sobre todo espiritual, que quiere obtener la salvación física y espiritual del enfermo. La oración es ya una forma de milagro, Santiago. La oración de un justo, lo viste en Elías, puede hacer muchas cosas⁶.

“Casi nada entiendo, pero lo que comprendo me llena de reverencia por el carácter sacerdotal de todos los que lo recibirán. Si bien comprendo, tendremos contigo muchos puntos en común: la predicación, absolución, el milagro. Tres sacramentos, pues”.

“No, Santiago. Predicación y milagros no son sacramentos. Los sacramentos serán más. Siete como el santo candelabro del templo y los dones del Espíritu de Amor. En realidad los sacramentos son dones y son llamas, que se dan al hombre para que arda ante su Señor por los siglos de los siglos. También habrá el sacramento para que el hombre contraiga, nupcias. Del que se hace alusión en el símbolo de las nupcias santas de Sara, hija de Raquel, que fue liberada del demonio⁷. Este sacramento dará a los esposos todas las ayudas para que vivan santamente según las leyes y los deseos de Dios. También el esposo y la esposa son ministros de un rito: el de procrear. También el marido y la mujer son sacerdotes de una pequeña iglesia: la familia. Deben pues, ser consagrados para procrear con la bendición de Dios y formar una descendencia en la que se bendiga el Nombre Santísimo de Dios”.

“Y a nosotros los sacerdotes, ¿quién nos consagrará?”

“Yo, antes de dejaros. Después vosotros consagraréis a los que os seguirán y a cuantos agregaréis a la propagación de la fe cristiana”.

“Tú nos enseñarás, ¿no es verdad?”

“Yo y El que os enviaré. También esta venida será un sacramento⁸. Voluntario de parte de Dios santísimo en su primera manifestación, después lo darán los que hayan recibido la plenitud del sacerdocio. Será fuerza e inteligencia, afirmación en la fe, piedad santa y temor santo, dador de consejo y de sabiduría sobrenatural, y posesión de una justicia que por su naturaleza y poder hará adulto al niño que la reciba. Por ahora no puedes comprender esto. Él mismo te lo hará comprender. Él, el divino Paráclito, el Amor eterno, cuando llegue el momento de que lo que recibáis en vosotros. Y así no podéis por ahora comprender otro sacramento. Es casi incomprensible a los ángeles, por su sublimidad. Y con todo, vosotros, hombres sencillos, lo comprenderéis por virtud de la fe y del amor. En verdad os digo que quien me ame y se nutra del espíritu, podrá aplastar al demonio sin recibir daño alguno, porque entonces, estaré Yo con él. Trata de recordar estas cosas, hermano. Te tocará a ti decirlas a tus compañeros y a los files muchas y repetidas veces. Lo sabréis entonces por divina dispensación, pero tú podrás decir: “Él me lo dijo un día, cuando bajábamos del Carmelo. Todo me dijo porque desde entonces estaba yo destinado a ser cabeza de la Iglesia de Israel””.

⁶ Sant. 5, 13-18.

⁷ Cfr. Tob. 3, 7-25; 9-10.

⁸ Cfr. Hech. 2; Ju. 20, 19-23.

“Tengo otra pregunta qué hacerte. La pensé esta noche. ¿Seré yo quien diga a los compañeros: “Yo seré aquí la cabeza”? No me gusta. Lo haré si lo dispones, pero no me gusta”.

“No tengas miedo. El Espíritu Paráclito descenderá sobre todos y os dará pensamientos santos. Todos tendréis los mismos pensamientos por la gloria de Dios que vive en su Iglesia”.

“¿T no habrá ya más esas discusiones... tan desagradables que hay ahora? ¿Judas de Simón no será ya más un elemento de desacuerdo?”

“No lo será, puedes estar tranquilo. Pero siempre habrá divergencias. Por esto te dije: vigila una y otra vez sin cansarte jamás, cumpliendo tu deber a toda conciencia”.

“Una pregunta más, Señor mío. ¿Cómo debo comportarme en tiempos de persecución? Parece, por lo que me acabas de decir, que seré el que me quede de los doce. Los otros, pues, se irán para escapar de la persecución ¿y yo?”

“Tú te quedarás en tu lugar. Porque si es necesario que no seáis exterminados hasta que no esté bien consolidada la Iglesia, lo cual justificará la dispersión de muchos discípulos y de casi todos los apóstoles, ninguna cosa justificará tu deserción y que abandones la Iglesia de Jerusalén. Cuanto más se encuentre peligro, tanto más deberás cuidarla, como si fuese tu hijo más amado y en peligro de muerte. Tu ejemplo robustecerá el espíritu de los fieles, del que necesitarán para sobrepasar la prueba. Cuanto más débiles los veas, tanto más los deberás sostener con compasión y sagacidad. Si eres fuerte, deberás tener piedad por los débiles. Sostenlos pensando: “Para llegar a esta fortaleza, todo lo he recibido de Dios. Humildemente debo decirlo y caritativamente tratar a los que recibieron menos dones de Dios” y dar, dar tu fuerza con la palabra, el socorro, la tranquilidad, el ejemplo”.

“Y si entre los fieles hubiese hombres malos que fuesen causa de escándalo o de peligro para los demás, ¿qué deberé hacer?”

“Prudencia en aceptarlos, porque es mejor ser pocos y buenos que muchos y no buenos. Conoces el viejo apólogo de las manzanas buenas y de las manzanas malas. Haz que no se repita en tu iglesia. Si tú también encontrases tus traidores, busca por todas las formas que reconozcan sus yerros, y reservando las medidas necesarias para los casos extremos. Pero si se tratase de culpas pequeñas, individuales, no vayas a ser de tal severidad que espantes. Perdona, perdona... Un perdón con lágrimas y palabras amorosas da mayor resultado que un anatema con el que se quiere redimir un corazón. Si la culpa es grave, y fruto de un asalto imprevisto de Satanás, tan grave que el culpable sienta necesidad de huir de tu presencia, ve en busca de él, porque él es la oveja extraviada y tú el pastor. No tengas miedo de envilecerte a ti mismo al descender a los caminos del fango, con hurgar en pantanos y precipicios. Entonces tu frente se coronará con la corona del mártir del amor, y será la primera de las tres coronas... y si tú llegases a ser traicionado como el Bautista lo fue, y otros muchos, –pues cada santo tiene su traidor– perdona más a él que a cualquier otro. Perdona como Dios perdonó a los hombres y como perdonará. Sigue llamando “hijo” al que te cause dolor, porque el Padre os llama así por boca mía y en verdad no hay un bueno que no haya dado dolores al Padre de los Cielos...”

Mientras atraviesan por pastizales donde las ovejas comen, un largo silencio les envuelve.

Después Jesús pregunta: “¿No tienes otras preguntas qué hacerme?”

“No, Jesús. Esta mañana pude entender mejor la tremenda misión que me espera...”

“Porque estás menos turbado que ayer. Cuando llegue tu hora tendrás más paz y comprenderás todavía mejor”.

“Recordaré todas estas cosas... todas... menos...”

“¿Cuál, Santiago?”

“Menos la que no me dejaba mirarte esta noche sin llorar. No sé si Tú me la dijiste, y que pueda creerlo así; o bien fue un susto del demonio. ¿Pero cómo puedes estar tranquilo... si deben acaecer estas cosas?”

“¿Y estarías tranquilo si Yo te dijese: “Hay un pastor que se arrastra fatigosamente con un miembro estropeado, trata de cuidarlo en nombre de Dios”?”

“No, Señor mío. Estaría como fuera de mí, pensando ser tentado de quitarte tu puesto”.

“¿Y si te lo ordenase?”

“Lo haría por obediencia y ninguna intranquilidad habría en mí, porque sabría que Tú lo quieres, y no tendría miedo de no saber hacerlo. Porque ciertamente Tú, al mandarme, me darías la fuerza por hacer lo que quieres”.

“Lo has dicho y lo has dicho bien. Mira, pues, que al obedecer Yo al Padre, siempre deberé tener paz”.

Santiago llora bajando la cabeza.

“¿Quieres de veras olvidarlo?”

“Lo que Tú quieras, Señor...”

“Tienes dos caminos: olvidar o recordar. El olvido te liberará del dolor y de que debes guardar silencio absoluto con tus compañeros, pero te dejará desprevenido. El recuerdo te preparará para tu misión, porque no hay más qué recordar lo que padece en su vida terrena el Hijo del hombre para no lamentarse jamás y para ser fuerte en el espíritu al ver todo en el Mesías, en su luz más radiante. Escoge”.

“Creer, recordar, amar. Querría esto. Y morir lo más pronto posible, Señor...”

Santiago llora sin hacer ruido. Si no fuera por las gotas de llanto que brillan en su barba rojiza, no se vería que llorase.

Jesús lo deja... Al fin Santiago dice: “Y si en el futuro Tú hicieses nuevas alusiones a... tu martirio, ¿debería decir que sé?”

“No. Deberás callarte. José supo guardar en silencio su dolor de esposo, de creerse traicionado, y guardó silencio en la concepción virginal y de mi Naturaleza. Imítalo. También eso era un gran secreto. Y sin embargo lo guardó, porque de no haberlo hecho, o por orgullo o ligereza, hubiera puesto en peligro toda la Redención. Satanás es constante en vigilar y en obrar. Recuérdalo. Si tú hablastes ahora, causarías daño a muchos y por muchas razones. Guardarás silencio”.

“Lo guardaré... y será doble peso...”

Jesús no responde. Deja que Santiago, bajo su turbante de lino llore libremente.

Encuentran a un hombre que lleva sobre sus espaldas a un niño desgraciado.

“¿Es tu hijo?” pregunta Jesús.”Sí. Al nacer, mató a su madre. Ahora que murió su madre, cuando voy al trabajo, me lo llevo para cuidarlo. Soy leñador. Lo extiendo sobre la hierba, sobre mi manto, y mientras corto árboles, él se divierte con las flores, ¡pobrecito de mi hijo!”

“¡Es un desgraciado!”

“Sí. Pero lo que Dios quiere, se acepta con paz”.

“Adiós, hombre. La paz sea contigo”.

El hombre sube por el monte, Jesús y Santiago siguen todavía bajando.

“¡Cuántas desventuras! Esperaba que lo hubieses curado” suspira Santiago.

Jesús aparenta no escuchar.

“Maestro, si aquel hombre hubiese sabido que Tú eres el Mesías, tal vez hubiera pedido el milagro...”

Jesús no responde.

“Jesús, ¿me permites ir a su alcance y decírselo? Tengo piedad por ese niño. Tengo el corazón lleno ya de tanto dolor. Concédeme la alegría de ver curado a ese pequeñuelo”.

“Ve. Te espero aquí”.

Santiago se echa a correr. Alcanza al hombre. Le grita: “¡Oye, detente, escucha! El que estaba conmigo es el Mesías. Dame tu hijo, que yo se lo llevo. Ven también tú, si quieres, a ver si el Maestro te lo cura”.

“Tú ve. Yo debo cortar toda esta leña. Estoy retrasado por causa del niño. Si no trabajo, no como. Soy pobre, y él me cuesta mucho. Creo en el Mesías, pero es mejor que tú le hables por mí”.

Santiago se inclina para tomar al niño que está extendido sobre la hierba.

“Con cuidado”, advierte el leñador “es todo un dolor”.

En realidad, en cuanto Santiago trata de alzarlo, el niño llora lastimeramente.

“¡Oh, qué pena!” suspira Santiago.

“Una gran pena” dice el leñador que está cortando un duro tronco y añade: “¿No podrías curarlo tú?”

“No soy el Mesías. Soy sólo un discípulo suyo...”

“¿Y bien? Los médicos aprenden de otros. Los discípulos del Maestro. Anda, hazlo. No lo hagas sufrir. Haz la prueba. Si el Maestro hubiese querido venir aquí, lo habría hecho. Te envió porque no quiere curarlo, o porque quiere que tú lo cures”.

Santiago está perplejo. Luego se decide. Se endereza. Ora como ha visto que Jesús lo hace, y luego: “En nombre de Jesucristo, Mesías de Israel e Hijo de Dios, cúrate” y se pone de rodillas al punto diciendo: “Oh, Señor mío, ¡perdón! ¡Lo hice sin tu permiso! Pero fue por compasión de esta pobre criatura de Israel, ¡Piedad, Dios mío! ¡Para él y para mí, pecador!” y llora sobre el niño extendido. Las lágrimas caen sobre las piernitas torcidas e inertes.

Jesús sale de la vereda. Nadie lo ve, porque el leñador está trabajando. Santiago llorando. El niño lo mira con curiosidad y luego curioso le pregunta: “¿Por qué estás llorando?” y extiende su manita para acariciarlo, sin darse cuenta se sienta por sí mismo, se pone de pie y abraza a Santiago para consolarlo. El grito que lanza Santiago hace que el leñador se volteé, y que vea a su hijo, derecho sobre sus piernas, que tienen vida, que no están ya torcidas, y al volverse ve a Jesús.

“¡Míralo! ¡Míralo!” grita señalando en dirección a las espaldas de Santiago que se vuelve y ve Jesús, que lo mira con su rostro de alegría radiante.

“¡Maestro, Maestro! No sé cómo sucedió... la compasión... este hombre... este pequeño... ¡Perdóname!”

“Levántate. Los discípulos no son superiores al maestro, pero pueden hacer lo que Él hace con motivos santos. Levántate y ven conmigo. Sed benditos vosotros dos y acordaos que también los siervos de Dios hacen las obras del Hijo de Dios” y se va tirando detrás de sí a Santiago que repite: “¿Pero cómo sucedió? No entiendo todavía. ¿Con que hice milagro en su Nombre?”

“Con tu compasión, Santiago. Con tu deseo de que ese inocente me amase y de que aquel hombre creyese y dejase de dudar. Juan cerca de Yabnia hizo un milagro por amor. Curó a un moribundo con ungirlo y con orar. Tú aquí curaste a uno con tu llanto y tu compasión, además de la confianza en mi Nombre. ¿Ves qué paz hay en el discípulo cuando sirve al Señor, cuando hay en él recta intención? Ahora vamos aprisa, porque ese hombre nos viene siguiendo. No está bien que tus compañeros sepan esto por ahora. Pronto os enviaré en mi Nombre... (Un gran suspiro de Jesús), puesto que Judas de Simón arde en deseos de obrar (otros suspiro mucho más grande) Y haréis... pero no para todos será un bien. ¡Apresúrate, Santiago! Simón Pedro, tu hermano y también los demás sufrirían al saber esto, como si fuera una parcialidad, aunque no lo es. Es para preparar entre vosotros los doce a alguien que sepa guiar a los demás. Bajemos a este río cubierto de follaje y caminemos por la arena. Así desaparecerán nuestras huellas... ¿Te desagrada por el niño? ¡Oh! Lo volveremos a encontrar...”

123. Pedro predica en Esdelón: “El amor es salvación”.

22 agosto 1945

“¡Qué cosa estáis haciendo, amigos, cerca de esa hoguera?” pregunta Jesús al encontrar a sus discípulos alrededor de una buen fogata que resplandece en las primeras sombras de la noche en un crucero de la llanura de Esdrelón.

Los apóstoles dan un salto de sorpresa al no haberlo visto llegar, y se olvidan del fuego para aclamarlo. Parece como si hubiese pasado un siglo que no lo viesan. Luego dicen: “¡Chist! Arreglamos una dificultad entre dos hermanos de Yezrael, y quedaron tan contentos que quiso cada uno darnos un cordero. Pensamos en cocinarlo y darlo a los de Doras. Miqueas de

Yocana los degolló y los preparó. Ahora los estamos cociendo, Tu Madre con María y Susana fueron a decir a los de Doras que viniesen al caer de la tarde, cuando el mayordomo se encierra en su casa a echarse tragos y tragos. Las mujeres llaman menos la atención... Nosotros buscamos la manera de verlos, pasando como viajeros por sus campos, pero poco faltó. Habíamos decidido reunirnos esta noche aquí y decir...algo más para el alma, y hacer que se sintiesen bien en los estómagos, como has hecho tú varias veces. Ahora estás aquí y será mucho mejor”.

“¿Quién iba a hablar?”

“Bueno...Todos, un poco...Así a la buena. No somos capaces de mayor cosa; tanto más que Juan, Zelote y su hermano no quieren hablar, y ni siquiera Judas de Simón. Bartolomé busca la manera de no hablar... También por esto nos hemos peleado...” dice Pedro.

“¿Y por qué esos cinco no quieren hablar?”

“Juan y Simón porque dicen que no está bien que siempre ellos hablen... Tu hermano porque quiere que yo hable, pues dice que de otro modo jamás empezaré... Bartolomé porque... porque tiene miedo de hablar mucho, como si fuera maestro, y de no saber convencerlos. Comprendes que son excusas...”

“Y tú, Judas de Simón, ¿Por qué no quieres hablar?”

“Por las mismas razones de los demás. Son justas todas...”

“Muchas razones. Y no se ha dicho ni una. Ahora Yo soy el juez y con sentencia inapelable. Tú, Simón de Jonás, hablarás como dice Tadeo, que justamente a dicho. Y tú también, Judas de Simón, hablarás. De este modo una de las muchas razones, que Dios conoce y también tú, deja de existir”.

“Maestro, piénsalo, no se trata de nada...” replica Judas.

Pedro lo interrumpe diciendo: “¡Oh, Señor! ¿Hablar yo, estando Tú presente? No lo lograré. Tengo miedo de que te rías de mí...”

“No quieres estar solo... no quieres estar conmigo... ¿Qué quieres, pues?”

“Tienes razón. Pero... ¿Qué diré?”

“Mira a tu hermano que viene ahora con los corderos. Ayúdalo, y mientras los cocinas, pensamos. Cualquier cosa nos puede dar pie para hablar”.

“¿Hasta un cordero sobre las llamas?” pregunta incrédulo Pedro.

“Hasta eso. Obedece”.

Pedro da un suspiro que causa lástima, pero no replica. Va a encontrar a Andrés y lo ayuda a meter los animales en un puntiagudo bastón que hace de espetón, y cuida que se preparen en tal forma, que su preocupación se refleja en su cara, algo así como si fuera un juez en el momento de dar la sentencia.

“Vamos al encuentro de las mujeres, Judas de Simón” dice Jesús, y se va hacia los campos muertos de Doras.

“Un buen discípulo no desprecia lo que el Maestro no desprecia, Judas”. Dice después de algunos minutos y sin preámbulos.

“Maestro, no desprecio, pero como Bartolomé siento que no seré entendido y prefiero callar”.

“Natanael lo hace por miedo de no realizar mi deseo, esto es, de iluminar y consolar los corazones. Él también hace mal, porque le falta la confianza en el Señor. Pero tú haces peor porque en ti no es miedo de que no se te entienda, sino desdén de hacerte entender de pobres campesinos, ignorantes de todo, menos de la virtud, en la que ciertamente superan a muchos. No has entendido nada todavía. El Evangelio es exactamente la buena nueva llevada los pobres, a los enfermos, a los esclavos, a los abandonados. Después será también de todos. Pero se ha dado para que los infelices de toda clase de infortunios tengan ayuda y consuelo”.

Judas baja la cabeza y no responde nada.

De un montón de plantas se asoman María, María Cleofás y Susana.

“Madre, ¡Buenas tardes! ¡La paz sea con vosotras, mujeres!”

“¡Hijo mío! Fui a... a aquellos pobrecitos. Pero tuve una buena noticia que no permitió que sufriera lo indecible. Doras ha dejado estas tierras, y las toma Yocana. No es un paraíso... pero no es ya más el infierno. Hoy el mayordomo lo dijo a los campesinos. Doras ya se fue. Se llevó en sus carros hasta el último grano de trigo, y dejó a todos sin comer. Y como el mayordomo de Yocana tiene comida solo para los suyos, los de Doras se hubieran quedado sin comer. Han sido realmente una providencia los corderitos”.

“También es providencial que no pertenezcan a Doras. Vimos sus chozas... ¡Pocilgas!...” dice irritada Susana.

“¡Todos esos pobrecitos son felices!” añade María Cleofás.

“También Yo estoy contento. Estarán siempre mejor que antes” dice Jesús que se dirige a los discípulos.

Juan de Endor lo alcanza con unos cántaros de agua que lleva con Ermasteo.

“Nos los dieron los de Yocana” dice, después de haber hecho la reverencia a Jesús.

Regresan todos al lugar donde cocinan los dos corderos en medio de espesas nubes de humo. Pedro sigue dando vueltas a su espitón y a sus pensamientos. Judas Tadeo, por su parte abrazando el cinturón de su hermano, va y viene hablando animadamente con él. Otros parten leña, otros preparan las tablas, y traen grandes piedras que servirán de sillas, de mesas. No sé de qué más.

Llegan los campesinos de Doras. Mucho más flacos y desgarrados, ¡pero tan felices! Son unos veinte y no hay ni siquiera una mujer, ni un niño. Pobres hombres solos...

“La paz sea con todos vosotros y bendigamos juntos al Señor por habernos dado un patrón mejor. Bendigámoslo rogando por la conversión del que nos hizo tanto sufrir. ¿No es verdad? ¿Estás contento, padre? Yo también. Podré venir más frecuentemente con el niño. ¿Te dijeron? Lloras de alegría, ¿verdad? Ve, ven sin temor...” dice hablando con el abuelo de Marziam, el cual, inclinado, le besa las manos y en medio de lágrimas le dice: “No pido más al Altísimo. Me dio más de lo que pude haberle pedido. Ahora quisiera morir por miedo a vivir aún y de volver a caer en mis sufrimientos”.

Un poco cohibidos por estar con el Maestro, los campesinos poco a poco se sienten a sus anchas, y cuando sobre largas hojas, que se han extendido sobre las piedras, se colocan los dos corderos, y se hacen las partes, que se pone cada uno sobre un pedazo grande de pan que hace de plato, se sienten tranquilos en medio de su sencillez, y comen gustosos, calmando toda el hambre que acumularon y contando los últimos sucesos.

Uno de ellos dice: “Siempre he maldecido las langostas, las tuzas (topos) y las hormigas, pero de ahora en adelante me parecerán tantos mensajeros del Señor porque debido a ellos salimos de ese infierno”. Y aunque el parangonar las hormigas y las langostas con las legiones angélicas es un poco extraño, con todo nadie se ríe, porque todos sienten lo que de trágico se esconde detrás de esas palabras.

El fuego ilumina esta reunión. Pero las caras no se miran, y pocos lo hacen a los que tienen delante. Todos los ojos convergen en el rostro de Jesús, distrayéndose por algún instante cuando María de Alfeo, que se ocupa de hacer las porciones, vuelve a poner carne en los panes de los campesinos que tienen hambre, y al final envuelve en dos largas hojas dos pedazos de carne. Dice al viejo abuelo de Marziam: “Ten. Mañana tendrás algo qué comer, mientras el mayordomo de Yocana provee”.

“Pero vosotros...”

“Nosotros caminamos más aliviados. ¡Toma, toma!”

No quedan de los dos corderos sino los huesos descarnados y un olor fuerte a grasa, que todavía sigue quemándose sobre la leña, que poco a poco va apagándose, y en su lugar entran los rayos luminosos de la luna. Los campesinos de Yocana se unen con los demás. Es la hora de hablar. Los ojos azules de Jesús buscan a Judas Iscariote que se puso cerca de un árbol, algo así, como a la sombra, y al ver que hace muestra de no entender su mirada, Jesús en voz fuerte lo llama: “¡Judas!” Es menester levantarse y acercarse.

“No te separes. Te ruego que hables por Mí. Estoy muy cansado. Si esta noche no hubiera venido, deberíais haber hablado”.

“Maestro... no sé qué decir... Hazme, por lo menos las preguntas”.

“No soy Yo quien te las debe hacer. Os toca a vosotros. ¿Tenéis deseo de oír algo, o de que se os explique algo?” pregunta dirigiéndose a los campesinos.

Se mira uno a otro... no saben qué decir... Al fin uno de ellos dice: “Hemos conocido el poder y la bondad del Señor, pero poco sabemos de su doctrina. Ahora que estamos con Yocana, tan vez podamos saber algo más. Pero tenemos muchísimos y vivos deseos de saber cuáles son las cosas indispensables que deben hacerse para obtener el reino que promete el Mesías. ¿Podremos obtenerlo con la nada que podemos hacer?”

Judas responde: “Cierto es que os encontraréis en condiciones muy duras. Todo lo que hay en vosotros y a vuestro alrededor se conjura para separaros del reino. La libertad que no tenéis de no poder venir al Maestro, cuando os plazca; la condición de siervos de un patrón, que si no es una hiena como Doras, es, por lo que se ve, un moloso, que a sus siervos los tiene hechos prisioneros; los sufrimientos y las humillaciones en que os veis, todo esto son circunstancias desfavorables para que elijáis el reino. En vosotros no pueden existir más que resentimientos, rencores, críticas o venganzas contra quien os trata tan cruelmente. La cosa mínima y necesaria es amar a Dios y al prójimo. Sin esto no hay salvación. Debéis vigilar porque vuestro corazón viva en una sumisión pasiva a la voluntad de Dios que se manifiesta en vuestra suerte, y con soportar pacientemente al patrón, sin permitir siquiera a vuestro pensamiento la libertad de un juicio que no pudiera ser benévolo para con él, ni de agradecimiento para con vuestra... para con vuestro... En una palabra: no debéis reflexionar en vuestro estado para que no tengáis rebeliones en vuestro corazón., que matarían el amor. Quien no tiene amor, no tiene salvación, porque no obedece al primer precepto. Yo casi estoy cierto que os podéis salvar porque veo en vosotros la buena voluntad junto con una mansedumbre de corazón, lo cual es buen augurio de que sabéis tener lejos de vosotros el odio y el espíritu de venganza. Por lo demás la misericordia de Dios es tan grande que os perdonará todo lo que hace falta a vuestra perfección”.

Un silencio, Jesús tiene la cabeza inclinada, y no se le puede ver la expresión de su rostro; pero las de los demás son claras y no muy contentas. Las caras de los campesinos reflejan mucho más su estado de envilecimiento, las de los apóstoles y las de las mujeres, sorpresa, diría yo, miedo.

“Trataremos de que en nosotros no se levante ningún pensamiento que no sea de paciencia y de perdón” responde humildemente el viejo.

Otro campesino dice: “Ciertamente que será difícil llegar a la perfección del amor, sobre todo para nosotros, que ya es mucho, si no nos hemos convertido en asesinos de nuestros torturadores. El corazón sufre, sufre, sufre, y si no odia, le cuesta mucho amar, como cuesta crecer a esos niños macilentos...”

“Pero no, hombre. Yo por mi parte creo que por el hecho de que habéis sufrido tanto, sin haberos convertido en asesinos y vengativos, tenéis un corazón más arraigado en el amor que nosotros. Amáis sin siquiera caer en la cuenta” dice Pedro para consolarlos. Se corrige de haber hablado, se interrumpe y dice: “¡Oh, Maestro! me dijiste que debía hablar... y de encontrar el argumento aun en el cordero que asaba. He seguido buscando palabras consoladoras para nuestros hermanos, propias para su caso. Pero como soy un pedazo de tonto, no pude encontrar nada apropiado, y así sucede que me vi muy lejos, metido en pensamientos que no sé si llamar extravagantes, lo cual sería indicio de que son míos, o bien santos, lo que sería barrunto de que vinieron del cielo. Los voy a decir como me llegaron, y Tú, Maestro, me harás el favor de explicármelos, o de corregirlos. De todos vosotros un poco de compasión para conmigo.

Miraba la llama del fuego, y se me vino este pensamiento: “¿De dónde viene la llama? De la leña. Esta sí no llamea. Al contrario, si no está muy seca, no prende para nada, porque el agua impide a la yesca el prenderla. La leña cuando está ya muy vieja, llega hasta podrirse, y los

comejenes la reducen a polvo, y pese a esto, no se enciende por sí misma. Pero si uno la prepara, le acerca el eslabón, le pone la yesca, y se aprovecha uno del primer chispazo soplando en las ramitas más secas para que crezca la llama, pues siempre se empieza por las cosas más pequeñas, y entonces la llama se levanta, se hace grande, hermosa, útil, y todo en su luz baña, hasta los toscos leños". Y me decía: "Nosotros somos la leña. Por nosotros mismos no podemos encendernos. Por nuestra parte se exige que no estemos muy cargados de cosas de la carne y sangre, para que de este modo la yesca pueda dar su chispazo. Debemos desear arder, porque si permanecemos inertes, nos puede destruir la intemperie, y los comejenes, esto es, nuestra fragilidad humana y el demonio. Mas si nos entregamos al fuego del amor, comenzará a encender las ramitas más débiles y las destruirá, y para mí las ramitas eran las imperfecciones, y luego crecer la llama y dará el salto a los leños, esto es, a las pasiones más fuertes. Y nosotros, la leña, en realidad material, dura, oscura y hasta fea, nos convertiremos en esa llama hermosa, incorpórea, ágil, brillante, y la razón será porque nos prestamos al amor que es el eslabón y la yesca que hace de nuestro miserable ser de hombre pecador el ángel del futuro, el ciudadano del reino de los cielos".

Y esto fue lo que pensé"

Jesús tiene un poco levantada la cabeza. Está escuchando con los ojos cerrados y con un bosquejo de sonrisa en los labios. Los otros miran a Pedro, muy admirados, pero sin temor alguno. Continúa tranquilamente.

"Me vino otro pensamiento al ver cómo se asaban los animales. No digáis que soy pueril en mis pensamientos. El Maestro me dijo que los buscara en lo que estaba yo viendo... Y obedecí.

Así pues, miraba a esos animalitos y me decía: "Mira, son dos inocentes, dos mansos corderitos. Nuestra escritura está llena de dulces alusiones al cordero¹ para recordar al que es el Mesías y Salvador prometido del que se hace alusión al cordero mosaico, y para enseñarnos que Dios tendrá perdón de nosotros. Lo dicen los profetas. Él vino a juntar sus ovejas, a ayudar a las heridas, a cargar a las que se han roto algún miembro. ¡Cuánta bondad!" Me decía: "¿Cómo se ha de tener miedo a un Dios que nos promete tan gran piedad a nosotros miserables?" Y me añadía mí mismo: "es menester ser manso, por lo menos manso, ya que inocentes no lo somos. Mansos y deseosos de consumirnos en el amor. Porque el cordero más bello y más puro, ¿en qué se convierte, después de haber sido degollado, si la llama no lo asa? En una carroña fétida. Pero si el fuego lo empapa, lo llena se convierte en un alimento sano y bendito".

Y terminaba yo así: "En resumidas cuentas, todo el bien lo hace el amor. Él nos despoja de la pesantez de nuestra flaqueza humana, nos hace brillantes y útiles, nos hace buenos para con los hermanos y aceptables a los ojos de Dios. El amor sublima nuestras buenas cualidades naturales, al llevarlas a una altura que recibe el nombre de virtudes sobrenaturales. Y quien es virtuoso es santo, quien es santo posee el cielo. Por esto, lo que nos abre el camino de la perfección, no es la sabiduría, no es el temor. Es el amor. Éste, más que el temor del castigo, nos aleja del mal por el deseo de no afligir al Señor. El amor nos hace compadecer a nuestros hermanos, nos hace amarlos porque vienen de Dios. Por eso el amor es la salvación y la santificación del hombre".

Estas son las cosas que pensé al mirar el asado, y al obedecer a mi Jesús. Perdonad si fueron pocas cosas, pero a mí me hicieron bien. Os las doy con la esperanza de que también a vosotros os lo hagan".

Jesús abre sus ojos. Están radiantes. Alarga un brazo, y pone la mano sobre la espalda de Pedro: "En verdad encontraste las palabras que te hacían falta. La obediencia y el amor te las presentaron, la humildad y el deseo de dar consuelo a los hermanos, harán a estos otras tantas estrellas en su cielo oscuro. ¡Dios te bendiga, Simón de Jonás!"

"Dios te bendiga, Maestro mío. ¿Tú no hablas?"

¹ Cfr. Is. 52, 13-53; 12; Jer. 11, 19.

“Mañana entrarán en su nueva dependencia. Bendeciré su entrada con mi palabra. Ahora id en paz y Dios sea con vosotros”.

124. Jesús a los campesinos de Yocana: “El amor es obediencia”

23 agosto 1945

Aun la aurora no se ha asomado. Jesús está de pie, en medio del destruido huerto de Doras. Sólo se ven plantas muertas, o que pronto lo serán, y muchas de las cuales han sido ya derribadas, o arrancadas del suelo. A su alrededor están los campesinos de Yocana y los apóstoles, algunos de pie, otros sentados sobre los troncos tirados.

Jesús empieza a hablar: “Un nuevo día y una nueva despedida. No soy solo Yo el que parte, también vosotros partís, si no con el cuerpo, sí moralmente, al pasar bajo otro patrón. Estaréis así unidos a otros compañeros buenos y piadosos y formaréis una familia en la que podéis hablar de Dios y de su Verbo sin recurrir a escapatorias para hacerlo. Sosteneos uno al otro en la fe, ayudaos recíprocamente, compadeceos en vuestros defectos, sed objeto de edificación el uno para el otro.

Esto es amor. Y aunque de diversa manera, oísteis ayer noche de mis apóstoles que en el amor está la salvación. Simón Pedro con palabras sencillas y buenas os hizo reflexionar cómo el amor cambie la naturaleza humana en naturaleza sobrenatural, y cómo un individuo que no tiene amor puede llegar a corromperse y corromper a otros, igual que un animal degollado pero no asado, y que el amor hace al hombre un ser viviente en la atmósfera de Dios y por lo tanto un ser que sale de la corrupción y es útil a su prójimo.

Porque creedlo, hijos, la gran fuerza del universo es el amor. Jamás me cansaré de decirlo. Todas las desventuras de la tierra proceden de la ausencia de amor. Comenzando por la muerte y enfermedades que nacieron de la ausencia de amor de Adán y Eva hacia el Altísimo Señor.

Porque el amor es obediencia. Quien no obedece es un rebelde. Quien es un rebelde no ama a aquel contra quien se rebela. ¿De dónde procede las otras calamidades, generales o particulares como las guerras o la destrucción de una o dos familias que entre sí combaten? Del egoísmo que es ausencia de amor. Y con la destrucción de las familias se destruyeron también los bienes por castigo de Dios. Porque antes o después Dios siempre castiga al que vive sin amor. Sé que por ahí anda la leyenda –y por ella algunos me odian, otros me tienen miedo en sus corazones, otros me invocan como un nuevo castigo, o me soportan por temor a él– sé que por aquí anda la leyenda de que mi mirada bastó para hacer malditos estos campos. No fue mi mirada, sino el egoísmo castigado de un injusto y cruel hombre. Si mis miradas tuviesen qué quemar la tierra de todos los que me odian, en verdad os digo que poco quedaría de verde en Palestina.

Jamás me vengo de las ofensas que se me hacen, sino que entrego al Padre a los que testarudamente persisten en su pecado de egoísmo para con el prójimo y se burlan sacrílegamente del precepto, y se hacen más crueles, cuantas más palabras hay para persuadirlos, y con estas se realizan actos para convencerlos al amor. Siempre estoy pronto para levantar la mano y decir a quien se arrepiente: “Yo te absuelvo. Ve en paz”. Pero no ofendo al Amor al consentir las durezas de los que no quieren convertirse. Tenedlo presente para ver las cosas en su justa luz y desmentir las leyendas, que proceden de veneración o de un airado temor, que son siempre contrarias a la verdad.

Pasáis bajo otro patrón, pero no dejéis estas tierras que, en el estado en que se encuentran, parece que sería una locura cuidarlas y con todo os digo: cumplid en ella con vuestro deber. Hasta ahora lo habéis cumplido por temor a los castigos inhumanos. Hacedlo también ahora, aun cuando sabéis que no lo seréis de igual modo. Y Yo os digo: cuanto más seáis tratados con benignidad, con tanta mayor prontitud trabajad, para devolver con el trabajo benevolencia por benevolencia. Es verdad que los patronos tienen la obligación de ser humanos para con

sus súbditos porque deben recordar que todos procedemos de un solo tronco. El hombre, tanto el rico como el pobre, nace desnudo y muere convirtiéndose en podredumbre. Las riquezas no son propiedad de quien las tiene, sino de quienes las juntaron con honradez o sin ella. Y por eso es menester no gloriarse de ellas, o valerse de ellas para oprimir sino emplearlas en cosas buenas para con los demás, usándolas con amor, discreción y justicia, para que el verdadero dueño que es Dios, los mire sin severidad. Pues a Dios no se le puede comprar o engañar con joyas o talentos, sino se le hace amigo con nuestras buenas acciones. Esto es verdad, pero también es verdad que los siervos deben ser buenos con sus patrones.

Ejecutad con sencillez y buena voluntad la voluntad de Dios que os quiere en esta humilde condición. Conocéis la parábola del rico Epulón. Ved que en el cielo no es el oro el premiado sino la virtud. La virtud y la sumisión del hombre a la voluntad de Dios lo hacen su amigo. Sé que es difícil ser siempre capaces de ver a Dios a través de las obras de los hombres. En el bueno es fácil, en el malo difícil porque puede llegar el corazón a pensar que Dios no es bueno. Vosotros superáis el mal que os hace el hombre tentado por Satanás, y más allá de esta barrera que os cuesta lágrimas, veis la verdad y belleza del dolor. El dolor viene del mal, pero Dios no pudiendo abolirlo, porque existe esta fuerza, y es crisol del oro espiritual de los hijos de Dios, lo obliga a extraer de su veneno el jugo de una medicina que da vida eterna; pues el dolor con su mordida, inculca en los buenos reacciones tales que los hacen espirituales y los hacen cada vez más santos.

Sed, pues, buenos, respetuosos, sumisos. No juzguéis a los patrones. Hay quien los juzga. Yo querría que quien os mandase fuese un justo para que os hiciese más fácil el camino, y para darle la vida eterna. Pero recordad que cuanto más se sufre en cumplir con el deber, tanto mayor es el mérito ante los ojos de Dios. No tratéis de engañar al patrón. El dinero o las mercancías obtenidas con engaño no enriquecen ni sacian. Tened puras las manos, los labios y el corazón. Y entonces celebraréis vuestro sábado, vuestras fiestas de precepto que serán aceptables a los ojos del Señor, aun cuando fueseis obligados a trabajar en medio de los terrones.

En verdad que tendrá más valor vuestra fatiga que la hipócrita oración de los que cumplen el precepto para que el mundo los alabe, contraviniendo en realidad el precepto con desobedecer la ley que ordena que uno obedezca por sí mismo y por los que viven en la casa el precepto del sábado y las solemnidades de Israel. *Porque la oración no consiste en actos sino en el sentimiento.* Y si vuestro corazón ama a Dios santamente, en todas las circunstancias que se presentaren, cumplirá mejor que los que os impiden los ritos del sábado y de las fiestas.

Os bendigo y os dejo porque el sol ya se ha levantado y quiero llegar a las colinas antes de que el calor arrecie. Pronto nos volveremos a ver porque el otoño no está lejos. La paz sea con todos vosotros nuevos y antiguos siervos de Yocana, y os tranquilice el corazón”.

Jesús se pone en camino, pasando por entre los campesinos y bendiciendo a uno por uno.

Detrás de un gran manzano seco está oculto un hombre. Cuando Jesús está por pasar, haciendo como que no lo ve, brinca fuera diciendo: “Soy el mayordomo de Yocana. Él me dijo: “Si viene el Rabbí de Israel déjalo que se quede en mis tierras y deja que hable a los siervos. Tendremos mayor rendimiento porque no enseña sino cosas buenas”. Y ayer, con la noticia que desde hoy esos (y señala a los de Doras) estarán conmigo, y que estas tierras son de él, me escribió: “Si el Rabbí viene, escucha lo que diga y regúlate según ellos. Que no nos vaya a sobrevenir alguna desgracia. Cúbrela de honores, y mira si puedes hacer que revoque la maldición lanzada contra las tierras” Pues ten en cuenta que Yocana las adquirió por honrilla. Pero creo que ya se arrepintió de ello. Será mucho si de ellas hacemos pastizales...”

“¿Me oíste hablar?”

“Sí, Maestro”.

“Entonces sabréis como regularlos, tú y tu patrón, para que Dios os bendiga. Díselo a él. Y por cuenta tuya haz que sus órdenes sean suaves, tú prácticamente sabes qué significa que el

hombre se muera de fatiga en el campo y porque tienes ganada la voluntad del patrón. Es mejor que pierdas su benevolencia y tu posición, que tu alma. Adiós”.

“Pero yo debo cargarte de honores”.

“No soy un ídolo. No tengo necesidad de honores interesados para que me den las gracias. Hónrame con tu espíritu, poniendo en práctica cuanto escuchaste, y de este modo servirás a Dios y a tu patrón”.

Jesús seguido de sus discípulos, de las mujeres y luego de todos los campesinos, atraviesa los campos, y toma el camino que va a las colinas. De nuevo todos le mandan el adiós.

125. La Virgen: “Mi piedad es más fuerte que todo”

24 agosto 1945

Es un sube y baja de colinas en que se desata el camino que lleva a Nazaret, y aprovechando las sombras de los olivos y de los árboles frutales que hay aquí y allá en esta fértil y cultivada región, Jesús regresa a Nazaret.

Al llegar al cruce donde corta el camino que va a Tolemaide, se detiene y dice: “Quedémonos en esta casa, donde ya algunas veces he estado. Tomaremos nuestra comida, y mientras el sol se va a su ocaso, estemos juntos antes de separarnos nuevamente. Nosotros vamos a Tiberíades, mi Madre y María a Nazaret, y Juan con Ermasteo a Sicaminón”. Caminan por entre un olivar. Llegan a una casa larga y baja de campesinos, en la que no falta la higuera y los sarmientos espesos de vides que corren por una escalerilla, para extenderse sobre la terraza.

“La paz sea con vosotros. Ya vine de nuevo”.

“Ven, Maestro. Tu presencia es siempre bienvenida. Dios te devuelva la paz, a Ti y a los que vienen contigo” responde un hombre de edad que atraviesa el patio con una brazada de ramas secas. Y luego en voz alta: “¡Sara! ¡Sara! Aquí está el Maestro con sus discípulos. ¡Pon más harina!”

De una habitación sale una mujer toda llena de harina que está pasando por el cedazo, porque todavía lo trae en la mano con el moyuelo, y arrodillándose, le sonríe a Jesús.

“La paz sea contigo, mujer. Te he traído a mi Madre como te lo había prometido. Aquí está. Esta es su cuñada, madre de Santiago y Judas. ¿Dónde están Dina y Felipe?”

La mujer después de haber saludado a las dos Marías, responde: “Dina dio a luz a su tercera niña. Estamos un poco tristes, porque no nos ha dado un nietecito, pero también contentos, ¿no es cierto Matatías?”

“Sí. Es hermosa y de nuestra sangre. Te la enseñaremos. Felipe fue a traer a Anna y Noemí de su casa. Pero pronto estará de regreso”.

La mujer regresa a su quehacer y el hombre, dejadas las ramas en el horno, se ocupa de los huéspedes; les ofrece sillas y leche fresca a quien quiera, y aceitunas a quien prefiera.

La habitación de piso de tierra está fresca por tener sombra y ser amplia y porque está abierta de ambos lados, con dos puertas. Una de ellas recibe la sombra de la higuera, la otra de flores en forma de estrella, algo así como girasoles por su forma, pero menos grandes y de corolas menores. Una luz esmeraldina penetra en la habitación, dando descanso a los ojos cansados por el sol ardiente. Hay bancas y tablas. Probablemente es aquí donde las mujeres hilan y tejen y los hombres arreglan sus instrumentos agrícolas o bien depositan las provisiones de harina y frutas, como dan señales de ello las viguetas con ganchos y las tablas sobre ménsulas, además de arquibancos a lo largo de las paredes. Hay estopones de lino o cáñamo que parecen trenzas sueltas sobre la pared blanqueada de cal, y una tela roja, extendida sobre un telar que está descubierto, parece dar alegría a toda la habitación con su color de fuego y atractivo.

Regresa la dueña de la casa que terminó ya de hacer el pan y pregunta a los huéspedes si quieren ver a la recién nacida.

Jesús responde: “La bendeciré”.

María se levanta y dice: "Voy a ver a la mamá".

Salen las mujeres.

"Aquí está uno bien" dice Bartolomé, que se ve muy cansado.

"Sí. Hay sombra y no hay ruido. Terminaremos por dormirnos" añade Pedro que ya está cerrando los ojos de sueño.

"Dentro de tres días estaremos por alguna temporada en nuestras casas. Descansaréis y luego iréis a evangelizar en las cercanías inmediatas" dice Jesús.

"¿Y Tú?"

"Me quedaré en Cafarnaum, y algunas veces en Betsaida. Predicaré la buena nueva a todos los que lleguen Mí. Cuando llegue la luna de Tisri, volveremos a caminar. Por la tarde, entre tanto, continuaré haciéndoos mejores..."

Jesús se calla, porque ve que el sueño hace inútiles sus palabras. Sonríe sacudiendo su cabeza al pasar sus ojos sobre este grupo al que la fatiga ha vencido y que se ha acomodado como mejor pudo... El silencio de la casa y de la campiña asoleada es absoluto. Parece como si fuera un lugar encantado. Jesús sale a la puerta, donde están las flores, y mira a través de sus ramitas las siempre amadas colinas galileas que cubren olivares de color grisáceo.

Unas breves pisadas y un grito de recién nacido se oyen sobre su cabeza. Jesús levanta su rostro, y envía una sonrisa a su Madre que baja trayendo en sus brazos un hatillo blanco del que salen tres bultitos rojos: una cabecita y dos puñitos cerrados.

"Mira, Jesús, ¡qué hermosa niña! Se parece un poco a Ti, cuando tenías un día de nacido. Eras tan rubio que parecías no tener cabello, si no hubieran estado desde entonces enroscados, como nubecillas, y poseías el color de una rosa. Mira, mira. Ahora abre sus ojitos en la sombra y busca el seno. Tiene tus ojos azules oscuros... ¡Oh, tesoro! ¡Yo no tengo leche, chiquita rosita, tortolita mía" y la Virgen arrulla a la chiquita que calma su chillido cual si fuera una tortolita y se duerme.

"Mamá, ¿también así me arrullabas?" pregunta Jesús que mira a su Madre arrullar a la pequeña, pegando sus mejillas a la rubia cabecita.

"Sí, Hijo. Pero te decía: "Corderito mío". Es hermosa, ¿verdad?"

"Muy hermosa y fuerte. Su madre debe sentirse feliz", confirma Jesús, que también se ha inclinado para mirar el sueño de la inocente.

"Y sin embargo no lo está... El marido está enojado porque no hay más que niñas. Es verdad que con los campos que tenemos son preferibles los varoncitos. Pero nuestra hija no tiene la culpa..." entre suspiros dice la dueña de la casa, que se acerca a ellos.

"Son jóvenes. Que sigan amándose y tendrán varoncitos" dice con claridad el Señor.

"He aquí a Felipe... Ahora se pondrá hosco..." murmura turbada la mujer. Y en voz alta: "Felipe, aquí está el Rabbí de Nazaret".

"Muy contento de verlo. La paz sea contigo, Maestro".

"Y contigo, Felipe. Ya vi a tu hermosa niña. Todavía la estoy mirando porque es un encanto. Dios te bendice con niños hermosos, sanos y buenos... Debes estarle muy agradecido... ¿No respondes? Pareces un poco malhumorado..."

"¡Esperaba que hubiese sido varoncito!"

"No vas a querer decir que la culpa la tiene esta inocente, por haber nacido mujer, y mucho menos que vas a ser duro con tu esposa ¿verdad?" pregunta serio Jesús.

"¡Quería yo un varón! ¡Para el Señor y para mí!" dice resentido Felipe.

"¿Y crees que lo tendrás con injusticia y rebeldía? ¿Leíste acaso en el pensamiento de Dios? Puedes decirle: "¿Haz así, porque así está bien?" Esta mujer, discípula mía, por ejemplo, no tuvo hijos. Y ha llegado a decirme: "Bendita sea mi esterilidad que me da alas para seguirte". Y esta madre de cuatro varones, anhela que los cuatro no sean ya suyos. ¿No es verdad, Susana? ¿No es verdad, María? ¿Las oyes? Y tú que hace pocos años estás casado con una mujer fecunda, que has recibido la bendición de tres boquitas rosadas que te piden amor, ¿estás irritado por ello? ¿Contra quién? ¿Por qué? ¿No quieres decirlo? Te lo diré Yo: Porque eres un egoísta. Deja al punto tu rencor. Abre los brazos a esta criatura que nació de ti

y ámalala ¡Ea! ¡Tómala!” Y Jesús toma el ato de lino y lo pone en los brazos del joven padre. Jesús continúa diciendo: “Ve a donde está tu mujer que llora, y dile que la amas. De otro modo jamás Dios te concederá un varón. Te lo digo Yo. Vete...”

El hombre sube a la habitación donde está su esposa.

“Gracias, Maestro” dice en voz baja la suegra. “Desde ayer se había mostrado muy cruel...”

El hombre después de algunos minutos vuelve a bajar y dice: “Ya lo hice, Señor. Mi mujer te da las gracias, y dice que te pida yo que digas el nombre que va a llevar, porque... porque yo le quería dar un nombre muy feo debido a mi enojo...”

“Llámala María. Bebió junto al amargo llanto las primeras gotas de leche, amargo por tu dureza. Puede llamarse María, y María la amará. ¿No es verdad, Mamá?”

“Sí, pobrecita pequeñita. Es muy bonita. Y seguro que será muy buena, como una estrellita del cielo”.

Regresan al gran salón donde los cansados apóstoles duermen a pierna suelta, menos Iscariote que parece revolverse sobre espinas.

“¿Me necesitabas, Judas? Pregunta Jesús.

“No, Maestro, pero no logro dormir y querría salir un poco”.

“¿Quién te lo prohíbe? Yo también salgo. Voy a aquel colladito. Es todo sombra... Descansaré y oraré. ¿Quieres venir conmigo?”

“No, Maestro. Te daría molestias, porque no me encuentro en condiciones de orar. Tal vez... tal vez no me siento bien y esto me turba...”

“Quédate, entonces. No obligo a nadie. Hasta pronto. Hasta pronto, mujeres. Mamá, cuando se despierte Juan de Endor, mándalo a donde estoy, solo”.

“Sí, Hijo. La paz sea contigo”.

Sale Jesús. María y Susana se agachan a ver la tela que está sobre el telar. María se sienta con las manos puestas sobre sus piernas, un poco inclinadas. Tal vez ore también.

María de Alfeo pronto se cansa de contemplar la labor. Se sienta en el ángulo más oscuro y pronto se duerme. Susana piensa que no estaría mal imitarla. Quedan despiertos María y Judas. La una recogida toda en sí, el otro que la mira con ojos muy abiertos, sin dejarla de ver. Se levanta y se acerca poco a poco, sin hacer ruido. No sé por qué, pero pese a que ciertamente es bello, me da la impresión de que sea una pantera o una serpiente que se acercase a su presa. Tal vez se deba a la antipatía que siento por él, que me hace creer que aun su caminar sea engañoso y cruel... En voz baja dice: “¡María!”

“¿Qué se te ofrece, Judas?” pregunta dulcemente María y lo mira con esa dulcísimo mirada.

“Querría hablarte...”

“Habla, te escucho”.

“Aquí no... No querría que me oyesen... ¿No podrías venir un poco allá afuera? Hay sombra allí...”

“Vamos, pues. Pero mira... todos están durmiendo... podrías hablar también aquí” dice la Virgen. Mas se levanta y es la primera en salir, dando la espalda a las altas flores.

“¿Qué se te ofrece, Judas?” vuelve a preguntar, mirando fijamente al apóstol que se turba un poco y parece como si no pudiese encontrar las palabras. “¿Te sientes mal? ¿O has hecho algo mal y no sabes cómo decirlo? ¿O bien te sientes tentado a hacerlo, y te duele confesarlo? Habla, hijo. Como te curé cuando estabas enfermo en el cuerpo, te curaré el alma. Dime lo que te quita la paz, y si puedo te devolveré la calma. Si no pudiese, se lo diré en particular a Jesús. Aunque hubieses cometido muchos pecados, Él te perdonará si le pido su perdón. En realidad, Jesús al punto te perdonaría... pero tal vez tengas vergüenza de Él porque es tu Maestro. Yo soy una mamá... No te avergüences...”

“Sí. No tengo vergüenza porque eres madre y muy buena. Verdaderamente eres la paz entre nosotros. Yo... yo me siento muy turbado. Tengo un carácter pésimo, María. No sé qué tengo en la sangre y en el corazón... De cuando en cuando no puedo controlarlos... y entonces soy capaz de cometer las más viles acciones...las más perversas”.

“Aun cuando tiene a Jesús cerca de ti, ¿no puedes resistir al tentador?”

“Aun así. Y sufro por eso, créemelo. Pero así sucede. Soy infeliz”.

“Rogaré por ti, Judas”.

“No basta”.

“Haré que rueguen otras personas juntas, sin mencionar tu nombre”.

“No basta”.

“Haré que rueguen los niños. Muchos van a mi casa, a mi huerto, como pajaritos en busca de grano. Y el grano son las caricias y las palabras que les digo. Les hablo de Dios... y ellos, inocentes, prefieren eso a los juegos y a los cuentos. La oración de los niños es agradable al Señor”.

“Pero jamás como la tuya. Y sin embargo no es suficiente”.

“Diré a Jesús que ruegue al Padre por ti”.

“Aun no basta”.

“Si esto no basta, no sé qué bastaría. La oración de Jesús vence aun a los demonios...”

“Sí. Pero Jesús no pediría siempre y yo volvería a ser yo... Jesús, siempre dice que se irá un día. Debo pensar en cuando esté sin Él. Jesús ahora nos quiere mandar a predicar la buena nueva... Tengo miedo de ir con este enemigo, que soy yo mismo, a esparcir la palabra de Dios. Querría haber estado ya formado para esta hora”.

“Pero, hijo mío, si ni siquiera Jesús lo logra, ¿quién quieres que pueda?”

“¡Tú, Madre! Permíteme que pase un tiempo contigo. Han estado paganos y prostitutas, puedo estar también yo. Si no quieres que pase la noche en tu casa, iré a dormir a la de Alfeo y en la de María de Cleofás, pero el día lo pasaré contigo, con los niños. Otras veces he probado arreglármelas yo solo, y fue peor. Si voy a Jerusalén tengo muchos amigos malos, y en las condiciones en que me encuentro, cuando siento lo que estoy sintiendo me convierto en juguete. Si voy a otra ciudad es lo mismo. La tentación del camino se enciende junto con la que tengo ya. Si voy a un lugar solitario, el silencio me desgarrar con los gritos de Satanás. Pero cerca de ti... ¡Oh! Cerca de ti me siento diverso... ¡Permíteme que vaya contigo! ¡Dile a Jesús que me lo permita! ¿Quieres que me pierda? ¿Tienes miedo de mí? Me miras con ojos de gacela herida que no tuviese más fuerzas para huir de sus cazadores. No te haré ninguna ofensa. También yo tengo una madre... y te amo más que a ella. ¡Ten piedad, María, de un pecador! Mira: lloro a tus pies... Si tú me rechazas, puede ser mi muerte espiritual...” Judas se echa a llorar en realidad, a los pies de María que lo contempla con una mirada de piedad y de angustia mezclada de miedo. Está muy pálida.

Da un paso adelante, porque se había echado hacia atrás del macizo de flores, para huir de Judas que poco a poco se le acercaba. Pone una mano sobre los negros cabellos de Iscariote. “Cállate. Que no te oigan. Hablaré con Jesús, y si Él quiere... vendrás a mi casa. No me preocupo de lo que piense el mundo. No hace daño a mi alma. Solo tendría horror a que fuese yo culpable ante Dios. La calumnia me deja indiferente. No seré jamás calumniada porque Nazaret sabe que su hija nunca ha sido causa de escándalo. Y además, suceda lo que suceda, me interesa que te salves en tu espíritu. Voy a ver a Jesús. Tranquilízate”. Se pone su velo, blanco como su vestido, y rápida camina por la vereda que conduce a una especie de colinita cubierta de olivos.

Busca a Jesús y lo encuentra absorto en meditación profunda. “Hijo, soy yo... ¡Escúchame!”

“¡Oh, Mamá! ¿Vienes a orar conmigo? ¡Qué alegría, qué consuelo me das!”

“¡Qué cosa, Hijo! ¿Estás cansado en el espíritu? ¿Triste? ¡Dilo a tu Mamá!”

“Cansado, lo dijiste, y afligido. No tanto por la fatiga y miserias que veo en los corazones, cuanto por la inmutabilidad de los que son mis amigos. Pero no quiero ser injusto con ellos. Uno solo se cansa, y es Judas de Simón...”

“Hijo, de él venía a hablarte...”

“¿Hizo algo mal? ¿Te ha causado alguna pena?”

“No. Me ha causado el dolor que tendría al ver a alguien muy infectado... ¡Pobre hijo! ¡Está muy enfermo en su espíritu!”

“¿Tienes piedad? ¿No tienes miedo? Un tiempo tenías...”

“Hijo mío, mi piedad es todavía más grande que mi miedo. Querría ayudarte a Ti y a él salvarle su espíritu. Tú puedes todo, y no tienes necesidad de mí, pero Tú has dicho que todos deben cooperar con el Mesías en redimir... ¡y este hijo tiene tanta necesidad de redención!”

“¿Qué hay que no haga por él?”

“No puedes hacer nada. Pero podrías permitirme que yo hiciera algo. Me rogó que te dijese le permitieses estar en nuestra casa, porque le parece que allá podrá liberarse de su monstruo... ¿sacudes la cabeza? ¿No quieres? Se lo diré...”

“No, Mamá. No es que no quiera. Sacudo la cabeza porque sé que es inútil. Judas es como uno que se está ahogando y que no obstante que lo vea, rechaza por orgullo el lazo que le echan para sacarlo a la orilla. De cuando en cuando, presa del terror de ahogarse, busca y pide ayuda, se nos une... y luego, nuevamente esclavo de su orgullo, deja la ayuda, la rechaza, quiere valerse por sí... y siempre se hace cada vez más pesado por el agua espesa que traga. Pero para que no se vaya a decir que he dejado todo medio, que también eso se haga, pobrecita Mamá... Sí, pobrecita Mamá, que te sujetas, por amor de un alma, al sufrimiento de tener cerca... a uno que te infunde miedo”.

“No, Jesús. No lo digas. Soy una pobre mujer, porque estoy sujeta a antipatías. Repróchame. Lo merezco. No debería tener repugnancia por nadie, por amor tuyo. No soy pobre por otro motivo. ¡Oh! Si pudiese devolvete a Judas espiritualmente curado. Darte un alma y darte un tesoro. Y quien da tesoros no es pobre. Hijo... voy a decir a Judas que sí, que lo permites. Tú dijiste: “Llegará un tiempo en que dirás: cuán difícil es ser la Madre del Redentor”. Una vez ya lo dijiste... cuando lo de Aglae... pero ¿qué puede ser una vez? ¡La fragilidad humana es tan grande! Y Tú eres Redentor de todos. ¡Hijo!... ¡Hijo! Así como tuve a la pequeñita en mis brazos, y la llevé para que la bendijeses, permite que tenga en los brazos a Judas, para traértelo y para que le des tu bendición...”

“Mamá... Mamá... él no te merece...”

“Jesús mío. Cuando dudabas en dar Marziam a Pedro, te dije que eso le habría ayudado. No puedes negar que Pedro ha cobrado nuevos bríos desde aquel momento... Déjame hacer la prueba con Judas”.

“¡Que se haga como tú quieres! Y que seas bendita por tu intención de amarme y de amar a Judas. Ahora oremos juntos, Mamá. ¡Es tan dulce orar contigo!...”

.....

...Apenas ha empezado el largo atardecer, cuando veo que ya parten de la casa en que estuvieron hospedados.

Juan de Endor con Erasmo se despiden de Jesús, después de haber llegado al camino. María con las mujeres prosigue con su Hijo por un sendero que va entre olivares sembrados en las colinas. Hablan, como es natural, de lo acaecido en el día. Pedro dice: “¡Que si es un pedazo de tonto ese Felipe! Algunos momentos renegaba de su esposa y de la niña, si tratabas de hacerlo entrar en razón”.

“Esperamos que dure este arrepentimiento actual y no le lleguen las ganas de despreciar a las mujeres. Viendo bien las cosas... por las mujeres el mundo va a delante” dice Tomás y muchos se ríen de su ocurrencia.

“Claro. Es verdad. Pero son más inmundas que nosotros y...” dice Bartolomé.

“Nada más eso. ¿En cuanto a inmundicia?... Tampoco nosotros somos angelitos. Mira, me gustaría saber si después de la Redención será siempre así. Nos enseñan a honrar a la madre, a tener el máximo respeto por las hermanas, hijas, tías, nueras, cuñadas y luego... ¡anatema aquí, anatema allá! En el templo, no. Acercarte muchas veces, no... ¿Pecó Eva? De acuerdo. Pero también Adán. Dios castigó a Eva muy severamente. ¿No basta?”

“¡Pero Tomás! La mujer fue considerada también por Moisés como impura¹”.

¹ Cfr. En cierto sentido: Lev. 12, 15, 19-30.

“Y Moisés sin las mujeres se habría ahogado²... Pero, ten paciencia, Bartolomé. Te recuerdo, aunque no sea yo docto, como tú, sino un orfebre, que Moisés se refiere a las impurezas de la carne de la mujer, para que la respetemos, no para que le echemos el anatema”.

La discusión se prende. Jesús, que va adelante, con las mujeres, con Juan e Iscariote, se detiene, se vuelve y dice: “Dios tenía ante Sí un pueblo moral y espiritualmente deforme, contaminado por su contacto con idólatras. Quería que su pueblo fuera fuerte tanto en lo físico como en el espíritu. Dio como preceptos las normas saludables para una fortaleza física y saludable para la honestidad de las costumbres. No podía de otra manera frenar la avidez de los hombres para que los pecados en que fue sepultada la tierra e incendiadas Sodoma y Gomorra³ no se repitiesen. Pero en los siglos por venir la mujer redimida no será oprimida como lo es ahora. Quedarán las prohibiciones de prudencia física pero se quitarán los obstáculos para venir al Señor. Ya los comienzo a quitar para preparar las primeras sacerdotisas de la era que está por venir”.

“¡Oh! ¿Habrá sacerdotisas?” pregunta Felipe casi a punto de desvanecerse.

“No me entendáis mal. No serán sacerdotes como los hombres, no consagrarán y no administrarán los dones de Dios, los que por ahora ignoráis. Pero pertenecerán lo mismo a la clase sacerdotal, cooperando de muchos modos con los sacerdotes para el bien de las almas”.

“¿Predicarán?” incrédulo pregunta Bartolomé.

“Como ya lo hace mi Madre”.

“¿Harán peregrinaciones apostólicas?” pregunta Mateo.

“Sí. Llevarán muy lejos la fe, y debo decirlo, con mayor heroísmo que los hombres”.

“¿Harán milagros?” pregunta riendo Iscariote.

“Alguna que otra hará milagros. Pero no os apoyéis en el milagro como en algo esencial. Ellas, las mujeres santas, harán también milagros en convertir a pecadores con sus oraciones”.

“¡Uhm! ¿que las mujeres rueguen hasta el punto de hacer milagros!” refunfuña Natanael.

“No seas cerrado como un escriba, Bartolomé. Según tú, ¿Qué cosa es la oración?”

“Es volverse a Dios con fórmulas que sabemos”.

“Así es y algo más. La oración es la conversación del corazón con Dios y debería ser el estado normal del hombre. La mujer, por su vida que es más retirada que la nuestra y por su facultad efectiva más fuerte que la nuestra, se deja llevar a esta conversación con Dios mejor que nosotros. En ella encuentra consuelo a sus dolores, alivio a sus fatigas, que no son tan sólo las del hogar y las del procrear, sino también la de soportarnos a nosotros los hombres, encuentra lo que enjuga sus lágrimas y la lleva a sonreír en su corazón. Porque ella *sabe* hablar con Dios, y lo hará mejor en la era que está por venir. Los hombres serán los gigantes de la doctrina, las mujeres serán siempre las que con su oración, sostendrán a los gigantes, y también al mundo porque se evitarán muchas desventuras por sus oraciones y penitencias. Por esto harán milagros, casi siempre invisibles, pero no por eso menos reales, que Dios conocerá”.

“Tú también hiciste hoy un milagro invisible, cierto y real ¿No es cierto, Maestro?” pregunta Tadeo.

“Sí, hermano”.

“Era mejor que hubiera sido visible” observa Felipe.

“¿Querías que hubiese cambiado la niña en niño? El milagro en realidad es una alteración de las cosas fijadas, un desorden beneficioso, para que Dios que lo concede, pueda mostrar quién lo ama, o bien persuadir a que Él existe. Mas teniendo en cuenta que Dios es orden, no viola en modo exagerado el don. La niña nació mujer y mujer se queda”:

“¡Esta mañana estaba yo tan afligida!” con un suspiro dice la Virgen.

² Cfr. Ex. 2, 1-10.

³ Cfr. Gén. 6, 5-7, 24, 19, 1-29.

“¿Por qué? La niña a quien no quiere su padre no es tuya” dice Susana. Y añade: “Cuando veo alguna desgracia en un niño, me digo: “¡Qué bueno que no tuve!””

“¡No lo digas, Susana! ¡No es caridad! También yo podría decirlo porque mi Maternidad trascendió las leyes naturales. Pero no lo digo, porque pienso: “Si Dios no me hubiera querido virgen, probablemente esa semilla me hubiera caído, y sería yo madre de este infeliz” y por esto, tengo compasión de todos... Pues digo: “podía haber sido mi hijo” y como madre habría querido que todos hubiesen sido sanos, buenos, amados y atractivos, pues las madres no desean otra cosa para sus hijos” responde con suavidad María. Jesús parece vestirla de luz, tanto es lo que la mira con sus radiantes ojos.

“Por este motivo tienes compasión de mí...” dice Iscariote en voz baja.

“De todos, aun cuando fuese el asesino de mi Hijo, pues pienso que sería el más necesitado de perdón... y de amor. Porque todo el mundo lo odiaría sin duda alguna”.

“Mujer, te cansarías muchísimo en defenderlo, antes de que tuviese tiempo de arrepentirse... Yo sería el primero en quitarlo de en medio...” dice Pedro.

“Mira, aquí nos despedimos. Mamá, que Dios esté contigo; y contigo, María; y también contigo Judas”.

Se besan, Jesús añade: “Acuérdate que te he concedido un gran favor, Judas. Hazte de él un gran bien, y no un mal. Hasta pronto”.

Jesús con los once que han quedado y con Susana van ligeros hacia el oriente, mientras María, su cuñada e Iscariote van derechos.

126. “Hacer el bien es oración mayor que los salmos”¹

26 agosto 1945

Jesús entra en la sinagoga de Cafarnaum, que se llena poco a poco de gente porque es sábado. Todos se sorprenden de verlo. Todos lo señalan en medio de un murmullo. Alguien tira del vestido a este, o a aquel apóstol para preguntarle cuándo regresaron a la ciudad, pues nadie sabía que hubiesen regresado.

“Acabamos de desempacar, exactamente ahora, junto al “pozo de la higuera” viniendo de Betsaida, para no dar un paso fuera de lo prescrito, amigo” responde Pedro a Urías el fariseo, y este, ofendido de que un pescador lo llame “amigo”, desdeñosamente se va a reunir con los suyos, en primera fila.

“¡No lo provoques, Simón!” amonesta Andrés.

“¿Provocarlo? Me preguntó y le respondí diciendo también que evitamos caminar por respeto al sábado²”.

“Dirán que nos fatigamos en la barca...”

“Terminarán por decir que nos fatigamos por respirar ¡necio! Es la barca la que trabaja, el viento y las olas, no nosotros que vinimos en ella”.

Andrés se traga la reprimenda y calla.

Después de las oraciones preliminares, llega el momento de la lectura de un trozo y su explicación. El sinagogo pide a Jesús que lo haga, pero Jesús señala a los fariseos, diciendo: “Que lo hagan ellos” Pero como ellos no quieren, Él tiene qué hacerlo.

Jesús lee el trozo del primer libro de los Reyes, donde se refiere cómo David fue traicionado por los de Zif, al decirle a Saúl que estaba en Gabaa³. Devuelve el rollo y empieza a hablar.

“Violar el precepto de la caridad, hospitalidad, honradez, es siempre una fea acción. Pero el hombre no titubea en hacerlo con la mayor indiferencia. Aquí tenemos un doble episodio de esta violación y el castigo que Dios infligió.

¹ Cfr. Mt. 12, 9-14; Mc. 3, 1-6; Lc. 6, 6-11.

² Cfr. Gén. 2, 2-3; Ex. 16, 27-30; 20, 8-11; 23, 12; 34, 21; 35, 1-3; Deut. 5, 12-15; 2 Esd. 13, 15-22; 1 Mac. 2, 29-41.

³ Cfr. 1 Rey. 23, 19-28.

La conducta de los de Zif era fraudulenta. La de Saúl no lo era menos. Los primeros, viles en su intento de congraciarse con el más fuerte y sacar partido. El segundo, vil en su intento de quitar de en medio al ungido del Señor. Por eso el egoísmo se mancomunaba. Y a la propuesta indigna el falso y pecador rey de Israel se atreve a dar una respuesta en que se menciona el nombre del Señor: “Sed benditos del Señor”.

¡Burla a la justicia de Dios! Burla común y corriente. Muchas veces se invoca sobre la perversidad del hombre o como garantía el Nombre del Señor y su bendición. Está dicho: “No invocarás el Nombre de Dios en vano”⁴. ¿Y puede haber cosa más vana, peor, que el nombrarlo para realizar un crimen contra el prójimo? Y sin embargo es un pecado más frecuente que otros, que cometen sin importarles gran cosa aun aquellos que son los primeros en las reuniones del Señor, en las ceremonias y en la enseñanza. Acordaos que es pecaminoso indagar, señalar, preparar cualquier cosa para dar al prójimo. Y también pecaminoso es hacer que otros indaguen, señalen y preparen cualquier cosa para que el prójimo reciba mal de otros. Tentar con recompensas o amenazar con represalias es inducir a los otros al pecado.

Os advierto que es pecado. Os advierto que es egoísmo y odio una conducta semejante. Sabéis que el odio y el egoísmo son los enemigos del amor. Os advierto porque me preocupo de vuestras almas. Porque os amo. Os lo advierto porque no quiero que estéis en pecado. Porque no quiero que Dios os castigue, como sucedió a Saúl que, mientras perseguía a David para aprenderlo y matarlo, los filisteos destruían la nación. En verdad que esto siempre sucederá al que hace mal al prójimo. Su victoria durará cuanto la hierba del campo. Nace pronto, pero pronto se seca y el pie indiferente del viajero la aplasta. Mientras la buena conducta, la vida honesta parece que a duras penas nace y se sostiene. Pero una vez que se ha formado como hábito de vida, se convierte en un poderoso y frondoso árbol que ni siquiera los huracanes arrancan, ni la canícula quema. Quien es fiel a la Ley, realmente fiel, se convierte en un árbol poderoso que no se dobla a las pasiones ni lo quema el fuego de Satanás.

Ya terminé. Si alguno quiere decir algo más, que lo diga”.

“Queremos saber si hablaste por nosotros, fariseos”.

“¿Está acaso llena la sinagoga de fariseos? Vosotros sois cuatro. La multitud es de cientos y cientos de personas. La palabra es para todos”.

“Pero la alusión era clara”.

“En verdad jamás se ha visto que uno, por el hecho de ser sospechoso por una comparación, se acuse a sí mismo. Y vosotros lo estáis haciendo. ¿Por qué os acusáis si Yo no os acuso? ¿Tenéis conciencia acaso de obrar como dije? Yo no lo sé. Pero si así fuese, corregíos. El hombre es débil y puede pecar, pero Dios lo perdona si surge en él un arrepentimiento sincero y la voluntad de no pecar más. Pero claro que persistir en el mal es doble pecado y sobre él no baja el perdón”.

“Nosotros no tenemos este pecado”.

“Entonces no os doláis de mis palabras”.

El incidente termina. La sinagoga se llena con el canto de los himnos. Luego parece que la reunión se vaya a clausurar sin otros incidentes, pero Joaquín, el fariseo, descubre a un hombre entre la multitud y le intima con señales y miradas que se llegue a la primera fila. Es un hombre como de cincuenta años, y tiene un brazo atrofiado, e inmóvil, más chico que el otro, porque la atrofia destruyó los músculos.

Jesús lo ve, y comprende todo el engaño. Un gesto de disgusto y compasión se dibuja en su rostro muy claramente. Con todo no voltea la cabeza, antes bien afronta la situación con valor.

“Ven aquí, en medio” ordena al hombre.

Y cuando lo tiene delante, se vuelve a los fariseos: “¿Por qué me tentáis? ¿No acabo de hablar de las asechanzas y del odio? ¿Y no acabáis de decir hace unos instantes: “No

⁴ Cfr. Ex. 20, 7; Deut 5, 11.

tenemos ese pecado”? ¿No respondéis? Responded por lo menos a esto: ¿Es lícito hacer el bien o el mal en sábado? ¿Es lícito salvar o quitar la vida? ¿No respondéis? Responderé por vosotros, y ante la presencia de todo el pueblo que juzgará mejor que vosotros, porque es sencillo y sin odio ni soberbia. No es lícito hacer ningún trabajo en sábado. Pero así como es lícito orar, así también lo es hacer el bien, porque el bien es oración más perfecta todavía que los himnos y los salmos que hemos cantado. Pero ni en el sábado, ni en cualquier otro día es lícito hacer el mal, y vosotros lo habéis hecho, buscando con dolo a este hombre, que ni siquiera es de Cafarnaum, y al que hicisteis venir hace dos días, sabiendo que Yo estaba en Betania y previendo que vendría a mi ciudad. Y lo hicisteis para poder tener motivo de acusarme. De este modo cometéis también el pecado de matar vuestra alma en lugar de salvarla. Por lo que respecta a Mí os perdono y no desilusionaré la fe de este, al que dijisteis que viniera, y le prometisteis que lo curaría, cuando de hecho me poníais una trampa. Él no tiene culpa alguna, porque vino sin otra intención que la de ser curado. Y que así sea. Hombre: extiende tu mano y vete en paz”.

El hombre obedece y su mano está sana, como la otra. Al punto la usa para tomar la punta del manto de Jesús. Se lo besa. Le dice: “Tú sabes que no conocía su verdadera intención. Si la hubiese sabido, no habría venido, porque habría preferido tener la mano seca que usarla contra Ti. Por esto no te enojas conmigo”.

“Ve en paz, hombre. Sé la verdad, y para contigo tengo sólo benignidad”.

La multitud sale en medio de comentarios. Al último sale Jesús con sus once apóstoles.

127. Un día de Iscariote en Nazaret

27 agosto 1945

Ninguna otra casa en la que se pueda elevar el espíritu, como en la de Nazaret. Hay en ella paz, silencio, orden. Parece como si las paredes despidiesen santidad de sus piedras, santidad que exhalan las plantas del huerto, como si lloviese del cielo sereno, que le sirve de cúpula. En realidad, esa santidad emana de quien vive en ella, de quien pronta y silenciosamente con ademanes juveniles, perfectos se mueve por todas partes, así como cuando hace años, y llena de juventud entró en ella como esposa. Siempre su sonrisa suave que tranquiliza, que acaricia.

El sol a estas horas de la mañana, da en la parte derecha de la casa, que se apoya en la primera ondulación de la colina. Sólo las copas de los árboles reciben las caricias del sol. Entre ellos los olivos que sirven para detener el terraplén con sus raíces. Son olivos viejos, torcidos, robustos, con las gruesas ramas levantadas al cielo, como si de él invocasen bendiciones y rogasen también ellos desde aquel lugar de paz. Son los viejos olivos de Joaquín, que en tiempos ya idos eran tan numerosos que se alargaban, se prolongaban hasta los campos que iban a los pastizales. Ahora son una cuantas plantas. Las últimas que quedan de la propiedad dividida de Joaquín.

El almendro y los manzanos son también de los que reciben las caricias del sol. Son altos, fuertes. Extienden su sombra sobre el jardín. El granado se embriaga de los rayos solares. La última en turno es la higuera junto con las flores y las verduras cultivadas con sumo esmero en los cuadros rectangulares y junto a los cercados que están bajo el emparrado cargado de sarmientos. Las abejas, gotas de oro voladoras zumban sobre todo lo que pueda darles dulces jugos y perfumados. Una menuda madre selva recibe el ataque de las abejas, lo mismo que un cercado de flores en forma de campánulas, con su penacho, que están cerrándose. Deben de ser flores nocturnas y despiden un olor muy fuerte. Las abejas se apresuran a chupar las flores antes de que se doblen los pétalos en el sueño de su corola.

María ligera va a los nidos de las palomas, de aquí a la pequeña fuente que canta cerca de la gruta, de esta a la casa; y pese a tanto quehacer, encuentra tiempo para admirar sus flores y palomas que platican en los senderos o vuelan sobre la casa y el huerto.

Entra Judas cargado de plantas y estacas. “Buenos días, Madre, me dieron todo lo que quería. Corrí para que no les pasase nada. Espero que prendan como la madreselva. El año que viene tu jardín será como un canasto lleno de flores, y así te podrás acordar del pobre Judas y de su estancia aquí” dice y va sacando con cuidado de una bolsa plantas con su raíz envuelta en tierra y en hojas húmedas. De otra saca las estacas.

“Muchas gracias, Judas. Es mucho. No puedes imaginarte qué feliz sea yo con esa madreselva que está junto a la gruta. Cuando yo era niña, allá en el fondo de aquellos campos, que entonces eran nuestros, había una más hermosa. Hiedra y madreselvas la cubrían con sus ramas y flores. La protegían cual cortinas y defendían sus pequeñas puntitas que crecían dentro de la gruta, que era todo verdor tapizada de adianto. Allí había un manantial... En el Templo siempre me acordé de esta gruta, y te lo puedo asegurar: cuando oraba ante el Verbo del Santo, no sentía a Dios de manera diferente. Mejor dicho, debo decir que allá volvían a aparecer los dulces coloquios de mi espíritu con mi Señor... Mi José me encontró esta con un hilito de agua para que me sirviera de ella, pero más que esto, fue para darme el gusto de tener una grutita, semejante a la anterior... José era bueno hasta en las cosas más pequeñas... Plantó una madreselva y una hiedra que vive todavía. La madreselva murió en los años de destierro... La volví a plantar. Ves, ya prendió. Eres un buen jardinero”.

“Sí. Cuando fui pequeño, me gustaron mucho las plantas y mi mamá me enseñó a cuidarlas... Ahora vuelvo a ser niño, a tu lado, Madre, y descubro mi antigua habilidad, para agradarte. ¡Eres muy buena conmigo!...” dice Judas, que cual experto trabaja en colocar las plantas en los lugares más propios. Junto a las flores nocturnas coloca un montón de raíces que me parece sean de muguetes, o tal vez de otras flores. “Aquí está bien” dice, apretando con el azadón la tierra. “A ellas no les hace falta mucho sol. No me las quería dar el siervo de Eleazar, pero insistí tanto hasta que me las dio”.

Tampoco a José le querían dar aquellas gardenias. Pero él hizo algunos trabajos sin pedir recompensa para poder obtenerlas. Aquí han estado muy bien”.

“Ya acabé, Madre. Ahora las voy a regar y les irá bien”. Las riega y luego se lava las manos en la fuentecilla.

María lo mira. Tan diverso de su Hijo, y también tan diverso del Judas de ciertas horas borrascosas. Lo escudriña, piensa, se le acerca, y poniéndole una mano en el brazo, dulcemente le pregunta: ¿Te sientes mejor, Judas? Quiero decir, en tu espíritu”.

“Oh, Madre! Muy bien. Me siento tranquilo. Lo estás viendo. Encuentro gusto y salvación en las ocupaciones humildes y en estar contigo. No debería jamás salir de esta paz, de este recogimiento. Aquí... que lejos está el mundo de esta casa...” Judas mira el huerto, las plantas, la casita... Termina: “Pero si estuviese aquí, jamás sería apóstol. Y quiero serlo...”

“Pero créeme, Judas, es mejor ser un alma justa que un apóstol pecador. Si caes en la cuenta que las alabanzas y honores de apóstol te dañan, renuncia, Judas. Es mejor para ti ser un simple fiel de Jesús, un santo, que un apóstol pecador”.

Judas inclina la cabeza pensativo. María lo deja en sus pensamientos y entra en la casa para continuar sus quehaceres.

Por un poco de tiempo Judas sigue clavado en el mismo lugar, después pasea bajo el emparrado, Lleva los brazos cruzados, La cabeza inclinada. Piensa, piensa. Luego monologa, hace ademanes... Un monólogo incomprensible, pero los gestos indican que se trata de ideas contradictorias. Parece como si suplicase, o rechazase. Como si llorase, o maldijese. Pasa de una expresión de interrogación, a una de miedo, de angustia, hasta llegar a reflejar aquellos momentos peores. Se detiene de pronto. Así continúa por poco tiempo. Su cara es la de un demonio... Luego se lleva las manos a la cara, huye por el montecillo de los olivos, fuera de la vista de María, y llora con la cara oculta entre las manos, hasta que se calma. Está sentado con la espalda apoyada contra un olivo, como si estuviese atolondrado...

...Ya no es la mañana, es el fin de un crepúsculo. Nazaret abre las puertas de sus casas, que estuvieron cerradas durante todo el día, por el calor estival, calor de Oriente. Hombres,

mujeres, niños, salen a los huertos a las calles que todavía sudan calor, en busca de aire. Van a la fuente, a jugar, a platicar... en espera de la cena. Saludos, chanzas, carcajadas, gritos salen de bocas de hombres, mujeres y niños. También Judas sale y se dirige a la fuente con las jarras de cobre. Los nazarenos lo ven y lo señalan nombrándolo con: "el discípulo del Templo". Cosa que al llegar a los oídos de Judas, suena como una música. Pasa saludando con afabilidad, pero con un aire de reserva, que si no es la entonada soberbia, es algo muy cercano.

"Eres muy bueno con María, Judas" le dice un nazareno barbudo.

"Se lo merece y algo más. Es en realidad una gran mujer de Israel. Sois felices de que sea vuestra conciudadana".

La alabanza tributada a la mujer de Nazaret seduce a muchos nazarenos, que uno a uno va repitiendo lo que dijo Judas.

Él, llegado a la fuente, espera su turno y llega hasta la cortesía de llevar los cántaros a una viejecita, que no termina de bendecirlo; y a sacar agua a dos mujeres que no podían por tener consigo a sus niños en los brazos. Levantando un poco sus velos, dicen: "Dios te lo pague".

"El amor del prójimo es el primer deber de un amigo de Jesús" responde Iscariote con una inclinación. Se llena sus jarras y se dirige a casa. Lo detienen, al dar la vuelta exactamente antes de llegar, el sinagogo de Nazaret y otros, que lo invitan a hablar el sábado siguiente.

"Hace más de dos semanas que están entre nosotros y no has hecho otra cosa que mostrarte cortes con nosotros" dice quejumbrosamente el sinagogo, a quien acompañan otros ancianos del poblado.

"Pero si no os gusta la manera de hablar de vuestro gran Hijo, ¿podrá agradaros la de su discípulo, y que por añadidura, es judío?" responde Judas.

"Tu actitud es injusta y nos causa pena. Somos francos en invitarte. Tú eres discípulo y judío. Es verdad. Pero eres del Templo, por esto, puedes hablar. Porque en el Templo hay doctrina. El hijo de José es tan solo un carpintero..."

"¡Es el Mesías!"

"Él lo dice... ¿Será verdad? ¿O bien será un delirio?"

"¡Su santidad, nazareno! ¡Su santidad!" Judas está escandalizado de la incredulidad de los nazarenos.

"Es grande. Es verdad. ¡Pero que sea el Mesías!... Y luego... ¿Por qué debe de hablar tan duramente?"

"¿Duro? No. A mí no me parece duro, antes bien... ¡bueno!... es muy sincero e intransigente. No deja encubierta ninguna culpa; no duda en denunciar un abuso... y esto causa desagrado. Pone el dedo exactamente en el centro de la llaga, y esto causa dolor, pero es por santidad. ¡Oh! Claro, que por esto obra así. Se lo he dicho más de una vez: "Jesús, te haces daño". ¡Pero no quiere entenderme!..."

"Lo quieres mucho y como eres docto podrías guiarlo".

"Oh, docto no... pero hombre práctico, sí. Del Templo ¿sabéis? Conozco las costumbres. Tengo amigos. El hijo de Anás es como si fuese mi hermano. Y si quisierais algo del Sanedrín, decídmelo, decídmelo... Bueno, ahora dejadme que lleve el agua a María que me está esperando para la cena".

"Regresa después. En mi terraza hay aire fresco. Estaremos entre amigos y hablaremos..."

"Sí, hasta pronto" y Judas se va a casa donde pide excusas a María de haberse tardado porque lo entretuvieron el sinagogo y otros ancianos de la población. Concluye: "Querían que hablase yo el sábado... El Maestro no me lo ordenó. ¿Tú qué piensas, Madre? Guíame".

"¿Hablar al sinagogo... o en la sinagoga?"

"Ambas cosas. No quisiera hablar con nadie ni a nadie, porque sé que son contrarios a Jesús, y también porque hablar donde sólo Él tiene derecho de ser Maestro, me parece un sacrilegio. Pero ¡tanto me insistieron! Quieren que vaya con ellos después de la cena... Casi lo prometí. Si crees que hablando con ellos, yo pueda quitarles el espíritu de resistencia contra el Maestro, que es tan dura, aunque no me siento para ello, iré a hablar; así como suelo hacerlo

a la buena, tratando de ser muy magnánimo con su terquedad. Pues he experimentado que ser duro con ellos es peor. ¡Eh, no caeré más en el error que cometí en Esdrelón! ¡Al Maestro le desagradó muchísimo! No me dijo nada pero lo comprendí. No lo haré más. Querría abandonar Nazaret, después de haberlo persuadido de que el Maestro es el Mesías, y de que creyesen y lo amasen”.

Judas está hablando sentado en la mesa, en el lugar de Jesús. Come lo que preparó María. Me desagrada que Judas esté sentado en ese lugar, frente a María que lo escucha y le sirve como una mamá.

Responde: “De hecho estaría bien que Nazaret comprendiese la verdad y la aceptase. No te detengo. Ve, pues. Nadie mejor que tú puede decir si Jesús merece amor o no. Piensa cuánto te ama, y te lo demuestra disculpándote siempre y contentándote en todo lo que puede... Esta reflexión te dé palabras y acciones santas”.

La cena ha terminado. Judas va a regar las flores del huerto, antes de que oscurezca, luego sale dejando a María en la terraza, entregada a doblar los vestidos que había puesto a secar.

Judas, después que saludó a Alfeo de Sara y a María Cleofás que están hablando en la puerta de ésta última, se dirige derecho a la casa del sinagogo. Están presentes también los dos primos del Señor y otros seis ancianos.

Después de los pomposos saludos se sientan solemnemente en asientos cubiertos con cojines. Calman el calor con bebidas de agua de anís o de menta que debe estar fresca, porque la jarra de metal suda al sentir el frío del líquido y el aire todavía caliente, pese a la brisa que sopla del norte de Nazaret y que mueve las copas de los árboles”Estoy contento que hayas aceptado nuestra invitación de venir. Eres joven. Un poco de distracción hace bien” dice el sinagogo que está lleno de miramientos para con Judas.

“No me atreví a venir antes, por no importunaros. Se que despreciáis a Jesús y a los que le siguen”.

“¿Despreciar? No. No creemos... y digámoslo claro, hasta heridos por sus verdades demasiado duras. Nosotros pensábamos que tú nos desdeñarías y por eso no te invitábamos”.

“¿Desdeñaros yo? Al revés. Os comprendo muy bien... ¡Bah! Estoy convencido que terminará por hacer las paces con vosotros. A Él le conviene siempre, lo mismo que a vosotros. A Él porque tiene necesidad de todos, y a vosotros porque no os conviene que os llamen enemigos del Mesías”.

“¿Y crees tú que sea el Mesías?” pregunta José de Alfeo. “En Él no existe nada de la catadura real que ha sido profetizada. Tal vez se deberá a que lo recordamos como carpintero... ¿Pero en qué aspecto es el rey libertador?”

“También David no parecía ser sino un pastorcillo. Vosotros sabéis que no hubo rey más grande que él, ni siquiera Salomón en su gloria. Porque, viéndolo bien. Salomón no hizo otra cosa sino proseguir la obra de David, y jamás fue inspirado como él. ¡Pero David! ¡Considerad la figura de David! Es gigantesca, Con una realeza que toca el cielo². No juzguéis, pues, los orígenes del Mesías para dudar de su realeza. David rey y pastor, o mejor: pastor y luego rey. Jesús rey y carpintero, O mejor: carpintero y luego rey”.

“Tú hablas como un rabí. Se descubre al que fue educado en el Templo” dice el sinagogo. “¿Podrías hacer saber al Sanedrín que yo, el sinagogo, tengo necesidad de ayudas del Templo para una causa privada?”

“¡Pero claro que sí! Seguro. Con Eleazar. ¡Figuraos! Y luego José el anciano, ¿sabes? El rico de Arimatea. Y luego el escriba Sadoc... y luego... ¡Oh, ni hablar!”

“Entonces mañana serás mi huésped. Hablaremos”.

“¿Huésped? No. No abandono a esa santa y dolorida mujer que es María. Vine con el fin de hacerle compañía”.

² Cfr. Por lo que respecta a David: 1 Rey. 16-3 Rey. 2, 12; 1 Paralip. 10, 13-29, 30; por lo que se refiere a Salomón: 3 Rey. 2, 2-11, 43; 2 Paralip1, 1-9, 31.

“¿Qué le pasa a nuestra parienta? Sabemos que está sana, y en medio de su pobreza, feliz” dice Simón de Alfeo.

“Sí. Y nosotros no la abandonamos. Mi madre siempre la cuida. Tampoco yo y mi mujer. Aunque... aunque no puedo perdonarle su debilidad para con su Hijo. También fue lo que afligió a mi padre, que murió por causa de Jesús, con dos hijos suyos al rededor de su lecho. Y luego. ¡Y luego!... pero dificultades de familia no se exponen a los cuatro vientos” dice con un suspiro José de Alfeo.

“Tienes razón. Se murmura en secreto, echándolo en un corazón amigo. Pero así sucede con muchos dolores. También yo tengo los míos de discípulo... ¡pero no hablemos de ello!”

“No, hablemos de ellos. ¿De qué se trata? ¿De que se avergüencen de Jesús? No aprobamos su conducta. Pero no dejamos de ser parientes suyos Y pronto estamos en hacer causa común con Él contra sus enemigos. Habla” insiste José.

“¿Vergüenza por Jesús? Lo decía por no dejar... Luego, los dolores de los discípulos son tan grandes. No solo por el modo que el Maestro emplea con amigos y enemigos, causándose a sí mismo mal, sino también porque veo que no se le ama. Yo quisiera que todos le amasen...”

“Pero cómo se puede hacer. Tú lo estás diciendo. Tiene un modo de obrar... Antes de dejar a su Mamá, no era así” se disculpa el sinagogo. “¿No es verdad?”

Todos aprueban con gravedad y todos están de acuerdo en hablar bien del Jesús silencioso, manso, solitario de otros tiempos.

“¿Quién iba a pensar que fuese a nacer de aquel el que es ahora? Entonces todo era para su casa, para sus familiares, ¡Y ahora!” dice un nazareno ya avanzado en edad.

Judas lanza un suspiro: “¡Pobre mujer!”

“Pero en resumidas cuentas ¿qué sabes? Habla” grita José.

“No más de lo que tu no sepas. ¿Crees que sea una cosa dulce el estar abandonada?”

“Si José se las hubiera podido arreglar como vuestro padre, no habría sucedido esto” afirma un nazareno también de bastante edad.

“No te lo imagines, hombre. Habría sido el mismo. Cuando se le meten a uno ciertas... ideas” dice Judas.

Un siervo trae lámparas y las pone sobre la mesa porque en esta noche no hay luna, aunque el cielo es un hervidero de estrellas. Junto con las lámparas traen otras bebidas que el sinagogo se apresura a ofrecer a Judas.

“Gracias, No puedo entretenerme más. Tengo mis obligaciones con María” dice poniéndose de pie. También los dos hijos de Alfeo se levantan: “Vamos contigo. Es el mismo camino...” y con muchos saludos a los presentes, se retiran, quedando el sinagogo y los seis ancianos.

Las calles están desiertas y durmiendo en el silencio. De lo alto de las casas descienden pláticas. Los niños duermen en los lechos. No se oyen más sus gritos de avecillas. Con las voces, que bajan de lo alto de las ricas casas, bajan también destellos de luces de aceite.

Los dos hijos de Alfeo y Judas caminan por algunos metros sin hablar. Después José se detiene, toma del brazo a Judas y le dice: “Oye. Veo que sabes algo, pero que no quisiste hablar de ello en presencia de extraños. Pero ahora debes decírmelo. Soy el mayor de la casa y tengo el derecho de saber todo”.

“Y yo fui con la intención de decíroslo y de proteger al Maestro, a María, a vuestros hermanos y vuestro nombre. Es algo muy penoso de decirse, como también de oírse. Muy penosa al llevarse a cabo. Porque parece como si fuese un espía. Os ruego que me comprendáis. No se trata de eso. Es tan solo amor y prudencia. Sé muchas cosas, que vosotros ignoráis. Las sé por mis amigos del Templo, y sé que son un peligro para Jesús y también para el buen nombre de la familia. He tratado de hacerlo comprender al Maestro, pero no lo he logrado. ¡Al revés! Cuanto más lo aconsejo, tanto peor hacer Él. Se hace criticar y odiar cada vez más. La razón es que es muy santo para no poder entender qué cosa es el mundo. En resumidas cuentas, es cosa triste ver perecer una institución santa por la imprudencia del fundador”.

“Pero en resumidas cuentas ¿De qué se trata? Dilo todo, y nosotros lo tomaremos a nuestro cargo. ¿No es verdad, Simón?”

“Ciertamente. Pero me parece imposible que Jesús cometa imprudencias y contrarias a su misión...”

“¡Pero si este buen joven, que ama a Jesús, lo dice! ¿Ves cómo eres? Siempre el mismo. Incierto, titubeante. Me abandonas siempre en el momento necesario. Yo lucho solo contra toda la parentela. No tienes ni siquiera compasión de nuestro nombre, y de nuestro pobre hermano que va a la ruina”.

“¡No! ¡Ir a la ruina, no! ¡Que se acaba poco a poco, sí!”

“¡Habla, habla!” Insiste José, mientras Simón perplejo se calla.

“Habría... pero podría estar seguro de que no me mencionaríais ante Jesús... Juradlo”.

“Lo juramos sobre el santo Velo. Habla”.

“Lo que voy a decir, no lo diréis ni siquiera a vuestra madre, y mucho menos a vuestros hermanos”.

“Tranquilízate por nuestro silencio”.

“Y no le diréis nada a María, para no causarle dolor. Como yo hago. Guardo silencio. Es deber tomar las providencias aun para la paz de esta pobre madre...”

“No diremos nada a nadie. Te lo juramos”.

“Entonces escuchad... Jesús no se limita a acercarse a los gentiles, publicanos y prostitutas, a ofender a los fariseos y a los otros de valer, ahora está haciendo todo al revés. Imaginaos que fue a la tierra de filisteos, y se hizo acompañar de un macho cabrío negrísimo. Ahora ha aceptado a un filisteo por discípulo. ¿Y aquel niño que recogió? ¿No sabéis los comentarios que se hicieron? Pocos días después se trató de una griega, y por remate esclava, que huyó de su patrón romano. Luego discursos que no concuerdan con la sabiduría del sentido común. En resumidas cuentas, parece un loco, y se hace daño. En tierras de filisteos se entrometió en una ceremonia de brujos, y se puso de tú a tú con ellos. Los venció, pero... Ya los escribas y fariseos lo empiezan a odiar. Si llegan a sus oídos estas cosas, ¿qué sucederá? Tenéis el deber de intervenir, de impedir...”

“Esto es grave, muy grave. ¿Pero cómo podíamos saberlo? Estamos aquí... y ahora ¿Cómo podemos estar al tanto?”

“Y sin embargo es vuestro deber intervenir e impedir. La Madre es madre, y es muy buena. No debéis abandonarlo en estas circunstancias, por Él y por el mundo. Además esto de seguir arrojando demonios... Corre la voz de que se sirva de Belzebú. Pensad si esto pueda ayudarlo. ¡Y luego! ¿Qué clase de rey podrá llegar a ser, si las multitudes se ríen ya desde ahora, o se escandalizan?”

“¿Pero de veras hace cuanto dices?” incrédulo pregunta Simón.

“Pregúntaselo a Él mismo. Os lo confirmará, porque hasta de esto se jacta”.

“Nos deberías avisar...”

“¡Claro que lo haré! Cuando vea algo raro, os lo mandaré avisar. Pero os lo ruego: silencio ahora y siempre. Silencio con todos”.

“Lo juramos. ¿Cuándo partes?”

“Después del sábado. No hay ya razón de estar aquí. He cumplido con mi deber”.

“Te lo agradecemos. Ya decía yo que Él estaba cambiando. Tú, hermano, no quisiste creer... ¿Ves que tenía razón?” dice José de Alfeo.

“Yo... me resisto todavía a creerlo. Judas y Santiago no son unos tontos. ¿Por qué nada nos han dicho? ¿Por qué no hacen algo, si suceden estas cosas?” objeta Simón de Alfeo.

“Hombre, ¡no me vas a decir ahora que no crees en mis palabras!” resentido replica Judas.

“¡No!... pero... Basta. Perdona si te lo digo: creeré cuando lo vea”.

“Está bien. Pronto lo verás y me dirás: “Tenías razón”. Bueno. Aquí está vuestra casa. Os dejo. Dios sea con vosotros”.

“Dios sea contigo, Judas, Y... oye. Tú tampoco digas esto a otros. Se juega nuestra honra...”

“Ni siquiera a mí mismo me lo diré. Adiós”.

Y se va rápido. Vuelve a entrar tranquilo en casa. Sube a la terraza donde está María con las manos sobre las piernas contemplando el cielo preñado de estrellas, y a la lucécita de la lámpara que Judas prendió para subir por la escalera se ven dos hileras de lágrimas que bajan por las mejillas de María.

“¿Estás llorando, Madre?” pregunta con ansiedad Judas.

“Porque me parece que el mundo está cargado de asechanzas más que de estrellas el cielo. Asechanzas contra mi Jesús...” Judas la mira atento y no sabe qué hacer. María termina suavemente: “Pero me da fuerzas el amor de los discípulos... Amad mucho a mi Jesús... amadlo... ¿Quieres quedarte aquí, Judas? Bajo a mi habitación. María de Cleofás se ha ido a dormir después de preparar la levadura para mañana”.

“Sí. Aquí me quedo. Aquí está bien”.

“La paz sea contigo, María”.

128. Instrucciones a los apóstoles para empezar el apostolado¹

28 agosto 1945

Jesús con los apóstoles —y están todos, señal que Judas Iscariote, cumplido su propósito, se ha reunido con sus compañeros— está sentado a la mesa en la casa de Cafarnaum. Es tarde. La luz del día que agoniza entra por la puerta y por las ventanas abiertas, por donde se ve cómo el color púrpura del crepúsculo se cambia en un rojo violáceo irreal que se deshace en trozos de color alhelí exquisito que termina en gris. Me hace pensar en un papel echado al fuego, que se prende sobre carbón, pero en sus extremidades después de la llama, se enrosca, y se apaga con un color plomizo-azulado, que a su vez muere en un color gris de perla casi blanco.

“Calor” afirma Pedro señalando las nubes que cubren el occidente con sus colores. “Calor. No agua. Aquella es neblina y no nube. Esta noche duermo en la barca para estar más fresco”.

“No, esta noche vamos a los olivos. Tengo necesidad de hablaros, pues Judas ya regresó. Es tiempo de hablar. Conozco un lugar donde sopla el aire. Ahí estaremos bien. Levantaos y vámonos”.

“¿Está lejos? A un tiro de honda de esta casa. Podéis dejar los mantos. Pero tomad yesca y eslabón para ver cuando entremos”.

Salen de la habitación y bajan por la escalera después de haber saludado al dueño de la casa y a su mujer que toman el fresco sobre la terraza. Jesús vuelve resueltamente las espaldas al lago, y atravesando la población, camina unos doscientos o trescientos metros entre los olivos de la primera colina, que está a espaldas de la población. Se detiene en un borde por su posición que sobresale y por no haber nada que le estorbe, sopla el aire en aquella noche de bochorno.

“Sentémonos. Poned atención. Ha llegado la hora de que empecéis a evangelizar. Estoy casi a la mitad de mi vida pública para preparar los corazones a mi reino. Ahora ha llegado el tiempo en que también mis apóstoles tomen parte en preparar este reino. Así proceden los reyes cuando han tomado la decisión de conquistar un reino. Primero indagan, y mandan llamar personas para escuchar reacciones y presentarles la idea que se proponen. Luego se dedican a preparar todo, enviando súbditos fieles al país que tratan de conquistar. Y mandan todos los que pueden para conocer perfectamente las particularidades geográficas y morales de ese país. Terminado esto, el rey lleva a cabo la obra, se posesiona de ese reino y se corona rey de él. Por esta posesión corre sangre, pues las victorias siempre cuestan sangre...”

“Nosotros estamos dispuestos a combatir por Ti y a derramar nuestra sangre” prometen unánimemente los apóstoles.

“No derramaré otra sangre, fuera de la del Santo y de los santos”.

“¿Quieres empezar la conquista por el Templo, irrumpiendo en la hora de los sacrificios!...”

¹ Cfr. Mt. 10, 5-42; Mc. 6, 8-11; 13, 9-13; Lc. 9, 3-5; 10, 3-12; 12, 2-9 y 11-12 y 51-53; 14, 26-27; 21, 12-19.

“No divaguemos, amigos. Sabréis lo que va a pasar a su tiempo, pero no os espantéis. Os aseguro que no desbarataré las ceremonias con una violenta irrupción y sin embargo serán abrogadas. Habrá una tarde en que el terror impedirá la oración ritual. El terror de los pecadores. Pero Yo, aquella tarde, estaré en paz. En paz con mi espíritu y con mi cuerpo. Una paz total, feliz...”

Jesús mira a uno por uno de sus doce y es como si mirase la misma página por doce veces y leyese por doce veces la palabra que está escrita: incompreensión. Sonríe y prosigue.

“Así pues he decidido mandaros a penetrar más adentro y más ampliamente de lo que Yo pueda hacer por mí mismo. Entre mi modo de evangelizar y el vuestro habrá diferencias algo notables, que necesito para que no encontréis dificultades muy grandes, ni topéis con peligros grandes para vuestras almas y para vuestro cuerpo, y para no echar a perder mi obra. Todavía no estáis formados para poder entrar en contacto con cualquiera sin padecer daño o sin causárselo. Y mucho menos sois heroicos hasta el punto de desafiar el mundo por la Idea, e ir al encuentro de sus venganzas.

Por esto cuando vayáis a predicar no iréis entre los gentiles, ni entraréis en las ciudades de los samaritanos, sino que iréis a las ovejas extraviadas de la casa de Israel. Hay mucho que hacer entre ellas, porque en realidad os digo que las multitudes que os parecen tan numerosas a mí alrededor, son apenas la centésima parte de las que en Israel están en espera del Mesías y no lo conocen, ni saben que viva. Llevad a ellas esta fe, llevadles mi conocimiento. En vuestro camino predicad: “El reino de Dios está cercano”. Sea esta la base de vuestro anuncio. Sobre esto apoyad toda vuestra predicación. Me habéis oído muchas veces hablar del reino. No tenéis sino que repetir lo que os dije. Pero el hombre para ser atraído y convencerse de las verdades sobrenaturales, tiene necesidad de dulzuras materiales, como hace un eterno niño que no estudia su lección y no aprende su menester si no recibe un dulce de su mamá, o un premio del maestro de su oficio. Yo, para que tengáis modo de que se os crea y se os busque, os concedo el don del milagro...”

Los apóstoles se ponen de pie, menos Santiago de Alfeo y Juan. Gritan, protestan, explotan de entusiasmo. Cada uno según su propio temperamento. Quien en realidad se pavonea con la idea del milagro es Iscariote que, a sabiendas de lo que va a decir es falso e interesado, exclama: “¡Era hora que también pudiésemos hacer esto, para tener un mínimo de autoridad sobre las turbas!”

Jesús lo mira, pero calla. Pedro y Zelote que estaban diciendo: “No, Señor, no somos dignos de tanto. Esto es para los santos” gritan a Judas. Zelote dice: “¿Cómo te permites reprochar al Maestro, hombre necio y orgulloso?” y Pedro: “¿El mínimo? ¿Quieres hacer más que el milagro? ¿Convertirte también en Dios? ¿Tienes el mismo prurito de Lucifer?”

“Silencio” ordena Jesús. Continúa: “Hay una cosa que es más que el milagro y que igualmente convence a las multitudes y con mayor profundidad y duración: una vida santa. Pero de éstas todavía estáis lejanos. Y tú, Judas, mucho más que los otros. Pero déjame hablar porque la instrucción es larga.

Iréis pues, curando enfermos, limpiando leprosos, resucitando muertos en el cuerpo y en el espíritu, porque cuerpo y espíritu pueden estar igualmente enfermos, leprosos, muertos. Sabéis También cómo se hace para efectuar un milagro: con una vida de penitencia, una oración ferviente, un deseo sincero de hacer brillar el poder de Dios, una humildad profunda, una caridad viva, una fe encendida, una esperanza que no se intimida ante ninguna dificultad. En verdad os digo que todo es posible a quien tiene en sí estos elementos. También los demonios huirán al oír de vuestros labios en nombre del Señor, si tenéis en vosotros lo que acabo de decir. Este poder os doy Yo y os da nuestro Padre. No se compra con dinero. Sólo nuestro querer lo concede y sólo una vida justa lo mantiene. Y como gratis se os dio, dadlo gratis a los demás, a los que tengan necesidad de él. ¡Ay de vosotros si echaseis a perder el don de Dios, sirviéndoos de él para llenar vuestras bolsas! No es un poder vuestro, es de Dios. Usadlo, pero no os apropiéis diciendo: “Es mío”. Como se os da, se os puede quitar. Simón de Jonás acaba de decir a Judas de Simón: “¿Tienes también el mismo prurito de Lucifer?” Dijo

una cosa muy clara y muy recta. Decir: “Puedo hacer esto que hace Dios, porque soy como Dios” es imitar a Lucifer. Conocéis su castigo. Como también lo que sucedió a los dos que comieron en el paraíso terrenal del fruto prohibido, por instigación del Envidioso, que quiso hubiese otros infelices en su infierno, además de los ángeles rebeldes que ya estaban allí, pero también por su prurito de una perfecta soberbia. El único fruto que os es lícito tomar de lo que hagáis son las almas que con el milagro conquistaréis para el Señor y a Él entregaréis. Estas son vuestras monedas, ninguna otra. En la otra vida gozaréis del tesoro.

Id sin riquezas. No llevéis ni oro ni plata, ni monedas en vuestra cintura, ni alforja con dos o tres vestidos, y pares de sandalias, ni bastón de peregrino, ni armas. Porque vuestras visitas apostólicas por ahora serán cortas y cada atardecer del sábado nos volveremos a encontrar y podréis cambiaros los vestidos sudados sin tener necesidad de llevaros otra muda. No es necesario el bastón porque el camino es mejor, y lo que sirve en las colinas y llanuras es muy diverso de lo que sirve en los desiertos y montes altos. No son necesarias armas. Estas las necesita el hombre que no conoce la santa pobreza e ignora el perdón divino. No tenéis tesoros qué guardar ni defender contra los ladrones. Al único a quien debéis temer es al ladrón de Satanás. Y a este se le vence con la constancia y oración, no con espadas ni puñales. Perdonad a quien os ofende. Si os quitasen el manto, dad también el vestido. Os quedaréis desnudos a causa de vuestra mansedumbre y desapego de las riquezas, pero no escandalizaréis a los ángeles del Señor, ni siquiera a la infinita castidad de Dios, porque vuestra caridad vestiría de oro vuestro cuerpo desnudo y la mansedumbre os adornaría la cintura y el perdonar al ladrón os daría un manto y corona reales. Así pues, estaríais mejor vestidos que un rey, y no con telas corruptibles, sino de materia incorruptible.

No fomentéis preocupaciones por la comida. Tendréis siempre lo que es propio de vuestra condición y ministerio, porque el obrero es digno de la comida que se ofrece. Siempre. Y si los hombres no os proveyesen, Dios proveerá. Os he mostrado que para vivir y predicar no es necesario tener el estómago lleno de comida. Esto es bueno para los animales inmundos cuyo fin es el engordar para que los maten y así engorden a los hombres. Vosotros no debéis sino fortalecer vuestro espíritu con comida de sabiduría, y esta brilla en la mente de quien no está entorpecido con el licor y en el corazón de quien se alimenta de cosas sobrenaturales. Nunca habéis estado más elocuentes que después del retiro en el monte. Entonces comisteis lo necesario para no morir, y sin embargo al fin del retiro estabais fuertes y contentos como nunca. ¿No es verdad?

En cualquier ciudad o lugar que entrareis, informaos sobre quién sea digno de hospedaros. No porque sois Simón, o Judas, o Bartolomé, o Santiago, o Juan, etc. sino porque sois los enviados del Señor. Aunque hubiereis sido de los deshechos de los hombres asesinos, ladrones, publicanos, pero ahora arrepentidos y a mi servicio, merecéis respeto por ser mis enviados. Os digo más, digo: ¡Ay de vosotros si tenéis la apariencia de enviados míos y por dentro sois abyectos y llenos de Satanás! ¡Ay de vosotros! El infierno es muy poco para lo que merecéis por vuestro engaño. Y si fueseis al mismo tiempo enviados públicos de Dios, pero en oculto, deshechos de los hombres, ladrones, asesinos, o si en el fondo de vuestros corazones hubiese alguna sospecha, todavía se os honrará y respetará porque sois mis enviados. El ojo del hombre debe mirar más allá del medio, ver al enviado y al fin, ver a Dios y su obra más allá del enviado, que frecuentemente tiene muchos defectos. Sólo en caso de culpa grave, que dañe la fe de los corazones. Yo por ahora, y luego a quien me sucedan, arrancarán el miembro infectado. Porque no es lícito que por un sacerdote-demonio se pierdan las almas de los fieles. Jamás será lícito, con pretexto de esconder las llagas nacidas en el cuerpo apostólico, permitir que subsistan en él cuerpos cancerosos con su aspecto repugnante ahuyenten y con su hedor endemoniado envenenan.

Os informaréis, por consiguiente, sobre cuál es la familia de vida más honorable, allí donde las mujeres suelen ser retraídas y las costumbres suelen ser estrictas. Allí entraréis y allí os quedaréis hasta que salgáis de ese lugar. No imitéis a los abejones, que después de haber chupado una flor pasan a otra que tiene más. Ahora bien, sea que os haya caído de suerte

hospedaros entre personas que disponen de buenos lechos y mesas abundantes, o en familia pobre, pero rica en virtudes, quedaos donde estáis. No busquéis lo “mejor” para el cuerpo que perece, sino más bien darle siempre lo peor, reservando todos los derechos al espíritu. Y os digo, porque está bien que lo hagáis, que deis preferencia a los pobres al buscar hospedaje, para no humillarlos, para recuerdo mío que soy pobre, he permanecido pobre y que me glorío de ellos, y también porque los pobres suelen ser frecuentemente mejores que los ricos. Siempre encontraréis pobres justos, y rara vez encontraréis un rico que no sea injusto. N tenéis excusa para decir: “No encontraré bondad más que entre los ricos” para justificar vuestro frenesí de bienestar.

Cuando entréis en alguna casa dad mi saludo, que es el más dulce que haya. Decir: “La paz sea con vosotros. La paz sea en esta casa” o bien “venga la paz a esta casa”. De hecho, vosotros que sois los enviados de Jesús y de la Buena Nueva, lleváis con vosotros la paz, y al llegar a un lugar hace que la paz venga a él. Si la casa fuera digna de paz, ésta vendrá y permanecerá en ella; si no fuere digna tornará a vosotros, pero tened cuidado de ser pacíficos para que tengáis a Dios como Padre vuestro. Un padre ayuda siempre, y vosotros, con la ayuda de Dios, haréis todo, lo haréis bien.

Puede darse también el caso, y de hecho sucederá, que habrá ciudades o casas que no os recibirán o no querrán escuchar vuestras palabras arrojándoos y burlándose, o bien, sacándoos a pedradas como profetas molestos. Aquí es donde más necesidad tendréis de ser pacíficos, humildes, mansos por costumbre, pues de otro modo la ira os arrebatará y pecaréis escandalizando y aumentando la incredulidad de los que debían convertirse. Pero si recibís la ofensa de ser arrojados, burlados, perseguidos, con paz, lograréis conversiones con la predicación más bella: el silencio de la verdadera virtud. Algún día volveréis a encontrar en el camino a los enemigos de hoy, que os dirán: “Os hemos buscado porque vuestra conducta nos persuadió de la verdad que anunciáis. Perdonadnos y tomadnos por discípulos. No os conocíamos como santos. Ahora sí. Si sois santos debéis ser enviados de un santo, y nosotros creemos en Él” Y cuando salgáis de la ciudad o casa donde no os hayan acogido, sacudid aun de vosotros el polvo de vuestro calzado, para que la soberbia y la dureza de aquel lugar no se aferre ni siquiera a las suelas. Os digo en verdad: “En el día el juicio, Sodoma y Gomorra serán tratadas menos severamente que aquella ciudad”.

Ved que os mando como ovejas entre lobos. Sed pues prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Sabéis cómo el mundo, que en verdad está más compuesto de lobos que de ovejas, me trata a Mí que soy el Mesías. Puedo defenderme con mi poder y lo haré mientras no sea la hora del triunfo momentáneo del mundo. Pero vosotros no tenéis este poder y os falta más prudencia y sencillez. Por esta razón tenéis qué usar la sagacidad para evitar que se os encarcele y se os flagele. En verdad os digo: por ahora no obstante vuestras protestas de querer derramar vuestra sangre por Mí, no podéis soportar ni siquiera una mirada irónica o iracunda. Llegará el tempo en que seréis fuertes contra todas las tentaciones como héroes, más fuertes que héroes, de un heroísmo que el mundo no podrá concebir, inexplicable, y que llamará “locura”. Pero locura no será. Será el haberos sumergido a fuerza de amor en el Hombre-Dios y sabréis lo que Yo hice. Para entender este heroísmo será necesario verlo, estudiarlo y juzgarlo desde un punto ultraterreno, porque es algo sobrenatural que está más allá de cualquier límite de la naturaleza humana. Los reyes, los reyes de mi espíritu serán mis héroes, para siempre reyes y héroes.

En aquel día os arrebatarán, y pondrán su mano sobre vosotros, os llevarán a los tribunales, delante de los presidentes y reyes. Allí os juzgarán y condenarán por el gran pecado, a los ojos del mundo, de ser los siervos de Dios, los ministros y protectores del bien, los maestros de la virtud. Y para llegar a ello, se os flagelará, se os castigará de mil maneras, hasta la muerte. Y vosotros daréis testimonio de Mí a los reyes, a los presidentes, a las naciones, confesando con vuestra sangre que amáis al Mesías, el Hijo de Dios verdadero.

Cuando os encontréis en sus manos no os pongáis a pensar con aflicción qué debéis responder y cuánto debéis decir. No os preocupéis de nada, que no sea el dolor que tengáis

por los jueces y acusadores vuestros que Satanás engaña hasta el punto de cegarlos a la verdad. En ese momento se os inspirarán las palabras que debáis decir. Vuestro Padre os las pondrá en los labios, y entonces no seréis los que hablaréis para convertir a la fe y profesar la verdad, sino el Espíritu de vuestro Padre será quien hablará por vosotros.

Entonces el hermano matará a su hermano, el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra sus padres y los harán morir. Pero no, no perdáis el ánimo ni os perturbéis. Respondedme ¿Para vosotros es mayor crimen matar al padre, al hermano, al hijo o a Dios mismo?”

“A Dios no se le puede matar” dice Judas Iscariote.

“Es verdad. Es espíritu que no puede asirse” confirma Bartolomé. Y los demás, aun con tu silencio, son del mismo parecer.

“Yo soy Dios y Hombre” dice tranquilamente Jesús.

“Ninguno piensa matarte” objeta Iscariote.

“Os ruego: responded a mi pregunta”.

“¡Es más grave matar a Dios! ¡Se comprende!”

“Pues bien Dios será matado por el hombre, en la Carne del Hombre-Dios, y en el alma de los asesinos del Hombre-Dios. Así pues, como se llegará a este delito, sin que se horrorice quien lo lleve a cabo, de igual modo se llegará al crimen de que los padres, hermanos, hijos, se alcen contra los hijos, hermanos, padres. Se os odiará por causa de mi Nombre, pero quien hubiese perseverado, hasta el fin será salvo. Y cuando os persiguieren en una ciudad huid a otra, no por cobardía, sino para dar tiempo a la recién nacida Iglesia de Cristo de llegar a una edad de que no sea la de un bebé que apenas si puede hacer algo por sí mismo, sino a una edad mayor en que sea capaz de afrontar la vida y la muerte sin temor a la muerte. A quienes el Espíritu aconsejare huir, que lo hagan. Así como Yo de pequeño huí. En verdad en la vida de mi Iglesia se repetirán *todas* las vicisitudes de mi vida de hombre. Todas. Desde el misterio de su formación hasta la humildad de los primeros tiempos, hasta las turbaciones y asechanzas que presentan los hombres crueles, hasta la necesidad de huir para poder seguir subsistiendo, desde la pobreza y trabajo incansable, hasta otras muchas realidades que estoy viviendo actualmente, que padecerá no muy lejos, antes de llegar el triunfo eterno. Aquellos a quienes el Espíritu aconseje permanecer, que se queden, porque si fuesen muertos, vivirán y serán útiles a la Iglesia, porque es siempre recto lo que el espíritu de Dios aconseja.

En verdad os digo que no terminaréis, vosotros y quien os suceda, de recorrer los caminos y las ciudades de Israel antes de que venga el hijo del Hombre. Israel, por un gran pecado suyo, será disperso como tamo* arrebatado por el viento y esparcido por toda la tierra. Siglos y silencios, uno después del otro, se sucederán antes de que sea recogido en el área de Areuna el Jebuseo³. Todas las veces que lo intentare, antes de la hora señalada., será nuevamente disperso por el torbellino. Y disperso, porque será llorar su pecado por tantos siglos cuantas sean las gotas que caerán de las venas del Cordero de Dios inmolado por los pecados del mundo. Pero mi Iglesia, la que también Israel golpeará en Mí y en mis discípulos, deberá abrir sus brazos de madre y buscar los medios para recoger a Israel bajo su manto como una gallina lo hace con sus polluelos. Cuando Israel esté todo bajo el manto de la Iglesia del Mesías, entonces volverá.

Estas son realidades futuras. Hablemos ahora de las inmediatas.

Acordaos que el discípulo no es más que el Maestro, ni el siervo más que el patrón. Por esto, que se contente el discípulo con ser como el Maestro, que ya es un honor para él; y que el siervo se contente de ser como el Patrón, y ya es una bondad sobrenatural concederle que lo consiga.

Si han llamado Belcebú al Patrón de la casa, ¿cómo llamarán a los siervos? ¿Podrán rebelarse los siervos si el Patrón no lo hace, no odia, ni maldice, antes bien con calma continuará en la justicia su obra, difiriendo su sentencia para otra ocasión, cuando después de

* tamo = pelusa desprendida del lino, algodón o lana.

³ Cfr. 2 Rey. 24; 1 Paral. 21, 1-22, 1.

haber hecho todas las pruebas para persuadir a sus enemigos, haya visto en ellos la obstinación en el mal? No. No deberán los siervos hacer lo que no hace el Patrón, sino más bien imitarlo, pensando que también son pecadores, mientras que Él no tiene pecado alguno.

No temáis, pues, a los que os llamen: “demonios”. Un día será conocida la verdad, y se verá entonces quién es el “demonio”. Si vosotros o ellos. No hay nada oculto que no haya de revelarse, ni secreto que no se deba descubrir. Lo que os digo en la oscuridad y en secreto, porque el mundo no es digno de saber todas las palabras del Verbo, no es todavía digno de esto, ni es hora de decírselo. Sólo cuando llegue la hora en que todo debe ser conocido, decidlo a todos, desde lo alto de los terrados decid lo que ahora en voz baja digo más bien a vuestro espíritu que a vuestros oídos. Porque entonces el mundo habrá sido bautizado con la Sangre y Satanás tendrá en contra un estandarte, por el cual el mundo podrá, si quisiere, comprender los secretos de Dios, entretanto que Satanás no podrá causar ningún daño sino a quien desee ser mordido y lo prefiera a mi beso. Ocho partes de diez no querrán comprender. Tan sólo la minoría tendrá voluntad de saber todo para seguir plenamente mi doctrina. No interesa. Como no se pueden separar estas dos partes de la masa injusta, aun desde los techos predicad mi doctrina, predicadla desde lo alto de los montes, en los mares sin confines, en las entrañas de la tierra. Si los hombres no la escuchasen, recogerán las divinas palabras las aves y los vientos, los peces y las olas, y las entrañas guardarán su eco a las corrientes subterráneas, los minerales, y todos se llenarán de alegría, porque también a ellos Dios creó para ser escabel de mis pies y gozo de mi corazón.

No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed sólo al que puede mandar a la perdición vuestra alma y hacer que esta se junte en el último juicio con el cuerpo resucitado, para arrojarlo al fuego del infierno. No temáis. ¿No se venden acaso los pajaritos por unos cuantos centavos? Y con todo, si el Padre no lo permite, ni uno de ellos cae, aunque el hombre le ponga todas las trampas. No tengáis, pues, miedo. El Padre os conoce. Hasta el número de vuestros cabellos conoce. Valéis mucho más que tantos pájaros.

Yo os digo que quien me reconociere delante de los hombres, también Yo lo reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos, pero a quien me negare ante los hombres, también Yo lo negaré ante mi Padre. Reconocer significa aquí seguirme y practicar; negar supone abandonar mi vida por vileza, por la triple concupiscencia, o por cálculo mezquino, por afecto humano hacia cada uno de los vuestros, que me es contrario. Pues habrá también de este género.

No penséis que vine a sembrar concordia en la tierra y para la tierra. Mi paz es más alta que las paces calculadas que contemporizan. No vine a traer la paz, sino la espada. La espada tajadora que corta los bejucos que agarran en el fango y que abren las sendas para elevarse a lo alto. Por eso he venido a separar al hijo del padre, a la hija de la madre, a la nuera de la suegra, pues soy el que reina y tiene todo el derecho sobre sus súbditos. Ninguno es más grande que Yo en tener derecho sobre los afectos, porque en Mí se concentran todos los amores y se subliman. Soy padre, madre, esposo, hermano, amigo y os amo como a tales y como a tal me amáis. Y cuando digo: “Quiero” ninguna atadura puede resistir, y la criatura es mía. Con el Padre la creé, Yo la salvo, tengo el derecho de poseerla.

En verdad los enemigos del hombre son los mismos hombres además de los demonios; y los enemigos del nuevo hombre, del cristiano, serán los de casa, con sus lamentos, amenazas y súplicas. Quien de hoy en adelante ame más a su padre y a su madre que a Mí, no es digno de Mí; quien ame más al hijo o a la hija que a Mí, no es digno de Mí. Quien no toma su cruz diaria, completa, hecha de resignaciones, renunciaciones, obediencias, heroísmos, dolores, enfermedades, lutos, de todo lo que manifiesta la voluntad de Dios o una prueba del hombre, y no me sigue con ella, no es digno de Mí. Quien valora más su vida terrena que la espiritual, perderá la vida eterna. Quien perdiere su vida terrena por mi amor, hallará una eterna y bienaventurada.

Quien os recibe a mí me recibe. Quien me recibe a Mí, recibe al que me envió. Quien recibe a un profeta como profeta, recibirá el premio proporcionado a la caridad que manifestó al

profeta, quien recibe a un justo como tal, recibirá un premio proporcionado al justo. Y la razón es porque quien reconoce en el profeta al profeta, señal es que también él es profeta, esto es, muy santo ya que el Espíritu de Dios lo tiene entre los brazos; y quien reconoce a un justo como a justo demuestra que también él es justo, porque las almas semejantes se reconocen. A cada uno, se dará pues según justicia.

Y quien hubiere dado aunque sea un solo vaso de agua pura a uno de mis siervos, supongamos que fuese el más pequeño –siervos de Jesús son todos lo que predicán con una vida santa, y pueden serlo los reyes como los mendigos, los sabios como los ignorantes, los viejos como los niños, porque en todas las edades y clases puede haber discípulos– quien hubiere dado a un discípulo mío aun un vaso de agua en mi nombre y porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa.

He terminado. Oremos ahora y vámonos a casa. Al alba partiréis y será así: Simón de Jonás con Juan, Simón Zelote con Judas Iscariote, Andrés con Mateo, Santiago de Alfeo con Tomás, Felipe con Santiago de Zebedeo, Judas, mi hermano con Bartolomé. Esta semana así, después daré nuevas órdenes. Oremos”.

Y todos oran en voz alta...

129. “¿Eres Tú el Mesías?” preguntan los enviados del Bautista¹

29 agosto 1945

Jesús está solo con Mateo, que se hirió en un pie, y no puede ir con los demás a predicar. Los enfermos y los deseosos de la Buena Nueva afluyen a la terraza y al espacio libre del huerto para oírlo y recibir ayuda.

Jesús termina su discurso: “Después que juntos hemos considerado la frase de Salomón: “En la abundancia de la justicia está la suma fortaleza”² os exhorto a poseer esta abundancia porque es moneda que abre para entrar en el reino de los cielos. Quedaos con mi paz y que Dios esté con vosotros”.

A continuación se dirige a los pobres y enfermos –muchos son una y otra cosa– y escucha con bondad sus historias, los socorre con dinero, les aconseja con palabras, los sana con la imposición de las manos y con la palabra. Mateo a su lado, tiene a su cargo dar dinero.

Jesús está escuchando a una pobre viuda que le refiere entre lágrimas la muerte imprevista de su marido carpintero en el banco de trabajo, lo que sucedió unos pocos días antes: “Vine corriendo a buscarte aquí, pero toda la parentela del muerto me acusó de haber sido desordenada y dura de corazón y ahora me maldice. Vine porque sé que resucitas muertos y porque sé que de haberte encontrado, mi marido hubiera resucitado. No estuviste. Hace dos semanas que está en el sepulcro... y tengo cinco hijos... Los parientes me odian y no me ayudan. Tengo olivos y vides, pocos, pero me darían pan para el invierno si pudiese tenerlos hasta la cosecha. No tengo dinero porque mi marido desde hacía tiempo estaba enfermo y trabajaba poco, y para sostenerse comía y bebía mucho. Decía que el vino le hacía bien... y fue al revés, pues le hizo doble mal: matarlo y acabar con los ahorros que se agotaron porque trabajaba poco. Estaba terminando un carro y un cofre y había pedido dos lechos, tablas, ménsulas. Pero ahora... no fueron terminados y mi hijo mayor no tiene todavía ocho años. Perderé el dinero... Deberé vender los instrumentos, la madera. El carro y el cofre no pueden ni siquiera venderse por tales, aunque están casi terminados, y los venderé como leña. Y el dinero no alcanzará porque somos siete personas: yo, mi madre vieja y enferma, y mis cinco hijos... Venderé el viñedo y los olivos... Pero Tú sabes cómo es el mundo, estrangula donde hay necesidad. Dime, ¿qué he de hacer? Quería conservar el banco y los fierros porque mi hijo ya sabe algo de carpintería... quería conservar la tierra para vivir, y para dote de las hijas...”

¹ Cfr. Mt. 11, 2-27; Lc. 7, 18-35; 10, 13-15 y 21-22.

² Cfr. Prov. 15, 5.

Está escuchando todo esto cuando un bullicio de la gente le advierte que algo nuevo sucede. Se vuelve y ve a tres hombres que se abren paso por entre la multitud. Se vuelve a la viuda y le pregunta: ¿dónde vives?”

“En Corozaim, cerca de la calle que va a la fuente de aguas calientes. Es una casa baja en medio de dos higueras”.

“Está bien. Iré a terminar el carro y el cofre y lo venderás a quien los había pedido. Espérame mañana a la aurora”.

“¡Tú, trabajas Tú por mí!” la mujer apenas si puede hablar de admiración.

“Volveré a tomar mi trabajo y te daré paz. A los de Corozaim que no tienen alma, les daré una lección de caridad”.

“En verdad no tienen alma. ¡No tienen corazón! Si viviese todavía el viejo Isaac no me dejaría morir de hambre, pero ya regresó al seno de Abraham...”

“No llores. Vete tranquila. Mira, esto es para hoy. Mañana iré. Vete en paz”.

La mujer se arrodilla para besarle el vestido y se va consolada.

“Maestro tres veces santo, ¿puedo saludarte?” pregunta uno de los que han llegado y que respetuosamente se ha quedado detrás de Jesús, esperando que despidiese a la mujer, y que oye lo que le prometió. El hombre que saluda es Mannaén.

Jesús se vuelve; con la sonrisa en sus labios responde: “¡La paz sea contigo Mannaén! ¿Te acordaste pues de Mí?”

“Siempre, Maestro. Me había propuesto ir a verte a casa de Lázaro o al Huerto de los olivos para estar contigo, pero antes de la Pascua estuve cerca del Bautista. Con una traición fue nuevamente preso y temía que cuando Herodes estuviese ausente por ir a Jerusalén con motivo de la Pascua. Herodías ordenase que matasen al santo. No quiso ir a la fiesta de Sión, porque dijo que estaba enferma. Enferma, sí, de odio y lujuria... Estuve en Maqueronte para vigilar y contener a la pérfida mujer que sería capaz de matarlo con su propia mano... No lo hace porque tiene miedo de perder el favor de Herodes que... por miedo o por convicción defiende a Juan, y se limita sólo a tenerlo prisionero. Ahora Herodías se largó de Maqueronte a causa del calor que hace ahí y se fue a un castillo propiedad suya. Yo he venido con estos amigos míos y discípulos de Juan. Él los había mandado para que te preguntasen, y me uní a ellos”.

Al oír hablar de Herodes, y comprendiendo quién era el que hablaba, la gente curiosa se ha agolpado al grupito de Jesús y de los tres.

“¿Qué querías preguntarme?” pregunta Jesús después de los saludos mutuos con los otros dos austeros personajes.

“Habla tú, Mannaén que sabes todo y te conocen bien” dice uno de los dos.

“Pues bien, Maestro, debes ser condescendiente si los discípulos por su gran amor desconfían de aquel que toman por antagonista o suplantador de su maestro. Así se comportan los tuyos, así también los de Juan. Son celos comprensibles, pues demuestran todo el amor que los discípulos experimentan por sus maestros... Yo soy imparcial, y estos que están conmigo, pueden decirlo, porque Te conozco a Ti y a Juan y os amo con justicia, tanto es así que aun cuando te ame mucho por lo que eres, preferí hacer el sacrificio de estar junto a Juan porque a él también lo venero por lo que es, y actualmente, porque se encuentra en más peligro que Tú. Ahora por este amor, que alientan con su rencor los fariseos, llegaron ellos a dudar que Tú no fueses el Mesías. Se lo confesaron a Juan creyendo darle una alegría con decirle: “Para nosotros, tú eres el Mesías. No puede haber uno más que tú”. Pero Juan ante todo los reprendió y los llamó blasfemos y después del regaño muy dulcemente les explicó todas las circunstancias que te señalan como el verdadero Mesías. En fin, al no verlos del todo persuadidos, escogió precisamente a estos dos y les dijo: “Id a donde está Él y decidle en mi nombre: ‘¿Eres Tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?’” No mandó a los discípulos pastores porque ellos creen ya, y no habría servido para nada el enviarlos. Escogió de entre los que dudaban para que viniesen y para que su palabra disipase las dudas

de sus compañeros. Los acompañé para poder verte. Es todo lo que debía decir. Tú ahora haz que ya no vacilen”.

“¡No nos tomes como a enemigos, Maestro! Las palabras de Mannaén te lo pueden insinuar... Nosotros... nosotros... desde hace años conocemos al Bautista y lo hemos visto siempre portarse como un santo, penitente, inspirado. Tú... a ti no te conocemos sino por las palabras de otros. Tú sabes qué signifique la palabra de los hombres... Crea y destruye famas y alabanzas según haya quien exalte, o quien abata, así como vientos contrarios forman o deshacen una nube”.

“Lo sé, lo sé. Lo estoy leyendo en vuestros corazones y vuestros ojos leen la verdad en lo que os rodea, así como vuestros oídos oyeron mi conversación con la viuda. Esto bastaría para persuadir, pero Yo os digo: observad lo que me rodea. Aquí no hay ricos ni personas que se entreguen a la diversión, ni seres escandalosos, sino pobres, enfermos, honrados israelitas que quieren conocer la palabra de Dios, y no otra cosa. Este, este, aquella mujer, aquella niña y aquel viejo llegaron aquí enfermos y ahora están sanos. Preguntadles y os dirán qué tenían y cómo los curé y cómo se sienten ahora. Id, id, entre tanto que hablo con Mannaén” y Jesús hace como que se retira.

“No, Maestro. No dudamos de tus palabras. Danos sólo una respuesta que llevemos a Juan, para que vea que vinimos y para que apoyado en ella persuada a nuestros compañeros”.

“Id a decirle a Juan esto: “Los sordos oyen, esta niña era sorda y muda. Los mudos hablan y aquel hombre era mudo de nacimiento. Los ciegos ven”. Hombre, ven aquí. Di a estos lo que antes tenías” dice Jesús tomando por el brazo a un curado.

Este dice: “Soy albañil y me cayó en la cara un cubo de cal viva. Me quemó los ojos. Hace cuatro años que vivía en las tinieblas. El Mesías me puso saliva suya en los ojos secos, y se volvieron más vivos que cuando tenía veinte años. Que Él sea bendito”.

Jesús vuelve a tomar la palabra: “Y con los ciegos, sordos, mudos curados, se enderezan los cojos, y corren los lisiados. Ved a aquel viejo que antes estaba tullido y ahora está más derecho que una palma del desierto y más ágil que un cervatillo. Las enfermedades más graves son curadas. Mujer, oye, ¿qué tenías?”

“Un mal en el seno por la mucha leche que daba a quienes no se hartaban de ella. El mal me iba corroyendo la vida así como el seno. Mirad ahora” y se levanta un poquito el vestido y muestra las tetas intactas: “Era una llaga, y lo demuestra todavía el pus en que está todavía bañada la túnica. Ahora me voy a casa a mudarme de ropa. Me siento fuerte y feliz, cuando ayer estaba mal, casi muerta. Varias personas compasivas me trajeron. Me sentía desdichada... porque iba a dejar a mis hijos huérfanos. ¡Sea dada eterna alabanza al Salvador!”

“¿Habéis oído? Podéis preguntar al sinagogo de esta ciudad de la resurrección de su hija, y regresando por Jericó, pasad a Naim. Preguntad por el joven resucitado en presencia de toda una ciudad, cuando estaba ya en camino del sepulcro. Así podéis decir a Juan que los muertos resucitan. Podéis informar en muchos lugares de Israel que los leprosos son curados, pero si queréis ir a Sicaminón, buscadlos entre los discípulos y encontraréis muchos de ellos. Decir pues a Juan que los leprosos son curados. Y decidle, pus lo estáis viendo, que se anuncia la Buena Nueva a los pobres. Y bienaventurado es el que no se escandalizase de Mí. Decidlo a Juan, y decidle que lo bendigo con todo mi amor”.

“Gracias, Maestro. Bendícenos antes de que partamos”,

“No podéis partir a esta hora que hace tanto calor; seréis mis huéspedes hasta el atardecer. Viviréis por una jornada la vida de este Maestro que no es Juan, pero a quien Juan ama porque sabe quién es. Venid a casa. Hace fresco allí y os daré algún alimento. Adiós, vosotros. La paz sea con vosotros” y despide a la gente. Entra en casa con los tres huéspedes.

...Qué hayan hablado en aquellas horas de bochorno no lo sé. Lo que percibo ahora es la preparación de su partida para Jericó. Los dos discípulos parten. Mannaén parece que se queda porque no han traído su caballo ni los dos fuertes asnos a la entrada del patio. Los dos

enviados de Juan, después de muchas inclinaciones al Maestro Y a Mannaén, suben en sus sillas y nuevamente voltean a mirar, y saludar, hasta que un recodo del camino los oculta a la vista.

Mucha gente de Cafarnaúm se ha juntado para verlos partir, porque la noticia de la llegada de los discípulos de Juan y la respuesta que les dio Jesús ha circulado por todo el poblado y hasta me parece que llegó a los circunvecinos. Veo a gente de Betsaida y Corozaim que se entrevistaron con los enviados de Juan y les preguntaron sobre él y que les dijeron que le saludasen en su nombre –tal vez son antiguos discípulos del Bautista– que se quedaban en aquel cruce con los de Cafarnaúm a comentar. Jesús llevando a Mannaén, hace como que quiere entrar nuevamente a casa, pero la gente curiosa lo rodea para ver al hermano colatáneo de Herodes y sus modales respetuosos hacia Jesús, y también porque tienen deseos de hablar con el Maestro.

Se encuentra también Jairo, el sinagogo, pero por gracia de Dios, no hay fariseos. Jairo dice: “Juan estará contento, no sólo le enviaste un respuesta completa, sino aun más, al haberlos entretenido un poco, pudiste adoctrinarlos y mostrarles algún milagro”.

“¡Y cuánto tiempo hace sucedió!” dice un hombre.

“Traje hoy a propósito a mi niña para que la vieran. Jamás había estado mejor. Es para ella una alegría acercarse al Maestro. ¿Oíste su respuesta? “No me acuerdo qué es la muerte, pero recuerdo que un ángel me llamó, llevándome a través de una luz siempre viva, en cuyo extremo estaba Jesús. Y como lo vi en aquellos momentos con mi espíritu que volvió en mí, no la veo ni siquiera ahora. Vosotros y yo vemos al Hombre, pero mi espíritu vio a Dios que está encerrado en el Hombre”. Y desde entonces qué buena se ha hecho. Ya lo era, pero ahora es un ángel. ¡Ah digan lo que quieran todos, pero para mí tú eres el único Santo!”

“Oye, también Juan es santo” dice uno de Betsaida.

“Sí, pero es muy severo”.

“No sólo para los otros, también lo es para consigo”.

“Pero no hace milagros y se dice que ayuna porque es un mago”.

“Y con todo es un santo” y la discusión se extiende entre la gente.

Jesús levanta la mano y la extiende. Es su ademán habitual de cuando pide silencio porque quiere hablar. El silencio al punto se hace.

Dice: “Juan es santo y admirable. No observéis tan sólo su modo de obrar y la ausencia de hacer milagros. En verdad os digo: “Él es un grande del reino de Dios”. Allí aparecerá en toda su grandeza.

Muchos se lamentan de que era y es severo hasta parecer rudo. En verdad os digo que ha trabajado como un gigante para preparar los caminos del Señor y quien trabaja así, no tiene tiempo de perderlo en las comodidades. No acaso decía él, cuando estaba en el Jordán, las palabras de Isaías en que tanto él como el Mesías son profetizados: “Todo valle será rellenado, todo monte allanado, y los caminos tortuosos serán enderezados y los lugares escabrosos serán planos”⁴ ¿y esto para preparar los caminos al señor y rey? En verdad más ha hecho él para prepararme la senda que todo Israel junto. Y quien debe aplanar los montes, llenar los valles, enderezar los caminos o hacer suaves las subidas penosas, no puede sino trabajar rudamente, porque él era el Precursor y sólo unas cuantas vueltas de la luna se adelantaba a Mí, y todo debía cumplirse antes de que el Sol estuviese en alto en el día de la Redención. Este es el tiempo: el sol sube para brillar sobre Sión y de allí sobre todo el mundo. Juan preparó el camino. Como era su deber. ¿Qué fuisteis a ver al desierto? ¿Una caña que el viento agita en diversos sentidos? ¿Un hombre vestido de molicie? Estos viven en las casas de los reyes envueltos en vestidos delicados y a quienes sirven miles de siervos y cortesanos, cortesanos también ellos de un pobre hombre. Aquí hay uno. Preguntadle si no existe en él el disgusto de la vida de corte, y si no admira la roca solitaria y escabrosa sobre la que caen rayos y granizadas, y los vientos necios luchan por arrancarla, cuando ella se queda fuerte con

⁴ Cfr. Is. 40, 1-8.

el ansia de todas sus partes hacia el cielo, con la cima que predica la alegría de lo alto, como un llama que sube.

Tal es Juan. Así lo ve Mannaen porque ha comprendido la verdad de la vida y de la muerte y ve la grandeza allí donde está, aunque escondida bajo apariencias agrestes, rudas.

Y luego ¿qué visteis en Juan cuando fuisteis a verlo? ¿A un profeta? ¿A un santo? Yo os digo: él es más que un profeta. Él es más que muchos santos, porque de él será escrito: “He aquí que envío delante de vosotros a mi ángel, para preparar tu camino delante de Ti”⁵

Ángel. Pensad bien. Sabéis que los ángeles son espíritus puros que Dios creó a su semejanza espiritual, y que puso como seres intermediarios entre el hombre que es perfección de lo creado visible y material, y Dios: perfección de cielo y tierra, creador del reino espiritual y del reino animal. En el hombre aun el más santo está siempre la carne y la sangre que pone un abismo entre él y Dios. Y el abismo se ahonda con el pecado que rebaja lo que hay de espiritual en el hombre. Entonces Dios creó los ángeles, criaturas que tocan la cúspide de la escala creadora, igualmente los minerales que señalan la base; los minerales, el polvo que compone la tierra, los materiales inorgánicos en general. Espejos tersos del pensamiento de Dios, llamas que obran por amor, prontos a comprender, diligentes en el obrar, libres en el querer como nosotros, pero con un querer que es todo santo, que ignora las rebeliones y los incentivos del pecado. Esto son los ángeles adoradores de Dios, sus mensajeros ante los hombres, nuestros protectores, que nos dan la luz que los reviste y el fuego que recogen en su adoración.

La palabra del profeta retrató a Juan: de “ángel”. Pues bien, Yo os digo: “Entre los nacidos de mujer no ha nacido uno mayor que Juan Bautista”, y con todo, el más pequeño en el reino de los cielos será mayor que él. Porque uno del reino de los cielos es hijo de Dios y no hijo de mujer. Tratad cada uno de vosotros ser ciudadano del reino.

“¿Qué os decíais?”

“Decíamos: “¿Pero Juan estará en el reino? ¿Y cómo estará?””

“En su espíritu está ya en el reino y será después de su muerte como uno de los soles más esplendentes de la eterna Jerusalén, y esto se debe a la gracia que existe en él sin ninguna sombra, y a su voluntad propia. Él fue y ha sido violento también consigo mismo por un motivo santo. A partir del Bautismo en adelante el reino de los cielos es de quien sabe conquistárselo con la fuerza opuesta al mal, y se lo conquistan los violentos, pues todo lo que tienen qué hacer es conocido y todo se ha dado para lograr esta conquista. Pasó el tiempo en que hablaban sólo la Ley y los Profetas. Estos han hablado hasta Juan. Ahora habla la Palabra de Dios y no esconde ni una tilde de cuanto tiene qué saberse para la conquista. Si creéis en Mí debéis por lo tanto ver en Juan como si fuese Elías que debe venir. Quien tiene oídos que entienda.

¿Pero con quién compararé esta generación? Es semejante a la que describen los muchachos que sentados en la plaza gritan a sus compañeros: “Hemos tocado y no bailasteis; entonamos lamentos y no llorasteis”. De hecho, vino Juan que no come ni bebe, y esta generación dice: “Puede hacer así porque el demonio le ayuda”. Vino el Hijo del Hombre que come y bebe y dicen: “He aquí a un glotón y a un bebedor, amigo de publicanos y pecadores”. De este modo a la justicia le dan razón sus hijos. En verdad os digo que sólo los párvulos saben reconocer la verdad porque en ellos no hay malicia”.

“Has dicho bien, Maestro” aprueba el sinagogo. “He aquí por qué mi hija, todavía sin malicia, te ve como nosotros no logramos verte. Y sin embargo esta ciudad y las comarcas vecinas rebosan de tu poder, sabiduría y bondad, y debo confesarlo, no adelantan sino en perversidad contra ti. No se corrigen de sus yerros, y el bien que les das, es un fermento de odio contra Ti”.

“¿Cómo te expresas, Jairo? Nos calumnias. Estamos aquí nosotros porque somos fieles al Mesías” dice uno de Betsaida.

⁵ Cfr. Mat. 3, 1.

“Así es. Nosotros. ¿Pero cuántos somos? Menos de cien de tres ciudades que deberían estar a los pies de Jesús. De entre los que faltan, y me refiero a los varones, la mitad de ellos es enemiga suya, una cuarta parte indiferente, la otra, supongamos, que no pudo venir. ¿No es acaso esto una culpa delante de Dios? ¿Y este rencor y esta pertinencia en el mal no serán castigados? Habla Tú, Maestro que sabes, y que si callas es por tu bondad, no porque lo ignores. Eres magnánimo, y esto se le toma por ignorancia y debilidad. Habla pues, y que tus palabras sacudan al menos a los indiferentes en el caso de que los malvados no se conviertan, sino que se hagan peores”.

“Sí. Es una culpa y será castigada. *Porque el don de Dios no debe jamás despreciarse ni usarse para hacer mal.* ¡Ay de ti Corozaim! ¡Ay de ti Betsaida! Que hacéis mal uso de los dones de Dios. Si en Tiro y en Sidón hubiesen sucedido los milagros que se han hecho en medio de vosotros, desde hace ya tiempo, hubieran hecho penitencia vestidos de cilicio* y cubiertos de ceniza, y habrían venido a Mí. Por eso os digo que con Tiro y Sidón se tendrá más clemencia que con vosotros en el día del juicio. Y tú Cafarnaum, ¿crees que por el hecho de haberme hospedado tan sólo, serás elevado hasta el cielo? Bajarás hasta el infierno. Porque si en Sodoma hubiesen sido hecho los milagros que te he dado, todavía sería una ciudad floreciente, porque habría creído en Mí y se hubiera convertido. Por esta razón se tendrá mayor clemencia con Sodoma en el último juicio, porque no conoció al Salvador ni su palabra y por lo tanto es menor su culpa. Pero no se te dará igual clemencia a ti que conociste al Mesías y oíste su palabra y no cambiaste de vida. Y como Dios es justo, se tendrá gran misericordia con los que de Cafarnaúm, Betsaida y Corozaim creyeron y se santificaron obedeciendo a mi palabra. Pues no es correcto que los justos se vean arrastrados en medio de la ruina de los pecadores. En cuanto a tu hija, Jairo y a la tuya, Simón, y a tu niño Zacaráis, y a tus nietos Benjamín, os digo que ellos, como inocentes que son, ven a Dios. Vosotros lo comprobáis al notar que su fe es pura y activa en ellos, unida a una sabiduría celestial y con anhelos de caridad que los adultos no tienen”.

Y Jesús levantando sus ojos al cielo que empieza a oscurecerse, exclama: “Te doy gracias ¡oh Padre, Señor del cielo y tierra! Porque escondiste estas cosas a los sabios y a los doctos y las revelaste a los pequeños. Así se ha hecho. Porque tal es tu agrado, Padre. El Padre todo me ha confiado, y nadie lo conoce fuera del Hijo, y a quien el Hijo lo quiera revelar. Yo lo he revelado a los pequeños, a los humildes, a los puros, porque Dios se comunica con ellos, y la verdad desciende como semilla en terrenos libres y se convierte en planta. Aun más el Padre prepara los espíritus de los niños en edad o niños por voluntad para que conozcan la verdad, y Yo reciba gozo de su fe”.

130. Jesús de carpintero para ayudar a una viuda de Corozaim¹

31 agosto 1945

Jesús está trabajando con gusto en una carpintería. Está terminando una rueda. Un niño delgadito y de cara triste lo ayuda, llevándole esto o aquello. Mannaén, testigo inútil, pero entusiasta, está sentado en un banco ceca de la pared.

Jesús se quitó el hermoso vestido de lino, y se puso uno de color negro, y como no es suyo le llega hasta la mitad de las espinillas. El vestido es de trabajo, limpio pero remendado; tal vez lo usaba el difunto.

Jesús anima con una sonrisa y con palabras al niño. Le enseña lo que debe hacer para que prepare bien la cola, para cubrir la superficie del cofre.

“Terminaste pronto, Maestro” dice Mannaén que se pone de pie y pasa un dedo sobre las molduras del cofre, al que el niño saca lustre con un líquido.

“Ya casi estaba terminado...”

* cilicio = faja de cerdas o cadenillas de hierro con puntas, que se lleva ceñida al cuerpo para mortificación.

¹ Cfr. Mt. 11, 28-30.

“Yo quería tener este artefacto, pero vino el comprador que parece tiene derechos... Le quitaste las ilusiones. Esperaba poder llevarse todo para rehacerse del dinero prestado, pero no le queda más que irse con sus cosas y basta. Fuera al menos uno que creyese en Ti... Tendría un valor ilimitado para él. ¿Me escuchaste?...”

“Déjalo en paz. Por otra parte aquí hay madera y la mujer será feliz en usarla y en sacar provecho. Dime que te haga un cofre y te lo hago...”

“¿De veras. Maestro? ¿De veras quieres seguir trabajando?”

“Hasta que se acabe la madera, soy un obrero conciencioso”.

Dice sonriendo con más ganas.

“¡Un cofre que me des! ¡Oh, qué reliquia! ¿Qué meteré dentro?”

“Todo lo que quieras, Mannaén. No será más que un cofre”.

“¡Pero fue obra tuya!”

“¡Y qué! Mi Padre hizo al hombre, a todos los hombres, y sin embargo el hombre y los hombres ¿qué han metido dentro de sí?” Jesús mientras habla trabaja. Va de aquí para allá buscando los instrumentos necesarios, apretando los tornillos, taladrando, torneando, cepillando, según el caso.

“Hemos metido el pecado. Es verdad”.

“Lo ves. Y sabes que el hombre que creó Dios es mucho más que un cofre que hiciera Yo. No confundas jamás el objeto con las acciones. Hazte de mi trabajo sólo una reliquia para tu alma”.

“¿En otras palabras?”

“En otras palabras da a tu espíritu la enseñanza que brota de lo que hago”.

“Caridad, humildad, laboriosidad... Estas virtudes ¿no es verdad?”

“Sí, y en lo futuro obra tú de igual modo”.

“Sí, Maestro, pero ¿me haces el cofre?”

“Te lo hago, pero recuerda que como tú lo verás siempre como una reliquia, haré que lo pagues por lo que vale, al menos así se podrá decir que en una ocasión estuve lleno hasta de dinero... Pero tú sabes para quién. Para estos huerfanitos...”

“Pídeme lo que quieras. Te lo daré. Así por lo menos tendrá alguna justificación mi ociosidad, mientras Tú, Hijo de Dios, trabajas”.

“Está dicho: “Comerás tu pan bañado en el sudor de tu frente”²”.

“¡Pero eso se dijo por el hombre culpable, no contra Ti!”

“¡Oh! Un día seré el Culpable y tendré sobre Mí todos los pecados del mundo. Los llevaré conmigo en mi primera partida”.

“¿Y piensas que el mundo no pecará más?”

“Debería no serlo... pero siempre pecará. Por esto el peso que tendré sobre Mí, será tal que me hará pedazos el corazón. Tendré los pecados desde Adán hasta ahora, y los de esa hora hasta los del último siglo. Todo lo descontaré por el hombre”.

“Y el hombre no te entenderá, ni mucho menos te amará... ¿Crees que Corozaim se convierta con esta lección silenciosa y santa que estás dando con tu trabajo para socorrer a una familia?”

“No se convertirá. Dirá: “Prefirió trabajar para pasar el tiempo y ganarse unos centavos”. Yo no tenía dinero, lo había dado todo. Siempre doy cuanto tengo, hasta el último centavo. He trabajado para dar dinero”.

“¿Y para que comieseis Tú y Mateo?”

“Para eso Dios proveyó”.

“A nosotros nos diste de comer”.

“Así es”.

“¿Cómo hiciste?”

“Pregúntaselo al dueño de la casa”.

² Cfr. Gén. 3, 19.

“Se lo preguntaré tan pronto regresemos a Cafarnaúm”.

La sonrisa de Jesús fluye entre su rubia barba. Se hace un silencio. Tan sólo se escucha el chirrido del tornillo que une dos partes de la rueda.

Mannaen a continuación pregunta: “¿Qué piensas hacer para el sábado?”

“Ir a Cafarnaúm en espera de los apóstoles. Hemos convenido en reunirnos cada viernes por la tarde y pasar juntos el sábado. Después les daré órdenes, y si Mateo está curado, serán seis las parejas que irán a evangelizar. Si no... ¿quieres ir con ellos?”

“Prefiero estar contigo, Maestro... Pero ¿me permites darte un consejo?”

“Dilo. Si es atinado lo aceptaré”.

“Nunca estés solo. Tienes muchos enemigos, Maestro”.

“Lo sé. ¿Pero te imaginas que los apóstoles harían mucho en caso de peligro?”

“Me imagino que te aman”.

“Ciertamente, pero de nada serviría. Los enemigos si tuvieran intención de aprisionarme, vendrían con mayores fuerzas que las de los apóstoles”.

“No importa. No estés solo”.

“Dentro de dos semanas muchos discípulos se me unirán. Los preparo para mandarlos también a ellos a evangelizar. No estaré más solo. Puedes estar tranquilo”.

Mientras estaban hablando, muchas personas curiosas de Corozaim vienen a fisgar, y luego se van sin decir palabra alguna.

“Se quedan sorprendidos al verte trabajar”.

“Sí. Pero no son demasiado humildes para decir: “Nos das una lección”. Los mejores que tenía aquí, están con los discípulos, menos un viejo que ya murió. No importa. La lección es siempre una lección”.

“¿Qué dirán los apóstoles al saber que te pusiste a trabajar?”

“Son once porque Mateo ya dio su juicio. Serán once pareceres diversos, y en general chocan entre sí, pero me dará oportunidad para adoctrinarlos”.

“¿Me permitirás asistir a la lección?”

“Si quieres quedarte...”

“Pero yo soy discípulo ¡y ellos apóstoles!”

“Lo que hace bien a los apóstoles, les hace también a los discípulos”.

“Ellos se sentirán incómodos de que se les llame la atención en mi presencia”.

“Les servirá para que sean humildes. Quédate, quédate, Mannaen. Tengo gusto en que estés conmigo”.

“Yo me quedo de buena gana”.

Se asoma la viuda y dice: “La comida está lista, Maestro. Tú trabajas demasiado...”

“Me gano el pan, mujer. Y luego... Mira aquí tienes otro cliente. También él quiere otro cofre. Y paga bien. Se te acaba la madera” dice Jesús quitándose un delantal roto que se había puesto. Se dirige a la salida para lavarse en una jofaina que la mujer había traído al huerto.

Ella, con una de esas sonrisas que florecen después de mucho tiempo de llanto, dice: “El cuarto no tiene más madera, mi casa está llena de tu presencia y el corazón repleto de paz. No tengo más miedo al mañana, Maestro. Y Tú puedes estar tranquilo, que jamás te olvidaremos”.

Entran en la cocina y todo termina.

131. “El amor es el secreto y el precepto de la gloria”

1° septiembre 1945

Jesús llevando a su lado a Mannaén sale de la casa de la viuda y dice: “La paz sea contigo y con los tuyos. Nos volveremos a ver después del sábado. Adiós Josesito. Mañana descansa y juega, porque después me ayudarás. ¿Por qué lloras?”

“Tengo miedo de que no regreses más...”

“Siempre digo la verdad. ¿Te desagrada tanto que me vaya?” El niño asiente con la cabeza.

Jesús lo acaricia diciendo: “Un día pasa pronto. Mañana estate con tu mamá y tus hermanitos. Yo estaré con mis apóstoles y les hablaré. Estos días te he estado enseñando a trabajar, ahora voy con ellos a enseñarles a predicar y a ser buenos. No estarías a gusto conmigo, en medio de tantos hombres”.

“Oh, lo estaré, si estoy contigo”.

“Entendí, mujer. Tu hijo hace como muchos y son los mejores. No me quiere dejar. ¿Tendrías desconfianza en dejármelo hasta mañana?”

“Oh, Señor. ¡Te puedo dar todos! Contigo están seguros como en el cielo... Este niño, era el que estaba casi siempre con su papá, y es el que ha sufrido mucho. En un momento se encontró solo... ¿Ves?... No hace más que llorar y pensar. No llores, hijito mío. Dile al Señor si no es verdad lo que digo. Maestro, para consolarlo le digo siempre que su padre no ha muerto, sino que sólo se fue lejos y por un tiempo”.

“Es verdad. Es así como dice tu mamá Josesito”.

“Pero hasta que no me muera, lo encontraré. Soy pequeño. ¿Cuándo deberé esperar para que me haga viejo como era Isaac?”

“¡Pobre niño! No te preocupes, el tiempo pasa veloz”.

“No, Señor. Hace tres semanas que no tengo a mi papá, y me parece mucho, mucho tiempo... No puedo vivir sin él...” y llora silenciosa, pero amargamente.

“¿Lo ves? Así siempre hace y sobre todo cuando no hay nada que lo distraiga completamente. El sábado le es un tormento. Tengo miedo de que se me muera...”

“No. Tengo otro niño huérfano. Estaba flacucho y triste. Ahora vive con una buena mujer en Betsaida. Tiene la seguridad de no estar separado de sus padres y con esto ha reverdecido en su cuerpo y corazón. Así le pasará al tuyo. Estará más tranquilo con lo que le diré, con el tiempo que es un buen médico, y con verte más tranquila sin preocupación por lo que tienen qué comer. Adiós, mujer. Va a ocultarse el sol y debo irme. Ven, José. Despidete de tu mamá y hermanitos y de tu abuelita, y luego, alcánzame corriendo”.

Jesús se va.

“¿Y qué vas a decir a los apóstoles?”

“Que tengo conmigo a un viejo discípulo y a uno nuevo”.

Se dirige a Corozaim que se anima de gente. Un grupo de hombres detiene a Jesús: “¿Ya te vas? ¿No te quedas el sábado?”

“No. Voy a Corozaim”.

“Sin habernos dicho una sola palabra toda la semana ¿No somos dignos de ella?”

“¿No os he dado la mejor predicación durante seis días?”

“¿Cuándo? ¿A quién?”

“A todos. Desde el banco de la carpintería. Durante estos días he predicado que al prójimo se le debe amar y ayudar en todos los modos, especialmente donde hay personas débiles como viudas y huérfanos. Hasta pronto, vosotros de Corozaim. En el sábado medita sobre esta lección que os di”. Y Jesús se pone nuevamente en camino, dejándolos sin contestar.

Pero el niño que lo alcanza corriendo, hace que se despierte en ellos la curiosidad, y digan a Jesús a quien nuevamente hacen detener: “¿Le quitaste ya a la mujer su hijo? ¿Para qué?”

“Para enseñarle a creer que Dios es Padre y que en Dios encontrará también el padre muerto. Y también para que haya alguien aquí que crea en lugar del viejo Isaac”.

“Con tus discípulos son tres los de Corozaim”.

“Con los míos. *No aquí*. Este estará aquí. Hasta pronto”. Y tomando al niño entre Él y Mannaen se va rápido por la campiña en dirección a Cafarnaum, hablando con Mannaén.

Llegan a Cafarnaum cuando los apóstoles ya habían llegado.

Sentados en la terraza, bajo la sombra del emparrado, cuentan a Mateo, que todavía no está curado, sus hazañas. Se voltean al ligero ruido de sandalias en la escalera, y ven la rubia cabellera de Jesús que cada vez más emerge de la barda de la terraza. Corren a Él que les

recibe con la sonrisa... y quedan como piedras cuando ven que detrás de Él viene un niño pobre. La presencia de Mannaén, vestido con una vestidura blanca de lino, a la que bellamente adorna un cinturón precioso, que trae un manto rojo de lino teñido de color de fuego, tan brillante que parece como si fuera de seda, que apoyándose levemente sobre las espaldas le cae en forma de cauda, y con un turbante de biso sostenido con una delgada lámina de oro burilada que le pasa por la mitad de la ancha frente dándole el aire de un rey egipcio, impide la avalancha de preguntas pero que los ojos las hacen muy claras.

Pero después de haber saludado recíprocamente y sentados junto a Jesús los apóstoles le preguntan: “¿Y éste?” señalando al niño.

“Este es mi última conquista. Josesito, carpintero, como el José que fue mi padre. Por esto lo quiero muchísimo, como él a mí también. ¿No es verdad chiquito? Ven aquí que te presento a estos amigos míos de los que has oído hablar tanto. Este es Simón Pedro: el más bueno con los niños que te puedas imaginar. Y este es Juan: un niño grande que te hablará de Dios en medio de los juegos. Y este es Santiago su hermano, serio y bueno como un hermano mayor. Este es Andrés, hermano de Simón Pedro: estarás muy bien con él, porque es paciente como un cordero. Aquí tienes a Simón Zelote: a este le gustan los niños que no tienen padre, y creo que giraría por toda la tierra para buscarlos, si no estuviese conmigo. Este es Judas de Simón y junto a él Felipe de Betsaida y Natanael. ¿Ves cómo te miran? Tienen ellos también niños y les gustan mucho los niños. Estos son mis hermanos Santiago y Judas. Aman todo lo que amo, por eso te amarán. Ahora vamos con Mateo que tiene fuertes dolores en el pie, y con todo no guarda rencor por los niños que juegan irreflexivamente y que rehirieron con una piedra picuda. ¿No es verdad, Mateo?”

“Así es, Maestro. ¿Es hijo de la viuda?”

“Sí. Es muy listo pero está muy triste”.

“¡Pobre niño! Te llamaré a Santiaguito y jugarás con él” Mateo lo acaricia atrayéndolo a sí.

“Jesús termina la presentación con Tomás que, práctico, la concluye ofreciendo al niño un racimo de uvas arrancado del emparrado.

“Ahora sois amigos” dice Jesús. Se sienta de nuevo. Mientras el niño se come sus uvas y charla con Mateo.

“¿Dónde estuviste toda la semana?”

“En Corozaim, Simón de Jonás”.

“Esto lo sé. ¿Pero qué hiciste? ¿Estuviste en casa de Isaac?”

“Isaac el viejo ya murió”.

“¿Y entonces?”

“¿No te lo contó Mateo?”

“¿No. Dijo sólo que estuviste en Corozaim desde el día en que partimos”.

“Mateo es mejor que tú. Sabe callar, y tú no sabes refrenar tu curiosidad”.

“No sólo la mía. La de todos”.

“Pues bien: fui a Corozaim para predicar la caridad con la práctica”.

“¿La caridad con la práctica? ¿Qué quieres decir?” le preguntan varios.

“En Corozaim hay una viuda con cinco niños y con su madre enferma. Su marido murió de imprevisto en el taller de carpintería, y detrás de sí dejó miseria y trabajos no terminados. Corozaim no ha sabido encontrar una brizna de compasión por esta familia infeliz. Fui a terminar los trabajos y...”

Surge una gritería. Quién pregunta, quién protesta, quién reprende a Mateo por haberlo permitido, quién admira, quién critica. Y por desgracia quienes protestan o critican son la mayoría.

Jesús deja que termine la borrasca como empezó y por toda respuesta añade: “Y mañana regresaré allí. Terminaré un trabajo. Espero que al menos vosotros comprendáis. Corozaim es un hueso de fruta cerrado sin semilla. Sed por lo menos vosotros huesos de fruta en ella. Tú, muchachito, dame la nuez que te dio Simón y también tú escucha.

¿Veis esta nuez La tomo porque no tengo otros huesos de fruta a la mano, pero para que entendáis la parábola imaginaos los huesos de piñón o de palma. Los más duros, los de las aceitunas, por ejemplo. Son cofrecitos cerrados, sin hendiduras, durísimos, compactos por todas partes, parecen cajitas mágicas que sólo con fuerza pueden abrirse. Y sin embargo, si uno de esos se arroja en tierra, sencillamente sobre la tierra y algún viandante lo oprime al pisarlo, lo suficiente para que entre un poco en el suelo ¿qué sucede? La cajita se abre y echa raíces y hojas ¿Cómo lo logró? Nosotros tenemos qué emplear el martillo para hacerlo, y sin embargo, sin golpes el hueso se abrió. ¿Tiene algo de mágico esa semilla? No. Tiene dentro una pulpa. ¡Oh! ¡Una cosa débil respecto a la dura cáscara! Y con todo alimenta algo todavía más pequeña: la semilla. Esta es la palanca que forcejea, abre, produce la planta con raíces y hojas. Haced la experiencia de enterrar huesos de fruta y esperad. Veréis que algunos nacen, que otros no. Sacad los que no nacieron. Abridlos con el martillo y veréis que están semivacíos. No es pues, ni la humedad del suelo ni el calor los que hacen abrir el hueso sino la pulpa y algo más: la fuerza de la pulpa, el germen, que hinchándose hace de palanca y abre.

Esta es la parábola. Apliquémosla a nosotros mismos.

¿Qué hice que no estuviese bien? ¿Nos hemos entendido todavía tan poco para no comprender que la hipocresía es un pecado y que la palabra es viento si no es la fuerza de la acción? ¿No os he dicho acaso siempre: “Amaos los unos a los otros. El amor es el precepto y el secreto de la gloria”? Yo que predico ¿debería no tener caridad? ¿Daros ejemplo de un maestro mentiroso? No ¡jamás!

¡Amigos míos! Nuestro cuerpo es el hueso duro, en el que está encerrada la pulpa: el alma, y en ella el germen que Yo deposité, y que se compone de varios elementos, pero el principal es la caridad, que es la que hace palanca para abrir el hueso y dejar libre el espíritu de la ligadura de la materia, haciéndolo que se una con Dios que es caridad. La caridad no se hace sólo con palabras o dinero. La caridad se hace con la sola caridad. Y no os parezca un juego de palabras. Yo no tenía dinero y las palabras no eran suficientes para el caso que se me presentaba. Se trataba de siete personas sentadas en el umbral del hambre y de la angustia. La desesperación extendía sus negras alas para asirlas y ahogarlas. El mundo egoísta y duro se retiraba ante esta desgracia. El mundo mostraba que no había entendido al Maestro en sus predicaciones. El Maestro evangelizó con las obras. Tengo capacidad y libertad de hacerlo, y tenía la obligación de amar por el mundo a estos pobrecitos que el mundo no quiere. Esto lo hice. ¿Podéis nuevamente criticarme? ¿Debo ser Yo quien os critique ante la presencia de un discípulo que no se acobardó de meterse entre el aserrín y las virutas con la condición de no abandonar al Maestro, y estoy convencido que se convenció más de Mí viéndome inclinado sobre la madera de lo que se hubiera persuadido viéndome sobre un trono, o ante la presencia de un niño que ha experimentado lo que soy, no obstante su ignorancia, la desventura que lo oprime, y su absoluta falta de conocimiento del Mesías como tal?

¿No respondéis? No os apenéis sólo cuando levanto mi voz para corregir ideas equivocadas –lo hago por amor– sino meted en vosotros el germen que santifica y que abre el hueso. De otro modo seréis siempre seres inútiles. Lo que hago debéis hacerlo con prontitud también vosotros. Ningún trabajo por amor del prójimo, por llevar a Dios un alma, os debe pesar. *El trabajo, cualquiera que sea, jamás humilla. Pero sí humillan las acciones bastardas, las falsas, las acusaciones mentirosas, la dureza, las vejaciones, las usuras, las calumnias, la lujuria.* Éstas matan al hombre y con todo las hacen sin experimentar vergüenza aun aquellos que quieren ser llamados perfectos y que ciertamente se han sentido mal al verme trabajar con la sierra y el martillo. Sí ¡el martillo! ¡El indigno martillo se convierte en un objeto noble si se usa para meter un clavo en un leño con el que se hace un objeto que dará de comer a huérfanos! El martillo, objeto vil si está en mis manos y para un fin santo, no lo será más, y ¡cómo lo querrán todos los que ahora ponen el grito en el cielo contra él!

¡Oh hombre! Criatura que deberías ser luz y verdad, cuán temeroso y mentiroso eres. Pero vosotros, vosotros al menos, comprended qué cosa sea el bien, qué cosa sea la caridad, qué

la obediencia. En verdad os digo que los fariseos son muchos y que no faltan entre los que me rodean”.

“¡No, Maestro, no lo digas! Nosotros... porque te amamos no nos gustan ciertas cosas...”

“Y porque no habéis todavía entendido nada. Os hablé de la fe y de la esperanza y pensaba que no era necesario volver a hablaros de la caridad, porque tanto fluye de Mí, que deberíais estar saturados, pero comprendo que la conocéis sólo de nombre, sin conocer su naturaleza y forma, igual como conocéis la luna.

¿Recordáis que os dije que la esperanza es como el brazo transversal del dulce yugo que sostiene la fe y la caridad, que es el patíbulo del linaje humano y el trono de la salvación? ¿Sí? Pero no habéis comprendido mis palabras en su verdadero significado. ¿Y por qué no me pedisteis alguna explicación? Os la daré. Es yugo porque obliga al hombre a tener dominada su necia soberbia bajo el peso de las verdades eternas. Es el patíbulo de esta soberbia. El hombre que espera en Dios su Señor forzosamente humilla su orgullo, que desearía proclamarse como “dios”, y no reconoce que no es nada y que Dios es todo; que él no puede nada y que Dios puede todo, que él, hombre, es polvo que pasa y que Dios es eternidad que eleva al polvo a una altura superior, y le da un premio eterno. El hombre se enclava en su cruz santa para llegar a la vida. Lo crucifican las llamas de la fe, de la caridad, pero lo levanta en dirección al cielo la esperanza que está en medio de ambas. No olvidéis lo que quiero enseñaros: si falta la caridad el trono está sin luz y el cuerpo, desclavado de una parte, queda colgando hacia el fango, y no puede ver más el cielo. De este modo se quitan los efectos saludables de la esperanza, y se termina con hacer estéril a la fe, porque separados de una de las tres virtudes, se cae en languidez y en un frío mortal.

No rechazéis a Dios ni siquiera en las mínimas cosas. Rechazar a Dios es no ayudar al prójimo por orgullo pagano.

Mi doctrina es un yugo que domina el linaje humano culpable. Es un mazo que destroza la corteza dura para liberar el espíritu. Es un yugo y un mazo. Pero quien la acepta no siente el cansancio que emana en las otras doctrinas humanas y en todo lo humano. Aun el que se hace golpear no siente el dolor de haber sido fracturado en su yo humano, sino que experimenta una sensación de libertad. ¿Por qué queréis libraros de ella para cambiarla por lo que es plomo y dolor? Todos tenéis vuestros dolores y vuestras fatigas. Todos los hombres tienen dolores y fatigas, superiores, quizás a sus fuerzas humanas. Desde el niño como este, que lleva sobre sus espalditas un gran fardo que lo dobla y le quita la sonrisa infantil de sus labios y la despreocupación de su edad, que –hablando humanamente– jamás habría sido siempre así; hasta el viejo que se dobla ante la tumba con todos los desengaños y fatigas y fardos y heridas de su larga vida. Pero en mi doctrina y en mi fe está el alivio de estos pesos agobiados. Por esto se le llama la “Buena Nueva”, y quien acepta y obedece será bienaventurado desde la tierra porque tendrá a Dios como su ayuda y las virtudes harán fácil y luminoso el camino, como si fuesen buenas hermanas que teniéndolo por la mano con lámparas encendidas alumbrasen su sendero y vida y le cantasen las eternas promesas de Dios, hasta que doblando su cansado cuerpo en paz, despierte en el paraíso.

¿Por qué queréis, oh hombres, estar fatigados, tristes, cansados, hastiados, desesperados, cuando podéis ser aliviados y confortados? ¿Por qué queréis, vosotros, apóstoles míos, sentir el cansancio de la misión, sus dificultades, dureza, cuando si tenéis la confianza de un niño podéis tener sólo una pronta diligencia, una luminosa facilidad para realizarla y comprender y sentir que ella es dura sólo para los impenitentes que no conocen a Dios, pero para los que le son fieles es como mamá que sostiene en el camino, señalando a los pies inciertos del niño las piedras y espinas, los nidos de serpientes y los fosos para que los vea y no corra ningún riesgo?

Ahora estáis tristes. Vuestra aflicción tuvo un principio muy lamentable. Estáis tristes ante mi humillación como si fuese un crimen cometido contra Mí mismo. Ahora estáis tristes porque habéis entendido que me causasteis dolor y porque todavía estáis muy lejos de la perfección. Pero en pocos esta segunda tristeza está privada de soberbia, porque comprueba que no es

nada, y queríais ser perfectos... Tened tan sólo la humildad gozosa de aceptar la represión y de confesar que os equivocasteis, prometiendo dentro de vuestro corazón de desear la perfección por un fin sobrehumano. Y luego venid a Mí. Yo os sostengo, comprendo y compadezco.

Venid a Mí, apóstoles míos, venid a Mí todos vosotros, hombres, que sufrís por los dolores materiales, morales, espirituales. Dolores espirituales causados por la tensión de saber santificaros como queríais por amor de Dios y con solicitud y sin retrocesos hacia el mal. El camino de la santificación es largo y misterioso, y algunas veces se hace, sin que lo sepa el viandante que avanza entre las tinieblas con el sabor del veneno en la boca y cree que no adelanta, ni que bebe una bebida celestial, y no sabe que también esta ceguera espiritual es un elemento de perfección.

Bienaventurados, tres veces bienaventurados los que continúan avanzando sin gozar de la luz y de las dulzuras y no se rinden porque no ven ni sienten nada, y no se detienen diciendo: "Hasta que Dios me consuele, no sigo adelante". Os lo digo: el camino más oscuro de pronto se ilumina descubriendo ante sí paisajes celestiales. El veneno que quitó todo gusto por las cosas humanas se cambiará en dulzura de paraíso para estos valiente que admirados dirán: "¿Pero cómo? ¿Por qué a mí tanta alegría y dulzura?" La razón es que perseveraron y Dios les hará preguntar desde la tierra lo que habrá en el cielo.

Pero para que podáis resistir, venid a Mí, apóstoles, que estáis fatigados y cansados, y con vosotros todos lo hombres que buscan a Dios, que lloran a causa de los dolores que sufren, que casi apenas si tienen aliento, que Yo os confortaré. Tomad sobre vosotros mi yugo. No es un peso, es un sostén. Abrazad mi doctrina como si fuese una esposa amada. Imitad a vuestro Maestro que no se limita a bendecirle, sino que hace lo que enseña. Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón. Encontraréis descanso para vuestras almas porque mansedumbre y humildad conceden reinar en la tierra y en el cielo. Os lo dije ya, que los verdaderos triunfadores son los que conquistan el amor, y el amor siempre es manso y humilde. Nunca os impondría algo que fuese superior a vuestras fuerzas, porque os amo y os quiero conmigo en mi reino. Tomad, pues, mi bandera y tribunal, y esforzaos por ser semejantes a Mí, y como mi doctrina enseña. No tengáis miedo, porque mi yugo es dulce y su peso ligero, y la gloria de que gozaréis, si me sois fieles, será infinitamente grande, ilimitada, eterna...

Os dejo por un poco de tiempo. Voy con el niño cerca del lago. Encontrará amigos... Luego partiremos el pan juntos. Ven, José, te presentaré a los pequeñuelos que me aman".

132. "El corazón no está circuncidado"¹

2 septiembre 1945

Es el mismo lugar de la visión anterior. Jesús se despide de la viuda, pero tiene de la mano a Josesito. Dice a la mujer: "Nadie vendrá antes de que regrese, a no ser que sea un gentil. Pero cualquiera que venga, entreténlo hasta el día siguiente, diciéndole que sin falta regresaré".

"Así lo diré. Maestro. Y si fuesen enfermos los hospedaré como me enseñaste".

"Entonces, hasta pronto. La paz sea con vosotros. Ven, Mannaén".

Por estas breves palabras comprendo que los enfermos e infelices en general lo siguieron hasta Corozaim, y que a la evangelización con el trabajo, siguió la del milagro. Si Corozaim permanece siempre indiferente, señal es que es un terreno agreste e incultivable. Pero Jesús pasa a través de la región saludando a los que le saludan, como si nada pasase, y luego continúa hablando con Mannaén que no sabe si regresar a Maqueronte o permanecer todavía una semana...

¹ Cfr. Mt. 12, 22-50; Mc. 3, 22-35; Lc. 8, 19-21; 11, 14-32.

...En la casa de Cafarnaum se preparan entre tanto para el sábado. Mateo, que cojea todavía, recibe a los compañeros, les brinda agua y frutas frescas, y les pregunta sobre las misiones.

Pedro arruga la nariz al ver que ya hay fariseos vagabundeando cerca de la casa: "Tienen ganas de amargarnos el sábado. Casi estoy dispuesto a ir al encuentro del Maestro y decirle que se vaya a Betsaida, para que estos se queden con un palmo de narices".

"¿Y crees que el Maestro lo haría?" le pregunta su hermano.

"Además está en la habitación de abajo el pobre infeliz que lo espera" observa Mateo.

"Se podría llevarlo en la barca a Betsaida, y yo, o cualquier otro ir al encuentro del Maestro" insiste Pedro.

"Casi, casi..." dice Felipe que como tiene su familia en Betsaida, gustoso iría.

"¡Tanto más que estáis viendo que hoy la guardia se ha reforzado con escribas! Vamos sin perder tiempo. Vosotros con el enfermo, pasáis por el huerto, y salís detrás de la casa. Yo llevo la barca hasta el "pozo de la higuera" y Santiago hará lo mismo. Simón Zelote y los hermanos de Jesús irán al encuentro del Maestro".

"Yo no voy con el endemoniado" grita Iscariote.

"¿Por qué? ¿Tienes miedo de que se te pegue el demonio?"

"No me hagas enojar, Simón de Jonás. Dije que no voy y no voy".

"Ve con los primos al encuentro de Jesús".

"No".

"¡Uf! Ven en la barca".

"No".

"En resumidas cuentas ¿qué quieres? Eres siempre el de los obstáculos..."

"Quiero estarme donde estoy, aquí. No temo a nadie y no me escapo. Por otra parte el Maestro no estaría contento de ello. Sería causa de otro sermón de reproche, y no me lo quiero merecer por vuestra culpa. Id vosotros. Yo me quedaré a informar..."

"¡Así no ¡ Todos o nadie" grita Pedro.

"Entonces nadie, porque el Maestro está ya aquí. Vedlo que se acerca" dice serio Zelote que estaba mirando hacia el camino.

Pedro, disgustado, rezonga entre la barba. Va a encontrar a Jesús con los demás. Después de los primeros saludos le hablan del endemoniado, ciego y mudo, que con sus familiares le espera desde hace mucho tiempo.

Mateo explica: "Está como inerte. Se echó sobre sacos vacíos y de allí no se ha movido. Los familiares tienen confianza en Ti. Ven a tomar algo y luego lo curarás".

"No. Voy al punto donde está él. ¿En donde?"

"En la habitación de abajo. Cerca del horno. Allí lo puse con sus familiares porque hay muchos fariseos, y también escribas, que parecen estar al acecho".

"Es cierto y sería mejor no darles gusto" refunfuña Pedro.

"¿No está Judas de Simón?" pregunta Jesús.

"Se quedó en casa. Siempre debe hacer lo que otros no hacen" rezonga una vez más.

Jesús lo mira pero no reprende. Se apresura a ir a la casa, confiando el niño a Pedro, que lo acaricia sacando al punto de la cintura un silbato diciendo: "Uno para ti y otro para mi hijo. Mañana por la tarde te llevo a verlo. Me los hizo un pastor a quien hablé de Jesús".

Jesús entra en casa, saluda a Judas que parece muy ocupado en arreglar los trastos, y que saca hasta una especie de dispensa pequeña de color oscuro que estaba apoyada contra el horno.

"Sacad al enfermo" dice Jesús.

Un fariseo que no es de Cafarnaum y que tiene una cara tan fea peor aun que la de los fariseos locales replica: "No es un enfermo. Es un endemoniado".

"Es siempre una enfermedad del espíritu..."

"Le ha impedido el ver y el hablar..."

“La posesión es siempre una enfermedad del espíritu que se extiende a los miembros y los órganos. Si me hubieses dejado terminar, hubieras sabido que me refería a esto. También la fiebre está en la sangre cuando uno se enferma y luego por la sangre ataca a esta o a aquella parte del cuerpo

El fariseo no puede replicar más y se calla.

Llevan al endemoniado ante Jesús. Dijo bien Mateo. El demonio lo tiene aniquilado: se agolpa gente. Es sorprendente cómo sobre todo en las horas de recreo, lograrse la gente, que antes apenas se veía alguna, agolparse tan pronto. Están también los notables de Cafarnaum, entre los que figuran cuatro fariseos, Jairo y en un ángulo con la excusa de guardar el orden, el centurión romano y con él otros ciudadanos”

¡En nombre de Dios deja las pupilas y la lengua de este! Lo quiero, sal de esta criatura. No te es más lícito tenerla. ¡Largo!” ordena Jesús haciendo el ademán de imperio.

El milagro se desarrolla con un grito de rabia del demonio y termina con uno de alegría del libertado que exclama: “¡Hijo de David, Hijo de David! ¡Santo Rey!”

“¿Cómo supo que fue Él quien lo curó?” pregunta un escriba.

“¡Si es todo una comedia! ¡Esta gente ha sido pagada para representarla!” dice un fariseo alzando los hombros.

“¿Quién le pagó? ¿Se pude saber?” pregunta Jairo.

“Tú también”.

“¿Con qué fin?”

“Para hacer célebre Cafarnaum”.

“No envilezcas tu inteligencia escupiendo estupideces y tu lengua ensuciándola con mentiras. Sabes que no es verdad, y deberías comprender que estás repitiendo una sandez. Lo que ha sucedido aquí, ha sucedido en muchas partes de Israel. ¿Habrá, pues, siempre quien pague? ¿En verdad no sabía que en Israel la plebe fuese muy rica! Porque vosotros, y con vosotros todos los grandes, ciertamente que no pagáis. Luego paga la plebe, la única que ama al Maestro”.

“Tú eres sinagogo y lo amas. Allí está Mannaén. En Betania está Lázaro hijo de Teófilo. Ellos no pertenecen a la plebe”.

“Pero ellos y yo somos honestos. No engañamos a nadie en nada, y mucho menos en asuntos de creencia. *No nos lo permitimos*, pues tenemos a Dios y hemos comprendido lo que a Él agrada: la honestidad”.

Los fariseos voltean las espaldas a Jairo y atacan a los familiares del curado: “¿Quién os dijo que vinieseis aquí?”

“¿Quién? Muchos. Curados o familiares de los curados”.

“¿Qué os dieron?”

“¿Darnos? La seguridad de que Él lo habría curado”.

“¿Pero de veras estaba enfermo?”

“¡Oh cabezas fraudulentas! ¿Pensáis que todo esto haya sido una pantomima? Id a Gadara a preguntar, si no nos creéis, de la desgracia de la familia de Anna de Ismael”.

La gente de Cafarnaum, desdeñosa, se alborota por una parte, por otra galileos venidos de cerca de Nazaret, dicen: “¡Y con todo este es hijo de José el carpintero!”

Los ciudadanos de Cafarnaum, fieles a Jesús, gritan: “No. Es lo que Él dice ser, y lo que el curado ha dicho: “Hijo de Dios o Hijo de David””.

“Pero no aumentéis el fanatismo del pueblo con vuestras afirmaciones” dice desdeñoso un escriba.

“¿Y qué es entonces, según vosotros?”

“¡Un Belsebú!”

“¡Je, je! Lenguas de víboras. ¡Blasfemos! ¡Endemoniados! ¡Ciegos de corazón! ¡Ruina nuestra! ¿Querriais quitarnos la alegría del Mesías? ¿Eh? ¡Usureros! ¡Piedras secas!” Continúa la batahola. ¿Qué batahola!

Jesús que se había ido a la cocina a beber un poco de agua, se asoma al umbral a tiempo de oír una vez más la acostumbrada y necia acusación farisea: “Este no es sino un Belcebú, porque los demonios lo obedecen. El gran Belcebú, su padre, lo ayuda y Él arroja los demonios no con otra cosa que con el auxilio que le presta Belcebú príncipe de los demonios.

Jesús baja los dos escalones del umbral y se acerca, derecho, severo pero tranquilo. Se detiene enfrente del grupo de escribas y fariseos, los mira agudamente. Les dice: “Aun en la tierra vemos que un reino dividido en partidos contrarios se debilita internamente y se convierte en fácil presa para que lo ataquen y devasten naciones circunvecinas que lo harán su esclavo. Vemos en la tierra también que una ciudad dividida en partidos contrarios no tiene bienestar. Lo mismo sucede en una familia cuyos miembros se dividen por mutuo rencor. Se resquebraja, se convierte en trizas que no sirven a nadie y son el hazmerreír de los conciudadanos... La concordia además de deber es astucia, porque mantiene libres, fuertes y solícitos los miembros. Esto deberían reflexionar los patriotas. Los ciudadanos, los familiares cuando por el capricho de un bien particular, sienten la tentación de separación y engaño que son siempre peligrosos en los partidos, destructores en los efectos.

Tal astucia de hecho la ponen en práctica los que son dueños del mundo. Observad a Roma en su innegable potencia, que nos es molesta. Domina el mundo. Está unida en un solo parecer, en una sola voluntad: “dominar”. También entre ellos habrá ideas contrarias, antipatías, rebeliones pero corren en el fondo: en la superficie hay un solo bloque, sin hendiduras, sin confusiones. Todos quieren la misma meta y corren peligros porque la desean, y siempre lo logran, mientras desean lo mismo.

Ved este ejemplo humano de astucia unida y pensad: si estos hijos del siglo son así, ¿qué no será Satanás? Para nosotros ellos son un satanás, pero su satanismo pagano no es nada respecto al perfecto de Satanás y de sus demonios. Allí, en aquel reino eterno, que no tiene siglos, fin, límites de astucia y perversidad, allí donde el gozo consiste en dañar a Dios y a los hombres y su respirar es hacer mal, doloroso placer para ellos, el único atroz; con una perfección maldita esos espíritus se han llegado a fundir en un solo querer: “hacer dalo”...

Ahora bien, si como queréis afirmar, para que se dude de mi poder, Satanás es el que me ayuda porque Yo soy un Belzebú menor ¿no sucede entonces que Satanás está en desacuerdo consigo mismo y con sus demonios, si arroja a estos de sus posesiones? Y si está en desacuerdo ¿su reino podrá acaso durar? Ciertamente que no. Satanás es astutísimo y no se hace daño. Él trata de extender, no de reducir su reino en los corazones. Su vida es “robar-dañar-mentir, ofender-meter confusión”. Robar almas a Dios y paz a los hombres. Dañar a las criaturas del Padre causándole dolor, Mentir para extraviar. Ofender para gozar. Sembrar confusión porque él es desorden. Y no puede cambiar. Es eterno en su ser y en sus métodos.

Respóndeme a esta pregunta: si Yo arrojo a los demonios en el nombre de Belcebú, ¿en nombre de quién lo arrojan vuestros hijos? ¿Queréis confesar entonces que también ellos son Belzebú? Ahora bien, si lo afirmáis, ellos os tendrán por calumniadores. Si su santidad es tal que no reaccione con vuestra acusación, os juzgáis a vosotros mismos, confesando que creéis tener muchos demonios en Israel, y os juzgará Dios en nombre de los hijos de Israel a quienes acusáis de ser demonios. Por lo cual, de donde quiera que venga la sentencia, serán ellos en el fondo vuestros jueces, exactamente donde la presión humana no puede sobornar el juicio

Si como es verdad, Yo arrojo los demonios por el espíritu de Dios, prueba clara es que ha llegado a vosotros el reino de Dios y el rey de este reino, que tiene tal poder que ninguna fuerza contraria a su reino le puede resistir. De donde se deduce que Yo ato y obligo a los usurpadores de los hijos de mi reino a salir de los lugares ocupados y a restituirme la presa para que tome posesión de ella. ¿No se comporta acaso así uno que tenga ganas de entrar en una casa en que vive un hombre fuerte para arrebatárle los bienes, bien o mal adquiridos? Así se comporta. Entra y lo ata, y después de haberlo hecho, puede saquear la casa. Yo ato al ángel tenebroso que se ha usurpado lo mío y le quito los bienes que me robó. Sólo puedo hacerlo Yo porque soy el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz”.

“Explicanos qué quieres decir con: “Padre del siglo futuro”. ¿Crees que vas a vivir hasta el nuevo siglo: y mucho más tontamente, piensas crear el tiempo, Tú, pobre hombre? El tiempo es de Dios” pregunta un escriba.

“¿Y tú escriba, me lo preguntas? ¿No sabes ni siquiera que vendrá un siglo que tendrá principio pero no fin, y que será el mío? En él triunfaré reuniendo a mi alrededor a los que son hijos de él, y vivirán eternos como el siglo que habré creado, y ya lo estoy haciendo al poner el espíritu en su valor sobre la carne y sobre el mundo, y sobre los espíritus infernales que arrojo porque todo lo puedo.

Por esto os digo que quien no está conmigo, está contra Mí y que quien no recoge, desperdicia. Porque Yo soy el que soy. Y quien no cree esto, que está ya profetizado³, peca contra el Espíritu Santo cuya palabra la dijeron los profetas, y no es mentira ni error, y debe creerse sin pretexto alguno.

Yo os lo digo: todo será perdonado a los hombres, su pecado y blasfemia, pues Dios sabe que el hombre no es sólo espíritu sino carne, y carne que sufre tentaciones y que sucumbe a debilidades imprevistas. Pero la blasfemia contra el Espíritu *no será perdonada*. Quien hablase contra el Hijo del hombre será aun perdonado porque la carne que envuelve mi Persona y arroja al hombre que habla contra de Mí, puede arrastrarlo al error. Pero quien habla contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en esta ni en la vida futura, porque la Verdad es la que es: clara, santa, innegable y manifestada al espíritu de modo que no induzca al error. Cosa diversa sucede a los que voluntariamente *quieren el error*, que yerran. Negar la verdad que dijo el Espíritu Santo es negar la Palabra de Dios y al Amor que aquella palabra manifestó por amor de los hombres. Y el pecado contra el Amor no es perdonado.

Pero cada uno da frutos de su planta. Vosotros dais los vuestros, y no son frutos buenos. Si regaláis un árbol bueno para que se ponga en la huerta, ciertamente dará buenos frutos; pero si dais un árbol nocivo, nocivo será el fruto que se recogerá, y todos dirán: “Este árbol no es bueno”. Porque por el fruto se conoce el árbol.

Y vosotros ¿cómo podéis imaginar que habléis bien, vosotros que sois malos? Pues la boca habla de lo que está lleno el corazón. De la sobreabundancia que hay en nosotros, de ella sacamos nuestras acciones y razonamientos. El hombre saca de su buen tesoro cosas buenas; el perverso de su mal tesoro, cosas malas. Y habla y obra según lo que tiene dentro.

En verdad os digo que la ociosidad es culpa, pero es mejor estar de ociosos que cometer acciones perversas. Y os digo también que es mejor callar que hablar sin ningún fin y con malicia. Si aun el callar es ociosidad, *haced más bien esto que pecar con la lengua*. Os aseguro que de las palabras que se dicen por ociosidad a los hombres se pedirá justificación en el día del juicio, y que por las palabras dichas los hombres serán justificados o condenados. Estad, pues, atentos, vosotros que proferís palabras más que ociosas, porque no solo son ociosas sino que obran el mal, y con intención de alejar los corazones de la Verdad que os está hablando”.

Los fariseos se consultan con los escribas, y luego todos juntos, fingiendo cortesía, preguntan: “Maestro, se cree mejor en lo que se ve. Danos, pues, una señal para que podamos creer que eres lo que dices ser”.

“¿Veis que en vosotros existe el pecado contra el Espíritu Santo que muchas veces me ha señalado por el Verbo encarnado? Verbo y Salvador, que llegó al tiempo señalado, precedido y seguido por señales que dieron los profetas, y que obra lo que dice el Espíritu”.

Responden: “Creemos en el Espíritu, pero ¿cómo podemos creer en Ti si no vemos una señal con nuestros ojos?”

“¿Cómo podéis, entonces, creer en el Espíritu cuyas acciones son espirituales, si no creéis en las mías que pueden percibirse con los ojos? Mi vida está llena de ellas. ¿No bastan todavía? No. Yo mismo os respondo que no. No basta todavía. A esta generación adúltera y

³ Cfr. Ex. 3, 13-15.

perversa que busca una señal se le dará una sola: la del profeta Jonás⁵. De hecho, como Jonás estuvo tres días en el vientre de una ballena, así el Hijo del hombre estará tres días en las entrañas de la tierra. En verdad os digo que los ninivitas resucitarán en el día del juicio como todos los hombres y serán enemigos de esta generación y la condenarán, porque ellos hicieron penitencia con la predicación de Jonás y vosotros no la hacéis. Y aquí está Uno que es más que Jonás. Y resucitará y será enemiga vuestra la reina del Mediodía y os condenará porque ella vino desde los últimos confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón. Y aquí está Uno que es más que Salomón”.

“¿Por qué dices que esta generación es adúltera y perversa? No será más que las otras. En ella hay los mismos santos que hubo en las otras. No ha sido cambiada la concatenación de Israel. Nos ofendes”.

“Vosotros sois los que os ofendéis haciéndoos daño en vuestras almas al alejarlas de la verdad, y con ello de la salvación. Os respondo lo mismo. Esta generación no es santa sino en las vestiduras y en lo externo. Por dentro no lo es. Hay en Israel los mismos nombres para señalar las mismas cosas, pero no les corresponde la realidad. Hay los mismos usos, vestidos, ritos, pero les falta el espíritu. Sois adúlteros, habéis rechazado el matrimonio sobrenatural con la ley divina, y os habéis casado, en segunda unión adúltera, con la ley de Satanás. No estáis circuncidados sino en un miembro caduco. El corazón no lo está. Sois perversos porque os habéis vendido al maligno. He terminado”.

“Nos ofendes demasiado. Pero si es así, ¿por qué no libraste a Israel del demonio para que se haga santo?”

“¿Tiene Israel esta voluntad? No, La tienen esos pobres que vienen para ser liberados del demonio porque lo sienten como un peso y una vergüenza. Vosotros no lo sentís. E inútilmente seríais liberados, porque no teniendo voluntad de serlo, seríais nuevamente presas y de una manera más fuerte. Porque cuando sale un espíritu inmundo, vaga por lugares áridos en busca de reposo y no lo encuentra. Tened en cuenta, que no se trata de lugares materiales. Son áridos porque le son hostiles al no acogerlo, así como la tierra árida es hostil a la semilla. Entonces dice: “Regresaré a mi casa de donde fui arrojado por la fuerza y contra su voluntad. Estoy seguro que me acogerá y me dejará descansar”. Regresa, pues, a lo que había sido suyo, y lo encuentra muchas veces dispuesto a acogerlo porque en verdad os digo que el hombre tiene más nostalgia de Satanás que de Dios, y si Satanás no le molesta algún miembro, no se lamenta de ninguna otra posesión. Va, pues, y encuentra la casa vacía, barrida, adornada, olorosa a limpieza. Entonces se va a tomar otros siete espíritus peores porque no quiere perderla más, y con estos siete espíritus peores que él entra en la casa y todos se establecen en ella. Y esta segunda situación de uno que se convirtió una vez y se pervierte otra, es peor que la primera. Porque el demonio conoce la medida en la que ese hombre ama a Satanás y es ingrato con Dios, y también porque Dios no regresa donde se desprecian sus gracias. Expertos de una posesión los brazos se abren a una mayor. La recaída en el satanismo es peor que una recaída en tisis mortal, de la que alguien se había curado antes. No se mejorará ni se curará jamás. Igual cosa acaecerá también a esta generación que convirtió el Bautista, y que ha vuelto a ser pecadora porque ama al malvado y no a Mí”.

Un alboroto que no es ni de aprobación ni de protesta cunde entre la multitud que se oprime por ser mucha, de manera que hasta la calle, el huerto y la terraza están llenos de gente. Hay quienes están sentados a horcadas sobre la pared que se levanta en el borde del huerto y sobresale sobre las plantas de los huertos cercanos porque todos quieren oír la disputa entre Jesús y sus enemigos. Un ruido confuso, como una ola que del lago llega a la playa, cunde de boca en boca hasta los apóstoles que están más cercanos a Jesús, esto es, Pedro, Juan, Zelote y los hijos de Alfeo, porque los demás unos están en la terraza, y otros en la cocina. Menos Judas Iscariote que está en la calle, entre la gente.

⁵ Cfr. Jonás 2-3

Pedro, Juan, Zelote, los hijos de Alfeo recogen este sordo rumor y dicen a Jesús: “Maestro, están tu Mamá y tus hermanos. Da orden de que se aleje la multitud para que puedan acercarse a Ti, porque ciertamente habrá una gran razón que los obligó a venir a buscarte”.

Jesús levanta su cabeza y ve en el fondo de la multitud el rostro angustiado de su Madre que lucha por no llorar, entre tanto que José de Alfeo le habla excitadamente. Ve los gestos que una y otra vez hace de no admitir, enérgicos no obstante la insistencia de José. Ve también la cara embarazada de Simón, claramente afligida, disgustada... Pero no sonríe y no da ninguna orden. Deja a la Afligida en su dolor y a sus primos donde están.

Baja los ojos a la multitud, y respondiendo a los apóstoles que le están cerca, responde también a los que están lejos y que tratan de hacer valer la sangre sobre el deber. “¿Quién es mi Madre? ¿Quiénes son mis hermanos?”

Gira los ojos. Hay severidad en el rostro que palidece por esta violencia que se debe hacer a fin de colocar el deber sobre el afecto y la sangre y lograr negar su unión con su Madre y para servir al Padre⁶. Dice, señalando con un largo ademán a la multitud que se aprieta a su alrededor a la luz roja de las antorchas y la luz plateada de la luna casi llena: “He aquí a mi madre, y he aquí a mis hermanos. Los que hacen la voluntad de Dios son mis hermanos y hermanas, son mi madre. No tengo otros. Los míos serán esto si cumplen la voluntad divina y *con mayor perfección que cualquier otro en hacer la voluntad de Dios hasta el sacrificio total de cualquier otro querer o voz de sangre y de afecto*”.

La multitud ruge como si fuese un mar rasgado por subitáneo viento.

Los escribas son los primeros en huir diciendo: “¡Es un demonio. Reniega hasta de su sangre!”

Los parientes se adelantan diciendo: “¡Es un loco! ¡Tortura hasta a su Madre!”

Los apóstoles dicen: En verdad que en esta palabra se concentra todo el heroísmo”.

La multitud dice: “¡Cómo nos ama!”

A duras penas María con José y Simón se abren paso entre la multitud. María toda dulzura, José todo rabia, Simón todo embarazo. Llegan a donde está Jesús.

José al punto lo ataca: “Eres un loco. Ofendes a todos. No respetas ni siquiera a tu Madre. Pero ahora estoy aquí y te lo impediré. ¿Es verdad que vas de aquí a allá como trabajador? Si es verdad ¿por qué no trabajas en tu carpintería, para alimentar a tu Madre? ¿Por qué mientes que tu trabajo es la predicación, ocioso e ingrato que eres, si luego vas a buscar en casa ajena un trabajo remunerado? ¡Responde!”

Jesús se vuelve, toma la mano del niño José, se lo acerca y luego lo levanta sosteniéndolo por las axilas. Dice: “Mi trabajo fue para dar de comer a este inocente y a sus parientes, y persuadirles de que Dios es bueno. Se predicó a Corozaim la humildad y la caridad, y no sólo a Corozaim sino también a ti, José hermano injusto. Te perdono porque sé que la sierpe te mordió. Te perdono también a ti, Simón inconstante. No tengo nada qué perdonar a mi Madre, ni ella tiene nada qué perdonarme, porque juzga con justicia. Qué haga el mundo lo que quiera, Yo hago lo que Dios quiere. Y con la bendición del Padre y de mi Madre soy feliz más que si todo el mundo me aclamase como rey suyo. Ven, Madre. No llores. Ellos no saben lo que hacen. Perdónalos”.

“¡Oh, Hijo mío! Yo sé. Tú sabes. No hay nada qué decir...”

“No hay otra cosa qué decir a la gente más que: “Idos en paz””.

Jesús bendice a la multitud, y luego, teniendo a María con la mano derecha, con la izquierda al niño, se dirige a la escalera y es el primero en subir.

133. La muerte de Juan el Bautista¹

4 septiembre 1945

⁶ Para entender esta expresión conferir Lc. 2, 46-50.

¹ Cfr. Mt. 14, 3-12; Mc. 6, 17-29; Lc. 3, 19-20; 9, 7-9.

Jesús está curando a unos enfermos. Ningún otro está presente fuera de Mannaén. Están en la casa de Cafarnaum, en el huerto lleno de sombra en aquella hora matinal. Mannaén no trae ni el cinturón precioso en la cintura ni la lámina de oro en la frente. Con un cinturón sencillo de lana ciñe su cintura y el turbante es una tira de tela. Jesús no lleva nada en la cabeza. Le gusta siempre estar descubierto, sobre todo cuando está en casa.

Después que terminó de curar a los enfermos y de consolarlos sube con Mannaén a la habitación del segundo piso y se sientan en el balcón que da al monte, porque la parte del lago está bañada por el sol y hace todavía mucho calor, aun cuando ya hace varios días que pasó la canícula.

“Dentro de poco empezará la vendimia” dice Mannaen.

“De veras. Y luego vendrá la fiesta de los tabernáculos... y el invierno estará ya a las puertas. ¿Cuándo piensas partir?”

“Bueno... Por mi parte no me iría nunca... pero pienso en el Bautista. Herodes es un débil. Se le puede sugestionar para que haga el bien, y si no se hace bueno, por lo menos... que no sea sanguinario. Desgraciadamente son pocos los que le aconsejan bien. ¡Y esa mujer!... ¡Esa mujer!... Quisiera yo estar aquí hasta que regresen tus apóstoles, no por jactarme de mí mismo... sino porque todavía puedo algo... aunque mi ascendencia ha disminuido desde que saben que sigo los senderos del bien. Pero no me importa. Quisiera tener el valor de poder abandonar todo para seguirte completamente, como aquellos discípulos que estás esperando. ¿Lo lograré alguna vez? Nosotros que no pertenecemos a la plebe somos más obstinados en seguirte. ¿Por qué será?”

“Porque los tentáculos de las pobres riquezas os tienen cogidos”.

“Conozco a algunos que no son ciertamente ricos, pero sí doctos o están a punto de llegar a ser, y tampoco vienen”.

“También ellos presos de los tentáculos de las pobres riquezas. No solamente se es rico de dinero. Existe también la riqueza del saber. Pocos llegan a decir con Salomón: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”². No en el sentido material de las palabras sino en la profundidad que quiso dar a sus palabras. ¿Te acuerdas de ella? La ciencia humana es vanidad, porque aumentar tan solo el saber humano “es preocupación y aflicción del espíritu, y quien trata por saber, aumenta sus preocupaciones”. En verdad te digo que así es. Pero también digo que no sucedería así si la ciencia humana se apoyase y fuese controlada por la sabiduría sobrenatural y por el amor de Dios. El placer es vanidad porque no dura, sino que ligero se esfuma, después de haber ardido dejando ceniza y vacío. Los bienes acumulados con todos los medios son vanidad para el hombre que muere porque los deja a otros y con los bienes no puede rechazar la muerte. La mujer, mirada solamente como tal y como tal deseada, es vanidad. Por lo que se deduce que la única cosa que no es vanidad es el santo temor de Dios y la obediencia a sus mandamientos, o sea, la sabiduría del hombre, que no sólo es carne, sino que posee una segunda naturaleza: la espiritual. Quien llega a esta conclusión y la acepta logra liberarse de cualquier tentáculo de pobres posesiones e ir libre al encuentro del Señor”.

“Quiero tener presentes estas palabras, quiero acordarme de todo cuanto me has dado en estos días. Ahora puedo ir entre la inmundicia de la corte, que parece brillante solo a los necios; que parece poderosa y libre, y no es sino miseria y cárcel, y oscuridad. Puedo irme con un tesoro que me permitirá vivir allí mejor en espera de algo mejor. ¿Pero lograré alguna vez llegar a esta meta mejor que es pertenecerte totalmente?”

“Lo lograrás”.

“¿Cuándo? ¿El año próximo? ¿O más tarde? ¿O cuando la ancianidad me haga prudente?”

“Lo lograrás llegando a una madurez de espíritu y a una decisión perfecta en término de unas cuantas horas”.

Mannaén lo mira pensativo, indagador... No pregunta más.

Silencio. Luego Jesús lo interrumpe: “¿Has estado alguna vez con Lázaro de Betania?”

²Cfr. Eccl. 1-2

“No, Maestro. Puedo decir que no. Nos encontrábamos alguna vez, pero no puede llamarse amistad. Sabes... Yo con Herodes, y Herodes contra él... Pero esto...”

“Ahora Lázaro te mirará más allá de estas cosas, te mirará en Dios. Procura tratarlo como condiscípulo”.

“Lo haré si así lo quieres...”

Se oyen gritos alarmantes por el huerto. Se pregunta ansiosamente por: “¡El Maestro! ¡El Maestro! ¿Está aquí?”

La cantarina voz de la dueña de la casa responde: “En la habitación superior. ¿Quiénes sois? ¿Enfermos?”

“No. Discípulos de Juan y queremos ver a Jesús de Nazaret”.

Jesús se asoma a la ventana diciendo: “La paz sea con vosotros... ¡Oh! ¿Sois vosotros? ¡Venid, venid!”

Son los tres pastores: Juan, Matías y Simón. “¡Oh, Maestro!” dicen levantando la cabeza y mostrando un rostro dolorido. Ni siquiera la mirada de Jesús los serena.

Jesús sale de la habitación, y va a su encuentro a la terraza. Mannaén lo sigue. Se encuentran exactamente donde la escalera desemboca en la terraza azotada por el sol.

Los tres se arrodillan besando el suelo. Juan habla en nombre de los demás: “Y ahora recógenos, Señor, porque somos tu herencia” las lágrimas bajan por su cara y por la de sus compañeros.

Jesús y Mannaén dan un solo grito: “¿¡Juan!?”

“Ha sido muerto...”

La palabra cae como si hubiese sido un horrible fragor que apagase cualquier estrépito del mundo. Y sin embargo fue pronunciada despacio. Deja como piedra inmóvil al que la dice y al que la oye. Parece como si la tierra para entenderla y luego horrorizarse de ella, suspendiese todo su ruido, tan profundo es el momento de silencio en los animales, en el bosque, en el aire. Los palomos suspenden sus arrullos, un mirlo su trinar, las avecillas enmudecen, y como si a una chicharra le hubiesen cortado sus antenas, de pronto calla, hasta el viento que acariciaba los pámpanos y las hojas se detienen, produciendo un rozar de hojas y un chirrido de rodrgones.

Jesús se pone de color pálido de marfil. Sus ojos se agrandan, el llanto que se asoma. Abre los brazos. Habla. Su voz es profunda por el esfuerzo que hace por que sea tranquila: “Paz al mártir de la justicia y a mi Precursor”. Cierra los brazos. Su espíritu ora, está en comunicación con el Espíritu de Dios y del Bautista.

Mannaén no se atreve ni a moverse. Al revés de Jesús, se ha puesto colorado y la ira brota de su cara. Se ha puesto rígido. Su turbación se manifiesta en el movimiento mecánico de la mano derecha que manosea el cordón que trae en la cintura, y con la izquierda involuntariamente busca el puñal... sacude la cabeza compadeciéndose de su poca memoria que no se acuerda que está desarmado para poder ser “discípulo del Manso, para estar cerca del Manso”.

Jesús vuelve a abrir la boca y los ojos. Su rostro, su mirada, su voz, han vuelto a cobrar la majestad divina que le son habituales. Tan sólo le queda una profunda tristeza dulcificada con la paz. “Venid. Me lo contaréis. De hoy en adelante me pertenecéis”.

Los conduce a la habitación. Cierra la puerta, corre las cortinas para impedir la mucha luz y para conseguir recogimiento por el dolor y por la belleza de muerte que tuvo el Bautista, para marcar los límites que dividen esta perfección de vida y el mundo corrompido. “Hablad” dice.

Mannaén sigue con el gesto como si se hubiese petrificado. Está cerca del grupo, pero no dice ni una palabra.

“Fue la noche de la fiesta... Lo sucedido no se podía prever... Tan solo dos horas antes Herodes había estado aconsejándose con Juan, dejándolo después con aire afectuoso... Y poco, poco antes de que sucediese... el homicidio, el martirio, el crimen, la glorificación, había mandado a un criado suyo que llevase frutas heladas y vinos muy exquisitos al prisionero. Juan nos distribuyó estas viandas... Jamás prescindió de su austeridad... Éramos los únicos

presentes. Gracias a Mannaén trabajábamos en el palacio como criados en la cocina y caballeriza. Debido a esto podíamos ver siempre a nuestro Juan... En la cocina estábamos yo y Juan. Simeón tenía a su cuidado los criados de la caballeriza para que trataran con cuidado las cabalgaduras de los huéspedes... El palacio estaba lleno de grandes, de jefes militares y de señores de Galilea. Herodías se había encerrado en sus habitaciones después de una violenta escena que había tenido con Herodes por la mañana..."

Mannaén interrumpe: "¿Pero cuándo llegó esa hiena?"

"Dos días antes. Nadie la esperaba... Dijo al monarca que no podía vivir lejos de él, y menos en el día de su fiesta. Serpiente y bruja, lo había convertido en pelmazo... Pero Herodes ya desde la mañana de aquel día aunque ebrio de vino y de lujuria, se había opuesto a conceder a la mujer lo que pedía a grandes gritos... Y nadie se imaginaba que fuese la vida de Juan..."

Estuvo en sus habitaciones irritadísima. No aceptó los alimentos que Herodes le envió en vajilla preciosísima. Tan sólo se quedó con una preciosa fuente de frutas, y en cambio envió a Herodes una jarra de vino con drogas... Con drogas... ¡Ah! Ya su naturaleza ebria y viciosa bastaba para arrojarlo al delito.

Por los criados que asistían a las mesas supimos que después de la danza de las bailarinas de corte, mejor dicho, a la mitad de ellas, irrumpió Salomé bailando en la sala del banquete. Y las bailarinas, ante la jovencilla real, se retiraron a la pared. La danza fue bella, nos dijeron. Lúbrica y perfecta. Digna de los huéspedes... Herodes... ¡Oh tal vez un nuevo placer de incesto fermentaba en su corazón!... Herodes al fin de la danza, con satisfacción dijo a Salomé: "¡Bailaste bien! Mereces un premio. Juro que te lo daré. Juro que te daré cualquier cosa que me pidieres. Lo juro en la presencia de todos. Y la palabra de rey es fiel, aun sin juramentos. Pide, pues, lo que quieras".

Y Salomé fingiendo no saber qué hacer, inocencia y modestia, cubriéndose con sus velos, con un gesto púdico, después de tanta desvergüenza, respondió: "Permíteme, oh grande, reflexionar un momento. Salgo un momento y luego regresaré porque tu gracia me ha turbado"... y se fue derecha a su madre.

Selma me contó que entró riendo y que dijo: "Madre, ¡venciste! Dame la palangana". Y Herodías con un grito de triunfo ordenó a la esclava que diese a la jovencita la palangana que había detenido antes diciendo: "Ve, y regresa con la cabeza odiada y te cubriré de perlas y oro". Selma horrorizada, obedeció...

Salomé volvió a la sala danzando y danzando se postró a los pies del rey. Le dijo: "Mira. En esta palangana que enviaste a mi madre, en señal de que la amas y de que me amas, quiero la cabeza de Juan. Y luego volveré a bailar, si tanto te gusto. Bailaré la danza de la victoria. Porque he vencido. Te vencí, ¡oh rey! ¡Gané la vida y me siento feliz!" Un copero amigo nuestro nos repitió estas palabras.

Herodes se turbó en medio de dos quereres: ser fiel a su palabra, y ser justo. Pero no supo ser justo porque es un desvergonzado. Hizo señal al verdugo que estaba detrás del trono real, y tomando la palangana de las manos de Salomé que tenía levantada, bajó la escalera del lugar del banquete y se fue a las habitaciones inferiores. Juan y yo vimos cuando atravesaba el patio... y poco después oímos el grito de Simeón: "¡Asesinos!" Luego lo vimos que volvía con la cabeza en la palangana... Juan, tu Precursor había muerto..."

"Simeón, ¿puedes contarme cómo murió?" pregunta unos momentos después Jesús.

"Sí. Estaba en oración. Me había dicho antes: "Dentro de poco habrán regresado los dos a quienes envié, y quien no cree, creará. Acuérdate que si no estuviese vivo a su regreso, yo, como uno que está cercano a la muerte, nuevamente te digo, para que les repitas: 'Jesús de Nazaret es el verdadero Mesías'. Siempre pensaba en Ti... Entró el verdugo. Yo lancé un grito. Juan levantó la cabeza. Lo vio. Se puso de pie. Dijo: "No puedes sino cortarme la vida. Pero la verdad que permanece es que no es lícito hacer el mal". E iba a decirme algo cuando el verdugo levantó la pesada espada. Juan todavía estaba de pie. La cabeza cayó truncada del cuerpo con un chorro de sangre que enrojeció la piel de cabra. La enflaquecida cara quedó casi cera, pero quedaron vivos, abiertos, acusadores los ojos. Me rodó hasta los pies..."

También caí sobre el cuerpo presa del dolor... Luego... luego... luego que Herodías la manoseó y se burló de ella, la echaron a los perros. Pero nosotros la recogimos rápido y en un velo precioso la envolvimos junto con el tronco. Por la noche lo compusimos bien y lo sacamos de Maqueronte. Lo embalsamamos en un bosque de acacias con ayuda de otros discípulos cuando apenas iba a despuntar el sol... Pero otra vez nos lo quitaron para nuestras befas... porque ella no puede destruirlo, y no puede perdonarlo... Y sus esclavos, llevados del temor, fueron más crueles que los chacales al quitarnos la cabeza de Juan. Si hubieses estado, Mannaén...”

“Si hubiera estado... Esa cabeza es su maldición... Nada se quita a la gloria del Precursor aunque el cuerpo esté incompleto. ¿No es verdad, Maestro?”

“Es verdad. Aunque la hubiesen acabado los perros, no habría acabado su gloria”.

“Y su palabra no cambió, Maestro. Sus ojos, aunque befados, y con una gran herida, todavía repiten: “No te es lícito”. ¡Pero nosotros lo hemos perdido!” dice Matías

“Ahora somos tuyos porque él así nos lo dijo, y nos dijo que Tú ya lo sabías”.

“Así es. Hace meses que me pertenecéis. ¿Cómo vinisteis?”

“A pie. A etapas. Camino largo, penoso en medio de arenas y sol abrasadores, pero todavía más duros por el dolor. Hace como veinte días que estamos en camino...”

“Ahora descansaréis”.

Mannaén pregunta: “Decidme: ¿No se sorprendió Herodes por mi ausencia?”

“Sí. Primero se inquietó y luego se enfureció. Pero pasado el arrebató dijo: “Un juez menos” Así nos lo contó nuestro amigo el copero”.

Jesús dice: “¡Un juez menos! Dios le espera como juez y es suficiente. Id al lugar donde dormimos. Estáis cansados y sucios del polvo. Encontraréis vestidos y sandalias de vuestros compañeros. Tomadlos. Lo que es de uno es de los demás. Tú, Matías, que eres alto, puedes tomar uno de mis vestidos. Luego proveeremos. Al atardecer, pues es vigilia de sábado, vendrán mis apóstoles. La semana que entra vendrá Isaac con los discípulos y luego Benjamín y Daniel, y después de la fiesta de los Tabernáculos vendrán también Elías, José y Leví. Es tiempo que a los doce se unan los otros. Id ahora a descansar.

Mannaén los acompaña y luego regresa. Jesús se queda con él. Se sienta pensativo, claramente triste, con la cabeza reclinada entre las manos, el codo apoyado sobre la rodilla como sostén. Mannaén está sentado cerca de la mesa y no se mueve. Su color es plomizo. Su cara refleja una tempestad.

Después de un largo tiempo. Jesús levanta su cabeza, lo mira y le pregunta: “¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?”

“Todavía no lo sé... La razón de estar en Maqueronte ha terminado. Quisiera permanecer todavía en la corte para saber... para protegerte si sé algo”.

“Te sería mejor que me siguieses sin vacilación. Pero no te hago fuerza. Vendrá cuando esté deshecho pedazo por pedazo, el viejo Mannaén”.

“Quisiera también quitar la cabeza a esa mujer. No es digna de tenerla...”

Un pálido esbozo de sonrisa se asoma por el rostro de Jesús y franco dice: “Y además todavía no estás muerto a las riquezas humanas. Pero de todos modos te quiero. Sé que no pierdo aunque te aguardo. Sé aguardar...”

“Maestro, quisiera darte mi generosidad para consuelo tuyo... Porque sufres, lo veo”.

“Así es, sufro. ¡Mucho! ¡Mucho!...”

“¿Sólo por Juan? No lo creo. Sabes que está en paz”.

“Sé que está en paz y no lo siento lejano”.

“¿Entonces?”

“¡Entonces... Mannaén! ¿A qué precede el alba?”

“Al día, Maestro. ¿Por qué me preguntas?”

“Porque la muerte de Juan precede al día en que seré el Redentor. Y mi parte humana se estremece fuertemente ante esta idea... Mannaén, voy al monte. Quédate a recibir a quien

viniere, a ayudar a los que acaban de venir. Quédate hasta que regrese Yo. Luego... harás lo que quieras. Hasta pronto”.

Jesús sale de la habitación. Baja despacio la escalera, atraviesa el huerto y por la parte posterior se va por una veredita entre huertos enmarañados de olivos, manzanos, vides, higueras. Toma por la pendiente de una pequeña colina y allí se le pierde de vista.

134. “Vamos a Tariquea”

5 septiembre 1945

Ya es de noche cuando Jesús regresa a casa. Entra sin hacer ruido en el huerto. Se asoma por un instante a la cocina que está oscura. Nota que está vacía. Se asoma a las dos habitaciones donde están las esteras y las camas de dormir. También vacías. Tan solo los vestidos, que se cambiaron los apóstoles y que colocaron en un rincón, dicen que ya regresaron. La casa parece deshabitada, por el silencio que en ella reina.

Jesús, haciendo menos ruido que pudiera hacerlo una sombra, sube por las escaleras. Su figura blanca brilla al claror de la luna llena. Llega a la terraza. La recorre. Parece un fantasma que se moviera sin hacer ruido. Un fantasma luminoso. En la claridad de la luna sus perfiles se hacen más sutiles, parece como si se levantara. Levanta con la mano la cortina que está a la entrada de la habitación. Cuando entraron en ella los discípulos de Juan la habían bajado. Dentro de la habitación sentados acá y allá en grupos o solos, están los apóstoles con los discípulos de Juan y Mannaén. Marziam, dormido sobre las rodillas de Pedro. La luna ilumina la habitación al penetrar en ella sus rayos por las ventanas abiertas. Nadie habla. Y nadie duerme, fuera del niño que está sentado en una estera.

Jesús entra despacio. Tomás es el primero que lo ve. “¡Oh! ¡Maestro!” dice echando un brinco.

Los demás se sacuden. Pedro, el impetuoso, quiere levantarse pronto, se acuerda que el niño está durmiendo sobre sus piernas, y se levanta poco a poco, recostando la cabeza morena de Marziam en su asiento. Es el último en acercarse al Maestro. Jesús con voz cansada, como la de quien ha sufrido mucho, responde a Juan, Santiago y Andrés que le muestran sus condolencias: “Lo comprendo. Pero sólo quien no cree puede sentirse desolado ante la muerte. Nosotros sabemos y creemos. Juan no se ha separado de nosotros. Antes lo estaba. Antes estábamos separados. Ahora ya no. Donde está él estoy Yo. Está cerca de Mí”.

Pedro introduce su cabeza despeinada entre las juveniles de sus compañeros. Jesús lo ve: “¿También has llorado tú. Simón de Jonás?” y con voz más ronca de lo acostumbrado: “Sí, Señor. Porque también yo estuve con Juan... Y luego... Y pensar que el viernes pasado me lamentaba de que estuviesen los fariseos y que nos fuesen a amargar el sábado. ¡Ese sí fue un sábado de amargura! Traje al niño... para tener también un sábado alegre... Y fue al revés...”

“No te desanimes, Simón de Jonás. Juan está no perdido. Te lo digo también a ti. Y además tenemos tres discípulos bien formados. ¿Dónde está el niño?”

“Allí, Maestro. Está durmiendo...”

“Déjalo que duerma” dice Jesús inclinándose sobre la morena cabecita entregada al reposo. Luego pregunta: “¿Ya cenasteis?”

“No, Maestro, te esperábamos y estábamos preocupados además por tu retraso. No sabíamos a dónde podríamos ir a buscarte... y nos parecía que también te habíamos perdido a Ti”.

“Todavía tenemos tiempo para estar juntos. Ea, preparad la cena, porque después nos iremos a otras partes. Tengo necesidad de aislarme entre mis amigos, y mañana, si nos quedamos aquí, nos veremos rodeados de gente”.

Yo te juro que no la soportaría y mucho menos esas almas viperinas de fariseos. ¡Y sería muy duro que se les escapase una sonrisa en la sinagoga al vernos!”

“¡Bien, Simón!... También pensé en esto, y por eso regresé para llevaros”.

A la luz de las lámparas que han encendido y puesto a los lados de la mesa se ven mejor las alteraciones de las caras. Sólo el rostro de Jesús es de una majestad solemne, y la carita de Marziam sonríe en el sueño.

“El niño ya comió antes” dice Simón.

“Entonces es mejor dejarlo dormir” responde Jesús.

Rodeado de los suyos, ofrece y distribuye el parco alimento que comen sin ganas. La cena termina en pocos minutos.

“Contadme qué habéis hecho...” dice Jesús para darles ánimos.

“Estuve con Felipe en la campiña de Betsaida y predicamos el evangelio y curamos aun niño” dice Pedro.

“Fue Simón quien lo curó” dice Felipe que no quiere apropiarse una gloria que no es suya.

“¡Oh, Señor! No sé cómo lo hice. Rogué mucho. Con todo el corazón. El niño me movía a compasión. Lo ungí con el aceite y lo froté con mis ásperas manos... y se curó. Cuando vi que el color volvía a su carita y que abría sus ojitos, que revivía, en una palabra, tuve casi hasta miedo”.

Jesús le pone la mano en la cabeza sin decir nada.

“Juan llamó la atención porque arrojó a un demonio. Pero a mí me tocó hablar” dice Tomás. “También tu hermano Judas lo hizo” añade Mateo.

“Y también Andrés” dice Santiago de Alfeo.

“Por su parte Simón Zelote curó un leproso. ¡Oh! ¡No tuvo miedo de tocarlo! Me dijo después: “No tengas miedo. A nosotros no se nos pega ningún mal físico por voluntad de Dios”” dice Bartolomé.

“Dijiste bien Simón. ¿Y vosotros dos?” pregunta Jesús a Santiago de Zebedeo y a Iscariote, que están un poco lejos. Aquel estaba hablando con los tres discípulos de Juan, éste estaba solo y con cara mustia.

“¡Oh! Yo no hice nada” dice Santiago. “Pero Judas hizo grandes milagros: curó un ciego, un paralítico y un endemoniado. A mí me pareció que fuese lunático. Pero la gente así afirmaba...”

“¿Y estás así con esa cara, si Dios te ayudó?” pregunta Pedro.

“Sé también ser humilde” responde Iscariote.

“Fuimos hasta huéspedes de un fariseo. Yo me sentí mal, pero como Judas tiene mucho tacto se adaptó, y le quitó los humos. El primer día estaba muy gallardo, pero luego... ¿Verdad, Judas?”

Este asiente sin decir una palabra.

“Muy bien. Y lo haréis siempre mejor. Estaremos juntos la semana siguiente. Entre tanto... Simón ve a preparar las barcas. También tú, Santiago”.

“¿Para todos, Maestro? No cabemos”

“¿No puedes conseguir otra?”

“Si se la pido a mi cuñado, sí. Voy a verlo”.

“Ve. Tan pronto lo hayas hecho, regresa. No des muchas explicaciones”.

Parten los cuatro pescadores. Los otros bajan a tomar sus alforjas y mantos. Se queda Mannaén con Jesús. El niño continúa durmiendo.

“Maestro, ¿vas lejos?”

“No lo sé todavía... Están cansados y afligidos. Yo también. Tengo pensado ir a Tariquea, por los campos, para aislarme en medio de la paz...”

“Traigo caballo, Maestro. Si me permites, te seguiré a lo largo del lago. ¿Estarás mucho tiempo fuera?”

“Tal vez una semana, pero no más”.

“Entonces vengo. Maestro, bendíceme esta vez, que es la primera en que nos despedimos. Quítame un peso del corazón”.

“¿Cuál, Mannaén?”

“El remordimiento de haber abandonado a Juan. Tal vez si hubiera estado...”

“No. Era su hora. Y ciertamente que él estuvo contento de haber visto que venías a verme. No tengas este peso. Más bien trata de librarte pronto y bien del único peso que tienes: el gusto de ser hombre. Hazte espíritu, Mannaén. Lo puedes. Tienes capacidad para hacerlo. Hasta pronto, Mannaén. Mi paz sea contigo. Pronto nos volveremos a ver en Judea”.

Mannaén se arrodilla y Jesús lo bendice. Luego lo levanta y lo besa.

Vuelven a entrar los demás, se despiden tanto los apóstoles como los discípulos de Juan. Llegan los pescadores: “Está arreglado, Maestro. Podemos irnos”.

“Está bien. Despedíos de Mannaén que se queda aquí hasta mañana por la tarde. Recoged los alimentos, tomad agua para el camino y vámonos. No hagáis ruido”.

Pedro se inclina para despertar a Marziam.

“No. Déjalo. Podría llorar. Lo llevo en mis brazos” dice Jesús. Dulcemente toma al niño que se retuerce un poco, pero instintivamente se acomoda en los brazos de Jesús.

Apagan las lámparas. Salen. Cierran la puerta. Descienden. En el umbral se despiden nuevamente de Mannaén, y luego en fila, por la calle bañada por la luna se dirigen al lago, que es un gran espejo de plata a las caricias de este hermoso planeta que está en su cenit. Tres gotitas rojas en el espejo quieto parecen los tres farolitos de las proas. Se distribuyen en las barcas. Los últimos en subir son los pescadores. Pedro y un trabajador con Jesús; Juan y Andrés en la segunda barca; Santiago y un trabajador en la tercera.

“¿A dónde, Maestro?” pregunta Pedro.

“A Tariquea. Donde desembarcamos después del milagro de los gerasenos. Ahora no hay pantanos. Habrá tranquilidad”.

Pedro enfila. Las otras barcas lo siguen, dejando una estela. Nadie habla. Tan solo cuando están en el lago y Cafarnaúm se esfuma en el claror de la luna que todas las cosas hace iguales con sus pinceladas de plata, Pedro, como si hablase con la barra del timón, dice: “Y estoy contento. Mañana, viejita mía, nos buscarán y gracias a ti, no nos encontrarán”.

“¿Con quién estás hablando, Simón?” pregunta Bartolomé.

“Con la barca. ¿No sabes que para los pescadores es como si fuese una esposa? ¡Cuántas veces he hablado con ella! Más que con Porfirio ¡Maestro!... ¿Está bien cubierto el niño? Hay rocío”...

“Sí. Oye, Simón. Ven aquí, tengo algo que decirte...”

Pedro da el timón de la barca al ayudante y va con Jesús.

“Dije Tariquea, pero contamos con estar después del sábado para saludar nuevamente a Mannaén. ¿No podrías encontrar algún lugar solitario por aquí cerca?”

“¡Oh Maestro! ¿Solitario para nosotros o para la barca? Si es para ella es necesaria Tariquea, o puertos de la ribera. Si es para nosotros basta con que te metas dentro de la selva de más allá del Jordán, donde sólo las bestias te desanidarán ... y tal vez algún pescador que ande tras sus redes. Podemos dejar las barcas en Tariquea. Llegaremos al amanecer, y nos metemos rápidos por el otro lado del vado. Por estos días se está muy bien”.

“Comprendido. Así lo haremos...”

“También el mundo causa náuseas ¿o no? Prefieres los pescados y los mosquitos ¿verdad? Tienes razón”.

“No siento náuseas. No hay qué sentir las. Pero quiero evitar que hagáis escándalos y quiero consolarme con vosotros en estas horas del sábado”.

“¡Maestro mío!...” Pedro lo besa en la frente y se va secándose un lagrimón que quiere ya saltarle de los ojos y bañarle la barba. Vuelve al timón, apunta decididamente hacia el sur. La luz de la luna va disminuyendo al esconderse tras una colina, y ocultando su cara a los hombres, pero deja todavía el cielo blanco con su luz, y al lago lo deja plateado en la playa oriental. Lo demás es de un color índigo oscuro que apenas se distingue de la luz que sale del fanal de proa.

6 septiembre 1945

Cuando Jesús pone pie en la ribera derecha del Jordán, a un kilómetro y medio o tal vez más, de la pequeña península de Tariquea, allí donde todo es verde porque el terreno, aunque seco tiene mucha humedad que mantiene las plantas vivas, si bien no muy gruesas, encuentra mucha gente que lo está espetando.

Le vienen al encuentro sus primos con Simón Zelote: “Maestro, las barcas nos denunciaron... Tal vez Mannaén fue también una señal...”

“Maestro” se excusa Mannaén, “partí de noche para que nadie me viese, y con nadie hablé, Créemelo. Me preguntaron que dónde estabas. Siempre respondí: “Ya partió”. Me imagino que la culpa la tiene un pescador que dijo que te había dado su barca...”

“¡Ese imbécil de mi cuñado!” grita Pedro. “¡Y le dije que no hablase! ¡Le dije que íbamos a Betsaida! ¡Y le dije que si hablaba le arrancaba la barba! Y lo voy a hacer. Oh que sí se la arranco. ¿Y ahora? ¡Adiós paz, aislamiento, descanso!”

“Bien, bien, Simón. Nosotros ya tuvimos nuestro día de paz. Además parte del objeto que me proponía lo obtuve: adoctrinaros, consolaros y tranquilizaros para impedir ofensas y choques entre vosotros y los fariseos de Cafarnaúm. Ahora vamos a donde están esas personas que nos aguardan. Vamos a premiar su fe y amor. ¿Y este amor no es acaso algo que consuela? Sufrimos por lo que es odio. Aquí hay amor, y por lo tanto gozo”.

Pedro se calma como un viento que se apacigua en un instante. Jesús va hacia el grupo de enfermos que lo esperan con el deseo clavado en su rostro. Cura uno por uno, con amor, con mansedumbre aun con el hijo de un escriba que le presenta su hijito enfermo.

El escriba le dice: “Lo ves. Huyes, pero es inútil hacerlo. Odio y amor son sagaces en encontrar. Aquí te encontró el amor como se dice en el Cántico. Para muchos eres ya el Esposo del Cántico. Se acerca uno a Ti como la Sulamite va a donde está el esposo, desafiando las guardias de ronda, y las cuadrigas de Aminadab¹”.

“¿Por qué dices esto? ¿Por qué?”

“Porque es verdad. Venir es peligro, pues eres odiado. ¿No sabes que Roma te espía y que el Templo te aborrece?”

“¿Por qué me tientas? Pones trampas en tus palabras para transmitir al templo y a Roma mis respuestas. No te curé tu hijo con trampas...”

El escriba, al oír el suave reproche, baja la cabeza avergonzado y confiesa: “Veo que realmente lees en los corazones de los hombres. Perdóname. Veo que realmente eres santo. Perdóname. Vine trayendo dentro de mí el fermento que otros me pusieron...”

“Y que encontró un lugar adaptado...”

“Así es. Es la verdad. Pero ahora regreso sin ese fermento, esto es, regreso con un fermento nuevo”.

“Lo sé, y no te guardo rencor. Muchos se encuentran en culpa por propia voluntad, otros por ajena. Diversa será la media con que el Dios justo los juzgará. Tú, escriba, trata de ser justo y de no corromperte en lo futuro, como lo fuiste antes. Cuando el mundo te haga presión, mira la gracia viviente que es tu hijo, que fue salvado de la muerte, y sé agradecido para con Dios”.

“Y para contigo”.

“Para con Dios. A Él se dé toda la gloria y alabanza. Soy su Mesías y soy el primero en alabarlo y glorificarlo. El primero en obedecerlo. Pues el hombre *no se envilece honrando y sirviendo a Dios en verdad, se envilece sirviendo al pecado*”.

“Dices bien. ¿Siempre así hablas? ¿Para todos?”

“Para todos. Hable Yo a Anás o a Gamaliel, o al mendigo leproso que está en la vera del camino, siempre digo las mismas palabras, porque la verdad es una”.

“Habla entonces, porque todos estamos aquí, mendigos de una palabra tuya o de una gracia tuya”.

¹ Cfr. Cant. De los Cant., por ejem. 2, 8- 3, 5; 6, 4- 8, 4.

“Hablaré para que no se diga que tengo prejuicios con el que es sincero en sus convicciones”.

“Muerte era la que tenía yo. Pero en verdad, era sincero en ellas. Creía servir a Dios, combatiéndote”.

“Eres sincero. Y por esto mereces comprender a Dios que no es mentira, pero tus convicciones no están todavía muertas. Yo te lo digo. Son como la grama que se quema. Por arriba parece muerta, pues duro es el fuego, pero las raíces están vivas, el terreno las nutre, el rocío las ayuda a profundizarse más y a echar nuevos retoños. Es necesario vigilar para que esto no se repita, o de otro modo te verás nuevamente invadido por la grama. ¡Israel es duro para morir!”

“¿Debe, pues, morir Israel? ¿Es una planta mala?”

“Debe morir para resucitar”.

“¿A una reencarnación espiritual?”

“A una evolución espiritual. No hay reencarnación de ninguna clase”.

“Hay quienes creen en esto”.

“Estás en un error”.

“El helenismo nos ha traído también estas creencias. Y los doctos se alimentan de ellas y se glorían como de un alimento delicadísimo”.

“Contradicción absurda en que incurren los que lanzan el anatema por la inobservancia de algunos de los seiscientos trece preceptos menores”.

“Es verdad, pero las cosas son así. Agrada imitar lo que más se odia”.

“Entonces imítadme, pues me odiáis. Y será mejor para vosotros”.

El escriba se esfuerza en sonreír ante esta salida inesperada de Jesús. La gente está escuchando con la boca abierta, y los que están más lejos se hacen repetir las palabras de los dos personajes.

“Pero, Tú, en confianza, ¿qué crees sea la reencarnación?”

“Un error. Ya te lo he dicho”.

“Hay quienes sostienen que los vivos nacen de los muertos y los muertos de los vivos porque lo que existe no se destruye”.

“Lo que es eterno no se destruye, en realidad. Pero dime. Según tú el Creador ¿conoces límites?”

“No, Maestro. Ni por pienso”.

“Dijiste bien. ¿Puede entonces imaginarse que va a permitir que un espíritu se reencarne porque no puede haber otros espíritus más?”

“No se debería pensar en esto, y con todo hay quien piensa en ello”.

“Y lo que es peor, se piensa en Israel. El pensamiento de la inmortalidad del alma que ya en sí es grande en un pagano aun cuando se vea envuelto en una apreciación injusta de cómo puede darse, debería ser perfecto en un israelita. Por el contrario se convierte en quien lo admite dentro del marco de una tesis pagana en un pensamiento corrompido, envilecido, culpable, pierde su gloria ese pensamiento que debería ser digno de admiración porque rozó la verdad, y porque habla claro de la naturaleza compuesta del hombre. Una gloria que tiene en el pagano, por esta intuición suya de una vida perenne de este misterio que se llama alma y que nos distingue de los animales. No sólo perdería gloria, sino empequeñecería, porque al conocer la divina Sabiduría y al Dios verdadero, se hace materialista, aun en cosas altamente espirituales. El Espíritu no transmigra sino del Creador a la existencia y de esta al Creador, ante quien se presenta después de la vida para que se le juzgue digno de vida o muerte. Esta es la verdad. Y a donde se le envía, allí se queda. Para siempre”.

“¿No admites el purgatorio?”

“Sí, ¿por qué lo preguntas?”

“Porque dijiste: “A donde se le envía, allí se queda”. El purgatorio es temporal”.

“Exactamente, el decir vida eterna lo introduzco en este pensamiento. El purgatorio es ya “vida”. Amortecida, ligada, pero siempre vital. Después de la estadía temporal en el purgatorio,

el espíritu conquista la vida perfecta, la alcanza ya sin límites, sin ligaduras. Dos cosas quedarán: el Cielo – el Abismo. El Paraíso – el Infierno. Dos categorías: los bienaventurados – los condenados. Pero de los tres reinos que ahora existen, ningún espíritu volverá a revestirse de carne, sino hasta que llegue la resurrección final que terminará para siempre con la encarnación de los espíritus en los cuerpos, de lo inmortal en lo mortal”.

“De lo eterno ¿no?”

“Eterno es Dios. La eternidad consiste en no tener ni principio ni fin. Y esto es Dios. La inmortalidad consiste en seguir viviendo, desde el momento en se empezó a vivir. Y esto es el espíritu del hombre. He aquí la diferencia”.

“Tú dijiste: “Vida eterna””.

“Exactamente. Desde que uno es creado a la vida puede, por el espíritu, por la gracia y por la voluntad, conseguir la vida eterna. No la eternidad. Vida presupone principio. No se dice “Vida de Dios” porque Dios no tuvo principio”.

“¿Y Tú?”

“Yo viviré porque también soy hombre y al espíritu divino uní el alma del Cristo en cuerpo humano”.

“Dios es llamado el “que vive”⁵”.

“Y así es, no conoce la muerte. Él es vida, vida inagotable. No vida de Dios. Sino vida. Sólo esto. Son minucias, oh escriba, pero es en las minucias donde se esconde sabiduría y verdad”.

“¿Hablas así a los gentiles?”

“No así. No entenderían. Les muestro el sol; como lo mostraría a un niño que ha sido ciego y corto de inteligencia y que curado milagrosamente junto con la vista recibió su normal capacidad intelectual. Como un astro, sin meterse a dar mayores explicaciones. Pero vosotros de Israel no sois ni ciegos, ni cortos de inteligencia. Hace siglos que el dedo de Dios os abrió los ojos y despejó vuestra mente...”

“Es verdad, Maestro, y sin embargo somos ciegos y cortos de inteligencia”.

“Os habéis hecho así. No queréis el milagro del que os ama”.

“Maestro...”

“Es verdad, escriba”.

Este baja la cabeza y calla. Jesús lo deja, y sigue avanzando. Al pasar cerca de Marziam y del hijo del escriba que están jugando a piedritas de colores los acaricia. Más bien que a predicar se pone a conversar con este o aquel grupo: y en medio de la charla resuelve dudas, aclara ideas, resume o explica dichos o conceptos que alguien tenía por absolutos. Y así pasan las horas...

136. La primera multiplicación de los panes¹

7 septiembre 1945

El lugar es el de antes, con la sola diferencia de que el sol no está en el oriente. Sus rayos se filtran por los bosques que flanquean el Jordán por estos lugares, donde el agua que sale del lago desemboca en el río. Está el sol ahora en el poniente, desciende en medio de arreboles, despidiéndose del cielo con sus últimos rayos, que al atravesar el denso follaje pierden su fuerza y aparece el tinte grisáceo del atardecer. Las aves, ebrias del sol en que bañaron su plumaje durante todo el día, hartas de la comida que en otros lugares encontraron, se entregan a un carnaval de trinos y cánticos entre las ramas de la floresta. La tarde cae con sus pompas finales que brinda al día. Los apóstoles se lo hacen notar a Jesús que continúa adoctrinando según los argumentos que le proponen.

⁵ Cfr. Jer. 10, 10; y también Eccli. 18, 1; dan. 4, 31; 12, 7.

¹ Cfr. Mt. 14, 13-21; Mc. 6, 30-44; Lc. 9, 10-17; Ju 6, 1-13.

“Maestro, ya es tarde. El lugar es solitario, no hay caseríos o poblados, está lleno de sombras y es húmedo. Dentro de poco no será posible ni siquiera vernos, ni caminar. La luna sale tarde. Di al pueblo que se vaya a Tariquea o a los poblados del Jordán para que compre alimentos y busque alojamiento”.

“No es necesario que se vayan. Dadles de comer... Pueden dormir, como durmieron para esperarme”.

“No quedan sino cinco panes y dos pescados, Maestro. Lo sabes”.

“Traédmelos”.

“Andrés, ve a buscar al niño. Es el que guarda la bolsa. Hace poquito estaba con el hijo del escriba y con otros dos, jugando a rey y queriéndose coronar de flores”.

Andrés va ligero. También Juan y Felipe buscan a Marziam entre la gente que siempre se aleja. Lo encuentran casi al mismo tiempo. Lleva la bolsa de bandolera, una rama de algalia ciñe su cabeza, y de cinturón otra rama de algalia, del que pende cual si fuese una espada la rama con su nudo. La empuñadura la forma el nudo, la hoja de espada es la vara que lleva el nudo. Con Marziam hay otros siete, igualmente adornados y son la corte del hijo del escriba, un muchachito flaquísimo de mirada dura, como quien ha sufrido mucho, y que es el que está más coronado de flores.

“Ven, Marziam. ¡El Maestro te necesita!”

Marziam deja plantados a sus amigos y rápido va, sin quitarse siquiera sus adornos florales. Los otros lo siguen, y pronto Jesús se ve rodeado de un grupo de niños coronados de flores. Los acaricia, mientras Felipe saca de la bolsa un envoltorio con pan y dos pescados gruesos: unos dos kilos más o menos. Cosa insuficiente para los diecisiete de la comitiva, mejor dicho para los dieciocho con Mannaén. Le presentan al Maestro estos alimentos.

“Está bien. Ahora traedme cestos. Diecisiete, cuántos sois vosotros. Marziam dará comida a los niños...” Jesús mira detenidamente al escriba que no se le separa del lado y le pregunta: “¿Quieres también tú dar comida a los que tienen hambre?”

“Lo querría, pero ni yo mismo la tengo”.

“Dales de la mía. Te lo perito”.

“¿Pero piensas dar de comer a cinco mil hombres, además de las mujeres y niños, con dos pescados y esos cinco panes?”

“Sin duda. No seas incrédulo. Quien cree, verá realizarse el milagro”.

“¡Oh! Entonces quiero distribuir también yo la comida”.

“Bien, haz que te den un canasto”

Regresan los apóstoles con canastos y canastillos, grandes y pequeños. El escriba regresa con un canastito. Se comprende que su fe o su incredulidad lo empujaron a cogerlo como si fuese el más grande.

“Está bien. Poned todo adelante. Haced sentar a la gente en orden, en líneas regulares, lo más que se pueda”.

Y mientras hacen esto, Jesús levanta el pan con los pescados encima, los ofrece, ora y los bendice. El escriba no le quita ni un instante los ojos de encima. Jesús a continuación despedaza los cinco panes en dieciocho partes y divide en igual número los dos pescados. Pone el pedazo de pescado, un pedacito, muy poca cosa, en cada cesto y vuelve a despedazar en trocitos los pedazos de pan. Cada fragmento se convierte en pedacitos: unos veinte más o menos. Cada trozo partido, en un cesto con pescado.

“Tomas ahora y dad cuanto quieran. Id, Marziam vete a dar a tus compañeros”.

“¡Oh qué pesado!” dice Marziam al levantar el cesto e irse con sus amiguitos. Camina como si llevase un gran peso.

Los apóstoles, los discípulos, Mannaén, el escriba miran dudosos su andar... Luego toman sus cestos y moviendo la cabeza se dicen mutuamente: “¡El niño se burla! ¡No pesa más que antes!” El escriba mira adentro, mete la mano para hallar el fondo, pues no hay mucha luz allí donde está Jesús, pero sí hay más allá en lo descubierto. No obstante sentir que no están más pesados que antes, se dirigen todos a la gente y empiezan a distribuir, Dan. Dan. Dan. Y de

cuando en cuando se vuelven sorprendidos, siempre más lejos, a Jesús que con los brazos abiertos, apoyado en un árbol, sonríe finalmente de su admiración.

La distribución es larga y abundante... Y el único que no muestra admiración ninguna es Marziam que feliz ríe al distribuir tanto pan y pescado a tantísimos niños pobres. Es también el primero en regresar a donde está Jesús y decirle: "Di mucho, mucho, mucho... porque sé lo que es el hambre..." levanta su carita ya no macilenta sino en el recuerdo. Palidece. Abre tamaños ojos... Jesús lo acaricia, y la sonrisa vuelve a iluminar su carita de niño que confiado se apoya en Jesús, su Maestro y Protector.

Poco a poco regresan los apóstoles y discípulos, enmudecidos del estupor... El último es el escriba que no profiere ni una palabra, pero hace algo que es más elocuente que un discurso: se arrodilla y besa la orla del vestido de Jesús.

"Tomad vuestra parte y dadme un poco. Comamos la comida de Dios".

Comen pan y pescado, cada uno según su apetito. Entre tanto la gente, que ya está harta, cambia impresiones. Los que están alrededor de Jesús se atreven a hablar al ver que Marziam después que terminó con su pescado se pone a charlar con otros compañeritos.

"Maestro" pregunta el escriba, "¿Por qué el niño experimentó al punto el peso y nosotros no? Yo hasta lo registré por dentro. Siempre eran esos pocos pedazos de pan y el pedazo único de pescado. Comencé a sentir el peso cuando me dirigí a la multitud. Pero si hubiera pesado lo que di, hubiera sido necesario un par de mulas para que lo cargasen, y hubiera sido necesario no ya un cesto sino un carro lleno, repleto de comida. Al principio me mostré parco... luego me puse a dar, a dar y para no ser injusto volví a pasar por los primeros para darles de nuevo, porque a ellos les había dado poco, y sin embargo bastó".

"También yo experimenté que pesaba mucho el cesto cuando empecé a caminar y al punto di mucho porque comprendí que se trataba de algo milagroso" dice Juan.

"Yo por el contrario, me detuve y me senté para echar en el manto el peso y ver... Y vi panes y más panes. Entonces me fui" dice Mannaén.

"También yo los conté porque no quería hacer el ridículo. Eran cincuenta pedacitos de pan. Me dije: "Les daré a cincuenta personas y luego regresaré. Miré dentro, había panes todavía. Seguí adelante y di a cien, pero jamás disminuían" dice Bartolomé.

"Yo, lo confieso, no creí y tomé en la mano los pedazos de pan y el pescado, los miré y me dije: "¿y para qué sirven? ¡Jesús ha querido hacernos una jugarreta!..." los miraba, los miraba, oculto detrás de un árbol, con la esperanza y desesperanza de ver que aumentasen, pero siempre eran los mismos. Iba a regresar cuando pasó Mateo diciendo: "¿No has visto qué hermosos son?" "¿Qué?" pregunté "Los panes y pescados..." "¿estás loco? Yo veo siempre los mismos pedazos de pan". "Ve a distribuirlos con fe y verás". Eché en el cesto los pedazos de pan y me fui a regañadientes... y luego... ¡perdóname Jesús, porque soy un pecador!" dice Tomás.

"No. Eres un hombre con espíritu del mundo. Razonas como el mundo".

"Entonces también yo, Señor. Hasta pensé en dar una moneda junto con el pan diciendo dentro de mí: "comerán en otra parte"" confiesa Iscariote. "esperaba ayudarte para que hicieses un buen papel ¿Qué cosa, pues, soy yo? ¿Cómo Tomás o peor que él?"

"Más que Tomás, tú eres "mundo"

"¡Pero pensé en hacer una limosna para ser "cielo"! Se trataba de dinero mío personal..."

"Limosna para ti mismo, para tu orgullo. Limosna para Dios, el cual no tiene necesidad de ella y la limosna para tu orgullo es culpa, no mérito".

Judas baja la cabeza y calla.

"Yo por el contrario pensé que aquel bocado de pescado, que esos bocados de pan los debía desmenuzar para que bastasen. No dudé que no fuesen suficientes, ni por el número, ni por su fuerza de alimento. Una gota de agua que Tú des, puede ser más nutritiva que un banquete" dice Simón Zelote.

"¿Y vosotros qué pensabais?" pregunta Pedro a los primos de Jesús.

"Nos acordamos de Caná... y no dudamos" dice gravemente Judas.

“Y tú, Santiago, hermano mío, ¿pensabas sólo esto?”

“No. Pensaba que podía ser un sacramento, como Tú me dijiste... ¿Es así o me equivoco?”

Jesús sonríe: “Es y no es. Tu pensamiento va unido por una figura lejana a la realidad de fuerza de nutrición en una gotita de agua que dijo Simón. Pero todavía no se trata de un sacramento”.

El escriba se guarda un mendrugo entre los dedos.

“¿Para qué lo quieres?”

“Para... recuerdo”.

“También yo tengo uno” dice Pedro “Lo meteré en una bolsita que colgaré del cuello de Marziam”.

“Yo llevaré uno a nuestra mamá” dice Juan.

“¿Y nosotros? Nos comimos todos...” dicen apenados los demás.

“Levantaos. Id nuevamente a los cestos, recoged lo que haya sobrado, de entre la gente escoged a los pobres y traedlos aquí junto con los cestos, y luego os iréis todo vosotros, discípulos míos, a las barcas y tomad dirección hacia la llanura de Genesaret. Despediré a la gente después que haya provisto con más a los pobres, y luego os alcanzaré”.

Los apóstoles obedecen... y regresan con doce cestos llenos de los restos y detrás de los apóstoles una treintena de mendigos o personas muy necesitadas.

“Está bien. Podéis iros”.

Los apóstoles y los discípulos se despiden de Mannaén. Se van con un poco de repugnancia del lado de Jesús, pero obedecen. Mannaén espera dejar a Jesús cuando la multitud, en las primeras penumbras de la noche, se haya dirigido a algunos poblados o se haya buscado algún lugar para dormir entre la alta y seca hierba. Luego se despide. Antes que él, se fue el escriba; mucho mejor, fue de los primeros en irse, porque se fue detrás de los apóstoles con su hijito.

Una vez que se han ido todos, o bien se han entregado al sueño, Jesús se levanta, bendice a los que duermen, y a paso lento se dirige al lago, en dirección de la pequeña península de Tariquea, elevada uno cuantos metros sobre el nivel del lago. Una vez llegado a las afueras de la ciudad, sin entrar en ella, sino más bien bordeándola, sube al montecito, se detiene sobre una saliente, en oración envuelto en el azul y en el candor de la noche serena y alumbrada de luna.

137. Jesús camina sobre las aguas¹

4 marzo 1944

La tarde va declinando. Casi empezó ya a anochecer, porque a duras penas se pueden distinguir objetos por el sendero que trepa por un montecillo, en el que hay esparcidas acá y allá plantas que parecen olivos. Como la luz es tan escasa no puedo asegurar lo que sea. Lo que sí puedo decir es que no son plantas muy altas, frondosas y torcidas como suelen ser los olivos.

Jesús está solo. Su vestido es blanco, su manto azul oscuro. Va subiendo. Se interna entre los árboles. Su paso es largo y seguro, y por ser largo y rápido, avanza mucho y no se fatiga. Sigue caminando hasta que llega a una especie de balcón natural del que se ve el lago, que está calmado bajo la luz de las estrellas que llenan el cielo con sus ojitos brillantes. El silencio envuelve a Jesús en su tranquilidad. Lo separa, lo hace olvidar las multitudes, la tierra. Lo une con el cielo que parece descender cada vez más para adorar al Verbo de Dios y acariciarlo con la luz de sus astros.

Jesús está orando en su posición habitual: de pie con los brazos abiertos en forma de cruz. A su espalda tiene un olivo y parece como si ya estuviese crucificado en este negro tronco. Las ramas lo cubren pese a que es alto, y sustituyen al letrero de la cruz con palabras más

¹ Cfr. Mt. 14, 22-33; Mc. 6, 45-52; Ju 6, 16-21.

apropiadas del Cristo. En el Calvario se leyó: “Rey de los judíos. “Aquí: “Príncipe de la paz” El pacífico olivo dice mucho a quien sabe entender. Jesús está orando largamente. Luego se sienta sobre las raíces del olivo que salen a flor de tierra, y toma su actitud acostumbrada: entrelaza las manos y apoya los codos sobre las rodillas. Medita. ¡Quién sabrá qué conversación sostiene con su Padre y el Espíritu en esta hora en que está solo y puede ser todo de Dios! Dios con Dios.

Me parece que pasan muchas horas, porque veo que las estrellas han cambiado de posición y muchas ya se han ido a ocultar tras el horizonte.

Cuando un rayo como de luz, se dibuja en el lejano horizonte del este, una racha de viento sacude el olivo. Se va. Vuelve más fuerte. Se calma, se hace más violento. La luz del alba que apenas empezó a asomarse, se hace camino entre un montón de nubes negras que vienen a llenar el cielo, empujadas por ráfagas de viento cada vez más fuertes. El lago no está ya quieto. Me da la impresión de que se está preparando una tempestad como la que vi otra vez. El rumor de las ramas, y el ruido sordo de las aguas arropan el espacio, que antes estaba tan calmado.

Jesús sale de su meditación. Se levanta. Mira el lago. Busca en él la luz de las pocas estrellas que han quedado y de la naciente alba, y ve la barca de Pedro que boga a todo remo hacia la orilla opuesta, pero no lo logra. Jesús se envuelve en el manto apretadamente, coge la extremidad que cae, y le impediría bajar fácilmente, se lo echa sobre la cabeza, como si fuera una capucha, y baja esbelto, no por donde había subido, sino por un sendero corto que lleva directamente al algo. Baja tan veloz que parece como si volase.

Llegado a la ribera donde las olas se agolpan por momentos y la cubren de espuma, continúa caminando a prisa como si no caminase sobre aguas que se mueven sino sobre pavimento liso y sólido. Ahora se ha convertido en luz, parece como si toda la poca luz que viene de unas cuantas y agonizantes estrellas y del alba envuelta en la borrasca converja en Él, y forme como una fosforescencia alrededor de su cuerpo. Vuela sobre las olas, sobre las crestas espumosas, en los pliegues oscuros de ola y ola, con los brazos tensos hacia delante, con el manto que se hincha en sus mejillas y que flota, pese a que está estrechamente pegado a la cabeza, como un ala.

Los apóstoles lo ven y lanzan un grito de miedo que el viento lleva a Jesús.

“No temáis. Soy Yo”. La voz de Jesús, aunque tiene el viento en contra, resuena sin perderse sobre el lago.

“¿Eres Tú de veras, Maestro?” pregunta Pedro. “Si eres Tú dime que pueda ir a tu encuentro caminando sobre las aguas como Tú”.

Jesús sonríe: “Ven” dice sencillamente como si fuese la cosa más natural del mundo andar sobre el agua.

Y Pedro, semidesnudo, como estaba, esto es, con una túnica corta y sin mangas, salta de la barca y se dirige a Jesús.

Cuando se encuentra a una distancia de unos cuantos metros de la barca y otros tantos de Jesús, el miedo se apodera de él. Hasta allí lo empujó el entusiasmo de su amor. Ahora su debilidad humana lo vence y no piensa sino en salvarse. Algo así como si alguien se mete en un terreno resbaladizo o para ser más exactos en arenas movedizas, Pedro empieza a tambalear, a gesticular, a sumergirse. Y cuanto más gesticula, tanto más tiene miedo, y más se hunde.

Jesús se ha parado, lo está mirando. Serio. Espera. Pero no extiende ni siquiera una mano, que tiene cruzadas sobre el pecho, y ni da un paso ni pronuncia una sola palabra.

Pedro se va sumergiendo. Desaparecen los tobillos, las espinillas, las rodillas. El agua le llega hasta la ingle, sube, sube hasta la cintura. El terror está pintado en su cara. Un terror que le paraliza aun el poder pensar. No es más que una carne que tiene miedo de ahogarse. No piensa ni siquiera en echarse a nado. Nada. Es presa del terror.

Finalmente se decide a mirar a Jesús. Y basta con mirarlo para que su mente empiece a razonar, a comprender dónde está la salvación. “Maestro, Señor, sálvame”.

Jesús abre los brazos y como llevado por el viento o por una ola se precipita hacia el apóstol y le extiende la mano diciéndole: “¡Qué hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado de Mí? ¿Por qué quisiste hacerlo por ti mismo?”

Pedro, que angustiosamente se ha asido de la mano de Jesús, no responde. Lo mira sólo para ver si no está enojado, lo mira con una mezcla de miedo que todavía le queda y de arrepentimiento que va naciendo. Jesús sonríe. Lo ase fuertemente de la muñeca, hasta que llegados a la barca suben en ella. Jesús ordena: “Id a la ribera. Está completamente mojado”. Y sonríe mirando al discípulo humillado.

Las olas se extienden para facilitar el desembarco. La ciudad aparece más allá de la otra ribera, cuando subidos en una colina la contemplan.

La visión termina aquí.

138. “Si tuvieseis fe vendré y os sacaré del peligro”¹

Escrito el mismo día

Dice Jesús:

“Muchas veces no espero ni siquiera a que me llamen cuando veo a mis hijos en peligro. Y muchas veces acudo aun a donde está el hijo ingrato. Vosotros dormís, o sois presas de los cuidados de la vida, de las preocupaciones de ella. Yo vigilo y ruego por vosotros. Soy el Ángel de todos los hombres. Estoy proyectado sobre vosotros, y ninguna cosa me duele más que el que no pueda intervenir, porque me lo negáis prefiriendo obrar por vosotros mismos, o lo que es peor, pidiendo ayuda al maligno. Siento como sentiría un padre a quien su hijo le dijese: “No te amo. No te quiero. Sal de mi casa” Así me quedo humillado, adolorido como no estuve con las heridas. Pero si no me decís “vete” y estáis distraídos con la vida, entonces Yo soy el eterno vigilante que está pronto a venir aun antes de que se me llame. Y si espero algunas veces a que me digáis una sola palabra, si lo hago, es para sentir que se me llama. Qué caricia, qué dulzura sentir que se acuerdan que soy el “Salvador”.

Ni te digo cuál es la infinita alegría que penetra en Mí cuando alguien me ama, me llama aun sin esperar que llegue la hora de la necesidad. Me llama porque me ama más que otra cosa en el mundo y siente llenarse de alegría semejante a la mía, al decir: “Jesús, Jesús”, como hacen los niños cuando gritan “Mamá, mamá” y les parece que hay miel en los labios, porque la sola palabra: “Mamá” trae consigo el sabor de los besos maternos.

Los apóstoles remaban por órdenes mías, y les había dicho que me esperaran en Cafarnaúm. Yo, después del milagro de los panes, me había separado de la gente, no por desdén ni por cansancio. Jamás sentí desdén por los hombres, ni aun cuando eran malos conmigo. Sólo cando veía pisoteada la Ley y profanada la casa de Dios, llegaba al enojo. Entonces no se trataba de Mí directamente, sino de los intereses del Padre. En la tierra era el primero de los siervos de Dios para servir al Padre de los cielos.

Jamás me cansaba de entregarme a las multitudes, aunque las veías tan obtusas, tardas, humanas que hacían caer las alas del entusiasmo aun el más valeroso. Y precisamente porque eran tan imperfectas, multiplicaba hasta el infinito mis lecciones, los trataba como estudiantes lentos y guiaba su espíritu a los descubrimientos e iniciaciones más rudimentarias, como hace un maestro paciente que guía las manitas inexpertas de sus alumnos para que tracen los primeros rasgos de letras, para que se capaciten. ¡Cuánto amor di a las multitudes! Las tomaba de su lado humano para llevarlas al espíritu. Empezaba, pues, de su lado humano; pero mientras Satanás las tomaba de ese lado para llevarlas al infierno, Yo las tomaba del mismo para el cielo.

Me aislé para darle gracias al Padre del milagro de los panes. Habían comido varios millares de gente. Y había recomendado que dijesen “gracias” al Señor. *Pero el hombre una vez que alcanza la ayuda no sabe decir “gracias”*. Las daba Yo por ellos. Y luego... y luego, me había

¹ Cfr. Mt. 14, 22-33; Mc. 6, 45-52; Ju. 6, 16-21.

unido con el Padre por el que sentía una nostalgia infinita de amor. Estaba sobre la tierra como un cuerpo sin vida. Mi espíritu se había lanzado al encuentro de mi Padre que experimentaba inclinado sobre su Verbo y le decía: “¡Te amo, Santo Padre!” Mi gozo consistía en decirle: “Te amo”. Decírselo como hombre, además de Dios. Humillar ante Él el sentimiento humano, así como le ofrecía mi latido de Dios. Me parecía que era Yo el imán que atraía a sí todos los amores del hombre, del hombre capaz de amar un poco a Dios, de acumularlos y ofrecerlos dentro de mi corazón. Me parecía ser Yo sólo el Hombre, esto es, el Linaje humano, que volvía como en los días de su inocencia, a conversar con Dios en el fresco del atardecer.

Pero aunque tal beatitud era completa porque era beatitud de caridad, no me abstraía de las necesidades de los hombres. Comprendí el peligro en que se encontraban mis hijos en el lago. Dejé el Amor por el amor. *La caridad debe ser solícita.*

Me tomaron por un fantasma. ¡Oh! Cuántas veces, pobres hijos, me tomarían por un fantasma, por un objeto que infunde miedo. Si pensaseis siempre en Mí. Al punto me reconoceríais. Pero tenéis tantas telarañas sobre el corazón, y esto os depara mareos. Pero Yo me hago conocer. ¡Oh, si me supierais sentir!

¿Por qué se iba sumiendo Pedro después de que caminó por algunos metros? Ya lo dijiste: *“porque su debilidad humana lo venció.*

Pedro era muy humano. Hubiera sido Juan, no hubiera soberbiamente osado ni hubiera tan volublemente cambiado la idea. *La pureza de prudencia y firmeza.* Tenía el deseo de sobresalir, de mostrar que “nadie” como él amaba al Maestro, quería imponerse, y sólo porque era uno de los míos se creía superior a las debilidades humanas. Por el contrario, pobre Simón, en las pruebas mostraba todo lo contrario. Pero era necesario porque así él más tarde perpetuaría la misericordia del Maestro en la Iglesia naciente. Pedro no sólo se convierte en presa del miedo por temor de su vida que se halla en peligro, sino como tú dijiste, “no piensa sino en salvarse”. No reflexiona más, ni me mira más.

También vosotros hacéis lo mismo. *Cuando más eminente es el peligro, tanto más queréis valeros por vosotros mismos.* Como si pudieseis hacer alguna cosa. *Nunca como en las horas en que deberíais esperarme a Mí y llamarme, os alejáis, me cerráis el corazón y hasta me maldecís.*

Pedro no me maldice. Me olvida y debo llamar su espíritu a Mí, debo hacerle que levante los ojos a su Maestro y Salvador. Lo absuelvo anticipadamente de su pecado de duda porque lo amo, porque amo a este hombre impulsivo que cuando llega a ser confirmado en gracia podrá obrar sin más turbaciones o cansancios, echando incansablemente hasta el martirio, hasta la muerte su mística red para llevar almas a su Maestro. Y cuando me invoca, no camino; vuelo en su socorro y lo tengo asido para conducirlo sano y salvo. Mi reproche fue suave porque comprendo todos los atenuantes de Pedro. Soy el defensor y el juez mejor que exista y que haya existido. Soy el defensor de todos. Os comprendo ¡pobres hijitos míos! Y si os digo una palabra de reproche mi sonrisa os la endulza. Os amo. Eso es todo. *Quiero que tengáis fe.* Si la tenéis vengo a vosotros y os saco así afuera del peligro. ¡Oh si la tierra supiese decir: “Maestro, Señor, sálvame!” *Bastaría un grito de toda la tierra, para que al punto Satanás y sus satélites cayesen vencidos.* Pero no sabéis tener fe. Multiplico los medios para llevaros a la fe, pero caen en medio de vuestro cieno como una piedra cae en el pantano y se sume. No queréis purificar las aguas de vuestro espíritu, preferís ser fango pútrido. No interesa. Cumpro con mi deber de Salvador eterno. Y si no pudiese salvar el mundo, porque no quiere salvarse, salvaré del mundo a los que por amarme, como debo serlo, no prefieren más al mundo”.

139. El encuentro con los discípulos

8 septiembre 1945

Jesús está en las llanuras de Corozaim, a lo largo del valle del alto Jordán, entre el lago Genesaret y el Merón. Los campos están llenos de viñedos en donde la vendimia ha empezado ya hace días. Deben haber pasado algunos días, porque se le unieron esta mañana

los discípulos que estaban en Sicaminón, y entre ellos están nuevamente Esteban y Hermas. Isaac se excusa de no haber podido llegar antes, porque dice que los nuevos venidos lo retrasaron, y tenía qué pensar si estaba bien o no traerlos.

“Pero” añade, “pensé que el camino del cielo está abierto a todos los de buena voluntad y me parece que estos, aunque discípulos de Gamaliel, la tienen”.

“Dijiste y obraste bien. Tráelos aquí”.

Isaac va y regresa con los dos.

“La paz sea con vosotros. ¿os pereció tan segura la palabra de los apóstoles que habéis querido uniros con nosotros?”

“Sí. Y mucho más la tuya. No nos rechaces, Maestro”.

“¿Por qué debería hacerlo?”

“Porque somos de Gamaliel”.

“¿Y qué con eso! Yo honro a Gamaliel y quisiera que estuviese conmigo porque es digno de ello. No falta sino que haga de su sabiduría una perfección. ¿Qué os dijo cuando le dijisteis? Pues seguramente fuisteis a saludarlo”.

“Fuimos. Nos dijo: “Bienaventurados vosotros que podéis creer. Rogad que olvide para poder recordar””.

Los apóstoles que curiosos están alrededor de Jesús, se miran uno al otro y se preguntan en voz baja: “¿Qué habrá querido decir? ¿Qué quiere? ¿Olvidar para recordar?”

Jesús oye el murmullo y explica: “Quiere olvidar su sabiduría para tomar la mía. Quiere olvidar que es rabbí Gamaliel para acordarse de que es un hijo de Israel en espera del Mesías. Quiere olvidarse de sí mismo para recordar la verdad”.

“Maestro, Gamaliel no es mentiroso” dice Hermas en tono de excusa.

“No lo es. Pero el fárrago* de pobres palabras humanas lo es. Palabras que sustituyen la Palabra. Es menester olvidarlas, despojándose de ellas, venir desnudo y virgen a la verdad para ser revestido y fecundado. Esto requiere humildad. El escollo...”

“¿Entonces también nosotros debemos olvidar?”

“Sin duda alguna. Olvidar todo lo que es y pertenece al hombre. Recordar todo lo que es de Dios. Venid. Podéis hacerlo”.

“Queremos hacerlo” afirma Hermas.

“Sí. Desde el día que sepultamos al difunto Bautista. La noticia llegó a Jerusalén muy pronto. La llevaron los cortesanos y jefes de Herodes. Su muerte nos sacó del entorpecimiento”, responde Esteban.

“La sangre de mártires siempre es fuerza para los entorpecidos, Esteban. Acuérdate de ello”.

“Sí, Maestro. ¿Hablarás hoy? Tengo hambre de tus palabras”.

“Hablé ya, pero nuevamente hablaré y mucho, a vosotros discípulos. Vuestros compañeros, los apóstoles iniciaron la misión después de una preparación activa. Pero no se dan abasto con las necesidades del mundo. Es menester haber hecho todo en el tiempo determinado. Soy como alguien cuyo tiempo se vence y debe haber terminado todo durante ese lapso de tiempo. Os pido vuestra ayuda a todos y en nombre de Dios os prometo ayuda y un futuro de gloria”.

La mirada aguda de Jesús descubre a un hombre envuelto todo en su manto de lino: “¿No eres tú el sacerdote Juan?”

Sí, Maestro. Más árido que el valle maldito es el corazón de los judíos. Huí en busca tuya”.

“¿Y el sacerdocio?”

“La lepra me expulsó de él la primera vez. Los hombres la segunda, y es porque te amo. Tu gracia me aspira a Ti. También ella es la que me saca de un lugar profanado para traerme a uno puro. Tú me purificaste, Maestro, en el cuerpo y en el espíritu. Y lo puro no puede, no debe estar cerca de lo impuro. Sería ofensa para quien lo purificó”.

“Tu juicio es severo pero no injusto”.

* fárrago = conjunto de objetos o ideas desordenadas o inconexas.

“Maestro, las deshonestidades de la familia las conocen sólo quienes viven dentro de ella, y se cuentan a los que tienen corazón recto. Tú lo eres. Y por otra parte lo sabes. No lo diría a otro. Aquí estamos Tú, tus apóstoles, y dos que saben como Tú y como yo. Por esto...”

“Está bien. Pero... Oh, ¿también tú? La paz sea contigo. ¿Viniste a repartir otros alimentos?”

“No, para recibir los tuyos”.

“¿Se te acabó la cosecha?”

“¡No! Es muy buena, pero, Maestro mío, yo ando en busca de otro pan y de otra cosecha: la tuya. Conmigo tengo al leproso que curaste en mis tierras. Volvió a su dueño. Pero él y yo tenemos ahora a un patrón a quien seguir: Tú”.

“Venid. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Buena cosecha! ¿Habéis reflexionado en vuestra posición que teníais en el templo? Sabéis, y Yo también sé... pero no añadido más”.

“Soy hombre libre y voy a donde yo quiera” dice el sacerdote Juan.

“Y yo también” dice el recién venido: el escriba Juan, que es el que dio de comer aquel sábado a los pies del monte de las Bienaventuranzas.

“Y también nosotros” dice Hermas y Esteban.

Esteban añade: “Háblanos, Señor. Ignoramos exactamente cuál sea nuestra misión. Danos el mínimo para poder servirlos al punto. El resto vendrá al ir siguiéndote”.

“Sí. En el monte hablaste de las bienaventuranzas. Fue una lección para nosotros, pero cuando se trata de los demás, del segundo amor, el del prójimo ¿qué debemos hacer?” pregunta el escriba Juan.

“¿Dónde está Juan de Endor?” pregunta por toda respuesta Jesús.

“Allí, Maestro, con los curados”.

“Que venga aquí”.

Juan de Endor acude. Jesús le pone la mano sobre la espalda y lo saluda con particular atención. Dice: “Bueno, ahora hablaré. Quiero que ante vosotros los que lleváis el nombre de un santo. Tú, apóstol mío; tú, sacerdote; tú, escriba; tú Juan del Bautista; y tú para que cierres la corona de gracias que Dios ha hecho. Si eres el último en haber sido llamado, ten en cuenta que no eres el último en mi corazón. Un día te prometí este discurso. Es, pues, para ti”.

Jesús, como de costumbre, sube sobre un lugar alto donde puedan verlo todos. Tiene ante sí, en primera fila, a los cinco Juanes. Detrás está el grueso de los discípulos mezclado con los que vinieron de todas partes de Palestina porque necesitaban salud, porque querían oír la palabra.

“La paz sea con todos vosotros y la sabiduría sobre todos vosotros.

Escuchad. Hace mucho días se me pidió que dijese hasta qué punto Dios es misericordioso, para con los pecadores. Quien me preguntaba esto era un pecador perdonado que no lograba persuadirse del absoluto perdón de Dios. Con palabras lo calmé, se lo aseguré, y le prometí que para él siempre hablaría de misericordia para que su corazón arrepentido, que cual niño extraviado dentro de él lloraba, sin sentirse seguro de estar ya entre los que posee el Padre celestial.

Dios es misericordia porque Dios es amor.

El siervo de Dios debe ser misericordioso para imitar a Dios.

Dios se sirve de la misericordia como un medio para atraer a Sí a los hijos desviados.

El siervo de Dios debe servirse de la misericordia como de un medio para llevar a Dios los hijos desviados.

El precepto del amor¹ es obligatorio a todos. Pero en los siervos de Dios debe ser tres veces más.

No se conquista el cielo si no se ama. Esto basta a los creyentes. A los siervos de Dios digo: “No se hace que los creyentes conquisten el cielo, si no son amados con perfección”. Y vosotros, ¿qué sois? ¿Vosotros que estáis a mi alrededor? La mayoría de vosotros sois

¹ Cfr. Deut. 5, 32-6, 13; Lev. 19, 9-18.

criaturas que tendéis a una vida perfecta, a una vida bendita, llena de fatigas, de luz, propia de los siervos de Dios, del ministerio del Mesías. ¿Y cuáles son los deberes que tenéis en esta vida de siervos y ministros? Un amor total a Dios, un amor total al prójimo. Vuestra meta: servir ¿Cómo? Devolviendo a Dios lo que el mundo, la carne y el demonio, le arrebataron. ¿De qué modo? Con el amor. El amor que tiene mil formas de manifestarse y un fin único: hacer amar.

Pensemos en nuestro hermoso Jordán. ¡Qué imponente en Jericó! ¿Pero era así en sus inicios? No. Un hilo de agua, y así hubiera quedado, si hubiera sido siempre solo. Pero, de montes y collados, de una y de la otra parte de los valles, descienden miles y miles de afluentes, unos que ya lo eran, otros formados de cientos de riachuelos, y todos desembocan en su lecho que crece, crece, crece, hasta convertirse de dulce arroyuelo plateado de azul que ríe y juega en su niñez, en el grande, majestuoso río que pone una cinta azul celeste entre las exuberantes orillas de esmeralda.

Así es el amor. In hilito inicial en los párvulos de los caminos de la vida que apenas saben salvarse del pecado grave por temor del castigo, y luego siguiendo por el camino de la perfección, sucede que de las montañas de la humanidad escabrosa, árida, soberbia, dura, brotan, por voluntad de amor, riachuelos y riachuelos de esta virtud principal; ; y todo sirve para hacerla surgir y desbordarse: dolores, alegría, así como en los montes sirven para formar un río las eternas nieves y el sol que las derrite. Todo sirve para abrirles camino: la humildad como el arrepentimiento. Todo sirve para escoltar el río inicial. Porque el alma empujada por ese Camino ama las bajadas en el aniquilamiento del “yo”, aspira a volver a subir, atraída por el Sol-Dios, después de que se convirtió en poderoso, hermoso, bienhechor río.

Los riachuelos que nutren el río inicial del amor son, además de las virtudes, las obras que las virtudes enseñan a realizar. Las obras que por ser ríos de amor son obras de misericordia. Vamos a verlas en conjunto. Algunas las conocía Israel, otras os las enseño porque mi ley es perfección de amor.

Dar de comer a los hambrientos.

Deber de gratitud y amor. Deber de imitación. Los hijos agradan al padre que les da el pan, y cuando llegan a ser adultos lo imitan con dar pan a sus hijos, y al padre, que ya no puede trabajar por su edad le dan pan con su propio trabajo, restitución amorosa, restitución obligatoria por el bien que se recibió. El cuarto precepto lo dice: “Honra a tu padre y madre”². Honrarlos también es no hacer que mendiguen de otros el pan.

Pero antes que el cuarto precepto está el primero: “Ama a Dios con todo tu ser” y el segundo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Ama a Dios por sí mismo y amarlo en el prójimo es perfección.

Se le ama dando pan a quien tiene hambre, en recuerdo de las veces que Él dio de comer al hombre por medio de milagros³. Sin mirar tan sólo al maná y a las codornices, miremos el milagro continuo del grano que germina por bondad de Dios que dio tierras aptas para el cultivo, que regula los vientos, las lluvias, calores, estaciones para que el grano se convierta en espiga y la espiga en pan.

¿Y no ha sido milagro de su misericordia el haber enseñado con luz que no se le debía al hijo culpable que esas hierbas altas y delgadas, que terminaban en un florecer de granos de oro, con olor caliente de sol, encerradas en dura cáscara de espinosas escamas, eran alimento que podía ser recogido, desgranado, convertido en harina, en masa y que podía cocerse? Dios enseñó todo esto. Cómo recogerlo, limpiarlo, machacarlo, amasarlo y cocerlo. Puso las piedras cerca de las espigas, el agua cerca de ellas, encendió con reflejos de agua y de sol el primer fuego sobre la tierra, y sobre el fuego, el viento trajo los granos que ardieron, arrojando un grato olor, para que el hombre entendiese que es mejor así sacado de la espiga,

² Cfr. Ex. 20, 12; Lev. 19, 3.

³ Cfr. Por eje. Ex. 16; Núm. 11; Deum. 8; Salm. 77; 104, 40-41; Sap 16, 15-29; 3 Rey. 17, 1-16; 4 Rey. 4, 1-7; Dan. 14, 23-42.

como los deshacen las aves, o mojado en agua después de convertido en harina, haciendo de él un amasijo, que se cuece al fuego. ¿No pensáis, vosotros que ahora coméis el pan sabroso, cocido en horno de casa, cuánta misericordia señala el haber llegado a este modo perfecto de cocimiento, cuánto camino se recorrió para enseñar a los hombres el proceso de la primera espiga masticada como lo hace el caballo al pan actual? ¿Y quién enseñó? El dador del pan. Y de este modo el hombre ha logrado por luz bienhechora conocer cada clase de alimentos entre las plantas y los animales con que el Creador cubrió la tierra, después del castigo paterno con que castigó al hijo culpable. Dar, pues, de comer a los hambrientos es una oración de agradecimiento al Padre y Señor que nos quita el hambre, y es imitar al Padre, cuya semejanza tenemos gratis y que es menester hacerla crecer, imitando sus acciones.

Dar de beber a los sedientos.

“¿Habéis pensado alguna vez en lo que sucedería si el Padre no hiciese llover? Si dijese: “Por vuestras dureza para quien tiene sed, diré a las nubes que no bajen a la tierra” ¿podríamos protestar y maldecir? El agua mucho más que el grano, es de Dios, porque el grano lo cultiva el hombre, pero tan solo Dios cultiva los campos de las nubes que bajan en lluvia o rocío, como neblina o nieve, y alimentan los campos y pozos, llenan ríos y lagos, dan refugio a los peces y a otros animales que son comida del hombre. ¿Podéis decir a quien os pide agua: “No, esta agua es mía y no te la doy”? ¡Mentirosos! ¿Quién de vosotros ha hecho un solo copo de nieve o una sola gota de agua? ¿Quién ha hecho aparecer diamantes de rocío a la luz solar? Nadie. Es Dios quien lo hace. Y si las aguas bajan del cielo y a él tornan, es sólo porque Dios controla esta parte de Creación, como el resto de ella.

Dad, pues, al sediento agua fresca de las venas de la tierra, o la pura de vuestro pozo, o la que llena vuestras cisternas. Es agua de Dios. Es para todos. Dadle a quien tiene sed. Por esta cosa tan pequeña, que no os cuesta dinero, que no requiere fatiga alguna si no es la de extender una taza o un cubo, os lo aseguro, tendréis recompensa en el cielo. Porque el agua no es grande a los ojos y al parecer de Dios, sino el acto de caridad.

Vestir a los desnudos.

Pasan por el mundo miserias desnudas, vergonzosas, que mueven a compasión: ancianos abandonados, inválidos por enfermedad o por desgracia, leprosos que vuelven a la vida por bondad del Señor, viudas cargadas de hijos, desafortunados que se han visto privados de bienestar, huérfanos inocentes. Si pongo mis ojos sobre la extensa tierra, por todas partes encuentro personas desnudas o cubiertas de harapos que apenas defienden el cuerpo del frío, que apenas lo cubren. Y estos ven, con ojos que se sienten humillados, a los ricos que pasan envueltos en vestidos suaves, calzados cómodos. ¿Por qué no salís al encuentro de estas humillaciones, procurando que los buenos se hagan mejores, y destruyendo el odio que existe en los menos buenos con vuestro amor?

No digáis: “Sólo tengo para mí”. Como sucede con el pan que siempre sobra sobre la mesa, así también hay algo en los armarios que no es absolutamente necesario. Entre los que me escuchan hay uno que supo, con un vestido tirado porque ya estaba viejo, hacer un vestido para un huérfano, para un niño pobre; con una sábana vieja hacer fajas para un inocente que no las tenía. Y hay también uno que, siendo mendigo, supo dividir su pan que habrá conseguido con grandes trabajos con uno que por la lepra no podía ir a extender su mano hasta los umbrales de los ricos. En verdad os digo que no hay qué buscar estos misericordiosos entre los dueños de los bienes, sino entre los ejércitos humildes de pobres que por serlo, saben qué penosa es la pobreza.

También en este punto pensad que la lana y el lino, como el agua y el pan, proceden de animales y plantas que fueron criadas por el Padre no para los ricos solamente, sino para todos. Sólo ha dado una riqueza al hombre: la de su gracia, de la salud, de la inteligencia; pero la sucia riqueza que es el oro, que habéis exaltado como un bello metal más que de otros sin serlo, y menos útil que el hierro con el que se fabrican azadas, arados, rastrillos, haces,

escoplos, martillos, sierras, garlopas, los santos instrumentos del santo trabajo. Elevasteis el oro a una nobleza inútil, mentirosa a instigación de Satanás, que de hijos de Dios os ha convertido en salvajes como fieras. La riqueza de lo que es santo os permitía haceros siempre más santos. Pero no esta homicida riqueza que exprime tanta sangre y tantas lágrimas. Dad como se os dio. Dad en nombre del Señor, sin que os quedéis desnudos. Es mejor morir de frío por haberse despojado del vestido en favor del mendigo, que dejar que se estremezca el corazón bajo cómodas vestiduras, por falta de caridad.

Lo tibio del bien hecho es más acariciador que el que produce la lana más pura, y las carnes cubiertas del pobre le hablan a Dios y le dicen: “Bendice a quien nos ha vestido”.

El quitar al hombre la sed, el vestir al desnudo, son actos con los que uno se desprende de algo para dar a otros, son actos en que la santa templanza está unida a la santísima caridad, y muestran que existe en vosotros la bienaventurada justicia, por lo que santamente se cambia la suerte de nuestros hermanos infelices porque se da de lo que se abunda. Iguales virtudes resplandecen al “*dar hospedaje a los peregrinos*”, pues la caridad se junta con la confianza y con la buena intención que tiene el prójimo en su corazón. “El dar hospedaje” es también una virtud, una virtud que demuestra que quien la posee, además de caridad, posee la honradez. Pues quien es honrado obra bien. Y como se suele obrar, se piensa que los demás obren así, entonces nace esa confianza, esa simplicidad con que se cree a las palabras de los demás. Esto muestra que quien las escucha es uno que dice la verdad en asuntos grandes o pequeños, y que por lo tanto no desconfía de lo que otros le cuenten.

¿Por qué pensar ante el peregrino que os pide refugio: “¿Y si es un ladrón o asesino?” ¿Estáis tan arraigados a vuestras riquezas que tengáis miedo de ellas a la presencia de algún extraño? ¿Tenéis tanto miedo por vuestra vida que sintáis encogeros de horror pensando que se os quite? ¿Y qué? ¿Pensáis que Dios no puede defenderos de los ladrones? ¿Y qué? ¿Tenéis miedo de que el que pasa sea un ladrón y no tenéis miedo del huésped tenebroso que os roba lo que no tiene cambio? ¡Cuántos hay que dan hospedaje al demonio en el corazón! Podría afirmar: todos hospedan el pecado capital, y sin embargo nadie tiembla ante él. ¿Es pues, tan sólo precioso el bien de la riqueza y de la existencia? ¿No será más preciosa la eternidad de que os dejáis robar y matar por el pecado? Pobres, pobres almas, a quien se ha robado su tesoro, que está a merced de manos asesinas, y eso las tiene sin cuidado; en cambio los hogares se defienden con barricadas, con cerrojos, con perros y otros artificios con tal de salvar lo que no llevaremos a la otra vida.

¿Por qué obstinarse en ver en cada peregrino un ladrón? Somos hermanos. Las puertas se abren al hermano que pasa. ¿El peregrino no es acaso de nuestra sangre? Sí que lo es. Es sangre de Adán y Eva. ¿No es hermano nuestro? ¡Y cómo no va a serlo! El Padre es uno sólo: así como los hijos de un mismo padre, tienen igual sangre. ¿Es pobre? Haced que vuestro espíritu privado de la amistad del Señor no sea más pobre que él. ¿Trae vestidos rotos? Procurad que vuestra alma no sea harapos de pecado. ¿Sus pies están sucios de lodo y fango? Haced que sus sandalias sucias de tanto camino, despedazada por el andar, no lo esté más que vosotros mismos con los vicios. ¿Es de fea presencia? Procurad que no lo seáis más vosotros a los ojos de Dios. ¿Es extraño su hablar? Tratad que vuestro lenguaje no sea incomprensible en la ciudad de Dios.

Ved en el peregrino a un hermano. Todos somos peregrinos en el camino que va al cielo, y todos llamamos a las puertas que hay a lo largo de la senda que va al cielo. Las puertas son los patriarcas y los justos, los ángeles y los arcángeles, a quienes nos encomendamos para que nos ayuden y protejan, para que podamos llegar a la meta sin caer agotados en la oscuridad de la noche, en el rigor del invierno, presa de las asechanzas de lobos y chacales que son las pasiones malvadas y de los demonios. Como queremos que ángeles y santos nos abran su amor para hospedarnos, y devolvernos aliento para continuar el camino, de igual modo tratemos a los peregrinos de la tierra. Y por cada vez que abramos nuestra casa y

brazos, saludando con el dulce nombre de hermano al desconocido, pensando que Dios lo sabe, os digo que se habrán recorrido muchos kilómetros en el camino que va al cielo.

Visitar a los enfermos.

De verdad que así como todos los hombres son peregrinos, también todos son enfermos. Las enfermedades mayores, las invisibles y morales son del espíritu. Y con todo no causan ningún asco. No provoca repugnancia la llaga moral. Ni náusea el hedor del vicio, ni miedo la locura demoníaca. No causa miedo la gangrena de un leproso de espíritu. No hace huir el sepulcro lleno de podredumbre de un hombre muerto y corrompido en el espíritu. No es anatema acercarse a ninguna de esas impurezas. ¡Pobre estrechez del pensamiento humano! Pero decidme: ¿Tiene más valor el espíritu o la carne y espíritu? ¿Tiene poder la materia para corromper con su cercanía incorpórea? No. Os lo digo que no. El espíritu respecto a la carne y sangre tiene un valor infinito; pero la carne no es más poderosa que él. El espíritu puede corromperse no con cosas materiales, sino espirituales. Si alguien cura un leproso, no se hace leproso su espíritu, antes bien, por la caridad heroicamente practicada, que lleva a estar en valles de muerte por compasión del hermano, cae de él toda mancha de pecado, porque la caridad es absolución del pecado, y superior a las purificaciones.

Partid siempre de este pensamiento: “¿Qué querría que se me hiciese a mí si fuese como este?” Y como quisiéseris, haced. Todavía Israel tiene sus antiguas leyes, pero llegará un día, y su aurora no está muy lejana, cuando se venerará como símbolo de absoluta belleza la imagen de Uno en quien se reflejará materialmente el Hombre de los dolores del que habla Isaías⁴. Y el Torturado del salmo davídico⁵. Aquel que por haberse hecho semejante a un leproso, se convertirá en el Redentor del linaje humano, y a sus llagas correrán como los ciervos sedientos a las fuentes, los enfermos, los agotados, los que lloran, y Él les quitará la sed, los curará, restablecerá, consolará en el espíritu y cuerpo, y para los mejores será un anhelo asemejarse a Él, verse cubiertos de heridas, desangrados, golpeados, coronados de espinas, crucificados por amor a los hombres que hay que redimir, y que continuarán la obra del rey de reyes y del Redentor del mundo.

Vosotros que todavía sois Israel, pero que ya levantáis las alas para volar hacia el reino de los cielos, tomad en vuestras manos este modo de pensar y este modo de valorar la enfermedad, y al bendecir a Dios que os conserva sanos, inclinados sobre quien sufre y muere. Un apóstol mío dijo a un hermano suyo un día: “No tengáis miedo de tocar a los leprosos. Ningún mal acaecerá por voluntad de Dios” Y dijo bien. Dios cuida de sus siervos. Pero aunque os contagiéis curando a los enfermos, seréis colocados en las filas de los mártires del amor en la otra vida.

Visitar a los encarcelados.

¿Creéis que en las galeras están todos los delincuentes? La justicia humana tiene un ojo tuerto y el otro medio nublado, por el que ve camellos donde hay nubes o confunde una serpiente con un ramo florido. Juzga mal. Y todavía peor porque frecuentemente quien la hace, forma a propósito neblinas de humo para que no juzgue bien. Aun cuando los encarcelados fuesen todos ladrones y homicidas, no es justo que nos hagamos ladrones y homicidas, quitándoles la esperanza de perdón con nuestro desprecio.

¡Pobres prisioneros! No se atreven a levantar los ojos a Dios, cargados como están con sus delitos. Las cadenas, en verdad, están más bien en el espíritu que en los pies. Pero ¡ay de ellos si desconfían de Dios! Unen al delito contra el prójimo el de la desesperación del perdón. La galera es expiación, como lo es la muerte en el patíbulo. Pero no basta pagar la parte a la que tiene derecho la sociedad humana por el delito cometido. Es menester pagar también y sobre todo, la parte que se debe a Dios, para poder expiar, para tener la vida eterna. Quien es

⁴ Cfr. Is. 52, 13- 53, 12.

⁵ Cfr. Salm. 21.

rebelde, quien se desespera no expía sino ante la sociedad. Que el amor de los hermanos vayan al condenado o al prisionero. Será luz en las tinieblas. Será una voz. Será una mano que señala lo alto, mientras la voz dice: “Que mi amor te diga que también Dios te ama; Dios que me puso en el corazón este amor por ti, hermano desventurado” y la luz permite entrever a Dios, Padre piadoso.

Que vuestra caridad se dirija con mayor ahínco a consolar a los mártires de la injusticia humana. A los que en realidad no son culpables, o a los que una fuerza cruel empujó a matar. No juzguéis allí donde ya se juzgó. No sabéis que muchas veces el que asesina no es sino un muerto, un autómatas privado de razón, porque un asesinato incruento le quitó la razón con la vileza de una cruel traición. Dios sabe y basta. En la otra vida se verán muchos de los que estuvieron en las galeras, muchos de los que mataron y robaron, poseyendo el cielo, porque en realidad los verdaderos ladrones de la paz de los demás, de la honradez, de la confianza, los verdaderos asesinos de un corazón fueron ellos: las pseudo-víctimas. Víctimas sólo porque fueron las últimas en recibir el golpe, pero que por años, en el silencio, estuvieron dando golpes. El homicidio y el hurto son pecados, pero quien mata y roba, porque fue empujado por otros, y luego se arrepiente, y quien induce a otros al pecado y no se arrepiente será castigado menos duramente que el que lo empujó al pecado sin sentir remordimiento.

Por lo cual, no juzgando jamás, sed compasivos para con los encarcelados. Pensad siempre que si se debiese castigar a todos los homicidas y ladrones, no pocos hombres ni pocas mujeres morirían en las galeras o en el patíbulo. A estas madres que conciben y que luego no quieren dar a luz su fruto, ¿qué nombre se les dará? ¡Oh! No juguemos con las palabras. Digámosles claramente su nombre: “Asesinas”. Estos hombres que roban reputación y puestos, ¿cómo los llamaremos? Con lo que son: “Ladrones”. Esos hombres y mujeres que siendo adúlteros o maltratando a sus familiares y que por eso empujan al homicidio, o también los que siendo grandes de la tierra arrastran a la desesperación a sus vasallos, ¿qué nombre se merecen? Este: “Homicidas”. ¿Huye alguien? Vosotros sois testigos de que entre galeotes que escaparon de la justicia, que llenas casas y ciudades y se topan con nosotros en las calles y duermen en los mismos albergues que nosotros y con ellos dividimos la mesa, se vive sin preocupación alguna. Y sin embargo ¿Quién está sin pecado? Si Dios escribiese en la pared del lugar donde se reúnen para su banquete los pensamientos del hombre, en la frente, las palabras acusadoras de lo que fuisteis, sois o seréis, pocas frentes llevarían escritas con letras luminosas la palabra: “Inocente”. Todas las demás con color verde como la envidia, negro como la traición, rojo como el crimen, llevarían las palabras: “Adúlteros” “Asesinas” “Ladrones” “Homicidas”.

Sed, pues, misericordiosos, sin soberbia para con los hermanos menos afortunados, según la condición humana, que están en las galeras expiando lo que vosotros no expiáis, por las misma culpa. Vuestra humildad sacará de ello humildad.

Enterrar a los muertos.

La contemplación de la muerte es escuela de la vida. Querría llevaros a todos de frente a la muerte y decir: “Sabed vivir como santos para alcanzar esa muerte; separación temporal del cuerpo del espíritu, a fin de resucitar triunfante para siempre, reunidos, felices”. Todos nacemos desnudos. Todos morimos convirtiéndonos en presa destinada a la corrupción. Como se nace, reyes o pordioseros, así se muere. Y si el fausto permite que el cadáver del rey se preserve por largo tiempo, no por eso deja de ser carne muerta. ¿Qué cosa son las mismas momias? ¿Carne? No. Materia fosilizada por las resinas, convertida en madera. No se convierte en presa de gusanos porque está vaciada y preparada con esencias, pero sí es presa de los comejenes como un viejo madero.

El polvo se convierte siempre en polvo porque así Dios lo dijo⁶. Y sin embargo sólo porque este polvo cubrió el espíritu y por él fue vivificado, por esto, como algo que tocó la gloria de

⁶ Cfr. Gén. 2, 7; 3, 19; Job. 34, 14-15; Salm. 89, 3; 103, 29; Ecl. 3, 19-20; Eccli. 16, 24.

Dios –tal es el alma del hombre– es necesario pensar que es polvo santificado no de otra manera que los objetos están en contacto con el Tabernáculo. Al menos hubo un momento en que el alma fue perfecta: cuando el Creador la creó, mas si después la Mancha la ensucia, le quita la perfección, sólo debido a su origen comunica belleza a la materia y por esa hermosura que viene de Dios el cuerpo se embellece y merece respeto. Somos templos y como tales merecemos honor así como siempre son honrados los lugares donde reposó el Tabernáculo⁸.

Dad, pues, a los muertos la caridad de un reposo honesto en espera de la resurrección, viendo en la admirable armonía del cuerpo humano la mente y el dedo divino que lo ideó y modeló con perfección, y venerando también en los restos mortales la obra del Señor.

El hombre no es sólo carne y sangre. También es alma y pensamiento. También estos sufren y merecen que se les socorra misericordiosamente. Hay *ignorantes* que hacen el mal, tan sólo porque no conocen el bien. ¡Cuántos hay que no saben o que no conocen bien las cosas de Dios y aun las leyes morales! Como hambrientos languidecen porque no hay quien les dé de comer, y caen en atrofia porque no hay quien los alimente en verdad. Id a instruirlos porque por esto os acojo y os envío. Dad el pan del espíritu al hambre de los espíritus. *Instruid a los ignorantes corresponde en lo espiritual, a dar de comer a los hambrientos* y si se da un premio al que da un pan a quien está muriendo para que no muera, ¿qué premio se dará al que sacia el espíritu con verdades eternas, dándole la vida perenne? No seáis avaros de lo que sabéis. Os fue dado sin gastos de vuestra parte y sin medida, dad sin avaricia porque es don de Dios el agua del cielo y se debe dar como se recibe.

No seáis avaros ni soberbios de lo que sabéis, sino dad con humilde generosidad. *Dad el refrigerio limpio y beneficioso de la oración a vivos y muertos* que tienen sed de gracias. No se debe negar el agua a las gargantas sedientas. ¿Qué decir entonces de los corazones de los que viven angustiados, de los espíritus en pena? Oraciones, oraciones fecundas porque llenas de amor y de espíritu de sacrificio.

La oración debe ser verdadera, no mecánica como suenan las ruedas por la calle. ¿Es el sonido o la rueda la que hace avanzar el carro? Es la rueda que se gasta por arrastrar más allá el carro. La misma diferencia existe entre la oración vocal, mecánica y la plegaria activa. La primera es sonido, no más; la segunda es obra, en que se gastan las fuerzas y aumenta el sufrimiento, pero se obtiene lo que se quería. Orad más con el sacrificio que con los labios y daréis refrigerio a vivos y muertos, cumpliendo con la segunda obra de misericordia espiritual. El mundo se salvará más con las oraciones de los que saben orar, que con ruidosas, inútiles, mortíferas batallas.

Muchas personas del mundo saben, pero no saben creer con firmeza. Como atrapadas en medio de dos campos opuestos, tambalean, tambalean, sin dar un solo paso, y se acaban las fuerzas sin lograr nada. Son *lo que dudan*. Son los del “pero”, los del “sí”, los de “y después”. Son aquellos que hacen las preguntas: “¿Será así después? ¿Y si no fuera? ¿Y podré yo? ¿Y si no lo logro?” Son como la flor campanilla que al no encontrar dónde asirse no sube y si encuentra, cuelga aquí y allí, y no sólo es necesario darle sostén, sino guiarla a cada rato del día.

Que si hacen ejercitar en verdad la paciencia y caridad más que un muchachito tonto. Pero en nombre del Señor, no los abandonéis. Dad toda la fe luminosa, la fortaleza ardiente de estos prisioneros de sí mismos, de su enfermedad llena de niebla. Guiadlos al sol y a lo alto. Sed maestros y padres para estos inseguros. Sin cansaros, sin impacientaros. ¿Hacen que se caigan los brazos? Perfectamente bien. También vosotros me lo hacéis y más al Padre que está en los cielos, que debe frecuentemente pensar que parece que fue en vano que la

⁸ Cfr. 1 Rey. 4-7; 2 Rey. 5, 6-7, 29; Salm. 131; 1 Par. 11, 4-17, 27.

Palabra se hizo Carne, porque el hombre está todavía lleno de dudas, aun ahora que oye hablar al Verbo de Dios.

¿Queréis presumir que sois más que Dios y que Yo? Abrid las cárceles a estos prisioneros del “pero” y del “sí”. Soltad las cadenas de los que preguntan: ¿por qué?” “¿Y si no logro?” Persuadidles de que basta hacer todo lo mejor que se pueda y que Dios se contenta con ello. Si veis que resbalan y que no están asidos del sostén, no paséis adelante, volvedlos a levantar. Igual como hacen las mamás que no pasan delante si cae por tierra su pequeñuelo, sino que se detienen, lo levantan, lo limpian, lo consuelan, lo sostienen hasta que le pasó el miedo de que vuelva a caer. Y así hacen por meses y años si el niño es débil de piernas.

Vestid a los desnudos del espíritu perdonando a quien os ofende.

La ofensa es anticaridad. La anticaridad despoja de Dios, por esto el que ofende se desnuda y sólo el perdón del ofendido le vuelve a poner las vestiduras, porque torna a llevarlo a Dios el cual está dispuesto a perdonar a quien el ofendido haya perdonado. El ofendido, pues, debe perdonar, y el ofensor esperar el perdón tanto como el Señor. Dios nos perdona si perdonamos al prójimo y perdona al prójimo si el ofendido perdona a quien le ofendió. Se os tratará como tratéis. Perdonad, por lo tanto si queréis que se os perdone y os alegraréis en el cielo por la caridad que hayáis tenido, como de un manto de estrellas sobre vuestras santas espaldas.

Sed misericordiosos con los que lloran. Son los heridos de la vida, los enfermos del corazón en sus afectos.

No os encerréis en vuestra indiferencia como dentro de una fortaleza. Aprended a llorar con quien llora, consolar al afligido, llenar el vacío de quien se encuentra solo por la muerte de un familiar. Sed padres con los huérfanos, hijos con los padres, hermanos unos con otros. Amad. ¿Por qué amar sólo a los que son felices? Tienen ya su parte. Amad a los que lloran. Son los que menos ama el mundo, porque no conoce el valor de las lágrimas. Vosotros lo conocéis. Amad, pues, a quien llora. Amadlos si están resignados en su llanto. Amadlos, todavía mucho más, si se rebelan en su dolor. No reproche sino dulzura para persuadirles de la verdad del dolor y acerca del dolor. Pueden, entre el velo del llanto, ver deformado el rostro de Dios, verlo reducido a una expresión de un poder que no conoce más que la venganza. No, no os escandalicéis! No es sino alucinación que produce la fiebre del dolor. Socorredlos para que la fiebre desaparezca.

Vuestra fe fresca sea como hielo que se aplica al que está delirando. Y cuando la fiebre más terrible desaparece, y luego entra el abatimiento y alelamiento del que vuelve de un trauma, entonces, como a los niños que una enfermedad ha impedido el desarrollo intelectual, volved a hablar de Dios, como de algo nuevo, con dulzura, con paciencia... ¡oh! Un hermoso cuento dicho para distraer al eterno niño que es el hombre. Y luego callad. No impongáis... El alma trabaja por sí. Ayudadla con las caricias y oración. Y cuando ella diga: “¿Entonces no fue Dios?”, decid: “No. Él no quiso hacerte mal porque te ama aun por quien no te ama porque está muerto o por otro motivo”. Y cuando el alma diga: “Pero lo culpe”, decid: “Ya lo olvidó porque era fiebre la que hablaba”. Y cuando diga: “Entonces querría”, decidle: ¡Míralo! Está a la puerta de tu corazón esperando a que le abras”.

Soportad a las personas molestas. Ellas entran a perturbar nuestra casita de nuestro modo de ser, así como los peregrinos entran a perturbar la casa en que habitamos. Pero así como os dije que acogáis a estos, así también acoged a aquellos.

¿Os molestan? Si no las amáis, por el disturbio que provocan, ellas más o menos os aman. Acogedlas en gracia de este amor. Y aunque vengan por indagar, aunque vengan porque odian, o vengan a insultar, ejercitad la paciencia y caridad. Podéis mejorarlas con vuestra paciencia. Podéis escandalizarlas por vuestra falta de caridad. Que os duela que ellas pequen, pero que más os duela que vosotros mismos las hagáis pecar. Recibidlas en nombre mío, si

no las podéis acoger por amor vuestro, y Dios os recompensará después, cuando venga a pagar la visita, y a borrar el recuerdo desagradable con sus caricias sobrenaturales.

En fin, *procurad sepultar los pecadores para preparar el regreso a la vida de la gracia*. ¿Sabéis cuándo lo hacéis? Cuando los amonestéis con insistencia paternal, paciente, amorosa. Es como si enterraseis las fealdades del cuerpo poco a poco antes de que lo depositéis en el sepulcro en espera de que suene la orden de Dios: “Levántate y ven a Mí”.

Nosotros los hebreos ¿no purificamos acaso los muertos por respeto al cuerpo que resucitará? *Amonestar a los pecadores* es como, purificarlos de sus miembros, primer paso que se da para la sepultura. El resto lo hará la gracia del Señor. Purificadlos con caridad, con lágrimas y sacrificios. Sed heroicos en arrancar un espíritu de la corrupción. Sed héroes. Esta acción no quedará sin recompensa. Porque si la hay por un vaso de agua dado al que tiene sed en la garganta ¿cuál no será la que se dé a quien arranca de la sed infernal a un espíritu?

He terminado de hablar. Estos son los actos de misericordia que se refieren al cuerpo y al espíritu y que aumentan el amor. Id a ponerlas en práctica, y la paz de Dios y mío esté ahora y siempre con vosotros”.

140. La avaricia y el rico necio¹

10 y 14 de septiembre 1945

Jesús está en una de las colinas de la ribera occidental del lago. Ante sus ojos aparecen las ciudades y poblados esparcidos en las playas de este y aquel lado. Exactamente bajo la colina están Mágdala y Tiberíades, la primera con su barrio de lujo, lleno de jardines, separado netamente de la casa de los pescadores, ciudadanos y gente del pueblo común por un arroyuelo que ahora está completamente seco. Tiberíades resplandece por todas sus partes, una ciudad que ignora lo que es la miseria y decadencia, Bella y nueva ríe bajo el sol enfrente del lago. Entre una y otra ciudad están las huertas, más o menos cultivadas, de la estrecha llanura y luego los plantíos de olivos que en terrazas llegan hasta la cima de las colinas. A las espaldas de Jesús, de esta parte se ve la silla del monte de las Bienaventuranzas a cuyos pies está el camino principal que va del Mediterráneo a Tiberíades. Probablemente debido a la cercanía de un camino concurridísimo. Jesús escogió esta localidad a la que se puede llegar de varias ciudades del lago o de la Galilea interior, y donde, al atardecer, es fácil volver a casa, o encontrar hospitalidad en varios lugares. El calor debido a las alturas es templado y más suavizado por los árboles que en la cima ocupan el lugar de los olivos.

Hay mucha gente además de los apóstoles y discípulos, gente que tiene necesidad de Jesús para que la cure, o para que le aconseje; gente que viene también movida por la curiosidad, por amigos o por espíritu de imitación. Mucha gente, en una palabra. La estación no ya canícula sino templada gracias al otoño invita más que nunca a caminar en busca del Maestro.

Jesús curó ya enfermos y habló a la gente, y seguro que fue sobre el tema de las riquezas injustas y de su despego de ellas, tema necesario a todos para que se ganen el cielo, pero indispensable para quien quiere ser su discípulo. Ahorita está respondiendo a las preguntas de estos y aquellos discípulos ricos que no saben cómo arreglárselas.

Juan el escriba dice: “¿Debo entonces destruir lo que tengo, despojando a los míos de lo que les pertenece?”

“No. Dios te dio los bienes. Hazlos servir a la justicia y úsalos rectamente. Esto es, con ellos ayuda a tu familia; es un deber. Trata humanamente a tus siervos: es caridad. Haz bien a los pobres. De este modo tus riquezas no te serán tropiezo sino ayuda”.

¹ Cfr. Mt. 6, 19-21 y 25-34; 10, 34-36; 24, 42-51; Lc. 12, 13-53.

Y luego dirigiéndose a todos dice: “En verdad os digo: el discípulo más pobre puede correr el mismo peligro de perder el cielo por amor de las riquezas, si hecho sacerdote mío, falta a la justicia pactando con el rico. El rico o el malo, muchas veces tratará de seduciros con regalos para que asintáis a su modo de vivir y a su pecado. Y habrá alguno de mis servidores que cederán a las tentaciones de los regalos. Mal hecho. El Bautista os lo enseña. En él existía verdaderamente la perfección del juez y magistrado, sin serlo, como lo señala el Deuteronomio: “No tendrás respetos personales, ni aceptarás donativos, porque cierran los ojos del sabio y alteran las palabras del justo”². Muchas veces el hombre deja que la espada de la justicia pierda su filo ante el oro que un pecador le pasa por encima. No debe ser así. Sabed ser pobres, sabed morir, pero no pacéis jamás con la culpa, ni siquiera con la excusa de que usaréis ese oro en beneficio de los pobres. Es oro maldito y no produciría ningún fruto. Es oro de compromiso infame. Se os ha hecho discípulos para que seáis maestros, médicos y redentores. ¿Qué seréis si fueseis participantes del mal por interés? Maestros engañadores, médicos que matan al enfermo, no redentores sino cooperadores de la ruina de los corazones”.

Uno de entre la multitud se abre paso y dice: “No soy discípulo, pero te admiro. Responde, pues, a esta pregunta mía: “¿Es lícito retener el dinero de otro?””

“No. Es un robo como lo es el quitar el dinero al que pasa”.

“¿Aunque sea dinero de la familia?”

“Aunque así sea. No es justo que alguien se apropie del dinero de los demás”.

“Entonces, Maestro, ven a Abelmán, que está sobre el camino de Damasco y ordena a mi hermano que reparta conmigo la herencia de nuestro padre que murió sin haber dejado testamento. El se ha quedado con todo. Y ten en cuenta que somos gemelos, que nacimos del primero y único parto. Tengo, pues, los mismos derechos que él”.

Jesús lo mira y dice: “Es una situación difícil, y tu hermano ciertamente no obra bien pero todo lo que puedo hacer es orar por ti y por él, para que se convierta e ir a tu tierra a evangelizar, para tocarle el corazón. No me pesa el camino si puedo poner paz entre vosotros”.

El hombre lleno de rabia grita: “¿Y para qué quiero tus palabras? Más que palabras se requiere otra cosa en este caso”.

“Pero no dijiste que ordenase a tu hermano que...”

“Ordenar no es evangelizar. El mandar va unido a la amenaza. Amenázalo de que lo herirás en su persona, si no me da lo mío. Tú lo puedes hacer. Como restituyes la salud, puedes provocar enfermedades”.

“Oye, vine a convertir, no a herir. Pero si tienes fe en mis palabras encontrarás la paz”.

“¿Qué palabras?”

“Te dije que rogaré por ti y por tu hermano, para que él se consuele y se convierta”.

“¡Cuentos, cuentos! No soy un estúpido para creerlo. Ven y ordena”.

Jesús que ha sido paciente y manso, cambia su aspecto en severidad. Se endereza —antes estaba un poco inclinado hacia el hombrecillo fuerte e iracundo— y dice: “Hombre, ¿quién me hizo juez y árbitro de vosotros? Nadie. Para quitar una división entre dos hermanos acepté ir para ejercer mi misión de pacificador y redentor. Habrías encontrado a tu hermano ya convertido. No supiste creer. No tendrás el milagro. Tú, si hubieses sido el primero en apoderarte del tesoro, te habrías quedado con él, privando de él a tu hermano porque en verdad, como sois gemelos, así tenéis iguales pasiones, y tú como tu hermano tenéis un solo amor: el oro; una sola fe: el oro. Quédate, pues, con tu fe. Adiós”.

El hombre se va maldiciendo con escándalo de todos que quisieron pegarle, pero Jesús se opone. Dice: “Dejadlo que se vaya. ¿Por qué queréis ensuciaros las manos pegando a un animal? Lo perdono porque es un hombre poseído del demonio del oro que lo extravía. Perdonad también vosotros. Roguemos por este infeliz para que recobre la bella libertad”.

² Cfr. Deut. 16, 18-20.

“Es verdad. Aun su cara era horrible por la avaricia. ¿La viste?” se preguntan los presentes mutuamente.

“¡Es verdad! ¡Es verdad! No tenía la cara de antes”.

“Sí. Después cuando el Maestro se lo negó, por poco le pega mientras lo maldecía, y su cara se hizo como cara de demonio”.

“Un demonio que tentaba. Tentaba al Maestro para hacer el mal...”

“Escuchad” dice Jesús. “En realidad los cambios del espíritu se refleja en la cara. Ha sucedido como si el demonio se hubiese asomado a la superficie de su poseído. Pocos son los que siendo demonios, con acciones o con aspecto, no traicionen lo que son. Y estos pocos son los perfectos en el mal y completamente poseídos.

Por el contrario la cara del justo es siempre bella, aunque físicamente sea fe, con una hermosura sobrenatural que aflora del interior al exterior. Y no sólo por decir, sino que los hechos lo comprueban, vemos que él no tiene vicios, aun en la carne respira frescura. El alma está en nosotros y nos envuelve todos. El hedor de un alma corrompida, corrompe también la carne. El perfume de un alma pura, preserva. El alma corrompida empuja la carne a pecados obscenos, y estos envejecen y deforman. El alma pura excita la carne a una vida pura, lo cual da frescura y comunica majestad.

Haced que en vosotros exista la juventud pura del espíritu, o resurja si se perdió, y alejaos de toda codicia, bien se trate de los sentidos, bien del poder. Ni esta vida ni la eterna dependen de la abundancia de bienes que se poseen sino de la manera de vivir, y con la vida la felicidad, realmente feliz. El virtuoso lo es siempre con una alegría celestial, aun cuando sea pobre y solo. Ni siquiera la muerte lo hace prisionero, porque no tiene culpas ni remordimientos que lo hagan temer el encuentro con Dios, y no tiene ningún sentimiento por lo que deja sobre la tierra. Sabe que en el cielo está su tesoro, y a la manera de alguien que va a recibir la herencia que le corresponde, una herencia santa, va alegre, presto, al encuentro de la muerte que le abre las puertas del reino donde está su tesoro.

Haceos pronto vuestro tesoro, empezad ya desde la juventud, vosotros que sois jóvenes; trabajad incansablemente, vosotros ancianos que, por la edad, tenéis más próxima la muerte. Y ya que muerte significa un plazo desconocido, y frecuentemente cae el niño antes que el anciano, no dejéis de trabajar por haceros con un tesoro de virtudes y de buenas obras para la otra vida, de modo que no os sorprenda la muerte sin que hayáis colocado un tesoro de méritos en el cielo. Muchos son los que dicen: “¡Oh, soy joven y fuerte! Por ahora gozaré de la tierra, después me convertiré”. ¡Gran error!

Escuchad esta parábola. Los campos de un cierto hombre, le habían producido muchos frutos, una cosecha digamos, milagrosa. Contempla toda esa abundancia que se acumula en sus campos y eras, y que no encuentra lugar en sus graneros y que debe colocar en trojes provisionales y hasta en habitaciones de su casa. Dice: “He trabajado como un esclavo y la tierra no me engañó. Trabajé durante diez cosechas y ahora quiero descansar otras tantas. ¿Cómo haré para arreglar toda esa cosecha? No quiero venderla porque me obligaría a trabajar para que el año siguiente tuviese otra cosecha. Haré así: destruiré mis graneros, los haré más extensos, de modo que quepa toda mi cosecha junto a mis bienes. Y luego diré a mi corazón: ‘Corazón mío, tienes ahora muchos bienes para muchos años. Descansa, pues, come bebe y goza’”. Éste, como otros muchos, confundía el cuerpo con el alma, y mezclaba lo sagrado con lo profano, porque realmente en las glotonerías y en el ocio el alma no goza sino languidece, y también él, como otros muchos, después de la primera cosecha en los campos del bien, se para, pareciéndole que hizo mucho.

¿Pero no sabéis que una vez puesta la mano en el arado es menester perseverar uno, diez y cien años, cuanto dure la vida, porque detenerse es un crimen contra sí mismo, a quien se niega una gloria mayor; es retroceder porque quien se detiene generalmente no sólo no adelanta más, sino vuelve atrás? Para que sea bueno el tesoro del cielo debe aumentar año por año. Pues si habrá misericordia para quien tuvo pocos años para forjar el tesoro, no la habrá para los flojos que después de una vida larga, han hecho poco. El tesoro del cielo es un

tesoro en continuo aumento, de otro modo no será un tesoro fructífero, sino un tesoro muerto, lo que redundará en detrimento de la paz del cielo. Dios dijo al necio: “Hombre necio que confundes el cuerpo y los bienes de la tierra con lo que es espíritu, y te haces mal de una gracia de Dios, ten en cuenta que esta misma noche se te pedirá el alma y se te quitará, y el cuerpo yacerá sin vida. Cuanto has preparado ¿de quién será? ¿Te lo llevarás contigo? No. Te verás desnudo de cosas terrenas y de obras espirituales ante mi presencia y será pobre en la otra vida. Mejor te hubiera sido haber hecho con tus cosechas obras de misericordia al prójimo y a ti mismo. Porque siendo misericordioso con los demás, lo eres para con tu alma. Y en vez de haber nutrido pensamientos de ociosidad, hubieras tratado de cultivar una actividad de la que pudieses sacar utilidad para tu cuerpo y gran mérito para tu alma, hasta que Yo te hubiese llamado”. Aquel hombre murió esa noche y fue severamente juzgado.

En verdad os digo que así sucede a quien atesora para sí y no se enriquece a los ojos de Dios. Ahora podéis ir y haceros un tesoro de la doctrina que os he dado. La paz sea con vosotros”.

Jesús bendice y se retira a un lugar tupido del bosque con los apóstoles y discípulos para tomar sus alimentos y descansar. Pero mientras están comiendo, Él continúa hablando de la lección que acaba de dar, repitiendo un tema que ya ha dicho a los apóstoles muchas veces y creo que no será suficiente el repetirlo, porque el hombre frecuentemente es presa de temores sin fundamento.

“Creedme” dice, “que es menester preocuparse de enriquecerse sólo de virtudes. Y ved bien: que vuestra preocupación no tenga ni angustia ni intranquilidad. El bien es enemigo de las inquietudes, miedos, prisas que tienen todavía el sabor de avaricia, celos, desconfianza humana.

Que vuestro trabajo sea constante, lleno de confianza, de paz, sin inicios bruscos y bruscas paradas. Así se comportan los burros salvajes, pero nadie los emplea a no ser que sea un necio, para hacer un viaje seguro. Tened paz en las victorias, paz en las derrotas. Aun el llanto por algún error cometido, y que os duele porque con él habéis desagradado a Dios, debe tener paz, confrontado con humildad y confianza. El abatimiento, la ira hacia sí mismo es siempre síntoma de soberbia y de desconfianza. Si uno es humilde sabe que es un hombre sujeto a las miserias de la carne que alguna vez triunfa. Si uno es humilde tiene confianza en sí cuanto en Dios, y guarda la calma aun en las derrotas diciendo: “Perdóname, Padre. Conoces mi debilidad que ahora ha vencido. Creo que me compadeces. Tengo confianza que me ayudarás en lo futuro mucho más que antes, no obstante que en el bien poco te pueda satisfacer”.

No seáis ni apáticos, ni avaros de los bienes de Dios. Dad cuanto tenéis de sabiduría y virtud. Sed laboriosos en el espíritu como los hombres lo son por las cosas de la carne. Y respecto a esta no imitéis a los del mundo que tiemblan siempre por la mañana, por miedo de que les falte lo superfluo, por miedo de que se enfermen, de que les sobrevenga la muerte, de que los enemigos puedan hacerles daño y así en lo demás.

Dios sabe de lo que tenéis necesidad. No tengáis miedo por el mañana. Liberaros de ese miedo que es tan pesado, como pesadas son las cadenas para el galeote. No os preocupéis por vuestra vida, ni por la comida, ni por la bebida, ni por el vestir. La vida del espíritu vale más que la del cuerpo y el cuerpo vale más que el vestido, porque vivís no con el vestido sino con el cuerpo y con mortificar el cuerpo ayudáis al espíritu a conseguir la vida eterna. Dios sabe hasta cuándo dejará que el alma esté en el cuerpo, y hasta cuándo os dará lo necesario. Lo da a los cuervos, animales impuros que se alimentan de cadáveres y que tienen su razón de ser porque tienen ese trabajo de librar de putrefacciones ¿y no os lo dará a vosotros? Ellos no tienen alacenas, ni géneros y con todo Dios los alimenta. Vosotros sois hombres y no cuervos, y por ahora sois la flor de los hombres porque sois discípulos del Maestro, los evangelizadores del mundo, y siervos de Dios. ¿Y podéis imaginar que Dios que tiene cuidado de los lirios de los valles y que los hace crecer y los viste con tales vestiduras que ni siquiera Salomón tuvo, sin que ellos tengan otro trabajo que perfumar, puede dejaros sin vestido?

Vosotros sí que no podéis poner un diente en la boca, ni alargar un milímetro a la pierna tullida, ni dar fuerza a la pupila nublada. Y si no podéis hacer estas cosas ¿podéis pensar que sois capaces de apartar de vosotros la miseria y enfermedades y sacar comida del polvo? No podéis. No seáis gente de poca fe. Tendréis siempre lo que es necesario. No os aflijáis como la gente del mundo que se atarea por proveerse de objetos que no puede gozar. Tenéis a vuestro Padre que sabe de lo que tenéis necesidad. Debéis sólo buscar, y que sea vuestra primera preocupación, el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará.

No temáis, vosotros, pequeña grey mía. El Padre se ha complacido en llamaros al reino para que lo poseáis. Podéis, pues, aspirar a él y ayudar al Padre con vuestra buena voluntad y santa laboriosidad. Vended vuestros bienes, haced con ellos limosna, si sois solos. Dad a los vuestros lo que os pertenece por seguirme, porque no es justo quitar el pan a los hijos y a las esposas. Y si no podéis sacrificar las riquezas, sacrificar la riqueza del afecto. También esta es moneda que Dios valúa en lo que es: oro más puro que cualquier otro; perla más preciosa que la que se arrebató a los mares, y rubí más raro del que se extrae de las entrañas de la tierra. Porque renunciar a la familia por Mí es caridad más perfecta que oro sin impureza alguna, es perla hecha de llanto, y rubí hecho de sangre que llora por la herida del corazón, que está desgarrado por la separación del padre, y madre, esposa e hijos.

Estas bolsas de dineros no se gastan, este tesoro nunca disminuye. Los ladrones no penetran en el cielo, el comején no corroe lo que allí se deposita. Tened el cielo en el corazón y el corazón en él cerca de vuestro tesoro, porque el corazón, tanto en el bueno como en el malvado, está donde está el tesoro que más se quiere. Por esto, como el corazón está allí donde está el tesoro (en el cielo), así el tesoro está allí donde está el corazón (esto es, en vosotros), mejor dicho, el tesoro está en el corazón y con el tesoro de los santos está en el corazón el cielo de los santos.

Estad siempre listos, como quien está a punto de emprender un viaje o en espera del patrón. Sois siervos de Dios—Patrón. A cualquier hora os puede llamar a donde está, o venir a donde estáis. Por esos estad siempre listos a ir o a presentarle los honores estando siempre en los cinturones puestos para el viaje o trabajo, y con las linternas encendidas en las manos. Al salir de una fiesta de nupcias con uno que os haya precedido en los cielos y en la consagración a Dios sobre la tierra, Dios puede acordarse de vosotros que estáis esperando y puede decir: “Vamos a donde está Esteban o Juan, o bien a donde está Santiago, Pedro, etc.”. Dios es veloz en venir y decir: “Ven”. Por eso estad siempre listos para partir si os llamare.

Bienaventurados los siervos que el Patrón, al llegar, encontrase vigilando. En verdad, para premiarlos por la fiel espera. Él se ceñirá el vestido y haciéndolos sentar a la mesa, se pondrá a servirles. Puede llegar a la primera vigilia, como a la segunda, tercera. No lo sabéis. Por estad siempre vigilantes. Bienaventurados si lo fuereis y así os encontrare el Patrón. No os hagáis ilusiones diciendo: “Hay tiempo. Esta noche no viene”. Sería un mal para vosotros. No lo sabéis. Si uno supiese cuándo viene el ladrón no dejaría de vigilar la casa para que el bandido no forzase la puerta y cerrojos. También vosotros estad preparados, porque cuando menos lo penséis vendrá el Hijo del hombre diciendo: “Es la hora”.

Pedro que hasta se olvidó de terminar de comer por escuchar al Señor, al verlo que calla, pregunta: “¿Dices esto por nosotros o por todos?”

“Es por vosotros y por todos. Más bien, es por vosotros, porque sois como mayordomos del Patrón puestos a la cabeza de los siervos y tenéis doble trabajo: de estar listos, como mayordomos y como simples fieles. ¿Qué debe ser el mayordomo colocado a la cabeza de los familiares del Patrón para darles a cada uno a su tiempo su justa parte? Debe ser sagaz y fiel: para cumplir con su deber propio, para hacer que los que le están sujetos, cumplan con su deber. De otro modo padecerían menoscabo los intereses del patrón que paga al mayordomo para que haga sus veces y guarde sus intereses durante su ausencia. Bienaventurado el siervo que el patrón, al volver a su casa, encontrase que trabaja fielmente con diligencia y justicia. En verdad os digo que lo hará mayordomo aun de otras propiedades suyas, de todos sus bienes, y descansará y se alegrará en su corazón porque está seguro del siervo.

Pero si el siervo dice: “¡Oh, qué bien! El patrón está lejos y me escribió que tardará en regresar, por eso puedo hacer lo que me parece y cuando previere que está por llegar, proveeré”. Y empieza a beber hasta embriagarse, a dar órdenes de ebrio, y como los siervos buenos, que le están sujetos, rehúsan cumplir sus órdenes para no causar daño al patrón, se pone a golpearlos, y hasta hacerlos caer enfermos o débiles. Piensa en ser feliz y dice: “Finalmente llego a saborear lo que es ser patrón y que le teman a uno”. Pero ¿qué sucederá? Sucederá que cuando menos se lo espere, llegará el patrón, y puede ser que hasta lo sorprenda cuando se echa dinero en la bolsa o corrompe a uno de los siervos más débiles. Entonces, os digo, el patrón lo arrojará del lugar de mayordomo y hasta del número de sus siervos, porque no es conveniente tener infieles y traidores en medio de gente honrada. Y tanto más será castigado cuanto más el patrón lo amaba antes y le había instruido.

Porque quien conoce mejor la voluntad y el pensar del patrón, tanto más está obligado a realizarlos con exactitud. Si no hace como el patrón le explicó, con toda amplitud, más que a ninguno otro, será castigado fuertemente, entre tanto que el siervo inferior, que poco sabe, y se equivoca creyendo hacer bien, tendrá un castigo menor. A quien mucho se le dio, mucho se pedirá, y él tuvo mucho bajo su cuidado, mucho deberá devolver, porque a mis mayordomos se les pedirá cuenta aun del alma de un niño que acaba de nacer.

Mi elección no es un fresco descanso en un bosque florido. Vine a traer fuego sobre la tierra; y ¿qué puedo desea sino que arda? Por esta razón me fatigo y quiero que os fatiguéis hasta la muerte y hasta que la tierra sea una hoguera de fuego celestial.

Debo de ser bautizado con un bautismo. ¡Y cuánto sufriré hasta que no se realice! ¿No preguntáis el porque? Porque con él os haré portadores del Fuego, agitadores que muevan en todas las capas sociales y contra todas, para lograr una sola cosa: la grey de Cristo.

¿Creéis que vine a traer paz a la tierra? ¿y según el modo de ver de la tierra? No. Sino más bien discordia y separación. Porque de ahora en adelante, y hasta que la tierra no sea una sola grey, de cinco que haya en una casa dos estarán contra tres, y el padre contra el hijo, y éste en contra de su padre, y la madre contra las hijas, y estas contra ella, y las suegras y nueras tendrán un motivo de más para no entenderse, porque habrá un lenguaje nuevo en sus labios, y será igual que una Babel⁴, porque una agitación profunda sacudirá el reino de los afectos humanos y sobre humanos. Pero luego llegará la hora en que todo se unifique en una sola lengua nueva, que hablarán todos los salvados del Nazareno, y se purificarán las aguas de sentimientos, yendo al fondo las escorias, y brillando en la superficie las límpidas ondas de lagos celestiales.

En verdad que no es reposo el servirme, según el hombre entiende esta palabra. Es necesario heroísmo y no cansarse jamás. Yo os digo: al final estará Jesús, el mismo Jesús que se ceñirá su vestido para siervos, y luego se sentará con vosotros en el banquete eterno, y se olvidarán la fatiga y el dolor.

Ahora, como nadie nos buscó, vayamos al lago. Descansaremos en Mágdala. En los jardines de María de Lázaro, hay lugar para todos, y ella puso su casa a disposición del Peregrino y de sus amigos. No es necesario que les diga que María Magdalena ha muerto con su pecado y ha renacido por su arrepentimiento María de Lázaro, discípula de Jesús de Nazaret. Lo sabéis, porque la noticia se extendió cual fuego en una floresta. Pero os diré lo que no sabéis: que todos los bienes personales de María de Lázaro son para los siervos de Dios y para los pobres de Cristo. Vamos...”

141. En el jardín de María Magdalena

16 septiembre 1945

Jesús no está en donde estuvo en la última visión. Se trata ahora de un vasto jardín que llega hasta el lago, más allá del que, mejor dicho, en medio de él, está la casa ante la que se

⁴ Cfr. Gén. 11, 1-9.

encuentra y la bordea. Por la otra parte de atrás se alarga unas tres veces más del espacio que mide por los lados y por delante.

Hay flores pero más que otra cosa árboles y bosquecillos, como si estuviesen encerrados en piscinas de mármol precioso, como kioscos rodeados de tablas y sillas de piedra. Probablemente hubo estatuas acá y allá, tanto al lado de los caminos como en el centro de las piscinas. Tan solo quedan los pedestales de las estatuas junto a laureles y bojés que se reflejan en las piscinas de agua cristalina. La presencia de Jesús con los suyos y de la gente de Mágdala, entre la que está el pequeño Benjamín que se atrevió a llamar a Judas, malo, me hace pensar que se trata de los jardines de la casa de Magdalena... que han sido adaptados para su nuevo oficio y para borrar el pasado y evitar que pudiese disgustar o escandalizar.

El lago es un crespón gris-azul, que refleja el cielo, por el que cabalgan nubes cargadas con las primeras lluvias de otoño, y sin embargo es bello, a la luz quieta y suave de un día que ni es sereno, ni lluvioso. Por su ribera no se ven más tantas flores, pero en cambio tiene esos colores que el sumo pintor, que es el otoño, les puso; tiene pinceladas de ocre, o púrpura, hay un débil color amarillo en las hojas de los árboles y viñedos que agonizan y pierden sus colores antes de dar a la tierra sus ajados ropajes.

El jardín de una quinta que está junto al lago, como esta, tiene ese tinte de color rojo, como si rebosase de sangre en las aguas, por las ramas flexibles que otoño ha pintado de color cobre encendido, y en otras partes esparcidos sobre la ribera los sauces, con sus hojas de color azul-plateado, delgaduchas, mucho más pálidas, tiemblan antes de morir.

Jesús no mira lo que yo estoy mirando, mira a los pobres enfermos a los que da salud; mira a los viejos mendigos, a los que da dinero; mira a los niños que le ofrecen sus madres para que los bendiga; y mira compasivamente a un grupo de hermanas que le cuentan sobre la conducta de su único hermano, causa de la muerte de su madre por la angustia y ruina que le causó, y le ruegan, estas pobres mujeres, que les aconseje y que ruegue por ellos.

“En verdad os lo prometo. Rogaré a Dios para que os dé la paz y que vuestro hermano se convierta y se acuerde de vosotras, devolviéndoos lo que es justo y sobre todo, volviendo a amaros. Porque si esto hace, hará lo demás. Pero lo seguís, ¿o bien sentís rencor? ¿Lo habéis perdonado de corazón o bien hay en las lágrimas resentimiento? Porque tampoco él se siente feliz—, menos que vosotras; y no obstante sus riquezas, es más pobre que vosotras, y tiene necesidad de que se le compadezca. No tiene ningún otro amor, y se encuentra sin el amor de Dios. ¿Veis cuán infeliz es? Vosotras, en primer lugar vuestra madre, vuestra vida terminará en alegría, pero no así la de él que puede pasar de los falsos placeres a un tormento eterno y atroz. Venid conmigo. Hablaré a vosotras al hablar a todos”.

Jesús se dirige al centro de un prado con matorrales de flores, en cuyo centro debió de haber estado una estatua; ahora queda sólo el pedestal, rodeado con un cercado no alto de mirto y rositas. Jesús lo tiene a sus espaldas y hace señal de que va a hablar. Todos se callan y se le acercan.

“La paz sea con nosotros. Escuchad.

Está dicho: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. ¿Y quién es el prójimo? Todo el linaje humano en su sentido amplio. En uno más reducido, todos los connacionales; y todavía más, todos los conciudadanos, y restringiéndose más, todos los familiares. Al fin, como último círculo de esta corona de amor apretada como pétalos de una rosa alrededor de su centro, el amor por los hermanos de sangre que es el primero que se refiere al prójimo. El centro amoroso del corazón de la flor es Dios; el amor por Él es el primero que debe poseerse. Alrededor de su centro, el amor por los padres, el segundo que debe poseerse porque el padre y la madre son realmente pequeños “Dios” sobre la tierra, al haberos creado, y cooperado para ello con Dios, además de que nos cuidaron con amor inagotable. Alrededor de este centro que resplandece de pistilos y que exhala perfume de los amores más selectos, ved que se estrechan los círculos de los diversos amores. El primero es el de los hermanos nacidos del mismo seno y de la misma sangre, de que también nosotros nacimos.

¿De qué modo debe amarse al hermano? ¿Tan sólo porque su carne y sangre son iguales a la nuestra? Esto también lo hacen los pajaritos que se encuentran en el mismo nido. No tienen más en común que el haber nacido de una sola nidada y de tener en común en la lengua el sabor de la saliva materna y paterna. Nosotros los hombres somos más importantes que los pájaros. Tenemos más que una carne y una sangre. Tenemos al Padre además de nuestro padre y madre. Tenemos el alma y tenemos a Dios. Padre de todos. Por eso es menester amar al hermano como hermano, por el padre y la madre que nos engendraron y como hermano por Dios que es Padre universal.

Hay que amarlo espiritualmente además de con la carne. Amarlo no sólo por la carne y sangre, sino por el espíritu que tenemos en común. Amar más el espíritu, porque este es más que la carne, porque aquel es más que este. Porque el Padre Dios es más que el padre humano. Porque nuestro hermano sería mucho más infeliz si perdiese al Padre Dios que si perdiese al padre humano. El ser huérfano de padre es algo atroz, pero no es sino una orfandad a medias. Perjudica sólo lo que es terreno: a nuestra necesidad de ayuda y caricias. Pero el espíritu, si sabe creer no recibe perjuicio con la muerte del padre. Aún más, para seguirlo a donde se encuentre el justo, el espíritu del hijo sube como atraído por la fuerza del amor. Y en verdad os digo que esto es amor, amor a Dios y del padre que ha ascendido con su espíritu a un lugar de sabiduría. Asciende a estos lugares donde más cerca está Dios, y obra con mayor facilidad porque no le falta la verdadera ayuda, que son las oraciones del padre, que ama completamente; ni le falta el freno que tiene por la certeza de que su padre le está viendo, mejor cuando vivía, sus obras; ni le falta el deseo de poderse unir con él mediante una vida santa.

Por esta razón es menester preocuparse más del espíritu que del cuerpo del hermano. Sería un pobre amor el que tendiese sólo a lo que parece, pero descuidado de lo que no parece y que al descuidarse, pueda perder la alegría eterna. Son muchos los que se agotan con problemas inútiles, que se afanan por lo que no tiene más que un mérito relativo, y pierden de vista lo que es verdaderamente necesario. Las buenas hermanas, los buenos hermanos no deben preocuparse sólo por tener bien arreglados los vestidos, listos los alimentos, o porque se les ayude en el trabajo. Deben inclinarse sobre sus corazones y escuchar sus voces, vislumbrar sus defectos y con amorosa paciencia agenciarse para darles un espíritu sano y santo si en esas voces y en esos defectos ven un peligro para su eterno vivir. Deben, si les faltaron en algo, perdonarlos, y hacer que Dios les perdone regresando a su amor, sin el que Dios no perdona.

Está escrito en el Levítico²: “No odiarás a tu hermano en el corazón. Repréndelo públicamente para que no te cargues de pecados por su causa”. Pero del no odiar al amar hay todavía un abismo. Os puede parecer que la antipatía, el desapego a la indiferencia no sean pecado porque no son odio. No. Yo vengo a dar nuevas luces al amor y necesariamente al odio, porque lo que ilustra el primero en todos sus pormenores lo hace de igual modo el segundo. La misma elevación a las altas esferas del primero lleva por consecuencia a un mayor desapego del segundo, porque cuanto más se levanta el primero, parece que el segundo se hunde en un abismo siempre más bajo.

Mi doctrina es perfección. Es finura de sentimiento y de juicio. Es verdad sin metáforas ni perifrasis. Yo os digo que antipatía, desapego e indiferencia son ya odio, simplemente porque no son amor. Lo contrario del amor es odio. ¿Podéis dar otro nombre a la antipatía, al separarse de un ser, a la indiferencia? Quien ama siente simpatía por el amado. Si pues le es antipático, no le ama, continúa estándole cercano en espíritu. Por esto si alguien se separa de otro en espíritu ya no lo ama. Quien ama jamás siente indiferencia por el amado, antes bien, todo lo de él le interesa.

Por esto, si uno tiene indiferencia por alguien, es señal de que ya no lo ama. Ved, pues, que estos tres afectos son ramificaciones de una sola planta: la del odio. ¿O qué sucede cuando

² Cfr. Lev. 19, 15-18.

nos ofende alguien a quien amamos? En el noventa por ciento, si no viene odio, viene antipatía, desprecio o indiferencia. No está bien. No hagáis así, no metáis el hielo en vuestro corazón con estas tres formas de odio. Amad.

Y me preguntaréis: “¿Cómo podemos hacerlo?” Os respondo: “Como hace Dios que ama a quien lo ofende. Un amor que le duele, pero siempre bueno”. Decís vosotros: “¿Y cómo haremos?” Os doy una nueva ley sobre las relaciones con el hermano que cometiere una culpa, os digo: “Si tu hermano te ofende no le humilles con reprenderlo públicamente, sino empuja tu amor para cubrir la culpa del hermano ante los ojos del mundo”. Tendrás gran mérito ante los ojos de Dios, impidiendo por amor que tu orgullo busque alguna satisfacción.

Oh, ¡cómo le gusta al hombre que todos sepan que se le ofendió y que se le causó un gran dolor! Se parece a un mendigo necio que en lugar de ir a pedir una limosna de oro al rey, se va con otros necios y pordioseros como él a pedirle un bocado de ceniza, de basura y sorbos de veneno ardiente. Esto da el mundo al ofendido que se va quejando y pidiendo consuelo. Dios, el rey, da oro puro a quien ofendido, y sin rencor, va a llorar solo a sus pies su dolor y a pedirle a Él, que es Amor y Sabiduría, consuelo de amor y enseñanza por lo que sucedió. Por esto si queréis consuelo id con Dios y obrad con amor.

Yo os digo, corrigiendo la ley antigua: “Si tu hermano pecó contra ti, ve, corrígelo tú y él solos. Si te escucha, te ganaste de nuevo a tu hermano, y juntamente con ellos muchas bendiciones de Dios. Si tu hermano no te escuchare, sino que te rechazare porque está obstinado en la culpa, y para que no se diga que consientes en ella o eres indiferente al bien del espíritu fraterno, toma contigo dos o tres testigos serios, buenos, dignos de confianza y con ellos regresa a tu hermano y benignamente repite ante la presencia de ellos tus observaciones, a fin de que los testigos puedan asegurar que hiciste cuanto podías para corregir santamente a tu hermano. Pues este es el deber de un buen hermano. El pecado que cometió contra ti lesiona su alma y tú debes preocuparte de ella. Si ni esto sirviera, hazlo saber a la sinagoga, para que lo llame al orden en nombre de Dios. Si ni con esto se corrige, y rechazare a la sinagoga o al Templo como te rechazó a ti, tenlo como colector de impuestos y como a gentil”.

Haced esto con los hermanos de sangre y de amor. También con vuestro prójimo más lejano debéis obrar santamente, sin avidez, sin ser inexorables, sin odio. Y cuando haya causas por las que se tenga qué ir ante los jueces, y tú vas con tu adversario, te digo, pues frecuentemente te encontrarás en medio de mayores males por culpa tuya, de hacer todo lo posible mientras vas por la calle, de reconciliarte con él, aunque tenga la culpa y tú la razón; porque la justicia humana siempre es imperfecta y generalmente el astuto logra burlarla y podría suceder que el culpable pasase por inocente, y tú, que eres inocente, pasases por culpable. Y sucedería entonces que no sólo no reconociesen tu derecho, sino que perudieses aun la causa, y de inocente pasases al papel de culpable por difamación, y por esta razón el juez pasará la orden al ejecutor de justicia, que no te dejará ir, sino hasta que hayas pagado el último centavo.

Ten espíritu conciliador. ¿Con ello sufre tu orgullo? Muy bien. ¿Tu bolsa mengua? Mucho mejor. Basta con que crezca tu santidad. No tengáis nostalgia por el oro. No seáis ávidos de alabanzas. Haced que Dios sea quien os alabe. Tratad de tener una gran bolsa en el cielo y rogad por los que os ofenden, para que recapaciten sus errores. Si sucediese así, ellos mismos os tributarán honras y bienes. Si no lo hicieren, Dios lo tomará a su cargo.

Idos, es hora de la comida. Que se queden sólo los pordioseros para que se sienten a la mesa apostólica. La paz sea con vosotros”.

142. Jesús manda a los 72 a anunciarlo¹

17 septiembre 1945

¹ Cfr. Mt. 18, 15-35; Lc. 17, 3-4.

Terminada la comida, Jesús dice a los pobres que se retiren, y Él se queda con los apóstoles y discípulos en el jardín de María Magdalena. Se van a sentar en sus límites, muy cerca de las aguas quietas del lago, en el que navegan barcas en busca de pesca.

“Tendrán buena pesca” comenta Pedro que las está mirando.

“También tú tendrás una buena pesca, Simón de Jonás”.

“¿Yo, Señor? ¿Cuándo? ¿Quieres decirme que vaya a pescar para la comida de mañana? Voy al punto...”

“No tenemos necesidad de comida en esta casa. La pesca que harás, será en el futuro y en el campo espiritual. Y la mayor parte de éstos serán junto contigo óptimos pescadores”.

“¿No todos, Maestro?” pregunta Mateo.

“No todos. Los que perseveren y llegaren a ser mis sacerdotes, tendrán una buena pesca”.

“Conversiones ¿o no?” pregunta Santiago de Zebedeo.

“Conversiones, perdones, guías que lleven a Dios. ¡Oh! Tantas cosas”.

“Oye, Maestro. Hace poco dijiste que si alguien no escucha a su hermano ni siquiera ante la presencia de testigos, que vaya a pedir consejo a la sinagoga. Si he entendido bien lo que nos has dicho desde que nos conocemos, me parece que la sinagoga será reemplazada por la Iglesia, esa cosa que Tú fundarás. Entonces ¿a dónde iremos para aconsejar a los hermanos de cabeza dura?”

“Iréis a vosotros mismos, porque seréis mi Iglesia. Por esto los fieles vendrán a vosotros por consejo que necesitan, o porque lo deben a otros. Os digo más. No sólo podéis aconsejar, sino que podréis absolver en mi nombre. Podréis soltar de las cadenas del pecado y podréis unir a los que se aman, formando una sola carne. Y cuanto habréis hecho será válido ante los ojos de Dios como si Dios mismos lo hubiese hecho. En verdad os digo: cuanto ligareis en la tierra, será ligado en el cielo; cuanto desatareis en la tierra, será desatado en el cielo. Aún más Yo os digo, para hacer comprender la potencia de mi Nombre, del amor fraterno y de la plegaria, que si dos de mis discípulos, y por tales entiendo a todos los que creyeren en el Mesías, se reuniesen a pedir algo justo en mi Nombre, mi Padre se los concederá. Porque la plegaria es una gran potencia, como lo es la unión fraternal y grandísima, infinita potencia es mi Nombre y mi presencia entre vosotros. Y donde dos o tres estén reunidos en mi Nombre, allí estaré en medio de ellos, y rogaré por ellos, y el Padre no rechazará a quien ruegue conmigo. Muchos no obtienen porque ruegan solos, o por motivos ilícitos o por orgullo, o con pecado en el corazón. Purificaos el corazón para que pueda estar con vosotros, y luego rogad y seréis escuchados”.

Pedro está pensativo. Jesús lo ve y le pregunta la razón. Pedro da la explicación: “Pienso que estamos llamados a un gran deber. Tengo miedo. Miedo de no saberlo hacer bien”.

“En realidad, Simón de Jonás, o Santiago de Alfeo o Felipe, y así sucesivamente, no serían capaces de hacerlo bien. Pero el sacerdote Pedro, el sacerdote Santiago, el sacerdote Felipe, sabrán hacerlo bien, porque lo harán juntamente con la divina Sabiduría”.

“Y ¿cuántas veces debemos perdonar a los hermanos? ¿Cuántas, si pecan contra los sacerdotes? Y ¿cuántas si pecan contra Dios? Porque si las cosas serán como ahora, claro que pecarán contra nosotros, teniendo en cuenta que pecan contra Ti muchas y repetidas veces ¿Siete o más, por ejemplo?”

“No te digo siete, sino setenta veces siete. Un número sin medida. Porque también el Padre de los cielos os perdonará muchas veces, un gran número de veces, a vosotros que deberíais ser perfectos. Y como Él hace con vosotros, de la misma manera debéis hacer, porque representaréis a Dios en la tierra. Os voy a decir una parábola que servirá a todos”.

Jesús que estaba rodeado sólo por los apóstoles, en un kiosco pequeño de bojes, se dirige a los discípulos que están respetuosamente juntos en un espacio libre que tiene una lagunita llena de aguas limpias. La sonrisa de Jesús es como la señal de una palabra. Mientras Él se dirige a ellos con su paso lento y largo con el que avanza bastante en pocos momentos, y sin apresurarse, todos ellos se alegran, y como niños alrededor de quien les hace felices, se

agolpan a su alrededor. Una corona de caras atentas. Jesús se pone de espaldas contra un alto árbol y empieza a hablar.

“Cuanto dije al pueblo antes, es más perfecto entre vosotros que sois mis elegidos. El apóstol Simón de Jonás me preguntó: “¿Cuántas veces debo perdonar? ¿A quién? ¿Por qué?” Le respondí en privado y ahora repito a todos mi respuesta en lo que es justo que desde ahora sepáis.

Oíd cuántas veces se debe perdonar, cómo y por qué. Es menester perdonar como Dios perdona. Si se peca mil veces, y se arrepiente otras tantas veces, mil veces perdona. Con tal de que vea que en el culpable no hay voluntad de pecar, ni que quiere buscar lo que le hace pecar, sino que más bien el pecado es sólo fruto de una debilidad humana. En el caso de persistencia voluntaria en el pecado no puede haber perdón para las culpas cometidas contra la Ley. Pero por más que estas culpas os produzcan dolor, individualmente perdonad. Perdonad siempre a quien os hace mal. Perdonad para ser perdonados porque también habéis ofendido a Dios y a los hermanos. El perdón abre el reino de los cielos tanto al perdonado como al que perdona. Es semejante a esto lo que sucedió entre el rey y sus siervos.

Un rey quiso pedir cuentas a sus siervos. Los llamó uno por uno comenzando por los que estaban más en alto. Vino uno que le debía diez mil talentos. Este no tenía con qué pagar el anticipo que el rey le había prestado para construir casas y otras propiedades. En realidad no había muchos motivos más o menos justos, usado con mucho cuidado el dinero recibido. El rey enojado de la haraganería y falta de palabra, mandó que fuese vendido él, su mujer, sus hijos y todo cuanto poseía para que saldase su deuda. Pero el siervo se arrojó a los pies del rey y con gemidos y súplicas le decía: “No me hagas nada, ten un poco más de paciencia y te devolveré todo cuanto te debo, hasta el último centavo”. El rey, compadecido por tanta aflicción –era un rey bueno– no sólo consintió en dejarlo libre, sino que después de haber sabido que entre las causas de su poco cuidado y de la falta de pago se contaban algunas enfermedades, le llegó a perdonar la deuda.

El súbdito se fue feliz. Pero, al salir de allí encontró en el camino a otro súbdito, un pobre al que le había prestado cien denarios tomados de los diez mil talentos que había recibido del rey. Persuadido del favor del rey, creyó que todo le era lícito y asiendo a aquel infeliz por la garganta le dijo: “Devuélveme al punto lo que me debes”. Inútilmente el hombre en medio de lágrimas se inclinó a besarle los pies, diciendo: “Te piedad de mí, pues tengo muchas desgracias. Ten todavía un poco de paciencia y te devolveré todo, hasta el último centavo”. El siervo despiadado llamó a los soldados e hizo que llevasen a prisión al infeliz para que le pagase, so pena de su libertad o aun de su vida,

Lo supieron amigos del desgraciado, los cuales, todos afligidos, fueron a referirlo al rey. Éste, al oír tal cosa, ordenó que le fuese llevado ante sí el servidor despiadado y mirándolo severamente le dijo: “Siervo inicuo, te ayudé primero para que fueses misericordioso, para que te hicieses una fortuna, después te ayudé todavía perdonándote la deuda porque me pedías tanto que te tuviese paciencia. Tú no tuviste piedad de uno igual a ti, mientras yo, el rey, te tuve tanta. ¿Por qué no obraste como se trató a ti?” Y enojado lo entregó a los carceleros para que lo encerrasen hasta que hubiese pagado todo, diciendo: “Como no tuvo compasión de uno que le debía poco, mientras de mí, el rey, tuvo tanta, así no encontrará piedad en mí”.

De igual modo se comportará mi Padre con vosotros si fueseis despiadados con vuestros hermanos; si vosotros, que recibisteis tanto de Dios, fuereis culpables más de lo que no lo es un infiel. Recordad que en vosotros existe la obligación más que en cualquier otro de no tener culpas. Recordad que Dios os anticipa un gran tesoro, pero quiere que le deis cuenta de él. Recordad que nadie como vosotros debe saber practicar el amor y el perdón.

No seáis de los siervos que para vosotros pedís mucho, y luego no dais nada a quien os pide. Como os comportáis así seréis tratados. Y se os pedirá también cuenta de cómo obran los demás, que fueron arrastrados al bien o al mal por vuestro ejemplo. ¡Oh, si fuereis verdaderos santificadores, poseeréis una gloria muy grande en los cielos! Pero de igual modo,

si fuereis unos pervertidores o aunque solo unos haraganes en santificar, seréis castigados con dureza.

Os lo repito una vez más. Si alguno de vosotros no se siente con ánimo de ser víctima de la propia misión, que se vaya, pero que no falte a ella. Y digo que no falte en las cosas que verdaderamente arruinan la propia formación y ajena. Y que sepa tener como amigo a Dios, teniendo siempre en el corazón perdón por los débiles. Así pues al que sepa perdonar, Dios lo perdonará.

Nuestra estadía ha terminado. La fiesta de los Tabernáculos se acerca. A los que temprano hablé por separado, desde mañana irán precediéndome y anunciándome a la gente. Los que se quedan, no pierdan ánimos. A algunos los he detenido por motivos de prudencia, no por desprecio. Se quedarán conmigo y pronto los mandaré como mando a los setenta y dos primeros. La mies es mucha y los operarios serán siempre pocos respecto a las necesidades. Habrá, pues, trabajo para todos, y no serán suficientes, por esto os ruego que sin celos, pidáis al Dueño de la mies que envíe siempre nuevos operarios para su cosecha.

Entre tanto id. Yo y los apóstoles terminamos en estos días vuestra instrucción en el trabajo que debéis hacer, repitiendo lo que dije antes de enviar a los doce. Uno de vosotros me preguntó: “¿Y cómo, podré curar en tu nombre?” Curad siempre y primero el espíritu. Prometed a los enfermos el reino de Dios si supiesen creer en Mí, y viendo que en ellos hay fe, ordenad a la enfermedad que se vaya, y se irá. Haced lo mismo con los enfermos del espíritu. Encended primeramente la fe. Dad con palabras seguras la esperanza. Yo añadiré en ellos la divina caridad, así como os la puse en el corazón después que creísteis en Mí y esperasteis en la misericordia. No tengáis miedo ni de los hombres ni del demonio. No os harán mal. Lo único que debéis temer son la sensualidad, la soberbia y la avaricia. Por ellas os podéis entregar a Satanás y a los hombres satanes, que también los hay.

Id, pues, delante de Mí por los caminos del Jordán. Llegados a Jerusalén idos a reunir con los pastores en el valle de Belén, y junto con ellos venid a Mí en el lugar que se os diga, y juntos celebraremos la fiesta santa, regresando más fortalecidos que nunca a nuestro ministerio.

Id en paz. Os bendigo en el Santo Nombre del Señor”.

143. Encuentro con Lázaro en el campo de los Galileos

18 septiembre 1945

El famoso campo de los Galileos –esto me parece que significa la palabra que empleó Jesús para señalar el lugar donde se encontraría con los setenta y dos discípulos que envió por delante– no es sino una parte del monte de los olivos más cercano al camino que lleva a Betania. Es exactamente el lugar donde, en una visión que tuve hace tiempo, vi que pernoctaban Joaquín y Ana con el entonces pequeño Alfeo cerca de otras chozas de ramas, en la fiesta de los Tabernáculos² que precedió a la concepción de la Virgen.

El monte de los Olivos tiene una cima agradable. Todo lo es en aquel monte: las subidas, los panoramas, la cumbre. Respira paz, con sus vestidos de olivos y de silencio. Ahora no, porque está lleno de gente que va a construir sus chozas. Pero en general es lugar de quietud y meditación. A su izquierda, respecto a quien mira hacia el norte, hay una leve depresión, y luego una nueva cima todavía menos curva que la de los olivos. Es aquí en esta meseta donde acampan los galileos. No sé si sea por costumbres religiosas de siglos, o por órdenes de los romanos para evitar choques con los judíos o con los de otras regiones, poco corteses con los galileos. Esto no lo sé. Pero si veo que hay muchos galileos, entre los que está Alfeo de Sara de Nazaret, Judas, el viejo hacendado de Merón; el sinagogo Jairo y otros que son de Betsaida, Cafarnaum y otras ciudades galileas, pero cuyos nombres ignoro.

² Cfr. Ex. 23, 14-17.

Jesús señala el lugar que ocuparán para sus chozas, junto a los límites orientales del campo de los galileos. Los apóstoles, junto con algunos discípulos entre los que está el sacerdote Juan y el escriba Juan, el sinagogo Timoteo, además Esteban. Ermasteo, José de Emmaús, Abel de Belén de Galilea se ponen a construir las chozas. Están en esto y Jesús habla con los niños de Cafarnaum que lo han rodeado haciéndole miles de preguntas y confiándole tantas cosas, cuando por el camino que viene de Betania llega Lázaro con su inseparable Máximo. Jesús no lo ve porque tiene está de espaldas, pero sí lo ve Iscariote y avisa al Maestro que deja al punto a los niños y se dirige sonriente a su amigo. Máximo se detiene para dejar en libertad a los dos en el primer encuentro. Lázaro camina los últimos metros, como puede, rápida y dolorosamente con una sonrisa en que se vislumbra el sufrimiento y las lágrimas, tanto en la boca como en los ojos. Jesús le abre los brazos y Lázaro cae en ellos en medio de una explosión de llanto.

“¿Qué pasa, amigo mío? ¿Lloras todavía?...” le pregunta Jesús besándole en las sienes, y como es más alto que él, la cabeza. Lázaro también es alto, pero se ve más bajo porque está inclinado abrazando a Jesús amorosa y respetuosamente.

Al fin Lázaro levanta la cabeza y dice: “Lloro, sí. El año pasado te di las perlas de mi triste llanto, es justo que tengas las de mi alegría. ¡Oh Maestro, Maestro mío! Creo que no haya cosa más humilde y santa que el llanto bueno... Y te lo doy para decirte: “Gracias” por mi María que no es más que una dulce niña, feliz, tranquila, pura, buena. Más buena de lo que era de pequeña. Yo que me creía más que ella, llevado de mi orgullo de israelita fiel a la Ley, ahora me siento muy pequeño, nada, respecto a ella que no es ya una criatura, sino una llama, una llama que santifica. Yo... yo no puedo comprender dónde encuentra sabiduría, palabras, acciones que realiza y que edifican toda la casa. La miro como se mira a un misterio. ¿Pero cómo podían estar ocultos tanto fuego, tantas piedras preciosas bajo tanta corrupción y estarse allí a sus anchas? Ni yo ni Marta subimos a donde ella sube. ¿Cómo puede, si tenía las alas cortadas por el vicio? No entiendo...”

“No hay necesidad de que lo entiendas, basta con que Yo lo entienda. Pero te aseguro: María ha dirigido hacia el bien las poderosas energías de su ser. Ha doblegado su temperamento hacia la perfección, y como es un temperamento de absolutismo poderoso, se arroja sin titubeos por este camino. Se aprovecha de su experiencia en el mal para ser poderosa en el bien, como lo fue en el mal, y empleando sus mismos sistemas que tenía cuando pecaba de entregarse toda, se ha entregado toda a Dios. Ha comprendido la ley que dice: “ama a Dios con todo tu ser, con todo tu cuerpo, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”³. Si Israel fuese hecho de tantas Marías, si el mundo fuese hecho de Marías, tendríamos en la tierra el reino de Dios, como será en la excelsitud de los cielos”.

“¡Oh Maestro, Maestro! ¡Y es María de Mágdala la que merece estas palabras!...”

“Es María de Lázaro. La grande y querida hermana del gran amigo mío. ¿Cómo supiste que estaba Yo aquí, si mi Madre todavía no ha ido a Betania?”

“Llegó a jornadas forzadas, el administrador de Aguas Claras y me dijo que ibas a venir. Cada día enviaba aquí un siervo. Hace poco fue y me dijo: “Y está allí, está en el campo galileo”, al punto me vine...”

“Pero sufres mucho...”

“¡Mucho, Maestro! Estas piernas...”

“Y así viniste. Habría ido Yo más pronto...”

“Pero mi prisa de mostrarte mi alegría, me atormentaba. Hace meses que la tengo dentro. ¡Una carta! ¿Qué es una carta para expresar cosas semejantes? No podía esperar más... ¿Irás a Betania?”

“Claro. Después de la fiesta”.

³ Cfr. Deut. 6, 5.

“Se te espera con ansia... Esa griega... ¡Qué cabeza! ¡Platico mucho con ella! Está deseosa de conocer a Dios. Es muy culta... y yo no puedo, porque no conozco bien ciertas cosas. Tú haces falta”.

“Iré. Ahora vamos con Maximino. Te ruego que seas mi huésped. Mi Madre te volverá a ver con alegría, y podrás descansar. Dentro de poco vendrá con el niño”.

Jesús llega a donde está Maximino que se arrodilla para saludarlo...

144. Los setenta y dos refieren a Jesús lo que hicieron¹

19 septiembre 1945

En el largo crepúsculo de un atardecer sereno de octubre regresan los setenta y dos discípulos con Elías, José y Leví. Cansados, llenos de polvo, ¡pero felices! Felices los tres pastores que ahora son libres de servir al Maestro. Felices también porque pueden estar junto con sus compañeros de otros tiempos de los que estuvieron separados. Felices los setenta y dos por haber llevado a cabo su primera misión. Sus caras resplandecen más con las linternillas que iluminan las chozas construidas para este numeroso grupo de peregrinos.

En el centro está la de Jesús, y más abajo está la de María con Marziam que le ayuda a preparar la cena. Alrededor de los apóstoles. En la de Santiago y Judas está María de Alfeo; en la de Juan y Santiago, María Salomé con su marido; en la cercana está Susana con su marido que no es ni apóstol, ni discípulo oficial, pero que debe haber hecho valer su derecho de estar allí, ya que permitió que su mujer lo fuese². Alrededor están las de los discípulos, algunos con familia, otros sin ella. Y quien está solo, y son los más, se han juntado con uno o más compañeros. Juan de Endor está con el solitario Ermasteo, pero trató de estar lo más cercano a la choza de Jesús, de modo que Marziam puede ir frecuentemente a la suya, llevándole esto o aquello, o alegrándole con sus palabras de niño avisado y feliz de estar con Jesús. María y Pedro, y de que han venido a una fiesta.

Terminada la cena Jesús se dirige hacia la falda del monte de los Olivos y los discípulos lo siguen en masa. Separados del ruido y de la gente, después de haber orado en común, cuentan a Jesús más ampliamente lo que pudieron haber hecho antes en medio de la algarabía.

Y admirados y alegres dicen: “¿Sabes, Maestro, que no solo las enfermedades, sino los demonios, se nos sujetaron por la fuerza de tu Nombre? ¡Qué interesante, Maestro! ¡Nosotros, nosotros pobres hombres, sólo porque nos enviaste, pudimos liberar al hombre del horrible poder del demonio!...” y refieren casos y casos, sucedidos acá y allá. De uno de ellos dicen: “Los familiares, mejor dicho, la madre y vecinos, nos lo llevaron a fuerza. Pero el demonio se burló diciendo: “He regresado aquí por su voluntad, después de que Jesús Nazareno me arrojó, y no lo dejó más, porque él me prefiere a mí que a vuestro Maestro y me volvió a buscar” y de repente con una fuerza extraordinaria arrebató al hombre de las manos de quienes lo tenían y lo lanzó de lo alto de un precipicio. Corrimos a ver si se había hecho pedazos y ¡nada! Corría como un cervatillo, profiriendo blasfemias y haciendo muecas inconcebibles en esta tierra... Nos movió a compasión su madre pero ¡él, él! ¿Puede obrar así el demonio?”

“Así y mucho más” dice con tristeza Jesús.

“Si Tú hubieses estado...”

“No. Yo se lo dije: “Vete y no quieras volver a caer en tu pecado”. Él lo quiso. Sabía que quería el mal y lo aceptó. Está perdido. Diverso es el caso del que sin saber sea poseído, del que a sabiendas se vuelve a vender al demonio. Pero no habléis de él. Es un miembro cortado sin esperanza. Es un voluntario del mal. Alabemos más bien al Señor por las victorias que os concedió. Conozco el nombre del culpable y sé el nombre de los salvados. Yo vi a Satanás

¹ Cfr. Mt. 13, 16-17; Lc. 10, 17-20 y 23-24.

² Cfr. Ju. 2, 1-11; Lc. 8, 3.

caer del cielo como un rayo por vuestro mérito unido a mi Nombre, porque vi también vuestros sacrificios, plegarias, el amor con que os acercabais a los infelices para hacer lo que había Yo ordenado. Procedisteis con amor y Dios os bendijo. Otros harán lo que hicisteis, pero sin amor, y no obtendrán conversiones... Pero no os alegréis porque sometisteis a los espíritus, sino alegraos porque vuestros nombres están escritos en el cielo. No los quitéis jamás de allí...”

“Maestro, ¿cuándo sucederá que algunos no obtengan conversiones? ¿Acaso será cuando ya no estés con nosotros?” pregunta un discípulo cuyo nombre ignoro.

“No. Agapo. En todos los tiempos”.

“¿Cómo? ¿Aún cuando Tú nos amaestres y ames?”

“Aun así. Siempre os amaré aunque estéis lejos de Mí. Mi amor siempre vendrá a vosotros, y lo notaréis”.

“¡Oh! Es verdad. Yo lo experimenté una tarde cuando estaba en dificultades porque no sabía qué responder a uno que me preguntaba. Estaba yo para huir vergonzosamente. Me acordé de tus palabras: “No tengáis miedo. Se os darán al punto preciso las palabras que tengáis qué decir” y te invoqué con mi corazón. Dije: “Ciertamente Jesús me ama. Llamo su amor en mi ayuda” y luego, como un fuego, como una luz... una fuerza... El hombre que tenía enfrente me observaba e irónico se burlaba haciendo guiños a sus amigos. Estaba seguro de vencer la disputa. Abrí mi boca y era como un río de palabras que fluían con gozo de mi boca tonta. Maestro, ¿estuviste de verdad o fue una ilusión? Yo no lo sé. Sé que al final el hombre, y era un joven escriba, me echó los brazos al cuello diciéndome: “Eres bienaventurado, y bienaventurado quien te condujo a esta sabiduría” y me pareció que tenía voluntad de buscarte. ¿Vendrá?”

“El hombre es inestable como una palabra escrita en el agua y su voluntad es inquieta como el ala de una golondrina que vuela por el último alimento del día. Ruega por él... Sí. Yo fui a donde estabas. Y también estuve con Matías y Timoteo, Simón, Juan de Endor, Samuel y Jonás. Quién se percató de mi presencia, quién no. Pero Yo estaba con vosotros, y lo estaré con quien me sirva amorosamente y fielmente, hasta el fin de los siglos”.

“Maestro, no nos has dicho todavía si entre los que están presentes hay quienes estén sin amor...”

“No es necesario saberlo. Sería falta de amor por parte mía el introducir discordia contra un compañero que no sabe amar”.

“¿Pero los hay? Esto lo puedes decir...”

“Los hay. El amor es la cosa más sencilla, la más dulce y la más rara que pueda concebirse, y no siempre crece, aunque se le siembre”.

“Y si nosotros no te amamos, ¿quién lo hará?” Hay casi riña entre apóstoles y discípulos que se alborotan por sospecha y por dolor.

Jesús baja los párpados. Oculta aun la mirada, para no señalar a nadie. Pero hace un gesto resignado, dulce, triste con las manos que abre con las palmas afuera, acto de resignación clara, de resignado conocimiento, y dice: “Así debería ser, pero así no es. Todavía no se conocen muchos, pero Yo los conozco, y tengo piedad de ello”.

“¡Oh, Maestro, Maestro! ¿Seré yo acaso?” pregunta Pedro acercándose a Jesús, oprimiendo al pobre Marziam entre él y el Maestro; le echa sus brazos cortos y nervudos sobre las espaldas. Lo ase y sacude, loco de terror de que sea uno que no ame a Jesús.

Jesús vuelve a abrir los ojos, llenos de claridad pero tristes, mira la cara de angustia y espanto de Pedro y le dice: “No, Simón de Jonás. Tú no eres. Tú sabes amar. Siempre amarás. Eres mi piedra, Simón de Jonás. Una buena piedra. Sobre ella apoyaré las cosas que más quiero, y estoy seguro que las sostendrás sin conocer turbación”.

“¿Entonces yo?”, “¿Yo?”, “¿Yo?”, “¿Yo?” Las preguntas se repiten como un eco de boca en boca.

“¡Paz, paz! Estad tranquilos y esforzaos en poseer todos el amor”.

“¿Pero quién de entre nosotros sabe amar más?”

Jesús fija su mirada sobre todos: una caricia que sonrío... después baja su mirada sobre Marziam que sigue ante él y Pedro, y haciendo a un lado a éste, volviendo al niño con la cara hacia la pequeña multitud, dice: “Ved al que sabe amar más que todos. El niño. Pero no tengáis miedo los que tenéis barba en las mejillas y hasta cabellos blancos. Cualquiera que renace en Mí, se convierte en un “niño”. ¡Id en paz! Alabad a Dios que os llamó porque realmente veis con vuestros ojos los prodigios del señor. Bienaventurados los que verán lo que estáis viendo. Porque os aseguro que muchos profetas y reyes se murieron de ansia por ver lo que estáis viendo y no vieron, y muchos patriarcas quisieron saber lo que sabéis y no supieron; y muchos justos quisieron escuchar lo que oís y no pudieron escuchar. De ahora en adelante lo que me amen, conocerán cualquier cosa”.

“¿Y después? ¿Cuándo te hayas ido, como dices?”

“Y después hablaréis por Mí. Y después... ¡Oh grandes escuadrones, no por número sino por gracia, de los que verán, sabrán y escucharán lo que ahora estáis viendo, sabiendo, escuchando! ¡Oh grandes escuadrones de mis “pequeños-grandes”! ¡Ojos eternos, inteligencias eternas, orejas eternas! Cómo podré explicaros, a vosotros que me estáis rodeando, lo que será ese eterno vivir⁴, más que eterno, ilimitado de los que me amarán y Yo amaré hasta abolir el tiempo y serán los ciudadanos de Israel” que vivirán aun cuando Israel no sea más que un recuerdo de nación, y serán los contemporáneos de Jesús viviente en Israel. Y estarán conmigo, en Mí, hasta conocer lo que el tiempo borró y la soberbia destruyó. ¿Qué nombre les daré? Los apóstoles, los discípulos, los creyentes serán llamados “cristianos”. ¿Y éstos? ¿Qué nombre tendrán estos? Un nombre solo conocido en el cielo. ¿Qué premio tendrán ya desde la tierra? Mi beso, mi voz, mi corazón. Todo, todo, todo mi ser. Yo, ellos. Ellos, Yo. La comunión total...”

Id. Me quedo a hacer feliz mi espíritu en la contemplación de los que en el futuro me conocerán y amarán completamente. La paz sea con vosotros”.

145. En el Templo para los Tabernáculos¹

20 septiembre 1945

Jesús va en dirección del Templo. Lo preceden en grupo los discípulos, también lo siguen en grupo las discípulas, esto es, su Madre, María Cleofás, María Salomé, Susana, Juan de Cusa, Elisa de Betsur, Analía de Jerusalén, Marta y Marcela. No está Magdalena. Alrededor de Jesús los doce apóstoles y Marziam.

Jerusalén está en la pompa de sus tiempos de mayor solemnidad. Gente de todas partes y en todos los caminos. Cánticos, discursos, murmullos de plegarias, imprecaciones de los borriqueros, alguno que otro llanto de niño. Y sobre esto un cielo hermoso que se cierna sobre las casas, y un sol que alegre baja a dar vida a los colores de los vestidos, a dar luz a los colores muertos de las emparradas y de los árboles que se divisan aquí y allá en los jardines cerrados o terrazas.

Algunas veces Jesús se cruza con personas que conoce, y el saludo es más o menos diferente según el humor del que le pasa por delante. Así, es profundo y grave el de Gamaliel, que mira fijamente a Esteban, el cual a su vez le envía una sonrisa desde el grupo de los discípulos. Gamaliel, después de haberse inclinado ante Jesús, llama a parte a Esteban y le dice algunas palabras, después el discípulo regresa con los suyos. Lleno de veneración es el saludo del viejo sinagogo Cleofás de Emaús, que llega con sus conciudadanos al Templo. Viperino como una maldición es el saludo con que responden los fariseos de Cafarnaúm.

Arrojarse a tierra, besar los pies de Jesús en el polvo del camino, es lo que hacen los campesinos de Yocana, capitaneados por su mayordomo. La gente se detiene a mirar sorprendida este grupo de hombres que en un cruce se precipita con un grito a los pies de un

⁴ Cfr. Gal. 2, 20; Col. 3, 3.

¹ Cfr. Mt. 10, 37-39; 22, 34-40; 25, 14-30; Lc. 10, 25-37; 13, 1-6; 14, 25-33.

joven, que ni es fariseo, ni escriba famoso, que no es un sátrapa ni un poderoso de la corte. Cuando alguien pregunta que quién es, se oye un susurro: “Es el Rabbí de Nazaret, el que se dice que pueda ser el Mesías”.

Prosélitos y gentiles se agolpan curiosos, estrechando el grupo contra el muro, sirviendo de estorbo en la pequeña plaza, hasta que un grupo de borriqueros los dispersan profiriendo imprecaciones contra ellos. Pero la gente áspera, brutal en sus manifestaciones aun de fe nuevamente se reúne, separando a las mugeres de los hombres. Todos quieren tocar el vestido de Jesús, decirle una palabra, preguntarle. Su esfuerzo es inútil porque su misma prisa, su ansia, su agitación por abrirse paso, atropellándose mutuamente, hace que ninguno lo logre y que preguntas y respuestas se confundan en un único e incomprensible ruido.

El único que parece estar lejos de lo que sucede es el abuelo de Marziam, que respondió con un grito al grito del nieto, y después de haber venerado al Maestro, inmediatamente se estrechó al corazón al nieto y en esta forma, todavía apoyado sobre sus calcañales, con las rodillas en tierra, se lo ha sentado sobre ellas, y lo mira por todas partes, lo acaricia con lágrimas y besos, le pregunta, le escucha. El viejo está ya en el paraíso por la felicidad de que goza.

Acuden los soldados romanos creyendo que haya alguna riña, y se abren paso, pero cuando ven a Jesús, se sonríen y se retiran tranquilos, limitándose a aconsejar a los presentes a dejar libre el importante cruce. Jesús obedece al punto, aprovechándose del espacio que dejan los romanos que van delante de Él unos cuantos pasos, como para abrirle camino, pero en realidad para regresar a su lugar, pues la guardia romana ha sido muy reforzada, como si Pilatos supiese que la gente no lo quiere y tuviese miedo de motines en estos días en que Jerusalén está llena de hebreos de todas partes.

Y hermoso es verlo precedido por la bandera romana como rey al que se abre camino, cuando se dirige a sus posesiones. Al empezar a caminar dijo al niño y al anciano: “Estad juntos y seguidme” y al mayordomo: “Te ruego que me dejes tus hombres. Serán mis huéspedes hasta la noche”. El mayordomo responde con toda atención: “Todo lo que ordenes se hará” y se va después de un saludo profundo.

El Templo está ya cerca y el hormiguero de la gente es mucho mayor, cuando un campesino de Yocana grita: “Ved ahí al patrón” y se echa a tierra para saludarlo, lo que hacen los demás.

Jesús queda en medio de un grupo de postrados, porque los campesinos se habían agolpado junto a Él. Torna la mirada hacia el lugar indicado, y se encuentra con la de un tieso fariseo, que no me es nuevo, pero que no recuerdo dónde lo vi. El fariseo Yocana viene con otros de su casta: un montón de telas preciosas, franjas, fíbulas, filaterías, todas mayores que las comunes. Yocana mira atento a Jesús: una mirada de mera curiosidad, pero no irreverente. Hace un saludo tieso, apenas una inclinación de cabeza, pero es saludo. Jesús le responde cortésmente. También dos o tres fariseos le saludan, mientras otros despreciativos fingen mirar a otra parte; uno solo, un joven que lleva en la cara rasgos marcados de dureza, lanza un insulto, porque veo que los que van con Jesús se sobresaltan, y el mismo Yocana se voltea de un solo golpe a contenerlo con su mirada iracunda.

Cuando han pasado y los campesinos se atreven a hablar, uno de ellos dice: “Maestro, el que te maldijo es Doras”.

“Déjalo en paz. Los tengo a vosotros que me bendecís” dice tranquilo Jesús.

Apoyado sobre una cornisa, junto con otros está Mannaén, y al ver a Jesús levanta sus brazos con un grito de alegría: “Hermoso día este, porque te veo” y se dirige a Jesús, seguido de los suyos. Le hace la reverencia bajo la cornisa sombría que hace retumbar las palabras como si estuviesen bajo una cúpula.

Cuando Mannaén le hace el saludo reverente, pasan rozando el grupo apostólico los primos Simón y José con otros nazarenos... y no saludan... Jesús los mira afligido pero no dice nada. Judas y Santiago hablan excitados, Judas enrojece de ira, y luego corre sin que su hermano pueda detenerlo, pero Jesús lo llama con su grito imperioso: “¡Judas, ven aquí!” El iracundo hijo de Alfeo, regresa...

“Déjalos en paz. Son semillas que todavía no han sentido la primavera. Déjalos en la oscuridad de la reacia tierra. Penetraré lo mismo aunque si el terrón de tierra se convirtiese en un jaspe duro alrededor de la semilla. A su tiempo lo haré”.

Pero más fuerte que la repuesta a Judas de Alfeo resuena el llanto de María de Alfeo. Un llanto de una persona que se siente abatida...

Jesús no se vuelve a consolarla, aunque el eco devuelve el llanto. Continúa hablando con Mannaén, que le dice: “Estos que están conmigo, son discípulos de Juan. Quieren ser tuyos como yo”.

“La paz sea para los buenos discípulos. Allí adelante van Matías, Juan y Simeón. Están conmigo y para siempre. Os recojo a vosotros como los acogí a ellos, porque todo lo que a Mí viene del santo precursor me es caro”.

Han llegado al muro del Templo, Jesús da órdenes a Iscariote y a Simón Zelote para las compras de rito y las ofertas. Luego llama al sacerdote Juan y le dice: “Tú que eres de este lugar, procurarás invitar a algún levita que sepas que es digno de conocer la verdad, para que pueda este año celebrar realmente una fiesta alegre. Jamás un día tan dulce así...”

“¿Por qué, Señor?” pregunta el escriba Juan.

“Porque os tengo a todos vosotros a mi alrededor, y a los que no están ahora, con el espíritu”.

“Siempre estaremos y también otros muchos” afirma con énfasis el apóstol Juan. Y todos le hacen coro.

Jesús sonríe y guarda silencio mientras el sacerdote Juan, junto con Esteban se dirigen al Templo, para cumplir las órdenes. Jesús le grita: “Alcánzanos en el Pórtico de los Paganos”.

Entran y casi al punto encuentran a Nicodemo que hace un profundo saludo, pero no se acerca a Jesús. Le envía en cambio una sonrisa que Jesús contesta con otra.

Mientras las mujeres se detienen donde pueden, Jesús con los hombres va a orar en el lugar de los hebreos, y luego regresa, terminadas todas las ceremonias de rigor, para reunirse con los que le esperaban en el Pórtico de los Paganos

Los anchos y altos pórticos están llenos de gente que escuchan las lecciones de los rabbíes. Jesús se dirige al lugar donde descubre que están sus dos discípulos. Al punto se forma un círculo a su alrededor y a los apóstoles y discípulos se unen también otras muchas numerosas personas que están esparcidas en el patio de mármol. La curiosidad es tal que hasta algunos estudiantes de los rabbíes, no sé si espontáneamente o porque sus maestros los enviaron, se acocan al círculo donde está Jesús.

Jesús pregunta a quemarropa: “¿Por qué os agolpáis en torno mío? Decidlo. Tenéis rabbíes sabios y famosos, bienquistos de todos. Yo soy el ignorado, el mal visto. ¿Por qué venís a Mí?”

“Porque te amamos” dicen algunos. Otros: “Porque tus palabras son diversas de las de los demás”. Y otros: “Para ver tus milagros” y “Porque te hemos oído hablar” o “Porque Tú sólo tienes palabras de vida eterna y obras que corresponden a ellas” o en fin: “Porque queremos unirnos a tus discípulos”.

Jesús mira a la gente según habla, como si quisiera traspasarla con la mirada para leer sus más recónditos sentimientos. No falta quien al sentir aquella mirada se aleje o se esconda detrás de una columna o se pierda entre la gente.

Jesús vuelve a preguntar: “¿Pero sabéis qué quiere decir venir detrás de Mí? Respondo a estas palabras, porque la curiosidad no merece respuesta y porque quien tiene hambre de mis palabras por consiguiente me ama y tiene deseos de unirse a Mí. Por esto, hay dos grupos de entre los que hablaron: los curiosos, a los que no pondré atención, y los deseosos, a quienes enseño sin engaño, acerca de la dureza de esta vocación.

Venir a Mí como discípulo quiere decir que se renuncia a todos los amores por *un solo amor*: el mío. El amor egoísta para consigo mismo, el amor culpable por las riquezas o sentidos o poseer, el amor honesto por la esposa, el amor santo por la madre, el padre, el amor por los hijos o amor fraterno, todos deben ceder el paso a *mi* amor si se quiere ser de los míos. En

verdad os digo que más libres que las aves en el firmamento, deben ser mis discípulos, más libres que lo vientos que corretean por los cielos, sin que nadie ni nada los detenga. Libres, sin cadenas pasadas, sin lazos de amor material y sin nada, ni siquiera los más finos hilos los pueden detener. El espíritu es como una delicada mariposa encerrada dentro del capullo pesado de la carne, su vuelo puede perder ligereza, o detenerse completamente aun al contacto impalpable de una telaraña: la araña de la sensibilidad, de la falta de generosidad en el sacrificio. Quiero *todo* sin reservas. El espíritu tiene necesidad de esta libertad de dar, para que no pueda enredarse en la telaraña de los cariños, costumbres, reflexiones, miedos que extiende como hilos la monstruosa araña que es Satanás, ladrón de almas

Si alguien quiere venir a Mí y no odia santamente a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos y hermanas y hasta su vida, no puede ser mi discípulo. Dije: "odia santamente". Os decís en el corazón: "El odio no puede ser santo, según Él enseña, por lo tanto se contradice". No. No me contradigo. Afirmino que se debe odiar el amor lento, el amor que no rebasa los límites de la carne, bien se trate del amor por el padre, madre, hijos, hermanos y hermanas o por el de la propia vida. Yo ordeno que se me ame con la libertad ágil que es propia de los espíritus, a los familiares y a la vida. Amadlos en Dios y por Dios. No los antepongáis a Dios. Ocupaos y preocupaos de llevarlos donde el discípulo ha llegado, esto es, a Dios Verdad. De este modo amaréis santamente a los familiares y a Dios, conciliando los dos amores y haciendo de los lazos de la sangre no lastre, sino alas, no culpa, sino un deber santo. También debéis estar prontos a odiar vuestra vida por seguirme. Odia su vida quien sin temor de perderla o de hacerla humanamente triste, la pone a mi servicio. No se trata más que de una apariencia de odio. Un sentimiento que el pensamiento humano que no sabe elevarse, del hombre terrenal poco superior al bruto, llama erróneamente "odio". En realidad este odio aparente, que consiste en negar las satisfacciones sensuales a la existencia para dar una vida más extensa al espíritu, es amor. Es amor de lo más sublime que puede imaginarse, de lo más bendito.

El negarse a las bajas satisfacciones, el prohibirse la sensualidad de los afectos, el procurarse reproches o comentarios injustos. El arriesgar castigos, rechazos, maldiciones, y tal vez hasta que lo persigan a uno, es una cadena de penas. Pero es menester abrazarlas e imponérselas como una cruz, como un patíbulo en el que se expía cualquier culpa pasada para llegar ante Dios justificados, y del que obtendremos para los seres amados todas las gracias. Quien no carga con su cruz y no me sigue, quien no sabe hacer esto, no puede ser mi discípulo.

Pensadlo maduramente, vosotros que decís: "Vinimos para unirnos a tus discípulos". No es vergüenza sino signo de sagacidad el sopesarse uno mismo, juzgarse y confesar a sí y a los demás: "No tengo madrea para ser discípulo". ¿Y qué? Los paganos tienen como un principio de enseñanza la necesidad de "conocerse a sí mismos" ¿y vosotros, israelitas, para conquistar el cielo, no lo sabéis hacer?

Recordad siempre que son bienaventurados los que vienen a Mí. Pero mejor que venir para después traicionarme y traicionar al que me envió, es mejor no venir, y quedarse como los hijos de la ley, como hasta ahora lo habéis sido.

¡Ay de aquellos que habiendo dicho: "Vengo" causan daño a Cristo, siendo traidores de la idea cristiana, escandalizadores de los pequeños, de los buenos! ¡Ay de ellos! Y con todo los habrá y siempre los habrá.

Por esto imitad al que quiere construir una torre. Primeramente calcula los gastos necesarios y cuenta su dinero para ver si tiene lo suficiente para terminarla, a fin de que, terminados los cimientos, no debe suspender los trabajos, pues el dinero se le acabó. En este caso perdería también cuanto antes tenía, quedándose sin torre y sin dinero, y en cambio se atraería las burlas de la gente que diría: "Este comenzó a construir, y no pudo terminar. Ahora puede llenarse el estómago con las ruinas de su construcción incompleta".

Imitad a los reyes de la tierra, y aprovechaos de lo que sucede en el mundo para sacar una enseñanza sobrenatural. Cuando quieren hacer la guerra a otro rey, examinan fría y atentamente todos los pormenores, el pro y el contra; meditan si la utilidad de la conquista vale

sacrificar las vidas de sus súbditos, estudian si es posible conquistar ese lugar, si sus ejércitos, inferiores en número, pero de espíritu combativo, pueden vencer a veinte mil antes de que ocurra el encuentro, mandan al rival una embajada con ricos dones, y sosegando al contrario, que tenía ya sospechas por los movimientos militares del otro, lo desarman con pruebas de amistad, quitan las sospechas y negocian un tratado de paz, en verdad más ventajoso, tanto humana como espiritualmente, que una guerra.

Así debéis hacer antes de empezar la nueva vida y colocaros en las filas contra el mundo. El ser discípulos míos, quiere decir; ir contra la turba y violenta corriente del mundo, de la carne, y de Satanás. Y si no sentís en vosotros el valor de renunciar a todo por amor mío, no vengáis a Mí, porque no podéis ser mis discípulos”.

“Está bien. Lo que dices es verdad” dice un escriba que se había mezclado en el grupo. “¿Pero si nos despojamos de todo con qué te podemos servir? La ley tiene mandamientos que son como monedas que Dios da al hombre para que usándolas se compre la vida eterna. Tú dices: “Renunciad a todo” y señalas al padre, la madre, las riquezas, los hombres. Dios es quien dio todos estos bienes y quien nos dijo por boca de Moisés, que las usásemos santamente para aparecer justos a los ojos de Dios². Si nos quitas esto, ¿Qué nos das?”

“Yo lo dije: os doy el amor verdadero, oh rabbí. Os doy mi doctrina que no quita ni un ápice de la antigua ley, sino que la perfecciona”.

“Entonces todos somos discípulos iguales, porque todos tenemos las mismas realidades”.

“Todos las tenemos según la ley mosaica... No todos siguen la ley perfeccionada por Mí según el amor. No todos llegan a la misma suma de méritos. Aún entre mis discípulos no todos llegarán a tener la suma de méritos en igual medida y uno de entre ellos no sólo no tendrá la suma, sino perderá su única moneda: su alma”.

“¡Cómo! A quien más se dio, más le quedará. Tus discípulos, mejor dicho, tus apóstoles te siguen en tu misión y están al corriente de tus modos, han recibido muchísimo, también los discípulos efectivos, menos los discípulos sólo de nombre, nada los que, como yo, no te escuchan sino por mera casualidad. Es claro que los apóstoles tendrán muchísimo en el cielo, mucho los discípulos efectivos, menos los discípulos de nombre, nada los que son como yo”.

“Humanamente es obvio y mal también humanamente, porque no todos son capaces de hacer fructificar los bienes recibidos. Escucha esta parábola y perdona si me alargo mucho aquí en enseñar. Pero Yo soy la golondrina de paso, no me detengo sino poco en la Casa del Padre, pues vine para todo el mundo, y no quiero que este pequeño mundo que es el Templo de Jerusalén me impida el vuelo y que vaya a donde la gloria del Señor me llama”.

“¿Por qué hablas así?”

Porque es verdad”.

El escriba mira a su alrededor, y luego baja la cabeza. Que sea verdad lo ve escrito en muchas caras de sinedrístas, rabbíes y fariseos que han ido agolpándose más y más en cantidad, en torno a Jesús. Caras verdes de bilis, o rojas de ira, miradas que equivalen a palabras de maldición y a escupitajos de veneno, de rencor que fermenta en todas partes, de deseo de maltratar al Mesías, deseo que se queda infructuoso por miedo a los muchos que rodean al Maestro decididamente y que están prontos a defenderlo, miedo tal vez también al castigo de parte de Roma, que mira con buenos ojos al dulce Maestro de Galilea.

Jesús continúa hablando con calma y expone su pensamiento con la siguiente parábola: “Un hombre que estaba a punto emprender un largo viaje y ausentarse por mucho tiempo, llamó a todos sus siervos y les entregó cuanto tenía. A uno le dio cinco talentos de plata, a otro dos, y a otro uno de oro.... A cada uno según su grado y habilidad, y luego se fue.

El siervo que tenía cinco talentos de plata fue a negociar astutamente sus talentos, y después de algún tiempo, le rindieron otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y duplicó la suma. Pero al que dio más: un talento de oro exacto, lleno de miedo de no saber qué hacer,

² Cfr. Ex. 20, 1-21; Deut. 5-6; Deut. 6, 18.

miedo de los ladrones, de miles de sueños quiméricos, y sobre todo arrastrado por la pereza, hizo un gran hoyo en la tierra, y allí escondió el dinero de su patrón.

Pasaron muchos meses y al fin regresó el patrón. Llamó inmediatamente a sus siervos para que le devolvieran el dinero que les había dejado en depósito. Llegó el que había recibido cinco talentos de plata y dijo: “He aquí, señor mío. Tú me diste cinco. Me pareció mal no hacerlos fructificar. Me los ingení y gané otros cinco talentos. No pude más...” “Bien, muy bien, siervo bueno y fiel. Fuiste fiel en lo poco, lleno de buena voluntad y honrado. Te daré autoridad sobre muchas propiedades. Entra en la alegría de tu señor”.

Luego vino el de los dos talentos y dijo: “Creí que podía usar tus bienes para un fin útil. Aquí están las cuentas que te muestran cómo usé tu dinero. ¿Ves? Eran dos talentos de plata, ahora son cuatro. ¿Estás contento, señor mío?” Y el patrón dio a su siervo bueno la misma respuesta que había dado al primero.

Vino al fin el que gozaba de la más grande confianza del patrón, y que había recibido un talento de oro. Lo desenvolvió de donde lo tenía guardado y dijo: “Me confiaste el mayor valor porque sabes que soy prudente y fiel así como sé que eres intransigente y que no toleras pérdidas en tu dinero, y si te pasa alguna desgracia te la pagas con el que esté cerca de ti, porque en realidad cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y no perdonas por ningún motivo un solo centavo a tu banquero o a tu mayordomo. El dinero debe ser cuanto tú dices. Temiendo yo que fuese a disminuir este tesoro, lo fui a esconder. No me fié de nadie, ni de mí mismo. Ahora lo desenterré y te lo devuelvo. He aquí tu talento”.

“¡Oh siervo inicu y perezoso! Realmente no me amaste, porque no me has conocido y no quisiste mi bienestar porque dejaste el talento sin circular. Traicionaste la estima que tenía colocada en ti, y por ti mismo te desmientes, te acusas y te condenas. Sabías que recojo donde no sembré y que cosecho donde no esparcí. Y entonces ¿por qué no hiciste que pudiese cosechar y recoger? ¿Así correspondes a mi confianza? ¿Así me conoces? ¿Por qué no llevaste el dinero a un banquero para que lo retirase con intereses? Te di instrucciones especiales para esto, y tú, sinvergüenza flojo, no lo tuviste en cuenta. Que se te quite el talento y cualquier otro bien y que se dé al que tiene los diez talentos”.

“Él ya tiene diez y este se queda sin nada...” le replicaron.

“Así está bien. A quien tiene y además de lo que trabaja, se le dará todavía más, hasta la sobreabundancia, pero a quien no tiene porque no quiso tener, se le quitará también lo que se le dio. En cuanto al siervo que no quiso ser útil, que traicionó mi confianza puesta en él, y que dejó inactivos los dones que se le dieron, arrojadlo fuera de mi propiedad y que se vaya llorando y muriéndose de envidia en su corazón”.

Esta es la parábola. Como ves rabbí, a quien tenía más le quedó menos porque no supo merecer conservar el don de Dios. Y no está dicho que uno de esos a quienes llamas discípulos sólo de nombre, que tienen muy poco para negociar, y por tanto entre los que me escuchan sólo por mera casualidad, como dices, y que tienen como única moneda su alma, no lleguen a poseer el talento de oro y también sus intereses, que se quitarán a uno de los más beneficiados. Infinitas son las sorpresas del Señor porque infinitas son las reacciones del hombre. Veréis a gentiles en la vida eterna y samaritanos que poseerán el cielo, y veréis a israelitas puros y a seguidores míos perder el cielo y la vida eterna”.

Jesús calla, y como si quisiese evitar toda discusión se dirige en dirección del muro del Templo, pero un doctor de la ley que se había sentado a escucharlo seriamente bajo el pórtico, se levanta y plantándose ante Él, le dice: “Maestro ¿qué debo hacer para obtener la vida eterna? Respondiste a los otros, respóndeme a mí también”.

“¿Por qué me quieres probar? ¿Por qué quieres mentir? ¿Esperas que Yo diga una cosa contra la ley porque le agrego conceptos luminosos y perfectos? ¿Qué está escrito en la ley? ¡Responde! ¿Cuál es el mandamiento principal de ella?”

“Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu inteligencia. Amarás a tu prójimo como a ti mismo”³

“Bien respondiste. Haz así y tendrás la vida eterna”.

“¿Y quién es mi prójimo? El mundo está lleno de gente buena y mala, conocida y desconocida, amiga y enemiga de Israel. ¿Cuál es mi prójimo?”

“Un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó por las quebradas de las montañas cayó en manos de ladrones, los cuales lo hirieron cruelmente, lo despojaron de todo lo que llevaba y hasta de los vestidos. Lo dejaron más muerto que vivo en el borde del camino.

Por ese mismo lugar pasó un sacerdote que había terminado su turno en el Templo. ¡Oh! ¡Todavía llevaba los perfumes del incienso del Santo! Debería haber llevado el alma perfumada de bondad sobrenatural y de amor, pues había estado en la casa de Dios, casi en contacto con el Altísimo. El sacerdote tenía prisa en regresar a su casa. Miró al herido, pero no se detuvo. Siguió adelante, y dejó al desgraciado en el borde.

Pasó un levita. ¿Contaminarse él que debía servir en el Templo? ¡Oh no! Se recogió los vestidos para que no se fuese a ensuciar de sangre, echó una mirada fugitiva al que gemía bañado en su sangre y apresuró su paso hacia Jerusalén, hacia el Templo.

Venía de Samaría, en dirección al vado, un samaritano. Vio sangre, se detuvo, descubrió al herido en medio del crepúsculo que caía, bajó de su asno, se acercó al herido, le robusteció con un sorbo de buen vino, dividió su manto para hacer vendas, lavó y ungió las heridas, primero con vinagre y luego con aceite, las vendó amorosamente, puso al herido sobre su jumento, guió hábilmente a la bestia, al mismo tiempo que consolaba al herido con buenas palabras, no se preocupó ni de la fatiga, ni pensó en despreciar al herido porque era de nacionalidad judía. Llegado a la ciudad, lo condujo a un albergue, lo cuidó toda la noche y al amanecer, al verlo mejorado, lo confió al hortelano, le pagó de antemano con dos denarios y le dijo: “Ten cuidado de él como si fuese yo mismo. A mi regreso te pagaré cuanto hubieses gastado de más, y con más, si lo hubieses hecho bien”. Y se fue.

Doctor de la Ley, respóndeme. ¿Cuál de estos tres fue “prójimo” para con el que cayó en manos de ladrones? ¿Acaso el sacerdote? ¿Acaso el levita? ¿O mejor el samaritano que no se preguntó quién fuese el herido, ni por qué estaba herido, ni si hacía mal en socorrerlo perdiendo tiempo, dinero o poniéndose en peligro de que lo acusasen de que él hubiera sido quien lo había herido?”

El doctor de la ley responde: “Fue “prójimo” este, porque tuvo misericordia”.

“Haz tú también igual y amarás al prójimo y a Dios en el prójimo y de este modo merecerás la vida eterna”.

Ninguno se atrevía a hablar más. Jesús se aprovecha de ellos para reunirse con las mujeres que estaban a su espera cerca del muro e irse con ellas de nuevo a la ciudad. A los discípulos se han agregado dos personas: mejor dicho un sacerdote y un levita; este muy joven, aquel de aspecto patriarcal.

Jesús está ahora hablando con su Madre y tiene en medio a Marziam. Le pregunta: “¿Me escuchaste, Madre?”

“Sí, Hijo mío y a la tristeza de María Cleofás se ha añadido la mía. Ella estuvo llorando poco antes de entrar en el Templo...”

“Lo sé, Madre, y sé el motivo, pero no debe llorar, tan solo orar”.

“¡Oh, ella ruega mucho! En estas tardes, bajo su choza, entre sus hijos que duermen, ora y llora. La vi llorar a través de las paredes sutiles de las ramas vecinas. ¡Ver a pocos pasos a José y a Simón tan cerca y tan divididos así!... No es la única que llora. Conmigo lloró también Juana que te parece muy serena...”

“¿Por qué, Mamá?”

“Por Cusa... Se está portando... de una manera inexplicable. A veces la ayuda en todo, otras la rechaza completamente. Si están solos donde nadie los ve, es el marido ejemplar de

³ Cfr. Deut. 6, 5; Lev. 19, 18.

siempre, pero si hay personas y que sean de la corte, entonces se hace autoritario y desprecia a su buena esposa. Ella no entiende el por qué...”

“Te lo diré. Cusa es siervo de Herodes. Compréndeme, Mamá “Siervo”. No se lo digo a Juana para no afligirla, pero así son las cosas. Cuando no tiene miedo de reproche o de burla del soberano, es el buen Cusa. Cuando le teme, no lo es ya”.

“Es que Herodes está muy enojado por causa de Mannaén y...”

“Es porque Herodes lo está por el remordimiento tardío de haber cedido al deseo de Herodías. Pero Juana tiene ya muchas cosas buenas en la vida. Debe, bajo la diadema, llevar su cilicio”.

“También Analía llora...”

“¿Por qué?”

“Porque su prometido se separa de Ti”.

“Que no llore. Díselo. Es una resolución. Una bondad de Dios. Su sacrificio llevará nuevamente a Samuel al bien. Por ahora esto la dejará libre de presiones para el matrimonio. Le prometí llevármela conmigo. Me precederá en la muerte...”

“¡Hijo!...” María estrecha la mano de Jesús, con un rostro que palidece.

“¡Querida Mamá! Es por los hombres. Lo sabes. Es por amor a los hombres. Bebamos nuestro cáliz con buena voluntad. ¿No es verdad?”

María se bebe las lágrimas. Responde: “Sí”. Un “sí” desgarrador.

Marziam levanta su carita y pregunta a Jesús: “¿Por qué dices estas cosas desagradables a Mamá? Yo no te dejaré morir. Como defendía a los corderos así te defenderé”.

Jesús lo acaricia y para suavizar lo que ha dicho, pregunta al niño: “¿Qué estarán haciendo ahora tus ovejitas? ¿No las extrañas?”

“Oh, estoy contigo. Pero me pongo a pensar y me pregunto: “¿Las habrá llevado Porfiria a pastar? ¿y se habrá fijado de que “Espuma” no vaya al lago?” “Espuma” es muy listo, ¿sabes? Su madre lo llama, lo llama... ¡pero qué caso va a hacer! Hace lo que quiere. Y “Nieves” tan glotona que come hasta enfermarse. ¿Sabes, Maestro? yo entiendo lo que significa ser sacerdote en tu Nombre. Lo entiendo mejor que los demás. Ellos (y señala con la mano a los apóstoles que vienen detrás) dicen tantas palabras, hacen tantos planes... pero después. Yo me digo: “La haré de pastor, como me comporto con las ovejas así con los hombres. Y será suficiente”. La Mamá mía y tuya me dijo ayer una cosa muy bonita de los profetas... y me dije: “Exactamente así es nuestro Jesús”. Y en el corazón me dije: “Yo también así seré”. Luego dije a nuestra Mamá: “Por ahora soy un corderito, pero después seré pastor. Y al contrario, Jesús por ahora es Pastor y luego también Cordero. Pero Tú siempre eres la Corderita sólo nuestra Corderita blanca, hermosa, querida, que da palabras más dulces que la leche. Jesús es así Corderito porque nació de ti, Corderita del Señor””.

Jesús se inclina y le besa con gusto. Luego pregunta: “¿De veras quieres ser sacerdote?”

“¡Claro, Señor mío! Por esto trato de hacerme bueno y de saber muchas cosas. Siempre voy con Juan de Endor. Me trata siempre como hombre y muy bondadoso. Quiero ser pastor de las ovejas extraviadas y no extraviadas; médico–pastor de las heridas y que se han quebrado algún hueso, como dice el Profeta⁴. ¡Qué hermosos!” y el niño da un brinco, batiendo las manos.

“¿Qué tiene este curruca⁵ que está tan contento?” pregunta Pedro.

“Ve su camino con claridad, hasta el fin. Y consagro esta visión suya con mi “sí””.

Se detiene ante una alta casa que si no me equivoco, está en dirección del barrio de Ofel, pero en la zona de los ríos.

“¿Nos detenemos aquí?”

“Esta es la casa que Lázaro me ofreció para el banquete de alegría. Aquí está ya María”.

⁴ Cfr. Ez. 34.

⁵ “curruca” Pájaro cantor de plumaje pardo por encima y blanco por abajo, y negruzca la cabeza; el cuclillo lo escoge con preferencia para que empolle sus huevos.

“¿Por qué no vino con nosotros? ¿Por miedo a los rechifles?”

“Oh, no. Yo se lo dije”.

“¿Por qué, Señor?”

“Porque el Templo es más quisquilloso que una mujer en cinta. No quiero herirlo, y no por cobardía, mientras pueda”.

“De nada te servirá, Maestro. Si yo fuese Tú, no sólo la heriría, sino que lo echaría allá abajo del Moria, con todos los que están dentro”.

“Eres un pecador, Simón. Es necesario orar por los propios semejantes, y no hay qué matarlos”.

“Soy pecador, pero Tú no... y deberías hacerlo”.

“Habrá alguien que lo hará. Después de que el pecado haya llegado a su colmo”.

“¿Cuál?”

“Uno que llenará todo el Templo, desbordándose por Jerusalén. No puedes entender... Oh, María, ¡abre al peregrino tu casa!”

Marta se hace reconocer y abre. Entran todos en un espacioso atrio que termina en un patio empedrado con cuatro árboles en cada ángulo. Hay una sala amplia sobre el terreno, y por sus ventanas abiertas se ve toda la ciudad con sus subidas y bajadas. Por esto puedo colegir que la casa se encuentra sobre las pendientes del sur, o sudorientales de la ciudad.

La sala está dispuesta para muchos, muchos huéspedes. Mesas y mesas paralelas entre sí. Un centenar de personas pueden fácilmente acomodarse. Llega María Magdalena que estaba ocupa en los preparativos y se postra ante Jesús. Llega Lázaro con una sonrisa de dichoso, en su cara de enfermo. Entran poco a poco los huéspedes, algunos un poco cohibidos, otros con más garbo. La cortesía de las mujeres hace que todos se sientan a sus anchas.

El sacerdote Juan conduce ante Jesús a los dos que tomó del Templo. “Maestro”, este es mi buen amigo Jonatás, y mi joven amigo Zacarías. Son verdaderos israelitas sin malicia y sin rencor”.

“La paz sea con vosotros. Estoy contento de que estéis conmigo. El rito debe de observarse aun en estas dulces costumbres. Es hermoso que la fe antigua extienda la mano amiga a la nueva fe que nace del mismo tronco. Sentaos a mi lado mientras llega la hora de la comida”.

Habla el patriarcal Jonatás, mientras el joven levita mira aquí y allá curiosamente, con aire de admiración, de sorpresa. Por mi parte me imagino que quiere pasar por despabilado, pero en realidad es como un pez fuera del agua. Afortunadamente Esteban viene en su ayuda y le presenta, uno después del otro, a los apóstoles y discípulos principales.

El viejo sacerdote, alisándose la barba de nieve, dice: “Cuando Juan fue a verme a mí, su maestro y a mostrarme su cuerpo curado, tuve deseos de conocerte. Pero, Maestro, yo casi nunca salgo de mi lugar. Estoy viejo... Abrigaba esperanzas de verte antes de morir, y Yeová me escuchó. ¡Sea alabado Él! Hoy te oí en el Templo. Superas a Hilel, el viejo, el sabio. Yo no quiero, más aún, no puedo dudar de que seas lo que mi corazón espera. Pero ¿sabes lo que significa haber bebido casi por ochenta años la fe de Israel, como ha venido transmitiéndose durante generaciones, de fe... una fabricación humana? Es nuestra sangre propia. ¡Y yo estoy tan viejo! Escucharte es como sentir el agua que brota de un fresco manantial. ¡Oh, sí! ¡Un agua pura! Pero yo... pero yo estoy lleno de aguas sucia que viene de *muy* lejos... que se ha mezclado con tantas cosas. ¿Qué haré para estar lleno de esa agua y para que pueda gustarte a Ti?”

“Cree en Mí y ámame. El justo Jonatás no tiene necesidad de otra cosa”.

“Pero pronto moriré. ¿Tendré tiempo para creer todo lo que dices? No lograré ni siquiera escuchar todas tus palabras ni conocerlas por la boca de otros. ¿Y entonces?”

“Las aprenderás en el cielo. Tan solo el condenado muere para la sabiduría. Quien muere en gracia de Dios alcanza la verdad y vive en la sabiduría. ¿Qué piensas que Yo sea?”

“No puedes ser sino el Esperado que antecedió el hijo de mi amigo Zacarías. ¿Lo conociste?”

“Era mi pariente”.

“Oh, ¿entonces eres Tú pariente del Bautista?”

“Sí, sacerdote”.

“Ya murió... y no puedo decir: “¡infeliz!” Porque murió fiel a la justicia, después de que llevó a cabo su misión y porque... ¡Oh tiempos crueles en los que vivimos! ¿No es mejor acaso regresar a Abraham?”

“Sí. Pero vendrán tiempos más crueles, sacerdote”.

“¿Lo dices Tú? Roma ¿no es así?”

“No sólo Roma. El culpable Israel será la primera causa”.

“Es verdad. Dios nos castiga. Lo merecemos. Pero también Roma ¿Supiste de los galileos que fueron muertos por Pilato mientras realizaban un sacrificio? La sangre de ellos se mezcló con la de la víctima. ¡Hasta cerca del altar! ¡Hasta cerca del altar!”

“Lo supe”.

Todos los galileos se alborotan por esta ofensa. Gritan: “Es verdad que él era un falso Mesías, pero ¿por qué matar a sus secuaces después de que lo mataron? Y ¿por qué en esa hora? ¿Eran acaso más pecadores?”

Jesús pone calma y dice: “Os preguntáis si eran más pecadores que otros tantos galileos y si esta es la razón por la que fueron muertos. No. Que no lo eran. En verdad os digo que ellos pagaron y que otros pagarán si no os convertís al Señor. Si todos no hicieris penitencia, pereceréis de igual modo todos en Galilea y en otras partes. Dios está irritado contra su pueblo. Yo os lo digo. No hay que creer que los castigos sean siempre los peores. Que cada uno se examine a sí mismo, que se juzgue y que no juzgue a los demás. Aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé⁶ y los mató no eran los más culpables en Jerusalén. Yo os digo. Haced, haced penitencia si no queréis ser desmenuzados como ellos, y también en el espíritu. Ven, sacerdote de Israel. La mesa está preparada. Toca a ti, porque el sacerdote es siempre aquel que se le honra por la idea que representa y recuerda, te toca a ti, patriarca entre nosotros que somos todos más jóvenes, ofrecer y bendecir”.

“¡No, Maestro! No ¡No puedo hacerlo ante Ti! ¡Tú eres el Hijo de Dios!”

“Y sin embargo ofreces el incienso ante el altar ¿No crees que allí también esté Dios?”

“¡Sí que lo creo! ¡Con todas mis fuerzas!”

“¿Y entonces? Si no tiembles de ofrecer ante la gloria santísima del Altísimo, ¿por qué vas a temblar de miedo ante la misericordia que se revistió de carne para traerte también a ti la bendición de Dios, antes de que sobrevenga la noche? ¡Oh! No sabéis vosotros de Israel, que para que el hombre pudiese acercarse a Dios y no morir, puse sobre la Divinidad el velo de la carne. Ven, cree y sé feliz. En ti venero a todos los sacerdotes santos desde Aarón hasta el último que con justicia lo sean en Israel; a ti, porque tal vez realmente la santidad sacerdotal languidece entre nosotros como planta sin sostén”.

146. José y Nicodemo refieren que en el Templo se sabe de Juan y de Síntica

21 septiembre 1945

Jesús con los apóstoles y discípulos se va en dirección de Betania. En estos momentos está hablando a los discípulos, a quienes da órdenes de este modo. Los judíos que vayan a la Judea, y los galileos a la otra parte del Jordán para anunciar al Mesías. Esto suscita algunas objeciones. Me parece que la otra parte del Jordán no goza de buena fama entre los israelitas. Al hablar de ella es como si hablasen de regiones paganas. Lo cual ofende a los discípulos de aquella región, entre los que, cual digno de autoridad, está el sinagogo de Aguas Claras y un joven, cuyo nombre ignoro, los cuales defienden ardientemente su ciudad y a sus conciudadanos.

⁶ Cfr. Lc. 13, 4.

Dice Timoneo: “Ven, Señor, a Aera, y verás si allí no se te respeta. No encontrarás tanta fe en Judea como allá. Yo por mi parte no quiero ir. Tenme contigo y haz que un judío con un galileo vayan a mi ciudad. Verán cómo han sabido creer en Ti, fiándose de mi palabra”.

El joven dice: “Supe creer sin haberte visto jamás. Te busqué después de que mi madre me perdonó. Soy feliz de regresar allá, porque eso significará burlas de mis conciudadanos perversos como en un tiempo lo fui yo, y reproches de los buenos por mi conducta anterior. Pero no me importa. Te predicaré con mi ejemplo”.

“Dices bien. Harás como dijiste. Después Yo iré. También tú, Timoneo, dijiste bien. Irá, pues, Hermas con Abel de Belén de Galilea a anunciarme a Aera, y tú, Timoneo, te quedarás conmigo. Pero Yo no quiero estas disputas. No sois ni judíos ni galileos: sois mis discípulos, y es suficiente. El nombre y la misión os hacen iguales en lugares de nacimiento, en grado, en todo. Sólo en una cosa podéis diferenciaros: en la santidad. Esta es individual y en la medida que cada uno haya sabido conseguirla. Yo quisiera que todos tuvieran una misma medida: la perfecta: ¿Veis a los apóstoles? Estaban divididos, como vosotros, por razas y otros motivos. Ahora, después de un año y algo más de instrucción, son *tan sólo* los apóstoles. Haced también igual vosotros, y como entre vosotros el sacerdote está cerca del antiguo pecador, y el rico junto al mendigo, el joven junto al anciano, de igual modo haced que desaparezca la separación de pertenecer a esta o aquella región. Tenéis una sola patria por lo demás: el cielo, porque os habéis puesto en camino. No deis jamás a mis enemigos la impresión de que sois mutuos adversarios. El enemigo es el pecado, no otra cosa”.

Por un tiempo caminan sin hablar, después Esteban se acerca al Maestro y le dice: “Quisiera decirte una cosa. Esperaba que me lo preguntases, pero no lo has hecho. Ayer me habló Gamaliel...”

“Lo vi”.

“¿No me preguntas lo que me dijo?”

“Espero que me lo digas, porque el buen discípulo no guarda secretos para con su Maestro”.

“Gamaliel... Maestro, adelántate conmigo un poco...”

“Vamos, pues. Podrías halar en la presencia de todos...”

Se separan un poco. Esteban poniéndose colorado le dice: “Debo darte un consejo, Maestro, perdóname...”

“Si es bueno lo aceptaré. Habla, que te escucho”.

“Maestro, antes o después en el Sanedrín todo se sabe. Es una institución que tiene miles de ojos y cientos de brazos. Por todas partes penetra. Todo lo ve. Todo lo oye. Tiene más... informadores que piedras hay en los muros del Templo. Muchos viven de este modo...”

“Haciendo de espías. Termina, pues. Es verdad y lo sé. ¡Y bien! ¿Qué os dijo más o menos de verdad al Sanedrín?”

“Se refirió todo. No sé cómo pueden saber ciertos detalles. Ni siquiera sé que sean verdaderos... Pero te voy a repetir textualmente lo que me dijo Gamaliel: “Di al Maestro que haga circuncidar a Ermasteo o que lo aleje para siempre. No es menester agregar más””.

“Así es. No es menester agregar más. Primeramente porque por esta razón voy a Betania, y ahí me quedaré hasta que Ermasteo pueda caminar de nuevo. Después porque ninguna justificación podrá hacer caer los prejuicios y arrogancia de Gamaliel que está escandalizado que tenga conmigo a alguien que no está circuncidado en su cuerpo. ¡Oh, si mirase dentro y alrededor suyo! ¡Cuántos incircuncisos hay en Israel!”

“Pero Gamaliel...”

“Es el perfecto representante del viejo Israel. No es malo en verdad... Mira este guijarro. Puedo romperlo, pero no doblarlo a mi modo. Así él. Debe ser molido para que se le dé nueva forma. Y lo haré”.

“¿Quieres pelear con Gamaliel? ¡Cuídate, es poderoso!”

“¿Pelear? ¿Cómo si fuese mi enemigo? No. Mejor que pelear con él, lo amaré. Le satisfaré un deseo que tiene en su cerebro momificado y derramaré sobre él un bálsamo que lo disolverá para rehacerlo nuevamente”.

“Rogaré para que así suceda, pues quiero su bien. ¿Hago mal?”

“No. Debes quererlo, rogando por él, y lo harás. Estoy seguro de ello. Hasta tú me ayudarás a preparar el bálsamo... pero dirás a Gamaliel, para que se tranquilice, que ya había pensado en Ermasteo y que le agradezco su consejo. Hemos llegado a Betania. Espera que os voy a bendecir a todos, pues aquí nos vamos a separar”.

Y reuniéndose con el grupo de los apóstoles que venían mezclados con los discípulos, los bendice y se despide de ellos. Se quedan sólo Ermasteo, Juan de Endor y Timoteo.

Con los que se quedaron alcanza rápidamente el cancel de la puerta de Lázaros que ya está abierto. Entra en el jardín. Bendice la casa que le hospeda. En su amplio jardín están los dueños de la casa, y las piadosas mujeres, que se están riendo de las carreras que hace Marziam por las veredas adornadas con las últimas rosas. Y con los dueños y mujeres, al grito de éstas, aparecen por una vereda José de Arimatea y Nicodemo, que también son huéspedes de Lázaros, para poder conversar tranquilamente con el Maestro. Todos corren al encuentro de Jesús. María con su dulce sonrisa, María Magdalena con un grito de amor: “¡Rabbomi!”¹. Lázaros que cojea, los dos majestuosos sinedristas, y al fin, las piadosas mujeres de Jerusalén y Galilea: caras marcadas con arrugas o caras juveniles femeninas de aspecto angelical como la de Analia que se pone colorada al saludar al Maestro.

“¿No está Síntica?” pregunta Jesús después de los primeros saludos.

“Está con Sara, Marcela y Noemí en el adorno de las mesas. Pero, mira, allí viene”.

Y así es. Junto con la anciana Ester de Juana, se ven otras dos caras por las que han dejado su rastro los años y los dolores y otras juveniles, que se diferencian por raza y por cierto aire que hay en ellas, como es el porte severo y radiante calma de la joven griega.

No puedo ni siquiera describir con verdad la belleza de la griega. Con todo, sus ojos de un color negro, suavizado con un tinte de añil oscurísimo, su frente alta y muy noble, llama más la atención que su cuerpo que también es bello, más bello que la cara misma. Un cuerpo delgado sin ser flaco, proporcionado, armónico en su caminar y sus movimientos. Pero es la mirada, esa mirada inteligente, amplia, profunda, que parece aspirar el mundo, seleccionarlo, escoger lo bueno, lo útil, lo santo, y rechazar lo que es malo. Es esta mirada sincera que no tiene miedo de que se le hurgue hasta lo profundo, y por la que el alma se asoma a escudriñar a quien se le acerca, lo que llama la atención. Si es verdad que por la mirada se puede conocer al individuo, yo aseguro que Síntica es una mujer de juicio seguro y de bien fundados y honestos pensamientos. Se arrodilla también con las otras y espera a levantarse hasta que el Maestro lo haya ordenado.

Jesús avanza por el verde jardín hasta el pórtico que está enfrente de la casa y luego entra en una sala donde los sirvientes están prontos a dar ayuda a los que acaban de llegar para que cumplan con las purificaciones rituales antes de la comida. Mientras las mujeres se retiran, Jesús se queda con los apóstoles en la sala. Juan de Endor y Ermasteo van a la casa de Simón Zelote para dejar los sacos que traían cargados.

“¡Aquel joven que se fue con Juan el bizco, es el filisteo que aceptaste?” pregunta José.

“Sí, José ¿Cómo lo supiste?”

“Maestro... Nicodemo y yo hace días que nos estamos preguntando cómo pudimos saberlo y cómo hayan podido saberlo los otros del templo, y sin embargo es así. Lo cierto es que lo sabemos. Antes de la fiesta de los Tabernáculos, en la sesión que precede a las fiestas, algunos fariseos dijeron que sabían exactamente que entre tus discípulos, además de... perdona, Lázaros, –las pecadoras conocidas e ignoradas, y los cobradores de impuestos – perdona Mateo– y los galeotes, se habían unido un filisteo incircunciso y una pagana. Por lo que se refiere a la pagana, que en este caso sin duda es Síntica, se comprende que se pueda saber, o, por lo menos adivinar. La batahola que armó el romano no fue para menos, y se convirtió en tema de pleito entre los suyos y los judíos; también porque se fue, quejoso y amenazador al mismo tiempo a buscarla por todas partes. Fue a molestar hasta el mismo

¹ expresión aramea que significa “Señor mío” o “Maestro mío” Cfr. Ju. 20, 16. (N.T.)

herodes, porque decía que se había escondido en casa de Juana y que el Tetrarca debía ordenar a su mayordomo que se la entregase. Pero que entre tantas personas que te siguen, se pueda saber que uno es filisteo e incircunciso, y otro un galeote... es extraño, muy extraño. ¿No te parece?”

“Me parece y no me parece. Voy a tomar las providencias necesarias en el caso de Síntica y del galeote”.

“Sí. Harás bien en alejar sobre todo a Juan. No está bien entre tus seguidores”.

“José ¿Te has hecho también fariseo?” pregunta severamente Jesús.

“No... pero...”

“¿Debería Yo, arrastrado por un necio escrúpulo del peor farisaísmo, humillar un alma que se ha regenerado? No. No lo haré. Pensaré en su tranquilidad. En la *suya*, no en la mía. Vigilaré por su formación, como velo por la del inocente Marziam. ¡En verdad que no hay diferencia en la ignorancia espiritual! El uno dice, por vez primera, palabras de sabiduría porque Dios ya lo perdonó, porque renació ya en Dios, porque Dios lo ha estrechado a su corazón. El otro las dice porque al pasar de una niñez abandonada a una adolescencia por la que vela el amor humano, además del de Dios, abre su alma como una corola al sol y el Sol por sí mismo lo ilumina. *Su* sol que es Dios. El uno está por decir sus últimas palabras. ¿No veis con vuestros ojos que se está consumiendo de paciencia y de amor? ¡Oh! Cómo me gustaría tener muchos Juanes de Endor en Israel y entre mis siervos. Quisiera que también tú, José y ti, Nicodemo, tuvieseis su corazón y sobre todo que lo tuviese su delator, la abyecta víbora que se oculta bajo el manto de amigo y que hace de espía, antes de convertirse en asesino. La víbora que envidia al pájaro las alas, y agazapada espera poder quitárselas para arrojarlo en la cárcel. ¡Ah! ¡No! El pajarito está por transformarse en ángel. Y aún cuando la víbora pudiese –cosa que no podrá– arrancarle las alas y ponérselas sobre su viscoso cuerpo, se le convertirían en alas de demonio. Cada delator es ya un demonio”.

“¿Pero dónde está ese tal? Decídmelo para que pueda al instante arrancarle la lengua” exclama Pedro.

“Harías mejor en arrancarles los dientes del veneno” dice Judas de Alfeo.

“No. ¡Mejor estrangularlo! Así no hará otra vez mal a nadie. Son seres que pueden dañar siempre...” afirma secamente Iscariote.

Jesús lo mira y termina: “...y mentir. Pero nadie debe hacerle daño. No merece la pena que por ocuparse de la víbora, se deje que perezca el avecilla. Con respecto a Ermasteo Yo me detendré aquí, en la casa de Lázaro, para su circuncisión que acepta por amor mío, y para evitar que estrechas mentes hebreas persigan la religión santa de nuestro pueblo. No es más que un paso de las tinieblas a la luz, y no es necesario para que la luz llegue a su corazón. Lo voy a permitir para calmar la susceptibilidad de Israel y para mostrar que el filisteo tiene verdadera voluntad de llegar a Dios. Pero Yo os digo: en esta edad del Cristo no es menester esa cosa para pertenecer a Dios. Basta la voluntad y el amor, basta la rectitud de conciencia. ¿Y donde circuncidaremos a la griega? ¿En algún punto de su espíritu, si ella ha sabido experimentar a Dios mejor que otros muchos de Israel? En verdad que entre los presentes hay muchos que son oscuridad respecto a los que desprecian por tinieblas. De todos modos, el delator y vosotros, sinedristas, podéis informar a quien debéis, que a partir de hoy mismo quitaron el escándalo”.

“¿Quién? ¿Los tres?”

“No, Judas de Simón. Ermasteo. Pensaré en los otros dos. ¿Tienes algo más qué preguntar?”

“No, Maestro”.

“Ni Yo tampoco tengo algo qué añadir. Os pregunto a todos que me digáis, si lo sabéis, qué pasó con el dueño de Síntica”.

“Pilato, lo ha devuelto a Italia en la primera nave que se le presentó, para no tener querellas con Herodes y con los hebreos en general. Pilato está atravesando por momentos difíciles... y que si le bastan...” dice Nicodemo.

“¿Es segura la noticia?”

“Puedo comprobarlo si lo quieres, Maestro” dice Lázaro.

“Sí, hazlo, y luego me dirás la verdad”.

“Da lo mismo. En mi casa Síntica está segura”.

“Lo sé. También Israel defiende a la esclava fugitiva de un dueño extranjero y cruel. Pero quiero saberlo”.

“Yo quisiera saber quién es el delator, el informador, el doloso espía de los fariseos... esto se puede saber y quiero saber quiénes son los fariseos delatores. Que salgan fuera los nombres de los fariseos y los de sus ciudades. Me refiero a los fariseos que realizan la hermosa tarea de informar, previa traición de uno de nosotros, porque sólo nosotros sabemos ciertas cosas, nosotros, discípulos viejos y nuevos, para poder informar al Sanedrín sobre los hechos del Maestro, hechos que son completamente justos; pero hay un demonio que dice y piensa lo contrario, y...”

“Y basta, Simón de Jonás. Te lo ordeno”.

“Yo, yo obedezco, aunque se me revientan las venas del corazón por los esfuerzos que hago. Sin embargo la alegría de hoy se perdió...”

“¡No! ¿por qué? ¿Ha cambiado algo entre nosotros? ¿Y entonces? ¡Oh Simón mío! Ven aquí a mi lado y hablemos de lo que es bueno...”

“Nos acaban de decir que es hora de la comida, Maestro” dice Lázaro.

“Vamos, ya...”

147. Síntica habla en casa de Lázaro

22 septiembre 1945

Jesús está sentado bajo el pórtico interior de la casa de Betania, el mismo que vi lleno de discípulos la mañana de la resurrección. Está sentado sobre un banco de mármol con cojines, con las espaldas apoyadas contra el muro, rodeado de los dueños de casa, de los apóstoles y de los discípulos Juan y Timoteo, además de José y Nicodemo, y de las piadosas mujeres, además de Síntica que, de pie ante Él, parece que esté respondiendo a alguna pregunta que le hiciera. Todos, más o menos interesados escuchan y han tomado diversas posiciones, unos sentados sobre cojines, otros sobre el pavimento, algunos están de pie, otros apoyados contra las columnas de la pared.

“...era una necesidad. Para no sentir todo el peso de mi condición. Significaba no estar, no querer persuadirse de ser sola, de ser esclava, de estar desterrada de la patria. Pensar que mi madre y hermanos, mi padre y mi amada y dulce Irene no se habían perdido para siempre. Pero aun cuando todo el mundo se encarnizaba en separarnos, como Roma nos había dividido, vendido, como animales de carga, a nosotros, libres, en la otra vida un lugar nos reuniría.

Pensar que nuestro vivir no es sólo materia, materia que se encadena, sino que dentro de ella hay una fuerza libre que nadie puede encadenar, si no es el deseo voluntario de vivir en el desorden moral y en la crápula. Vosotros lo llamáis: “pecado”. El y los que eran mis luces en la oscuridad de mi noche de esclava, lo definen de otro modo. Pero también ellos admiten que un alma esclavizada por las pasiones malvadas no llega a lo que vosotros llamáis reino de Dios, y nosotros, convivencia en los Hades con los dioses; por lo cual es necesario abstenerse de caer en la materialidad y esforzarse por llegar a la libertad del cuerpo, hacerse de virtudes para poder poseer una inmortalidad dichosa y poder reunirse con los seres amados.

Pensar que el alma de los muertos pueda estar cerca de la de los vivos y así sentir cerca de sí el alma de la mamá, volver a encontrar su mirada y oír su voz que habla al alma de la hija y poder decir: “Sí, madre. Para venir a donde estás, sí. Para no afligir tu mirada, sí. Para que no llores, sí. Para no entristecerte en los Hades, donde vives en paz, sí. Por todas estas razones, mantendré mi alma libre; la única posesión que tengo, que nadie me puede quitar, que quiero conservar para poder razonar de una manera virtuosa”. Pensar de este modo significaba para

mí libertad y alegría. Y de este modo quise pensar, y obrar. Porque no es sino una filosofía a medias y falsa pensar y obrar contra las propias ideas.

Pensar de este modo era lo mismo que construirse de nuevo una patria en el destierro, una patria en el ser íntimo de uno, con sus altares, su fe, su educación, sus cariños... Una patria grande, misteriosa, aun cuando no sea así por eso misterioso que es el alma, que sabe que no puede ignorar el más allá, si bien por ahora lo conoce cual un marinero que desde el mar en una mañana de niebla conoce las particularidades de la costa de manera confusa, en bosquejo, con apenas algún punto que se levante claro y que con todo basta, oh, sí, le basta a él, cansado navegante perseguido por las tempestades, para decir: "Allí está el puerto, allí la paz". La patria de las almas, el lugar de origen... el lugar de la vida.

Pues la vida sale de la muerte... ¡Oh! esto lo comprendía a medias hasta que oí una de tus palabras. Después... después fue como si un rayo de sol hiriese el diamante de mi pensamiento. Todo fue luz. He comprendido en qué punto no se equivocaron los maestros de Grecia, y cómo después sí, al carecer de un dato, de uno solo, para resolver equitativamente el teorema de la vida y de la muerte. El dato era: ¡existe el verdadero Dios, Señor y Creador de todo cuanto hay!

¿Puedo ponerlo en estos labios de pagana? Sí, lo puedo, porque como todos los demás vengo también de Él, porque puso en las inteligencias de todos los hombres esa capacidad, y en los más sabios una inteligencia superior, por la que aparecen cual semidioses, como dotados de un poder más que humano. Puedo nombrarlo, porque les hizo escribir esas verdades que son ya religión, si no divina como la tuya, moral y capaz de tener las almas "vivas" no durante este espacio de tiempo que es la estadía de acá en la tierra, sino para siempre.

Después comprendí lo que significaba: "La vida nace de la muerte". Quien lo dijo fue como uno que sin estar completamente ebrio, no puede razonar fácilmente. Dijo una palabra sublime, pero no la puede comprender del todo. Perdona, oh señor, mi orgullo. Yo he comprendido mejor que él, y desde aquel momento me siento feliz"

"¿Qué comprendiste?"

"Que esta existencia no es sino el principio de la vida y que la verdadera vida empieza cuando la muerte llega... en los Hades como pagana, en la vida eterna si creo en Ti. ¿Dije mal?"

"Hablaste bien, mujer" aprueba Jesús.

Nicodemo interrumpe: "¿Pero cómo lograste conocer las palabras del Maestro?"

"Señor, quien tiene hambre busca la comida. Yo buscaba la mía. Yo, cuyo oficio era leer a mis patrones libros, podía leer mucho en sus bibliotecas. No estaba del todo satisfecha. Me parecía que más allá de esas paredes había algo, y como aprisionada en una cárcel de oro, me esforzaba en romper las paredes, en salir para encontrar... Al venir a Palestina con el último patrón, tuve miedo de caer en las tinieblas... y sin embargo iba al encuentro de la Luz. Las palabras de los siervos de Cesarea eran como golpes de pico que resquebrajaban las paredes, y que hacían cada vez agujeros mayores por los que entraban tus palabras. Yo las recogía así como las noticias, y como un niño que ensarta perlas para adornarse con ellas, igual que yo, y sacaba fuerzas para purificarme y poder así recibir la Verdad. En este plan de purificación, pensaba que daría con lo que buscaba, y me propuse ser pura aun a costo de la vida para cuando me encontrase con la Verdad, con la Sabiduría, con la Divinidad. Señor, estoy diciendo palabras tontas. Estos me están mirando como aturdidos, pero Tú me dijiste que hablase..."

"Hablas, habla. Es necesario".

"Con fortaleza y templanza resistí a las pasiones externas. Pude haber sido libre y feliz, según el mundo, con tal de que lo hubiese querido. No quise trocar el saber con el placer, porque sin sabiduría de nada sirve tener las demás virtudes... El filósofo así dijo: "Justicia, templanza y fortaleza sin tener como compañero el saber, son semejantes a un escenario pintado; son virtudes de esclavos sin nada sólido y real". Yo quería poseer cosas reales. Mi

patrón, necio, hablaba de Ti en mi presencia, entonces sucedió como si las paredes se hubiesen convertido en velo. Bastaba querer para desgarrar el velo y unirse a la verdad. Lo hice”.

“No sabías que nos habrías de encontrar” dice Iscariote.

“Sabía yo y creía que los dioses premian la virtud. No quería oro ni honores, ni libertad física, ni siquiera ésta. Quería sólo la verdad. Pedía a Dios esto o que muriese. Quería que no fuese tratada como un “objeto”, y pedía que no fuese a consentir en serlo. Renunciando a todo cuanto es corporal al buscarte, oh Señor, pues las búsquedas con los sentidos son siempre imperfectas —y Tú lo viste, que cuando te vi, huí, engañada de los ojos— me puse en manos de Dios que está sobre nosotros y que informa el alma por Sí. Te encontré porque mi alma me condujo a Ti”.

“Tu alma es un alma pagana” dice nuevamente Iscariote.

“Pero el alma tiene siempre en sí algo de divino, sobre todo cuando, con esfuerzos se guarda el error... y por esto tiende a las cosas que son de su misma naturaleza”.

“¿Te comparas tú con Dios?”

“No”.

“¿Y entonces por qué dijiste eso?”

“¿Cómo? ¿Tú que eres discípulo del Maestro, me lo preguntas a mí, que soy griega, y que desde hace poco tiempo soy libre? Cuando habla Él ¿no escuchas? ¿O en ti el fermento del cuerpo es tan fuerte que te aturde? ¿No acaso dice siempre Él que somos hijos de Dios? Luego somos dioses si somos hijos del Padre, de ese Padre suyo y nuestro del que siempre habla. Tú me puedes echar en cara que no sea humilde, pero no de ser incrédula o maleducada”.

“¿Luego piensas que eres superior a mí? ¿Crees haber aprendido todo de los libros de tu Grecia?”

“No. No esto ni aquello. Pero los libros de los sabios, de dondequiera que sean, me han dado el mínimo para poder conducirme. No dudo que un israelita sea superior a mí, pero me siento contenta con la suerte que Dios me ha dado. ¿Qué más puedo desear? Lo he encontrado todo al encontrar al Maestro, y me imagino que estaba ya escrito, porque en verdad experimento que vigila sobre mí un Poder que me señaló un destino al que he tratado de secundar, convencida de que es bueno”.

“¿Bueno? Has sido esclava y tus patrones fueron crueles... Si te hubiese capturado, por ejemplo, ¿cómo habrías secundado el destino? Dímelo, sabia”.

“Tu nombre es Judas ¿no es verdad?”

“Sí ¿y qué?”

“Nada... Quiero recordar tu nombre además de la ironía. Mira que la ironía no se ve bien ni aun en los virtuosos... ¿Qué cómo habría yo secundado el destino? Me habría quitado la vida, porque en verdad, en ciertos casos es mejor morir que vivir, cuando el filósofo diga que no está bien, y que es impía cosa procurarse el bien por sí mismo, porque sólo los dioses tienen derecho de llamarlo a uno a sí. Y esto, es esperar una señal de los dioses para quitarme la vida, fue lo que me entretuvo en medio de las cadenas de mi triste suerte. Y ahora, si el asqueroso patrón me capturase vería la señal y preferiría morir que vivir. También yo tengo mi dignidad ¿sabes?”

“¿Y si volviese ahorita a apoderarse de ti? ¿Estarías siempre en las mismas condiciones?”

“No me quitaría más la vida porque ahora sé que cuando se hace violencia a la carne, no se hace daño al espíritu que no conciente. Ahora resistiría hasta que me doblase por la fuerza, hasta que me matase su violencia. Pues también esto lo tomaría por señal de Dios, que me llamaría a Sí a través de esa violencia, y moriría tranquila, sabiendo que perdería lo que sí se puede perder”.

“Has respondido bien, mujer” dice Lázaro. Nicodemo también es del mismo parecer.

“El suicidio jamás está permitido” objeta Iscariote.

“Muchas cosas están prohibidas y no dejan de hacerse. Síntica, procura pensar que Dios, así como te guió siempre, de igual modo te habría librado de que te hubieses hecho violencia a ti misma. Ahora vete. Te agradecería que me buscaras al niño, y me lo trajeses” dice Jesús con dulzura.

La mujer se inclina hasta la tierra y se va. Todos la siguen con la mirada.

Lázaro dice en voz baja: “¡Así es siempre! No puedo dar con el clavo de cómo las cosas que para ella son “vida” para nosotros los de Israel sean “muerte”. Si la vuelves a examinar, comprobarás que el helenismo que nos corrompió a nosotros que ya poseíamos una sabiduría, la salvó a ella. ¿Por qué?”

“Porque los caminos del Señor son admirables, y los muestra a quien los merece. Ahora, amigos, es tiempo de que partáis, porque el atardecer ya está cerca. Estoy contento de que hayáis oído hablar a la griega. Al haber visto cómo Dios se revela a los mejores, sacad la conclusión de que excluir a cualquiera, por el hecho de que no sea de Israel, de las filas de Dios, es una cosa odiosa y peligrosa. Tenedlo como una norma para el futuro... No refunfuñes Judas de Simón. Y tú, José, no tengas escrúpulos innecesarios. Ninguno de vosotros se ha contaminado porque la griega estuvo cerca. Procurad más bien que el demonio no se os acerque. Hasta pronto, José, hasta pronto, Nicodemo. ¿Podré veros una vez más mientras estoy aquí? Ya vino Marziam... Ven niño, saluda a los jefes del Sanedrín ¿Qué les vas a decir?”

“La paz sea con vosotros y... también... rogad por mí a la hora del incienso”.

“Tú no tienes necesidad, muchacho. ¿Y por qué ha de ser a esa hora?”

“Porque la primera vez que entré en el Templo con Jesús, me habló de la oración de la tarde... ¡Oh, qué hermoso!...”

“¿Y rogarás tú por nosotros? ¿Cuándo?”

“Rogaré... rogaré mañana y tarde, para que Dios os preserve del pecado durante el día y durante la noche”.

“¿Cómo dirás?”

“Diré: “Altísimo Señor, haz de José y de Nicodemo verdaderos amigos de Jesús”. Y será suficiente porque un verdadero amigo no causa jamás penas a su amigo. Y quien no las da a Jesús señal clara es de que posee el cielo”.

“¡Dios te conserve así, muchacho!” dicen los dos sinedristas acariciándolo. Saludan al Maestro, luego a la Virgen y a Lázaro de un modo particular, a todos los demás en grupo, y se van.

148. La misión de los cuatro apóstoles en Judea

23 septiembre 1945

Jesús regresa con sus discípulos después de una gira apostólica por los alrededores de Betania. Debe de haber sido corta, porque no traen ni siquiera las alforjas de los alimentos. Entre sí hablan y dicen: “Fue una buena idea la de Salomón el barquero. ¿No crees, Maestro?”

“Sí. Fue una buena idea”.

Naturalmente Iscariote no es del mismo parecer: “No veo nada bueno en esto. Nos dio lo que a él, que es discípulo, no sirve para nada. No hay por qué alabarlo...”

“Una casa siempre sirve para algo” dice serio Zelote.

“Siquiera hubiera sido como la tuya. Pero ¿qué fue? ¡Una casucha apestosa!”

“Eso es todo lo que tiene Salomón” replica Zalote.

“Pero si durante tantos años a él no le ha pasado nada, podíamos también nosotros estarnos un poco. Qué quieres, ¿qué todas sean como la de Lázaro?” pregunta Pedro.

“No quiero nada. No veo la necesidad de este regalo. Si uno está allí, puede uno mejor estar en Jericó. No hay más que unos cuantos kilómetros de distancia. Y para gente como nosotros, que parecemos perseguidos, obligados a ir de acá para allá, ¿qué son unos cuantos kilómetros?”

Jesús interviene antes de que la paciencia de los demás se acabe, como se dejan entrever. “Salomón, en proporción a sus riquezas ha dado más que todos, porque dio *todo*. Lo dio por amor. Lo dio para proporcionarnos un asilo en caso de que la lluvia nos sorprendiese en esos lugares poco hospitalarios, y sobre todo si llegase a suceder que la mala voluntad de los judíos fuese tan grande que nos aconsejase a poner el río de por medio. Esto por lo que se refiere al regalo. A mí ha causado una gran alegría que un discípulo pobre y vulgar, pero muy fiel y lleno de voluntad, haya llegado a esta generosidad, que muestra a las claras que tiene deseo de ser *siempre* mi discípulo. En verdad estoy viendo que muchos discípulos, con las pocas lecciones que les di, los superan a vosotros, que tantas habéis escuchado. No sabéis sacrificar por Mí – sobre todo tú– ni lo que os cuesta menos: el juicio personal. Tú eres terco en tu modo de pensar, y nada te puede doblar”.

“Tú dices que la lucha contra sí mismo es la más difícil...”

“¿Y con esto quieres darme a entender que me equivoco diciendo que no es difícil? ¿O no es así? Tú has comprendido muy bien lo que he querido decir. Para el hombre –y eso eres netamente tú– no tiene valor sino sólo lo que puede venderse o comprarse. El “juicio personal” no se vende ni se compra con dinero. A no ser que... a no ser que uno lo venda a alguien esperando alguna utilidad a la manera de un comercio ilícito semejante al que el alma contrae con Satanás, y hasta más vasto. Porque comprende además del alma, el pensamiento, o juicio, o libertad propia. Dale el nombre que quieras. Existe también esta clase de desgraciados. Por el momento no pensemos en ellos. Elogié a Salomón porque veo todo el bien que hubo en su acción. Y basta con ello”.

Se abre un silencio; luego Jesús continúa hablando: “Dentro de pocos días Ermasteo estará en disposición de caminar sin ningún daño, y Yo volveré a Galilea, pero no vendréis todos conmigo. Una parte irá para Judea para que regrese allá con los discípulos judíos, de modo que todos estéis unidos para la fiesta de las Luces”.

“¿Tanto tiempo? ¡Oh no! ¿A quién le tocará?” dicen los apóstoles entre sí.

Jesús escucha el murmullo y dice: “Tocará a Judas de Simón, a Tomás, a Bartolomé y a Felipe. Pero no dije que estéis sólo en Judea hasta la fiesta de las Luces, quiero más bien que recojáis o aviséis a los discípulos para que se encuentren en la fiesta. Por esta razón ahora iréis a buscarlos, los juntaréis y se los diréis. Los ayudaréis en todo y después me seguiréis, llevando con vosotros a los que hayáis encontrado, y recomendando a otros que esperan la noticia de que se reúnan. . Tenemos ya amigos en los lugares principales de Judea. Nos harán el favor de avisar a los discípulos. Yo subiré a Galilea a lo largo del otro lado del Jordán. Iré por Gerasa, Bosra, Arbela hasta Aera. Recogeréis también a los que cuando pasé no se atrevieron a venir, o a pedir que se les instruyese o se les diese algún milagro, porque luego se arrepentirán de no haberlo hecho. Los traeréis a Mí. Me quedará en Aera hasta que lleguéis”.

“Entonces es mejor que nos vayamos pronto” dice Iscariote.

“No. Partiréis la tarde anterior a la mía. Os quedaréis con Jonás en Getsemaní hasta el día siguiente y luego partiréis por la Judea. De este modo podrás ver a tu mamá y ayudarle en estos tiempos de contratos comerciales”.

“Ya aprendió a hacerlo por sí misma desde hace años”.

“¿No te acuerdas que el año pasado le fuiste indispensable para la vendimia?” le pregunta Pedro con sorna.

Judas se pone colorado como una rosa. Su cara se afea con la ira y vergüenza, pero Jesús se adelanta a cualquier respuesta. Dice: “Un hijo siempre sirve para ayudar a su madre y para consolarla. Después, hasta Pascua, no la verás otra vez. Por esto vete a hacer lo que te digo”.

Judas no se revuelve contra Pedro, pero sí arroja su ira contra Jesús: “Maestro, ¿sabes qué debo decirte? Que me das la impresión de que quieres deshacerte de mí; por lo menos alejarme, porque me crees sospechoso, porque injustamente me crees culpable de algo, y porque faltas a la caridad contra mí porque...”

“¡Judas! ¡Basta! Podría decirte muchas cosas. Tan sólo te digo: “Obedece””. Jesús es majestuoso cuando pronuncia estas palabras. Alto, con ojos que centellean, con severo rostro... Infunde respeto, Judas se atemoriza. Se pone detrás de todos, mientras Jesús, solo, se pone a la cabeza. Entre el uno y el otro, el grupo mudo de los apóstoles.

149. Jesús deja Betania para ir al otro lado del Jordán

24 septiembre 1945

“Lázaro, amigo mío, te ruego que vengas conmigo” dice Jesús asomándose al umbral de la sala donde Lázaro está semiacostado sobre un lecho, leyendo un pergamino.

“Al momento, Maestro. ¿A dónde vamos?” pregunta levantándose inmediatamente.

“Por el campo. Quiero estar solo contigo”.

Lázaro lo mira preocupado y le pregunta: “¿Tienes noticias tristes qué darme en privado? O bien... no quiero imaginarlo...”

“No quiero más que pedirte un consejo, y ni siquiera el aire debe saber lo que hablemos. Manda traer el carro, porque no quiero que te canses. Cuando estemos en el campo te hablaré”.

“Entonces yo guiaré. De esta manera si siquiera el siervo oirá lo que hayamos hablado”.

“Es mejor así”.

“Vengo al punto, Maestro”. Sale.

También Jesús sale después de haberse quedado pensativo por unos momentos en la sala. Mientras pensaba, maquinalmente movió dos o tres objetos, alzó el pergamino caído en tierra, y en fin, al ponerlo en su lugar en un estante, llevado de ese instinto del orden que le es innato, se queda con el brazo levantado a observar los objetos de un arte extraño, por lo menos, diverso del que se estila en Palestina, que estaban alineados sobre la tabla del estante. Se trata de jarras y copas muy antiguas con relieves y dibujos que imitan los frisos de los templos de la antigua Grecia y urnas funerarias. Qué cosa esté viendo más allá del objeto no lo sé... Sale y va al patio interno donde están los apóstoles.

“¿A dónde vamos, Maestro?” preguntan al ver que Jesús se arregla el manto.

“A ningún lugar. Salgo con Lázaro. Esperadme aquí juntos. Pronto estaré de regreso”.

Los doce se miran entre sí no muy contentos... Pedro dice: “¿Vas solo? Ten cuidado...”

“No te preocupes. Mientras me esperáis no estéis de ociosos. Instruid todavía a Ermasteo para que conozca mejor la Ley y sed buenos compañeros sin riñas ni desaires”.

Se dirige al jardín. Todos lo siguen. Pronto llega un carro veloz, cubierto, en el que está Lázaro.

“¿Vas con el carro?”

“Sí, para que Lázaro no se canse de sus piernas. Hasta pronto, Marziam. Pórtate bien. La paz sea con todos”.

Sube al carro que patina sobre la grava de la calle. El carro toma el camino principal.

“¿Vas a Aguas Claras, Maestro?” le grita Tomás.

“No. Os vuelvo a repetir que seáis buenos”.

El caballo parte con un buen trote. El camino, que desde Betania va a Jericó, pasa por los campos que pierden su follaje, lo que es más claro cuanto más se baja a la llanura.

Jesús sigue pensativo. Lázaro no dice ni una palabra, tan solo se preocupa en guiar el caballo. Cuando han llegado a la llanura, que es fértil, y que está lista para producir la semilla del futuro trigo, y que duerme entre los viñedos como una mujer que hace poco dio a luz su hijito y que reposa de la dulce fatiga, Jesús hace señales de que se detengan. Lázaro para obediente y lleva el caballo por una vereda que va a dar a casas lejanas... dice: “Aquí estaremos más tranquilos que en el camino principal. Con estos árboles nadie nos verá” Y en realidad es así, porque un montón de plantas no muy altas, pero de follaje tupido impide que sean vistos. Lázaro está de pie ante Jesús esperando sus palabras.

“Lázaro me veo obligado a alejar a Juan de Endor y a Síntica. Comprendes que la prudencia lo aconseja y también la caridad. Sería una prueba muy dolorosa para ambos que llegasen a percatarse de las persecuciones de que son objeto, y podría provocar en uno de los dos sorpresas muy amargas”.

“En mi casa...”

“No. Ni siquiera en tu casa. Tal vez físicamente no se les tocaría, pero moralmente se les humillaría. El mundo es cruel. Hace pedazos a sus víctimas. No quiero que se pierdan estas dos fuerzas. Por esto, así como un día uní al viejo Ismael con Sara, ahora uniré a mi pobre Juan con Síntica. Quiero que muera en paz, y que no esté solo, y que lleve la ilusión de que se le envió a otras partes no porque sea el “exgaleote”, sino porque es el discípulo prosélito que puede ir a otras regiones a predicar al Maestro. Síntica lo ayudará... Síntica es una hermosa alma y será una gran fuerza en la iglesia futura¹. ¿Me puedes decir dónde estaría bien enviarlos? No a Judea, ni a Galilea, ni siquiera a la Decápolis, a donde voy Yo y conmigo los apóstoles y discípulos. No en el mundo pagano. ¿A dónde, pues? ¿A dónde que sean útiles y estén seguros?”

“Maestro... yo.... ¿Qué te aconseje a Ti?”

“No, no. Habla. Tú me quieres, no me traicionas. Amas a quien amo. Tú no tienes cabeza estrecha como los demás”.

“Yo... Sí. Te aconsejaría que los enviases a donde tengo amigos. A Chipre o a Siria. Escoge. En Chipre tengo personas de confianza. En Siria... tengo una casita, de la que cuida un mayordomo que me es más fiel que una oveja. ¡Nuestro viejo Felipe! Por mí es capaz de hacer cualquier cosa que le diga. Si me lo permites, esos a quienes Israel persigue y Tú amas, podrán desde ahora considerarse mis huéspedes... y estarán seguros allí... ¡Oh! ¡No es un palacio. Es una casa en que sólo habita Felipe con un nietecito que tiene a su cuidado los jardines de Antigonio, los jardines que tanto quiso mi madre. En recuerdo suyo los hemos conservado. Llevó allí plantas de sus jardines que tenía acá en Judea, plantas de esencias raras... Mi mamá... cuántas cosas buenas hacía con ellas a los pobres... Eran su propiedad secreta... Mi mamá... Maestro, muy pronto le voy a ir a decir: “Alégrate, mamita, el Salvador está en la tierra” Te esperaba...” Dos riachuelos de lágrimas corren por la doliente cara de Lázaro. Jesús lo mira y sonríe. Lázaro se controla: “Pero hablemos de Ti. ¿Te parece bueno el lugar?”

“Sí. Y una vez más te doy las gracias en mi nombre y en nombre de ellos. Me quitas de encima un gran peso...”

“¿Cuándo partirán? Te lo pregunto para preparar una carta a Felipe. Le diré que son dos amigos míos que tienen necesidad de tranquilidad. Y con eso bastará”.

“Tienes razón. Con eso bastará. Pero te ruego que ni siquiera el aire sepa algo de esto. Tú lo estás viendo. Se me espía...”

“Lo sé. No lo comunicaré ni siquiera a mis hermanas. ¿Pero cómo harás para llevarlos hasta allá? Tienes contigo a los apóstoles...”

“Ahora voy a volver a subir hasta Aera sin Judas de Simón, Tomás, Felipe y Bartolomé. Entre tanto instruiré lo mejor que pueda a Síntica y a Juan... para que lleven un gran aprovisionamiento de verdad. Luego bajaré al Merón y de allí a Cafarnaúm... de allí... de allí mandaré nuevamente a los cuatro con diferentes misiones, y en ese intervalo haré que se vayan a Antioquía los dos. A esto me obligan...”

“A que te cuides de los tuyos. Tienes razón... Maestro, sufro al verte afligido...”

“Tu buena amistad me llena de consuelo... Lázaro, te lo agradezco... Pasado mañana parto y me llevo a tus hermanas. Tengo necesidad de muchas discípulas para que entre ellas se pierda Síntica. Viene también Juana de Cusa. De Merón irá a Tiberíades porque allí pasará el invierno. Así lo ha dispuesto el marido porque la quiere tener cerca, pues Herodes regresa a Tiberíades por algún tiempo”.

¹ En Fip. 4, 2-3 se menciona a una Síntica.

“Se hará como Tú desees. Mis hermanas te pertenecen, como yo te pertenezco, como te pertenecen mis casas, mis siervos, mis bienes. Todo es tuyo, Maestro. Úsalo para el bien. Te prepararé la carta para Felipe. Es mejor que te la dé en tus manos”.

“Gracias, Lázaro”.

“Es todo lo que puedo hacer... Si estuviese sano iría yo mismo. Cúrame, Maestro, e iré”.

“No, amigo, Yo necesito de ti tal como estás”.

“¿Aunque no haga nada?”

“Aunque no hagas nada. ¡Oh Lázaro mío!” y Jesús lo abraza y le da el beso de amistad.

Vuelven a subir al carro para regresar. Ahora es Lázaro el que está muy pensativo. Jesús no le pregunta la razón.

“Pienso que perderé a Síntica. Me atraía su saber y bondad...”

“La adquiere Jesús...”

“Es verdad. Es verdad. ¿Cuándo volveré a verte, Maestro?”

“En primavera”.

“¿Hasta primavera, no? El año pasado estuviste conmigo en la Encenia...”

“Este año daré contento a los apóstoles, pero el año siguiente estaré mucho contigo. Te lo prometo”.

Betania aparece bajo el sol de octubre. Casi están ya para entrar cuando Lázaro, deteniendo el caballo le dice: “Maestro, haces bien en alejar de Ti al hombre de Keriot. Desconfío de él. No te ama. No me gusta. Jamás me ha gustado. Es un sensual y un ambicioso. Y así puede llegar a cometer cualquier pecado. Maestro él es el que te denunció...”

“¿Tienes pruebas?”

“No”.

“Entonces no juzgues. No eres muy experto en juzgar. Acuérdate que juzgabas que tu María estaba del todo perdida... No vayas a decir que es mérito mío, Ella fue la primera en buscarme”.

“Es verdad, pero mira, ten cuidado de Judas”.

Momentos después entran en el jardín donde los apóstoles, curiosos, los esperan.

La ausencia de los cuatro apóstoles y sobre todo de Judas, hace que el grupo de los restantes se sienta más íntimo y feliz. Parece una verdadera familia cuyas cabezas son Jesús y María, la que al volver las espaldas a Betania en una mañana tranquila de octubre, se dirige a Jericó para pasar al otro lado del Jordán. Unidas en grupo con María están, fuera de Analia, las tres Marías, además de Juana, Susana, Marcela, Sara y Síntica. Con Jesús están, Pedro, Andrés, Santiago y Judas de Alfeo, Mateo, Juan y Santiago de Zebedeo, Simón Zelote, Juan de Endor, Ermasteo y Timoteo, Marziam, que anda brincando como un cabrito, va de un grupo a otro. Cargando sus alforjas van alegres por los senderos suavemente asoleados, por la campiña majestuosa en medio de su silencio.

Juan de Endor camina fatigosamente bajo el peso que lleva a las espaldas. Pedro se da cuenta y le dice: “Dámelo, ya que quisiste cargar con este lastre. ¿Lo extrañas mucho?”

“Me lo ordenó el Maestro”.

“¿Sí? ¡Oh! ¿De qué se tratará?”

“No lo sé. Ayer por la tarde me dijo: “Toma tus libros y me seguirás con ellos””.

“¡Oh, qué bonito!... Bueno, si lo dijo Él, quiere decir que se trata de algo bueno. Tal vez lo hará por esa mujer. ¿Cuánto sabe eh? ¿También tú sabes como ella?”

“Casi como ella. Es muy docta”.

“Pero no vas a seguirnos con ese peso ¿verdad?”

“No lo creo. No lo sé. Puedo también yo cargarlo...”

“No, amigo. Me interesa que no te vayas a enfermar. Estás un poco desvencijado ¿sabes?”

“Lo sé. Siento que me muero”.

“No digas tonterías. Déjanos llegar siquiera hasta Cafarnaúm. Nos sentimos tan bien ahora que no está ese... ¡Maldita lengua! ¡Falté otra vez a la promesa que le hice al Maestro!... ¡Maestro! ¡Maestro!”

“¿Qué quieres Simón?”

“Murmuré de Judas y te había prometido no hacerlo otra vez. Perdóname”.

“Bien. Procura no hacerlo más”.

“Todavía me quedan cuatrocientas ochenta y nueve veces que me puedes perdonar...”

“¿Pero qué estás diciendo, hermano?” pregunta Andrés admirado.

Y Pedro con una cara de pícaro, torciendo el cuello bajo el peso del saco de Juan de Endor: “¿Y no te acuerdas que dijo Él que debíamos perdonar setenta veces siete? Por esto me quedan todavía cuatrocientas ochenta y nueve veces. Iré haciendo bien las cuentas...”

Todos se echan a reír, hasta Jesús, pero dice: “Harías mejor que llevaras la cuenta de todas las veces que sabes ser bueno ¡muchacho grandulón!”

Pedro se acerca a Jesús y con el brazo derecho toma la cinta de Jesús diciendo: “¡Oh, Maestro querido! Qué feliz soy de estar contigo sin... ¡Déjate de eso! También estás contento Tú... Y Tú sabes lo que quiero decir. Estamos solos. Está tu Mamá. Está el niño. Va uno a Cafarnaúm. La estación es hermosa... Cinco razones por las que uno puede ser feliz. Pero más feliz es estar contigo. ¿Dónde nos quedamos esta noche?”

“En Jericó”.

“El año pasado vimos a la velada. Pero quién sabe lo que pasó... Cuánto me gustaría saberlo... Y también encontramos a ese de los viñedos... la risa de Pedro es tan ruidosa que todos comprenden, y se echan a reír del momento en que se encontraron con Judas de Keriot.

“En realidad, ¡eres incorregible, Simón!” dice con reproche Jesús.

“No dije nada, Maestro. Tan solo me vino a la mente la cara que hizo cuando nos encontró allí... en sus viñedos...” y Pedro ríe tan de buena gana que debe pararse, mientras los otros siguen caminando.

Las mujeres alcanzan a Pedro. María le pregunta dulcemente: “¿Qué te pasa Simón?”

“¡Oh, no puedo decirlo, porque cometería otra falta de caridad! Pero... Madre, dime tú que eres sabia. Si hago una insinuación, o lo que es peor, si digo una calumnia peco. Es cosa clara. Pero si me río de una cosa que todos conocen, de un hecho que todos saben, como se trataría por ejemplo de cuando se acuerda uno de haber sorprendido, con las manos en la masa un mentiroso, la sorpresa que sufrió, sus excusas, y uno vuelve a reírse de aquello. ¿Será malo?”

“Es una imperfección contra la caridad. No es pecado como la murmuración a la calumnia, ni siquiera como la insinuación, pero siempre es una falta de caridad. Es como una hebra de hilo que se saca de un tejido. No se trata de un agujero, ni siquiera de que se eche a perder la tela, pero siempre es algo que hace daño a la solidez e integridad de la tela, porque se da pie a que haya rasgaduras y agujeros. ¿No te parece?”

Pedro se restriega la frente y un poco avergonzado dice: “Así es. No había reparado en ello”.

“Piénsalo bien y no lo volverás a hacer. Hay risas que son más ofensivas a la caridad que una bofetada. ¿Se equivocó alguien? ¿Lo sorprendimos en mentira o cosa semejante? ¡Y qué! ¿Por qué debemos recordarlo y hacer que otros lo recuerden? Bajamos el velo sobre las culpas del hermano, pensando siempre: “Si yo fuera el culpable ¿me gustaría que otro se acordara de esta falta mía e hiciese que se acordasen los demás de ella?” Hay bochornos, Simón que causan muchos dolores. No sacudas la cabeza. Sé lo que quieres decir... También los culpables los sufren, créemelo. Procura siempre partir del pensamiento: “¿Me gustaría a mí eso?” Y comprobarás que así no pecarás jamás y que siempre tendrás paz en ti. Mira a Marziam cómo brinca y canta feliz. Y la razón es que no tiene en su corazón nada que le preocupe. No debe preocuparse del lugar a donde iremos, ni de los gastos y de lo que se tenga que decir. Sabe que otros piensan por él. Haz también tú lo mismo. Abandónate a Dios, lo miso que tus juicios acerca de los demás, hasta que puedas ser como un niño que el buen Dios conduce, pues ¿para qué quieres cargar con el fardo de decidir y juzgar? Llegará el momento que serás juez y árbitro y entonces dirás: “¡Oh, qué feliz era entonces! No había nada de peligro” y te arrepentirás de haber sido un necio porque quisiste ponerte sobre las

espaldas un fardo antes de que tuvieras una gran responsabilidad. ¡Juzgar! ¡Es muy difícil! Oíste lo que dijo ese día Síntica: “Las búsquedas por medio de los sentidos son siempre imperfectas” Dijo muy bien. Muchas veces juzgamos tan solo las reacciones de los sentidos, imperfectamente, para decirlo en una palabra. Deja de juzgar...”

“Así lo haré, María. Te lo prometo. Pero todas las cosas profundas que sabe Síntica, yo no las sé”.

“Y ¿de eso te afliges? ¿No sabes que quiero librarme de las que sé, para tomar en mis manos sólo lo que sabes?”

“¿De veras? ¿Por qué?”

“Porque con la ciencia puedes gobernarte en la tierra, pero con la sabiduría conquistas el cielo. Lo mío es ciencia, lo tuyo es sabiduría”.

“Con tu sabiduría encontraste el medio para venir a Jesús ¡por tanto es cosa buen!”

“Mezclada con tantos errores de los que quisiera despojarme para revestirme sólo de la sabiduría. Fuera de las vestiduras ricas y vanas. Quiero que mi vestido sea pobre, y sin apariencia externa de la sabiduría que viste con un manto imperecedero, no lo que se corrompe sino lo que es inmortal. La luz de la ciencia tremola y vacila. La de la sabiduría brilla siempre del mismo modo y no cambia como no cambia lo divino de donde procede”. Jesús ha moderado su paso para escuchar. Se vuelve y dice a la griega: “No debes desear despojarte de todo lo que sabes. Debes de seleccionar de este tu saber lo que es un átomo de la Inteligencia eterna, y que conquistaron inteligencias de un valor innegable”.

“¿Luego esas frentes sabias repitieron en sí el mito del fuego robado a los dioses?”

“Sí, mujer. Aquí no fue robado sino que lo supieron recoger cuando la divinidad las esparcía de sus hogueras, las acariciaba cual ejemplares esparcidas entre los hombres decaídos, esparcía lo que hace del hombre un ser dotado de razón”.

“Maestro, deberías señalarme lo que debo conservar y lo que debo abandonar. Nunca seré una buena juez y luego para llenar los espacios vacíos, pon las luces de tu sabiduría”.

“Es lo que trato de hacer. Te diré hasta qué punto tu modo de pensar es correcto y lo seguiré haciendo, para que te instruyas. Harás mucho bien a estos que en el futuro tendrán contacto con los gentiles”.

“No entenderemos nada, Señor” dice con voz plañidera Santiago de Zebedeo.

“Por ahora poco, pero llegará el día en que entenderéis, lo que os enseñó y la necesidad de que os lo diga. Síntica, exponme tus dificultades mayores. Te las resolveré en los momentos de descanso”.

“Sí, Señor mío. Es el deseo de mi alma que se funda en tu deseo. Yo la discípula de la verdad y Tú el Maestro. El sueño de toda mi vida: la posesión de la verdad”.

150. El mercader del otro lado del Eufrates

25 septiembre 1945

Han ido atravesando por una llanura del otro lado del Jordán y es en verdad hermoso caminar bajo este cielo sereno y dulce que acaricia los últimos días de octubre. Se detuvieron en un villorrio recostado en las pendientes de una especie de cordillera montañosa —alguno que otro picacho, es en realidad, grande—. Jesús vuelve a ponerse en camino y se agrega a una grande y rica caravana de hombres que van bien armados, con quienes estuvo hablando cuando abrevaban sus animales en los estanques de la plaza.

Son hombres casi todos de talla alta y color moreno, de aire asiático. El jefe de la caravana va montado en un robusto mulo armado hasta los dientes. Ha guardado mucha deferencia para con Jesús.

Los apóstoles le preguntan: ¿Quién es?”

“Un rico mercader del otro lado del Eufrates. Le pregunté que a dónde iba y educadamente me contestó. Pasa por las ciudades por donde Yo también pasaré, lo que es providencial en estos montes, pues con nosotros vienen mujeres”.

“¿Tememos algo?”

“Que nos roben algo, no, porque no tenemos nada, pero no me gustaría que asustasen a las mujeres. Un puñado de ladrones no suelen asaltar jamás una caravana bien armada, y nos podrá servir hasta para que conozcamos los pasos mejores y ganemos los más difíciles. Me preguntó: “¿Eres el Mesías?” y cuando le dije que sí, agregó: “Hace días estuve en el Patio de los Paganos y te oí pero no pude verte, porque soy pequeño de cuerpo. Pues bien, te protegeré, y Tú me protegerás. Llevo un cargamento de mucho valor””.

“¿Es prosélito?”

“No lo creo. Pero tal vez descienda de nuestro pueblo”.

La caravana va caminando lentamente, porque no quiere que se fatiguen demasiado los animales, y de este modo es fácil seguirla al paso normal, y a veces sucede que tiene que pararse para que los que los llevan de la jáquima*, pasen uno por uno.

Aun cuando es un terreno montañoso resulta fértil y está bien cultivado. Tal vez los montes más altos situados al norte, sirven de defensa contra las corrientes frías que soplan de allá o contra las que causan males y que vienen del oriente, lo cual favorece la agricultura. La caravana va caminando junto al río, que con toda seguridad desemboca en el Jordán. El panorama es hermoso, y más a medida que se sube. La vista alcanza por el occidente la llanura del Jordán, y más allá se distinguen colinas y montes de la Judea; por el oriente y norte los panoramas cambian y se explayan ofreciendo a la mirada un sucederse continuo de cimas verdes o rocosas, que parece que saliesen al paso para impedirlo.

El sol está ocultándose tras los montes de la Judea, y tiñe de rojo el cielo y las costas. El rico mercader, que se paró para dejar pasar la caravana, dice a Jesús: “Es necesario llegar al poblado antes de que anochezca, pero muchos de los que vienen contigo, parecen estar ya cansados. Esta etapa es muy dura. Diles que monten sobre los mulos de escolta. Son animales mansos, y toda la noche descansarán, y además para ellos no es gran peso el de una mujer”.

Jesús acepta la proposición y el hombre ordena hacer alto para que suban las mujeres sobre los animales. Jesús hace que también suba Juan de Endor. Los que siguen a pie, Jesús inclusive, toman de las riendas a los animales para que su paso sea más seguro. Marziam quiere portarse como un hombre ya hecho, y aunque se caiga de cansancio, no acepta de ningún modo montarse. Toma una de las riendas del mulo en que va montada la Virgen, y así con Jesús va guiando al animal.

El mercader se ha quedado cerca de Jesús y dice a María: “¿Ves, mujer, aquel poblado? Es Ramot. Allí nos detendremos. En el albergue me conocen porque dos veces al año hago este viaje por esta parte y por la costa otras dos. Es cosa de vender y comprar. Mi vida es dura. Tengo doce hijos y todos pequeños. Me casé muy tarde. Dejé el último de nueve días, y ahora lo encontraré con los primeros dienteitos”.

“Una hermosa familia...” comenta María, y luego: “Que te la conserve el cielo”.

“No tengo por qué quejarme de él, aunque no soy digno de su ayuda”.

Jesús pregunta: “¿Al menos eres prosélito?”

“Debería serlo... Mis antepasados fueron verdaderos israelitas. Luego... allí nos aclimatamos...”

“El alma se aclimata nada más en su lugar: el cielo”.

“Tienes razón. Pero sabes... Mi bisabuelo se casó con una mujer que no era israelita. Los hijos no fueron muy fieles... los hijos se casaron con mujeres no israelitas, pero todos amamos el nombre judío. Ahora yo, que soy nieto de los nietos... no soy nada. Al contrario con los demás, he tomado de cada uno de ellos algo, y he terminado por ser nadie”.

“No es una buena razón la que me dices. Escúchame. Si a ti, que conoces este camino que es bueno, alguien te dijese: “No vengas por aquí” o bien: “Regrésate”, o bien “Detente” “Toma por la parte oriental, da vuelta por la parte occidental” ¿qué dirías?”

* jáquima = cabezada de cordel que hace las veces de cabestro.

“Sencillamente: “Sé que este camino es el más corto y mejor y no lo voy a dejar””.

“Óyeme otra cosa: Si tuvieses qué hacer un negocio, y conocieses el modo cómo hacerlo ¿prestarías oídos a quien por petulancia o mala voluntad, te aconsejase un modo diverso?”

“No. Seguiría lo que mi experiencia me dicta como lo mejor”.

“Perfectamente bien. Miles de años están detrás de ti, tú que eres descendiente israelita. No eres ni tonto ni iletrado. ¿Por qué entonces absorbes todo lo que se refiere a la fe, y eres prudente en rechazar lo que va contra el dinero o te aparta de un camino seguro? ¿No te parece que humanamente hablando es algo que no te honra? Antepones el dinero y el camino a Dios...”

“No los antepongo, tan solo he perdido a Dios de vista...”

“Porque tienes por dioses el comercio, el dinero, la vida. Y Dios es el que te concede todas estas cosas... ¿Por qué entraste al templo?”

“Por mera curiosidad. En el camino, mientras salía de una casa donde había hecho algunos negocios, vi un grupo de personas que te veneraban y me vino a la mente lo que oí en Escalón de un fabricante de tapetes. Pregunté que quién eras, porque me hizo sospechar que se trataba del que me había hablado la mujer y al saberlo, te seguí. Había terminado mis negocios de ese día... Luego te perdí de vista. En Jericó te volví a ver; fue por un momento, ahora te he vuelto a encontrar... Esta es la razón...”

“Es Dios, pues, quien une y entrelaza nuestros caminos. Yo no tengo nada qué darte por tu bondad, pero antes de separarnos, espero darte un obsequio, a no ser que tú me abandones antes”.

“No. No voy a hacerlo. ¡Alejandro Misace no abandona cuando ha prometido! Mira, detrás de aquel recodo empieza el poblado. Voy a adelantarme ¡Nos veremos en el albergue!” y a galope se va por el borde del camino.

“Es un hombre honesto pero infeliz, Hijo mío” dice la Virgen.

“Y querías tú que fuese feliz según la Sabiduría ¿o no es eso?” Una sonrisa se cruza entre los ojos de ambo: entre los del Hijo y los de la Madre.

...Es una noche de octubre. Todos los peregrinos están reunidos en un gran salón del albergue y listos para dormirse. En un ángulo en que no hay nadie, está el mercader haciendo sus cuentas. En el ángulo opuesto, está Jesús con los suyos. No se ven más huéspedes. Pero salen de los pesebres rebuznos, relinchos y balidos lo que hace suponer que hayan venido otros, o que se hayan acostado antes.

Marziam se durmió ya en los brazos de la Virgen, olvidándose de pronto que era un “hombre formado”. Pedro cabecea, y no es el único en hacerlo. Las mujeres de más edad comienzan a bostezar, y poco a poco se van durmiendo. Quedan despiertos Jesús, María, las hermanas de Lázaro, Síntica, Simón Zelote, Juan y Judas.

Síntica está registrando el costal de Juan de Endor como si buscara algo, pero después lo deja y se junta con los demás. Se sienta cerca de Judas de Alfeo que en estos momentos está hablando de las consecuencias del destierro de Babilonia y que concluye con estas palabras: “y tal vez ese hombre es todavía una consecuencia. Cada destierro es una ruina...” Síntica involuntariamente asiente con la cabeza, pero no dice nada. Judas termina:

“Pero es extraño que tan fácilmente uno pueda despojarse de lo que es tesoro secular para ser algo nuevo sobre todo en materia de religión, y de una religión como es la nuestra...”

Jesús le responde: “No debes sorprenderte, si consideras que en el seno de Israel está Samaria”.

Un silencio... los ojos oscuros de Síntica miran fijamente el perfil sereno de Jesús. Lo mira intensamente, pero no dice nada. Jesús siente esa mirada y se vuelve a verla.

“¿No encontraste nada de lo que querías?”

“No, Señor. He llegado al punto de no poder conciliar el pasado con el presente, las ideas de antes con las de ahora. Y me parece que cometo una traición, porque las ideas de antes me ayudaron a conseguir las de ahora. Decía bien tu apóstol... Pero la mía es una feliz ruina”.

“¿Se ha convertido así en ruinas?”

“Toda la fe en el olimpo pagano, Señor. Estoy un poco confusa porque al leer vuestros libros sagrados –me los dio Juan, y los leo porque sin conocer no hay posesión– encontré que también en vuestra historia... de los principios, si se puede hablar así, hay narraciones no muy diversas de las nuestras. Ahora quisiera saber...”

“Ya te lo dije: pregunta lo que quieras, que te responderé”.

“¿Todo lo que hay en nuestra religión sobre los dioses es error?”

“Sí, mujer. No hay sino un solo Dios que no nace de otros, no está sujeto a pasiones y necesidades humanas, un Dios único, Eterno, Perfecto, Creador”.

“Lo creo. Pero quiero responder no de una manera que no acepta discusión, sino con la que discute para convencer a los paganos que me pudiesen hacer iguales preguntas. Yo misma y con el favor de este Dios bienhechor y paternal, me he dado respuestas no bien hilvanadas, pero suficientes para tranquilizar mi espíritu. Pero ya en mí existía la voluntad de llegar a la Verdad. Otros no la tendrán como yo, pero en todos debería existir el deseo de la búsqueda. No quiero quedarme fría cerca de las almas. Lo que he recibido, quiero darlo, y para darlo debo saber. Concédeme que yo sepa y te serviré con todo mi amor. Hoy, por el camino, mientras contemplaba las montañas, y ciertas características de ellas me vinieron a la memoria las montañas de Grecia y las leyendas patrias, por asociación de ideas recordé el mito de Prometeo, el de Deucalión... También vosotros tienen algo semejante: cuando Lucifer es arrojado³, cuando se infunde la vida en el barro⁴ y cuando hubo el diluvio⁵. Son contactos leves que no dejan de tener un recuerdo... Ahora dime: ¿cómo pudimos conocer estas cosas si no existió ningún contacto entre nosotros y vosotros, si fuisteis los primeros poseedores, y no hay rastro de cómo obtuvimos tales noticias? En muchas cosas todavía nos seguimos ignorando. ¿Cómo puede explicarse que desde hace milenios tengamos leyendas que recuerden vuestras verdades?”

“Mujer, tú no deberías preguntarme esto, porque has leído libros que por sí solos pueden responder a tu pregunta. Hoy por asociación de ideas, ante el recuerdo de los montes que te vieron nacer, pasaste el recuerdo de los mitos que oíste de pequeña y te pusiste a confrontarlos. ¿No es verdad? ¿Por qué esto?”

“Porque mi pensamiento se despertó y se acordó”.

“Perfectamente bien. También las almas de tus antepasados muy remotos que dieron una religión a tu tierra, se acordaron confusamente, como puede hacerlo alguien que está separado de la religión revelada, y con todo se acordaron. Hay en el mundo muchas religiones. Así pues, si tuviésemos aquí como en un papel blanco, todas las características de ellas, veríamos que hay como un hilo de oro perdido en el fango, un hilo que tiene nudos en los que están encerrados pequeños fragmentos de la verdad eterna”.

“¿Pero no venimos todos de un mismo tronco? Tú lo has dicho. ¿Entonces? ¿Por qué aquellos antepasados los más antiguos, los que venían del tronco primordial, no supieron llevar consigo la verdad? ¿No es injusticia el haberse privado de ello?”

“Leíste el libro de los principios ¿no es así? ¿Qué encontraste? Un pecado que fue complejo en sus principios, un pecado que comprendía las tres etapas del hombre: Materia, pensamiento y espíritu⁶. Luego un fratricidio⁷. Después un doble homicidio como para contrabalancear la obra de Enoc que llevaba luz a los corazones⁸. Después, corrupción, en las uniones matrimoniales efectuadas tan solo por los sentidos, en que estaban los hijos de Dios con las hijas de la sangre⁹. Y no obstante la purificación del diluvio y volver a rehacer la raza

³ Cfr. Is. 14, 3-21 y particularmente 14, 10-15.

⁴ Cfr. Gén. 1, 24-27; 2, 7 y 19.

⁵ Cfr. Gén. 6, 5-9, 17; Sab. 14, 6; Eccli. 16, 8; Baruq3, 26-28.

⁶ Cfr. Gén. 3.

⁷ Cfr. Gén. 4, 1-16.

⁸ Cfr. Gén. 4, 17-24.

⁹ Cfr. Gén. 6, 1-12.

de manera que procediese de una buena semilla¹⁰, y no de piedras como se lee en vuestros mitos, ni como si hubiera sido robado el fuego vital por obra de los hombres, sino por infusión de Fuego vital por obra de Dios, fue animado el primer lodo que Dios modeló a su imagen y en forma de hombre¹¹, y tú ves que te encuentras ante el nuevo fermento de soberbia, ante una ofensa de Dios: “Tocaremos el cielo” y la maldición divina: “Que sean dispersos y que no se comprendan mutuamente”¹²... Y a la manera de un chorro de agua que se estrella contra una piedra, se divide en diversos riachuelos, de igual modo el tronco se dividió, y la raza se disgregó en razas. El linaje humano que huía a causa de su pecado y del castigo divino se dispersaba para no volverse a reunir, llevando consigo la confusión que la soberbia creó. Pero las almas lo recuerdan. Algo para siempre les ha quedado. Las más virtuosas y sabias entrevén una luz, aunque sea muy débil, en las tinieblas de los mitos: la luz de la verdad. Este es el recuerdo de la luz que vieron antes de la vida, el cual agita dentro de ellos verdades en que hay trozos de la verdad revelada. ¿Me entiendes?”

“En parte. Voy a reflexionar. La noche es amiga de quien piensa y de quien se recoge dentro de sí”.

“Entonces vayamos cada uno a recogernos. Vayamos, amigos. La paz sea con vosotros, mujeres, la paz con vosotros, discípulos míos. La paz sea contigo, Alejandro Misace”.

“Hasta pronto, Señor. Dios sea contigo” responde el mercader inclinándose...

151, Desde Ramot a Gerasa

26 septiembre 1945

En medio de su belleza característica, y a la luz de una mañana en que sopla el viento, aparece este país que está fundado sobre una plataforma rocosa, la que rodean en forma de corona, picos, unos más altos, otros más bajos. Parece un gran vaso de granito que tuviese encima las casas, las chozas, los puentes, las fuentes, para diversión de un niño gigante.

Parece como si las casas estuviesen talladas dentro de la roca calcárea que es el material principal de esta zona. Los bloques están puestos unos sobre otros, sin revocadura alguna, parecen casitas que algún ingenioso niño gigante hubiese construido a base de bloques en figura de cubos. Y alrededor de este poblado se contemplan sus fértiles campos llenos de árboles, que mirados desde arriba parecen como un tapete hecho a cuadros, o trapecios o triángulos. Algunos tienen ese color moreno de la tierra apenas cavada, otros el verde esmeralda que la hierba nacida les da con la lluvia otoñal, otros el color rosado por las últimas hojas de los viñedos y frutas que quedan, otro de color verde gris por los álamos y sauces, o de un verde esmeralda debido a los encinos y algarrobos, o de verde bronce por los cipreses y coníferos. ¿Realmente, muy hermoso!

Los senderos que van y vienen parecen cintas que se alargan de un nudo, y van del poblado a la lejana llanura, o bien a los montes más altos y se pierden en los bosques o muestran una clara huella en medio del verdor de las praderas, en lo negro de los campos arados.

Hay un riachuelo que juguetón arrastra sus aguas. Es de plata y va más allá del poblado. Ahora es azul diluido en jade al otro lado, cuando baja por el valle entre cañadas y pendientes. Algunas veces se deja ver, otras se esconde, como si jugara a las escondidillas, pero siempre más robusto, más azul conforme va engrosando con aguas, y jamás permite a los bejucos, y las hierbas que nacieran en su lecho en tiempo de secas, que ahora lo tiñan de verde. En esta época siempre refleja el cielo azul, y siempre tiene sepultadas bajo su manto las hierbas que nacieron.

El cielo es de un color azul irreal: un azul que ni siquiera una mota de polvo lo ensucia.

¹⁰ Cfr. Gén. 6, 13 – 9, 17.

¹¹ Cfr. Gén. 1, 24-27; 2, 7 y 19.

¹² Cfr. Gén. 11, 1-9.

La caravana se pone en movimiento bajo este cielo azul. Las mujeres cabalgan nuevamente, porque, como ha dicho el mercader, el camino es muy duro más allá del poblado y es menester recorrerlo pronto para llegar a Gerasa antes del anochecer. Todavía cubiertos con mantos, frescos porque descansaron en la noche, caminan ligeros por los senderos que suben entre bosques tupidos; llegan hasta las pendientes más altas de un monte solitario, que cual bloque gigantesco se levanta sobre las espaldas de los otros que quedan abajo. Un verdadero gigante como puede verse en nuestros Apeninos.

“Galaad” dice el mercader, señalándolo a Jesús que va a su lado llevando de las riendas el mulo en que cabalga la Virgen. Y añade: “Después de este paraje el camino es mejor ¿Nunca habías estado aquí?”

“Nunca. Quería hacer este recorrido en primavera. Pero me rechazaron en Gálala”.

“¿Rechazarte a Ti? ¡Qué error!”

Jesús lo mira y se calla.

Marziam va sentado en la misma cabalgadura del mercader porque difícilmente podían sus piernitas caminar al paso de los caballos. ¡Que si lo comprende bien Pedro! Sigue adelante, otros lo imitan, pero no pueden igualar el paso de la caravana. Vienen sudando, pero se alegra de ver que Marziam sonríe, al ver que la Virgen viene descansada y que el Señor está contento. A resoplidos habla con Mateo y con su hermano Andrés que son los que vienen hasta el último de todos, y los hace reír, porque les dice que si en lugar de piernas, tuviese alas en ese día, se sentiría dichoso. No trae nada así como los demás. Sus alforjas las han colgado a las cabalgaduras en que viajan las mujeres. El camino es realmente duro. Las piedras son resbaladizas, a causa del rocío matinal. Los dos Santiagos juntos con Juan y Tadeo son los más animosos. Mantienen el paso junto a las mulas en que vienen las mujeres. Simón Zelote habla con Juan de Endor. Timoteo y Ermasteo se ocupan de guiar también los mulos.

Finalmente lo más duro ha terminado, y un escenario diverso se abre a la vista de todos. El valle del Jordán no se ve ya. . Ahora los ojos contemplan al oriente sobre un altiplano una imponente extensión, en que apenas se ve alguna colina que quiere romper la monotonía del paisaje. Nunca me imaginé que hubiese en Palestina un espectáculo semejante. Parece como que después de la tempestad rocosa de los montes, ésta se haya petrificado y reducido a una enorme ola suspendida entre el suelo y el cielo, que algunos recuerdos primordiales que son las colinillas. La espuma de las crestas se ha solidificado aquí y allí. El agua de la onda se ha extendido en una llanura de una magnificencia sin par. Se llega a esta zona de paz bañada en luz por la última cañada, a esta zona salvaje como es el abismo que se abre en medio de dos oleajes que entre sí chocan, los dos últimos oleajes de una marejada, en cuyo fondo hay un nuevo torrente lleno de espuma que corre hacia el oeste, en una dirección contraria de rocas y cascadas que son un contraste a la tranquilidad lejana de la enorme llanura.

“Ahora el camino será mejor. Si me permites voy a ordenar el descanso” dice el mercader.

“Hago lo que tú me digas. Lo sabes bien”.

Descienden todos y se derraman por las faldas en busca de leña para cocer los alimentos, agua para los pies cansados y para las gargantas secas. Los animales, sin tener ya su carga, comen de la hierba o se dirigen donde hay agua. Muy pronto se esparcen por todas partes el olor de resina y el olor de carne tostada.

Los apóstoles hicieron su propio fugo, y en él calientan un pez salado, después de haberlo lavado en el agua fresca del río. El mercader lo ve, y se acerca trayendo un corderito o cabrito desollado, lo que fuese, y los obliga a que lo tomen. Pedro se pone inmediatamente a tostarlo.

La comida se prepara pronto y pronto se consume. Bajo el sol que está en su cenit, la marcha vuelve a emprenderse por un camino mejor que costea el río y corre en dirección de norte a este. En un lugar de una fertilidad maravillosa y muy bien cultivada, abundante en ovejas y en cerdos que gruñendo escapan de la caravana.

“Aquella ciudad amurallada es Gerasa, Señor. Ciudad de gran porvenir. Ahora se está formando pero no me equivoco en decir que pronto competirá con Jope y Escalón, con Tiro y

otras muchas ciudades, por su belleza, comercio y riqueza. Los romanos comprenden la importancia de este camino que partiendo del Mar Rojo, y por tanto de Egipto, y que atraviesa Damasco, va hasta el Mar Póntico. Y ayudan los gerasanos en la construcción... Tienen buen ojo y mejor olfato. Por ahora tienen tan solo muchos comercios, pero después... ¡Oh, será una ciudad hermosa y rica! Una pequeña Roma con templos y piscinas, con circos y termas. Yo tenía sólo comercio, pero he echado raíces en este suelo, para crear grandes negocios, para venderlos a caro precio, y así pueda tal vez construirme una casa de rico y cuando esté viejo y pueda estar aquí, cuando Baltasar, Nabor, Félix y Sidmia puedan respectivamente tener y dirigir los negocios de Sínope, Tiros, Jope y Alejandría. Entre tanto crecerán los tres varones restantes y les daré los negocios de Gerasa, Escalón y tal vez Jerusalén. Y las doncellitas, ricas y bellas, serán buscadas y contraerán buenos matrimonios y me darán muy guapos nietecitos..." el mercader va señalando con los ojos abiertos un futuro rosado, un futuro áureo.

Jesús calmadamente le pregunta: ¿Y luego?"

El mercader se vuelve, lo mira perplejo y dice: "¿Y luego? Basta. Después vendrá la muerte... es triste. Pero así es".

"¡Y ya no tendrás iguales actividades! ¡Ni tales negocios, ni semejantes cariños!"

"Pero, Señor. Yo no lo deseo; pues así como nací, así debo morir, y deberé dejarlo todo" y lanza un profundo suspiro capaz de oírse por todas partes.

"¿Pero quién te dijo que los muertos dejan todo?"

"¡Quién! Pues los hechos. Una vez muerto... no hay más. No más manos, no más ojos, no más orejas..."

"No eres tan sólo manos y orejas".

"Soy un ser humano. Lo sé. Tengo otros elementos, pero todos terminarán con la muerte. Es como el crepúsculo del atardecer, que va acabando con todo..."

"Pero la aurora lo vuelve a sacar a la luz. Tú eres un ser humano, lo acabas de decir. No eres un animal como sobre el que vienes cabalgando. Cuando muera, todo habrá terminado. No así tú. Tienes alma. ¿No lo sabías? ¿Ni siquiera esto sabes?"

El mercader siente el amargo reproche, amargo pero dulce. Entre dientes dice al bajar la cabeza: "Esta sí lo sé..."

"Y entonces? ¿No sabes que el alma sobrevive?"

"Lo sé".

"¿Y entonces? ¿No sabes que tienes de todos modos una actividad en la otra vida? Santa si es santa. Desgraciada si lo es. Conserva sus sentimientos. ¡Y en qué forma! santos, si santa. De odio, si condenada. ¿Qué odia? Lo que fue causa de su condenación. En tu caso las actividades, los negocios, los afectos del todo humanos. ¿Qué ama? Las mismas cosas. ¡Y qué de bendiciones puede dar el alma que está en la paz del Señor a sus hijos y a las actividades de ellos!"

El hombre se queda pensativo. Luego dice: "Es tarde. Ya estoy viejo" y detiene el mulo.

Jesús con una sonrisa le responde: "No te fuerzo. Te aconsejo" y luego se voltea a mirar a los apóstoles, que en la primera parada antes de entrar en la ciudad, están ayudando a las mujeres a bajar al tiempo que toman sus alforjas.

La caravana entra por la puerta que hacen guardia las torres. El mercader se vuelve a Jesús: "¿Quieres quedarte todavía conmigo?"

"Si no me arrojas ¿por qué no he de querer?"

"Por lo que te dije. Debo causarte náuseas a Ti, que eres santo".

"¡Oh, no! He venido por los que son como tú. Os amo porque sois los que tenéis más necesidad. Todavía no me conoces. Soy el Amor que pasa mendigando amor".

"¿Entonces no me odias?"

"Te amor".

Una lágrima brilla en el fondo de los ojos del mercader. Con una sonrisa dice: "Entonces estaremos juntos. En Gerasa me detendré por tres días. Allí tomaré camellos en lugar de

mulos. Tengo apostaderos para las caravanas en lugares apropiados y tengo un siervo que cuida los animales que dejo. Y Tú ¿qué piensas hacer?”

“Predicaré el sábado. Te habría dejado, si no te hubieses detenido, porque el sábado es día dedicado al Señor”.

El hombre arruga la frente, piensa, y como si algo le doliese, dice: “Así es... Es verdad. Está consagrado al Dios de Israel. Está consagrado...” Mira a Jesús: “Te lo consagraré, si me lo permites”.

“A Dios. No a su Siervo¹”.

“A Dios y a Ti, al escucharte. Hoy terminaré mis negocios y mañana por la mañana. ¿Vienes, pues, al albergue?”

“Claro. Vienen conmigo las mujeres y aquí soy un desconocido”.

“Así, pues, al mío. Es mío porque año por año se quedan en él mis animales. Ha en él grandes y amplias habitaciones para las mercancías. Si quieres...”

“Dios te lo pague. Vamos”

152. La predicación en Gerasa^{1a}

27 septiembre 1945

¡Creía ser desconocido! Cuando por la mañana sale con los apóstoles fuera del albergue que alquila Alejandro, encuentra a personas que le esperan. Las mujeres y los discípulos se han quedado en casa descansando.

La gente lo saluda y rodea, diciéndoles que le conocen por lo que ha contado de Él un hombre que fue liberado del demonio, y que ahora está ausente, porque hace unos días se fue con dos discípulos que habían pasado por allí. Jesús con su habitual benignidad mientras escuchaba todo lo que le dicen, sigue caminando por la ciudad donde se oye el fragor de las canteras. Albañiles, excavadores, canteros, herreros, carpinteros trabajan en construir, allanar y rellenar desniveles, en desbastar piedras para los muros, en forjar ese o aquel hierro necesario, en cortar, cepillar y pulir gruesos troncos.

Jesús pasa mirando. Atraviesa un puente bajo el que corre un parlanchín riachuelo, que divide por la mitad el poblado. Las casas están alineadas de esta y aquella parte. Sube hacia la parte de la ciudad que no guarda proporción propia de nivel, porque el lado sudoeste es más alto que el noreste, pero ambos son más altos que el centro de la ciudad, que divide en dos el juguetón riachuelo. Desde donde Jesús se ha detenido, la vista es maravillosa. La ciudad aparece bastante grande. Detrás de ella, por el oriente, sur y occidente, se ve una especie de herradura de caballo hecha de colinas que son un verdor. Por el norte los ojos descubren una llanura amplia y extensa que allá en el horizonte deja ver un relieve, tan fino y delicado, que difícilmente podría llamarse colina, y de un color rubio al contacto del sol matinal que besa los sarmientos amarillos de las vides que cubren el terreno, como si quisiese mitigar la melancolía de las agonizantes hojas con la pompa de pinceladas de oro.

Jesús contempla el paisaje, y la gente de Gerasa lo contempla a Él. Jesús los conquista con decirles: “Esta ciudad es muy hermosa. Hacedla también hermosa con la justicia y la santidad. Los callados, el arroyo, la verde llanura el Señor os la dio. Roma os ayuda ahora para construirs casas y edificios. Pero sólo vosotros podéis dar a la ciudad el nombre de santa y justa. La ciudad es como la hacen los ciudadanos, porque es una parte de la sociedad encerrada en el cerco de los muros, pero quien en realidad hace la ciudad, son los ciudadanos. La ciudad no peca por sí misma. No pueden pecar los riachuelos, el puente, las casas, las torres. Son materia pero no alma. Pero sí pueden pecar los que viven dentro de los muros de la ciudad, en las casas, en las tiendas, los que pasan sobre el puente y se bañan en el río. Cuando uno habla de una ciudad dividida y sanguinaria que es “una ciudad pésima”. Lo

¹ Expresión que debe de entenderse por ejemplo, a la luz de: Mt. 26, 36-46; Mc. 14, 32-42; Lc. 22, 39-46.

^{1a} Cfr. Mt. 12, 29-30; Lc. 11, 21-23 y 27-28.

que no es así, pues no es la ciudad, sino los ciudadanos que al unirse, forman *una* sola cosa múltiple, una *sola* ciudad.

Ahora bien, escuchad. Si en una ciudad hay diez mil habitantes bueno y mil malos, ¿podría llamarse una ciudad mala? No ¿verdad? De igual modo, si en una ciudad de diez mil habitantes hay muchos partidos y cada uno trata de trabajar por el suyo ¿puede afirmarse que la ciudad está unida? No ¿verdad? ¿Y creéis que tal ciudad llegue a ser próspera? ¿Verdad que no?

Vosotros ciudadanos de Gerasa, os habéis unido para formar una gran ciudad, y lo lograréis porque todos deseáis lo mismo y os animáis mutuamente para llegar a esta meta. Pero si mañana naciesen diversos partidos y uno dijese: “No, mejor es extenderse hacia el occidente”, y otro “Está decidido. Nos iremos por el lado del norte, donde está la llanura” y otro más: Ni aquí ni allá. Todos queremos quedarnos junto al río” ¿Qué sucedería? Que todos los trabajos hincados se detendrían. Quien presta el dinero lo retiraría, quien tiene intenciones de establecerse acá se iría a otra ciudad donde hubiese concordia y lo que hasta ahora se ha logrado vendría a la ruina porque no se terminaría, debido a las injurias que se dirían los ciudadanos.

“¿Y no es así? Pues bien es necesaria la concordia entre los ciudadanos para hacer el bien a la ciudad y por lo tanto a sí mismo, porque el bien de la sociedad es el bienestar a quienes la forman.

Pero no sólo existe la sociedad, como la imagináis, la sociedad compuesta de ciudadanos, o de connacionales, y la pequeña y querida sociedad que forma la familia. Existe una sociedad más vasta, ilimitada: la de los espíritus. Todos nosotros tenemos un alma. Esta no muere con el cuerpo, sino que sobrevive para siempre. Dios, el Creador, había tenido una sola idea: la de que todas las almas de los hombres se reuniesen en un solo lugar: el cielo, y de este modo formasen el reino de los cielos, donde quien reina es Dios, y en donde después de una bienaventurada muerte, todos serán súbditos. Satanás vino a dividir, a desorientar, a destruir y a causar penas a Dios y a los espíritus. Introdujo en el corazón el pecado y así trajo la muerte al cuerpo, esperando causarla también en los espíritus. La muerte de estos es la condenación, que es una existencia privada de la que es vida verdadera y júbilo eterno, esto es, de la visión beatífica de Dios y de su eterna posesión de las luces eternas. Y la razón humana se dividió en sus deseos como una ciudad dividida en partidos contrarios. Y de este modo se precipitó a la ruina.

Ya lo dije otra vez a quien me acusaba de que Yo arrojaba los demonios con ayuda de Belcebú: “Cada reino dividido irá a la ruina”. De hecho, si Satanás se arroja a sí mismo, él y su reino tenebroso se aniquilarán. Yo, por el amor que Dios tiene hacia el linaje humano que creó, vine a recordar un reino solo y santo: el del cielo. Y vine a predicarlo para que los mejores acudan a él. Yo querría que todos, aun los peores, viniesen, se convirtiesen, se liberasen del demonio que claramente los tiene esclavizados, como sucede en las posesiones corporales que todos pueden ver, o en las que no se ven, como son las espirituales. Por esto curo a los enfermos, arrojé los demonios de los cuerpos poseídos, convierto a los pecadores, perdono en nombre del Señor, instruyo para el reino, hago milagros para convencerlos de mi poder y de que Dios está conmigo, pues no puede obrarse ni un milagro si no se tiene a Dios por amigo. Si arrojé los demonios con el dedo de Dios y curo a los enfermos, limpio a los leprosos, convierto a los pecadores, anuncio e instruyo para el reino, e invito a él en nombre de Dios, y la condescendencia de Dios está conmigo, clara e indiscutible, y sólo los enemigos desleales pueden decir lo contrario, señal es de que el reino de Dios ha llegado hasta vosotros y se establecerá porque es la hora de que se funde.

¿De qué modo se funda el reino de Dios en el mundo y en los corazones? Con el regreso a la ley mosaica y con su conocimiento preciso si se le ignora, y sobre todo, con la dedicación total a ella en todos los sucesos y momentos de la vida. ¿Cuál es esta ley? ¿Algo que no pueda practicarse? No. Es una serie de diez preceptos santos y fáciles, que el hombre

moralmente bueno, cree que es un deber el imponérselos aun cuando se encuentre en las selvas más oscuras del África. La Ley dice²:

“Yo soy el Señor Dios tuyo, y no hay otro Dios fuera de Mí. No invoques el nombre de Dios inútilmente.

Respeto el sábado según la orden de Dios y las necesidades de las criaturas. Honra al padre y a la madre si quieres vivir muchos años y quieres tener bienes en la tierra y en el cielo.

No mates.

No robes.

No cometas adulterio.

No digas falsos testimonios contra tu prójimo.

No desees la mujer de otro.

No envidies la cosas de otro”.

¿Cuál es el hombre que si es de buen corazón, aun cuando sea un salvaje, y si pone la mirada en lo que le rodea, no llegue a decirse: “Todo esto no se pudo formar por sí mismo, por lo tanto existe Uno, más poderoso que la naturaleza y que el hombre mismo”? Y adora a este Poderoso cuyo Nombre santísimo ignora, pero que siente su existencia. Y experimenta tanta reverencia al pronunciar el nombre que él le dio, o que le enseñaron y tiembla y piensa que ora con solo nombrarlo reverentemente. Pues de hecho es ya oración el pronunciar el nombre de Dios con la intención de adorarlo, de hacerlo conocer a la gente que lo ignora.

Así también por prudencia moral cada uno experimenta el deber de dar descanso a su cuerpo para que resista mientras tenga vida. Con mucha mayor razón el hombre que no desconoce al Dios de Israel, al Creador y Señor del universo, siente que debe consagrarle este reposo de su cuerpo, para que no se asemeje al borrico que cansado se echa por tierra masticando su hierba.

También la sangre prorrumpe en manifestaciones de amor por los seres de donde nació. Lo mismo viendo, por ejemplo, en ese borriquillo que alegre va al encuentro de su madre asna que regresa del mercado. Estaba retozando, la vio, se acordó de que de ella había bebido leche, y que la había acariciado con amor y defendido y que cuando tuvo frío, lo había calentado. ¿Lo veis? Con la ternilla le frota el cuello y se deshace en alegría. Restriega sus ancas contra las de su madre. Amar a los padres es un deber y un placer. No hay animal que no ame a quien engendró. ¿Y que? ¿Será el hombre menor que el gusano que vive en el lodo?

El hombre moralmente bueno no mata. La violencia le causa vómito. Sabe que no es lícito quitar la vida a nadie, vida que sólo el Señor concedió y que sólo Él tiene el derecho de tomarla. Ese hombre huye del homicidio.

Igualmente el hombre bueno moralmente no se aprovecha de las cosas de los demás. Prefiere el pan que come con conciencia tranquila junto al manantial de aguas claras, el más exquisito manjar que es fruto de un robo. Prefiere dormir en el suelo con la cabeza reclinada sobre una piedra y con las estrellas por amigas, que le envían paz y consuelo a su conciencia honrada, que tener un sueño de pesadillas en un lecho que fue robado.

Y si es moralmente sano, no es ávido de mujeres que no sean la suya; ni entra a manchar vilmente el lecho de otros. En la esposa de su amigo ve a una hermana, y no tiene para ella las miradas y deseos que no se tienen para la hermana.

El hombre de corazón recto, aunque si lo es sólo naturalmente, sin otro conocimiento del bien que el que le viene de su recta conciencia, jamás testimonia de lo que no es verdad, pues le parece que es como si cometiese un homicidio o un robo, lo que en realidad es así. Por el contrario sus labios son honestos como los de su corazón. No desea la mujer de otro, porque sabe que apetecer es el primer estímulo para el pecado. No envidia porque es bueno. Está conforme con su suerte.

² Cfr. Ex. 20, 1-21; Deum. 5, 1-22.

¿Os parece que estos mandamientos sean del todo impracticables? No os engañéis. Sé que los pondréis en práctica, y si así lo hacéis, echaréis los fundamentos del reino de Dios en vosotros y en vuestra ciudad, y un día volveréis a encontraros alegres con los seres que amasteis y que como vosotros conquistaron el reino eterno en los gozos eternos del cielo.

En lo más íntimo de nuestro ser, existen las pasiones como otros tantos ciudadanos encerrados entre los muros de la ciudad. Sucede algunas veces que todas las pasiones del hombre se dirigen a una sola cosa: la santidad. Inútil sería que una parte de ellas tendiese al cielo si la otra deja las puertas sin vigilar, y permite que entre el seductor o bien que neutraliza con disputas y holgazanerías las acciones de una parte de los ciudadanos espirituales, haciendo así que perezca la ciudad íntima, que es presa del reino de los cardos, hierbas, pasto, serpientes, ratones y chacales y búhos, esto es, las malas pasiones y los ángeles de Satanás. Es menester vigilar siempre, como guardias colocados sobre los muros, para impedir que el maligno entre allí donde queremos construir el reino de Dios.

En verdad os digo que mientras el hombre armado guarda el patio de su casa, todo lo que hay en ella está seguro. Pero si viene uno que es más fuerte que él, o si deja la puerta sin vigilar entonces, el más fuerte lo vence, lo derrama, y privado de las armas e que confiaba, se humilla y se rinde, y el fuerte lo hace su prisionero, y lo despoja de todo. Pero si el hombre vive en Dios, mediante la fidelidad a la ley, y la justicia santamente practicada, Dios está con él. Yo estoy con él, y ningún mal le acaecerá. La unión con Dios es el arma que ningún fuerte puede vencer. La unión conmigo es victoria segura y señal de botín de virtudes eternas para el que siempre habrá lugar en el reino de Dios. Pero quien se separa de Mí o se hace enemigo, rechaza por eso las armas y la seguridad que le brinda mi palabra. Quien rechaza al Verbo, rechaza a Dios. Quien rechaza a Dios, llama a Satanás, y quien hace así, destruye todo lo que tenía para conquistar el reino.

Por eso quien no está conmigo, está contra Mí. Quien no cultiva lo que sembré, recoge lo que siembra el enemigo. Quien conmigo no recoge, desperdicia, y pobre y desnudo se presentará ante el Juez supremo que lo mandará al patrón a quien se vendió, pues prefiere a Belcebú que a Cristo.

Ciudadanos de Gerasa: construid en vosotros y en vuestra ciudad el reino de Dios”.

Una fuerte voz de mujer se oye como un canto de alondra en medio del ruido de la admirada multitud. Canta la nueva bienaventuranza, esto es, la gloria de María: “Bienaventurado el seno que te llevó y los senos que te amamantaron”.

Jesús se vuelve hacia la mujer que alaba a su Madre porque lo admira a Él. Sonríe, porque la alabanza tributada a su Madre es dulce. Luego dice: “Más bienaventurados son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica. Haz eso tú mujer”. Luego bendice y se dirige por la campiña seguido por los discípulos que le preguntan: “¿Por qué dijiste esas palabras?”

“Porque en verdad os digo que en el cielo no se mide con las medidas de la tierra. Mi misma Madre será bienaventurada no tan sólo por su alma sin mancha, sino por haber escuchado la palabra de Dios y haberla puesto en práctica al obedecerla. El “que el alma de María no tenga culpa” es un prodigio de la Creación. A Él pues sea dada la gloria. Pero el “hágase en mí según tu palabra” es prodigio de mi Madre. Pero por su capacidad de escuchar a Dios, que hablaba por boca de Gabriel, y por su voluntad de poner en práctica la palabra de Dios, sin ponerse a pensar en las dificultades y dolores inmediatos y futuros que de su adhesión le vendrían, vino al mundo el Salvador. Veis, pues, que ella es mi Madre bienaventurada no sólo porque me engendró y amamantó sino también porque escuchó la palabra de Dios y la puso en práctica al obedecer. Pero ahora regresemos a casa. Mi Madre que sabía que iba a salir por un poco de tiempo, puede estar preocupada al ver que no regreso. Nos encontramos en una ciudad semipagana, pero en realidad es mejor que otras. Vamos, pues, y demos vuelta por detrás de los muros para evitar la multitud que me entretendría. Pronto, a través de este bosquecillo...”

153. El sábado en Gerasa

28 septiembre 1945

Largas son las horas del día cuando no se sabe qué hacer. Lo que sucede en aquel sábado a los que están con Jesús, en un poblado donde no conocen a nadie, en una casa donde hay diversidad de lenguas y costumbres que los separan como si no bastasen los prejuicios contra los hebreos para tenerlos separados de los caravaneros y siervos de Alejandro Misace. Por esto muchos han seguido acostados o bien, en el amplio patio cuadrado de la casa y al sol, descabezan algún sueñito. El patio es muy amplio, propio para acoger varias caravanas. Tiene estanques y argollas clavadas en los muros y en las columnas de un portal rústico que rodea los cuatro lados; tiene también numerosas caballerizas y henares y pajares en los tres ángulos. Las mujeres están en sus habitaciones. Ni una de ella se ve.

Marziam encuentra modos con qué pasar el rato dentro del patio que está cerrado. Se pone a observar a los mozos de cuadra que restriegan los mulos, cambian las literas, miran los cascos, golpean los fierros que estaban ya flojos, o bien, lo que para él es de gran interés, porque es algo nuevo, mira cómo los camelleros tratan a los camellos preparando la carga para cada uno de ellos, y que les dé equilibrio. Mira también cómo hacen para que se arrodillen y se levanten para que se les cargue y descargue, premiándolos luego con un puñado de verduras secas que parecen ser habas. Después termina todo con un montón de trozos de algarrobo que hasta los mismos hombres mastican con gusto.

Marziam está fuera de sí. Mira a su alrededor para ver si hay alguien con quien pueda compartir su admiración. Pero recibe un palmo de narices al ver que los adultos no se ocupan de los camellos. Están hablando entre sí o bien cabeceando. Se va a donde está Pedro que feliz duerme con la cabeza echada sobre el suave heno y lo jala de una manga. Pedro apenas si abre sus ojos y pregunta: “¿Quién es? ¿Qué se te ofrece?”

“Soy yo. Ven a ver los camellos”.

“Déjame dormir. He visto tantos... Animales tan feos”.

El niño se va a donde está Mateo que está haciendo las cuentas, pues en ese viaje es el tesorero: “He estado con los camellos ¿sabes? Comen como las ovejas, se arrodillan como los hombres y parecen barcas cuando van y vienen. ¿Los has visto?”

Mateo que perdió la cuenta por la interrupción, responde un poco seco: “Sí” y vuelve a contar el dinero.

Otra desilusión... Marziam mira a su alrededor... Ahí están Simón Zelote y Judas Tadeo hablando entre sí... “¡Qué hermosos son los camellos! Y tan buenos. Los cargan y descargan, y se arrodillan para que uno no se canse. Después comieron algarrobos. También esos hombres comieron. Me gustaría... Pero no me puedo dar a entender. Ven tú...” y toma de la mano a Simón.

Este que estaba absorto en su amena plática con Tadeo, responde un poco vagamente: “Sí, querido... Vete, vete y procura no hacerte mal”.

Marziam lo mira con los ojos abiertos de admiración... Simón esta vez no le ha respondido a tono. Casi está apunto de llorar. Se aleja desilusionado y se va a apoyar contra una columna...

Jesús sale de una habitación. Lo ve tan de mal humor y solo. Se dirige a donde está, le pone una mano sobre la cabeza. “¿Qué haces aquí solo y triste?”

“Nadie me hace caso...”

“¿Qué les dijiste a los demás?”

“Nada. Les hablé de los camellos... Son hermosos... me gustan. Debe ser como si uno estuviese en una barca... Y comen algarrobos; también los hombres...”

“Y tú quieres ir a comer algarrobos. Ven, vamos a donde están los camellos”.

Toma de la mano al niño que está ya sereno y se dirige derecho a un camellero. Le saluda con la sonrisa. Aquel se inclina, y continúa observando al animal al que está ajustando las riendas.

“Óyeme. ¿Me entiendes?”

“Sí, Señor. Hace veinte años que os conozco”.

“Este niño tiene un gran deseo, quiere subir sobre un camello... y comerse un algarrobo”
Jesús sonríe con ganas.

“¿Es tu hijo?”

“No tengo hijos Yo. No tengo esposa”.

“¿Tú tan hermoso y fuerte, no has encontrado mujer?”

“No la he buscado”.

“¿Nunca has tenido deseos de mujer?”

“Nunca, jamás”.

El hombre lo mira con ojos desorbitados. Y luego: “Yo tengo nueve hijos en Isquilo... Voy: un hijo. Voy: un hijo. Siempre un hijo”.

“¿Quieres mucho a tus hijos?”

“Son mi sangre. Pero el trabajo es duro. Yo aquí, ellos allá. Lejos... Lo hago para que coman ¿Entiendes?”

“Entiendo. Entonces puedes comprender al niño que quiere subir sobre un camello y comer algarrobos”.

“Claro que sí, ven. ¿Tienes miedo? ¿No? Eres un valiente. ¡Hermoso niño! También tengo uno igual... ven aquí. Toma” y le pone en la mano la asidera extraña que está delante de la silla. “Detente fuerte. Ahora subo yo, y el camelo se levanta. No tienes miedo ¿verdad?”

El hombre sube en la silla, se acomoda y hace que el camello se levante al punto con un gran cabeceo. Marziam feliz, se ríe y lo hace porque el camellero le ha metido en la boca un gran algarrobo. El hombre hace primero que camine el camello por el gran patio a paso lento y luego a trote. Al ver que Marziam no tiene miedo, da un grito a su compañero y este abre la ancha puerta que está al fondo del patio. El camellero desaparece con el niño por la verde campiña. Jesús regresa y entra en una gran sala donde están las mujeres. Viene tan risueño que su Madre le pregunta: “¿Qué te pasa, Hijo mío, que estás tan contento

“Me siento feliz porque Marziam va cabalgando sobre un camello. Vamos afuera para cuando regrese”.

Salen todos al patio y se sientan sobre un bajo muro cerca de los estanques. Los apóstoles que no están durmiendo también acuden. Juan y los dos Santiagos que están en las dos ventanas altas de la habitación miran abajo y también descienden. Con sus juveniles voces despiertan a Pedro y Andrés y sacan de su trabajo a Mateo. Están todos, hasta Juan de Endor que se acerca con los dos discípulos.

“¿Dónde está Marziam que no lo veo?” pregunta Pedro.

“Paseando en camello. Ninguno de vosotros quiso escucharlo... Yo vi que estaba triste y le ayudé”.

Pedro, Mateo y Simón se acuerdan: “¡Ah ya! ¡habló de camellos...! y de algarrobos... pero yo tenía sueño”; yo estaba haciendo las cuentas para darte informe de lo que he recibido de los gerasenos y de lo que he dado de limosna”; “¡Yo estaba hablando de la fe con tu hermano!”

“Olvidémoslo. Preví a ello. Pero os digo de paso que es amor ocuparse también de los juegos de un niño... Hablemos ahora de otro asunto. La ciudad celebra una gran fiesta a las afueras. Nadie se acordó de nuestro sábado si no fue con una alegría general. Es mejor que nos quedemos aquí dentro. Tanto más si nos busca alguien, sabrá dónde estamos. Mirad a Alejandro que inspecciona los camellos que uno por mi culpa falta”.

Jesús rápido se dirige a donde está el marcador y se lo dice. Regresan juntos. El mercader dice: “Muy bien. Se divertirá y le hará mucho bien una corrida al sol. Puedes estar seguro de que el hombre lo cuidará bien. Calipio es un hombre que vale. En recompensa de la carrera te pido que me digas algo. Esta noche me puse a pensar en tus palabras... En las que oí en Ramot, en las que dijiste Tú y la mujer, en las de ayer. Me pareció que subía a un alto monte como uno de los que hay donde vivo, que verdaderamente con sus cumbres besan el cielo. Tú me llevabas arriba, más arriba, más arriba. Me parecía como si un águila me hubiera cogido,

como una de esas que hay en nuestro monte más grande, el que se dejó ver después del diluvio. Veía que todas las cosas eran nuevas, pero oídme, todas las cosas hechas de una luz... Y las entendía, luego se me enturbiaron. Habla nuevamente”.

“¿De qué?”

“No sé... Todo fue tan hermoso. Lo que según Tú encontraremos nuevamente en el cielo... Ahora sé que allá se amará de un modo diverso, pero siempre igual. Por ejemplo: no tendremos más las preocupaciones de ahora y con todo seremos todo para el otro y esto como si fuésemos una sola familia. ¿Digo mal?”

“¡No, al revés! Formaremos también una familia con los que viven. Las almas no se separan con la muerte. Me refiero a los justos. Constituyen una gran familia. Haz de cuenta como si se tratase de un gran templo donde están los que adoran y oran, y los que trabajan, los primeros oran también por los que trabajan, y estos por aquellos. Lo mismo sucede con las almas. Nosotros nos entregamos duramente al trabajo en la tierra. Ellos nos ayudan con sus oraciones, pero debemos ofrecer nuestros sufrimientos por su descanso. Es una cadena que no se rompe. Es el amor que une a los que fueron con los que son. Y los que son deben ser buenos para poder reunirse con los que fueron y que quieren que estemos con ellos”.

Síntica hace un gesto involuntario, que al punto refrena. Jesús lo ve y la invita a hablar y a decir lo que piensa.

“Pensaba... Hace varios días que lo estoy pensando, y si he de decir la verdad, me llena de conturbación porque me parece que si creo en tu paraíso, es lo mismo que perder a mi madre y hermanas...” un sollozo corta la voz de Síntica que se detiene un momento para no llorar.

“¿Qué es lo que tanto te conturba?”

“Ahora creo yo en Ti. No puedo imaginar a mi madre más que como pagana. Era buena... ¡Oh, muy buena! Lo mismo que mis hermanas. Mi hermanita Ismene era la criatura más buena que haya pisado la tierra. Pero eran paganas... Yo, mientras fui como ellas, pensé en el Hades y decía: “Nos reuniremos”. Ahora sé que no existe el Hades, existe el paraíso, el reino de los cielos para los que sirvieron justamente al Dios verdadero. ¿Y qué será de esas pobres almas? No tuvieron ninguna culpa de haber nacido griegas. Ningún sacerdote de Israel les fue a decir: “El Dios verdadero es el nuestro” Y entonces ¿qué? ¿Sus virtudes son nada? ¿Sus sufrimientos se convertirán en nada? ¿Y para siempre nos separaremos? Te lo digo: ¡es un tormento! Me parece como si hubiera renegado de ellas. Perdona, señor... No tengo más que lágrimas” y se arrodilla en medio de un gran llanto.

Alejandro Misace dice: “También yo pensaba en lo mismo. Si me hago justo, ¿encontraré a mi padre, madre, hermanos, amigos...?”

Jesús pone sus dedos sobre la morena cabeza de Síntica y dice: “Hay culpa cuando se conoce al verdadero y persiste uno en el error: pero no, cuando uno está convencido de estar en la verdad, y que nadie vino jamás a decirnos: “Lo que traigo es la verdad. Dejad vuestras quimeras y abrazad esta verdad para que obtengáis el cielo”. Dios es justo. ¿Pretendes tú que no premie la virtud porque se formó sola en medio de la corrupción de un mundo pagano? No te intranquilices, hija”.

“¿Y la culpa de origen? ¿Y el culto nefando? Pero...” Si Jesús no impusiera silencio, no faltaría israelita que hubiera entristecido más el corazón de Síntica.

Dice Jesús: “La culpa de origen es común a todos; a Israel y al que no es de Israel. No es tan sólo de los paganos. El culto pagano tendrá su culpa desde el momento en que se difunda en el mundo de la ley del Mesías. La virtud es siempre virtud a los ojos de Dios. Y por mi unión con el Padre digo, y lo digo en su nombre, manifestando con palabras su pensamiento santísimo, que los caminos del poder misericordioso de Dios son muchísimos, y todos llevan a que se alegren los virtuosos, al quitarse las barreras que existan entre las almas, y habrá paz para quienes la merecen. No sólo esto. Digo también que en lo futuro a los que están convencidos de estar en la verdad y siguen la religión de sus padres justa y santamente, Dios los amará y no los castigará. La malicia, la mala voluntad, al rechazar deliberadamente la verdad desconocida y sobre todo el atacar la verdad revelada y combatirla, el vivir en medio de

los vicios será lo que separe en realidad y para siempre las almas de los justos de las de los pecadores. Levanta tu corazón abatido, Síntica. Estas tristezas son un ataque del infierno, porque Satanás está enojado contra ti, porque comprueba que una presa se le va de entre las manos. El Hades no existe. Existe un paraíso, lo que no debe ser causa de dolor, sino de alegría. Nada de lo que es verdad debe ser causa de abatimiento o duda, antes bien, empuja siempre a creer y a creer con una certeza alegre. Tú exponme siempre tus razones. Quiero que haya en ti luz segura y fuerte como la del sol”.

Síntica que todavía está de rodillas, le toma la mano y se la besa.

Los gritos del camellero advierten que está por entrar el camello sin hacer ruido en el pradito que hay afuera del portón posterior que un siervo abre al punto. Marziam regresa contento, coloradote con la corrida: un enanito que en una alta silla mueve los brazos, mientras el camello se arrodilla. Baja Marziam acariciando al moreno camello. Luego corre donde está Jesús gritando: “¡Qué bonito! ¿En esos animales vinieron a adorarte los sabios de Oriente? Yo iré con ellos a anunciarte por todas partes! El mundo parece como más grande visto desde arriba, y nos dice: “¡Venid, venid vosotros, que conocéis la Buena Nueva!” Oh ¿sabes? También ese hombre tiene necesidad de ella... Y también tú, mercader, y todos tus siervos... Cuánta gente hay que está esperando, y que mueren sin poder escucharla... Más gente que los granos de arena del río. ¡Todos sin Ti, Jesús! ¡Oh, pero trata de anunciarla a todos!” y se le cuelga de las piernas. Jesús se inclina y lo besa. Le promete: “Verás el reino de Dios anunciado hasta en los confines más lejanos de Roma, ¿contento?”

“Sí. Y luego vendré a decirte: “Mira, mira este y ese, y aquel poblado te conocen”. Entonces sabré los nombres de esas lejanas tierras. ¿Y qué me dirás?”

“Te diré: Ven pequeño Marziam. Recibe una corona por cada poblado en que me anunciaste, y ven ahora a mi lado como aquel día en Gerasa, y descansa de tus trabajos porque fuiste un siervo fiel y es justo ahora que te sientas bienaventurado en mi reino”.

154. La partida de Gerasa

29 septiembre 1945

La caravana sale del patio de Alejandro. Sale ordenada como si se tratase de un desfile militar. Los últimos son Jesús y los suyos. Los camellos avanzan columpiando rítmicamente su cuerpo con los grandes fardos que llevan con las cabezas metidas en un pescuezo largo. Parecen preguntar a cada paso: “¿Por qué? ¿Por qué?” de un modo típico, como suelen hacer los palomos que parece que siempre dicen: “Sí, sí” a todo lo que ven. La caravana debe atravesar la ciudad. El aire de la mañana es transparente. Todos van envueltos porque hace fresco. Los jaces* de los camellos, el “arre, arre” de los camelleros, el sonido propio de los camellos que producen cuando caminan, avisan a los gerasenos que Jesús parte.

La noticia se difunde rápida como el rayo, y los gerasenos llegan a saludarle, a traerle frutas y alimentos. Un hombre con un niño enfermo corre: “Bendícelo, para que se cure. Compadécete de él”.

Jesús levanta la mano, lo bendice y añade: “Vete en paz. Ten fe”.

El hombre responde con un “sí” tan lleno de confianza, que una mujer pregunta: “¿Curarías también a mi marido que tiene úlceras en los ojos?”

“Si sois capaces de creer, sí”.

“Entonces voy a traerlo. Espérame, Señor” y rápido vuela como una golondrina.

¡Esperar! ¡Es una palabra! Los camellos siguen avanzando. Alejandro, a la cabeza de la columna, no sabe lo que pasa en la retaguardia. No hay más que enviar a alguien que le avise.

“Corre, Marziam. Ve a decirle al mercader que se detenga antes de salir de los muros” dice Jesús, y el niño cual flecha corre a cumplir lo que le mandaron.

La caravana se detiene. El mercader viene a donde está Jesús: “¿Qué pasa?”

* jaez = cualquier adorno que se pone a las caballerías.

“Quédate y verás”.

La mujer gerasena está ya de vuelta con su marido enfermo de los ojos. ¡Que no son úlceras! Son dos cuevas de pus abiertas en medio del ojo. Este se ve en medio, empañado, enrojecido, casi ciego, entre gotas repugnantes de lágrimas. Apenas el hombre se quita el velo que defiende los ojos de la luz, aumentan las lágrimas a causa del dolor.

El hombre entre gemidos dice: “¡Piedad. Me duele mucho!”

“También tienes muchos pecados ¿No te duelen? ¿Tan sólo te aflige no poder ver este mundo de miseria? ¿No conoces nada de Dios? ¿No te causan miedo las tinieblas eternas? ¿Por qué faltaste a tu deber?”

El hombre se echa a llorar. Se inclina. No pronuncia ni una palabra. La mujer también llora y dice: “Le he perdonado...”

“También Yo te perdonaré si me juras aquí no volver a caer en el pecado”.

“¡Sí, sí! Perdón. Ahora comprendo qué cosa trae el pecado consigo. Perdón. Perdóname como mi mujer me ha perdonado. Tú eres bueno”.

“Te perdono. Vete a lavar la cara en el río y te curarás”.

“El agua está fría. ¡Le hará mal, Señor! Gime la mujer.

Pero el hombre no piensa más que en ir, y se va a tientas. Juan el apóstol movido de compasión, le toma una mano y le guía. Llega la mujer y lo toma de la otra. El hombre baja hasta donde está el agua fría que sale de entre piedras, se agacha, toma agua entre las manos, se lava y vuelve a lavarse la cara. No dice que le duela algo, ni tampoco da señales de ello, antes bien parece como si sintiese alivio. Luego con la cara bañada en agua, sube a la orilla, vuelve a donde está Jesús, quien le pregunta: “¡Y bien! ¿Estás ya curado?”

“No, Señor, todavía no. Pero Tú lo dijiste y me curaré”.

“Entonces sigue esperando. Hasta pronto”.

La mujer pierde sus ilusiones. Lloro... Jesús hace señal al mercader de que se puede emprender de nuevo la marcha. Y desilusionado por lo que parece, hace pasar la voz. Los camellos empiezan nuevamente a caminar con su balanceo cual barcas que suben y bajan sobre las ondas, salen de las murallas, toman el camino ancho y polvoriento que va en dirección del sudoeste.

Los últimos del grupo apostólico, esto es, Juan de Endor y Simón Zelote, apenas si han caminado unos veinte metros de los muros, cuando un grito rompe el aire tranquilo, grito que parece llenar el mundo. Se oye otra voz, es fuerte, resuena con notas de alegría de júbilo: “¡Veo! ¡Jesús, bendito mío! ¡Veo. Veo. Veo! ¡Creí y veo! ¡Jesús! ¡Jesús, bendito mío!” y el hombre con la cara completamente sana, con los ojos que ahora son bellos, cual dos encendidos carbones, llenos de luz y de vida, atraviesa por entre los apóstoles, y cae a los pies de Jesús, llegando casi hasta las pezuñas del camello del mercader que apenas tiene tiempo de detener a su animal un poco.

El hombre besa el vestido de Jesús repitiendo: “¡Creí! ¡Creí y veo! ¡Bendito mío!”

“Levántate y sé feliz. Sobre todo bueno. Di a tu mujer que tengas también fuerzas para creer completamente. Adiós”. Y Jesús se separa del hombre curado y emprende el camino.

Pensativo el mercader se alisa la barba. Después pregunta: “¿Y si no hubiera seguido creyendo después de que se lavó y que nada le sucedió?”

“Se hubiera quedado como estaba”.

“¿Por qué exiges tanta fe para hacer un milagro?”

“Porque la fe da testimonio de que hay esperanza y amor en Dios”.

“¿Y por qué quisiste antes que se arrepintiera?”

“Porque el arrepentimiento hace amigo a Dios”.

“Yo que no estoy enfermo, ¿qué debo hacer para testimoniar que tengo fe?”

“Venir a la Verdad”.

“¿Y podré llegarme a ella sin tener amistad de Dios?”

“No podrás venir sin la bondad de Dios. El Señor permite que quien, sin arrepentimiento todavía lo busca, lo encuentre; porque el arrepentimiento suele venir cuando el hombre, a

sabiendas o presintiendo remotamente lo que sea su alma, busca y conoce a Dios. Al principio es como un tonto que se guía tan sólo por el instinto. ¿Nunca has sentido el deseo de creer?”

“Muchas veces. No estaba yo satisfecho de lo que tenía. Eso es todo. Sentía que había otras cosas. Que había esperanzas más fuertes que el dinero y los hijos... pero no me preocupaba por investigar lo que a tientas buscaba”.

“Tu alma buscaba a Dios. La bondad de Dios te permitió que lo encontrases. El arrepentimiento de tus años pasados inútilmente, y alejado de Dios te dará su amistad”.

“Entonces... para tener el milagro de que vea yo con el alma la verdad, ¿debo arrepentirme de mi pasado?”

“Ciertamente. Arrepentirse y resolverse a cambiar completamente de vida...”

El mercader vuelve a alisarse la barba. Parece como si estuviese revisando y contando los cabellos del cuello de su camello, pues los ojos los tiene fijos ahí. Sin sentirlo, con los talones hacia el animal, que al sentirlos, cree que debe aligerar el paso y lo hace llevándose al mercader a la cabeza de la caravana. Jesús no lo detiene, espera que pasen delante las mujeres y los apóstoles, hasta que llegan Simón Zelote y Juan de Endor que se unen a Él.

“¿De que venís hablando?” pregunta.

“De la desilusión que debe experimentar quien no cree en nada, o quien ha perdido la fe que tenía. Síntica estaba ayer realmente angustiada, aun cuando ha avanzado en una fe perfecta” responde Zelote.

“Yo decía a Simón que si es penoso pasar del bien al mal, lo es mucho más de éste a aquel. En el primer caso están los remordimientos de la conciencia que no se calla. En el segundo uno está desgarrado. Algo así como sucedería a quien se llevara a un país extraño, completamente desconocido... O como el susto que pasaría, quien siendo un pobretón e ignorante, se encontrase de pronto en medio de la corte real, entre doctos y señores. Sería un sufrimiento... Yo conozco estos sufrimientos... No se puede creer que eso sea verdadero... que pueda durar... que se pueda merecer... sobre todo cuando se tiene el alma manchada... como la mía...”

“¿Y ahora, Juan?” pregunta Jesús.

La cara extenuada de Juan de Endor, extenuada y triste, se ilumina con una sonrisa que lo pinta menos descarnado. Dice: “Y ahora no más. Queda la gratitud hacia el Señor, mejor dicho, sigue siempre creciendo, porque Él así lo quiso. Permanece el recuerdo del pasado para que seamos humildes. Pero también está la seguridad. Me siento ya aclimatado, y no me siento más extranjero en este dulce mundo que es el tuyo, mundo de perdón y de amor. Tengo paz, serenidad y dicha”.

“¿Tienes por buen tu experiencia?”

“Sí. Si no fuese porque me duele el haber pecado, porque así contristé a Dios, diría que experimento que ese pasado mío ha sido bueno. Me puede servir de mucho para sostener las almas llenas de voluntad, pero extraviadas en los primeros momentos de su nuevo abrirse a la fe”.

“Simón, ve a decirle al muchacho que no ande correteando, por la tarde está agotadísimo”.

Simón mira a Jesús, pero comprende la razón de la orden. Una sonrisa inteligente le brilla en su cara. Se va y deja a los dos solos.

“Ahora que estamos solos, Juan, te quiero decir algo. Escúchame. Por muchas razones tú tienes una amplitud de juicio y de pensamiento que ninguno otro de los que me siguen, tiene. Posees una cultura más vasta que la común de los israelitas, por eso te ruego que me ayudes...”

“¿Ayudarte yo? ¿En qué?”

“Con Síntica. ¡Tú eres un buen educador! Marziam aprende muy bien y pronto contigo, tanto es así que pienso dejarlos juntos unos meses, porque quiero que él tenga un conocimiento más vasto que el de tus coetáneos de Israel. Tú gozas en ocuparte de él. También yo me alegro de verlos unidos, al ver que tú eres el maestro, y él, el discípulo; al ver que te rejuveneces, y él se hace maduro en sus deberes. Pero también deberías ocuparte de Síntica,

como si fuese una hermana extraviada. Hace poco hablaste de un “extravío”... Ayúdala a que se aclimate en mi atmósfera. ¿Me quieres hacer este favor?”

“Para mí es el favor. No platicaba con ella porque me parecía superfluo. Pero si Tú quieres. Ella suele leer mis rollos. Son solamente unos asuntos de religión y de cultura: libros de Roma y Atenas. Veo que medita y sopesa. Nunca había querido tratar de ayudarla. Si Tú lo quieres...”

“Sí, lo deseo. Quiero que seáis amigos. Ella, Marziam y tú os quedaréis en Nazaret por un tiempo. Será muy bello. Mi Madre y tú cual maestros de dos almas que se abren a Dios. Mi Madre: la maestra angelical de la ciencia de Dios; tú: el experto educador en el saber humano, que puede ahora emplear sus conocimientos sobrenaturales. Será algo bello”.

“Así se hará ¡Señor mío! ¡Será algo muy bello para el pobre Juan!...” y sonríe al pensar en los días de paz al lado de la Virgen, en la casa de Jesús...

El camino se desenmaraña en medio de un sol tibio cada vez más fuerte, en medio de una hermosa campiña plana, después de haber bordeado las pequeñas colinas que hay a la salida de Gerasa. La senda es muy buena. Se puede caminar muy bien por ella, sobre todo después del descanso de mediodía. Casi es ya tarde cuando por vez primera oigo que ríe de gusto Síntica, porque no sé qué le habrá contado Marziam. Ríen también las otras mujeres. Veo que la griega se inclina a acariciarlo y le da un beso en la frente. El niño vuelve a dar brincos como si no estuviera nada cansado.

Pero todos los demás sí lo están y reciben con alegría la noticia de que acamparán en la Fuente de los Camelleros. Dice el mercader: “Yo siempre pernocto allí. La etapa de Gerasa a Bozra es muy larga, no solo para nosotros sino también para los animales”.

“Este mercader es humano” dicen entre sí los apóstoles, al compararlo con Doras...

La “Fuente de los Camelleros” no es más que un puñado de casas alrededor de muchos pozos, algo así como un oasis aunque no sea desierto, porque aquí no hay sequedad, pero es un oasis en medio de los campos solitarios y da a las huertas que se suceden sin fin, y que al llegar los atardeceres de octubre, despiden la misma tristeza que el mar cuando el sol lo besa por última vez. Por esto ver casas, oír voces y llantos de niños, percibir el olor de las chimeneas que arrojan humo y ver las primeras luces encendidas, es dulce, como cuando uno vuelve a casa.

Mientras los camelleros se detienen para abreviar los camellos, los apóstoles y las mujeres siguen a Jesús y al mercader y entran en el prehistórico albergue que los hospedaré durante la noche...

...En el salón ahumado donde tomaros sus alimentos, donde dormirán los hombres, los siervos preparan los lugares con heno amontonado en forma de pacas contra las paredes. Todos están reunidos a la grande hoguera. Se ha encendido el fuego porque la noche es húmeda y fría.

“Con tal de que no vaya a llover” dice Pedro con pena.

El mercader le tranquiliza: “Hasta que se acabe esta luna, no habrá mal tiempo. Aquí la noche es así, pero mañana tendremos sol”.

“Es por las mujeres, no por mí. Soy pescador y vivo en el agua. Te aseguro que prefiero el agua a las montañas y al polvo”.

Jesús está hablando con las mujeres y con sus primos. Le escuchan Juan de Endor. Por su parte Timoteo, Ermasteo y Mateo están leyendo los rollos de Juan y los dos israelitas explican a Ermasteo los pasos bíblicos que menos puede entender.

Marziam los escucha encantado, pero su cara ya revela el sueño. María de Alfeo lo ve y dice: “Este niño está cansado. Ven querido, ven a dormir con nosotros. Venid, Elisa, Salomé. Los ancianos y los niños están mejor en el lecho, y haríais bien en iros todos. Estáis cansados”.

Aparte de las mujeres de edad, exceptuando a Marcela y Juana de Cusa, nadie se mueve.

Después de que Jesús las bendice, se van. Mateo dice en voz baja: “Quién hubiera dicho que estas mujeres fuesen a dormir en la paja, lejos de sus casas”.

“¡Nunca he dormido mejor!” replica Magdalena. Marta asegura lo mismo.

Pedro se pone al lado de su compañero: “Mateo tiene razón. Yo me pregunto sin poder encontrar explicación, por qué el Maestro os trajo aquí”.

“Porque somos discípulas”.

“Entonces si se fuese a donde hay leones, ¿iríais?”

“Claro, Simón Pedro. ¡Es una dicha dar un paso con Él, estarle cerca!”

“Y ya son miles; y para mujeres no acostumbradas a esto...”

Las mujeres protestan tanto que Pedro no tiene más que encogerse de hombros y callarse.

Santiago de Alfeo levanta la cabeza y ve que en el rostro de Jesús brilla una sonrisa, le pregunta: “¿Nos puedes decir la verdadera razón de este viaje en el que vienen las mujeres... y del que hay poco fruto comparado con la fatiga?”

“¿Puedes ver el fruto de la semilla que acaba de sembrarse en los campos por los que atravesamos?”

“No. Lo veré en primavera”.

“También Yo te lo digo: “lo veréis a su tiempo””.

Los apóstoles no contradicen. Se oye la voz argentina de la Virgen: “Hijo mío, hay hablábamos de lo que dijiste en Ramot. Y cada una de nosotras tuvo impresiones e ideas diferentes. ¿Querías aclararnos tu pensamiento? Yo dije que era mejor llamarte al punto, pero venías hablando con Juan de Endor”.

“Yo fui en realidad la que suscité la cuestión, pues soy una pobre pagana, y no tengo las luces brillantes de vuestra fe. Os ruego que me compadezcáis”.

“Quisiera tener tu alma, hermana mía” Magdalena dice impulsiva, y con esos ímpetus suyos, la abraza estrechamente. Grande en medio de su belleza parece como que por sí sola iluminase la pobre casucha y trajese la opulencia de su espléndido hogar. La griega da otra nota con su persona, es una nota de reflexión junto al grito de amor que parece volar de María la apasionada. La Virgen está sentada con su dulce rostro dirigido hacia su Hijo. Las manos las tiene entrelazadas como si orase. Su blanquísimo perfil se refleja contra la negra pared. Siempre es la misma María en adoración.

Susana está en la penumbra del rincón cabeceando. Marta aprovecha la luz de la hoguera para sujetar las cintas de los vestidos de Marziam. Es la activa Marta, siempre laboriosa aunque esté cansada.

Jesús dice a Síntica: “No se trataba de un pensamiento que te causase dolor. Oí que te reías”.

“Sí, porque el niño resolvió muy fácilmente la dificultad diciendo: “No quiero regresar si no regresa Jesús, pero si quieres saberlo todo, vete allí, y luego regresa a decirnos lo que te dijo, si de ello te acuerdas”... Otra vez vuelven a reírse y dicen que Síntica pide a la Virgen explicaciones sobre la aclaración dada acerca del recuerdo que conservan las almas y que explica cierta posibilidad de por qué los paganos tengan recuerdos vagos de la Verdad.

“Yo dije: “¿Confirman estas palabras la teoría de la reencarnación en que creen muchos paganos?” y tu Mamá, Maestro, me dijo que era distinto lo que Tú habías querido decir. ¿Me harías el favor de explicármelo ahora?”

“Escucha. No debes creer que porque las almas conservan recuerdos espontáneos de la Verdad se demuestra que vivimos más vidas. Sabes ya muy bien cómo fue creado el hombre, cómo pecó y cómo fue castigado. Se te ha dicho cómo en el cuerpo del hombre Dios pone una sola alma. Esta es creada vez por vez, y *jamás* se le emplea para otras reencarnaciones. Esta aclaración debe anular lo dicho sobre el recuerdo de las almas, y debe serlo, para cualquier otro ser que no sea el hombre, a quien Dios dotó de un alma que hizo. El animal no puede recordar nada. Nace una sola vez. El hombre puede recordar, aunque también nace una sola vez. Puede recordar por su parte mejor: el alma. ¿De dónde viene ésta? ¿De dónde viene el alma de cada hombre? De Dios. ¿Quién es Dios? El espíritu inteligentísimo, poderosísimo, perfectísimo. Esta cosa admirable que es el alma, que Dios crea para dar al hombre su imagen y semejanza como señal indiscutible de su Paternidad Santísima, no deja menos de sentir las

dotes propias de quien la creó. Es, pues, inteligente, espiritual, libre, inmortal como el Padre que la creó. Sale perfecta del pensamiento divino, y en el momento de su creación es igual, por un instante, a la del primer hombre: una perfección que comprende la verdad por un favor que se le concede gratuitamente. “Un instante de instante momentáneo”. Luego, una vez creada, recibe la lesión de la culpa de origen. Para hacerlo entender mejor, te diré que es como si Dios diese a luz al alma que crea, y que al nacer, fuese herida con una señal imborrable. ¿Me comprendes?”

“Sí, Entre tanto que es objeto de pensamiento, es perfecta. Un instante de instante momentáneo. Luego el pensamiento se convierte en realidad, realidad sujeta a la ley que provocó la culpa”.

“Respondiste bien. Por esto el alma se encarna en el cuerpo humano, trayendo consigo una perla secreta en el misterio de su ser espiritual, el recuerdo del Señor creador, esto es, de la verdad. Nace el niño. Puede ser bueno, óptimo, o bien, perverso. Todo puede suceder porque es libre en su voluntad. Sobre sus “recuerdos” arroja luces la ayuda de los ángeles y el insidiador tinieblas. Según que el hombre anhele las luces, y con esto, virtudes siempre mayores, hace al alma señora de su ser y con esto aumenta en él la facultad de recordar como si la virtud hiciese cada vez más sutil la pared que se interpone entre el alma y Dios. Esta es la razón por qué los virtuosos de cualquier país sienten la verdad, no claramente porque tienen el paño de doctrinas contrarias o de ignorancia muy grande, pero lo suficiente para ser como maestros de formación moral en el pueblo a que pertenecen. ¿Entendido? ¿Estás convencida?”

“Sí. En resumen la religión en que se practican heroicamente las virtudes predispone el alma a la religión verdadera y al conocimiento de Dios”.

“Es así. Ahora vete a descansar y que Dios te bendiga. Tú también, Mamá... Y Vosotras hermanas y discípulas. La paz de Dios cuide vuestro descanso”.

155. En el camino a Bazra

30 septiembre 1945

Tenía razón el mercader. No podía soñarse en un día más hermoso de octubre. Disipada la ligera bruma que cubría la campiña, como si la naturaleza hubiera querido extender un velo sobre el sueño de las plantas durante la noche, aparece en medio de su extensa majestad de cultivos que el sol calienta. Parece como si la neblina se hubiese amontonado para poner copos de espuma sobre las lejanas cimas, que parecen desaparecer en el lejano cielo.

“¿Qué es aquello? ¿Montañas que debemos subir” pregunta preocupado Pedro.

“No. Son los montes de Aurán. Nos quedamos en la llanura, de esta parte. Cuando esté por oscurecer entraremos en Bozra de Auranite. Es una ciudad bella y buena. Mucho comercio” dice el mercader, que para él la belleza está donde hay prosperidad comercial.

Jesús viene atrás solo, como cuando quiere estar a solas. Marziam se vuelve frecuentemente a verlo. Al fin no resiste, deja a Pedro y a Juan de Zebedeo, se sienta al borde del camino, sobre un cipo, que es probablemente una señal militar de los romanos y espera. Cuando Jesús llega, el niño se levanta y sin hablar se pone a su lado, un poquito atrás para no molestarlo ni con los ojos y observa, observa...

Lo continúa siguiendo hasta que Jesús sale de su meditación, se vuelve al sentir el caminar ligero a sus espaldas y sonriente da la mano al niño, diciéndole: “Marziam, ¿qué haces aquí solo?”

“Te venía mirando. Hace días que te observa. Todos tienen ojos pero no todos ven lo mismo. He notado que de cuando en cuando te retiras de todos, solo, solo... Al principio pensaba que estaría enojado por algo, pero después me convencí que siempre lo haces a las mismas horas, y que tu Mamá, que siempre te consuela cuando estás triste, no te dice nada, cuando tomas este aspecto. También ella se calla y se recoge toda en sí. Yo lo noto ¿sabes? Porque siempre te miro a Ti y a Ella, para hacer lo que hacéis. Pregunté a los apóstoles que

qué haces, porque ciertamente debes hacer algo. Me respondieron: “Ora”. Pregunté: “¿Qué dice?” Ninguno me supo responder porque no lo saben. Hace años que están contigo y no lo saben. Hoy me vine detrás de Ti, todas las veces que vi que tomabas igual aspecto. Pero no es la misma expresión. En la mañana parecías un ángel de luz. Mirabas las cosas, las personas con ciertos ojos, que más que sol, les quitaban la oscuridad. Luego mirabas al cielo y tenías el aspecto de cuando ofreces el pan a la hora de comer. Más tarde, cuando atravesamos aquel ranchito, te pusiste detrás y te quedaste solo, y tomaste aire de un padre que tuviese ansias de hablar, de haber dicho algunas palabras a los pobres. A uno le dijiste: “Ten paciencia que pronto te ayudaré y ayudaré a tus otros compañeros”. Era el esclavo de ese mal hombre que nos echó encima sus perros. Luego, cuando se preparaba la comida, nos mirabas con ojos de bondad llenos de amor. Parecías una mamá... Pero ahora tu aspecto es de dolor... ¿Qué piensas, Jesús, en esta hora, que siempre tienes ese aire?... También algunas veces en la noche, cuando duermo, te veo como afligido. ¿Me puedes decir cómo oras, y por qué oras?”

“Claro que te lo diré. Así orarás conmigo. Dios nos da el día. El día lleno de luz, como lleno de sombras: el día y la noche. Es un regalo suyo vivir y tener luz. Es un modo de santidad la manera cómo se vive. ¿No es verdad? Entonces hay que santificar los momentos de todo el día, para conservarse santos y tener presente en el corazón al Altísimo y sus beneficios, y al mismo tiempo, tener alejado al demonio. Mira los pajaritos. Cuando despunta el sol, se echan a cantar. Bendicen la luz. También nosotros debemos bendecir la luz que es un regalo de Dios, y bendecirlo porque nos la concede, a Él que es Luz. Anhelar por Él desde los primeros albores de la mañana como para poner un sello de luz en todo el día que va abriéndose, para que sea luminoso y santo. Y unirse a todo lo creado para alabar al Creador. Luego, conforme las horas pasan, vemos cuánto dolor e ignorancia hay en el mundo, y entonces hay que orar nuevamente para que el dolor se aligere y desaparezca la ignorancia, a fin de que todos los hombres conozcan y amen a Dios, porque si lo conociesen, sentirían consuelo en medio de su dolor. A la hora de la siesta rogar por el amor de la familia. Gustar del don de estar unidos con quien nos ama, es también un regalo de Dios. Rogar para que la comida que nos es útil, no se convierta en pecado. Cuando llega el atardecer, orar pensando que la muerte es el crepúsculo que a todos nos aguarda. Orar porque nuestro crepúsculo esté bañado de luz y de la vida, realizado siempre con el alma en gracia. Cuando se prenden las luces, orar para dar gracias por el día que termina y pedir protección y perdón, para poder entregarnos al sueño, sin miedo de un juicio imprevisto, de asaltos del demonio. Orar, en fin, en la noche –pero esto es para los que no son niños– para reparar los pecados nocturnos, para alejar a Satanás de los débiles, para que en los culpables, surja la reflexión y el arrepentimiento así como los buenos propósitos que se convertirán en realidad a la primera salida del nuevo sol. Así es como ora y por qué ora un justo durante el día”.

“Pero no me has dicho por qué te retiras con ese aire como de afligido y de majestad, a eso de las tres...”

“Porque... Yo digo: “Por el sacrificio de esta hora, que venga tu reino al mundo y sean redimidos todos los que creen en tu Verbo”. También tú ora de igual modo...”

“¿De qué sacrificio hablas? El del incienso se ofrece, como me dijiste, por la mañana y por la tarde. Todos los días a la misma hora están las víctimas sobre el altar del templo. Las víctimas por voto o expiación se ofrecen siempre. Pero las tres de la tarde no tienen ningún rito especial”.

Jesús se detiene, toma al niño entre sus brazos, lo levanta y así lo tiene y como si recitase un salmo. Con el rostro levantado dice: “Y entre las doce y las tres el que vino como Salvador y Redentor, de quien hablan los profetas, consumará su sacrificio, después de haber comido el pan amargo de la traición y dado el dulce Pan de la Vida, después de haber exprimido como racimo de uvas en la tina, y haber quitado la sed a los hombres y a las hierbas, y haberse hecho una púrpura de Rey con su sangre, haberse coronado, tomado el cetro, y colocado su trono en un lugar alto, donde lo vean Sión, Israel y el mundo. Levantado en alto, en las

tinieblas para dar luz, en la muerte para dar vida, con vestidos purpurinos de llagas sin contar, morirá a las tres de la tarde y el mundo ser redimido”².

Espantado, pálido, Marziam lo mira. El llanto se asoma a sus labios y el espanto a sus ojos. Con voz temblorosa dice: “Tú eres el Salvador. ¿Vas a ser Tú el que muera a esa hora?” Las lágrimas comienzan a bajar gruesas y penetran en la boquita que semi-cerrada, espera que se le diga que no.

Jesús dice: “Yo lo seré, pequeño discípulo. Y también para ti”. Y como el niño prorrumpen en sollozos, se lo estrecha contra el corazón y dice: “¿Te aflige tanto que muera Yo?”

“Sí. ¡Tú eres mi única alegría! ¡Yo no lo quiero! Yo... Haz que muera en tu lugar...”

“Tú debes anunciarme por todo el mundo. Está dicho. Pero escucha. Moriré contento porque sé que me amas. Y luego resucitaré. ¿Te acuerdas, de Jonás²? Salió más hermoso del vientre de la ballena, más descansado, y más fuerte. También Yo, y vendré al punto a donde estés y te diré: “Pequeño Marziam, tu llanto me quitó la sed. Tu amor fue mi compañero en el Sepulcro. Ahora vine a decirte: ‘Eres mi sacerdote’”, y te besaré con el olor del Paraíso”.

“¿Pero dónde estaré? ¿No estaré con Pedro? ¿Ni con mamá?”

“Te salvaré de las ondas infernales de aquellos días. Salvaré a los más débiles y a los más inocentes. Menos una... Marziam, pequeño apóstol, ¿quieres ayudarme a orar por aquella hora?”

“¡Sí, Señor! ¿Y los otros?”

“Esto es un secreto entre tú y Yo. Un gran secreto, porque a Dios le gusta revelarse a los pequeñuelos... No llores más. Sonríe al pensar que después no sufriré más y me acordaré tan sólo de todo el amor de los hombres, y en primer lugar del tuyo. Ven, ven. Mira qué lejos van los demás. Vamos a correr hasta que los alcancemos”. Lo pone en tierra, y cogiéndolo de la mano se echa a correr hasta que alcanza al grupo.

“¿Qué estuviste haciendo, Maestro?”

“Explicaba a Marziam las horas del día”.

“Pero el muchacho tiene llanto en los ojos. ¿Se portó mal? Claro que lo excusas porque eres bueno” dice Pedro.

“No, Simón. Me observó cómo oraba. Vosotros no lo habéis hecho. Me preguntó el por qué. Se lo dije. Se conmovió con mis palabras. Déjalo ahora en paz. Vete con mi mamá, Marziam. Y vosotros escuchad, pues no os hará mal la lección”.

Jesús explica de nuevo la utilidad de la oración en las horas principales del día, pero omite la explicación de las tres de la tarde y termina así: “La unión de Dios significa tenerlo presente en todos los momentos para alabarlo e invocarlo. Hacedlo y progresaréis en la vida del espíritu”.

Borza está ya cerca. Se extiende en la basta llanura, y parece bella con sus muros y torres. El anochecer que llega convierte los colores de las casas y de la campiña en un color lila grisáceo en que se confunden los contornos, entre tanto que rompen el silencio del campo con sus balidos y bruídos las ovejas y cerdos, encerrados en los corrales que están fuera de los muros. El silencio finaliza cuando apenas se atraviesa la puerta. La caravana entra por un dédalo de vericuetos que no pintan ya la ciudad tan hermosa como antes se creía. Gritos, olores y fetideces de las callejuelas torcidas acompañan a los peregrinos hasta una plaza, que es un mercado, en el que hay un albergue.

Han llegado a Bozra.

156. En Bozra

1° octubre 1945

Bozra, sea por la estación, sea porque se encuentra encerrada en sus callejuelas, al día siguiente por la mañana está llena de niebla. Opaca y sucia. Los apóstoles, que ha regresado

² Cfr. Jonás 2.

de sus compras en el mercado, hablan entre sí. El comercio de albergues de aquellos tiempos y de estos lugares es del todo prehistórico. Cada uno debe pensar en sus provisiones. Se comprende que los mesoneros no quieran ceder ni siquiera una migaja. Se limitan a cocinar lo que los huéspedes les llevan, y estaremos contentos si no roban algo de lo llevado. Algunas veces suelen comprar para sus huéspedes, o venderles directamente alimentos, y si es necesario, matan coderitos para que los asen.

A Pedro no le hace gracia comprar del mesonero, y la lucha continúa entre ambos. El mesonero tiene aspecto de malandrín y no deja de echar en cara al apóstol el título de “galileo” el cual por su parte, señalando a un cerdo degollado a cuenta de los que llegarán a hospedarse le dice: “Yo soy galileo pero tú un cerdo, porque eres pagano. En tu apestoso albergue no me quedaría ni siquiera una hora, si fueras mi patrón. Bandido y... (Aquí dice una bella expresión que dejo en la pluma)”.

Por lo que oigo comprendo que entre los de Bozra y los galileos hay grandísimas diferencias regionales y religiosas de que está lleno Israel, mejor dicho, Palestina.

El mesonero grita más fuerte: “Si no fuera porque estás con el Nazareno, y soy mejor que vuestros sucios fariseos que lo odian sin causa alguna, te lavaría las narices con la sangre del cerdo, y tendrías que correr para ir a purificarte¹. Pero yo lo respeto a Él, conozco su poder. Te digo que con todas vuestras consejas, sois unos pecadores. Somos mejores nosotros que vosotros. No acechamos, ni traicionamos. Vosotros ¡puf! Raza de traidores injustos y pícaros que no respetáis ni siquiera a los pocos santos que tenéis”.

“¿A quién llamáis traidores? ¿A nosotros? ¡Ah! Vive el cielo que ahora...”

Pedro parece una víbora que se va a echar sobre el mesonero, si no lo detienen su hermano y Santiago; Simón Zelote y Mateo, se interponen. Pero más que esto es la voz de Jesús que hace que la ira de Pedro se apacigüe: “¡Simón, cállate! Y tú, también cállate”.

“Señor, fue este mesonero quien insinuó y luego amenazó”.

“Nazareno, fui el primero en ser ofendido”.

“Ninguno de los dos tiene razón. Y tú, Simón menos que él, porque conoces la doctrina del amor, del perdón, de la mansedumbre, paciencia y fraternidad. Si no quieres ser maltratado como galileo, procura hacerte respetar como santo. Y tú si te crees mejor que los otros, bendice a Dios, y trata de hacerte digno de serlo más. Pero sobre todo no ensucies tu alma con acusaciones mentirosas. Mis discípulos no traicionan ni ponen acechanzas”.

“¿Estás seguro Nazareno? Entonces ¿por qué vinieron cuatro a preguntarme si habías venido ayer, con quien venías y otras cosas que ni cuento?”

“¿Qué? ¿Qué cosa? ¿Quiénes son? ¿Dónde están?” Los apóstoles se amontonan olvidando que se acercan a uno que tiene sangre de cerdo en sus manos, lo que antes les hacía horrorizarse.

“Id a vuestros quehaceres. Quédate Misace”.

Los apóstoles se van a la habitación de la que había salido Jesús, y se quedan en el patio uno enfrente del otro: Jesús y el mesonero. Separado unos cuantos pasos el mercader que observa sorprendido la escena.

“Respóndeme con sinceridad, y perdona si la sangre encendió la lengua de un discípulo mío. ¿Quiénes son esos cuatro y qué dijeron?”

“Quiénes sean no lo sé exactamente, pero seguro que son escribas y fariseos de la otra parte. Quién los haya traído aquí tampoco lo sé. Jamás los había visto. Ellos están muy al corriente de Ti. Saben de dónde vienes, con quién estás. Querían que lo confirmase. No. Seré un pícaro, pero conozco mi oficio. No conozco a nadie, no veo nada, no sé nada, para los demás, se comprende; porque para mí lo sé todo. ¿Y por qué debo decir a los demás lo que sé y sobre todo a esos hipócritas? ¿Soy un pícaro? Sí. Según las conveniencias, oculto hasta ladrones. Lo sabes bien... Pero no podría robar, ni intentar robarte libertad, honra y vida. Pero esos –no me llamo más Fara de Ptolomeo si no es verdad lo que digo– esos te espían para

¹ Cfr. Lev. 11; Deut. 14, 3-21.

causarte mal. ¿Quién los manda? ¿Tal vez alguien de Perea, de la Decápolis, de Traconítide, Galáunítide o Auranítide? No. Nosotros si no te conocemos o si algo sabemos de Ti, te respetamos como a justo, aunque no creamos en Ti. ¿Quién, pues los envió? Uno de *tu* cuadrilla y tal vez uno de tus amigos, porque saben demasiadas cosas...”

“Es fácil investigar entre los de mi comitiva...” dice Misace.

“No, mercader. No es de tu caravana, sino de otros que están con Jesús. No lo sé y no quiero saberlo. No veo y no quiero ver. Pero te digo: si te reconoces culpable, procura reparar el mal; si sabes que eres traicionado, procura estar al tanto”.

“No soy culpable, y no soy traicionado. Tan sólo es que Israel no me comprende. Pero ¿cómo me conoces?”

“Por un muchacho. Un libertino que hacía que hablasen de sí Bozra y Arbela, porque venía a cometer sus pecados; allá porque deshonoraba a su familia. Y luego se convirtió y se ha hecho más honesto que un justo. Ahora pasó con tus discípulos, llamándose él también discípulo, y te espera en Arbela para honrarte ante su padre y madre. A todos les cuenta que le cambiaste el corazón, porque su madre te lo suplicó. Si alguna vez esta región llega a ser santa, se deberá a la obra de Felipe de Jacob. Y si en Bozra hay alguien que crea en Ti, se debe a él”.

“¿Dónde están ahora los escribas que vinieron aquí?”

“No sé. Se fueron porque les dije que no tenía lugar para ellos. Sí lo tenía, pero no quise que se hospedaran las serpientes junto a la paloma. Se encuentran de seguro en la región. Cuídate”.

“Te lo agradezco. ¿Cómo te llamas?”

“Fara. He cumplido con mi deber. Acuérdate de mí”.

“Sí, y tú de Dios. Perdona a mi Simón. El mucho amor que me tiene, lo ciega a veces”.

“No hay nada ya. También yo lo ofendí... Pero a nadie le gusta que lo insulten. Tú no insultas...”

Jesús suspira... Luego dice: “¿Quieres ayudar al Nazareno?”

“Si puedo...”

“Quisiera hablar desde este patio...”

“Lo puedes hacer. ¿Cuándo?”

“Entre las doce y las tres”.

“Vete tranquilo a donde quieras. Bozra sabrá que hablas. Yo lo haré”.

“Que Dios te lo pague” Jesús le envía una sonrisa que ya es una recompensa. Luego se dirige a la habitación donde estaba antes.

Alejandro Misace dice: “Maestro, sonríete así conmigo... También voy a decir a los ciudadanos que vengan a oír a la Bondad que habla. Conozco a muchos. Hasta pronto”.

“También a ti Dios te lo pague” y Jesús le envía una sonrisa. Entra en la habitación. Las mujeres están alrededor de la Virgen que tiene el rostro afligido. Al punto se levanta y va al encuentro de su Hijo. No habla, pero toda su persona es una pregunta. Jesús le sonríe y a todos responde: “Tratad de estar libres para las doce. Hablaré desde aquí a muchos. Entre tanto id todos, menos Simón Pedro, Juan y Ermasteo. Anunciadme y distribuid limosnas”.

Se van los apóstoles.

Pedro se acerca lentamente a Jesús, que está cerca de las mujeres y le pregunta: “¿Por qué no fui también yo?”

“Es mejor estar en casa cuando se es muy impulsivo. ¡Simón, Simón! ¿Cuándo aprenderás a ejercer tu caridad con el prójimo? Por ahora es una llama encendida, y lo es por Mí; es un filo de espada y todo por Mí. Sé dulce, Simón de Jonás”.

“Tienes razón, Señor. Ya tu Madre me reprendió, como sabe hacerlo, sin causarme daño. Y me penetró hasta adentro. También Tú regáñame, pero... no me mires con esa cara tan triste”.

“Sé bueno, sé bueno... Síntica, quiero hablarte a solas. Sube a la terraza. Ven tú también Mamá...”

En la rústica terraza que cubre un ala del caserón, bajo un sol tibio que alegra el aire, Jesús paseando despacio entre María y la griega dice: “Mañana nos vamos a separar por algún tiempo. Cerca de Arbela, vosotras las mujeres junto con Juan de Endor, iréis hacia el mar de Galilea, y de ahí seguiréis hasta Nazaret. Pero para no mandaros solas con un hombre que es casi del todo inútil, haré que os acompañen mis hermanos y Simón Pedro. Preveo que habrá disgustos por esta separación. Pero la obediencia es virtud del justo. Al pasar por las tierras que Cusa vigila en nombre de Herodes, Juan podrá conseguir una escolta para el resto del camino. Así pues me devolveréis a los hijos de Alfeo y a Simón Pedro... Para decirte esto te dije que vinieras aquí. También quiero decirte, Síntica, que he decidido que pases una temporada en casa de mi Madre. Ella lo sabe ya. Contigo estarán Juan de Endor y Marziam. Procurad amaros, instruyéndoos siempre en la Sabiduría. Quiero que cuides mucho del pobre Juan. No digo esto a mi Madre, porque no necesita de consejos. Tú puedes entender y comprender a Juan y él puedes hacerte mucho bien porque es un maestro experto. Luego llegaré. ¡Oh, pronto! Y nos veremos frecuentemente. Espero encontrarte siempre más sabia en la verdad. Te bendigo, Síntica, de modo particular. Este es mi adiós por esta vez. En Nazaret encontrarás amor y odio como en todas partes, pero en mi casa encontrarás paz. Siempre”.

“Nazaret no me conoce, ni yo la conoceré. Viviré alimentándome de la verdad y el mundo será nada para mí, Señor”.

“Está bien. Vete, Síntica. Y por ahora, ni una palabra. Madre, tú sabes... Te confío estas perlas que me son queridas. Mientras estamos en paz, haz, Mamá que tu Jesús cobre fuerzas con tus caricias...”

“¡Cuánto odio, Hijo mío!”

“¡Cuánto amor!”

“¡Cuánta amargura, amado Jesús!”

“¡Cuánta dulzura!”

“¡Cuánta incompreensión, amado Hijo!”

“¡Cuánta comprensión, Mamá!”

“¡Hijo amado, tesoro mío!”

“¡Mamá! ¡Alegría de Dios y mía también!”

La Madre y el Hijo se dan el beso de amor. Se sientan ambos. Jesús adelanta sus manos, que su Madre le toma. El mundo está muy lejos. Jesús abraza a su Madre. Esta reclina su cabeza sobre el hombro de su Hijo. Madre e Hijo son felices.

157. El discurso y los milagros en Borza

2 octubre 1945

...También está el mundo tan cercano con sus ondas de odio, traición, dolor, necesidades, curiosidad. Y estas ondas, como las del mar que van a morir al puerto, también vienen a morir al patio del albergue de Bozra que su dueño, aunque su cara lo desmienta, llevado de su buen corazón lo ha mandado limpiar de excrementos y otras suciedades. Gente y más gente del lugar y no del lugar, pero sí de la región. Gente que por lo que dice, comprendo que viene de lejos, de las riberas del lago o de más allá. Nombres de ciudades, fragmentos de dolores se descifran de las conversaciones que se entrelazan, mientras se espera a Jesús. Gadara, Ippo, Gerguesa, Gamala, Afq, Naím, Endor, Yesrael, Mágdala, Corozaim pasan de boca en boca y con ellos el por qué desde tan lejos se ha venido hasta aquí.

“Cuando supe que venía por la otra parte de Jordán, sentí perder las esperanzas. Cuando estaba por regresar a Yezrael vinieron unos discípulos y nos dijeron a los que estábamos esperando en Cafarnaúm: “A estas horas con seguridad se encuenra más allá de Gerasa. No perdáis tiempo en ir a Bozra o Arbela” y me vine con ellos...”

“Por mi parte, vi pasar desde Gadara a los fariseos. Preguntaban si Jesús de Nazaret estaba en la región. Tengo mi mujer enferma. Me uní a ellos. Luego, ayer en Arbela, supe que venía primero a Bozra y por eso vine aquí”.

“Yo vengo desde Gamala por causa de este niño. Una vaca furiosa lo embistió. Así se quedó...” y muestra a su hijito todo tullido, que es incapaz hasta de mover libremente los brazos.

“No pude traer el mío. Vengo desde Mageddo. ¿Qué os parece? ¿Me lo curará desde aquí?” solloza una mujer que tiene la cara roja del llanto.

“¡Es necesario que esté presente el enfermo!”

“No. Basta con tener fe”.

“No. Si no impone las manos, uno no se cura. También así hacen sus discípulos”.

“¡Hiciste un viaje inútil, mujer!”

La mujer se echa a llorar diciendo: “¡Miserable de mí! Y lo dejé casi moribundo, esperando... No lo curará y no lo consolaré en la hora de su muerte...”

Otra mujer la consuela: “No les creas, mujer. Vengo a darle las gracias porque me hizo un gran milagro sin dejar el monte donde estaba hablando”.

“¿Qué tenía tu hijo?”

“No era mi hijo. Era mi marido que estaba loco...” y las dos continúan hablando en voz baja.

“Es verdad. También la madre de Arbela vio que su hijo sanaba, sin que el Maestro lo hubiese visto” dice uno de Arbela y prosigue hablando con los que estaban junto a él.

“Haceos a un lado, por caridad, haceos a un lado” gritan unos que traen una camilla toda cubierta.

La multitud se separa y pasa la camilla con su carga de dolor, yendo a quedarse en el fondo, casi detrás de un pajar. ¿Quién está en la camilla? ¿Hombre o mujer? Quién lo sabe.

Entran dos fariseos orgullosos, más pomposos que nunca. Se echan sobre el pobre mesonero como dos locos gritándoles: “¡Maldito mentiroso! ¿Por qué no nos dijiste que estaba? ¿Eres su cómplice? Burlarte así de nosotros, los santos de Israel, para favorecer... ¿Sabes quién es? ¿Sabes lo que significa para ti?”

“¿Quién es? Lo que vosotros no sois. No dije ni una mentira. Vino ahora después de que vinisteis. No se escondió ni yo lo escondí. Y dado que el dueño de aquí soy yo, al instante os digo: “¡Salid de mi casa!” Aquí no se injuria al Nazareno. ¿Habéis entendido? Y si no entendéis con las palabras, os hablaré con los hechos, ¡chacales apestosos!”

El musculoso mesonero parece que está decidido a pasar a los hechos. Los dos fariseos lo ven y cambian de tono. Se achican como si fuesen dos perros amenazados con el látigo. “Nosotros lo buscamos para venerarlo ¿qué te imaginas tú? Nos puso de muy mal humor pensar que por culpa tuya no íbamos a verlo. Sabes quien es Él. El Mesías, santo y bendito, ante quien no nos atrevemos a levantar la mirada. Nosotros somos polvo. Él la gloria de Israel. Condúcenos a donde está. Nuestra alma arde en deseos de oír su palabra”.

El mesonero les responde maravillosamente con el mismo tono: “¡Oh, mira! ¡Y cómo pude pensar que no fuera así, yo que conozco por la fama la justicia de los fariseos! Pero claro, ¡habéis venido para adorarlo! ¡Ardéis en ese deseo! Voy a decírselo. Voy... No, ¡por Satanás! ¡Tú no me sigues! Ni siquiera tú, o los golpearé, viejas momias llenas de veneno, hasta que una se meta en la otra. Estaos aquí, donde te planto; y tú aquí. Me desagrada no poder clavaros en la tierra hasta el cuello para que me sirváis de estacas donde degüelle a los cerdos” y a las palabras se une la acción. Toma entre sus manos al fariseo más flacucho por las axilas, lo levanta en vilo y lo arroja por tierra tan fuerte que, de no estar duro el suelo, el pobrecito se hubiera metido hasta los tobillos. Afortunadamente el terreno es duro y el fariseo se queda parado como si hubiese sido un muñeco. El mesonero toma al otro, y aunque está muy gordo, lo levanta y lo arroja con igual furia y como el otro se rehace y se aparta, en lugar de echarlo para que caiga parado, lo arroja sentado: un fardo de carne y ropa... Y luego se va no sin decir una palabrota que se pierde entre gritos de ambos y las risotadas de muchos que han visto la escena.

Entra en un corredor, pasa por un corralillo, sube por una escalera, llega a un corredor con portal y de aquí pasa a una habitación amplia e la que están terminando de comer Jesús y los suyos, además del mercader.

“Llegaron dos de los cuatro fariseos. Cuídate. Por ahora ya tuve cuidado de ellos. Querían seguirme. No quise. Están en el patio, entre muchos, muchos enfermos, y otros más”.

“Voy al punto. Gracias, Fara”.

Se levantan todos, pero Jesús ordena que los discípulos se queden donde están, lo mismo que las mujeres, menos su Madre, María Cleofás, Susana y Salomé. Y al ver el dolor que se dibuja en las caras de los que no van, dice: “Id a la terraza, desde allí me podéis escuchar”.

Sale con los apóstoles y las cuatro mujeres. Sigue el camino que había seguido el mesonero. Entra en el ancho patio. La multitud alarga el cuello para verlo, y quien es listo se sube sobre los pajaes, o sobre los carros parados de una parte, o sobre la orilla de los estanques.

Los dos fariseos hechos toda una cortesía, le van al encuentro. Jesús les saluda como de costumbre, como si fuesen los más fieles amigos, pero no se detiene a responder a sus serviles preguntas: “¿Sois tan pocos? ¿Y sin discípulos? ¿Te abandonaron acaso?”

Jesús mientras sigue caminando, responde secamente: “Nada de abandono. Venís de Arbela donde hallasteis a quien me precede. En Judea encontrasteis a Judas de Simón, a Tomás, a Natanael y a Felipe”.

El fariseo grasoso no se atreve a seguirlo. Se para en seco, rojo como una ascua. El otro, más desvergonzado, insiste: “Es verdad, pero sabíamos de cierto que estabas con discípulos fieles y con mujeres, y quedamos sorprendidos al verte con tan pocos. Queríamos ver tus nuevas conquistas, para congratularnos contigo”. Y se ríe con falsedad.

“¿Mis nuevas conquistas? ¡Aquí las tenéis!” Jesús hace un gesto en semicírculo, señalando la multitud que ha venido casi toda de esta parte del Jordán, esto es, de la región de Bozra. Y luego sin dar tiempo a que le replique, empieza a hablar.

“Me han buscado los que antes no preguntaban por Mí. Me han encontrado los que antes no me buscaban. Yo dije: “Aquí estoy” a una nación que no invocaba mi Nombre. ¡Gloria al Señor que habla de la verdad por boca de los profetas! Verdaderamente, al mirar esta multitud que se me agolpa alrededor, me alegro en Él porque veo que se cumplen sus promesas que dio cuando me envió al mundo, promesas que Yo mismo redacté con el Padre y con el Paráclito, en el pensamiento, en la boca, en el corazón de los profetas, promesas que conocí antes de ser mortal y que me confortaron para vestirme de carne como uno de vosotros. Y todavía me sigue confortando. Sí. Me confortaron contra el odio, el rencor, la duda y la mentira. Me han buscado los que antes no preguntaban por Mí. Me encontraron los que no me buscaban. ¿Por qué ha sucedido esto? A quienes extendí las manos diciéndoles: “Aquí estoy” me rechazaron. Me conocían, entre tanto que estos me ignoraban. ¿Y entonces?

He aquí la clave del misterio. No es culpa el ignorar, pero sí es el renegar. Y muchos que me conocen, y a los que extendí las manos han renegado como si fuese Yo un bastardo o una ladrón, un santanás corruptor, porque en su soberbia han apagado la fe y se han ido por caminos extraviados, torcidos, pecaminosos, dejando el camino que mi voz les indicaba. El pecado está en su corazón, en los platos, en los hechos, en la mente de este pueblo que me rechaza, y al ver en todas partes reflejada su propia inmundicia, la quiere ver también en Mí, y su rencor la exacerba, y por esto me dice: “Aléjate, no eres limpio”.

¿Y qué responderá entonces el que viene con vestidos teñidos en rojo, galán en sus vestidos, que camina cual un robusto héroe? ¿Realizará lo que dice Isaías¹ y no guardará silencio, y arrojará en su seno cuanto se merecen? No. Primero debe expresar en su lagar, él solo, sin que nadie le acompañe, las uvas para obtener el vino de la redención. El vino que embriaga a los justos para hacerlos bienaventurados, el vino que embriaga a los culpables del gran crimen para hacer trizas su sacrílego poder. Sí. Mi vino, el que madura ahora, por ahora al Sol del eterno Amor, será ruina y salvación de muchos, como una profecía aún no escrita

¹ Cfr. Is. 63, 1-6.

los ha dicho², pero que está depositada en la roca sin hendiduras de la brotó la vid que da el vino de vida eterna.

¿Lo entendéis? No, no entendéis, vosotros, doctores de Israel. Pero no interesa que lo comprendáis. Está bajando sobre vosotros la oscuridad de que habla Isaías: “Tienen ojos y no ven; tienen orejas y no oyen”³. Huís de la luz con vuestra envidia y así puede afirmarse que la luz ha sido rechazada por las tinieblas y que el mundo no la quiso conocer.

Pero vosotros, ¡vosotros regocijaos! Vosotros que estando en las tinieblas habéis sabido creer en la luz que os anunciaba. Vosotros que la habéis deseado, buscado y encontrado. Alégrate, oh pueblo de fieles que por montes, ríos, valles y lagos, has venido a la salvación, sin preocuparte del largo camino. Así también se hace con el otro camino espiritual, el que te conducirá de las tinieblas de la ignorancia, oh pueblo de Bozra, a la luz de la sabiduría.

Alégrate, oh pueblo de Auranítide. Alégrate con el regocijo que da el conocimiento. También de ti se dijo, y de los pueblos de la misma comarca, lo que el profeta canta de vuestros camellos y dromedarios que se agolpan por los caminos de Neptalí y Zabulón para conducir a la adoración del verdadero Dios⁴, y para que seáis sus siervos en la santa y dulce ley que no impone ataduras para obtener que Dios se muestre Padre y la felicidad eterna, sino observar sus diez mandamientos: amar al verdadero Dios con todo el ser sin profanarlo, honrar a los padres, no matar, no robar, no cometer adulterio, no ser falso en los testimonios, no desear la mujer y los bienes de otro. ¡Oh! ¡Bienaventurados vosotros si al venir desde lejos lográis sobrepasar a los que eran de la casa del Señor y que han salido de ella aguijoneados con los diez mandamientos de Satanás, con no amar a Dios ni amarse a sí mismos con la corrupción del culto y con ser duros con los propios padres, con el deseo homicida, con robar la santidad de otros, con la fornicación con Satanás, con los falsos testimonios con la envidia que tienen de la naturaleza del Verbo y de que fuera enviado a los hombres, con el pecado horrendo que poco a poco va tomando forma en sus corazones, *en muchos corazones!*

¡Alegraos, oh vosotros que tenéis sed! ¡Alegraos, vosotros que tenéis hambre! ¡Alegraos, afligidos! ¿Erais los despreciados? ¿Erais los proscritos? ¿Erais los deshechos? ¿Erais los extraños? ¡Venid! ¡Alegraos! Ahora no lo seréis más. Os doy casa, bienes, paternidad, patria. Os doy el cielo. ¡Seguidme, que soy el salvador! ¡Seguidme, que soy el Redentor! ¡Seguidme, que soy la Vida! ¡Seguidme que soy aquel a quien el Padre no niega gracia alguna! ¡Regocijaos en mi amor! ¡Regocijaos! Y para que veáis que os amo, oh vosotros que me buscasteis con vuestros dolores, vosotros que creísteis en Mí antes de haberme conocido, para que este día sea un día de verdadero regocijo, así ruego: “Padre, Padre Santo. Descienda sobre todas las heridas, enfermedades, llagas del cuerpo, angustias, tormentos, remordimientos del corazón, sobre todos los que nacen a la fe, sobre los que dudan, sobre los que cobran nuevas fuerzas, descienda salud, gracia, paz. ¡Paz en mi nombre! ¡Gracias en tu nombre! ¡Salud por nuestro amor recíproco! ¡Bendice, oh Padre Santísimo! Recoge y une en un solo rebaño estos tus hijos y mis hijos dispersos! ¡Haz que donde Yo esté, estén ellos; que sean una sola cosa contigo, Padre Santo, contigo, conmigo y con el divinísimo Espíritu!”

Jesús con los brazos abiertos en forma de cruz, y las palmas hacia lo alto, el rostro levantado, la voz vibrante cual una trompeta de plata, es una majestad inefable... Se queda así, en silencio, por algunos instantes. Luego sus ojos de zafiro dejan de mirar al cielo para mirar el ancho patio lleno de gente que conmovida suspira o se siente llena de esperanzas. Las manos se unen. Una sonrisa transfigura su rostro. Dice: “¡Alegraos vosotros que creísteis y esperasteis! ¡Pueblo de los que sufren, levántate y ama al Señor Dios tuyo!”

La curación de todos los enfermos es simultánea. Un sinnúmero de gritos, un atronador conjunto de vivas al Salvador. Del fondo del patio, todavía arrastrando la cobija que la cubría,

² Cfr. Alusión a Lc. 2, 33-35.

³ Cfr. Is. 6, 8-10.

⁴ Cfr. Is. 60.

una mujer se abre paso cayendo a los pies del Señor. La multitud da un grito de terror: “¡María, la mujer leprosa de Joaquín!” Y se echan a correr en todas direcciones.

“¡No tengáis miedo! Está curada. ¡Su contacto no os puede hacer ningún mal!” los tranquiliza Jesús. Y a la mujer: “Levántate. Tu gran esperanza ha sido premiada y ha logrado el perdón de la imprudencia que tuviste para con tus hermano. Vuelve a tu casa después de las purificaciones necesarias”.

La mujer, joven y un tanto hermosa, llora, mientras se incorpora. Jesús la muestra a la multitud que se acerca poco a poco y con gritos expresa su admiración por el milagro.

“El marido, que la adoraba, le había hecho en un rincón de sus posesiones un refugio, y cada tarde iba a verla, y entre lágrimas le daba su comida...”

“Se contagió debido a su piedad, pues cuidaba de un mendigo que no le había dicho que fuese leproso”.

“Pero ¿cómo vino María, la buena?”

“En aquella camilla. ¿Cómo no nos imaginamos que eran dos siervos de Joaquín?”

“¡No tuvieron miedo de ser lapidados!”

“¡Es su patrona! La quieren más que a sí mismos. Sabe hacerse querer”.

Jesús hace un ademán y todos guardan silencio: “Veis que el amor y la bondad atraen el milagro y la alegría. Por esto tratad de ser buenos. Vete, mujer. Nadie te hará mal. La paz sea contigo y en tu casa”.

La mujer seguida de los siervos que prendieron ya fuego a la camilla en medio del patio, sale acompañada de muchos.

Jesús despide a la multitud después de haber hablado con alguno que otro. Se va a donde estaba antes y con Él los suyos.

“¡Qué palabras, Maestro!”

“¡Cómo te transfiguraste!”

“¡Qué voz!”

“¡Y qué milagros!”

“¿Viste cómo se escaparon los fariseos?”

“Se fueron arrastrando cual dos perros, apenas te comenzaron a oír”.

“Los de Bozra y los de estos contornos tienen un recuerdo de sol...”

“Madre, ¿y tú qué dices?”

“Te bendigo, Hijo, por mí y por ellos”.

“¡Tu bendición me seguirá hasta que nos volvamos a encontrar!”

“¿Por qué dice eso? ¿Se separan de nosotros las mujeres?”

“Sí, Simón. Mañana cuando el sol despunte Alejandro parte para Aera. Iremos con él hasta el camino de Arbela y luego lo dejaremos. Te diré, Alejandro Misace, que has sido un excelente guía para el Peregrino. Siempre me acordaré de ti, Alejandro...”

El hombre está conmovido. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, a la manera del saludo oriental, un poco inclinado, ante Jesús. Pero al oír estas palabras dice: “Sobre todo acuérdate de mí cuando estés en tu reino”.

“¿Lo deseas, Misace?”

“Sí, Señor mío” “También yo deseo una cosa de ti”.

“¿Cuál, Señor? Si puedo te la daré. Aunque sea la más preciosa de las que poseo”.

“Es la más preciosa, quiero tu alma. Ven a Mí. Te dije cuando empezábamos a viajar juntos que esperaba hacerte un regalo al final. Es la fe. ¿Crees en Mí, Misace?”

“Creo, Señor”.

“Entonces santifica tu alma para que la fe no sea en ti solo un don inerte, ni dañino”.

“Mi alma está ya caduca, pero me esforzaré por hacerla nueva. Señor, soy viejo pecador. Absuélveme y bendíceme para que empiece desde ahora una nueva vida. Llevaré conmigo tu bendición como mi mejor escolta en mi camino hacia tu reino... ¿Nos volveremos a ver, Señor?”

“En la tierra, jamás. Pero oirás hablar de Mí y creerás con mayor fuerza, porque no dejaré de hacer que te hablen de Mí. Adiós, Misace. Mañana tendremos muy poco tiempo para despedirnos. Hagámoslo ahora, antes de que comamos juntos por última vez”.

Lo abraza y le da el beso de paz. También los apóstoles y discípulos le imitan. Las mujeres saludan todas juntas. Misace casi se arrodilla delante de María y le dice: “Tu luz de cándida estrella matinal brille en mi pensamiento hasta la muerte”.

“Hasta la Vida, Alejandro. Ama a mi Hijo y me amarás, y yo te amaré”.

Simón Pedro pregunta: “¿Iremos de Arbela a Aera? Tengo miedo de que nos coja el mal tiempo. Mucha niebla... tres días hace que hay al amanecer y al anochecer...”

“Porque hemos bajado. ¿No sentiste que hemos bajado mucho? Así es. Desde mañana se volverá a subir por los montes de la Decápolis y no habrá más niebla” explica Misace.

“¿Qué bajamos? ¿Cuándo? Si el camino era plano...”

“Sí, pero en continua bajada, tan suave, que apenas si se advierte. ¡Como es tan larga...!”

“¿Cuánto tiempo estaremos en Arbela?”

“Tú, Santiago y Judas, ni siquiera una hora” dice tajante Jesús.

“¿Yo... Santiago y Judas... ni siquiera una hora? ¿Y a dónde voy, si no me quedo con todos vosotros?”

“Lejos. Hasta las tierras que custodia Cusa. Con los otros acompañarás a mi Mamá y a las mujeres hasta allí. Se irán después solas con los siervos de Juana, y vosotros regresaréis, y os uniréis con nosotros en Aera”.

“¡Oh, Señor! Estás enojado conmigo y me castigas... ¡Cómo me duele, Señor!”

“*Simón, quien sabe que tiene culpa se siente castigado. El tenerla debe producir dolor, no el castigo en sí. Pero no creo que sea un castigo acompañar a mi Madre y a las discípulas para que regresen*”.

“¿Pero no estaría mejor que también Tú vinieses? Ni te preocupes de Aera y estos lugares. Vente con nosotros”.

“Prometí ir allí e iré”.

“Entonces también yo voy”.

“Tú obedece sin protestar, como lo hacen mis hermanos”.

“¿Y si encuentras a los fariseos?”

“Ciertamente no eres el más apropiado para convertirlos. Y exactamente porque los encontraré, quiero que tú, Santiago y Judas salgáis antes de Arbela con las mujeres y con Juan de Endor y Marziam”.

“¡Ah! ¡Entendido! ¡Está bien!”

Jesús se dirige a las mujeres y las bendice una por una, dándoles consejos adecuados.

Magdalena al inclinarse a besar los pies de su Salvador le pregunta: “¿Te volveré a ver antes de que regrese a Betania?”

“Sin duda alguna, María. Estaré en el lago en etanim⁵”.

158. Despedida de los discípulos

3 octubre 1945

La veneración que experimenta Misace por Jesús se revela a la mañana siguiente y después de haber caminado unos cuantos kilómetros sobre los camellos, los que ha arreglado de tal modo que los inexpertos en caminar sobre los lomos de estos animales, los encuentren cómodos. Realmente es gracioso ver cómo salen de los bultos y de las cajas las cabezas morenas y rubias, los cabellos largos de los hombres hasta las orejas, o las trenzas que asoman por debajo de los velos de las mujeres. Algunas veces el viento levanta estos velos y brillan al sol los cabellos dorados de María Magdalena o negras cual azabache de Juan, Síntica, Marta, Marcela, Susana y Sara. Las cabezas ya canas de Elisa, Salomé y María

⁵ nombre de mes correspondiente a septiembre-octubre (N.T.)

Cleofás parecen como si las hubiesen regado con polvo de plata, así resplandecen bajo el sol ardiente.

Entre los que se sienten felices de este nuevo modo de viajar está sin duda Marziam. Todos se dan cuenta que lo que el mercader había dicho acerca del terreno es verdad. Al volver la cabeza se ve allá abajo Bozra con sus torres y sus casas entre un dédalo de calles estrechas. Se ven colinas pequeñas al noroeste. En su base el camino que lleva directamente a Aera. Allí se detiene la caravana para que bajen los peregrinos y darse el adiós. Los camellos se arrodillan con su acostumbrado cabeceo que a algunas mujeres les hace arrancar un grito de susto... Ahora veo que las mujeres habían sido prudentemente aseguradas con lazos a las sillas. Descienden un tanto mareadas de tanto balanceo, pero al menos no están cansadas.

Desciende también Misace, en cuya silla había viajado Marziam y, mientras los camelleros se ocupan de arreglar nuevamente la carga, se acerca a Jesús para despedirse de Él nuevamente.

“Te doy las gracias, Misace. Nos ahorraste cansancio y tiempo”.

“Sí. Más de treinta kilómetros se hacen pronto. Los camellos tienen las piernas largas, aunque no tienen un dulce caminar. ¡Ojalá que las mujeres no se hayan molestado mucho!”

Aseguran ellas que se encuentran muy bien. Sin cansancio y sin molestias.”De aquí estás a unos diez kilómetros de Arbela. Que os acompañe el cielo y que os dé un camino rápido. Adiós, Señor mío. Permíteme que bese tus pies santos, que felizmente encontré. Acuérdate de mí”. Misace besa los pies de Jesús, y luego sube sobre su cabalgadura. Su señal la obedece el camello que se levanta... La caravana parte al galopee por el camino plano, entre nubes de polvo.

“¡Un buen hombre! Estoy todo magullado, pero los pies no me duelen. Qué brincos y qué zarandeadas. Ni las tempestades del lago. ¿Os causa risa? No tenía yo cojines como las mujeres. Viva mi barca. Sigue siendo la cosa más limpia y más segura. Bueno, ahora a echaros encima las alforjas y ¡a caminar!...”

Hay competencia por ver quién se echa más alforjas. Vencen los que se quedarán con Jesús, esto es, Mateo, Zelote, Santiago, Juan, Ermasteo y Timoteo, quienes toman todo para ahorrar fatiga a los tres que van con las mujeres, mejor dicho, a los cuatro, pues también va Juan de Endor, cuya ayuda será muy relativa pues está muy flaco.

Ligeritos caminan por algunos kilómetros. Llegados a la cima de una hermosa colina, que se interponía al occidente, aparece una llanura fértil, rodeada de otras colinas más altas que la primera, y en cuyo centro hay una muy alargada y separada. En la llanura se asienta una ciudad: Arbela.

Bajan unos cuantos minutos y se encuentran en la llanura. Caminan juntos por un espacio de tiempo, luego Jesús se detiene y dice: “Es la hora de que nos separemos. Comamos y luego nos dividiremos. Este empalma para Gadara. Tomad este camino. Es el más corto, y antes de que anochezca estaréis en la tierra que Cusa tiene en custodia”.

Ninguno muestra alegría... Pero están dispuestos a obedecer. Durante la comida Marziam dice: “Entonces es también el momento de que se dé esta bolsa. Me la dio el mercader, cuando venía con él en la silla. Me dijo: “Se la entregarás a Jesús antes de que te separes de Él y le dirás que me ame como te ama a ti”. Aquí. Aquí está. Pesa. Parece como si estuviese llena de piedras”.

“¡Deja verla, deja verla! El dinero pesa”.

Todos tienen curiosidad. Jesús desata las cintas de cuero de la bolsa de piel de gacela, según creo, porque parece piel de gamuza y echa su contenido sobre su falda. Corre dinero pero no es mucho. Salen muchas bolsitas de biso muy fino amarradas con un hilo. Se dejan ver colores a través del lino delgado, y el sol, como si prendiese fuego en esas bolsitas, al modo de brasas bajo ceniza.

“¿Qué es ¿ ¿Qué es? Desátalas Maestro”.

“Todos están inclinados. Jesús con calma desata el nudo de una bolsita: son topacios de diversos tamaños, todavía sin labrar. Otra bolsita: rubíes: gotas de sangre sin derramarse.

Otra: una verde sonrisa de esmeraldas. Otra: astillas de cielo con zafiros. Otra: resplandor negro de ónices... Y así hasta completar doce bolsitas. En la última, la más pesada y que es un resplandor de oro de crisolitos, un pequeñísimo pergamino que dice: "Para tu Racional de verdadero Pontífice y Rey".

Sobre el vestido de Jesús hay un prado de brillantes pétalos deshojados. Los apóstoles meten las manos en esta luz que se desparpaja en brillantes colores. Están fuera de sí... Pedro dice: "¡Si estuviera aquí Judas de Keriot...!"

"¡Cállate! Es mejor que no esté" dice cortante Tadeo.

Jesús pide que le den un pedazo de tela para hacer una sola bolsa para las piedras, y mientras todos multiplican los comentarios. Él se queda pensativo.

Los apóstoles dicen: "¡Que si es rico ese hombre!" Pedro hace reír con su salida: "Caminamos a trote sobre un trono de piedras preciosas. Nunca me imaginé que estuviese en medio de un resplandor semejante. ¡Si hubiese estado un poco suave! ¿Qué piensas hacer con ellas?"

"Las venderé para los pobres". Levanta los ojos y con una sonrisa mira a las mujeres.

"¿Y dónde encuentras aquí, al joyero que te compre esto?"

"¿En dónde? Aquí. Juana, Marta, María ¿compráis mi tesoro?"

Las tres mujeres sin consultarse siquiera dicen: "Sí" con todas sus ganas. Marta interrumpe: "Aquí tenemos poco dinero".

"Procurad tenérmelo en Mágdala para la nueva luna".

"¿Cuánto quieres, Señor?"

"Para Mí nada. Para mis pobres, lo posible".

"Vas a tener mucho de aquí" dice Magdalena y toma la bolsa que se mete en el seno.

Jesús se queda tan sólo con el dinero. Se levanta. Besa a su Madre, a su tía, a sus primos, a Pedro, a Juan de Endor y Marziam. Bendice a las mujeres y las despide. Emprenden el camino. Algunas veces vuelven la cara, hasta que un recodo las oculta.

Jesús se dirige a Arbela con los restantes. No son más de ocho. Aprisa y en silencio se van a la ciudad que cada vez se acerca.

159. En Arbela

4 octubre 1945

Cuando preguntan a la primera persona que se encuentran, por Felipe de Santiago, al punto caen en la cuenta de lo que el joven discípulo ha hecho. A quien le preguntaron fue a una viejecita arrugada que viene cargando un cántaro de agua. Les mira con los ojos encajados en las órbitas, y mira la cara de Juan que le sonríe, pues fue quien le habló, y quien le dijo: "La paz sea contigo" de una manera tan dulce, que la viejecita se dejó conquistar al instante. Le dice: "¿Eres el Mesías?"

"No. Soy un apóstol suyo. El Mesías es aquel que viene allá".

La viejecita deja en el suelo su cántaro y corre a arrodillarse ante Jesús.

Juan, que se quedó con Simón, al ver el cántaro que casi te tira, dice a su compañero: "Tomemos el cántaro y alcancemos a la ancianita". Lo toman. El compañero dice: "Beberemos de él. Todos tenemos sed".

Cuando llegan todavía la viejecita sigue repitiendo, pues no sabe otra cosa qué decir: "¡Hermoso, santo Hijo de la más santa Madre!" Sigue de rodillas y con sus ojos quiere comerse a Jesús el cual reiteradas veces le ha dicho: "¡Levántate, madre. Levántate!" Al llegar Juan dice: "Trajimos tu cántaro, gran parte de su contenido se tiró. Quedó poca agua. Si nos permites beberemos y luego te lo llenaremos".

"Sí, hijos, sí. Me desagrada no tener más que agua. Quisiera tener leche en mis pechos como cuando alimentaba a mi Judas, para daros la bebida más dulce que haya sobre la tierra: la leche de una madre. Quisiera tener vino, el mejor, para daros fuerzas, pero Marianna de Eliseo es vieja y pobre..."

“Tu agua para mí es vino y leche, madre, porque me la das con amor” responde Jesús que es el primero en beber del cántaro que Juan le pasa. Después beben los demás.

La viejecita que ya se levantó, lo mira como si viese el Paraíso. Pero cuando ve que, después que bebieron todos, quieren tirar el agua restante e irse a traer de la fuente que murmura allí en el camino, se echa hacia adelante para proteger su cántaro diciendo: ¡No! ¡No! Esta es la que bebió Él, es más santa que el agua lustral. La guardaré para que con ella, después de muerta me laven”. Y se apodera del cántaro, al mismo tiempo que dice: “Lo llevo a mi casa. Tengo otros. Pero antes ven, Santo, para que te enseñe la casa de Felipe”. Inclínada pero ligera con la sonrisa que se le corre en su cara arrugada camina la ancianita, llevando en sus ojos la alegría que le da la vida. Va asida a una punta del manto de Jesús, como si tuviese miedo de que se le fuese a ir, y no deja a los apóstoles que le quiten el cántaro para que no lo cargue. Dichosa va caminando, va examinando el camino y las casas de Arbel. La primera la pasan, las otras están cerradas al anochecer que ha comenzado a bajar. Su mirada es la de un conquistador, dichoso de su victoria.

Al pasar de una calle secundaria a una más central donde hay gente a las puertas de las casas –y la gente admirada la señala o le grita– la viejecita, después de haber esperado que se hubiese juntado gente a su alrededor, grita con todas sus fuerzas: “Tengo conmigo al Mesías de Felipe. Id a darle pronto el aviso, y primero a la casa de Santiago. Que estén todos listos para honrar al Santo”. Todos escuchan su voz. Es la hora en que ella manda, pobre viejecita de pueblucho, sola, desconocida. Ve cómo todo el poblado se mueve a sus órdenes.

Jesús, que es muy alto, le sonríe cuando ella lo mira, de cuando en cuando, y le pone la mano sobre su cabeza cana, como la caricia de un hijo, cosa que la hace morir de dicha.

La casa de Santiago está situada en una de las calles centrales. Está abierta e iluminada. Del portón se puede ver que hay gente con lámparas, que sale alegre apenas ven que Jesús se asoma por la calle: primero Felipe, el joven discípulo, después su padre, familiares, siervos y amigos.

Jesús se detiene y corresponde majestuosamente al profundo saludo de Santiago, luego se inclina ante la madre de Felipe que lo venera de rodillas y le ayuda a ponerse de pie diciéndole: “Sé siempre feliz por tu fe”. Después saluda al discípulo que vino con otro, al que también saluda.

La vieja Marianna, a pesar de todo, no deja la punta del manto ni su lugar al lado de Jesús, sino hasta que ponen pie en el patio. Dice: “¡Una bendición para que sea feliz! ¡Te quedas aquí... yo me voy a mi pobre casa y... todo lo bello se acabó para mí!” Qué congoja escapa de la voz de la anciana.

Santiago a quien su mujer le ha dicho algo en voz baja, dice: “No, Marianna de Eliseo. Quédate también tú en mi casa como si fueses una discípula. Quédate mientras el Maestro esté con nosotros y alégrate”.

“Dios te bendiga. Tú comprendes la caridad”.

“Maestro, ella te trajo a mi casa. Tú me has dado tus caricias y amor. No hago más que pagar, y siempre de una manera muy pobre, lo mucho que de Ti y de ella recibí. Entra, entrad, y hospedaos en mi casa”.

La multitud que está en la calle, al verlo entrar grita: “¿Y nosotros? Queremos oír su palabra”.

Jesús se vuelve: “Ya es de noche. Estáis cansados. Preparad vuestra alma con el santo descanso y mañana oiréis la Voz de Dios. Por ahora queden con vosotros la paz y la bendición”. El portón se cierra ante la felicidad de esta dichosa casa.

Santiago de Zebedeo mira al Señor fijamente, mientras se purifica del viaje: “Tal vez hubiera sido mejor que hubieses hablado al punto para que partiésemos al amanecer. Están aquí los fariseos. Me lo dijo Felipe. Te procurarán molestias”.

“Los que hubieran buscado un mal rato, están lejos. Lo que puedan molestarme los otros no importa. El amor deshace todo”...

Al día siguiente... El umbral está que revienta de fiesta con familiares y apóstoles. La viejecita está detrás. Los de Arbel impacientes esperan. Se dirigen a la plaza principal donde Jesús habla.

“Se lee en el libro de Esdras lo que voy a repetiros: “Llegado el mes séptimo...” (Jesús me dice: “No pongas más. Repito íntegramente las palabras del libro”)

¿Cuándo sucede que un pueblo vuelve a su patria? Cuando regresa a las tierras de sus padres. Vengo a llevaros a las tierras de vuestro Padre, al reino del Padre. Lo puedo hacer porque para ello fui enviado. Vengo a llevaros por lo tanto al reino de Dios y por esto no está mal que os compare con Zorobabel, con los repatriados que volvían a Jerusalén, la ciudad del Señor, y es justo que me comporte con vosotros como el escriba Esdras se comportó con el pueblo reunido de nuevo entre los muros sagrados. Porque reconstruir una ciudad y dedicarla al Señor, pero no reconstruir las almas, que son semejantes a muchas otras ciudades pequeñas de Dios, es una necedad sin par.

¿Cómo reconstruir estas pequeñas ciudades espirituales que tantas razones han derrumbado? ¿Qué material debe usarse para que sean sólidas, bellas y duraderas?

El material se encuentra en los preceptos del Señor. Los diez mandamientos y los sabéis porque Felipe, vuestro hijo y discípulo mío, os los recordó. Los dos más santos entre los santos preceptos: “Ama a Dios, con todo tu ser. Ama al prójimo como a ti mismo”². Estos dos son el compendio de la ley. Los predico porque ellos aseguran la conquista del reino de Dios. En el amor se encuentra la fuerza de conservarse santos y de serlo, la fuerza para perdonar, la fuerza del heroísmo en las virtudes. Todo se encuentra en el amor.

El miedo no es el que salva como lo es el miedo del juicio de Dios, el miedo a las sanciones humanas, a las enfermedades. El miedo jamás edifica algo: sacude, resquebraja, deshace, rompe. El miedo conduce a la desesperación, a buscar sufragios ocultar el mal hecho, a temer cuando ya no hay por qué temer, pues el mal está en nosotros. ¿Quién, por ejemplo, piensa en cuidar compasivamente de su cuerpo, mientras está sano? Nadie. Pero apenas el primer síntoma de fiebre serpentea por las venas o que una mancha hace pensar en enfermedades inmundas, entonces sucede que llega el miedo de convertirse en tormento junto con la enfermedad, para ser una fuerza desintegradora en un cuerpo que la enfermedad poco a poco va destruyendo.

Por el contrario el amor es constructor. Edifica, solidifica, mantiene juntos, preserva. El amor conduce a esperar en Dios. El amor ayuda a evitar el mal. El amor lleva a la prudencia para con la propia persona que no es centro del universo, como creen, y así se comportan, los egoístas, los falsos amantes de sí mismos porque aman una sola parte: la menos noble, con menoscabo de la parte inmortal y santa: pero que se debe conservar siempre sana hasta que Dios no diga lo contrario, para ser útiles a sí mismos, a los familiares, a la ciudad natal, a la nación. Es inevitable que vengan las enfermedades. Pero no está escrito que la enfermedad sea prueba de que uno es vicioso o de castigo.

Hay enfermedades santas que el Señor envía a sus justos, para que en el mundo, que se hace a sí mismo centro y medio del placer, haya santos que sean como rehenes de guerra para la salvación de los demás y con sus propios sufrimientos paguen la dosis de culpa que el mundo diariamente acumula y que harían que cayese por tierra el linaje humano, sepultándolo bajo su maldición. ¿Acordaos del viejo Moisés que oraba mientras Josué combatía en el nombre del Señor³? Debéis pensar que quien sufre santamente ofrece la batalla más dura al feroz guerrero que hay en el mundo y que se esconde bajo las apariencias de hombres y pueblos, a Satanás, el torturador, causa de todo mal y se combate al mismo tiempo por todos los demás hombres. ¡Pero qué diferencia hay en estas santas enfermedades que Dios manda, y las que engendra el vicio por un amor pecaminoso a los sentidos! Aquellas son prueba de la bondad bienhechora de Dios; éstas, pruebas de corrupción satánica.

² Cfr. Deut, 6, 5; Lev. 19, 18.

³ Cfr. Ex. 17, 8-16.

Por esta razón es menester amar para ser santos, porque el amor crea, preserva, santifica.

Yo también, al anunciaros la verdad, os digo como Nehemías y Esdras⁴: “Este día está consagrado al Señor Dios nuestro. No os entristezcáis, no lloréis”. Toda tristeza termina cuando se vive el día del Señor. La muerte no tiene ya sus asperezas porque la pérdida de un hijo, del esposo, del padre, madre, hermano, es una separación momentánea y limitada. Momentánea porque termina con nuestra muerte. Limitada porque se refiere sólo al cuerpo, a los sentidos. El alma no pierde nada con la muerte del familiar muerto, ni mucho menos se limita la libertad que tiene una de las partes: la nuestra de supervivientes con el alma que está todavía encerrada en la carne, mientras la otra parte, la que pasó ya a segunda vida, goza de libertad y del poder despertarnos y obtenernos mucho más de cuanto nos amaba cuando estaba en la cárcel de cuerpo.

Os digo como Nehemías y Esdras⁵: “Id a comer carne sana y a beber vinos generosos. Enviad porciones a los que no tienen, porque es un día santo para el Señor y por eso durante él nadie debe sufrir. No os entristezcáis porque el gozo del Señor, que existe entre vosotros, es la fuerza de quien recibe su gracia dentro de los propio muros, que son los propios corazones”.

No podéis celebrar más la fiesta de los Tabernáculos. Ya pasó el tiempo. Pero levantad otros en vuestros corazones. Subid al monte, esto es, hacia la perfección. Recoged ramos de olivo, ramos de mirto, palma, encino, hisopo, de cualquier planta bella. Ramos de la virtud de la paz, de la pureza, del heroísmo, mortificación, fortaleza, esperanza, justicia, de todas, de todas las virtudes. Adornad vuestro espíritu al celebrar la fiesta del Señor. Os esperan sus Tabernáculos. Los *suyos*. Son hermosos, santos, eternos, patentes a todos los que viven en el Señor. Y juntamente conmigo, proponeos hoy hacer penitencia por el pasado, proponeos el emprender una nueva vida.

No temáis al Señor. Os llama porque os ama. No lo temáis. Sed hijos suyos como cada uno de Israel. También para vosotros creó lo que hay, suscitó a Abraham y a Moisés, abrió el mar, formó la nube que guiaba, y bajó del cielo para dar la Ley, mandó a las nubes que lloviesen maná, e hizo fecundas las rocas para que manasen agua. Y ahora, ahora también os manda el Pan vivo del cielo para calmar vuestra hambre, envía la verdadera Vid y la fuente de vida eterna para que calme vuestra sed. Os dice por mi boca: “Entrad a poseer la tierra sobre la que levanté mi mano y decidí dárosela”. Mi tierra espiritual: el reino de los cielos”.

La multitud se deshace en expresiones de entusiasmo... Después vienen los enfermos. Son muchos. Jesús los hace formar en dos filas, y mientras esto se hace, pregunta a Felipe de Arbela: “¿Por qué no los curaste tu?”

“Para que los curases personalmente, como a mí me curaste”.

Jesús pasa bendiciendo a uno por uno de los enfermos y se produce el acostumbrado prodigio de ciegos que ven, en sordos que oyen, en mudos que hablan, en lisiados que se enderezan, en fiebres que desaparecen, en debilidades corporales que terminan.

Terminan las curaciones del cuerpo. Después del último enfermo están los dos fariseos que habían ido a Bozra y otros dos. “La paz sea contigo, Maestro. Y a nosotros, ¿no nos dices algo?”

“Hablé ya para todos”.

“Pero nosotros no tenemos necesidad de esas palabras. Somos los santos de Israel”.

“Os digo a vosotros que sois maestros: comentad entre vosotros lo que sigue en el libro de Esdras, acordándoos de cuantas veces Dios tuvo hasta ahora misericordia y golpeándoos el pecho, decid como si fuese una plegaria la parte con que termina el texto indicado”.

“Bien has dicho, Maestro. ¿Y lo hacen tus discípulos?”

“Sí. Es la primera condición que les exijo”.

“¿A todos? ¿También a los homicidas que hay en tus filas?”

⁴ CFr. 2 Esdr. 8, 9.

⁵ CFr. 2 Esdr. 8, 10.

“¿Os repugna el olor de sangre?”

“Es voz que grita al cielo”.

“Entonces tratad de no imitar a los que la derraman”.

“¡No somos asesinos!”

Jesús los mira traspasándolos con su mirada. No se atreven a decir palabra alguna por algunos minutos, después se acercan a la cola del grupo que regresa a la casa de Felipe, quien cree que es deber suyo invitarlos a que entren y a que tomen parte en el banquete.

“¡Con mucho gusto, con mucho gusto! Estaremos un poco más con el Maestro” dicen en medio de profundas reverencias.

Pero al entrar en la casa, parecen perros sabuesos... Miran, escudriñan, hacen preguntas astutas a los siervos, y hasta a la viejecita que me parece se siente atraída por Jesús, como el hierro lo es con el imán. Sin esperar les responde: “Ayer vi a estos solos. Estabais soñando. Los acompañé hasta aquí, y de los discípulos de Juan no había ninguno otro que ese muchacho rubio y bueno como ángel”.

Dicen a la ancianita una palabrota con la que quisieran fulminarla. Se van a otra parte. Pero un siervo, sin responderles directamente, se inclina ante Jesús, que sentado está hablando con el dueño de la casa, le pregunta: “¿Dónde está Juan de Endor? Este señor lo busca”.

El fariseo fulmina al siervo y le llama “estúpido” Jesús está ya al corriente de sus intenciones y es necesario hacer frente como se pueda. El fariseo añade: “Era para congratularnos con este prodigio de tu doctrina, Maestro y honrarte por el que se convirtió”.

“Juan está para siempre lejano y para siempre lo estará”.

“¿Ha vuelto a caer en el pecado?”

“No. Está subiendo en dirección al cielo. Imitadlo y lo encontraréis en la otra vida”.

Los cuatro no saben qué decir y prudentemente hablan de otra cosa. Los siervos anuncian que las mesas están preparadas y todos pasan a la sala del banquete.

160. En el camino a Aera

6 octubre 1945

Arbela está ya muy lejos. En la comitiva vienen también Felipe de Arbela y el otro discípulo a quien llaman Marcos.

El camino es lodoso, como si hubiese llovido mucho. El cielo tiene cara de ceniza. Un río que merece este nombre cruza el camino que va a Aera. Viene hinchado con las lluvias que cayeron en la región. Su color no es azul sino de un amarillo-rojizo, como si hubiera pasado por lugares ferrosos.

“De veras que el tiempo se ha puesto mal. Hiciste bien en haber enviado a las mujeres. Para ellas este no es buen tiempo” dice Santiago. Y Simón Zelote siempre tranquilo en su completa entrega al Maestro, afirma: “El Maestro hace bien todo lo que hace. No es un tonto como nosotros. Ve y prevé todo lo mejor posible, y más por nosotros que por Sí”.

Juan, de estar feliz de estar a su lado, lo mira de abajo a arriba con su cara risueña y le dice: “Eres el más querido y el mejor Maestro que la tierra haya tenido, que tiene y que tendrá, además de santo”.

“Esos fariseos... ¡Qué desengaño! Hasta el mal tiempo sirvió para convencerlos de que Juan de Endor no estaba. Pero ¿por qué la traen contra él?” pregunta Ermasteo que quiere mucho a Juan de Endor.

Jesús responde: “No es contra él, ni sólo contra él que sienten rencor, sino que se aprovechan de él como un instrumento para odiarme”.

Felipe de Arbela dice: “Pero el agua les persuadió muy bien de que era inútil esperar y sospechar que Juan de Endor estuviese aquí. ¡Viva el agua! Sirvió también para que te pudieses hospedar por cinco días en mi casa”.

“¡Quién sabe qué preocupados estarán lo de Aera! Sería mucho si no viéramos a mi hermano salirnos al encuentro” dice Andrés.

“¿A nuestro encuentro? Vendrá detrás de nosotros” observa Mateo.

“No. Iba a ir a Gadara. De allí al lago en alguna barca hasta Betsaida para ver a su mujer y decirle que el niño está en Nazaret, que pronto regresará. De Betsaida a Merón seguirá el camino de Damasco durante un trecho y luego el de Aera. Ciertamente está en Aera”.

Se palpa el silencio. Luego Juan sonriéndose dice: “¡Esa viejecita, Señor!”

“Creía que le ibas a dar el gusto de morir sobre tu pecho, como a Saúl, aquel viejo de Keriot” dice Simón Zelote.

“La he querido *mucho más*, porque espero llamarla cuando el Cristo esté para abrir las puertas del cielo. No tendrá qué esperarme mucho. Ahora está viviendo con sus recuerdos, y con la ayuda de tu padre, Felipe, su vida será menos triste. Vuelvo a bendecirte a ti y a tus padres”.

La alegría de Juan se cubre con una nube de tristeza más negra que las que cubren el cielo. “¿No estás contento de que la viejecita vaya pronto al paraíso?”

“Sí... pero no lo sé, porque eso significa que te va... ¿Por qué has de morir, Señor?”

“Todo el que nació de mujer debe morir”.

“¿Tan sólo ella te acompañará, Señor?”

“¡Oh, no! Qué alegre será caminar entre los que salvo como Dios y a los que amé como Hombre...”

Pasan otros dos riachuelos que están muy cercanos. Los viajeros han subido las colinas que se empalman con el camino que sigue hacia el norte y en estos momentos comienza a llover en la llanura que se abre a sus ojos.

En la dirección del norte, o para ser más precisos, hacia el noroeste, se ve una cadena de altos y empinados montes, sobre los que cabalgan nubes y más nubes, como si intentasen formar cumbres ilusorias sobre las verdades de roca y hielo a cuyos lados hay bosques. Es una cordillera muy lejana.

“Aquí agua, allá arriba nieve. Aquella es la cordillera del Hermón. Se ha echado encima una cubierta más extensa de blancura. Si cuando lleguemos a Aera todavía hay sol, veréis cómo el pico se tiñe de color de rosa” dice Timoteo, a quien el amor de su región le incita a alabar sus bellezas.

“Pero con todo y eso sigue lloviendo. ¿Todavía está lejos Aera?” pregunta Mateo.

“Todavía. Llegaremos al atardecer”.

“¡Dios nos libre de los achaques!” concluye Mateo que es poco amigo de caminar con mal tiempo.

Todos van envueltos en sus mantos. Debajo llevan las alforjas de viaje para defenderlas del agua, y defender también los vestidos que se pondrán cuando lleguen, porque los que llevan van bañados completamente y las fimbrias están ya enlodadas.

Jesús va adelante, sumido en sus pensamientos. Los otros mordisquean sus panes. Juan de broma dice: “No hay necesidad de buscar manantiales para calmar la sed. Basta con que uno eche la cabeza atrás, abra la boca, y los ángeles le meten a uno el agua que quiera”.

Ermasteo que también es joven como Felipe de Arbela y Juan, dicen: “Simón de Jonás que se quejaba de los camellos, pero por mi parte prefiero estar en una de esas torres movibles que este lodazal. ¿Qué dices tú?”

Y Juan: “Yo digo que me encuentro bien donde quiera que sea, con la condición de que esté Jesús...”

Los tres jóvenes se ponen a hablar animadamente entre sí.

Los cuatro de más edad se apresuran a alcanzar a Jesús. Timoteo y Marcos se quedan atrás charlando...

“Maestro, en Aera estará Judas de Simón...” dice Andrés.

“Ciertamente, y con él Tomás, Natanael y Felipe”.

“Maestro... cuánto me gustan estos días de paz” suspira Santiago.

“No digas eso, Santiago”.

“Lo sé... pero no puedo menos que decirlo...” y da otro suspiro.

“También estará Simón Pedro con mis hermanos. ¿No estás contento?”

“¡Yo mucho! Maestro ¿Por qué Judas de Simón es tan diverso de nosotros?”

“¿Por qué el agua se alterna con el sol, el calor con el frío, la luz con las tinieblas?”

“Porque no siempre se puede tener la misma cosa. La vida terminaría en la tierra”.

“Dijiste bien Santiago”.

“Pero esto no tiene nada que ver con Judas”.

“Respóndeme. ¿Por qué las estrellas no son todas como el sol, grandes, calientes, hermosas, inmensas?”

“Porque... la tierra se quemaría con tanto calor”.

“¿Por qué las plantas no son todas como los nogales? Por plantas quiero decir todo lo que es vegetal”.

“Porque las bestias no podrían comer nada”.

“¿Y entonces por qué no todas las plantas son hierbas?”

“Porque... no tendríamos leña para la cocina, para los fogones, para los utensilios, carros, barcas, muebles”.

“¿Por qué los pájaros no son todos como las bestias y los animales como los elefantes o camellos?”

“En buenas nos encontraríamos si así fuese”.

“¡Luego esta variedad te parece una buena cosa!”

“Sin duda alguna”.

“Piensa por ti mismo. ¿Por qué crees que Dios lo hizo así?”

“Para ayudarnos todo lo posible

“¡Luego para un bien! ¿O no estás seguro de ello?”

“Como estoy de que vivo”.

“Si crees que es justo que haya diversidad en las especies de animales, vegetales y astros, ¿por qué pretendes que todos los hombres sean iguales? Cada uno tiene su misión y su forma. La infinita diversidad de las especies. ¿Te parece que es señal de poder o de impotencia del Creador?”

“De poder. Una sirve para hacer resaltar la otra”.

“Muy bien. También Judas sirve para lo mismo, como tú sirves para tus compañeros y ellos para ti. Tenemos treinta y dos dientes en la boca, y si los miras bien, poco se diferencian entre sí. No sólo en las tres clases, sino entre los individuos de una misma tribu. Cuando estás comiendo mira el oficio de cada uno de ellos. Verás que los que parecen menos útiles, que trabajan menos, son los que hacen el oficio de cortar el pan, y de pasarlo a los demás que desmenuzan para pasarlo a los otros que lo reducen a masa. ¿O no es así? A ti te parece que Judas no hace nada, o que hace mal. Te recuerdo que Me ha anunciado, y bien, por la Judea meridional, y que tú mismo dijiste que sabe ser diplomático con los fariseos”.

“Es verdad”.

Mateo observa: “También es muy inteligente en buscar dinero para los pobres. Pide, y sabe pedir, cosa que yo no sé... Tal vez porque ahora el dinero me causa vómito”.

Simón Zelote baja la cara que es toda un ascua. Andrés que lo nota, le pregunta: “¿Te sientes mal?”

“No, no... La fatiga... no creo que sea nada”.

Jesús le mira fijamente, y Zelote se pone más colorado. Jesús no dice nada.

Timoneo llega corriendo: “Maestro, mira ese poblado. Está antes de Arbela. Podemos pararnos allí y pedir unos asnos”.

“Ya casi no llueve. Es mejor seguir delante”.

“Como quieras, Maestro, pero si me permites me adelanto”.

“Ve si quieres”.

Timoneo se va corriendo con Marcos. Jesús sonriendo hace notar: “Quiere que tengamos un ingreso triunfal”.

Todos se han reunido en un solo grupo. Jesús los deja que se acaloren discutiendo sobre la diversidad de regiones, y luego se retira, no sin llevar consigo a Zelote. Apenas están aparte le pregunta: “¿Por qué te pusiste colorado, Simón?”

Se pone como un ascua, pero no pronuncia palabra alguna. Jesús repite la misma pregunta y Simón se pone más rojo, pero no dice ni siquiera este boca es mía. Finalmente vuelve a preguntarle.

“Señor, Tú lo sabes ¿Por qué quieres que te lo diga?” dice en voz alta Zelote como si sufriese un tormento.

“¿Estás seguro de ello?”

“No me lo negó. Añadió con todo: “Lo hago por prever. Tengo buen sentido común. El Maestro no piensa en el mañana”. Puede ser verdad esto, pero hay siempre... es siempre... Maestro di la palabra exacta”.

Es señal siempre de que Judas es tan solo un “hombre”. No sabe elevarse para ser un espíritu. Pero más o menos todos sois iguales. Tenéis miedo de cosas que no tienen valor. Os atormentáis por cosas inútiles. No tenéis confianza en la Providencia que es poderosa y está presente en todas partes. Bueno, que esto se quede entre nosotros dos ¿O no?”

“Sí, Maestro”.

Hay un silencio. Luego Jesús dice: “Pronto regresaremos al lago... Será algo bello el detenernos un poco después de tanto caminar. . Nosotros dos iremos a Nazaret por un tiempo, cerca de las Encenias. Tú estás solo... Los otros con sus familias. Vendrás conmigo”.

“Señor, Judas y Tomás y también Mateo están solos”.

“No te preocupes. Cada uno celebrará la fiesta con su familia. Mateo tiene una hermana. Tú estás solo. A menos que quieras irte con Lázaro...”

“No, Señor” prorrumpe Simón. “No. Quiero a Lázaro, pero estar contigo es estar en el paraíso. Gracias, Señor” y le besa la mano.

Hace tempo han pasado el poblado, y ya tienen encima otro aguacero. Por el camino inundado, aparecen Timoteo y Marcos que gritan: “Deteneos. Está Simón con los asnos. Lo encontré que venía. Hace tres días que viene a este lugar, y siempre con lluvia”.

Se detienen bajo un montón de ruinas que los defiende un poco del chaparrón. Pedro montado en un asno y trayendo otros detrás aparece en el sendero. Viene todo cubierto, como si fuera un fraile.

“¡Dios te bendiga, Maestro! Si ya lo había dicho que me bañaría como si me hubiese echado en el lago. ¡Ea! ¡Pronto! Todos a montarse, que tres días hace que Aera tiene tanto fuego encendido como para secarte los vestidos al pasar. ¡Pronto! ¡Pronto!... ¡Qué fachas! ¡Vaya si tenéis cabeza vosotros. ¿No podíais haberlo detenido aquí? ¡Ah! ¡Qué falta hago siempre! Ved, os lo estoy diciendo, ved que tiene los cabellos tiesos como si fuese un ahogado. Debe de estar muerto de frío. ¡Bajo esta agua! ¡Qué imprudencia! ¿Y vosotros? ¿Y vosotros? ¡Oh pedazos de...! Tú hermano eres el primero, y luego todos vosotros. Tenéis cabeza de chorlito... Parecéis unos sacos en el canal. ¡Ea, pronto! Ah, otra vez no os lo confiaré. Me muero de angustia...”

“Y de hablar, Simón” dice calmadamente Jesús, mientras el asnillo trota junto al de Pedro, que se coloca a la cabeza de la caravana borriqueña. Jesús repite: “Y de hablar. Y de hablar inútilmente. No me has dicho si ya llegaron los demás... Si las mujeres ya partieron. Si tu mujer está bien. Nada me has dicho”.

“Te lo contaré todo. ¿Pero por qué partiste bajo este aguacero?”

“¿Y tú por qué viniste?”

“Porque tenía prisa de verte, Maestro mío”.

“También Yo porque tenía premura en reunirme contigo, Simón mío”.

“¡Oh, mi querido Maestro! Cuánto te quiero. ¿Esposa, niño, casa? ¡Nada, nada! Todo carece de sabor si no estás Tú. ¿No crees que te amo así?”

“Lo creo. Sé quién eres, Simón”.

“¿Quién?”

“Un niño grandote lleno de pequeños defectos, y que ocultas bajo ellos muchas hermosas cualidades. Pero una no está sepultada y es tu honestidad en todo. Bien ¿Quién está en Aera?”

“Judas tu hermano, con Santiago, además de Judas de Keriot con los otros. Parece que Judas ha hecho mucho bien pues todos le alaban...”

“¿Te ha hecho algunas preguntas?”

“¡Muchas! A todas respondí que no sabía nada. De veras, fuera de haber acompañado a las mujeres hasta Gadara no sé otra cosa. ¿Sabes? No le dije nada de Juan de Endor. Cree que está contigo. Debes decirlo a los demás”.

“No. Tampoco lo saben. Es inútil decirlo. Pero estos borricos... por tres días... ¡Cuánto habrás gastado ¿Y los pobres?”

“Los pobres... Judas tiene mucho dinero y piensa en ellos. Los borriquitos no me cuestan nada. Los de Aera me habrían dado mil, tratándose de Ti, y sin costo alguno. Tuve que imponerme para que no viniera a tu encuentro con un ejército de burros. Timoneo tiene razón. En esta población todos creen en Ti. Son mejores que nosotros...” y da un suspiro.

“¡Simón, Simón! Nos tributaron honores en la otra parte del Jordán. Un galeote, una mujeres paganas, pecadores dieron ejemplo de perfección. Acuérdate siempre de ello, Simón de Jonás. Siempre”.

“Lo trataré, Señor. Mira, mira, allí los primeros de Aera. Mira cuánta gente. Ahí está la madre de Timoteo. Ahí tus hermanos entre la multitud. Ahí los discípulos que habías enviado adelante, ante de que llegase Judas de Keriot. Mira al hombre más rico de Aera con sus siervos. Quería que te hospedases en su casa, pero la mamá de Timoteo hizo ver que ella tenía derecho, Tú te hospedarás en su casa. ¡Mira, mira! Están furiosos porque el agua extinguió sus antorchas. Hay muchos enfermos, ¿sabes? Se quedaron en la ciudad, cerca de la entrada, para que te puedan ver al punto. Los acogió uno que tiene una tienda de leña. Hace tres días que están allí. Pobre gente. Nos hacíamos cruces viendo que no llegabas”.

Los gritos de la gente impiden que Pedro continúe hablando. Se calla, pero se queda al lado de Jesús, como si fuera su escudero. La multitud se acerca compacta. Ahora se divide, y Jesús pasa en su borriquito, bendiciendo a todos, bendiciendo siempre.

Entran en la ciudad.

“Los enfermos, pronto” dice Jesús que no se cuida de las protestas de los que quisieran que se resguardase bajo su techo, y que quieren darle algo de comer y algo de calor porque temen que le vaya a pasar algo. “Ellos sufren más que Yo” les responde.

Dan vuelta a la derecha. Ahí está el pobre tendejón de leña. La puerta está abierta y un grito de lamento sale de él: “¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!”

Es un coro de súplicas, constante como una letanía. Voces de niños, de mujeres, de hombres, de ancianos. Tristes como balidos de ovejas que sufren, pesarosos como de madres que están muriendo, reducidos a nada como a quien le queda una sola esperanza, temblorosas como quien sabe que no tiene otra cosa más que llorar...

Jesús entra en el tendejón. Levanta su mano derecha y con su potente voz dice: “A todos los que crean en Mí, salud y bendición”.

Vuelve a su asno y hace como si quisiese volver atrás, pero la multitud lo rodea, los curados están a su alrededor. A la luz de las antorchas, que protegen los portales, se ve la multitud que enloquece de alegría aclamando al Señor, que como que desaparece en medio de los niños que sus mamás le prestan entre los brazos, en las piernas, y hasta por el cuello del borriquito, sosteniéndolos, para que no caigan. Por los brazos de Jesús hay niños con floritas, y Él, feliz sonríe. Los besa, porque no puede bendecirlos. El turno de los niños concluye, es el de los ancianos curados quienes lloran de alegría, y le besan el vestido, cosa que hacen también los hombres y las mujeres... ya es de noche cuando entra en la casa de Timoneo donde puede descansar un poco al arrimo del fuego y secarse sus mojados vestidos.

161. Jesús predica en Aera

7 octubre 1945

Jesús está hablando en la plaza principal de Aera: "...No os voy a recordar, como en otras partes lo hice, las primeras e indispensables cosas que tienen que saberse para salvarse. Las sabéis, y muy bien, por obra de Timoneo, sabio sinagogo de la ley antigua, y ahora sapientísimo, porque la rejuvenece en la nueva. Os quiero poner en guardia contra un peligro que en el estado de ánimo en que os encontráis no podríais prever. Y se trata del peligro de que os apartéis, debido a presiones e insinuaciones de que os separéis de la fe que tenéis en Mí. Os dejaré a Timoneo por un poco de tiempo, y junto con otros os explicará las palabras de la Escritura a la nueva luz de mi verdad que abrazó. Pero antes de dejaros, después de haber escudriñado vuestros corazones y haberlos encontrado sinceros e su amor, llenos de voluntad y humildes, quiero comentar con vosotros un pasaje del libro de los Reyes¹.

Cuando Senaquerib atacó a Ezequías, vinieron a éste para aterrorizarlo tres de los grandes del bando enemigo. Querían infundirle temor por las alianzas hechas, y con el poder que tenían, A las palabras de uno de los enviados, Eliacim, Sobna y José respondieron: "Háblanos de modo que el pueblo no entienda" y esto era para que el pueblo aterrorizado no pidiese la paz. Pero los enviados de Senaquerib, pues tal pretendían, con gozo en el cuello dijeron en hebreo perfecto: "Que no os conduzca Ezequías... Buscad en nosotros lo que es útil, y rendíos y cada uno podrá comer de su viñedo, de su higuera, y beber del agua de sus pozos, hasta que se nos transporte a una tierra semejante a la vuestra, en una tierra fecunda y fértil en vino, a una tierra abundante de pan y de uvas, a una tierra de olivos, de aceite, de miel y viviréis y no moriréis de hambre..." Y está escrito en el Libro que: "El pueblo no respondió porque el rey le había ordenado que no lo hiciese".

Ved, pues. También Yo, por piedad de vuestras almas a las que asaltan todavía enemigos más feroces que los de Senaquerib, que podrían atacar el cuerpo pero no el espíritu, he rogado a estos enemigos que atacan vuestro espíritu y que son enviados del más cruel y embrutecido déspota que puede existir en lo creado, y que tratan de aterrorizarnos con amenazas de grandes castigos, les he rogado diciendo: "Háblame a Mí solo, pero dejad en paz las almas que nacen a la luz. Torturadme atormentadme, matadme pero no os ensañéis contra estos pequeños de la luz. Todavía están débiles. Un día serán fuertes. No los hiráis. No hiráis la libertad de su espíritu en elegir un camino. No infiráis mal al derecho de Dios de llamara a Sí a los que lo buscan con simplicidad y amor".

¿Pero puede alguien que se encuentre bajo el tóxico del odio ceder a las plegarias de aquel a quien odia? ¿Puede uno que es presa del odio, conocer el amor? No puede. Por lo cual con mayor dureza, y siempre con mayor os vendrán a decir: Que no os seduzca el Mesías. Venid con nosotros y tendréis toda clase bienes" Y añadirán: "¡Ay de vosotros si lo seguís! Se os perseguirá" Y con una bondad infinita os solicitarán: "Salvad vuestras almas. Él es un Satanás". Os dirán muchas cosas contra Mí, tantas como para poder persuadiros a que dejéis la luz.

Yo os digo: "Responded a los tentadores con el silencio". Después, cuando la fuerza del Señor² haya descendido en el corazón de los fieles de Jesús, al Mesías y Salvador, entonces podréis hablar, porque no seréis quienes habéis sido sino el mismo Espíritu de Dios, y vuestros espíritus están robustecidos con la gracia, fuertes e invencibles en la fe.

Perseverad. No os pido más que esto. Recordad que Dios no puede condescender con los sortilegios de su enemigo. Que la presencia de vuestros enfermos, de los que ha recibido consuelo y paz en sus corazones, hable entre vosotros de quién es el que vino a deciros: "Perseverad en mi amor y en mi doctrina y tendréis el reino de los cielos". Mis obras hablan mucho mejor que mis palabras, y *aun cuando la bienaventuranza perfecta consista en creer sin tener necesidad de pruebas*, os he permitido ver los prodigios de Dios para que os

¹ Cfr. 4 Rey. 18, 13-37.

².Alusión a Pentecostés. Cfr. Hech. 2.

fortifiquéis en la fe. Respondeos a vosotros mismos cuando os sintáis tentados del enemigo de la luz: “Creo porque vi a Dios en sus obras”. Responded a vuestros enemigos con un silencio que vale. Y con estas dos respuestas adelantad a la luz. La paz sea con vosotros”.

Les despiden. Sale fuera de la plaza.

“¿Por qué les hablaste tan poco, Señor? Timoneo se puede sentir desilusionado” dice Natanael.

“No se sentirá porque es un justo y comprende que advertir *a alguien de un peligro es amarlo con un amor mucho más fuerte*. El peligro está presente”.

“Siempre los fariseos, ¿eh? Pregunta Mateo.

“Ellos y otros”.

“¿Te sientes desanimado, Señor?” pregunta angustiado Juan.

“No. No más de lo acostumbrado...”

“Pero en los días anteriores estabas más contento...”

“Será que se siente triste por no tener consigo más discípulos. ¿Pero por qué los despachaste? ¿Quieres acaso continuar el viaje?” pregunta Iscariote.

“No. Este es el último lugar del viaje. De aquí nos vamos a casa. Las mujeres no podían continuar este viaje con tan mal tiempo. Soportaron mucho. No debe de pedirseles más”.

“¿Y Juan?”

“Juan, enfermo, está en una casa hospitalaria como lo estuviste tú”.

Jesús se despiden de Timoneo y de otros discípulos que se quedan en la región y a los que dio órdenes determinadas para lo futuro, porque no repite otros consejos.

Están ahora en la puerta de la casa de Timoneo porque Jesús quiso bendecir una vez más a la dueña. La multitud, respetuosa lo mira y lo sigue cuando toma el camino hacia las afueras, a través de las huertas, hacia el campo abierto. Los más tenaces lo siguen por un rato en grupo siempre menor hasta que quedan unos nueve, luego cinco, después tres, finalmente uno... Y este uno también regresa a Aera, mientras Jesús toma la dirección que lleva al occidente, solo con los doce apóstoles, pues Ermasteo se quedó con Timoneo.

Jesús dice:

“Es el viaje, el segundo gran viaje apostólico que ha terminado. Ahora se vuelve a las campañas conocidas de Galilea.

Pobre María, estás más aniquilada que Juan de Endor. Te autorizo a omitir las descripciones de los lugares. Hemos ya proporcionado bastante a los investigadores curiosos. Siempre los habrá. Pero ahora basta. Las fuerzas te faltan, guárdalas para cuando haya que escribir las palabras. Con el mismo esfuerzo con que Yo comprobaba la inutilidad de tantas fatigas mías, compruebo la inutilidad de tantas fatigas tuyas. Por esto te digo: “Dedícate tan solo a las palabras”.

Eres el “portavoz” ¡Oh! que se te aplican aquellas palabras: “Tocamos los instrumentos y no cantasteis, entonamos lamentos y no llorasteis”³. Repetiste tan solo mis palabras, y los doctores quisquillosos arrugaron la nariz. Uniste mis palabras a tus descripciones y se ríen. Volverán otra vez a encontrar de qué reírse. Estás agotada. Te diré cuando debas describir el viaje. Yo solo. Ya va aun año que a momentos te empleo. Pero ¿quieres antes de que termine de descansar sobre mi Corazón? Ven, pues, pequeña mártir...”

162. María y Matías

8 octubre 1945 y 20 agosto 1944

Vuelvo a mirar el lago Merón en un día gris lluvioso... Lodo y nubes. Silencio y neblina. El horizonte desaparece entre la niebla. Las cadenas del Hermón están sepultadas bajo montones de nubes. Pero desde este lugar –que es una meseta cercana al pequeño lago todo

³ Cfr. Mt 11, 16-19; Lc. 7, 31-35.

gris y amarillento con el lodo de tantos riachuelos y por el cielo de noviembre lleno de nubecitas— se ve este pequeño espejo de agua que alimenta el alto Jordán que se ensancha después para ir a desembocar en el gran lago de Genesaret.

Bajo una tarde siempre más triste y lluviosa, mientras Jesús va caminando por el sendero que corta el Jordán después del lago Merón para tomar una vía directa que lleve a casa...

(Jesús dice: "Aquí pondrás la visión de Matías y María huérfanos, que tuvo lugar el 20 de agosto de 1944".)

Otra dulce visión de Jesús y de dos niños.

Digo esto porque veo a Jesús que pasa por una vereda entre dos campos sembrados recientemente, porque la tierra está todavía suelta y negruzca, como cuando acaba de sembrarse, y que se detiene a acariciar a dos pequeñuelos: a un niño que tendrá unos cuatro años y a una niña de unos ocho o nueve. Deben ser muy pobres porque sus vestiditos son de garras. Sus caritas están llenas de tristeza y sufrimiento.

Jesús no les pregunta nada. Los mira fijamente mientras los acaricia. Luego se apresura a ir a una casa que está al final de la vereda: es una casa de campiña pero bien arreglada, con una escalera externa que sube del suelo a la terraza en que hay una parra, que ahora está sin racimos ni hojas, a no ser una que otra ya muy amarillas que están colgadas y que ondean a la caricia del viento húmedo de un día negruzco de octubre. En el parapeto de la casa hay palomos que giran esperando el agua que promete el cielo gris y lleno de nubes.

Jesús, a quien siguen los suyos, empuja el rústico cancel y entra en el patio, diríamos en la era, donde hay un pozo y en un rincón un horno. Supongo que sea ese cuchitril que tiene las paredes más ahumadas, y de donde sale humo que el viento empuja contra la tierra. Al ruido de los pasos se asoma una mujer a la puerta del cuchitril y al ver a Jesús lo saluda con alegría y corre a dar la nueva al dueño de la casa.

Es un vejete todavía gordo que sale a la puerta y presuroso va Jesús: "Gran honor, Maestro, verte" le dice por saludo.

Jesús lo saluda con: "La paz sea contigo" y añade: "La tarde está cayendo y la lluvia está cerca. Te pido un refugio y un pan para Mí y para mis discípulos".

"Entra, Maestro. Mi casa es tuya. La sierva está preparando el pan. Estoy muy contento de ofrecértelo con el queso hecho de la leche de mis ovejas y con los frutos de mi huerto. Entra, entra, que el viento está húmedo y frío". Y con mucha cortesía sostiene la puerta abierta inclinándose cuando pasa Jesús. Pero luego cambia de tono al dirigirse a alguien que está viendo y enojado dice: "¿Todavía estás aquí? Lárgate. No hay nada para ti. Lárgate. ¿Entendiste? Aquí no hay lugar para los vagabundos..." y entre dientes refunfuña: "y tal vez hasta ladrones como tú".

Una voccita en llanto responde: "Piedad, señor. Un pan al menos para mi hermanito. Tenemos hambre..."

Jesús que había entrado en la cocina que rebosa de alegría con su fuego que la alumbra, se asoma al umbral. Tiene ya su rostro cambiado. Enérgico pero con tristeza pregunta no al dueño de la casa, sino en general, como si preguntase a la era, a la higuera que no tiene ya hojas, al pozo oscuro: "¿Quién tiene hambre?"

"Yo, Señor, yo y mi hermanito. Un pan solo y nos vamos".

Jesús está ya afuera, en medio del aire cada vez más oscuro por el atardecer y por la lluvia que se aproxima. "Acércate" dice.

"Tengo miedo, Señor".

"Ven aquí, te lo mando. ¡No tengas miedo de Mí!"

De la esquina de la casa se asoma la pobre niña. A los jirones de su vestido viene agarrándose su hermanito. Se adelantan temblando de miedo. Mira a Jesús con temor y con terror al dueño de la casa que abre tamaños ojos y dice: "Son unos vagabundos, Maestro, y

ladrones. Hace poco encontré a esa niña que raspaba la prensa de las aceitunas. Quería entrar a robar. Quien sabe de dónde vienen. No son de este lugar”.

Jesús parece como si no le hiciese caso. Mira detenidamente a la niña de carita demacrada y de cabellera desordenada, que son dos colitas al lado de las orejas, amarradas con una cinta de trapo viejo. El rostro de Jesús refleja dulzura al ver a la pobrecita niña. Se le nota que hay tristeza, pero que sonríe para darle valor: “¿Es verdad que querías robar? Di la verdad”.

“No, Señor. Pedí un poco de pan porque tengo hambre. No me lo dieron. Vi allí un pedazo, estaba tirado en la tierra, junto a la prensa, y quise ir a cogerlo. Tengo hambre, Señor. Ayer me dieron un solo pan y fue para mí y para Matías... ¿Por qué no nos echaron al sepulcro con mi mamá?” La niña llora sin consuelo y su hermanito la imita.

“No llores”. Jesús la consuela, la acaricia, la atrae hacia Sí.

“Dime de dónde eres”.

“De la llanura de Esdrelón”.

“¿Y viniste hasta aquí?”

“Sí, Señor”.

“¿Hace mucho tiempo que murió tu madre? ¿No tienes padre?”

“Mi padre murió porque lo mató el sol cuando era la cosecha del trigo y mi mamá murió la luna pasada... ella y el niño que nació...” El llanto es mayor.

“¿No tienes ningún familiar?”

¡Vinimos de muy lejos! No éramos pobres... Mi papá tuvo que meterse a servir. Ya murió y mi mamá con él”.

“¿Quién era el dueño?”

“El fariseo Ismael”.

“¡El fariseo Ismael!... (no puede traducirse ni describirse el modo como Jesús repite este nombre). ¿Te viniste porque quisiste o porque te arrojaron?”

“Me arrojaron, Señor. Dijo: “¡A la calle los perros hambrientos!””

“Y tú, Jacob, ¿Por qué no has dado pan a estos niños? ¿un pan, un poco de leche y un puñado de heno para que durmiesen y reparasen su cansancio?”

“Pero... Maestro... apenas si alcanza para mí... y la leche es poca... y tenerlos en casa... Estos son como animales errantes... si se les hace buena cara, nunca se van...”

“¿Y te falta lugar y alimento para estos infelices? ¿Puedes decirlo con la mano en el pecho, Jacob? La cosecha de tus trigales, la abundancia del vino, del aceite y de las frutas, todo lo que te ha hecho famoso este año, ¿por qué te vinieron? ¿Te puedes acordar? Hace dos años el granizo te destruyó tus posesiones y estabas preocupado por tu vida... Vine y te pedí un pedazo de pan... me habías oído hablar cierto día y me creíste... llevado de tu dolor me abriste el corazón y tu casa y me diste pan y refugio. Yo al salir, ¿qué te dije esa mañana?” “Jacob, has comprendido la verdad. Procura ser siempre misericordioso y tendrás misericordia. Por el pan que diste al Hijo del Hombre, estos campos te darán abundantes mieses, tus olivos estarán llenos como llena está la playa de arena y tus árboles frutales doblarán sus ramas del peso”. Lo viste y eres el más rico de la región este año. ¿Y niegas un pan a dos niños?...”

“Pero Tú eres el Rabbí...”

“Por lo mismo, podría convertir estas piedras en pan. Estos no pueden hacerlo. Ahora te digo: verás un nuevo milagro y te desagradará, *te desagradará mucho*... Y cuando lo veas, golpéate el pecho diciendo: “Me lo merecí””. Jesús se vuelve a los niños: “No llores. Id a ese árbol y tomad frutas”.

“Si no tiene ni hojas, Señor” replica la niña.

“Ve”.

La niña va y regresa con manzanas frescas y bonitas en su faldita.

“Comed y venid conmigo” dirigiéndose a sus apóstoles: “Vamos a llevar a estos dos pequeñuelos a Juana de Cusa. Ella se acuerda siempre de los beneficios recibidos y tiene misericordia por amor de quien tuvo para con ella. Vámonos”.

El vejete sin saber qué hacer y apenado, trata de obtener perdón: “Ya es de noche, Maestro. Puede llover de un momento a otro. Vuelve a entrar en mi casa. Mira que la sierva acaba de sacar el pan del horno... También te daré para estos”.

“No es necesario. No me lo das por amor sino por el miedo del castigo que te dije”.

“¿No es este (y señala las manzanas que se cortaron del árbol y que ávidamente comen los niños), no es este, pues, el milagro?”

“No”. Jesús está muy irritado.

“¡Oh, Señor, Señor, ten piedad de mí! ¡Lo he comprendido! Me quieres castigar en las mieses. Piedad, Señor”.

“No todos lo que me llaman “Señor” podrán tenerme a su lado, porque no con palabras sino con acciones se da prueba del amor y del respeto. Se te compadecerá como antes”.

“Yo te amo, Señor”.

“No es verdad. *Me ama quien ama*, porque así he enseñado. Tú no amas más que a ti mismo. Cuando me ames como he enseñado, el Señor regresará. Ahora me voy. Mi razón de estar aquí es por hacer el bien, por consolar a los afligidos, por secar las lágrimas de los huérfanos. Como una gallina extiende sus alas para proteger sus polluelos indefensos, así extendiendo mi poder sobre los que sufren y son atormentados. Venid, niños. Pronto tendréis casa y pan. Adiós, Jacob”.

No contento con irse, hace que tomen a la niña cansada en sus brazos. Es Andrés quien lo hace y la cubre con su manto. Jesús toma al niño y se van, por el sendero oscuro, con su carga que no llora más.

Dice Pedro: “¡Maestro! Qué suerte tuvieron estos que hubieses llegado a tiempo. ¡Pero para Jacob!... ¿Qué le vas a hacer, Maestro?”

“Justicia. No conocerá el hambre porque tiene repletas sus trojes por mucho tiempo, pero sí la tristeza al ver que sus espigas no tendrán grano y que sus olivares y manzanares no tendrán más que hojas. Estos inocentes recibieron el pan no de Mí, sino del Padre, porque Él es mi Padre y Padre también de los huérfanos, el que da nido y sustento a los pájaros de la selva. Estos podrán decir, como todos los miserables, los miserables que saben ser “hijos inocentes y amorosos”, que Dios puso en sus manitas el pan y que con su mano paternal los llevó a un techo que les dio refugio”.

La visión termina así. Y me quedo sumergida en gran sosiego.

163. “La frecuencia de los sacramentos es inútil si falta la caridad”

20 y 21 agosto 1944

Dice Jesús:

“Esto es para ti, alma que lloras, al mirar las cruces del pasado y los nubarrones que están por venir. El Padre tendrá siempre un pan que ponga en tus manos y un nido en que se recoja la tórtola que gime.

Para todos sea la siguiente enseñanza de que Yo soy el “Señor” justo. No se me engaña y no se me adula con mentirosos halagos.

El que cierra su corazón al hermano lo cierra a Dios, y Dios a él.

El primero de los mandamientos es: Amor, y amor. Quien no ama, dice una mentira al llamarse cristiano. Es inútil la frecuencia de los Sacramentos de los ritos, inútil la plegaria si falta la caridad. Se convierten en fórmulas y aun en sacrilegios. ¿Cómo podéis acercaros al Padre eterno y saciar vuestra hambre, después de que negasteis un pan a uno que moría de ella? ¿Es más precioso vuestro pan que el mío, más santo? ¡Hipócritas! No me pongo a hacer cálculos cuando socorro vuestra miseria, y vosotros, vosotros que lo sois, no tenéis piedad de miserias, que a los ojos de Dios no son odiosas como las vuestras. Pues esas son desgracias pero las vuestras son pecado. Muchas veces me decís: “Señor, Señor” para que me muestre

benigno, con *vuestros* intereses. Pero no lo decís por amor al prójimo, ni hacéis cosa alguna en nombre del Señor por el prójimo.

Mirad: en la colectividad y como individuos, ¿qué os ha dado esa mentirosa religión, falta de verdadera caridad? El haber abandonado a Dios. El Señor regresará cuando sepáis amar como enseñé. Pero a vosotros, pequeña grey que sufre, siendo buena, digo: “Nunca sois huérfanos. Ni jamás estáis abandonados. Primero debería de no existir Dios antes de que faltase a su Providencia. Tended la mano: el Padre cual un “padre” os da todo con su amor que no humilla. Secaos las lágrimas. Os tomo y os llevo porque tengo piedad de vuestra flaqueza”. El hombre es lo más amado de lo creado. ¿Podréis imaginar que el Padre tenga más compasión por el pajarito que por el hombre fiel? ¿Él que es un magnánimo aun con el pecador y que le da tiempo y modo de llegarse a Sí? ¡Oh, si el mundo comprendiese lo que es Dios!

Quédate en paz, María. Te quiero como a los dos huérfanos que viste y mucho más. Quédate en paz. Estoy contigo”.

Dice Jesús:

Cuando te descubro episodios desconocidos de mi vida pública oigo el coro de los doctores quisquillosos que dice: “Pero de esto no se hace mención en los evangelios. ¿Cómo puede decir esta: Yo lo vi?” A estos respondo con palabras de los evangelios.

“Y Jesús iba por todas las ciudades y poblados enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino y sanando todas las enfermedades y desgracias” dice Mateo¹.

Todavía más: “Id a contar a Juan lo que visteis y oísteis: los ciegos ven, los baldados caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena nueva”²

Además: “¡Ay de ti Corozaim, ¡ay de ti! Betsaida, porque si en Tiro y Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han hecho en medio de ti, hace tiempo que hubieran hecho penitencia con cilicio y ceniza... Y tú, Cafarnaúm, ¿serás exaltada hasta el cielo? Bajarás hasta lo más profundo, porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que se hicieron en ti, tal vez todavía existiría”³

Y Marcos: “y lo siguió una gran multitud de Galilea, Judea, Jerusalén, Idumea y de otras partes del Jordán. También de las partes vecinas de Tiro y Sidón venía mucha gente a Él, porque habían sabido de las cosas que hacía...”⁴

Y Lucas: “Jesús iba por las ciudades y poblados predicando y anunciando la Buena nueva y el reino de Dios y con Él iban los doce y algunas mujeres que habían sido libradas de los espíritus malignos y enfermedades”⁵

Y Juan: “Después de esto Jesús fue a la otra parte de Galilea y lo seguía una gran multitud porque vio los prodigios que Él había hecho en los enfermos”⁶

Y como Juan estuvo presente, él mismo da testimonio de mi ministerio de tres años con estas palabras: “Ese es aquel discípulo que vio tales cosas y las escribió. Sabemos que su testimonio es verdadero. Hay otras cosas que hizo Jesús, que si se escribiesen una por una, pienso que en todo el mundo no cabrían los libros que se escribiesen sobre ellas”⁷

Y ahora ¿Qué dicen los doctores cavilosos?

Si mi bondad para socorrer a un alma que me ama y que lleva mi cruz por vosotros –me la quitó de las espaldas, se la puso encima porque me ama hasta el punto de querer morir con la

¹ Cfr. Mt. 4, 23; 9, 35.

² Cfr. Mt. 11, 1-6; Lc. 7, 18-25.

³ Cfr. Mt. 11, 20-24; Lc. 10, 13-15.

⁴ Cfr. Mc. 3, 7-12; Mt. 12, 15-16; Lc. 6, 17-19.

⁵ Cfr. Lc. 8, 1-3; (Mt. 4, 23; 9, 35)

⁶ Cfr. Ju. 6, 1-2; Mt. 14, 13-14; Mc. 6, 31-35; Lc. 9, 10-12.

⁷ Cfr. Ju. 21, 24-25; cfr. también 20, 30-31.

condición de que no esté afligido— si mi bondad para sacudirlos del sopor en que morís os revela episodios conocidos de su ministerio, ¿queréis reprocharle esto a ella? Verdaderamente que no sois dignos de este don y esfuerzo de vuestro Salvador para arrancaros del miasma en que os ahogáis. Pero ya que os lo doy, aceptadlo y levantaos. Son nuevas notas en el coro que cantan mis evangelios. Ojalá sean capaces de despertar vuestra atención ante los episodios que conocéis y ante los que permanecéis inertes, además de los que leéis tan a la carrera y con el corazón en otras partes.

¿Queréis pensar que en tres años obré tan sólo los pocos milagros referidos? No penséis que tan sólo hayan sido curadas las mujeres de que se hace mención, ni que tan pocos hayan sido los prodigios realizados. Si la sombra de Pedro sanaba⁸, ¿qué no habría hecho la mía? ¿Qué no mi aliento? ¿Qué no mi mirada? Acordaos de la hemorroisa: “Si logro tocar la punta de su vestidura, me curaré”⁹. Y así fue. De Mí emanaba el poder de hacer milagros continuamente. Había venido para llevar a Dios y abrir los diques del amor, cerrados un día por el pecado. Siglos de amor se extendían como oleadas sobre el pequeño mundo palestino. Todo el amor de Dios por el hombre, que finalmente podía expandirse como había anhelado, para redimirlos hombres antes con el amor que con la sangre.

Me diréis: “¿Pero por qué a esta que es una piltrafa humana?” Os responderé cuando esta a quien despreciáis y a quien amo, esté menos fatigada. Mereceríais que no os respondiera como hice con Herodes, pero quiero hacer esfuerzos para redimiros, a vosotros a quienes el orgullo impide ser persuadidos”.

21 de Agosto.

Dice Jesús:

“Os responderé con palabras del apóstol Pablo: “Los miembros que parecen los más débiles son los más necesarios; los que tenemos por menos nobles en el cuerpo, los revestimos mejor; y los menos púdico, los tratamos con mayor respeto, entre tanto que las partes honestas no tienen necesidad de reservas. Dios, pues, arregló así el cuerpo de modo que se tribute mayor honor a los miembros que no lo tenían”¹⁰ ¿Pensáis que ésta “pequeña voz” se imagine ser algo grande? Si le preguntaseis, responderá: “Soy el miembro más débil e innoble del Cuerpo de Cristo” Esto os respondería con *verdadera* sinceridad. Pero no se lo creeríais porque cada uno mide conforme lo que es. Cuando vosotros decís sin humildad, ni sinceridad: “Soy malo” lo hacéis para que se os diga: “No es verdad. Sois bueno”; y os recreáis en ello; y si hay alguien sincero que sabiendo que sois poco buenos o nada, por caridad guarda silencio, pero no os alaba por ser sincero, os enojáis contra él y lo odiáis, porque no os alaba; pero vosotros que podéis creer que esta sea sincera. Yo, Yo que leo su pensamiento y veo su interior sé si ella piensa o no piensa así. Cuántas veces, cuando su alma se dirige a Dios, debe asegurarla con palabras muy claras, porque ella dice: “¿Pero cómo es posible que Tú, Señor, me hayas tomado a mí, que no valgo nada, que he faltado tanto y que sigo faltando?” Y llega hasta dudar de Mí, porque le parece imposible que la haya escogido para esta misión.

Se cree débil y muy débil. Si se le compara con la Perfección es más débil que el cabello de un recién nacido. Se tiene por innoble. Si la comparamos con Dios es menos que un gusano nacido en el lodo. Pero tiene una fuerza única: *que es su amor total*. Cuando da y se da, no piensa jamás en sí, ni si de allí podrá recabar algo útil. Piensa en agradarme, en serme útil sólo a Mí, haciéndose por esto odiosa al mundo. Como un ser mortal ha llegado a odiarse, con ese *santo odio* que enseñé cuando dije: “El que quiere salvar su vida (terrena) la perderá (también la eterna) y quien por mi amor la pierda, la tendrá”. Santo odio de quien ha comprendido mis palabras.

⁸ Cfr. Hech, 5, 12-16.

⁹ Cfr. Mt. 9, 20-22; Mc. 5, 25-34; Lc. 8, 43-48.

¹⁰ Cfr. 1 Cor. 12, 12-30 (22-24)

La escogí por este amor que sobrepuja sus debilidades. Un día, tomé un niño y lo puse en medio de mis apóstoles para darles un ejemplo, porque el niño ama con toda su capacidad y no tiene pensamientos de orgullo. El *pequeño* niño, el infante, porque la semilla de Satanás produce como primera espiga suya la soberbia y florece cuando la semilla se convirtió en tallo, y luego produce la segunda espiga que es la del sentido, y la tercera que puede ser la del poder o del dinero. Pero la primera es siempre la soberbia, y germina en los labios que apenas olvidaron la dulce leche materna.

Quiero que mis discípulos sean pequeños como los infantes para darles las palabras de vida. Qué bellos eran cuando venían a Mí con sus manitas llenas de flores y me decían: “Ten y se escapaban corriendo en medio de su sonrisa, y volvían otra vez con más flores, llevados de su amor, llenos de confianza, sinceros, cariñosos. Quiero infantes en el mundo para santificarlo. Deberíais ser buenos, porque la inocencia de los niños es un ser del cielo, un ser que mana pureza y paz, que habla sin hablar, de Dios que lo hizo; que impone, sin hablar, respeto por lo que es de Dios; que implora piedad y amor para su edad que no está manchada, para su debilidad que es digna de ser amada, que es una flor de vuestro prójimo como, lo es el enfermo y el que sufre; el primero una flor blanca, los segundos color de rosa y violeta, flores que deberíais amar ante todos los prójimos a quien hay que amar. Ahora bien, como la inocencia de la niñez no basta, creo niños espirituales que llenos de una ciencia que no tenéis, son humildes, sencillos, dignos de confianza, francos cual niños que van riendo cuando dan sus primeros pasitos, y saben y lo saben *muy bien* que sin la mamá caerían y por eso nunca la dejan.

También *ésta* nunca me deja. Esta es la razón por qué a ella y a los que son como ella, miembros débiles –así os parece– miembros innobles –así lo pensáis– se da lo que a vosotros no se concede.

En mi Cuerpo místico son exactamente estos miembros que desprecia el mundo de los soberbios los que hacen más. Un dedo no es el cerebro, pero ¿qué haría sin el dedo? No podríais ni siquiera realizar los actos más comunes y humildes de la vida; seríais como recién nacidos envueltos en pañales, que son incapaces de tomar entre sus manitas la teta y llevarla a los labios, si la mamá no lo hace. Seríais, aunque doctísimos y muy inteligentes, incapaces de hacer eterno vuestro pensamiento en el papel.

Así esta. Es un dedo... Y a esta parte pequeñita confié una misión y es la de llamar vuestra atención a la luz y señalároslo. La luz que quiere volver a encenderos, a vosotros que sois lámparas llenas de humo bajo los vapores del racionalismo, o apagadas por muchas razones que parten por la falta de amor al prójimo, y porque amáis el dinero, los sentidos. Así pues, arrodillaos. No ante esta “pequeña voz”, sino ante la palabra que habla. La “pequeña voz” repite mis palabras. Instrumento de Dios. Adorad al Señor que habla. *El Señor*. La “pequeña voz” es anónima. Quiere que quede desconocida en el mundo. *Después* no lo será. Ahora no es más que “voz”. Es la que trae mi voz. Su honra es un martirio porque toda elección que hace Dios es crucifixión del ser.

No os pido que la améis, para eso basto Yo y no pide otra cosa. Pero quiero que la dejéis en paz con el respeto que se debe tener para quien es instrumento de Dios”.

164. “No hay miseria que Jesús no pueda cambiar en riquezas”

21 agosto 1944

Dice María:

Habla María, la Mamá. Mi Jesús habló de la infancia del espíritu, requisito necesario para conquistar el reino. Ayer te mostré una página de su vida de Maestro. Viste los niños. Los pobrecitos niños. ¿No se podría añadir otra cosa? Sí, te la digo a ti, a quien quiero hacer cada vez más amable ante los ojos de Jesús. Es un matiz en el cuadro que habló a tu corazón para

el de muchos. Pero son los matices los que hacen bellos el cuadro y los que revelan la capacidad del pintor y la sabiduría del observador.

Te quiero hacer notar la humildad de mi Jesús

Esa pobre niña no trata de manera diversa a mi Hijo que al pecador de corazón de piedra. No sabe si es el Rabbí ni el Mesías. Es algo así como una salvajita que ha vivido en el campo, en un lugar donde se despreciaba al Maestro; y como el fariseo Ismael lo despreciaba, por eso nunca había oído hablar de Él, ni lo había visto.

Sus padres, destrozados en un trabajo duro que les impuso su cruel patrón, no tuvieron tiempo ni siquiera de levantar la cabeza de los terrones de tierra que con el sudor regaban. Tal vez oyeron, mientras cortaban el heno o segaban o recogían las frutas o vendimiaban, o aplastaban las aceitunas con la pesada piedra, algún grito de hosanna y por un momento levantaron su cabeza, pero el miedo y cansancio los habrán hecho volver a bajarla bajo su yugo. Y estaban muertos pensando que el mundo era sólo odio y dolor, mientras que en el mundo había amor y bien, desde que los santísimos pies de mi Hijo lo pisaban. Siervos desagradecidos de un despiadado patrón. Murieron sin haber encontrado una sola vez la mirada y sonrisa de Jesús, ni oído su palabra que daba riqueza al espíritu, por la que los indigentes se sentían ricos, los hambrientos llenos, los enfermos sanos, los que sufrían consolados.

Y Jesús no dijo: “Yo que soy el Señor, te ordeno que hagas esto”. Conserva su anonimato.

Y la niña es muy ignorante y no comprende aun después del milagro ante el árbol que le dio las frutas, quién es el que le habla y continúa llamándolo “Señor” como llamaba al cruel Jacob y a su patrón Ismael. Se siente atraída por el buen señor, porque la bondad siempre atrae. Pero no más. Lo sigue con confianza. Lo ama al punto, por instinto, ese pobrecito ser perdido en el mundo y en la ignorancia que este crea y que crean “los grandes y poderosos de él” que quieren tener en las tinieblas los inferiores para poder torturarlos con más ganancia y disfrutarlos con más perversidad. Después ella llegará a saber quién era el “Señor” que pobre como ella, sin casa, ni alimentos, ni mamá, porque todo lo había dejado por amor al hombre, ahora le había hecho un milagro al proporcionarle frutas, y que quiso quitarle de los labios y del corazón la amargura de la perversidad humana, que crea odio en los miserables contra los poderosos.

Esas manzanas recordaban la del paraíso terrestre, recordaban que estaban en la rama para el bien y para el mal. Con el bien habrían redimido a los niños de su miseria, sobre todo de la ignorancia de Dios, y habrían señalado el castigo para él que conociendo ya la Palabra, se había comportado como si la ignorase. Más tarde por boca de otros sabrá quién fue el que la acogió, y que para ella fue muchas veces salvador, que la libró del hambre, de la intemperie, peligros del mundo, y la limpió de la culpa original.

Para ella Jesús siempre tuvo la luz de aquel día y en ella se le apareció con una bondad increíble. Vio al Señor que la hizo olvidar que no tenía padre, ni madre, ni techo, ni vestido, porque Él había sido para ella como un padre, dulce como una madre y había dado nido a su cansancio y vestido a su desnudez al envolverla en su manto como lo hicieron los demás que iban con Él.

Se le quedó una luz que no terminó ni aun cuando supo que Él había muerto atormentado en una cruz, ni cuando vio el rostro de ese “Señor” herido con las espinas. Fue una luz que le sonrió hasta en su última hora en que estuvo sobre la tierra, y que la condujo sin temor a su Salvador, una luz que le sonríe todavía en la brillantez del Paraíso.

También Jesús así te mira. Mirala siempre como tu homónima y sé feliz con este amor. Sé simple, humilde, fiel como la pobre pequeña María que conoces. Ve a dónde llegó, no obstante haber sido una pobre ignorante de Israel: el Corazón de Dios. El Amor se le reveló como a ti, y se hizo docta en la verdadera sabiduría.

Ten fe y paz. No hay miseria que mi Hijo no pueda cambiar en riquezas y no hay soledad que no pueda llenar, así como no hay falta que no pueda borrar. El pasado no existe, cuando el amor lo borra. Ni siquiera el pasado más horrendo., ¿Quieres tu temer, si no tuvo miedo Dimas el ladrón? Ama y no tengas miedo de nada.

La mamá te deja con su bendición”.

165. “Quisiera que los huerfanitos tuviesen una madre”

11 octubre 1945

El lago de Tiberíades es una plancha gris. Parece como si fuera de mercurio por lo pesada que parece su superficie, que ni siquiera permite que haya la más pequeña onda, que ni siquiera echa espuma, y firme y estancado no se mueva. Ha uniformado sus aguas sin brillo bajo un cielo sin esplendor.

Pedro y Andrés están alrededor de la barca, Santiago y Juan cerca de la suya. Se preparan para partir de la pequeña playa de Betsaida. Olor a hierba y a tierra empapada de agua. Nubes ligeras sobre los hierbales que van hacia Corozaim. Tristeza de noviembre sobre todas las cosas.

Jesús sale de la casa de Pedro con los pequeños Matías y María de la mano. Porfiria con su cuidado maternal adaptó un vestido de Marziam a María. Pero Matías es muy pequeño para poder tener uno igual y todavía está temblando de frío bajo su tuniquita de algodón. Porfiria, compasiva, vuelve a casa y sale con un pedazo de cobija en la que envuelve al niño como si fuese un manto. Jesús le da las gracias. Se arrodilla para recibir la bendición y luego, después de haber dado el último beso a los niños, se retira.

“Con tal de tener niños, se habría quedado con ellos” dice Pedro que miró la escena y que a su vez se inclina para ofrecer a los dos niños un pedazo de pan cubierto con miel, que tenía escondido en un banco de la barca, cosa que hace reír a Andrés que dice: “Y tú ¿eh? Llegaste hasta robar la miel a tu mujer para dar un poco de alegría a estos dos”.

“¿Robado? ¡Es mi miel!”

“Sí, pero mi cuñada la cuida mucho porque es para Marziam. Tú, tú lo sabes. Entraste descalzo como un ladrón en la cocina anoche para tomártela y ponerla en el pan. Te vi, hermano, y me reí porque mirabas a tu alrededor como un niño que teme que le pegue la mamá”.

“Horrible espía” dice Pedro, mientras abraza a su hermano, que a su vez le besa diciendo: “Querido hermanote mío”.

Jesús los mira y sonríe con ganas. Los dos niños están que devoran su pan. Del interior de Betsaida llegan los otros ocho apóstoles que tal vez se hospedaron en casa de Felipe y Bartolomé.

“¡Pronto!” grita Pedro, y toma a los dos niños como si fuesen una sola cosa y los lleva a la barca para que no se mojen los pies desnudos.

“No tenéis miedo, ¿verdad?” pregunta mientras chapotea en el agua con sus piernas cortas y gruesas, subiendo su túnica hasta arriba de la rodilla.

“No, señor” dice la niña, pero se aferra con todas sus fuerzas al cuello de Pedro y cierra sus ojitos cuando la pone dentro de la barca que se balancea al peso de Jesús, que ha subido ya. El niño, más valeroso, o más sorprendido, ni siquiera dice algo. Jesús se sienta y atrae a Sí a los dos pequeños, los cubre con su manto que parece como un ala extendida sobre los polluelos.

Hay seis personas en una barca y seis en la otra. Todos están a bordo. Pedro quita la tabla, y empuja fuertemente la barca hacia el agua, y con un salto entra en ella; le imita Santiago en la suya. Pedro con su brinco hizo balancear mucho la barca y la niña grita: “¡Mamá!” escondiendo su carita bajo el manto de Jesús y asiéndose a sus rodillas. La barca se desliza suavemente, lo que para Pedro, Andrés y el trabajador es fatigoso, porque deben remar en lo

que Felipe les da la mano. La vela no se infla para nada. Es una chicha pesada, húmeda. ¡Manos a los remos!

“¡Hermoso bogar!” grita Pedro a los de la otra barca en la que Iscariote hace de cuarto remero tan bien que Pedro lo alaba.

“¡Apúrate, Simón! Dice Santiago. “Apúrate o te ganamos. Judas es tan fuerte como una de las galeras. ¡Bravo, Judas!”

“Sí. Te haremos jefe de la tripulación” dice Pedro que boga por dos. Y con la sonrisa en los labios: “Pero a Simón de Jonás no se le quita el cetro. A los veinte años era yo el primer remero en las competencias de varias ciudades” y alegre sigue remando con sus demás compañeros: “¡Oh, dale! ¡Oh, dale!” Las voces se dispersan por el silencio del desierto lago en las horas matinales. Los niños cobran confianza. Siempre bajo el manto sacan sus caritas demacradas, una de esta parte, el otro de la otra del Maestro que los tiene abrazados, y en ellos se dibuja algo que se antoja una sonrisa. Les llama la atención el remar. Cambian entre sí sus impresiones.

“Parece que se camina sobre un carro sin ruedas” dice el niño”.

No, sobre un carro que va por las nubes. Mira. Parece que está caminando en el firmamento. Mira, mira que parece que nos vamos a subir sobre una nube” dice María al ver que la barca sumerge su proa en donde se refleja un nubarrón. Se ríe sin hacer ruido. Pero el sol rompe lo gris de la nube y aunque está pálido por ser noviembre, la tiñe de color de oro, lo que el lago refleja.

“¡Qué bonito! Ahora vamos sobre el fuego. ¡Oh! ¡Bonito! ¡Bonito!” dice el niño batiendo sus manitas.

La niña no dice nada. Estalla en llanto. Todos le preguntan por qué. Entre sollozas dice: “Mi mamá recitaba una poesía, un salmo, no sé qué, para entretenernos, para que pudiésemos orar, aun en medio de tanto dolor... y recitaba esa poesía de un paraíso que será como un lago de luz, de dulce fuego donde no habrá más que Dios a donde irán todos los que son buenos... después que haya llegado el Salvador... Este lago de oro me lo recuerda... ¡Mamá mía!”

También Matías llora. Y todos sienten un nudo en la garganta.

Sobre las palabras de varios apóstoles, y sobre el llanto de los huérfanos resuena la dulce voz de Jesús: “No lloréis. Vuestra mamá os trajo a Mí, y está aquí con nosotros, mientras os llevo a una mamá que no tiene niños. Estará contentísima de tener dos niños en lugar del único que tuvo y que está donde está vuestra mamita. También ella ha llorado ¿lo sabíais? Se le murió su hijito, así como a vosotros se os murió mamá...”

“¡Oh, entonces vamos a donde está ella, y él irá a donde está mamá!” dice María.

“Exactamente así. Y estaréis todos contentos”.

“¿Cómo es esa mujer? ¿Qué hace? ¿Es campesina? ¿Tiene un buen patrón?” los pequeñuelos quieren saber.

“No es campesina, pero tiene un jardín lleno de rosas y es buena como un ángel. Tiene un buen marido. También él os va a querer mucho”.

“¡Lo crees, Maestro?” pregunta un poquito incrédulo Mateo.

“Estoy seguro. Os convenceréis. Hace tiempo que Cusa quería hacer de Marziam un caballero”.

“¡Ah, eso no se va a poder!” grita Pedro.

“Marziam será un caballero del Mesías. Y no otra cosa, Simón. No te preocupes”.

El lago torna a su color gris. Sopla un poco el viento que arruga el lago. La vela se extiende, la barca se desliza más veloz. Los niños están soñando en la nueva mamá y no tienen miedo del balanceo.

Pasa Mágdala con sus casas blancas entre el verdor. Pasa la campiña entre Mágdala y Tiberiades. Aparecen las primeras casas de esta ciudad.

“¿A dónde vamos, Maestro?”

“Al puerto de Cusa”.

Pedro vira y da órdenes al trabajador. La vela se dobla mientras la barca se acerca al puerto, entra, se detiene junto al pequeño muelle. La otra barca hace lo mismo. Están cercanas una de la otra y parecen dos patos cansados. Bajan todos. Juan corre a avisar a los jardineros.

Espantados los pequeños se asen de Jesús y María con ansia jalándole los vestidos le dice: “¿Pero de veras será buena?”

Regresa Juan: “Maestro, un siervo va a abrir el cancel Juana ya se levantó”.

“Está bien. Esperad aquí todos”.

Jesús va solo. Los otros miran y cada uno hace sus comentarios más o menos favorables de lo que intenta hacer. No faltan sus dudas ni críticas. Desde el lugar donde están no ven sino a Cusa que corre, que se inclina hasta la tierra en el umbral del cancel y que luego penetra en el jardín a la izquierda de Jesús. Luego no se ve otra cosa.

Pero yo sí veo. Veo a Jesús que lentamente camina al lado de Cusa que está muy contento de tenerlo por huésped. “Mi Juana se sentirá feliz. Y yo también. Está siempre mejor. Me contó lo del viaje. ¡Qué triunfos, Señor mío!”

“¿No te sentiste mal?”

“Juana es feliz. Soy feliz al verla contenta. Podía desprenderme de ella por un mes, Señor”.

“Podías... Te la restituí. Procura ser agradecido con Dios”.

Cusa lo mira un poco embarazado... luego en voz baja: “¿Es un reproche, Señor?”

“No. Un consejo. Sé bueno, Cusa”.

“Maestro, soy siervo de Herodes...”

“Lo sé. Pero tu alma de ningún otro es sierva sino de Dios, si lo quieres”.

“Es verdad, Señor, me enmendaré. Algunas veces me dejo llevar del respeto humano...”

“¿Lo habrías tenido el año pasado cuando querías salvar a Juana?”

“¡Oh, no! Aunque hubiese perdido todos los honores, me hubiera dirigido a quien hubiera podido salvármela”.

“Haz lo mismo con tu alma. Vale más que Juana. Mira ahí viene”.

Aceleran el paso para irle al encuentro que viene corriendo por el sendero.

“Maestro mío. No esperaba volver a verte tan pronto. ¿Qué bondad tuya te trae a tu discípula?”

“Una necesidad Juana”.

“¿Una necesidad? ¿De qué se trata? Habla y si podemos, te ayudaremos” dicen ambos esposos juntamente.

“Ayer tarde encontré por un camino solos a dos pobrecitos niños... a una niña y a un niño... Descalzos, con los vestidos rotos, hambrientos, abandonados... y vi cómo un hombre de corazón de hiena los echaba afuera como si fuesen perros... A ese hombre el año pasado le brindé favores, y él negó un pan a dos huérfanos. En realidad, son huérfanos, y por los caminos del mundo cruel. Ese hombre recibirá su merecido. ¿Quieres tener mi bendición? Os tiendo la mano. Yo mendigo amor, por unos huérfanos sin hogar, vestido, comida, amor. ¿Queréis ayudarme?”

“Pero, Maestro ¿lo preguntas? Di qué quieres, cuánto quieres, dilo todo...” dice Cusa impetuoso.

Juana no habla. Tiene las manos puestas sobre el corazón. Una lágrima corre y baña sus ojos. Una sonrisa de anhelo se dibuja en sus rojos labios. Espera, no habla. Pero su silencio es como un discurso.

Jesús la mira y sonrío: “Quisiera que esos niños tuvieran una mamá, un papá, una casa, y que la mamá se llamase Juana...”

Aun no termina Jesús de pronunciar la última palabra cuando se oye el grito de Juana, como el de un encarcelado que obtiene la libertad. Se postra a los pies de su Señor a besárselos.

“Y tú, Cusa, ¿qué dices? ¿Acoges en mi nombre a estos dos seres a quienes amo, mucho más que joyas preciosas?”

“Maestro, ¿dónde están? Llévame a donde están, y bajo mi palabra te juro que desde el momento en que ponga mi mano sobre sus inocentes cabezas los amaré como si fuese su verdadero padre en tu nombre”.

“Venid, pues. Sabía que mi venida no iba a ser inútil. Venid. Son campesinos, llenos de miedo, pero buenos. Confiad en Mí que veo los corazones y el futuro. Os darán paz y unión a vuestro matrimonio, no sólo ahora sino en el porvenir. Os volveréis a encontrar en vuestro amor. Sus inocentes abrazos serán el mejor lazo en vuestras vidas. El cielo estará siempre sobre vosotros, benigno, misericordioso por esta caridad vuestra. Están fuera del cancel. Vinimos desde Betsaida...”

Juana no espera más. Se adelanta corriendo, llevada de su manía de acariciar a los niños.

Llega, se arrodilla para estrechar sobre su seno a los dos huérfanos a quienes besa en sus caritas demacradas, mientras ellos espantados miran a la hermosa señora de ricos vestidos. Observan a Cusa que los acaricia y que toma en sus brazos a Matías. Miran el espléndido jardín y los siervos que acuden... Miran la casa que abre sus salas llenas de riquezas a Jesús y a sus apóstoles. Miran a Ester que los aplasta con besos.

El mundo de los sueños se ha abierto a los pequeños extraviados...

Jesús contempla y sonríe...

166. En Naim. En casa de Daniel el resucitado¹

12 octubre 1945

La ciudad de Naim se encuentra de fiesta. Hospeda a Jesús por primera vez desde que resucitó el joven Daniel.

Le preceden y le siguen muchas personas en su travesía por la ciudad que bendice. A los de Naim se han unido otros de diversos lugares, como de Cafarnaüm donde habían ido a buscarlo y de allí habían sido enviados a Caná y de esta ciudad de Naim. Me parece que ahora que Jesús tiene muchos discípulos ha establecido una especie de red de información de modo que los peregrinos que lo buscan pueden encontrarlo no obstante su continuo movimiento, aunque sea de unos cuantos kilómetros al día, cuando lo permite la estación y la brevedad de las jornadas. Entre los que vinieron a buscarle de otras partes no faltan los escribas y fariseos, aparentemente muy amables...

Jesús se hospeda en la casa del joven resucitado, a la que han venido también los principales de la población. La madre de Daniel al ver a los escribas y fariseos que son siete como los pecados capitales, muy humilde los invita a pasar y les pide perdón de no poderles ofrecer una casa más digna de ellos.

“Está el Maestro, está el Maestro, esto da valor aun a una cueva. Tu casa vale más que esto y entraremos diciendo: “Paz a ti y a tu casa””.

Realmente la mujer aunque no es rica, hace lo indecible por honrar a Jesús. Todas las riquezas de Naim se acumularon, se juntaron proporcionalmente para adornar la casa y la mesa. Las respectivas propietarias miran a hurtadillas, desde todos los puntos posibles, a la comitiva que pasa por el corredor de entrada y que va derecho a dos habitaciones que están enfrente una de la otra en la que la dueña de la casa preparó las mesas. Probablemente prestaron sus vajillas, manteles, y sillas además de la mano de obra con la condición de ver de cerca al Maestro y respirar el aire que respira. Ahora se asoman por aquí y por allí acaloradas, llenas de harina, con la ceniza en los cabellos, o con las manos sucias de comida; ojean curiosamente, roban la mirada divina, se mueren porque hasta sus oídos llegue la voz del Señor, se beben su dulce bendición y su dulce figura con los ojos, y felices regresan más coloradas a sus hornos, artesas y vertederos de cocina.

Felicitísima se siente la que junto con la dueña de la casa ofrece los lavamanos para las abluciones. Es una joven morena de cabellos y ojos, pero con el colorido de una rosa. Mucho

¹ Cfr. Mt. 15, 1-9; Mc. 7, 1-13.

más se tiñe de ese color cuando la dueña de la casa avisa a Jesús que es la prometida de su hijo y que pronto se celebrarán las nupcias. “Hemos esperado tu llegada para que se hicieren, pues queremos que santifiques toda la casa. Ahora bendícela para que también sea una buena mujer en este hogar”.

Jesús la mira, y como la prometida baja la cabeza, le impone sus manos diciendo: “Florezcan en ti las virtudes de Sara, Rebeca y Raquel y que de ti nazcan verdaderos hijos de Dios para su gloria y para la alegría de esta casa”.

Jesús y los principales han cumplido con las purificaciones. Entran a la sala del banquete con el joven dueño de la casa; ente tanto que los apóstoles con los menos influyentes de Naim entran a la sala de enfrente. Empieza el banquete.

Por los discursos que oigo comprendo que antes de que empezase la visión Jesús ya había predicado y curado en Naim, pero a los fariseos y escribas poco les interesa esto; acribillan con preguntas a los de Naim para recabar pormenores sobre la enfermedad de que murió Daniel, sobre cuántas horas habían pasado desde su muerte hasta que fue resucitado, y que si realmente había sido embalsamado, etc., etc. Jesús no hace caso de estas investigaciones y comienza a platicar con el resucitado que tiene buena salud y come con buen apetito.

Un fariseo llama la atención de Jesús para preguntarse si estaba al corriente de la enfermedad de Daniel.

“Venía de Endor por mera casualidad, porque había querido contentar a Judas de Keriot como antes había contentado a Juan de Zebedeo. No sabía siquiera que pasaría por Naim cuando había empezado la caminata de la peregrinación pascual” responde Jesús.

“¡Ah! ¿no habías ido a propósito a Endor?” pregunta sorprendido un escriba.

“No. No tenía las menores ganas de ir allá”.

“Y entonces por qué fuiste”.

Ya lo dije. Porque Judas de Simón quería ir”.

“¿Y por qué este capricho?”

“Porque quería ver la gruta de la maga”.

“Tal vez les habías hablado de ella...”

“¡Nunca! Ni tenía por qué”.

“Quiero decir... tal vez les explicaste con este episodio otros sortilegios para iniciar a tus discípulos en...”

“¿En que? Para iniciar a la santidad no hay necesidad de peregrinaciones. Sirven lo mismo una habitación desierta o una estepa, un pico montañoso o una casa solitaria. Basta que haya austeridad y santidad en quien enseñe, y en quien escucha voluntad de santificarse. Esto es lo que enseño y no otra cosa”.

“Pero los milagros que ahora los discípulos realizan, qué son sino prodigios y...”

“Y la manifestación de la voluntad de Dios. No otra cosa. Se harán santos y harán más milagros con la oración y sacrificio y obediencia de Dios, y no con otra cosa”.

“¿Estás seguro? Pregunta un escriba con la mano en el mentón, que mira a Jesús de arriba a abajo. Su tono es irónico y hasta como de compasión.

“Les di estas armas y estas enseñanzas, pero si alguno de ellos, pues son muchos, se corrompe con prácticas indignas, por soberbia u otro vicio, no será Yo el culpable de haberle dicho eso. Puedo orar para ver que el que falta se redima. Puedo imponerme duras penitencias expiatorias para obtener que Dios lo ayude con luces particulares de sabiduría a fin de que reconozca el error. Puedo arrojarme a sus pies para suplicarle, con todo mi amor de hermano, maestro y amigo, que deje la culpa. Nunca pensaré que me rebajaría al hacer esto, porque el precio de un alma es tal que merece que se sufra cualquier humillación para conquistarla. Pero más no puedo. Y si con todo, la culpa persevera, de mis ojos y de mi corazón de maestro y amigo traicionado e incomprendido, correrán lágrimas y sangre”.

¡Qué dulzura y qué tristeza se notan en la voz y semblante de Jesús!

Los escribas y fariseos se miran entre sí, es un intercambio de miradas, pero no replican nada de lo que Jesús acaba de decir. Preguntan ahora al joven Daniel. ¿Se acuerda lo que es la muerte? ¿Qué sintió al volver a la vida? ¿Y qué vio entre el espacio de la muerte y la vida?

“Sé que estaba gravemente enfermo y padecí la agonía. ¡Oh! ¡Qué horrible! ¡No me hagáis recordarla... Aun cuando llegará el día en que la tendré que sufrir ¡Oh Maestro!...” lo mira aterrorizado. Se pone pálido que debe morir de nuevo.

Jesús le consuela dulcemente diciendo: “La muerte por sí es una expiación. Tú, al morir por segunda vez estarás completamente limpio de manchas y al punto gozarás del cielo. Que este pensamiento te haga vivir como santo, de modo que de haber faltas, las haya pequeñas e involuntarias”.

Pero los fariseos vuelven al ataque: “¿Y qué sentiste al regresar a la vida?”

“Nada. Me encontré vivo y sano como si me hubiese despertado de un sueño profundo”.

“¿Te acuerdas de que estuviste muerto?”

“Me acordaba que había estado muy enfermo, que me había encontrado en agonía y no más”.

“¿Qué recuerdos tienes del otro mundo?”

“Ninguno. No hay nada. Un vacío negro, un espacio vacío en mi vida... Nada...”

“Entonces para ti no existe ni el seno de Abraham, ni el purgatorio, ni el infierno”.

“¿Quién está diciendo que no existen? Claro que existen pero ya no me acuerdo”.

“¿Estas seguro de haber muerto?”

Los de Naim gritan: “¡Qué si estaba muerto? ¡Y qué más querríais! Cuando lo pusimos en las andas estaba ya casi para apestar. ¡Y luego! Con todos esos bálsamos y vendas se hubiera muerto aun un gigante”.

“¿Pero no te acuerdas de haber muerto?”

“Os dije que no”. El joven se impacienta y añade: “¿Qué queréis decir con todas estas preguntas? ¿Que todo un pueblo se hubiese imaginado que yo me había muerto, inclusive mi madre y mi prometida que se moría de dolor, y yo mismo, a quien vendaron y embalsamaron? ¿Y que en realidad no me había muerto? ¿Qué os parece? ¿Creéis que en Naim todos hayan sido unos niños o unos estúpidos con ganas de hacer una jugarreta? Mi madre en pocas horas encaneció. Mi prometida tuvo que medicarse porque el dolor y la alegría le habían casi quitado el juicio. ¿Y todavía dudáis? ¿Y qué objeto tenía que hubiéramos hecho esta comedia?”

“¿Por qué lo hubiéramos hecho? ¡Es verdad lo que dice!” corean algunos de Naim.

Jesús no habla. Juega con el mantel como si nada le interesase. Los fariseos no saben qué decir... De pronto, cuando la conversación y el argumento parece que se habían acabado, dice: “La razón es la siguiente. Estos (y señala a los escribas y fariseos) quieren concluir que tu resurrección no fue sino un plan perfecto llevado a cabo para aumentar la estimación que la gente tiene por Mí. Según ellos sería Yo quien ideó el plan y vosotros lo que lo realizasteis para hacer mentir a Dios y mentir al prójimo. Dejo los embustes a los desvergonzados. No tengo necesidad de recurrir a brujerías, o a regaños para ser lo que soy. ¿Por qué queréis negar a Dios el poder de restituir el alma a un cuerpo? Si Él la da, cuando se forma el cuerpo y crea las almas una por una, ¿no podrá devolverla, logrando que regrese al cuerpo porque se lo pide su Mesías, y conseguir de ese modo que el hecho sea un incentivo para que mucha gente se acerque a la verdad? ¿Podéis afirmar que Dios no tiene poder de hacer milagros? ¿Por qué queréis negarlo?”

“¿Eres Tú Dios?”

“Yo soy quien soy⁴. Mis milagros y mi doctrina dicen quién soy Yo”.

“¿Pero entonces por qué este no recuerda nada, cuando los espíritus evocados saben decir qué hay en el más allá?”

⁴ Cfr. Ex. 3, 13-15; Is. 42, 8.

“Porque esta alma santificada por la penitencia de una primera muerte habla la verdad, entre tanto que lo que dicen los nigromantes no es verdad”.

“Pero Samuel...”

“Samuel vino por orden de Dios, no por mandato de la adivina, a comunicar al perjurio de la ley la sentencia del Señor *que nadie puede reírse de sus mandamientos*”.

“¿Y entonces por qué tus discípulos lo hacen?” Es la voz arrogante de un fariseo que en ella ha puesto todo el énfasis posible, y que llama la atención a los apóstoles que están en la habitación de enfrente, separados por un corredor de más de un metro, pero que no tiene ni puertas ni cortinas. Al oír que se habla de ellos, se levantan sin hacer ruido y salen al corredor a escuchar.

“¿En que quebrantan mis discípulos los mandamientos? Dilo y si tu acusación es verdadera, los amonestaré para que no hagan una cosa contraria a la ley”.

“En qué lo hagan lo sé y lo saben otros muchos. Pero Tú que resucitas muertos y dices que eres un profeta, descúbrela. No te lo diremos nosotros. Tienes ojos ¿o no? Para ver otras muchas cosas que hacen tus discípulos cuando no deben hacerlas, u omiten cuando deberían ponerlas en práctica. Pero Tú no te cuidas de esto”.

“¿Queréis señalarme alguna?”

“Por qué tus discípulos no observan las tradiciones de los antiguos? Hoy los espiamos. ¡hoy también! ¡No hace más que una hora! Entraron a la sala de comer y no se purificaron antes las manos”. Si los fariseos hubiesen dicho: “y antes degollaron a algunos ciudadanos” no hubiera provocado un horror tan grande.

“Los observasteis, es verdad. Hay muchas cosas que deben verse: bellas y buenas. Cosas que incitan a uno a bendecir al Señor que nos dio la vida para que tuviésemos modo de verlas, y porque las creó o permitió. Y sin embargo no las contempláis, como otros muchos. Pero perdéis tiempo y paz con andar tras cosas que no son buenas. Parecéis chacales, mejor dicho hienas que van venteando la fetidez, y desprecian las ondas de perfume que de jardines llenos de flores traen en sus alas los vientos. Las hienas no aman ni lirios ni rosas, jazmines y alcanfores, canela o clavos. Les desagradan los perfumes. Pero la hediondez de un cuerpo en putrefacción en el fondo de un barranco o de un camino carretero, enterrado bajo zarzales a donde lo arrojó el asesino, o lanzado por la tempestad en playa desierta, cadáver hinchado, morado, a punto de reventar, horrible, ¡oh! Eso es un perfume agradable para las hienas. Ventean el aire de la tarde, que arrastra consigo todos los olores que el sol ha desprendido de las cosas que calentó, y perciben ese hedor y lo descubren, y siguen su dirección. Ved ahí qué veloces emprenden la carrera con el hocico levantado al aire, los dientes afuera, derechas a donde está la podredumbre, bien sea un cadáver humano o de bestia, de culebra que mató el campesino, de mustela que el ama de casa aplastó, basta con que sea un cadáver, para que se sientan felices, felices, felices. Y hundan sus zarpas en este hedor repelente, se banquetean, y se relamen el hocico...”

¿Que los hombres se santifiquen diariamente? ¡No es cosa que interese! Pero si uno hace algo mal, o no se observa ya no un mandamiento divino sino una práctica humana –llamada tradición, precepto, como queráis, es siempre cosa humana– entonces se le señala, hasta se acepta una sospecha... tan sólo por gozar, que lo sospechado sea realidad.

Respondedme, respondedme vosotros que habéis venido no por amor, ni por fe, ni por sinceridad, sino por un fin malvado, responded: ¿por qué no observáis el mandamiento de Dios a causa de una tradición vuestra? No vayáis a decir que una tradición vale más que un mandamiento. Dios dijo: “Honra a tu padre y madre. Quien maldijere a su padre o madre, reo es de muerte”⁶. Vosotros decís lo contrario: “Quienquiera que haya dicho a su padre o madre: ‘esto que recibiríais de mí es corbán’ y por lo tanto no está obligado a emplearlo en favor de su padre o madre”⁷. Así pues con vuestra tradición anuláis el mandamiento de Dios.

⁶ Cfr. Ex. 20, 12; 21, 17; Lev. 20, 9; Deut. 5, 16.

⁷ “corbán” significa “oferta sagrada”.

¡Hipócritas! Bien dijo de vosotros el profeta Isaías: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí. Por esto me honran enseñando doctrinas y mandamientos humanos”⁸ Vosotros mientras despreciáis los preceptos de Dios, os aferráis a las tradiciones humanas, a lavar las jarras y copas, los platos y las manos y cosas semejantes. Pero justificáis a un hijo ingrato y avaro al decirle que aprovechándose de haber ofrecido algo, no tiene obligación de dar pan a quien lo engendró, ni ofrecerle ayuda alguna. Y os escandalizáis de que alguien no se lave las manos. Alteráis y violáis la palabra de Dios para obedecer palabras que creasteis y que las constituisteis en precepto. Por esto os proclamáis más justos que Dios. Os arrogáis el derecho de legisladores, cuando sólo Dios lo es de su pueblo. Vosotros...” y continuaría de no ser que el grupo de sus enemigos se sale, bajo la granizada de acusaciones. Al salir chocan con apóstoles y con otros de la casa, huéspedes o ayudantes de la dueña, que se habían juntado en el corredor, al oír el tono de voz de Jesús.

Él se había puesto de pie. Ahora se sienta nuevamente. Hace señal de que entren todos y les dice: “Escuchadme y comprended lo siguiente. No hay nada externo al hombre que, si entra en él, pueda contaminarlo. Pero lo que sale del hombre, eso sí lo contamina. Quien tiene orejas para escuchar, emplee su inteligencia para comprender y su voluntad para actuar. Ahora vamos. Vosotros los de Naim perseverar en el bien y mi paz esté siempre con vosotros”.

Se levanta, se despide particularmente de los dueños de la casa y se va por el corredor. Ve a las mujeres amigas, que todas en un rincón lo miran con la boca abierta, y se dirige a ellas: “La paz sea también con vosotras. Que el cielo os pague por haberme socorrido con un amor que no me hizo extrañar la mesa materna. Percibí vuestro amor materno en cada una de las migajas de pan, en cada guisado o cocido, en la dulce miel, en el vino fresco y perfumado. Amadme siempre así, mujeres buenas de Naim. Otra vez no os fatiguéis tanto. Me basta un pedazo de pan, un puño de aceitunas y condimentadas con vuestra sonrisa maternal y vuestra mirada honesta y buena, Sed felices en vuestros hogares porque el agradecimiento del Perseguido está con vosotros, y se aleja consolado con vuestro amor”.

Las mujeres llenas de dicha, se arrodillan, y al pasar Jesús toca a una por una en sus cabellos blancos o negros, a manera de bendición. Luego sale y continúa su camino.

Las primeras sombras de la tarde bajan a esconder la palidez de Jesús que está afligido de *tantas cosas*.

167. En el redil de Endor¹

13 octubre 1945

Jesús regresa a Endor. Se detiene en la primera casucha del poblado que es más corral que casa, y que tiene los pesebres bajos, cerrados, llenos de heno. Los trece peregrinos pueden quedarse ahí. El dueño de la casucha, hombre tosco, pero bueno, se apresura a traer una lámpara y un cubo pequeño de leche espumosa, y pan oscuro. Después que Jesús lo bendijo se retira.

Jesús ofrece y distribuye el pan, y a falta de platos o copas cada uno impregna sus rebanadas de pan en el cubo y si tiene sed bebe del mismo. Jesús bebe una sola vez y muy poco. Está serio, silencioso... Al terminar la cena y llenos los estómagos, los apóstoles caen en la cuenta de su mutismo.

Andrés es el primero en preguntar: “¿Qué te pasa, Maestro?” Me parece que estás triste o cansado...”

“Creo que lo estoy”.

“¿Por qué? ¿A causa de los fariseos? Ya te habrás acostumbrado ¿o no?... Yo casi ya... Recuerdas cómo me portaba las primeras veces con ellos. Repiten siempre las mismas canciones... Las serpientes no pueden menos que silbar, y ninguna de ellas será capaz de

⁸ Cfr. Is. 29, 13.

¹ Cfr. Mt. 15, 10-20; Mc. 7, 14-23.

cantar como un ruiseñor. Termina uno por no hacerles caso” dice Pedro parte por convicción, parte para tranquilizar a Jesús.

“De este modo se pierde el control y cae uno en sus cascabeles. Os ruego que no os acostumbréis jamás a las voces del mal como si fuesen voces inofensivas”.

“Está mal, pero si sólo por eso estás triste, haces mal. Tú ves cómo te ama el mundo” dice Mateo.

“¿Por eso estás así de triste? Dímelo, Maestro bueno. ¿O acaso te contaron mentiras, te insinuaron calumnias, sospechas, qué sé yo, contra nosotros que te amamos?” pregunta solícito y cariñoso Iscariote, el cual, pasa un brazo sobre Jesús que está sentado en el heno a su lado.

Jesús vuelve su rostro en dirección de Judas. En sus ojos fulgura un relámpago a la tenebrosa luz de la lámpara que está en el suelo, en medio de todo. Jesús mira fijamente a Judas de Keriot y al mirarlo le replica: “¿Y crees que sea Yo un tonto que tomo por verdaderas las insinuaciones de cualquiera hasta el punto de que me quite la tranquilidad?” Son las realidades, Judas de Simón, las que me turban” y su mirada no deja de seguir clavada, cual una sonsa, en las pupilas negras de Judas.

“¿Qué realidades te perturban ahora?” insiste con aire seguro Iscariote.

“Las que veo en el fondo de los corazones y leo en las frentes *destronadas*”. Jesús pone énfasis en esta palabra.

Todos se alborotan: “¿Destronadas? ¿Por qué? ¿Que quieres decir con eso?”

“Un rey pierde el trono cuando se hace indigno de estar en él, y se le quita como primera cosa la corona que tiene en la frente, el lugar más noble del hombre, el único animal que tiene la frente levantada hacia el cielo, él que es animal como materia, pero sobrenatural como ser dotado de alma. Pero no es necesario ser rey sentado sobre un trono terrenal para ser destronado. Cada hombre es rey en su alma y su trono está en el cielo. Cuando un hombre prostituye su alma y se convierte en bruto, en demonio, entonces se destrona. El mundo está lleno de frentes destronadas que no se levantan más al cielo, sino que están doblegadas hacia el abismo, doblegadas con la palabra que Satanás esculpió en ellas. ¿Queréis conocerla? Es lo que leo en las frentes. Dice: “Vendido”. Y para que no tengáis duda sobre quien es el comprador, os digo que es Satanás por sí mismo o, por sus siervos que hay en el mundo”.

“Entendí. Esos fariseos por ejemplo, son siervos de un siervo mayor que ellos, el cual lo es a su vez de Satanás” dice convencido Pedro. Jesús no lo contradice.

“¿Pero... sabes, Maestro que los fariseos, después de que escucharon tus palabras se fueron escandalizados? Cuando salían se toparon conmigo y lo decían... fuiste muy claro” observa Bartolomé.

Jesús replica: “Muy cierto. No fue mi culpa sino de ellos, si hay qué decir las cosas como son. Más bien es caridad de mi parte el que las diga. Cualquier planta que no plante mi Padre Celestial será arrancada. Plantas inútiles y que Él no plantó son los matorrales de hierbas parásitas, sofocadoras, espinosas que ahogan la semilla de la santa Verdad. Es caridad extirpar las tradiciones y preceptos que sofocan el Decálogo, lo desnaturalizan, lo hacen inerte e imposible de que pueda observarse. Es caridad por parte de las almas honestas hacerlo. En cuanto a ellos, a los protervos empecinados y cerrados a cualquier acción y consejo del Amor, dejadlos que lo hagan y que los sigan los que como ellos tienen corazón y tendencias parecidas y semejantes. Son ciegos que guían a otros ciegos. Si un ciego guía a otro, tendrán qué caer los dos en un hoyo. Dejadlos que se alimenten de sus contaminaciones que se llaman “pureza”, las que no pueden contaminarlos ya porque no hacen más que adaptarse a la raíz de que han brotado”.

“Lo que acabas de decir tiene relación con lo que dijiste en la casa de Daniel ¿no es verdad? ¿Que lo que entra en el hombre no es lo que mancha, sino lo que sale?” pregunta pensativo Simón Zelote.

“Sí” lacónicamente contesta Jesús.

La seriedad de Jesús es tal que enfría los temperamentos más alegres. Pedro, después de unos minutos de silencio pregunta: “Maestro, yo y tal vez otros más, no hemos comprendido bien lo que dijiste. Explícalo un poco. ¿Cómo es que lo que entra no contamina y sí lo que sale? Por ejemplo, si tomo una jarra limpia y le echo agua sucia la ensucio por supuesto. Pero si de una ánfora que tiene agua limpia derramo un poco de ella en el suelo, no ensucio la jarra, pues de ella sale tan solo limpia. ¿Qué es pues?”

Jesús: “Simón, nosotros no somos jarras. Amigos míos, no somos jarras. No todo en el hombre es puro. ¿Todavía no podéis comprender? Pensad detenidamente en lo que los fariseos presentaban como acusación contra vosotros. Decían que os ensuciabais porque comíais con las manos llenas de polvo, sudadas, esto es, contaminadas. ¿Pero a dónde iba la comida? De la boca al estómago, de este al vientre, y de este al excusado. ¿Puede acaso manchar el cuerpo, y lo que hay en él, si pasa el alimento sólo por el canal donde después de haber cumplido su oficio de nutrirlo va a terminar a donde debe, a un albañal? ¡Esto no mancha al hombre!

Lo que mancha es lo que es suyo, únicamente suyo, que engendra y produce él. En otras palabras, lo que tiene en el corazón, lo que sale de los labios, llega a la cabeza, corrompe el pensamiento, la palabra, todo el hombre. Del corazón salen los pensamientos malos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios y blasfemias. Del corazón sale la avaricia, la soberbia, envidia, ira, apetitos inmodestos, flojedad pecaminosa. Del corazón salen los incentivos de las acciones. Y si el corazón es perverso, como él saldrán todas las acciones: desde la idolatría hasta las críticas no sinceras... Todas estas cosas malas que salen de lo interno a lo externo, manchan al hombre, no el comer sin lavarse las manos. La ciencia de Dios no es cosa vulgar, lodo que cualquier pie puede pisar, es algo sublime que vive en las estrellas y de allá baja con rayos de luz para hacer brillantes a los justos. No queráis, por lo menos vosotros, arrancarla del cielo para envilecerla en el lodo...

Id a descansar. Voy a salir fuera a orar”.

168. De Endor a Mágdala

14 octubre 1945

Agua, agua y más agua... Los apóstoles, un poco descontentos por tener que caminar bajo la lluvia, insinúan a Jesús si no sería mejor ir a Nazaret, que no está muy lejos... Pedro dice: “Luego de ahí podría uno irse con el niño...”

El “no” contundente de Jesús es tan duro que nadie se atreve a insistir. Jesús camina adelante, solo... Los otros en dos grupos, avanzan un poco de mal humor.

Pedro no pudiendo consigo mismo, alcanza a Jesús. “Maestro, ¿me quieres?” le pregunta un poco avergonzado.

“Siempre te he querido, Simón. Ven”.

Pedro se tranquiliza. Al trote camina al lado de Jesús que con sus pasos largos avanza mucho. Después de un poco de tiempo dice: “Maestro... habría sido muy bonito que estuviese el niño en la fiesta...”

Jesús no responde.

“Maestro, ¿por qué no me quieres dar contento?”

“Simón, corres el peligro de que te quite el niño”.

“¡No, Señor! ¿Por qué?” Pedro se ha asustado ante la amenaza y se siente triste.

“Porque no quiero que estés atado a nada. Te lo dije cuando te dejé a Marziam. Tú, por el contrario, estás aferrándote a este cariño

“No es pecado amar. Y amar a Marziam. También Tú le amas...”

“Sí, pero este amor no me impide que pueda entregarme con todo mi ser a mi misión. ¿No te acuerdas de mis palabras sobre los cariños humanos? ¿De mis consejos dados a quien quiere poner su mano en el arado, consejos muy claros que deberían ser órdenes? Simón de Jonás ¿te estás cansando de ser un heroico discípulo mío?”

Cuando Pedro responde su voz tropieza con el llanto que le brota: “No, Señor. Me acuerdo de todo eso y no estoy cansado. Más bien tengo la impresión de que sea lo contrario... Tú eres quien se está cansando de mí, del pobre Simón que dejó todo para seguirte...”

“Que encontró todo al seguirme, querrás decir”.

“No... Sí... Maestro... Soy un pobre hombre...”

“Lo sé. Por esta razón quiero pulirte para hacer de un pobre hombre un hombre, y de éste un santo. Mi Apóstol, mi Piedra. Soy duro para hacerte duro. No quiero que seas blando como ese lodo. Quiero que seas un ladrillo cuadrado, perfecto: la piedra del cimiento. ¿No comprendes que esto sea amor? ¿No recuerdas que el Sabio dice que quien ama es severo¹? Compréndeme. ¡Al menos tú, compréndeme! ¿No ves cómo estoy oprimido, afligido con tantas incomprendiones, con demasiados engaños, con muchas muestras de falta de amor y de numerosas desilusiones?”

“¿De veras... Maestro? ¡Oh misericordia divina! ¡Y yo que no me daba cuenta! ¡Que si soy una bestia!... ¿Desde cuándo? ¿Quién te lo hace? Dímelo...”

“De nada sirve. No podrías hacer nada. Ni siquiera Yo... puedo hacer algo...”

“¿No puedo hacer realmente algo para ayudarte?”

“Ya te lo dije: *si comprendes que mi severidad es amor. Si ves que en lo que se refiere a ti, cada acción mía es una señal de amor*”.

“Está bien. No digo ni una palabra más, querido Maestro mío. No hablaré más. Y Tú, perdona a este animalote que soy. Dame una prueba de que me perdonas...”

“¿Una prueba? Debería bastarte mi sí, pero te la doy. Escúchame: no puedo ir a Nazaret porque allí está Juan de Endor, Síntica y Marziam. Y no quiero que esto se sepa”.

“¿Ni siquiera nosotros? ¿Por qué?... ¡Ah, Maestro! ¡Maestro! ¿Temes de alguno de nosotros?”

“La prudencia enseña que cuando se quiere tener algo secreto, ya es mucho que dos lo sepan. Se puede causar mal aun con una palabra distraída. Y no todos sois reflexivos ni tampoco lo sois siempre”.

“Así es... ni siquiera yo me doy cuenta. Pero cuando quiero, sé guardar silencio, y esta vez me callaré. ¡Oh! Sí me callaré. No seré más Simón de Jonás, si no supiere callar. Gracias, Maestro por tu estima. Esto sí que es una prueba de que me quieres... ¿Entonces vamos a Tariquea?”

“Sí. Después con la barca a Mágdala. Allí debo recoger el dinero de las joyas...”

“Mira si sé callar. Nada de esto he dicho a Judas ¿sabes? Jesús no dice nada de la interrupción. Continúa: “Una vez que haya recibido el dinero os dejo a todos en libertad hasta después de las Encenias. Si algo necesitase llamaré a alguno de vosotros a Nazaret. Los de Judea, menos Simón Zelote, acompañarán a las hermanas de Lázaro, y a sus criadas, además de Elisa de Betsur, a Betania. Luego iremos a casa para la fiesta. Me contentaré con que estén de regreso a fines de Scebat, cuando regresemos de nuestros viajes. ¡Eres tú el único que sabe esto, Simón! ¿entendido?”

“Soy el único... pero podrías decirlo...”

“Lo diré cuando llegue el momento oportuno. Ahora vete con tus compañeros y recuerda que siempre te quiero”.

Pedro contento obedece y Jesús vuelve a sumergirse en sus pensamientos.

Es un atardecer del mes de noviembre cuando las dos barcas atracan en la pequeña playa de Mágdala, que siempre es modesta, porque los vestidos se empapan de agua; mas al pensar que pronto se encontrará refugio en la casa de María Magdalena hace que se soporte todo sin reproches.

¹ Cfr. Prov. 3, 1-12; 13, 24; Deut. 8, 5 etc.

“Buscad un buen lugar para las barcas y luego venid a donde estamos” dice Jesús a los trabajadores, y al punto se pone a caminar por el borde, pues desembarcaron un poco fuera de la ciudad, donde hay barcas de pescadores de Mágdala.

“Judas de Simón y Tomás, venid conmigo” dice Jesús.

Los dos acuden.

“Os quiero encomendar algo que al mismo tiempo que es señal de confianza os dará alegría. El encargo es el siguiente: acompañaréis a las hermanas de Lázaro a Betania. Con ellas irá Elisa. Os estimo mucho para confiaros las discípulas. Llevaréis una carta mía a Lázaro. Terminada vuestra misión, podréis ir a vuestra casa para las Encenias... No interrumpas Judas. Todos celebraremos las Encenias en *nuestra* casa, este año. Es un invierno con mucha lluvia para poder viajar. Estaba viendo que hasta los enfermos han disminuido. Aprovechemos pues, esta coyuntura para descansar y dar contento a nuestras familias. Os espero en Cafarnaum para fines de Scebát”.

“¿Estarás en Cafarnaum? Pregunta Tomás.

“Aún no estoy seguro de dónde estaré. Aquí o allá es igual. Basta con que tenga cerca a la Mamá”.

“Prefiero estar contigo en las Encenias” dice Iscariote.

“Lo creo. Pero si me quieres, obedece. Tanto más que vuestra obediencia os presentará la ocasión de ayudar a los discípulos que han vuelto a desparramarse por dondequiera. ¡Debéis ayudarme en esto! Dentro de la familia los hijos mayores son quienes ayudan a los padres en la formación de sus hermanos. Sois los hermanos mayores de los discípulos, y debéis estar contentos que os los confío. Es una señal de que estoy contento de lo que recientemente habéis hecho”.

Tomás se limita a decir: “Muy bien, Maestro. Por mi cuenta trataré de hacer ahora lo mejor. Ciertamente que me desagrada dejarte... Pero pronto pasará... Mi viejo padre estará contento de tenerme para la fiesta... y también mis hermanas... Mi hermana gemela... ya tuvo su niño, o pronto lo va a tener... Mi primer sobrino... Si es varoncito, y nace cuando me encuentre allí ¿qué nombre le pongo?”

“José”.

“¿Y si es mujer?”

“María. Son los nombres más dulces”.

Por su parte Judas, orgulloso del encargo, comienza a pavonearse y a hacer planes... No se acuerda para nada que se separa de Jesús, y que hace poco, con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos, protestó como un potro cerril contra Jesús que le decía que tenía qué separarse por algún tiempo. No piensa más que lo que había sospechado fuese verdad, esto es: que Jesús trataba de alejarlo. Todo lo ha olvidado... y está alegre de que se le haya tomado en cuenta para un encargo de importancia. Promete: “Te traeré mucho dinero para los pobres” y diciendo esto saca la bolsa y dice: “Mira, toma este dinero. Es lo que tenemos. No hay más. Dame Tú lo necesario para nuestro viaje desde Betania a nuestra casa”.

“Si no vamos a partir esta tarde” replica Tomás.

“No importa. No es necesario el dinero en casa de María... Es mejor no tener qué manejarlo... Cuando regrese traeré a tu Mamá semillas de flores que le pediré a la mía. También quiero traer un regalo a Marziam...” Está entusiasmadísimo.

Jesús lo mira...

Han llegado a la casa de María Magdalena. Dicen sus nombres y entran todos. Las mujeres acuden gozosas al encuentro del Maestro, que tuvo a bien encontrar descanso en su hogar...

Después de la cena, cuando los apóstoles, cansados, se han ido a dormir, Jesús, que está sentado en el centro de una sala en medio de las discípulas, les da a conocer su deseo de que partan lo más pronto posible. Ni una protesta se oye de sus labios, protesta que se oyó de los apóstoles. Bajan la cabeza, diciendo que sí, luego salen para preparar sus maletas, Jesús llama a Magdalena que está ya en el umbral.

“Bueno, María ¿por qué me dijiste al oído cuando llegué: “Tengo algo que comunicarte en secreto”?”

“Maestro vendí las piedras preciosas en Tiberíades. Las vendió Marcela con la ayuda de Isaac. Tengo el dinero en mi habitación. No quise que Judas viese algo...” y se pone muy colorada.

Jesús la mira muy fijamente pero no le dice nada.

Magdalena va a traer la bolsa que pesa, y la entrega a Jesús: “Aquí está. Fueron bien pagadas”.

“Gracias, María”.

“Gracias, Rabboni porque tuviste a bien pedirme este favor. ¿Se te ofrece algo más?”

“No. ¿Tienes algo más que decirme?”

“No, Señor. Dame tu bendición, Maestro”.

“Sí, María, ¿estás contenta de regresar con Lázaro? Imagínate que ya no esté Yo más en Palestina ¿volverías contenta a tu casa?”

“Sí, Señor, pero...”

“Termina, María. No tengas reparo de decirme lo que estás pensando”.

“Regresaría más contenta si en lugar de Judas de Keriot viniese Simón Zelote, que es un gran amigo de la familia”.

“Lo necesito para un encargo”.

“Entonces tus hermanos o Juan, el de corazón de paloma. En una palabra, cualquiera menos él... Señor, no me mires enojado... Quien ha comido de la lujuria, siente su cercanía... No le tengo miedo. Sé tener a raya a cualquiera y mucho más a Judas... Siento miedo de no ser perdonada, es mi propia persona, es Satanás que da vuelta a mi alrededor, es el mundo... Pero si María de Teófilo no tiene miedo de nadie, María de Jesús siente asco por el vicio que la había esclavizado y la... Señor... El hombre que busca sólo los sentidos me causa vómito...”

“No vas sola en el viaje, María. Estoy seguro que no regresará contigo... Acuérdate que debo hacer partir a Síntica y a Juan para Antioquía y que no debe saberlo uno que es imprudente...”

“Es verdad. Bueno, me voy... Maestro ¿Cuándo nos volveremos a ver?”

“No lo sé, María. Tal vez en Pascua. Vete en paz, ahora. Te bendigo esta noche y cada noche te bendeciré, lo mismo que a tu hermana y al bueno de Lázaro”.

María se inclina a besar los pies de Jesús y lo deja solo en medio de la apacible habitación.

169. Jesús en Nazaret para las Encenias

15 octubre 1945

Es una noche oscura de diciembre, fría y con vientos. Fuera de las hojas arrancadas a las plantas que todavía conservan algunas, y que silban en medio del viento, no se oye ningún otro ruido por las calles de Nazaret, oscuras como las de una ciudad muerta. De las casas atrancadas no sale ni un rayo de luz, ni un leve ruido. Es una noche de lobos... Pero por las calles solitarias de Nazaret camina el Cordero de Dios, que se dirige a su casa, Su alta figura oscura se pierde en la negrura de la noche sin estrellas. Su pie hace ruido cuando pisa algún montón de hojas secas, que el viento allí arrojó para volverlas a arrancar y arrojarlas a otras partes.

Está ya cerca la casa de María de Cleofás. Se queda un momento dudoso de si entrar en el huerto y llamar a la puerta de la cocina o seguir su camino... Toma esta última decisión. Ha llegado a la vereda que llega a su casa. Se nota un balanceo negro en un firmamento negro. Apresura el paso. Llega a la puerta. Escucha atentamente. Es muy fácil saber lo que hay adentro de la pequeña casa. Basta con acercar los oídos al postigo para que se pueda escuchar si alguien está hablando... No se oye ni una voz.

“Es de noche” dice con tristeza. “Esperaré al alba para llamar”.

Cuando ya está por irse, llega a sus oídos el rítmico rumor del telar. Surge una sonrisa en sus labios. Dice: "Todavía no se ha acostado. Está tejiendo. Debe ser Ella... Con ese ritmo suele trabajar..."

No puedo ver su sonrisa, pero me imagino por el tono de la voz, que antes era triste y ahora alegre.

Llama a la puerta. Cesa el ruido del telar. Se oye el de una silla que se quita, y luego la voz argentina que pregunta: "¿Quién llama?"

"Yo, Mamá".

"¡Hijo mío!" Un dulce grito de alegría aunque sea en tono bajo. Se oye el movimiento de las manos en el cerrojo. Lo recorren... y la entrada deja salir un rayo de luz de oro en la negrura de la noche. María y Jesús se abrazan en el umbral, como si no hubiesen podido aguardar in instante más. Son la Madre y el Hijo.

"¡Hijo, Hijo! ¡Hijo mío!" Lo besa. Él dice: "Mamá"... Entran y cierran la puerta.

María en voz baja dice: "Todos están durmiendo... Estaba despierta... Desde que regresaron Santiago y Judas, diciendo que venías detrás de ellos, todos los días hasta muy noche te he esperado. ¿Tienes frío, Jesús? Sí. Estás helado. Ven. Todavía está encendida la hoguera. Echaré un poco más de leña. Te calentarás". Lo conduce de la mano como si todavía fuese un pequeñín.

La flama alegre y mitotera en cada cosa pone sus rayos de luz. María mira a Jesús que extiende sus manos hacia la flama para calentárselas. "¡Qué pálido estás! No estabas así cuando te dejé... Cada vez te pones más flaco y amarillo. Hijo mío. En otros tiempos tenías color de leche y de rosa. Ahora pareces de color marfil viejo. ¿Qué te ha pasado, Hijo mío? ¿Siempre los fariseos?"

"Sí... y algo más. Pero ahora me siento feliz aquí contigo. Este año celebraremos aquí las Encenias, Mamá. Llego a la edad perfecta aquí contigo. ¿Estás contenta?"

"Sí. Pero la edad perfecta para Ti, corazoncito mío, está todavía lejana... Eres joven, y para siempre ni Niño. Mira, aquí hay leche caliente. ¿Quieres bebértela aquí o allá?"

"Allá, Mamá. Ya me calenté. Me la beberé mientras cubres el telar".

Regresan a la pequeña habitación y Jesús se sienta en el banco que está cerca de la mesa y se bebe la leche. María lo mira y sonríe. Con más gusto se sonríe cuando toma la alforja de Jesús y la pone sobre una mesita. Tanto se sonríe que Jesús le pregunta: "¿Qué estás pensando?"

"Pienso que llegaste exactamente en el aniversario de nuestra partida para Belén... También había alforjas y cofres abiertos y llenos de vestidos y sobre todo de pañales... para un Pequeñín que podía nacer, explicaba a José; que *debía* nacer, me decía a mí misma en Belén de Judá... Los había ocultado en el fondo porque José tenía miedo de ello... Ignoraba todavía que el nacimiento del Hijo de Dios no estaría sujeto –tanto Él como yo– a las miserias comunes de dar a luz y de nacer. No lo sabía... y tenía miedo de estar lejos de Nazaret y conmigo en ese estado. Estaba segura de que daría a luz de un modo virginal... Mucho te movías dentro de mí, porque había llegado el momento de tu nacimiento, el nacimiento de la redención, para que pudiese engañarme. Los ángeles revoloteaban alrededor de la Mujer que te llevaba a Ti, Dios mío... No era tan sólo el arcángel sublime, ni mi dulcísimo ángel custodio, como en los primeros meses. Ahora eran coros y coros de ángeles que descendían del cielo de Dios a mi pequeño cielo: mi seno donde estabas Tú... los oía cantar e intercambiarse palabras de luz... palabras ansiosas de verte, Dios encarnado... Los oía en sus amorosas escapadas del paraíso para venir a adorarte, Amor del Padre, escondido en mi seno. Y trataba de aprender sus palabras... sus cantos... sus vivos deseos... Pero una criatura humana no puede decir y tener cosas de cielo..."

Jesús, sentado, la escucha. Ella de pie junto a la mesa, soñadora como Él lo está de felicidad... una manita tiene puesta en la madrea oscura, la otra, sobre el pecho... Jesús cubre la blanca y gentil manita con la suya larga y morena, y en su puño la envuelve... Cuando deja de hablar, como si le doliese no haber podido aprender de los ángeles todos sus cánticos,

todos sus vivos deseos, Jesús le dice: “Todas las palabras de los ángeles, todos sus cánticos, todos sus deseos, no me hubieran hecho feliz sobre la tierra, si no hubiese tenido los tuyos, ¡Mare mía! Tú me dijiste y me diste lo que otros no pudieron. No aprendiste de ellos, sino ellos de ti... Ven aquí, Mamá, a mi lado, y cuéntame todavía... No, recuerdos de aquellos tiempos, sino de ahora. ¿Qué estabas haciendo?”

“Trabajaba...”

“Lo veo. ¿Pero qué era? Te apuesto que te estabas fatigando por Mí. Déjame ver...”

María se pone más colorada que la tela que está en el telar que Jesús mira.

¿Púrpura? ¿Quién te la dio?”

“Judas de Keriot. La obtuvo de los pescadores de Sidón, me parece. Quiere que te haga un vestido real... Claro que te hago el vestido, pero no tienes necesidad de púrpura para ser rey”.

“Judas es más terco que un mulo” es el único comentario sobre la púrpura regalada... Luego se dirige a su Mamá: “¿Con todo lo que te dio alcanza para un vestido?”

“¡Oh, no, Hijo! Podrá ser para los ribetes del dobladillo del vestido y del manto. No alcanzará para más”.

“Está bien. Ahora comprendo por qué lo haces con cintas abajo Mamá, la idea me está gustando. De esta parte pondrás tiras, y un día querré que las uses para un hermoso vestido. Todavía hay tiempo. No te canses mucho”.

“Trabajo siempre que estoy en Nazaret...”

¡Así es... ¿Y los otros qué han estado haciendo?”

“Instruyéndose”.

“Mejor dicho: los *has estado* instruyendo. ¿O no es así?”

“¡Oh, los tres son buenos! Sin contarte a Ti, no he tenido discípulos más dóciles y más atentos. He buscado los medios de que Juan se vigorice. Está muy enfermo. No resistirá mucho...”

“Lo sé. Para él es un bien. Él mismo lo desea. Espontáneamente ha comprendido el valor del sufrimiento y de la muerte. ¿De Síntica, qué hay?”

“Da pena tener qué alejarla. Vale por cien discípulas en santidad y capacidad de entender lo sobrenatural”.

“Lo comprendo pero debo hacerlo”.

“Lo que haces, Hijo, siempre está bien hecho”.

“¿Y el niño?”

“También él aprende. Estos días está muy triste... A su mente viene el recuerdo de la desgracia de hace un año o algo así... Oh! No había aquí mucha alegría... Juan y Síntica piensan con dolor en el momento en que deben partir. El niño llora pensando en la mamá muerta”.

“¿Y tú?”

“Yo... lo sabes, Hijo. No hay sol para mí cuando estás lejos. No lo habría ni aun si el mundo te amase... pero al menos sería un sol sereno... Y sin embargo...”

“No llores Mamacita mía... ¿No te han hecho preguntas acerca de Juan y Síntica?”

“¡Y quién quieres que me las haga? María de Alfeo sabe y se calla. Alfeo de Sara ha visto a Juan pero no es curioso. Lo llama “el discípulo””.

“¿Y los otros?”

“Fuera de María y Alfeo ninguno otro viene. Alguna que otra mujer para algún trabajo o consejo. Pero los de Nazaret no se asoman a mi puerta”.

“¿Ni siquiera José y Simón?”

“Ni siquiera... Simón me manda aceite, harina, aceitunas, leña, huevos... como para que uno comprenda que quiere que se le perdone, como que quiere hablar a través de sus regalos. Se los da a su mamá, pero él no viene. Y aunque alguien viniese, no me vería más que a mí, porque Síntica y Juan, apenas oyen que alguien llama a la puerta, se retiran...”

“Una vida muy triste”.

“Sí. El niño sufre un poco, y por esto María de Alfeo se lo lleva cuando va a hacer compras. Pero ahora ya no estamos tristes, Jesús mío. Estás Tú”.

“Aquí estoy... Vámonos a acostar. Bendíceme, Madre, como cuando era pequeño”.

“Bendice, Hijo. Soy tu discípula”.

Se besan Madre e Hijo... Prenden una lamparita. Y cada uno se retira a descansar.

170. Jesús en Nazaret. Están también Juan de Endor y Síntica

16 octubre 1945

“¡Maestro, Maestro, Maestro!” Estos tres gritos que Juan de Endor emite al salir de la habitación cuando iba a lavarse en el estanque al encontrarse con Jesús que regresa, despiertan a Marziam que sale corriendo del cuarto de María, vestido con su tunicilla sin mangas y corta, sin sandalias, pero con los ojos abiertos y con la boca para decir: “¡Jesús está aquí!” El niño corre. Se arroja en los brazos de Jesús. El grito de Juan de Endor despierta también a Síntica que ha dormido en el antiguo lugar donde trabajaba José. Momentos después se deja ver ya vestida, pero con las trenzas de color violeta en desorden, que caen sobre su espalda en forma de caireles.

Jesús con el niño en brazos saluda a Juan y a Síntica a quien invita a que entre, porque el viento que sopla es muy fuerte, y es el primero en entrar llevando consigo a Marziam, a medio vestir, que castañetea los dientes pese a su edad, junto al fuego que hay allí, donde María se pone a calentar la leche, y los vestidos del niño para que no se vaya a resfriar.

Los otros dos no dicen una palabra, pero, con su modo de ser, parece que personifican la alegría estática. Jesús está sentado con el niño en sus rodillas. La Virgen, pronta, muy pronta, lo envuelve en la ropa caliente. Jesús alza su mirada y sonriente les dice: “Os había prometido que vendría. También Simón Zelote vendrá hoy o mañana. Le di un encargo pero pronto estará aquí y estaremos juntos por muchos días”.

La Virgen ha acabado ya de vestir a Marziam. De sus mejillas desaparece el color morado que antes tenía, Jesús lo baja de sus rodillas, se pone de pie y se dirige a la habitación contigua. Todos lo siguen. La última en llegar es María con el niño de la mano, a quien dulcemente reprende del siguiente modo: “¡Qué quieres que te haga ahora! Desobedeciste. Te había dicho: “Quédate en la cama hasta que venga yo”, y fuiste el primero en salir...”

“Los gritos de Juan me despertaron...” dice Marziam excusándose.

“Era cuando debías de haber obedecido. Estarse en la cama mientras se tiene sueño no significa obedecer ni tampoco tiene mérito alguno. Deberías de haberlo hecho cuando había algún mérito o ejercitar la voluntad. Yo te habría llevado a Jesús. Todo lo habrías logrado, y sin exponerte a un resfriado”.

“No me imaginaba que hiciera tanto frío”.

“Pero yo sí lo sabía. No me gusta que seas desobediente”.

“Mamá, me causa mayor dolor verte así... Si no hubiera sido Jesús, no me hubiera levantado aunque me hubieses dejado sin comer. ¡Oh hermosa mamita mía!... Bésame, Mamita. Sabes que soy un pobrecito niño...”

María lo toma en sus brazos y lo besa. Las lágrimas dejan de correr por la carita del niño. Una sonrisa corre por ella y la promesa sale de los labios: “No te desobedeceré nunca, nunca, nunca”.

Entre tanto Jesús está hablando con los dos discípulos. Se informa de sus adelantos en la sabiduría, y como dicen que todo cobra luz bajo la palabra de María, añade: “Lo sé. Los corazones más duros comprenden más fácilmente la sabiduría de Dios sobrenaturalmente luminosa su mi Madre la explica. Vosotros no tenéis un corazón duro, y por eso sacáis todo el provecho de su enseñanza”.

“Ahora estás Tú aquí, Hijo. La maestra se hace discípula”.

“¡No! Tú sigues siendo la maestra. Te escucharé como ellos. Por estos días soy solo “el Hijo”. No más. Tú serás la Madre y Maestra de los cristianos. Desde ahora lo eres: Yo tu

Primogénito y primer discípulo, estos, y con ellos Simón cuando llegue, y luego los demás... ¿Comprendes, Madre? El mundo está aquí: el mundo del mañana en el pequeño y puro israelita que ni siquiera cae en cuenta de hacerse “cristiano”; el mundo, el viejo mundo de Israel representado en Zelote; la humanidad en Juan, los gentiles en Síntica. Y todos vienen a ti, santa Madre que alimentas con la sabiduría y con la vida al mundo y a los siglos. ¡Cuántos son los que desean que los alimentes! ¡Y cuántos habrá en los siglos venideros! Los Patriarcas y los Profetas suspiraron por ti, pues de su seno fecundo nacería el que es alimento del hombre. Te buscarán los “míos” para obtener el perdón, para que los instruyas, los defiendas, los ames, como si fuesen otros tantos Marziam. ¡Y dichosos los que lo hicieren! Porque no se podrá perseverar en el Mesías si la gracia no tiene tu ayuda, de ti, la Madre llena de gracia”.

María al oír las alabanzas de su Hijo, parece una rosa que luce más en el vestido negro que lleva. Es una hermosa rosa en medio de un vestido humilde de tosca lana café oscuro...

Llaman a la puerta y entran en grupo María de Alfeo, Santiago y Judas que traen agua en los cántaros y también leña. Mutuamente se alegran de verse, y más cuando sabe que pronto llegará Zelote. El cariño de los hijos de Alfeo es claro, aunque no dijese nada Judas, que responde a algo que su madre había manifestado al notar la alegría: “Mamá, exactamente en esta casa y en un atardecer que fue muy triste para nosotros, él nos brindó el cariño de padre y nos lo sigue brindando. No podemos olvidarlo. Para nosotros es el “papá”. Para él somos sus hijos. ¿Qué hijos hay que no se alegren al volver a ver a su padre?”

María de Alfeo reflexiona y lanza un suspiro... Después, aun cuando no deja de sentir sus penas, con su sentido práctico dice: “¿Dónde lo vais a dejar dormir? Enviadlo a mi casa”.

“No, María. Él estará aquí. Todo está ya dispuesto. Síntica dormirá con mi Madre, Yo con Marziam, Simón en el taller. Y hasta servirá para que todo esté preparado. Salgamos fuera”.

Los hombres salen al huerto con Síntica, mientras las dos Marías van a la cocina a sus quehaceres.

171. Jesús instruye a Marziam

17 octubre 1945

Jesús sale de la casa con el niño de la mano. No pasan por el centro de Nazaret, sino por el mismo camino que tomó Jesús la vez primera que dejó su hogar para iniciar su vida pública. Al llegar a los primeros olivos dejan el camino principal y toman unas veredas que serpentean entre los árboles, buscando el tibio sol que brilla después de varios días de borrasca. Jesús invita al niño que vaya a correr y a brincar, pero él responde: “Prefiero estar cerca de Ti. Ya soy grande y soy un discípulo”.

Jesús se sonríe ante esta... profesión de edad y de dignidad de tenerse en cuenta. En realidad es un *pequeño* adulto el que camina a su lado. Nadie le echará más de diez años, pero nadie puede negar que sea un discípulo, y menos Jesús, que se limita a decir: “Te cansarás de estar quieto mientras yo oro. Te traje conmigo para que te divirtieras”.

“Durante estos días no lo haré... Sin embargo, estar cerca de Ti me proporciona un gran alivio... Tanto que he pensado en Ti durante este tiempo... porque... porque...” El niño aprieta sus labios que tiemblan. Y no dice más.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza: “Quien cree en mi palabra no debe estar triste como los que no creen. Siempre te digo la verdad. Aun cuando afirmo que no hay separación entre las almas de los justos que están en el seno de Abraham y las de los justos que están en la tierra. Yo soy la Resurrección y la Vida, Marziam. Y antes de realizar mi misión doy la Vida. Siempre me has dicho que tus padres anhelaban la venida del Mesías y rogaban a Dios que los dejase vivir para verlo. Creían, pues, en Mí. En esta fe se han dormido, y ella los ha salvado, ella los ha hecho resucitar y por ella viven. Porque esta es la fe que da vida al dar sed de justicia. Piensa cuántas veces habrán resistido a las tentaciones para que pudiesen ser dignos de encontrar al Salvador...”

“Pero murieron, Señor, sin haberte visto... Y muertos de ese modo... Sabe que vi cuando ya muertos los sacaban del pueblo... A mi mamá, a mi padre a mis hermanos... Qué me importa si me decían para consolarme: “A los tuyos no les ha pasado así. No han sufrido”. ¡Oh, cómo que no sufrieron! ¿Acaso eran plumas las piedras que les cayeron encima? ¿Era acaso aire la tierra y agua que les ahogaron? ¿Y acaso al ver que morían no habrán sufrido pensando en mí?...” El dolor sacude al niño. Con viveza gesticula de pie, frente a Jesús, con aire agresivo...

Jesús comprende aquel dolor, esa ansia de decirlo y lo deja hablar. No es de los que dice: “Cállate. Me molestas” a quien sufre *verdaderamente*.

El niño continúa: “Y luego ¿qué pasó después? ¡Tú sabes lo que sucedió! Si no hubieras ido Tú, sería yo como una fiera, o habría muerto como una serpiente en el bosque y nunca habría ido con mamá, papá y mis hermanitos porque yo odiaba a Doras y... y no amaba a Dios como antes, cuando vivía mi mamá que me quería, y que me hacía que amase al prójimo. Casi había llegado a odiar a los pájaros que se llenaban el buche, que tenían su plumaje caliente, que volvían a hacer nidos, porque me moría de hambre, porque traía mis vestidos rotos, porque no tenía casa... Los espantaba yo, a quien le gustan los pájaros, porque me irritaban al compararme con ellos, y luego me echaba a llorar porque veía que era malo y que merecía el infierno...”

“¡Ah! ¿luego te arrepentías de ser malo?”

“Sí, Señor. Pero ¿cómo podía ser buen? Mi abuelo lo fue. Me decía: “Todo pasará dentro de poco. Ya estoy viejo...” ¡Pero yo no lo estaba! ¿Todavía cuántos años debían pasar para que pudiera trabajar y comiese como un ser humano y no como un perro vagabundo? Me hubiera convertido en un ladrón si no hubieses venido”.

“No lo habrías sido porque tu mamá rogaba por ti. Ves que fui a donde estabas y que te acogí. Esto es una prueba de que Dios te amaba y de que tu mamá velaba por ti”.

El niño se calla, pensativo. Parece como si quisiese encontrar luz en el suelo que pisotea, porque lo mira fijamente, al ir caminando al lado de Jesús sobre la hierbecilla doblada por los aires de los días anteriores. Luego levanta la cabeza y pregunta: ¿Pero no hubiera sido una prueba mejor si no hubiera muerto mi mamá?”

Jesús se sonríe ante la lógica humana del niño. Serio pero dulcemente añade: “Mira, voy a ponerte un ejemplo para que puedas entender lo que pasó. Me acabas de decir que te gustan los pajaritos ¿no es así? Pues bien, escucha. ¿Para qué fueron hechos los pajaritos, para volar o para estar en al jaula?”

“Para volar”.

“Así es. ¿Qué hacen las mamás-pájaras cuando son pequeñitos?”

“Los alimenta”.

“Sí, pero ¿con qué?”

“Con granitos, moscas, gusanos, migajas de pan o pedacitos de fruta que encuentran volando aquí y allá”.

“Perfectamente. Ahora bien, escucha. Si en esta primavera encontrases por tierra un nido y en él dos pajaritos y la hembra ¿qué harías?”

“Lo levantaría”.

“¿El nido? ¿Tal como está? ¿Te llevarías también a la mamá?”

“Sí, porque es muy feo que los pequeños estén sin su mamá”.

“Sólo que en el Deuteronomio está escrito que se tomen tan sólo los pajaritos, y que se deje libre a la madre que es necesaria para la propagación¹”.

“Pero si la mamá es buena, no se va. Vuela a donde están los pequeñuelos. La mía habría obrado así. Ni siquiera me habría dado a Ti para siempre, porque todavía soy un niño. Ella no podía venir conmigo porque mis hermanos eran más pequeños que yo, y por esto no me habría dejado ir”.

¹ Cfr. Deut. 22, 6-7.

“Está bien. Pero óyeme: según tú ¿preferirías dejar abierta la puerta a la jaula para que la mamá entrase y saliese a alimentar a sus pequeñuelos, o bien, tener también encerrada a ella?”

“¡Eh!... Preferiría que fuese y viniese hasta que los pajaritos hubiesen crecido... y mostraría yo que la quería mucho, si después de que me los alimentó y de que ellos crecieron, la dejase libre, porque el pájaro fue hecho para volar... Verdaderamente... si soy muy bueno... debo también dejar volar a los pequeñuelos y dejarlos libres. Sería el mejor modo de mostrar mi amor por ellos. Es lo más razonable... Creo que sí. Y lo es porque no haría otra cosa que cumplir lo que Dios ha dispuesto acerca de los pajaritos...”

“¡Muy bien Marziam! Has hablado como si fueses un sabio. Serás un maestro cuando hables de tu Señor. Y quien te escuche te creará porque hablarás sabiamente”.

“¿De veras, Jesús?” La carita que antes parecía angustiada y triste, que luego parecía cubierta con las nubes del razonamiento, esforzándose con juzgar qué sería lo mejor, se descubre y en ella brilla la alegría por la alabanza recibida.

“De veras. Ahora mira. Como eres un buen muchacho, por eso juzgas de este modo. Imagínate cómo pensará Dios, que es todo perfección con respecto a las almas y al bien de ellas. Las almas son como pajaritos que la carne aprisiona dentro de sí como en una jaula. La tierra es el lugar en donde viven con su jaula. Pero anhelan por la libertad del firmamento, por el sol que es Dios, por el alimento *necesario* para ellos que es la contemplación de Dios. Ningún amor humano, ni siquiera el amor de la madre por sus hijos o de estos por ella, es tan fuerte que pueda ahogar este deseo que sienten las almas por reunirse con su origen que es Dios. Así también Dios, que por su perfecto amor que experimenta por nosotros, no encuentra que haya motivo alguno que pueda vencer su deseo de unirse con el alma que lo busca anhelante. ¿Y qué sucede entonces? A veces la ama tanto que le dice: “¡Ven! “Te voy a dejar la libertad! Y lo dice aun cuando haya pequeñuelos al lado de la mamá. Él ve todo. Sabe todo. Todo lo que hace, lo hace bien. Cuando deja en libertad un alma –podrá parecer a los hombres de inteligencia mediocre que no lo es– cuando deja en libertad un alma lo hace siempre por un bien mayor para ella misma y para sus familiares. Y entonces Él, como ya te lo he dicho varias veces, une al ministerio del ángel custodio el ministerio del alma que llamó a Sí, la cual ama con un amor limpio de toda impureza humana a sus familiares al amarlos en Dios. Cuando libera a un alma, también el toma bajo su cuidado a los que sobreviven. ¿Acaso no lo ha hecho conmigo? ¿No te ha hecho a ti, pequeño israelita, mi discípulo, mi sacerdote del día de mañana?”

“Sí, Señor”.

“Ahora reflexiona un poquito. Yo libentaré a tu madre y no tendrá necesidad de tus sufragios. Pero tú, si ella hubiera muerto después de la redención y hubiese tenido necesidad de sufragios, podrías haberla ayudado como sacerdote. Piensa en esto: no habrías podido haber hecho otra cosa que presentar una ofrenda a algún sacerdote del Templo para que ofreciese un sacrificio de corderos, palomos o de alguna otra cosa por ella. Esto hubiera sucedido si hubieras continuado siendo el campesinito Yabé en la casa de tu madre. Ahora al contrario, tú, Marziam, sacerdote de Cristo, podrás celebrar por ella directamente el sacrificio verdadero de la Víctima perfecta en cuyo nombre se obtiene todo perdón”.

“¿Y no lo podré ofrecer?”

“Por tu padre, madre y hermanos, no. Lo podrás por amigos y discípulos tuyos. ¿No es algo bello todo esto?”

“Sí, Señor”.

“Regresemos ahora a casa ya tranquilos”.

“Sí... ¡Pero no te he dejado orar!... Me desagrada...”

“¡Ya hicimos oración! Hemos contemplado la verdad, hemos contemplado a Dios en su bondad... Todo esto es oración, y tú has orado como una persona adulta. ¡Ea, ánimo! Cantemos un hermoso salmo de alabanza por la alegría que hay en nosotros”.

Y empieza a cantar: “Un hermoso canto ha brotado de mi corazón...”² Marziam une su voz de plata a la de bronce y oro de la de Jesús.

172. Simón Zelote en Nazaret

18 octubre 1945

En diciembre anochece pronto, pronto se encienden las lámparas y la familia se reúne en una sola habitación. Esto también sucede en la casita de Nazaret. Mientras las dos mujeres trabajan, una en el telar y la otra en la aguja, Jesús y Juan de Endor, que están sentados en la mesa en voz baja conversan entre sí. Marziam está por terminar de lijar dos cofres que hay en el suelo.

El niño lo hace con todas sus fuerzas hasta que Jesús, que se levanta y se inclina, le dice: “Ya basta. Está todo pulido y mañana daremos el barniz. Pon todo en su lugar, porque mañana volveremos a trabajar”. Y Marziam sale con sus instrumentos con que lijó –espátulas duras con la piel rasposa de pescado, que sirven en lugar de nuestra lija, y unos cuchillos que no son de acero– Jesús toma en sus robustos brazos uno de los cofres y lo lleva al taller, donde hay claras señales de que allí se trabajó, porque hay aserrín y virutas cerca de uno de los bancos, que por ahora se encuentran en medio. Marziam ha puesto todos sus instrumentos en su lugar. Recoge las virutas para echarlas al fuego, y quiere hacer lo mismo con el aserrín, pero Juan de Endor le dice que él lo hará.

Todo está ya en orden cuando regresa Jesús con el otro cofre que pone junto al primero. Los tres están por salir cuando se oye que alguien llama a la puerta e instantes después se percibe la voz ronca de Zelote que saluda a María diciéndole: “Te saludo Madre de mi Señor y bendigo vuestra bondad que me concede poder vivir bajo vuestro techo”.

“Ya llegó Simón. Ahora sabremos el por qué de su tardanza. Vamos...” dice Jesús.

Entran en la habitación donde están las mujeres y el apóstol que se está quitando de encima un gran envoltorio.

“La paz sea contigo, Simón...”

“¡Maestro bendito! ¿He llegado tarde, no es verdad? Todo está arreglado y...”

Se dan el beso de paz. Después Simón prosigue: “Estuve en la casa de la viuda del carpintero. Tu ayuda llegó a tiempo. La mujer está muy enferma y los gastos han aumentado. El pequeño carpintero se industria en trabajar en cositas, y siempre te está recordando. Todos te bendicen. Después fui a la casa de Nara, Samira y Sira. Su hermano se muestra más que nunca duro. Pero ellas están tranquilas, pues son muy santas, y comen su pobre pan con lágrimas y con el perdón. Te bendicen por la ayuda que les enviaste, pero te suplican que ruegues para que su hermano se convierta. También Raquel te bendice por la ayuda. Después estuve en Tiberíades para las compras, que espero haber hecho bien. Ahora las verán las mujeres... Allí algunos me entretuvieron porque pensaban que fuera yo una estafeta. Me secuestraron durante tres días... Una prisión muy buena, pero que no dejaba de serlo... Querían saber muchas cosas. Dije la verdad al asegurar que nos habías despedido a todos y que Tú te habías ido por tu parte durante lo más duro del invierno... Cuando se persuadieron de que era verdad, porque también fueron a la casa de Simón de Jonás y de Felipe sin que te encontrasen y sin saber nada de Ti, me dejaron libre. También hay qué tener en cuenta los malos días que hemos pasado. Esta es, pues, la razón por la que llegué retrasado”.

“No importa. Tendremos tiempo de estar juntos. Te agradezco todo... Mamá mira con Síntica lo que hay en el envoltorio y dime si te parece sea suficiente para lo que ya sabes...” y entre tanto las que mujeres sacan todo lo que hay en el envoltorio, Jesús se sienta a platicar con Simón.

“Y Tú, Maestro ¿qué has hecho?”

² Cfr. Salmo 44

“Dos cofres para no estar de ocioso y porque serán útiles. He dado una caminata y me he sentido feliz en mi casa...”

Simón lo mira fijamente pero no dice nada.

Los gritos de Marziam que ve que salen del envoltorio telas, lana, sandalias, velos y cinturones hace que Jesús y sus compañeros vuelvan la cara a donde salen. María dice: “Todo es muy bueno, muy bueno. Todo lo vamos a arreglar al punto, y todo estará cosido”.

El niño pregunta: “¿Te vas a casar Jesús?”

Todos echan a reír y Jesús pregunta: “¿Qué te hace sospecharlo?”

“Estos vestidos que son de hombre y de mujer, los dos cofres que hiciste. Son tus aprestos y de la novia. ¿Puedes presentármela?”

“¿De veras quieres conocer a mi novia?”

“¡Caro que sí! Cuán hermosa será ¿cómo se llama?”

“Por ahora es un secreto, porque tiene dos nombres. Tú antes eras Yabé, y ahora eres Marziam ¿no es así?”

“¿Y no los puedo saber?”

“Por ahora no. Un día los conocerás”.

“¿Me vas a invitar a las bodas?”

“No será una fiesta para niños. Te invitaré a las bodas nupciales. Serás uno de los invitados y testigo también. ¿Estás contento?”

“¿Cuándo serán? ¿Dentro de un mes?”

“¡Oh! ¡Falta más!”

“¿Entonces por qué has trabajado con tanta prisa que te salieron hasta ampollas en las manos?”

“Me salieron porque hace tiempo que no trabajo más con ellas. Mira, niño, que la ociosidad es muy peligrosa. Siempre lo es. Cuando uno vuelve al trabajo, cuesta doble, porque las manos se han hecho muy delicadas. ¡piénsalo! Si esto sucede con las manos ¿qué no sucederá con el alma? ¿Lo ves? Esta noche tuve que decirte “ayúdame” porque me dolían tanto las manos que no podía sostener la escofina, cuando hace apenas dos años trabajaba hasta catorce horas al día sin que me doliese nada. Lo mismo sucede con quien se enfría en el fervor, en su voluntad, Y siendo débil, con más facilidad penetra en él el veneno de las enfermedades espirituales. Con doble esfuerzo realiza las buenas obras que antes nada le costaban porque estaba ejercitado. Nunca debe uno de estar de ocioso diciendo: “Luego que pase este periodo me volveré a entregar al trabajo con nuevas fuerzas” ¡No se logrará jamás, o si se logra, costará mucho!”

“¡Pero Tú no has estado de ocioso!”

“No. Me he ocupado en otros trabajos. Pero mira lo que les ha costado a estas manos el tiempo en que no han trabajado”. Jesús muestra las palmas enrojecidas y con ampollas.

Marziam las besa diciendo: “Así me hacía mi mamá cuando me dolían, porque el amor es buen médico”.

“Sí, el amor cura muchas cosas... Y bien... Ven Simón. Dormirás en el taller. Ven, que quiero enseñarte dónde puedes colocar tus vestidos y...” Salen y todo termina.

173. Una tarde en la casa de Nazaret

19 octubre 1945

En el telar no hay nadie. María y Síntica están cosiendo vestidos que trajo Zelote. Los trozos de vestidos ya cortados, son doblados ordenadamente sobre la mesa. Color por color. De cuando en cuando en cuando las mujeres toman un trozo de tela, lo hilvanan en la mesa. Los hombres permanecen en el rincón donde está el telar en el que nadie trabaja; cerca de las mujeres pero no interesados en el trabajo. Se encuentran también los dos apóstoles: Judas y Santiago de Alfeo, que también miran con curiosidad cómo trabajan las mujeres pero sin hacerles pregunta alguna.

Los dos primos están hablando de sus hermanos, sobre todo de Simón que los acompañó hasta la puerta donde vive Jesús y luego se fue “porque tiene un hijo que está malo” dice Santiago para endulzar la noticia y excusar a su hermano. Judas es más duro. Dice: “Por esto debía haber venido. Me parece que también él es un torpe, como todos los nazarenos, si excluimos a Alfeo y a los dos discípulos que sabe Dios dónde están ahora. Se comprende que Nazaret no tiene nada bueno y lo que tuvo lo ha arrojado como si fuese algo dañino para ella...”

“No hables así” le pide Jesús. “No te envenenes el corazón. No es su culpa...”

“Entonces ¿de quién es la culpa?”

“De muchas circunstancias... No indagues. No toda Nazaret es una ciudad enemiga. Los niños...”

“Por que lo son”.

“Las mujeres...”

“Porque lo son. Pero ni los niños ni las mujeres son quienes consolidarán tu reino”.

“¿Por qué no Judas? Estás equivocado. Los niños de hoy serán los discípulos de mañana. Los que propagarán el reino por toda la tierra. Y las mujeres... ¿Por qué no lo podrán hacer?”

“Es claro que no podrás hacer de las mujeres discípulos. Al máximo, serán discípulas, como lo has dicho, y que ayudarán a los discípulos”.

“El día de mañana verás otras cosas muy diversas, hermano. Ni siquiera intento hacértelas creer. Daría cokes contra una mentalidad que has heredado de siglos, mentalidad de ideas, prejuicios equivocados acerca de la mujer. Tan sólo te pido que mires, que tengas en cuenta las diferencias que observas entre las discípulas y los discípulos y que veas bien, sin pasión alguna, cómo responden ellas a mis enseñanzas. Verás empezando por tu mamá, que fue la primera de las discípulas en el tiempo y por su heroísmo, y lo sigue siendo con la cabeza erguida ante una población que se burla de ella porque me es fiel, que hace frente a los gritos de la sangre que no le escatima reproches por su fidelidad hacia Mí, verás que las discípulas son mejores que vosotros”.

“Lo reconozco. Es verdad. Pero en Nazaret ¿dónde están las discípulas? Las hijas de Alfeo, la mamá de Ismael y la de Aser y sus hermanas. Y para de contar. Muy pocas. No quisiera volver a Nazaret para no ver nada de esto”.

“¡Pobre mamita! Le darías un gran dolor” dice María que intervine en la charla.

“Es verdad” dice Santiago. “Tantas esperanzas que abriga de reconciliar a los hermanos con Jesús y con nosotros. Me imagino que no desea otra cosa más. Pero nadie puede decir que se puede, si estamos lejos. Hasta ahora te he concedido la razón con estarme casi alejado, pero desde mañana quiero salir, quiero acercarme a este y a aquel... ¿Por qué no debemos evangelizar nuestra ciudad, si debemos evangelizar también a los gentiles? Me niego a creer que Nazaret sea una ciudad completamente mala, y que no puede convertirse”.

Judas Tadeo no responde, pero se ve que no se siente bien.

Simón Zelote, que había estado callado, interviene: “No quisiera suscitar sospecha alguna, pero permitidme que para tranquilizaros, os haga una pregunta y es la siguiente: ¿estáis seguros que en este modo orgulloso de Nazaret no haya fuerzas extrañas que han venido de otras partes, que trabajan muy bien aprovechándose de elementos que si se piensa bien, deberían ser las mejores pruebas de asegurarse de que el Maestro es el Santo de Dios? El conocimiento de la vida perfecta de Jesús, ciudadano de Nazaret, debería hacer más fácil que se le aceptase como el Mesías prometido. Yo más que vosotros –y también otros muchos de mi edad– hemos conocido, a lo menos por lo que la fama nos cuenta, a muchos pretendidos Mesías. Os aseguro que su vida íntima destruía todo lo que con todo ahínco afirmaban de su medianidad. Roma los persiguió con crueldad como a unos rebeldes. Pero dejando a un lado lo que se refiere a política que Roma no pueda permitir que haya, donde ella reina, estos falsos Mesías por muchas razones secretas, merecían el castigo. Nosotros los alentábamos, los sosteníamos porque nos servían para saciar nuestra actitud de rebeldía contra Roma. Los ayudábamos porque, ciegos como somos, creíamos ver –hasta que el Maestro no estableció

la verdad, y pese a ello todavía no creemos como se debiera, esto es con toda el alma— en ellos al “rey prometido. Acariciaban nuestro corazón afligido con esperanzas de independencia nacional y de reestabilización del reino de Israel. Pero ¡qué desgracia! ¡No habría sido un reino frágil y corrompido! Ciertamente que llamar a esos falsos Mesías reyes de Israel y fundadores del reino prometido, era lo mismo que envilecer hasta el fondo la idea mesiánica. En el Maestro se une la profundidad de doctrina y su santidad de vida. Y Nazaret, como ninguna otra ciudad, lo sabe. No me atrevo siquiera a acusar a alguien de no creer en lo sobrenatural de su existencia, pues ellos, los nazarenos lo ignoran. Pero su vida, ¡su vida...! Lo que la odian, lo que la atacan... ¡Pero qué digo! ¿Toda esta resistencia no podía hallar su razón de ser en maquinaciones enemigas? Conocemos a los enemigos de Jesús. Sabemos lo que valen ¿Creéis que tan sólo acá hayan estado inertes o que no hayan venido? Por todas partes nos han precedido o bien ido junto a nosotros, o bien seguido para destruir la obra de Jesús. No acuséis a Nazaret como si fuese la ciudad culpable. Mas bien llorad por ella a la que enemigos de Jesús han engañado”.

“Hablaste muy bien, Simón. Llorad por ella...” dice Jesús que está muy triste.

Juan de Endor dice: “Dijiste bien cuando afirmaste que elementos favorables fácilmente pueden convertirse en desfavorables, porque muy raras veces el hombre piensa rectamente. Aquí el primer obstáculo es el nacimiento humilde del Mesías, su infancia inédita, su adolescencia sin gloria, su juventud desconocida. El hombre olvida que los valores se ocultan bajo apariencias modestas, mientras la nulidad se disfraza de lo mejor que puede para poder imponerse a las multitudes”.

“Tal vez así sea... pero nada cambia mi idea acerca de mis conciudadanos. Debían de haber juzgado conforme a las obras verdaderas del Maestro, sobre cualquier afirmación suya y no siguiendo promesas de desconocidos”.

Un largo silencio, que tan solo resquebraja el rumor que producen las telas que la Virgen parte en trozos. Síntica no ha hablado ni siquiera una palabra, pero no ha dejado perder ni una sola. Siempre observa su actitud de profundo respeto, de modestia, que tan sólo ante María, o el niño son menos notables. El niño ya se durmió, sentado sobre un banquito, exactamente a los pies de Síntica y con la cabeza apoyada sobre sus rodillas, con el brazo doblado. Por esto ella no se mueve y espera que María le pase los retazos.

“¡Qué sueño más inocente!... Sonríe...” observa María inclinándose sobre Marziam que está dormido.

“Quién sabe lo que sueña” dice Simón sonriente.

“Es un niño de mucha inteligencia. Aprende rápidamente y de todo pide explicación. Hace preguntas con toda agudeza y exige respuestas claras. De mi parte confieso que a veces me encuentro embarazado para responderle. Sus preguntas son superiores a su edad, y a veces no encuentro cómo darle una explicación” dice Juan.

“Lo mismo que sucedió aquella vez ¿te acuerdas Juan? Tenías dos alumnos muy difíciles aquel día, y muy ignorantes” dice Síntica con una sonrisa que apenas escapa de los labios, mientras observa al discípulo con una profunda mirada.

Juan sonríe y responde: “Así es. Y vosotros teníais un maestro muy incapaz, que tuvo qué valerse de la verdadera Maestra... porque en ninguno de los muchos libros que he leído, lograba encontrar la respuesta apropiada para el niño. Y eso que soy un pedagogo. No cabe duda que todavía soy un ignorante”.

“La ciencia humana todavía es una ignorancia, Juan. No lo era el pedagogo, sino lo que le proporcionaron, pues era insuficiente. ¡Qué pobre es la ciencia humana! Me parece como si estuviese baldada. Esto me hace pensar en una deidad que Grecia honraba. Era necesaria la materialidad pagana para que se pudiese creer que, dado que la Victoria no tenía alas, por eso era posesión de los griegos; pero no sólo se le habían quitado a la Victoria las alas, sino también la libertad... Era mejor, según nuestras creencias, que hubiese tenido alas, pues hubiéramos pensado que era capaz de volar para que arrebatase los rayos del cielo y con ellos flechásemos a los enemigos. Pero Así como estaba, no daba esperanza alguna, antes

bien, desaliento y amargura. No podía verla sin sufrir... Me parecía que sentía el dolor al verse mutilada. Un símbolo de dolor y no de alegría... Y así fue. El hombre se comporta con la ciencia del mismo modo que con la victoria. Le quita las alas que estarían impregnadas del sabor de lo sobrenatural y que le entregaría las llaves para que pudiese descubrir tantos secretos de todo lo concebible y de todo lo creado. Creyendo y aún creen que pueden tenerla cautiva por haberle quitado las alas... Lo que han hecho de ella, es que sea algo incapaz de sí misma... La ciencia con las alas sería la sabiduría. Así como está no es otra cosa que algo parcial”.

“¿Y os dio mi Madre aquella vez la respuesta?”

“Con toda claridad y con palabras santísimas, que un niño podía oír y un hombre podía haber escuchado sin avergonzarse en modo alguno”.

“¿De qué se trata?”

“Del pecado original, Maestro. he escrito la explicación que me dio tu Madre para acordarme siempre de ella” añade Síntica, y Juan por su parte: “También yo hice lo mismo. Creo que será una cosa sobre la que muchos pregunten, si es que algún día llego a ir entre los gentiles. No pienso ir allá porque...”

“¿Por qué, Juan?”

“Porque ya no estaré vivo”.

“¿Pero irías de buena gana?”

“Mejor que otros israelitas, porque no tengo prejuicios. Y además porque... Sí, también porque di mal ejemplo entre los gentiles: en Cintium y Anatolia. Me gustaría predicar el bien donde hice el mal. El bien consistía en llevar tu palabra, en darte a conocer... Pero sería un gran honor... No lo merezco...”

Jesús lo mira con su sonrisa habitual, pero no dice nada al respecto. Pregunta: “¿Y no tenéis otras cosas qué preguntar?”

“Tengo una. Me vino cuando hablabas de la ociosidad con el niño. He tratado de responderme, pero sin ningún resultado. Esperaba que llegara el sábado para hacértela. El sábado, cuando nadie trabaja y nuestra alma, en tus manos, viene levantada hasta Dios” dice Síntica.

“Hazla ahora, mientras llega la hora de irnos a descansar”.

“Pues bien, Maestro. Tú dijiste que si uno se entibia en el trabajo espiritual se debilita y se predispone a las enfermedades del espíritu ¿O no es así?”

“Así es, mujer”.

“Ahora bien, esto me parece que contradice a cuanto he oído de Ti y de tu Madre acerca de la culpa original, sobre sus afectos en nosotros, sobre la liberación que nos traes. Me habéis enseñado que con la Redención la culpa original será anulada. Creo que no me equivoco al afirmar que a muchos no se anulará, sino sólo los que creen en Ti”

“Es verdad”.

“Dejemos a un lado a otros y tomemos a uno de los que han sido salvados. Lo contemplo desde el punto de vista de los efectos que la Redención ha traído. Su alma no tiene más la culpa original. ¿No le proporciona esto un vigor incapaz de sufrir cualquier enfermedad? Me responderás: “El hombre comete también pecados personales”. Muy bien, pero pienso que desaparecerán con tu redención. No te pregunto cómo, pero supongo que para testimonio de ella, de que existió verdaderamente —no me imagino cómo sucederá— dejarás medios, símbolos. Lo que he leído en el Libro sagrado me hace temblar¹, y me aseguro que no se trata sino de sufrimientos simbólicos, limitados a lo moral, aun cuando este no sea una ilusión sino un espasmo más doloroso, que el físico. Todas las religiones lo saben, y algunas veces se les da el nombre de misterios... El bautismo actual, que existe en Israel es uno de los testimonios que digo ¿o no?”

¹ Cfr. Is. 50, 4-9; 52, 13-53, 12.

“Así es, y habrá señales de mi redención con nombres diversos de los que dices también en mi religión las cuales se aplicarán a las almas para purificarlas, fortificarlas, iluminarlas, sostenerlas, alimentarlas, absolverlas”.

“¿Y entonces? Si son absueltas aún de los pecados personales, siempre estará en gracia. ¿Cómo podrán ser débiles y predispuestas a enfermedades espirituales?”

“Te voy a poner un ejemplo. Tomemos a un niño que acaba de nacer de padres completamente sanos, y que está sano y fuerte. No existe en él tara física ni hereditaria. Es perfecto en su constitución y en sus órganos. Su sangre es completamente pura. Tiene, pues, todos los requisitos para crecer fuerte y sano. , sin contar que su madre tiene leche abundante y sustanciosa. Pero en el primer instante de su vida una enfermedad durísima le ataca. No se sabe cómo se originó. Es en verdad una enfermedad mortal. Se salva realmente gracias a Dios que le mantiene la vida en este cuerpecito a punto de perecer. Y bien ¿crees que después ese niño sea robusto como si ningún mal le hubiese atacado? No. Habrá siempre en él una debilidad que aunque no se vea claramente, lo dispondrá muy fácilmente a las enfermedades, cosa que no hubiera sucedido antes. Algún órgano jamás quedará perfecto como antes fue. Hay razones para que fácilmente contraiga alguna enfermedad, que cada vez que le ataque, le dejará más propenso a enfermarse.

Lo mismo sucede en el campo espiritual. La culpa de origen se borrará en los que creen en Mí, pero su espíritu conservará una tendencia hacia el pecado que de no haber existido la culpa original, no habría habido.

Por este motivo es menester estar siempre atento y cuidadoso del propio corazón, como lo es una madre cariñosa con su hijito que quedó débil de una enfermedad. Por esta razón es menester no estar ocioso, sino tratar siempre de vigorizarse en la virtud. Si alguien cae en pecado grave, que puede compararse a una recaída mortal, siempre estará más propenso a enfermarse y a morir en su espíritu. Pero si la gracia, que la redención restituirá, encuentra una ayuda en una voluntad fuerte e incansable entonces sí que vivirá, y aún más, crecerá porque se unirá a las virtudes que el hombre conquista. Santidad y gracia son las alas seguras para volar a Dios. ¿Has entendido?”

“Sí, Señor mío. Tú, esto es, la Beatísima Trinidad proporcionáis al hombre el medio que es la base. El hombre con su cuidado no lo debe destruir. Lo entiendo. Cualquier pecado grave es destrucción de la gracia, esto es, de la salud del espíritu. Es claro que las señales que dejarás nos devolverán la salud, pero el pecado obstinado que no lucha para no pecar, será cada vez más débil, aunque cada vez sea perdonado. Es necesario, pues, estar atento para no perecer. Gracias, Señor... Marziam se ha despertado. Ya es tarde...”

“Sí. Roguemos juntos y luego vayámonos a descansar”.

Jesús se pone de pie. Todos lo imitan, y hasta el niño que está semidormido. El “Padre Nuestro” resuena fuerte y armonioso en la pequeña habitación.

174. Jesús y Salomé, mujer de su primo Simón

20 octubre 1945

Jesús con Simón Zelote y Marziam, atraviesan Nazaret en dirección al campo de Caná a Nazaret, y atraviesa la ciudad, su ciudad incrédula y hostil, por las calles más céntricas y por la plaza del mercado, que se encuentra llena de gente en estas horas de la mañana. Muchos se vuelven a mirarlo. Alguno que otro saluda. Las mujeres, sobre todo las de edad, le envían alguna sonrisa, y exceptuando a uno que otro niño, nadie se acerca a Él. Un murmullo le sigue cuando ya pasó. Jesús ciertamente se da cuenta de todo, pero finge como si nada notase. Habla con Simón, o con el niño que camina entre ambos.

Ya está casi en las últimas casas. En la puerta de una de ellas hay una mujer de cuarenta años más o menos. Parece como si estuviese esperando a alguien. Cuando ve a Jesús hace ademán de avanzar, pero se detiene y baja la cabeza como si sintiese vergüenza.

“Es una pariente mía. Es la mujer de Simón de Alfeo” dice Jesús al apóstol.

La mujer parece que pisa Ascuas, tales son los sentimientos que manifiesta. Cambia de color, levanta y baja los ojos. Toda su cara muestra unas ansias de hablar, que algún motivo refrena.

“La paz sea contigo, Salomé” la saluda Jesús, una vez que está cerca de ella.

La mujer lo mira, sorprendida de su afabilidad, y responde sonrojada: “La paz sea...” El llanto que está pronto a despeñarse de su garganta le impide terminar la frase. Se cubre el rostro con el brazo doblado y llora angustiosamente, apoyada contra el quicio de la puerta.

“¿Por qué lloras de ese modo, Salomé? ¿Puedo hacer algo para consolarte? Ven aquí, detrás de la esquina y dime qué te pasa...” La toma por el brazo, y la lleva hacia el callejón que hay entre su casa y el huerto de otra. Simón y Marziam del todo sorprendidos, se quedan en la bocacalle.

“Qué te pasa, Salomé. Sabes muy bien que siempre te he querido. *Siempre os he querido a todos. Y os quiero.* Créemelo y ten confianza...”

Sucede algo así como si las lágrimas se detuviesen para escuchar aquellas palabras y comprender lo que quieren decir, para que después más fuerte se derramen, y en cada palabra se envuelvan. “Tú sí... Nosotros... Ya no... Ni siquiera Simón... Él es más necio que yo... Se lo decía... “Llama a Jesús”... Pero toda una población está en contra tuya... mía... y de mi hijo...” Tocado el punto trágico, el llanto se desborda mucho más. La mujer se retuerce, llora, se golpea la cara como presa de un delirio.

Jesús la toma por las manos y le dice: “No llores así. Aquí estoy Yo para consolarte. Habla y haré lo que quieras...”

La mujer lo mira con los ojos fuera de órbita, llenos de admiración y dolor. La esperanza le da fuerzas para hablar y hasta con orden: “Aun cuando Simón sea culpable ¿tendrás piedad de mí? ¿De veras?... ¡Oh, Jesús que a todos salvas! Mi hijo Alfeo, él último, está muy mal... está por morir... Tú querías a Alfeo. Le hacías juguetes... Lo levantabas en alto para que cortase las uvas y los higos... y antes de que te fueses para... para ir por el mundo, le enseñaste muchas cosas buenas... Ahora no lo podrás hacer más... Está casi muerto... No comerá higos ni uvas. No aprenderá más cosas...” y fuertemente llora.

“Salomé, tranquilízate. Dime ¿Qué le pasa?”

“Está enfermo del vientre. Ha gritado, se ha retorcido, por varios días ha delirado. Ahora ya no pronuncia ninguna palabra. Está como cuando alguien es golpeado en la cabeza. Lloro pero no responde. Ni siquiera se acuerda de gemir. Está lívido. Ya está frío. Hace algunos días que ruego a Simón que te vaya a ver, pero... ¡oh! siempre le he amado pero ahora lo odio porque es un necio que por una idea estúpida, hace que muera su hijo. Y si se muere, me iré a mi casa, con los otros hijos. No es capaz de ser un padre en el momento oportuno. Yo me preocupo y cuido de mis hijos. Me iré. Sí. Diga el mundo lo que quiera, me iré”.

“No hables así. Quítate al punto ese pensamiento de venganza”.

“De justicia. Me rebelo. ¿Lo ves? Te he esperado porque nadie te decía: “Ven”. Yo te lo digo, y he debido hacerlo como si se tratase de una acción mal. Y no te puedo decir: “Entra” porque dentro hay familiares de José y...”

“No es necesario. ¿Me prometes que perdonarás a Simón y que serás siempre su fiel esposa? Si me lo prometes yo te digo: “Vete a tu casa y tu hijo ya curado te sonreirá”. ¿Puedes creerlo?”

“Creo en Ti. Creo aunque sea contra todo el mundo”.

“Y como tienes fe, ¿también puedes conseguir perdón?”

“... ¿Pero me lo curas de verdad?”

“No sólo esto, sino que también te prometo que las dudas que Simón tiene acerca de Mí se acabarán, y el pequeño Alfeo, tus otros hijos y tú, junto con tu esposo y tu padre, volveréis a mi casa. María se acuerda mucho de ti...”

“¡Ah, María, María! Alfeo nació cuando ella estaba... Sí, perdonaré, Jesús. No le diré ni una palabra... No, antes bien, le diré: “Mira cómo corresponde Jesús a tu modo de obrar: devolviéndote a tu hijo”. ¡Esto, lo puedo decir!”

“Lo puedes... Vete, Salomé. Vete. Vete”. La lleva a la puerta, mira cómo entra, sonrío al ver que debido a sus ansias corre derecha por el pasillo sin cerrar siquiera la puerta que Él cierra despacito.

Se vuelve a sus dos compañeros a quienes dice: “Y ahora vayamos a donde teníamos qué ir”.

“¿Crees que se convertirá Simón?” pregunta Zelote.

“No es un infiel, es tan sólo uno de los que se dejan dominar del más fuerte”.

“¡Ah, entonces! ¡El milagro que es más fuerte!”

“Tú mismo te respondes... Estoy contento de haber salvado al niño. Lo vi pocas horas después de nacido, y siempre me ha querido...”

“¿Cómo yo te quiero? ¿Y se hará discípulo?” pregunta Marziam curioso y un poco incrédulo que alguien pueda amar a Jesús como él lo ama.

“Tú me amas como niño y como discípulo. Alfeo me amaba sólo como niño, pero después me amará como discípulo. Ahora es muy niño. Tiene ocho años. Lo vas a ver”.

“Entonces, aparte de mí, que soy niño ¿no hay otro que sea discípulo?”

“Tú solo por ahora. Eres el primero de los niños discípulos. Cuando llegues a ser grande acuérdate que supiste ser discípulo mejor que los adultos, y por lo tanto abrirás tus brazos a todos los que vinieron a ti en busca mía diciéndote: “Quiero ser discípulo de Cristo”. ¿Lo harás?”

“Lo haré” promete serio Marziam...

La campiña se ve despejada. El sol la baña, y ellos en medio del sol se me alejan...

175. Simón, primo de Jesús, vuelve a Él

21 octubre 1945

Entran en una casucha en donde hay una anciana a quien rodea un manojito de niños de diez hasta dos años. La casucha se encuentra en medio de campillos descuidados, y por donde se ven algunos árboles frutales que han quedado.

“La paz sea contigo, Juana. ¿Estás mejor hoy? ¿Han venido a ayudarte?”

“Sí, Maestro, me dijeron que regresarán para sembrar, que la cosecha llegará tarde, pero que llegará una vez más”.

“Claro que llegará. Se tratará de un milagro de la tierra y de la semilla, y será un milagro competo. Tus campos serán los mejores de esta región, y estos pajaritos que te rodean tendrán abundancia de trigo para llenar sus estómagos. No llores más. El año que viene todo empezará a ser mejor. Pero te seguiré ayudando. Esto es: te ayudará alguien que tiene tu mismo nombre y que nunca se cansa de ser buena. Mira: esto es para ti. Con esto podrás sostenerte hasta que empiece la cosecha”.

La anciana toma juntamente la bolsa y la mano de Jesús. Sus lágrimas bañan las manos del Señor. Luego pregunta: “Dime quién es esa buena criatura, para que diga su nombre al señor”.

“Una discípula mía y hermana tuya. Yo y el Padre que está en los cielos sabemos quién es”.

“¡Oh, eres Tú!...”

“Yo soy pobre, Juana. Doy lo que me dan. De mi parte no puedo más que dar milagros. Me desagrada que no hubiera sabido antes tu desgracia. Tan pronto como me dijo Susana, he venido. Un poco tarde, pero de este modo brillará mucho mejor la obra de Dios”.

“Tarde, sí, tarde. La muerte llegó veloz y segó vidas. Segó la de los jóvenes, pero no la mía que es inútil. No la de estos, que no pueden valerse por sí mismos, sino la de los que podían trabajar. Maldita esa luna de Elul, preñada de malditos presagios”.

“No maldigas el planeta. No tiene nada qué ver con esto. ¿Son buenos estos niños? Venid aquí. ¿Veis? También este es un niño que no tiene padre ni madre, y que ni siquiera puede vivir con su abuelo, pero Dios tampoco lo abandona, y jamás lo abandonará, mientras sea bueno, ¿no es así, Marziam?”

Marziam dice que sí con la cabeza y se pone a charlar con los pequeños que le han rodeado. Algunos son más pequeños que él en edad, pero algunos le ganan en altura. Dice: "De veras que Dios no abandona. Yo puedo decirlo. Mi abuelo rogó por mí, y estoy seguro que también lo hacen mi padre y mi madre desde la otra vida. Dios siempre escucha las plegarias, porque es muy bueno, y siempre escucha las oraciones de los justos, estén vivos o muertos. Estoy seguro que por vosotros han rogado vuestros muertos y esta querida abuelita. ¿La queréis mucho?"

"Sí, mucho... responde con entusiasmo la nidada.

Jesús está callado. Quiere escuchar lo que dice su pequeño discípulo y los huerfanitos.

"Así está bien. No conviene hacer llorar a los ancianos. A nadie se debe hacer llorar, porque quien así lo hace, a Dios hace llorar. Y luego los viejos. El Maestro a todos trata bien, pero con los viejos y con los niños es todo caricias. Porque los niños son inocentes y los ancianos sufren. Tanto que han llorado. Hay qué amarlos dos, tres, diez veces por aquellos que no los aman. Jesús siempre dice que quien no honra al anciano es un perverso completo, igual que como lo es quien maltrata a los niños, y es porque los niños y los ancianos no pueden defenderse. Por esto procurad ser buenos con vuestra viejecita abuela".

"Algunas veces yo no la ayudo..." dice uno de los grandecitos.

"¿Por qué? Te comes el pan que te da con fatiga. ¿No sientes sus lágrimas cuando la afliges? Y tú, mujer, (*la mujer* tendrá a lo más diez años y está muy flaca y paliducha) ¿la ayudas?"

Los hermanitos dicen en coro: "¡Raquel es buena! Hasta muy noche se pone a hilar ese poco de lana y estambre que tenemos y ha pillado calenturas por su trabajo cuando moría nuestro padre en el campo para que estuviese listo para ser sembrado".

Dios te lo premiará" dice gravemente Marziam.

"Ya me lo premió al aliviar de sus penas a la abuela".

Jesús interviene: "¿No pides otra cosa más?"

"No, Señor".

"¿Estás curada?"

"No, Señor, pero no importa. Ahora aunque me muera, la abuela ha sido socorrida. Antes me desagradaba morir porque la ayudaba".

"Pero la muerte es fea, niña..."

"Así como Dios me ayuda en la vida, así me ayudará en la muerte e iré donde está mi mamá... ¡No llores abuelita! A ti también te quiero mucho. No lo diré otra vez, si con eso te provooco llanto. Mejor dicho, pedir al Señor que me cure, si así lo quieres... No llores, mamacita mía..." y abraza a la ancianita que está triste.

"Cúrala, Señor. Por mi causa hiciste que mi abuelo se sintiese feliz. Haz también ahora a esta anciana feliz".

"El favor se obtiene con sacrificios. ¿Cuál vas a hacer para obtenerlo?" pregunta Jesús.

Marziam piensa... Busca lo que le puede costar más... luego sonriente dice: "No tomaré miel durante toda una luna".

"¡Es poco! ¡La de Casleu ya está muy avanzada!..."

"Digo la luna por decir cuatro fases, y piensa... que en estos días viene la fiesta de las Luces y las empanadas de miel..."

"Es verdad. Entonces Raquel se curará por medio tuyo. Ahora vámonos. Adiós, Juana. Antes de partir volveré a verte. Adiós, Raquel; adiós, Tobíolo; adiós, pequeñuelos. Mi bendición quede con vosotros y en vosotros mi paz".

A salir los acompañan las bendiciones de la anciana y de los niños.

Marziam, terminado su trabajo de "apóstol y víctima" se pone a brincar como un cabrito y a correr por delante.

Simón con una sonrisa en el rostro dice a Jesús: "Su primer sermón y su primer sacrificio. Promete mucho ¿no te parece así, Maestro?"

"Sí. Muchas veces ya me ha predicado. También a Judas de Simón..."

“... al que le parece que el Señor haga hablar a los niños... Tal vez para impedir que se venga...”

“Que se venga, no lo creo. No llegará hasta ese extremo; pero sí tendrá reacciones violentas. Quien merece se le regañe, no ama la verdad... Y sin embargo hay qué decirla...” Jesús lanza un suspiro.

Simón lo nota y pregunta: “Maestro, dime la verdad. Lo alejaste y tomaste la decisión de mandar a todos a su casa para las Encenias para impedir que Judas estuviese ahora en Galilea. No te pido, ni quiero que me digas el por qué está bien que Judas no esté con nosotros. Me basta saber que he adivinado. Todos pensamos así, ¿sabes? El mismo Tomás, el cual me dijo: “Me voy sin protestar porque comprendo que hay por debajo un motivo serio” Y añadió: “El Maestro obra bien al hacer lo que hace. Muchos Nahumes., Sadoques, Yocanas y Eleazares entre los amigos de Judas...” Tomás no es tonto... No es malo, antes bien, muy bueno. Te aprecia muy sinceramente...”

“Lo sé. Es verdad lo que os habéis imaginado. Pronto conoceréis la razón...”

“No te la estamos pidiendo”.

“Pero os pediré vuestra ayuda y os la diré”.

Marziam regresa corriendo: “Maestro, allí donde termina la vereda y desemboca en el camino principal está tu primo Simón. Está todo sudado como si hubiese corrido mucho. Me preguntó: “¿Dónde está Jesús?” le respondí: “Viene detrás con Simón Zelote”. Me dijo: “¿Va a pasar por aquí?” “Claro” le respondí: “Por aquí se pasa para regresar a no ser que se haga como los pájaros que vuelan y por muchos caminos llegan a sus nidos. ¿Lo quieres ver?” le pregunté. Tu hermano se quedó dudoso, pero estoy seguro que te quiere ver”.

“¡Maestro! ya vio a su mujer... Vamos obrar así. Marziam y yo te dejamos solo. Daremos vuelta por el otro lado de Nazaret. No tenemos ninguna prisa... Tú sigues caminando por este sendero...”

“Está bien. Gracias, Simón. Pronto nos veremos”.

Se separan. Jesús apresura el paso hacia el camino principal. Allí está Simón jadeante apoyado sobre un tronco y enjugándose el sudor. Al ver a Jesús levanta los brazos... los vuelve a dejar caer, baja la cabeza, sin fuerzas.

Jesús llega a donde está. Le pone una mano en la espalda. Le pregunta: “¿Qué quieres hacer conmigo, Simón? ¿Hacerme feliz con tus palabras de cariño, que hace *mucho tiempo* espero?”

Simón baja mucho más la cabeza pero no dice nada.

“Habla. ¿Acaso soy un extraño para ti? ¿Verdad que no? Tú siempre eres mi buen hermano Simón, y Yo soy para ti, el pequeño Jesús que cargabas en tus brazos con mucho trabajo, con tanto amor. Eso era cuando regresamos a Nazaret”.

Simón se cubre la cara con las manos y cae de rodillas. “¡oh, Jesús mío! Yo soy el culpable. Cuánto he sido castigado...”

“No. Levántate. Somos parientes. Ea ¿qué quieres?”

“¡Mi hijo” Está...” el llanto le impide hablar.

“¿Tu hijo? ¿Y qué?”

“Está muriéndose... con él también el amor de Salomé... me quedo con dos remordimientos: el de perder a mi hijo y también a ella... Yo pensé que anoche se me moría, y ella parecía una hiena. Me gritó a la cara: “¡Eres un asesino de tu hijo!” Yo rogué que no fuese a suceder esto. Dentro de mí mismo juré que vendría a verte, si el niño se recobraba, aun cuando me arrojasen. Es cierto que me lo merezco. Pero con ello quería demostrarte que Tú eres el único que puede impedir mi desgracia. Al amanecer el niño se repuso un poco... Salí a escondidas de casa. Llegué a la tuya por detrás para que nada me lo estorbases... Toqué. María sorprendida abrió. Podía haberme tratado mal. Se limitó a decirme: “¿Qué quieres, desgraciado Simón?” Y me acarició como si fuese yo un niño... Lloré. La soberbia y el titubeo se acabaron. No es. No puede ser verdad lo que me contó Judas. Me refiero a tu apóstol, no a mi hermano. De esto no he dicho nada a María, pero yo me lo repito, y golpeo el pecho,

lanzándome desde ese momento toda clase de injurias. Le dije a Ella: “¿Está Jesús? Es por Alfeo. Se me muere...”. María respondió: “Corre. Va en dirección de Caná con el niño y un apóstol. Por el camino de Caná. Date prisa. Salió al amanecer. Ya estará por regresar. Rogaré por que lo encuentres”. Ni una palabra de reproche, ni una. ¡Y tantas que me merezco!”

“Tampoco Yo te reprocho algo. Te abro los brazos para...”

“¡Ay de mí! ¿Para decirme que Alfeo ha muerto?...”

“No. ¡Para decirte que te quiero!”

“Ven, entonces, ¡Pronto! ¡Pronto!”

“No. No es necesario”.

“¿No vienes? ¿No me perdonas? ¿Alfeo está ya muerto? Pero aunque lo estuviera, Tú, Jesús, que resucitas muertos, ¡devuélveme a mi hijo! ¡Oh, Jesús bueno!... ¡Oh, Jesús santo!... ¡Jesús a quien yo he abandonado!... Jesús, Jesús, Jesús...” El llanto del hombre se derrama por el camino solitario. Nuevamente está de rodillas. Se ase convulsivamente al vestido de Jesús. Le besa los pies. El tormento del dolor, del remordimiento, de su amor paternal.

“¿No pasaste por tu casa antes de venir aquí?”

“No. Como un loco he venido acá... ¿Por qué? ¿Alguna otra desgracia? ¿Ha huido Salomé? ¿Se ha vuelto loca? Ya se veía desde anoche...”

“Salomé me habló, lloró. Vete a tu casa, Simón. Tu hijo está curado”.

“¡Tú!... ¡Tú!... ¿has hecho en favor mío, pese a que te ofendí creyendo a aquella víbora? Oh, Señor. No soy digno de tanto ¡Perdón, perdón, perdón! Dime qué quieres que haga para reparar mis ofensas, para decirte que te amo, para persuadirte que sufría en darme importancia, para decirte que desde que estás aquí, y desde antes de que se enfermase Alfeo, deseaba hablar contigo. Pero... pero...”

“No te preocupes de lo que pasó. Ni siquiera me acuerdo. Haz tú también lo mismo. Olvida las palabras de Judas de Keriot. Es un muchacho. Te pido tan solo que nunca repitas, ni ahora, ni nunca, tales palabras a mis discípulos, a mis apóstoles, y mucho menos a mi Madre. Esto te pido. Ahora vete, Simón, a tu casa. Vete tranquilo... No te tardes en gozar de la alegría que llena tu hogar. Vete”. Lo besa y empuja suavemente hacia Nazaret.

“¿No vienes conmigo?”

“Te espero en mi casa con Salomé y Alfeo. Vete. Y acuérdate que porque tu mujer supo creer sólo en lo que Yo le decía, tú has podido tener esta alegría. Por ella”.

“Quieres decirme que...”

“No. Quiero decir que reconocí tu arrepentimiento y que este te llegó a través de sus gritos acusadores... Dios grita por la boca de los buenos y vuelve a llamar y aconseja... probé la fe humilde y robusta de Salomé. Vete, te lo digo. No te tardes en decirle “gracias””.

Casi lo empuja a la fuerza para que se vaya. Y cuando finalmente se va, lo bendice... después mueve la cabeza, dentro de un mudo soliloquio. Por su rostro pálido corren lágrimas. Una sola palabra proporciona la hebra de su pensamiento: “Judas”...

Toma el sendero que había tomado Zelote, y se dirige a su casa.

176. Simón Pedro en Nazaret. Generosidad de Marziam

22 octubre 1945

Ya está entrando el día cuando Pedro llega solo y sin que se esperase a la casa de Nazaret. Viene cargado de canastos y bolsitas, pero se siente feliz bajo ese peso.

Brinda a María una sonrisa de felicidad y alegre y respetuosamente la saluda. Luego pregunta: ¿Dónde está el Maestro y Marziam?”

“Están por el borde, arriba de la gruta, como quien va a la casa de Alfeo. Me parece que Marziam está cortando uvas, y que Jesús está meditando. Ahora los voy a llamar”.

“Yo lo hago”.

“Entonces quítate eso de encima”.

“No, no. Es una sorpresa para el niño. Me gusta mucho verlo cómo abre los ojos y registra con ansia... Su dicha, pobre niño mío”.

Se va al huerto. Se esconde bien dentro del hueco de la gruta y luego fingiendo una voz ronca grita: “La paz sea contigo, Maestro” y luego en voz natural: “¡Marziam!”

Marziam que con su vocecilla saturaba el aire, guarda silencio. Una pausa, luego la vocecilla, como si fuese de una niña, de Marziam pregunta: “¿Maestro, no era mi padre el que me llamó?”

Probablemente Jesús estaba tan sumergido en sus pensamientos que no oyó nada, y así sencillamente lo dice.

Pedro de nuevo vuelve a gritar: ¡Marziam!” luego una carcajada se escapa de sus labios.

“Sí es él. ¡Papá mío! ¿Dónde estás?”

Busca en el huerto pero nada descubre... También Jesús da unos cuantos pasos y mira... Ve a María que sonríe en el umbral de la puerta y a Juan y Síntica que también se están riendo. Marziam no soporta más. Se echa del borde para caer cerca de la gruta pero Pedro lo coge antes de que toque la tierra.

Es conmovedor el saludo. Todos observan y en los rostros hay una sonrisa. Luego se acercan.

Pedro se quita como puede al niño para poder inclinarse a saludar a Jesús. Este le abraza, y abraza al mismo tiempo al niño que no se desprende del apóstol, y que le pregunta: “¿Mamá?”

Pedro responde a Jesús que le pregunta a su vez: “¿Por qué te has venido tan pronto?”

“¿Y te parecía que podía estar más tiempo sin verte? Luego... esa Porfirio que no deja de decirme: “Vete a ver a Marziam. Llévale esto. Llévale aquello” Parecía como si estuviese viendo a Marziam entre ladrones o en un desierto. La otra noche se levantó a cocer las empanadas y apenas si estuvieron, pronto me hizo partir...”

“¡Oh, las empanadas!...” grita Marziam pero al punto guarda silencio.

“Así. Aquí dentro están con higos secos al horno y aceitunas y manzanas rojas. Te preparó un pan con mantequilla. Te manda quesos hechos de tus ovejitas. También un vestido que no deja pasar el agua. Además, además... No sé qué más. ¿Cómo? ¿No tienes prisa? ¿Vas a llorar? ¿Por qué?”

“Porque prefería que me la hubieses traído a ella y no estas cosas... La quiero mucho, ¿sabes?”

“¡Divina Misericordia! Pero quién se lo iba a imaginar! Si lo oyese ella se derretiría como la manteca...”

“Marziam tiene razón. Podías haberla traído. Hace tiempo que quiere verla. Nosotras las mujeres somos así con nuestros hijos...” dice María.

“Está bien... dentro de poco la verá ¿o no es así, Maestro?”

“Sí. Después de las Encenias, cuando vayamos; mejor dicho, cuando regreses después de las Encenias, vendrás con ella. Estará un poco aquí con él y luego juntos regresaremos a Betsaida”.

“¡Qué bonito! ¡Con mis dos mamás!” El niño está tranquilo y feliz.

Todos entran en casa y Pedro se carga sus fardos.

“Mira... Este queso suave que te gusta mucho, Maestro. Estos huevos para Juan. Esperamos que no se hayan roto... No. Menos mal. También hay uvas. Me las dio en Caná Susana, donde pernocté. ¡También, también esto! Mira Marziam, qué color tan hermoso, parece como si hubiera sido hecho con los cabellos de María”... Abre un tarrito de miel que corre.

“¿Por qué tantas cosas? Te has sacrificado, Simón” dice María al ver los bultos y bultos, vasos, jarras que van cubriendo la mesa.

“¿Sacrificado? No. He tenido buena pesca y me ha dejado bastante. Esto por lo que se refiere al pescado; por lo demás, es cosa del hogar. Nada cuenta y sí causa tanta alegría el traer algo. Además... las Escenias están ya a la puerta. Es costumbre. ¿No? ¿No quieres probar la miel?”

“No puedo” dice seriamente Marziam.

“¿Por qué? ¿Estás malo?”

“No, pero no puedo comérmela”.

“Pero ¿por qué?”

El niño se pone rojo pero no responde, mira a Jesús y no añade ni una palabra. Jesús se sonríe y dice: “Marziam hizo un voto para obtener un favor. Durante cuatro semanas no puede probar miel”.

“Está bien. Se la comerá después... Da lo mismo, toma el vaso... Pero mira, que apenas lo puedo creer...”

“Ha sido muy generoso, Simón. Quien desde niño se habitúa a la penitencia fácil encontrará el camino de la virtud durante toda su vida” dice Jesús mientras el niño se va con el jarrito de miel en las manos.

Pedro le mira alejarse. Está sorprendido. Luego pregunta: “¿No está Zelote?”

“Está en casa de María de Alfeo. Pronto regresará. Esta noche dormiréis juntos. Ven acá, Simón Pedro”.

Salen mientras María y Síntica ponen todo en orden en la pieza llena de envoltorios y otros dones.

“Maestro... Vine a verte a Ti y al niño. Es verdad, pero también durante estos días he pensado mucho, sobre todo desde que llegaron tres zánganos venenosos... a los que dije más mentiras que peces hay en el mar. Ahora deben estar llegando a Getsemaní pensando que se encontrarán con Juan de Endor, y luego irán a casa de Lázaro para ver a Síntica y a Ti. ¡Que les aproveche la caminata!... Pero luego regresarán y... Maestro, te quieren dar unos dolores de cabeza por estos infelices...”

“Desde hace meses he provisto de todo. Cuando regresen, estos ya no estarán aquí, ni en ningún lugar de Palestina. ¿Ves estos cofres? Son para ellos. Mira esos vestidos doblados cerca del telar. Son para ellos. ¿Te sorprende?”

“Sí, Maestro. Pero ¿a dónde los mandas?”

“A Antioquía”.

Pedro lanza un chiflido y luego: “¿A casa de quién? ¿Cómo se irán?”

“A una casa de Lázaro, la última que tiene allí done su padre gobernó en nombre de Roma. Se irán por mar...”

“Eso está bien, porque si Juan tuviese qué irse por sus propios pies...”

“Por mar. También Yo tengo mucho gusto en hablarte de ello. Habría mandado a Simón para que te hubiese dicho que vinieses a preparar todo. Escucha. Dos o tres días después de las Encenias partiremos de acá a la buena de Dios para que nadie lo note. Formaremos parte de la comitiva Yo, tú, tu hermano, Santiago y Juan y mis dos hermanos; además Juan y Síntica. Iremos a Ptolemaide. De allí en barca los acompañarás a Tiro. En ese lugar subiréis en algún barco que vaya a Antioquía, como si fueseis prosélitos que regresan a su casa. Luego regresaréis y me encontraréis en Aczib. Estaré arriba del monte diariamente. Por lo demás el Espíritu os guiará...”

“¿Cómo? ¿No vienes con nosotros?”

“Lo sabrían todos al momento. Quiero que el corazón de Juan esté tranquilo”.

“¿Y cómo lo voy a hacer? ¡Nunca he salido fuera de acá!”

“No eres un niño... y dentro de poco tendrás qué ir mucho más allá de Antioquía. Me fío de ti. Mira cuánto te aprecio”.

“¿Y Felipe y Bartolomé?”

“Nos saldrán al encuentro en Jotapata, evangelizando mientras llegamos. Les escribiré y les llevarás la carta”.

“¿Y esos dos saben ya su destino?”

“No, quiero que pasen la fiesta tranquilamente”.

“Umh! ¡Pobrecitos! Piensa que si a uno tienen que perseguirlo criminales de corazón y...”

“No te ensucies la boca, Simón”.

“Está bien, Maestro. Oye... ¿Pero cómo voy a hacer para llevar estos cofres? ¿Y llevar a Juan? Me parece que está muy enfermo”.

“Alquilaremos un asno”.

“Dirás una carreta”.

“¿Y quién la guía?”

“Si Judas de Simón aprendió a remar, Simón de Jonás aprenderá a guiar. No creo que sea una cosa difícil guiar un asno por la rienda. En la carreta pones los cofres y a los dos y nosotros iremos a pie... Sí. De este modo hay que hacerlo, créemelo”.

“¿Y quién nos proporciona la carreta? Ten en cuenta que no quiero que se note la partida”.

Pedro se pone a pensar... Halla una solución: “¿Tienes dinero?”

“Sí. Todavía resta mucho de las perlas de Misace”.

“Entonces todo es fácil. Dame un poco de dinero. Tomaré un asno y una carreta de a ver quién... luego regalamos el asno a cualquier pobrecito y la carreta... la venderemos... Hice bien en haber venido. ¿De veras que tengo que volver con mi mujer?”

“Sí. Es conveniente”.

“Así se hará. ¡Y estos dos pobrecitos! Me desagrada que no esté ya más Juan con nosotros. Poco nos iba a durar, pero, pobrecito. Podía morir aquí como Jonás...”

“No se lo habrían permitido. El mundo odia a quien se redime”.

“Se sentirá apenado...”

“Ya inventé una excusa para que su partida no sea dolorosa”.

“¿Cuál?”

“La misma que sirvió para enviar lejos a Judas de Simón: la de trabajar por Mí”.

“¡Ah!... Sólo que en Juan habrá santidad, pero en Judas tan sólo soberbia”.

“Simón, no murmures”.

“¡Mas difícil que hacer cantar a un pescado! Es verdad, Maestro, no es murmuración... pero creo que ya llegó Simón con tus hermanos. Vamos a verlos”.

“Vamos. Y cuidado con decir algo a alguien”

“¿Me lo pides? No puedo guardar la verdad cuando hablo, pero sé callar completamente si quiero. Y *quiero*. Lo juro por mí mismo. ¡Que vaya yo hasta Antioquía! ¡A la punta del mundo! ¡Oh! no veo la hora en que esté ya de regreso. No dormiré hasta que todo haya concluido...”

Salen y no veo otra cosa más.

177. “Nada se pierde en la economía santa del amor universal”

23 octubre 1945

No sé si sea el mismo día, pero lo sospecho porque Pedro está a la mesa en Nazaret. Se ha acabado de comer. Síntica se levanta para colocar sobre la mesa manzanas, nueces, uvas y almendras con que termina la cena, pues ya ha anochecido y están prendidas las lámparas.

Acerca de éstas se está hablando, entre tanto que Síntica trae la fruta. Pedro dice: “Este año prenderemos una de más, luego siempre más, por ti, hijo mío. Queremos encenderla por ti, aunque estés aquí. La primera vez que la prendemos por un niño...” Simón está conmovido. Termina: “Claro... si hubieses estado tú, mucho mejor...”

“El año pasado era yo, Simón, quien suspiraba por el hijo pródigo, y conmigo María de Alfeo y Salomé y también María de Simón, en su casa de Keriot, y la madre de Tomás...”

“¡Oh, la madre de Judas! Este año tendrá a su hijo... pero pienso que no será más feliz... Bueno no hablemos de esto... Nosotros estuvimos en casa de Lázaro. Cuántas luces... parecía un cielo de oro y fuego. Este año Lázaro tiene a su hermana... Pero no miento si digo que suspirarán al pensar que no estás con ellos. ¿Y el año que viene? ¿Dónde estaremos?”

“Yo estaré muy lejos...” dice en voz baja Juan.

Pedro se voltea a mirarlo, porque lo tiene a un lado. Está ya a punto de preguntarle, pero afortunadamente se refrena a la mirada que le dirige Jesús.

Marziam pregunta: “¿Dónde estarás?”

“Por la misericordia del Señor espero estar en el seno de Abraham”.

“Oh, ¿quieres morirme? ¿No quieres evangelizar? ¿No te desagrada morir sin haberlo hecho?”

“La palabra del Señor debe salir de labios santos. Mucho ha sido el que me permitiese oír la y que ella me redimiese. Me habría gustado... pero es tarde...”

“Y con todo, evangelizarás. Ya lo hiciste, tanto que has atraído la atención. Por eso se te llamará de igual modo discípulo evangelizador, aun cuando no andes esparciendo la Buena Nueva por aquí y por allá. Y tendrás en la otra vida el premio reservado a mis evangelizadores”.

“Tu promesa me hace desear la muerte. Cada minuto que pasa puede ser acechanza a la vida y como estoy débil, puede ser que logre superarla. Si Dios me acoge, cual pago de lo que he hecho ¿no es una gran bondad que se le bendiga?”

“En verdad te digo que la muerte será un favor inmenso para muchos, que de tal modo conocerán hasta qué punto el hombre se enfurece con algo donde la paz le brindará el consuelo de este conocimiento, y lo cambiará en un grito de alegría, porque estará unido a la inefable alegría de verse libre del limbo”

“¿Y dónde estaremos los años subsiguientes, Señor?” pregunta sigilosamente Simón Zelote.

“Donde agrade al Eterno. ¿Quieres señala ya el tiempo que está por venir, cuando no estamos seguros del momento en que vivimos y de que se nos permita verlo terminado? Por lo demás, cualquiera que sea el lugar donde se celebren las futuras Encenias, estaréis allí para cumplir la voluntad de Dios”.

“¿Estaréis? ¿Y Tú?” Pregunta Pedro.

“Yo estaré siempre donde estén mis amigos amados”.

María no ha dicho ni una palabra, pero sus ojos no han dejado ni un momento de escudriñar los ojos de su Hijo... La saca de sus pensamientos lo que dice Marziam: “¿Por qué, Mamá, no han puesto en la mesa las empanadas de miel? A Jesús le gustan y a Juan le harían muy bien para su garganta. Y también a mi padre le gustan mucho...”

“Y también a ti...” concluye Pedro.

“Para mí... es como si no existieran. Lo prometí...”

“Por eso no las he puesto, querido...” dice María acariciándolo, pues Marziam está entre Ella y Síntica a un lado de la mesa, mientras los cuatro hombres están al lado opuesto.

“No, no. Las puedes traer. Mejor las debes traer y las daré a todos.”

Síntica toma una lámpara, sale y regresa con las empanadas. Marziam toma la bandeja y empieza a distribuir. La mejor, la más dorada que es una obra de arte de pastelería, la da a Jesús. La segunda a la Virgen. Después da a Pedro, luego a Simón y finalmente a Síntica. Al dar la empanada a Juan el niño se levanta, va al lado de su amigo y enfermo pedagogo y le dice. “A ti te doy la tuya y la mía, además un beso, por lo que me enseñas”. Luego regresa a su lado. Pone la palangana en medio de la mesa y se cruza de brazos.

“Me muero de alegría con esto” dice Pedro al ver que Marziam no toma nada. “Al menos un pedacito, ¡vamos! De la mía, para que no te mueras de ganas. Sufres mucho... Jesús te lo permite”.

“Si no sufriese no tendría gran mérito. Como sabía que me costaría mucho esto, por eso ofrecí este sacrificio. Y por otra parte... estoy muy contento desde que lo hice, que me parece que estoy lleno de miel. Siento su sabor por todas partes; hasta me parece que la repito en el aire...”

“Y por esto te mueres de ganas”.

“No. Es porque sé que Dios me dice: “Haces bien, hijo mío” ”.

“El Maestro te habría contentado aun cuando no hubieras hecho este sacrificio. Te ama tanto”.

“Sí, pero no es justo, que porque Él me ama, me aproveche de ello. Él también dice que en el cielo habrá una gran recompensa por un vaso de agua ofrecido en su nombre. Pienso que si

es grande por un vaso que se da a otro en su nombre, lo será también por una empanada y un poco de miel de que me privo por amor de un hermano. ¿Es verdad lo que digo, Maestro?”

“Hablas como un sabio. Podía concederte lo que me pediste por la pequeña Raquel aun sin que hubieras ofrecido algún sacrificio, porque era una cosa buena y mi corazón lo deseaba, pero lo hice con más alegría con tu ayuda. El amor por nuestros hermanos no se detiene ante medios y límites humanos, sino que se levanta a lugares más altos. Cuando es perfecto llega hasta el trono de Dios y se funde con su infinita caridad y bondad. La comunión de los santos es este obrar continuo, como continuamente y por todos los medios obra Dios, para ayudar a los hermanos, bien se trate de sus necesidades materiales, como las espirituales, o en ambas, como lo es el caso de Marziam que al obtener que Raquel fuese curada de su enfermedad, al mismo tiempo da ánimo y fuerzas al corazón decaído de la anciana Juana y enciende una confianza siempre mayor de los corazones de la familia en el Señor. Una cucharada de miel ofrecida puede servir a traer la paz y esperanza de un afligido, así como la empanada o cualquier otro manjar no comido por amor, puede obtener un pan a uno que no tiene y que está lejos, al cual nunca conoceremos. La palabra de ira refrenada por espíritu de sacrificio, puede impedir un delito lejano; así como también resistir al deseo de cortar una fruta, por amor, puede servir para hacer que un ladrón vuelva en sí y no cometa ningún hurto. Nada se pierde en la economía santa del amor universal; ni el heroico sacrificio de un niño ante un plato de empanadas, como tampoco el holocausto que hace de sí un mártir. Aun más os digo que frecuentemente el holocausto que hace un mártir encuentra su origen en la educación heroica que desde su infancia se dio por amor de Dios y del prójimo”.

“Entonces no está mal que haga yo siempre sacrificios, para cuando seamos perseguidos”, dice Marziam resueltamente.

“¿Perseguidos?” pregunta Pedro.

“Sí. ¿No te acuerdas que dijo: “Seréis perseguidos por mi causa”? Tú me lo dijiste cuando por primera vez viniste a evangelizar en Betsaida en el verano”.

“Este muchacho se acuerda de todo” comenta admirado Pedro.

Termina la cena. Jesús se pone de pie. Ora por todos y bendice. Mientras las mujeres van a poner todo en orden, Jesús con los hombres se sienta con los otros en un rincón de la habitación y empieza a tallar un pedazo de madera que bajo los ojos admirados de Marziam se va convirtiendo en un cordero...

178. “Juan de Endor, debes ir a Antioquía”

24 octubre 1945

La mañana invernal se baña en el agua que cae del cielo. Jesús ya se levantó y está trabajando en el taller en pequeños objetos. En un rincón está presto un nuevo telar, que no es muy grande, pero bien provisto.

María entra con una taza de leche que espumea. “Bébetela Jesús. Ya hace tiempo que te levantaste. Está humeando y hace frío...”

“Sí, pero ya pude acabar todo... Estos ocho días de fiesta no dejaron trabajar en nada...” Jesús se ha sentado en el banco del carpintero, de lado. Bebe su leche, mientras María mira el telar y lo acaricia con su mano.

“¿Lo bendices, Mamá?” pregunta sonriente Jesús.

“No. Lo acaricio porque lo hiciste Tú

. Al modelarlo lo has bendecido. Bien que pensaste en hacerlo. Servirá a Síntica, que es muy experta en tejer, y le servirá para atraer a casadas y mujeres jóvenes. ¿Qué otra cosa has hecho, pues veo virutas, parece que de olivo, cerca del torno?”

“Algo que servirá a Juan. Un cofrecito para sus estilos y una pequeña mesa para escribir. Y estos pequeños armarios para que ponga en ellos sus libros. No lo pudiera haber hecho si Simón de Jonás no hubiese pensado en la carreta. Así podemos cargar con todo esto, y ellos verán que aun en estas pequeñas cosas los he amado...”

“Sufres al alejarlos ¿no es verdad?”

“Sufro. Por Mí y por ellos. Hasta ahora he esperado para hablar... y es mucho si Simón no ha llegado con Porfiria... Es hora de que hable... Un sufrimiento que he traído clavado en el corazón durante todos estos días y que me hizo tristes aun las luces de las lámparas. Un sufrimiento que debo dar ahora a otros... ¡Ah! Mamá, preferiría haber sufrido Yo solo...”

“¡Hijo mío!” María le acaricia una mano para consolarlo. Silencio... Jesús vuelve a tomar la palabra: “¿Se ha levantado ya Juan?”

“Sí. Lo oí que tosía. Tal vez está en la cocina bebiéndose su leche. ¡Pobre Juan!...” una lágrima corre por las mejillas de María.

Jesús se endereza: “Voy... debo decírselo. Con Síntica será más fácil... Pero para él... Mamá, vete con Marziam, despiértalo y orad mientras hablo con él... es como si debiese estrujarle sus entrañas. Puedo matarlo o paralizarlo en su vida espiritual... ¡Qué dolor, Padre mío!... Voy...” y sale realmente abatido.

Pocos pasos tiene qué dar desde el taller. Va a la habitación de Juan, que es en la que murió Jonás, esto es, la de José. Encuentra a Síntica que entra con un manojo de leña y le saluda sin imaginarse algo. Responde absorto al saludo de la griega y luego se detiene a mirar un sembradío de lirios de los que apenas empiezan a verse tímidas hojitas. Pero tampoco quiere decir que los mire... Luego se resuelve. Se vuelve y llama a la puerta de Juan que se asoma y cuyo rostro se llena de claridad al ver a Jesús.

“¿Puedo entrar?” pregunta Jesús.

“¡Maestro! ¡Lo puedes siempre! Estaba escribiendo lo que dijiste ayer sobre la prudencia y obediencia. Es hasta mejor que le echés una mirada, porque creo que no pude acordarme bien de todo lo referente a la prudencia”.

Jesús está ya adentro de la habitación bien arreglada en la que hay una mesita para comodidad del viejo maestro.

Jesús se inclina sobre los pergaminos y lee. “Muy bien, lo has repetido muy bien”.

“Mira. Me parece que esta frase no la dije muy bien. Siempre dices que no es necesario preocuparse por el mañana y por el propio cuerpo. Ahora, al decir que la prudencia, aun para las cosas que se refieren al mañana, es una virtud, me parecía un error. Mío, naturalmente”.

“No. No te has equivocado. Es así como dije. El ansia exagerada y miedosa del egoísta es diversa del cuidado prudente que tiene el justo. Si uno es avaro por el día de mañana que tal vez jamás gozaremos de él, es pecado; pero no lo es el ahorro para asegurarse el pan, asegurarlo a los familiares cuando lleguen días duros. Pecado es el cuidado egoísta del propio cuerpo, cuando se exige que todos los que están a nuestro alrededor, se preocupen por él, evitando todo trabajo o sacrificio por miedo de que el cuerpo sufra; pero no es pecado preservarlo de enfermedades inútiles en las que se puede incurrir por imprudencia, pues tales enfermedades se convierten en un peso para los de casa y en una pérdida de ganancias que se podrían obtener con nuestro trabajo. Dios es el dador de la vida. Es un don suyo. Por esto debemos emplearlo santamente, sin imprudencias, sin egoísmo. ¿Entiendes? Algunas veces la prudencia aconseja hacer algo que los necios pueden tomar por vileza o volubilidad, cuando en realidad no son sino santas medidas que se toman ante hechos nuevos. Por ejemplo: si reenviase ahora, entre gente que te pudiese hacer daño... digamos, entre los familiares de tu mujer, o entre los guardianes de las minas donde trabajaste ¿haría bien o mal?”

“Yo... no sería capaz de juzgarte. Diría que era mejor que me enviases a otra parte, donde no haya peligro de que mi poca virtud fuese sometida a una dura prueba”.

“Juzgarías sabia y prudentemente. Por esta razón no te enviaría jamás a Birinia o Misia en donde estuviste; ni siquiera a Cintium, pese a que en tu corazón has deseado ir. Tu alma podría encontrarse con muchas dificultades y durezas humanas, y podría retroceder. La prudencia enseña, pues, que no te envíe a donde serías inútil. Podría enviarte a otra parte para que me fueses útil y a las almas del prójimo y a la tuya misma. ¿No es verdad?”

Juan, ignorante de lo que el destino le reserva, no capta en las alusiones de Jesús un posible envío fuera de Palestina. Jesús lo mira a la cara. La estudia. La encuentra calmada,

feliz en escucharlo. Responde: “Seguramente, Maestro, sería más útil en alguna otra parte. Yo mismo cuando hace algunos días dije: “Quisiera ir entre los gentiles para dar buen ejemplo donde di malo” me respondí diciendo: “Entre los gentiles sí, porque no tienen los prejuicios de los otros de Israel. Pero no en Cintium, ni siquiera en los desiertos montes donde viviste como galeote y como lobo. Ni siquiera por sed de sacrificio podrías ir allá. Se sublevaría el corazón ante crueles recuerdos, y si fuese reconocido, aun cuando nada te hiciesen, te dirían: ‘Calla asesino. No podemos escucharte’ y sería inútil ir allá”. Esto me dije. Es un justo modo de pensar”.

“Tú también, como ves, posees la prudencia. También Yo. Por esto te aparté de las fatigas del apostolado que sobrellevan los otros y te traje aquí, para que estés descansado y en paz”.

“En realidad ¡cuánta paz! Si viviese cientos de años todavía, sería para mí lo mismo. Es una paz sobrenatural. Si me fuese de aquí me la llevaría conmigo mismo; hasta la otra vida me la llevaré... Los recuerdos podrán todavía excitar el corazón y las ofensas hacerme sufrir, porque humano soy, pero no seré jamás capaz de odiar porque aquí el odio ha sido extirpado para siempre en sus raíces más profundas. No tengo ni siquiera ya antipatía por las mujeres que consideraba como el animal más inmundo y despreciable de la tierra. Tu Madre está fuera de todo esto. Desde el primer momento que la vi, la he respetado profundamente, porque es una mujer diversa de todas las demás. Es Ella el perfume de la mujer, el perfume de la mujer santa. ¿A quién no le gusta el perfume de las flores más finas? También las otras mujeres, las discípulas buenas, amorosas, pacientes bajo sus duras penas, como María Cleofás y Elisa; generosas como María Magdalena que ha permanecido firme en su cambio de vida; suaves y puras como Marta y Juana; majestuosas, inteligentes, previsoras, rectas, como Síntica. Todas ellas han hecho que me reconciliase con la mujer. Por otra parte te confieso que a Síntica es a la que más quiero. La afinidad de cultura hace que la estime más, lo mismo que su afinidad de condición: ella esclava, yo galeote. Esto me permite tener con ella confianza que no puedo tener con las demás. Para mí Síntica es un refugio, un descanso. No puedo decirte exactamente cómo la veo. Soy un viejo ya, y la respeto, la miro como a una hija, a una hija inteligente y estudiosa que me hubiera gustado tener... Yo, un enfermo a quien cura con tanto amor; yo un hombre triste y solitario que ha llorado y vuelto a llorar a mi madre por toda la vida y que he buscado a la mujer-madre en todas las mujeres sin poderla hallar, ahora veo en ella que mi sueño se realiza, y sobre mi cabeza cansada y mi alma que va al encuentro de la muerte siento que baja el rocío de un afecto maternal... Mira que al sentir en Síntica un alma de hija y de madre, capto en ella la perfección de la mujer y por su causa perdono todo el mal que de las mujeres me vino. Si por un caso imposible, aquella desventurada de la que fue mi mujer y a quien yo maté, resucitase, siento que la perdonaría, porque ahora he comprendido que el alma femenina es fácil de querer, generosa en darse... bien sea en el mal, como en el bien”.

“Me siento contento de que hayas encontrado todo esto en Síntica. Será una buena compañera tuya para el resto de la vida y juntos haréis mucho bien, porque Yo os uniré...”

Jesús escudriña de nuevo a Juan, pero ninguna señal aparece en él. ¿Qué misericordia divina vela por él hasta el momento decisivo en que oiga su sentencia? No lo sé. Lo que sí sé es que Juan sonríe diciendo: “Trataremos de servirte lo mejor que podamos”.

“Estoy seguro de que lo haréis sin que discutáis el trabajo y el lugar a donde os envíe, aun cuando fuese lo que no deseaseis...”

Juan se sobresalta. Algo le espera. Cambia de color su cara. Se pone tensa. Está pálida. Su único ojo se clava ahora, escudriñador, en el rostro de Jesús que continúa diciendo: “¿Te acuerdas, Juan, que Yo, para calmar tus dudas sobre el perdón de Dios te dije: “Para hacerte comprender la misericordia te emplearé para obras especiales de misericordia y por causa tuya pondré palabras de misericordia”?”

“Sí recuerdo. Me hiciste y me permitiste que llevase a cabo obras de misericordia, y me atrevería a decir, que las más delicadas, como las de dar limosna o de enseñar a un niño, aun filisteo, a una griega. Esto me ha dicho que Dios ha visto en mí un arrepentimiento sincero, y

tanto es así, que me confiaba almas inocentes o almas conversas, para que las formase para Él”.

Jesús abraza a Juan, y lo tiene junto a sí, como suele hacer con el otro Juan, y pálido por el dolor que va a proporcionar, dice: “También ahora Dios te confía una misión delicada y santa. Una misión que es señal de su amor. Tú solo que eres generoso, que no tiene prejuicios ni prevenciones, que eres sabio, y sobre todo, que te has ofrecido a toda clase de renunciaciones y penitencias para expiar lo que falta, la deuda que tienes con Dios, tú eres el único que puede llevarla a cabo. Cualquiera otro la rechazaría y tendría razón, porque le faltarían las cualidades necesarias. Ni siquiera uno de mis apóstoles posee todo lo que tienes para ir a preparar los caminos del señor... Tu nombre de Juan lo está diciendo. Serás, pues, un precursor de mi doctrina... prepararás los caminos al Maestro... mejor dicho, harás las veces del Maestro que no puede ir *tan* lejos (Juan se estremece y trata de zafarse del brazo de Jesús para mirarle a la cara, pero no lo logra porque Jesús lo retiene suave pero firme, mientras de su boca se oye)... No puedo ir *tan* lejos... hasta Siria... hasta Antioquía...”

“¡Señor!” grita Juan zafándose fuertemente de los brazos de Jesús. “¡Señor, ¿hasta Antioquía? Dime que he entendido mal. ¡Dímelo por favor!...” Está de pie... todo él es una súplica reflejada en su ojo, en su cara que tiene color ceniza, en sus labios que tiemblan, en sus manos extendidas y temblorosas, en su cabeza que parece doblarse a tierra como doblegada por tal noticia.

Pero Jesús no puede decir: “Entendiste mal” Abre los brazos. Se levanta para acoger sobre su corazón al viejo pedagogo, y nuevamente abre sus labios para confirmar: “Hasta Antioquía. En casa de Lázaro. Con Síntica. Partiréis mañana o pasado mañana”.

El desconsuelo de Juan es en realidad doloroso. Logra zafarse un poco de los brazos de Jesús y con su cara bañada en lágrimas que corren por sus flacas mejillas, grita: “Ya no me quieres más contigo ¿qué cosa hice que te pudo haber desagradado, Señor?” Se desprende. Se echa sobre la mesa en un estallido de sollozos que destrozan, que rompen las entrañas, que se ven interrumpidos por accesos de tos. Ni siquiera las caricias de Jesús lo hacen volver en sí. Se le oye decir: “Me arrojas, me echas fuera, no te veré más...”

Jesús sufre visiblemente y ora... Sale despacio y ve en la puerta de la cocina a María y a Marziam, que está espantado del llanto... Un poco retirada está Síntica que también está sorprendida.

“Madre, ven aquí un momento”.

María viene ligera y pálida. Entran ambos. María se inclina sobre ese hombre que llora cual si fuera un pobre niño. Le dice:

“¡Cálmate, cálmate, hijo mío! ¡No! Te harías mal”.

Juan levanta su rostro desencajado y grita: “Me echa fuera... Moriré solo, lejos... Podía esperar alguno que otro mes y dejarme morir aquí. ¿Por qué este castigo? ¿Qué pecado cometí? ¿Te he causado molestia alguna vez? ¿Para qué se me ha dado esta tranquilidad? Y luego, luego...” Se retuerce sobre la mesa llorando, jadeante.

Jesús le pone la mano sobre las flacas espaldas y le dice: “¿Y puedes creer que si hubiera podido, no te hubiera tenido aquí? ¡Oh, Juan! En los caminos del Señor se encuentran necesidades absolutas. Yo soy el primero en sufrir por esto. Yo que llevo conmigo mi dolor y el de todo el mundo. Mírame Juan. Mira si en Mí puedes descubrir alguna señal de odio, alguna señal de que esté cansado de ti... Ven aquí, entre mis brazos. Siente cómo palpita de dolor mi corazón. Escúchame, Juan, no me entiendas mal. Es la última expiación que Dios te impone para abrirte las puertas del cielo. Escucha...” lo levanta y lo tiene entre sus brazos. “Escucha... Mamá, sal un momento... Ahora que estamos solos, escucha. Tú sabes quién soy. ¿Crees firmemente que sea Yo el Redentor?”

“¿Y cómo no voy a creerlo? Por eso quería estar contigo siempre, hasta la muerte...”

“Hasta la muerte... ¡Horrible será!...”

“La mía, lo digo... ¡La mía!...”

“La tuya será, placentera. La consolaré con mi presencia, que te infundirá la certeza de que Dios te ama, de que te ama Síntica, además de la alegría de haber preparado el triunfo del Evangelio en Antioquía. ¡Pero mi muerte! Me verías reducido a un montón de carne llagada, escupida, abandonada a una multitud feroz, me verías morir suspendido en una cruz como un criminal... ¿Podrías soportarlo?”

Juan, a cada palabra de Jesús grita: “No, no”. Su “no” es duro, sin réplica. Añade: “Volvería a odiar al hombre... Mas ya estaré muerto, porque Tú eres joven y...”

“Y no veré sino otras Encenias más”.

Juan lo mira aterrado...

“Te lo he dicho en secreto para explicarte una de las razones por las que te mando lejos, es esta. No serás el único a quien trataré así. A todos los que no quiero que se lleguen a sentir inferiores ante la realidad, los alejaré de antemano. ¿Te parece que esto no sea prueba de amor?”

“No, mi Dios mártir... Pero, entre tanto yo debo dejarte y... moriré lejos”.

“Por la Verdad que soy Yo, te prometo que estaré inclinado sobre tu almohada cuando llegue tu agonía”.

“¿Pero cómo va a ser, si estoy muy lejos, y Tú dices que no puedes ir tan allá? Lo dices para que no me vaya menos triste...”

“Juana de Cusa que estaba agonizando a los pies del Líbano me vio y estaba Yo muy lejos. Ella no me conocía. Y con todo desde allá la volvía a traer a la pobre vida de la tierra. ¡Ten en cuenta que cuando Yo muera se arrepentirá de haber vuelto a vivir!... mas por ti, alegría de mi corazón en este segundo año que enseño, haré algo más. Iré a llevarte en paz, dándote el encargo de decir a los que esperan: “La hora del Señor ha llegado. Como ahora viene la primavera sobre la tierra, así también para nosotros despunta la del paraíso”. Pero no solo, entonces iré... me sentirás siempre... Lo puedo hacer y lo haré. Tendrás al Maestro en ti como ahora lo tienes. Porque el amor puede comunicarse a quien ama, y tan sencillamente que llegue al corazón, sino a los sentidos mismos. ¿Estás ahora más tranquilo, Juan?”

“Sí, Señor mío. Pero ¡qué dolor!”

“No te rebelas, ¿verdad?”

“¿Rebelarme? Jamás. Te perdería completamente. Digo: “Padre” mío: hágase tu voluntad”.

“Sabía que me ibas a comprender...” lo besa en las mejillas flacas y bañadas de las lágrimas que no han dejado de manar.

“¿Me permites hablar con el niño?... Es también otra causa de dolor... Lo quería mucho...” vuelve a llorar.

“Sí, te lo voy a llamar al punto... También llamaré a Síntica. También ella sufrirá... Debes ayudarla, tú, que eres hombre...”

“Sí, Señor”.

Jesús sale mientras Juan llora y besa y acaricia las paredes y los muebles de la habitación donde ha estado hospedado.

Entran juntos María y Marziam.

“Madre, ¿lo has oído? ¿Lo sabías?”

“Lo sabía y me causa mucha pena... También yo me he separado de Jesús... Soy madre...”

“Es verdad... Marziam, ven aquí. ¿Sabes que me voy y que no nos volveremos a ver?... Quiere mostrarse fuerte. Toma al niño entre los brazos, se sienta sobre el borde del lecho y se pone a llorar sobre la cabeza morena de Marziam que también siente el llanto en su garganta.

Jesús entra con Síntica, la cual pregunta: “Juan ¿por qué lloras así?”

“Nos mandan lejos ¿no lo sabías? ¿Todavía no lo sabes? Nos mandan a Antioquía”.

“¿Y qué? ¿No ha dicho que donde hay dos unidos en su nombre, estará Él en medio de ellos? ¡Ánimo, Juan! Probablemente hasta ahora siempre has elegido tu suerte, y por eso te asusta que alguien imponga su voluntad. Por mi parte me he acostumbrado a aceptar la voluntad de otros. ¡Y qué suerte!... Por eso ahora doblo voluntariamente mi cabeza ante este nuevo destino. Jamás me revelé contra la esclavitud déspota, sino cuando quiso esclavizar mi

alma. ¿Podría ahora rebelarme contra esta dulce esclavitud de amor que no daña, sino que eleva nuestra alma y nos da el título de siervos suyos? ¿Tienes miedo del mañana porque estás enfermo? Yo trabajaré por ti. ¿Tienes miedo a quedarte solo? Jamás te abandonaré. Puedes estar seguro de ello. No tengo otro objeto en mi vida que amar a Dios y al prójimo. Tú eres el prójimo que Dios me confía. ¡Piensa ahora si no te voy a querer!”

“No tendréis necesidad de trabajar para vivir porque estaréis en una casa de Lázaro. Os aconsejo que busquéis un modo de enseñar para que os atraigáis a la gente. Tú, como maestro; tú como mujer con quehaceres de tu sexo. Esto servirá al apostolado y para que paséis gustosos el día”.

“Así se hará, Señor” responde firmemente Síntica.

Juan continúa teniendo al niño en sus brazos. Lloro en silencio. Marziam lo acaricia...

“¿Te acordarás de mí?”

“Siempre Juan, y rogaré por ti... Mira... espera un momento...” Sale a la carrera.

Pregunta Síntica: ¿Cómo iremos a Antioquía?”

“Por mar. ¿Tienes miedo?”

“No, Señor. Tú nos mandas, y esto nos protegerá”.

“Iréis con los dos Simones, mis hermanos, los hijos de Zebedeo, Andrés y Mateo. Hasta Ptolemaide en carreta, donde irán los cofres, y un telar que te hice, Síntica, y algunos objetos que serán útiles a Juan...”

“Me había imaginado ya algo al ver los cofres y los vestidos. Preparé mi corazón para la separación. ¡Era muy hermoso vivir aquí!...” un sollozo contenido rompe tras la voz de Síntica. Se refrena para dar ánimos a Juan. Pregunta con voz firme: “¿Cuándo partiremos?”

“Apenas vengan los apóstoles. Tal vez mañana”.

“Entonces, si me permites, voy a poner en orden los vestidos en los cofres. Dame tus libros, Juan”.

Creo que Síntica está ansiosa de hallarse sola para llorar... Juan responde: “Tómalos... Pero dame ese pergamino amarrado con ese listón azul”.

Vuelve a entrar Marziam con su jarro de miel.

“Ten, Juan. Te lo comerás por mí...”

“¡Pero no, muchacho! ¿Por qué?”

“Porque Jesús dijo que una cucharada de miel ofrecida en sacrificio, puede traer paz y esperanza a un afligido. Tú lo estarás. Te doy toda la miel para que te consueles”.

“Es un gran sacrificio, muchacho”.

“¡Que no lo es! En la oración que Jesús nos enseñó, decimos: “No nos llores a la tentación, sino líbranos del mal”. Este vaso es tentación para mí, puede ser un mal porque puedo quebrantar mi promesa. De este modo no lo veré... es más fácil... estoy seguro que Dios te ayudará por este nuevo sacrificio. Pero no llores más, ni tampoco tú, Síntica”.

De hecho la griega está llorando calmadamente. Mientras recoge los libros de Juan. Marziam los acaricia, con muchas ganas de llorar también. Síntica sale con los pergaminos y María sale con el jarro de miel. Juan se queda con Jesús, que se ha sentado a su lado, y con el niño en brazos. Está calmado pero abatido.

“Termina lo que ibas a escribir” dice Jesús. “Creo que se lo quieres dar a Marziam...”

“Así es... Tengo una copia para mí... Mira, muchacho, son las palabras del Maestro, las que dijo cuando no estabas presente y además otras. Quería seguir copiándolas para ti, porque tienes la vida por delante... y quién sabe cuánto podrás evangelizar... Pero no puedo hacerlo más... Soy yo ahora el que se quedó sin tus palabras...” Vuelve a llorar.

Marziam dulce y virilmente se echa al cuello de Juan y le dice: “Ahora seré yo quien escriba por ti y te las mandaré... ¿Verdad, Maestro? se puede ¿o no?”

“Claro que se puede. Será una gran caridad hacerlo”.

“Lo haré. Y cuando no esté, haré que lo haga Simón Zelote. Me quiere y te quiere mucho, y lo hará por amor. No llores más. Luego iré a verte... No te irás muy lejos...”

“Muy lejos. Muchas millas nos separarán... Pronto moriré”.

El niño pierde sus esperanzas. Está desilusionado. Pero toma ánimos con su bella serenidad infantil, ante la que todo parece fácil. “Como te vas, así también puedo ir yo con mi padre. Y luego... nos escribiremos. Cuando se leen las páginas sagradas es como estar con Dios ¿o no es verdad? Así pues cuando se lee una carta es como estar con quien amamos y con quien nos la escribió. Mira, vamos allá. Ven conmigo...”

“Vamos allá, Juan. No tardan en venir mis hermanos con Zelote. Los mandé llamar”.

“¿Lo saben?”

“Todavía no. Espero decirlo cuando todos estén presentes”.

“Está bien, Señor. Vamos...”

Es un anciano ya curvo quien sale de la habitación de José. Un anciano que parece saludar los pistilos, la hierba, el estanque, la gruta mientras se dirige a la sala donde María y Síntica silenciosamente ponen los objetos y los vestidos en los cofres.

Y así silenciosos y tristes los encuentran Simón, Judas y Santiago. Mira... pero no hacen ninguna pregunta, y no sé si logran intuir la verdad.

Dice Jesús: “Había querido dar una indicación clara a los lectores de los lugares en que Juan estuvo preso con el nombre antiguo, voy a hacer una excepción. Voy a aclarar: “Bitinia y Misia” para quien gusta de nombres antiguos. Pero esto es el evangelio para los sencillos y pequeños. No para los doctores quienes en su mayoría no aceptan nada y todo les parece inútil. Los sencillos y pequeños comprenden mejor “Anatolia” que “Bitinia y Misia” ¿No es verdad, Juanito, que lloras por Juan de Endor? ¡Y tantos Juanes de Endor que hay en el mundo! Son hermanos abandonados por los que quería que sufrieras el año pasado. Ahora descansa, Juanito, que jamás te verás separada del Maestro, antes bien le estarás más cerca.

Con esto termina el segundo año de predicación y vida pública: el año de la Misericordia... No puedo sino repetir el lamento que puse al cerrar el primer año. Pero no me toca a Mí, que soy, sólo portavoz. Contra los obstáculos de toda clase continúo la obra. En realidad no son los “grandes” sino los “pequeños” los que caminan por los senderos del heroísmo, aplanándolos con sus sacrificios, aun cuando llevan sobre sí tantas dificultades. Los “pequeños” esto es, los sencillos, los mansos, los puros de corazón y de inteligencia. Los “pequeños”. Yo os digo a vosotros pequeños, a ti, Romualdo², a ti, María y con vosotros a los que se os parecen: “Venid a Mí para que oigáis una vez más y siempre al Verbo que os habla porque os ama, que os habla para bendeciros. Mi paz esté con vosotros”.

² Esto es: P. Romualdo M. Migliorini, de la Orden de los Siervos de María, que por algunos años fue el director espiritual de la escritora, al que frecuentemente se dirige en esta Obra. El padre murió piadosamente en 1953.

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 6

El tercer año de la vida pública (primera parte)

1.- En Nazaret. Reconciliación. Preparativos para la partida.

29 octubre 1945

Principio del tercer año.

Juan, Santiago, Mateo y Andrés han llegado ya a Nazaret, y mientras esperan a Pedro dan vueltas por el huerto, jugando con Marziam o charlando entre sí. No veo a nadie más, algo así como si Jesús no estuviera en casa y María estuviese ocupada en sus quehaceres. Por el humo que sale por la chimenea puedo decir que está adentro haciendo el pan.

Los cuatro apóstoles están contentos de estar en casa del Maestro y lo muestran claramente. Marziam hasta tres veces les dice: "No os riáis así." En la tercera vez Mateo nota la observación del niño y le pregunta: "¿Por qué no, muchacho? ¿No está bien que estemos contentos de estar aquí? Tú ya te la pasaste bien aquí. ¿O no? Ahora nos toca a nosotros." Y cariñosamente le tira una cachetada. Marziam lo mira muy serio, pero no dice nada.

Entra Jesús con sus primos Judas y Santiago, que efusivamente saludan a sus compañeros de los que estuvieron separados por muchos días.

María de Alfeo saca la cabeza del lugar donde está el horno. Está toda colorada y llena de harina. Envía una sonrisa a sus hijos.

Poco después Zelote regresa y dice: "Lo he hecho todo, Maestro. Dentro de poco estará aquí Simón."

"¿Cuál Simón? ¿Mi hermano o Simón de Jonás?"

"Tu hermano, Santiago. Viene con toda su familia a saludarte."

Pocos minutos después, se oyen golpes en la puerta y voces que anuncian que ha llegado la familia de Simón de Alfeo, que es el primero en entrar, trayendo de la mano a un niño de unos ocho años; detrás de él viene Salomé, con todos sus chiquillos.

María de Alfeo sale del cuarto del horno a toda prisa y besa a sus sobrinos, contenta de verlos allí.

"¿Nuevamente partes, pues?" pregunta Simón, mientras sus hijos se hacen amigos de Marziam, el cual, parece, que no conoce sino a Alfeo a quien curó Jesús.

"Sí, ya es tiempo."

"Todavía lloverá."

"No importa. Cada día nos acerca a la primavera."

"¿Vas a Cafarnaúm?"

"Sí, pero no pronto. Ahora iré por Galilea y por otras partes."

"Cuando sepa que estás en Cafarnaúm iré a buscarte. Acompañaré a mi madre y a la tuya."

"Muchas gracias, por ahora no dejes de visitarla. Se queda del todo sola. Tráele los niños. Aquí no se corrompen. Puedes estar seguro..."

Simón se pone colorado por la alusión de Jesús a lo que había pensado antes y por los ojazos que le echa a su mujer, como si le dijera: "¿Lo oyes? Te está bien merecido"

Pero Simón no hace caso y pregunta "¿Dónde está tu Madre?"

"Está haciendo el pan. Pero ahora viene..."

Los hijos de Simón no esperan y detrás de su abuela se van al cuarto del horno. Y una pequeñuela, un poco mayorcita que el pequeño Alfeo, sale casi al punto diciendo: "María está llorando. ¿Por qué? ¡Eh! ¿Jesús? ¿Por qué llora tu Madre?"

"¿Está llorando? ¡Oh, querida! Voy a donde ella." Dice Salomé preocupada.

Jesús da la razón: "Llora porque me voy... Pero tú vendrás a hacerle compañía ¿no es verdad? Te enseñará a bordar y se sentirá contenta. ¿Me lo prometes?"

“También yo vendré, ahora que mi padre me lo permite” dice Alfeo que está comiendo una torta caliente que le acaban de dar.

Pero por más caliente que esté, hasta el grado que apenas si el niño puede tenerla entre sus manos, creo que es fría en comparación a la vergüenza que siente Simón de Alfeo por las palabras de su hijito. Pese a que es una mañana invernal, más bien fría, a causa de un vientecillo que barre las nubes del cielo, pero que llega hasta la piel, Simón suda abundantemente, como si fuera verano.

Jesús hace como si no lo notara. Los apóstoles muestran mucho interés por lo que cuentan los hijos de Simón, y así termina todo. Simón cobra ánimos y pregunta a Jesús que por qué no están presentes todos los apóstoles.

“Simón de Jonás está por llegar. Los otros se me reunirán en el momento oportuno. Así se decidió.”

“¿Todos?”

“Todos.”

“¿También Judas de Keriot?”

“También él...”

“Jesús, ven conmigo un momento” Le ruega su primo Simón. Cuando se encuentran en el fondo del huerto, Simón pregunta: “¿Pero sabes quién es Judas de Simón?”

“Es un hombre de Israel. Ni más ni menos.”

“¡Oh! No vas a decirme que...” está por acalorarse y levantar la voz.

Pero Jesús lo aplaca interrumpiéndolo y poniéndole una mano en la espalda. Le dice: “Es tal cual lo hacen las ideas que imperan y los que lo tratan. Porque, por ejemplo, si *aquí* (y recalca las palabras) hubiese encontrado *corazones rectos y ánimos sinceros*, no hubiera tenido oportunidad de pecar. Pero no los encontró. Al revés encontró un elemento completamente humano, en el que su modo de pensar se encontró a sus anchas en el mundo que sueña. Trabaja para Mí cual si fuera rey de Israel, en el sentido *humano* de la palabra, de igual modo como me sueñas, como querías verme, como querías trabajar tú y contigo José tu hermano, y con vosotros dos Leví, el sinagoga de Nazaret, lo mismo que Matatías, Simón, Matías, Benjamín, Jacobo, y todos vosotros de Nazaret, fuera de unos tres o cuatro. Y no solo los de Nazaret...Le cuesta trabajo formarse porque todos vosotros contribuís a deformarlo. Y esto cada vez más. Es el más débil de mis apóstoles. Por ahora no es más que un débil. Tiene impulsos buenos, tiene una buena voluntad. Me ama, no como debería ser, pero no deja de amarme. Vosotros no lo ayudáis a limpiar las partes buenas de las no buenas que forman su modo de ser, antes bien, cada vez más se las aumentáis, echando en ellas vuestra incredulidad y limitaciones humanas. Pero regresemos. Los demás ya han entrado...”

Simón lo sigue un poco apenado. Están ya casi en el umbral, cuando detiene a Jesús y le dice: “Hermano mío ¿estás enojado contra mí?”

“No. Pero trato de formarte también a ti, como formo a todos los demás discípulos. ¿No dijiste que querías serlo?”

“Sí, Jesús. Pero las otras veces no hablabas de este modo, ni siquiera cuando nos reprendías. Eras más dulce...”

“¿Y para qué ha servido? Un tiempo lo fui. Hace dos años que lo he sido...Os habéis aprovechado de mi paciencia y bondad, o bien habéis afilado las garras, las zarpas. El amor que os di sirvió para que me hicierais el mal. ¿No es verdad?”

“Sí. ¿Pero no vas a ser ya más bueno?”

“Seré justo. Y aún así, seré siempre el que no merecéis, vosotros israelitas que no queréis reconocer en Mí al Mesías prometido.”

Entran en la habitación, tan llena de gente que algunos han debido meterse en la cocina o en el taller de José; así hicieron los apóstoles excepto los dos hijos de Alfeo; quienes se quedaron con su madre y la cuñada, a las cuales se une ahora María que entra llevando de la mano al pequeño Alfeo. En su rostro se ven claras señales de lágrimas.

Cuando va a contestar a Simón que le ha dicho que no dude que vendrá a verla todos los días, por la tranquila callejuela se oye que viene una carreta, con tanto ruido que llama la atención de los hijos de Alfeo, y mientras por afuera llaman, por dentro, contemporáneamente abren. Aparece la cara alegre de Simón Pedro, que sentado todavía sobre su carreta, toca con el mango de la cuarta...A su lado, tímida pero sonriente, viene Porfirio, sentada sobre cajas de diversos tamaños como si fuera un trono.

Marziam corre, sube a la carreta para saludar a su madre adoptiva. Salen los demás y entre ellos Jesús.

“Aquí me tienes, Maestro. Traje a mi mujer, y de este modo, porque para caminar no sirve. María, el Señor sea contigo. También lo sea contigo, María de Alfeo.” Mira a todos, mientras baja de su carreta y ayuda a bajar a su mujer, y saluda a todos de una vez.

Todos quieren ayudarlo a descargar la carreta, pero él se opone.

“Después, después” dice. Y luego, sin pedir permiso, se va al taller de José, lo abre, tratando de hacer entrar la carreta, y como es natural, no puede pasar. Sin embargo esto sirve para distraer a los huéspedes y a hacerles entender que son demasiados... De hecho Simón de Alfeo y todos los suyos se despiden...

“¡Oh! Ahora que estamos solos, lo haremos...” dice Simón de Jonás, haciendo retroceder el borriquillo, que hace ruido como si fueran diez, por las sonajas que trae, de modo que Santiago de Zebedeo no puede menos de preguntar sonriente: “¿Dónde lo encontraste tan adornado?”

Pedro toma las cajas las da a Juan y a Andrés, que creyendo que son pesadas, se quedan de una sola pieza, porque ven que están vacías y lo dicen...

“Id con ellas al huerto y no estéis cacareando” ordena Pedro, que baja de su carreta con una cajita realmente pesada, que pone en un rincón de la habitación.

“¡Y ahora el asno y el carro! Esto sí que es difícil...Que si lo es...Y con todo, debe todo quedarse en casa...”

“En el huerto” dice en voz baja María, “hay una puertecita en el fondo de la valla. No se ve porque está cubierta de ramas... Pero la hay. Sigue la vereda que rodea la casa, entre ella y el huerto vecino. Yo te mostraré dónde está la abertura... ¿Quién viene a apartar las espinas que la cubren?”

“Yo. Yo.” Todos corren al fondo del huerto mientras Pedro se va con ruido y María de Alfeo cierra la puerta...Ayudados de una hoz, se despeja la entrada por la que pasan asno y carreta.

“¡Oh, que bien! Y ahora quitamos todo esto. Tengo las orejas que me revientan” y sin más ni más Pedro se pone a cortar los cordones con que están amarradas las sonajas al aparejo.

“Pero ¿para qué entonces las pusiste?” pregunta Andrés.

“Para que todo Nazaret supiera que había yo llegado. Y que si lo logré...Ahora las quito para que Nazaret *no nos oiga cuando partamos*. Y por eso traje las cajas vacías...Cuando partamos estarán llenas. Y quien nos vea no se sorprenderá de ver a una mujer sentada sobre ellas a mi lado. Ese que está lejos se gloria de tener buen sentido y sentido práctico. Pero cuando yo quiero, también lo tengo...”

“Perdona, hermano, ¿para qué es todo esto?” pregunta Andrés que dio ya de beber al asno, en la batea de leña que está cerca del horno.

“Que ¿por qué? ¿Pero no sabes?... Maestro, ¿no saben todavía nada?”

“No. Te esperaba para hablarles. Venid todos al taller. Las mujeres pueden quedarse donde están. Has hecho bien de este modo, Simón de Jonás.”

Van al taller, mientras Porfiria, el muchacho y las dos Marías se quedan en la habitación.

“He querido que estuvieseis aquí porque quiero que me ayudéis a llevar lejos, muy lejos, a Juan y a Síntica. A partir de la fiesta de los Tabernáculos lo decidí. Habéis visto que no es posible tenerlos con nosotros, y mucho menos aquí, so pena de hacer que pierdan su paz. Como de costumbre, Lázaro de Betania me ha ayudado en todo esto. Ellos están sobre aviso. Simón Pedro lo sabe desde hace unos cuantos días. Ahora vosotros estáis enterados. Esta noche dejaremos Nazaret, aun cuando llueva o sople el viento en lugar de la luna creciente.

Deberíamos haber ya partido, pero me imagino que Simón de Jonás ha encontrado dificultades en dar con la carreta...”

“¡Que si no! Ya estaba por perder las esperanzas. Se la compré a un sucio griego de Tiberíades...Será útil...”

“Si, que lo será útil, sobre todo a Juan de Endor.”

“¿Dónde está que no se le ve?” pregunta Pedro.

“En su habitación con Síntica.”

“¿Y qué le ha parecido esto?” vuelve a preguntar Pedro.

“Muy penoso. Lo mismo que a ella.”

“También a ti, Maestro. En tu frente se ve una arruga que antes no había y tus ojos están tristes” observa Juan.

“Es verdad. He sufrido mucho...Pero hablemos de lo que se debe hacer. Escuchadme bien, porque luego nos separaremos. Esta noche partiremos a la mitad de la primera vigilia. Partiremos como el que huye porque es culpable. Sin embargo nosotros no vamos a hacer el mal, ni huimos porque lo hubiéramos hecho. Partimos porque queremos impedir que otro lo haga a quien no tendría fuerza de soportarlo. Partiremos pues... Iremos por el camino de Séforis... Nos detendremos en una casa a mitad de camino para partir al alba. Es una casa con establos. Hay allí pastores amigos de Isaac. Los conozco. Me darán hospedaje sin preguntar cosa alguna. Después nos esforzaremos en llegar hasta Yaftael esa misma noche y ahí nos detendremos. ¿Crees que el borrico aguante?”

“¡Que si no! Ese griego apestoso me lo vendió caro, pero el animal es bueno y fuerte.”

“¡Qué bien! A la mañana siguiente iremos a Tolemaida y nos separaremos. Vosotros, bajo las órdenes de Pedro, que es vuestro jefe y a quien obedeceréis ciegamente, iréis por mar hasta Tiro. Allí encontraréis una nave que estará por partir para Antioquía. Subiréis y daréis esta carta al dueño de la nave. Es de Lázaros de Teófilo. Vosotros pasaréis por siervos suyos, a quienes manda a sus tierras de Antioquía, o mejor, a sus jardines de Antigonía. *Esto sois para todos*. Tratad de ser educados, serios, prudentes y callados. Al llegar a Antioquía iréis inmediatamente a Filipo, el superintendente de Lázaros, a quien daréis esta carta...”

“Maestro, él me conoce” dice Zelote.

“Mejor.”

“Pero no va a creer que yo sea siervo.”

“Con Filipo no es necesario. El sabe que debe recibir y dar hospitalidad a dos amigos de Lázaros y a ayudarlos en todo. Así está escrito. Vosotros sólo los acompañáis. No más. Él os llama: “sus queridos amigos de Palestina”. Y los sois, unidos por la fe y por lo que os proponéis hacer. Descansaréis hasta que la nave, terminado lo que tiene que descargar y cargar, regrese a Tiro. De allí vendréis en barca hasta Tolemaida, y de aquí me alcanzaréis en Aczib...”

“¿Por qué no vienes con nosotros, Señor?” dice con un dejo de tristeza Juan.

“Porque me quedo a orar por vosotros, y sobre todo por esos pobrecitos. Me quedo a orar. Así empieza mi tercer año de evangelización.

Empieza con una despedida muy triste; como el primero y el segundo. Empieza con una gran oración y penitencia como el primero...Porque este tiene dificultades dolorosas como el primero y mayores. Entonces me preparaba para convertir al mundo. Ahora me preparo a una obra mucho mayor y de más grande importancia. Escuchadme bien, y tened en cuenta que si en el primer año fui Rabí, el Sabio que invoca a la Sabiduría con su humanidad perfecta y perfección intelectual; que si en el segundo fui el Salvador y Amigo, el Misericordioso que pasa acogiendo, perdonando, compadeciendo, soportando, en el tercero seré el Dios Redentor y Rey, el Justo. No os sorprendáis si en Mí veréis formas nuevas, si en el Cordero veréis resplandecer el fuerte. ¿Con qué cosa ha respondido Israel a mi invitación amorosa, a mis brazos que le he abierto, diciéndole: “Ven. Te amo, te perdono”? Con dureza y obstinación cada vez mayores, con la mentira, con asechanzas.

He llamado a todas sus clases, y hasta he inclinado mi frente hasta el polvo. Sobre la Santidad que se humilla, escupe.

Lo invité a sacrificarse. Me responde haciéndose amigo del demonio.

En nada he dejado de cumplir con mi deber. Y a esto lo llama “pecado”.

Me he callado. Y dice que mi silencio es prueba de culpabilidad.

He hablado. Y llama a mi palabra, blasfemia.

¡Ahora basta!

No me ha dejado respirar, no me ha dado ninguna alegría. Esta consistía para Mí en hacer que creciera Yo en la vida del espíritu de los recién nacidos a la gracia. Les ponen asechanzas, y me los debo quitar del pecho, causando en ellos la angustia que sienten los hijos al verse separados de sus padres y viceversa, para ponerlos a salvo del Israel maligno.

Los poderosos de Israel que se llaman a sí mismos los “santificadores” que se glorían de serlo, me impiden, quisieran impedirme que salve Yo, que sea Yo la alegría de los que salvo.

Hace muchos meses que tengo conmigo a Leví, un publicano, que es mi amigo y que está a mis órdenes, y el mundo está a la expectativa para ver si en él puede encontrar algún escándalo o ser causa de envidia. La acusación sigue en pié, y seguiría también contra Magdalena, y contra todos los que Yo salvaré.

¡Ahora basta!

Yo sigo mi camino cada vez más duro, cada vez más bañado en lágrimas...Me voy...Pero ninguna de mis lágrimas caerá en vano. Gritan a mi Padre...Y después un llanto más fuerte gritará. Me voy. Quien me ama que me siga y que tenga valor, porque las horas de dureza se acercan. No me detengo. Nada puede detenerme.

También ellos no se detendrán...Pero ¡ay de ellos! ¡Ay de ellos! ¡Ay de aquellos para quienes el amor se convierte en Justicia!... La señal de los nuevos tiempos será una señal de una severa justicia contra los que se obstinaren en no aceptar las palabras del Señor y los actos del Verbo del Señor...”

Jesús parece un arcángel que estuviese a punto de castigar. Estoy tentada a decir que parece como si despidiera rayos, por el brillo que se ve en sus ojos... Parece que hasta su misma voz brille, voz que tiene acentos de bronce y de plata golpeados.

Los ocho apóstoles están pálidos, como que han empequeñecido de miedo. Jesús los mira...con piedad y con amor. Les dice: “No os lo digo a vosotros, mis amigos. Estas amenazas no son contra vosotros. Sois mis apóstoles. Yo os he elegido.” La voz es ahora dulce y tierna. Termina: “Vámonos allá. Hagamos que los dos perseguidos piensen –y os recuerdo que creen que parten para prepararme el camino en Antioquía- que los amamos más que a nosotros mismos. Venid...”

2.- La Partida de Nazaret.

30 octubre 1945

Es de noche. Una noche que será un nuevo adiós para la casita de Nazaret y para quienes en ella viven. Una cena en la que el dolor hace que se pierda el apetito y que todos prefieran estar callados. A la mesa están sentados Jesús, Juan, Síntica, Pedro, Juan, Simón y Mateo. Para los demás no ha habido lugar, pues la mesa de Nazaret es muy pequeña. Está hecha para una familia reducida, a la que en caso de necesidad puede sentarse el peregrino y el afligido a tomar el pedazo de pan que se les da con amor. Esta noche podía muy bien haberse sentado a la mesa Marziam, que como está tan delgado, fácilmente habría encontrado lugar...

Mas sin decir nada, sin hablar algo, está comiendo en un rincón. Se ha sentado sobre un banquito a los pies de Porfiria, a quien la Virgen hizo que se sentara en su silla de telar. Porfiria dulce, silenciosa come lo que le han dado, mientras mira con ojos compasivos a los que van a partir, los cuales tratan de pasar un bocado, que no levantan sus caras para que no vean los demás las lágrimas que en ellas han hecho surcos.

Los otros, esto es, los dos hijos de Alfeo, Andrés y Santiago de Zebedeo, se han acomodado en la cocina, cerca de una especie de una artesa, y pueden verse por la puerta abierta.

La Virgen y María de Alfeo van y vienen sirviendo a todos, con amor, con cariño, pero se les ve triste. Si la Virgen acaricia con su sonrisa, que esta noche es dolorosa, a los que tiene cerca, María de Alfeo, menos cauta y más franca, a su sonrisa pone también alguna palabra, y más de una vez brinda una caricia, o un beso, según las personas. Pienso que por amor hacia Juan de Endor que parece muy acabado, que en estos días ha enflaquecido mucho más, se daría a sí misma como manjar, pues se esfuerza lo más que puede en convencerlo de que tome de esto o de aquello, alabando su sabor y sus propiedades salutíferas. No obstante todos sus esfuerzos, Juan no come casi nada, y ella está tan afligida, como la madre que viera que su hijo no mamara de su leche.

“¡De este modo no puedes partir, hijo!” exclama. Y llevada de su cariño maternal no piensa en que Juan de Endor es mayor que ella, y que llamarlo hijo, no le queda. Pero ella ve tan solo en él a alguien que sufre, y por esto no encuentra, para consolarlo, otra palabra adecuada...”Viajar con el estómago vacío, en esa carreta que se bambolea, con el frío húmedo de la noche, te va a hacer mal. ¡Y luego, quién sabe qué comeréis a lo largo de ese viaje! ¡Por un mar, por una distancia tan grande! Yo me moriría de miedo. Y por costas fenicias, y luego... ¡peor todavía! El dueño de la nave será sin duda filisteo o fenicio o de alguna otra nación del infierno...y no tendrá compasión... ¡Ea, pues! mientras estás junto a una mamá que te quiere mucho...Come, tan sólo este pedacito de pescado. Tan sólo para dar contento también a Simón de Jonás que lo preparó en Betsaida con tanto amor y que hoy enseñó a cocinarlo de este modo, por amor a ti y por Jesús, para que tengáis fuerzas. ¿No te gusta en verdad?... ¡Ah, entonces, esto sí que te va a gustar!” y corre a la cocina volviendo con un plato en que hay algo como polenta. No sé su nombre, pero no cabe duda que está hecho de harina o de granos cocidos, casi deshechos en leche: “Mira, esto lo hice porque me acordé que un día hablaste de ello como de un dulce recuerdo de tu niñez...Es bueno y te hace bien. ¡Ea! un poco.”

Juan deja que le pongan una cuchara de este manjar y trata de comérselo, entre tanto que unas lágrimas bajan a mezclar su amargor en él. Juan baja más su cabeza sobre el plato.

Los demás alaban este manjar, que tal vez sea una exquisitez. Al verlo sus caras se han alegrado, y Marziam se ha puesto de pie...pero luego ha sentido la necesidad de preguntar a la Virgen: “¿Puedo comer de él? Faltan todavía cinco días para que termine mi voto...”

“Sí, hijo mío. Puedes comer de él” le responde con una caricia.

El niño se queda como dudoso y entonces la Virgen, para tranquilizar sus escrúpulos, dice a su Hijo: “Marziam pregunta si puede comer de esto...por eso de la miel que la hace un plato delicioso, sabes...”

“Sí, sí, Marziam. Esta noche te dispenso de tu sacrificio, con la condición de que Juan coma también de ello. ¿Ves cómo le gusta al muchacho? Ayúdalo para que también coma” y Jesús que tiene cerca de sí a Juan, le toma de la mano, y ayuda a que él, obediente, coma.

María de Alfeo está muy contenta. Vuelve a intentar lo mismo, con un plato de peras, cocidas al horno, y recién sacadas. Entra del huerto con su palangana y dice: “Está lloviendo. Apenas ha comenzado. ¡Qué pena!”

“¡No! ¡Es mejor así! Nadie habrá por los caminos. Cuando se parte, las despedidas siempre hacen mal...Mejor partir con el viento en la vela y sin bajíos o escollos que hacen que se detenga uno o que la travesía sea lenta. Los curiosos son los bajíos y los escollos...” dice Pedro que en todas las cosas ve la vela, y cree que está navegando.

“Gracias; María. Pero no puedo más” dice Juan tratando de rechazar la fruta.

“¡Ah, esto no! Las coció María. ¿Quieres despreciar la comida que ella preparó? ¡Mira cómo las ha preparado tan bien! Tienen sus especias,...tienen su mantequilla... Han de ser bocado de rey. Una mermelada. Ha estado quemándose junto al fuego para prepararlas. Hacen bien a la garganta, para curar de la tos...Dan calor y sirven de medicina. María, dile qué bien le

hacían a mi Alfeo cuando estaba enfermo. Y él que sólo quería que tú se las hicieras. ¡Oh, sí! ¡Tus manos son santas y dan salud!... Benditos los alimentos que tú preparas... Mi Alfeo se calmaba después de haber comido las peras... Respiraba con más facilidad... ¡Pobre marido mío!... ” y María aprovecha el recuerdo para poder llorar. Sale afuera a hacerlo. Tal vez me forjo un pensamiento no bueno, si creo que si no hubiera sido por la comparación por los dos que parten, el “pobre Alfeo” no hubiera sido digno de una lágrima...esa noche. María de Alfeo lloró esta vez por Juan y por Síntica, y por Jesús, Santiago y Judas que se van. Tuvo que encontrar un desahogo al llanto que le navegaba en el corazón.

La Virgen toma su lugar. Pone una mano sobre el hombro de Síntica que está sentada frente a Jesús, entre Simón y Mateo. “¡Ea! ¡comed! ¿Queréis partir y dejarnos también la angustia de que hayáis partido sin probar cosa alguna?”

“Ya comí, Madre” dice Síntica levantando su cara cansada en la que se ven señales claras del llanto de muchos días. Luego la baja, acercándola a la mano de la Virgen, apoyando su mejilla sobre ella para sentir una caricia. La Virgen con su otra mano acaricia sus cabellos y atrae hacia sí la cabeza de Síntica que se la apoya sobre su pecho.

“Come, Juan. Te hará mucho bien. No tienes que resfriarte. Tú, Simón de Jonás, te preocuparás por darle leche caliente con miel cada noche, o al menos agua muy caliente y endulzada con miel. No vayas a olvidarlo.”

“Lo tendré en cuenta, Madre. Puedes estar segura” dice Síntica.

“Lo sé. Pero lo harás cuando te hayas instalado en Antioquía. Por ahora tendrá de ello cuidado Simón de Jonás. Acuérdate, Simón, de darle mucho aceite de oliva. Por eso te di esa redoma. Ten cuidado que no se vaya a quebrar. Si vieres que respira dificultosamente, emplea el bálsamo del otro vaso, como te lo he dicho. Ponle sólo lo necesario para ungir su pecho, la espalda, y los riñones. Lo calientas de modo que puedas tomarlo. Luego que lo hayas ungido lo cubres inmediatamente con las vendas de lana que te di. Lo preparé a propósito. Tú, Síntica, recuerda cómo se hace, para que lo hagas por ti misma. Podrás encontrar lirios, alcanfor y dictamo, resina y claveles con laurel, artemisia y otras cosas. He oído que Lázaro tiene en Antigonía jardines de esencias.”

“¡Y qué jardines!” exclama Zelote que los ha visto. Añade: “De mi parte no sugiero nada, pero puedo afirmar que a Juan le vendrá muy bien aquel lugar, no sólo para su alma, sino también para su cuerpo, mejor que Antioquía. Ese lugar está protegido de los vientos. El aire es suave. Viene de los bosques de plantas resinosas que hay en las pendientes de un pequeño monte, que defiende de los vientos marítimos, pero que permite que las sales saludables del mar lleguen allí. Es un lugar tranquilo, silencioso, con miles de flores y pajarillos que anidan allí. ...En suma, veréis vosotros mismos lo que es todo ello. Síntica tiene muy buen juicio. Porque en estas cosas es mejor dejarse llevar del buen sentido de las mujeres. ¿O no es verdad?”

“Por mi parte confío mi Juan al buen sentido y al buen corazón de Síntica” dice Jesús.

“También yo” dice Juan de Endor. “Yo...yo...no tengo más energías... y no puedo servir para nada...”

“No digas eso. Cuando el otoño arranca las hojas a las plantas, no quiere decir que hayan muerto. Trabajan con escondida energía para preparar el triunfo de su próximo reverdecer. Tú eres esto. Ahora te ves despojado por el viento frío de este dolor, pero en realidad, en lo profundo de tu ser trabajas para nuevos servicios. Tu mismo dolor te servirá de espolón para obrar. Estoy segura de ello. Y entonces serás siempre tú, quien me ayudará, a mí pobre mujer que tiene necesidad de aprender más para llegar a ser útil a Jesús.”

“¡Oh! ¿qué quieres que sea yo? No puedo hacer nada... ¡Estoy acabado!”

“No está bien que digas esto. Solo el que muere puede decir: “He terminado como hombre”. No los demás. ¿Crees que no tienes que hacer alguna cosa más? Todavía te falta lo que me dijiste un día: realizar el sacrificio. Y ¿cómo lo harías, si no es con el sacrificio? No está bien citarte a ti, Juan, demagogo, los sabios, pero te recuerdo a Jorgias de Leonte. El enseñó que *no se expía en esta o en la otra vida, sino con el dolor y el sufrimiento*. Y te recuerdo también a

Sócrates: “Desobedecer a quien nos es superior, sea un dios, o sea un hombre, es cosa mala y vergonzosa”. Ahora bien si para él era una cosa justa cumplir una sentencia injusta, con que lo condenaban hombres perversos ¿Cuánto más lo será, hacer lo que ha dicho el Hombre santísimo y nuestro Dios? Gran cosa es el obedecer, solo porque lo es. Así pues grandísima cosa es obedecer las órdenes santas que como juzgo, como también tú los has de hacer, son una gran misericordia. Siempre repites que tu vida toca ya a su fin. Pero todavía no estás consciente de haber cancelado tu deuda con la Justicia. Entonces ¿Por qué no aceptas este gran dolor como un medio para poder cancelar tal deuda, y lograrlo en el poco tiempo que te queda? ¡Un gran dolor para conseguir una gran paz! Créeme que vale la pena soportarlo. La única cosa importante que puede haber en la vida es la de llegar a la muerte, después de haber conquistado la Virtud.”

“Me das fuerzas, Síntica...Hazlo siempre.”

“Lo haré. Lo prometo aquí. Pero debes cooperar conmigo, como hombre y como creyente en Jesús.”

La cena ha terminado. María recoge las peras que quedaron, y las mete en un vaso que entrega a Andrés. El sale. Regresa diciendo: “Llueve cada vez más. Diría que es mejor...”

“Sí. El esperar es una agonía siempre mayor. Voy a preparar al asno. Vosotros venid con los cofres, y con todo lo demás. También tú, Porfiria. ¡Ligerita! Eres tan paciente que el asno ya aprendió y se deja poner los aparejos aspavientos. Andrés, que se parece a ti, se preocupará de lo demás. ¡Ea, vámonos todos!” Pedro echa fuera de la habitación a todos, menos a la Virgen, a Jesús, a Juan de Endor y a Síntica.

“¡Maestro! ¡Oh, Maestro, ayúdame! Es la hora que siento que se me desgarran el corazón. ¡Es la hora! ¡Y ha llegado! ¡Oh, buen Jesús! ¿por qué no has querido que muriera yo aquí, después que había conseguido la angustia de mi condenación y había hecho el esfuerzo de aceptarla?” Y Juan se echa sobre el pecho de Jesús, llorando tristemente.

La Virgen y Síntica tratan de calmarlo. La Virgen, aun cuando siempre es muy reservada, lo retira de Jesús, lo abraza, le dice: “Querido hijo, amado hijo”...

Entre tanto Síntica se arrodilla a los pies de Jesús diciendo: “Bendíceme, conságrame para que tenga fuerzas. Señor, Salvador y Rey, yo aquí ante la presencia de tu Madre juro y prometo seguir tu doctrina, y servirte hasta mi último suspiro. Juro y prometo dedicarme a tu doctrina, y a los seguidores de ella por amor a Ti, Maestro y Salvador. Juro y prometo que mi vida no tendrá ningún otro fin, y que todo cuanto es mundo y carne ha muerto para mí definitivamente, mientras que, con la ayuda de Dios y de las oraciones de tu Madre, espero vencer al demonio, para que no me arrastre al error, y a la hora de tu juicio no me vea yo condenada. Juro y prometo que seducciones y amenazas no me doblegarán, y siempre lo recordaré, a menos que Dios no disponga de otro modo. Pero espero en El y creo en su bondad, por lo que estoy segura que no me dejará al capricho de fuerzas oscuras, más fuertes que las mías. Consagra a tu sierva, ¡oh Señor!, para que se vea defendida de las asechanzas de cualquier enemigo.”

Jesús le pone las manos sobre su cabeza, con las palmas abiertas, como hacen los sacerdotes, y ora así.

María pone a Juan al lado de Síntica y hace que se arrodille, diciendo: “También a este, Hijo mío, para que te sirva en santidad y en paz.”

Jesús hace lo mismo sobre la cabeza inclinada del pobre Juan. Luego hace que se levante y hace levantar a Síntica. Pone las manos de ellos en las de la Virgen diciendo: “Y sea ella la última que os acaricia aquí” y sale ligero a no sé dónde.

“¡Madre, adiós! ¡Jamás olvidaré estos días!” gime Juan.

“Tampoco yo te olvidaré, hijo amado.”

“También yo, Madre... Adiós. Permíteme que te bese una vez más... ¡Oh! ¡Después de muchos años me he visto harta de besos maternos!... ahora no más...” Síntica llora entre los brazos de María que la besa.

Juan da rienda suelta a su llanto. María también lo abraza. La verdadera Madre de los creyentes tiene a ambos entre sus brazos, y con sus labios purísimos besa la mejilla arrugada de Juan, un beso púdico, pero amoroso. Y con este beso se quedan también sus lágrimas.

Entra Pedro: “Todo está listo. ¡Vámonos!...” y no añade más porque está emocionado.

Marziam, que sigue a su padre por donde quiera que vaya, se echa al cuello de Síntica y la besa, abraza a Juan y también lo besa, lo besa... También llora.

Salen. María lleva de la mano a Síntica, Juan a Marziam.

“Nuestros mantos...” dice entre lágrimas Síntica, y trata de regresar adentro.

“Aquí están, aquí están. Tomadlos...” Pedro finge como si nada estuviera pasando, para no mostrar sus sentimientos, pero detrás de Síntica y Juan que se envuelven en sus mantos se enjuga con el dorso de la mano lágrimas que le bajan.

Al otro lado de la valla, la luz bailarina de la lámpara, ilumina con su luz amarillenta... La lluvia sigue murmurando entre las hojas de los olivos, y hace cosquillas sobre el agua de la piscina... Una paloma, a la que la luz la ha arrancado de su sueño, se queja con dolor, y eso que los apóstoles tienen bajo sus mantos para que vean mejor el camino.

Jesús está cerca de la carreta, sobre la que se ha extendido una especie de toldo.

“¡Pronto, que llueve mucho!” dice Pedro. Mientras Santiago ocupa el lugar de Porfiria en las riendas, Pedro sin muchos miramientos levanta a Síntica y la pone sobre la carreta, y con mayor rapidez toma a Juan de Endor y lo echa arriba. Luego sube él. Da un golpe tan fuerte al pobre asno que arranca tan aprisa, que casi echa afuera a Santiago. Sigue haciendo lo mismo hasta que encuentran el camino, un poco más allá de las casas... Un grito de adiós sigue a los que parten, que lloran a rienda suelta...

A las afueras de Nazaret Pedro detiene al asno, en espera de Jesús y los demás que no tardan en alcanzarlos, caminando ligeros bajo la lluvia que es cada vez más tupida.

Toman una vereda entre los huertos para ir de nuevo hacia el norte de la ciudad, sin atravesarla. Nazaret está sumida en la oscuridad y duerme tranquila bajo la lluvia fría de esta noche invernal...y creo que las pisadas del asno sobre una tierra mojada apenas si podrán oírse.

El grupo continúa en el máximo silencio. Tan sólo se escuchan los sollozos de los dos discípulos mientras se mezclan con el golpeteo de la lluvia sobre las hojas de los olivos.

3.- En dirección de Yftael.

31 octubre 1945

Ha debido de haber llovido durante toda la noche, pero el alba con un vientecillo que trajo consigo, ha echado a las nubes hacia el sur, más allá de las colinas de Nazaret. Un tímido sol de invierno tiene el valor de asomarse y de prender en cada hoja de los olivos un diamante. Es un vestido de gala que los olivos pronto olvidan, por que el viento sopla entre ellos, y echan abajo los destellos de diamantes que vienen a morir entre la hierba húmeda o en el camino lodoso.

Pedro con ayuda de Santiago y de Andrés, prepara la carreta y el asno. Los demás todavía no se ven, pero poco a poco van sacando la cabeza de una habitación que es cocina, pues cuando están afuera, dicen a los tres: “Ahora id vosotros a tomar algún alivio.” Se van, y luego regresan también con Jesús.

“Por eso del aire he vuelto a poner la cubierta” dice Pedro. “Si de veras quieres ir a Yftael nos dará contra cara... y que si molestará. No comprendo por qué no tomamos mejor el camino que lleva directamente a Sicaminón, y de allí al mar... Es más largo, pero menos pesado. ¿Oíste lo que decía ese pastor a quien le saqué del buche todo lo que quise? Dije: “En los meses de invierno Yotapata esta incomunicada. No hay más que un camino por donde se pueda transitar pero no es para corderos... No se puede llevar sobre las espaldas nada, por que hay lugares donde mas que los pies, sirven las manos, y los corderos no pueden nadar... Hay dos ríos casi llenos y el mismo camino es ya un riachuelo que discurre por un fondo

rocoso. Voy por allí después de los Tabernáculos y cuando ha entrado la primavera, y vendo bien, me abastezco por varios meses”. De este modo habló... y nosotros... con esta carga (y da un puntapié a la rueda de la carreta)... y con este asno... ¡uhm!...”

“El camino que va de Séforis a Sicaminón es mejor, pero muy transitado. ... Ten en cuenta que nos conviene no dejar huella alguna de Juan...”

“El Maestro tiene razón. Podríamos encontrar a Isaac con algunos de los discípulos... ¡Y luego en Sicaminón! ...” observa Zelote.

“Si es así... vamos...”

“Voy a llamar a esos dos...” dice Andrés.

Mientras lo hace, Jesús se despide de un anciano y de un niño que salen de un redil con pequeños cubos de leche. Llegan algunos pastores de edad a quienes Jesús da las gracias por haberlos hospedado durante la noche lluviosa. Juan y Síntica están ya en la carreta que se dirige hacia el camino. Jesús, a quien acompañan Zelote y Mateo, seguido de Andrés, Santiago, Juan y los dos hijos de Alfeo, apresura el paso para alcanzar a Pedro que va riendo la carreta.

El viento parece cortar las caras. Infla los mantos. La misma cubierta que todavía esta mojada se infla: “¡Pronto se secará!” dice Pedro al verla. “!Pero que no se les sequen los pulmones a ese pobre!... Espera, Simón de Jonás... Así se hace...” Frena al asno, se quita el manto, sube y envuelve bien a Juan.

“¿Por qué? Tengo mi manto...”

“Porque de mi parte siento tanto calor en guiar al borrico, que parece como si estuviera en un horno de pan. Además estoy acostumbrado a andar desnudo en mi barca, y mucho más cuando hay tempestad. El frío me sirve de estímulo y me siento mas ligero. Tú quédate como estas. Maria me hizo tantas recomendaciones en Nazaret, que si te enfermaras, no podría verle su rostro...”

Da un brinco y toma los frenos del asno y lo golpea para que camine. Bien pronto llama en su ayuda a su hermano y también a Santiago, a que auxilien al borriquillo a salir de un lodazal, pues una rueda se atascó. Empujan la carreta para ayudar al asno que hace esfuerzos con sus pezuñas por salir. Pobre asno, que suda y resopla del esfuerzo y de sus ansias de comer, porque Pedro le pone delante pan y pedazos de manzana que el asno quisiera comer, pero que no se le conceden sino cuando tiene que descansar.

“Eres un sinvergüenza, Simón de Jonás” dice bromeando Mateo que observa lo que ha hecho.

“No. Hago que el animal cumpla con su deber, y con dulzura. Si no hiciere yo esto, tendría que usar la cuarta, y no me gusta hacerlo. No pego a mi barca cuando se encapricha y es de leño, ¿Por qué tendría que hacerlo con este que es de carne? Es ahora mi barca... y dentro de agua. Por esto lo trato como si fuera mi barca. No soy Doras ¿entendido? Quería ponerle de nombre Doras, antes de que lo comprara, pero luego que oí su nombre, me gusto. Se lo dejé...”

“¿Cómo se llama?” preguntan curiosos todos.

“¡Adivinad!” y Pedro se ríe entre su barba.

Salen a relucir los nombres mas extraños y entre ellos los de los mas furibundos fariseos o saduceos, pero Pedro mueve siempre la cabeza. Se dan por vencidos.

“Se llama Antonio. ¿No es acaso bonito? ¡El de ese maldito romano! ¡Se ve que el griego que me lo vendió tenía su rencor con Antonio!”

Todos se echan a reír, mientras Juan de Endor da la explicación: “Será uno de los que sufrieron los impuestos después de la muerte de Cesar. ¿Es viejo?”

“Tendrá unos setenta años... y habrá pasado por todos los oficios... ahora tiene un fonda en Tiberíades...”

Se encuentran en el cruce de Séforis donde pasan los caminos de Nazaret-Tolemaida, Nazaret-Sicaminón, Nazaret-Yotapata (quiero advertir que la Y la pronuncian muy dulcemente como un “gi”). La piedra consultar tiene las tres indicaciones: Tolemaida, Sicaminón, Yotapata.

“¿Entramos en Séforis, Maestro?”

“Es inútil. Vamos a Yiftael, sin hacer descanso. Comeremos en el camino. Hay que estar antes de que anochezca.”

Siguen el camino. Atraviesan dos arroyos llenos de agua. Inician la subida a una serie de colinas que van en dirección del sureste, las que al norte forman como un rudo nudo que luego se prolonga hacia el oriente.

“Allá esta Yiftael” dice Jesús.

“No veo nada” replica Pedro.

“Esta hacia el norte. En frente de nosotros hay desfiladeros a pique, lo mismo que a oriente y a occidente.”

“¿Entonces hay que dar vuelta al monte?”

“No. Hay un sendero junto al monte más alto a sus pies, en el valle. Acorta mucho el camino, aun cuando es muy empinado.”

“¿Has estado allí?”

“No. Pero lo conozco.”

En verdad que es un camino escarpado, tanto que cuando llegan pierden el ánimo, pues parece como si se fuera al encuentro de la oscuridad, por que la luz en su fondo casi se acaba. Esto me hace pensar en los círculos dantescos horribles. Es un sendero hecho sobre la roca, a escalones. Demasiado empinado. Estrecho, rustico, en medio de un río que brama y una escarpada todavía mas cruel que avanza, que avanza subiendo hacia el norte.

Si la luz aumenta según se sube, también el cansancio, tanto que bajan de la carreta las alforjas personales. También baja Síntica para que la carreta sea un poco más ligera. Juan de Endor, que no había vuelto a abrir boca sino para toser, quiere también bajar, pero no se lo permiten y se queda donde está, mientras todos empujan y jalan al animal y carreta. A cada paso el sudor brota, pero nadie se lamenta. Más bien todos procuran mostrarse contentos del ejercicio para que los dos, por quienes lo hacen, no se sientan abatidos, pues más de una vez han dicho que lamentan que por ellos sea esta fatiga.

El camino forma un ángulo recto. Y luego otro ángulo, menos breve que termina en una población que se cobija bajo una pendiente escarpada que, como dice Santiago de Zebedeo, da la impresión que esté a punto de deslizarse con todas las casas hacia el valle.

“Está muy bien construida. Está sobre la roca.”

“Como Ramot entonces...” dice Síntica que recuerda ese lugar.

“Mucho mas. Aquí la roca es parte de las casas, no solo es su base. Más bien se parece a Gamala. ¿Os acordáis de ella?”

“Sí, y también nos acordamos de los cerdos...” dice Andrés.

“De allí partimos para Tariquea, al Tabor, a Endor...” dice como recordando cosas muy pasadas Simón Zelote.

“Parece que mi destino es traeros a la mente cosas penosas” suspira Juan de Endor.

“¡No! ¡Imposible! Nos has brindado una amistad, y no más” dice con fuerzas Judas de Alfeo. Y todos hacen coro para demostrar que son del mismo parecer.

“Y con todo... no se me ha amado... Nadie me lo dice...”

Yo estoy acostumbrado a reflexionar, a reunir todos los hechos en un solo cuadro. Esta partida, no, no estaba prevista, y la decisión de ella no es espontánea...”

“¿Por qué habla así, Juan?” pregunta con una dulzura triste Jesús.

“Porque es la verdad. Nadie me ha querido. Ninguno de los otros discípulos se les ha escogido para ir a tierras lejanas.”

“Y qué dices de Síntica?” pregunta Santiago de Alfeo, afligido por lo que se desenvuelve en la mente de Juan de Endor.

“Síntica viene para que no se me mande solo... piadosamente se me hace esto para que no caiga en la cuenta de la realidad.”

“¡No, Juan!”

“¡Si, Maestro! ¿Ves? Podría aun decirte el nombre de mi verdugo. ¿Sabes donde lo leo? Al mirar a estos ocho hombres buenos. Sólo al pensar en que los otros no están, leo su nombre. El que fue causa de que me encontraras, es también quien quisiera que me encontrase con Belcebú. Me ha arrojado a esta hora, lo mismo que a ti, Maestro, por que sufres como yo, y tal ves, más. Me ha arrastrado a estos momentos para que me echase a la desesperación y al odio. Porque es malo. Es cruel. Es envidioso. Y algo más. Es Judas de Keriot, el alma mas oscura entre tus siervos que son luz...”

“No hables así, Juan. No es el único que falta. Todos estuvieron ausentes para las Encenias, menos Zelote, que no tiene familia. En estos días no se puede venir desde Keriot en unos cuantos días. Hay como trescientos kilómetros de camino. Era muy puesto en razón que fuera a ver a su madre, como también Tomás la hace. Natanael no ha venido porque es viejo y también no ha venido Felipe, para que lo acompañes...”

“Si. Los otros tres no están... pero ¡oh buen Jesús! tú conoces los corazones porque eres el Santo, pero no eres el único en conocerlos. También los perversos conocen a los perversos porque en ellos se ven reflejados. Yo fui un perverso, y me he mirado, me he contemplado en Judas. Pero lo perdono. Le perdono que me mande a morir en tierras lejanas sólo por una cosa, porque por él vine a Ti. Por otra parte, que Dios le perdone... el resto.”

Jesús no desmiente a Juan... se quede callado. Los apóstoles se miran entre sí, entre tanto que con la fuerza de sus brazos empujan la carreta por el sendero resbaloso.

Está ya para anochecer cuando llegan a la población, donde desconocidos entre los desconocidos, se hospedan en una fonda sita en el borde sur del país. Un borde que provoca vértigo al ir hacia abajo por sobre sus paredes, por lo profundo y tallado que está. En el fondo, se oye el rumor del río que ruge. La oscuridad ha cobijado en valle.

4.- El adiós de Jesús a los discípulos.

31 octubre 1945

Al siguiente día toman el mismo camino, pues no hay otro en este poblado que parece un nido de águilas construido en la punta de un pico solitario. El mal tiempo cargado de lluvias los persigue, los azota, les impide avanzar. Hasta Juan de Endor debe bajar de la carreta porque el sendero de bajadas es mas peligroso que de subida, y si el asno no corre mucho peligro, si que lo corre el peso de la carreta que empuja hacia delante y hace que el pobre animal luche con mayor fuerza. Pero no en mejores condiciones se encuentran los que llevan la carreta, porque ahora no sudan para empujarla, sino para detenerla, para que no vaya a precipitarse, acarrear desgracias o por lo menos, la pérdida del vehiculo.

El camino es sencillamente horrible hasta un tercio del mismo. Cerca del valle se bifurca. Una parte va hacia el oeste, es cómoda, llana. Se paran a descansar y secarse el sudor. Pedro da un premio al borrico que jadea, que sacude sus orejas bufando, que sin duda alguna reflexiona sobre la dolorosa condición de los asnos y sobre los caprichos de los hombres que escogen tan malos caminos. Por lo menos Simón de Jonás cree que tales sean los pensamientos que cruzan por la cabeza del asno al ver su triste expresión. Para consolarlo le cuelga al pescuezo una bolsa llenas de habas, y mientras el animal con avidez come, todos comen su pan con queso y beben de la leche que traen en sus cantimploras.

El almuerzo ha terminado. Pedro quiere dar de beber a “su Antonio que es mas digno de honres que el mismo César”, y con una bolsa que tiene sobre la carreta va a traerle agua de un río que trota hacia el mar.

“Ahora podemos irnos... Y nos daremos prisa porque creo que al otro lado de la colina está la llanura... ¡Ea! Juan. También tú, Síntica, subid, y vámonos.”

“Subo también yo, Simón, y arreo al burro. Vosotros seguidos...” dice Jesús tan pronto como los otros dos se hubieron subido.

“¿Por qué? ¿Te sientes mal? ¡Te ves muy pálido!”

“No, Simón. Quiero hablar a solas con ellos...” y señala a Juan y a Síntica, que intuyen que ha llegado la hora de la despedida y están pálidos.

“Está bien. Sube, que te seguiremos.”

Jesús se sienta y dice: “Acércate a mí, Juan. Síntica, también tú”

Juan se sienta a la izquierda del Señor y Síntica a sus pies, casi a la orilla de la carreta, dando las espaldas al camino, y con su cara levantada a Jesús. En esta posición, sentada sobre sus pantorrillas, con las manos sobre sus piernas, y entrelazadas para que no se muevan, porque un temblorcillo las sacude, con la cara cansada con sus bellísimos ojos de un negro-morado como si estuvieran velados por tanto haber llorado, que apenas si se ven bajo las sombras del manto que sobre ellos cae, parece la estatua de una Piedad abandonada.

Y ¡qué decir de Juan!... Creo que si al fin del camino estuviese su patíbulo, se encontraría más tranquilo.

El borrico toma su paso, obediente, manso. No necesita la rienda. Jesús se aprovecha de ello. Toma con una mano la de Juan y la otra la pone sobre la cabeza de Síntica.

“Hijos míos, os agradezco las alegrías que me proporcionasteis. Este año ha sido para mí un año en que he encontrado flores de júbilo porque pude recoger vuestras almas, tenerlas ante Mí, ocultar la fealdad del mundo, perfumar el aire corrupto del pecado mundanal. Ellas me han infundido dulzura, me han confirmado en la esperanza que mi misión no es inútil. Marziam, tú, Juan mío, Ermasteo, Síntica, María Magdalena, Alejandro Misace y otros más... Flores triunfales del Salvador que tan sólo los buenos de corazón lo pueden experimentar... ¿Por qué mueves la cabeza, Juan?”

“Porque eres bueno y me colocas entre los buenos de corazón. Pero ante mí tengo siempre presente mi pecado...”

“Tu pecado es fruto de un cuerpo incitado por dos malvados. La rectitud de corazón es lo que hay en el fondo de tu ser, que ha amado siempre las cosas honestas. Has sido desgraciado porque se te quietaron por la muerte o por la perversidad, pero no por esto ha dejado de serlo. Bastó que la voz de Salvador llegase hasta la profundidad donde tu ser languidecía, para que te hubieras levantado, para que te hubieras sacudido de cualquier carga, para que vinieras a Mí. ¿No es así? Eres, pues, un recto de corazón. Mucho, mucho más que otros que no han pecado como tú, pero que sí han cometido pecados peores porque a sabiendas voluntariamente los han querido...”

Vosotros, flores triunfales mías como Salvador, sed benditos. Habéis reflejado el amor en medio de este mundo entorpecido, en este mundo enemigo, que tan sólo da de beber amarguras y disgustos a su Salvador. ¡Gracias! En las horas mas duras de este año, siempre he pensado en vosotros, y así he podido consolarme, sostenerme. En las que me esperan y que serán más amargas os tendré con mayor razón presentes. Hasta la muerte. Conmigo estaréis por toda la eternidad. Os lo prometo.

Os encargo mis intereses más amados, esto es, el abrir camino a mi Iglesia, en el Asia menor, a donde no puedo ir porque acá, en Palestina se encuentra el lugar de mi misión, y porque la mentalidad de los grandes de Israel buscaría hacerme el mal por todos los medios. ¡Oh, si tuviese otros Juanes y otras Sínticas en otras naciones, en las que mis apóstoles encontrasen el terreno preparado para echar en ellas la semilla cuando llegue la hora!

Sed buenos, pacientes, y al mismo tiempo fuertes para poder hacer propaganda y soportar. Encontraréis quienes no os entiendan y quienes se burlen de vosotros, no perdáis ánimo. Pensad: “comemos del mismo pan y bebemos del mismo cáliz que bebe nuestro Jesús”. No sois más que vuestro Maestro y no podéis pretender una suerte mejor. La vuestra consiste en participar de lo que participa el Maestro.

Os doy una sola orden, y es la de que no os acobardéis, la de que no queráis saber el por qué de esta separación que no es un destierro, como quisieras pensar, Juan, si no que es ponerlos en los umbrales de la Patria antes que a otros, como a siervos mejor formados. El cielo se inclina sobre vosotros y os arroja un velo materno para acogeros. Os protege bajo sus

alas de luz, de amor, cual primogénitos del ilimitado número de siervos de Dios, del Verbo de Dios, que en nombre del Padre, y del Espíritu eterno os bendice ahora y para siempre.

Rogad por Mí, por el Hijo del Hombre que va a enfrentarse a todos sus tormentos de Redentor. Os digo que mi Humanidad va a ser triturada por toda clase de amarguras inimaginables... Rogad por Mí. Me harán falta vuestras plegarias... Serán una caricia... Serán una muestra de vuestro amor... Serán una ayuda para que no llegue a decir que “el genero humano es todo una creación de Satanás”...

¡Adiós, Juan! Démonos el beso de despedida... No llores así... Aun cuando me hubieran arrancado pedazos de mi carne, no me hubiera separado de ti, de no haber visto que esto acarrea un gran bien para ti y para Mí. Un bien eterno...

¡Adiós, Síntica! Sí. Besa mis manos, y piensa que aunque no puedo besarte físicamente como a hermana, mi corazón te da el beso fraternal...

Esperadme con vuestro espíritu. Iré a vosotros. Estaré junto a vosotros en vuestras fatigas y en vuestras almas. Porque si el amor que tengo por el hombre, hizo que encerrase mi naturaleza divina en carne mortal, no me quitó, sin embargo, la libertad. Soy libre de ir por todas partes como Dios, y de ir a donde está quien me merece. Adiós, hijos míos. El Señor sea con vosotros...”

Se zafa del brazo estrecho de Juan que le ha echado los brazos en la espalda, de Síntica que se ha asido a sus rodillas. Salta de la carreta, haciendo una señal de adiós a sus apóstoles y corre, por el camino por el que ha venido, como un siervo perseguido... Al sentir el asno que las riendas están sueltas completamente se detiene. Los ocho apóstoles se quedan atónitos sin saber qué decir, al ver al Maestro que se aleja cada vez más.

“Iba llorando...” dice Juan en voz baja.

“Estaba pálido como uno agonizante...” murmura Santiago de Alfeo.

“Ni siquiera tomó consigo su alforja... Ahí está en la carreta...” observa el otro Santiago.

“¿Y cómo se las arreglará ahora?” se pregunta Mateo.

Judas de Alfeo con todos sus pulmones grita: “¡Jesús! ¡Jesús!...” Las colinas responden en la lejanía: “¡Jesús! ¡Jesús!...” Una vuelta del camino esconde en su verdor al Maestro. No se digna volver un momento el rostro a quien lo llama...

“Se fue...no nos queda más que seguir adelante...” dice entristecido Pedro, se sube a la carreta, toma las riendas y arrea al borrico.

Bamboleando la carreta sigue entre rumor rítmico de las pisadas del animal y el llanto amargo de los dos que abandonados en la carreta, gimen: “No lo veremos más. Jamás lo veremos...”

5.- Dolor, oración y penitencia de Jesús.

2 noviembre 1945

Nuevamente se encuentra Jesús a los pies de una mole pétrea sobre la que está construida Yiftael, pero no por el sendero principal o por el que puedan pasar carretas, y por el que antes había pasado, sino por una vereda de cabras silvestres, por lo escabroso, por lo pendiente. Podría decir que parece como si un rasguño gigantesco hubiera hecho la vereda, que tiene a un horrible abismo, en cuyo fondo ruge un arroyo cargado de aguas. Que se equivoque uno en la pisada, y sin duda irá a parar sin esperanza alguna, después de haber rebotado sobre matorrales, sobre espinas, sobre otras hierbas selváticas, que han nacido entre las hendiduras de la pétrea mole hasta lo profundo. Dar un paso en falso quiere decir, aquí, que las hierbas espinosas rasgan el vestido, o le rasgan a uno los costados los troncos erizados y que dan al abismo. Equivocar una sola pisada, es lo mismo que le rasquen a uno los pies las piedras agudas que salen de las paredes del abismo. Equivocarse por un instante, es lo mismo que llegar despedazado al río, desangrado y sepultarse en medio de las aguas torrenciales que violentas avanzan, que temerosas rugen.

Y sin embargo Jesús sigue por esta vereda, por este rasguño hecho en la roca, que se hace más peligroso por la humedad que llega desde el fondo del torrente, que ha impregnado las paredes, que gotea de las hierbas y arbustos que hay sobre ella, que da la impresión de que estuviese un poco cóncava.

Jesús camina despacio, precavido. Mide cada paso que da sobre las agudas piedras, algunas de las cuales están muy falsas. A veces se ve obligado a pegarse contra la pared, pues la vereda se estrecha. Para pasar por ciertos puntos debe ayudarse de las ramas que sobresalen de las paredes. El sendero que llevaba hacia el occidente, tuerce ahora hacia el sur, por donde el monte, que baja perpendicular, toma la forma cóncava. El sendero es más ancho, pero más bajo, de modo que en algunos puntos Jesús debe inclinar su cabeza para que no pegue contra la roca.

Tal vez ha pensado en detenerse ahí, donde la vereda bruscamente termina, pero examinando el terreno descubre que bajo el promontorio hay una cueva, más bien una hendidura. Entra. Una hendidura a simple vista, pero que es una ancha caverna en el interior, como si el monte hubiera sido excavado hace mucho tiempo antes con picos, y para qué fin no lo sé. En las paredes cóncavas se ven los rastros de la obra del hombre, que en el lado contrario de la hendidura abrió como una especie de estrecho corredor, por donde se cuela un rayo de luz, por el que se ven allá a lo lejos bosques, y de este modo se puede también ver cómo el corredor va de sur a este, cortando la saliente del monte.

Jesús entra por esta rendija semioscura y estrecha. Sigue por ella hasta que llega a la abertura, que está encima del camino por el que pasaron El y los apóstoles cuando subieron a Yiftael con la carreta. Tiene en frente los montes que rodean el lago de Galilea, además del valle. Al noroeste resplandece el gran Hermón con sus ropajes níveos. Hay una rústica escalerilla excavada al lado del monte, que de esta parte no es tan pendiente ni para subirla, ni para bajarla. La escalerilla lleva al camino real o carretero que está en el valle, y a la coma donde está construida la población de Yiftael.

Jesús está contento con su exploración. Vuelve a la ancha caverna, busca un lugar apropiado donde junta hojas secas que los vientos han arrastrado hasta allí. Es un mísero lecho. Unas cuantas hojas secas que defenderán su cuerpo del frío y de la roca... Se deja caer sobre las hojas. Se queda inerte, extendido con las manos bajo la cabeza, con los ojos fijos en la roca, absorto. Diría yo, como atontado por algún rápido esfuerzo o por un dolor superior a sus fuerzas. Luego, lentas lágrimas, sin que se oiga un sollozo, empiezan a bajar por sus mejillas, las bañan y terminan en su cabellera, por sus orejas, para llegar hasta las secas hojas...

De este modo llora por largo tiempo, sin hablar, sin moverse...

Luego se sienta, y con la cabeza entre las rodillas que tiene entre sus manos, llama con todo su corazón a su lejana Madre: "¡Madre! ¡Madre! ¡Madre mía! ¡Eterna dulzura mía! ¡Oh, Madre, cómo quisiera tenerte junto a Mí! ¿Por qué no te tengo siempre, Tú que eres el único consuelo de Dios?"

Con un leve y sordo murmullo la cóncava gruta responde a sus palabras, a sus sollozos. Parece como si llorara, como si sollozara también ella con sus picos, con sus salientes, con sus estalactitas que cuelgan en sus rincones, por donde más se filtra el agua.

Jesús continúa llorando, aunque un poco más calmado. Algo así como si con solo haber invocado a su Madre, se hubiese consolado. Poco a poco empieza a monologar.

"Partieron... Y ¿por qué? ¿Por quién? ¿Por qué tuve que causarles este dolor? ¿Por qué tuve que causármelo a Mí mismo, cuando ya el mundo me tiene harto de él?... ¡Judas!..."

Quién sabe a donde va su pensamiento que levanta la cabeza inclinada de entre sus rodillas y mira con los ojos dilatados, con la mirada fija, como lo hace quien ve un espectáculo, o que está sumido en profunda meditación. No llora más, pero se ve que sufre. Después parece como si respondiera a alguien, y para hacerlo se pone de pie.

"Soy hombre, Padre. Soy el Hombre. La virtud de la amistad que he conservado, se ve herida, traicionada, se retuerce, se lamenta dolorosamente..."

Sé que debo sufrir todo, *todo*. Lo sé. Como Dios lo sé, como Dios *lo quiero* para bien del mundo. También como hombre lo sé, porque mi espíritu divino lo comunica a mi humanidad. También como hombre *lo quiero*, en bien del mundo. Pero ¡qué dolor, Padre mío!

Esta hora me es más dolorosa que la que tuve contigo y con mi espíritu en el desierto. Y la actual tentación de no amar, de no tolerar más a mi lado al hombre sucio, falaz que se llama Judas, que es causa del dolor que bebo, que tortura corazones a quienes había dado la paz, es muy fuerte.

Padre, lo estoy sintiendo. Cada vez te muestras más severo con tu Hijo. Cuanto más me acerco al fin de mi expiación por el linaje humano, tanto más se aleja de Mí tu dulzura, y aparece tu rostro severo ante mi espíritu que cada vez más busca un refugio en su profundidad, allí donde la humanidad, que recibió tu castigo, gime desde hace miles de años.

En los albores de mi existencia dulce me era el sufrir, dulce el camino, dulce, cuando el hijo del carpintero, se convirtió en el Maestro del mundo, arrancándote de mi Madre para devolvarte, Padre, al hombre caído. En comparación de ahora dulce me era la lucha con el enemigo, cuando fui tentado en el desierto. Afronté la tentación con las fuerzas de un héroe... ¡Oh, Padre mío!... Ahora mis fuerzas se encuentran cansadas por la falta de amor, y por el conocimiento de muchos y de muchas cosas...

Sabía Yo que Satanás después de terminada la tentación se iría, como lo hizo, y que los ángeles vendrían a consolar a tu Hijo por ser hombre, por ser objeto de las tentaciones del demonio.

Pero ahora no cesará, después de que pase la hora en que el Amigo sufre por los amigos que han tenido que irse lejos, por el amigo pérfido que le daña, bien esté cerca, bien lejos. No cesará. Tus ángeles no vendrán a consolarme en esta hora, y después de ella. Sino que vendrá el mundo con todo su odio, con sus burlas, con su incompreensión. Vendrá y será cada vez más poderoso, más tortuoso, más sagaz el pérfido, el traidor, el vendido a Satanás. ¡¡Padre!!..."

Es un grito preñado de dolor, de miedo. Un grito que ruega. Jesús se agita, y me recuerda la hora del Getsemaní.

"¡Padre! Lo sé. Lo veo... Mientras aquí sufro y sufriré, y te ofrezco mi sufrir por su conversión y por los que me han sido arrancados de los brazos, que con el corazón traspasado de dolor se dirigen a su destino, él se vende para ser más grande que Yo. ¡Más que el Hijo del hombre!

¿No soy acaso el Hijo del hombre¹? Sí. Pero no soy el único. El linaje humano, la fértil Eva ha engendrado hijos. Yo soy Abel, el inocente. No falta un Caín en la descendencia de la raza humana. Si soy el Primogénito, porque soy como deberían haber sido los hijos del hombre, sin mancha ante tus ojos, él, engendrado en el pecado, es el primero de aquellos que comieron del fruto envenenado. Y ahora, no contento con los incentivos repugnantes y blasfemos de la mentira, de la falta de amor, de sed de sangre, de ambición de dinero, de soberbia y lujuria, se entrega a Satanás para ser, él que podía convertirse en ángel, un demonio... "Y Lucifer quiso ser semejante a Dios, y por esto fue arrojado del paraíso. Convertido en demonio, vive en el infierno".

¡Padre! ¡Oh, Padre mío! Yo lo amo...todavía lo amo. Es un hombre... Es uno de aquellos por los cuales te dejé... Por mi humillación, sálvalo... déjame que lo redima ¡Señor Altísimo! Esta penitencia es más por él que por los demás: ¡Oh! Comprendo la inutilidad de lo que pido. Sé todo lo que hay... Pero, Padre mío, no veas en Mí por un momento a tu Verbo. Contempla solo la humanidad de un hombre justo... permite que por un instante pueda ser solo "el Hombre" en tu gracia, el Hombre que no conoce lo futuro, que puede engañarse... el Hombre que ignorando el fato que no puede esquivarse, puede orar, con esperanza absoluta, para obtener de Ti milagro.

¹ Cfr. Mt. 8, 18-22; 11, 16-19; 17, 9-13 y 22-23; 20, 27-28; 24, 29-31; 25, 31-46; 26, 57-68; Hech. 7, 55-60; Ap. 1, 420; 14, 14-20.

¡Un milagro! ¡Un milagro para Jesús de Nazaret, para Jesús, el hijo de María de Nazaret, nuestra eterna Amada! ¡Un milagro que borre lo escrito y lo anule! ¡La salvación de Judas! Ha vivido a mi lado, ha bebido mis palabras, ha partido conmigo el pan, se ha recostado sobre mi pecho... ¡Que no sea él mi traidor!...

No te pido que no sea yo traicionado... Esto tiene que ser así, y lo será... para que por medio de mi dolor de un traicionado se cancelen todas las mentiras, como por el de verme vendido toda avaricia, como por la angustia de que me blasfemen, reparadas todas las blasfemias, y por el de no haberseme creído, se dé fe a los que sin ella vivieron y vivirán, como por mis tormentos sean limpias todas las culpas del hombre... ¡Pero te ruego que no sea él, Judas, mi amigo, mi apóstol!

No quisiera que nadie te traicione... Nadie... ni siquiera el que viva allá entre los hielos, o en las zonas tórridas... Quisiera que fueses tú el sacrificador... como otras veces lo has sido prendiendo fuego a los holocaustos con tus llamas¹... Pero ya que me deben matar los hombres, y más que el verdadero verdugo lo será el amigo traidor, el corrompido que apestará a Satanás, y está apestando, porque quiere ser semejante a Mí en el poder... así piensa llevado de su orgullo y lujuria. Puesto que debo morir a mano de los hombres, concédeme, Padre, que no sea él, a quien he llamado amigo y a quien he amado como a tal, que sea el traidor.

Multiplica, Padre, mis tormentos, pero dame el alma de Judas... Pongo esta mi plegaria en el altar de mi Persona víctima... ¡Padre, acógela!

¡El cielo está cerrado, está mudo!... ¿Es este el horror que me acompañará hasta la muerte?

El cielo no responde. ¡El cielo está cerrado!... ¿Será acaso esto el silencio y la cárcel en que expirará mi último aliento?

El cielo sigue mudo. ¡Sigue cerrado!... ¿Será esto mi supremo tormento?

Padre, hágase tu voluntad y no la mía... Pero por mis dolores ¡oh! ¡al menos esto! por mis dolores concede paz, esperanzas a quien Judas sacrifica, a Juan de Endor... Realmente este es mejor que muchos. Ha recorrido un camino como pocos lo han hecho. Para él la redención ha llegado. Dale tu paz perfecta y completa, para que lo tenga en mi gloria cuando también todo haya cumplido Yo en honor tuyo y por haberte obedecido... ¡Padre mío!..."

Jesús poco a poco se ha ido arrodillando. Ahora llora con el rostro pegado al suelo, y ruega mientras la luz del corto día invernal muere muy pronto en medio de la oscura caverna, y mientras el rugir del río parece ser más fuerte, cuanto más las sombras cubren el valle...

6.- La partida de Tolemaida para Tiro.

3 noviembre 1945

Parece como si la ciudad de Tolemaida tuviera que seguir aplastada por un cielo que se cierne sobre ella, un cielo plumizo, sin una tira de azul, ni siquiera una señal de otro color. No se ve ni una nube, ni un cirro, ni una nubecilla que se eche a navegar por esta capa cerrada del firmamento. Tan solo se ve una concavidad inmensa, pesada como una cubierta de algún estanque sucio, lleno de hollín, opaco, cruel. Las blancas casas de la ciudad de yeso, de un yeso osco, basto, triste, en medio de esta luz... el verdor de las plantas marchito, melancólico y amarillentas, o cadavéricas las caras de la gente. Sin vida, los colores de sus vestidos. La ciudad nada en medio del ciroco.

El mar presenta igual tétrico aspecto. Es un mar sin confines. Un mar inmóvil, por donde no se ve nada. No tiene ni el color plumizo. Sería un error decirlo. Es una extensión sin horizontes, sin arruga alguna, algo aceitoso gris, como pueden ser los lagos de asfalto, como podrían ser los lagos de plata mezclada con hollín, con ceniza, y formar así un color propio de astillas de cuarzo, que parecen no brillar por lo muerto y opaco que son. Si se le ve brillar es por lo que siente la mirada, que descubre algo en esta madreperla negruzca que deja a uno cansado, sin haberle proporcionado algo de alegría. El ojo no encuentra ni una ola. La vista

¹ Cfr. Lev. 9, 22-24; Jue. 6 19-24; 3 Rey. 18, 30-40; 1 Par. 21, 18-22, 1; 2 Par. 7, 1-10.

sigue hasta el horizonte, hasta donde el muerto mar toca el muerto cielo, sin poder distinguir una sola onda. Pero se entiende que no son aguas hechas piedra porque el ojo distingue un levisimo movimiento, perceptible sólo al chocar contra la luz. Pero el mar está muerto. Las aguas no quieren separarse de la ribera. Están quietas como si estuvieran en un estanque. Se puede ver que sobre la arena está la línea, a un metro de distancia del agua, que señala que hasta allí llegó el agua hace muchas horas. La calma es absoluta.

Las pocas naves que hay en el puerto no se balancean, parece como si estuvieran enclavadas. Los paños que penden sobre los puentes, están inertes.

De un barrio del puerto salen los apóstoles con Juan de Endor y Síntica. No sé qué habrán hecho con el asno y el carro, pues no los traen. Pedro y Andrés traen un cofre. Santiago y Juan otro. Judas de Alfeo trae sobre las espaldas el telar desmontado y Mateo, Santiago de Alfeo y Simón Zelote traen las alforjas de todos, y aun la de Jesús. Síntica no trae más que una canasta con alimentos. Juan de Endor nada.

Se deslizan rápidos entre la gente que regresa. La gente la componen en su gran parte mercaderes con sus mercancías, o si se trata de marinos, es porque se dirigen al puerto para cargar, descargar, o hacer alguna reparación.

Simón de Jonás camina seguro. Debe saber a dónde se dirige porque no mira a ninguna parte. El por una parte y Andrés por otra traen cargando con un lazo uno de los cofres. Simón viene colorado por el esfuerzo. Lo mismo se nota en los demás compañeros, Santiago y Juan. Se ve que sus músculos se han puesto tensos, tanto los de las piernas como los de los brazos, porque para poder caminar mejor, no traen más que la túnica corta y sin mangas, igual como hacen los cargadores de los navíos cuando cargan o descargan. Esta es la razón por qué nadie pone mientes en ellos.

Pedro no se dirige al muelle grande, sino que por un pasadillo va al menar en forma de arco que semeja una segunda dársena, más estrecha, debido a las barcas de pesca. Mira y grita.

Le responde alguien que se ha puesto de pié en el fondo de una buena barca, bastante amplia.

“¿De veras quieres partir? Ten en cuenta que la vela no sirve hoy. Tendrás que hacerlo a fuerza de remos.”

“Esto servirá para calentarme y para que tenga buen apetito.”

“¿Eres de veras capaz de navegar?”

“¡Bah! ¡Hombre! No sabía decir todavía la palabra “mamá” cuando ya mi padre me había puesto en las manos las cuerdas, y las farcias del navío. Allí crecieron mis dientes de leche...”

“Es que... ¿sabes? Esta barca es todo lo que poseo...”

“Desde ayer me lo has venido repitiendo... ¿No sabes otra canción?”

Lo que sé es que si te vas de pique, estoy arruinado y...”

El arruinado seré yo porque pierdo la piel, ¡y no tú!”

“La barca constituye todas mis posesiones, mi pan, mi alegría, la de mi esposa. Es la dote de mi hijita y...”

“¡Uff! Oye, no me sigas molestando porque mis nervios están a punto de reventar... Siento que se me acalambran, como sucede a los nadadores. Te he dado tanto que podría decirte que “te he comprado la barca”. No me he quedado corto a lo que pedías, ¡ladrón marino que eres! Te demostré que sé remar, que sé gobernar la vela mejor que tú, y todo se arregló. Ahora, si la ensalada de cebollas que te comiste anoche, de las que tu boca apesta más que una cloaca, te hizo ver pesadillas y remordimientos, eso a mí no me importa. Hicimos nuestro contrato ante dos testigos. Tú trajiste el tuyo y yo el mío, ¡y basta! Sal de ahí, cangrejo peludo, y déjame entrar.”

“Pero... al menos una garantía... ¿Si mueres quién me paga la nave?”

“¿La nave? ¿A esta calabaza sin pulpa la llamas nave? ¡Oh, miserable y orgulloso que habías de ser! Pero voy a tranquilizarte. Voy a darte otras cien dracmas. Con estas y con las que me pediste porque me la prestabas puedes hacerte otras tres mejores que esta... ¡No! ¡Plata, no! Serías capaz de tomarme por loco, y pedirme más cuando regrese, porque que

vuelva, es cosa segurísima, tal vez para darte de bofetadas si me has dado una barca con una mala popa. Te dejaré el asno y la carreta en empeño. ¡No! ¡Tampoco esto! No te confío mi Antonio, serías capaz de cambiar de oficio, y de barquero hacerte carretero, y largarte cuando yo no esté. Mi Antonio vale diez veces más que tu barca. Es mejor darte dinero. Pero ten en cuenta que son una garantía, y que cuando regrese, me lo devuelves. ¿Has entendido? ¡Oh, vosotros de la nave! ¿Quién es de Tolemaida?”

Tres caras se asoman de una nave cercana: “Nosotros.”

“Venid aquí...”

“No, no es necesario. Arreglémoslo nosotros mismos” dice con aire suplicante el barquero.

Pedro lo mira escudriñadoramente, piensa, y al ver que el otro deja la barca y se apresura a meter en ella el telar que Judas había puesto en el suelo, entre dientes murmura: “¡He comprendido!” Grita a los de la nave: “No es necesario. Quedaos allí.” Luego saca plata de una bolsita, cuenta, la besa y dice: “Adiós, querida mía!” y se la da al barquero.

“¿Por qué la besaste?” pregunta sorprendido.

Se trata de un... rito ¡Adiós, ladrón! Vosotros, moveos. Tú, por lo menos detén la barca. Luego contarás tu dinero, y verás que es exacto. No quiero tenerte por compañero en el infierno ¿sabes? Yo no soy de los que roban. ¡Ea! ¡Iza! ¡Iza!” Y echa en la nave el primer cofre. Luego ayuda a los demás a amontonar las alforjas y todo el cargamento de modo que haya equilibrio, y de que las cosas dejen el paso libre para las maniobras. Después echa las cosas personales.

“¿Ves, vampiro, que sé hacerlo? Lárgate ahora y que te vaya bien.”

Junto con Andrés pone el remo contra el muelle para separarse. Cerca ya de la corriente entrega el timón a Mateo diciendo: “Tú puedes hacerlo muy bien. Te traerá recuerdos de cuando nos sorprendías en la pesca.” Luego se sienta en la proa, sobre una banquita, con su hermano. Ante él están sentados Santiago y Juan de Zebedeo que bogan rítmicamente. La barca sin dificultad se desliza veloz, pese al cargamento, pasando ligera al lado de las grandes naves, de donde se oyen alabanzas por el perfecto bogar.

Después salen al mar. Han dejado los diques... Tolemaida pasa ante sus ojos. Tolemaida está extendida sobre la ribera.

En la barca el silencio es completo. Se escucha solo el chasquido que contra el agua producen los remos.

Después de un tiempo, Tolemaida se ve allá a lo lejos. Pedro dice:

“Si había un poco de viento... Ahora ¡nada! ¡Ni un soplo!”

“¡Con tal de que no vaya a llover!” comenta Santiago de Zebedeo.

“¡Uhm! ¡Y parece que sí!...”

Silencio. Cansancio que produce el mar.

Andrés pregunta: “¿Por qué besaste las monedas?”

“Porque se saluda a quien parte para siempre. No las veré más, y me desagrada. Quería darlas a algún necesitado... ¡Paciencia! La barca en realidad es buena, robusta, bien hecha. La mejor de Tolemaida. Por esto cedí a lo que pedía el dueño, y también para que no me hiciese preguntas de a dónde vamos. Por esto le dije: “A comprar al Jardín blanco”... ¡Ay! ¡Ay! Empieza a llover. Cubrios los que podáis. Síntica, da el huevo a Juan. Es la hora... Tanto mejor cuanto que con un mar así, nada se puede mover en el estómago... ¿Qué estará haciendo Jesús? ¡Sin vestidos, sin dinero! ¿Dónde estará ahora?”

“Sin duda que rogando por nosotros” responde Juan de Zebedeo.

“Está bien. Pero ¿dónde?... ”

Nadie puede responder a la pregunta. La barca avanza fatigosamente bajo un cielo plumizo, sobre un mar de color ceniciento, bajo una finísima llovizna, que parece neblina, que da fastidio como un cosquilleo prolongado. Se ven bien los montes envueltos en un manto amarillento. Pero el mar no deja de molestar a los ojos con su rara fosforescencia.

“En aquel poblado vamos a detenernos para descansar y comer” dice Pedro que es incansable en el remo. Los demás asienten.

Llegan. Es un montón de casas de pescadores, que ha buscado su refugio tras de un saliente del monte.

“Aquí no podemos desembarcar. No hay fondo...” refunfuña Pedro. “Bueno, comeremos aquí.”

Todos comen con buen apetito, menos Juan de Endor y Síntica. La llovizna unas veces arrecia, otras se para. La población está desierta como si en ella nadie habitara. Y sin embargo las palomas que van de una casa a otra dicen que hay allí habitantes. Se ve por el camino un hombre semidesnudo que se dirige a una barquilla que descansa sobre la playa.

“¡Oye, tú! ¿Eres pescador?” le grita Pedro, poniendo sus manos en forma de embudo.

“Sí” La respuesta llega débil por la distancia.

“¿Qué tiempo vamos a tener?”

“Dentro de poco mar picado. Si no eres de estas partes te aconsejo que te vayas inmediatamente más allá del promontorio.

Allá las ondas son menores, sobre todo junto a la ribera y puedes ir, porque el mar es profundo. Pero vete al punto.”

“Gracias. ¡La paz sea contigo!”

“¡Paz y buena suerte sean contigo!”

“¡Animo!” dice Pedro a sus compañeros. “Y que Dios esté con nosotros.”

“No cabe duda que lo está. Jesús ruega por nosotros” contesta Andrés volviendo a remar.

Ondas gigantescas han comenzado a formarse. Ondas que avanzan, que rechazan a la barquichuela en su intento de avanzar, y eso sin contar la llovizna que moja... además de un viento que llega a azotar las espaldas de los navegantes. Simón de Jonás no es parco en echarle unos cuantos epítetos pintorescos, porque es un viento contrario que no ayuda, antes bien arroja a la barca contra los escollos del promontorio que no está lejos. La barca trata de deslizarse en la curva de este golfo en miniatura de color negruzco cual tinta. Continúa bogando fatigosamente. Se les ve que están colorados, sudados, que aprietan los dientes, que no quieren hablar para no desperdiciar una brizna de fuerzas. Los demás, sentados en frente – y veo sus espaldas- guardan silencio bajo esta llovizna molesta. Juan y Síntica están en el centro cerca del mástil de la vela, detrás los hijos del Alfeo, finalmente Mateo y Simón que luchan por tener derecho el timón a cada golpe de las ondas.

Es un trabajo arduo dar vuelta al promontorio. Al fin lo logran... Los remadores encuentran un poco de descanso. Estaban ya casi rendidos. Se preguntan si sería oportuno irse a refugiarse en un poblado que se ve más allá del promontorio. La idea “de que se debe obedecer al Maestro aun cuando el sentido común sea contrario” prevalece. “El dijo que se debería llegar a Tiro en un solo día”. Y sigue su travesía...

De improviso el mar se calma. Todos notan el fenómeno. Santiago de Alfeo dice: “El premio de haber obedecido.”

“Sí. Satanás se ha largado porque no logró hacernos desobedecer” confirma Pedro.

“Llegaremos a Tiro en la noche. Este mal tiempo nos ha detenido mucho...” dice Mateo.

“No importa. Iremos a dormir, y mañana buscaremos la nave” interviene Simón Zelote.

“¿La podremos encontrar?”

“Jesús lo dijo. Claro que la encontraremos” dice con aplomo Tadeo.

“Podemos levantar la vela, hermano” propone Andrés. “El viento que sopla nos ayuda. Más ligeros avanzaremos.”

La vela no se infla mucho, pero lo suficiente para que los remadores sientan un poco de alivio. La barca se desliza hacia Tiro, cuyo promontorio, mejor, de istmo, se ve blanquear en lontananza allá, al norte, cuando los últimos rayos del sol han casi desaparecido.

Prontamente la noche se echa encima. Y cosa extraña. Después de tanta neblina, en el firmamento aparecen las estrellas con una claridad inimaginable. La Osa Mayor se revuelca en medio de sus astros, entre tanto que el mar se pone un vestido pálido que le da la luna, un vestido tan blanco que da la impresión de que fuese ya a despuntar el alba. Como si no hubiese habido horas nocturnas...

Juan de Zebedeo levanta su cabeza al cielo. Mira. Ríe, y de pronto empieza a cantar, siguiendo el ritmo de su remo y este el de aquel:

“Salve, estrella matutina,
Jazmín de la noche,
Luna dorada de mi cielo,
Santa Madre de Jesús,

En ti el navegante espera,
El que sufre, el que muere en ti piensa,
Brilla siempre, estrella santa, Estrella pía,
Sobre quien te ama ¡oh María!...”

Juan con su voz de tenor ha estado maravilloso.

“¿Pero qué dices? ¡Nosotros hablamos de Jesús y tú hablas de María!” dice su hermano.

“Él está en Ella y Ella en Él. Él existe porque Ella ha existido... Déjame cantar...” Y empieza, arrastrando tras sí a los demás.

Así llegan a Tiro. Sin ninguna dificultad desembarcan en el pequeño puerto, en el que se encuentra al sur del istmo, por donde cuelgan lámparas de muchas barcas, y los que están en los barcos les brindan ayuda.

Mientras Pedro y Santiago se quedan en la barca para cuidar los cofres, los demás con un barquero del lugar, van a buscar alguna fonda donde poder descansar.

7.- La partida de Tiro en una nave cretense.

4 noviembre 1945

Tiro se despierta en medio de rugidos del maestral. El mar sonríe por todas partes bajo un cielo azul, por donde patinan cirros blancos muy en alto, así como la espuma de las ondas allá, muy bajo. El sol no deja de aplaudir al día que le toca iluminar, después de tantas horas que se vio oscurecido.

“He comprendido” dice Pedro poniéndose de pié en la barca donde pasó la noche. “Es hora de que nos vayamos. Y “ese” (señala al mar que inquieto entra en el puerto) nos ha dado el agua lustral... ¡Uhm! Vamos a cumplir con la segunda parte del sacrificio... Dime, Santiago, ¿no te parece en verdad que llevamos a dos víctimas al sacrificio? A mí, sí.”

“También a mí, Simón. De mi parte agradezco al Maestro la confianza que ha depositado en nosotros. Pero... no me gusta que se hubiera sufrido tanto. Jamás me imaginé haber visto cosa tan dolorosa.”

“Tampoco yo... Pero... ¿sabes? Estoy seguro que el Maestro nunca lo hubiera hecho, si el Sanedrín no hubiera metido sus marices...”

“Él ya lo dijo... ¿Quién lo habrá comunicado al Sanedrín? Esto es lo que quisiera yo saber.”

“¿Qué quién? ¡Dios eterno, no me dejes hablar ni pensar! Le he hecho esta promesa para que no me siga trepanando el cerebro esta idea. Ayúdame, Santiago, a no pensar. Hablemos de otra cosa.”

“¿De qué? ¿Del Tiempo?”

“Si así quieres.”

“Porque yo no entiendo nada de mar...”

“Pienso que vamos a tener un buen baile” dice Pedro mirando al mar.

“¡Noo! Las olas son pequeñas, y me hacen reír. Ayer estaba un poco enfurecido. ¡Qué hermoso será ver este mar desde lo alto de la nave! También le gustará a Juan... Y lo impulsará a que cante. ¿Cuál será la nave?”

Se pone de pie, contemplando los navíos. Son grandes, sobre todo cuando las ondas los levantan. Miran cuidadosamente los diversos navíos, y hacen sus pronósticos... Poco a poco el puerto empieza a vivir.

Pedro se dirige a un barquero, o algo semejante, que se ocupa en hacer algo: “Oye ¿sabes si se encuentra en el puerto, en el de allá, la nave de... espera que voy a leer su nombre (y saca un pergamino que trae en la cintura) sí, es: Nicomedes Filadelfo de Filipo, cretense de Paleocastro...”

“¡Oh, el famoso navegante! ¿Y quién no lo conoce? Por mi parte pienso que no haya uno tan conocido desde el golfo de las Perlas hasta las columnas de Hércules, y aun hasta los fríos mares, donde se dice que las noches duran por meses enteras. Si eres un marinero, ¿cómo es posible que no lo conozcas?”

“Es así, no lo conozco, pero ando en su busca porque conocemos a nuestro amigo Lázaro de Teófilo, que un tiempo fue gobernador de Siria.”

“¡Ah! Cuando navegaba yo – ahora estoy ya viejo – él estaba en Antioquia... ¡Qué tiempos aquellos!... ¿Amigo tuyo? ¿Y buscas a Nicomedes el cretense? Entonces puedes ir seguro. ¿Ves aquel navío, allá, el más alto, con sus banderolas que flotan al viento? Es el suyo. Antes del mediodía va a zarpar. El no tiene miedo al mar.”

“No hay qué temerlo. No es un gran qué” observa Santiago, pero una onda le quita la palabra de la boca, bañando a los dos de cabeza a pies.

“Ayer estaba calmado, hoy demasiado intranquilo. Un tonto majo ¿no? Prefiero mi lago...” refunfuña Pedro secándose la cara.

“Os aconsejo que entréis en la dársena. Para allá se están yendo todos.”

“Pero nosotros tenemos que partir. Queremos ir en la nave de... de... espera: de Nicomedes, además de todo lo que queda” dice Pedro que no ha podido aprenderse el nombre raro del cretense.

“Pienso que no vais a querer meter dentro vuestra barca.”

“¡Claro que no!”

“Entonces en las dársenas hay lugar donde puede estar y personas que pueden guardarla hasta vuestro regreso. Un dinero diario hasta que regreséis. Me imagino que queréis regresar...”

“Que si queremos. Una vez que hayamos visto en qué estado se encuentran los jardines de Lázaro, estaremos de vuelta.”

“¡Ah! ¿Sois sus administradores?”

“Algo más...”

“Está bien, venid conmigo. Os mostraré el lugar. Está apropiado para los que dejan, como vosotros, sus barcas.”

“Espera... Llegan los demás. Dentro de unos cuantos minutos estamos contigo.” Pedro brinca sobre el banquillo, y sale al encuentro de sus compañeras que están viniendo.

“¿Dormiste bien, hermano?” pregunta ansioso Andrés.

“Como un niño en la cuna. Ni arrullo, ni canciones me faltaron.”

“Y por lo visto no dejaste de lavarte” dice sonriente Tadeo.

“¡Bueno! El mar es... tan bueno que me lavó la cara para quitarme el sueño.”

“Un poco abusivo ¿eh?” replica Mateo.

“¡Oh! ¿pero sabéis con quién vamos a ir? Con uno a quien conocen hasta los peces de los mares helados.”

“¿Ya le hablaste?”

“No. Me contó de él alguien que dice que hay un lugar para las barcas, algo así como un depósito... ¡Pronto! Descarguemos los cofres y vamos, porque Nicodemo, no, Nicomedes el cretense partirá dentro de poco.”

“Tendremos danza en el canal de Chipre” dice Juan de Endor.

“¡Ah! ¿sí?” pregunta preocupado Mateo.

“Sí. Pero Dios nos ayudará.”

Están nuevamente cerca de la barca.

“Mira, tú. Ahora sacamos estas cosas y nos vamos, ya que eres tan bueno.”

“Hay que serlo...” dice el de Tiro.

“¡Ah! ¡Claro que sí! Tendríamos que amarnos, porque esta es la ley de Dios...”

“Se dice que en Israel ha nacido un nuevo profeta que predica esto. ¿Es verdad?”

“Sí. ¡Y los milagros que hace! Duro, duro, Andrés, más a la derecha. Duro cuando la onda levanta la barca... ¡Oh, qué bien hecho!... Te estaba diciendo: ¡y qué milagros hace! Los muertos a quienes resucita, los enfermos a quienes cura, los ciegos que ven, los ladrones que se convierten y hasta... ¿Ves? Tal vez podría decir al mar: “Cálmate” y él se tranquilizaría... ¿Puedes Juan? Espera que voy a ayudarte. Amarrad esto fuertemente... ¡Arriba! ¡Arriba!... ¡Un poco más!... Tú, Simón, toma la manija... ¡Ten cuidado con la mano, Judas! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Gracias!, tú... ¡Tened cuidado de no caer en el agua, vosotros hijos de Alfeo...! ¡Fuerza! ¡Lo estamos logrando! ¡Gracias se den a Dios! Nos hemos cansado menos que ayer... Así pues, te decía yo que el mar...”

“Pero ¿es verdad todo eso...?”

“¿Lo dudas? Yo mismo lo vi.”

“¿Sí? ¡Oh!... ¿dónde?”

“En el lago de Genesaret... Ven conmigo a la barca, y mientras vamos al depósito, te lo contaré...” Pedro se dirige con el de Tiro y Santiago a la dársena.

“Y Pedro dice que no sabe hacer nada...” observa Zelote.

“Que si tiene el arte de hacer las cosas a la buena, y así logra más que todos.”

“Lo que me gusta más en él es su franqueza” dice Juan de Endor.

“Y su constancia” añade Mateo.

“Y su humildad. Ved que no se enorgullece por ser “la cabeza”. Trabaja más que todos, se preocupa más de nosotros que de sí mismo...” dice Santiago de Alfeo.

“A su modo es muy virtuoso. Un buen hermano” concluye Síntica.

“¿Realmente así lo dijo? ¿Así comportaos? Pregunta después de algunos minutos Zelote a los discípulos.

“Sí. Y hasta mejor. No es una mentira, sino una verdad espiritual. Es mi hermano mayor, de otro lecho, pero de un solo padre. El Padre es Dios, los lechos diversos: Israel y Grecia. Juan es mayor que yo, y se comprende, por la edad –y esto no se ve, pero así lo es- tendrá más tiempo que yo como discípulo. Pero ved que regresa Simón...”

“Todo está arreglado. Vamos...”

Se echan encima los cofres, y por el estrecho istmo, llegan al otro puerto. El de Tiro los sigue acompañando y les dice todo, pues conoce muy bien el terreno. Llegan al navío del cretense que está haciendo ya las maniobras para partir. Grita a los de abordo para que echen abajo la escalerilla.

“No se puede. ¡Está ya cargado!” grita el jefe de la tripulación.

“Tiene unas cartas que entregar” dice el hombre señalando a Simón de Jonás.”

“¿Cartas? ¿De quién?”

“De Lázaro hijo de Teófilo, que fue gobernador de Antioquía.”

“¡Ah! Espera que voy a decirlo al patrón.”

Pedro dice a Zelote y a Mateo: “Ahora os toca. Soy un pobre maleducado para tratar personajes como ese.”

“No. Tú eres el jefe y lo haces bien. Te ayudaremos, si llegare el caso, pero no habrá necesidad, como creemos.”

“¿Dónde está el que trae las cartas? ¡Que suba! Dice un hombre moreno como egipcio, delgado, hermoso, de buena talla, serio, de unos cuarenta años, que se ha asomado por la baranda. Da órdenes de que se baje la escalera. Pedro, que se ha puesto nuevamente el vestido y el manto, sube con toda dignidad. Le siguen Zelote y Mateo.

“La paz sea contigo” saluda ceremoniosamente Pedro.

“Salve. ¿Dónde está la carta?” pregunta el cretense.

“Aquí la tienes.”

El cretense rompe el sello, extiende el pergamino y lee.

“¡Bienvenidos sean los que envía la familia de Teófilo! Los cretenses no olvidan jamás que fue bueno y caballeroso. Pero daos prisa. ¿Traéis mucho equipaje?”

“Lo que está allí.”

“Sois...?”

“Diez.”

“Está bien. Daremos un lugar especial a la mujer. Vosotros os arreglaréis como podáis. ¡Daos prisa! Hay que zarpar antes de que el viento arrecie, que llegará después de siesta.”

Con silbidos que rasgan el aire, señala el lugar para los cofres. Suben los apóstoles, luego Juan de Endor y Síntica. Suben la escalerilla, izan las velas, cierran todo. Empieza a moverse el navío y a salir del puerto. Se hinchan inmediatamente las velas por los vientos que soplan. Balanceándose la nave a un lado y a otro toma el camino hacia Antioquía...

Pese al fuerte viento que sopla, Juan y Síntica, contemplan como van alejándose de la costa, de la tierra palestina, y se echan a llorar...

8.- La tempestad. Milagros en el navío.

5 noviembre 1945

El Mediterráneo es una extensión en que las ondas se disputan cada trozo de él, lanzándose sus crestas espumantes. Hoy no se ve ni neblina, ni oscuridad. Y con todo el agua, echa polvo, golpea, hiere, penetra hasta el fondo de los vestidos, hincha los ojos, quema la garganta y se esparce como un velo por todas partes. Al aire lo ha hecho que tomara un color opaco, como ha hecho que las cosas se cubran con un colorcillo de harina brillante, que no es más que la diminuta sal marina convertida en minúsculos granitos. Esto pasa a donde no llegan los brincos horribles que las ondas echan sobre los puentes de la nave, pasando de un lado a otro del mar, rompiéndose en cascadas, abriéndose paso por todos los lugares que encuentran.

El navío sube, baja, una paja a merced de la mar, que no sabe que esté ella allí. El navío se lamenta, gime, desde abajo, hasta la punta de sus mástiles... Nadie puede contra este mar embravecido...

A excepción de los que tienen que seguir remando o gobernando la nave, a nadie se le ve en el puente, ni cosa alguna, fuera de las chalupas de salvamento. Los encargados del equipaje, y el primero entre todos, el cretense Nicomedes, desnudos corren, sin equilibrio ninguno, de acá para allá.

Las escotillas atrancadas no dejan ver lo que pasa bajo cubierta. Pero me imagino que no se esté muy tranquilo.

No sé dónde estén, porque no veo otra cosa más que mar, y allá en lontananza una cadena montañosa, de altos montes. Pienso que ya hace más de un día que navegan porque la hora actual es de mañana, teniendo en cuenta la posición del sol, que aunque desaparece bajo las preñadas nubes, viene del oriente.

Pienso que la nave avanza poco. El mar se embravece cada vez más. Con un golpe terrible parte por en medio el árbol de la nave. Su nombre no lo sé exactamente, y al caer, va a dar contra una parte de la barrera al mismo tiempo que se lanza una andanada de agua y un rugido de viento.

Los que están abajo, han de pensar que llegó su fin... Instantes después de una portezuela Pedro saca su cabeza enmarañada. Mira atentamente, y vuelve a cerrar antes de que un torrente de agua se le eche encima. Otra vez vuelve a asomarse, y vuelve a saltar a tiempo de que otra onda lo atrape. Se ase de donde puede y contempla ese mar que es un infierno. Por todo comentario se limita a silbar.

Nicomedes lo ve: “¡Largo de ahí! ¡Largo! Cierra esa portezuela. Si la nave se llena con agua se va al fondo. Agradece que no eche la carga al fondo... ¡Jamás una tempestad igual! ¡Largo

de ahí, te lo mando! No quiero que hombres de tierra pongan pie aquí. Este no es lugar para jardineros y...” Y no sigue porque otra onda se lanza sobre el puente y cubre todo.

“¿Lo has visto?” grita a Pedro que está bañado como una sopa.

“Lo estoy viendo, pero no me hace nada. No solo soy capaz de guardar jardines. Nací sobre el agua, sobre un lago de verdad... Y también este... Antes de ser cultivador, fui pescador y...”

Pedro está de vena. No muestra ninguna emoción. Y hace ritmo con sus piernas cortas y encorvadas con el movimiento de la nave. El cretense lo mira fijamente, mientras se le acerca.

“¿No tienes miedo?” le pregunta.

“¡Ni por sueños!”

“¿Y los demás?”

“Tres de ellos son pescadores como yo. Mejor dicho lo fueron... Los demás, a excepción del enfermo, son fuertes.”

“¿También la mujer?... ¡Pon atención! ¡Fíjate! ¡Agárrate!”

Una onda gigantesca ha caído sobre el puente. Pedro espera que haya pasado. Dice: “Qué bien me hubiera sabido esta bañada en los días calurosos... ¡Paciencia! ¿Decías que la mujer? Ruega... y no estaría mal que lo hicieras también tú. ¿Dónde nos encontramos? ¿En el canal de Chipre?”

“¡Ojalá así fuera! Me acercaría a la isla en espera de la calma. Apenas si nos encontramos a la altura de Colonia Julia, o Berito, si te gusta. Ahora viene lo peor... Aquellas son las montañas del Líbano.”

“¿No se podría anclar en aquella población que se ve?”

“El puerto es malo, y muchos escollos. ¡Ten cuidado!”

Otro torrente, y otro pedazo de árbol, que hiere a un hombre, que no es arrastrado por la corriente, porque choca contra un obstáculo.

“¡Vete abajo! ¡Vete abajo! ¡Lo estás viendo!”

“Lo veo... Pero ese hombre...”

“Si no está muerto volverá en sí. No puedo curarlo... ¡Lo ves!...” No cabe duda que el cretense está atento a todo.

“Dámelo. Lo curará la mujer que viene con nosotros...”

“Lo que quieras, pero ¡lárgate!”

Pedro se arrastra hasta llegar donde está el marino, lo tira por un pié. Lo ve, silva... Dice: “Tiene la cabeza abierta como una granada. Aquí hace falta el Señor... ¡Oh, si estuviera! ¡Señor Jesús! Maestro mío, ¿por qué nos has dejado?” El dolor repercute en su voz.

Se echa al herido sobre las espaldas que se le manchan de sangre, y se dirige a la portezuela. El cretense le grita: “Es inútil todo. ¡Míralo bien!...”

Pedro con su carga encima no le hace caso. Como si dijera: “Lo veremos”, se agarra con todas sus fuerzas de un palo ante una nueva onda, y luego abre la portezuela. Grita: “¡Santiago, Juan, venid aquí!” y con su ayuda baja al herido, cerrando tras sí la portezuela.

A la luz pálida de las lámparas que se bambolean ven que Pedro está manchado de sangre: “¿Estás herido?” le preguntan. “Yo no. La sangre es de este... Rogad para que... Síntica, ven aquí un poco. Una vez me dijiste que sabes curar a heridos. Mira esta cabeza...”

Síntica deja de sostener a Juan de Endor, que sufre mucho. Viene a la mesa donde está el herido y mira...

“¡La herida es profunda!... Es igual a la que vi en dos esclavos, en el uno a quien había golpeado su dueño, y en el otro que fue golpeado con una piedra en Caprarola. Es necesaria mucha agua, para lavar la herida y detener la sangre...”

“¡Si no es otra cosa que agua, tenemos para reventar! Ven, Santiago, con un cubo los dos lo haremos pronto.”

Van y regresan empapados de agua. Síntica pone lienzos mojados en la nuca... La herida es horrible. Desde la sien hasta la nuca el hueso está al descubierto. El herido abre sus ojos, sin expresión, y se le oye roncar. El miedo instintivo a la muerte se ha apoderado de él.

“¡Bueno! ¡Bueno! ¡Te vas a curar!” trata de consolarlo Síntica, y se lo dice en griego, porque el herido ha hablado en esta lengua.”

Este, aunque semiinconsciente, la mira sorprendido, y al oír su lengua, un algo de sonrisa se nota en su cara, y busca la mano de Síntica... El hombre cuando se encuentra en los umbrales del sufrir parece un niño y busca a la mujer que siempre conserva su sentido maternal.

“Voy a hacer las pruebas con el ungüento de María” dice Síntica cuando se para la sangre.

“Es para dolores...” objeta Mateo, que está pálido como un muerto, no sé si por sentirse mareado, o por la sangre, o por ambas cosas.

“¡Oh! Lo hizo María con sus manos. Se lo aplicaré rogando... Rogad también vosotros. No le puede hacer mal. El aceite es Medicina.”

Va a donde está la alforja de Pedro, saca una especie de recipiente de bronce, lo abre, toma un poco de ungüento, lo calienta sirviéndose de la cubierta del vaso. Lo pone sobre un trozo de lino doblado, y lo pone en la herida. Venda la cabeza con trozos de lino, pone bajo la cabeza del herido un manto doblado, se sienta junto a él, que parece adormecerse. Tanto ella como los demás oran.

Arriba continúa el mar atacando a la nave, que ahora sube, ahora baja según los vaivenes de las ondas. Después de un poco de tiempo se abre la portezuela, y entra un marinero.

“¿Qué sucede?” pregunta Pedro.

“Estamos en peligro. Vengo a tomar incienso y las oblaciones para un sacrificio...”

“¡Déjate de esas cosas!”

“¡Es que Nicomedes quiere sacrificar a Venus! Estamos en su mar...”

“¡Que está loco como él” dice despacio Pedro. Luego con voz fuerte: “Venid. Vayamos al puente. Tal vez podamos hacer algo... ¿Tienes miedo de quedarte con el herido y con estos dos?” Los dos son Mateo y Juan de Endor, que están muy mareados.

“No, no. Id si os parece” responde Síntica.

Mientras están subiendo por el puente se encuentran con el cretense que quiere el incienso. Lleno de rabia y a gritos dice:

“¿No estáis viendo que sin un milagro naufragamos? ¡Es la primera vez! ¡La primera vez desde que navego!”

Judas de Alfeo en voz baja dice: “Ahora fíjate que va a decir que somos nosotros la causa.”

En realidad el cretense aúlla diciendo: “Malditos israelitas, ¿qué maldición pesa sobre vosotros? ¡Perros hebreos, me habéis traído la mala suerte! Largo de aquí, que ahora voy a sacrificar a la Venus naciente...”

“No. Mejor nosotros sacrificamos...”

“¡Largaos! Sois unos paganos, sois unos demonios, sois...”

“Oye. Te juro que si nos dejas verás el prodigio.”

“No. ¡Largo!” Enciende incienso que arroja al mar, como puede, luego un líquido que antes ha ofrecido y gustado de él, y polvos que no sé qué cosa sean. Pero el mar rechaza el incienso, y en vez de calmarse, parece enfurecerse más. Arrastra tras de sí todas las tablas donde se había ofrecido el sacrificio, y por poco se lleva también a Nicomedes.

“¡Qué buena respuesta te ha dado tu diosa! Ahora nos toca a nosotros. También nosotros tenemos una Mujer pura, hecha de espuma, y después...Canta, Juan, como ayer. Te seguimos.”

“¡Sí, probad! Pero si se enfurece más, os arrojó a todos vosotros como víctimas propiciatorias.”

“Está bien. ¡Vamos, Juan!”

Juan empieza a cantar. Lo siguen los demás, Hasta Pedro que usualmente no canta, porque es muy desentonado. El cretense con los brazos cruzados y una sonrisa entre airada e irónica los mira. Después de la canción oran con los brazos abiertos. Tal vez sea el Padre nuestro que reciten, pues lo dicen en hebreo y no comprendo nada. Luego cantan más fuerte, y así alternan sin miedo, sin interrupción, pese a las ondas que los mojan sin cesar. No se agarran

de nada. Se sienten tan seguros como si fuesen una sola cosa con el puente. Las ondas realmente van disminuyendo de violencia, poco a poco. No cesan del todo, como tampoco el viento, pero ya no es la furia de hacía unos cuantos minutos. Las ondas no barren ya el puente.

El cretense no sale de su estupor... Pedro lo mira pero no deja de orar. Juan sonríe y canta con más fuerza... Los otros lo secundan venciendo el fragor del mar que cada vez es menor.

“¿Tienes algo que replicar?”

“¿Qué habéis dicho? ¿Qué fórmula empleasteis?”

“La del Dios verdadero y la de su Esclava. Endereza la vela y prepara todo... ¿No es aquella la isla?”

“Sí. Es Chipre... El mar está todavía más tranquilo en su canal... ¡Extraño! ¿Cuál es la estrella a la que adoráis? Siempre es Venus ¿o no?”

“No hay nada de Venus. Y nosotros no adoramos sino a Dios. Se trata de María, de María de Nazaret, la Madre de Jesús, el Mesías de Israel.”

“¿Y qué fue lo otro? ¿No fue hebreo eso?”

“No. Hablamos en nuestro dialecto, en la lengua de nuestro lago, de nuestra patria. Pero no podemos enseñártela a ti, que eres pagano. Es algo que dijimos a Yeové, y sólo los creyentes pueden saberlo. Adiós Nicomedes. Y no lamente lo que se ha ido al fondo. Un sortilegio menos... que no te traerá infortunio.

Adiós ¿eh?”

“No... Pero perdonadme... Os he insultado.”

“¡No te preocupes de ello! Son cosas de tu culto por... Venus... Vamos, muchachos, a donde están los demás...” y contento y dichoso Pedro se dirige a la portezuela.

El cretense los sigue: “¡Escuchadme! ¿Ha muerto el herido?”

“¡Imposible! Tal vez te lo devolveremos más sano... Es algo que... según tú... se debería a nuestros sortilegios ¿eh?”

“¡Oh, perdonad! ¡Perdonadme! Decidme dónde puedo aprenderlos, para que me sirva de ellos. Os daría dinero...”

“¡Adiós, Nicomedes! Es algo difícil... algo que no se permite. ¡Que a los paganos se les vendan las cosas sagradas! ¡Adiós! ¡Que te vaya bien, amigo! ¡Que te vaya bien!”

Pedro, sonriente, acompañado de los demás se va abajo, entre tanto que un mar plácido sonríe, se alegra al verse calmado y al ver que la luna allá arriba también sonríe...

9.- Llegada a Seleucia y desembarco.

6 noviembre 1945

Es hermosísimo el crepúsculo cuando llegan a la ciudad de Seleucia. Un gigante blanco que sirve como de límite al azul del mar, que tranquilo descansa con sus juguetonas ondillas bajo un cielo que mezcla su color de cobalto sin nubes con el púrpura del atardecer. La nave con sus velas desplegadas se dirige veloz a la ciudad lejana. Parece como si tuviera fuego, por la alegría de su llegada, por los resplandores del sol que va metiéndose.

En el puente, entre los marinos que no están ya preocupados ni intranquilos, están los pasajeros que contemplan su meta. Junto a Juan de Endor, que aun sigue flaco y pálido, está el marinero herido. Tiene en su cabeza una venda. Está también pálido por la mucha sangre perdida, pero sonríe, habla con sus bienhechores o compañeros que al pasar se felicitan por verlo nuevamente sobre el puente.

Lo nota también el cretense que por unos momentos deja su puesto, que entrega al jefe de la tripulación, que se acerca para decirle: “Querido Demete.” “Os doy las gracias” dice a los apóstoles. “Nunca creí que pudiera sobrevivir al golpe del palo, y al del hierro. No cabe duda, Demete, que estos te han engendrado otra vez a la vida, porque habías ya muerto una y otra vez. La primera cuando te quedaste prensado bajo las mercancías en el puente, por la pérdida

de sangre y por las olas que te hubieran llevado al reino de Neptuno entre las Nereidas y Tritones. Y la otra por haberte curado con esos maravillosos ungüentos. Déjame ver la herida.”

El marino se suelta la venda y muestra la cicatriz que está bien cerrada, lisa. Una señal roja que va de la sien a la nuca, hasta donde empiezan los cabellos que se le ven cortados. Tal vez Síntica los cortó para que no se metiesen en la herida. Nicomedes ligeramente la toca: “¡Hasta el hueso está soldado! ¡De veras que te ha amado Venus marina! Y no quiere verte sino sobre las olas de la mar, y sobre las playas de Grecia. Que Eros te sea propicio ahora que desembarcamos y haga que olvides esta desgracia, y el terror de Tánatos en cuyos brazos ayer estuviste.”

Por la expresión de la cara de Pedro se puede comprender que para él todos estos discursos mitológicos no le entran para nada. Recargado sobre un mástil, se le notan las ganas de querer decir algo a Nicomedes referente a su paganismo, que le causa asco.

Los demás apóstoles no muestran menor desprecio... Judas de Alfeo apenas si puede contenerse. Su hermano vuelve la espalda y se pone a contemplar el mar. Santiago de Zebedeo y Andrés deciden no hacer caso a lo que está pasando y se van a traer las alforjas y el telar. Mateo está jugando con su faja que trae a la cintura. Zelote hace lo mismo pero con sus sandalias, como si fuesen algo nuevo para él. Juan de Zebedeo meditabundo contempla con toda su alma el ancho mar.

El cretense no puede menos que notar este desprecio, no solo de los ocho, sino también el de los otros dos, que dice: “Es nuestra religión ¿la sabéis? Así como creéis en la vuestra, también nosotros creemos en la nuestra....”

Nadie responde. El cretense juzga que es más conveniente dejar en paz a sus dioses y bajar del Olimpo a la tierra, más bien, al mar, a su nave. Invita a los apóstoles que se acerquen a la proa para que puedan ver la ciudad que se aproxima. “¿La veis? ¡Habéis estado alguna vez aquí?”

“Yo una vez, pero el viaje lo hice por tierra” dice Zelote serio y tajante.

“¡Ah! Entonces sabes bien que el verdadero puerto de Antioquia es Seleucia, que está junto al mar, junto a la desembocadura del Orontes, que acoge con gusto los navíos, y que cuando trae muchas aguas, deja que suban por él barcas ligeras hasta Antioquia. Lo que estás viendo es Seleucia. La otra ciudad, hacia el sur, no lo es más, sino un montón de ruinas de tiempos pasados. Parecen ser algo, y sin embargo no son más que muerte. Aquella cadena es el Pierio por lo que la ciudad se llama Seleucia Pieria. Aquel pico que se ve más allá de la llanura, es el monte Casío, que cual gigante vigila la llanura de Antioquia. La otra cadena, la que está al norte, es la de Amano. ¡Oh! ¡Veréis qué obras han hecho los romanos en Seleucia y Antioquia! Un puerto con tres dársenas y que es uno de los mejores. Con canales, rompeolas, diques. Cosa igual no hay en Palestina. Es que Siria es una de las provincias mejores del Imperio...”

Sus palabras caen envueltas en un silencio glacial. Aun Síntica que por ser griega siente menos desprecio por los demás, no abre sus labios. Su cara parece la de una estatua, la cara de una diosa, desdeñadora de contactos terrenales.

El cretense cae en la cuenta de ello y pide excusa diciendo: “¡Qué queréis! ¡Hablando en plata yo gano con los romanos!...”

La respuesta que va a dar Síntica es dura como un sablazo: “Y el oro quita el filo a la espada, al honor nacional y a la libertad.” Lo ha dicho de una manera tal y con un latín tan puro que el otro se queda sin chistar...

Luego tímidamente pregunta: “¡Eres griega?”

“Lo soy. Pero tú amas a los romanos. Te hablo en la lengua de tus patrones, no en la mía, la de la patria mártir.”

El cretense no sabe qué decir. Los apóstoles están contentos por la lección dada al entusiasta de Roma. Cree que es mejor cambiar de discurso. Pregunta que cómo irán de Seleucia a Antioquia.

“Con los pies” responde Pedro.

“Ya es tarde. Será de noche cuando desembarquemos.”

“Habrá lugar dónde dormir.”

“¡Oh, claro! Pero podríais dormir aquí hasta mañana...”

Judas Tadeo que ha visto que se han hecho los preparativos para un sacrificio a los dioses, tal vez tan pronto lleguen al puerto, dice: “No es necesario. Muchas gracias por tu gentileza, pero es mejor que descendamos. ¿Verdad Simón?”

“Sí, sí. También nosotros tenemos que presentar nuestras plegarias... Tú a tus dioses, y nosotros a nuestro Dios.”

“Haced como os plazca. Tenía deseos de hacer algo grato por el hijo de Teófilo.”

“También nosotros por el Hijo de Dios, al persuadirte que solo hay un Dios. Pero tú eres como una piedra que no se mueve. Somos pues, iguales. Ojalá que un día te encontremos y que para ese entonces seas menos cerrado...” dice serio Zelote.

Nicomedes hace un gesto como para decir: “¡Quién lo sabe cuándo!” Un acto de indiferencia irónica al invítarsele porque conozca al verdadero Dios y a que abandone a sus falsos. Va después a tomar el timón porque el puerto está muy cerca.

“Bajemos a tomar nuestros cofres. Hagámoslo nosotros mismos. No veo la hora en que esté lejos de este apestoso pagano” dice Pedro.

Fuera de Síntica y Juan de Endor todos descienden. Ellos contemplan los diques que cada vez más se acercan.

“Síntica, otro paso hacia lo desconocido, otro paso que aleja del dulce pasado, otra agonía... No creo que aguante...”

Síntica le toma la mano. Está muy pálida, y llena de tristeza, pero es siempre la mujer fuerte que sabe dar fuerza a los otros.

“Es verdad, Juan. Otro golpe. Otra agonía. Pero no digas: otro paso más hacia lo desconocido... No está bien. Conocemos nuestra misión. Jesús nos lo dijo. No nos dirigimos a lo desconocido. Antes, cada vez más nos unimos con lo que sabemos, con la voluntad de Dios. Ni siquiera es justo decir: “otro golpe”. Nosotros seguimos fieles a su voluntad. El golpe abate. Nosotros nos unimos. Nos vemos libres solo de todos los placeres sensibles de nuestro amor por El, por nuestro Maestro, y nos reservamos las delicias suprasensibles, haciendo que nuestro amor y obligación se trasladen a un plan superior. ¿No estás convencido de ello? ¿Sí? Entonces no debes decir: “otra agonía.” Decir agonía significa que la muerte está cerca. Pero nosotros al llegar a un plan espiritual por nuestros propósitos, no morimos sino “vivimos”. Porque lo espiritual es eterno. Por esta razón subimos a una vida mejor, anticipo de la vida verdadera del cielo. ¡Ea, ánimo! Olvida que eres el Juan inútil, y piensa que eres el hombre destinado al cielo. Reflexiona, reacciona, medita, y espera sólo en ser el ciudadano de aquella patria inmortal...”

Salen los apóstoles con los cofres, cuando la nave majestuosamente entra en el amplio puerto de Seleucia.

“Y ahora vámonos lo más pronto posible al primer albergue que encontremos. Debe de haber algunos cerca, y mañana... en barca o en carreta iremos a nuestro destino.”

Entre silbidos secos de órdenes la nave atraca. Echan abajo la escalera.

Nicomedes se acerca a los que se despiden.

“Adiós y gracias” dice por todos Pedro.

“¡Salve, hebreos! También yo os las doy. Si os apresuráis, encontraréis dónde alojaros. Hasta la vista.”

Los apóstoles bajan por esta parte. El se va allá, a su altar. El cretense empieza su sacrificio inútil. Los apóstoles cargados con sus fardos se alejan en busca de albergue...

10.- De Seleucia a Antioquía.

(Sin fecha)

“En el mercado podréis encontrar alguna carreta, pero si queréis la mía, os la doy en recuerdo de Teófilo. Si puedo algo ahora, a él se lo debo. Me defendió porque era de un

corazón recto. Y hay cosas que no pueden olvidarse” dice el viejo fondero a los apóstoles, cuando el sol viene despuntando entre el nuevo día.

“Sucede que por varios días tendremos que usar tu carro... Y ¿quién lo va a guiar? Apenas si pudo arriar un carro tirado por un asno... ¡pero caballos!...”

“Es lo mismo ¡hombre! No te voy a dar un potrancito indómito, sino un sesudo caballo de tiro, bueno como un cordero. Llegaréis pronto y sin fatigaros. A eso de las tres de la tarde estaréis en Antioquía, tanto más cuanto que el caballo conoce el camino muy bien. Cuando ya no lo necesites me lo devuelves y no te cobraré nada, pues no quiero hacer otra cosa más que ser agradecido al hijo de Teófilo, al que le diréis que mucho lo recuerdo, y que todavía me considero siervo suyo.”

“¿Qué hacemos?” pregunta Pedro a sus amigos.

“Lo que mejor te parezca. Tú decide y te seguiremos.”

“¿Aceptamos el caballo? Lo digo por Juan... y también por llegar lo más pronto... Me parece como si llevara dos a la muerte y no veo la hora en que todo haya pasado...”

“Tienes razón” dicen todos.

“Bueno, acepto.”

“Y de mi parte os lo presto. Voy a preparar la carreta.”

El fondero se va. Pedro da rienda a lo que pensaba: “La mitad de mi vida la he terminado en estos pocos días. ¡Es doloroso! ¡Es doloroso! Hubiera querido disponer del carro de Elías, del manto que tomó Eliseo¹, de cualquier cosa para terminar lo más pronto posible. Y sobre todo hubiera yo querido, aun a costa de mi vida, haber podido proporcionar algo a esos pobrecitos, algo que les hubiese borrado el recuerdo... No comprendo lo que pienso ¡es la verdad! Algo que les hubiera borrado el pasado... Algo que no les hiciera sufrir tanto... Pero si logro saber quién es la causa de todo este dolor, no soy Simón de Jonás, sino le tuerzo el pescuezo. Bien, no lo mataré... pero sí torcérselo en cambio de la alegría y vida que ha arrebatado a estos pobre...”

“Estoy de acuerdo contigo. Es un gran dolor. Pero Jesús dice que se deben perdonar las ofensas...” objeta Santiago de Alfeo.

“Me las hubieran hecho a mí, las tendría que perdonar, y podría. Estoy sano. Soy fuerte. Si alguien me ofende tengo fuerzas para reaccionar aun al dolor. Pero ¡ese pobre de Juan! No, no puedo perdonar la ofensa que le hicieron a él, a quien ha redimido el Señor, a él que va muriendo presa de tanta aflicción...”

“Yo me pongo a pensar en la hora que lo tendremos que dejar...” dice con tristeza Andrés.

“Lo mismo yo. Es algo que no se me quita de la cabeza, y que aumenta cuanto más se acerca el momento...” dice Mateo.

“Hagámoslo lo más pronto posible” decide Pedro.

No, Simón. Perdona si te digo que estás equivocado. Tu amor por el prójimo se está desviando, y esto no debe suceder” dice calmadamente Zelote, al mismo tiempo que pone una mano sobre la espalda de Pedro.

“¿Por qué, Simón? Tú eres culto y eres bueno. Muéstrame dónde estoy equivocado, y si logro ver mi error, diré que tienes razón.”

“Tu amor se está desviando, porque se está convirtiendo en egoísmo.”

“¿Cómo? ¿Me duele la suerte de ellos y soy egoísta?”

“Sí, hermano. Porque por exceso de amor –y todo exceso es un desorden que lleva al pecado y es algo despreciable- no quieres sufrir tú, por no ver sufrir... Esto es egoísmo, hermano en el nombre del Señor.”

“¡Es verdad! Tienes razón. Te agradezco que me lo hayas advertido. Esto lo hacen los buenos compañeros. Está bien. No tendré ya prisa... Pero decidme ¿no es algo lastimoso?”

“Sí lo es...” dicen todos.

“¿Cómo haremos para dejarlos?”

¹ Cfr. 4 Rey. 2, 1-18

“Yo creo que lo podríamos hacer después que Filipo les haya dado hospedaje. Podríamos quedarnos, si se puede, escondidos en Antioquía por un tiempo, y así nos podríamos informar por Filipo de cómo les va...” sugiere Andrés.

“No. Sería lo mismo que hacerlos sufrir demasiado con separarnos de este modo” objeta Santiago de Alfeo.

“Bien. Tomemos una parte de la opinión de Andrés. Nos quedamos en Antioquía, pero no en casa de Filipo. Durante algunos días los iremos a ver, y poco a poco iremos disminuyendo la visita hasta que...” propone el otro Santiago.

“Un dolor que siempre se renovará. Una desilusión cruel. No. No está bien” objeta Tadeo.

“¿Qué hacemos, Simón?”

“¡Bien! Por mí, más bien quisiera estar en su lugar, que tener que decirles: “Adiós”, responde Pedro sentimentalmente.

“Propongo algo. Vamos con ellos hasta la casa de Filipo y nos quedamos allí. Después, siempre con ellos, vamos hasta Antigonía. Es un lugar muy bueno... Nos estamos allí. Cuando se hayan adaptado, nos venimos. Será algo doloroso, pero procuraremos darnos fuerzas. A menos que Simón Pedro no tenga órdenes del Maestro” dice Simón Zelote.

“¿Yo? No. El me dijo: “Haz bien todo, con amor, sin negligencia y sin prisa. Haz como mejor te parezca”. Hasta ahora me parece haberlo hecho. Queda solo aquello que dije que era yo pescador, pero si no lo hubiera dicho, no me hubiera dejado en el puente.”

“No te hagas escrúpulos tontos, Simón. Son tentaciones del demonio para quitarte la paz” dice Tadeo para consolarlo.

“¡Oh, sí! De veras que es así. Creo que está cerca como nunca, poniéndonos obstáculos y miedos para que perdamos el valor de obrar” dice Juan el apóstol, y en voz baja concluye: “Creo que trataba de arrastrarlos a la desesperación al retenerlos en Palestina... y ahora que escapan a sus asechanzas, se vengan en nosotros... Lo siento a mi alrededor como serpiente escondida entre la hierba... Hace meses que lo siento así... Pero ved al fondero que trae consigo a Juan y a Síntica. Cuando estemos cerca os diré el resto, si os interesa.”

Se ve que del patio, de un lado, viene una carreta que tira un robusto caballo y que guía el fondero, y del otro los dos discípulos.

“¿Es hora de partir?” pregunta Síntica.

“Sí. ¿Estás bien cubierto, Juan? ¿Te sientes mejor?”

“Sí. Me envuelvo bien y el aceite me ha hecho bien.”

“Sube entonces, que también nosotros lo hacemos.”

El carro está listo para partir. Salen por el ancho portón, en medio de las afirmaciones del dueño, de que el caballo es muy dócil. Atraviesan por una plaza que se les indicó, toman un camino que va a lo largo de los muros, y salen por una puerta, flanqueando antes un canal profundo y luego el mismo río.

El camino es muy bueno. Va hacia el noreste, siguiendo los vericuetos del río. Del otro lado hay montes muy verdes en sus pendientes, recodos y barrancos, y se ven también las infinitas yemas de arbustos y de árboles que empiezan a abrirse.

“¡Qué de mirtos!” exclama Síntica.

“¡Y qué de laureles!” añade Mateo.

“Cerca de Antioquía hay un lugar consagrado a Apolo” dice Juan de Endor.

“Tal vez los vientos trajeron hasta acá las semillas...”

Tal vez. Pero es un lugar que está cubierto de hermosas plantas” dice Zelote.

“Tú que has estado aquí ¿crees que pasaremos cerca de Dafne?”

“Sí. Y veréis uno de los valles más hermosos del mundo. Haciendo a un lado el culto obscuro, que degenera en orgías sin nombres, es un valle paradisíaco. Si en él entra la fe se convertirá en un verdadero paraíso. ¡Oh, cuánto bien podréis hacer aquí. Os deseo que así como es fértil este suelo, lo sean los corazones...” dice Zelote con objeto de consolar a Juan de Endor y a Síntica. Juan baja la cabeza. Síntica suspira.

El caballo ha tomado su paso. Pedro no habla, porque está preocupado por el animal, que en verdad conoce muy bien el camino. Así sigue este hasta que se detiene cerca de un puente para comer y para que el animal descanse. Es el mediodía. ¡Qué hermoso sol! ¡Qué hermoso es todo!

“Por mi parte prefiero este lugar y no el mar...” dice Pedro mirando a su alrededor.

“¡Qué tempestad!”

“El Señor rogó por nosotros. Sentí que estaba cerca de nosotros cuando orábamos en el puente. Cercano, como si estuviese allí...” dice sonriente Juan.

“¿Dónde estará? No puedo quitarme la idea de la cabeza de que no se llevó sus vestidos... Si se moja, ¿con qué se cambiará? ¿Qué comerá? Es capaz de ayunar...”

“Y puedes estar seguro que lo hace por ayudarnos” dice sin vacilar Santiago de Alfeo.

“Y por alguien más. Nuestro hermano está muy preocupado desde hace algún tiempo. Creo que se mortifica continuamente para vencer al mundo” dice Tadeo.

“Querrás decir, al demonio que está en el mundo” dice Santiago de Zebedeo.

“Es lo mismo”.

“Pero no lograré. Anidan en mi corazón miles de temores...” dice Andrés.

“¡Oh! Ahora que estamos nosotros lejos, todo andrà mejor” dice u poco amargado Juan de Endor.

“No te lo creas. Tú y ella no sois nada en comparación de los “grandes errores” que según los grandes de Israel, ha cometido el Mesías” replica inmediatamente Tadeo.

“¿Estás seguro? En medio de mis sufrimientos tengo también clavado este dolor, el que haya sido parte en haber causado algún mal a Jesús porque me aceptó. Si estuviese seguro que no es así, sufriría yo menos” dice Juan de Endor.

“¿Me tienes confianza, Juan?” pregunta Tadeo.

“¡Que si te tengo!”

“Entonces, en nombre de Dios, bajo mi palabra te aseguro que no has causado ningún dolor a Jesús sino el de haberte enviado a acá para ser su misionero. Nada tienes que ver con sus dolores pasados, presentes y futuros.”

Después de varios días oscuros, una primera sonrisa ilumina la cara macilenta de Juan de Endor, que dice: “¡Cómo me siento aliviado! El día me parece más luminoso, más soportable mi desgracia, más tranquilo el corazón. ¡Gracias, Judas de Alfeo! ¡Gracias!”

Vuelven a subir sobre la carreta. Pasan el puente y toman el camino que lleva derecho a Antioquía, a través de fertilísimos campos.

“¡Ved allí! Ahí está Dafne con su templo, y sus bosques. Y en aquella explanada está Antioquía, con sus torres, con sus murallas. Entraremos por la puerta que está cerca del río. La casa de Lázaro no está muy lejos de allí. Las mejores casas han sido vendidas. Esa es la que queda. Un tiempo fue un lugar donde podían estar los siervos y clientes de Teófilo con sus caballerizas y graneros. Ahora vive allí Filipo. Es un buen viejo. Fiel a Lázaro. Os gustará el lugar. Juntos iremos a Antigonía donde vivió Euqueria con sus hijos, que entonces eran pequeñuelos...”

“La ciudad está bien fortificada, ¿o no?” pregunta Pedro ahora que ve que ha logrado ser un buen auriga.

Así es. Sus muros son altos, anchos. Más de cien torres, que como veis, parecen gigantes que se levantan sobre muros, con sus fosos que no pueden atravesarse. También el monte Silvio ha venido a su ayuda y defensa en el lugar más débil... Ved ahí la puerta. Es mejor que te pares y que entres teniendo al caballo del freno. Yo te guío, porque conozco el camino...”

Pasan la puerta, donde hay romanos que la custodian.

El apóstol Juan dice: “Quien sabe si esté aquél soldado de la Puerta de los Peces... Jesús se pondría contento si lo supiera...”

“Lo buscaremos. Pero por ahora date prisa” dice Pedro, preocupado con la idea de ir a una casa desconocida.

Juan obedece. Tan solo mira atentamente a cada uno de los soldados.

Después de no haber caminado gran cosa se encuentran ante una casona sencilla, mejor dicho, ante un muro sin ventanas, tan sólo con un portón en su centro.

“Espera. ¡Detente! Ordena Zelote.

“Simón, hazme el favor de hablar ahora.”

“Lo haré si así lo quieres” dice Zelote que llama al portón.

Se hace reconocer, diciendo que es un enviado de Lázaro. Entra solo, y luego sale con un anciano, alto, majestuoso que no deja de hacer inclinaciones y que ordena aun siervo que abra el portón para que entre el carruaje. Pide perdones porque pasen por allí, en vez de que por la puerta de la casa.

En un ancho patio rodeado de columnas la carreta se detiene. En los ángulos del patio hay árboles de plátanos y dos en el centro, que protegen un pozo, un estanque en el que calman su sed los caballos.

“Cuida del caballo” dice el anciano al siervo. Y dirigiéndose a los huéspedes: “Por favor, entrad y que sea bendito el Señor que me envía a sus siervos y los amigos de mi dueño. Dad órdenes, que yo vuestro siervo os escucho.”

Pedro se pone rojo, porque el anciano se dirigió a él, y ante él se inclinó, y no sabe qué responder... Zelote viene en su ayuda.

“Los discípulos del Mesías de Israel, de quien te habla Lázaro de Teófilo, que de hoy en adelante estarán en tu casa para servir al Señor, no necesitan sino de descanso. ¿Quisieras mostrarnos dónde podremos quedarnos?”

“¡Oh! Habitaciones preparadas siempre las hay para los peregrinos como acostumbraba hacer nuestra patrona. Venid, venid...” Se encamina por un corredor. Se ve un pequeño patio en donde está la verdadera casa. Abre la puerta, sigue por un corredor. Da vuelta a la derecha. Hay una escalera. Suben por ella. Otro corredor con habitaciones a los lados.

“Aquí está vuestro lugar. ¡Ojalá os brinde un buen descanso!

Ahora voy a dar órdenes que os traigan agua y lo necesario para el lecho. Que Dios esté con vosotros” dice el anciano que se va.

Abren las habitaciones que escogen. Ante ellos aparecen las murallas y torres de Antioquía. Allá, abajo al otro lado está el patio por donde suben rosales, que debido a la estación, no están orgullosos de sus flores.

Después de haber caminado, tienen casa, habitación, una cama... Para algunos será morada, para otros no más que un lugar de paso...

11.- Van a Antigonía.

7 noviembre 1945

“Mi hijo Tolmai ha venido por compras. Hoy a esas de las doce regresa a Antigonía. El día es tibio. ¿Quieres ir, según deseabais?” pregunta Filipo el anciano, mientras sirve a sus huéspedes leche caliente.

“Iremos sin duda alguna. ¿Cuándo dijiste?”

“A eso de las doce. Podréis regresar mañana, si os parece, o bien, la tarde anterior al sábado. Es entonces cuando todos los siervos hebreos, o que han abrazado la fe, llegan para las funciones del sábado.

“Así haremos. Nadie impide que el lugar les sirva a estos.”

“No me desagrada, aun cuando los pierda, pues es un lugar muy bueno. Podréis hacer mucho bien entre los siervos, algunos de los cuales son los que dejó el patrón. Otros son una muestra del buen corazón de la patrona que los rescató de un dueño cruel. Esta es la razón por la que no todos son israelitas, pero tampoco paganos. Me refiero a las mujeres, en cuanto a los hombres os aseguro que todos están circuncidados. No tengáis repugnancia de ellos... Están todavía muy lejos de la justicia de Israel. Los santos del Templo se escandalizarían de esto, ellos que son perfectos...”

“¡Bueno! ¡Bueno!... Ahora podrán adelantar en sabiduría y bondad al aspirar el aroma de los enviados del Señor... ¿Habéis oído lo que tenéis que hacer?” dice Pedro, volviéndose a Juan de Endor y a Síntica.

“Lo haremos. No desilusionaremos al Maestro” promete Síntica, y sale para preparar lo que cree que tiene que hacer.

Juan de Endor pregunta a Filipo: “¿Crees que en Antigonía puedo hacer algún bien a los demás, enseñando como pedagogo?”

“Y mucho. Hace tres lunas que murió el viejo Plauto y los niños gentiles no tienen escuela. Por lo que toca a los hebreos no tienen maestro porque todos los nuestros huyen de ese lugar, por estar cerca de Dafne. Tenemos necesidad de uno que... de uno que sea como Teófilo... Sin ser severo por, por...”

“Esto es, sin farisaísmos...” concluye Pedro.

“Bueno... así es... No quiero criticar... que tampoco vale la pena maldecir. Es mejor ayudar... Como hacía la patrona que llevaba a la ley con su sonrisa mejor que cualquier rabí.”

“¡Para esto me envió el Maestro! Soy quien tiene todos los requisitos... ¡Oh, cumpliré con su voluntad, hasta el último momento de mi vida! Ahora creo que el haberme escogido para esto es una prueba de predilección. Se lo voy a decir a Síntica. Veréis que nos quedaremos allá... Voy a decírselo al punto” y sale con tal ímpetu como antes nunca lo había tenido.

“¡Señor Altísimo, te doy gracias y te bendigo! Sufrirá todavía, pero no como antes... ¡Oh, qué alivio!” exclama Pedro. Luego en pocas palabras explica a Filipo la razón de todo esto, de su alegría: “Debes saber que Juan ha sido objeto de... los “severos” de Israel. Así los ha llamado...”

“¡Comprendo! Un político perseguido como... como...” y mira a Zelote.

“Sí, como yo, y peor todavía, porque además de que no es de la misma raza, él es partidario del Mesías. Por esto, quiero decirte que tanto él como ella se fían a tu palabra... ¿Comprendes?”

“Lo comprendo. Procuraré ser sensato.”

“¿Cómo los vas a presentar ante los demás?”

“Como a dos pedagogos que Lázaro, hijo de Teófilo, recomendó para los niños y para las niñas. He visto que trae bordados y telas... Se hacen muchas labores en Antioquía y se venden bien, pero no son tan finas. Ayer vi un buen trabajo que me recordó la maestría de mi patrona... Muchos buscarán estas labores...”

“¡Una vez más sea alabado el Señor!” exclama Pedro.

“Sí. Esto nos calma el dolor que teníamos por partir...”

“¡Cómo! ¿Vais a partir?”

“Lo tenemos que hacer. La tempestad nos estorbó. A los primeros días de scebát tenemos que estar con el Maestro. Nos está esperando” interviene Tadeo.

Se separan. Filipo va a donde lo ha llamado una mujer. Ellos a arriba, al sol.

“Podemos partir al día siguiente del sábado, ¿qué os parece?” pregunta Santiago de Alfeo.

“De mi parte, ¡ni hablar! Todos los días me despierto pensando sólo en Jesús, que no tiene vestidos con qué cambiarse, y lo mismo me pasa cuando me voy a dormir. Es algo que me llega al alma. Hoy decidiremos.”

“¡Oíd! ¿sabía esto el Maestro? Hace días que me pregunto que cómo sabía que encontraríamos al cretense, que cómo ha provisto para que Juan y Síntica tengan trabajo, que cómo, cómo... En una palabra, cosas que no me puedo explicar” dice Andrés.

“Estoy convencido de que el cretense se detiene por algún tiempo en Seleucia. Tal vez Lázaro se lo dijo a Jesús, y por esto decidió que se partiese sin esperar a la Pascua...” explica Zelote.

“¡Eso es! Y ¿cómo hará Juan para la Pascua?” pregunta Santiago de Alfeo.

“Como todos los demás israelitas...” responde Mateo.

“No. Sería lo mismo que entrar en la boca del lobo.”

“¡No, hombre! ¿Quién va a encontrarlo en medio de tanta gente?”

“Iscar... ¡Oh, pero qué he dicho! No os fijéis en ello. Es una burla mía...” Pedro está colorado, afligido por haber hablado.

Judas de Alfeo le pone una mano sobre el hombro, con una sonrisa un poco seria, dice: ¡Déjate! Todos pensamos lo mismo, aunque no lo decimos a nadie. Bendigamos al Eterno que ha quitado este pensamiento de la cabeza de Juan.”

Todos en silencio se quedan. Pero para ellos, verdaderos israelitas, es una preocupación que cómo podrá celebrar la Pascua en Jerusalén Juan de Endor... y vuelven a hablar sobre lo mismo.

“Pienso que Jesús tomará sus providencias. Tal vez Juan no lo sepa. No tenemos más que preguntárselo” dice Mateo.

“No lo hagáis. No pongáis preocupaciones y espinas, a donde apenas ha vuelto la paz” dice Juan el apóstol con voz suplicante.

“Lo mejor es preguntárselo al Maestro” propone Santiago de Alfeo.

“¿Cuándo lo veremos? ¿Qué os parece?” pregunta Andrés.

“¡Oh! Si partimos al día siguiente del sábado, cuando la luna esté para desaparecer estaremos sin duda alguna el Tolemaida...” afirma Santiago de Zebedeo.

“Si encontramos nave...” observa Judas Tadeo.

Su hermano: “Y si no hay tempestad.”

“Por lo que se refiere a naves, las hay que parten siempre para Palestina. Pagando, podemos bajar en Tolemaida, aun cuando la nave vaya a Yoppe. ¿Tienes todavía dinero, Simón?” pregunta Zelote a Pedro.

“Sí, aunque aquél cretense me juró que no me cobraría más de lo justo, teniendo en cuenta que debía favores a Lázaro. Sólo me falta pagar lo de la vaca y el establo de Antonio. No toco el dinero de Juan y Síntica, aun cuando no tengamos para comer.”

“Haces bien. Juan está muy enfermo. Cree que puede trabajar como profesor, pero de mi parte creo que no estará más que enfermo...” dice Zelote.

“También soy del mismo parecer. Más bien que hacer labores Síntica tendrá que hacer ungüentos” sugiere Santiago de Zebedeo.

“Pero ese ungüento ¡qué maravilloso! Me ha dicho Síntica que quiere hacerlo y usarlo para poder entrar en las familias de acá” dice Juan.

“¡Buena idea! Un enfermo que se cura es siempre un nuevo discípulo, y con él sus familiares” proclama Mateo.

“¡Ah, eso no!” exclama Pedro.

“¿Por qué no? ¡Quieres decir que los milagros no llevan al Señor?” le preguntan Andrés y otros.

“¡Sois unos tontuelos! ¡Parece que caéis de las nubes! ¿No veis lo que hacen a Jesús? ¿Se ha convertido acaso Elí de Cafarnaúm? ¿Doras? ¿Oseas de Corozáin? ¿Melequías de Betsaida? Y perdonadme, vosotros de Nazaret, ¿acaso se convirtió vuestra ciudad con los milagros hechos, con el de vuestro sobrino curado?” pregunta Pedro.

Nadie se atreve a replicar. La verdad es amarga.

“No hemos encontrado todavía al soldado romano. Jesús le había dicho...” dice Juan después de algunos instantes.

Lo diremos a los que se quedan. Y hasta les será de acicate en la vida” responde Zelote.

Regresa Filipo: “Mi hijo está listo. Hizo todo pronto. Prepara los regalos para los sobrinos con la madre de ellos.”

“Es buena tu nuera ¿verdad?”

“Buena. Es mi consuelo después de que perdí a mi José. Es como una hija. Era la esclava de Euqueria, la que había educado. Antes de vuestra partida venid a tomar algo. Lo están haciendo los demás...”

El nieto de Filipo, Tolmai, se abre paso. Tras de él vienen los demás en dirección a Antigonia... Pronto llegan a la ciudad que está resguardada con sus hermosos jardines, resguardada de las corrientes de aire con sus montes que la rodean, demasiado lejos para no

sofocarla, pero bastante cerca para protegerla, y para derramar sobre ella los aromas de sus bosques de plantas resinosas, bañada con el sol, ciudad que sólo al verla produce alegría a los ojos, al corazón.

Los jardines de Lázaro están al sur de la ciudad. Se llega a ellos por una vereda, que por ahora no tiene muchas flores, a cuya vera están las casas de los jardineros. Son casas pequeñas, bien hechas. En sus umbrales se asoman caritas de niños, caras de mujeres que curiosas ven y saludan sonrientes. Se puede ver en todos la diversidad de razas.

Tolmai, no apenas entró en el cancel donde empieza la propiedad, hace al pasar por cada casa con su fuste algo que debe ser una señal. Los moradores poco después salen, y toman por el sendero, detrás de las dos carretas que van al paso, que se detienen en un lugar de donde parten muchas veredas, cual rayos de una rueda, para campos y campos donde hay verdor, donde hay laureles, acacias o plantas semejantes, plantas resinosas cuyo aroma llega a todas partes. Es un aroma mezclado con aromas balsámicos, resinosos. Por todas partes se ven colmenas, estanques e regadío, donde beben el agua blanquísimas palomas. También se ven lugares donde en la tierra fresca y suelta las gallinas rascan el suelo, las que cuidan algunas niñas.

Tolmai hace chasquidos con su cuarta hasta que todos los súbditos del pequeño reino se reúnen. Empieza a hablar: "Pues bien. Filipo nuestro jefe, padre de mi padre, manda y recomienda a estos santos de Israel, que vinieron acá por voluntad de nuestro dueño, ¡que Dios esté siempre con él y con su casa! Mucho nos quejábamos de que aquí nos faltaban las voces de los santos rabíes, pero ved que la voluntad del Señor y de nuestro dueño, lejano pero siempre entre nosotros -¡quiera Dios pagarle el bien que hace a sus siervos!- nos han proporcionado lo que suspiraba nuestro corazón. En Israel se ha levantado el Prometido a las naciones. Lo habían dicho en las fiestas que se celebran en el templo y en la casa de Lázaro. Pero ahora nos ha llegado realmente el tiempo de la gracia, porque el Rey de Israel ha pensado en sus siervos pequeñuelos, y ha mandado a sus ministros que nos trajesen sus palabras. Estos son sus discípulos. Dos de ellos se van a quedar entre nosotros, aquí o en Antioquía. Enseñarán la sabiduría con la cual aprenderemos a ir al cielo, y la otra necesaria para la tierra. Juan, maestro, discípulo de Cristo enseñará a nuestros niños una y otra sabiduría. Sínitca, discípula y maestra del aguja, enseñará la ciencia del amor de Dios y el arte del trabajo femenino a nuestras niñas. Aceptadlos como una bendición del cielo. Amadlos como los ama Lázaro, hijo de Teófilo y Euqueria -¡gloria sea dada a sus almas! ¡paz a sus espíritus!- y como los aman las hijas de Teófilo. Marta y María, nuestras amadas dueñas y discípulas de Jesús de Nazaret, el rabí de Nazaret, el Prometido, el Rey".

El grupo de hombres de túnicas cortas, de manos sucias de tierra, el grupo de mujeres, el de niños de todas las edades, ha escuchado absorto, luego sale de él un murmullo y finalmente se inclina profundamente.

Tolmai hace las presentaciones: "Simón de Jonás, el jefe de los enviados del Señor; Simón el Cananeo, amigo de nuestro patrón; Santiago y Judas, hermanos del Señor; Santiago y Juan, Andrés y Mateo" y luego dirigiéndose a los apóstoles y discípulo: "Ana mi mujer de la tribu de Judá, como lo fue también mi madre, porque vinimos para acá con Euqueria de Judá. José mi hijo consagrado al Señor, Teoqueria, la primogénita, es inteligente, y ama a Dios como una verdadera israelita. Nicolás y Dositeo. Nicolás es nazareno; Dositeo el tercer hijo, está casado (una lágrima se le arranca al decir esto) con Hermione hace ya años. Ven aquí, mujer..."

Se acerca una joven morena con un niño en los brazos.

"Es esta. Es hija de prosélito y de una griega. Mi hijo la conoció en Alejandrosene de Fenicia un día que fue por negocios... se enamoró de ella... Lázaro no se opuso, hasta dijo: "Mejor así, que no algo peor". Y no lo es. Yo quería sangre de Israel..."

La pobre Hermione, como una acusada baja la cabeza. Dositeo está que no se aguanta. Ana, madre y suegra, la mira con ojos compasivos...

Juan, aunque es el más joven, cree que hay que cambiar, que animar a los presentes: “En el reino del Señor –dice- no hay griegos, ni israelitas, romanos o fenicios, sino solo los hijos de Dios. Cuando por medio de estos dos hayas conocido la palabra de Dios, tu corazón se abrirá a nuevas luces, y esta mujer no será más una “extranjera”, sino una discípula de nuestro Señor Jesús, como somos tú, yo, todos”.

Hermione levanta la cabeza, sonríe a Juan, y en las caras de Dositeo y Ana se pinta la expresión de gratitud.

Tolmai responde seriamente: “Y que así sea. Porque fuera de su raza, no tengo nada que reprochar a mi nuera. El niño que tiene en sus brazos se llama Alfeo, en recuerdo de su padre que fue prosélito. Esa pequeñuela con ojos de cielo, y guedejas de ébano es Mirtica. Tiene el nombre de la madre de Hermione. Este, el primogénito se llama Lázaro, porque así quiso nuestro patrón, el de más allá es Hermas”.

“El quinto debe llamarse Tolmai, la sexta Ana, para decir al Señor y al mundo que tu corazón se ha abierto a nuevas ideas” propone Juan.

Tolmai baja la cabeza y calla. Luego continúa: “Estos dos son hermanos de Israel: Miriam y Silvano, de la tribu de Neftalí. Estos son Elbónide de la tribu de Dan y Siméon de la tribu de Judá. Aquí tenéis prosélitos romanos, que la caridad de Euqueria arrebató del yugo cruel y del gentilismo: Lucio, Marcelo, Solón, hijo de Elateo”.

“Es un nombre griego” observa Sínitca.

“De Tesalónica. Esclavo de un siervo de Roma” –se nota el desprecio que siente cuando dice: “siervo de Roma”-. “Euqueria lo aceptó junto con su padre que estaba para morir. Eran días terribles. El padre de Simón murió pagano, pero él se ha hecho prosélito... Priscila, preséntate con tus hijos...”

Una mujer alta, delgada, de aspecto aquilino* avanza empujando a una niña y a un niño.

“Esta es la mujer de Solón, que es liberta de una romana que hace tiempo murió. Aquí tenéis a Mario, Cornelia, María y Martila que son gemelas. Priscila es experta en perfumes. Amiclea, ven aquí con tus hijos. Esta es hija de prosélitos. También lo son los dos niños: Casio y Teodoro. No te escondas, Tecla. Es la mujer de Marcelo. Su único dolor es que sea estéril. También ella es hija de prosélitos. Estos son los que viven como colonos. Aquí están también los jardineros. Venid”.

Lleva a los apóstoles por las extensas posesiones. Vienen con ellos los jardineros que explican sus trabajos, sus cultivos. Las niñas regresan donde están las gallinas, que se han ido a otra parte a hacer de las suyas.

Tolmai explica: “Se les trae aquí para que se coman los gusanos antes de que se siembre”.

Juan de Endor se sonríe al ver a las gallinas. Dice: “Parecen las mías de otros tiempos...” se inclina y les echa pedazos de pan que ha sacado de su alforja, y lo sigue haciendo hasta que las gallinas le arrancan el pedazo.

“¡Menos mal!” dice Pedro a Mateo, dándole un codazo, mientras le hace señas de que vea a Juan que se está divirtiendo con los pollos, y a Sínitca que está hablando en griego con Solón y Hermione.

Regresan a la casa de Tolmai, que dice: “Este es el lugar. Si queréis enseñar, hay lugar. Quedaos aquí o...”

“¡Sí, Sínitca! ¡Aquí! ¡Es más hermoso! Antioquía me mata con sus recuerdos...” suplica suavemente Juan a la discípula.

“Claro que sí... como quieras. Con tal de que te sientas bien. Para mí todo es igual. Nunca miro para atrás... Sólo hacia adelante... ¡Está bien, Juan! Nos quedaremos aquí. Hay niños, flores, palomas y gallinas para nosotros pobres seres. Y para nuestra alma existe la alegría de servir al Señor. ¿Qué os parece a vosotros?” pregunta, volviéndose a los apóstoles.

“Pensamos como tú”.

“Entonces todo está decidido”.

* aquilino = aguileño, de rostro largo y afilado.

“Perfectamente. Partiremos contentos”.

“¡Oh, no partáis! ¡No os veré más! ¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué?...” Juan palidece.

“No nos vamos a ir ahora. Estaremos hasta... hasta que estéis...” Pedro no termina la frase, y para no mostrar que las lágrimas lo empapan, abraza a Juan para consolarlo.

12. La despedida a Antioquía

8 noviembre 1945

Los apóstoles están nuevamente en la casa de Antioquía y con ellos Juan de Endor y Síntica con todos los de Antigonía. Todos visten elegantemente, de lo que infiero que es sábado.

Filipo ruega a los apóstoles que hablen por lo menos una vez, antes de que partan.

“¿Acerca de qué cosa?”

“Acerca de lo que queráis. Durante estos días os habéis percatado de nuestras conversaciones. Según esto podéis hablar”.

Los apóstoles se miran uno al otro. ¿Quién tiene qué hablar? Claro que Pedro. ¡Es el jefe! Pero él no quiere hablar. Cede el honor a Santiago de Alfeo o a Juan de Zebedeo. Sólo cuando ve que no puede eludir su obligación acepta.

“Hemos oído en la sinagoga que se nos habló del cap. 52 de Isaías. Según el mundo, el comentario fue docto, según la Sabiduría no.

Con todo no se puede reprochar al comentador, que habló conforme al conocimiento manco que tiene, pues no conoce al Mesías, los tiempos nuevos que ha traído. No critiquemos, más bien oremos para que se conozcan estas gracias y se le acepte sin obstáculos.

Me dijisteis que en la Pascua oísteis que algunos hablaban con la fe y otros con desprecio del Maestro. Y me dijisteis también que por la gran fidelidad que sentís por la casa de Lázaro, pudisteis haber resistido a la mala impresión que sufríais, tanto más cuanto que a quienes oíais eran de los grandes de Israel.

Pero ser docto no quiere decir ser santo, ni poseedor de la verdad.

La verdad es esta: Jesús de Nazaret es el Mesías prometido, el Salvador de quien hablan los profetas, el último de los cuales duerme en el seno de Abraham después del glorioso martirio que sufrió por parte de la justicia. Juan el Bautista dijo, y aquí hay algunos que lo oyeron: “He aquí al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

Entre los más humildes, como los que están aquí presentes, y que oyeron sus palabras, creyeron en ellas, porque la humildad sirve para llegar a la fe, pero difícilmente los soberbios encuentran el camino -cargados como están de tantas cosas- para llegar a la cima del monte donde casta y luminosa vive la fe. Estos, que fueron muy humildes y también por haber creído, merecieron ser los primeros en el ejército del Señor Jesús.

Ved, pues cuán necesaria sea la humildad para conseguir una fe pronta, y cómo sea premiado el saber creer, aun contra las apariencias.

Os exhorto y estímulo a que tengáis estas dos cualidades, y si es así pasaréis a formar parte del ejército del Señor y conquistaréis el reino de los cielos...

Simón Zelote continúa.”

Este que no pensaba que fuera a ser su turno, y que se le señalase directamente, da un paso adelante y habla del modo siguiente

“Continuaré el discurso de Simón Pedro, nuestro jefe por voluntad del Señor. Seguiré el argumento del cap. 52 de Isaías, y lo haré porque soy un servidor de la Verdad que se ha encarnado y de quien me profeso para siempre su siervo. Allí se dice: “Levántate, revístete de tu fuerza, oh Sión. Vístete como para fiesta, ciudad del Santo”².

Así debería ser. Porque cuando se cumple una promesa, viene la tranquilidad, llega la paz, no hay temor de nada, se aproxima el tiempo en que uno pueda alegrarse. Todo corazón, toda

² Cfr. Is. 52, 1.

la ciudad entera debería revestirse de fiesta para que las frentes abatidas se levanten, al saber que no son objeto de odio, ni vencidas, ni azotadas, sino que se les ama, que están libres.

No hemos venido aquí a llamar a tribunal a Jerusalén. Nos lo prohíbe la caridad que es la virtud principal. No miremos, pues, los corazones de los otros, sino el nuestro. Llenémoslo con esa fe de la que habló Simón, y vistámonos para la fiesta, porque nuestra fe secular en el Mesías ve consumada su esperanza. El Mesías, el Santo, el Verbo de Dios está realmente entre nosotros. Esto lo han experimentado no sólo las almas que oyen palabras sabias, que las robustecen, que les infunde santidad y paz, sino también los cuerpos, que por obra del Santo a quien el Padre ha concedido todo, se ven libres de las enfermedades más horribles, y hasta de la muerte, para que nuestras tierras, nuestros valles canten un hosanna al Hijo de David, al Altísimo que ha enviado a su Verbo, como lo había prometido a los patriarcas y profetas.

Yo que os hablo, era un leproso condenado a morir una muerte cruel, rodeado de soledad, cual si fuera una fiera. Alguien me dijo: “Ve a Él, al Rabbí de Nazaret y te curarás”. Tuve fe. Fui. Me curé no sólo del cuerpo, sino también en el corazón. De este modo no me veo más separado de los hombres; y al no odiar, tampoco de Dios. De proscrito, rebelde, enfermo me convertí en su siervo con un corazón nuevo. Me llamó a la misión, esto es, para que fuera entre los hombres, que los amara en nombre suyo, que los instruyese en lo único que es necesario saber: que Jesús de Nazaret es el Salvador y que son bienaventurados los que creen en Él.

Habla ahora tú, Santiago de Alfeo”.

“Soy hermano del Nazareno. Mi padre y el suyo fueron hermanos carnales. Pero no puedo llamarme hermano, sino siervo, porque la paternidad de José, hermano de mi padre, fue una paternidad espiritual, y os digo en verdad que el verdadero Padre de Jesús, nuestro Maestro, es el Altísimo a quien adoramos. Él ha querido que su divinidad, una y trina, se encarnase en la segunda Persona y viniera a la tierra, permaneciendo siempre unida con las que viven en el cielo. Porque Dios, el infinitamente Poderoso, puede hacerlo, y lo hace por el amor que tiene para sus criaturas.

Jesús de Nazaret es nuestro hermano, porque nació de una mujer y es como uno de nosotros. Es nuestro Maestro porque es el Sabio por excelencia, es la Palabra misma de Dios que ha venido a hablarnos para que pertenezcamos a Dios. Es nuestro Dios, siendo una cosa con el Padre y con el Espíritu Santo con quienes siempre está unido por el amor, por el poder, por naturaleza.

Estas cosas, que el Justo que fue mi pariente pudo conocer, sean también vuestra herencia. Cuando el mundo trate de arrebatároslo al decir: “Es un hombre cualquiera”, contestad: “No. Es el Hijo de Dios. Es la estrella de Jacob, es la Vara que se yergue en Israel. Es el Dominador⁵. No permitáis cambiar de opinión. Esto es la fe.

Te toca a ti, Andrés”.

“Esto es la fe. Yo soy un pobre pescador del lago de Galilea. En las noches silenciosas, cuando pescaba yo, monologaba así:

“¿Cuándo vendrá? ¿Viviré todavía? Según la profecía, faltan muchos años⁶. Para el hombre, unas cuantas decenas de años son siglos... Me preguntaba a mí mismo: “¿Cómo vendrá? ¿A dónde llegará? ¿De quien?” Mi ignorancia humana me hacía imaginar gloria de reyes, palacios regios, cortejos, trompetas, poder, majestad. Y me decía: “¿Quién podrá mirar a este gran rey?” Me lo imaginaba más formidable que el mismo Yeová en el Sinaí⁷. Me decía yo: “Los hebreos vieron que en el monte había truenos y relámpagos, y no quedaron reducidos a ceniza porque el Eterno estaba detrás de las nubes, pero nosotros lo miraremos con nuestros ojos mortales y moriremos...”

⁵ Cfr. Núm. 24, 15-19.

⁶ Cfr. Dan. 9.

⁷ Cfr. Ex. 19, 9-20, 21.

Yo era discípulo del Bautista. Cuando no tenía qué pescar iba a verlo con otros compañeros. Era un día como este, con su luna... Las riberas del Jordán rebosaban de gente que se estremecía bajo las palabras del Bautista. Había yo visto a un joven bello, pausado que venía por un sendero. Su vestidura era sencilla. Su mirada dulce. Parecía como si pidiera amor, como si lo diera. Por un instante sus ojos se posaron en mí, y experimenté algo inaudito. Algo así como si acariciaran mi alma, algo así como si un ángel me tocara. Por un momento me sentí tan lejano de la tierra, tan diverso, que dije: “¡Voy a morir! ¡Dios está llamando mi alma!”

Pero no morí. Me quedé extático al contemplar a aquel joven desconocido, que había puesto sus ojos sobre el Bautista, que se volvió, corrió a Él y se inclinó ante Él. Hablaron entre sí, y como la voz de Juan era un continuo retemblar, pudimos comprender lo que decía, pues deseábamos con toda el ansia saberlo. Mi corazón me decía que no era igual a todos los demás. Entre sí se dijeron: “Debes bautizarme...” “Por ahora hagamos así. Hay qué cumplir con todo lo prescrito...”

Juan había dicho ya antes: “Vendrá a quien no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias”. También había dicho: “En medio de vosotros, en medio de Israel, hay alguien a quien no conocéis. Tiene en sus manos el aventador. Limpiará su era y quemará las pajas con un fuego que jamás se apaga”.

Tenía ante mí a un joven del pueblo, de aspecto suave, humilde, y con todo sentí que era Él a quien ni el Santo de Israel, el último Profeta, el Precursor, era digno de desatar su calzado. Pensé que era a quien no conocíamos. Pero no sentí miedo. Más bien, cuando Juan, después del trueno terrible de Dios, después del grandísimo resplandor de la Luz en forma de una hermosa paloma, dijo: “He aquí al Cordero de Dios”, grité en medio de mi corazón que rebosaba de alegría al contemplar a ese joven de dulce y humilde aspecto: “¡Creo!” Por esta fe soy su siervo. Si la tuvieseis tendréis paz y consuelo.

Mateo, te toca a ti hablar de las restantes maravillas del Señor”.

“Yo no puedo hablar como Andrés. Él era un hombre recto, yo un pecador, por esto mis palabras no resuenan con el tímpano de la alegría, pero sí tienen la esperanza de un salmo.

Yo era un pecador. Realmente un gran pecador. Mi vida se pasaba en medio del error. La corteza de mi insensibilidad había aumentado, y con ella me sentía contento. Sólo cuando algún fariseo o el sinagogo me echaban en cara mis errores, y me decían que algún día me presentaría ante el Juez inexorable, sentía un poco de temor... pero luego tornaba a decirme: “¡Qué importa! ¡Estoy ya condenado! Demos rienda suelta a todo lo que queremos ¡oh cuerpo mío!” Cada vez caía más en el abismo del pecado.

Dos primaveras hace que un Desconocido llegó a Cafarnaum. Para mí también lo era, como para todos los que ignoraban su misión. Pocos lo conocían; esto es, estos a quienes veis y otros pocos. Me atrajo su aspecto viril y al mismo tiempo, casto. Esto último, fue lo que más me impresionó. Veía que era un hombre austero, pero que siempre estaba pronto a hacer caso a los niños, algo así como las abejas van en busca de las flores. En los juegos de los niños encontraba su placer. También me llamó la atención su poder. Hacía milagros. Dije: “Es un exorcista. Un santo”. Pero me sentía avergonzado ante Él. Huía de su presencia.

Él me buscaba, al menos eso me parecía. No pasó ni una vez cerca de mi banco sin que me mirara con esa mirada dulce y en cierto punto hasta triste. Y cada vez mi conciencia se estremecía, sentía desesperar de su sopor.

Un día, pues la gente alababa sus palabras, tuve deseos de oírlo. Me escondí detrás de una esquina de una casa, y oí que hablaba a varas personas. Hablaba sin preocuparse de nada. Hablaba de la caridad que es un perdón de nuestros pecados... Desde aquella tarde, en mi corazón nació el deseo de que Dios perdonara mis pecados. Hacía yo cosas en secreto... Pero Él sabía que era yo porque Él sabe todo. Otra vez lo oí explicar el capítulo 52 de Isaías: decía que en su reino, en la Jerusalén celestial, no habrá inmundos, ni incircuncisos de corazón, y prometió que esta ciudad celestial, de la que habló bellezas que sentí nostalgia de ella, sería para quien a Él viniera.

Y luego... luego... En ese día la mirada no fue de tristeza, sino de orden. Me atravesó el corazón. Vi el estado de mi alma. La cauterizó. Tomó en su puño mi pobre alma, enferma, la taladró con su amor que no espera... y me encontré con un alma nueva. Fui a Él arrepentido y confiado. No esperó que le dijese: “¡Señor, piedad!” Me dijo: “Sígueme”.

Él venció a Satanás dentro del corazón de un pecador. Sépalo esto quien se sintiera turbado dentro de su corazón. Él es el Salvador, a quien no hay qué esquivar, antes bien cuanto más alguien se siente pecador, tanto más hay qué acudir a Él con humildad, con arrepentimiento.

Santiago de Zebedeo, ahora es tu turno”.

“En realidad no sé qué decir. Habéis dicho lo que se me ocurría.

También yo estuve con Andrés en el Jordán, pero no caí en la cuenta de Él sino hasta cuando las palabras del Bautista me lo mostraron. Sin embargo al instante creí, y cuando hubo partido, después de su maravillosa manifestación, me quedé como quien después de haber contemplado al sol en su cenit, se le encierra dentro de una oscura cárcel. Me moría por encontrar al Sol. El mundo estaba sin luz, después que apareció la Luz de Dios y se me había desaparecido. Estaba solo entre los hombres. Cuando comía, me sentía con hambre. Nada me atraía, ni el dinero, cariños, trabajos. Todo me parecía como opaco, oscuro sin Él. Lloraba como el niño que ha perdido a su madre: “¡Regresa, Cordero del Señor! ¡Oh, Altísimo, así como enviaste a Rafael para que guiase a Tobías⁸, manda tu ángel para que me lleve por los caminos del Señor para que lo encuentre, para que lo encuentre!”

Y sin embargo, cuando después de muchos días, que para mí fueron siglos por el ansia que tenía de verlo y porque por vez primera había sido puesto en prisión nuestro Juan, lo vi venir por el camino que viene del desierto, no lo reconocí al punto.

En este punto, hermanos en el Señor, os quiero enseñar otro camino para llegar a Él y reconocerlo.

Simón de Jonás ha dicho que son necesarias la fe y la humildad para reconocerlo. Simón Zelote ha confirmado la absoluta necesidad de la fe para reconocer a Jesús de Nazaret al que está en el cielo y en la tierra, según lo que se ha dicho. Simón Zelote tuvo necesidad de una gran fe, dado el estado miserable de su enfermedad. Por eso ha afirmado que la fe y la esperanza son los medios para alcanzar al Hijo de Dios. Santiago, el hermano del Señor, ha mencionado el poder de la fortaleza para conservar lo que se ha encontrado. La fortaleza que impide que las asechanzas del demonio y de Satanás aplasten nuestra fe. Andrés ha dicho que es necesario conjugar la fe con una santa sed de justicia, tratando de conocer y retener la verdad, de cualquier boca que viniere, no por orgullo humano de ser doctos, sino por el deseo de conocer a Dios. Quien se instruye en la verdad, encuentra a Dios.

Mateo, en otro tiempo pecador, nos ha mostrado otro camino para llegar a Dios: despojarse de los sentidos por espíritu de imitación, diría yo, por reflejo de Dios que es pureza infinita. Lo que más llamó la atención a Mateo, cuando todavía estaba envuelto en pecados, fue la “casta virilidad” del Desconocido que había hecho su presencia en Cafarnaum. Como que si tal cosa hubiera tenido la fuerza de resucitar su continencia muerta. Como primer paso se abstuvo de todo lo que no estaba bien, y de este modo limpió el camino a Dios y a la resurrección de la virtud en su corazón. De la continencia pasó a la misericordia, de esta a la contrición, de esta a sobrepujarse a sí mismo y a unirse con Dios. “Sígueme”. “Voy”. Pero ya su corazón había dicho: “Voy” y el Salvador había ordenado “Sígueme” desde que por vez primera la virtud del Maestro llamó su atención.

Imitad. Porque cualquier experiencia, aun cuando penosa, es faro para evitar el mal y encontrar el bien para quienes tienen buena voluntad.

Por mi parte digo que cuanto más el hombre se esfuerza en vivir para el espíritu, se prepara mejor para reconocer al Señor para lo cual la vida angelical sirve muchísimo. Entre nosotros, los discípulos, fue Juan quien lo reconoció al punto, pese a la ausencia, dada la virtud con que se encuentra dotado. Aun cuando Jesús había hecho gran penitencia y su rostro estaba

⁸ Tob. 5-12.

demacrado lo reconoció mejor que Andrés. Por lo cual os digo que “seáis castos para poder reconocerlo”.

Judas ¿quiere hablar ahora?”

“Sí. Sed castos para poder reconocerlo, pero también para poderlo conservar en vosotros con su sabiduría, con su amor. Isaías dice en el lugar antedicho: “No toquéis lo que es impuro... purificaos vosotros quienes cargáis los vasos del Señor”⁹. En realidad, cualquier alma que se hace su discípulo es semejante a un vaso lleno del Señor y el cuerpo en el que está, es como el que carga el vaso sagrado del Señor. No puede estar Dios donde hay impureza.

Mateo dijo cómo el Señor ha dicho que nada de inmundo o de profano habrá en la Jerusalén celestial. Es menester no ser inmundos acá abajo, ni alejarse de Dios, para poder entrar. Infelices los que dejan todo para la última hora en que esperan arrepentirse. No siempre tendrán tiempo de hacerlo. Así como los que ahora lo calumnian no tendrán tiempo de crearse un corazón propio para el momento del triunfo, y no gozarán de sus frutos.

Tanto los que esperan como los que temen ver en el Rey santo y humilde a un monarca terrenal no estarán preparados para aquella hora. Se verán envueltos en el engaño, desilusionados por lo que se habían imaginado. Pues Dios no piensa como ellos.

La humillación de ser Hombre pesa sobre Él. Esto debemos recordarlo. Isaías¹⁰ dice que todos nuestros pecados pesan sobre la Persona divina que se ha revestido de carne humana. Cuando pienso que el Verbo de Dios tiene junto a Sí, como una costra sucia, toda la miseria del género humano, siento una gran compasión y trato de comprender el sufrimiento que debe padecer su alma sin culpa. Es como el asco que una persona sana sentiría al verse cubierta de todo lo sucio, de todo lo inmundo de un leproso. Verdaderamente que es el traspasado por nuestros pecados, el llagado con todas las concupiscencias del hombre. Su alma, que vive entre nosotros, debe estremecerse ante toda la miseria que contempla.

Y sin embargo Él no dice nada. No abre su boca para decir: “Me causáis asco” La abre solo para decir: “Venid a Mí, para que os quite vuestras culpas”. Es el Salvador. Llevado de su infinita bondad ha querido ocultar su belleza. La que, según dijo Andrés, si se hubiera aparecido como está en el cielo, nos habría convertido en ceniza. Mas ahora se ha hecho atractiva, como la de un manso cordero, para que todos puedan acercársele a Él, para que a todos salve. Su estado de humillación durará hasta que cumplido su término de vivir entre los hombres pecadores, sea levantado sobre la multitud de los rescatados, en el triunfo de su santa realeza. ¡Un Dios que saborea la muerte, para salvarnos a la vida!

Estas consideraciones os ayuden a amarlo sobre todo. Él es el Santo. Puedo afirmarlo, como Santiago también que crecimos con Él. Afirmo y lo afirmaré que estaré siempre pronto a dar mi vida por proclamar esta fe, para que los hombres crean en Él y tengan la vida eterna.

Juan de Zebedeo, te toca hablar a ti ahora”.

¹¹ ¡Qué bellos son los pies del mensajero que huella los montes! Del mensajero de la paz, del que anuncia la felicidad y predica la salud, del que dice a Sión: ‘¡Reina tu Dios!’ Hace dos años que estos pies incansables van por los montes de Israel llamando a sus ovejas para que formen la grey de Dios, confortando, sanando, perdonando, dando paz... su paz.

En verdad que me quedo asombrado cómo los collados no revienten de alegría, cómo no se estremezcan las aguas de nuestra Patria, al sentir la caricia de sus pies. Pero lo que más me asombra es el ver que no gritan de alegría los corazones y que llevados de júbilo no griten: “¡Sea alabado el Señor! ¡El esperado ha llegado! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” El que derrama gracias y bendiciones, paz y salud, y llama a su reino abriendo el camino, el que derrama amor con sus acciones, con su palabra, con su mirada, con su aliento.

¿Qué le pasa a este mundo para que esté ciego a la luz que vive entre nosotros? ¿Qué lastre, más grueso que las rocas que hay en las puertas de los sepulcros, y que impide que el

⁹ Cfr. Is. 52, 11.

¹⁰ Cfr. Is 52, 13- 53, 12.

¹¹ Cfr. Is. 52, 7.

alma no vea esta luz? ¿Qué montañas de pecado tiene sobre sí para que esté tan oprimido, aplastado, ciego, encadenado, paralizado, de modo que se queda inerte ante el Salvador?

¿Qué cosa es el Salvador? Es la luz fundida con el amor. Mis hermanos han alabado al Señor, han traído a la memoria sus obras, han señalado las virtudes para poder llegar a Él. Yo os digo. Amad. No hay virtud mayor, ni más semejante a su Naturaleza. Si amáis, podréis practicar todas las virtudes sin fatiga, comenzando por la castidad. No os será gravoso ser castos, porque amando a Jesús, a ningún otro ser amaréis inmoderadamente. Seréis humildes porque veréis en Él sus infinitas perfecciones con ojos de un amante y por esto os enorgulleceréis de las vuestras que son mínimas. Creeréis. Pues ¿quién hay que no crea a quien ama? Sentiréis el dolor que salva, porque será recto, esto es, un dolor para las penas que se le proporcionaron, penas que Él no merecía. Seréis fuertes. ¡Oh, sí! El que está unido con Jesús es fuerte. Fuertes contra cualquier cosa. Os veréis llenos de esperanza porque no dudaréis de su Corazón que os ama como sólo Él lo hace. Seréis sabios. Seréis todo. Amadle a Él que anuncia la verdadera felicidad, que predica la salvación, que incansable camina por montes y valles, invitando a que se reúna sus ovejas. Por sus senderos existe la paz. Existe en su reino que no es de este mundo, pero que existe en realidad, como en verdad existe Dios.

Dejad cualquier otro camino que no sea el suyo. Desechad toda neblina. Caminad hacia la luz. No seáis como el mundo que no quiere verla, que no quiere conocerla. Dirigíos a nuestro Padre que es el Padre de las luces, que es Luz ilimitada, por medio de su Hijo que es luz del mundo, para que podáis saber lo que es Dios en el abrazo del Paráclito que es el brillar de luces en una sola beatitud de amor, que une a los Tres en Uno. ¡Infinito océano de Amor, donde la tempestad no existe, donde no hay tinieblas, acógenos! ¡A todos! ¡A los inocentes como a los que se han convertido! ¡En tu paz! Por toda la eternidad. A todos los que estamos en la tierra para que te amemos, oh Dios, y al prójimo como quieres. A todos los que están en el cielo, para que amemos siempre no sólo a Ti y a los que lo pueblan, sino también a nuestros hermanos que están en la tierra, en espera de la paz, y como ángeles de amor los defendamos y sostengamos en las luchas y tentaciones, para que puedan estar contigo en tu paz, para gloria eterna de nuestro Señor Jesús, Salvador que ama al hombre hasta el aniquilamiento sublime de Sí mismo”.

Como siempre Juan, subiendo con sus alas de amor, arrastra consigo las almas a alturas incomprensibles del amor y del silencio místico.

Pasan algunos minutos y los oyentes vuelven en sí. El primero que habla es Filipo, que pregunta: ¿Y Juan el pedagogo, no va a hablar?”

“Os hablará siempre, cuando no estemos ya. Dejadlo que goce de su paz, y dejadnos algunos minutos con él. Tú, Saba, haz lo que te dije antes, lo mismo que tú, buena Berenice...”

Salen las dos. Se quedan los apóstoles y los dos discípulos. Un silencio profundo reina. Todos están pálidos. Los apóstoles porque saben lo que va a suceder. Los discípulos porque lo presienten.

Pedro no dice más que esta palabra: “Roguemos” y empieza él “Padre nuestro”. Después pálido como jamás estará ni aun ante la muerte, dice a los dos, sobre los que pone una mano: “Ha llegado el momento de despedirnos, hijos. ¿Qué queréis que diga al Señor en vuestro nombre? Pues estará ansioso de saber cómo os encontráis”.

Síntica cae de rodillas, cubriéndose la cara con las manos, y Juan la imita. Pedro que los tiene a sus pies, inconcientemente los acaricia, mientras se muerde los labios para no dejarse llevar de la emoción.

Juan de Endor levanta su cara destrozada del dolor y dice: “Comunicaréis al Maestro que hacemos su voluntad...”

Y Síntica: “Y que nos ayude a realizarla hasta el fin...” El llanto impide decir algo más.

“Está bien. Démonos el beso de despedida. Debía llegar este momento...” Pedro, no termina su frase, por el llanto que se le agolpa en la garganta.

“Bendícenos” suplica Síntica.

“No. Yo no. Mejor, uno de los hermanos de Jesús...”

“No. Tú eres el jefe. Los bendeciremos dándoles el beso. Bendícenos a todos. A los que partimos, como a los que se quedan” dice Tadeo arrodillándose él primero.

Pedro, el pobre Pedro, que está colorado por el esfuerzo de controlarse, por el ansia que experimenta, con una voz áspera por el llanto, una voz como de anciano, pronuncia sobre los arrodillados la bendición mosaica¹².

Luego se inclina. Besa en la frente a Síntica, como si fuese su hermana. Levanta, abraza y besa a Juan... y sale de la habitación mientras los demás se despiden de los discípulos.

Afuera el carro los está esperando ya. No están presentes más que Filipo y Berenice, y el siervo que detiene el caballo. Pedro está ya sobre la carreta...

“Comunicarás al patrón que no se preocupe por los dos recomendados” dice Filipo a Pedro.

“Diréis a María que me parece sentir la paz de Euqueria desde que se hizo discípula” dice en voz baja Berenice a Zelote.

“Diréis al Maestro, a María, a todos, que los amamos y que ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Oh, no los veremos más! ¡Adiós, hermanos! ¡Adiós!...”

Corren los dos discípulos hacia el camino... Pero la carreta que veloz ha partido, ha dado la vuelta por la curva... Ha desaparecido...

“¡Síntica!”

“¡Juan!”

“¡Estamos solos!”

“¡Dios está con nosotros!... ven, pobre Juan. El sol descende. Te podría hacer mal estar aquí...”

“Se me ha ocultado para siempre... Sólo en el cielo volverá a levantarse”.

Entran donde estaban antes. Se sientan junto a una mesa, y se entregan a un llanto desconsolador.

13. Regresan los ocho. En Aczib

10 noviembre 1945

Jesús está sobre la cima de un monte, vuelto hacia el noreste. Tiene un rostro enflaquecido, pálido, con una tristeza que deja ver su sufrimiento. Sobre la cima del monte hay un poblado, Jesús no está adentro, sino sobre la pendiente que da al sudeste.

Mira por todos lados. Ve una cadena de montes que en la extremidad noroeste y suroeste se lanza al mar; al suroeste se une al Carmelo, que allá en la lejanía sereno se contempla; al noroeste con un pico, algo así como el espolón de una nave. De esta cadena montañosa y en esta estación bajan arroyos y riachuelos, que a través de la llanura corren a arrojar en el mar. Cerca de la amplia bahía de Sicaminón, desemboca el más orgulloso de los torrentes, el Kisón, uniéndose con otro afluente. El sol meridiano de un día sereno arranca zafiros o topacios de los ríos, mientras el mar es un inmenso zafiro adornado con ollares de perlas. La primavera se asoma con sus nuevas hojitas que rompen la yema. Son delicadas, brillantes, ignoran el polvo, la tempestad, las picaduras de insectos o el contacto del hombre. Las ramas de los almendros son copos de espuma blanco-rosada tan sutiles, que dan la impresión de querer escaparse en alas del viento y remar por él por los cielos. También los campos de la llanura, que es muy extensa, pero sí fértil, que va del noroeste al suroeste engalana con su verdor los campos que antes se vestían sólo de tristeza.

Jesús sigue observando. Desde el punto donde está ve tres caminos. El que sale del poblado y llega hasta donde está. Es un buen camino. Los otros que salen también del poblado, bajan y se bifurcan en dirección opuesta: hacia el noroeste, hacia el suroeste.

¡Cuánto habrá padecido Jesús! Se ve que ha sufrido más que cuanto ayunó en el desierto. Entonces estaba pálido, pero era todavía joven, gallardo. Ahora está enjuto, como que si sus

¹² Cfr. Núm. 6, 22-27.

fuerzas físicas y morales se le hubieran acabado. Su mirada es muy triste, con una tristeza dulce y severa al mismo tiempo. Sus mejillas hacen resaltar mucho más la espiritualidad de su perfil, de su despejada frente, de su nariz larga y recta, de su boca, de sus labios donde no existe en modo alguno la sensualidad. Un rostro angelical en que no hay nada de material. Tiene la barba más larga que de costumbre, y la de las mejillas se mezcla con los cabellos que le caen sobre las orejas, de modo que en su rostro se ven tan sólo su frente, sus ojos, la nariz, los pómulos sutiles, de un color de marfil sin nada rosado. Tiene los cabellos peinados a la buena de Dios. Conservan el recuerdo de donde estuvieron, pues hojitas secas, pedacitos de palo se han quedado allí. Su vestido, el manto, llenos de polvo, arrugados, denuncian que estuvo en un lugar donde no encontró ninguna comodidad.

Jesús mira... El sol de mediodía le da calor, y parece como que se siente a gusto porque se separa al sentir la sombra de algunos zarzales para que le dé el sol. Pero aun cuando el sol sea claro, no logra iluminar sus cabellos polvorientos, ni en sus ojos prender alguna chispa, por lo cansados que están, ni en su rostro enflaquecido pintar algún colorcito.

Ahora no es el sol que le da fuerzas, que le da color en su ser. Es el haber visto a sus queridos apóstoles que suben gesticulando, y mirando hacia el poblado desde el camino que viene del noroeste, que es el mejor. Entonces se realiza la metamorfosis. Sus ojos se encienden, su rostro parece perder su flacura, pues un color rosado corre por las mejillas, y más que todo la sonrisa que lo ilumina. Abre los brazos que tenía cruzados y exclama: "¡Ahí están los míos!" Lo dice levantando su rostro, volviendo sus ojos por lo que le rodea, como si quisiera comunicar a las plantitas, a los árboles, al cielo sereno, al aire que empieza a gustar de la primavera, su alegría y su júbilo.

Se sujeta bien el manto para que no se le vaya a enredar entre los arbustos y rápido baja por una vereda al encuentro de los discípulos que suben y que todavía no lo han visto. Cuando está ya un poco cerca los llama para que no sigan subiendo hacia el poblado.

Escuchan su grito. Tal vez desde el lugar donde se encuentran no pueden ver a Jesús debido a los árboles que cubren la pendiente. Miran a su alrededor... Jesús los llama nuevamente... un claro del bosque lo descubre a sus ojos, iluminado por el sol, con los brazos extendidos, prontos a abrazarlos.

Un grito repercute: "¡El Maestro!" Y todos corren como pueden, agarrándose de lo que alcanzan las manos. El peso de las alforjas les parece ligero... Tanta es la alegría que los embarga.

Es claro que los primeros en llegar sean los más jóvenes y más ágiles, esto es, los dos hijos de Alfeo acostumbrados a caminar por colinas, luego Juan y Andrés que corren como dos cervatillos, con la sonrisa en la cara. Caen a los pies de Jesús, llenos de amor, de reverencia. Felices, sí, felices... luego llega Santiago de Zebedeo, y casi al mismo tiempo, Mateo, Zelote y finalmente Pedro.

Este se abre paso para acercarse al Maestro. Hace a un lado a sus compañeros que besan los vestidos o las manos del Maestro. Toma con todas sus fuerzas a Juan y a Andrés que están pegados como ostras a los vestidos de Jesús, y jadeando todavía, los hace a un lado para poder caer a los pies de Jesús diciendo. "¡Oh, Maestro mío! ¡Ahora finalmente la vida vuelve en mí! No estaba yo contigo. He envejecido, enflaquecido como si hubiera estado muy enfermo. Mira si no es verdad, Maestro..." y levanta la cabeza para que se la vea Jesús, y al hacerlo ve lo delgado de su rostro. De un brinco se pone de pie, grita: "Maestro, ¿qué te ha pasado? ¡Tontos, ved! ¿No veis nada? ¡Jesús ha estado enfermo!... Maestro mío ¿qué te pasó? Dímelo".

"Nada, amigo".

"¿Nada? ¿Y entonces ese rostro? ¿Entonces alguien te causó algún mal?"

"No, Simón".

"¡No es posible! O has estado enfermo o te han perseguido. Tengo buenos ojos..."

“También yo, y te veo que has adelgazado y envejecido en verdad, ¿Por qué?” pregunta sonriendo el Señor a su discípulo que lo escudriña como si quisiera leer la verdad en los cabellos, en la piel, en la barba.

“Sufrí y no lo niego. ¿Crees que haya sido una cosa alegre haber visto tanto dolor?”

“Tú lo has dicho! También Yo he sufrido por el mismo motivo...”

“Jesús, ¿sólo por eso?” pregunta compadecido y cariñoso Judas de Alfeo.

“Por ese dolor, hermano mío. Así es. Por el dolor que experimenté por tener qué haberlos enviado...”

“Y por el dolor que tuviste al verte obligado por...”

“¡Por favor!... ¡Silencio! Prefiero el silencio sobre mi herida que cualquier palabra que quiera consolarme diciendo: “Sé por qué has sufrido”. Por otra parte, tenedlo presente que he sufrido por *muchas* cosas, no solo por esa. Si Judas no me hubiera interrumpido, os lo hubiera dicho” Jesús dice esto con un poco de severidad. Los apóstoles no saben qué hacer.

Pasados algunos instantes Pedro pregunta: “¿Dónde has estado, Maestro? ¿Qué has hecho?”

“Estuve en una gruta... orando... meditando... fortificando mi espíritu para conseguir fuerzas para vosotros en vuestra misión, para Juan y Síntica en su sufrimiento”.

“¿En dónde? ¡Sin tener tus vestiduras, sin dinero! ¿Cómo te las arreglaste?” Simón está inquieto.

“En una gruta no necesitaba de ninguna cosa”.

“¿Pero la comida? ¡El fuego! ¡La cama! En una palabra... ¡todo! Yo me imaginaba que te hospedarías, como un peregrino que ha perdido su camino, en Yiftael, en alguna parte, en casa de alguien. Este pensamiento me tranquilizaba un poco. ¡Bueno! Decir vosotros si no era mi inmensa preocupación que estuviera sin vestiduras, sin alimentos, sin poder obtener nada, sin voluntad de procurárselos para decirlo de una vez. ¡Ah, Jesús! ¡No deberías de haber hecho eso! ¡Pero no *me* la harás otra vez! No te volveré a dejar ni por una hora. Me coseré a tus vestidos para ir contigo a dondequiera como tu sombra, bien te guste, o no. Sólo si me muero, me separaré de Ti”.

“O si Yo muero”.

“¡Oh, Tú no! No debes morir antes que yo. No lo digas. ¿Quieres llenarme de tristeza?”

“No. Más bien quiero regocijarme contigo, con todos, en esta hora en que vuelvo a veros queridos amigos. Ved, estoy mejor porque vuestro amor sincero me es alimento, me da calor, me consuela” y acaricia a uno por uno. En sus caras brilla una sonrisa de felicidad, sus ojos lucen, tiemblan sus labios por la emoción. Preguntan: ¿De veras, Señor? ¿No exageras, Maestro? ¿Nos quieres tanto?”

“Sí, mucho. ¿Tenéis algo de comer?”

“Sí. Presentía que tendrías mucha hambre, y compré algo en el camino. Traigo pan y carne fría. También traigo leche, queso y manzanas, además la cantimplora llena de un buen vino, y huevos para que te los comas, a no ser que se hayan roto...”

“Entonces, sentémonos aquí, bajo este bello sol y comamos. Y así podréis referirme lo que os pasó”.

Se sientan bajo el sol sobre una especie de promontorio. Pedro abre su alforja, mira lo que trae: “¡Todo está a salvo!” exclama. “También la miel de Antigonía. ¡Claro! Si lo había dicho yo que si nos metíamos en una lancha, que nos hubiera dado vueltas por todas partes, o en una barca sin remos, y hasta con agujeros y que nos hubiéramos topado con una tempestad, que habríamos llegado sanos y salvos... Pero a la ida, jeso sí! Cada vez más me convenzo que el demonio nos ponía trancas, para que no fuéramos con ellos...”

“¡Es natural! Ahora no veía ningún objeto...” asegura Zelote.

“Maestro ¿hiciste penitencia por nosotros?” pregunta Juan que no come por estar viéndolo.

“Sí. Os seguí con el corazón. Sentí vuestros peligros y vuestras penas. Os ayudé como pude...”

“¡Ah! ¡Yo lo sentí! Os lo dije. ¿Os acordáis?”

“Así fue” dicen todos.

“¡Bueno! Ahora me devolvéis lo que os di”.

“¿Has ayunado, Señor?” pregunta Andrés.

“¡Necesariamente! Aun cuando hubiera querido comer ¿cómo podía haberlo hecho en una gruta, y sin dinero” le responde Pedro.

“¡Por culpa nuestra! ¡Mucho lo siento!” dice Santiago de Alfeo.

“¡Oh no! ¡No os aflijáis! No fue sólo por vosotros, también por todo el mundo. Como hice cuando empecé mi vida apostólica, así también ahora lo hago. En aquellos días los ángeles me ayudaron, ahora fuisteis vosotros. Creedme, que mi alegría es doble, porque para los ángeles el servir es algo suyo, mientras que en los hombres la cosa no es tan fácil. Vosotros fuisteis caritativos. Y siendo hombres, os convertisteis en ángeles, porque quisisteis ser santos contra cualquier circunstancia. Por esto hacéis que sea Yo feliz como Dios y como Hombre-Dios. Me dais lo que es de Dios: la caridad, y me dais lo que es propio del Redentor: vuestra elevación a la perfección. Esto proviene de vosotros y para mí es más nutritivo que cualquier otro alimento. Allá en el desierto también me alimenté de amor después del ayuno. Y me sentí bien. También ahora. Todos hemos sufrido. Yo y vosotros, pero nuestro sufrimiento no ha sido inútil. Creo, mejor dicho, sé que os ha servido más que un año de adiestramiento. El dolor, el reflexionar en lo que un hombre puede hacer de mal a su semejante, la compasión, la fe, la esperanza, la caridad que ejercitasteis y solos, os convierte en adultos...”

“Por lo que a mí toca, me he hecho viejo. No volveré a ser el Simón de Jonás que no hace mucho partió. He comprendido cuán dolorosa, fatigosa, dentro de su belleza, sea nuestra misión...” suspira Pedro.

“Bueno, estamos aquí juntos. Contad lo que pasó...”

“Habla tú, Simón. Sabes hacerlo mejor que yo” dice Pedro a Zelote

“No. Tú fuiste un buen jefe. ¡Cuéntalo como puedas!” le replica.

Empieza Pedro, no sin antes decir: “Pero ayudadme”.

Cuenta lo que sucedió desde que partieron hasta llegar a Antioquía. “Todos sufrían ¿sabes? Jamás olvidaré las palabras de los dos...” Pedro se quita con el dorso de la mano dos lágrimas que de pronto le habían salido... “Me parecieron los últimos gritos de dos que se estuvieran ahogando. Bueno... decir, vosotros, algo... yo no puedo...” y se levanta para ir a ocultar la emoción.

Simón Zelote habla: “Por un espacio de tiempo ninguno de nosotros habló... Y no podíamos... La garganta nos molestaba por el ansia de querer llorar. Y sin embargo no pudimos... porque si uno de nosotros hubiera empezado, todo se hubiera acabado. Tomé las riendas porque Simón de Jonás, para no dejar ver que sufría, se metió en el fondo de la carreta, entre las alforjas. Nos detuvimos en una pequeña población, que hay entre Antioquía y Seleucia. Allí nos detuvimos, porque si es verdad que la luna iluminaba todo, no podíamos continuar porque ignorábamos el camino. Allí pasamos el resto de la noche, entre nuestras cosas. No comimos. Y ¿quién iba a hacerlo? Sólo pensábamos en los dos... Cuando apenas el alba despuntó, pasamos el puente y llegamos antes de las nueve a Seleucia. Devolvimos la carreta y el caballo al fondero. ¡Qué hombre tan bueno! Nos ayudó a escoger la nave. Nos dijo: “Voy con vosotros al puerto. Me conocen y conozco a todos”. Encontró que tres navíos partían para estos lugares, pero en uno de ellos había ciertos... tipos que no hubiéramos querido tener cerca. Esto lo supimos porque el dueño de la nave se lo había dicho. La otra era de Ascalona y no quería hacer escala en Tiro sólo por nosotros, si no le pagábamos una cantidad que no teníamos ya. La tercera era una pobrecita, que traía madera. Realmente una pobrecita embarcación con poca tripulación, y hasta me parece, muy pobre. Por esta razón y porque se detenía en Cesarea consintió en atracar en Tiro, con la condición de que se le pagasen los gastos de un día y el salario para la tripulación. Nos pareció que no estaba mal. Por lo que se refiere a mí y a Mateo ambos teníamos desconfianza, pues es la estación de las tormentas... y bien sabes lo que nos había pasado en la ida. Pero Simón Pedro dijo: “No pasará nada”. Subimos, pues. Parecía como si ángeles fuesen las velas de la barca. Tan

suave y ligeramente se deslizaba. En menos de la mitad del tiempo llegamos a Tiro. El dueño se portó tan bien que nos permitió que remolcásemos la barca hasta Tolemaide. Bajaron Pedro, Andrés y Juan, entendidos en las maniobras. Realmente se trataba de algo sencillo... no como cuando partimos... Estábamos tan contentos que le dimos más dinero de lo pactado, antes de bajar en la barca donde estaban ya todas nuestras cosas. Nos detuvimos un día en Tolemaide, y luego nos vinimos para acá... Pero nunca olvidaremos lo que sufrimos. Simón de Jonás tiene razón”.

“¿No teníamos razón al decir que el demonio era el que nos ponía zancadillas?” preguntan varios.

“La teníais. Escuchadme ahora. Vuestra misión ha terminado. Regresemos en dirección de Yiftael, para esperar a Felipe y a Natanael. Tenemos qué darnos prisa. Los demás llegarán después... Entre tanto evangelizaremos aquí, en los confines de Fenicia y en la misma Fenicia. Lo que pasó, quede sepultado *para siempre* en nuestros corazones. A ninguna pregunta sobre ello se le dará respuesta”.

“¿Ni siquiera a Felipe y a Natanael? Saben que vivimos contigo”.

“Esto me toca a Mí. Mucho he sufrido, amigos míos, y lo estáis viendo. Mis sufrimientos pagaron la tranquilidad de que gozan Juan y Síntica. Procurad que no sean inútiles mis sufrimientos. No hagáis más pesada mi carga... El peso que mis espaldas cargan, aumenta diariamente... Decid a Natanael que he sufrido mucho, lo mismo a Felipe y que se conformen. Decidlo a los otros dos, pero no más. Es verdad que digáis que me habéis visto que he sufrido y que no lo negué. Otra cosa no es necesaria”.

Jesús habla como un hombre cansado... Los ocho, afligidos lo miran. Pedro se atreve a acariciarlo en la cabeza, acercándosele. Jesús levanta su cabeza, mira a su buen Simón con una sonrisa de amorosa tristeza.

“¡Oh, no puedo verte así! Me parece como si la alegría de habernos encontrado se hubiera acabado, y que no quede otra cosa más que la santidad. Bueno... Vayámonos a Aczib. Allí te cambiarás de vestido, te rasurarás y te peinarás. Así como estás ¡no es posible! ¡No puedes verte en esa forma Me das la impresión... de uno que se hubiera escabullido de sus verdugos. De uno que está agotado. De un abatido... Te pareces a Abel de Belén de Galilea, cuando se vio libre de sus enemigos...”

“Tienes razón, Pedro. El corazón de tu Maestro que se siente atormentado, no sentirá ninguna consolación... Cada vez más será herido. Vámonos...”

Juan lanza un suspiro: “Me desagrada... Yo quería contar a Tomás que quiere mucho a tu Madre lo de la canción y lo del ungüento”.

“Se lo contarás algún día... Por ahora, no. Llegará un día en que todo lo diréis. Yo mismo os diré: “Ida hablar todo lo que sabéis”. Entre tanto procurad ver en el milagro la verdad. Esto es, lo que significa el poder de la fe. Tanto Juan como Síntica hicieron que se calmara el mar, que se curara al marinero no por sus palabras, ni por el ungüento, sino por la fe con que invocaron el nombre de María. Y también porque junto a la fe de ellos estaba la vuestra, y vuestra caridad. Caridad para con el herido, caridad para con el cretense. A aquel le quisisteis conservar la vida, a este comunicar la fe. Pero si es fácil curar los cuerpos, difícil es curar los corazones. No hay enfermedad más difícil que la espiritual...” y Jesús lanza un fuerte suspiro.

Están cerca de Aczib. Pedro y Mateo van en busca de alojamiento. Lo demás alrededor de Jesús lo siguen. El sol se apaga rápidamente, mientras entran en el poblado...

14. Algunos días en Aczib con seis apóstoles

11 noviembre 1945

“Señor, esta noche he estado pensando... ¿Por qué quieres ir tan lejos, para regresar a los confines fenicios? Déjame que vaya con otro. Venderé a Antonio... me desagrada... pero no nos sirve más... y podría llamar la atención. Iré en busca de Felipe y Bartolomé. Tienen qué seguir ese camino, y sin duda que los encontraré. Puedes estar seguro que no diré ni una

palabra. No quiero causarte alguna pena... Entre tanto te quedas con los demás, descansas y nos libramos de hacer el camino de Yiftael... lo haremos más pronto" dice Pedro cuando salen de la casa donde pasaron la noche. Vestiduras limpias, barba y cabello bien arreglados gritan que les ha ido bien.

"Tienes buena idea. Puedes hacerlo. Llévate al compañero que quieras".

"Me llevo a Simón. Bendícenos, Señor".

Jesús lo abraza diciendo: "Os doy mi beso

"Podéis ir".

Los sigue con la vista cuando ligeros caminan hacia la llanura.

"¡Qué bueno es Simón de Jonás! En estos días he comprendido lo que vale, cosa que no antes" dice Judas Tadeo.

"Lo mismo yo" añade Mateo. "Nunca se portó egoísta, ni soberbio, ni duro".

"Nunca se aprovecho de su puesto de jefe ¡al contrario! Parecía ser el último de nosotros, conservando su lugar" añade Santiago de Alfeo.

"A nosotros no nos causa ninguna admiración. Hace años que lo conocemos. Fogoso, pero es todo corazón. ¡Y además justo!" replica Santiago de Zebedeo.

"Mi hermano es bueno, aunque un poco áspero. Desde que está con Jesús, se ha hecho mejor. Mi carácter es diverso del suyo, y por eso algunas veces se ponía de mal humor. La razón era que comprendía que me desagradaba su manera de ser. Lo hacía por mi bien. Cuando se le comprende, cualquiera puede ser su amigo" explica Andrés.

"En estos días nos hemos comprendido y hemos sido un solo corazón" afirma Juan.

"Lo mismo he notado yo. Durante toda una luna, y aun en momentos de excitación, nunca nos pusimos de mal humor... Mientras que algunas veces... no sé por qué..." monologa Santiago de Zebedeo.

"¿Por qué? Es fácil de comprender. Nuestras intenciones fueron rectas. No habrán sido perfectas. Por esto aceptamos lo bueno que alguien proponía, o nos apartamos del mal que alguno de nosotros mostró. ¿Por qué? ¡Fácil es decirlo! Porque los ocho teníamos un solo pensamiento: hacer las cosas de modo que Jesús estuviese contento de ellas. Esta es la razón" explica Tadeo.

"No pienso que los demás piensen de modo diferente" añade Andrés.

"No. Claro que Felipe, no, ni Bartolomé, aunque está ya viejo y *muy* Israel... Tampoco Tomás, aun cuando todavía es muy humano. Cometería un error si los acusase a ellos de... ¡Jesús, tiene razón! ¡Perdóname! Pero si supieses lo que es para mí el verte sufrir. ¡Y por causa de ése! Soy tu discípulo como todos los demás, pero soy ante todo tu pariente y amigo, y la ardiente sangre de Alfeo bulle en mí. Jesús, no me mires con esos ojos duros y tristes al mismo tiempo. Tú eres el Cordero y yo... el león. Sabes que me hago fuerza para no dar un zarpazo contra las redes de calumnias que te envuelven, y en destruir los parapetos detrás de los cuales se oculta el verdadero enemigo. Me gustaría ver su cara espiritual, a la que puedo darle un nombre...tal vez cometo una calumnia al hablar así. Le pondría una señal si lograra yo conocerlo lo mejor posible, pues le quitaría para siempre las ganas de dañarte" habla enérgico Tadeo, que al principio se refrenó al ver una mirada de Jesús.

Y Santiago de Zebedeo. "Deberías poner de un lado la mitad de Israel... Jesús continuará siendo el mismo. Has visto tú mismo que nada puede oponérsele. ¿Qué hacemos ahora? ¿Has predicado aquí?"

"No. Ayer llegué a estos lugares. Dormí en la selva".

"¿No quisieron darte hospedaje?"

"No tenían ganas de aceptar a un peregrino... No tenía dinero..."

"¡Tienen corazón de piedra! ¿Qué podían temer de Ti?"

"Que fuera un ladrón... Pero no importa. El Padre que está en los cielos hizo que encontrase una cabra perdida. Venid que os la voy a enseñar. Está allá en lo tupido con su cabrito. No huyó cuando vio que me acercaba. Me dejó que la ordeñase... como si fuese yo su hijo... Dormí cerca de ella, con el cabrito sobre mi pecho. ¡Dios es bueno con su Verbo!"

Van al lugar, que es tupido y espinoso. Hay allí una encina vieja, que no comprendo cómo puede vivir, pues tiene al descubierto sus raíces, como si se hubiera abierto el suelo, y se hubiera partido su tronco, envuelto en hierbas trepadoras y zarzas que por ahora no tienen hojas. Ahí cerca está pastando la cabra con su cabrito, y al ver gente levanta sus cuernos en señal de defensa. Más al reconocer a Jesús se tranquiliza. Le arrojan pedazos de pan, y se van.

“Allí dormí” dice Jesús. “Y allí me hubiera estado, si no hubierais llegado. De veras que tenía hambre. El motivo del ayuno había terminado... No era necesario seguir insistiendo en cosas que no pueden cambiarse...”

Nuevamente la tristeza invade a Jesús... Los seis se miran entre sí, pero no hacen ninguna pregunta.

“¿A dónde vamos ahora?”

“Por ahora nos quedaremos aquí. Mañana bajaremos a predicar por el camino de Tolemaida, y luego iremos hacia los confines de Fenicia para regresar el día anterior al sábado”.

Despacito, despacito se van hacia el poblado.

15. Evangelizan yendo a Fenicia

11 noviembre 1945

El camino que viene de Fenicia a Tolemaida es muy cómodo, pasa derecho, derecho entre la llanura, el mar y los montes. Dado que está bien cuidada, muchos transitan por ella. Muchas veredas la atraviesan. En los cruces no deja de verse una casa, un pozo, o una herrería donde pueden ponerse herraduras a los animales.

Jesús y los seis que con Él se han quedado, caminan unos dos kilómetros, viendo siempre lo mismo. Se detiene cerca de una de estas casas que tiene pozo y herrería, cerca de un cruce que está junto a un puente, que es ancho solo para que pase por él un carro. Esto da ocasión a los pasajeros, de razas diversas, por lo que puedo imaginar, esto es, fenicios e israelitas, que mutuamente se odian, de darse la mano para maldecir a Roma... Sin Roma no tendrían ni siquiera ese puente, y con el río colmado nadie hubiera pasado. Pero así son las cosas, ¡el opresor siempre es odioso, aun cuando hace el bien!

Jesús se para cerca del puente, en el ángulo donde da el sol, donde está la casa, donde se percibe el mal olor de la herrería, donde se están poniendo herraduras a un caballo y a dos asnos que las perdieron. El caballo está uncido a un carro romano en que hay unos soldados que se divierten haciendo gestos a los israelitas que los maldicen. Y arrojan un pedazo de carne de caballo a un viejo narigudo, más feo que todos los demás, que maldice, que sería capaz de morderlos como una víbora... ¡Imagínese uno lo que sucede! El viejo escapa gritando como si le hubiesen arrojado lepra. Los demás hebreos se le unen. Los fenicios irónicos gritan: “¿Qué tal el nuevo maná? Comedlo, comedlo para que tengáis fuerza de gritar contra los que son demasiado buenos. ¡Hipócritas víboras!” Los soldados se hacen guiños... Jesús no dice nada.

Finalmente se va el carro romano que se despide del herrero con el grito de: “¡Salve Tito! ¡Y que la pases bien!” Tito, un hombre ya de edad, de cuello de toro, sin barba, con negríssimos ojos resplandecientes sobre una robusta nariz, y debajo de una frente ancha, donde hay pocos cabellos, y los que quedan son cortos y un tanto encrespados, levanta su pesado martillo con una señal de adiós, luego vuelve al yunque, donde ve que un joven ha puesto un hierro candente, entre tanto que otro prepara la pezuña de un asno para que le pongan su herradura.

“Los herreros a lo largo del camino son casi todos romanos. Soldados que se han quedado después de su servicio. ¡Y que si ganan!... Jamás encuentran obstáculo alguno en curar a los animales... Un asno puede perder su herradura cuando el sol ya se pone en el día del sábado, o cuando son las Encenias... y ¡ellos como si nada!” hace notar Mateo.

“El que puso las herraduras a Antonio está casado con una hebrea” dice Juan.

“Hay más mujeres necias que inteligentes” picante observa Santiago de Zebedeo.

“¿Y de quién son los hijos? ¿De Dios o del paganismo?” pregunta Andrés.

“Generalmente son del que es más fuerte” contesta Mateo. “Si la mujer no es una apóstata, los hijos son hebreos, porque ellos no se preocupan de más. No son demasiado... fanáticos ni siquiera cuando se trata de su Olimpo. Creo que no piensan en otra cosa más que en ganar dinero. Están llenos de hijos”.

“Con todo son unos hombres dignos de desprecio. Sin fe, sin patria... odiados por todos...” objeta Tadeo.

“Te equivocas. Roma no los desprecia, antes bien los ayuda. Son más útiles así que cuando llevaban las armas. Entran en nosotros corrompiéndonos más con su maldad que con la violencia. Quien sufre no es otro que la primera generación. Luego se desparraman... y el mundo olvida...” replica Mateo que parece conocer bien las cosas.

“Tienes razón. Son los hijos los que sufren, pero también las mujeres hebreas casadas con ellos... Por sí y por sus hijos. Me dan compasión. Nadie les habla de Dios. Pero no sucederá más en adelante. No existirán más estas separaciones de hombres y de naciones, porque las almas estarán unidas en una sola patria: la mía” interviene Jesús que hasta estos momentos había estado callado.

“¡Para entonces habrán muerto!...” exclama Juan.

“No. Se habrán acogido a mi nombre. No habrá más romanos o libios, griegos o iberos, galos, egipcios o hebreos, sino almas de Jesús. ¡Ay de aquellos que traten de hacer distinción entre las almas, a las que quiero igualmente, por las que he sufrido y sufriré, basándose sólo en los lugares en que nacieron! El que hiciere así, demostrará no haber comprendido la caridad, que es universal”.

Los apóstoles comprenden la reprehensión velada, y bajan la cabeza...

Los golpes sobre el yunque van cesando poco a poco. Los golpes sobre la pezuña del asno van terminando. Jesús se aprovecha de esto para hablar en voz alta a la gente que hay. Parece como si continuara hablando con los discípulos, pero en realidad se dirige a los que pasan, y tal vez a las mujeres que hay dentro de la casa porque se oyen gritos femeninos.

“Aun cuando parece que no existe un parentesco, este siempre existe entre los hombres. Todos provienen de mismo Creador. Si los hijos de un mismo Padre se han separado, esto no quita el lazo de origen, de igual modo como no se cambia la sangre de un hijo cuando abandona la casa paterna. Por las venas de Caín corría la misma sangre de Adán, aún después de que cometió su crimen y empezó a huir por el vasto mundo. Por las venas de los hijos nacidos de Eva que lloraba por su hijo asesinado, corría la misma sangre que bullía por las del lejano Caín.

Con mayor razón existe esta igualdad entre los hijos del Creador. ¿Desparramados por doquier? ¿Desterrados? ¿Apóstatas? ¿Culpables? ¿Hablando diversas lenguas o profesando una religión distinta? ¿Impuras por haberse casado con paganos? Todo esto puede ser cierto, pero el alma ha procedido de Uno solo y el alma no cambia jamás, aun cuando sea dilacerada*, perdida, desterrada, impura... Aun cuando sea causa de dolor para el Padre, no por eso deja de ser algo que Él creó.

Los hijos buenos de un Padre tan bueno deben abrigar también sentimientos buenos, para con el Padre, para con sus hermanos, pese a lo que fueren, porque tienen un mismo origen. Debe tener sentimientos buenos para con el padre tratando de consolarlo al devolverle los hijos que le causan dolor, con sus pecados, con su apostasía, o con el paganismo. Deben ser buenos porque tienen un alma que ha venido del Padre, alma encerrada dentro de un cuerpo culpable, alma afeada, atontada por una religión equivocada, pero siempre un alma que es del Señor, como la nuestra.

Tened en cuenta, vosotros de Israel, que no hay nadie, ni aun el más grande idólatra, ni el más pagano entre los paganos, o el más ateo de entre los hombres que no tenga dentro de sí

* dilacerar = desgarrar los tejidos provocando una herida.

una huella de su origen. No olvidéis quienes separándoos de la verdadera religión, os habéis casado con alguien, con el que según nuestra religión no es permitido¹, que aun cuando penséis que lo que era de Israel ha muerto en vosotros, que ha sido ahogado por un amor hacia otro, no lo es. El Israel en vosotros no ha muerto. Tenéis el deber de soplar en el fuego que se está extinguiendo, de sostener la chispa que sigue viviendo porque Dios así lo quiere, para que se sobreponga a un amor carnal, que cesa sólo con la muerte, pero no es así vuestra alma. Tenedlo presente. Y vosotros, quienes fuereis, que os escandalizáis de los matrimonios mixtos, del matrimonio de una hebrea con otro de raza o religión diferente, pensad que tenéis la obligación de ayudar caritativamente a la hermana extraviada a que encuentre el camino que lleva al Padre.

Esta es la nueva ley, que ama el Señor: que los seguidores del Redentor rediman donde hay alguien a quien debe redimirse, para que Dios sonría al ver las almas que regresan a Él, y para que no sea estéril o demasiado poco el sacrificio del Redentor.

Para hacer fermentar mucha harina, la mujer de casa toma un poco de levadura que hizo la semana anterior. ¡Todos ven que es una poca cosa para tanta masa! La echa adentro de la harina y la protege contra cualquier cosa.

Haced lo mismo, vosotros que sois verdaderos seguidores del bien, y obrad de igual modo, vosotros que os habéis alejado del Padre y de su reino. Sed vosotros los primeros en dar una partecita de vuestro fermento para que ayude a lo poco que hay en el hermano. Defendedlo de los vientos contrarios del Malo, conservadlo dentro del calor tibio de la caridad, según sea ésta poca o grande. Levantad los muros de la casa, de la correligión, alrededor del alma extraviada para que se sienta amada de Israel, para que piense que sigue siendo hija de Sión y hermana vuestra, para que con toda buena voluntad exista el fenómeno de venir al reino de los cielos”.

“¿Quién es ese? ¿Quién es?” se preguntan todos, que han detenido sus pasos, que no han querido seguir adelante.

“Un rabí”.

“Un rabí de Israel”.

“¿Por estas partes? ¿En los confines de Fenicia? ¡Es la primera vez que esto se ve!”

“Y sin embargo lo estás viendo. Aser me dijo que es al que llaman el Santo”.

“Entonces se refugia entre nosotros porque allá lo persiguen”.

“¡Una cierta clase de víboras!”

“¡Contento de que venga entre nosotros! Obrará milagros...”

Mientras ellos hablan de este modo. Jesús se aleja por una vereda que va por los campos...

16. Jesús en Alejandrosene

12 noviembre 1945

Llegan al mismo camino después de haber dado una larga vuelta por veredas que hay entre los campos, y de haber pasado un puente construido con tablas que se mueven, un puente solo para la gente.

Continúan caminando por la llanura que cada vez se va perdiendo debido a las colinas que hay contra el litoral, de modo que después de otro río, con su indispensable puente romano, el camino de la llanura se convierte en sendero que lleva al monte, se bifurca en el puente: uno hacia el norte por un valle, el otro, y es el que siguen, que tiene la siguiente inscripción romana: “A Alejandrosene-m. V”, es una escalera en realidad sobre el monte rocoso y escarpado que va a terminar en el Mediterráneo, que se va alargando conforme se sube. Tan sólo hombres a pie o asnos pasan por este camino, mejor dicho, por esta escalinata. Tal vez porque abrevia mucho, todos lo prefieren. La gente mira con curiosidad al grupo galileo, que no suele verse por estas partes.

¹ Cfr. Gén. 24; Ex. 7, 1-6; 3 Rey. 11, 1-13; Esd. 9-10; 2 Esd. 13, 23-29; Mal. 2, 10-16.

“Este debe ser el promontorio de la tempestad” dice Mateo, señalando el promontorio que cae al mar.

“Ved allí el poblado del que nos habló el pescador” dice Santiago de Zebedeo

“¿Quién habrá construido este camino?”

“Quién sabe cuándo. Ha de ser obra fenicia...”

“Desde la cima podremos ver Alejandrosene, y más allá el Cabo Blanco. Verás el mar ¡Juan mío!” dice Jesús poniendo su brazo sobre el hombro del apóstol.

“Me va a dar mucho gusto. Dentro de poco anochecerá ¿Dónde nos quedaremos?”

“En Alejandrosene. ¿No ves el camino que baja? Allí abajo está la llanura que lleve a la ciudad que está allá. Mira”.

“Es la ciudad de la mujer de Antigonía... ¿Cómo haríamos para alegrarla?” pregunta Andrés.

“Maestro, ella nos dijo: “Id a Alejandrosene. Mis hermanos tienen allí negocios y son prosélitos. Procurad que se enteren del Maestro. También nosotros somos hijos de Dios...” y lloraba porque su matrimonio no es bien visto... Sus hermanos jamás van a visitarla, y ella no sabe de ellos nada...” explica Juan.

“Buscaremos a sus hermanos. Si nos acogen como a peregrinos, le habremos dado gusto...”

“Pero, ¿cómo vamos a poder decirle que la vimos?”

“Trabaja en las posesiones de Lázaro y nosotros somos sus amigos” responde Jesús.

“Es verdad. Tú tomarás la palabra...”

“Como queráis, pero apretad el paso para que encontremos la casa. ¿Sabéis dónde está?”

“Cerca del campamento. Tiene relaciones con los romanos, pues les venden muchas cosas”.

“Está bien”.

Siguen rápidamente por el camino consular que es muy bueno, que se une con los que vienen del interior, o mejor, que continua hacia el interior, dejando su parte rocosa, en forma de gradas, a lo largo de la cota, como a horcadas sobre el promontorio.

Alejandrosene es una ciudad más bien militar. Su importancia estratégica debe ser muy grande. Extendida sobre dos promontorios, parece como si fuera un centinela que hace la guardia sobre un trozo de mar. Ahora que puede verse mejor el panorama, se distinguen las torres militares que forman cadena con las de la llanura, con las de la ciudad, donde se divisa imponente el campamento.

Entran en la ciudad después de haber pasado otro riachuelo, que corre junto a las puertas y se van a la mole adusta de la fortaleza. Con curiosidad ven todo, y con curiosidad lo demás los ven.

Los soldados son numerosos. Se ve que tienen buenas relaciones con todos, lo que los apóstoles ven mal: “¡Gente fenicia! ¡Sin vergüenza alguna!”

Llegan a las tiendas de los hermanos de Hermione, cuando los últimos compradores salen llevando sus mercancías de telas, de utensilios, de heno, grano, aceite, alimentos. Se siente el olor a cuero, a especias, a paja, a lana burda cuanto más se acerca uno a un vasto patio como una plaza, en cuyos pórticos están las diversas bodegas.

Viene un hombre moreno y barbudo. “¿Qué se os ofrece? ¿Alimentos?”

“Sí... y también hospedaje, si es que no te molesta hospedar a peregrinos. Venimos de lejos. Nunca hemos estado aquí. Danos hospedaje en el nombre del Señor”.

El hombre mira atentamente a Jesús que ha hablado por todos. Lo escudriña... Luego dice: “En realidad no acostumbro hospedar a nadie, pero Tú me caes bien. Eres galileo ¿no es verdad? Mejor los galileos que los judíos. Demasiado orgullosos. No nos perdonan que tengamos sangre impura. Sería mejor que ellos tuviesen el alma pura. Ven entra aquí. Regreso pronto. Voy a cerrar, porque ya atardeció” De hecho el crepúsculo va desapareciendo y la oscuridad empieza a cobijar el patio que domina el majestuoso campamento.

Entran en una habitación. Se sientan acá y allá.

Regresa el hombre con otras dos personas, una de edad, la otra joven y presenta a los huéspedes, diciendo: “Ahí los tenéis. ¿Qué os parece? Me parece gente buena...”

“Sí. Has hecho bien” dice el de mayor edad a su hermano y dirigiéndose a los huéspedes dice a Jesús, al que considera ser el jefe del grupo: “¿Cómo os llamáis?”

“Jesús de Nazaret, Santiago, y Judas también de Nazaret, Santiago, Juan, y Andrés de Betsaida, Mateo de Cafarnaum”.

“¿Por qué habéis venido aquí? ¿Sois perseguidos?”

“No. Evangelizamos. Hemos recorrido más de una vez la Palestina desde Galilea hasta Judea, de mar a mar. También hemos estado en Transjordania, en Aurinitide. Ahora hemos venido a aquí... a enseñar...”

“¿Pero aquí un rabí? ¡Nos sorprende! ¿no es verdad Felipe? ¿no es verdad, Elías?” pregunta el de mayor edad.

“Mucho. ¿De qué casta eres?”

“De ninguna. Soy de Dios. Los buenos del mundo creen en Mí. Soy pobre, amo a los pobres, con todo no desprecio a los ricos a quienes enseño el amor, la misericordia, no amar a las riquezas, así como también enseño a los pobres a amar su pobreza confiando en Dios que no deja que alguien se pierda. Entre mis ricos amigos y discípulos se encuentra Lázaro de Betania...”

“¿Lázaro? Una hermana nuestra está casada con uno de sus trabajadores”.

“Lo sé. Por esta razón también he venido, para deciros que os manda saludos y que os ama”.

“¿La viste?”

“Yo no, pero estos que me acompañan sí. Lázaro los envió a Antigonía”.

“¡Oh, hablad! ¿Cómo está Hermione? ¿Está feliz?”

“Su esposo y su suegra la aman mucho. Su suegro la respeta...” responde Judas Tadeo.

“Pero no le perdona la sangre maternal. Dilo”.

“Se le va a perdonar. Se expresó de ella muy bien. Tiene cuatro niños, bellos y buenos. Esto la hace feliz. Pero siempre os recuerda y nos pidió que os trajéramos al Maestro”.

“Pero... ¿cómo... eres... a quien llaman el Mesías? ¿Tú?”

“Yo soy”.

“Eres verdaderamente el... Nos dijeron en Jerusalén que eres... que te llaman el Verbo de Dios. ¿Es verdad?”

“Sí”

“¿Pero lo eres para los de allá o para todos?”

“Para todos. ¿Podéis creer que sea lo que habéis dicho?”

“Creer no cuesta nada, tanto más cuanto se espera que lo que se cree, pueda arrancar lo que hace a uno sufrir”.

“Es verdad, Elías, pero no hables de ese modo. Es un pensamiento muy impuro, mucho más que la sangre mezclada. Alégrate no con la esperanza de que desaparezca lo que es la causa del desprecio de los demás, más bien alégrate con la de conquistar el reino de los cielos”.

“Tienes razón. Soy, Señor, medio pagano”.

“No te preocupes. También te amo a ti, y también por ti he venido”.

“Han de estar cansados, Elías. Deja las cosas como están. Vamos a cenar, y luego los llevamos a que descansen. Aquí no hay criadas... Ninguna israelita nos ha querido. Perdona si la casa te parece fría y sin arreglar”.

“Vuestro corazón la hará caliente y acogedora”.

“¿Cuánto tiempo vas a estar?”

“No más de un día. Tengo intención de ir en dirección de Tiro y Sidón, y quisiera estar en Aczib para antes del sábado”.

“¡No puedes, Señor! ¡Sidón está lejos”

“Mañana quisiera hablar aquí”

“Nuestra casa parece un puerto. Sin que salgas de ella tendrás oyentes, además de que mañana es día de mercado”.

“Vamos, pues, y el Señor os pague vuestra caridad”.

17. Al día siguiente en Alejandrosene

13 noviembre 1945

El patio de los tres hermanos parte tiene sol y parte no. Está lleno de gente que va y viene. Afuera del portón, sobre la plazoleta se oyen los gritos de los que compran, de los que venden; se oyen los rebuznos de los asnos, el balido de las ovejas, el canto de los gallos. Es claro que aquí no se tenga miedo a contaminarse con los pollos. Todo este ruido, gritos y berridos algunas veces aumenta con el altercado de quienes están airados.

También en el patio de los hermanos hay barullo y no deja de haber su altercado o por el precio, o porque alguien ha tomado lo que ya antes otro había escogido. No falla el lamento de los pordioseros, que cerca del portón, cuentan una y otra vez sus miserias con una voz que mueve a compasión.

Soldados romanos, como dueños, van y vienen por todas partes. Me imagino que tienen órdenes de hacerlo porque los veo que traen armas y siempre en grupo entre los fenicios que también están armados.

También Jesús va y viene por el patio, paseando con los seis apóstoles, como si estuviera esperando el momento de hablar. Por un momento sale a la plaza, ve a los pordioseros y les da una limosna. Por unos instantes la gente fija en el grupo galileo sus ojos, y se pregunta que quiénes sean. No falta quien lo diga, porque se informó de los hermanos.

Un barullo sigue las pisadas de Jesús que tranquilo camina, acariciando a los niños que encuentra por la calle. En el barullo no faltan los guiños, los epítetos poco halagadores para los hebreos, como no falta el deseo de señalar a Jesús como “el Profeta”, “el Rabí”, “el hombre santo”, “el Mesías” de Israel, palabras que muestran la fe o la bondad del corazón de los que las dicen.

Oiga a dos madres: “¿Pero es verdad?”

“Me lo ha dicho Daniel a mí misma. Habló en Jerusalén con gente que vio los milagros del Santo”.

“¡Aceptado! ¿Pero será ése en verdad?”

“¡Claro! Daniel me ha dicho que no puede ser sino Él por lo que habla”.

“Entonces... ¿qué te parece? ¿Me concederá lo que le pida aun cuando sea yo tan sólo prosélito?”

“Yo creo que sí... Haz la prueba. Tal vez no volverá acá. Haz la prueba. Puedes estar segura que no te hará ningún mal”.

“Voy” dice la mujer y deja sin responder al hombre de quien quiere comprar una cazuela. Al ver que la venta se le va de entre las manos desata su ira contra la otra mujer que se ha quedado, y de su repertorio saca epítetos como: “Maldita prosélita. Sangre de hebrea. Mujer vendida”, etc., etc.

Oigo a dos hombres al respecto: “Me gustaría oírlo. Dicen que es un gran Rabí”.

“Un Profeta, deberías decir. Más grande que el Bautista. ¡Elías me ha contado ciertas cosas! ¡Ciertas cosas, eh! Lo sabe porque una hermana suya está casada con un siervo de un gran rico de Israel, y cuando se quiere informar, va a preguntarlo a los otros siervos. Este rico es muy amigo del Rabí...”

Se ve otro hombre, tal vez sea un fenicio, que al oír esto, con cara maliciosa, y satírica dice: “¡Buena santidad amurallada entre riquezas! Por lo que yo sé, el santo tendría qué vivir pobremente”.

“Cállate, Doro, lengua maldita. No eres digno, tú, pagano, de juzgar de estas cosas”.

“Y lo sois vosotros ¡sobre todo, tú, Samuel! Sería mejor que me pagases lo que me debes”.

“¡Bueno! ¡Déjate de dar vueltas a mi rededor, vampiro de la cara de fauno!...”

Oigo a un viejo semiciego, a quien acompaña una niña, que pregunta: “¿Dónde, dónde está el Mesías?”, y la niña: “¡Haced a un lado al viejo Marcos! Decidle por favor dónde está el Mesías”.

Las dos voces, la del anciano, temblorosa, floja; la de la niña, argentina, fuerte, se propagan por la plaza inútilmente hasta que no falta quien responda: “¿Queréis ver al Rabí? Ha vuelto por la casa de Daniel. Vedlo que está allí parado, que habla con los pordioseros”.

Oigo a dos soldados romanos: “Debe ser al que persiguen los judíos, que son buenos canallas. Basta con verlo para cerciorarse que es mejor que todos ellos”.

“¡Por esto les da fastidio!”

“Vamos a decirlo al oficial. Son órdenes”.

“¡Muy tonto que es, Cayo! Roma toma precauciones de los corderos y soporta, digamos, las caricias de tigre”. (Escipión).

“No me parece lo que piensas, Escipión. ¡A Poncio no le cuesta matar!” (Cayo)

“Cierto... pero no cierra la puerta a las hienas que lo adulan”. (Escipión)

“¡Política, Escipión! ¡Política!” (Cayo)

“¡Cobardía, Cayo, y estupidez! Debería hacerse amigo de este hombre para tener una ayuda pronta contra esta gentuza asiática. Poncio no favorece los intereses de Roma, en hacer a un lado a este hombre bueno, y en adular a los malvados”. (Escipión)

“No critiques al Procónsul. Nosotros somos soldados, y el jefe es sagrado como un dios. Hemos jurado obediencia al divino César y el Procónsul es su representante”. (Cayo)

“Eso está bien por lo que se refiere al deber para con la Patria, sagrada e inmortal, pero no para nuestro fuero interno”. (Escipión)

“El obedecer supone juzgar. Si tu juicio se rebela contra una orden y la critica, no puedes obedecer como se debe. Roma se apoya en nuestra obediencia ciega para proteger sus conquistas” (Cayo)

“Pareces un tribuno y dices bien. Pero quiero decirte que si Roma es reina, nosotros no somos esclavos, sino súbditos. Roma no tiene, no debe tener súbditos esclavos. Yo afirmo que mi razón juzgue que Poncio hace mal en no preocuparse de este israelita llamado Mesías, Santo, Profeta, Rabí, como te parezca. Y puedo decirlo porque con ello no disminuye mi fe en Roma, ni mi amor. Estoy convencido de Él, al enseñar el respeto a las leyes y a los Cónsules, como lo hace, coopera al bienestar de Roma”. (Escipión)

“Eres un hombre culto, Escipión... Llegarás a ser algo. ¡Ya has empezado! Yo soy un pobre soldado. Pero mira allá. Hay gente alrededor de Él. Vamos a decirlo a los jefes”. (Cayo)

De hecho cerca del portón de los tres hermanos hay una multitud que rodea a Jesús, y que se logra ver dada su estatura. De un momento a otro se oye un grito, y se ve que la gente se agita. Algunos corren del mercado, mientras otros, se separan del grupo y corren hacia allá. Preguntas... respuestas...

“¿Qué ha pasado?”

“¡El Hombre de Israel ha curado al viejo Marcos!”

“El velo de sus ojos ha desaparecido”.

Entre tanto Jesús ha entrado al patio, seguido de gente. Y a la cola de ella, un limosnero se arrastra apoyado más en bastones que en las manos, y con las piernas que las tiene torcidas y flacuchas. Con voz fuerte grita: “¡Santo! ¡Santo! ¡Mesías! ¡Rabí! ¡Piedad de mí!” Grita con todos sus pulmones y sin descanso.

Se vuelven dos o tres: “Deja de gritar. Marcos es hebreo y tú ¡no!”

“Hace favores a los verdaderos israelitas, ¡no a los nacidos de una perra!”

“Mi madre era hebrea...”

“Y Dios la castigó haciendo que nacieras como naciste, por su pecado. ¡Lárgate, hijo de loba! ¡Vuelve a tu lugar, lodo que has de ser!”

El pobre hombre se apoya contra la pared, acobardado, humillado, espantado al ver los puños que se le levantan...

Jesús se detiene, se vuelve, mira y ordena: “¡Oye, ven aquí!” El hombre lo mira, mira a los que lo amenazan... no se atreve a avanzar.

Jesús se abre paso entre la gente y se le acerca. Lo toma de la mano, mejor dicho, le pone la mano sobre el hombro y le dice: “No tengas miedo. Ven conmigo” y mirando a los que no

tuvieron compasión, con tono severo dice: “Dios es de todos los hombres que lo buscan y que son misericordiosos”.

Los otros comprenden lo dicho, y se quedan ahora en la cola, mejor, se quedan donde están.

Jesús nuevamente se voltea. Los ve avergonzados, prontos ya para irse y les dice: “No. Venid también vosotros. Os hará bien que robustezcáis y fortifiquéis vuestra alma así como he robustecido a este porque supo tener fe. Yo lo mando: vete libre desde ahora de tu enfermedad”. Quita su mano del hombro del pobre hombre, después que este se ha como sobrecogido.

Se pone derecho sobre sus piernas, arroja los bastoncillos acabados por el uso y grita: “¡Me ha curado! ¡Sea alabado el Dios de mi madre!” Luego se inclina a besar la orla del vestido de Jesús.

El tumulto de quien quiere ver, o de quines han visto es grande. Las voces repercuten en el patio, y su eco llega a romperse contra las murallas del campamento.

Los soldados creen que hay riña –lo que fácilmente puede suceder en estos lugares donde hay tanta diversidad de razas y religiones- Un pelotón corre. Se abre paso y pregunta lo que sucede.

“¡Un milagro! ¡Un milagro! Jonás, el chueco, el paralítico está curado. ¡Vedlo, cerca del Galileo!”

Los soldados se miran entre sí. No dicen ni una palabra hasta que la gente que estaba en las bodegas no ha pasado. Se ven sólo en la plaza los vendedores airados por lo que acaba de suceder, lo que para ellos representa una pérdida. Al ver los soldados que pasa uno de los tres hermanos, preguntan: “Felipe, ¿sabes qué cosa hace ahora el Rabí?”

“Habla, enseña y ¡en mi patio!” responde todo orgulloso.

Los soldados se consultan: ¿Quedarse allí? ¿Irse?

“El oficial nos ordenó que vigilásemos...”

“¿A quién? ¿A Él? Si se trata de Él podemos ir a apostarnos una jarra de vino de Chipre” dice Escipión, el soldado que antes había defendido a Jesús.

“Por mi parte diría que Él es quien debe ser protegido, no los derechos de Roma. ¿Lo veis allá? Entre nuestros dioses no hay uno que sea tan bueno, y con un aspecto tan viril. Esa mesnada ** no es digna de Él. Los que no son dignos de algo, son siempre malos. Quedémonos por si hay qué defenderlo. Por lo menos podemos cuidarle las espaldas, y acariciar las de esos sinvergüenzas” dice entre sarcasmo y admiración uno de los soldados.

“Has dicho bien, Pudente. Voy a llamar a Prócoro, que siempre ve complotes contra Roma donde no hay... que no piensa sino en que se promueva, porque vela por la salud del divino cesar y de la diosa Roma, madre y señora del mundo, para que se convenza de que aquí no podrá conseguir ningún brazalete o condecoración”.

Un joven soldado parte a la carrera y a la carrera torna diciendo: “No viene Prócoro. Manda al triario Águila...”

“¡Muy bien! Es mejor que el mismo Cecilio Máximo. Águila ha servido en África, en Galia, y se vio en medio de las selvas sangrientas que acabaron con Varo y sus legiones. Conoce a griegos y bretones, y tiene muy buen olfato para distinguirlos... nosotros no somos nada, a comprender el valor de los seres vivos!”

“¡Viva Águila, maestro de los ejércitos!” gritan todos, mientras golpean en la espalda al viejo soldado, cuya cara está tapizada de cicatrices. Trae desnudos los brazos y las pantorrillas.

De buena gana sonríe y grita: “¡Viva Roma, dueña del mundo! ¡No yo, que soy un pobre soldado! ¿Qué pasa?”

“Que hay que vigilar a ese hombre alto y rubio”.

“Perfectamente. Pero ¿Quién es?”

** mesnada = compañía de gente de armas al servicio de un rey, de un magnate o de un noble.

“Lo llaman el Mesías. Su nombre es Jesús de Nazaret. Es el mismo por el que se dieron las órdenes”.

“¡Bueno!... Tal vez sea así... pero me parece que corremos detrás de nubes”.

“Dicen que quiere hacerse rey y hacer a un lado a Roma. El Sanedrín, los fariseos, saduceos, herodianos se lo han dicho así a Poncio. Bien sabes que los hebreos son poco especiales, y que de cuando en cuando creen tener un rey...”

“Bien, bien... ¡Pero si es por ese!... de todos modos escuchemos lo que dice, parece que va a hablar”.

“He sabido por el soldado que está con el centurión que Pulbio Quintiliano le habló a él como de un filósofo divino... Las damas imperiales lo admiran...” dice otro soldado, que es joven.

“¡No lo dudo! Lo mismo me parecería si yo fuese mujer, pues me gustaría ir a la cama con él...” dice riendo de buena gana otro joven soldado.

“¡Cállate desvergonzado! La lujuria te sigue por todas partes”.

“¿Y a ti no Fabio? ¡Qué decir de Ana, Siria, Alba, María!...”

“Silencio, Sabino. Empieza a hablar y quiero escucharlo” ordena el triario. Todos guardan silencio.

Jesús se ha subido sobre una caja apoyada contra una pared. Así todos pueden verlo. Su saluda ha sido bien recibido. Continúa con las siguientes palabras: “Paz a todos vosotros, hijos de un solo Creador”. La gente escucha atenta.

“Ha llegado para todos el tiempo de la gracia. No sólo para Israel sino para todo el mundo.

Hebreos que por razones diversas os encontráis aquí, prosélitos, fenicios, todos vosotros, oíd la palabra de Dios y tratad de entender la justicia, de conocer la caridad. Al poseer la sabiduría, la justicia y la caridad, tendréis el modo de llegar al reino de Dios, a ese reino que no es exclusivo de los hijos de Israel, sino que pertenece a todos los que amen de hoy en adelante al verdadero, al único Dios y crean en la palabra de su Verbo.

Escuchad. De muy lejos he venido no con miras de usurpador ni de conquistador. He venido solo para ser el Salvador de vuestras almas. Posesiones, riquezas, todo esto no me llama la atención. Nada valen para Mí, y ni siquiera pienso en ello. Más bien miro todo esto como una cosa digna de compasión, porque son una cadena que aprisiona vuestro corazón, haciendo así que no se acerque al eterno, único, universal, santo, bendito Señor. Miro todo eso y me acerco a ello como a los más grandes males. Trato de quitarles el encanto grande y cruel que seduce a los hombres, para que puedan usar todo eso santa y justamente, no como si fueran armas crueles que hieren y matan al hombre, esto es, el alma de quien no las usa santamente.

En verdad os digo que me es más fácil curar un cuerpo deforme que un alma que lo sea. Más fácil me es dar luz a pupilas apagadas, salud a un cuerpo agonizante, que no luz a los espíritus y salud a las almas enfermas. ¿por qué razón? Porque el hombre ha perdido de vista el verdadero fin de su vida y se ocupa tan sólo de lo transitorio. El hombre no sabe ni recuerda, o aunque así lo hace, no quiere obedecer estas órdenes el Señor. Lo digo también por los gentiles que me escuchan, para que traten de hacer el bien, que es bien en Roma como lo es en Atenas, en Galia como en África, porque la ley moral existe en todos los cielos, en todas las religiones, a partir de la que viene de Dios como de la moral de cada uno, dicen que la parte mejor de nosotros sobrevive, y que según se comportó en este mundo, tal será su suerte en el más allá.

El hombre debe ante todo proponerse la conquista de la paz en la otra vida, no la pereza, usura, poder, placeres, que acá duran poco, pero que allá se pagan con tormentos de una eternidad. El hombre no sabe, o no recuerda, o no quiere recordar esta verdad. Si no la sabe no es muy culpable. Si no la recuerda lo es en tanto en cuanto la verdad debe tenerse encendida como una llama santa en la inteligencia, en el corazón. Si quiere no recordarla, y cuando ella ilumina, cierra sus ojos para no verla, como cierra sus oídos un alumno que no quiere oír la voz de su maestro que le corrige algo, entonces su culpa es grave, muy grave.

Y con todo Dios perdona al alma si se arrepiente de sus malas obras y propone seguir en lo que le quede de vida, del fin verdadero del hombre que consiste en adquirir la paz eterna en el reino de Dios verdadero. ¿Hasta ahora habéis tomado un sendero equivocado? ¿Y humillados pensáis que sea tarde para tomar el camino adecuado? Tal vez diréis: “¡Yo no sabía nada de esto! Ahora no sé qué hacer”. No penséis así como soléis hacerlo con otras cosas. La bondad del Dios eterno, del verdadero Señor es tal que no os hace recorrer el camino equivocado para que volváis al cruce, donde equivocadamente errasteis el verdadero camino. Es tan grande que desde el momento en que decía: “Quiero ser de la Verdad”, esto es, de Dios, porque Dios es verdad, por un milagro del todo espiritual, infunde en vosotros la sabiduría, la que os hace poseedores de la ciencia sobrenatural, como la poseen los que la tienen desde hace años.

Sabiduría significa querer a Dios, amarlo, cultivar el espíritu, tender al reino de Dios rechazando todo lo carnal, mundanal y diabólico. La sabiduría consiste en obedecer a la ley de Dios que es la ley de la caridad, obediencia, continencia, honestidad. Sabiduría es amar a Dios con todo nuestro ser, amar al prójimo como a nosotros mismos. Estos son los dos elementos indispensables para ser sabios según la sabiduría de Dios. En el prójimo se encuentran no sólo los de nuestra sangre, raza o religión, sino todos los hombres, ricos o pobres, sabios o ignorantes, hebreos, prosélitos, fenicios, griegos, romanos...”

Un grito amenazador interrumpe por unos instantes a Jesús. Los mira y afirma: “Sí. En esto consiste el amor. No soy un Maestro que espere la paga de otros. Digo la verdad para sembrar en vosotros lo necesario para la vida eterna. Os guste o no, debo decirlo para cumplir con mi deber de Redentor, y para que vosotros cumpláis con el vuestro de quienes tienen necesidad de redención. Luego hay que amar al prójimo. A cualquiera con un amor santo. No por intereses, de modo que el romano, fenicio o prosélito se convierta en “anatema”, entre tanto no hay medio de recabar de ellos algo de dinero, o algún placer”.

Otro murmullo y más fuerte se escucha entre la multitud. Los romanos desde su lugar gritan: “¡Por Júpiter! ¡Que está hablando bien!”

Jesús aguarda hasta que se calme el rumor y continúa: “Amad al prójimo como quisiéramos ser amados. A nosotros no nos gusta que se nos maltrate, veje, robe, oprima, calumnie o que se nos digan cosas soeces. La misma susceptibilidad nacional o particular la tienen los demás. No hagamos, pues, el mal que no queremos que nos hagan otros.

Sabiduría consiste en obedecer los diez mandamientos de Dios¹: “Yo soy el Señor tu Dios. No tendrás otro dios fuera de Mí. No tendrás ídolos, ni les darás culto.

No emplearás el nombre de Dios en vano. Es el nombre del Señor tu Dios y Él castigará a quien lo use sin motivo o por imprecación o por asegurar un pecado.

Acuérdete de santificar las fiestas. El sábado es el día consagrado al Señor que en él descansó de la Creación y lo bendijo y lo santificó.

Honra a tu padre y madre para que vivas en paz por mucho tiempo sobre la tierra y eternamente en el cielo.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No robarás.

No dirás cosas falsas contra tu prójimo.

No desearás la casa, mujer, siervo, sierva, buey, asno, ni cosa semejante que sea de tu prójimo.

Esta es la sabiduría. Quien cumple con esto es sabio y conquista la vida y el reino para siempre. De hoy en adelante, pues, proponeos según la sabiduría anteponiéndola a las pobres cosas de la tierra.

¿Qué estáis diciendo? ¿Que es tarde? No. Escuchad la siguiente parábola.

El dueño de una viña, apenas despuntando el día, salió a contratar trabajadores para ella, y les prometió darles un denario por el día. Salió otra vez a eso de las 9, y pensando que los

¹ Cfr. Ex. 20, 1-17; Deut. 5, 1,22.

trabajadores que había contratado eran pocos, y al ver en la plaza a otros que estaban en espera de quien los ocupase, les dijo: “Id a mi viña y os daré lo que he prometido a los demás”. Ellos fueron.

A eso de las 12 del día, y 3 de la tarde vio a otros, y les preguntó: “¿Queréis trabajar en mis dependencias? Doy un denario por día a mis trabajadores”. También ellos aceptaron y fueron.

A eso de las 5 de la tarde salió y vio a otros que había allí en la plaza. Les dijo: “¿Qué cosa estás haciendo de ociosos?” “Nadie nos ha contratado. Queríamos trabajar para ganarnos la comida, pero nadie nos contrató para su viña”. “Bien, yo os contrato. Id y recibiréis la paga igual a los demás”. “Habló así porque era un patrón bueno y se compadecía de su prójimo.

Al llegar el anochecer y terminado el trabajo, llamó a su mayordomo y le dijo: “Llama a los trabajadores, págales según lo estipulado, empezando por los últimos que son los más necesitados porque en el día no recibieron la comida que los otros recibieron, y agradecidos de que me compadecí de ellos han trabajado más que los otros. Lo he visto. Lo he visto con mis propios ojos. Diles que se vayan a descansar y a alegrarse con su familia del fruto de su trabajo”. El mayordomo hizo como el patrón ordenó, dando a cada uno un denario.

Al venir los que habían estado trabajando desde las primeras horas se quedaron sorprendidos al ver que recibían también un denario, y se quejaron entre sí y con el mayordomo el cual les respondió: “Estas fueron las órdenes que recibí. Id a quejaros con el patrón. No lo hagáis conmigo”. Ellos fueron y le dijeron: “¡No eres justo! Hemos trabajado doce horas. Cuando caía el rocío, después con el sol abrasador, y luego con la humedad del atardecer. Nos das igual que aquellos flojos que sólo trabajaron una hora. ¿Por qué esto?” Uno de ellos era el que más levantaba la voz y gritaba diciendo que se sentía traicionado y frustrado.

“Amigo ¿dónde está el mal que te hice? ¿Qué fue lo que te prometí cuando rayaba el alba? Un día de trabajo continuo y como recompensa un denario. ¿No es verdad?”

“Cierto. Pero tú has dado lo mismo a aquellos por un trabajo menor...”

“Tú aceptaste la paga porque te pareció buena, ¿no es así?” “La acepté porque otros pagan menos”.

“¿Se te maltrató aquí?”

“No. Realmente, no, para decir verdad”.

“Durante el día se te permitió que descansaras, ¿no es cierto? Se te ha dado de comer tres veces al día. Y comida y descanso no entraban en el convenio. ¿O no es así?”

“Tienes razón”.

“¿Por qué entonces los aceptaste?”

“Pero... Tú dijiste: ‘Prefiero hacer así para que no os canséis si tenéis qué regresar a vuestras casas’. Lo que a nosotros nos pareció verdad... La comida que nos diste fue buena, es un ahorro, fue...”

“Un favor que os di gratuitamente y que nadie podía exigir. ¿O no es verdad?”

“Lo es”.

“Entonces os he hecho bien. ¿De qué os quejáis? Yo soy el que tendría qué lamentarme de vosotros, porque pese a que soy un buen patrón, trabajasteis perezosamente, mientras que estos, que vinieron después que vosotros, que recibieron una sola comida, y los últimos que ninguna, trabajaron con mayor ahínco, e hicieron en menos tiempo lo mismo que hicisteis en doce horas. Os habría traicionado si dividiera la paga para dar la mitad a estos. Pero no lo he hecho. Por lo tanto toma lo que te corresponde y vete. Hago lo que quiero y lo que es justo. No quieras ser malo, ni me tientes a que cometa una injusticia. Soy bueno”.

Vosotros todos los que me estáis escuchando, en verdad os digo que Dios, el Padre, hace igual pacto con todos los hombres y les promete igual recompensa. Tata con justicia a quien con diligencia se pone a servirle, aun cuando su trabajo sea poco porque la muerte se le acerca. En verdad os digo que no siempre los primeros serán los primeros en el reino de los cielos y que allí veremos a los últimos ser los primeros, y a los primeros, los últimos. Allí veremos a hombres santos que no son de Israel más que a muchos de los santos de Israel.

He venido a llamar a todos en nombre de Dios. Pero si muchos con los llamados, pocos los elegidos, porque pocos son los que desean la Sabiduría.

No es sabio quien vive del mundo, de la carne y no de Dios. No lo es para la tierra, ni para el cielo, porque en la tierra se crea enemigos, castigos, remordimientos y en el cielo pierde su recompensa para siempre.

Repito: sed buenos para con vuestro prójimo cualquiera que él sea. Sed obedientes, dejando en manos de Dios el derecho de castigar a quien no es justo en mandar. Sed continentales en saber resistir a las pasiones y honrados en no ambicionar el oro, coherentes en decir anatema a lo que se lo merece, y no a lo que os parece. No hagáis a los otros lo que no quisiereis que se os haga y entonces...”

“¡Pero largate de aquí, mal profeta! ¡Nos has echado a perder el mercado!... ¡Nos has quitado los clientes!...” gritan los vendedores entrando en el patio. Los que antes habían ya levantado su protesta –y no todos son fenicios, sino que hay también hebreos no sé por qué motivos en la ciudad- se unen a los vendedores para insultar, amenazar y sobre todo para echar afuera a... Jesús es una persona malquista* porque no aconseja hacer el mal... Cruza sus brazos y mira con tristeza, pero con dignidad.

La gente se divide en dos bandos. Se oyen injurias, alabanzas, maldiciones, bendiciones. Alguien grita: “Tienen razón los fariseos. Eres un vendido a Roma, un amante de publicanos y prostitutas”. O bien algún otro: “¡Callaos, lenguas blasfemas! ¡Vosotros, fenicios del infierno, sois los vendidos a Roma!” “¡Sois unos demonios!” “¡Que se abra el infierno y os trague!” “¡Largo, largo!” “Largaos vosotros, ladrones que venía a robar aquí con vuestra mercancía”.

Los soldados intervienen diciendo: “¡Qué va a ser este un revoltoso! ¡Es el atacado!” y con las astas echan afuera a todos y cierran el portón.

Se quedan los tres hermanos prosélitos y los seis discípulos con Jesús.

“¿Pero cómo se os ocurrió permitirle hablar?” pregunta el triario a los tres hermanos.

“Muchos son los que hablan” responde Elías.

“Así es, y no pasa nada porque enseñan lo que agrada a uno, lo que no hace este. Además es difícil de entender...” dice el viejo soldado que atentamente mira a Jesús, que ha bajado de su lugar y está de pie, derecho, como abstraído.

Afuera la gente continúa su riña, tanto que salen del campamento más soldados y hasta el mismo centurión. Llama a la puerta. Entran unos, mientras otros se quedan a rechazar tanto a los que gritan: “Viva el rey de Israel”, como a quienes lo maldicen.

El centurión violento se acerca y con ira increpa al viejo Ágila diciéndole: “¿Es de este modo que velas por Roma, dejando que se dé el título de rey a alguien en tierras que nos están sujetas?”

El viejo soldado saluda militarmente y responde: “Enseñaba el respeto y la obediencia. Hablaba de un reino que no es de esta tierra. Por eso lo odian. Porque es bueno y respetuoso. No encontré motivo para hacerlo callar. No contravenía nuestras leyes”.

El centurión se calma y refunfuña: “Entonces se trata de una nueva sedición de esa apestosa gentuza... ¡Bien! Decidle que se vaya *lo más pronto posible*. No quiero molestias aquí. Cumplid con mis órdenes y escoltadlo hasta afuera de la ciudad tan pronto esté libre el camino. Que se vaya a donde le parezca. A los infiernos si quiere, pero que salga de mi jurisdicción. ¿Entendido?”

“Así lo haremos”.

El centurión les da la espalda que resplandece con la coraza que trae puesta. Ondeas su manto de púrpura. Se va sin mirar siquiera a Jesús.

Los tres hermanos dicen al Maestro: “Nos desagrada...”

“No tenéis la culpa. Y no tengáis miedo. Nada os pasará. Os lo digo...”

Los tres cambian de color... Pregunta Felipe: “¿Cómo sabes que tenemos miedo?”

* malquista = que está mal considerado por otras personas o que recibe la antipatía o enemistad de otras personas.

Jesús sonríe dulcemente. Un rayo de sol en su rostro entristecido: “Yo sé lo que hay en los corazones y lo que se encierra en el futuro”.

Los soldados que se han ido al sol para esperar, comentan entre sí...

“¿Podrán amarnos a nosotros, si odian a ese que no les hace mal?”

“Y que hace milagros, deberías decir...”

“¡Por Hércules! ¿Quién fue a decirnos que teníamos qué vigilarlo?”

“Cayo”.

“¡El celoso! Entre tanto hemos perdido la comida y preveo que perderé hasta el beso de una muchacha... ¡Ah!”

“¡Epicúreo! ¿Dónde está ella?”

“Detrás de la casa del alfarero, en la calle de los fundamentos. Lo sé. Hace noches que te vi...” explica otro.

El triario, como si paseara, va a donde está Jesús y lo mira una y otra vez. No sabe qué decirle... Jesús le sonríe para darle ánimos. El soldado no sabe qué hacer... Pero se acerca más. Jesús señala sus heridas diciéndole: “Eres un héroe y un soldado fiel...”

Águila se pone colorado por la alabanza.

“Has sufrido mucho por amor a tu patria y de tu emperador... ¿No quisieras sufrir algo por una patria mayor, el cielo? ¿Por un emperador eterno que es Dios?”

El soldado mueve la cabeza y responde: “Soy un pobre pagano. No está dicho que no llegue yo a las cinco de la tarde. Pero ¿quién me va a instruir? Lo estás viendo... Te echan afuera. Y esto sí que son heridas que hacen mal ¡no las mías!... Por lo menos yo también herí a mis enemigos, pero Tú a quién hieres, ¿qué das?”

“Perdón, soldado, perdón y amor”.

“Tienes razón. Es necio que sospechen de Ti. ¡Adiós galileo!”

“¡Adiós, romano!”

Jesús se queda solo hasta que regresan los tres hermanos y los discípulos con alimentos. Los hermanos ofrecen a los soldados, los discípulos a Jesús. Comen sin apetito, al sol, mientras los soldados comen y beben alegremente.

Un soldado sale a espiar en la plaza sumida en el silencio. “Podemos salir” grita. “Ya se han ido todos. No hay más que la patrulla”.

Jesús se pone gentilmente de pie, bendice y consuela a los tres hermanos, a los cuales da cita para la Pascua en el Getsemaní, y sale, en medio de soldados con sus discípulos, que avergonzados le siguen. Toman la calle vacía hasta la campiña.

“¡Salve, galileo!” dice el triario.

“¡Adiós, Águila! Te pido que no hagáis ningún mal a Daniel, Elías y Felipe. Yo soy el culpable. Decidlo al centurión”.

“No le diré nada. A estas horas no se acuerda más de ello. Y los tres hermanos nos proporcionan muchas cosas, sobre todo vino de Chipre que agrada al centurión más que su vida. Vete tranquilo. ¡Adiós!”

Se separan. Los soldados regresan a las puertas, Jesús y los suyos toman, hacia el este de la campiña encogida en el silencio.

18. El pastor Anás guía a Jesús a Aczib

14 noviembre 1945

Jesús camina por una región montañosa. Los montes no son muy altos pero sí forman un subir y bajar entrelazados con arroyos cantores en esta estación fresca y nueva, limpios como el cielo, traviesos como las primeras hojitas cada vez más numerosas que bailan en las ramas al son del viento.

Pero aunque la estación es bella, alegre, que da ánimos al corazón, no parece que Jesús lo esté, ni tampoco sus discípulos. Caminan en silencio por el fondo de un valle. Se encuentran con pastores y ganados, pero Jesús parece que no ve.

Un suspiro de Santiago de Zebedeo y sus palabras, como si terminaran un razonamiento, llaman la atención de Jesús. Dice: “¡Y derrotas tras derrotas!... Parece como si estuviéramos malditos”.

Jesús le pone la mano en el hombro: “¿No sabes que esta es la suerte de los mejores?”

“¡Bah! Lo sé desde que estoy contigo. Pero de vez en vez es necesario cambiar. Antes lo teníamos. Para aliviar el corazón para sostener la fe...”

“¿Dudas de Mí, Santiago?” La voz del Maestro es trémula.

“¡No!...” Un “no” rotundo.

“Si no dudas de Mí ¿de qué entonces? ¿No me amas como antes? ¿Te ha arrebatado el amor al verme arrojado, que se burlen de Mí, o que no me tomen en consideración en estos lugares fenicios?” Aun cuando no se ve ni una lágrima en los ojos de Jesús, su voz realmente es triste. Es su alma que llora.

“¡Eso no, Señor mío! Antes bien mi amor aumenta cuanto más veo que no se te comprende, que no se te ama, cuanto más te veo afligido humillado. Por no verte así, para poder cambiar el corazón de los hombres estaría dispuesto a dar mi vida. Crémelo. No me mortifiques con la duda de que vayas a pensar que no te amo. De otro modo... de otro modo soy capaz de cometer tonterías. Volveré y me vengaré de quien te cause dolor para probarte que te amo, para quitarte la duda, y si me toman prisionero y me matan, nada me importa. Me bastará haberte dado una prueba de mi amor”.

“¡Oh, hijo del trueno! ¿De dónde tanto ímpetu? ¿Quieres ser un rayo exterminador?” Jesús sonríe por el desahogo y pensamientos de Santiago.

“¡Al menos te veo reír! Esto es ya un fruto de lo que me proponía. ¿Qué dices, Juan? ¿Debemos poner en práctica mi idea para consolar al Maestro de tantos bofetones?”

“Sí. Vamos. Otra vez hablemos y si lo insultan como a un charlatán, como a un rey inútil, a un rey sin dinero, medio loco, nos impondremos hasta que se den cuenta que él tiene también un ejército de fieles y de discípulos de quienes no se puedan burlar. La violencia es útil en ciertas cosas. ¡Vamos hermano!”

“¿Pero los estás oyendo? ¿Qué he predicado por tanto tiempo? ¡Oh, sorpresa de sorpresas! También Juan, que parecía una paloma, se ha convertido en gavilán. Vedlo cuán feo es, envuelto en el odio. ¡Qué vergüenza! ¿Y os admiráis de que los fenicios se queden indiferentes, de que los hebreos muestren su odio, de que los romanos me digan que me vaya, cuando vosotros, los primeros, no habéis comprendido nada después de dos años que estáis conmigo, cuando os llenáis de hiel, cuando echáis fuera de vuestros corazones mi doctrina de amor y perdón, la pisoteáis como algo inútil y preferís la violencia como si fuera una cosa digna? ¡Oh, Padre santo! ¡Esto sí que es una derrota! En vez de ser unos gavilanes con sus garras, ¿no sería mejor que fuerais ángeles que pidiérais al Padre que consolase a su Hijo? ¿Cuándo se ha visto que una tempestad con sus rayos y granizadas haga el bien? Pues bien, como recuerdo de este pecado vuestro contra la caridad, como recuerdo de cuanto he visto aparecer en vuestras caras de hombres airados, y no de ángeles, como quisiera siempre ver, os llamaré “los hijos del trueno”¹”.

Jesús se muestra un poco serio al hablar a los dos indignados hijos de Zebedeo. Su reproche no dura al ver su arrepentimiento. Con un rostro luminoso de amor los estrecha diciéndoles: “Que no os vea tan feos otra vez. Gracias por vuestro amor. Lo mismo digo a vosotros, amigos” dice volviéndose a Andrés, Mateo y a sus dos primos. “Acercaos para que también los abrace a vosotros. ¿No sabéis que, si no tuviese otra cosa más que la alegría de hacer la voluntad de mi Padre y vuestro amor, aun cuando todos me abofeteasen, me sentiría feliz? Me siento triste no por Mí, ni por mis derrotas, como las llamáis, sino por compasión a las almas que rechazan la vida. Bueno, estamos ya todos contentos ¿no es verdad, niños grandulones? ¡Ea, ánimo! Id a pedir en nombre de Dios un poco de leche a aquellos pastores

¹ Cfr. Mc. 3, 13-19; Lc. 9, 51-56.

que ordeñan sus cabras. No tengáis miedo” dice al ver la mirada desolada de sus apóstoles. “Obedeced con fe. Os darán leche y no pedradas, aun cuando se trate de un fenicio”.

Van. Jesús se queda en el camino. Entre tanto ora. Está triste... Vuelven los apóstoles con una jarrita de leche, dicen: “Dijo aquel hombre que vayas allá, porque tiene algo qué decirte, pero que no puede dejar sus cabras a los pequeños pastores”.

“Vamos a comer, pues, allá nuestro pan”.

Van todos al lugar escarpado por donde andan las traviesas cabras.

“Muchas gracias por la leche. ¿Qué se te ofrece?”

“Eres el Nazareno ¿no es verdad? ¿El que hace milagros?”

“Soy el que predica la salvación eterna. Soy el Camino para ir a Dios verdadero, la Verdad que se entrega, la Vida que da salud. No soy un hechicero que haga milagros. Estos son manifestación de mi bondad y de vuestra debilidad, que necesita prueba para creer. ¿Qué se te ofrece?”

“Hace dos días que estuviste en Alejandrosene ¿o no?”

“Sí ¿Por qué?”

“También estaba yo con mis cabras, y cuando vi que se armaba la trifulca me escapé, porque es costumbre provocarlas para robar en el mercado. Los fenicios son unos ladrones: como los demás. No debería decirlo porque soy hijo de un prosélito y de madre siria, y porque también yo soy prosélito, pero es la verdad. Bien. Volvamos al caso. Me había acomodado con mis animales en un establo aguardando la carreta de mi hijo. Por la tarde, al salir de la ciudad, me encontré con una mujer que lloraba, llevando una niña entre sus brazos. Había caminado bastante para ir a verte, porque vive fuera, en el campo. Le pregunté lo que le pasaba. Es una prosélita. Había ido a vender y comprar. Había oído hablar de Ti. Y la esperanza brotó en su corazón. Fue a la carrera a su casa a traer a la niña. Pero comprendes cuando se carga algo, se camina despacio. Cuando llegó a la tienda de los hermanos ya no estabas. Ellos le dijeron: “Lo echaron fuera. Pero nos dijo que volverá a pasar por la escalera de Tiro”. Yo –pues también soy padre- le dije: “Entonces, vete allá”. Ella replicó “¿Y si después de lo que pasó toma otro camino para regresar a Galilea?” Le dije: “Óyeme. Yomará ese o el otro camino. Yo apaciento a mis animales entre Rohob y Lesemdan, justamente en el camino que está entre estos confines y Neftalí. Si lo veo se lo digo, palabra de prosélito”. Y te lo he contado”.

“Que Dios te lo pague. Iré a donde está la mujer. Debo volver a Aczib”.

“¿Vas a Aczib? Entonces podemos caminar juntos, si no sientes desprecio hacia un pastor”.

“No desdeño a nadie. ¿Por qué vas a Aczib?”

“Porque tengo allá unos corderos. A no ser... que no los tenga más”.

“¿Por qué?”

“Porque hay como una peste... No sé si se trate de brujería o de otra cosa. Lo que sé es que mi ganado se me ha enfermado. Por esto traje aquí mis cabras que todavía están sanas para que no estén con las ovejas. Aquí están bajo el cuidado de mis dos hijos. Han ido a la ciudad para algunas compras. Pero yo voy allá... a verlas morir. A ver morir a mis hermosas ovejas lanudas...” El hombre lanza un suspiro. Mira a Jesús y se excusa diciendo: “Hablarle a Ti de estas cosas es afligirte. Y ya lo estás por la manera como te tratan. Pero las ovejas son cariño y también dinero ¿comprendes? Para nosotros...”

“Comprendo. Se curarán. ¿Las has hecho ver de algún entendido?”

“¡Oh! Me han dicho lo mismo: “Mátalas y vende sus pieles. No hay otra cosa qué hacer”. Hasta me han amenazado si las saco afuera... Tienen miedo que las tuyas se les contaminen. Las tengo qué tener encerradas... y cada vez mueren más. Esos de Aczib son malos ¡tenlo en cuenta!...”

Jesús contesta sencillamente: “Lo sé”.

“Yo estoy seguro que me las han embrujado”.

“No. No creas en ciertas habladurías... ¿Cuando lleguen tus hijos, partirás al punto?”

“Sí. No falta nada para que lleguen. ¿Son estos tus discípulos? ¿Nada más estos?”

“Tengo otros más”.

“Y ¿por qué no han venido? Una vez, cerca de Merón, encontré a un grupo de ellos. Su jefe era un pastor. Un hombre alto, fuerte, de nombre Elías. Fue por el mes de octubre, según me parece. Antes o después de los Tabernáculos. ¿Te ha abandonado?”

“Ningún discípulo lo ha hecho”.

“Me habían dicho que...”

“¿Qué cosa?”

“Que Tú... que los fariseos... En una palabra, que los discípulos te habían abandonado por miedo, y porque eres un...”

“Demonio. Dilo. Lo sé. Doble mérito hay en ti, que pese a esto crees”.

“Y por este mérito no podrías... tal vez pida una cosa sacrílega”.

“Dila. Si es mala te lo diga”.

“¿No podrías, al pasar, bendecir mi ganado?” El pastor tiene ansia...

“Bendeciré tu ganado. Este...” y levanta la mano bendiciendo las cabras que hay allí “y también a tus ovejas. ¿Crees que mi bendición las cure?”

“Como curas a los hombres de sus enfermedades así podrás salvar a mis animales. Dicen que eres el Hijo de Dios. Y Dios creó las ovejas. Por esto son cosas de Él. Yo... no sabía si era respetuoso pedirte. Pero si se puede, hazlo, Señor, y yo llevaré al templo muchas ofrendas de alabanza. ¡Mejor no! Te daré a Ti algo para tus pobres. Y será mejor”.

Jesús sonríe, pero no dice nada. Llegan los dos hijos del pastor, y poco después todos parten, quedándose los dos jovencitos.

Caminan aprisa porque quieren llegar a Quedes para poder llegar lo más pronto posible al camino que va al mar hacia el interior del país. Debe ser el mismo que se bifurca a los pies del promontorio, que tomaron cuando fueron a Alejandrosken. Al menos así lo colijo por lo que dice el pastor a los discípulos. Jesús camina adelante solo.

“¿No tendremos otros disgustos?” pregunta Santiago de Alfeo.

“Quedes no depende del centurión. Está fuera de los confines fenicios. Basta con no molestar a los centuriones que a ellos no les importa nada la religión”.

“Y luego no vamos a quedarnos...”

“¿Seríais capaces de caminar unos 20 kilómetros en un día?” pregunta el pastor.

“¡Oh, somos peregrinos perpetuos!”

Siguen caminando... Llegan a Quedes. Sin ningún contratiempo pasan el poblado. Toman el camino derecho. En la mojonera está escrita la palabra Aczib. El pastor dice: “Mañana estaremos allí. Esta noche la pasaréis conmigo. Conozco a los campesinos de los valles, pero muchos se encuentran en los confines fenicios... Bien. Los pasaremos. No nos descubrirán al punto... ¡La vigilia! Sería mejor que vigilasen a los ladrones...”

El sol se pone. Por los valles la luz escasea, se pierde entre los bosques, pero el pastor conoce muy bien los lugares.

Llegan a un villorrio.

“Si nos dan hospedaje aquí, es que son israelitas. Estamos en los confines. Si no, iremos a otro poblado que es fenicio”.

“Yo no tengo prejuicio”.

Llaman a una puerta.

“¿Tú, Anás? ¿Con amigos? ¡Ven, ven, y que Dios esté contigo!” dice una mujer de edad.

Entran en una cocina amplia, donde el fuego alegra a todos. Es una familia numerosa de todas edades, que cortésmente hace lugar a los que acaban de llegar.

“Este es Jonás. Esta es mi mujer, estos sus hijos, nietos y nueras. Una familia patriarcal fiel al Señor” dice el pastor Anás a Jesús. Y dirigiéndose a Jonás: “Este que ha venido conmigo es el Rabí de Israel. A quien deseabas conocer”.

“Bendigo a Dios por poderlo hospedar y porque hay lugar esta noche. Bendigo al Rabí que ha venido a mi casa”.

Anás explica que la casa de Jonás es como un albergue para los peregrinos que del mar se dirigen al interior del país.

Se sientan todos. Las mujeres sirven a los recién llegados. Hay un respeto profundo como que paraliza. Jesús rompe ese respeto tomando, después de la cena, a los niños que se sienten dichosos con Él. Por su parte los demás, entre el tiempo de la cena y del descanso, toman ánimos y se cuentan lo que saben del Mesías. Jesús rectifica, explica con delicadeza lo que le preguntan. Llegada la hora del reposo Jesús bendice a todos.

19. La madre cananea¹

15 noviembre 1945

“¿Está el Maestro contigo?” pregunta el viejo campesino Jonás a Judas Tadeo que entra en la cocina, donde hay fuego que calienta la leche, que calienta el ambiente, pues hace frío en estas primeras horas matinales de un bellissimo día de fines de enero, como pienso, o a principios de febrero.

“Habrá ido a orar. Sale frecuentemente con el alba, mientras puede estar solo. Regresará dentro de poco. ¿Para qué lo quieres?”

“Pregunté por Él a los demás, que se han ido acá y allá a buscarlo. Hay una mujer con mi esposa. Por eso lo busco. Es una de la población del otro lado. De verdad no sé cómo pudo haberse informado de que el Maestro está aquí. Lo supo y quiere hablarle”.

“Está bien. Le hablará. Él espera a una mujer con su hija enferma. Tal vez sea ella. La habrá guiado hasta aquí con su espíritu”.

“No. Está sola. No trae a nadie. La conozco porque nuestros poblados están cerca y el valle es de todos. Yo pienso que no hay que ser duros con los vecinos, aunque sean fenicios, y sirva al Señor. Tal vez me equivoque, pero...”

“El Maestro enseña siempre que hay que ser compasivos con todos”.

“Él lo es ¿no es así?”

“Sí”.

“Me contó Anás que lo han tratado mal aun ahora. ¡Mal, siempre mal!... ¡En Judea como en Galilea, por todas partes! ¿Por qué Israel es tan malo con su Mesías? Quiero decir, los grandes de entre nosotros, porque el pueblo lo ama”.

“¿Cómo sabes estas cosas?”

“¡Oh! Vivo aquí, pero soy un fiel israelita. Basta ir a las fiestas de precepto al templo para saber todo el bien y todo el mal. El bien se sabe menos que el mal, porque el bien es humilde y por sí mismo no se alaba. Deberían ser los que reciben favores de Él quienes deberían alabarlo, pero pocos son los agradecidos. El hombre acepta el favor y luego se olvida de él... El mal, al contrario, hace sonar fuerte sus trompetas, hace oír sus palabras, aun a los que no quieren oírlas. Vosotros que sois sus discípulos ¿no sabéis cuánto se habla y se acusa en el templo al Mesías? Las lecciones de los escribas no tratan sino de esto. Creo que se han hecho como un librito de acusaciones y de pruebas contra Él. Es necesario tener la conciencia muy recta, firme, libre para poder resistir y juzgar cuerdamente. ¿Conoce estas intrigas?”

“Lo sabe todo. También nosotros, más o menos las sabemos. Pero Él no se preocupa, continúa su obra y discípulos y fieles aumentan cada día”.

“Dios quiera que lo sean hasta el fin. El hombre es de pensamiento, mutable. Débil... Mira al Maestro que viene con tres discípulos...”

El viejo sale, seguido de Judas Tadeo para venerar a Jesús que majestuosamente se acerca a la casa.

“La paz sea contigo en este día y siempre Jonás”.

“Gloria y paz sea contigo, Maestro”.

“La paz sea contigo, Judas. ¿Aún no han regresado Andrés y Juan?”

“No. No los he oído salir. Nadie. Estaba yo cansado y dormido profundamente”.

¹ Cfr. Mt. 15, 21-28; Mc. 7, 24-30.

“Entra, Maestro. Entrad. El aire es un poco frío esta mañana. En el bosque deberá hacer mucho más. Hay leche caliente para todos”.

Están bebiendo leche, y todo, menos Jesús, mojan gruesas rebanadas de pan en ella, cuando llegan Andrés y Juan con el pastor Anás.

“¡Ah! ¿Estás aquí? Veníamos a decir que no te habíamos encontrado” dice Andrés.

Jesús da su saludo de paz a los tres y añade: “Pronto. Tomad vuestra parte y vámonos, porque quiero, antes de que oscurezca, estar a lo menos en las faldas del monte Aczib. Esta tarde empieza el sábado”.

“¿Y mis ovejas?”

Jesús sonríe y responde: “Están curadas, después de ser bendecidas”.

“Pero yo vivo al oriente del pueblo. Tú vas en dirección contraria para encontrarte con la mujer”.

“Deja todo en manos de Dios. Él proveerá”.

Terminan su desayuno. Salen los apóstoles a tomar sus alforjas y se disponen a partir.

“Maestro, ¿no quisieras hablar con esa mujer que está allí?”

“No tengo tiempo, Jonás. El camino es largo, y por lo demás vine para las ovejas de Israel. Adiós, Jonás. Que Dios te premie tu caridad. Mi bendición sobre ti y sobre todos tus familiares ¡Vámonos!”

El anciano se pone a gritar: “¡Hijos! ¡Mujeres! ¡El Maestro parte! ¡Venid!”

Como una pollada corre cuando oye el grito de su madre, así también de todas partes acuden mujeres, hombres que todavía no se han vestido completamente, niños medio desnudos con la carita sonriente... Se estrechan a Jesús que está en medio del patio. Las madres envuelven a sus hijos en mantas para protegerlos del aire frío, o bien los estrechan entre sus brazos, hasta que una sirvienta acude con los vestidos.

Acude también una mujer que no es de la familia. Una pobre mujer que llora... Se adelanta agachada, como arrastrándose, y llegada al grupo donde está Jesús se pone a gritar: “Ten piedad de mí, ¡oh Señor, Hijo de David! Mi hija está muy atormentada por el demonio que la hace cometer cosas vergonzosas. Ten piedad porque sufro mucho y todos se burlan de mí por ello. Como si mi hija fuera responsable de lo que hace... ¡Ten piedad, Señor! Tú todo lo puedes. Levanta tu voz y tu mano y manda al espíritu inmundo que salga de Palma. No tengo más que a ella. Soy viuda... ¡Oh, no te vayas! ¡Ten piedad!...”

De hecho Jesús, después de haber bendecido a la familia, después de haber dicho a los adultos que por qué habían esparcido la noticia de su llegada, a lo que ellos responden: “No dijimos ni una palabra, ¡créenos, Señor!”, se va sin dignarse hacer caso de la pobre mujer que se arrastra sobre sus rodillas con los brazos abiertos en señal de súplica, mientras dice: “Yo te vi ayer cuando pasabas el arroyo; y oí que te llamaban: “Maestro”. Te seguí entre los matorrales, y oí lo que estos hablaron. Comprendí que eres... Y esta mañana me vine aquí, cuando estaba todavía oscuro, aquí en el dintel me quedé como una perrita hasta que se levantó Sara y me hizo entrar. ¡Oh, Señor, piedad! ¡Compasión de una madre y de una niña!”.

Pero Jesús se va ligero, sin escuchar a la viuda. Los de la casa dicen a la mujer: “Resígnate. No quiere escucharte. Ha dicho que vino para los de Israel...”

Pero ella se levanta desolada y a un tiempo llena de fe, y responde: “¡No! Le suplicaré tanto que me escuchará” Y sigue al Maestro, repitiendo sus súplicas que hacen que la gente se asome a sus puertas y se une a ella y a la familia de Jonás para ver en qué terminarán las cosas.

Los apóstoles se miran sorprendidos y en voz baja dicen: “¿Cómo es posible que haga esto? Jamás lo ha hecho...” Juan añade: “En Alejandrosceña curó a aquellos dos”.

“¡Eran prosélitos!” replica Tadeo.

“¿Y esta a quien va a ir a curar?”

“También es prosélita” dice el pastor Anás.

“¡Oh, pero cuántas veces ha curado a gentiles o paganos! ¿Y la niña romana?...” dice Andrés preocupado porque no puede comprender la dureza de Jesús para con la mujer cananea.

“Yo os diré la razón” dice Santiago de Zebedeo. “El Maestro está airado. Su paciencia se acaba con tantos golpes de la ingratitud humana. ¿No veis cómo ha cambiado? Tiene razón. De hoy en adelante se dedicará sólo a quien conozca bien y según yo ¡será mejor!”

“Será sí, pero entre tanto esta viene gritando y un buen grupo de gente la sigue. Si quiere pasar inadvertido, ha encontrado el modo de llamar la atención aun hasta de las plantas” refunfuña Mateo.

“Vamos a decirle que la despida... Ved el cortejo que nos sigue. Estaremos dichosos si así llegamos hasta la vía consular. Y si Él no despide a esta, ella nos sigue...” dice secamente Tadeo, que se vuelve a la mujer y le grita: “¡Cállate y vetel!” Lo mismo hace Santiago de Zebedeo. Pero la mujer no hace caso a las amenazas, ni a las órdenes. Sigue suplicando.

“Vamos a decirle al Maestro que la despida, si no quiere escucharla. ¡Esto no puede continuar así!” dice Mateo, entre tanto que Andrés por su parte: “¡Pobrecita!” Juan sigue repitiendo: “¡No comprendo!... ¡No comprendo!”

Acelerando el paso alcanzan al Maestro que camina también ligero como si alguien lo persiguiese. “¡Maestro, dile a esa mujer que se vaya! ¡Es un escándalo! Viene gritando detrás de nosotros. La gente aumenta cada vez más... Muchos vienen detrás de ella. ¡Dile que se vaya!”

“Decídselo vosotros. Yo ya le respondí”.

“No nos hace caso. Mira, díselo Tú, y con severidad”.

Jesús se detiene y se voltea. La mujer cree que es señal de que va a recibir el favor, acelera el paso, levanta más la voz.

“Cállate, mujer. Regresa a tu casa. Yo lo he dicho: “He venido para las ovejas de Israel”. Para curar a las enfermas y buscar a las que anden perdidas. Tú no eres de Israel”.

Pero la mujer ya está a sus pies, se los besa, adorándolo. Se ase a sus rodillas como un náufrago, que ha encontrado un pedazo de madera y gime: “¡Señor, ayúdame! Tú lo puedes. Ordena al demonio, Tú que puedes. Ordena al demonio, Tú que eres santo... Señor, Señor, Tú eres el dueño de todo, de la gracia como del mundo. Todo te está sujeto, Señor. Lo sé, lo creo. Toma tu poder y empléalo en favor de mi hija”.

“No está bien tomar el pan de los hijos de casa y arrojarlo a los perros del camino”.

“Yo creo en Ti. Al creer me he convertido de perra de la calle en perra de la casa. Te lo dije. Llegué antes del alba a acurrucarme en el dintel de la casa donde estuviste y si hubieras salido, te habrías tropezado conmigo. Pero Tú saliste por la otra puerta y no me viste. No viste a esta pobre perra destrozada, hambrienta de tu favor, que esperaba entrar arrastrándose hasta donde estabas para besarte los pies, pidiéndote que no me arrojaras...”

“No está bien arrojar el pan de los hijos a los perros” repite Jesús.

“Pero los perros entran donde su dueño come con sus hijos y comen de lo que cae de la mesa, o de los desperdicios que les dan, de lo que no sirve. No te pido que me trates como a hija y que me sientes en la mesa. Dame al menos las migajas...”

Jesús sonríe. ¡Cómo se transfigura su rostro con esta sonrisa de júbilo!

La gente, los apóstoles, la mujer lo miran admirados...presintiendo que algo va a pasar...

Jesús responde: “¡Oh, mujer, grande es tu fe! ¡Con ella consuelas a mi corazón! Vete, y hágase como quieres. El demonio ha salido desde este momento de tu hija. Vete en paz. Y si como perra callejera has sabido convertirte en perra de la casa, de igual modo en el futuro sé hija, y siéntate a la mesa del Padre ¡Adiós!”

“¡Oh, Señor, Señor!... Quisiera corre para ir a ver a su amada Palma... ¡Quisiera estar contigo, seguirte! ¡Bendito! ¡Santo!”

“Vete, mujer. Vete en paz”.

Jesús emprende su camino entre tanto que la cananea más veloz que una niña corre seguida por la gente que curiosa quiere ver el milagro.

“¿Por qué Maestro la hiciste suplicar tanto, para después hacerle lo que pedía? pregunta Santiago de Zebedeo.

“Por causa tuya y de todos vosotros. Esto no es una derrota, Santiago. Aquí no me echaron fuera, ni se burlaron de Mí, ni me maldijeron... Que esto levante vuestro abatido corazón. He gustado de una comida sabrosísima. Bendigo por ello a Dios. Ahora vamos a donde está la otra que sabe creer y que espera con fe segura”.

“¿Y mis ovejas, Señor? Dentro de poco tengo que tomar un camino que no es el tuyo, para ir a mi aprisco”.

Jesús sonríe pero no responde.

Es bello caminar ahora que el sol calienta el aire y hace resplandecer como esmeraldas las hojitas de los bosques, la hierba del campo, cambiando en engaste cada cáliz de las flores por las gotas de rocío que brillan multicolores. Jesús avanza sonriente. Los apóstoles, que han vuelto a tomar fuerza, lo siguen de igual modo...

Llegan al cruce. El pastor Anás, un poco avergonzado, dice: “Debo dejarte aquí... ¿No vienes de veras a curar a mis ovejas? También yo tengo fe. Soy prosélito... ¿Me prometes, por lo menos, de venir después del sábado?”

“¡Oh, Anás! ¿No has comprendido todavía que tus ovejas están curadas desde el momento en que levanté mi mano en dirección de Lesendán? Vete también tú a ver el milagro y a bendecir al Señor”.

Me imagino que la mujer de Lot, después de haberse convertido en estatua de sal², no se puso tan pálida como el pastor, que está un poco inclinado, con la cabeza en forma de poder ver a Jesús, y un brazo alargado en el aire. Parece una estatua. Una estatua que tendría al calce la siguiente inscripción. “El suplicante” se endereza, se arrodilla diciendo: “¡Seas bendito! ¡Eres bueno! ¡Eres santo!... Te prometí mucho dinero, y aquí no tengo más que unas cuantas dracmas... Ven, ven a mi casa después del sábado...”

“Iré, pero no por el dinero, sino para bendecir una vez más tu fe sencilla. ¡Hasta pronto Anás! ¡La paz sea contigo!”

Se separan.

“Y tampoco esto es una derrota ¡amigos míos! Tampoco aquí se han burlado de Mí, ni me han insultado, o echado fuera... ¡Ea, ligeros! Hay una madre que hace días está esperando...”

Continúa la marcha, después de un reposo breve para comer un poco de pan, queso y beber de un riachuelo agua...

El sol está en su cenit cuando se vislumbra la bifurcación del camino. “Ved allá la escalera de Tiro, allá en el fondo” dice Mateo, y se alegra al pensar que se ha hecho más de la mitad del camino.

Reclinada sobre la mojonera romana hay una mujer. A sus pies una niña como de siete u ocho años de edad. La mujer mira hacia todas las direcciones. Hacia la escalera picada en la roca, hacia Tolemaida, hacia el camino por el que viene Jesús. De vez en vez se inclina a acariciar a su niña, a defenderla con un lienzo del sol, a cubrirle sus pies y manos...

“¡Ahí está la mujer! ¿Dónde habrá dormido en estos días?” pregunta Andrés.

“Tal vez en aquella casa cercana. No hay otra más” responde Mateo.

“¡O a la intemperie!” agrega Santiago de Alfeo.

“¡No! por la niña ¡no!” responde su hermano.

“¡O para obtener el favor!...” añade Juan.

Jesús no dice una palabra. Sonríe solamente. Va en medio. Tres de una parte, tres de la otra. Como es la hora de comer no se ven viajeros.

Jesús en medio de la fila, alto, bello, sonríe. Parece como si toda la luz del sol se concentrara en su rostro, por lo luminoso que parece. Parece como si de Él emanaran rayos.

² Cfr. Gén. 19, 1-29.

La mujer levanta sus ojos... Se encuentran a la distancia de unos cincuenta metros. Tal vez la mirada de Jesús le llamó la atención, mientras ella miraba a su hijita. Se lleva las manos al pecho involuntariamente como si algo fuera a pasar.

La sonrisa de Jesús es muy clara. Esa sonrisa bella, indescriptible, debe decir a la mujer algo, que sin ansia alguna, antes bien hasta sonriente, como si hubiera alcanzado lo que quería se inclina a tomar en brazos a su hijita. La trae como si fuera una ofrenda a Dios. Llega a los pies de Jesús. Se arrodilla alcanzando lo más que puede a la niña que extática mira el bellísimo rostro de Jesús.

La mujer no dice ni una palabra. ¿Y qué puede decir, cuando su actitud es ya toda una súplica?

Jesús no pronuncia sino una sola palabra, breve, pero llena de alegría, como el “fiat” de la creación: “Sí”, y pone la mano sobre el pecho de la niña.

La niña cual calandria que ha salido de la jaula, grita: “¡Mamá!” y se sienta inmediatamente, se pone de pie, abraza a su madre que está a punto de caer, por el contraste de los sentimientos que la embargan, por el cansancio que ha soportado, por el esfuerzo que ha hecho su corazón.

Jesús está pronto a ayudarla. Su ayuda es mejor que la de la niña. La hace sentar, le da alientos...

La mira mientras mudas lágrimas bajan de su cara, cansada, pero dichosa al mismo tiempo. Luego se oyen las palabras: “¡Gracias Señor mío! ¡Gracias y bendiciones! Mi esperanza se ha visto colmada... Tanto te había esperado... Pero ahora soy feliz...”

Pasados estos instantes, la mujer se arrodilla, adora a Jesús teniendo ante sí a su hija, a la que Jesús acaricia. Dice: “Hace dos años que se le iba secando un hueso en la espina dorsal que la había paralizado y que poco a poco la llevaba a la muerte con grandes dolores. Médicos de Antioquía, Tiro, Sidón, Cesarea. Penéades la vieron. Para curarla vendimos la casa que teníamos en la ciudad. De ahí nos fuimos al campo. Nos privamos de criados, y nos quedamos con los de los campos. Vendimos lo que producían ellos... ¡Y nada! Te vi. Me enteré de lo que por otras partes sueles hacer. También cobré esperanzas de que me ayudarías... Y lo he conseguido. Ahora regreso pronto a mi casa... y daré esta alegría a mi esposo... a mi Santiago que fue quien inspiró en mí esta esperanza cuando me dijo lo que habías hecho en Galilea y Judea. ¡Oh, si no hubiéramos temido de no encontrarte, hubiéramos ido a buscarte con la niña! Pero siempre andas de viaje...”

“De viaje he venido hasta donde estás... ¿Pero dónde has estado durante todos estos días?”

“En aquella casa... Por la noche se quedaba sólo la niña, hay allí una buena mujer que me la ha cuidado. Yo siempre he estado aquí, por temor de que fueses a pasar de noche”.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza: “Eres una buena madre. Por eso Dios te ama. Ves que te ha ayudado en todo”.

“¡Oh, sí! Lo sentí cuando venía. Fui a la ciudad pensando encontrarte. Llevaba poco dinero y fui sola. Después, siguiendo el consejo de aquel hombre, continué en este lugar. Mandé a decirlo a mi casa... Nada me ha faltado, ni pan, ni refugio, ni fuerzas”.

“¿Siempre con la niña en brazos? ¿No podías emplear una carreta?...” pregunta sin comedimiento alguno Santiago de Alfeo.

“No. Habría sufrido demasiado, y hasta morir. En los brazos de su mamá mi Juana ha llegado a conseguir el milagro”.

Jesús acaricia sus cabellos y dice: “Idos también vosotras y sed fieles siempre al Señor. Que Él esté con vosotras y con vosotros esté mi paz”.

Jesús continúa a caminar por la senda que lleva a Tolemaida.

“Y también esto no es una derrota ¡amigos! Tampoco de aquí me echaron afuera, ni se burlaron de Mí, ni me maldijeron”.

Pronto llegan al lugar del herrero, que está calentándose contra la pared de su casa. Reconoce a Jesús y lo saluda. Jesús le devuelve el saludo y añade: “¿Me permites que me esté aquí un poco para comer mi pan?”

“Sí, Rabí. Mi mujer te quería ver... porque le dije también aun aquello que no pudo oírte la otra vez. Ester es hebrea. No me atrevía a decírtelo, porque soy romano. Habría permitido que ella te hubiese seguido...”

“Llámalas, pues”.

Jesús se sienta en la banca que está contra la pared, mientras Santiago de Zebedeo distribuye pan y queso...

Una mujer de unos cuarenta años, un poco avergonzada, sale.

“La paz sea contigo, Ester. ¿Tenías deseos de conocerme? ¿Por qué?”

“Por lo que dijiste... Los rabinos nos desprecian a las casadas con un romano... Pero yo he llevado a todos mis hijos al templo, y todos mis varoncitos están circuncidados. Lo dije de antemano a Tito cuando me pretendía... Es bueno... Me deja que haga lo que quiera con mis hijos. Aquí todas las costumbres son hebreas, lo mismo que los ritos... Pero los rabinos, los arquisinagogos nos maldicen. Tú en cambio, no. Te compadeciste de nosotras... ¡Oh! ¿Sabes lo que significa esto? Es como si tuviéramos a nuestro alrededor el brazo del padre, de la madre que nos repudiaron o maldijeron, o que están irritados contra nosotras... Es como volver a poner el pie en la casa abandonada, y no sentirse extraña en ella... Tito es bueno. Cuando se celebran nuestras fiestas, cierra la herrería, con mucha pérdida de dinero, y me acompaña con los niños al templo, porque dice que sin religión no se puede vivir. Él dice que la suya es la familia y el trabajo, como antes era su deber de soldado... Pero yo... Señor... quiero decirte una cosa... Tú dijiste que los seguidores del verdadero Dios deben quitar un poco del fermento santo y ponerlo en la harina buena para que fermente santamente. Lo he hecho con mi esposo. Durante estos veinte años que hemos estado juntos, he procurado trabajarle su alma, que es buena, con el fermento de Israel, pero él nunca se decide... ya está viejo... Yo quisiera tenerlo conmigo en la otra vida... Unidos en la fe como lo estamos en el amor... No te pido riquezas, bienestar, salud. Lo que tenemos es suficiente, ¡Dios sea bendito! Pero quisiera esto... Ruega por mi esposo, para que pertenezca al Dios verdadero”.

“Lo será, puedes estar segura. Pides una cosa santa y la alcanzarás. Has comprendido los deberes de la casa para con Dios y para con el marido. ¿Si así fueran todas las casadas! Te digo que muchas deberían imitarte. Sigue este mismo camino y tendrás la alegría de tener a tu Tito a tu lado en la oración y en el cielo. Enséñame a tus hijos”.

La mujer llama a sus hijitos: “Santiago, Judas, Leví, María, Juan, Ana, Elisa, Marcos” Luego vuelve a entrar y sale con uno que apenas si puede caminar, y con otro de apenas unos tres meses.

“Este es Isaac, y la pequeñita Judit” dice presentando a todos.

“¡Demasiados!” comenta sonriente Santiago de Zebedeo.

Judas exclama: “Seis varones. ¡Y todos circuncisos! ¡Y con nombres judíos! ¡Eres brava!”

La mujer se siente feliz. Hace elogios de Santiago, Judas y Leví que ayudan a su padre “todos los días menos el sábado, día en que Tito trabaja solo para poner las herraduras hechas” agrega. Elogia a María y a Ana “que son el auxilio de la mamá”. Pero no deja de alabar a los cuatro más pequeños que “son buenos y nada caprichudos. Tito me ayuda a educarlos, él que fue un soldado disciplinado” dice mirando con ojos cariñosos a su marido, que apoyado sobre el dintel con una mano sobre la cadera, ha escuchado todo lo que dicho su mujer con una sonrisa franca en su cara, y que ahora se pone un poco colorado al oír que se recuerdan sus méritos como soldado

“Muy bien. La disciplina militar no es contra Dios, cuando el soldado cumple su deber. Lo que conviene es obrar siempre honestamente en cualquier cosa y así ser virtuosos. Esta disciplina tuya, que transmites a tus hijos, debe prepararte para entrar en un servicio superior, en el de Dios. Ahora nos vamos a despedir. Apenas si tendré tiempo de llegar a Aczib, ante de la puesta del sol. La paz sea contigo, Ester, y con toda tu casa. Lo más pronto procurad pertenecer al Señor”.

Todos se arrodillan, mientras Jesús levanta su mano para bendecir. Tito, como si fuese un soldado de Roma ante su emperador, toma su posición militar, y saluda a su manera.

Se van... Después de algunos metros Jesús pone la mano sobre el hombro de Santiago: “Y esta es la cuarta vez del día: Te lo hago notar. No se trata de una derrota, ni de que me hayan echado fuera, maldecido o burlado... ¿Qué dices ahora?”

“Que soy un tonto, Señor” responde.

“No es eso. Tú, como todos vosotros, sois todavía muy humanos. Os encontráis bajo el influjo más del pensar humano que del otro que no lo es. El espíritu, cuando es soberano, no se altera por cualquier soplo de viento, que no puede ser siempre una brisa perfumada... Podrá sufrir, pero no se altera. Yo ruego siempre para que lleguéis a esta independencia de espíritu. Pero debéis ayudarme con vuestros esfuerzos... ¡Pues bien! El viaje ha terminado. He sembrado durante él, todo lo que era necesario para prepararos el trabajo para cuando vosotros seáis los evangelizadores. Ahora podemos tomar el descanso sabático con la conciencia de haber cumplido con nuestro deber. Esperaremos a los otros... Luego caminaremos... todavía... siempre... hasta que todo se cumpla...”

20. Bartolomé descubre el por qué...

17 noviembre 1945

Jesús se encuentra en una habitación donde hay camastros paupérrimos, unos junto a los otros. El espacio que hay entre ellos es el suficiente para ir de un lado a otro. Sentados sobre sus camastros comen sus pobres alimentos porque mesas o sillas no las hay. En un cierto momento Juan se va sentar donde le dé el sol, y así es el primero en ver que llegan los esperados Pedro, Simón, Felipe y Bartolomé. Les grita y luego corre tras ellos. Se queda solo Jesús, que lo único que hace es ponerse de pie y mirar hacia la puerta...

Entran los recién llegados. Es fácil imaginar el entusiasmo de Pedro como tan bien pensar en la reverencia profunda de Simón Zelote. Lo que sorprende es la actitud de Felipe, y sobre todo la de Bartolomé. Entran, si así puede decirse, con temor, con ansia, y no obstante que Jesús les abra los brazos para darse el beso mutuo de paz, que ya dio a Pedro y a Simón, ellos caen de rodillas, se inclinan hasta el suelo, besan los pies de Jesús y así se quedan... Los suspiros que brotan de Bartolomé dicen que silenciosamente llora.

“¿Por qué esto, Bartolomé? ¿No quieres darme el abrazo? Y tú, Felipe, ¿por qué tienes miedo? Si no supiera que sois dos personas buenas, en cuyo corazón no alberga la maldad podría sospechar que sois culpables. Pero esto no es así. ¡Ea pues! Dadme el beso que tanto anhelo. Quiero ver vuestros ojos de fieles discípulos...”

“También nosotros, Señor...” responde Bartolomé levantando su cara en que se ven bullir lágrimas. “No hemos deseado otra cosa más que a Ti. Nos preguntábamos en qué podríamos haberte desagradado para que nos hubieras separado. Nos parecía una cosa injusta... Pero ahora lo sabemos... ¡Oh, perdón. Señor! Te pedimos perdón. Yo sobre todo, porque a Felipe lo separaste por mi culpa. Ya le dije que me perdonara. Yo soy el único culpable, yo, el viejo israelita que es duro de renovarse, yo soy el que te ha dado dolores...”

Jesús se inclina y a fuerzas lo levanta. Lo mismo hace con Felipe. Los abraza diciendo: “¿De qué te acusas? No has hecho ningún mal. Tampoco tú, Felipe. Sois mis amados apóstoles, y hoy me siento feliz de teneros conmigo y para siempre”.

“No, no. Por mucho tiempo no hemos sabido el motivo por el que justamente desconfiaste de nosotros hasta el punto de excluirnos de tu familia. Ahora lo sabemos... y te pedimos perdón, una y otra vez, sobre todo yo, Jesús, Maestro mío...” Bartolomé mira con ansias, con amor, con compasión a Jesús. Mayor en edad como lo es, parece un padre que mira a su afligido hijo, que escudriñase su cara surcada por una pena que no había intuido, un rostro que ha enflaquecido... Nuevamente lágrimas corren por la cara de Bartolomé. Exclama: “¡Pero qué te han hecho! ¿Que nos han hecho para hacernos sufrir tanto? Parece como si un espíritu malo hubiera entrado entre nosotros para conturbarnos, para entristecernos, debilitarnos, hacernos apáticos, indolentes, tontos... Tantos de no comprender que sufrías... Aun más, hasta para aumentar tus sufrimientos con nuestras tosquedades, ignorancia, respetos

humanos, con nuestras debilidades... Sí, el hombre viejo ha triunfado en nosotros, y siempre, sin que tu vitalidad perfecta nos haya podido renovar. Esto es lo que no me deja tranquilo. Con todo mi amor no he sabido renovarme, comprenderte, seguirte... Solo materialmente te he seguido... Y Tú quieres que se te siga espiritualmente... que comprendamos tu perfección... para que seamos capaces de perpetuarte... ¡Oh, Maestro mío! ¡Maestro que un día te irás, después de muchas enseñanzas, trabajos, disgustos, dolores, y con el de saber que todavía no estamos preparados!...” Y Bartolomé reclina su cabeza sobre su hombro, y sin preocupación alguna llora.

“No hagas esto, Natanael. Ves todo como algo enorme. Tu Jesús sabe que sois humanos... y no pretende de vosotros nada de lo que no podáis darle. ¡Oh, me daréis todo! ¡De veras que todo! Pero ahora debéis creer, formaros. Es una obra lenta. Yo sé esperar. Me alegro con vuestro crecimiento, porque lo es según mi vida. También tus lágrimas, la unión de corazones de los que estuvieron conmigo, el dolor que experimentáis por vuestra manera de ser, vuestros egoísmos, vuestra manera actual de ver las cosas, todo es algo que crece en Mí. ¡Ea, tranquilízate! Conozco tu bondad, buena fe, generosidad, sincero amor. ¿Que vaya a dudar de mi buen Bartolomé, de un Felipe tan equilibrado y fiel? Haría un desprecio a mi Padre que me permitió que os amara tanto. Pero ahora... ¡Bien! Sentémonos aquí y los que no estén cansados traigan algo a los hermanos que acaban de llegar y que tienen hambre. Entre tanto contad a vuestro Maestro y hermanos lo que no sabemos”.

Se sienta sobre el camastro, teniendo a su lado a Felipe y a Natanael, mientras que Pedro y Simón se sientan en el camastro de enfrente, dando sus rodillas con las de los otros.

“Habla, Felipe. Yo ya he hablado. Durante este tiempo has sido mejor que yo”.

“Bartolomé, yo sólo había comprendido que no se trataba ni de mala voluntad o voluntad del Maestro que no hubiéramos estado con Él... Traté de tranquilizarte... traté de apartar tu pensamiento de cosas que podrían apesadumbrarte después. Yo tenía sólo remordimiento... de haber hecho que no desobedecieras al Maestro cuando quisiste seguir a Simón de Jonás que iba a Nazaret a tomar a Marziam... Después te vi sufrir tanto en el cuerpo como en el corazón que me decía: “¡Hubiera sido mejor que lo hubiera dejado hacer lo que quería! El Maestro hubiera perdonado su desobediencia y él no se estará matando con estas ideas”... Pero lo ves, si hubieras ido no hubieras encontrado la llave del misterio... y tal vez tu sospecha acerca de la volubilidad del Maestro nunca hubiera dejado de existir. Ahora de este modo...”

“Así he comprendido todo. Maestro, Simón de Jonás y Simón Zelote, a quienes llené de preguntas para saber muchas cosas, para confirmarme de las que ya sabía, me dijeron sólo: “El Maestro ha sufrido *mucho*, tanto que ha enflaquecido y envejecido. Todo Israel, pero ante todo nosotros, somos los culpables de ello. Él nos ama y perdona. Pero no quiere hablar del pasado. Por esto os aconsejamos que no preguntéis y no habléis... “Pero yo quiero hablar. No preguntaré, pero sí diré para que sepas, porque nada de lo que hay en el corazón de tu apóstol debe quedar oculto. Un día –Simón y los otros estaba ausentes desde hacía días- vino a mí. Miguel de Caná Es un tanto pariente mío, eso sí muy amigo y compañero de estudios de la infancia... Fue a verme con buena fe. Estoy seguro. Porque sé que me quieres. Pero quien lo envió no tiene buena fe. Quería informarse por qué me había quedado en casa... mientras que los otros habían partido. Me preguntó: “¿Entonces es verdad? Te has separado porque como buen israelita no puedes aprobar ciertas cosas. Con gusto te dejan los otros, comenzando por Jesús de Nazaret, porque están seguros que no los ayudarás ni con la complicidad del silencio. ¡Haces bien! Reconozco en ti al hombre de otros tiempos. Pensaba que te habías corrompido al renegar de Israel. Haces bien a tu alma, a tu bienestar y al de los tuyos. Porque cuando sucede, el Sanedrín no lo perdona, y serán perseguidos los que tomen parte”. Yo le respondí: “¿Pero de qué estás hablando? Te dije que tenía órdenes de permanecer en casa durante este tiempo y de enviar a Nazaret a los eventuales peregrinos, o de decirles que esperasen al Maestro para fines de scebath en Cafarnaum, ¿y tú me estás hablando de separaciones, complicidades, persecuciones? Explícate...” ¿No es verdad, Felipe, que así hablé?” Felipe asiente con la cabeza.

“Entonces” continúa Bartolomé. “Miguel me dijo que todos sabían que te rebelas contra el parecer y órdenes de los sinedristas, teniendo contigo a Juan de Endor y a una griega... Señor, te causo dolor ¿no es verdad? Pero debo hablar. Te pregunto ¿es verdad que estaban en Nazaret?”

“Es verdad”.

“¿Es verdad que se fueron contigo?”

“Lo es”,

“Felipe ¡Miguel tenía razón! ¿Cómo iba a saberlo?”

“¡Déjate de eso” Son esas serpientes que me detuvieron a mí y a Simón, y no sé a cuántos más. Son las acostumbradas víboras” dice Pedro con fuerza.

Calmadamente Jesús pregunta: “¿No te preguntó algo más? Sé sincero con tu Maestro. No te preocupes”.

“Ninguna cosa más. Quería obtener informaciones de mí... Yo no le dije nada a Miguel. Respondí: “Hasta la Pascua estaré en mi casa”, por temor de que me siguiera, por... por miedo de causarte algún mal... Y entonces también comprendí por qué me habías dejado... Tú comprendías que soy demasiado israelita...” Bartolomé vuelve a llorar... “y dudaste de mí...”

“No. ¡Eso no! ¡Absolutamente no! No eras necesario a tus compañeros por ese tiempo, y sí, como lo ves, en Betsaida. A cada uno su misión, y a cada edad sus trabajos...”

“¡No, no! No vuelvas a dejarme por ningún motivo, Señor. No pienses en fatiga alguna... Tú eres bueno. Quiero estar contigo. Es un castigo el estar lejos de Ti... Soy necio. Por lo menos podía consolarte. He comprendido... Enviaste a estos con aquellos dos. No me lo digas. No quiero saberlo, pero presiento que es así. Pues bien, podía haber estado contigo. Pero no quisiste para castigarme por ser tan lento, para que me haga “nuevo”. Te juro. Maestro, que lo que he sufrido me ha renovado, y que de hoy en adelante jamás reconocerás al viejo Natanael”:

“Comprendes, pues, que todos los sufrimientos han terminado en alegría. Ahora iremos poco a poco al encuentro de Tomás y Judas, sin esperar que vayan a donde se les había dicho. Luego con ellos iremos otra vez... ¡Hay tanto qué hacer!... Mañana nos pondremos en camino. Temprano”

“Y haces bien porque el tiempo cambia. Será mal para los cultivos...” dice Felipe.

“¡Exacto! Las últimas granizadas acabaron con los campos. ¡Si vienes, Señor! Parece como si hubiera pasado el fuego en ciertos lugares. Lo curioso es que son perjuicios a trozos” dice Pedro.

“Cuando no estuviste granizó mucho. Un día, a la mitad de la luna de tebet, parecía un castigo. Me han dicho que en el valle algunos deben volver a sembrar. Antes hacía más calor, pero desde entonces se desea el sol. Se vuelve atrás... ¿Que señales tan extrañas! ¿Qué querrán decir? Pregunta Felipe.

“Ninguna otra cosa más que efectos de la luna. No te preocupes. Estas cosas no deben hacer impresión alguna. Nosotros iremos por la llanura y será cosa bella. Hará frío, pero no mucho. No sudaremos. Venid. En la terraza hace sol. Allí descansaremos juntos...”

21. En el camino que lleva a Galilea

18 noviembre 1945

“Y ahora que hayamos dado gusto al pastor, ¿qué hacemos?” pregunta Pedro que está solo con Jesús, mientras los demás, en grupo, los siguen.

“Tomaremos otra vez el camino de la ribera, y vamos para Sicaminón”.

“¿Sí? Pensaba que íbamos a Cafarnaum”.

“No es necesario, Simón de Jonás. No es necesario. Has tenido nuevas de tu mujer y del niño y por Judas... será más sencillo ir a su encuentro”.

“Perfectamente bien, Señor. ¿No sigue el camino que viene de aquella parte, el del río, el del lago? Es el más corto y el mejor...”

“No lo sigue. Ten en cuenta que debe buscar a los discípulos y estos están esparcidos por el lado occidental durante estos tiempos que se han hecho muy fríos”.

“Está bien. Si Tú lo dices... Por lo que toca a mí, bástame estar contigo y verte menos triste. Y... no tengo ninguna prisa de encontrarme con Judas de Simón. ¡Ojalá no lo encontrásemos!... ¡Hemos estado tan bien ahora!”

“¡Simón! ¡Simón! ¿Es esto tu caridad fraterna?”

“¡Señor... esto es lo que pienso!” dice franco Pedro y lo dice con tal vehemencia y expresión que Jesús apenas si puede contener la risa. ¿Cómo se puede contradecir a un hombre franco y leal?

Jesús prefiere guardar silencio, mostrando un gran interés por las colinas que tienen a su izquierda, entre tanto que la llanura parece mayor a la derecha. Detrás de ellos, en grupo, los otros nueve vienen charlando. Juan parece un buen pastor por el corderito que trae sobre sus hombros, tal vez un regalo del pastor Anás.

Después de poco tiempo Pedro pregunta: “¿No vamos a Nazaret?”

“Sí que iremos. Mi Madre estará contenta de enterarse del viaje de Juan y Síntica”.

“¡Y de vernos otra vez!”

“¡Y de verme!”

“¿La habrán dejado a Ella, al menos, en paz?”

“Lo sabremos”.

“¿Por qué están tan enfurecidos? Hay tantos como Juan en Judea y sin embargo...Aun más, por desprecio a Roma, son protegidos, ocultados”.

“Ten en cuenta que no es por Juan, sino porque se trata de una acusación contra Mí. Por esto lo hacen”.

“¡Nunca lo encontrarán! Hiciste bien... en mandarnos solos... por amor... en una barca por varias millas... y luego por nave. ¡Oh, todo estuvo bien! ¡Espero que se lleven un chasco!”

“Se lo llevarán”.

“Tengo deseo de ver a Judas de Keriot, para estudiarlo, como se estudia a un cielo en que soplan los vientos, para ver si...”

“¡En resumidas cuentas!...”

“Tienes razón. Es un clavo que tengo dentro” y se pega en la frente.

Para distraerlo Jesús llama todos los demás y hace notar los daños causados por el granizo y el frío, cuando menos se esperaba... Quién sugiere esto, quién aquello. Todos tratan de ver en ello una señal de castigo divino contra la proterva Palestina que no acoge al Señor. Los más doctos citan hechos más o menos semejantes, conocidos por narraciones antiguas, mientras los más jóvenes o menos cultos escuchan admirados.

Jesús mueve la cabeza. “Es efecto de la una y de lejanos vientos. Os lo había dicho. En las regiones hiperbóreas se ha producido un fenómeno cuyas consecuencias padecen regiones enteras”.

“Entonces, ¿por qué hay campos tan hermosos?”

“El granizo es así”.

“¿No podría ser un castigo para los peores?”

“Podría serlo, pero de hecho no lo es. ¡Ay si lo fuese!”

“Se quedaría seca y destruida casi toda nuestra patria, ¿no es verdad, Señor?” pregunta Andrés.

“En las profecías está dicho por medio de símbolos que vendrá el mal a quien no acoja al Mesías. ¿Pueden mentir acaso los profetas?”

“No, Bartolomé. Lo que se dijo, sucederá. Pero el Altísimo es tan infinitamente bueno, que espera todavía mucho más, para castigar. Sed también vosotros buenos, sin desear castigo alguno para los duros de corazón o de muerte. Desead su conversión, no su castigo. Juan, da el cordero a otro, y ven a contemplar tu mar desde lo alto de aquel montículo de arena. También voy Yo”.

Se encuentran realmente por un camino muy cercano al mar, separado por una larga tira de dunas onduladas, en las que se mueven sutiles palmas, o hay despeinados tamariscos, lentiscos, y otras hierbas.

Jesús se va con Juan, pero ¿quién lo va a dejar? Nadie. Pronto lo alcanzan todos, y contemplan el hermoso sol, se bañan en sus rayos tibios y se sumergen en el sereno y tranquilo mar... La ciudad de Tolemaida con sus blancas casas está allá, cerca.

“¿Entramos?” pregunta Judas de Alfeo.

“No es necesario. Nos quedaremos a comer en las primeras casas. Quiero estar al atardecer en Sicaminón. Tal vez encontremos a Isaac”.

“Hace mucho bien ¿verdad? ¿Oíste lo que dijeron Abel, Juan y José de él?”

“Sí. Todos los discípulos se ingenian por todos los modos, y Yo, Padre mío, te bendigo noche y día. Todos vosotros... que sois mi alegría, mi tranquilidad, mi seguridad...” y los mira en tal forma que a los diez les saltan las lágrimas...

Y mi permiso de ver se acaba al ver esa mirada.

22 El encuentro con Judas Iscariote y Tomás

19 noviembre 1945

El valle del Kisón, pese al resplandeciente cielo, está helado. Un viento frío cabalga a través de las colinas septentrionales, va acabando con los cultivos, sembrando la muerte sobre las tiernas hojitas.

“¿Cuánto tiempo seguirá haciendo frío?” pregunta Mateo enredándose más en el manto y sacando por entre él un pedazo de nariz y unos ojos entumecidos.

Y Bartolomé que también se ha envuelto lo más que ha podido con una voz apenas perceptible le responde: “Tal vez hasta el fin de la luna”.

“Entonces ¡si que nos va a ir mal! ¡Bueno, paciencia! Al menos encontraremos en Nazaret un lugar hospitalario... Hasta que pase”.

“Tienes razón Mateo. Por lo que toca a mí ya me ha pasado, desde que veo a Jesús más contento” dice Andrés.

“Se ve, pero... me parece imposible que haya enflaquecido por lo que sabemos. ¿De veras no ha pasado nada?” pregunta Felipe.

“Nada, Te digo que nada. Créeme que en los confines siro-fenicios estuvo contentísimo por quienes creyeron, e hizo los milagros que ya te contamos” responde Santiago de Alfeo con aplomo.

“Desde hace días habla mucho con Simón de Jonás, y éste ha cambiado bastante... ¡Bueno, todos vosotros estáis cambiados! No sé... pero se os ve más... austeros en una palabra” dice Felipe.

“Esto es lo que piensas... En realidad somos los de antes. No cabe duda que al ver al Maestro tan afligido por tantas cosas, no nos ha gustado, como tampoco el que lo odien... Pero lo defenderemos. No le harán nada si estamos con Él. Ayer le dije, después de haber oído lo que dijo Hermas, que es un hombre serio y digno de confianza: “No debes estar solo. Tienes discípulos que, como ves, trabajan bien, y siguen aumentando. Por eso estaremos contigo. No te digo que tengas qué hacer todo. Ha llegado la hora de darte la mano, hermano mío. Tú estarás con nosotros, como Moisés en el monte. Nosotros combatiremos por Ti. Estaremos prontos a defenderte aun con los puños. Lo que pasó a Juan el Bautista no te va a pasar” Porque si sus discípulos no hubiera llegado a ser dos o tres cobardes, nunca lo hubieran aprendido. Somos doce, y quiero persuadirlo a que tenga lo más cerca a algunos de los discípulos más fieles y más decididos. Por ejemplo los que acompañaron a Juan en Maqueronte. Hombres de confianza y valor. Juan, Matías, y también José. ¿Sabéis que ese joven da muchas esperanzas?” dice Tadeo.

“Cierto, Isaac es un ángel, pero toda su fuerza reside en su corazón. Sin embargo José la tiene también en el cuerpo. Tiene nuestra edad”.

“Y aprende con facilidad. ¿Oíste lo que dijo Hermas? “Si hubiese estudiado sería un rabí, en lugar de justo”. Y Hermas sabe lo que dice”.

“Por mi parte me gustaría que estuviera también Esteban, Hermas y Juan el sacerdote, Conocen la ley y el templo. ¿Comprendéis lo que significaría su presencia ante los escribas y fariseos? Un freno... Y la gente que no sabe a qué lado inclinarse diría: ‘Ved que el Rabí tiene como alumnos y siervos también a los mejores de Israel’ ”, dice Santiago de Alfeo.

“Tienes razón. Vamos a decírselo al Maestro. Oísteis lo que dijo ayer: “Tenéis la obligación de obedecer, pero también la de abrirme vuestro corazón y decir lo que os pareciere justo, para acostumbraros a que en el futuro sepáis dirigir. Y si viere que vuestras ideas son correctas, las aceptaré” ” habla Zelote.

“Tal vez lo hace también para mostraros que nos ama, al ver que todos más o menos estamos convencidos de que somos la causa de su aflicción” observa Bartolomé.

“O bien está cansado de tener qué pensar en todo y de ser el único en tomar decisiones y en echarse la responsabilidad. Tal vez reconozca que su santidad aunque perfecta... pudiera ser una imperfección respecto a quien tiene enfrente: el mundo que no es santo. Nosotros no somos santos perfectos. Somos unos pillos menos que otros... y por esto más capacitados a responder a los que no son como nosotros” dice Simón Zelote.

“¡Y de conocerlos, dirás!” añade Mateo.

“Por lo que se refiere a esto, estoy seguro que los conoce también. Aun más, los conoce mejor que nosotros, porque lee los corazones. De ello estoy seguro como de que estoy vivo” afirma Santiago de Zebedeo.

“Y entonces ¿por qué a veces se comporta como lo hace, y se mete en dificultades y peligros?” pregunta con tristeza Andrés.

“¡Bueno! ¡No sé qué responder!” contesta Tadeo, encogiendo los hombros. Los demás repiten lo mismo.

Juan no dice nada. Su hermano le pica diciendo: “Tú que sabes todo lo de Jesús –pues te ama tanto- ¿no te ha dicho por qué obra así?”

“Hace poco se lo pregunté. Me respondió: “Porque debo hacerlo. Debo comportarme como si el mundo estuviese lleno hombres ignorantes pero buenos. A todos enseñó la misma doctrina y así se separarán lis hijos de la verdad, de los de la mentira”. También me dijo: “¿Ves, Juan? Esto es como un primer juicio, no universal, colectivo, sino individual. Los corderos serán separados de los cabros teniendo en cuenta sus acciones de fe, caridad, justicia. Y esto continuará aún después de que no esté más, pero estará mi Iglesia por siglos y siglos hasta el fin del mundo. El primer juicio de la raza humana se realizará en el mundo, allí donde los hombres libremente obran, teniendo frente a sí el bien y el mal, la verdad y la mentira. Así como los que desobedecieron en el paraíso terrenal Dios los juzgó y sentenció ante el árbol del bien y del mal¹. Después cuando llega la muerte, la Inteligencia que no tiene defecto alguno ratifica el juicio ya escrito en el libro de las acciones humanas. Finalmente vendrá el gran juicio, el terrible, y de nuevo serán juzgados los hombres. Desde Adán hasta el último. Serán juzgados según lo que *eligieron para sí*, libremente, sobre la tierra. Ahora bien, si escogiese quien merece la palabra de Dios, al que es digno de un milagro, de que se le ame – y podría hacerlo por derecho divino- los que no hubieran sido escogidos, gritarían con todas sus fuerzas en el día de su juicio individual: ‘El culpable es tu Verbo que no nos quiso enseñar’ Pero esto no lo podrán decir... O bien lo dirán y así mentirán una vez más. Y por esto serán juzgados””.

“¿Entonces no aceptar su doctrina significa ser reprobado?” pregunta Mateo.

“Yo no sé si los que no creyeren, serán los réprobos. ¿No os acordáis que una vez cuando hablaba con Síntica dio a entender que los que obran honestamente en su vida no son de los réprobos, aun cuando profesen diversa religión? Se lo podemos preguntar. Pero no cabe duda

¹ Cfr. Gén. 3.

de que Israel, que ha oído hablar del Mesías, que cree en Él parcialmente, lo interpreta mal o hasta lo rechaza, será juzgado severamente”.

“El Maestro habla mucho contigo y sabes por eso muchas cosas que ignoramos” observa su hermano Santiago.

“La culpa es tuya y vuestra. Yo le pregunto con sencillez. A veces le hago preguntas que tal vez le han de parecer tontas, pero no me importa. Me basta saber lo que piensa, y asimilarlo. También deberíais hacer así. Pero siempre tenéis miedo. ¿De qué cosa? ¿De ser ignorantes? ¿De ser superficiales? ¿De ser unos testarudos? Deberíais de tener miedo de no estar preparados para cuando se vaya. Siempre lo anda repitiendo... y por eso no me separo de Él... Siento que será un inmenso dolor...”

“¡No pensemos en eso!” exclama Andrés. Los demás le hacen eco.

“¿Cuándo sucederá? Responde siempre: “Pronto”. Pero pronto puede ser dentro de un mes, como dentro de años. Es muy joven y el tiempo pasa veloz... ¿Qué te pasa, hermano? Palideces...” pregunta Tadeo a Santiago.

“¡Nada! ¡Nada!...” responde con la cabeza inclinada a su hermano.

Tadeo se inclina para verlo bien... “¡Si tienes lágrimas en los ojos! ¿Qué tienes?”

“Lo que vosotros... Pensaba en cuando estaremos solos”.

“¡Oh! ¿Qué le pasa a Simón de Jonás que va corriendo y gritando como un desesperado en día de tempestad?” pregunta Santiago de Zebedeo, señalando a Pedro, que dejando a Jesús corre por el camino gritando y diciendo algo que el viento no deja percibir.

Apresuran el paso y ven que Pedro va por una vereda que viene de Séforis que no está lejana (así dicen los discípulos y se preguntan si irá allá por órdenes de Jesús). Pero luego al ver bien, descubren a dos viajeros que vienen de la ciudad hacia el camino principal. Son Tomás y Judas.

“¡Vamos! Y ¿por estos rumbos? Deberían ir de Nazaret a Caná y luego a Tiberíades...” dicen varios de los apóstoles.

“Tal vez venían en busca de discípulos. Era su misión” dice prudentemente Zelote que siente que la duda entra en el corazón de algunos de sus compañeros.

“Apresuremos el paso. Jesús se ha quedado solo y parece que nos espera...” aconseja Mateo.

Alcanzan a Jesús al mismo tiempo que Pedro, Judas y Tomás. Jesús está muy pálido, tanto que Juan pregunta: “¿Te sientes mal?” Jesús le sonríe, hace señal de que no, mientras saluda a los dos recién llegados.

Abraza primero a Tomás, alegre y contento como siempre, pero al mirar al Maestro tan cambiado, no puede menos de preguntar: “¿Has estado enfermo?”

“No, Tomás. ¿Y tú, has estado bien?”

“Yo sí, Señor. Siempre bien, siempre feliz. No me hacía falta otra cosa más que Tú para que fuera completamente feliz. Mis padres te agradecen que me hayas enviado por algún tiempo. Mi padre estaba un poco enfermo y yo tuve qué trabajar. Estuve en casa de mi hermana gemela, he visto a mi sobrinito e hice que le pusieran el nombre que me habías aconsejado. Luego llegó Judas y me ha hecho dar vueltas como una tórtola en tiempo de amores, de arriba a abajo, donde había discípulos. Ya había dado él sus vueltas por su parte. Él te lo contará, porque ha trabajado por diez y merece que lo escuches”.

El turno es ahora de Judas, que pacientemente ha esperado y se acerca triunfante, alegre. Jesús lo atraviesa con su mirada de zafiro. Lo besa y también Judas lo besa, como lo hizo Tomás. Las siguientes palabras afectuosas salen de los labios de Jesús.

“¿Y tu madre se sintió feliz de que estuvieras con ella? ¿Está bien esa santa mujer?”

“Sí, Maestro. Te bendice porque le enviaste a Judas. Quería mandarte algunos regalos, pero ¿cómo iba a poder traértelos si andaba por acá y por allá, por montes y valles? Puedes estar tranquilo, Maestro. Todos los grupos de discípulos que visité trabajan santamente. La idea se propaga cada vez más. Personalmente quise informarme de su repercusión entre los más poderosos escribas y fariseos. A muchos ya conocía, y a otros he conocido ahora por amor a

Ti. He ido a ver a saduceos, herodianos... ¡Oh! Te aseguro que mi dignidad ha sido pisoteada... ¡Pero por amor a Ti! Esto y más haré. Muchos me han rechazado y anatemizado. Pero también logré suscitar simpatías en algunos que tenían prejuicios contra Ti. No quiero que me alabes. Bástame haber cumplido con mi deber, y agradezco al Eterno de haberme siempre ayudado. Tuve qué hacer milagros en determinados casos. Me dolió porque merecían rayos, y no bendiciones. Pero dices que hay qué amar y ser pacientes... Lo hice para honra y gloria de Dios y para alegría tuya. Espero que muchos obstáculos desaparecerán para siempre, tanto más que di mi palabra de honor que no estaban más contigo aquellos dos que te daban tanta sombra. Después me vino el escrúpulo de haber afirmado lo que no sabía con certidumbre. Entonces quise informarme por mí mismo, para que no cayera en mentira, cosa que por otra parte me hubiera indisputado con los que pueden convertirse... ¡Imagínate! ¡También hablé con Anás y Caifás!... ¡Oh! Quisieron reducirme a cenizas con sus reproches... pero me porté tan humilde, empleé mi elocuencia, que terminaron diciéndome: 'Bueno, si las cosas son así... Nosotros las conocíamos de modo diverso. Los jefes del Sanedrín, que podían saberlas bien, nos las han contado al contrario y...'”

“No vas a querer insinuar que José y Nicodemo han sido unos mentirosos” le interrumpe Zelote con energía.

“¿Y quién lo está diciendo? Antes bien, José que me vio cuando salía de casa de Anás me preguntó: “¿Por qué estás tan cambiado?” Le conté todo y cómo siguiendo su consejo y el de Nicodemo, Tú, Maestro, habías alejado de Ti al galeote y a la griega. Porque esto las has hecho ¿o no es verdad?” pregunta Judas mirando fijamente a Jesús con sus ojos brillantes, fosforescentes. Parece como si quisiera leer lo que Jesús ha hecho.

Jesús que lo tiene muy enfrente de Sí, con calma responde: “Te ruego que prosigas tu relato que me interesa mucho. Es una relación exacta que puede servir de mucho”.

“¡Bien! Decía yo que Anás y Caifás han creído, lo que es mucho para nosotros. ¿No es verdad? ¡Y luego!... ¡Oh, ahora os voy a hacer reír! ¿No sabéis que los rabinos me tomaron y me hicieron pasar otro examen, como lo hace un menor de edad que se convierte en mayor? Y ¡qué examen! ¡Bien! Los persuadí y me dejaron ir. Entonces me vino la sospecha y temor de haber afirmado algo que no era verdad. Pensé en ir a traer a Tomás, y en volver a visitar los lugares donde estaban los discípulos, o bien donde era posible que estuviesen Juan y la griega. Estuve en casa de Lázaro, de Mannaén, en el palacio de Cusa, en casa de Elisa de Betsur, en los jardines de Juana, en Getsemaní, en la casucha de Salomón del otro lado del Jordán, en Aguas Claras, en casa de Nicodemo, de José...”

“Pero no los viste, ¿verdad?”

“No. Me convencí que no los encontraría. Pero sabes... Quería estar seguro. En una palabra. Inspeccioné todos los lugares donde podían estar... Y cuando no los encontraba en algún lugar –testigo es Tomás- decía yo: “¡Sean dadas gracias al Señor!” y añadía: “¡Oh Eterno haz que jamás los encuentre!” ¡De veras! Suspiraba mi alma. El último lugar fue Esdelón... ¡Ah a propósito Ismael ben Fabi, que está en su palacio de la campiña de Magedo, tiene deseos de que seas su huésped... Pero si yo fuera Tú, no iría...”

“¿Por qué? Sin duda alguna que iré. También Yo tengo deseos de verlo. En lugar de ir a Séforis iremos a Esdrelón, y pasado mañana, que es la vigilia del sábado, a Magedo y de allí a casa de Ismael”.

“¡No, Señor! ¿Por qué? ¿Crees que te quiere?”

“Pero si has ido a verlo, has hecho que se pase a mi lado ¿por qué no quieres que vaya?”

“No fui a verlo... Estaba en sus campos y me reconoció. Yo ¿no es verdad, Tomás? yo quise huir cuando lo vi. No pude porque me llamó por mi nombre. Yo... Yo no puedo menos de aconsejarte que no vayas por ningún motivo a casa de algún fariseo, escriba, o bicho semejante. No sacas nada a tu favor. Estemos entre nosotros, solos, con el pueblo y basta. También Lázaro, Nicodemo, José... será un sacrificio... Es mejor hacer así, para no crear celos, envidias y críticas... Se habla sobre mesa... y ellos tuercen todas tus palabras.

Volvamos a Juan... Ahora iba a Sicaminón, aun cuando Isaac, a quien encontré en los confines de la Samaria, me había jurado de no haberlo visto desde octubre”.

“E Isaac dijo la mera verdad. Pero lo que aconsejas acerca de escribas y fariseos, contradice a lo que antes habías dicho. Tú me has defendido... ¿no es verdad? Has dicho: “Muchos obstáculos que había contra Ti han sido abatidos”. ¿O no dijiste así?”

“Sí, Maestro”.

“Entonces ¿por qué no puedo terminar por defenderme a Mí mismo? Así pues, iremos a casa de Ismael. Tú regresa, y se lo avisas. Irán contigo Andrés, Simón Zelote y Bartolomé. Nosotros iremos a donde están los campesinos y allí nos detendremos. En cuanto a Sicaminón, fuimos. Éramos once. Te aseguramos que Juan no está allí. Como tampoco en Cafarnaum, Betsaida, Tiberíades. Mágdala, Nazaret, Corozáin, Belén de Galilea, ni en ningún otro lugar a donde tal vez pensabas ir... para asegurarte tú mismo que Juan no está ni entre los discípulos, ni en ninguna casa amiga”.

Jesús ha hablado con tono tranquilo, natural... Pero tal vez hay algo en ese tono que turba a Judas, que le hace cambiar por un momento de color. Jesús lo abraza como para besarlo, y mientras lo tiene así en voz baja le dice: “¡Infeliz! ¿Que has hecho de tu alma?”

“Maestro... yo...”

“¡Vete! ¡Hueles más a infierno que el mismo Satanás! ¡Cállate!... Y arrepiéntete si puedes”.

Judas... yo habría escapado por donde hubiera podido. Pero él, desvergonzadamente dice en voz alta: “Gracias, Maestro. Te ruego que antes que vaya, me escuches dos palabras en secreto”.

Todos se retiran unos cuantos metros.

“¿Por qué, Señor, me has dicho esas palabras? Me has causado un gran dolor”.

“Porque son verdad. Quien comercia con Satanás, toma su olor”.

“¡Ah! ¿Por lo de la nigromancia? ¡Qué miedo me diste! ¡Fue una guasa! ¡No más que una travesura de niño curioso! Me sirvió para ir a ver a unos saduceos y para perder las ganas de ella. Ves que puedes absolverme tranquilamente. Son cosas inútiles cuando se tiene tu poder. Tenías razón. ¡Ea, Maestro! ¡Mi pecado es tan pequeño!... Tu sabiduría es tan grande. Pero ¿quién te lo dijo?”

Jesús lo mira severo, mas no le responde.

“¿De veras has visto en mi corazón el pecado?” pregunta Judas un poco atemorizado.

“¡Y me das asco! ¡Vete, y no hables más!” Le vuelve las espaldas. Va a donde están los discípulos, a quienes ordena de cambiar de ruta. Se despide de Bartolomé, Simón y Andrés que se unen a Judas. Mientras estos caminan aprisa, los que se quedan con Jesús van despacio, ignorantes de lo que ha pasado. Y tanto lo están que alaban a Judas por su actividad y sagacidad. El honrado Pedro se acusa sincero del pensamiento temerario que había fomentado contra su discípulo...

Jesús sonríe, sonríe como cansado, como abstraído, como si oyese el golpetear del sonido de las palabras de sus compañeros contra las piedras pero no pueden conocer toda la verdad.

23. Ismael ben Fabi¹

11 septiembre 1944

Veo a Jesús que camina rápidamente por un buen camino que el viento frío de una mañana invernal barre y endurece. Los campos de uno y otro lado del camino apenas si tienen una ligera puntita verde de la mies que es una promesa del futuro trigo, del futuro pan. Hay también surcos negruzcos donde no se ve nada de verde, que crece sólo en los lugares donde el sol les da. No se ve nada en los árboles, ni siquiera una yema. Sólo los olivos conservan su eterno color verde-negro, tan triste no sólo bajo el sol implacable de agosto como también en

¹ Cfr. Lc. 14, 1-15.

estos días claros invernales. Sus hojas conservan ese verde de pasta de cerámica, que parece como si hubiesen tomado su color de los cactus.

Jesús como suele hacerlo, camina, dos o tres pasos adelante de sus discípulos. Todos van bien envueltos en sus mantos de lana.

En cierto momento se detiene, se vuelve preguntando a sus discípulos: “¿Conocéis bien el camino?”

“Es este, pero dónde esté la casa no se sabe, porque se encuentra dentro... Tal vez allá en aquel lugar donde se ven muchos olivos”.

“No. Debe estar, donde están aquellos árboles sin hojas”.

“Debe haber un camino para carros”.

En una palabra, no saben nada. No se ve a nadie por el camino. Caminan al azar.

Encuentran una casucha con dos o tres parcelas a su alrededor. Una niña está sacando agua de un pozo.

“La paz sea contigo, niña” dice Jesús deteniéndose en el borde de la cerca que tiene espacio para pasar.

“La paz sea contigo, ¿Qué se te ofrece?”

“Quiero que me digas dónde está la casa de Ismael el fariseo”.

“Este no es el camino, Señor. Debes regresar al cruce y tomar el camino por donde se oculta el sol. Debes caminar mucho, seguir, seguir. ¿Has comido? Hace frío y con el estómago vacío se siente más. Entra, si te parece. Somos pobres, pero tampoco Tú eres rico. No te disgustará. Ven”. Y grita: “¡Mamá!”

En el umbral se ve una mujer entre treinta y cinco y cuarenta años. Tiene cara de mujer buena, pero triste. En sus brazos trae un niño como de tres años medio desnudo.

“Entra. Hay fuego. Te daré pan y leche”.

“No soy solo. Vienen conmigo estos amigos míos”.

“Entren todos y la bendición de Dios con los peregrinos”.

Entran en una cocina baja y oscura donde alegre chisporrotea el fuego. Se sientan donde pueden, sobre burdos bancos.

“Ahora os preparo algo... Es temprano... Todavía no he arreglado todo... Perdonad”.

“¿Estás sola?” le pregunta Jesús.

“Tengo marido e hijos. Siete. Los dos mayores están en el mercado de Naim. Tienen qué ir porque mi marido esta enfermo. ¡Es una gran aflicción!... Las niñas me ayudan. Este es el más pequeño. Tengo otro un poco mayorcito”.

El pequeño, que no tiene más que una tuniquita como vestido, corre descalzo a donde está Jesús y lo mira con curiosidad. Jesús le sonríe, La amistad está hecha. “¿Quién eres?”, le pregunta el niño confiadamente.

“Soy Jesús”.

La mujer se vuelve a mirarlo atentamente. Se ha quedado con el pan entre las manos, entre el fogón y la mesa. Quiere hablar, pero no lo hace. El niño continúa: “¿A dónde vas?”

“Por los caminos del mundo”.

“¿A hacer qué cosa?”

“A bendecir a los niños buenos y sus casas donde se observa la Ley”.

La mujer hace otro gesto de sorpresa. Hace una señal a Judas Iscariote que es a quien tiene más cerca. Él se inclina hacia la mujer que le pregunta: “¿Quién es tu amigo?”

Judas orgulloso (parece como si gracias a él, el Mesías sea tal): “Es el Rabí de Galilea: Jesús de Nazaret. ¿No lo sabías mujer?”

“Este camino no es el apropiado, y yo tengo tantas penas... ¿Podría decírselas?”

“Puedes” responde tranquilamente Judas. Tiene el aire de un gran personaje que concediera audiencia.

Jesús continúa hablando con el niño que le ha preguntado si también tiene niños.

Mientras la niña a quien ya hemos visto, y otra mayorcita traen leche y los tazones, la mujer se acerca a Jesús. Por un momento se queda como dudosa, pero después prorrumpe en un grito: “¡Jesús, ten piedad de mi marido!”

Jesús se levanta, Aunque alto de estatura, la bondad que respira es tanta que la mujer cobra ánimos. “¿Qué quieres que haga?”

“Está muy enfermo. Hinchado como un odre. No puede inclinarse a trabajar. No encuentra descanso porque se ahoga... Tenemos niños todavía pequeños”.

“¿Quieres que te lo cure? ¿Por qué me lo pides?”

“Porque Tú eres Tú. No te conocía, pero había oído hablar de Ti. La buena suerte te ha traído a mi casa después que por tres veces te fui a buscar a Naim y a Caná. Dos veces estuvo mi marido. Te fue a buscar aun cuando el andar en la carreta le haga mal... Ahora está afuera con su hermano... Nos habían dicho que el Rabí, salido de Tiberíades, se dirigía a Cesarea de Filipo. Fue allá a esperarte...”

“No he ido a Cesarea. Voy a casa de Ismael el fariseo y luego iré en dirección del Jordán”.

“Tú, que eres bueno ¿vas a casa de Ismael?”

“Sí, ¿por qué?”

“Porque... porque... Señor, sé que mandas que no se juzgue, que se perdone, que nos amemos. Nunca te había visto, pero he tratado de informarme de Ti lo más que he podido. He pedido al Eterno que pudiera oírte por lo menos una vez. No quiero hacer alguna cosa que te desagrade. ¿Pero cómo no juzgar a Ismael? ¿Cómo amarlo? No tengo ya nada qué ver con él, y por eso nada qué perdonarle. Nos sacudimos de nosotros las injurias que nos lanza al ver nuestra pobreza, y lo hacemos así como se quita uno el lodo, el polvo que nos echa cuando veloz pasa con sus asnos. Pero amarlo y no juzgarlo es muy difícil... ¡Es muy malo!”

“¿Tan malo? ¿Con quién?”

“Con todos. Oprime a sus siervos, presta dinero con usura, y con crueldad lo exige. No ama sino a sí mismo. Es el más cruel de los contornos. No merece que vayas a su casa, Señor”.

“Lo sé. Tienes razón”.

“¿Y vas allá?”

“Me ha invitado”.

“Desconfía Señor. No lo habrá hecho por amor. *No te puede amar*. Y Tú... no puedes amarlo”.

“También amo a los pecadores, mujer. He venido para salvar lo que está perdido”.

“Pero a este no lo salvarás. ¡Oh, perdón por haber juzgado! Tú sabes... ¡Todo lo que haces está bien! Perdona esta lengua mía ignorante, y no me castigues”.

“No te castigaré, pero no lo hagas más. Ama aun a los malvados, no porque lo sean, sino porque con el amor se alcanza la misericordia que los convierte. Eres buena y deseas serlo más. Amas a la Verdad y la Verdad que te habla te dice que te ama, porque eres piadosa según la Ley para con el huésped, para con el peregrino, y en esta forma has educado a tus hijos. Dios será tu recompensa. Debo ir a casa de Ismael que me invitó para presentarme con muchos amigos suyos que me quieren conocer. No puedo esperar a tu marido, que, tenlo en cuenta, viene ya de regreso. Dile que sufra un poquito más y que cuanto antes vaya a la casa de Ismael. Vienes también tú. Lo curaré”.

“¡Oh, Señor!...” La mujer se ha echado de rodillas a los pies de Jesús, y lo mira con risa, con llanto. Luego dice: “¡Pero hoy es sábado!”

“Lo sé. Tengo necesidad de que sea sábado, porque debo decir algo a Ismael referente a esto. *Todo lo que hago, lo hago con un fin preciso y sin equivocación*. Tenedlo también en cuenta vosotros, amigos míos, que tenéis miedo y que quisierais que siguiese una conducta según las conveniencias humanas para que no sufra nada. El amor os guía. Lo sé. *Mas debéis saber amar mejor. No pospongáis jamás* los intereses divinos a los intereses del ser a quien amáis. Mujer, me voy. Te espero allá. La paz perenne sea en esta casa donde se ama a Dios, su Ley, es respetado el matrimonio, la prole santamente educada, amado el prójimo y buscada la verdad. ¡Adiós!”

Jesús pone su mano sobre la cabeza de la mujer y de las dos niñas. Luego se inclina a besar a los niños más pequeños y sale.

Un sol invernal ha entibiado un poco el aire. Un jovencillo como de quince años está esperando con una carreta vieja, destartalada.

“No tengo más que esto, Señor. Pero llegarás más pronto”.

“No, mujer. Deja que el caballo esté descansado para cuando vayas a la casa de Ismael. Muéstrame sólo el camino más corto”.

El muchacho se pone a su lado, y por campos y prados llegan a una ondulación del terreno, más allá de la cual se ve una amplia concavidad como de una hectárea, bien cultivada. En su centro una bella casa larga, baja, rodeada por un jardín bien cultivado.

“La casa es aquella, Señor” dice el muchacho. “Si no te hago falta, regreso a casa a ayudar a mi mamá”.

“Vete y sé siempre buen hijo. Dios está contigo”.

Jesús entra en la suntuosa casa de Ismael. Muchos siervos corren a su encuentro. Otros van a avisar al patrón, quien sale con profundas inclinaciones a recibirlo.

“¡Bienvenido a mi casa, Maestro!”

“La paz sea contigo Ismael ben Fabi. Has querido verme y he venido. ¿Para qué me quieres?”

“Para verme honrado con tu presencia y para presentarte con amigos míos. Quiero que también sean tuyos. Como quiero que tú lo seas mío”.

“Yo soy amigo de todos, Ismael”.

“Lo sé. ¡Pero sabes! Conviene tener amistad en las alturas. Mi amistad y la de mis amigos están en lo alto. Perdona que te lo diga, no te preocupas de los que pueden apoyarte...”

“¿Eres de ellos? ¿Por qué?”

“Soy de ellos. ¿Que por qué? Porque te admito y quiero que seas mi amigo”.

“¡Amigo! ¿Sabes, Ismael, el significado que doy a esa palabra? Para muchos ‘amigo’ quiere decir uno que tiene gratitud; para otros un cómplice, para otros un siervo. Para Mí quiere decir: el que es fiel a la palabra del Padre. Quien no lo es, no puede ser mi amigo, ni Yo el suyo”.

“Precisamente porque quiero ser fiel, quiero tu amistad, Maestro. ¿No lo crees? Mira. Allí viene Eléazar. Pregúntale cómo te he defendido ante los ancianos. Eléazar, te saludo. Ven, que el Rabí quiere preguntarte una cosa”.

Muchos saludos y recíprocas miradas indagadoras.

“Repíte, Eléazar, lo que dije del Maestro la última vez que estuvimos reunidos”.

“¡Oh, fue un verdadero elogio! ¡Una defensa apasionada! Me vinieron entonces ganas de escucharte, pues Ismael habló así de Tí, Maestro, como del Profeta más grande que haya venido al pueblo de Israel. Recuerdo que dijo que nadie hablaba más profundamente que Tú, que nadie atraía tanto como Tú, y que si como sabes hablar, supieras manejar la espada, no habría un rey más grande que Tú en Israel”.

“Mi Reino... No es humano, Eléazar”.

“¿Y el Rey de Israel?”

“Que vuestra inteligencia se abra para comprender el sentido de las palabras arcanas. Vendrá el reino del Rey de reyes, pero no según el pensamiento humano. Vendrá no por lo que perece, sino por lo que es eterno. Se llega a él no por el camino tapizado de triunfos, ni sobre la alfombra, teñida de sangre enemiga, sino por el arduo trabajo del sacrificio, por la dulce escalera del perdón y del amor. *Las victorias contra nosotros mismos darán este reino.* Y quiera Dios que la mayoría de Israel pueda comprenderme. ¡Pero no será así! Pensáis en lo que no existe. En mi mano habrá un cetro, y el pueblo de Israel será quien me lo ponga. Un cetro real, eterno. Ningún rey podrá arrebatarlo a mi reino. Pero muchos de Israel no podrán verlo sin temblar de terror, porque para ellos tendrá un nombre terrible”.

“¿No nos crees capaces de seguirte?”

“Si lo quisierais, podríais, pero no queréis. ¿Y por qué no? Sois ya muy viejos. La edad debería haberos hecho comprensivos y justos para con vosotros. Los jóvenes... ellos podrán errar y luego arrepentirse. ¡Pero vosotros! La muerte está muy cercana de los ancianos. Eléazar, tú no estás envuelto tanto en las teorías de muchos amigos tuyos. Abre tu corazón a la Luz...”

Regresa Ismael con otros cinco pomposos fariseos: “Entrad pues, en mi casa” dice. Atraviesan el atrio, rico de tapices y asientos. Entran en una habitación a donde traen ánforas y palanganas para las abluciones. Luego pasan a la sala del banquete, ricamente adornada.

“Jesús se sienta a mi lado. Entre mí y Eléazar” dice Ismael.

Jesús, que estaba con sus discípulos un poco avergonzados y menos atendidos, tiene qué sentarse en el lugar de honor.

Empieza el banquete con viandas de carne, pescado frito. Pasan vinos, y me parece, jarabe, o por lo menos agua de miel.

Todos tratan de hablar con Jesús. Un viejo con voz temblorosa pregunta: “Maestro, ¿es verdad lo que se dice? ¿Que quieres modificar la Ley?”

“No cambiaré ni una jota de ella. Antes bien (y Jesús recalca sus palabras) *he venido a hacerla del todo íntegra como cuando la dio Moisés*”².

“¿Quieres dar a entender que ha sido modificada?”

“No. Tan sólo que le ha cabido la suerte de todas las cosas grandes depositadas en las manos de los hombres”.

“¿Querías decir...? Habla claro”.

“Quiero decir que el hombre, por soberbia o por instigación de la triple concupiscencia, ha querido dar un retoque a la palabra e hizo algo que oprime a los fieles, mientras que para los que la retocaron no es más que un manojo de frases que... se deja a los demás”.

“Maestro, nuestros rabinos...”

“¡Esto es una acusación!”

“¡No hagas que perdamos el deseo de ayudarte!”

“¡Eh, eh! ¡Tienen razón de decir que eres un rebelde!”

“¡Silencio! Jesús es mi huésped. Hable libremente”.

“Nuestros rabinos iniciaron su larga fatiga con el objeto santo de hacer más fácil la aplicación de la Ley. El mismo Dios empezó esta escuela cuando a los diez mandamientos añadió minuciosas explicaciones y esto para que el hombre no tuviese excusa de no poderlo comprender. Es, pues, una obra santa la de los maestros que dan en pedacitos a los pequeños de Dios el pan que Él da al espíritu. *Es santa si sigue con un fin recto*. Pero esto no sucedió siempre, y ahora menos que nunca. ¿Y para qué queréis, vosotros que os sentís ofendidos, que enumere las culpas de los poderosos?”

“¡Culpas! ¡Culpas! ¿No tenemos nosotros más que culpas?”

“¡Yo quisiera que sólo tuvierais méritos!”

“¡Pero no los tenemos! ¡Lo estás pensando! Tus ojos lo están diciendo. Jesús, con la crítica no se consigue hacer amigos a los poderosos. Tú no reinarás. No sabes el arte”.

“No pido reinar como vosotros pensáis, y no mendigo amistades. Quiero amor, pero honesto, santo. Un amor que salga de Mí para el ser amado, y que se demuestre practicando para con los pobres lo que predico, esto es, la misericordia”.

“Por lo que toca a mí, desde que te oí, no he prestado ya dinero con usura” dice uno.

“Y Dios te lo recompensará”.

“El Señor me es testigo si he vuelto a castigar al siervo que lo merecía, desde que me contaron una parábola tuya” dice otro.

“¿Y yo? ¡He dejado más de diez almudes de cebada en mis campos para los pobres!” añade otro.

Los fariseos se alaban sin avaricia.

² Cfr. Ex. 20, 1-17; Deut. 5, 1-22.

Ismael no ha dicho nada. Jesús lo interpela: “¿Y tú, Ismael?”

“¡Oh, yo! Yo *siempre* he practicado la misericordia. No tengo más que seguir obrando como hasta ahora lo he hecho”.

“¡Felicidades! Si es verdad, eres el hombre que no tiene remordimientos”.

“Es verdad. ¡No los tengo!”

Jesús lo mira con ojos de zafiro. Eléazar con el codo pega a Jesús. Le dice: “Maestro, escúchame. Tengo un caso especial qué proponerte. No hace mucho compré una propiedad de un hombre desafortunado por causa de una mujer. Él me la vendió sin decirme que en ella había una vieja sierva, nodriza suya, que está ciega y que está tonta. El vendedor no la quiere. Yo... tampoco la querría, pero echarla a la calle... ¿Qué harías, Maestro?”

“¿Qué harías tú, si a otro debieras dar el consejo?”

“Diría: ‘No la tires. Un pan no será lo que te lleve a la ruina’”.

“¿Por qué hablarías así?”

“Bueno... porque así obraría yo y porque así querría que se me hiciese”.

“Estás muy cercano a la justicia, Eléazar. Haz como aconsejarías y el Dios de Jacob estará siempre contigo”.

“¡Gracias, Maestro!”

Los otros murmuran entre sí.

“¿De qué murmuráis?” pregunta Jesús. “¡No he dicho la verdad? ¿No ha hablado este rectamente? Ismael defiende a tus huéspedes, tú que siempre has predicado la misericordia”.

“Maestro, aconsejas bien, pero... ¡si se obrase siempre de este modo!... Sería uno víctima de los demás”.

“¿Entonces según tú, es mejor que los otros sean nuestras víctimas?”

“No quiero decir esto. Pero hay casos...”

“La Ley ordena que se tenga misericordia³”.

“Sí, para con el hermano pobre, para con el extranjero, para con el peregrino, para con la viuda y el huérfano. Pero esta vieja, que ha venido a parar en la propiedad de Eléazar, no es ni hermana, ni peregrina, ni extranjera, ni huérfana o viuda. No le sirve nada a él. No es más ni menos que un viejo instrumento que su dueño olvidó cuando hizo la venta de su propiedad. Por esta razón Eléazar podría arrojarla sin escrúpulo de ninguna clase. En una palabra, la muerte de la vieja no sería culpa suya, sino del dueño anterior...”

“... el cual no puede mantenerla porque también él es pobre, y por lo tanto libre de toda obligación. De modo que si la anciana muere de hambre la culpa es de ella. ¿No es así?”

“Así es, Maestro. Es la suerte de los que... no sirven para nada. Enfermos, viejos, inútiles, están condenados a la miseria, a la mendicidad. La muerte es lo mejor para ellos... Esto sucede desde que el mundo es mundo y así seguirá sucediendo”.

“¡Jesús, ten piedad de mí!” Un lamento se cuela por las ventanas atrancadas, porque la sala está cerrada y las lámparas encendidas. Tal vez por el frío.

“¿Quién me llama?”

“Algún inoportuno. Mandaré que lo echen afuera. O algún mendigo. Haré que le den un pan”.

“Jesús, estoy enfermo. ¡Sálvame!”

“Lo dije. Un inoportuno. Castigaré a los siervos por haberle permitido pasar”. E Ismael se pone de pie.

Pero Jesús más joven, por lo menos veinte años y más alto, llevándole la ventaja más de veinte centímetros, lo hace sentar, poniéndole la mano sobre el hombro y ordenándole: “Quédate aquí, Ismael. Quiero ver al que me busca. Deja que entre”.

Entra un hombre con cabellos todavía negros. Tendrá unos cuarenta años. Pero está hinchado como una bola y amarillo como un limón, con los labios morados, semiabiertos. Lo acompaña su mujer que hospedó a Jesús.

³ Cfr. Ex. 12, 43-51; 22, 21-24; Lev. 19, 33-34; Deut. 10, 12-22; 14, 28-29; 16, 9-17; 24, 17-22; 26, 12-15; 27, 19.

El hombre avanza fatigosamente por la enfermedad y por el temor. Jesús ha dejado su lugar, se ha acercado al infeliz, lo ha tomado de la mano y lo ha llevado al centro de la sala en el espacio vacío entre las mesas puestas en forma de U, bajo la lámpara.

“¿Para qué me quieres?”

“Maestro... tanto que te he buscado... tanto tiempo hace... No quiero otra cosa más que la salud... por mis hijos, por mi mujer... ¡Tú puedes todo!... Mira a qué estoy reducido”.

“¿Y crees que pueda Yo curarte?”

“Sí... Cualquier paso que doy me causa dolor... cualquier golpecito... y con todo te he buscado, caminando tantos kilómetros... después en carreta, pero jamás te he alcanzado... ¡Sí creo que puedes! Me extraña que no esté curado desde que tu mano reposa en la mía, porque todo lo que es de Ti es santo ¡Oh Santo de Dios!”

El pobrecito sopla como un fuelle por el esfuerzo que ha hecho al hablar. La mujer mira a su marido y a Jesús y llora.

Jesús los mira, sonríe. Luego se vuelve y pregunta: “Tú, viejo escriba (se dirige al viejo que fue el primero en hablar) respóndeme: ¿me es lícito curar en sábado?”

“En sábado no es lícito hacer ninguna obra”.

“¿Ni siquiera salvar a alguien de la desesperación? No es un trabajo manual”.

“El sábado está consagrado al Señor”.

“¿Qué mejor obra puede haber que hacer que un hijo de Dios diga al Padre: “Te amo y te alabo porque me has curado?”

“Debe hacerlo aunque se vea infeliz”.

“Cananías, ¿sabes que en este momento tu bosque más bello está ardiendo y que toda la pendiente del Hermón resplandece en medio de las purpúreas llamas?”

El viejo salta como si lo hubiese mordido un áspid: “Maestro, ¿dices la verdad o te burlas?”

“Digo la verdad. Lo veo y lo sé”.

“¡Oh, desgraciado de mí! ¡Mi mejor bosque! ¡Millares de árboles en cenizas! ¡Maldición! ¡Malditos los perros que le pusieron fuego! ¡Ardan en sus entrañas como mi bosque!” El viejo está desesperado.

“¡No es más que un bosque, Cananías! ¿Por qué no alabas al Señor por esa desventura? Este pierde no árboles, que renacen, sino la vida, el pan de sus hijos, y tendría qué tributar la alabanza que tú no tributas. Así pues, escriba ¿no me es lícito curar a este en sábado?”

“¡Maldito seáis, Tú, él y el sábado! Tengo otras cosas en qué pensar...” y dando un empujón a Jesús que le había puesto una mano en el brazo, sale furioso. Se oye que se desgañita con su voz de vejete, ordenando que le traigan su carro.

“¿Y ahora?” pregunta Jesús clavando su mirada en los demás. “Contestad ahora vosotros. ¿Es lícito o no?”

Ninguna respuesta. Eléazar baja la cabeza. Cierra sus labios. Vuelve a abrirlos sorprendido del silencio que ha nevado sobre la sala.

“Hablaré Yo pues”. Imponente en su voz, su presencia como cada vez que va a hacer un milagro. “Hablaré. Repito: sea como crees. Estás curado. Alaba al Eterno. ¡Vete en paz!”

El hombre se queda como estatua. Tal vez pensaba que volvería a ser delgado como antes. Cree no haber sido curado. Mas quién sabe qué cosa siente... Da un grito de alegría y se echa a los pies de Jesús y los besa.

“¡Vete! Sé siempre bueno. ¡Adiós!”

Sale el hombre seguido de su mujer que vuelve a despedirse del Maestro.

“Pero Maestro... ¡en mi casa!... ¡en día de sábado!...”

“¿No lo apruebas? Lo sé, y por esto he venido. ¿Eres tú un amigo? ¡No! Eres enemigo mío. No eres sincero ni para conmigo ni para con Dios”.

“¿Ahora me vas a ofender?”

“No. Digo la verdad. Dijiste que Eléazar no está obligado a socorrer a la anciana porque no es de su propiedad. Tú tenías dos huérfanos en tu propiedad. Eran hijos de dos siervos fieles tuyos que murieron trabajando por ti, uno con la hoz en la mano, ella muerta por demasiada

fatiga que tenía qué soportar servirte, como se lo exigías. Le dijiste: “Contraté a dos personas para el campo y para tenerte exijo que hagas la parte tuya y la de tu marido muerto”. Y ella trabajó y murió con un hijo en el vientre. Para ella no hubo piedad como se le tiene a la bestia que tiene su fruto en las entrañas. ¿Dónde están esos dos niños?”

“No lo sé... desaparecieron un día”.

“¡No mientas ahora! Basta con haber sido cruel. No hay qué añadir mentira para hacer odiosos tus sábados ante Dios, aun cuando te abstengas de una obra servil. ¿Dónde están esos niños?”

“No lo sé. No sé en verdad. ¡Créeme!”

“Yo lo sé. Los encontré una noche fría, lluviosa, oscura de noviembre. Los encontré muertos de hambre, temblando de frío, cerca de una casa, como a dos perritos en busca de un pedazo de pan... Maldecidos y arrojados por quien tuvo menos entrañas que un perro verdadero. Porque éste habría tenido compasión de esos dos huerfanitos. Y tú y aquel hombre no la tuvisteis. ¡No trabajaban para ti sus padres! ¿No es verdad? ¡Habían muerto! Los muertos lloran solo en sus sepulcros oyendo los sollozos de sus infelices hijos que otros no cuidan. Pero los muertos con su espíritu llevan sus llantos, como los de sus hijos, ante Dios y dicen: “¡Señor, vénganos, porque el mundo oprime cuando no se le puede servir más!” No te servían los dos pequeñuelos ¿verdad? Sí y no, si la niña podía servirte para recoger las espigas... Y tú los arrojaste negándoles aun ese poco bien que pertenecían al padre y a la madre. Podían haber muerto de hambre y de frío como dos perros. Podían vivir, convirtiéndose el uno en ladrón y ella en prostituta. Porque el hombre arrastra el pecado. ¿Pero a ti qué te importaba?”

Hace poco citaste la Ley para sostén de tus teorías. ¿Y no acaso dice la Ley: “No haréis daño a la viuda y al huérfano. Porque si lo hicieris y levanten su voz a Mí, escucharé su grito, y mi furor se prenderá, y os exterminaré con la espada y vuestras mujeres quedarán viudas y vuestros hijos huérfanos”⁵? ¿No dice así la Ley? ¿Entonces por qué no la observas? ¿Me defiendes ante otros? ¿Entonces por qué no defiendes mi doctrina en ti mismo? ¿Quieres que sea tu amigo? ¿Y entonces por qué haces lo contrario de lo que digo?”

Uno de vosotros, presa de la desesperación, arrancándose los cabellos, corre por causa de su bosque que está incendiándose. ¡Pero no se los arranca ante la ruina de su corazón! ¿Y tú qué esperas para hacerlo? ¿Por qué queréis creeros siempre perfectos, vosotros a quien la suerte puso en alto? Y aunque lo fueseis en algo ¿por qué no tratáis de serlo en todo? Me odiáis porque os descubro las llagas. Soy médico de vuestros corazones. ¿Puede un médico curar si no descubre la llaga y no la limpia? Ignoráis que muchos, y esa mujer, que acaba de salir, es una de las que merecen el primer lugar en el banquete de Dios, aunque su apariencia sea pobre. No es lo externo. Es el corazón, el espíritu lo que vale. Dios os ve desde lo alto de su trono. Os juzga. ¡A cuántos mejores que vosotros está viendo! Por esto oíd.

Obrad siempre así: cuando os inviten a un banquete de bodas, escoged siempre el último lugar. Tendréis doble honra cuando el dueño os diga: “Amigo, acércate”. Honra por los méritos, honra por la humildad. Mientras... ¡qué desafortunado se siente el soberbio cuando oye que se le dice: “Vete al fondo, que aquí hay uno más digno que tú!” Haced lo mismo en el banquete secreto de vuestro espíritu, ante Dios. Quien se humilla será exaltado, y quien se exalta será humillado.

Ismael, no me odies porque te curo. Yo no te odio, Vine a curarte. Estás más enfermo que aquel hombre. Me invitaste para honrarte a ti mismo y satisfacer a tus amigos. Invitas frecuentemente, pero por soberbia, por alegría. No lo hagas. No invites a ricos, a parientes, a amigos. Abre tu casa, abre tu corazón a los pobres, a los mendigos, a los lisiados, cojos, huérfanos, viudas. No te darán en cambio más que bendiciones de Dios. Y Él te las cambiará en favores. Y al fin... ¡Oh, al final, qué suerte tan feliz espera a todos los misericordiosos a quienes Dios recompensará en la resurrección de los muertos!

⁵ Cfr. Ex. 22, 22-24.

¡Ay de los que buscan solo una esperanza de utilidad, y luego cierran su corazón al hermano que no puede servir más! ¡Ay de ellos! Tomaré en mis manos la venganza de los bondadosos”.

“Maestro... yo... yo quiero contentarte. Tomaré a esos niños”.

“No”.

“¿Por qué?”

“¡Ismael!...”

Este baja la cabeza. Quiere hacerse humilde. Pero es una víbora a quien se le ha exprimido el veneno y si no muerde es porque sabe que no lo tiene, pero espera tenerlo...

Eléazar trata de hacer la paz diciendo: “Bienaventurados los que se sentarán al banquete de Dios, en su espíritu y en el reino eterno. Pero créeme, Maestro, a veces en la vida que nos sirve de obstáculo. Los cargos... las ocupaciones...”

Jesús dice en este lugar la parábola del banquete ⁶ y concluye: “Los cargos... las ocupaciones has dicho. Es verdad. Por este al principio del banquete te dije que mi reino se conquista con victorias sobre uno mismo y no con victorias en el campo de batalla. El lugar para la gran cena está reservado para estos humildes de corazón que saben ser grandes con su amor fiel, que no miden el sacrificio y superan todo por venir a Mí. Hasta una hora basta para cambiar un corazón. Con tal de que este *quiera*. Basta una palabra. Tantas que os he dicho Yo. Y miro... En un corazón está naciendo una planta santa. En los otros espinas para Mí, y dentro de las espinas hay serpientes y escorpiones. No importa. Continúo derecho por mi camino. Quien me ama que me siga. Voy llamando. Los rectos vengan a Mí. Voy enseñando. Los que buscan la justicia se acerquen a la Fuente. A los otros... a los otros los juzgará el Padre eterno.

Ismael, te agradezco todo. No me odies. Medita. Recuerda que fui severo por amor, no por odio. Paz a esta casa y a sus moradores. Paz a todos si la merecéis”.

24. Jesús en Nazaret con sus primos y con Pedro y Tomás

20 noviembre 1945

Jesús con los suyos va por el camino que de la llanura de Esdrelón lleva a Nazaret. Deben haber pernoctado en algún lugar, porque es de mañana. Por un tiempo caminan en silencio. Jesús va adelante, luego llama a Pedro y a Simón y juntos siguen hasta un cruce en que se corta el camino que lleva a Nazaret con otro que hacia el noreste. Los montes de ambas partes están cerca.

Jesús hace señal a los que vienen hablando de que se callen. Dice: “Ahora dividámonos. Yo voy a Nazaret con mis hermanos, con Pedro y Tomás. Vosotros, bajo la guía de Simón Zelote iréis por el camino del Tabor y de las caravanas a Debaret, Tiberíades, Mágdala, Cafarnaum y de ahí a Merón, deteniéndoos en casa de Jacobo para ver si se ha convertido y llevaréis mi bendición a Judas y a Ana. Os quedaréis donde más insistan. Y por una noche en cada lugar, porque la tarde del sábado nos encontremos en el camino de Sefet. Yo pasaré el sábado en Corzaín en casa de la viuda. Pasad a avisárselo. De este modo daremos paz al corazón de Judas, que terminará por convencerse de que Juan no está ni siquiera en rincones hospitalarios...”

“Maestro, lo creo...”

“Pero siempre es mejor que te convenzas, para que no vayas a avergonzarte ante Caifás y Anás, como yo no me avergüenzo de ti y ante nadie al afirmar que Juan no está más con nosotros. Me llevo a Tomás a Nazaret. Así también podrá tranquilizarse allí al ver con sus propios ojos...”

“Maestro, ¿y crees que me importa a mí? Antes bien me desagrada no haberlo visto. Habrá sido lo que habrá sido, pero desde que lo conocimos, fue siempre mejor que otros muchos

⁶ Cfr. Lc. 14, 16-24; Mt. 22, 1-14.

famosos fariseos. Me basta saber que no ha renegado de Ti, que no te ha causado ninguna pena... ¡Y que esté todavía en la tierra, o en el seno de Abraham, poco me importa! Créemelo. Aunque estuviese en mi casa... no tendría ningún escrúpulo por ello. Espero que no pensarás que tu Tomás no tiene más que una curiosidad natural, y que no abriga ninguna mala intención, ningún deseo malo de saber, ninguna inclinación al espionaje voluntario, involuntario o autorizado, ningunas ganas de hacer daño...”

“¡Me estás ofendiendo! ¡Insinúas! ¡Mientes! Tú mismo viste que mi conducta en todo este tiempo ha sido muy buena. ¿Por qué has dicho eso? ¿Qué puedes achacarme? ¡Habla! Judas está furioso.

“¡Silencio” Tomás me ha respondido a Mí que le hablé. Creo a las palabras de Tomás. Pero *quiero así*, y así se hará. Nadie entre vosotros tiene el derecho de reprochar mi modo de proceder”.

“No te reprocho... Es que me hirió su insinuación y...”

“Sois doce. ¿Por qué te ha herido sólo a ti, lo que dije a todos?” pregunta Tomás.

“Porque fui yo quien buscó a Juan”

Dice Jesús: “También tus otros compañeros lo hicieron, y otros discípulos lo harán pero nadie se sentirá ofendido por las palabras de Tomás. No es ningún pecado preguntar con honradez por el condiscípulo. No hay razón para sentirse mal ante palabras semejantes, cuando en nosotros no existe más que amor y honradez, cuando nada remuerde el corazón, cuando no es quisquilloso a no ser que el diente del remordimiento lo haya mordido. ¿Por qué quieres ante la presencia tus compañeros hacer estas bravatas? ¿Quieres hacerte sospechoso de algún pecado? ¡La ira y la soberbia son dos pésimas compañeras, Judas! Arrastran a perder el seso. Y uno que lo ha perdido ve lo que no hay, dice lo que no debería decir... así como la avaricia y la lujuria arrastran a acciones culpables con tal de sentirse satisfechas... ¡Líbrate de estas malas esclavas!... Entre tanto recuerda que durante muchos y muchos días en que no estuviste hubo concordia entre nosotros, *siempre*, y *siempre* hubo obediencia y respeto. Nos hemos amado ¿comprendes?... ¡Adiós, queridos amigos! Idos y *amaos*. ¿Comprendéis? Amaos, compadeceos, hablad poco y haced el bien. ¡La paz sea con vosotros!”

Los bendice. Mientras toman la derecha, Jesús continúa su camino con sus primos. Con Pedro y Tomás. El silencio los acompaña.

Después Pedro explota en un: “¡Pero!” solitario como si fuera la conclusión de algo que venía meditando. Los otros lo miran...

Jesús pronto impide que se haga alguna pregunta y dice: “¿Estáis contentos de venir vosotros dos a Nazaret conmigo?” y pone su mano sobre los hombros de Pedro y Tomás.

“¿Y lo preguntas?” dice Pedro con toda su impetuosidad.

Tomás va calmado, pero con su cara que resplandece de alegría añade: “¿No sabes que para mí estar cerca de tu Madre es una dulzura que no encuentro palabras para describirla? María es mi amor. Antes de ser tu discípulo había pensado en formar una familia, y había ya puesto mis ojos en algunas muchachas, para escoger entre ellas la que sería mi esposa. No había hecho promesa de no casarme. ¡Pero ahora! ¡Ahora mi amor es María! Un amor que los sentidos desconocen. ¡Estos mueren cuando pienso en Ella! Es un amor que alegra mi espíritu. Todo cuanto he visto en las mujeres, aun las más amadas como mi madre y mi hermana gemela, todo cuanto noto de bien en ellas, lo parangono con lo que noto en tu Madre y me digo: “En Ella existe toda perfección, toda la gracia, toda la belleza. Su agraciado corazón es un jardín de hermosas flores... su rostro es un bello poema... “¡Oh qué tontos somos nosotros los de Israel que no nos atrevemos a pensar en los ángeles y con reverente temor elevamos nuestros ojos hacia los querubines del Santo de los Santos!... ¡Y ante Ella no abrigamos iguales sentimientos! Ella, estoy seguro, supera ante los ojos de Dios a cualquier belleza angelical...”

Jesús mira a Tomás que ama tanto a su Madre, que parece como espiritualizarse, tan grande es su sentimiento por María que parece que se transforma su cara bonachona. “Bueno,

por pocas horas estaremos con Ella. Nos detendremos hasta mañana. Luego iremos a Tiberíades a ver a los dos niños y tomaremos una barca para Cafarnaum”.

“¿Y a Betsaida?” pregunta Pedro.

“Al regreso, Simón. Al regreso iremos para tomar con nosotros a Marziam para la peregrinación de Pascua”.

Es la noche del mismo día. Están en Nazaret, en la casita donde Pedro y Tomás están ya durmiendo. La Madre y el Hijo hablan entre sí.

“Todo estuvo bien, Madre mía. Han encontrado la tranquilidad. Tus oraciones han ayudado a los peregrinos, y ahora, como rocío sobre flores quemadas, se están curando de su dolor”.

“¡Quisiera yo curar el tuyo, Hijo mío! ¡Cuánto habrás sufrido! Mira, en tus sienes hay un hoyo, y aquí en las mejillas. Una arruga te cruza la frente como señal de espada. ¿Quién te ha herido, corazón mío?”

“¡El haber tenido qué causar un dolor, Madre!”

“¿Esto sólo, Jesús mío? ¿No te han dado ninguna aflicción tus discípulos?”

“No, Madre. Se han portado como santos”.

“Los que estaban contigo... Quiero decir ¿Todos?”

“Estás viendo que te he traído a Tomás para premiarlo. Hubiera traído también a los que no estuvieron aquí la otra vez pero tuve qué enviarlos a otra parte, a precederme...”

“¿Y Judas de Keriot?”

“Judas va con ellos”.

María abraza a su Hijo, reclina su cabeza sobre su espalda, llorando.

“¿Porqué lloras, Madre?” pregunta Jesús acariciándole los cabellos.

María no dice nada. Lloro. Sólo a la tercera vez que se le pregunta, con voz apagada responde: “Porque tengo miedo... Quisiera que te abandonase... Peco al desear esto ¿no es así? Pero es que tengo mucho, mucho miedo de él por Ti”.

“Sólo si la muerte lo llevase, las cosas cambiarían. Mas ¿por que la muerte debería llevárselo?”

“No soy tan mal de desearlo... ¡También él tiene una madre! Y es un alma... un alma que puede todavía salvarse. ¡Oh, Hijo mío! ¿No sería para el un bien la muerte?”

Jesús lanza un suspiro y murmura: “Para muchos la muerte sería un bien...” Y luego con voz más inteligible: “¿No has sabido nada de la vieja Juana? ¿De sus campos?”

“Fui con María de Alfeo y Salomé de Simón después de la granizada. Si su trigo hubiera sido sembrado a tiempo, hubiera sido destruido. Pero todavía no había nacido. Tres días volvió María a verlo. Dice que parece una alfombra. Son los mejores campos de esta región. Raquel está bien y la anciana feliz. También María de Alfeo está contenta ahora que Simón me quiere mucho por causa tuya. Mañana sin duda lo verás. Cada día viene. Cuando llegaste, apenas se había ido. ¿Sabes? Nadie se dio cuenta de lo que pasó. Alguien ya hubiera hablado si hubiera pensado que ellos estaban todavía aquí. Si no estás cansado, cuéntame algo de tu viaje...”

Jesús cuenta todo, menos su aflicción en la gruta de Yiftael, a su Madre que con sus ojos clavados en su rostro escucha atentamente.

25. La mujer tullida de Corozáin¹

21 noviembre 1945

Jesús está en la sinagoga de Corozáin que se va llenando lentamente. Probablemente los principales del pueblo hicieron que enseñase en ella en este sábado. Lo colijo por sus razones y por las respuestas que da Jesús.

¹ Cfr. Lc. 13, 10-16.

“No somos rebeldes como los judíos o como los de la Decápolis” protestan, “y sin embargo vas con ellos no una sino varias veces”.

“También aquí es lo mismo. Con mis palabras, obras, con mi silencio y actividad os he enseñado”.

“Y si somos más duros que los otros, con mayor razón hay qué insistir...”

“Está bien, está bien”.

“Claro que está bien. Te permitimos que hagas de nuestra sinagoga el lugar en que enseñes, porque pensamos que está bien. Agradece, pues, la invitación y habla”.

Jesús abre sus brazos en señal de silencio, y empieza su discurso. Con tono de salmo, recitando lentamente, pero con énfasis dice: “Areuna respondió a David²: ‘Tome mi rey y señor y ofrezca como a él le agrade. Aquí están los bueyes para el holocausto, la carreta, y los yugos para leña. Todo da Areuna al rey’. Y añadió: ‘El Señor Dios se digne aceptar tu voto’. El rey le respondió: ‘No será como quieres. No. Quiero comprar al contado y no quiero ofrecer al Señor mi Dios holocaustos que otros me dieron como regalo’”.

Jesús baja sus ojos, porque había hablado con el rostro como en dirección del techo. Mira fijamente al sinagogo, y a los cuatro principales que estuvieron con Él y les pregunta: “¿Habéis comprendido el significado?” “Está este en el segundo de los Reyes, cuando el rey santo compró la era de Areuna... Pero no comprendemos por qué has dicho esto. Aquí no hay pestilencia, y no hay por qué ofrecer sacrificio. Tú no eres rey... Queremos decir, todavía no lo eres”.

“En verdad que sois lentos de inteligencia en comprender los símbolos y vuestra fe es vacilante. Si no lo fuese veríais que soy ya Rey como os lo he dicho; si tuvieseis intuición, habríais comprendido que aquí hay una pestilencia muy peligrosa, más de la que preocupaba a David, la de la incredulidad que os pone en trance de perecer”.

“¡Perfecto! Si somos tardos en entender e incrédulos danos inteligencia y fe y explícanos lo que dijiste”.

“Lo voy a hacer: no ofrezco a Dios holocaustos forzados, como son los que se apoyan en algún interés mezquino. No he aceptado hablar sólo porque se me conceda. Es derecho mío y lo tomo. Bajo el sol o entre paredes, sobre los montes o en los valles, en el mar, o sentado en la ribera del Jordán, dondequiera que sea tengo derecho y deber de enseñar, de comprar con mi fatiga los únicos holocaustos que agradan a Dios: los corazones convertidos y fieles, gracias a mi palabra. Vosotros de Corozáin habéis concedido al Verbo la palabra no por respeto y porque tengáis fe, sino porque en vuestro corazón traéis clavada una espina que os lo hace sangrar: “El castigo de la horrible helada se debe a la dureza de nuestro corazón”. ¡Oh, Corozáin pagana y testaruda! No todos sois de igual manera, y para vosotros he aquí una parábola.

Escuchad. Un hombre rico, pero necio, llevó a un artífice una masa de una sustancia color oro como la miel más refinada, y le dijo que hiciese con ella una hermosa ánfora.

“La masa no es apta para esta clase de trabajo” dijo el artífice al ricachón. “¿Ves? Es elástica, suave. ¿Cómo puedo esculpirla y modelarla?”

“¡Cómo! ¿No es buena? Es resina de gran precio. Un amigo mío tiene una pequeña ánfora en que su vino adquiere un sabor delicioso. Pagué por la masa a precio de oro, porque quiero tener un ánfora más grande, y quiero ganarle a mi amigo que se enorgullece de la suya. Házmela, ¡pronto! O propalaré que eres un artífice incapaz”.

“La de tu amigo ha de ser de alabastro color ambarino”.

“No. Es de esta sustancia”.

“Será de fino ámbar”.

“No. Es de esta sustancia”.

² Cfr. 2 Sam. 24, 18-25; 1 Par. 21, 18-28.

“Aceptemos que así sea, pero se tratará de una sustancia compacta, que ha endurecido a través de los siglos, o que tiene sustancias que la han endurecido. Pregúntaselo y regresa a decírmelo cómo hicieron la suya”.

“No. Él mismo me la vendió y me dijo que así hay que usarla”.

“Entonces te ha tomado el pelo para vengarse de la envidia que tienes por su ánfora”.

“¡Ten cuidado con lo que dices! Trabaja o te castigaré quitándote la bodega, cuyo precio no puede compararse con lo que me costó esta resina”.

Desolado, el artífice puso manos a la obra. Trataba de hacer una pasta dura, pero se le iba de entre las manos. Trató de que fuera sólida empleando polvos y otras cosas... pero la resina perdía su transparencia de oro. La puso cerca del horno de fundir esperando que el calor la endureciera, y arrancándose los cabellos tenía que quitarla porque se hacía líquida. Mandó traer del alto Hermón hielo y la metió a él... Se pudo dura. Era bella. Pero no podía modelarse. “La modelaré con el escarpelo y la espátula” Al primer golpe de escarpelo la resina se hizo pedazos.

El artista del todo desesperado, convencido de que no había manera de trabajar aquella materia, intentó una última prueba. Reunió los trozos, los fundió nuevamente en el horno, los enfrió pero no demasiado, con la nieve, y probó a trabajar en la masa, apenas maleable, con el buril y la espátula. La resina iba tomando forma, mientras ayudaban la espátula y el escarpelo; quitados volvía a ser una masa, como la harina fermentada.

El artífice se dio por vencido. Para escapar de las represalias del rico y de la ruina, por la noche puso en su carreta a su mujer, hijos, muebles, instrumentos de trabajo. En el centro del taller dejó la masa de resina de color oro con un cartel en el que estaba escrita: “No puede trabajarse”, y huyó a tierras lejanas.

He sido mandado a modelar vuestros corazones según la Verdad y la Salvación. Han venido a mis manos corazones de hierro, de plomo, bronce, alabastro, mármol, plata, oro, piedras preciosas, diasprio. Han venido a Mí corazones duros, selváticos, demasiado tiernos, volubles, endurecidos por el dolor, preciosos, corazones de todas clases. He trabajado con todo ellos. Muchos los he modelado según el deseo de quien me envió. Algunos me han herido mientras trabajaba con ellos, otros han preferido romperse antes de dejarse modelar completamente. ¡Ojalá que aun con odio se acuerden siempre de Mí!

A vosotros no se os puede modelar. Nada sirve con vosotros, ni el calor del amor, la paciencia en instruiros, falta de reproches, fatiga en el cincel. Una sola cosa deberíais hacer para cambiar: que os entreguéis completamente a Mí. Pero no lo hacéis ni lo haréis. Yo, el artífice cansado, os dejo a vuestro destino. Pero como soy justo, no os abandono a todos de igual modo. En medio de mi tristeza sé escoger todavía a los que se hacen dignos de mi amor, los conforto, bendigo. Mujer, acércate aquí” dice señalando a una mujer que está recargada contra la pared, tan encorvada que parece una interrogación.

La gente vuelve sus ojos a donde Jesús ha señalado, pero no puede verla. Y debido a su enfermedad tampoco ella puede ver a Jesús y su mano. “¡Ve, Marta, te está llamando!” le dicen varios. La pobrecita se va arrastrando con su bastón. Ambos son de igual tamaño.

Está ante Jesús que le dice: “Mujer, te daré un recuerdo de mi visita y un premio a tu fe silenciosa y humilde. Sé libre de tu enfermedad” dice, poniendo su mano sobre la espalda de la mujer.

Al punto la mujer se endereza, y recta como una palma, levanta sus brazos y grita: “¡Hosanna! ¡Me ha curado! ¡Ha visto a su sierva fiel y la ha salvado! ¡Sea alabado el Salvador y rey de Israel! ¡Hosanna al Hijo de David!”

La multitud responde a los hosannas de la mujer, que está ahora de rodillas a los pies de Jesús. Besa la orla de su vestido. Jesús le dice: “Vete en paz y preserva en la fe”.

El sinagogo, al que tal vez todavía están ardiendo las palabras de Jesús dijo al principio, quiere arrojar su veneno en forma de reproche, e indignado, mientras la multitud se abre para dejar pasar a la mujer, grita: “¡Hay seis días para trabajar, seis días para pedir y para dar! Venid durante estos, tanto para pedir como para dar. Venid a curaros durante ellos, sin violar

el sábado, vosotros pecadores e incrédulos, corrompidos y corruptores de la Ley” y trata de echar fuera de la sinagoga a todos, como si quisiera arrojar del lugar de la oración la profanación.

Pero Jesús, que ve que se ponen del lado del sinagogo los cuatro principales de antes y otros que hay entre la multitud, que hacen gestos de haberse escandalizado por... por su crimen, grita imponente y severo a su vez, teniendo sus brazos cruzados sobre el pecho: “¡Hipócritas! ¿Quién de vosotros no soltó su buey o asno y lo llevó al abrevadero? ¿Quién no ha llevado manojos de hierba a sus ovejas, y no ha ordeñado sus animales? Entonces, ¿por qué si tenéis seis días para hacerlo, lo hacéis también hoy, por unos cuantos céntimos de leche, o por temor de que mueran de sed el buey y el asno? ¿No debía yo soltar a ésta de sus cadenas después de que Satanás la había tenido ligada por dieciocho años, sólo porque es sábado? Idos. Pude liberar a ésta de su desgracia que no busqué, pero no podré libertaros de la vuestra que es voluntaria ¡oh enemigos de la Sabiduría y de la Verdad!”

La parte buena de Corozáin, que no es la mayoría, aprueba y alaba, mientras que la otra, pálida de rabia, se va, dejando plantado embravecido sinagogo.

También Jesús lo deja y sale de la sinagoga, rodeado por los buenos que lo acompañan hasta que ha llegado a la campiña, lugar donde los bendice una vez más, y toma el camino principal junto con sus primos, Pedro y Tomás...

26. La higuera sin frutos. Por el camino de Sefet¹

22 noviembre 1945

El camino que lleva a Sefet deja la llanura de Corozáin para trepar por un grupo montañoso bastante alto y con muchos árboles. Un arroyo baja de estos montes, que se dirige al lago de Teberíades.

Jesús y los demás esperan en este puente que se les junten los otros que fueron al lago Merom. No esperan mucho, que digamos. Fieles a la cita llegan pronto, se unen alegres al Maestro y compañeros. Cuentan lo de su viaje y refieren que todos ellos, “los apóstoles, hicieron milagros según su turno. Pero Judas de Keriot dice: “Menos yo, que no logré hacer nada”. Y al confesarlo, se ve que se siente avergonzado.

“Te dijimos que la razón era, porque teníamos ante nosotros a un gran pecador” le responde Santiago de Zebedeo. Y da la razón: “¿Sabes Maestro? Se trata de Jacobo, que está muy enfermo, y por esta razón te llama, y además porque tiene miedo a la muerte y al juicio de Dios. Pero es más avaro que nunca, ahora que prevé una ruina en sus cosechas, que destruyó el hielo. Perdió toda la semilla. No puede sembrar por otra parte porque está enfermo y porque su sierva, enflaquecida con el trabajo y hambre –pues economiza la harina ya que tiene miedo de que algún día se quede sin comer- no puede arar el campo. Tal vez pecamos porque trabajamos todo el viernes y más allá del crepúsculo, hasta cuando apenas si se podía ver algo, y luego hasta con antorchas y teas. Aramos una gran extensión de terreno. Felipe, Juan y Andrés saben hacerlo. También yo. Fue un duro trabajo... Simón, Mateo y Bartolomé venían detrás de nosotros limpiando los surcos de las plantas muertas. Judas fue a pedir un poco de semilla, en tu nombre, a Judas y Ana, prometiéndoles que irás a visitarlos hoy. Le dieron muy buena semilla y seleccionada. Entonces dijimos: “Mañana sembraremos”. Por esto nos tardamos un poco, porque empezamos cuando el sol se ocultaba. Que nos perdone el Eterno por el motivo por el que pecamos. Entre tanto Judas se quedó cerca del lecho de Jacobo para convertirlo. Él sabe hablar mejor que nosotros. Por lo menos así lo admiten Bartolomé y Zelote. Pero Jacobo estuvo sordo a toda razón. Quería que se le curara porque la enfermedad le cuesta, se ponía furioso contra su sierva. Para calmarlo, pues decía: “Me convertiré si me curo”. Judas le impuso las manos, pero sin resultado alguno. Desalentado nos lo dijo. También nosotros lo intentamos, pero no obtuvimos ningún milagro. Judas sostiene

¹ Cfr. Lc. 13, 6-9

ahora que la razón es que está en desgracia ante Ti, porque te ofendió, y está avergonzado. Nosotros creemos que es porque teníamos ante nosotros a un pecador obstinado, que pretende obtener todo lo que quiere, poniendo límites y dando órdenes aun a Dios. ¿Quién tiene razón?”

“Vosotros los siete. Habéis dicho la verdad. ¿Y Judas y Ana? ¿Sus campos?”

“Un poco maltrechos. Pero ellos tienen medios y todo está reparado. ¡Qué buenos son! Ten. Te mandan esta oferta y estos alimentos. Esperan verte alguna vez. Lo que nos llena de tristeza es el estado del alma de Jacobo. Hubiera yo querido curarle más el alma que el cuerpo...” dice Andrés.

“¿Y en los demás lugares?”

“En el camino de Deberet, cerca del poblado curamos a uno. Mejor dicho fue Mateo quien lo curó. Cargado de fiebre venía de la casa de un médico que lo había despachado. Nos quedamos en su casa, y durante todo el día no volvió la fiebre. Él dijo que se sentía mejor y con fuerzas. En Tiberíades Andrés curó a un barquero que se había roto un hombro al caer sobre el puente. Le impuso las manos y se curó. ¡Figúrate el hombre! Nos quiso llevar, sin recibir dinero, a Mágdala, Cafarnaum, Betsaida, y allí se quedó, porque allí están los discípulos Timoneo de Aera, Felipe de Arbela, Hermasteo Y Marcos de Josías, uno de los librados del demonio cerca de Gamala. También José, el barquero quiere ser discípulo... Los niños están bien con Juana. No parecen los de aquellos días. Estaban en el jardín jugando con Juana y Cusa...”

“Los vimos. También nosotros pasamos por allá. Continúa”.

“En Mágdala Bartolomé convirtió a un vicioso de corazón y enfermo del cuerpo. ¡Qué bien habló! Dijo que el desorden del espíritu crea un desorden en el cuerpo, y cualquier libertad que se tome en el campo de la deshonestidad conduce a la pérdida de tranquilidad, de la salud, y hasta del alma. Cuando lo vio arrepentido y persuadido le impuso las manos y sanó el hombre. Quisimos estarnos un poco en Mágdala, pero obedecimos. Continuamos al día siguiente por Cafarnaum. Allí nos encontramos con cinco personas que querían obtener una gracia de Ti. Estaban a punto de regresar desconsoladas. Los curamos. No vimos a nadie porque volvimos a embarcarnos inmediatamente para Betsaida, para evitar preguntas de parte de Elí, Urías y compañeros. En Betsaida, ¡oh! Cuenta tú, Andrés, a tu hermano...” termina Santiago de Zebedeo que es el que ha estado hablando. “Oh Maestro! ¡Oh, Simón! ¡Si vieras a Marziam! ¡No se le reconoce en modo alguno!”

“Bueno, no se habrá convertido en niña ¿verdad?” grita Pedro.

“No. Al revés. Un gallardo jovencito, alto, delgado por el crecimiento. ¡Una cosa maravillosa! Nos costó trabajo reconocerlo. Está tan alto como tu mujer y como yo...”

“¡Qué bien! ¡Pero ni yo, ni tú, ni Porfiria somos unas palmas! Contentos si se nos compara con una zarza...” contesta Pedro, que por otra parte está orgulloso de saber que su hijo adoptivo ha crecido.

“De veras hermano. Cuando las Encenias apenas si era un chiquillo que llegaba al hombro. Ahora es un joven, por la estatura, voz y seriedad. Se parece a esas plantas que por varios años están como inertes y luego de improviso crecen de un modo maravilloso. Tu mujer ha tenido que alargar los vestidos y hacer otros nuevos. Los hace con grandes dobladillos, porque prevé que Marziam crecerá todavía más. Además crece en sabiduría. Maestro, Natanael, debido a su bella humildad, no te había dicho que casi por dos meses enseñó al más pequeño de los discípulos, que diariamente se levanta temprano para apacentar las ovejas, partir la leña, sacar agua, prender el fuego, barrer, hacer la compras por amor de su madre putativa, y luego por la tarde, hasta muy avanzada la noche, estudia y escribe como un pequeño doctor. ¡Imagínate! Ha juntado a todos los niños de Betsaida, y por los sábados da sus enseñanzas evangélicas. De este modo los pequeños, que para que no turben las funciones de la sinagoga, se les excluye, tienen su jornada de oración como los grandes. Me han dicho las madres de los pequeños que les gusta oír hablar a Marziam y que los pequeños lo aman y obedecen, haciéndose mejores. ¡Qué buen discípulo será!”

“¡Mira, mira! Estoy convencido... ¡Mi Marziam! También ya en Nazaret, ¡eh! Qué heroísmo por... esa niña... que se llama Raquel ¿verdad?” Pedro se ha detenido a tiempo y se ha puesto colorado.

Afortunadamente Jesús sale en su ayuda, y Judas no ha hecho caso, pues piensa en otras cosas, o finge hacerlo. Jesús dice: “Sí, Raquel. Recuerda bien que está curada. Y los campos producirán buena cosecha. Pasamos Yo y Santiago. Tanto puede el sacrificio de un niño bueno

“En Betsaida Santiago curó a un pobre lisiado, y Mateo en el camino, yendo a la casa de Jacobo a un niño. Y hoy mismo, en la plaza de aquel poblado, cerca del puente, Felipe y Juan curaron, el uno a un enfermo de los ojos, y el otro a un niño endemoniado”.

“Habéis hecho bien. Muy bien. Ahora iremos a aquel poblado que está en las faldas del monte y buscaremos albergue para pasar la noche”.

“Y Tú, Maestro mío ¿qué hiciste? ¿Cómo está María? ¿Y la otra María” pregunta Juan.

“Están bien y os mandan saludos a todos. Están preparando los vestidos y todo lo necesario para la peregrinación de primavera. No ven la hora de terminar para reunírseos”.

“También Susana y Juana y nuestra madre tienen igual deseo” informa Juan.

Bartolomé añade: “También mi mujer, mis hijas, quieren ir este año, después de tantos a Jerusalén. Mi mujer dice que será un año muy bello... No sé por qué lo diga, pero ella afirma que lo presiente”.

“Entonces vendrá también la mía. No me lo dijo... Pero lo que hace Ana hace también siempre María” explica Felipe.

“¿Y las hermanas de Lázaro? Vosotros que las visteis...” pregunta Simón Zelote.

“Obedecen pacientemente las órdenes del Maestro y hacen frente a la desgracia... Lázaro sufre mucho ¿verdad, Judas? Lázaro casi siempre está acostado. Ansiosos esperan al Maestro” dice Tomás.

“Pronto será Pascua e iremos a casa de Lázaro”.

“¿Y Tú qué hiciste en Nazaret y Corozáin?”

“En Nazaret saludé a parientes y amigos de los dos discípulos. En Corozáin hablé en la sinagoga y curé a una mujer. Nos hospedamos en la casa de la viuda, cuya madre había muerto. Una gran pena, y al mismo tiempo un consuelo por los pocos recursos y por el tiempo que se necesitaba en atender a la enferma y así no podía dedicarse a su trabajo de hilar a cuenta de otros. Pero no ha perdido los ánimos. Tiene lo necesario y está contenta con ello. Cada mañana José va a casa de un carpintero del Pozo de Jacobo para aprender el oficio”.

“¿Son mejores los de Corozáin?” pregunta Mateo.

“No, Mateo. Estos son siempre peores” responde francamente Jesús. “Nos trataron mal, por supuesto los poderosos, como es natural. La gente sencilla, no”.

“¡No vuelvas allá más” dice Felipe.

“Lo sentirían mucho el discípulo Elías, la viuda y la mujer que curé y otras buenas personas”.

“Está bien, pero son tan pocos que... no me ocuparía más del lugar. Tú lo dijiste. Son algo en que no se puede trabajar” dice Tomás.

“Una cosa es la resina y otra los corazones. Algo quedará. Algo como una semilla arrojada entre terrones duros y compactos. Será necesario mucho tiempo para que despunte, pero brotará. Lo mismo sucederá a Corozáin. Nacerá un día lo que he sembrado. No hay qué cansarse ante las primeras derrotas. Oíd esta parábola. Se le podría intitular: “La parábola del buen cultivador”.

Un hombre rico tenía una viña grande y hermosa en que había también higueras de diversas calidades. Un siervo suyo cuidaba de la viña. Era un experto podador. Con todo cariño cumplía con su oficio tanto por su patrón como por las plantas. Todos los años el hombre rico iba a su viñedo, cuando era la estación, a ver cómo maduraban los frutos y comer de ellos con sus propias manos. Un día se dirigió a una higuera que era de una calidad óptima. No había otra planta igual en su viña. También aquella vez, como en los dos años anteriores, la vio cargada

de hojas pero sin fruto. Llamó al cultivador y le dijo: “Hace tres años que vengo buscando frutos en esta higuera y no encuentro sino hojas. Es claro que la planta no fructificará. Córdala, pues. Es inútil que siga ocupando un lugar y tiempo, para no dar nada. ¡Córdala! Échala al fuego. Arranca todas sus raíces y en su lugar pon otra nueva. Dentro de pocos años fructificará”. El cultivador que era paciente y amaba la planta, respondió: “Tienes razón. Pero déjame un año más. No la cortaré, sino que con mayor cuidado zaparé a su alrededor, la abonaré, y la podaré. Puede ser que dé frutos. Si después de esta vez no fructificare, cumpliré con tus deseos y la cortaré”.

Corozaín es la higuera que no da frutos. Yo soy el buen Cultivador. Y el rico impaciente sois vosotros. Dejad hacer al buen Cultivador”.

“Está bien. Pero tu parábola no ha concluido. ¿Dio la higuera al año siguiente frutos?” pregunta Zelote.

“No dio y se le cortó. Pero el cultivador no tuvo ninguna culpa en que se hubiera cortado una planta todavía joven y robusta porque había cumplido con *todo* su deber. Igualmente Yo quiero que no se me culpe de nada porque se ponga el hacha al tronco y se corte de mi viña a aquellas plantas estériles y venenosas, nidos de serpientes, parásitos que destruyen o hacen daño a los discípulos, o bien que se entran, por medio de sus perversas raíces en mi viña, que no aceptan ningún injerto, que entran solo para espiar, denigrar o esterilizar mi campo. Cortaré a estos tales cuando no haya más esperanzas de convertirlos. Pero antes de levantar el hacha, alzo las tijeras, el cuchillo del podador y corto ramas e injerto... ¡Oh, será un trabajo duro, tanto para Mí, como para aquellos en quienes tengo que hacerlo! Pero no hay remedio. Y así se podrá decir en el cielo: “Él cumplió con su deber, pero ellos se hicieron cada vez más estériles, y peores cuanto más Él los podaba, injertaba, abría tierra a su alrededor, con sudor y lágrimas, con fatigas y sangre...” Bueno, estamos en frente del poblado. Idos todos a pedir alojamiento, menos Judas de Keriot que se queda conmigo”.

Se quedan solos y en la sombra del atardecer caminan juntos sumidos en el mayor silencio.

Finalmente, como si hablara consigo mismo, dice Jesús: “Y sin embargo si se ha caído en desgracia de Dios, por haber traspasado su ley, se puede volver a ser lo que se era antes, renunciando al pecado...”

Judas no hace ningún comentario.

Continúa Jesús: “Y si se comprende que no tiene uno el poder de Dios, porque Dios no está donde está Satanás, se puede remediar esto fácilmente, dando preferencia a lo que Dios concede y no a lo que nuestra soberbia pretende”.

Judas no habla.

Jesús -y están ya cerca de las primeras casas del poblado- como si continuara hablando consigo mismo, dice: “Y pensar que he sufrido una áspera penitencia para que él vuelva en sí y regrese a su Padre...”

Judas tiene un sobresalto, levanta la cabeza, lo mira... pero no dice nada.

También Jesús lo mira... luego pregunta: “Judas ¿a quién estoy hablando?”

“A mí, Maestro. Por tu culpa no tengo más poder. Me lo has quitado para aumentar el de Juan, el de Simón, el de Santiago, el de todos. ¡No me amas, en una palabra! Terminaré por no amarte y por maldecir la hora en que te amé, arruinándome ante los ojos del mundo por causa de un rey imbécil que se deja vencer aún por la plebe. No esperaba esto de Ti”.

“Ni tampoco Yo de ti. Pero no te he engañado. Nunca te he forzado. ¿Por qué te has quedado a mi lado?”

“Porque te amo. No puedo ya separarme de Ti. Me atraes y me causas repugnancia. Te necesito como necesito el aire para respirar y... me causas miedo. ¡Ah, soy un maldito! ¡Estoy condenado! ¿Por qué no me arrojas el demonio, Tú que puedes? La cara de Judas está amarilla, descompuesta, enloquecida, pintada de miedo, de odio... Se parece muy remotamente a la cara que tendrá el viernes santo.

El rostro de Jesús se parece al que tendrá después de la flagelación, cuando sentado en el patio del Pretorio sobre la cubeta bocabajo, miraba con una compasión amorosa a los que se

burlaban de Él. Dice, y parece como si se escapara un sollozo de su voz: “Porque no hay arrepentimiento en ti, sino que vive en ti el rencor contra Dios, como si Él fuera el culpable de tu pecado”.

Judas entre dientes pronuncia una horrible blasfemia...

“Maestro, hemos encontrado alojamiento. Cinco en un lugar, tres en otro, dos en otro y uno y uno en otros dos. No hubo otro medio mejor” dicen los discípulos.

“Está bien. Yo voy con Judas de Keriot” dice Jesús.

“No. Prefiero estar solo. No me siento bien. No te dejaría descansar”.

“Como quieras... Entonces iré con Bartolomé. Vosotros haced lo que mejor os plazca. Entre tanto vayamos a donde hay más lugar para poder cenar juntos”.

27. En dirección de Meierón

23 noviembre 1945

Una hermosa aurora primaveral ha teñido el cielo de color rosado y ha puesto su alegría en las colinas. Los discípulos están contentos. Se van reuniendo a la entrada del pueblo, mientras esperan a los retrasados.

“El primer día que no hace frío, después de la granizada” dice Mateo, frotándose las manos.

¡Ya era tiempo! ¡Estamos en el mes de Adar!” exclama Andrés.

“Buenas las tendríamos si hubiéramos caminado por los montes con el río de los días pasados...” comenta Felipe.

“¿A dónde vamos después?” pregunta Andrés.

“Quién sabe... De aquí nos vamos a Sefet, o a Meierón. ¿Pero luego?” le responde Santiago de Zebedeo, y se voltea a preguntar a los hijos de Alfeo: “¿Sabéis a dónde iremos?”

“Nos dijo Jesús que quiere ir hacia el norte. No dijo más” responde lacónico Judas de Alfeo.

“¿Otra vez? En la próxima luna debemos empezar la peregrinación de Pascua...” dice no muy entusiasmado Pedro.

“Tendremos más que tiempo” le replica Tadeo.

“Sí, pero no podemos descansar en Betsaida...”

“Pasaremos para llevar con nosotros a las mujeres y a Marziam” afirma Felipe.

“Lo que os digo es que no mostréis fastidio, falta de ganas o algo semejante. Jesús está muy afligido... Ayer por la noche lloró. Lo encontré así cuando preparábamos la cena. En la terraza no oraba, como creíamos, sino que lloraba” dice Juan.

“¿Por qué? ¿Se lo preguntaste?” interrogan todos.

“Sí, pero no me respondió más que: ‘Ámame, Juan’”.

“Tal vez... sea por los de Corozáin”.

Zelote que acaba de llegar dice: “El Maestro se acerca con Bartolomé. Vamos a su encuentro”.

Van, pero continúan su charla: “O es por Judas. Ayer estuvieron solos...” dice Mateo.

“¡Tienes razón! Judas dijo que no se sentía bien y que no quería a nadie consigo” observa Felipe.

“¡No quiso quedarse ni con el Maestro! ¡Yo me hubiera quedado de muy buena gana!” suspira Juan.

“¡También yo!” van diciendo todos los demás.

“Ese hombre no me gusta... Está enfermo, embrujado, loco o endemoniado. Debe de tener algo” asegura Tadeo.

“Y sin embargo, no lo vas a creer, en el regreso fue ejemplar. Siempre defendió al Maestro y sus intereses como nadie de nosotros lo ha hecho. Lo vi con mis propios ojos, lo oí con mis orejas. Espero que no dudéis de mi palabra” afirma Tomás.

“¿Crees que no nos fiamos de ti? Claro, hombre, que nos fiamos. Y nos gusta que Judas sea mejor que nosotros. Pero lo estás viendo. Es raro ¿sí o no?” pregunta Andrés.

“¡Oh, raro sí lo es! Tal vez sufra por cosas íntimas... Tal vez porque no pudo hacer milagros. Es un poco orgulloso. Con buen fin, pero se preocupa mucho de ser algo, de que se le alabe...”

“¡Uhm, tal vez será así! El hecho es que el Maestro está triste. Miradlo que no parece el hombre que conocimos. Pero ¡vive el Señor! Que si logro descubrir quién es el que lo hace sufrir... ¡Basta! Sé lo que haré” afirma Pedro.

Jesús que está conversando con Natanael los ve y apresura el paso sonriente.

“La paz sea con vosotros. ¿Estáis todos?”

“Falta Judas de Simón... creía que había estado contigo porque en la casa donde tenía que dormir, me dijeron que no llegó y que todo estaba en orden...” explica Andrés.

Jesús arruga por un instante el cejo, se concentra dentro de Sí bajando la cabeza, luego dice: “No importa. Vámonos. Diréis a los de las últimas casas que vamos a Meierón y luego a Giscalá. Si Judas nos busca que se lo digan. Vámonos”.

Todos presienten tempestad, pero obedecen sin replicar. Jesús continúa hablando con Bartolomé, unos pocos metros delante de los demás. Oigo pronunciar los nombres de varios personajes ilustres: Hilel, Yael, Barac, lo mismo que mencionar glorias patrias acompañadas de sus comentarios.

“¡Oh si viviera todavía el Sabio! Hilel era bueno, pero también era un hombre de carácter. No hubiera perdido el buen sentido. Te hubiera reconocido por sí mismo”.

“¡No te enfades, Bartolomé! Bendice al Altísimo que se lo llevó a su eterna paz. De este modo el espíritu del Sabio no conoció el odio grande que se me tiene”.

“¡Señor mío, no sólo odio!...”

“¡Más odio que amor! Y así será siempre”.

“No te pongas triste. Te defenderemos”.

“No es la muerte la que me angustia... Es ver los pecados de los hombres”.

“¡La muerte, no!... No hables de ella. No llegarán a tanto... porque tienen miedo”.

“El odio será más fuerte que el miedo, Bartolomé. Cuando haya muerto, cuando esté lejos, cuando esté en el cielo santo, di a los hombres que: ‘Él sufrió más por el odio vuestro, que por la muerte...’”

“¡Maestro! ¡Maestro! ¡No hables así! Nadie te odiará hasta el punto de matarte. Puedes siempre impedirlo. Tú que eres poderoso...”

Jesús sonríe tristemente, diría yo, como cansado, mientras con su paso lento sube por el camino montañoso que lleva a Meierón, y que cuanto más sube, tanto más se descubre un vasto y hermoso panorama sobre el lago de Tiberíades que se ve desde la cortadura de una garganta por encima de las colinas vecinas, que en forma de arco, hacen de biombo a la vista del lago de Merón y luego, más allá del lago de Tiberíades, sobre el altiplano transjónico, hasta los montes recortados y lejanos de la Auranítide, Traconítide y Perea.

Jesús señala hacia el nornordeste, diciendo: “Después de la Pascua iremos allá, a la tetrarquía de Filipo. Y apenas si tendremos tiempo para estar nuevamente para Pentecostés, en Jerusalén”.

“¿No sería mejor hacerlo ahora, pasando del otro lado del Jordán hacia sus fuentes... regresando por la Decápolis?...”

Jesús se pasa la mano por la frente, con aire de cansado, como quien no logra comprender bien y en voz baja dice: “No lo sé, no lo sé todavía, Bartolomé”

¡Qué desconsuelo, dolor, tristeza ondea en su voz! Bartolomé se inclina un poco, como herido de dolor y con tono cariñoso dice: “Maestro, ¿qué te pasa? ¿Qué quieres que haga por Ti el viejo Natanael?”

“Nada, Bartolomé... Tus oraciones... Para que vea bien lo que tengo que hacer... nos están llamando... Esperemos aquí...”

Esperan bajo un grupo de árboles. Doblan la curva los otros en grupo: “Maestro, Judas nos viene siguiendo a la carrera...”

“Esperémoslo, pues”.

Pocos momentos después llega Judas... “Maestro... me retrasé... me quedé dormido y...”

“¿En dónde, si no te encontré en la casa?” pregunta sorprendido Andrés.

Por un momento Judas no sabe qué responder, pero rápido replica: “¡Oh! me desagrada que os enteréis de mi penitencia. Estuve en el bosque toda la noche, para orar, para hacer penitencia. Al amanecer el sueño me venció... Soy un débil y... Pero el Altísimo Señor tendrá compasión de su pobre siervo. ¿No es verdad, Maestro? Me desperté tarde y todo amodorrado”.

“De veras que tienes cara de cansado” observa Santiago de Zebedeo.

Judas ríe: “¡Oh, claro! Pero el corazón está más alegre. La oración hace bien. De la penitencia brota un corazón contento. De humildad y generosidad. Maestro, perdona a tu tonto Judas...” y se arrodilla a los pies de Jesús.

“Está bien. Levántate y vámonos”.

“Dame la paz con un beso. Será la señal de que me has perdonado mi malhumor de ayer. No quise, es verdad, pero era porque quería orar...”

“Hubiéramos podido hacerlo juntos...”

Judas ríe y dice: “No. No hubieras podido orar conmigo esta noche, y estar donde estuve...”

“¡Oh, qué cuentos! ¿Por qué? Siempre está con nosotros y nos ha enseñado a orar” dice sorprendido Pedro.

Todos se echan a reír, más no Jesús, que mira fijamente a Judas que lo ha besado y que lo mira con ojos alegres y maliciosos como si lo desafiara.

Se atreve a repetir: “¿No es verdad que no hubieras podido haber estado conmigo esta noche?”

“No. No hubiera podido y nunca podré dividir los abrazos entre mi espíritu y mi Padre, con un tercero, todo carne y sangre, como eres tú y en lugares a donde vas. Amo la soledad poblada de ángeles, para olvidar que el hombre es hedor de carne corrompida por los sentidos, por el oro, por el mundo y por Satanás”.

Los ojos de Judas no ríen más. Responde seco: “Tienes razón. Tu espíritu ha visto la verdad. ¿A dónde vamos ahora?”

“A venerar las tumbas de los grandes rabíes y de los héroes de Israel”.

“¿Qué? ¡Cómo! Gamaliel no te ama. Los otros te odian” dicen varios.

“No importa. Me inclino ante la tumba de los justos que esperan la redención. Voy a decir a sus huesos: ‘El que infundió en vosotros el espíritu pronto estará en el reino de los cielos, dispuesto a descender en el último día, para hacer que reviváis para siempre en el paraíso’”.

Se ponen en camino hasta que llegan al poblado de Meierón. Es bello. Está lleno de luz y de sol, en medio de colinas cubiertas de árboles frutales.

“Detengámonos aquí. Por la tarde, iremos hacia Giscala. Las grandes tumbas están esparcidas por estas pendientes, en espera de su glorioso despertar”.

28. En la tumba de Hilel en Giscala

24 noviembre 1945

Del poblado de Meierón, Jesús y sus apóstoles toman un camino que lleva hacia el noroeste, camino montañoso entre bosques y pastizales, que continúan subiendo. Probablemente han presentado sus homenajes ante las tumbas, porque de ello hablan.

Iscariote ahora con Jesús va adelante. Es fácil comprender que en Meierón recibieron y dieron limosnas. Judas da cuenta de ello. Termina: “Y aquí tienes mi ofrenda. Juré esta noche dártela para los pobres, como penitencia. No es gran cosa, y así me quedo sin dinero. Con todo, convencí a mi madre que me mande con frecuencia por medio de los muchos amigos que tenemos. Las otras veces cuando me despedía, me traía mucho dinero, pero esta vez, como tenía qué andar dando vueltas por montes sólo con Tomás, tomé sólo lo suficiente para el viaje. Prefiero de este modo. Solo... que deberé algunas veces pedirte permiso de

separarme por algunas horas, para ir a ver a mis amigos. Todo lo he arreglado... Maestro, ¿puedo seguir teniendo la bolsa? ¿me tienes aún confianza?"

"Judas, esto lo dices porque quieres. No comprendo por qué lo digas. Ten en cuenta que no he cambiado en nada... porque espero que cambies tú, que vuelvas a ser el discípulo de otros tiempos, que te haga un hombre recto; por esto pido y sufro".

"Tienes razón, Maestro, con tu ayuda lo lograré. Por otra parte... no son más que defectos de juventud. Cosa fútiles. Sirven más bien para poder comprender a nuestros semejantes y a ayudarlos".

"¿De veras Judas, que tu moral es muy rara! Podría decir algo más. Jamás se ha visto que un médico se enferme voluntariamente para poder decir: "Ahora sé curar mejor a los enfermos de este mal". ¿Así pues, soy Yo un incapaz?"

"¿Quién lo ha dicho, Maestro?"

"Tú. Como no cometo pecados, por tanto no sé curar a los pecadores".

"Tú eres Tú. Nosotros no somos Tú, y tenemos necesidad de la experiencia para poder hacer algo..."

"Es una vieja idea tuya. La misma de hace veinte lunas, con la diferencia que entonces pensabas que debía pecar para ser capaz de redimir. Realmente me admiro que no hayas tratado de corregir este... defecto mío, según tu modo de pensar, y dotarme con esta... capacidad de comprender a los pecadores".

"Te burlas, Maestro. Y me gusta. Me dabas pena. Estabas tan triste. Y que sea yo quien te hace ponerte de buen humor, me halaga. Pero nunca he pensado en convertirme en tu pedagogo. Por otra parte, lo estás viendo, he corregido mi modo de pensar tanto que ahora afirmo que esta experiencia sólo a nosotros nos es necesaria. A nosotros los pobrecitos hombres. Tú eres el Hijo de Dios ¿no es verdad? Posees, pues, una sabiduría que no tiene necesidad de experiencias".

"Pues bien, ten en cuenta que también la inocencia es sabiduría, mucho mayor que el conocimiento vil y peligroso del pecador. Donde la ignorancia santa del mal limitaría la capacidad del poderse guiar y de guiar, ayudan los ángeles, cuyo auxilio jamás está lejos de un corazón puro. Y piensa que los ángeles, purísimos como son, saben distinguir entre el bien y el mal y conducir al puro que guían por el sendero justo y a acciones justas. El pecado no aumenta el saber. No es luz. No es guía. Jamás lo será. Es corrupción. Es ceguera. Es caos. De modo que quien lo comete conocerá su sabor, y además perderá la capacidad de saber muchas otras cosas espirituales y no tendrá jamás al ángel de Dios, espíritu de orden y de amor, que lo guíe, sino que tendrá a un ángel de Satanás que lo llevará a un desorden siempre mayor por el odio insaciable que devora a estos espíritus diabólicos".

"Bien... Maestro. Óyeme, si alguien quisiese volver a tener como guía a los ángeles ¿basta el arrepentimiento, o bien permanece el veneno del pecado, aunque uno se haya arrepentido y haya sido perdonado?... ¿Sabes? Por ejemplo, uno que se ha entregado al vino, aunque jura no volverse a embriagar, y lo jura con verdadera voluntad de no hacerlo, siente sin embargo el estímulo de beber. Y sufre..."

"Ciertamente que sufre. Por esto no debería haberse hecho esclavo de este vicio. Pero sufrir no es pecar. Es expiar. Así como un borracho arrepentido no comete ningún pecado, antes bien conquista méritos, si resiste heroicamente al estímulo y no bebe más licor, de igual modo el que ha pecado, si se arrepiente, si resiste a cualquier estímulo, conquista méritos, y no le falta la ayuda sobrenatural para poder resistir. No es pecado el ser tentado. Más bien es una batalla que lleva a la victoria. Créeme también que Dios no tiene sino el deseo de perdonar, de ayudar al extraviado si se arrepiente..."

Por unos minutos Judas no habla. Luego, tomando la mano de Jesús, se la besa encorvado, diciendo: "Yo ayer brinqué las trancas. Te insulté, Maestro... Te dije que terminaría por odiarte... ¡Cuántas blasfemias dichas! ¿Se me perdonarán?"

"El pecado mayor es desesperar de la misericordia divina... Judas, ya lo he dicho: "Cualquier pecado contra el Hijo del Hombre será perdonado". El Hijo del Hombre vino a perdonar, a

salvar, a curar, a llevar al cielo. ¿Por qué quieres perder el cielo? ¡Judas, Judas! ¡Mírame! ¡Lávate el alma en el amor que sale de mis ojos!...”

“¿No te causo ningún asco?”

“Sí... pero el amor es mayor que la repugnancia. Judas, pobre leproso, el mayor de todo Israel, ven a invocar la salvación de quien te la puede dar...”

“Dámela, Maestro”.

“No. No así. En ti no existe el verdadero arrepentimiento y una voluntad decidida. Tan solo existe un esfuerzo de un amor por Mí que sobrevive, debido a tu vocación pasada. Existe algo de arrepentimiento, pero es humano del todo. No es del todo malo, más bien es el primer paso hacia el bien. Cultívalo, auméntalo, injértalo con lo sobrenatural, ámame de veras, trata de volver a ser lo que eras cuando te acercaste a Mí ¡por lo menos eso! ¡por lo menos eso! Haz que ese arrepentimiento no sea un palpar transitorio emotivo, un sentimentalismo muerto, sino un verdadero sentimiento activo, que te arrastre hacia el bien. Judas, Yo lo espero. Sé esperar. Yo ruego. Soy Yo quien suplo en esta espera a tu ángel disgustado de ti. Mi compasión, mi paciencia, mi amor, siendo perfectos, son superiores a los de los ángeles y pueden seguir estando a tu lado, en medio de los hedores insoportables de lo que fermenta en tu corazón, para poder ayudarte...”

Judas realmente está conmovido. Con labios temblorosos, con una voz que traiciona su sentimiento, pálido, pregunta: “¿Pero en verdad sabes lo que hice?”

“Todo, Judas. ¿Quieres que te lo diga o prefieres que te libre de esta humillación?”

“Es que no puedo creer, ¡eh!... ¡no es otra cosa!”

“Pues bien, ya que no crees, vamos a la verdad. Esta mañana has mentido varias veces, por el dinero y por el modo cómo pasaste la noche. Ayer por la noche buscaste sofocar con la lujuria todos tus sentimientos, tus odios, tus remordimientos. Tú...”

“¡Basta! ¡Basta! Por caridad no prosigas o huiré de tu presencia!”

“Más bien deberías asirte de mis rodillas, pidiéndome perdón”.

“¡Sí, sí! ¡Perdón! ¡Perdón, Maestro mío! ¡Perdón! ¡Ayúdame!... ¡Ayúdame! ¡Es más fuerte que yo! ¡Todo es más fuerte que yo!”

“Fuera del amor que deberías tener por tu Jesús... Ven, acércate para que no te venza la tentación y te libre de ella”. Lo toma entre sus brazos, derramando sobre la negra cabeza de Judas cuantiosas lágrimas.

Los otros, unos cuantos metros atrás, se han detenido prudentemente y comentan:

“¿Lo estáis viendo? Tal vez Judas tenga en realidad problemas”.

“Y esta mañana ha abierto su corazón al Maestro”.

“¡Es un tonto! Yo lo hubiera hecho inmediatamente”.

“Se trata de cosas penosas”.

“Ciertamente no se tratará porque su madre no sea buena. ¡Es una santa esa mujer! ¿Qué otra cosa penosa puede haber?”

“Tal vez intereses que no van bien...”

“¡Oh, no! Gasta y hace limosnas con dinero propio”.

“¡Bueno! ¡Negocios suyos! Lo importante es que esté de acuerdo con el Maestro, y parece que sí. Hace tiempo que van hablando y en calma. Ahora se han dado el abrazo... ¡Muy bien!”

“La razón es que él es muy capaz y tiene muchas amistades. Está bien que se ponga de acuerdo, que sea nuestro amigo, sobre todo del Maestro”.

“Jesús en Hebrón dijo que las tumbas de los justos son lugares milagrosos, o algo semejante... Por estos lugares hay muchas. Tal vez lo hicieron las de Meierón”.

“¡Oh, por consiguiente acabará de hacerse santo ahora junto a la tumba de Hile! ¿Pero no es aquello Giscala?”

“Exactamente, Bartolomé”.

“El año pasado no pasamos por aquí...”

“¡Tienes razón! Veníamos de la otra parte”.

Jesús se vuelve y los llama. Todos corren.

“Venid. La ciudad está cercana. Tenemos qué atravesarla para ir a la tumba de Hilel. Atravésémosla juntos” dice Jesús sin dar explicación alguna, entre tanto que los once hablan en voz baja y se miran entre sí, como si quisieran descubrir algo de lo sucedido entre Jesús y Judas. Mas si este último tiene una cara tranquila, Jesús no tiene un rostro luminoso. Más bien serio.

Entran en Giscala que es grande, hermosa. Debe ser un gran centro rabínico, porque veo a muchos doctores en grupo acá y allá, con discípulos que escuchan sus lecciones. Muchos se quedan viendo cuando pasan los apóstoles, y sobre todo el Maestro. Algunos se hacen señas, otros llaman a Judas de Keriot. Como él camina al lado del Maestro, ni siquiera se digna a verlos. Salen de la ciudad y van a la casa, en cuya vecindad se encuentra la tumba de Hilel.

“¡Qué desvergüenza!”

“¡Ni una pizca de pudor!”

“¡Nos está provocando!”

“¡Es un profanador!”

“¡Díselo, Uziel!”

“¡No! Me contamina. Díselo tú, Saúl, que no eres más que un discípulo”.

“No. Digámoslo a Judas. Voy a llamarlo”.

El joven llamado Saúl, un nada, pálido, todo ojos y boca, se acerca a Judas y le dice: “Ven. Los rabíes quieren hablarte”.

“No voy. Me quedo donde estoy. No me molestéis”.

El joven refiere a los que lo mandaron, la respuesta de Judas.

Entre tanto Jesús, en medio de los suyos, ora cerca del sepulcro de Hilel, que cubre blanquecina cal.

Despacio los rabíes se acercan, cual sierpes temerosas. Miran. Y dos, barbados, vejetes, tiran a Judas de su vestido.

“En una palabra, ¿qué se os ofrece?” pregunta en voz baja pero con coraje. “¿No es posible orar siquiera?”

“Permítenos una palabra. Luego te dejamos”.

Simón Zelote y Tadeo se voltean y hacen señales a los rabíes de que no hablen. Judas se aparta unos dos o tres pasos. Pregunta: “¿Qué queréis?”

No oigo lo que el más viejo diga, pero sí ve que la cara de Judas cambia. Airado dice: “No. Dejadme en paz, corazones venenosos. No os conozco, no quiero más tratos con vosotros”.

Una risa irónica del grupo rabínico, y una amenaza se escucha: “¡Cuidado con lo que haces estúpido!”

“No yo, sino vosotros. Idos a decir a los demás. A *todos* ¿comprendido? ¡Dirigíos a quien queráis, pero no a mí, demonios!” y los deja plantados.

Habló en voz tan alta que los apóstoles, admirados, se voltean, no así Jesús, ni siquiera ante la burla y la amenaza de: “¡Nos volveremos a ver, Judas de Simón! ¡Nos volveremos a ver!” que repercute en el silencio del lugar. Judas vuelve a su lugar, mejor dicho, quita a Andrés que se había puesto cerca de Jesús, y como si quisiera verse defendido toma la punta del manto de Jesús entre sus manos.

Ahora la rabia se vuelve contra Jesús. Se acercan con los puños amenazadores. Aúllan: “¿Qué estás haciendo aquí, anatema de Israel? ¡Lárgate de aquí! No perturbes los huesos del hombre justo, a los que no eres digno de acercarte. Se lo diremos a Gamaliel y te castigará”.

Jesús se vuelve, mira a uno por uno.

“¿Por qué me miras así, endemoniado?”

“Para grabarme vuestras caras y vuestros corazones. Mi discípulo os volverá a ver, como también Yo. Hubiera querido haberos conocido mejor para poderos al punto reconocer”.

“¡Bueno, ya nos has visto! ¡Ahora lárgate! Si estuviera Gamaliel no lo hubiera permitido”.

“El año pasado estuve con él...”

“¡No es verdad, mentiroso!”

“Preguntádselo, y como es honrado, dirá que sí. Amo y venero a Hilel, respeto y honro a Gamaliel. Son dos hombres en que se refleja el origen del hombre por su modo santo de proceder y por su sabiduría, cosas que recuerdan que el hombre fue hecho a semejanza de Dios”.

“En nosotros, no ¿verdad?” interrumpen los energúmenos.

“En vosotros está ofuscada por intereses, por el odio”.

“¡Oídllo! ¡En casa ajena así habla y ofende! Largo de aquí, corruptor de los mejores de Israel, o cogeremos piedras. Aquí no está Roma que pueda protegerte, intrigante con el enemigo pagano”.

“¿Por qué me odiáis? ¿Por qué me perseguís? ¿Qué mal os he hecho? He hecho favores a algunos de vosotros. A todos respeto. Entonces ¿por qué sois crueles conmigo?” Humilde suavemente, con pena amorosa habla. Les pide que lo amen.

Esto para ellos es señal de debilidad, y de miedo, y pasan a la obra. La primera piedra toca a Santiago de Zebedeo. Rápido este va a lanzarla contra los judíos. Mientras los demás apóstoles se estrechan a Jesús. Pero son doce contra un centenar más o menos. Otra piedra golpea a Jesús en la mano cuando ordena a los suyos a que no reaccionen. Del dorso de la mano brota sangre. Parece como si ya le hubiera atravesado el clavo.

Jesús se endereza imponente, los mira. Los atraviesa con sus ojos. Otra piedra saca la sangre a Santiago de Alfeo en la sien. Jesús debe paralizar con su poder a sus enemigos en defensa de sus apóstoles que mansamente soportan las pedradas.

Dominados por el poder de Jesús les dice –su presencia infunde realmente pavor- con voz atronadora: “Me voy. Pero tened en cuenta que Hilel jamás hubiera aprobado lo que acabáis de hacer. Me voy, pero recordad que ni siquiera el Mar Rojo detuvo a los israelitas en el camino que Dios les había trazado². Todo se allanó por la voluntad de Dios que pasaba. Y esto mismo sucederá conmigo. Como los egipcios, filisteos, amorreos, cananeos y todos los demás pueblos no detuvieron la marcha triunfal de Israel, así vosotros, peor que aquellos, no detendréis el camino, ni mi misión que es Israel. Recordad que se cantó en el pozo del agua que Dios donó: “Levántate, pozo, pozo que excavaron los principales, que lograron los jefes del pueblo, con el legislador, con sus bastones”⁴. Yo soy ese pozo que excavaron de los cielos todas las plegarias, las justicias de los verdaderos príncipes y jefes del pueblo santo, al que pertenecéis. No. No pertenecéis. Nunca hubiera venido por vosotros el Mesías, porque no sois dignos. Porque su venida es vuestra ruina. Porque el Altísimo conoce *todos* los pensamientos de los hombres y los sabe desde la *eternidad*, desde antes que existiese Caín de quien descendéis, y Abel a quien me parezco, desde antes que hubiese vivido Noé mi figura. Moisés que fue el primero en haber empleado mi símbolo⁵, desde antes que hubiera venido Balaam que profetizó la Estrella⁶, e Isaías y todos los profetas. Conoce Dios vuestros pensamientos y se horroriza. Siempre se ha horrorizado, así como siempre se ha alegrado por los justos, por los que era propio que me mandara, y que verdaderamente, sí, verdaderamente me han sacado de la profundidad de los cielos para que trajese el Agua viva para calmar la sed de los hombres. Soy la Fuente de Vida eterna. Pero vosotros no queréis beber. Y moriréis”.

Lentamente pasa por en medio de los paralizados rabíes y discípulos. Continúa su camino despacio, en medio del silencio estupefacto de los hombres, en medio del asombro de las cosas.

29. Un sordomudo curado cerca de los confines fenicios¹

² Cfr. Ex. 14, 15 – 15, 21; Sal. 77, 13-14; 104, 37-39; 105, 7, 12; 113, 1-8; Sab. 10, 15-21; 1Cor. 10, 1-2.

⁴ Cfr. Núm. 21, 17-18.

⁵ Cfr. Ex. 17, 1-7; Núm. 20, 1-12.

⁶ Cfr. Núm. 24, 15-19.

¹ Cfr. Mc. 7, 31-37.

25 noviembre 1945

No sé dónde hayan pasado la noche, pero sí sé que es mañana de nuevo, que van caminando por lugares montañosos, que Jesús tiene la mano vendada, así como Santiago de Alfeo su frente. Andrés cojea mucho, Santiago de Zebedeo no trae su alforja que lleva su hermano Juan.

Por dos veces Jesús ha preguntado a Andrés: “¿Podrás caminar, Andrés?”

“Sí, Maestro. Camino mal por las vendas, pero el dolor no es fuerte”. Y luego pregunta: “¿Cómo va tu mano, Maestro?”

“Una mano no es una pierna. Basta con no tocarla para que no duela”.

“¡Uhm! No creo que no duela mucho. Mira qué hinchada está, llegó hasta el hueso... El aceite hace bien. Tal vez hubiera sido bueno que hubiéramos tomado un poco de aquel ungüento que preparó tu Madre...”

“¡Ah, sí! Tienes razón” dice pronto Jesús, presintiendo lo que está a punto de salir de los labios de Pedro que se pone colorado y mira con ojos desolados el rostro de Jesús, el cual le sonríe, y pone su mano herida sobre sus hombros para atraerlo hacia Sí.

“Te va a doler así”.

“No, Simón. ¡Tú me quieres mucho y tu amor es un buen aceite!”

“¡Oh, entonces, si eso fuera, ya te hubieras curado! Todos sufrimos al ver que te trataban de ese modo, y algunos hasta lloraron” Pedro mira a Juan y a Andrés...

“El aceite y el agua son buena medicina, pero las lágrimas de amor y de compasión son la cosa más poderosa que pueda haber. Ved, estoy mucho más contento que ayer, porque sé hoy que sois muy obedientes y que me amáis. Todos” y Jesús los mira con una mirada suave, bañada en luz, transparente en alegría. “Pero ¡qué hienas! ¡Jamás había visto un odio semejante!” dice Judas de Alfeo. “Debían ser judíos”.

“No, hermano. No tiene nada qué ver el lugar. El odio es igual por todas partes. Recuerda que hace meses me echaron fuera de Nazaret y que intentaron apedrearme. ¿No te acuerdas? Pregunta Jesús y con estas palabras consuela a los que son de la región de Judea.

Tanto los consuela que Iscariote dice: “¡Pero esto sí que lo diré! No estamos haciendo ningún mal. No nos defendimos y Él desde que empezó a hablar, lo hizo pacíficamente. Y luego la emprendieron a pedradas contra nosotros como si fuéramos sierpes. Lo diré”.

“Pero a quién, si todos son iguales”.

“Sé a quién. Apenas vea a Esteban o a Hermas se los contaré. Lo sabrá inmediatamente Gamaliel, y en Pascua lo diré a quien se debe. Diré: ‘No es justo obrar así. Vuestra rabia os empuja a hacer esto. Sois vosotros los culpables, no Él’”.

“¡Sería mejor que no te acerques mucho a esos tipos!... Me parece que ellos también tienen algo contra ti...” aconseja sabiamente Felipe.

“Es verdad. Es mejor que no los vuelva a ver. Es mejor. Pero sí lo diré a Esteban. Es bueno y no envenena...”

“No te preocupes, Judas. No vas a cambiar nada. He perdonado. No pensemos más en ello” dice con tono calmado y persuasivo Jesús.

Dos veces encuentran arroyos. Andrés como los dos Santiagos se echan agua en el lugar golpeado, Jesús no. Sigue tranquilo como si no sintiese dolor.

Y sin embargo debe dolerle mucho, porque cuando se sientan a comer, pide a Andrés que le parta el pan, o cuando tiene qué desatarse las sandalias, pide a Mateo que lo haga... Cuando van por algún atajo pendiente, o pega contra un tronco porque se resbala, no puede reprimir un lamento, y la venda se tiñe de sangre, tanto que cuando al anochecer llegan a un poblado, se detienen a pedir agua y aceite para curarle la mano, que sin vendas aparece muy hinchada, cárdena en el dorso con la herida rojiza en el centro.

Mientras que esperan que llegue la mujer de la casa con lo que le han pedido, se inclinan todos a mirar la mano herida y hacen sus comentarios. Juan se retira un poco para ocultar su llanto. Jesús lo llama: “Ven aquí. No es gran cosa. No llores”.

“Lo sé. Si me hubiera tocado a mí, no lloraría, pero te tocó a Ti. No dices cuánto te duele esta mano que no ha hecho más que hacer beneficios” responde Juan que tiene la mano herida de Jesús, a la que acaricia con la punta de sus dedos, y que voltea dulcemente para besarle la palma y apoyar su mejilla, diciendo: “¡Está caliente!... ¡Oh, cuánto debe de dolerte!” y lágrimas de compasión caen sobre ella.

La mujer trae agua y aceite. Juan con un trozo de lino quiere limpiar la sangre y delicadamente echa agua tibia, luego unge la herida, la venda con tiras limpias y sobre el nudo da un beso. Jesús le pone la otra mano sobre la cabeza.

La mujer pregunta: “¿Es tu hermano?”

“No, es mi Maestro. Es nuestro Maestro”.

“¿De donde venís?” pregunta a los otros.

“Del Mar de Galilea”.

“¡De lejos! ¿Para qué?”

“Para predicar la salvación”.

“Es ya casi noche. Quedaos en mi casa. Casa de pobres, pero honrados. Puedo daros leche tan pronto como regresen mis hijos con las ovejas. Mi marido os acogerá con gusto”.

“Gracias mujer. Si el Maestro quiere, nos quedaremos aquí”.

La mujer va a continuar sus ocupaciones, mientras los apóstoles preguntan a Jesús qué hacer.

“Está bien. Mañana iremos a Quedes y luego a Paneade. Bartolomé, he pensado hacer como decías. Me has dado un buen consejo. Espero encontrar así a los otros discípulos, y decirles que se me adelanten en Cafarnaún. Sé que en Quedes deben estar algunos, entre estos los tres pastores libaneses”.

Vuelve la mujer y pregunta: “¿Y bien?”

“Aceptamos tu invitación. Nos quedamos en la noche”.

“Y para la cena. Aceptadla. No me cuesta mucho. Y luego algunos de los discípulos de Jesús de galilea a quien llaman el Mesías, que hace muchos milagros y predica el reino de Dios, me han enseñado a usar la misericordia. Él no ha venido hasta estas partes, tal vez porque nos encontramos en confines sirofenicios. Sus discípulos sí han venido. Y ya es mucho. Para la Pascua todos los de la población queremos ir a la Judea para ver si lo logramos ver. Tenemos enfermos. Los discípulos pudieron curar a unos, pero a otros no. Entre estos hay un joven, hijo del hermano de la mujer de mi cuñado”.

“¿Qué tiene? Le pregunta Jesús sonriente.

“Es... no habla y no oye. Tal vez un demonio se metió en el seno de su madre para hacerla desesperar y atormentar. Pero es bueno, como si no estuviese endemoniado. Los discípulos dijeron que es necesario Jesús de Nazaret, porque ha de faltar alguna cosa, y sólo Él puede darla... ¡Oh, mis hijos y mi esposo! Melquíás, he dado hospitalidad a estos peregrinos en nombre del Señor y les contaba lo de leví... Sara, ve prono ordeñar, y tú, Samuel, baja a tomar aceite y vino en la gruta, y trae manzanas del techo. Date prisa, Sara, que tenemos qué preparar las camas en las habitaciones de arriba”.

“No te preocupes mucho, mujer. Dondequiera que nos quedemos estaremos bien. ¿Podría ver al joven de quien me hablaste?”

“Sí, pero... ¡Oh, señor! ¿Eres acaso el Nazareno?”

“Soy Él”.

La mujer cae de rodillas diciendo en voz alta: “¡Melquíás, Sara, Samuel, venid a adorar al Mesías! ¡Qué día! ¡Qué día! ¡Y en mi casa! ¡Y así le hablaba! Y le traje agua para lavar su herida... ¡Oh!...”, está presa de la emoción. Luego corre donde la palangana y la ve vacía: “¿Por qué tiraste el agua? Era santa! ¡Oh, Melquíás! ¡Él Mesías en nuestra casa!”

“Mujer, cálmate. No lo digas a nadie. Ve a traer al sordomudo...” dice Jesús sonriendo.

...Pronto Melquíás regresa con el sordomudo, con sus padres y con medio poblado por lo menos. La madre del infeliz adora a Jesús y le hace la súplica.

“Se hará como quieres”. Toma al sordomudo de la mano, lo saca un poco de entre la gente que se agolpa, y a la que los apóstoles, pensando en la mano herida, tratan de apartar. Jesús se pone cerca del sordomudo, le mete los índices en las orejas y la lengua en los labios semicerrados, luego, levantando los ojos al cielo que está ya negro, sopla en su cara y grita en voz alta: “¡Abríos!” y lo suelta.

El joven lo mira por un momento, mientras la gente comenta entre sí. Es sorprendente el cambio de cara, antes apática, triste, y ahora llena de sorpresa, de alegría. Se lleva las manos a las orejas, las restriega... Comprende que oye en realidad y abre la boca para decir: “¡Madre oigo! ¡Oh Señor, te adoro!”

La gente es presa del acostumbrado entusiasmo, tanto más cuanto se pregunta: “¿Y cómo puede saber hablar si jamás oyó palabra alguna, desde que nació? Un milagro dentro del milagro. Le ha soltado la lengua, abierto las orejas y al mismo tiempo le enseñó a hablar. ¡Viva Jesús de Nazaret! ¡Hosanna al santo, al Mesías!”

Se estrechan a su alrededor. Él levanta su mano herida para bendecir, mientras algunos, a quienes la mujer de la casa dijo, echan en la cara y en los brazos las gotas que quedaron en el lavamanos.

Jesús los ve y grita: “Por vuestra fe, sed todos curados. Id a vuestras casas. Sed buenos y honrados. Creed en la palabra del Evangelio. Guardad el secreto de lo que habéis visto hasta que llegue la hora de hablar de él en las plazas, y por los caminos del mundo entero. Mi paz sea con vosotros”.

Entra en la amplia cocina donde resplandece el fuego y temblorosas las lámparas reparten sus luces.

30. Jesús en Quedes

26 noviembre 1945

La ciudad de Quedes está sobre un montecillo, un poco aislado de una larga cadena que le está al oriente, que corre de norte a sur, y de una cadena de colinas que está al occidente, y que también va de norte a sur. Dos líneas paralelas que se estrechan formando una especie de X. En el punto más estrecho y reclinado sobre la cadena oriental, está el monte que en sus faldas hospeda a Quedes, que se extiende desde la cima hasta las partes casi llanas, que domina el valle fresco y verde, muy estrecho al oriente, más amplio al poniente.

Es una hermosa ciudad con muros, con bellas casas y una imponente sinagoga. Grande es también la fuente de cuyas numerosas bocas sale agua fresca y abundante que cae en una cuenca para ir a alimentar tal vez otras fuentes, o bien, jardines. No lo sé.

Jesús entra en un día de mercado. No trae la mano vendada, pero sí se ve una costra negruzca. Igual trae Santiago de Alfeo en la sien. Andrés y Simón Zelote, no dan señal de lo que les pasó. Caminan ligeros, mirando a su alrededor y sobre todo a los lados y a sus espaldas, porque caminan en fila, uno delante, el otro detrás de Jesús. Me imagino que por dos o tres días se detuvieron en el lugar anteriormente descrito, o en sus cercanías, para descansar o para alejar a los rabíes, temiendo que hubieran ido a las ciudades principales con la esperanza de ponerle asechanzas o de hacerles daño. Por lo menos lo deduzco de la conversación de los apóstoles.

“¡Esta es una ciudad de refugio!” dice Andrés.

“¡Crees que vayan a respetar el refugio y la santidad del lugar! ¡Qué inocente eres, hermano!” le replica Pedro.

Jesús camina entre los dos Judas. Delante de Él van Santiago y Juan, como vanguardia, luego Santiago con Felipe y Mateo. Detrás de Jesús siguen Pedro, Andrés y Tomás. Los últimos son Simón Zelote y Bartolomé.

Todo va bien hasta que entran en una hermosa plaza, donde está la fuente, la sinagoga y muchas personas que negocian. Pero el mercado está allá abajo, al suroeste de la ciudad, donde desemboca el camino principal que viene del sur, y el otro por el que vino Jesús, que

viene del occidente, caminos que formando un ángulo recto, se unen en el único que entra por la puerta hasta convertirse en una ancha plaza donde hay asnos, mercancías, vendedores, compradores y la acostumbrada gritería...

Llegados a la plaza, que es la más hermosa —y pienso que sea el centro de la ciudad, no porque esté equidistante del perímetro de los muros, como porque se vive aquí y su vida espiritual y comercial, como lo muestra su posición elevada respecto del resto del poblado, y apropiada para ser defendida como una ciudadela— empiezan las dificultades. Como perros rabiosos en espera de atacar a su presa, como lobos que han venteado al inocente cordero, un grupo numeroso de fariseos y saduceos, con su porción de rabíes que vi en Giscala, entre los que no falta Uziel, está apoyado contra el ancho y bello portal de esculturas y frisos de la rica sinagoga. Y al punto señalan a Jesús y a los apóstoles.

“¡Ay de nosotros, Señor! ¡Están aquí!” dice desalentado Juan, volviéndose hacia Jesús.

“No tengas miedo. Sigue adelante. Si alguien no se siente con valor para hacer frente a esos desgraciados que regrese al albergue. Absolutamente quiero hablar en esta antigua ciudad levítica y de refugio¹”. Todos protestan: “Maestro ¿y podrías pensar que te fuéramos a dejar solo? Que nos maten, si quieren, pero participamos de tu suerte”.

Jesús al frente, ante el grupo enemigo, va a ponerse contra la pared de un huerto, del que caen pétalos cándidos de un peral en flor. El oscuro muro y la nube blanquecina de pétalos hacen contraste. En el fondo Jesús y sus doce.

Empieza a hablar. Su hermosa voz llena la plaza. Dice: “Vosotros que os encontráis aquí, venid a escuchad la Buena Nueva porque más útil que las transacciones y el dinero es la conquista del Reino de los cielos”. Todos vuelven su cara para ver al orador.

“¡Oh, si es el Rabí Galileo!” dice uno. “Venid. Vamos a escucharlo. Tal vez haga algún milagro”.

Otro dice: “Yo lo vi hacer uno en Betginna. ¡Qué bien habla! ¡No como esos gavilanes voraces y esas zorras astutas!”

Pronto Jesús se ve rodeado de gente. Continúa de ese modo: “Desde el centro y corazón de esta ciudad levítica no quiero recordar la Ley. Sé que está presente en vuestros corazones como en pocas ciudades de Israel, lo que se desprende también por el orden que he observado en ella, la honradez de que han dado prueba los mercaderes a quienes compré alimentos para Mí y para mi pequeña grey, y esta sinagoga adornada como conviene al lugar donde se adora a Dios. Pero en vosotros hay un lugar donde también se honra a Dios, un lugar en donde están las aspiraciones más santas y donde resuenan las palabras más dulces y preñadas de esperanza de nuestra fe, las plegarias más ardientes para que la esperanza se convierta en realidad. El alma. Este es el lugar santo y único donde se habla de Dios y con Él en la expectativa de que la Promesa se cumpla.

Ésta se ha realizado. Israel tiene a su Mesías, que os trae la palabra y certeza que el tiempo de la gracia ha llegado, que la redención está cerca, que el Salvador está entre vosotros, que el reino sin derrotas empieza ya.

¡Cuántas veces habéis oído las palabras de Habacuc!² Y los más reflexivos entre vosotros habrán dicho: “También yo puedo decir: ‘¿Hasta cuándo, Señor, tendré qué gritar sin que se me escuche?’” Hace siglos que Israel gime de este modo, pero el Salvador ha llegado ya. El robo, el ansia constante, el desorden e injusticia que causó Satanás, están a punto de desaparecer porque el enviado de Dios está a punto de restablecer al hombre en su dignidad de hijo de Dios y de coheredero del reino de Dios. Miremos la profecía de Habacuc con vuestros ojos, y veremos que da testimonio de Mí, que habla ya el lenguaje de la Buena Nueva que he traído a los hijos de Israel.

¹ Cfr. Ex. 21, 13-14; Deut. 4, 41-43; 19, 1-13; Jos. 20-21; 3 Rey. 1, 50; 2, 28-34.

² Cfr. Hab. 1, 2.

Yo soy aquí el que debo lamentarme: “Se ha hecho el juicio, pero la oposición triunfal”³ Y lo siento en el alma, no tanto por Mí que soy superior al juicio humano, como por los que oponiéndose se condenan, y por los que éstos hacen extraviar. ¿Os sorprende lo que os estoy diciendo? Entre vosotros hay mercaderes de otras partes de Israel. Pueden deciros que no miento. No miento llevando una vida contraria a lo que enseño, no cumpliendo con lo que se espera del Salvador, y no miento al afirmar que la oposición humana se yergue contra el juicio de las multitudes humildes y sinceras que me han oído y tomado por lo que soy”.

Algunos de la multitud dice: “¡Es verdad! ¡Es verdad! Nosotros los del pueblo lo queremos y sentimos que es santo, pero ¡esos (señalan a los fariseos y compañeros) lo persiguen!”

Continúa Jesús: “Por hacer esta oposición se contraria a la Ley y lo será hasta que se le abola, con tal de cometer la última injusticia que no durará mucho. ¡Y bienaventurados los que en breve y temeroso espacio de tiempo, en que parecerá que la oposición me venció, sigan creyendo en Jesús de Nazaret, en el Hijo de Dios, en el Hijo del hombre, predicho por los profetas! Podría ejecutar el juicio de Dios completamente, pero no podré porque el impío triunfará sobre sí mismo, *contra lo mejor que tiene de sí* y como pisotea mis derechos y los de los que creen en Mí, así pisoteará los derechos de su espíritu que tiene necesidad de Mí para ser salvado pero que se lo da a Satanás con tal de negármelo a Mí”.

Los fariseos hacen ruido. Un anciano imponente que hace poco se ha acercado a Jesús, en un momento en que Él se calla, dice: “Te ruego. Entra en la sinagoga y enseña allí. Nadie más que Tú tiene el derecho. Soy Matías, el sinagogo. Ven y la palabra de Dios esté en mi casa como está en tus labios”.

“Gracias, justo de Israel. La paz esté siempre contigo”.

Jesús pasa por entre la multitud que se abre cual onda y se cierra. Lo sigue a la sinagoga, pasando otra vez ante los enfurecidos fariseos, que también entran con su garbo pretencioso. La gente los mira con malos ojos: “¿De dónde venís? Idos a vuestras sinagogas a esperar al Rabí. Aquí es nuestra casa y nos quedamos”. Los rabinos, saduceos y fariseos deben quedarse en la entrada, sin chistar, temerosos de que sus habitantes los arrojen de la población.

Jesús ha ocupado su lugar, cerca del sinagogo y de otros más, no sé si hijos o colaboradores. Continúa su discurso: “Habacuc dice⁶ –y amorosamente invita a observar– “Echad vuestros ojos sobre las naciones y ved, quedaos maravillados, estupefactos, porque en vuestros días ha sucedido algo que nadie creerá cuando se le cuente”. También ahora tenemos enemigos materiales contra Israel. No paréis mientes en el pequeño particular de la profecía y veamos sólo el gran vaticinio que es todo espiritual. Porque las profecías, aunque parece que se refieren a cosas materiales, tienen siempre un sentido espiritual. La cosa pues que ha sucedido –y es tal que nadie podrá aceptarla si no está convencido de la infinita bondad del verdadero Dios– es que Él haya enviado a su Verbo para salvar y redimir al mundo. Dios que se separa de Dios⁷ para salvar al hombre culpable. Para eso se me envió. Y ninguna fuerza del mundo podrá contener mi empuje de Vencedor sobre reyes y tiranos, sobre pecados, sobre ignorancias. Venceré porque soy el Triunfador”.

Una carcajada de burla, un aullido sale del fondo de la sinagoga. La gente protesta, el sinagogo que tiene hasta los ojos cerrados, porque concentrado estaba oyendo a Jesús, se pone de pie e impone silencio, amenazando con echar fuera a los perturbadores.

“Déjalos. Mejor, invítalos a que expongan sus objeciones” dice Jesús en voz alta.

“¡Oh, bien, bien! Déjanos acercarnos a Ti. Te queremos hacer algunas preguntas” aúllan irónicos los enemigos de Jesús.

Y la gente con miradas hostiles –no falta algún epíteto apropiado– los deja que pasen adelante.

³ Cfr. Hab 1, 3.

⁶ Cfr. Hab. 1, 5.

⁷ Cfr. Ju. 16, 28.

“¿Qué quieres saber?” les pregunta con dureza Jesús.

“¿Afirmas ser el Mesías? ¿Estás seguro?”

Jesús, con los brazos cruzados sobre el pecho, mira a quien le ha hablado con tal imperio, que la ironía se le va, y enmudece.

Pero otro sigue el hilo de la pregunta y dice: “No puedes pretender que se te crea confiado en tu palabra. Cualquiera puede mentir aun de buena fe. Para creer tenemos necesidad de pruebas. Danos pues las pruebas de que eres lo que afirmas ser”.

“Israel está lleno de ellas” dice Jesús cortante.

“¡Oh, esas!... Son cosas pequeñas que cualquier santo puede hacer. Han sido ya hechas y lo serán, mientras haya justos en Israel” dice un fariseo.

Otro añade: “¡No está dicho que las hagas por ser santo y porque Dios te ayude! Se dice, y en verdad es muy verosímil, que Satanás te ayuda. Queremos otras pruebas, que Satanás no pueda dar”.

“¡Sí! La muerte vencida...” dice otro.

“Ya la tuviste”.

“Eran apariencias de muerte. Muéstranos a un cadáver corrupto, que vuelva a la vida, que se rehaga, digamos. Esto para tener la certeza de que Dios está contigo. Dios es el único que puede devolver el aliento al fango que se va a convertir en polvo”.

“Jamás se pidió esto a los profetas para creer en ellos”.

Un saduceo grita: “Tú eres más que un profeta. Tú, por lo menos, así lo dices, pues te crees el Hijo de Dios... ¡Ah, ah! ¿Por qué entonces no obras como Dios? ¡Ea, pues! ¡Danos una señal! ¡Una señal!”

“Claro, una señal del cielo que te señale como Hijo de Dios, y entonces te adoraremos” aúlla furiosamente un fariseo.

“¡Muy bien, muy bien, Simón! No queremos caer en el pecado de Aarón⁸. ¡No adoramos al ídolo, al becerro de oro, pero podremos adorar al Cordero de Dios! ¿No lo eres? Que el cielo nos indique que lo eres” dice el que se llama Uriel, que estuvo en Giscala y sarcástico se ríe.

Otro dice: “Déjame hablar a mí, Sadoc, el escriba de oro. ¡Óyeme, Jesús! Muchos Mesías, que no lo fueron, te han precedido. ¡Basta de engaños” Una señal de que eres lo que afirmas. Si Dios está contigo no te la puede negar. Y nosotros crearemos en Ti y te ayudaremos. De otro modo no olvides lo que te espera, según el mandamiento de Dios⁹”.

Jesús levanta su mano derecha herida y la muestra bien a su interlocutor. “¿Ves esta señal? Tú me la hiciste. Has puesto el dedo en otra señal, y cuando la verás clavada en la carne del Cordero, te llenarás de júbilo. Mírala. ¿La vez? La verás también en el cielo, cuando te presentarás a dar cuentas de tu vida. *Porque Yo te juzgaré*, y será con mi cuerpo glorificado, allá arriba, con las señales de mi ministerio y vuestro, con las de mi amor y con las de vuestro odio. La verás también tú, Uriel, y tú, Simón, y la verán Anás, Caifás y muchos en el último día, día de ira, día terrible, y por esto preferiréis estar en lo profundo porque mi señal en la mano herida os flechará más que el fuego del infierno”.

“¡Oh, esas son palabras y blasfemias! ¿Tú en el cielo en cuerpo? ¡Blasfemo! ¿Tú, juez, en lugar de Dios? ¡Anatema caiga sobre Ti! ¡Tú, insultador del Pontífice! Merecerías que se te lapidara” aúllan en coro fariseos, saduceos y doctores.

De nuevo se pone de pie el sinagogo. Es majestuoso cual otro Moisés. Respetable por sus canas. Grita: “Quedes es una ciudad de refugio y ciudad levítica. Tened respeto...”

“¡Esos son cuentos de viejas! ¡De nada sirven!”

“¡Bocas blasfemas! Vosotros sois unos pecadores, no Él. Yo lo defiando. No ha dicho nada fuera de orden. Explica a los profetas y nos trae la promesa, y vosotros lo interrumpís, le ponéis lazos para que caiga, lo ofendéis. No lo permito. Está bajo la protección del viejo Matías de la estirpe de Leví por padre, y de Aarón por madre. Salid y dejad que enseñe a mi

⁸ Cfr. Ex.32, 1-6.

⁹ Cfr. Lev. 24, 16; Ju. 8, 57-59; 10, 22-39.

vejez, y a mis hijos que están en la edad madura”. Y toma el antebrazo de Jesús, como para defenderlo.

“¡Que nos dé una señal verdadera, y nos iremos convencidos!” gritan los enemigos.

“No pierdas la tranquilidad, Matías. Voy a hablar ahora” dice Jesús calmado al sinagogo. Vuelto a los fariseos, saduceos y doctores dice: “Cuando llega el crepúsculo escudriñáis el cielo. Si se pone rojo el crepúsculo, siguiendo un antiguo proverbio decís: “Mañana tendremos un buen día. El crepúsculo viste el cielo de rojo”. De igual modo, cuando amanece, si el aire es pesado por la neblina o vapores, y el sol no se pone su vestido de oro, sino que parece como que echa sangre sobre el firmamento, decís: “Tendremos un día tempestuoso”. Sabéis pues leer lo que sucederá guiados por señales del cielo que cambian, señales más volubles que el viento. ¿Y no sois capaces de distinguir las señales de los tiempos? Esto no dice nada bueno de vuestra inteligencia, de vuestra ciencia, deshonra completamente vuestro espíritu, vuestra supuesta sabiduría. Perteneceis a una generación perversa y adúltera, nacida en Israel de la unión de quien ha fornicado con el mal. Sois sus herederos y aumentáis vuestra perversidad, vuestro adulterio, cometiendo también el pecado de vuestros antecesores. Pues bien, tenlo en cuenta, Matías, sabedlo vosotros de Quedes y quienquiera, bien sea amigo o enemigo. Esta es la profecía que os voy a dar, en lugar de la que quería explicar de Habacuc: a esta generación perversa y adúltera que pide una señal, no se le dará sino la de Jonás¹⁰... Vámonos. La paz sea con los buenos de voluntad”. Sale por una puerta lateral que da a una calle silenciosa entre huertos y casas. Se aleja con los apóstoles.

Pero los de Quedes no se dan por vencidos. Algunos lo siguen. Y al ver que entra en un humilde albergue, en los suburbios orientales llevan la noticia al sinagogo y a otros. Jesús está todavía comiendo cuando el patio, bañado en sol, se ve cubierto de gente. El sinagogo entra con otros ancianos de Quedes. Se asoma a la habitación donde está Jesús y con tono implorante dice: “Maestro, tenemos ansia de tu palabra. ¡Tan bella que es, la profecía de Habacuc! Porque hay quien te odia, ¿deberán quedar sin conocerte los que te aman y creen en la Verdad?”

“No, padre. No es justo castigar a los buenos por los malos. Escuchad, pues...” (Jesús deja de comer. Se asoma a la puerta y habla a la gente que se encuentra en el patio).

“En las palabras de vuestro sinagogo hay un eco de las de Habacuc. En nombre suyo y de todos vosotros confiesa, profesa que Yo soy la Verdad. Habacuc confiesa y profesa¹¹: “Desde el principio Tú eres y estás con nosotros y no moriremos”. Y así será. No perecerá quien crea en Mí. El profeta me muestra como al que Dios ha puesto para juzgar, como al que Dios ha hecho fuerte para que pueda castigar, como al que tiene sus ojos muy puros para ver el mal, y que tendrá qué soportar la inquietud. Pues si es verdad que el pecado me repugna, ved con todo que abro los brazos, porque soy el Salvador, a todos los que se arrepientan. Por esto vuelvo la mirada aun sobre el culpable e invito al impío a que se convierta...

Vosotros de Quedes, ciudad levítica, ciudad santificada por la caridad para con quien es culpable de algún delito –y cualquier hombre ha cometido cosas imputables ante Dios, ante su alma, para con el prójimo- venid, pues, a Mí, refugio de pecadores. Aquí en mi amor, ni siquiera el anatema de Dios os podrá caer encima, porque mi mirada suplicante cambia el anatema de Dios en bendición, en perdón. ¡Escuchad, escuchad! Escribid en vuestros corazones esta promesa como Habacuc escribió su profecía en el rollo. Fue escrito: “Si tarda, espéralo, porque quien debe venir, vendrá sin tardanza”¹². Esto es, el que debía venir, ha venido. Soy Yo.

“Quien es incrédulo, no tiene en sí un alma justa”¹³ dice el profeta y en sus palabras se oye la condenación contra quienes me han tentado e insultado. No los condeno sino el profeta que

¹⁰ Cfr. Jon. 2.

¹¹ Cfr. Hab. 1, 12-13.

¹² Cfr. Hab. 2, 3.

¹³ Cfr. Hab. 2, 4.

me previó, que creyó en Mí. Así como me dibuja como el Triunfador, así dibuja al soberbio, diciendo que ha perdido su gloria al haber abierto su alma a la avaricia, a la ambición, como el infierno que jamás se sacia, que siempre busca víctimas. El profeta pronuncia esta amenaza: “¡Ay del que acumula bienes que no son suyos, y se echa encima pesado lodo”¹⁴. Las malas acciones contra el Hijo del hombre son este lodo, y quererlo despoja de su santidad, para que no haga sombra a la propia, es codicia.

“¡Ay!” dice el profeta “de quien reúne en su casa los frutos de su perfecta avaricia para poner en lo alto su nido, esperando elevarse de las artimañas del mal”¹⁵. Lo que es lo mismo que decir, deshonorarse y perder la propia alma.

“¡Ay! Del que edifica una ciudad sobre sangre y construye castillos sobre la injusticia”¹⁶. En verdad que muchos de Israel fundan sus fortalezas de ambición sobre lágrimas, sobre sangre y esperan la última sangre para hacer un cemento más duro. ¿Pero qué puede una fortaleza contra los dardos de Dios? ¿Qué puede un puñado de hombres contra la justicia de todo el mundo que gritará horrores por el delito sin igual?

¡Qué bien dice Habacuc! “¿De qué sirve la estatua?”¹⁷ Y la estatua idolátrica es la mentirosa santidad de Israel. Sólo el Señor está en su santo templo, sólo ante Él debe inclinarse la tierra y temblar de adoración y espanto, mientras que la señal prometida se dará una y otra vez, y el templo verdadero en el que Dios reposa, subirá glorioso al cielo para decir: “¡Está cumplido!”, de igual modo como lo habrá llorado en la tierra para limpiarla con su mensaje.

“Hágase” dijo el Altísimo. Y el mundo existió. “Hágase” dirá el Redentor y el mundo será redimido. Yo daré al mundo el modo para que se redima, y los redimidos serán los que tengan voluntad de serlo.

Poneos de pie. Digamos la plegaria del profeta, como hay que decirla en este tiempo de gracia.

“He oído, Señor, tu mensaje y me he llenado de júbilo”¹⁸. No es más tiempo de miedo, vosotros que creéis en el Mesías.

“Señor, tu obra está en medio del correr de los años, hazla vivir, no obstante las asechanzas del enemigo. En ese correr del tiempo la manifestarás”. Sí. Cuando se cumpla el tiempo, la obra será terminada.

“Y en el desdén resplandecerá la misericordia” porque el desdén será para los que hayan arrojado las redes, lazos y arrojado flechas contra el Cordero Salvador.

“Dios vendrá de la luz al mundo”. Yo soy la Luz que ha venido a traeros a Dios. Mi esplendor llenará la tierra, derramándose en torrentes “allí donde los cuernos puntiagudos” habrán desgarrado el cuerpo de la Víctima, última victoria de la muerte, y de Satanás, que huirán vencidos ante el Viviente y el Santo”.

“¡Gloria al Señor, gloria al que ha hecho todo esto! Gloria al dador del sol y de los astros. Al que hizo los montes. Al Creador de los mares. Gloria, infinita gloria al Bueno que amó a su Mesías para salvación de su pueblo, para redención del hombre.

Uníos a cantar conmigo porque la misericordia ha venido al mundo y está cercano el tiempo de la paz. El que os tiende las manos, os exhorta a creer y a vivir en el Señor porque el tiempo está cercano en que Israel será juzgado según verdad.

La paz sea con vosotros que estáis aquí presentes, con vuestras familias, con vuestros bienes”.

Jesús hace una gran señal de bendición, y hace por retirarse. El sinagogo le ruega: “Quédate un poco más”.

“No puedo, padre”.

¹⁴ Cfr. Hab. 2, 6.

¹⁵ Cfr. Hab. 2, 9.

¹⁶ Cfr. Hab. 2, 12.

¹⁷ Cfr. Hab. 2, 18.

¹⁸ Cfr. Hab. 3, 2 y ss.

“Mándanos por lo menos a tus discípulos”.

“Los tendréis sin falta. ¡Adiós! ¡Vete en paz!” Se quedan solos...

“Yo quisiera saber quién fue el que nos los echó entre los pies. Parecen adivinos...” dice Pedro.

Iscariote, pálido da un paso adelante, se arrodilla a los pies de Jesús: “Maestro, yo soy el culpable. Hablé en aquel poblado... con uno de ellos de quien fui huésped...”

“¿Cómo? ¡Qué penitencia, ni qué nada! ¡Tú eres!...”

“¡Silencio, Simón de Jonás! Tu hermano se ha acusado sinceramente. Respétalo por haberse humillado. No te aflijas, Judas. Te perdono. *Tú sabes* que te perdono. De hoy en adelante sé más prudente... Ahora vamos. Caminaremos mientras haya luna. Debemos pasar el río antes del anochecer. Vámonos. Detrás de aquí empieza el bosque. No dejaremos huella y buenos o malos no nos encontrarán. Mañana estaremos en el camino de Panéades”.

31. En el camino hacia Cesarea de Filipo¹

27 noviembre 1945

El Jordán, antes de que se lance en el lago Merón, tiene a sus lados una llanura. Es bella. Según pasan los días, crecen más los trigales, y los árboles se engalanan con sus flores. Las colinas, más allá de las cuales está Quedes, están a la espalda de los peregrinos que, muertos de frío, caminan ligeros a las primeras luces del día, buscando con ansia algún rayo de sol, que empieza acariciar las copas de los árboles. Probablemente durmieron al aire libre, o si les fue bien en algún pajar, porque sus vestidos están arrugados, y traen todavía pajas, que se quitan al descubrirlas según la luz es más fuerte.

El río anuncia que está cerca. Su ruido lo traiciona. Ruido que parece más fuerte en las horas matinales, adormiladas en el silencio de la campiña, y por una hilera de árboles cuyas tiernas hojas se mueven al leve viento matinal. Aun no se ve, metido como está en la llanura. Cuando se ven sus aguas, que otros arroyos aumentan también, brillar entre el verde de las riberas, está ya uno junto a él.

“¿Lo pasamos aquí, o hasta el puente?” pregunta Jesús que venía solo, meditabundo, y que se paró a esperarlos.

“Ved si hay una barca para pasar. Es mejor ir de esta parte...”

“Sí. En el puente que está en el camino para Cesarea Panéades podremos encontrar otra vez a alguien que siga nuestras pistas” observa Bartolomé, frunciendo el entrecejo, y mirando a Judas.

“No. No me mires con esos ojos. No sabía que vendríamos aquí, y no he dicho nada. Fácilmente se podía prever que de Sefet Jesús habría ido a las tumbas de los rabíes y a Quedes, pero nunca hubiera imaginado que hubiese querido ir a la capital de Filipo. Por eso no lo saben. Y no los encontraremos por culpa mía, ni porque ellos quieran, al menos que no tengan a Belzebú que los conduzca” se disculpa afligido el discípulo.

“Eso está bien, porque con ciertos tipos... hay qué tener abierto el ojo, y medir las palabras, y no dejar sospecha de nuestros proyectos. Conviene estar muy atentos, de otro modo nuestra evangelización se cambiará en una continua fuga” replica Bartolomé.

Regresan Juan y Andrés. Dicen: “Hemos encontrado dos barcas. Nos pasan por una dracma por barca. Bajemos a la orilla”

En las dos barcas y en dos viajes pasan al otro lado. La llanura de este lado es también fértil, pero no muy poblada, fuera de las casas de los campesinos que viven aquí.

“¡Uhm! ¿Cómo nos las arreglaremos para el pan? Yo tengo hambre... y aquí no hay ni siquiera las espigas filisteas... Hierba y hojas, hojas y flores. No soy ni un borrego, ni una abeja” dice Pedro a sus compañeros que sonríen.

¹ Cfr. Mt. 16, 5-20; Mc. 8, 14-21 y 27-30; Lc. 9, 18-21.

Judas Tadeo se vuelve –va un poco adelante- y dice: “Compremos pan en el primer poblado que encontremos”.

“Con tal de que no nos hagan huir” concluye Santiago de Zebedeo.

“Estad atentos, vosotros que decís que hay que tomar toda clase de precauciones, de tomar levadura de los fariseos y saduceos. Me parece que los estáis haciendo, sin reflexionar en lo que tiene de mal. ¡Atentos! ¡Tomad vuestras providencias!” dice Jesús.

Los apóstoles se miran entre sí y murmuran: “¿Qué está diciendo? La mujer de la casa del sordomudo y la que nos hospedó en Quedes nos dieron el pan. Es lo único que tenemos. No sabemos siquiera si podemos encontrar algo más para matar el hambre. ¿Cómo dice que hemos comprado a los fariseos y saduceos el pan con la levadura? Tal vez no quiere que se compre por estas partes”

Jesús que nuevamente va adelante se vuelve. “¿Por qué tenéis miedo de quedaros sin pan? Aunque aquí todos fuesen fariseos y saduceos no os quedaríais sin comer por causa de mi consejo. No hablo de la levadura que hay en el pan. Podéis comprar pan para vuestros estómagos donde os parezca. Si nadie os lo quiere vender, no os quedaríais por ello sin comer. ¿No os acordáis de los cinco panes con que calmaron su hambre cinco mil personas? ¿No os acordáis que recogisteis doce cestos de pedazos que sobraron? Puedo hacer por vosotros doce, que tenéis un solo pan, lo que hice por cinco mil con cinco ¿No comprendéis a qué levadura me refiero? A la que esponja en el corazón de fariseos, saduceos, doctores contra Mí. Al odio. A la herejía. Ahora vosotros os estáis encaminando hacia el odio, como si hubiera entrado en vosotros un poco de la levadura farisaica. No se debe odiar ni siquiera al enemigo. No abráis ni siquiera un resquicio a lo que no es Dios. Detrás del primer elemento entrarían otros, contrarios a Dios. Algunas veces por querer combatir con iguales armas a los enemigos, se termina por perecer o ser vencidos. Y vencidos una vez podéis por el contacto asimilar sus doctrinas. No. ¡Tened caridad y prudencia! No estáis todavía bien preparados para combatir estas doctrinas sin infectaros con ellas. Porque algunos elementos existen en vosotros. Uno es la aversión que sentís por ellos. Os digo aun que podrían cambiar de método para seduciros, para arrebatáros de mi lado, empleando miles de gentilezas, mostrándose arrepentidos, deseosos de hacer las paces. No debéis evitarlos, pero cuando traten de daros sus doctrinas, procurad no aceptarlas. Este es el fermento del que os hablaba. La mala voluntad que es contraria al amor y las falsas doctrinas. Os digo: Sed prudentes”.

“¿La señal que ayer pedían los fariseos era ‘levadura’?” pregunta Tomás.

“Lo era y veneno también”.

“Hiciste bien en no haberla dado”.

“La daré algún día”.

“¿Cuándo? ¿Cuándo?” curiosos preguntan.

“Un día...”

“Y ¿qué señal es? ¿No nos la quieres decir a nosotros, tus apóstoles? Para que podamos reconocerla al punto” pregunta insistente Pedro.

“Vosotros no deberíais tener necesidad de señal alguna”.

“¡No para poder creer en Ti! No somos de la gente que tenga muchas ideas. Bástanos una: amarte” dice entusiasta Santiago de Zebedeo.

“Y la gente con quién tratáis sin preocupación alguna, que no se siente impresionada con vosotros como le sucede conmigo, ¿quién dice que sea Yo? ¿Quién piensa que es el Hijo del hombre?”

“Algunos dicen que eres Jesús, esto es, el Mesías, y son los mejores quienes lo afirman. Otros dicen, que eres un profeta, otros que sólo un rabí, y otros, bien lo sabes, te tiene por loco y endemoniado”.

“Con todo algunos te llaman el “Hijo del hombre” como Tú mismo dices de Ti mismo”.

“Otros dicen que no puede ser, porque el Hijo del hombre es una cosa muy diversa. Esto es algo que siempre se oye, porque en el fondo ellos admiten que eres más que el Hijo del hombre, que eres el Hijo de Dios. Otros por el contrario, dicen que no eres ni siquiera el Hijo

del hombre, sino un pobre cualquiera a quien Satanás incita, y aumenta su locura. Ves que los pareceres son muchos y todos diversos” dice Bartolomé.

“¿Pero para la gente quién es, en una palabra, el Hijo del hombre?”

“Es un ser en quien radican todas las virtudes más hermosas del hombre, un ser que reúne en sí todos los requisitos de inteligencia, sabiduría, belleza, que imaginamos que existieron en Adán, y algunos añaden a estos requisitos el de no morir. Sabes muy bien que anda en la boca de muchos que Juan el Bautista no ha muerto, sino sólo transportado por los ángeles y que Herodes, para no confesar su derrota, y mucho más Herodías, se cuenta que mató a un siervo, y habiéndole quitado la cabeza, hayan mostrado como cadáver del Bautista su cuerpo. ¡Tantas cosas dice la gente! Por eso muchos piensan que el Hijo del hombre sea Jeremías, o Elías, o alguno de los profetas y aun el mismo Bautista, en quien había la belleza y la sabiduría, y se llamaba el precursor del Mesías, del Ungido de Dios. El Hijo del hombre: un gran ser nacido del hombre. No pueden admitir muchos, o no quieren, que Dios haya enviado a su Hijo a la tierra. Ayer Tú mismo lo dijiste: “Creerán sólo los que están convencidos de la infinita bondad de Dios”. Israel cree más en la severidad de Dios que en la bondad...” explica Bartolomé.

“Tienes razón. Se oye a muchos incapacitados que afirman que es imposible que Dios haya sido tan bueno, de haber enviado a su Verbo para salvarlos. El obstáculo que encuentran en creer esto, es su propia alma degradada” confirma Zelote. Y añade: “Tú dices ser el Hijo de Dios y del hombre. En verdad existe en Ti la belleza, toda la sabiduría como hombre. Yo creo que quien hubiese nacido realmente de un Adán en gracia, se te hubiera parecido en hermosura e inteligencia y en otras cualidades. Dios resplandece en Ti por su poder. Pero ¿quién de esos que se creen dioses puede creerlo, llevados de su gran soberbia? Los que son crueles, que odian, que son unos ladrones, impuros, no pueden ciertamente admitir que Dios haya llegado al extremo de su bondad de darse a Sí mismo para redimirlos, que haya entregado su amor para salvarlos, su generosidad, su pureza para sacrificarse por nosotros. No pueden admitirlo esos, que son tan duros y quisquillosos en buscar culpables y castigarlos.”.

“Y vosotros ¿quién decís que sea Yo? Decidlo con el corazón en la mano, sin tener en cuenta mis palabras o las de otros. Si fuerais obligados a juzgarme ¿quién diríais que soy Yo?”

“Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo” grita Pedro arrodillándose con los brazos abiertos en alto, hacia Jesús que lo mira con un rostro que es todo luz, y que se inclina para levantarlo para abrazarlo, diciendo:

“¡Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás! No ha sido la carne ni la sangre los que te lo revelaron, sino mi Padre que está en los cielos. Desde el primer día que viniste a Mí, te has hecho esta pregunta, y como eres sencillo y honrado has sabido comprender y aceptar la respuesta que los cielos te daban. No viste ninguna manifestación sobrenatural como tu hermano y Juan y Santiago. No conocías que había sido Yo bueno como hijo, como obrero, como ciudadano, cual Judas y Santiago mis hermanos lo habían visto. No te hice ningún milagro, ni me viste hacerlo. No te di ninguna señal de mi poder como lo vieron Felipe, Natanael, Simón Cananeo, Tomás, Judas. No te sentiste subyugado por mi voluntad como Leví el publicano. Y con todo exclamaste: “¡El es el Mesías!” Desde la primera vez que me viste, creíste, y tu fe jamás se ha sentido vaciar. Por eso te llamé Cefas. Y por esto, sobre ti, Roca, edificaré mi Iglesia y las puertas del Infierno no la vencerán. Te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que hubieras amarrado en la tierra, lo será también en los cielos, y lo que hubieras soltado en la tierra, será suelto también en los cielos, ¡oh hombre fiel y prudente cuyo corazón he podido probar! Y ahora, desde este momento, eres el jefe, a quien debe darse obediencia, respeto como si fuera Yo mismo. Y como a tal te proclamo ante todos tus compañeros”.

Si Jesús hubiera arrojado contra Pedro toda clase de reproches no se hubiera sentido tan pequeño. Se oyen sus sollozos, que repercuten contra el pecho de Jesús. Un llanto que sólo será igual al de haberlo negado. Ahora es un llanto que nace de miles de sentimientos

humildes y buenos... Es algo del antiguo Simón –el pescador de Betsaida que a la noticia de su hermano había respondido riéndose: “¿El Mesías se te ha aparecido?... ¿De veras?”– Algo queda del antiguo Simón que llora, bajo el peso de su fragilidad humana pero que empieza a ser el Pedro, el Jefe de la Iglesia de Jesús.

Cuando levanta su cara, tímida, apenada, no sabe hacer otra cosa para demostrar todo lo que siente, todo lo que se ha comprometido: echar sus brazos cortos y musculosos al cuello de Jesús, obligado a inclinarse para que lo bese, mezclando sus cabellos, su barba, un tanto ásperos y entrecanos, con los hermosos cabellos y barba dorados de Jesús. Lo mira con una mirada de adoración, amor, súplica, con unos ojos un tanto bovinos, resplandecientes y rojizos por las lágrimas, teniendo entre sus manos callosas, largas, toscas, el rostro ascético del Maestro, cual si fuese un vaso de quien fluye un licor precioso... y bebe, bebe dulzura y gracia, seguridad y fuerzas de ese rostro de esos ojos, de esa sonrisa...

Pedro se separa de Jesús, quien dice a todos al continuar su camino hacia Cesarea de Filipo: “Pedro ha dicho la verdad. Mucho la intuyen. Vosotras la sabéis. Por ahora no digáis a nadie quién es el Mesías, como vosotros lo sabéis. Dejad que Dios hable en los corazones como habla en los vuestros. En verdad os digo que quienes juntan a mi afirmación o a la vuestra una fe y amor perfectos, llegarán a comprender el verdadero significado de las palabras: ‘Jesús, el Mesías, el Verbo, el Hijo del hombre y de Dios’”.

32. En Cesarea de Filipo¹

28 noviembre 1945

La ciudad está recién construida como Tiberíades y Ascalón. Está sobre un plano inclinado dentro de una fortaleza defendida por torres, rodeada de murallas ciclópeas, de fosos profundos a los que baja parte del agua de dos riachuelos que, reunidos en el ángulo, después se separan corriendo uno fuera de la ciudad, el otro dentro de ella. Calles hermosas, plazas, fuentes, construcciones a la usanza romana, dicen que también aquí se ha mostrado la degradación servil del Tetrarca, al olvidar el respeto debido a las costumbres patrias.

Tal vez porque sea un centro de importantes caminos y de caravanas, que llevan a Damasco, Tiro, Sefet y Tiberíades, como se ve por las mojoneras, la ciudad es todo movimiento. Peatones, hombres a caballo, largas caravanas de asnos, camellos, se cruzan por las anchas calles. Grupos de negociantes o de holgazanes hay en las plazas, bajo los pórticos, junto a las casas lujosas. Hay tal vez hasta termas, donde se habla de negocios o se discuten los acontecimientos del día.

“¿Sabes dónde podemos encontrarlos?” pregunta Jesús a Pedro.

“Sí. Me dijeron aquellos a quienes pregunté, que los discípulos del Rabí suelen reunirse para las comidas en casa de fieles israelitas, cerca de la ciudadela. Me la describieron. No puedo equivocarme: una casa israelita aun por la apariencia sin ventanas externas, con un gran portón con su celosía, que a su lado tiene una fuente y las paredes altas del huerto que se prolongan por dos lados en estrechos caminos, y una terraza alta en el techo, lleno de palomos”.

“Está bien. Vamos”.

Atraviesan la ciudad hasta la ciudadela. Llegan a la casa. Llamen. Por la celosía aparece la cara arrugada de una mujer.

Jesús se adelanta. Saluda: “La paz sea contigo. ¿Han vuelto los discípulos del Rabí?”

“No. Están cerca del “Gran Manantial”, con otros que vinieron de muchos lugares de la otra orilla a buscarlo. Todos lo están esperando. ¿Eres también Tú de ellos?”

“No. Buscaba a los discípulos”.

“Entonces, mira: ¿Ves aquel camino que está casi frente a la fuente? Síguelo hasta que te toques con una muralla de roca de donde sale agua a manera de depósito, y que luego se

¹ Cfr. Lc. 11, 29-32; Mt. 12, 38-42.

convierte en un arroyuelo. Allí cerca los encontrarás. ¿Vienes de lejos? Si quieres llamo a mis patrones. Son buenos israelitas. Creen en el Mesías. Se hicieron sus discípulos con haberlo visto una sola vez en Jerusalén, en el Templo. Ahora los discípulos del Mesías los han instruido y han hecho milagros aquí, porque...”

“Está bien, buena mujer. Volveré más tarde con los discípulos. La paz sea contigo. Regresa a tus quehaceres” dice Jesús cariñosamente, pero con autoridad para detener la avalancha de preguntas.

Emprenden otra vez el camino. Los apóstoles más jóvenes se echan a reír de la comedia de la mujer y hacen hasta sonreír a Jesús.

“Maestro” dice Juan “parecía ella el “Gran Manantial”. ¿No te pareció? Brotaban de sus labios palabras sin cesar, y nos convirtió en otros tantos depósitos que se transforman en arroyuelos, por las palabras que absorbimos...”

“Espero que los discípulos no le hayan hecho algún milagro en la lengua... Habría qué decirles: habéis hecho un milagro muy grande” dice Tadeo, pese a su carácter, se echa a reír de buena gana.

“Lo gracioso va a estar cuando nos vuelva a ver, y reconozca al Maestro. ¿Quién la va a hacer callar?” dice Santiago de Zebedeo.

“No. Más bien se va a quedar muda de sorpresa” contesta Mateo, tomando parte en la conversación de los jóvenes.

“Alabaré al Altísimo si la admiración le paraliza la lengua. Puede ser que se deba a que no he comido y estoy en ayunas, y sus palabras le hicieron dar vuelta a mi cabeza” habla Pedro.

“Y ¡cómo gritaba! ¿Estará sorda?” dice Tomás.

“No. Creía que nosotros éramos los sordos” responde Iscariote.

“¡Dejad en paz a la pobre viejecita! Se portó bien. Su corazón es generoso como la lengua dice un poco serio Jesús.

“Entonces, Maestro mío, esa mujer es tan heroica cuanto generosa” dice riendo Juan.

Ya se ve la muralla rocosa y calcárea. Se oye el murmullo del agua que cae en la cuenca.

“Ahí está el arroyuelo. Sigámoslo... Ahí está la fuente... y allá... ¡Benjamín! ¡Daniel! ¡Abel! ¡Felipe! ¡Hermasteo! Estamos aquí. Está también el Maestro” grita Juan a un grupo nutrido reunido en torno a alguien que no se ve.

“Silencio muchacho, o vas a ser como la mujer parlanchina”, lo regaña Pedro.

Los discípulos han vuelto sus caras. Han visto. Ver y brincar desde el escalón ha sido lo mismo. Ahora que se han dispersado veo que a los discípulos, de hace tiempo, se han unido habitantes de Quedes y del país del sordomudo. Tal vez tomaron un camino más corto porque se adelantaron al Maestro. Grande es el regocijo. Lo mismo que numerosas las preguntas y respuestas. Jesús pacientemente escucha y responde hasta que con otros dos aparece la figura flaca y sonriente de Isaac, que viene cargado de provisiones.

“Vamos a la casa hospitalaria, Señor mío. Allí nos dirás lo que no hemos podido decir, porque ni siquiera lo sabíamos. Estos, los recién llegado –hace pocas horas que están con nosotros- quieren saber lo que para Ti es la señal de Jonás que prometiste dar a la generación perversa que te persigue” dice Isaac.

“La explicaré mientras caminamos...”

¡Caminar! ¡Es una palabra! Al igual que las abejas solícitas vuelan al percibir los perfumes de las flores, de igual modo de todas partes acude gente que se une a Jesús.

“Son nuestros amigos” explica Isaac. “Gente que ha creído y que te esperaba...”

“Gente que ha obtenido favores sobre todo de ése” grita uno de la multitud, señalando a Isaac.

Él modestamente y como para excusarse responde: “Yo soy el siervo. Éste es el Patrón. Vosotros que esperabais, ¡he aquí al Maestro Jesús!”

Entonces, el ángulo tranquilo de Cesarea, un poco distante, que se encuentra casi en la periferia, se convierte más que en un mercado. ¡Hosannas! ¡Aclamaciones! ¡Peticiones! Jesús avanza lentamente, en medio de aquellas muestras amorosas. Sonríe. Bendice. Camina tan

lentamente que algunos tienen tiempo de correr, de esparcir la noticia, de regresar con amigos o familiares trayendo en alto a los niños para que Jesús los acaricie y bendiga.

Llegan a la casa de antes. Llamen. La criada, al oír voces, abre sin ninguna preocupación. Ve a Jesús en medio de la gente y comprende...Cae al suelo gimiendo: “¡Piedad, Señor mío! ¡Tu sierva no te reconoció y no te veneró!”

“No hay nada de malo. No conocías al hombre, pero creías en Él. Esto es lo que se necesita para que alguien sea amado de Dios. Levántate y llévame con tus patrones”.

La sierva obedece, temblorosa de respeto. Ve a los patrones, llenos de respeto, contra la pared en el fondo del corredor un tanto oscuro. Los señala: “Ahí los tienes”.

La paz sea con vosotros y en esta casa. Os bendiga el Señor por vuestra fe en el Mesías y por vuestra caridad para con sus discípulos” dice Jesús yendo al encuentro de los dos ancianos esposos, o de los dos hermanos.

Lo veneran y lo acompañan a la espaciosa terraza donde hay preparadas muchas mesas bajo un pesado manto. Desde ahí puede verse Cesarea, los montes a sus espaldas y a la derecha. Los palomos revolotean por la terraza, por el jardín lleno de flores.

Mientras un viejo siervo trae más asientos, Isaac habla: “Benjamín y Ana no sólo nos acogen a nosotros, sino a todos los que vienen a buscarte. Lo hacen en tu Nombre”.

“El cielo los bendiga cada vez”.

“Tenemos medios y no tenemos herederos. Al fin de nuestra vida hemos adoptado por hijos a los pobres del Señor” dice con sencillez la anciana esposa.

Jesús le pone la mano sobre su cana cabeza diciendo: “Y esto te hace ser madre más que si hubieras concebido muchísimas veces. Permitid ahora que explique a estos lo que deseaban saber, para poder despedirme de todos, y sentarnos a la mesa”.

La gente ha invadido la terraza, y al no haber busca el último rincón. Un grupo de niños rodea a Jesús. Lo miran extáticos con sus inocentes ojitos. Vuelve su espalda a la mesa, les envía una sonrisa. Parece como si leyera en sus caritas las palabras de la verdad que le han pedido explicara.

“Escuchad. La señal de Jonás que prometí a los perversos y que también prometo a vosotros, no porque lo seáis, sino más bien para que logréis alcanzar la perfección en la fe, cuando la veáis cumplida es la siguiente. Así como Jonás estuvo tres días en el vientre del monstruo marino, y luego fue devuelto a la tierra para que convirtiera y salvara a Nínive², igual cosa sucederá al Hijo del hombre. Para calmar los peligros de una tempestad satánica, los grandes de Israel creerán que será útil sacrificar al Inocente. No harán sino aumentar el peligro porque además de Satanás que en todo pone confusión, tendrán a Dios como vengador de su crimen. Podrían vencer la tempestad provocada por Satanás si creyeran en Mí, pero no lo hacen porque ven en Mí la razón de su turbación, de sus miedos, peligros, mentises* a su santidad. Pero cuando llegue la hora, el monstruo insaciable que es el vientre de la tierra, que traga a todo hombre que muere se volverá a abrir para restituir al mundo la Luz de la que había renegado.

Ved, pues, que así como Jonás fue una señal para los ninivitas del poder y misericordia del Señor, así el Hijo del hombre lo será para esta generación, con la diferencia de que si Nínive se convirtió, no así Jerusalén, porque está llena de la generación malvada de la que he hablado. Por esto la reina del Sur se levantará en el día del juicio contra esta generación y la condenará. Ella vino, en aquellos tiempos, desde los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, entre tanto que esta generación, que me tiene en medio suyo, no quiere oírme y me persigue y me arroja como a un leproso y pecador, a Mí que soy más que Salomón. También los ninivitas se levantarán en el día del juicio contra la generación perversa que no se convierte a Dios Señor suyo, ellos que se convirtieron al oír la predicación de un hombre. Yo soy más que un hombre.

² Cfr. Jon. 2-3.

* mentís = Hecho o demostración que contradice o niega categóricamente un aserto.

Por esto daré la señal de Jonás, a quien pide una señal sin equívocos. Daré *una y única* señal a quien no dobla su frente proterva ante las pruebas que he dado al hacer que volvieran a la vida otros seres. Daré todas las señales. La de un cuerpo corrupto que regresará a la vida vivo e íntegro, y el de un Cuerpo que por Sí mismo resucitará, porque el Espíritu es dueño de todo poder. Esto no será una gracia. No aliviará la situación. Ni aquí ni en los libros eternos. Lo escrito, escrito está. Las pruebas aumentarán, así como aumentan las piedras cuando se lapida a alguien, contra Mí para causarme daño, pero sin resultado alguno. Aumentarán contra ellos para arrastrarlos para siempre bajo la condenación que Dios reservó a los incrédulos perversos.

Esta es la señal de Jonás de la que os había hablado. ¿Tenéis otra cosa qué preguntar?”

“No, Maestro. Referiremos lo que acabas de decir a nuestro sinagogo que se acercó mucho al pensar en la señal prometida”.

“Matías es un justo. La verdad se revela a los justos como se revela a los inocentes que mejor que cualquier otro sabe quién sea Yo. Permitidme, antes de que os vayáis, que oiga alabar la misericordia de Dios de parte de los ángeles de la tierra. ¡Venid, pequeñuelos!”

Los niños que se habían estado quietos hasta este momento, corren.

“Decidme, niños inocentes, ¿para vosotros cuál es mi señal?”

“Que eres bueno”.

“Que curaste a mi mamá con tu Nombre”.

“Que quieres a todos”.

“Que eres bello como ningún otro”.

“Que haces bueno aun al que era malo, como sucedió con mi padre”.

Cada boquita infantil proclama alguna dulce característica de Jesús y dice que sus penas se convirtieron en alegría.

Pero el más querido de todos es un pedazo de carne, de unos cuatro años de edad, que se sube sobre las rodillas de Jesús, se le cuelga al cuello diciéndole: “Tu señal es que quieres mucho a todos los niños y que ellos te quieren también. Mucho, así...” y extiende sus bracitos gordos, y ríe, pero vuelve otra vez a colgarse del cuello, frotando su mejilla contra la de Él que lo besa, preguntándole: “¿Por qué me queréis tanto, si no me habíais visto antes?”

“Porque te pareces al ángel del Señor”.

“No lo has visto, pequeñuelo...” dice Jesús sonriendo.

El niño se queda cortado por un momento, pero luego sonriente, dejando lucir sus dientecitos, responde: “¡Pero lo vio mi alma! Me ha dicho mi mamá que aquí la tengo, que está aquí, que Dios la ve. Y el alma ha visto a Dios y a los ángeles. Mi alma te conoce porque eres el Señor”.

Jesús lo besa en la frente, mientras dice: “Que este beso te aumente la inteligencia” y lo pone en el suelo. El niño corre brincando donde está su padre, llevando la mano puesta sobre el lugar en que Jesús lo besó. Grita: “¡Vamos donde mamá, donde mamá! Que bese aquí donde ha besado el Señor y le regrese la voz y no llore más”.

Explican a Jesús que se trata de una mujer enferma en la garganta, que deseaba el milagro, que los discípulos no habían podido curarla por tratarse de un mal muy avanzado.

“El más pequeño de los discípulos la curará, su hijito. Vete en paz, hombre. Ten fe como tu hijo”.

Besa a los otros niños que también tienen ganas de recibir igual beso, y se despide de los presentes. Se quedan los discípulos. Los de Quedes y del otro lugar.

Mientras esperan la comida, Jesús dispone la partida para el día siguiente de todos los discípulos, los cuales le precederán en Cafarnaum, para que se junten con los otros que vendrán de otras partes. “Tomaréis con vosotros a Salomé y a la mujer e hijas de Natanael, como a las de Felipe, a Juan y a Susana según vayáis descendiendo hacia Nazaret. Allí tomaréis a mi Madre y a la de mis hermanos y las acompañaréis a Betania, a la casa donde está José, en tierras de Lázaro. Nosotros llegaremos de la Decápolis”.

“¿Y Marziam?” pregunta Pedro.

“Ya he dicho: “adelantaos a Cafarnaum”. No “id”. Desde Cafarnaum podrán avisar a las mujeres de nuestra llegada, de modo que estén preparadas, para cuando vayamos a Jerusalén por la Decápolis. Marziam, un jovencuelo, irá con los discípulos, haciendo escolta a las mujeres...”

“Es que... quería llevar también a mi mujer a Jerusalén ¡pobrecita! Siempre ha querido y... jamás lo logró porque no quería yo molestias...Pero quisiera darle gusto este año... ¡Tan buena que es!”

“Sí, Simón. Razón mayor para que Marziam vaya con ella. Haremos poco a poco el viaje y nos encontraremos allá todos...”

El dueño de la casa dice: “¿Vas a quedarte en mi casa tan poco tiempo?”

“Padre, tengo muchas cosas qué hacer. Quiero estar en Jerusalén, por lo menos ocho días antes de Pascua. Piensa que la primera parte de la luna de Adar ha terminado...”

“Es verdad. Pero ¡tanto que había deseado verte!... Me parece encontrarme en medio de la luz del cielo al saber que estáis en mi casa... y que la luz se apagará cuando partas...”

“No, padre. Te la dejaré en el corazón, y en el de tu mujer. En el de todos los de esta casa hospitalaria”.

Se sientan a la mesa. Jesús ofrece y bendice los alimentos, que el siervo distribuye a continuación en las diversas mesas.

33. En el Castillo de Cesarea Panéades

29 noviembre 1945

Han acabado de comer. Jesús sale con los doce, los discípulos y el dueño de la casa. Regresan al Gran Manantial. No se detienen. Continúan el camino, subiendo siempre hacia el norte.

El camino es cómodo, por él pueden pasar carros. En la cima del monte hay un fuerte castillo o fortaleza admirable por su forma singular. Parecen dos construcciones disparejas por algunos metros, de modo que la de más atrás, y la mejor fortalecida, está más elevada y como que la defiende. Hay un largo muro, en que se encuentran muros y torres cuadradas entre una y otra construcción, que sin embargo forma un solo bloque porque está rodeada de una sola muralla con grandes piedras de sillares horizontales o bien un poco oblicuas en la base para sostener mejor el peso del bastión. No veo la parte occidental. Los dos lados, el del norte y el del sur suben a pico, formando un solo bloque con el monte que está aislado, y que baja casi en perpendicular de estos dos lados. Me imagino que lo mismo será en el lado occidental.

El viejo Benjamín. Llevado de su orgullo que cualquier ciudadano siente por su ciudad, da una grandiosa explicación del castillo del Tetrarca, que es también un lugar muy apto para defender la ciudad. Les habla de la fortaleza, robustez, abundancia de cisternas y depósitos para el agua, de la amplitud de espacio, de su posición desde donde se puede dominar el horizonte, etc. etc. “Aun los romanos dicen que es algo bello. ¡Y saben lo que dicen!...” concluye el anciano. Luego: “Yo conozco el interior, por esto puedo entrar. Os mostraré el extenso y hermoso panorama de Palestina”.

Jesús ha escuchado con aire benigno. Los otros sonríen un poco, ellos que han visto tantos panoramas... pero el anciano es tan bueno que no se atreven a mortificarlo, y secundan su deseo de complacer a Jesús.

Llegan a la cima. La vista es verdaderamente bella aun desde la plazoleta detrás de la cual está el portón de hierro, por el que se entra. El anciano dice: “¡Venid, venid!... Adentro es más hermoso. Subiremos a la torre más alta de la ciudadela. Veréis...” Penetran por el corredor oscuro excavado en la larga muralla, hasta un patio en que los espera el intendente con su familia. Los dos amigos se saludan. El anciano explica la razón de su visita.

“¿El Rabí de Israel? Pecado que Filippo está ausente. Desea verlo porque hasta sus oídos ha llegado su fama. Quiere a los rabíes verdaderos porque son los únicos que han defendido su derecho, y también para llevarlo contra Antipas que no lo quiere. ¡Venid, venid!...” El

intendente que al principio no dio importancia a Jesús, le hace ahora una inclinación digna de un rey.

Pasan por otro corredor y se encuentran con otro patio y otra puertecilla de hierro que lleva a un tercer patio, más allá del cual hay un profundo foso, y la muralla con las torres de la ciudadela. Caras curiosas de soldados y de otros que se asoman por doquier. Penetran en la ciudadela, y luego, por una escalerilla suben el bastión y de este a una torre. Entran sólo Jesús, el intendente, Benjamín y los doce. Más no podrían caber. Los otros se quedan en el bastión.

“¡Qué vista se extiende cuando Jesús y demás salen a la terraza que corona la torre! Se asoman por lo alto de parapeto. Al ver hacia el abismo que hay del lado occidental, la parte más alta del castillo, se descubre toda Cesarea reclinada a los pies de este monte, y se ve bien que no está sobre una llanura, sino sobre perezosas colinas. Más allá se extiende una llanura fértil antes del lago Merón, que parece un pequeño mar de color verde ligero, con ondas de turquesas claras, brillantes, que contrastan con todo. Colinas, que parecen collares de esmeraldas oscuras, que son los olivos, sembrados acá y allá en los confines de la llanura. Árboles en flor que embellecen el cielo con sus penachos. Al mirar hacia el noreste se ve el gran Líbano, el Hermón que brilla al sol con su nieve y los montes de Iturrea; el valle del Jordán sumido entre los montes del mar de Tiberíades, y más allá los montes de la Galaunítide. Es algo maravilloso cual un sueño.

“¡Bello! ¡Muy bello!” exclama Jesús admirado, y parece como que bendijera, que quisiera abrazar estos lugares tan hermosos y dejarles su sonrisa. Responde a los apóstoles que piden esta o aquella explicación, señalando los lugares donde estuvieron, y donde están.

“Pero no veo el Jordán” dice Bartolomé.

“No puedes. Está ahí cerca de aquella extensión entre dos cadenas de montes. Detrás de aquella occidental. Bajaremos hasta allá. Perea y la Decápolis esperan al Evangelizador”.

Se vuelve, como preguntando al aire, por un lamento, largo, sofocado, que no es la primera vez que llega a sus oídos. Mira al intendente como para preguntarle lo que sucede.

“Es una de las mujeres del castillo. Está por dar a luz su niño. El primero y el último porque su esposo murió en las calendas de Casleu. No sé si lo logrará, porque desde que murió su marido no hace más que llorar. Es un esqueleto. ¿Oyes? Ni siquiera tiene fuerzas para gritar. ¡Claro! ¡Viuda a los diecisiete años!... ¡Cuánto se amaban! Mi mujer y su suegra le dicen: “En el hijo encontrarás a Tobías” ¡Pero son palabras!...”

Bajan de la torre, dan vuelta por los bastiones, admirando siempre el lugar y panorama. El intendente insiste en ofrecer alguna bebida y frutas. Entran en una amplia habitación del castillo donde los siervos llevan todo.

El lamento es cada vez más desgarrador y cercano. El intendente pide excusas de que debido a ello su mujer no pueda atender al Maestro. Un grito más doloroso se oye. Todos se quedan como estatuas, inmóviles.

“Voy a ver lo que pasó” dice el intendente. Sale. Gritos y lloridos entran por la puerta semicerrada.

Regresa: “Se le murió el niño apenas nacido... ¡Qué dolor! Trata de reanimarlo con sus pocas fuerzas... pero no respira más... ¡Está negro!” Y moviendo la cabeza dice: “Pobre Dorca!”

“¡Tráeme al niño!”

“¡Está muerto, Señor!”

“Tráemelo te digo. Así como está. Y di a su madre que tenga fe”.

El intendente va ligero. Regresa: “No quiere. Dice que no lo da a nadie. Parece loca. Dice que se lo queremos arrebatarse”.

“Llévame a su habitación. ¡Que me vea!”

“Pero...”

“¡No te preocupes! Ya me purificaré si fuere necesario”.

Van aprisa por un corredor oscura hasta llegar a una puerta cerrada. Jesús mismo la abre, se queda en el umbral, frente al lecho, en que una pálida mujer estrecha contra su corazón a su niño muerto.

“¡La paz sea contigo, Dorca! Mírame. No llores. Soy el Salvador. Dame a tu pequeñuelo...”

Qué cosa hay en la voz de Jesús, no lo sé. Sí sé que la desesperada mujer, cuando lo vio se había estrechado con todas sus fuerzas al recién nacido, lo mira. En sus ojos lacerados del dolor y oscurecidos por la desgracia brilla una chispa de luz, llena de esperanza. Entrega al pequeño envuelto en finísimos linos a la mujer del intendente... y se queda así, con manos extendidas, con ojos preñados de fe. No hace caso a los ruegos de su suegra que le dice que se recueste sobre los almohadones.

Jesús toma al pequeño que está casi frío. Lo sostiene derecho por las axilas, apoya su boca en los labios semicerrados. La cabecita se balancea. Sopla fuerte... Por unos instantes su boca y la boquita están juntas... luego se separa... después un pío de pajarito tiembla por el aire inmóvil... otro más fuerte... un tercero... y finalmente el primer llorido atraviesa su cabecita, sus manitas, sus piecitos, y con ese llanto la cabecita del recién nacido se tiñe de color. A su primer llorido responde el grito de su madre: “¡Hijo mío! ¡Mi amor! ¡Fruto de mi Tobías! ¡Ven, ven al corazón de tu madre!... ¡que muera feliz!” dice y sus últimas palabras se acaban en un beso de frenesí.

“¡Dorca se muere!” gritan las mujeres.

“No, Descansa. Cuando se despierte decidle que le ponga al niño el nombre de Yesai-Tobías. Espero verla en el templo, el día de su purificación. ¡Adiós! La paz sea con vosotros”. Cierra lentamente y da la vuelta para irse cuando se encuentra con todos los demás que conmovidos lo miran.

Regresan al patio, se despiden del intendente estupefacto, que no sabe más que repetir: “¡Cómo le va a desagradar al Tetrarca no haber estado!” Descienden a la ciudad.

Jesús pone su mano sobre el hombro del anciano Benjamín diciéndole: “Te agradezco lo que nos mostraste, y porque debido a ti, se hizo un milagro...”

34. Jesús predice por primera vez su pasión

30 noviembre 1945

A las primeras horas de la mañana Jesús debió haber salido de Cesarea de Filipo, porque desde el lugar por donde van, se ven los montes y la llanura. Se dirige hacia el lago de Merón para ir luego a Genesaret. Van con Él los apóstoles y todos los discípulos que estuvieron en Cesarea. Que un grupo tan numeroso se vea por el camino, no llama la atención a nadie, porque se encuentran caravanas de israelitas y prosélitos que viene de todos los lugares de la Diáspora que van a Jerusalén, donde desean permanecer por algún tiempo para escuchar a los rabíes y respirar el ambiente del templo.

Caminan rápido bajo un sol que está alto, pero que no molesta, porque es un sol primaveral que juguetea entre la fronda nueva, con las ramas en flor, y que hace que salgan, que broten flores y más flores. La llanura anterior al lago parece una alfombra florida. Al dirigir los ojos por las colinas que lo circundan, se ven trozos blanquecinos, otros ligeramente rosados, otros que dejando su color rosa, se tiñen de rojo. Y cuando se pasa cerca de las pocas casas de campesinos o de las herrerías que hay por el camino, la vista se alegra al contemplar los primeros rosales de los huertos, que se columpian por las paredes o vallas de las casas.

“Los jardines de Juana deben estar en flor” observa Simón Zelote.

“También el huerto de Nazaret debe parecer un cesto lleno de flores. María es la delicada abeja que va de rosal en rosal, de estos a los jazmines, que pronto florecerán, a los lirios que tienen ya sus botones, y cortará una rama de almendro como hace siempre, más bien ahora cortará una del peral o del granado para ponerla en la jarra de su habitación. Cuando éramos pequeños le preguntábamos cada año: “¿Por qué tienes siempre allí una rama de árbol en flor y no pones rosas?” Y respondía: “Porque sobre esos pétalos veo escrita una orden que me

viene de Dios y siento el perfume puro del aura celeste". ¿Te acuerdas, Judas?" pregunta Santiago de Alfeo a su hermano.

"¡Cómo no he de acordarme! También me acuerdo que cuando crecí esperaba con ansias que llegara la primavera para ver a María caminar por su huerto bajo las nubes de sus árboles en flor y entre los matorrales de las primeras rosas. No veía un espectáculo más hermoso que el de la bella mariposa que andaba de flor en flor, en medio de los revoloteos de las palomas..."

"¡Vamos pronto a verla, Señor! También yo quiero ver esto" suplica Tomás.

"No tenemos más que apretar la marcha, descansar poco en las noches, para llegar a Nazaret a tiempo" le responde Jesús.

"¿De veras que me vas a dar este gusto?"

"Sí. Iremos todos a Betsaida, luego a Cafarnaum, allí nos separaremos. Unos irán con la barca a Tiberíades, y luego a Nazaret. Así todos nosotros, menos vosotros dos que sois de la Judea, tomaremos nuestros vestidos más ligeros. El invierno ha terminado".

"E iremos a decir a la Paloma: "Levántate, apresúrate ¡oh amada mía! Ven porque el invierno ha pasado, la lluvia ha cesado, hay flores por los campos... Levántate, amiga mía y ven, paloma que estás escondida, muéstrame tu rostro y hazme escuchar tu voz"²".

"¡Bravo, Juan! ¡Pareces un enamorado que cantara a su amada!" exclama Pedro.

"Lo estoy. De María lo estoy. No veré a otras mujeres que me marchiten mi amor. Sólo María es mi tesoro".

"Hace un mes decía yo lo mismo ¿verdad, Señor?" dice Tomás

"Creo que todos estamos enamorados de Ella. ¡Un amor tan alto, tan celestial!... como sólo Ella puede inspirarlo. El alma ama completamente su alma, la mente ama y admira su inteligencia, los ojos miran y se regocijan en su belleza pura que satisface sin ansias, así como cuando se contempla una flor... ¡María la hermosura de la tierra! Creo que la del cielo..." añade Mateo.

"¡Tienes razón! Todos vemos en María cuanto hay más de dulce en la mujer. ¡Qué pura es! ¡Qué madre tan querida! No se sabe si se le ama por una u otra cualidad..." interviene Felipe

"Se le ama porque es "María". ¡Esta es la razón!" concluye Pedro.

Jesús que los ha escuchado habla, dice: "Todos habéis hablado bien. Muy bien ha dicho Simón Pedro. A María se le ama porque es "María". Os dije, cuando íbamos a Cesarea que solo los que unan una fe perfecta a un amor perfecto llegarán a saber el verdadero significado de las palabras: "Jesús, el Mesías, el Verbo, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre". También ahora os digo que hay otro nombre preñado de significado. Es el de mi Madre. Solo los que unan una fe perfecta a un amor perfecto llegarán a conocer el verdadero significado del nombre "María", de la Madre del Hijo de Dios. El verdadero significado empezará a revelarse claro a los verdaderos creyentes y a los verdaderos amantes cuando llegue la hora del dolor, cuando la Madre sufrirá el suplicio con su Hijo, cuando la Redentora redimirá con el Redentor³, ante los ojos de todo el mundo y por todos los siglos de los siglos".

"¿Cuándo?" pregunta Bartolomé, mientras se han detenido en las márgenes de un río en que beben muchos discípulos.

"Detengámonos a compartir el pan. El sol está en el cenit. Por la tarde habremos llegado al lago Merón y podremos abreviar el camino con barcas" responde Jesús evasivo.

Se sientan sobre la hierba tierna y tibia de la ribera. Juan dice: "Es una pena aplastar estas delicadas florcitas. Parecen pedacitos de cielo caído aquí sobre los prados". Hay centenares y centenares de miosotis.

"Mañana renacerán mas bellos. Están para servir de sala de banquete a su Señor" lo consuela su hermano Santiago.

² Cfr. Cant. 2, 10-14.

³ Cfr. Lc. 2, 33-35.

Jesús ofrece y bendice los alimentos. Todos alegremente comen. Los discípulos como tantos girasoles, miran en dirección de Jesús que está sentado en el centro de la fila de sus apóstoles. Pronto terminan de comer. Los condimentos fueron la tranquilidad y el agua pura. Pero como Jesús se queda sentado, nadie se mueve, y los discípulos dejando su lugar se acercan más para oír lo que dice Jesús, a quien los apóstoles le hacen preguntas, sobre todo acerca de lo que dijo en torno a su Madre.⁴ “El que haya sido mi Madre según la carne, es digno de alabanza. Pensad que nos acordamos de Ana de Elcana como de la madre de Samuel”. Y él no fue más que un profeta. Sin embargo a su madre se le recuerda por haberlo engendrado. Por esta razón y con alabanzas sin límites lo será María por haber dado al mundo a Jesús, el Salvador. Sería poco, teniendo en cuenta lo que Dios le exige para completar la medida, exigida para la redención del mundo. *Jamás lo ha desilusionado*. Desde las exigencias del amor total Ella se ha entregado y se entregará. Cuando habrá consumado el más grande de los sacrificios conmigo, por Mí, por el mundo, entonces los verdaderos fieles, los verdaderos amantes comprenderán el verdadero significado de su nombre. A todo creyente verdadero y amante en el transcurso de los siglos, se le concederá saber el nombre de la *Gran Madre*, de la Santa Engendradora que alimentará en los siglos a los hijos del Mesías con su llanto, para que crezcan para la vida celestial”.

“¿Llanto, Señor? ¿Deberá llorar tu Madre?” pregunta Iscariote.

“Toda madre llora, y la mía más que todas”.

“¿Por qué? Yo hice llorar algunas veces a la mía, porque no siempre he sido un buen hijo, ¡pero Tú! Tú jamás has causado ninguna pena a tu Madre”.

“Así es. Como Hijo suyo nunca le causo aflicción alguna, pero se la daré como Redentor. Dos seres serán la causa de que mi madre llore: Yo para salvar al Linaje humano, y este con sus continuos pecados. Todos los hombres que han vivido, viven o vivirán cuestan lágrimas a mi Madre”.

“Pero ¿por qué?” pregunta sorprendido Santiago de Zebedeo.

“Porque cada hombre para redimirlo me cuesta torturas”.

“¡Mas cómo puedes decir esto de los ya muertos o aún no nacidos? Te harán sufrir los que viven, los escribas, fariseos, saduceos con sus acusaciones, celos, mala voluntad, pero no más” afirma Bartolomé.

“Juan Bautista fue asesinado... y no es el único profeta a quien Israel haya matado, el único sacerdote de la voluntad eterna, muerto porque no lo amaron los desobedientes de Dios”.

“Pero Tú eres más que los profetas, que el mismo Juan Bautista, tu precursor. Tú eres el Verbo de Dios, la mano de Israel no se levantará contra Ti” dice Judas Tadeo.

“¿Lo crees hermano? ¡Estás equivocado”

“¡No, no puede ser! ¡No puede suceder! ¡Dios no lo permitirá! ¡Sería envilecer para siempre a su Mesías!” Judas Tadeo excitado se pone de pie.

También Jesús lo imita. Lo mira en la cara que ha palidecido, en los ojos sinceros. Poco a poco dice: “¡Y sin embargo así será!” Baja el brazo derecho, que tenía en alto, como si jurase.

Todos se ponen de pie, se estrechan contra Él, una corona de caras adoloridas, pero todavía incrédulas. Murmullos van y vienen entre el grupo: “Cierto... si fuera así... Tadeo tendría razón”.

“Lo que sucedió al Bautista estuvo mal, pero lo exalto hasta el fin como un héroe. ¡Si esto sucediera al Mesías, sería lo mismo que empuñarlo!”

“¡El Mesías puede ser perseguido, pero no humillado!”

“¡La unción de Dios permanece sobre Él!”

“¿Quién podría creer en Ti, si te vieses a merced de los hombres?”

“Nosotros no lo permitiremos”.

El único que no habla es Santiago de Alfeo. Su hermano lo ataca, diciendo: “¿No hablas tú? ¿No te mueves? ¿No sientes? ¡Defiende al Mesías contra Sí mismo!”

⁴ Cfr. Sa. 1, 1-2, 11.

Santiago por toda respuesta, se lleva las manos a la cara, y se hace a un lado llorando.

“¡Es un necio!” exclama su hermano.

“Tal vez menos de lo que te imaginas” le replica Hermasteo, y continúa: “Ayer al explicar el Maestro la profecía, habló de un cuerpo corrupto que se reintegra, y de otro que se resucita. Pienso que nadie puede resucitar si no ha muerto”.

“Pero se puede morir de muerte natural, por vejez. ¡Y esto ya es mucho para el Mesías!” objeta Tadeo a quien muchos dan la razón.

“Está bien, pero entonces no sería una señal dada a esta generación que es mucho más vieja que Él” observa Simón Zelote.

“¡Ya! Pero no se ha dicho que hable de Sí mismo” replica Tadeo, obstinado en su amor y en su respeto.

“Ninguno que no sea el Hijo de Dios puede resucitarse a Sí mismo, así como no sea el Hijo de Dios puede haber nacido como Él nació. ¡Os lo digo, yo que vi su gloria cuando nació!” interviene Isaac con tono seguro.

Jesús con los brazos cruzados, los ha oído hablar, mirándolos. Ahora hace señal de que quiere hablar: “El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, porque es el Hijo de Dios, pero también el Redentor del hombre. Y no hay redención sin sufrimiento. El mío lo soportaré en la carne, en la sangre, para reparar los pecados de la carne y de la sangre. Será moral para reparar los pecados de la inteligencia y de las pasiones. Será espiritual para reparar las culpas del corazón. Será *completa*. Por esto, cuando llegue la hora seré aprendido en Jerusalén y después de haber sufrido mucho a manos de los ancianos y sumos sacerdotes, escribas y fariseos, seré condenado a una muerte infame. Y Dios lo permitirá porque así debe ser, pues soy Yo el cordero de expiación por los pecados del mundo. En medio de un mar de angustia que mi Madre y otros pocos con-dividirán, moriré en un patíbulo, y tres días después, por mi voluntad divina, resucitaré a la vida eterna y gloriosa como Hombre y volveré a ser Dios en el cielo con el Padre y el Espíritu. Pero antes deberé padecer toda clase de afrentas y que mi corazón sea atravesado por la mentira y el odio”.

Un coro de gritos escandalizados se levanta por el aire tibio y perfumado de primavera.

Pedro con una cara desencajada y escandalizado también, toma a Jesús del brazo, lo saca un poco del lugar y aparte le dice en voz baja al oído: “¡Oh no, Señor! No digas esto. No está bien. ¿Lo vez? Se escandalizan. Caes de su opinión. ¡Por ninguna cosa del mundo debes permitirlo! Es verdad que una cosa semejante no te sucederá nunca ¿por qué proyectarla como verdadera? Debes subir cada vez más en el concepto de los hombres, si quieres demostrar lo que eres, y debes acabar, y sería lo mejor, con un último milagro, como el de reducir a cenizas a tus enemigos. ¡Pero jamás humillarte hasta ser igual a un malhechor común!” Pedro parece un maestro o un padre afligido que regaña amorosamente a su hijo que ha cometido algún error.

Jesús que se había inclinado para escuchar las palabras de Pedro, se yergue severo, con ira en los ojos, y grita en voz alta, para que todos oigan la dura lección que va a dar: “¡Lárgate de aquí, tú que en estos momentos eres un satanás que me aconsejas no obedecer a mi Padre! ¡Para esto he venido! ¡No para las honras! Al aconsejarme a ser soberbio, a desobedecer y a no tener caridad, tratas de seducirme al mal. ¡Largo! ¡Eres para Mí motivo de escándalo! No comprendes que la grandeza consiste no en las honras, sino en el sacrificio, y que nada importa aparecer como un gusano a los ojos de los hombres si Dios nos tiene como ángeles. ¡Tú, hombre necio, no comprendes lo que es la grandeza de Dios y sus motivos! Ves, juzgas, opinas, hablas con lo que es humano”.

El pobre Pedro queda aniquilado bajo el regaño severo. Se separa apenado y empieza a llorar. No son las lágrimas de júbilo de hace pocos días. Es un llanto triste. El llanto de quien comprende haber ofendido a quien se ama. Jesús lo deja que llore. Se separa, se levanta un poco el vestido y pasa a pie el río. Los demás lo siguen en silencio. Nadie se atreve a decir una palabra. En la cola viene el pobre Pedro. En vano tratan de consolarlo Isaac y Zelote.

Andrés se vuelve una y otra vez a verlo, y luego dice algo a Juan que también está afligido, pero mueve la cabeza como diciendo que no.

Entonces Andrés se decide. Corre adelante. Alcanza a Jesús. Con voz queda, temblorosa: “¡Maestro! ¡Maestro!”

Jesús lo deja que le llame así varias veces. Finalmente se vuelve severo, y pregunta: “¿Qué quieres?”

“Maestro, mi hermano está afligido... viene llorando...”

“Se lo ha merecido”.

“Es verdad, Señor. Pero él no deja de ser humano... No puede hablar siempre bien”.

“¡Y ahora sí que ha hablado mal!” responde Jesús, pero se ve menos severo, y una pincelada de sonrisa brilla en sus ojos divinos.

Andrés toma confianza, y empieza a perorar a favor de su hermano. “Tú eres justo y sabes que el amor por Ti hizo que se equivocara...”

“El amor debe ser luz, no oscuridad. Lo convirtió en oscuridad, y en ella se envolvió su espíritu”.

“¡Tienes razón, Señor! Pero las vendas pueden quitarse cuando se quiere. No es lo mismo que tener el espíritu oscuro. Las vendas son algo externo. El espíritu está adentro, es el núcleo vivo... Lo interior de mi hermano es bueno”.

“Que se quite las vendas en que se ha envuelto”.

“Ciertamente que lo hará, Señor. Lo está ya haciendo. Vuélvete a mirarlo y verás que está desfigurado por el llanto que no consuelas. ¿Por qué eres tan duro con él?”

“Porque él tiene el deber de ser “el primero” así como le he dado el honor de serlo. Quien mucho recibe, mucho debe dar...”

“¡Oh, Señor, es verdad! ¿Pero no te acuerdas de María, la hermana de Lázaro? ¿De Juan de Endor? ¿De Aglae? ¿De la bella de Corozáin? ¿De Leví? A estos diste todo... ¡y ellos no te habían dado más que la intención de redimirse, Señor!... Tú me hiciste caso en favor de la Bella de Corozáin y por Aglae... ¿No vas a escucharme por tu Simón, mi hermano, que pecó por el amor que te tiene?”

Jesús baja sus ojos sobre Andrés que cada vez más aboga por su hermano, como lo hizo en privado por Aglae y la Bella de Corozáin. Resplandece su rostro de alegría: “Ve a llamarme a tu hermano” dice “y tráemelo aquí”.

“¡Oh, gracias, Señor, Señor mío! Voy...” y corre cual un ciervo.

“Ven, Simón! El Maestro no está ya más irritado contra ti. Ven, que te lo quiere decir”.

“¡No, no! Tengo vergüenza... Hace poco que me regañó... Tal vez quiera regañarme otra vez...”

“¡Qué mal lo conoces! ¡Ven, ven! ¿Crees que te llevaría para eso? Si no estuviera seguro que te espera la alegría, no insistiría. ¡Ven!”

“¡Pero qué voy a decirle!” dice Pedro avanzando un poco contra su voluntad, detenido por su debilidad humana, empujado por su corazón que no puedo estar sin la bondad de Jesús y sin su amor. “¿Qué voy a decirle?”

“¡Nada! ¡Muéstrale tu cara, y será suficiente!” le dice su hermano para darle ánimos.

Todos los discípulos, conforme los van pasando, miran a los dos hermanos y sonríen, comprendiendo lo que sucede.

Alcanzan a Jesús. Pedro se detiene por un momento. Andrés no se preocupa. Lo empuja fuertemente, como hacía con su barca en el lago cuando la empujaba. Jesús se detiene. Pedro levanta su cara. Jesús lo ve. Se miran... Dos lágrimas gruesas ruedan por las mejillas enrojecidas.

“¡Acércate, muchacho tonto, para que como un padre te seque esas lágrimas!” dice Jesús y levanta su mano donde todavía puede verse la cicatriz de la piedra de Giscala, y con sus dedos seca las dos lágrimas.

“¡Oh, Señor! ¿Me perdonas?” pregunta Pedro temblando, apretando la mano de Jesús entre las suyas y mirándolo con esos ojos de fidelidad, que piden perdón, que anhelan por el perdido amor.

“No he dicho que estabas condenado...”

“Pero antes...”

“Te he amado. *Amor es no permitir que en ti prendan raíz ciertos sentimientos e ideas desviados. ¡Debes ser el primero en todo, Simón Pedro!*”

“Entonces... entonces ¿todavía me quieres? ¿De veras? No es que apetezca el primer puesto ¿sabes? Me basta el último, con tal de estar contigo, a tu servicio... y morir por tu causa. ¡Señor, Dios mío!”

Jesús le pone sus manos sobre la espalda, y lo atrae hacia Sí. Entonces Simón que no ha soltado la mano de Jesús, la cubre de besos... feliz y en voz queda dice: “¡Cuánto he sufrido! ¡Gracias... Jesús!”

“Da gracias más bien a tu hermano. Y para el futuro aprende a llevar tu peso con justicia y heroísmo. Esperemos a los otros. ¿Dónde están?”

Los demás se han quedado quietos en su lugar, cuando Pedro alcanzó a Jesús, para dejar que el Maestro hablase a su apenado discípulo. Ahora les hace señal de que se acerquen y con ellos se acercan unos cuantos campesinos que habían dejado su trabajo para venir a hacer preguntas a los discípulos.

Jesús siempre con su mano sobre la espalda de Pedro, dice: “Por lo que ha sucedido podéis comprender que es cosa dura estar a mi servicio. A este lo he regañado, pero lo hice para todos. Pues los mismos pensamientos había en casi todos los corazones. De este modo los he cortado, y quien todavía los cultiva, da muestras de no comprender mi doctrina, mi misión, mi Persona.

He venido para ser Camino, Verdad y Vida. Os doy la Verdad con lo que enseño. Os allano el Camino con mi sacrificio, os lo trazo, os lo señalo. Pero mi Vida os la doy con mi muerte. Recordad que quien responde a mi llamamiento y se pone en mis filas para cooperar a la redención del mundo debe estar presto para morir, para dar a otros la vida. Por esto quien quiera venir detrás de Mí debe estar pronto a negarse a sí mismo a destruir al *viejo* ser suyo con sus pasiones, tendencias, costumbres, tradiciones, pensamientos, y seguirme con su *nuevo* ser.

Tome cada uno su cruz como la tomaré. Tómela aunque le parezca muy infamante. Deje que el peso de su cruz aplaste su ser humano para dejar libre su ser espiritual, al que la cruz no provoca horror, sino que se convertirá en objeto de auxilio, de veneración porque el *espíritu* sabe y recuerda. ¡Sígueme con su cruz! ¿Que le espera una muerte ignominiosa al fin de su vida como me espera a Mí? ¡No importa! No se aflija, más bien, llénese de júbilo porque la ignominia de la tierra se transformará en una gran gloria en el cielo, entre tanto que será un gran deshonor el haber sido cobardes frente a los heroísmos espirituales. Siempre andáis diciendo que me seréis fieles hasta la muerte. Seguidme entonces, y os conduciré al reino por un camino áspero, pero santo y glorioso, en cuyo fin conquistaréis la vida inmutable para siempre. ¡Esto será “vivir!” Seguir los caminos del mundo y de la carne es “morir”. De modo que si alguien quiere salvar su vida en la tierra, la perderá, entre tanto que el que la perdiere por causa mía y por amor a mi evangelio la salvará. Pero no olvidéis que ¿qué puede aprovechar al hombre, aun cuando ganare todo el mundo, si perdiere su alma?

Procurad estar atentos, ahora y en lo porvenir, de no avergonzaros de mis palabras y acciones. Esto también significa “morir”. Porque quien se avergonzare de Mí, y de mis palabras ante esta generación necia, adúltera, pecadora, de la que he hablado, y esperado conseguir protección y provecho, la adulare, renegando de Mí y de mi doctrina, arrojando mis palabras en los hociocos inmundos de los cerdos y de los perros para conseguir en cambio excrementos en lugar de monedas, el Hijo del hombre, cuando venga en la gloria de su Padre y con los ángeles y santos a juzgar el mundo, lo condenará. Él se avergonzará entonces de éstos adúlteros y fornicadores, de estos cobardes, de estos usureros y los arrojará de su reino,

porque no hay lugar en la Jerusalén celestial para adúlteros, cobardes, fornicadores, blasfemos y ladrones. En verdad os digo que hay algunos aquí presentes entre mis discípulos y discípulas que no morirán antes de que vean el reino de Dios fundarse con su Rey coronado y ungido”.

Mientras el sol les envía su adiós ellos siguen caminando, ablando animadamente entre sí.

35. Profecía sobre Pedro y Marziam. El ciego de Betsaida

1° diciembre 1945

No caminan más, sino que corren acompañados de una nueva aurora que sonrío más que las anteriores, que es un brillar de rocío que cae junto con pétalos multicolores sobre las cabezas, sobre los prados y se une a las innumerables flores que juegan a la vera del camino, entre los surcos, o bien encienden nuevos diamantes en los tallos de la hierba nueva. Corren en medio de trinos de pajarillos que cantan sus amores, en medio de una brisa ligera, de aguas que cantan, que charlan, que acarician el heno y el trigo, o bien que deslizándose entre las riberas, doblan delicadamente los tallos que hasta ellas llegan. Corren como si fueran a un banquete de bodas. Aun los mayores en edad como Felipe, Bartolomé, Zelote participan del ansia presurosa de los jóvenes. Lo mismo sucede entre los discípulos.

Todavía en los prados no se han secado los diamantes de rocío cuando han llegado a la zona de Betsaida oprimida entre el espacio que hay entre el lago, el río y el monte. Del bosque del monte baja por una vereda un jovencillo agachado por un fajo de ramas. Baja ligero, casi corriendo y debido a que va encorvado, no ve a los apóstoles... Canta feliz, corriendo bajo el fajo de leña, y llegado al camino principal, donde están las primeras casas de Betsaida, arroja por tierra la carga, se endereza para descansar, echando para atrás su cabellera morena. Es alto y delgado, fuerte, ágil de miembros. Un jovencillo bien hecho.

“¡Es Marziam!” dice Andrés.

“¡Estás loco! ¡Ese es un hombre ya!” le responde Pedro.

Andrés se lleva a la boca las manos en forma de embudo y grita. El jovenzuelo que iba a tomar su carga, después de haberse apretado la túnica corta que apenas le llega a la rodilla, que trae abierta al pecho porque probablemente no cabe en ella, se vuelve en dirección de quien lo llamó y ve a Jesús, a Pedro, a todos los demás que lo están mirando, parados cerca de un grupo de sauces que sus penas lloran dejando colgar sus copas sobre las aguas de un ancho arroyuelo, el último afluente que tiene el Jordán a su izquierda, antes de entrar al lago de Tiberíades, que se encuentra a los bordes del poblado. Deja caer su carga, levanta los brazos y grita: “¡Mi Señor! ¡Padre mío!” y se lanza a la carrera.

También Pedro se lanza a la carrera, atraviesa el arroyo sin quitarse siquiera las sandalias, subiéndose sólo los vestidos, y corre por el polvoroso camino, dejando sus huellas húmedas de sus sandalias sobre la seca tierra.

“¡Padre mío!”

“¡Querido hijo!”

Se abrazan. Es verdad que Marziam ha crecido. Está tan alto como Pedro, de modo que sus cabellos morenos salpican la cara de Pedro cuando lo besa, pero parece más alto, por lo delgado. Se separa Marziam de los brazos de su padre adoptivo y emprende la carrera hacia donde está Jesús que ha pasado ya el arroyo y lentamente en medio de los apóstoles avanza. Marziam cae a sus pies con los brazos abiertos diciendo: “¡Oh, Señor mío, bendice a tu siervo!”

Se inclina Jesús, lo alza, y lo estrecha contra Sí, besándolo en ambas mejillas y augurándole “perpetua paz, aumento en sabiduría y en gracia en los caminos del Señor”.

También los apóstoles hacen fiesta al jovenzuelo, y sobre todo los que hacía meses no había visto.

“¡Pero Pedro! Si hubiese sido en realidad su padre, no estaría tan orgulloso. Lo mira, lo toca, le pregunta esto, aquello: “¡Es hermoso! ¡Bien formado! ¿Mirad qué derecho! ¡Qué pecho tiene! ¡Qué piernas!... Un poco flaco, sin muchos músculos por ahora. ¡Pero ya veremos más adelante! ¡De veras que es bello! ¿Su cara? Mirad si se parece a aquel pajarito que llevé en brazos el año pasado, un pajarito, flaco, triste, miedoso... ¡Felicidades a Porfiria! Ha sabido emplear su miel, mantequilla, aceite, huevos e hígado de pescado. Merece que se lo diga al punto. ¿Me permites, Maestro? Quiero ir a ver a mi mujer”.

“Ve, ve, Simón, pronto te alcanzaremos”.

Marziam, que tiene todavía la mano de Jesús, dice: “Maestro, sin duda que ahora mi padre va a decir a mi madre que prepare un banquete. Permíteme que te deje para ir a ayudarla...”

“Ve. Y que Dios te bendiga porque honras a quienes te son padre y madre

Marziam corre, toma su fajo de leña, se la echa encima, alcanza a Pedro.

“Parecen Abraham e Isaac cuando subían por el monte²” observa Bartolomé.

“¡Pobre Marziam! ¡Le faltaría eso!” responde Simón Zelote.

“¡Pobre de mi hermano! No sé si tendría fuerzas para hacer lo de Abraham...” agrega Andrés.

Jesús lo mira y luego mira la cabeza enmarañada de Pedro que se aleja junto con Marziam y dice: “En verdad os digo que llegará un día en que Simón Pedro se alegrará de que su Marziam haya sido aprisionado, golpeado, flagelado, próximo a la muerte y de que él mismo tendría ánimos aun de extenderlo sobre el patíbulo para revestirlo con la púrpura de los cielos y para fecundar con su sangre de mártir la tierra. Sólo envidiará en una cosa a su hijo, y es que no esté en su lugar y que no podrá por entonces, porque su elección como Cabeza suprema de mi Iglesia lo obligará a reservarse para ella, hasta que Yo le diga: “Ven a morir por ella”. ¡Todavía no conocéis a Pedro, pero Yo sí!”

“¿Prevés el martirio para Marziam y para mi hermano?”

“¡Te duele eso, Andrés?”

“No. Me duele que no lo preveas también para mí”.

“En verdad, en verdad os digo que todos seréis revestidos de púrpura, menos uno”.

“¿Quién? ¿Quién?”

“Guardemos silencio en el dolor de Dios” dice triste y solemne Jesús. Todos se callan atemorizados y pensativos.

Entran en la primera calle de Betsaida, entre verdes hortalizas. Pedro con otros de Betsaida trae un ciego a Jesús. No ha venido Marziam, deberá estar ayudando a Porfiria. Con los de Betsaida y los familiares del ciego hay muchos discípulos que llegaron a Betsaida de Sicaminón y de otras ciudades, entre los que están Esteban, Hermas, el sacerdote Juan, Juan el escriba y otros muchos. (Son tantos que apenas si puedo recordar sus nombres).

“Te lo he traído, Señor. Hacía días que te estaba esperando” dice Pedro, mientras el ciego y sus padres suplican a Jesús: “¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!”. “Pon tu mano sobre los ojos de mi hijo y verá”. “Ten piedad de mí, Señor! ¡Creo en Ti!”

Jesús toma de la mano al ciego, retrocede algunos metros para defenderlo del sol que baña el camino. Hace que se recargue contra la pared saliente de una casa, la primera del poblado, y se lo pone de frente. Se moja los dos índices con saliva y le frota los párpados con ellos, luego con sus manos oprime sus ojos, con la base de la mano en el hueco de la vista, y los dedos extendidos entre los cabellos. De este modo ora, luego quita sus manos: “¿Qué ves?” le pregunta.

“Veo como hombres. Deben serlo. Pero así me imaginaba los árboles vestidos en flor. Deben ser hombres porque caminan y se mueven hacia aquí”.

Jesús pone de nuevo sus manos, las quita y luego pregunta: “¿Y ahora?”

² Cfr. Gén. 22.

“Ahora veo bien la diferencia entre árboles plantados en tierra, y estos hombres que me miran... ¡Y te veo! ¡Qué bello eres! Tus ojos son iguales al cielo y tus cabellos parecen rayos de sol...

¡Tu mirada y tu sonrisa son de un Dios! ¡Señor, te adoro!” y se arrodilla a besarle la orla del vestido.

“Levántate, ve donde tu madre que por muchos años te ha servido de luz, de consuelo, y de quien conoces sólo su amor”.

Lo toma de la mano y lo lleva a donde está, que se ha arrodillado a unos cuantos pasos de distancia en señal de adoración, como antes lo había hecho en señal de súplica.

“¡Levántate, mujer! Aquí tienes a tu hijo. Ve la luz del día y quiera su corazón seguir a la Luz eterna. Vete a casa. Sed felices. Sed santos por gratitud para con Dios. Al pasar por los poblados no digáis que lo he curado, para que la gente no se me eche encima y me impida ir a donde tengo qué confirmar a otros en la fe, a llevar luz, alegría a los otros hijos de mi Padre”.

Y rápido, atravesando por una vereda, llega a la casa de Pedro, en la que entra saludando a Porfiria con su bello saludo

36. De Cafarnaum a Nazaret con Mannaén y las discípulas

2 diciembre 1945

Cuando ponen pie en la playa de Cafarnaum un griterío de niños los recibe, que asemejan a las golondrinas ocupadas en edificar sus nidos, por lo veloces que corren, lanzando al aire sus grititos, de la playa a sus casas, contentos, felices ante el espectáculo maravilloso, que puede provocarles un pescado muerto sobre la ribera, una piedrita que las olas han pulido, por su color que parece una piedra preciosa o por la flor descubierta entre dos piedras, o por el escarabajo tornasol que capturaron cuando volaba. Todo esto y algo más es causa para ir a ver a las mamás para que con ellos se alegren.

Estas golondrinas son de carne humana y han visto a Jesús y todos corren a Él, al poner un pie sobre la playa. Es una avalancha de cariño, una cadena suave de tiernas manitas, un amor de corazones infantiles, que se estrecha, que rodea, que danza alrededor de su amigo.

“¡Yo! ¡Yo!”

“¡Un beso!”

“¡A mí!”

“¡También a mí!”

“¡Jesús, te amo mucho!”

“¡No re vayas por tanto tiempo!” ¡Venía todos los días aquí para ver si ya habías llegado!”

“¡Yo iba a tu casa!”

“Ten esta flor. Era para mi mamá, pero te la doy”.

“¡Otro beso más fuerte! El de antes no me toco porque Yael me empujó para atrás...” Y las vocecitas continúan, mientras que Jesús trata de caminar en medio de esta muestra de cariño.

“¡Dejadlo en paz un poco! ¡Fuera! ¡Basta!” gritan discípulos y apóstoles, tratando de limpiar el camino. ¡Pero imposible! ¡Parecen hiedras que tuvieran ventosas! No se separan. Más bien se estrechan.

“¡Dejadlos, dejadlos! Llegaremos con paciencia” dice sonriente Jesús y da pasos verdaderamente cortos para no pisar algún piecito desnudo.

Pero quien logra separarlos es la llegada de Mannaén con otros discípulos, entre los que están los pastores que estaban en Judea.

“¡La paz sea contigo, Maestro!” dice con voz fuerte Mannaén, en medio de su espléndido vestido, pero sin los adornos de oro en la frente y en los dedos. Trae sin embargo una magnífica espada a la cintura que provoca la admiración temerosa de los niños, quienes, ante este gallardo caballero vestido de púrpura y con un arma que resplandece, se separan atemorizados. Sólo así Jesús puede abrazarlo y abrazar a Elías, Leví, Matías, José, Juan, Simeón y no sé a cuantos más.

“¿Cómo aquí? ¿Cómo supiste que había desembarcado?”

“Lo supe por los gritos de los niños. Atravesaron los muros como flechas de alegría. Vine aquí, pensando que tu viaje a Judea está próximo y que ciertamente tomarán parte las mujeres...”

Quiero también estar presente... Para protección tuya, Señor, si no es demasiada soberbia el pensarlo. Hay mucha efervescencia en Israel contra Ti. Es doloroso decirlo, pero no creo que lo ignores”. Hablando de este modo llegan a casa y entran.

Mannaén continúa su discurso después que el dueño de casa y su mujer han venerado al Maestro. “La efervescencia e interés acerca de tu persona han llegado por doquier, despertando la atención aun de los más ignorantes y apáticos. Las nuevas de lo que haces han penetrado hasta las inmundas murallas de Maqueronte, los suntuosos refugios de Herodes, bien sean el palacio de Tiberíades, los castillos de Herodías, o la espléndida mansión real de los Asmoneos cerca del Sixto. Como ondas de luz y de fuerza superan las barreras de tinieblas y bajeza, abaten las montañas de pecados, colocados como trincheras, para protección de los amores sucios de la corte y de delitos sin nombre; flechan como rayos de fuego escribiendo palabras más duras que las del convite de Baltasar¹, sobre las licenciosas paredes de las alcobas, de las salas del trono, y de las de los banquetes. Gritan tu Nombre, tu potencia, tu naturaleza, tu misión. Y Herodes tiembla de miedo. Herodías se retuerce en su lecho, temeros de que seas el Rey vengador que le arrebatará sus riquezas e inmunidad, si no la vida, entregándola en manos de la plebe que se vengará de sus muchos crímenes. La corte se estremece de miedo. Y esto por Ti. Tienen medo, y miedo de lo desconocido. Desde que cayó la cabeza de Juan parece como si un fuego consumiera las entrañas de sus asesinos. No gozan ni siquiera de la mísera paz de antes, paz de cerdos satisfechos de crápulas, que buscan silencio a los reproches de su conciencia en la embriaguez e inmoralidad. No hay cosa alguna que pueda traerles paz... se sienten perseguidos. Se odian después de sus amores, satisfechos el uno de la otra, se echan en cara el haber cometido el crimen que los perturba, que ha sobrepasado toda medida. Salomé, como si fuera presa de un demonio, está bajo un erotismo que desagradaría a una esclava de las minas. El palacio huele peor que una cloaca.

Muchas veces Herodes me ha preguntado por Ti, y cada vez le he respondido: “Para mí es el Mesías, el Rey de Israel de la única estirpe: la de David. Es el Hijo del hombre predicho por los profetas, es el Verbo de Dios, el que por ser el Mesías, tiene el derecho de reinar sobre todo ser viviente”. Y él muere de pavor tomándote como el Vengador. Trata de arrojar de sí el miedo, el grito de su conciencia que le destroza, gritando –pues los cortesanos para consolarlo dicen que Tú eres Juan, que en verdad no ha muerto, y con esto lo hacen temblar más de horror, o bien Elías o alguno de los anteriores profetas- gritando: “No, no puede ser Juan! A él lo mandé decapitar, y su cabeza la tiene bien guardada Herodías. No puede ser uno de los profetas. No se vuelve a la vida, una vez muerto. No puede ser ni siquiera el Mesías. ¿Quién lo afirma? ¿Quién dice que lo es? ¿Quién se atreve a decirme que Él es el Rey de la única estirpe real? ¡Yo soy el rey! Y no otros. El Mesías fue muerto por Herodes el grande. En medio de un mar de sangre murió ahogado, apenas había nacido. Fue degollado como un corderito... y tenía pocos meses... ¿Oyes cómo llora? Su balido me grita siempre dentro de la cabeza junto con el rugido de Juan: ‘No te es lícito’... ¿Qué no me es lícito? Todo me es lícito porque soy el rey. Que traigan vino y mujeres, si Herodías rehúsa mis abrazos, que dance Salomé para despertar mis sentidos adormecidos con tus temerosas noticias”.

Se embriaga entre las adulaciones de la corte, mientras que en sus habitaciones la mujer insensata aúlla sus blasfemias contra el mártir y sus amenazas contra Ti. Y en las que lanza Salomé reconoce lo que significa haber nacido del pecado de dos sensuales, de haber cooperado con un crimen, alcanzándolo con entregar su cuerpo a las ansias de un desenfrenado. Después Herodes vuelve en sí, y quiere saber algo de tu persona, quisiera

¹ Cfr. Dan. 5.

verte, y por esto permite que venga a Ti con la esperanza de que te lleve donde él, cosa que jamás haré para no llevar tu santidad a un antro de fieras inmundas. Herodías querría echar sobre Ti sus manos para golpearte, herirte. Lo dice con su estilo* en las manos... Quisiera Salomé, que te ha visto, sin que lo hubieras sabido, en Tiberíades, el pasado Etamim, y que enloquece por Ti...

¡Esto es el palacio, Maestro! Estoy aquí, porque así me entero de lo que piensan acerca de Ti”.

“Te lo agradezco, y el Altísimo por ello te bendice. También esto es servir al Eterno en sus decretos”.

“Lo había pensado, y por eso he venido”.

“Mannaén, porque has venido, te pido una cosa. No vas a bajar conmigo a Jerusalén sino con las mujeres. Yo voy con estos por caminos desconocidos, por donde no me podrán hacer ningún mal. Las mujeres están indefensas, y quien las acompaña tiene un corazón amable y acostumbrado a ofrecer la otra mejilla a quien le ha herido en la otra. Tu presencia será una protección segura. Comprendo que es un sacrificio, pero estaremos juntos en Judea. No me lo niegues, amigo mío”.

“Señor, cualquier deseo tuyo es orden para tu siervo. Estoy al servicio de tu Madre y de las condiscípulas desde este momento hasta el que Tú quieras”.

“Gracias. También esta obediencia tuya se escribirá en el cielo. Ahora, mientras esperamos la barca para todos, dediquemos nuestro tiempo en curar a los enfermos que me esperan”.

Jesús desciende al huerto donde hay camillas y enfermos y los sana rápidamente, mientras acepta los homenajes de Yairo y de pocos amigos de Cafarnaum.

Las mujeres –son Porfiria y Salomé, además la de mayor edad, la mujer de Bartolomé, y la que le sigue, la de Felipe con sus hijas- se ponen a preparar la comida para la numerosa multitud de discípulos que calmarán su hambre con los peces que Betsaida y Cafarnaum ofrecieron. Se ponen a partir los vientres plateados todavía palpitantes. Se oye cómo caen en las palanganas de agua, cómo se tuestan sobre las parrillas, entre tanto que Marziam con otros discípulos soplan el fuego y traen cántaros de agua que necesitan las mujeres.

Pronto termina la comida. Y como se han alquilado las barcas para transportar a tanta gente, no hay más que embarcarse para Mágdala sobre un lago encantador. ¡Qué sereno está! ¡Qué bello con sus riberas de color esmeralda!

Se abren hospitalarios los jardines y la casa de Mágdala que acogen al Maestro y discípulos cuando el sol brilla en su cenit, cuando toda Mágdala se vuelve a saludar al Rabí que se dirige a Jerusalén.

Las frescas pendientes de las colinas galileas escuchan la marcha alegre de los fieles de Jesús, a quienes sigue un carro donde viene Juan, Porfiria, Salomé, la mujer de Bartolomé y la de Felipe, sus dos jóvenes hijas, María y Matías, que apenas si pueden reconocerse de lo que eran hace apenas cinco meses.

Marziam gallardo marcha con los adultos. Más bien, por voluntad de Jesús se encuentra en el grupo apostólico entre Pedro y Juan, y no pierde palabra alguna de las que dice Jesús.

El sol brilla en medio de un firmamento limpiísimo. Los bosques traen hasta aquí sus aromas de menta, violeta, de los primeros lirios, de rosales y sobre todo, ese olor fresco, de almendros que florecen, que por donde quiera esparcen pétalos. Van caminando en medio de un trinar de pajarillos, entre cánticos de seres que se buscan, que se aman, en medio de balidos de corderitos que buscan la leche materna, o que corretean por entre la tierna hierba.

Como después de Nazaret viene Caná, Susana se les une. Trae artículos de su tierra en cestos y vasos, y un ramo de rosas en botón “que quiere ofrecer a María” según dice.

* estilo = punzón metálico que se empleaba para escribir sobre tablas de cera.

“También yo” dice Juana, descubriendo una especie de caja donde hay rosas frescas entre húmedo musgo: “Las primeras y las más hermosas. ¡Son siempre una nada para Ella a quien tanto amamos!”

Veo que todas las mujeres han traído cosas para el viaje pascual. Algunas también esta flor, otras aquella planta para el huerto de María y Porfiria se excusa de no haber traído sino un vaso de alcanfor, que resplandece entre sus pequeñas hojas azules que despiden su aroma con tocarlas. “María deseaba esta planta balsámica...” dice. Todas alaban su hermosura. “¡Oh, la cuidé durante todo el invierno, defendiéndola del hielo, del granizo en mi habitación” Marziam me ayudaba a ponerla al sol por la mañana y a meterla por la tarde... Ese muchacho, si no hubiera habido barca o carreta, se la hubiera cargado sobre las espaldas para llevarla a María, haciendo a Ella y a mí un favor...” dice la humilde mujer que tiene cada vez más confianza con la buena de Juana, y que no cabe de alegría por ir a Jerusalén con el Maestro, con su marido y con su Marziam.

“¿Nunca habías estado?”

“Fui cada año cuando vivió mi padre, pero luego... Mi madre no fue más... Mis hermanos me hubieran llevado, pero tenía qué quedarme con mi madre, que no me dejaba ir. Después me casé con Simón... y nunca he estado buena de salud. Simón hubiera empleado mucho tiempo en el viaje, y le daba fastidio... Me quedaba en casa a esperarlo... El Señor veía mi deseo... y era como si le ofreciera el sacrificio en su tiempo...” responde la dulce mujer de Pedro.

Juana que la tiene cerca le pone una mano sobre las bellas trenzas, diciéndole: “¡Querida!” Y en esta palabra hay encerrado tanto amor, tanta comprensión

Allí está Nazaret... allá la casa de María de Alfeo que ha abrazado ya a sus hijos; y con las manos que tiene mojadas de la ropa que está lavando, los acaricia, y luego corre, secándoselas en el delantal, a abrazar a Jesús... Allí está la casa de Alfeo de Sara, y luego la de María, entre tanto que él a pasos largos se dirige a Jesús sin dejar en el suelo a los nietecitos que lleva en los brazos y lo saluda, presentándoselos como si fueran un manojo de flores. María se asoma a la puerta, al sol, con su vestido casero de azul claro, un poco desteñido. El oro de sus cabellos brilla sobre su frente virginal, y sobre su nuca las trenzas. Se echa en los brazos de su Hijo a quien besa.

Los otros se detienen prudentes para dejarlos libres en el primer momento. Pero ella al punto se separa, y vuelve su mirada, que está sonrosada por la sorpresa y luminosa por su bella sonrisa, saluda con su argentina voz: “La paz sea con vosotros, siervos del Señor y discípulos de mi Hijo. La paz sea con vosotras, hermanas en el Señor” y da su beso a las discípulas que han bajado de la carreta.

“¡Oh, Marziam, ahora no podré tenerte entre mis brazos! Eres un hombre hecho. Pero ven a la Mamá, que un beso te puedo dar todavía. ¡Querido! Dios te bendiga, te haga crecer en su caminos, fuerte, como crece tu juvenil cuerpo, y mucho más todavía. Hijo mío, debemos llevarlo donde su abuelo. ¡Será feliz al verlo!” dice volviéndose a Jesús.

Luego abraza a Santiago y a Judas de Alfeo. Les da la noticia que tal vez estaban esperando: “Este año Simón viene conmigo, como discípulo del Maestro, me lo ha prometido”.

Después saluda a uno por uno de los más conocidos, y para cada uno tiene una palabra. Jesús presenta a Mannaén y dice que irá como escolta en su viaje a Jerusalén.

“¿No vienes con nosotros, Hijo?”

“Madre, tengo otros lugares qué evangelizar. Nos veremos en Betania”.

“Hágase tu voluntad ahora y siempre. Gracias, Mannaén. Tú eres nuestro ángel humano, como los ángeles del cielo nuestros custodios. Estaremos seguras como si estuviésemos en el Santo de los Santos” Y da su manita a Mannaén, en señal de amistad. Él, que ha crecido en el fausto de la corte, se arrodilla a besar la gentil mano que se le ofrece.

Entre tanto han descargado las flores y cuanto tiene qué quedarse en Nazaret. Llevan el caballo al establo de la ciudad.

La casita parece un rosal por las rosas que por todas partes han esparcido las discípulas, pero la planta de Porfiria, que ha colocado sobre la mesa, es la que atrae más la admiración

de María que hace que la lleven a un lugar conveniente según ha dicho la mujer de Pedro. Es claro que no pueden entrar todos a la casita, ni en el huerto, que no es una hacienda, pero que parece subir al cielo sereno, hacerse aéreo, por las nubecillas de flores que hay en las plantas del jardincito. Judas de Alfeo sonriendo, pregunta a María: “¿Has cortado también el ramo para tu ánfora?”

“¡Claro, Judas Lo estaba contemplando cuando llegasteis...”

“Y soñabas en tu lejano misterio, mamá” añade Jesús abrazándola contra su pecho con el brazo izquierdo.

María levanta su rostro colorado y suspira: “¡Sí, Hijo mío!...” Ordena Jesús: “Que se queden las discípulas, los apóstoles, Marziam, los discípulos pastores, el sacerdote Juan, Esteban, Hermas y Mannaén. Los otros vayan a buscar alojamiento en otras casas...”

“Muchos pueden quedar en la mía...” grita desde el umbral, que está impedido, Simón de Alfeo. “Soy condiscípulo y los reclamo”.

“¡Oh, hermano, ven, para que te dé el beso de paz!” dice expansivo Jesús, mientras Alfeo de Sara, Ismael, Aser, los dos discípulos, los de los burros de Nazaret, dicen también: “¡Venid a nuestra casa, venid!”

Los discípulos que no oyeron su nombre, se van y se cierra la puerta... que nuevamente abren, porque ha llegado María de Alfeo que no puede estar lejos, aun cuando no termine su lavado. Hay casi cuarenta personas. Se desparman por el tibio y tranquilo huerto, hasta que llega la hora de comer. Todos alaban el buen gusto en el preparar los platillos, y los saborean con placer, sabiendo que los preparó María.

Regresa Simón, después de haber acomodado a los discípulos, dice: “No me llamaste como a los otros, pero como soy tu hermano me quedo”.

“¡Bien hecho, Simón! Os he querido aquí para daros a conocer a María. Muchos de vosotros conocéis a la “madre” María; algunos a la “esposa” María. Pero nadie conoce a la “virgen” María. Os la quiero presentar en este jardín floreado al que vuestro corazón viene por el deseo de volver a ver, o para descansar después de la fatiga del apostolado.

Os oí hablar a todos vosotros, apóstoles, discípulos, parientes sobre mi Madre. He escuchado vuestros sentimientos, recuerdos, juicios. Os transformaré todo ello que es digno de admiración, en algo sobrehumano, en un conocimiento sobrenatural. Mi Madre antes que Yo, se transfigura a los ojos de los más merecedores para que puedan verla como es. Vosotros veis a una mujer sencilla. Una mujer que por su santidad parece diversa de las demás, pero en realidad la veis como un alma en un cuerpo, como todas las demás de su sexo. Ahora quiero descubrirlos el alma de mi Madre. Su verdadera y eterna belleza.

Ven aquí Madre mía. No te retires, hermosa paloma de Dios. Tu Hijo es la Palabra de Dios y puede hablar de ti, de tu misterio, ¡oh sublime misterio de Dios! Sentémonos aquí, bajo la suave sombra de árboles en flor, cerca de la casa, cerca de tu santa habitación. Así. Levantemos esta tienda que ondea, y salgan ondas de santidad y de paraíso de esta habitación virginal, para que nos llene a todos de ella... Sí, también a Mí. Que perciba tus perfumes. Virgen perfecta, para poder soportar los olores del mundo, para poder ver candor después de haber saciado mis pupilas con el tuyo... Aquí, Marziam, Juan, Esteban, discípulas, en frente a la puerta abierta de la casta morada de la Casta entre todas las mujeres. Vosotros amigos, detrás... ¡Aquí, a mi lado, amada Madre mía!

Hace poco os decía: “la eterna belleza del alma de mi Madre”. Soy la Palabra y por esto no puedo equivocarme en el empleo de los términos. Dije: eterna, no inmortal³. Y no sin razón lo he dicho. Inmortal es lo que habiendo nacido no muere más. De este modo el alma de los justos es inmortal en el cielo, el alma de los pecadores es inmortal en el infierno, porque el alma creada, no muere más que a la gracia. El alma tiene una vida, existe desde el momento que Dios la piensa. Es el Pensamiento de Dios quien la crea. El alma de mi Madre *desde*

³ Cfr. Prov. 8, 23-30.

siempre ha sido pensada por Dios, por eso es eterna en su belleza en la que Dios ha derramado toda perfección para delicia y consuelo.

Según el libro de Salomón, nuestro antepasado, que te vio, y por lo tanto profeta tuyo puede decirse: “Dios me poseyó al principio de sus obras, desde el inicio, antes de la creación. Ab aeterno fui decretada, antes de que hubiera sido hecha la tierra. Todavía no existían los mares y había sido yo concebida. Todavía no brotaban los manantiales, ni las montañas habían encontrado sus bases y ya existía yo. Antes de las colinas nací. No había hecho todavía la tierra, ni los ríos, ni los quicios del mundo, y ya existía yo. Cuando preparaba los cielos y el Cielo, estaba ya presente. Cuando con leyes inviolables cerró la cubierta del abismo, cuando hizo que el firmamento celestial se quedase firme en lo alto y quedaran suspendidas las aguas, cuando al mar le puso sus límites y dio leyes a las aguas de que no los rebasasen, cuando echaba los cimientos de la tierra, estaba con Él para poner orden en todas las cosas. Alegre y feliz siempre ante Él. Me divertía yo en el universo

¡Sí, oh Madre a quien Dios, el Inmenso, el Sublime, el Increado, llevó dentro de Sí! Que te llevó como un peso dulcísimo, lleno de júbilo porque te sentía palpar, que le enviabas sonrisas con las que hizo la creación. Él tuvo qué desprenderse de ti para darte al mundo, alma delicadísima, nacida purísima para ser la “Virgen”. Perfección de lo creado, luz del paraíso, consejo de Dios, que al mirarte pudo perdonar la culpa, porque tú sola, por ti sola, sabes amar como no lo hará jamás todo el linaje humano. ¡En ti el perdón de Dios! ¡En ti la medicina de Dios! ¡Tú, caricia del Eterno en la herida que el hombre hizo! ¡En ti la salvación del mundo, Madre del Amor encarnado, del Redentor enviado! ¡El alma de mi Madre! ¡Hecho una sola con el Amor en mi Padre, yo te miraba dentro de Mí, oh alma de mi Madre!... Tu resplandor, tu plegaria, la idea de que llevarías me consolaba siempre de mi destino de dolor, de experiencias inhumanas, de lo que es el mundo corrompido. ¡Gracias, oh Madre! Llegué satisfecho al pensar en tus consuelos. ¡Descendí sintiéndote a ti sola! ¡Tú, perfume! ¡Tú, canto! ¡Tú, amor!... ¡Alegría, júbilo mío!

Ahora que habéis escuchado, ahora que sabéis que una sola es la mujer en que no hay mancha, una sola la criatura que no hiere al redentor, escuchad la segunda transfiguración de María, la elegida de Dios.

Era una tarde serena de Adar. Había flores en los árboles del huerto silencioso, y María, prometida de José, había cortado el ramo del árbol en flor para cambiarlo por el anterior que había en la habitación. Hacía poco que había llegado a Nazaret, del templo para honrar una casa de santos. Y con el alma dividida entre el templo, su casa y el cielo, miraba el ramo en flor, pensando que uno semejante, que se había abierto de improviso, un ramo cortado en este jardincito en lo duro del invierno, que había florecido como en primavera delante del Arca del Señor –tal vez había dado luz y calor el Sol-Dios, radiante en su gloria- le había manifestado su voluntad... Y pensaba todavía que en el día de las nupcias José le había llevado otras flores, pero nunca semejantes a la flor en cuyos pétalos vio escrito: “Quiero que te cases con José”... Pensaba tantas cosas... y pensando subió a Dios. Sus manos, trabajaban en la rueca y el huso. Hilaban un hilo más sutil que el cabello más fino de su juvenil cabeza...

Su alma tejía una alfombra de amor, siempre solícita en ir de la tierra al cielo, de los quehaceres de la casa, del cuidado de su esposo, a los de su alma, a los de Dios. Cantaba y oraba. La alfombra se formaba en el místico telar, se alargaba de la tierra al cielo. Subía hasta perderse en las alturas... ¿Con qué estaba formada? Con hilos sutiles, perfectos, fuerte de sus virtudes, del hilo de la lanzadera que creía “suya”, mientras que era de Dios: la lanzadera de la voluntad de Dios en la que había envuelto su voluntad desde pequeña. Ella la grande Virgen de Israel, la desconocida al mundo, pero conocida a Dios. Su voluntad se había envuelto, se había hecho *una* con la voluntad del Señor. Y la alfombra se adornaba de flores de amor, de pureza, con palmas de paz, palmas de gloria, de almendros, de jazmines... Todas las virtudes florecían en su alfombra de amor que la Virgen de Dios desarrollaba, invitadora, desde la tierra al cielo. Y como la alfombra no alcanzaba, lanzaba su corazón cantando: “Venga mi amado a su jardín, a su huerto de aromas, a pasearse entre jardines, a cortar lirios. ¡Yo soy de mi

Amado, y mi Amado es mío, Él que apacienta entre lirios!”⁵. Y de las lejanías infinitas, entre torrentes de luz, se oyó una voz, que el oído humano no puede escuchar, ni garganta humana pronunciar. Decía: “¡Qué bella eres, amiga mía!” ¡Qué bella!... ¡Tus labios destilan miel!... Un jardín cerrado eres. Una fuente sellada, hermana, esposa mía...” y las dos voces se unían para cantar la eterna verdad: “¡El amor es más fuerte que la muerte!”⁷. ¡Nada puede extinguir o ahogar nuestro amor!” Y la Virgen se transfiguraba así... así... mientras bajaba Gabriel y la llamaba a la tierra. Hacía que su espíritu volviese a la carne, para que pudiese escuchar, comprender la petición del que la había llamado “hermana”, pero que la haría su “esposa”.

Y el misterio se realizó. Una púdica, la más púdica de todas las mujeres, la que ni siquiera conocía o conoce el estímulo instintivo de la carne, se sintió turbada ante el ángel de Dios, porque aún un ángel turba la humildad y pudor de la Virgen, y sólo se calmó al oírlo hablar, y creedme, dijo su palabra por la que “su” amor se convirtió en carne y vencerá a la muerte, y ninguna agua podrá extinguirlo, ni perversidad alguna sumergirlo en lo profundo...”

Jesús se inclina dulcemente sobre María que se había puesto a sus pies como extática, recordando aquella lejana hora, llena de una luz especial que parece brotase de su alma, y sumisamente le pregunta: “¿Cuál fue tu respuesta, oh Purísima, a quien te aseguró que siendo Madre de Dios, no perderías tu perfecta virginidad?”

Y María como en sueño, despacio, sonriente, con los ojos dilatados por lágrimas de júbilo responde: “¡He aquí la esclava del Señor! ¡Se haga de mí según su palabra!” y reclina su cabeza sobre las rodillas de Jesús, adorándolo.

Jesús le pone su manto. La esconde a los ojos de los presentes y dice: “Y se hizo. Y se hará hasta el final. Hasta la otra y la otra de sus transfiguraciones. Será siempre “la esclava de Dios”. Hará siempre como dirá “la Palabra”. ¡Mi Madre! ¡Esta es mi Madre! Y está bien que empecéis a conocerla en toda su santa figura... ¡Madre! ¡Madre! ¡Levanta tu rostro. Amada mía! Haz que vuelvan a la tierra donde estamos por ahora tus devotos...” dice descubriendo a María después de algún tiempo, durante el que no se escuchó sino el zumbido de las abejas y el chorrito de la fuentecita, que melodiosamente caía.

María levanta su rostro bañado en lágrimas y susurra: “¿Por qué, hijo mío, me has hecho esto?” Los secretos del Rey son sagrados...”

“Pero el Rey puede revelarlos cuando quiera. Madre, lo he hecho para que se comprenda lo que dijo un profeta: “Una mujer encerrará dentro de sí al Hombre”⁸, y lo de otro: “La Virgen concebirá y dará a luz su Hijo”⁹. Y también para que estos que se horrorizan de muchas cosas que suceden al Verbo de Dios, por parecerles humillantes, tengan en cuenta en cambio otras cosas que los confirmen en su alegría de ser “míos”. De este modo no se escandalizarán más y también por ello conquistarán el cielo... Quien tenga qué ir a donde deba hospedarse, puede irse. Quédense las mujeres y Marziam. Mañana al amanecer estén todos los varones, que quiero llevarlos no muy lejos, luego regresaremos a despedirnos de las discípulas para regresar a Cafarnaum, a reunir a los otros discípulos y enviarlos después de ellas”.

37. La Transfiguración y el epiléptico curado¹.

3 diciembre 1945 y 5 agosto 1944

¿Qué hombre hay que no haya visto, por lo menos una vez en su vida, un amanecer sereno de marzo? Y si lo hubiere, es muy infeliz, porque no conoce una de las bellezas más grandes de la naturaleza a la que la primavera ha despertado.

⁵ Cfr. Cant. 5, 1; 6, 2-3.

⁷ Cfr. Cant. 8, 6-7.

⁸ Cfr. Jer. 31, 21-22.

⁹ Cfr. Is. 7, 14.

¹ Cfr. Mt. 17, 1-17; Mc. 9, 5-26; Lc. 9, 28-43.

En medio de esta belleza, que es límpida en todos aspectos y cosas desde las hierbas nuevas y llenas de rocío, hasta las florcitas que se abren, como niños que acaban de nacer, desde la primera sonrisa que la luz dibuja en el día, hasta los pajarillos que se despiertan con un batir de alas y lanzan su primer “pío” interrogativo, preludio de todos sus canoros discursos que lanzarán durante el día, hasta el aroma mismo del aire que ha perdido en la noche, con el baño del rocío y la ausencia del hombre, toda mota de polvo, humo, olor de cuerpo humano, van caminando Jesús, los apóstoles y discípulos. Con ellos viene también Simón de Alfeo. Van en dirección del sudeste, pasando las colinas que coronan Nazaret, atraviesan un arroyo, una llanura encogida entre las colinas nazaretanas y un grupo de montes en dirección hacia el este. El cono semi-trunco del tabor precede a estos montes. El cono semi-trunco me recuerda, no sé por qué, en su cima a la lámpara de nuestra ronda vista de perfil.

Llegan al Tabor. Jesús se detiene y dice: “Pedro, Juan y Santiago de Zebedeo, venid conmigo arriba del monte. Los demás desparramaos por las faldas, yendo por los caminos que lo rodean, y predicad al Señor. Quiero estar de regreso en Nazaret al atardecer. No os alejéis, pues, mucho. La paz esté con vosotros” Y volviéndose a los tres, dice: “Vamos”, y empieza a subir sin volver su mirada atrás y con un paso tan rápido que Pedro que le sigue, apenas si puede.

En un momento en que se detienen, Pedro colorado y sudado, le pregunta jadeando: “¿A dónde vamos? No hay casas en el monte. En la cima está aquella vieja fortaleza. ¿Quieres ir a predicar allá?”

“Hubiera tomado el otro camino. Estás viendo que le he volteado las espaldas. No iremos a la fortaleza, y quien estuviere en ella ni siquiera nos verá. Voy a unirme con mi Padre, y os he querido conmigo porque os amo. ¡Ea, ligeros!”

“Oh, Señor mío, ¿no podríamos ir un poco más despacio, y así hablar de lo que oímos y vimos ayer, que nos dio para pasar hablando toda la noche?”

“A las citas con Dios hay que ir rápidos. ¡Fuerzas, Simón Pedro! ¡Allá arriba descansaréis!” Y continúa subiendo...

(Dice Jesús: “Aquí intercalarás la visión de la Transfiguración del 5 de agosto de 1944, pero sin el dictado que tiene”).

Estoy con mi Jesús sobre un monte alto. Con Jesús están Pedro, Santiago y Juan. Siguen subiendo. La mirada alcanza los horizontes. Es un sereno día que hace que aun las cosas lejanas se distingan bien.

El monte no forma parte de algún sistema montañoso como el de Judea. Se yergue solitario. Teniendo en cuenta el lugar donde se encuentra, tiene ante sí el oriente, el norte a la izquierda, a la derecha el sur y a sus espaldas el oeste y la cima que se yergue todavía unos cuantos centenares de pasos.

Es muy elevado. Uno puede ver hasta muy lejos. El lago de Genesaret parece un trozo de cielo caído para engastarse entre el verdor de la tierra, una turquesa oval entre esmeraldas de diversa claridad, un espejo que tiembla, que se encrespa un poco al contrario de un ligero viento por el que se resbalan, con agilidad de gaviotas, las barcas con sus velas desplegadas, un poco encorvadas hacia las azulejas ondas, con esa gracia con que el halcón hiende los aires, cuando de picada en pos de su presa. De esta vasta turquesa sale una vena, de un azul más pálido, allá donde el arenal es más ancho, y más oscuro allá donde las riberas se estrechan, el agua es más profunda y cobriza por la sombra que proyectan los árboles que robustos crecen cerca del río, que se alimentan de sus aguas. El Jordán parece una pincelada casi rectilínea en la verde llanura. Hay poblados sembrados acá y allá del río. Algunos no son más que un puñado de casas, otros más grandes, casi como ciudades. Los caminos principales, no son más que líneas amarillentas entre el verdor. Aquí, dada la situación del monte, la llanura está más cultivada y es más fértil, muy bella. Se distinguen los diversos cultivos con sus diversos colores que ríen al sol que desciende de un firmamento muy azul.

Debe ser primavera, tal vez marzo, si calculo bien la latitud de Palestina, porque veo que el trigo está ya crecido, todavía verde, que ondea como un mar, veo los penachos de los árboles más precoces con sus frutos en sus extremidades como nubecillas blancas y rosadas en este pequeño mar vegetal, luego prados todos en flor debido al heno por donde las ovejas van comiendo su cotidiano alimento.

Junto al monte, en las colinas que le sirven como de base, colinas bajas, cortas, hay dos ciudades, una al sur y otra al norte.

Después de un breve reposo bajo el fresco de un grupo de árboles, por compasión a Pedro a quien las subidas cuestan mucho, se prosigue la marcha. Llegan casi hasta la cresta, donde hay una llanura de hierbas que hay en un semicírculo de árboles hacia la orilla.

“¡Descansad, amigos! Voy allí a orar”. Y señala con la mano una gran roca, que sobresale del monte y que se encuentra no hacia la orilla, sino hacia el interior, hacia la cresta.

Jesús se arrodilla sobre la tierra cubierta de hierba y apoya las manos y la cabeza sobre la roca, en la misma posición que tendrá en el Getsemaní. No le llega el sol porque lo impide la cresta, pero lo demás está bañado de él, hasta la sombra que proyectan los árboles donde se han sentado los apóstoles.

Pedro se quita las sandalias, les quita el polvo y piedrecillas, y se queda así, descalzo, con los pies entre la hierba fresca, como estirado, con la cabeza sobre un montón de hierba que le sirve de almohada.

Lo imita Santiago, pero para estar más cómodo busca un tronco de árbol sobre el que pone su manto y sobre él la cabeza.

Juan se queda sentado mirando al Maestro, pero la tranquilidad del lugar, el suave viento, el silencio, el cansancio lo vencen. Baja la cabeza sobre el pecho, cierra sus ojos. Ninguno de los tres duerme profundamente. Se ha apoderado de ellos esa somnolencia de verano que atonta solamente.

De pronto los sacude una luminosidad tan viva que anula la del sol, que se esparce, que penetra hasta por debajo de los matorrales y árboles donde están.

Abren los ojos sorprendidos y ven a Jesús transfigurado. Es ahora *tal cual* como lo veo en las visiones del paraíso. Naturalmente sin las llagas o sin la señal de la cruz, pero la majestad de su rostro, de su cuerpo es igual, igual por la luminosidad, igual por el vestido que de un color rojo oscuro se ha cambiado en un tejido de diamantes, de perlas, en vestido inmaterial cual lo tienen en el cielo. Su rostro es un sol espléndido en que resplandecen sus ojos de zafiro. Parece todavía más alto, como si su glorificación hubiese cambiado su estatura. No sabría decir si la luminosidad, que hace hasta fosforescente la llanura, provenga toda de Él o si sobre la suya propia está mezclada la luz que hay en el universo y en los cielos, Sólo sé que es una cosa indescriptible.

Jesús está de pie, más bien, como si estuviera levantado sobre la tierra, porque entre Él y el verdor del prado hay como un río de luz, un espacio que produce una luz sobre la que Él esté parado. Pero es tan fuerte que puedo casi decir que el verdor desaparece bajo las plantas de Jesús. Es de un color blanco, incandescente. Jesús está con su rostro levantado al cielo y sonríe a lo que tiene ante Sí.

Los apóstoles se sienten presas de miedo. Lo llaman, porque les parece que no es más su Maestro. “¡Maestro, Maestro!” lo llaman con ansia.

Él no oye.

“Está en éxtasis” dice Pedro tembloroso. “¿Qué estará viendo?”

Los tres se han puesto de pie, quieren acercarse a Jesús, pero no se atreven.

La luz aumenta mucho más por dos llamas que bajan del cielo y se ponen al lado de Jesús. Cuando están ya sobre el verdor, se descorre su velo y aparecen dos majestuosos y luminosos personajes. Uno es más anciano, de mirada penetrante, severa, de barba partida en dos. De su frente salen cuernos de luz, que me lo señalan como a Moisés. El otro es más joven, delgado, barbudo y velloso, algo así como el Bautista, al que se parece por su estatura, delgadez, formación corporal y severidad. Mientras la luz de Moisés es blanca como la de

Jesús, sobre todo en los rayos que brotan de la frente, la que emana de Elías es solar, de llama viva.

Los dos profetas asumen una actitud de reverencia ante su Dios encarnado y les habla con familiaridad, ellos no pierden su actitud reverente. No comprendo ninguna de las palabras que dicen.

Los tres apóstoles caen de rodillas, con la cara entre las manos. Quieren ver, pero tienen miedo. Finalmente Pedro habla: “¡Maestro! ¡Maestro, óyeme!” Jesús vuelve su mirada con una sonrisa. Pedro toma ánimos y dice: “¡Es bello estar aquí contigo, con Moisés y Elías! Si quieres hacemos tres tiendas, para Ti, para Moisés y para Elías, ¡nos quedaremos Aquí a servirte!...”

Jesús lo mira una vez más y sonríe vivamente. Mira también a Juan y a Santiago, una mirada que los envuelve amorosamente. También Moisés y Elías miran fijamente a los tres. Sus ojos brillan, deben ser como rayos que atraviesan los corazones.

Los apóstoles no se atreven a añadir una palabra más. Atemorizados, callan. Parece como si estuvieran un poco ebrios, pero cuando un velo que no es neblina, que no es nube, que no es rayo, envuelve y separa a los tres gloriosos detrás de un resplandor mucho más vivo, los esconde a las miradas de los tres, una voz poderosa, armónica vibra, llena el espacio. Los tres caen con la cara sobre la hierba.

“Este es mi Hijo amado, en quien encuentro mis complacencias. ¡Escuchadlo!”

Pedro cuando se ha echado en tierra exclama: “¡Misericordia de mí que soy un pobre pecador! Es la gloria de Dios ⁴ que descende”. Santiago no dice nada. Juan murmura algo, como si estuviese próximo a desvanecerse: “¡El Señor ha hablado!”

Nadie se atreve a levantar la cabeza aun cuando el silencio es absoluto. No ven por esto que la luz solar ha vuelto a su estado, que Jesús está solo y que ha tornado a ser el Jesús con su vestido rojo oscuro. Se dirige a ellos sonriente. Los toca, los mueve, los llama por su nombre.

“Levantaos. Soy yo. No tengáis miedo” dice, porque los tres no se han atrevido a levantar su cara e invocan misericordia sobre sus pecados, temiendo que sea el ángel de Dios que quiere presentarlos ante el Altísimo.

“¡Levantaos pues! ¡Os ordeno!” repite Jesús con imperio. Levantan la cara y ven a Jesús que sonríe.

“¡Oh, Maestro! ¡Dios mío” exclama Pedro. “¿Cómo vamos a hacer para tenerte a nuestro lado, ahora que hemos visto tu gloria? ¿Cómo haremos para vivir entre los hombres, nosotros, hombres pecadores, que hemos oído la voz de Dios?”

“*Debéis* vivir a mi lado, ver mi gloria hasta el fin. Hacedos dignos porque el tiempo está cercano. Obedeced al Padre mío y vuestro. Volvamos ahora entre los hombres porque he venido para estar entre ellos y para llevarlos a Dios. Vamos. Sed santos, fuertes, fieles por recuerdo de esta hora. Tendréis parte en mi completa gloria, pero no habléis nada de esto, a nadie, ni a los compañeros. Cuando el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos y vuelto a la gloria del Padre, entonces hablaréis, porque entonces será necesario creer para tener parte en mi reino”.

“¿No debe acaso venir Elías a preparar tu reino? Los rabíes enseñan así”.

“Elías ya vino y ha preparado el camino del Señor. Todo sucede como se ha revelado, pero los que enseñan la revelación no la conocen y no la comprenden. No ven y no reconocen las señales de los tiempos, y a los que Dios ha enviado. Elías ha vuelto una vez⁵. La segunda será cuando lleguen los últimos tiempos para preparar los hombres a Dios. Ahora ha venido a preparar los primeros al Mesías, y los hombres no lo han querido reconocer y lo han atormentado y matado. Lo mismo harán con el Hijo del hombre, porque los hombres, no quieren reconocer lo que es su bien”.

⁴ Cfr. Ex. 13, 21-22; Ez. 1, 26-28; 19, 9-20, 21; 24, 12-18; 33, 18-23; 34, 29-35; 40, 34-38; 3 Rey. 8, 10-13

⁵ Alusión al Bautista.

Los tres con la cabeza agachada, bajan pensativos y tristes. Descienden por el camino que los trajo a la cima⁶.

...A mitad del camino, Pedro en voz baja dice: “¡Ah Señor! Repito lo que dijo ayer a tu Madre: “¿Por qué nos has hecho esto?” Tus últimas palabras borraron la alegría de la gloriosa vista que tenían ante sí nuestros corazones. Es un día que no se olvidará. Primero nos llenó de miedo la gran luz que nos despertó, más fuerte que si el monte estuviera en llamas, o que si la luna hubiera bajado sobre el prado, bajo nuestros ojos.

Luego tu mirada, tu aspecto, tu elevación sobre el suelo, como si estuvieses pronto a volar. Tuve miedo de que, disgustado de la mitad de Israel, regreses al cielo, tal vez por orden del Altísimo. Luego tuve miedo de ver aparecer a Moisés, a quien sus contemporáneos no podían ver sin velo, porque brillaba sobre su cara el reflejo de Dios⁷, y no era mas que hombre, mientras ahora es un espíritu bienaventurado, y Elías... ¡Misericordia divina! Creí que había llegado mi último momento. Todos los pecados de mi vida, desde cuando me robaba la fruta, allá cuando era pequeñín, hasta el último de haberte mal aconsejado hace algunos días, vinieron a mi memoria. ¡Con que temblor me arrepentí! Luego me pareció que me amaban los dos justos... y tuve el atrevimiento de hablar. Pero su amor me infundía temor porque no merezco el amor de semejantes espíritus. Y ¡Luego!... ¡luego! ¡El miedo de los miedos! ¡La voz de Dios!... ¡Yeuvé habló! ¡A nosotros! Ordenó: “¡Escuchadlo!” Te proclamó tu Hijo amado en quien encuentra sus complacencias” ¡Qué miedo! ¡Yeové! ¡A nosotros!... ¡No cabe duda que tu fuerza nos ha mantenido la vida!... Cuando nos tocaste, y tus dedos ardían como puntas de fuego, sufrí el último miedo. Creí que había llegado la hora de ser juzgado y que el ángel me tocaba para tomar mi alma y llevarla ante el Altísimo... ¿Pero cómo hizo tu Madre para ver... para oír... para vivir, en una palabra, esos momentos de los que ayer hablaste, sin morir, Ella que estaba sola, que era una jovencita, y sin Ti?”

“María que no tiene culpa, no podía temer a Dios. Eva tampoco le temió mientras fue inocente y Yo estaba. Yo, el Padre y el Espíritu. Nosotros que estamos en el Cielo, en la tierra y en todo lugar, que teníamos y tenemos nuestro tabernáculo en el corazón de María” explica dulcemente Jesús.

“¡Que cosas!”... ¡Qué cosas!” Pero luego hablaste de muerte... Y toda nuestra alegría se acabó... Pero ¿por qué a nosotros tres? ¿No hubiera sido mejor que todos hubiesen visto tu gloria?”

“Exactamente porque muertos de miedo como estáis al oír hablar de la muerte, y muerte por suplicio del Hijo del Hombre, del Hombre-Dios. Él ha querido fortificaros para aquella hora y para siempre con un conocimiento anterior de lo que seré después de la muerte. Acodaos de ello, para que lo digáis a su tiempo. ¿Comprendido?”

“Sí, Señor. No es posible olvidarlo. Sería inútil. Sería inútil contarlo. Dirían que estamos ‘ebrios’”.

Vuelven en dirección del valle. En un determinado punto Jesús toma por un áspero atajo en dirección de Endor, esto es, por el lado opuesto en que dejó a los discípulos.

“No los encontraremos” dice Santiago. “El sol empieza a declinar. Estarán juntándose para esperarte donde los dejamos”.

“Ven y no te formes pensamientos necios”.

De hecho al salir del bosque y entrar en un llano que levemente baja hasta encontrarse con el camino principal, ven al grupo de discípulos, a los que se han agregado viajeros curioso, escribas que han llegado de no sé dónde, y que dan señales de excitación.

“¡Ay de mí! ¡Escribas!... ¡Y ya están disputando!” exclama Pedro señalándolos. Y baja los últimos metros de mala gana.

⁶ Aquí termina el trozo intercalado, según la indicación de Jesús.

⁷ Cfr. Ex. 34, 29-35.

Los que están abajo, los han visto y los señalan, luego a la carrera vienen a Jesús, gritando: “¿Cómo es posible, Maestro que hayas venido por esta parte? Estábamos a punto de irnos al lugar indicado. Pero los escribas nos han entretenido con sus disputas, y las súplicas de un padre adolorido”.

“¿De qué disputabais entre vosotros?”

“A causa de un endemoniado. Los escribas se han burlado de nosotros, porque no hemos podido curarlo. Judas de Keriot se ha puesto al frente, pero ha sido inútil. Entonces dijimos: “Hacedlo vosotros”. Contestaron: “No somos exorcistas”. Por casualidad han pasado algunos que venían de Caslot-Tabor, entre los que había dos exorcistas, pero tampoco ellos pudieron hacerle algo. Aquí está el padre que ha venido a suplicártelo. ¡Escúchalo!”

Se adelanta en actitud suplicante, se arrodilla ante Jesús que no ha bajado el suave declive, de modo que está más alto, unos tres metros, y todos lo pueden ver.

“¡Maestro!” dice, “iba a Cafarnaum a llevarte a mi hijo. Te lo llevaba para que lo liberases. Tú que arrojas demonios y curas cualquier enfermedad. Es presa de un espíritu mudo. Cuando se apodera de él no emite más que gritos roncacos, como una bestia a la que se degüella. El espíritu lo echa por tierra. Él se revuelca rechinando los dientes, espumando como un caballo que mordiera el freno, se hiere, y se expone a morir ahogado o quemado, o bien, hecho pedazos, porque el espíritu más de una vez lo ha arrojado al agua, al fuego, o por las escaleras. Tus discípulos hicieron la prueba, pero no lo lograron. ¡Oh, Señor bueno, piedad de mí y de mi hijo!”

El rostro de Jesús relampaguea. Grita: “¡Oh generación perversa! ¡Oh turba satánica! ¡Legión rebelde! ¡Pueblo del infierno incrédulo y cruel! ¿Hasta cuándo deberé estar en contacto contigo? ¿Hasta cuándo deberé soportarte?” Tan imponente es que invade un silencio absoluto y cesan las indirectas de los escribas.

Jesús dice al padre: “Levántate y tráeme aquí a tu hijo”.

Va y regresa con otros, en cuyo centro viene un muchacho como de doce a catorce años. Un buen mozo, pero de mirada un poco tonta. En su frente se ve una larga herida, y más abajo una antigua cicatriz. Apenas ve a Jesús, que lo mira con sus ojos magnéticos, emite un grito ronco, retuerce todo el cuerpo, se echa por tierra espumando y girando los ojos, de modo que se ve el bulbo blanco. Es la característica de la convulsión epiléptica.

Jesús da unos cuantos pasos. Se acerca, dice: “¿Desde cuándo le sucede esto? Habla fuerte, para que todos oigan”.

El hombre habla en voz alta, mientras el círculo de la gente se estrecha, y los escribas suben más arriba de Jesús para dominar la escena. Dice: “Desde pequeño. Ya te lo he dicho. Frecuentemente cae en el fuego, en el agua, o por las escaleras, de los árboles, porque el espíritu lo asalta de improviso y le hace el mal posible para matarlo. Está lleno de cicatrices y quemaduras. Es mucho que el fuego no lo haya cegado. Ningún médico, ni exorcista, ni siquiera tus discípulos pudieron curarlo. Pero Tú, si como creo firmemente, puedes algo, ten piedad de nosotros y socórrenos”.

“Si puedes creer de este modo, todo me es posible, porque todo se concede a quien cree”.

“¡Oh, Señor, sí creo! Pero si no fuera suficiente, auméntame la fe, para que sea perfecta y obtenga el milagro” dice el hombre, de rodillas entre lágrimas, cerca de su hijo presa más que nunca de las convulsiones.

Jesús se yergue, retrocede unos dos pasos, mientras la multitud cierra más el círculo. En voz alta dice: “¡Espíritu maldito que haces sordo y mudo al niño y lo atormentas, Yo te lo mando: sal de él y no vuelvas a entrar!”

El niño, aunque echado por tierra, da tremendos brincos, formando una especie de arco con su cuerpo. Lanza gritos que no son de un ser humano. Después del último brinco, en que se revuelca pagando la frente y la boca contra una piedra saliente de la hierba, que tiñe de sangre, se queda inmóvil.

“¡Ha muerto!” gritan muchos.

“¡Pobre muchacho!” “¡Pobre padre!” compadecen otros.

Los escribas guiñando el ojo: “¡Que si te ha ayudado el Nazareno!” o bien: “Maestro ¿qué pasa? ¡Esta vez Belzebú te ha hecho pasar un mal rato!...” y se ríen venenosamente.

Jesús no responde a nadie, ni siquiera al padre que ha volteado a su hijo y le seca la sangre y de los labios, gimiendo, invocando a Jesús, el cual se inclina y toma de la mano al jovenzuelo. Este abre los ojos con un largo suspiro, como si despertase de un sueño, se sienta, sonríe. Jesús lo tira hacia Sí, lo pone en pie, lo entrega a su padre, mientras que la gente grita de entusiasmo, y los escribas huyen, perseguidos por las risotadas y burlas de ella.

“Vámonos” dice Jesús a sus discípulos. Después de haberse despedido de la multitud, da vuelta al monte y toma el camino por el que había venido en la mañana.

38. Lección a los discípulos después de la Transfiguración¹

4 diciembre 1945

Nuevamente están en la casa de Nazaret. O para ser más precisos, están entre los olivos, esperando la hora de descansar. Han prendido una pequeña antorcha para ver, porque es noche, y la luna sale tarde. No hace frío. Más bien el tiempo es “demasiado” tibio, dicen los expertos pescadores, previendo próximas lluvias. ¡Qué hermoso es estar aquí todos reunidos! Las mujeres en el huerto con María, los hombres aquí, sobre el lomo de esa subida con Jesús, el cual responde a las preguntas de todos. La voz del lunático curado al pie del monte ha corrido entre todos y todos hacen comentarios.

“¡Eras Tú el que hacía falta!” exclama su primo Simón.

“¡Pero ni siquiera viendo que sus mismos exorcistas no podían nada, y que empleaban las fórmulas más duras, se persuadieron aquellos tercos!” comenta moviendo la cabeza, Salomón el barquero.

“¡Ni aun cuando se diga a los escribas sus conclusiones, se persuadirán!”

“¡Bueno! Me parecía que hablaban bien ¿no es verdad?” pregunta uno a quien no conozco.

“Muy bien. Han descartado toda clase de sortilegio diabólico del poder de Jesús al decir que se sintieron invadidos de una paz profunda cando el Maestro obró el milagro, mientras, afirmaban, cuando sale de un poder malo, lo sienten, como algo que les turbaba” responde Hermas.

“Pero ¿eh? ¡qué espíritu tan terco! ¡No se quería ir! ¡Pero cómo! ¿no lo tenía siempre consigo? ¿Era un espíritu arrojado, perdido, o bien el niño era tan santo que por sí mismo lo arrojaba?” pregunta un discípulo cuyo nombre tampoco sé.

Jesús responde espontáneamente: “Muchas veces he explicado que cualquier enfermedad, que es una molestia y un desorden, puede ocultar a Satanás y éste emplearla, crearla para atormentar y hacer blasfemar contra Dios. El niño estaba enfermo, no era un poseído. Un alma pura. Por esto con gusto lo libré del astutísimo demonio que quería dominarla para hacerla impura”.

“¿Y por qué si era una sencilla enfermedad, no pudimos nosotros nada?” pregunta Judas de Keriot.

“¡Cierto! ¡Se comprende que los exorcistas no pudiesen nada, tratándose de una enfermedad! ¡Pero nosotros...! observa Tomás.

Y Judas de Keriot, quien probó muchas veces, y no obtuvo más que el jovenzuelo, repitiese sus locuras y hasta convulsiones, agrega: “Hasta parece que nosotros le causábamos mayor mal. ¿Recuerdas Felipe? Tú me ayudabas, oíste y viste los gestos burlones que me hacía. Hasta me gritó: “¡Lárgate, lárgate! ¡Entre yo y tú, tú eres más demonio!” Lo que hizo reír a los escribas a mis espaldas”.

“¿Te desagradó?” pregunta Jesús como si no fuera nada.

“¡Claro! A nadie le gusta que se burlen de uno. Y no es bueno cuando se trata de tus apóstoles. Se pierde la autoridad”.

¹ Cfr. Mt. 17, 18-20; Mc. 9, 27-28.

“Cuando se tiene a Dios consigo, tiene una autoridad, aun cuando el mundo se burle, Judas de Simón”.

“¡Está bien! Pero aumenta al menos en tus apóstoles, el poder. Para que no nos sucedan más ciertas cosas”.

“Que aumente el poder no es justo, ni útil. Lo debéis hacer por vosotros mismos. Se debió a vuestra insuficiencia que no pudisteis, y también por haber disminuido con elementos no santos, cuanto os había dado, esperando de este modo conseguir triunfos mayores”.

“¿Lo dices por mí, Señor?” pregunta Iscariote.

“Tú lo sabrás. Hablo a todos”.

Bartolomé pregunta: “¿Entonces qué cosa es necesaria para vencer esta clase de demonios?”

“La oración y el ayuno. No más. Orad y ayunad. No sólo con el cuerpo. Es útil que vuestro orgullo ayune de satisfacciones. El orgullo satisfecho hace apática la inteligencia y el corazón y la oración se hace tibia, inerte, así como cuando se ha comido demasiado el cuerpo se hace pesado, somnoliento. Vamos ahora a descansar lo justo. Mañana al amanecer todos, menos Mannaén y los discípulos pastores, estén en camino de Caná. Idos. La paz sea con vosotros”.

Después detiene a Isaac y a Mannaén y les da instrucciones especiales para el día siguiente, en que partirán las discípulas y María, que junto con Simón de Alfeo y Alfeo de Sara emprenden la peregrinación pascual.

“Pasaréis por Esdrelón para que Marziam vea a su abuelo. Daréis a los campesinos la bolsa que ordené a Judas de Keriot os entregara. En el camino socorred a cuantos pobres encontraréis con la otra que os di. Llegados a Jerusalén id a Betania, y decid que me esperen para la nueva luna de Nisán. Podré llegar un poco tarde ese día. Os confío a la persona más amada, y a las discípulas. Estoy tranquilo porque nada les pasará. Idos. Nos volveremos a ver en Betania y estaremos juntos por un tiempo”.

Los bendice mientras ellos se alejan en medio de la oscuridad, Él salta, hacia el huerto, y entra en casa donde están las discípulas, María y Marziam que están amarrando las alforjas, y arreglan todo para el tiempo en que estarán ausentes.

39. El tributo al Templo y la estatera* en la boca del pez¹

5 diciembre 1945

Las dos barcas que tomaron para regresar a Cafarnaum se deslizan sobre un lago inverosímilmente quieto. Que es una cubierta de cristal que se cierra tan pronto han pasado las barcas acariciándolo. No son las de Pedro y de Santiago, sino una que rentaron probablemente en Tiberíades. Oigo que Judas se lamenta un poco por haber quedado sin dinero después de los últimos gastos.

“Se ha pensado en lo demás, pero no en nosotros. ¿Qué vamos a hacer ahora? Esperaba que Cusa... ¡pero nada! Estamos en las condiciones de un mendigo, de uno de tantos que se ponen en los caminos para pedir a los peregrinos” se queja en voz baja con Tomás.

Pero este, que es un bonachón, replica: “¿Y qué mal hay en esto? ¡Yo no me preocupo de nada!”

“¡Bien! Pero a la hora de la comida eres el que come más que todos”.

“¡Seguro! Tengo hambre. Hasta en el comer me luzco. Y ahora en lugar de pedir a quien nos da pan y algo más, se lo pediré directamente a Dios”.

“¡Hoy! ¡Hoy! Mañana estaremos en las mismas condiciones y pasado mañana lo mismo. Vamos a ir a la Decápolis donde somos unos desconocidos, y allá son medio paganos. No sólo no hay que pensar en el pan, sino también en las sandalias que se acaban, en los pobres que molestan, y podría uno encontrarse mal...”

* estatara = Unidad de peso y monetaria de la Gracia antigua.

¹ Cfr. Mt. 17, 24-26.

“Y si sigues así, dentro de poco me tendrás muerto, y tendrás qué pensar en mis funerales. ¡Oh cuántas preocupaciones! Yo... no tengo ninguna. Me siento contento, tranquilo como un recién nacido”.

Jesús que está sentado en la proa, casi en el borde, absorto en sus pensamientos, se vuelve y dice en voz alta a Judas que está en la popa, pero como si hablase a todos: “Que no tenga uno ni siquiera un céntimo es cosa buena. Así resplandecerá la bondad de nuestro Padre Dios aun en las cosas más humildes”.

“Hace días que todo te parece bien. ¡Bien que no haya habido ningún milagro! ¡Bien que no haya habido óbolos! ¡Bien el haber dado todos lo que teníamos! En una palabra ¡todo va bien!... Pero yo me encuentro mal... Eres un Maestro querido, un santo Maestro, pero para la vida material... ¡no vales nada!” replica Judas sin enojo, como si hiciera una observación a algún hermano, cuya bondad no es previsora.

Sonriendo Jesús le responde: “Es la mejor gloria mía ser un hombre que no vale nada para la vida material... Y repito: es una cosa muy buena encontrarnos sin un centavo” y sigue sonriendo alegre.

La barca llega a la playa, se detiene. Bajan. La otra barca también llega. Jesús, Judas, Tomás, Judas y Santiago, Felipe y Bartolomé van a la casa... Pedro desembarca de la otra con Mateo, los hijos de Zebedeo, Simón Zelote y Andrés. Mientras todos se dirigen a casa, Pedro se queda en la ribera a hablar con los barqueros que los han traído, y que tal vez conozca, luego los ayuda a partir. Se pone su vestido largo, sube a la playa para ir a la casa.

Mientras atraviesa la playa del mercado le salen al encuentro dos tipos y lo detienen diciendo: “¡Escucha, Simón de Jonás!”

“Escucho. ¿Qué queréis?”

“Tu Maestro, por el hecho de serlo, ¿paga o no paga las dos dracmas al Templo?”

“¡Claro que las paga! ¿Por qué no debería hacerlo?”

“Bueno... porque se dice el Hijo de Dios y...”

“Y lo es” replica Pedro secamente, que está ya rojo de ira. Y continúa: “Pero como también es un hijo de la ley, y el mejor que tenga, paga como cualquier israelita sus dracmas...”

“No vemos claro. Nos han dicho que no lo hace, y le aconsejamos que lo haga”.

“¡Uhmm!” refunfuña Pedro cuya paciencia se está acabando. “Uhmm! No tiene necesidad de vuestro consejo mi Maestro. Idos en paz y decir a quien os ha enviado que en la primera ocasión serán pagadas las dracmas”.

“¡Pagadas en la primera ocasión!... ¿Por qué no ahora? ¿Quién nos asegura que lo hará, si anda siempre de acá para allá sin sitio fijo?”

“No al momento porque ahora no tiene ni siquiera la sombra de un céntimo. Podéis ponerlo de cabeza, y no se caería ni uno. Estamos todos sin dinero, *porque* nosotros, que no somos fariseos, que no somos escribas, que no somos saduceos, que no somos ricos, que no somos espías, que no somos áspides, solemos dar lo que tenemos a los pobres, porque seguimos sus enseñanzas. ¿Entendido? Y ahora hemos dado todo, y hasta que el Altísimo no lo tenga a bien, podemos morir de hambre, o ponernos a pedir limosna en algún rincón del camino. Comunicad también esto a aquellos que dicen que Él anda solo en banquetes. ¡Adiós!” y los deja plantados, yéndose gruñendo y muriéndose de rabia.

Entra en casa, sube a la habitación donde está Jesús que está oyendo a uno que le pide vaya a su casa, en el monte que está detrás de Mágdala, donde hay uno que agoniza.

Jesús despide al hombre prometiéndole que irá cuanto antes, y tan pronto como se ha ido, se vuelve a Pedro que está sentado pensativo en un rincón y le pregunta: “¿Qué te parece Simón? Según las reglas ¿de quien reciben tributos y el censo los reyes de la tierra? ¿De los propios hijos o de los extraños?”

Pedro se sobrecoje y responde: “¿Cómo sabes, Señor, lo que iba a decir?”

Jesús sonríe haciendo un ademán como para decir: “No te preocupes”. Luego añade: “Responde a lo que te pregunté”.

“De los extraños, Señor”.

“Así pues los hijos están exentos, como es razonable. Un hijo es de la sangre y de la casa del padre y no debe pagar a su propio padre otro tributo que no sea el amor y obediencia. Así pues Yo, Hijo del Padre, no debería pagar tributo al templo que es la casa del Padre. Has respondido bien a ellos. Pero como hay diferencia entre tú y ellos, que consiste en que tú crees que soy el Hijo de Dios, y ellos y quienes los enviaron, no creen, para no escandalizarlos, pagaré el tributo al punto, mientras están todavía en la plaza para recaudar”.

“¿Y con qué si no tenemos ni siquiera un céntimo?” pregunta Judas que se había acercado con los demás. “¡Ve, si no es necesario tener algo!”

“Le diremos al dueño de la casa que nos preste” sugiere Felipe.

Jesús hace señal con la mano de que guarden silencio y dice: “Simón de Jonás, ve a la ribera, arroja, lo más lejos que puedas, un hilo con un anzuelo fuerte. Apenas tire el pez, tira tú.

Será grande. En la playa ábrele el hocico, y encontrarás una estatera. Tómala, alcanza a aquellos dos y para por Mí y por ti. Te traes el pescado, lo tostaremos y Tomás nos hará el favor de un poco de pan. Comeremos e iremos pronto donde está el agonizante. Santiago y Andrés, preparad las barcas, iremos en ellas a Mágdala. Volveremos a pie al tardecer para no impedir la pesca a Zebedeo y al cuñado de Simón”.

Se va Pedro y se le ve poco después que en la playa sube sobre una barquichuela, que arroja un hilo delgado y fuerte, con una piedra o plomo en la extremidad, que remata en un hilo delgado con el anzuelo propiamente dicho. Las aguas plateadas del lago se abren para dar paso al anzuelo, y luego todo se queda quieto, terminando allá los círculos concéntricos que había formado...

Momentos después el hilo que tenía Pedro en las manos se pone tenso, vibra... Él tira, tira, mientras el hilo se sacude cada vez más. Da otro jalón y sale el anzuelo con su presa que se revuelve en el aire, en forma de arco sobre la cabeza del pescador y luego cae sobre la arena amarillenta, donde se tuerce con las ansias del gancho que le ha atravesado el paladar y de la asfixia que ha empezado.

Es un hermoso pescado, grueso como rombo, que pesa por lo menos unos tres kilos. Pedro le saca el gancho y extrae una gruesa moneda de plata. La alza entre el pulgar y el índice para mostrarla al Maestro que está en el parapeto de la terraza. Luego recoge el hilo, lo enrolla, recoge el pescado y corre presuroso a la plaza.

Los apóstoles no saben qué decir... Jesús sonrío y dice: “Y de este modo habremos quitado un escándalo...”

Entra Pedro: “estaba para venir aquí, y con Elí, el fariseo. Procuré ser dulce como una doncella. Los llamé diciendo: “¡Eh, vosotros los del fisco, tomad! Aquí hay cuatro dracmas ¿o no? Dos por el Maestro y dos por mí. Estamos arreglados ¿verdad? Nos volveremos a ver en el valle de Josafat, sobre todo tú y yo querido amigo”. Se sintieron molestos porque les llamé “fisco”. “Somos del templo, no del fisco”. “Exigís los impuestos como los recaudadores. Para mí cualquiera que hace esto es del fisco” respondí. Pero Elí me gritó: “Insolente” ¿Me deseas la muerte?” “¡No amigo! Jamás. Te aseguro feliz viaje al valle de Josafat. ¿No vas a ir a Jerusalén para la pascua? Entonces podemos encontrarnos por allá amigo”. “No lo deseo y no quiero que te tomes la licencia de llamarme amigo tuyo”. “Tienes razón. ¡Es mucho honor para ti!” repliqué. Y me vine. Lo bueno está que medio Cafarnaum vio que pagué por Ti y por mí. Esa vieja víbora no podrá decir nada en contra”.

Los apóstoles se rieron de buena gana de las palabras y mímica de Pedro. Jesús ha querido ponerse serio, pero una leve sonrisa se escapa de sus labios cuando dice: “Eres peor que la mostaza” y concluye: “Coced el pescado, y démonos prisa. Cuando anochezca, quiero estar de regreso aquí”.

40. El más grande en el Reino de los Cielos.

El pequeño Benjamín de Cafarnaum¹

6 diciembre 1945 y 7 marzo 1944

Y mientras cielo y lago parecen un incendio por el crepúsculo, ellos regresan a Cafarnaum. Vienen contentos. Hablan entre sí. Jesús habla poco, pero sonríe. Dicen que si el mensajero hubiera dado mejor las señales, hubieran ahorrado camino, pero añaden que valió la pena, porque un manojo de niños ha visto que su padre se ha curado, estando ya cerca de la muerte, y no tenían ni un céntimo.

“Os había dicho que el Padre proveería todo” dice Jesús.

“¿Es un antiguo amante de María de Mágdala?” pregunta Felipe.

“Así parece... por lo que nos dijeron...” responde Tomás.

“¿Qué te dijo, Señor?” pregunta Judas de Alfeo.

Jesús sonríe sin responder.

“Más de una vez lo vi con ella, cuando iba a Tiberíades con mis amigos. Esto es seguro” afirma Mateo.

“Hermano, dinos... ¿Te pidió ser curado, y también ser perdonado?” pregunta Santiago de Alfeo.

“¡Qué pregunta! ¿Cuándo concede el Señor una gracia sin arrepentimiento?” objeta Iscariote con cierto desprecio por Santiago de Alfeo.

“Mi hermano no dijo ninguna necedad. Jesús cura o libra y luego dice: ‘Vete y no peques’” le replica Tadeo.

“Porque ve en los corazones que existe el arrepentimiento” objeta Judas.

“En los endemoniados no existe el arrepentimiento ni deseo de ser liberados. Ninguno ha dado prueba de ello. Pasa lista de todos los casos y verás que huye, o se arrojan cual enemigos, o intentan una u otra cosa, y si no lo logran era por sus familiares” contesta Tadeo.

“Y por el poder de Jesús” añade Zelote.

“Pero en esos casos Jesús tiene en cuenta el deseo de los familiares que representan el del endemoniado, quien, si no estuviese impedido por el demonio, querría ser liberado”.

“¡Oh, cuántas sutilezas! ¿Y entonces qué decir de los pecadores? Me parece que empleas igual fórmula, aun cuando no estén endemoniados” objeta Santiago de Zebedeo.

“A mí me dijo: ‘Sígueme’ y no le había dicho ni siquiera una palabra, respecto a mi estado” hace observar Mateo.

“Lo había visto en tu corazón” dice Iscariote que siempre quiere tener razón a toda costa.

“¡Está bien! Pero ese hombre, que según voz de todos era un sensual y un gran pecador, pero no endemoniado, mejor dicho que no estaba poseído, porque un demonio, por los pecados que había cometido, podría tenerlo no sólo por maestro, sino por patrón, ahora que estaba muriendo ¿qué cosa pidió? Estamos hablando por las nubes, como creo... Volvamos a la primera pregunta” dice Pedro

Jesús le da gusto: “Él quería estar conmigo para hablar libremente. No expuso inmediatamente su estado de salud... sino el de su espíritu. Dijo: ‘Estoy para morir. Todavía no creo con cuánta solicitud he querido que vinieras. Tengo necesidad de tu perdón para curarme. Me basta. Si no me curases, me resignaré. Lo tengo merecido, pero salva mi alma’ y me dijo sus innumerables culpas. Una cadena nauseabunda...” El rostro de Jesús resplandece de alegría.

“¿Y sonríes, Maestro? ¡Me extraña!” observa Bartolomé.

“Sí, Bartolomé. Sonríe porque no existen más, porque con sus culpas supe el nombre de la redentora. El apóstol en este caso fue una mujer”.

“¡Tu Madre!” dicen casi todos. Otros: “¡Juana de Cusa! Si iba frecuentemente a Tiberíades, tal vez la habrá conocido”. Jesús mueve la cabeza.

Le preguntan: “¿Quién entonces?”

“María, la hermana de Lázaro” responde Jesús.

¹ Cfr. Mt. 18, 1-10; Mc. 9, 32-49; Lc. 9, 46-50.

“¿Vino aquí? ¿Por qué no nos visitó?”

“No vino. Escribió a su antiguo compañero de culpas. Leí las cartas. En todas ellas la misma súplica: de que la escuchara, de que se redimiera como ella se ha redimido, de seguirla en el camino del bien, como la había seguido en el de la culpa, y con palabras y lágrimas le rogaba que quite de su conciencia un poco del peso que siente. Y lo había convertido, en tal forma que se había aislado en su casa de campo para vencer las tentaciones de la ciudad. La enfermedad, que es más remordimiento de conciencia que algo físico, terminó por prepararlo a la gracia. ¿Estáis ahora contentos? ¿Comprendéis por qué sonrío?”

“Sí, Maestro” responden todos. Y al ver que Jesús alarga el paso, se ponen a hablar entre sí.

Están ya a la vista de Cafarnaum cuando al desembocar en el camino que hicieron con el que costea el lago viniendo de Mágdala, se cruzan con los discípulos, que evangelizan Tiberíades. Están todos menos Marziam, los pastores y Mannaen, que fueron a Nazaret en dirección de Jerusalén con las mujeres. Los discípulos han aumentado con uno u otro que se les ha unido a su regreso de la misión.

Jesús los saluda con cariño, pero nuevamente vuelve a aislarse dentro de una meditación y oración profundas. Los apóstoles por su parte se mezclan con los discípulos, sobre todo con los de más valía, por ejemplo, Esteban, Hermas, Juan el sacerdote, Juan el escriba. Timoneo, José de Emmaús, Hermasteo (que por lo que colijo vuela en alas de la perfección), Abel de Belén de Galilea, cuya madre viene atrás con otras mujeres. Discípulos y apóstoles se intercambian preguntas, respuestas sobre lo que ha sucedido, desde que se separaron. De este modo todos se enteran de la curación y conversión sucedida el día de hoy, del milagro de la estatera en el hocico del pez... lo cual, debido a la causa que lo provocó, suscita un gran entusiasmo que se propaga de fila en fila, como fuego entre pajas...

Jesús dice: “Pondréis aquí la visión del 7 de marzo: “El pequeño Benjamín de Cafarnaum” sin el comentario. Continuaréis con el resto del dictado y de la visión”. No hay por qué añadir que omito la última frase: “La visión termina aquí, etc.” Estaría fuera de lugar.

Veo a Jesús que camina por un camino, seguido y rodeado de apóstoles y discípulos.

El lago de Galilea luce allá, a lo lejos, tranquilo, azul, bajo un hermoso sol primaveral, u otoñal, porque ciertamente el sol no es tan fuerte como el de estío. Me inclino porque sea tiempo primaveral por el ambiente fresco, sin esos tonos que se ven en el otoño.

Como es ya tarde, parece que Jesús vaya a alguna casa hospitalaria, y se dirija al poblado que se ve ya. Como suele hacerlo, va unos cuantos pasos adelante de los discípulos. Dos o tres para poder aislarse en sus pensamientos, deseoso de silencio, después de un día de evangelización. Camina absorto, llevando en la mano derecha una ramita verde, con la que pega ligeramente a las hierbas de la vera del camino.

Detrás los discípulos hablan entusiastamente. Traen a colación los sucesos del día y no les pesa hablar de los defectos de los demás y de sus malas acciones. Casi todo gira sobre la tontería que cometieron los del templo en exigir el tributo a Jesús.

Pedro, siempre exaltado, dice que para él es un sacrilegio porque el Mesías no está obligado a pagar el tributo: “No es justo. Si luego no van a creer que Él sea el Mesías, es un sacrilegio”.

Jesús se vuelve por un momento y dice: “¡Simón, Simón, habrá muchos que dudarán de Mí! ¡Aun entre los que creen que su fe es segura, que jamás caerá! No juzgues a tus hermanos, Simón. Júzgate primero a ti mismo”.

Judas con una sonrisa irónica dice al humillado Pedro, que ha bajado la cabeza: “Esta es para ti. Como eres el más viejo, quieres hacerla siempre de maestro. Nadie ha dicho que se juzgue a alguien por la edad. Entre nosotros hay quien es superior a ti en saber y en influencias sociales”.

Se enciende una discusión sobre los propios méritos. Alguien se gloria *de ser de los primeros* discípulos, quién dice que por seguir a Jesús dejó *un puesto de importancia*. Y quién

sostiene que *nadie* como él tiene derechos iguales porque *nadie* como él se ha convertido tanto, pasando de publicano a discípulo. La discusión se alarga, y si no temiera ofender a los apóstoles, diría que se ha convertido en una verdadera riña.

Jesús sigue en su meditación. Y parece no oír nada. Llegan a las primeras casas del poblado que es Cafarnaum. Jesús continúa y los demás no quitan el dedo de la discusión.

Un pequeñín de unos siete u ocho años corre brincando tras de Jesús. Lo alcanza, pasando el grupo y gritos apostólicos. Es un hermoso niño de cabellos castaño-oscuros, enrizados, cortos. Tiene dos ojitos negros, inteligentes clavados en su carita morena. Llama con confianza al Maestro como si lo conociese bien. “Jesús” pregunta, “¿me permites que vaya contigo hasta tu casa?”

“¿Lo sabe tu mamá?” Jesús sonríe.

“Lo sabe”.

“¿De veras?” Le mira con una mirada penetrante y risueña.

“¡Sí, Jesús! ¡De veras!”

“Entonces, ven”.

El niño salta de alegría. Toma la mano izquierda de Jesús que se la da. ¡Con qué cariño el niño pone su manita morena en la mano larga del Señor! ¡Quisiera tener igual dicha!

“Dime alguna hermosa parábola” dice el niño que no deja de saltar de gusto, y lo mira con una carita llena de regocijo.

También Jesús lo mira con una sonrisa alegre que le abre los labios, sombreados por los bigotes y por la barba rubio-rosa, que al contacto del sol parece como si fuera de oro. Los ojos de zafiro oscuro ríen de alegría, mientras mira al niño.

“¿Para qué quieres la parábola? No es un juego”.

“Es más hermosa que un juego. Cuando me voy a dormir pienso en ella y la sueño y al día siguiente la recuerdo, y me la repito para ser bueno. Me sirve para hacerme bueno”.

“¿La recuerdas?”

“Sí. ¿Quieres que te diga todas las que me has dicho?”

“Eres bueno, Benjamín, más que los hombres que olvidan. Como premio te diré una parábola”.

Benjamín deja de saltar. Camina serio, como si fuera un adulto. No pierde ni una palabra, ni la inflexión de tono de Jesús, a quien mira atentamente, sin preocuparse de dónde camina.

“Un buen pastor, llegó a saber que en cierto lugar había muchas ovejas abandonadas por pastores poco buenos. Las ovejas corrían peligro por los caminos malos, por los pastizales nocivos y cada vez más se acercaban a precipicios. Vino, pues al lugar, y sacrificando *todo*, con lo que tenía compró las ovejas y los corderos.

Quería llevarlos a su reino, porque el pastor era rey también como lo fueron tantos reyes de Israel. En su reino las ovejas y los corderos, encontrarían buenos pastizales, agua fresca, pura, caminos seguros, defensa contra ladrones y lobos feroces. El pastor reunió sus ovejas y corderos y les dijo: “He venido a salvaros, a llevaros donde no sufriréis nada, donde no conoceréis asechanzas y dolor: Amadme, seguidme porque os amo mucho, y porque fuerais mías me he sacrificado. Si me amareis, mi sacrificio no me dolería. Seguidme. Vamos”. El pastor delante, las ovejas detrás, tomaron el camino hacia el reino de la alegría.

A cada paso el pastor se volvía para ver si lo seguían, para exhortar a las cansadas, para dar fuerzas a las desanimadas, para socorrer a las enfermas, para acariciar a los corderos³. ¡Cuánto las amaba! Les daba su pan, su sal, y era el primero en probar todo para saber si era bueno y lo bendecía para hacerlo santo.

¿Pero vas a creerlo, Benjamín? Las ovejas después de algún tiempo empezaron a cansarse. Primero una, luego dos, después diez, ciento, se quedaron atrás masticando la hierba hasta llenarse y no poder caminar. Se quedaron cansadas tiradas en el polvo, en el fango. Otras se asomaron a precipicios pese a que el pastor les decía: “¡No lo hagáis!”

³ Cfr. Jer. 23, 1-6; Ex. 34; Zac. 11, 4-17; 13, 7-9

Algunas, como él se ponían ante ellas donde el peligro era mayor, llegaron a embestirlo y quisieron arrojarlo abajo. De este modo muchas terminaron sus vidas en los precipicios y murieron miserablemente. Otras se pelearon entre sí con toda su furia y se mataron.

Sólo un cordero no se separó jamás. Corría balando y decía en sus balidos al buen pastor: “Te amo”. Corría detrás de él, y cuando llegaron a las puertas del reino no iban más que dos: el pastor y el corderito fiel. Entonces el pastor no dijo: “entra”, sino “ven” y lo tomó entre sus brazos, lo estrechó contra su pecho, lo presentó ante sus súbditos, diciéndoles: “Este me ha amado. Quiero que esté conmigo para siempre. Amadlo porque es el predilecto de mi corazón”.

La parábola ha terminado, Benjamín. ¿Me puedes decir quién era el buen pastor?”

“Tú, Jesús”.

“¿Y quién el corderito?”

“Yo”.

“Yo me iré y tú olvidarás”.

“No, Jesús. No te olvidaré, porque te amo”.

“El amor se acabará cuando ya no me veas más”.

“Me repetiré en el corazón las palabras que me has dicho y será como si estuvieras presente. Te amaré y así te obedeceré. Dime, Jesús: ¿Te acodará de Benjamín?”

“Siempre”.

“¿Cómo lo harás?”

“Me repetiré que me has prometido amarme, obedecerme y me acordaré de ti”.

“¿Y me darás tu reino?”

“Si eres bueno, sí”.

“Seré bueno”.

“¿Cómo lo lograrás? La vida es larga”.

“Pero también tus palabras son muy buenas. Si me las repito y hago lo que me mandan, me conservaré bueno por toda la vida. Y lo haré porque te amo. Cuando se quiere bien, no cuesta ser bueno. A mí no me cuesta obedecer a mi mamá porque la quiero mucho. No me costará ser obediente, porque te amo mucho”.

Jesús se detiene, mira la carita brillante de cariño. La alegría de Jesús es tan viva que parece que un nuevo sol se encienda en su alma e irradie de las pupilas. Se inclina y besa en la frente al niño. Se para ante una casa modesta con un pozo delante. Después Jesús va a sentarse junto al pozo y allí se le juntan sus discípulos que todavía siguen midiendo sus respectivas prerrogativas.

Jesús los mira. Les dice: “Acercaos a mi alrededor y escuchad la última enseñanza del día, vosotros que os hacéis castillos celebrando vuestros méritos y pensando que conseguiréis un lugar por virtud de ellos. ¿Veis a este niño? Está en la verdad más que vosotros. Su inocencia le da la llave para abrir las puertas de mi reino. Ha comprendido en medio de su sencillez infantil que el llegar a ser grande radica en el amor y en la obediencia realizada por amor para entrar en mi reino. Sed sencillos, humildes, amorosos no sólo para conmigo, sino entre vosotros mismos. Obedecer mis palabras, todas, *aun estas*, si queréis llegar a donde entrarán estos inocentes. Aprended de los pequeñuelos. El Padre les revela la verdad, como no lo hace con los sabios”.

Jesús ha hablado teniendo contra sus rodillas, de pie, a Benjamín, sobre cuyos hombros ha puesto sus manos. El rostro de Jesús es majestuoso. Serio, pero no airado. Cual un Maestro. El último rayo del sol le acaricia su rubia cabellera.

La visión termina, dejándome llena de dulzura en medio de mis dolores.

Así pues⁴, los discípulos no entraron en la casa, y es natural, debido a su número y por respeto. Nunca lo hacen si no son invitados en masa o en particular por el Maestro. He notado

⁴ Aquí prosigue la “visión” del 6 de diciembre de 1945.

siempre un *grande* respeto, recato, no obstante la afabilidad de Jesús y su trato continuo. Aun Isaac, a quien podría llamar el primero entre los discípulos, no se permite jamás la libertad de ir donde Jesús con una sonrisa, si no le dice que se acerque.

Los discípulos se han esparcido por la ribera del lago a comprar pescado para la cena, pan y todo lo necesario. Vuelve Santiago de Zebedeo y llama al Maestro, que está sentado en la terraza con Juan, que se ha puesto a sus pies... Jesús se levanta y se asoma al parapeto.

Santiago dice: "¡Cuánto pescado, Maestro! Mi padre dice que seas bendito por haber venido. Mira, esto es para nosotros" y enseña un cesto de pescados, que parecen de plata.

"Dios le pague su generosidad. Preparadlos. Después de la cena iremos a la playa con los discípulos".

Así hacen. El lago ha ennegrecido con la oscuridad. Está esperando a que salga la luna, que se alza ahora tarde. Se le oye rebotar contra las piedras de la orilla. Sólo las bellísimas estrellas del Oriente jueguetean con las aguas tranquilas. Se sientan al rededor de una barca que han puesto bocabajo, y sobre la que se ha sentado Jesús. Apenas si logran iluminar las caras los pequeños faroles de las barcas que han puesto en el centro. Una lámpara puesta a los pies de Jesús ilumina completamente su rostro. Así todos pueden verlo.

Empiezan a conversar, pero poco a poco Jesús le da un giro a la charla que se convierte en lección. Mejor dicho, Jesús lo dice claramente: "Escuchad. Dentro de poco nos separaremos y quiero adoctrinaros para que os forméis mejor.

Hoy os oí discutir y no siempre con caridad. A los mayores de vosotros les he dado su lección. Pero también quiero darla a vosotros, aunque no hará mal a los otros que la repita. El pequeño Benjamín, no está aquí apoyado contra mis rodillas. Está durmiendo en su camita y sueña sus sueños inocentes. Tal vez su cándida alma está aquí entre nosotros. Imaginaos que él, o cualquier otro niño, está aquí para que os sirva de ejemplo. Vosotros, en vuestro corazón, tenéis todos un clavo fijo, una curiosidad, un peligro, y es el de ser el primero en el reino de los cielos. Queréis saber quién será el primero, y finalmente el deseo siempre humano de oír que le responda: "Tú eres el primero en el reino de los cielos" algún compañero, o mejor, el Maestro que sabéis que conoce la verdad y el porvenir.

¿No es así? La pregunta tiembla en vuestros labios, y vive en el fondo del corazón. El Maestro, por bien vuestro, quiere satisfacer esta curiosidad, aun cuando a Él no le agrade ceder a la curiosidad humana. Vuestro Maestro no es un charlatán a quien se le consulta por dos céntimos. No tiene el espíritu de pitoniso, que le procura dinero por hacerla de adivino, que quisiera satisfacer la mente del hombre, que quiere saber el futuro "para regularse". El hombre no se puede regular por sí mismo. Dios lo dirige, si el hombre tiene fe en Él. De nada sirve saber, o creer saber el futuro, si luego no se tienen los medios para la realización del futuro. El medio es uno solo: la plegaria al Padre y Señor para que por su misericordia nos ayude. En verdad os digo que la oración confiada puede cambiar el castigo en bendición. Pero quien recurre a los hombres para poder por sí mismo, o con medios humanos, desviar el futuro, no sabe orar, y no le sirve de mucho.

Vosotros os habéis hecho la pregunta: "¿Quién de entre nosotros es el mayor en el reino de los cielos?" Voy a satisfacer por ahora esta curiosidad vuestra.

No quiero hablar sobre el término "entre nosotros", quiero que lo que voy a decir sea para todos, los que viven y vivirán después de vosotros. Así pues, el mayor en el reino de los cielos es el más pequeño entre los hombres, esto es, al que los hombres consideran como "el más pequeño". El sencillo, el humilde, el que tiene confianza, el que no sabe. Por esto, el niño, que sabe tener un alma infantil. No es la ciencia, ni el poder, ni las riquezas, ni la actividad, aun cuando fuera buena, lo que hará "al mayor" en el reino bienaventurado, sino el ser como los niños, amables, humildes, sencillos, confiados.

Observad cómo me aman. ¡Imitadlos! Cómo creen en Mí. ¡Imitadlos! Cómo se acuerdan de lo que digo. ¡Imitadlos! Cómo hacen lo que enseño, cómo no se ensoberbecen de lo que hacen. ¡Imitadlos, pues! En verdad os digo que si no cambiáis de modo de pensar, de obrar, o de amar, y no lo hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Saben lo

esencial de mi doctrina, cosa que también sabéis, pero con la diferencia que practican lo que enseño. Por cada acción buena que realizáis pregonáis: “La he hecho yo”. El niño dice: “Jesús, me acordé hoy de Ti y por tu causa he obedecido, amado, no he peleado... y estoy contento por que Tú, lo sé, sabes cundo soy bueno y te pone contento por ello”. Ved a los niños cuando cometen alguna faltilla. Con qué humildad lo confiesan: “Hoy he sido malo. Me desagrada porque te he causado dolor”. No buscan excusas. Saben que lo sé, Creen. Les da pesar que me hayan adolorido.

¡Cómo quiero a esos niños en los que no existe soberbia, doblez, lujuria! Os digo: haceos semejantes a ellos si queréis entrar en mi reino. Amadlos como un dechado angelical al que podéis y debéis tender. Podríais excusaros diciendo: “no vemos a los ángeles”. Pero Dios os da a los niños por modelo, y los tenéis entre vosotros. Si viereis a un niño abandonado material o moralmente y que está en peligro de perecer, acogedlo en mi nombre, porque Dios lo quiere *mucho*. Quien acoge a un niño en mi nombre me acoge a Mí mismo, porque estoy en su alma que es inocente. Y quien me acoge a Mí, acoge al que me ha enviado, al Señor Altísimo.

Y guardaos de escandalizar a uno de estos pequeñuelos cuyos ojos ven a Dios. No se debe dar jamás escándalo a nadie, pero ¡ay de quien desflore su candor inocente! Dejadlos que sean ángeles, lo más que podáis. Demasiado repugnante es el mundo y la carne para el alma que viene de los cielos. Y el niño por su inocencia es todo alma. Respetad su alma, y su cuerpo, como respetáis un lugar sagrado. Y el niño es sagrado porque tiene en sí a Dios. En cada cuerpo está el templo del Espíritu. Pero el templo del pequeñuelo es el más sagrado y profundo, más que el velo sagrado. No sacudáis las cortinas de la sublime ignorancia de la concupiscencia con el viento de vuestras pasiones. Yo quisiera que en cada familia hubiera un niño, en cada grupo, para que sirviese de freno a las pasiones humanas

El niño santifica, da fuerzas, fresca y solo con los rayos de sus ojos que no conocen malicia. ¡Ay de los que arrebatan la santidad al niño con su modo escandaloso de obrar! ¡Ay de aquellos que con sus licencias hacen maliciosos a los niños! ¡Ay de los que con sus palabras e ironías hieren la fe que ellos tienen en Mí! ¡Sería mejor que a todos se les colgase una piedra de moler y se arrojasen al mar para que se ahogaran con su escándalo” ¡Ay del mundo por los escándalos que da a los inocentes! Si es inevitable que haya escándalos, ¡ay del hombre que es su causa!

Nadie tiene el derecho de hacer violencia a su cuerpo y vida, porque ambas cosas vienen de Dios, y sólo Él tiene el derecho de tomar una parte o todo. Pero os digo que si vuestra mano os escandaliza, es mejor que os la cortéis; que si vuestro pie os conduce a escandalizar, es mejor que os lo cortéis. Es mejor para vosotros que entréis mancos o cojos a la Vida que se os arroje al fuego eterno con ambas manos y ambos pies. Y si no basta haber cortado un pie o una mano, haced que se os corten la otra mano y el otro pie, para no escandalizar y para arrepentiros antes de que se os lance a donde el fuego no se apaga, y cual gusano roe para siempre. Si vuestro ojo fuera causa de escándalo, arrancáoslo. Es mejor estar tuertos que estar en el infierno con los dos. Con un solo ojo, o sin ellos, llegados que hubiereis al cielo, veréis la luz; mientras con los dos escandalosos tinieblas y horror en el infierno y no más.

Acordaos de todo esto. No despreciéis a los pequeñuelos, ni los escandalicéis u os burléis de ellos. Valen más que vosotros. Sus ángeles ven siempre a Dios que les dice la verdad que deben manifestar a los pequeños y a los que tuvieran un corazón semejante.

Y vosotros como niños amaos los unos a los otros, sin disputas, sin orgullo. Mantened la paz entre vosotros. Sed pacíficos con todos. Sed hermanos en el nombre del Señor y no enemigos. No existen, y no deben existir enemigos para los discípulos de Jesús. El único enemigo es Satanás. De él sed acérrimos enemigos, bajando a la batalla contra él y contra el pecado que conduce a Satanás en el corazón. No os canséis de combatir el mal, cualquiera que sea la forma que tomare.

Sed pacientes. El apóstol nunca debe dejar de trabajar, porque el demonio nunca descansa, y nunca dice: “¡Basta! ¡Estoy cansado y voy a reposar!” Es incansable. Pasa ligero como el

pensamiento de este hombre a aquel y tienta y seduce, atormenta, no deja en paz. Ataca traidoramente y derriba a quien no está atento. A veces se atreve a conquistar al hombre porque es débil. Otras veces entra como amigo, porque el modo de vivir de su presa es tal que le sirve de aliado. Otras, arrojado por alguien, da vueltas y se echa sobre el mejor para vengarse del revés que le dio el Señor o algún siervo suyo. Debéis decir lo que él dice: “No reposo”. Él no se cansa de poblar el infierno. Vosotros no debéis cansaros de poblar el paraíso. No le deis cuartel. Os anuncio que cuanto más lo combatáis, más os hará sufrir. Pero no os importe eso. Puede recorrer la tierra, pero en el cielo no entra. Allá no os molestará. Allá estarán todos los que hayan combatido contra él...”

De pronto se detiene Jesús y pregunta: “En una palabra ¿por qué siempre molestáis a Juan? ¿Qué queréis de él?”

Juan se pone rojo y Bartolomé, Tomás e Iscariote bajan sus cabezas viéndose descubiertos.

“¿Y bien?” pregunta con imperio Jesús.

“Maestro, mis compañeros quieren que te diga una cosa”.

“Dila”.

“Hoy mientras estabas donde el enfermo, dimos vuelta por el poblado como nos lo ordenaste, y vimos a un hombre que no es tu discípulo, a uno que jamás lo hemos visto entre los que escuchan tu doctrina y ese tal arrojaba a los demonios en tu Nombre, de un grupo de peregrinos que se dirigían a Jerusalén. Curó a uno que tenía un temblor que le impedía hacer cualquier trabajo. Devolvió la palabra a una niña a la que el demonio, en forma de perro, la había asaltado en el bosque y atado la lengua. Él decía: “Largo, demonio maldito, en nombre del Señor Jesús, del Mesías, Rey de la estirpe de David, Rey de Israel. Él es el Salvador y Vencedor. ¡Huye ante su Nombre!” y el demonio huía realmente. A nosotros no nos pareció bien y se lo prohibimos. Él contestó: “¿Qué mal hago” Honro al Mesías, limpiándole el camino de demonios que no son dignos de verlo”. Le replicamos: “No eres exorcista según Israel, y no eres discípulo según el Mesías. No te es lícito hacerlo”. Respondió: “Siempre es lícito hacer el bien” y no quiso obedecer a nuestra prohibición, pues añadió: “Continuaré haciendo lo que hago”. Esto querían que te dijese, sobre todo ahora que has dicho que en el cielo estarán todos los que han combatido contra Satanás”.

“¡Está bien! Ese hombre será del número de estros. Lo es. Tenía razón y vosotros no. Son infinitos los caminos del Señor y no está escrito que sólo los que toman el camino directo, lleguen al cielo. En todos los lugares, en todos los tiempos, de miles de modos diversos, habrá hombres que vendrán a Mí, tal vez hasta por un camino que al principio fue malo. Mas Dios verá su recta intención, y los traerá al bueno. De igual modo habrá algunos que por ebriedad de las pasiones se saldrán del buen camino y tomarán otro que los alejará, o extraviará. Por esta razón no debéis jamás juzgar a vuestros semejantes. Sólo Dios ve. Procurad no salir vosotros del buen camino, a donde más que vuestra voluntad, ha salido la de Dios que en él os ha puesto. . Cuando veáis a uno que cree en mi nombre, y de Él se vale, no lo llaméis extranjero, enemigo, sacrílego. Es siempre mi súbdito, mi amigo, mi fiel, porque cree en mi Nombre espontáneamente y mejor que muchos de entre vosotros. Por este motivo mi Nombre en sus labios obra prodigios iguales a los vuestros o mayores. Dios lo ama porque me ama, y terminará por llevarlo al cielo. Ninguno que obre prodigios en mi Nombre puede serme enemigo y hablar mal de Mí. En verdad os digo que creer en mi Nombre es ya suficiente para salvar su propia alma, porque mi nombre es salvación. Por esto os digo: si lo encontrareis otra vez, no se o prohibáis. Más bien llamadlo “hermano” porque lo es, aun cuando todavía está fuera de mi redil. Quien no está contra Mí, está conmigo, y quien no está contra vosotros, está con vosotros”.

“¿Faltamos en algo, Señor?” pregunta entristecido Juan.

“No. Obrasteis ignorantemente, sin malicia, por esto no hay culpa alguna. Pero lo sería en lo sucesivo, porque ahora lo sabéis. Vámonos a nuestras casas. La paz sea con vosotros”.

41. Benjamín fue fiel hasta la muerte

7 marzo 1944

Añadió Jesús:

“Lo que dije a mi pequeño discípulo, lo digo también a vosotros. El reino es de los corderos fieles que me aman, me siguen sin perderse en lisonjas, y me aman hasta el fin.

Os digo a vosotros lo que dije a mis discípulos: “Aprended de los pequeños”. El ser ricos, doctos, audaces no os servirá de nada para conquistar el reino según la ciencia del amor, que hace doctos, ricos, audaces, sobrenaturalmente. ¡Cuánto ilumina el amor para comprender la Verdad! ¡Cuánto enriquece para conseguirla! ¡Cuán audaces para conquistarla! ¡Qué confianza inspira! ¡Qué seguridad!

Obrad como el pequeño Benjamín, mi florecita que me perfumó el corazón aquella tarde, que le cantó una melodía angelical que cubrió el olor de la humildad rebelde de los discípulos y el rumor de los altercados humanos.

¿Quieres saber lo que pasó después a Benjamín? Siguió siendo el cordero del Mesías, y muerto su Gran Pastor, pues había regresado al cielo, se hizo su discípulo, fue bautizado y tuvo por nombre el de Esteban, mi primer mártir. Fue fiel hasta la muerte y con él sus padres, a los que llevó a la fe con su ejemplo. ¿No es conocido? A muchos los hombres no los conocen pero Yo sí en mi reino. Y con ello son felices. La fama del mundo no añade un rayo de luz a la aureola de los bienaventurados”.

42. Segunda multiplicación de los panes ¹

27 y 28 mayo 1944

Estoy viendo un lugar que no puede llamarse llanura. Ni siquiera montañoso. Hay montes al oriente, pero un poco lejos, luego un valle y colinas. Hay lugares donde se ve hierba. El lugar da la impresión de que sea las faldas de un grupo de colinas. El terreno es árido, sin árboles. Veo hierba pero muy poca. En algunos lugares se ven montes de espinos. Hacia el occidente veo que el lugar se extiende, y que está muy iluminado. Todavía es de día, pero me inclino a pensar que ha empezado el atardecer, porque el poniente se está pintando de rojo, mientras que los montes orientales ese tinte violáceo propio del atardecer.

El crepúsculo aunque todavía lejano hace que las hondonadas se vean más profundas y que las partes más altas parezcan de color violeta. Jesús está de pie sobre una gran roca y habla a una gran multitud. Los discípulos lo rodean. Domina a la multitud debido al lugar en que se encuentra.

Debió haber realizado milagros porque oigo que dice: “No a Mí sino a quien me envió, debéis ofrecer alabanzas y mostrar vuestra gratitud, La alabanza no es la que sale de los labios, *sino la que sale del corazón y es la manifestación verdadera de vuestros sentimientos*. Esto es lo que agrada a Dios. Los que habéis sido curados, amad al Señor fielmente. Haced lo mismo los padres de ellos. No empleéis para el mal la salud recobrada. Tened más miedo de las enfermedades del corazón que de las del cuerpo. No pequéis. *Todo pecado es una enfermedad*. Y hay algunos que producen la muerte. Así pues, todos quienes estáis contentos, *no destruyáis la bendición de Dios con el pecado. Vuestra alegría se acabaría porque la acción mala quita la paz, y donde no hay paz, tampoco hay alegría*. Sed santos. Sed perfectos como vuestro Padre lo quiere, y lo quiere porque os ama, y a los que ama da su reino. Mas a su reino no entran sino los que fielmente observan la ley. La paz de Dios sea con vosotros”.

Jesús guarda silencio. Cruza sus brazos sobre el pecho y contempla a la multitud. Levanta sus ojos hacia el firmamento sereno que se va oscureciendo poco a poco. Piensa. Baja de la roca. Habla con sus discípulos. “Esta multitud me da compasión. Hace tres días que me sigue. No tiene ya provisiones consigo. Están lejos de cualquier poblado. Temo que los más débiles vayan a padecer si lo mando sin darles algo”.

¹ Cfr. Mt. 15, 32-39; Mc. 8, 1-10.

“¿Y qué quieres hacer? Tú mismo dices que estamos retirados de cualquier población. ¿Dónde podemos encontrar pan en este lugar desierto? Si das algo a los que están más cerca se provocará una riña. Nos quitas lo que tenemos y a ninguno hace bien”. Pedro ha hablado.

“¡Traedme cuanto tengáis!”

Traen una canastita con siete panes. No están ni siquiera enteros. Los pescadillos han sido quemados al fuego.

“Haced que la gente se siente en grupos de cincuenta y que esté quieta y callada si quiere comer”.

Unos discípulos suben a las rocas, otros caminan entre la gente, para poner el orden que Jesús ha pedido. Poco a poco lo logran. Algunos niños empiezan a llorar porque tienen hambre y sueño, otros porque para que se estén quietos han tenido qué recibir un manazo de alguien.

Jesús toma los panes, no todos, dos en cada mano, los ofrece y los pone otra vez y los bendice. Toma los pescaditos. Son tan pocos que caben muy bien en su palma. Los ofrece, los coloca y también los bendice.

“Tomas ahora, id entre la gente y dad a todos *en abundancia*”. Los discípulos obedecen.

Jesús, de pie, sobre la roca, con su blanca figura domina a la multitud que cubre la llanura. La contempla. Sonríe.

Los discípulos siguen caminando cada vez más lejos. ¡Dan! ¡Dan! Y la cesta siempre llena. La gente come mientras la tarde cae en medio de un profundo silencio y consoladora paz.

43. Milagro espiritual de la multiplicación de la Palabra

Dice Jesús:

“He aquí otra cosa que dará fastidio a doctores difíciles: la aplicación que Yo hago de esta visión evangélica. No te hago meditar sobre mi potencia y bondad. Ni sobre la fe y la obediencia de los discípulos. Nada de esto. Te quiero hacer ver la analogía del episodio con la obra del Espíritu Santo.

Mira: Yo doy mi palabra. Doy cuanto podéis entender y, por tanto, asimilar para que se convierta en alimento del alma. Pero vosotros os habéis hecho tan retardados a causa del cansancio y de la inedia que *no podéis asimilar todo el alimento que hay en mi palabra*. Necesitaríais mucha, mucha, mucha. Pero no sabéis recibir mucha. ¡Sois tan pobres de fuerzas espirituales! El alimento de la palabra os da peso sin daros sangre y fuerza. He aquí que por eso el Espíritu obra el milagro por vosotros. El milagro espiritual de la multiplicación de la Palabra. *Os ilumina*, y por eso la multiplica, *los más recónditos significados*, de manera que vosotros, sin cargaros con un peso que os aplastaría sin daros fuerza, os nutris y no caéis desfallecidos en el desierto de la vida.

“Seis panes y unos pocos peces!

Prediqué tres años y, como dice mi discípulo amado Juan, “si se hubieran de escribir todas las palabras y milagros que he dicho y obrado para daros un alimento abundante, capaz de llevaros sin debilidad hasta el Reino, no sería suficiente la tierra para contener los volúmenes”¹. Pero si hubiera hecho así no habríais podido leer tal montaña de libros. Ni siquiera leéis, como deberíais, lo poco que escribí sobre Mí. Lo único que deberíais conocer, como conocéis las palabras más necesarias desde la infancia.

Por eso viene el Autor y multiplica. También Él, uno conmigo y con el Padre, tiene “piedad de vosotros que morís de hambre” y con un milagro que se repite por los siglos, dobla, decuplica, centuplica los significados, las luces, el alimento de toda palabra mía. He aquí un tesoro sin fondo de alimento celeste. Os es ofrecido por la Caridad. Tomadlo sin temor. Cuanto más tome vuestro amor, tanto más ese tesoro que es fruto del Amor, aumentará su caudal. Dios no tiene límites en sus riquezas y posibilidades. Vosotros sois relativos. Él no. Es infinito.

¹ Cfr. Ju. 21, 24-25.

En todas sus obras. También en ésta de poder daros a cada momento, en cada evento, las luces que necesitáis *a cada instante*. Y así como el día de Pentecostés el Espíritu Santo derramado sobre los apóstoles hizo su palabra comprensible a Partos, Medos, Escritas, Capadocios, Pónticos y Frigios, y como si fuera lengua nativa a Egipcios y Romanos, Griegos y Libios, de igual modo el Espíritu os confortará si lloráis, os dará consejo si lo pedís, comparte la alegría si gozáis, todo con la misma Palabra.

¡Oh!, si realmente os ilumina el Espíritu la frase: “Vete en paz y *no queráis pecar más*, es premio para quien no ha pecado, ánimo para quien todavía es débil y no quiere pecar, perdón para el culpable que se arrepiente, reproche templado con misericordia para quien apenas tiene un germen de arrepentimiento. Y se trata de *una sola* frase. Y de las más sencillas. ¡Cuántas no están en el Evangelio! Cuántas que como botones de rosa, después de la lluvia y con el sol de abril, se abren apretadas sobre el ramo, en el que antes solo una estaba abierta y lo cubren todo, para alegría de quien los mira.

Ahora descansa. La paz del Amor esté contigo”.

44. El pan del cielo¹

7 diciembre 1945

La playa de Cafarnaum hierve de barcas de todos los tamaños. Los primeros que desembarcan quieren ver dónde está Jesús, o un apóstol o discípulo. Y preguntan...

“Al fin un hombre responde: “¿El Maestro? ¿Los apóstoles? ¡No están aquí! Se fueron inmediatamente después del sábado y no han regresado, pero volverán porque hay algunos discípulos. Hace poco estaba yo hablando con uno de ellos. Ha de ser un discípulo importante. ¡Habla como Yairo! Fue en dirección de aquella casa que se ve entre los campos, siguiendo el mar”.

Al oír la información todos se arrojan hacia el lugar señalado, pero apenas han caminado unos doscientos metros se topan con un grupo de discípulos que vienen de Cafarnaum, hablando entusiastamente. Los saludan. Preguntan: “¿Dónde está el Maestro?”

Responden: “En la noche, después del milagro se fue con los suyos y con las barcas al otro lado del mar. Vimos las velas, a la luz pálida de la luna, que tomaron rumbo hacia Dalmanuta”.

“¡Ah, ahora sabemos todo! Lo buscamos en Mágdala cerca de la casa de María y no estuvo. ¡Podían habernos dicho los pescadores de Mágdala!”

“Tal vez no lo sabían. Quién sabe si no ha ido a los montes de Arbela para orar. El año pasado antes de la pascua fue allá. Lo encontré en aquella ocasión porque el Señor quiso” dice Esteban.

“¿No vuelve aquí?”

“Sí. Debe darnos el adiós y sus órdenes. ¿Pero qué queréis?”

“Oírlo nuevamente. Seguirlo. Ser de los suyos”.

“Ahora va a Jerusalén. Lo encontraréis allá. Y allá en la casa de Dios, el Señor os hablará si es que os es útil seguirlo. Porque debéis tener en cuenta que si es verdad que Él no rechaza a nadie, tenemos en nosotros elementos que rechazan la luz. El que tiene muchos que no sólo está hartos de ellos –lo que no sería gran cosa porque Él es luz, y cuando uno quiere decididamente ser de los suyos, su luz penetra y vence las tinieblas- sino de amarlos como a nuestra propia carne, entonces en vano que se acerque a Él, a no ser que destruya todo lo antiguo para ser un nuevo ser. Meditad si tenéis la fuerza de tener un nuevo espíritu, un nuevo modo de pensar, un nuevo modo de querer. Orad para que podáis ver la verdad de vuestra vocación. Después si creéis venid. Y plegue al Altísimo que guió a Israel en el “paso”, que os guíe para caminar por las huellas del Cordero, fuera de los desiertos, a la tierra eterna, al reino de Dios” explica en nombre de todos sus compañeros.

“¡No, no! ¡Al punto, al punto! Nadie hace lo que Él hace. Queremos seguirlo” dice la gente.

¹ Cfr. Ju. 6, 23-72.

Esteban sonríe, pero una sonrisa que puede interpretarse de muchos modos. Abre sus brazos y continúa: “¿Venís porque os dio pan sabroso y en abundancia? ¿Creéis que en lo futuro os dé solo esto? Promete a los que le siguen lo que es su herencia: dolores, persecuciones, el martirio. No les promete rosas, sino espinas; no caricias, sino bofetones; no pan sino piedras. Esto tendrán sus “ungidos”. Y esto digo sin cometer blasfemia, porque sus verdaderos fieles serán ungidos con el aceite santo hecho de su gracia y de sus sufrimientos: y nosotros seremos “ungidos” para ser víctimas en el altar y reyes en el cielo”.

“¿Y luego? ¿Estás acaso celoso? Tú eres de Él. También nosotros queremos serlo. El Maestro es de todos”.

“¡Muy bien! Os lo decía porque os amo y quiero que sepáis lo que significa ser “discípulos”, para que después no vayáis a ser desertores. ¡Vamos, pues, todos a esperarlo en su casa! Empieza el crepúsculo y el sábado ha empezado. Él viene a pasarlo aquí antes de que parta”.

Se dirigen a la ciudad hablando. Muchos preguntan a Esteban, a Hermas que los ha alcanzado, quienes a los ojos de los israelitas, tienen una luz especial porque son discípulos predilectos de Gamaliel. Varios preguntan: “¿Qué dice Gamaliel de Él?”, otros: “¿Os ha mandado?” y otros: “¿No le ha pesado perderlos?”, o bien: “¿Qué dice el Maestro del gran rabí?”

Con toda paciencia los dos responden: “Gamaliel habla de Jesús de Nazaret como el más grande hombre de Israel”.

“¡Oh! ¿Más grande que Moisés?” preguntan escandalizados.

“Él dice que Moisés es uno de los tantos precursores del Mesías, pero no más que su siervo”.

“¿Entonces para Gamaliel Él es el Mesías? ¿Se expresa de este modo? Si así habla Gamaliel, la cosa es segura. ¡Él es el Mesías!”

“No dice esto. Ni logra creerlo para desgracia suya. Dice que el Mesías está en la tierra, porque le habló hace muchos años. Él y el sabio Hilel. Espera la señal que aquel Mesías le prometió para poderlo reconocer” agrega Hermas.

“Pero ¿cómo hizo para creer que aquel era el Mesías? ¿Qué pruebas dio? Soy tan viejo como Gamaliel, mas nunca oí que se hubieran hecho prodigios cuales hace el Maestro. Si no se convence con estos milagros, ¿qué cosa más milagrosa pudo haber visto en aquel Mesías para haber creído?”

“Lo vio ungido con la sabiduría de Dios. Así dice él” responde Hermas.

“¿Entonces qué cosa es para Gamaliel éste?”

“El más grande hombre. El Maestro y precursor de Israel. Cuando diga: “¡Es el Mesías!” se salvará el alma sabia y recta de mi primer maestro” dice Esteban y concluye: “Yo ruego que se realice”. ¿Si no cree que Él sea el Mesías, por qué os ha enviado?”

“Quisimos venir. Nos permitió venir, pues dijo que era cosa buena”.

“Tal vez para informarse y decirlo luego al Sanedrín” alguien insinúa.

“¿Por qué hablas así? ¡Gamaliel es un hombre recto, no espía para nadie, ni mucho menos para los enemigos de un inocente!” grita Esteban, lleno de ira.

“Pero tendrá sentido el perderos” añade otro.

“¡Sí y no! Como alguien que nos quiere mucho, es cierto. Como un hombre recto, no. Él dijo: “Él vale más que yo, y es más joven. Por eso cuando cierre mis ojos, moriré en paz, sabiendo que pertenecéis al ‘Maestro de los maestros’””.

“¿Y qué dice Jesús de Nazaret del gran rabí?”

“¡Encomios*!”

“¿No le tiene envidia?”

“Dios no envidia a nadie” replica seriamente Hermas. “No os forméis juicios sacrílegos”.

“¿Es entonces para vosotros Dios? ¿Estáis seguros?”

Ambos responden: “Como de estar vivos en estos momentos”.

* encomio = alabanza encarecida.

Esteban añade: “Y tratad de creer lo mismo si queréis poseer la verdadera vida”.

Están nuevamente en la playa que se convierte en plaza. La atraviesan para ir a la casa.

En el umbral está Jesús acariciando a los niños.

Discípulos y curiosos se estrechan preguntando: “Maestro ¿cuándo llegaste?”

“Hace unos momentos”. El rostro de Jesús conserva todavía la majestad, un poco extática, de quien ha orado mucho.

“¿Estuviste en oración, Maestro?” pregunta Esteban en voz baja por reverencia e inclinándose.

“Sí ¿por qué lo deduces, hijo mío?” pregunta Jesús poniéndoles sus manos sobre los cabellos oscuros, cual una dulce caricia.

“De tu rostro de ángel. Soy un pobre hombre, pero es tan bello tu aspecto que en él pueden leerse las palpitaciones y acciones de tu espíritu”

“También el tuyo es limpio. Eres uno de los que permanecen cual infantes”.

“¿Qué cosa hay en mi cara, Señor?”

“Ven aparte y te lo diré” y lo toma por la muñeca, y lo lleva a un corredor oscuro. “Caridad, fe, pureza, generosidad, sabiduría. Esto te lo ha dado Dios. Tú lo has cultivado y harás más. Conforme a tu nombre tienes la corona de oro puro y con una gran piedra preciosa que brilla en tu frente. En el oro y las piedras preciosas están escritas dos palabras: “predestinación” “primicia”. ¡Sé digno de tu suerte, Esteban! ¡Vete en paz con mi bendición!” Y le pone de nuevo su mano sobre los cabellos mientras Esteban se arrodilla, y se inclina para besarle los pies. Vuelven donde están los demás.

“Esta gente ha venido a escucharte...” dice Felipe.

“Aquí no se puede hablar. Vamos a la sinagoga. Yairo se pondrá contento”.

Jesús va adelante, detrás cual cortejo, los demás. Saludan a Yairo, entran, y se da la orden de que no se cierren las puertas porque los que no puedan entrar, puedan oírlo desde la calle y plaza, que están al lado de la sinagoga.

Jesús va a su lugar, en esta sinagoga amiga, donde por buena suerte no hay fariseos. Tal vez ya partieron con toda pompa a Jerusalén. Empieza a hablar.

“En verdad os digo que me buscáis no para escucharme y por los milagros que habéis visto, sino por el pan que os di y con él os saciasteis sin haber gastado nada. Tres partes de vosotros me buscáis por esto, y por curiosidad, viniendo de todas partes de nuestra nación. En la búsqueda falta el espíritu sobrenatural, sigue dominando el espíritu humano con su curiosidad malsana, o con una imperfección infantil, no porque sea sencilla como la de los niños, sino como la de alguien tardo de inteligencia. Con la curiosidad están la sensualidad y el sentimiento viciado. La sensualidad que se esconde, sutil cual demonio de quien es hija, detrás de apariencias y con actos aparentemente buenos. El sentimiento viciado que es sólo una desviación morbosa del sentimiento y que como todo lo que es “enfermedad”, tiene necesidad, apetece drogas que no son el alimento sencillo, el pan bueno, el agua sana, el suave aceite, la primera leche que basta para vivir, y vivir bien. El sentimiento viciado anhela cosas extraordinarias para tomar fuerzas, para probar la satisfacción que agrada, la satisfacción enfermiza de los paralizados, que necesitan de drogas para probar sensaciones que lo engañen de tener todavía íntegros sus miembros. La sensualidad que quiere satisfacer sin trabajo alguno al paladar, y en este caso, con el pan que no se consiguió con el sudor de la frente, sino que Dios lo regaló.

Los dones de Dios no son “costumbre”, sino algo extraordinario. No se les puede pretender, ni ser poderoso diciendo: “Dios me lo dará”. Está dicho: “Comerás el pan bañado con el sudor de tu frente”³, esto es, el pan que se ha conseguido con el trabajo. Si Él que es misericordioso ha dicho: “Tengo compasión de esta multitud, que hace tres días me sigue, y no tiene qué comer y podrían desfallecer en el camino antes de llegar a Ippo, o a Gamala, o a otras ciudades” y proveyó, no por esto se ha dicho que se le siga por este motivo. Por algo más, que

³ Cfr. Gén. 3, 17-19.

por un pedazo de pan, que se arrojará a la cloaca se me debe seguir. No por el alimento que llena el vientre, sino por el que alimenta el alma. Porque no sois solamente animales que mastiquen y rumien y engorden. ¡Sois almas! La carne es la vestidura, el ser es el alma. Esta permanece. La carne como un vestido, se deteriora, se acaba, y no merece que se le tenga en tanta consideración como si fuera algo vital.

Tratad de procuraros lo que es menester, no lo contrario. Tratad de conseguiros no el alimento que se destruye, sino el que dura para la vida eterna, que el Hijo del hombre os dará, cada vez que lo queráis, pues Él tiene a su disposición todo cuanto viene de Dios y puede darlo. Él es el dueño y dueño magnánimo de los tesoros de Dios Padre que ha impreso en Él su sello para que los ojos honestos no sufran desilusión. Si tuviereis en vosotros la comida que no se destruye, podéis hacer obras de Dios, porque os habréis alimentado de su alimento”.

“¿Qué debemos hacer para realizar las obras de Dios? Nosotros observamos la ley y los profetas, y por lo tanto estamos alimentados de Dios y realizamos sus obras”.

“Es verdad. Observad la ley, mejor aún: *“conocéis”* la ley. Pero conocer no quiere decir practicar. Conocemos, por ejemplo, las leyes de Roma, y sin embargo un israelita fiel no las practica sino en aquellos puntos que se le imponen como súbdito. Por otra parte, nosotros, me refiero a los israelitas, no practicamos las costumbres paganas de los romanos aun cuando las conozcamos. La ley y profetas que conocéis deberían en realidad nutrirnos de Dios y hacernos capaces de realizar obras de Dios. Pero para conseguir esto, deben formar una sola cosa con vosotros, así como el aire que respiráis y el alimento que asimiláis, que se cambian en vida y sangre en vosotros. Si os son extraños de nada os servirán, no os ayudarán para vivir. Haced la prueba de no respirar por algunos instantes, de no comer por algunos días... ¡y no viviréis! De igual modo debe sentirse vuestro ser con la desnutrición y asfixia de la ley y de los profetas, que conocéis, pero no habéis asimilado y convertido en vosotros. Esto he venido a enseñaros y daros: el jugo, el aire de la ley y de los profetas, para devolver sangre y respiración a vuestras almas agonizantes de inedia y asfixia. Os parecéis a unos niños enfermos y a los que la enfermedad incapacita de conocer lo que les sirve. Tenéis ante vosotros abundancia de alimentos, pero no sabéis que se comen para que se transformen en algo vital, esto es, para que *se conviertan en realidad en algo nuestro* por medio de una fidelidad pura, generosa a la ley del Señor que habló a Moisés y a los profetas para vosotros. Es un deber pues que vengáis a Mí para que tengáis aire y jugo de vida eterna. Este deber presupone fe en vosotros, pues si alguien no la tiene, no puede creer en mis palabras y si no cree no puede decirme: “Dame el pan verdadero”. Si no tiene el pan verdadero no puede realizar las obras de Dios, pues no tiene capacidad para ello. Por lo tanto para ser alimentados de Dios, para realizar sus obras es menester que realicéis las obras que son la base, y que se reducen a creer en El que Dios ha enviado”.

“¿Pero qué milagros realizas para que podamos creer en Ti como en el enviado de Dios y que se pueda ver en Ti el sello de Dios? ¿Qué haces que los profetas no hayan hecho aunque en menor proporción? Moisés te superó, y eso no una vez, sino durante los cuarenta años al haber alimentado a nuestros padres con un alimento maravilloso. Escrito está⁵ que nuestros padres durante cuarenta años comieron maná en el desierto, y dicho está que Moisés como podía, les dio de comer un manjar venido del cielo”.

“Estáis equivocados. No fue Moisés sino el Señor quien hizo esto. En el Éxodo se lee⁶: “Venid que haré llover pan del cielo. Salga el pueblo y recoja lo que necesitare para el día, y así Yo me convenza de que el pueblo camina según mis órdenes. El día sexto recoja el doble por respeto al séptimo día que es el sábado”. Los hebreos vieron cómo se cubría el desierto, diariamente de una⁷ “cosa pequeña como la que se muele en el mortero y semejante a la

⁵ Cfr. Ex. 16.

⁶ Cfr. Ex. 16, 4-5.

⁷ Cfr Ex. 16, 14.

escarcha⁸, semejante a la semilla del coriandoro y que tenía un sabor de harina con miel”. Así pues, no fue Moisés, sino Dios que dio el maná. Dios *que todo lo puede*. ¡Todo! Castigar y bendecir. Quitar y dar. Y Yo os digo que de las dos cosas prefiere siempre bendecir, dar.

Dios, como dice la Sabiduría, por amor a Moisés –del que en el Eclesiástico⁹ se dice que “era amado de Dios y de los hombres, cuyo recuerdo era bendito, a quien Dios hizo semejante a sus santos en la gloria, grande y terrible ante los enemigos, capaz de realizar prodigios, que fue ensalzado a los ojos del rey, como ministro suyo ante el pueblo, que conocía la gloria de Dios y la voz del Altísimo, que guardó los preceptos y la ley de la vida y la ciencia”- Dios por amor a él alimentó a su pueblo con pan de los ángeles, y del cielo le dio sin cansancio alguno un pan, que llevaba dentro de sí todo gusto, todo sabor. Recordad bien lo que dice la Sabiduría, que como venía del cielo, de parte de Dios, regalaba su sabor delicado a los hijos. Cada uno lo saboreaba según quería, y a cada uno regalaba los efectos deseados, haciéndose útil al niño, débil de estómago, como al adulto de fuerte estómago, y a la jovencilla delicada, al viejo que apenas si podía caminar. Y para mostrar que no era una obra humana, transformó las leyes de los elementos, ¡pues era resistente al fuego! ¡el pan que se disolvía cuando salía el sol! O con otras palabras, el fuego –es siempre la Sabiduría que habla- olvidó su propia naturaleza en respeto a la obra de Dios su Creador y a las necesidades de sus justos de modo que no sirviendo frecuentemente más que para atormentar, en este caso se hizo delicado para bien de los que confiaban en el Señor. Por esto al transformarse en diversos modos, sirvió a la gracia del Señor, alimentadora de todos, según la voluntad de quien pedía al Eterno, y esto para que los hijos amados comprendiesen que no son los frutos que alimentan al hombre, sino que la palabra de Dios conserva a quien en Él cree. Y de hecho el fuego no destruyó el bello maná aun cuando era fortísimo, pero sí bastaban los rayos matinales para disolverlo, y esto para que los hombres recordasen y tuviesen en cuenta que los dones de Dios hay que buscarlos en las primeras horas del día y de la vida, que si se quieren tener es menester anticiparse a la salida del sol y levantarse para alabar al Eterno desde las primeras horas matinales.

Esto fue lo que el maná enseñó a los hebreos. Os lo recuerdo porque es deber que permanece y permanecerá para siempre, hasta el fin de los siglos. Buscad al Señor y sus dones celestiales diligentemente sin esperar las horas de la tarde del día o de la vida. Levantaos a alabarlo antes de que se levante el sol que lo alaba, alimentaos de su palabra que consagra, preserva y conduce a la vida verdadera. Moisés no os dio el pan del cielo, sino que ha sido el Padre, y ahora os digo claramente, es mi Padre quien os da el Pan verdadero, el Pan nuevo, el Pan eterno que descende del cielo, el Pan de misericordia, el Pan de vida, el Pan que al mundo se da, el Pan que sacia cualquier hambre y cura toda debilidad, el Pan que da a quien lo come la vida y alegría eternas”.

“Danos, Señor, de este Pan, y no moriremos jamás”.

“Moriréis como cualquier ser mortal, pero resucitaréis a la vida eterna si os alimentaréis santamente de este Pan, porque hace incorruptible a quien lo come. A aquel que pida este Pan a mi Padre con corazón puro, recta intención y santa caridad se lo dará, Por esto os he enseñado a decir: “Danos el pan diario”. Pero los que se alimentan de él indignamente, se convertirán en un montón de gusanos infernales, como sucedía con el maná cuando se le conservaba contra la orden recibida. Y este Pan de salvación y de vida se convertirá para ellos en muerte y condenación, porque el sacrilegio mayor lo perpetuarán los que pondrán este Pan en una mesa espiritual corrupta y fétida, y lo profanarán mezclándolo en la cloaca de sus incurables pasiones. ¡Sería mejor para ellos no comerlo jamás!”

“¿Pero dónde está ese pan? ¿Cómo se le encuentra? ¿Cómo se llama?”

“Yo soy el Pan de vida. En Mí se le encuentra. Su nombre es Jesús. Quien viene a Mí no tendrá más hambre, y quien cree en Mí no tendrá jamás sed, porque los ríos celestiales se

⁸ Cfr. Ex. 16, 31.

⁹ Cfr. Sab. 45, 1-6.

desbordarán para apagar en él cualquier ardor material. Ya os he dicho que me habéis conocido, y sin embargo no creéis. No podéis creer que todo exista en Mí. En Mí existen todos los tesoros de Dios. Todo lo de la tierra ha sido puesto en mis manos, por esto en Mí se hayan reunidos los gloriosos cielos, la tierra militante y hasta la masa de los que mueren en gracia de Dios que padecen y esperan, están en Mí, porque en Mí existe todo poder y es mío. Os aseguro que todo lo que el Padre me diere, vendrá a Mí. Y no lo arrojaré porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y la voluntad de mi Padre que me ha enviado es esta: que no pierda a ninguno de los que me dio, y que los resucite en el mismo día. Así pues, la voluntad del Padre que me ha enviado es que quien conoce al Hijo y cree en Él consiga la vida eterna, y que lo pueda Yo resucitar en el último día, al verlo alimentado con la fe en Mí y sellado con mi sello”.

No poco rumor se escucha en la sinagoga y fuera de ella por las palabras nuevas y raras del Maestro. Después de haber descansado unos cuantos instantes, vuelve sus ojos extáticos al lugar de donde parte el rumor, donde hay más judíos. Continúa hablando.

“¿Por qué disputáis entre vosotros? Yo soy el hijo de María de Nazaret, hija de Joaquín de la estirpe de David, virgen consagrada en el templo, y luego casada con José de Jacobo, de la misma estirpe de David. Muchos de vosotros conocisteis a los padres justos de José el carpintero, y conocéis a María, virgen heredera. Ambos de la misma estirpe davídica. Esto os hace decir: “¿Cómo puede decir que descendió del cielo?”, y la duda se ha clavado en vosotros.

Os voy a recodar a los profetas cuando hablan de la encarnación del Verbo. Os recuerdo ante todo que para nosotros los israelitas más que para cualquier otro pueblo, es cosa importantísima que aquel cuyo nombre no nos atrevemos a pronunciar, no podía tomar carne humana, según las leyes normales, y menos de una raza caída. El Purísimo, el Increado si se ha dignado¹² hacerse hombre por amor al linaje humano, no podía sino que elegir un seno virginal, más puro que los lirios, para revestir de carne su divinidad. El pan que bajó del cielo en tiempos de Moisés fue depositado en el arca de oro, sobre la que estaba el propiciatorio, custodiada por querubines, tras los velos del tabernáculo. Con el pan estaba la palabra de Dios. Y muy bien hecho, porque se debe tributar suma reverencia a los dones de Dios y a la mesa de su santísima palabra. ¿Qué cosa, entonces, habrá preparado el cielo para su misma Palabra y para el Pan verdadero que ha descendido de allá? Un arca más preciosa, más digna que el arca de oro, cubierta con el propiciatorio precioso de su voluntad pura de inmolación, custodiada por los querubines de Dios, cubierta con el velo de su candor virginal, de una humildad perfecta, de una caridad sublime, y de todas las virtudes más santas.

¿Entonces? ¿No comprendéis que mi Padre está en el cielo y que por lo tanto vengo de allá? Descendí para realizar el decreto de mi Padre, el decreto de salvar a los hombres según lo que prometió cuando castigó al hombre culpable, y repitió a patriarcas y profetas. Esto es fe. Esta es la de Dios a quien tiene buena voluntad. Por esto nadie puede venir a Mí si mi Padre no me lo trae, al verlo sumido en las tinieblas pero con un deseo sincero de la luz. Está escrito en los profetas: “Todos serán amaestrados por Dios”¹³. Está dicho: “Dios es quien los instruye. Él los enseñe a dónde ir”. Así pues quien en el fondo de su corazón recto ha escuchado hablar a Dios, ha aprendido a venir a Mí”.

“¿Quién ha oído o visto su rostro?” preguntan varios que empiezan a mostrar señales de irritación y de escándalo. Concluyen: “¡Deliras! ¡Eres un iluso!”

“Nadie ha visto a Dios a excepción del que es de Dios: Éste ha visto al Padre, y este tal soy Yo. Y ahora oíd lo que es necesario para la vida futura, sin la cual nadie se puede salvar.

En verdad, en verdad os digo que quien cree en Mí, tiene la vida eterna. En verdad, en verdad os digo que Yo soy el Pan de la vida eterna.

¹² Cfr. Fil. 2, 6-11.

¹³ Cfr. Is. 54, 13; Jer. 31. 31-34.

Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron, porque el maná era un alimento santo pero temporáneo, y servía para dar fuerzas al pueblo para llegar a la tierra que Dios le había prometido. Pero el Maná que soy Yo no tendrá limitaciones en el tiempo, ni en poder. No sólo es celestial, sino divino, y produce lo que es divino, la incorruptibilidad, la inmortalidad en todo lo que Dios creó a su imagen y semejanza. No durará cuarenta días, cuarenta meses, cuarenta años, cuarenta siglos, sino que durará mientras exista el tiempo, y se dará a todos los que tuvieren hambre santa y agradable ante los ojos del Señor que se alegrará de entregarse sin medida a los hombres por quienes se ha encarnado, para que alcancen la vida que no muere. Puedo darme, puedo cambiarme por amor de los hombres de modo que el Pan sea la Carne y esta Pan, para el hombre espiritual de los hombres que sin este alimento morirían de hambre y enfermedad espirituales. Si alguien come de este Pan, con toda justicia vivirá eternamente. El pan que daré será mi Carne inolada por la vida del mundo. Será mi amor esparcido en las casas de Dios para que vengan a la mesa del Señor todos los que amen, todos los desgraciados, y encuentren fuerzas para unirse con Dios y encuentren solaz en su penar”.

“¿Cómo puedes darnos a comer tu carne? ¿Por quiénes nos tienes? ¿Por fieras? ¿Por salvajes? ¿Homicidas? ¡Nos repugna la sangre y el crimen!”

“En verdad, en verdad os digo que muchas veces el hombre es más que una fiera, que el pecado hace a los hombres peores que salvajes, que el orgullo provoca sed homicida, y que no a todos los presentes repugnará la sangre y el crimen. Aun en el porvenir el hombre se comportará igual porque Satanás, los sentidos y el orgullo harán de él una fiera. Y por esto con mayor razón debe el hombre curarse a sí mismo de los gérmenes terribles con la infusión del Santo.

En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida. Quien come dignamente mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día, porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él. Como el Padre que vive me envió y Yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá también en Mí e irá a donde lo mandare, y hará lo que Yo quisiere, y vivirá austero como hombre, ardiente como un serafín, y será santo, porque poder alimentarse de mi carne y de mi sangre se prohibirá a sí mismo el pecado y vivirá sabiendo siempre hasta que llegue a los pies del Eterno”.

“¡Este está loco! ¿Quién puede vivir en esta forma? En nuestra religión sólo el sacerdote debe purificarse para ofrecer las víctimas. Él ahora quiere convertirnos en tantas víctimas de su demencia. ¡Esta doctrina es demasiado dura, y estas palabras demasiado rudas! ¿Quién lo puede escuchar y poner en práctica lo que enseña?” susurran los presentes, y muchos de ellos son de los discípulos.

La gente entre murmullos sale de la sinagoga. Las filas de los discípulos se van menguando. Quedan pocos. Los más fieles. No los cuento, pero al pasar mis ojos, creo que llegarán a cien. Debe haber habido una gran defección* aun entre los discípulos antiguos, dedicados al servicio de Dios. Además de los apóstoles, entre los que se quedaron están Juan el sacerdote, el otro Juan el escriba, Esteban, Hermas, Timoteo, Hermasteo. Agapo, José, Salomón, Abel de Belén de Galilea y Abel el leproso de Corozaim, con su amigo Samuel, Elías (el que no fue a enterrar a su padre por seguir a Jesús), Felipe de Arbela, Aser e Ismael de Nazaret y otros cuyos nombres no conozco. Estos hablan en voz baja comentando la defección de sus compañeros y las palabras de Jesús que pensativo, con los brazos cruzados, está reclinado sobre un atril.

“¿Os habéis escandalizado de lo que dije? ¿Y si os dijese que veréis un día subir al Hijo del hombre al cielo donde estaba antes, y sentarse al lado del Padre? ¿Qué cosa habéis creído, asimilado, comprendido hasta ahora? ¿Con qué cosa lo comparasteis? ¿Sólo lo humano? Es

* defección = acción de separarse con deslealtad de una causa.

el espíritu el que da vida y tiene valor. La carne no sirve para nada. Mis palabras son espíritu y vida, y hay que entenderlas espiritualmente para que se tenga vida. Hay muchos entre vosotros que tienen el espíritu muerto, porque no tienen fe. Muchos de vosotros no creéis en verdad. Inútilmente estáis cerca de Mí. No tenéis vida, sino muerte, porque os estáis, como dije desde el principio, por curiosidad, o por un sentimiento humano, o lo que es peor, por fines más bien indignos. El Padre no los trajo a Mí como premio de su buena voluntad, sino Satanás. Nadie puede venir a Mí si el Padre no se lo concede. ¡Idos también vosotros! No os avergoncéis. No os preocupéis de abandonarme. Tened más bien vergüenza de permanecer al servicio de uno que os “parece loco y duro”. ¡Idos! ¡Mejor lejos que causar mal!”

Otros muchos se separan de los discípulos. Entre ellos Juan el escriba y Marcos, el geraseno endemoniado, que curó enviando a los demonios dentro de los cerdos. Los discípulos fieles se consultan y corren tras de estos, tratando de detenerlos. En la sinagoga están Jesús y los apóstoles...

Jesús se vuelve a los doce que apenados están en un rincón y pregunta: “¿También vosotros queréis ir?” Su pregunta no sabe a reproche, ni a tristeza.

Pedro que la siente en el alma responde: “¡Señor! ¿a dónde quieres que vayamos? ¿Con quién? Tú eres nuestra vida y nuestro amor. Tú sólo tienes palabras de vida eterna. Hemos conocido que eres el Mesías, el Hijo de Dios. ¡Si quieres, arrójanos, pero de nuestra parte no te abandonaremos! ¡No siquiera... ni siquiera si no nos amaras más!...” Gruesas lágrimas corren por la cara de Pedro... Andrés, Juan, los dos hijos de Alfeo lloran sin freno alguno. Los otros están pálidos o rojos por la emoción que se ha apoderado con ellos.

“¿Por qué os debería arrojar? ¿No fui Yo quien os elegí a vosotros los doce?” Yairo prudentemente se retira para que Jesús se quede con sus apóstoles y pueda hablar con ellos con libertad. Al ver que se ha ido, Jesús se sienta como agotado, como si la revelación que va a ser le costara un esfuerzo superior, entristecido, lleno de dolor dice: “¡Y sin embargo uno de vosotros es un demonio!”

Las palabras caen despacio, pesadas, en la sinagoga en la que sólo la luz de las lámparas brilla... y nadie se atreve a decir algo, pero se miran investigadores, temerosos, y sus ojos vuelven a su corazón para escudriñarlo.

Nadie se mueve. Jesús está solo en su asiento, con las manos cruzadas sobre sus rodillas, el rostro inclinado. Después de algunos instantes lo levanta y dice: “Venid. ¡No soy un leproso! ¿O lo creéis?”

Entonces Juan veloz se acerca, le rodea el cuello diciendo: “¡Aunque estuvieras leproso te seguiría! Iré contigo si se te condenare, a la muerte, si esto te espera...” Pedro se echa a sus pies, los toma, se los pone sobre sus hombros y sollozando dice: “¡Aquí aprieta, aplasta! ¡Pero no me hagas pensar que desconfías de tu Simón!”

Los otros, al ver que Jesús acaricia a Juan y a Pedro, se acercan y besan sus vestidos, sus manos, cabellos... Sólo Iscariote se atreve a besarlo en la cara.

Jesús se levanta de pronto, y casi lo rechaza bruscamente por lo imprevisto. Dice: “¡Vamos a casa! Mañana por la noche partiremos por barca para Ippo”.

45. Un nuevo discípulo: Nicolás de Antioquía

9 diciembre 1945

Jesús está sentado en la terraza de la casa de Tomás de Cafarnaum. La gente descansa, pues es sábado. No es mucha, porque los más celosos en sus prácticas religiosas han partido ya para Jerusalén, y también las familias que llevan niños, pues deben hacer jornadas breves. En este día nublado falta la alegría de los niños.

Jesús está muy pensativo. Sentado sobre una banca baja, que está en el rincón, cerca del parapeto, dando la espalda a la escalera, como si quisiera que el parapeto lo escondiera, tiene un codo apoyado sobre su rodilla y la mano sobre la frente con aire de cansado, de afligido. Un pequeñuelo viene a sacarlo de su meditación. Viene a despedirse de Él antes de partir a

Jerusalén. “¡Jesús, Jesús!” lo llama a cada grada, pues no lo ve porque el parapeto lo oculta a los ojos de quien está abajo. Él está tan ensimismado que no oye la vocecita, ni las pisadas del niño... de modo que cuando llega a la terraza, todavía está en esa posición de dolor.

El niño se queda cohibido. Se detiene donde empieza la terraza, se lleva un dedito entre los labios y piensa... luego se decide y avanza lentamente... está ya detrás de Jesús... se inclina para ver lo que está haciendo y dice: “¡No está bien! ¡No llores! ¿Por qué? ¿Por aquellos sinvergüenzas de ayer? Mi padre comentaba con Yairo que son indignos de ti. No debes llorar. Yo te amo mucho. También te quieren mi hermanita y Santiago y Tobías y Juan y María y Miqueas y todos, todos los niños de Cafarnaum. ¡No llores más!...” y se echa al cuello cariñoso. Añade: “De otro modo me pongo a llorar también yo... y lloraré durante todo el viaje...”

“No, David. Mira, no llores más. Me has consolado. ¿Estás solo? ¿Cuando partirás?”

“Después del crepúsculo en la barca hasta Tiberíades. Ven con nosotros. Mi padre te quiere ¿sabes?”

“Lo sé, querido. Pero debo ir donde otros niños... Te agradezco que hayas venido a despedirte y te bendigo, David. Dame el beso de despedida, y regresa a casa. ¿Sabe tu mamá que has venido aquí?”

“No. Me escapé porque no te vi con tus discípulos y pensé que estabas llorando”.

“No llores más. Lo ves. Vete con tu mamá. Tal vez esté preocupada por ti. ¡Adiós! Ten cuidado con los asnos de las caravanas. Ya ves que hay por todas partes”.

“¿Pero de veras no lloras más?”

“No. No siento ya ningún dolor. Me lo quitaste, ¡Gracias, chiquito!”

El niño baja a saltos la escalerilla mientras Jesús lo sigue con su mirada, luego mueve su cabeza y torna a sus anteriores pensamientos.

Pasa el tiempo. En medio de las nubecillas que lo han ocultado se ve que el sol descende a su ocaso.

Se oyen pisadas por la escalera. Jesús levanta el rostro, ve a Yairo que llega. Lo saluda. Yairo lo saluda con respeto.

“¿Qué te ha traído por aquí Yairo?”

“¡Señor! Tal vez me he equivocado, pero Tú que ves los corazones de los hombres, puedes leer que en el mío no hay ninguna malicia. Hoy no te invité a que hablaras en la sinagoga. Pero es que he sufrido mucho por lo de ayer, y también vi que has sufrido que no me atreví. Pregunté a los tuyos. Me dijeron: “Quiere estar solo”... Hace unos cuantos momentos vino a verme Felipe, el padre de David, y me dijo que su niño le había contado que llorabas. Añadió que le habías dado las gracias porque había venido. También yo estoy aquí. Maestro, los que quedan todavía en Cafarnaum están para reunirse en la sinagoga, y la sinagoga mía es tuya”.

“¡Gracias, Yairo! Otros hablarán hoy en ella. Iré como un privado...”

“Nadie te obliga. Tu sinagoga es el mundo. ¿No vienes de veras?”

“No, Yairo. Estoy aquí en espíritu con mi Padre que me comprende y que no encuentra culpa en Mí” En sus ojos tristes se ve brillar una lágrima.

“¡Igualmente yo no encuentro que hayas faltado en algo! ¡Hasta pronto, Señor!”

“Hasta pronto, Yairo”. Jesús se sienta nuevamente, y se sumerge en su meditación.

La hija de Yairo, veloz cual una paloma, envuelta en su blanca vestidura, sube la escalera. Mira... llama en voz baja: “¡Salvador mío!”

Jesús vuelve su cabeza, la ve, sonríe, le dice: “Acércate”

“Señor, yo quisiera llevarte donde los demás. ¿Por qué debe estar muda ahora la sinagoga?”

“Están tu padre y otros para llenarla con sus palabras”.

“¡Pero son palabras!... La tuya es *la palabra*. ¡Oh Señor mío! Con tu palabra me restituiste a mi madre y a mi padre cuando estaba ya muerta. Mira a aquellos que van a la sinagoga. Muchos de ellos están más muertos que yo entonces. ¡Ven a darles la Vida!”

“Hija, tú lo merecías. Ellos... *¡No hay palabra alguna que pueda dar vida a quien ha escogido la muerte!*”

“Así es, Señor mío, pero no importa, ven. Hay quienes viven más al oírte... Ven. Dame tu mano y vamos. Yo soy la prueba de tu poder, y estoy pronta a demostrarlo ante tus enemigos, aun cuando me quiten esta segunda vida, que por otra parte no es ya más mía. Tú me la has dado. Maestro bueno, por compasión a mi madre y a mi padre. Pero yo...” La jovencilla, de ojos hermosos es una cara pura e inteligente, siente que el llanto le oprime la garganta, y que las lágrimas corren por sus mejillas.

“¿Ahora lloras tu?” le pregunta Jesús poniéndole la mano sobre su cabellera.

“Porque... me han dicho que dices que vas a morir...”

“Todos morimos...”

“Pero no como Tú dices. Yo... no quisiera haber vuelto a la vida, para no ver lo que no sé cuando será, pero ¡será algo horrible!...”

“Entonces no hubieras podido darme el consuelo que me estás dando. ¿No sabes que una sola palabra de quien es puro, y que ama en verdad me quita todos mis dolores?”

“¿De veras? Entonces no debes sufrir nada, porque te amo más que a mi padre, más que a mi madre y que a mi propia vida”.

“Así es”.

“Entonces ven. No estés solo. Habla para mí, para Yairo, para mi mamá, para el pequeño David, para los que te aman. Somos muchos y aumentaremos. Pero no estés solo, ni triste”, e instintivamente maternal como cualquier mujer de buen corazón, concluye diciendo: “Junto a mí nadie te hará mal. Yo te defenderé”.

Jesús se levanta para darle gusto. Ambos de la mano cruzan las calles y entran en la sinagoga por una puerta lateral.

Yairo, que estaba leyendo en voz alta un rollo, suspende su lectura y dice, inclinándose profundamente: “Maestro, te ruego que hables a los rectos de corazón. Prepáranos para la pascua con tu santa palabra”.

“¡Están leyendo algo de los Reyes ¿no es verdad?”

“Sí, Maestro. Trataba de hacer reflexionar que quien se separa del Dios verdadero cae en la idolatría de becerros de oro”.

“Has dicho bien. ¿Ninguno de vosotros tiene más qué decir?”

Se oye un murmullo entre la gente. Algunos quieren que hable, otros gritan: “Tenemos prisa. Recítense las oraciones y se acabe la reunión. Vamos a Jerusalén y allá escucharemos a los rabinos”. Los que gritan así son los desertores de ayer, a quienes el sábado detuvo en Cafarnaum.

Jesús los mira con profunda tristeza y dice: “¡Tenéis prisa! ¡Es verdad! También Dios la tiene de juzgaros. ¡Idos!” Luego dirigiéndose a los que reprendían a los que habían hablado les dice: “No los reprendáis. Cada árbol da su fruto”.

“¡Señor! Haz lo mismo que hizo Nehemías¹. Repréndelos, Tú, Sumo Sacerdote!” grita iracundo Yairo, a quien se unen los apóstoles, los discípulos fieles y los de Cafarnaum.

Jesús abre sus brazos en forma de cruz, y palidísimo, con un rostro en que está pintado un cruel dolor, grita: “¡Acuérdate de Mí, Dios mío! ¡Y para bien mío! ¡Acuérdate también de ellos! ¡Yo los perdono!”

Se vacía la sinagoga. Se quedan los fieles a Jesús... Hay un extranjero en un rincón. Es un hombre robusto en quien nadie ha parado mientes. Mira fijamente a Jesús, tanto que Él vuelve sus ojos hacia el rincón, lo ve y pregunta a Yairo que quién sea.

“No lo sé. Sin duda alguno que está de paso”.

Jesús le pregunta en voz alta: “¿Quién eres?”

“Nicolás, prosélito de Antioquía, y voy a Jerusalén para la Pascua”.

“¿A quién buscas?”

¹ Cfr. 2 Esdr. 5.

“A Ti, señor. Deseo hablar contigo”.

“Ven”. Sale con él al huerto que está detrás de la sinagoga.

“Hable en Antioquía con un discípulo tuyo de nombre Felix. He deseado muchísimo conocerte. Me dijo que sueles encontrarte en Cafaraum, y que tienes a tu Madre en Nazaret. También me dijo que sueles ir a Getsemaní, o a Betania. El Eterno ha querido que te encuentre aquí. Ayer estuve aquí... Estuve cerca de Ti cuando llorabas en medio de tus oraciones, cerca de la fuente... te amo, Señor, porque eres santo y bueno. Creo en Ti. Tus acciones, tus palabras ya me habían conquistado, pero tu misericordia que mostraste hace poco, ha terminado porque me decidiera. ¡Señor, recíbeme en el lugar de quien te abandona! Vengo a Ti con todo lo que tengo: mi vida, mis bienes, todo en una palabra”. Se arrodilla al decir estas últimas palabras.

Jesús lo mira fijamente... luego dice: “Ven. De hoy en adelante serás de los míos. Vamos donde tus compañeros”.

Vuelven a la sinagoga donde se oye que discípulos y apóstoles discuten con Yairo.

“He aquí un nuevo discípulo. El Padre me consuela. Amadlo como a un hermano. Vamos a compartir con él el pan y la sal. Luego en la noche partiréis para Jerusalén y nosotros con las barcas iremos a Ippo... No digáis a nadie mi camino, para que no me entretengan”.

El sábado ha terminado, y los que no quieren a Jesús están ya en la playa, para contratar la travesía a Tiberíades. Litigan con Zebedeo porque no quiere ceder su barca que está ya pronta, y junto a la de Pedro, para partir en la noche con Jesús y los doce.

“¡Voy a darle una mano!” dice Pedro que está de mal humor.

Jesús para evitar choques, lo detiene: “Vamos todos, no nada más tú” Van... Y tienen el triste sabor de boca de ver que los enemigos se van sin dar siquiera un saludo, terminando la discusión al punto con tal de alejarse de Jesús... se oye una que otra palabra ofensiva contra el Maestro y consejos subversivos a los discípulos fieles...

Jesús se dirige a casa, después que sus contrarios han partido. Dice al nuevo discípulo: “¿Lo estás viendo? Esto es lo que te aguarda si eres de los míos”.

“Lo sé. Y por esto me quedo. Un día te vi en medio de la turba que delirante te aclamaba por su rey. Levanté mis hombros y me dije: “¡He ahí a otro tonto! ¡Otra plaga para Israel!” y no te seguí porque parecías un rey. No volví a pensar en Ti. Ahora te sigo porque veo al Mesías prometido en tus palabras, en tu bondad”.

“En verdad que estás más adelantado en el camino de la justicia que otros muchos. Pero una vez más repito. Quien espere en Mí como un rey terrenal que se retire. Quien crea que se avergonzará de Mí ante el mundo acusador, que se vaya. Quien piense que se escandalizará al verme tratado como malhechor que me abandone. Os lo digo mientras podéis hacerlo sin veros comprometidos ante los ojos del mundo. Imitad a los que huyen en aquellas barcas, si no os sentís con fuerzas para compartir conmigo mi suerte en el oprobio, para poder compartirla después en mi gloria. Porque esto es lo que va a suceder. El Hijo del Hombre va a ser acusado y entregado en las manos de los hombres, los cuales lo matarán como a un malhechor y pensarán que lo habrán vencido. ¡Pero en vano cometerán ese crimen, porque resucitaré después de tres días y triunfaré! ¡Bienaventurados los que sepan estar conmigo hasta el fin!”

Han llegado a casa. Jesús confía a los discípulos el recién llegado y sube a donde estaba antes. Mejor dicho, entra en la habitación superior y se sienta pensativo.

Poco después suben Iscariote y Pedro. “Maestro, Judas me ha hecho ver bien las cosas”.

“¿Cuáles?”

“Aceptas a este Nicolás, que es un prosélito e ignoramos su pasado. Hemos tenido ya muchos problemas... y tenemos... ¿Y ahora? ¿Qué sabemos de él? ¿Podemos confiarnos? Judas tiene razón al decir que podría tratarse de algún espía que los enemigos hayan enviado”.

“¡Claro! ¡Puede ser un traidor! ¡No quiere decir de dónde viene y quién lo ha enviado! Yo le he preguntado y se limita a decir: “Soy Nicolás de Antioquía, prosélito”. Tengo sospechas muy grandes”.

“Vuelvo a repetir que viene a Mí, porque me ve traicionado”.

“¡Puede ser una mentira! ¡Una traición!”

“Quién ve por todas partes la mentira o la traición es uno que es capaz de ello, porque mide según su propio patrón” dice serio Jesús.

“¡Señor, me ofendes!” grita Judas enojado.

“¡Déjame entonces, y vete con quien me abandona!”

Judas sale golpeando la puerta de mal modo.

“¡Pero, Señor, Judas no siempre está equivocado!... Además no quisiera yo... que fuera a hablar Nicolás de Juan. No cabe duda que el hombre de Endor lo envió...”

“Y así es. Pero Juan de Endor es prudente y ha tomado nuevamente su antiguo nombre. Puedes estar tranquilo, Simón. Un hombre que se hace discípulo porque ve que mi causa humana esta perdida, no puede ser sino un hombre de corazón recto. Todo lo contrario del que acaba de salir, y que vino a Mí porque esperaba ser el príncipe de un rey poderoso... y no se persuade que soy Rey pero de los corazones...”

“¿Sospechas de él, Señor?”

“No sospecho de nadie, pero en verdad te digo que a donde llegará Nicolás, discípulo y prosélito, Judas de Simón, apóstol, israelita y judío, no llegará”.

“Señor, yo quisiera preguntar a Nicolás acerca... de Juan”

“No lo hagas, Juan no le dio encargo alguno porque es prudente. No seas un curioso”.

“Esta bien, Señor, Sólo quería pedirte tu permiso...”

“Vamos abajo, para que esté pronta la cena. Partiremos a media noche... Simón, ¿me amas?”

“¡Oh, Maestro, qué preguntas!”

“Simón mi corazón está más oscuro que el lago en una noche de tormenta, y azotado por olas como él²...”

“¡Oh, Maestro mío!... ¿Qué puedo decirte si yo estoy más... oscuro y agitado que Tú? Te voy a decir una cosa: “Aquí estoy. Si mi corazón puede darte algún consuelo, tómallo”. No tengo más que él, pero es sincero”.

Jesús le pone por un momento la cabeza sobre su robusto pecho, luego bajan.

46. Jesús va a Gadara

10 diciembre 1945

Jesús está ya en la transjordania. La ciudad que se ve en lo alto de una verde colina es la ciudad de Gadara, la primera a la que llegan después de haber desembarcado en la playa sudoriental del lago de Galilea, sin seguir hasta Ippo a donde se dirigieron las barcas hostiles a Jesús. Me imagino que desembarcaron frente a Turiquea, donde el Jordán sale.

“Conoces el camino más corto para ir a Gadara ¿no es verdad? ¿Te acuerdas de él?” pregunta Jesús.

“Y ¡cómo no! Cuando estemos en los manantiales calientes del Yarmoc no tendremos más que seguir el camino” responde Pedro.

“¿y dónde se encuentran los manantiales?” pregunta Tomás.

“¡Oh, basta tener narices para encontrarlos! ¡Huelen muchísimo antes de que se les encuentre!” exclama Pedro, frunciendo su nariz.

“¡No sabía que hubieras padecido ciertos dolores!...” insinúa Iscariote.

“¿Yo haber padecido dolores? ¡Jamás!”

“¡Vamos! Conoces tan bien las aguas termales del Yarmoc, que debes haber estado allí”.

² Frase que puede entenderse a la luz de Mt. 26, 36-39; Mc. 14, 32-36; Lc. 22, 39-44.

“Nunca he tenido necesidad de aguas termales, para estar bien. Los humores malos de los huesos me salieron con el sudor en mi honesto trabajo... y como he trabajado más que gozado, así es que todos los bichos que hubiera podido tener, fueron muy pocos...”

“Esto por mí ¿no es verdad? ¡Bueno! ¡Yo soy el culpable en todo y de todo!...” retoba inquieto Judas.

“¿Pero qué te ha picado? Tú preguntas, yo respondo, como habría respondido al Maestro o a cualquier otro compañero. Y creo que nadie se hubiera sentido ofendido, ni siquiera Mateo que... ¡la pasaba bien!...”

“¡Bueno, pero yo sí me he sentido ofendido!”

“No creía que fueras tan delicado. Sin embargo te pido excusa, por lo que hubiera yo podido sugerir. Por amor al Maestro ¿sabes? Por Él que tiene tantas aflicciones de extraños, y no está bien que nosotros le demos más. Míralo y verás que dejando a un lado tus quisquillas, tiene necesidad de paz y de amor.

Jesús no dice nada. Mira a Pedro y le sonrío agradecido. Judas no dice nada. Está de mal humor, intranquilo. Quiere aparecer cortés, pero la rabia, el despecho, la desilusión que invaden su corazón salen a flor en su voz, en su expresión, y hasta en su modo de caminar dando fuertes pisadas como para desahogarse, para dar salida a lo que bulle por dentro.

De la mejor manera que puede pregunta a Pedro: “¿Entonces cómo conoces estos lugares? ¿Estuviste por causa de tu mujer?”

“¡No! Pasé cuando en etamín vinimos a Auranítide con el Maestro. Acompañaba a su Madre y a las discípulas hasta las tierras de Cusa y por eso, al venir de Bozra, pasé por allí” responde con sinceridad y prudencia Pedro.

“¿Ibas tú solo? Irónico pregunta Judas.

“¿Por qué? ¿Crees que no valga yo por muchos cuando llega el caso, cuando se me confía algo importante, y sobre todo cuando se hace por amor?”

“¡Oh, cuánta soberbia! ¡Hubiera querido verte!”

“Habrías visto a un hombre serio que acompañaba a mujeres santas”.

“¿Pero de veras ibas solo?” pregunta con voz escudriñadora Judas.

“¡Iba con los hermanos del Señor!”

“¡Ah, bueno! ¡Ya empezamos a admitir algo!”

“¡Y empiezas a tirarme de los nervios! ¿Se puede saber qué te pasa?”

“Es verdad. ¡Es un vergüenza!” interviene Tadeo.

“Es tiempo de acabar ya con esto” grita santiago de Zebedeo.

“No te es permitido burlarte de Simón” reprocha Bartolomé a Judas.

“Y debes recordar que es nuestro jefe” concluye Zelote.

Judas no dice nada.

“¡Oh! Que no me burlo de nadie, y nada me pasa. Sólo me gusta picarle un poco...”

“¡No es verdad! ¡Mientes! Haces preguntas astutas para llegar a tus conclusiones. El mentiroso cree que todos son. Entre nosotros no hay secretos. Estuvimos todos. Y no más. ¿Lo comprendes?” grita enojado el otro Judas.

“¡Silencio! ¡Parecéis mujercitas chillonas! ¡Todos estáis equivocados! ¡Siento vergüenza de vosotros!” reprende severo Jesús.

Un silencio profundo los invade mientras se dirigen a la ciudad que está sobre la colina. Tomás rompe el silencio con: “¡Qué olor tan apestoso!”

“Son los manantiales. Allá está el Yarmoc y allá las termas romanas. Y pasadas, hay un buen camino empedrado que lleva a Gadara. Los romanos quieren viajar cómodos. ¡Es bella Gamala!” dice Pedro.

“Y lo será más porque aquí no encontraremos a ciertos tipos... al menos no en abundancia” refunfuña entre dientes Mateo...

Pasan el río sobre el puente entre olores acres de aguas sulfurosas. Pasan las termas, las callejuelas romanas; toman una buena vía, pavimentada con largas piedras, que lleva a la ciudad, que se deja ver sobre su muralla.

Juan se acerca al Maestro: “¿Es verdad que hace mucho tiempo allí donde están esas aguas se echó de cabeza un condenado? Cuando éramos pequeños nuestra madre nos lo decía, para hacernos comprender que no deberíamos de pecar, si no el infierno se abre bajo los pies de quien Dios maldice y se lo traga. Y que luego, como para recuerdo y aviso, han quedado las grietas de donde sale ese olor, y calor y aguas infernales. ¡A mí me daría miedo bañarme en ellas!”

“¿Miedo de qué, muchacho? ¡No te corromperías! Más fácil es que a alguien lo corrompan los hombres que llevan dentro el infierno y que despiden hedores y veneno. Sólo se corrompen los que tienen tendencia a hacerlo”.

“¿Podría corromperme?”

“No. Aunque te encontrases en medio de una turba de demonios”.

“¿Por qué? ¿Qué cosa tiene él que los demás no tengan?” pregunta al punto Judas de Keriot.

“Lo que tiene es que es puro en *todos* los aspectos, y por esto ve a Dios” responde Jesús, y Judas ríe maliciosamente.

Juan vuelve a preguntar: “¿Entonces esos manantiales no son boca del infierno?”

“No. Son cosas buenas que el Creador hizo para sus hijos. El infierno no está encerrado dentro de la tierra. Está *sobre* ella, Juan. En el corazón de los hombres¹, y se hace absoluto en el más allá”.

“¿Pero de veras existe el infierno?” pregunta Iscariote.

“¿Qué estás diciendo!” le echan en cara sus compañeros escandalizados.

“Digo: ¿es verdad? No sólo yo, sino otros tampoco creen”.

“¡Pagano!” gritan horrorizados.

“No. Israelita. Muchos de nosotros no creemos en ciertas tonterías”.

“¿Entonces cómo vas a creer en el paraíso?” “¿Y en la justicia divina?” “¿Dónde metes a los pecadores?” “¿Cómo explicas la existencia de Satanás?” gritan varios.

“Digo lo que pienso. Hace poco se me echó en cara que era yo un mentiroso. Demuestro que soy sincero, aun cuando esto os escandalice, y me haga odioso a vuestros ojos. Por otra parte no soy el único de Israel, desde que se ha adelantado en el saber con el contacto de los helenistas y romanos, en creer de este modo. Ni el Maestro, cuyo juicio es el único que respeto, puede reprocharme a mí o a Israel, pues Él protege y es abierto amigo de griegos y romanos... Yo parto de este concepto filosófico. Si Dios controla todo lo que hacemos es por su voluntad y por esto debe premiarnos a todos de igual modo porque todos somos autómatas y suyos. Somos unos seres privados de voluntad. El mismo Maestro lo anda diciendo: “La voluntad del Altísimo. La voluntad del Padre”. Esta es en realidad la única voluntad. Y es tan inmensa que aplasta y anula la voluntad limitada de las criaturas. Por esto tanto el bien como el mal, que parece que realizamos, lo hace Dios, porque nos lo impone. Por esto no podrá castigarnos por el mal, y de este modo se ejercerá su justicia, porque nuestras culpas no son voluntarias sino que nos las impone quien quiere que las hagamos, para que tanto el bien como el mal existan en la tierra. Quien es malo, es el medio con que expían los menos malos. Y sufre por sí porque no se le puede considerar bueno, y de este modo expía su parte de culpa. Jesús lo ha dicho. El infierno está en la tierra y en el corazón del hombre. Yo no siento a Satanás. No existe. Hubo un tiempo en que creía que existía. Pero desde hace tiempo estoy convencido de que es un mito. Y creer de este modo es llegar a tener paz”.

Judas ha lanzado estas teorías suyas con aire magistral, en tal forma que los demás se quedan sin respiro... Jesús no dice nada. Judas lo provoca: “¿No tengo razón, Maestro?”

“¡No!” Un “no” rotundo, seco.

“Y sin embargo yo... Yo no siento que Satanás exista y no admito el libre albedrío, el mal. Todos los saduceos están de mi parte, como también otros muchos de Israel. Es claro. ¡Satanás no existe!”

¹ Cfr. Lc. 22, 3-6; Ju. 13, 2, 21-30.

Jesús lo mira. Una mirada tan compleja que no puede analizarse. Es la mirada del juez, del médico, del afligido, del que no sabe qué hacer... es todo...

Judas que se ha lanzado desbocado en su hablar, concluye: "¡Será porque soy mejor que otros, más perfecto, que he superado el terror que tienen los hombres por Satanás!"

Y Jesús callado. Judas lo provoca: "¡Pero habla! ¿Por qué no tengo yo miedo?"

Jesús no responde.

"¿No contestas, Maestro? ¿Por qué? ¿Tienes miedo?"

"No. Yo soy la caridad. Y ella no pronuncia su juicio sino hasta que no se vea obligado a hacerlo... ¡Déjame y retírate!" dice finalmente porque Judas trata de abrazarlo, y en voz baja, estrechado por los brazos del blasfemo: "¡Me causas asco! ¡No ves ni sientes a Satanás porque sois una misma cosa! ¡Apártate de mí demonio!"

Judas, desvergonzado, lo besa y se cha a reír, como si el Maestro le hubiera dicho en secreto alguna alabanza. Vuelve a sus compañeros que horrorizados se han quedado donde estaban y dice: "¿Lo veis? Yo sé abrir el corazón y así aprendo. Vosotros ¡al contrario!... Jamás os atrevéis a hablar, porque sois soberbios. ¡Oh, seré yo quien sepa más que todos sus discípulos, y podré habla!..."

Han llegado a las puertas de la ciudad. Entran todos juntos, porque Jesús los esperó. Al atravesar el pasillo, Jesús ordena: "Mis hermanos y Simón adelántense a juntar a la gente".

"¿Por qué yo no, Maestro? ¿No me das más misiones? ¿No son ya necesarias? Me has dado dos seguidas, que han durado meses..."

"Y luego te lamentaste diciendo que quería alejarte. ¿Ahora te lamentas de que te tenga cerca?"

Judas no sabe qué responder y prefiere callarse. Se adelanta con Tomás, Zelote, Santiago de Zelote y Andrés. Jesús se detiene a dejar pasar a Felipe, a Bartolomé, a Mateo y a Juan, como si quisiera estar solo. Los discípulos no dicen nada.

Pero el bueno de Juan, en cuyos ojos se vio brillar una lágrima de dolor al oír las blasfemias de Judas, se voltea y ve que Jesús, creyendo que nadie lo observa en la solitaria y un poco oscura calle por sus contraarcos, se lleva las manos a la frente con un gesto de dolor, encorvándose como quien tiene un gran dolor. Deja a sus compañeros, y vuelve donde el Maestro: "¿Qué te pasa, Señor mío? ¿Sufres otra vez como cuando te encontramos en Aczib? ¡Oh, Señor mío!"

"¡No, Juan! ¡No! Ayúdame con tu amor. No digas nada a los demás. Ruega por Judas".

"Sí, Maestro. Es muy infeliz ¿verdad? Está en medio de las tinieblas y no sabe que lo está. Cree que haya llegado a la paz... ¿Y acaso la tiene?"

"Es muy infeliz" responde Jesús afligidísimo.

"No te aflijas así, Maestro. ¡Piensa en los pecadores, endurecidos en su estado y que han vuelto a ser buenos! Así hará Judas. ¡Claro que lo salvarás! Esta noche la pasaré en oración por él. Pediré al Padre que me haga solo amar. No le pediré otra cosa. Soñaba en dar mi vida por Ti, o en hacer brillar tu poder por medio de mis obras. Ahora ya no. Renuncio a todo, escojo la vida más humilde y trillada, y pido al Padre que dé todo lo mío a Judas... para que esté contento... y para que así se vuelva hacia la santidad... ¡Señor!... Tendría qué decirte algunas cosas... Por las que sospecho que Judas está así".

"Ven esta noche. Oremos juntos y hablaremos".

"¿Me escuchará el Padre? ¿Aceptaré mi sacrificio?"

"El Padre te bendecirá, pero tendrás qué sufrir..."

"¡Oh, eso no importa! Basta con que te vea contento... y que Judas... y que él..."

"Sí, Juan. Mira. Nos están llamando. Vamos aprisa".

La callecita se convierte poco después en una buena calle adornada con portales y ventanas, con plazas, la una más hermosa que la otra. Calles paralelas la recorren. Allá en el fondo debe estar el anfiteatro. Hay varis enfermos en la esquina de un portal en espera del Salvador.

Pedro viene al encuentro de Jesús: “Han conservado la fe de lo que les dijimos en etamín. Vinieron al punto”.

“Y también Yo la premiaré. Vamos”.

Y en medio del crepúsculo que tiñe de rosa los mármoles, va a sanar a los que esperaban con fe.

47. La noche en Gadara y la partida. El divorcio¹

11 diciembre 1945

Las grandiosas estrellas de una noche serena de marzo brillan en el cielo oriental, tan gigantescas, tan claras que parece como si el firmamento hubiera descendido para formar una especie de baldaquín sobre la casa en que está Jesús. Es una casa muy grande, ubicada en uno de los puntos más altos de la ciudad, de modo que por cualquier parte se puede contemplar el horizonte. Y si la tierra no se ve por estar sumida en la oscuridad nocturna y a la que no ilumina la luna, por estar en su fase menguante, y el cielo resplandece con sus miles y miles de faroles. Realmente es la venganza del firmamento que expone sus jardines de astros, sus praderas de galaxias, sus gigantescos planetarios, sus bosques de constelaciones en frente de las efímeras vegetaciones, terráqueas, que aunque seculares, no dejan de ser *una hora* respecto a el que existe, obra del Creador. Y poniéndose uno allá arriba, paseando la mirada por los caminos resplandecientes, donde las estrellas parecen plantadas, se le antoja a uno percibir voces, cánticos de esas selvas de luz, de ese gigantesco órgano de la más sublime de las catedrales, donde me complazco en imaginar que hacen de registros y tubulares los vientos astrales y de voces las estrellas lanzadas en su trayectoria. Tanto más me parece que percibo esto cuando que el silencio nocturno que cobija a Gadara que duerme es absoluto. Ni fuentes cantan, ni pajaritos trinan. Duerme el mundo, duermen sus criaturas. Duermen los seres humanos.

De la puerta de la habitación que da a la terraza inferior, pues hay una superior, sale una sombra alta que se distingue apenas por el blanco de su faz y de sus manos en contraste con el vestido oscuro. La sigue otra sombra de menor estatura. Caminan de puntitas para no despertar a los que tal vez duermen en la habitación próxima, y de puntitas suben por la escalera exterior que lleva a la terraza superior. Se toman de la mano y van a sentarse en una especie de banco que hay contra el parapeto que es alto y de este modo nadie puede verlos. Aun cuando brillase la más clara de las lunas, para ellos no significa nada. La ciudad está toda escondida, y con ella los contornos de los montes, en la oscuridad nocturna. Tan sólo en el cielo con sus constelaciones de primavera, con sus magníficas estrellas como la de Orión, Rígen y Betelgeuse, la de Aldebarán, Perseo, Andrómeda, Casiopea, y las pléyades de sus hermanas. Venus parece un zafiro, un diamante. Marte está envuelto en su manto color rubí, Júpiter en el suyo de topacio. Son esas estrellas las reinas del pueblo astral y se mueven, se mueven como para saludar a su Señor. Mueven sus pestañas, sus ojitos para alumbrar al que es su Luz.

Jesús apoyando su cabeza contra el parapeto la levanta para contemplarlas, y Juan hace lo mismo perdiéndose quién sabe dónde... Jesús dice: “Y ahora que nos hemos bañado en las estrellas, oremos”. Se pone de pie. Una oración larga, silenciosa, profunda, con los brazos abiertos en forma de cruz, con el rostro levantado hacia oriente donde parpadea un rayito de luna. Luego el “Padre” que dicen ambos lentamente, no una vez sino tres, y siempre con la insistencia en el pedir que se revela en la voz. Una súplica que aleja el corazón del cuerpo, y lo lanza por los caminos de lo infinito por lo ardiente que es.

Luego, silencio. Se sientan donde antes, mientras la luna pincela de blanco a la adormecida tierra.

¹ Cfr. Mt. 19, 1-12; Mc. 10, 2-12.

Jesús pone su brazo en la espalda de Juan. Le dice: “Dime lo que crees que debes decirme. ¿Qué cosa has intuido con la ayuda de la luz espiritual en el alma tenebrosa de tu compañero?”

“Maestro... me ha dolido habértelo dicho. Cometeré dos pecados”.

“¿Por qué?”

“Porque te causé dolor al revelarte lo que no sabes, y porque... Maestro, ¿es pecado decir lo malo que vemos en el otro? Lo es ¿verdad? Y entonces ¿cómo puedo decirlo sin faltar a la caridad?...” Juan está angustiado.

Jesús da luz a su alma. “Escucha, Juan. ¿Quien vale más para ti el Maestro o el discípulo?”

“Tú, Señor. Tú vales todo”.

“¿Y qué soy para tu?”

“El principio y el fin. Eres el Todo²”.

“¿Crees que siendo Yo el todo, sepa también todo lo que es?”

“Sí, Señor, y por eso encuentro en mí una contradicción, pues pienso que sabes y sufres. Y porque recuerdo que un día me dijiste que ahora eres el Hombre, sólo el Hombre, y que por esto el Padre te permite conocer lo que es propio de un ser humano, que debe guiarse por la razón. Y también pienso que Dios, por compasión a Ti, podría ocultarte estas verdades feas...”³

“Piensa en esto, Juan y habla con toda confianza. Confiar lo que sabes a quien para ti es el “Todo”, no es pecado. Porque el “Todo” no se escandaliza ni murmura, ni faltará a la caridad, ni siquiera con el pensamiento. Sería pecado si dijeras lo que sabes a quien no puede ser todo amor, a tus compañeros, por ejemplo, que murmurarían y hasta atacarían al culpable sin brizna de misericordia, haciendo daño a él y a sí mismos. Porque es necesario tener misericordia, una misericordia tanto más grande cuanto más tenemos ante nosotros, un alma pobre contagiada con todos los males. Un médico, un enfermero compasivo, o bien una madre, si el mal que padece el enfermo es pequeño, se impresionan poco, y poco luchan por curarlo, pero si el hijo, o bien otra persona está muy enferma, en peligro de vida, con gangrena, parálisis, tú sabes cómo luchan, sin reparar en asco y fatigas. ¿No es así?”

“Así es, Maestro” dice Juan que como de costumbre ha apoyado su cabeza sobre el hombro de Jesús.

“Y bien. No todos saben tener misericordia de las almas enfermas, por esta razón hay que ser prudentes al descubrirles sus males, para que el mundo no los evite y no les haga mal con su desprecio. El enfermo que se ve despreciado, pierde toda esperanza y empeora. Pero si ve que se le cura con alegría, puede aliviarse, porque la alegría llena de esperanza entra en él y le sirve de mucho, además de la asistencia del médico. Tú sabes que soy la misericordia y que no mortificaré a Judas. Habla, pues, sin escrúpulo alguno. No eres un espía. Eres un hijo que confía al padre, con preocupación amorosa, el mal que ha descubierto en su hermano, para que él lo cure. ¡Ea, pues!”

Juan lanza un fuerte suspiro, inclina su cabeza, reposándola sobre el pecho de Jesús. Dice: “¡Qué penoso es hablar de cosas pútridas!... ¡Señor”... Judas es un impuro... y me tienta a serlo. Que se burle de mí, no me importa, pero me duele que se acerque a Ti emporcado con sus sucios amoríos. Desde que regresó me ha tentado muchas veces. Cuando por casualidad estamos solos –y él busca la manera de que lo estemos- no hace otra cosa más que hablar de mujeres... siento al oírlo tal repugnancia como si me quisiera abrir la boca para meterme algo fétido”.

“¿En el fondo de tu corazón te has sentido turbado?”

“¿Turbado? ¿Como? Mi corazón se estremece, mi razón grita contra estas tentaciones... ¡No quiero corromperme!...”

² Cfr. Is. 41, 4-44, 6; Ap. 1, 8; 21, 6; 22, 13.

³ Cfr. Mt. 24, 36; Mc. 13, 32.

“¿Cómo reacciona tu cuerpo?”

“Reacciona de horror, de asco”.

“¿Sólo esto?”

“Sólo, Maestro, y entonces lloro porque me parece que Judas no podría lanzar una ofensa mayor a quien se ha consagrado a Dios. Dime, ¿podrá esto dañar mi ofrenda?”

“No. Así como no hace nada el fango que cae sobre un diamante. No lo rasguña, no penetra en él. Basta un vaso de agua para limpiarlo, y es más lindo que antes”.

“¡Límpiame, entonces!”

“Tu caridad, tu ángel lo hacen. Nada queda sobre ti. Eres un altar limpio sobre el que baja Dios. ¿Qué otra cosa hace Judas?”

“Señor, él... ¡Oh, Señor!” Y Juan baja mucho más su cabeza.

“¿Qué es?”

“El... No es verdad que el dinero que te da para los pobres sea suyo. Es el dinero de los pobres que se roba, para que se le alabe su generosidad ficticia. Lo hiciste rabiarse cuando al regresar del Tabor le quitaste el dinero. Me dijo: “¡Hay espías entre nosotros!” Yo contesté: “¿Espías de qué? ¿Robas acaso?” “No”, replicó, “pero tomo mis providencias y hago dos bolsas. Alguien se lo habrá dicho al Maestro y me obligó a entregar todo. No tuve otro remedio”. Pero no es verdad que lo haga por tomar providencias, lo hace para tener dinero. Estoy casi seguro de no equivocarme”.

“¡Casi seguro! Esta falta de certidumbre es una culpa leve. No puedes acusarlo de que sea ladrón, si no estás absolutamente seguro. Algunas veces las acciones de los hombres parecen feas, pero son buenas”.

“Es verdad, Maestro. No lo acusaré de ello ni siquiera con el pensamiento. Pero que tenga dos bolsas, la que dice que es suya y no es verdad, pues es tuya y que te da para que sea alabado, esto sí es cierto. Yo no lo haría. Me parece que no está bien hacerlo”.

“Tienes razón. ¿Qué otra cosa ibas a decirme?”

Juan levanta una cara horrorizada. Abre su boca para hablar, luego la cierra, y cae de rodillas escondiendo su cara entre la vestidura de Jesús que le pone su mano sobre sus cabellos.

“¡Ea! Tal vez no viste bien. Te ayudaré. Debes decirme las sospechas que tengas acerca de las causas que orillan a Judas a pecar”.

“Señor, él siente no tener fuerza para hacer milagros... sabes que siempre ha ambicionado tenerla... ¿Te acuerdas de Endor? Pues bien... es el que menos puede. Desde que regresó no logra hacer nada... Aun en la noche se lamenta como si tuviera alguna pesadilla y... ¡Maestro, Maestro mío!”

“¡Vamos! ¡Habla! ¡Di todo!”

“Impreca... hace cosas de magia. Esto no es ni mentira, ni algo dudoso. Lo he visto con mis propios ojos. Me toma como compañero porque duermo profundamente, mejor dicho, porque dormía como lirón. Ahora, digo la verdad, lo vigilo, y mi sueño no es tan profundo porque apenas se mueve, lo siento... Tal vez he hecho mal. He fingido dormir para ver lo que hacía. Dos veces lo he escuchado y he visto que hace cosas feas. No sé nada de magia, pero lo que hace sí que lo es”.

“¿Sólo?”

“Sí y no. Lo seguí a Tiberíades. Fue a una casa. Pregunté que quién había allí. Uno que ejerce la magia con otros. Cuando Judas salió, como al amanecer, por las palabras que se dijeron comprendí que se conocen y que son muchos... pero no todos extranjeros. Pide al demonio la fuerza que no le das. Por esto ofrezco en sacrificio la mía al Padre, para que sea la de él, y para que él no siga pecando más”.

“Deberías darle tu alma, pero esto ni el Padre ni Yo lo permitiremos...”

Un largo silencio. Luego Jesús con voz cansada dice: “Vámonos, Juan. Descansaremos hasta que el alba salga”.

“Estás más triste que antes, Señor. ¡Hice mal en haber hablado!”

“No. Lo sabía ya. Pero tú por lo menos sientes menos peso... y esto es lo que importa”.

“Señor ¿debo evitarlo?”

“No. No tengas miedo. Satanás no hace ningún daño a los Juanes. Los aterroriza, pero no puede arrebatarles la gracia que Dios continuamente usa con ellos. Ven. Hablaré en la mañana y luego iremos a Pela. Hay que darse prisa porque el río está crecido con la nieve que se derrite y por las lluvias de los días pasados. Pronto empezará a estar lleno, mucho más cuanto la luna aureolada predice lluvias abundantes...”

Bajan y desaparecen en la habitación inferior.

Ha amanecido. Es una mañana de marzo. Por estos rayos de sol y nubecillas juegan en el cielo. Pero las nubecillas vencen a los rayos, tratando de apoderarse del cielo. Sopla a ratos un aire caliente. Es pesado. Viene con un polvo que tal vez proceda de las zonas del altiplano.

“¡Si el viento no cambia, tenemos lluvia!” predice secamente Pedro al salir de la casa con los demás.

El último en salir es Jesús, que se despide de los dueños de la casa, pero el dueño se une a Él. Se dirigen a la plaza. Después de unos cuantos pasos que han dado los detiene un oficial romano a quien acompaña otros soldados.

“¿Eres Tú, Jesús de Nazaret?”

“Sí”.

“¿Qué cosa haces?”

“Hablo a las multitudes”.

“¿En dónde?”

“En las plazas”.

“¿Palabras sediciosas?”

“No. Consejos para practicar la virtud”.

“¡Cuidado! ¡No mientas! Roma está hasta el colmo de dioses falsos”.

“Ven también si quieres, y verás que no miento”. El hombre en cuya casa se hospedó Jesús se siente obligado a intervenir: “¿Pero desde cuándo se hacen tantas preguntas a un rabí?”

“Ha sido denunciado como un hombre sedicioso”.

“¿Sedicioso? ¿Él? ¡Estás viendo mal, Mario Severo! ¡Este hombre es el más bueno de la tierra! Te lo digo yo”.

El oficial se encoge de hombros y responde: “Mejor para Él. Pero tal fue la denuncia que recibió el centurión. Vete, pues. Se te ha avisado”. Y dando la media vuelta se va con sus subalternos.

“¿Quién habrá sido? ¡No lo comprendo!” se preguntan varios.

Jesús responde: “No os preocupéis por saberlo. De nada sirve. Vamos a la plaza, mientras hay gente. Luego partiremos”.

La plaza ha de ser un lugar de comercio. No es un mercado propiamente dicho, porque está rodeada de tiendas y bodegas. La gente viene a ellas. Y por eso hay mucha gente en la plaza. Alguien reconoce a Jesús y pronto un círculo de personas rodea al “Nazareno”. Es un círculo en que se encuentra toda clase de rangos sociales y de nacionalidades. Algunos se han acercado por respeto, otros por curiosidad.

Jesús hace señal de que va a hablar.

“¡Oigámoslo!” dice un romano que sale de una bodega.

“¿No tendremos qué escuchar una lamentación?” le replica su compañero.

“No lo creas, Constancio. Es menos indigesto que cualquiera de nuestros acostumbrados retóricos”.

“¡A quien me escucha, la paz! Está dicho en el libro de Esdras, en su plegaria: “¿Y qué diremos ahora, ¡oh Dios nuestro! después de lo que ha pasado? Que, si hemos abandonado tus mandamientos que nos diste a conocer por medio de tus siervos...”⁴”.

⁴ Cfr. Esd. 9, 5-15.

“Detente Tú que estás hablando. El tema te lo vamos a dar nosotros” grita un puñado de fariseos que se abre paso entre la gente. Y casi al mismo tiempo se ve la escolta armada que está firme en el ángulo más cercano. Los fariseos están enfrente de Jesús. “¿Eres Tú el Galileo? ¿Eres Jesús de Nazaret?”

“¡Sea alabado Dios, porque te hemos encontrado!” Sus palabras contrastan con el coraje que muestran por tenerlo cerca.

El de mayor edad dice: “Hace muchos días que te hemos venido siguiendo. Siempre llegamos después que has partido”.

“¿Por qué me seguís?”

“Porque eres el Maestro y queremos que nos enseñes en un punto oscuro de la ley”.

“No existen puntos oscuros en la Ley de Dios”.

“En ella, no. Pero, ¡eh! ¡eh!... Sobre ella se han puesto “añadiduras” como Tú dices, ¡eh! ¡eh!... ¡y la han hecho oscura!”

“A lo más, se tratará de penumbras. Basta con dirigir la mente a Dios para que desaparezcan aun estas”.

“No todos lo saben. Nosotros por ejemplo, nos encontramos en la penumbra. Tú eres el Rabí, ¡eh! ¡eh! ¡Ayúdanos, pues!”

“¿Qué queréis saber?”

“Queríamos saber si es lícito al hombre repudiar por cualquier motivo a su propia mujer. Es algo que sucede con frecuencia, y cada vez que ocurre da mucho qué decir. Se dirigen a nosotros para saber si es lícito, y nosotros, según el caso, damos la respuesta”.

“Aprobando lo sucedido en el noventa por ciento de los casos. Y en el diez restante que no aprobáis se encuentra la categoría de los pobres o de vuestros enemigos”.

“¿Cómo lo sabes?”

“Porque esto es lo que sucede en las cosas humanas. Y a esta segunda categoría añadido una tercera, la de que si fuera lícito el divorcio, se crearía un derecho más para hacerlo, porque la de los *verdaderos* casos vergonzosos, como una lepra incurable, como una condena a toda la vida, como enfermedades que no conviene mencionar...”

“Entonces según Tú no es lícito el divorcio”.

“Ni según Yo, ni según el Altísimo, ni según quien tenga un corazón recto. ¿No habéis leído que el Creador, en el principio de los días, creó al hombre y a la mujer? Él creó a un varón y a una mujer. No tenía necesidad de hacerlo, porque habría podido, tratándose del rey de la creación, hecho a imagen y semejanza suya, proveer otro modo de procreación, y también hubiera sido bueno, aunque diverso de todos los otros modos. Dijo: “Por eso el varón dejará a su padre y madre y se unirá con la mujer, y los dos formarán un solo cuerpo”⁵. Así pues Dios los juntó en una unidad compacta. No son “dos” cuerpos sino “uno”. Lo que Dios ha unido, porque ha visto que es una “cosa buena”, el hombre no lo separe, porque si esto sucede, ya no es más cosa buena”.

“Entonces ¿por qué Moisés dijo: “Si un hombre toma mujer y ella no encuentra gracia ante sus ojos por algo que no le gusta, escribirá un libelo de repudio, se lo pondrá en la mano y la despachará a su casa”⁶”

“Lo dijo por la pureza de vuestro corazón. Para evitar de este modo desórdenes más graves. Esta es la razón por la que os permitió repudiar a vuestras mujeres, pero no fue así en el principio, porque la mujer vale más que una bestia, la cual según el capricho de su dueño o de las circunstancias libres de la naturaleza, se acopla con este o aquel macho, pero es un ser que no tiene alma, y sólo sirve para la reproducción. Vuestras mujeres tienen un alma como la tenéis vosotros, y no es justo que la pisoteéis sin compasión alguna. Que si se dijo a Eva: “Estarás sujeta a la autoridad del marido. Él será tu dueño”⁷ esto debe realizarse según justicia

⁵ Cfr. Gén. 1, 26-28; 2, 7, 18-25.

⁶ Cfr. Deut. 24, 1-4.

⁷ Cfr. Gén. 3, 16.

y no con abuso de poder, que daña los derechos del alma que es libre y digna de que se le respete.

Vosotros, al repudiar, cosa que no es lícita, inferís una injuria al alma de vuestra compañera, al cuerpo gemelo que se os unió, al ser completo que es la mujer con quien os casasteis, exigiéndole su honestidad, mientras que vosotros, ¡perjuros! os acercasteis a ella manchados, y tal vez hasta corrompidos, y continuáis siéndolo, no desperdiciando ninguna ocasión para poder golpearla, y dar mayor campo a vuestra insaciable lujuria que os quema. ¡Sois unos prostituidores de vuestras mujeres! Por ningún motivo podéis separaros de vuestra mujer que se os unió según la ley y la bendición. Sólo en el caso que la gracia os toque, y comprendiereis que la mujer no es una propiedad sino un alma, y que por lo tanto tiene iguales derechos a que se le reconozca como parte del hombre y no como un objeto de placer; y sólo en el caso que vuestro corazón sea tan duro que no la podáis hacer vuestra mujer, después de que gozasteis de ella como si fuera una prostituta, sólo en el caso en que tengáis qué quitar este escándalo de dos que viven sin la bendición de Dios, podéis enviarla a casa, porque entonces vuestra vida no es una unión matrimonial, sino fornicación que frecuentemente carece de hijos, porque o son abortados o alejados por vergüenza.

Y en ningún otro caso es lícito. Si tuviereis hijos ilegítimos de vuestra concubina, tenéis el deber de terminar con el escándalo, casándoos con ella, si fuereis libres. No me refiero al caso del adulterio consumado con perjuicio de la mujer que lo ignora. Si es así, son benditas las piedras de la lapidación y las llamas del Sceol⁸. Pero quien despide a su mujer legítima porque está cansado de ella y toma otra, este tal, no es sino un adúltero. E igualmente adúltero es quien toma a la repudiada, porque si el hombre se ha arrogado el derecho de separar lo que Dios unió, *la unión matrimonial continúa ante los ojos de Dios, y maldito es quien se casa con otra mujer sin ser viudo*. Y maldito es quien vuelve a tomar a su mujer de antes, y luego, la despide por repudio, la deja a merced de los azares de la vida que la obligan a casarse para tener un pedazo de pan, y la vuelve a tomar sin ser viuda, digo, que es un maldito. Porque aunque viuda, fue adúltera por culpa vuestra, y vosotros haríais doble su adulterio.

¿Habéis comprendido, fariseos, que me tentáis?”

Ni pío dicen. Con la cabeza gacha se van por donde vinieron.

“¡Es severo el hombre! ¡Si fuera a Roma vería qué fango bulle allá!” dice un romano.

Algunos de Gadara protestan: “¡Es duro ser hombre, y tener que ser casto!...”

Y algunos levantando la voz: “¡Si tal es la condición del hombre respecto a la mujer, es mejor no casarse!”

Esto último repiten también los apóstoles mientras toman el camino que lleva hacia la campiña, después de haber partido de Gadara. Judas lo dice por burla, Santiago de Zebedeo con respeto y madurez. Jesús responde a uno y a otro: “No todos lo comprendéis bien. De hecho algunos prefieren no casarse para dar rienda a sus vicios. Otros para no pecar, no siendo buenos maridos. Pero sólo algunos, a quienes se les ha dado, comprenden la hermosura de abstenerse de la sensualidad, y aún del deseo natural y recto por una mujer. Son los más santos, los más libres, los seres más angelicales que haya sobre la tierra. Me refiero a los que se han hecho eunucos por el reino de Dios. Hay hombres que nacen así ya. A otros los hacen. Aquellos son algo monstruoso que necesita compasión, estos son resultado de abusos que deben desaparecer. Existe la tercera categoría, la de eunucos voluntarios que sin emplear la violencia, y por tanto con doble mérito, siguen el reclamo de Dios y viven como ángeles para que el altar solitario de la tierra tenga todavía flores e inciensos para el Señor. Estos niegan a la parte inferior satisfacciones para que crezca la parte superior, y así florezca en los jardines celestiales más cercanos al trono del Rey. En verdad os digo que no son unos seres mutilados, sino unos seres dotados de lo que falta a la mayoría de los hombres. No pueden ser objeto de burla, sino más bien de profundo respeto. El que debe, compréndalo y respételo, si puede”.

⁸ Cfr. para la lapidación: Deut. 22, 22-27; Lev. 20, 10.

Los apóstoles casados hablan entre sí en voz baja.

“¿Qué os pasa?” pregunta Jesús.

“¿Y nosotros? Nosotros no sabíamos tales cosas y nos casamos. Pero nos gustaría ser como dices...” habla Bartolomé en nombre de los demás.

“Nadie ha dicho que no lo podáis ser. Vivid continentes, viendo en vuestra mujer a vuestra hermana, y tendréis un gran mérito ante los ojos de Dios. Pero apretad el paso, para que estemos en Pela antes de que empiece a llover”.

48. Jesús en Pela

12 diciembre 1945

El camino que lleva de Gadara a Pela corre por una zona fértil extendida entre dos filas de colinas, unas más altas que otras. Parecen dos enormes escalones de una escalera de gigantes fabulosos, que llevan del valle del Jordán a los montes de Auranítide. Cuando el camino se acerca más a la parte occidental, uno no solo puede ver los montes de la otra orilla sino que también el verde panorama que sirve cual ala del río azulado de una parte y de la otra. Cuando el camino se separa, y va hacia la cadena oriental, entonces no se ve más que el valle del Jordán, pero se pueden ver todavía las cimas de las cadenas montañosas de SaMaría y Galilea que con su manta de verdor se levantan hacia el cielo gris. Cuando hace sol ha de ser un bellissimo panorama. Hoy que del cielo cuelgan nubes bajas, que conforme al viento se van amontonado cada vez más, formando capas y más capas, el panorama no muestra su verdor completo, sino a pedazos, opacado por la neblina.

Pasan por un pueblito, sin que haya algo de importancia. La indiferencia acoge y sigue al Maestro. Sólo los pordioseros no dejan de fijarse en el grupo de peregrinos galileos y les piden una limosna.

No faltan los acostumbrados ciegos del tracoma, o los semiciegos que caminan con la cabeza baja, no pudiendo soportar la luz, junto a las paredes, algunas veces solos, otras acompañados de alguna mujer o de algún niño. En un poblado donde se cruzan los caminos que llevan a Pela, a Gerasa y Bosra por el lago de Tiberíades, hay una turba que asalta las caravanas con sus lamentos semejantes a aullidos de perros. Un montón de miseria, suciedad, harapos que se recuestan sobre las paredes de las primeras casas, royendo mendrugos de pan y olivas, o bien, cabeceando de sueño, entre tanto que las moscas celebran banquetes sobre sus párpados llagados. Pero tan pronto se oye el rumor de pezuñas o de pisadas numerosas, se levantan y andan, semejante a un haraposo coro de alguna tragedia antigua, repitiendo todos las mismas palabras, con los mismos gestos.

Rompe el aire alguna moneda, o algún pedazo de pan, y los ciegos o los semiciegos lo rastrean en el polvo, en la suciedad.

Jesús los mira y dice a Simón Zelote y a Felipe: “Dadles dinero y pan. Judas tiene el dinero, Juan el pan”.

Ligeros van a cumplir lo que se les ordenó, y se detienen a hablar mientras Jesús se acerca despacio, pues se lo impide una fila de borriquillos que llena el camino.

Los mendigos están sorprendidos por los buenos modales de los que les dan un óbolo, y les preguntan: “¿Quiénes sois, que os compadecéis así de nosotros?”

“Discípulos de Jesús de Nazaret, el Rabí de Israel, el que ama a los pobres y a los infelices porque es el Salvador, y pasa anunciando la Buena Nueva y haciendo milagros”.

“El milagro es esto” grita un hombre de párpados horribles que se devora del pedazo de pan limpio. Un verdadero animal que siente y se ve atraído sólo por las cosas materiales.

Una mujer que pasa por su cántaro de bronce y que ha oído, le grita: “¡Cállate, apestoso flojo!” Y se vuelve a los discípulos diciendo: “No es de acá. Es peleador y violento con sus compañeros. Habría qué echar lo de aquí, porque roba a los pobres del poblado. No lo hacemos porque tenemos miedo de que se vengue” y en voz baja que apenas se oye: “Se dice que es un ladrón que por años robó y mató, bajando a los montes de Caracamoab y Sela,

que ahora los dominadores le llaman Petra, los que hacen los caminos por los desiertos de aquel romano que vino a... dar a conocer Roma... Elio, me parece, y otros nombres más... Si le dais de beber algo, abre el pico... Ahora, ciego, ha venido a parar aquí... ¿Es aquél el Salvador?" pregunta, señalando a Jesús que derecho ha pasado.

"¡Es Él!" ¿Quieres hablarle?"

"¡Oh, no! Responde indiferente.

Los dos apóstoles la saludan y se van a alcanzar al Maestro. Pero de pronto entre los ciegos surge un tumulto, y se oye como el llanto de un niño. Varios vuelven la cabeza, y también la mujer, que desde el umbral de su casa, da la explicación de lo sucedido: "Ha de ser ese hombre malo que quita el dinero a los demás débiles. Siempre hace lo mismo".

También Jesús se ha vuelto a mirar...

De hecho un muchacho sale del grupo sangrando, llorando y lamentándose: "¡Me quitó todo! ¡Mi madre no tiene pan!"

Unos sienten compasión, otros se echan a reír...

"¿Quién es?" pregunta Jesús a la mujer.

"Un jovencito de Pela. Anda mendigando. Todos en su casa están ciegos por contagio mutuo. Su padre ya murió. Su madre está en casa. Él pide limosna a los transeúntes y a los campesinos".

El muchacho avanza con su bastoncito, enjugándose las lágrimas y sangre que le brota de la frente con la punta de un raído manto.

La mujer lo llama: "Espera, Yaia. Te voy a lavar la frente y te daré un pan".

"¡Tenía dinero y pan para varios días" ¡Ahora nada! Mi madre me está esperando para comer..." dice mientras se limpia con el agua que se le ha dado.

Jesús se acerca y le dice: "Te daré lo que tengo, no llores".

"¡Pero Señor! ¿Por qué? ¿Dónde nos alojaremos ¿Qué haremos?" interviene Judas intranquilo.

"Alabaremos a Dios que nos conserva sanos. Lo que es ya un gran favor".

El muchacho dice: "¡Oh, que si lo es! Si viera, trabajaría para mi madre".

"¿Quieres curarte?"

"Sí".

"¿Por qué no vas a ver a los médicos?"

"Ninguno ha podido curarnos. Nos han dicho que hay Uno en Galilea que no es médico, pero que cura. ¿Mas cómo puede uno ir allá?"

"Ve a Jerusalén, a Getsemaní. Al olivar en las faldas del monte de los olivos, cerca del camino de Betania. Pregunta por Marcos y Jonás. Todos los del suburbio de Ofel te lo señalarán. Puedes unirte a alguna caravana. Pasan muchas. Preguntarás a Jonás por Jesús de Nazaret..."

"¡Cierto! ¡Ese es el nombre! ¿Me curará?"

"Si tienes fe, sí".

"Fe, tengo. ¿A dónde vas Tú que eres tan bueno?"

"A Jerusalén para la pascua".

"¡Oh, llévame contigo! No te daré ninguna molestia. Dormiré al descubierto y me contentaré con un pedazo de pan. Vamos a Pela... Vas allá ¿verdad? Se lo decimos a mi madre, y luego nos vamos... ¡Oh, vernos! ¡Eres bueno, Señor!..." Y el joven se arrodilla buscando los pies de Jesús para besárselos.

"Ven. Te llevaré a la luz".

"¡Seas bendito!"

Vuelven a ponerse en marcha. La mano delgada de Jesús sostiene por un brazo al muchacho para guiarlo con cuidado. El muchacho pregunta: ¿Quién eres? ¿Un discípulo del Salvador?"

"No".

"¿Pero por lo menos lo conoces?"

“Sí”.

“¿Crees que me curará?”

“Lo creo”.

“Bueno... ha de querer dinero... y yo no tengo. ¡Los médicos piden tanto! Por curarnos hemos caído en los brazos del hambre”.

“Jesús de Nazaret no quiere sino fe y amor”.

“Es muy bueno, entonces. Pero también Tú lo eres” dice el jovenzuelo, y al querer tomar y acariciar la mano, toca la manga de su vestido: “¡Qué hermosos vestidos tienes! ¡Eres un señor! ¿No te avergüenzas de mí, que visto harapos?”

“Me avergüenzo sólo de las culpas, las cuales deshonran al hombre”.

“Yo cometo sólo algunas veces la de sentirme disgustado de mi situación, y la de desear vestidos calientes, pan y sobre todo la vista”.

Jesús lo acaricia: “Estas no son culpas que deshonren. Sin embargo trata de no tener ni siquiera estas imperfecciones y serás un santo”.

“Pero si me curo, no las cometeré más... o bien no me curo ¿y sabes? Me preparas para que acepte mi suerte, y me instruyes para que sea como otro Job”.

“Te curarás. Pero después, sobre todo después, deberás contentarte de tu situación aun cuando no fuere de las más agradables”.

Han llegado a Pela. Los huertos que siempre hay ante las ciudades, tapizan con su verdor los campos. Algunas mujeres entregadas a su trabajo en los surcos, o que lavan los vestidos, saludan a Yaia diciéndole: “¡Regresas muy pronto hoy! ¿Te fue bien?” o ¿Has encontrado a un protector, pobre hijo?” una anciana grita desde allá de una hortaliza: “Yaia, si tienes hambre tengo una escudilla para ti. Si no la quieres será para tu madre. ¿Vas a casa? Llévasela”.

“Voy a decir a mi madre que me voy con este buen señor a Jerusalén para que me curen. Conoce a Jesús de Nazaret y me lleva con Él”.

A las puertas de Pela el camino está lleno de gente. Hay mercaderes, peregrinos.

Una mujer de buena presencia, que cabalga sobre un burro, a quien acompaña una criada y un criado, se vuelve al oír hablar de Jesús, tira de las riendas, detiene el borrico, baja y se dirige a Jesús. “¿Tú conoces a Jesús de Nazaret? ¿Vas donde Él? También voy yo... para que cure a mi hijo. Quisiera hablar con el Maestro porque...” y se pone a llorar dolorosamente bajo el velo.

“¿De qué está enfermo tu hijo? ¿Dónde está?”

“Es de Gerasa, pero ahora se encuentra en Judea. Va como un poseído... ¡Oh, qué he dicho!”

“¿Está endemoniado?”

“Señor, lo estuvo y se curó. Ahora... es más demonio que antes porque... ¡Oh, sólo puedo decir esto a Jesús de Nazaret!”

“Santiago, Simón, tomad al niño. Seguid adelante. Me esperaréis al otro lado de la puerta. Mujer, puedes decir a tus criados que se adelantes. Hablaremos entre nosotros”.

La mujer dice: “¡Tú no eres el Nazareno! Sólo con Él quiero hablar. Porque Él sólo puede comprender y tener misericordia”.

Están ya solos. Los otros siguen adelante. Jesús espera que en el camino no haya nadie, y dice: “Puedes hablar. Yo soy Jesús de Nazaret”.

La mujer lanza un gemido y hace como para arrodillarse.

“¡No! La gente por ahora no debe saberlo. Ven. Allí hay una casa con la puerta abierta. Pediremos que nos dejen entrar y hablaremos”.

Camina por una vereda entre hortalizas y se dirigen a una casa en cuyo patio juegan algunos niños.

“La paz sea con vosotros. ¿Me permites que por unos momentos hable con esta mujer? Tengo algo que decirle. Vinimos de tierras lejanas, y Dios ha querido que nos encontráramos antes de llegar”.

“Entrad. El huésped es bendición. Os daremos leche y pan y agua para vuestros cansados pies” dice una anciana.

“No es necesario. Nos basta un lugar sosegado para poder hablar”.

“Venid” y los lleva a una terraza adornada de una vid con hojas color esmeralda.

Se quedan solos. “Habla, mujer. Lo he dicho: Dios ha querido que nos encontráramos antes de llegar”.

“¡No hay descanso para mí! Tengo un hijo. Estuvo endemoniado. Una fiera en los sepulcros. Nada podía contenerlo. Nada curarlo. Te vio. Te adoró en la boca del demonio, y lo curaste. Quiso acompañarte. Tú pensaste en su madre y me lo enviaste, para devolverme la vida y la razón que me empezaban a faltar por el dolor de saber que tenía yo un hijo endemoniado. Y me lo enviaste también para que te predicase, puesto que quería amarte. Yo... ¡oh, ser madre nuevamente y de un hijo santo! ¡De un siervo tuyo! ¡Pero dime, dime! ¿Cuando me lo enviaste sabías que él era... que volvería a ser demonio? Porque lo es quien te abandona después de haber recibido tan grande merced, después de haberte conocido, después de haber sido elegido por el cielo... ¡Dímelo! ¿Lo sabías? Siento vértigos. Hablo. Mas no te lo digo por que es un demonio... Hace poco tiempo que se ha puesto como loco, sí, hace pocos días, pero que me apesadumbran más que cuando era un poseído... Entonces pensaba que no experimentaría dolores más atroces... Vino a Gerasa y ha destruido la fe que la ciudad tenía en Ti por tus méritos y por los de los suyos, diciendo infamias contra Ti. ¡Se te ha adelantado hacia el paso de Jericó, causándote males!”

La mujer, que no se ha levantado el velo bajo el cual solloza amargamente, se echa a los pies de Jesús suplicante: “¡Vete, vete! ¡No permitas que te insulte! Salí de mi casa, de acuerdo con mi marido que está enfermo, y pedí al Altísimo que pudiera encontrarte. Me ha escuchado. ¡Oh, sea bendito! ¡No quiero, no quiero permitir que Tú, el Salvador, sufras daño alguno por causa de mi hijo! ¿Por qué lo traje al mundo? ¡Te ha traicionado, Señor! Interpreta a la mala tus palabras. El demonio ha vuelto a apoderarse de él. ¡Oh, Altísimo y Santo, piedad de una madre! ¡Se condenará mi hijo, mi hijo! Antes no tenía ninguna culpa de que estuviera lleno de demonios. Era una desgracia que le había caído. ¡Pero ahora! ¡Ahora que le mostraste tu compasión, ahora que ha conocido a Dios, ahora que lo has instruido! Ahora él quiere ser demonio, y ninguna fuerza lo liberará de él. ¡Oh!” La mujer está en el suelo. Un montón de vestidos que se mueven al impulso de las lágrimas. Añade: “¡Dime, dime qué debo hacer por Ti, por mi hijo, para reparar, para salvar! ¡No! ¡Para reparar! Tú ves que mi dolor es reparación. ¡Pero salvar! No puedo salvar al que ha renegado de Dios. Está condenado... Y para mí israelita, ¿qué es esto? Un tormento”.

Jesús se inclina, le pone una mano sobre la espalda. “¡levántate! ¡Cálmate! Te quiero mucho. ¡Escucha pobre madre!”

“¡No vayas a maldecirme por haberlo engendrado!”

“¡Oh, no! No eres responsable de lo que hace equivocadamente, y óyeme bien, puedes al contrario ser causa de su salvación. Las madres pueden reparar las ruinas de sus hijos, y lo harás. Tu dolor, que es justo, no es estéril, sino fecundo. Por causa de él se salvará el alma que amas. Estás expiando por él, y lo haces de tal modo que le alcanzas su perdón. Volverá a Dios. No llores”.

“¿Pero cuándo? ¿Cuándo será?”

“Cuando tu llanto se haya diluido en mi sangre”.

“¿Tu sangre? ¿Entonces es verdad lo que anda diciendo? ¿Que te matarán porque eres digno de ello?... ¡Horrible blasfemia!”

“La primera parte es verdad. Me matarán para haceros partícipes de la vida. Soy, mujer, el Salvador. Y la salvación se entrega con la palabra, con la misericordia, con el holocausto. Esto es necesario para tu hijo. Y lo daré. Pero ayúdame. Dame tu dolor. Vete con mi bendición. Consévala contigo para que puedas ser misericordiosa y paciente para con él, y recordarle de este modo que *Otro* tuvo misericordia de él. Vete, vete en paz”.

“¡Pero Tú no vayas a hablar en Pela! ¡No hables en Perea! Ha hecho que todos se pongan en contra tuya. Y no es el único. Con todo yo sólo hablo de él...”

“Haré algo y será suficiente para aniquilar las obras de los otros. Vete en paz a tu casa”.

“Señor, ahora que me has absuelto por haberlo engendrado, mira mi cara para que conozcas cuál es la cara de una madre atormentada” se levanta el velo diciendo: “Esta es la cara de la madre de Marco de Yosía, que renegó del Mesías, que atormentó a la que lo engendró”. Se baja el velo bañado en lágrimas y añade: “¡Ninguna madre de Israel conocerá dolor igual al mío!”

Baja la terraza y continúan su camino. Entran en Pela. La mujer se une otra vez con sus criados y Jesús con los discípulos. La mujer lo sigue como fascinada, mientras Jesús ya detrás del jovenzuelo que se dirige a su casucha, ubicada sobre la falda del monte, cosa característica de esta ciudad que sube como por escalones, de modo que el terreno de las partes occidental es el segundo piso del oriente, pero en realidad hay también terreno, porque se puede llegar por el camino superior que está al nivel del último piso. No sé si logro explicarme.

El muchacho grita: “¡Madre! ¡Madre!”

De la miserable y oscura cueva se asoma una mujer todavía bastante joven, ciega, conocedora del lugar. “¿Tan pronto has regresado, hijo mío? ¿Tantas han sido las limosnas que regresas cuando todavía el sol está muy alto?”

“Madre, he encontrado a alguien que conoce a Jesús de Nazaret, y que promete llevarme donde Él está para que me cure. Es muy bueno. ¿Me dejas ir, madre?”

“¡Claro que sí, Yaia! Aunque me quede sola, ¡vete, vete, bendito! Y ¡por mí mira también al Salvador!”

El aplomo y la fe de la mujer son absolutos.

Jesús sonríe. Pregunta: “¿No dudas, mujer, de Mí, ni del Salvador?”

“No. Si lo conoces y eres su amigo no puedes menos de ser bueno. ¡Y qué decir de Él! ¡Vete, vete, hijo! No te detengas un momento. Dame el beso y vete con Dios”.

Se buscan a tientas. Se besan. Jesús pone sobre la rústica mesa un pan y dinero.

“Hasta pronto, mujer. Aquí tienes con qué comprarte alimentos. La paz sea contigo”.

Salen, La comitiva vuelve a ponerse en camino. Caen las primeras gotas de lluvia.

“¿No nos detenemos? Comienza a llover...” sugieren los apóstoles.

“Nos detendremos en Yabes Galaad. ¡Caminad!”

Se echan los mantos sobre la cabeza. Jesús pone el suyo sobre la cabeza del muchacho. La madre de Marcos de Yosía lo sigue con sus criados, cabalgando sobre el borrico. Parece como si no pudiera separarse de Él. Salen de Peta. Entran en la verde campiña, triste, en este día lluvioso.

Caminan cerca de un kilómetro. Jesús se detiene. Toma entre sus manos la cabeza del jovenzuelo, le besa en los ojos apagados diciéndole: “Y ahora regresa. Ve a decir a tu madre que el Señor premia a quien tiene fe, y ve a decir a los de Pela que Yo soy el Señor”. Hace que regrese y ligero se aleja.

No pasan todavía unos tres minutos cuando el muchacho empieza a gritar: “¡Pero sí yo veo! ¡Oh, no te vayas! ¡Tú eres Jesús! ¡Permíteme que lo primero que vea seas Tú!” y cae de rodillas en el camino que la lluvia va mojando.

La mujer gerasena con sus criados por una parte, y los apóstoles por la suya corren a ver el milagro. También Jesús regresa, despacio, sonriente. Se inclina a acariciar al jovenzuelo. “Vete, vete a donde está tu madre y procura creer siempre en Mí”.

“¡Sí, Señor mío!... ¿Y a mi madre, nada? ¿Se quedará en la oscuridad aun cuando crea como yo?”

La sonrisa de Jesús es mucho más luminosa. Mira en torno suyo y mira en el borde del camino un matorral de margaritas bañadas por la lluvia. Se inclina, las corta, las bendice y se las da al jovenzuelo. “Pásalas por los ojos de tu Madre, y recobrará la vista. No regreso. Sigo

adelante. Quien es bueno que me siga con su corazón, y hable de Mí a los que vacilan. Habla de Mí en Pela que titubea en su fe. Vete. Dios va contigo”.

Luego se vuelve a la mujer de Gerasa: “Tú, síguelo. Esta es la respuesta que Dios da a los que se esfuerzan por hacer que la fe de los hombres en el Mesías empequeñezca. Que esto refuerce la tuya y la de Yosía. Vete en paz”.

Se separan. Jesús emprende nuevamente su camino hacia el sur. El muchacho, la gerasena y sus criados al norte. La lluvia tupida los separa como si fuera un velo espeso...

49. Al otro lado de Yabes Galaad en casa de Matías

13 diciembre 1945

El valle profundo y boscoso donde se levanta Yabes Galaad siente hasta en sus entrañas el ruido y cacareo que un arroyo bastante hinchado de aguas va haciendo en su camino hacia el Jordán. Como el día y los contornos se han vestido de color gris, el que llega tiene la impresión de que la población no tiene corazón hospitalario.

Tomás, cuyo buen humor jamás se agota, pese a que trae los vestidos salpicados de lodo hasta la cintura, exclama: “¡Uhm, no quisiera que después de tantos siglos, fuesen a acordarse de la jugada que les hicieron los nuestros y se quisieran vengar!¹. ¡Faltaría más! ¡Pero, vamos a sufrir por el Señor!”

No los matan. No. Pero los arrojan de todas partes, gritándoles ladrones y cosas peores. Felipe y Mateo acordándose que tienen piernas echan una buena carrera para salvarse de un perrazo que un pastor les echó encima, cuando fueron a pedir a la puerta del redil que les permitiese pasar la noche “al menos bajo el tejado de los animales”.

“¿Qué hacemos ahora?”

“No tenemos pan”.

“Ni dinero. ¡Sin ello no hay ni pan, ni alojamiento!”

“¡Y estamos muertos de frío, de lodo, de hambre!”

“La noche se nos echan encima. ¡Qué bien nos veremos mañana, después de una noche en el bosque!”

De los doce que son, siete muestran malhumor, tres no lo dicen pero lo han escrito en sus caras y puede leerse. Simón Zelote con la cabeza baja, parece una efigie, Juan parece gato sobre ascuas. Se vuelve a los descontentos, se vuelve a Jesús, que continúa caminando y personalmente va a llamar a las puertas de las casas, pues los apóstoles o no quieren o tienen miedo. De este modo recorre las callejuelas empantanadas de lodo y suciedades. En ninguna parte lo admiten.

Han llegado a la parte extrema del pueblo donde el valle se alarga en los pastizales de la llanura transjordana. Una que otra casa se ve... pero es lo mismo. No se les da alojamiento.

“Busquemos por los campos. Juan ¿te atreves a subir en aquel olmo? Desde lo alto puedes ver mejor”.

“¡Sí, Señor mío!”

“El olmo está resbaloso. ¡No va a poder y se va a lastimar! Y además de esto tendremos a un herido” rezonga Pedro.

Jesús con toda dulzura responde. “¡Entonces subiré Yo!”

“¡Eso no!” gritan todos. Los que más protestan son los pescadores: “Si es peligroso para nosotros los pescadores ¿cómo no lo va a ser para Ti que no estás acostumbrado a trepar por los cantos y cuerdas?”

“Lo hacía por vosotros, para buscaros dónde os alojéis. ¡Por Mí soy indiferente! ¡No es el agua lo que me molesta!”

¹ Cfr. Núm. 21, 21-35; 32. Deut, 2, 26- 3, 29; Jos. 1, 12-18; 12, 8-32; Jue. 11, 19-22.

¡Cuánta tristeza! ¡Qué timbre tan doloroso resuena en sus palabras! Algunos se callan. Otros, como Bartolomé y Mateo dicen: “Ya es muy tarde para encontrar algo. Deberíamos de haberlo pensado antes”.

“¡Claro! Y no haberte encaprichado en haber salido de Pela, cuando empezaba a llover. Has sido terco e imprudente. Ahora lo pagamos todos. ¿Qué cosa quieres encontrar ahora? Si tuviéramos una bolsa llena, habrías visto las puertas abiertas. ¡Pero Tú!... ¿Por qué no haces un milagro, al menos un milagro para tus apóstoles. Tú que los haces para los que ni aun se lo merecen?” grita Judas de Keriot con tono agresivo, agrio, en tal forma que los demás aunque en el fondo estén de acuerdo con él, se ven precisados a llamarlo al orden.

Jesús parece el Condenado que dulcemente mira a sus verdugos. Calla. Este callarse que va acentuándose en Jesús desde hace tiempo, es como un prelude de su “gran silencio” ante el Sanedrín, ante Pilatos y Herodes y me causa tristeza. Me parece como si fueran esas pausas silenciosas que se escuchan en los lamentos de un agonizante, que no son la ausencia del dolor, sino la antesala de la muerte. Me parece que estos silencios de Jesús gritan más que cualquier palabra, que revelan todo su dolor ante la incomprensión de los hombres y ante su falta de amor. Su mansedumbre que no reacciona, el quedarse con la cabeza un poco baja, me lo presentan como ya atado, como si ya hubiera sido entregado a la rabia de los hombres.

“¿Por qué no hablas?” le preguntan.

“Porque diría algo que en estos momentos vuestro corazón no puede comprender... ¡Vámonos! Caminemos para no congelarnos.... Y perdonad...”

Se vuelve rápido. Se pone a la cabeza del grupo del cual algunos lo compadecen, otros lo acusan y otros dan la razón a sus compañeros.

Juan se queda atrás. Hace de modo que nadie se dé cuenta. Se va a un alto árbol, creo que es álamo o fresno. Se quita el manto y el vestido, y, semidesnudo, con mucho trabajo se pone a subir. Resbala, no obstante sigue trepando como un gato. Resbala, pero es menos. Ha llegado casi a la cresta. Escudriña el horizonte que despide sus últimos rayos, que en la llenura abierta, y por un reflejo de las plumizas nubes, parecen dar más luz. Se esfuerza por descubrir algo donde quiera que sea. Finalmente la alegría le brota de sus pupilas. Se deja resbalar rápidamente hasta la tierra. Vuelve a vestirse. Corre. Pasa a sus compañeros. Alcanza al Maestro. Con el aliento entrecortado: ¡Una choza, Señor!... ¡Una choza hacia el oriente!... Pero hay que regresar... Subí a ese árbol... ¡Ven, ven!”

“Voy con Juan por este lado. Si queréis venir está bien. Si no, continuad hasta el último poblado cercano al río. Nos encontraremos allá” dice Jesús serio y cortante.

Lo siguen por los campos.

“¡Si se regresa a Yabes!”

“No veo ninguna casa...”

“¡Quién sabe qué cosa habrá visto el muchacho!”

“Tal vez un pajar”.

“¡O la choza de algún leproso!”

“Y así acabaremos por empaparnos. Estos campos parecen esponjas” refunfuñan los apóstoles.

Pero no se trata de una choza de algún leproso ni de un pajar lo que se ve detrás de una hilera tupida de troncos. Es una choza, no cabe duda, larga, baja, que parece un redil, con el techo de paja, con paredes de lodo que a duras penas sostiene los cuatro pilastros de toscas piedras. Una empalizada que sirve de patio rodea la cabaña y dentro se ven verduras que gotean agua.

Juan llama. Un hombre de edad se asoma. “¿Quién es?”

“Peregrinos que vamos a Jerusalén: ¡Un refugio en nombre de Dios!” responde Jesús.

“¡Por qué no! Es un deber. Pero no estaréis cómodos. No hay mucho espacio y no tengo camas”.

“No importa. Tendrás por lo menos fuego”.

El hombre mete la llave y abre. “Entrad y la paz sea con vosotros”.

Atraviesan la pequeña hortaliza. Entran a la única habitación que es cocina, recámara y todo. Hay fuego. Hay orden y pobreza. Ni un utensilio que no sea necesario.

“¡Ved! No tengo más que un corazón que es honrado. ¡Si os acomodáis!... ¿Traéis pan?”

“¡No! ¡Un puñado de aceitunas!”

“No tengo pan para todos, pero os haré algo con leche. Tengo dos ovejas. Me bastan. Voy a ordeñarlas. Dadme vuestros mantos. Los extenderé en el redil, aquí detrás. Se secarán un poco y mañana el fuego hará lo restante”.

El hombre sale con los mantos. Todos se acercan a la alegre llama.

Vuelve el hombre con un petate. Lo extiende. “Quitaos las sandalias. Les quitaré el fango y las colocaré para que se sequen. Os daré agua caliente para que os quitéis el lodo de los pies. El petate está limpio y grueso. Será mejor que el suelo frío”.

Quita un caldero lleno de agua verdusca, porque tiene verduras que hierven, echa una parte de agua en un lavamanos y la otra parte en una concha. Echa agua fría y dice: “Tomad. Os restablecerá. Lavaos. Aquí tenéis una toalla limpia”.

Entre tanto mueve el fuego, lo sopla, echa leche en otro caldero, lo pone al fuego. Apenas empieza a hervir, echa algo que parece cebada molida o mijo descascarado con su papilla.

Jesús, que ha sido uno de los primeros en lavarse, se le acerca: “Dios te dé su gracia por tu caridad”.

“No hago más que devolver lo que me ha dado. Era yo un leproso. De los treinta y siete hasta los cincuenta y uno. Después me curé. Cuando regresé encontré que habían muerto mis familiares, mi mujer, y que mi casa había sido arrasada. Era yo “el leproso”... Me vine aquí. Me he hecho un nido con mis esfuerzos y con los de Dios. Primero una choza de hierbas. Luego una de madera. Luego de paredes... Y cada año una cosa más. El año pasado acomodé a las ovejas. Las compré haciendo petates que vendo, y otras cosas de madera. Tengo un manzano, un peral, una higuera, una vid. Detrás tengo un campo pequeño de cebada. Enfrente uno de verduras. Cuatro pares de palomas y dos ovejas. Dentro de poco tendrán sus corderitos. Esperamos que sean hembras esta vez. Bendigo al Señor y no pido más. ¿Quién eres?”

“Un galileo, ¿Tienes prejuicios?”

“Ninguno, aunque soy de raza judía. Si hubiera tenido hijos, uno de ellos sería como Tú... Los míos son ahora los palomos... Me he acostumbrado a vivir solo”.

“¿Y para las fiestas?”

“Lleno las bateas y me voy. Rento un borrico. Me doy prisa, hago lo que debo y regreso. Jamás me ha faltado ni siquiera una hoja. Dios es bueno”.

“Tienes razón. Con los buenos y con los que no lo son tanto. Los buenos están bajo sus alas”.

“Lo dice también Isaías²... Me ha protegido”,

“Estuviste leproso ¿o no?” pregunta Tomás.

“Sí. Empobrecí y me quedé solo. ¡Pero mira que si no es un favor de Dios volver a la vida humana, tener un techo y pan! Mi modelo en mi desventura fue Job. Espero merecer como él la bendición de Dios, no tanto con riquezas, como con gracia”.

“La tendrás. Eres un justo. ¿Cómo te llamas?”

“Matías”. Saca el caldero, lo pone sobre la mesa, agrega mantequilla y miel, revuelve, lo torna a poner al fuego y dice: “Tengo sólo seis trastos entre platos y tazones. Os turnaréis”.

“¿Y tú?”

“Quien hospeda se sirve al último. Primero los hermanos que Dios envía. Bueno. ¡Está listo! Hace bien”. Echa una cucharada de papilla en cuatro platos y en dos tazones, Las cucharas son de palo.

Jesús dice a los más jóvenes que empiecen a comer.

² Cfr. Por ej.: Is 40, 27-31; 43, 1-3.

“¡No! ¡Tú, primero!” dice Juan.

“¡No, no! Que Judas se llene y que vea que siempre hay comida para los hijos”.

Iscariote cambia de color, pero come.

“¿Eres un rabí?”

“Sí. Estos son mis discípulos”.

“Cuando estaba en Betabara, solía ir donde el Bautista. ¿No sabes nada del Mesías? Dicen que está ya y que Juan lo señaló. Cuando voy a Jerusalén espero siempre verlo, pero no lo he logrado. Hago lo que debo, pero no tengo tiempo para detenerme. Esta será la razón por la que no lo veo. Me he aislado aquí y luego... Hay gente no buena en Perea. He hablado con algunos pastores que vienen a apacentar a sus animales. Lo han visto. Me han hablado de Él. ¡Cuántas cosas no habrá dicho!”

Jesús no se descubre. Le toca ahora comer y lo hace con mucha tranquilidad, sentado junto al anciano.

“¿Y ahora? ¿Cómo vamos a hacer para dormir Os dejaré mi cama. Es una... Yo me iré con las ovejas”.

“No. Iremos nosotros. El heno es bueno para el que está cansado”.

La cena ha terminado y piensan reposar para partir a la aurora. Pero el anciano insiste y Mateo que está acatarrado, va a dormir a su cama.

La aurora es un diluvio. ¿Cómo partir con esta agua torrencial? Hacen caso al anciano y se quedan. Entre tanto cepillan los vestidos, secos ya, limpian las sandalias. El hombre cuece cebada con leche para todos, luego mete unas manzanas entre las cenizas. Empiezan a comer, y están para terminar cuando afuera se oye un grito.

“¿Otro peregrino? ¿Cómo haremos?” dice el anciano. Se levanta y envolviéndose en una gruesa manta, como impermeable, sale. En la cocina hay fuego, pero no buen humor. Jesús no dice nada.

Vuelve el anciano con los ojos llenos de sorpresa. Mira a Jesús, mira a los demás. Parece como si tuviera miedo... parece como si... como si escudriñara. Finalmente pregunta: ¿Entre vosotros está el Mesías? Decidlo, que los de Perea lo buscan para adorarlo, por un gran milagro que hizo. Desde ayer en la noche lo vienen buscando por todas las casas hasta el río, hasta el primer poblado... Ahora al regreso se acordaron de mí. Alguien les habrá señalado mi casa. Están afuera, con carros. ¡Mucha gente!”

Jesús se levanta. Los doce dicen: “No vayas. ¡Si dijiste que era conveniente no haberse quedado en Pela, es inútil salir ahora!”

“¡Pero entonces!... ¡Oh, bendito, bendito Tú y quien te envió! Y yo también que te hospedé. Tú eres el Rabí Jesús, el... ¡Oh!” El hombre se arrodilla y pone su frente contra el suelo.

“Soy Yo, pero permíteme ir donde están los que me buscan, después vengo contigo”. Se zafa de las manos del anciano que le tiene asidas las rodillas y sale al huertecillo lleno de agua.

“¡Vedlo! ¡Vedlo! ¡Hosanna!”

Bajan de los carros, Hay hombres, mujeres, el ciego jovenzuelo de ayer, su madre y la gerasena. Sin importarles el lodo se arrodillan y suplican: “Regresa. Regresa con nosotros a Pela”.

“No, a Yabes” gritan otros, que han de ser de allá. “¡Queremos tenerte! ¡Estamos arrepentidos de haberte arrojado!” gritan.

“¡No! ¡No! Con nosotros. Ven a Pela donde tu amigo te proclama. A ellos les has dado la luz de los ojos, a nosotros la del alma”.

“No puedo. Voy a Jerusalén. Allá me encontraréis de nuevo”.

“Estás enojado porque te arrojamos”.

“Estás disgustado porque sabes que le hicimos caso a las calumnias de un pecador”.

La madre de Marcos se cubre la cara bañada en lágrimas.

“Pídeselo tú. Yaia, pues te quiere mucho”.

“Me encontraréis en Jerusalén. Idos y sed constantes. No queráis ser como los vientos que circulan en todas direcciones. Adiós”.

“No. Ven. Te llevaremos por la fuerza si no vienes”.

“No levantéis la mano contra Mí. Esto sería idolatría, no una fe verdadera. La fe cree aun sin ver. Persevera aunque se le combata. Crece aun sin milagros. Me quedo con Matías que supo creer sin haber visto algo, y además es justo”.

“Acepta por lo menos nuestros dones. Dinero, pan. Nos dijeron que diste todo lo que tenías a Yaia y a su madre. Toma una carreta. Viajarás en ella. La dejarás en Jericó en casa de Timón el fondero. Tómalala. Llueve y continúa lloviendo. No te mojarás tanto, y lo harás pronto. Danos una prueba de que no nos guardas rencor”.

Los del otro lado de la empalizada hacen mucho ruido. Detrás de Jesús está el viejo Matías de rodillas, con la boca abierta, y detrás de él los apóstoles.

Jesús extiende su mano y dice: “Acepto los regalos para los pobres, pero la carreta, no. Soy pobre entre los pobres. No insistáis. Yaia, y tú de Gerasa, acercaos para que os bendiga de un modo especial”.

Mateo abre la puerta. Se acercan. Los acaricia y bendice. Luego bendice a los demás que se han acercado hasta el umbral. Dan a los apóstoles dinero y víveres. Jesús se despide de todos. Regresa dentro...

“¿Por qué no les dijiste algo?”

“El milagro hecho en los dos ciegos está hablando”.

“¿Por qué no aceptaste la carreta?”

“Porque es mejor ir a pie”.

Se vuelve a Matías: “Te habría recompensado sólo con bendiciones. Ahora puedo agregar a ellas un poco de dinero por los gastos que hiciste...”

“No, Señor Jesús... No acepto. Lo hice de buen corazón. Y ahora lo hago sirviendo al Señor. El Señor no paga. No está obligado. Soy yo quien tiene que pagar, no Tú. ¡Oh, este día jamás se me borrará de mi memoria ni aun en la otra vida!”

“Has dicho bien. Tu misericordia que tuviste para con los peregrinos la encontrarás escrita en el cielo como tu fe pronta en creer... Tan pronto aclare nos vamos. Podrían regresar aquellos. Son pertinaces mientras el milagro lo tienen ante sus ojos, pero luego... se olvidan, o se convierten en enemigos me voy. Hasta ahora he tratado de convertirlos quedándome con ellos. Ahora llego y paso sin quedarme. Voy a mi destino. Dios y el hombre me empujan. No puedo más detenerme. Me impele el amor. Me impele el odio. Quien me ama puede seguirme. Pero el Maestro no va a correr detrás de las ovejas que no quieren”.

“¿No te aman. Maestro divino?” pregunta Matías.

“No me comprenden”.

“Son malos”.

“La concupiscencia los tiene ciegos”.

El anciano no se atreve a mostrarse más confianzudo. Parece como si estuviera ante un altar. Jesús, por el contrario, ahora que no es más el Desconocido, se muestra más franco y habla con el anciano como si fuera un pariente.

Así pasa las horas hasta que llega casi el mediodía. Las nubes se deshilan. Dicen que no echarán más agua. Jesús ordena que se parta. El anciano corre a traer los mantos secos. Entre tanto pone una cajita de dinero y en una artesa pan y queso.

Vuelve el anciano. Jesús lo bendice. Emrende el camino, volviéndose una vez más a ver la cabeza blanca que se asoma entre la mugrienta empalizada.

50. Una leprosa (Rosa de Jericó) curada

14 de diciembre 1945

La llanura oriental del Jordán, debido a las continuas lluvias parece una laguna, sobre todo donde se encuentran Jesús y los apóstoles. Hace poco acaban de pasar un arroyo que

desciende de un estrecho desfiladero de las cercanas colinas que parecen formar una especie de dique ciclópeo de norte a sur a lo largo del Jordán, interrumpido acá y allá por estrechísimos barrancos de donde corre agua. Parece como si Dios hubiera colocado un gigantesco tejido de colinas para rodear el gran valle del Jordán de esta parte. Me atrevería a decir que es un tejido monótono, porque es igual por su altura, aspecto, formas salientes. Los apóstoles se encuentran entre los últimos arroyos que se han desbordado, sobre todo el del sur que orgulloso con su ronca trompa al bajar de las montañas se dirige al Jordán. Se le oye chocar fuertemente principalmente donde hay recodos. Se le oye que hincha su vientre con aguas que llegan de otras partes. Jesús, pues, se encuentra en medio de este triángulo trunco, de cuyos ángulos viene agua. Sacar las piernas de aquel pantano no es fácil.

Los apóstoles están de un humor turbio. Y ya es decir algo. Cuando abren sus bocas como para opinar sobre la situación, no hacen más que mostrar su descontento. Se oye: “¡Lo había yo dicho!” “Si se hubiera hecho como aconsejaba yo...” etc. etc. Hieren en verdad sus reproches.

Alguien dice: “Hubiera sido mejor haber pasado el río a la altura de Pela y habernos ido por la otra parte que no es tan mal”. O bien otro: “¡Hubiera sido bueno que hubiéramos aceptado la carreta! Quisimos mostrar que podíamos y ahora...” No falta quien: “Si nos hubiéramos quedado en los montes, no estaríamos entre este fango”.

Juan dice: “Sois profetas de cosas sucedidas. ¿Quién iba a prever esta lluvia?”

“Estamos en la estación. Se podía prever” dice Bartolomé.

“Los otros años no pasó lo mismo antes de pascua. Cuando fui a veros, el Cedrón no lleva tanta agua, y el año pasado estuvo hasta seco. ¿Quiénes os estáis lamentando no os acordáis de la sed que tuvimos en las llanuras filisteas?” les reprocha Zelote.

“¡Eh! ¡Es natural! ¡Hablan los dos sabios y quieren convencernos!” exclama Judas de Keriot.

“¡Tú cállate, por favor! No sabes más que criticar. Pero cuando llega la hora, cuando hay qué decir algo a algún fariseo o semejante, te quedas tan callado como si tuvieras la lengua amarrada” le objeta de mal talante Tadeo.

“Tienes razón. ¿Por qué no arrojaste ni una palabra, en el último poblado, a aquellas tres serpientes? Sabes muy bien que mostramos en Giscala y en Meierón respeto y veneración, y que Él quiso ir allá, Él que es el único en honrar a los grandes rabíes difuntos. ¡Pero ni chistaste! Ahora te pones a criticar. Ahora que puedes hacerte el irónico con los mejores de nosotros y criticar lo que hace el Maestro” interviene Andrés, que siempre paciente, hoy está con los nervios de punta.

“¡Tú cállate! Judas está equivocado. El que tiene muchos amigos, demasiados samaritanos...”

“¿Yo? ¿Quiénes son? ¡Nómbrales, si puedes!”

“¡Claro que sí, querido! Todos los fariseos, los saduceos, los poderosos de quienes te glorías ser amigo, y de que te conozcan si te ven. A mí jamás me saludan. ¡A ti, sí!”

“Tienes envidia. Yo soy uno del templo y tú, no”.

“Por gracia de Dios soy un pescador, y de ello me jacto”.

“Un pescador tan burro que ni siquiera supo prever este tiempo”.

“¡No! ¡Yo dije: ‘¡Luna de Nisam y con lluvia, trae agua que cae a chorros!’”

“¡Ah, aquí es donde te quería! ¿Qué dices Judas? ¿Y tú Andrés? Hasta Pedro, nuestro jefe, critica al Maestro”.

“Yo no critico a nadie. Cité un proverbio”.

“Que para quien lo entiende no deja de ser una crítica y un reproche”.

“Está bien... pero todo esto no sirve para que se seque el suelo como me parece. Estamos aquí y conformémonos. Guardemos las fuerzas para sacar los pies de este pantano” aconseja Tomás.

¿Y Jesús? ¡Jesús calla! Va adelante, entre el fango, buscando algunas hierbas que sobresalgan. Pero basta con pisarlas para que arrojen aguas hasta las rodillas, como si se hubiese pisado sobre una bolsa. Calla. Los deja que hablen, que desahoguen su mal humor.

Casi han llegado al torrente que está más al sur y Jesús al ver a un hombre montado sobre una mula pasa a lo largo del dique inundado, le pregunta: “¿Dónde está el puente?”

“Más arriba. Voy a pasar también yo. El otro, el que está en el valle, el romano, está bajo las aguas”.

Otro coro de inconformidades... Pero se apresuran a seguir al hombre que está hablando con Jesús.

“Te conviene que te internes en el monte”. Luego: “Vuelve a lo plano hasta que encuentres el tercer río después de Yaloc. Estarás cerca del vado. Pero date prisa. No te detengas. El río crece a cada momento. ¡Qué tiempo tan malo! Primero la nieve y luego el agua. Tal vez castigo de Dios. ¡Pero es justo! Cuando no se lapida a los blasfemos de la ley, Dios castiga. Y nosotros los tenemos. Eres galileo ¿o no? Entonces debes conocer a ese de todas las desgracias. ¡Con su palabra atrae los rayos! ¡Los castigos! Hay que oír lo que cuentan de Él los que lo han conocido. Tienen razón los fariseos de perseguirlo. ¡Quien sabe qué ladrón sea! Debe infundir miedo como Belzebú. Me habían entrado ganas de oírlo, porque me habían referido una cosa buena que había hecho... Pero se trata de los de su banda. Gente sin escrúpulos como Él. Los buenos lo abandonan. Y hacen bien. Por mi parte no quiero ir a oírlo ya. Y si por casualidad lo encontrase lo cojo a pedradas como debe de hacerse con un blasfemo”.

“Entonces hazlo. Yo soy Jesús de Nazaret. No huyo ni te maldigo. He venido para redimir al mundo con mi sangre. Aquí me tienes. Cumple con tu deber y muestra que eres justo”.

Jesús dice esto abriendo un poco sus brazos hacia tierra. Sus palabras resonaron claras. Si hubiera maldecido al hombre, no le hubiera causado mayor impresión. Bruscamente tira las riendas. Se detiene y por poco no cae del dique al río revuelto. Jesús ase el freno a tiempo y detiene al animal, de modo que salva a ambos. El hombre no sabe más que repetir: “¡Tú! ¡Tú!...” y al ver que lo ha salvado, grita: “Pero si he jurado que te lapidaría... ¿No comprendes?”

“Y Yo te digo que te perdono, y que también por ti sufriré para redimirte. Este es el oficio del Salvador”.

El hombre una vez más lo mira, espolea el mulo y huye... Jesús baja su cabeza...

Los apóstoles sienten la necesidad de olvidar el fango, la lluvia y todas las demás miserias para contentarlo. Lo rodean y le dicen: “¡No te aflijas! No tenemos necesidad de bandidos. Y ese lo es, porque sólo un malvado puede creer que sean verdaderas las calumnias que se echan y tenerte miedo”.

“Pero” añaden “¡Qué imprudencia, Maestro! ¿Y si te hubiera hecho algún daño? ¿Por qué dijiste que eres Jesús de Nazaret?”

“Porque es la verdad... Vamos hacia los montes como aconsejó. Perderemos un día, pero saldremos de este pantano”.

“¡También Tú!” replican.

“¡Oh, por Mí, no! Es el pantano de las almas el que me causa fatigas”. Dos lágrimas cubren sus bellos ojos.

“No llores, Maestro. Nosotros refunfuñamos, pero te queremos mucho. Si pudiéramos encontrar a los que te denigran. Nos las pagarían”.

“Tendréis qué perdonar como Yo. Pero dejadme llorar. Soy hombre también. ¡Me causa aflicción el verme traicionado, renegado, abandonado!”¹

“Míranos. Míranos. Pocos pero buenos. Ninguno de nosotros te traicionará, ni te abandonará. Créelo, Maestro”.

“¡Ni siquiera mencionar esas cosas! ¡Ofendes nuestros sentimientos pensando que podamos traicionarte!” exclama Iscariote.

Jesús está muy afligido. No responde, pero despacio caen lágrimas por sus pálidas mejillas.

¹ Cfr. Perdón Mt. 9, 1-8; Llorando Lc. 19, 41-44; Heb, 5, 5-10.

Los montes están cerca. “¿Subimos allá o damos vuelta por las faldas? Hay algunos poblados. ¡Mira! De acá y de allá del río” le hacen notar.

“Comienza a atardecer. Tratemos de llegar a algún poblado. Cualquiera que sea”.

Judas Tadeo que tiene muy buenos ojos, escudriña las pendientes. Se acerca a Jesús. “Si no hubiera otra cosa, veo que hay cuevas en el monte. ¿Las ves? Podemos refugiarnos en ellas, mejor que quedarnos dentro del lodo”.

“Podemos prender fuego” dice Andrés como para consolar.

“¿Con leña mojada” pregunta irónico Judas de Keriot.

Ninguno replica. Pedro entre dientes: “Bendigo al Eterno que no viene con nosotros mi mujer, ni Marziam”.

Atraviesan el puente, demasiado viejo, que se encuentra a la entrada del valle, y toman por el lado sur, por un camino que lleva a algún poblado. La oscuridad baja rápido, de tal modo que deciden meterse en una cueva grande para escapar de un violento chubasco. Tal vez se trate de una cueva que sirve de refugio a los pastores, porque hay en ella paja y algo así como petates, y trazas de un horno.

“Para dormir no sirve, pero como horno puede serlo...” dice Tomás señalando las ramas y hojas tiradas por el suelo. Se ven también ramas de enebro. Las hace a un lado con su bastón. Las junta y les prende fuego.

Humo, hedor. Hedor a resina, a enebro, brotan, suben. Pero el calor que despiden agrada a todos. Lo rodean. Comen a la luz bailarina su pan y su queso.

“Se podía haber llegado a algún poblado” dice Mateo que tiene ronquera y sigue resfriado.

“Óyeme ¿para que nos suceda lo mismo que hace tres días? De aquí nadie nos echa... Podemos sentarnos sobre la leña que ves allí y podemos hacer fuego hasta que queramos. ¡Ahora que se ve claro, hay bastante leña! ¡Mira, mira! ¡También hay paja!... Es algo así como un redil. Para el verano, o para cuando transmigran. ¿De dónde se va de aquí? Andrés, toma una rama encendida que quiero ver” dice Pedro que anda dando vueltas con la esperanza de encontrar algo. Andrés obedece. Se meten por una hendidura de la cueva.

“¡Estad atentos, no sea que vaya a haber algún animal peligroso!” gritan los otros. “¡O leproso!” aúlla Tadeo.

Después de unos instantes se oye la voz de Pedro: “¡Venid, venid! Aquí se está mejor. Está limpio y seco. Hay bancas de madera y leña para el fuego. ¡Que si es un palacio! Traed ramas encendidas que hacemos fuego aquí”.

Ha de ser un refugio de pastores. Esta es la cueva donde duermen, mientras que en la otra vigilan a los que les toca de guardia. Es una excavación dentro del monte, más pequeña y tal vez hecha a propósito, o por lo menos ampliada y bien sostenida con travesaños. Hay algo así como chimenea por donde sale el humor. Hay bancos y paja al lado de las paredes en las que se ven ganchos para colgar las lámparas o vestidos. “¡Que si está bien! ¡Prended fuego! Estaremos calientes y se secarán los mantos. Quitaos las fajas, para que sobre ellas podamos tender los mantos” ordena Pedro. Acomoda las bancas y la paja. Luego dice: “A algunos tocará dormir por un tiempo y a otros tener encendido el fuego. Para que podamos vernos y para estar calientes. ¡Cómo nos ha ayudado Dios!”

Judas refunfuña entre dientes. Pedro, un poco disgustado se vuelve. “Respecto a la gruta de Belén, donde nació el Señor, esta es un palacio. Si Él nació allá, nosotros podemos pasar una noche aquí”.

“Es mejor que la de Arbela. Allá no había otra cosa más que nuestro corazón” dice Juan y se sume en recuerdos.

“Y es mejor que en la que estuvo el Maestro antes de empezar su predicación” agrega secamente Zelote, mirando a Iscariote como para decirle que se calle la boca.

Jesús habla: “Y sin duda es más acogedora y más cómoda que aquella en la que hice penitencia por ti Judas de Simón en el pasado Tebet”.

“¿Por mí, penitencia? ¿Por qué? ¡No había necesidad!”

“En verdad te digo que Yo y tú deberíamos pasar la vida haciendo penitencia para que te veas libre de lo que pesa sobre ti. ¡Y aun no bastaría!”

Las palabras de Jesús, calmadas, tranquilas, caen como un rayo en un día sereno... Judas baja la cabeza y se va a un rincón. No se atreve a reaccionar.

“Yo velaré y me preocuparé del fuego. Vosotros, dormid” ordena Jesús después de algunos momentos.

Pasan los minutos y el chasquido de la leña se une a la respiración pesada de los doce que están cansados, fastidiados. Que se han acostado sobre las bancas, sobre la paja. Cuando esta se les cae y quedan descubiertos, Jesús se las vuelve a poner. Así como una madre cuida a su hijo. Y con todo llora al ver esas caras, unas herméticas, otras serenas, o en las que se refleja el malhumor. Mira a Iscariote que parece refunfuñar con sus puños cerrados... Mira a Juan que duerme con su mano bajo la mejilla que oculta sus rubios cabellos. Parece como si fuera un niño que durmiera en su cuna. Mira la cara fiel de Pedro, la adusta de Natanael, la cacariza de Zelote, la aristocrática de su primo Judas, y se detiene por un tiempo a mirar la de Santiago de Alfeo que se parece tanto a la de José de Nazaret. Se sonríe al oír los monólogos de Tomás y de Andrés, que parece estuvieran hablando con el Maestro. Cubre bien a Mateo que fatigosamente respira. Le pone más paja que extiende sobre sus pies, después de haberla calentado al fuego. Sonríe al oír que Santiago dice: “Creed en el Maestro y tendréis la Vida”... y que continúa lanzando un sermón en sueños. Se inclina a levantar la bolsa de Felipe en que guarda secretos amados, y se la pone cerca de la cabeza. En los intervalos medita y ora...

El primero en despertarse es Zelote. Ve a Jesús que todavía está cerca del fuego. Y al ver que el montón de leña casi se ha acabado, comprende que el tiempo ha pasado. Baja de su banca y de puntitas se acerca a Jesús. “Maestro ¿no vas a dormir? Yo velo ahora”.

“Es ya el alba, Simón. Hace poco que fui a allá, y vi que el cielo esclarece”.

“¿Pero por qué no nos llamaste? ¡Debes estar cansado!”

“¡Oh, Simón! Tenía muchas cosas en qué pensar... y por qué orar” y apoya su cabeza sobre el pecho del discípulo.

Zelote, se la acaricia. Pregunta: “¿En qué cosas pensabas, Maestro? No tienes necesidad de ello, Sabes todo”.

“Pensaba, no en lo que deba de decir, sino en lo que deba hacer. Me encuentro desarmado contra el mundo astuto porque no tengo su malicia ni la astucia de Satanás. El mundo me gana³... Me siento cansado”.

“Y lleno de aflicciones. Nosotros también somos culpables. Perdóname a mí y a mis compañeros, Maestro, que no eres digno de sufrir. Lo digo en nombre de todos”.

“Os amo mucho... Sufro mucho... ¿Por qué tan frecuentemente no me comprendéis?”

La plática de ambos despierta a Juan que es el que está más cerca. Abre sus ojos, mira asombrado a su alrededor, recuerda bien lo que pasó, se levanta y se acerca. Oye las palabras de Jesús: “Todo el odio e incomprensión sería nada si tuviera vuestro amor, si me comprendieseis... ¡Pero todo lo contrario No lo hacéis... Esto es mi primer tormento. ¡Y cuán pesado! Pero no tenéis la culpa. Sois hombres... Os dolerá el no haberme comprendido, cuando ya no podréis repararlo... Por esta razón y porque expiaréis la superficialidad de ahora, las mezquindad de estos momentos, os perdono y de antemano digo: ‘¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen, ni el dolor que me causan!’”

Juan da la vuelta y cae de rodillas. Se abraza a las piernas de Jesús, y casi entre lágrimas dice: “¡Oh, Maestro mío!”

Zelote que continúa teniendo la cabeza de Jesús sobre el pecho, se inclina a besar sus cabellos. “¡Te amamos mucho! Tomaremos de Ti fuerza suficiente para defenderte, para defendernos para triunfar. Nos duele muchísimo el verte como cualquiera de nosotros, sujeto a

³ Cfr. Lc. 13, 27.

la intemperie, a la miseria, a la desgracia, a las necesidades de la vida... Somos unos necios. Pero las cosas son así. Para nosotros eres el Rey, el Vencedor, Dios. No logramos comprender la sublimidad de tu abnegación por amor a nosotros. Porque eres el único que sabe amarnos, y nosotros..."

"Así es, Maestro. Simón dice bien. No sabemos amar como Dios ama. Como lo haces Tú. Y lo que es bondad infinita, amor infinito, lo tomamos por debilidad, y nos aprovechamos de ella... Aumenta nuestro amor, aumenta tu amor, Tú que eres su fuente. Haz que se derrame en nosotros, como los ríos se derraman. Satúranos de él, así como los valles están ahora bañados de agua. No es necesaria la sabiduría, ni el valor, ni la austeridad para ser perfectos como nos quieres. Basta con que amemos... Señor, confieso en nombre de mis compañeros que no sabemos amar".

"Vosotros dos que me comprendéis, os acusáis. Sois humildes. *La humildad es amor*. Los otros no tienen más que un obstáculo para que sean como vosotros, y Yo lo abatiré. Porque en verdad soy Rey, Vencedor y Dios. ¡Para siempre! Ahora soy el Hombre. Mi frente se inclina bajo el suplicio de mi corona. Siempre ha sido una corona torturadora haber sido el Hombre. Gracias amigos míos. Me habéis consolado. El hombre tiene una ventaja, y es el tener una madre que lo ama, y amigos sinceros. Vamos a despertar a los compañeros. Ya no llueve. Los mantos están secos. Han descansado. Comeréis y partiremos".

Poco a poco su voz dulce sube de tono, hasta que el "partiremos" se convierte en una orden. Todos se levantan y se duelen de haber dormido mientras Jesús velaba. Se sientan. Comen, toman sus mantos, apagan el fuego y salen a la vereda húmeda. Empiezan a bajar hasta el camino que sigue la orilla, y que no está lleno de lodo. La luz no es gran cosa porque el sol todavía no ha salido, pero suficiente para ver.

Andrés y los dos hijos de Alfeo van adelante. En cierto momento se detienen, miran y retroceden corriendo. "¡Hay una mujer! ¡Parece muerta! ¡Está atravesada en el camino!"

"¡Qué fastidio! Empezamos mal. ¿Cómo vamos a hacer? ¡Ahora habrá hasta qué purificarse!" Los primeros refunfuños del día.

"Vamos a ver nosotros si está muerta o no" dice Tomás a Iscariote.

"Ni de chiste voy contigo" rezonga.

"Yo voy contigo" contesta Zelote. Se acercan, se inclinan. Tomás vuelve gritando.

"Tal vez la han asesinado" dice Santiago de Zebedeo.

"O bien se murió de frío" agrega Felipe.

Tomás llega y con su fuerte voz anuncia: "Tiene los vestidos de los leprosos..." y parece como si hubiera visto al diablo por la cara que pone.

"¿Pero está muerta?"

"Quién sabe" ¡Me regresé al punto!"

Zelote después de haber visto atentamente regresa donde Jesús. "Maestro, dice, una hermana leprosa. No sé si esté muerta. No podría afirmarlo. Me parece que todavía late su corazón".

"¿La tocaste?" gritan varios, haciéndose a un lado.

"Sí. Desde que estoy con Jesús no tengo ningún miedo a la lepra. Y siento compasión porque sé lo que significa ser leproso. Tal vez alguien le pegó en la cabeza porque le sale sangre. Tal vez bajó en busca de comida. Es algo horrible, tenedlo en cuenta, morir de hambre y tener qué desafiar a los hombres para conseguir un mendrugo de pan".

"¿Está flaca?"

"No. Y hasta me admiro cómo puede vivir entre leprosos. No tiene ninguna escama, ni gangrena, ni llaga alguna. Tal vez esté enferma no hace mucho. Ven, Maestro. Te lo ruego. ¡Ten piedad de la hermana leprosa como la tuviste por mí!"

"Vamos. Dadme pan, queso y el poco de vino que queda".

"¡No vas a hacer que beba donde bebemos nosotros!" grita aterrorizado Iscariote.

"No tengas miedo. Beberá en mi mano. Ven, Simón".

Se acercan... La curiosidad empuja a todos. Sin preocuparse del rocío que cae de las ramas, ni del musgo empapado, suben por la cuesta para ver mejor. Ven que Jesús se inclina, que la toma por las axilas, y la hace que se recline contra una piedra. La cabeza le cuelga como si estuviera muerta.

“Simón, levántale la cabeza para que pueda echarle alguna gota de vino”.

Zelote obedece sin miedo alguno. Jesús levantando la borracha le echa sobre los labios semicerrados y pálidos, gotas de vino. Dice: “¡Está congelada la pobrecita! ¡Está mojada completamente!”

“Si no es leprosa la podríamos llevar a donde estuvimos” aconseja compadecido Andrés.

“¡Faltaría eso!” exclama Judas.

“¡Si no es leprosa! ¡No tiene ninguna señal!”

“Tiene los vestidos. ¡Y basta con eso!”

El vino hace sus efectos. La mujer da un suspiro. Jesús le echa más vino a ver que lo pasa. La mujer abre los ojos llenos de neblina, sumidos en el espanto. Ve a hombres. Trata de levantarse, de huir, gritando: “¡Estoy infectada!” Pero las fuerzas no le ayudan. Se cubre la cara con sus manos gimiendo: “¡No me lapidéis! Bajé porque tenía hambre... ¡Hace tres días que nadie me arrojaba ni un mendrugo!...”

“Aquí hay pan y queso. Come. No tengas miedo. Bebe un poco de vino de mi mano” dice Jesús echándolo en la concavidad de su mano.

“¿No tiene miedo?” pregunta la infeliz sin saber qué añadir.

“No” responde Jesús, y sonríe al ponerse de pie, pero sin separarse de la mujer que evidentemente come del pan y del queso. Parece un animal muerto de hambre. Como que quiere ahogarse por el ansia de comer.

Después de que ha comido un poco, mira a su alrededor. Con voz intangible dice: “Uno... dos... tres... trece... ¿Pero qué?... Oh, ¿quién es el Nazareno? Tú ¿no es verdad? ¡Sólo Tú puedes compadecerte de una leprosa!...” La mujer fatigosamente se pone de rodillas.

“Soy Yo, ¿Qué quieres? ¿Curarte?”

“También... pero antes debo decirte una cosa... Había oído hablar de Ti. Algunos que hace tiempo pasaron por aquí, me hablaron. No. No hace mucho tiempo. Fue el otoño pasado. Pero para un leproso... cada día es un año... Quería verte. Pero ¿cómo podía ir a Judea o Galilea? Dicen que estoy leprosa. Pero no tengo más que una llaga en el pecho, y me la contagió mi marido que cuando se casó conmigo era yo virgen y estaba sana, lo que él no. Pero es uno de los grandes... y puede todo. Hasta se atrevió a decir que cuando me tomó por esposa estaba ya enferma, y me repudió para poder unirse con otra mujer que ambicionaba. Me denunció como leprosa, y como intenté disculparme me apedrearon. ¿Era justo, Señor? Ayer por la tarde pasó un hombre de Betyaboc gritando que venías y que te echasen fuera. Yo estaba... pues había bajado hasta el poblado porque me moría de hambre. Hubiera hurgado entre los basureros, para encontrar algo... Yo que en otros tiempos fui una “señora” hubiera disputado a cualquier pollo la comida pestilente...”

Llora... Continúa: “Tenía ansias de encontrarte, para decirte que huyeras, para decirte que tuvieras compasión de mí. ¡No puedo comprenderlo! Los perros, los cerdos y gallinas viven junto a las casas de Israel, pero el leproso no puede bajar a pedir un pedazo de pan, ni aun cuando no lo sea uno. Seguí adelante, preguntando dónde estabas. Como estaba oscuro no me reconocieron inmediatamente, y me respondieron: “Sube por el dique del río”. Pero luego me reconocieron y me lanzaron piedras en lugar de pan. Corrí en la noche, para venir a encontrarte, para escapar de los perros. Tenía yo hambre, frío, miedo. Caí donde me encontraste. Pensé que iba a morir y al contrario te he encontrado, Señor, no estoy leprosa. Pero esta llaga que tengo junto a la teta me impide que regrese entre los vivos. No quiero volver a ser la Rosa de Jericó como cuando vivía mi padre, pero al menos vivir entre los hombres y seguirte. Con quienes hablé en octubre me dijeron que tienes discípulas y que te acompañan... Pero sálvate Tú primero. No mueras. ¡Tú eres bueno!”

“No moriré hasta cuando llegue mi hora. Ve a aquella roca. Hay una gruta segura. Descansa y luego ve a ver al sacerdote⁵”.

“¿Por qué, Señor?” la mujer tiembla de ansias.

Jesús sonríe: “Vuelve la Rosa de Jericó que florece en el desierto, que sigue viviendo aun cuando parezca marchita. Tu fe te ha salvado”.

La mujer desabrocha un poco el vestido y ve su pecho. Grita: “¡No tenga ya nada! ¡Oh, Señor, Dios mío!” y cae de rodillas con la cara al suelo.

“Dadle pan y alimentos. Mateo, dale un par de tus sandalias. Yo le daré un manto, para que pueda presentarse ante el sacerdote. Dale, Judas, algo de dinero, para los gastos de su purificación. La esperaremos en Getsemaní para que vaya con Elisa. Me había pedido una hija”.

“No, Señor. No tengo necesidad de descansar. Me voy, me voy al punto”.

Baja al río, entonces. Lávate y ponte este manto...”

“Señor, yo doy el mío a la hermana leprosa. Permíteme que lo haga y la llevaré donde Elisa. Una segunda vez me veo curado, al verme en ella, que es feliz”. Dice Zelote.

“Haz como quieras. Dale lo que necesitare. Mujer, escucha bien. Irás a purificarte, y luego irás a Betania y preguntarás por Lázaro. Le dirás que te dé hospedaje hasta que Yo llegue. Vete en paz”.

“Señor ¿cuándo podré besarte los pies?”

“Muy pronto. Vete. Pero recuerda que solo el pecado me causa asco, y perdona a tu esposo porque por su medio me encontraste”.

“Es verdad. Lo perdono. Me voy... ¡Señor, no te detengas aquí, que te odian! Piensa que he caminado cansadísima por una noche para venir a decírtelo, y si no te hubiera encontrado, tal vez otros me hubieran encontrado y me hubieran matado a pedradas como a una sierpe”.

“Lo tendré presente. Vete, mujer. Quema tu vestido. Acompáñala, Simón. Nosotros vamos adelante, nos alcanzará en el puente”.

Se separan.

“Y ahora hay que purificarse. Estamos todos impuros”.

“No era lepra, Judas de Simón. Yo te lo aseguro”.

“No importa. Yo me purificaré. No quiero ninguna impureza sobre mí”.

“¡Qué cándido lirio!” exclama Pedro. “Si el Señor no siente que tenga alguna impureza ¿la sientes tú?”

“¿Y por una que afirmas que no es leprosa? ¿Qué tenía, Maestro? ¿Viste la llaga?”

“Sí. Era un fruto de la lujuria del hombre. Pero no era lepra. Si su marido hubiera sido un hombre recto no la hubiera arrojado, porque el enfermo era él. Pero de todo se aprovechan los lujuriosos con tal de saciar el hambre. Tú, Judas, si quieres, vete también. Nos encontraremos en Getsemaní. ¡Purifícate, purifícate! Y la primera de las purificaciones es la sinceridad. Eres un hipócrita. Recuérdalo. ¡Vete!”

“¡No! ¡Que me quedo! Si Tú lo dices, lo creo. No estoy pues impuro, y me quedo contigo. Quieres decir que soy un lujurioso y que aprovechaba la ocasión para... Te demuestro que eres el único ser a quien amo”.

Rápidos bajan.

51. Milagro en el Jordán crecido

17 septiembre 1944

En medio de un temporal de perros, Jesús camina por un camino lleno de lodo. A cada paso que dan se manchan los vestidos de ese lodo amarillento, sobre el que se resbalan como si fuera jabón, que se pega a las sandalias, las aspira como si fuera una ventosa, y al mismo tiempo se escapa de ellas, haciendo que la caminata sea dura y pesada.

⁵ Cfr. Lev. 13-14.

Debe haber llovido, y mucho por lo que veo. El cielo parece confirmar mis sospechas. Está nublado, color plomizo. Los vientos empujan las nubes que parecen tan espesas que pudieran cortarse. El viento no cesa. Dobla las hierbas, las ramas. Pasa, vuelve una y otra vez. De ven en cuando algunas nubecillas se entreabren y caen gotas de agua, calientes como si saliesen de alguna regadera y que salpican los vestidos y las piernas.

El borde de las túnicas aun cuando se las arremangaron hasta la cintura, sosteniéndola con un cordón, están llenas de fango. Vestidos y mantos que se han arremangado más arriba no han escapado de las manchas de lodo. Los pies, las espinillas parecen como si tuvieran medias, que no son, empero, sino el lodo que se les adherido.

Los discípulos se quejan un poco del tiempo y del camino, y hay qué decirlo también, de que el Maestro quiera andar por estos caminos y con este temporal.

Jesús hace como si no oyera. Dos o tres veces se vuelve ligeramente –caminando como en fila india para ir por el lado izquierdo del camino, que está un poco más elevado y menos lodoso- a mirarlos. Pero no habla.

En la última vez el de más edad de los discípulos dice: “¡Oh, pobre de mí! Con esta humedad que se me seca en la espalda, me siento mal. Ya estoy viejo. No tengo treinta años”.

Mateo también refunfuña: “¿Y entonces yo? Estaba yo acostumbrado... Cuando llovía en Cafarnaum, tú lo sabes, Pedro, no salía de casa. Mandaba a algunos de mis criados a cobrar los impuestos y me traían a los que tenían qué pagar. Había organizado un buen servicio para tales casos. ¡Bueno!... ¡Quién iba a andar fuera con mal tiempo! ¡Uhm! Alguno que sentía la tristeza y no más. Los negocios y los viajes se hacen cuando el tiempo es bueno...”

“¡Callaos que os oye!” dice Juan.

“¡Qué va a oír! Piensa y cuando es así... es como si no existiéramos” replica Tomás.

“Y cuando se le clava alguna cosa no se la quita ninguna reflexión justa. Hace lo que quiere. No se fía sino de Sí mismo. Será su ruina. Si se aconsejase un poco conmigo... ¡Sé tantas cosas!” dice Judas con su aire de “sabiondo” y de “mejor que todos los demás”.

“¿Qué sabes tú?” pregunta Pedro colorado como un gallo. “¡Todo lo sabes! ¿Qué amigos tienes? ¿Eres acaso uno de los grandes de Israel? ¡Quién te lo va a creer! También tú eres un pobre hombre como yo y los demás. Un poco más bello... ¡Pero belleza de juventud es flor que dura un día! También yo era bonito”.

Una fresca carcajada de Juan rompe el aire. También los otros se echan a reír, y se burlan un poco de Pedro, por sus arrugas, por sus piernas curvas, como la de los marinos, por sus ojos que parecen de buey y enrojecidos por los vientos del lago.

“Reíos si os gusta, pero es así. Y además, no me interrumpáis. Dinos, Judas ¿qué amigos tienes? ¿Qué sabes? Para saber lo que das a entender, debes tener amigos entre los enemigos de Jesús. Y quien es así es un traidor. ¡Eh, muchacho! ¡Ten cuidado si crees que eres bonito. Si es verdad que ya no lo soy, todavía soy fuerte para sacarte un diente y apagarte un ojo sin que me cueste gran cosa”.

“¡Qué moditos de hablar! ¡Propios de un vulgar pecador!” responde Judas con desprecio principesco.

“Sí, señorito, y me glorío de ello. Pescador, pero sincero como mi lago, que si quiere envolverse en tempestades no grita: “Voy a estar calmo”, sino que se retuerce y arriba pone como testigos a nubarrones que lo embravecen como a un toro, y cualquiera que lo vea, puede entenderlo. Tú... te pareces a este lodo que parece sólido y mira” (da una fuerte pisada y el lodo salpica la cara de Judas).

“¡Pero, Pedro! ¡Estos son unos modos indignos! ¡Qué buen provecho te hacen las palabras del Maestro sobre la caridad!”

“Y también sobre la humildad y sinceridad. ¡Adelante! ¡Escupe lo que sabes! ¿Qué sabes? ¿Es verdad que sabes o te das aire de tener amigos poderosos? ¡Pobre gusano que eres!”

“Lo que sé lo sé, y no te lo voy a decir para que no te rías como quisieras, ¡pedazo de tonto galileo” Repito que si el Maestro fuera menos testarudo le iría mejor. Y menos violento. La gente empieza a cansarse de verse ofendida”.

“¿Violento? Si lo fuera, te echaría a volar sobre el río y *al punto*. Un vuelo sobre aquellos árboles. De este modo te quitarías el lodo que te ensucia tu linda cara. ¡Ojalá sirviera para que te lavaras el corazón, que si no me equivoco, ha de estar más costroso que mis piernas sucias!” De hecho Pedro que es velludo y bajo de estatura como Mateo, las trae cargadas de lodo.

“Bueno. ¡Dejad de pelear!” interviene Mateo.

Juan, que notó como que Jesús detenía el paso, sospecha que ha oído y apresura el paso, pasa a dos o tres compañeros, lo alcanza, se pone a su lado. Le dice: “¡Maestro!” con su dulce voz, alzando la cara, porque además de ser de menor estatura, va por el centro del camino que no es elevado como el lado izquierdo.

“¡Juan, me has alcanzado!” responde Jesús sonriendo.

El discípulo escudriña con ansia su rostro para cerciorarse si oyó o no. Responde: “¡Sí, Maestro mío! ¿Me quieres?”

“Siempre. Quisiera que todos tuvieran tu corazón. Pero si sigues por allí, vas a acabar por empaparte”.

“¡No importa, Maestro! ¡Nada me importa con tal de estar cerca de Ti!”

“¿Quieres estar siempre conmigo? ¿No piensas que soy un imprudente y que puedo ponerlos también a vosotros en mal? ¿No te sientes ofendido porque no escucho tus consejos?”

“Maestro, ¿entonces has oído?” Juan está consternado.

“*Todo* lo he oído. Desde las primeras palabras. Pero no te pongas triste. No sois perfectos. Lo sabía desde el momento en que os escogí. No pretendo que lo seáis lo más pronto posible. Antes de dejar de ser árboles selváticos, conviene que se os ponga dos injertos...”

“¿Cuáles, Maestro?”

“El uno de sangre y el otro de fuego. Después seréis héroes del cielo y convertiréis al mundo empezando por vosotros”.

“¿De sangre? ¿De fuego?”

“Sí, Juan. *De mi sangre...*”

“¡No, Jesús!” Juan lo interrumpe con un gemido.

“Bueno, amigo mío, no me interrumpas. Sé el primero en escuchar estas verdades. Lo mereces. De mi sangre. Lo sabes. Vine por eso. Soy el Redentor... piensa en los profetas. No omitieron ni siquiera una jota al describir mi misión. Seré el Hombre que describió Isaías¹. Y cuando haya derramado mi Sangre esta os fecundará. Pero no me contentaré con esto. Sois tan imperfectos, y débiles, tan tontos y miedosos que, glorioso al lado de mi Padre, os enviaré mi Fuego, la Fuerza que procede de mi ser por generación del Padre, y que une al Padre y al Hijo en un anillo indisoluble, haciendo de Uno, Tres: *El Pensamiento, la Sangre, el Amor*. Cuando el Espíritu de Dios, esto es, del Espíritu de Dios, la Perfección de las Perfecciones divinas venga sobre vosotros, vosotros no seréis más lo que sois. Sino que seréis nuevos, poderosos, santos... Para uno mi sangre no servirá de nada, lo mismo que el Fuego. Porque mi sangre le servirá de condenación y por toda la eternidad probará otro fuego en que arderá arrojando sangre y tragando sangre, pues verá sangre dondequiera que pose sus ojos mortales, o su corazón desde el momento que haya traicionado la sangre de un Dios”.

“¡Oh, Maestro! ¿Quién es?”

“Lo sabrás un día. Ahora ignóralo. Y por caridad no trates ni siquiera de indagar quién sea, porque podría acarrear sospechas. No debes sospechar de tus hermanos porque la sospecha es falta de caridad”.

“Me basta con que me asegures que no seré yo, ni Santiago, los que te traicionaremos”.

“¡Oh, tú, no! Ni Santiago tampoco. ¡Tú eres mi consuelo, buen Juan!” y Jesús le pasa un brazo sobre la espalda.

¹ Cfr. Is. 52, 13- 53, 12

Por algunos momentos camina sin decir nada. También los demás se han callado. Sólo se oye el chapotear del lodo que se prende y desprende de los pies.

Después se escucha un rumor diverso. Es un ruido borbollante, algo así como el ronquido de alguien acatarrado. Un chasquido monótono interrumpido de vez en vez por breves espacios.

“¿Oyes?” pregunta Jesús. “El río está cerca”.

“Pero no llegaremos al vado sino hasta la noche. Dentro de poco empezará a atardecer”.

“Dormiremos en alguna choza, y mañana lo pasaremos. Hubiera querido llegar antes, porque cada vez crece el río. ¿Oyes? Los cañaverales de la ribera se rompen bajo el peso de las aguas”.

“¡Te entretuvieron en aquellos poblados de la Decápolis! Lo decíamos a los enfermos: “¡Otra vez será!”, pero...”

“Pero quien está enfermo quiere curarse, Juan. Y quien tiene piedad cura *al momento*. No importa. Pasaremos lo mismo. Quiero estar al otro lado antes de regresar a Jerusalén para Pentecostés”.

Nuevo silencio. La tarde cae con la rapidez de los días lluviosos. El caminar en medio de un crepúsculo oscuro se hace más difícil. También los árboles que hay en la vera del camino aumentan la oscuridad con sus ramas.

“Pasemos a la otra parte del camino. Estamos ya cerca del vado. Buscaremos alguna choza”.

Atraviesa. Los demás los siguen. Pasan un foso donde hay más lodo que agua, que se va a arrojar al Jordán. Casi a tientas pasan entre árbol y árbol, dirigiéndose al río cuyo retumbo es cada vez más fuerte.

Un rayo de luna penetra las nubes e ilumina el Jordán turbio, que está muy crecido y muy ancho en este lugar. No es el hermoso, el tranquilo y el azulado Jordán, que arrastra calmadas y pocas aguas dejando sin mojar la arena de la ribera, donde empiezan los cañaverales que con su follaje hacen ruido. Ahora las aguas todo lo han invadido. Las cañas doblegadas, destrozadas están bajo el agua. No se ve más, a no ser que alguna saque fuera una que otra hoja que ondea, que parece la señal de ¡SOS! De alguien que se despide de este mundo o que pide auxilio. El agua llega a los pies de los primeros árboles. No sé qué clase de árboles sean. Son grandes, frondosos, compactos como un muro, oscuros como la negra noche. Alguno que otro llorón mete su ramaje deshecho en las amarillentas aguas.

“Por aquí no se puede pasar” dice Pedro.

“Por ahí no, pero más allá ¿lo ves?” le responde Andrés.

De hecho dos animales pasan cuidadosamente el río. El agua les llega a la panza.

“Si pasan ellos, también las barcas”.

“Es mejor pasar inmediatamente, aunque sea de noche. Las nubes se han despejado y hay luna. No dejemos escapar la oportunidad. Busquemos alguna barca...” Y Pedro lanza por tres veces un largo: “¡Oh... e!”

Nadie responde.

“Vamos más arriba, al vado. Melquíades debe estar con sus hijos. Es la mejor estación para él. Nos pasará”.

Caminan lo más ligero que pueden por la vereda que costea el río.

“¿Pero no es aquella una mujer?” pregunta Jesús mirando a los dos que con sus caballos han pasado ya el río y se han detenido en el sendero.

“¿Una mujer?” Pedro y los demás no ven si se trata de hombre o de mujer lo que está allá, que se ha apeado y espera.

“Sí. Es una mujer... Es María... Mirad, ahora que la luna le da”.

“Eres dichoso que ves. ¡Qué ojos tan buenos!”

“Es María. ¿Qué querrá?” Y Jesús grita: “¡María!”

“¡Raboni! ¿Eres Tú? ¡Sea alabado el Señor que te encontré!” Y María corre hacia Jesús. No comprendo cómo no se tropiece. Deja caer un pesado manto. Trae su velo y otro manto más ligero que envuelve su vestido oscuro.

Cuando llega donde está Jesús, cae a sus pies sin preocuparse del lodo, jadeante pero feliz. Repite: “¡Gloria se dé a Dios que me permitió encontrarte!”

“¿Qué pasa, María, no estás en Betania?”

“Sí con tu Madre y con las mujeres, como habías dicho... Pero vine a encontrarte... Lázaro no ha podido porque sufre mucho... Entonces decidí venir con el criado...”

“¡Tú sola con un muchacho y con este temporal!”

“¡Oh, Raboni! No vas a pensar que vaya a tener miedo. No lo tuve cuando hacía el mal... Mucho menos ahora que hago el bien”.

“¿Y entonces? ¿A qué has venido?”

“Para avisarte que no pases. De aquella parte te esperan para hacerte mal... Lo he sabido... Lo supe porque un herodiano que en otro tiempo... que en otro tiempo me amó... No sé si me lo haya dicho por amor o por odio. No lo sé. Lo que sé es que el otro día me vio a través del cancel y me dijo: “María tonta ¿estás esperando a tu Maestro? Haces bien, porque es la última vez. Tan pronto pase y llegue a Judea será preso. Míralo bien y luego escapa. No es prudente estar cerca de Él, *ahora...*” Entonces, puedes imaginar con qué preocupación he preguntado... Sabes... conocí a muchos... y tratándome bien de loca... bien de endemoniada me han hablado... Supe que era verdad. Entonces tomé dos caballos y me vine, sin decir nada a tu Madre... para no causarle alguna aflicción... Regresas... al punto. Vete, Maestro. Si saben que estás aquí, de otra parte del Jordán vendrán aquí. También Herodes te busca... Estás cerca de Maquerontes. ¡Vete, vete por piedad! ¡Vete Maestro!”

“¡No llores María!...”

“Tengo miedo, Maestro”.

“¡No! ¿Miedo tú, que tuviste el valor de pasar el río crecido y de noche?”

“Pero eso es un río y *aquellos* son hombres, tus enemigos y que te odian. Tengo miedo de ese odio... porque te amo, Maestro”.

“No tengas miedo. No me prenderán. No ha llegado mi tiempo. Aunque pusiesen ejércitos de soldados a lo largo de todos los caminos, no me prenderían. No es mi hora. Pero haré como quieres. Regresaré...”

Judas mastica algo entre dientes y Jesús repone: “Es verdad, Judas. Exactamente como dices, pero *sólo* la primera parte de la frase. Le doy la razón a ella. Sí se la doy, pero no porque es mujer, como insinúas, sino porque ha hecho un largo camino porque me ama. María regresa a casa mientras puedes. Regresaré y pasaré... por donde pueda ir a Galilea. Ven con mi Madre y las otras a Caná a casa de Susana. Allá os diré lo que tengáis que hacer. ¡Vete en paz, bendita! Dios está contigo”.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza en señal de bendición. María toma las manos de Jesús y se las besa, luego se levanta y regresa. Jesús la ve partir. La ve que recoge su manto y que se lo pone, que llega donde está el caballo, que sube en él. Que pasa nuevamente el río y que se va.

“Ahora vámonos” ordena. “Quería que descansaseis, pero no puedo. Debo preocuparme de que nada os pase, aun cuando Judas piense de otro modo. Y creedme que si caéis en manos de mis enemigos os irá peor que el agua y el fango...”

Todos bajan la cabeza al comprender el reproche velado, y la respuesta a sus conversaciones anteriores.

Camina y camina por toda la noche, entre esclarecimientos de nubes y cortos aguaceros. Un amanecer amarillento los sorprende cerca de un villorrio extendido a la vera del río con sus casuchas de barro. El río es casi tan ancho como en el vado. Se ven barcas en tierra, hasta dentro de la población para preservarlas de la avenida.

Pedro lanza su grito: “¡Oh... e!”

Sale de una casucha vieja un hombre vigoroso aunque anciano. “¿Qué quieres?”

“Barcas para pasar”.

“¡Imposible! El río está muy crecido... La corriente...”

“¡Ey, amigo! ¿A quién se los estás diciendo? ¡Soy un pescador galileo!”

“El mar es otro cuento... Esto es un río... no quiero perder la barca. Y luego no tengo más que una y vosotros sois muchos”.

“¡Mentiroso! ¿Vas a decirme a mí que tienes una sola barca?”

“¡Quede ciego si miento! Yo...”

“Ten cuidado. No sea que te vayas a quedar de veras ciego. Este es el Rabí de Galilea que da ojos a los ciegos y que... puede darte el gusto de que te saquen los ojos”.

“¡Misericordia! ¡El Rabí! ¡Perdóname Raboni!”

“Esta bien, pero no mientas jamás. Dios ama a los sinceros. ¿Por qué has dicho que tienes una sola barca cuando todo el poblado puede desmentirte? Cosa vil para el hombre es la mentira y que se le desenmascare. ¿Me prestas tu barca?”

“Todas, Maestro”.

“¿Cuántas son necesarias, Pedro?”

“En tiempos normales bastarían dos, pero con el río crecido es difícil maniobrar. Hacen falta tres”.

“Tómalas, pescador. ¿Pero cómo haré para traerlas de nuevo?”

“Vienes en una. ¿No tienes hijos?”

“Tengo un hijo, dos yernos y nietos”.

“Bastan dos por barca para regresar”.

“Vamos”.

El anciano llama a los otros y con la ayuda de Pedro, Andrés, Santiago, y Juan empujan las barcas al agua. La corriente es fuerte y quiere arrastrarlas. Las cuerdas que las tienen amarradas a los troncos están tensas como un arco y rechinan. Pedro mira. Mira las barcas, mira el río, mira y mueve su cabeza. Se compone con una mano los cabellos desordenados, y luego echa unos ojos curiosos a Jesús.

“¿Tienes miedo, Pedro?”

“¡Eh!... ¡casi, casi!...”

“No tengas miedo. Ten fe. También tú. Quien lleva a Dios y a sus enviados no debe tener miedo. Entremos a la barca. Yo soy el primero”.

El dueño de las barcas hace gestos como de resignación. Tal vez piense que ha llegado su última hora y la de sus familiares. Por lo menos pensará que perderá las barcas o que irá a parar quién sabe dónde.

Jesús ha entrado ya en la barca. Está de pie en proa. Entran los otros en esta y en las otras dos. Se queda en tierra un ancianito. Ha de ser probablemente el mozo que cuida de las cuerdas.

“¿Estamos?”

“Estamos”.

“¿Listos los remos?”

“Listos

“Suelta”.

El viejito suelta poco a poco las cuerdas de la estaca que servía de nudo en el tronco. Las barcas ya sueltas, se echan por un momento hacia el sur, al impulso de la corriente. En el rostro de Jesús se refleja la fuerza del milagro.

¡Qué cosa ordene al río, no lo sé! Lo que sí sé es que la corriente como que se detiene. Se mueve como si el Jordán no estuviera crecido. Las barcas atraviesan el agua sin trabajo, hasta con cierta velocidad que saca de admiración al dueño de las barcas.

Han llegado a la otra parte. Bajan fácilmente. Ni la corriente arrastra las barcas, aun cuando los remos están firmes.

“Maestro, veo que eres verdaderamente poderoso” dice el dueño de las barcas. “Bendice a tu siervo y acuérdate de mí, pecador”.

“¿Por qué poderoso?”

“Eh ¿te parece poco? Has suspendido la avenida del Jordán”.

“Josué había, ya hecho igual milagro y mayor, porque las aguas del río desaparecieron para que pudiera pasar el Arca²...”

“Tu has pasado a la verdadera Arca de Dios” dice Judas con toda calma.

“¡Dios altísimo! ¡Sí! ¡Lo creo! ¡Eres el verdadero Mesías! El Hijo de Dios Altísimo. ¡Oh lo proclamaré por las ciudades y poblados de la ribera! Contaré lo que has hecho. Lo que te he visto hacer. ¡Regresa, Maestro! Mi pobre pueblecito tiene muchos enfermos. ¡Ven a curarlos!”

“Volveré. Entre tanto predica en mi Nombre la fe, la santidad para que seáis aceptos a los ojos de Dios. Hasta pronto. Vete en paz. No tengas miedo de regresar”.

“No lo tendré. Si lo tuviese, te hubiera pedido que tuvieras piedad de mi vida. Pero creo en Ti y en tu bondad. Me voy sin pedir nada. ¡Adiós!”

Sube en su barca. Es el primero en poner la proa hacia el río y se va confiado, velos. Toca la orilla.

Jesús que se ha quedado de pie, al verlo tocar tierra hace ademán de bendecirlo. Luego emprende de nuevo el camino.

El río vuelve a rugir ya bramar con sus aguas amarillentas... Y así todo termina.

52. Al otro lado de la ribera. Encuentro con su Madre

16 diciembre 1945

Están en la otra parte del Jordán y caminan ligeros en dirección del sudoeste, dirigiéndose a una segunda cadena de colinas, más altas que las anteriores, al otro lado de las cuales está la llanura del Jordán. Por lo que platican comprendo que evitaron la llanura para no volver a meterse en el lodo que dejaron en la otra parte, y quieren seguir los caminos de dentro que son mejores, sobre todo en tiempo de lluvias.

“¿En dónde nos encontramos?” pregunta Mateo que es un desorientado.

“Entre Silo y Betel con seguridad. Reconozco los montes” responde Tomás.

“Hace tiempo pasamos por acá y Judas se hospedó en casa de algunos fariseos”.

“Podías haberlo hecho también tú. Pero no quisiste. Pues ni yo ni ellos te dijimos que no”.

“No digo que no me hubieras invitado. Afirmo sólo que preferí quedarme con los discípulos que evangelizaban en estas regiones”.

Y el incidente termina así. Hasta Andrés se alegra diciendo: “Si es Betel tenemos amigos fariseos no nos atacarán”.

“Si regresamos. ¡No vamos a Jerusalén!” le replican.

“¡Y debemos ir a la pascua! ¡No sé cómo haremos!...”

“¡Claro! ¿Por qué habrá dicho que regresaba a Caná? Podían regresar las mujeres y nosotros cumplir con la peregrinación...”

“¡Ya estaba que mi mujer no celebrara la pascua en Jerusalén!” exclama Pedro.

Juan pregunta a Jesús que va hablando con Zelote: “Maestro ¿cómo haremos para ir y volver a tiempo?”

“No lo sé. Pongo mis esperanzas en Dios. Si llegamos retrasados no será mi culpa”.

“Has hecho bien en ser prudente” observa Zelote.

“¡Oh! Por lo que toca a Mí, hubiera seguido adelante, porque todavía no llega mi hora. Esto lo siento. Pero ¿cómo hubierais soportado, vosotros, el riesgo si desde hace tiempo os sentís... cansados?”

“Tienes razón, Maestro... Parece como si el demonio arrojase su aliento entre nosotros. Hemos cambiado tanto”.

“El hombre se cansa. Quiere que las cosas se hagan pronto. Sueña en cosas sin sentido. Cuando ve que sus sueños no corresponden a la realidad, se turba y si no tiene buena

² Cfr. Jos. 3.

voluntad, se dobla. No piensa en el Omnipotente, que podía haber creado en un instante del caos el universo, lo hizo con fases ordenadas y separadas en espacios de tiempo, llamados días³. Por mi parte debo sacar del caos espiritual de todo un mundo el reino de Dios y lo haré. Echaré sus bases, mejor dicho, las estoy echando. Debo romper la roca durísima para tallar los cimientos que no caerán. Vosotros las paredes, sus muros. Vuestros sucesores continuarán la obra, levantándola cada vez más, haciéndola mayor. Así como yo moriré en la obra, así también vosotros moriréis y vendrán otros y otros más que morirán en su sangre, o no, pero que sí entregarán todas sus fuerzas en este trabajo que exige espíritu de inmolación, de generosidad, de lágrimas, de sangre y de paciencia sin medida...”

Pedro mete su cabeza despeinada entre Jesús y Juan. “¿Se puede saber de qué cosa venís hablando?”

“¡Oh, Simón! Ven con nosotros. Se habla de la futura Iglesia. Les explicaba que contra vuestras prisas, cansancios, pérdida de entusiasmo, etc., ella exige calma, constancia, esfuerzo, confianza. Les explicaba que exige sacrificio en todos sus miembros. De Mí que soy su Fundador, que soy su mística Cabeza, de vosotros, de todos los discípulos, de todos los que creerán en Mí y pertenecerán a la Iglesia universal. En verdad que en la gran escala de las jerarquías existirán casi siempre los más humildes, los que parecerán ser tan sólo “numero”, los que harán en verdad que mi Iglesia viva. En verdad que frecuentemente deberé refugiarme entre ellos para continuar manteniendo viva la fe y la fuerza de los colegios apostólicos que siempre se renovarán, y algunos de los apóstoles serán el objeto de rencor de Satanás, de la envidia de los hombres soberbios e incrédulos. Su martirio moral no será menos doloroso que el físico, porque se encontrarán entre la voluntad activa de Dios y la voluntad perversa del hombre, instrumento de Satanás, que tratará por todos los medios y empleará cualquier fuerza para que aparezcan como unos mentirosos, unos necios, unos tontos, a fin de que mi obra en ellos muera, y no produzca los frutos que son otros tantos golpes victoriosos contra la Bestia”.

“¿Y resistirán?”

“Sí, aun cuando físicamente no me tengan consigo. Deberán creer no sólo en lo que se debe, sino también en su misión secreta, creer que es santa, útil, que tiene su origen en Mí, mientras a su alrededor silbará Satanás para aterrorizarlos, y el mundo aullará para convertirlos en objeto de burla, y los no siempre perfectamente luminosos ministros de Dios para condenarlos. Este es el destino de mis voces futuras. Y sin embargo no tendré otro medio para sacudir, para volver a traer el evangelio y a Mí mismo a los hombres. Pero por todo lo que hubiere existido de ellos, por todo lo que les hubiere impuesto y me hubieren dado, les daré la eterna felicidad, les daré una gloria especial. En el cielo hay un libro cerrado. Sólo Dios puede leerlo. En él están escritas todas las verdades. Pero Dios algunas veces levanta los sellos y torna a decir la verdades ya dichas a los hombres obligando a alguien, a algún elegido, a que conozca el pasado, el presente, el futuro como el libro misterioso lo tiene escrito. Habréis visto alguna vez que un hijo, el mejor de la familia, o un alumno, el más adelantado de la clase, lo llame su padre o su maestro para que lea un libro destinado a los adultos y para que lo explique. Se pone al lado de su padre o de su maestro, que le pone el brazo sobre la espalda, mientras que con la otra mano le señala con el índice las líneas que quiere que lea y que sepa. De igual modo se comporta Dios con los que consagra a esta suerte. Los atrae, los tiene junto a Sí con sus brazos, y los obliga a leer lo que Él quiere, a conocer su significado, a decirlo, a que soporten la burla y la aflicción. Yo, el Hombre, soy el jefe de los que dicen las verdades del libro celestial, y sufro las befas, y sufriré hasta la muerte. Pero el Padre me está preparando ya mi gloria. Y cuando llegue a ella, prepararé la gloria de aquello a quienes habré obligado a leer en el libro cerrado las líneas que quise, y ante los ojos del linaje humano resucitado y de los coros angelicales los señalaré por lo que fueron. Los llamaré para que estén cerca de Mí, mientras abriré los sellos del libro que será inútil que se le siga teniendo

³ Cfr. Gén. 1-2, 4.

cerrado y ellos sonreirán al ver y leer de nuevo escritas las palabras que conocieron cuando sufrían en la tierra”.

“¿Y los otros?” pregunta Juan, que no ha perdido ni una sílaba.

“¿Cuáles otros?”

“Los otros que como yo no leyeron en la tierra el libro, ni conocieron lo que dice”.

“En el cielo los bienaventurados conocerán todo. Se absorberán en la sabiduría infinita”.

“¿Inmediatamente después de muertos?”

“Apenas hayan entrado en la vida”.

“¿Entonces para qué los llamarás hasta el último día a que conozcan el libro?”

“Porque no sólo lo leerán los bienaventurados, sino todo el linaje humano. Y en la parte de los condenados habrá muchos de los que se burlaron de las voces de Dios, que los trataron como a locos y endemoniados, que los atormentaron por ser lo que eran. Tardará mucho esta recompensa, pero será necesaria y se concederá a estos que fueron mártires de parte de la maldad de un mundo terco”.

“¡Qué bello será verlo!” exclama Juan.

“Sí. Y ver a todos los fariseos que rechinen sus dientes de rabia” dice Pedro y se frota las manos.

“Yo pienso que miraré sólo a Jesús y a los elegidos que leerán con Él el libro...” opina Juan, soñador como siempre, con sus ojos perdidos en quién sabe qué visión luminosa, con esos ojos en los que se ve una lágrima furtiva de felicidad, y con una sonrisa pintada en sus labios de rosa.

Zelote y Jesús lo miran, y Zelote dice: “Entonces te miras a ti mismo. Porque si entre nosotros hay uno que será “voz de Dios” en la tierra, y será llamado para que lea las líneas del libro sellado, ese eres tú Juan, a quien Jesús ama tanto, y a quien Dios tiene como amigo”.

“¡Oh, no lo digas! Soy el más ignorante de todo. Si Jesús no dijera que de los niños es el reino de los cielos pensaría que jamás lo conseguiría, porque no sirvo para nada. ¿No es verdad, Maestro, que valgo sólo porque me parezco a un niño?”

“Sí. Pertenece a los niños que siempre lo son. Y por esto se bendito”.

Siguen caminando. Después Pedro que mira atrás, hacia el camino de las caravanas por el que van, exclama: “¡Misericordiosa providencia! ¡Pero si ese carro es el de las mujeres!”. Todos voltean. En realidad se trata del carruaje de Juana que llega al trote de dos robustos caballos. Se detienen a esperarlo. El toldo de cuero que viene puesto no deja ver a quien viene dentro. Jesús hace señal de que se detenga, y el conductor lanza un grito de júbilo cuando lo ve, de pie, al lado del camino con el brazo en alto.

Mientras el conductor detiene los dos caballos que echan espuma, se asoman por la abertura del toldo la cara flaca de Isaac: “¡El Maestro!” grita. “¡Madre, alégrate! Está aquí”

Voces de mujeres, ruido de pisadas. Antes de que una sola de ellas haya bajado, se ha apeado Mannaén, Marziam e Isaac que corren a venerar al Maestro.

“¿Todavía aquí, Mannaén?”

“Fiel a las órdenes. Y ahora más que nunca porque las mujeres tienen miedo... pero... te hemos obedecido porque así debe de ser, más créeme que no había nada por qué preocuparse. Sé muy bien que Pilatos ha llamado al orden a los revoltosos, diciendo que cualquiera que trate de cometer algún desorden en estos días de la fiesta será castigado duramente. Creo que su mujer no es extraña a esta protección, y sobre todo sus amigas. En la corte se sabe todo y se sabe nada. Pero sí suficiente...” y Mannaén se hace a un lado para que pase la Virgen que ha bajado del carro y ha caminado algunos metros, Toda preocupada y conmovida.

Se dan el beso. Las discípulas presentan sus respetos al Maestro. No han venido con ellas ni Magdalena ni Marta.

La virgen dice en voz alta: “¡Qué aflicción la de aquella noche! ¡Cómo te odian todos, Hijo!” Lágrimas corren por sus mejillas, por donde han corrido otras tantas en estos días.

“Pero ya ves que el Padre provee. ¡No llores, pues! Desafío todo el odio del mundo con valor, pero una sola lágrima tuya me abate. ¡Ea, Madre santa!” y teniéndola abrazada de un lado, se vuelve a las discípulas para saludarlas. Dirige palabras especiales a Juana que quiso regresar para acompañar a la Virgen.

“¡Oh, Maestro! No es ninguna fatiga estar con tu Madre. Magdalena se quedó en Betania para cuidar de su hermano que está enfermo. Vine yo. Dejé los niños a la mujer del custodio del palacio que es muy buena y maternal. Pero también está Cusa que se preocupa por ellos. Puedes imaginar si le va a faltar algo a Matías que es el predilecto de mi marido. También él me dijo que la partida era inútil. Las palabras del procónsul han desafilado antes las uñas de Herodías. Además él, el Tetrarca, tiembla de miedo y no piensa más que en velar por que Herodías no acabe por destruirlo a los ojos de Roma. La muerte de Juan destruyó muchas cosas que tenía en su favor, y Herodes prevé, y sabe muy bien, que el pueblo se levanta contra él por haber matado a Juan. La zorra comprende que el peor castigo sería perder la protección odiosa y falsa de Roma. El pueblo la atacaría al instante. Por eso ¡no dudes! ¡No importa ninguna iniciativa!”

“¡Entonces regresemos A Jerusalén! Podéis continuar tranquilos que no os pasará nada. Vamos. Las mujeres suban sobre el carro y también Mateo y el que se sienta cansado. Descansaremos en Betel. Vamos”.

Las mujeres obedecen. Con ellas sube Mateo y Bartolomé. Los otros prefieren seguir al carro a pie junto con Mannaén, Isaac Y Marziam. Mannaén les cuenta las investigaciones que hizo para saber lo que había de verdad en la jactancia del herodiano que había tendido un velo de dolor sobre la quieta mansión de Betania, sobre la casa de Lázaro que “sufre mucho”

“¿No fue a Betania una mujer?”

“No, Señor. Hace tres días que no estamos allí. ¿Quién es?”

“Una discípula. La daré a Elisa porque es joven, sola y sin medios”.

“Elisa está en el palacio de Juana. Quería venir, pero está muy resfriada. Se muere de ansias por verte. Dijo: ‘¿No comprendéis que mi tranquilidad está en verlo?’”

“Le daré una alegrías con esta joven. ¿Y tú, Marziam, no hablas?”

“Escucho, Maestro”.

“El muchacho escucha y escribe. Hace que ya uno, ya otro le repitan tus palabras y las escribe, las escribe. ¿Se las habremos referido bien?” pregunta Isaac.

“Las leeré y añadiré lo que faltare en el trabajo de mi discípulo” dice Jesús acariciando la mejilla morena de Marziam, le pregunta: “¿Y el viejo padre? ¿Lo has visto?”

“¡Oh, sí! No me reconoció al principio. Lloró de alegría. Pero lo volveremos a ver en el templo, porque Ismael los manda. Hasta les ha concedido más días este año. Te tiene miedo”.

“¡Que si no lo va a tener! ¡Que me cuelguen! ¡Después del chistecito que le sucedió a Cananías en el mes de scebet!” dice Pedro que echa una carcajada.

“El tener miedo a Dios no construye, sino al revés destruye. No es una amistad. Es tan sólo espera que se transforma frecuentemente en rencor. Pero cada uno da lo que puede...”

Prosiguen su camino y los pierdo de vista.

53, En Rama. El número de los elegidos ¹

17 diciembre 1945

Tomás que venía atrás de la comitiva charlando con Mannaén y Bartolomé, se separa de ellos, alcanzando al Maestro, que va adelante con Marziam e Isaac. “Maestro, dentro de poco estaremos en Rama. ¿No quisieras bendecir al hijo de mi hermana? ¡Tanto que desea verte! Podríamos quedarnos allí. Hay lugar para todos. ¡Dame gusto, Señor!”

“Te lo doy, y con alegría. Mañana entraremos descansados en Jerusalén”.

“Si es así me adelanto a avisar. ¿Me permites?”

¹ Cfr. Lc. 13, 23-35.

“Ve, pero acuérdate que no soy un amigo mundano. No obligues a los tuyos a que hagan gastos. Trátame como “Maestro”. ¿Entendido?”

“Sí, Señor mío. Lo diré a mis familiares. ¿Vienes conmigo, Marziam?”

“Si Jesús quiere”.

“Ve, hijo, ve

Los otros que han visto que Tomás y Marziam se van en dirección de Rama, situada un poco a la izquierda del camino que lleva de SaMaría a Jerusalén, como creo, apresuran el paso para preguntar lo que sucede.

“Vamos a ir a la casa de la hermana de Tomás. He estado en todas las casas de vuestros familiares. Es justo que vaya también a la de él. Y lo envié para avisar”.

“Entonces, si me permites, también yo me adelantaré, para ver si no hay alguna novedad. Estaré en la Puerta de Damasco si hubiere algún contratiempo. De otro modo te veré... ¿Dónde, Señor?” dice Mannaén.

“En Betania. Iré inmediatamente a ver a Lázaro. Pero dejaré a las mujeres en Jerusalén. Iré sólo, Más bien te ruego que después las acompañes a sus casas”.

“Como mandes, Señor”.

“Avisad al conductor que nos siga a Rama”.

El carruaje camina hacia arriba, despacio, detrás del grupo de los apóstoles, Isaac y Zelote se quedan a esperar mientras todos los demás toman el camino secundario que suavemente lleva a la colina, muy baja, sobre la que está Rama.

Tomás que no cabe dentro de sí, y parece hasta más colorado de alegría, está a la entrada del poblado, esperando. Corre al encuentro de Jesús: ¡Qué felicidad, Maestro! ¡Está toda mi familia! ¡Mi padre que anhelaba verte! ¡Mi madre, mis hermanos! ¡Qué contento estoy!” Y se pone al lado de Jesús atravesando la población tan derecho que parece un conquistador a la hora del triunfo.

La casa de la hermana de Tomás está en un cruce, en el este de la ciudad. Es la casa característica israelita de familias acomodadas. La fachada no tiene casi ventanas. El portón es de hierro, con su claraboya, la terraza por techo y las paredes del jardín, altas, oscuras, que rodean la casa, sobre la que se asoman las copas de árboles frutales. Hoy no tiene necesidad la criada de mirar por la claraboya. El portón está abierto de par en par. Los de casa están en fila en el atrio, y se ve un continuo alargarse de manos adultas que toman a un niño o niña del grupo apretado de ellos, y que traviesos, alegres por la nueva, rompen sin cesar las filas y las jerarquías, y quieren ponerse en el lugar de honor donde están los padres de Tomás y su hermana con su marido.

Cuando Jesús llega al umbral no hay nadie que lo detenga. Parece una parvada de polluelos que saliera del nido después de haber dormido. Jesús recibe el golpe de este ejército gritón que se echa contra las rodillas, que lo aprieta, que levantan sus caritas en busca de besos, que no se separa pese a los gritos de sus madres o padres, ni siquiera al sentir los coscorriones que Tomás les administra para ponerlos en orden.

“¡Déjalos! ¡Déjalos! ¡Si todo el mundo fuera así!” exclama Jesús que se inclina para contentarlos.

Finalmente puede entrar en medio de los saludos respetuosos de los adultos. Los que más me llaman la atención son los del padre de Tomás, que es un anciano típicamente judío, a quien Jesús levanta y a quien quiere besar “para agradecerle su generosidad de haberle dado un apóstol”.

“Oh, Dios me ha amado más que a cualquier otro en Israel porque mientras que cualquier hebreo consagra sólo su primogénito al Señor³, yo tengo dos: el primero y el último, y este es todavía más consagrado porque sin ser levita o sacerdote, hace lo que ni siquiera el Sumo sacerdote hace, porque ve constantemente a Dios y recibe sus órdenes” dice con voz un poco trémula, sacudida por la emoción. Y concluye: “Dime sólo una cosa para que mi corazón esté

³ Cfr. Gén. 22, 1-19; Ex. 13, 1-2, 11-16; 22, 29-30; 34, 19-20; Lev. 8; Núm. 3, 12-13, 40-51; 8, 5, 26.

contento del todo. Tú que nunca mientes, dime: este hijo, por la manera como te sigue ¿es digno de servirte y de merecer la vida eterna?”

“Quédate tranquilo, padre. Tu Tomás ocupa un gran lugar en el corazón de Dios por el modo como se comporta y tendrá un gran lugar en el cielo por el modo como servirá a Dios hasta su último aliento”.

Tomás abre su boca de emoción como un pez ante lo que acaba de oír. El anciano levanta sus temblorosas manos, mientras por sus arrugas bajan lágrimas que van a perderse en su barba patriarcal. Dice: “Descienda sobre Ti la bendición de Jacob, la bendición de los patriarcas dada a su hijo justo³: ¡el Omnipotente te bendiga con las bendiciones del cielo, con las bendiciones del abismo que está debajo, con las bendiciones en tus animales y cosas. Las bendiciones de tu padre sobrepujen las de mis padres, y hasta que no venga el deseado de los collados eternos reposen sobre la cabeza de Tomás, sobre la cabeza que es nazareo entre sus hermanos!”

Todos responden: “Así sea”.

“Y ahora bendice Tú, Señor, esta casa y sobre todo a estos que son sangre de mi sangre” dice el anciano señalando a los niños. Jesús abre sus brazos, pronuncia la bendición mosaica⁵ y añade: “Dios en cuya presencia caminaron vuestros padres, Dios que me cuida desde mi adolescencia hasta el día de hoy, el ángel que me ha librado de todo mal, bendiga a estos niños, lleven ellos ni Nombre y también los nombres de mis padres y se multipliquen copiosamente sobre la tierra” y termina, tomando de los brazos de su madre al último nacido, con estas palabras: “Desciendan sobre ti como miel y mantequilla las virtudes selectas que habitaron en el Justo cuyo nombre llevas, haciendo que fuera digno de los cielos y que como palma se adornara de rubios dátiles y como cedro de majestuosa fronda”.

Todos están conmovidos y extáticos. Después un grito de alegría sale de todas las bocas y acompaña a Jesús que entra, y no se detiene sino hasta cuando está en el patio, donde presenta a su Madre, a las discípulas, a los apóstoles y discípulos

No es ni de mañana, ni mediodía. Los rayos debiluchos de un sol enfermizo que apenas si logra atravesar las nubes que forran el cielo, anuncian que él se encamina a su posada, y que el día a su crepúsculo.

Las mujeres no están. Tampoco Isaac, ni Mannaén, Marziam está y se siente feliz al lado de Jesús que sale de la casa con los apóstoles y con todos los parientes varones de Tomás para ver algunas viñas que parecen ser de una calidad especial. Tanto el padre de Tomás como su cuñado dan una explicación sobre el lugar del viñado, lo raro de las plantas que ahora no tienen sino tiernas hojitas.

Jesús atentamente escucha las explicaciones de cómo se podan las viñas, de los sarmientos, como si fueran las cosas más importantes sobre la tierra. Sonriendo dice a Tomás: “¿Debo bendecir esta propiedad de tu hermana?”

“¡Oh, Señor mío, no soy Doras ni Ismael! Sé que tu aliento, tu presencia en cualquier lugar es ya bendición. Pero si quieres levantar tu mano sobre estas plantas, hazlo, y sin duda que sus frutos serán santos”.

“Y abundantes. ¿Qué dices, padre?”

“¡Basta con que sean santos, santos! Los cortaré y te los mandaré para la pascua próxima y los emplearás para el cáliz.

“¡Acéptalo! Los espero. Quiero beber en la futura pascua el vino de un verdadero israelita”.

Salen de la viña para regresar al poblado.

La noticia de que Jesús de Nazaret está aquí se ha propagado y los de Rama están por las calles con deseos de acercarse.

³ Cfr. Gén. 49, 25-26.

⁵ Cfr. Gén. 6, 22-27.

Jesús lo ve y dice a Tomás: “¿Por qué no se acercan? ¿Me tienen acaso miedo? Diles que los amo”.

Tomás no espera que se lo digan dos veces. Va de un grupo a otro, tan ligero que parece una mariposa que volara de flor en flor. Y aquellos tampoco esperan que les repitan la invitación. Corren. Se pasan la voz. Van al encuentro de Jesús, de modo que cuando llegan al cruce donde está la casa de Tomás, hay una multitud que respetuosamente habla con los apóstoles, con los familiares de Tomás y que piden esto o aquello.

Colijo que Tomás ha trabajado mucho durante el invierno y que la población conoce mucho de la doctrina evangélica. Pero quieren una explicación especial. Uno, a quien hizo gran impresión el modo cómo Jesús bendijo a los pequeñuelos de la casa donde se hospedó, y las palabras de Tomás, pregunta: “¿Por esta bendición tuya todos serán justos?”

“No por ella, sino por sus acciones. Les he dado la fuerza de mi bendición para robustecerlos en sus actos, pero toca a ellos el realizarlos y hacer sólo cosas justas para conseguir el cielo. Yo bendigo a todos... pero no todos los de Israel se salvarán”.

“Aún más, pocos serán los que se salven, si continúan como hasta ahora” dice Tomás en medio de un refunfuño.

“¿Qué dices?”

“La verdad. Quien persigue al Mesías y lo calumnia, quien no practica lo que enseña, no tendrá parte en su reino” responde Tomás con su vozarrón.

Alguien lo jala de la manga: “¿Es muy severo?” le pregunta, señalando a Jesús.

“¡No, al revés! Es demasiado bueno”.

“¿Qué dices? ¿Me salvaré? No me encuentro entre los discípulos, pero tú sabes cómo soy y cómo he creído siempre en tus palabras. Más no puedo hacer. ¿Qué cosa debo hacer exactamente para salvarme, además de lo que ya hago?”

“Pregúntaselo tú. Su mano y su parecer serán más dulces, más justos que lo que yo pudiera hacer”.

El hombre se abre paso y dice: “Maestro, observo la ley y desde que Tomás me ha dicho tus palabras, trato de hacer lo mejor. Pero soy poco generoso. Hago sólo lo que debo hacer. Me abstengo de hacer lo que no es bueno por temor al infierno. Amo mis comodidades... lo confieso. Procuro hacer de tal modo que no peque, pero también que no me cueste mucho. ¿Obrando así me salvaré?”

“Sí, pero ¿por qué debes ser tan miserable cos Dios que es tan generoso contigo? ¿Por qué buscas la salvación por sí sola, que se alcanza con fatiga, y no la sublime santidad que proporciona al punto la eterna paz? Ea, ¡sé generoso con tu alma!”

El otro humildemente contesta: “Lo pensaré, Señor. Lo pensaré. Veo que tienes razón y que hago mal a mi alma obligándola a un largo purgatorio antes de conseguir la paz”.

“¡Bravo! Esto es ya un principio de perfección”.

Otro de Rama pregunta: “Señor ¿son pocos los que se salvan?”

“Si el hombre supiera comportarse respetuosamente consigo mismo y con amor reverencial hacia Dios, todos se salvarían, como Dios lo quiere. Pero el hombre no hace así. Y como un necio se contenta con el oropel dejando a un lado el oro. Sed generosos en amar el bien. ¿Os cuesta? En esto está el mérito. Esforzaos por entrar por la puerta estrecha. La otra, es ancha, adornada. Es una tentación de Satanás para extraviaros. La del cielo es estrecha, baja, sin adornos, áspera. Para pasar es necesario ser ágiles, ligeros, sin pompa, sin nada de cosas materiales. Es necesario ser espirituales para lograr pasar. De otro modo cuando llegue la hora de la muerte, no lograréis pasarla. En verdad que habrá muchos que tratarán de entrar sin conseguirlo, por lo obeso de bienes materiales, por los adornos con que llegan vestidos, por lo endurecidos de una costra de pecado, incapaces de doblarse por la soberbia que es como un esqueleto. Entonces vendrá el Dueño del reino a cerrar la puerta, y los que no habrán podido entrar a la hora oportuna, tocando a la puerta gritarán: “¡Señor, ábrenos! ¡Estamos también aquí nosotros!” Él les contestará: “En verdad que no os conozco, ni sé de dónde venís”. Y ellos: “¿Cómo? ¿No te acuerdas de nosotros? Cominos y bebimos contigo. Te

escuchamos cuando enseñabas en nuestras plazas". Y Él: "En verdad que no os reconozco. Cuanto más os miro, tanto más me parecéis llenos de lo que declararé como alimento impuro. En verdad que cuanto más os escudriño, tanto más me convenzo que no sois de mi familia. ¡Ah! Ahora veo de quién sois hijos y súbditos: del Otro. Vuestro padre es Satanás, vuestra madre la carne, vuestra nodriza la soberbia, por criado tuvisteis el odio, por tesoro el pecado, por joyas los vicios. En vuestro corazón está escrita la palabra: 'egoísmo'. Vuestras manos están manchadas con los robos que hicisteis a vuestros hermanos. ¡Largo de aquí!" Y entre tanto que de las alturas de los cielos vendrán resplandecientes de gloria Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas y justos del reino de Dios, aquellos cuyo amor fue el egoísmo, la comodidad, serán arrojados muy lejos, desterrados al lugar donde el llanto es eterno, donde no hay más que terror. Los resucitados gloriosos, que vendrán de oriente y occidente, del norte y sur, se reunirán a la mesa nupcial del Cordero, Rey del reino de Dios. Se verá entonces que muchos que parecieron "mínimos" en el ejército de la tierra serán los primeros ciudadanos del reino. Y también se verá que no todos los poderosos de Israel lo son en el cielo, y que no todos los elegidos del Mesías para ser sabios suyos supieron ser dignos de la elección al banquete nupcial. Y se verá que muchos que fueron tenidos como "los primeros" serán no sólo los últimos, pero ni siquiera esto, porque muchos son los llamados, pero pocos los que debido a la elección sabían conseguir una gloria verdadera".

Mientras Jesús estaba hablando con un grupo de peregrinos que va o viene de Jerusalén, donde no es posible encontrar alojamiento, llegan los fariseos. Ven la reunión y se acercan a ver. Pronto descubren la cabellera rubia de Jesús que contrasta sobre la pared oscura de la casa de Tomás.

"¡Haceos a un lado que queremos decir una palabra al Nazareno!" orgullosos ordenan.

La gente sin ganas los deja pasar. Los apóstoles ven que vienen a ellos.

"¡Maestro, la paz sea contigo!"

"También con vosotros. ¡Qué queréis?"

"¿Vas a Jerusalén?" "Como cualquier israelita fiel".

"¡No vayas! Te espera allá un peligro. Lo sabemos, porque de allí venimos a encontrar a nuestras familias. Vinimos a avisártelo porque supimos que estabas aquí".

"¿De quién lo sabéis, si no es indiscreción preguntarlo?" interroga Pedro que sospecha algo, y ya dispuesto al altercado.

"Eso no te importa. Ten en cuenta sólo, tú que nos llamas serpientes, que al lado del Maestro hay muchas, y que harías muy bien en desconfiar de muchos, y *muy poderosos* discípulos".

"¡Oye! No vas a insinuar que Mannaén o..."

"Silencio, Pedro. Tú, fariseo, ten en cuenta que ningún peligro puede apartar a un fiel de cumplir con su deber. Si se pierde la vida, no interesa. Lo que es grave es perder la propia alma contraviniendo a la Ley. Tú lo sabes, y sabes que lo sé. ¿Por qué entonces me tientes? ¿Ignoras que no sé por qué lo haces?"

"No te tiento. Es la verdad. Muchos de nosotros, pero no todos, serán tus enemigos. No todos te odiamos. Sabemos que Herodes te anda buscando y te aconsejamos que te vayas. Vete de aquí porque si te captura, sin duda alguna te matará. Es lo que él quiere".

"Es lo que él quiere, cierto, pero no lo hará. Esto lo sé. Por otra parte id a decir a esa vieja zorra que al que busca está en Jerusalén. He venido arrojando demonios, haciendo curaciones sin esconderme. Lo he hecho, y lo haré hoy, mañana, y pasado mañana, hasta que mi tiempo no haya terminado. Es menester que camine hasta que no llegue a mi meta. Conviene que hoy y luego una y otra vez entre en Jerusalén, porque no es posible que mi andar se detenga antes. Debe terminar exactamente en Jerusalén".

"El Bautista terminó en otra parte".

"Murió santamente, y santidad quiere decir "Jerusalén". Si por ahora Jerusalén es sinónimo de "pecado" lo es sólo por lo terrenal que es, pero pronto dejará de serlo. Hablo de lo que es eterno y espiritual, esto es, de la Jerusalén celestial. En ella, en medio de su santidad, mueren

todos los justos y profetas. En ella moriré Yo. Inútilmente quieres inducirme a pecar. Moriré, ¡aun más! Entre las colinas de Jerusalén, pero no a mano de Herodes, sino a mano de quien me odia más sutilmente que él, porque ve en Mí al usurpador de un sacerdocio ambicionado, al purificador de Israel de todas las enfermedades que lo corrompen. No echéis pues, sobre Herodes todas las ganas de matarme. Cada uno de vosotros tome su parte, que en verdad, el Cordero está sobre un monte sobre el que suben de todas partes lobos y chacales para acabar con Él y...”

Los fariseos huyen bajo el estallido de verdades que queman...

Jesús los mira, se vuelve hacia el sur, hacia un lugar más luminoso que tal vez sea la región donde está Jerusalén, y con tristeza dice: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a tus profetas y lapidas a los enviados, cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas y te has rehusado! ¡Mira! La casa de tu verdadero Dueño se te quedará desierta. Irá, cumplirá con lo prescrito, como debe hacer el primero y último de Israel y luego se irá. No se quedará entre tus murallas para purificarte con su presencia. Te aseguro que tú y tus habitantes no me veréis más, *en mi verdadera figura*, hasta que no llegue el día en que digáis: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”... Vosotros de Rama, acordaos de estas palabras y de todas las demás para que no os hagáis partícipes del castigo de Dios. Sed fieles... Idos. La paz sea con vosotros”.

Jesús entra en la casa de Tomás con todos sus familiares y con sus apóstoles.

54. Jesús en el Templo. El Padre nuestro. Parábola de los hijos

1° enero 1946

Jesús partió ya de Rama y está cerca de Jerusalén. Avanza, como el año pasado, cantando los salmos prescritos. Muchos que van por el camino atestado de gente, se voltean a ver al grupo apostólico que pasa. Algunos saludan reverentes, otros se limitan sólo a mirar con una sonrisa de respeto, y son casi todas mujeres, otros sólo miran, otros sonríen irónicos o despreciativos, finalmente no falta quien pase mostrando su mala voluntad.

Jesús que trae un vestido limpio y bueno no hace caso de nada. También los apóstoles se han cambiado de vestiduras.

Marziam este año está a la altura de la ocasión con sus vestidos nuevos. Camina al lado de Jesús cantando con todas sus fuerzas. Su voz juvenil, un poco desentonada, se pierde en el coro de las varoniles de sus compañeros y sólo se distingue cuando es demasiado aguda. Marziam camina feliz...

En unos momentos en que no cantan, y ya la puerta de Damasco está a la vista, se hacen a un lado para dejar pasar a una pomposa caravana que ocupa todo el camino. Marziam se aprovecha de la ocasión y pregunta: “Señor mío ¿no querrás decir otra hermosa parábola a tu hijo que está lejos? Quisiera unirla a lo que he escrito, porque estoy seguro que en Betania encontrarnos mensajeros suyos y noticias. Me muero por darle alegría conforme lo prometido...”

“Sí, hijo mío. Cierto que te la diré”.

“Una que le dé consuelo, que diga que lo sigues amando...”

“Así lo haré. Y me gustará porque será algo real”.

“¿Cuándo me la dirás, Señor?”

“Pronto. Primero vamos al Templo como es nuestro deber, allí hablaré antes de que me lo impidan”.

“¿Y hablarás para él?”

“Sí, hijo mío”.

“¡Gracias, Señor! Ha de ser un gran dolor verse así separado...” prosigue diciendo Marziam en cuyo negros ojos brilla un destello de lágrimas. Jesús le pone una mano sobre su cabellera, y se vuelve para hacer señal a los doce de que sigan caminando.

Los apóstoles se habían detenido a escuchar a algunas personas, no sé si crean en el Maestro, o tengas deseo de conocerlo, las que se habían también detenido por la pomposa caravana.

“Allá vamos, señor... Hablábamos con aquellos entre los que hay prosélitos venidos de tierras lejanas, y que quieren hablarte” explica Pedro mientras se acerca aprisa.

“¿Por qué quieren verme?”

Pedro, está ya al lado de Jesús, que emprende nuevamente el camino, y dice: “Porque quieren oír tu palabra y para que cures a algunos de ellos. ¡Ves aquel carruaje cubierto, que viene detrás de ellos? En él vienen prosélitos de la Diáspora, que hicieron el viaje por mar o tierra, empujados por la fe que tienen en Ti, además del respeto por la ley. Hay de Éfeso, Pérgamo. Iconio, y hay un pobre de Filadelfia, a quien aquellos como casi todos son ricos mercaderes han dado lugar en el carruaje, pensando de este modo hacerse propicios al Señor”.

“Marziam ve a decirles que me sigan al templo. Tendrán la salud del alma con mi palabra, y la salud de sus cuerpos por haber sabido creer”.

El muchacho corre ligero, pero de los doce brota un coro de descontento por la “imprudencia” de Jesús que quiere dejarse ver en el templo...

“Vayamos para mostrarles que no les tengo miedo. Para mostrarles que ninguna amenaza puede hacerme que desobedezca al precepto. ¿No habéis comprendido aun su jugada? Todas estas amenazas, todos estos aparentes consejos benevolentes tienen por fin el hacerme pecar, para que tengan un motivo *verdadero* de acusación. No seáis cobardes. Tened fe. No ha llegado mi hora”.

“¿Por qué no vas antes a tranquilizar a tu Madre, que te está esperando?” pregunta Iscariote.

“No. Primero el templo, que hasta que llegue el momento que el Eterno ha señalado, es su casa. Mi Madre sufrirá menos esperándome que si supiera que no prediqué en el templo. De este modo honro a mi Padre y a mi Madre. Al primero con las primicias de mis horas, y a la segunda brindándole tranquilidad. ¡Vamos, no tengáis miedo! Pero si alguien lo tiene vaya a Getsemaní a ocultarlo entre las mujeres”.

Los apóstoles, heridos con estas últimas palabras, no protestan más. Se ponen en fila de tres. Sólo donde va Jesús hay cuatro, hasta que regresa Marziam con el que son cinco, pero Tadeo y Zelote se echan atrás, y dejan a Jesús entre Pedro y el jovenzuelo.

En la puerta de Damasco encuentran a Mannaén. “Señor, pensé que era mejo mostrarme para quitar cualquier duda sobre la situación. Te aseguro que, fuera de la mala voluntad de los fariseos y escribas, no existe ningún peligro para Ti. Puedes ir tranquilo”.

“Lo sabía ya, Mannaén, pero de todos modos te lo agradezco. Ven conmigo al templo, si no tienes alguna dificultad...”

“¿Dificultad? ¡Por ti soy capaz de desafiar al mundo entero! ¡Haría cualquier cosa!”

Iscariote entre dientes refunfuña algo.

Mannaén un poco enojado se voltea, y con voz segura responde: “No es así, tú. No son palabras. Y ruego al Maestro que ponga a prueba mi sinceridad”.

“No hay necesidad, Mannaén. Vamos”.

Avanzan entre la multitud. Llegan a una casa amiga. Andrés, Santiago y Juan dejan las alforjas de todos en un atrio ancho y oscuro. Luego alcanzan a sus compañeros.

Entran en el recinto del templo pasando cerca de la torre Antonia. Los soldados romanos miran, pero no se mueven. Hablan entre sí. Jesús los observa para ver si está Quintiliano o el soldado Alejandro.

Han entrado ya en el templo, entre el ruido poco sagrado que hay en los patios donde están los mercaderes y cambistas. Jesús mira y siente aquello en el alma. Se pone pálido. Parece crecer de estatura, por su paso majestuoso y severo.

Iscariote lo tienta: “¿Por qué no repites aquel gesto santo? ¿Lo ves? Se han olvidado... y la profanación existe de nuevo en la casa de Dios. ¿No te llenas de ira? ¿No sales a defender?”

La cara morena y bella de Judas pero irónica y falsa, pese a tratar de no demostrarlo, es de un zorro. Al decir estas palabras ha escudriñado el rostro de Jesús.

“No es la hora. Pero todo será purificado. ¡Y *para siempre!*...” responde secamente Jesús.

Judas se sonríe y comenta: “¡El “para siempre” de los hombres! ¡Cosa precaria, Maestro! ¡Lo estáis viendo!...”

Jesús no le replica, porque está saludando de lejos a José de Arimatea que pasa envuelto en sus vestiduras, y a quien otros siguen.

Cumplen con las oraciones rituales, regresan al patio de los gentiles, donde hay mucha gente.

Los prosélitos que encontraron en el camino siguen a Jesús. Traen consigo a sus enfermos, los ponen bajo la sombra, cerca del Maestro. Sus mujeres, que aquí los han esperado, se acercan poco a poco. Todas vienen cubiertas con sus velos. Una se ha sentado, tal vez por enferma. Sus compañeras la llevan junto a los demás enfermos. Otro grupo rodea a Jesús. Veo que los grupos de los rabinos y sacerdotes están desorientados por la presencia y predicación de Jesús.

“La paz sea con vosotros todos quienes me escucháis. La santa pascua vuelve a reunir a los hijos fieles en la casa del Padre. Parece nuestra pascua bendita una madre solícita del bien de sus hijos, que los llama a grandes voces para que vengan, para que vengan de cualquier parte, dejando toda preocupación por más importante que fuere, por otra mayor, que es la verdaderamente útil: la de honrar al Señor y Padre. De esto se comprende que seamos hermanos, de esto brota la orden y compromiso de amar al prójimo como a uno mismo. Nunca nos habíamos visto. No nos conocíamos. Es verdad. Si estamos aquí es porque hijos somos de un solo Padre que nos quiere en su casa para el banquete pascual. Ved, que si no somos iguales en el aspecto material, sí lo somos en la parte superior, y nos sentimos hermanos, que vinimos de un solo Padre, y nos amamos como si nos hubiéramos de antemano conocido. Lo cual es un anticipo a aquella otra reunión más perfecta que tendremos en el reino de los cielos, bajo la mirada de Dios, cuando su amor nos abrace a todos: a Mí, Hijo de Dios y del Hombre, a vosotros, hijos de Dios, a Mí el Primogénito y a vosotros, hermanos amados sobre toda medida hasta convertirme en el Cordero por los pecados del mundo.

Nosotros que en este momento gozamos de nuestra fraternidad, unidos en la casa del Padre, acordémonos de los que están lejos, y que también son hermanos en el Señor y en el origen. Los traemos en nuestros corazones, y llevémoslos en el espíritu ante el altar santo. Roguemos por ellos, recogiendo con el corazón sus voces lejanas, sus nostalgias por querer estar aquí, sus anhelos. Y así como recogemos estos anhelos concientes de los israelitas lejanos, así también recojamos la de las almas que ignoran ser hijas de un solo Padre. *Todas las almas del mundo levantan en las prisiones de sus cuerpos sus gritos al Altísimo.* En oscura cárcel gimen por la Luz. Nosotros que estamos en la luz de la fe verdadera, tengamos compasión de ellos.

Roguemos: Padre nuestro que estás en los cielos, todo el linaje humano santifique tu Nombre. Conocerlo es encaminarse a la santidad. Haz que gentiles y paganos conozcan que existes, ¡oh Padre santo! Y como los tres sabios de otro tiempo, lejano pero no muerto, porque nada hay muerto en lo que se refiere al advenimiento de la redención del mundo, vengan a ti, Padre, guiados por la estrella de Jacob, por la Estrella matutina, por el Rey y Redentor de la estirpe de David, por tu Ungido que se ha ofrecido y consagrado para ser la Víctima de los pecados del mundo.

Llegue tu reino a todos los lugares de la tierra para que te reconozcan. Llegue sobre todo a aquellos hombres, tres veces pecadores, que a pesar de que te conocen, no te aman en tus obras y manifestaciones de la Luz, que tratan de rechazarla, de apagarla, porque son almas tenebrosas que prefieren las obras de las tinieblas, y no quieren otra cosa más que apagar la Luz del mundo, ofenderte a Ti mismo, porque Tú eres la Luz santísima y Padre de todas las luces, empezando por la que se ha hecho Hombre y Palabra para traerla a todos los corazones de buena voluntad.

Cumpla tu voluntad, Padre santísimo, todo corazón que hay en el mundo, que se salven todos y que para nadie sea inútil el sacrificio de la gran Víctima, porque tal es tu voluntad, que el hombre se salve y goce contigo, Padre santo, después de que reciban el perdón que pronto se les dará.

Danos tus auxilios, ¡oh Señor! *Todos* tus auxilios. Dalos a todos los que esperan, a los que no lo hacen, a los pecadores con el arrepentimiento que salva, dalos a los paganos que sientan el estímulo de tu invitación, dalos a los infelices, a los prisioneros, a los desterrados, a los enfermos de cuerpo y de alma, dalos a todos, Tú que eres el Todo, porque el tiempo de la misericordia ha llegado.

Perdona, ¡Padre bueno!, los pecados de tus hijos, los de tu pueblo, que son los más graves, los de los culpables que quieren permanecer en el error, pese a que tu amor de predilección ha dado la Luz a este pueblo. Perdona a los que embrutece un paganismo corrompido que enseña el vicio, que se ahoga en una idolatría hedionda, entre tanto que entre ellos hay almas también puras a quienes amas por haberlas creado. Nosotros perdonamos, Yo el primero para que puedas perdonar. Invocamos tu protección sobre la flaqueza de las criaturas para que las libres del principio del mal, de quien nacen todos los delitos, todas las idolatrías, todas las culpas, tentaciones y errores. Líbralos, Señor, el príncipe horrible, para que puedan llegar a la luz eterna”.

La gente ha seguido atentamente esta solemne oración. Se han acercado rabíes famosos, entre los cuales, y tomándose el mentón, está Gamaliel. Un grupo de mujeres, envueltas en sus mantos con una especie de capucha que cubre sus caras, se ha acercado. Los rabinos se separan con desdén... Muchos discípulos fieles, entre los que están Hermas, Esteban, Juan el sacerdote, se han acercado, atraídos por la noticia de que el Maestro ha llegado. Luego Nicodemo y José, que son inseparables, y otros amigos que me parece haber visto alguna vez.

En la pausa que sucede a la oración del Señor que devota y majestuosamente se recoge, se oye exclamar a José de Arimatea: “¡Y bien Gamaliel! ¿No te parecen estas palabras, palabras del Señor?”

“José, a mí me dijeron: ‘Estas piedras se estremecerán al sonido de mis palabras’” le contesta.

Esteban impetuoso, grita: “¡Realiza el prodigio, Señor! Ordena, y se desbaratarán. Sería una gracia incomparable que se derrumbara el edificio pero que se levantaran en los corazones los muros de tu fe. ¡Hazlo, Maestro mío!”

“¡Blasfemo!” vocifera un grupo de furiosos de rabinos y discípulos suyos.

“¡No!” grita a su vez Gamaliel. ¡*Mi* discípulo habla palabras inspiradas. No podemos aceptarlas porque el ángel de Dios no nos ha limpiado aun el pasado con el carbón tomado del altar de Dios²!... Y tal vez aun si con la fuerza de su voz” dice señalando a Jesús, “arrancase los quicios de estas puertas, no creeríamos...” Se levanta el extremo de su amplio y blanquísimo manto, se lo echa cubriéndose la cara y se va.

Jesús lo mira... Después continúa respondiendo a algunos que litigan entre sí, y que parecen escandalizados, y que para hacer más claro su escándalo, lo descargan sobre Judas de Keriot con su retahíla de quejas que el apóstol oye sin reaccionar, encogiéndose de hombros con una cara no del todo contenta.

Jesús dice: “En verdad, en verdad os digo que los que parecen ser los bastardos, son los hijos verdaderos, y los que parecen ser los hijos verdaderos se convierten en los bastardos.

Oíd todos vosotros una parábola.

Una vez hubo un hombre que por negocios tuvo qué ausentarse por largo tiempo de su casa, dejando a sus hijos que eran todavía pequeños. Desde el lugar donde se encontraba escribía cartas a sus hijos mayores para que lo siguieran respetando y para recordarles sus enseñanzas. El último de sus hijos que nació cuando él partió, quedó a cargo de una mujer

² Cfr. Is. 6, 6.

que vivía lejos de allí, del país de su esposa, que no era de la misma raza. Su esposa murió, cuando este hijo era todavía pequeño y lejos de la casa paterna. Sus hermanos se dijeron: “Dejémoslo allá donde está, con los parientes de nuestra madre. Tal vez nuestro padre se olvide de él, y nos aprovechamos de su herencia, dividiéndola entre nosotros, cuando él llegue a morir” Y así hicieron. De este modo el hijo vivió con los parientes de su madre sin conocer las enseñanzas paternas, hasta llegó a saborear la amarga reflexión de que “todos me han repudiado como si fuera yo un bastardo” y llegó hasta convencerse de ello, al ver que su padre no le hacía caso.

La casualidad quiso que llegado a crecer, buscara un empleo en la ciudad donde estaba su padre, y no en la de su madre, porque se sentía amargado al pensar que se le había repudiado por ser hijo de adulterio. Sin conocer a su padre lo trató y lo oyó hablar. Su padre era un hombre sabio. Como no tenía la dicha de tener a sus hijos consigo, los cuales mantenían con él sólo las relaciones convencionales, diciéndole que no se fuera a olvidar de ellos en su testamento, se preocupaba mucho de dar consejos a los jóvenes de aquella tierra. El joven se sintió atraído por la rectitud de su padre para con tantos jóvenes, y no sólo lo trataba, sino que hacía de todas sus palabras un tesoro, endulzando poco a poco su corazón amargado.

Su padre se enfermó, y decidió regresar a su patria. El joven le dijo: “Señor tú eres el único que me ha hablado con rectitud, elevando mi corazón. Permíteme que te siga como criado. No quiero volver a caer en los males de antes”. “Ven conmigo. Ocuparás el lugar de un hijo de quien no he podido tener noticia alguna” Y ambos regresaron.

Ni el padre, ni los hermanos, ni el mismo joven pensaron que el Señor había reunido nuevamente a los de una sola sangre bajo un solo techo. Pero el padre se sintió entristecido al ver que sus hijos se habían olvidado de sus enseñanzas, que eran avaros, duros de corazón, que no tenían la fe de Dios, sino en su lugar muchas idolatrías, como la soberbia, avaricia y lujuria, y no querían saber otra cosa más que de intereses humanos. El extraño, al revés, se acercaba más al Señor, se hacía justo, bueno, amoroso, obediente. Los hermanos lo odiaban porque su padre lo amaba. Él perdonaba y amaba porque había comprendido que en el amor está la paz.

Un día el padre, disgustado con la conducta de sus hijos les dijo: “Os habéis desinteresado de los parientes de vuestra madre, y hasta de vuestro hermano. Me traéis a la memoria la conducta de los hijos de Jacob para con su hermano José⁴. Quiero ir a aquellas tierras para investigar su paradero. Probablemente lo encuentre y que me consuele”. Se despidió tato de sus hijos como del joven al que le dio dinero para que pudiera regresar al lugar de donde había venido y pusiera un pequeño negocio.

Cuando llegó a la tierra de su difunta mujer, sus parientes le contaron que el hijo abandonado, que se llamaba Moisés, había cambiado de nombre por el de Manasés, porque realmente su nacimiento había hecho olvidar al padre su deber de ser justo y recto.

“¡No seáis injustos conmigo! Me habían dicho que habían perdido las huellas del niño, y ni siquiera esperaba encontrar a alguno de vosotros. Pero habladme de él. ¿Cómo es? ¿Creció robusto? ¿Es bueno? ¿Me ama?”

“Robusto lo es, bello también como su madre, sólo que tiene los ojos de un negro claro. De ella heredó también el grano en la espalda. De ti un poco el tartamudeo. Una vez crecido se fue de aquí, amargado por su suerte, fomentando dudas sobre la honestidad de su madre, y por ti sintiendo rencor. Hubiera sido bueno si no hubiera tenido ese rencor en su corazón. Se fue más allá de los montes y ríos hasta Trapezus para...”

“¿Habéis dicho Trapezus? ¿En Sinopio? ¡Oh, hablad! Yo estuve allí y vi a un joven que ligeramente tartamudeaba solitario y triste. Bueno aun bajo la capa de dureza. ¿Será él? ¡Decídmelo!”

“Tal vez. Búscalo. En el costado derecho tiene el grano crecido y negro como tu mujer”.

⁴ Cfr. Gén. 35-50

El hombre partió precipitadamente, esperando encontrar al extraño en su casa. Había ya vuelto a la colonia de Sinopio. Lo siguió... Lo encontró. Le pidió que le mostrara la espalda. Lo reconoció. Cayó de rodillas alabando a Dios por haberle devuelto a su hijo, que era mejor que los otros, que cada vez más parecían animales, mientras que este, durante los meses que habían pasado, se había hecho más santo. Dijo al hijo bueno: "Tendrás la parte de tus hermanos porque sin que nadie te amara, te has hecho recto, mejor que cualquiera de ellos".

"¿Y no es justicia? Claro que sí. En verdad os digo que son verdaderos hijos del bien los que despreciados del mundo, odiados, vilipendiados, abandonados como bastardos, tenidos como dignos de oprobio, logran superar a los hijos que crecieron en casa, pero que son rebeldes a sus leyes. El ser de Israel no da ningún derecho al cielo. Ni el ser fariseo, escriba o doctor asegura su suerte, sino la buena voluntad, el acercarse con generosidad a la doctrina del amor, el hacerse nuevos en ella, el hacerse por su medio hijos de Dios en espíritu y verdad.

Vosotros todos que me estáis escuchando tened muy en cuenta que muchos de Israel que se creen seguros serán suplantados por los que tienen por publicanos, ramera, gentiles, paganos y galeotes. El reino de los cielos es de quien sabe renovarse acogiendo la verdad y el amor".

Jesús se vuelve y se dirige al grupo de los prosélitos enfermos. "¿Podéis creer en todo lo que he dicho?" pregunta con voz fuerte.

"¡Sí, Señor!" responden en coro.

"¿Queréis aceptar la verdad y el amor?"

"Sí, Señor".

"No os dije más que estas palabras ¿estáis contentos?"

"¡Señor, tú sabes lo que más necesitamos! Danos sobre todo la paz y la vida eterna".

"¡Levantaos e id al Señor! Estáis curados por su santo Nombre".

Y ligero se dirige a la primera puerta que encuentra, mezclándose entre la multitud que llena Jerusalén, mucho antes que la admiración, el estupor que hierve en el patio de los gentiles se cambie en gritos de hosanna...

Los apóstoles lo pierden de vista. Sólo Marziam que no ha soltado la punta de su manto corre a su lado diciendo: "¡Gracias Maestro! por Juan, ¡gracias! He escrito todo mientras hablabas. No tengo qué añadir más que el milagro. ¡Oh, fue bella! ¡De veras que le cae muy bien! ¡Se pondrá contentísimo!"

55. Jesús en Getsemaní y en Betania

3 enero 1946

Jesús entra en el verde y plácido huerto de los Olivos. Marziam no se le ha despegado y se hecha a reír al pensar en la carrera fatigosa que hará Pedro para alcanzarlos. Exclama: "¡Oh, Maestro, quién sabe cuántas cosas va a decir! ¡Si en lugar de detenerte aquí, hubieras seguido para Betania se moriría de dolor!"

Jesús sonríe, mirando al jovencillo y le responde: "Me enterraría con sus quejas. Pero esto le servirá de escarmiento, para que esté atento. Mientras Yo estaba hablando, él estaba charla que charla con éste o con aquel..."

"Le hacían preguntas, Señor" lo excusa Marziam pero ya sin reír.

"Educadamente se hace señal de que después se responderá. Mientras se oye la palabra del Señor. Tenlo presente, para cuando seas sacerdote. Existe el máximo respeto en las horas y lugares de instrucción".

"Entonces el pobre de Marziam, Señor, será el que hable..."

"No importa. Es siempre Dios quien habla por los labios de sus siervos en las horas de su ministerio, y por esos se debe escuchar con respeto y en silencio".

Marziam hace un gesto significativo como respondiendo a algo que rumiaba por dentro.

Jesús que lo ha visto le pregunta: “¿No estás convencido? ¿Por qué ese gesto? Habla, hijo, sin temor alguno”.

“Señor mío, me preguntaba si Dios está también en los labios y en el corazón de los sacerdotes de ahora... y en medio de un temblor me preguntaba también si los futuros serán iguales... Y concluía diciendo que... muchos sacerdotes hacen del Señor una figura muy fea... Claro que he pecado... ¡Pero son tan malos y odiosos! Tan secos... que...”

“No juzgues. Pero no olvides esto que te disgusta. Tenlo presente para lo porvenir. Trata con todas tus fuerzas de no ser como los que te desagradan, y que no lo sean los que dependieren de ti. Haz que el mal sirva al bien. Cualquier acción y cualquier conocimiento debe cambiarse en algo bueno”.

¡¡Oh, Señor! Antes de entrar en la casa que se ve, respóndeme una cosa. No puedes negar que los sacerdotes de ahora sean culpables. Me dices que no juzgue, pero Tú lo haces y puedes hacerlo, y lo haces rectamente. Ahora escucha, Señor, lo que pienso. Cuando los sacerdotes de hoy en día hablan de Dios y de la religión, siendo en su mayoría lo que son, y me refiero a los que son malos, ¿deben ser escuchados también?”

“Siempre, hijo mío. Por respeto a su misión. Cuando hacen cosas pertinentes a su ministro no son Anás, ni Sadoc, ni ningún otro, sino “el sacerdote”. Distingue siempre la pobre fragilidad humana de su ministerio”.

“Pero si aun esto lo hacen mal...”

“Dios ayudará. Y luego... ¡Escucha, Marziam! No hay ningún hombre completamente bueno, ni tampoco completamente malo. Y nadie es tan bueno para que con derecho se arrogue el poder de juzgar a sus hermanos por malos del todo. Conviene tener en cuenta nuestros defectos, oponerles las buenas cualidades de quien queremos emitir un juicio y entonces habremos juzgado recta y caritativamente. Hasta ahora no he encontrado un hombre completamente malo”.

“¿Ni siquiera Doras, Señor?”

“Ni siquiera él, porque es un marido honrado y un padre cariñoso”.

“¿Ni siquiera su padre?”

“También él era un marido honrado y un padre cariñoso”.

“¡Pero fuera de eso no era más!”

“Así es, pero en este punto no era malo. Por lo tanto no completamente malo”.

“¿Ni siquiera Judas es malo?”

“Ni siquiera él”.

“Pero no es bueno”.

“No lo será completamente, como tampoco lo es del todo malo. ¿No te convences de lo que te estoy diciendo?”

“Estoy convencido de que eres completamente bueno, y que absolutamente en Ti no existe la maldad. De esto sí estoy convencido. Y tanto lo eres que para todos encuentras excusa...”

“¡Oh, hijo mío! Si pronunciase la primera sílaba de una acusación, ¡todos os echaríais encima del acusado cual fieras!... Trato de evitar que os manchéis obrando de otro modo. ¡Compréndeme Marziam! No es que no vea el mal donde existe. No quiere decir que no vea el entrelace de mal y bien que hay en algunos. No es que no comprenda cuando un alma sube o baja del nivela a donde la llevé. No se trata de esto, hijo mío. Sino que es prudencia para evitar que faltéis a la caridad. Y lo haré así siempre. *Aun en los siglos por venir, cuando deberé dar mi juicio sobre alguien.* ¿No sabes, hijo, que algunas veces vale más una palabra de elogio, de entusiasmo que mil reproches? ¿No sabes que en cien casos malos, que se les tiene como relativamente buenos, por lo menos la mitad son realmente buenos porque no les falta, además de mi palabra benévola, la ayuda de los buenos que de otro modo huirían del individuo a quien se señala como pésimo? *Hay qué sostener a las almas. No destruirlas.* Y si Yo no soy el primero en sostenerlas, en encubrir las partes no bellas, a solicitar vuestra benignidad y ayuda en su favor, jamás las compadeceríais. ¡Tenlo presente, Marziam!...”

“Sí, Señor... (un profundo suspiro). Lo tendré presente... (otro suspiro)... Pero es difícil cuando hay pruebas claras”.

Jesús lo mira atentamente, esto es, mira sólo la parte superior de su frente, porque el jovencito ha bajado la cabeza.

“Marziam, levanta la cara. Mírame. Respóndeme. ¿Cuáles son las pruebas que es difícil dejar pasar?”

Marziam se pone colorado... Responde... “Hay... muchas... Señor”.

Jesús insiste: “¿Por qué nombraste a Judas? ¿Porque es una “prueba”? Tal vez la más difícil de vencer... ¿Qué te ha hecho Judas? ¿En qué te ha escandalizado?” y Jesús pone su mano en la espalda del jovenzuelo que está todo colorado.

Marziam lo mira con ojos brillantes, luego se zafa y escapa gritando: “¡Es un profanador!.. No puedo decirlo... ¡No me preguntes más, Señor!...” y se mete en el bosque llorando. En vano Jesús lo llama.

Sus gritos sin embargo han llamado la atención de los de la casa de Getsemaní. Aparece Jonás en el umbral y luego la Madre de Jesús y detrás las discípulas: María de Cleofás, María Salomé y Porfiria. Ven a Jesús y se dirigen a Él.

“¡La paz sea con todos vosotros! ¡Heme aquí, Madre!”

“¿Solo?” ¿Por qué?”

“Me adelanté. Dejé a los demás en el templo... estaba Yo con Marziam”.

“¿Dónde está mi hijo que no lo veo?” pregunta Porfiria un poco intranquila.

“Subió hacia allá... Ahora vendrá... ¿Tenéis comida para todos? Dentro de poco llegarán”.

“No, Señor. Dijiste que irías a Betania”.

“Tienes razón... Pero pensé que era mejor hacer así... Id ligeras a comprar lo que falta. Me quedo con mi Madre”.

Las discípulas obedecen sin objetar cosa alguna.

Se quedan solos Jesús y María. Lentamente pasean bajo las entrelazadas ramas por las que se filtran los rayos y que se posan sobre las hierbas como pequeños círculos plateados.

“Después de la comida iré a Betania. Con Simón”.

“¿Simón de Jonás?”

“No. Con Simón Zelote. Y llevaré conmigo a Marziam...” Jesús se queda pensativo.

María lo mira. Le pregunta: “¿Te ha dado algún disgusto Marziam?”

“No, Madre! Todo lo contrario. ¿Por qué lo dices?”

“Porque te veo pensativo... ¿Por qué lo llamabas con fuerza? ¿Por qué te dejé? ¿Por qué se separó de Ti como si estuviera avergonzado de algo? ¡Ni siquiera vino a saludar a su madre ni a mí!”

“El muchacho escapó porque le hice una pregunta”.

“¡Oh!...” el estupor de María es profundo. Calla por unos instantes y luego en voz baja como si hablara consigo misma: “Los dos en el paraíso terrenal huyeron después del pecado, al oír la voz de Dios¹... Pero, Hijo mío, hay que tener compasión del muchacho. Empieza a convertirse en hombre... y tal vez... Hijo mío, Satanás muerde a todos los hombres”. María es toda compasión, toda súplica.

Jesús la mira y le dice: “¡Qué bien se ve que tienes corazón de madre! Pero no vayas a pensar que el muchacho haya cometido algún pecado. Más bien piensa que sufre porque tiene algo que revelar. Es muy puro. Es muy bueno... Lo llevaré hoy conmigo para hacerle comprender, sin palabra alguna, que lo comprendo. Cualquier palabra sería inútil... y no encontraría una para excusar al que ha intentado violar su inocencia”. Jesús pronuncia con severidad estas últimas palabras.

“¡Oh, Hijo! ¡Y ahora esto! No te pido nombres. Si uno de los nuestros lo hizo... ese no puede ser menos que... ¡un demonio!”

“Vamos a buscar a Marziam, Madre. No escapará si te ve”.

¹ Cfr. Gén. 3. 1-13.

Van y lo descubren junto a un montón de espinas.

“¿Estabas cortando flores para mí?” le pregunta María acercándosele para abrazarlo...

“No. Pero quería verte” dice Marziam en cuya cara todavía se ven lágrimas.

“Y yo he venido. ¡Ea, presto! ¡Que hoy tienes que ir con mi Jesús a Betania! Y debes arreglarte como conviene”.

La cara de Marziam se ilumina, y olvidando su turbación pregunta: “¿Yo solo con Él?”

“No. También va Simón Zelote”.

Marziam, que es un verdadero muchacho, echa un brinco del gusto, sale corriendo de su escondrijo y se deja caer sobre el pecho de Jesús... No sabe qué decir. Jesús ríe y lo ayuda diciendo: “Corre a ver si ya llegó tu padre”.

Mientras Marziam corre, Jesús comenta: “Es un verdadero muchacho y con todo muy maduro de juicio. Turbarle el corazón es un grave pecado. Pero tomaré mis providencias” y sigue caminando hacia la casa con su Madre. No tiene tiempo de llegar cuando ven a Marziam que corriendo regresa.

“Maestro... Madre... Hay algunas personas... de las que estaban en el templo... Prosélitos... Hay una mujer... Una mujer que quiere verte, Madre... Dice que te conoció en Belén... se llama Noemí”.

“¡Conocí tantas en aquellos tiempos! Pero vamos...”

Llegan a la casa. Un grupo de personas está esperando y apenas ven a Jesús se postran. Pero de pronto se levanta una mujer y corre a echarse a los pies de María saludándola por su nombre.

“¿Quién eres? No puedo acordarme de ti. Levántate”.

La mujer se pone de pie y va a hablar cuando llegan los jadeantes apóstoles.

“Señor, ¿por qué? Hemos corrido como locos por toda Jerusalén. Creíamos que había ido donde Juana o donde Analía... ¿Por qué no esperaste?” preguntan en tropel.

“Ahora estamos ya todos. Es inútil explicar el por qué. Dejad que hable esta mujer”.

Todos se acercan a escuchar.

“Tú no te acuerdas de mí, María de Belén. Pero yo, hace treinta y un años que recuerdo tu nombre, tu rostro como si fuera el de la compasión. Desde Perges, a causa del Edicto, había también yo llegado a Belén. Estaba en cinta, pero esperaba que regresaría a tiempo. Se me enfermó mi marido por el camino y en Belén se me murió. Veinte días después de su muerte di a luz. Mis gritos perforaron el cielo y me secaron la leche o me la envenenaron. Me vi cubierta de llaguitas, como también mi hijo... Nos echaron a una cueva para que muriéramos allí... Y bien... fuiste la única en ir a verme durante un mes llevándome comida sin preocuparte de mis llagas, llorando conmigo, y dando leche a mi hijito que vive sólo por ti... Te pusiste en peligro de que te mataran a pedradas porque me decían que era yo “leprosa”... ¡Oh, bendita estrella mía! Nunca lo he olvidado. Después de que me curé regresé. Me enteré en Éfeso de la matanza. ¡Tanto que te he buscado! ¡Tanto! No podía creer que te hubieran matado con tu hijo en aquella horrible noche. Pero nunca pude encontrarte. En el verano pasado uno de Éfeso escuchó a tu Hijo, se enteró de quién era, lo siguió por algún tiempo, y lo siguió hasta la fiesta de los Tabernáculos... Cuando regresó me lo dijo. Y he venido a verte, ¡oh santa!, antes de morir. Para bendecirte tantas veces cuantas fueron las gotas de leche que diste a mi Juan, quitándosela a tu bendito Hijo...”

La mujer llora guardando una actitud reverente, con las manos juntas en los brazos de María.

“Hermana, la leche no se niega jamás...”

“¡Oh, no! ¡Yo no soy hermana tuya! Tú la Madre del Salvador, yo una pobre mujer, lejos de su casa, viuda con un hijo en el seno, en un seno árido como arroyo en el estío... Sin ti me hubiera muerto. Me diste todo y pude regresar donde mis hermanos, mercaderes en Éfeso”.

“Éramos dos madres, dos pobres madres, con dos niños por el mundo. Tú tenías el dolor de ser viuda, yo el de verme adolorida por mi Hijo, como había anunciado aquel anciano en el

templo. No hice más que cumplir con mi deber de hermana dándote lo que tú no tenías. ¡Vive tu hijo todavía?”

“Es aquel. Tu santo Hijo me lo curó esta mañana. ¡Que sea bendito! Y la mujer se postra ante el Salvador gritando: “¡Ven, Juan a dar gracias al Señor!”

Se acerca, dejando a sus compañeros, un hombre de edad de Jesús, robusto, de cara no bella sino noble. Sus ojos son realmente hermosos.

La paz sea contigo, hermano de Belén. ¿De qué te curé?”

“De la ceguera, Señor. Un ojo perdido y otro próximo a perderlo. Era sinagogo, pero no podía leer ya los rollos sagrados”

“Ahora los leerás con mayor fe”.

“No, Señor. Ahora te leeré. Quiero quedarme como discípulo. Sin jactarme de haber bebido las mismas gotas de leche que te alimentaban. Los días del mes no son nada para crear un fuerte lazo, pero todo fue obra de la piedad de tu Madre, y esta mañana de la tuya”.

Jesús se vuelve a la mujer: “¿Y tú qué dices?”

“¡Que mi hijo te pertenece por dos razones! ¡Aceptalo, Señor! El sueño de la pobre Noemí se verá realizado”.

“Está bien. Serás del Mesías. Vosotros, aceptad al nuevo compañero en nombre del Señor” dice volviéndose a los apóstoles.

Los prosélitos mueren de emoción. Los varones quisieran quedarse al punto. Pero Jesús dice: “No. Continuad siendo lo que sois. Regresad a vuestros hogares conservando la fe y en espera de la llamada. El señor esté siempre con vosotros. Podéis iros.

“¿Volveremos a verte otra vez? Le preguntan.

“No. Como un pajarillo que vuela de rama en rama así caminaré sin descanso. No me encontraréis aquí. No tengo ningún itinerario fijo, ni lugar de descanso. Pero si fuese necesario nos veremos y volveréis a oírme. Idos. Que se quede el discípulo nuevo con su madre”.

Entran en la casa. Le siguen las mujeres, los apóstoles que conmovidos comentan el episodio que no conocían y la caridad profunda de María.

Jesús con paso ligero va a Betania. A su lado lleva a Simón Zelote y Marziam. Felices por haber sido elegidos para aquella ocasión. Marziam, que está ya sereno del todo, hace miles de preguntas acerca de la mujer que vino de Éfeso, y pregunta a Jesús si lo sabía y otras cosas más.

“No lo sabía Yo. La bondad de mi Madre es inmensa y la muestra en miles de casos por lo general ocultos”.

“Pero lo sucedido fue bello” comenta Zelote.

“Sí, tanto que quiero dárselo a conocer a Juan de Endor. ¿Qué te parece, Maestro? ¿Tendremos cartas tuyas en Betania?”

“Casi estoy seguro”.

“Tenemos qué encontrar también a la mujer curada de la lepra” hace notar Zelote.

“Sí. Ha guardado fielmente sus preceptos. Pero ya el tiempo de su purificación pasó”.

Se divisa Betania en su llanura.

Pasan delante de la casa donde un tiempo había pavos reales, flamencos y grullas. Ahora está abandonada y cerrada. Simón lo nota. Pero interrumpe sus palabras el saludo gozoso de Máximo que sale del cancel.

“¡Oh, Maestro santo! ¡Qué felicidad en medio de tanto dolor!”

“¡La paz sea contigo! ¿Por qué dolor?”

“Porque Lázaro no puede más con sus piernas llagadas. No sabemos qué hacer para aliviarle el dolor. Pero al verte se sentirá mejor, por lo menos de espíritu”.

Están en el jardín, y mientras Máximo se adelanta, ellos siguen caminando despacio en dirección de la casa.

Magdalena sale corriendo con su grito lleno de veneración: “Raboni”. Detrás de ella viene su hermana Marta. A ambas se les ve que están pálidas por el sufrimiento y por las viglias.

“Levantaos. Vamos pronto donde Lázaro”.

“¡Oh, Maestro, Maestro que todo lo puedes, cúrame a mi hermano!” suplica Marta.

“¡Sí, Maestro bueno! Sufre más de lo que puede. Está enflaqueciendo, llora. Si sigue así, morirá. ¡Ten piedad de él, Señor!” insiste María.

“Me compadezco de él, pero no ha llegado la hora del milagro. Que sea fuerte y también vosotras sedlo. Ayudadle a hacer la voluntad del Señor”.

“¡Ah! ¿Insinúas que debe morir?” entre lágrimas pregunta Marta.

María con los ojos que nadan en llanto por el amor que siente por su hermano y por Jesús dice: “¡Oh, Maestro, al hacer así me impides que te siga y que te sirva! Impides a mi hermano que se alegre de mi resurrección. ¿No quieres que en casa de Lázaro haya júbilo por una resurrección?”

Jesús la mira con una sonrisa amable y sutil. Responde: “¿Por una? ¿Una sola? ¡Ea! ¡Me tenéis por poco, si creéis que puedo hacer una sola cosa! Sed buenas y fuertes. Vamos. No lloréis de este modo. Lo abatiríais con sospechas penosas”. Y empieza a andar.

Lázaro, tal vez para que se le pueda asistir mejor, ha sido llevado a la sala cercana a la biblioteca, frente a la sala mayor en que se dan los banquetes. Maximino señala la puerta, y deja que entre sólo Jesús.

“¡La paz sea contigo, Lázaro, amigo mío!”

“¡Oh, Maestro santo! La paz sea contigo. Por lo que toca a mí no tengo paz en mis piernas. Me siento abatido. ¡Sufro mucho, Señor! Dame la orden deseada de: “Lázaro ven acá afuera” y me levantaré curado, para servirte...”

“Te la daré, Lázaro, pero no ahora” responde Jesús abrazándolo.

Lázaro está muy delgado, amarillento, con grandes hoyos en los ojos. Se le ve que está muy grave, y muy débil. Lloro como un niño al mostrar sus piernas hinchadas, azuladas, con llagas, que podría decir que son de várices, abiertas en algunos puntos. Tal vez espera que al mostrarlas, Jesús se conmueva y haga el milagro, pero Él se limita a poner de nuevo con delicadeza los bálsamos en las llagas.

“¿Has venido para quedarte?” pregunta Lázaro desilusionado.

“No. Pero vendré con frecuencia”.

“¿Cómo? ¿Ni siquiera este año celebras la pascua en mi casa? A propósito he hecho que me trajeran aquí. En los Tabernáculos me prometiste que estarías conmigo después de las Encenias...”

“Y estaré, pero no ahora. ¿Te causo molestia al sentarme en el borde de tu lecho?”

“¡Oh, no! Lo fresco de tus manos parece calmar el ardor de mi fiebre. ¿Por qué no te quedas, Señor?”

“Porque así como te vas atormentando de tus llagas, Yo me veo de mis enemigos. Aun cuando a Betania se le puede considerar que esté dentro de los límites para que cualquiera celebre la cena, en mi caso lo tomarían como una trasgresión. Todo lo que hago toma las proporciones de un camello, de una viga, tanto para el sanedrín, como para los fariseos...”

“¡Ah, los fariseos! ¡Es verdad! Entonces en una de mis casas... ¡Por lo menos esto!”

“Bueno, sí. Pero lo diré a última hora. Por prudencia”.

“¡Oh, sí! No te fíes. Te ha ido bien con Juan ¿sabes? Ayer vino Tolmai con otros y me trajo unas cartas para Ti. Las tienen mis hermanas. ¿Pero dónde están Marta y María? No te presentan sus obsequios” Lázaro se intranquiliza como todos los enfermos.

“Cálmate. Están afuera con Simón y Marziam. Vine con ellos. No me hace falta nada. Voy a llamarlas”. Ellas que por mera prudencia estaban esperando entrar al oírse llamar.

Sale Marta y regresa con dos rollos que entrega a Jesús. Entre tanto María refiere que el siervo de Nicodemo ha dicho que se ha adelantado a su patrón que viene con José de Arimatea. Y al mismo tiempo. Lázaro se acuerda de una mujer que “llegó ayer en tu nombre”, dice.” ¡Ah, sí! ¿Sabes quién es?”

“Lo dijo. Es hija de un rico de Jericó que fue a Siria hace años, cuando era joven. Le puso por nombre Anastásica en recuerdo de la flor del desierto. Pero no ha querido revelar el nombre de su marido” explica Marta.

“No es necesario. La repudió y por lo tanto es solo “la discípula”. ¿Dónde está?”

“Está durmiendo todavía. Estaba cansada. Estos días y noches los ha pasado muy mal. Si quieres la llamo”.

“No. Déjala que duerma. Mañana tomaré las providencias”.

Lázaro ve admirado a Marziam y éste parece como si estuviera sobre ascuas. Quiere saber lo que hay en los rollos. Jesús lo comprende y los abre. Lázaro dice: “¿Cómo? ¿Él también sabe?”

“Sí. Él y los otros, menos Natanael, Felipe, Tomás y Judas...”

“¡Hiciste bien en ocultárselo a él!” prorrumpe Lázaro. “Tengo muchas sospechas”.

“No soy imprudente, amigo” lo interrumpe Jesús y lee los rollos, diciendo las cosas principales, esto es, que ambos se han aclimatado, que la escuela prospera, que sin el continuo debilitamiento de Juan todo iría bien. Pero no puede decir más porque anuncian la llegada de Nicodemo y de José.

“¡Dios te guarde, Maestro! ¡Siempre, como esta mañana!”

“Gracias, José. Y tú, Nicodemo, ¿no estuviste?”

“No. Pero tan pronto supe que habías llegado, pensé en venir aquí, seguro que te encontraría. José se me unió”.

Hablan de los acontecimientos de la mañana ante Lázaro que al oírlos parece olvidarse de su dolor.

“¡Pero ese Gamaliel, Señor! ¿Lo oíste?” pregunta José de Arimatea.

“Lo oí”.

Nicodemo dice: “Por mi parte digo: ¡ese Judas de Keriot, Señor! Después de que te fuiste lo encontré vociferando como un demonio en medio de un grupo de alumnos de los rabíes. Te acusaba y defendía al mismo tiempo. Estoy seguro que estaba convencido que no hacía sino bien. Aquellos trataban de encontrar en Ti alguna culpa, sin duda acicateados por sus maestros. Combatía las acusaciones con ardor inmenso, diciendo: “Sólo una culpa tiene el Maestro: de no hacer ostentación de su poder. Deja escapar la hora oportuna. Cansa a los buenos con su demasiada bondad. ¡Es Rey! Y como tal debe obrar. Vosotros lo tratáis como a un siervo porque es bueno. Él se arruina por no ser más que esto. Vosotros, cobardes y viles no merecéis sino el fuste del poder, de un poder absoluto, violento. ¡Oh, que si pudiera yo hacer de Él un Saúl violento!²”

Jesús mueve la cabeza sin comentar nada.

“Y con todo te ama a su modo” añade Nicodemo.

“¡Qué hombre tan desconcertante!” exclama Lázaro.

“Sí. Has dicho bien. Después de dos años que vivimos juntos, no lo puedo comprender todavía” confirma Zelote.

Magdalena se levanta con aire de reina, y con voz clara dice: “Yo lo he comprendido mejor que todos: es el oprobio junto a la Perfección. No hay otra cosa qué agregar” y sale por algo, llevándose consigo a Marziam.

“Tal vez María tenga razón” dice Lázaro.

“Lo mismo pienso yo” dice José.

“Y Tú, Maestro ¿qué dices?”

“Digo que Judas es un “hombre” como cualquier otro. Como lo es Gamaliel. El hombre limitado frente a Dios infinito. El hombre es tan estrecho en su modo de pensar, hasta que no penetra en él un rayo sobrenatural, que no es capaz sino de aceptar una sola idea, incrustarla en su corazón, o incrustarse en ella, y quedarse así, aun contra la evidencia. Obstinado, Terco. Tal vez por fidelidad a lo que más le llamó la atención una vez. En el fondo Gamaliel

² Cfr. 1 Rey. 9-31; 2 Rey. 1; Par 9, 35 - 10, 14.

tiene fe, como pocos en Israel, en el Mesías que entrevió y reconoció en un niño. Es fiel a las palabras de ese Niño... Lo mismo sucede con Judas. Saturado de la idea mesiánica, como ningún otro en Israel, la cultiva y se confirma en ella con el recuerdo de mi primera manifestación que contempló y ve, o quiere ver en Mí, al rey, a un rey temporal poderos... ¡y es fiel a esta idea suya!

¡Cuántos aun en lo porvenir encontrarán su ruina por la concepción de una fe equivocada, cerrada a cualquier razonamiento! ¿Qué pensáis vosotros, que sea fácil seguir en todas las cosas la verdad y la justicia? ¿Qué pensáis, que se pueda salvar fácilmente porque alguien es Gamaliel, o un apóstol Judas? No. En verdad, en verdad os digo que es más fácil que se salve un niño, un creyente cualquiera, que uno que haya sido elevado a un cargo especial y llamado a una misión determinada. Suele penetrar en los llamados a una carga extraordinaria la soberbia, la cual abre las puertas a Satanás, y echa afuera a Dios. Las caídas de las estrellas son más fáciles que las de las piedras. El Maldito trata de apagar los astros y se insinúa, se insinúa siempre falaz, para poder hacer caer a los elegidos. Si mil y diez mil personas caen en algún error, su caída los arrastra sólo a ellos, pero si cae un elegido, y se convierte más bien en instrumento de Satanás, su voz aunque sea “mi” voz, aunque diga ser “mi” discípulo, entonces la ruina es mucho mayor y puede ser origen aun de herejías que hagan mal a tantísimos.

El bien que dispenso a cualquiera, si cae en buen terreno, humilde, dará muchos frutos si permanece cual es. Pero si cae en un terreno soberbio, o se hace, entonces el bien se convierte en mal. A Gamaliel se le concedió una de las primeras manifestaciones del Mesías. Era el llamamiento precoz del Ungido. Por eso se hace sordo a mi Voz que lo llama. A Judas se le concedió ser apóstol, uno de los doce entre millares de hombre en Israel. Esto debía ser su satisfacción. Pero ¿qué será?... ¡Amigos mío, el hombre es el eterno Adán!... Él poseía todo, menos una cosa. Y la quiso. Aun cuando se quedó cual era. Pero con frecuencia se convierte en Lucifer. Tiene todo, menos la divinidad. Y ambiciona ésta. Quiere lo sobrenatural para llamar la atención, para ser aclamado, temido, conocido, afamado... Y para poseer algo que sólo Dios puede dar gratuitamente se abraza a Satanás, quien como el eterno mono, finge conceder dones sobrenaturales. ¡Qué triste suerte espera a los ensatanizados!

Os dejo amigos... Me retiro por unos momentos. Tengo necesidad de recogerme en Dios...” Jesús, muy turbado, sale.

Lázaro, José, Nicodemo, Zelote se miran entre sí.

“¿Viste lo turbado que se puso?” pregunta en voz baja José a Lázaro.

“Lo vi. Me pareció ver algo horrendo”.

“¿Qué ideas le bullirán en el corazón?” pregunta Nicodemo.

“Sólo Él y el Eterno lo saben” contesta José.

“¿Sabes algo, Simón?”

“No. Pero lo cierto es que desde hace algunos meses parece muy afligido”.

“¡Que Dios lo ampare! El odio sigue creciendo”.

“Tienes razón, José. Sigue creciendo... Pienso que pronto vencerá el amor”.

“¡No lo digas, Simón! Si esto fuera a suceder no pediré más que se me cure. Es mejor morir antes que asistir a la más horrible de las equivocaciones”.

“¡De los sacrilegios, dirás, Lázaro!”

“Y con todo... Israel es capaz de ello. Se siente con fuerzas para repetir el gesto de Lucifer, declarando la guerra al Señor” suspira Nicodemo.

Un silencio en que reina el dolor cubre a los cuatro, como si les oprimiera las gargantas... La tarde dice adiós a estos cuatro, que piensan en los futuros delincuentes.

Jesús deja Betania acompañado de Simón Zelote, Marziam, y Anastásica que se les ha unido. Esta camina con Marziam. Jesús con Zelote, un poco atrás. Las parejas hablan de lo que piensan.

Anastásica dice a Marziam, prosiguiendo un diálogo empezado: “Tengo un deseo ardiente de conocerle”. Tal vez la mujer habla de Elisa de Betsur. “Puedes creerme que no me sentí tan conmovida cuando de casé o cuando dijeron que estaba leprosa como ahora. ¿Cómo la saludaré?”

Marziam con una sonrisa dulce y seria al mismo tiempo responde: “Con su verdadero nombre, el de: “¡Madre!””

“Pero no la conozco. ¿No será atrevimiento? Porque ¿quién soy yo ante ella?”

“Lo que yo era el año pasado. Tú eres algo mejor. Yo era un pobre huerfanito, sucio, lleno de temores, sin ninguna educación, y con todo me llamó desde el primer momento hijo. Fue para mí una verdadera madre. El año pasado temblaba de angustia al pensar que la encontraría, pero cuando la vi, no tuve nada de miedo. Se me desapareció todo aquel terror que me había quedado cuando con mis ojos infantiles vi las furias de la naturaleza que destruyeron mi casa, mi familia y luego... luego con estos mismos ojos vi cómo el hombre es una fiera más cruel que el chacal y que el vampiro... ¡Siempre temblar!... ¡Llorar siempre!... ¡Sentir un nudo que aprieta, que causa dolor, miedo, odio, que te produce todo!...”

¡En pocos meses conocí todo el mal y todo el dolor como toda la ferocidad que hay en el mundo!... ¡No podía creer que existiesen todavía la bondad, el amor, la ayuda...”

“¡Pero cómo! ¿Cuando el Maestro te recogió?... ¿Cuando has estado entre sus discípulos que son tan buenos?”

“Todavía he experimentado lo que significa el terror... todavía he odiado. ¡Oh, ha habido necesidad de que pasara el tiempo para convencerme de que no tenía por qué temer!... Y mucho más he necesitado para no odiar a quien quiso que mi corazón conociera algo que no debía, a un hombre que es un demonio bajo la piel de fiera. No se sufre sin consecuencias, sobre todo cuando uno es niño... Queda la cicatriz en nuestro tierno corazón, que todavía siente los besos tibios de la mamá, de los que tiene más hambre que del pan. Y en lugar de ellos recibe golpes...”

“¡Mala suerte te tocó!”

“Sí, mala. No abrigaba esperanzas ni en Dios, ni respeto para los demás... Temblaba ante los otros. Aun cuando me vi en los brazos de Jesús o de Pedro, sentí el miedo... Me decía yo: “¡Es posible?” Y me moría de ansias por conocer a María. Una madre, es siempre una madre ¿o no? Cuando la vi, cuando estuve entre sus brazos, el temor desapareció. Comprendí que todo mi pasado había terminado, y que de un infierno pasaba a un paraíso... El último dolor que experimenté fue al ver que me hacían a un lado... Sospechaba de cualquier cosa. ¡Oh, pero en aquel entonces! ¡Con qué amo me recibió! Desde ese momento no he extrañado a mi madre, ni he tenido miedo... María es la dulzura y la paz de los desgraciados...”

“También de esto tengo necesidad...” suspira Anastásica.

“Dentro de poco la verás. ¿Ves aquel verdor de allá abajo? Allí está. En la casa de Getsemaní”.

“¿Estará también Elisa? ¿Qué les diré? ¿Qué me dirán?”

“No creo que esté Elisa. Estaba enferma”.

“¡No digas que de muerte! ¿Quién me adoptaría por hija?”

“No temas. Él dijo: “Tendrá una madre y casa”. Y así será. Caminemos más aprisa. No puedo contenerme cuando me siento cerca de María”.

Apresuran el paso y no oigo que hablen.

Zelote que los ve casi correr comenta a Jesús: “Parece como si fueran dos hermanos. Mira qué buenos amigos se han hecho”.

“Marziam puede acomodarse a cualquiera. Es una virtud difícil, pero muy necesaria para su futura misión. Procuro que aumente en esta cualidad que le ayudará muchísimo”.

“Lo modelas según tu gusto ¿o no?, Maestro”

“Sí. Su edad me lo permite”.

“Y sin embargo modelaste al viejo Juan Félix”.

“Porque dejó que se le destruyese para que crease en él un nuevo ser”.

“Es verdad. He notado que los muy pecadores cuando se convierten, superan en rectitud a los que nos creemos relativamente menos culpables. ¿Por qué esto?”

“Porque su dolor es proporcionado a sus culpas. Un dolor inmenso, que las machaca bajo el peso de la humildad. “He tenido ante mí, mi pecado” dice el salmista¹. Esto caracteriza al espíritu humilde. Es un buen recuerdo, cuando está apoyado en la esperanza y confía en la misericordia. Las perfecciones a medias, o menos, no avanzan muchas veces porque no sienten el estímulo del remordimiento de haber pecado gravemente y de reparar. Se quedan estancadas como las aguas tranquilas. Se sienten satisfechas de estar limpias, pero el agua más limpia, si no se purifica del lodo, del polvo, de las motas, de los desperdicios que el viento le arrastra, termina por convertirse en lodo y en pudrirse”.

“¿Las imperfecciones que dejamos que existan en nosotros son el polvo y los desperdicios?”

“Has dicho bien, Simón. Entonces parecéis aguas estancadas. Se ve en vosotros un movimiento ínfimo hacia la imperfección. ¿No comprendéis que el tiempo pasa veloz? ¿No pensáis que en lo que os queda de él debéis esforzaos por ser perfectos? Si no poseéis la fuerza de la perfección, que una voluntad decidida puede conquistar durante el tiempo que sigue adelante ¿cómo podéis resistir a la tempestad que Satanás y los suyos desencadenarán contra el Maestro y su doctrina? Vendrá un día que atolondrados os preguntéis: “¿Pero cómo es posible que hayamos sido arrastrados? ¡Nosotros que estuvimos con Él por el espacio de tres años!” ¡Oh! La respuesta la tenéis en la mano, en vuestra conducta. El que se esfuerce durante el tiempo que queda, podrá ser capaz de ser fiel...”

“Tres años... Entonces... ¡Señor mío!... ¿En la próxima primavera te perderemos?”

“Estos árboles producen frutos que probaré, pero no probaré otros. No te desconsueles, Simón. Es estéril. Trata de fortalecerte en la rectitud para que puedas ser fiel en el terrible momento”.

“Así lo haré, y con todas mis fuerzas. ¿Puedo decirlo a los demás, para que también se preparen?”

“Puedes decirlo. Sólo el que tenga buena voluntad, lo hará”.

“Y los demás ¿se perderán?”

“No. Pero la prueba será muy dura para ellos. Sentirán lo que experimenta el que se cree muy fuerte, que de pronto se ve vencido y derrotado. Se sentirán *finalmente*, *humillados*. Porque créeme, Simón, si no hay humildad, no se avanza. El orgullo es la piedra sobre la que ha puesto su pedestal Satanás. ¿Por qué fomentar el orgullo en el corazón? ¿Puede ser maestro este monstruo de horror?”

“¡No!”

“Y sin embargo en vuestros corazones mantenéis una cátedra suya. Estáis llenos de orgullo. Lo fomentáis en todas las cosas y por cualquier motivo. Aun al ser ‘míos’ os es causa de orgullo. Pero necios que sois ¿no os cura el compararos conmigo que os he elegido? No seréis santos porque os he llamado. Sino por el modo con que habréis respondido a mi llamado. La santidad es una fábrica que cada uno edifica por sí mismo. La Sabiduría puede enseñar el método de fabricarla, su diseño, pero la obra material queda en vuestras manos”.

“Es verdad. ¿Entonces no nos perderemos? Después de la prueba seremos más santos, porque seremos más humildes...”

“Así es”. La respuesta es breve, cortante.

“¿Esto es lo que piensas, Maestro?”

“Esto es lo que pienso”.

“¡Querías que fuésemos santos antes de la prueba!...”

“¡Eso quisiera. Y que todos lo fuerais”.

¹ Cfr. Sal. 50, 5.

¡Todos! ¿No lo seremos igualmente todos?”

“No. Ni antes, ni en ella, ni después de ella. Y sin embargo he hablado a todos sin distinción”.

“Y nos has amado, Maestro. Somos en verdad culpables ante tus ojos...”

Jesús da un suspiro.

Zelote, después de un largo silencio, trata de hablar, pero casi corriendo les vienen al encuentro apóstoles y discípulos que encontraron a Marziam en las faldas del Getsemaní. Simón no dice nada, entre tanto que Jesús corresponde a los saludos y continúa caminando llevando a su lado a Pedro.

Pedro le informa que había centinelas muy temprano, que Elisa sigue enferma en casa de Juana, que el día anterior habían llegado algunos fariseos, que... que... total un montón de noticias confusas que desembocan en la pregunta final: “¿Y cómo está Lázaro?” a la que Jesús responde largamente.

Pedro que es muy curioso no se contiene: “¿Nada más esto, Señor? ¿No habrá alguna otra cosa?”

“Sí. La sabrás a tiempo. ¿Dónde está Marziam y la mujer? ¿En casa?”

“No. La mujer no quiso seguir adelante. Está sentada al borde del terreno y te está esperando. Marziam... Marziam... se me perdió de vista. Habrá ido a la carrera a casa”.

“Démonos prisa”.

Por más prisa que se dan no llegan antes de que la Virgen con su cuñada, Salomé, Porfiria y las mujeres de Bartolomé y Felipe no hayan salido a presentar sus respetos, Jesús desde lejos las saluda. Va donde está Anastásica, encogida, la toma de la mano y la lleva donde está su Madre y las demás mujeres.

“Mira, esta es la flor de esta pascua. Una sola este año. Pero te gustará porque soy quien te la traigo”.

Anastásica se ha puesto de rodillas.

María se inclina y la levanta diciendo: “Las hijas se quedan sobre el corazón, no a los pies de sus madres. Ven, hija. Veamos nuestras caras, así como se conocen ya nuestros corazones. Estas son hermanas tuyas. Vendrán otras. Que se forme una dulce familia en la que haya amor entre todos sus miembros y que sea santa para gloria de Dios”.

Se dan el beso de amor y mutuamente se miran. Entran en casa. Suben a la terraza que rodea el color gris-verde de los olivos. Los grupos se separan. Jesús se va con los hombres, las mujeres con la recién llegada. Regresa Susana que había ido a la ciudad con su marido. Llega Juana con los niños. Analía se deja ver con su cara angelical. Yairo que estaba mezclado entre los discípulos mientras corrieron hacia Jesús, regresa con su hija que va con el grupo de las mujeres, cerca de María la cual la acaricia.

La paz, el amor reina por doquier. El sol descende y antes de dar su último adiós ve que todos se juntan a orar. Jesús despide a todos, quedándose con los que tienen ganas de dormir casi amontonados en la casa del Getsemaní, o de dormir bajo los olivos. Se quedan la Virgen, María de Alfeo, Salomé, Anastásica, Porfiria por parte de las mujeres; por parte de los hombres: Jesús, Andrés, Pedro, Santiago y Judas de Alfeo, Santiago y Juan hijos de Zebedeo, Simón Zelote, Mateo y Marziam.

La cena termina pronto. A continuación Jesús invita a su Madre y a María de Alfeo a que vengan con Él y con los discípulos por entre el silencioso olivar. Tal vez las otras mujeres con gusto vendrían, pero Jesús no las ha invitado, más bien dice a Salomé y a Porfiria: “Hablad de cosas santas a la nueva hermana y luego, sin esperarnos, idos a dormir. La paz sea con vosotras”. Las tres aceptan lo que se les dice. Pedro se siente mal, pero no dice nada, entre tanto se dirigen al lugar donde más tarde Jesús orará en su agonía. Se sientan sobre el borde frente a Jerusalén que está quieta después de tanto estrépito y ruido.

“Pedro, prende una rama” dice Jesús.

“¿Para qué?”

“Porque quiero leerlos lo que escribieron Juan y Síntica. Por esta razón, tú que estás malhumorado, ten en cuenta que no quise que vinieran las otras tres mujeres”.

“¡Pero mi mujer se encontró en aquella noche!”

“No hubiera sido cosa prudente que se hubiera quedado sola Salomé... Por otra parte esto te proporcionará modo para que sueltes tu lengua al contar a tu prudente mujer lo que vas a oír”.

Pedro se pavonea por el elogio dado a su mujer y porque le permiten ponerla al corriente del secreto. Pierde de golpe su color bronceado, y enciende una buena rama, que levanta en alto sus erguidas llamas.

Jesús saca de su cintura las dos cartas, las desenrolla y lee.

“A Jesús de Nazaret honor y bendición. A María de Nazaret bendición y paz. A los hermanos santos paz y salud. A Marziam, el querido, paz y caricias.

Lágrimas y sonrisas hay en mi corazón y en mi cara, cuando me siento a escribiros esta carta que os lleva mis recuerdos, mis nostalgias, mis esperanzas y la paz de un deber que he tenido qué cumplir. Tengo ante mis ojos todo el pasado que tiene valor para mí, esto es, el que hace doce meses empezó, y una plegaria de agradecimiento a Dios, que es muy misericordioso para con el culpable, brota de mi alma. Seas bendito y contigo la Santa que te engendró la que para mí también fue una madre, y contigo sean benditos Pedro, Juan, Simón, Santiago y Judas, y el otro Santiago y Andrés y Mateo, y finalmente Marziam, nuestro queridísimo Marziam, por lo que me disteis, desde el momento que os conocí hasta el momento en que me despedí de vosotros. ¡No fue por mi voluntad! Quiera Dios perdonar a los que me arrancaron de vosotros. Dios los perdone, y aumente en mí la capacidad de hacerlo. Por ahora con su ayuda soy capaz de hacerlo. Por mí mismo no podría, porque la herida está todavía demasiado abierta, pues me arrancaron de mi verdadera vida, de Ti, Santísimo. No me siento con fuerzas, pese a que tus consuelos sean como una lluvia continua y balsámica...”

Jesús se pasa varias líneas sin leerlas. Continúa donde dice: “‘Mi vida’, pero Pedro que está cerca del Maestro con la tea, ha alargado su cuello y ha visto que Jesús se ha saltado, protesta. “No. ¡No es así! ¿Por qué no lees todo, Maestro? Hay algo más. Soy un tonto, pero no tanto que no sepa leer por mi parte. Estoy leyendo: “Tus promesas han superado mis esperanzas...”

“¡Eres un bribón! ¡Peor que un muchacho!” dice Jesús sonriendo.

“¡Seguro! ¡Por momentos soy viejo, y por esto tengo más malicia que un niño!”

“¡Deberías tener también prudencia!”

“Es buena parta los enemigos, aquí estamos entre amigos. Aquí Juan ha escrito cosas muy bellas acerca de Ti. Quiero saberlas, para regularme cuando me envíes como una mercancía a otra parte. ¡Ea, lee todo! Madre, dile que no es justo que nos dé las noticias a pedacitos, como si fuéramos pececillos. ¡Fuera, fuera: Algas, cieno, pescaditos, pescadotes. ¡Todo! Ayudadme todos vosotros. Parecéis unas estatuas. ¡Me causáis enfado! ¡Y os reís!”

Nadie puede contener la risa ante tales aspavientos de Pedro, que se agita como un cabrito, que sacude la rama, sin preocuparse de las chispas que caen sobre todos.

Jesús para calmarlo cede.

“Tus promesas han superado mis esperanzas. ¡Oh Maestro santo! Cuando en aquella mañana invernal y triste me prometiste que vendrías a consolar a tu desolado discípulo, no comprendí el valor de tu promesa. El dolor y la relatividad del hombre ofuscaban la facultad de mi inteligencia, y no podía comprender el alcance de tu promesa.

Sé bendito que me visitas en mis noches que no son soledad ni dolor como creía, sino el alegre esperarte. La noche que es horror para los enfermos, para los desterrados, para los solos, para los culpables, para mí, que me siento feliz en servirte, se han convertido en la espera de las vírgenes prudentes del novio². Mi pobre alma tiene algo más. Siempre espera al ser querido. Al ser que viene a brindarle toda clase de alegrías.

² Cfr, Mt. 25, 1-13.

¡Oh, Maestro mío y Señor! Entre tanto que te alabo por lo que me das, te ruego que te acuerdes de tus otras dos promesas. La más importante para mí que soy muy débil es que no vayas a dejarme con vida cuando llegue la hora de tus dolores. ¡Conoces mi flaqueza! No quieras que quien por amor tuyo se despojó del odio, vuelva otra vez a tomarlo entre sus manos contra tus verdugos. La otra promesa es que estarías cerca de mí, cuando llegue la hora de mi muerte. Sé que no soy digno, pero la promesa me la hiciste Tú. Ahora que sé que para Ti no existen distancias y que ni mares, montes, ríos ni la voluntad humana te impiden dar a quien te ama el consuelo de tu presencia sensible, no dudo que estarás cerca de mí cuando llegue mi último momento. ¡Ven, Señor Jesús! No tardes en llevarme a la paz.

Y ya que te he dado cuenta de mi corazón, te la daré de mi trabajo.

Tengo muchos alumnos de diversas razas y naciones. Para no ofender a estos o a aquellos he dividido los días y los alterno. Un día a los paganos, otro a los creyentes, y esto con mucho provecho debido a la falta de pedagogos. Lo que gano de más lo doy a los pobres y así los acerco al Señor. He vuelto a tomar mi nombre antiguo, no porque lo ame, sino por prudencia. Cuando estoy con los demás soy 'Felix'. Cuando estoy contigo soy 'Juan', esto es, el favor de Dios. He explicado a Filipo que mi verdadero nombre era Félix y que si me llamaban Juan era sólo par distinguirme de mis hermanos. Nadie se ha sorprendido, porque están acostumbrados al cambio de nombres, o a que a alguien se le llame con algún sobrenombre. Tengo esperanzas de realizar aquí un gran trabajo para preparar el camino de la santidad a tantos hermanos. Si tuviera fuerzas iría por esas campiñas para que conocieran tu nombre. Tal vez lo podré hacer el siguiente verano o cuando el otoño empiece a refrescar. Tan pronto pueda, lo haré. Muchísimo me ayudan el aire puro de Antigonía, sus jardines tan tranquilos y hermosos, sus flores, sus niños, las gallinas, el cariño de los jardineros, y sobre todo el grande y prudente y digamos hasta filial cariño de Síntica. Puedo decir que me encuentro mucho mejor. Esta idea no la comparte Síntica, pues lo demuestra con sus continuos cuidados que me dispensa, con la comida, con que descanses ya lo suficiente, con que no me resfríe... Pero yo me siento muy bien. ¿No será esto una sensación del deber que con toda conciencia se cumple? Esto lo dice Síntica. Quisiera saber si tiene razón, porque el deber es una cosa moral, entre tanto que la enfermedad es algo que ataca al cuerpo.

Quisiera también saber si vienes a mí realmente o si te me apareces en los sentidos espirituales, pero tan perfectamente que no me permites distinguir dónde termine la realidad material de tu presencia.

“¡Maestro amado y bendito, tu Juan se arrodilla pidiéndote tu bendición!

A tu Madre, María, a los hermanos santos paz y bendición. Envío a Marziam un beso para que se acuerde de enviarme tus palabras santas, que son pan para los desterrados, para los obreros de la viña del Señor”.

Esta es la carta de Juan... ¿Qué os parece?”

Las impresiones son un ajedrez... Lo que más impresiona es la presencia de Jesús. Le llueven preguntas... ¿cómo puede ser? Y si es así, ¿también Síntica lo ve? etc. etc.

Jesús hace señal de que guarden silencio y desenrolla el rollo de Síntica. Lee: “Síntica al Señor Jesús con todo el amor de que es capaz. A la Madre bendita veneración y alabanzas. A los hermanos en el Señor gracias y bendición. A Marziam el abrazo de su hermana lejana.

Te ha escrito Juan. ¡oh Maestro!, el tenor de nuestra vida. En pocas palabras te ha dicho lo que hace y lo que hago. Tengo una escuelita llena de niñas y hago muchas ganancias espirituales porque te las gano para Ti, Señor mío, al hablar del Dios verdadero a través del trabajo. Acá donde las razas se han mezclado hay, una revoltura de religiones... tanto que no pueden practicarse, y que para nada sirven. En medio de ellas se levanta intransigente, con su peso que destruye y aplasta, la fe de los israelitas.

Juan se comporta prudentemente con sus alumnos. Yo tengo más libertad con las niñas. El ser mujer es siempre un estado inferior, de tal modo que a varias familias de diversas religiones poco les importa que todos estudien en una sola clase. Basta con que aprendan el arte de bordar. Y bendito sea el concepto despreciativo que el mundo tiene por las mujeres,

porque de este modo me permite ensanchar cada vez más el círculo de mi acción. Los bordados van con viento en popa, la fama crece, vienen mujeres de lejanas partes. De este modo les hablo a todas de Dios. ¡Oh! hasta los hilos se convierten en flores, animales, estrellas puestos en el telar sirven, con que se quiera para conducir a las almas a la verdad. Como conozco varias lenguas, puedo hablar griego con los griegos, latín con los romanos, hebreo con los judíos. En esta lengua me ayuda muchísimo Juan.

Otro medio de poder penetrar en las familias es el ungüento de María. He hecho más, aprovechándome de esencias que hay aquí, y les puse un poco del original para santificarlas. Y así desaparecen úlceras, dolores, heridas y mal del pecho. La verdad es que cuando lo pongo, no hago más que repetir los dos nombres santos: el tuyo y el de María. Hasta aprovechándome del nombre griego de Mesías he llamado al ungüento: “Mirra ungida” ¿No es así? ¿No consiste en esto la esencia salutífera de la Mirra de Dios que te engendró, ¡oh precioso Aceite! Que nos haces reyes? Muchas veces debo velar para preparar otro nuevo, y rogaría a tu Madre que me preparase algo más y que me lo mandara para los Tabernáculos, para mezclarlo con otros que haga tu esclava. Si hiciese mal en esto, dímelo, Señor, que no lo volveré a hacer.

Juan me alaba mucho. ¿Y qué puedo decir de él? Sufre muchísimo, pero es de una fortaleza maravillosa. Si no supiese su secreto, me espantaría. Pero desde aquella noche que regresé de un enfermo y que lo descubrí extático y transfigurado y que oí sus palabras, y que me postré intuyendo que estabas junto a tu siervo, nada me sorprende. Tal vez algún hermano pueda sorprenderse de que no me entristezca de no verte. No veo razón alguna para ello. Todo lo que haces está bien y es suficiente. Cada uno recibe la parte que merece y de la que tiene necesidad. Así pues, que Juan se sienta feliz por verte sensible, que yo te veo en mi corazón.

¿Que si estoy contenta? Como mujer no dejo de pensar en los días en que estuve contigo y con María. Como alma, me encuentro muy feliz porque ahora te sirvo a Ti, Señor mío. Pienso que el tiempo es nada. Pienso que la obediencia es una moneda para entrar en tu reino. Pienso que ayudarte es una gracia que supera lo que la pobre esclava no podría ni aun soñar, y que en cambio me lo has concedido. Pienso que si por ahora estoy separada de Ti, te tendré por toda la eternidad. Y entono la canción de Juan como una calandria y que cantara en primavera por los campos dorados de la Hélade. Mis alumnas la cantan porque les gusta mucho. Las dejo que canten al ritmo del telar, como si fuese el golpeteo del remo en días pasados, porque pienso, ¡oh Madre! Que pronunciar tu nombre es prepararse para recibir un favor de Dios.

Juan me ruega que añada la noticia de que envió a un óptimo ciudadano de Antioquía. Se llama Nicolás. Es la primera conquista que hace para tu redil. Esperamos que no defraude el concepto en que lo tenemos.

Bendice, Señor, a tu sierva. Bendícela, oh Madre. Bendecidme todos vosotros, y tú muchacho bendito que creces en la presencia del Señor”.

Así ha escrito Síntica. Añadió algo más sin que Juan lo supiera, y es lo siguiente: “Juan se fortalece en su espíritu. Lo demás visiblemente decae, pese a todos los cuidados. Sueña con el verano. Pienso que no hará lo que dice. Pienso que el invierno mate la larva de su vida... Pero está tranquilo. Se santifica con sus trabajos y sufrimientos. Consérvale, Señor, con tu presencia, la fuerza. Te ruego que me sujetes a cualquier dolor en cambio de esto que te pido. Como envió estas cartas por medio de Tolmai a Lázaro, te ruego le digas a él y a sus hermanas que mucho se les agradece su buen corazón y que siempre oramos por ellos”.

Todos intercambian impresiones.

Andrés se inclina para preguntar algo a la Virgen y se queda sorprendido al ver que está llorando. “¿Lloras?” pregunta.

“¿Por qué lloras? ¿Qué motivo hay?” preguntan varios.

“Yo sé por qué” contesta Marziam.

“¿Por qué?”

“Porque Juan ha recordado la muerte del Señor”.

“Tienes razón. ¿Y cómo lo sabe si no estaba cuando la predijiste?”

“Se la dije para consuelo suyo”.

“¡Bonito consuelo!”

“¡Sí, consuelo! Una promesa que no tendrá qué alargarse mucho para que consiga el reino. Lo merece porque os ha superado en su corazón y en su obediencia. Regresemos a la casa. Preparemos la respuesta que entregaremos a Tolomai. Tú, Marziam, no dejes de darles tus escritos”.

“¡Ah, ahora comprendo que escribía para ellos!”

“Sí. Vámonos. Mañana iremos al templo”.

57. El jueves anterior a la Pascua.

Primera parte

23 enero 1946

Es apenas un débil parpadeo de la nueva aurora, pero los hombres imitando a los pajaritos ponen mano a sus trabajos. La casa de Getsemaní se despierta poco a poco. Jesús regresa a ella después de haber pasado la noche entera en oración.

Del campo vecino de los galileos situados sobre la llanura del monte de los Olivos se oyen los gritos con que se avisan que tienen qué reanudar las ceremonias que el día anterior habían empezado. Sus gritos se pierden en la lejanía.

La ciudad, que está ya abajo, también se despierta en medio de los rebuznos de los burros, en medio de los gritos de los vendedores, de los corderitos que se amontonan en las puertas para entrar. Que lanzan sus balidos al aire en busca de la madre sin saber que dentro de poco troncharán sus vidas que no pudieron gozar por mucho tiempo del cariño maternal. El rumor aumenta cada vez más en la ciudad con las pisadas de quien camina por sus calles, con los gritos que se oyen en las terrazas. Y el rumor llega como una resaca hasta la serena casa de Getsemaní.

Un primer rayo de sol rebota sobre una cúpula del templo, la prende, parece incendiarla, se divierte con ella, la acaricia. Los discípulos y discípulas admirados miran aquel punto de oro. Es la casa del Señor. El templo. Para comprender lo que significa esto para los israelitas basta verles las caras. Parece como si vieran brillar en medio del oro, que el sol encendió, el Rostro santísimo de Dios. Adoración y amor de patria, orgullo santo de ser hebreos se manifiestan en las miradas más que en las palabras.

A Porfiria que hace tiempo no había estado en Jerusalén le brotan lágrimas de emoción, e inconcientemente aprieta el brazo de su marido que le está señalando algo que no sé, y se apoya un poco sobre él, como si fuera una recién novia, a quien admira su esposo, a quien la instruye.

Las otras mujeres hablan en voz baja, apenas con monosílabos. Anastásica que no sabe lo que hay qué hacer, está un poco separada, absorta en sus pensamientos. María que estaba hablando con Marziam la ve y dirigiéndose a ella le pasa un brazo por la cintura.

“¿Te sientes un poco sola, hija mía? Hoy será mejor. ¿Ves? Mi Hijo está dando órdenes a los apóstoles para que vayan a las casas de las discípulas para decirles que vayan por la tarde a la casa de Juana. Quiere hablarnos, a nosotras, pero antes te dará una madre. Es buena ¿sabes? La conozco desde que estaba yo en el templo. Era una madre ya desde ese tiempo para con las pequeñas. Te comprenderá porque también ha sufrido mucho. Mi Hijo la curó el año pasado de una melancolía mortal por la muerte de sus dos hijos. Te digo esto para que sepas que de hoy en adelante te amará y la amarás. Y así como el año pasado dije a Simón Pedro que recibía a Marziam por hijo, así también ahora te digo: “Que este cariño no debilite tu corazón en el servicio de Jesús”. Si fuera así el don de Dios te sería más pernicioso que la lepra, porque apagaría en ti el deseo bueno que un día te brindará la posesión del reino”.

“No temas, Madre. Por lo que toca a mí, procuraré que mi voluntad se convierta en una llama cada vez mayor en el servicio del Salvador. Elisa y yo procuraremos apoyarnos, ayudarnos en una santa competencia para caminar por los caminos del Señor con su favor”.

Mientras están hablando llegan del campo los galileos, de la ciudad, de casas esparcidas por las faldas del monte, del barrio que está apenas fuera de la ciudad, de uno de los dos caminos que llevan de Jerusalén a Betania, y para ser más precisos, del camino más ancho, que raras veces toma Jesús, llegan, digo, discípulos antiguos y recientes. Los últimos en llegar son Felipe con su familia, Tomás que viene solo, y Bartolomé con su mujer.

“¿Dónde están los hijos de Alfeo, Simón y Mateo?” pregunta Tomás al no verlos.

“Se han adelantado. Los dos hermanos fueron a Betania a avisar a las hermanas que vayan por la tarde a la casa de Juana. Los otros dos, a la de Analía para comunicarle que después de comer estaré en casa de Juana. Nos encontraremos a eso de las nueve en la Puerta Dorada. Entre tanto vamos a dar una limosna a los mendigos y leprosos. Bartolomé adelántate con Andrés a comprar alimentos para ellos. Os seguiremos despacio y nos detendremos en el suburbio de Ofel, cerca de la puerta para que de allí vayamos donde están los leprosos”.

“¿Vamos a ir todos?” preguntan algunos sin muchas ganas.

“Todos y todas. Este año la pascua nos une como nunca había sido posible. Hagamos juntos lo que el día de mañana será la obligación de hombres y mujeres que trabajarán en mi Nombre. Ver ahí que viene Judas de Simón y a prisa. Me da gusto porque quiero que también venga con nosotros”.

De hecho Judas viene jadeando. “¿Me he tardado, Maestro? La culpa es de mi madre. Vino contrariamente a lo acostumbrado y a lo que le había dicho. La encontré ayer en casa de un amigo nuestro. Esta mañana me ha entretenido con su charla... Quería venir conmigo, pero me opuse”.

“¿Por qué? ¿No merece acaso María de Simón estar donde estás? Antes bien es más digna de ello. Vete corriendo a traerla y alcánzanos en la Puerta Dorada.

Judas parte sin replicar. Jesús se pone en camino con los apóstoles y discípulos. Le siguen las mujeres con María en el centro.

58. El jueves anterior a la Pascua **Segunda parte: en el Templo**

24 enero 1946

No veo pero sí oigo hablar que llevaron alimentos a los leprosos de Hinnón. Parece que no hubo ningún milagro, lo que colijo de las palabras de Pedro que dice: “La cruel soledad no les ha concedido la gracia de creer y conocer dónde está la Salud”.

Entran al ruidoso y bien poblado de Ofel. Después de algunos metros, de una puerta semicerada sale festiva Analía, que venera al Maestro diciendo: “Tengo permiso de mi madre, para estar hasta la tarde contigo, Señor”.

“¿No le desagradará a Samuel?”

“No existe más Samuel en mi vida. ¡Y el Altísimo sea bendito! Sólo me conceda que así como me ha dejado, así no te abandone a Ti, Dios mío”. La boca juvenil sonríe heroicamente, mientras unas lágrimas resplandecen en sus castos ojos.

Jesús la mira por unos instantes y por toda respuesta le dice: “Únete a las discípulas” y continúa su camino.

Pero la madre de Analía, que ha envejecido más por los dolores que por los años, se acerca con señal de respeto y con voz afligida saluda: “La paz sea contigo, Maestro. ¿Cuándo podría hablarte? Tengo prisa...”

“Al punto”. Y volviéndose a los que le acompañan dice: “Esperad aquí afuera. Entro por unos momentos en esa casa” y sigue a la mujer.

Analía, desde el grupo de las discípulas le grita: “¡Maestro!” Es un grito con el que quiere decir todo. Un grito suplicante.

“¡No temas! Está tranquila. Tu causa está en mis manos y también tu secreto” le responde. Y rápido entra por la puerta semicerrada.

Afuera la curiosidad tanto de hombres como de mujeres se convierte en una competencia por saber, por saber...

La mujer llora. Jesús apoyado contra la puerta que cerró al entrar, con los brazos cruzados sobre el pecho, la escucha. En medio de lágrimas le cuenta la volubilidad del novio, que se ha aprovechado de un pretexto para deshacerse de su compromiso... “De modo que Analía es como una repudiada, y nunca se casará porque dice que Tú no concientes en que después del repudio se vuelva a casar la mujer. Pero no es así. Ella es todavía joven. No se vende a ningún otro hombre, porque no ha sido de nadie. Él tiene mucha culpa por ser cruel. Y algo más. Porque se le han metido las ganas de casarse con otra, así mi hija aparecerá a los ojos del mundo como una culpable, y se burlarán de ella. Te ruego Señor que me ayudes en todo esto, porque se debe a Ti”.

“¡A Mí? ¿En qué cosa he faltado?”

“¡Oh, Tú no! Pero Samuel dice que Analía te ama. Y finge tener celos. Ayer por la tarde vino aquí. Ella había ido a verte. Se puso furioso y juró no tomarla por mujer. En estos momentos regresó Analía y le respondió: “Muy bien haces. Sólo me desagrada que vistas la verdad de las cosas con los harapos de la mentira y de la calumnia. Sabes que a Jesús no se le ama sino con el alma. Tu alma está ya corrompida y deja a la Luz por un placer sensual, entre tanto yo abandono este por Ella. No podremos tener un solo pensamiento como deben tenerlo los esposos. Vete pues y que Dios te acompañe”. Ni una lágrima ¿comprendes? Nada hubiera conmovido el corazón de Samuel. Mis esperanzas han muerto. Ella... no cabe duda que por ligereza, es la causa de su ruina. Llámala al orden, Señor. Háblale. Haz que vea la razón. Busca a Samuel. Está en la casa de Abraham su pariente, en la tercera casa de la Fuente de la higuera. ¡Ayúdame! Pero antes habla a ella, ¡y pronto!...”

“Le hablaré. Pero deberías dar gracias a Dios que desata un compromiso humano, que no prometía ninguna cosa buena. Samuel es voluble e injusto para con Dios y para con su prometida...”

“Sí. Pero es algo atroz que el mundo piense que ella es la culpable, lo mismo que Tú, sólo porque es tu discípula”.

“El mundo acusa y luego olvida. Al contrario el cielo es eterno. Tu hija será una flor de él”.

“Entonces ¿para qué hiciste que viviera? Hubiera sido una flor sin haber probado la amargura de la lapidación de la calumnia... ¡Oh! Tú que eres Dios, llámala, haz que entre en razón, y luego haz lo mismo con Samuel”.

“Ten presente, mujer, que ni siquiera Dios puede oprimir la voluntad y libertad del hombre. Samuel y tu hija tienen el derecho de seguir lo que creen que es bueno para ellos. Sobre todo Analía lo tiene...”

“¿Por qué?”

“Porque Dios la ama más que a Samuel. Porque más que éste, ella lo ama. ¡Tu hija pertenece a Dios!”

“¡No! En Israel no existe eso. La mujer debe casarse. Es mi hija... Su futuro matrimonio me daba paz para el futuro...”

“Si no hubiera Yo intervenido, hace un año que tu hija estaría en el sepulcro. ¿Quién soy para ti?”

“El Maestro y Dios”.

“Y como Dios y como Maestro digo que el Altísimo tiene más derecho que cualquier otro sobre sus hijos, y que mucho se cambiará en la nueva religión. Que según ella será posible que las mujeres consagren su virginidad por amor de Dios. No llores. Deja tu asa y ven con nosotros hoy. Ven. Allá afuera está mi Madre con otras madres heroicas que han dado sus hijos al Señor. Únete a ellas”.

“Habla con Analía... ¡Haz la prueba, Señor!” gime la mujer.

“Está bien. Haré como quieres” dice Jesús, y abriendo la puerta grita:

“Madre, ven con Analía”.

Las dos mujeres entran.

“Analía, tu madre quiere que te haga reflexionar una vez más. Quiere que hable con Samuel. ¿Qué hacer? ¿Qué respondes?”

“Habla. Yo misma te lo ruego, sólo porque quisiera que al oírte cambiara de conducta y se hiciera bueno. En cuanto a mí, Tú lo sabes. Te ruego que des a mi madre la respuesta verdadera”.

“¿Has oído?”

“¿Cuál es, pues, la respuesta?” pregunta con voz destrozada la madre de Analía, que al oír las primeras palabras de su hija, creyó que volvería atrás, pero luego comprendió que no es así.

“La respuesta es que hace un año tu hija es de Dios y el voto es perpetuo, hasta que dure la vida”.

“¡Oh, desgraciada de mí! ¿Qué madre habrá más infeliz que yo?”

María suelta la mano de Analía para tomar entre sus brazos a su madre y dulcemente le dice: “No peques con el pensamiento ni con la lengua. No es una cosa infeliz dar a Dios un hijo, sino más bien una gloria. Un día me dijiste que tu dolor era no haber tenido sino una sola hija, porque habrías querido el varón consagrado al Señor. Y tienes no un varón sino un ángel, un ángel que precederá al Salvador en su triunfo. ¿Y quieres considerarte desgraciada? Mi madre desde el primer latido que sintió en su seno me consagró al señor, y eso que me había concebido en edad tardía. Y no estuve con ella sino tres años. Sólo la llevé en el corazón. Y sin embargo el haberme dado a Dios fue su tranquilidad a la hora de su muerte... ¡Ea, ven al templo a alabar a quien tanto te ama que escoge a tu hija por esposa! Trata de ser realmente sabia en tu corazón. Y no pongas límites a tu generosidad para con el Señor”.

La madre de Analía no llora más. Escucha... Ahora se decide. Toma su manto y se lo envuelve. Al pasar ante su hija suspira: “Primero la enfermedad, luego el Señor... ¡Ah, no debería haberte tenido!”

“No, madre. No hables así. Jamás como ahora me tienes. Tú y Dios. Dios y tú. Vosotros solos, hasta la muerte...” y la abraza dulcemente.

“¡Bendíceme, madre! Dame tu bendición porque sufro mucho al tener que hacerte sufrir. Pero Dios así lo quiere...”

Se besan y lloran. Luego salen detrás de Jesús y de la Virgen. Cierran la puerta y se van con las discípulas.

... “¿Por qué entramos, Señor, por esta parte? ¿No sería mejor que entrásemos por la otra?” pregunta Santiago de Zebedeo.

“Porque, pasando por aquí, pasamos ante la torre Antonia”.

“¿Y esperas?... ¡Ten cuidado, Maestro!... El sanedrín te espía” dice Tomás.

“¿Cómo lo sabes?” pregunta Bartolomé.

“Basta reflexionar en su interés para comprender. Me habéis dicho que con miles de excusas vienen continuamente a mirar lo que hacemos... ¿Con qué objeto, sino para encontrar culpa en Él?”

“Tienes razón. No pasemos por la Antonia, Maestro. Si los romanos no te ven, tanto mejor”.

“No es esta la razón que te mueve, sino el desprecio que sientes por ellos ¿o no es así, Bartolomé? ¡Qué sabio serías si arrancases de tu corazón estas miserias!” le responde Jesús que sigue su camino sin hacer caso.

Para ir a la Antonia deben pasar por el Sixto donde está el palacio de Juana, y el de Herodes, un poco separados el uno del otro. Jonatás está en la puerta del palacio de Cusa y apenas ve a Jesús, da la voz a los que están adentro. Sale al punto Cusa y se inclina. Lo sigue Juana lista ya a unirse al grupo de las discípulas.

Cusa dice: “He oído que este día estarás en nuestra casa. Permite a tu siervo que te invite a comer”.

“Sí, con la condición de que me permitas dar ese banquete a los pobres e infelices”.

“Como creas Señor. Ordena y se hará lo que desees”.

“Gracias. La paz sea contigo, Cusa”.

Juana pregunta: “¿Tienes algunas órdenes para Jonatás? Está a tu disposición”.

Las dará cuando vuelva del templo. Vamos, nos aguardan”.

Poco después pasan cerca del bello y fatídico palacio de Herodes. Está cerrado como si nadie habitara en él. Pasan cerca de la Antonia. Los soldados contemplan el pequeño cortejo del Nazareno.

Entran en el templo. Y mientras las mujeres se quedan en la parte inferior, los varones van a su lugar.

Se acercan casi hasta donde se hace la presentación de los niños y la purificación de las mujeres. Un pequeño grupo acompaña a una joven madre. Se ponen a ver las ceremonias rituales.

“¡Un pequeño consagrado al Señor, Maestro!” dice Andrés que está viendo la escena.

“Y si no me equivoco es la mujer de Cesarea de Filipo, la del castillo. Me pasó por delante cuando te esperábamos en la puerta Dorada” observa Santiago de Alfeo.

“Tienes razón. Ha venido también la suegra y el intendente de Filipo. No nos han visto, pero nosotros a ellos sí” añade Tadeo. Y Mateo por su parte: “Pero nosotros hemos visto a María de Simón con un viejo. No estaba Judas. Su madre parecía estar muy triste. Miraba con ansia a su alrededor”.

“Después la buscaremos. Ahora roguemos. Simón de Jonás, haz la oferta al gazofilacio¹. Por todos”.

Oran recogidos. Mucha gente señala al Maestro.

Un breve altercado, en que sobresale la voz aguda de una mujer hace que los menos recogidos volteen la cabeza.

“Si he venido aquí para ofrecer mi varoncito al Señor, puedo quedarme otro poco para ofrecerlo a quien me lo salvó para Dios”.

Voces nasales insisten: “No es lícito a mujer detenerse aquí después del rito. ¡Lárgate!”

“Me iré, pero detrás de Él”.

“¡Calma! ¡Calma! Dejad que la mujer hable y que pruebe cómo puede afirmar que el Nazareno le salvó a su hijo para Dios” Se oye gritar a una voz cascada.

“¿Y qué te importa, Jonatás de Uriel?”

“¡Qué sí importa! Ciertamente aquí hay un pecado. Una nueva prueba. Óyeme, mujer, ¿cómo salvó este hombre a tu hijo? ¿Quieres decirlo a nosotros que buscamos la verdad por todas partes?” pregunta con voz delicada este fariseo que no me es desconocido.

“¡Oh, sí! Lo digo con todo el corazón agradecido. Estaba desesperada porque había nacido muerto. Soy viuda, y este niño es todo para mí. Entonces vino y le dio la vida”.

“¿Cuándo? ¿Dónde?”

“En Cesarea de Filipo. Soy del castillo de Cesarea”.

“¡La vida! Habrá estado sólo privado el niño...”

“¡No! ¡Estaba muerto! Mi madre puede testimoniarlo. Y también el intendente del castillo. Se acercó Él y le sopló en la boca. El niño se movió y empezó a llorar”.

“¿Dónde estabas?”

“En la cama, señor. Había dado a luz”.

“¡Oh, qué horror!”

“¡Ah, anatema!”

“¡Impuro!”

“¡Sacrílego!”

“Ved si no tenía razón de interrogarla”.

¹ Esto es la sala del tesoro, en el recinto del templo, donde se depositaban las limosnas Cfr. Mc. 12, 41-42; Lc. 21, 1-2.

“¡Eres un sabio, Jonatás de Uriel! ¿Cómo intuiste?”

“Conozco al hombre. Lo vi violar el sábado en mis tierras de la llanura para saciar su hambre”.

“Arrojémoslo de aquí”.

“Digámoslo a los príncipes de los sacerdotes”.

“No. Interroguémoslo si se ha purificado. No podemos acusar sin estar ciertos”.

“Cállate, Eleazar. No te ensucies con una defensa estúpida”.

La joven Dorca, que se encuentra en medio del fuego, culpa sin querer de todo esto, explota en un grito de llanto: “¡Oh, no le hagáis mal por mi causa!”

Algunos desalmados se han acercado a Jesús e imperiosamente le dicen: “Ven aquí a responder”.

Los apóstoles y discípulos se mueven entre la ira y el temor. Jesús sereno, majestuoso sigue a quien lo ha llamado.

“¿Reconoces a esta mujer?” le gritan, echándolo dentro del círculo que rodea a Dorca y señalándola como si fuera una leprosa.

“Sí. Es una joven viuda y madre que vive en Cesarea de Filipo. Esta es su suegra. Aquel el intendente del castillo. ¿Y ahora?”

“Te acusas de haber entrado en su habitación cuando estaba dando a luz”.

“¡No es verdad, Señor. Yo no lo he dicho. Dije que devolviste la vida a mi hijo. ¡Y no más! Quería que te honraran, y es todo al revés. ¡Oh, perdóname, perdóname!”

El intendente de Filipo acude en su ayuda: “No es verdad. Vosotros mentís. Ella no se ha expresado de ese modo, soy testigo, y estoy dispuesto a jurar que el Rabí no entró en la habitación, sino que desde el umbral hizo el milagro”.

“¡Cállate! ¡Tú eres un criado!”

“No. No me callaré y se lo diré a Filipo que venera al Rabí más que vosotros, ¡hipócritas devotos del Dios Altísimo!”

El altercado pasa de la mujer al terreno religioso y político. Jesús calla. Dorca llora.

Eléazar el huésped recto que estuvo en el banquete que dio Ismael, dice: “¡Creo que la duda se ha esclarecido y que no existe ninguna acusación. El Rabí una vez que está justificado puede irse libre!”.

“No. Quiero saber si se purificó por haber tocado a un muerto. ¡Que lo jure por Yeové!” grita Jonatás de Uriel.

“No me purifiqué porque el niño no estaba muerto, sino que no podía respirar”.

“¡Ah! Ahora sí te gusta decir que no resucitó ¿eh?” aúlla un fariseo.

“¿Por qué no te jactas como hiciste en Quedes?” le pregunta otro.

“¡No perdamos el tiempo con palabras ¡Arrojémoslo y llevemos la nueva acusación al Sanedrín. ¡Hay un montón de acusaciones!”

“¿Qué otra?” pregunta Jesús.

“¡Cómo que otra! ¡El haber tocado a una leprosa sin haberte purificado! ¿Puedes negarlo? ¡El haber blasfemado tanto en Cafarnaum que los más justos te han abandonado! ¿Puedes negarlo?”

“No hice nada. Pero no tengo ningún pecado, porque, tú Sadoc, que me acusas, sabes por el marido de Anastásica *que no estaba leprosa*. Lo sabes bien, tú cómplice de adulterio de Samuel, tú mentiroso ante el mundo para favorecer la sensualidad de un torpe, y llamando lepra a lo que no lo es, y condenando a una mujer en Israel a la tortura de ser llamada “leprosa”, sólo porque eres cómplice del marido culpable”.

El escriba Sadoc, uno de los que estuvieron en Giscala y luego en Quedes, al sentirse descubierto, se escurre sin hablar. La gente le chifla.

“¡Silencio! ¡Es un lugar sagrado!” dice Jesús. Y ordena a las mujeres y a los que lo acompañan diciendo: “Vámonos. Venid conmigo donde me esperan”. Majestuoso se encamina.

La mujer responde a todos los que le preguntan sobre el milagro. Una y otra vez repite: “Mi hijo es suyo. Se lo he consagrado”. El intendente por su parte se acerca a Jesús: “Maestro conté a Filipo el milagro. Me mandó decirte que te ama. Tenlo presente ante las asechanzas de Herodes... y de los demás. Quisiera verte y oírte. ¿No irás a su casa, verdad? ¡Cuánto le gustaría tenerte aun en su Tetrarquía!”

“No soy un payaso ni un mago. Soy el Maestro de la Verdad. Que venga a ella que no lo rechazaré”.

Están en el patio de las mujeres.

“¡Helo ahí! ¡Helo ahí!” dicen las discípulas a la Virgen que está afligida por la tardanza.

Se reúnen. Jesús quiere despedirse de los de Cesarea para ir en busca de la madre de Judas, Dorca se arrodilla diciendo: “Te buscaba yo antes que la que buscas, y que es madre de un discípulo. Te buscaba para decirte: “Este hijo es tuyo. Varón unigénito. Te lo consagro. Eres el Dios viviente. Sea ti siervo””.

“¿Sabes lo que significa esto? ¿Quieres consagrar tu hijo al dolor, perderlo como madre, recuperarlo como mártir en el cielo? ¿Te sientes como para ser mártir en la persona de tu hijo?”

“¡Sí, Señor mío! Su muerte me habría hecho mártir, y ¡qué martirio! Por Ti lo seré de una manera perfecta”.

“¡Así sea!... Oh, María de Simón ¿Cuándo viniste?”

“Acabo de llegar con Ananías, mi pariente. También yo te andaba buscando”.

“Lo sé. Mandé a Judas que te avisara que vinieras. ¿No fue?”

La madre de Judas baja la cabeza y en voz baja: “Inmediatamente después de él salí para ir a Getsemaní. Pero ya habías salido... Vine del templo corriendo... Ahora te encuentro... a tiempo para haber oído a esa joven, que ya es madre, y tan dichosa... ¡Oh cómo querría poder hablar como ella de un Judas recién nacido!... de un Judas bueno, manso... como uno de esos corderitos...” y entre lágrimas señala los corderos que van para que los sacrifiquen. Se envuelve en su manto para ocultar su llanto.

“Ven conmigo, Madre. Hablaremos en casa de Juana. Aquí no hay lugar”.

Las discípulas ponen en medio a la madre de Judas, y su pariente Ananías se mezcla con los discípulos. También Dorca y su suegra se vienen con las discípulas... María de Alfeo y Salomé van extasiadas viendo al pequeño.

Se dirigen a la salida, pero antes de llegar, se presenta un esclavo romano que entrega una tablilla encerada a Juana, la cual la lee y responde: “Dirás que sí. Después del mediodía, en mi casa, en el palacio”.

Se oye el grito de contento de Yaia y de su madre al ver al Salvador: “¡Vedlo, vedlo! ¡Ved al que me devolvió la luz! ¡Bendito Tú, Luz de Dios!” y se postran.

La gente se amontona, pregunta, comprende, lanzan gritos de hosanna.

El viejo Matías, el hombre que hospedó en la noche de lluvia a Jesús y a los suyos cerca de Yabes Galaad, también lo venera y lo bendice.

Después el abuelo de Marziam, los demás campesinos a los cuales ordena Jesús, después de haber hablado con Juana: “Venid conmigo”, como lo dijo también Yala, a Dorca y a Matías.

Cerca de la Puerta Dorada está Marcos de Yosía, el discípulo infiel, que está hablando animadamente con Judas Iscariote. Este ve venir al Maestro y se lo dice. Marcos se voltea cuando tiene ya a sus espaldas a Jesús. Las miradas se cruzan. ¡Qué mirada la de Jesús! Pero Marcos está sordo a cualquier llamamiento. Par huir lo más pronto posible casi empuja a Jesús contra una columna. Por toda reacción Jesús dice: “¡Marcos, detente! ¡Por compasión a tu alma y a tu madre!”

“¡Satanás!” le grita y se va.

“¡Horror!” gritan los discípulos. “¡Maldícelo, Señor!” y el primero en decirlo es Judas Iscariote.

“No. No sería más Jesús... Vámonos”.

“¿Pero cómo es posible que se haya hecho así? ¡Tan bueno que era!” pregunta Isaac que parece como si una flecha lo hubiera traspasado al ver el cambio de Marcos.

“Es un misterio. ¡Algo inexplicable!” dicen varios.

Y Judas de Keriot: “Lo estaba haciendo hablar. Es un hereje. Pero qué bien habla. ¡Casi te persuade! ¡Cuando era un hombre recto, no era un hombre tan sabio!”

“¡Dirás mejor que no era tan necio, cuando vivía como endemoniado en Gamala!” le replica Santiago de Zebedeo.

Y Juan pregunta: “¿Por qué, Señor, cuando estaba endemoniado no te hacía daño como ahora? ¿No podrías curarlo para que no te lo haga?”

“Porque ahora en él vive un demonio inteligente. Antes era como una fonda en que había una legión de demonios. Le faltaba el consentimiento. Ahora su inteligencia quiere a Satanás y éste ha metido en él una fuerza demoníaca inteligente. Contra esta segunda posesión no puedo nada. Debería hacer violencia a la voluntad libre del hombre”.

“¡Sufres, Maestro!”

“Sí. Son mis aflicciones... mis derrotas. Y me entristezco porque son almas que se pierden. Sólo por esto. No por el mal que me hicieron”.

Esperando que pase un río de gente y de cabalgaduras, se han detenido en un cruce. La madre de Judas mira tan fijamente a su hijo que este le pregunta: “En una palabra, ¿qué te pasa? ¿Es la primera vez que miras mi cara? De veras que estás enferma y debo hacerte curar”.

“¡No estoy enferma, hijo! ¡Y no es la primera vez que te veo!”

“¿Y entonces?”

“Y entonces... nada. Quisiera que no fueras hacerte digno de esas palabras del Maestro”.

“Yo no lo abandono y no lo acuso. Soy un apóstol”.

Siguen caminando hasta que Jesús se detiene para despedirse de Juan y de las discípulas que se van con ella a su casa. Los varones van al Getsemaní.

“Podríamos ir allá todos. Me hubiera gustado oír lo que diría Elisa”.

“Lo oirás, porque sólo hasta ahora lo oiré de mis labios y sabrá que le encomiendo a Anastásica”.

“¿Será el banquete esta noche?”

“Sí. Ya dije a Juana lo que tiene que hacer”.

“¿Qué cosa? ¿Cuándo se lo dijiste?”

“Lo veréis. Se lo dije cuando nos despedimos. Vámonos para estar pronto en el jardín de Juana”.

59. El jueves anterior a la Pascua.

Tercera parte: diversas instrucciones.

25 enero 1946

Al regresar a la casa de Juana, mientras se ven un poco separados por el río de gente. Pedro que va con Jesús y los dos hijos de Alfeo le pregunta: “Bueno, Señor, ahora que estamos solos ¿quieres decirme una cosa que desde ayer traigo clavada en la cabeza?”

“¡Sí, Simón! Dime de lo que se trata y te responderé”.

“Desde ayer estoy pensando en la inmensa gracias que haces a Juan en Antigonía. Sabes que es un gran favor. Algo único. Que solamente a él se lo concedes. También Síntica se lo merece... Bueno, también hay mucha buena gente que... merecería verte... y que no te ve, sino cuando te tiene cerca. Por ejemplo nosotros ¡Qué gran consuelo hubiéramos experimentado cuando nos has enviado por el mundo! ¡Y ha habido veces en que una sola palabra tuya nos habría sacado de la duda!... Pero Tú nunca nos visitas... ¿Por qué esta diferencia?”

“En una palabra, estás celoso”.

“¡Oh, no!... Pero quisiera saber tres cosas: ¿Por qué a Juan de Endor? Si sólo a él; y si no podrá suceder que algún día nos pase a nosotros, a mí, por ejemplo verte milagrosamente y oír de tus labios cómo deba conducirme”.

“Te voy a responder. Lo hago con Juan porque es un corazón lleno de voluntad, pero que a cusa del pasado, padece de algunas debilidades físicas más que de otra cosa, que podrían arruinar el edificio que ha construido al elevarse a Dios. ¿Comprendes? El pasado, cuando dura mucho tiempo sobre nosotros, penetra como una costra hasta el fondo, y deja sus huellas indelebles. Pero no sólo esto, deja tendencias indelebles en cualquier hombre. Por ejemplo, mira aquella cabaña construida en las faldas del monte. Las aguas que corren del monte durante los días de lluvia, han penetrado poco a poco en ella. Ahora hace sol, y durará varios meses. Pero la humedad que ha penetrado en las paredes presenta el aspecto como si hubiera manchas de lepra. La abandonaron porque fue declarada leprosa. En otros tiempos más rigurosos, la hubieran destruido, conforme a la ley¹. ¿Por qué ha llegado a este punto la pobre casa? Porque sus propietarios no le hicieron caños que desviasen las aguas del lado que bajan del monte. Ahora no tiene remedio. La humedad la carcome. Si alguien quisiera hacer estos trabajos y la limpiase, raspando sus paredes y cambiando sus ladrillos por otros nuevos, se le podría habitar, pero presentaría siempre puntos débiles en tal forma que un temblor la echaría abajo. Durante muchos años el veneno del mundo penetró en el corazón de Juan. Con la buena voluntad ha tratado de extirparlo, pero en la base escondida, en la carne, en la parte inferior han quedado ciertos puntos débiles... El espíritu es fuerte, pero su carne es débil, y la carne lanza algunas veces sus tempestades, cuando sus excitaciones se unen con elementos mundanos, capaces de sacudir la personalidad. ¡Juan!... ¡El extirpar las partículas del pasado, ha sido la causa de lo que ha pasado! Yo le ayudo a que resista. Le ayudo a que limpie, le ayudo a que se levante victorioso de su pasado, lo consuelo de sus sufrimientos. Lo merece. Es justo ayudar a una voluntad santa contra quien toda la maldad del mundo se ha lanzado. ¿Convencido?”

“Sí... ¿Y sólo a él te muestras?”

Jesús sonríe mirando a Pedro que lo mira de abajo a arriba y parece un muchacho que mirara la cara de su padre. Le responde: “No sólo a él, también a otros que están lejos para que construyan el edificio de su santidad, en el que fatigosamente trabajan y solos”.

“¿Quiénes son?”

“No es necesario saberlo”.

Santiago de Alfe pregunta: “¿Y a nosotros cuando estaremos solos y quien sabe cuán atormentados del mundo?... ¿Nos ayudarás con tu presencia?”

“Tendréis al Paráclito con sus luces”.

“Esta bien... Pero yo... no lo conozco... y pienso que no lograré jamás comprenderlo. Tú por el contrario... Diré: “¡Oh, ahí está el Maestro!” y te preguntaré qué hacer, sabiendo que eres Tú...” replica Pedro. Y concluye: “¡El Paráclito! ¡Demasiado alto para un pobre pescador! Quién sabe cómo hablará y cómo será... ¿ligero cual un soplo que pasa?... Yo tengo necesidad de un empujón, de un grito, para que mi calabaza se despierte y pueda comprender. Pero si Tú te me apareces, si te veo... ¡entonces! Prométeme que... mejor, prométenos que te nos aparecerás también a nosotros. Pero así ¿eh? Con carne y huesos. Que se te vea bien y se te oiga mejor”.

“¿Y si viniera a regañar?”

“¡No importa! Al menos -¿verdad, vosotros dos?- al menos sabremos lo que hay qué hacer”.

Los dos hijos de Alfeo dicen con la cabeza que sí.

“Bueno, os lo prometo. Pero creedme que el Paráclito hará que vuestras almas lo entiendan. Yo vendré a deciros: “Santiago, haz esto y aquello. Simón Pedro, no está bien que hagas esto. Judas, toma fuerzas para que estés pronto para esto o para aquello””.

¹ Cfr. Lev. 14, 33-57.

“¡Oh, muy bien! Ahora me siento tranquilo. Y procura venir con frecuencia ¿eh? Porque yo seré como un pobre niño extraviado, y que no sabe hacer otra cosa más que llorar... y que no sabe hacer cosas buenas...” Y casi Pedro empieza a llorar.

Judas pregunta: “¿No podrías hacerlo a todos desde ahora? Quiero decir: ¿a los dudosos, a los culpables, a los que reniegan? Tal vez un milagro...”

“No, hermano. El milagro hace mucho bien, sobre todo esta clase de milagros, cuando se conceden *a su tiempo y lugar debidos, a personas que no son maliciosamente culpables. Si se concede a las que lo son, aumenta en ellas la culpabilidad, porque aumenta su soberbia.* Toman el don de Dios como si fuera muestra de debilidad suya, como si suplicase a su orgullo, como si le pidiese que lo amaran. Toman el don de Dios como una consecuencia de sus grandes méritos. Se dicen a sí mismos: “Dios se humilla conmigo porque soy santo”. Entonces cuando la ruina es completa. La ruina, por ejemplo, de Marcos de Yosía, y la de otros tantos... ¡Ay de aquel que toma este camino satánico! *La prueba mayor y más segura del grado de elevación y de una santa voluntad en cualquiera es verse beneficiado con dones extraordinarios. Muchas veces el hombre se embriaga humanamente, y de espiritual se hace humano, y luego desciende a lo satánico.*”

“¿Entonces por qué Dios los concede? Sería mejor que no lo hiciera”.

“¿Simón de Jonás, cuando tu madre quiso que aprendieras a caminar te tuvo siempre en los brazos o del vestido?”

“No. Me echaba por tierra y a pierna suelta”.

“¿Te caíste?”

“¡Muchísimas veces! Tanto más cuanto que era muy... Bueno, desde pequeño quise hacerlo todo por mí mismo y hacerlo bien”.

“¿Ahora ya no te caes, verdad?”

“¡Faltaría eso! Ahora sé que caminar sobre el borde de una silla es peligroso, que querer usar las canaleras para bajar del techo al patio es un error, que tratar de volar de la higuera hacia adentro de la casa, como pájaro, es cosa de locos. Pero de pequeño no lo sabía. Y si no me maté es por algún misterio. Poco a poco aprendí a hacer buen uso de mis piernas y también del cerebro”.

“¿Entonces hizo bien Dios en darte piernas y cerebro, y tu madre en dejarte que aprendieras a tu costa?”

“¡Claro!”

“Así Dios se comporta con las almas. Les concede dones y como una madre les hace advertencias, las enseña. Pero después cada uno debe razonar cómo emplearlos”.

“¿Y si se trata de un tonto?”

“Dios no concede sus dones a los tontos. Los ama porque son infelices, pero no les da lo que no sabrían que tuviesen”.

“¿Pero si se los concediese y ellos los empleasen mal?”

“Dios los trataría por lo que son, como a unos incapaces, y por lo tanto irresponsables. No los juzgaría”.

“Supongamos que alguien cuando los recibe es inteligente, pero que después se hace necio o loco ¿entonces qué?”

“Si es por enfermedad no es culpable de no emplear bien el don recibido”.

“Veamos. Por ejemplo, uno de nosotros. Digamos, Yosía o cualquier otro”.

“Entonces... ¡Sería mejor para él que no hubiera nacido! De este modo se separan los buenos de los malvados... Algo penoso pero justo”.

“¿De qué estás hablando?” ¿Y a nosotros nada? Preguntan los demás apóstoles cuando se reúnen con Jesús.

“Hablabamos de muchas cosas. Jesús me ha dicho una parábola acerca de la lepra de las casas. Después os la contaré” responde Pedro.

“¡Qué supersticiones! ¡Dignas de otros tiempos! Las paredes no se enferman de lepra. Los antepasados que eran unos tontos, aplicaban a vestiduras y a muros propiedades de los animales. ¡Cosas ridículas y que nos hacen aparecer así!” dice Iscariote con tono magistral.

“No es así como dices, Judas. Hubo un motivo de medidas santas por haber hablado así aquellos antepasados. Como tantos otros preceptos del viejo Israel. Preceptos que tenían por mira la salud del pueblo. Conservarlo sano era un deber de los legisladores, era honrar a Dios y servirle porque el pueblo se compone de hijos de Dios. No puede olvidarse entre tanto que se piensa en las bestias y en las plantas. Las casas que se les llamaba leprosas no han contraído, es verdad, tal enfermedad, pero tienen defectos de construcción y de ubicación que las hacen malsanas, lo que aparece con las manchas declaradas “lepra de paredes”. Con el correr del tiempo se convierten no sólo en malsanas para el que vive en ella, sino peligrosas porque pueden derrumbarse. Esta es la razón por la cual la ley prescribe e impone que se le abandone o que se le reconstruya, y hasta que se destruya en caso de que vuelva a aparecer enferma”.

“¡Oh, pero es un poco de humedad! ¿Qué puede hacer? Se le seca con braceros”.

“Y como la humedad no aparece exteriormente, el engaño aumenta. La humedad crece dentro, corroe y un buen día la casa se cae y sepulta a quien en ella estuviere. ¡Judas, Judas, es mejor tener excesiva vigilancia que ser imprudentes!”

“Yo no soy una casa”.

“Eres la casa de tu alma. No dejes que en ella se infiltre el mal y que se agriete... vela por el bienestar de tu alma. Velad todos”.

“Así lo haré, Maestro. Pero dime sinceramente ¿te causaron alguna impresión las palabras de mi madre? Está enferma. Ve fantasmas. Debo hacer que la curen. Cúramela Tú, Señor”.

“La consolaré. Pero tú eres el único que puede curarla, calmando sus ansias”.

“Ansias sin fundamento. Créemelo, Señor”.

“¡Ojalá así sea, Judas! ¡Ojalá así sea! Pero tú con una conducta más recta procura que desaparezcan. Si nacieron, habrá sido por algún motivo. Haz que se borre aun este recuerdo y tu madre y Yo te bendeciremos”.

“Maestro ¿tienes miedo de que me hubiera puesto de acuerdo con Marcos de Yosía?”

“¡No tengo miedo de nada!”

“Ah, entonces está bien! Porque trataba de convencerlo. Creo que era mi deber. ¡Nadie lo hace! ¡Tengo celo por las almas!”

“¡Atento que no te vaya a suceder algún mal!” dice Pedro por hablar.

“¿Qué insinúas?” pregunta agresivo Judas.

“Nada más de lo que dije. Que para tocar algo que quema hay qué tomar algo que defienda”.

“¿Y en nuestro caso? Una gran santidad”.

“De la que carezco ¿o no es así?”

“Ni tú, ni yo, ni ninguno de nosotros es santo... por esto... podríamos quemarnos y quedarnos con la señal”.

“¿Entonces quién va a ocuparse de las almas?”

“Por ahora el Maestro. Después nosotros, cuando según su promesa tendremos los medios para hacerlo”.

“Pero yo quiero hacerlo antes. Nuca se trabaja antes por el Señor”.

“Mira. Pienso que tienes razón. Pero pienso que el primer trabajo por Él, es el que hagamos en nosotros. Ir a predicar la santidad a los demás antes que a sí mismo...”

“¡Eres un egoísta!...”

“¡No es verdad!”

“¡Claro que sí!”

“¡Claro que no!”

Surge la disputa. Interviene Jesús: “En la mayoría de lo que habéis dicho Pedro tiene razón. También tu tienes un poco de ella. Porque la predicación debe apoyarse en hechos. Por esto

hay qué santificarse para decir: “Haced lo que digo porque es recto”. Esto está a favor de lo que dijo Pedro. Pero el trabajar también en los corazones de los demás sirve para formar el propio porque obliga a uno a mejorarse para que no tengamos que oír amonestaciones de parte de los que tratamos de convertir... Ved ahí la casa de Juana... Entremos a participar del amor de encontrarnos entre obreros del Señor, y de predicar con los hechos la era que está por venir”.

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 7

**El tercer año de vida publica
(segunda parte)**

**60. El jueves anterior a la Pascua.
Cuarta parte: en casa de Juana**

26 enero 1946

“La paz sea en esta casa y con quienes están en ella” dice Jesús al entrar en el amplio vestíbulo muy hermosamente adornado e iluminado pese a que es de día. Las lámparas no son necesarias, sino para aquellos que vienen de fuera, donde brilla un sol que quema, que resplandece, y al entrar se topan con una cierta oscuridad, aumentada por el verdor del jardín.

Esta es la razón por la que Cusa mandó poner numerosas lámparas que penden de las paredes y en medio de las cuales hay una grande, una especie de concha de alabastro de color rosa que despide diversos colores al moverse, como si fueran estrellitas, como del color del arco iris, sobre las paredes de color azul oscuro, sobre las caras, sobre el suelo de mármol blanquecino. Parece como si pequeñas estrellas se hubieran posado en las paredes, que muchos arco iris volaran por los aires, porque la lámpara ondea al sentir el impulso del aire que corre por el vestíbulo.

“La paz sea en esta casa” repite Jesús adentrándose. Al detenerse bendice a los criados, inclinados profundamente, a los huéspedes que se sienten sorprendidos de encontrarse con el Rabí en un palacio...

“¡Los invitados! Al punto resplandece el pensamiento de Jesús. El banquete de amor ha invitado a la casa de la buena discípula a los pobres. Es una página del Evangelio puesta en la realidad. Hay mendigos, lisiados, ciegos, huérfanos, viejos, jóvenes viudas con sus pequeños al pecho o pendientes de sus vestidos. Juana ha tenido cuidado en cambiar los vestidos harapientos por unos más modestos y nuevos. Si las cabelleras reciben un retoque es para que se vean menos desagradables.

Jesús pasa bendiciendo. Cada uno de los huéspedes recibe su bendición. Si su diestra se levanta para bendecir, la izquierda la baja para acariciar las cabezas de ancianos o de niños. Y así atraviesa el vestíbulo bendiciendo a todos, aun a los que acaban de entrar, que todavía llegan con sus vestidos sucios, que se esconden por temor o porque los detienen en algún rincón los criados, para llevarlos a otro lugar donde se laven y cambien de vestidos.

Pasa una viuda joven con su nidada... ¡Qué miseria! El más pequeño casi viene desnudo cobijándose con el velo rasgado de su madre... Los más grandecitos vienen cubiertos con lo más necesario. El mayor de todos podría decirse que está vestido, pero no trae calzado.

Jesús la mira. Le pregunta: “¿De dónde vienes?”

“De la llanura de Sarón, Señor. Leví es ya mayor... Tuve qué acompañarlo al templo... puesto que ya no tiene padre” y se echa a llorar en silencio.

“¿Cuándo murió?”

“Hace un año en el mes de Scebat. Hacia dos meses que estaba yo en cinta...” y se bebe sus lágrimas para no llamar la atención.

“Entonces el pequeño tendrá unos ocho meses”.

“Así es, Señor”.

“¿En qué trabajaba tu marido?”

La mujer responde en voz tan baja que Jesús no comprende. Se inclina para decirle: “Dilo otra vez”.

“Trabajaba en una herrería... Era muy enfermizo... porque tenía una heridas que le iban quitando la vida” Y... “Era un soldado romano”.

“¿Pero tú eres israelita, o no?”

“Así es. No me arrojes como inmunda, como hicieron mis hermanos cuando fui a pedirles perdón después de la muerte de mi marido Cornelio”.

“¡No tengas miedo! ¿En qué trabajas ahora?”

“De criada cuando me ocupan, de espigadora, de lavandera. Bato el cáñamo... trabajo en todo para calmar el hambre de estos. Leví trabajará ahora de campesino... si lo aceptan... porque es bastardo por raza”.

“Ten confianza en el Señor”.

“Si no hubiera confiado en Él, ya me hubiera suicidado”.

“Bueno, nos veremos otra vez” y se despide de ella.

Cuando estaban hablando, he aquí que se acerca Juana y se pone de rodillas hasta que el Maestro la ve.

“La paz sea contigo, Juana. Me has obedecido perfectamente”.

“Hacerlo es mi gozo. Pero no he sido la única en buscarte “la corte”. Me ayudó Cusa en todo lo que pudo. Lo mismo que Marta y María. También Elisa con los suyos. Algunos enviaron sus criados para traer lo que faltaba y para ayudar a los mismos a reunir a los huéspedes, otros ayudando a las criadas, a los siervos encargados de bañar a nuestro huéspedes, a nuestros amigos como los llamas. Ahora con tu permiso les voy a dar algo con que mantengan el hambre hasta la hora de comer”.

“Haz como quieras. ¿Dónde están las discípulas?”

“En la terraza de arriba donde se preparan las mesas. ¿Está bien?”

“Sí, Juana. Allí estarán tranquilos y nosotros con ellos”.

“Lo mismo había pensado. Por otra parte en ninguna sala hubiera habido lugar para tantos... Y no quise que se preparen en diversos lugares para no causar celos o tristezas. Los pobres tienen una sensibilidad demasiado aguda, un sentimiento que cualquier cosa les produce dolor... Son digamos, una llaga, que sólo de verla produce dolor”.

“Es verdad, Juana. Tienes un corazón compasivo. Dios te recompense. ¿Hay muchas discípulas?”

“¡Oh, todas las que se encuentran en Jerusalén!... Pero... quisiera decirte algo... Tal vez cometí un error... Quiero decírtelo en secreto”.

“Vamos pues”.

Van a una habitación donde no hay nadie. Por los juguetes que se ven en el suelo se comprende que sea la habitación donde juegan María y Matías.

“¿Qué es, Juana?”

“¡Señor mío, no habrá duda de que fui una imprudente!... ¡Pero fue algo espontáneo, Algo que me nació en el instante!... A Cusa no le gustó. Bueno... Fue al templo un esclavo de Plautina con una tablilla. Tanto ella como sus amigas me preguntaban si era posible verte. Respondí: “Sí. Después del mediodía, en mi casa”. Y vendrán... ¿Hice mal? ¡Oh, no por Ti! Sino por los otros que son *siempre* Israel... y que no aman como Tú. Si me equivoqué trataré de que no vengan... Pero deseo tanto, tanto que el *mundo* te ame que... que no pensé más que en esto. Tú eres perfección y muy pocos tratarán de asemejarse a Ti”.

“Hiciste bien. Hoy predicaré con las obras. La presencia de los gentiles entre los que creen en Mí será una de las cosas que se realizarán en días venideros. ¿Dónde están los niños?”

“Por todas partes” sonríe tranquila ya Juana. “La fiesta les mete más fuerzas y corren contentos por acá y por allá”.

Jesús la deja, regresa al vestíbulo, hace una señal a los que estaban con Él, y se dirige al jardín para subir a la terraza.

Doquier se nota una gran actividad. Desde el piso inferior hasta superior. Algunos vienen con alimentos y utensilios, otros con vestidos, con sillas, o bien acompañan a huéspedes, responden a los que les preguntan, y todos lo hacen alegres, cariñosos.

Jonatás, cual corresponde a un mayordomo, dirige, vigila, aconseja.

La anciana Ester que está contentísima de ver a Juana tan animalada, ríe en medio de un grupo de niños pobres a los que da pastelillos mientras les cuenta nuevas maravillas. Jesús se detiene un instante a escuchar la conclusión hermosa de una de ellas en que dice: “que a la buena de Alba de mayo, que jamás se rebelará contra el Señor por las penas que habían sobrevenido a su familia, le concedió muchos auxilios por los que Alba de mayo salvó a sus

hermanos. Los ángeles llenaban la pequeña artesa, terminaban el trabajo que había en el telar que había empezado Alba diciendo: 'Es nuestra hermana porque ama al Señor y a su prójimo. Ayudémosla'".

"¡Dios te bendiga, Ester! Hasta me sentí tentado a oír tus parábolas. ¿Lo quieres?" pregunta Jesús sonriendo.

"¡Os, Señor mío! Soy yo quien debe escucharte. Tratándose de los niños me basto yo".

"Tu buen corazón puede ayudar aun a los adultos. Sigue, sigue, Ester..." y le envía una sonrisa al irse.

En el vasto jardín se hallan esparcidos los huéspedes que comen su bocadillo, que se miran contentos, admirados de su inesperada suerte. Cuando pasa Jesús se levantan los que pueden, o se inclinan los demás.

"Comed, comed. Hacedlo y bendecid al Señor" les dice, dirigiéndose a la rampa que lleva a la amplia terraza.

"¡Oh, Rabboni!" grita Magdalena que sale corriendo de una habitación con fajas y camisetas para los pequeños en sus brazos. Su melodiosa voz resuena en todas partes.

"Dios esté contigo. ¿A dónde vas con tanta prisa?"

"Tengo qué vestir a diez pequeñuelos. Los bañé y ahora voy a vestirlos. Luego te los traeré, cual frescas flores. Perdona, Maestro. ¿Los estás oyendo? Parecen corderillos..." corre sonriendo, dejando traslucir su bondad y al mismo tiempo la elegancia de su vestido sobre el que trae una faja fina de plata. Trae la cabellera anudada en la nuca y sobre la que puso una cinta blanca que rodea la frente.

"¡Cuán diversa de la del monte de las bienaventuranzas!" exclama Simón Zelote.

En la primera parte de la rampa se encuentra con la hija de Yairo y Analía que veloces vienen bajando.

"¡Maestro, Señor!" exclaman.

"Dios esté con vosotras. ¿A dónde vais?"

"A traer una toallas. Nos dijo la servidora de Juana. ¿Vas a hablar, Maestro?"

"Sí".

"¡Entonces corre, Miriam! Démonos prisa" dice Analía.

"Tenéis más que el tiempo suficiente. Espero a otros. ¿Pero desde cuándo te llamas Miriam?" dice mirando a la hija de Yairo.

"Desde el día de hoy. Tu Madre me dio este nombre. Por qué... ¿verdad, Analía? hoy es un gran día para cuatro vírgenes..."

"¡Oh, sí! ¿Se lo decimos a Él o dejamos que María se lo diga?"

"Que María se lo diga. Continúa, Señor. Tu Madre te lo dirá". Y ligeras siguen. Están en la flor de la juventud. Son hermosas. Son unos ángeles en su mirar...

Están en la tercera rampa cuando se encuentran con Elisa de Betsur, que despacio baja con la mujer de Felipe.

"¡Ah, Señor!" grita esta. "¡A algunos das, y a otros quitas! ¡De todos modos sé bendito!"

"¿De qué hablas?"

"¡Ahora lo vas a saber!... ¡Qué pena y al mismo tiempo qué alegría! Me quitas algo y me pones una corona".

Felipe que está cerca de Jesús pregunta: "¿A qué te refieres? ¿De qué hablas? Eres mi mujer y lo que te pasare, me pasa a mí..."

"Lo sabrás, Felipe. Sigue con el Maestro".

Jesús pregunta a Elisa si se siente mejor, y ella a quien el dolor de tiempos pasados le ha dado una cierta majestad, responde: "¡Sí, Señor mío! El sufrimiento sereno no es amargura. Tengo paz en el corazón".

"Y dentro de poco será mayor".

"¿Qué dices Señor?"

"Ve a donde ibas que lo sabrás".

“¡Jesús! ¡Jesús!” gritan los dos pequeños que se están asomando sobre la adornada barandilla, que divide la terraza que da al jardín, y de la que penden rosales, jazmines en flor, pues ella no es más que un jardín colgante, sobre la que hay una manta de muchos colores. Todos los que están en la terraza se vuelven al grito de los pequeños, y dejando lo que hacían, se dirigen a Jesús a cuyas rodillas los niños se han asido.

Jesús saluda a las mujeres que no son pocas. Se han mezclado con las discípulas propiamente dichas, o con las mujeres, hijas, hermanas de los apóstoles y discípulos, otras que no me son muy conocidas, como la mujer del primo de Simón, las madres de los borriqueros de Nazaret, la madre de Abel de Belén de galilea, Ana de Judas (que vive cerca del lago Merón), María de Simón, madre de Judas de Keriot, Noemí de Éfeso, Sara y Marcela de Betania (Sara es la mujer que Jesús curó en el monte de las bienaventuranzas y que envió a casa de Lázaro con el viejo Ismael. Ahora parece ser la criada de Magdalena), la madre de Yaia, la madre de Felipe de Arbela, Dorca, la joven madre de Cesarea de Filipo, y su suegra, la madre de Analía; María de Bozra, que fue curada de la lepra en Jerusalén con su marido y otras, y otras cuyo nombre no recuerdo.

Jesús va hacia la amplia terraza rectangular que de una parte da al Sixto, y otra en la habitación que da a la escalera interior, como me parece, y que se asemeja a un cubo bajo en el ángulo septentrional de la terraza. Se ve toda Jerusalén y sus alrededores. Una vista admirable. Todas las discípulas, mejor dicho, todas las mujeres, dejan lo que estaban haciendo por unirse a Él. Los criados continúan su trabajo.

María se acerca a su Hijo. A la luz dorada que se filtra del velario que cubre gran parte de la terraza, que parece hacerse más delicada al contacto de las rosas y jazmines, parece mucho más joven, mucho más esbelta. Parece una hermana de las discípulas más jóvenes, un poquito mayor, pero hermosa, hermosa como la mejor de las rosas que penden en el colgante jardín, en los grandes macetones, donde no sólo están ellas, sino también los jazmines, los lirios y otras flores.

“¡Madre, mi mujer, se expresó hace poco en ciertos términos!... ¿Qué ha pasado para que mi mujer diga que se ve mutilada y al mismo tiempo con una corona?” pregunta Felipe que se muere por saber la verdad.

Dulcemente María sonríe al mirarlo. Y Ella que es parquísima en confidencias, le toma de la mano y le responde: “¿Serías capaz de dar a mi Jesús la cosa que más amaras? Y lo deberías... porque te da el cielo y el camino para ir a él”.

“Sin duda, Madre, si supiera... que lo que le diera lo haría feliz”.

“Lo hará, Felipe, también tu segunda hija se consagra al Señor. Hace poco me lo dijo a mí y a tu mujer, ante muchas discípulas”.

“¡¿Tú?! ¡¿Tú?!” pregunta atontado Felipe y señala con el dedo a la jovencilla que se estrecha a la Virgen como buscando protección. El apóstol traga con dificultad este segundo golpe que lo priva de nietos. Se seca el sudor que de improviso le ha brotado ante tal noticia... pasa sus ojos sobre los presentes. Lucha... sufre.

La hija llora: “¡Padre... perdóname... dame tu bendición!” y le cae de rodillas.

Inconcientemente Felipe le acaricia los cabellos castaños, se limpia la garganta y dice: “Se perdona a los hijos que pecan... Tú no lo haces al consagrarte al Maestro... y... tu pobre padre no puede más que decirte: “¡que seas bendita!”... ¡Ah, hija mía!... ¡Cuán suave y cuán duro es lo que Dios quiere!” y se inclina, la levanta, la braza, la besa en la frente, en su cabellera. Lloro. Teniéndola todavía entre sus brazos se dirige a Jesús y le dice: “Mira. Yo le di el ser, pero Tú eres su Dios... Tu derecho vale más que el mío... Gracias... gracias, Señor, de la alegría que...” y se calla. Se echa a los pies de Jesús y se agacha para besárselos diciendo: “¡Nunca tendré nietecitos... nunca! ¡Era mi sueño!... ¡La sonrisa de mi vejez!... ¡Perdóname, Señor, que llore!... ¡Y en lágrimas desflorecer mi dolor!...”

“¡Levántate, amigo mío! ¡Alégrate de que cooperes a las primicias de los jardines angelicales. Ven. Vente conmigo y con mi Madre. Preguntémosle cómo sucedió todo, porque te lo aseguro que en esto no tengo culpa ni mérito”.

La Virgen dice: “También yo sé muy poco. Estábamos hablando nosotras las mujeres y como sucede con frecuencia me hacían preguntas acerca de mi rostro de doncella. Me preguntaban que cómo serán las vírgenes futuras, qué cargos tendrán, qué gloria preveo para ellas. Les respondía como sé. Preveía en el futuro par ellas una vida de oración, una vida que consolara a mi Jesús. Les decía: “Las vírgenes serán las que sostendrán a los apóstoles, las que lavarán el mundo sucio y lo vestirán con su pureza, perfumándolo con ella, serán ángeles que cantarán himnos para que no se oigan las blasfemias. Jesús será feliz. Concederá gracias y su misericordia por estas ovejitas esparcidas entre lobos...” y otras cosas más decía yo. Fue entonces cuando la hija de Yairo me dijo: “Dame un nombre, Madre, para mi futuro estado de virgen, porque no puedo permitir que un hombre goce del cuerpo a quien Jesús dio la vida. ¡A Él pertenece este cuerpo mío para siempre mientras viva!” Y Analía dijo: “También yo me siento con ánimos de hacer lo mismo. Hoy me siento más alegre que nunca porque se ha acabado toda ligadura”. Fue también entonces cuando tu hija, Felipe, exclamó: “También yo seré como vosotras. ¡Virgen para siempre!” Tu mujer, que aquí viene, trató que reconsiderara nuevamente las cosas, pero ella no cambió de parecer. A quien le preguntaba si era algo, que desde hacía tiempo venía pensando, respondía: “¡No!” y quien le preguntaba que cómo le había venido, contestaba: “No lo sé. Como una flecha de luz me atravesó e corazón y comprendí con qué amor amo a Jesús”.

La mujer de Felipe pregunta a su marido: “¿Oíste?”

“Sí. Lo siento mucho... debería cantar porque es una honra para mí... Engendramos a dos ángeles, mujer. No llores. Hace poco lo dijiste: Él te ha coronado... La reina no llora cuando se le impone la corona...”

Pero las lágrimas corren por la cara de Felipe, como por la de su mujer y por la de hombres que se han quedado a escuchar. María de Simón es un mar de llanto en un rincón... Magdalena llora en otro, retorciendo el lino de su vestido, del que sin querer arranca los adornos. Anastásica llora tratando de ocultar sus lágrimas.

“¿Por qué estáis llorando?” pregunta Jesús.

Nadie responde. Jesús llama a Anastásica y le pregunta. Contesta: “Porqué por una alegría que duró una noche y que me causa vómito, no puedo ser una virgen consagrada a Ti”.

“Todos los estados son buenos, si en ellos se sirve al Señor. En mi iglesia futura habrá vírgenes y madres. Y todas, necesarias para el triunfo de Dios en el mundo y para el trabajo de sus hermanos sacerdotes. Elisa de Betsur acércate. Consuela a esta joven”.

Y personalmente entrega Anastásica a Elisa. Las mira. Elisa acaricia a la joven que se estrecha a sus brazos. Momentos después le pregunta: “Elisa, ¿conoces su pasado?”

“Sí, Señor. Y lo siento mucho. Es una paloma sin nido”.

“Elisa ¿amas a esta hermana tuya?”

“¿Que si la amo? Y mucho, no como a una hermana, sino como a una hija, que podría serlo. Y ahora la tengo entre mis brazos, me parece que torno a ser la madre de tiempos idos. ¿A quién vas a confiar esta gacela?”

“A ti, Elisa”.

“¿A mí?” Abre tamaños ojos incrédula.

“A ti. ¿No la quieres?”

“¡Oh, Señor!...” Elisa se arrodilla abraza a Jesús y no sabe qué decir, qué hacer para manifestar su alegría.

“Levántate y sé para ella una madre santa, como ella para ti una hija buena. Caminad las dos por los caminos del Señor. ¿Por qué estás llorando, Magdalena, tú que hace poco estabas tan alegre? ¿Dónde están las diez flores que me ibas a traer?”

“Están durmiendo, Maestro... Llora porque jamás podré tener la blancura de las vírgenes, y mi alma llorará siempre, jamás satisfecha... porque he pecado...”

“Mi perdón y tus lágrimas te hacen más pura que a ellas. ¡Ven aquí! No llores más. ¡Deja que lloren las que tienen por qué avergonzarse! ¡Ea! ve a traerme tus flores. Idos también vosotras, esposas y vírgenes. Id a recibir a los huéspedes de Dios que suban. Hay qué

decirles que se vayan antes de que cierren las puertas, porque muchos de ellos viven en la campiña”.

Todas se van. Jesús se queda en la terraza con María y Matías a quienes acaricia; Elisa y Anastásica que se tienen de la mano, mirándose mutuamente con una sonrisa en que se dibuja la felicidad; María de Simón, sobre a quien compasiva se inclina la Virgen; y Juana que en a puerta de la habitación ve ya para adentro, ya para fuera. Los apóstoles y discípula han bajado con las mujeres para ayudar a los criados a llevar a los lisiados, a los ciegos, a los cojos, a los tullidos, a los viejos a través de la larga rampa.

Jesús que estaba mirando a los dos niños, mira a la Virgen que está inclinada junto a la madre de Judas. Se yergue y va con ellas. Pone su mano sobre la cabellera encrespada de María de Simón: “¿Por qué lloras?”

“¡Señor, Señor, he dado a luz a un demonio! ¡Ninguna mujer en Israel conoce un dolor semejante al mío!”

“María, otra madre, y por la misma razón, me dijo y me sigue diciendo las mismas palabras. ¡Pobres madres!”

“¿Señor mío, hay alguien que sea como mi Judas de perverso, de pérfido? No lo hay ¿verdad? Él, que te tiene, se ha entregado a prácticas diabólicas. Él, que respira tu aire, es un sensual y un ladrón, y tal vez llegue hasta convertirse en homicida. ¡Él!... ¡Él no piensa más que mentiras! Si vida no es más que fiebre. Permite que se muera. ¡Te lo pido! ¡Haz que se muera!”

“María, tu corazón te lo presenta peor de lo que es. El miedo te enloquece. ¡Cálmate y piensa! ¿Qué pruebas tienes de su conducta?”

“Contra Ti ninguna. Pero es una avalancha que baja. Lo sorprendí y no pudo ocultar las pruebas que... Mira... ¡No vayas a decir que es por pura compasión! Me vigila. Sospecha. Es mi aflicción. ¡Ninguna madre en Israel puede ser más infeliz que yo!”

La Virgen en voz baja: “Yo... porque a mi dolor uno el de todas las madres infelices... porque mi dolor me lo causa no el odio de uno, sino el de todo el mundo”.

Jesús a quien llama Juana se va. Entre tanto Judas se acerca a su madre, a quien todavía consuela la Virgen y la apostrofa: “¿Ya desembuchaste tus delirios? ¡Me has acabado de calumniar! ¿Estás contenta?”

“Judas, ¿hablas así a tu madre?” pregunta severa la Virgen. Es la primera vez que la veo así.

“¡Sí, porque estoy cansado de sus persecuciones!”

“¡Hijo mío, no lo son! Es amor. Dices que estoy enferma, ¡pero no es cierto! Tú eres el que lo estás. Dices que te calumnio y que doy oídos a tus enemigos, pero tú mismo te haces mal. Sigues y tienes amistad con hombres nefastos que te arrastran al mal. Porque eres débil, hijo mío, y ellos lo saben muy bien... Escucha a tu madre. Escucha a Ananías que es viejo y prudente. ¡Judas! ¡Judas! ¡Ten piedad de ti! ¡Ten piedad de mí! Judas, ¿a dónde vas...?”

Judas atraviesa rápidamente la terraza, se vuelve y grita: “Donde soy útil y donde me respetan”. A toda prisa baja, mientras que su infeliz madre, asomándose por la valla, le grita: “¡No vayas! ¡No vayas! ¡No quieren más que tu ruina! ¡Hijo mío!”

Judas está ya abajo. Los árboles lo esconden a los ojos de su madre. Por un momento se le ve antes de que entre en el vestíbulo.

“¡Ya se fue!... ¡La soberbia lo devora!” dice entre lágrimas su madre.

“Roguemos por él. Roguemos las dos juntas...” dice la Virgen acariciando la mano de la entristecida madre del futuro deicida.

Entre tanto empiezan a subir los invitados... y Jesús sigue hablando con Juana.

“Está bien. Que vengan también. Mucho mejor si se han vestido a la hebrea para no llamar la atención. Las espero aquí. Ve a llamarlas” y apoyándose sobre el dintel mira a los invitados a quienes los apóstoles. Los discípulos y discípulas cariñosamente acompañan a las mesas según un orden establecido. En el centro está la mesa para niños, y por todas partes, paralelas, las de los demás.

Entre tanto que ciegos, cojos, lisiados, viejos, viudas, mendigos preparan sus historias de dolores pintadas en sus caras, traen en cunas adornadas a los pequeñuelos, que después de haber mamado, serenamente duermen. Magdalena que está ya serena dice: “¡Han llegado, Señor, las flores! ¡Bendícelas!”

Simultáneamente Juana sale de la escalera interior diciendo: “Maestro, aquí tienes a las discípulas paganas”. Son siete mujeres, vestidas de oscuro y con velos semejantes a los de las hebreas. El manto les llega hasta los pies.

Dos son altas, majestuosas; las otras de mediana estatura. Cuando después de haber presentado sus respetos al Maestro se levantan el manto, fácilmente puede uno reconocer a Plautina, Lidia, Valeria, a la liberta Flavia, la que escribió las palabras de Jesús en el jardín de Lázaro, y con ellas tres más que no conozco. La que en sus ojos destella el saber mandar, dice a Jesús: “Y conmigo se postra Roma a tus pies”. Hacen lo mismo una hermosa matrona cincuentona, y una jovencita delgada, bella como una flor del campo.

Magdalena reconoce a las romanas, a pesar de sus vestidos hebreos y murmura: “¡Claudia!” Se queda con los ojos abiertos.

“¡Por mi parte estoy cansada de oír de labios de otros sus palabras! ¡A la Verdad y a la Sabiduría hay qué escucharlas en su propia fuente!”

“¿Crees que nos reconocerán?” pregunta Valeria a Magdalena.

“Si no decís vuestros nombres, no lo creo. Por otra parte os pondré en lugar seguro”.

“¡No María! Han venido a servir las mesas de los mendigos. Nadie podrá sospechar que las patricias sean criadas de los pobres, de los mínimos del mundo hebreo” responde Jesús.

“¡Has dicho bien, Maestro! Porque la soberbia es algo innato en nosotros”.

“Y la humildad es la señal más clara de mi doctrina. Quien quiere seguirme debe amar la verdad, la pureza, la humildad, tener caridad para con todos y heroísmo para desafiar el parecer de los hombres y las presiones de los tiranos. Vamos”.

“Un momento, Rabí. Esta joven es una esclava, hija de esclavos. La rescaté porque es hija de israelitas, y Plautina la tiene. Te la ofrezco, pensando que hago bien. Se llama Eglá. Es tuya”.

“Magdalena, tómala. Luego pensaremos... ¡Gracias!”

Jesús sube a la terraza a bendecir a los niños. Mucha curiosidad despiertan las mujeres, pero vestidas y peinadas a la hebrea, con vestidos sencillos, ninguna sospecha. Jesús está en el centro de la terraza, junto a la mesa de los pequeños y ora, ofreciendo por todos al Señor los alimentos, bendice y ordena que se empiece a comer.

Apóstoles, discípulos, discípulas, damas, todos son los criados de los pobres y Jesús da el ejemplo, remangándose las largas mangas de su vestidura y sirviendo a los niños. Le ayudan Miriam de Yairo y Juan.

Aunque todos comen con verdadero apetito no separan sus ojos de Jesús. La tarde va bajando. Quitan la manta. Los criados traen más lámparas.

Jesús camina entre las mesas. No deja a nadie sin prodigarle un consuelo. Varias veces roza a Claudia y a Plautina que humildemente parten el pan o traen vino a los ciegos, paralíticos, mancos. Envía su sonrisa a las jóvenes vírgenes que tienen a su cuidado las mujeres; a las discípulas madres que muestran su compasión para con los infelices; a Magdalena que atiende la mesa de los ancianos sin dientes, por bocas que destilan baba; ayuda a Mateo que pega en la espalda a un niño que parece sofocarse; agradece a Cusa, que llegado al principio de la comida, divide la carne y sirve como si siempre hubiera sido un criado.

La comida termina. Las caras. Los ojos dicen que están contentos los estómagos.

Jesús se inclina sobre un anciano tembloroso. Le pregunta: “¿En qué piensas padre, que sonríes?”

“¡Pienso que en verdad no es un sueño! Hasta hace poco pensaba que estaba durmiendo, pero ahora sí me convenzo de que es realidad. ¿Quién es el que te hace tan bueno y también a tus discípulos? ¡Viva Jesús!” grita al último.

Y todos los comensales gritan: “¡Viva Jesús!”

Jesús se dirige al centro, abre sus brazos, hace señal de que guarden silencio y comienza a hablar, sentándose y teniendo sobre sus rodillas a un pequeñín.

“¡Viva, sí, viva Jesús!, no porque lo soy, sino porque mi nombre significa el amor de Dios hecho carne, que descendió entre los hombres para que lo conozcan y para dar a conocer el amor que será el distintivo de la nueva era. Viva Jesús porque quiere decir ¡“Salvador!” Y realmente os salvo. Salvo a todos, a ricos y pobres, a niños y ancianos, a israelitas y paganos, a todos. No para este o aquel. Jesús es de todos. De todos los hombres y para todos los hombres. Para todos soy el amor misericordioso, la salvación segura. ¿Qué cosa es necesaria para ser de Jesús, para conseguir la salvación? Pocas cosas, pero *grandes*. No grandes porque sean difíciles como las que hacen los reyes. Sino grandes porque exigen que el hombre se renueve para hacerlas, para llegar a ser de Jesús. Por estos exige el amor, la humildad, la fe, la resignación, la compasión. Ved, vosotros que sois discípulos ¿qué habéis hecho hoy de grande? Responderéis: “nada. Servimos solo la comida”. ¡No! Habéis servido amor. Habéis sido humildes. Habéis tratado como a hermanos, a desconocidos de diversas razas, sin preguntar quiénes eran, sanos o buenos. Lo habéis hecho en nombre del Salvador. Tal vez esperabais que os dijese grandes cosas para instruiros. He hecho que realizarais grandes cosas. Empezamos el día con oración, socorrimos a leprosos y mendigos, adoramos al Altísimo en su casa, dimos principio al ágape fraterno y cuidamos de los peregrinos y de los pobres, hemos servido porque servir por amor es asemejarse a Mí, que soy el Siervo de los siervos de Dios, Siervo hasta el aniquilamiento, que muere por salvar...”

Voces, pisadas, interrumpen a Jesús. Un grupo descontento de israelitas sube corriendo las escaleras. Las romanas, que pudieran ser reconocidas, como Plautina, Claudia, Valeria y Lidia se retiran a un lugar oscuro, bajándose el velo.

Los perturbadores irrumpen en la terraza y parece como si buscaran a alguien. Cusa, ofendido, les sale al paso y les pregunta: “¿Qué queréis?”

“Nada que te importe. Buscamos a Jesús de Nazaret, no a ti”.

“Aquí estoy. ¿No me estáis viendo?” les pregunta, poniendo en tierra al pequeñín y poniéndose de pie con majestad.

“¿Qué estás haciendo aquí?”

“Lo estáis viendo. Hago lo que enseño, y enseño lo que he hecho: amar a los pobres. ¿Qué se os dijo?”

“Se oyen gritos sediciosos. Y como donde estás se fomenta la sedición, vinimos a ver”.

“Donde estoy hay paz. El grito fue de ‘¡Viva Jesús!’”

“Exactamente. Tanto en el templo como en el palacio de Herodes se pensó que se fraguaba alguna conspiración contra...”

“¿Quién la fragua? ¿Contra quién? ¿Quién es rey en Israel? Ni el templo, ni Herodes. Roma domina y sería necio el que tratara de ser rey donde domina”.

“Tú andas diciendo que eres rey”.

“Lo soy. Pero no de este reino, que no vale nada para Mí. Es cosa sin valor aun el imperio. Soy rey del reino santo de los cielos, del reino del Amor y del Espíritu. Idos en paz. O quedaos si queréis y aprenderéis a ver cómo se acerca a mi reino. He ahí a mis súbditos: los pobres, los infelices, los oprimidos, y luego, los buenos, los humildes, los caritativos. Quedaos y uníos a ellos”.

“Tú siempre andas en banquetes de casas ricas, entre mujeres hermosas y...”

“¡Basta! En mi casa no se insinúa ninguna ofensa contra el Rabí. ¡Largaos de aquí!” grita Cusa.

Pero por la escalera interna que da a la terraza una figurilla delgada, una jovencilla sube. Cual mariposa corre donde Jesús, arroja el velo y el manto, le cae a los pies tratando de besárselos.

“¡Salomé!” grita Cusa y otros.

Jesús se ha hecho a un lado tan violentamente para evitar el contacto, que se cae la silla y aprovecha para ponerla entre Sí y Salomé. Sus ojos brillan. Son fosforescentes. Terribles. Infunden miedo.

Salomé, ligera y desvergonzada, toda zalamera responde: “¡Sí, soy yo! Los gritos llegaron hasta el palacio. Herodes manda una embajada a decirte que quiere verte. Yo me le adelanté. Ven conmigo, Señor. Te amo mucho y ¡te deseo tanto! También yo soy israelita”.

“Vete a tu casa”.

“La corte te espera para tributarte honores”.

“Mi corte es esta. No conozco otra, ni otros honores” y con su mano señala a los pobres que están sentados en las mesas.

“Te doy unos regalos para ellos. Aquí tienes mis collares”.

“No los quiero”.

“¿Por qué los rehúsas?”

“Porque son inmundos, y los das por un motivo igual. ¡Lárgate!”

Salomé un poco turbada se levanta. Mira de reojo a Jesús, que le señala con el brazo extendido la salida. Furtivamente mira a todos, y ve en las caras de burla, el asco. Los fariseos están petrificados. Son testigos de la escena. Las romanas se atreven a salir un poco más para ver mejor.

Salomé prueba una vez más: “Te acercas a un leproso...” dice sumisa y suplicante.

“Son enfermos. Tú eres una impúdica. ¡Lárgate!”

El último “lárgate” es tan terrible que Salomé recoge su velo y manto, se inclina, se arrastra hasta la escalera.

“¡Ten cuidado, Señor!... Es poderosa... ¡Podría causarte daño!” susurra Cusa en voz baja.

Pero Jesús con voz más fuerte, para que todos oigan, sobre todo Salomé, contesta: “¡No importa! Prefiero que me maten antes que hacer alianza con el vicio. Sudor de mujer lasciva y oro de prostitutas son veneno del infierno. Hacer alianza cobarde con los poderosos es pecado. Yo soy verdad, pureza y redención. No cambio. Ve a acompañarla...”

“Castigaré a los criados que la dejaron pasar”

“No castigarás a nadie. Ella sola lo sea. Y lo ha sido. Que sepa y también vosotros tenedlo en cuenta que sé lo que piensa, y me da asco. Regrese la sierpe a su cubil. El Ángel a sus jardines”.

Se sienta, está sudoroso. Después de algunos instantes dice: “Juana da a cada uno una limosna para que tenga para algunos días... ¿Qué otra cosa puedo hacer, hijos del dolor? ¿Qué queréis que os dé? Leo vuestros corazones. ¡A los enfermos que saben creer, la paz y la salud!”

Unos momentos de espera y luego un grito... Muchos se levantan curados. Los judíos que habían venido con malas intenciones, se van atolondrados, olvidados en medio del entusiasmo general de aclamaciones por el milagro y pureza de Jesús.

Él, sonriente, besa a los niños. Luego despide a los pobres, pero dice a las viudas que esperen, de las que habla a Juana. Esta toma nota y las invita a que vengan el día siguiente. También ellas se van. Los últimos son los ancianos.

Se quedan los apóstoles, los discípulos de ambos sexos y las romanas. Jesús dice: “Así es y así serán las futuras reuniones. No hay necesidad de palabras. Que los hechos hablen a los corazones y a las inteligencias con su claridad. La paz sea con todos vosotros”.

Al principio de la escalera se encuentra con Judas: “Maestro, no vayas a Getsemaní. Te andan buscando allá tus enemigos. Madre ¿qué dices ahora? ¡Tú que me acusas! Si no hubiera ido, no hubiera sabido de las asechanzas que ponen al Maestro. ¡Vamos a otra casa!”

“A la nuestra. En casa de Lázaro no entra quien no sea amigo de Dios” propone Magdalena.

“Sí. Los que estuvieron ayer en Getsemaní, vengan con las hermanas al palacio de Lázaro. Mañana tomaremos providencias”.

61. El jueves anterior a la Pascua

Quinta parte

27 enero 1946

Los seguidores de Jesús no son unos dechados de valor. La noticia que trajo Judas se parece al gavilán que revolotea sobre una parvada de pollitos, o el lobo que mete sus narices en un redil. Miedo, o por lo menos excitación, está dibujado en las caras sobre todo en las de los varones. Me imagino que muchos pensarán que sienten ya el filo de la espada o el chasquido del azote, o que se encuentran en los separos de alguna oscura cárcel.

Las mujeres conservan una calma mayor. Más que excitadas, piensan en sus hijos o maridos y aconsejan ya a unos ya a otros a que se dispersen en grupos.

Magdalena reacciona contra este temor exagerado: “¡Oh, cuántos cervatillos hay en Israel! ¿No os da vergüenza que tembléis así? Os he dicho ya que en mi palacio estaréis más seguros que en una fortaleza. Venid, si queréis, y bajo mi palabra os aseguro que no os pasará nada. Si además de los que señaló Jesús alguien más quiere venir, es bien recibido. Hay camas para más de cien. ¡Vamos decididos en vez de temblar de miedo! Sólo ruego a Juana que nos envíe alimentos, porque allí no tenemos suficientes y ya es tarde. Una buena comida es la mejor medicina para robustecer a los cobardes”. No tan sólo imponente en su voz sino hasta bañada en un tinte de ironía al ver a la grey temerosa que se amontona en el vestíbulo de Juana.

“Lo haré al punto. Idos. Jonatás os seguirá con los criados y yo iré con él, porque me siento feliz en seguir al Maestro. Iré sin temor alguno, y para demostrárselo llevo conmigo a los niños”, dice Juana y se retira para dar las órdenes concernientes, mientras las primeras vanguardias del ejército miedoso sacan precavidos la cabeza por el portón, y al ver que no hay nadie, sienten el valor de salir, y de llamara a los demás.

El grupo de las doncellas vírgenes ocupa el centro, después de Jesús que va en la primera fila. Detrás de ellas, las mujeres, luego..., los menos valerosos, cuyas espaldas protege Magdalena que viene con las romanas, decididas a no separarse tan pronto de Jesús. Magdalena se adelanta corriendo para decir algo a su hermana y las siete romanas se quedan con Sara y Marcela, que por órdenes de Magdalena se han quedado atrás para que la presencia de las romanas pase lo más desapercibido que se pueda.

Se les junta Juana con los niños de la mano, y detrás de ella Jonatás con los criados que traen bolsas y cestas, y se ponen detrás, que nadie nota, porque las calles están llenas de gente que va a sus casas o a los campamentos. Ahora Magdalena con Juana, Anastásica y Elisa están en primera fila y guía por calles secundarias a sus huéspedes.

Jonatás va caminando casi junto a las romanas, a quienes habla como si fueran criadas de las discípulas más ricas. Claudia se aprovecha para decirle: “Oye, te voy a pedir un favor. Ve a llamar al discípulo que trajo la noticia. Dile que venga, y dile que lo haga de modo de no llamar la atención. ¡Ve!” Las vestiduras no son gran cosa, pero su modo de hablar es imperioso. Jonatás abre tamaños ojos, se acerca más para ver la cara de quien le ha hablado, pero no logra ver sino el fulgor de ojos imperiosos. Con todo debe intuir que no se trata de una criada la mujer que le ha hablado. Se inclina y obedece.

Alcanza a Judas de Keriot que va hablando animadamente con Esteban y con Timoneo, y le jala el vestido.

“¿Qué quieres?”

“Quiero decirte una cosa”.

“Dila”.

“No puedo. Ven conmigo. Te necesitan, por lo que parece, para una limosna”.

La excusa es buena. Judas deja a sus compañeros y alegre se va con Jonatás. Está ya en la última fila. “Oye, he aquí al hombre que deseabas” dice Jonatás a Claudia.

“Muchas gracias por tu servicio” le responde sin levantarse el velo. Y dirigiéndose a Judas: “Haz el favor de escucharme por un momento”.

Judas que oye una voz fina y delicada, que ve dos brillantes ojos bajo el sutil velo, que tal vez se imagina que se trata de alguna aventura, sin pestañear acepta al punto.

El grupo de las romanas se divide. Con Claudia se quedan Plautina y Valeria. Las demás siguen su camino.

Claudia mira a su alrededor. Y al no ver a nadie, con su hermosa mano se hace a un lado el velo. Judas la reconoce, y después de un instante de admiración, se inclina y saluda a la romana: "Dómina!"

"Así es. Enderézate y escucha. Tú quieres al Nazareno. Te preocupas por su bien. Te felicito. Es un hombre virtuoso, pero sin defensa. Nosotras lo veneramos como a un hombre *grande y justo*. Los judíos no lo veneran. Lo odian. Lo sé. Escucha bien lo que te voy a decir para que te comportes de este modo. Quiero protegerlo. No como la lujuriosa de hace unos cuantos momentos. Sino honesta y virtuosamente. Cuando comprendas que hay algún peligro para Él, ven a verme o mándame algún recado. Claudia puede todo sobre Poncio. Alcanzará la protección en favor de ese justo. ¿Comprendes?"

"Sí, dómina. Que nuestro Dios te proteja. Tan pronto como pueda vendré personalmente. Pero ¿cómo haré?"

"Pregunta siempre por Albula Domitila. Es una amiga íntima mía, y nadie se extrañará que hable con judíos, pues es la que tiene a cargo mis liberalidades. Pensarán que eres un cliente. ¿Acaso te humilla esto?"

"No, dómina. Servir al Maestro, alcanzar tu protección es una honra".

"Os protegeré. Soy mujer, pero soy de los Claudios. Puedo más que todos los grandes de Israel, porque detrás de mí está Roma. Entre tanto ten, para los pobres del Mesías. Nuestro óbolo. Quisiera estar esta noche con los discípulos. Consígueme esta honra y yo te protegeré".

En un tipo como Iscariote las palabras de la patricia hacen un efecto prodigioso. ¡Se encarama hasta el séptimo cielo!... Pregunta: "¿Pero de veras lo ayudarás?"

"Sí. Merece que se funde su reino, porque es un reino de virtud. Bienvenido en contra de las sucias ondas que cubren los reinos de hoy en día, y que me provocan náuseas. Roma es grande, pero el Rabí es mucho mayor. Tenemos las águilas como insignias en nuestras banderas y la orgullosa sigla, pero sobre ellas se posarán los genios y su santo Nombre. Roma será grande sin duda, lo mismo que la tierra cuando pondrán ese Nombre en sus insignias, y su señal sobre sus lábaros, sus templos, como sobre sus arcos y columnas".

Judas no sabe qué responder. Sueña extático. Acaricia las pesadas bolsas que le han dado. Lo hace maquinalmente. Con la cabeza dice que sí, que sí...

"Bueno. Vamos a alcanzarlos. Somos aliados ¿no es verdad? Aliados en proteger a tu Maestro, al rey de los corazones honrados".

Rápida se baja el velo y esbelta, casi corriendo alcanza a sus compañeras. La siguen las demás y Judas que jadea no tanto por la carrera, como por lo que oyó. Llegan al palacio de Lázaro. Cierran el portón con mucho ruido de llaves.

Una sola lámpara que en sus manos tiene la mujer del portero apenas si ilumina el vestíbulo cuadrado y blanco del palacio de Lázaro. Se comprende al punto que la casa no está habitada aun cuando esté bien guardada y en orden. Magdalena y Marta guían a los huéspedes a un amplio salón, destinado a los banquetes, en cuyas paredes penden hermosos tapices que descubren su belleza conforme van iluminando las lámparas que hay al rededor de las paredes. Magdalena ordena que pongan en el centro de la sala las mesas y que preparen la cena con los alimentos que trajeron los criados de Juana.

Judas llama a Pedro aparte y le dice algo al oído. Veo que saca tamaños ojos y que sacude la mano como si quemara y exclama: "¡Rayos y ciclones! ¡Pero qué está diciendo!"

"¡Mira y piensa! ¡No tengas miedo! ¡No estés más preocupado!"

"¡Demasiado grande! ¡Demasiado! ¿Cómo dijo? ¿Que nos protege? Que Dios la bendiga. Pero ¿quién es?"

"Aquella, la vestida de color de tórtola del campo. La alta y delgada. Ahora nos está mirando.

Pedro mira a la mujer alta de cara regular y seria, de ojos dulces pero imperiosos.

“¿Y cómo hiciste para hablar con ella? ¿No tuviste?...”

“¡Nada!”

“¡Y sin embargo no te gustaba acercarte a ellos! Como a mí tampoco, como a todos...”

“Es verdad pero lo he superado por amor del Maestro. Como también he superado las ganas de romper con los del templo. ¡Y todo por el Maestro! Todos vosotros, incluso mi madre, pensáis que yo sea un doble. No hace mucho tú mismo me echaste en cara ciertas amistades mías. Pero si no las mantuviese, y con gran dolor en el alma, no estaría al tanto de lo que pasa. No está bien ponerse vendas en los ojos y cera en las orejas por temor de que el mundo entre en nosotros por ellos. Cuando se tiene algo grande como lo que tenemos nosotros hay qué vigilar con ojos y orejas del todo limpios. Velar por Él, por su bien, por su misión, porque funde ¡este bendito reino!...”

Muchos de los apóstoles y algunos de los discípulos se han acercado y escuchan aprobando con la cabeza. Porque en suma no se puede decir que Judas esté equivocado.

Pedro que es un hombre honrado y humilde lo reconoce y dice: “¡Tienes razón! Perdona mis reproches. Vales más que yo. Sabes hacer las cosas. ¡Oh, ve pronto a decirlo al Maestro, a su Madre, a la tuya! Estaba tan angustiada...”

“Porque malas lenguas algo le han dicho... Por ahora no digas nada. Después. Más tarde. ¿Ves? Se sientan a la mesa y el Maestro hace señales de que nos acerquemos...”

...La cena es ligera. También las romanas que se habían sentado con las demás mujeres, de modo que Claudia está entre Porfiria y Dorca, comen en silencio lo que les ponen delante, y entre ellas, Juana y Magdalena se pasan palabras secretas envueltas en sonrisas. Parecen niñas en días de vacaciones.

Después de la cena, Jesús ordena que pongan las sillas en forma de cuadrado y que se sienten porque quiere hablarles. Se pone en el centro y empieza a hablar. Algunos ojos se cierran, como los del pequeño de Dorca, que duerme en su seno, otros apenas si resisten al sueño como los de María que está sentada sobre las rodillas de Juana, y los de Matías que se ha acomodado junto a las rodillas de Jonatás.

“¡Discípulos y discípulas, reunidos en nombre del Señor, o atraídos por el deseo de la verdad! Deseo que viene también de Dios que quiere que haya luz y verdad en todos los corazones, escuchad:

Esta noche se nos ha permitido vernos unidos y eso, gracias a la mala voluntad de quienes nos quisiera ver separados. Con vuestro espíritu limitado no podéis comprender lo profundo y extenso de esta reunión que es una verdadera aurora de las que se celebrarán cuando ya no esté físicamente entre vosotros, sino con el espíritu. Entonces amaréis. Entonces pondréis todo en práctica. Por ahora sois cual niños. Entonces seréis como adultos que podréis gustar de cualquier alimento sin que os haga mal. Entonces diréis como ahora digo: “Venid a Mí todos vosotros porque todos somos hermanos, y porque por todos me he sacrificado”.

Hay muchos prejuicios en Israel. Son flechas que vulneran la caridad. Me dirijo a vosotros que creéis, porque entre vosotros no existen los traidores, ni los que fomentan preconceitos que dividen, que se cambian en incomprensión, en terquedad, en odio contra Mí que os señalo los caminos del porvenir. No puedo hablar de otro modo. De hoy en adelante hablaré mucho menos porque veo que casi son inútiles las palabras. Os he hablado de modo que pudierais santificaros y llegar a ser perfectos. Sin embargo poco habéis avanzado, sobre todo vosotros, hermanos, porque las palabras os agradan, pero ponerlas en práctica ¡no! De hoy en adelante, de un modo cada vez más estricto, haré que pongáis en práctica lo que haréis cuando el Maestro haya regresado al cielo de donde vino. Haré que presenciéis lo que será el sacerdote del porvenir. Más que en mis palabras ¡en mis acciones poned atención! Recordadlos. Repetidlos. Unidos con mis enseñanzas. Y sólo entonces llegaréis a ser discípulos perfectos.

¿Qué hizo y qué os hizo hacer hoy el Maestro? Que pusierais en práctica la caridad en todos los aspectos. La caridad para con Dios. No la caridad de la oración, de la oración vocal,

ritual ¹ y no más. Sino la caridad activa que renueva en el Señor, que despoja del espíritu del mundo, de las herejías del paganismo, que existe no sólo en los paganos, sino también en Israel, con sus miles de costumbres que se han puesto en lugar de la verdadera religión, santa, sencilla como todo lo que viene de Dios. Habéis realizado no acciones aparentemente buenas, que los hombres alaban, sino acciones santas que merecen la alabanza de Dios. Sabéis muy bien que el que nace, tiene qué morir. Pero la vida no termina con la muerte. Continúa en forma diversa por la eternidad, donde el que fue justo recibirá su premio, y el que fue malvado, su castigo. Pero que este pensamiento de un juicio seguro no sea cual parálisis durante vuestra vida y para cuando muráis, sino más bien acicate, freno, espolón que empuje hacer el bien, y a apartarse de las malas pasiones.

Por esto procurad amar en realidad al Dios verdadero, llevando una vida que se haga digna de que lo consigáis en la futura.

Oh, vosotros que amáis las grandezas, ¿qué grandeza mayor que la de llegar a ser hijos de Dios, y por lo tanto dioses? Oh, vosotros que tenéis miedo al dolor, ¿qué seguridad de no sufrir podéis tener como la que os espera en el cielo? Sed santos. ¿Queréis fundar un reino también en la tierra? ¿Sentís que no lo podéis? ¿Teméis fracasar? Si os comportáis como santos lo lograréis. Porque la misma autoridad que nos domina no lo podrá impedir, pese a sus legiones, porque las persuadiréis como Yo a que sigan la doctrina santa sin usar la violencia. He persuadido a las mujeres romanas de que aquí existe la verdad...”

“¡Señor!...” exclaman las romanas al verse descubiertas.

“Así es. Escuchad y no lo olvidéis. Digo a mis seguidores de Israel, digo a vosotras de corazón recto las leyes de mi reino.

No quiero rebeliones. De nada sirven. Sino santificar la autoridad empapándola con nuestra santidad. Será un trabajo largo, pero al fin vencerá. Con mansedumbre y paciencia, sin prisas necias, sin desviaciones humanas, sin rebeliones inútiles, más bien obedeciendo cuando el hacerlo no causa ningún daño al alma. De este modo llegaréis a hacer de la autoridad que nos domina, una autoridad protectora y digna de Mí. Cumplid con vuestro deber de súbditos para con la autoridad, como lo cumplís para con Dios. Tratad de ver en cualquier autoridad no a un opresor sino a alguien que os eleva, porque os proporciona el modo de santificarlo y de santificaros con el ejemplo, con el heroísmo.

Tratad de ser, así como sois fieles buenos y buenos ciudadanos, buenos maridos, buenas mujeres, santos, castos, obedientes, cariñosos, el uno para con el otro, mancomunados en educar a los hijos en el Señor, padres y madres también para con los criados y para con los esclavos, que también ellos tienen alma y que sienten, que tienen sentimientos y afectos como vosotros. Si la muerte os arrebatara al compañero o compañera, tratad de no casaros de nuevo aun cuando podáis. Amad también a los huérfanos por amor al compañero desaparecido. Y vosotros criados, someteos a vuestros patrones, y si son imperfectos, santificadlos con vuestro ejemplo. Tendréis un gran mérito ante los ojos del Señor. En lo porvenir no existirán en mi Nombre patrones y esclavos, sino hermanos. No más razas, sino hermanos. No habrá más opresores, ni oprimidos que se odien, porque estos llamarán a aquellos como si fueran hermanos.

Amaos vosotros quienes tenéis una misma fe. Ayudaos, como os hice que hoy hicierais. No os limitéis a ayudar solo a los pobres, a los peregrinos, a los enfermos de vuestra raza. Abrid los brazos a *todos*, así como la misericordia los abre a todos vosotros.

Quien tuviere más, dé al que tenga menos. Quien sabe más, enseñe a quien menos, y hágalo paciente y humildemente, recordando que antes de mis instrucciones no sabíais nada. Buscad la sabiduría no por lujo, sino para que ayude para que caminéis por los senderos del Señor.

Las mujeres casadas amen a las vírgenes, estas a las casadas y ambas a las viudas. Todos sois útiles en el reino del Señor.

¹ Cfr. Is. 29, 13-14.

Los pobres no tengan envidia. Los ricos no fomenten ningún odio con la ostentación de sus riquezas y dureza de corazón. Tened cuidado de los huérfanos, de los enfermos, de los que no tienen techo. Abrid el corazón antes que la bolsa o la casa, porque si diereis, pero con mala voluntad, no honraréis a Dios sino que lo ofenderéis, el cual está presente en todos los infelices.

En verdad, en verdad os digo que no es difícil servir al Señor. Basta con amar, con amar al Dios verdadero, amar al prójimo cualquiera que sea.

En cualquier herida o fiebre que curareis o calmareis ahí estaré Yo. En cualquier desgracia que socorriereis, ahí estaré. Y todo lo que hicieréis en el prójimo, si fuere cosa buena, se habrá hecho a Mí, si mala, igualmente a Mí. ¿Queréis hacerme sufrir? ¿Queréis perder el reino de paz, el no convertirlos en dioses por no ser buenos con vuestro prójimo?

Nunca más estaremos juntos como ahora. Vendrán otras pascuas... y no podremos estar juntos otra vez por muchas razones. La primera que es la de una santa prudencia por una parte y por otra excesiva. Y cualquier exceso es culpa, por lo que nos veremos divididos. La segunda es que no estaré ya más con vosotros... Pero no olvidéis este día. Hacedlo, y no sólo durante la pascua, sino siempre.

Jamás os he dicho que sea cosa fácil el ser Mío. Pertenecerme quiere decir vivir en la luz y en la verdad, pero también comer el pan de la lucha y de las persecuciones. Ahora seréis más fuertes en el amor y más decididos en la lucha y en las persecuciones.

Tened confianza en Mí. Creed en Mí por lo que soy: Jesús, el Salvador, cuyo reino no es de este mundo, cuya venida señala la paz a los buenos, cuya posesión quiere decir conocer y poseer a Dios, porque verdaderamente quien me tiene en sí, y está en Mí, está en Dios y lo posee en espíritu y de este modo lo tendrá para siempre en el reino celestial.

Es ya de noche. Mañana es parasceve. Podéis iros. Purificaos, meditat, celebrad una santa pascua.

¡Mujeres de raza diversa, pero de recto corazón, podéis iros! La buena voluntad que os anima os sirva para llegar a la luz. En nombre de los pobres, con los que me identifico, os bendigo por el óbolo generoso y os bendigo por vuestras buenas intenciones para conmigo que vine a traer el amor y la paz a la tierra. ¡Podéis iros! Juana, y cuantos no tengáis miedo, podéis iros”.

Un ruido de admiración atraviesa la reunión, entre tanto que las romanas, puestas en la bolsa las tablillas enceradas que Flavia escribía mientras Jesús hablaba salen, a excepción de Eglá que se queda con Magdalena. Todas a un mismo tiempo se despiden. Tanta es la sorpresa que ninguno de los presentes, fuera de Juana, Jonás y los siervos de aquella que traen en sus brazos a los pequeñuelos que duermen, se mueve de su lugar. Cuando se oye el ruido del portón que se cierra, sobreviene un rumor.

“¿Quiénes son?”

“¿Cómo es posible que estuvieran entre nosotros?”

“¿Qué hicieron?”

Y Judas más que todos, grita: “¿Cómo sabes, Señor, que nos dieron una buena limosna?”

Jesús aplaca la confusión con un ademán y responde: “Son Claudia y sus damas. Mientras que las otras mujeres de Israel temerosas de que sus maridos se enojaran, o porque son como ellos no se atreven a seguirme, las despreciadas romanas, con santas mañas, procuran venir para aprender la doctrina, que si por ahora aceptan desde el punto de vista humano, es algo que las eleva... Esta jovencita, esclava, de raza judía, es la flor que Claudia ofrece a los ejércitos míos, al devolverla a la libertad, y entregarla a la fe en Mí. En cuanto a que sepa lo de la limosna... ¡Oh! Judas! Nadie, a menos que seas tú podría hacerme igual pregunta. Bien sabes que veo los corazones”.

“¿Entonces habrás visto que he dicho la verdad de que había asechanzas y que las descubrí al hacer hablar... a ciertos tipos culpables?”

“Es así como dices”.

“Dilo más fuerte, para que mi madre lo oiga... Madre soy un muchacho, ¡pero no estúpido!... Madre hagamos las paces. Comprendámonos, amémonos, unidos en el servicio de nuestro Jesús”.

Judas, humilde, cariñoso va a abrazar a su madre que dice: “¡Sí, hijito! ¡Por ti, por el Señor, por tu pobre mamacita!”

Entre tanto la sala se llena de comentarios, y muchos concluyen con que fue un imprudente haber aceptado a las romanas y reprochan la conducta a Jesús.

Judas oye, deja a su madre y corre en defensa de su Maestro. Repite la conversación que tuvo con Claudia y termina: “No es una ayuda despreciable. Aun sin haberla tenido antes, nos hemos visto perseguidos. Dejémosla que haga como quiera. Pero tened presente que es mejor que nadie lo sepa. Pensad que si es peligroso para el Maestro, no menos lo es para nosotros que seamos amigos de paganos. El Sanedrín que en el fondo teme a Jesús por un temor supersticioso de no levantar la mano contra el Ungido de Dios, no tendría ningún escrúpulo de matarnos como a perros, a nosotros que valemos un comino. En vez de poner esas caras de escándalo, recordad que hace poco no erais más que una parvada de palomas espantadas, y bendecid al Señor que nos ayuda con medios imprevistos, ilegales si queréis, pero buenos, para fundar el reino del Mesías. ¡Podemos todo si Roma nos defiende! ¡Oh, no tengo temor alguno! ¡Hoy ha sido un gran día! Más que por otra cosa, por esta... tan bendita! ¡Qué paz habrá! ¡Qué justicia! ¡El reino fuerte y benigno del Mesías! ¡El mundo que se acerca poco a poco!... ¡Las profecías que se cumplen! ¡Multitudes, naciones... el mundo todo a tus pies! ¡Oh, Maestro, Maestro mío! ¡Tú, Rey, nosotros tus ministros!... ¡En la tierra paz, en el cielo gloria!... ¡Jesús de Nazaret, Rey de la estirpe de David, Mesías Salvador, yo te saludo y te adoro!” y Judas, que parece transportado por un éxtasis, termina postrándose: “En la tierra, en el cielo y hasta en los infiernos tu Nombre es conocido. Infinito es tu poder. ¿Qué fuerza puede oponerse, ¡oh Cordero!, ¡oh León!, Sacerdote y Rey santo, santo, santo?” y se queda así inclinado hasta tierra en medio de una sala muda de estupor.

62. Durante el día de Paresceve. Primera parte: la mañana

30 enero 1946

Por el palacio de Lázaros que de pronto se ha convertido en dormitorio se ven esparcidos muchos que todavía siguen durmiendo. No se ven mujeres. Tal vez durmieron en las habitaciones de arriba. La bella alba todo lo pinta. Pinta la ciudad, entra en los patios del palacio, despierta a los pajarillos que durmieron en las ramas de los árboles, los primeros cánticos monótonos de los palomos. Pero los hombres no se despiertan. Cansados, repletos de emociones, duermen... sueñan.

Jesús sale sin hacer ruido del vestíbulo, y de ahí pasa al patio. Se lava en una fuente que canta alegre en medio de un cuadrado de mirto en cuya base hay lirios pequeños. Se compone el cabello y sin hacer nada de ruido regresa donde está la escalera que lleva a los pisos superiores y a la terraza de la casa. Sube allá a orar, a meditar...

Se pone a pasear lentamente. Las únicas que lo ven son las palomas que alegran sus pensamientos que refunfuñan, como preguntándose: “¿Y éste?” Después Jesús se apoya contra la pared, y se recoge en Sí mismo. Levanta la cabeza, tal vez por los primeros rayos del sol que se levanta, detrás de las colinas que ocultan Betania, y el valle del Jordán. Mira el panorama que tiene a sus pies.

El palacio de Lázaros se encuentra en una de las tantas elevaciones que hacen de las calles de Jerusalén un subir y bajar continuos, casi en el centro de la ciudad, pero un poco situado hacia el sudoeste.

Colocado en una hermosa calle que desemboca, formando con ella una T, domina la ciudad baja, teniendo ante sí a Bezeta, el Moria y el Ofel, detrás de ellos la cadena del monte de los Olivos, por detrás formando una sola cosa con el lugar donde se alza el monte Sión,

entre tanto que a ambos lados se ven al sur colinas, mientras que al norte Bezeta que oculta una gran parte del panorama. Más allá del valle de Gihón, la cabeza calva del Gólgota aparece amarillenta en medio de la luz rosada de la aurora, lúgubre aun cuando se vea bañada de ella.

Jesús mira el Gólgota... Su mirada, llena de valor varonil, tiene mucho de pensativo. Me recuerda la visión que hace mucho tiempo tuve cuando vi a Jesús, de doce años, con ocasión de la disputa con los doctores. La mirada de aquel entonces, como la de ahora no tiene nada de miedo. Es la mirada de un héroe que contempla el campo de su última batalla.

Luego se voltea a contemplar las colinas que dan al sur de la ciudad y murmura: “¡La casa de Caifás!” y con la mirada señala como todo un itinerario desde allí hasta Getsemaní y luego al templo, y luego más allá las murallas de la ciudad, en dirección del Calvario. Entre tanto el sol ha nacido y la ciudad se prende de sus luces...

En el portón del palacio de oyen golpes fuertes y sucesivos. Jesús se asoma para ver, pero la cornisa se lo impide, porque además el portón está muy metido, Sin embargo oye inmediatamente el vocerío de los que dormían y que se han despertado. Leví abre el portón. Luego se escucha en los aires el nombre de Jesús que repiten tanto hombres como mujeres... Se apresura a bajar, diciendo: “Aquí estoy. ¿Qué se os ofrece?”

Los que lo buscan, tan pronto como lo oyen, suben por la escalera a la carrera gritando. Son los apóstoles y los discípulos, más antiguos. Entre ellos viene Jonás, el que cuida del Getsemaní. Todos hablan al mismo tiempo de modo que nada se comprende. Jesús ordena que se queden donde están y que no hablen. Se acerca: “¿Qué pasa?”

Otro ruido, otro chasquido, otro vocerío. Detrás de ellos aparecen las caras tristes o espantadas de mujeres o discípulos...

“Que hable uno sólo. Pedro, tú el primero”.

“Llegó Jonás... Dijo que eran muchos y que te habían buscado por todas partes. Él estuvo muy mal toda la noche, y luego cuando abrieron las puertas, fue a ver a Juana y supo que estabas aquí. ¿Qué hacemos? ¡Tenemos qué celebrar la pascua!”

Jonás aclara la noticia diciendo: “Así es. Hasta me maltrataron. Dije que no sabía dónde estabas, que tal vez no regresarías. Vieron vuestros vestidos y comprendieron que regresaríais a Getsemaní. ¡No me vayas a hacer algún mal, Maestro! Siempre te he recibido con cariño, y esta noche padecí por Ti. Pero... pero...”

“¡No tengas miedo! De hoy en adelante no correrás ningún peligro por Mí. No me hospedaré más en tu casa. Me limitaré a pasar solo, cuando por la noche vaya a orar... No puedes impedírmelo...” Jesús habla dulcemente al espantado Jonás, el custodio de Getsemaní.

Pero Magdalena con fuerte y melodiosa voz grita: “¿Desde cuándo, tú Jonás, te has olvidado de que eres un criado y que sólo por mera condescendencia nuestra hacemos que te creas ser el dueño? ¿De quién es la casa y el olivar? Sólo nosotros podemos decir al Rabí: “No vengas más porque puedes hacer daño a nuestras posesiones”. Pero no lo decimos. Porque sería una gran fortuna si sus enemigos por buscarlo destruyeran plantas, paredes y hasta aplanasen las zanjás, pues todo vendría destruido por causa de haber hospedado al Amor, y Él brindaría amor a nosotros, sus fieles amigos. ¡Que vayan! ¡Que destruyan! ¿Y qué? ¡Basta con que nos ame y que no le pase nada!”

Jonás se ve preso entre el temor a los enemigos y el de su excitada patrona. En voz baja habla. “¿Y si a mi hijo le hacen algo?”

Jesús lo consuela: “No tengas miedo, te lo aseguro. No me hospedaré más. Puedes decir a quien te lo preguntare que el Maestro no se queda más en el Getsemaní... ¡No, Magdalena! ¡Es mejor hacer así! ¡Déjame! Te agradezco tu generosidad... Todavía no es mi hora. ¡Aun no ha sonado! Me imagino que fueron fariseos...”

“Y sinedristas, y herodianos y saduceos... y soldados de Herodes... y todos... todos. No puedo sacudirme el terror que traigo... Pero lo estás viendo, Señor. He venido corriendo a avisarte... Primero a la casa de Juana y... luego aquí” Jonás quiere mostrar que a riesgo de su tranquilidad cumplió con su deber para con el Maestro.

Jesús compasivamente le sonríe y con mucha bondad le dice: “¡Lo estoy viendo! ¡Lo estoy viendo! Dios te lo pagará. Regresa ahora tranquilo a tu casa. Te mandaré a decir a dónde enviarás las alforjas, o mandaré a que las recojan”.

Jonás se va, y nadie, fuera de Jesús y la Virgen, dejan de lanzarle reproches o burlas. Salada es la de Pedro, y saladísima la de Iscariote, irónica la de Bartolomé. Judas Tadeo no habla, pero mira ¡en tal forma! El murmullo, las miradas de reproche lo siguen aún entre las mujeres, terminando con el irónico de Magdalena que al verlo que se inclina ante ella, dice: “Diré a Lázaro que para el banquete de la fiesta... vaya a buscar buenos y gordos pollos en Getsemaní”.

“No tenemos ni un gallinero, patrona”.

“Tú, Marcos y María ¡tres magníficos capones!”

Todos se echan a reír por la salida irónica y significativa de Magdalena que está enojada al ver el miedo en sus trabajadores y por la molestia que tendrá el Maestro al no poder gozar más del tranquilo nido de Getsemaní.

“¡No te intranquilices! ¡Paz! ¡Paz! No todos tienen tu corazón”.

“¡Oh, no, y es una desgracia! ¡Ojalá lo tuvieran! ¡Ni siquiera las lanzas y flechas que me disparasen me separarían de Ti!”

Un murmullo entre los hombres... Magdalena lo oye y responde: “Sí ¡Lo veremos! Esperamos que pronto sea, para que os dé muestra de mi valor. ¡Nada me hará retroceder con tal de que pueda servir a mi Maestro! ¡Servirlo! ¡Sí, servirlo! ¡Se sirve en las horas del peligro, hermanos! En las otras... ¡Oh en las otras eso no es servir! ¡Es gozar!... ¡Y al Maestro no se le sigue para gozar!”

Los hombres bajan la cabeza, sintiendo la flecha.

Magdalena avanza entre las mujeres y se acerca a Jesús. “¿Qué quieres que se haga, Maestro? Es Parasceve. ¿Dónde celebrarás tu Pascua? Ordena... y si he encontrado gracia ante tus ojos, permíteme que te ofrezca un comedorcito, y que piense en lo demás...”

“Gracia has encontrado ante los ojos del Padre de los cielos, gracia ante su Hijo para quien todo lo que Él quiere es cosa sagrada. Acepto el comedor, pero déjame que como buen israelita vaya al templo a sacrificar el cordero...”

“¿Y si te apresan?” preguntan varios.

“No lo harán. Osan hacerlo en la noche, en la oscuridad como los rufianes. Pero no en medio de las turbas que me veneran. ¡No me hagáis aparecer como cobarde!...”

“¡Y además ahora está Claudia!” grita Judas. “¡El Rey y el reino no están más en peligro!...”

“¡Judas, por favor, no hagas que se derrumbe en ti! ¡No los pongas en peligro dentro de ti! Mi reino no es de este mundo. No soy un rey como los que tienen sus tronos. Mi reino es del espíritu. Si lo envileces al compararlo con un reino humano, lo pones en peligro y lo haces que se derrumbe en ti”.

“Pero Claudia...”

“Claudia es una pagana. No puede por lo tanto conocer el valor del espíritu. Ya es mucho si intuye y apoya a quien toma por un Sabio... Muchos en Israel ni siquiera por eso me toman... ¡Pero tú no eres un pagano, amigo mío! Tu providencial encuentro con ella procura que no se te convierta en daño, así como procura también que los dones de Dios que se te dan sirvan para robustecer tu fe y tu voluntad de servir al Señor y no se conviertan en una ruina espiritual”.

“¿Y cómo quieres que suceda?”

“Fácilmente. No sólo en ti. *Si se concede un don a cualquier hombre para ayudar su debilidad, y en lugar de servirle, de hacerlo siempre más pronto en querer los bienes sobrenaturales, o sencillamente, los morales, lo hace que se apegue más a los apetitos humanos, que lo separe del recto camino, entonces el don es un mal.* Basta la soberbia que hace de un don un mal. Basta la desorientación provocada por algo que exalta, por algo que hace que se pierda de vista el fin único y bueno para que el don se convierta en un mal. ¿Estás convencido? La venda de Claudia debe hacerte considerar lo siguiente: si una pagana

ha visto la grandeza de mi doctrina y la necesidad que triunfe; tú, y contigo todos los discípulos con mayor fuerza debéis sentir todo esto, y por tanto, entregaros a ello de corazón, pero siempre en el sentido espiritual. ¡Siempre!... Y ahora vamos a hablar sobre la pascua. ¿Dónde decís que sea bueno celebrarla? Quiero que tengáis paz en los corazones en esta cena ritual, para oír a Dios el cual no se siente cuando hay turbación. Somos muchos. Me gustaría que pudiésemos estar juntos para que digáis: “Celebramos una pascua con Él”. Escoged, pues, el lugar donde, dividiéndonos según el ritual, formemos varios grupos suficientes para que cada uno consuma su propio corderito, y que se pueda decir: “Éramos muchos. Un hermano oía la voz del otro hermano””.

Unos se inclinan por este lugar, otros por aquel. Pero las hermanas de Lázaro se llevan la palma. “¡Oh, Señor! ¡Aquí! Mandamos traer a nuestro hermano. ¡Aquí! Hay muchas habitaciones amplias. Estaremos juntos, y según el rito. ¡Acepta, Señor! Hay lugar hasta para unas doscientas personas divididas en grupos de veinte. Y somos tantos. ¡Danos contento, Señor! ¡Por amor a Lázaro que está tan triste... tan enfermo!...” las dos hermanas entre lágrimas terminan: “¡quién sabe si no pueda comer otra vez!...”

“¿Qué os parece? ¿Aceptamos su proposición?” pregunta Jesús dirigiéndose a todos.

“¡De mi parte sí!” responde Pedro.

“También por la mía” responde Iscariote y casi todos. Los que no hablan se supone que asientan.

“Entonces hacedlo como queréis. Nosotros vamos al templo, a demostrar que quien está cierto de obedecer al Altísimo no tiene miedo y no es un cobarde. Vamos. A quien se quede le dejo mi paz”.

Jesús baja el último tramo de la escalera, atraviesa el vestíbulo y sale con sus discípulos a la calle repleta de gente.

63. Durante el día de la Parasceve. Segunda parte: en el Templo

31 enero 1946

Jesús entra en el templo, y desde los primeros pasos que da, fácil es comprender la mala voluntad que se le tiene. Ojeadas, órdenes a los guardias del templo de que vigilen al “perturbador”, órdenes dadas hasta en voz alta para que todos lo oigan; palabras de desprecio; hasta empujones intencionales a los discípulos... En una palabra, el odio es tal que los brillantes fariseos, escribas y doctores toman una actitud de cargadores o lo que es peor, ni siquiera en eso reparan, cargados como están de su odio.

Jesús pasa sereno, como si nadie lo mirase. Es el primero en saludar apenas descubre a quien está revestido de alguna dignidad sagrada o es superior a Él en el mundo hebreo. Si no se le responde, no por eso se conturba. Su rostro se ilumina, cuando lo aparta de uno de esos soberbios, y lo dirige a uno o a muchos de tantos humildes. Muchos de ellos son los mendigos y enfermos pobres que ayer estuvieron con Él, y que gracias al óbolo recibido, pueden celebrar su pascua, como lo hacía años no celebraban, y que formando grupos van a comprar corderos que inmolen, felices de sentirse iguales por los vestidos y posibilidades con los otros. Benigno se detiene a escuchar sus pensamientos, su admiración y las alabanzas que le tributan... Viejos, niños, viudas, enfermos de ayer, hoy, sanos. Ayer con harapos, hambrientos, abandonados, ¡hoy con vestidos, felices por estar con los demás en el día de la gran fiesta de los Ácidos!

El tono de las voces es variado. Desde el argentado de los pequeños, al enmohecido de los ancianos, y en medio el cadencioso de las mujeres. Voces que saludan, que van detrás de Jesús. Le besan los vestidos, las manos, Jesús sonríe y bendice, entre tanto que sus enemigos, están pálidos de ira; impotentes ante la radiante paz que adorna su rostro.

Oigo algunos comentarios.

“¡Dices bien! Pero si moviéramos un solo dedo, nos harían pedazos” (dice un fariseo señalando a Jesús a quien sigue el pueblo).

...“¡Pensadlo! Ayer nos reunió, nos dio de comer, nos vistió, nos curó y muchos han encontrado trabajo y ayuda con los discípulos ricos. En verdad que todo nos ha venido por su causa. ¡Que Dios lo salve siempre!” dice un hombre que probablemente ayer estaba enfermo y era mendigo.

... “¡Apuesto a que compra de este modo a la plebe, el sedicioso que es, para echárnosla!” dice un escriba a otro colega suyo, apretando los dientes de rabia.

“Una discípula suya me pidió mi nombre y me dijo que fuera a su casa después de la pascua, que me llevará a sus campos en Béter. ¿Comprendes, mujer? A mí y a mis hijos. Trabajaré. ¡Y qué suerte! ¡Protegido y seguro! ¡Que si no da gusto! Mi Leví no se hará pedazos en los trigales, porque la discípula que nos va a tomar lo pondrá en sus jardines... ¡Es una fortuna, te lo aseguro! ¡Ah, el eterno dé gloria y bendiga a su Mesías!” exclama la viuda de la llanura de Sarón ante una israelita acomodada que le hacía preguntas.

“Oh, ¿y no podría yo?... ¿Habéis encontrado lugar y puestos todos los que estuvisteis ayer con Él?” le replica.

“¡No! Todavía quedan algunas viudas con hijos, y algunos hombres”.

“Quisiera pedirle que me dejara ayudarlo”.

“¡Lámalo!”

“No me atrevo”.

“Ve tú Leví a decirle que una mujer quiere hablarle...”

El muchacho corre a decírselo a Jesús.

En esos momentos un saduceo maltrata a un anciano que en medio de la gente que vino de Transjordania, entreteje un elogio al Maestro de Galilea.

El anciano se defiende diciendo: “¿Qué mal hago? ¿Quisieras ser tú el alabado? No tienes qué hacer sino lo que Él hace. Pero tú, que Dios te perdone, desprecias las canas y pisoteas mi pobreza. No me amas, falso israelita que no respetas el Deuteronomio, que no tienes piedad de los pobres¹”.

“¿Habéis oído? ¡He ahí el fruto de la doctrina del soliviantador! Enseña a la plebe a ofender a los santos de Israel”.

Le hace coro un sacerdote del templo: “¡La culpa es nuestra! ¡No lanzamos más que amenazas!”

... Jesús entre tanto dice a la mujer israelita. “Si te comprometes a ser verdaderamente madre de los huérfanos y hermana de las viudas, ve al palacio de Cusa, en el Sixto, y di a Juana que Yo te mando. Ve y que tus tierras fructifiquen como las del Edén por tu piedad. Y más frutos de amor produzca tu corazón para con tu prójimo”. Veo que los guardias arrastran al anciano que había hablado antes. “¿Qué le estáis haciendo? ¿Qué ha hecho?”

“Insultó a los jefes que lo regañaban”.

“No es verdad. Un saduceo me maltrató porque hablaba de Ti a esos peregrinos. Al levantar su mano contra mí, porque soy viejo y pobre, le dije que es un falso israelita que pisotea las palabras del Deuteronomio”.

“Dejadlo. Está conmigo. Dijo la *verdad*. No sólo Dios habla por los labios de los pequeñuelos, sino también por los de los ancianos. Dicho está: “No desprecies al hombre porque es viejo, pues es uno de los nuestros”². Y también: “No desprecies las palabras de los ancianos prudentes sino procura aprender sus máximas, porque así aprenderás la sabiduría y las palabras de gran valor”³, y en otra parte: “No hables mucho, donde hay ancianos”⁴ Téngalo

¹ Cfr. Deut. 24, 10-22.

² Cfr. Ecl. 8, 7.

³ Cfr. Ecl. 8, 9.

⁴ Cfr. Ecl. 32, 13.

presente los que se creen perfectos, porque de otro modo el Altísimo se encargará de desmentirlos. Padre, ven a mi lado”.

El viejo se va con Jesús, mientras los saduceos se van masticando y escupiendo ira.

“Soy una mujer hebrea de la Diáspora, ¡oh Rey esperado! ¿Podría servirte como aquella mujer que enviaste a casa de Juana?” pregunta una mujer que se parece muchísimo a Nique, la que le secó el rostro en el camino al Gólgota. Sin embargo hay qué decir que las hebreas se parecen mucho entre sí y podría equivocarme sin estar cerca de ella.

Jesús la mira. Es una mujer como de cuarenta años, bien vestida, franca en sus gestos. Le pregunta: “¿Eres viuda? ¿No es así?”

“Sí, pero no tengo hijos. Hace poco que regresé y compré algunas tierras en Jericó, para poder estar cerca de la ciudad santa. Más ahora veo que mayor que ella eres Tú. Te sigo. Te ruego que me tomes por tu sierva. Te conozco por medio de tus discípulos, pero superas lo que me contaron”.

“Está bien. ¿Qué quieres en concreto?”

“Ayudarte en los pobres, y como puedo, hacer que te amen, que te conozcan. Conozco a muchos de las colonias de la Diáspora, porque acompañé a mi marido en sus negocios. Tengo posibilidades. Con poco me contento. Puedo hacer mucho. Y mucho por tu amor, por ayudar al alma de quien hace veinte años me tomó por esposa, y que siempre fue cariñoso conmigo hasta su último momento. A morir parece como si me hubiera dicho una profecía al decirme: “Cuando haya muerto, ponme en la tumba y regresa a nuestra patria. Encontrarás al Prometido. ¡Oh, lo verás! Búscalo. Es el Redentor y Resucitador. Me abrirá las puertas de la vida. Sé buena en ayudarme para que pronto Él abra los cielos a los que no tienen ninguna deuda ante la justicia, y sé buena para que merezcas encontrarlo lo más pronto posible. Jura que lo harás y cambiarás las estériles lágrimas de una viudez, en una alegre actividad. Toma a Judit como ejemplo tuyo⁵, y todas las naciones conocerán tu nombre”. ¡Pobre esposo mío! Sólo te pido que me conozcas”.

“Te conoceré por una buena discípula. Ve también tú a la casa de Juana, y que Dios sea contigo”.

... Muertos de coraje vuelven al ataque los enemigos de Jesús, cuando Él, después de haber inmolado al cordero y esperado que lo sean los de los dos discípulos, regresa a la muralla del templo.

“¿Cuándo vas a terminar con tus fingidos gestos de rey? ¡No lo eres! ¡No eres profeta! ¿Hasta cuándo vas a seguir abusando de nuestra bondad, hombre pecador, rebelde, causa de los males de Israel? ¿Cuántas veces debemos decirte que no tienes derecho de hacerla de rabí aquí adentro?”

“He venido a inmolarse el cordero. No podéis impedírmelo. Por otra parte os recuerdo a Adonías y a Salomón⁶”.

“¿Qué tenemos qué ver con ellos? ¿Qué insinúas? ¿Eres Tú Adonías?”

“No. Adonías se hizo rey por medios fraudulentos, pero la Sabiduría velaba y aconsejaba, y Salomón fue el único rey. No soy Adonías. Soy Salomón”.

“¿Y quién es Adonías?”

“Todos vosotros”.

“¿Nosotros? ¡Mira cómo hablas!”

“Con verdad y justicia”.

“Nosotros observamos la ley en todos sus puntos, creemos en los profetas y...”

“No. Es cierto. No creéis en los profetas. Ellos me mencionaron y vosotros no creéis en Mí. No es cierto que observáis la ley. Ella aconseja que se hagan cosas rectas, justas y vosotros no las hacéis. Aun las ofertas que habéis venido a cumplir no son justas.

⁵ Cfr. Jud. 8-16.

⁶ Cfr. 3 Rey. 1-2, 25.

Está dicho: “Es inmunda la oferta de quien sacrifica cosas malamente adquiridas”⁷. También: “El Altísimo no acepta las ofertas de los inicuos, ni vuelve sus ojos a sus oblaciones, ni se mostrará propicio a los pecados por la multitud de sus sacrificios”⁸. También: “Quien ofrece sacrificios con los bienes de los pobres es como quien degüella a un hijo ante los ojos de su padre”⁹ ¡Esto está escrito Yocana!

Está dicho: “El pan de los necesitados es la vida de los pobres, quien se los quita es un asesino”¹⁰ ¡Tenlo en cuenta Ismael!

Está dicho: “Quien quita el pan del sudor es como si matase al pobre”¹¹. ¡Óyelo bien Doras, hijo de Doras!

Está dicho: “Quien derrama sangre y quien defrauda de su salario al obrero son hermanos”¹². Escuchadlo vosotros, Yocana, Ismael, Cananías, Doras, Jonatás. Recordad que también está dicho: “El que se tapa las orejas para no oír los gritos del pobre, cuando él gritare no será escuchado”¹³.

Y tú, Eléazar ben Anás, acuérdate y recuerda a tu padre que está dicho: “Sean santos mis sacerdotes y no se contaminen por ningún motivo”¹⁴.

Y tú, Cornelio, también recuerda que está dicho: “Quien hubiere maldecido a su padre o madre, sea castigado con la muerte”¹⁵, y muerte no sólo es la que inflige el verdugo. Una mayor espera a los que pecan contra sus padres. ¡Eterna! ¡Horrible!

Y tú, Tolmé, recuerda que está dicho: “A quien ejerce la magia lo exterminaré”¹⁶

Y tú, Sadoc, escriba de oro, recuerda que entre el adulterio y su alcahuete de adulterio no hay ninguna diferencia ante los ojos de Dios. Y está dicho que el que jura en falso es presa de las llamas eternas¹⁷. Y di a quien ha olvidado que quien toma una virgen, y descontento la rechaza, interponiendo acusaciones, será condenado, ¡oh! no aquí, sino en la otra vida, por la mentira, por el falso juramento, por el daño infligido a la mujer, y por el adulterio.

¿Y ahora qué? ¿Os vais, huyendo de Mí que no tengo armas, pero que he citado palabras de aquellos que tenéis por santos en Israel, y por lo tanto no podéis llamarme blasfemo, porque si lo dijerais condenaríais a los libros de los Sabios, a los de Moisés que Dios dictó? ¿Huís? ¿Han sido acaso mis palabras piedras que despiertan, al tocar el duro bronce de vuestros corazones, la conciencia, y siente ella que debe purificarse en esta Parasceve, no sólo en el cuerpo, para poder comer sin pecado de inmundicia el cordero santo? ¡Oh, si así fuera, alabado sea el Señor! Porque verdadera sabiduría, oídme, vosotros que queréis que por tales se os tenga, es conocerse a sí mismo, reconocer los propios errores, arrepentirse de ellos a ir a cumplir con lo mandado con una “verdadera” devoción, y no sólo con un rito exterior...

¡Ya se fueron! También nosotros vayamos a llevar la paz a quien nos está aguardando...”

64. Durante el día de la Parasceve. Tercera parte: por las calles de Jerusalén

2 febrero 1946

⁷ Cfr. Ecl. 34, 21.

⁸ Cfr. Ecl. 34, 23.

⁹ Cfr. Ecl. 34, 24.

¹⁰ Cfr. Ecl. 34, 25.

¹¹ Cfr. Ecl. 34, 26.

¹² Cfr. Ecl. 34, 27.

¹³ Cfr. Por ej.: Deut. 15, 7-11; Tob. 4, 7-11; Ecl. 3, 33 – 4, 11.

¹⁴ Cfr. Por ej.: Lev. 21, 1 – 22, 9.

¹⁵ Cfr. Lev. 20, 9.

¹⁶ Cfr. Lev. 20, 6.

¹⁷ Cfr. Por ej.: Prov. 19, 5, 9; 21, 28; Zac. 5, 1-4.

Salen del templo a las calles que revientan de gente, de gente que corre para los últimos preparativos, de gente que afanosamente busca una sala, un vestíbulo, algo donde pueda comer el cordero.

Es fácil encontrarse con alguien, como también no reconocerse en el continuo movimiento que se observa. Hay gente israelita de todas las edades, de todas las regiones donde viven, donde se ha mezclado la sangre de Israel o por mimetismo se parece a las otras razas. De este modo se ven hebreos que parecen egipcios, se ven otros de labios gruesos, nariz aplastada, de ángulo facial que parecen haberse mezclado con los nubios. Hay otros que por su cara tallada, delgada, por su cuerpo ágil muestran ser de colonias griegas o mezclados con griegos. Pasan hombres robustos, altos, de cara más bien cuadrada, y que sin duda deben convivir con latinos. No faltan tipos que llamaríamos en nuestros días persas. Algo parecen tener de mongólico en sus ojos, en medio de una cara blanquísima o de hindúes por el aceituno. Es un calidoscopio de caras y vestidos. Los ojos se cansan en tal forma que parece como que no distinguieran ya. Pero lo que uno no nota, otro sí. Se comprende de este modo que lo que escapa al Maestro, que se absorbe en Sí mismo cuando lo dejan en paz, lo notan los que lo acompañan, y que no dejan de hacer sus comentarios.

Uno de estos, y un poco hiriente, es el que hacen acerca de un ex-discípulo que al pasar finge no verlos. Jesús lo ha oído y pregunta: “¿A quién dijisteis esas palabras?”

“¡A aquel sinvergüenza!” y lo señala Santiago de Zebedeo. “Ha fingido no habernos visto. Y no es el único en hacerlo. Pero cuando quiso que lo curaras, ¡entonces sí que se dejaba ver! ¡Que le venga otra vez la pústula maligna!”

“¡Santiago! ¿Con estos sentimientos vienes a mi lado y te preparas a comer el cordero? En verdad te digo que eres más incoherente que él, se separó abiertamente cuando comprendió que no podía hacer lo que Yo digo. Tú estás conmigo y no lo haces. ¿No eres acaso un pecador mayor que él?”

Santiago se pone coloradísimo, y se pone detrás de sus compañeros.

“¡Es que le duele a uno que te traten así, Maestro!” dice Juan para ayudar a su hermano. “*Nuestro* amor se revela al ver que no te aman”.

“Bueno, ¿pero pensáis que obrando de este modo amarán? ¡Desprecios, malas palabras, insultos nunca han conducido a nadie a donde se le quiere llevar, o a que cambie de opinión! La dulzura, la paciencia, la caridad constantes pese a cualquier repulsa lo obtienen. Comprendo y compadezco vuestro corazón que sufre al ver que no me aman. Pero quisiera veros más sobrenaturales en vuestras acciones, en los medios con que queréis que me amen. Santiago, ven aquí. Te dije esas palabras no para molestarte. Comprendámonos y amémonos al menos nosotros los amigos... Tantos son los que no comprenden, los que afligen al Hijo del hombre”.

Santiago, ya sereno, vuelve al lado de Jesús.

Durante un poco de tiempo caminan sin decir palabra alguna. Luego Tomás rompe el silencio con una exclamación: “¡Pero si es en realidad una vergüenza!”

“¿Cuál?” pregunta Jesús.

“¡La cobardía de tantos! Maestro ¿no ves cuántos fingen no conocerte?”

“¡Y qué tiene qué ver eso! ¿Cambiará acaso una jota de lo que está escrito de Mí? Sólo cambia para ellos lo que podía haber sido escrito. Porque en los libros eternos podía haberse encontrado lo siguiente: “Los buenos discípulos”, mientras que se escribirá: “Esos que no fueron buenos, esos para quienes la llegada del Mesías fue nula”. Palabras terribles ¿comprendéis? Peor de aquellas después que Adán y Eva pecaron². Porque puedo anular ese pecado, pero no podré anular el de renegar del Verbo-Salvador... Doblemos por esta parte. Yo me quedaré con mis hermanos, con Simón Pedro y Santiago en el barrio de Ofel. También se queda Judas de Simón, pero Simón Zelote con Juan y Tomás vayan al Getsemaní a traer las alforjas...”

² Cfr. Gén. 3.

“Y así Jonás se tragará sin tropiezo su cordero” dice Pedro que todavía está irritado contra él. Los demás se echan a reír...

“¡Bueno, bueno! No te extrañes que tenga miedo. Mañana podrías sentirlo también tú”.

“¿Yo, Maestro? Es más fácil que el mar de Galilea se cambie en vino que tenga miedo” dice con aplomo Pedro.

“Y sin embargo... ¡anoche! ¡Oh, Simón!, no mostraste mucho valor en las escaleras del palacio de Cusa” le reprocha Judas de Keriot, sin mucha ironía... lo bastante para pincharle un poco.

“Es que... tenía miedo por el Señor, y ¡por eso parecía que estuviera yo miedoso! No por otro motivo”.

“¡Bien, bien! Augurémonos que nunca vaya a suceder. El miedo hace a las personas ridículas, tenlo en cuenta” le amonesta Judas de Keriot, dándole un manazo en la espalda con algo de picardía... En otra ocasión todo hubiera llevado a un altercado, pero Pedro esta noche, admira a Judas y le soporta todo.

Jesús dice: “Felipe, Natanael, Andrés y Mateo id al palacio de Lázaro a decirle que dentro de poco estaremos allí”.

Se separan y se adelantan. Los discípulos a excepción de Esteban e Isaac se van con los apóstoles que van al palacio. En el barrio de Ofel otra separación. Los que tienen qué ir a Getsemaní se van ligeros con Isaac. Esteban se queda con Jesús, los hijos de Alfeo, Pedro, Santiago e Iscariote, y para no detenerse en el cruce, caminan despacio en la misma dirección que tomaron los que van a Getsemaní. Siguen el exacto sendero que el jueves santo recorrerá Jesús en medio de sus verdugos. Ahora que es el medio día está vacío. Una plazoleta, una fuente a la que da sombra una higuera, cuyas hojas tiernas hacen señal al agua quieta.

“Ved ahí a Samuel, el prometido de Analía” dice Santiago de Alfeo que lo ha de conocer bastante bien. El joven va entrando en casa con el cordero... Trae también otros alimentos.

“Provee a la cena pascual aun para su pariente” observa Judas de Alfeo. “¡Cómo! ¿Vive aquí ahora? ¿No se había ido?” pregunta Pedro.

“Sí. Ahora vive aquí. Se cuenta que se va a casar con la hija de Cleofás el zapatero. Tiene mucho dinero...”

“¡Ah! ¿Y entonces por qué anda diciendo que Analía lo abandonó?” pregunta Iscariote. “¡Esto es una mentira!”

“El hombre se sirve fácilmente de ella. No sabe que al obrar así, se pone en el sendero del mal. Basta el primer paso, *un paso*, para no poderse librar más... Es un laberinto... una trampa. Una trampa en bajada...” responde Jesús a Judas.

“¡Lástima! ¡El año pasado parecía tan bueno!” comenta Santiago de Zebedeo.

“Sí. Yo hasta pensé que imitaría a su prometida en entregarse todo a Ti, que harían una pareja de esposos angelicales y siervos tuyos. ¡Lo habría jurado yo!...” interrumpe Pedro.

“¡Simón mío! No jures nunca del futuro de un hombre es lo más incierto que puede haber. Ninguna cosa puede servir de garantía al juramento. Hay delincuentes que se hacen santos, y hay justos, o aparentemente justos, que se convierten en delincuentes” le responde Jesús.

Entre tanto Samuel que entró en la casa, sale para ir a traer agua... Ve a Jesús. Lo mira con desprecio y le lanza ciertamente un insulto que se lo dice en hebreo, pero no lo comprendo.

Iscariote se arroja sobre él, lo toma de un brazo, lo sacude como se sacude a un árbol del que se quiere hacer caer la fruta: “¿Así hablas al Maestro, pecador? ¡Vamos, de rodillas! Y pronto. Pídele perdón, ¡lengua puerca de cerdo! ¡Vamos, o te hago pedazos!” El hermoso Judas es terrible cuando la ira lo acomete. Ha cambiado de cara. En vano Jesús trata de calmarlo. Hasta que no ve que se arrodilla en el lodo no aligera la presión.

“Perdón” dice entre dientes, sintiendo las tenazas de los dedos de Judas que lo atormentan. Dice mal la palabra, porque está forzado.

Jesús responde: “No te guardo ningún rencor. Tú sí, pese a lo que acabas de decir. La palabra es inútil, si el corazón no la acompaña. Dentro de tu corazón me sigues insultando. Y

pecas doblemente. Porque me acusas y porque me odias por un motivo que en el fondo tu conciencia te dice que no es verdad. Porque tú, tú sólo, eres el que faltaste a tu palabra, no Analía, ni Yo. Pero te perdono todo. Vete y procura ser recto para que Dios te ame. ¡Déjalo, Judas!”

“Me voy, ¡pero te odio! Me has quitado a Analía y por eso te odio...”

“Pero te consuelas con Rebeca, la hija del zapatero. Te consolabas con ella cuando Analía era todavía tu prometida y enferma pensaba sólo en ti...”

“Era ya viudo... pensaba en serlo ya... me buscaba una mujer... Ahora he regresado a Rebeca porque... porque... Analía no me ama” dice Samuel a modo de excusa al ver descubiertas sus tonterías.

Judas Iscariote añade: “...y porque Rebeca es muy rica. Fea como una sandía tirada... y vieja como una suela perdida en una vereda... pero rica, ¡oh, rica!...” y sarcásticamente se echa a reír, mientras el otro huye.

“¿Cómo lo sabes?” le pregunta Pedro.

“¡Oh!... ¡Es fácil saber dónde hay vírgenes, y dónde dinero!”

“Bien, ¿tomamos este camino, Maestro? Esta plaza es como un horno de pan. Allá hay sombra y aire” dice con tono suplicante Pedro que está sudando.

Caminan despacio, esperando que regresen los demás. La callejuela está desierta.

Sale una mujer de una puerta y viene a postrarse a los pies de Jesús entre lágrimas.

“¿Qué te pasa?”

“¡Maestro!... ¿Te has ya purificado?”

“Sí. ¿Por qué me lo preguntas?”

“Porque quería decirte... Pero no puedes acercarte a él. Es todo una llaga... El médico dice que está infectado. Después de la pascua llamaré al sacerdote... e... irá al Hinnón. No me vayas a tomar por culpable. No lo sabía... Trabajó en Jope por muchos meses y ha regresado diciendo que se había herido. Le puse bálsamos y lo he lavado con aromas... pero de nada sirve. Pregunté a un yerbero. Me dio polvos para la sangre... He separado a los hijos... he separado la cama... porque había empezado a comprender. Se ha puesto peor. Llamé al médico. Me dijo: “Sabes tu deber y yo el mío. Es una llaga causada por la lujuria. Apártalo de ti. Yo lo quitaré del pueblo. El sacerdote lo arrancará de Israel. Debía haberlo pensado cuando ofendía a Dios y a sí mismo. Que expíe ahora”⁵. Le rogué que no hablara sino hasta después de los Ácimos. Pero si tuvieses compasión de él, y de mí que lo amo todavía, y de nuestros cinco hijos inocentes...”

“¿Qué quieres que haga por ti? ¿No piensas que quien pecó es justo que expíe?”

“¡Sí, Señor! ¡Pero Tú eres la Misericordia en persona!” Toda la fe de que es capaz una mujer resuena en su voz, en su mirada, en el modo cómo se ha arrodillado, y extendido sus brazos hacia Él.

“¿Y qué siente él?”

“Abatimiento... ¿Qué otra cosa quieres que sienta, Señor?”

“¡Bastaría un movimiento sobrenatural de arrepentimiento, de rectitud para obtener compasión!...”

“¿Rectitud?”

“Sí. Que dijera: ‘He pecado. Merezco esto y aquello por su causa. Y a los que he ofendido les pido compasión’”.

“Yo lo compadezco. Compadécelo Tú. No puedo decirte que entres. Ves que ni siquiera te toco... Si quieres voy donde está, y que te hable desde la terraza”.

“Bien”.

La mujer mete la cabeza por la puerta y con fuerte voz grita: “¡Santiago, Santiago, sal de la cama! Asómate. No tengas miedo”.

⁵ Cfr. Lev. 15, 18-20; Deut. 22, 22-29.

Después de algunos momentos se asoma a la valla de la terraza. Tiene una cara amarillenta, hinchada, la garganta vendada, lo mismo que una mano... una piltrafa que se deshace... Mira con ojos llenos de líquido, que suelen tener los que contraen ciertas enfermedades. Pregunta: “¿Para qué me quieres?”

“¡Santiago, aquí está el Salvador!...” No añade más, parece como si quisiera hipnotizar al enfermo, infundirle su pensar.

El hombre bien que lo presienta, bien que tenga un movimiento espontáneo, extiende sus brazos y dice: “¡Oh, líbrame! ¡Creo en Ti! ¡Es horrible el tener qué morir de este modo!”

“Es horrible faltar al propio deber. ¿En esto no pensabas? ¿Ni en los niños?”

“¡Piedad, Señor!... Por ellos... Por mí. ¡Perdón! ¡Perdón!” Se echa llorando sobre la valla con las manos vendadas. Se le ve el brazo descubierto con pústulas, hinchado, asqueroso... Se tiene la impresión de ver un montón de carne próxima a la descomposición. Algo repugnante.

La mujer que se ha echado de rodillas, sigue llorando. Jesús parece como si esperara una palabra.

Finalmente entre sollozos se escucha: “Lloro contrito en mi corazón. Prométeme al menos que ellos no padecerán de hambre... y luego, resignado me iré a expiar. ¡Tú salva mi alma, Salvador bendito! ¡Por lo menos! ¡Esto por lo menos!”

“Sí. Te curo por los inocentes, para que puedas ser un buen hombre. ¿Comprendes? Recuerda que el Salvador te curó. Dios te absolverá de tus culpas según correspondas a esta gracia. ¡Adiós! ¡Mujer, la paz sea contigo!” Y se va casi de prisa a encontrar a los que regresan de Getsemaní. Ni siquiera los gritos del hombre que siente, que se va curando lo detienen, como tampoco los de la mujer...

“Tomemos por estas callejuelas, para no pasar de nuevo por allá” dice Jesús después que se han reunido todos.

Siguen por un sendero tan miserable, tan estrecho que apenas pueden caminar dos juntos, y si se encuentran un borrico, tienen qué recargarse lo más que pueden contra la pared. Hay sombra que proyectan los techos que casi se tocan. Hay silencio y mal olor. Caminan en fila como otros tantos frailes. Llegan a una plazoleta donde hay niños.

“¿Por qué dijiste aquellas palabras a Santiago? No sueles decirlas...” curioso pregunta Pedro.

“Porque será uno de mis enemigos. Y esta culpa hará que sea mayor la otra”.

“¿Y lo curaste?”, preguntan todos estupefactos.

“Sí. Por lo pequeños inocentes”.

“¡Uhm! Volverá a enfermarse...”

“No. En el cuerpo, después del susto que tuvo y lo que sufrió, se cuidará”.

“Pero pecará contra Ti. Yo lo haría morir”

“Eres un pecador, Simón de Jonás...”

“Y Tú demasiado bueno, Jesús de Nazaret” le replica el apóstol. Entran por una calle principal y no los veo más.

65. Durante el día de la Parasceve. Cuarta parte: cena pascual con Lázaro

3 febrero 1946

Cuando Jesús entra en el palacio ve a un gran número de criados venidos de Betania que hacen todos los preparativos. Lázaro reclinado sobre un lecho, sin fuerzas, y sufriendo mucho, saluda con una pálida sonrisa a su Maestro que prontamente va a él y cariñosamente le pregunta: “Has sufrido mucho con los golpeteos del carruaje, ¿no es verdad, amigo mío?”

“Mucho, Maestro” le responde con los ojos bañados en lágrimas.

“Por mi culpa. ¡Perdóname!”

Lázaro toma una de las manos de Jesús y se la lleva a la cara, se la pasa por las mejillas descarnadas, la besa y murmura:

“¡Oh, no es por tu culpa, Señor! Estoy muy contento que comas conmigo la pascua... ¡Mi última pascua!”

“Si Dios quiere. Pero si no hay otra cosa, comerás otras muchas más. Y tu corazón estará siempre conmigo”.

“¡Me siento morir! Me consuelas... pero todo se ha acabado. Me desagrada...” Lloro.

“Lo ves, Señor. No hace más que llorar” dice Marta, llena de compasión. “Dile que no lllore ¡Se acaba más pronto!”

“Su ser humano conserva todavía todos sus derechos. Es algo penoso el sufrir, Marta. Él tiene necesidad de este desahogo. Pero su corazón está resignado, ¿no es verdad, amigo mío? Tu alma recta es agradable a la voluntad de Dios”.

“Así es... pero lloro porque Tú, así como te ves de perseguido, no podrás asistirme cuando me muera... Tengo miedo, no quiero morir... Si estuvieras, no lo sentiría. Me refugiaría en tus brazos... me dormiría as... ¿Cómo le haré? ¿Cómo podré morir sin experimentar algo que se opusiere a esta gran voluntad?”

“¡Vamos, hombre, no pienses en estas cosas! ¿Ves? Haces llorar a tus hermanas... El Señor te ayudará tan paternalmente que no tendrás miedo. El miedo es para los pecadores...”

“Y si puedes venir a mi agonía ¿vendrás? ¡Prométemelo!”

“Te lo prometo. Esto y algo más”.

“Mientras que preparan todo, cuéntame lo que hiciste esta mañana...”

Jesús se sienta al borde de la cama. Toma una de las manos finísimas de Lázaro, y cuenta pormenorizadamente lo acaecido, hasta que Lázaro se duerme, y ni siquiera así Jesús lo deja. No se mueve para no perturbar ese sueño reparador, y hace señas de que se haga el menor ruido posible, tanto que Marta, que ha traído un refresco a Jesús, se retira de puntitas, baja la pesada cortina y cierra la puerta. De este modo el ruido que hay en el resto de la casa se amortigua. Lázaro está durmiendo. Jesús ora y medita. Pasan las horas hasta que Magdalena viene trayendo una lamparita. Cierra las ventanas.

“¿Todavía está dormido?”

“Todavía y muy bien. Le hará mucho provecho”.

“Hacia meses que no dormía así... Creo que el temor a la muerte le preocupaba demasiado. Cerca de Ti no tiene más miedo... No siente nada. ¡Dichoso él!”

“¿Por qué, Magdalena?”

“Porque podrá tenerte cerca cuando muera. Pero yo...”

“¿Por qué tú no?”

“Porque Tú quieres morir. Y pronto. Y ¡quién sabe cuándo yo moriré! Haz que me muera antes, Maestro”.

“No. Deberás servirme un poco más”.

“¡Entonces tengo razón en decir que Lázaro es un afortunado!”

“Todos los predilectos serán afortunados como lo es, y más que él...”

“¿Quiénes son? ¿Los puros, no es verdad?”

“Los que sepan amar con todas sus fuerzas. Por ejemplo ¡tú, Magdalena!”

“¡Oh, Maestro mío!” y de rodillas cae, sobre el multicolor petate que cubre el pavimento de la habitación, y se queda así adorándolo.

Marta que la busca, mete la cabeza. “¡Ven, oye! Tenemos que preparar la sala roja para la cena del Señor”.

“No, Marta. Esa será para los humildes, para los campesinos de Yocana ¿o qué te parece?”

“¿Por qué, Maestro?”

“Porque los pobres son otros tantos Jesús y Yo vivo en ellos. Honrad siempre al pobre a quien nadie ama, si queréis ser perfectas. Preparadme la cena en el atrio. Y con las puertas abiertas todos podrán verme, lo mismo que Yo a ellos”.

Marta, no muy contenta, replica: “¿Tú en el vestíbulo? ¡No es digno de Ti!...”

“Vete. Haz lo que te ordeno. No hay cosa mejor de hacer que la que aconseja el Maestro”.

Salen Marta y Magdalena sin hacer ruido. Jesús se queda a velar el sueño de su amigo que duerme.

La cena ha empezado. Tal vez según el mundo, la distribución no sea la más adecuada, pero con ojos mejores se ve que se ha tratado de honrar y de mostrar el amor a los que el mundo tan fácilmente hace a un lado.

En la espléndida y regia sala roja, que sostienen columnas de pórfido* rojo, entre las que está la mesa larga, se han sentado los campesinos de Yocana con Marziam, Isaac y otros discípulos hasta completar el número requerido. En la sala donde se tuvo la cena ayer en la noche, hay discípulos de los más humildes. En la sala blanca, ¡un sueño de candor!, están las discípulas vírgenes y con ellas, que son cuatro, las hermanas de Lázaro, Anastásica, otras doncellas. Pero la reina de la fiesta es María, la Virgen por excelencia. En la siguiente sala, que tal vez es una biblioteca, porque se le ve tapizada de cofres oscuros que contienen rollos o los contenían, están las viudas, las esposas. Están al frente Elisa de Betsur y María de Alfeo.

Lo que más llama la atención es ver a Jesús en el atrio cubierto de mármol. No cabe que el gusto de las dos hermanas convirtió el vestíbulo cuadrado en un verdadero salón luminoso lleno de flores, espléndido más que cualquier otra sala. Jesús con los doce está sentado junto a Lázaro y con él Maximino.

La cena se desarrolla según el rito... Jesús muere de gusto porque está en el centro de todos sus discípulos fieles.

Una vez que han bebido el último cáliz, cantado el último salmo, todos los que estaban en las otras salas vienen al vestíbulo. No hay lugar por causa de las mesas que estorban mucho.

“Vamos a la sala roja, Maestro. Empujamos las mesas contra las paredes y todos cabremos” sugiere Lázaro, haciendo señas a los criados.

Jesús está sentado en el centro, en medio de dos preciosas columnas, bajo una hermosa lámpara, sobre un pedestal formado de dos lechos que se emplearon para la cena. Parece un rey sentado sobre su trono en medio de la corte. Su vestido de lino, que se había puesto antes de la cena, resplandece como si estuviera tejido de hilos preciosos, y parece todavía más blanco en contraste con el rojo negruzco de las paredes y con el brillante de las columnas. Su rostro tiene esa figura verdaderamente divina y regia. Hasta los más humildes, a quienes ha querido tener más de cerca, al sentir que se les ama como a hermanos, hablan con franqueza, manifiestan sus esperanzas, sus preocupaciones con sencillez, con fe.

Entre los que se sienten más felices está el abuelo de Marziam. No se separa de él ni por un momento. Se extasía al verlo, al oírlo... De vez en vez, al estar sentado junto a él que está de pie, reclina su encanecida cabeza sobre el pecho. Marziam se la acaricia.

Jesús ve esto y pregunta al anciano: “Padre, ¿te sientes feliz?”

“¡Mucho, Señor! No me parece que sea verdad. No tengo más que un deseo...”

“¿Cuál?”

“El que he dicho a mi nieto, pero a él no le gusta”.

“¿Cuál?”

“Que quisiera morirme en medio de esta tranquilidad. Lo más pronto posible, porque he alcanzado lo que deseaba. Nadie en la tierra habría podido conseguirlo. Irme... no sufrir más... Irme... ¡Qué bien lo dijiste en el templo! Quien ofrece sacrificios con cosas quitadas a los pobres es como quien degüella un hijo ante los ojos del padre’. Tan sólo el temor que Yocana tiene por Ti, lo detiene de no ser como Doras. Se le está borrando el recuerdo de lo que le pasó al otro. Sus campos florecen, y él los fecunda con nuestro sudor. ¿No es acaso esto lo que pertenece al pobre, su mismo ser que se exprime en fatigas superiores a sus

* pórfido = Roca volcánica antigua, alterada, formada por fenocristales de feldespatos sobre un fondo uniforme de un grano muy fin, utilizada en decoración.

fuerzas? No nos pega. Nos da lo necesario para que podamos trabajar. ¿Pero acaso no disfruta de este modo de nuestras fatigas? ¡Decidlo, compañeros míos de infortunio!...”

Los campesinos antiguos y los resientes responden que sí.

“¡Uhm! Creo que... Sí, que tus palabras hacen que sea más vampiro que nunca... ¡y con estos! ¿Por qué las dijiste, Maestro?” pregunta Pedro.

“Porque las merecía ¿No es verdad, vosotros que trabajáis en los campos?”

“¡Sí! En los primeros meses... Todo anduvo bien. Pero ahora... es peor que antes” afirma Miqueas.

“Si al pozo no le brota o viene más agua, por sí mismo se seca” dice Juan el sacerdote.

“Y el lobo se cansa pronto de hacerla de cordero” añade Hermas.

Las mujeres compadecidas, hablan entre sí en voz baja.

Jesús con los ojos llenos de piedad, miran a los pobres campesinos. Se aflige porque no puede ayudarlos.

Lázaro dice: “Le ofrecí sumas crecidísimas con tal de comprar esos campos y darles sosiego. Pero no lo logré. Doras me odia, igual que su padre”.

“Y bien... así moriremos. Es nuestra suerte. ¡Pero luego llegará el descanso en el seno de Abraham!” exclama Saúl, otro campesino de Yocana.

“¡En el seno de Dios, hijo, en el seno de Dios! Se habrá realizado la redención. Los cielos estarán abiertos y en ellos entréis...”

Se oyen golpes fuertes en el portón. La alarma brota entre los presentes.

“¿Quién es?”

“¿Quién anda en la noche de pascua?”

“¿Soldados?”

“¿Fariseos?”

“¿Soldados de Herodes?”

Mientras aumenta la excitación aparece Leví, el custodio de palacio: “Perdona Rabí” dice, “hay allí un hombre que quiere verte. Está en la puerta. Parece que está muy afligido. Es viejo. Me da la impresión de que sea uno de provincia. Te quiere ver y pronto”.

“¡Vamos, que esta noche no es para hacer milagros! Que regrese mañana...” grita Pedro.

“¡No! Cualquier noche es para hacer milagros, para mostrar misericordia” le replica Jesús que se ha puesto de pie y que baja de su lugar.

“¿Vas solo? Voy también yo” dice Pedro.

“No. Tú quédate donde estás”.

Sale acompañado de Leví.

Cerca del portón, en el atrio semioscuro, porque las lámparas que había se las llevaron, se ve un hombre de edad, presa de agitación. Jesús se le acerca.

“Espera, Maestro. Tal vez he tocado a un muerto y no quiero contaminarte. Soy el pariente de Samuel, el prometido de Analía. Estábamos cenando. Samuel bebía y bebía... como no debe hacerse. Hace tiempo que me parece un poco fuera de sí. ¡El remordimiento, Señor! Medio ebrio decía: “De este modo no me acuerdo de haberle dicho que lo odio. ¡Porque, sabedlo vosotros, yo he maldecido al Rabí!” Me parecía un Caín, porque repetía: ‘Mi iniquidad es demasiado grande. ¡No merezco perdón! ¡Tengo qué beber! Beber para no recordar. Porque está dicho que quien maldice a su Dios, será reo de su pecado y de su muerte’⁴. De este modo deliraba cuando entró en la casa un pariente de la madre de Analía para preguntarle la razón de por qué la repudió. Medio ebrio, Samuel contestó con malas palabras. El otro lo amenazó con llevarlo ante el magistrado por el daño que causa a la honra de la familia. Samuel le dio una bofetada. Fue el quien empezó. Vinieron a las manos... Yo ya estoy viejo, lo mismo que mi hermana, mi criado y mi criada. ¿Qué podíamos hacer nosotros cuatro y qué las dos hermanas pequeñas de Samuel? ¡Podíamos gritar! ¡Tratar de separarlos! No más... Samuel tomó el hacha con que habíamos partido la leña para el cordero, y le pegó con

⁴ Cfr. Lev. 24, 10-16.

ella en la cabeza... No se la abrió, porque le pegó con la parte posterior, no con el filo. El otro vaciló y cayó por el suelo... No gritamos más... para no atraer a la gente... Nos encerramos fuertemente en casa... Aterrorizados... Esperamos a que el otro volviese en sí, echándole agua en la cabeza. Pero no emite más que borbotones. No cabe duda de que se muere. Por momentos así parece. Yo me vine corriendo a llamarte. Mañana... tal vez antes, sus familiares lo buscarán y vendrán a nuestra casa, porque saben que fue a ella. ¡Lo encontrarán muerto!... Y Samuel, según la ley debe morir... Señor, estamos ya deshonrados... ¡Pero que esto no sobrevenga! ¡Ten piedad de mi hermana, Señor! Él te maldijo... Pero su madre te ama... ¿Qué debemos hacer?"

"Espérame un momento. Voy contigo" y Jesús regresa a la sala, y desde la puerta dice: "Judas de Keriot, ven conmigo".

"¿A dónde, Señor?" pregunta Judas obedeciendo de inmediato.

"Lo sabrás. Todos vosotros quedaos en paz. Pronto regresaremos".

Salen de la sala, del vestíbulo, de la casa. Las calles solitarias y oscuras. Pronto llegan.

"¿La casa de Samuel? ¿Por qué?..."

"Silencio, Judas. Te traje conmigo porque tengo confianza en tu buen juicio".

El anciano se ha hecho reconocer. Entran. Suben a la habitación de la cena, a donde llevaron al herido.

"¿Un muerto?! ¡Maestro, nos contaminaremos!"

"No está muerto. Ves que está respirando y oyes que agoniza. Ahora lo voy a sanar".

"¡Si le han pegado en la cabeza! ¡Aquí se ha cometido un crimen! ¿Quién fue?... ¡Y en el día de pascua!" Judas está espantadísimo.

"¡Él fue!" dice Jesús señalando a Samuel que se ha arrinconado en un ángulo, lleno de espanto, temblando de terror, con el extremo de su manto sobre la cabeza para no ver y para que no lo vean. Fuera de su madre, todos lo miran con terror, pues sobre él pesa la sentencia férrea de muerte de la ley de Israel. "¿Ves a qué conduce un primer pecado? A esto, Judas. Comenzó por ser perjuro con Analía, luego con Dios. Luego calumnió, mintió, blasfemó, se embriagó, y ahora es un homicida. De este modo se convierte el hombre en posesión de Satanás. Tenlo presente, Judas. No lo olvides..." Los gestos de Jesús son terribles al señalar con la mano a Samuel.

Luego mira a su madre que trata de levantarse a duras penas, sacudida de un temblor, como si estuviera próxima a la muerte, y con una tristeza desgarradora dice: "De este modo, Judas, mueren las madres, sin otra arma que la del crimen del hijo. ¡Pobres madres!... Me causan compasión. Tengo piedad por ellas. Yo, el hijo que no verá a alguien que se compadezca de su Madre..."

Jesús llora... Judas lo mira estupefacto, sin saber qué decir.

Jesús se inclina sobre el herido, le pone una mano sobre la cabeza. Ora, el herido abre los ojos. Parece como si estuviera ebrio. Mira sorprendido... Vuelve completamente en sí. Se sienta apoyando los puños contra el suelo. Mira a Jesús. Pregunta: "¿Quién eres?"

"Jesús de Nazaret".

"¡El Santo! ¿Por qué estás junto a mí? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi hermana y su hija? ¿Qué pasó?" Trata de recordar.

"Oye, tú me llamas santo. ¿Crees que lo sea?"

"Sí, Señor. Eres el Mesías".

"¿Mi palabra es sagrada para ti?"

"Sí"

"Entonces..." Jesús se pone de pie. Su gesto es imperioso: "Entonces Yo, como Maestro y Mesías, te ordeno que perdones. Viniste aquí y se te ofendió".

"¡Ah, Samuel! ¡Sí!... ¡El hacha! Lo denun..." dice incorporándose.

"¡No perdona en nombre de Dios! Por esto te he curado. Quieres mucho a la madre de Analía porque sufre mucho. La de Samuel sufriría mucho más. Perdona".

El hombre vacila un poco. Mira con rencor al que lo hirió. Mira a su madre angustiada. Mira a Jesús... No sabe qué decir.

Jesús abre sus brazos, lo atrae hacia su pecho diciéndole: "Perdona por el amor que me tienes".

El hombre se echa a llorar... ¡Estar entre los brazos del Mesías, sentir su aliento sobre los cabellos, y un beso donde antes había sido herido!... Lloro, lloro...

Jesús pregunta: "Es verdad ¿o no? ¿Perdonas por el amor que me tienes? ¡Oh, bienaventurados los misericordiosos! Lloro, lloro, sobre mi pecho ¡Salva con tus lágrimas cualquier rencor! Que se haga nuevo, puro, tu corazón. Así. Bueno, compasivo como debe serlo un hijo de Dios..."

El hombre levanta su cara y entre lágrimas dice: "¡Sí! ¡El amarte es algo dulce! ¡Tiene razón Analía! Ahora la comprendo... ¡Mujer, no llores más! Lo que pasó, pasó. Nadie sabrá cosa alguna de mi boca. Quédate con tu hijo y que ojalá pueda hacerte feliz. Hasta pronto. Me voy a mi casa" y trata de irse.

Jesús le dice: "Me voy contigo. ¡Adiós, madre! ¡Adiós, Abraham! ¡Adiós, muchachas!" Ni una palabra a Samuel que a su vez no encuentra palabra alguna.

Su madre le quita el manto de encima de la cabeza, y presa de emoción por lo pasado, le grita: "¡Da las gracias a tu Salvador, corazón de piedra! ¡Dale las gracias, hombre desvergonzado!..."

"Déjalo, mujer. Sus palabras no tendrán ningún sabor. El vino lo ha entorpecido, y su corazón está cerrado. Ruega por él... ¡Adiós!"

Desciende. Se junta en la calle con Judas y el otro hombre, despide al viejo Abraham que quiere besarle las manos, y bajo los primeros rayos de la luna regresa a casa.

"¿Vives lejos?" pregunta.

"A los pies del monte Moria".

"Entonces tenemos qué separarnos".

"¡Señor, me has conservado la vida y así puedo vivir con mis hijos y con mi esposa! ¿Qué cosa debo hacer por Ti?"

"Ser bueno. Perdona y no digas nada. Nunca, ni por cualquier razón. ¿Me lo prometes?"

"¡Lo juro por el sagrado templo! Aunque me duele que no podré decir que me has salvado la vida".

"Sé un hombre justo y te salvaré el alma. Esto sí que lo podrás decir. ¡Adiós! ¡La paz sea contigo!"

El hombre se arrodilla, saluda. Se separan.

"¡Qué cosa! ¡Qué cosa!" exclama Judas, ahora que están solos.

"¡Sí! ¡Horribles! ¡Judas tampoco tú dirás palabra alguna!"

"No, Señor. ¿Pero por qué quisiste que viniera contigo?"

"¿No estás contento de la confianza que tengo en ti?"

"¡Oh, sí, cómo no lo he de estar! Pero..."

"Quise que meditaras hasta dónde puede conducir la mentira, la ambición del dinero, la embriaguez, las prácticas inertes de una religión que no se vive, que no se siente espiritualmente. ¿Para Samuel qué significaba el simbólico banquete? ¡Nada! Una ocasión para embriagarse. Un sacrilegio, y en medio de él se convirtió en homicida. En el porvenir muchos serán como él, y todavía con el sabor del Cordero en su lengua, y no de un cordero físico, sino del Cordero divino, irán a cometer crímenes. ¿Por qué? ¿Cómo es posible? ¿No te preguntas? Yo mismo te lo estoy diciendo: porque se habrán preparado para aquella hora con muchas acciones cometidas por distracciones al principio; por terquedad luego. Tenlo siempre presente, Judas".

"Así lo haré, Maestro. ¿Qué vamos a decir a los demás?"

"Que había un hombre muy grave. Es la verdad".

Atraviesan rápidos por una calle y los pierdo de vista.

66. El sábado de los Ácimos

4 febrero 1946

Muchos discípulos y discípulas se han despedido regresando a las casas hospitalarias o a las propias.

En este brillante atardecer de un abril están todavía en la casa los propiamente llamados discípulos y sobre todo los que más se dedican a la predicación. Por ejemplo, los pastores, además Hermas, Esteban, Juan el sacerdote, Timoteo, Hermasteo, José de Emmaús, Salomón, Abel de Belén de Galilea, Samuel y Abel de Corozáin, Agapo, Aser e Ismael de Nazaret, Elías de Corozáin, Felipe de Arbela, José el barquero de Tiberíades, Juan de Éfeso, Nicolás de Antioquía. De las mujeres todavía quedan algunas discípulas conocidas. Analía, Dorca, la madre de Judas. Mirta, Anastásica, las hijas de Felipe. No veo más a Miriam, la hija de Yairo, ni a Yairo mismo. Tal vez regresaron donde se hospedaron.

Pasean lentamente por los corredores, o bien sobre la terraza, mientras alrededor de Jesús, que está sentado cerca del lecho de Lázaro. Escuchan a Jesús que está hablando con Lázaro, que le describe las regiones por donde estuvieron las últimas semanas antes del viaje pascual.

“Llegaste a tiempo para salvar al pequeñín” comenta Lázaro, después de haber oído lo sucedido en el castillo de Cesarea de Filipo, y que señala al pequeño que feliz duerme en los brazos de su madre.

“Es un niño muy lindo, mujer, ¿me permites verlo de cerca?”

Dorca se levanta y sin decir una palabra, pero sí con aire de triunfo, presenta a su pequeñín.

“¡Un lindo niño! ¡Verdaderamente bello! ¡Que el Señor te lo proteja y lo haga crecer sano y santo!”

“Y fiel a su Salvador. Si no lo fuera, preferiría verlo muerto ahora mismo. ¡Todo, menos que el que ha recibido un beneficio sea ingrato!” dice Dorca claramente, al regresar a su lugar.

“El Señor llega siempre a tiempo para salvar” interviene Mirta, madre de Abel de Belén. “El mío no menos estaba cercano a la muerte y ¡a qué muerte! Pero Él llegó... lo salvó... ¡Qué momentos tan duros!...” Mirta palidece nuevamente al recordarlos.

“¿Entonces llegarás a tiempo conmigo? ¿Verdad que sí? Para darme paz...” pregunta Lázaro, acariciando la mano de Jesús.

“¿No te sientes un poco mejor hermano?” pregunta Marta. “Desde ayer te veo muy mejorado”.

“Sí. Y yo mismo me sorprendo. Tal vez Jesús...”

“No, amigo mío. Es que derramo en ti mi paz. Tu alma está llena de ella, y esto adormece los dolores. Es decreto de Dios que sufras”.

“Y que muera. Dilo claro. Pues bien... que se haga su voluntad, como enseñas. Desde este momento no pediré más la curación, ni alivio alguno. Dios me ha concedido tanto (e involuntariamente mira a Magdalena, su hermana) que es justo que le devuelva algo sometiéndome a su querer...”

“Haz algo más amigo mío. Ya es mucho el resignarse y el sufrir el dolor. Pero dales un valor superior”.

“¿Cuál, Señor mío?”

“Ofrece todo por la redención de los hombres”.

“Pero si también yo soy un pobre hombre, Maestro. No puedo aspirar a ser un redentor”.

“Eso dices pero estás equivocado. Dios se ha hecho Hombre para ayudar a los hombres, y estos pueden ayudarlo. Las obras de los justos se unirán a las mías a la hora de la redención. Las de los justos que murieron en tiempos pasados, las de los que viven, las de los que vendrán. Une las tuyas desde ahora. Es tan bello fundirse con la Bondad infinita, agregar lo que podamos dar de *nuestra* bondad limitada y decir: ‘También yo, ¡oh Padre! Coopero al bien de mis hermanos’. No puede haber un amor más grande, ante el Señor y por el prójimo, que el

de saber padecer y morir para gloria de Dios y la salvación eterna a nuestros hermanos. ¿Salvarse por sí mismos? ¡Es poco! Es un 'mínimo' de santidad. Cosa bella es salvar. Entregarse para salvar. Empujar el amor hasta convertirse en una hoguera que inmola para salvar. Entonces el amor es perfecto. La santidad del generoso, será muy, muy grande”.

“¡Qué bello es todo esto! ¿o no es así, hermanas mías?” pregunta Lázaro con una sonrisa soñadora, pintada en su enflaquecida cara.

Marta asiente con la cabeza, llena de emoción.

Magdalena, sentada en un cojín, a los pies de Jesús, en su habitual posición de humilde y ardiente adoradora pregunta: “¿Soy tal vez yo la causante de estos sufrimientos de mi hermano? ¡Dímelo, Señor, para que mi aflicción sea completa!...”

“¡No, Magdalena, no!...” exclama Lázaro. “Yo... tenía qué morir de esto. No te claves flechas en el corazón”.

Jesús, sincero hasta donde no más, agrega: “¡Así es! Yo sentí a tu buen hermano en sus plegarias, en las palpitaciones de su corazón. Pero esto no debe producirte trabajo alguno que te estorbe, sino más bien una voluntad de querer llegar a ser más perfecta, por lo que cuestas. Y alégrate, porque Lázaro por haberte arrancado del demonio...”

“¡No fui yo, Maestro, sino Tú!...”

“...por haberte arrancado del demonio, se ha hecho digno de que Dios le de un premio futuro del que hablarán los pueblos y los ángeles. Y lo que digo de Lázaro, lo digo de otros, y sobre todo de otras, que con su heroísmo han arrancado a la presa de Satanás”.

“¿Quiénes son?” preguntan curiosas las mujeres, esperando ser una de ellas.

María de Judas no habla, pero mira, mira al Maestro... Jesús también la mira. Podría hacerle cobrar esperanzas pero no lo hace. No la mortifica. Responde a todas: “Lo sabréis en el cielo”

La angustiada madre de Judas pregunta: “Y si una no lo lograra, aunque quisiera ¿Qué suerte le toca?”

“Lo que merece su buena alma”.

“¿El cielo? Pero Señor, una mujer, una hermana o una madre... que no lograra salvar a quien ama, y los viera que se condenan ¿podría gozar del paraíso, estando aun en él? ¿No crees que jamás podrá disfrutar de la alegría porque... la carne de su carne y la sangre de su sangre se han condenado para siempre? Pienso que no podrá jamás gozar al ver al ser amado en atroces penas...”

“Estás equivocada, María. La vista de Dios, su posesión son fuente de una beatitud tan infinita que no persiste ningún dolor en los bienaventurados. Atentos, activos en ayudar a los que todavía pueden salvarse, no sufren más por los que Dios ha alejado de Sí, y por tanto de ellos mismos, que están con Él. La comunión de los santos es para los santos”.

“Pero si ayudan a los que todavía pueden salvarse, es prueba de que todavía no son santos” objeta Pedro.

“¡Pero tienen voluntad, al menos pasiva, de serlo! Los santos en Dios ayudan aun en las necesidades materiales para que sus favorecidos pasen de una voluntad pasiva a una activa. ¿Me comprendes?”

“Sí y no. Por ejemplo, si estuviese yo en el cielo y viese por mera suposición, un movimiento fugitivo de bondad en... Elí el fariseo, ¿qué cosa haría yo?”

“Reunirías todos los medios para aumentar los buenos movimientos suyos”.

“¿Y si mi ayuda, luego no sirve para nada?”

“Cuando él se condenase, tú te desinteresarías de él”.

“Y si como lo es ahora, fuese en verdad digno de condenación, pero que lo amara yo –cosa que no sucederá nunca- ¿qué debería hacer?”

“Ante todo piensa que corres peligro de condenarte tú con decir que no puedes amarlo, y luego ten en cuenta que si estuvieras en el cielo, unido en la Caridad, rogarías por él, por su salvación hasta el momento de su juicio. Habrá espíritus que se salven en el último momento, después de una vida de oraciones por ellos”.

Entra un criado diciendo: “Está aquí Mannaén. Quiere ver al Maestro”.

“Que venga. Ha de querer hablar de cosas importantes”.

Las mujeres discretamente se retiran. Los discípulos las siguen, pero Jesús llama a Isaac, a Juan el sacerdote, a Esteban, a Hermas, a Matías y a José, de los discípulos pastores. “Es bueno que os enteréis vosotros” explica.

Entra Mannaén. Se inclina.

“La paz sea contigo” lo saluda Jesús.

“La paz sea contigo, Maestro. El sol ya va desapareciendo. Los primeros pasos después del reposo sabático es justo que sean por Ti, mi Señor”.

“¿Tuviste una buena pascua?”

“¿Buena? ¡Nada bueno puede haber donde están Herodes y Herodías! Espero haber comido por última vez el cordero con ellos. Aunque me cueste la vida no me quedará más allá”.

“Creo que estás cometiendo un error. Puedes servir al Maestro quedándote...” le objeta Iscariote.

“Es verdad. Es lo único que hasta ahora me ha detenido allá. Pero ¡qué náuseas! Podría cambiarme Cusa...”

Bartolomé interviene: “Cusa no es Mannaén. Cusa es... Sí. Él contemporiza. No denunciaría jamás a su patrón. Tú eres más sincero”.

“Es verdad esto y es verdad lo que dices. Cusa es el cortesano. Se queda fascinado ante el esplendor de la corte... del palacio... ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Del fango real! Pero le parece ser rey porque está con él... Y también de que pierda el favor real. La otra noche estaba como un can a quien dado de golpes cuando, casi arrastrándose, se presentó ante Herodes que lo había mandado llamar, después que oyó las lamentaciones de Salomé, a quien Tú arrojaste. Cusa pasaba por momentos muy duros. El deseo de salvarse a toda costa, tal vez hasta acusándose, diciendo que había hecho mal. Todo esto estaba escrito en su cara. ¡Pero Herodes!... Él quería sólo reírse a costa de la muchacha por quien siente náuseas, así como por su madre. Se reía como un loco, oyendo repetir de Cusa tus palabras. Decía: ‘¡Fue muy bueno, muy bueno todavía con esa jovencueta!... (y dijo una palabra desvergonzada que no la repito). Debía haberle pisoteado su seno desvergonzado... ¡No, se hubiera contaminado!’ y seguía riéndose. Luego poniéndose un poco serio: ‘Con todo... la afrenta que ella mereció, no puede tolerarlo la corona. Soy magnánimo (es la idea fija que tiene, y como nadie se lo dice, él mismo se lo repite) y perdono al Rabí, también porque dijo a Salomé las verdades. Mas yo quiero que Él venga a la corte para que le perdone todo. Quiero verlo, oírlo, que haga milagros. Que venga, y me convertirá en su protector’. Así hablaba la otra tarde. Cusa no sabía qué responder. No quería decírselo al monarca. Sí, no podía. Porque en verdad no puedes acceder a los caprichos de Herodes. Hoy me dijo: ‘Seguro que vas donde Él... Dile mi voluntad’. Te la digo. Pero... ya sé la respuesta... Dímela para que se la transmita”.

“¡No iré!” La respuesta parece un rayo.

“¿No te echarás encima un enemigo bastante poderoso?” pregunta Tomás.

“Aunque fuera un verdugo. Pero no puedo responder más que con un ‘no iré’”.

“Nos perseguirá”.

“¡Oh, dentro de tres días no se acordará más! Contesta Mannaén encogiéndose de hombros. Añade: ‘Le han prometido... algunas danzas... Llegarán mañana... Y se olvidará de todo...”

Regresa el criado: “Patrón, están aquí Nicodemo, José, Eléazar y otros fariseos y jefes del sanedrín. Quieren saludarte”.

Lázaro mira a Jesús interrogativamente. Jesús comprende: “¡Que pasen! Los saludaré con gusto”.

Momentos después entran José, Nicodemo, Eléazar (el justo del banquete de Ismael), Juan (El del lejano banquete en casa de José de Arimatea, y otro que oigo que llaman Josué, un tal Felipe, un tal Judas y Joaquín. Los saludos no llevan trazas de terminar. La ventaja es que la

sala es amplia, si no ¿cómo hubieran hecho para tantas inclinaciones y con tantos vestidos? Pero por más que sea amplia, los discípulos comprenden que deben salir. Se quedan además de los recién llegados, Jesús y Lázaro.

“¡Supimos que estabas en Jerusalén, Lázaro, y hemos venido!” dice Joaquín.

“Siento alegría y admiración. No podía acordarme de tu cara...” responde un poco irónico Lázaro.

“Sabes... uno quiere venir... Pero... Te habías desaparecido”.

“¿Y no es verdad? ¡De veras que es muy difícil ir a donde vive el infeliz!”

“¡No, no digas eso! Teníamos en cuenta tu deseo. Pero ahora que... ahora que... ¿verdad, Nicodemo?”

“Sí, Lázaro. Los viejos amigos regresan y también por el deseo de saber cómo sigues y por presentar nuestros respetos al Rabí”.

“¿Me traéis algunas noticias?”

“¡Uhm!... Las acostumbradas... El mundo... Bueno...” miran de reojo a Jesús que inmóvil en su asiento parece absorto en algo.

“¿Qué razón hay de que apenas terminado el sábado, estéis juntos?”

“Hubo una sesión extraordinaria”.

“¿Hoy? ¿Cuál fue el motivo tan urgente?”

Los recién llegados miran a Jesús, pero Él sigue absorto... “Muchos...” responden.

“¿No tienen nada qué ver con el Rabí?”

“Sí. También se trató de Él, pero el principal fue tratar de una cosa de consecuencias graves, ahora que nos hemos encontrado todos en la ciudad...” explica José de Arimatea.

“¿Un caso grave? ¿Cuál?”

“¡Un... error... de juventud!... ¡Uhm! ¡Bueno! La discusión fue dura, porque... Rabí, escúchanos por favor. Estás entre personas honradas. Si no somos discípulos, tampoco somos tus enemigos. En casa de Ismael me dijiste que no estoy lejos de la justicia” dice Eléazar.

“Es verdad y lo confirmo”.

“Yo te defendí en el banquete de José atacando a Félix” recuerda Juan.

“También es verdad esto”.

“Estos son de los mismos sentimientos. Fuimos convocados para dar nuestra sentencia... y no quedamos contentos de la decisión tomada, porque ellos siendo más que nosotros, nos ganaron. Tú que eres más sabio que Salomón, escucha y juzga”.

Jesús los mira profundamente. Luego dice: “Hablad”.

“¿Podemos estar seguros de que nadie nos oye? ¡Es algo... horrible!...” dice el que se llama Judas.

“Cierra la puerta y corre la cortina. Estaremos como en una tumba” le responde Lázaro.

“Maestro, ayer en la mañana dijiste a Eléazar ben Anás que no se contaminara por ningún motivo. ¿Por qué se lo dijiste?” pregunta Felipe.

“Porque tenía qué decírselo. Él está contaminado. No Yo. Los libros sagrados lo dicen”.

“Es verdad. ¿Cómo sabes que se contamina? ¿La doncella acaso habló contigo antes de morir?” le pregunta Eléazar.

“¿Cuál doncella?”

“La que murió después de que la violentaron, y con ella su madre. No se sabe si fue el dolor el que las mató, o si se suicidaron, o si las mataron con veneno para que no hablasen”.

“No sé nada de eso. Veía el alma corrompida del hijo de Anás. Sentí un hedor. Por eso hablé. Otra cosa no sabía, ni veía”.

“¿Qué pasó?” pregunta Lázaro con interés.

“Sucedió que Eléazar ben Anás vio a una muchacha, hija única de una viuda... y con pretexto de encargarle que le hicieras algunos vestidos, pues de esto trabajaban... abusó de ella. La muchacha después de tres días murió y también su madre. Pero antes de morir, pese a las amenazas que le habían hecho, reveló todo a un pariente suyo... Este vino a Anás y le

presentó la acusación. No contento con ello se lo comunicó a José, a mí y a otros... Anás lo hizo aprender y lo arrojó en la cárcel. De allí pasará a la muerte, o no volverá a ver jamás la luz del día. Este día Anás quiso saber nuestro parecer” explica Nicodemo.

“No lo hubiera pedido si no hubiera sabido que lo sabíamos” refunfuña entre dientes José.

“Así es... En resumidas cuentas, con una máscara de votación se simuló que judicialmente se había tratado del honor, de la vida de tres infelices y del castigo del culpable” concluye Nicodemo.

“¿Y luego?”

“¡Pues bien! Como es natural nosotros votamos por la libertad del pariente de la joven, y por que se castigase a Eléazar. Se nos amenazó y arrojó como si fuéramos culpables. ¿Qué piensas Tú?”

“Que Jerusalén me da asco, que en Jerusalén la cloaca más apestosa es el templo” dice lenta y duramente Jesús. Añade: “Podéis comunicarlo también a los del templo”.

“¿Qué hizo Gamaliel?” pregunta Lázaro.

“Apenas supo del caso se cubrió la cara y salió diciendo: ‘Que venga pronto el nuevo Sansón para que acabe con estos filisteos corrompidos’²”.

“¡Dijo muy bien! Y no tardará en llegar”. Silencio...

“¿También hablaron de Él?” pregunta Lázaro, señalando a Jesús.

“Claro. Fue de lo primero. Se dijo que llamaste mezquino, sin valor’ al reino de Israel, y por lo tanto se te clasificó de blasfemo, aún más de sacrílego, porque el reino de Israel viene de Dios”.

“¡¿Ah, sí?! ¿Y el Pontífice qué nombre dio al violador de una doncella? ¿El que es indigno de su ministerio? Responded” pregunta Jesús.

“Eléazar es hijo del Sumo Sacerdote, porque en verdad Anás es el verdadero rey dentro” contesta Joaquín atemorizado al ver la majestad de Jesús, a quien tiene delante de sí, de pie, con el brazo extendido...

“Sí. El rey de la corrupción. ¿Y queréis que no llame ‘mezquino, sin valor’ un país en que tenemos a un Tetrarca deshonesto y homicida, a un Sumo Sacerdote cómplice de uno que viola a una doncella y de un asesino?”

“Puede ser que la doncella se haya suicidado o muerto de dolor” se atreve a susurrar Eléazar.

“Fue el que la violó quien la mató... ¿Y ahora no es el turno de la tercera víctima para que no hable? ¿No se mancha y no se profana el altar al acercarse a él con tantos crímenes? ¿No se ahoga a la justicia con imponer silencio a los hombres probos, muy raros, que hay en el Sanedrín? Que venga pronto el nuevo Sansón y acabe con este lugar profanado, que exterminar para rehacer todo... Sintiendo vómito, náuseas, no sólo llamo desgraciado a este país, sino que me alejo de su corazón podrido, criminal, cueva de satanás... Me voy. No por miedo a la muerte. Os demostraré que no lo tengo. Me voy porque todavía no es mi hora y no doy perlas a los cerdos de Israel, sino que las llevo a los humildes que hay esparcidos por los tugurios, montes, valles. Allí donde todavía creen y aman, si alguien les enseña. Allí donde hay corazones rectos bajo vestiduras campesinas, mientras acá las túnicas y mantos sagrados, aún más el Efod y el Racional³ sirven para encubrir carroña y homicidios. Decidles que en nombre de Dios verdadero los entrego a su condenación, y cual nuevo Miguel los arrojé del paraíso⁴. Y para siempre. Ellos que han querido ser dioses, y no son más que demonios. No es necesario que se mueran para que sean juzgados. Ya lo están, y sin perdón alguno”.

Los sinedristas y fariseos parecen achicarse al ver, al ver la tremenda ira de Jesús, que parece agigantarse, despedir rayos.

Lázaro gime: “¡Jesús! ¡Jesús!”

² Cfr. Jue. 13-16.

³ Cfr. Ex. 28; 39; Lev. 8, 1-13.

⁴ Gén. 3, 22-24; Dan. 10-12; Zac. 3, 1-7; Jud. 8-10; Apoc. 12, 7-12; 20, 1-3.

Lo oye y cambiando de tono y aspecto pregunta: “¿Qué quieres, amigo mío?”

“¡Oh, no seas así! ¡No eres más Tú! ¿Cómo podemos esperar que alcanzaremos misericordia, mostrándote así tan terrible?”

“Y sin embargo así, y será peor cuando juzgue a las doce tribus de Israel. ¡Ten valor, Lázaro! Quien cree en el Mesías está ya juzgado...” Se sienta nuevamente.

Silencio.

Finalmente Juan pregunta: “¿Y cómo seremos juzgados nosotros que preferimos los insultos antes que cometer una injusticia?”

“Seréis juzgados con toda rectitud. Perseverad y llegaréis a ser lo que es ya Lázaro: amigo de Dios”

Se ponen de pie.

“Maestro, nos retiramos. La paz sea contigo, y contigo, Lázaro”.

“La paz sea con vosotros”.

“Que lo que aquí se dijo, aquí quede” suplican algunos.

“¡No temáis! Idos. Que Dios os guíe en vuestras acciones”.

Salen.

Se quedan solos Jesús y Lázaro. Después de unos instantes exclama: “¡Qué horror!”

“Tienes razón. ¡Qué horror!... Lázaro voy a disponer la partida de aquí. Seré tu huésped en Betania hasta el fin de los Ácimos” Y sale...

67. “Marta, Marta, te preocupas por muchas cosas”¹

14 agosto 1944

Al punto comprendo que se trata de Magdalena ² porque como primera cosa, veo que trae un vestido rosa-lila, color de malva. Nada de adornos preciosos. Su cabellera se la ha amarrado tras de la nuca. Parece más joven que cuando llevaba mundanal vida. No tiene esa mirada desvergonzada de “pecadora”, ni siquiera la abatida de cuando escuchaba la parábola de la oveja, ni la avergonzada y llorosa de cuando estuvo en la sala del fariseo... Su mirada ahora es tranquila, limpia como la de un niño, su sonrisa serena.

Está apoyada en un árbol que hay en los límites de la propiedad de Betania y mira hacia el camino. Está aguardando a alguien. Luego lanza un grito de alegría. Se vuelve a la casa y lanza otro, para que lo oigan, y luego con su hermosa e inconfundible voz: “¡Ya vino, Marta! Nos dijeron la verdad. El Rabí está aquí” y corre a abrirle el pesado cancel que rechina. No da tiempo de que lo hagan los siervos. Sale al camino con los brazos extendidos, como hace un niño cuando corre al encuentro de su madre: “¡Oh, Rabboni!” y se arrodilla a los pies de Jesús, besándoselos entre el polvo del camino.

“La paz sea contigo. Vengo a descansar bajo tu techo”.

“¡Oh Maestro mío!” repite levantando la cara con una expresión de reverencia, de amor, de alegría, de júbilo.

Jesús le ha puesto la mano sobre la cabeza y parece como si de nuevo la absolviera.

Se levanta y al lado de Jesús entra. Los criados y Marta han acudido. Los criados con jarras y vasos, Marta sólo con su amor. Los apóstoles, acalorados, beben de las bebidas preparadas. Quieren ofrecerle a Jesús primero, pero Marta se les adelanta. Toma una taza llena de leche y se la da. Ha de saber que le gusta mucho.

Después que los discípulos han bebido, les dice: “Id a avisar a los que creen que esta tarde les hablaré”.

Los apóstoles se desparraman en diversas direcciones.

Jesús entra en medio de las dos hermanas.

¹ Cfr. Lc. 10, 38-42.

² La presente visión fue escrita inmediatamente después de los tres episodios concernientes a la conversión de Magdalena.

“Ven, Maestro” dice Marta. “Mientras llega Lázaro descansa, y toma algo”.

Entran en una habitación fresca que da al portal sombreado. Regresa Magdalena que había ido a traer una jarra de agua, y a quien sigue un criado con una palangana. Quiere lavarle personalmente los pies. Desata las sandalias polvorientas, se las da al criado para que las limpie junto con el manto. Luego mete los pies en el agua ligeramente teñida de color rosa, los seca y los besa. Luego cambia el agua, y le ofrece otra limpia a Jesús para las manos. Mientras espera al criado con las sandalias, acaricia los pies de Jesús. Antes de ponérselas, los besa diciendo: “Santos pies que caminasteis tanto por buscarme”.

Marta bastante práctica, pregunta: “Maestro, ¿fuera de tus discípulos vendrá alguien más?”

“No sé exactamente. Pero puedes preparar para otros cinco”.

Marta se va.

Jesús sale al jardín sombreado. Trae sólo su vestidura azul oscura. El manto que cuidadosamente ha doblado Magdalena, se queda sobre un banco de la habitación. Magdalena sale junto con Jesús. Caminan por senderos en medio de jardines, hasta la fuente donde hay peces.

Apenas una que otra salida de los peces o el chorrito delgadísimo y alto se eleva del grifo, turba el agua tranquilísima. Hay asientos cerca de la amplia piscina de donde salen algunos pequeños caños para irrigación, y creo que uno de ellos sea el que alimente la fuente de los peces, y los demás vayan a regar plantas o flores.

Jesús se sienta teniendo el borde de la piscina enfrente. Magdalena a sus pies, sobre la verde hierba. Al principio ninguno de los dos habla. Se ve que Jesús goza del silencio y del lugar fresco. Magdalena se siente dichosa de contemplarlo.

Jesús juega con el agua. Mete sus dedos, la peina, luego mete toda la mano. “¡Qué bella es esta agua pura!”

Magdalena: “¿Te gusta mucho, Maestro?”

“Sí, porque está muy limpia. Mira, no tiene trazas de fango. El agua está tan pura que parece que no haya nada. Podemos leer las palabras que se dicen los pececitos...”

“Como se lee en el fondo de las almas puras. ¿No es así, Maestro?” y da un suspiro.

“¿Dónde están las almas puras, Magdalena? Es más fácil que un monte camine, que no un hombre sepa mantenerse puro con las tres clases de pureza. Muchas cosas rodean al adulto, fermentan a su alrededor, y no siempre puede impedirse que le penetren. No tenemos más que a los niños que tienen un alma angelical, un alma que ignora lo que puede convertirse en fango. Por esto los amo mucho. Veo en ellos un reflejo de la Pureza infinita. Son los únicos que traen consigo un recuerdo de los cielos. Mi Madre es la Mujer de alma de niño. Mucho más. Es la mujer con alma angelical, como lo fue Eva cuando salió de las manos del Padre. ¿Puedes imaginar cómo habrá sido el primer lirio que floreció en el jardín terrenal? Son tan bellos, como estos que besa el agua. ¡Pero el primero que salió de las manos del Creador! ¿Era flor? ¿Era diamante? ¿Eran pétalos u hojas de plata finísima? Y sin embargo mi Madre es más pura que el primer lirio que perfumó los vientos. Su perfume de Virgen inviolada llena cielos y tierra, y al percibirlos en pos de él irán los buenos en el correr de los siglos.

El paraíso es luz, perfume, armonía. Pero si en él el Padre no gozase al contemplar a la Toda Hermosa que hace de la tierra un paraíso, si este tuviera qué carecer del Lirio vivo en cuyo seno están los tres pistilos de fuego de la Divina Trinidad, su luz, su perfume, su armonía, su alegría padecerían mengua. La pureza de mi Madre será la piedra preciosa del Paraíso. ¡Y qué inmenso es! ¿Qué dirías de un rey que tuviese una sola piedra preciosa en su tesoro? ¿Aunque fuese la joya por excelencia?

Cuando habré abierto las puertas del reino de los cielos... -no suspires, *para esto he venido*- muchas almas de justos y de niños entrarán, sombra de candor, detrás de la púrpura del Redentor. Pero serán pocos para poblar de joyas los cielos y convertirse en ciudadanos de la eterna Jerusalén. Y luego... después que la doctrina verdadera y santa la conozcan los hombres, después que mi muerte haya devuelto la gracia a los hombres, podrán los adultos conquistar los cielos, que de otro modo no, porque la pobre vida humana es un fango que

mancha. ¿Será el paraíso sólo de los pequeños? ¡Oh, no! Conviene ser como ellos, pero también para los adultos está abierto el reino.

Como pequeñuelos... ¡He aquí la pureza! ¿Ves esta agua? Parece limpia. Pero observa: basta con que una caña la remueva en el fondo para que se enturbie. Se ve el fango, el lodo. El agua clara se pone amarilla, nadie bebería de ella. Pero si saco la caña, torna el agua a ser pura, a ser límpida y bella. El junco: el pecado. Lo mismo sucede con las almas, el arrepentimiento es lo que las limpia, créeme..."

Llega Marta ansiosa: "¿Todavía estás aquí, María? ¡Y yo tan afanada!... Pasa el tiempo. Pronto vendrán los convidados y hay mucho quehacer. Las criadas están haciendo el pan, los siervos despellejando y cociendo la carne. Yo estoy preparando las mesas, las bebidas. Todavía falta la fruta. Hay qué preparar el agua de menta y de miel..."

Magdalena no escucha las quejas de su hermana. Con una sonrisa de felicidad sigue mirando a Jesús, sin moverse de su lugar.

Marta acude a Jesús: "¡Maestro, mira cómo estoy de acalorada! ¿Te parece justo que sea la única en quebrarme los huesos? Dile que me ayude". Marta está turbada.

Jesús la mira con una sonrisa mitad dulce, mitad un poco irónica, mejor dicho un poco burlona.

Marta repite: "Lo digo en serio, Maestro. Mira ¡qué vida tan descansada y ociosa tiene, mientras yo me muero de fatiga! ¡Y aquí!..."

Jesús se pone serio y le responde: "No está de ociosa, Marta. Muestra su amor. Antes sí que era una ociosa. Y tú lloraste tanto por esa ociosidad indigna. Tus lágrimas me impulsaron a que cuanto antes la salvara y la entregara a tu casto amor. ¿Quieres que no ame a su Salvador? ¿Quisieras verla lejos de aquí para que no te viera trabajar, lejos también de Mí? ¿Tendré qué decirte que esta (y le pone una mano sobre la cabeza) que vino de lejos, te ha sobrepujado en el amor? ¿Tengo qué decir que ésta que no conocía *ni una* palabra de bien, es ahora una maestra en la ciencia del amor? ¡Déjala en su tranquilidad! ¡Estuvo muy enferma! Ahora está convaleciendo al beber lo que le da fuerzas. Se vio tan atormentada... Ahora, despierta de su pesadilla, mira a su alrededor, se mira a sí misma y ve que es *nueva*, y un mundo *nuevo*. Deja que se asegure. Con esta cosa 'nueva' debe olvidar el pasado y conquistarse lo eterno... que no se consigue sólo con el trabajo, sino también con la adoración. Quien haya dado un pan al apóstol y al profeta tendrá recompensa pero doble tendrá quien se olvide de comer por amar, porque más que el cuerpo vale el espíritu, porque sus voces son más poderosas que la del otro. Te afanas por muchas cosas, Marta. Ésta por una sola. La que basta a su corazón y sobre todo a su Señor. Despreocúpate de las cosas inútiles. Imita a tu hermana. Ella ha escogido la mejor parte, que jamás se le quitará. Cuando los ciudadanos del reino no tendrán necesidad de virtudes, la única que restará será la caridad, y para siempre. La única, cual soberana. Magdalena ha escogido ésta y ésta será su escudo y su bordón. Con ésta, como sobre alas de algún ángel, llegará a mi cielo".

Marta baja la cabeza mortificada y se va.

"Mi hermana te ama mucho y se muere por honrarte..." dice por excusarla.

"Lo sé y recibirá su recompensa, pero hay qué pulirle, como se va limpiando esta agua, su mentalidad humana. ¡Mira cómo se ha ido limpiando mientras hablábamos! Marta se pondrá más limpia con las palabras que le he dicho... Tú... por la sinceridad de tu arrepentimiento".

"No, porque me has perdonado, Maestro. Mi arrepentimiento no hubiera sido suficiente para lavar mi gran pecado..."

"Bastaba y bastará a tus hermanas que te imitarán. A *todos* los pobres enfermos del espíritu. El arrepentimiento sincero es un filtro que depura; el amor es la sustancia que preserva de toda contaminación. Esta es la razón por la que los adultos pecadores podrán volver a ser inocentes como niños y entrar también en mi reino. Vamos ahora adentro, para que Marta no sufra mucho. Llevémosle la sonrisa de un Amigo y de una hermana".

68. Jesús habla en Betania

6 febrero 1946

Jesús está en Betania, en la Betania fértil en este hermoso mes de Nisán, sereno, puro, limpio. La gente que lo buscó en Jerusalén y que no quieren partir sin oírlo, para poder llevar en el corazón sus palabras, lo alcanzan aquí. Es tanta que ordena la junten para poderla enseñar. Los doce y los setenta y dos, que han vuelto a ser este número, o más con los nuevos discípulos que se les han agregado en estos últimos días, se esparcen por todas partes para cumplir la orden.

Entre tanto Jesús, en el jardín de Lázaro, se despide de las mujeres, y en particular de su Madre... Todas regresan a Galilea acompañadas de Simón de Alfeo, Yairo, Alfeo de Sara, Marziam, el esposo de Susana y de Zebedeo. Hay saludos y lágrimas. Muchas no quisieran regresar, pero obedecen por el amor que le tienen, por que es un amor sobrenatural.

La que menos habla es María, su Madre. Pero con su mirada dice más que todas las demás. Jesús interpreta la mirada, le da seguridad, la consuela, la llena de caricias, si es que alguna madre puede llenarse, y sobre todo esa Madre, que es toda amor, toda ansiedad por su Hijo perseguido. Las mujeres se van, pero se voltean para dar un postrer saludo al Maestro, a los hijos, a las discípulas judías afortunadas que se quedan todavía con el Maestro.

“Les ha dolido la separación...” observa Simón Zelote.

“Pero está bien que se hayan ido, Simón”.

“¿Prevés días tristes?”

“Por lo menos agitados. Las mujeres no pueden soportar las fatigas como nosotros. Además ya que el número de judías y de galileas es casi igual, conviene que se separen. Por turno estarán conmigo, y por turno se alegrarán de poder servirme. Lo que será un consuelo”.

Entre tanto la gente sigue aumentando. El huerto que hay entre la casa de Lázaro y la de Zelote está lleno de gente. Hay de todas las castas y condiciones. No faltan los fariseos de Judea, ni sinedristas, ni mujeres veladas.

De la casa salen en grupo, junto a una litera en que viene Lázaro, los sinedristas que fueron a visitarlo en Jerusalén, y otros más. Lázaro al pasar envía una sonrisa de felicidad a Jesús, que Él le devuelve, mientras se van con el pequeño cortejo donde la gente lo está esperando.

Los apóstoles se le unen y Judas Iscariote, que no cabe de alegría, echa acá y allá miradas, y comunica a Jesús en voz baja qué personas haya.

“¡Oh mira, hay también sacerdotes!... ¡Mira, mira! También Simón el sinedrista. Y Elquías. ¡Mira qué mentiroso! Hace pocos meses echaba pestes contra Lázaro y ahora lo trata como si fuera un dios. Allí está Doro el Anciano y Trisone. ¿Ves que está saludando a José? Y el escriba Samuel con Saúl... y el hijo de Gamaliel. Allí hay un grupo de herodianos... Y aquel grupo de mujeres veladas sin duda que son las romanas. Están apartadas, pero mira cómo te siguen con los ojos para poderse mover y oírte. Las reconozco pese a sus mantos. ¿Ves? Dos son altas, una más que otra. Las demás de mediana estatura, pero proporcionada. ¿Quieres que las vaya a saludar?”

“No. No han venido para que se les conozca. Quieren pasar como anónimas porque desean oír la palabra del Rabí. Por tales debemos tomarlas”.

“Como quieras, Maestro. Lo hacía... para recordarle a Claudia la promesa...”

“No hay necesidad. Y aunque la hubiera, no debemos convertirnos en limosneros. ¿O no lo crees? *Una fe heroica se forma en medio de las dificultades*”.

“Era por Ti, Maestro”.

“Y por tu idea perpetua de un triunfo humano. Judas no te formes ilusiones, ni respecto a mi modo futuro de obrar, ni respecto a las promesas que oíste. Tú crees sólo en lo que te dices a ti mismo, pero ninguna cosa podrá cambiar el pensamiento de Dios, que es el que Yo sea Redentor y Rey de un reino espiritual”.

Judas no replica.

Jesús está en su lugar, en medio de los apóstoles. Casi a sus pies está Lázaro en su litera. Un poco distantes las discípulas judías, esto es, las dos hermanas, Elisa, Anastásica, Juana con los niños, Analía, Sara, Marcela y Nique.

Las romanas o las que Judas señaló por tales, están atrás, casi en el fondo, mezcladas entre los campesinos. Sinedristas, fariseos, escribas, sacerdotes están inevitablemente en la primera fila. Jesús les pide que dejen pasar tres camillas, donde vienen unos enfermos, a quienes hace unas preguntas, pero no los cura inmediatamente.

Para tomar un argumento de su discurso, llama la atención de los presentes en el gran número de pajaritos que anidan entre los árboles del jardín de Lázaro y entre los del huerto donde están reunidos.

“Mirad. Hay pajaritos nacidos acá y pajaritos de otras partes, de toda clase y tamaño. Y cuando llegará el crepúsculo, saldrán las aves nocturnas, que también son numerosas, aun cuando no podemos verlas. ¿Por qué hay tantos pajaritos aquí? Porque tienen de qué vivir. Aquí hay sol, quietud, bastante alimento, nidos seguros, agua fresca. Se juntan viniendo de oriente y poniente, de norte y sur si son aves migratorias, o bien se quedan aquí si no lo son. ¿Y qué? ¿Acaso no vemos que los pajaritos superan en sabiduría al hombre? Cuántos de estos pajaritos son hijos de los que ya han muerto, pero que el año pasado, u otros años hicieron aquí sus nidos. Ellos lo dijeron a sus polluelos, antes de morir. Les señalaron el lugar, y los polluelos, una vez crecidos, vinieron obedientes.

El Padre que está en los cielos, el Padre de todos los mortales ¿no acaso ha comunicado a sus santos sus verdades, dando las indicaciones posibles para el bienestar de sus hijos? Todas las dio. Las que conciernen al cuerpo, como las que se refieren al espíritu. ¿Y nosotros qué vemos? Vemos que mientras lo que se enseñó como pertinente al cuerpo –desde las túnicas de pieles que hizo para los primeros padres, que se veían desnudos, porque el pecado les había rasgado su inocencia, hasta lo que el hombre, usando su inteligencia, se ha hecho– se recuerda, se transmite, se enseña; lo referente al espíritu no se le conserva, o no se le enseña, o bien no se le pone en práctica”.

Muchos de los del templo cuchichean. Jesús les impone silencio con un gesto.

“El Padre, tan bueno como el hombre no puede imaginar, ha mandado a su Siervo para recordar sus enseñanzas, para reunir a los pajaritos donde encuentren la salud, a hacerles que conozcan lo que es útil y santo, a fundar el reino donde todo pajarillo angelical, todo espíritu encontrará gracia y paz, sabiduría y salud. En verdad, en verdad os digo que como pajarillos nacidos en este lugar en primavera dirán a los de los otros lugares: ‘Venid con nosotros, que tenemos un lugar bueno donde también gozaréis de la paz y de la abundancia del Señor’ y así verá el nuevo año nuevos pajaritos que vendrán volando. De igual modo, de todas las partes del mundo, como dijeron los profetas¹, veremos afluir espíritus y más espíritus a la doctrina venida de Dios, al Salvador fundador del reino de Dios.

Mas a los pajaritos diurnos se han mezclado en este lugar los nocturnos, aves de rapiña, perturbadores, capaces de infundir terror y de matar a los pajaritos buenos. Hay aves que desde hace años, desde hace generaciones son así, y nadie puede sacarlas de sus nidos, porque hacen sus obras en las tinieblas y en lugar a donde no puede llegar el hombre. Estas aves de ojo cruel, de vuelo silencioso, de voraz apetito, trabajan en las tinieblas, e inmundos siembran inmundicia y dolor. ¿Con quién podríamos compararlas? Con los que en Israel no quieren aceptar la Luz venida a iluminar las tinieblas, la Palabra que ha venido a enseñar, la Justicia que ha venido a santificar. Para ellos es inútil que haya venido. Aún más es causa de pecado, porque me persiguen, y persiguen a los que me siguen. ¿Entonces, qué podré decir? Lo que ya otras veces: ‘Muchos vendrán del oriente y occidente y se sentarán con Abraham, y Jacob en el reino de los cielos, pero los hijos de este reino serán arrojados a las tinieblas exteriores’”.

¹ Cfr. Sal. 86; Is. 2, 1-5; 9, 1-7; 45, 14-25; 60; Jer. 16, 19-21; Miq. 4, 1-8; Sof. 3, 9-10; Zac. 2, 10-13; 8, 20-23.

“¿Los hijos de Dios a las tinieblas? ¡Blasfemas!” gritan unos de los sinedristas enemigos. Es el primer chisguete de veneno de estas serpientes que por un tiempo habían callado, pero que no pueden seguir conteniendo el veneno que les corre.

“¡No los hijos de Dios!” replica Jesús.

“¡Lo acabas de decir! ‘Los hijos de este reino serán arrojados a las tinieblas exteriores’”.

“Y lo repito. Los hijos de este reino. Del reino donde la carne, la sangre, la avaricia, el fraude, la lujuria, el crimen son los que mandan. Pero este no es mi reino. Mi reino es de la luz. El vuestro es de las tinieblas. Al de la luz vendrán de oriente y occidente, de norte y de sur los corazones rectos, aun aquellos que siendo paganos, idólatras, a quienes Israel desprecia. Y vivirán en una santa comunión con Dios, al haber aceptado su luz, en espera de ascender a la verdadera Jerusalén, donde no hay lágrimas, ni dolor, y sobre todo donde no existe la mentira, la que ahora gobierna al mundo de las tinieblas y da de comer a sus hijos de modo que en ellos no puede caber ni una migaja de la luz divina. ¡Oh, que vengan los nuevos hijos al lugar que pertenece a los hijos renegados! ¡Que vengan! ¡Y de cualquier parte que vinieren Dios los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos!”

“¡Has hablado para insultarnos!” gritan los judíos enemigos.

“Para decir la verdad”.

“Tu poder está en la lengua con la que, nueva serpiente, seduces a las multitudes y las descarrias”.

“Mi potencia está en el poder que me viene de ser Una sola cosa con mi Padre”.

“¡Blasfemo!” aúllan los sacerdotes.

“¡Salvador! Tú que estás aquí, a mis pies, ¿cuál es tu mal?”

“Desde niño tengo la columna vertebral quebrada. Hace treinta años que estoy así”.

“¡Levántate y camina! Y tú, mujer, ¿de qué estás enferma?”

“Tengo paralizadas las piernas desde que di a luz a ese muchacho que está con mi marido” y lo señala. Tendrá unos dieciséis años.

“También tú levántate y alaba al Señor. ¿Y ese muchacho, por qué no camina por sí solo?”

“Porque nació tonto, sordo, ciego, mudo. Un animal que respira” responden los que están junto a él.

“En el nombre de Dios, alíviate de tus males. ¡Lo quiero!” Al final de este tercer milagro se vuelve a sus enemigos y los interpela: “¿Y ahora qué decís?”

“Son unos milagros de los que no se puede dudar. ¿Por qué no curas a tu amigo y protector, si todo lo puedes?”

“¡Porque Dios no lo quiere!”

“¡Ah, ah, ahora metes a Dios! ¡Una excusa fácil! Si te traemos a un enfermo, mejor dicho, a dos ¿los curarías?”

“Si son dignos, sí”.

“¡Espera un momento! ¡Te quieren poner una trampa!” aconsejan varios.

Jesús hace un gesto como diciendo: “¡Dejadlos que hagan lo que quieran!” y se inclina a acariciar a algunos niños que poco a poco se han acercado a Él, dejando a sus padres. Algunas madres los imitan, le presentan los que apenas si pueden caminar o los que maman.

“¡Bendice a nuestros hijos, porque también amen la luz!”

Jesús impone sus manos y los bendice. Esto es causa de confusión entre la gente. Todos los que tienen niños quieren que se les bendiga.

Los apóstoles, parte porque están nerviosos de la acostumbrada conducta de los escribas y fariseos, parte porque compadecen a Lázaro, que está a punto de verse molestado gritan, empujan a este o a aquel, sobre todo a los niños que por sí solos se han acercado. Pero Jesús dulce y amorosamente ordena: “¡No, no, no hagáis así! No impidáis a los niños que se acerquen a Mí, ni a sus padres que me los traigan. Es de estos el reino. Serán inocentes del sumo Delito y creerán en mi fe. Dejad pues que los consagre para que la acepten. Son sus ángeles los que me los traen”.

Jesús se encuentra ahora en medio de un grupo infantil que extático lo contempla con sus caritas levantadas, con sus ojos inocentes, con sus boquitas sonrientes...

Las mujeres veladas han aprovechado la confusión para acercarse a las espaldas de Jesús, como si la curiosidad las empujase.

Regresan los fariseos, escribas, etc., con dos que parecen estar muy enfermos. Sobre todo uno que gime en su camilla, bajo su manto. El otro aparentemente menos grave, pero es sólo un esqueleto que difícilmente respira.

“¡Aquí están nuestros amigos! Cúralos. Realmente están muy enfermos. ¡Sobre todo este!” y señalan al que se queja.

Jesús pone sus ojos sobre ellos, luego sobre los judíos. Sus ojos atraviesan a sus enemigos. Detrás de la valla de inocentes que no le llegan ni siquiera a la cintura, parece un gigante. Abre sus brazos y grita: “¡Mentirosos! ¡Este no está enfermo! Os lo digo. ¡Descubridlo! O realmente será cadáver dentro de unos instantes por el engaño que queréis hacer a Dios”.

El fingido enfermo echa un salto, gritando: “¡No, no, no me castigues! ¡Vosotros, malditos, recoged vuestro dinero!” y los arroja a los pies de los fariseos, huyendo lo mejor que le ayudan las piernas...

La gente ríe, chifla, aplaude...

El otro enfermo dice: “¿Y yo, Señor? A mí me pusieron aquí a la fuerza desde la mañana... No sabía yo que estuviera en manos de tus enemigos...”

“¡Tú, hijo mío, sé sano y sé bendito!” le impone sus manos sobre las cabezas de los niños.

El hombre se descubre el cuerpo y busca en él algo que no sé... Luego se pone de pie. Se deja ver desnudo desde las piernas abajo. Grita, grita con todas sus fuerzas: “¡Mi pie, mi pie! ¿Quién eres que devuelve lo perdido?” y cae a los pies de Jesús, luego se levanta, echa un brinco sobre el lecho donde estaba y grita: “La enfermedad roía mis huesos. El médico me había quitado los dedos, quemado mi carne, hecho tallos hasta la rodilla. ¡Mirad, mirad mis cicatrices! Moría ya... ¡Y ahora!... ¡ahora estoy curado! ¡Mi pie, mi pie está bien! ¡No siento nada de dolor! ¡Me siento sano!... ¡Madre! ¡Madre mía! Voy a darle la alegre noticia”.

Trata de irse, pero la gratitud lo detiene. Regresa donde está Jesús, besa, besa sus pies, hasta que Jesús acariciándole los cabellos, le ordena: “Puedes irte donde tu madre y sé bueno”. Luego mira a sus enemigos y les grita: “¿Y ahora? ¿Qué os debería hacer? Vosotros, que lo habéis visto todo ¿qué pensáis?”

La multitud grita: “¡Que se les lapide por haber ofendido a Dios! ¡A la muerte! ¡Basta de andar poniendo trampas al Santo! ¡Sois unos malditos!” y se inclinan a tomar terrones, piedras o se alza para cortar ramas.

Jesús dice: “Esto es lo que piensan. Esta es su respuesta. La mía es diversa. Os ordeno que os vayáis. No quiero ensuciarme con castigaros. El Altísimo pensará en ello. Es mi defensa contra los impíos”.

Los culpables, en lugar de quedarse callados, pese al temor que tienen de la gente, no paran mientes para insultarlo. “¡Nosotros somos judíos y poderosos! Nosotros te ordenamos que te largues de aquí. Te prohibimos enseñar. Te echamos fuera. ¡Lárgate! Estamos cansados de Ti. Tenemos el poder en las manos y lo empleamos. Y seguiremos haciendo lo mismo, te seguiremos persiguiendo ¡maldito! ¡usurpador!...”

Y continuarían gritando insultos, si la mujer velada, la más alta, de pronto no se interpusiera entre Jesús y sus enemigos, y levantándose el velo, grita: “¿Quién es el que olvida ser esclavo de Roma?” y rápidamente se lo baja. Es Claudia. Vuelve a su lugar.

Los fariseos se calman de golpe. Sólo uno, en nombre de todos, con su servilismo que mata, dice: “¡Dómina, perdón! Pero Él perturba el viejo espíritu de Israel. Tú eres poderosa, deberías impedirlo, deberías decirle al justo y noble Procónsul que lo impida, ¡a él a quien deseamos salud y muchos años de vida!”

“Eso no nos importa. ¡Basta con que no perturbe el orden de Roma y no lo hace!” responde orgullosamente la patricia. Luego dice algo a sus compañeras y se aleja, yendo a un grupo de

árboles que hay en el fondo del sendero, detrás del cual desaparece, para dejarse ver en su carro cubierto, que lleva las cortinas cerradas.

“¿Está contento de que nos hayan ofendido?” se preguntan volviendo al ataque.

La gente grita. José, Nicodemo, los demás que se han mostrado amigos y con ellos el hijo de Gamaliel, creen que deben intervenir. La disputa se desarrolla entre enemigos y amigos de Jesús.

Jesús no dice nada. Está cruzado de brazos. Escucha mientras creo que despida una fuerza tal que impide a las multitudes abalanzarse contra los enemigos.

“Debemos defendernos y defender” aúlla un judío malo.

“Basta de ver a las multitudes fascinadas y tras de Él” grita otro.

“¡Somos nosotros los poderosos! ¡Sólo nosotros! ¡Sólo a nosotros se debe escuchar y seguir!” grita en medio de aullidos un escriba.

“¡Largo de aquí! ¡Jerusalén es nuestra!” dice un sacerdote rojo de ira como un guajolote.

“¡Sois unos perjurios!”

“¡Unos ciegos!”

“¡Las multitudes os abandonan porque os lo merecéis!”

“Sed santos si queréis que se os ame. El poder no se conserva abusando de él. ¡El poder se apoya en la estima que el pueblo tenga de su gobernante!” gritan los del partido contrario y mucha gente.

“¡Silencio!” dice Jesús. “La tiranía, la imposición no pueden cambiar el cariño, la manifestación de gratitud por el bien recibido. Recojo lo que he dado: amor. Vosotros, al perseguirme no hacéis otra cosa que aumentar este amor que me compensa del que no me tenéis. ¿No comprendéis con toda vuestra sabiduría que *perseguir una doctrina no sirve sino para aumentar su poder*, sobre todo si corresponde a realidad de lo que enseña? ¡Oh Israel, escucha un vaticinio mío! ¡Cuanto más persigáis al Rabí de Galilea y a sus seguidores, tratando de aplastar con la fuerza su doctrina, que es divina, tanto más ayudaréis a que prospere y a que se extienda por el mundo. Cada gota de sangre de los mártires que hiciereis, esperando triunfar y reinar con vuestras leyes y preceptos corrompidos, hipócritas, que no corresponden a la ley de Dios, cada lágrima de los santos que aplastaréis, será semilla de futuros seguidores míos. Seréis vencidos cuando creéis haber triunfado. Idos. También Yo me voy. Los que me aman, que me busquen más allá de los confines de la Judea en la Transjordania, o me esperen allí, porque como relámpago que corta el oriente y el occidente, así será veloz el caminar del Hijo del hombre hasta que suba a su altar y trono, nuevo Pontífice y nuevo Rey, y se quedará allí, ante los ojos del mundo, de todo lo creado, de los cielos, en una de tantas manifestaciones suyas que sólo los buenos son capaces de comprender”.

Los enemigos fariseos y compinches se han ido. Se quedan los otros. El hijo de Gamaliel lucha entre acercarse a Jesús o no. Decide por irse...

“Maestro ¿verdad que no nos odias porque seamos de la misma clase?” pregunta Eléazar.

“Jamás castigo a un sólo individuo porque la clase a la que pertenece sea indigna de él. No tengáis miedo” responde Jesús.

“Ahora nos odiarán...” dice en voz baja Joaquín.

“¡Es honra para nosotros el serlo!” responde Juan el sinedrasta.

“Dios robustezca a los débiles y bendiga a los fuertes. ¡Os bendigo a todo en nombre del Señor!” y abriendo sus brazos les da la bendición mosaica³.

Se despide de Lázaro, de sus hermanas, de Máximo, de las discípulas y empieza su camino...

Los verdes lugares que hay al lado del camino que lleva a Jericó le dan la bienvenida...

³ Cfr. Núm. 6, 22-27.

69. Hacia el monte Adumín

7 febrero 1946

“¿A dónde vamos ahora que empieza a bajar el día?” se preguntan los apóstoles. Hablan de lo sucedido, pero no en voz alta para no abatir al Maestro que se le ve muy pensativo.

La tarde sigue bajando mientras caminan, siempre detrás del Maestro. A los pies de una cadena de montes muy recortados se ve una pequeña población.

“Aquí nos quedaremos a pasar la noche” ordena Jesús. “Quedaos vosotros aquí, que voy a orar sobre aquellos montes...”

“¿Solo? ¡Ah, eso no! ¡Solo al Adumín, no! Con todos esos ladrones que te buscan. ¡No, eso no!...” protesta Pedro.

“¿Qué quieres que me hagan! ¡No tengo nada!”

“No me refiero a eso, sino a los que te odian. Se conformarían con tu vida. Así no deben matarte... como si fueras un cobarde. Para que tus enemigos inventen quién sabe qué cosa para alejar a las turbas de tus enseñanzas” torna a decir Pedro.

“Maestro, Simón de Jonás tiene razón. Serían capaces de hacer desaparecer tu cuerpo y decir que has huido, al sentirte desenmascarado. O bien... hasta podrían llevarte a lugares malos, a casa de alguna prostituta, para decir: ‘¡Ved dónde y cómo ha muerto! ¡Es un pleito por una meretriz!’ Dijiste bien: *“Perseguir una doctrina quiere decir hacer que crezca su fuerza”*, y lo he notado, porque no perdí de vista al hijo de Gamaliel que lo aprobó con la cabeza. Pero también se dice algo que ha de ser verdadero que ‘hacer parecer ridículo a un santo y a su doctrina es el arma más segura para hacer que muera y para que desaparezca la estima que la gente tuviera de él’” dice Judas Tadeo.

“Es cierto. Y esto no debe suceder” concluye Bartolomé.

“No te prestes a las jugadas de tus enemigos. Piensa que no sólo Tú, sino la voluntad que te envió, sería aniquilada por esta imprudencia, y se vería que los hijos de las tinieblas han vencido por lo menos durante unos momentos, a la Luz”. Añade Zelote.

“¡Claro que sí! Siempre andas diciendo y nos hieres el corazón al decirlo que deben matarte. Recuerdo el regaño que diste a Simón Pedro y no te digo: ‘Que esto no suceda nunca’. Pero creo, sin ser un satanás, poder decirte: ‘Por lo menos sea de tal modo que sea una glorificación para Ti, un sello inequívoco de tu santa Persona, y una condenación clara de tus enemigos. Que las multitudes sepan que pueden tener los elementos para distinguir y para creer’. Por lo menos esto, Maestro. La misión santa de los Macabeos jamás parece tan grande como cuando Judas, hijo de Matatías, murió como héroe y salvador en el campo de batalla¹. ¿Quieres ir al Adumín? Iremos contigo. Somos tus apóstoles. ¡Donde está el jefe, ahí sus criados!” dice Tomás. Debo aclarar que pocas veces lo he oído hablar con tanta elocuencia.

“¡Es verdad! ¡Es verdad! Si te atacan, a nosotros deben atacarnos primero” dicen varios.

“¡Oh, no nos atacarán tan fácilmente! Han de estar curándose la quemada de las palabras de Claudia... ¡Son astutos, y demasiado! No pueden olvidar que Pilatos sabe a quién mandar a la muerte. Se han traicionado demasiado a sí mismos, y a los ojos de Claudia. Meditarán la manera de poner sus trampas que no sean tan vulgares. Tal vez nuestro miedo no tenga razón de ser. ¡No somos los pobres desconocidos de antes! ¡Ahora está Claudia!” habla Iscariote.

“¡Bien, bien!... No vamos a quedarnos encerrados. ¿Qué quieres hacer en el Adumín?” pregunta Santiago de Zebedeo.

“Orar y buscar un lugar para que todos, en días que están por venir, allí nos preparemos a las nuevas y siempre más encarnizadas luchas”.

“¿De parte de los enemigos?”

“No. También de parte nuestra. Tenemos mucha necesidad de vernos fortificados”.

“¿Pero no acabaste de decir que quiere ir hasta los confines de Judea y a la Transjordania?”

“Lo dije e iremos. Pero después de la oración. Iré a Acor, y luego por Doco, a Jericó”.

¹ Cfr. 1 Mac. 9, 1-22.

“¡No, no, Señor! Son lugares nefastos para los santos de Israel. No vayas allá. Te lo digo. Lo presiento. Algo me lo dice dentro de mí. ¡No vayas! ¡En nombre de Dios no vayas!” grita Juan que parece como si estuviera a punto de perder los sentidos, como si fuera presa de alguna visión pavorosa... Todos lo miran estupefactos porque nunca lo habían visto de igual modo. Nadie se burla de él, Todos comprenden que se encuentra ante algo sobrenatural y respetuosos guardan silencio. También Jesús guarda silencio, hasta que ve que la cara de Juan vuelve a ser la misma y que agrega: “¡Oh, Señor mío, cuánto he sufrido!”

“Lo sé. Iremos a Carit. ¿Que dice tu espíritu?” Me llama la atención con qué profundo respeto habla a Juan...

“¿Me lo preguntas? ¿A mí que soy un muchacho tonto? ¿Tú que eres la Sabiduría altísima²?”

“A ti. Sí. *El más pequeño es el mayor cuando humildemente habla con su Señor sobre el bien de sus hermanos.* Habla pues...”

“Sí, Señor. Vamos a Carit. Hay lugares escarpados donde podemos recogernos en el Señor, y cerca están los caminos de Jericó y Samaría. Bajaremos para reunir a los que te aman y esperan en Ti. Te los llevaremos, o te llevaremos a Ti donde estén ellos, y luego nos alimentaremos de la oración... Descenderá el Señor a hablar a nuestros corazones... a abrir nuestros oídos para que oigan su Palabra que comprenden del todo... a invadir nuestros corazones con sus fuegos. Porque sólo si somos ascuas*, podremos resistir los sufrimientos de la tierra. Porque sólo si experimentamos antes el dulce martirio del amor completo podremos estar prontos para soportar el del odio humano... Señor... ¿Qué he dicho?”

“Mis palabras, Juan. No tengas miedo. Entonces quedémonos aquí, y mañana cuando amanezca iremos a los montes”.

70. Después del retiro en el Carit

9 febrero 1946

Desde una cadena montañosa que parece subir a cada momento, lo que tal vez quiera demostrar con una continuación de colinas rocosas, a pico, ásperas, se entreven partes del Mar Muerto al sureste respecto del lugar donde están los apóstoles con el Maestro. El Jordán y su fértil llanura no se ven, tampoco Jericó, ni alguna ciudad. Tan sólo se ven montes y montes que se yerguen en dirección de Samaría y el Mar Muerto por entre dos series de montes. Abajo un arroyo que va en dirección oriental, y al Jordán sin duda alguna. Los graznidos de cuervos llenan el aire, los cánticos de los pajaritos, la fronda de las pendientes silvestres. Se oye el rumor del viento que silba entre las hendiduras. Se percibe también el ruido de las sonajas allá en el fondo del valle, lo mismo que el balido de una que otra oveja. Puede oírse el ruido que hace el gotear de algunas rocas. En general la estación es buena, seca tibia. Las pendientes son alfombras de esmeralda con sus flores, algunas de las cuales penden, se columpian alegres desde altas rocas, o de viejos troncos.

Las caras de los trece despiden alegría sobrenatural. No se acuerdan más del mundo. Está lejos... Sus corazones han vuelto a tomar el equilibrio sacudido con tantos asaltos, y se entregaron a Dios.

Pero el retiro ha terminado, según dice Jesús. Pedro repite su súplica que dijo en el Tabor: ‘Oh, ¿por qué no nos quedamos aquí? ¡Nos sentimos felices de estar aquí contigo!’

“Porque nos espera el trabajo, Simón de Jonás. No podemos entregarnos sólo a la oración. El mundo espera que lo adoctrinemos. No pueden detenerse los obreros del Señor, mientras haya campos qué sembrar”.

² Cfr. Prov. 8-9; Sab. 6-9; Ecl. 1, 1-25; Ju. 1, 1-18.

* ascua = pedazo de materia que está ardiendo sin dar llama.

“Entonces... yo... que me hago bueno sólo cuando me aíso de este modo, nunca lo conseguiré... ¡Vasto que es el mundo! ¿Cómo podremos sembrarlo y lograr recogernos en Ti antes de morir?”

“Es claro que no sembraréis todo. Pasarán los siglos. Y cuando haya sido sembrada una parte, vendrá satanás a destruirla. Habrá, pues, necesidad de trabajar, hasta el fin de los siglos”.

“¿Entonces cómo podré prepararme para morir?” Pedro pregunta con voz triste.

Jesús lo abraza diciéndole: “Tendrás tiempo. No es necesario que sea largo. Basta un acto de recogimiento perfecto para prepararse a estar ante el tribunal de Dios. Tú tendrás todo el tiempo. Por otra parte ten en cuenta que *el cumplimiento de la voluntad de Dios es siempre una preparación a una muerte santa*. Si Dios te quiere activo, obedece. Te preparas mejor en la actividad, porque obedeces, que si te encerrases entre las más solitarias rocas a orar y contemplar. ¿Convencido?”

“¡Lo estás diciendo Tú! ¿Entonces qué debemos hacer?”

“Desparramarnos por los senderos de los valles, reunir a quien me espere, predicar al Señor y su doctrina hasta que llegue”.

“¿Te quedas solo?”

“Sí. No tengáis miedo. Ved que algunas veces el mal ayuda al bien. Aquí los cuervos dieron de comer a Elías¹. Nosotros podemos decir que los buitres feroces nos calmarán el hambre”.

“¿Crees que exista algún movimiento de conversión?”

“No. Pero la caridad que tuvieron, movida aun por el pensamiento de que no los traicionaríamos...”

“¡Pero si no lo hemos hecho!” exclama Andrés.

“Claro que no, pero ellos, ladrones, infelices, no lo saben. No hay nada de espiritual en su obras, fatigados como están por el peso de sus delitos”.

“Señor, acabas de decir que la caridad... No entendí qué quisiste decir” pregunta Juan.

“Quise decir que la caridad que tuvieron para con nosotros, no dejará de tener su recompensa, al menos entre los mejores. La conversión que no ha ocurrido, puede efectuarse poco a poco en lo porvenir. Por esto os dije: ‘No rechacéis lo que os dan’. Y lo acepté aun cuando tenía hedor de pecado”.

“Y también comiste...”

“Cierto pero no los mortifiqué, rechazándolos. Un movimiento inicial de caridad había en ellos. ¿Por qué destruirlo? Ese arroyo que corre allá en el fondo ¿no nace del manantial que gotea de aquella roca? Tenedlo siempre presente. Y es una lección para vuestra vida futura. Para cuando no estaré más entre vosotros. Si encontrareis durante vuestros viajes a algunos delincuentes, no seáis como los fariseos, que desprecian a todos y no se preocupan de despreciarse a sí mismos, corrompidos como lo están, sino más bien acercaos a ellos con mucho amor. Quisiera decir con ‘amor infinito’. Más bien, lo afirmo. Es posible que llegue a suceder aun cuando el hombre sea un ser ‘finito limitado’ en sus acciones y en sus hechos.

¿Sabéis cómo el hombre puede poseer un amor infinito? Uniéndose totalmente a Dios para ser una sola cosa con Él. Entonces la criatura desaparece en el Creador, obra Él que es infinito. Así unidos con Dios por la fuerza del amor, deberán ser mis apóstoles. *Convertiréis los corazones no por la manera con que habléis, sino por el modo con que obréis.* Si encontrareis pecadores, amadlos. Si encontrareis discípulos que se extravían, sufrid por ellos. Tratad de salvarlos con amor. Recordad la parábola de la oveja perdida. Os digo que por siglos y siglos será la llamada dulcísima lanzada a los pecadores. Pero también será una orden clara dada a los sacerdotes. Empleando todos los medios, todo sacrificio, aun a costa de perder la vida por salvar un alma, pacientemente deberéis ir buscando a los extraviados para que vuelvan al redil.

¹ Cfr. 3 Rey. 17, 2-6.

El amor os dará alegría. Os dirá: 'No tengáis miedo'. Os permitirá que os extendáis así por el mundo, como ni Yo mismo lo he hecho. El amor de los futuros justos no deberá ponerse como una señal exterior sobre el corazón o sobre el brazo, como dice el Cantar de los Cantares². Sino que debe ponerse dentro del corazón. Debe ser el fermento que empuja el alma a cualquier acción. *Y cada acción debe ser una sobreabundancia de caridad* que nunca dice basta de amar a Dios o de amar al prójimo mentalmente, sino que baja a la arena, a la lucha contra los enemigos de Dios, para amarlo a Él y al prójimo, aun cuando sea con acciones materiales que poco a poco conducen a la redención y santificación de los hermanos. Por la contemplación se ama a Dios, pero por la acción al prójimo. Ambos amores no están divididos, porque el amor es uno solo, y al amar al prójimo, amamos a Dios que nos ordena que lo hagamos así. No podréis decir vosotros, ni los futuros sacerdotes, que sois mis amigos si vuestra caridad y la de ellos no se vuelve toda ella a la salvación de las almas por las que me he encarnado y por las que padeceré. Os doy ejemplo de cómo se ama. Vosotros y los que vinieren detrás de vosotros, tenéis qué imitarme. Se acerca la nueva era. La del amor. He venido a poner fuego en los corazones que crecerá aun después de mi pasión y ascensión y os incendiará cuando el Amor del Padre y del Hijo, descienda a consagrarlos para el ministerio.

¡Divinísimo Amor! ¿Por qué tardas en consumir la Víctima, en abrir los ojos y las orejas, en soltar las lenguas a esta grey mía, para que vaya entre lobos y enseñe que Dios es caridad, y que quien no la tiene en sí, no es sino un animal, un demonio? ¡Ven, espíritu dulcísimo y fortísimo, e incendia la tierra, no para destruirla sino para purificarla! ¡Incendia los corazones! Haz que los otros sean como Yo, unos ungidos del amor, que obren por amor, santos y santificadores por amor.

Bienaventurados los que amen porque serán amados, y no dejará su alma un instante de alabar a Dios junto con los ángeles hasta que lo alaben en la gloria eterna, en la luz del cielo. Que esto así sea, amigos míos. Id ahora y haced con amor lo que os he dicho”.

71. Esenios y fariseos.

Parábola del administrador infiel ¹

10 febrero 1946

Mucha gente está esperando al Maestro, y se ha esparcido por las pendientes inferiores de un monte más bien separado de los demás, porque emerge de un entretejido de valles que lo rodean, y de donde nacen sus faldas, mejor dicho, se levantan abruptas casi a pico y en algunos lugares verdaderamente a pico. Para llegar a la cima hay una vereda hecha en la roca calcárea que rasguña el monte, teniendo por límites por una parte lo escarpado del monte, y por la otra el precipicio. La vereda amarillo-oscuro, que tiende al rojo, parece una cinta tendida entre el verde polvoriento de los matorrales de espinas. Creo que las hojas son las mismas espinas que cubren las pendientes pedrosas y secas, entrelazándose aquí y allá con una flor purpúrea-roja, semejante a un penacho o a un trozo de seda, arrancado de algún vestido. Y este manto espinoso, de un verde glauco, triste como si estuviera cubierto de impalpable ceniza se extiende por lugares aun a los pies del monte y en la llanura entre el monte y los otros, tanto al noroeste como al sudeste, y sólo en pocos lugares se puede ver lo que llamamos hierba y arbustos que no son tormento, ni espinosos.

La gente se encuentra por estos lugares y paciente espera la llegada del Señor. Ha de ser el día siguiente al que habló a los apóstoles porque es de mañana. El rocío aun no se ha evaporado de los espinos y de las hojas, sobre todo en aquellos lugares donde el sol todavía no ha tocado y reviste a flores y hojas con colores diamantinos. Es la hora de la hermosura de este solitario monte, porque en las otras, bajo un sol despiadado o en las noches de luna, debe presentar un aspecto horrible, algo como un espectro infernal. Al oriente se ve una

² Cfr. Cant. 8, 6.

¹ Cfr. Lc. 16, 1-18; Mt. 19, 8.

ciudad rica y extensa en la llanura fertilísima. No se ve otra cosa más de esta parte, todavía baja, donde hay peregrinos, pero desde la cima la vista debe gozar de un panorama extenso. Creo que debido a la altura del monte se podrá ver el Mar Muerto, su zona oriental, las cadenas de montes de Samaria y las que esconden a Jerusalén. Yo no he estado en la cima, y por lo tanto...

Los apóstoles circulan entre la gente tratando de tenerla quieta y ordenada, de poner en los mejores lugares a los enfermos. Algunos discípulos, tal vez los que trabajan en esta zona, y que habrán guiado hasta los confines de la Judea a los peregrinos que quisieron oír al Maestro, ayudan también.

De pronto se deja ver Jesús con su vestido blanco de lino, pero envuelto en su manto rojo para atenuar el calor del día con lo fresco de las noches que todavía no son de verano. Mira, sin que lo vean, a la gente que lo está esperando. Sonríe. Parece que ha venido de detrás del monte (parte occidental), como de la mitad y rápido descendiendo por el difícil sendero. Es un muchacho al que, no sé si por seguir el vuelo de pájaros que anidan en los zarzales y que salieron volando espantados por una piedra que ha rodado de lo alto, o porque se haya sentido atraído, lo ve y grita, poniéndose de pie: "¡El Señor!"

Todos se voltean y miran a Jesús, que está a unos doscientos metros a lo más. Tratan de correr, pero Él con un brazo y con su voz que llega clara, tal vez por el eco del monte, les ordena que se queden donde están. Y siempre sonriente baja, y se detiene en el punto más alto de la planicie. Desde allí envía su saludo: "La paz sea con todos vosotros" y con una sonrisa especial repite el saludo a los apóstoles y discípulos que tiene a su alrededor.

Jesús irradia belleza. Con el sol enfrente y el costado verde del monte a las espaldas, parece una visión inimaginable. Las horas que ha pasado en la soledad, algo que conocemos, tal vez algo que deja traslucir de su contacto con el Padre, no lo sé, acentúan su siempre perfecta belleza. Le dan un aire de imponencia, de serenidad, diría yo, alegre, como de quien regresa de donde está la persona amada, y trae consigo la noticia en el rostro, en los ojos. Subraya a los presentes que admirados lo contemplan en silencio, como atemorizados al intuir algo de misterio entre el Altísimo y su Verbo...

Jesús baja sus ojos radiantes, baja su rostro bienaventurado, esconde su sonrisa prodigiosa, inclinándose sobre los enfermos a quien acaricia y cura, los cuales miran admirados ese rostro de sol y de amor. Terminado se yergue y muestra a las turbas lo que es el Rostro del Pacífico, del Santo, del Dios hecho carne, todavía envuelto en la luminosidad que dejó el éxtasis. Repite: "La paz sea con vosotros". Hasta su voz es más musical... Fuerte se extiende sobre sus oyentes, llega a sus corazones, se los acaricia, los sacude, los invita a amar.

Todos sienten esto, menos el grupo de fariseos secos, áridos, espinosos más que el monte mismo. Están como estatuas de incomprensión y de rabia en un ángulo. Menos el otro que está vestido completamente en blanco y separado, que escucha desde una parte alta. Oigo que Bartolomé e Iscariote los llaman "esenios". Pedro refunfuña diciendo: "Y así tenemos una parvada más de gavilanes".

"Déjalos en paz. ¡Mi palabra es para todos!" dice sonriente Jesús, aludiendo a los esenios. Empieza a hablar.

"Sería una cosa bella que el hombre fuese perfecto, como lo quiere el Padre celestial. Perfecto en sus pensamientos, sentimientos, acciones. Pero no sabe serlo y emplea mal los dones de Dios, el cual concedió al hombre la libertad de obrar, pero dando sus órdenes para las cosas buenas, aconsejando las perfectas, a fin de que el hombre no pudiera decir: 'No lo sabía yo'.

¿Qué uso hace el hombre de la libertad que Dios le ha dado? Casi todos como podría usarla un niño o un necio; o algunos como un delincuente. Pero luego llega la muerte y entonces el hombre tiene que presentarse ante el Juez que severo le preguntará: '¿Cómo usaste y abusaste de lo que te di?' ¡Terrible pregunta! Entonces, menos que paja parecerá lo que valen los bienes de la tierra, por los cuales frecuentemente el hombre se hace pecador.

Pobre en medio de una miseria eterna, con una vestidura que no puede sustituir nada, estará humillado, tembloroso ante la majestad del Señor y no encontrará palabras para excusarse. En la tierra es fácil hacerlo, engañando a los pobres hombres. Pero en el cielo esto no sucede. A Dios no se le engaña. Jamás. Dios no acepta contubernios. Jamás.

¿Cómo salvarse entonces? ¿Cómo hacer que todo sirva para la salvación, aun aquello que viene de la corrupción, que ha enseñado que los metales, las piedras preciosas son instrumento de riqueza, que ha despertado la manía del poder y los apetitos de la carne? ¿No podrá el hombre que por pobre que sea puede pecar deseando inmoderadamente el oro, el poder, las mujeres y que algunas veces para tener lo que el rico tiene? ¿No podrán, pregunto, el pobre y el rico, salvarse? Sí. ¿Y cómo? Disfrutando de las cosas para el bien; de la pobreza para el bien. El pobre que no envidia, no maldice, no desea lo de otros, sino que se contenta con lo que tiene, se satisface de su condición humilde para ser santo. En verdad os digo que la inmensa mayoría de pobres lo sabe hacer. Pero no los ricos para los cuales la riqueza es una trampa continua de Satanás, de la triple concupiscencia.

Escuchad la siguiente parábola y veréis que también los ricos pueden salvarse siéndolo, o reparar sus errores con el buen uso de las riquezas, aun mal adquiridas, porque Dios, que es Bueno, ha dejado a la disposición de sus hijos muchos medios para que se salven.

Había, pues, un rico que tenía un administrador. Algunos enemigos suyos que envidiaban su puesto, o muchos amigos del rico que se preocupaban por su fortuna, acusaron al administrador. ‘Despilfarra tus bienes. Se aprovecha de ellos. No hace porque fructifiquen como debieran. Pon atención. Toma tus providencias’.

El rico, después de varias y repetidas acusaciones, mandó llamar a su administrador. Le dijo: ‘Me han dicho de ti esto y aquello. ¿Cómo es posible que hayas obrado de este modo? Dame cuenta de tu administración porque no lo tendrás más. No tengo confianza en ti. No puedo dar ejemplo de injusticia y de estupidez, lo que haría que tus demás compañeros siguiesen tus pasos. Ve y regresa con todas las facturas, para que las examine y me dé cuenta de la situación de mis bienes antes de darlos a otro’. El administrador salió pensativo y se decía entre sí: ‘¿Y qué voy a hacer ahora que el patrón me quita la hacienda? Ahorros no tengo, porque como estaba seguro de tener todo a mi disposición, lo que tomaba lo gastaba. Meterme de campesino, de criado, ¡eso no!, porque no estoy acostumbrado al trabajo y sí a las crápulas. ¿Pedir limosna? ¡Eso ni soñarlo! ¡Demasiado rebajarme! ¿Qué haré?...’

Pensando y pensando encontró la salida a su difícil situación. Dijo: ‘¡He dado con el clavo! Con los mismos medios que me regalaron una buena vida hasta ahora, de hoy en adelante me procuraré amigos que me hospedarán por agradecimiento cuando no tenga más la administración. Quien hace favores tiene amigos. Vamos, pues, a hacer el bien y démonos prisa, antes de que la noticia se esparza y sea demasiado tarde’.

Fue a varios deudores de su patrón. Dijo al primero: ‘¿Cuánto debes a mi patrón por la suma que te prestó en la primavera de hace tres años?’

Le respondió: “Cien barriles de aceite, con todo e intereses’.

‘¡Oh, pobrecito! Tú que estás cargado de hijos, y eso hasta enfermos ¿tener qué pagar tanto? ¿No te prestó por valor de treinta barriles?’

“Así es, pero como tenía necesidad inmediata me dijo: ‘Te presto, con la condición de que me des lo que te rinda en tres años’. Y me ha rendido por valor de cien barriles. Los debo entregar”.

‘¡Es una usura! No. No. Él es rico, y tú apenas estás fuera de la frontera del hambre. Él tiene poca familia, y tú con demasiada. Escribe que te rindieron cincuenta barriles y no te preocupes más. Juraré que es verdad y tú te encontrarás mejor’.

‘¿No me traicionarás? ¿Y si lo llegase a saber?’

‘¿Lo crees? Yo soy el administrador, y lo que juro se acepta. Haz como te digo y que te vaya bien’.

El hombre escribió, entregó la factura y dijo: ‘¡Que Dios te bendiga, amigo mío y salvador! ¿Cómo te pagaré?’

‘¡Oh, no es nada! Sólo quiero decir que si por ti tuviese qué sufrir algo o que me echase fuera, me acogerías por agradecimiento’.

‘¡Claro, hombre! ¡Eso ni dudarlo!’

El administrador fue a otro deudor, y más o menos el diálogo fue el mismo. Este deudor tenía qué pagar cien fanegas de trigo, porque durante tres años la sequía había acabado con sus campos, y se había visto obligado a pedir el préstamo para poder dar de comer a su familia.

“¡Oye, no te preocupes en dar el doble! ¡Negar el trigo! ¡Exigir el doble de alguien que tiene hambre e hijos, mientras sus graneros están que revientan! Escribe ochenta fanegas’.

‘¿Y si se acuerda que me dio veinte, y luego veinte más y después diez?’

‘¿Cómo quieres que se acuerde? Yo fui quien te las dio y *no quiero* acordarme. Haz como te digo, y déjate de cosas. ¡La justicia es necesaria entre pobres y ricos! Si yo fuera el patrón, pediría sólo las cincuenta, y ¡tal vez hasta te las perdonaría!’

‘Tú eres bueno. ¡Si todos fueran como tú! Recuerda que mi casa es tuya’.

El administrador fue a otros. Empleó igual modo, ¡dijo que está pronto a sufrir para poner las cosas en su lugar y con justicia! Le llovieron ofertas de ayuda y bendiciones. Contando con el mañana, tranquilo fue a ver a su patrón, el cual a su vez, había seguido las huellas de su administrador y descubriendo la jugada. Sin embargo lo alabó diciendo: “Lo que hiciste no está bien, y por eso no puedo alabarte. Pero sí lo debo por tu sagacidad. En verdad que los hijos del siglo son más listos que los de la Luz”.

Y lo que dijo el rico, también Yo os lo digo: *‘El fraude no es bueno, y no alabaré nunca al que lo cometa. Pero os exhorto que seáis por lo menos como los hijos del siglo, que empleáis los medios del siglo, para hacer que produzcan monedas con las que se entre en el reino de la luz’*. Esto es haceros de amigos que os abran las puertas del reino eterno con las riquezas terrenales, medios injustos en la repartición y que se les empleó en conseguir un bien transitorio que no tiene valor allá. Haced el bien con los medios que tenéis; restituid lo que vosotros u otros de la familia han tomado sin derecho: arrancad de vosotros el afecto malo y culpable por las riquezas, y será todo esto como amigos que a la hora de la muerte os abrirán las puertas eternas y os recibirán en las moradas de bienaventuranza.

¿Cómo pretendéis que Dios os dé sus bienes del paraíso si ve que no sabéis hacer buen uso de los terrenales? ¿Creéis que, por una suposición imposible, se admita en la Jerusalén celestial a despilfarradores? ¡Eso nunca! Allá arriba se vive caritativa, generosa y justamente. Todos para Uno y todos para todos. La comunión de los santos es una sociedad honrada, santa. Ninguno que haya sido injusto, infiel, puede formar parte de ella.

No digáis: “Allá arriba seremos felices y justos porque allá todo lo tendremos sin temor de algo”. No. Quien es infiel en lo poco, será infiel aun si poseyese el Todo, y quien es injusto en lo poco, lo es en lo mucho. Dios no confía las verdaderas riquezas a quien en la prueba terrena muestra no saber usar las riquezas materiales. ¿Cómo puede Dios confiaros algún día en el cielo el que ayudéis a vuestros hermanos en la tierra, cuando no hicisteis otra cosa sino arrebatar y cometer el fraude, o conservar avaramente lo que tenéis? No os dará por consiguiente vuestro tesoro que os había reservado, sino que lo dará a los que supieron ser listos en la tierra, aun cuando usaron lo que es injusto y mal visto en obras que lo hicieron justo y bien visto.

Ningún siervo puede servir a dos patrones. Porque será fiel a uno y no al otro. Los dos patrones que el hombre puede elegir son Dios y Mammona. Si quiere pertenecer al primero, no puede vestirse con las insignias del segundo, ni seguir sus órdenes, y medios”.

Una voz del grupo de los esenios se levanta: “El hombre no es libre de escoger. Está obligado a seguir su destino. Y afirmamos que se da a cada uno sabiamente. Aun más la Mente perfecta ha establecido, según una disposición también perfecta, el número de los que serán dignos de los cielos. Respecto de los otros es inútil que se esfuercen en serlo. Así es. No puede ser de otro modo. Así como uno que al salir de su casa puede encontrar la muerte porque le cayó encima una piedra que se desprendió de la cornisa, o bien otro puede

encontrarse en lo más reñido de la batalla y salir de ella sin ningún rasguño, de igual modo el que quiere salvarse, y si no está escrito, no hará otra cosa más que pecar aun sin saberlo, porque su condenación está sellada”.

“No. Así no es. Pensando así, injurias al Señor”.

“¿Por qué? Demuéstramelo y cambiaré de opinión”.

“Porque al decir esto, admites mentalmente que Dios es injusto con sus hijos. Él ha creado a todas de igual modo y con igual amor. Es un Padre. Perfecto en su paternidad, como en todas las otras cosas. ¿Cómo puede hacer distinciones, y maldecir a alguien que está todavía dentro del seno de su madre y por lo tanto inocente?”

“Para tener una cierta recompensa cuando el hombre lo ofenda”.

“No. ¡De este modo no se aprovecha Dios! No se contentaría con un miserable sacrificio como este, además de injusto y forzado. La culpa cometida contra Dios sólo puede quitarla el Dios hecho hombre. Será el expiador. No este o aquel hombre. ¡Oh, si hubiera sido posible que sólo quitara Yo la culpa de origen! ¡Que ningún Caín hubiera existido sobre la tierra, ningún Lamec², ningún sodomita corrompido³, ningún homicida, ladrón, fornicador, adúltero, blasfemo, deshonorador de sus padres, perjurio! Y de todos estos pecados Dios no es culpable sino el hombre. Dios ha dejado en libertad al hombre de escoger el bien o el mal”.

“No hizo bien” grita un escriba. “Nos puso en la tentación más de lo necesario. Sabiendo que somos débiles, ignorantes, drogados, nos puso en ella. A esto se le llama imprudencia o perversidad. Tú que eres justo estarás de acuerdo conmigo que tengo razón”.

“Dices una mentira para tentarme. El Señor dio a Adán y a Eva *todos* los consejos ¿y de qué sirvió?”

“Hizo mal entonces. No debía haber puesto el árbol, la tentación en el jardín”.

“Entonces ¿dónde se queda el mérito del hombre?”

“No era necesario. Vivía sin mérito suyo y sólo por el de Dios”.

“Quieren probarte, Maestro. Deja a esas serpientes, y escúchanos a nosotros que vivimos en continencia y meditación” grita de nuevo el esenio.

“Es verdad que vivís, pero no bien. ¿Por qué no vivir santamente?”

El esenio no responde pero sí agrega: “Como me diste una razón persuasiva sobre el libre albedrío, y la meditaré honradamente, esperando poder aceptarla, dime pues ¿crees realmente en una resurrección de los cuerpos y en una vida de los espíritus que encontrarán su perfección allá?”

“¿Y quieres que Dios ponga fin a la vida del hombre de este modo?”

“Pero el alma... Puesto que el premio la hace bienaventurada, ¿para qué hacer que resucite la materia? ¿Con ello aumentará el gozo de los santos?”

“Ninguna cosa aumentará el gozo que tendrá un santo cuando posea a Dios. Esto es, una sola cosa se la aumentará el último día: la de saber que el pecado no existe más. ¿No te parece razonable y justo que así como durante *este* día cuerpo y alma estuvieron unidos, luchando por la posesión del cielo, vuelvan a unirse en el día eterno para gozar del premio? ¿No lo crees? Entonces ¿por qué vives en continencia y oración?”

“Para... para ser mejor, para ser superior a los animales que obedecen sus instintos sin freno alguno, y para ser superior a la mayoría de los hombres entregados a la animalidad aunque traigan filacterias, fimbrias, zizit, vestidos largos y se llamen ‘los separados’”.

¡Anatema! Los fariseos al sentir la flecha que hace que la gente murmure contra ellos, se retuercen, gritan, como obsesos. ¡Nos ha insultado, Maestro! ¡Conoces nuestra santidad! ¡Defiéndenos!”

Jesús responde: “También él conoce vuestra hipocresía. Los vestidos no corresponden a la santidad. Hacedos dignos de que se os alabe y se hable en vuestro favor. En cuanto a ti, esenio, te digo que por muy poco te estás sacrificando. ¿Para qué? ¿Para quién? ¿Por

² Cfr. Gén. 4.

³ Cfr. Gén. 19, 1-29.

cuánto? Por una alabanza humana. Por un cuerpo mortal. Por un tiempo, que pasa rápido como el velo de un halcón. Eleva tu sacrificio. Cree en el Dios verdadero, en la bienaventurada resurrección, en el libre arbitrio del hombre. Vive como asceta, pero por estas razones sobrenaturales, y con tu cuerpo resucitado gozarás del eterno júbilo”.

“¡Es tarde! ¡Soy ya viejo! Tal vez me acabé la vida en una secta equivocada... ¡Todo ha terminado!”

“¡No! Nada termina para el que quiere el bien. Oíd, vosotros pecadores, quienes estáis en el error, vosotros, cuyo pasado haya sido cualquiera. Arrepentíos. Venid a la misericordia. Os abre los brazos. Os señala el camino. Soy fuente pura, y fuente de vida. Deshaceos de las cosas que hasta ahora os han extraviado. Venid desnudos a lavaros. Revestíos de luz. Renaced. ¿Habéis robado en los caminos, o vivido astutamente de vuestros negocios y administraciones? Venid. ¿Habéis llevado una vida de vicios y de pasiones impuras? Venid. ¿Habéis sido opresores? Venid. Venid. Arrepentíos. Venid al amor y a la paz. Dejad que el amor de Dios pueda derramarse sobre vosotros. Consolad a este amor que sufre por vuestra resistencia, miedo, titubeos. Os lo ruego en el nombre de mi Padre y vuestro. Venid a la vida, a la verdad, y conseguiréis la vida eterna”.

Un hombre de entre la gente grita: “Yo soy rico y pecador ¿Qué debo hacer para ir?”

“Renuncia a todo por amor de Dios y de tu alma”.

Los fariseos murmuran, hacen befa de Jesús como de ‘un vendedor de ilusiones y herejías’, como de un ‘pecador que finge ser santo’ y le advierten que los herejes son siempre herejes, y que también los esenios. Dicen que las conversiones inmediatas no son sino entusiasmos momentáneos y que el impuro seguirá siéndolo, lo mismo que el ladrón y el homicida serán lo que son. Terminan diciendo que sólo ellos que viven en santidad perfecta, tienen derecho al cielo y a predicar a los demás.

“El día había empezado feliz. Una lluvia de semillas de santidad caía sobre los corazones. Mi amor, alimentado con el beso de Dios, da vida a las semillas. El hijo del hombre se sentía dichoso de santificar... Vosotros me habéis envenenado y oscurecido el día. Pero no importa. Os digo –y si no fuera dulce, la culpa es vuestra- os digo que sois de los que aparentan ser justos, o tratan de serlo ante los ojos de los hombres, pero en realidad no lo sois. Dios conoce vuestros corazones. Lo que es grande ante los hombres es abominación ante la inmensidad y perfección de Dios. Citáis la ley antigua. ¿Por qué no vivís según ella? La habéis modificado a vuestro capricho, poniéndole cosas de que recabáis utilidad. ¿Por qué entonces no me dejáis que la modifique en favor de estos pequeños, quitando de ella todos los zizites, telefines, preceptos inútiles que habéis agregado, que son tantos que la ley esencial desaparece bajo su peso, y muere ahogada? Tengo compasión de estas multitudes, de estas almas que buscan respirar en la religión, y no encuentran sino el nudo corredizo sobre sus gargantas. Que busquen el amor y encuentran el pavor...”

¡Venid pequeños de Israel! ¡La ley es amor! ¡Dios lo es! Lo digo a quienes habéis espantado. La ley severa y los amenazadores profetas que me predijeron, no lograron contener el pecado atrás, pese a los gritos de su difícil misión, sino hasta Juan, de quien en adelante viene el reino de Dios, el reino del amar. Digo a todos los humildes: “Entrad. Es para vosotros”. Y el que se sienta con buena voluntad, se esfuerce en entrar. Más para los que no quieren doblar su cabeza, golpearse el pecho, decir: ‘He pecado’, no habrá el reino. Está dicho: ‘Circuncidad vuestro corazón. No endurezcáis vuestra cerviz’⁴.

Esta tierra vio el prodigio que hizo Eliseo al convertir las aguas amargas en dulces con arrojarles sal⁵. ¿Y no acaso arrojo sal de sabiduría en vuestros corazones? ¿Entonces por qué sois inferiores a las aguas y no cambiáis vuestro espíritu? Meted en vuestras fórmulas mi sal y tendrán un sabor nuevo porque devolverán a la ley su fuerza primitiva. No. No mintáis. Soy Yo quien devuelvo a la ley su antigua forma que habéis desfigurado. Porque es ley que durará

⁴ Cfr. Deut. 10, 12-22.

⁵ Cfr. 4 Rey. 2, 19-22.

cuanto dure la tierra, y antes desaparecerán los cielos y la tierra que una de sus palabras, uno de sus consejos, pase. Si la cambiáis, porque así os agrada y decís sutilezas tratando de disminuir vuestras culpas, tened en cuenta que de nada os sirve. De nada te sirve Samuel. De nada, Isaías. Siempre se ha dicho: “No cometerás adulterio”⁶, y Yo añadido: “Quien despide a su esposa para tomar otra es un adúltero, y quien se casa con la despedida, también lo es, porque lo que Dios ha unido sólo la muerte puede separarlo”.

Estas palabras duras son para los impenitentes. Los que han pecado, y se duelen por haberlo hecho, sepan, se convengan que Dios es Bondad, y se acerquen al que absuelve, perdona y admite a la vida. Idos con esta persuasión. Sembradla en vuestros corazones. Predicad la misericordia que os da la paz, bendiciéndoos en el nombre del Señor”.

La gente lentamente se va, parte por el sendero que es estrecho, parte porque Jesús la atrae, pero no hay remedio: tiene qué irse...

Se quedan los apóstoles y se van también hablando con Jesús. Buscan sombra en un pequeño bosque de tamariscos despeinados. Allí está un esenio. El que habló a Jesús. Se está quitando sus vestiduras blancas.

Pedro, que va delante de todos, se queda como estatua al ver que el esenio se queda con los vestidos internos y retrocede gritando: “¡Maestro, un loco! ¡El esenio! Se ha desnudado. Lloro y suspira. No podemos ir allá”.

El esenio flaco, barbudo, con sus vestidos internos y sandalias sale del tupido bosquecillo y se acerca a Jesús llorando y golpeándose el pecho. Se postra: “Soy un curado en su corazón. Me has curado el alma. Obedezco lo que dijiste. Me revisto de luz, dejando atrás cualquier otro pensamiento que pudiera serme vestidura de error. Me separo para meditar sobre el Dios verdadero, para alcanzar la vida, la resurrección. ¿Es suficiente? Dame un nuevo nombre y señálame un lugar donde viva de Ti y de tus palabras”.

“¡Está loco! ¡No sabemos vivir nosotros que hemos oído tantas! Y él... por una sola predicación...” dicen varios de los apóstoles.

El esenio que ha oído, responde: “¿Queréis poner límites a Dios? Él me ha quebrantado el corazón para darme un espíritu libre ¡Señor!...” suplica extendiendo sus brazos hacia Jesús.

“Está bien. Llámate desde ahora Elías y sé fuego. En aquél monte hay muchas cuevas. Ve allí, y cuando sientas que la tierra temblare fuertemente, sal de allí y busca a los siervos del Señor y únete a ellos. Renacerás para ser también un siervo. Vete”.

El ex-esenio le besa los pies, se levanta y se va.

“¿Así tan desnudo?” preguntan atolondrados.

“Dadle un manto, un cuchillo, una yesca, un eslabón y un pan. Caminará hoy y mañana, y luego se retirará a donde estuvimos para orar. El Padre proveerá a su hijo”.⁴

Andrés y Juan corren, lo alcanzan cuando está por desaparecer por una curva.

Regresan diciendo: “Tomó todo. Le señalamos el lugar donde estuvimos. ¡Qué presa tan imprevista, Señor!”

“Dios aún sobre las rocas hace que nazcan flores. También en los desiertos de los corazones hace que nazcan espíritus de voluntad para consuelo mío. Vámonos ahora en dirección de Jericó. Nos hospedaremos en alguna casa de la campiña”.

72. En casa de Nique

12 febrero 1946

El camino, aunque bordeado de árboles, es un horno ardiente bajo los rayos del sol meridiano. De los campos, donde los trigales crecen rápidamente, sale calor, sale un cierto olor a horno. La luz es avasalladora. Cada espiga parece una lamparita de oro entre las vainas doradas y las puntitas. Los rayos del sol sobre los tallos son deslumbradores como los del camino. En vano los ojos buscan dónde posarse. Si los levantan se encuentran con ese brillar

⁶ Cfr. Ex. 20, 14; Deut. 5, 18.

de un sol fortísimo y tienen qué bajarlos, tienen qué buscar si encuentran algún consuelo en la vereda polvorienta, rojiza, seca. El sudor pinta surcos en mejillas cubiertas de polvo. Los pies cansados se arrastran levantando más polvo que atormenta, que mata, que ahoga.

Jesús consuela a sus cansados apóstoles. Aunque suda mucho, se ha puesto en la cabeza, par defenderse del sol, el manto y aconseja que lo imiten. Sin decir nada, obedecen. No tienen aliento para decir algún refunfuño, o lanzar alguna queja. Caminan como si estuvieran borrachos...

“Consolaos. Allí hay una casa entre los campos...” dice Jesús.

“Si es como las otras... no nos queda más consuelo que seguir caminando entre los campos sin meta alguna” refunfuña Pedro detrás de su manto. Los otros confirman lo dicho con un “¡Uhm!” desolado.

“Yo voy. Vosotros quedaos bajo esa poca de sombra”.

“No. No. También vamos nosotros. Al menos tendrán un pozo, aquí donde el agua no falta... y beberemos hasta apagar el fuego que nos consume...”

“Beber así acalorados, os puede hacer mal”.

“Que muramos... será siempre más consolado que lo que ahora nos atormenta...”

Jesús no replica. Suspira y es el primero en caminar por una vereda que hay entre los campos.

Los campos llegan hasta un poco antes de la casa, pues terminan ante un huertecillo maravilloso, sombreado, que templá la luz y el calor cando un ambiente óptimo, acogedor alrededor de ella. Los apóstoles con un “¡ah!” de alivio, se meten.

Jesús avanza, sin preocuparse de las súplicas de que espere un poco. Llegan a sus oídos el gemir de los palomos, el rechinar de la garrucha, voces tranquilas de alguna mujer.

Jesús desemboca en una especie de plazoleta que rodea la casa, como una banqueta ancha y limpia, donde un emparrado extiende su bello ramaje, que brinda sombra. Dos pozos, uno a la derecha, el otro a la izquierda de la casa, y sobre ellos la vid arroja también su sombra. Hay jardincillos contra las paredes de la casa. Cortinas ligeras con líneas oscuras ondean ante las puertas abiertas. Se oyen voces de mujeres, ruido de platos en una habitación. Jesús se dirige a ella, y al pasar cerca de una docena de palomos, que estaban comiendo, vuelan. El rumor atrae la atención de quien está en la habitación. Al mismo tiempo que Jesús retira la cortina con su mano derecha, una criada lo hace a la izquierda y se queda sorprendida al verlo.

“¡La paz sea en esta casa! ¿Puedo como peregrino encontrar algún descanso?” pregunta de pie en el umbral de la habitación que es una amplia cocina en que las criadas están poniendo en orden los utensilios usados en la comida del mediodía.

“La patrona no te lo negará. Voy a comunicárselo”.

“Vienen conmigo otros doce. Si tan sólo Yo pudiera tenerlo prefiero mejor no”.

“Lo diremos a la patrona y seguramente...”

“¡Maestro y Señor! ¿Tú aquí? ¿En mi casa? ¡Qué grande honor!” interrumpe una mujer que es Nique. Se echa a los pies de Jesús para besárselos.

Las criadas se quedan como estatuas. La que lava los trastes se ha quedado con el secador en la derecha y con un plato que gotea en la izquierda que se le ve colorada por el agua caliente. Otra que estaba limpiando los cuchillos, que estaba sentada sobre sus calcañales en un rincón, gira sobre sus rodillas para ver mejor, y los cuchillos caen al suelo. La que estaba sacando la ceniza de las hornillas, levanta su cara llena de ceniza y se queda así, con la boca abierta.

“Estoy aquí. Muchas casas no nos quieren recibir. Estamos cansados y muertos de sed”.

“¡Oh, ven, ven! No aquí. A las habitaciones que dan al norte, que son frescas y con sombra. Preparad, vosotros, agua para que se laven y bebidas aromáticas. Tú, muchacha corre a despertar al administrador para que te dé algo de comer inmediatamente, mientras esperan el banquete...”

“¡No, Nique! No soy el huésped mundano. Soy tu Maestro perseguido. Te pido descanso y amor más que comida. Te pido compasión más que para Mí, para mis amigos...”

“Está bien, Señor ¿pero cuándo hiciste la última comida?”

“De ellos no sé, Yo ayer al amanecer, y con ellos”.

“Lo estás viendo... No haré ningún despilfarro. Pero como una hermana y una madre daré todo lo necesario y a Ti como sierva y discípula, honor y ayuda. ¿Dónde están los hermanos?”

“En el huerto. Tal vez ya estén llegando. Oigo sus voces”.

Nique corre afuera, los ve, los llama, los llevan con Jesús a un fresco vestíbulo donde hay palanganas, toallas y donde pueden lavarse la cara, los brazos y los pies del polvo y del sudor.

“Por favor. Quitaos los vestidos que arden. Dad todo a las criadas. Será un gran alivio tener vestidos limpios y sandalias frescas. Después id a aquella sala. Allí os espero”.

Nique se va, cerrando la puerta...

... “¡Ah, qué bien se está aquí bajo la sombra y fresca!” suspira Pedro al entrar a la sala donde Nique los está esperando con todo respeto.

“Mi alegría de poderos dar alivio es mayor que el que sientes ahora, ¡oh apóstol de mi Señor!”

“¡Uhm! Apóstol... Bueno... Pero oye, Nique, seamos amigos. Tú no me haces sentir el peso de que eres rica y sabia, y yo el de que soy apóstol. Así... como buenos hermanos que tienen necesidad el uno del otro para el espíritu y para el cuerpo. Me da mucho... miedo pensar que soy ‘apóstol’”.

“¿Miedo de qué?”, pregunta con una sonrisa de admiración.

“De ser... de ser demasiado grande respecto a mi estatura, y de que pueda verme aplastado bajo mi peso... Miedo de... la soberbia... Miedo de que... con la idea de ser apóstol, los demás, me refiero a mis compañeros y a las almas buenas que me soporten y no digan nada aun cuando diga sandeces. Esto no lo quiero, porque entre los discípulos, también entre los que creen, hay mejores que yo, quién en esto, quien en aquello, y yo quiero hacer como... como aquella abeja que acaba de entrar y ha chupado de la fruta que trajiste para nosotros, un poco de esta, un poco de aquella, y para rematar se va a chupar en aquellas flores, y luego irá a hacer lo mismo en los tréboles, en las flores de lis, en las de canela, en las de los mantos. Toma de todas. También yo tengo qué hacer como ella...”

“¡Pero tú extraes la miel de la mejor de las flores! ¡Del Maestro!”

“Es verdad. De Él aprendo a ser hijo de Dios. De los hombres buenos aprendo a ser hombre”.

“Lo eres”.

“No, Nique. Soy un poco menos que un animal. No comprendo cómo me soporta el Maestro...”

“Te soporto porque sé qué eres, y porque se te puede modelar. Pero si te resistieras, si fueras terco, sobre todo soberbio, te habría arrojado como a un demonio” dice Jesús.

Entran criadas con tazones de leche fresca, con jarras de bebidas aromáticas.

“¡Por favor!” dice Nique. “Después podéis descansar hasta la tarde. En casa hay habitaciones y camas. Y si no tuviera daría la mía para que descansarais. Maestro, voy allá para ver qué hay qué hacer. Sabéis dónde estoy y dónde las criadas por si necesitáis algo”.

“Ve, y no te afanes tanto por nosotros”.

Nique sale. Los apóstoles comen lo que no es más que el aperitivo. Comen alegres, con buen apetito, salpicando con charla amena.

“¡Qué frutas tan bellas!”

“Es una buena discípula”.

“La casa es hermosa. No tiene hijos, pero no es pobre”.

“Su dueña es una persona buena y al mismo tiempo valerosa. Orden, limpieza, respeto, amabilidad”.

“¡Qué hermosos campos tiene a su alrededor! ¡Una riqueza!”

“Sí. ¡Y un horno!...” dice Pedro que todavía no ha olvidado lo que sufrió. Los otros se ríen.

“Aquí está uno bien. ¿Sabías que Nique estaba aquí? Pregunta Tomás.

“No más que vosotros. Sabía que vive cerca de Jericó, que tiene tierras que hace poco compró. No más. El buen ángel de los peregrinos nos guió³”.

“Verdaderamente te guió. Nosotros no queríamos venir”.

“Yo casi estaba a punto de echarme por tierra, que me quemara el sol, antes de dar un paso más” dice Mateo.

“No se puede caminar más de día. Este año el sol ha comenzado a dar muy fuerte. Parece como si también él estuviera enloqueciendo”.

“Sí. Caminaremos durante las primeras horas del día y las últimas de la tarde. Pronto iremos a los montes. Allá no hace tanto calor”.

“¿A mi casa?” pregunta Iscariote.

“Sí, Judas. A Yutta, a Hebrón”.

“Pero no a Ascalona ¿eh?”

“No, Pedro. Iremos a donde todavía no hemos ido. Claro que sufriremos el sol y el calor. Un poco de sacrificio por amor mío y por el de las almas. Ahora descansad. Voy a orar al huerto”.

“¿No estás cansado? ¿No sería mejor que también descansases?” le pregunta Judas de Alfeo.

“Tal ves el Maestro quiere detenerse aquí...” observa Zelote.

“No. Partiremos al amanecer para atravesar el río en las primeras horas, cuando todavía hace fresco”.

“¿A dónde vamos? ¿Al otro lado del Jordán?”

“Las multitudes regresan después de la pascua a su casa. En Jerusalén me buscaron muchos en vano. Predicaré y curaré en el vado. Luego iremos a poner orden la casita de Salomón. Nos servirá mucho”.

“¿No regresamos a Galilea?”

“Sí. Pero estaremos mucho tiempo por estas partes del sur, lo que será un buen refugio. Dormid. Voy, voy allá”.

La cena debió ya haber terminado. Es de noche. Abundante rocío cae de las cornisas, tecleando sobre las hojas de la vid. Estrellas que son un ensueño en el cielo. Un número incalculable de estrellas entre las que la mirada se pierde. Canto de grillos, vuelos de aves nocturnas, y luego el silencio del campo.

Los apóstoles se han ido a acostar ya. Nique no. Escucha al Maestro.

Está sentado, derecho, en una banca de piedra recargada contra la casa. Ella, de pie, ante Él, en actitud de sumo respeto. Jesús da fin a su argumento, que había ya empezado, pues añade: “La observación es correcta. Ciertamente al penitente, mejor: “al que renace” no te faltará la ayuda del Señor. Mientras cenábamos y tú servías a la mesa, pensé que la ayuda podría ser tú. Dijiste que no puedes seguirme sino por breves espacios de tiempo, pues la casa y la servidumbre son nuevas y tienes qué vigilar”. Esto te dolía, porque si lo hubieras sabido antes no hubieras comprado algo a lo que te vas a atar. Tú misma estás viendo que ha servido para dar hospedaje a los evangelizadores. Es algo bueno, pues. Pero puedes ayudar en algo más... en espera de que llegará el día en que servirás perfectamente a tu Señor. Te voy a pedir un servicio, por amor de esa alma que está renaciendo, que está llena de buena voluntad, pero que está muy débil. El exceso de penitencia podría angustiarla, y Satanás aprovecharse de ello”.

“¿Qué debo hacer, Señor mío?”

“Irás cada luna como si fuese rito, y lo es, pues es un rito fraternal, al Carit y subiendo por el sendero que hay entre los zarzales gritarás: “¡Elías! ¡Elías!” Él sorprendido se asomará y con estas palabras lo saludarás: “La paz sea contigo, hermano, en nombre de Jesús el Nazareno”. Le llevarás tantos panes cocidos cuantos son los días del mes. Ninguna otra cosa en el

³ Cfr. Gén. 24, 1-10; Ex. 23, 20-24; 33, 1-6; Núm. 20, 14-21; Tob. 5.

verano. De los tabernáculos en adelante, junto con los panes cuatro loges de aceite mensualmente. Y para los Tabernáculos un vestido de cabra, pesada, que no deje pasar el agua, y una cobija. No más”.

“¿No puedo decirle algo más?”

“Lo estrictamente necesario. Te preguntará por Mí. Le dirás lo que supieres. Te confiará sus dudas, esperanzas, abatimientos. Le responderá lo que tu fe y tu compasión te inspiren. Por otra parte el sacrificio no se dejará esperar mucho... Ni siquiera doce lunas... ¿Quieres ser compasiva conmigo y con el penitente?”

“¡Sí, Señor mío!... ¿Pero por qué estás tan triste?”

“¿Y tú, por qué estás llorando?”

“Porque en tus palabras presiento algo de muerte... ¿Te perderé tan pronto, Señor?” Nique llora tras el velo.

“¡No llores! Después vendrá para Mí la paz. Después... no más odio, no más sinsabores... No más... este horror al pecado... que me rodea... No más encuentros amargos... ¡Oh, no llores Nique! Tu Salvador habrá encontrado la paz. Será victorioso...”

“Pero antes... pero antes... Mi marido y yo leíamos siempre los profetas. Y temblábamos de horror al leer las palabras de David, de Isaías⁴... ¿Pero de veras esto te va a suceder?”

“Esto y algo más...”

“¡Oh!... ¿Quién te dará algún alivio? ¿Quién podrá hacer que mueras... con una esperanza todavía?”

“El amor de los discípulos y sobre todo el de las discípulas fieles”.

“Entonces, también el mío. Porque yo por ningún motivo me alejaré de mi Redentor. Solo... ¡Oh, Señor, pídemme cualquier penitencia, cualquier sacrificio, pero dame un valor sin par para aquella hora! Cuando serás “como un tiesto seco” “con la lengua pegada al paladar” por la sed, cuando parecerás “el leproso que se cubre el rostro”, haz que te reconozca como al Rey de reyes, y que me acerque a Ti como una devota esclava. No vayas a esconderme tu rostro atormentado, ¡Dios mío! Sino como ahora, permite que encuentre mi dicha en tu fulgor, ¡oh Estrella de la mañana! Haz que pueda mirarte en esos momentos y que tu rostro se imprima en mi corazón que, ¡oh! Que entonces el mío como el tuyo serán como blanda cera, por el dolor...” Nique ha caído de rodillas, y casi se ha inclinado profundamente. De vez en vez levanta su cara bañada en lágrimas para ver a su Señor, que es todo blanco a los rayos de la luna que ilumina la oscura pared.

“Todo esto lo conseguirás. Yo tendré tu compasión. Subirá conmigo a mi patíbulo y de allí conmigo al cielo. Tu corona para la eternidad. Ángeles y hombres pronunciarán sobre ti la mejor alabanza: “En la hora de la desventura, del pecado, de la duda, ella fue fiel. No pecó, sino que socorrió al Señor”. Levántate, mujer. Que Dios te bendiga desde ahora y para siempre”.

Le impone las manos, mientras va a ponerse de pie, luego entra en la casa silenciosa, para el reposo necesario.

73. En el vado entre Jericó y Betabara

14 febrero 1946

Las riberas del Jordán cercanas al vado parecen un campamento de nómadas en estos días en que numerosas caravanas regresan a sus lugares de residencia. Tiendas, o aun sencillas mantas extendidas de tronco a tronco, de palo a palo plantado, amarradas a la silla de algún camello, o de cualquier otra cosa para poder entrar y cobijarse debajo, para que resguarden del rocío que ha de ser una lluvia en estos lugares que están bajo el nivel del mar, se ven esparcidas por todo lo largo de los bosques que forman un marco verde alrededor del río.

⁴ Cfr. Sal. 21; Is. 52, 13-53, 12.

Cuando Jesús con los suyos llega a la ribera, al norte del vado, apenas se están despertando los campamentos. Debieron haber salido de la casa de Nique muy temprano, porque apenas el alba comienza a teñir las cosas con sus bellos colores. Los más madrugadores, que se han despertado a los rebuznos de los asnos, a los chillidos de los camellos, o relinchos de los caballos, o bien a los trinos de los pajaritos que hay entre sauces, entre los cañaverales, bajan al río a lavarse. Se oye flotar en el aire alguno que otro llanto de niño, y las voces tiernas de sus madres que los consuelan. La vida vuelve sobre sus ruedas minuto tras minuto. Llegan de la cercana Jericó vendedores de toda clase y nuevos peregrinos, guardias, soldados encargados de la vigilancia y del orden en estos días en que personas de todas las regiones se encuentran y en que no faltan los insultos mutuos, o ladrones que se mezclan entre las turbas, vestidos de peregrinos, y no dejan pasar ninguna ocasión. No faltan tampoco las mujeres de la vida galante que hacen “su” peregrinación pascual para aprovecharse de los peregrinos más ricos y más dados al placer... Las mujeres honestas que acompañan bien a su esposo o hijos adultos, gritan y se inquietan como gacelas al notar la ausencia de los seres que vigilan, levantan gritos más fuertes cuando ven a las mujercillas. Estas desvergonzadamente se echan a reír, y responden en versos perfectos a los epítetos que les componen. Los hombres, sobre todo los soldados, se echan a reír y no tienen melindres en ponerse a charlar con las tusionas. Algún israelita, verdadera o hipócritamente rígido de moral, se aleja con desdén.... Otros... anticipándose al alfabeto de los sordomudos se entienden muy bien con las ninfas.

Jesús no sigue el camino derecho que lo llevaría en medio del campamento, sino que baja a la orilla del río, se quita las sandalias y camina por donde el agua apenas si tapa las hierbitas. Los apóstoles lo siguen.

Los de mayor edad, los más intransigentes, refunfunan: “¡Y decir que el Bautista predicó aquí penitencia!”

“¡Bueno! Este lugar no es menos que un portal de termas romanas”.

“Y estos que se llaman santos no pierden la ocasión de encontrar algún solaz”.

“¿Has visto también tú?”

“También tengo yo ojos en la cabeza. ¡Que si vi! ¡Sí vi!”

Los más jóvenes, los menos estrictos –esto es Judas de Keriot que ríe contento, que con tamaños ojos mira lo que sucede en los campamentos, no deja de ver a las jovenzuelas que buscan clientes. Tomás se muere de risa al ver el coraje de las esposas y los gritos de rabia de los fariseos. Mateo, pecador un tiempo, no tiene palabras duras contra el vicio y los viciosos. Se limita a suspirar y a sacudir su cabeza. Santiago de Zebedeo que observa sin interés y sin crítica, con indiferencia, no dice ni una palabra siguen a Jesús que va adelante con Andrés, Juan y Santiago de Alfeo.

El rostro de Jesús no muestra señal de vida. Como mármol tallado en una piedra. Cuanto más sube el borde, tanto más se pliega sobre sí mismo. Llegan hasta Él palabras de admiración o charlas procaces de un hombre poco honesto y de una mariposilla. Mira siempre hacia adelante, fijo. *No quiere ver*. Su intención es muy clara en todo su aspecto.

Un joven ricamente vestido, que con otros dos amigos está platicando con dos mozas de fortuna, dice en voz alta a una de ellas: “¡Ve, ve! Queremos reír un poco. ¡Ofrécetele! ¡Consuélalo! Va triste porque como es pobre no puede pagarles a vosotras”.

Por el rostro de marfil de Jesús pasa una onda de rubor. Pero no vuelve sus ojos. El color ha sido señal de que oyó.

La desvergonzada que al caminar hace que suenen sus collares y que se levante su vestido, brinca con un grito provocativo del borde a la arena, y logra, al brincar, mostrar sus bellezas secretas. Cae como piedra a los pies de Jesús y hecha toda una sonrisa, convertida en invitación en sus ojos, dice: “¡Oh, bello entre los nacidos de mujer, por un beso de tu boca soy tuya, y sin paga alguna!”

Juan, Andrés, Santiago de Alfeo se quedan paralizados, escandalizados. No saben qué hacer, pero Pedro, da un brinco cual pantera y cae sobre la buscona que está de rodillas, un

poco echado el cuerpo hacia atrás, la sacude, la levanta, la avienta, con una palabrota, contra el borde, y se le echan encima para propinarle lo restante.

Jesús grita: “¡Simón!” Un grito que vale más que un discurso.

Pedro se vuelve, rojo de ira, donde su Señor. “¿Por qué no me dejas que le dé unos manazos?”

“Simón, no se castiga al vestido sucio, sino que se le lava. Ella tiene como vestido su carne sucia, y su alma está profanada. Roguemos para poder limpiarla tanto en su cuerpo como en su alma”. Lo dice con dulzura en voz baja, pero no tanta que la joven no lo oiga. Y prosiguiendo su camino, vuelve, sí, vuelve por un momento su suave mirada sobre la pobre mujer. Una mirada. ¡Fue sólo una mirada! ¡Duró un instante! Pero en ella iba envuelta la potencia del amor misericordioso. La mujer baja su cabeza, levanta su velo, se lo pone... Jesús continúa su camino.

Helos en el vado. Los adultos pueden pasar a pie las aguas que no son profundas, Basta con subirse el vestido más arriba de las rodillas y buscar las piedras que se distinguen bajo el agua cristalina para poder pasar. Más allá, pasan los que traen cabalgaduras.

A los apóstoles les gusta que el agua les llegue hasta las piernas. Pedro no lo cree. Dice y repite que cuando estén en casa de Salomón no perderá la oportunidad de darse un baño “que lo refresque”, en recompensa de la “chamuscada” de ayer.

Han pasado a la otra parte. También aquí hay gente que se pone en marcha, o que se seca después de haber pasado.

Jesús dice: “Esparcíos a decir que el Rabí está aquí. Voy a esperar cerca de aquel tronco caído”.

En breve mucha gente acude.

Jesús va a hablar. Toma como punto de su predicación el ver el cortejo lloroso que va detrás de una litera, donde viene uno que se enfermó en Jerusalén, al que han desahuciado los médicos, y a quien llevan a toda prisa a su casa para que allí muera. Todos hablan de él porque es rico y todavía joven. Muchos dicen: “¡Ha de ser una gran tristeza morir cuando se tiene tanto dinero y se es joven!” Algunos que tal vez ya creen en Jesús: “¡Bien merecido se lo tiene! No quiere creer. Los discípulos fueron a decir a sus parientes: “El Salvador está allí. Si tuviereis fe y se lo pidierais, se curaría”. Pero ha sido él el primero en decir que no”. Críticas y compasión se mezclan. De todo esto se sirve Jesús para empezar a hablar.

“¡La paz sea con vosotros! Ciertamente es una cosa triste para los ricos y jóvenes que mueran de este modo. Pero los que son ricos en virtud y jóvenes en su pureza de costumbre a ellos no les duele el morir. El verdadero sabio, apenas comprende las cosas, obra de tal modo que le es plácida la muerte. *La vida es la preparación a la muerte, como la muerte es la preparación a la Vida sin fin.* El verdadero sabio desde que comprende la verdad del vivir y del morir, del morir para resucitar, busca todos los medios de despojarse de todo lo que es inútil y de enriquecerse de todo lo útil, esto es, de virtudes de buenas acciones para tener un comprobante que mostrará al que lo ha de juzgar, y que lo premiará o castigará según justicia. El verdadero sabio lleva una vida tal que lo hace más maduro que a un anciano que lo sea en sabiduría, y más joven que a un adolescente, porque viviendo en virtud y rectitud guarda para su corazón una frescura de sentimientos que tal vez ni los más jóvenes tengan. ¡Entonces cuán dulce es el morir! Reclinar la cansada cabeza sobre el pecho del Padre, acogerse a sus brazos, decir entre la niebla de la vida que vuela: “¡Te amo! ¡Espero en Ti! ¡En Ti creo!” Decir por vez postrera en la tierra: “Te amo” para repetirlo lleno de júbilo en el paraíso, y por toda la eternidad.

La muerte es un pensamiento duro ¿verdad? Pero no es así. Es un justo decreto que pesa sobre todos los mortales. Y no debe ser causa de angustia sino para los que no creen y están cargados de culpas. Inútilmente alguien, para explicar los movimientos desordenados del que está muriendo y que durante su vida no fue bueno, explica: “Es porque no quiere morir todavía, porque no ha hecho nada de bien, o muy poco, y quiere vivir algo para reparar”. En vano explica: “Si hubiera vivido más, habría podido conseguir un premio mayor, porque habría

hecho de más". El alma sabe, al menos de manera confusa, cuánto tiempo se le concedió. *Una nada* de tiempo respecto con la eternidad. El alma incita al *ser de uno* a obrar. Pero, pobre alma. ¡Cuántas veces se le amordaza, se le aplasta, se le ahoga para no oír sus palabras! Esto pasa a los que les falta buena voluntad. Mientras que los hombres rectos desde su niñez dan oídos a su alma, obedecen sus consejos, ponen en práctica lo que les manda. Y así el santo, joven tal vez en años, pero rico en méritos, da un adiós a la vida. Ni durante cien o mil años que viviera, podría ser más santo de lo que lo es ya, porque el amor de Dios y del prójimo, realizado en todas las formas y con toda la generosidad, lo han hecho perfecto. En el cielo no se cuentan los años vividos, sino la intensidad y el modo como se vivieron.

Se guarda luto por las muertes. Se llora sobre sus cadáveres. Pero estos no lloran más. Tiembla el hombre porque sabe que tiene qué morir, pero no se preocupa de vivir de modo que no tiemble a la hora de su muerte. ¿Y por qué no se llora, o se guarda luto por los cadáveres vivientes, los cadáveres en realidad son los que cual sepulcro llevan dentro del cuerpo un alma muerta? ¿Por qué los que lloran pensando que deben morir corporalmente, no lloran sobre el cadáver que dentro cargan? ¡Cuántos cadáveres estoy viendo! ¡Ríen, dicen chanzas, pero no lloran sobre sí! Cuántos padres, madres, esposos, hermanos, hijos, amigos, sacerdotes, maestros estoy viendo que lloran sin razón por un hijo, un esposo, un hermano, un padre, un amigo, un fiel, un discípulo, que murieron en clara amistad con Dios, después de una vida que es una guirnalda de perfección, pero no lloran sobre el cadáver del alma de un hijo, esposo, hermano, padre, amigo, discípulo, que murió por el vicio, por el pecado, y que muere para la eternidad, para siempre, que se perderá si no se arrepiente. ¿Por qué no tratar de resucitarlos? Esto es amor ¿lo sabíais? Es la prueba mayor de amor. ¡Oh, lagrimas necias por alguien que se ha convertido en polvo! ¡Idolatría de cariños! ¡Hipocresía de afectos! ¡Llorad, pero por las almas muertas de vuestros seres queridos! Tratad de llevarlos a la vida. Me refiero sobre todo a vosotras, mujeres, que podéis tanto sobre el ser amado.

Veamos ahora lo que la Sabiduría señala como causa de la muerte y de la vergüenza.

No ofendáis a Dios haciendo mal uso de la vida que os concedió, ensuciándola con malas acciones que deshonran al hombre. No injuriéis a vuestros padres con una conducta que arroja fango sobre sus canas, y espinas de fuego sobre sus últimos días. No seáis ingratos para con quien os hace bien, para que no os maldiga el amor que pisoteáis. No seáis protervos contra quien os gobierna, porque las naciones no se hacen grandes ni libres rebelándose contra los gobernantes, sino con la conducta santa de sus ciudadanos se alcanza la ayuda del Señor, el cual puede tocar el corazón de los gobernantes o quitarlos de su puesto aun la vida, como en muchos casos nos enseña nuestra historia israelita, cuando sobrepasan la medida y sobre todo cuando el pueblo abraza la virtud y obtiene el perdón de Dios, que por tal motivo quita el instrumento opresor del cuello de los oprimidos. No ofendáis a vuestra esposa con amores adúlteros, ni a vuestros hijos haciendo que se enteren de amores ilícitos. Sed santos ante los que en vosotros ven, por amor y por obligación, al que le deben ejemplo de vida. No podéis tener dos caridades, una para con el prójimo y otra para con Dios, porque es un solo amor. El de Dios engendra el del prójimo.

Sed justos con vuestros amigos. La amistad es algo que nace del alma. Está dicho: "¡Qué bello es caminar de acuerdo entre amigos!"³ Y lo es cuando se toma el camino del bien. ¡Ay del que corrompe o traiciona la amistad y se aprovecha de ella para su egoísmo, para traicionar, para el vicio, o para injusticia. Muchos son los que dicen: "Te quiero" para enterarse de las cosas de su amigo y disfrutar de ellas. ¡Muy pocos son los que no hacen así!

Sed honrados ante los jueces. *Toda* clase de jueces. Desde Dios a quien no se le puede comprar o chantajear, hasta el íntimo que tiene el hombre y es su conciencia. Desde la que piensan nuestros familiares, hasta lo que piensa el pueblo. No mentir invocando a Dios para reforzar la mentira.

³ Cfr. Sal. 132, 1.

Sed honrados tanto en vender como en comprar. Cuando vendáis y la ambición os susurre: “Roba para tener más ganancia”, entre tanto que la conciencia: “Sé honrado, porque a ti no te gustaría que te robaran”, dad oídos a esta última, recordando que no hay qué hacer a otro, lo que no nos gustaría que nos hicieran. El dinero que se os da por la mercancía, frecuentemente está empapado en sudor y lágrimas del pobre. Cuesta trabajo. No sabéis cuánto ha costado, cuántos dolores están detrás de esa moneda que, a vosotros vendedores, os parece siempre poca por lo que dais. Hombres enfermos, niños sin padres, viejos con poquísimos recursos... ¡Oh, dolor santo y santa dignidad del pobre que el rico no comprende, hasta que no se le medita! ¿Por qué se trata de ser honrado cuando se vende al fuerte, al poderoso? Por temor a sus represalias. Pero si se abusa del indefenso, del hermano desconocido. Esto es un crimen más contra la caridad que contra la honradez. Y Dios maldice, porque las exprimidas al pobre, que no tiene sino sus lágrimas como consuelo contra la opresión, es la misma voz que un día se levantó de la sangre de un inocente a quien matara su hermano Caín⁴.

Sed honestos en las miradas, en las palabras, en las acciones. Una mirada que se lanza a quien no se debe, o se niega a quien sí, es igual a una trampa, a una puñalada. La mirada que se lanza a la meretriz desvergonzada para decirle: “¡Eres bella!” y responde a su invitación pecadora, es peor que el nudo corredizo para el que va a ser ahorcado. La mirada que se niega al pariente pobre o al amigo que ha caído en desgracia, es igual a un puñal plantado en su corazón. De igual modo la mirada de odio, de desprecio que se lanza al enemigo, al mendigo. Hay qué perdonar y amar al enemigo por lo menos con el corazón, si la carne se rehúsa a hacerlo. *El perdón es amor del espíritu. No vengarse es manifestación del espíritu.* Hay qué amar al mendigo porque nadie lo consuela. No basta arrojarle un óbolo y pasar con aire de desprecio. El óbolo sirve para quitar el hambre, para vestir. Pero la compasión que sonríe al dar, que se interesa de las lágrimas del infeliz, es pan para el corazón.

Amad, amad, amad.

Sed honrados en los diezmos⁵ y costumbres, honrados dentro de vuestras casas sin abusar del esclavo, del criado. No vayáis a abusar de la esclava, de la criada que duerme bajo vuestro techo. Si el mundo ignora lo que cometéis en secreto. Dios lo ve. Él lo sabe.

Sed justos con la lengua. Honestos en educar a vuestros hijos e hijas. Está dicho: “Haz esto para que tu hija no se convierta en el hazmerreír de la ciudad”⁶. Yo digo: “haz esto para que el alma de vuestra hija no muera”.

Y ahora podéis iros. También me voy, después de haberos dado un auxilio de la sabiduría. El Señor acompañe a aquellos que se esfuerzan por amarlo”.

Los bendice con una señal, y luego bajo el tronco tirado, toma un sendero por entre los árboles, sube otra vez el río y desaparece entre el verdor.

La multitud hace comentarios diversos. Los comentarios contrarios quedan a cargo de los no poco ejemplares escribas y fariseos y la parte de ópera, de melodía a la gente humilde.

74. En la casa de Salomón

15 febrero 1946

La casucha de Salomón, la que vi en la visión de marzo de 1944, cuando aun no sabía el nombre del propietario, es una de las últimas del único camino que va a dar al río, en este villorrio pobre y alejado de barqueros, donde las casas... digamos más rica están construidas a lo largo del camino y las menos entre los árboles de la ribera. Y no son muchas. Pienso que no llegarán a cincuenta. Y tan pequeña que creo que todas entrarían en uno de estos edificios que se construyen en la actualidad en las grandes ciudades. La primavera las hace ver menos miserables, porque las adorna con frescura, las reviste de la flor de manto, con ramas de

⁴ Cfr. Gén. 4, 1-16.

⁵ Cfr. Núm. 18, 20-32; Deut. 12, 1-28;

⁶ Cfr. Ecl. 42, 9-11.

vides, con la sonrisa de las flores amarillas de calabazas que se dejan ver entre las empalizadas sobre los techos, por las puertas de las casas. No falta una rosa que parece como si estuviera fuera de su lugar al encontrarse entre cestas y redes. Se ven las plantas de la mostaza en flor, y otras muchas hierbas que saludan al hermoso cielo.

También el camino parece menos feo. En el cañaveral allá en el fondo no sólo hay barcas de nudos polvorientos, sino que ahora se adorna de penachos de mantos, y entre las hojas aparecen las puntiagudas de los gladiolos silvestres que hacen pompa de los múltiples colores de sus flores, mientras ligeras enredaderas de tallo filiforme, se abrazan en espiral en lo más alto de las cañas, y en cada vuelta introducen el cáliz delicadísimo de una flor de color rosalila. A millares entre los cañaverales, los pajarillos celebran sus amores, los cantan posados en la punta de las cañas, o bien revoloteando sobre las enredaderas. Sus trinos son el acompañamiento melódico de las flores en las riberas lodosas del Jordán.

Jesús empuja la rústica puertita, de donde se pasa a un huertecillo o patio, si en otros tiempos fue un huerto, ahora es un montón de hierbas silvestres. Si fue un patio ahora es una selva de matorrales que los vientos sembraron. Sólo las calabazas han sido más listas. Se abrazaron a la única vid y a la higuera, y desde arriba abren las bocas sonrientes junto a los pequeños racimos o a las tiernas hojas de la higuera, donde ya pueden descubrirse los pequeños brotes de donde saldrán los frutos. Las ortigas son un tormento para los pies desnudos, tanto que Pedro y Tomás cortan dos ramas y se ponen a echar abajo las espinas.

Santiago y Juan se ponen a ver cómo podrán hacer funcionar la cerradura enmohecida. Logrado, abren la tosca puerta, entran en la habitación-cocina que huele a humedad y a encerrado. Polvo, telarañas son el adorno de las paredes. Una mesa rústica, bancos, sillas y una mesita son todo el inmobiliario. En una pared hay dos puertas.

Pedro explora... "Aquí hay una habitacioncilla con una sola cama. Y es para Jesús... ¿Y aquí? ¡Ah, comprendido! Es la despensa, el arsenal, el granero, el departamento de ratones... ¡Mira qué carreras echan! Han acabado con todo en estos meses. Ahora me la pagaréis. Maestro... ¿podemos creer que somos los dueños?"

"Así dijo Salomón".

"¡Muy bien! Tú, hermano, y tú, Santiago, venid y cerrar todos los agujeros. Tú, Mateo, y tú, Judas, poneos en la puerta, y cuidado con que dejéis escapar uno solo. Haz de cuenta que eres el afable cobrador de impuestos de Cafarnaum. No se te escapaba ni un solo cliente, aunque se achicara más que una lagartija cuando se despierta. Y los otros id afuera a traer las hierbas que podáis, y traedlas aquí. Y Tú, Maestro, vete a donde quieras, mientras yo... pongo en orden a estos diablos inmundos que han acabado con las buenas redes y roído casi toda una quilla..." Mientras estaba hablando echa pedazos de madera roídos, trozos de red que no es más que una estopa... en medio de la habitación, y con las hierbas verdes que le trajeron, las echa sobre todo lo demás, luego pone fuego y escapa mientras las primeras espirales de humo salen. Carcajeándose dice: "¡Y mueren todos los filisteos!"

"¿Pero no se pude quemar la casa?" pregunta Simón Zelote.

"No, amigo. Las hierbas húmedas hacen que las llamas no suban y éstas echan sólo humo, y unidos en íntima alianza, lo seco y lo verde, hacen guerra. ¿No sientes qué olor tan feo? ¡Dentro de poco oirás los chillidos! ¿Quién fue el que me decía que los cisnes cantan antes de morir? ¡Ah, fue Síntica! Dentro de poco también los ratones cantarán".

Judas Iscariote que estaba carcajeándose, deja de hacerlo y dice: "No se ha podido saber nada de ella, ni de Juan de Endor. ¡Quién sabe a dónde habrán acabado!"

"¡Donde deberían!" responde Pedro.

"¿Sabes dónde?"

"Lo que sé es que no son objeto más de malos corazones".

"¿No has preguntado a ninguno? Yo sí".

"Yo no. No me interesa saber dónde están. Me basta pensar y rezar porque se conserven santos".

Tomás dice: “A mí me lo han preguntado algunos fariseos ricos, clientes de mi padre. Les respondí que no sé nada”.

“¿Y no tienes curiosidad por saberlo?” insiste Judas.

“Yo no. Y digo la verdad”.

“¡Oíd! ¡Oíd! El humo comienza a hacer sus efectos. Pero vámonos afuera porque si no también nosotros nos ahogamos” dice Pedro, y esto pone fin a la curiosidad de Judas.

Jesús está en el huerto enderezando los tallos de legumbres.

“¿Eres también hortelano, Maestro?” pregunta sonriendo Felipe.

“Sí. No me gusta ver una planta que se arrastra, inútil, mientras que su destino es que se eleve hacia el sol y fructifique”.

“Un buen argumento para algún discurso, Maestro” observa Bartolomé.

“Sí. Bueno. Todo sirve de tema para quien sabe meditar”.

“Te ayudamos. ¡Ea! ¿Quién va al cañaveral del río y trae algunas cañas para sostener las legumbres?”

Los más jóvenes se van. Los otros se quedan a arrancar las hierbas parásitas.

“Ahora sí parece ya una hortaliza. No hay lechugas, pero sí puerros, ajos y algo más... ¡También calabazas! ¡Son muchas! Hay qué podar la vid, despejar la higuera y...”

“Simón, ten en cuenta que no vamos a quedarnos aquí...” avisa Mateo.

“Pero vendremos varias veces. Lo dijo Él. Y no nos desagradará ver un poco de orden dentro. ¡Mira, mira! Hasta un jazmín, bajo la cascada de calabazas. Si Porfiria lo viera, se pondría a llorar y le hablaría como a un niño. Bueno, antes de que tuviera a Marziam, hablaba a las flores como si fueran sus hijos... Mira. He encontrado lugar. He levantado la calabaza porque... Los muchachos con las cañas y con un... Maestro tienes algo qué hacer. ¡Está ciego!”

Entran Santiago, Juan, Andrés y Tomás cargados de cañas. Pero Tomás trae también casi arrastrando a un pobre viejecito que es todo harapos y con los ojos blancos por las cataratas.

“Maestro, estaba buscando raíces en la orilla y por poco se cae al agua. Se ha quedado solo porque hace unos meses murió su hijo que lo mantenía y su nuera ha regresado a su casa... Pasa la vida como puede. ¿Verdad, padre?”

“Sí, sí. ¿Dónde está el Señor?” dice girando sus velados ojos.

“Aquí está. ¿Ves aquel vestido blanco? Es él”.

Jesús se acerca, y lo toma de la mano. “Estás solo. ¡Pobre padre! ¿No nos ves?”

“No. Mientras tuve la vista hacía cestos, nasas y redes. Pero ahora... Veo más bien con los dedos que con los ojos. Cuando busco las hierbas me equivoco, y algunas veces como hierbas que me hacen mal al estómago”.

“Pero en el poblado...”

“¡Oh! Todos son pobres y cargados de hijos. Yo soy viejo... Si se muere un borrico... desagrada. ¡Pero si se muere un viejo!... ¿Qué es un viejo? ¿Qué soy yo? Mi nuera todo me quitó. Si me hubiera llevado consigo, como si fuera una oveja vieja, para que tuviera de cerca a los nietecitos...” Lloro recargado sobre el pecho de Jesús, que lo tiene entre sus brazos y lo acaricia.

“¿No tienes casa?”

“La vendió”.

“¿Y cómo vives?”

“Como las bestias. Los primeros días me ayudaba la gente, pero luego se cansó...”

“Entonces, Salomón hace mal, porque es generoso” observa Mateo.

“Sí, pero con nosotros. ¿Por qué no le ha dado la casa?” pregunta Felipe.

“Porque la última vez que pasó por aquí, todavía tenía yo. Salomón es bueno. Hace tiempo que la gente del poblado lo llama “loco”, y no hacen ya más lo que él les había enseñado, dice el viejo.

“¿Estarías gustoso conmigo?”

“Sí. ¡No echaría de menos a los nietecitos!”

“¿Aunque sigas siendo pobre y ciego, te contentarías con servirme para ser feliz?”

“¡Sí!” Es “sí” tembloroso pero claro...

“Está bien padre. Escucha. Tú no puedes caminar como Yo. No puedo quedarme aquí, pero podemos querernos y hacernos mutuamente el bien”.

“Tú sí me lo puedes hacer. Pero yo... ¿Qué puede hacer el viejo Ananías?”

“Guardarme la casa y el huerto para cuando regrese, todo está bien. ¿Te agrada?”

“¡Sí! Pero yo soy ciego... La casa..... me acostumbraré a sus paredes. Pero el huerto... ¿Cómo puedo cuidar de él, si no distingo las hierbas? ¡Oh, qué hermoso sería servirme, Señor! Terminar así la vida...” El viejo se lleva las manos al pecho, soñando en algo imposible.

Jesús sonriente se inclina, y lo besa sobre los empañados ojos...

“Pero... empiezo a ver... ¡Veo! ¡Oh!...” Vacila de la alegría, y si Jesús no lo sostuviera, hubiera caído al suelo.

“¡Es júbilo!” exclama Pedro lleno de emoción.

“¡Es hambre!... Nos dijo que hay días que vive sólo con raíces sin aceite ni sal...” explica Tomás.

“Por eso lo trajimos aquí. Para darle de comer”.

“¡Pobre viejo!” Todos dicen compadecidos.

El anciano cae en la cuenta de lo que ha pasado. Lloro. Lloro. Las lágrimas de un anciano... son tristes, aun cuando las arranque la alegría. En voz baja susurra: “¡Ahora sí puedo servirme, bendito! ¡Mil veces bendito seas!” y quiere besar los pies de Jesús.

“No, padre. Ahora vamos adentro y comeremos. Luego te daremos un vestido y te encontrarás entre hijos. Nosotros tendremos un padre que nos dará la bienvenida cada vez que volvamos, y la bendición cuando partamos. Iremos a buscar dos palomos para que tengas quién te acompañe. Buscaremos semillas para el huerto y las sembrarás en la tierra, así como sembrarás en los corazones de esta gente la fe en Mí”.

“Enseñaré la caridad. ¡No tienen!”

“También. Pero sé dulce...”

“Lo seré. Ni una palabra dura dije a mi nuera cuando me abandonaba. Comprendí y perdoné”.

“Te lo leí en el corazón, por eso te he amado. Ven, ven conmigo...” Entra llevando de la mano al anciano.

Pedro los ve, se seca una lágrima con el dorso, de la mano antes de continuar el trabajo.

“¿Lloras, hermano?”

Pedro no responde.

Andrés de nuevo: “¿Por qué lloras, hermano?”

“Ocúpate de tus legumbres. Si lloro es porque... porque yo lo sé”.

“Dínoslo también a nosotros. ¡Vamos, sé bueno!” dicen varios.

“Es porque... porque me llegan más al corazón estas cosas, tan así...tan... ¡Bueno! ¡Que no cuando imponente y majestuoso lanza rayos!”

“¡Es entonces cuando se descubre al Rey!” exclama Judas.

“Y en esto se ve el Santo. Pedro tiene razón” hace notar Bartolomé.

“Para reinar tiene qué ser fuerte”.

“Para redimir, santo”.

“Para las almas, sí. Pero para Israel...”

“Israel no será jamás Israel si las almas no se santifican”.

Los “sí” y los “no” se trenzan. Cada uno se mantiene en su parecer.

El anciano sale con una jarra en las manos. Va a traer agua de la fuente. No parece el de antes. Tan feliz que está.

“Viejo padre, escucha ¿según tú, de qué tiene necesidad Israel para ser grande?” le pregunta Andrés. “¿De un rey o de un santo?”

“De Dios tiene necesidad. De este Dios que allí está orando y meditando. ¡Ah, hijos, hijos, sed buenos, vosotros quienes lo seguís. ¡Sed buenos, buenos! ¡Qué favor tan grande os ha

hecho el Señor! ¡Qué gracia!” y se va agitando los brazos hacia el cielo y diciendo: “¡Qué gracias! ¡Qué gracia!”

75. Predicación en la encrucijada vecina al poblado de Salomón

16 febrero 1946

El grupo sale de la casita. El anciano se les ha unido trayendo un vestido de algún apóstol de pequeña estatura.

“Si quieres quedarte, padre...” le empieza a decir Jesús.

Pero el otro interrumpe: “¡No, no! ¡También yo voy! ¡Oh, déjame que vaya! ¡Ayer comí! ¡Dormí esta noche y en cama! No tengo ninguna pena en el corazón. Me siento tan fuerte como un joven...”

“Entonces, ven. Estarás conmigo, con Bartolomé y con mi hermano Judas. Vosotros, de dos en dos, esparcidos como se os dijo. Antes de la siesta estad todos aquí. Idos y la paz sea con vosotros”.

Se separan. Unos van en dirección del río, otros hacia los campos. Jesús es el último en partir. Atraviesa despacio el poblado. Lo ven los pescadores que han regresado del río o que van. Las mujeres mañaneras que se han levantado para lavar la ropa, para limpiar los huertos o para hacer el pan. Nadie habla.

Sólo un muchachito que lleva siete ovejas al río, pregunta al anciano: “¿A dónde vas, Ananías? ¿Te vas de aquí?”

“Voy con el Rabí. Y regreso con Él. Soy su siervo”.

“No. Eres mi padre. Cada anciano justo es un padre y una bendición para el lugar que los hospeda y para quien lo socorre. ¡Bienaventurados los que aman y honran a los viejos!” dice Jesús solemne.

El muchachito lo mira atemorizado, y luego: “Yo... siempre le daba un poco de pan...” como para decir: “No me regañes que no lo merezco”.

“Miguel fue siempre bueno conmigo. Era amigo de mis nietos... y siguió siendo mío. Tampoco su madre es mala. Me ayudaría pero tiene once hijos y viven de la pesca...”

Varias mujeres curiosas se acercan y escuchan.

“Dios ayudará siempre a quien auxilia al pobre como puede. Y siempre hay medios para hacerlo. Muchas veces es una mentira decir “No puedo”. Cuando se quiere, se encuentra siempre un bocado de sobra, una manta deshilachada, un vestido que se ha arrinconado, porque no se le usa más. El cielo recompensa. Dios te devolverá, Miguel, los pedazos de pan que le diste”. Y acaricia al muchacho. Se va.

Las mujeres se quedan avergonzadas, luego preguntan al muchacho que les cuenta lo que sabe. El miedo se apodera de las mujeres avaras que no quisieron ayudar al anciano.

Jesús ha llegado a la última casa, se dirige a una encrucijada, que dobla del camino principal hacia el poblado. Desde aquí se ve que pasan caravanas que van a la Decápolis o a la Perea.

“Vamos allá y predicamos. ¿Quieres hacerlo también tú, padre?”

“No soy capaz. ¿Que debo decir?”

“Lo eres. Tu alma conoce la sabiduría del perdón, de ser fiel a Dios y la resignación aun en las horas del dolor. Sabes que Dios socorre a quien espera en Él. Ve y dilo a los peregrinos”.

“¡Oh, esto sí!”

“Judas, ve con él. Yo me quedo con Bartolomé en la encrucijada”.

Al Llegar allí, se mete bajo la sombra de un grupo de plátanos frondosos y pacientemente espera.

Los campos de alrededor están llenos de mieses y de árboles frutales. Frescos cuando es de mañana. Es un placer contemplarlos. Las caravanas pasan por el camino... Pocas se fijan en los dos que están allí junto a los plátanos. Tal vez pensarán que se trata de viajeros cansados. Alguien reconoce a Jesús, lo señala, o bien se inclina saludándolo.

Finalmente hay uno que detiene su asno y los de sus familiares. Se baja, se dirige a Jesús: “¡Dios sea contigo, Rabí! Soy de Arbela. Te oí en el otoño. Esta es mi mujer, esta su hermana que ha quedado viuda, y esta mi madre. Este anciano es su hermano. Aquel joven es hermano de mi mujer. Todos estos son nuestros hijos. Tu bendición, Maestro. Supe que hablaste en el vado. Yo llegué tarde... ¿No tienes una palabra para nosotros?”

“La palabra no se niega nunca. Pero aguarda unos instantes, pues otros están viniendo”.

Los del poblado poco a poco están viniendo, los que habían pasado y tomado el norte, regresan, otros picados por la curiosidad se detienen y se quedan montados o se bajan de sus animales. Un pequeño grupo se ha ido formando.

Regresa Judas de Alfeo con el anciano. Jesús empieza a hablar.

“Los que recorren los caminos que el Señor ha señalado, y los recorren con buena voluntad, terminan por encontrarlo. Encontrasteis al Señor después de haber cumplido con vuestro deber de fieles israelitas en la pascua santa. Y ved que la sabiduría os habla como lo deseabais en esta encrucijada donde la Bondad divina ha hecho que os encontraseis.

Son tantas las encrucijadas que el hombre encuentra en el camino de su vida. Más sobrenaturales que materiales. Diariamente la conciencia se encuentra en las encrucijadas del bien y del mal. Debe escoger atentamente para no equivocarse. Si se equivoca debe saber regresar humildemente cuando alguien se lo advierte. Y aunque le parezca más bella la vía del mal, o sencillamente el de tibieza, debe saber escoger el camino difícil, pero seguro del bien.

Escuchad la siguiente parábola:

Un grupo de peregrinos, vino de lejanas regiones en busca de trabajo, se encontró en la frontera de un país, donde esperaban contratistas de trabajadores para las minas, otros para los campos y bosques, otros para un rico infame, no faltaba quien contratara soldados para un rey que tenía su castillo en la cima de un monte, al que se llegaba por un camino demasiado inclinado. El rey quería soldados, pero quería que más que robustos en el cuerpo lo fueran en su inteligencia, para mandarlos después a las ciudades para que enseñasen a sus súbditos la rectitud. Esta es la razón por la que vivía arriba, como en eremitorio, para educar a sus siervos sin que las distracciones mundanales los corrompiesen. No prometía otras recompensas, ni vida cómoda, pero les aseguraba que al servirle se convertirían en hombres rectos y justos, lo que ya era un premio.

De este modo hablaban sus mensajeros a los que llegaban a la frontera. Los que eran mensajeros de los dueños de las minas o de campos proclamaban: “No tendréis una vida cómoda, pero seréis libres y ganaréis lo suficiente”. Los que buscan gente para un patrón infame prometían inmediatamente comida en abundancia, placeres, ocio, riquezas: “Basta con que aceptéis sus raros caprichos -que no son muy duros- y tendréis una vida como sátrapas”.

Los peregrinos consultan entre sí lo que decidirían. No querían separarse... Preguntaron: “¿Los campos, las minas, el palacio del que lleva una buena vida, y del rey están vecinos?” “¡Oh, no!” responden los contratistas. “Venid a aquel cuadrivio y os enseñaremos los caminos”.

Fueron.

“¿Veis aquel camino ancho, sombreado, con flores, parejo, con fuentes? Ese lleva al palacio del señor” dijeron unos contratistas.

“¿Veis aquel polvoriento, entre campos tranquilos? Ese lleva a ellos. Hace sol, pero como podéis ver es bueno” dijeron otros.

Los de las minas dijeron: “Este que se ve surcado de ruedas pesadas y de grava lleva a las minas. No es ni bello ni feo...”

Los del rey: “Este sendero abrupto, tallado sobre las rocas que el sol quema, entre zarzales y espinos que dificultan el paso, pero en cambio defienden contra el enemigo, lleva al oriente, al castillo austero, digamos casi sagrado, donde los corazones se forman en el bien”.

Los peregrinos miraban, miraban. Hacían sus cálculos... De las cosas que se les presentaban, una sola era buena. Poco a poco se dividieron. Eran diez. Tres fueron a los campos... dos a las minas. Los restantes se miraron y dos dijeron: “Vamos todos donde el rey. No ganaremos y no gozaremos en la tierra pero seremos santos para siempre”.

“¿Por aquel sendero? ¡Ni locos que fuéramos! ¿No ganar nada? ¿No gozar? Entonces no hubiera valido la pena haber dejado todo, venir al desierto y tener menos de lo que teníamos allá. Queremos ganar y gozar...”

“¡Perderéis el bien eterno! ¿No oísteis que es un patrón muy malo?”

“¡Tonterías! Después de que hayamos gozado y nos hayamos vuelto ricos lo dejaremos”.

“No podéis. Los primeros hicieron mal por ambición del dinero. Pero ¡vosotros! Vosotros anheláis el placer. ¡Oh, no cambiéis por una hora que pasa, vuestro destino eterno!”

“Sois unos necios. Creéis en promesas ficticias. Nosotros vamos al grano, a la realidad. ¡Adiós!”... y corriendo tomaron por el hermoso camino, sombreado, lleno de flores, rico en aguas, emparejado. En su extremidad brillaba el castillo del hombre que vivía cómodamente.

Los dos restantes entre lágrimas y oraciones, tomaron el abrupto sendero. Después de algunos metros estaban a punto de perder el ánimo, por lo difícil, pero siguieron adelante. Cuanto más avanzaban tanto más se sentían ligeros. La fatiga se cambiaba en júbilo. Llegaron jadeantes, rasguñados hasta la cima del monte y fueron llevados a la presencia del rey, quien les dijo todo lo que exigía de ellos para hacerlos sus bravos campeadores y terminó diciendo: “Pensadlo durante ocho días y luego me daréis la respuesta”.

Mucho pensaron y duras luchas sostuvieron con el tentador que quería acobardarlos, con la carne que les decía: “Me sacrificáis”, con el mundo que los seducía con sus recuerdos. Pero vencieron. Se quedaron. Llegaron a ser héroes del bien. Llegó la muerte, esto es, la hora de su glorificación. Desde lo alto de los cielos vieron en lo profundo a los que habían ido donde el patrón malo. Encadenados lloraban en lo oscuro del infierno. Los dos santos comentaron: “¡Y querían ser libres y gozar!”

Los tres condenados los vieron, y llenos de rabia maldijeron a todos empezando por Dios. Gritaban: “¡Todos nos habéis engañado!”

“¡No! No es verdad. No podéis afirmarlo. Se os anunció el peligro. Quisisteis vuestro mal” respondieron los bienaventurados, serenos, aun cuando veían y oían las palabras obscenas, las blasfemias obscenas que les lanzaban.

Vieron a los de los campos y los de las minas en diversas regiones purgativas. Confesaron: “No fuimos ni buenos ni malos. Ahora expiamos nuestra tibieza. ¡Rogad por nosotros!”

“¡Con gusto lo haremos! ¿Pero por qué no vinisteis con nosotros?”

“Porque fuimos, no demonios, sino humanos... No tuvimos generosidad. Amamos más lo transitorio, aunque honesto, que al Eterno y al Santo. Ahora aprendemos a conocer y a amar como se debe”.

La parábola ha terminado. Cada hombre se encuentra en el cuadrivio. Es un perpetuo cuadrivio. Bienaventurados los que son firmes y generosos en querer seguir el camino del bien. Dios esté con ellos. Dios toque y convierta a quien no lo está todavía. Idos en paz”.

“¿Y los enfermos?”

“¿Qué tiene la mujer?”

“Fiebres malignas que le acaban los huesos. Ha ido hasta las aguas milagrosas del mar grande, pero sigue igual”.

Jesús se inclina sobre ella, le pregunta: “¿Quién crees que sea Yo?”

“Al que buscaba. El Mesías de Dios. ¡Ten piedad de mí que tanto te he buscado!”

“Tu fe te cure en el cuerpo como en el alma. ¿Y tú?”

El aludido es un hombre que no responde. Lo hace en su lugar una mujer que lo acompaña. “Cáncer en la lengua. No puede hablar y muere de hambre”. En realidad el hombre es un esqueleto.

“¿Crees que te pueda curar?”

El hombre asiente con la cabeza.

“Abre tu boca” ordena Jesús. Acerca su rostro a la boca roja del cáncer. Sopla y dice: “¡Quiero!” Un momento de espera y luego dos gritos: “¡Mis huesos están sanos!”; “¡María, estoy curado! ¡Mirad mi boca! ¡Hosanna! ¡Hosanna!” Quiere levantarse, pero por la debilidad no puede.

“¡Dadle de comer!” ordena Jesús. Y hace como que se va.

“¡No te vayas! ¡Vendrán otros enfermos! Otros vendrán... ¡También a ellos! ¡También a ellos!” grita la gente.

“Todos los días, desde la mañana hasta la hora de siesta vendré aquí. Si alguien quiere acomodarse, procure reunir a los peregrinos”.

“¡Yo, yo, Señor!” se ofrecen varios.

“¡Que Dios os bendiga!”

Jesús regresa al poblado con sus compañeros de antes, con los otros que llegaron poco a poco cuando hablaba, y todos con la gente.

“¿Dónde está Pedro y Judas de Keriot?” pregunta Jesús.

“Se fueron a la población cercana. Llevaban mucho dinero. Dijeron que iban de compras...”

“Judas está de fiesta. ¡Hizo milagros!” sonriente dice Simón Zelote.

“También Andrés. Le regalaron una oveja en recuerdo. Le curó a un pastor su pierna rota, y agradecido éste se la regaló. Se la daremos a Ananías. La leche hace bien a los ancianos...” dice Juan acariciando al anciano que se siente verdaderamente feliz.

Entran en casa. Preparan un poco de comida...

Van a sentarse a la mesa cuando, cargados como borricos y seguidos de una carreta cargada de esos petates que sirven de cama a los pobres de Palestina, llegan Pedro y Judas.

“Perdón, Maestro, pero necesitábamos esto. Ahora estaremos mejor” dice Pedro.

Judas: “Mira. No compramos sino lo necesario. Pobre pero limpio. Así como te gusta” y se pone a descargar. Una vez que terminan, dicen al carretero que se vaya.

“Doce camas y doce esteras. Alguna que otra cosa más. Las semillas. Aquí están los palomos. Aquí el dinero. Y mañana mucha gente. ¡Uff, qué calor! Pero ahora todo está mejor. ¿Qué hiciste en la mañana, Maestro?”

Y mientras cuenta todo, se sientan contentos a la mesa.

76. Hacia la orilla occidental del Jordán

17 febrero 1946

Nuevamente Jesús está en camino. Con el norte a la espalda, camina a lo largo de los meandros del río para buscar quién lo transporte al otro lado. Los apóstoles van a su alrededor. Hablan de los últimos sucesos acontecidos en el villorrio de Salomón y en su casa. Por lo que colijo, se quedaron allí hasta que se esparció en las cercanías vecinas y contrarias al Maestro la noticia de que allí se hallaba. Y, cuando esto aconteció, se fueron, dejando la casita ya bien arreglada al cuidado de Ananías que –sereno- afronta su pobreza, que ya no es tan triste.

“Esperamos que el estado de ánimo dure como hasta ahora ha durado” dice Bartolomé.

“Si no vamos y volvemos como dic el Maestro, los tendremos en esta disposición” responde Judas de Alfeo.

“¡Cómo lloraba el pobre anciano! Ya se había encariñado...” dice Andrés conmovido.

“Me agradaron sus últimas palabras. ¿Verdad, Maestro, que habló como un sabio?” pregunta Santiago de Zebedeo.

“Como un santo, diría yo” dice Tomás.

“¿Pero, en resumen, qué fue lo que dijo? Yo había ido con Juan a decir a la mamá de Miguel que se acordase de practicar lo que el Maestro había dicho. No sé nada en claro” dice Iscariote.

“Dijo: ‘Señor, si pasases por el lugar donde vive mi nuera, dile que no le guardo rencor y que estoy contento de no ser más una abandonado, porque de este modo el juicio de Dios que le espera será mucho menor. Dile que eduque a los nietecitos en la fe del Mesías, pues así los tendré conmigo en el Cielo, y que apenas me encuentre en la paz, rogaré por ellos y por su salud’. Y se lo referiré. Buscaré a la mujer y se lo diré porque está bien decírselo” dice Jesús.

“Ni una palabra de reproche. Más bien se felicita porque al no morir ni de hambre, ni de abandono, disminuirá el pecado de la mujer” advierte Santiago de Alfeo.

“Pero ante los ojos de Dios ¿disminuirá la culpa de la nuera? Esto es lo que falta por saberse” dice Judas de Alfeo.

Los pareceres son contrarios. Mateo se vuelve a Jesús: “¿Tú qué piensas, Maestro? ¿Quedarán las cosas como antes o cambiarán?”

“Cambiarán...”

“¿Ves que tenía yo razón?...” triunfante grita Tomás.

Jesús hace señal de que lo dejen hablar. Continuará de este modo: “Cambiarán para Ananías, tanto en el Cielo como en la tierra, por su dulzura bondadosa. Pero no para la mujer. Su culpa da gritos a los ojos de Dios. Sólo si se arrepiente, puede cambiarse la sentencia severa. Se lo diré”.

“¿Dónde vive?”

“En Maseda, con sus hermanos”.

“¿Y quién irá allá?”

“También esos son lugares que debo evangelizar...”

“¿Y a Keriot?”

“Subiremos a Keriot desde Maseda e iremos a Yutta, Hebrón, Betsur, Béter, para que estemos nuevamente en Jerusalén para Pentecostés”.

“Maseda está en los dominios de Herodes...”

“¿Que importa? Es una fortaleza, pero él no lo es. ¡Y aunque lo fuese!... No será la presencia de un hombre la que me impida ser el Salvador”.

“Pero, ¿por dónde pasaremos el río?”

“A la altura de Gálgala. De allí costcaremos, siguiendo los montes. Las noches son frescas y la nueva luna de zio alumbrará en el cielo sereno”.

“Si vamos por esos lugares, ¿por qué no vamos al monte donde ayunaste? Es justo que todos lo conozcan bien” dice Mateo.

“También iremos allá. Pero ved ahí una barca. Contratadla, para que pasemos a la otra parte”.

77. En Gálgala

18 febrero 1946

No sé cómo sea ahora Gálgala, pero en el momento en que entra Jesús, es una ciudad ordinaria de Palestina. Muy poblada. Situada sobre una colina, un poco alta, cubierta de viñedos y de olivos en gran parte. El sol es tan fuerte que aun el trigo allí sembrado a la buena entre las plantas o entre las piedras, madura, no obstante la sombra, porque el sol quema, y más por estar cerca del desierto.

Polvo, gritaría, suciedad, confusión en un día de mercado. Como la mala suerte, también allí están los acostumbrados observantes de la ley, y los no convencidos fariseos y escribas que con altaneros ademanes discuten y dialogan en el mejor ángulo de la plaza y fingen no haber visto a Jesús, o no conocerlo. Jesús sigue adelante, y va a una plaza de menor importancia a tomar sus alimentos, una plaza que se encuentra casi a las afueras, pero llenas de sombra de árboles de toda clase. Pienso que es un fragmento de monte dentro de la población y que se le ha conservado así.

El primero que se acerca a Jesús, que está comiendo su pan y sus aceitunas es un hombre andrajoso. Le pide un pedazo de pan. Jesús se lo da y también las aceitunas que tiene en la mano.

“¿Y Tú? No tenemos ni un centavo, lo sabes” advierte Pedro. “Dejamos todo a Ananías...”

“No importa. No tengo hambre. Lo que tengo es sed...”

El mendigo dice: “Aquí atrás hay un pozo. Pero ¿por qué me diste todo? Podías darme la mitad de tu pan... Si no te causa asco el tomarlo...”

“Come, come. Puedo pasarme sin ello. Pero para quitarte la sospecha de que te tengo asco, dame con tus manos un pedazo, y me lo comeré a fin de que seamos amigos...”

El hombre de cara triste e indiferente, despidió una sonrisa de admiración. Dice: “¡Oh, es la primera vez desde que soy el pobre Oglá que alguien me dice que quiere ser mi amigo!” y da el bocado de pan a Jesús. Le pregunta: “¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?”

“Soy Jesús de Nazaret, el Rabí de Galilea”.

“¡Ah!... he oído hablar de Ti... pero ¿no eres el Mesías?”

“Lo soy”.

“¿Y Tú, el Mesías, eres así tan bueno con los mendigos? El Tetrarca manda a sus siervos que nos apaleen, si nos ve en el camino...”

“Yo soy el Salvador. No apaleo a nadie, sino que amo”.

El hombre lo mira fijamente, luego se pone a llorar.

“¿Por qué lloras?”

“Porque... querría salvarme... ¿No tienes ya sed, Señor? Te llevo al pozo y te diré algo...”

Jesús intuye que el hombre quiere decirle algo y le responde: “Vamos”.

“También yo voy” interviene Pedro.

“No. Vuelvo pronto. Por otra parte... hay que tener aprecio de quien se arrepiente”.

Va con Oglá detrás de la casa. Más allá se abren los campos.

“Allí está el pozo... Bebe y escúchame luego”.

“No. Primero dame tu angustia y luego... beberé. Y puede ser que consiga una fuente todavía más dulce que el agua del suelo para mi sed”.

“¿Cuál, Maestro?”

“Tu arrepentimiento. Vamos bajo aquellos árboles. Aquí nos están viendo las mujeres. Ven” y le pone la mano sobre la espalda, y lo lleva a un lugar donde hay muchos olivos.

“¿Cómo sabes que soy culpable y que estoy arrepentido?”

“Vamos... habla. Y no tengas miedo de Mí”.

“Señor... Fuimos siete hermanos de un solo padre, pero yo nací de la mujer con quien se casó mi padre después de haber enviudado. Todos mis hermanos me odiaban. Mi padre, al morir, repartió sus bienes a todos por igual. Una vez que murió, mis hermanos compraron a los jueces, y me quitaron todos mis bienes y me arrojaron fuera con mi madre, acusados de cosas infames. Murió ella cuando tenía yo dieciséis años... Murió de debilidad... Desde entonces jamás encontré quien me amase...” Lloró el hombre con ansias. Se calma. Continúa de este modo: “Mis seis hermanos, ricos y felices, hacían fortuna también con lo que era mío; entre tanto que yo me moría de hambre porque me había enfermado por haber asistido a mi madre que se consumía de debilidad... Pero Dios los castigó a uno tras otro. Tanto que los maldije, tanto que los odié, que la desgracia les cayó. ¿Hice mal? Sí. Lo sé y lo sabía en aquellos tiempos, pero ¿cómo no podía menos de odiarlos y maldecirlos? El último sobreviviente, que en realidad era el tercero de edad, resistía todas mis maldiciones, y hasta le iba bien con las posesiones de los otros cinco de las que legítimamente se había posesionado. Porque los tres menores habían muerto sin mujer. Y se casó con la mujer del primogénito que murió sin hijos. De los bienes del segundo se apoderó, porque con enredos y préstamos se había apoderado de gran parte de los bienes de la viuda. Cuando me encontraba por casualidad en el mercado donde solía ir yo, como siervo de un rico, a vender alimentos, me insultaba y me pagaba con su bastón... Una noche lo encontré... Iba solo. Estaba un poco borracho... Yo... yo me hallaba lleno de recuerdos y de odio... Hacía diez años que había muerto mi madre... Me insultó. Insulto a la difunta... La llamó “perra inmundada”, y me llamó “hijo de hiena...” Señor... si no me hubiera tocado a mi madre... no habría yo reaccionado. Pero me la insultó... Lo cogí por el cuello. Luchamos... Quería sólo pegarle... pero se resbaló... la tierra estaba cubierta de hierba resbaladiza, en declive... y abajo había un precipicio y un arroyo... Rodó porque estaba ebrio y cayó allá... Lo buscaron... y después de tantos años sigue sepultado entre las piedras y la arena de uno de los arroyos del Líbano. Yo no volví más a la casa del patrón, ni él tampoco a Cesarea Paneade. He andado sin paz... ¡Ah, la maldición de Caín! Miedo de la vida... miedo

de morir... Me he enfermado... Y luego te escuché... pero tenía miedo... Dicen que ves en el corazón del hombre. ¡Son tan malos los rabinos de Israel!... No conocen la compasión... Tú, Rabbí de los rabbíes, eres mi terror. He escapado ante Ti... Y con todo, quisiera ser perdonado..." Inclinado hacia el suelo llora.

Jesús lo mira y en voz baja dice: "¡Tomemos sobre Mí también estos pecados!... ¡Hijo escucha! Yo soy la compasión, no el terror. También por ti he venido. No tienes por qué tener vergüenza de Mí... Soy el Redentor. ¿Quieres ser perdonado? ¿De qué?"

"De mi crimen. ¿Me lo preguntas todavía? Maté a mi hermano".

"Dijiste: 'Le quería sólo pegar' porque en esos momentos me había insultado y yo estaba enojado. Pero cuando odiabas y maldecías, no a uno, sino a tus seis hermanos, entonces nadie te había injuriado, ni estabas airado. Lo hacías como la cosa más natural. Espontáneamente. El odio y la maldición, la alegría de ver que eran castigados, era tu pan espiritual ¿no es verdad?"

"Sí, Señor. Durante diez años esto fue mi sustento".

"En verdad empezaste a cometer tu gran delito desde el momento en que empezaste a odiar y a maldecir. Eres fraticida seis veces".

"Pero, Señor, ellos me redujeron a la ruina y me odiaban... Y mi madre murió de hambre..."

"¿Quieres decir que tenías razón de haberte vengado?"

"Sí. Es lo que quiero decir".

"No tienes razón. Estaba Dios para castigar. Deberías de haber amado. Y Dios te habría bendecido en la tierra y en el cielo".

"¿Nunca me bendecirá ya?"

"El arrepentimiento trae de nuevo la bendición. Pero cuántos dolores, cuántas angustias te acarreaste tú mismo con tu odio; muchos más de los que te dieron tus hermanos..."

"¡Es verdad, es verdad! Algo horroroso que dura hace veintiséis años. ¡Oh, perdóname en nombre de Dios! Tú estas viendo que tengo dolor de la culpa. No pido nada para la vida. Soy un mendigo y enfermo, y así quiero seguir; quiero sufrir, quiero expiar. Pero ¡dame la paz de Dios! He presentado mis sacrificios en el Templo, sufriendo el hambre para juntar la suma necesaria del holocausto, pero no podía decir mi crimen, y no sé si habrá sido aceptado el sacrificio".

"No. Aun cuando todos los días hubieses hecho un holocausto, de nada te hubiera servido porque lo ofrecías con mentira. *Rito supersticioso e inútil es el que no va precedido con una sincera confesión de la culpa.* ¿Qué decías al sacerdote?"

"Le decía: 'He pecado por ignorancia al haber hecho ciertas cosas prohibidas ante el Señor y quiero expiarlas'. Yo pensaba dentro de mí: 'Yo sé que pequé y Dios lo sabe, pero no puedo decirlo al hombre con toda claridad. Dios que es omnividente, sabe que pienso en mi crimen'".

"Restricciones mentales, escapatorias indignas. El Altísimo las odia. Cuando se peca, se debe expiar. No lo vuelvas a hacer".

"No, Señor. Y ¿se me perdonará? ¿O debo ir a confesar todo? ¿Pagar con la vida, la vida que arrebaté? Me basta morir con el perdón de Dios".

"Vive para expiar. No podrías devolver el marido a la viuda y el padre a los hijos... Lo debías haber pensado antes de haber matado, antes de haberte dejado dominar por el odio. Pero ahora, levántate y camina por tu nuevo sendero. Encontrarás en el camino a discípulos míos. Ellos recorren los montes de Judea, en la dirección de Tecua a Belén, y más allá de Hebrón. Diles que Jesús te envía y diles que antes de Pentecostés subiré nuevamente a Jerusalén pasando por Betsur y Béter. Busca a Elías, a José, Matías, Juan, Benjamín, Daniel, Isaac. ¿Recordarás estos nombres? Dirígete a ellos en particular. Ahora vámonos..."

"¿Y no bebes?"

"Bebí ya tus lágrimas. Un alma que regresa a Dios. ¡No hay cosa más confortadora para Mí!"

"¿Entonces estoy perdonado? Me dices: 'Regresa a Dios'..."

"Sí. Estás perdonado. Pero no vuelvas a odiar".

El hombre nuevamente se arrodilla porque se había puesto de pie y besa otra vez los pies de Jesús.

Regresan a donde están los apóstoles y los encuentra prendidos en una disputa con algunos escribas.

“Ahí llega el Maestro. Él os puede responder y decir que sois unos pecadores”.

“¿Qué pasa?” pregunta Jesús, a quien no le contestan su saludo respetuoso.

“Maestro, nos molestan con preguntas y con burlas...”

“Soportar las molestias es obra de misericordia”.

“Pero te estaban ofendiendo. Se burlan de Ti... y la gente titubea. ¿Lo ves? Habíamos logrado juntar a varias personas... ¿Quién se ha quedado? Dos o tres mujeres...”

“¡Oh, no! Tenéis allí a un harapiento. ¡Es hasta mucho para vosotros! Maestro, ¿sólo que no parece contaminarte demasiado Tú que siempre andas diciendo que la inmundicia te causa asco?” pregunta con toda sorna un joven escriba, señalando al mendigo que está al lado de Jesús.

“Esto no es una inmundicia. No es esta la inmundicia que me causa asco. Este es el ‘pobre’. Y el pobre nunca causa asco. Su miseria debe ser parte para que el alma se abra a sentimientos de compasión fraternal. Tengo asco de las miserias morales, de los corazones fétidos, de las almas andrajosas, de los espíritus llenos de llagas”.

“¿Y estás seguro de que él no es así?”

“Sé que cree y espera en Dios y en su misericordia, ahora que la conoció”.

“¿La conoció? ¿Dónde habita? Dínoslo para que también vayamos a verle su rostro. ¡Ah! ¡Ah! El Dios terrible a quien Moisés no se atrevía a mirar, debe tener un rostro severo aun en su misericordia: aun cuando después de tantos siglos se hubiese ablandado su rigor” replica el joven escriba y se ríe con una carcajada peor que una blasfemia.

“Yo quien te hablo soy la Misericordia de Dios” grita Jesús, derecho, imponente. No sé cómo el otro no tenga miedo...

Si es verdad que no huye, sin embargo no se atreve a hacer más burlas y se calla. Otro ocupa su lugar: “¡Cuántas palabras inútiles! Nosotros quisiéramos ver para creer. No pediremos otra cosa. Pero para creer es necesario tener pruebas. ¿Maestro, sabes lo que es Gálgala para nosotros?”

“¿Me tomas por tonto?” pregunta Jesús. Y, tomando el tono de salmo, empieza lentamente, como arrastrando la voz: ‘Y Josué, levantándose antes de amanecer, levantó el campamento, él y todos los hijos de Israel partieron de Setim para el Jordán donde se detuvieron tres días. Al fin de ellos, los heraldos recorrieron el campamento diciendo: ‘Cuando veréis el Arca de la Alianza del Señor Dios vuestro, que llevan los sacerdotes de la estirpe de Leví partid también vosotros y seguidla, pero con un intervalo de un kilómetro, a fin de que podáis verla de lejos y reconocer el camino que debéis seguir, pues no habéis pasado por allí antes y...’³”.

“Basta, basta. Sabes la lección. Pues bien, desearíamos que hicieses un milagro igual para creer en Ti. En el Templo, con ocasión de la Pascua, se nos aturdió con la noticia que llevó un barquero, quien afirmaba que habías detenido la creciente del río. Si por un hombre cualquiera hiciste algo tan grande, por nosotros, que valemos más que él, baja al Jordán con los tuyos y pásalo a pie enjuto como Moisés pasó el Mar Rojo⁴, y Josué en Gálgala el río⁵. ¡Ea, valor! Los sortilegios no sirven sino para los ignorantes. A nosotros no nos vas a engañar con tus brujerías, aun cuando, como se sabe, conoces los secretos de Egipto y las fórmulas mágicas”.

“No tengo necesidad de ello”.

“Bajemos al río y creeremos en Ti”.

“Está dicho: ‘¡No tentarás al Señor Dios tuyo!’⁶”.

³ Cfr. Jos. 3, 1-4.

⁴ Cfr. Ex. 13, 17-15, 21.

⁵ Cfr. Jos. 3, 1-5, 12.

⁶ Cfr. Deut. 6, 16.

“¡Tú no eres Dios! Eres un pobre loco. Uno que solivianta las multitudes ignorantes. Con ellas es cosa fácil, porque Belzebú está contigo, pero con nosotros que estamos defendidos con señales de exorcismo, no vales ni un comino” mordazmente dice un escriba.

“No lo enfades. Ruégale que nos dé contento. Así como lo estás haciendo, no haces más que se empequeñezca y pierda su poder. ¡Ea, Rabbí de Nazaret! Danos una prueba y te adoraremos” dice con voz de serpiente un viejo escriba, mucho más peligroso con su astucia viperina que con un ataque abierto.

Jesús lo mira. Luego se vuelve hacia el sudoeste y abre los brazos extendiéndolos hacia adelante. Dice: “Allá está el desierto de Judá y allá el espíritu del Mal que me dijo que tentase Yo al Señor mi Dios. Y le respondí: “Lárgate, lárgate, Satanás. Dicho está que sólo a Dios se debe adorar y jamás poner a prueba. A Dios hay que seguirlo sobre todo lo que sea humano”. Esto os digo también a vosotros”.

“¿Nos llamas Satanás? ¿A nosotros? ¡Eres un maldito!” Y, más semejantes a unos pillos que a doctores de la Ley, toman del suelo piedras que encuentran para arrojarlas, y gritan: “¡Lárgate! ¡Lárgate! ¡Lárgate! ¡Eres un maldito para siempre!”

Jesús los mira, sin miedo alguno. Los paraliza cuando intentan sacrílegamente atacarlo. Recoge su manto y dice: “¡Vayámonos! Oglá pasa delante de Mí” y vuelve al pozo, al olivar donde oyó la confesión adelanta en la espesura... baja la cabeza desalentado. Dos lágrimas le brotan de sus ojos, que corren por su pálido rostro.

Llegan a un camino, Jesús se para y dice al mendigo: “No puedo darte dinero, porque no lo tengo. Te bendigo. Adiós. Haz lo que te dije”.

Se separan... Los apóstoles están afligidos. No hablan. Se miran a escondidas...

Jesús rompe el silencio y vuelve a cantar en tono de salmo: “Y el Señor dijo a Josué: “Toma doce hombres, uno para cada tribu, y diles que tomen de en medio del lecho del Jordán, donde se detuvieron los sacerdotes, doce piedras durísimas, las más grandes que puedan, que colocaréis en el lugar del campamento, donde pusieseis esta noche vuestra tienda”. Josué, una vez que llegaron ante sí los doce hombres dijo: ‘Id delante del Arca del Señor Dios vuestro. De en medio del Jordán cada uno de vosotros cárguese una piedra sobre la espalda, según el número de los hijos de Israel, para que hagáis con ella un monumento. Y cuando en el porvenir vuestros hijos os preguntasen: ¿Qué significan estas piedras? Les responderéis. Las aguas del Jordán desaparecieron ante el Arca de la Alianza del Señor que atravesaba por ella, y estas piedras fueron puestas como un monumento eterno de los hijos de Israel’⁷”.

Levanta su cabeza, que tenía inclinada, mirando a sus doce que lo están contemplando. Y con una voz, con esa voz en que se refleja su máxima tristeza dice: “Y el Arca estuvo en el río. Pero no fueron las aguas sino los cielos que se abrieron por respeto al Verbo que estaba ahí adentro de ellas para santificarlas, mucho mejor de lo que el Arca que estuvo parada en el lecho del río. Y el Verbo se escogió doce piedras. Durísimas. Porque deben durar hasta el fin del mundo, y porque deben ser el fundamento del Templo nuevo y de la Jerusalén eterna. Doce. Recordadlo. Este debe ser el número. Y luego escogí a otros doce como segundos testigos. Los primeros discípulos pastores y Abel el leproso, y Samuel el lisiado, los primeros curados... los que siguen agradecidos... Durísimas también porque deberán resistir a los golpes de Israel que odia a Dios... ¡Que odia a Dios!...”

Imposible describir esa voz de Jesús, en que hay pena, amargura por la dureza de Israel. Continúa: “Los siglos y los hombres dispersaron las piedras que formaban el monumento. El odio dispersará en la tierra a mis doce. Los siglos y los hombres destruyeron en la orilla del río el altar que servía de recuerdo. Las primeras y las segundas piedras, que se les empleó para cualquier cosa a instigación de los demonios que no sólo están en el infierno, sino también dentro de los hombres, no se les reconoce más. Tal vez algunas de ellas las usaron hasta para matar. ¿Y quién no puede asegurarme que de los trozos de piedra que tomaron para arrojármelos, no hubiese habido trozos de aquellas que Josué escogió? ¡Durísimas! Sí,

⁷ Cfr. Jos. 4, 1-7.

durísimas. También entre los míos habrá de los dispersos que servirán de acera a los demonios que caminan sobre Mí... y se harán como astillas para que me golpeen... y no serán más piedras escogidas... sino satanases... ¡Oh, Santiago, hermano mío, Israel es durísimo contra su Señor!" Y, cosa nunca antes vista, Jesús, venciendo no sé qué aflicción, se reclina llorando sobre la espalda de Santiago de Alfeo a quien abraza...

78. Hacia Engaddi. Judas y Simón se van

19 febrero 1946

Debieron de haber continuado caminando bajo la luna, haber descansado un poco en alguna caverna y vuelto a emprender el camino hacia el amanecer. Se ve claramente que están cansados porque el camino de fragmentos de roca destrozada es muy difícil; además de los espinos y zarzas y lianas que los punzan y les impiden caminar. Esta vez Simón Zelote es el guía y parece que conoce muy bien el lugar. Pero pide excusa del camino, como si él tuviese la culpa.

"Ahora cuando hayamos subido a esos montes que veis, estaremos mejor y os prometo miel silvestre en abundancia y aguas frescas hasta no más..."

"¿Agua? ¡Que me zambullo! La arena me ha quemado los pies como si hubiese andado sobre sal, y la piel la traigo toda quemada. ¡Malditos lugares estos! Se comprende. Se comprende que estemos cerca de los lugares que el cielo castigó con su fuego¹. Ha quedado en el viento, en la tierra, en las espinas, en todas las cosas" exclama Pedro.

"Y con todo hubo un tiempo que fue lugar muy bello ¿verdad, Maestro?"

"Bellísimo. En los primeros siglos del mundo estos lugares fueron un pequeño Edén. El suelo era fertilísimo. ¡Había tanta agua en él! Luego... el desorden de los hombres trató de apoderarse de estos elementos. Y vino la ruina. Los sabios del mundo pagano explican de varias maneras este castigo terrible. Pero, a su manera, con un terror supersticioso. Pero creedme: fue la voluntad de Dios la que hizo que los elementos saliesen de su orden; los del cielo a los de las profundidades, chocaron entre sí el uno contra el otro en ciclón vertiginoso; los rayos incendiaron el asfalto que la tierra había vomitado. Fuego de las entrañas de la tierra y fuego sobre ella. Fuego del cielo en ayuda del de la tierra, para hacer –con sus violentos rayos- nuevas aberturas en la tierra que se estremecía en medio de convulsiones, llena de terror, y quemó, destruyó, acabó con kilómetros y kilómetros de un lugar que fue antes un vergel, y lo convirtió en un infierno que estáis viendo y en el que no hay vida".

Los apóstoles escuchan atentamente.

Bartolomé pregunta: "¿Crees que se pueda secar la capa de las espesas aguas, y puedan encontrarse en el fondo del Mar las ciudades castigadas?"

"Ciertamente. Y casi intactas, porque el espesor del agua hace de argamasa de las ciudades sepultadas. Pero el Jordán ha arrojado sobre ellas mucha arena. Se diría que están sepultadas dos veces, y que no volverán más a la vida, símbolo de los que obstinados en su culpa, están sepultados para siempre bajo la maldición de Dios y de la prepotencia de Satanás, al que con tanto afán sirvieron durante su vida".

"¿Acá se refugió Matatías de Juan de Simón, el justo asmoneo que es gloria de todo Israel, junto con sus hijos?³"

"Sí. Entre los montes y el desierto. Acá reorganizó al pueblo y al ejército, y Dios estuvo con él".

"Pero, al menos... lo pudo hacer más fácilmente ¡porque los Asideos eran hombres más justos de lo que son los fariseos contigo!"

¹ Cfr. Gén. 19, 1-29.

³ Cfr. 1 Mac. 2, 28.

“¡Oh, ser más justo que los fariseos es cosa fácil! Más fácil de lo que hace este espinoso pincharte las piernas... ¡Vedlo!” dice Pedro, que por estar oyendo, no se fijó dónde pisaba y se ha encontrado de improviso en medio de zarzas que le provocan sangre en las pantorrillas.

“Hay menos en los montes. ¿Ves cómo van desapareciendo?” dice Zelote por consolarlo.

“Se ve que conoces muy bien el lugar...”

“Acá viví proscrito y perseguido...”

“¡Ah, entonces!...”

De hecho las colinas van cubriéndose de un verdor que consuela. No hay mucha sombra. Las hierbas no son muy altas, pero sí muy olorosas y cubiertas de flores que parecen un tapiz de colores. Hay aquí abejas y más abejas. Luego van a las cavernas que hay en los lados de los montes, y allí, bajo colgantes tiendecillas de hiedra y madreselvas, depositan su miel en sus avisperos naturales. Simón Zelote va a una caverna, y sale con lonjas de miel de oro, y luego más y más hasta que alcanza para todos. Las ofrece al Maestro y a sus amigos que, contentos, se las comen.

“¡Si hubiese pan! ¡Qué sabrosa sería!” dice Tomás

“Sin pan no está mal. Mejor que las espigas filisteas. Y... esperamos que ningún fariseo venga a decirnos que no podemos comer miel” dice Santiago de Zebedeo.

Y, comiendo, siguen caminando. Llegan a una cisterna en que se juntan las aguas de varios arroyos, y que luego no sé a dónde se van. El agua que sobra sale fresca del estanque, cristalina, porque no le da el sol, pues el peñasco inmenso donde está cavada la cisterna la protege. Al caer el agua forma como una especie de lago en miniatura en la roca silíceo-negrusca.

Con todas las ganas los apóstoles se desnudan y, uno por uno, se meten en el estanque que no se habían imaginado. Pero, antes de cualquier otro, tiene qué entrar Jesús “para que las aguas sean más puras” dice Mateo.

Continúan la marcha ya refrescados, aunque con más hambre que antes, que los obliga a cortar flores de peucedano y otras cuyos nombres ignora.

El panorama sobre la cima de estos montes, que parece que los hubieran decapitado con espadas, es bello. Se contemplan extensiones verdes sobre otros montes y llanuras fértiles hacia el sur y algo del Mar Muerto, que se ve muy bien hacia el oriente, con sus montes lejanos del otro lado de sus costas, cubiertos con delgadas nubes que ascienden del sudeste; al norte, en medio de crestas de montes, se observa la lejana llanura del Jordán envuelta en verdor, al oeste de los altos montes de Judea.

El sol empieza a quemar y Pedro solamente dice: “Esas nubes sobre los montes de Moab son señal de un día caluroso”.

“Ahora bajaremos al valle del Cedrón. Hay mucha sombra...” dice Simón.

“¿El Cedrón!? Oh, ¿cómo se hizo para llegar tan pronto al Cedrón?”

“Así es, Simón de Jonás. El camino fue áspero, ¡pero cuánto nos ahorró! Caminando por el valle, presto se llega a Jerusalén” explica Zelote.

“Y a Betania... Debo mandar a alguno de vosotros a Betania, para que digan a las dos hermanas que lleven a Eglá a casa de Nique. Mucho me lo pidió y es una petición justa. Ella, que es viuda y sin hijos, la amaré mucho, y la joven es huérfana. Nique una verdadera madre israelita, la hará crecer en nuestra antigua fe y en la mía. Quisiera también ir Yo... Un descanso para el corazón amargado... En la casa de Lázaro el corazón del Mesías no encuentra sino amor... Pero ¡es largo el viaje que quiero hacer antes de Pentecostés!”

“Mándame, Señor, y conmigo a alguno de buenas piernas. Iremos a Betania y luego subiré de nuevo a Keriot y allí nos encontraremos” dice entusiastamente Judas de Keriot. Los otros, que presienten que se va a escoger a uno de ellos por compañero y que no quieren separarse del Maestro, no muestran tanto gusto. Jesús piensa, y, al hacerlo, mira a Judas. No sabe si asentir o no. Judas insiste: “Sí, Maestro. Di que sí. Dame este gusto...”

“Eres el menos apto de todos, Judas, para ir a Jerusalén”.

“¿Por qué, Señor? ¡La conozco mejor que cualquier otro!”

“¡Por eso mismo!... No sólo la conoces, sino que penetra en ti, mejor que en cualquier otro”.

“Maestro, te doy mi palabra de que no me detendré en Jerusalén, y no veré a nadie de Israel por mi voluntad... Pero déjame ir. Te esperaré en Keriot y...”

“¿Pero no vas a hacer presión para que me tributen honores humanos?”

“No, Maestro. Te lo prometo”.

Jesús vuelve a pensar.

“¿Por qué titubeas tanto, Maestro? ¿Desconfías tanto de mí?”

“Eres un débil, Judas. Y como te alejas de la Fuerza, caes. ¡Desde hace varios días que eres tan bueno! ¿Por qué quieres buscar la intranquilidad y causarte dolor?”

“No, Maestro, no es lo que quiero. ¡Llegará el día en que estaré sin Ti! ¿Y entonces? ¿Cómo podré comportarme, si no estoy preparado?”

“Judas tiene razón” dicen varios.

“Está bien... Vete con mi hermano Santiago”.

Los otros respiran. Santiago lo siente en el alma, pero dócilmente dice: “Sí, Señor mío. Bendícenos para partir”.

Simón Zelote siente compasión por él y dice: “Maestro, los padres con gusto sustituyen a sus hijos por darles gusto. A éste lo tomé por hijo mío junto con Judas. Ya pasó el tiempo, pero mi decisión es siempre la misma. Acepta mi petición... Mándame con Judas de Simón. Soy viejo pero resisto como un joven, y Judas no tendrá qué lamentarse de mí”.

“No, no es justo que te sacrifiques apartándote por mí del Maestro. Te duele que no vayas con Él...” dice Santiago de Alfeo.

“El dolor se mitiga con el placer de dejarte con el Maestro. Me contarás luego lo que os pasó y lo que hicisteis... Por otra parte... gustoso voy a Betania...” concluye Zelote como para quitar fuerza a su petición.

“Está bien. Iréis los dos. Entre tanto juntos vayamos hasta ese poblado. ¿Quién va a buscar pan en nombre de Dios?”

“¡Yo, yo!” Todos quieren ir. Jesús detiene a Judas de Keriot.

Cuando ya se han ido todos, Jesús le toma las manos y le habla de muy cerca. Parece como si quisiera infundirle sus ideas, sugestionarlo hasta el punto que Judas no tenga otros pensamientos que los de Jesús. “Judas... ¡No te hagas el mal! ¡No te hagas el mal!, ¡Judas mío! ¿No es verdad que desde hace días te sientes tranquilo y feliz, libre del pólipo de ti mismo, que es peor que ese otro “pensamiento” humano que es fácil señuelo de Satanás y del mundo? ¿Verdad que te sientes así? Pues bien, conserva esta paz, tu bienestar. No te hagas daño, Judas. Lo estoy leyendo en ti. ¡Eres tan bueno en este momento! ¡Oh, si pudiese Yo, si pudiese, a costa de toda mi Sangre, mantenerte así, destruir hasta el último baluarte en que se anida un gran enemigo tuyo, hacer de todo tu ser un espíritu! ¡Espíritu en la inteligencia, espíritu en el amor, espíritu nada más!”

Judas, que está enfrente de Jesús, y cuyas manos están sujetas por las del Maestro, queda como atolondrado. Con voz entrecortada pregunta: “¿Dañarme? ¿Último baluarte? ¡Cuál es...?”

“¿Que cuál? Tú lo conoces, Sabes lo que te hace mal. Cultivar pensamientos de grandeza humana y amistades que supones te serán útiles para conseguir esta grandeza. Israel no te ama. Créemelo. Te odia como me odia a Mí y odia a quien no tiene la apariencia de un probable vencedor. Y, exactamente como tú no ocultas tus pensamientos de querer serlo, te odia. No creas sus palabras mentirosas, ni sus falsas preguntas, hechas con la excusa de internarse en tus planes para ayudarte. Te rodean para hacerte mal, para saber y luego causarte daño. No te lo pido por Mí, sino por ti solo. Yo, sea lo que fuese según ellos, seré siempre Señor. Podrán atormentar mi Cuerpo, matarlo. Pero no más. ¡Pero tú, pero tú! A ti te matarán el alma... ¡Huye de la tentación, amigo mío! Prométeme que huirás de ella. Regala a tu pobre Maestro, perseguido, preocupado, esta promesa que le dará paz”.

Jesús tiene a Judas entre sus brazos, y poco a poco le habla al oído. Los cabellos de oro un poco oscuro de Jesús se mezclan con las gudejas negras y abundantes de Judas.

“Yo sé que debo padecer y morir. Sé que mi corona será la de un mártir. Sé que mi púrpura será la de mi propia Sangre. Por esto vine, porque en medio de este martirio redimiré a la Humanidad, y amor sin límites es lo que me empuja desde hace tiempo a ello. Pero no quisiera que uno de los míos fuese a perderse. Todos los hombres me son caros, porque en ellos está la imagen y semejanza de mi Padre, el alma inmortal que Él creó. Pero vosotros, amados y muy amados, vosotros sangre de mi sangre, pupila de mis ojos, no, no, ¡perdidos no! ¡No habrá tormento igual al de que un elegido mío se pierda! Aún cuando Satanás me clavase sus uñas infernales de azufre y me mordiese, y me estrujase en ellas, él, el Pecado, el Horror, el Asco, no habrá tormento igual al mío... ¡Judas, Judas, Judas mío! ¿Quieres que pida al Padre padecer tres veces mi horrenda Pasión, y, que de las tres, dos sean sólo para salvarte? Dímelo, amigo, y lo haré. Diré que se multipliquen hasta lo indecible mis sufrimientos por ello. Te amo Judas. Mucho es lo que te amo. Quisiera, quisiera darme Yo mismo a ti; convertirte en Mí, para que tú mismo te salves...”

“No llores, Maestro, no digas estas palabras. También yo te amo. Me entregaría también yo mismo para verte respetado, fuerte, temido, vencedor. No te amo tal vez perfectamente; tal vez no pienso como se debe, pero todo lo que soy lo empleo –quizás abuse- por el ansia de verte amado. Te juro, por Yeové juro, que no iré a ver a ningún escriba, ni a un solo fariseo, ni a saduceo alguno, ni a judíos, ni sacerdotes. Dirán que estoy loco, pero no importa. Me basta que no estés preocupado por mí. ¿Estás contento ahora? Dame un beso, Maestro, dame uno como bendición y protección tuya”.

Se dan el beso y se separan mientras los otros a la carrera regresan por las colinas blandiendo en el aire pan y queso.

Se sientan en la verde hierba de la orilla y se reparten el pan. Cuentan que los acogieron bien, porque en las pocas casas que hay, la gente conoce a los pastores-discípulos, y ve con buenos ojos al Mesías.

“No dijimos que estuvieses, porque si no...” termina Tomás.

“Trataremos de pasar por aquí alguna vez. No conviene descuidar a nadie” dice Jesús.

Termina la comida. Jesús levanta y bendice a los dos que van a Betania y que esperan la tarde para volver a ponerse en camino, porque el valle está lleno de sombra y de agua cristalina.

Jesús y los diez restantes, se tienden sobre la hierba y descansan hasta que llegue el crepúsculo para volver por el camino que lleva hacia Engaddi y Maseda, como oigo que dicen.

79. Llegada a Engaddi

20 febrero 1948

Los viajeros, aunque están cansados de una larga caminata hecha tal vez en dos etapas, desde el crepúsculo hasta este amanecer, por senderos escabrosos, no pueden menos que exclamar admirados cuando, llegados al último trecho de camino; sobre el que se encienden diamantes al contacto del sol matinal, se encuentran ante el vasto panorama del Mar Muerto con sus dos orillas.

La que da hacia el occidente deja un pequeño espacio plano entre el Mar Muerto y la línea de colinas, que parecen la última ondulación de la cadena de montes de la Judea-ondulación que avanza sobre la playa desierta, y que se queda allí, llena de vegetación, después de haber puesto al desnudo desierto entre sí y la vecina cadena de montes de la Judea- la orilla oriental muestra montes que descienden a pique al Mar Muerto. No puede uno menos de pensar que el terreno, debido a una espantosa catástrofe telúrica, se haya hundido, como si se le hubiese cortado, descubriendo grietas verticales al lago de las que bajan arroyos más o menos abundantes en agua, destinadas a evaporarse en sal en las aguas negras, malditas, del Mar Muerto. Detrás, más allá del lago y de los primeros picos de los montes, hay otros y otros más, hermosos con los rayos matinales. Al norte está la desembocadura verde-azul del Jordán, al sur montes que sirven de corona al lago.

Es un espectáculo de grandeza solemne, triste, amonestadora, en que se funde, los contornos confusos de los montes y el oscuro del Mar Muerto que parece recordar, al mirarlo, lo que puede el pecado y lo que puede la ira del Señor. Porque un inmenso espejo de agua sin una sola vela, sin una sola barca, sin un ave, sin un animal que pase por él o vuele sobre él, o que beba en su orilla, es algo horrible.

En contraste con este espectáculo, las maravillas del sol sobre los montecillos y dunas, hasta las arenas del desierto donde los cristales de sal toman la forma de jaspes preciosos esparcidos sobre la arena, sobre peñascos, sobre los troncos duros de las plantas del desierto, y cambiando así todo en belleza con el polvo diamantino esparcido sobre las cosas. Y todavía más milagrosa es la fértil meseta de unos 150 metros sobre el nivel del mar. Maravillosa con sus plantas, con sus viñedos de toda clase. Por esta meseta corre agua transparente, y sobre ella hay una hermosa ciudad que rodean campos fertilísimos. Cuando pasea uno su mirada de la oscura cara del mar, del lado oriental en que se distingue un poco de tierra verde que avanza hacia el mar, en el sudeste, al desolado desierto de Judea, del majestuoso centro que forman los montes judíos, a esta meseta tan dulce, que sonríe, que florece, parece que desapareciera una horrible pesadilla y sobreviniese en su lugar una visión suave de paz.

“Aquella es Engaddi, a la que han cantado los poetas de nuestra Patria. ¡Ved qué hermosa es la región que baña el agua en medio de un espectáculo tan tétrico! Bajemos a sumergirnos dentro de sus vergeles, porque todo allí es jardín, todo prado, todo bosque, todo viñado. Esta es la antigua Jaesón Tamar, como lo dicen sus bellas palmeras, bajo las que es todavía más hermoso levantar la tienda, cultivar la tierra, amarse, crear los hijos y los ganados, bajo el canto de sus hojas, de sus ramas. Este es el oasis que alegra, que sobrevivió en medio de las tierras que Dios castigó, que está rodado como una perla engarzada, por senderos propios de las cabras, de los cabritos, como se dice en los Reyes¹; en cuyos senderos hay para los perseguidos, para los cansados y abandonados, cavernas que los hospedan. Acordaos de David, nuestro rey, y acordaos de que fue bueno con Saúl su enemigo. Esta es Jaesón Tamar, Engaddi, la fuente, la bendecida, la belleza, de la cual partieron los enemigos contra el rey Josafat y sus súbditos que, atemorizados, fueron reconfortados por Yasasiel, hijo de Zacarías en quien hablaba el Espíritu de Dios². Y alcanzaron una gran victoria porque tuvieron fe en el Señor y merecieron su ayuda con la penitencia y oración, con que precedieron la batalla. Es la ciudad a la que cantó Salomón³, cual tipo de belleza entre lo bello. Esta es de la que habla Ezequiel⁴, como si el Señor lo alimentase con sus aguas. Bajemos. Vamos a llevar el Agua viva que del Cielo ha descendido a la joya de Israel”.

Y, casi a la carrera, bajan por un sendero resbaladizo, con recodos, que parece un zigzag, en la roca calcárea de color rojizo que en los lugares donde se acerca más al mar, llega hasta los límites del monte que le sirve de cornisa. Es una vereda que provoca mareos aun al mejor montañés. Los apóstoles quedan detrás de Jesús, y los de mayor edad, están todavía muy lejos de Él, cuando ya ha llegado a las primeras palmeras y viñedos de la fértil llanura que canta al son de las aguas cristalinas y de pájaros de toda clase.

Blancas ovejas pacen bajo el techo ligero de las palmeras, de las mimosas, de los árboles de bálsamo, de árboles de pistacho, y de otros que exhalan aromas delicados y que se combinan con lo de los rosales, del espliego en flor, de la canela, mirra, incienso, azafrán, jazmines, lirios, convalarias, y del áloe que es gigantesco, del clavo y bejuí que derraman sus lágrimas junto con otras resinas que brotan de los troncos en que se han hecho hendiduras. En realidad este “es el huerto circundado, la fuente del vergel”. Y fruta, y flores, fragancia,

¹ Cfr. 1 Rey. 24, 1-23; 26, 1-25.

² Cfr. 2 Par, 20, 1-30.

³ Cfr. Cant. 1, 14.

⁴ Cfr. Ez. 47, 1-12.

belleza surgen por todas partes⁵. No hay en Palestina un lugar tan bello como este, tanto por su extensión como por su naturaleza. Al contemplarlo, se comprenden muchas páginas de poetas del Oriente, cuando cantan las bellezas de los oasis como si fueran paraísos sembrados en la tierra.

Los apóstoles, sudados, pero llenos de admiración, se reúnen con el Maestro y juntos bajan por un buen camino hacia la orilla a la que se llega después de haber pasado, varios terraplenes bien cultivados, de los que descienden en medio de juvenil sonrisa, corrientes de agua para el cultivo de la llanura que termina en la playa. A la mitad de la orilla entran en la blanca ciudad, en que se oye el susurrar de las palmeras, olorosa de rosales y de miles de flores de sus jardines. Buscan alojamiento en nombre de Dios en las primeras casas. Y estas, amables como la naturaleza, se abren de inmediato, mientras la gente pregunta quién es el “Profeta que parece un rey Salomón vestido de lino y radiante de belleza”.

Jesús con Juan y Pedro entra en una casucha donde vive una viuda con un único hijo. Los demás se fueron acá y allá, después de que el Maestro los bendijo y les ordenó que se reuniesen a la hora del crepúsculo en la plaza mayor⁶.

80. Predicación y milagros en Engaddi

21 febrero 1946

Jesús, ya hacia el crepúsculo, un crepúsculo de fuego que pinta de rojo las blanquísimas casas de Engaddi, y de madreperla negra al Mar Muerto, se dirige a la plaza principal. Con Él va el joven que lo hospedó y que lo guía por los vericuetos de la ciudad, que es oriental por su arquitectura.

Los habitantes, para defenderse del sol –que debe ser cruel en estos lugares extensos frente a la losa pesada del Mar Salado, del que, según me imagino, emergerán vahos enrojecidos, en estos lugares que se encuentran en medio del desnudo desierto sobre el que el sol sin compasión alguna echa fuego- han hecho calles estrechas, que parecen serlo todavía más por los aleros y cornisas de las casas que sobresalen, de modo que al levantar los ojos se ve una tirita de cielo, de azul oscuro.

Las casas son altas. Casi todas de dos pisos y con su terraza, a la que, aunque esté alta, han llegado las vides y sobre ellas se han extendido para dar sombra y para brindar sus racimos que serán dulces como la pasa seca, al haberse madurado bajo el sol, entre el reverbero de los muros y del suelo de la terraza. Las vides compiten en ayudar, en proteger a las numerosísimas aves que desde los pajaritos hasta las palomas, hacen sus nidos en Engaddi, con palmas desmochadas, nacidas acá y allá, y con árboles frutales sin par, que se yerguen en los patios, en los jardines circundados de las casas, y que se asoman hacia afuera, aparecen por las blancas paredes, con sus ramas cargadas de frutos maduros bajo un sol bienhechor, y suben más allá de las arquivoltas numerosas que hacen verdaderas galerías en ciertos lugares, interrumpidas acá y allá por razones arquitectónicas, y que suben hacia el cielo así que no aparece dividido, tan azul-fuerte que da la impresión de que si fuese posible tocarlo, debería dar la sensación de tocar un grueso terciopelo o un cuero liso, que pintó o dibujó un excelente pintor con unos colores perfectos, con más de turquesa y con menos de zafiro. Una pintura hermosísima.

¡Y cuánta agua!... ¡Cuántas fuentes y manantiales no estarán borbollando dentro de los patios, en los jardines de las casas entre los millares de verdes árboles! Al pasar por las

⁵ Cfr. Cant. 4, 12-15.

⁶ Después sigue una “visión” con el siguiente título: “El Arcángel Rafael y Tobías”. Al final de ella la Escritora advierte que puso la señal en un punto en que se ve obligada a abreviar “porque había venido el abogado y me encontré en medio de dos fuegos, y no pude entenderlo, ni recordar a la letra lo que decía el arcángel... Esto es lo que recuerdo y lo diré con mis palabras. Por esto no doy más que lo esencial... Tanto que me desagrada cuando me sucede así...”

callejuelas, todavía desiertas, porque sus habitantes todavía están trabajando o están en sus hogares, se oye cómo gotea el agua, cómo juguetea, choca, canta como si fuese un arpa de la que un artista arrancase melodías. Y para aumentar este encanto, las arquivoltas, los ángulos continuos de las calles que se siguen, recogen los cánticos, las voces de las aguas, las amplifican, las aumentan con el eco, y forman un arpegio por doquier.

Y luego, palmas y más palmas. Donde hay una plazoleta, digamos, del tamaño, de una habitación, he ahí los esbeltos troncos, altos, que se lanzan hacia el cielo, que apenas si muestran mover allá arriba la cabellera de sus hojas que se balancean. Troncos esbeltos cual una línea recta. Y su sombra que al medio día cae perpendicular en la plazoleta y la cubre toda, ahora caprichosamente cae sobre las paredes de las terrazas más altas.

La ciudad es limpia con respecto a las demás ciudades de Palestina. Tal vez se debe a que las casas están muy juntas una de otra, o a que todas tienen patios y jardines muy bien cultivados. El caso es que sus habitantes no arrojan todas las suciedades a la calle; antes bien, recogen éstas y las de los animales en apropiados estercoleros para abonar los árboles o los bancales. Es en realidad un caso raro de orden. Las calles son limpias, secas con el sol. No se ve nada de verduras tiradas, sandalias rotas, harapos, excrementos y basuras semejantes que se ven en la misma Jerusalén, en las calles que están un poco retiradas del centro.

Ahí viene el primer campesino que regresa de su trabajo, cabalgando sobre un asno de color ceniza. Para defender su borriquillo de las moscas, le ha puesto de gualdrapa ramos de jazmín. El borrico viene trotando y sacudiendo sus orejas y las sonajas entre la perfumada capa de jazmines. El campesino mira y saluda. El joven le dice: “Ven a la plaza mayor. Oirás al Rabbí que viene conmigo”.

Allá llega un hato de ovejas que llena la calle, al salir de una plazoleta, más allá del cual se ve la campiña. Vienen unidas unas con otras, y meten la pezuña donde la otra la metió. Todas con la cabeza baja, como si fuese muy pesada para el delgado pescuezo con respecto al tronco; vienen trotando con su paso extraño y con sus panzas gordas que parecen envoltorios apoyados en cuatro estacas... Jesús, Juan y Pedro imitan al joven pegándose contra la pared para dejarlas pasar. Un hombre y un niño vienen detrás del hato. Miran y saludan. El joven dice: “Dejad las ovejas en el redil y venid a la plaza mayor con vuestros familiares. Está entre nosotros el Rabbí de Galilea. Hoy nos hablará”.

He ahí la primera mujer que sale, rodeada de hijos, para ir a quién sabe dónde. El joven le dice: “Ven con Juan y con tus hijos a oír al Rabbí a quien llaman el Mesías”.

Las puertas se abren poco a poco al atardecer y dejan entrever jardines, o quietos patios en los que las palomas picotean sus alimentos. El joven se asoma a una de estas casas abiertas y grita: “Venid a oír al Rabbí, el Señor”.

Llegan, por fin, a una calle recta, la única recta en esta ciudad que no ha sido construida según un plan, sino como quisieron las palmas y los gruesos árboles de pistacho, que no cabe duda cuentan con cientos de años, y se les ha respetado cual nobles ciudadanos, gracias a los cuales no se muere de insolación. He ahí, al fondo, una plaza en que hacen de columnas los esbeltos troncos de palmeras. Parece una de esas salas de antiguos templos y palacios de columnas, dispuestas a determinada distancia para formar una floresta de piedra que sostiene el techo. Aquí las palmeras son las columnas y, tupidas como son, forman con sus hojas que se besan, un techo de esmeralda sobre la blanca plaza en medio de la que hay una fuente alta y cuadrada que rebosa de aguas cristalinas que brotan de una columnita que está en el centro y caen en grandes tazones más bajos, donde pueden beber los animales. En estos momentos los palomos, domésticos, pacíficos, han llegado a la fuente y beben o con sus patitas rojas danzan en el borde, o bien se sacuden las plumas que brillan con las gotitas de agua que quedaron en ellas.

Hay gente. Están los ocho apóstoles que habían ido acá y allá en busca de alojo, y cada uno ha traído consigo un buen número de personas, deseosas de oír al que el apóstol indicó

como el Mesías prometido. Los apóstoles se apresuran a ir a donde está el Maestro y cual jefes en miniatura arrastran consigo sus conquistas.

Jesús levanta su mano para bendecir a los discípulos y a los habitantes de Engaddi.

Judas de Alfeo toma la palabra en nombre de todos: "Maestro y Señor. Hicimos lo que nos dijiste y estos saben que hoy la Gracia de Dios está entre ellos, pero también quieren la Palabra. Muchos te conocen por haber oído hablar de Ti. Algunos parece que te vieron en Jerusalén. Todos, sobre todo las mujeres, desean conocerte, y entre todos, el sinagogo. Aquí está. Abraham da un paso adelante".

El hombre, ya muy anciano, avanza. Está conmovido. Querría hablar, decir algo, pero en su emoción no encuentra las palabras que había preparado. Se inclina para arrodillarse, apoyándose sobre el bastón, pero Jesús se lo impide. Lo abraza, diciendo: "¡Paz al anciano y justo siervo de Dios!" Y éste no sabe, en su emoción, sino responder: "¡Sea alabado Dios! Mis ojos han visto al Prometido. ¿Y qué más puedo pedir a Dios?" Y, levantando los brazos en actitud hierática, entona el salmo de David (34°): 'Ansiosamente esperé al Señor y Él ha regresado a mí'".

Pero no lo dice todo. Recita sólo los puntos más interesantes para la ocasión: "Escuchó mi grito. Me sacó del abismo de la miseria y del fango del pantano...

En mi boca ha puesto un cantar nuevo.

Bienaventurado el hombre que ha colocado en el Señor su esperanza.

Muchas cosas maravillosas, oh Señor Dios mío, has hecho, y no hay nadie que en designios te iguale. Quisiera decirlos, quisiera hablarlos, pero su multitud no tiene número.

No quisiste ni el sacrificio, ni la ofrenda, sino que me has dado inteligencia... (se conmueve cada vez más).

Está mandado que haga tu voluntad... Tu Ley la tengo en medio de mi corazón.

He anunciado tu justicia ante la gran asamblea. Ved, que no tengo los labios cerrados, y Tú lo sabes, Señor.

Dentro de mí no escondí tu justicia. Tu verdad la proclamé igual que la salvación que de Ti sale...

Oh Señor, no dejes de compadecerte de mí...

Desgracias sin cuento (y llora, las palabras las pronuncia con voz trémula por las lágrimas) han caído sobre de mí...

Soy un mendigo, un menesteroso, pero el Señor tiene cuidado de mí. Tú eres mi ayuda, mi protector. ¡Oh Dios mío, no tardes!..."

Así dice el salmo, Señor, y me lo apropio: Dime que vaya a Ti y te diré lo que el salmo dice: 'Sí, al punto voy'".

Se calla. Toda su fe se le ve en los ojos empañados por los años.

La gente es la que se encarga de dar la explicación: "Se le murió su hija y le dejó dos pequeños. Su mujer se ha puesto ciega y como demente por los sufrimientos y del único hijo que tuvieron, no se sabe nada. Desapareció de la noche a la mañana..."

Jesús coloca su mano sobre las espaldas del anciano y le dice: "Los sufrimientos de los justos tienen la rapidez del vuelo de una golondrina con respecto al premio eterno. Devolveremos a tu Sara sus ojos de otros tiempos y su cabeza de cuando tenía veinte años para que consuele tu vejez".

"Se llama Paloma" advierte uno del pueblo...

"Para él es su "princesita". Oíd esta parábola que os propongo".

"¿No quisieras primero quitar las tinieblas a los ojos de mi mujer, lo mismo que las tiene su inteligencia para que pueda saborear la Sabiduría?" pregunta ansioso el viejo sinagogo.

"¿Eres capaz de creer que Dios todo lo puede, y que su poder se extiende de un confín al otro del mundo?"

"Sí, Señor. A mi memoria llega el recuerdo de una noche de hace años. Era yo feliz. Creía en la alegría. Porque así es. Mientras el hombre es feliz, puede hasta olvidarse de Dios. Creía también en Dios aun en aquellos tiempos de alegría en que era joven y robusta mi mujer, y

crecía Elisa, bella cual una palma y ya había sido prometida. También crecía Eliseo quien la igualaba en belleza y la superaba en robustez como conviene a un varón... Había ido con el muchachito a los manantiales que están cerca de los viñedos, dote de Paloma, dejando a ella y a mi hija en el telar, en que estaban tejiendo los vestidos para las bodas... ¡Pero tal vez te fastidio! El miserable sueña siempre en la pasada alegría que a los otros no interesa..."

"Habla, habla".

"Había ido con el niño... a los manantiales... Si viniste por el camino que está al poniente, sabrás dónde están... Los manantiales servían de límite, y, al tender los ojos, se veía más allá, el desierto y el camino que reverberaba con las piedras romanas, que podían distinguirse bien en medio de la arena de Judea... Después... desapareció también aquella señal. No era maravilla alguna que una señal se pierda en la arena. Lo malo es que se haga desaparecer la señal de Dios, que envió a señalarte a los espíritus de Israel. ¡En muchos corazones! Mi niño me dijo: "¡Padre mira! Una gran caravana, y caballos y camellos y siervos y personajes a la vuelta de Engaddi. Tal vez vienen a los manantiales antes de que caiga la tarde..." Levanté los ojos de los sarmientos, ojos cansados, de la abundante cosecha y vi... Se acercaban a los manantiales. Bajaron, me vieron y me preguntaron si podían acampar en ese lugar y por aquella noche.

"Engaddi tiene casas hospitalarias y está cerca" repuse.

"No. Tenemos qué velar para huir en caso de necesidad porque Herodes nos busca. Las guardias desde aquí pueden distinguir cualquier camino, y fácil será escapar".

"¿Qué crimen habéis cometido?" pregunté admirado y pronto para señalar las cavernas de nuestros montes, como es nuestra costumbre sagrada para con los perseguidos. Y añadí: "Sois extranjeros y de lugares diversos... No puedo comprender cómo habréis podido cometer algún crimen contra Herodes..."

"Hemos adorado al Mesías que nació en Belén de Judá a donde nos guió la estrella del Señor. Herodes lo anda buscando y por esto nos busca para que le indiquemos el lugar. Lo busca para matarlo. Tal vez la muerte nos sorprenderá en los desiertos de un largo y desconocido camino, pero no denunciaremos al Santo descendido del cielo".

¡El Mesías! El sueño de todo verdadero israelita. Mi sueño. Y estaba ya en el mundo. Y en Belén de Judá según lo que se había predicho... Pedí noticias y noticias, apretando contra mi pecho a mi hijo: "¡Escucha Eliseo! ¡Recuerda! ¡Seguro que tú lo verás!" En ese entonces tenía ya más de cincuenta años y no tenía esperanza de que lo vería... ni me imaginaba que pudiese llegarlo a ver hecho ya un hombre... Eliseo no lo puede adorar ya..."

El viejo llora nuevamente. Se calma. Dice: "los tres Sabios hablaron con dulzura y te describieron, lo mismo que a tu Madre y tu padre... Me hubiera pasado la noche con ellos... pero Eliseo se dormía en mis brazos. Me despedí de los tres Sabios prometiéndoles que guardaría el secreto para no ser causa de que se les fuera a hacer algún daño. Pero todo se lo conté a Paloma, y esto fue el sol en nuestras desgracias que nos han perseguido. Luego supimos lo de la matanza... y por años no supe que vivieses. Ahora lo sé. Pero yo sólo porque Elisa ha muerto ya. Eliseo no está aquí, y Paloma no puede saber la fausta noticia... Pero la fe en el poder de Dios, que era ya viva, se hizo perfecta desde aquel lejano atardecer en que tres hombres, de raza diversa, dieron testimonio del poder de Dios al haberse unido por medio de las voces de las estrellas y de los corazones, en el camino de Dios, para ir a adorar a su Verbo".

"Y tu fe tendrá su premio. Ahora escuchad.

¿Qué es la fe? Semejante a una semilla de palma es tal vez pequeña, tan sólo tiene una frase breve: "Dios existe", frase que alimenta con la siguiente afirmación: "Yo lo vi" Como fue la fe que Abraham tuvo en Mí por las palabras de los tres Sabios del Oriente. Como fue la de nuestro pueblo, que se transmitieron los antiguos patriarcas, el uno al otro. Adán a sus hijos, el Adán que aunque pecador, se le creyó cuando dijo: "Dios existe, y nosotros existimos porque Él nos creó. Yo lo conocí a Él". Como fue aquella fe, cada vez más perfecta porque se le iba agregando cada vez más una revelación, y herencia radiante de manifestaciones divinas, de

apariciones angelicales, de luces de Espíritu. Semillas siempre pequeñas en comparación al Infinito. Minúsculas. Pero echando raíces, hendiendo la corteza dura de su ser humano envuelto en dudas y vacilaciones, triunfando sobre las hierbas nocivas de las pasiones, de los pecados, sobre el moho de los decaimientos, sobre la carcoma de los vicios, sobre todas las cosas, se levanta la fe en los corazones, crece, se lanza hacia el sol, hacia el firmamento y sube, y sube... hasta que se libera de los lazos de la carne y se funde en Dios, en el conocimiento perfecto de Él, en su completa posesión, después de la muerte, en la vida verdadera.

Quien posee la fe, posee el camino de la Vida. Quien sabe creer, no yerra. Ve, reconoce, sirve al Señor, y obtiene la salvación eterna. Para él el Decálogo es vital, y cada precepto suyo es una piedra preciosa con que se va cubriendo su futura corona. Para él la promesa del Redentor es salvación. ¿Murió el que creía en Mí, antes de que hubiese Yo aparecido sobre la tierra? No importa. Su fe lo iguala con los que ahora se me acercan con amor y fe. Los justos que han pasado ya por la tierra, pronto se alegrarán, porque su fe no tardará en recibir su premio. Iré, después de haber cumplido la voluntad de mi Padre, y diré: “¡Venid!” y todos los que hayan muerto en la Fe, subirán conmigo al Reino del Señor. Imitad en la fe a las palmas de vuestras tierras, que nacen de una pequeña semilla, pero tan decididas en querer crecer tan erguidas como que se han olvidado del suelo y enamorado del sol, de los astros, del firmamento. Tened fe en Mí. Sabed creer en lo que muy pocos en Israel creen y os prometo la posesión del Reino celestial, con el perdón de la culpa de origen y con la justa recompensa a todos aquellos que practican mi doctrina, que es la dulcísima perfección del inacabable Decálogo de Dios.

Estaré hoy y mañana entre vosotros. Mañana es sábado y sagrado. Partiré al alba del siguiente día. Quien tenga penas venga a Mí. Quien dudas, venga a Mí. Quien desee la Vida, venga a Mí. Sin temor alguno, porque Yo soy la Misericordia y el Amor”.

Jesús dibuja un gran ademán para despedir a sus oyentes y para que puedan ir a cenar y descansar. Él mismo hace como que se va, cuando una viejecita, que hasta estos momentos estuvo oculta en la esquina de una de las callejuelas, se abre paso entre la gente que todavía quiere estar cerca del Maestro, y entre el grito de sorpresa de la misma gente, viene a arrodillarse a los pies de Jesús, gritando: “¡Seas bendito! Y sea bendito el Altísimo que te envió. Sean benditas las entrañas que te engendraron, que son más que de mujer, porque te pudieron llevar”.

El grito de un hombre se junta al de ella: “¡Paloma! ¡Paloma! ¡Oh! ¿Ves? ¿Comprendes? Hablas sabiamente al reconocer al Señor. ¡Oh, Dios! ¡Dios de mis padres! ¡Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob! ¡Dios de los Profetas! ¡Dios de Juan, el Profeta! ¡Dios, Dios mío! ¡Hijo del Padre! ¡Rey como el Padre! ¡Salvador por obedecer al Padre!” ¡Dios como el Padre, y Dios mío, Dios de tu siervo! ¡Sé bendito, amado, seguido, adorado para siempre!”

Y el viejo sinagogo cae de rodillas junto a su mujer. La abraza con el brazo izquierdo, se le acerca a su pecho, se inclina y hace que ella también se incline para besar los pies del Salvador, entre tanto que gritos de alegría retumban en los troncos. Tan fuertes son que los palomos, que estaban ya en sus nidos, levantan el vuelo, y giran sobre Engaddi como si quisieran expandir por todos los lugares de la ciudad la buena nueva, la de que el Salvador está entre sus murallas.

81. Eliseo de Engaddi, leproso, es curado

22 febrero 1946

Probablemente fueron los mismos habitantes de Engaddi quienes aconsejaron que se anticipara la partida, porque era de noche completamente, y la luna muy próxima a su plenilunio, alumbraba con fuertes rayos la ciudad. Las callejuelas son hilos de plata entre las casas y los cercados de los jardines, y parece que se cambia la argamasa en mármol por el efecto de la luna. Las palmas y demás árboles se transforman en fantasmas al contacto de la

iluminación lunar. Las fuentes, los pequeños riachuelos de agua, son cascadas diminutas de perlas y diamantes. Desde el follaje los ruiseñores hacen oír sus notas melodiosas y las juntas con los cánticos de las aguas que en la noche se oyen más claros, más sonoros.

La ciudad duerme. Hay alguien que sale con Jesús. Son los hombres de la casa donde se hospedaron tanto Él como los apóstoles, y algún otro que quiso unirse. El sinagogo camina al lado de Jesús. De ninguna manera quiere dejarlo de acompañar antes de entrar en la abierta campiña aun cuando Jesús se lo prohíbe.

Han tomado el camino que lleva a Maseda, pero no el de abajo, el que costea el Mar Muerto y que oigo lo tienen por camino insalubre y peligroso si se hace de noche; han tomado el que va hacia adentro, que va por la costa, casi sobre crestas de los montes que bordean el lago.

¡Qué hermosos es el oasis en esta noche espléndida! Parece un lugar de ensueño. Después del oasis, del verdadero oasis, las palmeras siempre son más ralas. Es el monte verdaderamente dicho, con sus árboles de alto tronco, con sus prados, con sus flancos llenos de cavernas, como casi todos los montes palestinos. Pero podría decir que aquí son más numerosos, y que sus entradas, ya longitudinales, ya planas, ya derechas, o torcidas, o redondas hasta la mitad, bien cual una hendidura, enseñan contornos pavorosos a la claridad de la luna.

“Abraham, el camino está más abajo. ¿Por qué vuelves a subir? El camino así se hace más largo, además de que es difícil” advierte uno de Engaddi.

“Porque quiero mostrar al Mesías una cosa y quiero pedirle que haga otra más que se una a los grandes beneficios que me hizo. Si estáis cansados, regresad a vuestras casas o esperadme aquí. Voy solo” replica el viejo sinagogo que, jadeando, continúa por el sendero difícil y escabroso.

“¡Oh, no! Vamos contigo. Pero sentimos tu fatiga. Tu corazón jadea...”

“No es el sendero... Es otra cosa. Es una espada que llevo en el corazón... es una esperanza que lo llena. Acompañadme, hijos míos, y conoceréis qué dolo, que dolor había en el corazón del que os consolaba en el vuestro. Cuánta... no desesperación, esto jamás... sino resignación de que no debía uno engañarse de que jamás se volvería a sentir uno feliz, resignación del que siempre os aconsejaba a que esperaseis en el Señor que todo lo puede... Os he enseñado a creer en el Mesías... ¿Os acordáis de cómo, cuando podía hacerlo sin causarle, por otra parte, daño alguno, os hablaba valerosamente de Él? Decíais: ‘¿Pero la matanza de Herodes?’ Bien, no deja de ser una espina clavada en el corazón. Pero me aferraba con todas mis fuerzas a la esperanza... Decía: “Si Dios a tres hombres, que no pertenecen ni siquiera a Israel, les envió una estrella con que los invitó a ir a adorar al recién nacido Mesías, y los guió con ella hasta la pobre casa que los rabbíes de Israel no conocían, ni los príncipes de los sacerdotes, ni los escribas; si en el sueño les dijo que no volvieran al palacio de Herodes, para así salvar al Niño ¿no habría avisado con mayor razón a su padre y a su Madre para que huyeran, llevándose consigo la esperanza de Dios y del hombre?”

Mi fe en que se había salvado aumentaba, aunque dudas humanas le decían que no, o cuentos de otros... Y cuando... y cuando el mayor dolor que un pobre puede soportar, cayó sobre mí, cuando debí llevar al sepulcro a un viviente... y decirle... y decirle... “Quédate aquí mientras vivas... y recuerda que si el amor de las caricias maternas o alguna otra cosa te llevasen a la población yo deberé maldecirte, y seré el primero en arrojarte piedras, y abandonarte donde ni el amor más acendrado podrá ayudarte”, cuando tuve qué hacer esto... entonces me agarré más a la fe en el Dios Salvador de su Salvador. Y se lo dije a mi hijo leproso, me lo dije a mí mismo, ¿comprendéis? Decir... al leproso... “Inclinemos nuestra cabeza ante la voluntad del Señor y creamos en su Mesías. Yo Abraham, tú Isaac, a quien la enfermedad inmola, y no el fuego. Ofrezcamos nuestro dolor para que obtengamos el milagro...” Cada mes, cada luna nueva... venía aquí a escondidas con alimentos, vestidos, amor, cosas que debía poner lejos de mi hijo, porque debía volver pronto a vosotros, hijos míos, pronto con mi esposa ciega, que no entendía más; ciega y demente del horrible dolor,

debía volver a mi casa sin más hijos, sin más tranquilidad de un amor recíproco, a mi sinagoga y debía hablaros de Dios, de su grandeza, de sus bellezas esparcidas en todo lo creado... Y tenía ante mis ojos el espectro corroído de mi hijo; y ni siquiera podía defenderlo cuando oía las murmuraciones contra él, de que era un ingrato, o un criminal, y que se había escapado de mi casa, y cada mes, me decía al hacer este camino al sepulcro de mi hijo que vive: ‘El Mesías está entre nosotros. Vendrá. Te curará’ y con ello alimentaba su corazón”.

El año pasado en la Pascua, en Jerusalén, cuando te buscaba y en el tiempo en que me separé de mi mujer ciega, me dijeron: “Él es. Ayer estuvo aquí. Curó también a leprosos. Camina por toda la Palestina curando, consolando, enseñando”. Al punto, como si fuese un joven, regresé acá. No me detuve ni siquiera en Engaddi, siendo que vine aquí y llamé a mi hijo, al hijo que se me muere, y le dije: “¡Él vendrá!”

Señor... Muchos bienes has hecho a nuestra ciudad. No te vayas dejando a alguien que todavía está enfermo... Bendijiste hasta a las plantas y animales. No querrás... Me curaste a mi mujer... ¿y no vas a tener compasión del fruto de sus entrañas?... Un hijo para la madre... Devuelve el hijo a su madre, Tú, el Hijo perfecto de la Madre la más amable. En nombre de tu Madre ten piedad de mí, de nosotros...”

Todos lloran con el anciano. Han sido elocuentes y desgarradoras sus palabras...

Jesús envuelve en sus brazos al anciano que solloza y le dice: “¡No llores más! Vamos a donde está Eliseo. Tu fe, tu justicia, tu esperanza, merecen esto y más. ¡No llores, padre! No perdamos tiempo en librar del horror a tu hijo”.

“La luna comienza a bajar. El camino es escabroso. ¿No podríamos esperar hasta que llegue la aurora?” proponen algunos.

“No. Tenemos a nuestro lado árboles con resina. Cortad unas ramas, prendedlas y continuemos ordena Jesús.

Suben por una vereda estrecha y difícil; parece el lecho seco de algún río temporal. Las teas chisporrotean envueltas en humo y en color rojizo despidiendo un fuerte olor a resina.

Se ve una caverna de estrecha entrada, casi oculta por grandes matorrales, nacidos a la vera de un manantial, más allá de una meseta estrecha cortada por la mitad por una hendidura en que se vierte el agua.

Allá está Eliseo, hace años... en espera de la muerte o del favor de Dios...” dice el anciano en voz baja, señalando la caverna.

“Llama a tu hijo. Dale valor. Dile que no tenga miedo, sino fe”.

Abraham con todas sus fuerzas grita: “¡Eliseo, Eliseo, hijo mío!” Vuelve a gritar, tembloroso de miedo en el silencio que le responde.

“¡Tal vez ya se murió!” dicen algunos.

“¡No, que se haya muerto ahora, no, al fin de su tormento, sin alegría, no! ¡Oh, hijo mío!” dice el padre en medio de gemidos...

“No llores. Vuelve a llamar otra vez”.

“¡Eliseo, Eliseo! Por qué no respondes a...”

“¡Padre, padre mío! ¿Cómo que vienes fuera de lo acostumbrado? ¿Murió acaso mi mamá, y me lo vienes a...?” la voz que antes era lejana, se ha acercado, y un espectro separa las ramas que ocultan la entrada. Un espectro horrible, un esqueleto, semidesnudo, corroído... que, al ver tanta gente con teas y bastones, quién sabe qué cosa se imagina, retrocede gritando: “Padre, ¿por qué me traicionaste? Jamás salí de aquí... ¿Por qué traes contigo a los que me van a lapidar?” La voz se aleja, y el espectro tras ella, tras de las ramas que se balancean.

“¡Dale valor! Dile que aquí está el Salvador” incita Jesús.

El anciano no tiene fuerzas... Lloro tristemente.

Jesús es el que le habla ahora: “Hijo de Abraham y del Padre de los cielos, escucha. Se va a realizar lo que tu padre, que es un hombre justo, te decía. Aquí está el Salvador, y con Él tus amigos de Engaddi y los apóstoles de Él que vinieron para participar de tu resurrección. ¡Sal

fuera sin miedo alguno! Acércate hasta la hendidura y Yo también me acercaré, y te tocaré, y quedarás limpio. No tengas miedo del Señor que te ama”.

Las ramas vuelven a abrirse y el leproso mira lleno de espanto. Mira a Jesús, con su vestido blanco, que camina por la hierba de la meseta y que detiene ante la hendidura... Mira a los demás... y sobre todo a su anciano padre, que como hechizado sigue a Jesús con los brazos extendidos, con los ojos clavados en la cara de su hijo leproso, que cobrando ánimos se acerca. Tropieza debido a las llagas que tiene en los pies... extiende sus manos corroídas... Se acerca a Jesús... Lo mira... Y Jesús extiende sus bellísimas manos, levanta los ojos al cielo; parece como si recogiese consigo toda la luz de las innumerables estrellas, y que se reflejase su cándido brillo en el cuerpo sucio, seco, que cae a pedazos, y que las teas, movidas para dar más luz, hace que se vea todavía más horrible bajo su roja luz.

Jesús se acerca a la hendidura, toca con la punta de sus dedos la de los del leproso y dice: “¡Quiero!” y lo dice con una sonrisa de una belleza indescriptible: “¡Quiero!” Ora y da la orden.

Luego se separa, retrocede. Abre sus brazos en cruz y dice: “Y cuando te hayas purificado, predica al Señor porque a Él le perteneces. Recuerda que Dios te amó porque fuiste un buen israelita y un buen hijo. Cásate y ten hijos, y edúcalos en el temor del Señor. Mira que tu amargura ha acabado. ¡Bendice a Dios y sé feliz!”

Luego se vuelve a los que traen las teas y les dice: “Vosotros, acercaos y ved lo que puede el Señor para con los que lo merecen”.

Baja los brazos, que así extendidos impedían ver al leproso, y se hace a un lado.

El primer grito que se oye es el del anciano, que estaba arrodillado detrás de Jesús: “¡Hijo, hijo! ¡Hijo, como eras cuando tenías veinte años! ¡Hermoso como entonces! ¡Robusto como entonces! ¡Bello, oh, más bello que entonces!... ¡Oh, una tabla, una rama, cualquier cosa para que llegue hasta donde estás!” y hace por arrojarla.

Pero Jesús lo detiene: “¡No! Que el gozo no te haga olvidar la Ley. Primero debe purificarse. ¡Míralo! Bésalo con los ojos y con el corazón, como lo hiciste por muchos años. Sé feliz...”

En realidad esto es un milagro *completo*. No sólo es una curación, sino una restauración de lo que la enfermedad había destruido. El hombre, que tendrá unos cuarenta años, está intacto como si nada hubiese tenido. Le queda sólo la flacura, que le da un aspecto ascético de una belleza no común y sobrenatural. Mueve sus brazos, se arrodilla, da gracias... no sabe qué hacer para decir a Jesús que le está agradecido. Al fin, ve flores entre la hierba; las corta, las besa y las arroja más allá de la hendidura, a los pies del Salvador.

“Vámonos. Vosotros los de Engaddi quedaos con vuestro sinagogo. Nosotros continuamos hacia Maseda”.

“Pero no conocéis el... no podéis ver...”

“Conozco el camino. Todo lo conozco. Los senderos de la tierra y los de los corazones por los que transitan Dios y el Enemigo de Dios, y veo quién acoge a este y quién a Aquel. ¡Quedaos con mi paz! Pronto va a amanecer. Nos alumbraremos hasta el alba. Abraham acércate, para que te dé el beso de despedida. Que el Señor siempre esté contigo, como lo ha estado hasta el presente, y con los tuyos, y con tu ciudad buena”.

“¿No volverás a ella, Señor? ¿Para ver mi casa llena de alegría?”

“No. Mi camino pronto va a llegar a su meta. Pero en el Cielo estará conmigo, y contigo los tuyos. Amaos y educad a vuestros pequeñuelos en la fe del Mesías... Adiós a todos. Paz y bendición a todos los presentes y a todas vuestras familias. Paz a ti, Eliseo. Sé un hombre recto en agradecimiento al Señor. Vámonos, apóstoles míos...”

Se pone a la cabeza del pequeño grupo que lleva ramas encendidas. Da vuelta por un peñasco que sobresale, y desaparece con su blanca vestidura. Después, uno por uno, van desapareciendo los apóstoles. Se aleja el rumor de las pisadas, se desaparece el color rojizo de las teas...

Sobre la meseta se han quedado padre e hijo. Están sentados a la orilla de la hendidura, contemplándose uno al otro... Detrás, en grupo, hablando en voz baja, están los de Engaddi... Esperan que llegue el alba para regresar a la ciudad con la noticia de la prodigiosa curación.

82. En Maseda

25 febrero 1946

Van subiendo por una pendiente empinada propia de cabras, en dirección a una ciudad que parece haber sido fabricada para nido de águilas. Y este es un pico –por el que jadeando suben, viniendo de occidente a oriente, dando la espalda a una cordillera continua de montes que forman parte del sistema montañoso de la Judea, y que, al expandirse cual un contrafuerte de colosales murallas, se extiende hacia el mar Muerto en su lado extremo occidental, esto es, hacia el límite meridional del Mar Muerto- es, digo, un pico alto, solitario, escarpado, igual como el que buscan las águilas para celebrar sus amores, evitar testigos, despreciar lo común.

“Pero ¡qué camino, Dios mío!” se lamenta Pedro.

“Peor que el de Yiftael” confirma Mateo.

“Pero aquí no llueve. No está húmedo. No se resbala uno. Y ya es algo” advierte Judas Tadeo.

“Sí, claro, y esto ya es un consuelo... Pero no más que eso. ¡Cuidate que tus enemigos no te sorprendan! Si un terremoto no te echa abajo, los hombres no lo harán” dice Pedro hablando a la ciudad-fortaleza, encerrada en un anillo estrecho de dos murallas. Con casas pegadas sobre sí, tanto, que parecen ser cual granos de granada dentro de la cáscara dura.

“¿Lo crees, Pedro?” pregunta Jesús.

“¿Que si lo creo? Si lo estoy viendo. ¡Y mucho más!”

Jesús mueve la cabeza, y no replica.

“Era mejor que hubiéramos venido por parte del mar. Si hubiera estado Simón... conoce muy bien estos lugares” suspira Bartolomé que no puede más con su alma.

“Cuando hayamos entrado en la ciudad, veréis el otro sendero, y me agradeceréis que eligiera este. Por aquí un hombre puede subir fatigosamente; por el otro una cabra y jadeando” replica Jesús.

“¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo alguien o...?”

“Lo sabía. Por otra parte, de este lado está la nuera de Ananías. Lo primero que quiero hacer es hablarle”.

“¿Maestro, no encontraremos peligros allá arriba?”... Porque... de aquí no podemos escapar prontamente; si nos persiguen... no regresaremos a nuestras casas. ¡Mira qué precipicios! ¡Y qué peñascos tan agudos...!” dice Tomás.

“No tengáis miedo. No nos vamos a topar con un Engaddi. Muy pocos Engaddis hay en Israel; pero no nos pasará daño alguno”.

“No, lo decíamos porque... sabes... ¡es la fortaleza de Herodes!”

“¿Y qué? No tengáis miedo. ¡Eh, mientras no llegue la hora, nada grave puede suceder!”

Siguen caminando y llegan cerca de los imponentes muros cuando el sol ya está en alto; pero por la altura del lugar templó el calor.

Entran en la ciudad. Pasan bajo el arco de una puerta estrecha, oscura. Las murallas de las fortalezas son poderosas, con gruesas torres y estrechas aperturas.

“¡Qué trampa para cazar!” dice Mateo.

“Yo estoy pensando en los desgraciados que transportaron estos materiales; que trajeron esos bloques, esas planchas de hierro...” dice Santiago de Alfeo.

“El amor santo por la patria y por la independencia aligeraron el peso a los hombres de Jonatás Macabeo¹. El amor egoísta de sí mismo y el terror a la ira del pueblo impulsieron este

¹ Cfr. 1 Mac. 9, 23-13, 30.

yugo pesado, no a súbditos, sino a peor que esclavos, y esto lo hizo la voluntad de Herodes el Grande. Con sangre y lágrimas fue bautizada esta fortaleza, y con sangre y lágrimas perecerá, cuando llegue la hora del castigo divino”.

“¿Maestro, por qué tienen qué ver con ellos sus habitantes?”

“Nada y todo. Porque cuando los súbditos imitan a sus cabezas en sus culpas o en sus méritos, reciben el mismo premio o castigo que ellos. Ved allí la casa. Es la tercera de la segunda calle y que tiene delante un pozo. Vamos”.

Jesús llama a la puerta cerrada de una casa alta y estrecha. Abre un niño.

“¿Eres pariente de Ananías?”

“Tengo su mismo nombre porque es padre de mi padre”.

“Llama a tu mamá. Dile que vengo del poblado donde está Ananías y donde está el sepulcro de su marido muerto”.

El niño va y regresa. “Dice que no tiene ningún interés en tener noticias del viejo. Que te puedes ir”.

Jesús muestra un rostro irritado. “No me iré sino después de que le haya hablado. Niño, ve a decirle que Jesús de Nazaret, en quien creía su marido, está aquí y que quiere hablarle. Dile que no tenga miedo. No está conmigo el anciano...”

El niño se va. Pasa el tiempo. Algunas personas se han detenido a mirar atentamente y no falta quien interroge a los discípulos. Pero la atmósfera es dura, indiferente, irónica... Los apóstoles tratan de ser corteses, pero se ve claramente que están impresionados. Y mucho más cuando llegan los principales de la población y soldados. Unos y otros tienen cara de... galeotes que no infunden ninguna confianza.

Jesús está en el umbral, apoyado sobre el quicio de la puerta, con los brazos cruzados. Pacientemente espera.

Al final sale la mujer. Es alta, morena, de mirada dura, de perfil cortante. No es fea, ni tampoco vieja; pero la expresión de su cara la hace aparecer ambas cosas. “¿Qué se te ofrece? Dilo pronto, que estoy ocupada” dice altanera.

“No se me ofrece nada. Nada. No te preocupes. Sólo te traigo el perdón de Ananías, su amor y sus oraciones...”

“No lo quiero. Es inútil que se me suplique. No quiero lamentos de viejos. Todo terminó entre nosotros. Además me voy a casar pronto otra vez, y no puedo meter en la casa de un rico a un rústico campesino, como lo es él. Bastante sufrí por el error que cometí en haberme casado con su hijo. Entonces era yo una muchacha y tenía ante los ojos la hermosura del macho. ¡Fui una desgraciada! ¡Desgraciada, sí! ¡Maldición caiga sobre el motivo que lo llevó en pos de mis pasos! Aún el recuerdo de él sea anatema...” parece una máquina...

“¡Basta! Respeta a los vivos y a los muertos de que no fuiste digna, mujer más dura que el pedernal. Caiga la desgracia sobre ti. ¡La desgracia! Porque en ti no existe el amor por el prójimo, y porque en ti está Satanás. Pero tiembla de miedo, mujer. Tiembla que las lágrimas del anciano, de las de tu esposo, a quien has ofendido con tu olvido, no se conviertan en una lluvia de fuego sobre todo lo que más ames. ¡Tienes hijos, mujer!...”

“¡Hijos! ¡Ojalá nunca los hubiera tenido! Y así se hubiera extinguido hasta el último lazo. No quiero saber nada. No quiero oírte. ¡Lárgate! Estoy en mi casa, en la casa de mi hermano. No te conozco. No quiero acordarme de ese viejo. No...” y da un chirrido como de urraca a quien se le arrancasen las plumas. Una verdadera Arpía...

“Piénsalo bien” dice Jesús.

“¿Me Amenazas?”

“Te amonesto a que vuelvas a Dios, a su Ley, por tu alma. ¿Qué hijos vas a educar con tales sentimientos? ¿No tienes miedo al juicio de Dios?”

“¡Basta! Saúl, ve a llamar a mi hermano y dile que venga con Jonatás. Te mostraré que...”

“No es necesario. Dios no hará fuerza a tu alma. Adiós”.

Jesús se va, abriéndose paso entre la gente. La calle está estrecha en medio de las altas casas. La ciudad, lista para defenderse, tiene lo mejor de ella en la parte oriental, donde todo

es un precipicio de centenares de metros y donde el hilo de un sendero que serpentea, de una escabrosidad que infunde temor, sube de la llanura, de la orilla del mar, hasta la cima del pico.

Jesús está ahí; donde hay una plazoleta para las máquinas de guerra, y empieza a hablar, repitiendo una vez más su invitación al Reino de los Cielos, del que da líneas sucintas. Y va a ampliarlas cuando abriéndose paso entre la poca gente que más bien tiene deseos de curiosear que de creer, se acercan varios principales que hablan entre sí. Apenas se encuentran con Jesús lo intiman, de una manera confusa, porque todos hablan al mismo tiempo, pero todos de acuerdo en arrojarlo: “¡Lárgate! Nos damos a basto para educar a los hijos de Israel”.

“¡Lárgate! Nuestras mujeres no tienen necesidad de que las regañes, Galileo”.

“Largo de aquí. ¿Cómo te atreves a ofender a la mujer de un herodiano, en una de las ciudades más amadas del gran Herodes? ¡Usurpador, desde tu nacimiento, de sus soberanos derechos! ¡Lágate de aquí!”

Jesús los mira, sobre todo a estos últimos, y dice tan sólo una palabra: “¡Hipócritas!”

“Lárgate de aquí. ¡Lárgate!”

Un verdadero tumulto de gritos. Unos por una parte, otros por otra, ya acusan, ya defienden su clase, su casta. No se entiende nada más. En la plazoleta estrecha hay mujeres que gritan y se desmayan; niños que lloran; soldados que tratan de abrirse paso usando de su fuerza, y con ello hieren a los que cogen en la plaza, los cuales reaccionan lanzando improperios contra Herodes y sus soldados, contra el Mesías y sus secuaces. Una confusión sin igual. Los apóstoles, unidos alrededor de Jesús, los único que lo defienden más o menos valerosamente, a su vez les lanzan improperios; y les lanzan también a todos.

Jesús los llama al orden: “Vámonos de aquí. Daremos vuelta por detrás de la ciudad y nos vamos...”

“Y para siempre, ¿sabes? Y para siempre” grita Pedro rojo de ira. “Sí, para siempre...”

Uno después del otro se van yendo; y el último, no obstante todo esfuerzo en contrario, es Jesús. Las guardias, pese a que dicen burlarse del “profeta de quien todos se ríen” y al que hacen miles de gestos de mal gusto, no pierden su sentido común y se apresuran a cerrar la entrada pequeña de las murallas y volverse con las armas hacia la plaza.

Jesús camina por una veredilla que costea las murallas, una vereda de dos palmos de ancho, más allá de la cual, está el vacío, la muerte. Los apóstoles lo siguen, sin mirar hacia el horrible abismo.

Ya llegaron cerca de la puerta por la que habían entrado. Jesús, sin detenerse, comienza a bajar. La ciudad ha cerrado también de esta parte la puerta...

A muchos metros de la ciudad, Jesús se detiene y pone su mano sobre la espalda de Pedro, que dice, secándose el sudor de la frente: “¡De la que nos libramos! ¡Maldita ciudad! ¡Maldita mujer! ¡Pobre Ananías! Esa mujer es peor que una suegra... ¡Qué víbora!”

“Así es. Tiene el corazón de las serpientes... Simón de Jonás, ¿qué piensas de eso? ¿Te parece que la ciudad está segura con todas esas defensas?”

“¡No, Señor! No tienen a Dios dentro de sí. Yo afirmo que correrá la misma sangre que Sodoma y Gomorra²”.

“Muy bien dijiste, Simón de Jonás. Están Acumulando contra sí los rayos de la ira divina. Y no sólo porque me arrojó, sino porque viola el Decálogo en todos sus preceptos. Vámonos. Bajo su sombra no faltará una caverna que nos acoja en estas horas en que el sol quema. Cuando atardezca nos iremos a Keriot, mientras la luna nos lo permita...”

“Maestro mío” gime Juan con lágrimas imprevistas.

“¿Qué te pasa?” le preguntan todos.

Juan no sabe dar razón alguna. Lloro con las manos sobre la cara, un poco inclinado... Parece ser el Juan desgarrado en el día de la Pasión...

² Cfr. Gén. 19, 1-29.

“¡No llores! Ven aquí... Todavía tenemos ante nuestra vista dulces horas” dice Jesús trayéndolo hacia Sí, lo que sí consuela su corazón, le hace aumentar sus lágrimas.

“¡Oh, Maestro, Maestro mío! ¿Qué haré, qué haré?”

“¿De qué cosa hermano?”

“¿De qué, Amigo?” le preguntan Santiago y los demás.

Juan se esfuerza en decir algo, pero luego, levanta su mirada y echa sus brazos al cuello de Jesús, haciéndolo que se doble sobre su cara desgarrada del dolor, grita, y dice a Jesús más bien que a los que le habían preguntado la razón: “Al verte morir”.

“Dios te ayudará, hijo mío amado. No te faltará su auxilio. No llores más. Vámonos, vámonos...” y Jesús continúa el camino, teniendo de la mano a Juan que lleva los ojos llenos de lágrimas.

83. En la casa de campo de la madre de Judas

26 febrero 1946

Llegan a la casa de campo de Judas en una fresca y brillante mañana. Los manzanares están bañados de rocío y la hierba es un tapiz de flores sobre el que abejas han comenzado a revolotear. La casa tiene abiertas ya las ventanas. Quien en ella vive, la mujer fuerte que combina su autoridad con gran bondad, está dando órdenes a sus servidores y personalmente da a cada uno sus alimentos antes de que partan al trabajo. Con su vestido negro se le ve pasar y volver a pasar a través de la amplia puerta de la cocina. Habla ya con este, ya con aquel. Y distribuye las porciones según las necesidades del trabajador. Una parvada de palomos la esperan a la puerta.

Jesús sonriente se adelanta y ya está casi cerca cuando María de Simón sale con una bolsita en la mano: “Y ahora a vosotros, palomos. Comeos esto, y luego, al sol, a alabar al Señor. ¡Orden, orden! Hay para todos sin que os peleéis...” Arroja la comida en todas direcciones para que los palomos no se estorben en riñas inútiles. No ve a Jesús porque está inclinada, y se agacha más para acariciar a sus palomos, que le picotean los dedos de los pies. María toma uno y lo acaricia. Luego lo suelta y da un suspiro.

Jesús da un paso adelante: “La paz sea contigo, María, y con tu casa”.

“¡Maestro!” exclama la mujer dejando caer la bolsita que tenía bajo el brazo, y corre al encuentro de Jesús, espantando a los palomos, que al punto vuelan y tiran de la bolsita, la picotean para satisfacer su voraz apetito. “¡Oh, Señor, qué día santo y feliz!” y hace ademán de arrodillarse para besar los pies de Jesús.

Él se lo impide diciendo: “Las madres de mis discípulos y las israelitas santas no deben humillarse como esclavas ante mi presencia. Me han entregado su corazón leal y sus hijos. Y a cambio les amo con predilección”.

La madre de Judas, conmovida, le besa las manos, mientras en voz baja dice: “Gracias, Señor”.

Luego levanta su cabeza, mira el reducido grupo de los apóstoles que se ha quedado quieto, y asombrada de que su hijo no venga al encuentro, mira más detenidamente al grupo. Su cara palidece. Con ansia pregunta: “¿Dónde está mi hijo?” y mira con miedo, con aflicción a Jesús.

“No tengas miedo, María. Lo envié con Simón Zelote a la casa de Lázaro para un encargo. Si hubiera podido detenerme en Maseda todo el tiempo que había pensado, lo habría encontrado aquí. Pero no pude hacerlo. La ciudad no me quiso, me arrojó de sí. Y me vine prontamente aquí para encontrar consuelo con una madre y para darle consuelo de que sepa que su hijo sirve al Señor” dice Jesús acentuando las últimas palabras para darles un amplio significado.

María es como una flor marchita que vuelve a la vida. El color vuelve a sus mejillas, la luz a sus ojos. Pregunta: “¿De veras Señor? ¿Es bueno él? ¿Te contenta? ¿De veras? ¡Oh, qué alegría! Alegría para el corazón de una madre. ¡He pedido tanto al Señor! ¡He dado mucha

limosna! ¡He hecho muchos sacrificios!... ¿Y qué no haría yo para que mi hijo fuese un santo? Gracias, Señor. Gracias porque lo quieres mucho. Tu amor es el que salva a mi Judas..."

"Tienes razón. Es *nuestro* amor que lo... sostiene".

"¡Nuestro amor! ¡Cómo eres de bueno, Señor! ¡Poner mi pobre amor junto al tuyo, divino!... ¡Qué palabras tan confortadoras! ¡Qué tranquilidad! ¡Qué consuelo y paz me has dado con ellas! Judas muy poco podía aprovechar con solo mi amor, tan pequeño que es. Pero Tú, con perdonarlo... porque Tú conoces sus pecados; Tú con tu amor infinito que parece como si creciera cuanto más tiene necesidad de él, después de alguna falta que comete... Judas se vencerá a sí mismo y para siempre. ¿No es verdad, Maestro?" La mujer lo mira fijamente con ojos profundos e indagadores, con sus manos en posición de plegaria.

Jesús... ¡Oh! Jesús que no puede decir sí, y que al mismo tiempo no quiere arrebatarse la paz de que goza, que quiere quitarle sus temores, encuentra una palabra que no es mentira, que no es una promesa, pero que la mujer acoge con un suspiro de alivio. Dice: "Su buena voluntad unida a nuestro amor puede realizar verdaderos milagros, María. Estate siempre tranquila, recordando que Dios te ama, te comprende y muy bien. *Siempre* será para ti un amigo"

María le besa nuevamente las manos para darle las gracias. Luego dice: "Entra entonces a mi casa, y esperemos a Judas. Aquí hay amor y paz, Maestro bendito".

Jesús llama a los suyos, y entran en la casa.

Es tarde. La noche se posa lentamente sobre los campos. Los rumores se apagan el uno después del otro. Tan sólo queda entre la fronda el viento ligero que interrumpe el silencio. Después el primer grillo que canta sus amores entre los trigales maduros. Y luego otro... y otro más. Toda la campiña repite el mismo monótono canto... hasta que un ruiseñor lanza su primera melodía a las estrellas... se calla por un momento y luego vuelve a empezar. Se calla otra vez... ¿Qué espera?... ¿Tal vez que salga el primer rayo de luna?... Su trinar no es tan fuerte. Probablemente se ha metido en el follaje espeso del nogal que hay cerca de la casa, tal vez allí tiene su nido. Parece como si conversase con su amada que tal vez está empollando... Se oyen balidos, allá lejos. Estrépito de cencerros por la puerta que lleva a Keriot. Luego, silencio.

Jesús está sentado junto a María en uno de los asientos que hay enfrente de la casa. Con ellos están en esta hora de quietud los apóstoles y la servidumbre. ¡Qué dulces son las horas así! Cuerpo y alma gozan de ellas. Jesús habla poco, y a intervalos. Deja que los apóstoles refieran lo de Engaddi, lo del viejo sinagogo, lo del milagro. María y los siervos, atentos, escuchan.

Algo se ha movido entre las ramas del manzanar. Si aquí en el patio que está ante la casa, se puede ver algo gracias a las estrellas que titilan en lo alto, allá en la espesura, entre el tupido follaje, no hay luz, y sólo el rumor de algo que se mueve, llega hasta los oídos.

"¿Algún animal nocturno? ¿Alguna oveja perdida?" se preguntan varios. El recuerdo de la oveja trae en las alas del recuerdo a muchos la oveja que bala, que gime porque se le ha arrebatado su corderito para matarlo.

"¡No puede tranquilizarse el animal!" dice el administrador. "Temo que la leche se le pare. No ha comido desde la mañana. Bala y siempre bala... Oídla..."

"Se le pasará... ¡Dan hijos para que nos los comamos!" dice filosóficamente un siervo.

"Pero no todas son iguales. Esta es menos tonta y sufre más. ¿La oyes? ¿No te parece como si llorara? No me digas que es tonta. Maestro... sufro como si fuese el llanto de una madre que ha perdido a su hijo..."

"¡Y tú al contrario lo encuentras, mamá!" dice Judas de Keriot apareciéndose a sus espaldas junto con Simón y haciendo dar a todos un brinco de sorpresa.

"¡Maestro! Bendícenos ahora que hemos regresado, así como nos bendijiste al partir".

"Sí, Judas" y Jesús abraza a ambos.

"La tuya, mamá...": también María besa y abraza a su hijo.

“No pensábamos que te encontraríamos ya aquí, Maestro. Caminamos sin detenernos, y casi siempre por atajos para que no nos encontrásemos con alguien. Encontramos sí a algunos discípulos y avisamos a Juana y a Elisa que pronto nos veremos” dice Simón.

“Es verdad todo eso. Y además, Simón caminaba como un joven. Maestro, cumplimos con tu encargo. Lázaro está muy mal. El calor lo hace sufrir mucho más. Te ruega que vayas pronto a su casa... Maestro, fuera de la Antonia a donde fui por caridad a Eglá, antes de que vaya a Jericó y para agradecer a Claudia, no fui a ningún otro lugar. ¿No es verdad, Simón?”

“Cierto. Fuimos a la torre Antonia a la hora de la siesta. Hacía un calor terrible, que obliga a todos a permanecer en casa. Mientras Judas hablaba con Claudia, a quien Albula Domitila había llamado al jardín, yo hablé con las otras. No creo haber hecho mal en darme a entender como pude, para sabe lo que quería”.

“Hiciste bien. Tienen ellas la voluntad de conocer la verdad”.

“Y Claudia de ayudarte. Se despidió de Eglá, que fue también a saludar a Plautina y las demás conocidas suyas, y me hizo varias preguntas. Si entendí bien, ella quiere persuadir a Poncio de que no crea las calumnias de los fariseos, saduceos y demás. Hasta un cierto punto Poncio se fía de sus centuriones, que son buenos para la batalla, pero no muy aptos para hacer de embajadores. Pide a su mujer que le ayude. Ella es una mujer inteligente hasta la astucia, y que quiere conocer las cosas como son. En realidad el Procónsul es Claudia. Él debe ser una nulidad que está arriba, porque ella es la que vale como fuerza y consejera. Nos dieron dinero para tus pobres. Aquí está”.

“¿Cuándo llegasteis? No parecéis estar muy cansados ni sucios” pregunta Santiago de Zebedeo.

“Antes del mediodía. Fuimos a Keriot para ver si estaba allí mi madre, y para avisar que llegarías. Me porté como quieres, Maestro. No me dejé llevar de los deseos humanos. ¿No es verdad, Simón?”

“Es así”.

“Hiciste bien. Obedece siempre y te salvarás”.

“Así lo haré, Maestro. ¡Bueno! Ahora que sé que Claudia está a nuestro favor, no tengo más mis necias prisas. Ahora son amor tan sólo. Y convendrás en ello. Amor desordenado... Desordenado porque se sentía uno sin protección, sin ayuda para llegar a la meta que es la de hacer que te amen, te respeten como mereces, como *debe ser*. Ahora estoy más tranquilo. No temo más. Hasta me es dulce el esperar...” Judas sueña con los ojos abiertos.

“No te entregues a tus sueños, Judas. Sigue firme en la verdad. Soy la Luz del mundo, y la luz la odiarán siempre las tinieblas...” le amonesta Jesús.

Ya salió la luna. Su blanco manto cubre la campiña. Hace pálidas las caras, y pinta de plata las casas y los árboles. El nogal se ríe a los besos de la luna. El ruiseñor acepta la invitación y se suelta en sus cantares, largos, melodiosos, que había guardado, para saludar a la noche y para hablar con la luna.

84. Jesús se despide de Keriot

27 febrero 1946

Jesús está dentro de la sinagoga de Keriot que, increíblemente, está llena de gente. Responde a este, y a aquel que le pidieron sus consejos íntimos aparte. Luego que todos están satisfechos, empieza a hablar en voz alta.

“Gente de Keriot, escuchad mis palabras de despedida. Les daremos el nombre de “Las dos voluntades”.

Un buen padre, intachable, tenía dos hijos. A ambos amaba. A ambos había puesto sobre el recto camino. No hacía diferencia en amarlos y educarlos. Sin embargo, en ellos se daban notables diferencias.

El primogénito era humilde, obediente, sin discutir cumplía con la voluntad de su padre; siempre alegre y contento de su trabajo.

El otro, aunque menor, frecuentemente estaba descontento y discutía con su padre y con sus propios humores. Siempre medía atentamente los consejos y órdenes que le daban. En lugar de seguirlos como los oía, procuraba modificarlos en todo o en parte, como si quien se los hubiera dado fuese un tonto. El mayor le decía: “No hagas así. Así papá se aflige”. Pero él contestaba: “Eres un tonto. Grandote y fuerte como eres, y por añadidura primogénito, y sobre ello, adulto. Yo no quería estar en el lugar que papá te ha puesto. Quisiera hacer más. Imponerme a los siervos. Que comprendan que soy el patrón. Hasta tú pareces también uno de ellos con tu acostumbrada paciencia. ¿No te das cuenta de cómo pasas inadvertido, pese a tu primogenitura? No falta quien hasta se burle de ti...” El menor, -arrastrado por la tentación, y más que de ella.- se convertía en un aliado de Satanás, cuyas insinuaciones ponía en práctica para tentar al primogénito. Pero este, fiel al Señor, respetuoso para con la Ley, se mantenía fiel también para con su padre, a quien respetaba profundamente.

Pasaron los años; y el menor aburrido de no poder reinar como soñaba, después de haber pedido a su padre muchas veces: “Dame las riendas para obrar en tu nombre, para honra tuya, en lugar de seguir las dando a ese pedazo de tonto que parece más manso que un borrego”; después de haber tratado de empujar a su hermano a hacer más de lo que el padre les decía para imponerse sobre los siervos, sobre sus conciudadanos y vecinos, se dijo a sí mismo: “¡Basta ya! ¡Aquí se juega hasta nuestro propio nombre! Ya que nadie quiere hacerlo, lo haré yo” Y puso manos a la obra, practicando cuanto le venía en gana, entregándose a la soberbia, a la mentira y a la desobediencia sin escrúpulo alguno.

Su padre le decía: “Hijo mío, debes obedecer a tu hermano mayor. Él entiende lo que hace”. Añadía: “Me han contado que te portaste así. ¿Es verdad?” El menor respondía, levantando las espaldas, a las palabras de su padre: “¡Bueno, bueno! Es muy tímido y no se resuelve nada. ¡Pierde las ocasiones de triunfar!” O bien decía: “No lo hice”. El padre agregaba: “No vayas en busca de ayuda a este o a aquel. ¡Cómo quieres que te ayuden para dar gloria a nuestro apellido! Son falsos amigos que te instigan para reírse luego a tus espaldas”. El menor replicaba: “¿Estás celoso de que sea yo quien tome la iniciativa? Por otra parte, yo sé lo que hago y lo hago bien”.

Pasó el tiempo. El primogénito crecía cada vez más en rectitud y el otro en malas pasiones. Al fin el padre dijo: “Es hora de señalar la raya. O te dobles a lo que se te dice, o pierdes mi amor”. El rebelde fue a decirlo a sus falsos amigos: “¿Y te preocupas por esto? ¡Pero no, hombre! Hay modo de que el padre no pueda preferir a un hijo más que al otro. Ponlo en nuestras manos, y ya pensaremos. Tú no tendrás ninguna culpa material; y la posesión de las riquezas florecerá nuevamente porque, quitado de en medio tu hermano bueno, podrás dar mayor gloria. ¿No sabes que es mejor una acción decidida, aunque cueste dolor, que la indecisión?” le dijeron.

El menor, empachado ya de mala voluntad, hizo caso del infame complot.

Decidme ahora, ¿se puede culpar al padre de haber dado diversa clase de educación a sus dos hijos? ¿Se puede decir que sea él cómplice? No. Y entonces, ¿cómo es posible que el uno sea santo y el otro un malvado? ¿Es caso que la voluntad de antemano sea de modo diverso? No. Se da de igual modo. Mas el hombre la cambia como le viene en gana. Y quien es bueno, hace su voluntad buena; y quien es malvado, malvada.

Os exhorto a vosotros de Keriot –y será la última vez que os exhorto a seguir los senderos de la sabiduría- a seguir únicamente la buena voluntad. Ya casi al final de mi ministerio os digo las palabras que se cantaron cuando nací: “Hay paz para los hombres de buena voluntad”. ¡Paz! Esto es, éxito, victoria en la tierra y en el cielo, *porque Dios está con quien tiene buena voluntad de obedecer. Dios no mira las obras rimbombantes que el hombre emprende por iniciativa propia, sino la humilde obediencia, pronta, leal, a la obra que Él quiere.*

Os voy a recordar dos episodios de la historia de Israel. Dos pruebas de que Dios no está donde el hombre hace lo que quiere, despreciando órdenes recibidas.

Veamos lo de los Macabeos¹. Se refiere que mientras Judas Macabeo con Jonatás se había ido a combatir a Galaad, y mientras Simón había partido para liberar a los de Galilea, se había ordenado a José de Zacarías y a Azarías, jefe del pueblo, que estuviesen en Judea para defenderla. Judas les había dicho: “Cuidad del pueblo y no trabéis ninguna batalla con los pueblos hasta que regresemos”. Pero José y Azarías, al conocer las grandes victorias de los Macabeos, quisieron hacer lo mismo, diciendo: “Ganémonos también nosotros una fama, y vayamos a combatir a los pueblos que están a nuestro alrededor”. Y fueron vencidos y destruidos. “La derrota del pueblo fue grande, porque no atendieron las órdenes de Judas ni de sus hermanos, pensando que podían ser otros héroes”. La soberbia es la desobediencia.

¿Y qué leemos en la historia de los Reyes?² Se lee que Saúl fue reprendido una vez. Y la siguiente tanto lo fue, por haber desobedecido, que fue elegido David en su lugar. ¡Por haber desobedecido! Recordadlo, recordadlo. “¿Quiere acaso el Señor holocaustos o víctimas, y no más bien que se le obedezca? La obediencia vale más que los sacrificios; el hacer caso más que el ofrecer cebados machos cabríos; porque la rebelión es como un pecado de magia; el no querer sujetarse es como un crimen idolátrico. Ahora bien, como tú no seguiste las órdenes del Señor, el Señor te ha rechazado y no serás más rey”.

¡Recordadlo, recordadlo! Cuando Samuel, obediente, llenó su cuerno de aceite y fue a la casa de Isaí en Belén, porque allí el Señor había escogido otro para rey; Isaí después del sacrificio entró en la sala de comer con sus hijos y los presentó a Samuel. Eliab fue el primero. Era bello de cara, de edad, de estatura. Pero el Señor dijo a Samuel: “No tengas en cuenta su cara, ni su estura, porque no lo elijo a él. Yo no juzgo conforme los hombres. Estos miran las cosas que ven con sus ojos, pero el Señor mira en el corazón”. Samuel no tomó a Eliab por rey. Se le presentó Abinadab, y Samuel repuso: “El Señor no ha elegido a éste tampoco”. Isaí le presentó a Samma. Samuel dijo: “Tampoco este es el elegido del Señor”. Y así pasaron sucesivamente los siete hijos de Isaí, que estaba en la sala de comer. Samuel preguntó: “¿Son estos todos tus hijos?” “No”, respondió. “Hay todavía uno que es muchacho y que apacienta las ovejas”. “Mándalo llamar para que así podamos comer”. Llegó David. Era rubio, era hermoso. Era un jovenzuelo. El Señor dijo: “Úngelo. Él será el rey”.

Tened siempre en cuenta que *Dios escoge al que quiere, y deshecha al que lo merece por su voluntad corrompida con la soberbia y la desobediencia*. No volveré a venir acá. El Maestro está para terminar su ministerio. Después de Él será más que Maestro. Preparad vuestros corazones para esa hora, porque no olvidéis que como mi voluntad sirvió de provecho a los que tuvieron buena voluntad, de igual modo cuando se me haga subir lo será para los que habrán tenido buena voluntad en seguir mi doctrina, a Mí, y para los que me seguirán después de que ya no esté.

¡Adiós varones, mujeres, niños de Keriot! ¡Adiós! No nos olvidemos. Procuremos que nuestros corazones, el mío y el vuestro, se fundan en abrazo de amor y de despedida, y que el amor continúe siempre vivo, aun después de que ya no esté entre vosotros...

La primera vez que vine, un hombre justo lanzó su último suspiro en el beso del Salvador, en medio de una visión de gloria... Ahora, la última vez que os veo, os bendigo con el amor...

¡Adiós...! Que el Señor os dé fe, esperanza y caridad según lo necesitéis. Os dé amor y más amor. Para que Le améis, para que me améis. Amor hacia los infelices, los culpables, los que llevan el peso de una culpa que no es suya...

Recordadlo. Sed buenos. No seáis injustos... Recordad que siempre he perdonado no sólo a los culpables, sino que he esparcido amor en todo Israel. Israel que está compuesto de buenos y de no buenos, así como en una familia hay buenos y no buenos, y sería una injusticia decir que toda una familia es mala porque uno de sus miembros lo sea.

Me voy... Si alguien quiere hablarme en particular que venga antes de que atardezca a la casa de campo de María de Simón”.

¹ Cfr. 1 Mac. 5, 17-61.

² Cfr. 1 Sam 13, 1-14; 15, 1-16, 13.

Jesús levanta su mano y bendice; luego sale ligero, por la puerta secundaria. Los suyos le siguen.

La gente cuchichea: “¡No regresa más!”

“¿Qué habrá querido decir?”

“Tenía lágrimas cuando se despedía...”

“¿Oísteis? Dice que cuando se le haga subir”.

“Entonces Judas tiene razón. Es claro que como rey, no estará más entre nosotros, como ahora...”

“Yo habré con sus hermanos. Dicen que no será rey como pensamos, sino un Rey redentor como dicen los profetas. Será, en una palabra, el Mesías”.

“El Rey Mesías, ¡claro es!”

“Eso no. El Rey Redentor. El hombre de dolores”.

“Sí”.

“No”.

Jesús se va prontamente en dirección de la campiña.

85. Ana y María de Keriot. Adiós a la madre de Judas

28 febrero 1946

“¿Señor, no querrías venir conmigo solo a la casa de una madre que es infeliz? Esto es lo que más deseo” dice María de Simón respetuosamente a Jesús, mientras después de la comida del mediodía, los apóstoles se han esparcido para descansar, antes de emprender nuevamente el camino cuando llegue la tarde. Jesús está bajo la sombra de manzanos cuyos frutos pronto madurarán, y parece como si las palabras de María, sean continuación de algo anterior.

“Sí, mujer. Yo también tengo deseos de estar contigo, solos en estas últimas horas como las primeras cuando estuve aquí. Vamos”.

Entran en la casa. Jesús toma su manto, y María su velo y manto.

Van por veredas que hay entre los campos, entre los manzanares y otros árboles. Todavía hace calor. De los trigales se respira el bochorno. Pero el aire de la montaña suaviza el calor que de otro modo en la llanura sería insoportable.

“Me desagrada hacerte caminar en este calor. Pero después... ya no se podrá. Tanto que deseé esto, y no me atrevía a pedírtelo. Hace poco me dijiste: “María, para darte prueba de que te amo como si fueses mi madre. Te digo: “pídeme lo que quieras que te contentaré”, y así me he atrevido. ¿Señor, sabes a dónde vamos?”

“No, mujer”.

“Vamos a la casa de aquella que debía haber sido la suegra de Judas... (María lanza un suspiro doloroso). Debía... No lo fue ni lo será jamás porque Judas abandonó a su hija, la que murió de dolor. Y la madre me guarda rencor y también a mi hijo. Siempre nos maldice... Judas es muy... muy flaco... en el mal, no tiene necesidad más que de bendiciones. Yo quisiera que le hablaras... Tú la puedes persuadir, decirle que fue un bien que no su hubieran celebrado las bodas... decirle que yo no tuve la culpa decirle que muera sin odiarme; porque se va muriendo poco a poco y con este nudo en el alma. Quisiera que hubiera paz entre nosotras... porque he sufrido, y he sufrido vergüenzas por lo que pasó, y veo con dolor que se destruye la amistad de una que fue mi compañera desde que yo me casé. Tú sabe, en fin, Señor...”

“Sí. No te angusties. Tu petición es justa y cumplo los encargos buenos”.

Suben a un lugar en que está situado el pequeño poblado, después de haber atravesado por un vallecillo.

“Ana vive aquí desde que murió su hija. En sus posesiones. Antes vivía en Keriot, y cuando nos encontrábamos, sus reproches me destrozaban el corazón”.

Dan vueltas por una vereda un poco antes de entrar al poblado, y llegan a una casa baja que hay en el campo.

“Hemos llegado. Me da saltos el corazón desde que he venido. No me querrá ver... me despachará... se intranquilizará... y su pobre corazón sufrirá mucho más... Maestro”.

“Así es. Voy Yo. Tú quédate aquí hasta que te llame. Y ruega para ayudarme”. Jesús se acerca solo a la puerta que está semiabierta, y entra saludando con dulzura.

Le sale a encuentro una mujer: “¿Qué se te ofrece? ¿Quién eres?”

“Vengo a dar alivio a tu patrona. Condúceme a donde está”.

“¿Eres médico? ¡De nada sirve! No hay ya esperanzas. Su corazón se le está marchitando”.

“Todavía se le puede curar su alma. Yo soy Rabbí”.

“No le harás ningún provecho. Está mohína con el Eterno y no quiere oír sermones. Déjala en paz”.

“Precisamente porque está mohína, por eso he venido. Déjame pasar y sus últimos días no los pasará en la desventura”.

La mujer se encoge de hombros, y dice: “¡Entra!”

Un corredor semioscuro y fresco. Hay puertas. En el fondo la última está semiabierta, y de ella salen lamentos. La mujer entra diciendo: “Señora, hay un rabbí que quiere hablarte”.

“¿Para qué?... ¿Para decirme que estoy maldecida? ¿Que no tendré paz ni siquiera en la otra vida?” responde jadeante, inquieta.

“No. Para decirte que tendrás paz completamente, con tal de que quieras, y serás dichosa para siempre con tu Juana” dice Jesús asomándose en el umbral.

La enferma, amarilla, hinchada, jadeante sobre su camastro, recostada sobre muchos almohadones, lo mira y dice: “¡Qué palabras! Es la primera vez que un rabbí me reprende... ¡Qué esperanza!... Mi Juana... conmigo... en la bienaventuranza... no más dolor... el dolor que causó un maldito... a quien su madre no impidió el haber nacido... que me traicionó... después de haberme hecho cobrar esperanzas... ¡Infeliz hija mía!...” Su agitación es mayor.

“¿Lo ves? Le causas mal. Lo sabía. Vámonos”.

“No. Vete tú. Déjame solo...”

La mujer sale, moviendo la cabeza. Jesús se acerca al lecho poco a poco. Seca bondadosamente el sudor de la enferma que no puede hacerlo con sus manos enormemente hinchadas. Le da aire con un abanico de palma. Le da de beber, porque ella busca consuelo en la bebida que está sobre la mesita. Jesús parece un hijo al lado de su madre enferma. Luego se sienta, decidido a cumplir con toda suavidad su encargo.

La mujer, mientras toma respiro, lo observa. Y, con una sonrisa de enfermo, le dice: “Eres hermoso y bueno. ¿Quién eres, Rabbí? Tienes la delicadeza de mi amada hija en proporcionarme consuelo”.

“¡Soy Jesús de Nazaret!”

“¿Tú?... ¿Tú en mi casa?... ¿por qué?”

“Porque te amo. También tengo Yo una Madre, y en cada madre veo Yo la mía, y en las lágrimas de las madres, veo las de la mía...”

“¿Por qué? ¿Llora acaso tu Madre? ¿Por qué? ¿Se le ha muerto algún hermano tuyo?”

“Todavía no. Soy el único suyo y todavía no me muero. Pero Ella llora porque sabe que *debo* morir”.

“¡Oh, infeliz! ¡Saber de antemano que un hijo va a morir! ¿Pero, cómo lo sabe? Estás sano. Estás fuerte. Eres bueno. Yo me hice ilusiones hasta que se murió mi hija que estuvo muy enferma. ¿Cómo puede saber tu Madre que debes morir?”

“Porque soy el Hijo del hombre, del que hablaron los profetas. Soy el Hombre de los dolores que vio Isaías, el Mesías de que cantó David y describió sus torturas de Redentor. Soy el Salvador, el Redentor, mujer. Me espera una muerte horrible... y mi Madre asistirá a ella... y mi Madre sabe, desde que nací, que su corazón será traspasado de dolor como el mío... No llores... Con mi muerte abriré las puertas del Paraíso a tu querida Juana...”

“¡También a mí! ¡También a mí!”

“Sí, cuando llegue tu tiempo; pero antes debes aprender a amar y a perdonar. A volver a amar. A ser justa. A perdonar... de otro modo no podrás entrar en el cielo con Juana, conmigo...”

La mujer llora angustiadamente. Entre gemidos dice: “Amar... amar cuando los hombres me enseñaron a odiar... cuando Dios no nos amó, ni tuvo piedad. Es difícil... ¿Cómo amar cuando los hombres nos han atormentado, las amigas herido, Dios abandonado?...”

“No. Jamás te ha abandonado. Estoy aquí, para hacerte promesas celestiales; para asegurarte que tu dolor terminará en gozo con sólo que lo quieras. Ana, escúchame... Lloras por una bodas que no se celebraron, les echas la culpa de tu dolor; de ello acusas a un hombre y dices que es asesino, y de cómplice acusas a su pobre madre. Escucha, Ana. No pasarán muchos meses que no veas que fue gran favor del Cielo que Juana no se hubiera casado con Judas...”

“No me lo nombres” grita la mujer.

“Lo he hecho para decirte que debes agradecer al Señor. Y, dentro de pocos meses, lo harás...”

“Ya estaré muerta...”

“No es verdad. Estarás viva y te acordarás de Mí, y comprenderás que hay dolores más grandes que el tuyo...”

“¿Mayores?” ¡No es posible!”

“¿Dónde pones el de mi Madre que me verá morir en una cruz?” Jesús se ha levantado. Es imponente.” ¿Y dónde el de la madre del que traicionará a Jesucristo, el Hijo de Dios? Piensa, mujer, en esa madre... Tú... Toda Keriot, la campiña y otras más te han acompañado en tu dolor. De ello te has gloriado como si fuese una corona de mártir. ¡Pero esa madre! Como Caín, pero sin serlo, antes bien siendo como Abel, porque será la víctima de su hijo traidor, del asesino de Dios, sacrílego, maldito, ella no podrá soportar la mirada de los otros porque en cada mirada verá como una piedra que se arroja para lapidarla, y en cada palabra que pronuncien los hombres, le parecerá escuchar una maldición, un insulto; y jamás encontrará refugio sobre la tierra, sino hasta que muera, hasta que Dios, que es justo, venga a llevarse consigo a la mártir, borrándole de su memoria el haber sido la madre del asesino de Dios al darle su eterna posesión de Sí mismo... ¿El dolor de esta madre, no es acaso mayor?”

“Un inmenso dolor...”

“Lo comprendes... Sé buena, Ana. Reconoce que Dios fue bueno en su modo de obrar...”

“Pero mi hija está muerta. Judas me la hizo morir por ambición de otra dote mayor... Su madre lo aprobó”.

“No. Eso no es cierto. Yo te aseguro. Yo que veo en los corazones. Judas es mi apóstol y con todo afirmo que hizo mal y que recibirá su castigo. Su madre es inocente. Te ama. Quisiera que también tú la amases... Ana, sois dos madres infelices. Tú te glorías de tu hija muerta, inocente, pura a quien el mundo respeta... María de Simón *no puede* gloriarse de su hijo. Los hombres reprueban sus acciones”.

“Es verdad. Pero si se hubiera casado con Juana, nada le reprocharían”.

“Pero poco después verías morir a Juana de dolor, porque Judas perecerá de muerte violenta”.

“¿Qué dices? ¡Oh, infeliz Maria! ¿Cuándo? ¿Dónde?”

“Pronto. De una manera horrenda... ¡Ana! ¡Ana! Tú eres buena. Tú eres madre. Conoces cuál es el dolor de una madre. Ana, vuelve a ser amiga de María. Que el dolor os junte, como debía juntaros la alegría. Déjame irme contento, sabiendo que ella tendrá una amiga, *una sola, por lo menos...*”

“Señor... amarla... Quieres decir perdonarla... Es muy duro... Me parece que nuevamente vuelvo a enterrar a mi hija... Que yo misma la mato...”

“Pensamientos que las Tinieblas te sugieren. No los escuches. Escúchame a Mí, Luz del mundo. La Luz del mundo te dice que menos amarga ha sido la suerte de Juana muriendo

virgen que si muriese siendo viuda de Judas. Créemelo Ana. Y piensa que María de Simón es mucho más infeliz que tú...”

La mujer piensa, piensa, lucha, llora, y luego dice: “Pero yo la he maldecido. A ella y al fruto de sus entrañas. Pequé...”

“De ello te absuelvo. Y entre más la ames, más serás absuelta en el cielo”.

“Pero si me hago su amiga... encontraré a Judas. No puedo, Señor, hacer esto...”

“Nunca lo volverás a ver. No regresaré más a Keriot, ni tampoco Judas. Nos hemos despedido ya de la gente...”

“¿Dijiste que...?”

“Que no regresaré jamás. Judas dijo que no podrá venir más hasta que Yo desaparezca. Él piensa que voy a subir a algún trono, pero no es así, me espera la muerte. *Tú no dirás esto. Jamás.* Que María lo ignore hasta que todo se haya cumplido. Tú misma acabas de decir que es “infeliz de antemano la madre que sabe que su hijo *debe* morir”. Si los sufrimientos de mi Madre, porque lo sabe, van a aumentar los méritos de mi Sacrificio⁵, para María de Simón el silencio es una cosa que debe de dársele por compasión. *No dirás ni una palabra de esto*”.

“No, Señor. Te lo juro en nombre de mi Juana”.

“Quiero otra promesa más. Es grande. Es santa. Tú eres buena. Me amas ya...”

“Sí. Mucho. Desde que estás aquí, siento tener paz”.

“Cuando María de Simón no tenga más a su hijo, y cuando el mundo lo cubra de... desprecio, tú sola le abrirás tu casa y el corazón. ¿Me lo prometes? En nombre de Dios y de Juana. Ella lo habría hecho porque María siempre fe para ella la madre del siempre amado” insiste Jesús.

“¡Sí! Y se escucha el llanto...”

“Dios te bendiga, mujer, y te dé la paz... y salud... Ven. Vamos a ver a María, a darle el beso de paz...”

“Pero... Señor... No puedo caminar. Tengo las piernas hinchadas y paralizadas. ¿Ves? Estoy aquí, vestida, pero no soy más que un leño...”

“Lo fuiste. ¡Ven! Y le extiende la mano, invitándola a dejar su lecho.

La mujer, con sus ojos fijos en los de Él, mueve las piernas, las saca del lecho, pisa la tierra descalza, se levanta, camina... Parece como hechizada. No cae ni siquiera en la cuenta de su curación... Sale, asida a la mano de Jesús, al corredor semi-oscuro... Se dirige a la salida. Casi está llegando cuando la sirvienta es la primera en verla, y da un grito que no es de espanto, sino de gozo... Acuden otros siervos, temiendo que esté por morir, pero ven que su patrona –que antes estaba como agonizante y que guardaba rencor a María de Simón- anda, rápida, con los brazos extendidos, desprendiéndose de Jesús, hacia la mortificada María, y la llama, y la estrecha contra su corazón. Ambas lloran.

...Al regresar a su casa, después de la despedida de paz, María de Simón da gracias al Señor y le pregunta: “¿Cuándo vendrás a hacer otro bien?”

“Nunca más volveré, mujer. Lo dije ya a los del pueblo. Pero mi corazón estará siempre contigo. Acuérdate de que siempre te he amado y que te amo. Recuerda que sé que eres buena, y que Dios por esto te ama. Tenlo siempre presente, y también cuando lleguen días de horas amarguísimas. Nunca llegue a tu mente el pensamiento de que Dios te juzgue culpable. Ante sus ojos tu alma está adornada y lo estará siempre de joyas de virtudes y de perlas de tus dolores. María de Simón, madre de Judas, te voy a bendecir; quiero abrazarte y besarte para que tu beso maternal, sincero, leal, me consuele de otro... para que mi beso te compense de tus dolores. Ven, madre de Judas. Y gracias, porque me has amado y honrado” y la abraza y la besa en la frente, como hace con María de Alfeo.

“Nos veremos otra vez. Iré a la Pascua...”

“No. No vayas. Te lo ruego. ¿Quieres hacerme feliz? No vayas. . A la próxima Pascua las mujeres, no”.

⁵ Cfr. Lc. 2, 33-35.

“¿Por qué...?”

“Porque... en la próxima Pascua habrá en Jerusalén un terrible espectáculo, al que no está bien que asistan mujeres. Más bien... diré a tu pariente que venga a estar contigo. Que se quede para siempre. Tendrás necesidad... de hoy en adelante Judas no podrá ayudarte más, ni venir...”

“Haré como dices... ¿Luego no volveré, no volveré jamás a ver tu rostro en que se refleja la paz del cielo? ¡Cuánta serenidad ha brotado de tus ojos y se ha derramado sobre mi corazón que sufre!...” María llora.

“No llores. La vida es breve. Después me verás para siempre en mi Reino”.

“¿Crees entonces que tu humilde sierva vaya a entrar en él?...”

“Veo ya tu lugar entre los ejércitos de mártires y de corredoras. No tengas miedo, María. El Señor será tu eterna recompensa. Sigamos. La tarde ya baja, y es hora de ponernos en camino...”

Toman el camino entre manzanos y campos. Llegan a la casa donde esperan los apóstoles. Jesús es breve en la despedida. Bendice a todos y se pone a la cabeza de los suyos... Se va... María, de rodillas, llora.

86. Jesús se despide de Yutta

5 marzo 1946

Jesús habla en una mañana serena al pueblo de Yutta. Y puedo casi afirmar que toda Yutta está a sus pies. Los pastorcillos, que suelen vagar con sus ovejas por los montes, están allí, a la periferia de la gente con sus rebaños; los que suelen irse a los campos, a los bosques, al mercado, están allí. Están allí los viejos a su alrededor como los pequeños que le sonríen; las doncellas, las que se acaban de casar; las que acaban de ser madres, como las que tienen el fruto todavía en sus entrañas. Toda Yutta.

Hay una saliente en el monte que se extiende hacia el sur. En este lugar se ha reunido la multitud. Unos están sentados sobre la hierba, otros sobre las piedras a horcajadas. Se ve el extenso horizonte, el arroyo allá abajo, que ríe y brilla a la luz del sol matinal; la belleza de los montes cubiertos de hierba, con sus bosques. Los de Yutta escuchan al Maestro que está de pie, poyado contra un tronco parduzco de nogal. Resalta su blanca vestidura de lino. Su rostro tiene la sonrisa que le brota de los ojos, al ver que se le ama. Sus cabellos resplandecen a la caricia del sol. En medio de un silencio que sólo rompen los trinos de los pajarillos, y la charla del río allá abajo, descienden sus palabras en los corazones, y su voz fuerte llena el aire con su melodía.

Mientras escribo, está repitiendo una vez más, que es necesario obedecer al Decálogo, que se perfecciona al aplicársele en los corazones con su doctrina de amor “para construir en las almas la mansión donde el Señor habitará hasta el día en que los que fueron fieles a la ley, irán a habitar en Él en el Reino de los Cielos”. Luego prosigue: “Porque así es. El modo con que vive Dios en los hombres y ellos en Él es por medio de la obediencia a su Ley, que empieza con un mandamiento de amor; y *toda* la Ley es amor, desde el primero hasta el último mandamiento, de la misma. Así es la verdadera casa que Dios ama, en que Él habita; y el premio del cielo, que se obtiene por medio de la obediencia a la Ley, es la verdadera Casa en que viviréis con Dios para siempre.

Porque, como está dicho —(Isaías, cap 66)— Dios no tiene morada sobre la tierra, que es escabel de su inmensidad, ni su trono en el cielo, que es pequeño, insuficiente, para que pueda contener al infinito. Una pequeñez. Su morada la tiene en el corazón de los hombres. Sólo la perfectísima bondad del Padre amoroso puede conceder a sus hijos, el que lo acojan en sí; y es un misterio infinito, que siempre se perfecciona más, el que Dios Uno y Trino, el purísimo Espíritu Triniforme puede estar en el corazón de los hombres. ¿Cuándo, cuándo, oh Padre Santo, me concederás hacer de estos que te aman, no tan solo un templo de nuestro Espíritu, sino, que por tu perfecto amor y perdón, un tabernáculo, de modo que cada corazón

fiel sea el arca en que esté el verdadero Pan del Cielo, como lo estuvo en el seno de la Bendita entre las mujeres?

Oh, amadísimos discípulos de Yutta, la que preparó un justo, recordad lo que el profeta dice –y es el Señor el que habla– al dirigirse a los que edifican templos vacíos de piedra, en que no hay justicia, no hay amor, y no saben edificar dentro de sí el trono para su Señor obedeciendo sus mandamientos. Dice el Profeta: “¿Qué es esta casa que me edificáis, y qué este lugar para mi reposo?” Esto es: “¿Creéis que estaré con vosotros porque me levantáis pobres muros? ¿Creéis poderme dar alegría con prácticas mentirosas, en las que no hay santidad?” No. A Dios no se le compra con exterioridades que cubren llagas y vacío, como un manto de oro que se echa sobre un leproso, o sobre una estatua de arcilla, que no tiene vida en sí.

El Señor, Dueño del mundo, declara que es pobre porque tiene pocos súbditos, Él que es el Padre de muchos hijos que se han fugado de su mansión: “¿A quién volveré la mirada sino al pobrecito, al corderito de corazón que tiembla ante mi palabra?” ¿Por qué tiembla? ¿Por miedo a Dios? No. Por un profundo respeto, por un verdadero amor. Por humildad de súbdito, de hijo, que dice, que reconoce que el Señor es el Todo y él, la nada; y tiembla de emoción al sentirse amado, perdonado, ayudado por el Todo.

No busquéis a Dios entre los soberbios. No está. No lo busquéis entre los duros de corazón. No está allí. Ni lo busquéis entre los impenitentes. No está allí. Él está con los sencillos, con los puros, con los misericordiosos, con los pobres de espíritu, con los dóciles, con los perseguidos, con los pacíficos. Allí está Dios. Y con los que se arrepienten y quieren el perdón y tratan de expiar. Esos que no sacrifican el buey o la oveja, o presentan sus ofrendas por soberbia, deseosos de aparecer perfectos. Sino que hacen el sacrificio de un corazón contrito y humillado, si es que son pecadores, de un corazón obediente hasta el heroísmo, si son justos. Esto es lo que agrada al Señor. Ved con qué ofertas se entrega: con sus inefables tesoros de amor y delicias sobrenaturales. No se las da a los otros. Tienen ellos ya sus *pobres* delicias en las abominaciones, y es inútil que Dios los llame a su camino, porque ellos ya han escogido el suyo. No les mandará sino abandono, terror y castigo, porque no le respondieron, no le obedecieron. A los ojos de Dios cometieron el mal por desdén, por negra perversidad.

Pero vosotros, amados de Yutta, vosotros que tembláis de amor porque conocéis a Dios, vosotros a quienes por mi causa escarnecen como a necios los poderosos, y que persistís en amarme, no obstante los escarnios; vosotros a quienes se os rechaza, y lo seréis cada vez más por causa de mi Nombre, que se os señala cual bastardos hijos de Israel, cual bastardos de Dios, cuando es todo lo contrario porque Él tiene su raíz en el Padre, ha puesto en vosotros, sí en vosotros, el injerto de la Vida eterna, por el que formáis parte de Dios; de su jugo vivís, vosotros a quienes se trata de persuadir que os encontráis en el error; a vosotros, de ojos sencillos pero iluminados por la gracia, a quienes se os trata de justificar para que no parezcáis cual sacrílegos y malhechores, a vosotros se os dijo: “Muéstrenos al Señor su gloria y lo reconoceremos con vuestro mismo gozo”², vosotros seréis los únicos en participar de esa alegría. Los otros estarán llenos de vergüenza.

Ya me parece oír, después de la afrenta con que se le arrojará, y con todo no se harán buenos, ya me parece oír a las víboras que no dejan de ser peligrosas cuando se les aplasta la horrible cabeza, y que muerden y matan aunque se les parta en dos, y que pese a la aplastante manifestación de Dios, osan levantar su cabeza; ya los oigo gritar: “¿Cómo puede el Señor haber dado a luz, de pronto, a un nuevo pueblo suyo, si nosotros, a quienes hace mucho tiempo nos lleva en su seno, no ha podido todavía dar a luz? ¿Puede una mujer parir sin que llene la casa de gritos? ¿Pudo el Señor haber dado a luz antes de tiempo? ¿Puede acaso la casa parir en un solo día; y puede a caso ser dado a luz todo un pueblo junto?”

Yo respondo, e igual respuesta dad a los que os persiguieren y escarnecieren: “Nunca habrían podido haber nacido los que son un fruto muerto en el seno de Dios, un fruto cortado, porque se separó de la matriz y quedó muerto, como un tumor oculto en el vientre, más bien

² Cfr. Is. 66, 5 ss.

que cual embrión que se desarrolla. Y, para arrojar el feto muerto de su seno y tener hijos, para que no perezca su Nombre sobre la tierra, Dios se ha hecho fecundo con nuevos hijos, señalados con su Tau, en secreto, en silencio, para que Satanás y los satanases servidores de Lucifer, no les puedan hacer daño. Y, llevado de su amor ardiente, el Señor ha dado a luz un Varón y juntamente un nuevo pueblo suyo, porque todo lo puede el Señor". Él lo dice por boca del profeta Isaías: "¿Y qué, acaso no podré Yo dar a luz, Yo que hago que las hembras paran? Yo que concedo a los seres la fecundidad, ¿voy a ser estéril?"

Alegraos con la Jerusalén celestial. Regocijaos con ella, vosotros los que amáis al Señor. Saltad de gozo con ella, vosotros que esperáis, vosotros que sufrís.

¡Volved a Mí, volved a Mí, palabras! Palabras salidas del Verbo de Dios. Palabras que pronunció el portavoz de Dios: Isaías. Venid. Regresad a la Fuente, oh palabras eternas, para que se os esparza sobre este jardincito de Dios, sobre esta grey suya, sobre esta prole suya.

¡Venid! Esta es una de las horas y de las reuniones por cuya causa se os pronunció, ¡oh, palabras proféticas, oh, sonido de amor, oh, voces de verdad!

Ved que vienen, ved que tornan a Quien las inspiró. Yo, en nombre del Padre, de mi Ser, y del Espíritu, las digo a estos amados de Dios, escogidos de entre su grey, que debía de constar sólo de corderitos, y se ha corrompido con machos cabrios y bestias aun más inmundas. Vosotros beberéis y seréis saciados de la consolación divina, y abundantes delicias obtendréis de la múltiple gloria de Dios.

Ved que os dice el Señor³: Yo derramaré sobre vosotros la paz cual un río, como un torrente que todo inunda, y será más que la gloria de las naciones. La gloria del Cielo os inundará. De ella participaréis cuando os lleve entre brazos, ella os acariciará cuando estéis en sus rodillas. Como una madre acaricia a un niño –como acaricio a este pequeñín a quien he puesto mi nombre (y Jesús toma al pequeño Yesaí de los brazos de su madre, que está a sus pies en medio de sus tres hijos)- así os consolaré a vosotros que me amáis y continuáis amándome, y pronto vendrá el día en que seáis consolados en mi Reino. Lo veréis y vuestro corazón se llenará de júbilo. Vuestros huesos reverdecerán como la hierba. Os veréis libres de todo temblor porque, siéndome fieles, cuando el Señor venga con el fuego, en un carruaje, semejante a un torbellino, para guiar en el fuego del amor y de la justicia, y para castigar y honrar; y separar los corderos de los lobos, esto es, de los que creían ser santos y puros y por el contrario no eran más que idólatras.

El Señor, que parte ahora, regresará, y bienaventurados a los que encontrare perseverando todavía.

Esta es mi despedida y con ella os doy mi bendición. Arrodillaos, para que con ella os dé fuerzas. El Señor os bendiga y os guarde. El Señor muestre su Rostro y tenga misericordia de vosotros. El Señor os dé su paz. Idos. Dejadme que me despidan de los mejores entre los buenos de Yutta".

La gente se va de mala gana. Pero cuando un niño es el primero en decir: "Señor, permíteme que bese tu mano" y Jesús lo conciente, todos quieren besar esa mano bendita. Los que ya se habían ido, regresan. Los niños le besan en el rostro, los ancianos en las manos, las mujeres en los pies desnudos. Y caen lágrimas y palabras de despedida y de bendición.

Jesús los recibe pacientemente, y para cada uno de ellos tiene un saludo especial.

Todos han sido contentados... Se queda la familia en que se hospedó... Se estrecha a Jesús. Sara dice: "¿No volverás más?"

"No, mujer. Jamás. Pero no estaremos separados. Mi amor estará siempre contigo, con vosotros, y el vuestro conmigo. Sé que no me olvidaréis. Oíd esto: aun en las horas de mayor amargura, que vendrán, no aceptéis la mentira ni como huésped de paso, ni como un invasor imprevisto... Dame aquí tu niño Sara".

³ Cfr. Is. 66, 11-13.

La mujer le entrega a Yesaí y Jesús se sienta sobre la hierba con el niño sobre las rodillas y con su rostro sobre la cabecita del pequeñuelo y dice: “Acordaos siempre que soy el Cordero que Isaac os enseñó a amar antes de que me conocierais. Acordaos de que un cordero es siempre inocente, como este pequeñuelo, aun cuando se le ponga piel de lobo para hacerlo pasar como malhechor. Acordaos que soy más inocente que este pequeñuelo... y que él, dichoso por su inocencia y por su edad, no podrá comprender la calumnia que arrojarán los hombres sobre su Señor, y por esto, no perderá la serenidad... y continuará amándome de igual modo... como ahora... Procurad tener un corazón como el suyo, y tenedlo para el Cordero, para vuestro Amigo, para el Inocente, para vuestro Salvador, que os ama y bendice de una manera especial. Adiós, María. Ven a darme un beso... Adiós, Manuel... Ven tú también... Adiós, Yesaí, corderito del Cordero... Sed buenos... Amadme...”

“¡Pero Tú estás llorando, Señor!” dice admirada la niña al ver brillar una lágrima entre las guedejas de Yesaí.

“¿Llora?” pregunta el marido de Sara.

“Sí que está llorando, Maestro ¿Por qué?” pregunta la mujer.

“No os preocupéis de mi llanto. Es amor y es bendición... Adiós, Sara. Adiós, tú. Venid como los demás a besar a vuestro Amigo que parte...”

“Una vez que los dos esposos le besan las manos, devuelve al pequeñuelo a su madre, y los bendice nuevamente. Y luego, rápido, empieza a descender por la misma vereda por la que vino.

Las voces de adiós de los que se quedan le siguen en pos: honda es la del marido, llena de emoción la de la mujer, vibrante la de los pequeños. Después sólo es el arroyo, por el que sube Jesús, el que lo despidе, que le da también el último adiós de Yutta.

87. Jesús se despide de Hebrón

7 marzo 1946

He aquí a Hebrón entre sus montes de selvas y prados. Los primeros que ven a Jesús se llenan de alborozo y corren a esparcir la noticia por el pueblo.

Acude el sinagogo, acuden los que fueron curados el año anterior, acuden los principales, Cada uno quiere hospedar al Señor, pero Jesús a todos agradece diciendo: “No me detendré aquí, sino el tiempo necesario para hablarlos. Vamos a la casa pobre y santa del Bautista. Quiero despedirme de ella... Es un lugar de milagro. Vosotros lo sabéis”.

“Lo sabemos, Maestro. Los curados están aquí entre nosotros...” dicen varios.

“Mucho antes de hace un año fue un lugar de milagros. Lo fue por primera vez hace treinta y tres años cuando la gracia del Salvador hizo que fueran fértiles las entrañas de la que engendró a mi Precursor. Lo fue hace treinta y dos años cuando por obra misteriosa lo santifiqué Yo, cuando ambos estábamos en el seno materno. Y luego cuando hice que dejara de ser mudo su padre. A estas obras mías, se agrega otra, de apenas hace dos años, que es un gran milagro y que ignoráis. ¿Os acordáis de la mujer que vivía allí dentro?...”

“¿Te refieres a Aglae?” preguntan varios.

“Exactamente. Su alma reverdeció, su alma pagana salió del pecado, y se ha hecho fecunda en la justicia con su buena voluntad. Os la propongo como modelo. No os escandalicéis. En verdad os digo que puede citarse como ejemplo de imitación, porque pocos en Israel han avanzado en el camino hacia las fuentes de Dios como ella, pagana y pecadora”.

“Nosotros nos la imaginábamos escapada con otros amantes... Alguien dijo que había cambiado de vida, que era buena... Pero contestábamos: “¡Es un capricho!” No faltó quien dijera que había ido a buscarte para pecar...” dice el sinagogo como explicación.

“Fue a donde Yo estaba, para que Yo la redimiese”.

“Pecamos de prejuicio...”

“Por esto os he dicho que no juzguéis”.

“¿Y dónde está ahora?”

“Sólo Dios la sabe, pero sin duda alguna está haciendo una dura penitencia. Rogad para que continúe... Te saludo, casa santa de mi Pariente y Precursor. ¡La paz sea contigo! Aunque estés abandonada, siempre sea contigo la paz, tú que fuiste mansión de paz y de fe”. Jesús entra en ella bendiciéndola. Sigue por el jardín inculto, entre hierbas. Camina por donde un tiempo hubo emparrados de laureles y de bojés, y ahora un desorden en que pulula la hiedra, el convólvulo, que se han echando encima de ellos. Llega al fondo, donde queda lo que fueron restos del sepulcro. Se detiene allí.

La gente en orden y en silencio se acerca a Él.

“Hijos de Dios, pueblo de Hebrón, escuchad.

Para que no os azotéis, ni os dejéis arrastrar en el engaño con respecto a vuestro Salvador, como os engañasteis con respecto a la pecadora, he venido a confirmaros y fortificaros en la fe. He venido a daros la fuerza de mi palabra para que, luminosa, persista entre vosotros en la hora de las tinieblas y para que Satanás no os haga perder el camino que lleva al Cielo.

Pronto vendrán horas en que vuestros corazones recordarán palabras del salmo de Asaf, el profeta cantor¹ y diréis: “¿Por qué, Señor, nos has arrojado para siempre? ¿Por qué tu ira se enciende contra tus ovejas que apacentabas?” y podréis con todo derecho levantar el grito pidiendo que os proteja la Redención que ya se realizó, y grita: “¡Este es tu pueblo que redimiste!” para invocar protección contra los enemigos que habrán hecho todo el mal posible al verdadero santuario donde Dios está como en el cielo, contra el Mesías del Señor. Y, derribado el Santo, como primer paso, tratarán de derrumbar sus muros que son sus fieles. Verdaderos profanadores y perseguidores de Dios, más que Nabucodonosor² y Antíoco³, más que los que están por venir, levantan ya sus manos para destruirme, llevados de su soberbia sin límites antes que convertirse, y no quieren tener fe, ni caridad, ni justicia, y que, como fermento en un montón de harina, se hincha y sale ya del Santuario, que los enemigos de Dios han convertido en su fortaleza.

Escuchad, hijos. Cuando se os persiguiera porque me amáis, robusteced vuestro corazón y pensad que antes que vosotros lo fuerais, Yo lo fui. Acordaos que tienen ya en sus gargantas el grito de triunfo, y preparan las banderas que flotan al aire anunciando la victoria; y en cada bandera habrá una mentira contra Mí, que pareceré ser el Vencido, el Malhechor, el Maldito.

¿Sacudís la cabeza? ¿No me creéis? Vuestro amor os lo impide. ¡Mucho vale el amor! Es una gran fuerza... y un gran peligro. Sí, peligro. *El choque de la realidad en la hora de las tinieblas será violento, sobrehumanamente fuerte en los corazones que el amor, todavía no perfecto, hace ciegos.* Podéis creer que Yo, el Rey, el Poderoso, pueda convertirme en un nada. No lo podéis creer, cuando surja la duda: “¿Era en realidad Él? ¿Y si era así, cómo puedo ser vencido?”

Fortaleced el corazón para aquella hora. Tened en cuenta que si “en un momento” los enemigos del Santo despedazaron las puertas, metieron el terror por doquier, prendiendo fuego de odio en el Santo de Dios, abatieron y echaron por tierra al Tabernáculo del Nombre Santísimo, diciendo en sus corazones: “Hagamos que sobre la tierra no haya más las fiestas de Dios” porque fiesta es para vosotros tener a Dios. Decían: “No se ven más enseñanzas. Que no haya más profeta alguno que nos conozca por lo que somos”. Pero mucho más pronto todavía, El que ha dado fuerza a los mares y ha aplastado en las aguas, las cabezas inmundas de los cocodrilos sagrados y de sus adoradores. El que ha hecho que las fuentes y ríos abunden en agua, y ha sacado a los arroyos que antes rebosaban de ella, El que es dueño del día y de la noche, del verano y de la primavera, de la vida y de la muerte, de todo, hará resucitar, como dicho está, a su Mesías, que será Rey, y Rey para siempre. Los que hubieran permanecido firmes en la fe, reinarán con Él en el Cielo.

¹ Cfr. Sal. 73.

² Cfr. Dan. 1-4.

³ Cfr. 1 Mac. 6, 1-16; 2 Mac. 1, 11-17; 9; Dan. 8, 25; 11, 21-45.

Recordadlo. Cuando me viereis colocado en alto e injuriado, no vacile vuestra fe. Cuando lo fuereis vosotros, tampoco.

Padre, Padre mío, te ruego en nombre de estos a quienes amas y a quienes también Yo amo, escucha a tu Verbo, escucha al Propiciador. No abandones a las bestias las almas de los que te alaban y me aman, no olvides para siempre las almas de tus pequeñuelos. Dirige, oh buen Dios, una mirada a tu pacto porque los lugares oscuros de la tierra son cuevas de iniquidad, de donde sale el terror que espanta a tus pequeñuelos. Padre, Padre mío, que el humilde que en Ti confía, no se vea afrentado. Que el pobre y el necesitado alaben a tu Nombre, por el auxilio que les darás.

Levántate, oh Dios, para esa hora, para esas horas. Te lo ruego. Levántate, oh Dios, por el sacrificio de Juan y la santidad de tus patriarcas y profetas. Defiende esta grey tuya y mía, oh Padre, por causa de mi sacrificio. Dale luz en las tinieblas, fe y fortaleza contra los seductores. Date a ellos, ¡oh Padre! Danos a ellos, mañana y siempre, hasta que entren en tu Reino. Danos a su corazón hasta el momento en que donde estamos, estén ellos también por los siglos de los siglos. Y así sea”.

Como no hay ningún enfermo a quien se deba curar, Jesús pasa en medio de la gente extática y bendice a uno por uno. Emprende su caminata bajo un sol que se entibia bajo los frondosos árboles y el aire de los montes. Detrás, en grupo, los apóstoles hablan.

Conversan animadamente. “¡Qué discursos! ¡Hacen a uno temblar!” dice Bartolomé.

“Están llenos de tristeza. ¡Lo hacen a uno llorar!” suspira Andrés.

“Es su despedida. Tengo razón yo. Va derecho a su trono exclama Judas Iscariote.

“¿Trono? ¡Uhm! Me parece que sus discursos hablan más bien de persecuciones que de honras” advierte Pedro.

“No hombre. Ya se acabó el tiempo de las persecuciones. ¡Ah, que si soy feliz!” grita Iscariote.

“¡Mejor para ti! Más me gustan los días en que éramos unos desconocidos hace dos años... o cuando estábamos en Aguas Claras. Tengo miedo por los días que se nos vienen encima...” dice Juan.

“Porque tienes un corazón de cervatillo. Pero yo veo ya en el futuro... Cortejos... cantores... pueblo postrado... Honores que tributarán otros pueblos... ¡Oh, es la hora! Y vendrán los camellos de Medián⁴ y las turbas de todas partes... y no serán los tres pobres Magos... sino una muchedumbre... Israel grande como Roma. Más que Roma... Las glorias de los Macabeos, de Salomón han quedado atrás... todas las glorias... Él, el Rey de los reyes... y nosotros sus amigos... ¡Oh, Altísimo Dios! ¿Quién me dará fuerza para aquella hora?... “¡Si viviese todavía mi padre!...” Judas está exaltado. Irradia, pensando en el futuro en que suela vivirá...

Jesús va muy adelante. Se detiene ahora el futuro rey, según Judas, y sediento, toma agua de un riachuelo con sus manos y bebe como lo hace el pajarillo del bosque o el corderillo que pace. Luego se vuelve y dice: “Aquí hay frutos silvestres. Recojámoslos para calmar el hambre...”

“¿Tienes hambre, Maestro?” pregunta Zelote.

“Sí” confiesa humildemente Jesús.

“¡Apuesto a que ayer en la noche le diste todo a aquel pordiosero!” dice Pedro.

“¿Por qué no quisiste detenerte en Hebrón?” pregunta Felipe.

“Porque Dios me llama a otra parte. No lo sabéis”.

Los apóstoles se encogen de hombros y empiezan a recoger frutillas todavía agrias de árboles silvestres que hay en los montes. Parecen pequeñas manzanas. Y el Rey de los reyes se alimenta de ellas, y de lo mismo sus compañeros que hacen tamaños gestos al tragarse las frutillas. Jesús absorto, come y sonríe.

“Me causas hasta irritación” exclama Pedro.

⁴ Cfr. Is. 60.

“¿Por qué?”

“Porque podías haberte estado en Hebrón, cómodamente y haber contentado a sus habitantes. Y ahora te aprietas el estómago y te chupas los dientes con este veneno amargo y ácido más que si fuera la parietaria”.

“¡Os tengo a vosotros que meamáis! Cuando sea Yo levantado, tendré sed y pensaré con ansias en esta hora, en este alimento, en vosotros que ahora estáis conmigo y que estamos...”

“Pero, entonces no tendrás ni sed, ni hambre. Un Rey tiene de todo. ¡Y nosotros estaremos muy cerca de Ti!” exclama Iscariote.

“Tú lo dices”.

“¿Y Tú piensas, Maestro, que no será así?” pregunta Bartolomé.

“No, Bartolomé. Cuando te vi bajo la higuera, sus frutos eran tan agrios que si alguien hubiera tratado de comérselos, le hubiera ardido la lengua y le hubieran raspado la garganta... Pero más dulces que un panal de miel son los frutos de la higuera o de estos árboles en comparación a lo que me sabrá el momento cuando sea levantado... Vámonos...” Y se pone en camino. Va adelante de todos, pensativo. Los doce le siguen haciendo comentarios en voz baja, haciendo comentarios...

88. Jesús se despide de Betsur

9 marzo 1946

Apenas si ha empezado el día cuando los infatigables viajeros llegan a la vista de Betsur. Vienen cansados. Con sus vestidos arrugados del lugar sin duda incómodo donde durmieron. Con júbilo miran la pequeña ciudad que está ya cercana y donde seguramente encontrarán hospitalidad.

Los campesinos que son los primeros en irse a sus faenas, ven a Jesús, y creen que vale la pena dejarlas así, regresar a la ciudad y escuchar al Maestro. Igual piensan los pastores, después de que le preguntaron si se detiene o no.

“Al atardecer me iré de Betsur” responde Jesús.

“¿Vas a hablar, Maestro?”

“Ciertamente”.

“¿Cuándo?”

“Ahora mismo”.

“Traemos nuestro ganado... ¿No podrías hablar aquí en la campiña? Las ovejas comerían y nosotros no nos perderíamos tu palabra”.

“Seguidme. Hablaré en los pastizales que dan al norte. Primero voy a ver a Elisa”.

Los pastores hacen volver a las ovejas con sus cayados, y siguen a los demás. Atraviesan el poblado. Pero la noticia ya ha llegado a la casa de Elisa. En la plaza, que está frente a su hogar, están ella y Anastásica. Presentan sus respetos al Maestro como discípulas. Jesús las bendice.

“Entra en mi casa, Señor. La librate del dolor, y cada una de las que viven allí, cada mueble de su ajuar te quiere dar alivio” dice Elisa.

“Lo sé, pero mira cuánta gente me sigue. Hablaré a todos, y después de las nueve, vendré a tu casa y me estaré en ella hasta el atardecer, en que me iré. Hablaremos entre nosotros...” promete Jesús a Elisa para consolarla, pues ella esperaba que la permanencia de Jesús fuese un poco más larga. Elisa, al ver la intención de Jesús, pone cara de desconsuelo; pero es buena y no replica más. Pide permiso sólo de dar órdenes a sus sirvientes antes de ir con los demás, a donde va Jesús. Lo hace pronto. No es más la mujer abúlica del año pasado...

Jesús se encuentra en una extensa dehesa* en la que el sol juguetea filtrándose entre la fronda de los altos árboles, que, -si no me equivoco- son fresnos. Acaba de curar a un niño y a un anciano. El niño estaba enfermo de algo que traía dentro de su cuerpecito; el anciano

* dehesa = tierra acotada y sometida a custodia, por lo general destinada a pastos.

estaba enfermo de los ojos. No se presentan a Jesús otros enfermos. Bendice a los pequeños que le presentan sus madres. Pacientemente espera a que Elisa con Anastásica lleguen.

Ya están allí. Jesús da principio a su discurso.

“Escucha, pueblo de Betsur.

El año pasado os dije qué cosa haya qué hacer para ganar el Reino de Dios. Hoy os lo confirmo, para que no perdáis lo que ganasteis. Es la última vez que el Maestro les habla de este modo, en una asamblea en la que no falte nadie. Después podré encontraros por casualidad, uno por uno, o en grupos pequeños, por los caminos de esta patria nuestra. Poco más tarde, después, os podré ver en mi Reino. No será nunca como lo es ahora.

En el porvenir os dirán muchas cosas de Mí, contra Mí, acerca de vosotros y contra vosotros. Os querrán infundir miedo.

Con Isaías os digo²: “No tengáis miedo porque Yo os he redimido y os he llamado por vuestro nombre. Sólo los que quieran abandonarme, tendrán razón de temer, pero no los que, permaneciendo fieles, son míos. No temáis. Sois míos y Yo soy vuestro. Ni las aguas de los ríos, ni las llamas de las hogueras, ni las piedras, ni la espada os podrán separar de Mí, a condición de que perseveréis en Mí; antes bien las llamas, las aguas, la espada y las piedras os unirán a Mí, y seréis otros Yo, y alcanzaréis mi premio. Estaré con vosotros en las horas de los tormentos, con vosotros en la prueba, con vosotros hasta la muerte; y luego nada nos podrá separar.

Oh, pueblo mío, pueblo a quien llamé y reuní; al que volveré a llamar y reunir mucho mejor cuando sea Yo elevado, atrayendo hacia Mí todo. Oh, pueblo elegido, pueblo santo, no tengáis miedo, porque estoy, estaré contigo y tú me anunciarás, pueblo mío, y por esto vosotros que lo formáis seréis llamados mis ministros y desde ahora os doy la orden de decir al norte, al oriente, al occidente y al sur que devuelvan los hijos e hijas del Dios Creador, aun los que se encuentren en los confines del mundo, para que todos me conozcan como su Rey y me invoquen por mi verdadero Nombre, y consigan la gloria para la que fueron creados y sean la gloria de quien los hizo y formó.

Isaías dice que para creer las tribus y naciones invocarán los testimonios de mi gloria. ¿Y dónde podré encontrar testigos, si el Templo y el Palacio, si las castas que mandan me odian y mienten antes que decir que Yo Soy Quien Soy? ¿Dónde los encontraré? ¡He aquí, oh Dios, mis testigos! Son estos a quienes instruí en la Ley, éstos a quienes curé en el cuerpo y en el alma, estos que estaban ciegos y que ahora ven; sordos y que ahora oyen; mudos y que ahora saben pronunciar tu Nombre; estos que eran los oprimidos y ahora son libres; todos, todos estos para quienes tu Verbo ha sido Luz, Verdad, Camino y Vida.

Vosotros sois mis testigos. Los siervos que elegí para que conozcáis y creáis, y entendáis que Soy en realidad Yo. Yo soy el Señor, el Salvador. Creedlo por vuestro bien. Fuera de Mí no hay otro que sea el Salvador. Procurad creer en esto, pese a toda insinuación humana o satánica. No hagáis caso de cualquier otra cosa que os diga otra boca que no sea la mía, y que no sea conforme a mis palabras. Rechazad cualquier enseñanza contraria que en el porvenir os fuese dicha. Responded a quien quisiere haceros abjurar del Mesías: “Sus obras hablan a nuestro corazón”, y perseverad en la fe.

Me he esforzado en daros una fe intrépida. Curé a vuestros enfermos; curé vuestros dolores. Como un Maestro bueno os instruí, y como un Amigo en quien se tiene confianza, departí el pan y departí la bebida con vosotros. Estas obras las puede hacer también un santo y un profeta. Haré otras, y tales que os quitarán cualquier duda que las tinieblas puedan suscitar, a la manera que el torbellino levante nubes que se convierten en tempestad, permaneciendo firmes en la caridad por amor a vuestro Jesús, por Mí que dejé al Padre para venir a salvaros y que entregaré mi vida para daros la salvación.

Vosotros, vosotros a quienes he amado y amo más que a Mí mismo, porque no hay amor más grande que el de inmolarse por el bien de aquellos a quienes se ama. No tratéis de ser

² Cfr. Is. 43, 1-25.

inferiores a los que Israel llama bestias salvajes, dragones y avestruces, esto es, gentiles, idólatras, paganos, inmundos, los cuales dirán cuando hubiere mostrado la potencia de mi amor y de mi Naturaleza al vencer Yo solo la muerte –cosa que podrá comprobarse, y que nadie que no sea la mentira, podrá negar- dirán: “Él es el Hijo de Dios”. Y, venciendo los obstáculos, al parecer infranqueables, de siglos y siglos de paganismo inmundo, de tinieblas, de vicio vendrán a la Luz, a la Fuente de la Vida. No seáis como muchos de Israel que no me ofrecen holocausto, que no me honran con sus víctimas, sino que me afligen con sus iniquidades y me hacen víctima de su duro corazón; y corresponden a mi amor, que perdona, con un odio oculto que me pone zancadilla para que caiga, y así poder decir: “¿Lo estáis viendo? Cayó porque Dios lo fulminó”.

Habitantes de Betsur, sed fuertes. Amad mi Palabra porque es verdadera, y mi Señal porque es santa. El Señor esté siempre con vosotros y vosotros con los siervos del Señor. Todos unidos. Para que cada uno de vosotros esté donde Yo voy y haya una mansión eterna en el cielo para todos los que, superada la tribulación y vencido en la batalla, mueran en el Señor y en Él resuciten para siempre”.

“Pero ¿qué has querido decir, Señor? Gritos de triunfo y gritos de dolor ha sido tu discurso” preguntan varios de los de Betsur.

Parece como si estuvieses rodeado de enemigos” dicen otros.

“Y como que si también nosotros lo estuviésemos” dicen otros.

“¿Qué te espera en el futuro?” preguntan los de más allá.

“¡La gloria!” grita Judas de Keriot.

“¡La muerte!” suspira Elisa con lágrimas en los ojos.

“La Redención. El termino de mi misión. No tengáis miedo. No lloréis. Amadme. Soy feliz de ser el Redentor. Ven, Elisa. Vamos a tu casa...” Y es el primero en abrirse paso entre la gente que está presa de emociones opuestas.

“Señor, ¿por qué siempre estos discursos?” protesta Judas con aire como de reprehensión. Y añade: “No son propios de un rey”.

Jesús no le responde. Se dirige más bien a su primo Santiago que le pregunta con los ojos llenos de lágrimas: “¿Por qué, hermano, citas siempre trozos del Libro cuando te despidas?”

“Para que el que me acuse no diga que deliro o blasfemo, y para que el que no quiere darse cuenta de la realidad de las cosas, comprenda que la Revelación siempre me ha presentado como Rey de un reino que no es *humano*, sino que se delinea, se construye y se cimienta en la inmolación de la Víctima, de la Única Víctima que puede volver a crear el Reino de los cielos que Satanás y los primeros padres destruyeron. La soberbia y el odio. La mentira, la lujuria, la desobediencia, lo hicieron. La humildad, la obediencia, el amor, la pureza, el sacrificio lo reconstruirán... No llores, mujer. A los que amas y esperan, suspiran por la hora de mi inmolación...”

Entran en la casa, y mientras los apóstoles descansan y comen Jesús se dirige al bello jardín, donde Elisa le dice: “Maestro, soy la única en saber que Juana te quiere hablar en secreto. Me mandó a Jonatás. Dijo: “¿Por algo muy grave?”. Ni siquiera la hija que me diste –y por ello sé siempre bendito- lo sabe. Juana mandó a varios sirvientes a que te buscasen por todas partes, pero no te encontraron...”

“Estaba muy lejos, y hubiera ido mucho más, si mi corazón no me hubiera empujado a regresar... Elisa, vendrás conmigo y con Zelote. Los otros se quedarán por dos días descansando y luego irán a Beter. Tú regresarás con Jonatás”.

“Sí, Señor mío...” Elisa lo mira con ojos maternos, lo contempla con ansias... No es capaz de contener su pregunta “¿Sufres, verdad?”

Jesús sacude la cabeza sin que sea una señal clara de que lo niegue, pero sí de desconsuelo evidente.

“Soy una mujer que fui madre... Tú eres mi Dios... pero... ¡Oh, Señor mío! ¿Qué crees que quiere Juana? Hablaste de muerte, y lo he comprendido, porque en el Templo las vírgenes leían mucho las Escrituras donde se hablaba de Ti, Salvador, y me acuerdo de las palabras...”

Ahora ya no resplandece... María fue para mí como una hija... y Tú eres su Hijo... Por esto, si no peco en decírtelo, te considero como un hijo mío... Tu Madre está lejos... Pero tienes a una madre a tu lado. Bendito de Dios ¿no puedo aliviar tu aflicción?"

"Lo estás haciendo con amarme. Que ¿qué pienso que me dirá Juana?"

Mi vida es como este rosal. Vosotras las discípulas buenas sois las rosas. Pero cortad las rosas y ¿qué queda? Espinas..."

"Te seremos fieles hasta la muerte".

"Es verdad. Hasta la muerte. Y el Padre os bendecirá por el consuelo que me brindáis. Vamos dentro. Descansaremos. Al atardecer partiremos para Béter".

89. En Béter

12 marzo 1946

Jesús a quien sigue Zelote que lleva de las riendas el asno sobre el que viene montada Elisa, llama a la puerta del jardín de Béter. No tomaron el camino de la vez anterior. Llegaron a las posesiones de Juana por el pequeño poblado derramado por las pendientes occidentales del monte sobre el que se yergue el castillo.

El guardián que reconoce al Señor, se apresura a abrir el cancel que está al lado de la casita, y que conduce al jardín situado frente a las habitaciones y que es el principio de ese lugar de ensueño, el jardín de rosas de Juana. Un intenso aroma de rosa fresca y de esencia de rosas llena el aire cálido del crepúsculo, y cuando llegan las primeras brisas de la noche, que vienen del oriente, la brisa pasa haciendo ondular las rosas en flor, y el aroma es más fuerte, más fresco, porque sopla de oteros en que hay rosales, y el perfume de esencia que emana de un tinglado bajo y largo contra el muro occidental es fortísimo.

El guardián dice: "Mi patrona está allí. Cada tarde se va allá, a donde se reúnen los cortadores y los que trabajan en la esencia, y les habla, les pregunta, los cura, los consuela. Siempre fue buena nuestra patrona, y ahora mucho más, desde que es tu discípula... Voy a llamarla... En este tiempo hay mucho trabajo, y los cortadores de costumbre no se dan a abasto, aun cuando desde Pascua hayan aumentado nuevos trabajadores y trabajadoras que ha tomado a su servicio. Espérame, Señor..."

"No. Voy Yo mismo. Dios te bendiga y te dé su paz" dice Jesús, levantando la mano para bendecir al viejo guardián, a quien pacientemente escuchó. Lo deja y se dirige al tinglado bajo y largo.

El ruido de los pasos en la tierra dura de la vereda hace que Matías levante su cabecita por curiosidad y dando un grito, se lanza afuera con los brazos abiertos y en alto, pidiendo su abrazo. "¡Llegó Jesús! ¡Llegó Jesús!" grita. Cuando está en los brazos de Jesús que lo besa, se asoma Juana en medio de los trabajadores.

"¡El Señor!" grita a su vez y cae de rodillas en el lugar donde se encuentra para venerarlo. Se levanta. Su cara refleja emoción pintada de un color púrpura ligero, cual de una rosa viva. Se acerca a Jesús. Se postra una vez más y le besa los pies.

"La paz sea contigo, Juana. ¿Querías hablarme? Heme aquí".

"Sí, Señor..." Juana se pone pálida y seria. Jesús lo nota.

"Levántate. ¿Está bien Cusa?"

"Sí, Señor mío".

"Y la pequeña María ¿dónde está que no la veo?"

"También está bien, Señor... Fue con Esther a traer medicinas para un sirviente enfermo".

"¿Por el sirviente me mandase llamar?"

"No, Señor... Ti". Se ve claramente que Juana no quiere hablar en presencia de todos los que le rodean.

Jesús lo comprende y dice: "Está bien. Vamos a ver los rosales..."

"Estarás cansado, Señor. Tendrás apetito... y sed..."

“No. Durante las horas de calor nos detuvimos en la casa de uno de los discípulos de los pastores. No estoy cansado...”

“Entonces, vamos... Jonatás, prepararás todo para el Señor y para quienes vinieron con Él... Bájate, Matías...” dice al mayordomo que respetuoso está cerca de ella y al pequeñuelo que de los brazos de Jesús ha hecho su nido, y tiene reclinada su cabecita negruzca sobre el cuello de Jesús, como un palomito bajo el ala paterna. El no quisiera, pero se apresura a obedecer.

Jesús dice: “Que se quede. Vendrá con nosotros y no nos dará molestia. Será el pequeño ángel ante quien no puede hacerse o decir cosa que no esté bien, y que hará que no haya ninguna sospecha en los corazones. Vamos...”

“¿Maestro, quieres que Elisa y yo entremos, o que estemos contigo?” pregunta Zelote.

“Podéis entrar”.

Juana lleva a Jesús a través de la larga avenida que divide el jardín. Se va por los rosales que bajan y suben por las pendientes que son las posesiones en flor de la discípula. Juana sigue adelante. Como si quisiera en realidad estar sola donde hay tan sólo rosales y árboles, pajarillos entre las ramas que se pelean por tener un lugar dónde pasar la noche, o que dan las últimas pinceladas a sus nidos.

Las rosas que mañana se habrán abierto completamente, y que caerán bajo las tijeras de lo cortadores, esparcen un fuerte perfume antes de descansar bajo el rocío. Se detienen en un vallecito entre dos dobladuras del terreno, sobre el que a festones ríen de un lado las rosas encarnadas, y del otro rosas como con manchas de sangre. Hay allí una piedra que hace de silla, y sirve para que sobre ella pongan los cortadores los cestos. Se ven rosas y pétalos tirados entre la hierba y sobre la piedra, lo que es prueba de que trabajaron este día.

Juana, con su mano en que se ven los anillos, retira de la piedra las flores y pétalos que había y dice: “Siéntate, Maestro. Debo hablarte y largamente”.

Jesús se sienta y Matías se pone a corre aquí y allá sobre la hierba, hasta que encuentra algo que le llama la atención: un gordo sapo, que vino a tomar el aire fresco de la tarde. Echando grititos y saltos de alegría va y viene detrás del pobre sapo, hasta que ve un nido de grillos y cogiendo un palito se pone a sacarlos.

“Juana, estoy aquí para escucharte... ¿No hablas?” pregunta Jesús después de algunos momentos de silencio. Deja de mirar al niño para mirar a la discípula que está delante de Él, de pie, seria y silenciosa.

“Sí, Maestro. Pero... es muy difícil... y creo que te vaya a hacer sufrir”.

“Habla con sencillez y confiadamente”.

Juana se deja caer sobre la hierba, y doblando sus piernas, se sienta sobre calcañales. Está abajo respecto de Jesús que está sentado sobre la piedra, austero y rígido, como si estuviese separado por varios metros de la mujer, y cercano a ella como Dios y Amigo de su bondad en la mirada y en el rostro. Juana lo mira, lo mira en el crepúsculo suave de una tarde de mayo. Finalmente abre su boca: “Señor mío... antes de hablar... tendría necesidad de preguntarte... de conocer tu pensamiento... de comprender si me he equivocado en entender tus palabras... Soy una mujer y una mujer tonta... tal vez soñé... y sólo ahora conozco la realidad de las cosas... de las cosas como las dices, como las preparas, como las quieres que sean para tu Reino... Tal vez tenga razón Cusa... y yo esté equivocada...”

“¿Te ha regañado Cusa?”

“Sí y no, Señor. Sólo me dijo, aprovechando su derecho de marido, que si los últimos hechos son como lo hacen pensar, *debo* dejarte, porque él que es un dignatario de la corte de Herodes, no puede permitir que su mujer conspire contra el rey”.

“Pero ¿cuándo has conspirado? ¿Quien piensa en hacer daño a Herodes? Su pobre trono, tan despreciable, vale menos que este asiento de piedra entre los rosales. Aquí me siento, en el suyo jamás. Tranquiliza a Cusa. Ni el trono de Herodes, ni siquiera el de César me provocan para nada. ¡No son estos mis tronos, ni estos mis reinos!”

“¡Oh, sí, Señor! ¡Seas bendito! ¡Qué paz me das! Hace días que sufro por esto. Maestro mío, santo y divino querido Maestro mío, mi Maestro de siempre como te entendí, te vi, te he amado, como en el que he creído, tan alto, tan superior a la tierra; así, así, divino, Señor mío y Rey celestial”. Y Juana toma una mano de Jesús, le besa respetuosamente el dorso, poniéndose de rodillas, como en adoración.

“¿Pero qué pasó? ¿Es capaz de turbarte una cosa que Yo ignoro, de empañar en ti la limpidez de mi figura moral y espiritual? Habla”.

“Maestro, los humos del error, de la soberbia, de la ambición, de la testarudez se levantaron como de fétidos cráteres y te han empañado en el concepto en que te tenían algunos, algunas... y lo mismo quería suceder en mí. Pero yo soy tu Juana, tu beneficiada, oh Dios. No me habría extraviado; por lo menos así lo espero, conociendo cuán bueno es Dios. Pero quien no es más que una pequeñez de corazón que lucha por formarse, puede muy bien morir por un desengaño. Quien trata de salir de un mar de fango, de un mar de fuerzas violentas, por llegar al puerto, a la playa para purificarse, conocer los lugares de paz, de justicia, el cansancio puede vencerlo, si pierde la confianza en esta playa, en estos lugares, y deja que las corrientes, que el fango lo arrebatan. Sentía dolores, me sentía torturar al pensar en la ruina de las almas, para las que impetro tu Luz. Las almas que instruimos por la Luz eterna son mucho más queridas que los cuerpos que damos a la luz. Ahora comprendo qué significa ser madre de un cuerpo humano, y madre de un alma. Lloramos por la criaturita que se nos muere; pero es sólo *nuestro* dolor. Por un alma que tratamos de que crezca en tu Luz y que se muere, se sufre no sólo por nosotras, sino contigo, con Dios... porque en el dolor que experimentamos con la muerte espiritual de un alma está también su dolor, tu infinito dolor de Dios... No sé si me explico bien...”

“¡Y muy bien! Pero habla con orden, si quieres que te consuele”.

“Sí, Maestro. Mandaste a Simón Zelote y a Judas de Keriot a Betania ¿no es verdad? Fue por esa niña hebrea que las romanas te regalaron y que Tú enviaste a Nique...”

“Así, ¿y qué?...”

“Ella quiso despedirse de sus buenas patronas, y Simón y Judas la acompañaron a la Antonia. ¿Lo sabías?”

“Sí, ¿y luego?”

“Maestro... debo darte un dolor... ¿Maestro, verdad que no eres sino más que un Rey del espíritu, y que no piensas en reinos terrenales?”

“Exacto, Juana. ¿Cómo puedes pensarlo de otro modo?”

“No quiero pensarlo, Maestro, para tener nuevamente la alegría de verte divino, sólo divino. Pero, porque eres tal debo darte un dolor... Maestro, el hombre de Keriot no te entiende, y no entiende a quien te respeta como a un sabio, a un gran filósofo, como a la Virtud existente sobre la tierra, y que sólo por esto te admira y dice ser tu protectora. Es extraño que haya paganas que comprendan lo que un apóstol tuyo no ha comprendido después de estar tanto tiempo contigo...”

“Lo ciega su ser humano, su amor humano”.

“Lo excusas... pero te causa daño, Maestro. Mientras Simón habló con Plautina, con Lidia y con Valeria, Judas habló con Claudia, en tu nombre, como tu embajador. Le quiso arrancar la promesa de un restablecimiento del reino de Israel. Claudia le hizo muchas preguntas... Él habló *mucho*. Ciertamente que piensa encontrarse en los umbrales de su necio sueño, donde este se cambia en realidad. Maestro, Claudia está irritada por esto. Es hija de Roma... Lleva el imperio en sus venas... ¿Se puede por ventura pretender que ella, hija de Claudios, combata contra Roma? Se sintió tan airada que duda de Ti, de la santidad de tu doctrina. Ella no puede comprender la santidad de tu Origen... Pero llegará, porque hay en ella buena voluntad. Llegará cuando se le asegure acerca de tus intenciones. Por ahora apareces a sus ojos como un rebelde, un usurpador, un ambicioso, un falso... Plautina y las otras mujeres han tratado de disuadirla... pero ella quiere una respuesta inmediata que salga de Ti”.

“Dile que no tema. Yo soy Rey de reyes, El que los crea y juzga; y que no tendré un trono que no sea el del Cordero, primero inmolado, y luego triunfante en el Cielo. Hazlo saber al punto”.

“Sí, Maestro. Iré yo personalmente, antes de que salgan de Jerusalén porque Claudia está tan indignada que no quiere quedarse un momento más en la torre Antonia... para no... encontrarse con los enemigos de Roma, dice”.

“¿Quien te lo dijo?”

“Plautina y Lidia. Vinieron aquí... y Cusa estaba presente... y luego... me puso el dilema. O Tú eres el Mesías espiritual o yo debo de abandonarte para siempre”.

Jesús sonríe cansadamente Su rostro está pálido por lo que acaba de oír de Juana. Dice: “¿No viene Cusa aquí?”

“Mañana, sábado vendrá”.

“Yo lo tranquilizaré. No temas. Que nadie se preocupe de algo. Ni Cusa por su puesto en la corte; ni Herodes de una eventual usurpación; ni Claudia por amor de Roma; ni tú tengas miedo de ser engañada, ni de que vayas a separarte... Nadie debe de temer... Yo sólo debo de temer. Y sufrir...”

“Maestro, no quería darte este dolor. Pero quedarme callada, habría sido un engaño... ¿Cómo te vas a conducir con Judas?... Tengo miedo por Ti... siempre por Ti, de sus reacciones...”

“Me comportaré lealmente. Le haré comprender que sé todo, y que desapruebo sus acciones y su terquedad”.

“Me odiará porque comprenderá que te enteraste por mí...”

“¿Te aflige eso?”

“Que me odiasen me afligiría, no él. Soy una mujer, pero con mayor valor que él para servirte. Te sirvo porque te amo, no por obtener honores de Ti. Si el día de mañana perdiese por tu causa las riquezas, el amor de mi esposo, y aun la libertad y la vida, te amaría mucho más, porque entonces no tendría a quien amar más que a Ti y no tendría sino a Ti que me amaras” dice Juana impulsivamente, poniéndose de pie.

También Jesús se pone de pie y dice: “Sé bendita, Juana por estas palabras. Quédate en paz. Ni el odio, ni el amor de Judas pueden alterar lo que está escrito en el cielo. Mi misión se realizará como está decidido. No tengas jamás remordimientos. Quédate tranquila como Matías, que después de haber querido hacer una casa, según él, la más hermosa para su grillo, se ha quedado dormido, con la frente sobre los pétalos y sonrío... creyendo que la tiene sobre rosas. Cuando es uno inocente la vida es hermosa. También Yo sonrío, aún cuando la vida humana no tenga flores, sino pétalos caídos, marchitos. Porque en el cielo tendré todas las rosas que serán los salvados... Ven... ya empezó a oscurecer, y todavía podemos distinguir el sendero”.

Juana quiere tomar al niño en brazos.

“Déjalo... Yo lo hago. ¡Mira cómo sonrío! Ciertamente que sueña en el cielo, en su mamá, en ti... También Yo, en mis penas diarias, sueño en el cielo, en mi Mamá y en las buenas discípulas”.

Se dirigen despacio a la casa...

90. Jesús con Pedro y Bartolomé en Béter

13 marzo 1946

Jesús pasea por entre los vergeles de rosas donde los cortadores trabajan y así encuentra modo de hablar con éste, con aquel, y con la mujer viuda y con sus hijos que Juana tomo como sirviente, en la Pascua, después del banquete, por amor a Él. No parecen ser los de aquellos días. Se les ve el vigor en el cuerpo, la serenidad en la cara. Cumplen alegres su trabajo; cada uno según su capacidad. Los más pequeños, que todavía no saben distinguir entre una rosa y la otra, por su color, frescura y exquisitez, juegan con otros compañeritos, y

sus vocecillas se confunden con los gorgoritos de los polluelos que pían en las ramas de los árboles saludando a sus padres que regresan con la presa en el pico.

Jesús se dirige a esta nidada humana, se agacha, se interesa por lo que hacen, acaricia, no los deja que se peleen, levanta al que se cayó y sucio de tierra en la carita y en las manos lloriquea. Los llantos, las peleas, las envidias desaparecen bajo la caricia y la palabra de Jesús, y terminan algunas veces con ofrecerle el objeto que pudo haber sido la culpa de la competencia, riña o caída, como lo es el escarabajo de concha dorada, la piedra de colores y brillante, la flor caída al suelo... Jesús tiene las manos llenas y la cintura, y hace que no vean cuando deja en libertad a los escarabajos y a las mariquitas. Muchas veces he visto el tacto perfecto de Jesús, aun para con los pequeñuelos, en no causarles pena, ni en engañarlos. Tiene el arte y el encanto de hacer que sean mejores y de que le amen aparentemente por cualquier cosa pero en realidad son exquisiteces de amor que se adapta a la pequeñez del niño...

Como conmigo. Siempre me ha tratado como a un “niño” para mejorar mi miseria, para hacerse amar. Después de que lo amé con todo mi ser, me tomó de la mano, me trató como adulta, sordo a mis súplicas de que: “¿No ves que no sirvo para nada?” Sonrió y me obligó a hacer cosas propias de personas de edad... Sólo cuando la pobrecita María está llena de aflicciones, vuelve Jesús a ser el Jesús de los niños para con mi pobre alma, tan inútil, y se contenta con... mis escarabajos, piedrecillas... florcitas... con lo que logro darle... y me dice que le gustan... que me ama porque soy “la nada que se fía, se pierde en el Todo”.

¡Mi Jesús amado, amado hasta la locura! ¡Amado con todo mi ser! Sí que puedo proclamarlo. En la vigilia de mis 49 años de edad, al examinarme atentamente, a la vigilia del juicio humano acerca de la obra que he escrito como portavoz, al escudriñar mi corazón, toda mi persona para descifrar las palabras verdaderas que existen en mí, puedo decir ahora que amo, que comprendo amar con todo mi ser a mi Dios. Han sido necesarios 48 años para que llegase a este amor total, amor tan grande, que no tengo ni un pensamiento de temor personal en el caso de una condenación, sino sólo una inmensa preocupación, por lo que pudiere suceder a las almas que he llevado a Dios, que están convencidas de haber sido redimidas por Jesús que vive en mí, y que se separarían de la Iglesia, anillo de unión entre el género humano y Dios. Dirán algunos: “¿No te avergüenzas de habernos tenido así?” No. Que no me avergüenzo. Era yo tan débil, una nada, que os he tenido todo este tiempo. Por otra parte estoy convencida de que os he tenido el tiempo que Jesús ha querido. Ni un minuto de más, ni uno de menos, porque, puedo afirmar, que desde que empecé a entender qué cosa sea Dios, no le he negado nada. Desde cuando llegué a la edad de cuatro años, lo sentía omnipresente, creía que estaba sobre la madera del respaldo de mi silla, y le pedía excusa de volverle la espalda y de apoyarme sobre Él; desde la edad de cuatro años, hasta en el sueño pensaba que nuestros pecados lo habían herido y matado; y me levantaba sobre mi camita, le pedía, vestida con mi camisita de noche, sin mirar ninguna imagen, sino tan sólo volviéndome a mi Amado que había muerto por nosotros, y le suplicaba: “¡No fui yo! ¡No fui yo! ¡Haz que muera pero no digas que yo te herí!” Tú lo sabes, Amor mío. Conoces mis ansias. Ninguna de ellas ignoras... Tú sabes que tan sólo basta entrever algo que querías, que al punto tu María lo aceptaba. Lo mismo que cuando me proponías que te diese mi amor de novia –y así fue en la navidad del '21 en que reafirmé dártelo- el amor por mis padres, la vida, la salud, el bienestar... y de convertirme cada vez más en una “nada” en la vida social, un deshecho que el mundo mira con compasión y desdén, una que no puede valerse por sí misma para tomar un vaso de agua y aplacar la sed, una enclavada como tú, como Tú, y ¡cómo deseé serlo ¡cómo quisiera volver a serlo si me curases!

Todo. La criatura no es nada, ha dado todo, todo su ser... Y también ahora, también ahora, que puedo ser mal comprendida, mal juzgada, que se me puede prohibir el contacto con los sacramentos, sentenciarme ¿qué puedo decirte? “Date a mí, dame tu gracia. Todo lo demás no es nada. Tan sólo te ruego que no me quites tu amor. Todo lo demás no es nada. Tan sólo

te ruego que no me quites tu amor y que no permitas que los que te entregué, vuelvan a caer en las tinieblas”.

¿Pero a dónde he ido a parar, Sol mío, mientras Tú andas entre los rosales? A donde me lleva mi corazón, que se ha esforzado en amarte. Y palpita, y prende la sangre de mis venas. La gente dirá: “Tiene fiebre y cardiopulmo”. No es eso, lo que pasa es que esta mañana has llegado a mí con la fuerza de un huracán de amor, y yo... yo hago que no sea nada, para que penetres en mí, y no reflexiono más como criatura, sino que pruebo lo que debe ser vivir como un serafín... y ardo y deliro y te amo, te amo. ¡Ten piedad de mí por tu amor! ¡Piedad si quieres que viva todavía para servirte, oh Amor divinísimo, eterno! ¡Oh Amor dulcísimo, oh Amor de los Cielos y de lo creado, Dios, Dios, Dios!...

¡Pero no, que no haya piedad! Antes bien, mucho más; sí, mucho más; hasta la muerte en la hoguera del amor. ¡Fundámonos! ¡Amémonos! Hasta que esté en el Padre, como dijiste al rogar por nosotros: “Que estén (los que me aman) donde nosotros estemos. Una sola cosa”¹.

¡Una sola cosa! He aquí una de las palabras del Evangelio que me han hecho ahondar en un abismo de adoración amorosa.

¡Qué pediste por nosotros, Divino Maestro mío y Redentor! ¡Qué cosa pediste, oh Divino insensato de amor! Que nosotros seamos una sola cosa contigo, con el Padre, con el Espíritu Santo; porque quien esté en Uno, está en los tres, oh indivisible, y con todo, libérrima Trinidad del Dios Uno y Trino.

¡Bendito! ¡Bendito! ¡Bendito con todo el anhelo de mi corazón!... Pero continuemos la visión porque esto viendo...

...que a paso velos, tanto que sus vestidos se agitan al aire como agita la vela de una barca, Pedro avanza. Le sigue Bartolomé más calmado.

Cae a las espaldas del Maestro que está agachado, acariciando los pequeñuelos, hijos sin duda de los cortadores de flores, quienes los pusieron en colchonetas para que les pegue el aire de los árboles. “¡Maestro!”

“¿Simón, por qué aquí? ¿Y también tú, Bartolomé? mañana por la tarde deberíais de partir, después del crepúsculo del sábado...”

“Maestro, no nos regañes... Escucha primero”.

“Hablad, no os regaño, porque pienso que desobedecisteis por un motivo grave. Decidme para tranquilizarme que ninguno de vosotros está enfermo o herido”.

“No, Señor. Ninguna desgracia nos ha sobrevenido” se apresura a decir Bartolomé. Pero Pedro siempre sincero y siempre impetuoso dice: “¡Uhm! Por mi parte diría que hubiera sido mejor que todos nos hubiéramos quebrado las piernas, hasta la cabeza, si quieres, antes que...”

“¡Antes que!” ¿Qué pasó?”

“Maestro pensamos que era mejor venir para terminar con...” empieza a decir Bartolomé, cuando lo interrumpe Pedro: “¡Pero, dile más aprisa!” Y concluye: “Judas se ha hecho como un demonio, apenas partiste. No se ha podido hablar con él, ni razonar. Se peleó con todos... Y ha escandalizado a todos los sirvientes de Elisa y a otros más...”

“Tal vez se puso celoso porque te trajiste a Simón...” dice Bartolomé como excusando, al ver que el rostro de Jesús se ha puesto enérgico.

“No es cuestión de celos. Déjate de excusarlo... O me peleo contigo por no haberme desahogado con él... Pues, Maestro, logré tener callada la boca. ¡Piénsalo! ¡Tuve la boca callada! Por obediencia y porque te amo... Pero ¡si me costó! Bien. En un momento en que Judas salió golpeando las puertas, tomamos nuestra decisión... y pensamos que era mejor irnos para poner fin al escándalo en Betsur... y evitar que... lo cacheteásemos... Bartolomé y yo nos salimos al punto. Les dije a los otros que me permitiesen venir, Antes de que

¹ Cfr. Ju. 17, especialmente v. 21.

regresase... porque... sentía que no podía aguantarme más... Bueno, ya dije todo. Ahora regáñame si crees que me equivoqué”.

“Hiciste bien, como también los demás”.

“¿También Judas? ¡Oh, no Señor mío! ¡No lo digas! Dio un espectáculo indigno”.

“Él no hizo bien, pero no lo juzgues”.

“...No, Señor...” El “no” le sale a Pedro con un gran esfuerzo. Se hace un silencio. Luego Pedro pregunta: “¿Pero, puedes decirme al menos por qué Judas de un solo golpe se ha hecho así? ¡Parecía haberse hecho tan bueno! ¡Estábamos tan bien! De mi parte he ofrecido oraciones y sacrificios para que continuase así... Porque no puedo verte afligido. Y Tú te afliges mucho cuando nos pasa algo... A partir de las Encenias sé que hasta una cucharada de miel tiene valor... Tuvo qué enseñarme esta verdad un discípulo, el discípulo más pequeño, un pobre niño, a mí que soy un tonto apóstol tuyo. Pero no la olvidé, porque he visto sus frutos; porque he comprendido también yo, que soy una calabaza a la luz de la Sabiduría que benigna se ha inclinado sobre mí, que ha descendido hasta mí, rústico pescador, hombre pecador. Comprendí que hay qué amarte no sólo con las palabras, sino salvando las almas con nuestro sacrificio, para darte alegría; para no verte como estás ahora, como estabas en scebát, tan pálido y triste, Señor y Maestro mío, que no somos dignos de tenerte; que no te comprendemos, nosotros que somos gusanos ante Ti, Hijo de Dios; que somos fango ante Ti, Estrella; nosotros que somos oscuridad ante Ti, que eres Luz. Pero de nada sirvió. Es la verdad. Mis pobres oblaciones... tan pobres... tan malhechas... ¿Para qué sirvieron? Soberbiamente creí, que te podían servir para algo... Perdóname. Te he dado cuanto tengo. Me he ofrecido para darte cuanto poseo. Creía haberme justificado porque te he amado, oh Dios mío, con todo mi ser, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, como está mandado¹. Ahora comprendo también esto y también lo afirmo como lo asegura siempre Juan, nuestro ángel, y te ruego (se arrodilla a los pies de Jesús) que aumentes tu amor en tu pobre Simón, para que aumente mi amor por Ti, Dios mío”. Pedro se arrodilla a besar los pies de Jesús, y así se queda. Bartolomé, que ha quedado sorprendido de las palabras de Pedro y las ha aprobado, lo imita.

“Levantaos, amigos. Mi amor crece siempre en vosotros, y crecerá cada vez más. Sed benditos por el corazón que tenéis. ¿Cuándo llegarán los demás?”

“Antes del crepúsculo”.

“Está bien. También Juana, Elisa y Cusa regresarán antes del crepúsculo. Pasaremos aquí el sábado y luego partiremos”.

“Sí, Señor. ¿Por qué te llamó Juana con tanta urgencia? ¿No pudo haber esperado? Estaba dicho que vendríamos aquí. Su imprudencia nos hizo este infortunado mal...”

“No la acuses, Simón de Jonás. Obró prudentemente y por amor. Me llamó porque había almas a las que debía reafirmar en su buena voluntad”.

“¡Ah, entonces no chisto ni una palabra más!... ¿Pero, Señor, por qué Judas ha cambiado así?”

“¡No te preocupes por ello! ¡No te preocupes! Goza de este paraíso que es flor y que es paz. Goza de tu Señor. Olvídate de lo que es el hombre bajo todos sus aspectos más horribles de lo que hace sufrir al corazón de tu pobre compañero. Acuérdate sólo de rogar por él, y mucho, mucho. Venid. Vamos con aquellos pequeñuelos que nos miran espantados. Hace poco les estaba hablando de Dios; de corazón a corazón; con amor; y a los más grandecillos les hablaba de las bellezas de Dios...” Toma el cordón que traen los apóstoles a la cintura, y se dirige con ellos a un círculo de niños que lo están esperando.

91. Jesús se despide de Béter

16 marzo 1946

¹ Cfr. Deut. 6,4.

No sé cómo lograré escribir. ¡Estoy tan acabada con los continuos ataques cardiacos de día y de noche!... Pero veo y debo escribir.

Estoy viendo a Jesús ante el palacio de Juana en Béter. El jardín situado ante la casa se alarga, formando como dos alas verdes a manera de tenazas. Forman una plazuela semicircular, en cuyo centro no hay árboles; en su periferia los hay muy altos, viejos y frondosos que se mueven levemente a la caricia de la brisa que sopla en las cimas de las colinas y proyectan su sombra benigna para protegerse del sol cuando está en el occidente. Bajo los árboles hay un seto de rosas que ofrecen sus colores y fragancia. Está próximo el crepúsculo porque se ve claramente que el sol descende en medio de un arco, pues el castillo está en un lugar elevado, y que va esconderse detrás de los montes que están más allá. Andrés hace señales a Felipe recordando el miedo que tuvieron en Betginna cuando anunciaron al Señor. Se colige que sobre estos montes está Betginna donde el Señor, hace un año, curó a la hija del hospedero cuando empezaba su peregrinación hacia las costas mediterráneas, si es que mal no recuerdo. Estoy sola. No puedo ver los cuadernos para confrontar lo que estoy diciendo, y mi cabeza apenas si puede recordar algo.

Todos los apóstoles están presentes. No sé cómo tuvo lugar el encuentro entre Jesús y Judas. Parece que se desarrolló en la mejor manera posible, porque no noto inquietud y sobresalto en las caras, y Judas se muestra desenvuelto, alegre, como si nada hubiese pasado; de modo que muestra toda educación aun con los más humildes, cosa muy difícil para él, que se retira cuando se siente intranquilo.

Todavía está Elisa, y con ella su sirvienta y Anastásica que de seguro vinieron con los apóstoles. Está también Cusa, que se deshace en obsequios, y que tiene de la mano a Matías. Juana que está al lado de Elisa, tiene a María a su lado. Jonatás está detrás de su patrona.

Han puesto una tienda de cuerdas y palos para que defienda a Jesús del sol que viene del poniente, algo así como un baldaquín. Todos los siervos y jardineros de Béter y hasta los que antes no habían estado allí, los que fueron contratados por la temporada, están reunidos allí. El grupo de árboles en semicírculo les da aire, los defiende del sol. Ellos, silenciosos, en línea, esperan la bendición de Jesús que parece que está a punto de partir, tan pronto como el crepúsculo dé la señal de que el día de descanso, el sábado, ya terminó.

En lugar separado Jesús habla con Cusa. No sé qué le dice, porque hablan en voz baja, pero veo que Cusa se inclina y se inclina una vez más y se lleva la mano derecha al pecho como para decir: "Te doy mi palabra. Te aseguro que por lo que me toca..." etc. etc.

Los apóstoles se han ido discretamente a un ángulo, y nadie puede impedirles ver. Si por ejemplo en la cara de Pedro y de Bartolomé no hay más que una mirada sencilla de alguien que ve algo que ya sabe; en la cara de los otros, menos en la de Judas, hay inquietud, un sabor a tristeza, sobre todo en la cara de Santiago de Alfeo, de Juan, de Simón y Andrés, entre tanto que Judas de Alfeo parece sentirse intranquilo y fuerte; y el otro Judas, que se muestra despreocupado y que mira más que todos los demás, y que parece como si quisiera descifrar el movimiento de las manos, de los labios, de lo que Jesús y Cusa dicen entre sí.

Las discípulas en silencio, respetuosas, también miran. Juana sin quererse sonríe. Su sonrisa es un poquito irónica, mezclada de tristeza, y que parece como si compadeciera a su esposo Cusa, que levantando la voz, dice claro: "Mi agradecimiento es tal que de ningún modo podré olvidarlo. Por eso te doy lo que para mí es más querido: mi Juana... Pero debes comprender que mi amor trataba de prever por ella... El desprecio de Herodes... el defender sus propios derechos... se hubieran desencadenado contra nuestras posesiones... contra nuestra... influencia... y Juana está acostumbrada a estas cosas, es delicada... tiene necesidad de ello... Yo protejo sus intereses. Pero te juro que desde el momento en que estoy seguro de que Herodes no tendrá razón alguna por despreciarme, como un sirviente cómplice de un enemigo suyo, no haré otra cosa que servirte con todo mi corazón, y que daré a Juana toda la libertad..."

“Está bien. Pero recuerda que trocar los bienes eternos por un sencillo honor humano es como cambiar la primogenitura por un plato de lentejas¹. Y peor todavía...”

Las discípulas han oído las palabras, lo mismo que los apóstoles. Y mientras a los demás parece que les produjera el efecto de un discurso académico, Judas de Keriot parece como si experimentase un sabor especial. Cambia de color y de fisonomía. Lanza miradas de temor y de ira a Juana. Intuyo que hasta el momento Jesús no ha dicho ni una palabra de lo ocurrido, y que sólo Judas es el único que sospecha que su jugada ha sido descubierta.

Jesús se vuelve a Juana y le dice: “Bueno, ahora demos contento a la buena discípula. Hablaré como lo deseaste, a tus sirvientes antes de partir”.

Avanza hasta el límite de la sombra que se alarga más, cuanto más el sol baja, baja lentamente, que parece una naranja cortada en la base, que siempre se alarga más la cortadura, cuanto más el astro rey desciende detrás de los montes de Betginna, dejando un color rojizo de fuego en el cielo azul.

“Cusa y Juana, amigos amados, sirvientes de esta casa, que ya conocéis al Señor por boca de mi discípulo Jonatás desde hace muchos años, y por boca de Juana desde que se convirtió en mi discípula fiel, escuchad.

Me he despedido de todos los pueblos judíos donde mis discípulos son más numerosos por obra de mis primeros discípulos, los pastores; y que por medio de ellos el Verbo ha pasado instruyendo. Ahora me despido de vosotros porque nunca regresaré a este Edén, tan hermoso, que no es tan solo por los rosales y quietud que en ellos hay, ni por el buen orden que en él existe, sino porque se cree en el Señor y se vive según su Palabra. ¡Un paraíso! No cabe duda. ¿Qué fue el paraíso de Adán y Eva? Un espléndido jardín donde se vivía sin pecado, y donde resonaba la voz amada de Dios, la voz que sus primeros hijos acogían con júbilo²...

Así pues, os exhorto a que no suceda lo que sucedió en el Edén: que no se introduzca la serpiente de la mentira, de la calumnia, del pecado y mordiéndolos en el corazón os separe de Dios. Vigilad y estad firmes en la Fe... No perdáis el control. No os entreguéis a la incredulidad. Lo cual puede suceder, porque el Maldito podría entrar, procurará entrar en todas partes, como ya entró en muchos lugares para destruir la obra de Dios. No importa que entre en los lugares, el Sutil, el Astuto, el Incansable; que escudriño, parte sus orejas, insidie, eche baba, trate de seducir. Nadie se lo puede impedir. Lo hizo en el Paraíso terrenal... Pero es *un mal muy grande dejar de arrojarlo. El enemigo a quien no se expulsa, termina por adueñarse del lugar, porque pone trampas, levanta sus trincheras y sus ataques*. Echadlo afuera inmediatamente; hacedlo huir con las armas de la Fe, de la Caridad, de la Esperanza en el Señor. Con todo el mal, el peor mal, el máximo, no es cuando sólo se le deja vivir en paz entre los hombres, sino cuando se le permite que penetre en el interior, y se le deja que haga su nido en el corazón del hombre. ¡Oh, es una desgracia! Y sin embargo muchos hombres lo han aceptado ya en sus corazones: contra el Mesías.

Han acogido a Satanás con sus malvadas pasiones, arrojando al Mesías. Si no hubieran conocido todavía al Mesías en lo que es, si su conocimiento fuera superficial, como sucede entre los viajeros, que por acaso se encuentran en el camino, que muchas veces tan sólo se miran por un momento; desconocidos que se ven por primera y última vez, tan sólo cuando preguntan por una calle, o bien, piden un puñado de sal, la yesca para prender el fuego, o el cuchillo para cortar la carne; si hubiera sido de esa forma el conocimiento del Mesías en estos corazones, que ahora, y mañana ciertamente y con mayor decisión, arrojan al Mesías para dar lugar a Satanás, podrían ser compadecidos y tratados con misericordia porque no conocían al Mesías. Pero ¡ay! de aquellos que saben lo que soy, que se han alimentado de mi palabra y de mi amor, y ahora me arrojan, acogiendo a Satanás que los seduce con promesas mentirosas de triunfos humanos, pero que no conseguirán sino su eterna condenación.

¹ Cfr. Gén. 25, 29-34.

² Cfr. Gén. 1-3

Vosotros que sois humildes y no soñáis con tronos y coronas, vosotros que no buscáis glorias humanas, sino la paz y el triunfo de Dios, su Reino, su amor, la vida eterna, y nada más esto, no queráis imitarlos jamás. ¡Vigilas, vigila! Conservaos puros de la corrupción, fuertes contra las sugerencias, amenazas, contra de todo”.

Judas, que ha comprendido que Jesús sabe algo, tiene cara de ceniza y de bilis. Sus ojos lanzan flechas de odio contra el Maestro y contra Juana... Se va detrás de sus compañeros para apoyarse contra el muro; pero lo que pretende es que no se le note su estado de ánimo.

Jesús, como si hubiera querido dividir su discurso en dos partes, ha hecho una interrupción. Ahora continúa nuevamente: “Nabot el yezraelita tenía una viña cerca del palacio de Acab, rey de Samaría⁴. Una viña que había heredado de sus padres. La estimaba muchísimo, era algo sagrado para él, porque era la herencia de su padre, el cual la había recibido de su abuelo y así sucesivamente. Generaciones habían sudado en aquella viña para hacerla bella y fértil. Nabot la quería mucho. Acab le dijo: “Cédeme la viña que está cerca de mi casa, y me servirá para convertirla en un huerto para mí y para los que viven conmigo. En cambio te daré otra viña mejor o el dinero, si quieres así”. Nabot respondió: “Me desagrada mucho no poder contentarte, oh rey. No puedo darte gusto. Esta viña la recibí en herencia de mis padres y para mí es algo sagrado. Dios me guarde de darte la herencia de mis padres”.

Meditemos esta respuesta, que muchos israelitas no lo hacen. Aquellos de los que hablé primero, que fácilmente arrojan al Mesías para acoger a Satanás, no les importa gran cosa la herencia de sus padres y con la condición de tener mucho dinero, o muchos terrenos, esto es, honores y seguridad de que no se les sustituya con facilidad, consienten en ceder la herencia de sus padres, esto es, la verdadera idea mesiánica, como fue revelada a los santos de Israel y que debería ser algo sagrado hasta en sus mínimos detalles, sin ajarla, sin alterarla, ni envilecerla con pretextos humanos. Muchos, muchos hay que trocan la idea luminosa mesiánica, que es santa y espiritual, por un fantoche de la realeza humana, que es perjuicio contra la autoridad, blasfemia contra la verdad.

Yo, la Misericordia, no puedo maldecirlos con las terribles maldiciones que Moisés lanzón contra los transgresores de la Ley⁶. Pero detrás de la Misericordia está la Justicia. Cada uno recuérdelo.

Por mi cuenta recuerdo a estos –y si entre los presentes hubiere alguno, tome nota de ellos recuerdo otras palabras que Moisés dijo a aquellos que querían ser más de lo que Dios les había determinado. Dijo Moisés a Coré, a Datán y a Abirón, que se decían santos como Moisés y Aarón y que no querían contentarse con ser sólo hijos de Leví en medio del pueblo de Israel: “Mañana el Señor hará conocer a quien le pertenezca y harán que se acerquen a Sí los santos, a los que eligió para que lo hiciesen. Poned fuego en vuestro incensario y sobre él incienso, ante el Señor, y venid vosotros y vuestros partidarios con Aarón. Veremos a quién elige el Señor. ¡Os enorgulleceís bastante, hijos de Leví!”⁷.

Vosotros buenos israelitas, conocéis cuál fue la respuesta que el Señor dio a los que se enorgullecían bastante, olvidando, que sólo Él es el que destina los lugares a sus hijos, y elige, y elige justamente, y elige en el momento preciso. También Yo debo decir: “Hay algunos que se quieren enorgullecer bastante y se les castigará de modo que los buenos comprenderán que blasfemaron contra el Señor”.

Los que trocaron la idea mesiánica, como la reveló el Altísimo, por una pobre idea suya, humana, insufrible, limitada, vengativa ¿no son acaso semejantes a los que quisieron juzgar al Santo que estaba en Moisés y Aarón? *Aquellos que con tal de lograr sus fines, la realización de su pobre idea, quieren tomar la iniciativa por sí mismos, que la creen más justa que la de Dios ¿no os parece que quieren enorgullecerse bastante, e ilegalmente convertirse de estirpe de Leví en descendencia de Aarón?* Los que sueñan en un pobre rey de Israel y lo prefieren al

⁴ Cfr. 3 Rey. 21.

⁶ Cfr. Lev. 26, 14-46; Deut. 27; 28, 15-46.

⁷ Cfr. Lev. 10, 1-3; Núm. 16, 4-7.

Rey de reyes espiritual, *aquellos cuyas pupilas están enfermas de soberbia y ambición con las que ven deformadas las verdades eternas escritas en los libros santos, y a los que la fiebre de una humanidad llena de concupiscencia hace incomprensibles las palabras clarísimas de la Verdad revelada, ¿no son acaso los que cambian por una nada la herencia de toda su estirpe?* ¿La herencia más sagrada que puede haber?

Pero si ellos lo hacen, *Yo no trocaré* la herencia del Padre y de nuestros padres, sino leal moriré a esta promesa que se dio desde que fue necesaria la redención, leal a la obediencia *que siempre he tenido*, porque jamás he desilusionado al Padre, y jamás lo desilusionaré por temor a la muerte por horrible que sea. Pueden mis enemigos preparar los falsos testigos, pueden fingir celo y prácticas irreprehensibles. Esto no cambiará su delito ni destruirá mi santidad. Pero el que o los que fueron sus cómplices después de haber sido los que lo corrompieron, creyeron poder extender su mano contra lo que es *mío*, encontrarán perros y buitres que se alimentarán de su sangre, de su cuerpo echado por tierra, y a los demonios que se apacentarán de su alma sacrílega, deicida, en el Infierno.

Esto os lo digo para que lo tengáis en cuenta. Cada uno medítele. Quien comprenda que es culpable, todavía puede arrepentirse, imitando a Acab⁸, y quien es bueno no pierda el control de sí en la hora de las tinieblas.

Hijos de Béter, hasta la vista. El Dios de Israel esté siempre con vosotros y la Redención haga que bajen sus rocíos sobre un campo limpio, a fin de que germinen en él todas las semillas que el Maestro que os ha amado hasta la muerte esparció en vuestros corazones”.

Jesús los bendice, y ve cómo se van poco a poco. El crepúsculo llegó ya. Un color rojizo, que se cambia en violeta, el recuerdo único del sol. El reposo sabático acaba de terminar. Jesús puede ponerse ya en marcha. Besa a los pequeñuelos, saluda a las discípulas, saluda a Cusa. En el umbral del cancel se vuelve una vez más y con voz fuerte dice, para que todos oigan: “Hablaré con esas criaturas, mientras pueda hacerlo. Juana, procura decirles que no vean en Mí sino al enemigo del Pecado y al Rey del espíritu. Acuérdate también de esto, Cusa, y no tengas miedo. Nadie debe tener miedo de Mí, ni siquiera los pecadores, porque soy la Salvación. Sólo los que sean impenitentes hasta la muerte tendrán qué tener miedo del Mesías, Juez después de haber sido todo Amor... La paz sea con vosotros”. Y es el primero en salir hacia la bajada.

92. Simón de Jonás en lucha y victoria espirituales

25 marzo 1946

En nombre del Señor.

Simón de Jonás en una lucha y victoria espirituales.

Vuelvo a verte, dulce Evangelio, santa sombra de mi Maestro por los caminos de Palestina.

Vuelvo a ti, después de haber cumplido con todo lo que me ordenaron. Mejor dicho: “Vuelves a tomarme”. No sé si haya alguien que reflexione sobre la lección muda, pero muy instructiva, que da el Señor con su silencio, provocado por tres motivos:

1° Compasión hacia la debilidad del portavoz enfermo y algunas veces que se siente agonizar.

2° Castigo de quien no se comporta bien con sus dones;

3° Lección que me da, y es de la que quiero hablar, de mi obligación de obedecer siempre, aun cuando si pudiese pensarse que la obediencia es inferior al trabajo, que por causa de ella no hacemos. En realidad que no es fácil cosa hacerla de “voces”. Se vive siempre en continuo ejercicio de vigilancia y obediencia. Jesús, que es el Dueño del mundo, no permite que deje de obedecer su instrumento que realiza su tarea.

⁸ Cfr. 3 Rey. 21.

En estos días, debo obedecer a lo que me dice el P. Migliorini. Se trata de cosas un tanto burocráticas, y por esto un poco molestas. Y Jesús no intervino, porque yo debía cumplir con la obediencia, y obediencia completa, como dijo ayer Azarías en su explicación de la S. Misa.

Y ahora que todo está cumplido,

Puedo verte, Señor mío, bajar por los senderos escabrosos que llevan a un fértil valle, dejando a las espaldas el castillo de Béter, que resplandece más en los últimos momentos del día, allá arriba sobre la cima de su colina en flor... Allá ha dejado el amor de las discípulas, de los pequeñuelos, de los humildes, y sigue las veredas que conducen a Jerusalén, al mundo, abajo... estos vericuetos no son oscuros porque se encuentran en el valle, y porque la luz solar hace tiempo que ya no los alumbra, sino porque sobre todo allá abajo, en el mundo están las artimañas, el odio, el mal que te preparan, Señor mío...

Jesús va a la cabeza de todos. Un bulto blanco, silencioso que majestuosamente camina aun cuando baja por senderos difíciles y escabrosos para acortar el camino. En la bajada, su vestido largo, su ancho manto, va rozando la pendiente y Jesús parece como si viniese envuelto en un manto que detrás de sus pasos fuese desgarrándose.

Detrás de Él, menos majestuosos, pero sí en silencio, los apóstoles... El último es Judas, que viene un poco separado, embutido en su rabia negra que lo hace feo. Los más sencillos, Andrés y Tomás se voltean a mirarlo, y Andrés hasta le pregunta: "¿Por qué vienes tan atrás? ¿Te sientes mal?" La respuesta es un áspero: "¡Qué te importa!" que sorprende a Andrés y mucho más porque le acompaña un epíteto muy desagradable.

Pedro es el segundo de la fila de los apóstoles, detrás de Santiago de Alfeo que inmediatamente sigue al Maestro. Pedro ha oído, en el profundo silencio de la tarde que se siente en los montes. Se vuelve al punto, y ya va a irse contra Judas. Luego se detiene en seco. Piensa un momento, corre hacia Jesús, lo toma bruscamente del brazo, y lo sacude con ansia diciendo: "¿Maestro, me aseguras que es exactamente como me dijiste la última noche? ¿Que los sacrificios y las oraciones jamás dejan de tener su resultado, aun cuando parece que no sirvan para nada?..."

Jesús, dulce, triste, pálido, mira a su Simón que está sudando con el esfuerzo de no reaccionar contra el insulto, que está morado, que hasta tiembla, que tal vez hasta lo aprieta demasiado, y responde con una sonrisa mezclada de paz: "Jamás deja de tener su premio. Puedes estar seguro".

Pedro lo deja y se va, no a su lugar, sino a la pendiente del monte, entre los árboles, y se desahoga quebrando lo que encuentra a su paso, quebrando los arbolitos con una fuerza que quería haberla empleado contra otro, y que se desgarran contra los troncos.

"¿Qué estás haciendo? ¿Estás loco?" le preguntan varios.

Pedro no responde. Quiebra, rompe, despedaza. Deja que lo pasen todos... y despedaza y rompe y quiebra. Parece como si estuviera trabajando a destajo, tal es la velocidad que desarrolla. A sus pies hay ya una maraña de ramas que bastarían para asar un becerro. Se lo carga a duras penas, y corre a alcanzar a sus compañeros. No sé cómo lo hace con el manto, con el peso, con la alforja, con este sendero escarpado. Baja agachado, muy agachado, como si llevara el yugo...

Judas, viéndolo venir, se ríe y le dice: "¡Pareces un esclavo!"

Pedro voltea a duras penas su cabeza y está por decir algo, pero se calla, rechina los dientes y sigue adelante.

"¿Te ayudo, hermano?" pregunta Andrés.

"No".

"Si es para un cordero, la leña es más que suficiente" advierte Santiago de Zebedeo.

Pedro no responde. Sigue adelante. Se ve que ya no puede, pero es terco. Sigue.

Finalmente, cerca de una caverna que está casi a los pies de la bajada. Jesús se detiene y con Él todos: "Nos quedaremos aquí para partir a los primeros rayos de la aurora" dice: "Preparad la cena".

Pedro arroja por tierra su carga, se sienta sobre ella, sin dar a nadie explicación de lo que hizo, pues leña hay por todas partes.

Cuando todos se han ido, unos por acá, otros al arroyo para traer agua, o bien para limpiar el suelo de la caverna, para lavar el cordero que van a asar, Pedro se ha quedado solo con el Maestro. Jesús, de pie, pone su mano sobre la cabeza entrecana de Simón y se la acaricia... Entonces Pedro coge esa mano, la besa, se la pone en la mejilla, se la besa otra vez y la acaricia... Una gota desciende sobre la blanca mano, una gota que no es sudor, sino su llanto silencioso de amor y aflicción, de victoria por el esfuerzo hecho. Jesús se inclina, y lo besa diciéndole: "Gracias, Simón".

En realidad, Pedro es un hombre hermoso, pero cuando vuelve hacia atrás su cabeza para mirar a Jesús que lo ha besado, y le ha dado las gracias porque Él solo comprendió todo, la veneración, la alegría lo hacen bello...

Y con esta transformación termina lo que estoy viendo.

93. Caminando hacia Emmaús de la llanura

27 marzo 1946

El alba pone una claridad muy tenue de verde en el firmamento que se eleva alto sobre el valle fresco y silencioso. Y luego su claridad, tan indefinible, que no se sabe si ya es luz o no, bañadas las crestas de las dos pendientes. Parece como si acariciara delicadamente las partes más altas de los montes judíos, como si dijese a los viejos árboles que las coronan: "Ved que ya bajé del cielo. Vengo del oriente. Precedo la aurora. Arrojo las sombras, traigo la luz, la actividad, la bendición de un nuevo día que Dios os concede". Y las cimas se despiertan con un suspiro de su follaje, con él los primeros trinos de los pajaritos también despertados al contacto suave del follaje, de la primera claridad. Y el alba desciende gradualmente sobre los matorrales, sobre la hierba, sobre las laderas. Cada vez más baja. La saludan numerosos trinos entre el follaje y el ruido que producen las lagartijas que se han despertado. Luego llega hasta el arroyo, transforma sus aguas de color oscuro en un opaco centelleo de plata que cada vez se hace más limpio, más brillante. Y allá arriba, en el cielo que apenas si se iba quitando el color violeta oscuro de la noche e iba poniéndose el color verdecillo de cielo, la aurora anuncia su llegada y pinta el cielo con un tinte rosado... Y luego allá una nubecilla, delgada cual vellón, comienza a navegar, sumida en una espuma de rosa...

Jesús sale de la ruta y mira... Luego se lava en el arroyo, se arregla, vuelve a ponerse sus vestidos, se asoma a la caverna... No llama a nadie... Sube por el monte, y se va a orar sobre un pico saliente, que es bastante elevado, de donde se puede ver un extenso panorama todo de color de rosa allá por el oriente, mientras que en el occidente, todavía color violeta sigue dominando. Ruega, ruega ardientemente. Se ha puesto de rodillas. Tiene los codos sobre la tierra, casi agachado... Y ruega así hasta que de allá abajo los gritos de los doce, que se despertaron, lo llaman.

Se levanta. Responde: "Ya voy". El eco de su voz resuena perfecto en el estrecho valle. Parece que el valle propague hacia el valle, que se entrevé allá en el occidente, la palabra del Señor: "Ya voy" porque la llanura se alegra de antemano.

Jesús con un suspiro y una frase que comprendía toda su oración y la explica, dice: "Y Tú, Padre, dame fuerzas..."

Rápido baja, y al llegar a los suyos, los saluda con una dulcísima sonrisa y con sus habituales palabras: "La paz sea con vosotros en este nuevo día". "Y también contigo, Maestro" le responden ellos. Todos. Hasta Judas, que no sé si se haya tranquilizado por el silencio que ha observado Jesús, y que no lo ha regañado, antes bien lo trata como a todos los demás, o porque reflexionó en la noche sobre su conducta, está menos torvo, y menos separado; más bien él quien pregunta por todos: "¿Vamos a Jerusalén? Si es así, hay qué regresar un poco atrás y pasar aquel puente. Más allá hay un sendero que va a directo a Jerusalén".

“No. Vamos a Emmaús de la llanura”.

“¿Por qué? ¿Y Pentecostés?”

“Hay tiempo. Quiero ir a la casa de Nicodemo y de José, a través de las llanuras, hacia el mar...”

“¿Por qué?”

“Porque no he estado todavía allí y esa gente me espera... Y porque los buenos discípulos lo desean. Tendremos tiempo para todo”.

“¿Esto fue lo que te dijo Juana? ¿Para eso te mandó llamar?”

“No hubo necesidad. Ellos, en los días de Pascua, me lo dijeron a Mí directamente. Y mantengo mi palabra”.

“Yo no iría... Tal vez se encuentren ya en Jerusalén... La fiesta se aproxima... Y luego... Podrías encontrarte con enemigos y...”

“Enemigos siempre los encuentro por todas partes, y los tengo vecinos...” y Jesús lanza una mirada al apóstol que es su dolor... Judas no habla más. Es muy peligroso continuar. Lo comprende y calla.

Vuelven Juan y Andrés con unas frutas pequeñas que parecen ser de la familia de las frambuesas, o de los fresones, pero más negras, como moras todavía no maduras, y las ofrece al Maestro: “Te gustan. Ayer al atardecer las vimos, y fuimos a cortártelas. Cómetelas, Maestro. Están buenas”.

Jesús acaricia a sus dos buenos y jóvenes apóstoles que le ofrecen las frutillas en una hoja lavada en el río, y más que las frutillas, le ofrecen su amor. Escoge las mejores y a cada uno da uno pocos que se comen con el pan.

“Buscamos leche para Ti, pero todavía no se ve ningún pastor...” se excusa Andrés.

“No importa. Vámonos para llegar pronto a Emmaús ante de que arrecie el calor”.

Se van. Los que tienen más apetito, siguen comiendo, al ir caminando por el valle fresco que cada vez se alegra más y termina desembocando en una fértil llanura donde hierve la actividad de los segadores.

“No sabía que Nicodemo tuviese casas en Emmaús” advierte Bartolomé.

“No en Emmaús. Más allá. Campos que recibió en herencia” dice Jesús.

“¡Qué hermosos campos!” exclama Tadeo.

Es un mar de espigas de oro separado por viñas, que orgullosas, presentan ya sus racimos. Tiene agua en abundancia, gracias a los montes cercanos de donde descienden cientos y cientos de arroyuelos en el período en que más se necesitan. Debe también haber aguas subterráneas. Es en verdad un paraíso de mieses.

“¡Uhm! Está más bella que la del año pasado” refunfuña Pedro. “Por lo menos hay agua y fruta...”

“La de Sarón también es bella” le responde Zelote.

“¿Pero no es esta?”

“No, Está más alta. Pero ya algo tiene de...” Los dos apóstoles se ponen a hablar entre sí, alejándose un poco.

“Cosa de fariseos. ¿Eh?” pregunta Santiago de Zebedeo señalando la bella campiña.

“Sin duda de judíos. Se apoderaron de los mejores, usurpándolos de mil modos, a sus legítimos dueños” responde Tadeo que tal vez viene a su memoria los bienes paternos que tuvieron en Judea, de donde los arrojaron, y así perdieron mucha hacienda.

A Iscariote no le gusta: “Si se os quitaron fue porque vosotros, galileos, sois menos santos, sois inferiores...”

“Oye, acuérdate que Alfeo y José eran de la estirpe de David. Tanto que el Edicto los obligó a ir a empadronarse a Belén de Judá. Y Él por eso nació allí” responde con calma Santiago de Alfeo, previendo la respuesta mordaz de su fogoso hermano, y señalando al Señor que en estos momentos habla con Mateo y Felipe.

“Bueno. Yo me digo para mí mismo que el bien y el mal están donde quiera. Con ocasión de nuestro comercio teníamos oportunidad de tratar a personas de diversas razas y os

aseguro que encontré honrados y sinvergüenzas en ellas. Y luego... ¿Por qué gloriarse de ser judíos? ¿Acaso lo quisimos nosotros? ¡Uhm! ¿Sabía yo acaso cuando estaba en el vientre de mi madre que iba a ser judío o galileo? Estaba allí... y no más... Y cuando nací, me envolvieron en pañales, muy calientes, y no me preguntaron si el aire que respiraba era judío o galileo... No conocía más que la teta de mi madre... Y así como yo, todos. ¿Ahora, por qué tomar tan en serio que yo nací allá, más arriba y tú, allá, más abajo? ¿No somos todos de Israel?" dice justamente el bonachón de Tomás.

"Tienes razón, Tomás" le dice Juan. Y termina: "Y ahora todos somos de una sola estirpe: de la de Jesús".

"Así es. Él –y me imagino que el Altísimo lo haya determinado para enseñarnos que las divisiones son contra el amor del prójimo, y que Él fue mandado a reunir a todos como amorosa gallina de la que hablan los libros santos¹- Él es de estirpe judía pero fue concebido y reside en Galilea, después de haber nacido en Belén, como para enseñarnos con la voz de los hechos, que Él es el Redentor de todo Israel, desde el norte hasta el sur. Sólo porque Él se llama "Galileo" no debería haber desprecio hacia los galileos, dice cortés pero enérgico Santiago de Alfeo.

Jesús, que parecía estar distraído hablando con Mateo y Felipe, unos pocos metros adelante, se voltea y dice: "Dijiste bien, Santiago de Alfeo. Tú comprendes la Verdad y los procedimientos y los designios de Dios. Porque Él, recordándolo todos y siempre, no hace nada jamás sin motivo, así como no deja sin premio ninguna acción que hacen los rectos de corazón. Bienaventurados los que saben ver los motivos de Dios en los sucesos aun más pequeños y las respuestas de Dios a los sacrificios de los hombres".

Pedro se vuelve y hace como si quisiera hablar. Luego cierra su boca y se limita a sonreír a su Maestro que se ha puesto en camino por un sendero ancho en medio de campos de oro.

Continúan hacia Emmaús que no está ya muy lejos: un monstruo de blancura entre campos de trigo maduro y de árboles verdes en fruto.

"¡Maestro, Maestro, espera! Tus discípulos" se oyen gritos lejanos. Un puñado de hombres, sin decir más, deja a los campesinos que descansan bajo la sombra de un manzano, y corren hacia Jesús por un vericuetto lleno de sol. Son Matías y Juan y pastores, que fueron discípulos del Bautista, y con ellos están Nicolás, Abel, el que fue leproso, Samuel, Ermasteo y otros más.

"La paz sea con vosotros. ¿Estáis aquí?"

"Sí, Maestro. Caminamos por todas las orillas del mar. Ahora vamos de regreso a Jerusalén. Más allá están Esteban y los demás. Y todavía más allá Hermas y los otros. Isaac, nuestro maestro en "pequeño", muchos más. O por lo menos estaban allí; como Timoteo que estaba en Transjordania. Pero casi todos están por ir a la fiesta de Pentecostés. Nos dividimos así, en diversos grupos, pequeños pero activos. De modo que si nos persiguen, pueden capturar a algunos, pero no a todos" dice Matías.

"Hicisteis bien. Me causaba sorpresa el no haberos encontrado en la Judea meridional".

"Maestro... Tú fuiste allá... ¿Y quién mejor que Tú? Además... ¡esa ha recibido más para que sea santa!... y al revés... Apedrea a quien le lleva las palabras del cielo. Elías y José, en las barrancas del Cedrón, fueron apedreados, y se fueron a la casa de Salomón, que está en el Transjordán. A José le dieron en la cabeza, que casi lo matan. Durante ocho días vivieron en una caverna profunda con uno que enviaste, y que conocía todos los secretos de los montes. Luego, por la noche, poco a poco se cambiaban de una parte a la otra..."

Los discípulos y los apóstoles se desasosiegan al recordar estas persecuciones y al conocerlas. Jesús los calma diciendo: "Los inocentes tiñeron con su sangre pura el sendero del Mesías. Y ese sendero tiene que volver a ser bañado en púrpura, para borrar las huellas del Mal que hay en él. Es el camino real. Los mártires por mi amor lo cubrirán de púrpura. Bienaventurados lo que por mi causa sufriesen persecuciones".

¹ Cfr. Deut. 32, 11; Rut, 2, 12; Salm. 16, 8-9; 35, 8; 60, 5; 62, 7-9; 90, 4; Mt. 23, 37.

“Maestro, hablamos a aquellos campesinos. ¿No les dirás alguna palabra?”

“Id a decirles que al atardecer hablaré cerca de la puerta de Emmaús. Ahora el sol nos lo impide. Idos, y que Dios esté con vosotros. Estaré en la punta de este sendero.

Los bendice y sigue caminando en busca de sombra, porque el sol quema por este sendero blanco, en el que se ven dos flacas líneas de sombra que arrojan los plátanos plantados a su vera, e indican los límites.

94. Predicación en Emmaús de la llanura

28 marzo 1946

Cerca de la puerta de Emmaús hay una casa de campesinos, silenciosa, porque todos están en los campos trabajando. En la era están amontonadas las gavillas del día anterior. Hay heno en los henares. El sol abrasador del mediodía arrastra olor a heno, de gavillas. Ningún otro ruido más que el que hacen los palomos, y el parloteo de los pájaros, siempre comadrones y peleadores. Uno y otros vuelan sin descanso del techo a los árboles cercanos, a las gavillas de mies como de heno, y son los primeros en probar el fruto, picotean entre las espigas, riñen a aletazos, pelean por coger los granos, por robarse lo más delicado del heno, ambiciosos, peleadores, despreocupados. Son los únicos ladrones que se ven por todo Israel, donde, conforme lo he notado, hay un gran respeto por la propiedad ajena. De buena gana las casas se quedarían abiertas y las áreas, como los viñedos sin que se les custodiase. Fuera de los rarísimos bandidos de oficio, los verdaderos ladrones que asaltan entre las escarpaduras de los montes, no hay ladronzuelos, ni siquiera... golosos que extienden su mano a la fruta o al pichoncito de otros. Cada uno se va por su camino, y, aunque atraviere la propiedad ajena, lo hace como si no tuviese ni ojos, ni manos. La razón es que la hospitalidad se da en tal grado que no hay necesidad de robar para comer. Tan sólo con Jesús, y por causa de un odio que es tan grande poder hacer olvidar una costumbre secular para con el peregrino, sólo con Él no se cumple: se le niega hospitalidad y comida. Pero sí la hay para los otros, en general; siempre hay compasión y sobre todo en las clases más humildes.

Por esto y casi sin miedo alguno, los apóstoles, después de haber tocado a la puerta de la casa que está cerrada y al no haber encontrado a nadie, fueron a protegerse en un desván, en que hay instrumentos agrícolas y tinajas y, como si fuesen los dueños, han tomado heno para sentarse, los cubo para sacar agua del pozo, pocillos para beber y mojar los pedazos de pan y cordero que comen casi en silencio, por lo atontados y somnolientos que están del sol. Y con la misma libertad con que han tomado heno y pocillos, se acuestan sobre él y pronto no se oye más que una orquesta de tonos desiguales.

También Jesús está cansado, pero más que esto, triste. Por unos momentos mira a los doce que duermen. Ora. Piensa. Piensa siguiendo maquinalmente con los ojos los pleitos de los pájaros y de las palomas y el vibrar de las golondrinas por la era. Parece que los chirridos de estos veloces maestros del vuelo diesen una respuesta clara a las preguntas penosas que Jesús se hace. También Él se acuesta sobre el heno, y pronto sus dulces y tristes ojos de Zafiro los cubren sus párpados. Su rostro se tranquiliza con el sueño. Pero tal vez porque en el sueño encuentra la tristeza en su corazón, su rostro se cubre con la expresión cansada y dolorosa que tendrá en su muerte...

Regresan los campesinos, dueños de la casa. Hombres, mujeres, niños. Y con ellos los discípulos de la mañana. Ven que Jesús y los suyos están durmiendo sobre el heno; bajan la voz para no despertarlos. No falta mamá que dé un coscorrón al niño que no quiere callarse, o que quiere hablar. Un pequeñín con el dedo en la boca y pasitos de tórtola va a contemplar a Jesús, “el más hermoso” dice, que está durmiendo con la cabeza sobre el brazo que le sirve de almohada. Y todos, descalzos, de puntitas, lo imitan. Los primeros son Matías y Juan, que se llenan de emoción al verlo así dormido sobre el heno. Matías dice: “Como en su primer sueño, así ahora nuestro Maestro, no es tan feliz... También le hace falta la mamá...”

“Es verdad. Lo persiguen siempre y por todas partes, pero lo amaremos nosotros, lo amamos como en aquella hora...” dice Juan.

“Mucho más, Matías. Mucho más. Entonces amábamos por la fe, y porque siempre es delicioso amar a un pequeñín. Ahora amamos también porque lo conocemos...”

“Juan, desde chico lo odiaron. Acuérdate de lo que sucedió para matarlo...” Matías se pone pálido al recordar lo acaecido.

“Es verdad... ¡Pero bendito sea aquel dolor! Todo perdimos, menos a Él. Y esto es lo que vale. ¿De qué nos hubieran servido los familiares, la casa, nuestras reducidas propiedades, si Él hubiera muerto?”

“Tienes razón, Matías. ¿Y de qué nos servirá tener el mundo, si nos falta Él?”

“No hables de eso... Entonces sí que estaremos abandonados... Idos vosotros. Nosotros nos quedaremos con el Maestro” dice Juan, despidiendo a los campesinos.

“Nos desagrada que no pensásemos en haberles dado la llave. Podían haber entrado en casa, estar mejor...” dice el más anciano de la casa.

“Se lo diremos... Pero Él estará contento con vuestro amor. Idos, idos...”

Los campesinos entran, y pronto el humo que sale de la chimenea anuncia que están preparando la comida. Pero lo hacen con delicadeza, sin ruido... e igualmente sin ruido llevan de comer a los discípulos y en voz baja dicen: “Tenemos para ellos... para cuando se despierten...”

Luego el silencio envuelve la casa. Tal vez los segadores, que trabajan desde el alba, se han echado sobre sus camas para descansar en estas horas en que sería imposible estar bajo el sol abrasador. También los discípulos comienzan a cabecear. También los palomos y los pajaritos... Tan solo las golondrinas incansables saetea el aire y con su rápido vuelo escriben palabras azules en él, palabras de sombra en la blanca era...

El pequeñín de antes, que es una belleza con su camisita, a lo que se ha reducido todo su vestido en esta hora abrasadora, saca su cabecita por la puerta de la cocina, ojea, avanza con mucho cuidado con sus piecitos que se queman bajo un sol tropical. Su camisita, sin el cinturón, se le mueve por la espalda gordita. Llega a donde están los discípulos y trata de pasar sobre ellos, para ir otra vez a ver a Jesús. Pero sus piernitas son muy cortas para pasar sobre los cuerpos musculosos de los adultos, y tropieza y cae sobre Matías que se despierta y ve la carita apenada, que está por romperse en lágrimas. Sonríe y dice, comprendiendo lo que el pequeñín pensaba hacer: “Ven aquí. Te pondré entre mí y Jesús. Pero estate quieto y callado. Déjalo que duerma. Está cansado”. El niño, dichoso, se sienta en adoración del hermoso rostro de Jesús. Lo mira, lo estudia, le dan ganas de acariciarlo, de tocarle los cabellos de oro, pero Matías que lo vigila, sonriendo, le dice que no. El niño en voz queda le pregunta: “¿Así duerme siempre?”

“Siempre” responde Matías.

“¿Está cansado? ¿Por qué?”

“Porque camina mucho y predica mucho”.

“¿Por qué predica y camina?”

“Para enseñar a los niños a que sean buenos, a amar al Señor para que vayan con Él al cielo”.

“¿Allá arriba? ¿Cómo se logra? Está lejos...”

“El alma. ¿Sabes lo que es el alma?”

“¡Nooo!”

“Es lo más hermosos que hay en nosotros, y...”

“¿Más hermosos que los ojos? Mamá me dice que por los ojos tengo dos estrellas. Las estrellas son bellas ¿sabes?”

El discípulo sonríe y responde: “Es más bella que las estremitas de tus ojos, porque el alma buena es más hermosa que el sol”.

“¡Oh! ¿Y dónde está? ¿Dónde la tengo?”

“Aquí en el corazoncito. Y ve todo, y siente todo, y no se mueve nunca. Y si uno nunca es malo y muere como un justo, su alma vuela hacia allá, hacia el Señor”.

“¿A donde está Él?” y el pequeñín señala a Jesús.

“A donde está Él”.

“¿Pero también tiene Él alma?”

“Él tiene alma y es Dios. Porque ese Hombre que tú está viendo es Dios”.

“¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo dijo?”

“Los ángeles”.

El niño que se había sentado sobre Matías, no puede aceptar sin réplica alguna esta nueva, se pone de pie diciendo: “¿Viste tú a los ángeles?” y mira a Matías abriendo tamaños ojos. Tan sorprendente es la noticia que por un momento se olvida de Jesús, y no ve que Él entreabre los ojos, al despertarse con el gritito del niño, y luego, con una sonrisa, los cierra, volviendo la cabeza al otro lado.

“Silencio. ¿Lo ves? Lo despiertas... Te mando afuera”.

“No hago ruido. ¿Pero cómo son los ángeles? ¿Cuándo los viste?” La vocecita es menos que un murmullo. Matías con paciencia le cuenta la Noche de su Nacimiento. El niño ha vuelto a sentarse sobre su pecho, extático. Con toda calma responde a todos los por qué: “De por qué nació en un establo. De por qué no tenía casa. De por qué era tan pobre que no pudo encontrar una casa. Y de por qué ahora no tiene casa; ni tiene mamá. ¿Que dónde está la mamá? ¿Por qué lo deja solo?, Ella que sabe que lo quieren matar. ¡No lo ama ya?”... Una tormenta de preguntas y una lluvia de respuestas. Y la última a la que Matías responde: “Su santa Mamá quiere mucho a su divino Hijo. Pero ofrece su dolor en dejarlo ir para que los hombres se salven. Para consolarse piensa que todavía hay hombres buenos y capaces de amarlo...” suscita esta respuesta: “¿Y no sabe que hay niños buenos que lo aman? ¿Dónde está Ella? Dímelo para que vaya a donde está y le diga: “No llores. A tu Hijo le doy mi amor”. ¿Que piensas? ¿Estará contenta?”

“Mucho, niño” dice Matías besándolo

“¿Y Él está contento?”

“Mucho, mucho. Se lo dirás cuando se haya despertado”.

“¡Oh, sí!... ¿Pero, cuándo se va a despertar?” El niño está ansioso...

Jesús no resiste más. Se vuelve, con los ojos bien abiertos, y con el rostro lleno de una sonrisa. Dice: “Ya me lo dijiste, porque lo oí todo. Ven aquí”.

El pequeñín no espera a que se lo digan dos veces. Se echa sobre Jesús acariciándolo, besándolo, tocándole con sus deditos, la frente, las cejas, las cejas de oro, se mira en sus ojos azules, le toca la suave barba y la cabellera de seda. Cada vez repite: “¡Qué bello eres! ¡Qué bello eres!”

Jesús sonríe. También Matías. Según van despertándose los discípulos, porque el pequeñín no tiene más reservas, se sonríen ellos y los apóstoles al ver ese estudio tan pormenorizado que hace el pequeñín que está casi semidesnudo, que parece una bola por lo gordo, que garbosamente mira el cuerpo de Jesús, y le ve su rostro, sus miembros, sus pies, y concluye con: “¡Voltéate!” y luego: “para ver las alas” y desilusionado pregunta: “¿Por qué no tienes alas?”

“No soy un ángel, ¡joye!”

“Pero eres Dios. ¿Cómo puedes ser Dios si no tienes alas? ¿Cómo va a poder ir al cielo?”

“Soy Dios. Y por esto no tengo necesidad de alas. Hago lo que quiero, porque todo lo puedo”.

“Entonces hazme unos ojos como los tuyos. Son hermosos”.

“No. Los que tienes te los di Yo y me gustan así. Di mejor que te haga un alma justa para que me ames siempre más”.

“También esa me diste. Entonces te gustará como es” dice con lógica infantil el pequeño.

“Mucho me gusta porque es inocente. Pero mientras tus ojos de aceituna madura pueden tener el mismo color, tu alma que es blanca, puede hacerse negra, si tú te haces malo”.

“Malo, no. Mucho te quiero, y quiero hacer lo que los ángeles dijeron cuando naciste: “Paz a Dios en el cielo y gloria a los hombres de buena voluntad”, dice el pequeñuelo bostezando, lo que provoca una risotada entre los demás, y a él le apena y le hace enmudecer.

Jesús lo consuela, dándole ánimos: “Dios es siempre paz, pequeñín. Es la Paz. Los ángeles lo glorificaban porque había nacido el Salvador, y daban a los hombres la primera regla para obtener la paz que con mi venida llegaría: “tener buena voluntad”. La que tienes”.

“Entonces, dámela. Métemela aquí, donde, dice ese, que tengo el alma” y con los dos deditos se pellizca varias veces el pechito.

“Con gusto. ¿Cómo te llamas?”

“¡Miguel!”

“Nombre del poderoso Arcángel. Entonces que se te dé buena voluntad, Miguel. Y que llegues a ser un confesor de Dios diciendo a los perseguidores como tu ángel patrono: “Quién como Dios”¹. Sé bendito ahora y siempre” y le impone las manos.

Pero el pequeñín no se ha persuadido. Dice: “No. Bésame aquí. En el alma. Y entrará tu bendición y quedará encerrada aquí”, descubre su pechito para que se lo bese y se levanta su camiseta.

Todos los presentes se sonríen conmovidos casi. La fe maravillosa del pequeñín, que algunos llamarían “instinto”, y que lo mueve a ir a Jesús, es verdaderamente conmovedora y Jesús lo dice claro: “¡Si todos tuviesen el corazón de los niños!...”

Entre tanto el tiempo se ha pasado. La casa vuelve a cobrar vida. Voces de mujeres, de niños, de hombres se oyen por todas partes. Una mamá grita: “Miguel, Miguel, ¿dónde estás?” y se asoma espantada, mirando al pozo, con un pensamiento que le destroza el corazón.

“No tengas miedo. Tu hijo está aquí, conmigo”.

“Oh, pensaba... Le gusta mucho el agua...”

“Y así lo hizo al acercarse al Agua Viva que desciende del cielo y da vida a los hombres”.

“Te molestó... Se me escapó tan despacito que no lo sentí...” dice la mujer a modo de excusa.

“No me ha dado ninguna molestia. Al revés me ha consolado. Los niños jamás proporcionan dolor a Jesús”.

Se acercan los hombres, las demás mujeres. El que es la cabeza de la familia dice: “Entra un rato, y perdona que no te hicimos dueño de la casa apenas te vimos...”

“No tienes por qué pedir excusa. Aquí estoy y me siento bien. Tu respeto me honra. Teníamos comida, agua fresca de tu pozo y heno. Más de esto no necesita el Hijo del Hombre. No soy un sátrapa sirio”.

Jesús, seguido de los suyos, entra en una cocina amplia para comer, mientras que afuera en el patio, los varones preparan lugar para los que van a venir a oír al Maestro. Otros se dan prisa en preparar bebidas, alimentos y pelar un corderito que se llevan para el camino los evangelizadores. Las mujeres traen huevos y mantequilla, lo que hace que Pedro proteste, pues dice justamente que no puede llevarse en las alforjas, porque se derrite con el calor. Pero las anforitas sirven para algo... Y en una de ellas meten mantequilla, la cierra y la bajan al pozo para que esté fresca.

Jesús da las gracias y no quisiera que le diesen tanto. Pero es inútil. Inútil es que hable. De todas partes le llegan ofertas y cada uno pide perdón de que no pueda dar más.

Pedro, en voz baja, dice: “Se ve que aquí estuvieron los pastores. Terreno abonado... terreno bueno”.

El patio está lleno de gente, que no tiene miedo al calor que todavía se siente.

Jesús empieza a hablar de este modo: “La paz sea con vosotros. Me encuentro en un lugar donde estoy viendo que la doctrina del Maestro ya es conocida por obra de los buenos discípulos. No voy a repetir lo que sabéis. Dejo a los buenos discípulos la gloria y la tarea de

¹ Cfr. Dan. 10-12; Jud. 9; Apoc. 12.

haberos instruido y de hacerlo siempre hasta que consigáis la seguridad completa de que Yo soy el Prometido de Dios y que mi Palabra viene de Dios”.

“Tus milagros vienen de Dios, ¡oh Bendito!” grita una mujer de entre la multitud. Muchos se vuelven a ver de dónde salió el grito. La mujer levanta su niño en sus brazos, un niño robusto y sonriente. Nuevamente grita: “Maestro, es el pequeño Juan que curaste en Aguas Claras. El niño de las piernas destrozadas que ningún médico podía curar y que te llevé con fe, y al que curaste cuando lo tuviste sobre tus rodillas”.

“Me acuerdo, mujer. Tu fe merecía el milagro”.

“Ha aumentado, Maestro. Toda mi parentela cree en Ti. Ve, hijo, a dar gracias al Salvador. Dejadlo que se acerque a Él...” ruega la mujer. La multitud se separa, deja pasar al pequeñuelo que ligero va a Jesús con los brazos extendidos para poder abrazarlo. Esto suscita gritos de alegría entre la gente de la ciudad o advenediza, pues los de la campiña conocen el milagro y no dan muestras de maravilla.

Jesús toma al niño de la mano. “He aquí cómo mi Naturaleza la confirma una madre agradecida, y como Dios siente en su corazón el poder de la fe de sus hijos que le dirigen peticiones confidenciales y justas.

Os invito a que recordéis a Judas Macabeo cuando llegó a esta llanura y vio el formidable ejército de Gorgias. Traía a sus órdenes este general de cincuenta mil infantes y mil de caballería. Adiestrados en la guerra. Traían corazas, armas, torres de guerra². Judas los contemplaba con sus tres mil infantes. No tenía ni escudo ni espada. Sentía que el miedo penetraba en el corazón de sus soldados. Entonces habló, apoyado en el derecho que Dios también aprobaba porque defendía una Patria invadida y profanada. Dijo: “No os llene de temor su número, ni tengáis miedo de su ataque. Acordaos cómo nuestros padres fueron salvados en el Mar Rojo, cuando el Faraón los perseguía con su numeroso ejército”. Y reanimada la fe en el poder de Dios, que siempre está con los justos enseñó a los suyos los medios para obtener la ayuda divina. Les dijo: “Así pues, levantemos la voz al cielo, y el Señor tendrá piedad de nosotros, y al acordarse de la alianza que hizo con nuestros padres, destruirá hoy ante nosotros este ejército, y todas las naciones conocerán que hay un Salvador que liberta a Israel”.

Así pues, dos puntos principales os señalo para que tengáis a Dios con vosotros cuando emprendáis algo justo. El primero: para tenerlo como aliado, hay que tener el corazón justo de nuestros padres. Recordad su santidad, la pronta obediencia de los patriarcas en obedecer al Señor, bien se trate de algo que cueste poco o mucho. Recordad con qué fidelidad fueron leales al Señor. Muchos en Israel se lamentan de que no tengamos más al Señor con nosotros, al que en otros tiempos era benigno. ¿Pero, acaso Israel tiene el corazón de sus padres? ¿Quién es el que quebranta y sigue quebrantando la alianza con el Padre?

El segundo punto principal para tener a Dios consigo es la humildad. Judas Macabeo era un gran israelita, y era un gran soldado. No dijo: “Hoy destruiré este ejército, y las naciones sabrán que yo soy el salvador de Israel”. No, dijo: “El Señor destruirá este ejército a nuestra vista; nosotros que somos incapaces de hacerlo, nosotros que somos débiles”. Porque Dios es Padre y se preocupa de sus pequeñuelos y para que no perezcan manda sus poderosos ejércitos a combatir con armas sobrenaturales a los enemigos de sus hijos. Cuando Dios está con nosotros, ¿quién puede vencernos? Repetid esto ahora y en lo futuro, cuando querrán venceros, y no porque se trate de una batalla nacional, sino de algo mucho más extenso en el tiempo y en sus consecuencias como es vuestra alma. No os dejéis sorprender ni del miedo, ni de la soberbia. Ambas cosas son dañinas. Dios estará con vosotros cuando fuereis perseguidos por causa de mi Nombre y os dará fuerza en las persecuciones. Dios estará con vosotros si sois humildes, si reconociereis que vosotros, y por vosotros, no sois capaces de nada provechoso; sino que todo lo podréis, si estáis unidos al Padre.

² Cfr. 1 Mac. 4, 6-11.

Judas no se pavoneaba con el título de salvador de Israel, sino que este título lo atribuyó al Dios eterno. De hecho, inútilmente los hombres pierden su control, si Dios no está con sus esfuerzos. Pero sin perder su control vence quien confía en el Señor, que sabe cuándo hay qué premiar con sus victorias y cuándo con derrotas. Necio es el hombre que quiera juzgar a Dios, aconsejarlo o criticarlo. Imaginaos una hormiga que, al ver la obra de un trabajador de mármol, dijese: “No sabes cómo hacerlo. Yo lo haría mejor y más pronto que tú”. Igual ridículo hace el hombre que quiere pasar por maestro ante Dios. Y a su ridícula figura junta la de un desagradecido y abusivo que se olvida de lo que es: una criatura, y se olvida de lo que Dios es: el Creador. Así pues si Dios creó un ser que puede creerse capaz de aconsejar al mismo Dios, ¿cuál será la perfección del Autor de todo lo creado? Este solo pensamiento debería bastar para tener agachada la soberbia, para destruirla, para acabar con esta planta malvada y satánica, esta hierba parásita que, al introducirse en una inteligencia, la invade, aplasta, sofoca y acaba con todos los árboles, esto es, con todas las virtudes que hacen al hombre grande sobre la tierra, verdaderamente grande, no por las rentas, ni por las coronas, sino por la justicia y sabiduría sobrenaturales, y bienaventurado en el cielo por toda la eternidad.

Consideremos otro consejo que nos dan el Gran Macabeo y los acontecimientos de aquel día en esta llanura³.

Trabada la batalla, los escuadrones de Judas, con quienes estaba Dios, vencieron y destruyeron a los enemigos: a unos los pusieron en fuga hasta Yaserón, Azoto, Idumea y Yammía —dice la narración— y a otros matándolos a espada, los dejaron tirados por los campos. Fueron más de tres mil. A sus soldados, ebrios con la victoria, Judas les dijo: “No cojáis presa porque la guerra no ha acabado. Gorgias está cerca de nosotros con su ejército en los montes. Todavía debemos combatir contra nuestros enemigos y vencerlos del todo; y luego, luego, con toda calma, cogeremos el botín”. Así lo hicieron. Obtuvieron una victoria completa, tomaron un botín inmenso, y sacudieron el yugo. Al regresar, entonaron bendiciones a Dios porque “es bueno” porque su misericordia es eterna”.

También el hombre, cualquier hombre, es como los campos que están alrededor de la ciudad santa de los judíos. Enemigos externos e internos, ambos crueles, están confiados en presentar batalla a la ciudad santa de cada hombre, esto es, a su alma, y en atacarla improvisadamente para tomarla con miles de astucias y destruirla. Las pasiones que Satanás cultiva y excita, que el hombre no vigila con toda su voluntad para tenerlas sujetas al freno, peligrosas si no se logra domarlas; inofensivas si se les tiene el ojo encima como a un ladrón encadenado, y con las que el mundo conspira desde afuera con sus seducciones de la carne, de bienes, de orgullo, se asemejan en mucho a los poderosos ejércitos de Gorgias, con corazas, con torres de guerra, con arqueros expertos, con su veloz caballería, siempre listos para atacar bajo las órdenes del Mal.

¿Pero qué puede el Mal, si Dios está con el hombre que quiere ser justo? Sufrirá, quedará herido, pero gozará de libertad y de vida, y cosechará la victoria después de haber dado una buena batalla, la que no se traba una sola vez, sino que siempre continúa, mientras dure la vida, o hasta que el hombre se despoja de su fisonomía humana, o se convierte en espíritu, en espíritu fundido con Dios al que ni las flechas, ni las heridas, ni las hogueras de guerra, pueden causarle ningún daño en su ser, y caen sin fuerza alguna impotentes de poderle hacer algún mal, como lo haría una gota de agua al caer sobre duro jaspe.

No os detengáis a recoger el botín. No perdáis el tiempo hasta que no estéis en los umbrales de la vida, no de esta terrenal, sino de la verdadera Vida, la del cielo. Entonces, victoriosos, recogeréis vuestro botín, llenos de gloria entraréis ante el Rey de Reyes y le diréis: “Vencí. Aquí está mi botín. Lo hice con tu ayuda y con mi buena voluntad. Te bendigo, Señor, porque eres bueno y tu misericordia es eterna”.

³ Cfr. 1 Mac. 4, 1-25.

Esto es para todos en general, pero a vosotros, a vosotros que creéis en Mí, os espera otra batalla oculta. Os esperan otras batallas. Como las de la duda, las de las palabras que os dirán, las de las persecuciones.

Pronto seré elevado al lugar por el que vine del Cielo. Tal lugar os inspirará miedo, os parecerá ser un mentís a mis palabras. Pero ved lo que sucede con los ojos del espíritu, y comprobaréis que lo que suceda será la confirmación de lo que soy en realidad. De que no soy el pobre rey de un reino pobre, sino el Rey que predijeron los profetas, a los pies de cuyo trono único, inmortal, acudirán, como los ríos al océano, todos los pueblos de la tierra, diciendo: "Te adoramos, oh Rey de reyes y Juez eterno, porque por tu santo Sacrificio redimiste al mundo".

Resistid las dudas. Yo no miento. Soy Aquel de quien han hablado los profetas. Como la madre de Juan lo hizo hace poco, recordad lo que hice y decid: "Estas obras son de Dios. Nos las dejó como recuerdo, para que nos confirmásemos en la fe, para que nos ayudasen a creer, y creer en estos propios momentos". Luchad y venceréis la duda que ahoga vuestras almas. Luchad contra las palabras que os dijeron. Recordad a los profetas y mis obras. Responded a las palabras de los enemigos con el texto de los profetas y con los milagros que me habéis visto hacer. No tengáis miedo. No seáis ingratos ocultando lo que hice. Luchad contra las persecuciones; pero no persigáis a quien os persiguiera, sino mostrad heroísmo en confesar mi fe ante quien os amenace con la muerte si no renegáis. Luchad siempre contra los enemigos. Contra todos. Contra vosotros mismos, contra vuestros miedos, contra los compromisos indignos, alianzas utilitarias, presiones, amenazas, torturas, la muerte.

¡La muerte!

Yo no soy el jefe de un pueblo que diga a su pueblo: "Sufre por Mí mientras Yo gozo". No. Soy el primero en sufrir para daros ejemplo. No soy un jefe de ejércitos que les diga: "Combatid para defenderme. Morid para que Yo viva. No. Yo soy el primero en combatir. Moriré el primero para enseñaros a morir. Así como siempre practico antes lo que digo. Predico la pobreza siendo pobre, la continencia siendo casto, la templanza siendo moderado, la justicia siendo justo; el perdón, perdonando y siempre perdonaré. Os enseñaré cómo se redime. Os enseñaré no con las palabras sino con los hechos. Os enseñaré a obedecer, obedeciendo a la más terrible de las órdenes: la de morir...

Os enseñaré a perdonar, perdonando, perdonando en medio de las últimas congojas como he perdonado ya desde la paja de mi cuna al Linaje humano que me arrancó de los cielos. Perdonaré como siempre he perdonado. *A todos. Por mi cuenta a todos.* A los enemigos pequeños, a los inactivos, indiferentes, volubles, a los enemigos grandes que no sólo me causan dolor con ser apáticos a mi poder y a mi deseo de salvarlos, sino que me hacen mal y me darán el tormento de ser deicidas. Perdonaré. Y, como a los deicidas impenitentes no podré dar la absolución, volveré a rogar por ellos aún, con mi últimas congojas, al Padre... para que los perdone... ebrios como estarán de odio satánico. Perdonaré... Y vosotros perdonad en mi nombre. Amad como Yo amo, como os amo y amaré en la eternidad.

Adiós. La tarde ya comienza a bajar. Oremos juntos, y luego cada uno regrese a su casa con la palabra del Señor en su corazón y la convierta en oloroso pan para el tiempo que sufráis el hambre, cuando deseéis oír nuevamente al Amigo, al Maestro, a vuestro Salvador, y sólo al proyectar vuestro corazón al cielo, podéis encontrar al que os ama más que a Sí mismo.

Padre nuestro que estás en los cielos..." Y Jesús con los brazos abiertos en forma de cruz, teniendo a su espalda la pared oscura que da al norte, lentamente empieza a recitar el Padre Nuestro.

Luego recita sobre ellos la bendición mosaica⁷. Besa a los pequeñines. Otra vez los bendice. Se despide y se dirige hacia el norte, sin entrar en la ciudad de Emmaús.

⁷ Cfr. Núm. 6, 22-27.

El color violeta del crepúsculo envuelve poco a poco la dulce figura del Maestro que camina siempre, gradualmente, hacia su destino. En medio de la semioscuridad reina un profundo silencio de serenidad dolorosa... Como de espera.

Luego el llanto del pequeño Miguel, como de un corderito que se encontrase solo, rompe el encanto. Y muchos, con los ojos bañados en lágrimas, repiten las inocentes palabras del pequeño: “¿Por qué te vas? ¡Regresa! ¡Regresa!... ¡Hazlo regresar, Señor!” Y cuando Jesús desaparece, la madre trata inútilmente de consolar a su pequeño, que parece como si se le hubiese muerto algo más que ella, y que no deja de seguir con la mirada fija el punto donde desapareció el Maestro y con los brazos extendidos grita: “¡Jesús, Jesús!”... Jesús aguarda, está un poco separado; luego dice: “Vamos a Joppe. Los discípulos trabajaron muy bien, y allá aguardan la palabra del Señor”.

No se ve que haya mucho entusiasmo de alargar el camino, pero Simón Zelote hace notar que de Joppe a las posesiones de Nicodemo y José se va por un buen camino. Juan está contento de volver a ver el mar. Los demás, arrastrados por estas consideraciones, terminan por ir más gustosos por el sendero que lleva al mar.

Dice Jesús:

“Pondréis aquí la visión del 20 de septiembre de 1944: “Jesús y los gentiles en una ciudad marítima” que intitularéis: “Jesús en Joppe habla a Judas de Keriot y a gentiles” porque este episodio sucedió después de un día de milagros y de predicación”.

95. Jesús en Joppe habla a Judas de Keriot y a gentiles

20 septiembre 1944

Veo a Jesús sentado en el patio de una casa de aspecto decente, aunque no lujoso. Parece muy cansado. Está sentado sobre un banco de piedra situado sobre el brocal de un pozo, que no es muy profundo, y sobre el que está en forma de arco un emparrado. Los granitos de uva son muy pequeños. Jesús tiene apoyado sobre su rodilla derecha su brazo derecho y el mentón en el hueco de su mano. Algunas veces, como para encontrar mayor reposo, apoya el brazo sobre el brocal y sobre él su cabeza, como si quisiera dormir. Los cabellos, en forma de velo, le caen sobre el rostro cansado, que de otro modo parece pálido y triston en medio de los mechones de su cabellera rubio-rosada.

Una mujer va y viene con las manos llenas de harina. Pasa de una habitación de la casa a un cuchitril que está en el lado opuesto del patio y que debe ser el horno. Cada vez que pasa, mira a Jesús, pero no le dice nada. Pronto va a atardecer, según parece, porque el sol apenas si toca la cima de la terraza del techo, y cada vez menos, hasta que desaparece.

Una decena de palomos vuela hacia el patio para su última comida. Revolotean alrededor de Jesús como para percatarse de quién sea el desconocido, y, desconfiados, no se atreven a posarse en el suelo. Jesús abandona sus pensamientos y sonríe; extiende una mano con la palma volteada y dice: “¿Tenéis hambre? Venid” como si hablase a seres humanos. El más atrevido se posa sobre su mano, y luego otro y otro. Jesús sonríe. “No tengo nada” dice. Luego en voz alta llama a la mujer: “¡Oye! Tus palomos tienen hambre. ¿Tienes comida para ellos?”

“Sí, Maestro. Está en el costal, bajo el pórtico. Ahora voy”.

“Déjalo. Yo lo haré. Me gusta”.

“No se acercarán. No te conocen”.

“¡Los tengo en la espalda y hasta en la cabeza!...”

En realidad, Jesús lleva sobre su cabeza un palomo, cual morrión, cuyo buche es de color plomizo, que parece una coraza preciosa, por su color tornasolado.

La mujer, que no creyó lo que le había dicho Jesús, se asoma y lanza un “¡Oh!”

“¿Lo ves? Los palomos son mejores que los hombres. Conocen a quien los ama. Los hombres... no”.

“No pienses más en lo que pasó, Maestro. Son pocos los que te odian. Los demás, si no todos, te aman, o por lo menos te respetan”.

“No me desanimo por esto. Lo digo para hacerte ver cómo frecuentemente los animales son mejores que los hombres”.

Jesús abre el saco, mete su larga mano y saca semillas que deposita en el extremo de su mano. Lo cierra y regresa a la mitad del patio, apartando a los palomos que por sí mismos quieren servirse y a sus anchas. Retira la punta del manto y tira al suelo las semillas, y ríe por las riñas con que se traban. Pronto terminan todo. Beben agua en un plato cóncavo que está cerca del pozo y miran nuevamente a Jesús.

“Idos. No hay más”.

Los palomos aletean un poco más sobre las espaldas y las rodillas de Jesús. Y luego regresan a sus nidos. Jesús vuelve a su meditación.

Alguien llama a la puerta. La mujer va a ver. Son los discípulos.

“Entrad” dice Jesús. “¿Distribuisteis el dinero entre los pobres?”

“Sí, Maestro”.

“¿Hasta el último céntimo? Recordad que lo que se nos da, no es para nosotros, sino para la caridad. Somos pobres y vivimos de la compasión de los demás, ¡*Infeliz apóstol que se aprovecha de su misión para fines humanos!*”

“¿Y si un día se queda uno sin pan, y se le acusa a uno de violar la Ley, porque se imita a los pájaros arrancando las espigas?”

“¿Te ha faltado algo, Judas? ¿No has tenido todo lo necesario desde que están conmigo? ¿Te has caído alguna vez de hambre por el camino?”

“No, Maestro”.

“Cuando te dije: “Ven”, ¿te prometí comodidades y riquezas? ¿He dicho alguna vez a quien me escucha, que daré a los “míos” bienes en la tierra?”

“No, Maestro”.

“¿Entonces, Judas? ¿Por qué has cambiado tanto? ¿No sabes, no comprendes que tu descontento, tu frialdad me causan dolor? ¿No ves que tu descontento se esparce entre los hermanos? ¿Por qué, Judas, amigo mío, tú que has sido llamado a una gran honra, que viniste a Mí, a Mí, Luz, con tanto entusiasmo, y ahora me abandonas?”

“Maestro, no te abandono. Soy el que más me preocupo de Ti, de tus intereses, de tu éxito. Quisiera verte triunfar por todas partes, créemelo”.

“Lo sé. Tú lo quieres desde el punto de vista humano y ya es mucho. Pero no quiero esto, Judas, amigo mío. No vine por un triunfo humano, por un reino humano... No vine a dar a mis amigos migajas de un triunfo humano... sino a daros una recompensa inmensa, copiosa, una recompensa que lo es más porque es la coparticipación en mi Reino eterno, es la posesión de los derechos de los hijos de Dios... ¡Oh, Judas! ¿Por qué no te llena de entusiasmo esta herencia, a la que se llega renunciando a todo, y que no conoce fin? Acércate más, Judas.

¿Lo ves? Estamos solos. Los otros han comprendido que quería hablarte, a ti que destruyes mis... riquezas, que son las limosnas que el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios recibe para darles en nombre de Dios y del Hombre al hombre. Se fueron adentro. Estamos solos, Judas, en esta hora tan suave de la tarde en la que nuestro corazón vuela a nuestros hogares lejanos, a nuestras mamás que al preparar su cena solitaria ciertamente piensan en nosotros y acarician con la mano el lugar donde nos sentábamos a esta hora de Dios antes de que nos hubiese tomado su Santísima Voluntad para hacerlo amar en espíritu y en verdad.

¡Nuestras mamás! La mía, tan santa y pura, que os quiere tanto y ruga por vosotros, amigos de Jesús... La mía, que no tiene sino esta paz, en medio de sus preocupaciones de ser la Madre del Mesías, al saber que estoy rodeado de vuestro cariño... No quitéis las ilusiones, no engañéis este corazón de Madre, amigos míos. No lo destrocéis con vuestras malas acciones. Tu mamá, Judas. Tu mamá que la última vez que pasamos por Keriot no acababa de bendecirme y que quería besarme los pies, porque se siente feliz de que su Judas esté en la Luz de Dios, y que me dijo: “¡Oh, Maestro! ¡Haz santo a mi Judas! ¿Qué otra cosa

quiere el corazón de una madre sino el bien de su hijo? ¿Y qué bien es mayor que el Bien eterno? ¿Qué mayor bien, Judas, que a donde te quiero llevar, y a donde se llega, siguiendo mi Camino? Judas, tu mamá es una santa mujer. Una verdadera hija de Israel. No permití que me besase los pies, porque sois mis amigos, y porque en cada madre vuestra, en cada madre buena, veo a la mía. Yo quisiera que en la vuestra vieseis a la mía con su *tremendo* destino de Corredentora², y que no quisierais, no quisierais matarla, porque os parecerá matar a la vuestra propia.

No llores, Judas. ¿Por qué lloras? Si no tienes nada en el corazón que te remuerda contra tu mamá y contra la mía ¿por qué brota ese llanto? Ven aquí, pon tu cabeza sobre mi espalda, y di a tu Amigo tus ansias. ¿Has faltado en algo? ¿Te sientes cercano a hacerlo? ¡No estés solo! Vence a Satanás con la ayuda de quien te ama. Soy Jesús. Soy el Jesús que cura las enfermedades, que arroja a los demonios. Soy el que salva... que te quiere mucho, que se aflige por verte así tan débil. Soy el Jesús que enseña a perdonar setenta veces siete. Pero Yo, de mi parte, no setenta sino setecientas, siete mil veces os perdono... *y no hay culpa, Judas, no hay culpa, no hay culpa, Judas, que no perdone Yo, que no perdone, que no perdone*, si arrepentido el culpable me dice: “Jesús, he pecado”, o por lo menos: “¡Jesús!” o todavía menos, si suplicante sólo me mira. ¿Sabes, amigo mío, a quién perdono primero las culpas? ¿a quién se las perdono? *A los más culpables, y a los más arrepentidos*. Y Las primerísimas que perdono sabes cuáles son: *las que se me hacen a Mí*.

¿Judas... no encuentras una respuesta qué dar a tu Maestro? ¿Tanta es tu angustia que te impide la palabra? ¿Temes que te denuncie? ¡No tengas miedo! Hace tiempo que te quería hablar así, apoyado sobre mi corazón, como dos hermanos nacidos de una misma madre, como si fuésemos una sola cosa, como dos que se alternan en mamar la dulce leche de igual seno. Ahora estás conmigo y no te dejo sino hasta que me digas que te he curado. No tengas miedo, Judas. Quiero tu confesión. Tus compañeros pensarán que es una conversación de íntima amistad, porque verán que en nuestro rostro se refleja el afecto, después de ella. Y haré que cada vez más lo crean, teniéndote cerquita de Mí en la cena de esta noche, mojándote Yo mismo el pan y dándotelo con predilección, y serás el primero a quien dé la copa, después de haber alabado a Dios. Serás el rey del convite, Judas. Lo serás en realidad. Te amo Judas, amo tu alma, si te limpias y te liberas, dejando tu polvo sobre mi corazón que todo purifica.

“¿Todavía no me dices la causa de tu llanto?”

“Me has hablado tan dulcemente... de mamá... de la casa... de tu amor... Un momento de debilidad... ¡Estoy muy cansado!... Me parecía desde hace tiempo que no me amabas...”

“No. No es esto. En tus palabras hay más que una parte de la verdad. Estás cansado, pero no del camino, del polvo, del sol, del fango, de la gente. *Estás cansado de ti mismo*. Tu alma está cansada de tu carne y de tu mente. Tan cansada que terminará por apagarse de cansancio mortal. ¡Pobre alma a la que llamé Yo para los resplandores eternos! ¡Pobre alma que sabe que te amo y que te reprocha el que la arranques de mi amor! ¡Pobre alma que te reprocha inútilmente, como inútilmente te acaricio con mi amor, de que te comportas engañosamente con tu Maestro! Pero no eres tú quien lo haces. Es el que te odia y me odia. Por esto te decía hace un momento: “No estés solo” Oye esto: bien sabes que paso gran parte de mis noches en oración. Si alguna vez sientes en ti el valor de ser un ser humano, y la voluntad de ser mío, ven a Mí, mientras tus compañeros duermen. Las estrellas, las flores, los pajarillos serán testigos prudentes y buenos, compasivos. Se horrorizan por el crimen que se comete bajo sus rayos, pero no lanzan su voz para decir a los hombres: “Este es un Caín de su hermano”. ¿Has entendido, Judas?”

“Sí, Maestro. Pero créeme: no tengo otra cosa que cansancio y emoción. Te amo con todo el corazón y...”

“Está bien. Es suficiente”.

“¿Me das un beso, Maestro?”

² Cfr. Lc. 2, 35.

“Sí, Judas. Este y más te daré...”

Jesús lanza un profundo suspiro, suspiro de tristeza. Pero da el beso a Judas en su mejilla. Luego le toma la cabeza entre sus manos, y se la acerca a Sí, de modo que no hay más que unos cuantos centímetros de separación entre ambos, y le mira a la cara fijamente, lo escudriña, lo traspasa con su mirada magnética. Judas, este condenado, no se conmueve. Se queda aparentemente imperturbable. Sólo palidece por un momento y por un instante cierra sus ojos.

Y Jesús lo besa en sus cerrados párpados, luego en la mejilla, y luego en el pecho. Le dice: “Esto es para arrojar las tinieblas, para que comprendas la dulzura de Jesús, por fortificar tu corazón”. Luego lo suelta. Jesús penetra en la casa. Judas lo sigue.

“Muy bien, Maestro. Todo está listo. Te esperábamos tan sólo” dice Pedro.

“Estaba hablando con Judas sobre varias cosas... ¿Verdad, Judas? Habrá qué pensar también en el pobre anciano a quien mataron sus hijos”.

“¡Ah!” Judas aprovecha la ocasión para serenarse completamente y desviar las sospechas de los demás, si las hubiese. “Ah, ¿sabes, Maestro? Un grupo de gentiles nos detuvo hoy. Venían mezclados con judíos de las colonias romanas de Grecia. Querían saber muchas cosas. Respondimos como pudimos. Pero no creo que los hayamos persuadido. Fueron buenos y nos dieron mucha plata. Aquí la tienes, Maestro. Podremos hacer mucho bien”. Y Judas pone una bolsa gruesa de piel suave, que al golpear la mesa, suena el retintín de la plata. Es grande como la cabeza de un niño.

“Está bien, Judas. Distribuirás el dinero equitativamente. ¿Qué deseaban saber los gentiles?”

“Cosas sobre la vida futura... que si el hombre tiene alma, y que si ésta es inmortal. Citaban nombres de sus maestros. Pero nosotros... nosotros ¿qué podíamos decir?”

“Debisteis haberles dicho que viniesen aquí”.

“Se los dijimos, y tal vez vendrán”.

La cena continúa.

Jesús tiene cerca de Sí a Judas, y le da el pan mojado en el caldo que hay en el plato de la carne asada. Están comiendo pequeñas uvas negras cuando se oye que alguien llama a la puerta. Poco después regresa la mujer diciendo: “Maestro, quieren verte”.

“¿Quién?”

“Unos extranjeros”.

“¡Pero es imposible!” “¡El Maestro esta cansado!” “Todo el día camina y habla”. “Y luego, ¡gentiles en casa! ¡Que horror!” Los doce parecen un avispero.

“¡Psss! ¡Calma! No me produce fatiga escuchar a quien me busca. Es mi descanso”.

“Podría ser una trampa. ¡A esta hora!...”

“No. No lo es. Estaos tranquilos y descansad. Descansé cuando os estuve esperando. Voy. No, os pido que vengáis conmigo... aun cuando... aun cuando a los gentiles llevaréis algún día vuestro judaísmo que no lo será más sino cristianismo. Esperadme aquí”.

“¿Vas solo? ¡Ah, eso, nunca!” dice Pedro y se levanta. “Quédate donde estás. Voy solo”.

Sale. Se asoma a la puerta que da a la calle. A la luz crepuscular se ve que son varias las personas que le esperan.

La paz sea con vosotros. ¿Me necesitabais?”

“Salve, Maestro”. Habla un viejo imponente vestido a la romana y que sobre su cabeza trae un mantelete a la manera de capucha, en forma circular. “Hablamos este día con tus discípulos. Pero no supieron contestarnos gran cosa. Queríamos hablar contigo”,

“¿Sois los que les disteis una cuantiosa limosna? Gracias. Será para los pobres de Dios”. Jesús se vuelve a la dueña de la casa y le dice: “Mujer, voy a salir con ellos. Di a los míos que vengan a reunirse conmigo cerca de la costa, porque si no me equivoco, creo que estos son comerciantes...”

“Y navegantes. Bien lo has notado, Maestro”.

Se van. La luna les alumbra el camino.

“¿Venís de lejos?” Jesús va en el centro del grupo. De un lado viene el hombre que le habló. Un buen tipo de perfil latino. Del otro, uno que sin duda alguna es de origen hebreo; luego otros dos o tres tipos delgados, de color oliva, de ojos agudos y un poco irónicos; y otros más, diversos por la complexión de su cuerpo, y por su edad. Son una decena.

“Somos de las colonias romanas de Grecia y Asia. Parte judíos y parte gentiles... Por esto no nos atrevíamos a venir... Pero nos aseguraron que no desprecias a los gentiles... como hacen los demás... los judíos observantes, quiero decir, los de Israel, porque en otras partes hay judíos... que no son tan austeros. Tanto que yo, que soy romano, me casé con una mujer judía de Licaonia; y este que es hebreo de Efeso está casado con una romana”.

“No desprecio a nadie... Pero hay qué compadecer a los que todavía no saben pensar que: *si uno solo es el Creador, todos los hombres tienen una sola sangre*”.

“Sabemos que eres grande entre los filósofos. Y cuanto dices, lo confirmas. Grande y bueno”.

“Bueno es quien posee el bien, no quien habla bien”.

“Tú hablas bien y haces bien. Por eso eres bueno”.

“¿Qué queráis preguntarme?”

“Perdona, Maestro, si te cansamos hoy con nuestras importunidades, pero son buenas porque buscan con amor la Verdad... Preguntamos a los tuyos sobre la verdad de una doctrina de la que hablaron en cierta forma los filósofos antiguos de Grecia y que Tú, se nos dijo, vuelves a predicar más extensamente, más hermosamente. Mi mujer Eunike conversó con varios judíos que te oyeron hablar, y me repitió tus palabras. ¿Sabes? Eunike es ciega, y culta. Conoce los dichos de los sabios de su patria y ha encontrado un cierto paralelo entre tus palabras y las de un famoso filósofo griego. A Efeso también han llegado esas palabras tuyas. Nos hemos vuelto a encontrar aquí en este puerto, a donde hemos venido por razones de comercio o de religión, y hablamos de ello. Los negocios no obligan a uno a no pensar en otras cosas más altas. Terminados los negocios y llenas las bodegas tenemos tiempo de dar una solución a nuestra duda. Tú dices que el alma es eterna. Sócrates dijo que es inmortal. ¿Conoces las palabras del maestro griego?”

“No. No he estudiado en las escuelas de Roma o de Atenas. Pero habla. Te escucho igualmente. No ignoro el pensamiento del filósofo griego”.

“Sócrates, contrariamente a lo que creemos los de Roma, y a lo que creen vuestros saduceos, admite y sostiene que el hombre tiene un alma y que ésta es inmortal. Dice que, siendo así, la muerte no es más que liberación, es un paso de esta cárcel a la libertad en que se encuentra uno con aquellos a quienes amó, y conoce allí a los sabios de cuya cordura oyó hablar y a los hombres famosos, a los héroes, a los poetas, y no encuentra allí más ni injusticia ni dolor, sino una felicidad eterna en una morada de paz, abierta a las almas inmortales que vivieron justamente. ¿Qué dices de ello, Maestro?”

“En verdad te digo que el maestro griego, aun cuando permaneció en el error de una religión no verdadera, estuvo en lo cierto al afirmar que el alma es inmortal. Pionero de la Verdad y amante de la Virtud, sentí en el fondo de su ser hablar en voz baja la Voz del Dios Desconocido, del Verdadero Dios, del Dios Único; el Padre Altísimo de quien vengo Yo para llevar a los hombres a la Verdad. El hombre tiene un alma. Una. Verdadera. Eterna. Libre y no esclava. Merecedora de premio o castigo. Dueña de sí misma. Creada por Dios. Destinada en el Pensamiento Creador, a regresar a Dios. Vosotros gentiles, os entregáis mucho a los cuidados del cuerpo, obra admirable, en realidad, en la que está el sello del Dedo eterno. Admiráis mucho la inteligencia, joya encerrada en el cofrecito de vuestra cabeza y de allí derrama sus sublimes rayos. Grande, excelentísimo don del Dios Creador que se ha hecho según su Pensamiento, obras perfectas de órganos y miembros, y os he concedido que os asemejéis al Pensamiento y al Espíritu. Pero *la perfección de la semejanza está en el espíritu*, porque Dios no tiene miembros ni cuerpo, como no tiene sentidos, ni algo que le atraiga a la lujuria. Es un Espíritu purísimo, eterno, perfecto, inmutable, incansable en el obrar, siempre renovando sus obras que paternalmente adapta al camino ascendente de su criatura. El

espíritu, a quien una misma Fuente de poder y de bondad creo para todos los hombres, no conoce cambios de perfecciones iniciales. Uno solo es el Espíritu increado perfecto y tal ha quedado. Tres son los espíritus perfectos creados...”

“Tú eres uno de ellos, Maestro”.

“Yo, no. Yo en mi cuerpo tengo al Espíritu que no fue creado, sino engendrado por el Padre por abundancia de Amor”.

“¿Cuáles son, pues?”

“Los dos primeros seres humanos de quienes proceden todos, seres perfectos que después cayeron voluntariamente en la imperfección. El tercero, creado para delicia de Dios y del Universo, es muy superior para que el pensamiento y fe humanos puedan comprenderlo. Decía Yo que los espíritus creados por una misma Fuente con igual medida de perfección, sufren después, por su mérito y voluntad, una doble metamorfosis”.

“¿Entonces admites otras vidas?”

“*No hay más que una sola.* En esta el alma que tuvo la semejanza inicial con Dios, pasa, al practicar fielmente la justicia en todas las cosas, a una semejanza más perfecta, diría, a una segunda creación de sí misma, por la que llega a una doble semejanza con su Creador haciéndose capaz de pasas a poseer la santidad, *la cual es perfección de justicia y semejanza de hijos con el Padre.* Esta existe en los bienaventurados, esto es, en los que vuestro Sócrates dice que viven en el Hades. Pero Yo digo que cuando la Sabiduría haya dicho sus palabras, y con su sangre las haya sellado, estos serán los bienaventurados del Paraíso, del Reino, esto es, de Dios”.

“¿Y qué hacen ahora?”

“Esperar”.

“¿Qué?”

“El sacrificio, el perdón, la liberación”.

“Se dice que el Mesías será el Redentor, y que Tú lo eres... ¿Es verdad?”

“Así es. Soy Yo quien os está hablando”.

“¿Entonces tienes qué morir? ¿Por qué, Maestro? El mundo tiene mucha necesidad de Luz y ¿quieres Tú dejarlo?”

“¿Tú, griego, me preguntas esto? ¿Tú, en quien las palabras de Sócrates encuentran su apoyo?”

“Maestro, Sócrates fue un hombre justo. Tú eres santo. Mira de cuanta santidad necesita la Tierra”.

“Aumentará infinitamente su poder por cada dolor, por cada herida, por cada gota de mi Sangre”.

“¡Por Júpiter! Ningún estoico ha sido más grande que Tú, que no te limitas a predicar que la vida no vale nada, sino que Tú mismo la desprecias”.

“Yo no desprecio la vida. La amo como la cosa más útil para obtener la salvación del mundo”.

“Todavía eres joven, Maestro, para morir”.

“Tu filósofo dijo que los dioses aman lo que es santo, y tú así me has llamado. Si soy santo, debo tener sed de tornar a la Santidad de donde vine. Por lo tanto no soy muy joven para no tener esta sed. Dice también Sócrates que quien es santo desea hacer cosas que agraden a los dioses. ¿Qué cosa puede haber más agradable que devolver el abrazo del Padre los hijos a los que la culpa los tiene alejados y hacer que el hombre tenga paz con Dios, fuente de todo bien?”

“Dijiste que no conocías los dichos socráticos. ¿Cómo entonces sabes estas cosas que dijiste?”

“Yo sé todo. *El pensamiento de los hombres, en cuanto es pensamiento bueno, no es más que reflejo de mi pensamiento.* En cuanto no lo es, no es mío, pero lo he leído en los siglos, y supe, sé y sabré, cuándo fue dicho, cuándo lo es, y cuándo lo será. Yo lo sé”.

“Ven a Roma, Señor, faro del mundo. Aquí el odio te rodea; allá la veneración te seguirá”.

“Seguirá al hombre, no al Maestro de lo sobrenatural. Vine por lo sobrenatural. Debo conducir a los hijos del Pueblo de Dios, por más crueles que sean con el Verbo”.

“¿Entonces, Roma y Atenas no te conocerán?”

“Me conocerán. No tengáis miedo. Me conocerán. Los que me quieran, me conocerán y tendrán”.

“Pero si te matan...”

El espíritu de cada hombre es inmortal y ¿no va a serlo el mío, Espíritu del Hijo de Dios? Iré con mi Espíritu que obrará... Iré... Veo ya las turbas infinitas y las Casas levantadas a mi Nombre... Estoy por doquier... Hablaré en los templos y en los corazones... Nunca terminaré de predicar... El Evangelio recorrerá la Tierra... todos los buenos vendrán a Mí... y he aquí... que me pongo a la cabeza de mi ejército de santos y lo llevo al Cielo. Venid a la Verdad...”

“¡Oh, Señor! Tenemos el alma envuelta en fórmulas y errores. ¿Cómo haremos para abrirle la puerta?”

“Yo cerraré las puertas del Infierno; abriré las puertas de vuestro Hades y de mi Limbo. ¿No podré abrir las vuestras? Decid “Quiero” y como cerraduras hechas con alas de mariposa, caerán pulverizadas bajo el paso de mi Rayo”.

“¿Quién vendrá en tu Nombre?”

“¿Veis ese hombre que viene dando la vuelta, junto con uno más joven? Ellos irán a Roma, a muchas partes. Y con ellos muchos más. Así como ahora, entonces también empujados por el Amor que me tienen y que no los deja descansar sino a mi lado irán por amor a los que fueron redimidos con mi Sacrificio. Irán a buscaros, a juntaros, a llevaros a la Luz. ¡Pedro! ¡Juan! Venid. Ya terminé, por lo que veo, y regreso con vosotros. ¿Tenéis algo más qué preguntarme?”

“No, Maestro. Nos vamos, llevando con nosotros tus palabras”.

“Que en vosotros echen raíces eternas. Idos. La paz sea con vosotros”.

“Salve, Maestro”.

Y la visión termina.

Me pregunta Jesús una vez más: “¿Estás cansada? Un dictado pesado. Más bien dictado que visión. Pero es un argumento que algunos querían. ¿Quiénes? Lo sabrás en Mi Día. Ahora también tú quédate en Paz”.

De parte mía agrego que la conversación entre Jesús y los gentiles acaeció cerca de la costa de una ciudad marítima. A la luz de la luna, bien que se distinguían las plácidas ondas que iban a morir con su ruido entre los escollos del antemuro de un amplio puerto. No pude decirlo antes porque el grupo habló siempre y si hubiera descrito lo que veía, hubiera perdido el hilo. Caminan a lo largo de la costa yendo y volviendo. El lugar está solitario, pues todos han regresado ya a sus naves, cuyos fanales rojos brillan como estrellas de rubí en la noche. Qué ciudad sea, lo ignoro, pero parece bella e imponente.

0.....

96. En la casa de campo de Nicodemo

29 marzo 1946

Jesús llega allí en un fresco amanecer. Son bellos estos fértiles campos del buen Nicodemo a las primeras horas del sol. Bellos, no obstante que muchos de ellos estén ya segados y presenten el aspecto cansado de tierras en que ya no hay mieses, sino gavillas de oro, o que si las hay están tiradas en el suelo como despojos mortales, y que esperan que se les lleve a las eras. Y con ellas han muerto la flor de lis, la llamada boca de león de color morado, las delicadas corolas de la escabiosa, el frágil cáliz de las campánulas, la alegre aureola de las camamilas y margaritones, la amapola morada, y cientos más de flores que como estrellas, en espigones, en racimos, no hace poco reían y ahora están muertas. Los árboles frutales

consuelan a los campos de su duelo, cargados como están de sus frutos que a esta hora brillan con un color diamantino que el rocío les ha regalado y que con el sol desaparecerá.

Los campesinos están ya trabajando. Alegres porque pronto terminará su faena. Cantan mientras siegan la mies, ríen alegres, se estimulan para ver quién es más rápido y más experto en manejar la hoz o en hacer gavillas. Grupos y más grupos de trabajadores bien alimentados, que alegres trabajan por su buen patrón. Y a las orillas de los campos, o detrás de los que hacen gavillas, están los niños, las viudas, los ancianos, que esperan para poder espigar por su parte, o bien que esperan sin preocupación porque saben que habrá para todos, como siempre “por orden de Nicodemo”, como dice una viuda a Jesús que le preguntó.

“Él procura” –dice– “que se tiren a propósito espigas que recogeremos. Y, no contento con ello, después de haber nosotros cosechado, nos reparte lo demás. Oh, no espera hasta el año sabático¹, sino que siempre ayuda al pobre con sus mieses, y también con sus olivos y viñedos. Por eso Dios lo bendice con cosechas tan maravillosas. Las bendiciones de los pobres son como rocío en sus mieses y en sus campos, y hacen que sus mieses produzcan más trigo y cada campo rinda mayores frutos. Este año nos dijo que nos lo concede todo, porque es un año de gracia. De qué gracia hable, no lo sé. Se dice entre nosotros los pobres, y entre sus siervos que lo quieren, que él es discípulo secreto del que llaman el Mesías, el cual predica el amor a los pobres para mostrar así el amor a Dios... Tal vez Tú lo conoces, si eres amigo de Nicodemo... Pues los amigos frecuentemente tienen los mismos afectos... José de Arimatea, por ejemplo, es gran amigo de Nicodemo, y también se dice que él es amigo del Rabbí... Oh, pero ¿qué he dicho? ¡Dios me perdone! He causado mal a los dos buenos de la llanura...” la mujer está consternada.

Jesús sonríe y pregunta: “¿Por qué, mujer?”

“Porque... Oh, dime, ¿eres Tú verdadero amigo de Nicodemo y de José, o eres uno del Sanedrín, uno de los falsos amigos que causarían mal a los buenos, si estuviesen seguros que son ellos amigos del Galileo?”

“Puedes estar segura. Soy un verdadero amigo de los dos. Pero tú sabes muchas cosas. ¿Cómo las sabes?”

“¡Todos las sabemos! Arriba está el odio, abajo está el amor. Aun cuando no conocemos al Mesías, pero lo amamos nosotros los abandonados porque Él sí ama y enseña a amar... Tenemos miedo por Él ¡Son tan pérfidos los judíos, los fariseos, los escribas y los sacerdotes! Te estoy escandalizando... Perdóname. Es lengua de mujer y no sabe estar callada. Pero es que todas nuestras desgracias nos vienen de ellos, de los poderosos que nos oprimen sin compasión alguna, y nos obligan a ayunos no prescritos por la Ley, sino que nos los imponen, para tener qué buscar plata con qué pagar todas las décimas que ellos, los ricos, han impuesto a los pobres. Y es porque toda la esperanza se sitúa en el Reino de este Rabbí, que si ahora que es perseguido es tan bueno, ¡qué no será cuando llegue a ser rey!”

“Su Reino no es de este mundo. No tendrá ni palacios, ni ejércitos. No impondrá leyes humanas. No distribuirá plata, sino enseñará a los mejores que lo hagan. Los pobres no encontrarán a dos, diez o cien amigos entre los ricos, sino que todos los que crean en el Maestro reunirán sus riquezas para ayudar a los hermanos que no las tienen. Porque de hoy en adelante no se llamará “prójimo” al que es semejante a uno mismo, sino “hermano” en nombre del Señor”.

“¡Oh!...” La mujer está sorprendida; sueña con esos futuros días. Acaricia sus niños, sonríe, levanta la cabeza y dice: “¿Me aseguras que no he causado ningún daño a Nicodemo... al hablar contigo? Se me vino tan sin querer... ¡Tus ojos son tan dulces!... ¡Tan sereno tu rostro!... No sé... Me sentí segura como si estuviese cerca de un ángel de Dios... Por eso te lo dije...”

“Ningún mal le causaste. Puedes estar segura, antes bien has alabado a mi amigo, al que también Yo alabaré, y querré mucho más... ¿Eres de estos lugares?”

¹ Cfr. Ex. 23, 10-11; Lev. 25, 1-7, 20-22; Deut. 15, 1-11.

“¡No, Señor! Soy de entre Lida y Bettegón. Pero cuando uno está necesitado, corre aunque el camino sea largo. Más largos son los meses de invierno y de hambre...”

“Y más largo que el de la vida es el de la eternidad. Sería necesario preocuparse del alma, así como se preocupa uno del cuerpo, y corre a donde hay palabras de vida”.

“Voy a donde están los discípulos del Rabbí Jesús, ese hombre bueno. El único bueno entre los muchos rabbíes que tenemos”.

“Haces bien, mujer” dice Jesús sonriente. Hace una señal a Andrés y Santiago de Zebedeo que están con Él —pues los otros se han ido a la casa de Nicodemo— de no decir a la mujer acerca de su identidad.

“Seguro que hago bien. No quiero tener el pecado de no haber creído en Él y de no haberlo amado... Dicen que es el Mesías... No lo conozco, pero quiero creer, porque pienso que vendrán infortunios sobre los que no lo quieran aceptar como tal”.

“¿Y si sus discípulos estuvieran engañados?” pregunta Jesús.

“No puede, Señor. Son muy buenos, humildes y pobres para pensar que son seguidores de uno que no sea santo. Y luego... He hablado con gente a quien Él curó. No cometas, Señor, el pecado de no creer. Se condenaría tu alma... En fin...yo pienso que si aun todos estuviésemos engañados y que Él no fuese el Rey prometido, con seguridad que es santo y amigo de Dios, si dice tales cosas y cura las almas y los cuerpos... Siempre es provechoso estimar a los buenos”.

“Dijiste bien. Continúa firme en tu fe... He allí a Nicodemo...”

“Sí. Con los discípulos del Rabbí. Andan por los campos evangelizando a los segadores. También ayer comimos de su pan”.

Nicodemo con el vestido arremangado, se acerca sin haber visto al Maestro y manda a los campesinos no levantar una espiga de las segadas. “Nosotros tenemos pan... Damos el regalo de Dios a quien no lo tiene. Y lo damos sin temor. Podían nuestras mieses haber sido destruidas con la helada tardía, y con todo no se perdió ni siquiera una semilla. Devolvamos a Dios su pan, dándolo a sus hijos que carecen de él. Os aseguro que mucho más abundante, al mil por ciento, será la cosecha del próximo año porque Él ha dicho que ‘algo inimaginable será dado a quien dé’”.

Los campesinos, respetuosos y contentos, escuchan a su patrón asintiendo con la cabeza. Nicodemo repite sus órdenes en todos sus campos, en todos los grupos.

Jesús que está oculto ligeramente detrás de un cañaveral que hay cerca de un foso que hace de límite, aprueba y sonríe, y su sonrisa es mucho mayor cuando Nicodemo más se acerca y más inminente es el encuentro y la sorpresa.

Ahora salta el foso para ir a otros campos... y se queda como petrificado al encontrarse frente a Jesús que le extiende los brazos.

El aliento vuelve a su boca. Dice: “Maestro santo, y ¿cómo es posible que hayas venido a mí?”

“Para conocerte, aunque no es necesario, pues aquellos que reciben tus beneficios, lo habían dicho...”

Nicodemo está de rodillas, inclinado hasta el suelo, y de rodillas los discípulos a quienes hacen de cabeza Esteban y José, del Emmaús que está entre los montes. Los campesinos comprenden. Comprenden los pobres y todos están en tierra, en medio de un respeto sumo.

“Levantaos. Hasta hace poco era el Viajero que inspira confianza... Tenedme por tal todavía. Y amadme sin miedo. Nicodemo, mandé los otros diez, que no están aquí, a tu casa...”

“He dormido fuera para vigilar que no falte nada...”

“Dios te bendice por esto. ¿Quién te dijo que este año es de gracia, y no el venidero, por ejemplo?”

“No lo sé... No soy profeta, pero cierto que tonto no soy. A mi inteligencia ha venido en su ayuda una luz del cielo. Maestro mío... quería yo que todos los pobres gozasen de los bienes de Dios, mientras Dios está todavía entre los pobres... esperaba que vinieras a mi casa, para

impartir el suave olor y tu poder santificador a estas mieses, a mis olivares, viñedos, árboles, que daré a los pobres hijos de Dios, mis hermanos... Pero ahora que estás aquí, levanta tu mano bendita, y bendice para que junto con el alimento del cuerpo, baje sobre los que comerán la santidad que de Ti emana”.

“Con gusto, Nicodemo. Es justo deseo que el cielo aprueba”. Jesús abre sus brazos para bendecir.

“Oh, espera a que llame a los campesinos” y con un pito silva tres veces; silbido que se propaga por el aire tranquilo. Los segadores, los que espigaban, los curiosos corren de todas partes. Un buen grupo.

Jesús abre los brazos y dice: “Por la virtud del Señor, por el deseo de su siervo, que la gracia para el espíritu y para el cuerpo descienda en cada grano, en cada racimo, aceituna o fruta, y haga prósperos y santos a los que de ellos comieren con espíritu recto, limpio de concupiscencias y odios, y deseosos de servir al Señor obedeciendo a su Voluntad divina y perfecta”.

“Así sea, dice Nicodemo, Andrés, Esteban y los demás discípulos... “Así sea” repite el grupo, que se pone de pie, pues se había arrodillado para recibir la bendición.

“Di que dejen por un momento sus labores. Quiero hablarles”.

“Gracias, Maestro, muchas gracias por este favor más que haces”. Se van a la sombra de un bosquecillo y esperan para que se les junten los diez que habían ido a la casa, y que regresan jadeantes y desilusionados de no haber encontrado a Nicodemo.

Jesús empieza a hablar:

“La paz sea con vosotros. Os quiero proponer una parábola. Cada uno saque la enseñanza que más le convenga:

Escuchad: Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: “Hijo mío, ve a trabajar hoy a mi viña” Era una gran honra que le daba el padre. Él creía que su hijo sería capaz de trabajar en la viña en que él había trabajado hasta el presente. Señal era que veía en su hijo buena voluntad, constancia, capacidad, experiencia y amor. Pero el hijo, un poco disipado con las cosas del mundo, temeroso de que se le viese vestido como un siervo –Satanás se aprovecha de estos miramientos para alejar del Bien- de que se burlasen de él, o aun de que los enemigos de su padre tomasen la venganza en él, respondió: “No voy. No tengo ganas”. El padre fue al otro hijo, y le repitió lo que había dicho al primero. El segundo respondió al punto: “Sí, padre. Inmediatamente voy”.

¿Y qué sucedió? El primer hijo, que tenía buen corazón, después de un momento de debilidad en la tentación, de rebelión, se arrepintió de haber dado ese disgusto a su padre, y sin decir palabra alguna fue a la viña y trabajó todo el día hasta la noche; regresó satisfecho a su casa con la paz en el corazón por su labor cumplida. El otro, al revés, mentiroso y débil, salió de la casa pero no fue a la viña, sino que se fue a vagabundear ya buscar amigos influyentes de los que esperaba recabar alguna utilidad. Decía en su corazón: “Mi padre está ya viejo y no sale de casa. Le diré que le obedecí y él se lo creerá...”

Al llegar la noche también él regresó a casa, con la cara cansada de la ociosidad, con los vestidos arrugados, y sin tener el valor seguro de saludar a su padre que lo veía fijamente y lo comparaba con el primero que había regresado cansado, sucio, despeinado, pero jovial y sincero en su mirada, humilde, que sin querer gloriarse de su deber realizado, quería decir a su padre: “Te amo. Y con el corazón. Tanto te amo que vencí la tentación” El padre comprendió bien las cosas. Al abrazar a su hijo cansado, le dijo: “¡Bendito eres, porque comprendiste mi amor!”

Qué os parece: ¿cuál de estos dos lo amó? Ciertamente diréis: “El que cumplió la voluntad de su padre”. Y ¿quién la hizo: el primero o el segundo?”

“El primero” respondieron todos.

“El primero. Así es. También en Israel y vosotros os lamentáis de ello, no son como el primero los que dicen “¡Señor, Señor!” y se golpean el pecho, sin tener el corazón verdadero arrepentimiento de sus pecados, tan es verdad que cada vez lo endurecen más; no son los

que hacen ostentación de prácticas religiosas, para que se les tome por santos, y en privado no tienen caridad, no tienen justicia; no son los que se rebelan contra la voluntad de Dios, y la atacan como si fuera voluntad de Satanás, lo que no les será perdonado; no son estos tales los que son santos a los ojos de Dios. Sino los que, reconociendo que Dios hace bien todo lo que practica, acogen al Enviado de Dios y escuchan su palabra para saber portarse mejor, para hacer siempre bien lo que el Padre quiere. Estos tales son los santos y los amados del Altísimo.

En verdad os digo: los ignorantes, los pobres, los publicanos, las de vida ligera precederán a muchos de los que son llamados “maestros”, “poderosos”, “santos” y entrarán en el Reino de Dios. Y será lo justo. Porque Juan vino a Israel para conducirlo por los senderos de la Justicia, y gran parte de Israel no le creyó, esta gran parte que se llama así misma “docta y santa”, pero los publicanos y las meretrices le creyeron. Y he venido, y los doctos y santos no me creen; pero me creen los pobres, los ignorantes, los pecadores. He hecho milagros, y ni siquiera con esto me creen, ni sienten arrepentimiento de no creer en Mí; más bien me odian y odian a quien me ama.

Pues bien, Yo os digo: “Benditos los que saben creer en Mí y hacen la voluntad del Señor en que está la salvación eterna”. Aumentad vuestra fe y sed constantes. Poseeréis el cielo, porque habréis sabido amar la Verdad.

Idos. Dios sea con vosotros, y siempre”.

Los bendice, luego se despide, y al lado de Nicodemo, se dirige a la casa de éste para descansar y esperar hasta que el sol baje...

97. En casa de José de Arimatea

31 marzo 1946

También acá la actividad de los segadores se nota por todas partes, mejor dicho, se notó, porque en los campos no queda una sola espiga en pie, en estos campos más cercanos a la costa mediterránea que los de Nicodemo. Jesús no fue a Arimatea, sino a las posesiones que tiene José en la llanura, cerca del mar y que, antes de la siega, tuvieron qué ser un mar de espigas en miniatura porque son muy extensas.

Hay una casa baja, larga, blanca en el centro de los campos desnudos de su adorno. Una casa de campo, pero bien vista. Sus cuatro eras están llenas de gavillas y más gavillas, como forman los soldados sus carros cuando hacen alto en el campo. Carretas y carretas transportan el trigo del campo a las eras, y hombres y más hombres descargan y amontonan. José va de una era a la otra. Cuida que todo se haga bien.

Un campesino desde lo alto de una carreta anuncia: “Hemos acabado, patrón. Todo el trigo está en las eras. Esta es la última carretada”.

“Está bien. Descarga y luego desyunta los bueyes y llévalos a que beban agua. Y luego a sus establos. Trabajaron bien y merecen su descanso. También vosotros habéis trabajado y merecéis vuestro descanso. Y vuestra fatiga será llevadera porque para los corazones buenos es descanso la alegría ajena. Ahora vamos a hacer que vengan los hijos de Dios y les daremos el regalo del Padre Abraham, ve a llamarlos” dice, dirigiéndose a un campesino de aspecto patriarcal, que tal vez sea el primero entre los servidores de José; y lo creo porque veo que los demás le tratan con respeto. Este hombre no trabaja como los demás, sino que vigila y aconseja, ayudando a su patrón.

Abraham va... Veo que se dirige a una especie de inmenso galerón, con dos gigantescos pastores que llegan hasta los canelones. Me imagino que es una clase de bodega donde se meten las carretas e instrumentos agrícolas. Entra, y sale seguido de una multitud heterogénea y pobre en que hay de todas las edades y de todas las miserias. Hay quienes parecen esqueletos, hay otros que están lisiados, ciegos, mancos, enfermos de la vista... Muchas viudas con no pocos huerfanitos a su alrededor y también mujeres casadas cuyo

marido está enfermo. Mujeres de aspecto triste, abatido, escuálidas por las vigiliass y sacrificios por curar al marido.

Salen con ese aire particular de los pobres cuando van a un lugar en que se les va a dar algo: temor en las miradas, lo huraño del pobre honrado, y con toda una sonrisa que emerge de la tristeza que días de dolor imprimieron sobre las caras gastadas; y con toda una chispa mínima de triunfo, como una respuesta a la mala suerte de días tristes, continuos, algo como si dijese: "Hoy es un día de fiesta también para nosotros. Hoy es fiesta. Hoy, alegría. Hoy, ayuda.

Los pequeñuelos abren tamaños ojos ante los montes de gavillas, más altos que la casa y dicen: señalándolos a sus mamitas: "¿Para nosotros? ¡Qué grandes!" Los viejos murmuran: "¡El Bendito bendiga al misericordioso!" Los mendigos, lisiados, ciegos, mancos o enfermos de la vista: "Tendremos finalmente pan también nosotros, sin tener qué extender la mano". Los enfermos a sus familiares: "Al menos podremos curarnos sabiendo que no sufriréis por nosotros. Las medicinas nos harán bien ahora". Y los familiares a estos: "¿Lo veis? Ahora no diréis que ayunamos para daros el pedazo de pan. ¡Estad, pues, alegres!..." Y las viudas a los pequeñuelos: "Hijitos, hay qué bendecir mucho al Padre de los cielos que os hace de padre, y al buen José que es su administrador. Ya no os oiremos llorar más de hambre, vosotros que no tenéis más ayuda que vuestras mamitas... Las pobres mamitas que no tienen más riqueza que su corazón..."

Un coro y un espectáculo que causa alegría, pero que también arranca lágrimas de los ojos...

José pasa lista a estos infelices, pregunta a cada uno cuántos sean de familia, desde cuándo hayan empezado a ser viudas, cuándo enfermó, etc... y toma nota de ello. Luego según el caso dice a su siervo: "Da diez". "Da treinta".

"Da sesenta" dice después de haber escuchado a un viejo semiciego que le sale al frente con diecisiete nietos, todos abajo de los doce años, hijos de dos hijos suyos, que murieron uno en la siega del año anterior, y la otra de parto... "y" dice el viejo "su esposo ya se consoló y se ha casado otra vez después de un año de viudez. Me ha devuelto a los cinco diciendo que yo los tomara a mi cargo. Jamás un céntimo... Ahora mi mujer se me murió y me quedé solo... con estos..."

"Da sesenta a este viejo padre nuestro. Y tú, padre, quédate aquí, que te daré vestidos para los pequeñuelos".

El siervo hace notar que si se dan sesenta gavillas cada vez, no alcanzará para todos.

"¿Y dónde está tu fe? ¿Acaso amontoné las gavillas para mí? No. Para los hijos más queridos a los ojos del Señor. El proveerá para que todos tengan algo" responde José a su siervo..."

"Está bien, patrón, pero el número es número..."

"Pero la fe es fe. Para mostrarte que la fe puede todo, ordeno que se les dé doble, empezando por los primeros. Quien recibió diez, recibirá otros diez, y el que veinte otras veinte; y da ciento veinte al padre. ¡Hazlo! ¡Hacedlo!"

Los siervos se encogen de hombros y ejecutan las órdenes.

La distribución continúa en medio de una admiración gozosa de los pobrecitos que ven que se les da algo que jamás habían creído.

José sonrío. Acaricia a los pequeñuelos que se apresuran a ayudar a sus mamás, o ayuda a los lisiados que hacen su pequeño montón; o bien a los muy viejos incapaces de hacerlo, o a las mujeres demasiado flacas, y hace que dos enfermos se pongan a un lado para darles más ayuda, como hizo con el abuelo que tiene diecisiete nietos. Lo que antes llegaba hasta el techo, ahora ha desaparecido. Todos han recibido lo que querían y en modo abundante. José pregunta: "¿Cuántas gavillas quedan todavía?"

"Ciento doce patrón" responden, después de haber contado.

“Bien. Tomaréis cincuenta para semilla, porque es una semilla santa” dice después de haber pasado lista a los presentes. “Las otras sesenta y dos son para cada cabeza de familia aquí presente, que sois ese número”.

Los siervos obedecen. Llevan bajo el pórtico las cincuenta gavillas y distribuyen el resto. En las eras no se ven ya los montones de color dorado, pero en el suelo hay sesenta y dos montones de diverso tamaño y los dueños se apresuran a ligarlos, a cargarlos sobre primitivos carretones o sobre asnos que han ido a traer detrás de la casa donde los tenían amarrados.

El viejo Abraham que ha estado hablando con los siervos más principales, se acerca con ellos al patrón que le pregunta: “¡Y bien! ¿Habéis visto? ¡Alcanzó para todos y hasta sobró!”

“Pero patrón, ¡aquí hay algo misterioso! Nuestros campos no pueden haber producido el número de gavillas que has distribuido. Nací aquí y tengo setenta y dos años. Hace sesenta y seis años que siego, y sé. Mi hijo tenía razón. Sin una ayuda misteriosa no habríamos podido haber dado tanto...”

“Pero lo dimos Abraham. Tú estuviste a mi lado. Los siervos entregaron las gavillas. No hay sortilegio alguno. No es algo imaginario. Las gavillas pueden contarse todavía. Están todavía allí, divididas en partes”.

“Así es, patrón, pero... no es posible que los campos hayan producido tantas”.

“¿Y la fe, hijos míos? ¿Y la fe? ¿Dónde ponéis la fe? ¿Podía mentir el Señor a su siervo, que prometía en su Nombre y por un motivo santo?”

“Entonces ¡tú hiciste un milagro!” dicen los siervos, prontos a tributarle honor.

“No hago ningún milagro. Soy un pobre hombre. El Señor lo hizo. Leyó en el corazón y vio los deseos: el primero el de llevaros a la misma fe; el segundo el de dar mucho, mucho a estos hermanos míos infelices. Dios accedió a mis deseos... y lo hizo, ¡Sea bendito!” dice José con una inclinación reverente como si estuviese ante un altar.

“Y su siervo con Él” dice Jesús que ha estado oculto detrás de una casita que tiene una valla, que no sé si sea horno o molino de aceitunas, y que sale a la era donde está José.

“¡Maestro mío y Señor mío!” exclama José cayendo de rodillas para venerar a Jesús.

“La paz sea contigo. Vine a bendecirte en nombre del Padre, a premiar tu caridad y tu fe. Soy tu huésped por esta noche. ¿Me aceptas?”

“Oh, Maestro, ¿lo preguntas? Aquí... aquí no puedo honrarte... me encuentro en medio de siervos y campesinos en mi casa de campo... No tengo vajilla... ni maestresalas... ni siervos que sepan tratarte... No tengo comida especial... ni vinos exquisitos... No tengo amigos... Será una hospitalidad muy pobre... Pero Tú lo comprendes... ¿Por qué, Señor, no me avisaste? Habría proveído a todo... Antier estuvo aquí Hermas con los suyos... Y hasta me ayudó para avisar a estos a que viniesen para que les diese lo que es de Dios... Y no me dijo nada. ¡Si lo hubiera sabido!... Permíteme, Maestro, que dé órdenes, que trate de hacer lo posible... ¿Por qué sonríes de se modo?” pregunta finalmente José que no sabe qué hacer por la alegría imprevista y por el caso presente que piensa ser... desastroso.

“Me sonríó de tus inútiles aflicciones. ¿José, buscas lo que tienes?”

“¿Qué tengo? No tengo nada”.

“¡Cómo has cambiado! ¿Por qué no eres más el José espiritual de hace poco, en que hablabas como un sabio; cuando prometías en nombre de la fe, y cuando prometías darla?”

“Oh, ¿estuviste oyendo?”

“Oí y vi, José. Esa valla de laureles es muy útil para ver que lo que sembré no ha muerto en ti. Y por esto te digo que te entregas a aflicciones inútiles. ¿No tienes maestresalas, ni siervos apropiados? Donde se ejercita la caridad, allí está Dios; y donde está Dios, están sus ángeles. ¿Y qué mejores maestresalas que ellos? ¿No tienes alimentos especiales, ni vinos exquisitos? ¿Y qué alimento mejor y qué bebida especial puedes darme que el amor que has tenido para con ellos, y que tienes para conmigo? ¿No tienes amigos que me honren? ¿Y estos? ¿Qué amigos más amados que los pobres y los infelices para el Maestro que lleva por nombre Jesús? Ea, José! Ni aunque Herodes se convirtiese y me abriese sus salones para hospedarme y honrarme y con él estuviesen los jefes de todas las castas para darme honra,

no tendría Yo algo más precioso que esta gente a la que quiero decir una palabra y hacer un regalo. ¿Me permites?”

“¡Oh, Maestro! Todo lo que quieres, lo quiero. Da órdenes”.

“Diles que se reúnan. Para nosotros siempre habrá un pedazo de pan... Ahora es mejor que escuchen mi palabra más bien que andar de acá para allá entregados a quehaceres inútiles”.

La gente se reúne. Está sorprendida...

Jesús empieza a hablar: “Habéis comprobado que la fe puede multiplicar la cosecha cuando este deseo se inspira en el amor. No limitéis vuestra fe a las necesidades materiales. Dios creó el primer grano de trigo, y de allí viene el pan que alimenta al hombre. Pero creó también el Paraíso que está en espera de sus ciudadanos. Fue creado para los que viven en la Ley y le son fieles no obstante los dolorosas pruebas de la vida. Tened fe y lograréis conservaros santos con la ayuda del Señor, así como José logró distribuir trigo en doble ración para que os sintieseis felices y para confirmar en la fe a sus siervos. En verdad, en verdad os digo que si el hombre tuviese fe en el Señor, y por un justo motivo, ni siquiera las montañas que están enclavadas en la tierra con sus entrañas de roca, podrán resistir, y a la orden de quien tiene fe en el Señor se quitarían de su lugar. ¿Tenéis fe en Dios?” pregunta dirigiéndose a todos.

“¡Sí, Señor!”

“¿Quién es Dios para vosotros?”

“El Padre santísimo, como enseñan los discípulos del Mesías”.

“¿Y quién es el Mesías para vosotros?”

“¡El Salvador, el Maestro, el Santo!”

“¿Tan solo esto?”

“El Hijo de Dios. Pero no hay qué decirlo porque los fariseos nos persiguen, si lo declaramos”.

“Pero ¿creéis que Él lo sea?”

“Sí, Señor”.

“Así pues, creed en vuestra fe. Aunque callarais, las piedras, las plantas, las estrellas, el suelo, todas las cosas proclamarían que el Mesías es el verdadero Redentor y Rey. Lo proclamarán cuando sea levantado, cuando esté con la púrpura santísima y con la guirnalda de la Redención. Bienaventurados los que sepan creer esto ya desde ahora, pues entonces creerán con más fuerzas, y tendrán fe en el Mesías y con ello la vida eterna. ¿Tenéis esta fe inquebrantable en el Mesías?”

“Sí, Señor. Enséñanos dónde está Él, y le pediremos que aumente nuestra fe para ser bienaventurados”. La última parte de esta súplica la hacen no sólo los pobres, sino también los siervos, los apóstoles y José.

Si tuvierais tanta fe como un grano de mostaza, y conserváis esta fe, cual joya preciosa, en el corazón sin permitir que alguien os la robe, bien sea un humano, bien una fuerza sobrehumana y malvada, podéis todos decir también a esa gigante morera que hace sombra al pozo de José: “Arráncate de allí y trasplántate entre las olas del mar”.

“Pero ¿dónde está el Mesías? Lo estamos aguardando para que nos cure. Sus discípulos no nos curaron, pero nos dijeron: “Él lo puede”. Queremos curarnos para trabajar” dicen los enfermos o imposibilitados.

“¿Y creéis que el Mesías lo pueda?” pregunta Jesús haciendo señal a José de que no diga que Él lo es.

“Lo creemos. Él es el Hijo de Dios. Todo lo puede”.

“Todo lo puede... ¡y todo lo quiere!” dice Jesús extendiendo con imperio su brazo derecho y lo baja como para jurar. Termina con un grito poderoso: “¡Se haga así, para gloria de Dios!”

Hace como que se va a la casa, pero los curados, que serán unos veinte, gritan, corren, lo estrechan en una selva de manos que quieren tocarlo, que buscan las suyas, sus vestidos para besárselos, para acariciarlos. Lo separan de José, de todos...

Jesús sonríe, acaricia, bendice... Lentamente se desprende de ellos y, siempre seguido de ellos, desaparece en la casa, mientras los gritos de alegría suben al cielo que empieza a pintarse de morado en el crepúsculo.

98. El sábado en casa de José de Arimatea. Juan el sinedrasta

2 abril 1946

José de Arimatea está descansando en una habitación semioscura porque, para protegerse del sol, se han bajado todas las cortinas. Reina un silencio absoluto en todas partes. José dormita sentado en una especie de sillón cubierto de cuero... Entra un siervo, se dirige a él, lo toca para despertarlo. José abre sus ojos y mira al siervo con ojos semidespabilados.

"Señor, aquí está tu amigo Juan..."

"¿Mi amigo Juan? ¿Cómo es posible, cuando todavía no termina el sábado?"

José acaba de despabilarse completamente a la noticia de que un sinedrasta haya venido a visitarlo en día de sábado. Dice: "Dile que pase al punto". Sale el siervo y José, mientras espera, se pone a pasear pensativo por la habitación semioscura y fresca...

"¡Dios sea contigo, José!" dice Juan el sinedrasta, el que vimos en el primer banquete ofrecido en Arimatea a Jesús, y también en la casa de Lázaro en la última Pascua. Si no es discípulo de Jesús, por lo menos no le es contrario.

"Y contigo, Juan. Pero... conociéndote como justo, me admiro que hayas venido antes del crepúsculo..."

"Es verdad. He quebrantado la ley sabática. He pecado sabiendo que pecaba. Mi pecado es grande... Y grande será el holocausto que ofreceré para que sea yo perdonado, pero también es muy grande el motivo que me movió a cometer tal pecado... Yahvé, que es justo, tendrá compasión de su siervo culpable, teniendo en cuenta el gran motivo que me obligó a él..."

"Antes no hablabas así. Para ti el Altísimo no era más que rigor, inflexibilidad. Y te creías perfecto porque lo temías como a un Dios inexorable..."

"¡Oh, perfecto!... José, nunca te he confesado mis culpas secretas... Pero es verdad. Juzgaba a Dios como inexorable. Como muchos en Israel. Así nos enseñaron a creer en Él como en un Dios vengativo..."

"Y tú has seguido creyéndolo aun después de que el Rabbí ha venido a dar a conocer a su pueblo el verdadero Rostro de Dios, su verdadero Corazón... Un Rostro, un Corazón de Padre..."

"Es verdad. Estoy de acuerdo. Pero... todavía no le había oído hablar largamente... Acuérdate que desde que lo vi en tu casa en aquel banquete, tomé una actitud de... respeto, aunque no de amor para con Él".

"Recuerdo. Tú sabes que quiero tu bien, y quisiera que lo amases. El respeto es muy poca cosa..."

"Tú lo amas, ¿verdad, José?"

"Sí, y te confieso aun cuando sé que los Príncipes de los Sacerdotes odian a quienes aman al Rabbí. Pero tú no eres capaz de delatarme..."

"No. No soy capaz de ello... Quisiera ser como tú. ¿Lo lograré?"

"Rogaré para que lo logres. Será tu salvación eterna, amigo..."

Un silencio profundo. Ambos piensan.

José pregunta: "Me acabas de decir que un gran motivo te empujó a quebrantar el sábado. ¿Cuál pudo haber sido? ¿Puedo preguntártelo sin faltar a la discreción? me imagino que viniste a pedir mi ayuda... Y para ayudarte debo saberlo..."

Juan se pasa la mano sobre la frente, se aprieta su amplia frente en cuyas sienes empiezan a verse los cabellos grises. Se acaricia sus cabellos, algunos de los cuales, son canos. Se acaricia su barba tupida y cuadrada... Alza su cabeza, mira a José: "Sí. Un gran motivo. Y penoso. Y... una gran esperanza..."

“¿Cuáles?”

“¿José, puedes imaginar que mi casa sea un infierno y que pronto no será sino un hogar... un hogar destruido, disperso, arruinado?”

“¿Qué dices? ¿Estás en tus cinco?”

“Estoy muy cuerdo... Mi mujer se me quiere ir... ¿Te sorprende?”

“...Sí porque... siempre la he conocido por buena y... porque vuestro hogar ha sido para mí ejemplar... lleno todo de finezas... lleno todo de virtudes...”

Juan se siente, con la cabeza entre las manos.

José prosigue: “Ahora... esta... esta decisión de ella... No puedo creer que Ana haya faltado... o que tú... Pero mucho menos me imagino que ella lo haya hecho... Tu hogar. Tus hijos. No... Ella no puede tener culpa alguna...”

“¿Estás seguro? ¿Estás seguro?”

“¡Pobre amigo mío! No tengo los ojos de Dios, pero por lo que puedo decir, creo que así es...”

“¿No piensas que Ana sea... infiel?”

“¿Ana? Pero ¡amigo mío! ¿Te quemó el sol los sesos? ¿Infiel, con quién? Jamás sale de su casa, prefiere la campiña a la ciudad. Trabaja como la mejor de las esclavas. Es humilde, silenciosa, diligente, cariñosa para contigo, con los niños. La mujer de ligeros cascos nunca hace estas cosas. Créemelo. ¿Juan en qué te basas para tener estas sospechas? ¿Desde cuándo?”

“Desde un principio”.

“¿Desde un principio? Entonces ¡tú has estado enfermo!...”

“¡Sí... José! Yo he cometido varios errores. Pero no te los quiero confesar a ti solo. Anteayer pasaron unos discípulos por mi casa y con ellos unos pobres. Me dijeron que el Rabbí vendría a tu casa... Y ayer... ayer sobre mi casa la racha de tempestad sobre ella se abatió... tanto que Ana tomó la decisión que te acabo de decir... En la noche... tanto que pensé... Y llegué a la conclusión que sólo Él, el Rabbí perfecto...”

“Pero, ¡Juan, Juan!”

“Lo que quieras... Sólo Él puede curarme y reparar... reconstruir mi hogar, devolverme mi Ana... mis hijos... todo...” Juan llora y entre sollozos continúa: “Porque sólo Él ve la verdad y la dice... y creeré en Él... José, amigo mío, permíteme que me quede aquí a esperarlo...”

“El Maestro está aquí. Partirá después del crepúsculo. Te lo voy a llamar”. José sale.

Pocos minutos después. La cortina se corre y Jesús entra... Juan se pone de pie. Se inclina con respeto para saludarlo.

“La paz sea contigo, Juan. ¿Qué te pasa?”

“He venido a que me ayudes a ver... a que me salves. Soy muy infeliz. He pecado contra Dios y contra mi mujer. Y de pecado en pecado he llegado a violar la Ley del sábado. Absuélveme, Maestro”.

“La Ley del sábado. ¡Es una grande y santa Ley! Lejos de Mí pensar que no tenga valor y que se le desprecie. Pero, ¿por qué la antepones al primero de los mandamientos? Pides que se te absuelva de haber violado el sábado, ¿y no la pides de haber faltado al amor y atormentado a una inocente, de haberla llevado a la desesperación y empujado a los umbrales del pecado? De esto te deberías de angustiar más que de la otra cosa. De la calumnia que contra ella has lanzado...”

“Señor, sólo José lo sabe, porque se lo dije hace poco. A ninguno otro se lo había manifestado. Créemelo. Tan adentro y escondido tenía mi dolor que ni siquiera José, tan buen amigo mío, había caído en cuenta de ello, y se quedó sorprendido. Ahora él te lo acaba de decir, para poderme ayudar. El justo José no se lo dirá a ninguna otra persona”.

“Él no me ha dicho ni una palabra. Tan solo me dijo que me buscabas”.

“Oh, entonces ¿cómo lo sabes?”

“Que ¿cómo lo sé? Como sabe Dios los secretos de los corazones. ¿Quieres que te diga el estado del tuyo?”...

José quiere retirarse, pero el mismo Juan lo detiene, diciéndole: “No. Quédate. ¡Tú eres mi amigo! Puedes ayudarme ante el Rabbí, tú, que me acompañaste cuando me casé...” José no se va.

“¿Quieres que te lo diga? ¿Quieres que te ayude a conocerte? ¡Oh, no tengas miedo! Mi mano no es dura. Sé descubrir las heridas, pero no las hago sangrar para curarlas. Sé comprender. Sé compadecer. Sé curar con la condición de que haya voluntad de ser curado. Esta vez la tienes, pues has venido a buscarme. Siéntate aquí, a mi lado, entre Mí y José. Él fue tu paraninfo en tus bodas terrenas. Yo quisiera ser el tuyo en tus espirituales... ¡Oh, que si lo quiero!... Escúchame, y respóndeme con franqueza a todo lo que te preguntaré. ¿Qué piensas: hizo Dios bien o mal al unir al hombre y a la mujer? ¿Crees que haya sido un acto bueno o malo?”²

“Bueno, Señor. Como todas las cosas que hizo Dios”.

Bien respondido. Ahora dime: si el acto fue bueno ¿cuáles deben ser sus consecuencias?”

“Igualmente buenas, Señor. Y lo fueron, no obstante que Satanás se hubo introducido para destruirlas, porque Adán siempre tuvo la ayuda de Eva, y ésta de él. Y más sensible y clara fue la ayuda cuando ambos, desterrados por la tierra, tuvieron qué sostenerse el uno al otro. Buenas fueron las consecuencias materiales, esto es, los hijos por los que se propagó el hombre, y a través de los cuales brilló el poder y bondad de Dios”.

“¿Cuál poder? ¿Cuál bondad?”

“Bueno... su condescendencia en favor de los hombres. Si miramos hacia atrás... claramente... hubo castigos justos, pero más numerosas fueron las veces de su bondad... Bondad infinita es el pacto que hizo con Abraham, pacto que repitió con Jacob³ y así sucesivamente... hasta el día de hoy. Lo repitió a través de la boca sincera de los profetas... hasta Juan...”

“Y de la del Rabbí, Juan” interrumpe José.

“Esa no es boca de profeta... No es boca de un Maestro... Es... algo más”.

Jesús levemente se sonríe ante la tenue... profesión de fe del sinedrista que no es capaz de decir: “Es boca divina”, pero que ya lo piensa.

“Así pues, Dios hizo bien en unir al hombre y a la mujer. Tú lo has dicho. ¿Y cómo quiso que fuesen el hombre y la mujer?” pregunta Jesús.

“Una sola carne, un solo cuerpo”.

“Está bien. ¿Puede entonces el cuerpo odiarse a sí mismo?”

“No”.

“¿Puede un miembro odiar al otro miembro?”

“No”.

“¿Puede un miembro separarse del otro?”

“No. Tan sólo la gangrena, la lepra o una desgracia puede hacer que un miembro se le corte del resto del cuerpo”.

“Perfectamente bien. Entonces sólo una cosa muy dolorosa o perversa puede separar lo que Dios quiso que fuese una ‘unidad única’”.

“Es así, Maestro”.

“Entonces, ¿por qué tú, que estás convencido de estas cosas, no amas a tu cuerpo? ¿Por qué lo odias hasta hacer que brote una gangrena entre uno y otro miembro; y llegado a esto, que el más débil se separe y te deje solo?”

Juan inclina su cabeza. Guarda silencio. Nerviosamente estruja su vestido.

“Te diré el por qué. Porque Satanás se interpuso, el que todo lo perturba, entre tú y tu mujer. Aun más: se metió en ti, con un amor desordenado hacia ella. El amor cuando es desordenado engendra odio, Juan. Satanás se ha aprovechado de tu sensualidad de varón para hacerte pecar. Aquí fue donde empezó tu pecado. De un desorden que ha sido causa de

² Cfr. Gén. 1, 26-5,5.

³ Cfr. Gén. 15; 17; 28, 10-22.

nuevos y más graves desórdenes. No has visto en tu mujer a la buena compañera, a la madre de tus hijos, sino al objeto de placer. Y esto te hizo que tus pupilas apareciesen ser como las del buey que todo ve cambiado. Has visto como *tú veías*. Así has visto a tu mujer. Como la consideraste como un objeto de placer, así creíste que lo fuese para los demás. De acá arrancaron tus celos, tu miedo irracional, tu orgullo pecaminoso que hicieron de ella una mujer atemorizada, encarcelada, atormentada, calumniada. Nada importa que no la apalees, que no la injuries públicamente. Tus sospechas son el palo. Tu duda la calumnia. La calumnias al pensar que sea capaz de llegar a traicionarte. ¿Qué importa que la trates como crees que debe ser tratada? Peor que una esclava es para ti en lo íntimo de tu hogar, por tu bestial lujuria que la envileces hasta el no poder más, la que ha soportado siempre en silencio y dócilmente esperando que te persuadirías, te calmarías, te haría bueno, pero que no ha servido sin para exasperarte más, hasta convertir tu casa en un infierno en que rugen los demonios de la lujuria y de los celos. ¡Los celos! ¿Qué crees que pueda ser la cosa más calumniosa para una casada sino los celos? ¿Y cuál puede ser el verdadero estado de un corazón celoso? Créeme que donde los celos anidan, los celos que son algo necio, irracional, injurioso, terco, no hay amor al prójimo, ni de Dios, sino egoísmo. De esto te debes afligir y no de haber violado unos cuantos minutos del sábado. Debes reparar el mal que has provocado, si quieres ser perdonado...”

“Pero, ella se quiere ir ya... ven a persuadirla. Si la oyes hablar, Tú... Tú sólo puedes juzgar por Ti mismo si es inocente...”

“¡Juan! ¿Quieres curarte y no quieres creer en lo que te digo?”

“Tienes razón, Señor. Cámbiame el corazón. Es verdad. No tengo motivo para basar mis sospechas. La amo mucho... con lujuria, es verdad. Bien dijiste... Todo es oscuridad para mí...”

“Entra a la Luz. Líbrate de la maraña ardiente de los sentidos tan prepotentes. Al principio te costará... Pero mucho más te costaría perder a una buena esposa y peor sería que te ganases el infierno para expiar con él tu pecado de falta de amor, de calumnia, y adulterio, y el de ella, porque, recuérdalo bien y lo he dicho que quien empuja a una mujer al divorcio se pone él en peligro y pone a ella también en peligro de adulterio. Si pudieses resistir por un mes, al menos por un mes, el demonio que te oprime, te prometo que tu pesadilla se habrá desvanecido. ¿Me lo prometes?”

“¡Señor, Señor! Yo quisiera... pero hay un fuego... apágamelo Tú. ¡Tú que eres poderoso!...” Juan el sinedrasta ha caído de rodillas ante Jesús y llora, con la cabeza entre las manos puestas sobre el suelo.

“Te lo apagaré. Te lo frenaré. Pondré frenos y barreras a este demonio. Mucho has pecado, Juan, y debes trabajar por ti mismo para que te levantes. Los que Yo convierto, han venido a Mí con voluntad decidida de llegar a ser nuevos, de verse libres... Con sus solas fuerzas habían ya dado los primeros pasos de su redención. Por ejemplo, Mateo, María la hermana de Lázaro y otros más. Tú viniste aquí para saber sólo si Ana era culpable y para que te ayudase a no perder la fuente en que se abreva tu pasión. Pondré barreras al poder de tu demonio no por un mes sino por tres. Durante ese tiempo medita y elévate. Proponte llevar nueva vida de marido. Una vida de hombre que tiene alma, y no la vida de un animal, como hasta ahora has llevado. Fortificado con la oración y meditación, con la paz que te doy por tres meses, procura luchar y conquistarte la Vida eterna y conquistar nuevamente el amor y la paz de tu esposa y de tu hogar. Vete”.

“Pero ¿qué diré a Ana? Tal vez cuando regrese estará ya a punto de marcharse... ¿Qué palabras puedo decirle, después de tantos años de... ofensas, para persuadirla de que la amo y que no quiero perderla? Ven Tú...”

“No puedo. Pero todo es sencillo. Sé humilde. Llámala aparte y confíesale tu tortura. Dile que viniste a verme porque querías que Dios te perdonase. Pídele que te perdone porque el perdón de Dios descenderá sobre ti, si ella lo pide por ti, y es la primera en perdonarte... ¡Oh, infeliz! ¡Cuántos bienes, cuánta paz has destruido con tu fiebre! ¡Cuántos males crea el

desorden de los sentidos, el desorden en el cariño! ¡Ea, levántate! Vete tranquilo. ¿No comprendes que ella, buena y fiel como lo es, está más angustiada que tú con el pensamiento de abandonarte y no espera sino una palabra tuya para decirte: “Todo te perdono”? ¡Ea, vete! El crepúsculo ha llegado. No cometes ningún pecado al regresar a tu casa... Y tu Salvador te absuelve del que cometiste por venirlo a ver. Vete en paz. Y no peques más”.

“¡Oh, Maestro, Maestro!... No soy digno de estas palabras... Maestro... yo... yo quisiera amarte de hoy en adelante...”

“Está bien. Vete. No tardes. Y recuerda esta hora en aquella otra en que Yo, Inocente, seré calumniado”.

“¿Qué quieres decir?”

“Nada. Vete. Adiós” y Jesús se retira dejando a los dos sinedristas conmovidos y que se mueren en elogios que le tributan al tenerlo por un santo y un sabio, como sólo Dios puede serlo.

99. Los apóstoles hablan entre sí

5 abril 1946

“¡No veo la hora de llegar a los montes!” exclama Pedro bufando y secándose el sudor que le corre por las mejillas y cuello.

“¡Cómo! ¿A ti que antes no gustaban, ahora sí?” pregunta sarcásticamente Judas Iscariote, cuyo temor de haberse visto descubierto se ha desvanecido, y vuelve a ser autoritario y petulante.

“¿Y qué quieres? Ahora sí los busco. En estos calores es lo mejor. Pero nunca como mi mar... ¡Ah, ese!... No comprendo por qué los campos sean más calientes después de la siega. El sol siempre es el mismo y vete a...”

“No es que sean más calientes, es que son más tristes y se cansa uno con verlos así, más que cuando tienen todavía la mies” responde con sentido común Mateo.

“No. Simón tiene razón. Son insoportablemente calientes después de la siega. Jamás había sentido tanto calor” replica Santiago de Zebedeo.

“¿Jamás? ¿Y dónde pones lo que sentimos cuando fuimos a la casa de Nique?” dice Judas volviendo a la pelea.

“Jamás como este” responde Andrés.

“¡Apuesto a que no! Hace cuarenta días que el verano está encima y por eso el sol quema” insiste Judas.

“Es un hecho que el rastrojo despide más calor que los campos con espiga. El sol, que antes se abatía sobre las espigas, ahora lo hace directamente sobre el suelo desnudo y caliente y por eso reverbera su calor hacia arriba, como respondiéndose a sí mismo que baja de lo alto, y el hombre se encuentra en medio de dos fuegos” dice Bartolomé con tono grave.

Iscariote irónicamente se ríe y le presenta sus respetos diciendo: “Rabbí Natanael, te saludo y te agradezco tu docta lección”. Sus palabras son mordaces. Lo mismo que su voz.

Bartolomé lo mira... pero no dice nada. Mas Felipe: “No hay por qué burlarse. Es como él dijo. No podrás negar una verdad que miles de cabezas con buen sentido han dicho que así es”.

“¡Claro que sí, claro que sí! Sé, muy bien sé que sois de los doctos, de los expertos, de los sensatos, de los buenos, de los perfectos... ¡Sois todo! ¡Todo! ¡Tan solo yo soy la oveja negra de la blanca manada!... Yo sólo soy el cordero bastardo, el oprobio que se ve, y que echa cuernos de cabro... Yo sólo soy el pecador, el imperfecto, la causa de todo el mal que existe entre nosotros, en Israel, en el mundo... y tal vez hasta en las estrellas. ¡No puedo más! No puedo ver que sea yo el último, ver que nulidades tan grandes como esos dos necios que están hablando con el Maestro, sean admirados como dos santos oráculos. Estoy cansado de...”

“Oye, muchacho...” empieza a decir Pedro con el color en sus mejillas; pero no termina porque Judas Tadeo lo interrumpe: “¿Mides a los demás con tu medida? Trata tú de ser una “nulidad” como son mi hermano Santiago y Juan de Zebedeo, y no habrá más imperfecciones en nuestro grupo de apóstoles”.

“Esto es lo que yo estaba diciendo. ¡Qué la imperfección soy yo! ¡Oh, es demasiado! Es...”

“También yo lo creo. Porque demasiado fue el vino que nos hizo beber José... y con este calor te hace mal... Tan solo quieres burlarte...” calmadamente dice Tomás para que la disputa se convierta en chiste.

Pero Pedro, que ha acabado con su paciencia, y con los dientes apretados y los puños cerrados para dominarse un poco más, dice: “Oye, muchacho. Una sola cosa te aconsejaría. Sepárate un poco de nosotros...”

“¿Yo? ¿Separarme yo? ¿Porque tú me menadas? Tan solo el Maestro puede darme órdenes. Solo a Él obedezco. ¿Quién eres tú? Un pobre...”

“Pescador, ignorante, vulgar, inútil para cualquier cosa. Tienes razón... Soy el primero en decírmelo. Y ante nuestro Yeová, omnipresente y omnividente, digo que preferiría ser el último y no el primero; digo que quisiera verte, o a cualquier otro, en mi lugar, pero más que todo a ti, para que tuviese libre del monstruo de los celos que te hace tan duro, y no tuvieses qué obedecer, sino que yo lo hiciese... Créeme que menos me costaría hablarte como al “primero”, que no ahora. Pero el Maestro, me puso de “primero” entre vosotros... Y debo obedecerlo ante todo y sobre todo... Y tú debes obedecer. Con mi sentido común de pescador te digo que no te separes. Así como tú al ver fuego en las palabras que menos lo tienen lo pensaste que lo tenían, te digo que te dejes por un poco tiempo, que te estés solo, que reflexiones... Te encontrabas a tus anchas solo desde Béter hasta el valle. Continúa haciéndolo... El Maestro va a la cabeza... tú a la cola... En medio nosotros... los “nada”... Ninguna cosa es mejor para comprender y calmarse que estar solos... Acepta mi consejo... Es mejor para todos, y sobre todo para ti...” Lo toma de un brazo, lo saca del grupo, diciendo: “Quédate allí, mientras nosotros damos alcance al Maestro. Y luego... vente despacio, despacio... y verás que se te habrá pasado... el temporal”. Lo deja plantado y se une a sus compañeros que se han adelantados unos metros.

“¡Uff! He sudado más hablándole, que caminando. ¡Qué tipo! ¿Se podrá sacar algo bueno de él?”

“No lo creo, Simón. Mi hermano se obstina en conseguirlo. Pero... de él no sacaré cosa buena” le responde Judas Tadeo.

“¡Es un buen castigo que se nos ha venido encima!” dice en voz baja Andrés, y que concluye con: “Yo y Juan tenemos casi miedo de él, y nos callamos por temor a las discusiones”.

“Es lo mejor que podéis hacer” dice Bartolomé.

“Yo no logro hacerlo” confiesa Tadeo.

“Yo muy mal... Pero he encontrado el secreto” dice Pedro.

“¿Cuál es? Dínoslo...” le preguntan todos.

“Trabajando como un buey que tira el arado. Un trabajo, tal vez, inútil... pero que me ayuda a no echar contra Judas lo que por dentro me bulle...”

“¡Ah! Ahora entiendo por qué hiciste aquel destrozo de arbustos cuando bajábamos hacia el valle. Por esto ¿no es verdad?” le pregunta Santiago de Zebedeo.

“Exacto... pero hoy... no tenía por aquí qué romper, sin causar daño alguno. No hay más que árboles frutales y sería un pecado atacarlos... Me he cansado más con vencerme... con vencer al viejo Simón de Cafarnaúm... que de haberme puesto a quebrar ramas... los huesos me duelen...”

Bartolomé y Zelote hacen el mismo gesto y dicen las mismas palabras. Le dicen a Pedro cariñosamente: “¿Y te sorprendes de que Él te ha hecho el primero entre nosotros? Eres un maestro...”

“¿Yo? ¿Por esto? ¡Tonterías!... Soy un pobre hombre... Sólo os pido que me ayudéis con vuestros doctos consejos, con vuestras ideas cariñosas y sencillas. ¡Amor y sencillez! Para que sea como vosotros... y sólo por amor de Él, que bastantes aflicciones tiene ya consigo...”

“Tienes razón. Por lo menos no hay qué dárselas” dice Mateo.

“Yo estuve muy preocupado cuando lo mandó llamar Juana. Vosotros no sabéis cosa alguna, ¿vosotros que vais adelante?” pregunta Tomás.

“Claro que no. Pero dentro de nosotros habíamos pensado que ese... que nos sigue... había hecho una buena” responde Pedro.

“¡Chitón! Lo mismo pensé al escuchar al Maestro el sábado confiesa Judas Tadeo.

“Igualmente yo” añade Santiago de Zebedeo.

“¡Vamos! No me lo había imaginado... ni siquiera cuando vi a Judas que estaba tan negro aquella tarde, tan grosero, si así puede decirse” dice Tomás.

“Bueno. No hablemos más de esto, y procuremos... hacer que se haga mejor con nuestro cariño, con nuestros sacrificios. Como nos enseñó Marziam...” dice Pedro.

“¿Qué estará haciendo Marziam?” pregunta sonriendo Andrés.

“¡Bah!... pronto estaremos con él. No veo la hora... Estas separaciones me cuestan mucho”.

“Quién sabe por qué el Maestro las quiere... No estaría mal... Marziam podría estar con nosotros. No es más un niño, ni tan endeble” advierte Santiago de Zebedeo.

“Y luego... Caminamos con él el año pasado y cuánto... ahora con mayor razón podría caminar con nosotros” dice Felipe.

“Yo me imagino que para que no asista a ciertas tonterías...” dice Mateo.

“Y no se junte con ciertos tipos...” refunfuña Tadeo, que realmente no soporta a Iscariote.

“Tal vez vosotros dos tenéis razón” dice Pedro.

“¡Eso no! Querrá sólo que se haga más fuerte. Veréis que para el año que entra estará con nosotros” asegura Tomás.

“¡El año que entra! ¿Estará todavía el año próximo el Maestro con nosotros?” pregunta pensativo Bartolomé. “Sus discursos... me parecen que...”

“¡No lo digas!” le ruegan los demás.

“No quisiera decirlo. Pero no decirlo no sirve de nada para desterrar lo que ha sido determinado”.

“Entonces... con mayor razón debemos de tratar de ser mejores en estos meses... Para no causarle ningún dolor y estar pronto. Quiero pedirle que ahora que descansemos en Galilea, nos instruya mucho, mucho a nosotros los doce... dentro de poco estaremos allá...”

“Y no veo la hora. A estoy viejo y las caminatas con este calor me causan incomodidades secretas” confiesa Bartolomé.

“También a mí. Fui un vicioso y soy más viejo de lo que se puede pensar, si se tienen en cuenta los años. Las crápulas... Ahora todo lo sufro en los huesos... Nosotros los hijos de Leví sufrimos dolores por naturaleza...”

“¿Y yo? Estuve enfermo por años... y aquella vida en las cuevas con poca comida, y eso, miserable. ¡Todo eso se deja ver ahora!...” dice Zelote.

“Pero siempre nos has dicho que desde que te curó, te has sentido siempre fuerte” dice a sus espaldas Judas que ya se les juntó. “¿Ya se te acabó tan pronto el efecto del milagro?”

Zelote muestra en su feo rostro algo típico en él, parece como si dijese: “¡Señor ven aquí! ¡Dame paciencia!” Pero con una cortesía sin igual responde: “No. No ha terminado el efecto del milagro. Y todos pueden verlo. No he vuelto a enfermarme. Me siento fuerte. Duro. Pero los años son los años y las fatigas, fatigas. Y luego estos calores que nos hacen sudar como si estuviésemos metidos en un foso. Estas noches, que podría decir que son hielo, con respecto al calor del día, y que nos congelan el sudor en las espaldas, mientras el rocío acaba con humedecer nuestros vestidos, empapados ya de sudor, es claro que no me hacen bien. Por eso no veo la hora en que podamos descansar un poco. Por la mañana, sobre todo cuando se duerme bajo las estrellas, estoy hecho una piedra de duro. Si me enfermo ¿para qué sirvo?”

“Para que sufras. Él dice que el sufrimiento vale igual que el trabajo y la oración” le responde Andrés.

“Es cierto, pero preferiría servirle cual apóstol y...”

“Y también tú estas cansado. Confiésalo. Estás cansado de continuar con esta vida sin perspectiva de horas mejores, antes bien con la perspectiva de persecuciones... de derrotas. Empieza a reflexionar que corres el peligro de volver a ser el proscrito” dice Judas de Keriot.

“No reflexiono en nada. Lo que digo es que me siento mal”.

“¡Oh, como te curó una sola vez!...” Judas lo dice con una sonrisa irónica. Bartolomé presiente otra agria disputa y la evita llamando a Jesús. “¿Maestro, no nos toca nada a nosotros? Siempre vas adelante...”

“Tienes razón, Bartolomé. Ahora vamos a detenernos. ¿Ves aquella casucha? Vamos allá porque el sol, ¡que si quema! Cuando atardezca, nos pondremos en camino. Hay qué darnos prisa para estar de regreso en Jerusalén, porque Pentecostés está ya a las puertas”.

“¿De qué veníais hablando?” pregunta Judas Tadeo a su hermano.

“¡Imagínate! Empezamos por hablar de José de Arimatea y terminamos con hablar de las antiguas posesiones que tenía Joaquín de Nazaret y de cómo acostumbraba, mientras pudo hacerlo, tomar la mitad para sí y la otra mitad para los pobres, cosa que los viejos de Nazaret todavía recuerdan. ¡Cuánta abstinencia la de aquellos dos ancianos: Ana y Joaquín! Con razón logramos el milagro de tener a una Hija, a una Hija como es Ella”... Y volví a acordarme con Jesús de cuando éramos niños...” Continúa hablando de ello, mientras todos los demás se van a la casita que se encuentra en medio del campo.

Dice Jesús: “Aquí intercalaréis la visión del milagro de espigas en favor de la viejita (en la llanura entre Emmaús y los montes que llevan a Jerusalén) ocurrida el 27 de septiembre de 1944”.

100. Milagro de la respigadora en la llanura

27 septiembre 1944

Jesús con sus discípulos pasa por en medio de mieses de color de oro. El calor es fuerte, aunque sean las primeras horas del día. Los segadores trabajan entre los surcos llenos de espigas, y haciendo desaparecer el oro que antes había. Las guadañas brillan por un instante para desaparecer en el siguiente en medio de los altos trigales, y así hasta que se forma la gavilla y caen al suelo las gavillas, como cansadas de que por varios meses hayan estado en pie, y caen a la tierra que el sol quema.

Pasan mujeres, atando las gavillas. Por doquier se ve que todos hacen el mismo trabajo. La mies ha sido muy buena y los segadores se alegran de ello.

Cuando el grupo apostólico pasa por el sendero, los segadores que están cerca de él suspenden por un momento su trabajo, se apoyan sobre las guadañas, se secan el sudor, miran. Lo mismo hacen las mujeres que atan las gavillas. Con su blanca vestidura, con la cabeza cubierta con una tela blanca, parecen cual flores que naciesen de la tierra en que no hay ya trigo, ni amapolas, abulejos, o margaritones. Los varones, con túnicas de color gris o amarillento, no son muy bien parecidos. Nada de claro más que lo que llevan amarrado en la cabeza y que les cae por el cuello y mejillas. En medio de esa blancura, con caras bronceadas parecen más negras.

Jesús, cuando nota que le miran, saluda diciendo: “La paz y bendición de Dios esté con vosotros”, y aquellos responden: “La bendición de Dios vuelva sobre Ti”, o con palabras más cortas: “También esté contigo”.

Algunos con más ganas de hablar, tratan de que Jesús se interese por su trabajo. Le dicen: “Este año ha sido buena la siega. Mira qué espigas tan gordas y qué bien están en los surcos. Da trabajo segarlas. Pero es el pan...”

“Dad gracias el Señor por ello. Y recordad que debe mostrarse el agradecimiento con hechos y no con palabras. Sed misericordiosos al pensar que el Altísimo lo fue con su rocío, con su sol para que obtuvieseis esta siega. Acordaos de lo que dice el Deuteronomio¹. Pensad, cuando recojáis la abundancia que Dios os ha concedido, en quien no tiene, y dejadles un poco de lo vuestro. Es una santa mentira caritativa para con vuestro prójimo que Dios ve. Estad prontos más bien a dejar que a recoger por ambición. Dios bendice a los generosos. *Es mejor dar que recibir*², porque obliga al justo Dios a ser más propicio con quien fue más compasivo”.

Mientras va pasado, Jesús va repitiendo sus consejos caritativos.

Se hace más fuerte el calor. Los segadores dejan su trabajo, los que están más cerca de las casas se meten en ellas; los que están más lejos se acogen a la sombra de los árboles y allí se echan a descansar, a comer y a dormir.

También Jesús se acoge a un bosquecillo tupido que hay en medio de los campo. Se sienta en la hierba, después de haber orado, y ofrecido el parco alimento que consiste en pan, queso y olivas. Lo distribuye en partes y come, mientras habla con los suyos.

Sombra, frescura, silencio. Silencio de las horas en que arde el sol. Silencio que invita a estirar las piernas y a dormir. Casi todos dormitan después de la comida.

No así Jesús. Está apoyado con la espalda en el tronco de un árbol y se interesa al ver la actividad de los insectos que vuelan sobre las flores. En un cierto momento hace señal a Juan, a Judas Iscariote y a uno de los mayores de edad, a quien llama con el nombre de Bartolomé. Cuando están junto a Sí, les dice: “Ved este pequeño insecto. Ved qué trabajo está realizando. Miradlo. Hace minutos que lo veo. Quiere arrancar a este cáliz el polen que tiene, y como lo logra, mirad cómo alarga primero una patita y luego la otra, la moja en el néctar y luego la recoge. Dentro de poco habrá acabado con todo. Ved qué admirable sea la Providencia de Dios. No ignorando que sin ciertos miembros el insecto, que fue creado para ser un milagro de cristal en los aires, sobre los verdes prados, no podría haberse nutrido, por eso le dio estos pequeñísimos pelitos que tiene en las patitas. ¿Los veis? ¿Tú, Bartolomé? ¿No? Mira. Lo voy a coger y te lo enseño a contra luz” Delicadamente toma el escarabajo, que parece ser un monumento de oro bruñido y lo pone sobre el dorso, patas para arriba, en la mano. El escarabajo hace el muertito y los tres observan sus patitas. Luego se pone a patalear para huir. No lo logra como es natural, pero Jesús lo ayuda y se pone en pie. Camina sobre la palma, llega a la punta de los dedos, se balancea, abre las alas. Pero tiene sospechas: “No sabe que Yo no quiero sino el bien de todos los seres. No tiene más que su natural instinto. Perfecto si se le compara, suficiente para sus necesidades. Pero inferior, ciertamente, al pensamiento humano. Por esto el insecto no es responsable si comete una acción mala. El hombre sí que lo es. El hombre goza de una inteligencia superior y tanto lo será cuanto más comprenda las cosas de Dios. Por esto el hombre es responsable de sus acciones”.

“Entonces, Maestro” dice Bartolomé, “a nosotros a quienes nos adoctrinas, tendremos mayor responsabilidad”.

“Grande. Y mayor la tendréis en lo futuro, cuando se realice el Sacrificio y venga la Redención, y con ella la Gracia que es fuerza y luz. Después de ella vendrá quien os dará mayores fuerzas para querer. Quien no quiere, tendrá qué responder, ¡y en qué forma!”

“Entonces muy pocos serán los que se salven”.

“¿Por qué, Bartolomé?”

“Porque el hombre es muy débil”.

“Pero si robustece su debilidad confiando en Mí, se hace fuerte. ¿Creéis, que no comprendo Yo sus luchas? ¿Que no compadezco vuestras debilidades? Ved, Satanás es como esta araña que está tejiendo su tela de esta ramita a aquella flor. ¡Tan sutil, tan engañosa! Ved cómo brilla el hilito. Parece de plata, parece una filigrana impalpable. En la

¹ Cfr. Deut. 24, 19.

² Cfr. Hech. 20, 33-35, donde se cita igual frase del Señor, que no aparece en los Evangelios.

noche no se le puede ver. Cuando el alba nace, brillará como una piedra preciosa, y las moscas imprudentes que vuelan en la noche en busca de alimento, caerán dentro de la telaraña, y también las maripositas, que se sienten atraídas por lo que brilla...”

Se han acercado más apóstoles que escuchan la lección que Jesús saca del reino vegetal y animal.

“... ¡Pues bien! Mi amor hace con Satanás lo que ahora mi mano, que destruye la tela. Mirad cómo huye la araña y se esconde. Tiene miedo del más fuerte. *También Satanás tiene miedo del más fuerte. Y el más fuerte es el Amor*”.

“¿No sería mejor acabar con las arañas?” pregunta Pedro que saca conclusiones de todo.

“Sería mejor. Pero esa araña no hace más que cumplir con lo que debe. Es verdad que mata a las pobres maripositas tan bonitas, pero acaba también con muchas moscas feas que acarrear enfermedades y contaminan a los sanos, a los vivos”.

“Pero en nuestro caso ¿qué hace la araña?”

“¿Que qué hace, Simón? (también Simón es ya avanzado en años y es el que se lamentaba de reumas). Hace lo que hace la buena voluntad en vosotros. Destruye las vacilaciones, la flojera, la vana presunción. Os obliga a que estéis vigilantes. ¿Qué cosa es la que os hace dignos de premio? La lucha y la victoria. ¿Podéis conseguir la victoria si no tenéis lucha? La presencia de Satanás hace que se vigile continuamente. El Amor, por su parte, hace que su presencia no sea del todo dañina. Si os quedáis cerca del Amor, Satanás os tentará, pero no será capaz de haceros daño en realidad”.

“¿Nunca?”

“Nunca. Ni en las cosas pequeñas, ni en las grandes. Por ejemplo, veamos una cosa pequeña: te aconseja a que no tengas cuidado con tu salud. Un consejo engañoso para poderte separar de Mí. El Amor te tiene junto, Simón y tus dolores dejan de existir aun ante tus ojos”.

“¡Oh, Señor! ¿Lo sabes?”

“Sí, pero no pierdas tu valor. ¡Ea, arriba! El Amor te dará tantas fuerzas, que es el primero en reírse de ti, que tiembles por causa de tus reumas...” Jesús sonríe al avergonzado discípulo. Lo abraza para consolarlo. Y aun en medo de la sonrisa de Jesús hay dignidad. Los demás también se ríen.

“¿Quién va a ayudar a esa pobre viejita?” pregunta Jesús señalando a una mujer que desafiando el solazo busca espigas en los surcos segados.

“Yo” dicen Juan, Tomás y Santiago.

Mas Pedro coge a Juan de una manga, lo lleva aparte, y le dice: “Pregunta al Maestro por qué se siente tan contento. Se lo pregunté, pero no me respondió más que: “Mi felicidad es ver que un alma busque la Luz”. Pero si se lo preguntas... Él te dice todo”.

Juan se encuentra entre el sí y el no. Entre saber y decírselo a Pedro o el respeto para con el Maestro. Se acerca poco a poco a Jesús, que está ya en el sembrado y recoge las espigas dejadas. La viejecita, al ver a tanta juventud, mueve tristemente la cabeza, pero trata de darse prisa.

“¡Mujer, mujer!” grita Jesús. “Estoy respigando por ti. No estés en el sol, madre. Ahora voy.

La viejecita, coartada con tan gran bondad, le mira fijamente, luego obedece y se lleva consigo sus pocas espigas. Camina inclinada, temblorosa, a lo largo de la flaca sombra que hay en la orilla. Jesús, rápido, recoge espigas. Juan le sigue de cerca. Mas atrás vienen Tomás y Santiago.

“¿Maestro dice jadeando Juan “cómo haces para encontrar tantas espigas? Yo en este surco no encuentro sino muy pocas”.

Jesús sonríe, pero no le dice nada. No podría jurarlo, pero me parece que donde los ojos divinos se detienen brotan allí espigas que no fueron recogidas. Jesús recoge. Sonríe. Tiene ya un verdadero manojo de espigas en sus brazos.

“Ten, Juan, las mías, y así tendrás muchas también tú, y mamá será feliz”.

“Pero, Maestro... ¿estás haciendo algún milagro? ¡No es posible que encuentres tantas!”

“¡Pssst! Es por la mamita... porque pienso en la mía y en la tuya. ¡Mirad qué acabada está!... El buen Dios que da de comer al pajarillo hambriento apenas nacido, quiere llenar el pequeño granero de esta ancianita. Tendrá pan durante estos meses que le quedan. La nueva siega no la verá. Pero no quiero que tenga hambre en su último invierno. Ahora vas a oír sus gritos. Prepara, Juan, tus orejas como Yo me preparo para que me bañe en lágrimas y en besos...”

“¡Qué contento estás, Jesús, desde hace algunos días! ¿Por qué?”

“¿Eres tú quien lo quiere saber o hay quien te lo haya mandado?”

Juan que estaba ya colorado por el trabajo, se pone de color carmesí.

Jesús comprende: “Di a quien te mandó que se trata de un hermano que está enfermo y que quiere curarse. Su voluntad de estar sano, me llena de alegría”.

“¿Quién es, Maestro?”

“Un hermano tuyo, uno a quien Jesús ama, un pecador”.

“Entonces no es uno de nosotros”.

“¿Juan, crees que entre vosotros no hay pecado? ¿Crees que tan solo por vosotros me alegro?”

“No, Maestro. Sé que también nosotros somos pecadores y que quieres salvar a todos los hombres”.

“¿Entonces?... Te dije: “No investigues” cuando se trató de no descubrir el mal. Te repito lo mismo ahora que brilla una aurora de bien... ¡La paz sea contigo, madre! Aquí están nuestras espigas. Mis compañeros vienen detrás”.

“Dios te bendiga, hijo. ¿Cómo encontraste tantas? Es verdad que no veo bien, pero estos son unos verdaderos manojos, grandes... grandes...” La anciana los palpa. Su temblorosa mano los acaricia... los quisiera levantar... pero no puede.

“Te ayudamos. ¿Dónde vives?”

“Allí”. Señala una casucha entre los sembradíos.

“Vives sola ¿no es verdad?”

“Sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres?”

“Soy uno que tiene una mamá”

“¿Es este un hermano tuyo?”

“Es mi amigo”.

El amigo hace, detrás de la espalda de Jesús, muchas señales a la anciana. Pero como no puede ver bien, tampoco las ve. Trata más bien de mirar a Jesús. Su corazón de madre ya anciana se conmueve.

“Estás sudando, hijo. Ven a la sombra de este árbol. Siéntate. ¡Mira cómo te corre el sudor! Sécate con mi velo. Es una garra, pero limpio. Tenla, tenla hijo mío”.

“Gracias, mamá”.

“Bendita sea la que te engendró. Dime cómo te llamas y cómo se llama Ella. Quiero decir vuestros nombres a Dios para que os bendiga”.

“María y Jesús”.

“María y Jesús... María y Jesús... Espera. Una vez lloré mucho... A mi nieto lo mataron porque defendió a su hijito, y su padre, mi hijo, murió de dolor por esto... y se dijo entonces que el inocente fue matado porque se buscaba a uno de nombre Jesús... Ahora estoy bajo las alas de la muerte y ese Nombre vuelve a sonar...”

“En ese entonces lloraste por ese Nombre. Ahora ese Nombre te bendice...”

“¿Eres Tú ese Jesús?... díselo a una que está muriendo y que ha vivido sin maldecir lo que se le dijo, de que su dolor servía para salvar al Mesías de Israel”.

Juan hace más gestos. Jesús no dice nada.

“¡Oh, dímelo! ¿Eres Tú? ¿Has venido a bendecirme cuando me encuentro ya a las puertas de la muerte? En nombre de Dios, habla”.

“Yo soy”.

“¡Ah!” La anciana se arrodilla en el suelo. “¡Salvador mío! He vivido con esta esperanza. Con la esperanza de verte. ¿Veré tu triunfo?”

“No, madre. Morirás como Moisés³ sin ver ese día. Pero te doy de antemano la paz de Dios. Yo soy la Paz. Yo soy el Camino. Yo la Vida. Me verás, tú que has sido abuela de justos, me verás en otro triunfo mío, eterno, y te abriré las puertas, a ti, a tu hijo, a tu nieto y a su hijo. Para el Señor ese niño es cosa sagrada, porque murió por Mí. ¡No llores, madre!...”

“¡Te he tocado! Tú recogiste para mí espigas. ¡Qué gran honor para mí! ¿Cómo es posible que haya sido digna de ello?”

“Por tu santa resignación. Vete a tu casa. Este trigo te dará pan más para el alma que para el cuerpo. Yo soy el Pan verdadero que bajó del cielo para quitar el hambre que tienen los corazones. Tomás, Santiago (quienes habían seguido a Jesús con sus manojos) tomad estas gavillas y vamos”.

Cargan con las gavillas. Jesús camina con la ancianita que llora y bendice. Han llegado a la casita. Dos habitaciones pequeñas. Un horno también pequeño. Una higuera, una vid. Limpieza y pobreza.

“¿Es este tu refugio?”

“Sí. ¡Bendícelo, Señor!”

“Llámame: hijo. Y ruega porque mi Madre tenga consuelo en su dolor, tú que conoces el dolor de una madre. Adiós, madre. Te bendigo en nombre de Dios verdadero”.

Jesús levanta la mano, bendice la pequeña casa, luego se inclina, abraza a la viejita, la estrecha contra su corazón, la besa en la cabeza en que hay cabellos grises. La anciana llora, y pega sus labios sobre las manos de Jesús. Lo venera. Lo ama...

...y no puedo con el dolor, porque me acuerdo que mi madre tuvo miedo cuando te vio, Jesús... ¿Por qué pudo haber tenido miedo de Ti?

Dice Jesús:

“¿Por qué? Porque hay muchos después de este dictado en tu corazón. Comencemos por el último⁵.

El otro dolor que te atormenta es que Yo sabía que Judas no se salvaría, pese a los esfuerzos hechos para salvarlo.

Lo sabía.

Y entonces ¿por qué me sentía feliz?

Porque aun el solo deseo que tenía Judas, deseo cual flor en su corazón desierto, hacía que mi Padre mirase con ojos benignos a este discípulo que amaba y que no podía Yo salvar. ¡La mirada de Dios posada sobre su corazón! ¡Qué otra cosa quería Yo, sino que el Padre os guardase a todos con amor!

Y debía ser Yo feliz para dar al desgraciado aun este medio de levantarse. El estímulo de mi alegría al verlo que regresaba a Mí.

Hubo un día después de mi muerte en que Juan supo esto y lo dijo Pedro, Santiago, Andrés y a los demás, porque así se lo había dicho a él, para quien no tuve ningún secreto en mi corazón. Juan lo supo y lo dijo para que todos tuviesen una norma con que guiasen a los discípulos y a los fieles.

Por el alma que ha caído, y que se acerca al ministro de Dios y confiesa su error, o por el hijo, amigo, esposo, hermano que por haber cometido un error, vienen y se acercan diciendo: “Tenme contigo. No quiero errar más para no causarte dolor ni a Dios ni a ti” no se debe sino mostrar la satisfacción de nuestra felicidad al hacerles ver que estamos deseosos de que sean felices.

³ Cfr. Deut. 32, 48-52.

⁵ Se asegura a la Escritora que su madre se salvó.

Es necesario un tacto infinito para curar los corazones. Yo, Sabiduría, aun cuando conocía que el caso de Judas era un caso perdido, lo tuve conmigo para enseñar a todos el arte de redimir, de ayudar a quien se redime.

Y ahora te digo también a ti como dije a Simón cananeo: “¡Ea, ánimo!” y te estrecho contra Mí para mostrarte que te amo.

De estas manos bajan castigos, pero también nacen caricias, y de mis labios brotan palabras duras, pero también muchas que digo con mucha alegría, muchas envueltas en compasión. Quédate en paz María. Ninguna penas has proporcionado a tu Jesús, y esto que te sirva de consuelo”.

Tenía mucho miedo de haber causado algún dolor en estos días... y mucha aflicción al pensar en mi madre...

Esto se junta con el favor que me hizo de que naciese una flor en mi balcón y que Marta, sin saber lo que hacía, me la trajo. La primera flor que me proporciona alegría después de seis meses, menos quince días, cosa que las flores más bellas me dejan indiferente. Pobrecita florecita del enero blanco, pequeña florecita, de las que mi madre guardaba, de las que crecieron en mi jardincito, de las que trajo mi papá. Pobre flor y tan hermosa ¡qué te hiciste para alegrarme!

¡Cómo te comprendo, oh María, de que alegres al recibir ese ramo de almendros de tu casa!

Marta no lo sabe. No ha leído las visiones. No tiene tiempo. Pobre Marta que siempre está ocupada, verdadera Marta. Nuevamente ha hecho lo que José cuando ofreció a la Virgen esposa el ramo florido. Y Marta no sabe que me ha proporcionado una alegría mayor que si me hubiese regalado una joya. La última flor que quise tanto fue la violeta que nació en el pinar, y que cultivó Marta. También el no-me-olvides. Es un recuerdo de Viareggio cuando me volvía loca en mi infierno. Esto me hace volver a amar las flores. Primera flor que es de nuevo “una flor” y no algo, que me causaba mal.

Muchos no lo comprenderán... no me importa. Siento con mi corazón y amo con mi corazón. Con el corazón que sabe todo entregarse a Dios. Si fuese tal vez más frío, razonaría, pesaría el sacrificio. No razona y no pesa cosa alguna porque es el corazón que debe ser. Por esto...

101. Los apóstoles hablan entre sí y con Jesús. Jesús y Pedro

8 abril 1946

El grupo apostólico abandona la llanura y se dirige a Jerusalén a través de caminos montañosos, entre valles y montes. Para acortar la distancia no caminan por las vías principales, sino por atajos solitarios y difíciles, pero útiles.

En este momento, están en un verde vallecito, abundante en agua y flores, y no faltan los olorosos lirios del valle, que llaman la atención a Tadeo que dice que con toda razón se debe llamar al mugueto “lirio del valle”. Alaba su frágil belleza, y su fuerte fragancia pese a su delicadeza.

“Pero son lirios al revés” advierte Tomás. “En lugar de para arriba, están para abajo”.

“¡Y qué chiquitos! Tenemos flores más galanas que éstas. No comprendo por qué deban alabarlas...” dice Judas aplastando un montón de muguets en flor.

“¡No! ¿Por qué? ¡Son tan apuestos!” interviene Andrés en defensa de las nobles florecitas y se inclina a recogerlas.

“Parecen paja, y no más. Más hermosa es la flor del ágave que es majestuosa, imponente. Digna de Dios y de brindar sus flores a Dios”.

“Yo veo más bien a Dios en estos cálices pequeñitos... ¡Mira qué hermosura!... Con estos como dientecitos, y luego tan cóncavos... Parecen alabastro, cera virgen, obra de manitas

pequeñísimas... Y con todo ha sido el Inmenso quien las creó. ¡Oh, poder de Dios!...” Andrés está casi extático al contemplar y al pensar en las florecitas y en la Perfección creadora.

“¡Pareces una mujercita enferma de nerviosa!... le dice por molestarlo Judas de Keriot con su sonrisa maligna.

“No es eso. Realmente yo también soy del mismo parecer. Soy orfebre y entiendo muy bien de esto. Estos tallos son una perfección. Son muy difíciles de labrarse en metal. Más difícil que el ágave. Porque debes saber, amigo mío, que lo infinitamente pequeño manifiesta la capacidad del artífice. Dame un tallo, Andrés... Y tú, ojo de buey que ve sólo lo grande, ven y mira. ¿Qué artífice puede hacer estas copas tan ligeras, tan perfectas, adornarlas con ese minúsculo topacio que está en el fondo y unir las al peciolo con este tallo de filigranas que está casi encorvado, tan sutil?... ¡Es una maravilla!...”

“¡Oh, qué poetas hay entre nosotros! Hasta tú, Tomás...”

“Oye, ten en cuenta que no soy una mujercita, ni un tonto, sino un artista; y un artista que comprende la belleza. De ello me glorío. ¿Maestro, te gustan estas flores?” interpela Tomás a Jesús que ha escuchado sin hablar.

“Todo lo de la creación me gusta. Pero estas me gustan más”.

“¿Por qué?” preguntan varios. Y simultáneamente Judas: “¿También te gustan las víboras?” y se ríe.

“También. Sirven para algo...”

“¿Para qué? Preguntan casi todos.

“Para morder. ¡Ja, ja, ja!” sarcásticamente responde Judas.

“Entonces a ti deberían gustarte muchísimo” le dice Tadeo y con ello le arrebató la risa de sus labios. Ahora son los demás en reírse de la pedrada que recibió Judas.

Jesús no se ríe; más bien está pálido y triste. Mira sus doce y sobre todo a los dos enemigos que se miran con ira, con rencor. Y a todos contesta, incluyendo sobre todo a Judas.

“Si Dios las hizo, señal es que para algo sirven. No hay nada inútil, nada nocivo en la creación. Sólo el mal es nocivo y ¡ay de aquellos que se dejan que los muerda! Una de las consecuencias de su mordisco es la incapacidad de distinguir el Bien del Mal; la desviación de la razón y la conciencia pervertida con cosas que no son buenas; la ceguera espiritual por la que, oh Judas de Simón, no se puede ver resplandecer la potencia de Dios en las cosas, aunque sean pequeñas. En esta flor la potencia de Dios está escrita con su belleza, con su perfume, con su forma diversa de aquella otra flor, de esta gota de rocío que tiembla, que resplandece en el minúsculo pétalo de color de cera, que parece una lágrima de agradecimiento al Creador que todo lo ha hecho y hecho bien, que todo lo ha hecho útil, todo variado. Todo fue bello a los ojos de los primeros padres, hasta que no tuvieron las cataratas del pecado... Todo hablaba a ellos de Dios hasta que en las cosas, mejo dicho, en su pupila de ellos no se instiló* lo que les impidió ver a Dios... Aun en estos momentos, cuanto más se manifiesta Dios, tanto más el espíritu es soberano en el hombre mismo...”

“Salomón cantó las maravillas de Dios, como también David... y ciertamente no fueron soberanos de su corazón. Maestro, esta vez sí que te he sorprendido en falso”.

“¡Eres un necio! ¿Cómo te atreves a decir esto?” le grita Bartolomé.

“Déjalo que hable... No me preocupo de ello. Palabras que el viento arrastra y de las que ni hierbas ni árboles se escandalizarán. Nosotros, los únicos que las hemos escuchado, les damos el valor que se merecen ¿no es verdad? Y no vamos a acordarnos más de ellas. La juventud frecuentemente es irreflexiva, Bartolomé. Ten compasión... Alguien me preguntó por qué prefiero el lirio de los valles... Voy a decir por qué: “Por su humildad”. Todo en él habla de humildad... los lugares en que nace, su modo de ser de flor... Me traen a la mente la figura de mi Madre, esta florecita... ¡tan pequeña! Y oled ¡qué hermoso perfume! El aire se envuelve en él... También mi Madre es humilde, no le gustan las alabanzas, quiso pasar por desconocida... Si embargo su perfume de santidad fue tan fuerte que me atrajo del cielo...”

* instilar = echar gota a gota un líquido en algún sitio.

“¿Ves en esta flor un símbolo de tu Madre?”

“Sí, Tomás”.

“¿Y crees que nuestros antepasados, cuando alabaron el lirio del valle la presagiaron?” pregunta Santiago de Alfeo. “La parangonaron más bien con otras plantas y flores. Con la rosa, el olivo, y con animales apuestos: las tórtolas, las palomas³”

“Cada uno decía lo que veía en lo creado de más hermoso. Y de la creación es Ella a no dudarlo la Hermosura Acabada. Me gustaría llamarla Lirio del valle y Olivo de paz, si es que tuviese qué cantar sus alabanzas” dice Jesús. Su rostro toma el aire de tranquilidad, se ilumina al pensar en su Madre y se retira para estar solo...

Prosigan caminando pese al calor, porque en el valle hay muchos árboles que protegen del sol.

Minutos después Pedro aprieta el paso y alcanza al Maestro. En voz baja le dice: “¡Maestro mío!”

“¡Pedro!”

“¿Te molesta si me vengo contigo?”

“No, amigo mío. ¿Qué quieres decirme? ¿Qué cosa te empuja a acercarte a tu Maestro?”

“Una cosa... Maestro, yo soy un curioso...”

“¿Y luego?...” Jesús sonríe al mirar a su apóstol.

“Y me gusta saber todas las cosas”.

“Esto es un defecto, Pedro”.

“Lo sé... pero no creo que esta vez sea un defecto. Si quisiera enterarme de cosas malas, de las sinvergüenzadas para criticar a quien las hizo, entonces sería un defecto. Tú ves que no te he preguntado si Judas tuvo qué ver algo con eso de que te llamaron a Béter, ni el por qué...”

“Pero te morías de ganas por saberlo...”

“Es verdad. Pero ha sido un mérito mayor ¿o no?”

“Fue mérito mayor, como lo es también dominarse a sí mismo. Esto demuestra, que quien lo hace, ha avanzado espiritualmente, que tiene un verdadero interés en aprender y asimilar las lecciones del Maestro”.

“¿De veras? ¿Y estás contento con ello?”

“¿Me lo preguntas, Pedro? Me siento feliz”.

“¿De veras? ¡Oh, Maestro mío! Entonces ¿es tu pobre Simón el que te hace que seas así feliz?”

“Sí. ¿Pero no lo sabías ya de antemano?”

“No me atrevía a creerlo. Pero al verte ayer tan contento, hice que te preguntasen, porque pensaba que podía ser también Judas que avanzaba espiritualmente... aunque no tenía pruebas de ello... Yo puedo ver mal. Juan me dijo que le dijiste que eres feliz porque hay uno que se hace santo... Ahora, me acabas de decir que estás contento de mí porque me hago mejor. Ahora comprendo lo que te hace feliz, y me alegro de ello, yo el pobre Simón... Pero ahora quisiera que mis sacrificios lograsen cambiar a Judas. No soy envidioso. Quisiera que todos fueran perfectos para que fueses feliz de todo. ¿Lo lograré?”

“Ten confianza, Simón. Ten confianza y persevera”.

“¡Lo haré! Que si lo haré. Por Ti... y también por él. Porque ciertamente no puede uno seguir así. Hablando en serio... podría ser mi hijo... ¡Uhm! Pero prefiero mejor ser padre de Marziam. Pero... voy a hacer las veces de padre suyo trabajando para darle un corazón digno de Ti”.

“Y de ti, Simón” y Jesús se inclina y le besa sobre su cabellera.

Pedro está que no cabe en sí de contento... Después pregunta: “¿Y no me dices otra cosa? ¿No hay otra cosa, alguna flor que de entre las espinas hayas encontrado?”

“Sí. Un amigo de José que se acerca a la Luz”.

³ Alusión a: Gén. 8, 11; Sal. 127, 3; Cant.; Eccli. 24, 16-10; 39, 1719.

“¿De veras? ¿Un sinedrista?”

“Sí. Pero no hay qué decirlo. Hay que rogar mejor por él. Sufrir por este motivo. No me preguntas que ¿quién sea? ¿No sientes curiosidad?”

“¡Y que si la siento! Pero no te pregunto su nombre. Un sacrificio por este desconocido”.

“Bendito eres, Simón. Hoy me haces feliz de veras. Continúa así y te amaré siempre más, y Dios te amará siempre más. Ahora esperemos a los otros...”

102. En Jerusalén para la fiesta de Pentecostés

9 abril 1946

La ciudad está llena de gente. En el Templo no hay más lugar. Jesús tan pronto como llegó a Jerusalén, se vino a él, y entró por la puerta que está junto a la Probática, y de este modo la gente no puede caer en la cuenta de que había llegado antes de que se esparciera la noticia de la casa donde depositaron sus alforjas y donde se quitaron el polvo y el sudor para entrar limpios en el Templo.

La acostumbrada gritería de vendedores y de cambistas. El mismo espectáculo de olores, de caras.

Jesús con los apóstoles, después de haber comprado lo necesario para la ofrenda, se va derecho al lugar de oración y se está allí largamente. Es natural que buenos y malos lo vean. El murmullo vuela como el viento que se mete por todas partes, por donde haya gente.

Y cuando, después de haber orado, se vuelve para continuar su camino, un acompañamiento de gente, que crece cada vez más, lo sigue por los atrios y pórticos, hasta que, ya muchedumbre, le circunda, y le pide que les hable.

“Después, hijos. En otro lugar” dice Jesús y levanta su mano para bendecir y trata de alejarse.

Mientras que los escribas, fariseos, doctores y los discípulos de ellos, que están mezclados entre la gente, se burlan irónicamente y sueltan frases como estas: “La prudencia lo aconseja” o bien “¡Vamos! Un poco de miedo...” o; “Ha llegado a la edad de comprender” o “Es menos tonto de lo que pensábamos”; la mayoría de los que lo rodean, bien sea por agradecimiento hacia Él, o por el deseo santo de conocerlo, sin rencor alguno insisten: “No permitirás que esta Fiesta no sea una fiesta para nosotros. Maestro, no puedes hacerlo. Muchos de nosotros hicimos ya el sacrificio para poder haberte esperado...” y algunos están callados o bien en el mismo tono responden a los que hablaron contra Jesús.

No hay duda que la masa sería capaz de acabar con los pocos enemigos, que astutos, hipócritas, comprenden las respuestas que les han dado y no sólo se callan, sino que buscan por alejarse. No obstante que estén dentro de los muros del Templo, muchos no titubean en hacer gestos de befa o de lanzar una que otra palabrota a los que se van yendo, o no falta quienes, sea por edad o por buen seso, dicen a Jesús: “¿Pero qué pasará a este lugar? Dilo, Tú que sabes. ¿Qué pasará a esta ciudad, a todo Israel que no se rinde a la Voz del Señor?”

Jesús mira con piedad estas cabezas grises o ya plateadas y responde: “Jeremías os anunció¹ ya lo que sucederá a los que al rayo de la ira divina responden con más pecados, los que toman la piedad divina como prueba de que Dios sea débil. Pero de Dios, hijos, nadie se burla. Vosotros, como dijo el Eterno por boca de Jeremías, sois como el barro en las manos del alfarero, como barro son los que se creen poderosos, como barro los habitantes de este lugar y los del palacio. No hay potencia humana que pueda resistir a Dios. Y si el barro se opone al alfarero y quiere por sí mismo tomar formas extrañas, horribles, el alfarero lo deshace, y torna a plasmar su jarra hasta que se convenza de que el alfarero es el más fuerte, y de que tiene qué rendirse a su voluntad. Y puede suceder que la jarra se haga pedazos porque es obstinada en no dejarse modelar, porque no acepta el agua que el echan encima el alfarero para modelarla sin arrugas. Y entonces el alfarero tira el barro caprichoso, los tiestos

¹ Cfr. Jer. 18, 1-20; 6, 24.

inútiles, sin valor, a lugares inmundos, y toma nuevo barro y lo plasma para darle las formas que quiere.

¿No dice así el Profeta al hablar del alfarero y de la jarra de barro como símbolo? Y repitiendo las palabras del Señor, dice: “Así como la arcilla está en manos del alfarero, así tú estás, oh Israel, en manos de Dios”. Y añade el Señor, como amonestando a los tercios, que sólo la penitencia, y el arrepentimiento pueden conseguir que Dios cambie el decreto de castigar al pueblo rebelde.

Israel no se ha arrepentido; por esto las amenazas de Dios se han recrudecido una y diez veces más contra él, y ni siquiera así se arrepiente ahora que no ya un profeta, sino más que un profeta le habla. Y Dios que ha usado de inmensa misericordia para con Israel, y que me envió os dice: “Puesto que no queréis escuchar mi Voz que esperabais, me arrepentiré del bien que os hice y prepararé contra vosotros la desventura”. Y Yo que soy la Misericordia, aun cuando sepa que inútilmente levanto mi voz, grito a Israel: “Deje cada uno de seguir su camino perverso y regrese. Cada uno rectifique su conducta, rectifique sus inclinaciones. Para que por lo menos cuando el designio de Dios se realice sobre la nación culpable, los mejores de ella, en medio de la pérdida general de los bienes, de la libertad, de la unión, tengan su conciencia libre de culpa, unidas a Dios, y no pierdan los bienes eternos así como habrán perdido los terrenales”.

Las visiones de los profetas tienen siempre un objetivo²: el de avisar a los hombres lo que puede suceder. Bajo la figura de la jarra de arcilla, quebrada ante los ojos del pueblo, se anuncia lo que espera a la ciudad y a los reinos que no se sujetan al Señor, y...”

Los ancianos escribas, doctores y fariseos que se fueron antes, probablemente fueron a dar el grito a las guardias del Templo y a los encargados de mantener el orden. Uno de estos, a quienes sigue un puñado de guardias títeres que provocan burla, que no tienen nada de guerreros, sino sus caras, mezcla de bobería y malicia, y una apariencia de dureza, mejor dicho de delincuencia, se llegan a Jesús que estaba hablando apoyado contra una columna en el patio de los Gentiles, y no pudiendo pasar entre la multitud que rodea a Jesús, grita: “Lárgate, o haré que te echen mis soldados fuera del recinto...”

“¡Uuh, uuh, los moscones verdes! ¡Los héroes contra los corderos! Vosotros que nos sois capaces de meter en la prisión a los que convierten a Jerusalén en un lupanar, y al Templo en un mercado. Cara de conejo, vete a donde están las fuinas*. ¡Uuh, uuh!” La gente se vuelve contra esos soldados de caricatura y claramente manifiesta que no está dispuesta a que se haga mal alguno al Maestro.

“Obedezco órdenes recibidas...” dice excusándose el que hace de jefe... de los guardianes del orden.

“Obedeces a Satanás ¿y no caes en la cuenta? Vete, vete, vete ahora a pedir perdón por haberte atrevido a insultar y amenazar al Maestro. ¡Al Maestro no se le toca! ¿Entendido? Sois nuestros opresores, y Él es amigo de los pobres. Vosotros, nuestros destructores, Él nuestro santo Maestro. Vosotros, nuestra ruina, Él, nuestra Salvación. Vosotros sois unos pérfidos. Él es bueno. Largo, u os haremos lo que Matatías hizo a Modín³. Os echaremos por la pendiente del Moria como a otros tantos ídolos, y haremos la limpieza, lavando con vuestra sangre al lugar profanado, y los pies del único Santo en Israel pisotearán esa sangre para ir al Santo de los Santos e imperar, pues Él lo merece. ¡Largo de aquí vosotros y vuestros dueños! ¡Largo, esbirros que servís a vuestros iguales!...”

Un tumulto que infunde pavor... De la torre Antonia acuden guardias romanos con un jefe de edad, enérgico y expedito.

² Cfr. Jer. 19, 10 ss.

* **Fuina** = Mamífero carnívoro de pelaje marrón grisáceo y patas cortas, que alcanza 50 cm de largo, sin contar la cola, y que vive en los bosques comiendo de noche estragos en los gallineros.

³ Cfr. 1 Mac. 2, 23-26.

“¡Haceos a un lado, apestosos! ¿Qué pasa? ¿Os estáis despedazando por uno de vuestros roñosos corderos?”

“No obedecen a los guardias...” trata de decir el que hace de jefe de los guardias del orden.

“¡Por Marte invencible! ¿Estos... son soldados? ¡Oh, oh, vas a ir a hacer la guerra a los escarabajos, tú guerrero de cantina! Hablad vosotros...” dice a la gente.

“Querían imponer silencio al Rabbí de Galilea. Querían echarlo afuera. Tal vez detenerlo...”

“¿Al Galileo? Non licet. Os digo en mi lengua lo que decía el degollado⁴. ¡Ah, ah! Márchate a tu cubil con tus mequetrefes. Y avisa que tus mastines se queden en su cueva. La loba sabe muy bien despedazar también a ellos... ¿Entendido? Sólo Roma tiene el derecho de sentenciar. Y Tú, Galileo, puedes seguir contando tus fábulas... ¡Ah, ah!” y se voltea como un pedazo de piedra. Su coraza resplandece a los rayos del sol. Se va.

“Como a Jeremías...”

“Mejor dicho, como a todos los profetas”.

“Pero de todos modos Dios triunfa”.

“Maestro, habla un poco más. Las víboras se han ido”.

“No, dejadlo que se vaya, para que no regresen con mayores fuerzas y lo pongan en prisión los nuevos Fassures⁶”.

“No hay peligro... Mientras retumbe el rugido del león no saldrán las hienas...”

La gente habla y hace sus comentarios. Todo es un revoltijo.

“Os engañáis” dice –todo hecho una miel- un fariseo a quien le siguen unos de su ralea y algunos doctores de la Ley. “Os equivocáis. No debéis creer que unos cuantos representantes de una casta. ¡Je, je! Buenos y malos se encuentras done quiera”.

“Tienes razón. Los higos son dulces casi siempre; pero si son agrios o muy maduros, son ásperos o ácidos. Vosotros sois de estos. Como aquellos malos del cesto del profeta Jeremías⁷” se oye una voz que parte de en medio de la gente. No conozco al que habló, pero debe ser conocido entre ellos y de valor, porque veo que la gente asiente a sus palabras, y noto que el fariseo se traga el golpe sin reaccionar.

Y ahora con mayor dulzura se dirige al Maestro y le dice: “Espléndido tema par tu Sabiduría. Háblanos, Rabbí, sobre ello. Tus explicaciones son tan... nuevas... tan... doctas... Las saboreamos con hambre sin igual”.

Jesús mira fijamente a este fariseo y le responde. “También tienes otra hambre que no confiesas, Elquías, y que tienen también tus amigos. Pero también se os dará esa comida... Y más agria que los higos. Os echará a perder a vuestro interior como los higos agrios hacen con el estómago”.

“¡No, Maestro, te lo juro en nombre de Dios vivo! Yo y mis amigos no tenemos otra hambre que la de oírte hablar... Dios está viendo que...”

“Basta. El honrado no tiene necesidad de juramentos. Sus acciones le son además de testigos. Pero no voy a hablar de los higos buenos y de los malos...”

“¿Por qué, Maestro? ¿Tienes miedo de que los hechos contradigan a tus explicaciones?”

“¡Oh, no! Al revés”.

“¿Entonces nos prevés matanzas, oprobios, la espada, la peste, el hambre?”

“Esto y algo más”.

“¿Algo más? ¿Qué puede ser? ¿Luego Dios no nos ama más?”

“¿Tú? ¿Eres Tú la promesa?”

“Lo soy Yo”

“¿Cuándo fundas tu Reino?”

“Sus fundamentos ya están echados”.

“¿En dónde?”

⁴ Esto es S. Juan Bautista. Cfr. Mt. 14, 3-12; Mc. 6, 17-29; Lc. 3, 19-20.

⁶ Cfr. Jer. 20, 1-6.

⁷ Cfr. Jer. 24.

“En el corazón de los buenos”.

“Pero, eso no es un reino. Es una enseñanza”.

“Mi Reino, siendo espiritual, tiene por súbditos a los corazones. Y estos no necesitan de palacios, ni de edificios, ni de guardias, ni de murallas; sino de conocer la Palabra de Dios y de ponerla en práctica, lo que está sucediendo entre los buenos”.

“Pero ¿Puedes tú acaso decir esta Palabra? ¿Quién te autoriza para ello?”

“El hecho de que la poseo”.

“¿Qué posees?”

“La Palabra. Doy lo que soy. Uno que tiene la vida puede dar vida. Uno que tiene plata, puede dar plata. Yo tengo por mi eterna Naturaleza la palabra que traduce el Pensamiento divino y Yo doy la Palabra, el Amor que me incita a hacer este don, me incita a dar a conocer el Pensamiento del Altísimo que es mi Padre”.

“¡Ten cuidado con lo que dices! Son palabras audaces. Podrías hacerte daño a Ti mismo”.

“Más me haría si mintiese, porque sería lo mismo que desconocer mi Naturaleza y renegar de Aquel de quien procedo”.

“Luego ¿Tú eres Dios, el Verbo de Dios?”

“Sí”.

“¿Y tan frescamente lo dices? ¿Ante tantos testigos que podrían denunciarte?”

“La Verdad no miente. La Verdad no hace cálculos. La Verdad es heroica”.

“¿Y esto es verdad?”

“La Verdad es el que os habla. Porque el Verbo de Dios traduce el Pensamiento de Dios, y Dios es Verdad”.

La gente se ha hecho toda orejas. El silencio es profundo. Con toda la atención sigue el diálogo. De otras partes ha llegado más gente. El patio está a reventar. Centenares de caras están fijas en un solo punto. Y se asoman más y más caras por las salidas que se comunican con otros patios. Miran con el cuello alargado, escuchan atentos.

El sinedrista Elquías y sus compinches miran... Hay una verdadera red de miradas. Pero se controlan. Hasta un viejo doctor pregunta todo cortesía: “Y para evitar los castigos que prevés, ¿qué se debería hacer?”

“Seguirme. Y sobre todo creer en Mí. Y todavía más, amarme”.

“¿Eres un amuleto que traiga fortuna?”

“No. Soy el Salvador”.

“Pero no tienes ejércitos...”

“Me tengo a Mí mismo. Acuérdate, y acordaos por bien vuestro, por compasión de vuestras almas, acordaos de las palabras del Señor dichas a Moisés y a Aarón cuando todavía estaban en tierra de Egipto: “Cada uno del pueblo de Dios tome un cordero sin defecto, de un año. Uno para cada hogar, y si no alcanza el número de los de familia para comerse todo el cordero, llame a sus vecinos. Lo inmolaréis el catorce de Abid, que ahora se llama Nisán, y con su sangre rociaréis los postigos, y arquitraves de las puertas de vuestros hogares. En la misma noche comeréis sus carnes asadas al fuego, con pan sin levadura y lechugas silvestres. Y lo que sobrare lo quemaréis. Comeréis con los vestidos ceñidos, con las sandalias calzadas, con el bordón en la mano, de prisa, porque es el ‘pasar al otro lado’ del Señor. Y esa noche pasaré, hiriendo a todo primogénito bien sea de hombre, bien de bestia, en que no esté puesta la señal de la sangre del cordero⁸. Ahora en el nuevo ‘pasar’ de Dios, *el realmente verdadero*, porque Dios está pasando entre vosotros de una manera visible, que podéis reconocerlo por sus señales, se salvarán los que estén señalados con la Sangre del Cordero, señal salutífera. En verdad que todos seréis señalados pero sólo los que amen al Cordero, y amen su Señal, obtendrán la salvación por medio de esa Sangre. Para los otros, no será más que la marca de Caín. Sabéis muy bien que Caín no vio más el rostro del Señor, ni jamás tuvo reposo. Llevando sobre sus espaldas el remordimiento, el castigo que le había infligido Satanás su

⁸ Cfr. Ex. 12, 1.

cruel tirano, huyó, escapó por la faz de la tierra mientras vivió sobre ella⁹. Es una figura, una figura expresiva de lo que sucederá al pueblo que asesine al nuevo Abel...”

“También Ezequiel habla de Tau¹⁰... ¿Crees que tu señal sea la Tau de Ezequiel?”

“Esa es”.

“¿Nos acusas entonces de que en Jerusalén haya abominaciones?”

“No quisiera hacerlo, pero así son las cosas”.

“Y entre los señalados con la Tau ¿no hay pecadores? ¿Puedes jurarlo?”

“No juro nada. Pero os aseguro que si entre los señalados hubiese pecadores, su castigo será peor, porque los adúlteros del espíritu, los renegados, los asesinos de Dios, serán los más grandes en el Infierno después de que sirvieron a éste en la tierra”.

“Pero los que no pueden creer que Tú eres Dios, no tendrán ningún pecado. Serán justificados...”

“No. Si no me hubieran conocido, si no hubierais podido comprobar mis obras, si no hubierais podido examinar mis palabras, no tendríais culpa. Si no fuerais doctores en Israel, no tendríais culpa. Pero conocéis las Escrituras y estáis viendo mis obras. Podéis sacar la conclusión. Y si lo hacéis honradamente, vedme en las palabras de la Escritura, y las palabras de ella vedlas trasladadas en acciones mías. Por esto no seréis justificados de no haber conocido. Me habéis odiado. Demasiadas abominaciones, demasiados ídolos, demasiadas fornicaciones hay donde sólo Dios debería estar. Y las hay en cada lugar donde estáis. La salvación la tenéis si dejáis aquellas y escogéis a la Verdad que os habla. Y por eso donde vosotros asesináis, o tratáis de hacerlo, seréis asesinados. Y por esto seréis sentenciados a muerte en los límites de Israel, allí donde para nada sirve el poder humano y sólo el Eterno es el Juez de sus criaturas”.

“¿Por qué hablas de esa forma, Señor? Estás irritado”.

“Digo la verdad. Soy la Luz. La Luz fue enviada para que iluminase las Tinieblas. Brilla por todas partes. Hubiera sido inútil que el Altísimo hubiese enviado su Luz, si luego la hubiese ocultado bajo la fanega. Ni siquiera los hombres lo hacen cuando encienden la luz, porque entonces sería inútil el haberla prendido. Si la prenden es para que ilumine y para que quien entra, vea. Yo, en la casa terrena de mi Padre que está oscurecida, he venido a encender la Luz para que quien esté en ella, vea. Y la Luz brilla. Bendecidla si con sus rayos limpios descubre reptiles, escorpiones, trampas, telarañas, hendiduras. Lo hace porque os ama. Para que podáis conocerlos, limpiaros para que arrojéis a los animales dañinos: las pasiones y los pecados, y os volváis a formar ante de que sea muy tarde, para que veáis dónde ponéis el pie: en la trampa que Satanás os ha puesto y para que no caigáis en ella. Pero para ver, además de la luz clara, se necesitan ojos claros. Por el ojo en que hay pus, no pasa la luz. Limpiaos vuestros ojos. Limpiad vuestro espíritu para que la Luz pueda bajar en vosotros. ¿Qué necesidad hay de perecer en las Tinieblas cuando el que es todo Bondad os ha enviado la Luz y la Medicina para que os curéis? Todavía no es demasiado tarde. Venid, todavía tenéis tiempo. Venid a la Luz, a la Verdad, a la Vida. Acercaos a vuestro Salvador que os tiende los brazos, que os obre el corazón, que os suplica que lo acojáis para vuestro bien eterno”.

Jesús tiene una actitud suplicante, amorosa. No respira más que amor... Aun las fieras más tercas, las más ebrias de odio sienten el amor; sus armas se doblegan ante él; su veneno pierde su fuerza. Se miran. Luego Elquías en nombre de todos dice: “Has hablado bien, Maestro. Te ruego que aceptes el banquete que te ofrezco para honrarte”.

“No exijo otra honra que la de conquistar vuestras almas. Déjame en mi pobreza...”

“No creo que vayas a insultarme con no aceptar”.

“No te ofendo. Te ruego que me dejes con mis amigos”.

⁹ Cfr. Gén. 4, 1-16.

¹⁰ Cfr. Ex. 9, 1-7.

“También ellos están invitados. ¡Quién puede dudarlo! También ellos contigo. Es un gran honra para mi casa... ¡Un gran honor!... ¡Vas también a casa de otros poderoso! ¿Por qué no a la mía, la de Elquías?”

“Está bien... iré. Pero ten en cuenta que no podré hablar en lo privado de otro modo del que te he hablado aquí, entre la gente”.

“¡Ni tampoco yo! ¡Ni tampoco mis amigos! ¿Lo dudas acaso?...”

Jesús lo mira fijamente. Luego sale: “No dudo sino de lo que ignoro. Pero no ignoro el pensamiento de los hombres. Vamos”.

Y al lado de Elquías sale fuera del Templo. Lo siguen sus apóstoles, que no tienen muchas ganas de ir, mezclados con los amigos de Elquías.

103. Jesús en el banquete del sinedrismo y fariseo¹

10 abril 1946

Jesús entra en la casa de su anfitrión, que está un poco retirada del Templo, pero cerca del barrio que está a los pies del Tofet.

Una casa de grandes proporciones, pero ceñuda. Todo en ella es observancia, y una observancia exagerada de la Ley. Pienso que hasta el número de esclavos y su posición es conforme a alguno de los seiscientos trece preceptos. Ni una figura en los vestidos, ni un friso en las paredes, ni una nada... ninguna imitación de la naturaleza, cosa que se ven aun en casa de José y Nicodemo y de los mismos fariseos de Cafarnaum. Esta casa... transpira por todas partes el espíritu de su dueño. Fría. Fría. Ningún adorno. La dureza de sus muebles de color oscuro y pesados en forma cuadrada como sarcófago. No tiene nada de acogedor. Es algo que parece cerrarse detrás de las espaldas del que en ella entra.

Y Elquías lo hace notar orgullosamente. “¿Ves, Maestro, cómo soy yo de observante? Todo lo indica. Mira: Cortinas sin diseños, mobiliario sin adornos, ninguna jarra tiene grabados, ni las lámparas tienen forma de flores. Hay de todo, pero todo según el mandamiento: “No te harás ninguna escultura, ninguna representación de lo que está arriba, en el cielo o acá abajo, en la tierra, o en las aguas, bajo la tierra”². Y así como en el edificio, de igual modo en mis vestiduras y en las de mis familiares. Por ejemplo, yo no apruebo en este discípulo tuyo (Isariote) esos primores en su vestido y en su manto. Me dirás: “Muchos los llevan”; y añadirás: “No es más que greca”. De acuerdo. Pero con esos ángulos, con esas curvas, se traen al recuerdo las señales de Egipto. ¡Horror! ¡Cifras demoníacas! ¡Signos de nigromancia! ¡Siglas de Belcebú! No te honra, Judas de Simón, el que las lleves; como tampoco a tu Maestro que te lo permite”.

Judas responde con una sonrisa sarcástica. Jesús contesta humildemente: “Más que no haya señales en los vestidos, vigilo que no haya ninguna de ellas en los corazones. Pero pediré a mi discípulo, más bien desde ahora le ruego, que lleve vestidos menos adornados, para no escandalizar a nadie”.

Judas reacciona de buen modo: “A decir verdad, mi Maestro me dijo muchas veces que preferiría más sencillez en mis vestidos. Pero yo... he hecho lo que me gusta, porque me gusta vestirme así”.

“Mal, muy mal. Que un galileo enseñe a un judío está muy mal, y sobre todo a ti, que eres del Templo... ¡Oh!” Elquías muestra estar del todo estar sorprendido lo mismo que sus amigos.

Judas cansado de ser bueno, replica: “¡Oh, entonces habría qué arrancar tanta pompa aun de vosotros los del Sanedrín! Si tuvierais qué quitar todos esos dibujos que habéis puesto sobre la cara de vuestras almas, ¡qué feos os veríais!”

“¡Mira cómo hablas!”

¹ Cfr. Lc. 11, 37-52.

² Cfr. Ex. 20, 1-17; Deut. 5, 1-22.

“Como uno que os conoce”.

“¿Maestro, lo oyes?”

“Oigo y digo que es necesaria la humildad en una y otra parte, y en ambos hay verdad. Es menester una comprensión mutua. Solo Dios es perfecto”.

“Bien dicho, Rabbí!” dice uno de los amigos... Cara demacrada, voz única en medio del grupo de fariseos y doctores.

“¡Mal dicho!” replica Elquías. “El Deuteronomio es claro en sus maldiciones. Dice: “Maldito el hombre que hace esculturas o imagen fundida. Esto es una cosa abominable. Es obra de mano de artífice y...”³”.

“Pero aquí se trata de vestiduras, no de imágenes” replica Judas.

“Silencio, tú. Habla Tú, Maestro. Elquías, es justo y piensa bien. Maldito el que hace ídolos, pero no el que hace dibujos copiando lo bello que el Creador puso en lo creado. Recogemos flores para adornar...”

“Yo no recojo, ni quiero ver adornadas las habitaciones. ¡Ay de mis mujeres si cometen este pecado, aun en las de ellas! Sólo a Dios se debe admirar”.

“Muy bien dicho. Sólo a Dios. Pero también se puede admirar a Dios en una flor, al reconocer que Él es el Artífice de ella”.

“¡No, no! ¡Paganismo, paganismo!”

“Judit se adornó. Lo mismo hizo Ester por un motivo santo⁴...”

“Mujeres. La mujer ha sido siempre un objeto digno de desprecio. Pero... Maestro, te ruego que entres a la sala del banquete, mientras me retiro un momento, pues debo hablar a mis amigos”.

Jesús asiente sin replicar.

“Maestro... ¡Apenas si puedo respirar!...” dice Pedro.

“¿Por qué? ¿Te sientes mal?” preguntan algunos.

“No. Pero no a mi gusto... como el que cae en una trampa”.

“No te pongas nervioso”. Procurad todos vosotros ser prudentes” aconseja Jesús.

Siguen en grupo y en pie hasta que entran los fariseos seguidos de los siervos.

“Tomemos asiento sin demora alguna. Tenemos reunión y no podemos perder el tiempo” ordena Elquías. Señala los lugares, entre tanto que los siervos trinchan las viandas.

Jesús está al lado de Elquías y a su lado Pedro. Elquías ofrece lo que van a comer, y comienza la comida en medio de frío silencio.

Poco a poco comienzan a aflorar las primeras palabras. Como es natural se dirigen a Jesús, porque los doce son tratados como si no estuviesen.

El primero que tiene algo qué preguntar es un doctor de la Ley. “¿Maestro, estás de veras seguro de ser lo que dices?”

“No lo digo Yo por mi boca propia. Los profetas lo dijeron antes de que Yo estuviese entre vosotros”.

“¡Los profetas!... Tú, que no quieres admitir que nosotros seamos santos, puedes pensar que sea cierto mi dicho si afirmo que nuestros profetas pudieron ser unos hombres exaltados”.

“Los profetas son santos”.

“Y nosotros no. ¿No es verdad? Ten en cuenta que Sofonías pone a los profetas y a los sacerdotes como cosa de la condenación de Israel: “Sus profetas son unos exaltados, hombres sin fe, y sus sacerdotes profanan las cosas santas y violan la Ley”⁶. Continuamente nos echan en cara esto. Si aceptas al profeta en la segunda parte de lo que dice, debes aceptarlo también en la primera y reconocer que no hay ninguna base en que apoyes tus palabras, que son unos exaltados”.

³ Cfr. Deut. 27, 15.

⁴ Cfr. Judit 8-16; 10, 3-4; Ester.

⁶ Cfr. Sof. Cap. 3.

“Rabbi de Israel, respóndeme. Cuando pocas líneas después dice Sofonías: “Canta y alégrate, hija de Sión... el Señor ha retractado su sentencia, dictada contra ti... el Rey de Israel está en medio de ti”⁷, ¿acepta tu corazón estas palabras?”

“Esta es mi alegría repetirme estas palabras, soñando en ese día”.

“Pero son palabras de un profeta, de un exaltado y por lo tanto...”

El doctor de la Ley por un momento se queda sin poder decir palabra alguna. Viene en su ayuda un amigo suyo: “Nadie pudo dudar que Israel reinará. No uno, sino todos los profetas y los pre-profetas, esto es, los patriarcas, nos legaron esta promesa de Dios”

“Y ni uno de los pre-profetas, ni de los profetas ha dejado de señalarme por lo que soy”.

“¡Eso está bien! Pero no tenemos las pruebas. Puedes también ser Tú un exaltado. ¿Qué prueba nos das de ser el Mesías, el Hijo de Dios? Dame un punto de apoyo para que pueda decidir”.

“No te recito mi muerte que describieron David e Isaías, pero sí te anuncio mi Resurrección”.

“¿Tú? ¿Tú? ¿Vas a resucitar Tú? ¿Y quién lo va a hacer?”

“Ciertamente vosotros, no. Ni el Pontífice, ni el monarca, ni las castas, ni el pueblo. Resucitaré por Mí mismo”.

“No blasfemes, galileo. No mientas”.

“No hago más que dar honor a Dios y decirla verdad. Con Sofonías te digo: “Espera mi resurrección”. Hasta este momento podrás tener dudas, podréis tenerlas todos vosotros, y podréis trabajar en inculcarlas entre el pueblo, pero después no lo podréis cuando el Eterno Viviente, por Sí mismo, después de haber redimido, resucite para no morir jamás, Juez intangible, Rey perfecto que con su cetro y su Justicia gobernará y juzgará hasta el fin de los siglos y continuará reinando en los cielos por toda la eternidad”.

“Pero, ¿no sabes que estás hablando a doctores y a sinedristas?” pregunta Elquías.

“¡Y qué importa! Vosotros me habéis preguntado, Yo respondo. Vosotros manifestáis deseos de saber. Yo os ilumino la verdad. No vas a querer que a mi mente venga la otra maldición del Deuteronomio que no se refiere a las vestiduras, sino a otras cosas diversas, y que dice: “Maldito quien a escondidas pega a su prójimo”⁹”.

“Yo no te he pegado. Te estoy dando de comer”.

“No. Pero tus preguntas llenas de falacia son golpes que me das a la espalda. Ten cuidado, Elquías. Porque la maldición de Dios continúa, y después de la que cité viene otra: “Maldito quien acepta regalos para condenar a muerte a un inocente”¹⁰”.

“En este caso, quien acepta regalos, eres Tú, huésped mío”.

“Yo no condeno ni siquiera a los culpables si están arrepentidos”.

“Entonces no eres justo”.

“No, justo lo es. Porque Él piensa que el arrepentimiento merece perdón y por eso no condena” dice el que ya antes había mostrado estar de acuerdo con Jesús en el atrio de la casa.

“¡Cállate tú, Daniel! ¿Quieres saber más que nosotros? ¿O acaso te ha seducido uno sobre el que falta todavía mucho qué decir y que nada hace por ayudarnos a que decidamos en su favor?” dice un doctor.

“Sé que vosotros sois los sabios y yo un sencillo judío que ni siquiera sé por qué queréis que esté frecuentemente entre vosotros...”

“¡Porque eres mi pariente! Es fácil de comprenderte. Quiero que los parientes míos sean santos y sabios. No puedo permitir que se ignoren las Escrituras, ni la Ley, ni los Halasciot, ni los Midrasciot, ni el Haggad”. No puedo soportarlo. Hay qué conocer todo. Hay qué observar todo...”

⁷ Cfr. Sof. 3, 14-15.

⁹ Cfr. Deut 27, 24.

¹⁰ Cfr. Deut. 27, 25.

“Te estoy muy agradecido por los cuidados con que me rodeas. Pero yo, humilde campesino, que indignamente me he convertido en pariente tuyo, no me he preocupado nunca de conocer las Escrituras y los Profetas para tener consuelo en mi vida. Y con la sencillez de un indocto, te confieso que reconozco en el Rabbí al Mesías a quien precedió su Precursor que nos lo indicó... Y el Espíritu de Dios, no puedes negarlo, se había apoderado de Juan”.

Un silencio. No quieren negar que el Bautista hubiese dicho la verdad; pero tampoco quieren afirmarlo.

Otro sale al paso diciendo: “Bueno... Digamos que el Precursor es precursor de aquel ángel¹² que Dios envía a preparar el camino a su Mesías. Y... admitamos que en el Galileo hay la suficiente santidad para pensar que sea ese ángel. Después de él vendrá el tiempo del Mesías. ¿No os parece que esta idea mía ponga paz en todo? ¿La aceptas Elquías? ¿Y vosotros, amigos míos? ¿Y Tú, Nazareno?”

“No”. “No”. “No”. Los tres “no” son claros y seguros.

“¿Cómo? ¿Por qué no la aprobáis?”

Elquías se queda callado. También sus amigos. Sólo Jesús, sincero, responde: “Porque no puedo aprobar un error. Yo soy más que un ángel. El ángel fue el Bautista. Precursor del Mesías, y el Mesías soy Yo”.

Un silencio sepulcral. Largo. Elquías, con el codo apoyado sobre el sofá, la mejilla apoyada sobre la mano, piensa con dureza, con exclusividad, como lo refleja toda su casa.

Jesús se vuelve, lo mira y le dice: “Elquías, Elquías, no confundas la Ley y los profetas con mezquindades”.

“Veo que has leído mi pensamiento. Pero no puedes negar que has pecado no observando el precepto”.

“Porque tú, y con astucia, y por lo tanto con mayor culpa, no cumpliste con tu deber que tenías con tu huésped... Lo hiciste *voluntariamente*. Me distrajiste, y luego me mandaste aquí mientras tú con tus amigos te purificabas, y cuando entraste, nos pediste que nos apuráramos, que tenías reunión y todo esto para poderme decir: ‘Pecaste’”.

“Podías haberme recordado mi deber de darte con qué deberías purificarte”.

“Podría recordarte tantas cosas, pero de nada serviría sino para hacerte más intransigente, y más enemigo”.

“No. Dilas. Dilas. Queremos escucharte y...”

“Y acusar ante el Príncipe de los Sacerdotes. Por eso te traje a la memoria la última y penúltima maldiciones. Lo sé. Os conozco. Me encuentro aquí entre vosotros, inerme. Estoy aquí separado del pueblo que me ama, y ante el que no os atrevéis a tocarme. Pero no tengo miedo. No acepto compromisos, como tampoco soy un villano. Os digo vuestro pecado, el de toda vuestra casta, el vuestro, fariseos, falsos santos de la Ley; el vuestro, doctores, falsos sabios que confundís y mezcláis a sabiendas lo verdadero y lo falso, que exigís de los otros la perfección aún en los casos exteriores y a vosotros mismos nada. Me echáis en cara vosotros, unidos a vuestro anfitrión y mío, el que no me haya purificado antes de comer. Sabéis que he venido del Templo al que no se acerca sino después de haberse purificado de las inmundicias del polvo y del camino. ¿Quieres acaso confesar que el Lugar Santo sea contaminación?”

“Nosotros nos purificamos antes de comer”.

“Y a nosotros se nos dijo: ‘Id allí y esperad’. Y luego: ‘Sentaos a la mesa sin tardanza’ Entre tus paredes limpias sin diseño alguno, había con todo un complot: el de arrastrarme al engaño. ¿Qué mano escribió en las paredes el motivo para poderme acusar? ¿Tu espíritu u otro poder que te domina y a quien escuchas? Ahora bien, oídme todos”.

Jesús se pone de pie y con sus manos que se apoyan sobre la orilla de la mesa, empieza su invectiva: “Vosotros fariseos laváis lo exterior de las copas y de los platos. Os laváis las manos y los pies, como si los platos y las copas, las manos y los pies tuviesen qué entrar en vuestro corazón y os enorgulleceis de ello proclamándolo puro y perfecto. Pero no os toca a

¹² Cfr. Ex. 23, 20; Mc. 1, 2.

vosotros, sino a Dios el proclamarlo así. Ahora bien, tened en cuenta lo que Dios piensa acerca de vuestro corazón. Piensa que está lleno de mentira, de asquerosidad, de rapiña; está lleno de iniquidad y nada que venga de lo externo puede corromper lo que ya en sí es una corrupción". Separa la mano derecha de la mesa, e involuntariamente empieza a moverla mientras continúa: "Pero quien hizo vuestro espíritu, como hizo vuestro cuerpo, ¿no puede exigir, al menos en igual proporción que respetéis lo interior, así como respetáis lo exterior? O necios que cambiáis estos dos valores e invertís su poder, ¿acaso no deseará el Altísimo que se dé un cuidado mayor al espíritu, hecho a su semejanza y que por la corrupción pierde la Vida eterna, que no a la mano o al pie, cuyas suciedades pueden lavarse fácilmente, y que aunque queden sucios, no influirían en la limpieza interior? ¿Puede acaso Dios preocuparse de la limpieza de un vaso o de una jarra cuando estos objetos no son sino cosas carentes de alma y que no pueden influir en las vuestras?"

Estoy leyendo tu pensamiento, Simón Boetos. No. No concluye. No es porque queráis preservar vuestra salud, vuestro cuerpo, vuestra vida, por lo que tomáis estos cuidados, y practicáis estas purificaciones. El pecado carnal, más bien dicho, los pecados de gula, intemperancia, lujuria, son a no dudarlo más dañinos al cuerpo que un poco de polvo en las manos o en el plato. Y con todo lo cometéis sin preocuparos de proteger vuestra existencia y la incolumidad de vuestras familias. Y mayores pecados cometéis porque además de manchar vuestro espíritu y vuestro cuerpo, con el derroche de vuestros bienes, la falta de respeto a vuestros familiares, ofendéis al Señor con la profanación de vuestro cuerpo, templo de vuestro espíritu, que debería ser el trono del espíritu Santo; y cometéis otro pecado más por el prejuicio que formáis, de que os toca a vosotros defenderos de las enfermedades que provienen de un poco de polvo, como si Dios no pudiese intervenir en defenderos de las enfermedades físicas si acudís a Él con espíritu puro.

El que creó lo interior ¿no creó acaso también lo externo y viceversa? ¿Y acaso lo interno no es más noble y lo que más se asemeja a lo divino?"

Haced obras dignas de Dios y no roñerías que no se levantan más que el polvo por el que y del que se hicieron; del pobre polvo del que el hombre fue tomado como ser animal, lodo al que se le dio forma, y regresar al polvo, polvo que el viento de los siglos dispersa. Haced obras que permanezcan, que sean dignas del Rey y santas, obras sobre las que está la bendición divina cual corona. Haced caridad, y haced limosna, sed honestos, sed puros en las obras y en la intención, y sin recurrir al agua de las abluciones todo será puro en vosotros.

Pero, ¿qué estáis imaginando? ¿Que estáis en lo justo porque pagáis los diezmos de los aromas? No. ¡Ay de vosotros, fariseos, que pagáis los diezmos de la menta y de la ruda, de la mostaza y del comino, del hinojo y de otros vegetales, y luego dejáis en olvido la justicia y el amor de Dios! Pagar los diezmos es un deber y hay que hacerlo. Pero hay otros deberes más altos, y que también deben de cumplirse. ¡Ay de quien observa las cosas exteriores y olvida las interiores que se basan en el amor a Dios y al prójimo! ¡Ay de vosotros, fariseos, que buscáis los primeros lugares en las sinagogas y en las reuniones y os gusta que se os reverencie en las plazas, y no os preocupáis en hacer obras que os den un lugar en el cielo y os merezcan la reverencia de los ángeles! Sois semejantes a los sepulcros escondidos que, sin saberlo el viajero, pasa cerca de ellos, los toca y no tiene asco, pero lo tendría si pudiese ver lo que dentro de ellos está encerrado. Pero Dios ve también vuestros actos recónditos y no se engaña al juzgarlos".

Lo interrumpe, poniéndose también de pie, un doctor de la Ley. "Maestro, al hablar así nos ofendes. Y no te conviene, porque nosotros debemos juzgarte".

"No. No vosotros. Vosotros no podéis juzgarme. Vosotros sois los juzgados, no los jueces. Quién juzga a Dios. Podéis hablar, mover vuestros labios, pero ni siquiera la voz más potente es capaz de llegar al cielo, ni de recorrer la tierra. Apenas un poco distante, se pierde en el silencio... Y luego viene el olvido. Pero el juicio de Dios es una voz que permanece y el olvido no la sepulta. Siglos y siglos han pasado desde que Dios juzgó a Lucifer y juzgó a Adán. La voz de aquel juicio no se ha apagado. Están las consecuencias de aquel juicio. Y si ahora me

encuentro entre vosotros para traer a los hombres la Gracia, mediante el Sacrificio perfecto, el juicio sobre la acción de Adán permanece como lo es, y será llamada siempre la “culpa del principio”. Los hombres serán redimidos, lavados con una purificación superior a cualquier otra, pero nacerán con esa marca, porque Dios juzgó que esa marca deba estar en todo el que nazca de mujer, menos en Aquel que no por obra de hombre, sino por el Espíritu Santo fue hecho, y en la Preservada y en el Presantificado, vírgenes para siempre. La Primera para poder ser la Virgen Deípara; el segundo para poder ser el Precursor del Inocente, nacido limpio gracias a los méritos infinitos del Salvador Redentor.

Yo os digo que Dios os juzga. Y os juzga al deciros: “¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, porque imponéis a la gente pesos insoportables, convirtiendo en castigo el paternal Decálogo del Altísimo que dio a su Pueblo!” Él lo dio con amor, para que el hombre, el eterno, imprudente e ignorante niño, tuviese un guía seguro. Pero vosotros habéis sustituido los amorosos lazos con que Dios había ligado a sus hijos para que pudiesen caminar por su sendero y llegar a su corazón con montañas de piedras agudas, pesadas: un laberinto de prescripciones, una pesadilla de escrúpulos, por lo cual el hombre pierde sus fuerzas, se extravía, se detiene, tiene miedo de Dios como de un enemigo. Vosotros impedís que los corazones vayan a Dios. Vosotros separáis al Padre de sus Hijos. Vosotros negáis con vuestras imposiciones, esta dulce, bendita y verdadera Paternidad. Pero vosotros no tocáis ni siquiera con el dedo el peso que sobre los otros imponéis. Os creéis justificados sólo por haberlo impuesto. Pero, oh necios, ¿no sabéis que seréis juzgados por lo que juzgasteis que era necesario para salvarse? ¿No sabéis que Dios os dirá?: “Vosotros decíais que vuestra palabra era sagrada, que era justa. Así pues, también Yo la tengo por tal. Y como la impusisteis a todos y juzgasteis a vuestros hermanos del cómo la acogieron y practicaron, ved que Yo os juzgo con vuestra palabra. Y como no hicisteis lo que dijisteis que tenía que hacerse, sois sentenciados”.

¡Ay de vosotros, que levantáis sepulcros a los profetas que vuestros padres mataron! ¿Y qué? ¿Creéis con esto que disminuiréis la enormidad de la culpa de vuestros padres? ¿Que la anularéis a los ojos de las futuras generaciones? No. Al revés. Vosotros testificáis así las obras de vuestros padres. No sólo esto, sino que las aprobáis, prontos a imitarlos, levantando luego un sepulcro al profeta para deciros mutuamente: “Los honramos nosotros”. ¡Hipócritas! Por esto la Sabiduría de Dios dijo: “Mandaré a ellos profetas y apóstoles. Ellos matarán a algunos y a otros perseguirán, para que pueda exigirse a esta generación la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la creación del mundo en adelante, desde la sangre de Abel, hasta la de Zacarías, asesinado entre el altar y el Santuario”. En verdad, en verdad os digo que se pedirá cuenta de toda esta sangre de santos a esta generación que no sabe distinguir a Dios donde está; que persigue al justo, y lo aflige porque es un reproche constante a su injusticia.

¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, que os habéis usurpado la llave de la ciencia, y habéis cerrado el templo para no entrar y para que no os juzgue, y no habéis permitido que otros entrasen! Porque sabéis que si el pueblo aprendiese la verdadera Ciencia, esto es, la Sabiduría eterna, podría juzgaros, por lo cual preferías que siga ignorante para que no os juzgue. Y me odiáis porque Yo soy la Palabra de Sabiduría y querríais encerrarme ante de tiempo en una cárcel, en un sepulcro para que no hablase más.

Pero seguiré hablando hasta que a mi Padre le plazca que lo haga, y luego hablarán mis obras mucho mejor que mis palabras. Y hablarán mis méritos más que ellas, y el mundo será adoctrinado y sabrá y os juzgará. Será la primera sentencia contra vosotros; luego vendrá la segunda, cuando cada uno después de su muerte sea juzgado; y finalmente el Juicio Universal. Y os acordaréis de este día y de estos días y vosotros, vosotros solos conoceréis al Dios terrible que habéis tratado de presentar cual una pesadilla ante los espíritus de los sencillos, entre tanto que vosotros, en el interior de vuestro sepulcro, os burlasteis de Él, y no

habéis tenido ningún respeto ni obedecido a ninguno de los mandamientos desde el primero del amor, hasta el último, que fueron dados en el Sinaí¹⁴.

Inútilmente, oh Elquías, tu casa carece de figuras. Inútilmente, en vuestros hogares no tenéis esculturas. En el interior de vuestro corazón tenéis el ídolo: el de creeros dioses, así como los ídolos de vuestras concupiscencias. Venid. Vámonos”.

Y haciendo que los doce salgan antes que Él, sale el último.

Late un silencio profundo...

Los que se han quedado, forman un alboroto diciendo: “¡Hay qué perseguirlo, cogerlo en falso, encontrar motivos con que se le acuse! ¡Hay qué matarlo!”

Otro silencio.

Luego mientras dos, descontentos del odio y de lo que se proponen los fariseos, salen, esto es, el pariente de Elquías y el otro que defendió al Maestro, los que se quedan se preguntan: “¿Y cómo?”

Otro silencio.

Luego con una risita de viejo chocho, Elquías dice: “Hay qué trabajar a Judas de Simón...”

“¡Hombre! ¡Buena idea! Pero ¡lo acabas de ofender!...”

“De eso me encargo yo” dice aquel a quien Jesús llamó con el nombre de Simón Boetos. “Yo y Eléazar el hijo de Anás... Lo engatusaremos...”

“Unas cuantas promesas...”

“Un poco de miedo...”

“Mucho dinero...”

“No. Mucho no... promesas, promesas de mucho dinero...”

“¿Y luego?”

“¿Cómo que buen?”

“¡Bueno! Luego. Cuando todo se haga. ¿Qué le daremos?”

“Pues ¡nada! La muerte. Así... *no hablará más*” dice con lenta crueldad Elquías.

“¡Uh! La muerte...”

“¿Te horroriza? ¡Cómo eres! Si matamos al Nazareno que... es un justo... podremos matar también al Iscariote que es un pecador...”

No todos se ponen de acuerdo...

Elquías levantándose dice: “Oiremos también el parecer de Anás... y veréis que... nos dará una buena idea. Y vendréis también vosotros... ¡Oh!, ciertamente vendréis...”

Salen todos detrás de su anfitrión que se va diciendo: “Sí, vendréis... vendréis...”

104. En Betania

11 abril 1946

Cuando llega Jesús a Betania el sol enrojece el horizonte. Acalorados, llenos de polvo, vienen los suyos tras de Él. Jesús y los apóstoles son los únicos que desafían el horno ardiente del camino, que para protegerse de él muy poco ayudan los árboles que hay desde el monte de los Olivos hasta las pendientes de Betania. Un ardiente verano, pero más ardiente y furioso es el odio. Los campos están desnudos de sus mieses. Queman. Son hornos que respiran tan solo fuego. Pero el corazón de los enemigos de Jesús están todavía más desnudos, no digo de amor, sino de sinceridad, de elemental moral humana. Están encendidos en odio... Y no hay más que una casa para Jesús, que un refugio: Betania. Allí hay amor, frescura, protección, lealtad... El Peregrino, perseguido, con su vestido blanco, con rostro afligido, con su paso cansado, porque no puede estar sin que por todas partes lo pinchen sus enemigos, con la mirada resignada de quien ya contempla la muerte que se le acerca a cada hora, a cada paso, y que la acepta por obedecer a Dios...

¹⁴ Cfr. Ex. 20, 1-17; Deut. 5, 1-22.

La casa en medio de su extenso jardín, está cerrada. No se oye ruido alguno. Espera tan sólo que pronto llegue la frescura. En el jardín no hay nadie. Está desnudo. Sólo el sol reina despóticamente.

Tomás llama con su voz potente de barítono.

Una cortina se corre. Se asoma una cara... luego un grito: “¡El Maestro!” y los siervos corren. Los siguen las dueñas sorprendidas, porque ciertamente no esperaban que Jesús llegase a estas horas.

“¡Rabboni!” “¡Señor mío!” Marta y María saludan a Jesús desde lejos, y al punto se postran, en cuanto se abre el cancel y Jesús se acerca.

“Marta, María: la paz sea con vosotros y con vuestro hogar”.

“La paz sea contigo, Maestro y Señor... Pero ¿cómo a esta hora?” preguntan las hermanas. Y despiden a los siervos para que Jesús pueda hablar con franqueza.

“Para que descanse mi cuerpo, para que repose mi corazón donde no se me odia...” dice con tristeza Jesús. Y tiende sus manos como para decir: “Vosotras que me amáis” y se esfuerza por sonreír, pero es una sonrisa triste, que desmiente la mirada de esos ojos en que se refleja el dolor.” ¿Te han hecho algún mal?” pregunta María, enrojecida de ira.

“¿Qué te ha pasado?” pregunta Marta. Y con voz maternal añade: “Ven que trataré de que descanses. ¿Desde cuándo estás caminando, que te ves así tan cansado?”

“Desde las primeras horas del día... Y puedo decirte que todo el día, porque el breve espacio en casa de Elquías, el sinedrasta, fue peor que un largo camino...”

“Sí... y antes en el Templo...”

“Pero ¿por qué fuiste a la casa de esa sierpe?” pregunta María.

“Porque si no hubiera ido, se hubieran aprovechado para justificar su odio con el que me hubieran acusado de que desprecio a los miembros del Sanedrín. Pero ya ni modo... que vaya o no, la medida del odio de los fariseos ha llegado a su colmo... y no habrá ya tregua...”

“¿Con que esas tenemos? Quédate con nosotros, Maestro. Aquí no te causarán daño alguno...”

“Faltaría a mi misión... Muchas almas esperan al Salvador. Debo ir...”

“¡Pero te lo impedirán!”

“No. Me perseguirán, y me harán que me vaya para poder estudiar cada paso mío, harán que hable para que examinen cada palabra, olfatearán todo como sabuesos, para atrapar su presa... para tener con qué, que pueda parecer culpa... y todo servirá para algo...”

Marta, siempre respetuosa, se siente tan llena de compasión que levanta su mano como para acariciar esas enflaquecidas mejillas pero se detiene, llena de vergüenza dice: “¡Perdóname! Me diste la misma impresión que nos da Lázaro. Perdóname, Señor, que te haya amado como a un hermano mío que sufre”.

“Soy el hermano doliente... Amadme con amor puro de hermanas... ¿Y Lázaro qué hace?”

“Languidece, Señor...” responde María. Las lágrimas que estaban ya a punto de salirse, con estas palabras se unen a la pena de ver a su Maestro tan adolorido.

“No llores, María, ni por Mí, ni por él. Cumplamos con la voluntad divina. Se debe llorar por quien no sabe cumplir con esta voluntad...”

María se inclina. Toma la mano de Jesús y le besa las puntas de los dedos.

Han llegado a la casa. Entran al punto a donde está Lázaro. Los apóstoles aguardan, y se refrescan con los que los siervos les ofrecen.

Jesús se inclina sobre el pálido, sobre el siempre más pálido Lázaro y lo besa sonriente para aliviar la tristeza de su amigo.

“Maestro ¡cómo me amas! Ni siquiera esperaste a que cayese la tarde para venirme a ver. Con este calor...”

“Amigo mío, me siento feliz contigo, como tú conmigo. Lo demás no importa”.

“Es verdad. No importa. Aun mi sufrimiento no es nada... Ahora sé por qué sufro y qué puedo hacer con mi sufrimiento”. Lázaro sonríe con una sonrisa sincera, espiritual.

“Y es verdad, Maestro. Se podría decir que Lázaro ve con placer su enfermedad y...” un sollozo despedaza la voz de Marta.

“Dilo, no tengas miedo: y la muerte. Maestro, diles que deben ayudarme, como los levitas ayudan a las sacerdotas”.

“¿Para qué, amigo mío?”

“Para consumir el sacrificio...”

“Y sin embargo hasta hace poco temblabas ante el pensamiento de la muerte. ¿No nos amas más? ¿No amas al Maestro? ¿No quieres servirle?... pregunta María con voz fuerte, pero pálida de dolor, acariciando la mano amarillenta de su hermano.

“¿Y me lo preguntas, tú, corazón ardiente y generoso? ¿No soy hermano tuyo? ¿No tengo la misma sangre y tus mismos santos amores: Jesús, las almas, y vosotras, mis dos queridas hermanas?... Pero desde la Pascua mi alma acaparó una gran palabra. Y amo la muerte. Señor, te la ofrezco por la misma intención que tienes”.

“Luego ¿no me pides más que te cure?”

“No, Rabboni... Te pido que me bendigas para que sepa sufrir y morir... y si no es grande mi petición, para redimir... Tú lo dijiste...”

“Lo dije. Y te bendigo para darte las fuerzas que quieres”. Le impone las manos y luego lo besa.

“Estaremos juntos y me instruirás...”

“No ahora, Lázaro. No me voy a detener. Vine tan solo por unas cuantas horas. Partiré en la noche”.

“¿Por qué?” preguntan los tres hermanos, desilusionados...

“Porque no puedo quedarme... Volveré en otoño. Y entonces... me estaré mucho y haré mucho por aquí... y en sus alrededores...”

Un silencio lleno de tristeza. Luego, Marta: “Entonces por lo menos descansas, toma algo...”

“Nada me hace descansar más que vuestro amor. Haced que descansen mi apóstoles y dejadme estar aquí, con vosotros, así tranquilo...”

Marta sale llorando. Regresa con tazones de leche fría y frutas primerizas...

“Los apóstoles ya comieron y cansados duermen. Maestro mío, ¿no quieres descansar?”

“No insistas, Marta. No se asomará todavía el alba y ya me habrán buscado aquí, en Getsemaní, en casa de Juana, en donde saben que pueden hospedarme. Pero al alba ya estaré lejos”.

“¿A dónde vas, Maestro?” pregunta Lázaro.

“Hacia Jericó, pero no por el camino usual... Doy vuelta hacia Tecua, y luego tomo hacia atrás en dirección de Jericó”.

“Es un camino muy duro en la estación en que estamos...” murmura Marta.

“Precisamente por eso es solitaria. Caminaremos de noche. Las noches son claras aun antes de que se levante la luna... Y el alba llega muy pronto...”

“¿Y luego?” pregunta María.

“Luego al otro lado del Jordán. A la altura de Samaría, en la parte norte, pasaré el río que viene de esta parte”.

“Vete pronto a Nazaret. Estás cansado...” dice Lázaro.

“Primero debo ir a las playas del mar... Luego... iré a Galilea. Pero también allí me perseguirán...”

“Tendrás siempre a tu mamá que te consuele...” dice Marta.

“Sí, mi pobre Mamacita”.

“Maestro, Mágdala es tuya. Lo sabes” le recuerda María.

“Lo sé, María... Sé todo el bien y todo el mal...”

“Separados así... ¡por tanto tiempo! ¿me volverás a encontrar vivo, Maestro?”

“No tengas duda. No llores... hay que acostumbrarse aun a las separaciones. Son útiles para probar la fuerza de los afectos. Se comprenden mejor los corazones amados, al verlos

con ojos espirituales, desde lejos. Cuando el alma no está engañada por el placer humano que produce la cercanía física del ser amado, se puede pensar detenidamente en su espíritu, en su amor... se comprende mucho mejor la personalidad del que está lejos... estoy seguro que al pensar en vuestro Maestro lo comprenderéis mejor todavía cuando veréis y contemplaréis en paz mis acciones y mis afectos”.

“¡Oh, Maestro, nosotros no dudamos de Ti!”

“Ni Yo de vosotros. Pero me conoceréis mucho más. Y no digo que me améis, porque conozco vuestro corazón. Os digo sólo: rogad por Mí”.

Los tres hermanos lloran... Jesús está muy triste... ¿Cómo no llorar?

“¿Qué queréis? Dios había puesto el amor entre los hombres, pero estos lo han sustituido por el odio... Y el odio divide no solo a los enemigos entre sí, sino que también se introduce para separar a los amigos”.

Un largo silencio.

Luego Lázaro dice: “Maestro, vete de Palestina por algún tiempo...”

“No. Mi lugar está aquí. Para vivir, evangelizar, morir”.

“Juan y la griega están bien porque te preocupaste por ellos. Vete allá”.

“No. Ellos se salvaron. Yo *debo* salvar. Esta es la diferencia que explica todo. El altar está aquí, aquí la cátedra. No puedo ir a otra parte. Y bien... ¿creéis que puede cambiarse lo que está decidido? No. Ni en la tierra, ni en el cielo. Tan solo empañaría la pureza espiritual de la figura mesiánica. Sería Yo “el cobarde” que se salva con la fuga. Debo dar el ejemplo a los presentes y a los futuros que en las cosas de Dios, en las cosas santas, no hay qué ser cobardes...”

“Tienes razón, Maestro” suspira Lázaro.

Y Marta, corriendo la cortina, dice: “Tienes razón... Ya atardeció. No hay ya más sol...”

María se pone a llorar angustiosamente como si esta palabra hubiese tenido la capacidad de acabar con su fuerza moral que contenía su llanto. Lloro con más amargura que cuando lloró en la casa del fariseo, con esas lágrimas con que pedía perdón al Salvador.

“¿Por qué lloras así? Le pregunta Marta.

“Porque has dicho la verdad, hermana. No hay ya más sol... El Maestro se va... No hay más sol para mí... para nosotros...”

“Sed buenos. Os bendigo. Quede mi bendición con vosotros. Dejadme ahora con Lázaro que está cansado y tiene necesidad de silencio. Velando a mi amigo, descansaré. Ved porque nada falte a los apóstoles y haced que estén listos para cuando anochezca completamente...”

Las discípulas se retiran y Jesús, meditabundo, se queda sentado junto a su amigo enfermo, que como para pagar la proximidad que siente, se adormece con una leve sonrisa en su cara.

105. Jesús y el mendigo en el camino de Jericó

17 mayo 1944

Veo a Jesús por un camino lleno de polvo y asoleadísimo. No hay nada de sombra, nada verde. Polvo en el camino. Polvo en los campos sin cultivo.

Aquí no hay más las hermosas colinas de Galilea, ni los montes más silvestres de Judea tan abundantes de agua y pasto. Aquí es algo que no es un desierto por naturaleza, sino que el hombre lo ha hecho así con no cultivarlo. Es una llanura. No veo ninguna colina por alguna parte. Como de hecho no conozco Palestina, no puedo decir qué región sea. No cabe duda que es una que nunca he visto en las anteriores visiones. Montones de piedras hay a la vera del camino. Tal vez para repararlo, pues se encuentra en condiciones pésimas. Por ahora está sumergida en polvo. Cuando llueva, deberá ser no más que lodo. No veo ninguna casa, ni cerca, ni lejos.

Jesús, como siempre, camina algunos metros delante de los apóstoles que lo siguen en grupo, acalorados y cansados. Para defenderse del sol se han echado encima los mantos y

parecen una comunidad de religiosos de colores diferentes. Jesús lleva la cabeza descubierta; parece como si el sol no le hiciese ningún mal. Su vestido es de lino blanco, con mangas cortas hasta el codo. Muy ancho y suelto. No tiene la acostumbrada faja. Es un vestido propio y adaptado para esos lugares tórridos. También el manto es de lino, de color azul. Es muy ligero y le cae sobre el cuerpo, como sin tocárselo. Le cubre la espalda, pero le deja libres los brazos. No sé cómo se lo haya detenido en esta forma.

Sentado, mejor dicho, casi echado sobre un montón de piedras, hay un hombre. Claro, será un mendigo. Está vestido (si así puede decirse) con una tunicilla sucia y andrajosa, que puede ser que algún día fue de color blanco, pero ahora tiene el de lodo. Dos miserables sandalias en sus pies, que no tienen casi suela, y que se amarran con pedazos de mecate. En las manos un bastón, que no es otra cosa más que una rama de árbol. En la frente tiene una especie de banda sucia, y en la pierna izquierda, entre la rodilla y la cadera, otra, sucia y manchada de sangre. Está flaco. Un costal de huesos. Sucio, hirsuto, despeinado.

Antes de que llamase a Jesús. Él se le acerca. Le pregunta: “¿Quién eres?”

“Un pobre que pide pan”.

“¿Por este camino?”

“Voy a Jericó”.

“El camino es largo, y no hay gente por estos lugares”.

“Lo sé, pero es más fácil que me den un pedazo de pan y algo de plata los gentiles que pasan por este camino, que no los judíos, de donde vengo”.

“¿Vienes de Judea?”

“Sí. De Jerusalén. Tuve qué dar una gran vuelta para ir a ver a ciertas personas que siempre me ayudan. En la ciudad, nadie me ayuda. No existe la compasión”.

“Dijiste bien. No existe la compasión”.

“Tú la tienes. ¿Eres judío?”

“No. Soy de Nazaret”.

“Una vez hubo que los nazaretanos no tenían buen nombre, pero ahora hay qué decir que son mejores que los de Judea. También en Jerusalén los únicos buenos son los que se dicen ser seguidores de ese Nazareno a quien llaman el Profeta. ¿Lo conoces?”

“¿Y tú?”

“No. Fui allá porque, como ves, tengo la pierna muerta, entumecida, y me arrastro fatigosamente. No puedo trabajar y me muero de hambre y de golpes. Abrigaba esperanzas de encontrarlo, porque me dicen que cura a quien toque. Es verdad que no pertenezco al pueblo elegido... pero dicen que es bueno con todos. Me dijeron que estaría en Jerusalén para la fiesta de las Semanas¹. Pero yo camino muy despacio... y me pegaron y no pude llegar... Cuando llegué a Jerusalén Él había ya partido, porque me dijeron que los judíos lo habían tratado mal”.

“¿Y a ti?”

“Siempre me maltratan. Sólo los soldados romanos me dan un pedazo de pan”.

“¿Y qué se dice, en Jerusalén, entre el pueblo, del Nazareno?”

“Que es el hijo de Dios, un gran Profeta, un Santo, un Justo”.

“¿Y tú qué piensas?”

“Yo soy... un idólatra. Pero creo que es el Hijo de Dios”.

“¿Cómo puedes creerlo si ni siquiera lo conoces?”

“Conozco sus obras. Solo un Dios puede ser bueno y hablar como Él”.

“¿Quién te refirió sus palabras?”

“Otros pobres. Enfermos curados. Niños que me llevan pan... Los niños son buenos y no saben distinguir entre creyentes e idólatras...”

¹ Las Fiestas de las Semanas se celebra siete semanas después de haber ofrecido el primer manojito de trigo, y se llama también Fiesta de las Mieses, de las Primicias, de Pentecostés. Cfr. Ex. 23, 14-19; 34, 22. Lev. 23, 15-22; Núm. 28, 26-31; Deut. 16, 9-12; Hech. 2, 1.

“¿De dónde eres?”

“...”

“Dilo. No soy como los niños. No tengas miedo. Sé sólo sincero”.

“Soy... samaritano. No me pegues...”

“A nadie pego. A nadie desprecio. Con todos tengo piedad”.

“Entonces... entonces, Tú eres el Rabbí de Galilea”.

El mendigo se postra, se arroja desde el montón de piedras como un cadáver sobre el polvo ante Jesús.

“Levántate. Soy Yo. No tengas miedo. Levántate. Mírame”.

El mendigo levanta el rostro, siguiendo de rodillas. Su cuerpo torcido trata de erguirse.

“Dadle un pan y algo de beber” dice Jesús a sus discípulos.

Juan le da agua y pan.

“Sentadlo, que coma tranquilamente. Come, hermano”.

El pobre llora. No come. Mira a Jesús con los ojos de un pobre perro extraviado que ve que le acarician y que le dan de comer por primera vez.

“Come” le dice Jesús sonriente.

El pobrecito come con las lágrimas que le humedecen el pan, pero en medio de su llanto hay una sonrisa. Poco a poco cobra confianza.

“¿Quién te hirió aquí?” pregunta Jesús y le toca la venda sucia que lleva en la frente.

“Un rico fariseo. A propósito me arrastró con su carro... Me había puesto en un cruce a pedir pan. Me echó encima los caballos tan de pronto que no pude evitarlos. Casi estuve a punto de morir. Tengo un agujero en la cabeza, y me sale pus”.

“¿Y aquí, quien te pegó?”

“Había ido a la casa de un saduceo, donde había banquete, a pedir las sobras, después de lo que sobraba de los perros. Me vio y me los echó encima. Uno de ellos me dio una dentellada en la costilla”.

“¿Y esta otra cicatriz que te ha lisiado la mano?”

“Fue un golpe que me dio hace tres años un escriba. Supo que era yo samaritano y me golpeó los dedos. Por esto no puedo trabajar. Lisiada la derecha, sin poder mover la pierna ¿cómo quieres que pueda hacer algo para ganarme la vida?”

“Pero ¿por qué saliste de Samaria?”

“El hambre es dura, Maestro. Somos muchos los desgraciados y no hay pan para todos. Si me pudieses ayudar...”

“¿Qué quieres que te haga?”

“Que me cures para poder trabajar”.

“¿Crees que lo pueda hacer?”

“Sí, lo creo, porque eres el Hijo de Dios”.

“¿Lo crees?”

“Lo creo”.

“Tú, samaritano ¿eres capaz de creerlo? ¿Por qué?”

“No sé por qué. Sé que creo en Ti, y en quien te envió. Ahora que viniste, no hay más diferencia de adoración. Basta adorarte para adorar a tu Padre, al eterno Señor. Donde estás, está allí el Padre”.

“¿Oís amigos? (Jesús se vuelve a los discípulos) este habla porque el Espíritu le ilumina la verdad. Este, Yo lo digo, es superior a los escribas y fariseos, a los crueles saduceos, a todos los idólatras que mentirosamente se llaman hijos de la Ley. La Ley dice: amarás al prójimo, después de Dios. Y ellos golpean al prójimo que sufre y pide pan; al prójimo que suplica, le echan encima los caballos y los perros; al prójimo que se pone abajo, más abajo de lo perros del rico, le echan contra él los mismos perros para hacerle saborear su desgracia, más de lo que pueda hacerlo la misma enfermedad. Despectivos, crueles, hipócritas, no quieren que Dios sea conocido, que sea amado. *Si lo quisiesen, lo harán a través de sus obras*, como este

acaba de decir. *Son las sobras, no la rutina, lo que hace ver a Dios que vive en los corazones de los hombres y que llevan los hombres a Dios.*

¿No tengo razón, Judas, que me reprochas de ser imprudente, no tengo razón acaso de castigarlos? Callar, simular que los apruebo sería aprobar su conducta. No. Por la gloria de Dios que no puedo. Yo, su Hijo, permitir que la gente humilde, desgraciada, buena, crea que apruebo sus pecados. Vine para que los gentiles sean hijos de Dios. Pero no puedo hacerlo si ellos ven que los que se dicen hijos de la Ley –pero que no son más que unos bastardos– practican un paganismo mucho más culpable que el de ellos, porque estos hebreos han conocido la Ley de Dios y ahora escupen sobre lo vomitado de sus pasiones satisfechas como bestias inmundas. ¿Debo creer, Judas, que eres como ellos? ¿Tú, que me echas en cara la verdad que digo? ¿O debo pensar que estás preocupado por tu vida? *Quien me siga no debe tener preocupaciones humanas.* Ya te lo he dicho. Todavía es tiempo, Judas, de que escojas entre mi modo de obrar y el de los judíos cuyo modo de obrar apruebas. Pero piensa: mi camino va a Dios. El otro al Enemigo de Dios. Piensa y decídetelo. Pero sé franco.

Y tú, amigo mío, levántate y camina. Quítate esas vendas. Vuelve a tu casa. Estás curado por tu fe”.

El mendigo lo mira sorprendido. No se atreve a extender su mano... pero lo intenta. Está intacta. Igual que la izquierda. Suelta el bastón. Apoya las manos sobre las piedras y hace fuerza. Se levanta. Se yergue. La parálisis que tenía muerta su pierna, ha desaparecido. La mueve, la dobla... da un paso, dos, tres. Camina... Mira a Jesús. Lanza un grito de júbilo. Se arranca la venda de la cabeza. Se toca la parte posterior de la cabeza donde tenía el agujero del que manaba pus. No hay nada. Todo está bien. Se arranca la venda sanguinolenta de la cadera: la piel está intacta.

“¡Maestro, Maestro, Dios mío!” grita levantando los brazos. Se arroja a los pies de Jesús y se los besa.

“Regresa a tu casa, y cree siempre en el Señor”.

“¿Y a dónde debo ir, Maestro y Dios, sino detrás de Ti que eres santo y bueno? No me rechaces, Maestro...”

“Vete a Samaria, y habla de Jesús de Nazaret. La hora de la Redención está cercana. Sé un discípulo mío entre tus hermanos. Vete en paz”.

Jesús lo bendice. Luego se separan. El curado se dirige ligero hacia el norte. De cuando en cuando vuelve su cara para mirar al que lo curó.

Jesús con los apóstoles deja el camino principal y entran por los campos incultos hacia el oriente. Caminan por una veredilla que corta el camino principal, y que se hace larga, más larga, cuanto más se adelanta. Tal vez sea el camino que lleva a Jericó. No lo sé.

He vuelto a ver a mi Jesús. Qué feliz soy! ¡Qué hermoso! Su Rostro. Sus manos. Su voz. ¡Qué sed tenía de Él! Ayer, es verdad, lo había visto, pero en cuadros. No hablaba ni se movía. Pero hoy no es así. ¡Estoy feliz, feliz!

Pero que dolor en estos cuarenta días en que no lo vi. Porque son exactos cuarenta días. Lo vi la última vez vivo y que respiraba el Viernes Santo, esto es el 7 de abril exactamente a esta hora, a las tres y media de la tarde. ¡Cuarenta días de tormento! Ahora comprendo la angustia de María cuando perdió a Jesús. Perder su Presencia, no ver su Rostro, no oír más su Voz, quiere decir locura, muerte, infierno.

¿Por qué, Jesús, me hiciste esto?

106. La conversión de Zaqueo

17 julio 1944

Vero una gran plaza, parece como si fuera un mercado. Palmas y árboles frondosos le dan sombra. Las palmas han crecido aquí y sin orden, y mueven sus hojas que emiten un chasquido en medio de un viento caliente, que arrastra consigo un polvo rojizo como si viniese

del desierto o por lo menos de campos sin cultivo. Los árboles la hacen como de un largo pórtico, un pórtico sombreado. Bajo ellos están refugiados los vendedores y compradores trabados en una confusión de palabras.

En el ángulo de la plaza donde desemboca el camino principal, se ve algo que parece el lugar de cobro de impuestos. Hay balanzas y pesas, Un hombre de baja estatura está sentado. Observa, recolecta el dinero. Todos hablan con él como si fuera una persona conocidísima, Sé que es Zaqueo el de los impuestos, porque muchos lo llaman así. Algunos le preguntan sobre los acontecimientos de la ciudad y son forasteros; otros para pagarle los impuestos, Muchos se admiran de ver que algo le pasa. En realidad parece como distraído, como absorto en algo. Responde con monosílabos y a veces con señales, lo que llama la atención a varios, porque casi siempre Zaqueo es muy locuaz. Alguien le pregunta si se siente mal, o si alguno de sus familiares está enfermo. Responde que no.

Dos veces tan sólo se interesa vivamente. La primera, cuando pregunta a dos que llegan de Jerusalén y que hablan del Nazareno contando sus milagros y predicaciones. Zaqueo hace más preguntas: “¿Es de verdad bueno como dicen todos? ¿Y sus palabras corresponden a sus hechos? ¿Pone en práctica la misericordia que predica? ¿Con todos? ¿También con los recaudadores de impuestos? ¿Es verdad que a nadie rechaza?” Escucha. Piensa. Suspira.

La segunda vez es cuando alguien le señala a un hombre barbudo que pasa con su borrico cargado de enseres. “¿Ves, Zaqueo? Ese es Zacarías el leproso. Hace diez años que vivió en un sepulcro. Ahora, curado, compra lo que necesita para su casa, que la Ley vació², cuando él y los suyos fueron declarados leprosos”.

“Llámalo”.

Zacarías se acerca.

“¿Eras leproso?”

“Sí. También mi mujer y mis dos hijos. La enfermedad atacó primero a mi mujer y luego a nosotros que no nos dimos cuenta enseguida. Los niños la pillaron al dormir con su madre y yo al acostarme con ella. Todos éramos leprosos. Cuando la gente se dio cuenta, nos echaron fuera.... Podían habernos dejado en nuestra casa. Era la última del camino. No hubiéramos dado ningún fastidio... Había ya levantado la valla, para que nadie nos viese. Era ya un sepulcro... pero siempre nuestra casa... Nos echaron fuera. ¡Afuera! ¡Afuera! Nadie quiso aceptarnos. ¡Y con toda razón! Ni siquiera los nuestros. Nos fuimos cerca de Jerusalén, a un sepulcro vacío. Allí estuvimos. Los niños se murieron de frío. Enfermedad, frío y hambre los mataron... Eran dos varoncitos... eran bonitos antes de la enfermedad. Robustos y hermosos. Morenos como dos moras de agosto, de cabello enrizado, despiertos. Se habían convertido en dos esqueletos cubiertos de llagas... Los piecitos y las manitas arrojaban escamas blancas. ¡Se fueron muriendo a mis ojos!... No tenían figura humana aquella mañana en que murieron, uno después del otro, con pocas horas de diferencia... Los enterré entre los alaridos que daba su madre, bajo poca tierra y muchas piedras encima, como dos carroñas de animales... Después de algún tiempo se me murió mi mujer y me quedé solo...”

No tenía más qué esperar que la muerte, y, cuando me hubiera llegado, no habría tenido quién hubiese cavado una fosa para mis huesos... Estaba ya casi ciego cuando un día acertó a pasar el Nazareno. Desde mi sepulcro grité: “¡Jesús, Hijo de David ten piedad de mí!” Me había contado un mendigo, que no había tenido miedo de llevarme parte de su pan, y que él mismo también había sido curado de su ceguera, al invocar al Nazareno con esas palabras. Y me dijo: “No sólo me devolvió la vista a los ojos, sino a los del alma también. Vi que Él es el Hijo de Dios y veo a todos a través de Él. Por esto no huyo de ti, hermano, sino que te traigo pan y fe. Ve a donde está el Mesías. Que seas uno más que lo bendiga”.

No podía caminar. Los pies estaban llagados hasta los huesos. No me permitían moverme... y luego... me hubieran matado a pedradas si me hubieran visto. Estuve pues atento para cuando pasara. Frecuentemente iba a Jerusalén. Un día vi, como pude, una

² Cfr. Lc. 19, 1-10.

polvareda por el camino y mucha gente y gritos. Me arrastré como pude hacia la orilla del monte donde están las grutas sepulcrales, y cuando creí ver una cabeza rubia que resplandecía entre los demás. Grité. Grité con todas mis fuerzas. Grité tres veces, hasta que mi grito le llegó.

Se volteó. Se detuvo. Luego vino a donde estaba yo. Se acercó solo, Me miró. Era bello, bueno. ¡Qué ojos, qué voz! ¡Qué sonrisa!...Me preguntó: “¿Qué quieres que haga?”

“Quiero verme limpio”.

“¿Crees que lo pueda hacer Yo? ¿Por qué?” me preguntó.

“Porque eres el Hijo de Dios”.

“¿Crees esto?”

“Sí” respondí. “Veo que el Altísimo hace brillar su gloria sobre tu cabeza. Hijo de Dios, ¡ten piedad de mí!”

Entonces extendió su mano con una mirada que era todo fuego. Sus ojos parecían dos soles azules y dijo: “Lo quiero. Sé limpio” y me bendijo con una sonrisa... ¡Ah, qué sonrisa! Sentí que una fuerza entraba dentro de mí, como una espada de fuego que corriese a buscarme el corazón, que corriese por las venas. El corazón, que lo tenía muy malo, se me convirtió como de veinte años. La sangre, que me parecía estaba muerta, se tornó caliente, rápida. No más dolores, no más debilidad, sino alegría... Él me miró, con su sonrisa me hizo feliz. Luego dijo: “Ve a mostrarte a los sacerdotes. Tu fe te ha salvado”. Comprendí entonces que estaba ya curado y me miré las manos, las piernas. No había más llagas. Donde antes podían verse los huesos, ahora surgía carne color de rosa y fresca. Corrí a un río, y me miré en él. También mi cara estaba limpia. Está limpia. ¡Después de diez años de asco estaba limpia!... Ah, ¿por qué no pasó antes? ¿Cuando vivía mi mujer, cuando vivían mis hijitos? Nos habría curado. ¿Ves, ahora? Compré esto para mi casa... Pues estoy solo...”

“¿No lo volviste a ver?”

“No. Pero sé que está por estas partes y me vine acá a propósito. Quiero bendecirlo otra vez, y quiero que me bendiga para tener fuerzas en mi soledad”.

Zaqueo inclina su cabeza y calla. El grupo de disuelve.

Pasan las horas. El calor aumenta. El mercado se va vaciando de gente. El aduanero, con la cabeza apoyada sobre una mano, piensa, sentado en su banco.

“¡Allá viene el Nazareno!” gritan los niños, señalando el camino principal.

Mujeres, hombres, enfermos, mendigos se apresuran a irle al encuentro. La plaza queda vacía. Tan solo los asnos y los camellos, amarrados a las palmas se quedan en su lugar. También Zaqueo se queda en su banco. Pero después se yergue, y se sube sobre su banco. No puede ver nada porque muchos han cortado ramas que ondean para mostrar su júbilo y Jesús está inclinado escuchando a los enfermos. Zaqueo se quita el vestido y quedándose sólo con la túnica empieza a trepar por uno de los árboles. Con trabajo sube por el grueso y liso tronco contra el que difícilmente pueden aferrarse sus piernas y brazos cortos. Pero lo logra. Se sienta a horcadas sobre dos ramas. Las piernas le cuelgan hacia abajo; de la cintura arriba se inclina, como quien se asoma por una ventana.

La gente llega a la plaza. Jesús levanta sus ojos, sonríe al solitario espectador encaramado entre las ramas: “Zaqueo, baja pronto. Hoy me quedo en tu casa” dice.

Zaqueo después de unos instantes de sorpresa, con la cara colorada por la emoción, se deja resbalar como un saco de tierra. Está sin saber qué hacer. Se ciñe otra vez el vestido. Cierra sus registros y su caja con tal prisa que en vez de hacerlo pronto, tarda más. Pero Jesús es paciente. Acaricia a los niños, mientras espera.

Al fin Zaqueo está ya listo. Se acerca al Maestro y lo conduce a una bella casa que tiene un amplio jardín, y que está en el centro del poblado. Un hermoso lugar. Más bien, convendría decir que es una ciudad un poco inferior a Jerusalén por sus edificios, pero no por su extensión.

Jesús entra y, mientras espera que la comida esté lista, se ocupa de los enfermos y de los sanos. Con paciencia que sólo Él puede tenerla.

Zaqueo va y viene, ocupadísimo. No cabe de júbilo. Quisiera habar con Jesús, pero Jesús está siempre rodeado de gente.

Por fin termina y despide a todos diciendo: “Cuando el sol haya bajado, regresad. Ahora idos a vuestras casas. La paz sea con vosotros”.

El jardín se vacía. La comida se sirve en una bella y fresca sala que da al jardín. Zaqueo ha construido todo magníficamente bien. No veo a otros parientes suyos, por lo que pienso que Zaqueo es soltero, y vive solo con muchos siervos.

Al final de la comida, cuando los discípulos se han ido a la sombra de los árboles para descansar, Zaqueo se queda con Jesús en la fresca sala. Mejor dicho por unos instantes, porque Zaqueo se retira para que descanse el Maestro; luego regresa y mira por la abertura de una cortina. Ve que Jesús no duerme, sino que piensa. Entonces se le acerca. En sus brazos trae un cofre pesado. Lo pone en la mesa, cerca de Jesús, y dice: “Maestro... me han hablado de Ti. Desde hace tiempo. Un día dijiste en un monte tantas verdades que nuestros doctores no son capaces de decirlas. Se me quedaron grabadas en el corazón... y desde entonces he pensado en Ti... Me dijeron que eres bueno y que no rechazas a los pecadores. Yo soy un pecador, Maestro. Me dijeron que curas a los enfermos. Yo soy un enfermo del corazón, porque he robado, he prestado con usura, porque he sido un vicioso, un ladrón, duro para con los pobres. Pero mira, me he curado porque me hablaste. Te me acercaste y el demonio de los sentidos, de las riquezas se fue. De hoy en adelante soy tuyo, si no me rechazas. Y, para mostrarte que nazco de nuevo en Ti, mira que me desprendo de las riquezas mal adquiridas y te doy la mitad de mis bienes para los pobres y la otra mitad la emplearé para restituir el cuádruplo de lo que adquirí con fraude. Sé a quién defraudé. Y, después de que haya restituido a cada uno lo suyo, te seguiré, Maestro, si me lo permites...”

“Te acepto. Vienes. Vine a salvar y a llamar a la Luz. Hoy la Luz y la Salvación vinieron a la casa de tu corazón. Esos que más allá del cancel murmuran porque te he redimido, aceptando tu invitación, olvidan que tú eres hijo de Abraham como ellos y que he venido para salvar lo que está perdido y dar Vida a los muertos del espíritu. Ven, Zaqueo. Has comprendido mis palabras mejor que muchos de los que me siguen sólo para poder acusarme. Por eso de hoy en adelante estarás conmigo”.

La visión cesa aquí.

107. “Zaqueo, aduanero y pecador, no por mala voluntad”

18 julio 1944

Dice Jesús:

“Hay fermento y fermento. Hay fermento del Bien y del Mal. El de éste, veneno satánico, fermenta con mayor facilidad que el del Bien, porque encuentra materia más preparada para poder fermentar en el corazón del hombre, en el pensamiento del hombre, en el cuerpo del hombre, seducidos los tres por una voluntad egoísta, contraria por lo tanto a la Voluntad universal que es la de Dios.

La voluntad de Dios es universal porque no se limita jamás a un pensamiento personal, sino tiene presente el bien de todo el universo. A Dios nada puede aumentar en modo alguno su perfección, pues siempre ha poseído la suma perfección. Por esto, en Él no puede existir el pensamiento de buscar su propia utilidad. Cuando se dice: “Se hace esto para mayor gloria de Dios, por intereses de Dios” no es porque la gloria divina sea capaz en Sí de aumento, sino porque cualquier cosa que en lo Creado lleva una huella de bien y cualquier hombre que realiza el bien, y por lo tanto merece poseerlo, se adorna con la señal de la gloria divina, dando así gloria a la Gloria misma que gloriosamente creó todas las cosas. Es un testimonio, en una palabra, que los hombres y las cosas dan a Dios: el testificar con sus obras el Origen perfecto de donde proceden.

Por esto Dios, cuando algo os manda u os aconseja o bien os inspira una acción, no lo hace por intereses egoístas, sino por un pensamiento altruista, caritativo, por vuestro bien.

Esta es la razón por qué la Voluntad divina jamás es egoísta, sino que es una Voluntad sumergida en el altruismo, en la universalidad. La única verdadera Fuerza de todo el mundo que tenga pensamientos de un bien universal.

El fermento del Bien, germen espiritual que viene de Dios, crece por el contrario con mucha dificultad, con mucho trabajo, con muchos esfuerzos, porque tiene contra sí otras reacciones: la carne, el corazón y el pensamiento humanos, nutridos con el egoísmo que es la antítesis del Bien, que por su origen, no puede ser sino Amor. Falta en la mayoría de los hombres la voluntad del Bien; y por esto, el Bien se hace estéril, muere, o vive tan flaco que no fermenta; se queda allí. No hay culpa grave, pero tampoco hay esfuerzos para cumplir con lo mejor. Por esto el espíritu yace inerte. No está muerto, pero sí es infecundo.

Tened en cuenta que el *no hacer el mal, no es suficiente para escapar del infierno*. Para gozar al punto del Paraíso hay que hacer el bien. Completamente. Cómo puede uno hacerlo: luchando contra sí mismo y contra los demás, porque Yo dije que había venido a poner guerra y no paz entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, cuando esta guerra se hiciese por defender la voluntad de Dios y su Ley contra las supercherías de la voluntad humana, que contrarían a lo que quiere Dios.

En Zaqueo el puñado de fermento había fermentado dentro de una gran masa. En su corazón no había caído sino una migaja ordinaria: le habían referido mi discurso del monte; no muy bien, como sucede con lo que se refiere.

Zaqueo aduanero y pecador, no por mala voluntad. Era como uno de esos que tienen cataratas en sus ojos y que así tratan de ver las cosas; pero que sabe que cuando no haya más, podrán ver muy bien. Y ese enfermo desea que se le quiten. De igual modo Zaqueo. No estaba convencido, ni era feliz. No estaba convencido de las prácticas farisaicas, que habían ya sustituido la verdadera Ley, y no estaba feliz con su modo de vivir.

Buscaba instintivamente la Luz. La verdadera Luz. Vio un rayo de ella en el trozo del discurso, se lo introdujo en el corazón como un tesoro. Y lo quería mucho. Anótalo, María: *porque lo amaba, ese poco se hizo cada vez más fuerte, se agrandó, se hizo impetuoso, y lo llevó a ver claramente el Bien y el Mal y a escoger justamente, cortando con generosidad todos los tentáculos de antes: de las cosas del corazón y del corazón a ellas que lo tenían envuelto en una red de maligna esclavitud.*

“Porque lo amaba”. He aquí el secreto del triunfo o de un mediocre triunfo. Se triunfa cuando se ama. No se triunfa sino poco cuando se ama apenas. No se triunfa del todo cuando no se ama. En cualquier cosa. Con más razón en las cosas de Dios donde, por estar Dios invisible a los sentidos corporales, es necesario tener un amor, que diría, perfecto, en lo que puede una criatura ser perfecta, para triunfar en una empresa. En la santidad en este caso.

Zaqueo hastiado del mundo y de la carne, como también de las mezquindades fariseas, tan sofisticadas, intransigentes para los demás, muy condescendientes para consigo mismos, guarda con cariño el pequeño tesoro de una palabra mía, que casualmente llegó hasta él, hablando humanamente; la conservó como el más bello objeto que en su vida había tenido. Y desde ese momento se apoderó de su corazón y de su pensamiento. No sólo en el mal, donde está el tesoro del corazón del hombre. También en el bien. ¿Los santos, no tuvieron acaso, durante su vida, su corazón donde estaba su tesoro: Dios? Así es, y por esto, al quedarse tan sólo con Dios supieron pasar por la tierra sin manchar en el fango de la tierra sus almas.

Aquella mañana, si no hubiera ido, hubiera de todos modos logrado un seguidor más, porque las palabras del leproso habían dado el último retoque a la metamorfosis de Zaqueo. En el banco de la aduana no era ya más el aduanero engañador e injusto. Estaba arrepentido y decidido a cambiar la vida. Si no hubiera ido a Jericó, hubiera cerrado su trinchera, y hubiera ido a buscarme, porque no podía estar más sin el agua de la Verdad, sin el pan del Amor, sin el beso del Perdón.

Mis acostumbrados censores que me acechaban para echarme siempre algo en cara, no lo veían, y mucho menos podían comprenderlo; y por esto se admiraban de que comiese con un

pecador. ¡Oh!, si jamás juzgaseis vosotros, pobres ciegos incapaces de ello, y me lo dejaseis a Mí, Dios.

Jamás estuve entre los pecadores para aprobar su pecado. Iba para arrancarlos de él, frecuentemente porque no tenían más que la apariencia de vivir en pecado: su alma contrita estaba ya cambiada en una nueva alma que quería expiar. ¿Estaba acaso con un pecador? No. Con un redimido que tenía necesidad sólo de guía para saber qué hacer en medio de su debilidad, de su resurrección de la muerte.

¡Cuánto os puede enseñar lo acaecido a Zaqueo! *El poder de la recta intención que hace germinar el deseo. El deseo justo que empuja a buscar siempre un mayor conocimiento del Bien y a buscar a Dios continuamente hasta haberlo conseguido, un arrepentimiento justo que da el valor de la renuncia.* Zaqueo tenía la recta intención de oír las palabras de verdadera doctrina. Apenas oyó algo de ella, su deseo honesto lo obligó a un deseo mayor por lo tanto a la continua búsqueda de esta doctrina; la búsqueda de Dios, oculto en la verdadera doctrina, lo sacó de los mezquinos dioses del dinero y de los sentidos y lo hizo héroe en la renuncia.

“Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes ven en pos de Mí” dije al joven rico, pero no lo hizo, aunque se había endurecido mucho en la avaricia y sensualidad, lo supo hacer, porque gracias a las pocas palabras que le habían contado, él, como el mendigo ciego y el leproso curado, había visto a Dios.

¿Puede alguna vez un corazón que ha visto a Dios, encontrar atracción alguna en las cosas pequeñas de la tierra? ¿Lo puede algunas veces, oh María, a quien tanto amo?

108. “Bienaventurados los pobres de espíritu”

19 julio 1944

Habla Jesús:

“Entre las bienaventuranzas que divulgué, expuse las condiciones necesarias para conseguirlas y los premios que se darán. Pero si diversas fueron las categorías mencionadas, el premio es el mismo, si lo veis bien: gozar de lo mismo de que goza Dios.

Categorías diversas. Enseñé cómo Dios cuida de crear, con su pensamiento, almas de tendencias diversas, para que en la tierra haya un equilibrio justo en todas las necesidades inferiores y superiores. Si después el hombre se rebela contra este equilibrio y no acata la Voluntad divina, que amorosamente lo guía por senderos justos, no es de Dios la culpa.

Los hombres, siempre descontentos de su condición, con supercherías o intentos de ella, invaden o introducen confusión en campos ajenos. ¿Qué son las guerras mundiales y las intestinas o las de religión, sin estas supercherías activas? ¿Qué hacen las revoluciones sociales, qué las doctrinas que se amamantan con el nombre de “sociales”, sino un deseo de mando y de anticaridad, porque ni saben querer ni saben practicar lo justo que predicán, sino que siempre llegan a las violencias que no ayudan a los oprimidos, sino aumentan su número en ventaja de uno cuantos poderosos?

Pero donde reino Yo, Dios, estos cambios no existen. Ni en mis espíritus, ni en mi Reino. Es aquí donde son premiadas las diversas formas de la multiforme santidad de Dios el cual es justo, puro, pacífico, misericordioso, libre de avaricia de riquezas efímeras, gozosos en su amor.

Entre las almas, unas tienden por una forma, otras por otra. En determinada alma se tiende *de manera principal*, pues en un santo se encuentran todas las virtudes, pero hay una que predomina por la que el santo es particularmente famoso entre los hombres. Yo lo bendigo y lo premio *por todas*, porque el premio es “gozar de Dios” bien se trate de los pacíficos que de los misericordiosos, bien de los que aman la justicia como de los perseguidos por la injusticia, de los puros como de los afligidos, de los mansos como de los pobres de espíritu.

¡Los pobres de espíritu! Cómo entienden mal, aun aquellos que son sinceros, esta definición. Pobres de espíritu para la superficialidad humana, para esos necios que se burlan, para aquellos que se creen sabios, pero son ignorantes, quiere decir “*estúpido*”. Los mejores

creen que el espíritu sea la inteligencia, el pensamiento, que sea astucia, malignidad lo creen los más materiales.

No. *El espíritu está sobre la inteligencia.* Es el rey de todo cuanto hay en vosotros. Todas las dotes físicas y morales están sujetas y son siervas de un rey. *Es allí donde una criatura filialmente entregada a Dios sabe cómo tener las cosas en su punto justo.* Pero cuando la criatura no está filialmente entregada, entonces sobrevienen las idolatrías, y las esclavas se convierten en reinas, quitan del trono al espíritu que es el rey. Es una anarquía que produce la ruina como todas las anarquías.

La pobreza espiritual consiste en tener esa libertad soberana de todas las cosas que son la delicia del hombre o por las cosas que el hombre llega hasta al delirio material o al impune delito moral que frecuentemente escapa a la ley humana, que no hace víctimas menores, sino más bien numerosas y por consecuencia que no se limitan a quitar la vida de la víctima, sino tal vez la estima y el pan a las víctimas y a sus familiares.

El pobre de espíritu no tiene más la esclavitud de las riquezas.

Si no llega a renunciar de ellas materialmente, despojándose de ellas y de toda comodidad entrando en una orden monástica, sabe usarlas con parsimonia, que es doble sacrificio, para que pueda ser prodigio con los pobres del mundo. Él comprendió mis palabras: “Haceos amigos con las riquezas injustas”. Hace siervo al dinero, que podría ser su enemigo conduciéndolo a la lujuria, a la gula, a la falta de caridad, y le hace que le sirva para allanar el camino del cielo, camino tapizado con sus mortificaciones y sus obras de caridad para ayudar a la miseria de sus semejantes.

¡Cuántas injusticias no repara y cura el pobre espíritu! Injusticia que él cometió, como Zaqueo, cuando no era sino un avaro y duro de corazón. Injusticias contra sus prójimos que viven o que han muerto. Injusticias sociales.

Eleváis monumentos a quienes sólo fueron grandes por haber sido prepotentes. ¿Por qué no eleváis a los ocultos bienhechores de la humanidad indigente, pobre, trabajadora, a los que emplean sus riquezas no para hacer de la vida un continuo banquete, sino para hacerla luminosa, mejor, más elevada para el que es pobre, para el que sufre, para el incapacitado, para el abandonado en su ignorancia, de esta que se aprovechan los prepotentes para que sirva mejor a sus propósitos. Cuántos hay que aunque no nadan en las riquezas, que son menos que pobres, pero que saben sacrificar aun “los dos céntimos” que tienen para aliviar una necesidad.

Son pobres de espíritu los que, perdiendo lo mucho o poco que poseen, saben conservar la paz y la esperanza; porque no maldicen ni odian a nadie, ni a Dios ni a los hombres.

La gran categoría de los “pobres de espíritu” que nombré primero –pues podría decir que sin esta libertad de espíritu sobre todas las delicias de la vida, no se pueden tener las otras virtudes que brindan la beatitud- se divide y subdivide en muchas clases.

Humildad de pensamiento que no se hincha, y que no se proclama super-pensamiento, sino que usa el don de Dios, reconociendo si Origen, para el Bien. Sólo por ello.

Generosidad en afectos por lo que sabe despojarse aun de estos para seguir a Dios, aun en la vida. Las riquezas más verdaderas y más instintivamente amadas por el hombre. Mis mártires fueron generosos en el sentido completo, porque su espíritu había sabido hacerse pobre para ser “rico” con la única riqueza eterna: Dios.

Justicia es amar las cosas propias. Es deber amarlas, porque son un testimonio de la Providencia divina para con nosotros. De esto ya hablé en otros lugares, pero no hay qué amarlas hasta el punto de amarlas más que a Dios y su Voluntad; amarlas no hasta el punto de maldecir a Dios si alguien las arrebatara.

En fin, repito, libertad de la esclavitud del dinero.

Estas son las diversas formas de esta pobreza espiritual que dije que poseerán, por derecho, el cielo. Pónganse a los pies de todas las frágiles riquezas de la vida humana para poseer las riquezas eternas. Poner la tierra y sus frutos de sabor engañoso, que es dulce en la

cáscara, pero amargo en la médula, en el último lugar y vivir trabajando para conquistar el cielo. Allí no hay frutos de sabor mentiroso. Allí existe el inefable fruto del gozo de Dios.

Zaqueo comprendió esto. Fue esta frase la que le abrió el corazón a la Luz y a la Caridad; a Mí, que iba a decirle: “Ven” y cuando llegué a hacerlo, ya era él un “pobre de espíritu”. Por eso fue apto para poseer el cielo”.

109. En el pueblo de Salomón

13 abril 1946

Dice Jesús:

“Pondréis aquí la visión de Jesús y el mendigo en el camino de Jericó, acaecida el 17 de mayo de 1944, e inmediatamente la de la conversión de Zaqueo, ocurrida el 17 de julio de 1944.

Ya es muy de noche cuando Jesús llega. Por la posición de la luna podemos pensar que sea a eso de las dos de la mañana. Una hermosa luna resplandece e ilumina la tierra con suave y tranquila paz. El rocío es abundante, el grueso rocío de tierras calientes, el rocío que tanto bien hace a las plantas después de un día de intenso calor.

Los peregrinos probablemente siguen el curso del río, que en su orilla está seco, porque las aguas corren tan solo en el lecho por el estío. Suben por los cañaverales hasta el bosque que limita las orillas y las mantiene con su intensa red de raíces que hay cerca del agua.

“Detengámonos aquí hasta que amanezca” dice Jesús.

“Maestro... no puedo más con mi alma...” dice Mateo.

“Y a mí me parece que he pillado fiebre. El río en verano no es sano... Lo sabes” le reprocha Felipe.

“Peor hubiera sido si hubiésemos subido desde el río a los montes de Judea. También esto lo saben todos” dice Zelote que se compadece de Jesús, a quien todos manifiestan sus pequeños miedos, sus dolores y hasta el mal humor que pueda haber.

“No te preocupes de ello, Simón. Tienen razón. Pero dentro de poco descansaremos... Os ruego un poco más de camino... Esperemos un poco aquí. Ved cómo la luna se va acercando al occidente. No hay razón para despertar al viejo, y tal vez José todavía esté enfermo. Dentro de poco amanecerá...”

“Es que aquí todo está empapado de rocío. No sabe uno dónde estarse de pie...” refunfuña Iscariote.

“¿Tienes miedo de que se te echen a perder los vestidos? Con esta caminata de galeotes que hemos hecho entre polvo y rocío, ya no hay por qué pavonearse de ellos. Además... el amable Elquías estará así de plácemes. Tus grecas... ¡ja ja! las de abajo y las de las mangas se quedaron a trozos entre los espinos del desierto de Judea, y las del cuello te las acabó el sudor... Ahora eres un perfecto judío...” dice Tomás con su incansable buen humor.

“Un perfecto harapiento. Me da asco” le replica enojado Iscariote.

“Bástete tener limpio el corazón, Judas” dice con calma Jesús. “Es lo que importa...”

“¡Lo que importa! ¡Lo que importa! Estamos muertos de cansancio, de hambre... Nuestra salud se va acabando, y es lo único que importa” dice groseramente Iscariote.

“No te detengo a la fuerza. Tú eres el que quiere quedarse”

“¡Bueno!... Me conviene estarme... Soy...”

“Termina la palabra que te quema: “Estoy comprometido a los ojos del sanedrín”. Pero puedes siempre reparar... y volver a conquistar su confianza...”

“No quiero reparar... porque te amo y quiero estar contigo”.

“Pero lo dices en cierto modo que más que amor parece odio...” dice entre dientes Judas de Alfeo.

“Es que... cada uno tiene su modo de manifestar su amor”.

“Oh, sí. Hay quien dice que ama a su mujer, y la mata a palos. No me gustaría esta clase de amor” dice Santiago de Zebedeo tratando de acabar con la discusión con un chiste. Pero nadie se ríe, y gracias a Dios, nadie le replica.

Jesús aconseja: “Vamos a sentarnos al umbral de la casa. Los aleros sobresalen y defienden del rocío...”

Obedecen sin hablar y llegados a la casucha se sientan en fila. Pero la sencilla observación de Tomás: “Tengo hambre. Estas caminatas nocturnas siempre atormentan el estómago” vuelve a encender la discusión.

“¡No tanto las caminatas! Es que hace días que se vive del aire” le responde Iscariote.

“En la casa de Nique y en la de Zebedeo se comió bien. Nique nos dio tanto que tuvimos qué darlo a los pobres, porque de otro modo se hubiera echado a perder. No nos ha faltado el pan. Aquel de la caravana nos dio pan y companaje...” advierte Andrés.

Judas que no puede negarlo, se queda callado.

Un gallo lejano saluda los primeros brotes de la alborada.

“¡Qué bueno! Dentro de poco tenemos el alba” dice Pedro estirándose, pues se había adormecido.

Esperan en silencio a que llegue el día.

Balidos... luego un rebuzno lejano por el camino principal... un cercano curru-cucú de los palomos de Anastacia. Una ronca voz varonil entre el cañaveral... Es un pescador que regresa con su pesca nocturna y lanza sus palabrotas al aire porque fue poca. Ve a Jesús y se detiene. Duda, luego dice: “Si te doy lo que traigo ¿me prometes abundancia en lo futuro?”

“¿Por ganancia o por necesidad?”

“Por necesidad, Tengo siete hijos, además tengo a mi mujer y a mi suegra...”

“Tienes razón. Sé bueno y te prometo que no faltará lo necesario”.

“Entonces, ten. Allí dentro está también el herido que no puede curarse del todo, pese a los cuidados...”

“Dios te lo pague y te dé su paz” dice Jesús.

El hombre se despide y se va. Deja sus pescados colgados de la boca en una rama de sauce.

Nuevamente el silencio, interrumpido apenas por el choque de las cañas, por algún silbido de pájaro... Luego un chirrido cercano. El cancel rústico que Ananías hizo, gira chirriando, y el viejo se asoma y mira el cielo. La oveja viene balando detrás de él...

“¡La paz sea contigo Ananías!”

“¡Maestro! Pero... ¿desde qué hora estás aquí? ¿Por qué no me llamaste para abrirte?”

“No hace mucho. No quise disturbar a nadie... ¿Cómo sigue José?”

“¿Sabes?... Está mal. Le sale pus de una oreja y sufre mucho en la cabeza. Creo que se morirá. Bueno: creía. Ahora estás aquí y me imagino que vas a curarlo. Iba a buscar hierbas para emplastos...”

“¿Están aquí los compañeros de José?...”

“Dos de ellos. Los otros siguieron adelante. Aquí están Salomón y Elías”.

“¿Os han molestado los fariseos?”

“Apenas te habías ido. Luego dieron más fastidio. Querían saber a dónde habías partido. Les dije: “A la casa de mi nuera, en Maseda”. ¿Hice mal?”

“Hiciste bien”.

“¿Y de veras fuiste?” El viejo tiembla.

“Sí. Está bien”.

“¿Te escuchó?”

“No. Hay qué orar mucho por ella”.

“Y por los pequeñines... Que los eduque en el temor del Señor...” dice el viejo, y dos lagrimones aclaran lo que su boca calla. Concluye: “¿Los viste?”

“Puedo afirmar que a uno sí lo vi... a los otros no. Todos están bien”.

“Ofrezco a Dios mi sacrificio y mi perdón... Pero... es muy amargo decir: “Que no los veré más”...”

“Pronto verás a tu hijo y con él estarás en el cielo”.

“Gracias, Señor. Entra...”

“Vamos a donde está el enfermo. ¿Dónde?”

“En la mejor cama”.

Entran al huerto, que está muy bien cultivado. De aquí pasan a la cocina y de esta a la habitación. Jesús se inclina sobre el enfermo que duerme entre dolores. Se inclina, se inclina... sopla en su oreja sobre la que se ven las vendas llenas de pus. Se levanta, Sale sin hacer ruido.

“¿No lo despiertas?” pregunta en voz queda el anciano.

“No. Déjalo que duerma. No sufre más. Se restablecerá. Vamos a donde están los demás”. Jesús abre la puerta sin hacer ruido y pasa al dormitorio donde están los lechos que se compraron la otra vez. Los dos discípulos, cansados, todavía están durmiendo.

“Velan hasta el amanecer. Yo desde el amanecer hasta la noche. Por eso están cansados. Son muy buenos”.

Los dos tal vez duerman con las orejas abiertas porque al punto se despiertan: “¡Maestro nuestro! Llegaste a tiempo. José está...”

“Curado. Ya lo hice. Duerme y no lo sabe. Pero no tiene ninguna otra cosa más. Tan solo que se limpie la podredumbre, y estará tan sano como antes”.

“Entonces límpianos porque hemos pecado”.

“¿En qué cosa?”

Porque no fuimos al Templo por haber asistido a José”.

“La caridad levanta un templo en cada lugar, y en el templo de la caridad está Dios. Si todos nos amásemos, toda la tierra sería un templo. Quedaos en paz. Vendrá un día que Pentecostés querrá decir “Amor”. Manifestación de amor. Vosotros os habéis adelantado al futuro Pentecostés, porque amasteis a vuestro hermano”.

Se oye a José que llama: “¡Ananías! ¡Elías! ¡Salomón! ¡Estoy curado!” y así con su túnica corta, flaco, todavía pálido, pero sin dolor alguno, se asoma. Ve a Jesús y dice: “¡Ah fuiste Tú, Maestro mío!” y corre a besarle los pies.

“Dios te dé paz, José, y perdóname si sufriste por Mí”.

“Me glorío de haber derramado sangre por Ti, como la derramó mi padre. ¡Te bendigo por haberme hecho digno de ello!” La cara campesina de José esparce alegría con estas palabras y toma el aire de nobleza; se hace bello con una luz que de su interior le brota.

Jesús lo acaricia y dice a Salomón: “Tu casa sirve para hacer mucho bien”.

“¡Oh, porque es tuya! Antes no servía sino para alimentar las pesadillas del que tenía que atravesar el río. Me siento feliz de que te sirva y de que te sirva para lo que quieres. Tendremos ahora contigo algún día de contento”.

“Me desagrada, amigo. Partiréis al punto. No se nos permite descanso. Este tiempo es de prueba y sólo los fuertes de voluntad permanecerán fieles. Ahora vamos a partir juntos el pan, luego os iréis por la orilla del río, con media jornada de ventaja”.

“Sí, Maestro. ¿También José?”

“También, a no ser que tema que otra vez lo hieran...”

“¡Oh, Maestro! ¡Quisiera Dios que pudiese precederte en la muerte, dando mi sangre por Ti!”.

Salen al huerto lleno de rocío, brillante con las primeras caricias del sol. Ananías corta los primeros higos maduros, y dice que no puede ofrecer un pichoncito porque los que había los mataron para el enfermo. Pero hay pescado, y todos se dan prisa en preparar la comida.

Jesús pasea entre Elías y José que le cuentan la aventura pasada y la fuerza de Salomón que cargó en sus espaldas al herido por varios kilómetros durante varias noches...

“Pero tú, José, perdonas a quien te hirió ¿no es verdad?”

“Nunca sentí rencor por esos infelices. Ofrecí mi perdón y mis sufrimientos para que se rediman”.

“Muy bien hiciste, José ¿Y Ogla?”

“Ogla se fue con Timoteo. No sé si lo seguiría o se detendrán en el Hermón. Siempre habla de que quería ir al Líbano”.

“Bien. Que Dios lo cuide siempre”.

El poblado está ya en actividad. Por todas partes se oyen los trinos de los pájaros en medio de la fronda, los balidos, las voces de niños, las de mujeres, rebuznos, ruido de carretillas de pozos.

En el huerto se distribuyen el pan y los pescados. La comida termina pronto. Parten los tres, después de que Dios los bendice. Ligeros van por el camino que lleva al río y desaparecen entre el cañaveral fresco y lleno de sombra...

“Ahora vamos a descansar hasta el atardecer y luego los seguiremos” dice Jesús.

Se echan a descansar, algunos sobre camastros, otros sobre un montón de redes que ha hecho Ananías para no estar de ocioso, según dice, y para ganar así su pan cotidiano.

Ananías junta los vestidos sudados; sale sin hacer ruido, cierra la puerta y el cancel; baja al río para lavarlos y así estarán frescos y secos para la tarde...

Dice Jesús:

“Aquí pondréis la visión: “Jesús en un pobladillo de la Decápolis” del 2 de octubre de 1944 y luego la otra: “El endemoniado de la Decápolis” del 29 de septiembre de 1944”.

110. Jesús en un pobladillo de la Decápolis

2 octubre 1944

Un pobladillo ribereño con muchas casuchas. Debe ser del que partió Jesús cuando atravesó en barca el Jordán que estaba crecido, porque veo que salen a su encuentro el barquero con sus familiares a quienes había enviado de antemano a avisar, por medio de Iscariote y Tomás.

El barquero al ver de lejos a Jesús, apresura el paso y al llegar a Él se inclina con una reverencia diciendo: “Bienvenido, Maestro, y a tiempo para nuestros enfermos. Te están esperando. Mucho les he hablado de Ti. Todo el poblado te saluda por mi boca diciendo: “¡Bendito sea el Mesías del Dios Altísimo!” ”

“La paz sea contigo y con este poblado. Vine por vosotros. Vuestras esperanzas no quedarán defraudadas. A quien cree, el cielo, le será piadoso. Vamos”.

Jesús se pone al lado del barquero. Caminan hacia el centro del poblado.

Mujeres, hombres, niños se asoman a los dinteles de sus casas y luego se unen al pequeño cortejo, según va avanzando. A cada metro aumenta la gente, porque no falta quien se vaya uniendo. Algunos saludan al Maestro, otros la invocan, otros lo bendicen.

“Maestro” grita una mujer que es madre “mi hijo está enfermo. ¡Ven, Bendito!”

Jesús se desvía para ir a una pobre casa, pone una mano sobre la espalda de la mujer que está bañada en lágrimas y pregunta: “¿Dónde está tu hijo?”

“Aquí, Maestro, ven”.

Entra la madre, Jesús, el barquero, Pedro, Juan, Tadeo y algunos del poblado. Los demás se aprietan en la puerta y alargando su cuello tratan de mirar.

En un rincón de la cocina que es pobre y está tiznada, cerca del fuego, hay un camastro; sobre él un niño como de siete años. Es un cadáver ya, amarillento, que ya no se mueve. De su pecho, lleno de tuberculosis, se oye el respiro dificultoso.

“Mira, Maestro. He acabado con todos mis recursos para salvar al menos a éste. No tengo marido ya; los otros dos hijos se me murieron a la edad de éste. Lo llevé a Cesarea Marítima para que lo viese un médico romano. No supo más que decirme: “Resígnate. La caries lo está consumiendo”. Mira...”

La madre descubre a su pobrecito hijo, que está bajo las cobijas. Donde no hay vendas, hay huesos que sobresalen de la piel seca y amarillenta. Poco puede verse del cuerpo, porque casi todo está envuelto en vendas, que, al quitarlas ella, se ven los característicos agujeros que salen de la carcama de los huesos. Un espectáculo que llena de terror. El enfermito está tan extenuado que ni hace gestos, parece como si al sentirse tocar, no fuese él. Apenas si abre sus ojos sumidos, sin vida, que miran indiferentes, diría yo, hasta cansados, a la gente. Luego los cierra.

Jesús lo acaricia. Le pone su larga mano sobre la cabecita estirada, sin fuerza. El niño abre sus ojos otra vez. Mira con ansias a ese hombre desconocido que lo toca con tanto amor y que le sonríe con mucha compasión.

“¿Quieres curarte?” le pregunta Jesús en voz baja, inclinándose sobre su carita demacrada. Descubre el cuerpecito. Dice a la madre del niño, que quería ponerle otras vendas: “No es necesario mujer, Déjalo así”.

El niño asiente sin decir palabra alguna.

“¿Por qué?”

“Porque así lo quiere mi mamita” dice una vocecita delgada, delgada. La mujer llora con más fuerzas.

“Si te curas, ¿serás siempre bueno? ¿Serás siempre un buen hijo? ¿Un buen ciudadano? ¿Un buen fiel?” Jesús hace estas preguntas en tal modo que da tiempo al niño de ir respondiendo a cada una de las preguntas. “¿Te acordarás de lo que prometes ahora? ¿Siempre?”

Los apenas perceptibles “sí” llenos de deseo de curarse, se oyen uno tras otro, como suspiros de su corazón.

“Chiquillo, dame tu mano”. El pequeñín quiere darle la izquierda, que está sana. Jesús le dice: “Dame la otra. No te causaré dolor.

“Señor” dice la madre “es una llaga. Deja que la vende, por tratarse de Ti”.

“No es necesario, mujer. *No tengo más asco que de la impureza de los corazones.* Dame la mano y di conmigo: “Quiero ser siempre un buen hijo, como también quiero ser una hombre y un buen fiel para con el Dios verdadero” ”.

El niño repite con dificultad. Todos sus esfuerzos se concentran en su vocecilla, en su esperanza... y también en la de su mamá.

Un silencio profundo atraviesa la habitación y llega hasta afuera, Jesús, con su mano izquierda tiene la derecha del enfermito, levanta su mano derecha, con ese movimiento con que quiere anunciar una verdad, o cuando quiere imponer su voluntad sobre las enfermedades, sobre los elementos, y derecho, majestuoso, y con voz fuerte dice: “Quiero que te cures. Levántate, niño, y alaba al Señor” y le suelta la manita que ahora está sana completamente, aunque sigue siendo flaca pero no tiene ninguna escocedura. El niño dice a su madre: “Quítame esto de encima, mamá”.

La mujer que no sabe si es una sentencia de muerte, o un favor, titubeando levanta las cobijas... lanza un grito, se echa sobre el cuerpecito flaquísimo, pero sano, lo besa, se lo estrecha... está loca de alegría, tanto que no nota que Jesús se retira del camastro y se dirige a la puerta.

El niño lo ve y dice: “Bendíceme, Señor. Permíteme que te bendiga. ¿Mamá, no le das las gracias?”

“Oh, perdón...” la mujer con su hijo en los brazos, se echa a los pies de Jesús.

“Lo comprendo, mujer. Quédate en paz y sé feliz. Adiós, niño. Sé bueno. Adiós a todos”. Y sale.

Mujeres y más mujeres levantas sus niños para que la bendición de Jesús los preserve en el porvenir de todo mal. Los pequeñines se meten por entre los adultos para que Jesús los acaricie, y Él los bendice, los acaricia, los escucha. Se detiene, una vez más, a curar a tres enfermos de los ojos y a uno que tiembla como si tuviese el mal de San Vito Ha llegado al centro de la población.

“Tengo aquí a un familiar mío que es sordo y mudo desde nacimiento. Es inteligente, pero no puede hacer nada por sí. Cúralo, Jesús” dice el barquero.

“Llévame a donde está”.

Penetra en un huertecillo en donde hay hombres de unos treinta años que sacan agua de un pozo y siegan las verduras. Como está sordo, y además volteado, no se da cuenta de lo que pasa y sin preocuparse continúa echando agua, pese a los gritos de la gente, que son tan fuertes que echan a volar a los palomos que hay en techo.

El barquero lo coge de un brazo y lo lleva a Jesús, quien lo pone ante sí, muy junto, de modo que con su lengua toca la del mudo que tiene la boca abierta y con los dos dedos medios toca las orejas del sordomudo. Por un instante ora con los ojos levantados al cielo, luego dice: “Abríos” y quita los dedos y se separa.

“¿Quién eres que me haces hablar y oír?” pregunta en voz alta el curado.

Jesús hace un gesto y trata de seguir, saliendo por detrás de la casa, pero tanto el curado como el barquero lo detienen. El uno dice: “Es Jesús de Nazaret, el Mesías”; el otro: “¡Oh, quédate para que te adore!”

“Adora al Altísimo Dios y séle siempre fiel. No pierdas tiempo con palabras inútiles, y no hagas del milagro un pasatiempo humano. *Usa tu lengua para el bien; más que con las orejas, con el corazón escucha las voces del Espíritu Creador que te ama y bendice*”.

Pero claro, decir a uno, que ha sido tan desgraciado, que no hable de su felicidad, es cosa inútil. El curado se paga bien de todo el tiempo en que estuvo mudo y sordo y cuenta a todos los que le rodean.

El barquero insiste a Jesús para que entre a su casa a descansar y a tomar algo. Comprende que es la causa de todo lo que pasa a Jesús y quiere que se le reconozca su derecho.

“Si el principal del lugar soy yo” dice un viejo imponente. “Si no hubiese estado con mis barcas, no hubieras visto a Jesús” responde el barquero.

Pedro, siempre franco e impulsivo: “Tienes razón... si no te hubiera dicho yo una cosita, tú... las barcas...”

Jesús atinadamente interviene, dando contento a todos. “Vamos cerca del río. Mientras esperamos allí la comida, que debe ser parca y frugal *porque la comida debe servir al cuerpo, y no estorbarle*, hablaré a todos. El que quiera venir a oírme y a hacerme preguntas que venga”.

Puedo decir que todo el poblado lo sigue.

Jesús sube a una barca arrastrada a la arena, y se convierte en su tribuna improvisada. Ante sí tiene, sentados a su alrededor, sobre la orilla y entre los árboles, a sus oyentes.

Toma como punto de partida la pregunta que le hace un hombre: “Nuestra Ley, como que en cierta forma señala que los que nacen con algún mal, han sido castigados por Dios, de modo que les prohíbe que sirvan al altar¹. Pero ¿qué culpa pueden tener ellos? ¿No sería justo decir que sus padres son los pobres, que los dieron a luz en un estado lamentable? ¿Sobre todo sus madres? ¿Cómo debemos comportarnos con estos desventurados?”

“Escuchad.

Un escultor peritísimo modeló un día una estatua. Era muy perfecta, de modo que dijo: “Quiero que toda la tierra se llene de iguales”. Pero él solo no podía hacer ese trabajo. Llamó para que le ayudasen a otros y les dijo: “Según este modelo, modelad miles y miles de estatuas igualmente perfectas. Yo les daré el último retoque, al darles la fisonomía”. Los ayudantes no eran capaces de una obra tan sublime, parte porque eran inferiores en capacidad al maestro, parte porque se habían embriagado al probar un fruto cuyo jugo produce delirios y mareos en la cabeza. Entonces el escultor les dio los moldes y les dijo: “Modelad según estos moldes. Todo saldrá bien. Yo le daré la última mano. Sus ayudantes pusieron manos a la obra.

¹ Cfr. Lev. -24.

Pero el escultor tenía un gran enemigo, enemigo personal suyo y de sus ayudantes. Este enemigo buscaba por todos los medios hacer que el escultor fracasase y poner discordia entre él y sus ayudantes. Por esto, en las obras que hacían no dejaba de emplear su astucia, y cambiaba ahora el material que debía emplearse, ahora haciendo que el fuego soprase menos, o bien alabándolos. Entonces el que rige el mundo, para tratar de impedir lo más posible que su obra se convirtiese en copias imperfectas, puso sanciones graves contra los modelos que eran imperfectos. Y hubo una obra que no podía ponerse en la casa de Dios: donde todo debe, y debería ser perfecto. Digo, debería, porque no sucede esto. Aun cuando la apariencia es buena, en realidad no es una buena obra. Los que están en la casa de Dios, parecen no tener defectos, pero los ojos de Dios descubren en ellos muy grandes defectos, los que hay en el corazón.

¡Oh, el corazón! Con él se sirve a Dios. No hay otra cosa. No es necesario ni basta tener los ojos limpios, y las orejas completas, voz armoniosa, miembros proporcionados para cantar las alabanzas que agradan a Dios. No es necesario ni basta tener cara hermosa, limpia, perfumada. El corazón debe ser limpio, perfecto, armonioso, bien proporcionado en la mirada, en los oídos, en la voz, en las formas espirituales, y estas deben estar adornadas de pureza: y para esto sirve el hermoso, el limpio y perfumado vestido de la caridad: este es, el aceite que rebosa de esencias que agradan a Dios.

¿Qué caridad sería la de quien, siendo él feliz y viendo un desgraciado, tuviera para este desprecio y odio? Antes, *hay que rodear con doble y triple caridad al que nació desventurado. La desventura es una aflicción que da méritos a quien la soporta y a quien, junto con el desventurado, ve que se le sobrelleva y que sufre por amor a sus padres, y tal vez se golpea el pecho pensando: "Soy causa de esta desventura por mis vicios". Pero no debe jamás convertirse en causa de culpa espiritual en quien la ve. Se convierte en culpa, si es anticaridad. Por lo que os digo. Nunca dejéis de tener caridad para con vuestro prójimo. ¿Nació infeliz? Amadlo porque sobrelleva una gran aflicción. ¿Es infeliz por su culpa? Amadlo porque su culpa se cambió en castigo. ¿Es padre de un infeliz que nació así o que más tarde lo fue? Amadlo porque no hay pena más grande que el dolor de un padre que se ve castigado en su hijo. ¿Es una madre que engendró un monstruo? Amadlo porque ella está materialmente aplastada con tal dolor que piensa ser el más inhumano. E inhumano lo es. Pero todavía lo es más el dolor de una que es madre de uno que es monstruo en su corazón, de esa madre que se da cuenta de haber dado a luz a un demonio y a algo que es un peligro para la tierra, para la patria, para la familia, para los amigos. ¡Oh, esta madre en realidad no se atreve ni siquiera a levantar la frente! ¡Pobre madre de un hombre cruel, de un abyecto, de un homicida, de un traidor, de un ladrón, de un desvergonzado!*

Pues bien. Yo os digo: *amad aun a estas madres, que son las más infelices.* Esas que en los siglos venideros llevarán el nombre de madres de un asesino, de un traidor.

Por doquier la tierra ha escuchado el llanto de madres desgarradas de dolor ante la muerte cruel de su hijo. Eva y luego cuántas madres han sentido que se les desgarran las entrañas, más que cuando daban a luz. Pero ¿qué digo? Sintieron que *se les arrancaban las entrañas y con ellas el corazón*, cuando una mano cruel lo hacía al cadáver de su hijo que había sido asesinado, ajusticiado, martirizado. Y gritaron, y enloquecieron de dolor ante los despojos de alguien que no oía más, que no tenía más calor, que no podía decir ni con la boca, ni con los ojos, ni con el gesto: "Madre, te odio"

Y con todo os digo que la tierra todavía no ha oído el grito y el llanto de la más santa y de la más infeliz de las madres. De esa cuyo recuerdo permanecerá para siempre en la memoria del hombre. La Madre del Redentor Muerto y la madre de quien será el traidor. Estas dos, mártires de un modo diverso, se escucharán, a través de la lejana distancia, se les escuchará llorar. La madre inocente y santa, la más inocente, la Madre inocente del que no es Culpable, será quien diga a su hermana lejana, mártir de un hijo inimaginablemente cruel: "Hermana, te amo".

Amad para que seáis dignos de Esta que amará por todos y amará a todos. El amor es lo que salvará a la Tierra".

Jesús baja de su rústico púlpito, se inclina a acariciar a un niño semidesnudo, cuya camisita se traba entre la hierba. Después de unas palabras tan sublimes, ¡qué dulce es ver al Maestro, que se preocupa de un pequeñín, de un hombre cualquiera, y que luego distribuye el pan, lo da a los que están más cerca, que se sienta a comerlo, como todos los demás, mientras, a no dudarlo, en su corazón oye el grito de su Madre y ve a Judas a su lado!

A mí que soy impulsiva, me hace impresión más grande este control suyo que cualquier otra cosa. Es una lección continua que tengo. Los oyentes parece que han quedado embebidos. Comen pensativos. Silenciosos, miran con reverencia al dulce Maestro del amor.

111. El endemoniado de la Decápolis

29 septiembre 1944

Jesús y los que le siguen, continúan caminando por la campiña. La hoz ha cortado la mies. Los campos están secos. Tan sólo respiran calor. Jesús camina ahora por una vereda llena de sombra. Habla con otras personas que se unieron a los apóstoles.

“Sí” dice uno. “Nadie lo cura. Está más que loco. Y luego, es el terror de todos, sobre todo de las mujeres, y las sigue con muecas obscenas. ¡Ay si cogiese a una de ellas!”

“Nunca se sabe dónde se mete” dice otro. “De improvviso sale cual sierpe por los montes, por los bosques, en los surcos, por los prados... Las mujeres tienen mucho miedo. Un día una joven, que regresaba del río, se vio perseguida muy cerca por el loco, y días después murió de grandes fiebres”.

“El otro día mi cuñado había ido al lugar que escogió para su sepulcro y el de los suyos, porque se le había muerto su suegro, a preparar todo lo necesario para la sepultura. Pero tuvo qué huir porque dentro estaba ese hombre. Estaba desnudo. Aullaba como siempre, y lo amenazó con arrojarle piedras. Lo siguió hasta casi dentro del poblado, y luego regresó al sepulcro. Tuvo qué enterrar a su muerto en mi sepulcro”.

“¿Y qué decir de aquello que se dice de que Tobías y Daniel lo apresaron a la fuerza y lo amarraron y lo llevaron a su casa? Los estuvo esperando escondido entre el cañaveral y fango del río, y cuando subieron a su barca para la pesca, o para ir al otro lado no sé bien, con la fuerza de un demonio levantó en alto la barquichuela y la volteó. No murieron por mero milagro, pero todo lo que había en la barca se perdió y la misma barca quedó con la quilla rota y los remos despedazados”.

“¿No lo llevasteis a los sacerdotes?”

“Sí. Lo llevaron a Jerusalén como un bulto amarrado. ¡Qué viaje!... Te lo aseguro, porque fui también yo que no tengo necesidad de bajar al infierno para saber lo que pasa allí. De nada sirvió el viaje...”

“¿Fue igual que antes?”

“¡Peor!”

“Pero... ¿El sacerdote?”

“¡Pero qué dices!... Se necesitaría...”

“¿Qué cosa?... sigue”

Silencio.

“Habla pues, no tengas miedo. No te acusaré”.

“Bien... decía... no quisiera pecar... decía... que... ciertamente el sacerdote lo hubiese logrado si hubiese sido...”

“Si hubiese sido santo, quieres decir, y no te atreves. Yo te digo: trata de no juzgar. Pero es verdad lo que dices. Desgraciadamente es la verdad...”

Jesús calla y suspira. Un breve silencio embarazoso.

Luego alguien se atreve a decir: “Si lo encontrásemos, ¿lo curarías? ¿Librarías a estas comarcas?”

“¿Esperas que pueda Yo hacerlo? ¿Por qué?”

“Porque eres santo”.

“Santo es Dios”.

“Y Tú eres su Hijo”.

“¿Cómo puedes saberlo?”

“¡Eh! Todos lo dicen. Sabemos lo del río. Fue hace unos dos o tres meses ¿Y quién puede detener la avenida de un río si no es el Hijo de Dios?”

“¿Y Moisés¹? ¿Y qué decir de Josué²?”

“Lo hicieron en nombre de Dios y para gloria suya. Lo pudieron hacer porque eran santos. Tú eres más que ellos”.

“¿Lo harás, Maestro?”

“Lo haré si lo encontramos”.

Continúan. El calor que aumenta los obliga a dejar el camino y a buscar refresco en un montón de árboles que hay en la orilla del río, que no está tan enfurecido como cuando venía crecido. Ahora todavía arrastra mucha agua, pero es clara, azul, que centellea bajo el sol.

El sendero continúa. Allá en el fondo se ven blanquear unas casas. Es el poblado próximo. A su lado hay construcciones pequeñas, muy blancas. No tienen abertura más que de un lado. Unas están abiertas, pero las más están cerradas herméticamente. No hay nadie alrededor. Las casuchas se encuentran en el área de un terreno baldío, inculto. Sólo se ven hierbas y piedras.

“Largo, largo de aquí. ¡Volveos u os mato!”

“Ahí está el poseído. Nos vio. ¡Yo regreso!”

“Yo también”.

“Yo también”.

“No tengáis miedo. Quedaos y veréis”.

Jesús lo dice con tanto aplomo que los más... valerosos obedecen, y caminan detrás de Jesús. También los apóstoles vienen detrás. Jesús camina adelante con majestad, como si nada viese, como si nada oyese.

“¡Largo de aquí!” El aullido penetra hasta los huesos. Parece un gruñido de perro, aullido de lobo, parece imposible que salga de garganta humana. “¡Largo de aquí!” ¡Retrocede! ¡Te mato! ¿Por qué me persigues? ¡No te quiero ver!” El poseído da saltos. Está desnudo. Es de color moreno. Su barba y sus cabellos largos desordenados. Las mechas negras e híspidas* en que se ve hojarasca, polvo, le corren por los torvos ojos, inyectados de sangre, como si quisieran salirse de las órbitas. Por la boca corre espuma sanguinolenta, porque el loco se la golpea con una piedra puntiaguda y dice: “¿Por qué no te puedo matar? ¿Quién ata mis fuerzas? ¿Tú? ¿Tú?”

Jesús lo mira y continúa avanzando.

El loco se echa por el suelo, se muerde, espumea, se golpea con la piedra, se levanta, señala a Jesús a quien con ojos desencajados mira y dice: “¡Oíd, oíd! Este que se acerca es...”

“¡Calla demonio! ¡Te lo ordeno!”

“¡No, no, no! No me callo. ¿Qué hay entre nosotros y Tú? ¿Por qué no nos ayudas? ¿No te bastó habernos arrojado hasta los infiernos? ¿No te bastó haber venido para arrancarnos de las manos a los hombres? ¿Por qué nos echas allá abajo? ¡Déjanos que vivamos dentro de nuestras presas! Tú eres grande, poderoso. Pasa. Conquista, si puedes, pero deja que hagamos lo que queramos, y que podamos hacer daño. Par esto estamos. Oh, mal... ¡No! ¡No puedo decirlo! ¡No quieres que te lo diga! ¡No puedo maldecirte! ¡Te odio! ¡Te persigo! ¡Te espero para atormentarte! Te odio y odio a Aquel de quien procedes, y odio al que es vuestro Espíritu. Odio el Amor. ¡Yo que soy odio! No puedo más. Pero te espero, Mesías. Te espero. ¡Te veré muerto! ¡Oh, qué momentos de alegría! ¡No, no de alegría! ¿Muerto Tú? No. No

¹ Cfr. Ex. 14, 15 – 15, 21.

² Cfr. Jos. 3, 14-17.

* híspido = hirsuto

muerto. ¡Yo seré el vencido! ¡Vencido! ¡Siempre vencido!... ¡Ah!...” El paroxismo ha llegado a su punto álgido.

Jesús continúa avanzando hacia el poseído. Lo domina con sus ojos. Jesús ahora queda solo. Apóstoles y pueblo han quedado detrás. El pueblo detrás de los apóstoles y éstos alejados unos treinta metros al menos de Jesús.

La gente del poblado, que parece grande, y rico, al oír los gritos se ha acercado, y mira la escena, pronta a huir como los demás. La escena se desenvuelve de este modo: en el centro están el poseído y Jesús, a pocos metros uno del otro; detrás de Jesús, a la izquierda, los apóstoles y la gente que venía con él; a la derecha, detrás del poseído, los del pueblo.

Luego que Jesús intimidó al poseído para no hablar, no lo hace más. Mira fijamente al enfermo. Se detiene, levanta sus brazos, los extiende hacia el endemoniado, va a hablar. Los aullidos son verdaderamente infernales. El poseído se retuerce, salta a la derecha, a izquierda, hacia arriba. Parece como si quisiera huir o arrojar, pero no puede. Está enclavado, y fuera de los movimientos que hace, de ahí no pasa.

Cuando Jesús extiende sus brazos, como si conjurase, el loco aúlla más fuerte que nunca, y luego de haber lanzado injurias, de haber carcajeado, blasfemado, se pone a llorar y a suplicar: “¡En el infierno no! ¡No en el infierno! ¡No me mandes allí! Mi vida es horrible aun aquí en esta cárcel humana. Yo quiero recorrer el mundo y despedazar lo que has hecho. Pero ¡allá, allá... no, no, no! ¡Déjame afuera!...”

“Sal de ese. Te lo ordeno”.

“¡No!”

“Sal”.

“¡No!”

“Sal”.

“¡No!”

“¡Sal en nombre de Dios verdadero!”

“¡Oh! ¿Por qué me vences? Pero no salgo, no. Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, pero yo soy...”

“¿Quien eres?”

“Soy Belzebú, soy Belzebú, el Dueño del mundo, y no me doblo. ¡Te desafío, oh Mesías!”

El poseído se hace rígido, como hierático, y mira a Jesús con ojos fosforescentes. Apenas si mueve los labios como pronunciando palabras ininteligibles, y se pone las manos en la espalda, con los antebrazos pegados, que apenas si se mueven.

Jesús también se ha detenido. Con los brazos cruzados sobre el pecho, lo mira. También Jesús apenas si abre los labios. No oigo palabra alguna.

Los presentes están a la expectativa. Hablan entre sí.

“¡No puede!”

“Sí puede. Vas a ver. Es el Mesías”.

“No. Vence el otro”.

“Es muy fuerte”.

“Sí, vence”.

“No vence”.

Jesús abre sus brazos. Su rostro resplandece como uno que sabe que manda. Su voz parece un trueno. “Sal. Te lo digo por última vez. Sal, Satanás. ¡Soy Yo quien manda!”

“¡Aaaaah! (es un aullido larguísimo, horrible. Ni siquiera el que al sentir que la espada le atraviesa el cuerpo lanza uno igual). El aullido se convierte en palabras: “Salgo, sí. Me vences. Pero me vengaré. Tú me arrojas, pero tienes a un demonio al lado, en él entraré para poseerlo, para revestirlo de mi poder. Y tus órdenes serán incapaces de arrebatármelo. En todos los tiempos, en todos los lugares me hago hijos. Yo, el autor del Mal. Y como Dios se engendró a Sí mismo, yo también de mí mismo me engendro. Me concibo en el corazón del hombre, y este me pare, pare un nuevo Satanás que es él mismo, y me lleno de júbilo, de júbilo por tener tanta descendencia. Tú y los hombres encontraréis siempre estos hijos míos

que son otros tantos “yo”. Me voy, oh Mesías, a tomar posesión de mi nuevo reino, como me lo ordenas, y te dejo esta piltrafa humana. Te dejo esto, una limosna de Satanás, a Ti, Dios, y me tomo ahora miles y miles. Los encontrarás cuando serás un deshecho asqueroso de carne arrojado a los perros; y me tomaré en los siglos futuros, miles y millones, que serán mi instrumento y tu tortura. ¿Crees que vencerás con levantar tu señal? Los míos la echarán abajo y yo venceré... ¡Ah! No te venzo, pero te doy tormento a Ti y a los tuyos...”

Se oye fragor como de un rayo, pero no se ve nada de luz, ni el retumbar del trueno. Sólo un chasquido seco, desgarrador. El hombre cae como muerto y se queda allí, sobre el suelo. Un grueso tronco de árbol cercano a los discípulos cae por tierra, como si una sierra fulmínea lo hubiera derribado. El grupo apostólico apenas si tiene tiempo de separarse. Los del poblado se echan a correr.

Jesús, que se ha inclinado sobre el hombre y tomado de la mano, se vuelve, así como está, y con la mano del hombre en la suya dice: “¡Venid, no tengáis miedo!” La gente espantada, regresa: “Está curado. Traed unos vestidos”. Uno de los del poblado va a la carrera a traerlos.

El hombre poco a poco, vuelve en sí. Abre los ojos y se encuentra con la mirada de Jesús. Se sienta. Con la mano que tiene libre se seca el sudor, la sangre, la baba; se echa hacia atrás la cabellera, y mira. Ve que está desnudo, que hay gente, y se avergüenza. Se encoge y pregunta: “¿Qué ha pasado? ¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí? ¿Desnudo?”

“Calma, amigo. Ahora te traen vestidos y regresarás a tu casa”.

“¿De dónde he venido? ¿Y Tú de dónde vienes?” Habla con una voz cansada y débil como de quien está enfermo.

“Yo vengo del mar de Galilea”.

“¿Cómo me conoces? ¿Por qué me ayudas? ¿Cómo te llamas?” Llegan con vestidos que echan sobre el curado. Llega una pobre vieja gimiendo y estrecha contra su corazón al curado.

“¡Hijo mío!”

“¡Mamá! ¿Por qué me abandonaste tanto tiempo?”

La anciana llora mucho más fuerte. Lo besa. Lo acaricia. Tal vez quería decir algo más, pero Jesús le ordena con sus ojos y le inspira unas palabras más dignas del momento: “¡Has estado muy enfermo, hijo mío! Alaba a Dios que te curó y a su Mesías que lo hizo en nombre de Dios”.

“¿Cómo se llana éste?”

“Jesús de Galilea. Pero su nombre es Bondad. Bésale las manos, hijo, dile que te perdone lo que hiciste o dijiste... no cabe duda que hablaste en medio de tu...”

“Claro que habló en medio de su calentura” dice Jesús para impedir palabras imprudentes. “No era él el que hablaba, y por eso no tengo nada que reprocharle. Que ahora sea bueno. *Que sea continente*”. Jesús hace hincapié en esta palabra. El hombre baja su cabeza lleno de vergüenza.

Pero lo que Jesús no dice, lo dicen los del poblado que están cerca. Entre ellos están los incansables fariseos.

“¡Lo mereciste! Y mereciste haberte encontrado con ese, que es el padre de los demonios”.

“¿Endemoniado yo?” El hombre está aterrorizado.

La anciana grita: “Malditos. No tenéis compasión, ni respeto. ¡Víboras odiosas y crueles! También tú, inútil sinagogo. ¡Soberano de los demonios es el Santo!”

“¿Y cómo quieres que no tenga dominio sobre ellos, si es su rey y padre?”

“Sacrílegos. Blasfemos. Sois una...”

“Silencio, mujer. Sé feliz con tu hijo. No injurias. De mi parte no me preocupo de ello. Id todos en paz. A los buenos llegue mi bendición. Vámonos, vámonos”.

“¿Puedo seguirte? Es el curado el que habla.”

“No. Quédate. Sé un testigo mío, y sé alegría de tu madre. Puedes irte”.

Entre gritos, aplausos y palabras de burla, Jesús atraviesa la población; y luego se encamina a la sombra de los árboles que hay en el río. Los apóstoles lo rodean.

Pedro pregunta: “¿Por qué, Maestro, el espíritu inmundo hizo tanta resistencia?”

“Porque era un espíritu completo”.

“¿Qué quieres decir con eso?”

“Escuchadme. Hay quien se entrega a Satanás abriendo una puerta a *un* vicio, capital. Pero hay quién con dos, quién con tres, quién con siete. Cuando alguien abre su corazón a los siete vicios, entonces entra en él un espíritu completo. Entra Satanás, el príncipe negro”.

“Pero este hombre, todavía joven, ¿cómo pudo ser presa de Satanás?”

“¡Oh, amigos! ¿Sabéis por qué caminos llega Satanás? Son tres en general sus caminos trillados, y *uno nunca falla*. Tres: los sentidos, el dinero, la soberbia de inteligencia. El de los sentidos es el que nunca falla. Es el mensajero de las otras concupiscencias. Pasa sembrando su veneno y todo lo hace ver de color de rosa. Por eso os digo: “Sed dueños de vuestro cuerpo” Que este dominio sea el principio de cualquier otra cosa, así como esta esclavitud es el principio de todas las demás. El esclavo de la lujuria se convierte en ladrón, estafador, cruel, homicida, con tal de servir a su deseo. La misma sed de dominio tiene parentesco con la carne. ¿No os parece? Así es. Meditad y veréis que no me equivoco. Por la carne Satanás entró en el hombre, y es feliz si por la carne puede entrar otra vez. Él, uno y séptuplo, al proliferar legiones de demonios menores”.

“Tú dijiste que María Magdalena tuvo siete demonios, y no cabe duda que eran demonios de lujuria. Y con todo la libraste muy fácilmente”.

“Sí, Judas. Tienes razón”.

“¿Y entonces?”

“Luego concluyes que lo que Yo digo no sirve. No, amigo. *La mujer quería ya verse libre del que la dominaba. Quería. La voluntad es todo*”.

“¿Por qué, Maestro, vemos que muchas mujeres son presa del demonio, y se puede decir, de este demonio?”

“Mira, Mateo, la mujer no es igual que el hombre en su formación y en sus relaciones con respecto a la culpa del principio. El hombre tiene otras metas en lo que desea, sea bueno completamente o menos. La mujer tiene una sola: el amor. El hombre está formado de otro modo. La mujer es sensible, y mucho más porque está destinada a engendrar. Sabes bien que toda perfección produce un aumento de sensibilidad. Un oído perfecto oye lo que escapa a otro meno perfecto, y goza menos. Dígase lo mismo de la vista, del gusto, del olfato.

La mujer debía ser la dulzura de Dios en la Tierra, debía ser el amor, la encarnación de este fuego que mueve a Aquel que es, la manifestación, la testigo de este amor. Dios la había dotado de un espíritu extraordinario sensible para que, cuando llegase a ser madre, supiese y pudiese abrir a sus hijos los ojos del corazón para que viniese con amor a Dios y a sus semejantes, para que pudiesen estos entender y obrar. Piensa en la orden que Dios se dio a Sí mismo: “Hagamos a Adán una compañera”⁵. Dios que es Bondad, no podía sino *querer hacer una buena* compañera a Adán. Quien es bueno, ama. La compañera de Adán, debía por eso ser capaz de amar para hacer feliz a Adán en su estadía en el Paraíso. Debía ser muy capaz de amar, de modo que debía ser la segunda después de Dios, así como su colaboradora y ayudante en amar al hombre, criatura de Dios, de modo que aun en las horas en que la Divinidad no se manifestase a su criatura, el hombre al oír la voz de amor de Eva, no se sintiese infeliz por la falta de amor.

Satanás conocía esta perfección. *Muchas cosas sabe Satanás*. El es el que habla por los latidos de los adivinos, que dice mentiras mezcladas con verdad. Y dice estas verdades, que odia porque es mentira, lo hace sólo —y *tenedlo en cuenta vosotros y quienes os siguen- para seducirlos con la quimera de que no es la Oscuridad la que habla sino la Luz*. Satanás, astuto, tortuoso, cruel, se ha arrastrado y ha entrado en esta perfección y allí ha dado su mordida, y dejado su veneno. La perfección de la mujer en el amar se ha convertido así en instrumento de Satanás para dominar a la mujer y al hombre, y así propagar el mal...”

“¿Entonces nuestras madres?”

⁵ Cfr. Gén. 2, 18-25.

“Juan ¿tienes miedo de ellas? No todas las mujeres son instrumento de Satanás. Perfectas para su sentimiento, son siempre excesivas en el obrar: ángeles si quieren ser de Dios, demonios si quieren ser de Satanás. Las mujeres santas, y entre ellas tu madre, quieren ser de Dios y son ángeles”.

“Maestro ¿no te parece que fue injusto el castigo que recibió la mujer? También el hombre pecó”.

“¿Y qué vamos a decir del premio? Esta escrito ⁷ que por la Mujer volverá el Bien al mundo y Satanás será vencido”.

“No juzguéis jamás la obra de Dios, y esto como primera condición. Pensad que, como el mal entró por la mujer, es justo que por la Mujer entre el Bien en el mundo. Hay que borrar la página que escribió Satanás, y lo hará el llanto de una Mujer. Y como Satanás aullará por toda la eternidad, ved que la voz de una Mujer cantará para siempre a fin de acallar sus aullidos”.

“¿Cuándo?”

“En verdad, os digo que su voz bajó ya del cielo donde por la eternidad cantaba su aleluya”.

“¿Será más noble que Judit?”

“Más noble que cualquier mujer”.

“¿Qué hará?”

“Vencerá a Eva en su triple pecado. Obediencia absoluta. Pureza absoluta. Humildad absoluta. Con esto se erigirá, reina y triunfante...”

“¿Pero no es tu Madre la más grande porque te engendró?”

“Grande es el que hace la voluntad de Dios. Por esta razón María es grande. Todos sus otros méritos le vienen de Dios. Por eso es suyo y por ello es bendita⁹”.

Todo termina.

Dice Jesús:

“Viste a un poseído del demonio. Hay muchas respuestas en mis palabras. No sólo para ti, sino para otros. ¿Servirán de algo? No. No servirán para los que tienen más necesidad de ellas. Quédate en mi paz.

112. El fermento de los fariseos ¹

22 abril 1946

La Semana Santa ha pasado y con ella la penitencia de “no ver”. Vuelve esta mañana la vista espiritual del Evangelio. Todas mis ansias mueren con la alegría que se asoma, alegría que rebosa de un júbilo sin igual...

...Estoy viendo a Jesús que camina por entre los bosquecillos que hay junto al río, y que manda que todos se paren por un tiempo, pues el calor es muy duro. Si es verdad que el follaje tupido de los árboles defienden del sol, sin embargo es una cierta clase de obstáculo que impide que sople la brisa apenas perceptible, y por ello el aire está caliente, como si no pasase, emana sudor de la tierra, un sudor que no sirve para descanso sino de tormento, y que se añade al que corre por el cuerpo.

“Vamos a estarnos aquí hasta que atardezca. Luego nos iremos por entre la arena que brilla aun a la luz de las estrellas y continuaremos por toda la noche. Vamos a comer y a descansar”.

“¡Ah! Antes de comer, me echaré al agua. Debe de estar tibia. Me quitaré el sudor. ¿Quién viene conmigo?” pregunta Pedro.

⁷ Alusión al Gén. 3, 15.

⁹ Lc. 8, 19-21; 11, 27-28.

¹ Cfr. Lc. 12, 1-12.

Todos le siguen. Todos hasta Jesús que como todos los demás está sudado y sus vestidos llenos de polvo y sudor. Cada uno toma un vestido limpio que trae en su alforja y bajan al río. En la hierba, que es testigo de que allí se detuvieron, no queda otra cosa más que trece alforjas y las cantimploras del agua, cosas que los viejos árboles y los innumerables pajaritos contemplan curioso con sus ojitos de color amarillo: alforjas de diversos colores tiradas por la hierba.

No se oyen bien las voces de los que se están bañando: se confunden con el estrépito del río. De cuando en cuando alguna carcajada de los más jóvenes resalta como una nota entre los altos y bajos acordes que canta el río.

Pero pronto el silencio se interrumpe con el golpeteo de pasos. Asoman la cabeza por entre las marañas, dicen algo como si estuviesen contentas: “Están aquí. Vamos a decirlo a los demás” y se van por entre los árboles.

...Entre tanto, ya frescos, con los cabellos todavía mojados, descalzos y con las sandalias lavadas y que escurren, con sus vestidos frescos, los apóstoles y el Maestro después de haberse bañado en el Jordán, salen poco a poco. Se ve en sus rostros que el baño los ha satisfecho.

Jesús ofrece y distribuye la comida, y todos sin saber que fueron descubiertos, se sientan. Terminada la comida, todos con sueño de buena gana se echarían a dormir, pero hete que viene un hombre, y detrás de él otro, y otro más...

“¿Qué deseáis?” pregunta Santiago de Zebedeo que los ve llegar y pararse cerca de un montón de arbustos, inciertos de seguir adelante o no. Los demás discípulos, y también Jesús, se vuelven a ver a quién habló Santiago.

“¡Ah, son los del poblado! Nos siguieron” dice sin entusiasmo Tomás que estaba a punto de echarse a dormir un poco.

Los que llegaron responden un poco avergonzados al ver que no se les recibe con gusto: “Queríamos hablar con el Maestro... decidle que... ¿Verdad, Samuel?...” y no dicen más.

Jesús siempre condescendiente le da valor para continuar: “Decid, decid. ¿Tenéis otros enfermos?... y, poniéndose de pie, va a donde están.

“Maestro, estás cansado y mucho más que nosotros. Descansa un poco. Que te esperen...” dicen varios apóstoles.

“Aquí hay alguien que me necesita. Ellos no tienen tranquilidad en su corazón. Y el cansancio del corazón es mayor que el que se siente en el cuerpo. Dejadme que lo escuche”.

“Si es así, ¡adiós siesta!...” dicen refunfuñando los apóstoles rendidos del cansancio y del calor y lo están hasta el punto de reprochar en presencia de extraños a su Maestro. Llegan a decir: “Y cuando imprudentemente has hecho que nos enfermásemos, muy tarde comprenderás que nos necesitabas”.

Jesús los mira... compasivamente. No hay más que piedad en sus ojos cansados... Dice: “No, amigos. No quiero que me imitéis. Mirad, quedaos aquí descansando. Yo voy con ellos. Les escucharé y luego regresaré a descansar con vosotros”.

Es una respuesta tan dulce que logra más que un reproche. El buen corazón, el cariño de los doce se despierta y toma fuerzas: “No, Señor. Quédate donde estás y háblales. Vamos a volver nuestros vestidos para que se sequen, y así no nos dormiremos. Luego después que termines descansaremos juntos”.

Los más somnolientos van al río... Se quedan Mateo, Juan y Bartolomé. Entre tanto que hablaban, la gente ha aumentado de tres a diez y sigue aumentando...

“¿Qué? Acercaos. Hablad sin temor alguno”.

“Maestro, apenas partiste, los fariseos se han mostrado más agresivos... Atacaron al hombre que libraste del demonio... y si no enloquece será un nuevo milagro... porque le dijeron que... que Tú lo libraste de un demonio que no le quitaba sino el uso de razón, y en cambio le diste un demonio más poderoso, tan poderoso que le ganó al primero, tan fuerte que hace mal y se apodera de su espíritu, y por lo tanto si la primera posesión no tenía

consecuencia alguna para la otra vida, porque sus acciones no eran... ¿cómo dijeron, Abraham?”

“Dijeron... oh, una palabra extraña... En una palabra que de aquellas acciones Dios no le pedía cuenta alguna porque las hizo sin tener libertad de inteligencia, pero ahora al adorar por mandato del demonio que tiene en el corazón y que le metiste -¡Oh, perdónanos si te lo decimos!- Tú, que eres el más grande de los demonios, al adorarte a Ti sin ser ya un loco, es un sacrílego y un madito y que se condenará. El pobre al oír esto llora y desea ser lo que era antes... y casi está a punto de maldecirte...trastornado de la cabeza más que antes... y su madre está enloquecida al ver que su hijo pierde las esperanzas de salvarse... Y lo que antes fue alegría y gozo, ahora se ha cambiado en tristeza. Nosotros te buscamos, y no cabe duda que el ángel nos guió. Señor, creemos que eres el Mesías, y creemos que el Mesías tiene consigo al Espíritu de Dios, esto es, la Verdad y la Sabiduría. Te rogamos que nos tranquilices y que nos des alguna explicación...”

“Vosotros sois justos y caritativos. Que Dios os bendiga. ¿Dónde está el pobrecito?”

“Viene detrás de nosotros con su madre que llora de desesperación. ¿Ves? Todos menos los duros fariseos están aquí, sin importarles su amenazas. Nos amenazaron con castigarnos si creemos en Ti. Pero Dios nos ayudará”

“Dios os protegerá. Llevadme a donde está el curado”.

“No. Te lo traemos. Espera un poco” y se dirigen a donde se ve venir el grupo del que se oyen dos gemidos. Los demás, que se quedaron son muchos, y al llegar los demás, la multitud aumenta, de modo que algunos se suben a los árboles para oír y ver.

Jesús se dirige al hombre que curó, y que jalándose los cabellos al arrodillarse dice: “¡Devuélveme el primer demonio! ¡Ten piedad de mí, y de mi madre! ¿Qué te hice para que me causases tanto mal?”

La mujer también de rodillas dice: “Delira por el miedo que tiene, Señor. No hagas caso a sus palabras blasfemas. Líbralo más bien del miedo que unos hombres duros le metieron, para que no pierda su alma, así como puede perder su vida. Una vez lo libraste. ¡Oh, por compasión de una madre vuélvelo a librar!”

“No tengas cuidado, mujer. Hijo de Dios, escucha”. Jesús pone sus manos sobre la cabeza despeinada de este hombre que se muere de miedo preternatural. “Escucha y luego decidirás. Ahora puedes hacerlo bien porque está libre. Hay un medio seguro para saber si un prodigio proviene de Dios o del demonio, y consiste en lo que el alma experimenta. Si el hecho extraordinario vine de Dios, el alma se llena de una paz inefable, de un gozo indecible, Si del demonio, de turbación y de dolor. De la palabra de Dios también proceden paz y gozo mientras que la del demonio –bien sea un espíritu, o un hombre influenciado por el demonio– turbación y dolor. La proximidad con Dios produce también paz y gozo, pero la proximidad con espíritus u hombres perversos turbación y dolor. Ahora piensa, hijo de Dios, ¿cuando empezaste a ceder al demonio de la lujuria y a dar cabida a tu opresor, tuviste gozo y paz?”

El hombre reflexiona, se pone colorado y responde: “No, Señor”.

“¿Y cuando el eterno Enemigo se apoderó de ti, tuviste paz y gozo?”

“No, Señor. Jamás. Mientras pude comprender algo, mientras tuve un rayo e inteligencia libre, tuve turbación y dolor por la opresión del Enemigo. Luego... no supe más... no tuve más inteligencia capaz de entender lo que sufría... Era peor que una bestia... Y aún en este estado en que parecía menos inteligente que un animal... ¡Oh, cuánto sufrí! No puedo decir que... el infierno es horrible. Es todo lo inimaginable de horrendo... y no se puede describir lo que es...”

El hombre tiembla ante estos fugaces recuerdos de lo que sufrió. Tiembla, se pone pálido, suda... Su madre lo abraza, lo besa en las mejillas para quitarle esa pesadilla... La gente en voz baja hace sus comentarios.

“¿Y qué experimentaste cuando volviste en ti y encontraste tu mano en la mía?”

“¡Oh! algo muy dulce... luego un gozo, una paz... parecía como si hubiese salido de una cárcel oscura donde hubiese habido montones de serpientes, donde el aire no era más que putridez, y que entrase en un jardín de flores, lleno de sol, de cantos... Conocí el Paraíso...”

pero tampoco este puede describirse...” El hombre sonríe como arrebatado por el recuerdo de su breve gozo que hace poco experimentó. Luego con un suspiro concluye: “Pero pronto se acabó...”

“¿Estás seguro? Dime: ahora que me estás cerca y lejos de los que te metieron miedo ¿qué sientes?”

“Nuevamente en paz. Contigo no puedo ser condenado y sus palabras me suenan a blasfemia... Yo creí que estaban en lo cierto. Pequé contra Ti”

“No cometiste ningún pecado, pero ellos sí. Levántate, hijo de Dios, y abrázate a la paz que tienes. La paz viene de Dios. Estás con Dios. No peques y no tengas miedo”. Quitó su mano de la cabeza del hombre y hace que se levante.

“¿Es verdad eso, Señor?” preguntan varios.

“Es verdad. Las dudas que trajeron esas palabras astutamente bien pensadas fueron la última venganza de Satanás que salió de este. Vencido, deseó volver otra vez a apoderarse de su presa”.

Con un buen sentido de campesino, uno dice: “Entonces... los fariseos... se han puesto al servicio de Satanás”. Muchos aplauden el sentido de estas palabras.

“No juzguéis. ¡Ay de quien juzga!”

“Pero al menos somos francos al juzgar... Dios ve que juzgamos faltas claras. Ellos fingen lo que no son. Obran mentirosamente y con miras no rectas, y con todo triunfan mejor que nosotros que somos honrados y sinceros. Nos infunden terror. Alargan su poder hasta la libertad de la fe. Se debe creer y practicar como a ellos agrada. Y nos amenazan porque te amamos. Quieren hacer de tus milagros una brujería, para que tengamos miedo de Ti. Conspiran, nos oprimen, nos hacen mal...”

La gente habla atropelladamente.

Jesús, con un ademán. Impone silencio. Dice: “No aceptéis en vuestros corazones lo que son ellos. Ni sus insinuaciones, ni sus modos de pensar y obrar. Ni siquiera la idea: “Ellos son malos y con todo triunfan”. ¿No os acordáis de las palabras de la Sabiduría: “Breve es el triunfo del criminal”²? ¿y de las de los Proverbios: “No sigas, hijo, los ejemplos de los pecadores y no des oídos a las palabras de los impíos, porque ellos quedarán atados a las cadenas de sus culpas y engañados por su estupidez sin nombre”³? No admitáis en vuestros corazones aunque imperfectos, lo que pensáis que es una injusticia de parte de ellos. Introduciríais en vosotros el mismo fermento que los corrompe. El fermento de los fariseos es la hipocresía. Que jamás exista, en vosotros, ni con respecto a las formas del culto para con Dios, ni con respecto al modo de tratar a vuestros hermanos. Precaveos del fermento de los fariseos. Pensad que no hay nada oculto que no pueda ser descubierto, ni nada de escondido que no termine por conocerse.

Lo estáis viendo. Me dejaron partir y luego se pusieron a sembrar cizaña donde el Señor había sembrado buena semilla. Creyeron haberlo hecho inteligentemente y haber triunfado. Hubiera bastado con que vosotros no me hubieseis encontrado, que Yo hubiese pasado el río sin dejar ningún rastro de Mí sobre el agua que se abre al paso de la quilla, para que el mal que habían empezado a hacer, bajo aspecto de bien, hubiese triunfado. Pero como fue descubierto su juego y su mala obra terminó en nada. Y así todas las acciones humanas. Uno solo las conoce y provee: Dios. Cuanto se dice en la oscuridad termina por descubrirlo la Luz, y lo que se trama en el secreto de una habitación, puede ser descubierto, como si lo hubiera sido en una plaza pública, porque cada hombre puede tener su delator, y porque Dios ve a cada hombre y puede intervenir para desenmascarar a los culpables. Por esto conviene obrar siempre con honestidad para vivir en paz. Y quien así vive no debe tener miedo, ni en esta vida, ni en la otra. Os digo, amigos míos: quien obra justamente no debe tener miedo.

² Cfr. por ej., Sab. 2, 5; 5, 9 (3-13).

³ Cfr. por ej., Prov. 5, especialmente 22-23.

No debe tener miedo de los que matan, sí, de los que matan el cuerpo, pero después no pueden hacer otra cosa. Os voy a decir a quien debéis temer. Temed a aquellos que después de mataros os pueden entregar al infierno, esto es, a los vicios, a las malas compañías, a los falsos maestros, a todos lo que introducen el pecado o la duda en el corazón, a aquellos que tratan de corromper el alma más que el cuerpo, e intentan separaros de Dios, para que os entreguéis a pensamientos de desesperación de la divina Misericordia. A estos debéis temer; de otro modo moriréis para siempre.

Pero por vuestra existencia no tengáis miedo, ni por otras cosas. Vuestro Padre no quita sus ojos ni siquiera de esos pajarillos que hacen sus nidos entre las ramas de los árboles. Ni uno de ellos cae en la red sin que su Creador lo sepa. Y lo que valen es muy poco: cinco pájaros por unos cuantos céntimos. Y su valor espiritual es nulo. No obstante ello. Dios los cuida. ¡Cómo no va a tener cuidado de vosotros, de vuestra vida, de vuestro bien! El Padre conoce hasta el número de cabellos de vuestra cabeza, y no deja de ver ninguna ofensa que se haga a sus hijos, porque vosotros sois sus hijos, esto es, de un valor mucho mayor que el de los pajaritos que hacen sus nidos en los tejados o entre los árboles. Y sois sus hijos hasta que no renunciáis a serlo libremente.

Se renuncia a ser hijo de Dios cuando se reniega de Él y del Verbo que Dios envió entre los hombres para traerles Dios. Ahora bien, cuando alguien no me quiere reconocer ante los hombres, porque teme que le pueda venir algún daño, entonces tampoco él será reconocido por hijo, y el Hijo de Dios y del hombre no lo reconocerá ante los ángeles del cielo; y quien me negase ante los hombres, no se le reconocerá como hijo de Dios ante los ángeles. Quien hubiese hablado mal contra el Hijo del hombre será aún perdonado porque Yo impetraré ante el Padre el perdón, pero quien blasfemare contra el Espíritu Santo, no será perdonado.

¿Por qué esto? Porque no todos pueden comprender la amplitud del Amor, su perfecta infinitud, y ver a Dios en carne como cualquier otro hombre. Los gentiles, los paganos no pueden creer esto con fe, porque su religión no es amor. También el temor reverencial que hay entre nosotros, que Israel tiene ante Yeová puede impedir que se crea que Dios se hizo carne, y el más humilde de los hombres. Es culpa el que no se crea en Mí. Cuando se apoya sobre un temor excesivo hacia Dios, se perdona. Pero no puede ser perdonado quien no se rinde a la verdad que brilla a través de mis obras y niega al Espíritu de Amor que haya cumplido su palabra de haber enviado al Salvador cuando se había determinado, el Salvador a quien precedieron y acompañan las señales predichas. Esos que me persiguen conocen los profetas. Las profecías están llenas de Mí. Ellos conocen las profecías y conocen lo que hago. La verdad es patente. Pero la niegan porque quieren negarla. Sistemáticamente niegan no sólo que Yo sea el Hijo del hombre, sino el Hijo de Dios que predijeron los profetas, que nació de una Virgen no por voluntad de algún hombre, sino por la del Amor Eterno, el Eterno Espíritu que me anunció para que los hombres pudiesen reconocerme. Ellos, para poder decir que todavía no llega el Mesías, se obstinan en tener los ojos cerrados para no ver la Luz que está en el mundo, y por eso reniegan del Espíritu Santo, de su Verdad, de su Luz. Estos serán juzgados más severamente que los que no saben. Y el llamarme “satanás” no se les perdonará porque el Espíritu a través de Mí realiza obras divinas y no satánicas. El empujar a otros a la desesperación cuando el Amor los ha llevado a la paz, eso no se les perdonará. Porque todo esto es ofensa contra el Espíritu Santo.

Contra el Espíritu Paráclito que es Amor y da amor y pide amor, y que espera mi holocausto de amor para derramarse con un amor de sabiduría, que ilumina los corazones de los que me siguen. Y cuando se hubiere realizado, y todavía os persiguiesen, acusándoos ante los magistrados y principales en las sinagogas y en los tribunales, no os preocupéis de cómo os justificaréis. El mismo Espíritu os dirá qué tendréis qué responder para servir a la verdad y conquistaros la Vida, así como el Verbo os da cuanto es necesario para que podáis entrar en el Reino de la Vida eterna.

Idos en paz. En *mi* paz. En esa paz que es Dios y que Dios derrama para llenar de ella a sus hijos. Idos y no temáis. No he venido para engañaros sino para instruiros, no para llevaros a la perdición, sino para redimiros. Bienaventurados los que quieren creer en mis palabras.

Y tú, a quien dos veces he salvado, ten fuerza y acuérdate de mi paz para que puedas decir a los que te tienten: “No tratéis de seducirme. Mi fe es que Él es el Mesías”. Vete, mujer. Vete con tu hijo y estad tranquilos.

Adiós. Volved a vuestras casas y dejad que el Hijo del hombre descanse sobre la humilde hierba para volver a emprender su camino en busca de otros a quienes salvar. Mi paz esté con vosotros”

Los bendice. Regresa a donde habían comido. Lo mismo hacen los apóstoles. Una vez ida la gente se echan sobre la hierba. Ponen de cabecera sus alforjas. Pronto el sueño los invade en medio del bochorno del mediodía y del silencio pesado de estas tierras calientes.

113. “Debéis decir: ‘Somos siervos inútiles’ ”¹

24 abril 1946

La orilla del río brilla en medio de esta noche en que todavía no sale la luna, a la luz de millares de estrellas, que inverosímilmente se ven grandes en el cielo de oriente. No es la claridad intensa como la de la luna, pero es algo que permite, a quien está acostumbrado a la oscuridad, ver dónde camina y lo que le rodea.

A la derecha de los viajeros, que suben hacia el norte costearlo el río, la suave claridad de las estrellas muestra el límite que forman cañaverales, sauces y altos árboles, y que parecen hacer una muralla compacta, continua, seguida, sin posibilidad de penetrar, pero que se ve como interrumpida allí donde hay un lecho de algún riachuelo seco que enseña una línea blanca que se introduce por el oriente y desaparece en la primera curva. A la izquierda, los viajeros ven cómo parecen brillar las aguas que bajan al Mar Muerto en medio de un silencio que muy pocas veces se interrumpe. Y entre la línea de agua de color añil que se distingue en la noche, y la masa negro-opaca de la hierba, de los arbustos, de los árboles, se ve la faja clara de la arena; unas veces muy ancha, otras angosta, a veces se distingue en ella un charco, residuo de la pasada avenida, y en que todavía hay algunas que otras hierbas verdes, que en otras partes se secaron ya bajo los rayos del sol ardiente.

Los apóstoles se ven obligados algunas veces a separarse, al hallar estos charcos o bien montones de espadañas secas, tan peligrosas al pie semidesnudo; y luego se juntan en grupo tras de su Maestro que camina con un paso largo, majestuoso, sin hablar apenas, con el rostro más bien hacia las estrellas que al suelo.

Los apóstoles no pueden seguir callados. Hablan, vuelven a comentar los sucesos del día, sacan conclusiones de ellos o prevén lo que pueda sobrevenir en lo futuro. Jesús se limita tan sólo a responder cuando alguien le pregunta o cuando corrige algo que no está bien o una alusión no caritativa.

Continúa la caminata, que mete su ritmo de voces, ritmo de pisadas. Callan los ruseñores entre los árboles, sorprendidos de que sonidos desafinados y duros se mezclen, turben, el acostumbrado parloteo de las aguas y la calma de la brisa, que son los acompañantes mejores en medio de sus trinos.

Una pregunta que no tiene nada qué ver con lo que haya pasado, sino con lo que será después, rompe cual si algo estallase, además del tono de las plantas envueltas en aversión e ira, no sólo la tranquilidad de la noche, sino la que está en los corazones. Felipe pregunta si irán a sus casas y dentro de cuánto. Una necesidad oculta de descanso, un deseo celado, pero comprensible de afectos familiares, hay en la pregunta sencilla del apóstol que ya es de edad, que es marido y padre que tiene intereses que debe cuidar...

¹ Cfr. Lc. 17, 7, 10.

Jesús lo oye y se vuelve a mirarlo. Se detiene. Lo espera, porque viene detrás con Mateo y Natanael. Cuando lo tiene cerca, le pone un brazo sobre la espalda y le dice: “Muy pronto, amigo mío. Pero pido a tu buen corazón otro pequeño sacrificio, a no ser que antes te quieras separar de Mí...”

“¿Yo? ¿Separarme? ¡Jamás!”

“Entonces... te alejaré un poco de Betsaida. Quiero ir a Cesarea Marítima pasando por Samaria. Al regreso iremos a Nazaret y se quedarán conmigo los que no tienen familia en Galilea. Luego, pasados algunos días, os alcanzaré en Cafarnaúm... Allí os instruiré más para que seáis más perfectos. Pero si crees que tu presencia es necesaria en Betsaida... vete, Felipe. Nos veremos allá...”

“No, Maestro, es más necesario estar contigo. Pero comprendes... es dulce el hogar... las hijas... Pienso que no las tendré conmigo mucho tiempo... y quisiera gozar un poco de sus castas caricias. Mas si debo escoger entre ellas y Tú, te escojo a Ti... Y con mayor razón...” dice Felipe.

“Haces bien, amigo, porque antes que tus hijas se te quiten, no estaré ya”.

“¡Oh, Maestro!...” dice con aflicción el apóstol.

“Así es Felipe” termina Jesús y le da un beso en su ancha frente.

Judas Iscariote que ha estado murmurando entre dientes, apenas Jesús mencionó a Cesarea levanta la voz como si el beso que Jesús le dio le hubiese hecho perder el control. Dice: “¡Cuántas cosas inútiles! No comprendo qué necesidad hay de ir a Cesarea”. Y lo dice con un ímpetu lleno de bilis; parece como si quisiese dar a entender: “Y Tú que vas allá eres un tonto”.

“No eres tú el que debe juzgar si lo que hacemos es necesario o no, sino el Maestro” le responde Bartolomé.

“¡Ah sí! Como si Él viese claro las necesidades naturales”.

“Oye tú. ¿Estás loco? ¿No estás en tus cinco? ¿Sabes lo que dices?” le interpela Pedro cogiéndolo de un brazo.

“No estoy loco. Soy el único que tiene el cerebro sano. Y sé lo que digo”.

“¡Hermosas cosas dices!” “¡Ruega a Dios que no te las tenga en cuenta!” “¡La modestia está muy lejos de ti!” “Se diría que tienes miedo de que se sepa lo que eres si se va a Cesarea” dicen juntos respectivamente Santiago de Zebedeo, Simón Zelote, Tomás y Judas de Alfeo.

Isacariote se vuelve contra este último: “No tengo nada qué temer, y vosotros nada que os interese. Sino que estoy cansado de ver que se cae de error en error y que vamos a la ruina. Pleito con los sinedristas, disputas con los fariseos. Ahora nos faltan los romanos...”

“¿Cómo? Todavía no han pasado dos lunas desde que te morías de gozo, de que estabas seguro, de que estabas... ¡Y era porque Claudia era tu amiga!” irónicamente advierte Bartolomé que siendo el más... intransigente, es el que sólo por obedecer al Maestro no se rebela de entrar en contacto con los romanos.

Judas por un momento se queda mudo. La lógica de la respuesta es clara, y no se puede responder. Pero luego cobra ánimos: “No lo digo por los romanos. Quiero decir los romanos por enemigos. Esas, porque en realidad no son más que cuatro mujeres romanas, cinco, seis a lo más, nos prometieron ayuda y lo cumplirán. Pero con esto aumentará el odio de sus enemigos, y Él no lo quiere comprender y...”

“El odio de ellos ha llegado a su máximo, Judas. Lo sabes como Yo y *aún mejor* que Yo” dice calmadamente Jesús, pero recalcando la palabra “*mejor*”.

“¿Yo? ¿Yo? ¿Qué quieres decir? ¿Quién sabe mejor que Tú las cosas?”

“Si acabas de decir que eres el único que conoce las necesidades y cómo deben tomarse en cuenta...”

“Lo que es verdad. Por eso te decía que conoces mejor que Yo las cosas, malas si quieres, humillantes si te parece, como el odio de mis enemigos, sus intenciones...”

Le replica Jesús.

“Tratándose de cosas naturales, claro que sí. Yo afirmo que Tú conoces las cosas espirituales mejor que todos”.

“Lo que es verdad. Por eso te decía que conoces mejor que Yo las cosas malas si quieres, humillantes si te parece, como el odio de mis enemigos, sus intenciones...”

“¡Yo no sé nada! ¡Nada! Lo juro por mi alma, por mi madre, por Yeové...”

“¡Basta! Está dicho que no se debe juzgar”³ le responde Jesús con severidad, que parece que las facciones de su rostro se endurecen cual las de una estatua.

“Bueno. No juraré. Pero me será permitido, puesto que no soy un esclavo, decir que no es necesario, que no es útil, antes bien que es peligroso ir a Cesarea, hablar con las romanas...”

“¿Y quién te dice que pasará eso?” pregunta Jesús.

“¿Quién? Pues, ¡todo! Tú tienes necesidad de convencerte de una cosa. Estás en la pista de una...” se detiene. Comprende que la ira le hace hablar demasiado. Luego continúa: “Yo te digo que también deberías pensar en nuestros intereses. Todo nos has arrebatado. Casa, ganancias, afectos, la paz. Por tu causa se nos persigue y se nos perseguirá, porque dices que de un momento a otro te irás. Pero nosotros nos quedamos. Y nos quedaremos arruinados, y nosotros...”

“A ti no se te perseguirá después que ya no esté más entre vosotros. Te lo aseguro Yo, que soy la Verdad. Te afirmo que tomé lo que espontánea e insistentemente me disteis. Así, pues, no puedes acusarme de que os haya quitado a la fuerza uno solo de los cabellos que os caen cuando os arregláis la cabeza. ¿Por qué me echas en cara?” Jesús no lo dice con severidad, sino con cierta tristeza como si quisiera con su dulzura volver a llevar a la razón, y me imagino que esta compasión tuya, tan grande, tan divina, sirva de freno para contener a los otros que no la tendrían por el culpable.

También Judas lo siente, y con uno de esos bruscos ímpetus de su alma, que está en medio de dos fuerzas contrarias, se arroja a tierra, golpeándose la cabeza, el pecho y gritando: “Porque soy un demonio. Un demonio soy yo. Sálvame Maestro, como salvas a tantos endemoniados. ¿Sálvame, sálvame!”

“Que tu voluntad quiera salvarse”.

“Lo quiere. Lo ves. Quiero salvarme”.

“Tú pretendes que sea Yo el que te salve, que Yo haga todo. Yo soy Dios y respeto tu libre albedrío. Te daré las fuerzas para que me llegues a “querer”. Pero no querer ser esclavo debe salir de ti”.

“¡No quiero serlo! ¡No quiero serlo! Pero no vayas a Cesarea. ¡No vayas! Escúchame como escuchaste a Juan cuando querías ir a Acor. Todos tenemos los mismos derechos. Todos te servimos de igual modo. Tienes la obligación de darnos contento por lo que hacemos... ¡Trátame como a Juan! ¡Lo quiero! ¿Qué hay de distinto entre yo y él?”

“¡El corazón! Mi hermano nunca hubiera hablado como tú lo has hecho. Mi hermano no...”

“Cállate, Santiago. Soy Yo el que debo hablar y a todos. Tú levántate y pórtate como un hombre libre a quien trato, y no como un esclavo que llora a los pies de su dueño. Sé hombre, ya que tanto quieres que se te trate como a Juan, el cual en verdad, es más que un hombre porque es casto y está lleno de caridad.

Vámonos. No hay tiempo. Quiero pasar el río al alba. A esa hora regresan los pescadores que quitaron las nasas y es fácil encontrar una barca. En estos últimos días sale la luna aunque no completa. Podemos con la ayuda de su luz caminar más aprisa.

Escuchad. En verdad os digo que nadie debe gloriarse de cumplir con su propio deber y exigir por lo que es una obligación, favores especiales.

Judas me ha recordado todo lo que me habéis dado, y dijo que estoy obligado a daros contento por lo que hacéis.

Pero escuchad. Entre vosotros hay quienes fueron pescadores, dueños de tierras, uno tenía su oficina, Zelote tenía un siervo. Pues bien. Cuando los trabajadores de las barcas, o

³ Cfr. Ex. 20, 7, 16; Lev. 19, 12; Núm. 30; Deut. 23, 21-23; Ecl. 5, 3-4; Mt. 5, 33-37.

quienes os ayudaban como mozos entre los olivares, lo viñedos, los campos, o como aprendices en la oficina, o simplemente como siervo fiel que cuidaba la casa y la mesa, cuando terminaban –digo- sus trabajos, ¿os poníais acaso a servirles?

¿Y no sucede así en todos los hogares y en todos los oficios? ¿Quién hay que si tiene un sirvo para que are o apaciente el ganado, o un trabajador en su oficina, le diga cuando termina su tarea: “Vete pronto a comer”? Nadie. Bien regrese del campo, bien que haya acabado de quitar los arneses, el dueño dice: “Hazme de comer. Límpiame bien. Sírvenme con vestidos limpios mientras como y bebo. Después comerás y beberás”. No se puede llamar a esto dureza de corazón, porque el siervo debe servir a su patrón, y éste no tiene ninguna obligación para con él, aun cuando el siervo haya cumplido lo que el patrón le ordenó en la mañana. Porque, , si es verdad que el patrón está obligado a ser humano con su propio siervo, lo es también que el siervo tiene la obligación de no ser holgazán, ni desperdiciador, sino cooperar con el bienestar del patrón que lo viste y le da de comer. ¿Soportaríais que vuestros trabajadores de la barca, que los campesinos, el siervo, os dijese: “Sírvenme porque trabajé”? No lo creo.

También vosotros, al ver lo que habéis hecho y hacéis por Mí, y más tarde al ver lo que haréis para continuar mi obra y seguir sirviendo a vuestro Maestro, debéis siempre decir, pues veréis que habéis hecho menos de lo que era justo hacer para igualar lo que obtuvisteis de Dios: “Somos siervos inútiles porque no hemos hecho más que lo que debíamos”. Si así razonaréis, no tendríais más pretensiones ni dentro de vosotros habría malhumor, y obraríais con justicia”.

Jesús calla. Todos reflexionan. Pedro da un codazo a Juan que reflexiona con los ojos fijos en el agua, que de color añil pasa a un azul plateado por la luna que la besa y le dice: “Pregúntale que cuándo es cuando uno cumple con su deber. Quisiera hacer más de lo que me toca...”

“En esto exactamente estaba pensando, Simón” le responde Juan con una sonrisa en los labios y en voz alta: “Maestro, dime, el hombre que sea tu siervo ¿nunca podrá hacer más de su deber para poder decirte que con ello te ama mucho más?”

“Muchacho, Dios te ha dado tanto que por justicia, cualquier heroísmo tuyo sería siempre poco. Pero el Señor es tan bueno que mide lo que le dais no con su medida infinita. Lo mide con la medida limitada de la capacidad humana. Y cuando ve que habéis dado sin tacañería, sino abundante, generosamente, dice entonces: “Este siervo mío me ha dado más de lo que debía, por esto le daré sobreabundancia de mis premios” ”.

“¡Qué contento estoy! Te daré todo lo que pueda para alcanzar esta sobreabundancia” exclama Pedro.

“Me lo darás. Me lo darás. Todos los que aman la Verdad, la Luz, me lo darán, y conmigo sobrenaturalmente seréis felices, vosotros y ellos”.

114. “Si siete veces se arrepiente tu hermano, siete veces perdónalo”

25 abril 1946

Están ya en la otra orilla. A su derecha tienen el monte Tabor y el pequeño Hermón, a la izquierda los montes de Samaría, a su espalda el Jordán, ante sí la llanura en que están las colinas de Mageddo. (Si recuerdo bien este nombre es el que oí en una visión de ya hace tiempo, en la que Jesús se junta con Judas de Keriot y Tomás, después de que tuvieron qué separarse para ocultar la partida de Síntica y Juan de Endor).

Deben haber descansado todo el día en alguna casa amiga, porque nuevamente está oscureciendo y se les nota que no están cansados. Todavía hace calor, pero el rocío empieza a descender y a calmar el bochorno. Descienden las sombras color violeta del crepúsculo tras los últimos rayos de fuego de un sol que se ha ocultado.

“Por aquí se camina bien” advierte contento Mateo.

“De continuar así antes de que cante por primera vez el gallo, estaremos en Mageddo” dice Zelote.

“Y al amanecer, más allá de las colinas, tendremos a la vista la llanura de Sarón” dice por su parte Juan.

“¿Y tu mar, eh? Le dice por picarle su hermano.

“Sí, mi mar...” le responde sonriente Juan.

“Y te irás con el corazón a una de tus peregrinaciones espirituales” le dice Pedro cogiéndole de un abrazo pero muy campechanamente. Luego: “Enséñame cómo haces para tener ciertos pensamientos... algo así como angelicales, ante la contemplación de las cosas. Tantas veces que he visto el agua... la he querido... pero no me ha servido más que para comer y pescar. ¿Qué ves en ella?”

“Veo agua, Simón. Como tú, como todos. Así como ahora estoy viendo campos y árboles... Pero parece como si además de los ojos corporales tuvieses ojos aquí dentro y no veo ya más la hierba y el agua, sino veo que salen palabras de sabiduría de las cosas materiales. No soy yo el que pienso. No sería capaz. Es otro quien piensa en mí”.

“¿Eres acaso profeta...?”

“¿Y entonces? ¿Crees que posees a Dios?”

“Mucho menos me imagino eso...”

“Entonces deliras”.

“Podría suceder eso. ¡Soy tan pequeño y tan débil! Pero si fuere así, sería un hermoso delirio que me lleva a Dios. Mi enfermedad es entonces un don y bendigo por ello al Señor”.

“¡Ja, ja, ja!” ríe Judas, pero su carcajada no es natural.

Jesús que escuchó, dice: “No está enfermo, ni es profeta. El alma pura posee la sabiduría. Ella es la que habla en el corazón del hombre justo”.

“Entonces nunca llegaré hasta allí, porque no he sido siempre un hombre bueno...” dice desconsolado Pedro.

“¿Y qué decir de mí?” responde Mateo.

“Amigos, pocos, muy pocos serían los que llegasen a poseer la sabiduría, porque siempre han sido puros. El arrepentimiento, la buena voluntad hacen del hombre que antes era culpable e imperfecto, justo; y entonces la conciencia se vigoriza en las aguas de la humildad, la contrición, del amor, y así envigorizada puede emular a los que son limpios”.

“Gracias, Señor” dice Mateo inclinándose para besarle la mano.

Un silencio. Después Judas dice en voz alta: “¡Estoy cansado! ¡No sé si podré caminar toda la noche!”

“¡Natural que lo estés! Hoy te fuiste a dar vueltas como un moscón, mientras dormíamos” le echa en cara Santiago de Zebedeo.

“Quería ver si encontraba algún discípulo...”

“¿Y quién te dijo que fueras? El Maestro no había dicho nada. Así pues...”

“Bueno, sí lo hice. Si el Maestro me permite me quedo en Mageddo. Creo que hay un amigo nuestro que viene cada año después de la cosecha de las mieses. Quisiera hablarle de mi mamá y...”

“Haz lo que quieras. Tan pronto termines tu negocio te vas a Nazaret. Allí nos reuniremos. Así podrás avisar a mi Madre y a María de Alfeo que pronto estaremos en casa”.

“También te digo como Mateo: “Gracias, Señor” ”.

Jesús no responde nada. Acepta el beso en la mano como lo hizo con Mateo. No es posible ver la expresión de las facciones, porque en esos momentos en que la luz solar ha desaparecido, y todavía no se ve la luz de las estrellas. Es tan oscuro que avanzan con trabajo. Para poderlo hacer Pedro y Tomás prenden unas ramas, que alumbran chisporroteando... Pero primero la falta de luz, luego esa llama movible y llena de humo, no permite ver bien las expresiones de los rostros.

Entre tanto, las colinas están más cerca. Aparecen sus contornos con un color negro, más negro del de los campos segados y blanquecinos por el rastrojo, siempre se ven mejor sus figuras al claror de las primeras estrellas.

"Aquí me separo de Ti porque mi amigo está un poco fuera de Mageddo. Estoy muy cansado..."

"Vete, pues. Que el Señor cuide tus pasos".

"Gracias, Maestro. Adiós, amigos".

"Adiós, adiós" dicen los demás sin dar mucha importancia al saludo.

Jesús repite: "Que el Señor cuide tus acciones".

Judas se va ligero.

"¡Uhm! No parece que esté muy cansado" advierte Pedro.

"Claro. Aquí venía arrastrando las sandalias. Allá corre como un cervatillo..." dice Natanael.

"Te despediste de él como de un santo, hermano. Si el Señor no lo oprime con su voluntad, de nada servirá el auxilio divino para hacerle dar buenos pasos y realizar buenas acciones".

"Judas, no porque seas mi hermano debo dejar de regañarte. Eres duro e inexorable con tu compañero. Él tiene sus culpas, pero también tú tienes las tuyas. Y la primera es de no saberme ayudar a formar esa alma. Tú lo exageras con tus palabras. Con la violencia no se doblegan los corazones. ¿Crees que tienes derecho a censurar todas sus acciones? ¿Te sientes tan perfecto para hacerlo? Te recuerdo que Yo, tu Maestro, no lo hago, porque amo esa alma que no está todavía formada. Es la que me causa más compasión que todas las demás... precisamente porque no está formada. ¿Crees que él se sienta feliz con su estado? ¿Y cómo podrás mañana ser un maestro de los corazones si no te ejercitas con una compañero usando la caridad ilimitada que me redime a los pecadores?"

Judas de Alfeo baja la cabeza desde las primeras palabras, y al terminar de hablar Jesús, se arrodilla hasta el suelo diciendo: "Perdóname. Soy un pecador. Regáñame cuando cometa una falta, porque la corrección es amor y sólo el necio no comprende la gracia de que un sabio lo corrija".

"Comprendes que lo hago por tu bien. Pero al regaño va unido el perdón porque comprendo la razón de tu dureza y porque la humildad del que recibe el regaño desarma a quien lo corrige. Levántate, Judas, y no cometas igual error" y lo lleva a su lado con Juan.

Los otros apóstoles, por su parte, hacen sus comentarios, primero en voz baja y luego en voz alta, llevados de su costumbre de hacerlo así. De este modo oigo que hacen el paralelo entre los dos Judas.

"Si hubiera sido Judas de Keriot el que hubiese recibido este regaño, quién sabe qué hubiera resultado. Tú hermano es bueno" dice Tomás a Santiago.

"Bueno... no se puede afirmar que hubiera dicho mal. Dijo algo que cae muy bien a Judas de Keriot. ¿Crees tú que va a tener un amigo que vaya a Judea? Yo no" dice con franqueza Mateo.

"Se tratará de negocios... de viñedos como en el mercado de Jericó" dice Pedro recordando la escena que no se le ha podido borrar de la mente. Todos se echan a reír.

"No hay duda que sólo el Maestro le compadece mucho..." advierte Felipe.

"¿Mucho? Deberías decir, siempre" le replica Santiago de Zebedeo.

"Yo no sería tan paciente" dice Natanael.

"Ni yo tampoco. La comedia de ayer fue desastrosa" apoya Mateo.

"Parece que no está bien de la cabeza" dice conciliador Zelote.

"Pero bien que sabe hacer sus negocios. Demasiado bien. Apostaría mi barca, mis redes, hasta mi casa, seguro de no perderlas, de que él va a la casa de algún fariseo a mendigar protección..." dice Pedro.

"¡Eso es verdad! A la casa de Ismael. E Ismael está en Mageddo. ¿Cómo no lo pensamos antes? Hay qué decírselo al Maestro" exclama Tomás dándose una palmada en la frente.

"De nada sirve. El Maestro lo excusaría una vez más y nos regañaría" dice Zelote.

"No importa... Hagamos la prueba. Ve tú, Santiago. Te quiere mucho y eres su pariente..."

“Para Él todos somos iguales. No ve ni parientes ni amigos, sólo ve apóstoles. Es imparcial. Pero para contentaros, voy” dice Santiago de Alfeo. Apresura el paso para separarse de sus compañeros y alcanzar a Jesús.

“Pensáis que se fue a casa de un fariseo y en esto o aquello. Poco importa... Estoy por asegurar que lo hizo por no ir a Cesarea. No tenía muchas ganas...” dice Andrés.

“Parece como que desde hace poco le causan asco las romanas” nota Tomás.

“Raro... Cuando os fuisteis a Engaddi y él y yo fuimos a ver a Lázaro, estuvo hecho unas pascuas por haber hablado con Claudia...” advierte Zelote.

“Sí... pero... Es cuando, me imagino, que cometió algún error. Pienso que Juana o haya sabido y que por eso llamó a Jesús y...Y tantas cosas estoy rumiando dentro de mí, desde que Judas se enojó muchísimo en Betsur...” dice entre dientes Pedro.

“¿Qué estás diciendo?...” pregunta con curiosidad Mateo.

“No lo sé... Ideas... Veremos...”

“¡Oh, no pensemos mal! El Maestro no quiere que lo hagamos. De nuestra parte no tenemos ninguna prueba de que él haya hecho mal” suplica Andrés.

“Pero no vas a decir que hace bien en causarle dolores al Maestro, al faltarle al respeto, al multiplicar sus berrinches, al...”

“¡Bueno, Simón! Te aseguro que él está un poco mal de la cabeza...” dice Zelote.

“Será como tú dices, pero se extralimita al ofender la bondad de nuestro Señor. Si me escupiese en la cara, si me diese de cachetadas, lo soportaría para ofrecerlo a Dios a fin de que se redimiese. Me he propuesto hacer toda clase de sacrificios por ese fin y me muerdo la lengua, me doy duros pellizcos para dominarme cuando él se porta como un loco. Pero lo que no puedo perdonar es que se porte mal con nuestro Maestro. Y esta falta es como si me la hiciese a mí, y no se la perdono. Luego... si fuese alguna vez por casualidad. Siempre viene atrás. Todavía me dura el berrinche que me hierva por dentro por alguna tontería suya, que ya está haciendo otra. Una, dos, tres... ¡Hay siempre un límite!” Pedro dice esto casi gritando. Sus gestos muestran ira.

Jesús, que va adelante, unos diez metros más o menos, se vuelve –sombra blanca en la nieve- y dice: “Para el amor y para el perdón no hay límite. No lo hay. Ni en Dios ni en los verdaderos hijos de Dios. Mientras dure la vida no hay límite. La única barrera para otorgar el perdón y el amor es la resistencia, la obediencia impenitente del pecador. Pero si se arrepiente, siempre hay qué perdonarlo. Aunque peque más de una, de dos, de tres veces, de más.

También vosotros pecáis y queréis que Dios os perdone y os dirigís a Él diciendo: “Pequé. Perdóname”. Y sentí cuán dulce sea el perdón, así como lo es también a Dios el perdonar. Y vosotros no sois dioses. Por eso es menos grave la ofensa que os hace un semejante vuestro, que la que se hace a Dios, que no es semejante a ningún ser humano. ¿No os parece? Y sin embargo, Dios perdona. Haced lo mismo, asemejándoos a Él. Pensad en vuestra propia condición. Pensad que vuestra intransigencia no se cambie en un daño, al hacer que Dios se muestre intransigente contra vosotros.

Ya lo he dicho y vuelvo a repetirlo. Sed misericordiosos para obtener misericordia. Nadie puede considerarse sin pecado para que pueda ser inexorable para el pecador. Contemplad vuestros fardos antes de los que pesan sobre el corazón de otros. Quitaos primero los que pesan sobre vuestra propia alma, y luego volved a los otros para mostrarles no ya el rigor que condena, sino el amor que suaviza, que llega a librar del mal. Para poder decir y para que no le tape a uno la boca el pecador, para poder decir: ‘Pecaste contra Dios y contra el prójimo’ es menester no haber pecado, o por lo menos haber expiado el pecado. Para poder decir al que se ha humillado de haberlo hecho: ‘Ten fe en que Dios perdona a quien se arrepiente’ como siervos de este Dios que perdona a quien se arrepiente, debéis mostrar mucha misericordia en perdonar. Entonces podréis decir: ‘¿Ves, oh pecador arrepentido? Perdono tus culpas siete y siete veces porque soy siervo del que perdona sin número de veces a quien tantas veces se

arrepiente de sus pecados. Piensa en qué forma te perdona el Perfecto, si yo que soy su siervo, te sé perdonar. Ten fe’.

Así debéis decir, y decir con los hechos no con las palabras. Por esto si vuestro hermano peca, reprendedlo con amor, y si se arrepintiese, perdonadlo. Si ya al principio del día pecó contra vosotros siete veces y siete veces os dice: ‘Me arrepiento’ perdonadlo otras tantas. ¿Entendisteis? ¿Me prometéis hacerlo? Mientras está lejos ¿me prometéis compadecerlo? ¿Me ayudáis a salvarlo? Es un hermano vuestro por el espíritu, que viene de un solo Padre; por la raza, porque procede de un solo pueblo; por la misión, porque es apóstol como vosotros. Por esto tres veces más lo deberías de amar. Si en vuestra familia tuvieseis un hermano que causase dolor al propio padre, y que él solo quiere hacer todo, ¿no trataríais de corregirlo para que vuestro padre no sufriese más, y para que los demás no hablasen mal de vuestra familia? ¿Entonces? ¿No es la vuestra una familia más dilatada y santa en donde el Padre es Dios, y donde el Primogénito soy Yo? ¿Por qué, entonces, no queréis consolar al Padre y consolarme a Mí y ayudarnos a hacer bueno al pobre hermano que, creedlo, no es feliz de ser lo que es?”

Jesús, con toda su alma implora por el apóstol tan plagado de defectos... Y concluye: “Soy el gran Mendigo. Os pido una limosna de valor: os pido almas. Ando en busca de ellas. Debéis ayudarme... Saciad el hambre de mi Corazón que busca amor y no lo encuentra sino en pocos. Pues los que no tratan de ser perfectos, son para Mí como panes que se quitan para satisfacer mi hambre espiritual. Dad almas a vuestro Maestro, afligido de que no se le ame, de que no se le comprenda...”

Los apóstoles están conmovidos...Querrían decir algo, pero les parece que cualquier palabra que dijese sería insulsa... Se acercan al Maestro, y quieren como acariciarlo para hacerle ver que lo aman.

Finalmente el plácido Andrés dice: “Sí, Señor. Con paciencia, silencio y sacrificio, armas que convierten, te daremos almas. También la de él... Dios nos ayudará...”

“Sí, Señor. Ayúdanos con tu oración”.

“Así lo haré, amigos. Entre tanto oremos juntos por el compañero que se fue. ‘Padre nuestro que estás en los cielos...’”.

La voz clara de Jesús es un ritmo al convertirse en las perlas que forman el Padre nuestro. Lentamente pronuncia la oración. Los apóstoles, conmovidos, le siguen. Y, rezando, desaparecen en la noche.

115. “Cuando se suspira por el cielo es un martirio vivir para enseñar a los demás

27 abril 1946

Desde la cima de los últimos, digamos, montículos de tierra (porque no pueden llamarse colinas, por ser tan bajos) se descubre la costa mediterránea, hasta un cierto punto limitada al norte por el promontorio del Carmelo; pero, al sur, ilimitada, hasta donde la vista humana puede llegar. Una costa deliciosa, casi plana, detrás de la que se adivina una llanura fértil. Apenas interrumpida por ligerísimas ondulaciones. Las ciudades marítimas aparecen envueltas en la blancura de sus casas, entre el verdor de la floresta y el azul del mar, tranquilo, sereno, maravilloso, que refleja el azul del cielo.

Cesarea está un poco al norte del lugar en donde están los apóstoles con Jesús, y con algunos discípulos que tal vez encontraron en los poblados que tuvieron que atravesar ya por la mañana. En estas horas matinales de verano tan hermosas en que el cielo, después de haber peinado a la aurora de color rosado, la tiñe después de azul El aire es fresco, claro. Frescos son los campos. Por el mar no ríela vela alguna. Son las horas más encantadoras del día en que las nuevas flores sacuden el rocío, se secan a las primeras caricias del sol, y lanzan sus aromas, que refrescan, que perfuman la brisa matinal, que apenas si quiere mover las hojas de los tallos y encrespar la superficie plana del mar.

La ciudad se ve recostada sobre la orilla, hermosa como lo son todos aquellos lugares en que la exquisitez romana ha echado raíces. Termas y palacios de mármol blanquean como bloques de nieve aprisionada en los barrios más cercanos del mar. A estos palacios hace guardia una torre también blanca, alta, cuadrada, situada en dirección al puerto. Tal vez se trate de un campamento o un lugar de vigías. Se ven casitas más modestas, que están alrededor, de estilo hebreo; se ven igualmente viñas, de jardines colgantes sobre las terrazas de las casas y árboles de follaje cortado.

Los apóstoles contemplan la ciudad bajo un plantío de plátanos sobre una colinilla.

“Parece que uno puede respirar mejor al contemplar esta inmensidad” exclama Felipe.

“Y parece como si ya se sintiese la frescura de esas aguas azules” dice Pedro.

“Tienes razón. Después de tanto polvo, piedras, espinas... ¡mira qué limpidez! ¡Qué frescura! ¡Qué paz! El mar siempre da paz...” comenta Santiago de Alfeo.

“¡Uhm! Menos cuando... te coge a bofetones y te hace dar vueltas con todo y nave, como la chirinola en mano de niños...” le replica Mateo que probablemente se acuerda de los malos ratos que pasó en el mar.

“Maestro... pienso... pienso en todas las palabras de nuestros salmistas, en el libro de Job, en las frases de los libros sabios, allí donde se celebra la potencia de Dios¹. Y no sé porqué esta idea, este pensamiento me viene de lo que me hace pensar que seremos elevados a una belleza perfecta en medio de una limpidez azul y radiante, si somos justos hasta el fin, cuando celebres tu triunfo eterno, del que nos hablas, que pondrá fin al mal... Y me parece ver poblada, esta inmensidad celestial con cuerpos resucitados por Ti, brillante más que miles de soles, en el centro de los bienaventurados, donde no hay más dolor, ni lágrimas, ni insultos, ni calumnias como las de ayer tarde... sino paz, paz, paz... Pero ¿cuándo dejará el Mal de hacernos daño? ¿Acaso se achatarán sus flechas al chocar contra tu Sacrificio? ¿Se persuadirá de haber sido vencido?” pregunta Juan que si al principio sonreía, ahora parece afligido.

“Jamás. Siempre pensará ser vencedor, pese a los mentís que le darán los justos. Mi Sacrificio no achatará sus flechas; pero llegará la hora final en que el Mal será vencido, y en medio de una belleza mucho más infinita de lo que tu espíritu la prevé, los elegidos serán el único Pueblo eterno, santo, el verdadero Pueblo del Dios verdadero”.

“¿Y estaremos todos?” preguntan los apóstoles.

“Todos.”

“¿Y nosotros?” pregunta el grupo de los apóstoles que es numeroso.

“También vosotros estaréis”.

“¿Todos los que estamos presentes o todos los que seamos discípulos? Somos muchos, no obstante los que se nos han separado”.

“Y seréis siempre más, Pero no todos seréis fieles hasta el fin. Sin embargo, muchos estarán conmigo en el Paraíso. Algunos recibirán su premio después de una expiación, otros desde el instante de su muerte; pero el premio será tal que olvidaréis la tierra y sus dolores, así como olvidaréis el Purgatorio con sus nostalgias penitenciales de amor”.

“Maestro, nos dijiste que padeceremos persecuciones y martirios. En este caso, si se nos aprisiona y se nos mata antes de arrepentirnos, o bien, si nuestra debilidad nos hace faltar a la resignación de una muerte cruenta... ¿entonces?” pregunta Nicolás de Antioquía que está entre los discípulos.

“No pienses así. En realidad, por nuestra debilidad humana no seríais capaces de resignarnos al martirio; pero a los grandes corazones que deben dar testimonio del Señor, Él les dará e infundirá una ayuda sobrenatural...”

“¿Cuál? ¿Acaso la insensibilidad?”

“No, Nicolás. El amor perfecto. Llegarán a un amor tan completo que ni las torturas, ni las acusaciones, ni las separaciones de los propios familiares, ni la pérdida de la vida, ni nada,

¹ Cfr. Jo. 25; 36, 22-37, 24; Sal 8; 18; 92; 103; 146-147; Prov. 8, 22-31; Eccli. 42, 15-43.

tendrán importancia alguna, sino al contrario, todo ello se cambiará en pedestal para levantarse al cielo, para aceptar todo, para extender los brazos y el corazón hacia las torturas, para poder ir allá donde está todo su amor: el cielo”.

“A uno que muere así, se le perdonarán entonces muchos pecados” dice un viejo discípulo cuyo nombre ignoro.

“No muchos pecados, sino todos, Papías. Porque el amor es absolución, y el sacrificio es absolución y la confesión heroica de la fe es absolución. Ves, pues, que los mártires tendrán un triple modo de purificarse”.

“Oh, entonces... Yo he pecado mucho, Maestro. Seguí a estos para obtener el perdón. Ayer me lo diste, y por eso te dejaste insultar de quien no perdona y es culpable. Yo creo que tu perdón es válido. Pero por mis largos años de culpa, dame el martirio que absuelve”.

“¡Pides mucho!”

“Nunca será suficiente para obtener la felicidad que Juan de Zebedeo describió y Tú aprobaste. Te lo suplico, Señor. Haz que muera por Ti, por tu doctrina...”

“¡Pides mucho! La vida del hombre está en manos de mi Padre...”

“Pero todas tus oraciones son acogidas, como todo lo que dijeres. Pídelo al Eterno por mí...”

El hombre se ha arrodillado ante Jesús, que lo mira fijamente y le dice: “¿Y no te parece martirio vivir cuando el mundo ha perdido toda atracción y el corazón suspira por el cielo, y que vive para enseñar a los demás el amor y para conocer las desilusiones del Maestro y perseverar infatigable en dar al Maestro almas? Haz siempre la voluntad de Dios, aun cuando te parezca que la tuya es más heroica, y serás santo... Ved que los compañeros llegan con los alimentos. Vamos a la ciudad antes de que apriete el calor”.

Es el primero en bajar por ese montecillo de arena, y toma por la vereda blanquecina que lleva a Cesarea Marítima.

116. En Cesarea Marítima

30 abril 1946

Cesarea tiene extensos mercados que están llenos de todo género de artículos destinados para las exigentes mesas romanas. Cerca de estas plazas, se ve como un calidoscopio de caras, colores, razas, de alimentos de los más sencillos a los más costosos, importados de todas partes; de las diversas colonias romanas, de la misma Italia. Y todo ara que la lejanía de la Patria sea menos dolorosa. Los mejores vinos, las preciosidades en materia culinaria están expuestas bajo los portales, porque los romanos no quieren quemarse bajo el sol, ni mojarse con la lluvia. No tan sólo se tiene cuidado de que el paladar esté satisfecho, sino que se debe pensar en los otros miembros del cuerpo y hete aquí que hay portales frescos, arcos que protegen de la lluvia y que llevan del suburbio romano –casi todo alrededor del palacio del Procónsul situado entre el camino de la costa y el de la plaza en que están las casernas y las aduanas- a los mercados de los romanos que están junto a los de los judíos.

Hay mucha gente en la parte sur de los mercados y en sus pórticos, que si no son bellos, sí son cómodos. Hay gente de toda clase social. Esclavos y libertos, y hasta uno que otro pajarraco rico rodeado de esclavos que, bajando de su litera, camina perezosamente de una tienda a otra, realizando compras que los esclavos llevan a casa. Las acostumbradas pláticas de dos romanos cuando se encuentran son del tiempo: de la gente que no les da ningún pasatiempo, que no ha habido espectáculos dignos de tal nombre, que no hay más banquetes y conversaciones libres.

Un romano a quien preceden unos diez esclavos cargados de bolsas y paquetes, se encuentra con otros dos de su ralea. Saludos mutuos: “¡Salve Ennio!”

“¡Salve, Floro Tulio Cornelio!, Marco Heracleo Flavio!”

“¿Cuándo regresaste?”

“Anteayer al amanecer y rendido de cansancio”.

“¿Qué te ha fatigado? ¿Desde cuándo te has puesto a sudar? Le dice con gracejo el joven llamado Floro.

“No te burles, Floro Tulio Cornelio. Todavía ahora estoy sudando a causa de mis amigos”.

“¿Por tus amigos? Nada te hemos pedido” le replica el otro, de mayor edad, llamado Marco Heracleo Flavio.

“Pero mi corazón estaba pendiente de vosotros. ¡Qué duros sois conmigo que me preocupo por vosotros! Ved esa hilera de esclavos cargados. Otros antes de ellos se fueron ya. Y todo para honraros. Todo para vosotros”.

“¿Es esto lo que llamas trabajo? ¿Un banquete?”

“¿Y por qué razón?” gritan ruidosamente los dos amigos.

“¡Psss! ¡Qué gritería entre nobles patricios! Os parecéis a esta gente sólo en que todos nos morimos...”

“Orgías y descanso, que son nuestros compañeros inseparables. Todavía me pregunto. ¿Por qué estamos aquí? ¿Que es lo que debemos hacer?”

“Una de las cosas que debemos hacer es morir de fastidio”.

“Enseñar a vivir a estas lloronas es otra cosa muy distinta”.

“Y... sembrar a Roma en los sagrados senos de las hebreas es algo más”.

“Y gozar aquí, como en cualquier otra parte, de nuestras rentas de nuestro poder al que todo se permite, es cosa muy diversa”.

Los tres se entrelazan en dimes y diretes de los que brota la carcajada abierta. El joven Floro deja de reír y ennegreciendo un poco el ceño, dice: “Hace ya unos cuantos meses que una sombra se echa sobre la alegre Corte de Pilatos. Las mujeres más hermosas parecen castas vestales y sus maridos les secundan en sus caprichos, lo que quita demasiado a nuestras fiestas...”

“Es cierto. Por seguir el capricho de ese campesino Galileo... pero pronto pasará todo...”

“Te engañas, Ennio. Tengo entendido que también Claudia ha caído en las redes y por eso... una estrambótica moderación de costumbres se ha apoderado de su palacio. Parece que revive la austera Roma republicana...”

“¡Uff! ¡Qué desgracia! ¿Desde cuándo?”

“Desde el dulce abril propicio a los amores. Tú no sabes... Estabas ausente. Nuestras damas regresaron tan fúnebres como las plañideras de los sepulcros, y nosotros los pobrecitos hombres tenemos qué buscar en otras partes muchos consuelos. Ni siquiera se nos permite en presencia de las púdicas”.

“Una razón más que os socorra. Esta noche hay una gran cena... una gran orgía en mi casa. Estuve en Cintio y allí hallé delicias que estos apestosos tienen por inmundas: pavos, perdices, grullas de todas clases, jabalíes pequeños para nuestros estómagos. Y vinos... vinos exquisitos de las colinas romanas, de mis posesiones, y de las playas asoleadas de Aciri... Perfumados vinos de Quío y de la isla de la que Cintio es la piedra preciosa. Vinos generosos de Iberia, tan buenos para poner fuego en las venas cuando llega la hora. Oh, será un gran fiesta, para ahuyentar el fastidio de este destierro, para convencernos de que todavía somos viriles...”

“¿También habrá mujeres?”

“También... Y más hermosas que un clavel. De todos colores y... sabores. Un tesoro me costó el conseguir todas estas mercancías, entre las que vienen mujeres... Pero soy generoso con los amigos... Aquí estaba ya haciendo las últimas compras, que no hice antes porque podían echarse a perder en el viaje. Después del banquete, el amor...”

“¿Tuviste buena navegación?”

“Óptima. Venus marina me fue propicia. Por lo demás es a ella a quien dedico el rito de esta noche...”

Los tres se echan a reír francamente, gustando de antemano sus indignas alegrías...

Floro pregunta: “¿Cuál es el motivo de esta fiesta?”

“Por tres motivos: mi amado sobrino llevará en estos días la toga viril, y debo festejar este hecho. Porque desobedecí el presagio, según el cual se me decía que Cesarea sería un lugar de tristeza, y conviene destruir el encanto con un rito dedicado a Venus. El tercero... os lo diré en voz baja; estoy de bodas”.

“¿Tú? ¡Eres un mentiroso!”

“De veras. Está uno de bodas siempre que se da el primer sorbo a un ánfora cerrada. Esta noche lo haré. Veinte mil sestercios, o si os gusta mejor, con doscientas monedas de oro la compré, incluyendo lo que di a los que me la consiguieron y otros gastos. Ni Venus hubiera sido capaz de parir tal preciosidad. Es bella cual aurora. Blanca y de cabellos rubios como el oro. Pura y hermosa cual ninguna. Un botón, un botón cerrado. ¡Ah! ¡Y yo soy su dueño!”

“Profanador” dice chanceándose Marco Heracleo.

“No la hagas de censor, que eres igual que yo... Cuando se fue Valeriano, todos nos moríamos de fastidio y cansancio. Yo entro ahora en su lugar... los tesoros de nuestros antepasados para esto sirven. No seré un necio como él para esperar que ese capullo de alhelí a quien he puesto el nombre de Gala Ciprina se muera de nostalgia y se pierda con filosofías de esos enervados que no saben gozar de la vida...”

“¡Bravo! Pero... la esclava de Valeriano era docta y...”

“...y loca con la lectura de sus filósofos... Pero ¿quién piensa en el alma? ¿en otra vida? ¿en virtudes?... ¡Vivir es gozar! Y nosotros estamos vivos. Ayer eché al fuego todos esos funestos rollos, y bajo pena de muerte he ordenado a los esclavos a que no vuelvan a acordarse de míseros filósofos y galileos. Ese capullo tan sólo me conocerá a mí...”

“¿Dónde la encontraste?”

“Hubo alguien sagaz que compró esclavos después de las guerras gálicas y los usó tan sólo para reproductores, alimentándolos bien y tratándolos mejor. No tenían más que procrear flores nuevas de belleza... Y Gala es una de estas. Ya es púber. El dueño me la vendió... y yo la compré... ¡ja, ja, ja!”

“¡Libinidoso!”

“Si no la compraba yo, otro la hubiera comprado... por esto... no debía haber nacido mujer...”

“Si te oyese... ¡Oh, míralo!”

“¿Quién?”

“El Nazareno, que ha embrujado a nuestras damas. Está detrás de ti...”

Ennio se vuelve como si en su espalda tuviese un áspid, mira a Jesús que camina despacio entre la gente que se le agolpa, gente pobre entre la que hay también esclavos romanos, y con una sarcástica carcajada pregunta: “¿Ese harapiento? Le siguen las mujeres depravadas. Pero, vámonos, que no nos vaya a embrujar también a nosotros. Y vosotros” dice a los pobres esclavos que lo han estado aguantando cargados de todas las compras, sin tenerles compasión “vosotros idos ligeritos a casa, que habéis estado perdiendo el tiempo, y allá están en espera de las especias y perfumes. Aprisa y a la carrera. Acordaos que está el látigo, si no está todo listo para el crepúsculo”.

Los esclavos van de carrera. Y con toda lentitud los siguen los tres.

Jesús sigue caminando, triste, porque logró oír las últimas palabras de Ennio, y como es alto, mira con infinita compasión a los esclavos que corren bajo su carga. Vuelve su rostro en torno, y busca caras de esclavos de romanos... ve a algunos mezclados entre la gente y tiemblan de miedo de que los vigilantes los sorprendan o los hebreos los arrojen. Y, deteniéndose, dice: “¿Entre vosotros no hay nadie de aquella casa?”

“No, Señor, pero los conocemos” responden los esclavos presentes.

“Mateo, dales buena limosna. La dividirán entre sus demás compañeros para que sepan que hay quien los ama. Vosotros sabed, y también decidlo a los demás, que con la vida termina el dolor para los que fueron buenos y honestos en sus cadenas, y con el dolor la diferencia entre ricos y pobres, entre libres y esclavos. Después de la muerte hay un Dios

único y justo para todos, que sin tener cuenta de patrimonios o de cadenas, dará su premio a los buenos y castigos a los que no lo fueron. Recordadlo”.

“Sí, Señor. Nosotros, los de la casa de Claudia y Plautina, nos encontramos bastante bien, como también los de la casa de Livia y Valeria. Y te bendecimos porque nos has hecho más llevadera nuestras suerte” dice un hombre de edad que parece ser el jefe entre ellos.

“Para mostrarme que me guardáis gratitud, sed siempre mejores y el verdadero Dios será vuestro eterno Amigo”. Jesús levanta la mano como para bendecirlos y decirles que se vayan. Luego se apoya contra una columna y comienza en medio del silencio atento de la multitud. Los esclavos no se van, sino que se quedan a escuchar al Maestro. “Escuchad.

Un padre tenía muchos hijos, dio a cada uno de ellos, al llegar a la edad adulta, tres monedas de mucho valor y les dijo: “No quiero ya trabajar para cada uno de vosotros. Tenéis edad suficiente para ganáros la vida. Por esto, doy a cada uno igual medida para que lo usen como mejor os agrade y para vuestra utilidad. Estaré aquí siempre pronto a aconsejaros si por un caso involuntario perdiéseis todo o parte del dinero que os acabo de dar. Pero recordad que seré inexorable con quien lo perdiese por maldad y con los holgazanes que se lo acaben o que lo pierdan en el ocio y vicios. A todos os he enseñado a distinguir el bien y el mal. No podéis pues decir que salís ignorantes al encuentro de la vida. A todos he dado ejemplo de laboriosidad y de vida honesta. Nunca os di malos ejemplos. Cumplí con mi deber. Ahora cumplid con el vuestro, que no sois ni unos tontos, ni unos imprevistos, ni unos analfabetos. Idos y los despidió. Él se quedó en casa.

Los hijos se fueron por el mundo. Todos tenían las mismas cosas: dos monedas de gran valor de que podían libremente disponer, y un gran tesoro de salud, energías, conocimientos y ejemplos paternos. Todos debían llegar a un mismo resultado. Pero ¿qué sucedió? Algunos de los hijos emplearon bien las monedas, y pronto consiguieron un grande y honesto tesoro con su trabajo infatigable, con su honestidad y vida moderada, regulada conforme a las enseñanzas paternas: algunos, primeramente ganaron una buena fortuna, pero después la desperdiciaron con el ocio y la crápula; algunos ganaron mucho dinero con usuras y comercios ilegales; otros no ganaron nada, porque se entregaron a la pereza, a la ociosidad, y las monedas de gran valor se acabaron antes de que hubieran podido conseguir una ocupación cualquiera.

Después de un poco tiempo, el padre de familia mandó siervos a donde sabía que estaban sus hijos y les dijo: “Diréis a mis hijos que se reúnan en mi casa. Quiero que me den cuentas de lo que han hecho en este tiempo, y yo mismo me percataré de sus condiciones”. Los siervos se fueron y reunieron a los hijos de su patrón, repitieron a cada uno las palabras de su padre y regresaron con ellos.

El padre los acogió con mucha solemnidad. Con cariño de padre pero también con severidad de juez. Estaban presentes todos los de la familia, y con ellos los amigos, los conocidos, los siervos, los paisanos, y los de lugares vecinos. Una reunión solemne. El padre se sentó en su asiento de cabeza de familia; a su alrededor todos los familiares, amigos, conocidos, siervos, paisanos y de lugares vecinos. En frente, y en fila, los hijos.

Aun sin precisar pregunta alguna, las caras de ellos respondían a la verdad. Los que habían sido trabajadores, honestos, moderados y adquirido una fortuna legítima, tenían el aspecto florido, tranquilo, mostraban tener salud y buena conciencia. Miraban a su padre con una sonrisa franca, agradecida, humilde, pero al mismo tiempo triunfante, llena de gozo por haber honrado a su padre y a la familia y por haber sido buenos hijos, buenos ciudadanos y buenos creyentes. Los que habían terminado sus bienes en la indolencia, o en los vicios, estaban apenados, mustios, demacrados, con vestidos sucios, con señales de crápulas o de las hambres que habían tenido qué padecer. Los que habían hecho fortuna con actos criminales tenían el aspecto agresivo, duro; su mirada vestida de crueldad y se encontraban atemorizados como las bestias que tiemblan ante el domador y que se preparan a reaccionar...

El padre empezó el interrogatorio por estos últimos: “¿Cómo es posible que vosotros que teníais un talante sereno cuando os fuisteis, parezcáis ahora fieras prontas a desgarrar a su presa? ¿De dónde viene este aspecto?”

“La vida nos lo dio. Y tu dureza de habernos mandado afuera. Nos pusiste en contacto con el mundo”.

“Está bien. ¿Y qué hicisteis con él?”

“Lo que podíamos para obedecer tus órdenes de ganarnos la vida con la nada que nos diste”.

“Está bien. Poneos en el rincón... Y ahora, vosotros flacos, feos y mal vestidos. ¿Qué hicisteis para llegar a este estado? Estabais sanos, y salisteis bien vestidos”.

“En diez años los vestidos se acabaron...” replicaron los flojos.

“¿No hay acaso en el mundo telas para hacer vestidos?”

“Sí... pero se necesita dinero para comprarlas...”

“Lo teníais”.

“En diez años... se acabó. Todo lo que tiene principio, tiene fin”.

“Cierto es, si se toma y no se repone. ¿Y por qué vosotros siempre tomabais dinero? Si hubierais trabajado, hubierais podido reponer y tomar sin que el dinero se acabase; aun más, lo hubierais aumentado. ¿Habéis estado enfermos?”

“No, padre”.

“¿Y entonces?”

“Nos sentimos perdidos... No sabíamos qué hacer, qué cosa era lo mejor... Tuvimos miedo de equivocarnos. Y para no incurrir en errores, no hicimos nada”.

“¿Y no vivía vuestro padre a quien le hubierais pedido consejo? ¿He sido alguna vez hombre intransigente, que infunda miedo?”

“¡Oh, no! Pero nos avergonzábamos de decirte: ‘No somos capaces de tomar alguna iniciativa’. Tú siempre has sido un hombre activo... Nos escondimos por vergüenza”.

“Está bien. Estaos en medio del salón. Ahora, vosotros, ¿qué me decís? ¿Vosotros de aspecto de hambre, en que también se ven las huellas de enfermedad? ¿Acaso os enfermasteis por el mucho trabajo? Sed sinceros no os regañaré”.

Algunos de los interpelados se echaron de rodillas, golpeándose el pecho y diciendo: “Perdónanos, padre. Ya Dios nos castigó con lo que merecíamos. Pero tú, que eres nuestro padre, perdónanos... Empezamos bien, pero no perseveramos. Al ver que tan fácilmente éramos ricos, dijimos: “Bueno, gocemos ahora un poco, como nos aconsejan los amigos, y luego tornaremos al trabajo y recuperaremos lo perdido. En verdad que tal era nuestro propósito. Recuperar las dos monedas, luego hacerlas producir. Y dos veces (dijeron dos de ellos), y tres (dice uno) lo logramos. Pero luego la fortuna nos abandonó... y acabamos con el dinero”.

“Pero ¿por qué no escarmentasteis la primera vez?”

“Porque el vicio que se prueba corrompe el paladar, u luego no se puede estar sin él...”

“Estaba vuestro padre...”

“Es verdad. Suspirábamos por ti con nostalgia, pero te habíamos ofendido... Pedíamos al cielo que te inspirase que nos mandases llamar para que no nos reprendieses y junto con la reprensión nos diceses tu perdón; esto es lo que pedíamos y pedimos, más que las riquezas que no apetecemos más, porque nos extraviarnos”.

“Está bien. Poneos junto a los que están en medio del salón. Y vosotros, enfermos y pobres como estos, ¿por qué guardáis silencio y no mostráis dolor? ¿Qué alegáis?”

“Lo que alegaron los primeros. Que te odiamos porque con tu imprudente obrar nos arruinaste. Tú, que nos conocías, no debías de habernos dejado morir en las tentaciones. Nos odiaste y te odiamos. Nos pusiste esta trampa para librarte de nosotros. Te maldecimos”.

“Está bien. Idos con los que están en el rincón. Y ahora vosotros, que os veis frescos, serenos, ricos. Decir ¿cómo lo lograsteis?”

“Poniendo en práctica tus enseñanzas, ejemplos, consejos, órdenes, todo en una palabra. Resistimos a los tentadores por amor tuyo, padre bendito que nos diste vida y sagacidad”.

“Está bien. Venid a mi derecha y escuchad todos mi sentencia y mi defensa. A todos di igual dinero, iguales ejemplos e igual sagacidad. Mis hijos han respondido de manera diversa. De un padre hacendoso, honesto, moderado, nacieron hijos semejantes a él, nacieron otros que fueron ociosos, otros débiles en las tentaciones, y otros que odian a su padre, a sus hermanos, a su prójimo a quien le hicieron mal, aunque no lo digan, con sus usuras y crímenes. De entre los hijos débiles y ociosos hay unos que se arrepienten y otros no.

Ahora he aquí la sentencia. Los perfectos están ya a mi derecha. Iguales que yo en la gloria como en las obras. Los arrepentidos serán tratados como hijos a quienes hay todavía qué enseñar, que estarán sujetos hasta que no lleguen al grado de obtener una capacidad que los haga nuevamente adultos; a los impenitentes y culpables se les arrojará fuera de mis confines y llevarán detrás de sí la maldición de quien para ellos no era ya más padre, porque el odio que me tienen, destruye las relaciones de paternidad y de filiación que había antes. Pero recuerdo a todos que cada uno se labró su suerte, que a todos di las mismas cosas que fueron diversas según lo que ellos quisieron y que por lo tanto no puedo ser acusado de haber deseado el mal a ninguno de ellos”.

La parábola ha terminado. Os la voy a explicar con parangones.

El Padre de los cielos es representado por el padre de una familia numerosa. Las dos monedas entregadas antes de partir son el tiempo y la libre voluntad que Dios concede a cada hombre para que los use como mejor crea, después de que fue instruido y educado con la Ley y los ejemplos de los justos.

A todos iguales dones, pero cada hombre los usa como quiere. Algunos emplean celosamente el tiempo, conservan los medios, la educación, las rentas, todo en el bien y se mantienen sanos y santos, ricos con triplicada riqueza. Algunos comienzan bien y luego se cansan y se extravían. Algunos no hacen nada y quieren que otros lo hagan. Algunos culpan al Padre de sus errores; algunos se arrepienten, dispuestos a reparar; algunos no se arrepienten y acusan y maldicen, como si otros los hubiesen arrastrado a la ruina.

Y Dios da a los justos pronta recompensa; a los que se arrepienten misericordia y tiempo de expiar para que obtengan su premio con el arrepentimiento y expiación; y maldice y castiga a los que pisotean su amor con la impenitencia y el pecado. A cada uno da lo suyo.

No desperdiciéis, pues, las monedas: el tiempo y el libre albedrío, sino empleadlas con justicia para que lleguéis a la diestra del Padre, y si habéis faltado en algo, arrepentíos y tened fe en el Amor misericordioso.

Idos y la paz sea con vosotros”.

Los bendice, mira cómo se alejan bajo un sol que inunda la plaza y las calles. Pero los esclavos siguen allí...

“¿Todavía aquí, pobres amigos míos? ¿No os castigarán?”

“No, Señor, si decimos que te escuchamos. Nuestras dueñas te veneran. ¿A dónde vas a ir ahora, Señor? ¡Hace tanto que deseábamos verte!...”

“A casa del cordelero que está en el puerto. Pero esta noche me voy, y vuestras dueñas irán a la fiesta...”

“Lo diremos también. Hace muchos meses que nos dieron órdenes de que siguiéramos tus pasos”.

“Está bien, idos. También vosotros emplead bien el tiempo y el pensamiento que siempre es libre, aun cuando el hombre esté encadenado”.

Los esclavos se inclinan profundamente y se van al barrio de los romanos. Jesús y los suyos por una callejuela se dirigen al puerto.

117. “La sabiduría, porque es una forma de santidad, da luz al juzgar”

1° mayo 1946

Jesús está hospedado con la familia del cordelero. La casa es baja y con sarro por estar cerca del mar. Detrás de ella están los depósitos, que no huelen bien, y donde se descargan las mercancías que compran los comerciantes. Delante de la casa hay una calle polvorienta, por donde pasan carretas pesadas y llena de ruido, que producen los cargadores, los golfos, los carreteros, los marineros que van y vienen sin cesar. Más allá de la calle se ve una pequeña dársena de aguas aceitosas por los desechos que se arrojan y por su inmovilidad. De la dársena emerge un canal que desemboca en el verdadero puerto que es amplio, capaz de dar acogida a grandes naves. Del lado occidental hay una plazoleta arenosa donde se hacen los cordeles en medio del chirrido de malacates. Del lado oriental otra plazoleta, más pequeña, menos ruidosa y desordenada, donde hombres y mujeres reparan redes y velas. Se ven también casuchas bajas y llenas de sarro, repletas de muchachillos semidesnudos.

No se puede decir en justicia que Jesús haya escogido un alojamiento señorial. Moscas, polvo, ruido, hedor a aguas estancadas, olor al cáñamo metido en agua antes de que se le use, es lo que reina por aquí. Y el rey de reyes, echado con sus discípulos sobre montes de cáñamo, duerme cansado en este pobre lugar, que sirve de escondrijo y también de almacén, y que está detrás de la casa. Se entra en ella por una puerta negra como el tizne de la cocina que también es negra, y por una puerta apollillada y vieja con el polvo y sarro, que le da un color blanco-grisáceo de pómez, se va a la plaza donde se fabrican los lazos y de donde emanan olores de cáñamo.

El sol fustiga la plaza pese a cuatro gigantescos plátanos, dos en cada ángulo de la plaza rectangular, bajo los que están los malacates para torcer el cáñamo. No sé si me explico bien al tratar de describir los instrumentos. Los hombres, con una túnica, apenas lo suficientemente grande para cubrir lo que es la decencia, bañados en sudor como si estuviesen bajo una regadera, dan vueltas y vueltas a su malacate, sin cesar, como galeotes condenados al trabajo. No hablan más que las palabras indispensables a su trabajo. Así pues, si quitamos el chirrido de las ruedas de los malacates y el del cáñamo estirado, no se oye otro rumor en la plaza; lo que es un contraste raro con el rumor de los otros lugares que rodean la casa del cordelero.

Por esto es sorprendente, como algo más imaginado, que uno de los trabajadores exclame: ¿Mujeres? ¿Y a estas horas? ¡Mirad! Vienen hacia aquí...”

“Andarán buscando cordeles para amarrar a sus maridos...” dice con mofa un joven.

“Puede ser que necesiten de cáñamo para sus trabajos”.

“¿Del nuestro, tan burdo, cuando pueden conseguir uno muy fino?”

“El nuestro cuesta menos. ¿Ves? Son pobres...”

“Pero no son hebreas. Mira que el manto es diverso...”

“Así es. Acá en Cesarea hay de todo un poco...”

“Tal vez busquen al Rabbí. Estarán enfermas... Mira cómo vienen cubiertas, y con este calor...”

“Con tal de que no sean leprosas... Miseria, sí; pero lepra, no. No la quiero ni siquiera resignándome a la voluntad de Dios” dice el cordelero a quien todos obedecen.

“¿No has oído al Maestro?: ‘Es menester aceptar todo lo que Dios nos manda’”.

“Pero la lepra no la manda Dios. La proporcionan los pecados, los vicios y el castigo...”

Las mujeres están ya a sus espaldas, no de estos que hablan y que están en un ángulo de la plaza, sino de los que están junto a la casa; una de ellas se inclina para decir algo a uno de los cordeleros, que se voltea admirado y se queda como tonto.

“Vamos a oír un poco... Tan cubiertas... Buenas las tendría con la lepra y con tantos hijos...” dice el dueño del negocio, que deja de dar vueltas al malacate y va hacia las mujeres. Sus compañeros lo siguen...

“Simón, esta mujer desea algo, pero habla una lengua extranjera. Háblale tú, que has navegado” dice aquel a quien la mujer había hablado al principio.

“¿Qué quieres?” pregunta con voz ronca el cordelero, tratando de ver su cara bajo el velo oscuro que lleva.

Y con un griego clásico responde la mujer: “Al rey de Israel. Al Maestro”.

“Ah, comprendí. ¿Sois leprosas?”

“No”

“¿Quién me lo asegura?”

“Él te lo puede decir. Pregúntaselo”.

El hombre no sabe qué hacer... Luego: “Bien. Haré un acto de fe y Dios me protegerá... lo voy a llamar. Quedaos aquí”.

Las mujeres que son cuatro, no se mueven. Forman un grupo extraño y mudo. Los cordeleros, que se han acercado, las miran con asombro y con un temor marcado.

El cordelero se va al almacén, toca a Jesús que duerme. “Maestro... ven acá. Te buscan”.

Jesús se despierta y se levanta al punto. Pregunta: “¿Quién?”

“Mujeres griegas... todas cubiertas. Dicen que no son leprosas y que Tú lo puedes asegurar”.

“Voy al punto” dice Jesús amarrándose las correas de sus sandalias, y abrochándose el cuello. Se pone a la cintura la faja que se había quitado para poder dormir mejor. Sale con el cordelero. Las mujeres le vienen al encuentro.

“Quedaos aquí, os lo digo. No quiero que vengáis a donde están jugando los niños... Primero quiero que afirme que estáis sanas”.

Las mujeres se detienen. Jesús llega a ellas. La más alta, no la que habló antes en griego, dice una palabra en voz baja. Jesús se vuelve al cordelero: “Simón, puedes estar tranquilo. Las mujeres no están enfermas, y quiero escucharlas en paz. ¿Puedo entrar con ellas a la casa?”

“No. Está la vieja que es una charlatana y una curiosa. Vete al fondo, bajo el techo de las tinajas. Allí hay una pequeña habitación. Allí estarás solo y en paz”.

“Venid” dice Jesús a las mujeres. Va con ellas al fondo de la plaza, bajo los techos apestosos, entra a una habitacioncilla donde hay utensilios rotos, harapos, restos de cáñamo, gigantescas telarañas y donde la peste de la maceración del cáñamo y del moho repugnan lo indecible. Jesús que tiene un aspecto serio y pálido, dice con una sonrisa leve: “No es un lugar apropiado a sus gustos... pero no dispongo de otra cosa...”

“No vemos el lugar, sino al que en estos momentos está en él” responde Plautina, que se quita el velo y el manto. Lo mismo hacen Lidia, Valeria y la liberta Albula Domitila.

“De esto colijo que, pese a todo, todavía me consideráis un hombre justo”.

“Y más que eso. Y Claudia nos manda precisamente porque cree que eres más que un justo y no tiene en cuenta lo que oyó. Pero quiere para venerarte con mayor razón que Tú mismo se lo digas”.

“O para hacerlo, si me muestro a ella como quisieron pintarme. Pero decidle que no hay nada de eso. No tengo miras humanas. Mi ministerio y mi deseo es tan solo sobrenatural y nada más. Quiero, sí, reunir en un solo reino a todos los hombres. ¿A qué hombres? ¿A los que están hechos de carne y sangre? No. Eso lo dejo, cosa corruptible, a las monarquías que pasan, a los reinos que se tambalean. Quiero reunir bajo mi único cetro sólo los corazones de los hombres, espíritus inmortales en un reino inmortal. Cualquier otra versión la rechazo como contraria a mi voluntad, la haya dado quien fuere. Y os ruego que creáis y que digáis a quien os envía que la Verdad no tiene sino una palabra...”

“Tu apóstol habló con demasiada seguridad”.

“Es un muchacho exaltado. Y como tal hay qué escucharlo”.

“Pero te hace daño. Regáñalo... Arrójalo de Ti...”

“Entonces ¿dónde estaría mi misericordia? Él lo hace llevado de un amor equivocado. ¿No debo acaso compadecerlo? ¿Y qué cambiaría, si lo arrojase de Mí? Haría doble mal a sí y a Mí”.

“Es para Ti como una zancadilla”.

“Es para Mí un infeliz que tengo qué redimir...”

Plautina cae de rodillas con los brazos extendidos y dice: “Maestro, mayor que cualquier otro. ¡Qué fácil es tenerte por santo cuando se siente tu corazón en tus palabras! ¡Qué fácil es amarte y seguirte debido a esta caridad tuya que es todavía mayor que tu inteligencia!”

“No mayor, sino que es más asequible a vosotras... cuyo entendimiento está envuelto en muchos errores y no sois lo demasiado generosas para despojaros de ellos y aceptar la Verdad”.

“Tienes razón, porque es una forma de santidad, da siempre luz en el juzgar, bien se trate de cosas pasadas o presentes, bien de advertencia previa a hechos futuros”.

“Por esto vuestros profetas...”

“Eran unos santos. Dios se comunicaba a ellos con una gran plenitud”.

“¿Eran santos, porque eran de Israel?”

“Por eso y porque fueron justos en su acciones. Pues no todo Israel es y ha sido santo, pese a ser Israel. No es el pertenecer por casualidad a un pueblo o a una religión lo que puede hacer santos a los hombres. Pueden ayudar a serlo y en mucho, pero no son el factor absoluto de la santidad”.

“¿Cuál es entonces, ese factor?”

“La voluntad del hombre. La voluntad que hace que las acciones del hombre sean santas si es buena, perversas si es mala”.

“Entonces... entre nosotros puede ser que haya justo”.

“Así es, y no cabe duda que entre vuestros antepasados hubo justos, y los hay entre los que viven actualmente. Porque sería muy horrible que todo el mundo pagano perteneciese a los demonios. Quienes de entre vosotros se sienten atraídos hasta el Bien y la Verdad, y huyen del vicio y de las malas acciones que envilecen al hombre, creedme que están ya en el sendero de la justicia”.

“Entonces Claudia...”

“Sí. Y vosotros perseverad”.

“Pero ¿si muriéramos antes... de convertirnos a Ti? ¿Para qué serviría el haber sido virtuosas?”

“Dios es justo en el juzgar. Pero ¿por qué debéis dar las espaldas al Dios verdadero?”

Las tres mujeres bajan las cabezas... un silencio... Luego la confesión que será la que dará la clave a la crueldad romana y a su resistencia al cristianismo... “Porque no parece, que al hacerlo traicionaríamos a la Patria...”

“Al revés, la serviríais, pues la haríais moral y espiritualmente más grande porque sería fuerte con la posesión y protección de Dios además de su ejército y riquezas. Roma, la Urbe del mundo, la Urbe de la religión universal... Pensadlo...”

Un silencio.

Luego. Livia encendida como una llama, dice: “Maestro, hace tiempo que buscábamos en las páginas de nuestro Virgilio algo referente a Ti. Porque para nosotros tienen más valor las... profecías de los que no han tenido relación con la fe de Israel que las de vuestros profetas, en los que podemos pensar que hubo sugerencias de creencias milenarias... Y lo discutimos... Confrontamos los diversos profetas que en todos los tiempos, naciones y religiones hablaron de Ti. Pero nadie mejor que nuestro Virgilio te presagió... ¡Cuánto hablamos aquel día también con Diómedes, el liberto griego, astrólogo a quien mucho quiere Claudia! Él sostuvo que esto sucedió porque los tiempos eran más cercanos, y los astros lo decían con sus conjunciones... Para apoyo de su tesis, adujo el hecho de los tres Sabios de los tres países de oriente, que vinieron a adorarte cuando eras un infante, y con ello provocaron la matanza de que la misma Roma se horrorizó... Pero no nos persuadimos porque... no obstante de que tu manifestación ha sucedido en nuestros tiempos, por cincuenta años ninguno de los sabios del mundo ha hablado de Ti por voz de los astros. Claudia exclamó: “¡Hace falta el Maestro! Nos diría la verdad y conoceríamos el lugar y destino inmortal de nuestro grande poeta”. Querrías decirnos... por Claudia... Algo que nos muestre que no estás irritado contra ella”.

“He comprendido su reacción de romana, y no le guardo ningún rencor. Decidle que esté tranquila. Y escuchad. Virgilio no fue grande sólo como poeta ¿no es así?”

“¡Oh no! Lo fue también como hombre. En medio de una sociedad que estaba ya corrompida y viciada, fue un faro de pureza espiritual. Nadie puede decir haberlo visto lujurioso, amante de orgías y de costumbres licenciosas. Sus escritos son castos, y mucho más casto fue su corazón. Tanto es así que en los lugares en que por más tiempo vivió, se le llamó “la doncella” para vergüenza de los viciosos y veneración de los buenos”.

“Ahora bien, ¿en el alma pura de un hombre no habrá podido reflejarse Dios, aun cuando ese hombre fuese pagano? La Virtud perfecta ¿no habrá amado al virtuoso? Y si se le concedió amar y ver la Verdad debido a la belleza pura de su corazón ¿no podrá haber tenido un fulgor de profecía? ¿De una profecía que no es más que la verdad que se descubre a quien merece conocer la Verdad como premio e incentivo para una virtud mayor?”

“Entonces... ¿profetizó?”

“Su inteligencia, prendida en la pureza y en el genio logró ascender y conocer una página que se refiere a Mí, y puede llamársele el poeta pagano y justo, un hombre dotado de espíritu profético y anterior a Mí por premio de sus virtudes”.

“¡Oh, nuestro Virgilio! ¿Y tendrá algún premio?”

“Ya lo dije: “Dios es justo”. Pero vosotras no imitéis al poeta deteniéndoos hasta donde llegó. Avanzad, porque la Verdad no se os ha mostrado por intuición o en parte, sino completa, y os ha hablado”.

“Gracias, Maestro... Nos retiramos. Claudia nos dijo que te preguntásemos si te puede ser útil en asuntos morales” dice Plautina sin continuar el tema anterior.

“Y os mandó que me dijeseis, si soy un usurpador...”

“¡Oh, Maestro! ¿Cómo lo sabes?”

“¡Soy más que Virgilio y que los profetas!...”

“¡Es verdad! ¡Todo es verdad! ¿Podemos servirte?”

“No necesito de nada más que de fe y de amor. Pero hay una criatura que se encuentra en gran peligro y que esta noche tendrá el alma muerta. Claudia podría salvarla”.

“¡Quién! ¿El alma muerta?”

“Un patricio vuestro da una cena y...”

“¡Ah, sí! Ennio Casio. También mi marido fue invitado...” dice Livia.

“Y también el mío... También nosotras para decir verdad. Pero como Claudia se abstiene, también nosotras nos abstenemos. Habíamos decidido retirarnos inmediatamente después de la cena, si es que íbamos Porque... nuestras cenas terminan en orgías... que no podemos soportar... Y con el enojo de que nuestros maridos no se preocupan de nosotras, nos salimos...” dice Valeria con energía.

“No por enojo... por piedad a su miseria moral...” corrige Jesús.

“Es difícil, Maestro... Sabemos lo que pasa allí dentro...”

“Yo también sé muchas cosas que suceden en los corazones... y sin embargo perdono...”

“Tú eres un santo...”

“Vosotras debéis serlo. Porque lo quiero y porque a ello os empuja vuestra voluntad...”

“Maestro...”

“Sí. ¿Podéis afirmar que sois felices como antes de conocerme? ¿Felices en la miserable y brutal felicidad, en la sensualidad de paganas que ignoran no ser más que un pedazo de carne, ahora que conocéis un poco a la Sabiduría?...”

“No, Maestro. Lo tenemos qué decir claro. Estamos descontentas, inquietas como uno que busca un tesoro y no lo encuentra”.

“Y está en vosotras. Lo que os inquieta es el ansia de vuestros corazones por la Luz, el sentirse mal porque tardáis... en darles lo que os piden...”

Un silencio. Después plautina sin responder directamente, dice: “¿Y qué podría hacer Claudia?”

“Salvar a esa pobre criatura. Una niña que el romano compró para su placer. Una virgen que mañana no lo será más”.

“Si la compró... le pertenece”.

“No es un mueble. Dentro de su cuerpo hay un alma...”

“Maestro... nuestras leyes...”

“Mujeres: ¡la ley de Dios!”

“Claudia no va a ir a la fiesta...”

“No le digo que vaya: os digo que le transmitáis lo siguiente: “El Maestro, para asegurarse que Claudia no tiene nada contra Él, le pide que le ayude en favor de esta niña”...”

“Se lo diremos. Pero no podrá hacer nada... Esclava adquirida... objeto del que se puede disponer...”

“Mi religión enseñará que el esclavo tiene un alma semejante al César, mejor en muchos casos, y que esa alma pertenece a Dios, y que quien la compre es maldito”. Jesús lo dice con severidad y energía.

Las mujeres se sacuden a la voz severa de la orden. Se inclinan sin replicar. Se ponen otra vez los mantos y los velos. Dicen: “Lo transmitiremos. Salve, Maestro”.

“Hasta pronto”.

Las mujeres salen hacia la plaza que arde. Plautina se vuelve y dice: “*Para todos éramos mujeres griegas. ¿Entendido?*”

“Entendido. Id tranquilas”.

Jesús se queda solo en el portal bajo. Las mujeres regresan por el camino por el que vinieron.

Los cordeleros regresan a su trabajo.

Jesús regresa despacio al almacén. Está pensativo. No se echa sobre el montón de cáñamo. Se sienta sobre un montón de cuerdas enrolladas. Ora intensamente. Los once continúan durmiendo profundamente...

Y así pasa el tiempo... cerca de una hora. Después el cordelero asoma su cabeza y hace señal a Jesús de que vaya a la puerta. “Hay un esclavo. Te quiere ver”.

El esclavo, un nómada, está afuera, en la plaza, llena todavía de sol. Se inclina y, sin hablar, entrega una tableta encerada. Jesús le dice: “Dirás que esperaré hasta antes del alba. ¿Entendiste?” El esclavo dice que sí con la cabeza, y para que vea Jesús por qué no habla, abre su boca, y le enseña la lengua troncada. “¡Infeliz!” dice Jesús, acariciándolo.

Por las mejillas del esclavo caen dos lágrimas. Toma la mano blanca entra las suyas y se la pone en la cara, la besa, se la lleva al pecho y se echa en tierra. Toma el pie de Jesús y se lo pone sobre la cabeza... Un lenguaje de gestos para mostrar su agradecimiento por ese gesto de amor... Y Jesús le repite: “¡Infeliz!”, pero no hace ademán de curarlo.

El esclavo se levanta, pide la tableta encerada... Claudia no quiere dejar huellas de su contacto epistolar... Jesús sonríe y devuelve la tableta. El nómada parte y Jesús va a donde está el cordelero.

“Debo quedarme hasta antes del alba... ¿Me lo permites?”

“Todo lo que quieras. Me desagrada ser pobre...”

“Me agrada que seas honrado”.

“¿Quiénes eran esas mujeres?”

“Unas extranjeras que necesitaban de consejo”.

“¿Están sanas?”

“Como Yo y tú”.

“Entonces, está bien... he ahí a tus apóstoles...”

Los once salen del almacén, todavía restregándose los ojos, estirándose somnolientos.

“Maestro... hay que cenar antes de partir...” dice Pedro.

“No. No parto sino al amanecer”.

“¿Por qué?”

“Porque me pidieron que así lo hiciera”.

“¿Por qué? ¿Quién? Es mejor caminar de noche. La luna es nueva”.

“Espero salvar a una criatura... Y esto es más luminoso que la luna y más refrescante que la frescura de la noche”.

Pedro lo lleva aparte: “¿Qué pasó? ¿Viste a las romanas? ¿Qué humor tienen? ¿Son ellas las que se van a convertir? Dímelo...”

Jesús sonríe: “Si me dejas responder, te lo diré, hombre curiosísimo. Vi a las romanas. Muy lentamente caminan hacia la Verdad, pero no retroceden. Lo que ya es mucho”.

“Y... acerca de lo que dijo Judas... ¿hay algo?”

“Que continúan venerándome como a un sabio”.

“¿Por causa de Judas? ¿Es él el que lo ha hecho?”

“Vinieron a buscarme a Mí, no a él...”

“Entonces ¿por qué tuvo miedo de encontrarse con ellas? ¿Por qué no quería que vinieses a Cesarea?”

“Simón, no es la primera vez que Judas tiene caprichos estrambóticos...”

“Es verdad. Y... ¿van a venir esta noche las romanas?”

“Ya vinieron”.

“Entonces ¿por qué esperamos hasta que amanezca?”

“¿Por qué eres tan curioso?”

“Maestro, sé bueno... Dime todo”.

“Te lo diré para quitarte toda duda... También tú escuchaste la conversación de aquellos tres romanos...”

“Claro que la oí. Inmundos. Apestosos. Demonios. Pero a nosotros qué nos importa... ¡Ah!, entiendo. Las romanas van a ir a la cena, y luego vendrán a pedirte perdón por haber estado en medio de la inmundicia... Me maravilla que asientas a ello”.

“Yo me maravillo de que formes juicios temerarios”.

“¡Perdóname, Maestro!”

“Sí, pero ten en cuenta que las romanas no van a ir a la cena y que Yo pedí a Claudia que interviniera en favor de esa muchachita...”

“¡Oh, pero Claudia no puede hacer nada! El romano compró la muchacha, y tiene todo el poder sobre ella”.

“Pero Claudia tiene mucho poder sobre el romano. Y Claudia me mandó a decir que no parta hasta antes del alba. No hay otra cosa. ¿Estás contento ahora?”

“Sí, Maestro, pero no has descansado nada... Ven... ¡Estás cansado! Vigilaré para que te dejen en paz... ven, ven...” y amorosamente tiránico lo jala, lo empuja, lo obliga a tirarse sobre el montón de cáñamo.

Pasan las horas. El sol se oculta. Cesa el trabajo. Los niños gritan y hacen más ruido por calles y plazoletas, como las golondrinas en el firmamento. La noche ya entró. Las golondrinas se van a sus nidos y los niños a la cama. Uno tras otro van muriendo los ruidos, hasta que queda el choque de las aguas en el canal y el estrépito de las ondas en la playa. Cierran las puertas de las casas los cansados trabajadores; se apagan las luces, y el dulce beleño se apodera de todos, y los hace ciegos, mudos... sale la luna y con sus rayos de plata besa el sucio espejo de la pequeña dársena que parece ahora una losa de plata...

Los apóstoles nuevamente duermen sobre el cáñamo... Jesús está sentado sobre uno de esos malacates; las manos sobre las rodillas. Ora, piensa, aguarda... No quita los ojos del camino que viene de la ciudad.

La luna se levanta, sube más; casi está perpendicular a su cabeza. El mar retumba con mayor fuerza, el canal despidе más fuertes olores, la hoz de la luna que se baña con sus rayos en el mar, se hace más grande, más extensa, más lejana: cual un camino de luz que de los confines del mundo parezca acercarse a Jesús, que sube por el canal, y se sumerge en la dársena.

Por este camino avanza una barca, pequeña, de color blanquecino. Avanza, boga sin dejar huellas duraderas de su paso... Sube por el canal... Ha llegado a la dársena silenciosa. Se

detiene. Tres bultos bajan. Un hombre robusto, una mujer y una delicada figura. Se dirigen hacia la casa del cordelero. Jesús se levanta y sale a su encuentro.

“La paz sea con vosotros. ¿A quién buscáis?”

“A Ti, Maestro” dice Lidia descubriéndose y acercándose ella sola. Dice: “Claudia hizo lo que le pediste, porque era cosa justa y completamente moral. Aquella es la muchachita. Dentro de poco tiempo Valeria la tomará como doncella de su pequeña Fausta. Pero te ruega que entretanto la tengas. Que puedes confiarla a tu madre o a la madre de tus parientes. Es pagana del todo. Mejor dicho, es peor que pagana. El dueño que la alimentó no le *enseñó nada en absoluto*. Nunca ha oído hablar ni del Olimpo, ni de otra cosa. Tan sólo se siente aterrorizada ante los hombres porque hace una cuantas horas la vida se le reveló como es, brutal, cruel...”

“¡Oh! ¿demasiado tarde?”

“No, materialmente... Él la preparaba poco a poco... digamos... para su sacrilegio. Y la niña está espantadísima... Claudia tuvo que dejarla durante toda la cena cerca de ese sátiro, y solo quiso intervenir, el vino lo había casi imposibilitado para pensar bien. No es necesario que te diga que si el hombre siempre es un lúbrico* en sus amores sensuales, lo es mucho más cuando está ebrio... Pero sólo entonces es un juguete con el que se puede hacer lo que se quiera, y arrebatarle su tesoro. Claudia se aprovecho del momento. Ennio desea regresar a Italia, de la que salió por haber perdido el favor imperial... Claudia le prometió el regreso en cambio de la muchacha. Ennio mordió el anzuelo... Mañana cuando no esté ya borracho, protestará, la buscará, hará su comedia. Pero también mañana Claudia buscará el miedo para hacerlo callar”.

“¿Con la violencia? ¡No!”

“¡Oh, violencia empleada a un buen fin! Pero no será necesaria. Sólo Pilatos, que todavía no vuelve en sí del vino que digirió esta noche, firmará la orden de que Ennio vaya a presentarse a Roma...”

“Ah, ah! Y partirá en el primer buque militar. Pero entre tanto... es mejor que la niña esté en otra parte, por temor de que Pilatos se arrepienta y revoque la orden... ¡Es muy endeble! Y es mejor así para que la niña olvide las asquerosidades humanas. ¡Oh, Maestro!... Por este motivo fuimos a la cena... Pero ¿cómo pudimos ir allá hasta hace uno cuantos meses, sin haber sentido náuseas? Tan pronto obtuvimos lo que se deseaba, nos salimos... Todavía nuestros maridos están imitando a los brutos... ¡Qué náuseas, Maestro!... Y debemos recibirlos después... después que...”

“Sed austeras y pacientes. Con vuestro ejemplo haréis mejores a vuestros maridos”.

“¡Oh, no es posible! Tú no sabes...” La mujer llora más de coraje que de dolor, Jesús suspira. Lidia continúa: “Claudia te manda decir que lo hizo para mostrarte que te venera como al *Único Hombre que merece veneración*. Y quiere que te diga que te agradece haberle enseñado lo que vale un alma y lo que vale la pureza. Lo recordará siempre. ¿Quieres ver a la niña?”

“Sí. ¿El hombre quién es?”

“El nómada mudo que emplea Claudia para sus servicios secretos. No hay ningún peligro de delación... No tiene lengua...”

Jesús repite como al mediodía: “¡Infeliz!” Pero tampoco ahora hace el milagro.

Lidia va a tomar a la niña de la mano, y casi la arrastra hasta donde está Jesús. Dice a modo de explicación: “Sabe una cuantas palabras latinas, judías casi ninguna... Es una salvajita... Que la buscaron únicamente como objeto de placer”. Dirigiéndose a la niña: “No tengas miedo. Dile “gracias”, Él fue el que te salvó... Arrodíllate. Bésale los pies. ¡Ea, hazlo! ¡No tengas miedo!... ¡Perdona, Maestro! Todavía tiene el terror que le inspiraron las caricias de Ennio que estaba ebrio...”

* lúbrico = propenso a la lujuria o que refleja lujuria.

“¡Pobre niña!” dice Jesús poniendo su mano en la cabeza de la niña. “¡No tengas miedo! Te llevaré a casa de mi Madre, por algún tiempo. A la casa de mamá, ¿entiendes? Y tendrás a tu alrededor muchos hermanos buenos... ¡No tengas miedo, hijita mía!”

¿Qué hay en la voz de Jesús, en su mirada? Hay todo, paz, seguridad, pureza, amor santo. La niña lo siente, se echa atrás el manto con su capucha para mirarlo mejor, y aparece la figura delicada de una niña asomada a las puertas de la pubertad. Sus modales no son rebuscados. Su cara es inocente. El vestido que trae le queda muy largo...

“estaba casi desnuda... le puse los primeros vestido que encontré... y otros en la alforja...” dice Lidia.

“¡Una niña!” dice con piedad Jesús. Y tomándole la mano, le pregunta: “¿Quieres venir conmigo?”

“Sí, patrón”.

“No. No soy patrón. Dime, Maestro”.

“Sí, Maestro” dice con más confianza la niña. Y una tímida sonrisa brilla por esa carita en que antes estaba dibujada la palidez y el miedo.

“¿Eres capaz de caminar mucho?”

“Sí, Maestro”.

“Después descansarás en la casa de mi Mamá, en mi casa, hasta que llegue Fausta... una niña que vas a querer mucho... ¿Quieres?”

“¡Oh, sí!” y la niña confiada levanta sus ojos puros de un color verde-azul bellissimo entre cejas de oro y se atreve a preguntar: “¿Ya no más aquel patrón?” y un rayo de terror vuelve a turbar su mirada.

“No más” le vuelve a prometer Jesús, poniéndole nuevamente la mano sobre su abundante cabellera rubia.

“Adiós, Maestro. Dentro de pocos días estaremos también nosotras en el lago. Tal vez nos podremos ver una vez más. Ruega por las pobres romanas”.

“Adiós, Lidia. Di a Claudia que estas son las conquistas que pretendo, y no otras. Ven, niña. Partiremos al punto...”

Y, tomándola de la mano, se dirige a la puerta del almacén y llama a los apóstoles.

Mientras la barca regresa sin dejar traza de haber venido y entra al mar abierto, Jesús y los apóstoles con la niña envuelta en un manto en medio de ellos, toman el camino de la campiña por callejuelas periféricas y desiertas.

118. La religión es amor y deseo de ir a Aquel en quien creemos

2 Mayo 1946

La aurora en los días de verano aparece pronto, de modo que desde el momento en que la luna se oculta hasta el de los primeros albos, el espacio de tiempo es muy breve. Por más que hayan caminado ligeros, todavía la oscuridad se cierne sobre ellos en las cercanías de Cesarea y de muy poco sirve la luz que arroja una rama encendida de espinos. Hay que detenerse un poco, porque la niña, que no está acostumbrada a caminar de noche, tropieza frecuentemente con las piedras que hay bajo el polvo del camino.

“Es mejor esperar un poco. La niña no ve y está cansada” dice Jesús.

“No, no; sí puedo... Vámonos lejos, lejos, lejos... Podría venir. Por aquí pasamos para ir a casa” responde castañeando los dientes mezclando el hebreo y latín para hacerse entender.

“Vamos detrás de aquellos árboles, y nadie os verá. No tengas miedo” le dice Jesús.

“No tengas miedo. A estas horas ese romano es una sopa de vino bajo la mesa...” dice Bartolomé para darle ánimos.

“Y estás con nosotros. Todos te queremos. No permitiremos que te hagan daño. Oh, somos doce hombres robustos...” dice Pedro, que apenas es un poco más alto que ella: él la robustez, ella la delicadeza; él quemado por el sol, ella blanca como la nieve, pobre florecita que creció a la sombra para ser más admirada y más preciosa.

“Eres una hermanita nuestra, y los hermanos defienden a sus hermanos” dice Juan.

La niña, a quien roza muy de cerca la improvisada antorcha, levanta sus ojos claros grises con tintes de azul, dos pupilas hermosas, límpidas por el llanto que hace poco derramaron, hacia sus amigos... No sabe qué hacer, sin embargo se fía de ellos. Pasa con todos el riachuelo seco, y de allí entra a un campo que domina una arboleda.

Se sientan en la oscuridad y aguardan. Los hombres se dormirían gustosos, pero cualquier rumor que se oye hace prorrumpir a la niña en un grito y el galope de un caballo la hace agarrarse al cuello de Bartolomé que tal vez porque ya es de mucha edad atrae su confianza. Y así no es posible dormir.

“¡No tengas miedo! Cuando uno está con Jesús, nunca sucede una desgracia” dice Bartolomé.

“¿Por qué?” pregunta la niña, temblando y todavía asida al cuello del apóstol.

“Porque Jesús es Dios, y Dios es más fuerte que los hombres”.

“¿Dios? ¿Qué es Dios?”

“¡Pobre criatura! Pero ¿cómo te han educado? ¿Nada te enseñaron?”

“Sí, a conservar blanco el cutis, brillante la cabellera, a obedecer a los patrones... a decir siempre sí... Pero yo no podía decir sí al romano... era feo y me daba miedo... Durante todo el día miedo... siempre allí... en el baño... en los vestidores... unos ojos... esas manos... ¡Oh! Y si alguien no decía “sí” era apaleado...”

“No lo serás más. Ya no está el romano, ni están sus manos... Sólo la paz...” le dice Jesús.

Los otros comentan: “¡Es una crueldad! Como a bestias... y peor todavía... Porque una bestia al menos sabe que le enseñan a arar, a llevar la silla y el freno, porque este es su oficio. Pero a esta criatura se le echó allí sin saber...”

“Si hubiera sabido, me hubiera arrojado al mar. Había dicho: “Te haré feliz”...”

“De hecho te hizo feliz, de una manera que nunca imaginó. Feliz en la tierra y feliz en el cielo. Porque conocer a Jesús es felicidad dice Zelote.

Un silencio durante el que cada uno medita en las crueldades del mundo. Luego, en voz baja, la niña pregunta a Bartolomé: “¿Me puedes decir qué es Dios? ¿Y por qué Él es Dios? ¿Porque es hermoso y bueno?”

“Dios... ¿Cómo haré para enseñarte a ti que no tienes ninguna idea de religión en tu cabeza?”

“¿Qué cosa es religión?”

“¡Oh, que esto no me lo esperaba! Estoy ahora como uno que se ahoga en el mar. ¿Qué puedo hacer ante el abismo?”

“Es muy sencillo, Bartolomé, lo que te parece difícil. Es un abismo, sí, pero vacío, y puedes llenarlo con Verdad. Pero es cuando los abismos están llenos de fango, veneno, serpientes... habla con sencillez como si hablastes a un infante. Ella te entenderá como no lo haría un adulto”.

“Maestro ¿pero no podrías hacerlo Tú?”

“Podría pero la niña aceptará más fácilmente las palabras de un semejante suyo que las mías de Dios. Y por otra parte... os encontraréis en lo futuro ante estos abismos y los llenaréis de Mí. Debéis, pues aprender a hacerlo”.

“Es verdad. Lo probaré. Oye, niña... ¿Te acuerdas de tu mamá?”

“Sí, señor. Hace siete años que las flores han florecido sin ella. Antes estaba con ella”.

“Está bien. ¿La recuerdas? ¿La amas?”

“¡Oh!” un sollozo junto a un pequeño grito.

“No llores, pobre niña... Oye... El amor que tienes por tu mamita...”

“...y por mi papá... y por mis hermanos...” dice entre sollozos la niña.

“Sí... por tu familia, el amor por tu familia. El pensamiento que abrigas por ella, el deseo que tienes de regresar a ella...”

“¡Nunca más!...”

“Pero... Todo es una... algo que podría llamarse religión de la familia. Las religiones, las ideas religiosas son el amor, el pensamiento, el deseo de ir donde está aquel o aquellos en quienes creemos, a quienes amamos, a quienes deseamos ver”.

“Si yo creo en ese Dios que está allí, tendré una religión... ¡Es fácil!”

“¡Bien! ¿Fácil qué cosa? ¿Tener una religión o creer en ese Dios que está allí?”

“En ambas cosas, porque fácilmente se cree en un Dios bueno, como el que está allí. El romano me nombraba muchos y juraba. Decía: “¡Por la diosa Venus!”, “¡Por el dios Cupido!”. Han de ser dioses malos porque él hacía cosas malas cuando los invocaba”.

“No es tan tonta la niña” comenta Pedro en voz baja.

“Pero yo todavía no sé qué cosa sea Dios. Veo que es un hombre como tú... Entonces es un hombre Dios. ¿Y cómo se hace para comprenderlo? ¿En qué aspecto es más fuerte que todos? No tiene ni espada, ni siervos...”

“Maestro, ayúdame...”

“Lo dices porque eres bueno... Busquemos otro modo de seguir adelante. Oye, niña... Dios no es hombre. Él es como una luz, una mirada, un sonido, tan grande que llena cielo y tierra y todo lo ilumina, todo lo ve, todo lo ordena y en todas las cosas manda...”

“¿También al romano? Entonces no es un Dios bueno. ¡Tengo miedo!”

“Dios es bueno y da buenas órdenes. A los hombres les ha prohibido armar guerras, hacer esclavos, arrebatar las hijitas a sus madres, y espantar a las niñas. Pero los hombres no escuchan siempre las órdenes de Dios”.

“Pero tú, sí...”

“Si es más fuerte que todos ¿por qué no se hace obedecer? ¿Y cómo habla si no es un hombre?”

“Dios... ¡Oh!, Maestro...”

“Sigue, sigue, Bartolomé. Eres un maestro muy competente. Sabes decir con gran simplicidad pensamientos muy profundos ¿y ahora ya no quieres seguir? ¿No sabes que el espíritu santo está en los labios de los que enseñan la Justicia?”

“Parece fácil cuando se te escucha... todas tus palabras están aquí dentro... pero sacarlas afuera cuando hay qué hacer lo que haces... ¡Oh, miseria de nosotros los humanos! ¡Maestros inútiles!”

“El reconocer la nulidad propia, dispone al corazón a la enseñanza del espíritu Paráclito...”

“Está bien. Oye, niña. Dios es fuerte, fortísimo, más que César, más que todos los hombres juntos con sus ejércitos y máquinas de guerra, pero no es un señor sin compasión que quiera siempre que se le diga que sí, so pena de azotarlo. Dios es un padre. ¿Te quería mucho tu padre?”

“¡Mucho! Me puso por nombre Áurea Gala porque, el oro es precioso y Galia es mi patria, y me decía que me amaba más que el oro que un tiempo tuvo y más que a la patria...”

“¿Te azotó tu padre?”

“No. Jamás. Cuando no me portaba bien, me decía: “¡Pobrecita hija mía!” y lloraba...”

“Bueno, pues así hace Dios. Es Padre, nos ama y llora si somos malos, pero no nos obliga a obedecerle... Pero el que sea malo, un día será castigado con suplicios horribles...”

“¡Oh, qué bueno! El dueño que me arrebató de mi madre y me llevó a la isla, y también el romano, irán a los suplicios. ¿Y lo veré?”

“Tú verás de cerca a Dios, si creyeres en Él y fueres buena. Y para ser buena no debes odiar ni siquiera al romano”.

“¿No? ¿Cómo lograrlo?”

“Rogando por él”.

“¿Qué es rogar?”

“Hablar con Dios diciéndole que lo queremos...”

“Pero ¡yo quiero que mis dueños tengan una mala muerte!” dice con fuerza la niña, llevada de su coraje.

“No, no debes. Jesús no te amará, si dices así...”

“¿Por qué?”

“Porque no se debe odiar a quien nos ha hecho el mal”.

“No puedo amarlo, pero...”

“Pero puedes por ahora olvidarlos. Trata de olvidarlos. Luego cuando Dios... te instruya más, rogarás por ellos... Decíamos pues, que Dios es poderoso, pero deja a sus hijos en libertad de obrar”.

“¿Soy yo hija de Dios? ¿Tengo dos padres? ¿Cuántos hijos tiene?”

“Todos los hombres son hijos de Dios porque los creó. ¿Ves esas estrellas allá arriba? Él las hizo. ¿Ves estas plantas? Él las hizo. La tierra en la que estamos sentados, el pájaro que canta, el mar inmenso, todo; y a todos los hombres los creó Él. Y los hombres son más hijos suyos que todo lo demás porque tienen algo especial que se llama alma y que es luz, sonido, mirada, ojos, no tan grandes como los de Dios que ven Cielo y Tierra, pero hermosos y que jamás se mueren, como Dios no muere”.

“¿Dios está en el alma? ¿Tengo yo también alma?”

“Sí, en tu corazón. Es la que te hizo comprender que el romano era malo y que ciertamente no te dejará que desees ser como él. ¿O no es verdad?”

“Sí...” La niña reflexiona detrás de este “sí” que no es muy seguro... Luego con firmeza dice: “¡Sí! Era como una voz que estuviese adentro y como una necesidad de tener quien me ayudase... y con otra voz, que era mía, llamaba a mi mamita... porque no sabía yo que existiese Dios, que existiese Jesús... Si lo hubiera sabido, lo habría llamado a Él con esa voz que estaba adentro...”

“Bien has comprendido, niña. Crecerás en la Luz. Yo te lo aseguro. Cree en el Dios verdadero. Escucha la voz de tu alma en la que no existe todavía una sabiduría, pero en la que tampoco existe mala voluntad, y encontrarás en Dios a un Padre, y en la muerte, que es un paso de la tierra al cielo para los que creen en el Dios verdadero y son buenos, encontrarás un lugar en el cielo, cerca de tu Señor” dice Jesús poniendo su mano sobre la cabeza de la niña, que cambia de posición y se arrodilla diciendo:

“Cerca de Ti. ¡Qué bien se siente uno al estar contigo! No te separes de mí, Jesús. Ahora sé quién eres y me arrodillo. En Cesarea tuve miedo de hacerlo... Me parecías un hombre. Ahora sé que eres un Dios escondido en un hombre y que para mí eres un Padre y un Protector”.

“Y Salvador, Áurea Gala”.

“Y Salvador. Me salvaste”.

“Y te salvaré cada vez más. Tendrás un nombre nuevo...”

“¿Me quitas el nombre que me dio mi padre? Mi dueño me llamaba Áurea Quintilia porque nos separaba por colores y por el número y yo era la quinta rubia... Pero ¿por qué no me dejas el nombre que me dio mi padre?”

“No te lo voy a quitar. Junto a tu nombre antiguo tendrás otro nuevo, eterno”.

“¿Cuál?”

“Cristiana. Porque Cristo te salvó. Bien. Comienza a alborear. Vámonos... ¿Ves, Natanael, que es fácil hablar de Dios a los abismos vacíos?... Hablaste muy bien. La niña se instruirá fácilmente en la Verdad... Sigue adelante con mis hermanos, Áurea...”

La niña obedece, pero con temor. Preferiría quedarse con Bartolomé, el cual comprende todo y le dice: “Voy en seguida. Vete. Obedece...” Y quedándose con Jesús, Pedro, Simón y Mateo, advierte: “Está mal que la tenga Valeria. Es pagana”.

“No puedo decirle a Lázaro que la tome...”

“Está Nique, Maestro, sugiere Mateo.”

“Y Elisa...” dice Pedro.

“Y Juana... es amiga de Valeria, y Valeria se la cede con gusto. Estaría en una casa buena” dice Zelote.

Jesús piensa y calla...

“Haz lo que te parezca... La niña con frecuencia vuelve atrás su cara. Voy con ella. Se fía de mí porque estoy ya viejo... Me gustaría quedarme con ella... una hija más... Pero no es de Israel...” y se va, el buen Natanael, pero demasiado Israelita.

Jesús lo mira y sacude su cabeza.

“¿Por qué eso, maestro?” pregunta Zelote.

“Porque me causa dolor ver que aún los prudentes son esclavos de prejuicios...”

“Pero... lo digo entre nosotros. Bartolomé tiene razón... y aún más... debe tomar sus providencias... Acuérdate de Síntica y Juan... Que no vaya a suceder cosa semejante... Envíala a donde está Síntica...” dice Pedro que se acuerda de las dificultades que hubo por la pagana.

“Dentro de poco Juan habrá muerto... Síntica no está del todo instruida para ser maestra de una niña como Áurea... No es un ambiente propicio...”

“Y con todo no puedes tenerla. Piensa que Judas pronto se habrá reunido con nosotros. Y Judas, permíteme que te lo diga Maestro, es un lujurioso y un... uno que fácilmente habla con la condición de recabar alguna utilidad... y tiene muchos amigos entre los fariseos...” insiste Zelote.

“Exacto, Simón ha dicho la verdad. También yo pensaba en lo mismo” exclama Pedro. “Haz lo que dice él, Maestro”.

Jesús piensa y calla... Luego añade: “Oremos, y el Padre nos ayudará...” y todos oran fervorosamente...

El alba se ha teñido de colores... Atraviesan un poblado, toman el camino que va por la campiña... El sol se siente más fuerte. Se sientan a comer a la sombra de un nogal gigantesco.

“¿Estás cansada?” pregunta Jesús a la niña que come sin ganas. “Dínoslo y nos detendremos”.

“No, no... Vámonos...”

“Se lo hemos preguntado varias veces, pero siempre dice que no...” responde Santiago de Alfeo.

“Puedo. Todavía tengo fuerzas. Vámonos lejos...”

Tornan a caminar. Áurea se acuerda de algo. “Tengo una bola. Me la dieron las señoras: “La darás cuando empiecen los montes”. Y los montes están aquí”. Busca en la alforja en que Livia le puso algunos vestidos... Saca la bolsa y la entrega a Jesús.

“El óbolo... No quisieron quedarse sin dar las gracias. Son mejores que muchos de los nuestros... Toma, Mateo. Guarda este dinero. Nos servirá para hacer limosnas secretas”.

“¿debo decirlo a Judas de Keriot?”

“No”.

“Él va ver a la niña...”

Jesús no responde... Continúan caminando con fatiga, debido al mucho calor, al polvo y al reverbero. Comienza la subida a las primeras estribaciones del monte Carmelo, según me parece. Aunque aquí hay más sombra y está más fresco, Áurea va tropezando frecuentemente.

Bartolomé vuelve atrás, a Jesús. “Maestro, la niña tiene fiebre y está agotada. ¿Qué hacemos?”

Deliberan. ¿Detenerse? ¿Llevarla en brazos y continuar Sí? No. Al fin deciden que hay que llegar al camino principal que lleva a Sicaminón para pedir ayuda a algún viajero que vaya cabalgando o de algún carruaje. Quisieran cargarse en los brazos a la niña, pero ella, decidida completamente a alejarse, repite siempre lo mismo: “¡Puedo, puedo!” Y quiere caminar por sí misma. Está colorada, con los ojos de fiebre, agotada realmente. Pero no cede... camina poco a poco. Acepta que Bartolomé y Felipe la ayuden... pero continúa caminando... Todos en realidad están cansados. Pero comprenden que es menester caminar e irse...

Pasan la colina. Están al otro lado... la llanura de Esdrelón, allá abajo, y más allá las colinas entre las que está Nazaret...

“Si no encontramos nada, nos detendremos con los campesinos...” dice Jesús.

Continúan caminando, caminando... Casi a los pies de la colina distinguen a un grupo de discípulos. Están Isaac, Juan de Éfeso con su madre. Abel de Belén con la suya y otros cuyos nombres no conozco. Para las mujeres hay una carreta de la que tira un fuerte mulo. Están Daniel y Benjamín pastores, José el barquero y otros.

“¡Es la providencia que nos socorre!” exclama Jesús. Y ordena que todos se detengan, mientras va a hablar a los discípulos y sobre todo a las discípulas.

Las lleva aparte junto con Isaac y les cuenta algo de lo sucedido a Áurea: “La arrebatamos a un patrón inundo... Quisiera llevarla a Nazaret para curarla porque está enferma de miedo y de cansancio. Pero no tengo en qué llevarla. ¿A dónde vais vosotros?”

“A Belén de Galilea, a la casa de Mirta. Es imposible tolerar el calor de la llanura” responde Isaac.

“Id primero a Nazaret, os lo pido por caridad. Llevad a donde mi Madre a la niña y decidle que dentro de dos o tres días estaré en casa. La niña tiene fiebre, por esto no debéis creer en sus delirios. Os lo contaré después...”

“Sí, maestro. Lo que Tú quieras. Partimos al punto. ¡Pobrecita niña! ¿La azotaba?” preguntan los tres.

“Quería violarla”.

“¿Cuántos años tiene?”

“Más o menos trece...”

“¡Un vill! ¡Inundo! Nosotros la cuidaremos con cariño. Con razón somos madres, ¿verdad Noemí?”

“Cierto Mirta. ¿Señor, es tu discípula?”

“No lo sé todavía”.

“Si es tuya, nosotros la cuidamos. No regreso a Éfeso. He mandado a varios amigos míos a liquidar todo. Me quedo con Mirta. Acuérdate de nosotras por la niña. Nos salvaste a nuestros hijos. Queremos salvar a esta”.

“Pronto pensaremos en ello...”

“Maestro, las dos discípulas son en realidad buenas...” dice Isaac.

“No depende de Mí... Rogad mucho y no digáis nada a *nadie*”.

“Así lo haremos”.

“Venid con el carruaje”. Jesús retrocede. Isaac guía el carro, lo siguen Jesús y las mujeres.

La niña se ha echado sobre la hierba en busca de frescura entre los tallos...

“¡Pobre criatura! Pero no se va a morir ¿verdad?”

“¡Qué hermosa niña!”

“Querida, no tengas miedo. Soy una mamá ¿sabes?... Levántala Mirta... No tiene fuerzas... Ayúdanos Isaac... aquí debe de tener los golpes... La alforja bajo la cabeza... Envolvámosla en nuestros mantos... Isaac humedece estos paños para ponerlos sobre la frente... ¡Qué calentura!... ¡Pobre hija!...”

Las os mujeres muestran sus cuidados maternos. Áurea parece no caer en la cuenta de lo que le pasa, por la fiebre...

Todo está arreglado... el carruaje puede partir... Isaac antes de levantar el látigo, se acuerda: “Maestro, si vas al puente encontrarás a Judas de Keriot. Te está esperando como un mendigo... Él fue quien nos dijo que pasarías por aquí. ¡La paz sea contigo, Maestro! Al anochecer estaremos en Nazaret”.

“¡La paz sea contigo, Maestro!” dicen las discípulas.

“¡La paz sea con vosotros!...”

El carruaje parte rápido...

“¡Dense gracias al Señor!...” dice Jesús.

“Suerte para la niña, suerte para Judas... Es mejor que no sepa nada...”

“Así es. Pido a vuestro corazón un sacrificio. Nos separaremos antes de llegar a Nazaret, y vosotros, los del lago, iréis con Judas a Cafarnaúm, mientras Yo con mis hermanos, Tomás y Simón, iremos a Nazaret”.

“Lo haremos, maestro. ¿Y qué dirás a estos que te esperan?”

“Que teníamos premura de avisar a mi Madre mi llegada... Vámonos...” y reúne a los discípulos que, muy felices por estar con el maestro, no hacen ninguna clase de preguntas.

119. La parábola de la viña y del libre albedrío

4 mayo 1946

La paz sea con vosotros, amigos míos. El Señor es bueno. Nos concede que nos veamos reunidos en un convite fraternal. ¿A dónde vais?”

“Algunos al mar. Otros a los montes. Hasta aquí hemos caminado juntos y nuestro número aumentó con otros grupos que encontramos en el camino” dice Daniel, pastor del Líbano.

“Sí. Nosotros dos queríamos llegar hasta el gran Hermón. Al mismo tiempo que vamos apacentando las ovejas, podemos dar alimento a los corazones” dice Benjamín, su compañero.

“Buena idea. Yo iré por algún tiempo a Nazaret, luego estaré en Cafarnaúm y Betsaida hasta la nueva luna de elul¹. Os lo digo para que podáis encontrarme en caso de necesidad. Sentaos y juntemos nuestra comida para que nos la repartamos mutuamente”.

Lo hacen así. Extienden sobre un paño sus... riquezas: tortas, queso, pescado salado, aceitunas, alguno que otro huevo cocido, las primerizas manzanas... y con la misma alegría con que pusieron lo que traían se lo reparten también entre sí, después de que Jesús hizo la oferta y bendijo.

“¡Qué contentos están con este banquete de amor! El cansancio, el calor no existen para ellos. Están anegados en el pozo de oír a Jesús que les pregunta lo que hicieron, los aconseja, o bien, les refiere lo que Él hizo. Y aunque la hora es bochornosa y provoca el sueño, tantas son las ganas de oír al Maestro que nadie tiene deseos de pegar ojo. Terminada la comida, guardado lo poco que quedó, después de habérselo dividido por partes, se van a donde los árboles están más tupidos, y al rumor suave de las hojas, sentados alrededor de Jesús, le ruegan que les diga alguna hermosa parábola que les sirva de instrucción y de norma para la vida.

Jesús, sentado de modo que tiene ante su vista la llanura de Esdrelón, en que no hay trigo, pero sí viñedos y árboles frutales, extiende su mirada sobre el panorama, como buscando un tema que le sirva. Sonríe. Lo encontró. Empieza con un tema genérico: “¡Qué hermosos se ven los viñedos de la llanura!”

“Muy hermosos. Están increíblemente cargados de uvas que van madurando. Se les cultiva bien, y por eso rinden mucho”.

“Se trata de viñas de buena clase...” insinúa Jesús, y continúa: “La llanura está dividida en varios predios pertenecientes a diversos ricos fariseos que los cultivan sin importarles lo que les costaron las viñas”.

“¡Oh, de nada les hubiera servido haber comprado las mejores viñas, si no hubiesen continuado cuidándolas! De esto entiendo bastante, porque casi todas mis posesiones consisten en viñas. Pero, si no sudo, esto es, si no hubiese sudado como lo hacen todavía mis hermanos, créeme, Maestro, que no habría podido ofrecerte racimos de uvas como los del año pasado” dice un hombre como de cuarenta años, robusto, al que me parece haber visto, pero cuyo nombre no recuerdo.

“Tienes razón, Cleofás. Todo el secreto para tener buenas cosechas consiste en el cuidado que demos a nuestros campos” dice otro.

¹ Entre agosto y septiembre.

“Buenos frutos y también buenas ganancias. Si la tierra devolviese sólo lo que se gastó en ella, siempre sería un derroche de dinero. La tierra debe dar el fruto del capital que nos costó, además de una ganancia que nos permita aumentar nuestras riquezas. Porque hay que pensar siempre que un padre tiene que dar algo a sus hijos. Y que, según el número de hijos, debe hacer las partes bien se trate de tierras, bien de dinero, para que todos puedan vivir. No creo que aumentar los beneficios para hacer bien a los hijos sea reprochable” insiste Cleofás.

“No lo es si se adquirió con el trabajo honesto y de modo honesto. Tú afirmaste que pese a lo bueno de los retoños que tuvieron que esperar, es menester trabajarlos mucho para poder tener alguna utilidad.

“Claro que sí, y antes de que brote el primer racimo... Que si necesita del tiempo ¿eh? Por eso se debe tener paciencia y trabajar, hasta que la viña eche hojas. Y luego, después de que produzca sus frutos y estén macizas, hay que vigilar para que no haya ramas inútiles, insectos nocivos, que hierbas parásitas no acaben con el terreno y ahoguen los pimpollos como las espinas y los farolitos, hay que hacer depósitos pequeños cerca de las raíces para que la lluvia penetre y el agua se estanque, que alimenten la planta y hay que echarle abono... Trabajo duro pero necesario, para que la uva, tan dulce, tan bella, que parece una piedra preciosa en cada racimo, se forme chupando de ese abono negro y apestoso. Parece imposible, pero así es. Y luego quitar las hojas para que el sol dé sobre los racimos; y cuando termine la vendimia, ligar las plantas, cubrir sus raíces con paja y excremento para preservarla del frío; y aun durante el invierno vigilar por si el viento o algún sinvergüenza quitaron las estacas; y si la humedad ha destruido los lazos que sostenían las ramas. ¡Oh, que siempre hay que trabajar, mientras la vid está viva!... Y luego, después de muerta, hay que sacarla de la tierra, arrancar todas las raíces para que se plante nueva. Y sabes que es necesario tener una mano liviana y paciente y un ojo sutil para separar los perchones de las plantas muertas mezcladas con los de las buenas. Si uno lo hace ligeramente, sin poner atención, se causaría daño. ¡Es necesario conocer el oficio!... ¿Las vides? ¡Parecen ser unos hijos! Y antes de que un hijo llegue a ser un hombre, ¡cuánto hay que sudar para que esté sano en el cuerpo, y en el espíritu!... Pero no estoy hablando, y no te he dejado hablar. Nos prometiste decirnos una parábola...”

“A decir verdad, la dijiste ya. Bastaría con sacar las conclusiones y decir que las almas son las vides...”

“¡No, Maestro! Habla Tú. Yo... dije tonterías y no podemos hacer las aplicaciones”.

“Está bien. Oíd.

Cuando nuestro ser no era más que carne en el seno de nuestra madre, Dios creó en los cielos el alma, para que el futuro ser tuviese su semejanza, y la puso en la carne que se desarrollaba en el seno materno. Llegado el tiempo de que el nuevo ser naciese, nació con su alma, que hasta el uso de razón fue como una tierra abandonada e inculta. Llegada al uso de razón, el hombre empezó a razonar y a distinguir entre el bien y el mal; y cayó en la cuenta de que tenía una viña que debía cultivar según él quisiera; y también de que tenía un viñador: su libre albedrío.

De hecho la libertad en seguir el propio camino, que dejó Dios al hombre, su hijo, es como un siervo capaz que Dios haya dado al hombre, su hijo, para que lo ayude a hacer fértil la viña, esto es, su alma. Si el hombre no tuviese que sudar para hacerse rico, para prepararse un futuro eterno de felicidad sobrenatural, si todo lo tuviese que recibir de Dios, ¿qué gracias habría en volver a aparecer santo, después que Lucifer corrompió la santidad original, gratuita que Dios concedió a los primeros hombres? Ya es mucho que Dios haya concedido a las criaturas caídas por herencia de la culpa, merecer el premio de ser santos, volviendo a nacer por propia voluntad, a la naturaleza original de criaturas perfectas que el Creador había concedido serlo a Adán y a Eva, y a sus descendientes, si ellos se hubieran conservado inmunes de la culpa inicial.

El hombre caído debe volver a ser el hombre elegido por su propia voluntad. Ahora bien, ¿qué sucede con las almas?

Lo siguiente. El hombre confía su alma a su voluntad, a su libre albedrío, que se pone a trabajar la viña mientras es un terreno sin plantas, bueno, pero sin plantas que sirvan para algo. Tan solo hierbas delicadas, florecillas de un día, era lo que había en los primeros años de su existencia: la bondad instintiva del niño que es bueno porque todavía es un ángel del bien y del mal.

Me preguntaréis: “¿Por cuánto tiempo lo es?” Generalmente se dice: durante los primeros seis años. Pero en verdad os digo que hay inteligencias precoces, por las que los niños pueden ser responsables aun ya antes de los seis años. Tenemos niños responsables de sus elecciones aun a los tres años, a los cuatro, responsables porque saben que esto es bueno y aquello malo, y *quieren* libremente esto o aquello. Desde el momento en que una criatura sabe distinguir la mala acción de la buena, es responsable. No antes. Por esto un tonto, aunque llegue a los cien años, es un irresponsable, pero a su vez tienen responsabilidad sus tutores, que con amor deben vigilarlo, y procurar que no se infiera daño alguno al prójimo o a sí mismo. Pero Dios no imputa al demente o al loco culpa alguna, porque por desgracia suya está privado de inteligencia.

Pero nosotros nos referimos a seres inteligentes y sanos de mente y cuerpo.

Así pues, el hombre confía su viña inculta a su trabajador: el libre albedrío, y él empieza a trabajar. El alma: la viña con todo tiene una voz y la hace oír al libre albedrío. Una voz sobrenatural que se alimenta de voces sobrenaturales que Dios no niega jamás a las almas: la del Custodio, la de espíritus que Dios mismo envía, la de la Sabiduría, la de recuerdos sobrenaturales que el alma recuerda, sin que el hombre tenga de ellos una conciencia completa. Y habla al libre albedrío con voz suave, suplicante, le pide que la adorne de plantas buenas, de que sea activo y prudente para que no se convierta en un montón de espinos venenosos, donde aniden serpientes y escorpiones, y hagan sus cuevas las zorras, la garduña y otros animales dañinos.

El libre albedrío no siempre es buen cultivador. No siempre guarda la viña y la defiende con vallas, esto es, con una voluntad firme y buena, dispuesta a defender el alma contra los ladrones, parásitos, contra todo lo pernicioso, contra los violentos vientos que podrían hacer caer las florecillas de las buenas resoluciones cuando apenas están brotando del capullo de los deseos. ¡Oh, qué valla alta y fuerte es menester levantar alrededor del corazón para preservarlo del mal! ¡Cuán necesario es vigilar porque no se la fuerce, porque no se hagan en ella ni pequeños, ni grandes boquetes por los que entren las disipaciones, ni engañosas resquebraduras, en los cimientos, por donde se metan las víboras: los siete vicios capitales! ¡Cómo es necesario escardar, quemar las hierbas malas, podar, construir depósitos pequeños, abonar con la mortificación, curar con el amor a Dios y al prójimo la propia alma! Y vigilar con ojos atentos y claros y mente despejada para que los sarmientos que podían parecer buenos, no se hagan dañinos; lo que suele suceder, si no se les arranca sin compasión. Es mejor que haya una sola planta, pero bella, que muchas inútiles y nocivas.

Tenemos corazones, por lo tanto tenemos viñas en las que un cultivador despreocupado trabajó, planto plantas nuevas: este trabajo, aquella idea, aquel deseo, que, aunque no malos, se puede convertir en algo malo si no se vigila... ¡Cuántas virtudes perecen, al verse mezclados con la sensualidad, porque no se les cuidó, porque en una palabra, el libre albedrío no está sostenido por el amor! ¡Cuántos ladrones entran a robar, a causar daños, a arrancar, porque la conciencia duerme, en vez de velar; porque la voluntad se debilita, se va muriendo; porque el libre albedrío se deja seducir y se hace esclavo del mal, él que es libre!

¡Pensad! Dios hace al albedrío libre, y este se hace esclavo de las pasiones, del pecado, de las concupiscencias, del Mal en una palabra, Soberbia, ira, avaricia, lujuria, al principio mezcladas, después triunfantes sobre las plantas buenas... ¡Una desgracia! La sequía que agosta las plantas porque no hay más oración de unión con Dios, y, por tanto, no permanece el rocío de jugos benéficos en el alma. ¡Qué frío intenso se apodera de las raíces por la falta de amor a Dios y al prójimo! ¡Cuánta pobreza de terreno, porque no se acepta el abono de las mortificaciones y humildad! ¡Qué entrelace de ramas buenas y malas, porque no se tiene el

valor de sufrir que se ampute lo que es nocivo! Este es el estado de un alma que tiene por custodio y cultivador a un libre albedrío desordenado y vuelto hacia el Mal.

Mientras que el alma que posee un libre albedrío que vive dentro del orden y, por lo tanto, en la obediencia a la Ley establecida (para que el hombre sepa qué cosa es, cómo es, y cómo se conserva el orden, y que es heroicamente fiel al Bien, porque éste eleva al hombre y lo hace semejante a Dios, mientras el Mal lo embrutece y lo hace semejante al demonio), es una viña bañada en aguas puras, abundantes, fértil por la fe, debidamente cubierta con plantas de la esperanza que le hace sombra, llena del sol de la caridad, ayudada de la caridad, abonada con la mortificación, ligada con la obediencia, podada con la fortaleza, guiada por la justicia, vigilada por la prudencia y por la conciencia. Y la gracia crece con tantos auxilios, crece la santidad y la viña se convierte en un jardín maravilloso en el que desciende Dios a buscar sus delicias hasta cuando, llegada la hora de la muerte y habiéndose conservado siempre la viña como un perfecto jardín, ordena Él que sus ángeles trasladen esta realización de un libre albedrío lleno de voluntad y bondad, al grande y eterno jardín celestial.

Vosotros deseáis esta suerte. Luego vigilad para que el demonio, el mundo, la carne no seduzcan vuestro libre albedrío y arrasen vuestra alma. Vigilad que en vosotros exista el amor, y no el amor propio que apaga el autentico amor y echa al alma en brazos de la sensualidad y desorden. Vigilad hasta el fin. Las tempestades podrán empaparos pero no haceros daño. Cargados con frutos. Iréis a vuestro Señor con el premio eterno.

He terminado. Meditad ahora y descansad hasta el crepúsculo mientras Yo me retiro a orar”.

“No, Maestro. Debemos ponernos en camino lo más pronto posible para llegar al poblado” dice Pedro.

“¿Por qué? Todavía falta tiempo para el crepúsculo” dicen varios.

“No estoy pensando ni en el crepúsculo, ni en el sábado. Pienso que no habrá pasado una hora antes que azote una furiosa tempestad. ¿Veis aquellas como lengüetas negras que, poco a poco, se asoman por los montes de Samaría? ¿Y aquellas blancas, que galopan veloces hacia el occidente? Un viento alto empuja a estas, uno inferior a aquellas. Pero cuando estén por acá, el viento alto cederá al cierzo, y las nubecillas, preñadas de granizo, bajarán y chocarán contra las blancas cargadas de rayos, y sentiréis la música que tocarán. ¡Ea, pronto! Soy pescador y leo en los cielos”.

Jesús es el primero en obedecer y listos todos se ponen en camino hacia las casas de la llanura...

En el puente encuentran a Judas que grita: “¡Maestro mío, cuánto he sufrido sin Ti! ¡Sea Dios bendito que premió mi constancia en esperarte aquí! ¿Qué tal en Cesarea?”

“la paz sea contigo, Judas” responde lacónicamente Jesús y añade: “Hablaemos después. Vente, que la tempestad se nos echan encima”.

De hecho las rachas de viento, que levantan nubes de polvo, han empezado. El cielo se cubre de nubes de todas formas y colores; y el aire se torna amarillento, lívido... Comienzan a caer las primeras gotas, calientes, una primero, luego otra; los primeros relámpagos surcan el cielo, que está ya oscuro...

Se echan a correr, y sólo sus buenas piernas, empujadas del deseo de no verse empapadas, los hacen llegar a la primera casa en medio del estruendo de relámpagos que resuenan no muy lejos, mientras un diluvio de agua con granizo cae sobre la región. Se percibe el olor a tierra mojada y al ozono que los rayos despiden sin cesar...

Entran y afortunadamente es una casa que tiene portal y cuyos habitantes creen en el Mesías. Con todo respeto invitan al maestro a que se hospede con sus compañeros “como si fuese su casa. Pero levanta tu mano para que el granizo no destruya nuestro trabajo” dicen, agrupándose alrededor de Jesús. Él levanta su mano en dirección de los cuatro puntos cardinales. Y sólo cae agua del cielo para regar los plantíos, los prados, para purificar la atmósfera tan pesada.

“¡Seas bendito, Señor!” dice el cabeza de familia. “¡Entra, Señor mío!”

Y mientras dura el chaparrón, Jesús entra en una sala amplísima, que será un almacén. Se sienta cansado. Los suyos lo rodean.

120. Por la llanura de Esdrelón

6 mayo 1946

Debió haber llovido todo el resto del día anterior y también por la noche, porque la tierra está muy empapada y en los caminos puede hacerse lodo. En cambio la atmósfera está diáfana, sin mota de polvo. Allá arriba, el cielo ríe, como si hubiese recobrado su pureza, como si estuviera en su estación primaveral. Ríe también la tierra: mojada, fresca, limpia; también ella con un recuerdo de mi primavera por la frescura de la aurora serena después de la tempestad. Las últimas gotas de agua que se quedaron prendidas entre el follaje, o suspendidas en los zarcillos, brillan cual diamantes puestos al sol. Las frutas lavadas lucen sus colores que se van haciendo cada vez más fuertes, según van madurando. Sólo las uvas y las aceitunas, amargas, duras, se confunden con el verde follaje; pero cada aceituna tiene una gotita que le cuelga, y las uvas las suyas que penden y se balancean.

“¡Qué bien se camina hoy!” dice Pedro, pisando con gusto el suelo que no tiene polvo, que no molesta, y que no tiene ni siquiera ese lodo pegajoso.

“Parece como si respirase pureza. ¡Mira qué color de cielo!” le dice Judas Tadeo.

“¿Y qué manzanas? ¡Mira ese racimo, que no sé cómo no se cae, que está en medio de las hojas verdes! ¡Cuántos colores! Esas que están todavía más escondidas, que apenas si empiezan a amarillear; las otras de color rosa; y las otras que están más rojas porque el sol les ha dado más. ¡Parecen cubiertas de cera!” dice Zelote.

Y alegres caminan contemplando la belleza de las cosas, hasta que Tadeo, a quien sigue Tomás y detrás los demás, entonan un salmo en que se celebran las glorias de la creación.

Jesús sonrío al oírlos cantar contentos y une su hermosa voz al coro. Pero no puede terminar, Iscariote, mientras los demás siguen cantando, se le acerca y le dice: “Maestro, mientras van ocupados y distraídos con su canto, dime: ¿Qué hiciste en Cesarea? Todavía no me lo has contado... Y es la primera ocasión en que podemos hablar juntos. Primero estuvieron los compañeros, los discípulos; ahora que los discípulos nos dejaron y van adelante los compañeros... No pude preguntarte antes...”

“¿Tienes mucho interés?... En Cesarea no hice otra cosa que lo que haré en las posesiones de Yocana. Hablaré de la Ley y del Reino de los cielos”.

“¿A quién?”

“A los ciudadanos. En los mercados”.

“¡Ah, a los romanos cierto que no! ¿Verdad que no los viste?”

“¿Pero cómo es posible estar en Cesarea, sede del Procónsul y no ver romanos?”

“Lo sé. Pero quiero decir... ¿A ellos les hablaste?”

“Repito: ¿tienes mucho interés?”

“No, Maestro. Es una simple curiosidad”.

“Pues bien. Hablé a las romanas”.

“¿También a Claudia? ¿Qué te dijo?”

“Nada. Porque no fue. Pero me hizo entender que *no desea* que se sepa que tiene contacto con *nosotros*”.

Jesús recalca mucho lo que ha dicho y observa la cara de Judas que por más desvergonzado que se le suponga, cambia de color: en un color cenizo detrás de uno ligeramente colorado.

Se recobra. Pregunta: “¿No quiere? ¿No piensa más en Ti? Es una loca”.

“No. No es una loca. Es una mujer equilibrada. Sabe distinguir y reconocer su deber de romana y su deber para consigo misma. Y si a sí misma, a su corazón, procura luz y tranquilidad, viniendo a la Luz y a la Pureza, pues es una criatura que busca instintivamente la Verdad y no se conforma con la mentira del paganismo; no quiere por otra parte causar daño a

su Patria con ideas nocivas que podrían serlo, si se cree que ella está a favor de un posible competidor de Roma...”

“¡Oh, pero Tú eres Rey del espíritu!...”

“Pero hay entre vosotros quien, sabiéndolo, no quiere aceptarlo. ¿Puedes negarlo?”

Judas se pone colorado y luego pálido. No puede mentir. Responde: “No. Pero el demasiado amor que...”

“Con mayor razón quien no me conoce, esto es, Roma, puede tener miedo de Mí, como un competidor. Claudia obra rectamente para con Dios y para con su Patria, al honrarme, si no como a Dios, como a un rey, como a un maestro del alma, y es fiel a su Patria. Yo admiro a los espíritus fieles, y justos, y que no son tercios. Querría que mis apóstoles merecieran la alabanza que tributo a la pagana”.

Judas no sabe qué decir. Está por separarse del Maestro, pero la curiosidad lo aguijonea un poco más. Más que curiosidad, el deseo de saber hasta qué punto sabe el Maestro...

Pregunta: “¿Me buscaron?”

“Ni a ti, ni a ningún apóstol”.

“Entonces ¿de qué hablasteis?”

“De la vida casta; de su poeta Virgilio. Ves que era un argumento que no habría interesado ni a Pedro, ni a Juan, ni a los demás”

“Pero ¿por qué hablasteis de eso? ¿Qué tenía qué ver? Charlas inútiles...”

“No. Me sirvió para hacerles ver que el hombre casto tiene una inteligencia luminosa y un corazón honesto. Cosa interesante para ellas que son paganas... y no sólo para ellas”.

“Tienes razón... No te quito más el tiempo, Maestro” y como a la carrera se va a alcanzar a los demás que han acabado de cantar y esperan a los retrasados.

Jesús los alcanza caminando más despacio, se une a ellos y les dice: “Tomemos este sendero que va por el bosque. Cortaremos el camino y nos veremos libres del sol que ya empieza a calentar. Y hasta podemos estarnos bajo el follaje y comer tranquilamente”.

Caminan en dirección del noroeste, hacia las tierras de Yocana, porque oigo que hablan de los campesinos de este fariseo...

Dice Jesús: “Aquí pondréis la visión del 16 de junio de 1944: Jesús, el nido caído y el fariseo”.

121. Jesús, el niño caído y el fariseo

16 junio 1944

Veo a Jesús vestido de blanco y con su manto azul oscuro que lleva sobre las espaldas, caminando por una vereda en medio de un bosque. Varias otras veredillas se cruzan. No es un lugar solitario, ni alejado porque frecuentemente se ven otras personas. Parece una vereda que uniese a dos poblados próximos, pasando por sus campos. Es un lugar llano. A lo lejos se divisan los montes. No sé qué lugar es.

Jesús, que venía hablando con sus discípulos, se detiene y escucha. Mira a su alrededor. Se va por una veredilla entre la espesura a un montón de arbustos. Se inclina. Busca. Encuentra. Entre la hierba hay un nido. No sé si la tempestad lo ha echado por tierra porque la tierra está húmeda y las ramas empapadas como de un temporal, o si alguno lo bajó de alguna rama y luego lo dejó allí por temor de que lo fuesen a descubrir con él en la mano. Esto no lo sé. Veo un nidito fabricado con heno entrelazado y lleno de hojitas secas, de pelusa de lana, y que dentro se mueven piando cinco pajaritos nacido hace pocos días, rojos, peludos, feos por sus picos abiertos y sus ojos saltados. En lo alto de un árbol, los padres chirrían.

Jesús recoge cuidadosamente el nido. Se lo pone en la palma y busca el lugar donde estuvo o donde se puede ponerlo. Encuentra una especie de trenzado de un espino, tan bien unido que parece un canastillo, y tan adentro que puede estar muy al seguro. Sin preocuparse de las espinas que le rasguñan sus brazos, después de que pasó el nido a Pedro (el apóstol

ya de edad y achaparrado se ve ridículo con el nido entre las manos cortas y callosas), se arremanga, y trata de hacer que el entretejido de las ramitas sea mejor y mas seguro. Lo ha logrado ya. Toma otra vez el nido, lo pone en medio, lo asegura con unas fibras de hojas largas cilíndricas que parecen delgadísimos juncos.

Jesús está contento. Se separa. Sonríe. Pide a uno de sus discípulos un pedacito de pan que desmenuza y tira sobre el suelo y sobre una piedra. Está muy contento. Vuelve al camino que había dejado. Los padres de los pajaritos con chirridos de alegría se precipitan en vuelo al nido salvado.

Un grupo de hombres está en el camino. Jesús los ve. La sonrisa se le hiela en el rostro, que se hace severo, diría yo, como ceniciento, cuando hace unos cuantos instantes no tenía más que compasión por el nido y su felicidad era grande cuando lo puso a salvo. Jesús se detiene. Continúa mirando a sus inesperados testigos. Parece como si mirase su corazón y los pensamientos que en ellos se abrigan. No puede pasar adelante, porque el grupo le ha cerrado el camino. No dice nada.

Pero Pedro no calla. “Dejad pasar al Maestro” dice.

“Cállate, Nazareno” dice uno del grupo. “Tu Maestro, ¿cómo tuvo la osadía de entrar en *mi* bosque y hacer una obra manual en día de sábado?”

Jesús lo mira a los ojos con una expresión rara. Hay y no hay sonrisa. Si la hay, ciertamente no es porque esté de acuerdo. Pedro está a punto de replicar, pero Jesús le gana la palabra: “¿Quién eres?”

“El dueño de este lugar. Yocana ben Zacchai”.

“Ilustre escriba. ¿Y qué me echas en cara?”

“De haber violado el sábado”.

“Yocana ben Zacchai, ¿conoces el Deuteronomio?”

“¿Me lo preguntas a mí? ¿A mí, que soy verdadero rabbí de Israel?”

“Sé lo que me quieres decir: que Yo, porque no soy escriba, sino un pobre galileo, no puedo ser “rabbí”. Pero vuelvo a preguntarte: ¿Conoces el Deuteronomio?”

“Mejor que Tú, sin duda alguna”.

“A la letra... si es lo que quieres decir. ¿Pero conoces su significado?”

“Lo que está dicho, está dicho. No hay más que un significado”.

“En realidad, no hay más que un significado. Y es de amor; o si no quieres llamarlo así: de misericordia; o si te molesta: de ser humano.

El Deuteronomio dice: “Si vieres que la oveja o el buey de tu hermano andan extraviados, aun cuando él no sea tu vecino, no pases adelante. Sino que se los llevarás o los tendrás contigo hasta que él venga a tomarlos”. Dice: “Si vieres que el asno o el buey de tu hermano caen, no hagas como que no has visto, sino ayúdalos a levantarse”. Dice: “Si encuentras en un árbol o en tierra un nido con la pajarita que está empollando, o bien, los huevos, no tomarás a la pajarita (porque es cosa necesarísima para la procreación) sino que tomarás sólo los polluelos”².

Vi por tierra un nido y la pajarita que lloraba por él. Tuve compasión porque es una madre. Levanté los pequeñuelos. No he creído haber violado el sábado al haber consolado a una madre. No se debe hacer que la oveja del prójimo se extravíe. No dice la Ley que sea culpa levantar un asno en sábado. Dice que se use de misericordia con el hermano y que sea uno bueno y humano con el asno, criatura de Dios, y que no ayudarle a cuidar de sus pequeñuelos era impedir que ella obedeciese la orden divina. Pero tú no entiendes esto. Tú y los tuyos miráis la letra, no el espíritu. Tú y los tuyos no pensáis que violáis dos veces el sábado, más bien *tres*, humillando la palabra divina hasta el nivel de la estrechez de la mentalidad humana, oponiéndoo a un orden que Dios ha establecido, y faltando a la misericordia para con el prójimo. AL herir con vuestra reprensión, no pensáis *que está mal mover la lengua sin*

² Deut. 22, 1-2, 4, 6.

necesidad. Esto, que también es un trabajo, y no útil, ni necesario, no lo tomáis como violación del sábado.

Escúchame Yocana ben Zacchai. Como hoy tú no tienes piedad de una pajarita, y según tus costumbres fariseas la dejarías morir de dolor, y harías que pereciese la nidada, dejándola al alcance de la víbora o de algún hombre malo, así el día de mañana no tendrás piedad de una madre y la harás morir de dolor, haciéndole matar a su hijo, alegando que está bien por respeto a *tu* ley. A la *tuya*. No a la de Dios. A la que tú y tus iguales habéis hecho para oprimir a los débiles y triunfar vosotros, los fuertes. Pero ¿ves? Los débiles encuentras siempre un salvador, mientras que los soberbios, los fuertes según la ley del mundo, serán aplastados bajo el peso de su misma pesada ley. Hasta la vista, Yocana ben Zacchai. Acuérdate de esta hora y procura no violar otro sábado al aprobar otro crimen llevado a cabo”.

Las pupilas de Jesús despiden ira contra el viejo iracundo. Lo mira de arriba abajo, porque el escriba es bajo de estatura y gordito. Jesús parece una palma en su comparación. Sigue su camino, pisando la hierba, porque el escriba no se ha querido quitar.

122. “Felices lo que en todas las cosas saben ver a Dios”

(Continuación de lo anterior)

Dice Jesús:

“Quise que levantasess tu espíritu con algo que sucedió, pero que no está mencionado en las evangelios. Para ti la enseñanza es esta: que tengo mucha compasión de los pajaritos que no tienen nido, aún cuando si en lugar de llamarse: “curruacas o gorriones” se llamasen María o Juan. Y procuro devolverles un nido cuando algo se los arrebató.

Para todos la enseñanza es la siguiente:

Muchos conocen la palabra de la Ley, pocos por otra parte, porque todos deberían conocerla, *mientras que muchos conocen únicamente “las palabras”*. No las viven, He aquí el error.

El Deuteronomio dictó leyes humanas porque los hombres de aquellos tiempos no estaban preparados espiritualmente. Se dejaban guiar de la mano por campos floridos de la piedad, del respeto, del amor hacia el hermano que pierde un animal, del animal que cae por tierra, de los huevitos que empolla la pájara. Y lo hacía para enseñarles a comprender la piedad, el respeto, el amor en un grado superior.

Cuando vine, perfeccioné las leyes mosaicas y abrí horizontes más vastos. La letra no era ya “el todo”. *El espíritu se convirtió en el “todo”* Más allá de una pequeña acción humana por un nido, hay que ver la respuesta significativa que hice al inclinarme, Yo, el Hijo del Creador ante una obra suya. También la nidada era obra suya.

¡Oh, felices aquellos que en todas las cosas saben ver a Dios y servirle con amor reverente! Y ¡ay! De aquellos que igual que las serpientes no saben levantar la cabeza del fango y no pudiendo cantar a Dios que se muestra en las obras de sus hermanos, muerden con su veneno. Muchos hay que atormentan a los mejores, diciendo, para justificarse, que hay que hacer respetar la Ley. La ley de ellos, no la de Dios, el cual si no puede impedir sus obras malvadas, sabe vengar a sus “pequeñuelos”.

Y esto es a quien le toque.

Mi paz que te sigue, esté contigo”.

123. Continúa caminando por la llanura de Esdrelón

6 mayo 1946

Durante un poco de tiempo avanzan en silencio por lo que acaba de suceder. Llegados a un cruce que hay entre los campos, Santiago de Zebedeo dice: “Ved. Por aquí se va a la casa

de Miqueas... Pero... ¿vamos a ir otra vez? No cabe duda que nos espera en sus posesiones para maltratarnos...”

“Y para no dejarte que hables a sus campesinos. Santiago tiene razón. No vayas” aconseja Iscariote.

“Me están esperando. Mandé decirles que iba. Su corazón rebosa de alegría. Soy su Amigo que va a consolarlos...”

“Puedes ir en otra ocasión. Se resignarán” dice Judas encogiéndose de hombros.

“Tú no sueles resignarte cuando se te quita algo que esperabas tener”.

“Mis asuntos son cosa seria. Los de ellos...”

“¿Y qué cosa más seria, más grande que su formación, que consolar un corazón? Tienen ellos corazón que todo trata de alejar de la paz, de la esperanza... Y no tienen sino *una sola* esperanza: la de la vida futura. Y no disponen sino de un medio para ir: mi ayuda. No. Iré con ellos aunque me apedreen”.

“¡No, hermano! ¡No, Señor!” dicen juntamente Santiago de Alfeo y Zelote. “No serviría sino para hacer castigar a esos pobres siervos. Tú no oíste lo que Yocana dijo: “Hasta ahora he soportado, pero no más. Y ¡ay! Del siervo que vaya a Él o lo acoja. Es un réprobo, un demonio. No quiero corrupción en mi casa”; y a un compañero dijo: “Aunque los mate los curaré de su posesión diabólica por este maldito””.

Jesús baja la cabeza, pensativo... sufre. Su dolor es patente en el rostro. Los demás también sufren, ¿pero qué puede hacerse? El sentido práctico de Tomás viene a resolver la situación: “Hagamos así. Uno de nosotros se cuela hasta las casas y les dice: “A media noche, cerca de la fuente, a las afueras de Séforis”. Y nosotros, después del crepúsculo nos vamos allá y los esperamos en los bosquecillos que están al pie del monte donde está Séforis. El Maestro les habla, los consuela y, cuando empiece a amanecer, ellos regresarán a sus casas y nosotros atravesando la colina, nos vamos a Nazaret”.

“Tienes razón. ¡Bravo Tomás! Dicen varios. Pero Felipe advierte: “¿Y quién lleva el recado? Nos conoce a todos y nos puede ver...”

“Podría ir Judas de Simón. Él conoce bien a los fariseos...” dice inocentemente Andrés.

“¿Qué quieres insinuar?” le replica agriamente Judas.

“¿Yo? Nada. Digo que tú los conoces porque estuviste en el Templo y te hiciste amigo de ellos. Siempre estás gloriándote de ello. A un amigo no le harán daño...” responde suavemente Andrés.

“No pienses así, ¿sabes? Y nadie lo piense tampoco. Si todavía nos protegiese Claudia, tal vez... podría yo, pero ahora no. Porque, en una palabra, ella ha olvidado lo prometido, ¿no es verdad Maestro?”

“Claudia continúa admirando al Sabio. No ha hecho otra cosa diversa. De esta admiración pasará tal vez a creer en el verdadero Dios, pero solamente una mente ilusa, exaltada, puede creer que ella abrigase sentimientos diversos respecto de Mí. Ni aun cuando los tuviera, los aceptaría Yo. Puedo aun más aceptar su paganismo porque espero cambiarlo en mi religión. Pero no puedo aceptar lo que sería para ellos idolatría: esto es la admiración del Hombre, pobre ídolo sobre un pobre trono humano”.

Jesús ha pronunciado estas palabras como si no tuviesen mucha importancia, como si hubiese hablado a todos; pero las dijo tan claro que no cabe duda sobre lo que quiso decir y de que Él quiere reprimir cualquier desviación de los suyos en sentido contrario. Ninguno discute acerca de su realeza humana, pero preguntan: “Entonces ¿qué hacemos con los campesinos?”

“Yo voy. Yo fui el que lo ideó y voy, si el Maestro lo permite. Estoy seguro que los fariseos no me van a comer...” dice Tomas.

“Ve, si quieres. Y que tu caridad sea bendita”.

“¡Oh, no es para tanto, Maestro!”

“Es mucha, Tomás. Sientes amor por tus hermanos: a causa de Jesús y de los campesinos y te compadeces de ellos. Tu hermano en la carne te bendice, y también en nombre de ellos”

dice Jesús poniendo su mano sobre la cabeza de Tomás que la ha bajado ante Él, y que conmovido dice en voz baja: “¡Yo... tu... hermano! Es una gran honra, Señor mío. Yo soy tu siervo. Tú eres mi Dios... esto sí... Voy”.

“¿Vas solo? ¡Voy contigo!” dicen juntamente Tadeo y Pedro.

“No. Sois muy fogosos. Yo sé reír y a su tiempo será el mejor medio para desarmar a ciertos... tipos. Vosotros echáis humo al punto... Voy solo”.

“Voy contigo” dicen Juan y Andrés.

“¡Oh, sí! Uno de vosotros sí, y también uno como Simón Zelote o Santiago de Alfeo”.

“No, no. Yo. Yo nunca reacciono. Me callo y hago lo mío” insiste Andrés.

“Ven”. Y se van por una parte, mientras Jesús prosigue con los que quedaron, por la otra.

124. Con los campesinos de Yocana

8 mayo 1946

“¿Vendrán?” pregunta Mateo a sus compañeros que están sentados bajo la sombra de una especie de encinas verdes, situadas en las faldas de la colina donde está Séforis. No puede verse la llanura del Esdrelón porque está al otro lado de la colina de donde se hallan. Pero hay una llanura entre esta colina y las de la región de Nazaret que se ven claramente al resplandor de la luna.

“Así dijeron. Y estoy seguro que vendrán” responde Andrés.

“Por lo menos algunos. Dijeron que partirían en la primera vigilia, y que estarían al principio de la segunda” dice Tomás.

“Más tarde” dice Tadeo.

“A nosotros nos costó más de tres horas” replica Andrés.

“Nosotros somos hombres fuertes, ellos están cansados y tal vez traen consigo a sus mujeres” dice una vez más Tadeo.

“¡Con tal de que no se dé cuenta el patrón!” dice Mateo con un suspiro.

“No hay peligro. Fue a Tezrael. Y se queda en la casa de un amigo suyo. Está el intendente. También viene porque no aborrece al Maestro” dice Tomás.

“¿Será sincero ese?” pregunta Felipe.

“Sí. No tiene motivos para no serlo”.

“¡Bueno! Podría hacerlo para congraciarse con su patrón y...”

“No, Felipe. Después de la vendimia él lo despidió porque no odia al Maestro, precisamente por esto” responde Andrés.

“¿Quién os lo dijo?” preguntan varios.

“Él mismo y los campesinos... por separado. Y cuando dos personas de categoría diversa están de acuerdo en afirmar algo, señal es que es verdad. Él nos dijo: ‘Soy un hombre y no un fantoche. El año pasado me dijo: ‘Honra al Maestro. Ve a Él, Sé uno de los que creen en Él’. Obedecí. Ahora me dice: ‘¡Ay de ti!, si quieres a mi enemigo y permites que ellos lo quieran... No quiero anatemas sobre mis tierras por dar cabida a ese maldito’. Pero ¿cómo puedo, después de haberlo conocido, obedecer sus órdenes, y Él siempre es el mismo?’ Una vez me pegó. Yo dije: ‘No soy un esclavo. Y si lo fuese, tú no podrías ser el dueño de mi pensamiento. Mi pensamiento cree que es Santo al que tú maldices’. Volvió a pegarme. Esta mañana me dijo: ‘El anatema de Israel se encuentra en mis posesiones. ¡Ay de ti!, si desobedeces mis órdenes. No serás más un siervo mío’. Le contesté: ‘Has dicho bien. No seré más tu siervo. Busca otro que tenga tu mismo corazón y que te robe en tus bienes, del modo que tú te muestras cruel en los corazones de los otros’. Me echó por tierra y me golpeó... Pero el trabajo ya se acabó y con la luna de Tisri estoy libre. Lo siento mucho por estos...” y señalaba a los campesinos” refiere Tomás.

“Pero ¿dónde lo viste?”

“En el bosque, como si fuésemos unos ladrones. Miqueas, con quien hablamos, le había dicho de antemano, y él vino a nosotros todavía sangrando, y poco a poco fueron llegando los siervos y las siervas...” dice Andrés.

“¡Oh, tenía entonces razón Judas! Conoce el humor de los fariseos...” dice Bartolomé.

“¡Judas sabe muchas cosas!...” dice Santiago de Zebedeo.

“¡Cállate!, te puede oír” aconseja Mateo.

“No. Se ha ido un poco allá diciendo que tiene sueño y que le duele la cabeza...” dice Santiago.

“¡Luna! Luna en el firmamento y luna en su cabeza... Así es: más variable que el viento” dice con seguridad Pedro que había estado callado.

“¡Oh, sí! ¡Una desgracia nada amable entre nosotros!” dice con un suspiro Bartolomé.

“No. No digas así. ¡No es una desgracia! Más bien, un modo de santificarse uno...” dice Zelote.

“O de condenarse, porque hace perder a uno la virtud...” dice claramente Tadeo.

“¡Es un infeliz!” dice con tristeza Andrés.

Un silencio. Luego Pedro pregunta: “¿Todavía está el Maestro orando?”

“No. Mientras estabas dormitando, pasó y se juntó con Juan y su hermano Santiago que estaban de guardia en el camino. Quiere estar pronto cerca de los pobres campesinos. Tal vez será la última vez que los veas” responde Zelote.

“¿Por qué la última vez? ¿Por qué? No digas esa palabra. Parece como si nos trajese desgracia” dice excitado Tadeo.

“Tú lo estás viendo... cada vez nos vemos más perseguidos... No sé cómo vamos a arreglárnoslas en el porvenir...”

“Simón tiene razón... Qué cosa tan bella será que todos seamos algo espiritual... pero si hubiéramos podido tener algo de... bondad humana... un granito de protección de Claudia, no nos habría hecho mal” dice Mateo.

“No. Es mejor estar solos... sobre todo alejados del contacto con gentiles. Yo... no los puedo ver” dice francamente Bartolomé.

“Tampoco yo... hace poco... pero... el Maestro dice que su Doctrina debe propagarse por todo el mundo, y que nosotros lo tenemos qué hacer... Sembrar por todas partes su palabra... Y que entonces deberemos adaptarnos para poder acercarnos a los gentiles e idólatras...” dice Tadeo.

“¡A los inmundos! Me parece que cometeríamos una acción sacrílega. ¡La Sabiduría a los cerdos!...”

“¡También ellos tienen un alma, Natanael! Ayer te compadeciste de la niña”.

“Porque es... alguien... que puede formarse. Es como si hubiese acabado de nacer... Pero los otros... Y luego, no es una romana...”

“¿Crees que los galos no son idólatras? Tienen también ellos sus dioses que son crueles. Lo comprenderás cuando tengas que ir a convertirlos...” dice Zelote que es más culto que los demás, algo así como más conocedor del mundo.

“Pero no pertenece a la raza de los que profanan a Israel. Jamás predicaré a los enemigos de Israel, bien sean actuales como pasados”.

“Entonces... tendrás que irte muy lejos, entre las gentes ignoradas... pues Israel no ha llegado a todas partes...” dice Tomás.

“Me iré lejos... Pero, ved que el Maestro llega. Vamos a su encuentro. ¡Cuánta gente! ¡Vinieron todos! ¡Hasta los niños!...”

“Debe estar contento...”

Se reúnen con el Maestro que a duras penas camina hacia la pradera, rodeados de tantos.

“¿Todavía no ha venido Judas? Pregunta Jesús.

“Ya llegó, Maestro. ¿Quieres que lo llamemos?...”

“No es necesario. Mi voz hará que se nos junte. Su conciencia, libre, le está hablando en su propia voz. No es necesario que unáis vuestras fuerzas y forcéis una voluntad. Venid,

sentémonos con estos hermanos nuestros. Y perdonadme si no pude comer con vosotros en medio de un banquete de amor”.

Se sientan alrededor. Jesús está en el centro y quiere que estén juntos a Sí todos los niños, que, deseosos de caricia y sin temor alguno, se le acercan.

“¡Bendícelos, Señor! Que ellos vean lo que suspiramos por ver: la libertad de poderte amar” grita una mujer.”Sí. Hasta esa nos quitan. No quieren que en nuestro corazón se impriman tus palabras. Y ahora nos impiden que vengamos a verte... y ya no tendremos más palabras santas” dice entre lágrimas un hombre de edad.

“Volveremos a ser pecadores al vernos abandonados. Tú nos enseñabas que perdonásemos... Nos amabas tanto que pudimos aguantar al patrón con su malhumor... Pero ahora...” dice un joven. (No puedo ver bien sus caras, y no puedo decir con precisión quién habla; me guío sólo por el tono de la voz)

“No os quejéis. No permitiré que os falte mi palabra. Vendré una vez más, mientras pueda...”

“No, Maestro y Señor. Él es malo, lo mismo que sus amigos. Podrían causarte algún daño y por culpa nuestra. Soportamos el sacrificio de perderte, pero no nos aflijas con decirnos: que por nosotros te apresaron”.

“Sálvate, Maestro”.

“No tengáis miedo. En Jeremías se lee ² cómo él mismo dijo a su secretario Baruc que escribiese lo que el Señor le dictaba y que fuese a leer lo escrito a los que se habían reunido en la casa del Señor, que fuese a leerlo en lugar suyo que estaba encerrado y que no podía ir. Igual conducta seguiré Yo... Tengo muchos discípulos que son como Baruc, fieles. Vendrán y os transmitirán la palabra del Señor y vuestras almas no perecerán. Y así Yo no seré por causa vuestra, porque el Altísimo Dios me esconderá a sus ojos hasta que no llegue la hora en que el Rey de Israel no deba presentarse a las turbas para que todo el mundo lo conozca.

No tengáis miedo ni siquiera de perder las palabras que están en vosotros. Se lee igualmente en Jeremías, que aun después de que el rey Joaquín quemó el rollo creyendo con ello acabar con las palabras eternas y verdaderas, quedó intacto el designio de Dios, porque el Señor ordenó nuevamente al profeta: “Toma otro rollo y escribe todas las cosas que había en el anterior que quemó el rey”. Y Jeremías dio otro rollo al Baruc, un rollo limpio, y nuevamente dictó a su secretario las palabras eternas y otras más, porque el Señor repara los equívocos humanos cuando dicha reparación hace bien a las almas, y no permite que el odio destruya la acción que mana del amor.

Ahora bien. Yo aunque, comparándome con un rollo en que haya palabras santas, fuese destruido, ¿creéis que el Señor dejaría que pereciereis sin la ayuda de otros rollos, en que estarán mis palabras, y las de mis testigos que dirán lo que no pude decir, porque la violencia me hizo prisionero suyo, me destruyó? ¿Y pensáis que lo que está escrito en el rollo de vuestros corazones pueda borrarse? No. El ángel del Señor os repetirá las palabras. Las conservará frescas en vuestros corazones deseosos de Sabiduría. No sólo esto, sino que os explicará y seréis sabios con la palabra de vuestro Maestro. Vosotros mostráis vuestro amor por Mí mediante el dolor. ¿Puede, acaso, morir lo que resiste aun a la persecución? No. Yo os lo aseguro.

El don de Dios no se pierde. Sólo el pecado puede destruirlo. Pero vosotros no queréis seguramente pecar ¿o no es así, amigos míos?”

“No, Señor. Te perderíamos también en la otra vida” dicen muchos.

“Pero nos obligarán a pecar. Nos ha ordenado que no salgamos de sus posesiones ni aun el sábado... y no celebraremos más la Pascua. Así pues pecaremos...” dicen varios.

“No. No pecaréis. Él pecará. Él solo, el que violenta el derecho de Dios y los hijos de Dios que quieren abrazarse en una dulce conversación amorosa y de aprendizaje en el día del Señor”.

² Cfr. Jer. 36, 1-32.

“Él repara con muchos ayunos y ofertas. Nosotros no podemos, porque es muy poco lo que nos dan de comer en comparación del trabajo que soportamos y de todo lo que tenemos qué sufrir... Somos unos pobres...”

“Vosotros ofrecéis lo que agrada a Dios: vuestro corazón. Dice Isaías al hablar en nombre de Dios a los falsos penitentes: “Ved, el día de ayuno se deja ver vuestra voluntad y ponéis en aprieto a vuestros deudores. Ved. Ayunáis para disputar y practicar toda clase de investigaciones y llegar hasta los puños. No queráis ayunar más como hasta ahora para que se escuchen en lo alto vuestros gritos. ¿Es, acaso, este el ayuno que quiero? ¿Que el hombre no haga más que atormentar por un día su corazón y su cuerpo y que duerma en ceniza? ¿Diréis que este es un día de ayuno y que el Señor lo acepta? El ayuno que quiero es muy diferente: rompe las cadenas del pecado, suelta los lazos que estrechan, pon en libertad al que está en dificultades, quita todo lo que pesa sobre otros. Reparte tu pan con quien tiene hambre, acoge al pobre, al peregrino, viste al desnudo y no desprecies a tu prójimo”³.

Pero Yocana no obra así. Vosotros, por el trabajo que hacéis para él y con lo que se hace rico, sois sus acreedores, pero él os trata peor que a sus deudores morosos y levanta su voz para amenazaros y su mano para azotaros. No tiene misericordia, y os desprecia porque sois siervos. Pero el siervo es tan hombre como el patrón; y si está obligado a servir, tiene también el derecho de recibir lo necesario de un ser humano, tanto para el cuerpo como para el espíritu. No se honra el sábado, aunque se transcurra dentro de la sinagoga, si en el mismo día, quien lo observa, pone cadenas y da de beber áloe a sus hermanos. Observad vosotros el sábado pensando en el Señor, y el Señor estará con vosotros. Perdonad y el Señor os glorificará.

Yo soy el Buen Pastor y tengo piedad de todas las ovejas. Pero amo con predilección a las que azotan los pastores ídolos, a fin de apartarlas de mis caminos. Por ellas, más que por otras, he venido. Porque mi Padre y vuestro me dio esta orden: “Apacienta estas ovejas destinadas al degüello, matadas sin compasión, a las que vendieron sus dueños diciendo: ‘¡Nos hemos enriquecido!’ y por las que los pastores no tuvieron compasión”.

Pues bien, apacientaré las ovejas destinadas al matadero, y entregaré a su maldad a los que os afligen y afligen al Padre que sufre en sus hijos. Extenderé la mano a los pequeños entre los hijos de Dios y los traeré a Mí para que disfruten de mi gloria.

Lo promete el Señor por boca de los profetas, que celebran la piedad y la potencia de Mí que soy el Pastore. Os prometo a vosotros directamente, a vosotros que me amáis. Yo pensaré en mi grey. Diré a quien acusa a las buenas ovejas de que enturbian el agua y echan a perder la pastura, porque vienen a Mí: “Retiraos. Sois vosotros los que hacéis que la fuente se acabe, y sois vosotros quienes secáis el pasto que buscan mis hijos. Los he llevado a otros pastos que calman el hambre del espíritu. Os dejaré el pasto para vuestras barrigas llenas, dejaré el manantial amargo que hicisteis brotar, y me iré con ellos. Y separaré las falsas ovejas de las verdaderas, y nadie atormentará mis corderos, ni les hará mal alguno, sino que se alegrarán para siempre en los cielos”.

¡Perseverad, hijos amados! Tened un poco más de paciencia, como Yo la tengo. Sed fieles, haciendo lo que os permite vuestro injusto patrón. Dios juzgará lo que hicisteis y os premiará. No odiéis aunque todo os empuje a odiar. Tened fe en Dios. Estáis viendo: Jonás dejó de padecer y Yabé fue llevado al amor. Y así como el Señor se portará como el viejo y el niño, de igual modo con vosotros en esta vida, en lo que es posible, y en la otra con toda la abundancia.

No tengo más que un poco de plata que quiero daros para hacer menos dura vuestra condición material. Os la doy. Dásela, Mateo. Que se la repartan. Sois muchos y tan necesitados. Pero no tengo otra cosa qué daros... que sea material. Pero tengo mi amor, la potencia que soy el Hijo del Padre, para pedir por vosotros infinitos tesoros sobrenaturales que

³ Cfr. Is. 58, 1-12; Am. 5, 21-27.

consuelen vuestras lágrimas y os den luz en vuestras tinieblas. ¡Oh, triste vida que Dios puede hacer luminosa! ¡Él sólo! ¡Él solo!...

Yo digo: "Padre, te ruego por estos, no te ruego por los felices y ricos del mundo, sino por éstos que no tienen más que a Ti y a Mí. Haz que suban así por el camino del espíritu, que encuentren todo consuelo en nuestro amor, y démonos a ellos con el amor, con todo nuestro amor infinito, para llenar de paz, tranquilidad, valor, sus días de trabajo, sus ocupaciones, para que como separados del mundo, por nuestro amor puedan soportar sus sufrimientos y después de la muerte poseerte, poseernos, beatitud eterna" ".

Jesús, al recitar esta oración, se ha puesto de pie, alejándose algo de los niños que estaban a su alrededor. Majestuoso y dulce es su rostro.

Baja los ojos y dice: "Me voy. Es la hora de que regreséis a tiempo a vuestras casas. Nos volveremos a ver otra vez. Traeré a Marziam. Pero, aun cuando ya no pueda venir, mi Espíritu estará siempre con vosotros y estos apóstoles míos os amarán como Yo os he amado. El Señor derrame sobre vosotros su bendición. ¡Podéis irlos!" Se inclina a acariciar a los niños somnolientos y se entrega a las expansiones de la multitud que no quisiera separarse de Él...

Cada uno se va por su parte. Los dos grupos se separan, mientras la luna se va escondiendo, y deben encender antorchas para ver el camino. El humo acre de las ramas todavía un poco húmedas es una buena excusa para las lágrimas que se asoman a los ojos.

Judas los espera apoyado en un tronco, Jesús lo mira y no le dice nada, ni siquiera cuando Judas le dice: "Me siento mejor".

Como pueden, van caminando, pero cuando llega el alba lo hacen más ligeros.

Al divisar un lugar en que hay cuatro caminos, Jesús se detiene y dice: "Separémonos. Vengan conmigo Tomás, Simón Zelote y mis hermanos. Los otros vayan al lago a esperarme".

"Gracias, Maestro. No me atrevía a pedirte. Te me has adelantado. Estoy muy cansado. Si me lo permites, me detendré en Tiberíades..."

"En casa de un amigo" añade Santiago de Zebedeo que no puede menos que decirlo.

Judas abre tamaños ojos... pero no más que esto.

Jesús se apresura a decir: "Me basta con que el sábado estés en Cafarnaúm con tus compañeros. Venid que os dé el beso de despedida a vosotros que no venís conmigo". Los besa cariñosamente dando a cada uno un consejo en voz baja...

Nadie replica. Tan sólo Pedro, cuando está ya para irse, dice: "Ven pronto, Maestro".

"Sí, ven pronto" dicen los demás, Juan concluye con: "El lago sin Ti está muy triste".

Jesús los bendice nuevamente y les promete: ¡Pronto!" Luego cada uno se va por su parte.

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 8

El tercer año de vida pública (tercera parte)

125. En Nazaret

9 mayo 1946

Viniendo de la parte de Séforis, se entra en Nazaret por la parte noroeste, esto es, por la parte más alta y pedregosa. Cuando se llega a la cima, se comprueba cómo Nazaret está extendido y escalonado. Esta colina es la última viniendo de Séforis y se precipita por las hondonadas hacia la pequeña ciudad. Si veo bien el lugar en que ahora está Jesús, porque el tiempo ha pasado y muchos lugares se parecen entre sí, es el punto preciso donde sus conciudadanos trataron de apedrearlo y los detuvo con su poder, pasando entre ellos (Lc. 4).

Jesús se detiene a contemplar su ciudad tan querida y tan hostil. Una sonrisa de felicidad brilla en su rostro. Qué bendición jamás conocida y jamás merecida por los nazarenos es esta sonrisa divina que se convierte ciertamente en gracias sobre la tierra que lo acogió de pequeño, que lo vio crecer y donde nació su Madre.

También los dos primos admiran su ciudad con alegría manifiesta, aunque la de Tadeo parece ser más seria, más reservada. La de Santiago es más franca, más dulce, más semejante a la de Jesús.

Tomás, aunque no es su ciudad, está ardiendo de gozo, y señalando la casita de María, de cuya chimenea sale humo, dice: "Mamá está en casa y está cociendo pan..." Y parece como si hablase de su madre propia, pues ha dicho estas palabras con mucho amor.

Zelote más sosegado, por la edad y por su educación, sonrío diciendo: "Sí. Y su paz llega ya hasta nuestros corazones".

"Vamos pronto" dice Santiago. "Tomemos esta vereda para que los nazarenos no nos vean. Nos entretendrían..."

"Pero os alejáis de vuestra casa... También vuestra madre desea verlos".

"¡Oh! Puedes estar seguro, Simón, que nuestra madre está en casa de María. Casi siempre está allí... y debe de estar, porque hacen el pan. Y por la niña enferma".

"Sí, vámonos. Pasaremos por detrás del huerto de Alfeo, para llegar a la valla de nuestro huerto" dice Jesús.

Rápidos bajan por el escarpado sendero. Cuando están ya cerca de la ciudad, caminan un poco más despacio. Pasan por entre los olivos, luego por pequeños campos labrantíos desiertos. Tocan ya los primeros huertos de la ciudad. Las altas vallas que los rodean y sobre las que los árboles descansan sus melenas y sus ramas cargadas de fruta, o los pequeños muros sobre los que se echan las ramas de los jardines, hacen que pasen inobservados, y que las personas que hay por allí, que van y vienen o las que lavan la ropa y la extienden sobre el pasto, no los vean...

La valla que limita una parte del huerto de María, que en invierno no es más que un montón de espinas, se convierte en denso follaje en verano, después de que floreció el espino en primavera, y que en otoño se pone rojo con sus frutos pequeños, aparece ahora embellecida de frondosos jazmines con sus cálices en flor que se balancean suavemente al viento. Un pájaro curruca canta dentro del follaje de la valla. Y se oye que dentro conversan los palomos.

"También arreglaron el cercado. Y ahora todo está cubierto, de ramas en flor" dice Santiago que se adelantó corriendo, para mirar el rústico cancel situado detrás del huerto, que durante muchos años fue empleado, y por el que hizo entrar y salir Pedro su carruaje en que irían Juan y Síntica.

"Pasaremos por la vereda y tocaremos la puerta. A mi Madre no le gustaría ver destruido este vallado" dice Jesús

"Su huerto cerrado"¹ exclama Judas de Alfeo.

¹ Cfr. Cant. 4, 12.

“Sí. Ella es una rosa²” dice Tomás.

“El lirio entre espinas³” agrega Santiago.

“La fuente sellada⁴” dice Zelote.

“Mejor: El Manantial de aguas frescas que salen con ímpetu del monte hermoso, y que da el Agua de Vida⁵ a la tierra y brota con su belleza perfumada hacia el cielo” dice Jesús.

“Dentro de poco se sentirá feliz de vernos” dice Santiago.

“Hermano mío, dime algo que hace tiempo deseo saber. ¿Cómo ves Tú a María? ¿Como Madre o como una súbdita? Es tu Madre, pero es mujer y Tú eres Dios...” dice Tadeo.

“Como a hermana, como delicia, descanso y consuelo del Dios-Hombre⁶. Todo lo veo y todo lo tengo en María, como Dios y como hombre. La que era la Delicia de la Segunda Persona, de la Trinidad en el cielo, Delicia del Verbo como del Padre y del Espíritu, es Delicia del Dios encarnado, y lo será del Hombre-Dios glorificado”.

“¡Qué misterio! ¿Dios pues, se ha privado dos veces de sus delicias, que tiene en Ti y en María, y se las dio a la tierra...” medita Zelote.

“¡Qué amor! Esto es lo que deberías decir. El amor empujó a la Trinidad a dar a María y a Jesús a la tierra” dice Santiago.

“Y, no por Ti que eres Dios, sino por su Rosa, ¿no temes ponerla en las manos de los hombres, que son indignos de guardarla?” pregunta Tomás.

“Tomás, te responde el Libro: ‘El Pacífico tenía una viña y la confió a los viñadores, los cuales, provocados por el Profanador, habrían entregado muchas sumas de plata para poseerla, esto es, para engañarla con todas sus seducciones, pero la hermosa Viña del Señor se guardó por sí, y no quiso dar sus frutos sino al Señor y abrirse a Él generando el Tesoro sin precio: al Salvador’⁸”.

Han llegado a la puerta de la casa. Judas de Alfeo comenta, mientras Jesús llama: “Se podría decir ahora: ‘Ábreme, hermana mía, amada mía, paloma, hermosa’...”

Cuando se abre la puerta y se deja ver el hermoso rostro de la Virgen, Jesús pronuncia sólo la palabra más dulce, al abrir sus brazos para estrecharla: “¡Mamá!”

“¡Hijo mío! ¡Bendito! ¡Entra! ¡Y la paz y el amor, estén contigo!”

“Y también con mi Mamá y con la casa y con quien en ella esté” dice Jesús entrando y seguido por los demás.

“Allí está vuestra madre. Las dos discípulas hacen el pan y lavan la ropa...” explica María después de haber saludado a los apóstoles y sobrinos y después de que ellos hicieran lo mismo. Se retiran discretamente para dejar solos a la Madre y al Hijo.

“Heme de nuevo aquí, Mamá. Estaremos juntos por un poco de tiempo... ¡Qué dulce es regresar... a la casa y sobre todo a donde estás, después de haber estado entre los hombres!...”

“Que siempre te conocen más y por haberte conocido se dividen en dos ramas: la de los que te aman... y la de los que te odian... Y la rama más gruesa es esta última...”

“El Mal presente que va a ser derrotado y está furioso... y vuelve a otros furiosos... ¿Cómo está la niña?”

“Un poco mejor... Estuvo a punto de morir. Pero las palabras que repetía en medio de su delirio, corresponden en cierta forma a las que dice ahora que ya no lo está. Diríamos una mentira si asegurásemos que no hemos reconstruido su historia... ¡Infeliz!...”

“Cierto es. Pero la Providencia veló por ella”.

“¿Y ahora?...”

² Cfr. Eccl. 24, 18; 39, 17.

³ Cfr. Cant. 2, 2.

⁴ Cfr. Ib. 4, 12.

⁵ Cfr. Ib. 4, 15.

⁶ Cfr. Ib. 4, 8-12; 5, 1.

⁸ Cfr. Cant. 8, 11-12.

“Y ahora... No sé. Áurea no me pertenece como tal. Su alma es mía, su cuerpo es de Valeria. Por ahora permanecerá aquí mientras olvida...”

“Mirta la quiere”.

“Lo sé... pero no tengo el derecho de obrar sin el permiso de la romana. No sé si quiera, si la compraron con dinero o se valieron sólo del arma de las promesas... Cuando la romana la busque...”

“Iré en tu lugar, Hijo mío. No está bien que vayas... Deja que lo haga tu Mamá. A nosotras las mujeres... seres de ninguna valía en Israel, no se nos observa tanto si hablamos con los gentiles. Tu Mamá es desconocida al mundo. Nadie parará mientes en la campesina hebrea que, envuelta en su manto, va por las calles de Tiberíades y llama a la puerta de una dama romana...”

“Podrías ir a la casa de Juana... y hablar allí con la dama...”

“Así lo haré, Hijo mío. Y que tu corazón descanse. Estás muy afligido, Jesús mío... Lo comprendo... ¡y cuánto quisiera hacer por Ti!”

“Y sí que lo haces, Mamá. Gracias por todo lo que haces...”

“¡Oh! Es muy poco lo que te ayudo, Hijo mío, porque no logro alcanzar que te amen, no logro darte... alegría... cuando se te permite gozar de ella un poco... ¿Qué soy, pues? Una pobrecita discípula...”

“¡Mamá! ¡Mamá! ¡No digas eso! Mis fuerzas nacen de tus oraciones. Mi corazón descansa pensando en ti. Y, ahora, encuentra consuelo teniendo así mi cabeza apoyada sobre tu corazón¹¹... ¡Mamita!...” Jesús sentado sobre la banca de la pared atrae hacia Sí a su Madre que está de pie, y apoya su frente sobre el pecho de María, que le acaricia los cabellos con suavidad.

Un momento de amor filial, de amor materno.

Después Jesús alza su cabeza y se pone en pie. Dice: “Vamos a donde están los otros, y a donde está la niña” y sale con su Madre al huerto.

Las tres discípulas, en el dintel de la habitación donde está la niña enferma, hablan animadamente con los apóstoles, pero cuando ven a Jesús se callan y se arrodillan.

“La paz sea contigo, María de Alfeo, y con vosotras, Mirta y Noemí ¿Está durmiendo la niña?”

“Sí. La fiebre sigue. La debilita. La consume. Si continúa así, morirá. Su cuerpecito no puede resistir a la enfermedad y su memoria se ve turbada por los recuerdos” dice María de Alfeo.

“Sí... y no reacciona porque dice que quiere morir para no ver más romanos...” Asegura Mirta.

“Es un dolor para nosotros que la amamos ya...” dice Noemí.

“¡No temáis!” contesta Jesús y va a la habitación, levanta la cortina...

Sobre el lecho que está contra la pared, enfrente de la puerta, se ve la carita demacrada con un color rojizo en las mejillas, blanco en el resto de ella, sumergida en la abundancia de sus cabellos dorados. Duerme con ansia. Masculla palabras que no pueden comprender y con la mano que tiene fuera de las mantas, hace de vez en vez un gesto como si rechazase algo.

Jesús no se acerca a ella. La mira con ojos de piedad, luego en voz alta dice: “¡Áurea! ¡Ven! Está tu Salvador”.

La niña se sienta de pronto sobre el lecho, lo ve, y con un grito baja y corre con su larga túnica suelta y descalza a Jesús, se echa a sus pies diciendo: “Señor! Ahora sí que me has librado”.

“Está curada. ¿Lo veis? No podía morir porque antes tenía qué conocer la Verdad” Y le dice a ella que le besa los pies: “Levántate, y vive tranquila” Le pone la mano sobre la cabeza. No tiene ya más fiebre.

¹¹ Cfr. Lc. 22, 43.

Áurea con su largo vestido de lino, tal vez uno de la Virgen, con quien se tropieza, con los cabellos sueltos como un velo sobre su delgada persona, con los ojos azules brillantes todavía por la fiebre que le acaba de pasar, con la alegría que ahora experimente, parece un ángel.

“¡Hasta pronto! Nos retiramos al taller mientras pensáis en la niña y en la casa...” dice el Maestro y seguido de los cuatro entra en el antiguo lugar de trabajo de José. Se sienta con los suyos sobre los bancos que ya no se ocupan...

126. Jesús, trabajando, dice la parábola de la madera barnizada

10 mayo 1946

El sencillo brasero del taller está prendido. Tanto tiempo hacía que no se le empleaba. El olor a cola que hierve en un recipiente se mezcla con el característico del aserrín y de las virutas que han caído y siguen cayendo al suelo.

Jesús trabaja con todo ahínco sirviéndose de la sierra y del cepillo para confeccionar patas de sillas, cajones, y otras cosas. En el taller hay varios muebles del pobre mobiliario de la casa de Nazaret: la artesa, uno de los telares de María, dos taburetes, la escalera del huerto, un pequeño baúl, y la puerta del horno, que parece que la royeron en su base los ratones.

Jesús trabaja en reparar lo que el uso y el tiempo han terminado.

Tomás por su parte, con un equipo de pequeños instrumentos de orfebre, que probablemente habrá sacado de su alforja, que está sobre su cama, que igual que la del Zelote, está pegada contra la pared, trabaja habitualmente en unas láminas de plata. El golpe de su martillito sobre el punzón, que saca sonido de plata, se une al fuerte ruido de los instrumentos con que Jesús trabaja.

De vez en cuando se intercambian alguna palabra. Tomás se siente tan feliz de estar allí con el Maestro y con su trabajo de orfebre, y así lo dice. En los momentos en que no habla, se pone a chiflar quedito. Levanta sus ojos y piensa. Absorto, mira las paredes ahumadas del taller.

Jesús lo nota y le dice: “¿Sacas inspiración de esa pared negra, Tomás? La verdad es que el largo trabajo de un justo la hizo así, pero no me parece que pueda dar inspiración a un orfebre...”

“No, Maestro, un orfebre no puede rehacer con el oro la poesía de la santa pobreza, pero puede con el metal imitar la belleza de la naturaleza, lograr que el oro y la plata representen flores, hojas que existen en la creación. Pienso en esas flores, en esas hojas, y para acordarme exactamente de la forma, pongo mis ojos en la pared, pero en realidad veo bosques y prados de nuestras Patria, hoja leves, flores que parecen cálices o estrellas, la figura de pistilos y la forma de las ramas...”

“Eres un poeta que canta en el metal, lo que otros cantan en el papel”.

“Así es. El orfebre es un poeta que transmite al metal las bellezas de la naturaleza, pero nuestra obra, artística y bella, no se compara con la tuya humilde y santa, porque la nuestra sirve para la vanidad de los ricos, mientras la tuya sirve para la santidad del hogar y utilidad del pobre”.

“Dices bien, Tomás” dice Zelote que se ha asomado al dintel que da al huerto, con la túnica un poco subida, las mangas arremangadas, con su delantal y un recipiente de pintura en la mano.

Jesús y Tomás se voltean a mirarlo sonrientes. Tomás le responde: “Claro que digo bien. Pero que a lo menos una vez el trabajo de un orfebre sirva para adornar una... cosa buena, santa...”

“¿Cuál?”

“Es un secreto. Tanto he amado esta idea, que desde que estuvimos en Roma, siempre traigo conmigo un pequeño equipo de orfebre en espera del momento preciso... ¿Y tu trabajo, Simón?”

“¡Oh, yo no soy un buen artífice como tú! Es la primera vez que tomo la brocha en la mano y las brochas son dispares, aunque ponga toda mi buena voluntad. Por esto empecé por las partes, digamos, humildes... a dar la primera mano... y te aseguro que mi impericia hace reír de gusto a la niña. Pero ¡me siento feliz! Vuelve a nacer a una vida serena, y es lo que se necesita para borrar el pasado y que se convierta en un nuevo ser para Ti, Maestro”.

“Pero tal vez Valeria no la va a ceder...” dice Tomás.

“¡Qué le importa a ella tenerla o no tenerla! Si la tuviese, sería sólo para dejarla perdida en el mundo. Y no hay duda que lo mejor es que la niña se salve, y sobre todo su alma. ¿No es verdad, Maestro?”

“Así es, como dices. Hay que rogar mucho por lograrlo. La criatura es sencilla y buena en realidad. Si se le educa en la Verdad podría servir mucho. Instintivamente se dirige a la Luz”.

“Apuesto a que no tiene consuelos en la tierra... y los busca en el cielo. ¡Pobrecita! Me imagino que cuando tu Buena Nueva se predique en el mundo, los primeros que la acogerán y los más numerosos serán los esclavos, los que no tienen ningún consuelo humano y se acogerán a ella por las promesas que haces... Y te aseguro que si fuese digno de predicarte alguna vez, tendré un amor especial para estos infelices...”

“Lo harás bien, Tomas” dice Jesús.

“Está bien. Pero ¿cómo te acercarás a ellos?”

“¡Oh! Seré orfebre para las damas y... maestro para sus esclavos. Un orfebre entra en las casas o a la suya llegan los ricos... Y trabajaré... Dos metas: el de la tierra para los ricos... el del espíritu para los esclavos”.

“Dios te bendiga por estas ideas. Persevera en ellas...”

“Sí, Maestro”.

“Bueno, ahora que has hablado con Tomás, ven conmigo, Maestro... a ver mi trabajo y a decirme qué debo pintar ahora. Cosas sencillas porque soy todavía un principiante”.

“Vamos, Simón...” y Jesús deja sus instrumentos, y sale con Zelote.

Poco después regresan. Jesús señala la escalera del huerto: “Dale su pintura. Defiende la madera, la conserva por más tiempo, además de que la hace más hermosa. Es a la manera de lo que las virtudes hacen en el corazón humano protegiéndolo y embelleciéndolo. Puede ser tosco, vulgar... Pero si las virtudes lo revisten, se hace hermoso, agradable. ¿Ves? Para que la pintura nos sirva realmente, son necesarios muchos consejos. Primero: el buscar el material apropiado, esto es un recipiente limpio en que no hay mantillo, ni desperdicios anteriores de pintura. Se necesitan buenos aceites y buena pintura, mezclarlos pacientemente, de manera que se obtenga un líquido ni muy espeso, ni muy delgado. No cansarse en lograr la mezcla hasta que se haya disuelto el último grumo. Terminado, hay que buscar una brocha que no pierda las cerdas; que no sean éstas ni muy duras, ni muy delgadas. Que no tenga colores anteriores, y antes de dar la primera mano, conviene limpiar la madera de las pequeñas astillas que tuviere, de anteriores barnizadas, del lodo; de todo; y luego dar el brochazo en una misma dirección, extendiendo pacientemente el barniz; porque la misma tabla a veces opone resistencia; por ejemplo, en los nudos el barniz es más débil, no se detiene fácilmente, como si la madera lo rechazase. Y al revés en otras partes el barniz se detiene al punto; y suelen formarse especie de burbujas o estrías... Entonces es cuando se debe trabajar por extender el color. Hay también muebles viejos, partes nuevas, como esta escalera, por ejemplo. Y para no dar a entender que la pobre escalera está remendada, conviene que los travesaños nuevos se parezcan a los viejos... ¡Así, así!” Jesús, inclinado a los pies de la escalera, habla y trabaja al mismo tiempo...

Tomás, que ha dejado sus punzones y que se ha acercado para ver, pregunta: “¿Por qué empezaste de abajo, en vez de arriba? ¿No era mejor así?”

“Parece serlo, pero no, porque la parte baja es la más seca y la destinada a secarse al apoyarse sobre la tierra, por esto se le deben dar más manos. Una, dos, tres si es necesario... y para no perder tiempo esperando que la parte de abajo se seque para una nueva mano, sino que se puede dar el barniz al punto en la parte superior, y en el centro”.

“Pero al hacerlo así, se puede ensuciar el vestido al quitar la pintura anteriormente dada”.

“Si se pone cuidado, no pasa nada. ¿Ves? Así se hace. Se recoge bien el vestido y está uno retirado, no porque desagrade la pintura, sino para que no roce la que se puso antes”. Ahora Jesús sigue pintando las otras partes.

Dice: “Así se hace con las almas. Dije al principio que la pintura es como la belleza que la virtud da al corazón humano. La pintura embellece y preserva la madera de la carcoma, de la lluvia, del sol. ¡Ay del dueño! Que no tiene cuidado de pintar los objetos y deja que se echen a perder. Cuando se ve que la madera ha perdido su pintura, no hay qué perder tiempo, hay qué volverla a pintar. También las virtudes puestas a prueba junto con la justicia pueden perecer o desaparecer del todo si el dueño de casa no vigila, y la carne y el espíritu, puestos a merced de la intemperie y de los parásitos, esto es, de las pasiones y disipaciones, pueden verse atacados, perder los vestidos que los hace bellos y terminar por ser buenos tan sólo... para el fuego.

Por esta razón, bien se trate de nosotros, bien de seres amados como los discípulos, cuando notemos que haya una rotura, un deslave de la virtud que se puso para defendernos, es necesario poner manos a la obra, con un trabajo paciente, hasta el final de la vida, para que se pueda uno entregar al beleño de la muerte con un cuerpo y un espíritu dignos de la resurrección gloriosa.

Y para que las virtudes sean verdaderas, hay qué empezar por tener una intención pura, decidida, que arranca cualquier suciedad, cualquier mantillo, y trabajar para que no haya imperfecciones cuando se estén formando las virtudes. Y, luego, tomar una actitud, ni muy severa ni muy indulgente, porque tanto la intransigencia, como la excesiva indulgencia hacen daño. El pincel, la brocha, esto es, la voluntad, debe procurar verse libre de todo aquello que antes tenía y que pudiera estorbarla, tarea que será cansada, pero que es necesario para limpiar a sí mismo de toda mancha anterior, y así poder recibir la virtud, porque no se puede mezclar lo viejo con lo nuevo.

Luego empezar el trabajo: con orden, con reflexión. No andar brincando de acá para allá, sin una razón clara. No caminar ahora en un sentido, ahora en otro. Se cansaría uno, y es lo de menos, la pintura se haría irregular, lo cual sucede en las almas desordenadas. Presentan puntos perfectos, pero a su lado hay arrugas, diversos colores... Hay qué insistir en los lugares donde la pintura no se queda tan fácilmente: en los nudos, esto es, en las pasiones no bien mortificadas, en nudos que parecen haberse dejado pintar, pero que no han destruido su resistencia, y algunas veces llevan al engaño, apareciendo bien revestidos de virtud, cuando no hay más que una capa que fácilmente se cae. Hay qué estar atentos a los nudos de la concupiscencia. Procurad que la virtud se ejercite en esos nudos para que no florezcan y manchen al nuevo ser. Y en las partes fáciles de pintar, en las que fácilmente se levantan burbujas o aparecen estrías, lijar y lijar para dar una mano y otra más de pintura hasta que quede como el esmalte, liso. Y hay qué estar atentos en no sobrecargar. El exceso en virtudes que no se tienen, hacen que el hombre se rebele, se acalore, pierda el control si algo le pasa. Ni mucho, ni poco. Hay qué observar el justo medio tanto cuando uno quiere pulirse, como cuando se pule a los demás, hechos de cuerpo y alma.

Si, como en la mayor parte de los casos —el de Áurea es una excepción— hay partes mezcladas, antiguas con nuevas, y las tienen los israelitas que de Moisés pasan al Mesías, y los paganos con sus mosaicos de creencias que no pueden borrar de un soplo, y aparecerán a flote con nostalgias y recuerdos, por lo menos en las cosas más puras, entonces es necesario estar más vigilantes, más cautelosos, e insistir hasta que lo antiguo sea homogéneo con lo nuevo, echando mano de lo que antes ya tenían para completar las nuevas virtudes. Por ejemplo, en los romanos el amor patrio y el valor varonil. Ambas realidades parecen ser

unos mitos; sin embargo, no las vayáis a destruir, sino inculcad un nuevo espíritu en el espíritu patrio, esto es, el espíritu de hacer grande a Roma también espiritualmente como centro de mi religión, y emplead el valor romano para hacer fuertes en la Fe, a quienes lo son en la batalla. Ahí tenéis a Áurea. El asco que experimentó cuando vio algo brutal la empujó a amar lo que es puro, a odiar lo impuro. Emplead, pues, ambas cosas y llevadlas a una perfecta pureza odiando la corrupción como si fuese el asqueroso romano.

¿Me comprendéis? Emplead las costumbres como medios para poder entrar. No destruyáis brutalmente. No tendríais al punto con qué edificar. Id sustituyendo, poco a poco, lo que *no debe* de existir en un convertido, con caridad, paciencia, tenacidad. Y puesto que el material, sobre todo en los paganos, tiene a su lado el viento, y aunque se conviertan, siempre se apoyarán en el mundo pagano, en el que vivieron, insistid mucho en que no se contaminen con lo carnal. Tras los sentidos entra lo demás. Vigila los sentidos irritados de los paganos, digámoslo claro, que también entre nosotros da lo mismo. Y cuando veáis, que el contacto con el mundo resquebraja la pintura protectora, no prosigáis dando brochazos en la parte superior, sino empezad por la inferior, manteniendo un equilibrio entre el espíritu y la carne; entre lo de arriba y lo de abajo. Pero empezad siempre por lo del cuerpo, por los vicios materiales, para que puedan recibir al Huésped que no puede vivir en cuerpos impuros y con corazones que hieden a corrupciones carnales... ¿Me entendéis?

Y no temáis corromperos rozando con vuestro vestido las partes de menos importancia, los materiales de aquello cuyas almas estáis atendiendo. Hacedlo prudentemente para no arruinar lo que estáis construyendo. Vivid recogidos en vuestro interior, que alimenta Dios; vuestro interior envuelto en virtudes. Sed delicados sobretodo cuando debáis de ocuparos de la sensualidad espiritual de otros, y sí que lograréis hacer de los seres más despreciables, seres dignos del cielo”.

“¡Qué parábola nos has dicho! Quiero escribírsela a Marziam” dice Zelote.

“Y para mí también, que quiero hacer algo por el Señor” dice Áurea lentamente buscando las palabras. Hace unos minutos que está descalza, en el umbral de la puerta que da al huerto.

“¡Áurea! ¿Nos estabas escuchando?” pregunta Jesús.

“Te escuché. ¡Es muy bello! ¿Hice mal?”

“No. ¿Hace tiempo que estabas aquí?”

“No. Me desagrada porque no sé de qué se había tratado antes. Tu Mamá me mandó a decirte que dentro de poco es la hora de la comida. Pronto van a sacar el pan del horno. Aprendí a hacerlo... ¡qué bello! He aprendido también a blanquear la tela. Y en ambos casos tu Mamá me ha recitado hermosas parábolas”.

“¿Ah, sí? ¿Qué te dijo?”

“Que soy como harina todavía con tamiz, pero tu bondad me limpia, tu gracia trabaja en mí, y tu apostolado me forma, tu amor me cuece; y, así, de una harina sucia, mezclada con otros elementos terminaré, si te dejo que trabajes Tú mismo, por ser harina de ofrenda, harina y pan de sacrificio, buena para el altar. Y que en la tela que antes era oscura, llena de aceite, tosca, y que después de que se le echó tanta hierba borit¹ y se restregó, se ha limpiado y se vuelve suave, el sol enviará sus rayos, y quedará blanca... Y dijo que de igual efecto hará conmigo el Sol de Dios, si siempre estoy bajo sus rayos y acepto que se me limpie, que se me sujete a modificaciones para llegar a ser digna del Rey de reyes, mi Señor. ¡Qué cosas tan hermosas estoy aprendiendo!... Parece un sueño... ¡Hermoso! ¡Hermoso! Todo es hermoso aquí... ¡No me despaches, Señor!”

“¿No irías gustosa con Mirta y Noemí?”

“Preferiría estar aquí... pero... también con ellas; pero no con los romanos; no, Señor”.

“Ruega, niña” dice Jesús poniéndole su mano sobre los cabellos rubios como la miel. ¿Has aprendido la oración?”

¹ Una hierba de la que se servían los antiguos encargados de lavar telas o ropa Cfr. Jer. 2, 22.

“¡Oh, sí! Es tan hermoso decir: “¡Padre mío!” y pensar en el cielo... pero... la voluntad de Dios me causa un poco de miedo... porque no sé si Dios desea lo que yo quiero...”

“Dios quiere tu bien”.

“¡Ah, sí! Tú lo dices. Entonces no tengo más miedo... Presiento que me quedaré en Israel... para conocer siempre mejor a este Padre mío... Y a ser la primera discípula de Galilea, oh Señor mío”.

“Tu fe, porque es buen, será escuchada. Vamos...”

Salen todos y se van a lavar a la pileta que está cerca de la fuente. Áurea corre ligera a donde está María. Se le oye hablar. Expedita en hablar es María; incierta, como buscando las palabras, Áurea. Se oyen leves risas, cuando se comete algún error lingüístico, que María corrige con dulzura...

“La niña aprende rápido y bien” advierte Tomás.

“Es buena y tiene voluntad”.

“Y luego, ¡tu Mamá es una maestra!... Ni siquiera Satanás se atrevería a resistir...” dice Zelote.

Jesús suspira, pero no dice nada.

“¿Por qué suspiras así, Maestro? ¿No estuve en lo cierto?”

“Sí. Pero hay ciertos hombres que son más resistentes que Satanás, el cual por lo menos huye de la presencia de María. Hay hombres que están cerca de Ella, y aunque Ella les enseña, no cambian su ser en algo bueno...”

“Pero nosotros ¿acaso no?” pregunta Tomás.

“No hablé de vosotros... Vamos...”

Entran en casa y todo termina.

127. Tranquilidad en Nazaret

13 mayo 1946

El sábado es el día de descanso. Todos lo saben. Descansan los hombres. Hasta descansan los utensilios, que están cubiertos con alguna manta o colocados en algún orden.

Este es un viernes por la tarde, rojizo, estivo. María, sentada bajo la sombra de un manzano alto en su telar, se levanta, lo cubre y con la ayuda de Tomás lo lleva adentro a su lugar; invita a Áurea, (que sentada en un banquillo a sus pies cosía con malos pespuntos los vestidos que le dieron las romanas y que María ha adaptado a su persona) a que los doble y que ponga todo sobre la mesa de su habitación. Y mientras realiza lo que se le mandó, María entra con Tomás al taller donde Jesús, junto con Zelote, se dan prisa en poner en su lugar sierras, formones, destornilladores, martillos, botecillos de barniz, cola, y en limpiar las mesas de trabajo y el suelo, y en quitar la viruta y aserrín. Quedan por terminar dos tablas embadurnadas de cola y que se les puso en el roncón para que la cola se secase (tal vez las usarán para un cajón), y un banquito mitad pintado. Fuera de todo esto, se siente el olor acre de la pintura todavía fresca.

También entra Áurea que se agacha para ver el trabajo de Tomás. Lo admira y pregunta para qué sirve y si a ella le quedaría bien.

“Te quedará bien, pero te quedará mucho mejor el ser buena. Estos adornos embellecen el cuerpo, pero no el alma. Y si se tienen por mera coquetería, hacen daño al espíritu”.

“Entonces ¿para qué los haces?” pregunta lógicamente la jovencita. “¿Quieres hacer mal a un alma?”

Tomás que es un bonachón, se sonríe y dice: “Lo superfluo hace mal a un alma débil, pero a una que es fuerte es un adorno, y no es más que algo que sirve para tener el vestido en su lugar”.

“¿Para qué lo haces? ¿Para tu esposa?”

“No tengo esposa, ni la tendré”.

“Entonces, para tu hermana”.

“Ella tiene más de los que pueden hacer falta”.

“Entonces para tu mamá”.

“¡Mi mamá ya está vieja! ¡Para qué pueden servirle!”

“Pero son para una mujer...”

“Claro que sí, pero no para ti...”

“¡Oh, nunca lo he pensado!... Y luego, después que dijiste que estos objetos pueden hacer mal al espíritu débil, no los quiero. Quitaré aún esos adornos de los vestidos. No quiero hacer mal en lo que pertenece a mi Salvador”

“¡Que si eres una muchacha que vale la pena! Mira: has realizado un trabajo más hermoso que el mío con tu voluntad”.

“Eso lo dices porque eres bueno...”

“¡Lo digo porque es la verdad! Mira: tomé este pedazo de plata, la reduje a láminas según me iban haciendo falta, y luego con ayuda de mis utensilios, las doblé de este modo. Pero todavía me falta mucho. Junto las partes para que tomen la forma de hojas. Dos tan sólo he acabado y tienen su florecita pegada” y Tomás levanta entre sus dedos un pistilo delicado de convalaria, que es una imitación perfecta de los que se ven al natural. No sé qué se siente al ver el centelleo blanquecino de plata pura entre los dedos fuertes y requemados del sol del orfebre.

“¡Qué hermosos! ¡Cuántos había en la isla! Nos dejaban que los cortásemos antes de que saliese el sol, porque a nosotras, las rubias, nunca nos debía pegar el sol para que fuésemos mejor admiradas. Las morenas por el contrario se quedaban afuera, al sol, hasta que no podían más, para que se hiciesen más morenas. Las... ¿cómo se dice cuando se vende una cosa por otra, cuando en realidad no lo es?...”

“¡Bueno!... engaño... robo... no sé...”

Las engañaban, así es, diciéndoles que eran árabes o del Nilo de allá donde nace. Vendieron a una de ellas como descendiente de la reina de Saba”.

“¡Ni qué decir! Ellos no se engañaban, sino los compradores. En una palabra, los estafaban. ¡Qué gente esa! Una sorpresa para cuando el comprador lo sepa... ¡qué ensueños! ¿Lo estás oyendo, Maestro? ¡Cuántas cosas hay que ignoramos!...”

“Lo siento mucho. Pero lo más desagradable no consiste en el engaño que recibe el comprador... sino en la suerte que sufren las jovencitas...”

“Es verdad. Corazones que se les pervierte para siempre. Corazones perdidos...”

“Eso no. Dios siempre puede intervenir...”

“Lo ha hecho conmigo ¡Tú me salvaste!...” dice Áurea volviéndose al Señor, con una mirada pura, serena. Y concluye: “Estoy contentísima” y como no puede abrazar a Jesús, abraza a María. Recarga su cabeza rubia sobre la espalda de la Virgen, como alguien que sabe que tiene confianza.

Ambas cabelleras rubias se encuentran. Cada una según sus años. Es algo que no puede olvidarse. Pero María piensa en la cena. Se separan y se van.

“¿Se puede entrar?” es la voz ronca de Pedro que llega de la calle al cuarto donde están.

“¡Simón! Abridle”.

“¡Simón! No aguantó estar afuera” dice Tomás riéndose, mientras corre a abrirle.

“¡Simón! Lo estábamos esperando...” dice sonriendo Zelote.

No es sólo la cara de Pedro que se ve en la puerta, están con él todos los apóstoles del lago, menos Bartolomé e Iscariote. Se les juntaron Judas y Santiago de Alfeo.

“¡La paz sea con vosotros! ¿Por qué vinisteis con este calor?”

“Porque... no pudimos aguantar. Hace dos semanas y media, ¿comprendes? Hace dos semanas y media que no te veíamos” y parece como si Pedro dijese: “¡Hace dos siglos! ¡Una eternidad!”

“Os dije que debíais esperar a Judas en uno de estos dos sábados”.

Pero no vino... y cuando llegó el tercer sábado nos vinimos. Se quedó allá Natanael que no se encuentra bien. Lo espera, si es que Judas va... Pero no lo creemos... Cuando pasamos

por Tiberíades antes de que fuésemos al grande Hermón, Benjamín y Daniel nos dijeron que lo habían visto en Tiberíades... Bueno... luego te contaré..." dice Pedro, que no terminó porque su hermano le dio un jalón.

"Está bien, luego me contarás... Estabais deseosos de descansar, y ahora que lo podíais hacer, hacéis ¡tantas carreras! ¿Cuándo partisteis?"

"Ayer por la tarde. El lago no era un corderito. Desembarcamos en Turiquea para que no... nos fuésemos a encontrar con Judas..."

"¿Por qué?"

"Maestro, queríamos sentirnos contentos contigo, sin él".

"¡Sois egoístas!"

"No es cierto. Él sí tiene sus alegrías... No sé quién puede darle tanto dinero para pasar una vida así... Ya entendí, Andrés. No me jales más así, tan fuerte. No tengo más vestidos que estos. ¿Quieres que se convierta en harapo?"

Andrés se pone rojo. Los otros se echan a reír, Jesús sonríe.

"Está bien. Vinimos hasta Turiquea por... no me vayas a regañar... Tal vez porque hacía calor, tal vez porque lejos de Ti siento que me hago malo, tal vez será porque al pensar que se separó de Ti para juntarse con... En una palabra, ¡deja de jalarme la manga! Ves que puedo detenerme cuando es necesario... Bueno, Maestro, será por tantas cosas... no quiero pecar... y si hubiese visto a Judas, lo hubiera hecho... Entonces me dirigía a Turiquea... Y al alba nos pusimos en camino".

"¿Pasasteis por Caná?"

"No. No quisimos caminar más... Pero nos resultó lo mismo. El pescado se nos terminaba... Dimos lo que nos sobraba en la casa en que nos refugiamos por algunas horas, las más calurosas. Y partimos, después de las tres de la tarde... ¡Qué calor!..."

"Podíais no haberlo hecho. Pronto hubiera ido a donde estabais".

"¿Cuándo?"

"Después que el sol hubiera salido de la constelación del León".

"¿Y te parece que hubiéramos aguantado a estar sin Ti? Miles de calores semejantes somos capaces de desafiar por estar contigo, Maestro. ¡Nuestro Maestro querido!" Pedro abraza a su querido Maestro.

"Y pensar que cuando estamos juntos no hacéis otra cosa que lamentaros del tiempo, de que el camino es largo..."

"Porque somos unos torpes; porque mientras estamos juntos no comprendemos lo que eres para nosotros... Pero miranos ya aquí. Tenemos lugar. Unos con María de Alfeo, otros con Simón de Alfeo, otros con Ismael, otros con Aser y algunos con Alfeo que está cerca. Hoy descansaremos y mañana, contentos nos iremos".

"El sábado pasado estuvieron con nosotros Mirta y Noemí, que vinieron a ver otra vez a la muchachita" dice Tomás.

"¿Comprendes que quien apenas puede, viene aquí?"

"Así es, Pedro. ¿Y qué habéis hecho durante estos días?"

"Pescar... pintar las barcas... componer las redes... Ahora Marziam va con los trabajadores, lo que hace que los regaños de mi suegra sean menos, que siempre dice: "El flojonazo de mi yerno no hace otra cosa que matar de hambre a su mujer, después de haberle llevado un hijo bastardo". Y pensar que Porfiria jamás se ha encontrado tan bien como ahora que tiene a Marziam en el corazón... y en todo el resto. Las ovejitas que eran tres son cinco, y dentro de poco habrán aumentado... Es algo útil para nuestra pequeña familia. Marziam con la pesca abastece, lo que apenas yo hago de vez en cuando. Pero esa mujer tiene una lengua de víbora, aun cuando se trate de su hija, que es una palomita... Pero por lo que veo, también Tú has trabajado..."

"Así es, Simón. Hemos trabajado. Todos. Mis hermanos en su casa, Yo con estos en la mía, para que nuestras madres descansasen y estuviesen contentas".

"Lo comprendo. También nosotros" dicen los hijos de Zebedeo.

“También mi mujer ha estado contenta. He trabajado en las colmenas y en las viñas” dice Felipe.

“¿Y tú, Matero?”

“Yo no tengo a nadie a quien pueda hacer feliz... Por ahora yo mismo me hago feliz al escribir las cosas que quiero siempre recordar...”

“Entonces te contaremos la parábola del barniz y de la pintura. Yo fui la causa de ella...” dice Zelote.

“Pero pronto aprendiste a hacer tu trabajo... ¡Mirad qué lisas dejó las sillas!” dice Tadeo.

Todos están de acuerdo. Jesús, que apenas está en casa se siente más contento, se deshace en gozo al tener a sus discípulos junto a Sí. Entra Aurea y se queda sorprendida al pisar el umbral.

“¡Oh, vedla! ¡Ved qué bien está! ¡Parece una jovencita hebrea, vestida de ese modo!”

Aurea enrojece y no sabe qué decir; pero como Pedro lo dijo con un aire tan bonachón y paternal, dice ella: “Me esfuerzo en serlo... y con mi Maestra pronto lo lograré... Maestro, voy a decirle a tu Mamá que han llegado también ellos...” y se retira rápidamente.

“Es una buena muchachita” dice Zelote.

“No cabe duda. ¡Cómo me gustaría que se quedase en Israel! Bartolomé perdió una oportunidad tan bueno y una alegría al haberla dejado...” dice Tomás.

“Bartolomé es un, digamos, esclavo de las fórmulas” lo excusa en su favor Felipe.

“Su único defecto” advierte Jesús.

Entra María.

“La paz sea contigo, María” dicen los que acaban de llegar de Cafarnaum.

“La paz sea con vosotros... No sabía que estuviéseis aquí. Ahora voy a pensar en todos vosotros... Entre tanto, venid...”

“Mamá traerá de casa varios alimentos preparados, y lo mismo Salomé. No te preocupes, María” dice Santiago de Alfeo.

“Vamos al huerto... Sopla el viento y uno se siente bien...” dice Jesús.

Entran en el huerto. Se sienta cada uno donde puede. Se oyen conversaciones de hermanos. Los palomos se pelean por última vez. Comen lo que Aurea les echa en el suelo... Los apóstoles quieren hacer lo mismo. María de Alfeo, que acaba de llegar junto con Aurea y María, preparan la cena para los huéspedes. El olor de la cena que se prepara se mezcla con el de la tierra mojada, así como los cantos y pleitos de los pájaros de las ramas se mezclan con las voces de los apóstoles, altas o bajas...

128. “Antes de ser Madre, soy hija y sierva de Dios”

14 mayo 1946

El sábado continúa en un verdadero sábado.

En una mañana tan hermosa, cuando el aire no está caliente todavía, ¡qué cosa tan agradable es sentarse en compañía fraternal, tranquilos bajo la sombra de la parra, o donde el manzano y la higuera con el almendro se encuentran en amena charla sombría! ¡Qué agradable es pasear entre los vericuetos de los pequeños prados, yendo de la colmena al palomar, de aquí a la pequeña gruta y luego pasar por detrás de las mujeres: María, María de Cleofás, su nuera: Salomón de Simón, Aurea; ir por entre los olivos del tranquilo huerto!

Los están haciendo Jesús y los suyos; María y las otras mujeres. Jesús, aun sin querer, sigue enseñando. María enseña también, aun sin querer. Tanto los discípulos de Él como las discípulas de Ella están atentos a sus palabras.

Aurea, sentada como de costumbre en su banquito a los pies de María, como acurrucada, tiene las manos entrelazadas en sus rodillas, la cara levantada, los ojos clavados en el rostro de Ella. Parece una niña que escuchase una maravillosa leyenda. Pero no lo es. Es una hermosa verdad. María cuenta las antiguas historias de Israel, a la que hace poco era una pagana; las demás, sabedoras de las narraciones, escuchan atentamente, porque es muy

agradable oír la historia de Raquel², la de la hija de Jefté³, la de Ana, mujer de Elcana⁴, que brotan de tales labios.

Judas de Alfeo se acerca poco a poco y escucha sonriente. Como está detrás de la espalda de María, Ella no lo ve. Pero la mirada alegre de María de Cleofas por su hijo Judas advierte a María que alguien está detrás. Se vuelve: “¡Oh, Judas! ¿Has dejado a Jesús para venir a oírme, a mí que soy una pobre mujer?”

“Así es. Te dejé para ir a Jesús, porque tú fuiste mi primera maestra. Pero algunas veces me gusta dejarlo para verte a ver, para ser otra vez el niño a quien enseñabas. Continúa, por favor...”

“Cada sábado Áurea quiere su premio, que consiste en contarle lo que más le entusiasma de nuestra Historia, que suelo referirle poco a poco mientras trabajamos”.

También los demás se han acercado ya... Tadeo dice: “¿Qué te parece, niña?”

“Algo muy grande... Cómo me gustan Raquel, y también Ana, la mujer de Elcana, Rut⁵... ¡Qué bello es! Tobías y su hijo, y el ángel⁶, y luego la esposa que ruega para verse liberada⁷...”

“¿Y no te agrada Moisés?”

“Me causa miedo... muy grande... Entre los profetas me gusta Daniel que defendió a Susana⁹”. Mira a su alrededor y en voz baja: “También mi Daniel me defendió” y mira a Jesús.

“¡También los libros de Moisés son hermosos!”

“Sí, cuando enseñan a no hacer lo que es feo. Donde hablan de esa estrella que nacerá de Jacob¹⁰. Ahora conozco su nombre. Antes lo ignoraba. Soy más afortunada que el profeta porque veo la Estrella y está cerca de mí. Todo me lo ha dicho, y también yo la conozco” concluye con un tono de triunfo.

“¿Y no te gusta la Pascua?”

“Sí... pero... también los niños de las mujeres egipcias tenían mamá. ¿Por qué había que matarlos? Me gusta más el Dios que salva que el que mata...”

“Tienes razón... María ¿todavía no le has contado nada de su nacimiento” pregunta Santiago, señalando al Señor que escucha y calla.

“Todavía no. Quiero que conozca mejor el pasado que el presente; este presente que tiene su razón de ser en el pasado. Cuando lo haya conocido, verá que el Dios que le causa miedo, el Dios del Sinaí, no es sino un Dios de un amor severo, pero siempre, un Dios de amor”.

“¡Oh, Madre, cuéntamelo ahora! Me costará menos conocer el pasado cuando haya sabido el presente, porque con lo que sé es muy bello y más que suficiente para amar a Dios sin temor. *Me urge no tener miedo*”.

“La niña tiene razón. Acordaos todos vosotros de esta verdad cuando vayáis a evangelizar. Las almas tienen necesidad de no tener miedo para ir a Dios confiadamente. Es lo que me esfuerzo en hacer; y tanto más cuanto que por la ignorancia o por culpa se ven obligadas a tener mucho miedo de Dios. Este Dios, el Dios que venció a los egipcios, y que te causa miedo, Áurea, es siempre bueno. Mira: cuando mato a los hijos de los crueles egipcios¹³, tuvo piedad con los hijos que, por no haber crecido, no fueron pecadores como sus padres; y dio tiempo a éstos para que se arrepintieran de sus malas obras. Se trató, pues de una severidad bondadosa. Conviene siempre distinguir la verdadera bondad de lo que es sólo una etiqueta de educación. Siendo Yo niño, también fueron asesinados muchos pequeñines en los brazos

² Cfr. Gén. 19, 15-35, 20.

³ Cfr. Jue. 10, 6-12, 7.

⁴ Cfr. 1 Rey. 1, 1-4, 1; Eccli. 46, 16-23.

⁵ Cfr. Todo el libro de Rut.

⁶ Cfr. Tob. 5-13.

⁷ Ib. 3, 7, 25.

⁹ Cfr. Dan. 13.

¹⁰ Cfr. Num. 24, 15-19.

¹³ Cfr. Ex. 14, 15- 15, 21.

de sus madres. El mundo gritó de horror. Pero cuando llegue la consumación de los tiempos, una y otra vez comprenderéis que fueron benditos en Israel, que fueron los afortunados del tiempo en que vivió el Mesías, los que fueron exterminados en su infancia, y con ellos preservados del mayor pecado: el de haber sido cómplices de la muerte del Salvador”.

“¡Jesús!” grita María de Alfeo poniéndose de pie, espantada, mirando a su alrededor como si temiese ver aparecer detrás de la cerca y de los troncos de los árboles del huerto a los deicidas: “¡Jesús!” repite, mirándolo con dolor.

“¿Y qué? ¿No recuerdas las Escrituras para que te sorprendas tanto?” le pregunta Jesús.

“Pero... pero... no es posible... no debes permitirlo... tu Mamá...”

“Es Salvadora como Yo¹⁵, y lo sabe. Mírala. Imítala”.

De hecho María tiene un aspecto de energía, de majestad en medio de la profunda palidez. Está inmóvil. Las manos sobre su pecho como en actitud de orar, la cabeza en alto mirando al infinito...

María de Alfeo la mira, luego se vuelve nuevamente a Jesús: “Pero no deberías decir este horrible futuro. Clavas una espada en su corazón”.

“Hace treinta y dos años que tiene esa espada”.

“¡Noooo! ¡No es posible! María... siempre tan tranquila... María...”

“Pregúntaselo, si no quieres creerme”.

“Se lo pregunto, ¿faltaba más! ¿Es verdad, María? ¿Lo sabías?...”

María, con voz débil pero firme, dice: “Es verdad. Entonces tenía Él cuarenta días de haber nacido y me lo dijo un santo hombre... pero ya también antes... ¡Oh! Cuando el ángel me dijo que, permaneciendo Virgen, concebiría un niño que por su concepción divina sería llamado Hijo de Dios, y tal es la realidad; cuando esto se me dijo, y que el seno de Isabel por un milagro del Eterno se había fecundado, no dudé en recordar las palabras de Isaías: “He aquí que una Doncella dará a luz a un niño que será llamado Emmanuel”..... Todo, todo Isaías pasó por mi mente. Donde se habla del Precursor... donde habla del Hombre de dolores, lleno, lleno de sangre, irreconocible... un leproso... por nuestros pecados... Desde entonces tengo la espada en el corazón, y todo ha venido a clavármela cada vez más: el cántico de los ángeles, las palabras de Simeón, la venida de los Reyes de Oriente, y todo, todo...”

“Pero ¿cuál puede ser todo lo otro, María? Jesús triunfa, Jesús obra prodigios, cada vez multitudes más numerosas lo siguen... ¿No es verdad?” pregunta María de Alfeo.

Y María siempre en la misma postura responde a cada pregunta con un: “Sí, sí, sí” sin angustia, sin alegría; son unos “sí” porque así son las cosas.

“¿Y entonces? ¿Qué es lo demás que te clava la espada en el corazón?”

“¡Oh... todo...”

“¿Y estás tan tranquila? ¿tan serena? Siempre la misma que cuando te casaste, hace treinta y tres años. Me parece que fue ayer por el recuerdo que no ha pasado... Pero ¿cómo puedes lograrlo? Yo... yo estaría loca... haría... no sé qué haría... pero no, no es posible que una madre sepa esto y esté tranquila”.

“Antes de ser Madre, soy hija y sierva de Dios... ¿Que dónde encuentro mi serenidad? En hacer la voluntad de Dios. ¿De dónde me viene? De hacer esta voluntad. Si fuese voluntad de un hombre podría sentirme turbada, porque un hombre, aunque sea el más sabio, puede siempre imponer un querer equivocado. ¡Pero la voluntad de Dios! Si Él me eligió para ser Madre de su Mesías, ¿debo acaso pensar que sea una cosa cruel, y con este pensamiento perder mi serenidad? El pensamiento de lo que significará la Redención para Él y para mí... también para mí, ¿debe acaso perturbar mi pensamiento de cómo haré para superar aquella hora? ¡Oh, será horrible!...” y María da un sobresalto involuntario, entrelaza sus manos como para impedirles que tiemblen, como para orar más ardientemente, mientras su rostro se pone más pálido, y sus ligeros párpados se cierran con un sacudimiento de angustia sobre sus azules pupilas. Su voz vuelve a ser tranquila, pese a la pena que sufre. Y concluye: “Pero El

¹⁵ Cfr. Lc. 2, 33-35.

que me impuso su voluntad y a quien sirvo con todo mi amor lleno de confianza, me prestará ayuda en aquella hora. A mí, a Él... Porque no puede imponer el Padre un querer suyo demasiado fuerte para las fuerzas del hombre... socorre... siempre. Nos socorrerá... siempre. Nos socorrerá, Hijo mío... Nos socorrerá... Él nos socorrerá y no podrá ser otro sino Él. Infinito en medios para socorrernos...”

“Sí, Madre. El Amor nos socorrerá, y en el amor nos socorreremos mutuamente, y en el amor redimiremos...”

Jesús se ha puesto al lado de su Madre, le pone la mano sobre su espalda, Ella levanta su mirada para verlo, para ver su hermoso y robusto Jesús destinado para que los tormentos lo conviertan en una piltrafa, en una llaga de innumerables heridas. Dice: “En el amor y en el dolor... Sí. Y juntos...”

Nadie se atreve a interrumpir el silencio... Alrededor de estos dos protagonistas principales de la futura tragedia del Gólgota, los apóstoles y las discípulas parecen estatuas pensativas...

Áurea está petrificada en su banquito... Es la primera en recobrarse; y, sin levantarse, se pone de rodillas y se encuentra frente a María. Abraza sus rodillas, le inclina la cabeza, diciendo: “¡También todo esto por mí! Cuánto os cuestó; y cuánto os amo, por lo que os cuestó. ¡Oh, Madre de mi Dios, bendíceme para que no sea en vano!...”

“Sí, hija mía. No temas. También Dios te ayudará a ti, si aceptas siempre su voluntad”. Le acaricia los cabellos, las mejillas, y siente que están bañadas de lágrimas. “No llores. Lo primero que has conocido del Mesías es su destino de dolores, fin de su misión humana. No es justo que habiendo oído esto, ignores la primera hora de su vida en el mundo. Escucha... Agradará a todos salir de este horizonte amargo, lleno de tinieblas, con volver a traer a la mente la dulce hora, que fue toda luz., todo canto, todo hosannas, de su nacimiento...” y María refiere la razón del viaje a Belén de Judá, ciudad predicha como lugar de nacimiento del Salvador¹⁷, con dulzura vuelve a contar la noche en que nació el Mesías.

129. Jesús y María conversan

15 mayo 1946

No sé si es la misma tarde del sábado. Veo a Jesús y a María sentados sobre la banca de piedra que da sobre la pared, junto a la puerta del comedor, de donde sale el débil resplandor de una lámpara de aceite que sube y baja según el aire sople o no, algo así como si respirase. Es la única luz en esta noche en que todavía no brilla la luna. Es una luz débil que ilumina la veredita del jardín que está a la entrada, y que desaparece entre el primer rosal. Sin embargo, esta débil luz es suficiente para iluminar los perfiles de los dos que están en íntimo coloquio, en la noche serena llena del perfume de jazmines y otras flores de verano.

Están hablando de sus familiares... de José de Alfeo, siempre testarudo; de Simón que no es muy valeroso en su fe, que se deja dominar del mayor de los hermanos, que es autoritario y pertinaz en sus ideas como lo era su padre. El mayor dolor de María es no poder ver que todos sus sobrinos sean discípulos de su Jesús...

Él la consuela, y para excusar a su primo, saca a colación la fuerte fe israelita: “Es un obstáculo ¿sabes? Un verdadero obstáculo, porque todas las fórmulas y preceptos son una barrera para aceptar la idea mesiánica como es. Es más fácil convertir a un pagano, con tal de que su alma no esté del todo entregada al mal, porque él reflexiona y observa la diferencia que existe entre su Olimpo y mi Reino. Pero Israel... la parte más culta de Israel... trabajosamente comprende el nuevo concepto...”

“Y sin embargo es el mismo concepto”.

“Tienes razón. Es siempre el mismo decálogo, son siempre las mismas profecías. Pero el hombre les ha mudado su naturaleza. Los tomó de las esferas sobrenaturales donde estaban, los ha puesto en un nivel terreno, y los ha alterado... El Mesías, Rey espiritual del gran Reino

¹⁷ Cfr. Miq. 5, 1-5.

llamado israelítico, porque ha nacido del trono de Israel, sería más justo llamarlo de Cristo, porque Cristo reúne en Sí lo mejor de Israel, el presente y el que pasó, y lo eleva a su perfección de Dio-Hombre. El Mesías para ellos no puede ser el hombre de modales bondadosos, pobre, sin aspirar al poder y a las riquezas, obediente con los que nos están dominando por castigo divino, pues en la obediencia está la santidad cuando el obedecer no quebranta la gran Ley. Y por esto puede afirmarse que su fe lucha contra la Fe verdadera. ¡Hay tantos obstinados que se creen justos... en todas las clases... y aun entre mis familiares y apóstoles! Créeme, Madre, que su obstinación en aceptar mi Pasión reside en esto; el origen de su equivocación en valuarla está en esto... Sus necias obstinaciones en considerar a los gentiles como idólatras, sin tener en cuenta a la persona, a su espíritu, que tiene un solo origen, y al que Dios quiere dar un solo destino, el cielo, residen en lo mismo. Toma, por ejemplo, a Bartolomé. Es un buen hombre, inteligente, que está dispuesto a darme todo con tal de verme honrado y contento... Pero ante –no digo de una Aglae, ni de una Síntica, que es un flor respecto de Aglae y a la que la penitencia está convirtiendo en una flor, pero ni siquiera ante una niña, cuyo destino ha nacido de la compasión, cuyo pudor instintivo atrae la admiración-, el aborrecimiento que experimenta por los gentiles se le nota a leguas, y ni siquiera mi ejemplo la convence, ni mis palabras con las que muestro que he venido para todos”.

“Tienes razón. Bartolomé y Judas de Keriot son los más resistentes, ellos que son los más capacitados. Judas de Keriot, no podría decirse a qué clase pertenezca, está saturado de auras del Templo. Pero... Bartolomé es bueno, su resistencia encuentra excusa. La de Judas... no. Supiste lo que dijo Mateo que de propósito fue a Tiberíades... Y Mateo es un experto en esas materias, sobre todo en esas... Y lo que dijo Santiago de Zebedeo no puede pasarse por alto: “Pero ¿quién da tanto dinero a Judas?” Porque esa vida cuesta. ¡Pobre María de Simón!”

Jesús hace un ademán con sus manos como para decir: “Así es...” Suspira. Luego dice: “¿Supiste que las romanas están en Tiberíades?... Valeria no me lo comunicó para nada. Pero debo enterarme antes de que emprenda mi camino. Quiero que estés conmigo en Cafarnaum por algunos días, mamá... Luego regresarás aquí. Yo iré hacia los confines siro-fenicios, y luego regresaré para verte antes de que baje a Judea, la oveja testaruda de Israel...”

“Hijo, mañana por la tarde iré... Llevaré conmigo a María de Alfeo. Áurea irá a la casa de Simón de Alfeo porque no faltará quien critique que se quede con vosotros por varios días... Así es el mundo... Yo voy... Mi primera etapa será Caná; y luego, al amanecer partiré para poder detenerme en la casa de la madre de Salomón de Simón. Por la tarde volveré a emprender el camino y llegaremos a Tiberíades cuando todavía haya luz. Iré a la casa de José, el discípulo, porque quisiera ir personalmente a la casa de Valeria; pues si voy a la de Juana, querría ir ella... No. Yo, la Madre del Salvador, no seré ante sus ojos la discípula del Salvador... no me negará nada... no tengas miedo, Hijo mío”.

“No tengo miedo. Pero me preocupa que te fatigues”.

“¡Bueno! ¡Por salvar un alma! ¿Qué cuestan unos treinta kilómetros si se camina con buen tiempo?”

“Puede ser que se trate de un cansancio moral. El hecho de pedir... de que se te pueda humillar...”

“No es gran cosa. Lo que sí es que se alcanza un alma”.

“Serás como una golondrina perdida en una Tiberíades licenciada... Lleva contigo a Simón”.

“No, Hijo mío. Nosotras dos, dos pobres mujeres... Pero dos que somos madres y discípulas. Estas dos grandes fuerzas morales... Lo haré pronto. Déjame ir... bendíceme tan sólo”.

“Sí, Mamá. Con todo el corazón de un Hijo, con todo el poder de un Dios. Ve, y que los ángeles guarden tu camino”.

“Gracias, Jesús. Entonces vamos adentro. Me tendré que levantar muy temprano para preparar lo necesario tanto como para quien se queda, como para quien parte. Di la oración, Hijo...”

Jesús y María se levantan, y juntos recitan el *Padre nuestro*... Entran en la casa, cierran la puerta... la luz desaparece y no se oye voz ninguna. Tan solo entre las ramas se oye el vientecillo y el chorrito de agua que cae en la fuentequilla.

130. María en Tiberíades

16 mayo 1946

Tiberíades está ya a la vista. Las dos viajeras, cansadas, caminan hacia ella en medio del crepúsculo que va desapareciendo.

“Dentro de poco estará oscuro... Estamos todavía a las afueras... Dos mujeres solas. Y cerca de una ciudad llena de... ¡Oh, qué gente! Belcebú por muchas partes...” dice María de Alfeo mirando espantada a su alrededor.

“No temas, María. Belcebú no nos hará ningún mal. Hace mal a quien le da cabida en su corazón”.

“Estos paganos lo tienen...”

“En Tiberíades no hay tan solo paganos. También entre ellos hay justos”.

“¿Cómo? ¿Cómo? ¡Si no tienen a nuestro Dios!...”

María no le replica porque comprende que es inútil. Su buena cuñada no es sino una de tatas israelitas que creen ser las únicas que poseen virtud... por ser hebreas.

Tan solo se oye un silencio y entre sus brazos el ruido de las sandalias que producen los pies cansados y llenos de polvo.

“Hubiera sido mejor haber tomado el camino frecuentado... lo conocíamos... camina mucha gente por él... Este... entre hortalizas. Solo... desconocido... Tengo miedo, en una palabra”.

“No temas, María. Mira: la ciudad está a dos pasos. Estos son los tranquilos huertos de los campesinos de Tiberíades, allí la ribera, a dos pasos. ¿Quieres que vayamos por la ribera? Encontraremos pescadores... No hay más que atravesar esta huerta”.

“¡No, no! Nos alejamos nuevamente de la ciudad. Y luego... los barqueros son casi todos griegos, cretenses, árabes, egipcios, romanos...” y parece como si nombrase a otras tantas clases de demonios. María, la Madre de Jesús, no puede menos de sonreír bajo su velo.

Siguen caminando. El camino se convierte en una vereda, y más sombrío... y María de Alfeo siente más el temor, y a cada paso no deja de invocar a Yeová y como que le acorta el paso.

“¡Date prisa! ¡Apúrate, si tienes miedo!” le dice María, que a cada invocación respondió con: “Maran Atá”.

María de Alfeo se detiene y pregunta: “Pero, ¿para qué has querido venir? ¿Acaso para hablar con Iscariote?”

“No. O por lo menos no es esta la razón principal. Vine a hablar a Valeria, la romana...”

“¡Misericordia! ¿Vamos ir a su casa? ¡Ah, no María! ¡No lo hagas! ¡Yo... yo no te acompaño! ¿Qué vas a hacer en la casa de esas... de esas... de esas que son anatema?”

La Virgen deja de sonreír. Su rostro toma un aspecto de seriedad: “¿No te acuerdas que hay que salvar a Áurea? Mi Hijo inició su liberación. Yo la completo. ¿De este modo practicas el amor por las almas?”

“Pero no es de Israel...”

“¡En verdad que no has comprendido ni una jota de la buena Nueva. Eres una discípula muy imperfecta... No trabajas por tu Maestro y me causas un gran dolor”.

María de Alfeo inclina la cabeza... Su corazón que por naturaleza es bueno, está lleno de prevenciones israelitas. Se adelanta, y con una explosión de llanto abraza a María. Le dice: “¡Perdóname! ¡Perdóname! No digas que te aflijo y que no sirvo a mi Jesús. Es verdad que soy muy imperfecta. Merezco que me reprendas... No lo haré más... Voy, voy contigo. Aun hasta

el infierno si es que allí vas a arrancar un alma para dársela a Jesús... Dame un beso, María, para saber que me perdonas..."

María la besa, y continúan ligeras el camino, animadas por su cariño mutuo.

Han llegado a Tiberíades, se dirigen al pequeño puerto de los pescadores. Buscan la casucha de José, el barquero discípulo... La encuentran... Lllaman...

"¡La Madre de mi Maestro! ¡Entra, señora! Que Dios sea contigo y conmigo que te hospedo. Entra también tú, y la paz sea contigo, madre de apóstoles".

Entran. La esposa y la hija del barquero corren a saludarlas, y detrás de ellas la nidada de pequeños...

Pronto terminan la parca cena. María de Cleofás, cansada, se retira juntamente con los niños a dormir. Quedan en la terraza alta, la Virgen María, el barquero y su mujer, que se empeña en acompañarla, pero que en realidad está cabeceando de sueño; en la terraza desde donde se ve –más bien se oye, porque todavía no sale la luna- chocar el lago contra la playa.

"Está cansada" la excusa José.

"¡Pobrecita! Las mujeres de casa siempre están cansadas al anochecer".

"Sí, trabajan. No son como esas de allá que se entregan al paseo" dice con desprecio el barquero señalando unas barcas iluminadas que se alejan de la playa entre cánticos y gritos. "Ahora salen. ¡Para ellas empieza ahora la fatiga cuando los demás duermen! Hacen mal a los trabajadores porque van a pescar en los mejores lugares y nos hacen huir a nosotros que sacamos del lago el pan para nuestras familias..."

"¿Quiénes son?"

"Romanas y compinches. Entre ellas pon a Herodías, a su .licenciosa hija y también a otras hebreas... Porque tenemos muchas semejantes a lo que fue María de Magdala... antes de que se hubiese arrepentido..."

"Son unas que no conocen la felicidad..."

"¿Que no la conocen? Somos nosotros los que no la conocemos al no lapidarlas para limpiar a Israel de las que se han corrompido y por cuya causa Dios nos maldice".

Otras barcas se alejan de la playa. El lago brilla de luces.

"¿No hueles el repugnante olor a resina? Se embriagan con el humo antes de todo, luego terminan con banquetes. Son capaces de ir a los manantiales de aguas calientes al otro lado... En aquellas aguas termales... ¡Se dan casos realmente infernales! Regresarán al amanecer, cuando el día despunte, tal vez más tarde... todos borrachos, echados unos sobre los otros como costales. Unos encima de otros. Y los esclavos los llevarán a sus casas, para dormir la mona... Exactamente esta noche salen todas las mejores barcas. ¡Mira! ¡Mira!... Pero más ira me dan los hebreos que se mezclan con ellos. Ellos, todos lo saben, son unos animales sin nombre. Pero nosotros... Oye, ¿sabéis que está aquí Judas el apóstol?"

"Lo sé".

"No da buen ejemplo ¿comprendes?"

"¿Por qué? ¿Va con esos?..."

"No... sino... con amigos malos... con una mujer. Yo no lo he visto... Ninguno de nosotros lo ha visto así. Pero algunos fariseos se han burlado de nosotros, diciéndonos: 'Vuestro apóstol cambió ya de maestro. Ahora tiene a una mujer y está en buena compañía de publicanos'".

"No juzgues, José, por lo que oíste decir. Sabes que los fariseos no nos quieren y que ni siquiera tributan ninguna alabanza al Maestro".

"Es verdad esto... pero corre la voz... y nos causa sinsabor..."

"Como brotó, así morirá. No peques contra tu hermano. ¿Dónde está? ¿Conoces el lugar?"

"Sí. En casa de un amigo suyo, como creo. Uno que tiene una bodega de vinos y especias. Es la tercera bodega que da al oriente del mercado, después de la fuente..."

"¿Son iguales todas las romanas?"

"¡Oh, quién más, quién menos!... Aunque no se hagan ver, causan daño".

"¿Quiénes son las que no se dejan ver?"

“Las que fueron a la casa de Lázaro en la Pascua. Se han retirado más... quiero decir, que no siempre van a los banquetes; pero con una cierta frecuencia para poder decir que son unas inmundas”.

“Pero, ¿lo dices porque estás seguro de ello, o porque tus prejuicios hebreos te hacen que te expreses así? Examínate de veras”.

“Bueno... realmente no lo sé... No las he visto más en las barcas de esos... Pero que vayan en barcas y de noche, sí”.

“También tú vas ¿o no?”

“¡Claro! Si es que quiero pescar”.

“El calor es terrible. Y sólo si uno se está en el lago encuentra descanso. Fue lo que dijiste cuando cenábamos”.

“Es verdad”.

“Entonces ¿por que no puede uno pensar que ellas van al lago por igual motivo?”

José no responde... Después: “Es tarde. Las estrellas nos dicen que ya es la segunda vigilia. Me voy a dormir. ¿No vas a dormirte?”

“No. Voy a orar. Saldré pronto. No te vayas a sorprender si no me encuentras cuando raye el alba”.

“Eres dueña de hacer lo que te parezca. Ana ¡ea!, vámonos a descansar” y sacude a su mujer que está durmiendo ya profundamente. Se van.

María se queda sola. Se pone de rodillas y ora, ora... pero no pierde de vista las barcas que bogan, las barcas de los señores, llenas de luces, de flores, de cantos, de incienso... Muchas barcas, se dirigen hacia el oriente. Se hacen pequeñitas con la distancia. No se oyen más los cantares. Se queda una barca, solitaria, que brilla en el espejo luminoso de una luna que se oculta ante Tiberíades. Lentamente boga... María no la pierde de vista hasta que no ve que la proa se dirige a la playa.

Entonces se levanta y dice: “¡Señor, ayúdame! Haz que sea...” y luego ligera baja la escalera, entra en una habitación con la puerta entreabierta... Al claror de la luna, fácil es distinguir un lecho. María se inclina y dice: “¡María, María, despiértate! Vámonos”.

María de Alfeo se despierta; semidormida y restregándose los ojos pregunta: “¿Ya es hora de irse? ¡Qué pronto amaneció!” Está tan soñolienta que no comprende que no es de día, sino que es la luz tenue de la luna que entra por la puerta abierta. Sólo cae en la cuenta cuando están ya afuera, en el pequeño pedazo de terreno que el barquero cultiva.

“Pero todavía no ha amanecido” exclama.

“Todavía no, pero vamos antes, y cuanto antes nos vamos de la ciudad... así lo espero. ¡Ven! Por aquí, por la playa. ¡Pronto! Antes de que la barca toque tierra...”

“¿La barca? ¿Cuál barca?” pregunta María, pero que corre detrás de Virgen que ligera va hacia la desierta playa, al pequeño muelle a donde la barca se dirige.

Anhelantes llegan, unos instantes antes que ella... María mira fijamente. Dice: “¡Dios sea bendito! Son ellos. Sígueme... hay que ir a donde van ellas... No sé dónde viven...”

“Pero María... por piedad... ¡Nos tomarán por unas meretrices!...”

La Virgen sacude la cabeza y en voz baja dice: “Basta con no serlo. ¡Ven!” y la jala hacia la penumbra de una casa.

La barca toca tierra. Mientras se hacen las maniobras, se acerca una litera. Suben a ella dos mujeres, otras dos se quedan en tierra y caminan al lado de la litera, que se pone en movimiento al paso cadencioso de cuatro húmedas vestidas con una túnica muy corta y sin mangas... que apenas si cubre la espalda...

La Virgen la sigue, no obstante las protestas en voz baja de María de Alfeo: “Dos mujeres solas... Detrás de aquellas... Van medio desnudos... ¡Oh!...”

Unos cuantos metros han avanzado, luego la litera se detiene.

Desciende una mujer, mientras alguien llama a un portón.

“¡Salve Lidia!”

“¡Salve Valeria! Dale un beso a Faustina en mi nombre. Mañana por la noche leeremos todavía tranquilas, entre tanto que aquellos se dan su banquete...”

Se abre el portón y Valeria, con su esclava o liberta están a punto de entrar.

La Virgen se adelanta y dice: “Dómina, una palabra”.

Valeria mira a las dos mujeres envueltas en un manto hebreo muy sencillo y que les cubre el rostro. Las toma por unas mendigas. Dice: “Bárbara, dales una limosna”.

“No dómina. No quiero dinero. Soy la madre de Jesús de Nazaret, y esa es una parienta mía. Vengo en su nombre a pedirte un favor”.

“¿Dómina, tu Hijo acaso está... perseguido?...”

“No más de lo que suele estar. Querría Él...”

“Entra, dómina. No está bien que estés en la calle como una mendiga”.

“No hay necesidad. Quisiera hablarte en secreto...”

“¡Retírense todos!” ordena Valeria a la esclava o liberta, y a los porteros. “Estamos solas. ¿Qué quiere el Maestro? No he venido a hacerle daño alguno en su ciudad. Él no vino para no causarme algún daño, tal vez, ante mi esposo”.

“No, porque se lo aconsejé. A mi Hijo se le odia, dómina”.

“Lo sé”.

“No exige honores, ni soldados, ni aspira a reinos ni a riquezas. Hace tan sólo sentir su derecho sobre los corazones”.

“Lo sé”.

“Dómina... Él quisiera devolverte a la jovencita... Pero no te vayas a enojar si digo que ella no podría dar cabida a Jesús en su corazón. Tú, mejor que otras... Pero a tu alrededor... hay mucho fango del mundo...”

“Así es. ¿Y qué quisiera?”

“Tú eres madre... Mi Hijo tiene sentimientos paternos, para cada corazón. ¿Te gustaría que tu hijita creciera en medio de lo que pudiera arruinarla?...”

“No. He comprendido... Bueno... Dile a tu Hijo estas palabras: “En recuerdo de Faustina, a quien salvaste su cuerpo, Valeria te deja a Áurea para que le salves el espíritu...” ¡Es verdad! Nos encontramos en medio de la corrupción... para poder dar garantías a un santo...Dómina, ruega por mí” y ligera se retira ante de que la Virgen pueda darle las gracias. Se retira, diría yo, llorando...

María de Alfeo está sin saber qué decir.

“Vámonos, María... Partiremos en la noche y mañana por la tarde estaremos en Nazaret...”

“Vámonos... La cedió como... si fuese una cosa...”

“Para ellos lo es. Para nosotros es un alma. Ven. Mira. El cielo allá empieza a iluminarse. Se podría decir que en este mes casi no hay noche...”

No toman el camino, que ya no está oscuro, y que se abre ante su vista, sino el de la ribera, que da a una fila de casas modestas... Cuando están a la mitad, sale de un rincón Judas, claramente borracho, que regresa quién sabe de qué banquete, con los vestidos sucios, la cara desfigurada.

“¡Judas! ¿Tú? ¿En este estado?”

Judas no tiene tiempo de fingir que no la conoce y no puede huir... la sorpresa lo despabila, y se queda como enclavado, sin reaccionar.

María se le acerca, sin importarle la repugnancia que el aspecto del apóstol despierta en ella. Le dice: “Judas, desgraciado hijo ¿qué estás haciendo? ¿No piensas en Dios? ¿En tu alma? ¿En tu mamá? ¿Qué haces, Judas? ¿Por qué quieres ser un pecador? ¡Mírame, Judas! No tienes derecho a matar tu alma” y lo toca, tratando de tomarle una mano.

“Déjame en paz. Soy al fin y al cabo un hombre. Y soy... soy libre de hacer lo que todos los demás hacen. Dile a Él que te envió a espiarme, que no soy todavía un espíritu, ¡soy joven!”

“No eres libre de arruinarte, Judas. Ten piedad de ti mismo... Obrando de ese modo nunca serás un espíritu dichoso... Judas... Él no me envió a espiarte. Él ruega por ti. No hace otra cosa más que esto, y también yo con él. En nombre de tu mamá...”

“Déjame en paz” dice desfachatadamente, y corrige: “No merezco tu compasión... Adiós...” y escapa a la carrera.

“¡Qué demonio!... se lo diré a Jesús” dice María de Alfeo. “¡Tiene razón mi hijo Judas!”

“Tú no dirás nada a nadie. Rogarás por él. Esto sí que lo harás...”

“¿Lloras? ¿Lloras por él? ¡Oh!...”

“Sí... Me sentía feliz por haber salvado a Áurea... Ahora lloro porque Judas es pecador. Pero a Jesús, que está ya muy afligido, no le llevaremos sino buenas noticias. Con nuestras penitencias y plegarias arrancaremos de Satanás al pecador... ¡Como si fuese un hijo, María, como si fuese un hijo!... También tú eres madre y comprendes... Por esa madre infeliz, por esa alma pecadora, por nuestro Jesús...”

“Sí, pediré al Señor... Pero no pienso que lo merezca...”

“¡María, no hables así!...”

“No lo diré más... Pero... así son las cosas. ¿No vamos a la casa de Juana?”

“No. Pronto la veremos en compañía de Jesús...”

131. Hay qué ser agradecido

20 mayo 1946

Está muy cansada la Virgen cuando de regreso vuelve a pisar el umbral de su hogar, pero se siente muy feliz. Busca al punto a Jesús que todavía está trabajando a la luz de los últimos rayos para poner la puerta del horno en su lugar. Le abrió Simón, quien después del saludo, se retira prudentemente al taller. No veo a Tomás. Tal vez esté fuera de la casa.

Apenas ve a su Madre, Jesús deja sus instrumentos, y limpiándose las manos que tiene sucias con el aceite (pues estaba echándolo en el cerrojo y goznes) en su delantal de trabajo le va al encuentro. El verse otra vez parece como si iluminase el huerto en que la luz solar va apagándose.

“La paz sea contigo, Mamá”.

“La paz sea contigo, Hijo”.

“Qué cansada debes estar. No tomaste ni un minuto de descanso...”

“Desde el amanecer hasta el crepúsculo descansé en casa de José... Si no hubieran habido estos fuertes calores hubiera partido al punto para decirte que te han cedido a Áurea”.

“¿De veras?” El rostro de Jesús rejuvenece ante la alegre sorpresa. Parece como si tuviese unos veinte años, y llevado de su alegría, y dejando a un lado su majestad que generalmente se le ve en el rostro y en las acciones, se parece más a su Madre, que siempre parece ser una jovencita tan serena tanto en sus movimientos, como en su rostro.

“De veras, Jesús. No me costó ningún trabajo haberlo conseguido. La mujer dio al puno su parecer. Se sintió conmovida al reconocer que ella, y con ella sus amigas, se encuentran en tal estado de no poder educar una criatura para Dios. Un reconocimiento tan humilde, tan sincero, tan verdadero. No es muy fácil encontrar a alguien que sinceramente reconozca tener defectos”.

“Así lo es. No es fácil. En Israel muchos no lo hacen. Son unas almas hermosas sepultadas bajo una costra de suciedad. Pero cuando esta caiga...”

“¿Sucederá, Hijo?”

“Estoy seguro de ello. Instintivamente se dirigen al Bien. Terminarán por acercarse a Él. ¿Qué te dijo?”

“¡Oh, pocas palabras!... Nos entendimos al punto. ¿No sería mejor llamar al punto a Áurea? Quiero comunicárselo, si me lo permites, Hijo mío”.

“Claro, Mamá. Mandaremos a Simón y con voz fuerte llama a Zelote que viene al punto.

“Simón, ve a la casa de Simón de Alfeo y dile que mi Madre ha regresado. Ven con la niña y con Tomás, que debe estar allí para terminar ese favor que le pidió Salomé”.

Simón se inclina y se va al punto.

“Cuéntame, mamá... tu viaje... lo que dijiste... ¡Pobrecita Mamá, qué cansada estás por mi causa!”

“¡Oh, no, Jesús! No hay fatiga alguna, si estás feliz...” y María le cuenta su viaje, el miedo de María de Alfeo, su hospedaje en casa del barquero, su encuentro con Valeria, y termina diciendo: “Preferí verla a esa hora, pues el Cielo lo permitía. Cuanto más pronto le hablara, tanto más satisfecha me sentía, y mucho más consolada estaba María Cleofás, que tenía mucho miedo de que nosotras dos mujeres estuviésemos en Tiberíades, cosa que vencía al pensar que lo hacía por amor a Ti, por servirte...” y María sonríe al recordar las angustias de su cuñada.

Jesús sonríe y dice: “¡Pobrecita! Es la verdadera mujer de Israel, la antigua mujer, reservada, encerrada, la mujer *fuerte* según los Proverbios¹. Pero en la nueva Religión la mujer no será sólo *fuerte* en su casa... Habrá muchas que superarán a Judit y a Yael, con su heroísmo, como un heroísmo como el de la madre de los Macabeos²... Y así lo será nuestra María. Pero por ahora... es así... ¿Viste a Juana?”

María no sonríe más; tal vez teme que le pregunte por Judas. Rápida responde: “No quise causar más angustias a María. Nos encerramos en la casa hasta más de la mitad de la nona, y descansamos; luego nos vinimos... Pensé que pronto la veremos, en el lago...”

“Hiciste bien. Me has traído la prueba de lo que las romanas sienten por Mí. Si Juana hubiese intervenido, se hubiera podido pensar que la cedían a la amiga. Ahora vamos a esperar hasta el sábado y si Mirta no viene partiremos con Áurea”.

“Hijo, quisiera quedarme...”

“Estás muy cansada. Lo veo”

“No, no por esto... Pienso que Judas podría venir aquí... Como no está mal que en Cafarnaum haya siempre un amigo que lo hospede, tampoco lo está que alguien lo acoja cariñosamente aquí”.

“Gracias, Mamá. Tú sola comprendes lo que puede todavía salvarlo...”

Ambos suspiran por el discípulo que les causa dolor...

Regresan Simón y Tomás con Áurea que al punto corre con María. Jesús la deja con su Madre, y va adentro con los apóstoles.

“Rezaste mucho, hija, y el buen Dios te escuchó...” empieza diciendo María.

Pero la niña la interrumpe con un grito de alegría: “¡Me quedo contigo!” y le echa los brazos al cuello, besándola.

María la besa también, y continuando teniéndola entre sus brazos, dice: “Cuando uno recibe un favor, hay que pagarlo ¿o no?”

“Claro que sí. Yo te pagaré amándote mucho”.

“Gracias, hija, pero Dios es más que yo. Él es el que te concedió este gran favor, esta gracia inmensa de acogerte entre los hijos de su pueblo, de hacerte discípula del Maestro-Salvador. Yo no fui sino el instrumento de gracia, que Él, el Altísimo, te concedió. ¿Qué darás al Altísimo, para decirle que se lo agradeces?”

“No sé... Dime cómo, Madre...”

“Con amor, y es así; pero el amor para que sea verdaderamente tal, tiene que ir unido con el sacrificio, porque cuando algo nos cuesta, es porque tiene valor ¿o no es verdad?”

“Cierto”.

“Bueno, yo diría que tú, con la misma alegría con que gritaste: “¡Me quedo contigo!” tienes que gritar: “Sí, Señor” cuando yo, su pobre sierva, te diga lo que Él dispone de ti”.

“Dímelo, Madre” dice Áurea, poniendo su carita seria.

“Dios quiere confiarte a dos buenas mujeres, que son madres, a Noemí y a Mirta...”

Dos lágrimas se asoman a los ojos de la niña, y le ruedan por sus sonrosadas mejillas.

¹ Cfr. Prov. 31, 10-31.

² Cfr. 2 Mac. 7.

“Ellas son buenas. Mi Jesús y yo las queremos. Jesús a una de ellas le salvó a su hijo, a la otra yo amamanté el suyo. Tú viste que son buenas...”

“Es cierto, pero esperaba quedarme contigo...”

“Hija, no se puede tener todo. Tú misma ves que yo misma no estoy con mi Jesús. Os lo he entregado. Estoy separada, muy separada de Él, mientras va caminando por la Palestina para predicar, cura y salva niñas...”

“Es verdad...”

“Si lo quisiera para mí sola, tú no te hubieras visto a salvo... Si lo quisiera para mí sola, vuestras almas no se salvarían. Piensa cuán grande es mi sacrificio. Os doy un Hijo que será inmolado por vuestras almas. Por otra parte tú y yo estaremos siempre unidas, porque las discípulas están y estarán siempre unidas con el Mesías, formando una gran familia unidas por el amor que hacia Él tienen”.

“Es verdad. Y... podré venir aquí ¿no es verdad? ¿Nos volveremos a ver otra vez?”

“Sin duda alguna. Hasta que Dios lo quiera”.

“¿Y rogarás siempre por mí?...”

“Lo haré siempre”.

“Y cuando estemos juntas, ¿volverás a enseñarme muchas cosas?”

“Sí, hija...”

“¡Ah, yo quería ser como tú! ¿Lo lograré? Quiero saber, para ser buena...”

“Noemí es madre de un sinagogo que es discípulo del Señor. Mirta tiene un hijo que mereció la gracia del milagro y es buen discípulo. Las dos mujeres son buenas e inteligentes, además que abrigan en su corazón un gran amor”.

“¿Me lo aseguras?”

“Te lo aseguro, hija”.

“Entonces... bendíceme y que se haga la voluntad del Señor... como dice la oración del Jesús. Tantas veces que la he dicho... Es justo que ahora haga lo que dije para conseguir que no fuese con los romanos...”

“Eres una buena muchachita. Dios siempre te ayudará más. Ven, vamos a decirle a Jesús que la discípula más joven sabe hacer la voluntad de Dios...” y tomándola de la mano entra con ella a la casa.

132. Otro nuevo sábado en Nazaret

21 mayo 1946

Mejor dicho, apenas si va a empezar el sábado, pues ahora comienza el crepúsculo del viernes, y calurosas pero alegres llegan Mirta y Noemí con el joven Abel. Bajan de sus borricos. Abel los lleva afuera, al pesebre de algún amigo, probablemente al de los borriqueros de Nazaret, que son discípulos. Ellas entran por la puerta del taller que está abierta para que entre aire, a donde hasta hace poco entraban los últimos rayos del sol, que lo hacían más caliente.

Tomás está poniendo en su lugar sus instrumentos, y Simón barriendo el aserrín; Jesús por su parte está limpiando los cacharros de cola y pintura.

“La paz sea contigo, Maestro, y con vosotros también” dicen las mujeres inclinándose apenas entran, y luego arrodillándose a los pies de Jesús tan pronto se acercan a Él.

“La paz sea con vosotras. Sois muy fieles. ¡Venir con este calor!”

“¡Oh, no es gran cosa! Se encuentra uno tan bien aquí que se olvida de todo. ¿Dónde está tu Mamá?”

“Está allí terminando un vestidos para Áurea. Id vosotras”.

Las dos toman sus alforjas y se van. Se oyen sus melodiosas voces, más bien de tono bajo, que se mezclan con la voccecita delgada de Áurea y con la argentina de María.

“Ahora se sentirán felices” dice Tomás.

“Sí. Son una buenas mujeres” responde Jesús.

“Maestro, Mirta, además de conservar al hijo que tenía, ha conseguido una nueva criatura, y en poco más de un año...” dice Zelote.

“Sí. En poco más de un año. Hace ya más de un año que María Magdalena se convirtió. ¡Cómo pasa el tiempo! Me parece que fue ayer... ¡Cuántas cosas han pasado en un año! ¡Qué hermoso retiro el de antes de la elección! Después, Juan de Endor, Marziam. Luego Daniel de Naím. Luego María Magdalena, y luego Síntica... Pero ¿dónde estará Síntica? Pienso frecuentemente en ella y no logro comprender por qué...” dice Tomás terminando su monólogo, porque ni Jesús, ni Simón le responden, pues se va afuera para lavarse para ir después a donde están las discípulas.

La visión se interrumpe con la carta que me llega de Roma, y que envió el Padre Migliorini. Jesús me dice: “Ábrela y léela”. Lo hago. Francamente no sabría qué responder... Mientras vuelvo a leerla la Voz amadísima de mi Señor me hace dar un sobresalto, por lo tan cercano que lo oigo, a mis espaldas. Dice:

Respóndele a nombre mío: Dice la Sabiduría y dice el Evangelio, lo que no podréis negar que sean una cosa santa: “Jesús enseñaba en su patria de Nazaret y en las sinagogas... Y se escandalizaron de Él... Y por causa de su incredulidad no hizo muchos milagros” (Mateo y Marcos)¹... “Y Jesús fue a Nazaret, donde había crecido y entró a la sinagoga y se levantó para leer... Y dijo... ‘Ningún profeta es acepto en su pueblo’... Los de Nazaret llenos de enojo lo llevaron hasta la cima del monte y trataron de echarlo abajo” (Lucas)². ‘Entonces Él empezó a reprochar las ciudades en las que había hecho muchos milagros y que no se habían convertido, diciendo: ‘¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti Betsaida!... y tú Cafarnaum... porque no os habéis convertido al Señor” (Mateo)³. “Y Jesús dijo: ‘Jerusalén que matas a los profetas y lapidas a los que se te envían... ved que vuestra casa quedará desierta, y no me veréis más hasta que no llegue el día en que me digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor” (Lucas)⁴. “Y Jesús al ver a Jerusalén lloró por ella, diciendo: ‘¡Oh si conocieseis... No has reconocido el tiempo en que el Señor vino a visitarte” (Lucas)⁵.

Pues bien, esto se ha dicho. Belén no quiso al Señor. Nazaret no quiso al Señor. Cafarnaum no mereció al Señor, lo mismo que Betsaida y Corozain. Jerusalén odió al Señor porque ‘no lo reconoció en su Palabra’. Muchos son los “cristos” y muchos los que a los cristos y a su misión oponen lo que opusieron las ciudades de Palestina contra su Salvador y Maestro. Di esto y añade: Quien tiene oídos para entender, que entienda; quien tiene inteligencia que reflexione, y quien caridad que obre.

Lo demás de la carta queda entre Yo y tú, portavoz mío, y mi paz, mi gracia, mi amor, el del Padre y del Espíritu Santo queden contigo”.

Y torno a ver.

Regresa Abel de Belén de Galilea y encuentra todavía a Tomás pensativo, que está en el lugar donde suele trabajar, moviendo distraídamente sus pequeños instrumentos de orfebre.

“¿Tuviste trabajo?” pregunta el discípulo inclinándose a verlos.

“¡Oh, he hecho que todas las mujeres de Nazaret fuesen felices! Jamás me pude haber imaginado que hubiese tantos broches, brazaletes, collares y lirios para componer. Tuve qué pedir a Mateo que me trajese el metal de Tiberíades. Me he creado una buena clientela... ¡ja, ja! (alegre ríe) como la que ni mi padre tiene. Es verdad que no pido dinero...”

“¿Lo regalas todo?”

¹ Cfr. Mt. 13, 53-58; Mc. 6, 1-6.

² Cfr. Lc. 4, 16-20.

³ Cfr. Mt. 11, 20-24.

⁴ Cfr. Lc. 13, 34-35.

⁵ Cfr. Lc. 19, 41-44.

“No. Pido sólo lo que cuesta el material. El trabajo lo regalo”.

“Eres generoso”.

“No. Soy inteligente. No pierdo el tiempo. Doy ejemplo de laboriosidad y de no amar el dinero... y predico... ¡Chitón! Creo que he predicado más haciendo así, sin decir una palabra, sin haber dicho algo en la sinagoga, que si hubiese estado hablando siempre. Y luego... Me estoy preparando. Me he propuesto hacer propaganda con el trabajo cuando vaya a predicar a Jesús entre los infieles. Y que si estoy haciendo progresos”.

“Eres un hombre inteligente como orfebre y como apóstol”.

“Me esfuerzo en serlo por amor a Jesús. ¿Con que has ganado una hermana? Trátala bien, ¿sabes? Es como una palomita salida del nido. Te lo digo yo que estoy acostumbrado por razón de mi trabajo a tratar mujeres. Una suave palomita que tuvo mucho miedo del gavilán, y que busca alas maternas, alas fraternas como defensa. Si tu madre no la hubiese querido, la hubiera pedido yo, para mi hermana gemela. Un hijo de más, un hijo de menos. Es muy buena mi hermana, ¿sabes?”

“También mi madre. Se le murió una niña, cuando se quedó viuda. Tal vez se le puso mal la leche a causa del dolor con la muerte de mi padre. Apenas si me acuerdo de esta hermanita... y tal vez ni siquiera me acordaría de ella si mi madre frecuentemente no la llorase, y si cualquier niña pobre de Belén no tuviese derecho a comer y a vestirse con lo de nuestra casa como recuerdo de la muertita... Como he crecido siempre con mamá, he terminado por abrigar un gran cariño por las niñas... Yo pienso que esta no es más ya una niña... pero la consideraré como tal, por su corazón, si es como mi madre, Noemí y tú decís...”

“Puedes estar seguro. Vamos allá...”

Allá, esto es el comedor donde están las mujeres, Jesús y Zelote. Mirta que ha venido con una gran esperanza, está conquistándose a Áurea con probarle un vestido de lino que le hizo.

“Te queda bien” dice deshebrándosela y acariciándola, mientras ajusta el vestido que se quitó al poner el nuevo. “Te queda bien. Vas a ver, hija... ¡Oh, ved a mi hijo Abel! Acércate, hijo. Mira: esta es Áurea. Pertenece a nuestra familia, ¿lo sabías?”

“Sí, y me siento contento como tú”. Mira a la niña, la estudia... sus negros ojos se clavan en ella y terminan con las grandes pupilas de pálido cielo. Queda satisfecho. Sonríe. Le dice: “Nos amaremos en el Señor que nos salvó y lo amaremos y haremos que otros lo amen. Seré para ti un hermano en espíritu y en cariño. Lo prometo ante el Maestro y mi Madre” y con una bella sonrisa, pura, juvenil, que refleja una gran espiritualidad, le tiende su mano fuerte y morena.

Áurea vacila por un momento-, se sonroja, da su mano izquierda a la derecha que le alarga Abel. Dice: “Así haremos. En el Señor”.

Los presentes se sonríen entre sí...

“Aquí se puede entrar sin llamar a la puerta...”

“¡Ved a Simón de Jonás! Esta vez no resistió la tentación...” dice Tomás riéndose y saliendo fuera.

“¡Cierto! No aguanté... La paz sea contigo Maestro”. Lo besa. Jesús también hace lo mismo. “¿Quién iba a aguantar?” Ve a María y se inclina a saludarla. Luego continúa: “Pero, por escrúpulo, pasamos por Tiberíades y buscamos a Judas... Porque... estamos todos ¿eh? Los otros están por llegar. También Marziam... Bueno, decía que pasamos por Tiberíades. ¡Uhm!, para buscar a Judas por si... pensaba venir a Cafarnaum, por lo menos este sábado... Sería feo que todos nos hubiésemos ido... Y lo encontramos... claro. Mejor dicho lo encontró Isaac, que había ido a saludar a Jonatás... Porque Isaac fue a Cafarnaum para esperarte con no sé cuántos, que se quedaron allí para hacerse más sabios bajo la guía de Hermas, y de Esteban, de tu hijo, Noemí y del sacerdote Juan... Pero Isaac se vino con nosotros, porque se muere sin verte... Y... ¡pobre Isaac! Judas no lo recibió bien. Creo que Isaac terminó con todas las impaciencias, rencores, enojos en su larga enfermedad... ¡No reacciona jamás! Aunque se le den de bofetones, sonrío... ¡Qué hombre tan pacífico! Bueno. Nos dijo: “Encontré a Judas. No viene. No insistáis”. Yo comprendí. Dije: “¿Te respondió mal? Dímelo.

Soy el jefe y debo saberlo...” “¡Oh, no” contestó. “Él no contestó mal sino su mal. Hay qué compadecerlo...” Y compadezcámoslo... Bueno, aquí estamos... y contentos de... ¡Ah, ved que llegan los otros...”

Y con otros llegan Judas y Santiago de Alfeo con su madre y discípulos de Nazaret: Aser, Ismael, Simón de Alfeo, y caso raro, también José de Alfeo.

Se deshacen de las alforjas. Natanael ha traído miel y Felipe un cesto de uvas de color oro, como los cabellos de Áurea. Pedro pescado, lo mismo que los hijos de Zebedeo. Mateo en cuya casa no hay mujeres, y por lo tanto no puede traer ningún obsequio de comer, ha traído una vasija llena de tierra y dentro un pié pequeño, cortado de la rama, de un limón o naranjo o de alguno de este género. Dice: “Una primicia... Tan sólo el que ha estado en Cirene, puede poseer este árbol. Conozco a uno que estuvo allá, uno del fisco como yo en otros tiempos. Ahora ha dejado todo y vive en Ippo. Fui a verlo y le pedí el piecito porque en la luna nueva hay qué plantarlo cuanto antes. Da frutos buenos, hermosos. Sus flores son un perfume suave y parecen estrellitas de cera, estrellitas como tu nombre... Míralo” y ofrece a María la plantita.

“Pero ¡cómo te habrás cansado con esto! Te lo agradezco. Mi huerto se embellece con vuestra cooperación. El alcanfor de Porfiria, las rosas de Juana, tu planta rara, Mateo, las otras flores que trajo Judas de Keriot... ¡Cuántas cosas tan hermosas! ¡Qué buenos sois para con la Madre de Jesús!”

Los apóstoles están conmovidos. Sólo abren tamaños ojos cuando María menciona el nombre de Judas.

“Te quieren mucho. Pero también nosotros te queremos” dice con fuerza e impetuosamente José de Alfeo.

“No hay duda. Sois los queridos hijos de Alfeo mi pariente y de María, que es tan buena. Me amáis. Es natural. Somos parientes... Estos no tienen nuestra misma sangre, y sin embargo son como hijos míos, como hermanos de Jesús, a quien tanto aman y lo siguen...”

José comprende lo que la Virgen ha dicho. Se limpia la garganta. Busca palabras... las encuentra... dice: “Tienes razón. Pero si todavía no estoy con ellos es porque pienso en las consecuencias que le podría acarrear a Él, a ti... y... y... En una palabra, también yo amo, y sobre todo a ti, pobre mujer, que te quedas sola por mucho tiempo... Vine a decir a Jesús que estoy contento de que se haya acordado de las necesidades que padece su Madre, y haya hecho cosas útiles...” y orgulloso de ser el “cabeza” de la parentela y de poder alabar y amonestar, se digna encomiar a Jesús por sus trabajos de carpintero, por los barnices que ha dado, y por lo que hizo en este mes: “¡Muy bien hecho! Ahora todos saben que esta mujer tiene un hijo. Me siento orgulloso de afirmar que vuelvo a encontrar a mi inteligente Jesús hijo de José. ¡Bravo! ¡Bravo!”

El inteligente Jesús hijo de José, el sapientísimo Verbo divino, que se ha humillado a ser un mortal, acepta dulce, humildemente las alabanzas mezcladas con... los autoritarios consejos de su primo José, con una sonrisa tan bella que es un freno que reprime la reacción de los apóstoles en favor de Jesús.

José, tiene los humos en la cabeza al ver que lo escuchan. Continúa: “Abrigo la esperanza que de hoy en adelante Nazaret no tenga ante sus ojos a una pobre madre abandonada, y a un hijo que imprudente, se sale del sendero común para caminar por veredas inseguras en su meta, en sus consecuencias. Hablaré con mis amigos, con el sinagogo... Te perdonaremos... ¡Oh Nazaret será feliz en abrirle los brazos como a un hijo que regresa, y que regresa como ejemplo de virtudes para todos sus ciudadanos. Mañana mismo, y yo en persona, te acompañaré a la sinagoga y...”

Jesús levanta su mano. Impone silencio. Con calma, pero *claramente* dice: “Como un fiel, ciertamente que iré a la sinagoga, como he ido otros sábados. Pero no es necesario que hables en mi favor, porque una hora después del crepúsculo partiré para ir a evangelizar, cumpliendo así con mi deber de obedecer al Altísimo”.

Un buen desaire se ha llevado José... Toda su bonachonería se apaga, y aflora su dura intransigencia: “¡Está bien! Pero no me vengas a buscar cuando me necesites. He cumplido

con mi deber y no soy responsable de tus desgracias que ciertas se ciernen sobre Ti. Adiós. Aquí estoy de más, porque no os puedo comprender, ni vosotros a mí. Me voy sin rencor, pero muy afligido... Que el Señor te proteja como lo hace con todos los que... son sencillos de corazón, imperfectos... Adiós, María. Date valor, pobre madre”.

“Adiós, José. Pero no por Él, sino por ti es por quien debo tener valor. Porque tú eres el que estás fuera de los caminos de Dios, y me causas aflicción” dice María sosegadamente, pero con firmeza.

“Eres un terco, ¡y no más! Y si no fueses –por desgracia- el jefe de casa, te cogería a golpes; hijo por mi sangre, pero no por mi espíritu...” le grita María de Alfeo. Y diría más, si la Virgen suplicante no le dijese: “Cállate. Por amor a mí”.

“Me callo. Sí. Pero... Pero pensad si puedo ver entre mis hijos a un bastardo de esta clase...”

El bastardo ya se fue. La buena María de Alfeo descarga todo su peso por este hijo terco. Su desahogo termina con llanto, y entre sollozos revela la mayor pena de sus dolores: “Y a ese no lo tendré conmigo en el cielo, no lo tendré. ¡Lo veré entre los tormentos! ¡Oh, Jesús, haz el milagro!”

“Sí, María. Sí. ¡No llores! También a él le llegará su hora. Tal vez la undécima, pero le llegará. Te lo aseguro. No llores...” dice Jesús consolándola... Y cuando María se ha calmado dice a los apóstoles y discípulos: “Venid conmigo al olivar, mientras ellas preparan sus cosas. Tenemos algo qué hablar entre nosotros”.

133. La partida. El viaje a Belén de Galilea

22 mayo 1946

Es la tarde del sábado *verdaderamente* dicho, y la vida torna a su acostumbrada actividad. Aquí, en la casa de Nazaret, vuelve, después del descanso, con los preparativos para la partida. Se reponen las provisiones, los vestidos en las alforjas, y estas se atan bien; se ve si las sandalias están fuertes, lo mismo sus correas; se da de beber a los asnos que han comido cerca de la valla del huerto... despedidas, y alguna que otra lágrima entre sonrisas y bendiciones; promesas de verse pronto... Lo que ofrece Tomás a la Virgen es algo que nadie se esperaba: un brocamantón, le llamamos ahora, broche, que se pone en el escote del vestido. Es de tres tallos, finísimos, casi invisibles, perfectos que se unen en dos hojitas que imitan a la perfección las naturales, por el metal tan bien trabajado.

“Sé que no te lo pondrás, María, pero acéptalo de todos modos. Me llegó la idea de hacerlo cuando un día mi Maestro habló de ti, comparándote con los lirios de los valles... Yo no he hecho cosa alguna por tu casa... pero esto lo hice para ti, para que la alabanza que te dio tu Hijo se aprecie como símbolo tuyo, que la mereces más que cualquier otra mujer. Y si no he logrado dar al metal la viveza de un tallo real y la fragancia de la flor, mi sincero y respetuoso amor por ti lo hagan finísimo como una caricia y lo perfumen de la devoción que siento por ti, Madre de mi Señor”.

“¡Oh, Tomás, es verdad! No uso joyeles, porque me parecen cosas fútiles, pero esto no lo es. Es amor de mi Jesús y de su apóstol, y me gusta mucho. Lo guardaré siempre y me acordaré del buen Tomás que ama mucho a su Maestro, y que se acuerda no sólo de su doctrina, sino también de sus últimas palabras dichas hacia las cosas más humildes, igual que a las personas más insignificantes. Gracias, Tomás, no por el valor, sino por el amoroso afecto. Gracias”.

Todos admiran el perfecto trabajo, y Tomás, feliz, saca una pequeña preciosidad: tres estrellitas de jazmín con una ramita, unidas en un círculo, y se lo entrega a Áurea. “Porque no fuiste codiciosa en quererlo, porque has estado aquí mientras el jazmín estuvo en flor, y porque estas estrellitas te recuerden a nuestra Estrella. Pero ten en cuenta que con tus virtudes debes perfumar las flores y ser también una flor, cándida, hermosa, pura, que perfuma el cielo. Si no lo eres, me devuelves el broche. ¡Ea! Y no llores... que todo pasa... y pronto

volveremos con María, o Ella irá a donde estemos... y..." Tomás al ver las lágrimas de Áurea, piensa que es mejor no continuar y sale apenado diciendo a Pedro: "Si hubiese pensado que... se iba a poner a llorar, no le hubiera dado nada... Hice ese broche para consolarla en estos momentos... No adiviné lo que iba a suceder..."

Pedro, atolondrado por lo que está sucediendo, pierde el control y dice: "Esto siempre ocurre en las despedidas... Hubieras visto entonces a Síntica..." Cae en la cuenta de lo que ha dicho, quiere volver atrás, se pone colorado... pero ya ha cometido el error.

Tomás comprende, y bonachón le echa un brazo en el cuello, diciendo: "No te aflijas, Simón. Sé guardar un secreto. Comprendo por qué habéis guardado silencio... Por Judas de Simón. Yo, por el Dios de nuestros padres, te juro que lo que involuntariamente he sabido, *lo olvidaré*. Ni te aflijas, Simón..."

"Es que el Maestro no quería..."

"Y no hay duda que tenía toda la razón de hacerlo. Yo no me he molestado por eso".

"Lo sé. Pero ¿qué va a decir?..."

"Nada, porque nada sabrá. Confía en mí".

"¡Ah, no! Al Maestro no le oculto nada. Cometí un error. Merezco su reprehensión. Y al punto. No estaré en paz si no le digo mi equivocación. Tomás, hazme un favor, ve a llamarlo... Voy al taller. Ven con Él. Me siento muy mal para hacerlo y los otros se darían cuenta".

Tomás lo mira con mucha compasión, entra en la casa para llamar a Jesús: "Maestro, ven un momento. Quiero decirte algo".

Jesús que estaba despidiéndose de María de Alfeo en esos momentos, lo sigue sin replicar. "¿Qué quieres?" le pregunta al caminar a su lado.

"Yo, nada. Es Simón el que te quiere hablar. Míralo..."

"Simón, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás así turbado?"

Pedro se echa a los pies de Jesús llorando: "He faltado. Absuélveme".

"¿Faltado? ¿En qué cosa? Estabas alegre, tranquilo..."

"Ah, Maestro, te he desobedecido. Hablé a Tomás de Síntica... Estaba yo conmovido por las lágrimas y él estaba más que yo; creía que las había aumentado él... para consolarle le dije: "Esto siempre en las despedidas... Hubieras visto entonces a Síntica..." y él comprendió..." Pedro levanta una cara afligida; su mirada refleja la humillación y el desconsuelo.

"Sea bendito el Señor, Simón mío. Pensaba que habías cometido una cosa más grave. Tu sinceridad borra aún esta. Hablaste sin malicia. Lo dijiste a un compañero tuyo. Tomás es bueno y no lo dirá a nadie..."

"Me lo juré ya... Pero mira, ahora tengo miedo de ser más pedazo de alcorcho y de no saber guardar un secreto".

"Hasta ahora lo guardaste".

"Sí, pero imagínate. Jamás he dicho una palabra ni a Felipe, ni a Natanael. Y ahora..."

"¡Ea, levántate! El hombre siempre es imperfecto, y cuando lo es sin malicia no comete ningún pecado. Contrólate. No te aflijas más. Te daré un beso. Tomás, ven aquí". Tomás acude. "Ciertamente habrás comprendido las razones del secreto".

"Así es, Maestro, y he jurado respetarlo por mi parte y en lo que puedo. Se lo dije ya a Simón".

"Al pedazo de alcorcho de Simón" dice Pedro con un suspiro.

"No, amigo. Me has edificado con tu humildad y sinceridad, que son perfectas. Me has dado una gran lección y la tendré presente. No lo diré a nadie por prudencia, lo que me apena, porque pocos de nosotros tienen y tendrán la rectitud que tuviste... Pero nos están llamando. Vámonos".

De hecho, ya hay muchos en la calle y las tres mujeres: Noemí, Mirta y Áurea están ya en sendos borricos. María con su cuñada están junto a Áurea, la vuelven a besar, y cuando ven que llega Jesús, besan a las dos discípulas y por último se despiden de Jesús que las bendice antes de ponerse en camino...

La Virgen y María de Cleofás entran nuevamente en casa donde se ven los asientos fuera de su lugar, los trastos por todas partes... el desorden, consecuencia de cuando se parte.

María distraídamente pasa su mano con cariño sobre el pequeño telar en que enseñaba a Áurea a trabajar... Sus ojos están llenos de lágrimas que quieren derramarse.

“¡Sufres, María!” le dice María Cleofás que da rienda suelta a su llanto. “Te habías encariñado con ellas... Vienen aquí... luego se van... y nosotras somos las que sufrimos...”

“Nuestra vida de discípulas. Oíste lo que decía Jesús hoy: “Así haréis en el futuro. Al ver en todas las criaturas a almas fraternales seréis acogedoras, sobrenaturalmente acogedoras, pensando que sois peregrinas al acoger a los peregrinos. Prestaréis ayuda, fuerza, consejo, y luego permitiréis que los hombres se vayan a donde tenía que ir, sin entretenerlos con cariños mal entendidos, seguras que después de la muerte los volveréis a encontrar. Vendrán las persecuciones y muchos os dejarán para ir al martirio. No seáis cobardes, ni tampoco aconsejéis serlo. Quedaos en vuestras casas vacías para orar, para sostener a los mártires en su valor. Serenas para fortalecer a los más débiles, fuertes para estar prontos a imitar a los héroes. Acostumbraos a las separaciones, a los heroísmos, al apostolado de la caridad fraterna, ya desde ahora...” Y nosotras lo hacemos, sufriendo... ¿es verdad? Somos humanas... Pero el espíritu participa de una alegría espiritual que es la de hacer la voluntad del Señor, de cooperar a su gloria. Por otra parte... Yo soy la madre de todos... y no debo serlo de uno solo. No lo soy ni siquiera exclusivamente de Jesús... Tú ves cómo lo dejo ir sin detenerlo... Quisiera estar con Él, eso sí; pero a Él le parece que debo quedarme aquí, hasta que Él me diga: “Ven”. Yo me quedo. ¿Las veces que viene aquí? Son mis alegrías de madre. ¿Mis caminatas y correrías con Él? Son mis alegrías como discípula. ¿Mis soledades de aquí? Son mis alegrías de quien hace la voluntad de su Señor”.

“El Señor es tu Hijo, María...”

“Así es, pero siempre es mi Señor... ¿Te quedas conmigo, María?”

“Sí, si me lo permites... Siento que mi casa es muy triste en las primeras horas en que no están ya mis hijos... Mañana será otra cosa... Y esta vez lloraría mucho más...”

“¿Por qué, María?”

“Porque desde ayer siento el llanto en mi corazón... Soy un pozo. Un pozo cuando está lleno de agua por las lluvias”.

“¿Por qué querida?”

“Por José... ayer... ¡Oh! No sé si ir a regañarlo ásperamente, porque en resumidas cuentas es mi hijo, pues este vientre lo llevó y estos pechos lo amamantaron, y no hay primogenituras que sean superiores a una madre... o bien, no hablarle más, no hablarle a ese bastardo que di a luz, y que ofende a mi Jesús, a ti y...”

“Nada de esto vas a hacer. Serás para él siempre “una mamá”. La mamá que compadece a su hijo obstinado, enfermo, extraviado, y que lo hace dócil con la bondad, y lo lleva a Dios con la oración y la paciencia Toma ánimo y no llores... Ven conmigo más bien. Oremos en mi cuarto por él, por los que se han ido, por la niña, para que sufra poco y sea una santa... ¡Ven, ven, María!” y la lleva consigo.

Entre tanto los peregrinos van por el camino que va hacia el suroeste. Adelante van las mujeres sobre sus borriquillos, que bien comidos y bien descansados, trotan alegres, haciendo que Marziam y Abel, los cuales por prudencia van al lado de Áurea, que es la primera vez que cabalga, vayan casi corriendo. Y la fatiga que se les ve sirve para distraer a Áurea del dolor por la separación de María.

De vez en cuando para dar aliento a los dos jóvenes. Mirta detiene su borrico dando alto, y no emprende la marcha, sino hasta que las han alcanzado los apóstoles. Cuando se paran, y que no hay ya qué distraiga a Áurea, ésta se pone triste... Marziam, que tiene experiencia como huérfano, que fue acogido por caridad por una mujer que le hace las veces de madre, después de haber conocido a María, la consuela diciéndole cómo uno se encariña después

con la madre adoptiva “como si fuese la propia madre” y le cuenta sus impresiones y cuenta cómo María y Matías son felices con Juana y Anastásica con Elías.

Áurea escucha lo que se le refiere, y cuando Marziam termina con “Créeme las discípulas todas son buenas, y Jesús sabe a quién nos va a dar” y que Abel recalca: “Y tú no debes desconfiar de mi mamá que se siente feliz de que estés con ella y que mucho ha pedido en estos días para que Dios te concediese a ella”.

Áurea responde: “Lo creo. Las quiero mucho... Pero María es María... y debéis comprenderme...”

“Claro que sí. Pero nos desagrada verte triste...”

“¡Oh! Pero no estoy ya triste como en la casa del romano y en las primeras horas en que me vi libre. Me sentía tan sola... como perdida. Hace años que jamás he tenido quien me acariciara... Sólo María ha sido la que volviese a hacerlo, después de tantos años de estar bajo los patrones...”

“¡Válgame Dios! Estoy aquí para acariciarte. Te seré una segunda María. Ven aquí, acércate... Si fueras más pequeña te subiría conmigo, como hacia con mi Abel cuando era pequeñín... Pero eres ya una joven...” dice Mirta acercándose y tomándole la mano. “Eres mi pequeña mujercita y te enseñaré muchas cosas, y cuando se vaya lejos a evangelizar, yo y tú acogeremos a los peregrinos como dice el Señor. Haremos mucho bien en su Nombre. Tú eres joven y me ayudarás...”

“Ved aquella luz de allá. Más allá del montecillo” exclama Santiago de Zebedeo que los alcanzó.

“¿Arde el bosque?”

“¿O el poblado?”

“Vamos a ver...”

Nadie se siente ya cansado porque la curiosidad les quita esa sensación. Jesús condescendiente los sigue. Toma una vereda que va a dar a un collado. Pronto llegan a la cima...

No arde ni el bosque, ni el poblado, sino una extensión entre dos colinas, llenas de alto pasto. La hierba, sequísima ya por el ardiente sol, probablemente empezó a arder porque a alguien se le escapó alguna chispa. Los guardabosques del lugar trabajan en apagar esta alfombra en llamas, no muy altas, pero vivaces, que se esparcen rápidamente de aquí a allá, en busca de nueva hierba seca. Los guardabosques corren y se afanan en apagar las llamas. Pero es inútil. Son pocos y cuando han extinguido el fuego aquí, ya llegó a aquella otra parte.

“Si llega hasta el bosque, será una desgracia. Hay árboles resinosos” dice Felipe.

Jesús con los brazos cruzados, de pie sobre el borde de la colina, mira y sonríe pensando...

El contraste entre la blanquecina luz de la luna que se ve en el oriente y la roja de las llamas en occidente, es grande. Las espaldas de los espectadores están blanqueadas por los rayos lunares, pero sus rostros tienen el color rojo de las llamas.

Y estas corren, corren, como agua que se desborda... El incendio está a pocos metros del bosque. Los montones de leña que hay en el borde están ya a punto de ser pasto de las llamas. El fuerte claror deja ver las chozas de un villorrio fundado sobre la colina, por la que el fuego avanza.

“¡Pobre gente! Perderá todo” dicen varios y miran a Jesús que no habla, que sonríe...

Pero luego... vedlo que suelta los brazos y grita: “¡Detente! ¡Apágate! Te lo ordeno”.

Como si una gigantesca manta se hubiese abatido sobre las llamas para sofocarlas, de igual modo el fuego cesa prodigiosamente. La vivaz, la ágil danza de las lenguas de fuego se cambia en carbones encendidos, rojizos, pero que no flamean. El color rojizo se cambia en morado, gris-rojo... aquí y allá saltan alguna chispa entre las cenizas... y luego no queda sino la luna con sus plateados rayos iluminando la selva.

Los guardabosques y leñadores hacen ademanes, miran a su alrededor, hacia arriba en busca del ángel que produjo el milagro.

“Vamos a bajar. Me ocuparé de esas almas aprovechando el caso imprevisto, y nos detendremos en el poblado, o si se puede, en la ciudad. Partiremos al amanecer. Tendrán un lugar para las mujeres. A nosotros nos basta el bosque” dice Jesús que rápido baja. Los demás le siguen.

“Pero ¿por qué sonreías de ese modo? ¡Parecías feliz!” pregunta Pedro.

“Lo sabrás al oír mis palabras”.

Han llegado a donde el alijar se ha cambiado en cenizas todavía calientes, y crujen bajo las sandalias. Lo atraviesan. Llegados al centro, donde la luna da de lleno, los guardabosques los miran.

“¡Oh, lo había dicho! Él era el único que podía hacerlo. Vamos a presentarle nuestra veneración” grita un leñador y lo hace echándose entre la ceniza a los pies de Jesús.

“¿De qué te vales para creer que lo haya podido hacer?”

“Porque sólo el Mesías lo puede”.

“¿Y cómo sabes que sea Yo el Mesías? ¿Me conoces acaso?”

“No. Pero sólo el Bueno que ama a los pobres puede tener compasión, y sólo el Santo de Dios puede haber ordenado al fuego y hacer que le obedezca. ¡Sea bendito el Altísimo que nos envió a su Mesías! Y el Mesías ha llegado a tiempo para salvar nuestros hogares”.

“Deberíais de preocuparos más por salvar vuestra alma”.

“Se salva si se cree en Ti, y se hace lo que enseñas. Pero Tú comprendes, Señor, que la amargura de perder todo puede debilitar nuestras almas que ya de sí son débiles... y arrastrarlas a que duden de la Providencia”.

“¿Quién os ha hablado de Mí?”

“Tus discípulos... Ve ahí a nuestras familias... Habíamos mandado a decirles que estuvieran despiertas, temiendo que toda la colina se incendiase... Adelantaos... y luego enviamos a otro para que les dijera que había ocurrido un milagro y que vinieran a ver. Míralas, Señor. Esta es la mía, aquella la de Jacob, ésta la de Jonatás, aquella la de Marcos, ésta de mi hermano Tobías, ésta de mi cuñado Melquíás, ésta la de Felipe, y ésta la de Eleazar. Aquellas otras son las de los pastores que ahora apacientan entre los altos montes...”

Es un grupo como de 250 personas. Incluyendo a los niños, algunos de los cuales todavía están mamando, otros lloran porque se les despertó, o bien siguen dormidos, ignorantes del peligro.

“La paz sea con todos vosotros. El ángel de Dios os ha salvado. Alabemos juntos al Señor”.

“¡Nos salvaste! Siempre estás presente, donde hay fieles que crean en Ti” dicen muchas mujeres... Los hombres asienten con la cabeza.

“Sí. Donde hay fe en Mí, está presente la Providencia. Pero así como en lo que se refiere a las cosas corporales, así en las del espíritu hay qué obrar con ininterrumpida prudencia. ¿Qué cosa produjo el fuego en la hierba? Probablemente alguna chispa que saltó de vuestros hornos, o bien algún niño que sin pensarlo, ni quererlo, y más bien para divertirse, lanzó algún tizón. Es divertido ver cómo una chispa de fuego cruza por la oscuridad. Pero considerad lo que puede acarrear una imprudencia. Puede causar ruinas. Una chispa, un tizón que cae sobre la hierba seca, fueron más que suficientes para poner fuego a un valle, y si el Eterno no me hubiera mandado, todo el bosque se hubiera convertido en un horno que habría dado cuenta de vuestros bienes y de vuestras vidas.

Esto mismo sucede en las cosas del espíritu. Es menester una atención continua y prudente para que ninguna chispa de fuego se pegue a vuestra fe y la destruya, después de haber estado oculta en vuestro corazón; para que no suceda un incendio que provocan los que me odian y quieren verme desprovisto de creyentes. Aquí, el fuego detenido a tiempo, se ha cambiado en bendición, en acabar con el alijar inútil que habíais dejado crecer en el valle, y os ha preparado con las cenizas el terreno, que si lo aprovecháis bien os puede producir bastantes bienes. Pero en los corazones lasa cosas son distintas. Cuando todo el Bien es destruido, ninguna cosa puede quedar en pie, fuera de las zarzas, pasto de los demonios.

Recordadlo y estad atentos contra las insinuaciones de mis enemigos que como chispas infernales serán arrojadas en vuestros corazones. Estad alertas para combatir el fuego. ¿Y con qué? Con una fe siempre fuerte, con una voluntad inmovible de querer ser de Dios. Con pertenecer al Fuego santo. Si vosotros sois fuego en amar al Dios verdadero, el fuego del que tiene odio contra Dios, no os podrá hacer daño. El fuego del amor vence cualquier otro fuego. Mi doctrina es amor, y quien la acepta entra en el fuego de la Caridad y no puede torturarlo el fuego del demonio.

De lo alto de aquella colina, mientras miraba cómo corría el fuego, y oía las palabras que vuestros corazones dirigían al Señor Dios, aun cuando no veía con mis ojos vuestros esfuerzos en apagar las llamas, sonreía. Un apóstol mío me preguntó: “¿Por qué sonríes?” Le respondí: “Te lo diré cuando hable a la gente”. Lo estoy haciendo. Sonreía al pensar que así como las llamas avanzaban entre las hierbas del valle, y en vano vuestro empeño quería detenerlas, de igual modo mi doctrina se esparcirá por todo el mundo, y en vano la perseguirán quienes no aman la Luz. Y mi doctrina será luz.. Será purificación. Será bienhechora. ¡Cuántas vboritas han muerto bajo las cenizas y otros bichos dañinos también! No os gustaba este valle porque había en él áspides. Ved que ninguno ha sobrevivido. Del mismo modo el mundo será liberado de toda clase de errores de pecado, de dolores, cuando me haya conocido y el fuego de mi doctrina lo haya limpiado y lo haya liberado de las inútiles frondosidades, y convertido en semilla buena, fértil en santos frutos.

Esta es la razón por la que sonreía... Veía en el fuego que avanzaba un símbolo de mi doctrina que se esparcirá en el mundo. Después el amor al prójimo, que jamás se separa del amor al Señor, me trajo el pensamiento de vuestra aflicción. Descendí de la contemplación de los intereses de Dios a los de mis hermanos, y contuve el fuego, porque en medio de vuestro júbilo, alabaríais al Señor. Ved, pues, que mi pensamiento subió a Dios; y bajó mucho más poderoso porque el sumergirse en Dios aumenta nuestras facultades; y luego volvió a ascender, junto con el vuestro, a Dios. Y así, por la caridad cumplí con los intereses de Dios y de mis hermanos. Haced también lo mismo en vuestra vida futura.

Ahora os pido hospedaje para estas mujeres. La luna baja y el incendio no nos dejó seguir nuestro camino. No podemos proseguir, sino hasta la ciudad cercana”.

“¡Ven! ¡Venid! Hay lugar para todos. Podíamos habernos visto sin techo. Nuestras casas son vuestras. Son pobres, pero limpias. ¡Venid! Venid y nuestros hogares serán benditos” gritan todos.

Despacio suben por la cuesta, un tanto escarpada, hasta el poblado que milagrosamente escapó a la destrucción. Y cada uno se va con quien le ofrece hospedaje.

134. Judas de Keriot en casa de María en Nazaret

23 mayo 1946

Apenas si el bello sol va a despedir sus primeros rayos en el oriente, y Judas de Keriot llama a la puerta de la casita de Nazaret.

En el camino no hay más que campesinos, mejor dicho: pequeños propietarios de Nazaret que van a sus viñas u olivares, cargando sus instrumentos de trabajo y curiosos miran a Judas que llama tan de mañana a la casa de María. Entre sí hacen comentarios.

“Es un discípulo” dice uno respondiendo a la pregunta de otro. “Busca con seguridad a Jesús de José”.

“Es inútil. Ayer por la noche se fue. Yo mismo lo vi. Se lo voy a decir...” dice otro.

“¡Déjalo! Es Judas de Keriot. No me es simpático. Puede ser que estemos muchos de nosotros equivocados respecto a Jesús y que hagamos hasta mal, pero ese, ese tal, el año pasado causó mucho mal acá entre nosotros... Tal vez nosotros lograremos convertirnos, pero él...”

“¡Qué! ¿Cómo lo sabes?”

“Fue una tarde a la casa del sinagogo, y yo estaba ahí. Necio que fui en haber creído todo al punto... Ahora... ¡no más! Creo haber fallado”.

“Tal vez él mismo se dio cuenta de haber cometido pecado y...”

Se alejan. No oigo más.

Judas vuelve a llamar a la puertita contra la que ha recargado su cara, como para evitar el ser visto y reconocido, pero la puertecita sigue cerrada. Judas se siente incómodo y da la vuelta por detrás de la casa, por el huerto. Se asoma por encima de la valla del jardín tranquilo. Tan solo los palomos están conversando entre sí.

Judas piensa qué va a hacer. Habla consigo mismo: “¿Que también se haya ido Ella? Pero... la hubiera visto... ¡Y luego! No. Ayer por la tarde oí su voz... Tal vez se fue a dormir a la casa de su cuñada... ¡Uff! Y ella que es como una mosca pegada a la cara. Regresarán juntas; y yo quiero hablarle solo a Ella, sin que esté esa vieja. Es una lenguaraz y me haría reproches. Y no los quiero. Es astuta como todas las viejas del pueblo. No aceptaría fácilmente mis excusas, y se lo haría notar a esta tonta paloma de su cuñada... Estoy seguro que a Ella sí... puedo hacerle dar vueltas como quiera. Es lenta como una oveja... Y *debo* reparar lo que sucedió en Tiberíades. Porque si Ella habla... ¿Habrá dicho algo? ¿Se habrá callado? Si habló... es más difícil entonces de arreglar las cosas... Pero tal vez no ha hablado... Confunde la virtud con la estupidez. Cual el Hijo tal la Madre... Y los otros trabajan mientras ellos duermen. Y sí tienen razón. . Porqué dejarlos a un lado si parece como si quisiesen... Pero ¿qué quieren en realidad?... Tengo la cabeza que me da vueltas. Debo dejar de beber y... ¡Bueno! Pero el dinero es una tentación, y yo soy un potrancito encerrado durante mucho tiempo. Dos años, ¡qué digo!, mucho más. Dos años de abstenerme de todo... Pero entre tanto... ¿Qué me dijo el otro día Elquías? ¡Eh, no me enseña mal! ¡Claro! Todo es lícito con tal de poner a Jesús en el trono. Pero ¿si Él no quiere? Mas debe pensar que, si no triunfa, todos tendremos igual fin que los seguidores de Teoda o de Judas el galileo... Tal vez haría bien en separarme porque en realidad, no sé si lo que quieren sea cosa buena. Poco puedo fiarme de ellos... Desde hace tiempo que están cambiados... No quisiera... ¡horror! Que fuera a ser yo el instrumento de dañar a Jesús. No. Me separo. Pero es amargo haber soñado en un reino y volver a ser ¿qué? Nada... Pero es mejor ser nada que... Él siempre anda diciendo: El que cometerá el gran pecado” ¡Ay de mí! Cierto que no lo seré yo. ¡Yo! ¿Yo? Antes me echo al lago... Me largo. Es mejor que me vaya lejos. Iré a ver a mi madre, haré que me dé plata, porque no puedo ir a pedir a los sinedristas dinero para irme lejos. Me ayudan... me ayudan porque esperan que les ayude a salir de la incertidumbre. Una vez que Jesús sea rey, estamos de fiesta. Las multitudes con nosotros... Herodes... ¿quién se va a preocupar de él? Ni los romanos, ni el pueblo. Todos lo odian. Y... y... Pero Jesús es capaz de renunciar apenas sea proclamado rey. ¡Oh, bien! Cuando Eléazar el hijo de Anás me asegura que su padre está pronto a coronarlo como a rey... Luego no va a poder quitarse el carácter sagrado. En el fondo... yo me estoy comportando como ese administrador infiel de su parábola... Recorro a mis amigos por causa mía, y es verdad, pero también por Él. No hago más que aprovechar los medios injustos para... Sin embargo no. *Debo* tratar todavía de persuadirlo. No estoy muy convencido de hacer bien aprovechando este subterfugio... y... ¡Oh, si lo pudiese persuadir! ¡Qué maravilloso sería! Sí... muy maravilloso. Esta idea es mejor. Decir todo francamente al Maestro. Suplicarle... Con tal de que María no le haya hablado de lo de Tiberíades... ¿Qué le dije a María?... ¡Ah, ya recuerdo! La repulsa de los romanos. ¡Maldita esa mujer! Si no hubiera ido a ver a esa mujer, no me hubiera encontrado con María. Pero ¿qué fue a hacer María a Tiberíades? Y pensar que el día anterior al sábado, en el mismo sábado y después del sábado, no había salido de casa, para no encontrarme con ninguno de los apóstoles. ¡Necio que fui! ¡Necio! ¿No podía haberme ido a Ippo, a Gerguesa en busca de mujeres? ¡No! ¡Ahí tuve qué estar!” En Tiberíades, a donde esos de Cafarnaum deben de pasar... Pero la culpa la tuvieron las romanas... Esperaba... No, esto es lo que debo decir como excusa. Pero no es verdad. Es inútil que quiera convencerme de ello, porque sé a lo que fui: para verme con los poderosos de Israel, para gozar de la vida, pues tengo dinero. Pero...

qué pronto se termina la plata. Dentro de poco no tendré más... ¡Ja, ja! le contaré a Elías y a los compinches algún otro cuento y me volverán a dar...”

“¡Oh, Judas! ¿Estás loco? Hace tiempo que te estoy observando desde el olivo, gesticulas y hablas contigo mismo... ¿Te hizo mal el sol de tamuz?¹” le grita Alfeo de Sara, sacando la cabeza de entre las ramas de un gigantesco olivo, unos treinta metros lejos del lugar de donde está Judas.

Este da un salto, voltea su cabeza para ver, lo descubre y gruñe: “¡Que te parta un rayo! ¡Maldito pueblo de espías!” Pero con una sonrisa dulce grita: “No. Estoy preocupado porque María no abre... ¿No estará enferma? Hace tiempo que estoy llamando...”

¿María? ¿Quieres llamarla? Está en la casa de una viejecita que está muriéndose. A eso de la tercera vigilia vinieron a llamarla...”

“Tengo qué hablar con ella”.

“Espera. Bajo y se lo voy a decir. ¿De veras tienes necesidad?”

“Sí. Antes de que salga el sol, estoy aquí”.

Alfeo baja aprisa del olivo y parte a la carrera.

“Y ahora ese me vio. No cabe duda que regresa con la otra. ¡No me sale nada bien!” y echa una letanía de injurias contra Nazaret, contra los nazarenos, contra María de Alfeo, hasta contra la caridad que la Virgen tiene con la enferma y hasta contra la moribunda...

Todavía no ha acabado cuando la puerta que comunica el comedor con el huerto se abre; en el dintel aparece María con el rostro muy pálido y triste. “¡Judas!” “¡María!” dicen ambos al mismo tiempo.

“Te voy a abrir la puerta. Alfeo no me dijo más que: “Ve a tu casa. Alguien te quiere ver” y vine corriendo, tanto más cuanto que la anciana no me necesita más. Ha terminado su sufrimiento por un hijo malo...”

Judas, mientras María está hablando, ha corrido por la vereda y regresado a la entrada de la casa... María abre.

“La paz sea contigo, Judas de Keriot. Entra”.

“La paz sea contigo, María”.

Judas titubea. María está bondadosa, pero seria.

“Ayer por la noche un hijo destruyó el corazón de su madre... vinieron a buscar a Jesús, pero Él ya no estaba. También a ti te lo digo: Jesús no está. Llegaste tarde”.

“Sé que no está”.

“¿Cómo lo sabes, si apenas acabas de llegar?”

“Madre, quiero ser franco contigo que eres buena: desde ayer estoy aquí...”

“¿Y por qué no viniste? Tus compañeros dejaron de venir tan sólo un sábado...”

“Lo sé. Fui a Cafarnaum y no los encontré”.

“No mientas, Judas. *Te aseguro que no estuviste en Cafarnaum.* Bartolomé estuvo siempre allí y no te vio. Ayer vino él solo. Y tú desde ayer estás aquí... y por este motivo... ¿Por qué mientes, Judas? ¿No sabes que la mentira es el primer paso hacia el robo y el homicidio?... La pobre Ester ha muerto del dolor que le infligió su hijo con su conducta. Samuel, su hijo, empezó por ser la vergüenza de Nazaret con pequeñas mentiras, que poco a poco fueron creciendo... De ellas pasó a lo demás. ¿Quieres imitarlo, tú que eres apóstol del Señor? ¿Quieres hacer morir a tu madre de dolor?”

El regaño ha sido envuelto en voz baja, lenta. Pero ¡cómo duele! Judas no sabe qué replicar. Se sienta de golpe con la cabeza entre las manos.

María lo mira. Dice: “¿Y bien? ¿Para qué quieres verme? Mientras cuidaba a la pobre Ester, rogaba por tu mamá... y por ti... porque me dais compasión ambos, y por diversos motivos”.

“Si es así, perdóname”.

“No te tengo coraje”.

¹ entre junio y julio.

“¿Cómo... ni siquiera por... aquella mañana en Tiberíades?... ¿Sabes? Estaba yo así porque la noche anterior las romanas me habían tratado mal, como a un loco... como a un traidor para con el Maestro. Es la verdad, lo confieso. Hice mal en haber hablado a Claudia. Me confié en su palabra. Pero lo hago por una cosa buena. Entristecí al Maestro. Él no me lo ha dicho, pero sé que sabe que hablé con Claudia. Seguro que fue Juana la que se lo dijo. Juana nunca me ha podido ver, y las romanas me dieron un gran pesar... Para olvidarlo me embriagué...”

María hace involuntariamente un gesto de ironía, dice: “Entonces Jesús, por todos los dolores que diariamente paladea, debería embriagarse cada noche...”

“¿Se lo dijiste?”

“Yo no aumento la amargura del cáliz de mi Hijo con noticias de nuevas defecciones, caídas, pecados, asechanzas... No dije nada y no diré”.

Judas cae de rodillas tratando de besar la mano de María, pero Ella se hace a un lado sin descortesía. Muestra claramente que no quiere que le bese la mano, ni que la toque.

“¡Gracias Madre! Me has salvado. Por eso vine... y para que de algún modo me presentes ante el Maestro sin que me regañe, ni avergüence”.

“Hubiera bastado con que hubieras ido a Cafarnaum, y luego que hubiera venido con los otros, y así nada hubiera pasado. Era lo más sencillo”.

“Tienes razón... pero los otros no son buenos, y me espían para reprenderme y acusarme”.

“No ofendas a tus hermanos, Judas. ¡Basta de pecar! Tú la has hecho de espía, acá en Nazaret, patria del Mesías, tú...”

Judas la interrumpe: “¿Cuándo?” ¿El año pasado? Mira, cómo son. Tergiversaron mis palabras. Pero créeme que yo...”

“Yo no sé qué dijiste y qué hiciste el año pasado, me refiero a ayer. Tú estuviste desde ayer aquí. Sabes que Jesús ha partido. Así pues, indagaste, y no en casas amigas como la de Aser. Ismael, Alfeo, o en la del hermano de Judas y Santiago, ni en la de María de Alfeo, ni en las de unos cuantos que aman a Jesús. Porque si lo hubieras hecho, me lo hubieran venido a decir. La casa de Ester estaba llena de mujeres al amanecer, cuando murió. Y ninguna de ellas había oído hablar de ti. Eran las mejores de Nazaret, las que me aman y aman a Jesús, y que se esfuerzan en practicar su doctrina, no obstante que lo toman a mal sus maridos, padres e hijos. Tú indagaste, pues, en las casas de los enemigos de mi Jesús. ¿Qué nombre das a esto? No lo diré yo. Debes decírtelo tu mismo. ¿Por qué lo hiciste? No quiero saberlo. Tan solo te digo esto: muchas espadas clavarán en mi corazón, una y otra vez más, sin compasión alguna quienes atormentan a mi Jesús y lo odian. Pero una será la tuya, y jamás se me arrancará. Porque el recuerdo que guardo de ti, Judas, que no quieres salvarte, que te arruinarás a ti mismo, que me causas miedo, no por mí sino por tu alma, jamás se arrancará de mi corazón. Una me la clavó el justo Simeón cuando llevaba sobre mi pecho a mi Niño, a mi santo Corderito... La otra... la otra eres tú... La punta de tu espada ya me tortura el corazón... y esperas clavar completamente tu espada de verdugo en el corazón de quien no ha hecho más que ofrecerte amor... Pero soy una necia en pretender que me compadezcas tú, que no tiene compasión de tu misma madre... O dicho más claro: con un solo golpe atravesarás mi corazón y el suyo, hijo desventurado a quien las oraciones de dos madres no salvarán...”

Las lágrimas corren por las mejillas de la Virgen, sin embargo no caen sobre la cabeza morena de Judas, porque no se ha movido del lugar donde se arrodilló, y está separado de María... Las bebe el suelo. El suelo bebe estas lágrimas santas. Esta escena me recuerda la de Aglae, sobre la que caían sus lágrimas porque se estrechaba a María con sincero deseo de redención.

“¿No encuentras alguna palabra, Judas? ¿No logras encontrar en ti la fuerza de un propósito bueno? ¡Oh, Judas, Judas! Dime: ¿estás contento de la vida que llevas? Examínate, Judas. Sé humilde ante todo, sincero contigo mismo, y luego con Dios para que vayas a Él con tu fardo de piedras que arrancaste de tu corazón y que le digas: “Mira: me he arrancado estas losas por amor tuyo”...”

“No tengo el valor... de descubrirme ante Jesús”.

“No tienes humildad de hacerlo”.

“Es verdad. Ayúdame...”

“Ve a esperarlo humildemente a Cafarnaum”.

“Podrías...”

“No puedo hacer otra cosa diferente de la que hace mi Hijo: tener misericordia. No soy yo quien enseña a Jesús; es Jesús quien enseña a su discípula”.

“Tú eres su Madre”.

“Sí, en mi corazón. Pero por derecho suyo Él es mi Maestro. No soy ni más ni menos que todas las otras discípulas”.

“Eres perfecta.”

“Él es perfectísimo”.

Judas guarda silencio. Piensa. Luego dice: “¿A dónde fue el Maestro?”

“A Belén de Galilea”.

“¿Y luego?”

“No lo sé”.

“Pero ¿regresa aquí?”

“Sí”.

“¿Cuándo?”

“No lo sé”.

“¡No me lo quieres decir!”

“No puedo decir lo que no sé. Hace dos años que lo sigues. ¿Puedes afirmar que haya seguido siempre un itinerario fijo? ¿Cuántas veces la voluntad de los hombres lo obligan a cambiar de rumbo?”

“Tienes razón. Me voy a Cafarnaum”.

“Hace mucho calor para que te puedas ir. Quédate. Eres un peregrino como todos los demás. Él dijo que las discípulas deben tener cuidado de ellos”.

“Mi vida te desagrada...”

“El no querer curarte es lo que me causa dolor. Sólo eso... Quítate el manto... ¿Dónde dormiste?”

“No he dormido. Esperé el alba para verte sola”.

“Entonces debes estar cansado. En el taller hay camas en que se acostaron Simón y Tomás. Es un lugar tranquilo y todavía hace fresco. Vete a dormir mientras te preparo de comer”.

Judas se va sin repicar y María, sin descansar, después de haber pasado la noche en vela, va a la cocina a poner el fuego, y al huerto a arrancar las verduras. Lágrimas, lágrimas, lágrimas caen silenciosamente mientras se inclina sobre el hornillo para arreglar la leña, o en los surcos donde toma las verduras, y mientras las lava en el cubo y las limpia... Lágrimas que caen sobre el alimento que da a los palomos, o sobre la ropa que saca de la pileta y extiende al sol... Lágrimas de la Madre de Dios... de la que, Pura, no se vio libre del dolor y sufrió más que otra mujer, para ser la Corredentora...²

135. Muere el abuelo de Marziam

25 mayo 1946

Jesús debe de haberse despedido de las mujeres porque está con los apóstoles, con Isaac y Marziam. Están bajando las últimas pendientes hacia la llanura de Esdrelón, mientras la tarde poco a poco se inclina.

Marziam está muy contento de que el Señor lo lleve con su querido abuelo. No así lo están los apóstoles que traen a colación el incidente que hace poco pasó con Ismael, pero no dicen ni una palabra, para no causar ningún dolor al jovencito que se alegra de no haber probado la

² Cfr. Lc. 2, 33-35.

miel que le dio Porfiria: “Porque esperaba que el Señor diese contento a mi corazón si me permitía volver a ver a mi padre. No sé porqué... pero desde hace ya algunos días no puedo apartar de mi mente su recuerdo, como si me llamase. Se lo dije a Porfiria y ella contestó: “Lo mismo me sucede cuando Simón está lejos”. Pero no será lo mismo como ella dice, porque antes no me había ocurrido”.

“Porque antes eras un muchachito; ahora eres un hombre y tu mente piensa mejor” le dice Pedro.

“Traigo también dos quesos y una cuantas uvas. Es lo poco mío que he podido traer a mi amado padre. También una túnica de cáñamo, y un vestido. Porfiria quería emplear el material para mí, pero le dije: “Si me amas, hazlo para mi abuelo”. Siempre anda harapiento, tan acolorado con sus vestiduras de lana. Se sentirá fresco”.

“Y entretanto te quedaste sin vestiduras frescas y sudas como una esponja con esos vestidos de lana” le dice Pedro.

“¡Oh, no importa! Muchas veces mi abuelo, cuando estaba yo en el bosque, se quedó sin comer para poderme dar su comida... ¡Hasta que puedo darle alguna cosa. ¡Si pudiera ahorrar tanto como para poderlo liberar!”

“¿Cuánto has ahorrado hasta ahora?” le pregunta Andrés.

“Poco. Con los pescados vendidos he logrado ahorrar ciento diez didracmas... pero dentro de poco venderé los corderos y entonces... Si lo pudiese hacer antes deque vengan los grandes fríos...”

“¿Os lo llevaríais vosotros?” pregunta Natanael a Pedro.

“Sí. No nos moriremos de hambre si ese pobre viejo toma un bocado de nuestro plato...”

“Y además... puede trabajar en alguna cosilla... Ir a Betsaida... ¿o no es verdad, Felipe?”

“Cierto... te ayudaremos, Simón, y daremos contento a nuestro buen Marziam y al viejo...”

“Esperemos que no esté Yocana...” dice Judas Tadeo.

“Me adelanto a decírselo” dice Isaac.

Rápido caminan bajo los rayos de la luna... En un determinado punto Isaac se separa, apresura más el paso. Los demás lo siguen lentamente. Un gran silencio duerme en la llanura, hasta los ruiseñores están callados.

Caminan, caminan, hasta que ven dos sombras que corren hacia ellos. “Uno es Isaac, sin duda... El otro... tal vez sea Miqueas, o el mayordomo. Ambos son altos...” dice Juan.

Ya están cerca... muy cerca. Es el intendente que viene con Isaac y se ve muy consternado.

“Maestro... Marziam... pobre hijo... Venid pronto... Tu padre, Marziam, está enfermo... muy...”

“¡Ah, Señor!...” grita el jovenzuelo lleno de dolor.

“Vamos, vamos... Ten valor, Marziam” y Jesús le toma la mano y empieza a correr. Dice a los apóstoles: “Seguidnos”.

“Sí... pero despacio... Está Yocana” dice el mayordomo que se ha alejado.

El abuelo de Marziam está en casa de Miqueas. Hasta un tonto puede comprender que está agonizando. A ojos vistas, está muriendo. Su cuerpo está flojo, de color cenizo, menos en sus pómulos donde se ve un color violeta que todavía le queda.

Marziam se inclina sobre el camastro, y con voz alta le dice: “¡Papá! ¡Papá! ¡Soy Marziam! ¿Oyes? ¡Marziam! ¡Yabé, tu Yabé!... ¡Oh, Señor! No me oye más... ven aquí, Señor... Ven aquí. Haz las pruebas... Cúralo. Haz que me vea, que me hable... ¿debo acaso ver que todos los míos mueran así, sin que me den el último adiós?...”

Jesús se acerca, se inclina sobre el moribundo, le pone una mano sobre la cabeza diciendo: “Hijo de mi Padre, óyeme”.

Como alguien que despierta de un profundo sueño, el anciano da un gran respiro, abre sus ojos ya vidriados, que miran vagos las dos caras que tiene ante sí. Trata de hablar, pero la lengua le está como pegada. Debe haber comprendido porque una sonrisa hay en sus labios, trata de buscar las manos de los dos para llevárselas a los labios.

“Padre... vine... ¡Tanto que pedí por venir!... Te quería decir... que pronto tendré mucho... para poder liberarte... y para que vinieras conmigo, a la casa de Simón y de Porfiria, que son muy buenos, muy buenos con tu Yabé... y con todos...”

El viejo logra soltar la lengua y a duras penas dice: “Dios los recompense, y... te recompense... pero ya es tarde... voy con Abraham... donde no sufriré más...” Se vuelve a Jesús y con ansias pregunta: “¿Verdad que es así?”

“Así es. ¡Está en paz!” Jesús se endereza y majestuoso dice: “Yo, con mi poder de Juez y Salvador, te absuelvo de todo cuanto en la vida hayas podido haber hecho de mal, o del bien que hayas omitido hacer, y de tus reacciones contra la caridad y contra quien te ha adiado. De todo te perdono, hijo. ¡Ve en paz!” Jesús tiene las manos en alto, extendidas sobre el lecho, como si estuviese en un altar, y Él, el Sacerdote, las extiende para consagrar la víctima.

Marziam llora, mientras el viejo dulcemente sonríe, murmurando: “En paz, con tu ayuda me duermo... gracias, Señor...” y se reclina...

“¡Padre! ¡Papá! ¡Oh, se muere, se muere! Démosle un poco de miel... tiene la lengua seca... Está frío... la miel da calor...” grita Marziam y trata de trasegar con una mano en la alforja, mientras que con la otra sostiene la cabeza de su abuelo, que pesa.

En el umbral están los apóstoles... mudos miran...

“Hazlo, Marziam. Yo sostengo al abuelo” dice Jesús... y dirigiéndose a Pedro: “Simón, ven aquí...”

Simón conmovido se acerca.

Marziam trata de dar un poco de miel al anciano. Mete un dedo en el frasco, lo saca lleno de miel que pone en los labios de su abuelo, que abre sus ojos, lo mira, le envía una última sonrisa, dice: “Está sabrosa”.

“La hice para ti... y también los vestidos de cáñamo fresco...”

El viejo levanta la mano vacilante y trata de ponerla sobre la morena cabeza, diciendo: “Eres bueno... más que la miel... El que seas bueno... que lo seas... me consuela... Pero tu miel... no me sirve más... ni tampoco los vestidos frescos... guárdalos... guárdalos con mi bendición...”

Marziam cae de rodillas. Lloro con la cabeza apoyada en la orilla del camastro. Dice: “¡Me quedo solo! ¡Siempre solo!”

Simón da la vuelta alrededor del lecho, con voz áspera, llena de emoción, dice acariciando los cabellos de Marziam: “No... Sólo no... Te quiero mucho. Porfiria te quiere mucho... los discípulos... muchos hermanos... y además Jesús... Jesús que mucho te quiere... ¡No llores, hijo mío!”

“Tu... hijo... si... soy feliz... ¡Señor! Señor...” El anciano lanza sus últimos estertores... siente que llega su fin.

Jesús le pasa el brazo, lo levanta, lentamente recita: “Levanto mis ojos a los montes de donde viene mi ayuda” y continúa todo el salmo 120. Terminado, mira al anciano que muere entre sus brazos plácidamente. Empieza a recitar el salmo 121, pero no llega sino hasta el versículo cuarto, cuando se interrumpe diciendo: “¡Vete en paz, alma justa!” lo reclina poco a poco, y le cierra los párpados.

Una muerte tan tranquila, que nadie, fuera de Jesús, ha caído en la cuenta de lo sucedido. Pero lo notan por la acción de Maestro y se forma una algarabía.

Jesús dice que se callen. Da vuelta por donde está Marziam, que llora con la cabeza inclinada sobre el lecho y que no se ha dado cuenta de nada; se inclina, lo abraza y tratando de levantarlo dice: “Está ya en paz, Marziam. No sufre más. La mayor gracia que Dios le concedió en la muerte, y en los brazos del Señor. No llores, hijo querido. Míralo qué tranquilo está... qué sereno... Pocos en Israel han logrado el premio que este justo obtuvo al morir sobre el pecho del Salvador. Ven aquí, entre mis brazos... No estás solo. Está Dios, y es todo. Te ama en lugar de todo el mundo”.

De veras que causa dolor el pobre Marziam, pero encuentra las fuerzas para decir: “Gracias, Señor, por haber venido... También tú, Simón, por haberme traído... A todos, a

todos, gracias... por lo que me disteis para él... Ya no sirve más... pero... los vestidos sí... Somos pobres... No podemos embalsamarlo... ¡Oh, padre mío! Ni siquiera te puedo ofrecer un sepulcro... Pero si tenéis confianza en mí, si podéis... haced los gastos y para octubre os daré el dinero en que haya vendido los corderos y los pescados...”

“¡No! Tienes todavía un padre. Recuerda. Yo me encargo de ello. Aunque tenga qué vender una barca. Tributaremos al abuelo todos los honores. Lo que hay qué saber es quién anticipa... y quien da el sepulcro...”

El mayordomo dice: “En Jezrael hay discípulos entre la población. No nos negarán nada. Voy pronto y para eso de las nueve estoy de regreso...”

“Bien, pero... ¿el fariseo?”

“No os preocupéis. Le voy a avisar que hay un muerto y por no contaminarse no saldrá de casa. Me voy...”

Mientras Marziam, inclinado sobre su abuelo, llora y lo acaricia, y Jesús en voz baja habla con los apóstoles e Isaac, Miqueas y los demás van y vienen, haciendo los preparativos de los últimos honores que rendirán a su compañero muerto.

Y aquí voy a hacer una observación mía. Me ha sucedido muchas veces encontrarme ante semejantes casos, y he notado con frecuencia que los presentes, con buen fin o con intransigencia inmoderada, levantan la voz a los que mueren de pesar por haber perdido un ser amado. Comparo esta actitud con la dulzura de Jesús que compadece el sufrimiento del huérfano y que no exige de él un heroísmo... ¡Cuánto hay qué aprender del acto más mínimo de Jesús!...

136. Jesús habla a los apóstoles de la caridad

30 mayo 1946

“¿Dónde dejaste las barcas, Simón, cuando fuiste a Nazaret?” pregunta Jesús, mientras caminan en dirección noroeste, dando las espaldas a la llanura de Esdrelón y continuando en dirección al Tabor.

“Las devolví para la pesca, Maestro. Pero di órdenes que estuviesen cada tres días en Tariquea... No sabía cuánto tiempo estaría contigo”.

“Muy bien. ¿Quién de vosotros quiere ir a decir a mi Madre y a María de Alfeo que se nos reúnan en Tiberíades, en la casa de José?”

“Maestro... quisiéramos ir todos. Es mejor que digas quién debe ir, y será mejor”.

“Entonces, Mateo, Felipe, Andrés y Santiago de Zebedeo. Los otros vendrán conmigo a Tariquea. Diréis a las mujeres el motivo de nuestro retardo. Les diréis que cierren la casa y que se vengán. Estaremos juntos por un mes. Aquí está el cruce. La paz sea con vosotros”. Besa a los cuatro que se separan y continúan la marcha con los demás.

Pero poco pasos después se detienen, miran a Marziam que camina con la cabeza inclinada un poco triste. Cuando el jovenzuelo lo alcanza, Jesús le pone la mano bajo el mentón, haciéndole levantar la cara. Dos riachuelos de lágrimas le bajan por su morena cara.

“¿Írías gustoso también tú a Nazaret?”

“Sí, Maestro... Pero haz lo que Tú quieras”.

“Quiero que te sientas bien, hijo mío... Vete... Córrale detrás de aquellos... Mi Madre te consolará”. Lo besa y lo deja ir. Marziam se echa a correr y alcanza a los cuatro en un santiamén.

“Es todavía un niño”... dice Pedro.

“Y sufre mucho... Ayer en la tarde lo encontré llorando en un ángulo de la casa y me dije: “Es como si ayer se me hubiesen muerto mi papá y mi mamá... La muerte del abuelo ha vuelto a abrirme todo el corazón...” dice Juan.

“¡Pobre hijo!... Pero estuvo bien que lo hubiese visto morir...” dice Zelote.

“¡Tantas ganas que tenía de ayudar a su abuelo!... Porfiria me dijo que hacía sacrificios de cualquier clase para poder juntar la plata. Trabajaba en los campos, acarreaba leña para los hornos, pescaba, no se comía los quesos par poder venderlos, ni la miel; todo lo vendía... Llevaba ese clavo en el corazón y quería tener al abuelo consigo... ¡Pero!” dice Pedro.

“Es un joven de propósitos firmes. No le pesa ni el sacrificio, ni el trabajo. Buenas cualidades” dice Bartolomé.

“Es un buen hijo y será un buen discípulo entre los mejores. Ved: con disciplina se maneja aun en los momentos más difíciles... Su corazón afligido anhelaba encontrarse con María, pero no me lo pidió. De este modo comprendió la fuerza que hay en la oración, que supera a muchos adultos” dice Jesús.

“¿Crees que haga sus sacrificios por un motivo claro? Pregunta Tomás.

“Estoy seguro”.

“También yo lo creo. Ayer dio unas frutas a un anciano diciéndole: “Ruega por mi abuelo que se me murió hace poco”, y yo le dije: “Está en paz, Marziam. ¿No crees que haya tenido valor la absolución de Jesús?” me contestó: “Lo creo. Pero pienso en ofrecer sufragios ¹ por las almas de los que nadie ruega, y digo: si mi abuelo no necesita de esto, que sean para quien no tiene a nadie que ruegue por él”. Me quedé edificado” dice Santiago de Alfeo.

“Ayer vino a donde estaba yo, y echándome los brazos al cuello, pues en realidad todavía es un niño, me dijo: “Ahora sí que de verdad eres mi padre... te devuelvo lo que tu bondad me había permitido juntar. Esa plata no la necesita ya mi viejo abuelo... y tú y Porfiria hacéis mucho por mí...” Yo que apenas me aguantaba las lágrimas, le contesté: “No, hijo mío. Emplearemos ese dinero en limosna para los ancianos pobres o para los huérfanos, y Dios usará tu limosna para aumentar la paz a tu pobre abuelo”. Y Marziam me dio dos besos tan fuertes que a la verdad, no pude contener las lágrimas. Y cuánto te agradece, Bartolomé, que hayas tomado a tu cuenta los gastos. Me dijo: “Para mí las honras que tributaron a mi abuelo, no tienen precio. Diré a Bartolomé que me tome por siervo suyo””.

“¡Pobre hijo! ¡Ni siquiera por una hora! Él sirve al Señor y os edifica a todos. Tributé honores a un justo. Lo pude hacer porque soy conocido y fácilmente encontré a quien anticipara el dinero. Desde Betsaida haré que se pague la pequeña deuda, que es nada, en realidad”.

“Sí, como dinero no es gran cosa, porque los de Jezrael fueron generosos; pero el amor que mostraste por el condiscípulo no es una bicoca porque cualquier acto de amor tiene gran valor.

Os estáis formando en esta clase de amor al prójimo, que es la segunda parte del precepto básico de la ley de Dios, pero que se le había descuidado bastante en Israel. Los muchos preceptos, las minuciosidades que se entrometieron en la Ley del Sinaí tan recta, tan completa, tan breve, han desfigurado la primera parte del precepto-base, lo han reducido a un montón de observancias exteriores a las que falta lo que da el nervio, el valor: la verdad, esto es, falta *la adhesión activa de lo interno*, en las obras que se cumplen, en las tentaciones que se vencen, *a las formas del culto externo*.

¿Que valor puede tener a los ojos de Dios la pompa de un culto, si en el interior del corazón no se le ama, si no se humilla uno en amor de profundo respeto hacia Él, cuando ni se alaba, ni se le admira en las cosas que Él creó, y sobre todo en el hombre que es la obra maestra de las cosas creadas en la tierra? Ved a dónde ha llegado el error de Israel. Convirtió un precepto en dos, y luego con el enfriamiento de los espíritus, separó el segundo del primero como si fuese una rama inútil. No lo es, ni nuca han sido dos ramas. Fue un solo tronco que desde las raíces se había adornado en cada una de las virtudes de los dos amores. Ved esa frondosa higuera que está allí, en aquella loma. Brotó espontáneamente, y casi desde la raíz, tiene dos ramas tan unidas que las cortezas se juntaron. Pero cada rama echó su ramaje a los lados. Al poblado que está allí se le conoce con el nombre de “Casa de la higuera gemela”. Pues bien,

¹ Cfr. 2 Mac. 12, 38-46.

si alguien quisiese separar los dos troncos, que no son en realidad más que *uno*, debería emplear la sierra o el hacha. Pero qué haría? Matar la planta. O bien, supongamos que fuese muy hábil en cortar o segar uno de los dos troncos; uno de ellos se salvaría, pero el otro moriría sin remedio. El que sobreviviese, aunque vivo, no tendría igual lozanía, y tal vez se secaría poco a poco o bien, produciría pocos frutos.

Lo mismo sucede en Israel. Se trató de dividir, separar las dos partes, tan unidas que son en realidad una sola cosa; se trató de dar pincelazos a lo que ya era perfecto, porque cualquier obra de Dios, cualquier pensamiento, cualquier palabra es perfecta. Por eso, si Dios en el Sinaí² dio la orden de amar al Dios Santísimo y al prójimo con un precepto único, es claro que no son dos preceptos que pueden practicarse independientemente el uno del otro, sino que son uno solo.

Y nunca me contento con formaros en esta sublime verdad, la mayor de todas, la que con el corazón sube al cielo porque es la única que en él subsiste. Insisto en esta virtud que es el alma de toda la vida del alma que pierde la vida si pierde la caridad, porque pierde a Dios³.

Oídmelo. Imaginaos que un día llegan a vuestra casa a tocar la puerta dos riquísimos esposos, pidiendo que los hospedéis por toda la vida. Podríais decir: '¿Aceptamos al esposo, pero no a la esposa' sin que éste os contestase: '¡Esto no puede ser!, porque no me puedo separar de la carne de mi carne?⁴'. Si no la queréis aceptar, tampoco puedo yo estar con vosotros, y me voy con todos mis tesoros de los que os había hecho partícipes'.

Dios está unido a la Caridad. Es en realidad más que dos esposos que se aman intensamente, es espíritu de su Espíritu⁵. Dios mismo es la Caridad⁶. La caridad no es más que la forma más clara, más visible de Dios. Entre todos sus atributos es el atributo soberano, y el atributo-fuerte, porque todos los demás atributos de Dios nacen de la caridad. ¿Qué es la potencia sino caridad que obra? ¿Qué es la Sabiduría sino caridad que enseña? ¿Qué es la Misericordia sino caridad que perdona? ¿Qué es la Justicia sino caridad que da a cada uno lo suyo? Y podría continuar así con todos los innumerables atributos de Dios.

Ahora bien. Por lo que acabo de decir, ¿podéis imaginar que quien no tiene caridad tenga a Dios? No lo tiene. ¿Podéis imaginar que pueda acoger a Dios y no a la Caridad? La Caridad que es única, y abraza al Creador y a las criaturas, y no puede uno quedarse con una sola mitad: la que se da al prójimo. Dios está en las criaturas. Está en ellas con sus derechos imborrables, con sus derechos de Padre, Esposo, Rey. El alma es su trono; el cuerpo es su templo. Ahora bien, quien no ama a un hermano suyo, lo desprecia; desprecia, causa dolor, desconoce al Señor, al Dueño de la casa de su hermano, al Rey, al Padre del hermano y es natural que este supremo Ser que es *Todo*, y que está presente en el hermano, en todos los hermanos, tome por ofensa lo que se hace a un menor, a la parte del Todo, esto es el hombre en particular. Por esto os he enseñado las obras de misericordia corporales y espirituales; por eso os he enseñado a no escandalizar a los hermanos, por esto os he enseñado a no juzgar, a no despreciar, a no rechazar a los hermanos, sean buenos o no, creyentes o gentiles, amigos o enemigos, ricos o pobres.

La concepción de un ser humano, puede realizarse en un tálamo de oro, como en la paja de un pesebre. El ser que se forma en el seno de una reina, no es diverso del que se forma en el de una mendiga. El concebir, el formar un nuevo ser, es igual en todos los puntos de la tierra, cualquiera que sea la religión que haya allí. Todas las criaturas nacen como Abel y Caín del seno de Eva⁷.

² Cfr. Ex. 19, 9-20, 21; Deut. 5, 1-22.

³ Cfr. 1 Cor. 13.

⁴ Cfr. Gén. 2, 18-24.

⁵ Cfr. 1 Cor. 6, 15-17.

⁶ Cfr. 1 Ju. 4, 7-5, 4.

⁷ Cfr. Gén. 4, 1-16.

Y esta igualdad de concepción, de formación del nuevo ser, de nacer, corresponde a otra igual en el cielo: a la creación de un alma que se infunde en el embrión, lo acompaña desde ese momento hasta que muere, y sobrevive en espera de la resurrección universal para volverse a unir al cuerpo resucitado y a recibir con él premio o castigo. El premio o castigo según las acciones realizadas en la vida eterna. Porque no vayáis a penar que la caridad sea injusta, y sólo porque muchos no sean de Israel o del Mesías y pese a que sean virtuosos en sus religiones que siguen como la verdadera, vayan a quedarse eternamente sin premio. Después del fin del mundo ninguna otra virtud sobrevivirá sino la caridad, esto es, la unión con el Creador de todas las criaturas que vivieron juntamente. No habrá muchos cielos, uno para Israel, otro para los cristianos, uno para los católicos, otro para los gentiles, otro para los paganos. No habrá más que *un solo cielo*. De igual modo no habrá más que un solo premio: Dios, el Creador que reúne consigo a todos sus hijos que vivieron justamente, en los que, a causa de la belleza de sus espíritus y de los cuerpos, se admirará a Sí mismo con alegría de Padre y de Dios. Será uno sólo el Señor. No un Señor para Israel, otro para el catolicismo, otro para las demás religiones.

Ahora os voy a revelar una gran verdad. Recordadla. Transmitirla a vuestros sucesores. No esperéis siempre a que el Espíritu Santo aclare la verdad después de años o siglos de oscuridad. Escuchad. Tal vez diréis: "Pero entonces ¿qué razón hay de pertenecer a la religión santa, si al fin del mundo seremos tratados de igual modo que los gentiles?" Os respondo: la misma razón que hay-y es verdadera justicia- para los que, aunque hubieren pertenecido a la religión santa, no serán bienaventurados porque no vivieron como santos. Un pagano virtuoso, que vivió virtuosamente, convencido de que su religión era buena, alcanzará el cielo. ¿Cuándo? Al fin del mundo, cuando de las cuatro partes en que pueden estar los muertos, dos subsistirán: el paraíso y el infierno. Porque la Justicia, en ese momento, no podrá sino conservar y dar dos reinos eternos a quienes con el empleo de su libre albedrío escogieron frutos buenos o malos. Pero ¡cuánto debe esperar un pagano virtuoso para que llegue a ese premio!... ¿No lo pensáis? Esta espera, sobre todo desde el momento en que la Redención con todos sus prodigios que traerá consigo se realice, y se predique el Evangelio en el mundo, se verificará la purificación de las almas que vivieron cual justas en otras religiones, pero no pudieron entrar en la fe verdadera, después de haberla conocido como existente, y real. Ellos estarán en el Limbo hasta el fin del mundo. Los creyentes en el Dios verdadero, que no supieron ser heroicamente santos, en el largo Purgatorio, y para algunos podrá terminar con el fin del mundo.

Pero después de la espera y expiación, los buenos, cualquiera que sea el lugar de donde vinieren, estarán a la derecha de Dios; los malvados, cualquiera que sea el lugar de donde vinieren a la izquierda, y luego el horrible infierno. El Salvador entrará con los buenos en el Reino eterno".

"Señor, perdona que te interrumpa. Lo que estás diciendo, es muy difícil de comprender, al menos para mí... Siempre dices que eres el Salvador y que redimirás a los que creen en Ti. Entonces los que no creen, bien porque no te conocieron, pues vivieron antes que Tú, o bien porque -¡es tan extenso el mundo!- no tuvieron ninguna noticia de Ti ¿cómo pueden ser salvador?" pregunta Bartolomé.

"Te lo dije: por su vida de justos, por sus buenas obras, por su fe que creen ser *verdadera*"

"Pero no se acercaron al salvador..."

"Mas el Salvador sufrirá también por ellos, sí por ellos, ¿No piensas, Bartolomé, en la inmensidad de valor que tendrán mis méritos de Dios-Hombre?"

"Señor mío, siempre inferiores a los de Dios, a los que por tanto tienes desde siempre".

"Respuesta justa y no justa. Los méritos de Dios son infinitos, lo acabas de decir. En Dios todo es infinito, pero Dios no tiene méritos en el sentido que se le ha dado. Tiene atributos, virtudes. Él es El que es: la Perfección, el Infinito, el Omnipotente. Pero para merecer es

necesario realizar con esfuerzo algo superior a nuestra naturaleza¹⁵. Por ejemplo, el comer no es un mérito, pero puede serlo si se come parcamente, haciendo verdaderos sacrificios para dar lo que no comemos a los pobres. No es un mérito estar callados, pero lo es cuando se está sin responder a la ofensa recibida. Y así en lo demás¹⁶.

Ahora bien, pueden comprender que Dios no tiene necesidad de esforzarse porque es perfecto. Infinito. Pero el Hombre-Dios puede esforzarse a Sí mismo, humillando su infinita naturaleza divina a la limitación humana, venciendo la naturaleza humana que existe en realidad, que no es una metáfora, con todos sus sentido y sentimientos, con sus posibilidades de sufrimientos y muerte, con su libre voluntad.

Nadie ama la muerte, sobre todo si es dolorosa, si es prematura e inmerecida. Nadie la ama. Y sin embargo todos debemos morir. Por eso debemos mirar la muerte con la misma calma con que se ve todo lo que debe terminar. Pues bien, yo ensayo a mi Humanidad para que ame la muerte. No sólo esto, yo elegí la vida para poder recibir la muerte. Por causa del linaje humano. Por esto en mi aspecto de Hombre-Dios adquiero esos méritos que siendo sólo Dios no hubiera podido conseguir. Y con estos méritos que son infinitos, por la forma con que los adquiero, por la Naturaleza divina unida a la humana, por las virtudes de caridad, obediencia, por medio de las cuales me he puesto en condición de merecerlos, por la fortaleza, justicia, templanza, prudencia, por todas las virtudes que he puesto en mi corazón para hacerlo acepto a Dios, mi Padre tendré un poder infinito no sólo como Dios, sino como Hombre que se inmola por todos, esto es, que alcanza el límite máximo de la Caridad. Es el sacrificio lo que produce el mérito. Y se le puede emplear según la voluntad santa de la víctima a la que el Padre dice: “Sea como quieres”, porque lo amó sin medida, y amó al prójimo también sin límite alguno.

Os lo digo: el más pobre de los hombres puede ser el más rico y puede hacer bien a un número incontable de hermanos, si sabe amar hasta el sacrificio. Os lo digo: aunque no tengáis ni siquiera una migaja de pan, un vaso de agua, un pedazo de vestido, podéis siempre hacer el bien. ¿De qué modo? Orando y sufriendo por los hermanos. ¿A quién se hace el bien? A todos. ¿En qué forma? De muchos modos, todos santos, porque si sabéis amar sabéis orar como Dios enseña, perdonar, servir, y redimir como el Hombre-Dios”.

“¡Oh, Señor, danos esta caridad!” suspira Juan.

“Dios os la da, pero debéis aceptarla y practicarla cada vez más perfectamente. Ningún momento de la vida debe ser separado de la caridad²¹, desde los terrenales, hasta los espirituales. Sea hecho todo con caridad y por la caridad. Santificad vuestros actos, vuestro día; poned sal en vuestras oraciones, luz en vuestros actos. La Caridad es luz, sabor, santificación. Sin ella son nulas exterioridades y vanas las plegarias; y falsas las ofrendas. En verdad os digo que la sonrisa con que os saluda un pobre como a hermanos, tiene más valor que la bolsa llena de dinero que uno puede arrojar a los pies para que lo vean todos. Sabed amar y Dios estará siempre con vosotros”.

“Enseñanos a amar así, Señor”.

“Hace dos años que os lo estoy enseñando. Haced lo que Yo haga, y estaréis en la Caridad y la Caridad estará en vosotros, y sobre vosotros estará el sello, el crisma, la corona que harán que seáis reconocidos como servidores de Dios-Caridad. Ahora vamos a detenernos en este lugar lleno de sombra. Hay muchas hierbas y el follaje mitiga el calor. Cuando llegue la tarde continuaremos...”

137. Jesús en Tiberíades

3 junio 1946

¹⁵ Cfr. Mt. 7, 13-14; 11, 12; Lc. 13, 22-24; 16, 16.

¹⁶ Cfr. 1 Cor. 10, 31 – 11, 1; Col. 3, 17.

²¹ Cfr. 1 Cor. 13; 16, 14.

Jesús llega con los suyos a Tiberíades en una mañana borrascosa. Tomaron el camino corto de Turiquea a Tiberíades en barcas que se están balanceando sobre las olas del lago agitado y grisáceo como el cielo en que nubarrones, pronósticos de tempestad, vuelan y se revuelcan.

Pedro mira el cielo, mira el lago y ordena a sus trabajadores que pongan a salvo las barcas: “Dentro de poco tendremos buena música. No seré más Simón el pescador si dentro de poco las aguas de la lluvia torrencial y las del lago no causarán desastres. No habrá ya nadie en el lago ¿o no?” se pregunta a sí mismo, escrutando el perturbado mar de Galilea. Lo ve desierto. Sólo los nubarrones siguen aumentando en fuerza y velocidad, baja la mirada del cielo aumentando en fuerza y velocidad, baja la mirada del cielo siempre más amenazador. Se consuela al ver que no hay nadie en el mar, y pensando que no habrá víctimas humanas, contento sigue al Maestro que camina adelante entre golpes de viento tan fuertes que fatigosamente se puede caminar en medio de nubes de polvo, y con los vestidos que flotan a más no poder.

En Tiberíades, en esta parte de la ciudad que es el suburbio donde viven familiares de pescadores o pequeños operarios entregados a trabajos propios de la pesca, hay un ir y venir constante para poner a salvo lo que el temporal podría destruir. Unos corren cargados de redes, otros con los remos de las barcas puestas en lugar seguro, otros arrastran a sus casas los instrumentos de trabajo. Y todo esto entre silbidos de viento, nubes de polvo y azotes de puertas. La otra parte de la ciudad, la que da al norte, de palacios extendidos a lo largo del mar, de bellos jardines que se ven allá en la ribera, duerme ociosa. Sólo los criados o los esclavos, según sea la casa de israelitas o romanos, están apuradísimos en quitar las mantas de las terrazas, en sacar las barcas ligeras, en guardar los asientos que hay en los jardines...

Jesús que viene en dirección de esta parte, dice a Simón Zelote, y a su primo Judas: “Id a preguntar al portero de Juana de Cusa si alguno de los nuestros nos ha ido a buscar. Espero aquí”.

“Está bien. ¿Y Juana?”

“La veremos después. Haced lo que os dije”.

Los dos se van rápidos. Mientras los demás esperan a que regresen, Jesús los manda acá y a allá a conseguir alimentos “para sí y para las mujeres, porque no es justo ser gravosos con la familia del discípulo”. Jesús se queda solo, apoyado contra el muro de un jardín del que llega a retumbar el ventarrón, sacudido entre las copas de los árboles que le resisten.

Jesús se ha cubierto bien. Se ha asegurado muy bien su manto, de modo que forma una especie de capucho sobre la cabeza, y así hacer que el viento no le eche los cabellos en los ojos. Está lleno de polvo. Apenas si se le nota el rostro. Está apoyado contra una pared, casi en la esquina del camino que se cruza con una bella calle que va del lago a la ciudad. Y en esta forma Jesús parece un mendigo en espera de limosna. Los que pasan lo miran-. Pero como no dice nada, ni pide nada, y está con la cabeza inclinada, nadie se detiene a darle algo, ni a decirle algo. Entre tanto la tempestad aumenta en fuerza y en bramidos que se arrancan del lago con gran violencia, y llenan la ciudad con su estrépito.

Un hombre alto, que camina un poco curvo para defenderse del viento, y también envuelto en su manto que se agarra bajo la garganta con la mano, viene del centro del poblado a esta parte de la ribera, y al levantar su cara, para evitar una fila de borricos de hortelanos, que después de haber dejado sus verduras en los mercados, regresan a sus hogares, ve a Jesús (y yo veo que el joven es Judas de Keriot).

“¡Oh, Maestro!” dice de la otra parte de la fila de borricos. “Vengo exactamente de la casa de Juana a buscarte. Estuve en Cafarnaum a buscarte, pero...” Pasó ya el último asno y Judas se apresura a llegar a donde está el Maestro y termina sus palabras: “... pero en Cafarnaum no estaba nadie. Esperé unos días, y luego regresé aquí, y todos los días iba a casa de José y de Juana a buscarte...”

Jesús lo mira con sus ojos penetrantes, detiene esta avalancha de palabras con: “La paz sea contigo”.

“¡Es verdad! ¡Ni siquiera te había dado el saludo! La paz sea contigo, Maestro. Pero, Tú siempre tienes esta paz”.

“¿Y tú no?”

“Yo soy un hombre, Maestro”.

“El hombre justo tiene la paz. Sólo el culpable es el que se encuentra turbado. ¿Lo estás tú?”

“¿Yo?... No, no, Maestro. Al menos... Bueno, si tengo qué decir la verdad, el estar separado de Ti no me hacía feliz... pero esto no quiere decir que no tuviese paz. Era nostalgia por Ti, porque te quiero... Pero la paz es otra cosa, ¿no es verdad?...”

“Sí, es otra cosa. Las separaciones no destruyen la paz del corazón *si el corazón del que se ha separado no hace cosas que su conciencia le dice que causarían dolor al ser amado, si lo supiese*”.

“Pero los ausentes no saben... a menos que haya quien les informe”.

Jesús lo mira y se queda callado.

“¿Estás solo, Maestro?” pregunta Judas tratando de desviar la conversación hacia tópicos de menor importancia.

“Espero a los que envié a la casa de Juana para saber si ya llegó mi Madre de Nazaret”.

“¿Tu Madre? ¿La mandaste llamar?”

“Sí. Estaré en Cafarnaum durante todo el mes, yendo en barca a los poblados de la ribera. Debe haber muchos discípulos...”

“Sí, muchos...” Judas ha perdido su locuacidad. Está pensativo.

“¿No tienes nada qué decirme, Judas? Estamos los dos solos... ¿Nada te pasó en este tiempo de separación, ninguna cosa de la que creas que tienes necesidad de oír a tu Jesús?” le pregunta dulcemente como para ayudar al discípulo a decir la verdad, y lo hace en tal modo que siente todo su amor misericordioso.

“¿Y sabes Tú que yo necesite para algo tus palabras? Si lo sabes –de mi parte no sé cosa alguna que la merezca- habla, Es doloroso para un hombre tener qué recordar culpas y defectos y confesarlos a otro...”

“Yo, que te estoy hablando, no soy otro hombre, sino...”

“Así es. Eres Dios. Lo sé. Por esto ni siquiera es necesario que sea yo quien te diga algo. Tú lo sabes...”

“Yo no soy otro hombre, te repito, sino tu Amigo más cariñoso. No te digo que sea el Maestro, el Superior, sino te digo que soy el Amigo...”

“Es siempre lo mismo. Siempre es penoso el rebuscar lo que sucedió en lo pasado, y al confesarlo podría uno merecer reproches. Pero no sólo reproches, sino lo que es peor, caer de la estima del amigo que compadece...”

“En Nazaret, el último sábado que estuve allá, Simón Pedro dijo a un compañero suyo, por inadvertencia, algo que debería guardar como secreto. No fue una desobediencia voluntaria, ni una injuria, ni se dañaba al prójimo. Simón Pedro lo dijo a un hombre bueno y serio, el cual al ver que sin quererlo él, ni Pedro, había llegado a conocer una cosa secreta, le juró que a nadie diría lo oído. Simón podía haberse quedado tranquilo... pero no fue así, sino hasta que confesó su culpa ¡Pobre Simón! La llamaba culpa. Si en el corazón de mis discípulos no hubiesen sino culpas iguales a esa, y mucha, mucha humildad, mucha confianza, gran amor, como lo tiene Pedro, ¡oh! debería proclamarme Maestro de una multitud de santos...”

“Y con esto quieres decirme que Pedro es santo y yo no. Es verdad. No soy un santo. Arrójame, entonces...”

“No eres humilde, Judas. La soberbia te lleva a la ruina. Todavía no me conoces...” termina Jesús con un tono tristísimo.

Judas lo percibe y en voz baja: “¡Perdóname, Maestro!...”

“Siempre te perdono, pero sé bueno, hijo, sé bueno ¿Por qué quieres hacerte el daño a ti mismo?”

Judas derrama lágrimas, verdaderas o falsas no lo sé, y se refugia entre los brazos de Jesús, llorando sobre su espalda. Jesús le acaricia los cabellos y le dice: “¡Pobre Judas! Pobre Judas que busca en otras partes la paz, donde no existe, y busca a quien pueda comprenderlo...”

“Es verdad. Tienes razón, Maestro. La paz está aquí... entre tus brazos... Soy un desventurado... Tú sólo me comprendes y me amas... Tú sólo... Yo soy el necio... Perdóname, Maestro”.

“Se bueno, sé humilde. Si caes ven a Mí y t levantaré. Si te sientes tentado, corre a Mí. Te defenderé de ti mismo, de quien te odia, de todo... Pero sositégate. Los otros están llegando...”

“Un beso, Maestro... un beso...”

Jesús lo besa... Judas se tranquiliza... Ciertamente, pero no confesó sus culpas, pienso yo...

“Nos tardamos un poco porque Juana ya se había levantado y el portero le quiso avisar de que estábamos allí. Durante el día irá a venerarte en casa de José” dice Tadeo.

“¿En casa de José? Si se echa toda el agua que el cielo anuncia, las calles serán un pantano. Juana no irá a esa casucha, y por vericuetos. Sería mejor que fuésemos a su casa...” dice Judas con voz segura y firme.

Jesús no contesta, sino se dirige a su primo y le pregunta: “¿Ninguno de los nuestros nos ha buscado en casa de Juana?”

“Ninguno, hasta ahora”.

“Está bien. Vamos a casa de José. Los demás irán también allá...”

“Si supiéramos que nuestras madres están en camino. Iría a su encuentro...” dice Judas de Alfeo.

“No estaría mal. Pero hay muchos caminos por los que pueden venir a Tiberíades. Tal vez no tomaron los más frecuentados...”

“Es verdad, Jesús... Vámonos...”

Rápidos caminan entre los primeros truenos y rayos que recorren un cielo verdoso y retumban en las gargantas de las colinas que rodean casi completamente el lago. Entran en la pobre casa de José, la cual con este temporal parece más pobre y oscura. No hay luz más que en las caras del discípulo y de sus familiares, felices con tener en casa al Maestro.

“Llegas a mala hora, Señor” se excusa el barquero. “Con este tiempo nada he podido pescar... tan sólo tengo verduras...”

“Y tu buen corazón. Ya tome de antemano las providencias. Van a llegar pronto nuestros compañeros con lo necesario. No te preocupes, mujer... Podemos sentarnos aun en el suelo, que está muy limpio. Eres una verdadera mujer, lo estoy viendo. Y la casa arreglada lo confirma”.

“¡Oh, mi mujer es una verdadera mujer que vale! Es mi alegría, es nuestra alegría” dice en voz alta el barquero, regodeándose de la alabanza que le dio el Señor, que sin preocupación alguna se ha sentado en el borde del hogar apagado, y toma entre sus rodillas a un chiquitín el cual lo observa maravillado.

En medio del primer chubasco llegan los que habían ido de compras. En el dintel sacuden sus mantos y sandalias para no meter ni agua, ni lodo adentro.

Se oye el estallido de truenos, de relámpagos, de lluvia, de viento. Y el lago no se queda atrás. Responde con sus estampidos al son de los ventarrones que sobre su superficie se descuajan.

“¡Salve! El verano se moja las plumas y empapa de agua el hogar... Después las cosas estarán mejor... con tal de que no haga mal a los viñedos... ¿Puedo ir a arriba a mirar el lago? Quiero ver qué humor se carga...”

“Ve, Vete. Estáis en vuestra casa” responde el discípulo a Pedro.

Y Pedro, con sólo su túnica, feliz sale a regocijarse en la tempestad, sube la escalera del exterior y se queda en la terraza a refrescarse, a responder a los de adentro, como si estuviese en el puente de su barca y diese las órdenes de maniobrar.

Los demás están sentados aquí y allá, donde apenas si se ve, porque la puerta la tienen cerrada por la lluvia, pero por la ranura entra un rayo de luz verdoso, interrumpida algunas veces con la cárdena de los relámpagos.

Regresa Pedro bañado como si se hubiese caído en el lago y con voz segura dice: “Ahora la tenemos encima. La tempestad se aleja hacia SaMaría, va caer también por allá”.

“Y sobre ti se echó encima. Mira que pareces una esponja que chorrea” dice Tomás.

“Ahora me siento mejor después de tanto calor”.

“Entra. Así mojado y en la puerta te hace mal” aconseja Bartolomé.

“No, soy un madero acostumbrado... Todavía no sabía pronunciar “papá” cuando ya estaba acostumbrado a estar mojado. ¡Ah, qué bien se siente uno en medio del aire!... Pero... los caminos... son un río... ¡Si vieséis el lago! Tiene todos los colores y bulle como una olla hirviente. No sabe uno ya a dónde van las olas. En su mismo lugar se revuelcan... Era necesaria esta tempestad...”

“Que si lo era. Los muros parecían arder, por el calor. Mis viñas tenían las hojas casi secas, llenas de polvo... Le echo agua al pie... claro, pero ¡qué vale un poco de agua cuando lo demás es fuego?” pregunta José.

“Mejor poco que nada, amigo” dice Bartolomé. “Las plantas tienen necesidad del agua del cielo, porque beben aun por las hojas ¡eh! Parece que no es verdad, pero sí lo es. ¡Las raíces! Está bien, pero también las ramas y hojas tienen razón de ser, y tienen sus derechos...”

“¿No te parece, Maestro, que Bartolomé nos da el tema para una bella parábola?” pregunta Zelote tratando de incitar a Jesús a que hable.

Pero Él está entretenido con el niño, que tiene miedo de los rayos. No dice ninguna parábola, pero asiente al decir: “¿Y tú cómo la propondrías?”

“Mal, Maestro. Yo no soy Tú...”

“Dila como puedas. Os servirá mucho predicar con parábolas. Acostumbraos. Te escucho, Simón...”

“¡Oh!... Tú, Maestro, yo... un tonto... Pero obedezco. Diría yo así: “Un hombre tenía una hermosa vid en el huertecito de su casa, para que subiese a la terraza y diese sombra y produjese racimos. Con mucho cuidado velaba por su viña. Esta crecía en medio de las casas, cerca del camino; por esto la llegaban a ensuciar humo de la cocina, hollín de hornos, polvo del camino. Y mientras no bajaban las lluvias de Nisan, las hojas de la vid no se limpiaban de la suciedad y no se deleitaban del sol y del aire, al tener sobre su superficie algo que pudiese estorbárselo. Cuando llegó el verano, y no llovió más, humo, polvo, excremento de pajaritos se depositaron y formaron gruesas capas sobre las hojas. El sol fuerte las secaba. El dueño de la vid les echaba agua a las raíces, y así no moría la planta, pero vivía débil, porque el agua que absorbía la planta, no subía sino al interior, y no llegaba a las hojas, a las ramas. Y lo peor era que del suelo caliente y mojado con poca agua subían vapores que chupaban las hojas, las marchitaban cual si fueran pústulas malignas. Finalmente llegó un día en que el cielo envió su lluvia que bajó sobre las hojas y ramas, que corrió por todas partes. Pasada la tempestad el dueño de la vid vio limpia su planta, fresca, que estaba lozana y era la alegría de un cielo sereno”. Esta es la parábola”.

“Está bien. Pero ¿el parangón con el hombre?...”

“Eso hazlo Tú, Maestro”.

“No, tú. Estamos entre hermanos, y no debes temer cometer algún error”.

“Si es por esto no me preocupo, antes bien me gusta porque así soy humilde. Lo que no quisiera, es decir algún error”.

“Te lo corrijo”.

“Entonces, oídme: “Esto mismo sucede al hombre que no vive en los huertos de Dios, sino en medio del polvo, del humo de las cosas mundanales, que poco a poco se van formando costras, y sin pensarlo se encuentra estéril en su corazón, bajo una capa gruesa de su debilidad humana que el aura de Dios, el sol de la Sabiduría no le sirven para nada. Inútilmente busca suplir con un poco de agua, tomada de las prácticas, que apenas si llegan a

la parte inferior, de modo que la superior no participa de ellas... ¡Ay, de ese hombre!, que no se lava con el agua del cielo que limpia las impurezas, que apaga los ardores de las pasiones, que verdaderamente nutre el espíritu, mi ser". He terminado".

"Has dicho bien. Añadiría que, a diferencia de la planta, que no tiene libre albedrío y está clavada en la tierra, y por lo tanto no puede ir a otras partes en busca de lo que le pudiera ayudar, ni huir de lo que le hace mal, el hombre puede ir a buscar agua del Cielo y escapar del polvo, del humo y del ardor de la carne y del mundo y del demonio. Así sería una enseñanza más completa".

"Gracias, Maestro. Lo tendré en cuenta" responde Zelote.

"No somos solitarios... vivimos en el mundo... por esto..." dice Judas de Keriot.

"¿Qué cosa quiere decir: "por esto"? ¿Quieres insinuar que Simón habló tontamente?" le pregunta Judas de Alfeo.

"No digo eso. Digo que no pudiéndonos aislar... debemos forzosamente vernos cubiertos de lo que es el mundo".

"El Maestro y Simón dijeron claramente que se debe buscar el agua del cielo para conservarse uno limpio, no obstante el mundo que nos rodea" dice Santiago de Alfeo.

"Bueno. ¿Pero está el agua del cielo pronta a limpiarnos?"

"Sí, lo está" dice con aplomo Juan.

"¿Ah, sí? ¿Y dónde la encuentras?"

"En el amor".

"El amor es fuego. Te quema más".

"Es fuego, no lo niego, pero también es agua que lava, porque se lleva consigo lo de la tierra, y ofrece todo lo que es celestial".

"...Maniobras que no comprendo. Quitá, poné..."

"Así es, no soy tonto. Afirmo que te quita lo que tiene uno de humano y te da lo que viene de Dios, y por lo tanto es algo divino. Lo divino no puede menos de nutrir y santificar. Pasa un día y pasa el otro y te limpia de lo que el mundo te dio".

Judas quiere rebatir, pero el pequeño que está entre las piernas de Jesús dice: "Otra parábola bonita... para mí..." y esto acaba con la discusión.

"¿Sobre qué la quieres, chiquitín? Pregunta condescendiente Jesús.

El niño mira a su alrededor, señala con su dedito a su mamá y dice: "Acerca de la mamá".

"La mamá es para el alma y para el cuerpo lo que Dios es para ambos. ¿Qué te hace mamá? Te vigila, te cuida, te enseña, te ama, mira que no te hagas daño, te tiene en sus brazos, como la paloma con sus polluelos, bajo las alas del amor. A la mamá se le obedece y se le ama porque todo lo que hace es por nuestro bien. También el buen Dios, y mucho mejor que la mejor de las mamás, tiene a sus hijos bajo las alas de su amor, los protege, los amaestra, los ayuda, día y noche piensa en ellos. También el buen Dios, como es mejor que las mamás –la mamá es el amor más grande que hay sobre la tierra pero Dios es el amor más grande y eterno que exista en la tierra y en el cielo- debe obedecerse porque todo lo que hace, lo hace por nuestro bien..."

"¿También los rayos?" interrumpe el pequeñín que tiene mucho miedo.

"También".

"¿Por qué?"

"Porque limpian el firmamento y el aire y..."

"¡Y luego llega el arco iris!..." exclama Pedro que, mitad adentro, mitad afuera, no ha hecho más que callar. Añade: "Ven, palomito, que te voy a enseñar. Mira qué hermoso..."

Es verdad. La luna, pasada la tempestad, se oculta al amanecer, y un arco iris grande, que arranca de las riberas de Ippo echa su cinta colorada sobre el lago, y se pierde más allá de los montes, detrás de Mágdala.

Todos se asoman a la puerta, pero para ver el lago deben quitarse las sandalias porque el patio es un lago en miniatura de color amarillento que poco a poco disminuye. Como recuerdo de la tempestad queda el amarillento lago, con unas cuantas ondas que poco a poco van

desapareciendo. El cielo está sereno. El aire es un poco fuerte. Las hojas y ramas tienen su antiguo color.

Tiberíades vuelve a la vida... Pronto se ve por la calle llena todavía de agua y fango que vienen Juan y Jonatás, que levanta su cara para ver y saludar al Maestro que está en la terraza, y rápida sube a postrarse contenta... Los apóstoles están conversando entre sí. Judas, a la mitad, entre Jesús y Juana por una parte y los apóstoles por la otra, se queda pensativo. Apostaría a que quiere oír lo que diga Juana, aunque lo que piense respecto de Judas no puede descifrarse, porque a todos los apóstoles los saludó con un saludo único: "La paz sea con vosotros".

Juana habla sólo de los niños y del permiso que Cusa le dio de ir con la barca hasta Cafarnaum, mientras esté allí el Maestro. Judas se tranquiliza. Se une a los otros compañeros...

Ved ahí que llegan la Virgen y María de Alfeo, sucias de lodo en la orla de sus vestidos, pero secas en todo lo demás, junto con los cinco que fueron a acompañarlas. La sonrisa de la Virgen mientras sube la pequeña escalera es más fuerte que el arco iris que continúa en el firmamento.

"Maestro, tu Mamá" le grita Tomás.

Jesús le sale al encuentro y con Él todos los demás. Se congratulan mutuamente, porque fuera de la orla de sus vestidos que está sucia, otra cosa no les pasó.

"Cuando comenzaban a caer las primeras gotas nos refugiamos en la casa de un hortelano" dice Mateo. Y pregunta: "¿Hace ya mucho que nos esperabais?"

"No. Llegamos a eso del alba".

"Nos tardamos por causa de una persona infeliz..." dice Andrés.

"Bien. Ahora que estáis todos y que el cielo se abre, pienso que sería mejor irnos esta tarde a Cafarnaum" dice Pedro.

María, siempre condescendiente, dice: "No, Simón. No podemos partir si antes... Hijo mío, una mamá me pidió insistentemente para que Tú, Tú que eres el único que puedes hacerlo, conviertas el corazón de su único hijo. Te lo ruego, escúchame, porque lo prometí... Perdónalo... Tu perdón..."

"Ya lo dio, María. Hablé ya con el Maestro..." Interrumpe Iscariote pensando que María hablase de él.

"No me refiero a ti, Judas de Simón. Hablo de Ester de Leví, nazarena, una madre a la que mató la conducta de su hijo. Jesús, murió la noche que partiste. Te invocaba, pero no por sí, pobre madre mártir de un hijo infame, sino por él... pues las madres nos preocupamos no de nosotras, sino de nuestros hijos... Ella quiere que se salve su hijo Samuel... Pero ahora, ahora que ha muerto, Samuel, presa del remordimiento, parece un loco. No escucha razones de ninguna clase... pero Tú, Hijo, puedes sanar su inteligencia y su corazón..."

"¿Está arrepentido?"

"¿Cómo quieres que lo esté si está desesperado?"

"Tienes razón. Haber matado a su madre con darle continuos dolores debe haberlo hecho un desesperado. No en vano se quebranta el primero de los mandamientos, el de amar al prójimo. Mamá ¿cómo quieres que perdone y que Dios conceda paz al matricida impenitente?"

"Hijo mío, Ester quiere la paz de la otra vida... Era buena... sufrió mucho".

"Tendrá paz..."

"No, Jesús. No puede tener paz un corazón de madre si ve que su hijo no la tiene..."

"Es justo que sea privado de ella".

"Tienes razón, Hijo. Así es. Pero para la pobre Ester... Sus últimas palabras fueron una súplica por su hijo... Me recomendó que te lo dijese. Jesús, Ester durante su vida jamás tuvo una alegría, lo sabes muy bien. Dale esta, ahora que ha muerto, dásela a su espíritu que sufre por su hijo".

"Madre, Yo traté de convertir a Samuel las veces que he estado en Nazaret. Inútilmente le hablé, porque en él el amor está apagado..."

“Lo sé, pero Ester ofreció su perdón, sus sufrimientos, para que volviese a nacer el amor en Samuel. ¿Y quién sabe? Esto que sufre ahora ¿no podría ser señal de un amor que despierta? Un amor envuelto en dolor, y cualquiera podría decir: un amor inútil, ya que la mamá no puede verlo ni alegrarse de él. Pero Tú y también yo, sabemos, yo por la fe, Tú por el conocimiento, que la caridad de los que han muerto está alerta y cerca de uno. No se desinteresan y no ignoran lo que sucede, lo que pasa a los seres queridos que dejaron... Y Ester todavía puede alegrarse de este amor tardío que le profesa su hijo ingrato, que ahora se siente muerto de los remordimientos. ¡Oh, Jesús mío, sé que él te causa asco por el pecado que cometió! ¡Un hijo que odia a su madre! Un monstruo ante tus ojos que eres todo amor para la tuya, y por esto, porque eres todo amor por mí, escúchame. Regresemos juntos a Nazaret y al punto. No me cuesta nada el camino, ninguna cosa me molesta con tal de salvar un alma...”

“Está bien. Ganaste, Mamá... Judas de Simón, llévate a José y ve a Nazaret. Me traerás a Samuel a Cafarnaum”.

“¿Yo? ¿Por qué yo?”

“Porque no estás cansado. Los otros lo están. Han caminado mucho, mientras tú descansabas...”

“También yo caminé. Fui a buscarte a Nazaret. Tu Madre es testigo”.

“Tus compañeros fueron a Nazaret cada sábado y ahora acaban de regresar de un largo recorrido. Vete y no discutas...”

“Es que... No me quieren en Nazaret... ¿Por qué me mandas a mí?”

“También a Mí no me quieren, y con todo voy allá. No es necesario que un lugar lo quiera a uno, para ir allá. Vete y no discutas, te repito”.

“Maestro... yo tengo miedo de los dementes...”

“Samuel es presa de los remordimientos, y no está loco”.

“Tu Madre lo acaba de decir...”

“Y Yo por tercera vez te digo, que vayas y no discutas. No te servirá ello más que para meditar a qué cosa puede conducir el hacer sufrir a una madre...”

“¿Me comparas con Samuel? Mi madre es reina en su casa. Por mi parte no le pido cuenta alguna, ni le soy carga para mi manutención...”

“Las mamás no piensan en esas cosas. Pero el desamor de sus hijos es una piedra que las mata, el que sean malos a los ojos de Dios y de los hombres. Vete, te lo mando”.

“Voy. ¿Y qué le digo?”

“Que venga a Cafarnaum, en donde estaré”.

“Si no obedeció ni siquiera a su madre, ¿quieres que me obedezca a mí, ahora que está tan lleno de desesperación?”

“¿Y no entiendes todavía que si te mando señal es de que he logrado algo en el corazón de Samuel, y que le he quitado el delirio de su remordimiento que lo empujaba a la desesperación?”

“Me voy, Maestro. Hasta pronto. Hasta pronto, María. Hasta pronto amigos”. Y se va sin muchas ganas. José lo sigue, muy contento de que lo hubieran escogido para tal encargo.

Pedro canturrea algo entre dientes...

Jesús le pregunta: “¿Qué estás diciendo, Simón de Jonás?”

“Cantaba yo una vieja canción del lago...”

“¿Cual es?”

“Esta: “Siempre es así. La pesca atrae a agricultor, pero no al pescador”. Y realmente se ha visto ahora que el discípulo tiene más ganas de pescar que el apóstol...”

Muchos se echan a reír. Jesús no. Suspira.

“¿Te causé algún dolor, Maestro?” pregunta Pedro.

“No. Pero no está bien el criticar”.

“Es por Judas que ha causado pena a mi hermano” dice Judas de Alfeo.

“También tú cállate, y sobre todo en el fondo de tu corazón”.

“Pedro ¿de veras Samuel ha sido digno de un milagro?” pregunta entre curioso e incrédulo Tomás.

“Sí”.

“Entonces es inútil que venga a Cafarnaum”.

“Es necesario. No he curado completamente su corazón. Debe buscar su curación por sí, esto es, el perdón con un santo arrepentimiento. He hecho que volviese a razonar. Le queda a él hacer lo demás con su libre voluntad. Bajemos. Vamos entre la gente pobre...”

“¿No vienes a mi casa, Maestro?”

“No, Juana. Tú puedes venir cuando quieras. Ellos están amarrados a sus faenas y voy a donde están...”

Jesús baja la terraza, sale a la calle. Los demás lo siguen, también Juana que dijo a Jonatás que regresase a casa, y que está decidida a no separarse de Jesús, porque Jesús no quiere ir a su casa.

Caminan entre casuchas

Cada vez más miserables, entre los arrabales... Y lo que estuve viendo, aquí termina.

138. Jesús llega a Cafarnaum

4 junio 1946

No sé si espontáneamente o porque alguien le hubiera avisado, el caso es que Porfiria está en la playa de Cafarnaum cuando atracan las barcas, que no son dos sino tres, lo que también me hace pensar que alguien se haya adelantado en llegar a Cafarnaum, que dijese que el Maestro estaría pronto a llegar y que haya llevado una barca para las mujeres y Marziam. Con Porfiria están las hijas de Felipe, Myriam, la hija de Jairo, y la madre de Santiago y Juan.

Veo también que Porfiria, sin preocuparse de las olas bajas del lago, que todavía está un poco inquieto, y que salpican, se mete al agua que le llega hasta la mitad de la rodilla, se acerca al borde de la barca, donde viene Marziam, y lo besa diciéndole: “También por él te amaré. Te querré por todos, hijo amado” y se lo dice muy conmovida. En cuanto se detiene la barca y bajan todos. Porfiria estrecha contra sí a Marziam, y no cede a nadie el derecho de demostrar a Marziam que lo quiere mucho.

Y con él va a reunirse al grupo de la otra barca para venerar al Maestro, y hacerlo antes que los de Cafarnaum y los muchos discípulos que esperan desde hace tiempo la llegada de Jesús, se apoderen de Él, arrebatándolo a la alegría de las discípulas que quieren tenerlo. Las mujeres se apiñan al rededor del Maestro y sólo los niños de Cafarnaum pueden romper este círculo de discípulas, metiéndose a la fuerza entre ellas para llegar a Jesús, que lentamente va a la casa.

Como es de mañana, se ve muy poca gente por las calles. La que se ve son mujeres que van a la fuente, o al mercado con la nidada de pequeñines a su alrededor, o algún pescador que va a llevar los remos y redes a las barcas para que estén listos para la pesca de la tarde. Ninguno de los principales, fuera de Jairo, acude a venerar a Jesús, que se congratula de que haya oído que Jesús va a detenerse algunas semanas, que por las noches irá a las ciudades del lago para hablarles por la mañana y que regresará luego a Cafarnaum en el día. Y es Jairo el primero de sus conciudadanos, por el respeto que le tienen, que logra ponerse al lado de Jesús, además porque hace a un lado a su hija. Después de él logran reunirse con Jesús los discípulos más influyentes, a los que, intuitivamente por una cierta justicia, los otros les ceden el lugar después de los apóstoles, esto es, al viejo sacerdote Juan (ex leproso), a Esteban, Hermas, Timoneo, Juan hijo de Noemí, Nicolás y a los discípulos ex pastores que, a excepción de los dos que fueron al Líbano, todos están presentes.

Jesús se interesa de los demás, de los ausentes y pregunta a sus compañeros. ¿Son todavía entusiastas? ¡Sí y con mucho! ¿Están en sus casas? No. Trabajan en la ciudad, en los pueblos cercanos para conseguir nuevos discípulos. ¿Y Hermasteo? Él fue por la orilla del mar y baja a su ciudad. Con él va José, el de Emmaús, y quieren hablar del Salvador por toda la

costa. Se les unieron los dos amigos: Samuel y Abel para mostrar lo que puede el Señor, ellos, de los que uno era paralítico y el otro leproso.

Preguntas y respuestas, van y vienen sin agotarse. La casa de Tomás de Cafarnaum es insuficiente para dar cabida a tanta gente que se aglomera al rededor del Maestro después de tanto tiempo de ausencia.

Jesús decide ir afuera, al descubierto, para poder estar en medio de todos, sin preferencia alguna.

139. Predicación en la región del lago. En Cafarnaum

22 junio 1946

Creo que hoy es sábado porque veo a la gente reunida en la sinagoga, aunque podría haberse reunido para evitar el sol, o para estar más segura en la casa de Jairo. La gente se aprieta, atenta, pese al calor que ni siquiera las puertas y ventanas que están abiertas logran mitigar.

Quien no logró entrar en la sinagoga para no verse tostado por el sol, se ha refugiado en el jardín sombrío que está detrás de la sinagoga, que es de Jairo y que está tupido de parras y de árboles frondosos llenos de fruta. Jesús está hablando cerca de la puerta que da al jardín para que todos puedan escucharlo.

Jairo está a su lado, atento. Los apóstoles en grupo, cerca de la puerta que da al jardín. Las discípulas con la Virgen en el centro están sentadas bajo una parra que casi toca la casa. Míryam, la hija de Jairo y las dos hijas de Felipe están sentadas a los pies de María.

Por las palabras que oigo, colijo que hubo ya un choque entre los acostumbrados fariseos y Jesús, pues el pueblo está inquieto por ello. Pero Jesús exhorta a la paz, al perdón, diciendo que en corazones turbados no puede penetrar con fruto la palabra de Dios.

“No podemos tolerar que te insulten” grita alguien de entre la gente.

“Dejádselo a mi Padre y vuestro. Imitadme a Mí. Tolerad. Perdonad. Respondiendo insulto con insulto no se persuade a los contrarios”.

“Pero tampoco con una mansedumbre perpetua. Te dejas pisotear” grita Iscariote.

“Tú, apóstol mío, no des escándalo con tu ira y con tu crítica”.

“No. Tu apóstol tiene razón. Sus palabras son justas”.

“No es justo un corazón que las medita, ni el del que las escucha. Quien quiera ser mi discípulo debe imitarme. Yo tolero y perdono. Soy bondadoso, humilde, pacífico. Los iracundos no pueden estar conmigo porque son hijos del siglo y de sus pasiones.

¿No recordáis el libro cuarto de los Reyes?¹ En cierto lugar de él se dice que Isaías habló contra Sennaquerib que creía poder todo, y le profetizó que ninguna cosa lo salvaría del castigo de Dios. Lo parangona con un animal al que se pone una argolla en las narices y un freno en el hocico para domar su temor. Sabéis cómo Sennaquerib pereció a manos de los mismos hijos, porque, en verdad, el cruel perece por su misma crueldad; perece no sólo en su cuerpo, sino también su espíritu.

A mí no me gustan los hombres crueles. No amo a los soberbios. No amo a los iracundos, avaros, lujuriosos. No os he dado ejemplo de estas cosas, sino siempre os he enseñado las virtudes que se oponen a estas malas pasiones.

Qué hermosa es la oración de David, nuestro rey, cuando, llegada a una perfección de su sincero arrepentimiento de culpas anteriores, y de años de una conducta prudente, alabó al señor, y se resignó al decreto de no poder ser él el que construyese el nuevo Templo. Repitémosla con él, y demos alabanza al Señor Altísimo...”

Jesús entona –los que estaban sentados se ponen de pie, los que apoyados a la pared se yerguen por respeto- la plegaria de David (1 Par. 29, 10-19).

¹ Cfr. 4 Rey. 19, 20-37.

Luego Jesús toma su tono habitual: “Siempre hay qué recordar que todas las cosas están en las manos de Dios; cualquier empresa, cualquier victoria. La magnificencia, la potencia, la gloria y la victoria pertenecen al Señor. Él concede al hombre esto o aquello, si cree que es la hora de concederlo por un bien seguro; pero el hombre no puede exigirlo. Dios no concede a David, al que había perdonado, pero que tenía necesidad de vencerse a sí mismo después de sus pasados errores, la hora de exigirle un templo: “Derramaste mucha sangre y emprendiste muchas guerras. No podrás erigir una casa a mi Nombre, después de que derramaste mucha sangre delante de Mí. Tendrás un hijo que será un hombre pacífico... y tendrá tal nombre... él edificará mi casa”³. Así dijo el altísimo a su siervo David.

Lo mismo os digo Yo. ¿Queréis vosotros, por ser iracundos, no poder erigir en vuestros corazones un templo al Señor Dios vuestro? Así pues, lejos de vosotros cualquier otro sentimiento que no sea el del amor. Tened un corazón perfecto, cual David lo pedía para su hijo, que construiría el templo, para que, al observar mis mandamientos, y cumplir todo lo que os he enseñado, logréis edificar en vosotros la casa de vuestro Dios en la espera de que iréis vosotros a la suya, eterna y llena de júbilo.

Jairo, dame un rollo. Explicaré lo que Dios quiere”.

Jairo va a donde están amontonados los rollos, toma el que le queda a la mano, que está en el centro, y después de quitarle el polvo, lo da a Jesús. Él lo desenrolla y lee: “Jeremías, capítulo 5. Recorred las calles de Jerusalén, mirad, observad, y buscad en sus plazas si encontráis un hombre que practique la justicia y que trate de ser fiel, y tendré misericordia para con él”. (Me dice el Señor: “No continúes. Digo todo el capítulo”).

Después de haber leído todo el trozo, Jesús devuelve el rollo a Jairo y dice: “Hijos míos, oísteis qué castigos tremendos están reservados a Jerusalén, a Israel que no es justo. No os pongáis alegres de ello. Es nuestra Patria. No os alegréis de ello al pensar: “Nosotros no viviremos para ese entonces con toda seguridad”. Ella, la ciudad, está siempre llena de hermanos vuestros. No digáis: “Se lo merece porque es cruel para con el Señor”. Las desventuras de la Patria, los dolores de los conciudadanos, deben siempre afligir a los que son justos. No midáis como los otros lo hacen, sino como Dios mide, esto es, con misericordia.

¿Qué cosa debéis hacer entonces por esta Patria, por estos compatriotas, sea que por Patria y patriotas se entienden la Patria grande y sus habitantes, toda la Palestina, o esa pequeña que es Cafarnaum, vuestra ciudad; sea que se comprendan todos los hebreos, o estos pocos que me odian, en esta pequeña ciudad de Galilea? Debéis hacer obras de amor. Tratar de salvar a la Patria y a vuestros compatriotas. ¿De qué modo? ¿Con la violencia? ¿Con el desprecio? No. Con el amor, con el paciente amor para convertirlos a Dios.

Oísteis hace un momento: “Si encontrare un hombre que practica la justicia, tendré misericordia”. Trabajad, pues, para que los corazones lleguen a la justicia y sean justos. Ciertamente que en medio de su modo injusto de pensar, dicen de Mí: “No es Él”, y por esto creen que, persiguiéndome, no les acaecerá ningún mal. Ciertamente ellos dicen: “Estas cosas no nos sucederán jamás. Los profetas hablaron porque sí”.

Tratarán de llevaros a que digáis lo mismo. Vosotros que estáis aquí presentes, sois fieles, pero ¿dónde está Cafarnaum? ¿Está toda aquí? ¿Dónde están aquellos que otras veces vi que se arremolinaban junto a Mí? ¿Acaso la levadura, que fermentó desde la última vez que estuve aquí, ha hecho estragos en muchos corazones? ¿Dónde está Alfeo? ¿Dónde Josué con sus tres hijos? ¿Dónde Ageo de Malaquías? ¿Dónde José y Noemí? ¿Dónde Leví, Abel, Saúl y Zacarías? Olvidados del beneficio recibido, ¿es posible que palabras mentirosas los hayan empolvado?

Lo estáis viendo. No es más que un lugar pequeño. En este lugar, donde los que ha recibido favores son muchos, la envidia ha logrado destruir la fe que tenían en Mí. Sólo veo reunidos en torno a Mí a los perfectos en ella. ¿Y podríais pretender que hechos lejanos, palabras dichas allá muy lejos, puedan hacer que todo Israel sea fiel a Dios? Esto sería el

³ Cfr. 1 Par. 22, 8-10.

ideal porque la fe debería ser tal que no tuviese necesidad de los hechos. Pero no es así. Cuanto más alta es la ciencia, tanto más baja es la fe, porque los doctos creen que están exentos de una fe sencilla y franca, que crece por fuerza de amor y no por auxilio de la ciencia.

Es amor lo que se debe respirar y encender, y para hacerlo hay que arder. Hay que estar convencidos. Heroicamente convencidos, para convencer. En lugar de los desprecios, en lugar de responder a los insultos, hay que tener humildad y amor. Hay que recordar esto a quien no se acuerda más de las palabras del Señor: “Temamos al Señor que nos da la lluvia en la primera como en la última estación”⁵.

“No nos entenderían. Antes bien nos tacharían de sacrílegos porque enseñamos estas cosas sin tener derecho. Tú sabes quiénes son los escribas, quiénes los fariseos...”

“Lo sé. Aunque lo hubiese ignorado, ahora lo sabría. Pero no importa lo que ellos sean. Importa *lo que nosotros somos*. Si ellos y los sacerdotes aplauden a los falsos profetas que profetizan lo que les conviene, olvidando que sólo debe aplaudirse a las obras que ordena hacer el Decálogo, no por esta razón mis fieles deben imitarlos, ni siquiera perder valor, y considerarse como unos derrotados. Debéis trabajar cuanto más el Mal trabaja...”

“Nosotros no somos el Mal” grita desde la calle Elí el fariseo, con su voz cascada de viejo, que quiere entrar, no sin dejar de gritar: “No somos el Mal, Tú, alborotador de gente”.

“Oye, tú no estas bien del seso. ¡Salte!” le dice al punto el centurión que probablemente estaba allí atento, junto a la sinagoga, pues su intervención es instantánea.

“¿Tú, tú, pagano, te atreves a imponerte a mí?...” Yo, romano, sí. ¡Salte! El Rabí no te perturba a ti, mas tú, sí a Él. No puedes”.

“Somos nosotros los rabíes, no el carpintero galileo” grita el viejo, con voz más parecida a la de una campesina que a la de un maestro.

“Quien dice uno, dice otro... Tenéis centenares, y todo de mala calaña. He ahí al único virtuoso. Te ordeno que salgas”.

“Virtuoso, ¿eh? ¡Virtuoso el que comerció con Roma su libertad! ¡Sacrílego! ¡Inmundo!”

El centurión da un grito, y el paso romano de algunos soldados se mezcla con el insulto chillón de Elí.

“Aprehended a ese hombre y echadlo fuera” ordena el centurión.

“¿A mí? ¿Las manos de los paganos sobre mí? ¡Los pies de los paganos en una sinagoga! ¡Anatema! ¡Me profanan! Me...”

“Soldados, por favor. Os ruego. ¡Dejad que se vaya! No entréis. Respetad este lugar y sus canas” dice Jesús desde su lugar.

“Cono Tú ordenes, Rabí”.

“¡Ah, ah, alborotador! Pero lo sabrá el Sanedrín. ¡Tengo las pruebas! ¡Tengo las pruebas! Ahora creo en las palabras que me dijeron de Ti. Tengo las pruebas. Que caiga sobre ti el anatema”.

“Y la espada sobre ti, si dices una palabra más. Roma defiende el derecho. No hace compadrazgos con ninguno, apestosa hiena, El Sanedrín sabrá que eres un mentiroso. El procónsul tendrá mis informes. Voy a escribirlos ahora mismo. Vete a tu casa y quédate a disposición de Roma”. El centurión, da la vuelta militarmente y se va. Cuatro soldados lo siguen, dejando plantado, pálido y tembloroso, cobardemente tembloroso a Elí...

Jesús continúa hablando como si nada le hubiese interrumpido: “Vosotros debéis trabajar, cuanto más trabaja el Mal, para edificar en vosotros y a vuestro alrededor la casa del Señor como os lo dije al principio. Construir la con tal santidad que Dios una vez más se digne descender a vuestros corazones, a nuestra querida Patria nativa, que está muy castigada, que ignora qué desgracia se trame en el norte, en la nación fuerte que nos domina y que nos dominará cada vez más, porque las acciones de sus ciudadanos son tales que disgustan al Señor y provocan al romano. ¿Queréis acaso tener paz, tener prosperidad bajo la ira de Dios y de la del dominador? Sed buenos, sed buenos, vosotros, hijos de Dios. Procurad que no uno

⁵ Jer. 5, 24.

sino cientos y cientos lo sean en Israel para alejar los castigos del cielo. Os dije al principio que donde no hay paz, no puede haber palabra de Dios que pacíficamente se oiga y produzca sus frutos. Ved que esta reunión nuestra no fue tranquila, ni será fructuosa. Hay mucha agitación en los corazones... Idos. Todavía tendremos tiempo para volvernos a ver. Orad, como Yo también lo hago, para que el que nos mete la turbación se convierta... Vámonos, Mamá” y abriéndose paso entre la gente, sale a la calle.

Allí está Elí todavía, pálido como muerto. Se echa a los pies de Jesús. “¡Ten compasión! Una vez salvaste a mi nieto, Sálvame para que tenga tiempo de que me arrepienta. Pequé, lo confieso. Pero Tú eres bueno. Roma... ¡Oh! ¿Qué me irá a hacer Roma?”

“¡Te sacudirá el polvo del veneno con unos buenos varazos!” grita uno, y mientras la gente se carcajea, Elí lanza un grito de dolor como si ya estuviera sintiendo los golpes, y entre lágrimas: “Estoy viejo... Enfermo de dolores... ¡Ay de mí!”

“Las caricias te los curarán, viejo chagal”.

“Volverás a rejuvenecer y bailarás...”

“¡Silencio!” dice Jesús a los que se están burlando. Al fariseo: “Levántate. Ten dignidad de tu persona. Tú sabes muy bien que no tramo ningún complot con Roma. ¿Qué quieres, pues, que haga por ti?”

“Tienes razón, sí, tienes razón. No tramas ningún complot. Antes bien desprecias a los romanos, los odias, los mal...”

“Nada de eso. No mientas con alabarme, como antes lo hiciste al acusarme. Y ten en cuenta que ninguna alabanza sería para Mí el que se dijese que odio a este o a aquel, que maldigo a este o a aquel. Soy el Salvador de todos los espíritus y no existen razas ante mis ojos, ni caras, ni corazones”.

“¡Es verdad! Lo es. Tú eres justo y Roma sabe y te defiende por ello. Haces que las multitudes estén calmadas, enseñas el respeto a las leyes y...”

“¿Es acaso algo malo a tus ojos?”

“¡Oh, no no! Es una cosa bien hecha. Sabes hacer lo que deberíamos hacer todos, porque es algo puesto en razón, porque...”

La gente ríe maliciosamente y comenta entre sí. No pocos epítetos como “¡Mentiroso!” “¡Bellaco!” “¡Hoy apenas en la mañana decías al revés!”, se oyen, aunque en voz baja.

“Bueno. ¿Y qué quieres que haga?”

“Que vayas a la casa del centurión. Pero pronto, antes de que parta la estafeta. ¿Ves? Está ya preparando los caballos. ¡Oh, ten piedad!”

Jesús lo mira; mira a ese pedazo de hombre, pequeño, tembloroso, pálido de miedo, una piltrafa... lo piensa, lo mira con compasión. No hay más que cuatro pupilas que lo miran con piedad: las del Hijo y las de la Madre. Todas las demás reflejan ironía, dureza, intranquilidad... También las pupilas de Juan, las de Andrés, le escupen desdén.

“La tengo. Pero o no voy a la casa del centurión...”

“Es tu amigo...”

“No”.

“Te quiere. Quiero decir por... causa del siervo que le curaste”.

“También a ti te curé a tu nieto, y no me lo agradeces, pese a que eres israelita como Yo. El favor no crea obligaciones”.

“Sí que la crea. ¡Ay de aquel que no es agradecido a...!” Elí comprende que se condena a sí mismo, se embrolla en lo que quiere decir. La gente se burla de él.

“Pronto, Rabí. ¡Gran Rabí, santo Rabí, mira que está ya dando órdenes! ¡Están ya por partir! ¿Quieres que me escarnezan? ¿Quieres verme muerto?”

“No. Yo no voy a recordar un bien que hice. Ve y dile: “El Maestro te dice que tengas compasión”. ¡Ve!”

Elí trota por la calle y Jesús se va, en dirección opuesta, a su casa.

El centurión debe haber aceptado, porque se ve que los soldados que están montados, devuelven una tableta encerada al centurión y llevan a otra parte los caballos.

“¡Es una desgracia! ¡Se lo merecía!” exclama Pedro y Mateo le hace coro: “Sí. El Maestro debía haber dejado que lo castigasen. Tantos golpes, cuántos insultos nos echó. ¡Un viejo roñoso!”

“Y de este modo otra vez a empezar” exclama Tomás.

Jesús se vuelve severo: “¿Tengo discípulos o demonios? Largaos, vosotros que no tenéis en vuestro corazón misericordia. Me desagrada vuestra presencia”.

Los tres se quedan donde están, como petrificados ante el regaño.

“¡Hijo mío, ya tienes muchos sufrimientos! ¡Y yo tantas aflicciones! No añadas otra más... Míralos...” implora María.

Jesús se vuelve a mirar a los tres... tres caras desoladas, con toda la esperanza y el dolor en sus ojos.

“¡Venid!” ordena Jesús.

Sí. Las golondrinas son menos veloces que los tres.

“Que sea la última vez que os oigo decir semejantes palabras. Tú, Mateo, no tienes ningún derecho. Tú, Tomás, no estás muerto todavía para juzgar quién es imperfecto, creyéndote salvado. Y luego, tú, Simón de Jonás, has hecho como un peñasco que se lleva fatigosamente hasta la cumbre, y se deja rodar hacia abajo. Comprende lo que quiero decirte... Y ahora escuchad. Es inútil hablar aquí en la sinagoga y en la ciudad... Desde ahora hablaré desde las barcas, en el lago. Acá y allá. Preparad las barcas, cuantas sean necesarias, y partiremos a la vista de bellos atardeceres o de frescos amaneceres...”

140. Mágdala

24 junio 1946

“¿A dónde, Maestro?” pregunta Pedro que ha preparado todo lo necesario para el viaje sobre el lago, y con su barca está al frente de una pequeña flota de barcas que, llenas de gente, vienen con el Maestro.

“A Mágdala. Se lo prometí a María de Lázaro”.

“Está bien” responde Pedro y gira el timón para tomar la dirección precisa.

Juana que viene en la misma barca que Jesús, la Virgen, María Cleofás, Marziam, Santiago de Alfeo y uno que no conozco, dice, señalando a la multitud de barcas que hay en el lago en este atardecer de estío que apaga el fuego crepuscular con cascadas de velos de color violeta, como si el firmamento lloviesen cascadas de amatistas o manojos de glicinas en flor: “Tal vez entre ellas están también las barcas de las romanas. Uno de sus devaneos favoritos es fingir una pesca en estos plácidos atardeceres”.

“Con todo habrá más al mediodía” dice el hombre que no conozco.

“No te lo creas, Benjamín. Tienen barcas veloces y expertos barqueros. Vienen hasta acá”.

“Por lo que vienen a hacer...” refunfuña Pedro, y gruñe entre su barba, arrastrado de su intransigencia como pescador que ve que considera el navegar y la pesca como una profesión, no como un pasatiempo, como una religión que se apoya en leyes estrictas y útiles, y que le parece una profanación todo esto sin motivo alguno: “Con sus inciensos, flores, perfumes y otros menjunjes demoníacos, con lo que corrompen el agua; con sus gritos, chillidos y palabrejas ahuyentan los peces; con sus teas llenas de humo los espantan; con sus redes malditas; echadas sin saber en dónde, acaban con los cardúmenes... Se les debería prohibir. El mar de Galilea es de los galileos y por añadidura pescadores, no de las prostitutas y de sus compinches... ¡Si fuese yo el dueño! La pagaríais, apestosas barcas paganas, sentinas de vicio que lleváis el aire en popa, alcobas navegantes para traer aún acá, a estas aguas de Dios, de nuestro Dios a sus hijos, los vuestros... ¡Oh, pero ved, se dirigen a nosotros! Se puede pensar en cosa más... se puede permitir... pero...”

Jesús interrumpe esta perorata en que Pedro ha desfogado todo su corazón de israelita y de pescador, poniéndose colorado, casi ahogándose del desprecio, como si luchase contra fuerzas infernales, y con una sonrisa apacible dice: “Está muy bien que no seas el dueño.

Afortunadamente no lo eres, por bien tuyo y por el de ellos. Porque les impedirías seguir un buen impulso, y por lo tanto un impulso grabado en sus corazones –paganos, lo sé, pero naturalmente buenos- impreso en su alma, por la Misericordia eterna que guía estas criaturas, que no tienen culpa de haber nacido en el país romano más bien que en el hebreo, con ojos de piedad porque ve que tienden hacia lo bueno. Te harías mal a ti porque cometerías un acto contra la caridad y otro contra la humildad...”

“¿Contra la humildad? No veo por qué. Si yo fuera el dueño del lago me sería lícito disponer de él conforme yo quisiese”.

“No, Simón de Jonás, no. Te equivocas. Las cosas que tenemos, nos pertenece porque Dios nos las concede. Así pues, aunque sea uno dueño de ellas por un poco de espacio de tiempo, es menester pensar siempre que Uno solo es el que posee todo y sin límites, sin medida de tiempo, ni de espacio. Uno solo es el Dueño. Los hombres... ¡Oh, ellos no son más que administradores de migajas de la gran Creación. Pero el Dueño es Él, mi Padre y tuyo y de todos los seres vivientes. Además Él es Dios, y por lo tanto perfectísimo en sus pensamientos y en su acción. Ahora: si Dios mira con ojos benignos el movimiento de estos corazones paganos hacia la Verdad, y no sólo los ira, sino que hasta favorece este movimiento imprimiéndole cada vez mayor fuerza hacia el Bien, ¿no te parece que tú, hombre, al tratar de impedirlo, en el fondo quieres impedir a Dios que obre a su modo? ¿Y cuándo se impide algo? Cuando se le tiene por no bueno. Por lo tanto, ¿pensaríais que tu Dios fuese capaz de una acción no buena? Ahora bien, si juzgar a los demás no es cosa buena, porque cada uno tiene sus defectos y tiene una facultad de conocer y juzgar tan limitada que de diez veces yerra siete, sería una cosa reversa juzgar a Dios en sus acciones. Simón, Simón, Lucifer quiso juzgar a Dios en sus pensamientos y creyó que estaba equivocado y quiso ponerse en lugar de Dios creyéndose más justo que Él, Tú sabes, Simón, en lo que paró Lucifer. Y tú sabes que todo el dolor que padecemos mana de esa soberbia...”

“Tienes razón, Maestro. Soy un cabeza de tonto. ¡Perdóname, Maestro!”

Y, siempre impulsivo, deja el timonel para echarse a los pies de Jesús, mientras la barca, abandonada a sí misma, y que se encuentra en medio de una corriente, se desvía, se inclina horriblemente en medio de los gritos pavorosos de María de Cleofás, de Juana y de los gritos de los de la otra barca gemela, que ven que se les viene encima la barca pesada de Pedro. Por fortuna Mateo toma rápidamente el timón, y la barca vuelve a su nivel después de miedosos cabeceos, y se separa también porque los otros con sus propios remos la rechazan con todas sus fuerzas.

“Oye, Simón. Una vez dijiste que los romanos como navegantes eran unos tontos porque se nos echaban encima. Eres tú ahora el que demuestras también serlo... Y exactamente ante sus ojos. Mira cómo todos se han puesto de pie en sus barcas, para ver...” dice Iscariote con sorna señalando las barcas romanas, que están ya tan cerca que se les puede ver, en el espejo de agua frente a Mágdala, no obstante la niebla esté apagando las luces.

“Perdiste ya una cesta y una bolsa, Simón. ¿Quieres que las busquemos con garfios?” pregunta Santiago Zebedeo desde una barca cercana, porque, después del incidente, todos se han reunido cerca de la barca de Pedro.

“Pero ¿qué te pasó? ¡Nunca lo haces!” dice en voz alta Andrés que viene en la otra barca.

Pedro responde a todos por turno, mientras los demás hablan entre sí. “¿Me vieron? ¡Qué importa! Aunque hubiesen visto mi corazón y... Bueno, esto no decirlo, Pedro... Pero tú, ten en cuenta que no me causas ningún daño. No fue maniobra tonta, vino por las buenas, de otro modo me sentiría mortificado... No te preocupes, Santiago. Cosas viejas que se fueron al fondo... Ojalá pudiesen también, arrojar lejos de mí al viejo hombre que resiste dentro de mí. Quisiera perder todo, aun la barca, para ser como el Maestro quiere... ¿Cómo hice? Me he mostrado a mí mismo, a mi soberbia, que quieres enseñar aun a Dios en cosas del espíritu, que soy un animal en cuatro, aun en cosas de la barca... Lo tengo bien merecido... Me he puesto así para que todos me vean. Cual una parábola... ¿No es verdad, Maestro?”

Jesús sonríe asintiendo... Sentado en la popa, en su lugar habitual, con su vestido blanco que resalta en el aire, tranquilo; sus cabellos levemente flotan a la brisa de la tarde; parece ser en el crepúsculo un ángel de paz luminosa.

Las barcas romanas los han alcanzado.

"Tienen muy buenas barquillas y velas perfectas... y marineros también. Reman veloces como halcones. Se aprovechan de la menor corriente de viento, de cada movimiento del agua..."

"Casi todos los remeros son esclavos cretenses o del Nilo" explica Juana.

"Los marineros del delta son muy expertos, como también los de Creta. También lo son los de Italia... Ganan los de Escila y Caribdis... y con esto es suficiente para llamarlos óptimos" reconoce eso el desconocido llamado Benjamín.

"¿A dónde vamos, Señor? A Mágdala, o bien... ¡Mira! Los de allá vienen a nuestro encuentro..."

Así es. Las barquillas de este lugar se apresuran a dejar la playa y el pequeño puerto, cargadas, sobrecargadas de gente, tanta que el agua llega a su borde, y trabajosamente salen al encuentro de las que vienen de Cafarnaum.

"No. Nos detenemos frente a la ciudad. Hablaré desde la barca..."

"Es que... esos imprudentes quieren ahogarse. ¡Mira, Maestro! Es verdad que el lago está tranquilo como un espejo... pero el agua siempre es agua... y el peso es peso... y aquellos parece que piensan estar en tierra y no en el lago diles que regresen, para que no se ahoguen..."

"¡Hombre de poca fe! ¿No te acuerdas que mientras creíste en mi palabra cuando te llamé a que fueses a Mí, caminaste en el agua como en tierra firme? Ellos tienen fe, y por eso, contra todas las leyes de equilibrio entre peso y densidad, las aguas sostendrán las barcas repletas de gente".

"Si esto sucede... es hoy una tarde en que se efectúa un milagro..." dice Pedro encogiéndose de hombros, mientras baja la pequeña ancla para fondear. La barca queda en el centro de una fila de barcas, que vinieron ya de Cafarnaum, ya de Mágdala, ya de Tiberíades, y estas son las de las romanas que prudentemente se ponen detrás de las de Cafarnaum, hacia el centro del lago. Quedan a la espalda de Jesús, que tiene enfrente a los de Mágdala, el vasto y sombrío jardín de María, hermana de Lázaro, las casas que en la noche y en la ribera se ven blanquear.

El lago toma una tranquilidad absoluta, al no moverse ni proas, ni remos. Es una extensa capa de cristal jaspeada con los primeros rayos plateados de la luna, y sembrada con brillos de topacio, o rubíes donde resplandecen las luces de los faros o de las teas, que hay en cada proa.

Las caras parecen raras en el contraste de la luz rojo-amarillenta o de la luna. Algunas veces parecen clarísimas, perfectas; otras parece como si tuviesen partidas en dos, de largo o de ancho, con sola la frente o solo el mentón; o bien con una sola mejilla; un semblante tajado a la mitad, como si la otra parte no existiese. Los ojos de algunos brillan, otros parecen oquedades, y también de las bocas de algunos se ve que sale una sonrisa franca en medio de blanquecinos dientes, o bien parecen desaparecer en la sombra.

Pero para que todos vean a Jesús, las barcas de Cafarnaum y Mágdala pasan faroles y más faroles que ponen a los pies de Jesús; y las colocan también sobre los remos que no se mueven, sobre los bordes de la popa, de la proa y hasta parecen racimos al ser colocados en el árbol de la vela. De este modo la barca donde está Jesús brilla en medio de un círculo de barcarolas que se han quedado sin luz, y Jesús se distingue ahora perfectamente bien, al recibir la luz por todas partes. Tan solo las barcas romanas conservan sus faros, cuyas luces apenas si se mueven al contacto de la ligerísima brisa.

"¡La paz sea con vosotros!" dice Jesús poniéndose de pie, sin temor alguno al ligero balanceo de la barca y abriendo sus brazos para bendecir. Luego habla lentamente, para que todos lo oigan, y su voz fuerte, armoniosa se extiende por todo el silencioso lago. Hace poco

uno de mis apóstoles me propuso el tema de una parábola y ahora os la diré porque puede ser útil para todos, puesto que todos la podéis entender. Oídla.

Un hombre que navegaba en el lago en una noche plácida como esta, sintiéndose seguro de sí mismo, presumía de no cometer errores. Era un hombre expertísimo en navegar y por esto se creía superior a los demás que encontraba en el lago, los cuales, muchos de ellos, por diversión y por tanto sin esa experiencia que proporciona el trabajo cotidiano con el que se gana la vida. Por otra parte era un buen israelita y por eso creía que era poseedor de todas las virtudes. Era, para decirlo en una palabra, un buen hombre.

Así pues, una tarde en que navegaba sin ningún peligro, tuvo el atrevimiento de expresar su opinión acerca de su prójimo, de un prójimo –según él- muy lejano para ser considerado prójimo. Ningún lazo de nacionalidad, trabajo o fe lo unía con ese prójimo y por esto él, sin freno alguno de solidaridad nacional, religiosa o de trabajo, se burlaba de él frescamente, mejor dicho, hasta con dureza, y se quejaba de no ser dueño del lago, porque de serlo habría arrojado a aquel prójimo del lugar, y llevado de su fe intransigente, como que reprochaba al Altísimo de permitir a estos prójimos, que no eran de su grupo, que llevaran igual vida e hicieran lo mismo que él hacía.

En la barca venía un amigo suyo, que lo amaba con toda rectitud, y por esto trataba de hacerlo prudente, y cuando era necesario decirle algo, le corregía ideas equivocadas: “¿Por qué estos pensamientos? ¡No es acaso uno el Padre de los hombres? ¿No es Él acaso el Señor del Universo? ¿No baja acaso su sol sobre todos los hombres para darles calor, y sus nubes acaso no descienden para los campos tanto de los gentiles como de los hebreos? Y si esto hace tratándose de las necesidades materiales del hombre, ¿no tendrá las mismas providencias por sus necesidades espirituales? ¿Querías tu sugerir a Dios lo que debe hacer? ¿Quién como Dios!”

El hombre era bueno. En su intransigencia existía mucha ignorancia, existían muchas ideas equivocadas, pero su voluntad no era mala, no tenía intención de ofender a Dios, antes bien tenía intenciones de defender sus intereses. Al oír estas palabras se arrojó a los pies de quien le reprendía y le pidió perdón de haber hablado como un necio. Se lo pidió tan impetuosamente que por poco sucede una desgracia haciendo que la barca se hundiese con los que iban en ella, porque en la premura de querer pedir perdón se olvidó del timón, de la vela, de las corrientes. Así pues, después del primer error, cometió otro que fue el de mal navegante, y con ello demostró que no sólo era un juez inexperto, sino también un mal marinero.

Esta es la parábola.

Ahora escuchad. Según vosotros ¿perdonará Dios a ese hombre o no? Recordad: pecó contra Dios y contra el prójimo al juzgar las acciones de entrambos, y faltó muy poco para que se hubiera convertido en homicida, al hundirse la barca en que iban sus compañeros. Meditad y responded...” Jesús cruza sus brazos, pasea su mirada por las barcas, hasta las más lejanas, por las romanas, en las que están las patricias y los remeros muy atentos...

La gente habla entre sí, se cruzan los pareceres...Es un murmullo de voces que se confunde con el chapoteo apenas nítido del agua contra el casco de la barca. Es difícil la decisión. La mayoría opina que el hombre no será perdonado porque pecó. Por lo menos no se le perdonará el primer pecado...

Jesús ve que el rumor crece en este sentido y sonríe con esa mirada de sus hermosísimos ojos, cual dos zafiros, bajo el rayo de la luna que cada vez es más bella y brillante, de modo que muchos creen que es mejor apagar las teas y las antorchas, quedándose sólo con la luz de la luna.

“Apaga también estas, Simón. Son unas chispas en comparación a la luz de las estrellas, bajo un cielo tapizado de astros y planetas” dice Jesús a Pedro que está atentísimo en oír la sentencia de la multitud. Jesús lo acaricia. Acaricia a su apóstol, mientras este se esfuerza en quitar las antorchas, y le pregunta en voz baja: “¿Por qué esos ojos turbados?”

“Porque esta vez haces que me juzgue el pueblo...”

“¿Y qué miedo tienes?”

“Porque... como yo... es injusto...”

“Dios es quien juzga, Simón”.

“Cierto, pero todavía Tú no me has perdonado y esperas su sentencia... Tienes razón, Maestro... Soy un incorregible... Pero ¿porqué... a tu pobre Simón este juicio de Dios?...”

Jesús le pone la mano sobre la espalda, y lo hace con facilidad porque Pedro está en la parte inferior, y Jesús de pie sobre la popa, por lo tanto más alto que Pedro. Sonríe... pero no le responde. Más bien pregunta a la gente: ¿Y bien? Decid vuestro parecer en voz alta. Barca por barca”.

“Ay de mí, pobre Pedro! Si Dios lo hubiese juzgado según el parecer de los presentes, lo hubiera condenado. Fuera de tres barcas, todas las demás y también la barca donde están los apóstoles, lo condenan. Las romanas no dicen nada, ni tampoco se les pregunta algo, pero es claro que también juzgan que debe condenarse a ese tal, porque de una a otra barca –fuera de las tres- vuelven el pulgar hacia abajo.

Pedro levanta sus ojos de toro espantado al rostro de Jesús y se encuentra con una mirada tiernísima que brota de los ojos de zafiro como una señal de paz, y ve que se inclina un rostro que resplandece amor y siente que se le empuja hacia allá, de modo que su cabeza enmarañada da al pecho de Jesús, entre tanto que el brazo del Maestro lo estrecha.

“Así juzga el hombre, pero Dios no, hijos míos. Vosotros decís: “¡No será perdonado!” Yo os digo: “El Señor ni siquiera ve en él razón de perdón”, porque el perdón presupone una culpa, pero aquí no la hay. No mováis la cabeza. Repito: aquí no hay culpa alguna.

¿Cuando se comete una culpa? Cuando existe la voluntad de pecar, el conocimiento del pecar y la persistencia en querer pecar, aun después de que se sabe que tal acción es pecado. Todo consiste en la voluntad de quien quiere pecar, aun después de haber conocido que tal acción es pecado. Todo está en la voluntad con la que uno realiza un acto, sea virtuoso o pecaminoso. Cuando uno hace una acción aparentemente buena, pero no sabe que lo hace, antes bien cree cometer una acción malo, comete un pecado como si hubiese cometido una acción mala, y al contrario.

Por ejemplo. Alguien tiene un enemigo y sabe que está enfermo. Sabe que por órdenes no debe beber agua fría, y ningún líquido, y va a visitarlo fingiendo amor. Oye que se queja: “¡Tengo sed! ¡Tengo sed!” y fingiendo piedad se apresura a darle a beber agua fría del pozo, diciendo: “Bebe, amigo. Te amo y no puedo verte sufrir esta ansia. Mira: he sacado esta agua tan fresca. Bebe, bebe, que gran recompensa aguarda a quien asiste a los enfermos y da de beber al sediento” y dándole de beber, le causa la muerte. ¿Creéis que esta acción buena en sí porque se apoya en dos obras de misericordia, sea buena ahora pese a que se le hizo con fin perverso? No lo es.

Todavía más: un hijo cuyo padre sea un bebedor y que por salvarlo de la muerte con no beber, cierra la cantina, quita el dinero a su padre y le prohíbe rigurosamente que salga del poblado a beber y a ir perdiendo poco a poco la salud ¿os parece que falta solo al cuarto mandamiento porque echa en cara a su padre lo mal que hace, y se convierte en cabeza de la familia? Aparentemente hace sufrir a su padre y parece culpable. En realidad es un buen hijo porque no tiene otra voluntad más que rescatar de la muerte a su padre. Es siempre la voluntad la que da valor a la acción.

Oíd este otro ejemplo: el soldado que en guerra mata ¿es homicida? No, si su corazón no acepta la matanza y combate porque está obligado, pero lo hace con cierta humanidad, pese a la dura ley de la guerra y al de estar sujeto a otros.

Por esto el hombre de la barca que con su buena voluntad de creyente, de patriota, de pescador, no soportaba a los que, según él, eran unos profanadores, no cometía ningún pecado contra el prójimo. Tan sólo tenía un concepto equivocado del amor hacia el prójimo. No cometía ningún pecado contra el respeto de Dios porque su resentimiento contra Dios nacía de su espíritu, que no estaba equilibrado, ni era luminoso. No cometía ningún homicidio

porque su buena voluntad de pedir perdón era la que causaba una inclinación peligrosa de la barca.

Sabed siempre distinguir. Dios es Misericordia más que intransigencia. Dios es bueno. Dios es Padre. Dios es Amor. El Dios verdadero es esto. El verdadero Dios abre el corazón a todos, diciendo a todos: “Venid” a todos señala su Reino. Es libre de hacerlo porque es el Único, el Universal, el Creador, el Eterno Señor.

Os ruego a vosotros de Israel que seáis justos, que recordéis estas cosas. No permitáis que las comprendan en vuestro lugar los que para vosotros son inmundicias, entre tanto que vosotros no las comprendéis. También el amor excesivo y desordenado de la religión y de la patria es pecado, porque se convierte en egoísmo. El egoísmo siempre es motivo y causa de pecado.

El egoísmo es pecado porque siembra en el corazón una mala voluntad que hace que se revele el hombre contra Dios y sus mandamientos. La inteligencia del egoísta no ve más claramente a Dios en sus verdades. La soberbia ensombrece con su humo al egoísta y ofusca la verdad. En la oscuridad la inteligencia, que no ve más la luz clara de la verdad como la veía antes de hacerse soberbia, comienza el proceso de los por qué, y de estos pasa a la duda, de la duda a la separación no sólo del amor y de la confianza en Dios y de justicia, sino también del temor de Dios y de su castigo. De aquí proviene el por qué tan fácilmente se peca, y de esta facilidad se llega a la soledad del alma que se aleja de Dios, y al no tener más la voluntad de Dios como guía suya, cae en la ley de su voluntad pecadora. ¡Oh!, que si es una cadena demasiado fea la voluntad del pecador, uno de cuyos extremos está en la mano de Satanás y el otro tiene asidos los pies del hombre a una bola tan pesada que lo enclava allí, esclavo en el fango, amante de las tinieblas.

¿Puede menos el hombre que se encuentra en tal estado dejar de cometer culpa mortal? ¿Puede menos de hacerla si su voluntad es mala? Entonces, sólo entonces Dios no perdona. Pero cuando el hombre tiene voluntad, termina por poseer la Verdad, porque su buena voluntad lo conduce a Dios y el Padre Santísimo se inclina amoroso, compasivo, indulgente a ayudar, a bendecir, a perdonar a sus hijos que tienen buena voluntad.

Por lo tanto el hombre de la barca era digno de mucho amor, porque no tenía voluntad de pecar.

Id en paz a vuestras casas. Las estrellas brillan en todo el firmamento, y la luna circula por el mundo con su belleza. Cual las estrellas obedeced. Sed puros como la luna, porque Dios ama a los obedientes y a los puros de espíritu y bendice a los que en cada acción suya ponen su buena voluntad de amar a Dios y a sus hermanos y en trabajar por su gloria y su bien.

¡La paz sea con vosotros!”

Jesús vuelve a abrir sus brazos bendiciendo mientras el círculo de las barcas se aleja, se disuelve, y cada uno toma la dirección propia.

Pedro está tan contento que ni piensa en moverse.

Mateo lo sacude: “¡Qué te pasa, Simón! Yo puedo hacerlo, aunque no tan bien...”

“Es verdad... ¡Oh, Maestro mío! Entonces es verdad que no me habías juzgado indigno de Ti. Eso era mi gran temor...”

“No temas más, Simón de Jonás. Te escogí para salvarte, no para perderte. Te escogí por tu buena voluntad... Ánimo, toma el timón y mira la Estrella Polar y camina seguro, Simón de Jonás. Siempre seguro... en todas tus navegaciones... Dios, tu Jesús, estará siempre de pie a tu lado, en la proa de tu barca espiritual. Te comprenderá siempre, Simón de Jonás. ¿Comprendes? Siempre. No tendrá más que perdonarte, porque podrás también caer, cual débil niño, pero jamás tendrás la voluntad de caer... Alégrate, Simón de Jonás”.

Pedro fuera de sí, demasiado conmovido para hablar, está ahogado de amor. La mano le tiembla un poco en el timón, pero su cara resplandece de paz, de seguridad, de amor, mientras mira a su Maestro que está de pie, allá, en el borde de su barca, cual un cándido arcángel.

141. Episodio en Cafarnaum. Jesús protector de los niños

25 junio 1946

Tomad provisiones y vestidos para algunos días. Vamos a Ippo, después a Gamala y a Afeca. Luego bajaremos a Guerguesa para regresar acá antes del sábado" dice Jesús, que está de pie en el umbral de la casa, y que maquinal acaricia a los niños de Cafarnaum que vinieron a saludar a su gran Amigo, tan pronto como el sol, que va a ponerse en el horizonte, no es tan duro, y permite que se pueda salir de casa. Jesús es uno de los primeros en hacerlo de entre la gente que sale de su entorpecimiento asfixiante de las horas en que el sol abrasó todo.

Los apóstoles no parecen estar muy contentos con las palabras que oyeron. Se miran mutuamente y miran el sol que todavía calienta sin compasión, tocan las paredes que están calientes, tientan con el pie el suelo y dicen: "Está caliente como un ladrillo en el fuego..." dando a entender con ello que sería una cosa tonta irse...

Jesús se quita del dintel en que estaba apoyado y dice: "Quien no se sienta con ganas de venir, que se quede. No obligo a nadie. Pero tampoco quiero dejar esta región sin que le diga una palabra".

"Maestro... ¿te parece? Todos vamos contigo... Sólo... que nos parecía que era muy pronta la salida..."

"Antes de los Tabernáculos quiero ir hacia el norte, más allá y por estos caminos, sin barca. Por esto ahora se debe ir por esta región, que no hemos visto porque el lago no nos lo deja".

"Tienes razón. Voy a preparar las barcas..." Simón de Jonás se va con su hermano y con los dos hijos de Zebedeo y con otro discípulo a hacer los preparativos para partir.

Jesús se queda con Zelote, con sus primos, con Mateo, Iscariote, Tomás y los inseparables Felipe y Bartolomé, que preparan sus alforjas, llenan sus cantimploras, meten vestidos, fruta, todo lo que pueda necesitarse.

Un picarillo lloriquea pegado a las rodillas de Jesús.

"¿Porqué estás llorando, Alfeo" pregunta Jesús inclinándose para besarlo.

Nada... Lloriqueos más fuertes.

"Vio la fruta y quiere" dice Iscariote con mal humor.

"Pobrecito, tiene razón. No conviene dejar que los niños vean ciertas cosas y que no se les dé un poco. . Ten, hijo, y no llores" dice María de Alfeo, tomando unas uvas, que había en el cesto con las hojas todavía pegadas.

"No quiero uvas..." y llora más fuerte.

"Quiere agua con miel, sin duda alguna" dice Tomás y le ofrece su cuerno diciendo: "A los niños les gusta y les hace bien. A mis sobrinos también les gusta..."

"No quiero agua..." y el llanto aumenta en tono e intensidad.

"Entonces ¿qué quieres?" pregunta serio y secamente Judas de Alfeo.

"Lo que quiere son dos golpes en..." dice Iscariote.

"¿Por qué? ¡Pobrecito niño!" dice Mateo.

"Porque es un fastidioso".

"Bueno, si a todos los fastidiosos hubiese qué tomarlos a bofetones... se debería pasar la vida haciéndolo" dice calmadamente Tomás.

"Tal vez no se siente bien". Fruta y agua, agua y fruta... hace mal el cuerpo" dice cual mujer entendida María Salomé que está entre las discípulas.

"Y ese apenas si comerá pan, beberá agua, o tomará frutas... son muy pobres" dice Mateo que conoce por experiencia de colector todas las finanzas de Cafarnaum.

"¿Qué te pasa, pequeñín? ¿Te duele aquí?... Pero no..." dice María de Cleofás, que está arrodillada cerca del pequeñín.

"¡Oh, mamá, si es un capricho!... ¿No lo estás viendo? *Echarías a perder a todos*".

"No te he echado a perder, Judas mío, antes mucho te he querido. Y no te parecía, hijo, que te amase hasta defenderte de la severidad de Alfeo..."

“Es verdad, mamá... Dije algo sin razón alguna”.

“No te preocupes, hijo, pero si quieres ser apóstol trata de tener entrañas de madre para los creyentes. Son como niños ¿sabes?... y se necesita una paciencia amorosa para con ellos...”

“¡Bien dicho, María!” dice Jesús.

“Vamos a acabar con que las mujeres nos enseñan” gruñe Judas Iscariote. “Y tal vez hasta las pagana...”

Sin duda. Os aventajan en mucho si os quedáis en lo que sois, y sobre todo tú, Judas. Ciertamente todos te ganarán, los niños, los mendigos, los ignorantes, las mujeres, los gentiles”.

“Quieres decir que soy el aborto del mundo. Dilo de una vez y térmalo” responde Judas y nerviosamente se echa a reír.

“Están de regreso los demás... y ¿será necesario parir, o no?” pregunta Bartolomé para truncar la escena que hace sufrir a muchos, a todos de modo diverso.

El niño llora a más no poder.

“Pero dilo, ¿qué quieres? ¿Qué te pasa?” le pregunta Iscariote sacudiéndolo para arrancarlo de las rodillas de Jesús, a las que el pequeño se ha asido, y sobre todo para desahogar contra el inocente, su rabia.

“¡Contigo! ¡Contigo sí!... Vete tú... o te pego, te pego”.

“¡Ah... pobre niño! Es verdad. Desde que se volvió a casar... los hijos del primer marido... son como mendigos... como si no los hubiera parido ella... Los manda a fuera cual pordioseros y... ni un pedazo de pan para ellos...” dice la mujer del dueño de casa que parece que conoce lo que sucede pues conoce a los protagonistas. Concluye con: “Ojalá hubiese alguien que adoptase a estos niños abandonados...”

“No se lo digas a Simón de Jonás. Su suegra te odiaría a muerte, y ahora que está molesta contra él y contra todos nosotros. Esta mañana desembuchó injurias contra Simón y Marziam. Yo estaba con ellos...” dice Mateo.

“No se lo diré a Simón... pero las cosas son así...”

“¿Y tú no los adoptarías? No tienes hijos...” dice Jesús mirándola fijamente...

“A mí sí me gustaría... pero somos pobres... y luego... Tomás... tiene sobrinos... y también yo... y...”

“Y sobre todo te hace falta la voluntad de hacer bien a tus semejantes... Ayer criticabas a los fariseos porque tienen corazón duro, y a tus conciudadanos como reacios a mi palabra... Pero ¿qué otra cosa haces tú, que por otra parte ya son dos años que me conoces?...”

La mujer baja la cabeza, apretando entre sus dedos los vestidos... No pronuncia ni una palabra en favor del pequeñín que continúa llorando.

“Estamos listos, Maestro” grita Pedro que está viniendo.

“Pobre niño... ¡Y perseguido!...” suspira Jesús levantando los brazos y moviéndolos en señal de desconsuelo...

“¡Hijo mío!...” lo consuela María que hasta ahora había estado callada. Y esa palabra basta para consolarlo.

“Id adelante con las provisiones. Mi Madre y Yo vamos hasta la casa del niño” dice a Pedro y a los que estaban con Él. Se va con la Virgen que se lleva al niño sobre el hombro...

Se dirigen a las afueras de la ciudad.

“¿Qué le vas a decir, Hijo mío?”

“¿Mamá, qué quieres que diga a una que no tiene amor de madre en sus entrañas, ni siquiera para los que nacieron de su seno?”

“Tienes razón... ¿Y entonces?”

“No nos queda más que orar, Mamá”.

Siguen caminando y orando.

Una anciana les grita: ¿Lleváis a Alfeo a Meroba? Decidle que es hora ya de que los cuide. Así no serán más que unos ladrones... O como la langosta que acaban con todo, donde se

para. No son ellos los que me disgustan, sino ella... ¡Oh, qué injusta es la muerte! ¿No hubiera sido mejor que Jacob viviese y ella se hubiese muerto? Deberías hacerla morir...”

“Oye, ¿ya eres entrada en años y todavía no tienes demasiado sentido común? ¿Dices esas palabras, pudiendo morir en cualquier momento? En realidad que eres una injusta en el mismo grado que lo es Meroba. Arrepiéntete y no vulvas a hacer lo mismo”.

“Perdóname, Maestro... Es que lo que hace me saca de quicio...”

“Te perdono, pero no vuelvas a repetir, ni siquiera dentro de tu corazón, esas palabras. Con la maldición no se repara ningún error. Tan sólo con el amor. Si muriera Meroba, ¿cambiaría la suerte de estos? Probablemente el viudo toMaría otra mujer, y tendría hijos de ella, y así se convertiría en madrastra... Sería peor su suerte”.

“Tienes razón. Soy vieja y necia. Mira ahí a Meroba. Ya está maldiciendo... Me voy, Maestro. No quiero que piense que te dije algo de ella. Es una víbora...”

Pero la curiosidad es más fuerte que el miedo a la “víbora”, y la vieja, aunque un poco distante de Jesús y María, se agacha a arrancar hierba de la orilla, que está mojada porque está cerca de una fuente, y así puede oír lo que se dice.

“¿Estás aquí? ¿Qué has hecho? A casa. Siempre de vagabundo como animales perdidos, como perros sin dueño, como...”

“Como hijos sin madre. Mujer, sabes muy bien que es una mala señal que los hijos no estén pegados a las faldas de sus madres”.

“Porque son malos...”

“No es verdad. Hace treinta meses que vengo por acá. Primero, cuando todavía estaba con vida Jacob y en los primeros meses de viudez. Entonces no era así. Luego volviste a casarte... y con el pensamiento de tus nuevas nupcias perdiste la memoria de tus hijos. Pero, ¿en qué se diferencian estos, del que ahora llevas en el seno? ¿No acaso llevaste a estos así? ¿No acaso también los alimentaste con tu leche? Mira allá esa paloma... qué cuidados tiene son sus pichoncitos... y pese a que está empollando otros huevos más... Mira aquella oveja. No da más leche al corderito porque ya tiene otro en el vientre, pero mira cómo le lame la trompita y deja que le dé cabezadas en las ubres. ¿Qué dices? Mujer ¿ruegas al Señor?”

“Claro. No soy una pagana...”

“¿Y cómo puedes dirigirte al Señor justo, si eres una injusta? ¿Cómo puedes ir a la sinagoga y oír los rollos que se leen cuando hablan del amor de Dios por sus hijos, sin que sientas remordimiento en el corazón? ¿Por qué no respondes? ¿Eres tan malvada?”

“Por qué yo no te dije que me hablastes... y no comprendo por qué vienes a quitarme la calma... El estado en que me encuentro merece respeto...”

“¿Y el de tu alma, no? ¿Por qué no respetas los derechos de tu alma? Sé lo que quieres decirme: que si te encolerizas puedes poner en peligro la vida del que nacerá... Pero ¿no te preocupas de la vida de tu alma? Es más preciosa que la del que va a nacer... lo sabes... Tu estado puede terminar en muerte. ¿Y quieres enfrentarte en esa hora con un alma turbada, enferma, injusta?”

“Mi marido dice que eres uno de aquellos a quienes no se debe escuchar. No quiero hacerlo. Ven, Alfeo...” y da la media vuelta entre los chillidos del niño que sabe que le esperan palos, y no quiere separarse de los brazos de María, que afligida trata de persuadirla. Le dice: “También yo soy madre y puedo comprender *muchas cosas*. Soy mujer... Puedo compadecer a las mujeres. Atraviesas por un periodo no muy bueno ¿o no es así? Sufres y no sabes sufrir... Te irritas así... Hermana mía, escúchame. Si te entregase ahora a Alfeo, sería injusta para contigo y para con él. ¿Me lo dejas por unos cuantos días? Verás que cuando ya no lo tengas vas a extrañarlo... porque un hijo es algo tan querido que cuando se aleja de nosotras nos vemos pobres, sin calor, sin luz...”

“Tómalo! ¡Tómalo! ¡Ojalá te llevases a las otras dos! Pero ¿dónde están?...”

“Me lo llevo, claro que sí, mujer. Vámonos, Jesús”. María rápidamente se voltea, y se va con lágrimas en los ojos...

“No llores, Mamá”.

“No la condenes, Hijo...”

Las dos frases se cruzan, ambas envueltas en compasión, y luego como si ambos tuviesen el mismo pensamiento dicen: “Si no comprenden el amor natural, ¿cómo pueden comprender el amor que existe en la Buena Nueva?” y se miran. Se miran, Hijo y Madre, por encima de la cabecita del pequeñín que no tiene reparo en irse contento y dichoso entre los brazos de María...

“Tendremos un discípulo más de lo previsto, Mamá”.

“Y él gozará de días de tranquilidad...”

“Lo visteis, ¿eh? Sorda, sorda como una tapia. Os lo había dicho. ¿Y ahora? ¿Y luego?”

“Ahora no hay más que tranquilidad. Luego ojalá Dios quiera que algún corazón tenga piedad de él. ¿Por qué el tuyo no, mujer? Un vaso de agua que se da por amor, se le tiene en cuenta en el cielo; pero a quien ama a un pequeñín inocente por amor a Mí... ¡Oh, qué dicha aguarda a los que aman a los pequeñuelos y los preservan del mal!...”

La vieja se queda afligida... Jesús sigue su camino por un atajo que lleva al lago, a donde llega y toma al niño de los brazos de su Madre, para que pueda subir con más facilidad a la barca. Levanta al niño para que todos lo vean. Sonríe feliz, diciendo a los que están ya en la barca: “Ved. Esta vez sin duda alguna que tendremos una predicación que traiga frutos porque un pequeñín está con nosotros! y sube sin vacilar sobre la tabla, entra en la barca y se sienta junto a su Madre, entre tanto que la barca se separa de la playa, dirigiéndose hacia el sudeste, hacia Ippo.

142. En el barrio que precede a Ippo

26 junio 1946

La ciudad de Ippo no está en la ribera del lago, como pensaba yo, al ver las casas que hay cerca del límite sureste del lago. Lo sé por lo que dicen entre sí los discípulos. Este grupo de casa, por decirlo así, son una vanguardia de Ippo que se encuentra tierra adentro. Algo así como es Ostia para Roma o el Lido para Venecia, que son la desembocadura de la ciudad al lago. Que la emplea para importación y exportación, lo mismo que para acortar los viajes de este lugar a la orilla galilea que está al otro lado, también como un lugar en que los ociosos de la ciudad pueden venir a sus anchas, como donde puede conseguir el pescado que traen los pescadores del suburbio.

Aquí donde desembarcan, en un tranquilo atardecer junto al puerto natural, que lo forma el cause seco de un arroyo, y por el que suavemente se mece por algunos metros la onda azul del lago, que no se ve rechazada por el agua del arroyo, hay casas y chozas de hortelanos y pescadores. Estos disfrutan de las ricas aguas de pesca, aquellos de la franja de tierra gruesa y húmeda debido a las aguas cercanas. La franja se extiende de la playa hasta el interior y se extiende al norte más bien que al sur, y termina donde se levanta el acantilado que desciende casi a pico en el lago, por donde se arrojaron los cerdos, cuando el milagro de los gerasenos.

Teniendo en cuenta la hora, los habitantes están en las terrazas, o en los huertos, o están cenando. Pero como las vallas de los huertos son bajas y también las terrazas tienen sus paredes bajas, muy pronto los habitantes descubren la flotilla que atraca en el pequeño puerto, y algunos por curiosidad, otros por saberlo, se levantan y van al encuentro del que llega.

“Es la barca de Simón de Jonás junto con la de Zebedeo. No cabe duda que el Rabí viene con sus discípulos” convencido dice un pescador.

“Mujer, toma al niño y sígueme. Probablemente viene Él. Lo curará. El ángel de Dios lo trae acá” ordena un hortelano a su mujer que tiene la cara bañada en lágrimas.

“Yo sí creo. Todavía recuerdo aquel milagro. ¡Aquellos cerdos! Los cerdos que extinguen el calor de los demonios que habían entrado en ellos y que se arrojan al agua... Debió haber sido un sufrimiento grande para los cerdos, que odian la limpieza, haberse arrojado al agua...” dice un hombre, que va corriendo y haciendo propaganda por el Maestro.

“¡Oh, tú lo dices! Claro que debió haber sido un tormento. Yo también lo vi y me acuerdo. Los cuerpos de los cerdos echaban humo, lo mismo que el agua. El lago se calentó más que las aguas de Hamatha. Por donde pasaron antes de echarse al agua, quemaron la hierba, y los árboles del bosque”.

“Yo también estuve, pero no vi eso...” replica otro.

“¿Nada viste? ¡Todavía tienes las escamas sobre los ojos! Mira, desde aquí se ve. ¿Ves allá? ¿Allá donde ese arroyo seco? Mira un poco más arriba y mira si...”

“No, hombre. Eso lo hicieron los soldados romanos cuando buscaban a aquel bellaco en las noches frías de tebet². Acamparon allí y allí prendieron sus fogatas”.

“Entonces ¿para hacer fuego, quemaron todo un bosque? Mira cuántos árboles faltan”.

“En un bosque, ¡qué son dos o tres encinas!”

“¿Y te parece poco?”

“No. Pero se comprende, a ellos no les interesa lo nuestro. Son los dominadores y nosotros los oprimidos. ¡Ah, hasta cuándo!...” la disputa pasa del terreno sobrenatural al político.

“¿Quién me lleva con el Rabí? ¡Piedad para un ciego! ¿Dónde está? Decídmelo. Lo he buscado en Jerusalén, en Nazaret, en Cafarnaum. Había partido antes de que llegase yo... ¿Dónde está? ¡Tened compasión de mí!” se lamenta un hombre de unos cuarenta años, tocando lo que le rodea con su bastón.

Los epítetos le llueven si pega a alguien en las piernas o en las espaldas; pero nadie se mueve a compasión. Todos le empujan. Nadie le tiende una mano. El pobre ciego se detiene espantado y desanimado...

“¡El Rabí! ¡El Rabí! ¡Ahc-Ahc, il il leee!” (Me esfuerzo en transcribir... el grito agudo de las mujeres. Es un grito, no es una palabra. Remeda más bien el chirrido de ciertos pájaros, que el sonido humano).

“¡Bendecirá nuestros hijos!”

“Su palabra hará que se regocije el fruto que traigo en mis entrañas. ¡Alégrate, hijito mío! El Salvador te va a hablar” dice una lozana mujer, y se toca su seno en el que palpita un nuevo ser.

“Tal vez me dé la fecundidad. Sería mi alegría, y la paz entre mi Eliseo y yo. He ido a todos los lugares donde se dice que la mujer obtiene la fecundidad. He bebido el agua del pozo que está cerca de la tumba de Raquel, de la del río de la gruta donde su Madre lo dio a luz... Estuve en el Hebrón por tres días, en la tierra donde nació el Bautista... He comido de los frutos de la encina de Abraham y he llorado invocando a Abel en el lugar donde nació y fue muerto... Todas han sido cosas santas. Todo lo que el cielo ha brindado de milagroso lo he probado. He visto médicos, he bebido brebajes, he hecho votos, y ofrecido súplicas... pero mi vientre ha quedado estéril, y apenas si me tolera Eliseo. Casi está a punto de odiarme. ¡Ay de mí!” llora una mujer ya entrada en años.

“Ya estás vieja, Sela. ¡Resígnate!” le dicen con piedad mezclada con un dejo de desprecio y en un claro deseo de mostrar que ellas valen, esto es, la que lleva en el seno el fruto, las que llevan sus pequeños pegados al pecho.

“¡No digas eso! Él ha resucitado muertos ¿no podrá acaso dar vida a mis entrañas?”

“¡A un lado, a un lado! Dejad que pase mi madre enferma” grita un joven que levanta junto con una niña paliducha los barrotes de una camilla improvisada. En ella viene una mujer que debe ser todavía joven, pero que parece un esqueleto.

“Habrá qué decirle del pobrecito Juan. Enseñarle el lugar donde vive. Es el más infeliz de todos, porque como leproso no puede salir a buscar al Maestro...” dice un viejo a quien respetan.

“Primero nosotros. Primero nosotros. Si se va hasta Ippo, todo se acabó. Los de la ciudad lo tomarán para sí, y nosotros como siempre, nos quedamos sin nada”.

“Pero ¿qué está pasando allá? ¿Por qué gritan en la playa de ese modo las mujeres?”

² Entre diciembre y enero. (N. T.)

“Porque son unas tontas”.

“No. Gritan jubilosas. Corramos...”

La calle es un mar de gente que se encamina hacia la playa del lago y hacia el arroyo, donde Jesús y los suyos quedaron como aprisionados.

“¡Milagro, milagro! El hijo de Elisa, a quien los médicos desahuciaron está curado. El Rabí lo curó, poniéndole saliva en la garganta”.

Los “Ahc-Ahc, il il léee” de las mujeres son más fuertes y se mezclan con los gritos de hosanna de los varones.

La gente se ha agolpado sobre Jesús, que no puede hacer nada, pese a su estatura. Los apóstoles hacen esfuerzos para abrirse paso. ¡Que si lo logran! Las discípulas y la Virgen han sido separadas del grupo de los apóstoles. El niño que está en brazos de María de Alfeo, llora espantado. Y su llanto hace que muchos dirijan sus ojos hacia el grupo de las discípulas, y no falta quien dándose por sabiondo diga: “¡Oh, también está la Madre del Rabí y las madres de los discípulos!...”

“¿Cuáles? ¿Cuáles son?”

“La Madre es aquella mujer pálida y rubia, vestida de lino; las otras son esas que tienen, una un niño, y la otra la canasta en la cabeza”.

“¿Y quién es el niño?”

“¿El hijito? ¿No estáis oyendo que llama a su mamá?”

“¿Hijo de quien? ¿De la vieja? ¡No puede ser!”

“De la joven. Mira que quiere irse con ella”.

“No. El Rabí no tiene hermanos. Eso lo sé bien”.

Las mujeres lo oyen, y mientras Jesús, que fatigosamente avanza, logra llegar a la camilla donde está la mujer a la que han traído sus hijos, y Jesús la cura, se dirigen a ella.

Una de ellas, que no lo hace por curiosidad, se postra a los pies de la Virgen diciéndole: “Por tu maternidad, ten misericordia de mí”. Es la mujer estéril.

María se inclina y dice: “¿Qué quieres hermana?”

“Tener un hijo... Uno sólo. Me desprecian porque soy estéril. Pienso que tu hijo puede todo, pero tengo una fe tan grande en Él, que me imagino que para haber nacido de ti, te hizo santa y poderosa como Él. Ahora yo te pido... por tus delicias de madre, te pido: haz que sea yo fecunda. Tócame con tu mano y seré feliz...”

“Tu fe es grande, mujer. Pero tu fe sólo la merece quien tiene derecho ello: Dios. Ven a donde está mi Hijo” y la toma de la mano pidiendo instantáneamente que la dejen pasar para llegar a donde está Jesús.

Las otras dos discípulas la siguen inmediatamente. La gente pregunta a María de Alfeo de quién es el niño que tiene sobre los hombros.

“Un niño a quien su madre no ama. Vino a buscar el amor en el Rabí...”

“¿Oíste, Susana?”

“¿Quién es esa hiena?”

“¡Pobre de mí! Y yo me muero por tener uno. Deja, deja, que por lo menos una vez me bese un niño...” y Sela, la estéril, arranca casi de los brazos de María de Alfeo al pequeñín y se estrecha contra el corazón; entretanto trata de seguir a la Virgen, de la que se ha separado un poco, en el momento en que quiso tomar al niño.

“Jesús, oye. Aquí hay una mujer que pide un favor. Es estéril”.

“No molestes al Maestro por ella. Sus entrañas están muertas” dice uno que no sabe que está dirigiéndose a la Madre de Dios. Y luego. Avergonzado de su equivocación, porque se lo advierten, procura hacerse una aguja en un pajar y desaparecer antes de que Jesús le diga y responda a la que le pide el favor: “Soy la Vida, mujer. Se haga lo que pides” y por un instante pone su mano sobre la cabeza de Sela.

“¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!” grita el ciego de antes, que poco a poco ha llegado hasta donde está la multitud y desde allí levanta su voz suplicante.

Jesús que encorvado está oyendo las palabras de Sela, levanta su rostro, mira hacia el lugar donde vino la voz, como el grito de angustia de un náufrago.”¿Qué quieres que te haga?” grita.

“Que vea. Estoy en las tinieblas”.

“Yo soy la Luz. Lo quiero”.

“¡Ah, veo! ¡De nuevo veo! Dejadme pasar para que bese los pies de mi Señor”.

“Maestro, has curado a todos aquí. Pero hay un leproso en una choza, allá en el bosque... Siempre nos suplica que te llevemos a donde está...”

“Vamos. Pronto. Dejadme pasar. No os atropelléis. Estoy aquí para todos... Ea, dejadme pasar. No atropelléis a las mujeres y a los niños. Todavía no me voy. Me quedo hasta mañana y estaré en esta región por cinco días. Me podréis seguir, si queréis...”

Jesús trata de poner orden en el gentío, y de que los de la ciudad por gozar de su venida, no se hagan daño. Pero la multitud es como una masa gelatinosa que se retira para volver a estrecharse a Él; es como una avalancha que por ley natural no puede menos de hacerse más compacta cuanto más avanza; es como las partículas de hierro que el imán atrae... Se camina lentamente, como a tropezones con dificultad... Todos sudan. Los apóstoles se desgañitan. Se abren paso a codazos... Es inútil todo el esfuerzo que hagan. Para caminar diez metros se necesitan quince minutos.

Una mujer que frisa en los cuarenta logra llegar a Jesús y lo toca en un codo.

“¿Qué quieres?”

“Ese niño... supe... Soy viuda y no tengo hijos... Acuérdate de mí. Soy Sara de Afeca, la viuda del vendedor de esteras. Acuérdate. Mi casa está cerca de la fuente roja. Pero también tengo una que otra viña y un bosque. Se lo daré a él... y seré feliz...”

“Lo tendré presente, mujer. Tu compasión sea bendita”.

Pronto se atraviesa el poblado que es más bien paralelo que vertical. Entran a la campiña acogedora, silenciosa en medio del crepúsculo que poco a poco va descendiendo. No se ve que oscurezca porque la luz del día y la de la luna apenas si se distinguen. Se dirigen a la punta del acantilado, que por el lado sur bordea el lago. En la roca se ven, no sé si sean naturales o artificiales, grutas pintadas de blanco por fuera, que sin duda alguna son sepulcros.

“¡Ya llegamos! Detengámonos aquí para no contaminarnos. Estamos cerca de la tumba del hombre y esta es la hora en que va a ese peñasco a tomar lo que le hayan traído. Era rico ¿sabes? Lo recordamos todavía. Era bueno también. Ahora es un santo. Cuanto más lo ha quebrantado el dolor, tanto más se hace justo. No sabemos cómo le vino. Se dice que unos peregrinos que hospedó lo contagiaron. Decían que habían ido a Jerusalén. No se veía que estuvieran enfermos, pero de seguro estaban leprosos. El hecho es que después de que se fueron, primero su mujer, luego los criados, su hijo y finalmente él, fueron presas de la lepra. Todos. Los primeros que lavaron los pies y sus vestidos fueron los que vieron la lepra en sus manos, por eso decimos que ellos, los huéspedes, fueron la causa de todo. Los niños que eran tres murieron muy pronto. Luego la mujer, más bien del dolor que de la enfermedad... Él... cuando el sacerdote declaró que todos estaban leprosos, se compró este pedazo de monte con lo que le quedaba e hizo provisiones par sí y los suyos... incluidos los criados, también metió azadas y picos... comenzó a hacer los sepulcros... y fue colocando uno por uno: a sus hijos, a su mujer, a sus criados... Y se quedó solo, pobre, porque todo se acaba con el tiempo... ya son quince años que dura esto... y con todo jamás ha lanzado una queja. Era docto: sabe de memoria la Escritura. La recita a las estrellas, a las hierbas, a las plantas, a los pajarillos. Nos la dice a nosotros que hemos aprendido mucho de él y consuela nuestros dolores... ¿nos oyes? Consuela nuestros dolores. Vienen de Ippo y de Gamala y hasta de Guerguesa y Afeca a oírlo. Cuando supo el milagro de los dos endemoniados... ¡oh! se puso a predicar acerca de Ti y de que se te debe creer. Señor, si los hombres te han saludado con tu nombre de Mesías, si las mujeres te han saludado como vencedor y rey, si nuestros niños

conocen tu Nombre y que eres el Santo de Israel se debe al pobre leproso” dice en nombre de todos el anciano que habló antes con Juan.

“¿Lo curarás?” preguntan muchos.

“¿Y todavía me lo preguntáis? Tengo piedad de los pecadores, ¿qué no tendré para un justo? ¿Es ese el que viene, entre esos matorrales?...”

“Él es. Pero ¿qué buenos ojos tienes, Señor! Nosotros oímos el roce entre la hierba, pero no vemos nada...”

El roce se calla. Todo es silencio. Todo expectativa...

Jesús se distingue bien. Se ha adelantado un poco y llegado hasta el peñasco donde se suele poner lo que llevan al leproso. Los demás en la penumbra de algunos árboles, desaparecen confundándose con los troncos y matorrales del alijar. También los niños se callan, o porque están dormidos en los brazos de sus madres, o porque espantados por el silencio, de los sepulcros, de las sombras extravagantes que la luna proyecta entre los árboles y las rocas.

El leproso debe ver desde su escondrijo, y ver bien. Ve la alta y majestuosa persona del Señor, blanco en medio de los blancos rayos de la luna, bellissimo. La mirada cansada del leproso se cruza con la viva de Jesús. ¿Qué palabras salen de sus pupilas divinas, de sus largas, resplandecientes pupilas cual estrellas? ¿Qué no brotará de esa boca abierta con una sonrisa de amor? ¿Qué no saldrá del corazón, sobre todo del corazón de Cristo? Es un misterio. Uno de tantos misterios que se desarrolla entre Dios y las almas. Ciertamente el leproso comprende algo y grita: “¡He ahí al Cordero de Dios! ¡He ahí al que vino a salvar al mundo de sus dolores! Jesús, Mesías bendito, Rey nuestro, Salvador nuestro, ten piedad de mí”.

“¿Qué deseas? ¿Cómo puedes creer en el Desconocido y ver en Él al esperado? ¿Qué soy para ti? El Desconocido...”

“No. Tú eres el Hijo de Dios que vive. ¿Cómo lo sé? ¿Cómo lo veo? No lo sé. Aquí dentro de mí una voz me gritó: “¡He ahí al Esperado! Vino a premiar tu fe” ¿Desconocido? Sí. Nadie ha visto el rostro de Dios. Por esto eres “el Desconocido” en tu apariencia. Pero eres el Conocido por tu naturaleza, por tu Realidad. Jesús, Hijo del Padre, Verbo Encarnado y Dios como el Padre. Esto es lo que eres, y yo te saludo y te pido al creer en Ti”.

“¿Y si no pudiese hacer nada por ti tu fe se vería traicionada?”

“Diría que tal es la voluntad del Altísimo y continuaría creyendo y amando, esperando siempre en el Señor”.

Jesús se vuelve a la gente que ha estado escuchando el diálogo y le dice: “En verdad, en verdad os digo que este hombre tiene una fe que puede hacer cambiar de lugar las montañas. En verdad, en verdad os digo que la verdadera caridad, que la fe y que la esperanza se encuentran más fácilmente en el dolor que en la alegría, porque el exceso de alegría podría llevar a la ruina a un alma que no está todavía del todo preparada. Es cosa fácil creer y ser buenos cuando la vida no ha sido más que fluidez de días iguales aun cuando no muy alegres. Pero el que sabe perseverar en la fe, en la esperanza, en la caridad, aun cuando enfermedades, miserias, pérdida de seres queridos, desgracias, lo dejan solo, triste, abandonado, y no sabe más que decir: “Se haga lo que el Altísimo cree que me conviene” en verdad que este tal no sólo merece la ayuda de Dios, sino, Yo os lo digo, en el Reino de los cielos está preparado ya su lugar y no irá al purgatorio, porque su justicia borró toda deuda de la vida pasada. Hombre, Yo te lo digo: “¡Vete en paz, que Dios sea contigo””. Se vuelve al decir estas últimas palabras, extiende sus brazos hacia el leproso; lo acerca a sí, y cuando le está cerca, muy cerca, le ordena: “¡Quiero! ¡Sé limpio!...” y parece como si la luna limpiara y se llevara consigo, con sus rayos de plata, las úlceras, las llagas, los forúnculos, las costras de la horrible enfermedad.

El cuerpo se rehace. Y se ve que es la figura de un viejo, lleno de dignidad, de aspecto ascético por lo delgado. Al oír los gritos de hosanna de la multitud se da cuenta del milagro, se

inclina a besar el suelo, ya que no puede tocar a Jesús, ni a nadie, antes del tiempo prescrito por la Ley”.

“Levántate. Te darán vestidos limpios para que puedas ir a presentarte ante el sacerdote. Pero procura siempre seguir con la limpieza del espíritu ante Dios. Hasta la vista. ¡La paz sea contigo!” Jesús se reúne con la gente y lentamente regresa al poblado para descansar.

143. Predicación matinal en el poblado sobre el lago

27 junio 1946

Cuando se espera que Jesús salga de la casa del poblado lacustre para iniciar su predicación, es una fresca mañana.

Me imagino que poco durmieron los habitantes en aquella noche, porque estaban emocionados por los milagros sucedidos, por el gozo de tener al Mesías consigo, por la voluntad de no perder un minuto de su presencia. Tardaron en dormirse porque dentro de los hogares se repasó lo sucedido, las palabras del Maestro sobre la fe, esperanza y caridad, que no se marchitan en las desgracias, y que son un medio seguro de obtener el favor de Dios en esta vida y en la otra. Pero temen que el Maestro vaya a irse pronto al rayar el alba y que no lo vean partir. Por esta razón las casas casi están abiertas y los habitantes se sorprenden de verse que *son tantos*, y todos movidos por los mismos pensamientos se dicen: “Verdaderamente es la primera vez que un único pensamiento mueve nuestros corazones y los une” y llevados de una nueva amistad, llena de bondad, de fraternidad, se dirige a la casa donde se hospedó Jesús y la rodean, sin hacer rumor, sin impacientarse, sin dar muestras de fastidio. Todos están decididos a seguir al Maestro tan pronto salga al camino.

Y muchos hortelanos han cortado sus frutas empapadas en rocío y las tienen escondidas, para que no les dé el sol que se levanta, ni las toque el polvo, ni se posen las moscas, bajo hojas de uva o de higuera por las que se ven brillar hermosas manzanas de color como si un pintor les hubiese dado el color. Se ven brillar la uvas, también los higos de muchas clases, unos que no se han abierto completamente, otros que están gruesos y lisos como si fuesen de seda bien estirada y radiantes con las gotas de agua que les quedan, otros que se han abierto y sonríen en medio de sus fibras rubias, rosadas, color cobrizo, según la calidad. Los pescadores han traído sus pescados en pequeños cestos, que sin duda pescaron durante la noche sacrificando el sueño, porque algunos todavía se mueven y abren sus hocicos en las últimas y dolorosas respiraciones y convulsiones de la agonía, aumentando al palpar y en sus débiles torceduras el brillo de color plateado o levemente azul de sus panzas y lomos, extendidos sobre hojas verdes de sauce o de álamo.

El lago ha pasado del delicado color blanquecino que el alba da a las aguas que se despiertan de la noche –tan puro, diría como si fuese angelical, como absorto, pues el flujo tan lento descansa sobre la arena produciendo un ruido tan suave que penetra entre las piedrecillas- al de un lago de aspecto sonriente, más humano, diría yo como si el alba se empeñase en vestirlo de su belleza al encender el agua con los primeros resplandores de las nubecillas que se reflejan en el lago, que se vuelve ahora azul, que torna a la vida, a moverse con sus ondas que se encabritan un poco, que corren traviesas a reírse en la playa en medio de la espuma, y escapan para probar otra nueva danza con las que vienen, y llenan de belleza todo el espejo del lago, que se mueve a la caricia de la brisa matinal. Es ahora el primer rayo del sol que se sumerge en el agua, allá en dirección de Tariquea, allá donde tenía color verde-azul debido a los bosques que en ella se reflejan, y que ahora se torna de color dorado, y brilla como un espejo que se haya quebrado al contacto del sol; y este espejo se alarga cada vez más, dorando y pintando con topacios las aguas azules, quitando los tintes rosados de las nubes reflejadas en las ondas, ciñendo las quillas de las últimas barcas que están regresando después de la última pesca, como de las primeras que salen; y las velas, que se bañan en la luz triunfal del sol que ha nacido ya, brillan como alas de ángel teniendo por fondo el azul y verde del firmamento y de las colinas. ¡Hermosísimo lago de Galilea que por su fertilidad me

recuerda el nuestro de Garda y por la paz mística el Trasimeno! ¡Lago de Galilea, perla de la Palestina, digno cuadro a gran parte de la vida pública de Jesús!

Y vedlo que se asoma al dintel de la casa donde se hospedó y sonrío, levanta sus brazos para bendecir a la gente que le esperó.

“La paz sea con todos vosotros.

¿Me esperabais? ¿Temíais que me fuera sin despedirme de vosotros? Jamás faltó a mis promesas. Hoy me estoy aquí para predicaros la Buena Nueva, para bendecir vuestras casas, los huertos, las barcas, a fin de que todas las familias se santifiquen y también el trabajo. Pero, recordad que para que mi bendición sea fructuosa necesita de buena voluntad, y vosotros sabéis en qué consista esta buena voluntad que debe ser el alma de la familia para que sea santa la casa. El hombre debe ser la cabeza, pero no déspota, ni de la esposa, ni de los hijos, ni de los siervos; y al mismo tiempo debe ser el rey, verdaderamente rey en el sentido bíblico de la palabra. ¿Recordáis el pasaje del primer libro de los Reyes? Los ancianos de Israel se juntaron en Ramata donde vivía Samuel y le dijeron: ‘Mira: tú has envejecido y tus hijos no caminan en la rectitud que lo hacías tú. Pon para juez nuestro un rey como lo hacen todas las naciones’¹.

Rey quiere decir, pues, ‘Juez’ y debería ser un juez justo para no hacer a sus súbditos infelices en la vida con guerras, con abusos, impuestos injustos, ni en la eternidad con un reino de molicie y vicio. ¡Ay! de los reyes que faltan a su cargo, que cierran sus orejas a los clamores de sus súbditos, que cierran sus ojos a las necesidades de la nación, que se hacen cómplices del dolor del pueblo con alianzas injustas, en vez de reforzar su poder con ayuda de sus aliados. Pero también ¡ay! de aquellos padres de familia que faltan a su deber, que son sordos y ciegos a las necesidades y a los defectos de los miembros de su familia, que le producen escándalo o dolor, que consienten en que se celebren nupcias indignas con tal de aliarse con familias ricas y poderosas, sin reflexionar que el matrimonio es unión para elevar y consolar al hombre y a la mujer, además de la procreación: es un deber, es un servicio, no es venta, ni dolor, ni humillación de uno o de otro cónyuge. Es amor y no odio.

Sea pues justo sin excesivas durezas y falsías o demasiadas condescendencias y debilidades. Si tuvieseis qué escoger entre uno y otro exceso, escoged más bien el segundo, porque al menos Dios os podrá decir: ‘¿Por qué fuisteis tan buenos?’ y no os condenará, porque el exceso de bondad castiga ya al hombre al hacer que los otros se le suban. La dureza por su parte estaría mal, porque es falta de amor hacia los seres más cercanos a uno. La mujer también sea justa para con su esposo, sus hijos, sus siervos. Obedezca y respete, ayude y consuele a su esposo.

Debe obedecer mientras que la obediencia no se convierta en consentimiento al pecado. La mujer debe someterse pero no degradarse. Recordad, esposas, que el primero que os juzgará después de Dios, por ciertas condescendencias, es vuestro mismo marido que os arrastra a ellas. No siempre son deseos de amor, sino también pruebas de vuestra virtud. Si por el momento no se para mientes en ello, pero puede llegar un día en que vuestro esposo diga: ‘Mi mujer es muy sensual’ y de ahí le vaya a nacer alguna sospecha de vuestra fidelidad marital. Sed castas en el matrimonio. Haced que vuestra castidad considere las cosas como algo puro, y por tal os tenga, no como esclavas o concubinas pagadas sólo para el ‘placer’ y echadas afuera cuando no agradan más. La mujer virtuosa, diría, la mujer que aún después del matrimonio conserva un ‘qué’ virginal en sus acciones, en sus palabras, en sus entregas amorosas, puede llevar al marido a una elevación de sentimientos, y así el esposo se despoja de la lujuria y llega a ser verdaderamente un ‘algo especial’ con su mujer a quien trata como algo que es parte de sí mismo; y es justo que así sea, porque la mujer ‘es hueso de sus huesos y carne de su carne’ y nadie maltrata sus propios huesos o carne, antes bien los ama; por lo cual el esposo y la esposa, como los dos primeros esposos deben mirarse, y no en su desnudez sensual, sino que se amen en el espíritu, sin humillaciones vergonzosas.

¹ Cfr. 1 Rey. 8, 4-5.

La mujer sea paciente, maternal con el marido. Que lo considere como el primero de sus hijos, porque la mujer es siempre madre y el hombre siempre tiene necesidad de una madre que sea paciente, prudente, cariñosa, compasiva. Feliz la mujer que sabe ser compañera de su esposo y al mismo tiempo madre para sostenerlo e hija para dejarse guiar. La mujer sea laboriosa. El trabajo, al mismo tiempo que impide fantasear, ayuda más a la honestidad que a tener dinero. No atormente a su marido con celos tontos que no conducen a nada. ¿Es el marido una persona honesta? Los celos necios, al empujarlo a que salga de la casa, lo ponen en peligro de caer entre las redes de una mujer mala. ¿No es honesto ni fiel? Los berrinches de la celosa no lo curarán, sino una conducta seria, sin pleitos ni desdenes, una conducta digna y amorosa, logran que el marido reflexione y se corrija. Sabed volver a conquistar con vuestra virtud como en la juventud lo conquistasteis con vuestra belleza. Y para tener fuerzas en esta obligación vuestra, y para poder resistir el dolor que os podría hacer injustas, amad a vuestros hijos y consideradlos como vuestro bien.

La mujer tiene todo en sus hijos: la alegría, la corona real para las horas felices en que es realmente la reina del hogar y del marido, el bálsamo en las horas de dolor, cuando la traición u otras experiencias penosas de la vida conyugal azotan su cara, y sobre todo el corazón con espinas que se clavan en él.

¿Os veis tan oprimidas que deseáis regresar a vuestra familia, divorciaros, o encontrar una compensación en un fingido amigo que busca a la mujer con el velo de una piedad como si fuese traicionada? ¡No, mujeres, no! Esos hijos, esos inocentes que han perdido ya la calma en medio de un ambiente doméstico prematuramente triste, donde no hay justicia, tienen derecho a su madre, a su padre, al consuelo de un lugar donde, si se perdió el amor, se quede el otro a velar por ellos. Esos ojos inocentes os miran, os estudian, comprenden más de lo que creéis, y plasman sus corazoncitos según lo que ven y entienden. Nunca deis motivo de escándalo a vuestros inocentes pequeñuelos, sino refugiaos en ellos como en un baluarte de lirios diamantinos contra las debilidades de la carne y las asechanzas de las serpientes.

La mujer sea madre. Una madre justa que sea hermana al mismo tiempo, y que sea amiga además de hermana para con sus hijos e hijas, pero sobre todo que sea ejemplo para todos. Que vele por sus hijos e hijas, que los corrija amorosamente, que los sostenga, que los haga reflexionar, y todo sin hacer preferencias, porque todos son hijos de igual pareja, y si es verdad que es muy natural que a los buenos se les quiera más, por la alegría que proporcionan, también es un deber que sean amados, aunque con amor bañado en dolor, los hijos no buenos, recordando que el hombre no debe ser más severo que Dios, quien ama no sólo a los buenos, sino también a los no buenos, y los ama para tratar de hacerlos buenos, para darles modo y tiempo de serlo, y aguanta hasta la muerte del hombre, reservándose el ser un justo Juez cuando el hombre no puede ya reparar.

Permitidme que os diga algo que no pertenece a lo que estoy hablando, pero que es útil que lo tengáis presente. Muchas veces, pero muchas, se oye decir que los malvados tienen más alegrías que los buenos y que esto no es justo. Ante todo os digo: 'No juzguéis las apariencias y lo que no conocéis' Las apariencias frecuentemente engañan y lo que piensa Dios no se conoce en la Tierra. Por otra parte conoceréis y veréis que el bien transitorio del malvado se le concedió como un medio para atraerlo al Bien y como un descuento de aquel poco de bien que él puede hacer. Pero si veis las cosas a la luz de la otra vida, veréis que más breve que el tallo de la hierba nacida en la arena de un arroyuelo que el estío seca, es el tiempo de alegría del pecador; mientras un solo instante de gloria en el Cielo es, por la alegría que comunica al espíritu que la posee, más inmensamente grande que la vida de triunfos que pueda imaginarse. No envidiéis, pues, la prosperidad del malvado, sino tratad con buena voluntad, de llegar a poseer el tesoro eterno del hombre justo.

Y volviendo a lo que deben ser los miembros de la familia y a los que viven en una casa para que en ella permanezca fructuosa mi bendición, os digo, hijos, que os sujetéis a vuestros padres; que seáis respetuosos, obedientes, para que lo seáis con el Señor, vuestro Dios. Porque si no aprendéis a obedecer las órdenes sencillas de vuestros padres, a quienes veis,

¿cómo podéis obedecer a los mandamientos de Dios, que se os dicen en nombre suyo, pero al que no veis ni oís? Y si no creéis a quien os ama, a vuestros padres que no pueden sino ordenar cosas buenas, ¿cómo podréis creer que sean buenas las cosas que se os dice que Dios ordenó? Dios ama. Es un Padre ¿lo sabéis? Pero precisamente porque os ama y os quiere consigo, ¡oh queridos niños!, quiere que seáis buenos. Y la primera escuela donde aprenderéis a serlo es la familia. En ella aprenderéis a amar y a obedecer y allí empieza para vosotros el camino que lleva al cielo. Sed, pues, buenos, respetuosos, dóciles. Amad a vuestro padre que os corrige, porque lo hace por vuestro bien, y a vuestra madre, aun cuando os impide que hagáis algo que su experiencia juzga que no es bueno. Honradlos, procurando no avergonzarlos con vuestras acciones no buenas. El orgullo no es cosa buen, pero hay un santo orgullo, el de poder decir: 'Ningún dolor te causé, papá; ningún dolor te cause, mamá'. Este orgullo que os proporciona alegría mientras viven, es paz en la herida que recibís cuando mueren; entre tanto que las lágrimas que un hijo arranca a sus padres, parecen ser plomo fundido sobre el corazón de ese hijo malo; y no obstante cualquier esfuerzo para suavizar esa herida, que duele, duele y duele siempre más sobre todo cuando la muerte de uno de los padres no da tiempo al hijo de reparar lo mal hecho... ¡Oh, hijos, sed buenos siempre, si deseáis que Dios os ame!

Finalmente es santa la casa donde, por la rectitud de los dueños, se hacen también justos los siervos y los trabajadores. Recuerden los patrones que un mal comportamiento saca de quicio y termina con el siervo, y el siervo recuerde que su mala conducta disgusta a su patrón. Cada uno permanezca en su lugar, pero con un lazo de amor por el prójimo para quitar las divisiones que existen entre criados y patrones.

Sólo en este caso la casa, que bendiga yo, conservará mi bendición y Dios estará en ella. De igual modo conservarán la bendición, prenda de protección los huertos y las barcas como los instrumentos de trabajo y de pesca, si con todas vuestras fuerzas trabajáis en los días en que debéis hacerlo y en los días en que no, os entregáis a honrar a Dios en el sábado dedicado a Él. Procurad también de que vuestra vida de pescadores y hortelanos sea santa y no engañéis a nadie en la venta o en el peso. Vuestro trabajo será descanso, y no se convertirá en vosotros como rey que lo antepongáis a Dios. Porque si el trabajo os proporciona ganancias, Dios os da su cielo.

Vamos ahora a bendecir las casas, las barcas, los remos, los huertos, los azadones, y luego iremos a hablar cerca del lugar de Juan, antes de que vaya a presentarse al sacerdote, porque Yo no regresaré más, y es justo que me oiga al menos una vez. Tomas pan, pescados y fruta. Comeremos allá en el bosque. El leproso que está curado nos verá y le daremos lo más sabroso que tengamos para que también se alegre, y sienta que es un hermano entre los creyentes del Señor".

Jesús sale. La gente del suburbio y otra que ha llegado de otros poblados, donde probablemente fueron en la noche los habitantes de acá a llevar la voz que el Salvador se encuentra en esta parte, le siguen.

144. Predicación en el lugar cercano a donde fue curado el leproso

29 junio 1948

"Señor mío" grita el que fue leproso, echándose de rodillas apenas ve venir a Jesús en el alijar que está antes de las rocas donde vivió por muchos años. Y después, poniéndose de pie, grita otra vez: "¿Cómo es que regresas a donde estoy?"

"Para darte la despedida con la palabra".

"La despedida se da a quien parte, y créeme que esta noche parto para la purificación, pero regreso a unirme a tus discípulos, si es que me quieres aceptar. No tengo ni casa, ni familiares, Señor. Soy viejo para volver a tomar mis antiguos negocios y mi vida. Volveré a tomar mis bienes, pero ¿en qué estado estará mi casa después de quince años que no hay nadie en ella? ¿Cómo la encontraré? Tal vez las paredes caídas... Soy un ave sin nido. Deja

que me una a los que te siguen. Por otra parte... no me pertenezco a mí mismo pues con lo que me diste soy tuyo. No pertenezco más al mundo que me arrojó de sí, porque era yo impuro y por tanto tiempo. Soy yo ahora quien encuentra que el mundo no es puro, desde que te conocí. Huyo del mundo para venir a Ti".

"Yo no te rechazo. Pero te quisiera decir que deseo que te estés un tiempo en esta región. Aera y Arbela tienen un hijo, discípulo mío, que les anuncia la Buena Nueva. Haz lo mismo en Ippo, Gamala, Afeca y lugares circunvecinos. Dentro de pocos días voy a ir a Judea y no volveré más por estas partes. Quiero que haya en ellas anunciadores de la Buena nueva".

"Lo que Tú digas me es dulce. Haré lo que digas, tan pronto termine las purificaciones. Había pensado no volver a mi casa. Ahora te digo que volveré a ella para poder acoger en ella a almas que quieran saber de Ti, y pediré a algún discípulo que te sigue de hace tiempo a que venga a mí, porque si no quieres que yo sea un pequeño maestro, tengo necesidad de ser instruido de quien lo está mejor que yo. En primavera iré como los demás a predicarte".

"Está bien lo que piensas. Dios te ayudará a realizarlo".

"Ya empecé a destruir con el fuego todo lo que me pertenecía, esto es, la pobre cama, los utensilios, los vestidos que hasta ayer traje, todo lo que toqué con mi cuerpo enfermo. La cueva donde viví está negra de humo que hice para purificarla. Nadie se contaminará si entra, en alguna noche de tempestad. Además... (la voz de ese hombre se torna débil, casi imperceptible)... y demás... tenía un cofre ya viejo... como si la lepra lo hubiese también corrompido... pero para mí... valía más que las riquezas del mundo... Dentro de él tenía cosas que amaba yo... recuerdos de mi madre... el velo de nupcias de mi Ana... ¡Ah! Cuando se lo quité, en la noche de las nupcias y contemplé ese rostro de lirio tan bello y puro ¿quién me iba a decir que pocos años después lo habría visto convertido en una llaga? Y... los vestidos de mis niños... sus juguetes... que tuvieron entre sus manos mientras pudieron... y ¡oh! es muy grande mi dolor... perdóname que llore... La llaga del dolor renace ahora que los quemé con razón... no los besaré más... porque pertenecieron a seres leprosos... Soy injusto, Señor... Hago que veas mis lágrimas... Pero compadéceme... Destruí su último recuerdo... y ahora soy como un perdido en el desierto..." el hombre se inclina llorando cerca del montón de cenizas que es el recuerdo del pasado...

"No estás solo, Juan. Estoy contigo. Los tuyos pronto estarán conmigo, en el cielo, donde te esperarán. Esas cosas te traían su recuerdo, desfiguradas por la enfermedad, o bien, hermosas con la salud que tenían antes de su desgracia. Recuerdos dolorosos. Déjalos entre cenizas de la hoguera. Déjalos, seguro que Yo haré que los vuelvas a encontrar felices, felices con la alegría del cielo. Juan, lo pasado ha muerto... no lo llores más. La luz no se detiene a esperar las tinieblas de la noche, sino que se alegra de separarse de ellas y de brillar en el cielo cada mañana. Y el sol no se detiene en el oriente, sino que se levanta, corre hasta brillar alto en el firmamento. Tu noche ha terminado. No la recuerdes más. Sube con el espíritu a donde Yo, Luz, te llevo. Allí junto con la dulce esperanza y la hermosa fe, encontrarás la alegría, porque tu caridad podrá derramarse en Dios y en los amados que te esperan. No es más que una veloz ascensión... y en breve estarás arriba, con ellos. La vida es un soplo... la eternidad es el presente actual".

"Tienes razón, Señor. Me consuelas y me enseñas cómo vencer todo esto de un modo recto... Pero estás al sol para poder estar cerca de mí lo más posible. Retírate, Maestro. Mucho más me has dado. Te podría hacer mal el sol que ya es fuerte".

"Vine para estar contigo. A eso vinimos todos. También tú retírate bajo los árboles y estaremos juntos sin peligro alguno".

El que fue leproso obedece. Deja el peñasco a cuyo pie está el montón de cenizas: el pasado, y va al lugar a donde se dirige Jesús, donde apóstoles, mujeres y habitantes del lugar están conmovidos, lo mismo que los de otros lugares que vinieron a escuchar al Maestro.

"Poned fuego para asar los pescados. Nos repartiremos la comida en un banquete fraternal" ordena Jesús.

Y entre tanto que los apóstoles hacen lo que dijo, va acá y allá por aquel lugar que todos evitaban por estar cerca del leproso. Hay allí un montón de árboles que nadie los ha tocado, que no conocen ni la hoz, ni el hacha. Hay enfermos bajo la sombra propicia de este bosquecillo y cuentan a Jesús sus angustias, Él los cura, o bien si tienen alguna aflicción, los consuela, los conforta con toda su paciencia, con todo su poder. Más allá en un espacio pequeño está el niño de Cafarnaum que feliz juega con los niños del lugar y sus gritos alegres compiten con el canto de los pajarillos que hay en los árboles, mientras que con sus vestiditos de diversos colores, que flotan en el aire y en la hierba en sus carreras, los hacen parecer mariposas grandes que sonrían.

La comida está ya lista. Lllaman a Jesús. Pide una canastilla a un campesino que había traído higos y uvas, y la llena de pan, de los mejores pescados, de frutas sabrosas y pone también una cantimplora de agua dulce, y va al lugar donde está el que fue leproso.

“Te quedas sin cantimplora, Maestro” le dice Bartolomé. “No te la puede devolver”.

Jesús sonríe: “Hay mucha agua todavía para la sed del Hijo del Hombre. Hay todavía del agua que mi Padre envía en los profundos pozos. El Hijo del Hombre tiene todavía libres sus manos para poder beber en ellas... Un día vendrá que no tendré ni el agua ni la libertad de hacerlo... y no tendré ni el agua del consuelo que se me pueda ofrecer cuando me muera de sed... Ahora tengo mucho amor alrededor de Mí...” y avanza. Lleva en sus manos las cestilla, redonda y pequeña, que pone sobre la hierba a unos cuantos metros de distancia de Juan. Le dice: “Toma y come. Es el banquete de Dios”. Luego regresa a su lugar. Ofrece y bendice el alimento. Hace que se distribuya entre los presentes los cuales han puesto también el suyo.

Todos comen con gusto y alegres. María tiene a su cuidado al pequeño Alfeo. Terminada la comida, Jesús se pone entre la gente y el que fue leproso y empieza a hablar, mientras las mamás traen a sus hijos cerca de sí, que están hartos de comer y cansados de jugar, los acarician para que se duerman y no perturben.

“Escuchadme todos.

David en uno de sus salmos se pregunta: ‘¿Quién habitará en el Tabernáculo de Dios? ¿Quién descansará en el monte de Dios?’².

Luego pasa a enumerar quiénes serán los afortunados y por qué razón. Dice: ‘El que vive sin mancha y practica la justicia. El que habla con el corazón la verdad y no trama engaños con su lengua; el que no engaña a su prójimo; el que no se hace cómplice de las palabras infamantes contra sus semejantes’ Poco más abajo, después de haber mencionado que entrará en los dominios de Dios, dice lo que estos benditos hicieron de bien y no de mal. Oíd: “‘Ante sus ojos el malvado es nada. Honra a los que temen a Dios. No engaña con juramentos a su prójimo. No presta con usura, ni recibe dones para dañar al inocente’. Y concluye: ‘Quien hace estas cosas jamás se encontrará mal’.

En verdad, en verdad os digo que el salmista dijo la verdad y confirmo con mi sabiduría que quien hace estas cosas no se encontrará mal jamás. Condición primera para entrar en el Reino de los cielos: “Vivir sin mancha”.

Pero ¿puede el hombre, débil criatura, vivir sin mancha? La carne, el mundo y Satanás en un continuo bullir de pasiones, inclinaciones y odios afilan sus agujones para manchar sus espíritus; y si el cielo sólo estuviese abierto a los que vivieron sin mancha, después de haber alcanzado el uso de razón, poquísimos de todos los hombres entrarían en el cielo, así como poquísimos son los hombres que llegan a la muerte sin haber conocido alguna enfermedad más o menos grave durante su vida.

¿Y luego? ¿Entonces el cielo se cierra a los hijos de Dios? ¿Deberán decir: ‘Lo perdí’, cuando un asalto de Satanás o una tempestad de la carne los hacen caer y se ven manchados en el alma? ¿No habrá perdón para quien pecó? ¿Ninguna cosa borrarla la mancha que ensucia el corazón?

² Cfr. Salm 14.

No tengáis miedo de que vuestro Dios os juzgue injustamente. Es Padre, y un padre tiende siempre la mano a sus hijos que están por caer, les ofrece ayuda para que se levanten de nuevo, consuela con medios cariñosos para que la humillación no se convierta en desesperación, sino en una humildad decidida de reparación para ser dignos de que el Padre los quiera.

Así pues, el arrepentimiento del pecador, la buena voluntad de reparar, son cosas ambas que nacen de un verdadero amor hacia el Señor, y que limpian la mancha de la culpa y hacen que el hombre sea digno del perdón divino. Y cuando El que ahora os habla, haya cumplido su misión en la tierra, a la absolución del amor, del arrepentimiento, de la buena voluntad, se unirá la absolución poderosísima que el Mesías os habrá obtenido a costa de su sacrificio. Más limpios en el alma que los niños recién nacidos, muchos más puros, porque quien creyere en Mí, de su pecho brotarán torrentes de agua limpia que borra aun la culpa de origen, causa primordial de las debilidades del hombre, podréis aspirar al cielo, al reino de Dios, a sus tabernáculos. Porque la gracia que dentro de poco os daré, os ayudará a practicar la justicia, que acrecienta tanto más, cuanto más se le practica, el derecho de entrar limpios en la alegría del reino de los cielos.

Entrarán los pequeñines y se alegrarán con la bienaventuranza que gratuitamente recibieron, se alegrarán porque el cielo es alegría. Los adultos, los viejos, los que lucharon y vencieron, los que juntaron a la corona cándida de la gracia la multicolor de sus obras santas, de sus victorias sobre Satanás, el mundo y la carne. Grande, grandísima será su bienaventuranza de vencedores. Grande, cual el hombre no puede imaginar.

¿Cómo se practica la justicia? ¿Cómo se conquista la victoria? Con palabras y acciones honestas, amando al prójimo. Reconociendo que Dios es Dios; y no poniendo los ídolos de las criaturas, del dinero, del poder junto al Dios Santísimo. Dar a cada uno el lugar que le corresponde sin tratar de darle más o menos de lo que se debe. El que honra a alguien porque es amigo suyo o pariente aun en las obras que no son buenas, no es justo. El que por el contrario causa daño a su prójimo porque no puede esperar nada de él y jura contra él, se deja comprar con regalos para atestiguar contra el inocente, o para dar sentencia con parcialidad, no según justicia, sino según cálculos de lo que puede recibir del que en el tribunal es el más poderoso, no es justo y vanas son sus oraciones, vanas sus ofertas, porque están manchadas con injusticia ante los ojos de Dios.

Comprendéis que lo que estoy diciendo se encierra dentro del Decálogo. La palabra del Rabí siempre es Decálogo, porque el bien, la justicia, la gloria consisten en cumplir con lo que el Decálogo enseña y ordena hacer. No hay otra doctrina. La que se dio entre los relámpagos del Sinaí⁴, y la que se da a hora entre los resplandores de la Misericordia, pero la doctrina es la misma, y no cambia, y no puede cambiar. En Israel por excusa dirán muchos, para justificar el que no sean santos, aun después de que el Salvador haya pasado sobre la tierra: “No tuve tiempo ni de seguirlo ni de escucharlo”. Pero su excusa no tiene ningún valor, porque el Salvador no vino a introducir una nueva Ley, sino a confirmar de nuevo, *la primera, la única* Ley; a reconfirmarla en su santa claridad, en su perfecta sencillez; a reconfirmarla con el amor y con las promesas de un amor de Dios lo que antes entró en medio del rigor por una parte, y que se escuchó por la otra con temor,

Para haceros comprender lo que son los diez Mandamientos y la importancia que hay en seguirlos, os propongo esta parábola:

Un padre de familia tenía dos hijos. A ambos los amaba, a ambos los cuidaba. Este padre tenía como posesión, además del lugar donde vivía, otras donde había grandes tesoros escondidos. Los hijos habían oído hablar de ellos, pero no conocían el camino, porque el padre, por motivos propios, no se los había revelado, y esto por muchos y muchos años. Pero en cierto momento, llamó a sus hijos y les dijo: “Está bien que ya sepáis dónde están los tesoros que vuestro padre apartó para vosotros, para que podáis llegar a ellos cuando os lo

⁴ Cfr. Ex. 19, 9 – 20, 21.

diga. Entre tanto conoced el camino y las señales que puse en él, para que no os extraviéis. Oídme pues. Los tesoros no están en alguna llanura donde se estancan las aguas, donde arde el sol, donde hay polvo, donde pinchan las espinas y los cardos. Los tesoros están encima de aquel monte alto y escabroso. Los puse allí. En la cima. Y allí os aguardan. El monte tiene muchos senderos, pero uno solo es el bueno. Algunos de ellos llegan a precipicios, otros a cuevas sin salida, otros a fosos de agua pútrida, algunos a nidos de víboras, otros a pozos de azufre encendido, otros contra murallas insuperables. El sendero bueno es duro de recorrer pero llega a la cima sin tener qué pasar por precipicios u otros obstáculos. Para que lo podáis reconocer, he puesto a lo largo de él y a distancias regulares diez monumentos de piedra sobre los que hay estas palabras esculpidas: 'Amor, obediencia, victoria'. Siguiendo este sendero llegaréis al lugar del tesoro. Yo, por otro camino que sólo yo conozco, iré y os abriré la puerta para que seáis felices".

Los dos hijos se despidieron de su padre. Mientras pudo ser oído, repitió: "Seguid el sendero que os dije. Es por vuestro bien. No os dejéis atraer por los otros, aunque os parezcan mejores. Perderíais el tesoro y con él a mí".

Ved pues que han llegado a las faldas del monte. El primer monumento estaba allí, exactamente donde empezaba el sendero que estaba en el centro de una multitud de senderos que subían a la conquista del monte en todos los sentidos. Los dos hermanos empezaron la ascensión por el sendero bueno. Al principio era fácil, aunque no tenía nada de sombra. De lo alto del cielo el sol caía perpendicular inundando todo de luz y de calor. Lo que los hermanos veían y sentían no era más que roca blanquecina, el cielo azul, y el calor terrible que les quemaba el cuerpo. Pero todavía animados de buena voluntad, del recuerdo de su padre y de sus recomendaciones, ascendían alegres hacia la cima. He aquí que ven el segundo monumento y luego el tercero. El sendero se hace cada vez más áspero, solitario, abrasador. Ni siquiera se ven los otros senderos en que hay hierba, plantas y agua fresca, ni siquiera una subida más fácil, que no estuviese hecha sobre la viva roca.

"Nuestro padre nos quiere matar" dijo uno de los dos al llegar al cuarto monumento, y empezó a aflojar el paso. El otro lo animó a proseguir diciendo: "Él nos ama como a sí mismo, y mucho más porque de una manera tan previsora nos conservó el tesoro. Este sendero excavado sobre la roca que sin extravío llega a la cima, él mismo lo hizo. Estos monumentos los hizo para guía nuestra. Piensa hermano mío. Él solo, llevado de su amor lo hizo todo, para darnos el tesoro, para hacer que llegásemos a él sin perdersenos, sin peligro".

Siguen caminando. Con todo, los senderos que dejaron en la falda del monte, de vez en vez se acercaban al de la roca, y mucho más cuanto se acercaba a la cima, que se hacía cada vez más estrecho en su forma cónica. ¡Qué bellos eran! Llenos de sombra. Convidaban a uno...

"Como que siento ganas de tomar uno de esos" dice el que ya antes se sentía vacilar, cuando llegaron al sexto monumento. "Ese también lleva a la cima".

"No puedes asegurarlo... No ves si sube o si baja..."

"Míralo allá arriba".

"No sabes si es el mismo. Además nuestro padre dijo que no dejásemos este sendero..."

De mala gana continúa el otro caminando para arriba.

Ved ahí el séptimo monumento: "¡Oh, en realidad que no puedo! Me voy".

"¡No lo hagas, hermano!"

El sendero en realidad era extremadamente difícil, pero la cima estaba ya cerca...

Se acercan al octavo monumento y cerca de él, casi tocándolo, estaba un sendero lleno de flores. "¡Oh, mira! Que éste va allá arriba en línea recta".

"No sabes si es el mismo".

"Sí. Lo puedo distinguir".

"Te engañas".

"No me engaño. Voy por él".

"No lo hagas. Piensa en nuestro papá, en los peligros, en el tesoro".

“Que se pierda todo. ¿Para qué me sirve el tesoro si llego medio muerto a la cima? ¿Qué otro peligro mayor que el de este camino? ¿Qué falta de amor más grande pudo tener nuestro padre que se burló de nosotros con esta vereda para hacernos morir? Adiós, llegaré antes que tú y vivo...” y se metió en el camino contiguo, desapareciendo con un grito de alegría detrás de los troncos que arrojaban sombra.

El otro continuó lleno de tristeza... ¡Oh, el sendero en su última parte verdaderamente que era pesado! El caminante no podía más. Se sentía como ebrio de fatiga, de calor. En el noveno monumento se detuvo anhelante, apoyándose contra la roca excavada y leyó instintivamente las palabras esculpidas. Cerca había un sendero sombreado, con agua, con flores... “Casi, casi... ¡Pero no, no! Allí hay algo escrito, algo que escribió mi padre: ‘Amor, obediencia, victoria’. Debo creer: en su amor, en su verdad y debo obedecer para demostrar mi amor... En marca... El amor me sostenga...” El décimo monumento está ya a la mano... El viajero agotado, quemado por el sol, seguía caminando agachado como si llevase un yugo... Era el amoroso y santo yugo de la fidelidad que es amor, obediencia, fortaleza, esperanza, justicia, prudencia, que es todo... En vez de apoyarse, se echó bajo la poca sombra que proyectaba el monumento. Sentía morir... Del sendero antiguo se oía un rumor de pájaros y olor a bosque... “Padre, padre, ayúdame con tu espíritu en la tentación... ayúdame a ser feliz hasta el fin”.

De lejos, le llegó la voz del hermano en alegría: “Ven, te espero. Aquí es un edén... Ven...”

“¿Si fuese?... y gritando con todas sus fuerzas: ¿Sube de veras a la cima?”

“Sí, ven. Hay una galería fresca que lleva allá. Ven. Estoy viendo la cima, que está al otro lado de la galería...”

“¿Voy? ¿No voy?... ¿Quién me ayuda?... Voy...” Se apoyó sobre las manos para levantarse y mientras lo hacía notó que las palabras esculpidas no eran tan claras como las que se veían en el primer monumento: “En cada momento la letras eran menos claras... como si mi padre ya agotado, las hubiera esculpido fatigosamente. Y... mira... también aquí se ve la misma señal roja que se vio ya desde el monumento quinto... Sólo que aquí está en el hueco de cada palabra y se escribió hacia afueras, pintando la roca como con lágrimas llenas de sudor, como... sangre...” Raspó con el dedo donde había una mancha grande, como de dos palmos. La mancha desapareció y dejó al descubierto estas palabras todavía frescas: “Así os llegué a amar, hasta derramar mi sangre para conducirlos al tesoro”.

“¡Oh, oh, padre mío! ¿E iba yo a tener la osadía de no obedecer tus órdenes? Perdóname, padre. Perdóname” El hijo se echó a llorar contra la piedra, y la sangre que había sobre las palabras se rehizo fresca, resplandeciente como un rubí y las lágrimas se convirtieron para el hijo en bebida y en alimento y en fuerza... Se levantó... por amor llamó a su hermano con voz fuerte, con voz muy fuerte... Quería decirle lo que había descubierto... El amor de su padre, decirle: “Regresa”. Nadie respondió...

El joven emprendió de nuevo su marcha, casi arrastrándose sobre la dura piedra, porque estaba completamente fatigado, aunque su corazón gozaba de tranquilidad. Y pronto ve la cima... Y allí a su padre.

“¡Padre mío!”

“¡Hijo amado!”

El joven se echó a los brazos de su padre, que lo acogió cubriéndolo de besos.

“¿Vienes solo?”

“Sí... pero pronto llegará mi hermano...”

“No. No llegará jamás. Dejó el camino de los diez monumentos. No quiso regresar después de los primeros desengaños que le amonestaban. ¿Quieres verlo? Míralo allá. En el horno del fuego... Fue pertinaz en su culpa. Lo hubiera perdonado y esperado si, después de haber reconocido su error, hubiese vuelto sobre sus pasos, y aunque con retardo, hubiese pasado por donde derramé hasta mi sangre, para mostraros mi amor”.

“Él lo sabía...”

“Si hubiese mirado con amor las palabras excavadas en los diez monumentos hubiera leído su verdadero significado. Tú lo leíste desde el quinto monumento y se lo hiciste notar, diciendo: ‘¡Papá tal vez aquí sufrió una herida!’ y lo leíste en el sexto, en el séptimo, en el octavo, en el noveno... cada vez más claro, hasta que tuviste la curiosidad de ver lo que había bajo mi sangre. ¿Sabes el nombre de esa curiosidad, de ese instinto? ‘Tu verdadera unión conmigo’ Las fibras de tu corazón, fundidas en las mías, tuvieron un vuelco, te dijeron: ‘Aquí tienes la medida del amor de tu padre’. Ahora toma posesión del tesoro y de mí mismo; tú que fuiste amoroso, obediente, serás victorioso para siempre”.

Esta es la parábola.

Los diez monumentos son los diez mandamientos. Vuestro Dios los esculpió y puso en el sendero que lleva al tesoro eterno, y ha sufrido por llevaros a aquel sendero. ¿Sufrís vosotros? También Dios. ¿Debéis forzaros a vosotros mismos? También Dios.

¿Sabéis hasta qué punto? Sufriendo al separarse a Sí mismo y de esforzarse en saber lo que es el hombre con todas sus miserias que el ser humano trae consigo: nacer, tener frío, hambre, cansancio; padecer sarcasmos, afrentas, odios, asechanzas y hasta la muerte, derramando toda su sangre para daros el tesoro. Esto sufre Dios que ha bajado para salvaros. Esto sufre Dios en lo alto del cielo, permitiéndose a Sí mismo poder sufrir.

En verdad os digo que ningún hombre, por más difícil que sea su sendero que lo lleve al cielo, caminará jamás por una vereda más fatigosa y llena de dolor como la que va caminando del Hijo del Hombre para venir del cielo a la tierra, y de la tierra al sacrificio y así abriros las puertas del tesoro.

En las tablas de la Ley está ya mi Sangre. En el camino que os trazo está mi Sangre. La puerta del tesoro se abre bajo onda de mi Sangre. Vuestra alma se hace pura y fuerte al verse lavada y alimentada con mi sangre. Vosotros, para que no en vano se haya derramado, debéis caminar por el sendero inmutable de los diez mandamientos.

Ahora descansenos. Al atardecer me iré a Ippo, Juan a purificarse, y vosotros a vuestros hogares. La paz del Señor sea con todos vosotros”.

145. Jesús en Ippo

2 julio 1946

Os pido que me perdonéis si este cuaderno está muy mal escrito. Es algo que vi, mientras me sentía estar entre la vida y la muerte, después del 2 de julio de 1946, que no quiero recordar... Escribí el cuaderno en medio de unas calenturas atormentadoras... además de dolores muy agudos...

Jesús entra en Ippo en medio de un limpio amanecer. Seguro que se quedó en la casa de campo de algún habitante de la ciudad, que fue a escucharlo y así poder entrar en la ciudad en las primeras horas matinales de un día de mercado lleno de ruido. Muchos de los de Ippo están con Él, y otros tantos le salen al encuentro porque supieron que había llegado. Pero no están solos los habitantes de Ippo, también los de la barriada del lago. Fuera de alguna que otra mujer, que por causa de sus condiciones físicas, o porque sus hijos son muy pequeños no pudo asistir, todas las demás están.

La ciudad está situada en un lugar un poco superior al nivel del lago, y se ha alargado sobre las primeras ondulaciones que se ven más allá del lago, y que continúan hacia el oriente hasta llegar a juntarse al sureste con los montes de la Auranítide y al norte con la cadena montañosa donde sobresale el gran Hermón. La ciudad parece ser rica de comercios y bienes, y parece ser un lugar importante como cruce donde se encuentran varias zonas del lago; lo que se ve por las señales de los caminos, en las que se leen los nombres de Gamala, Gadara, Pela, Arbela, Bozra, Guerguesa y otros más.

Muchos forasteros vienen acá para comprar o para vender. Igualmente veo a muchos romanos, civiles y militares que se mezclan entre la gente que no se muestra agresiva contra

ellos; probablemente los negocios los unen, si no ya una verdadera amistad. Son los intereses que no hay al otro lado de la ribera.

La gente aumenta según Jesús avanza hacia el centro de la ciudad, hasta que se detiene en una plaza ancha y llena de árboles bajo cuya sombra está el mercado, esto es, donde se llevan a cabo los contratos de más importancia, porque los menores, como los de venta, digamos de alimentos, artículos del hogar se realizan al otro lado de la plaza, en una explanada donde duramente cae el sol del que los compradores y vendedores se defienden con lienzos. El lugar, cubierto con telas de todos colores, no muy levantados de la tierra, y llenos de gente que llevan vestidos de diversos gustos, parece un prado de flores gigantescas, como si unas estuviesen enclavadas, otras se moviesen por las vereduchas. Todo esto proporciona al lugar un aspecto de belleza que no lo pierde cuando desaparecen... todos estos almacenes prehistóricos, y la explanada se deja ver en medio de su amarillenta desolación.

Ahora está lleno de voces. Cómo gritan y cuántas palabras dicen para responder tal vez, cuánto cuesta un tazón de madera, un cedazo, o un puñado de semillas. Y a todos estos gritos se junta la voz suplicante de mendigos que quieren dejarse oír.

“Aquí ciertamente no puedes hablar, Maestro” exclama Bartolomé. “Tienes una voz fuerte, pero no puedes nada contra todo este griterío”.

“Esperemos. ¿Veis? El mercado pronto termina. Algunos están alzando sus mercancías. Entre tanto id a dar unas limosnas a los mendigos con las ofertas que nos dieron los ricos de acá. Esto formará el principio y fin de mis palabras, porque la limosna dada con amor pasa del nivel de ayuda material al de amor del prójimo y atrae gracias” responde Jesús.

Los apóstoles se van a cumplir lo que se les mandó.

Jesús continúa hablando entre la gente que lo escucha: “La ciudad es rica y floreciente, por lo menos en esta parte. Os veo que lleváis vestidos limpios y hermosos. Vuestras caras demuestran que coméis bien. Esto es, que no padecéis hambre. Ahora os pregunto si aquellos que allá gritan con pasión son de Ippo o quienes por mera casualidad vinieron de otras partes para que se les socorra. Sed sinceros...”

“Bueno, te contestamos sinceramente aun cuando ya sentimos tu reproche. Algunos vinieron de otras partes, los más de ellos son de Ippo”.

“¿Y no hay trabajo para ellos? He visto que estáis levantando construcciones. Debería haber trabajo para todos...”

“Casi siempre los romanos son los que contratan a uno...”

“Casi siempre. Dijiste bien, porque he visto a algunos, que son de esta ciudad, vigilar los trabajos, y entre ellos he visto que muchos no son de acá. ¿Por qué no ayudáis primero a los conciudadanos?”

“Porque... Es muy difícil trabajar acá porque, y eso ya desde hace años, antes de que viniesen los romanos y construyesen hermosos caminos, costaba mucho traer las piedras y abrir los caminos... Muchos se enfermaron y otros se desanimaron... y ahora son mendigos que no pueden trabajar más”.

“Pero el trabajo de ellos os es útil ¿o no?”

“¡Claro, Maestro! Mira esta ciudad, tan acogedora, con agua necesaria, y con esos caminos que son orgullo de cualquier ciudad. Mira sus edificios tan fuertes. Mira cuántos trabajadores hay. Mira...”

“Todo lo estoy viendo. ¿Y esto os lo construyeron los que ahora os están pidiendo entre lágrimas un pedazo de pan? ¿Qué respondéis? Entonces, ¿por qué, si gozáis de estas cosas que os ayudaron a tener, no les dais una migaja de alegría? ¿Un pan, sin necesidad de que os lo pidan? ¿Un lugar donde descansen, sin tener necesidad de compartir su reposo con animales salvajes? Si los socorrieseis para que se curasen, podría ser que pudiesen ser útiles en algo, y así no os darían ninguna molestia, y no se hundirían en un ocio que los avergüenza y que ellos no desean. ¿Cómo podéis sentaros a la mesa y comer alegres con vuestros hijos, sabiendo que no muy lejos de vosotros hay quienes se están muriendo de hambre? ¿Cómo

podéis ir a la cama acogedora, cuando sabéis que afuera, en la noche, hay quienes no tienen dónde dormir, dónde descansar? ¿No os quema la conciencia el dinero que ponéis en cajas fuertes, sabiendo que muchos no tienen ni un centavo para comprar un pedazo de pan?

Me dijisteis que creéis en el Altísimo Señor, y que observáis su Ley, que conocéis los profetas y los libros de la Sabiduría. Me habéis dicho que creéis en Mí y estáis ávidos de mi doctrina. Entonces debéis tener un corazón bueno, porque Dios es amor y manda amar, porque la Ley es amor, porque los profetas y los libros de la Sabiduría impelen a amar y mi doctrina es doctrina de amor. Los sacrificios y las oraciones son cosa vana si no tienen por base el amor al prójimo, sobre todo al indigente con quien es posible dar muestras de amor con el pan, el descanso, el vestido, el consuelo, con enseñarlo, con llevarlo a Dios. La miseria, al mismo tiempo que envilece al hombre, lleva al hombre a que pierda la fe en la Providencia que es necesaria para resistir a las pruebas de la vida. ¿Cómo queréis que el miserable sea siempre bueno, paciente, piadoso, cuando ve que los que gozan de la vida, y por lo tanto, según una idea común: de la Providencia, son duros de corazón, sin una religión verdadera – porque a ésta le falta la parte más esencial: el amor- y que son impacientes; y pese a que tienen de todo, ¿no son capaces de soportar la súplica de quien tiene hambre? ¿No es entonces cuando se vuelven a Dios y contra vosotros? ¿Quién es el que los lleva a cometer tal pecado? ¿No os ponéis a reflexionar, vosotros ricos, que tenéis una gran obligación, la de enseñar la Sabiduría a los pobres con vuestra conducta?

Algunos me han dicho: ‘Todos quisiéramos ser tus discípulos para anunciarte’ A todos digo: lo podéis ser. Estos que se acercan temblorosos, llenos de vergüenza, con sus vestidos hechos trizas, con sus caras enflaquecidas son los que esperan la Buena Nueva, la que está destinada sobre todo a los pobres para que tengan un consuelo sobrenatural en la esperanza de una vida gloriosa después de la vida humana tan triste que soportan. Vosotros podéis llevarla con menos fatiga material, pero con mayor fatiga espiritual, porque las riquezas son un peligro para la santidad y justicia. Ellos pueden hacerlo sólo con toda clase de molestias. El pan que les falta, el vestido que es pobre, la falta de vivienda los empujan a preguntarse: “¿Cómo puedo creer que Dios es mi Padre si ni siquiera tengo lo que el pájaro tiene?” La dureza para con el prójimo, ¿cómo puede hacer para que éstos crean que es menester amarse como hermanos? A vosotros os toca hacerlos ver que Dios es Padre, y con un amor real y verdadero que vosotros sois hermanos. La Providencia existe, y vosotros, los ricos del mundo, sois sus ministros, sus servidores. Pensad que esto es un gran honor que Dios os concede y como si fuera el único medio para hacer que las riquezas no sean peligro, sino santas.

Obtrad como si en cada uno de estos me vieseis a Mí mismo. Yo estoy en ellos. He querido ser pobre, que se me persiga para ser como ellos, y para que la memoria del Cristo pobre y perseguido perdure en el correr de los siglos, arrojando una luz sobrenatural sobre los pobres y perseguidos como lo fue Cristo; una luz que les haga amar a ellos como otros tantos Yo. De hecho me encuentro en el mendigo muerto de hambre, en el que muere de sed, en el que vestís, como en el que dais alojamiento. Me encuentro en el huérfano a quien acogéis por amor, en el anciano a quien socorréis, en la viuda a quien ayudáis, en el peregrino a quien hospedáis, en el enfermo a quien curáis. Me encuentro en el afligido a quien consoláis, en el que duda y a quien vosotros lo hacéis firme, en el ignorante a quien enseñáis. Estoy donde se recibe amor. Y cualquier cosa que se hace a un hermano pobre, bien sea de medios materiales o de medios espirituales, me lo hacéis a Mí, porque Yo soy Pobre, el Afligido, el Hombre de Dolores, y lo soy para dar riqueza, alegría, vida sobrenatural a *todos los hombres*, que muchas veces no lo saben, pero es así, que son sólo ricos en apariencia y en dichas, pero que carecen de las riquezas y alegrías verdaderas, porque están sin la gracia de la que los privó la Culpa de origen. Vosotros lo sabéis: sin la redención no hay gracia, sin gracia no hay alegría ni vida.

Para daros gracia y vida no quise nacer rey, ni poderoso, sino pobre, como un cualquiera; humilde, porque de nada vale la corona, ni el trono, ni el poder para el que vino del cielo para llevarlos a él, entre tanto que todo es ejemplo que un verdadero Maestro debe dar para

confirmar con los hechos su doctrina, porque más numerosos son los pobres y los desafortunados que los poderosos y ricos. Porque la Bondad es Compasión. Para eso vine, y para esto el Señor ungió a su Mesías, a saber, para que anunciase la Buena Nueva a los que sufren el dolor, y curase a los que tienen su corazón desecho, para que predicase la libertad a los esclavos, la libertad a los prisioneros, para que consolase a los que lloran y para dar a los hijos de Dios, a los que saben serlo tanto en la alegría como en el dolor, su corona, su vestido de justicia, y transformarlos de árboles selváticos en árboles del Señor. Yo soy todo para todos y quiero que todos estén conmigo en el Reino de los cielos, que está abierto a todo con tal de que sepan vivir en la justicia. La justicia consiste en practicar la ley y en la práctica del amor. A este reino se entra no porque se tengan rentas, sino por heroísmo de santidad. El que quiera entrar que me siga y haga lo que hago: que ame a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como Yo lo hago, que no blasfeme del Señor, que santifique sus fiestas, honre a sus padres, no levante mano violenta contra su semejante, no cometa adulterio, no robe a su prójimo en nada, no atestigüe cosas falsas, no desee lo que no tiene, sino que se contente con su suerte pensando que todo pasa y que es un medio para conquistar una suerte mejor y eterna; que ame a los pobres, afligidos, los despreciados, huérfanos, viudas, que no cometa usura. Quien haga esto, cualquiera que sea su nacionalidad o lengua, condición social o riqueza, podrá entrar en el Reino de Dios, cuyas puertas Yo abro.

Venid a Mí los que tenéis recta voluntad. No os espante lo que sois o fuisteis. Soy Agua que lava el pasado y da fuerza para el futuro. Venid a Mí los que sois pobres del saber humano. En mi palabra está la sabiduría. Venid a Mí, haceos una nueva vida según unos nuevos conceptos. No tengáis miedo de no saber, de no poder hacerlo. Mi doctrina es fácil, mi yugo es ligero. Soy el Rabí que da sin pedir recompensa, sin pedir otra cosa que vuestro amor. Si me amareis, amaréis mi doctrina y por lo tanto también a vuestro prójimo y obtendréis la vida y el Reino.

Vosotros, ricos, despojaos del afecto por las riquezas y comprad con ellas el reino por medio de obras de misericordia amorosa para con el prójimo. Vosotros, pobres, despojaos de vuestro abatimiento y venid al camino de vuestro Rey. Os digo con Isaías: “Vosotros los sedientos, venid a beber del agua; y a quienes no tenéis dinero, digo, venid a comprar”¹. Con el amor compraréis lo que es amor, lo que es alimento que no perece, alimento que en realidad quita el hambre y da fuerzas.

Me despido de vosotros, habitantes de Ippo: ricos y pobres, hombres y mujeres. Me voy a cumplir la voluntad de Dios, pero quiero irme menos afligido de lo que vine. Vuestra promesa me quitará esta aflicción mía. Por vuestro bien, ¡oh ricos! Por el bien de vuestra ciudad, prometed ser misericordiosos en el futuro con los pequeñuelos y despreciados entre vosotros. Todo es bello aquí, pero como una nube negra en una tempestad convierte a la ciudad más bella, en algo horrible, así vuestra dureza de corazón puede hacer desaparecer su belleza. Quitáosla y seréis benditos. Acordaos de que Dios prometió no destruir Sodoma si en ella había diez justos². Vosotros no conocéis el porvenir, Yo sí. Y en verdad os digo que se arremolina con mayor fuerza que una nube de estío y cargada de granizo. Salvad vuestra ciudad con vuestra justicia, con vuestra misericordia. ¿Lo haréis?”

“Lo haremos, Señor, en nombre tuyo. Háblanos, háblanos un poco. Hemos sido unos duros, unos pecadores. Pero sálvanos. Eres el Salvador, Háblanos...”

“Estaré con vosotros hasta el atardecer. Os hablaré con mis obras. Ahora id a vuestras casas, medita en mis palabras, mientras no se puede estar afuera en el sol”.

“¿Y a dónde vas, Señor? Ven a mi casa, ven a mi casa!” todos los ricos de Ippo lo quieren, y como que disputan la razón que les ampara para que Jesús vaya a su hogar.

Levanta su mano para imponer silencio. A duras penas lo logra. Dice: “Me quedo con estos” y señala a los pobres, que están en grupo a la orilla de la gente, que lo miran con ojos de

¹ Cfr. Is. 55, 1.

² Cfr. Gén. 18, 32.

quien siempre es escarnecido se siente amado. Repite: “Me quedo con ellos para consolarlos y repartir con ellos el pan. Para darles una prenda de la alegría del reino donde el Rey se sentará entre sus súbditos en el mismo banquete de amor. Entre tanto, ya que su fe se les ve escrita en sus caras, les digo: ‘Hágase lo que pedías en vuestro corazón, y vuestro corazón y vuestro cuerpo se alegren con lo que os da el Salvador’”.

Los pobres son alrededor de un centenar. De ellos unos dos tercios o están enflaquecidos por el hambre, o ciegos, o enfermos, sin duda alguna; el otro tercio lo componen niños que mendigan para llevar a sus madres viudas o para su abuelos... Pues bien: es prodigioso ver que los brazos paralizados, las caderas fuera de lugar, las espaldas encorvadas, los ojos apagados, los miembros que se arrastran, todo lo que hay de doloroso en enfermedades y desgracias, que salieron al paso por trabajo o por exceso de cansancio y fatiga, toman su antigua posición, desaparecen, y estos infelices regresan a una nueva vida, a sentirse capaces de bastarse a sí mismos. El griterío llena la ancha plaza y retumba en ella.

Un romano fatigosamente logra atravesar entre la multitud que está fuera de sí. Se acerca a Jesús, que a su vez con trabajo quiere ir a los pobres que acaban de obtener su salud, y que lo bendicen desde su lugar impotentes de atravesar por entre la gente.

“Salve, Rabí de Israel. ¿Lo que hiciste es tan sólo para los de tu pueblo?”

“No. Ni lo que hice ni lo que dije. Mi poder es universal, porque universal es mi amor. Mi doctrina es universal porque para ella no existen castas, ni religiones, ni naciones que la limiten. El reino de Dios es para el hombre que sabe creer en el Dios verdadero. Soy para los que saben creer en el poder del Dios verdadero”.

“Yo soy pagano, pero creo que Tú eres un Dios. Tengo un esclavo a quien amo mucho, un viejo esclavo que me sigue desde que yo era niño. Ahora la parálisis lo mata poco a poco y en medio de grandes dolores. Pero es un esclavo y tal vez Tú...”

“En verdad te digo que no conozco esclavitud verdadera, sino la que me repugna: la del pecado, y del pecado obstinado. Porque quien peca y se arrepiente, encuentra mi compasión. Tu esclavo se curará. Vete y si entras en la verdadera fe, te curarás de tu error”.

“¿No vienes a mi casa?”

“No”.

“De veras... pedí mucho. Un dios no va a la casa de los mortales. Esto tan sólo se lee en las fábulas... Jamás alguien ha hospedado a Júpiter o a Apolo”.

“Ellos no existen. Pero el Dios verdadero entra en la casa del hombre que cree en Él, llevando con Él la salud y la paz”.

“¿Quién es el Dios verdadero?”

“El que es⁴”.

“¿No eres, Tú? No mientas. Te siento como a un dios...”

“No miento. Tú lo has dicho. Lo soy. Soy el Hijo de Dios que vine a salvar *también tu alma* como curé ya a tu siervo amado. ¿No es ese que viene gritando?”

El romano se vuelve y ve venir corriendo a un viejo, envuelto en una manta y a quien siguen otros, y que viene gritando: “¡Mario, Mario, señor mío!”

“¡Por Júpiter, mi esclavo! ¡Cómo!... Yo... dije: Júpiter... No. Digo: por el Rabí de Israel. Yo... yo...” el hombre no sabe qué decir...

La gente se abre paso para dejar pasar al viejo curado.

“Estoy curado, señor. Sentí un fuego en mis miembros y una orden que decía: “¡Levántate!”. Me pareció que fuese tu voz. Me levanté... me puse de pie... traté de caminar... lo logré... me toqué donde tenía las llagas... no más. Grité. Nereo y Quinto vinieron. Me dijeron dónde estabas. No esperé vestirme. Ahora te puedo servir todavía...” el viejo de rodillas llora y besa las vestiduras del romano.

“No a mí. Él, este Rabí, te curó. Será necesario creer, Águila. Él es el Dios verdadero. Curó a aquellos con su palabra y a ti... no sé con qué... Hay qué creer... Señor... yo soy pagano,

⁴ Cfr. Es. 3, 13-15; Is. 42, 8.

pero... mira... No. Es muy poco. Dime dónde vas a estar para honrarte". Y vuelve a tomar la bolsa de dinero que le había ofrecido antes.

"Bajo aquel pórtico, donde hay sombra, con ellos".

"Te mandaré para ellos. Salve, Rabí. Lo contaré a quien no creé..."

"Adiós, te espero por los caminos de Dios".

El romano se va con sus esclavos. Jesús se va con sus pobres, con los apóstoles y discípulos.

El pórtico que es más bien un camino al aire libre que lo que parece ser, está fresco, lleno de sombra, y la alegría es tan grande que hace bello un lugar tan común. Los habitantes de la ciudad vienen a dar su óbolo. Regresa el esclavo romano con una pesada bolsa. Jesús consuela con sus palabras y reparte el dinero. Los apóstoles regresan con los alimentos que fueron a comprar. Jesús parte el pan, bendice la comida y la da a los pobres, a sus pobres...

146. Hacia Gamala

3 julio 1946

La tarde va bajando, mensajera de la brisa que refresca después de un calor abrasador, mensajera de la penumbra que es un descanso después de un sol fuerte.

Jesús se despide de los habitantes de Ippo. No está dispuesto a cambiar de plan, y quiere partir para poder encontrarse en Cafarnaum el sábado que se acerca.

La gente se aleja de mala voluntad, y no falta quien tercamente le siga aun fuera de la ciudad. Entre estos se encuentra la mujer de Afeq, la viuda, la que le pidió en los suburbios del lago que le dejase el niño Alfeo cuya madre no lo quiere. Se ha metido entre las discípulas, como si fuera una del grupo. Ahorita está con Salomé, y le habla mucho en voz baja. Detrás viene la Virgen con su cuñada, que acomodan su paso al del pequeñín en medio de las dos a quienes da una mano, y que se divierte brincando sobre el lomo de las piedras del camino, que con seguridad construyeron los romanos, pues las baldosas son casi del mismo tamaño.

Se ríe de buena gana y dice: "¡Mira qué bueno soy! ¡Mira, mira otra vez" Un juego que me imagino que todos los niños del mundo hacen, cuando sienten en su mano la de otros que los quieren. Las dos santas mujeres que lo llevan, muestran mucho interés de su juego, lo alaban por su habilidad de brincar. El pequeñín es un pimpollo en pocos días de vida en que ha encontrado paz y amor. Sus ojos reflejan el contento, como lo reflejan los niños felices; y hasta su sonrisa es más bella, sin el aire de tristeza que tenía la tarde en que salieron de Cafarnaum.

María de Alfeo, al mirar esto y al oír a Sara, la viuda, dice a su cuñada: "Estaría bien así. Si estuviese en lugar de Jesús se lo daría".

"Tiene mamá, María..."

"¿Madre? No lo digas. Una loba tiene más amor maternal que esa desventurada".

"Tienes razón. Pero si es cierto que no se siente obligada para con su hijo, siempre tiene derecho sobre él".

"¡Uhm, para hacerlo sufrir! ¡Mira qué bien se ha puesto!"

"Lo sé. Pero... Jesús no tiene el derecho de quitar sus hijos a sus madres, ni siquiera de regalarlos a quien los ama".

"Tampoco los hombres tendrían derecho de... Basta... Sé que..."

"Te comprendo... Quieres decir: también los hombres no tendrían ningún derecho de quitarme al Hijo, y con todo lo hacen... Pero al hacer esto, que es un acto humanamente cruel, acarrearán un bien infinito. En el caso presente, no sé si será un bien para aquella mujer..."

"Pero sí para el niño... ¿Por qué nos dijo esa cosa tan terrible? Desde que la sé, no tengo más paz..."

"¿Y no lo sabías antes, que el Redentor debía padecer y morir?"

"¡Claro que lo sabía! Pero no sabía que fuese Jesús. Lo quiero mucho, más que a mis propios hijos. Tan hermoso, tan bueno... Oh, te tenía envidia por Él, cuando era pequeñín, y

luego cuando fue creciendo... siempre te he tenido envidia... Hasta el viento me desagradaba si le tocara... y no puedo resignarme a pensar que deba sufrir el tormento..." María Cleofás llora bajo su velo.

María, la Madre, la consuela: "María, no veas las cosas del lado humano. Piensa en sus frutos... Puedes imaginarte, cómo veo yo que cada día pasa el tiempo... Cuando llega la noche digo: un día más y perderé a Jesús... ¡Oh, María! Yo agradezco al Altísimo sobre todo una cosa: que me concedió llegar al amor perfecto, perfecto en lo que cabe en una criatura. Este amor me permite poder curar y fortalecer mi corazón diciendo: 'Su dolor y el mío son útiles a mis hermanos, y por lo tanto, sea bendito el Dolor'¹. Si no amase así al prójimo... no podría, pensar que Jesús morirá... No lo podría yo..."

"Pero ¿qué clase de amor es el tuyo? ¿Qué amor se debe tener para pronunciar esas palabras? Para... para... para no huir con el hijo mismo, defenderlo y decir al prójimo: 'Mi primer prójimo es mi hijo y lo amo sobre todas las cosas'".

"A quien se debe amar sobre todas las cosas es a Dios".

"Y Él lo es".

"Él hace la voluntad del Padre y yo con Él. ¿Qué clase de amor es el mío? ¿Qué amor se debe poseer para decir estas palabras? El amor de unión con Dios, de unión total, de entrega total, de perderse en Él, de no ser sino una parte de Él, al igual que la mano es una parte de ti misma, y hace lo que tu cabeza ordena. Este es mi amor y el que se debe tener para hacer siempre con buena voluntad, la Voluntad de Dios".

"Pero tú eres tú. Eres la Bendita entre todas las mujeres. Claro que lo eras antes de que tuvieses en tu seno a Jesús, porque Dios te había escogido para ello, y te es fácil..."

"No, María. Soy mujer y madre como lo es cualquier otra mujer. El don de Dios no suprime la naturaleza. Conserva su ser humano como cualquiera otra, aun si el don le proporciona una espiritualidad más fuerte. Tú sabes ya que tuve qué aceptar el don, por mi propia voluntad, y con todas sus consecuencias que pudiera acarrear. Todo don divino es una gran dicha, pero también una gran obligación. Dios no hace fuerza a ningún hombre para que acepte sus dones, sino que le pregunta, y si él responde a la voz que le pregunta con un: 'No', Dios no lo fuerza. A todas las almas, al menos una vez en la vida, Dios le pregunta si..."

"Pero a mí no me ha preguntado ni pedido nada" dice con voz firme María de Alfeo.

La Virgen sonríe dulcemente. Le dice: "No te has dado cuenta; y esto porque amas mucho al Señor".

"Te aseguro que no me ha hablado..."

"Y entonces ¿por qué vienes detrás de Jesús? ¿Y por qué te mueres de ansias de que tus hijos, *todos* tus hijos, sean seguidores de Jesús". Tú sabes lo que significa seguirlo, y con todo quieres que tus hijos lo sigan".

"Claro. Querría darle todos. Entonces podría asegurar que los he engendrado a la Luz. Y espero en Dios que pueda dárselos a Jesús para siempre, para la eternidad".

"Lo ves. ¿Y esto qué es? Un día Dios te preguntó: '¿María, me dejarías que tus hijos para que sean mis servidores en la nueva Jerusalén?' Y le respondiste: 'Sí, Señor'. Y ahora que sabes que el discípulo no es más que el Maestro, respondes a Dios que te pregunta, para probar tu amor: 'Sí, Señor mío. Quiero que todos sean tuyos' ¿No es así?"

"Así es, María. Así es. Soy muy ignorante y no logro entender lo que pasa en mi alma, pero cuando Jesús o tú me hacéis pensar, digo que es verdad. Es la pura verdad. Digo que... quisiera verlos muertos en manos de los hombres antes que ser enemigos de Dios... Cierto... si los viese morir... sí... El Señor... me ayudaría ¿o no? El Señor me ayudaría en aquella hora... ¿o tan sólo a ti te ayudará?"

"Ayudará a todas sus hijas fieles y mártires en el espíritu, o en el espíritu y en la carne por su gloria".

¹ Cfr. Lc. 2, 33-35.

“Pero ¿a quién van a matar?” pregunta el niño que al ir oyendo esta plática ha dejado de echar brinquitos, y ha estado atento. Pregunta nuevamente, entre curioso y espantado, mirando allá hacia la lejana campiña: “¿Hay ladrones? ¿Dónde están?”

“No hay ladrones, niño. Y por ahora nadie va a morir. Sigue, sigue brincando...” le dice la Virgen.

Jesús que iba muy adelante, se ha parado para esperar a las mujeres. Todavía se encuentran tres hombres y la viuda que desde Ippo le vienen siguiendo. Los demás, como gotas de agua, lo han ido dejando y regresado a su ciudad.

Se unen los dos grupos. Jesús les dice: “Detengámonos en espera de la luna. Luego continuaremos de modo que para cuando amanezca entremos en la ciudad de Gamala”.

“Pero, Señor, ¿no recuerdas de que te echaron de allá? Te rogaron que te fueras...”

“¡Y qué! Me fui y ahora regreso. Dios es paciente y prudente. En aquella ocasión, como estaban fuera de control, no lograron acoger la Palabra que debe acogerse con un corazón tranquilo para que sea fructuosa. Acordaos de Elías y de cuando se encontró con el Señor en el Horeb³, reflexionad que Elías era un corazón a quien amaba el Señor y que estaba acostumbrado a entenderlo. Sólo en medio de la suavidad de una brisa sin rumor, cuando su alma descansaba de los sustos sufridos envuelta en la paz de las cosas que le rodeaban y de su ser tan valeroso, entonces el Señor le habló. El Señor ha esperado que este asunto que quedó como recuerdo de cuando atravesó la legión de demonios –porque cuando pasa el Señor hay paz, cuando Satanás pasa no hay más que turbación- haya pasado, y que volviesen a serenarse corazón e inteligencia, para volver a los de Gamala, que son hijos suyos todavía. No tengáis miedo. No nos harán ningún mal”.

La viuda de Afeq se adelanta y se arrodilla: “¿Y no vendrás mi casa, Señor? También Afeq está llena de hijos de Dios”.

“El camino es áspero y no hay mucho tiempo. Vienen con nosotros mujeres y para el sábado tenemos qué estar de regreso en Cafarnaum. No insistas, mujer” dice cortante Iscariote, como si intentase rechazar su petición.

“Es que... quería que se convenciese que puedo cuidar bien del niño”.

“Pero tiene su mamá, ¿comprendes?” le dice Iscariote de mal modo.

“¿Conoces algún camino corto entre Gamala y Afeq?” pregunta Jesús a la mujer.

“¡Oh, sí! Por los montes, y es bueno, y fresco porque va entre árboles. En cuanto a las mujeres, pago lo que cuesten los borricos...”

“Iré para consolarte, pero no puedo darte al niño porque tiene su mamá. Pero te prometo que si Dios quiere que el inocente que no encuentra amor, lo tenga, me acordaré de ti”.

“Gracias, aestro. Eres bueno” dice la viuda y mira Judas como si le dijese: “Y tú eres malo”.

El niño que lo oyó y comprendió, por lo menos en parte, y que quiere también a la viuda que se lo ha venido conquistando con caricias y golosinas, parte por lo que comprendió, y parte por el instinto de imitación propia de los niños, repite lo que hizo la viuda, aunque no se arrodilla a los pies de Jesús, pero se agarra a sus rodillas; levanta su carita que la luna ilumina y dice: “Gracias, Maestro. Tú eres bueno”. Pero no termina aquí. Quiere ser franco con lo que piensa y dice: “Y tú eres malo” y le da un puntapié a Iscariote, para que no haya error de a quién se dirige.

La carcajada de Tomás truena por los aires, y arrastra a de los demás, mientras le dice: “¡Pobre Judas, seguro que los niños no te quieren! Cada vez que uno de estos te juzga, siempre te es desfavorable...”

Judas pierde el control. Su ira se desborda sin tener en cuenta que lo que dijo el niño no es para tanto. Lo arranca de las rodillas de Jesús y dice iracundo: “Esto sucede cuando lo serio se convierte en payasada. No es digno de nosotros ni tampoco de provecho el que traigamos una cola de mujeres y de bastardos...”

³ Cfr. 3 Rey 19, 13-18.

“Esto sí, no. Tú conociste muy bien a su padre. Fue esposo legítimo, y un varón justo” protesta enérgico Bartolomé.

“¿Y qué? ¿Y este no es acaso un perro sin dueño, un futuro ladrón? ¿No es acaso culpa de que a nuestras espaldas se digan ciertas cosas no muy convenientes? Algunos pensaron que fuese hijo de tu Madre... ¿Y dónde está el marido de tu Mamá para poder justificar un hijo de esta edad? O bien piensan que sea un hijo de nosotros, y...”

“Basta. Hablas el lenguaje del mundo. El mundo habla con las manos en el fango, a las ranas, a las serpientes, a las lagartijas, a los animales inmundos... Ven, Alfeo. No llores. Ven conmigo. Te llevaré en mis brazos”.

La aflicción del niño es muy grande. Sale a flor todo el dolor que tiene como huérfano, como uno a quien su misma madre no ama. No le duelen tanto los rasguños que se ha hecho en la frente y en las manos, cuando se ha ido cayendo por entre las piedras, y que en esos casos las mujeres se las limpiaban y lo besaban para consolarlo, cuanto el dolor de ser un hijo que conoce el amor. Lloro. Su llanto es triste. En medio de él se oye que grita por su padre muerto, por su madre... ¡Pobre niño!

También lloro con él, yo que nunca he encontrado amor entre los hombres, y como él me refugio entre los brazos de Dios. Precisamente hoy, que es el aniversario de la muerte de mi padre; precisamente hoy en que una injusta sentencia me priva de la Comunión frecuente...

Jesús lo toma entre sus brazos, lo besa, lo mimaba, lo consuela y delante de todos camina en medio del claror de la luna... Y entre tanto el llorido poco a poco va cesando, se puede oír en el silencio de la noche la voz de Jesús que dice: “Estoy Yo, Alfeo. Yo en lugar de todos. Soy como tu padre, como tu madre. No llores. Tu papá está junto a Mí, y te besa conmigo. Los ángeles te cuidan como si fuesen otras tantas madres. Todo el amor, todo el amor si eres bueno e inocente lo tendrás”.

La voz ronca de uno de los tres que habían venido de Ippo, se oye que dice: “El Maestro es bueno y atrae. Pero su discípulo no. Mejor me voy...”

Se oye la voz angélica de Zelote que dice a Judas de Keriot: “¿Ves lo que has hecho?”

Y luego se escucha el paso de los tres de Ippo que se van. La viuda se ha quedado con las discípulas y como ellas está afligida. Siguen caminando hasta que llegan a una gran caverna, que probablemente es refugio de pastores porque se ve escobilla y helechos en el suelo para que se sequen.

“Vamos a detenernos aquí. Dejemos a las mujeres esta paja que la Providencia nos dio. Nosotros podemos recostarnos allá afuera sobre las hierbas” dice Jesús. Y así hacen mientras la luna sigue sonriendo en el vasto firmamento.

147. En Gamala

8 julio 1946

Apenas va a despuntar el alba y Jesús se despierta y se sienta sobre su lecho que fue de tierra y hierba. Luego se pone de pie, se pone las sandalias y el manto que se echó encima para defenderse del rocío y de la frescura de la noche. Con mucho cuidado pasa entre sus discípulos que siguen durmiendo. Se retira unos cuantos metros. Cuidadosamente trata de ver dónde pone el pie, porque la luz del alba es muy poca. Llega a un prado que entre un espacio de árboles y rocas, deja ver un pedazo de lago que surge, y un pedazo de cielo que se esclarece pasando del cielo oscuro del firmamento cuando la noche envuelve, al del día, mientras que en oriente se ve allá como si fuese una pincelada amarillenta que a cada paso cambia de color hasta transformarse en un amarillo color rosado, y luego en un pálido coral.

Al ver la alborada se espera que hará un buen día, pese a una ligera niebla que se opone a la luz, allá en el oriente, y se asoma envuelta en levísimas nubes, tan leves que el firmamento azul del cielo se ve claro, mejor dicho, lo embellece como de organdí de oro y corales, que a

cada instante se cambian, que parece cada vez más bella como si se esforzase para alcanzar la perfección de su efímera belleza antes que el día la disuelva con la victoria del brillante sol. En el poniente se nota todavía alguna que otra estrella, que si no lanza su fuerte brillo nocturno, no quiere desaparecer ante la luz solar. También hace lo mismo la luna que está punto de esconderse detrás de las crestas de los montes, pero que pálida navega, sin sus fuertes rayos, como un planeta que se despide para siempre.

Jesús descalzo está de pie sobre la hierba mojada. Los brazos cruzados sobre el pecho. La cabeza levantada mira el día que surge, y piensa... o habla con su Padre.

El silencio es completo, tanto que se oyen caer las gotas del rocío.

Jesús baja su rostro, pero sin soltar sus brazos y se entrega a una meditación profunda. Está concentrado en sí mismo. Sus hermosos ojos están clavados en el suelo, como si quisiera arrancar a la hierba su respuesta. Pero apuesto a que no se fijan ni siquiera en el leve movimiento de los tallos que se mueven al sol de la brisa, algo semejante como el movimiento de quien se despierta y se estira, para despertar completamente. Jesús ve, pero no mira este despertar de las hierbas, de las flores selváticas que se balancean en sus ramitas, en sus hojas, en sus corolas, algunas que parecen un sombrero, otras un racimo, o espigas, y guedejas; otras que están solas con sus cálices, otras en forma de aurora, de cuerno, de edredón, de baya; algunas están tías en sus tallos, otras se han doblegado al contacto de otras que les están cerca; algunas están pegando ya con el suelo, o arrastrándose sobre él, algunas hechas un ramo como si fuera una familia, otras solitarias, altas de fuertes colores y de bella pose; pero todas estas flores y hierbas no quieren otra cosa más que sacudirse el rocío de sus pétalos, porque desean el sol. Algo así como a ciertos hombres que jamás están contentos de lo que son.

Jesús parece que escucha, pero no cabe duda que no oye ni siquiera el roce del aire que aumenta y que juguetea sacudiendo el rocío; tampoco el trinar cada vez más grande de los pajarillos que se han despertado y se cuentan los sueños que tuvieron en la noche, o se intercambian sus saludos desde sus nidos todavía tibios, donde entre lanitas y delicado heno, los recién nacidos, que ayer no estaban sino pelados, ahora empiezan a echar las primeras plumitas, o bien abren sus ridículos picos, y enseñan sus gañotes rojos, pidiendo ya los primeros bocados del día. Parece como si escuchase, pero seguro que no oye el primer grito de amor del mirlo, el primer trino de la curruca, ni la nota de oro de la alondra que alegre remonta el vuelo hacia los primeros rayos solares, ni el zumbido de las golondrinas que rasgan el cielo, y empiezan a tejer en el aire sus telas de incansables vuelos. Ni siquiera pone atención al chirrido de una urraca que se balancea en una rama de pino, cerca del que está Jesús y que parece como si le preguntara: “¿Quién eres? ¿Qué estás pensando?” y como que se burlara de Él. Ni siquiera esto lo saca de su meditación.

Pero ¿quién no sabe que las urracas son un poco intolerantes? La que está en la rama, cansada de ver que alguien se ha metido en su propiedad, arranca del pino dos piñas, y con una precisión que envidiaría cualquier campeón, se la deja caer sobre la cabeza de Jesús. No es un proyectil que mate a cualquiera, pero sí lo suficiente para sacar al Pensativo Jesús de sus meditaciones. Mira hacia arriba, y ve al pajarraco con las alas abiertas, y digamos, con resoplidos pajarrescos, se alegra de lo bien que dio en el blanco. Se sonríe, sacude su cabeza, suspira como para poner fin a sus pensamientos, y se aleja del árbol. La urraca lanza una carcajada, y en picada se lanza sobre la hierba para revolotear, buscar, picotear donde ya no está el Entrometido.

Jesús busca agua, pero no la encuentra. Se resigna a regresar a donde están sus apóstoles, pero los pájaros le enseñan dónde encontrarla. En parvadas bajan en dirección de las flores con sus cálices abiertos, en los que hay mucha agua, o bien se posan sobre las hojas largas, velludas, en donde el agua ha quedado aprisionada, y en ellas calman su sed, y se lavan sus caritas. Jesús los imita. En el hueco de su mano junta agua de los cálices de las flores y se la echa en el rostro. Corta largas hojas velludas y con ellas se quita el polvo de sus

pies se limpia las sandalias; con otras se lava las manos y al ver que están limpias, sonríe y consigo mismo dice: “¡Las divinas perfecciones del Creador!”

Ya está limpio, ya está bonito, porque con su mano mojada se alisa los cabellos y la barba, y entre tanto que el sol deja caer sus primeros rayos como una alfombra, va a despertar a los apóstoles y a las mujeres.

Unos como las otras tardan en despertar por lo cansados que están. La Virgen ya está despierta. Tiene en sus brazos al niño que duerme tranquilo, con su cabecita bajo el mentón de Ella. Al ver que entra Jesús, le sonríe con esos ojos celestiales, y se tiñe su rostro con la alegría de volverlo a ver. Deja al niño que gruñe un poco al sentir que ya no está en los brazos, se levanta y se dirige a Jesús con su paso tan calladito, cual de bella paloma.

“Que Dios te bendiga, Mamá. ¿Pasaste mala noche?”

“Al revés. Muy buena. Me imaginé que te tenía entre mis brazos como cuando eras pequeño... Y soñé que salía como de tu boca un río de oro, que cantaba un cántico tan dulce que no se puede expresar, y como que una voz decía... ¡Oh, qué voz!: ‘Esta es la Palabra que enriquece al mundo y da bienaventuranza a quien la escucha y obedece. Bienandanza en el tiempo. Bienandanza en el espacio. Ella será la salvadora’. ¡Oh, Hijo mío, Tú eres esa palabra! ¿Cómo haré para que durante mi vida pueda agradecer al Eterno el haber sido tu Madre?”

“No te pongas a pensar en ello, Mamá. Cada latido de tu corazón hace contento a Dios. Tú eres la alabanza viviente de Dios. Siempre lo serás, Mamá. Le estás agradeciendo desde que...”

“No creo que lo haga suficientemente bien, Jesús. ¡Es tan grande! ¡Es muy grande lo que Dios ha hecho en mí! ¿Qué cosa hago de más de lo que hacen las otras que como yo son tus discípulas? Díselo, Hijo, a nuestro Padre, para que me conceda la manera de agradecerle, el don que me ha dado”.

“Mamita, ¿crees que el Padre tiene necesidad de que se lo pida Yo? Él te ha preparado el sacrificio que debes consumir por esta alabanza perfecta, y lo será cuando la hayas realizado...”

“¡Jesús mío!... Comprendo lo que quieres decir... Pero ¿seré capaz de pensar en aquella hora?... Tu pobre Mamita...”

“¡La Mujer más amada del Amor eterno! Esto eres, Mamá. El Amor pensará en ti”.

“Tú lo dices, Hijo, y a tu palabra me fío. Pero Tú... ruega por mí, en aquella hora que ninguno de estos comprende... y que ya se acerca... ¿No es verdad? ¿No es acaso verdad?”

Es imposible describir la expresión del rostro de María cuando dice estas palabras. No hay escritor que pueda describir con palabras sin quitarle su fuerza, belleza, tinte. Sólo el que tiene corazón y un corazón bueno, cualquiera que sea su sexo, puede figurarse mentalmente el rostro de María y la expresión que tiene en estos momentos.

Jesús la mira... Otra expresión que no puede traducirse en humildes palabras. Le responde: “Y tú ruega por Mí en la hora de la muerte²... Sí, nadie de estos comprende... No es mi culpa. Es Satanás que echa humo para que no vean, para que estén como ebrios y no comprendan, y por lo tanto para que no estén preparados... y con mayor facilidad se les pueda doblegar... Pero Yo y tú los salvaremos, pese a las asechanzas de Satanás. Desde ahora te los encomiendo, Madre mía. Acuérdate de estas mis palabras; te los encomiendo, te los confío. Te entrego mi herencia. No tengo en la tierra más que a mi Madre, y esta la ofrezco a Dios: Hostia con la Hostia³; Te confío mi Iglesia. Sé su Protectora. Hace poco estuve pensando que en el correr de los siglos cuántos Judas no habrá con sus taras. Y pensaba que uno que no fuese Jesús lo rechazaría, alejaría a este tarado. Pero no lo rechazaré, soy Jesús. Tú, durante el tiempo que todavía te quedas sobre la tierra, ayuda a Pedro como al jefe de la Iglesia. Él es la cabeza, y tú su fiel. Tú eres la primera como Madre de la Iglesia, porque me diste a luz a Mí, que soy Cabeza de este Cuerpo místico. No rechaces a los muchos Judas;

² Cfr. Lc. 22, 43.

³ Cfr. Lc. 2, 33-35.

socorre y enseña a Pedro, a los hermanos, a Juan, Santiago, Simón, Felipe, Bartolomé. Andrés, Tomás y Mateo para que no rechacen a nadie, para que socorran a todos. Defiéndeme de los que me persiguen. Defiéndeme de los que me quieren destruir y despedazar mi Iglesia naciente. Y en los siglos que están por venir, serás, Madre, la que interceda, la que proteja, defienda, ayude a mi Iglesia, mis sacerdotes, mis fieles, del mal y del castigo... ¡Cuántos Judas habrá durante los siglos, Madre mía! ¡Y cuántos que no sabrán comprender, semejantes a ciegos y a sordos que no pueden ni ver ni oír, lisiados y paralíticos que no pueden acercarse!... ¡Madre, todos bajo tu manto! Tú eres la única que puede cambiar, y lo podrás, los decretos de castigos que el Eterno determinó contra uno o contra muchos. Porque la Trinidad no podrá jamás negar algo a su Flor”.

“Lo haré, Hijo. Por lo que me toca, sigue hacia tu meta. Tu Mamá se queda para defenderte en tu Iglesia, y esto, siempre”.

“Dios te bendiga, Mamá... Ven. Voy a cortar cálices de flores llenos de perfumado rocío, y te lavarás tu rostro como Yo lo hice. Nos los puso a la mano nuestro Padre Santísimo, y los pájaros me lo enseñaron. Mira cómo todo es útil en lo que Dios creó. Esta explanada cercana al lago, tan fértil por las nubecillas que se levantan del Mar galileo y por los altos árboles que atraen el rocío, haciendo que se refresquen las plantas, aun en medio de este ardiente sol. Estas pobres flores llenas de rocío para que en sus cálices encuentren sus hijos amados agua para lavarse sus caras... Mira lo que el Padre dejó para los que le aman. Ten. Agua de Dios en cálices que Dios creó para que le Eva del nuevo Paraíso se lave su rostro”. Y Jesús corta las hojas largas, no sé cómo se llaman, y echa en las manos de María el agua que juntó...

Los demás se despertaron ya y vienen en busca de Jesús que se ha alejado unos cuantos metros del lugar donde descansaron.

“Estamos listos, Maestro”.

“Está bien. Vamos por acá”.

“Pero ¿es buen camino? Acá terminan los bosques y la otra vez fuimos bajo la sombra de árboles...” replica Santiago de Zebedeo.

“Porque subimos de la parte del lago; pero ahora podemos tomar un camino mejor. ¿Veis? Gamala está allá entre el oriente y el sur. Y este es el único camino. Los otros tres lugares no son más que para las cabras del monte”.

“Tienes razón. Así no tendremos qué pasar por ese valle seco, por el que vimos venir a los endemoniados” dice Felipe.

Rápidos caminan, dejando muy pronto el bosque en el que pernoctaron, por un camino pedregoso más allá del valle que se ve mucho mejor, cuanto más se acerca uno al monte sobre el que está situada Gamala, y abrupto por tres partes, esto es, por el este, norte y poniente, y a él sólo se llega por este camino derecho que va de norte a sur. Gamala se encuentra en medio de dos valles de rocas que la separan de la campiña oriental y de los bosques de encinos de parte del occidente.

Muchas piaras de cerdos se ven ir hacia los encinos. Pasan carros cargados de piedras labradas, que tiran lentamente mansos bueyes. De vez en cuando pasa alguien que cabalgando en su caballo levanta nubes de polvo. Pasan cuadrillas de excavadores, que me imagino, son de esclavos o de hombres condenados a trabajos forzados. Se les nota la flacura al pasar. Con ellos pasan los capataces.

Cuanto más se acerca uno al monte, y el camino empieza a subir, se ven trincheras como anillos pegados al monte, que lo defienden. Haber hecho aquellas excavaciones no habrá sido cosa fácil, sobre todo en ciertos lugares que están a pico. Y con todo, hombres y más hombres trabajan en reparar las fortificaciones ya existentes, en hacer otras, en llevar sobre las espaldas desnudas piedras que los doblan, y que dejan huellas de sangre sobre ellas.

“Pero ¿qué se proponen hacer los hombres de la ciudad? ¿Estamos acaso en tiempos de guerra para tantos trabajos? ¡Están locos!” dicen algunos de los apóstoles. Las mujeres compadecen a los infelices semidesnudos, mal alimentados, obligados a trabajos superiores a sus fuerzas.

“¿Quién los obliga a trabajar? ¿El Tetrarca o los romanos?” preguntan los apóstoles y discuten entre sí, porque parece que Gamala, si se puede decir, parece que sea en parte independiente de la tetrarquía de Filipo, y de la de Herodes, y porque parece imposible a varios apóstoles que los romanos se pongan a construir en lugares que no les pertenecen fortificaciones que el día de mañana se podrían emplear contra ellos. Y la eterna idea, fija como decirlo, del reino temporal del Mesías se le emplea como bandera de una victoria segura y de una gloria de independencia nacional.

Gritan tanto los apóstoles que los capataces se acercan a escuchar. Son hombres rudos, de raza no hebrea, ya entrados en años, con cicatrices en el cuerpo. Lo que son lo grita uno de ellos: “¡Nuestro reino! ¿Oíste Tito? ¡Narigudos! Vuestro reino está aplastado bajo estas piedras. Quien emplea al enemigo para construir contra el enemigo, favorece al enemigo. Palabras de Publio Corfinio. Y si no las comprendéis, que os aproveche. Las piedras os darán razón del enigma” y se carcajea levantando su látigo al ver que un pobre trabajador, agotado, no puede más y se sienta; y le daría de latigazos si Jesús no hubiera intervenido diciéndole: “No te es lícito. Es un hombre igual a ti”.

“¿Quién eres Tú para que te inmiscuyas en lo mío y defiendas a un esclavo?”

“Soy la Misericordia. Mi nombre como tal, poco te podría decir, pero mi modo de obrar, te recuerda que debes ser compasivo. Acabas de decir: “Quien emplea al enemigo para construir contra el enemigo, sirve al enemigo”. Y dijiste algo que es doloroso pero es cierto. Yo te voy a decir algo que es luminoso: ‘Quien no tiene misericordia, no la encontrará’”.

“¿Eres orador?”

“Soy la Misericordia, te lo he dicho”.

Algunos que vienen de Gamala o se dirigen a ella, dicen: “Es el Rabí de Galilea. Al que obedecen las enfermedades, los vientos, el mar, los demonios; quien cambia las piedras en pan y a quien ninguna cosa resiste. Vayamos a decirlo en la ciudad. Que vengan los enfermos. Que nos hable. También nosotros somos de Israel”. Algunos de ellos parten rápidamente, otros se quedan con el Maestro.

El capataz pregunta: “¿es verdad lo que dicen estos de Ti?”

“Sí”.

“Haz un milagro y creeré”.

“No se piden milagros para creer. Se pide fe para creer y conseguir así un milagro. Fe y compasión para el prójimo”.

“Yo soy pagano...”

“No es razón suficiente. Vives en Israel que te da dinero...”

“Porque trabajo”.

“No. Porque haces trabajar a otros”.

“Sé hacerlo...”

“Y sin piedad. ¿Pero nunca te has puesto a pensar que si en vez de ser romano, hubieras nacido en Israel podrías estar en el lugar de uno de ellos?”

“¡Eh!... Claro... pero no soy, por protección de los dioses”.

“Tus vanos ídolos no te podrán defender, si el verdadero Dios quisiera castigarte. Todavía no has muerto, procura pues ser misericordioso para que obtengas misericordia...”

El capataz quisiera replicar, discutir, pero sacude con desprecio sus hombros, da media vuelta y va a dar latigazos a un trabajador que ha dejado de dar con el pico en una durísima roca.

Jesús mira al infeliz trabajador y mira al capataz. Dos miradas llenas de compasión, pero distintas. De una tristeza tan profunda que me trae a la memoria ciertas miradas de Jesús durante su Pasión. Pero ¿qué puede hacer? Impotente para intervenir, continúa su camino, llevando en su corazón las desventuras de que ha sido testigo.

De Gamala bajan corriendo muchas personas, de entre ellas, algunos principales. Al llegar a Jesús se inclinan profundamente y lo invitan a entrar en su ciudad para que hable a la población, que por su parte está viniendo en tropel.

“Vosotros podéis ir a donde queréis, pero esos (y señala a los trabajadores), no pueden. Todavía no hace mucho calor. Se siente el fresco. Vamos con aquellos infelices para que también puedan oír la Palabra de Vida” dice Jesús, y es el primero en regresar. Toma un atajo que va a dar al pie del monte, donde los trabajadores trabajan con mayor fatiga. Se vuelve a los notables y dice: “Si tenéis poder para hacerlo, ordenad que suspendan su tarea”. “Sí, tenemos. Somos nosotros los que pagamos, y si pagamos las horas en que no trabajen, nadie podrá lamentarse” dicen los de Gamala y van a hablar con los capataces, que veo que después de algunos momentos, encogen sus hombros como diciendo: “¡Si así os place, qué nos importa!” dan un silbido que debe ser la señal de descanso.

Jesús entre tanto ha estado hablando con otros de Gamala, los cuales asienten con la cabeza y ligeros parten a la ciudad.

Los trabajadores acuden temerosos a donde están los capataces. “Dejad el trabajo. El ruido molesta al filósofo” dice uno de ellos, que tal vez será el jefe de todos.

Los trabajadores miran con cansados ojos al que ha sido llamado “filósofo” y por cuya causa ellos van a descansar. Y este “filósofo” mirándolos con compasión, responde a su mirada, y a lo que dijo el capataz con las siguientes palabras: “No me molesta el ruido, sino que me da compasión su miseria. Venir, hijos. Descansen vuestros cuerpos y mucho más vuestro corazón junto al Mesías de Dios”.

La gente, los esclavos, los que trabajan por condena, los apóstoles, los discípulos se apiñan en el espacio libre que hay entre el monte y los fosos, y el que no puede, trepa más arriba, o se sube sobre los pedazos de roca que hay en el suelo; los que ni esto, se resignan a ir al camino donde ya los rayos del sol están golpeando. Sigue llegando cada vez más gente de Gamala, o de otras partes, y que iban a la ciudad.

La multitud es muy numerosa; se abren paso entre ella los que hace poco habían partido. Traen canastas pesadas. Llegan hasta donde está Jesús, que ha dicho a los apóstoles que pongan en primera fila a los trabajadores. Ponen las canastas y las jarras a los pies de Jesús.

“Dad a estos la oferta de la caridad” ordena Jesús.

“Ya comieron y allí está todavía su posca y su pan. Si comen mucho, no podrán trabajar” grita uno de los capataces.

Jesús lo mira y repite la orden: “Dad a estos una comida para humanos, y traedme su alimento”.

Los apóstoles y algunos por propia voluntad, hacen lo que ordena Jesús.

¡Su alimento! Una especie de algo que quiere ser pan, duro, que ni los mismos animales comen. Su posca, agua mezclada con vinagre. Este es el alimento de estos que tiene qué trabajar. Jesús lo mira y hace que lo pongan sobre el suelo. Mira a los que deberían comérselo. Cuerpos demacrados en los que no hay más que músculos, a fuerza de trabajo. Se les nota como que quieren reventar bajo la piel. Ojos llenos de cansancio, de temor. Boca ávidas que parecen como si fueran de animales, tal es el ansia con que comen lo que se les ofrece y en abundancia. Beben vino, un buen vino que les da fuerzas. Vino fresco...

Jesús espera que terminen de comer; pero no por mucho tiempo porque en un santiamén acaban con todo.

Jesús abre sus brazos con actitud habitual de cuando va a empezar a hablar, y para llamar la atención e imponer silencio. Dice: “En este lugar ¿qué ve el hombre? Valles excavados, cosa que la naturaleza misma no hizo. Colinas formadas con rocas y terraplenes, mano de hombre; caminos sinuosos y que penetran hasta las entrañas del monte, como cuevas de animales. Y todo esto ¿para qué? Para defenderse de algún posible peligro, que pudiera venir de dónde no se sabe, pero que se presiente como se presiente una granizada en un cielo tempestuoso.

En verdad que aquí se ha trabajado humanamente, con fuerzas humanas y con medios humanos, y aun con deshumanos, para defenderse y atacar, si es necesario. Olvidándose de

las palabras del Profeta ⁸ que enseñó a su pueblo cómo debe defenderse de las desventuras humanas con medios sobrehumanos, y mejores. Él dijo: “Consolaos... Consolad a Jerusalén porque su esclavitud ha terminado, su iniquidad ha quedado expiada. La mano del Señor la castigó doblemente por sus pecados”. Y después de la promesa, dice el modo con qué debe ejecutarse, para que sea realidad: “Preparad los caminos del Señor, enderezad en los desiertos los senderos de Dios. Los valles deben ser nivelados, las montañas mochadas; los caminos torcidos, enderezados; los ásperos, aplanados. Entonces aparecerá la gloria del Señor y todos los hombres sin excepción la verán porque la boca del Señor ha hablado” Palabras que Juan el que bautizaba, las repitió hasta que la muerte le tronchó su vida.

Esta es, vosotros que me escucháis, la verdadera defensa contra las desventuras del hombre. No el arma contra el arma, defensa contra la defensa, no más orgullo, no más crueldad, sino armas sobrenaturales, virtudes conquistadas en la soledad, esto es, en lo íntimo del hombre, que trabaja para santificarse, edificando montes de caridad, destruyendo cimas de soberbia, nivelando caminos torcidos de concupiscencia, quitando los obstáculos que sus pasiones puedan presentarle. Entonces se dejará ver la gloria del Señor y el hombre gozará de la protección de Dios contra las asechanzas de sus enemigos espirituales y materiales. ¿Qué cosa queréis que sean unas pocas trincheras y fosos, una cuantas explanadas, unas cuantas fortalezas contra el castigo que Dios envía debido a la inquietud o aun a la tibieza humanas? Contra estos castigos, que pueden tener por nombre: romanos, como un tiempo lo tuvieron los babilonios, filisteos, egipcios, pero en realidad no son ni fueron más que un castigo de Dios, debido al demasiado orgullo, sensualidad, codicia, mentira, egoísmo, desobediencia a la santa Ley del decálogo. Una mosca puede matar al hombre más fuerte. La ciudad mejor amurallada puede caer por una u otra razón, si Dios no la protege, y no lo hace por causa de los pecados del hombre o de la ciudad.

El profeta dice: “El hombre es como la hierba. Toda su gloria como la flor del campo. Se seca la hierba. Se marchita la flor, apenas la toca el soplo del Señor”⁹.

Vosotros hoy, porque lo he querido, miráis con compasión a estos que hasta el día de ayer habíais considerado como máquinas de trabajo. Hoy, porque los reuní aquí, como hermanos entre hermanos, como pobres hermanos en medio de vosotros que sois ricos y conocéis la felicidad, los consideráis por lo que son: hombres. El desprecio o la indiferencia han desaparecido del corazón de muchos de vosotros y en su lugar ha entrado la compasión. Pero consideradlos más profundamente, más que un ser oprimido. Dentro de su cuerpo, dentro de ellos, hay un alma, una inteligencia, sentimientos como los que vosotros abrigáis. Un día fueron como vosotros: sanos, libres y alegres porque eran felices. Después no más. Porque si la vida del hombre es como la hierba que se seca, todavía mucho más frágil es su bienestar. Los que hoy están sanos, mañana pueden estar enfermos; los que hoy son libres, mañana pueden ser esclavos; los que hoy son felices, mañana pueden no serlo.

Entre estos que están infelices, habrá de los culpables, pero no juzguéis su culpa y no os alegréis de lo que están expiando. Mañana, por muchas razones, podríais convertirlos en culpables u obligados a una cruel expiación. Sed por tanto misericordiosos, porque no conocéis el día de mañana, en que necesitaríais de toda la compasión divina y humana, porque el presente puede cambiarse. Sed propensos a amar y a perdonar. No hay ningún hombre sobre la tierra que no necesite del perdón de Dios y de algún prójimo suyo. Perdonad pues, para que se os perdone.

El Profeta añade: “La hierba seca cae, la flor se marchita y cae, pero la Palabra del Señor permanece para siempre”¹⁰. Esta es el arma, esta la defensa: la Palabra eterna que se ha hecho ley de vuestras acciones.

⁸ Cfr. Is. 40, 1-5.

⁹ Cfr. Is. 40, 6-7.

¹⁰ Cfr. Is. 40, 8.

Levantad este baluarte contra el peligro que os amenaza y seréis salvos. Acoged, pues, la Palabra, acoged al que os está hablando. Pero no lo acogáis materialmente, por el espacio de una hora dentro de vuestra ciudad, sino más bien en vuestro corazón, y para siempre, porque Yo soy El que sabe, El que obra, El que gobierna con poder. Soy el buen Pastor que apacienta el rebaño que se le ha confiado. A nadie descuido, bien sea pequeño, cansado, herido; o uno a quien la suerte ha golpeado, o bien que llora sus errores; no descuido al rico y al dichoso que deja todo por la verdadera riqueza y felicidad: la de servir a Dios hasta la muerte.

El espíritu del Señor está conmigo porque Él me envió¹¹ a anunciar la Buena Nueva a los que sobrellevan la dureza de la vida, a curar a los que llevan penas en el alma, a predicar la libertad a los esclavos, la libertad a los prisioneros. No se puede decir que sea Yo un alborotador de pueblos porque no incito a la rebelión, ni aconsejo a los esclavos y prisioneros a que escapen; sino que enseñé al hombre encadenado, al esclavo la verdadera libertad, el verdadero modo de liberarse, que nadie le puede quitar, ni limitar, aquella que cuanto mayor es, tanto más en sus brazos se arroja el hombre: la libertad espiritual, la liberación del pecado, la mansedumbre y paciencia en el dolor, el saber reconocer a Dios más allá de lo que hacen los hombres que le ponen a uno las cadenas; el saber creer que Dios ama a quien lo ama, y perdona donde el hombre no perdona; saber esperar una región eterna de premio para quien sabe ser bueno en la desgracia, a quien sabe arrepentirse de sus pecados, saber ser fiel al Señor.

No lloréis, vosotros de los que estoy hablando en particular. Vine a consolar a los abandonados, a recoger a los despreciados, a prender luz en sus tinieblas, paz en sus almas, a prometer una mansión de gloria a quien se arrepiente, como al que no tiene por qué arrepentirse. No hay nada que pueda impedir esto que espera en el cielo a los que saben servir al Señor en la condición en que se encuentran.

No es difícil, hijitos, servir al Señor. Él os ha dado un modo fácil con qué le sirváis, porque quiere que seáis felices en el cielo. Servir al Señor es amar. Amar la voluntad de Dios, quiere decir que lo amáis. La voluntad de Dios se esconde aun en las cosas aparentemente más humanas. Me dirijo a vosotros que tal vez derramasteis sangre fraterna, porque, si es verdad que no fue voluntad de Dios que hubierais empleado la violencia, ahora es su voluntad que en la expiación canceléis vuestras deudas para con el Amor. Porque si no fue voluntad de Dios que os hubieseis rebelado contra vuestros enemigos, es ahora su voluntad que seáis humildes como en un tiempo fuisteis soberbios para vuestro mal. Porque, si no fue voluntad de Dios que con engaño, grande o pequeño, os hubieseis apropiado de lo que no era vuestro, es hora voluntad de Dios que seáis castigados para que no os presentéis ante Él con el pecado en vuestro corazón.

Y esto no deben olvidarlo los que ahora gozan de la felicidad, los que se creen seguros, los que por esta necia seguridad no preparan en sí el Reino de Dios; cuando llegue la hora de la prueba serán como hijos que están lejos de la casa del Padre, a merced de la tempestad, bajo el látigo del dolor.

Observad la justicia. Levantad los ojos a la casa paterna, al reino de los cielos que, cuando sus puertas abra El que vino a abrirlas, no rechazará a nadie que haya obrado con justicia.

Vosotros que habéis perdido algún miembro de vuestro cuerpo, los paralizados, los eunucos; los que en vuestro corazón habéis sufrido alguna pérdida, los que estáis paralizados, o sois eunucos en vuestro espíritu, excluidos en Israel, no temáis de no tener un lugar en el Reino de los cielos. Las mutilaciones, la parálisis, la castración del cuerpo, terminan con él. Las privaciones como de la libertad, y la esclavitud cesan también algún día; las del espíritu, esto es, las culpas pasadas, se reparan con buena voluntad. Las mutilaciones materiales no tienen ningún valor ante los ojos de Dios; las espirituales desaparecen ante sus ojos cuando las cubre un arrepentimiento amoroso.

¹¹ Cfr. Is. 61, 1-2.

El no pertenecer al Pueblo santo no es ningún obstáculo para servir al Señor. Ha llegado el tiempo en que las fronteras de la tierra se borrarán porque uno solo es el rey de todos y de los reyes también, el que reúne a todos los pueblos en uno solo para formar un Pueblo nuevo, que es el suyo. De este pueblo no serán excluidos sino los que tratan de engañar al Señor con un respeto hipócrita a su Ley, Ley que *todos* los hombres de buena voluntad pueden seguir, bien sean hebreos, gentiles o idólatras. Porque donde existe la buena voluntad, existe la inclinación natural a la justicia; y quien a ésta tiende, no encontrará dificultad en adorar al Dios verdadero, cuando llegue a conocerlo, a venerar su nombre, a santificar sus fiestas, a honrar a sus padres, a no matar, no robar, ni jurar en falso, no cometer adulterio o fornicación, a no ambicionar lo que no es suyo. Y si hasta el presente no lo ha hecho, de ahora en adelante que lo haga, para que pueda salvar su alma y conquiste un lugar en el cielo. Escrito está: “Daré un lugar en mi casa, si observan mi Alianza y los haré dichosos”¹². Esto se dijo a todos los hombres de santa voluntad, porque el Santísimo es Padre común de todos los hombres.

He dicho que no tengo dinero para dar a estos, ni les serviría para algo. Pero digo a vosotros de Gamala, que habéis avanzado mucho en el camino del Señor desde la primera vez que nos encontramos, que construyáis una muralla más fuerte para defender vuestra ciudad: la del amor mutuo, y para con estos, lo mostréis socorriéndolos en mi Nombre, mientras por vosotros derraman su sudor. ¿Lo haréis?”

“Sí, Señor” responde a coro la multitud.

“Entonces vámonos. No hubiera entrado a vuestra ciudad, si la dureza de vuestro corazón hubiese respondido con un “no” a mi súplica. Vosotros que os quedáis, sed benditos... Vámonos...”

Toma nuevamente el camino, sobre el que cae el sol. Sube a la ciudad en la roca, como si fuese una ciudad de trogloditas, pero con edificios muy bien hechos, con un hermosísimo y variado panorama, según el lugar donde se contempla la cordillera de la Auranítide, el Mar de Galilea, el lejano Gran Hermón o el verde valle del Jordán, la ciudad es fresca, porque está construida en alto y con calles a donde cae el sol. Parece más bien un gigantesco castillo que una ciudad. Las fortalezas se siguen una tras otra. También las casas, mitad muralla, mitad excavaciones en la montaña tienen el aspecto de fortificaciones.

En la plaza mayor, la más alta de todas, el lugar más alto de la ciudad –y por lo tanto desde donde la vista puede extasiarse contemplando los diversos panoramas, montes, selvas, lagos, ríos- están los enfermos de Gamala. Jesús pasa y los cura...

148. De Gamala a Afeq

13 julio 1946

Probablemente pasaron la noche en Gamala, porque es de mañana, una mañana en que sopla el viento. Tal vez debido a su posición escalonada que desciende desde la parte más alta de la ciudad hasta los límites de la muralla, con puertas ciclópeas, propias de fortalezas, se daba que la ciudad se encuentre siempre en medio de un viento muy suave. Si ayer esta ciudad me pareció bella en medio de un sol abrasador, a esta hora me parece bellísima. Las casas, construidas como están, no impiden la vista del extenso panorama porque la terraza de una, es el nivel del terreno de la que está arriba, de modo que cada calle parece una larga terraza desde la que se puede ver el horizonte, y un horizonte que confina hacia la redonda inmensidad. El verdor de las encinas o de los campos parece una esmeralda que está más allá del valle que rodea la parte montañosa de Gamala. Allá en el oriente, donde se pierde la vista, están los campos labrantíos de la altiplanicie, de la meseta acantilada¹.

¹² Cfr. Is. 56, 6-7.

¹ Me parece que así se llamen (acrocoro) estas y vastas y no muy altas elevaciones de la costra terrestre, pero si me equivocasé, ruego que se corrija, pues no tengo en mi mano un diccionario, aunque sí hay uno en la habitación a

Más allá de la meseta acantilada, los montes de la Auranítide y todavía más allá, las altas cimas de Besán y al sur, la faja fértil entre el azul Jordán y la elevación continua que está al lado oriental del río y que es como el contrafuerte de la extensa meseta acantilada. Al norte el imponente Hermón envuelto en miles de colores en esta hora matinal. Y allá, en el poniente no muy lejano, la perla preciosa del mar de Galilea. De veras que parece una perla engastada en un collar azul, pero del mismo color, que es el del Jordán, y que entra y sale del lago; río que se estrecha en el lugar donde entra, que se ensancha donde sale y continúa su carrera hacia el sur, brillante con el sol, plácido entre sus dos verdes riberas. Verdaderamente el río de la Biblia. No se logra distinguir el pequeño lago de Merón, porque está detrás de las colinas que están al norte de Betsaida, pero se le adivina por el fuerte verdor que se ve, y que se extiende hacia el noroeste entre el Mar de galilea y el lago de Merón, en la llanura donde se levanta Corzaín. Me parece que sea la llanura de Genesaret, porque me parece que los apóstoles varias veces así lo han llamado.

Jesús se despide de los habitantes, que con todo orgullo de su tierra, le muestran las bellezas que se descubre en el horizonte, y las de su ciudad, que tiene acueductos, termas, bellos edificios: “Todo ha sido producto de nuestra fatiga y de nuestro dinero. Aprendimos de los romanos y quisimos tomar de ellos lo que nos parece mejor, pero no somos como los otros de la Decápolis. Nosotros pagamos, y ellos, los romanos nos usan. Basta. Estamos contentos. También este aislamiento es fidelidad...”

“Haced que la felicidad no sea mera exterioridad, sino que sea algo real, íntimo, justo; de otro modo poco os servirán estas fortificaciones. Os lo repito, ¿Veis? Construisteis este acueducto que es fuerte y útil; pero si no lo alimentase un manantial ¿os traería el agua para vuestros depósitos y termas?”

“No. Nada traería y sería una construcción inútil”.

“Lo habéis dicho. Inútil. De igual modo las defensas naturales o que se construyen son inútiles si quien las hace no las robustece con la ayuda de Dios, y Dios no ayuda si uno no es amigo de Él”.

“Maestro, hablas como si supieras que tenemos mucha necesidad de Dios...”

“Todos los hombres tienen necesidad de Dios y para todas las cosas...”

“Sí, Maestro, pero... parece como si nosotros tuviéramos más necesidad que las demás ciudades de Palestina y...”

“¡Oh!...” Un doloroso ¡oh!...

Los de Gamala lo miran sin saber qué decir. Uno tiene valor y le pregunta: “¿En qué estás pensando? ¿Volveremos a probar antiguos horrores?”

“Sí, y mayores, y más prolongados... prolongados... ¡Oh, Patria mía! muy prolongados... Y esto sucederá si no acudís al Señor”.

“Te hemos acogido. Luego estamos libres de ellos. La otra vez, fuimos unos necios, pero nos lo perdonaste ya...”

“Procurad seguir en la justicia para conmigo y de hacer que crezca según la Ley”.

“Lo haremos, Señor”.

Quisieran seguirlo, quisieran que se quedase un poco más con ellos, pero Él quiere alcanzar a las mujeres que se fueron ya delante montadas en borriquillos. No hace caso a las insistencias. Rápido baja por el camino por el que subió ayer. Detiene un poco su paso cuando llega al lugar donde están los picapedreros. Los bendice. Los infelices lo ven como si viesan a Dios.

En la falda del monte, el camino se divide en dos. Uno que va hacia el lago, el otro hacia el interior. Por este van los cuatro borriquillos que trotando van levantando el polvo cálido del estío y sacudiendo sus largas orejas. De vez en vez alguna de las mujeres se voltea para ver si ya llega Jesús. Quisieran detenerse para estar con Él, pero les hace señal con la mano de

continuar, para escapar del trozo de camino sobre el que bate el sol, y llegar pronto a los bosques que hay en dirección de Afeq.

Son unos bosques frescos que tienden su sombra sobre la caravana, que alegre lanza un grito de alivio. Afeq está más adentro que Gamala, entre los montes; y así no puede verse el lago de Galilea; y no se ve nada porque el camino sube entre dos lomos de colinas que hacen de mampara.

La viuda va adelante de todos. Señala el camino más corto, esto es, una vereda que trepa por el monte, y que es muy fresca, llena de sombra. Comprendo la razón de haberse desviado, porque volviéndose sobre su silla, dice: "Ved, estos bosques son míos. Tienen árboles de valor. Desde Jerusalén vienen a comprar su madera para hacer los cofres de los ricos. Y estos son viejos árboles; pero tengo viveros. Venid a ver..." y espolea su borrico por las bajadas, por las subidas, y luego toma otra vez la vereda que hay entre sus bosques donde realmente hay partes árboles ya maduros, listos para que se les corte, y partes donde todavía están tiernos, unos que apenas se levantan unos cuantos centímetros a flor de tierra, en medio de la verde hierba, y del aroma de las montañas.

"Son bello estos lugares. Bien cuidados. Eres muy trabajadora" dice Jesús alabándola.

"¡Oh!... para mí sola... Tendría más cuidado de ellos si tuviese un hijo".

Jesús no le responde.

Continúan el camino. Se ve ya Afeq en medio de huertos y de árboles en fruto.

"También ese hurto es mío. ¡Mucho para una sola!... Ya era bastante cuando vivía mi esposo. Cuando llega la noche veíamos nuestra casa muy vacía, muy grande ante demasiado dinero, ante los demasiados muebles y decíamos: "¿Y para quién?" Y ahora nuevamente lo digo..." La tristeza de un matrimonio en que no hay hijos se dibuja en el rostro de Sara.

"Hay siempre pobres..." dice Jesús.

"¡Así es! Mi casa siempre está abierta a ellos. Pero luego..."

"¿Quieres decir que cuando estés muerta?"

"Sí. Será doloroso no tener a quién dejar todo... las cosas que tanto se amaron..."

Jesús sonríe lleno de compasión. Con toda bondad responde: "Eres más prudente para las cosas de la tierra que para las del cielo. Te preocupas porque tus plantas crezcan y no haya claros en tus bosques. Te afliges al pensar que después no se tendrá más cuidado de ellos. Pero estos pensamientos son cuerdos, más bien son necios. ¿Crees que en la otra vida tengan algún valor las pobres cosas que se llaman árboles, frutas, dinero, casas? ¿Y que se afligirá el hombre al ver que no se les atiende? Levanta su pensamiento. Allá en ninguno de los tres lugares hay esta clase de pensamientos. En el infierno el odio y el castigo ciegan al condenado con toda la crueldad. En el purgatorio la sed de expiar hace desaparecer cualquier otro pensamiento. En el limbo, la esperanza dichosa de los justos no se ve manchada por ninguna cosa terrenal. La tierra está lejos, con sus miserias; y sólo está cerca con sus necesidades sobrenaturales, necesidad de almas, no necesidad de cosas. Los difuntos, que no sean condenados, sólo por amor sobrenatural vuelven su corazón a la tierra, y a Dios dirigen sus plegarias, por los que están en la tierra. Y no por otro motivo. Y luego, cuando los justos habrán entrado en el reino de Dios, ¿qué quieres que sea, para uno que contempla a Dios, esta cárcel miserable, este destierro que se llama tierra? ¿Qué quieres que valgan las cosas que se quedaron en ella? ¿Podría el día quejarse de que se ha apagado una vela que humeaba, cuando lo ilumina el sol?"

"¡Oh, no!"

"¿Entonces? ¿Por qué te acongojas por lo que dejarás?"

"Pero querría que un heredero continuase..."

"A gozar de las riquezas terrenas y así encontrar un impedimento para llegar a ser perfecto, entre tanto que el desapego de las riquezas es una escalera para poseer las eternas riquezas. ¿Comprendes, Sara? El mayor obstáculo para que logres tener a este pequeñín no es su madre, que tiene derechos sobre su hijo, sino tu corazón. Él es un inocente, un pequeñín digno de compasión, pero siempre un inocente que por sus mismos sufrimientos es querido al

Señor. Pero si tú lo hicieras avaro, ambicioso, y tal vez vicioso con las riquezas que tienes ¿no le quitarías el amor que Dios le tiene? ¿Y puedo, Yo que cuido de los inocentes, ser un atolondrado Maestro que sin reflexionar permite que un inocente, discípulo suyo, se extravíe? Primero piensa en ti misma, despójate de tu modo humano de pensar, muy arraigado todavía, vete libre de esta capa de defectos que te oprimen, y entonces merecerás poder ser madre. Porque no es madre sólo la que engendra o la que ama a su hijo adoptivo, cuida de él, lo atiende en sus necesidades naturales. La madre de Alfeo también lo engendró, pero no es madre porque no tiene cuidado de su cuerpo ni de su espíritu. Se es madre cuando se tiene cuidado sobre todo de lo que no muere, esto es, del espíritu, y no tan sólo de lo que perece: la materia. Créeme que quien ama el espíritu, amará también el cuerpo, porque su amor será un amor balanceado, y por lo tanto justo”.

“Comprendo que he perdido al hijo...”

“Nadie lo ha dicho. Tu deseo de tenerlo te empuje hacia la santidad y Dios te escuchará. Siempre habrá huérfanos en el mundo”.

Están ya cerca de las primeras casas. Afeq no es una ciudad que pueda compararse con Gamala o con Ippo. Es un pueblo, y tal vez, porque se encuentra en un lugar estratégico de caminos importante, no es pobre. Por allí pasan las caravanas que se dirigen del interior al lago, o del norte hacia el sur, y por lo tanto tiene qué cuidar de dar alojamiento a los peregrinos, lo mismo que vestidos, sandalias, mercancías; y esta es la razón por la que hay muchas tiendas y muchas fondas.

La casa de la viuda está cerca de una de estas tiendas que hay en una plaza. Es una gran tienda donde hay un poco de todo. Un viejo narigudo y barbón está desgañitándose como un desesperado contra unos compradores que regatean.

“¡Samuel!” le llama la mujer.

“¡Patrona!” contesta el viejo inclinándose tanto cuanto los montones de mercancía se lo permiten.

“Mándame a Elisa o a Felipe y ven a casa” ordena la viuda. Luego dirigiéndose al Maestro: “Ven. Entra en mi casa y sé mi huésped de honor”.

Todos entran pasando por la bodega. No sé a dónde se lleva los borricos un muchacho que ha venido. Después de la bodega que da a la casa un aspecto no muy artístico, hay un hermoso patio con pórticos a su lado. En medio una fuente, o por lo menos, una piscina, porque no se ve el chorrito de agua. A los lados, plátanos que dan sombra a las paredes blancas. Una escalera lleva a la terraza. Se ven habitaciones a los lados sin su portal y son las más retiradas del depósito.

“Antes cuando vivía mi esposo, todo estaba lleno aquí y se alojaban también los mercaderes a quienes la noche sorprendía. Portales para las mercancías, establos para los animales y estanques para que bebiesen. Ven a ver las habitaciones” y atraviesa diagonalmente el patio hacia la parte más hermosa de la casa. En voz alta dice: “¡María! ¡Juana!” Acuden dos criadas, la una con las manos llenas de masa, la otra con una escoba en la mano.

“¡Patrona! La paz sea contigo y con nosotras, ahora que has regresado”.

“Y con vosotras. ¿Ninguna novedad, en estos días?”

“El atolondrado de José quebró el rosal que tanto te gustaba. Le he dado una buena tunda. Ahora dámela a mí, por haberle permitido el haberse acercado al rosal”.

“No tiene valor...” pero a los ojos de Sara se asoman lágrimas, las que explica diciendo: “Me lo había traído mi esposo en la última primavera en que estuvo sano...”

“Elías se quebró una pierna, lo que ha hecho que Samuel esté de muy mal humor porque no tiene quién le ayude en estos días de intenso comercio... Se cayó de la escalera de la otra parte, mientras se empeñaba en que cuando regresases, encontrases pintadas las paredes” dice la otra mujer y concluye: “Sufre mucho y quedará patiestevado. ¿Y a ti, patrona, te fue bien en tu viaje?”

“Como jamás lo imaginé. He regresado con el Rabí de Galilea. ¡Pronto! Preparad todo lo necesario para los que han venido conmigo. ¡Entra, Maestro!”

Entran, pasando ante las dos siervas sorprendidas, en un salón, fresco, con asientos y bancas. La viuda sale para dar órdenes, Jesús llama a los apóstoles y los manda a la ciudad para preparar los ánimos de la gente. Entra Samuel, que se ha cambiado de vestidos de vendedor, en mayordomo de la casa, le siguen siervas con jarras y lavamanos para las abluciones, antes de que les presente algo de comer, que ha traído en grandes palanganas: pan, fruta, leche.

Regresa la patrona: “Dije a mi siervo que estás aquí. Te ruego que tengas compasión de él. Yo también te ruego la tengas conmigo. Pasa mucha gente por acá con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos: sobre todo después del mes de Tisri. ¿Qué vamos a hacer si está enfermo? No lo sé...”

“Dile que venga aquí”.

“No puede. No puede estar en pie”.

“Dile que el Rabí no va a donde está él, sino que quiere verlo”.

“Haré que lo traigan Samuel y José”.

“Faltaba más. Ya estoy viejo y además estoy cansado” refunfuña Samuel.

“Dile a Elías que venga por su propio pie. Lo mando”.

“Un pobre rabí. Ni siquiera Gamaliel podría llegar a tanto” refunfuña de nuevo el viejo criado.

“¡Cállate, Samuel!... ¡Perdónalo, Maestro! Es un siervo fiel. Nació de siervos de la casa de mi esposo. Es diligente y honrado... pero apegado a sus ideas de viejo israelita...” lo excusa en voz baja la viuda.

“Comprendo su estado de ánimo. Pero el milagro lo cambiará. Ve a decirle tú a Elías que venga, y él vendrá”.

La viuda va y regresa: “Se lo dije. Y me vine aprisa para no verlo por el suelo con esa pierna hinchada y negra”.

“¿No crees en el milagro?”

“Yo sí. Pero esa pierna da horror... Temo que se pierda por la gangrena. ¡Cómo brilla, y que si brilla! Está horrible... ¡Oh!” La exclamación sale de sus labios al ver a su siervo Elías correr mejor que cuando estaba sano, y arrojarle a los pies de Jesús diciendo: “Sea alabado el rey de Israel”.

“Sea Dios, solo alabado. ¿Cómo viniste? ¿Cómo te atreviste?”

“Obedecí. Pensé: “El Santo no puede mentir, y no puede ordenarme cosas tontas. Tengo fe. Creo” y moví la pierna. No me dolía más. Se movía. La bajé al suelo. Me sostenía. Di un paso. Y he corrido. Dios no desilusiona a quien cree en Él”.

“Levántate, Elías. En verdad os digo que pocos tienen la fe de este. ¿De dónde la recibiste?”

“De tus discípulos que pasaron por aquí y te anunciaron”.

“¿Tú sólo los oíste?”

“No. Todos, porque se hospedaron aquí después de Pentecostés”.

“Y tú fuiste el único en creer. Tu espíritu está muy avanzado en los caminos del Señor. Continúa”.

El viejo Samuel se encuentra en medio de sentimientos contrarios... Pero al igual que muchos de Israel, no saben separarse de las viejas creencias, para aceptar las nuevas: “¡Magia! Está dicho: “Mi pueblo no debe contaminarse con magos y adivinos. Si alguien lo hiciere, apartaré mi rostro de él y lo exterminaré”³.

¡Tiembla, oh patrona, por ser fiel a las leyes!” y se va irritado, escandalizado como si hubiese visto al demonio que se ha apoderado de la casa.

“¡No lo castigues, Maestro! ¡Está ya viejo! Siempre ha pensado así...”

³ Cfr. Lev. 20, 6.

“No te preocupes. Si tuviera qué castigar a todos los que me llaman demonio, muchos sepulcros se hubieran abierto y se abrirían para tragarse sus presas. Sé esperar... Hablaré cuando atardezca... Luego me despediré de Afeq. Ahora acepto el descanso que me ofreces bajo tu techo”.

149. Predica en Afeq

15 julio 1946

Jesús está hablando a la gente de Afeq desde el umbral de la bodega de Sara, y se está dirigiendo a una multitud muy varia, que muestras más curiosidad que atención. Una parte la compone unos cuantos hebreos. El núcleo mayor está compuesto de personas de paso, mercaderes, peregrinos, que se dirigen al lago, o bien que van hacia el vado de Jericó, o que llegan de las ciudades orientales y que se dirigen a las costañas.

No se trata de un verdadero discurso. Jesús responde a este o a aquel. Es un diálogo que todos escuchan, aunque con diversos sentimientos, que se dejan ver en las expresiones de las caras y de las frases de los presentes, por las que colijo quiénes sean y a dónde vayan. El diálogo algunas veces cambia de tono y de personajes, porque, olvidándose de Jesús, se convierte en una disputa entre la gente por razones de raza, o por diversidad de ideas.

Sucede así que un viejo de Joppe se la toma contra un mercader de Sidón, el cual defiende al Maestro contra la incredulidad del judío, que no quiere admitir que Jesús sea el Esperado de las gentes. Y a una telaraña de citas de las Escrituras, aplicadas bien o mal, el siro-fenicio responde con palabras muy sencillas: “Yo no sé esas cosas, pero sí te digo que Él es, porque he visto sus milagros y oído sus palabras”. La disputa se propaga, porque otros toman parte. Los enemigos de Jesús gritan: “Lo ayuda Belcebú. No es así el Santo de Dios. Es rey. No es un falso rabí y mendigo”. Los que piensan como el sidonita: “Los sabios son pobres pero honrados. Los filósofos no van ataviados con oro y con poder, como vuestros falsos rabinos y sacerdotes”. Y se comprende que se expresen así porque no son hebreos, sino gentiles de diversas naciones, que radican en Palestina, o se han hecho ciudadanos, pero conservan su espíritu pagano.

“¡Sacrílegos!”

“Vosotros lo seréis, que ni siquiera percibís la divinidad de su pensamiento” replican otros.

“No merecéis tenerlo. Pero ¡por Júpiter!, nosotros acabamos con Sócrates y no nos fue bien. Tened cuidado de vosotros. Evitad que los dioses no os castiguen como nos han castigado muchas y muchas veces a nosotros” grita uno que debe ser griego.

“¡Uff, los defensores del rey de Israel! ¡Los gentiles!”

“¡Los samaritanos! Y nos gloriamos de serlo porque sabríamos tratar mejor al Rabí que vosotros, si Él viniese a Samaria. Vosotros... vosotros tenéis el templo. Hermoso. Pero es un sepulcro lleno de podredumbre aunque lo cubráis con oro y mármoles preciosos” grita un hombre que está afuera de la multitud, y que está vestido de lino, con adornos recamados, cintas, brazaletes...

“¡Uff, un samaritano!” Parece como si dijeran: “¡El diablo!” y los hebreos se separan de él, como lo harían de un leproso. Se van gritando a Jesús: “¡Arrójalo! Es un inmundo...”

Pero Jesús no arroja a nadie. Trata de poner orden y silencio, lo mismo que los apóstoles que están con Él pero sin lograr gran cosa. Entonces para terminar con la disputa, empieza su discurso.

“Cuando el pueblo de Dios después de la muerte de María en Cades se sublevó en el desierto por la falta de agua y gritó contra Moisés, su salvador y guía de la tierra del pecado a la tierra de las promesas, como si fuese su enemigo, y atacó a Aarón como un sacerdote inútil, Moisés entro con su hermano al Tabernáculo y hablaron al Señor pidiéndole un milagro para terminar el descontento². El Señor no obstante que no está obligado a satisfacer cualquier

² Cfr. Ex. 17, 1-7; Núm. 20, 1-24.

petición, sobre todo si es una petición con la que se le quiere forzar, o procede de corazones en los que se ha perdido la confianza en la Providencia divina, habló a Moisés ya Aarón. Hubiera podido haber hablado tan sólo con Moisés, porque Aarón, aunque Sumo Sacerdote, se había hecho indigno un día de la bondad de Dios con la adoración del ídolo. Pero Dios quiso probarlo una vez más y darle un modo de aumentar en gracia a sus ojos. Ordenó, pues, que formase la vara de Aarón, que estaba en el tabernáculo que había florecido, que había retoñado, arrojado flores y fructificado almendras, y que con ella se dirigiese a la piedra, que daría agua para la gente y para los animales. Moisés con Aarón hizo lo que el Señor ordenó, pero ambos no pusieron su fe completa en el Señor. Quien creyó menos fue el Sacerdote Supremo de Israel: Aarón. La roca, al ser tocada por la vara, se abrió y echó tanta agua que el pueblo y los animales calmaron su sed. Aquella agua fue llamada Agua de la Sedición, porque allí los israelitas se opusieron al Señor y censuraron sus órdenes y acciones, y no todos fueron fieles. El mismo Sumo Sacerdote dudó de la veracidad de las palabras divinas. Después moría Aarón que no pudo entrar en la tierra prometida.

También ahora el pueblo se levanta contra el Señor diciendo: “Nos has conducido a morir, a todos y a cada uno, bajo el dominio de los opresores”. Y me grita: “Hazte rey para que nos liberes”. Pero, ¿de qué liberación habláis? ¿De qué castigo? ¿De qué medios? ¡Oh, en las cosas materiales no hay salvación ni castigo! Está al alcance de vuestra libre voluntad un castigo mayor, o una liberación mayor. Podéis escoger. Dios os lo concede.

Esto lo digo por los israelitas presentes, por los que deberían saber leer las figuras de la Escritura y comprenderlas. Y como tengo compasión de mi pueblo del cual soy Rey en el espíritu, quiero ayudaros a que comprendáis por lo menos una figura que os ayuda a comprender quién soy Yo.

El Altísimo dijo a Moisés y a Aarón: “Tomad la vara. Dirigíos a la roca y saldrán ríos de agua para calmar la sed y así no haya más quejas” Al Eterno Sacerdote, el Altísimo dijo una vez más, para poner fin a las quejas de su pueblo: “Tomad la vara que ha germinado de la raíz de Jesé. Brotará una flor pura de fango humano. Se cambiará en un fruto de almendro, dulce, y lleno de suavidad. Y con esa almendra de la raíz de Jesé, con ese retoño admirable sobre el que posará el Espíritu del Señor con sus siete dones, golpea la piedra de Israel para que arroje abundante para su salvación”.

El Sacerdote de Dios es el mismo Amor. Y el Amor tomó Carne, haciendo brotar su retoño fuera de la raíz de Jesé que no se alimentó de fango, y la Carne fue la del Verbo encarnado, del Mesías esperado a quien se le envió a hablar a la roca para que se abriese. Para que abriese su dura costra de soberbia y avidez y acogiese el agua que Dios le ha enviado, agua que brota de su Mesías, aceite suave de su amor, para que sea maleable, buena, para que se santifique al aceptar en su corazón el don del Altísimo a su pueblo.

Pero Israel no quiere tener el Agua viva en su pecho. Se ha cerrado fuertemente, sobre todo los personajes de mayor autoridad en él, a los que la vara florecida y que fructificado por sólo poder divino, inútilmente golpea y habla. En verdad os digo que muchos de estos pueblos no entrarán en el reino, mientras que muchos que no lo son, entrarán, porque supieron creer lo que los sacerdotes de Israel no quisieron creer. Por eso en medio de vosotros soy como una señal de contradicción, y vosotros seréis juzgados según el modo con que supisteis comprenderme.

A los demás que no son de Israel, les digo: la casa de Dios, abandonada por los hijos de su pueblo, está abierta a los que buscan la Luz. Venid. Seguidme. Si Yo estoy puesto como señal de contradicción, también lo estoy como señal para todas las naciones, y quien me ame se salvará”.

“Tú amas a los extranjeros más que a nosotros. Si nos evangelizases, terminaríamos por amarte. Estás por todas partes, menos en Judea” dice un judío tocado por las palabras de Jesús.

“Iré también a Judea y estaré por mucho tiempo. Pero la piedra que está en vuestros corazones no se cambiará. No se cambiará ni siquiera cuando la Sangre bajará sobre ella. Eres sinagogo ¿no es verdad?”

“Sí, ¿cómo lo sabes?”

“Lo sé. Puedes comprender entonces lo que estoy diciendo”.

“La sangre no debe caer sobre la piedra. Es un pecado”.

“La Sangre la derramaréis con gusto sobre la piedra *para que se quede*. Os parecerá tener en las manos como un trofeo esa piedra sobre la que correrá la Sangre del verdadero Cordero. Pero llegará un tiempo en que comprenderéis... Comprenderéis el verdadero castigo, y comprenderéis cuál era la salvación que se os presentaba. Vámonos...”

Un hombre se abre paso a codazos: “Soy sirio-fenicio. Muchos de nosotros creemos en Ti sin tenerte... y tenemos enfermos. Muchos enfermos... ¿No querrás venir con nosotros?”

“Hasta vuestras casas, no. No tengo tiempo. Después del sábado, y de este lugar me dirigiré hacia vuestros confines. Quien tenga necesidad de obtener algún favor que me espere en los confines”.

“Lo diré a mis compatriotas. Dios sea contigo, Maestro”.

“La paz sea contigo también”.

Jesús se despide de la viuda, esto es, querría hacerlo, pero ella se arrodilla y le confía su decisión. “He pensado dejar aquí a Samuel, que es mejor como siervo que como creyente, e iré contigo a Cafarnaum”.

“Rápido saldré de Cafarnaum y para siempre”.

“Pero allí tienes buenos discípulos”.

“Es verdad”.

“He pensado así... de modo que pueda darte pruebas de que sé abandonar las riquezas y amar la justicia. Emplearé el dinero que se acumula para tus pobres, y el primer pobre será el niño, si la mamá quiere quedarse con él, aun cuando no lo ame. Entre tanto, toma esto” y le da una bolsa pesada.

Dios te bendiga con sus bendiciones y con las de los que ayudas. Has avanzado en pocas horas mucho”.

La mujer se pone roja. Gira sus ojos. Luego dice: “Yo no soy capaz de haber llegado a tanto. Tu apóstol me lo enseñó. Ese, ese de allá, que está escondido detrás de aquel joven moreno”.

“Simón Pedro. El jefe de los apóstoles. ¿Qué te dijo, pues?”

“¡Oh, me habló de una manera tan sencilla y tan bien! Se humilló tu apóstol hasta confesarme que también él era como yo, desordenado en sus deseos. ¡Oh, apenas si lo puedo creer! Me dijo que se esforzó en ser bueno para merecer lo que deseaba, y que se esfuerza siempre más para no hacer del bien recibido un mal. Sabes, las cosas que nosotros, pobre gente, nos las decimos así y asá, las comprendemos mejor... ¿Te ofendo, Señor?”

“No. Das gloria a Dios con tu sinceridad y con alabar a mi apóstol. Haz como te aconsejó y Dios estará siempre contigo en tu camino hacia la justicia”.

La bendice y es el primero en ponerse en marcha hacia el noroeste, bajo verdes árboles que sacude un fuerte viento.

150. En Guerguesa y regreso a Cafarnaum

16 julio 1946

Cuando el crepúsculo dejando su color rojizo se cambia en morado llegan a los bordes del lago en la vecindad inmediata de Guerguesa. La ribera está llena de gente que prepara sus barcas para la pesca nocturna o que se baña en la playa, a donde llegan las olas que el viento ligeramente mueve.

No pasa mucho tiempo sin que Jesús sea visto y reconocido, de modo que antes que pueda entrar en la ciudad, ésta ya sabe que llegó, y como de costumbre la gente se apiña a oírlo.

Entre ella se abre paso un hombre que le dice que en la mañana habían venido algunos de Cafarnaum a buscarlo y que se habían regresado pronto.

“Esta noche no me voy a quedar aquí, y como las barcas no son nuestras, os ruego que me prestéis las vuestras”.

“Como Tú ordenes, Señor. Pero ¿nos hablarás antes de partir?”

“Sí, y también para saludaros. Pronto dejaré Galilea...”

Una mujer lo llama de entre la multitud, y pide que la dejen pasar porque quiere acercarse al Maestro.

“Es Arria, la gentil que si hizo hebrea por amor. Le curaste su marido, pero...”

“Lo recuerdo. ¡Dejadla pasar!”

La mujer se acerca. Se echa a los pies de Jesús. Llorando.

“¿Qué te pasa, mujer?”

“¡Rabí! ¡Rabí! Ten piedad de mí, de Simeón...”

Uno de Guerguesa le ayuda a explicarse: “Maestro, la salud que le diste, la emplea mal. Se ha hecho duro de corazón y avaro, no parece ni siquiera israelita. En verdad, la mujer es mucho mejor que él aunque nació en tierras paganas. Se ha atraído pleitos y odio con su dureza y su codicia. En una de esas riñas le pagaron en la cabeza y el médico dice que se quedará ciego”.

“¿Y qué puedo hacer en este caso?”

“Tú... podrías curarlo... Mira cómo sufre ella... tiene muchos niños y todavía pequeños. Si su esposo se queda ciego, la miseria se apoderará de su hogar... Es verdad que es un dinero mal adquirido... pero la muerte será una desgracia, porque un marido siempre es un marido, y un padre siempre es un padre, aun cuando si en lugar de amor y de pan, sea un sinvergüenza y uno que reparta golpes...”

“Lo curé aquella vez y le dije: “No peques más”. Ha vuelto a pecar. ¿No prometió acaso no volverlo a hacer? ¿No acaso prometió no volver a ser usurero y codicioso, si Yo lo curaba? ¿Y no acaso que devolvería lo mal obtenido a quien podía, y a quien no podía, de emplearlo con los pobres?”

“Maestro, es verdad. Estaba yo presente... Pero el hombre no es constante en sus propósitos”.

“Dijiste bien. Y no sólo Simeón. Muchos son, como dice Salomón¹, los que tienen pesas dobles y balanza falsa, y no sólo en el sentido material, sino en el juzgar a los demás, en su comportamiento para con Dios. Y Salomón dice también: “Es una cosa sin provecho que el hombre consagre algo y luego se arrepienta de ello”². Y muchos hacen esto... Mujer, no llores. Escúchame y sé justa, porque has elegido una religión de justicia. Qué cosa escogerías de estas dos que te propongo: ¿curar a tu marido, dejarlo vivir para que siga burlándose de Dios, acumulando pecados sobre su alma? O ¿convertirlo, perdonarlo y luego dejarlo morir? Escoge. Lo que escojas, lo haré”.

La pobre mujer se encuentra en una situación de lucha. El amor natural, la necesidad de un hombre que bien o mal gane dinero para los hijos, la empujan a pedir la ‘vida’. Su amor sobrenatural hacia su esposo, la empuja a pedir ‘el perdón y no muerte’. La gente está callada, atenta, llena de emoción, en espera de lo que escoja la mujer.

Al final, arrojándose nuevamente al suelo, asiéndose del vestido de Jesús como para reunir fuerzas, con lágrimas dice: “La Vida eterna... pero ayúdame, Señor...” y parece como si muriera, por la manera con que se deja caer sobre la tierra.

¹ Cfr. Prov. 11, 1; 20, 10 y 23.

² Ib. 20, 25.

“Escogiste lo mejor. Sé bendita. Pocos en Israel, te igualarían en temor de Dios y en amor de la justicia. Levántate. Vamos a donde está”.

“Pero ¿de veras vas a hacer que muera, Señor? ¿Qué haré yo?”

Lo humano se levanta del fuego del espíritu como la mitológica ave fénix. Sufre, pierde valor.

“No tengas miedo, mujer. Yo, tú, todos ponemos nuestras cosas en manos del Padre que está en los cielos, y Él arreglará todo con su amor. ¿Eres capaz de creer de este modo?”

“Sí, Señor mío...”

“Entonces digamos, mientras caminamos, la oración de todas las peticiones y consuelos”.

Mientras camina, rodeado de mucha gente, recita despacio el Padre Nuestro. Los apóstoles lo imitan y en medio de un vocerío armonioso se levantan las palabras de la oración. La gente se calla porque quiere oír orar al Maestro, de modo que las últimas peticiones se oyen perfectamente claras en medio de un solemne silencio.

“El Padre te dará el pan diario. Te lo aseguro en su nombre” dice Jesús a la mujer y continúa, volviéndose no a ella, sino a todos: “Y se os perdonarán las culpas si vosotros perdonareis al que os hubiera ofendido o causado daño. Él tiene necesidad de vuestro perdón para alcanzar el de Dios. Y todos tienen necesidad de la protección divina para no caer en el pecado como Simeón. Recordadlo”.

Han llegado a la casa. Jesús entra con la mujer, y con ellos Pedro, Bartolomé y Zelote.

El hombre está echado sobre un camastro, con la cara envuelta en vendas y lienzos. Delira. Pero la voz o la voluntad de Jesús lo vuelven en sí y grita; “¡Perdón! ¡Perdón! No caeré más en el pecado. ¡Tu perdón como la otra vez! No emplearé más ni la fuerza, ni el engaño, no...” el hombre está pronto a hacer todas las promesas por temor a morir...

“¿Para qué deseas esto?” pregunta Jesús. “¿Para expiar o porque tiene miedo del juicio de Dios”.

“¡Eso, eso! ¡Morir, no! ¡El infierno!... He robado el dinero al pobre. He mentido. He golpeado al prójimo y hecho sufrir a mi familia. ¡Oh!...”

“El temor no es bueno. Es necesario el arrepentimiento. Un verdadero arrepentimiento. Firme”.

“¡La muerte o la ceguera! ¡Oh, qué castigo no ver más. ¡Tinieblas! ¡Tinieblas! No...”

“Si tienes horror a que no veas con los ojos, ¿no lo tienes de las tinieblas que hay en tu corazón? ¿Y no tienes miedo de las del Infierno, que es eterno, horrible? ¿De la privación perpetua de Dios? ¿De los eternos remordimientos? ¿De la angustia de haberte matado a ti mismo, para siempre, en tu alma? ¿No la amas? ¿No amas a tus hijos? ¿No amas a tu padre, a tu madre, a tus hermanos? ¿No piensas que no los tendrás contigo si mueres condenado?”

“¡No, no! ¡Perdón! ¡Perdón! Expiar aquí. Sí, sí, aquí... También la ceguera, Señor... pero no el infierno... ¡Que no me maldiga Dios! ¡Señor, Señor! Tú arrojas los demonios y perdonas las culpas. No levantes tu mano para curarme, sino para perdonarme y librarme del demonio que me tiene como presa... Pon una mano sobre mi cabeza... Líbrame, Señor...”

“No puedo hacer dos milagros. Reflexiona. Si te libras del demonio, te dejaré la enfermedad...”

“¡No importa! Eres Salvador”.

“Hágase como quieres. Procura aprovecharte de mi gracia que es la última que hago. Adiós”.

“¡No me has tocado! ¡Tu mano! ¡Tu mano!”

Jesús le da gusto y pone su mano sobre la cabeza y sobre su pecho. Él como está vendado a tientas busca la mano de Jesús para tomársela. La encuentra, llora sobre ella, sin querer desprenderse, hasta que como un niño se duerme apretándola contra su calenturienta mejilla.

Jesús poco a poco zafa su mano y sale sin hacer ruido alguno. Lo mismo hacen la mujer y los tres apóstoles.

“Dios te lo pague, Señor. Ruega por tu sierva”.

“Continúa siendo buena, y Dios estará siempre contigo”. Levanta su mano para bendecir la casa y a la mujer. Sale a la calle.

El alboroto de miles de preguntas curiosas resuena en el aire. Pero Jesús hace señal de que se callen y de que lo sigan. Toma el camino. La noche lentamente va cobijando la tierra. Jesús sube a una barca que se balancea cerca de la ribera y desde allí habla.

“No. No ha muerto, ni tampoco está sano. Su alma vio sus culpas, tomó el justo sendero. Ha sido perdonado porque quiere expiar.

Todos vosotros sostenedlo en su camino hacia Dios. *Pensad que todos tenemos una responsabilidad respecto del alma de nuestro prójimo. ¡Ay de aquel que da escándalo! Pero también ¡ay de aquel que con su modo intransigente, llena de temor a uno que apenas ha nacido al Bien, rechazándolo contra la severidad del camino en el que entró! Todos pueden ser más o menos maestros, y maestros de su prójimo; y tanto más si el prójimo es débil y no conoce la sabiduría del Bien.* Os exhorto a que seáis pacientes, dóciles, longánimos con Simeón. No le mostréis odio, rencor, desprecio, ni le digáis palabras irónicas. No le recordéis el pasado, esto es, lo que fue consigo mismo, lo que fue para con vosotros. *El hombre que se levanta después del perdón, después de un arrepentimiento sincero, tiene deseos de ser bueno, pero también el peso, la herencia de las pasiones y costumbres de un pasado. Es menester saber ayudarlo a que se vea libre de esto. Y con mucha discreción. Sin hacer alusión al pasado. De otra manera se hace algo imprudente que es contra la caridad y contra el ser humano.*

Recordar al culpable arrepentido sus culpas es lo mismo que envilecerlo. Basta su conciencia que lo comprende. Recordar al hombre su pasado, es lo mismo que despertar sus pasiones, y algunas veces, el que estas cobren mayores fuerzas, cuando ya se les había vencido. En todo caso es lo mismo que volver a traer a la mente las tentaciones. No pongáis en tentaciones a vuestro prójimo. Sed prudentes y caritativos. ¿Dios no quiso que cometiereis ciertos pecados? Alabado. Pero no os pavoneéis de vuestra rectitud para molestar a quien no lo ha sido: Sabed comprender la mirada suplicante del que se arrepiente, que querría que vosotros olvidaseis todo y que, comprendiendo que no olvidáis, al menos os suplica que no lo mortifiquéis, trayéndole a cuenta su pasado.

No digáis: “Fue un leproso en su alma” para justificar sus desdenes. Al leproso en el cuerpo, después de la curación y de las purificaciones, se le admite otra vez entre la gente. Lo mismo debe suceder con el que ha sido curado del pecado. No seáis como los que se creen perfectos, y no lo son porque no tienen caridad para con sus hermanos. *Rodead más bien con vuestro amor a los hermanos que resucitan a la gracia, para que una buena compañía impida nuevas caídas.*

No queráis ser más que Dios que no rechaza al pecador que se arrepiente y lo perdona y lo vuelve a admitir a su compañía. Y si este pecador os hizo algún mal que no puede repararse, no os venguéis ahora que no puede más, que no puede infundir miedo. Perdonadle y tenedle mucha compasión, porque él fue un pobre que no tuvo el tesoro que cualquiera, cuando quiera puede tenerlo, esto es, la bondad. Amadlo porque con el dolor que os dio, os proporcionó un medio para merecer un premio mayor en el cielo. Unid a lo que él os proporciona el vuestro: el perdón, y vuestro premio será todavía mucho mayor en el cielo.

No despreciéis a nadie, aunque sea de otra raza. *Vosotros estáis viendo que cuando Dios atrae a Sí a un alma, aunque sea de un pagano, la transforma de modo que pueda superar a muchos del pueblo elegido con un recto proceder.* Me voy pero recordad siempre estas palabras que os acabo de decir, y las que en otras ocasiones os dije”.

Pedro, que está muy listo, toma el remo y la barca se separa de la ribera. Dos más la siguen.

El lago, un poco agitado, balancea las barcas, pero nadie se asusta, porque el trayecto es breve. Los fanales rojos ponen manchas de rubíes en las oscuras aguas y tiñen con sangre las espumas blancas.

“Maestro, ¿ese hombre se curó a no? No entendí nada” pregunta Pedro, sin dejar el timón, después de pasados algunos minutos.

Jesús no le responde. Pedro hace señal a Juan, que está sentado en el fondo de la barca a los pies del Maestro. Y tiene reclinada su cabeza contra las rodillas de Jesús. Juan hace la misma pregunta en voz baja.

“No se curará”.

“¿Por qué, Señor? Yo pensaba, por lo que oí, que se curaría para que pudiese expiar”.

“No, Juan. De nuevo volvería a pecar, porque es un espíritu débil”.

Juan vuelve a apoyar su cabeza contra su rodillas y dice: “Pero podrías hacerlo fuerte...” y parece como si le dijese con dulzura un reproche.

Jesús sonríe, mientras con sus dedos toca la cabellera de su discípulo amado, y levantando la voz de modo que todos lo oigan, da la última lección del día: “En verdad os digo que aun en el dispensar alguna gracia, es menester tener en cuenta si es oportuno dispensarla o no. No siempre la vida es un bien. No siempre lo es la prosperidad. No siempre lo es un hijo. No siempre, ni siquiera siempre, la elección es un don, un bien. *El don lo es siempre que cuando quien lo reciba sepa hacer buen uso de él y lo emplee para santificarse. Pero cuando con la salud, la prosperidad, los afectos, el mensajero, se causa ruina en el propio corazón, entonces sería mejor no haberlo recibido. Y algunas veces Dios concede un don que mayor no podría conceder, y es el no dar lo que los hombres querían o piensan que sería justo tenerlo como algo bueno.* El padre de familia o el médico prudente conocen las cosas que pueden dar a los hijos o a los enfermos para que se curen o para que no se enfermen. De igual modo Dios sabe lo que debe ser para el bien del alma”.

“Entonces ese hombre va a morir. ¡Pobre casa!”

“¿Sería acaso más dichosa si viviese en ella un réprobo? ¿Sería acaso él más feliz, si continuase viviendo para pecar? En verdad os digo que la muerte es un don cuando sirve para no pecar más y acoge en su dulce Beleño al hombre mientras está reconciliado con su Señor”

La quilla raspa sobre la arena de la ribera de Cafarnaum.

“¡A tiempo! Esta noche tenemos borrasca. El lago está agitándose. El cielo no tiene estrellas. Está negro como el pez. ¿Oís detrás de los montes? ¿Veis esas luces? Truenos y relámpagos. Dentro de poco vendrá la lluvia. ¡Pronto! Poned en buen lugar las barcas que no son nuestras. Váyanse cuanto antes las mujeres y el niño. Antes de que llueva. ¡Oh, ayudadme!” grita Pedro a los otros pescadores que sacan sus redes y cestas.

A fuerza de brazos sacan la barca sobre la playa. Los primeros golpes de las olas refrescan los cuerpos semidesnudos y la arena de la ribera.

Y luego todos se echan a correr. Las primeras gotas levantan el polvo de la tierra quemada. Le sacan su fuerte olor. Los relámpagos están ya sobre el lago y con su fragor retumban sobre las colinas de la ribera.

151. “Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas”¹

17 julio 1946

“En la habitación superior hay personas de Nazaret. Vinieron tus hermanos ayer a buscarte. Luego algunos fariseos. Muchos enfermos, y un hombre de Antioquia” dice Iscariote apenas los ve entrar en casa.

“¿Ya se fueron?”

“No. El de Antioquia fue a Tiberíades, pero regresa el sábado. Los enfermos están en diversas casas. Los fariseos, con muchos honores, quisieron que tus hermanos estuviesen con ellos. Todos son huéspedes de Simón el fariseo”.

“¡Uhm!...” refunfuña Pedro.

¹ Cfr. Mt. 10, 16.

“¿Qué te pasa? ¿No te gusta que honren al Maestro en la persona de sus familiares?” pregunta Iscariote.

“Si es un verdadero honor y un encuentro útil... reviento de felicidad”.

“Desconfiar es juzgar. El Maestro no quiere que juzguemos a otros”.

“Así es. ¡Bueno! Para estar seguros, esperaré para poder juzgar. De este modo no seré un necio ni cometeré ninguna falta”.

“Vamos arriba, donde están los nazarenos. Mañana iremos a donde están los enfermos” dice Jesús.

Iscariote se vuelve a Jesús: “No puedes. Es sábado. ¿Quieres que los fariseos tengan algo que reprocharte? Si no piensas en tu bien, yo sí que pienso” dice teatralmente Judas. Y concluye: “Como comprendo que ardes en deseos de curar al punto a los que te buscan, mira, iremos nosotros e impondremos las manos en tu Nombre y...”

“No”. Un “no” claro que no admite discusión.

“¿No quieres que hagamos algún milagro? ¿Quieres hacerlos Tú? Bueno... iremos a decir que estás aquí y que prometes curarlos. Estarán felices...”

“No es necesario. Nos vieron los pescadores, y todos saben ya que estoy aquí. Saben que se cura el que tiene fe en Mí. Y se ve por el hecho de que vinieron a buscarme”.

Judas no responde, pero en su cara se refleja el descontento que en su corazón lleva.

Jesús sale sin preocuparse del temporal que echa cántaros de agua sobre la tierra y sube a la habitación superior. Empuja la puerta para entrar. Lo siguen los discípulos. Las mujeres están ya acá arriba hablando con los nazarenos. En un rincón hay una persona que no conozco.

“La paz sea con vosotros”.

“¡Maestro!” Los nazarenos se inclinan. Luego: “He aquí a la persona de la que te hablamos” y señalan al desconocido.

“Ven aquí” ordena Jesús.

“¡No me maldigas!”

“Para hacerlo, no era necesario que te hubiera llamado que vinieses aquí. ¿No encuentras otras palabras qué decirme?” Jesús se muestra severo, pero al mismo tiempo como que anima.

El hombre lo mira... Luego estalla en lágrimas y grita, arrojándose al suelo: “Si Tú no me perdonas, no tendré paz...”

“Cuando quise que fueras bueno, ¿por qué no lo hiciste? Ya es tarde ahora para reparar. Tu madre ha muerto”.

“¡Ah, no me lo digas! ¡Eres cruel!”

“No. Soy la Verdad. Verdad te decía cuando te anunciaba que matarías a tu madre. Y lo mismo te digo... Entonces tu burlabas de Mí. ¿Por qué me buscas ahora? Tu madre ha muerto. Pecaste, continuaste pecando, aun cuando sabías lo que estabas haciendo. Yo te lo advertí. Tu culpa mayor es que pecaste a propósito rechazando la Palabra y el Amor. ¿Por qué te lamentas de que ahora no tengas paz?”

“¡Señor, Señor, compasión! Era yo un necio, y me curaste. Tengo esperanza en Ti. Antes de todo desesperaba. No me mates mi esperanza...”

“¿Y por qué desesperabas?”

“Porque... hice que se muriera mi madre de dolor... aun aquella tarde... en que ya estaba casi acabada... y no tuve piedad... ¡La maté, Señor! Es un verdadero grito de un desesperado que llena la habitación. “La ¡maté! ¡En esa noche murió!... Y no me había recomendado otra cosa sino que fuese bueno... Mi madre... Yo la maté...”

“¡Hace años que la mataste, Samuel! Cuando dejaste de ser un hombre justo. ¡Pobre Ester! ¡Cuántas veces la vi llorar! ¡Cuántas veces me pidió que la acariciara en lugar de su hijo!... Y tú sabes que no porque tú y Yo fuéramos amigos, aunque de la misma edad, sino por compasión a ella iba a tu casa... No debería perdonarte. Pero dos madres han rogado por ti, y tu arrepentimiento es sincero. Por eso Yo te perdono. Borra del corazón de tus conciudadanos

con una vida intachable el recuerdo de lo que fuiste, y trata de volver a amar a tu madre. Lo obtendrás si con una vida de hombre bueno conquistas el cielo y con él a tu madre. Pero acuérdate bien que tu pecado fue muy grande y por lo tanto así debe ser tu vida, buena para borrar la deuda”.

“¡Oh, eres bueno! No como ese, que es de los tuyos, y que salió tan pronto entró. ¡Que fue a Nazaret sólo para infundirme terror! Estos pueden testificarlo...”

Jesús se volteó... De los apóstoles falta sólo Iscariote. Él fue pues el que se portó mal con Samuel. ¿Que debe hacer Jesús? Para no criticar a Judas como apóstol, sino como a un hombre, dice: “Cualquier hombre no puede menos de mostrarse severo con tu pecado. Cuando se comete el mal, sería necesario pensar que los hombres juzgan, y pensar que les damos pie para ello... Mas no le guardes rencor. Pon en la balanza de Dios lo que tuviste qué sufrir como expiación. ¡Vamos! Aquí, entre personas de buen corazón, hay júbilo porque has cambiado en tu corazón. Te encuentras entre hermanos que no te desprecian, porque cualquier hombre puede pecar, pero es ruin, cuando persiste en el pecar”.

“Te bendigo, Señor. Te pido perdón por todas las veces que me burlé de Ti... No sé cómo agradeceréte... Es la paz ¿sabes? La paz que regresa a mí” ruega, pero su llanto es tranquilo, silencioso...

“Da gracias a mi madre. Si estás perdonado, si estás curado de tu enfermedad de delirio para que pudieras arrepentirte, se debe a Ella. Vamos allá abajo. La cena está pronta y comeremos juntos”. Sale, llevando de la mano a Samuel.

De hecho la cena está lista, pero Judas no está. La dueña de la casa dice: “Salió. Me dijo: “Vuelvo pronto”.

“Está bien. Vamos a cenar”.

Jesús ofrece, bendice, reparte la comida, pero una sombra fría se cierne en la habitación que iluminan dos lámparas y el hogar. Afuera el temporal sigue...”

Regresa Judas, anhelante, mojado hasta los huesos, como si se hubiera caído en el lago. Cuando se quita el manto, con que se cubrió la cabeza, su cabellera arroja agua y más agua. Todos lo miran, pero nadie dice nada.

Trata de dar una excusa, aunque nadie se la pide: “Corrí a dar alcance a los hermanos para decirles que estás aquí. Te obedecí, pues. No fui a donde están los enfermos. No se podía. ¡Qué aguacero! ¡Un verdadero aguacero!... Pero quise manifestarme cortés con tus parientes... ¿No estás contento, Maestro? No hablas...”

“Te estoy escuchando. Toma y come. Y antes de ir a descansar, hablaremos entre nosotros.

Escuchad: se ha dicho ³ de no confiar el corazón a un extraño porque no conocemos sus costumbres. ¿Podemos decir lo mismo también del corazón de un paisano nuestro? ¿Del corazón del amigo? ¿Del de un familiar? Sólo Dios conoce perfectamente el corazón del hombre, y el hombre tiene un solo medio para conocer el corazón de su semejante y caer en la cuenta de si es un verdadero paisano suyo, un buen amigo, un sincero familiar.

¿Cuál es este medio? ¿Dónde está? En el prójimo mismo y en nosotros. En sus acciones y en sus palabras y en nuestro recto modo de juzgar. Cuando en sus palabras, en sus acciones, o en lo que él pide de nosotros, comprendemos pensando y meditando bien las cosas que no son buenas, entonces podemos decir: “Este no tiene un corazón bueno y no debo fiarme de él” Hay que tratarlo con caridad porque su desventura es de las más graves: la de un espíritu enfermo; pero no debemos imitar sus acciones, ni tomar sus palabras como sinceras y prudentes, y mucho menos seguir sus consejos.

No os dejéis arrastrar del pensamiento orgulloso de: “Yo soy fuerte y el mal de los demás no entrará en mí. Soy justo, y aunque escuche a los que no lo son, me conservaré justo” El hombre es un abismo profundo en el que están todos los elementos del bien y del mal. Aquellos con la ayuda de Dios sirven para tomar fuerza y convertirse en el soberano. Sirven

³ Cfr. Eccli, 8, 21.

para domeñar las cosas nocivas, las pasiones y las malas amistades. Todos los gérmenes del mal y todos los anhelos por el bien están latentes en el hombre por un decreto amoroso de Dios, por un perverso entrometimiento de Satanás que sugiere, que intenta, que instiga, mientras Dios atrae, consuela, ama. Satanás tienta para seducir, Dios trabaja para llevar al triunfo. Y Dios no siempre vence porque la criatura es lerda, hasta que no elige el amor como su ley, y siendo lerda descende, y apetece más fácilmente lo que puede darle inmediatamente una satisfacción, lo mismo que la de las partes inferiores del hombre.

Vosotros, por lo que estoy diciendo sobre la debilidad humana, podéis comprender cuán necesario sea desconfiar uno de sí mismo y poner mucha atención en nuestro prójimo, para no juntar el veneno de una conciencia impura con el que ya fermenta en nosotros. Cuando se cae en la cuenta de que un amigo destruye nuestro corazón, cuando sus palabras perturban nuestra conciencia, cuando sus consejos provocan escándalo, es menester dejar su amistad porque es dañina. Si se continúa se llegará a perecer en el alma, porque haría uno cosas que alejan de Dios, que impiden a una conciencia endurecida comprender las inspiraciones de Dios.

Si cada hombre culpable de graves pecados pudiese, quisiese decir cómo llegó a cometer tales pecados, llegaría a descubrir que en los principios hubo siempre una mala amistad...

"¡Es verdad!" asiente en voz baja Samuel de Nazaret.

Desconfiad de los que después que os hicieron guerra sin motivo alguno, os llenan de honras y regalos.

Desconfiad de los que alaban vuestras acciones, y son hombres en cuya lengua sólo está el halago, esto es, alaban al perezoso como a un hombre diligente; al adúltero como a un fiel marido; al ladrón como a un hombre honrado; al irascible como si fuese un hombre manso; al mentiroso, como si fuese un hombre veraz; al mal creyente y al discípulo perverso como modelos. Lo hacen para destruirlos y servirse de vuestra ruina para sus fines astutos.

Huid de los que quieren embriagaros de alabanzas y promesas para que hagáis algo, que si no estuviésteis ebrios, no lo haríais.

Y cuando hayáis jurado lealtad a uno, no tratéis con sus enemigos. Se acercan a vosotros para hacer daño al que odian y hacer daño con vuestra misma ayuda.

Abrid los ojos. Ya en otras ocasiones he dicho: sed astutos como las serpientes, además de sencillos como las palomas. Porque para tratar de las cosas del espíritu la sencillez es santa, pero para vivir en el mundo sin dañarse a sí mismo, es necesario la astucia que sabe descubrir las tretas de quien odia a los santos. El mundo es un nido lleno de serpientes.

Procurad conocer el mundo y sus modos de obrar. Pasaos como las palomas en lo alto de la peña, y tened un corazón sencillo de hijos de Dios; pero no imitéis a las sierpes que viven entre el fango. Orad, orad, porque en verdad os digo que la gran Serpiente silba a vuestro alrededor, que os encontráis en gran peligro, y quien no está atento, perecerá. Sí. Entre los discípulos habrá quién perecerá, con mucho gusto de Satanás e infinito dolor Mío".

"¿Quién, Señor? ¿Acaso uno de los nuestros, un prosélito, uno... no de Palestina, uno..."

"No seáis curiosos. ¿No acaso está escrito ⁴ que la abominación entrará como de hecho ya entró, en el lugar santo? Si se puede pecar aun junto al Santo ¿no podrá pecar alguno de mis seguidores, bien sea galileo, o judío? Estad atentos, estad atentos, amigos míos. Estad atentos también de los otros. Estad atentos de lo que os dicen los demás y lo que os dice vuestra conciencia. Y si no tenéis luz para ver, venid a Mí. Yo soy la Luz".

Pedro se mueve, y dice algo en voz baja detrás de Juan, que hace señales de que no, de que no. Jesús voltea, lo ve... Pedro deja a Juan y hace muestras como de alejarse. Jesús se levanta, una leve sonrisa cruza por su rostro... Luego recita la oración, bendice y se despide. Se queda solo para orar todavía.

⁴ Cfr. Dan. 9, 27; 11, 31; 12, 11.

152. El sábado en Cafarnaum

18 julio 1946

“¿No llevas el niño a su mamá?” pregunta Bartolomé a Jesús que está en la terraza absorto en profunda oración.

“No. Espero a que regrese de la sinagoga...”

“¿Esperas que allí dentro le hable el Señor... y que ella... comprenda su obligación? Piensas sabiamente, pero no así ella... Otra madre que no fuese ella desde ayer hubiera venido a tomar a su hijo. Bueno... tuvimos un mar muy picado... ella no sabía de dónde veníamos... ¿Acaso se preocupó por saber si a su hijo le había pasado algo? ¿Acaso vino esta mañana? Mira cuántas madres ya se han levantado, pese a que es muy temprano, cómo extienden los vestidos de fiesta para que se sequen y sus hijos se los pongan limpios para el día dedicado al Señor. Un fariseo diría que están haciendo una obra servil porque extienden los vestidos, yo diría que hacen una obra de amor, para con Dios y para con sus hijos. Casi todas son mujeres pobres. Mira allá a María de Benjamín y a Rebeca de Miqueas. En aquella pobre terraza está Juana que suelta el dobladillo del vestido pobre de su hijo para que se vea menos pobre en la función sagrada. Y más allá en la ribera que pronto el sol calentará. Selida extiende la tela todavía tosca para que lo parezca menos, y que es bella sólo por el sacrificio que le ha costado: cuántos pedazos de pan quitados al estómago hambriento para que se cambiasen en madejas de cáñamo. Y allá Adina que frota el vestido de su hijita con hierbas para que se vea más verde. Pero ella no se ve...”

“¡Que el Señor le cambie el corazón! No hay otra cosa qué decir...”

Siguen apoyados sobre el borde de la terraza contemplando la naturaleza que la tempestad limpió de su polvo y la envolvió en una atmósfera pura. El lago que todavía se mueve y no está azul del todo como suele estarlo, porque el agua que bajó de los montes, que arrastró tierra quemada del sol, se metió en él. No obstante es hermoso, pese al color ocre que en él entró. Parece un inmenso lapislázuli salpicado con perlas. Sonríe a un sol que surge detrás de los montes de occidente y da vida a todas las gotas de agua que quedaron prisioneras entre las ramas. Golondrinas y palomas jugueteando cruzan el aire limpio y en el ramaje, pájaros de todas clases, cantan y ríen.

“El calor se acabó. Esta es la mejor estación. Rica y hermosa. Como la edad madura. ¿No es así, Maestro?”

“Hermosa... sí...” Pero se nota que Jesús está lejos con su pensamiento.

Bartolomé lo mira... luego pregunta: “¿En qué estás pensando? ¿En lo que vas a decir hoy en la sinagoga?”

“No. Pienso que los enfermos me esperan. Vamos los dos a curarlos”.

“¿Nosotros dos?”

“Simón, Andrés, Santiago y Juan fueron a sacar las nasas que Tomás puso previendo nuestro regreso. Los otros están durmiendo. Vamos nosotros dos”.

Bajan dirigiéndose a la campiña, a las casuchas que hay aquí y allá entre hortalizas, entre campos, en busca de enfermos que se han acogido a las casas de los pobres, siempre hospitalarios. No falta quien corra delante, al adivinar a dónde va el Maestro, y no falta quien le diga: “Espera aquí en mi huerto. Te los traeremos aquí...”

Y en poco tiempo, de diversas partes, como agua de riachuelos que se juntan en un solo charco, llegan los enfermos o los traen cargando a donde está el que los puede curar.

Los milagros se realizan. Jesús se despide, diciendo: “No digáis si se os pregunta, que quién os curó. Volved a las casas donde estabais antes. Este discípulo mío, antes de que anochezca llevará socorro a los más pobres”.

“Sí. No digáis. Le haríais un mal. Recordad que es sábado y que muchos lo odian” les encarece Bartolomé.

“No haremos ningún mal a quien nos ha hecho el bien. Lo diremos a los de nuestras tierras, sin decir en qué día fuimos curados” dice uno que antes era paralítico.

“Me parece que sería mejor que nos fuésemos por la campiña hasta que atardezca. Los fariseos saben dónde estamos hospedados y podrían venir a ver...” dice uno que antes estaba enfermo de los ojos.

“Dices bien, Isaac. Ayer pedíamos muchas, muchas cosas. Pensarán que cansados de esperar nos fuimos antes del crepúsculo”.

“Pero ayer en la tarde nos vio el apóstol” dice uno que era ciego. “¿No era acaso él que habló?”

“No. Era un hermano del Señor. No nos traicionará”.

“Decidme sólo a dónde vais para poder encontraros cuando venga” dice Bartolomé.

Los enfermos hablan entre sí. Algunos querían ir en dirección de Corozáin, otros en la de Mágdala. Se vuelven a Jesús. Él dice: “Id por los campos que hay en el camino que va a Mágdala. Seguid el segundo arroyo, y luego encontraréis una casa. Id allá y decid: “Nos manda Jesús”. Os acogerán como a hermanos. Id y Dios esté con vosotros y vosotros con Dios, no pecando en el futuro”.

Jesús regresa, pero no por el mismo camino que lo trajo, sino dando una vuelta entre las hortalizas, y que lo lleva al manantial cerca del lago, manantial que las mujeres han tomado por asalto para proveerse de agua mientras está fresca y el sol no muy arriba.

“¡El Rabí! ¡El Rabí!”

Es un acudir de mujeres, de niños y hasta de hombres, viejos ya en su mayoría, y que en el sábado no tienen nada qué hacer.

“Una palabra, Maestro, para que este día sea un día de contento” dice un viejo que trae de la mano a un niño, el niño no tendrá más de seis.

“Sí. Contenta al viejo Leví, y a nosotros con él”.

“Este día Jairo os va a hablar. Yo seré uno de sus oyentes. Tenéis un sinagogo sabio...”

“¿Por qué dices eso, Maestro? Tú eres el sinagogo de los sinagogos, el Maestro de Israel. No conocemos a ningún otro más que a Ti”.

“No está bien. Los sinagogos están para que sean vuestros maestros, para encargarse del culto entre vosotros, dándoos ejemplo para que seáis unos fieles israelitas. Los sinagogos existirán aun cuando ya no viva Yo. Tendrán otro nombre, lo mismo las ceremonias, pero siempre serán los ministros del culto. Debéis amarlos y rogar por ellos. Porque donde hay un buen sinagogo, los fieles son buenos, y por lo tanto allí está Dios”.

“Lo haremos, pero háblanos ahora. Nos dijeron que está a punto de abandonarnos...”

“Tengo muchas ovejas esparcidas por Palestina. Todas esperan a su Pastor. Sin embargo tenéis discípulos siempre más numerosos y capacitados...”

“Tienes razón. Pero lo que dices podemos mejor captarlo nosotros que somos unos ignorantes”.

“Qué os diré...”

“Jesús, te anduvimos buscando en todas partes” grita José de Alfeo que junto con su hermano Simón y un grupo de fariseos acaban de llegar.

“¿Y dónde está el Hijo del hombre sino entre los pequeños y sencillos de corazón? ¿Me buscabais para algo? Aquí estoy. Pero antes dejadme que les diga a estos unas cuantas palabras...”

Escuchadme. Alguien os dijo que estoy por dejaros. Es verdad. No lo puedo negar. Pero antes de que os deje, os doy esta orden: cuidaos mutuamente para conoceros mejor; acercaos siempre más a la Luz para que nos podamos ver mutuamente. Mi palabra es Luz. Conservadla en vosotros y cuando a su luz descubráis manchas o sombras, arrojadlas de vuestro corazón. Lo que erais antes de que os conociese, no debéis serlo más. Debéis ser mejores porque ahora sabéis mucho más.

Antes estabais como sumergidos en un crepúsculo, ahora veis la Luz en vosotros. Debéis, pues, ser hijos de la luz. Mirad el cielo por la mañana, cuando el alba lo ilumina: puede parecer sereno tan sólo porque no hay nubes que amenacen tempestad, ni lo perturben; pero cuando la luz aumenta y la fuerte claridad del sol se asoma en el oriente, entonces sí que nos

sorprendemos de ver manchas rojizas en el cielo azul. ¿Qué son? ¡Oh! Nubecillas, tan leves que parecía que no estaban allí, porque la luz apenas si era fuerte, pero ahora que el sol da en ellas, parecen como espuma ligera en el campo del cielo. Y estarán allí hasta que el sol las disuelva, las haga desaparecer con su fulgor.

Haced lo mismo con vuestra alma. Llevadla siempre lo más cerca posible a la luz para descubrir cualquier niebla, aun la más leve, y ponedla bajo al gran sol de la caridad. Esta acabará con vuestras imperfecciones como el sol evapora la humedad ligera que se condensa en las nubecillas tan transparentes que el sol disipa al asomarse la bella aurora. Si permanecéis en la Caridad, ésta obrará en vosotros continuos prodigios. Idos ahora y sed buenos...”

Se despide de ellos. Va a donde están sus dos primos a quienes besa después de haber hecho profundas inclinaciones a los fariseos que están presentes, entre los que está Simón el fariseo de Cafarnaum. Los otros son caras nuevas.

“Te buscamos más bien por estos, que porque nosotros te necesitásemos. Fueron a buscarte a Nazaret y entonces...”

“La paz sea con vosotros. ¿Qué queráis?”

“Nada. Tan sólo verte. No más. Escucharte. Oír la sabiduría de tus palabras...”

“¿Esto sólo?”

“También para darte algún consejo sincero... Eres muy bueno y el pueblo abusa de tu bondad. Este puesto no es bueno. Lo sabes. ¿Por qué no maldices a los pecadores?”

“Porque el Padre me ordena que salve, no que haga perecer”.

“Vas derecho a la ruina...”

“No importa. No puedo dejar de cumplir las órdenes del Altísimo por algo humanamente inútil”.

“Y si... Sabes... se anda diciendo a media voz que consientes al pueblo para que te pueda servir en caso de sedición. Vinimos a preguntarte si es verdad”.

“¿Vinisteis porque así pensabais o porque alguien os envió?”

“Para el caso es lo mismo”.

“No. Pero voy a responderos a vosotros y a quien os envió que el agua que sale de mi cubo es agua de paz, que la semilla que esparzo es semilla de abnegación. Yo podo las ramas altas. Estoy pronto a arrancar las malas plantas, para que no dañen a las buenas, en el caso de que no acepten el injerto. Pero lo que llamo Yo “bueno” no es lo que vosotros llamáis con tal nombre. Porque Yo digo que la obediencia es buena lo mismo que la pobreza, la abnegación, la humildad, la caridad que se abaja a todo lo que es despreciable y es compasiva con todo. No tengáis miedo de nadie. El Hijo del hombre no ambiciona el poder de los hombres; sino que da fuerza a los espíritus. Id a decir que el Cordero jamás será un lobo”.

“¿Qué quieres decir? Tú nos comprendes mal, o nosotros somos los que no te comprendemos bien”.

“No. Yo y vosotros nos comprendemos *muy* bien...”

“Entonces, ¿sabes por qué hemos venido?”

“Sí, para decirme que no debo hablar a las multitudes. Pero no pensáis que no podáis prohibirme entrar como cualquier israelita a donde se leen y se explican las Escrituras y donde cualquier circunciso tiene el derecho de hablar”.

“¿Quién te lo dijo? Jairo ¿no es verdad? Lo diremos”.

“Aun no he visto a Jairo”.

“Mientes”.

“Yo soy la Verdad”.

Un hombre de entre la multitud que ha vuelto a formarse, grita: “Él no miente. Jairo partió ayer antes del crepúsculo con su mujer y su hija. Las llevó, dejando aquí a su asistente, a la casa de su madre que muere y no regresará sino después de las purificaciones”.

Los fariseos no tienen la satisfacción de poder decir que Jesús ha mentado, pero sí la de saber que les falta su mejor amigo en Cafarnaum. Se miran entre sí. Es toda una mímica de miradas.

José de Alfeo, el hijo mayor de la familia, cree que es su obligación salir a la defensa de Jesús y se vuelve a Simón el fariseo diciéndole: “Me has honrado al haber querido partir conmigo el pan y comer la sal, y el Altísimo tendrá cuenta de este honor que das a los descendientes de David. Tú has sido para mí un hombre bueno. Estos fariseos acusan a este hermano mío.. Ayer me dijeron a mí, como cabeza de la familia, que su único dolor era que Jesús despreciaba la Judea, porque siendo el Mesías de Israel tenía la obligación de amar y evangelizar por igual a todo Israel. Juzgué que tenían razón y que lo diría a mi hermano. Pero ¿por qué hablan así ahora? Al menos que digan el por qué no debe de hablar. No veo en qué cosa diga algo en contra de la Ley y las Escrituras. Decid el por qué y yo persuadiré a Jesús a que hable de modo diferente”.

“Tienes toda la razón. Responde José...” dice Simón el fariseo. “¿Ha dicho acaso Jesús cosas... sacrílegas?”

“No. Pero el sanedrín lo acusa de dividir, de querer dividir la nación. El Rey debe ser de Israel, no sólo de Galilea”.

“Toda la patria es querida, y en medio de ella la “patria chica”. Su amor por la Galilea es una cosa tan grave que merezca castigo. Por lo demás nosotros somos descendientes de David, y por lo tanto...”

“Ven, pues, a Judea. No nos desprecies”.

“¿Los oyes? Esto es una honra para Ti y para la familia” dice medio severo, medio presumido José.

“Estoy oyendo”.

“Te aconsejo que les cumplas su deseo. Se trata de una cosa buena y que honra. Dices que quieres paz. Pon, pues, fin a la rencilla que hay entre ambas partes, puesto que de un confín a otro eres amado. ¡Oh, ciertamente que lo harás! Os lo aseguro, pues sé que es obediente con sus mayores”.

“Está dicho: “No hay nadie mayor que Yo. No hay delante de Mí otro dios”¹. Obedeceré siempre a lo que Dios quiera”.

“¿Lo habéis oído? Id, pues tranquilos”.

“Lo hemos oído. Pero, José, antes de partir queremos oír qué significa para Él lo que Dios quiere”.

“Lo que Dios quiere es que haga Yo su voluntad”.

“¿Cuál? Dila”.

“Que junte las ovejas de Israel en un solo rebaño. Y lo haré”.

“Contamos con tu palabra”.

“Haréis bien. Dios esté con vosotros”. Jesús vuelve sus espaldas al grupo de los fariseos y se va a donde está hospedado.

José, su primo, se pone a su lado, medio contento, medio disgustado, y con aire de protector le hace notar que si supiera sobrellevarlos (como él lo hace), que si se apoyase en los parientes (como afortunadamente hoy a sucedido), que recuerde que si tiene derecho al trono (como descendiente de David) y así sucesivamente, también los fariseos serían buenos amigos.

Jesús lo interrumpe: “¿Lo crees tú? ¿Crees a sus palabras? En verdad, el orgullo y la lisonja son capaces de echar una tela sobre la mirada más perspicaz”.

“Pero... yo les daría gusto. No puedes exigir que te lleven en triunfo, en medio de “vivas”, de un momento a otro... Los debes conquistar... Un poco de humildad, Jesús. Un poco de paciencia. La honra merece algún sacrificio...”

¹ Cfr. Ex. 20, 1-17; Deut. 5, 1-22; Is. 43, 10.

“¡Basta! Tú hablas como uno de ellos y peor todavía. Dios te perdone, y te dé luz, hermano. Pero sepárate de Mí porque me causas dolor. Y a tu madre, a tus hermanos, a mi Madre no des ninguno de esos consejos necios”.

“¡Te quieres perder! Eres causa de nuestra ruina y de la tuya”.

“¿Por qué viniste si siempre eres el mismo? Todavía no he padecido por ti. Pero lo haré. Y entonces...”

José se va inquieto.

“Le has causado disgusto... Es como nuestro padre, sabes. Es el viejo israelita...” le dice en voz baja Simón.

“Cuando llegue a comprender, verá que mis acciones que ahora le disgustan, eran santas...” Están ya a la puerta de la casa. Entran. Jesús ordena a Pedro: “Procura que la barca esté lista al atardecer. Acompañaremos hasta Tiberíades a las dos Marías y Simón las acompañará a casa. Mateo y tus compañeros pescadores irán contigo. Los otros se quedarán aquí a esperarnos”.

Pedro llama aparte a Jesús y le dice: “¿Y si llega el de Antioquía? Lo digo por Judas, no por otra cosa...”

“Tu Maestro te dice que lo encontraremos en el muelle de Tiberíades”.

“¡Ah, entonces!” y con voz fuerte: “La barca está lista”.

“Madre, sube conmigo. Estaremos juntos estas horas”.

María lo sigue sin decir nada. Suben a la habitación de arriba, que está fresca con sombra que le brinda la vid que la cubre, y con la de las mantas que han puesto.

“¿Te vas, Jesús mío?” María está muy pálida.

“Sí. Ya es tiempo”.

“¿No puedo ir a los Tabernáculos, Hijo mío?...” María llora.

“Mamá, ¿por qué? ¡No es la primera vez que nos separamos!”

“No lo es, tienes razón. Pero... ¡Oh! Recuerdo lo que me dijiste en el bosque cerca de Gamala... ¡Hijo mío! Perdona a una pobre mujer, Te obedeceré... Yo, con la ayuda de Dios, seré fuerte... Pero quiero que me prometas algo...”

“¿Qué cosa, Madre mía?”

“Que no me ocultarás la hora terrible. No por piedad, ni por desconfianza de mí... Sería muy grande el dolor... y muy grande la tortura... Dolor porque... lo sabría todo de improviso, y me lo diría quien no me ama como Tú amas a esta pobrecita Madre tuya... y sería una tortura si pensase que en el momento en que estoy hilando o tejiendo, o dando de comer a los palomos, tú, mi Hijo, estuvieses muriendo...”

“No te preocupes, Mamá. Lo sabrás... Pero este no es el último adiós. Nos volveremos a ver...”

“¿De veras?”

“Sí. Nos volveremos a ver”.

“¿Y me dirás: “Voy a consumir el sacrificio”? Oh...”

“No diré así. Pero lo comprenderás... Y luego vendrá la paz. Mucha paz... Piensa en esto: piensa en haber hecho todo lo que Dios ha querido de nosotros, sus hijos para el bien de todos los otros hijos. Mucha paz... La paz del amor perfecto...”

La ha atraído sobre su corazón y así la tiene sobre su brazo. Él es mucho más alto y muy fuerte. Ella más pequeña de estatura, con ese tinte de juventud que pinta su rostro de virgen, que mana de la eterna juventud de su corazón inmaculado. Y ella, heroica repite: “Sí, sí. Lo que Dios quiere...”

No se oye ninguna palabra más. Los dos. Perfectos consuman el sacrificio de la obediencia más difícil. No se ve ni siquiera una lágrima. Ni siquiera se dan el beso materno y filial. Son sólo dos que aman perfectamente y depositan a los pies de Dios su amor.

23 julio 1946

Tiberíades tiene a todos sus habitantes sobre su playa o en el lago mismo que buscan consuelo en la brisa que pasa besando las olas o que mueve los árboles de los jardines que hay a lo largo de la ribera. Mientras que los ricos de esta ciudad, en que muchas razas por muchos motivos se han reunido allí, encuentran consuelo en sus buenas barcas de recreo, o desde la sombra de sus verdes jardines contemplan las maniobras de las barcas en aguas de turquesa, que no tienen ya ese color amarillento que el día anterior les había echado el aguacero; los pobres. Sobre todo los niños juegan por la playa, a donde vienen a morir las olas y sus gritos parecen chillidos de golondrinas, al sentir el frío del agua que se les cae encima más de lo que quisieran.

Las barcas de Pedro y Santiago llegan y se dirigen al pequeño muelle.

“No. Al jardín de Juana” ordena Jesús.

Pedro obedece sin decir nada y su barca, a la que sigue la otra, con una virada perfecta que dibuja una especie de interrogación de espuma, se dirige hacia la entrada del jardín de Cusa y atraca allí. Jesús es el primero en bajar. Da la mano a las dos Marías para ayudarlas a bajar.

“Id ahora al muelle y poneos a anunciarme. Veréis a un hombre que se os acercará preguntando por Mí. Es el hombre que ha venido de Antioquía. Después de que hayáis despedido a la gente, traédmelo”.

“Está bien, pero... ¿qué debemos decir a la gente? ¿Anunciar tu llegada o predicar tu doctrina?”

“Mi llegada. Diréis que al amanecer hablaré en Taríquea y curaré a los enfermos. Uno de vosotros vigilará las barcas, o podéis hacer que lo haga alguno de los discípulos, para que estén listas para cuando tengamos qué partir. Idos y la paz sea con vosotros”. Se dirige al cancel que está en el puente pequeño y que está cerrado. Las dos Marías silenciosas lo siguen.

Fuera de unas cuantas rosas que continúan floreciendo pese a todo, en el vasto jardín no se ve a nadie, pero se oyen las vocecillas alegres de los dos pequeñuelos que están jugando. Jesús mete su mano por entre los arabescos para buscar el pasador del cancel y recorrerlo. Pero no lo logra. Busca si hay algo con que pudiera llamar la atención. Pero tampoco lo hay.

Entonces al oír que las voces de los niños están cerca, grita: “¡María!” Las dos vocecillas se callan de pronto. Jesús repite: “¡María!”

La niña está en medio del jardín, que parece un tapete en el que tan solo surgen los rosales bien cuidados. Se asoma con pasos cortos cuidadosos, con un dedo en los labios; sus ojos escudriñan por todas partes. Un paso detrás de ella, viene cual blanco corderito, Matías.

“¡María! ¡Matías!” grita fuerte Jesús.

La voz atrae los ojos de los niños, que miran al cancel. Ven a Jesús cuyo rostro está pegado a los barrotes y que les sonríe.

“¡El Señor! Corre, Matías a decir a mamá... Llama a Elías o a Miqueas... Que vengan a abrir...”

“Ve tú. Yo voy con el Señor...” y ambos corren con los brazos extendidos, como dos mariposas, una blanca y otra rosada con la cabeza negruzca. Afortunadamente cuando corren llaman a los siervos y estos, todavía con las regaderas y rastrillos en las manos, acuden, de modo que al fin el cancel se abre y los dos niños se echan en los brazos de Jesús que los besa y pasa el umbral llevándolos de la mano.

“Mamá está en casa con sus amigas. Nos mandan fuera porque no nos quieren” explica claramente Matías.

“No digas así. Nos manda afuera mamá porque esas damas son romanas y hablan todavía de sus dioses, y nosotros a quienes Jesús salvó, sólo a Él debemos conocer. Esta es la razón, Señor. Matías es muy pequeño y no comprende” dice graciosamente la pequeña, con una sensatez de alguien que ha sufrido y que con el dolor se ha hecho grande, más de lo que la edad le permite.

“Nos manda también afuera papá, cuando vienen los de la corte. Me gustaría estar con ellos porque casi todos son soldados... guerreros... ¡La guerra! ¡Es hermosa la guerra! Da a uno el triunfo. Expulsa a los romanos. ¡Abajo Roma! ¡Viva el Reino de Israel!” grita valerosamente el pequeño.

“No es hermosa la guerra, Matías. Muchas veces no se vence en la guerra y entonces rápido se convierte uno en esclavo”.

“Pero tu Reino debe venir. Y para hacerlo, se hará la guerra. Y se expulsará a todos, y hasta a Herodes y Tú serás Rey”.

“Cállate tontuelo. Sabes que no debes repetir lo que oíste. Hacen bien en echarte fuera. ¿No sabes que puedes causar daño a papá, a mamá y también a Jesús si hablas así?” dice María. Y luego a modo de explicación: “Un día vino uno que es como príncipe y pariente de Herodes y que es tu discípulo, a hablar con nuestro padre. Y gritaron mucho. No estaban solos, sino había muchos con ellos...”

“Todos gallardos, con hermosas espadas y hablaban de guerra...” interrumpe Matías.

“Cállate te lo digo. Y tan fuertes eran sus voces que se oyó todo, y este tontuelo desde ese día no hace más que hablar de ello. Dile que no debe... Mamá ya se lo dijo y papá lo amenazó con llevarlo la cima del gran Hermón, a una gruta, con un esclavo sordomudo, hasta que aprenda a guardar silencio. Y allá tendrá qué estarse callado porque si habla con el esclavo, este no lo oye, ni le responde; si grita vienen las águilas y los lobos y se lo comerán...”

“Un castigo verdaderamente terrible” dice Jesús sonriendo y acariciando al niño que ha perdido su arrojo y se estrecha a Jesús como si estuviera ya viendo venir a las águilas y los lobos a devorárselo todo entero, hasta su imprudente lengua. “Un castigo verdaderamente terrible” repite.

“Así es, y yo tengo miedo de que lo castiguen y que tenga qué quedarme sola y me pongo a llorar... Pero él no se compadece de mí, ni de mamá y nos matará de dolor...”

“No lo hago a propósito... Lo oí... y lo digo... Es muy bello... pensar que los romanos sean vencidos y que Herodes y Filipo sean expulsados, y que Jesús sea Rey de Israel” termina en medio de un murmullo escondiendo su carita entre el vestido de Jesús para apaciguar todavía más la fuerza de su voz.

“Matías no va a repetir ya esas cosas. Me lo promete y lo hará. ¿No es verdad? Así no será devorado; Juana y María no morirán de dolor. Cusa no estará intranquilo, y Yo no seré odiado. Porque mira Matías, al decir esas cosas, haces que me odien. ¿Quieres que Jesús sea perseguido? Piensa qué remordimiento tendrás algún día cuando te digas a ti mismo: “Yo fui la causa de que se persiguiera a Jesús que me salvó, y todo por haber repetido lo que oí por casualidad” Esos son hombres, y los hombres frecuentemente pierden de vista a Dios porque son pecadores. Al no ver a Dios, no ven a la Sabiduría, y cometen errores aun con fin bueno. O que lo toman por tal. Pero los niños son buenos. Sus espíritus ven a Dios y Dios descansa en sus corazones. Por eso deben comprender las cosas con sabiduría y decir que mi Reino no se establecerá con la violencia en la tierra, sino con amor, en los corazones. Y deben pedir a Dios para que los hombres comprendan ese Reino mío como lo comprenden los niños y el Altísimo las convierte en gracias. Jesús tiene necesidad de estas gracias para hacer que los hombres que piensan en guerra y en un reino temporal, se conviertan en apóstoles que comprenden que Jesús es paz y que su reino es espiritual y celestial. ¿Ves ese corderito? ¿Podrá acaso despedazar algo?”

“¡Oh, no! Si pudiese despedazarnos, papá no nos lo hubiese regalado...”

“Respondiste bien. También el Padre que está en los cielos no me hubiera mandado si hubiera tenido Yo fuerza y voluntad de despedazar. Soy el Cordero y el Pastor. Soy bueno y sufrido, como lo es un cordero, y soy el que se reúne con amor, con el cayado del Buen Pastor, y no con lanzas y espadas de guerreros. ¿Entendiste? ¿Me prometes a Mí, nada más a Mí, que no vas a decir más estas cosas?”

“Sí Jesús. Pero... ayúdame Tú... porque yo solo...”

“Te ayudaré. Mira, te acaricio los labios y así aprenderán a estar cerrados”.

“Maestro mío. ¡Tarde santa es esta que me permite verte! Dice Jonatás que apenas llegado se ha postrado a los pies de Jesús.

“La paz sea contigo Jonatás. ¿Puedo ver a Juana?”

“Ya viene. Ha despedido a las romanas para venir a verte”.

Jesús lo mira interrogativamente, pero no pregunta nada. Camina en dirección de la casa escuchando a Jonatás que habla de Cusa “que está muy disgustado con Herodes” y que luego añade: “Por amor a mi patrona te ruego que te detengas, porque quiere hacer cosas que... no traerían ningún bien ni a Ti, ni a él, pero sobre todo a Ti”.

Juana con un blanco vestido sobre el que baja desde la cabeza un velo que parece una filigrana de plata —y no comprendo cómo el material tan delgado puede con un recamo de plata— ceñido con una diadema finísima que por delante termina en punta, cual una mitra adornada de perlas. Perlas en los zarcillos, perlas en el cuello, perlas en la muñeca de la mano y en los dedos. Una aparición de belleza, de exquisitez, de buen gusto, viene ligera hacia el Señor, y sin preocuparse de su hermosa vestidura se postra en el polvo del sendero y besa los pies de Jesús.

“La paz sea contigo Juana”.

“Cuando estás conmigo, siempre hay paz en mí y en mi casa... ¡Madre!...” y trata de besar los pies de la Virgen, pero ésta la toma entre sus brazos y la besa; cosa que también hace María de Alfeo.

Jesús después de los saludos, dice: “Tengo algo qué decirte, Juana”.

“A tus órdenes, Maestro, mi casa es tuya. Ordena lo que sea necesario. Voy con el maestro...”

Jesús ha ido al Jardín, a la vista de todos, pero separado de modo que nadie puede escucharlo, Juan lo alcanza.

“Juana, tengo qué recibir a un enviado de Antioquía que seguramente envió Síntica. Pensé que podría hacerlo en tu casa. Aquí en tu jardín...”

“Tú eres el dueño de todo cuanto posea Juana”.

“¿También de tu corazón?” Jesús la mira fijamente.

“Tú lo sabes ya, Maestro. Estaba yo cierta de ello. Ahora estoy completamente. Cusa... los hombres son muy incoherentes. Su espíritu de interés es muy fuerte. Su amor por sus mujeres muy poca cosa. Nosotras somos... ¿Qué cosa somos nosotras las mujeres, aun las mejores? Un joyel que se muestra o se esconde según pueda ser útil o no... Una danzarina que debe reír o llorar, atraer o rechazar, hablar o guardar silencio, presentarse o quedarse escondida según el marido lo ordene... siempre por sus intereses... ¡Es triste nuestra suerte, Señor! ¡Es hasta degradante!”

“En cambio de ello se os ha dado cómo podáis subir hacia lo alto con vuestro corazón”.

“Es verdad esto... ¿Lo sabes por Ti mismo o te han dicho algo? ¿Has visto a Mannaén? Te buscaba...”

“No. No he visto a nadie. ¿Está aquí?”

“Sí. Todos estamos aquí... Quiero decir; todos los cortesanos de Herodes... y muchos porque lo odian. Entre estos también Cusa, que lo odia desde que a instigación de Herodías, se complace en mortificarlo, Señor ¿te acuerdas que en Béter te dije que Cusa quería que me separase de Ti porque temía perder el favor de Herodes? No han pasado más que unos cuantos meses... Y ahora quiere que yo... Sí, Señor. Él querría que te persuadiese a que aceptes su ayuda para llegar a ser rey en lugar de los Tetrarcas... Debo decirlo porque soy esposa, por lo tanto sujeta al marido, y mujer hebrea por añadidura, por esto más que nunca sujeta a la voluntad del esposo. Lo digo... y no te aconsejo... porque creo comprender que Tú... ¡oh! que Tú no te harás rey con la punta de lanzas mercenarias. ¡Oh, qué he dicho! No debería hablar así... Es mejor que oigas primero a Cusa y a Mannaén y a otros más... Y si me hubiera quedado callada, ¿no habría hecho mal?... Señor, ayúdame a ver lo que debe hacerse”.

“Lo que debe hacerse está en tu corazón, Juan. Ni con las cohortes romanas, ni con las lanzas israelitas, me haré rey, aun cuando Roma e Israel quisieran por mi medio pacificar esta nación. He comprendido ya bastante para reconstruir lo que pasa. Matías dijo palabras imprudentes. Jonatás habló de disgustos. Tú dijiste lo demás. Yo comprendo lo que sucede de este modo: una idea necia acerca de mi reino empuja a los buenos, que todavía no son justos, por ejemplo, Mannaén, a fomentar revueltas capaces de establecer el reino de Israel según una idea fija que tienen muchos. Un acicate, una necesidad ardiente de vengar una afrenta, empuja a otros, entre ellos a tu marido, a hacer lo mismo. Sobre estos dos motivos trabaja la palanca de los fariseos, de los saduceos, escribas y hasta herodianos, para poder deshacerse de Mí, haciéndome aparecer a los ojos de quien nos domina lo que no soy. Despediste a las romanas para decirme esto, para no traicionar ni a Cusa, ni a Mannaén, ni a los demás. Pero en verdad te digo que quienes mejor me han comprendido son los gentiles. Me llaman “filósofo”; tal vez me tomarán por un soñador, un idealista, un infeliz, a su modo, para quienes todo reside en la violencia. Pero han comprendido, al menos ellos, que no soy de esta tierra, que mi Reino no es de esta tierra. No tienen miedo de Mí, sino de mis seguidores. Tienen razón. Algunos de ellos por amor, otros por orgullo serían capaces de cualquier cosa con tal de conseguir su objetivo: hacer de Mí, en lugar de un reyezuelo de una pequeña nación, el Rey de reyes, el rey universal. Y en verdad Y en verdad que debo cuidarme más de la asechanza que trabaja en la sombra, atizada por mis verdaderos enemigos, que no se encuentras en el palacio proconsular de Cesarea, ni en el del Legado en Antioquía, ni siquiera en la torre Antonia sino bajo las filacterias, las fimbrias, y los zizit de los vestidos hebreos, y sobre todo bajo los *anchos* tefilim y bajo los largos zizit que llevan los fariseos y escribas para demostrar su completa adhesión a la Ley⁶. Pero esta reside en el corazón, no en los vestidos... Si estuviese en sus corazones... Ellos se odian mutuamente, pero ahora se unen olvidando su odio para poder hacer el mal. El odio que abre profundas grietas entre una y otra casta de Israel no los ha desunido porque ahora están llenas de odio que abrigan en Mí. Si la Ley estuviese en sus corazones, y no suspendida ni pegada a los vestidos, a la frente, a la mano, como al salvaje que se pone amuletos, conchas; que se cuelga huesos, picos de buitres por superstición y adorno; si estuviese en sus corazones la Ley, si la Sabiduría no estuviese escrita dentro de los tefilim, sino en las fibras del alma, comprenderían quién soy Yo y que para destruirme como a Verbo, y como a Hombre, no puede hacer nada. Debo, por lo tanto, precaverme de los amigos y de los enemigos, que no son justos ni en su odio, ni en su amor. Debo tratar de guiar el cariño que me tienen, y adormecer su odio que me guardan. Y lo hago para poder cumplir con mi deber. Y lo haré hasta que haya edificado el Reino, bañando las piedras con mi Sangre para que se consoliden. Cuando os habré bañado con mi Sangre, vuestros corazones no vacilarán más. Me refiero a los corazones que me son fieles. Al tuyo, Juana, que se encuentra entre dos fuerzas y dos amores que hay en i: Yo y Cusa”.

“Pero Tú vencerás, Señor”.

“Sí. Venceré”.

“Pero procura salvar también a Cusa... Ama a quien amo”.

“Amo a quien te ama”.

“Ama a Cusa que te ama...”

“La mentira no está bien en esa frente limpia como las perlas que la adornan y que ahora se pone colorada con el esfuerzo de querer persuadirse y de querer persuadirme de que Cusa me ama”.

“Es verdad que él te ama”.

“Sí. Por interés suyo. Como por interés suyo no me amaba en Zio y en Siram... Pero ¡mira!, acaba de llegar Simón de Jonás con el forastero. Vamos a su encuentro...”

Van al espacioso vestíbulo que está detrás de la casa, con un pórtico semi-redondo que da al jardín. Este vestíbulo semicircular que llega hasta la casa está adornado de columnas con

⁶ Cfr. Ex. 13, 9 y 16; Núm. 15, 37-41; Deut. 6, 4-9; 11, 18-21; 22, 12; Mat. 9, 20-22; 23, 1-12.

rosales, que ahora no tienen flores, y de jazmines, de flores con cálices en forma de estrella, y de otras flores trepadoras cuyos nombres ignoro.

“La paz sea contigo, forastero. ¿Me buscabas?”

“Salud y gloria, Señor. Te buscaba. Traigo una carta para Ti. Me la dio una mujer griega en Antioquía. Soy... No, no soy ya griego, porque me hice ciudadano romano para poder continuar mi empresa. Soy proveedor de las tropas romanas. Los odio, pero el abastecerlos me da buenas ganancias. Por lo que nos han hecho, debería mezclar cicuta en la harina. Habría qué envenenar a todos. A unos cuantos no serviría para nada. Sería peor... Creen que todo les es lícito porque son fuertes. Con respecto a los griegos no son más que unos bárbaros. Nos han robado todo para adornarse ellos y hacer ver que son gente civilizada. Pero rasca la costra, que está pintada de *nuestra* civilización, y descubrirás siempre a un Amulio, un Rómulo, un Tarquinio... Siempre descubrirás un bruto, asesino de quien lo favoreció. ¡Ahora tiene un Tiberio! ¡Es poco lo que se merecen! Tienen a Seyano, a quien bien se merecen. El hiero, las cadenas, los crímenes que han cometido, que se vuelven contra ellos y desgarran la carne de esos brutos romanos. Poco es. Poca cosa sería. Pero lo que está determinado, vendrá. Cuando el monstruo llegue a crecer más caerá bajo su propio peso y se pudrirá. Los vencidos se echarán a reír de ese monstruo que será cadáver, y serán nuevamente vencedores. ¡Qué dicha! Todos los pies de los conquistadores llegarán a pisotear a quien todo lo ha aplastado con su brutal expansión. Pero, perdóname, Señor. El dolor continuo algunas veces me saca de control... Decía yo que una griega me dio una carta para Ti y me dijo que Tú eres el virtuoso perfecto. Virtuoso... Eres todavía joven para serlo... Los grandes espíritus de la Hélade consumieron su vida para llegar a serlo un poco... La mujer me habló de tu Idea. Si verdaderamente crees en lo que enseñas eres grande... ¿Es verdad que vives para prepararte a la muerte y así dar al mundo la sabiduría de vivir como dioses y no como brutos, como ahora lo hacen todos? ¿Es verdad que afirmas que sólo existe una sola riqueza de deberse alcanzar: la de la virtud? ¿Es verdad que has venido a redimir, pero que la redención comienza en nosotros mismos, siguiendo tus enseñanzas? ¿Es verdad que poseemos un alma y debemos tener cuidado de ella porque es cosa divina, que no perece, incorruptible por su naturaleza, pero a la que nosotros, si vivimos cual brutos podemos quitarle ese carácter divino, en destruirla con todo? ¡Respóndeme, oh Tú que eres grande!”

“Es verdad. Todo es verdad”.

“¡Por Júpiter! Esto mismo decía nuestro maestro. Pero parecía una melodía a la que faltase una nota; una lira a la que faltase una cuerda. De vez en vez se oía un silencio, que el filósofo no pudo suplir. Tú lo has llenado, si realmente viniste no sólo para enseñar sino también para morir, sin que nadie te obligue, sino para querer obedecer al Dios; lo cual cambia tu muerte de suicida en sacrificio... ¡Por la divina Minerva! Ninguno de nuestros dioses hizo jamás cosa semejante. Por lo que deduzco que eres más que ellos. La griega afirma que no existen, y que el que existe eres Tú... ¿estoy acaso hablando con un Dios? ¿Y puede acaso un Dios escuchar a un proveedor de alimentos, ladrón, que odia al enemigo, a un hombre miserable? ¿Por qué me prestas atención?”

“Porque estoy viendo tu alma”.

“¿La estás viendo? ¿Cómo es?”

“Torcida, sucia, con serpientes por cabellos, llena de amargura, pese a que tu inteligencia sea diversa de la de un bárbaro. Dentro de tu templo tan feo hay un altar que espera, como el que está en el Areópago, y espera la misma cosa. Espera al Dios verdadero”.

“Entonces a Ti, porque la griega dice que Tú eres el Dios verdadero. Pero ¡por Júpiter!”, es verdad lo que dices de mi alma. Eres más claro y más sencillo que un oráculo de Delfos. Tú predicas paz, amor y perdón. Virtudes difíciles. Predicas continencia, y honradez bajo todos sus aspectos... Ser tal cosa es ser más grande que los dioses, porque ellos... ¡oh! no son pacíficos, ni honrados, ni magnánimos... Son la perfección de las pasiones malas del hombre, a excepción de Minerva que es por lo menos sabia. ¡La misma Diana!... Es pura, pero cruel... No cabe duda, ser lo que predicas es ser mejor que los dioses. Si lo fuese yo... ¡por el

hermosísimo Ganimedes! Él, que de jovencillo se convirtió en águila olímpica y copero de los dioses. Y Zenón de proveedor de paja a sus patrones bárbaros llegó a ser dios... Permíteme que profundice en estos pensamientos, y entre tanto lee la carta que te envían..." y el forastero se pone a pasear como un peripatético.

Pedro, cansado, al ver que la conversación iba para largo, se ha sentado cómodamente en un asiento del vestíbulo y acariciado con la frescura del aire, con la suavidad de los cojines, se ha echado a dormir tranquilamente... Pero debe haber estado muy alerta, porque lo despierta el ruido del sello que se rompe y del pergamino que se desenvuelve. Se levanta, restregándose los ojos somnolientos. Se acerca al Maestro que de pie lee, bajo un candil como de mica color delicadamente morado. La luz es tenue, y sirve para alumbrar el lugar sin necesidad de quitar el encanto de la luna en las noches serenas. Jesús levanta la hoja para leer; Pedro, que es de estatura pequeña, y que se ha puesto al lado del Maestro, trata de estirar su cuello, de ponerse de puntitas para ver, pero no puede.

"Es Síntica ¿eh? ¿Qué dice?" pregunta dos veces con voz suplicante. "¡Lee en voz alta, Maestro!"

Jesús le responde: "Sí. Es ella... Luego..." y lee, lee. Terminado el primer pergamino lo dobla, se lo pone entre los pliegues de la cintura y sigue con el siguiente.

"Cuánto escribió ¿eh? ¿Cómo está Juan? ¿Quién es ese hombre?" Pedro es molesto como un niño. Jesús está tan sumido en lo que lee que ni le escucha. Acabó ya el segundo, y lo pone en su cintura como el primero.

"Ahí se doblan. Dámelos a mí..." y es claro que piense: "para echarles un vistazo". Al levantar sus ojos para seguir el movimiento de las manos del Maestro que desenvuelven el tercero y último pergamino, ve que brilla una lágrima suspendida en las pestañas rubias de Jesús.

"¡Maestro! ¿Lloras? ¿Por qué, Maestro mío?" pregunta y se le acerca más abrazándolo a la cintura con sus brazos musculosos y cortos.

"Ha muerto Juan..."

"¡Oh, pobrecito! ¿Cuándo?"

"Cuando los primeros calores arreciaron... tanto que deseó que hubiésemos estado con él..."

"¡Oh, pobre Juan!... Bueno... todo ha acabado... El dolor de habernos separado... Todo por causa de esas serpientes. Supiese yo quiénes son... lee en voz alta, Señor. ¡Yo quería mucho a Juan!"

"Después. Después leeré. Por ahora cállate".

Jesús lee atentamente... Pedro estira su cuello para ver... Jesús acabó ya de leer, envuelve el pergamino y dice: "Llama a mi Madre".

"¿No vas a leer?"

"Espero a los demás... Entre tanto voy a decir adiós al que traje esto".

Y mientras Pedro entra en la casa donde están las discípulas con Juan, Jesús se dirige al griego. Le pregunta: "¿Cuándo partes?"

"¡Oh! Debo ir a Cesarea, al Procónsul y luego a Joppe después de que haya comprado las mercancías. Partiré dentro de un mes, a tiempo para escabullir las tormentas de noviembre. Iré por mar. ¿Se te ofrece algo?"

"Sí. Quiero responder a la carta. La griega dice que me puedo fiar de ti".

"Nos llaman falsos. Pero también tenemos la capacidad de no serlo. Fíate de mí. Puedes escribir de antemano y buscarme cuando llegue la fiesta de los tabernáculos en la casa de Cleante, que es el que me provee de quesos de Judea para las comidas de los romanos. Es la tercera casa después de la fuente de la población de Betfagué. No puedes equivocarte".

"Ni tampoco tú puedes equivocarte si sigues el camino en el que pusiste ya el pie. Hasta pronto. La civilización griega te llevará a la mía".

"¿No me reprochas que odie?"

"¿Crees que debiera hacerlo?"

“Sí, porque repruebas el odio como una pasión indigna y aborreces la venganza”.

“¿Y a ti qué te parece?”

“Que el que no odia y perdona es más grande que Júpiter”.

“Llega, pues, a esta grandeza... Hasta pronto. Que tu familia ame a Síntica y en el destierro en que estáis tomad el camino de la Patria inmortal: el cielo. Quien cree en Mí y pone en práctica mis palabras obtendrá esa Patria. Que la Luz te ilumine. Ve en paz”.

El forastero saluda y se va. Luego se detiene, vuelve atrás, pregunta: “¿No podré oírte cuando hables?”

“Hablaré en Tariquea al amanecer. Después voy en dirección de la Sirofenicia, y luego no sé por qué camino iré a Jerusalén”.

“Te buscaré. Mañana estaré en Tariquea para juzgar por mí mismo si eres tan elocuente como sabio”.

Se va.

Las mujeres están en el atrio y juntamente con Pedro comentan la muerte de Juan. Ya llegaron también los otros que se habían quedado en la ciudad para decir que mañana por la mañana el Maestro hablaría en Tariquea. Todos comentan lo de Juan de Endor, y se mueren de ansias por saber más.

“¡Murió ya, Hijo!”

“Sí. Está en paz”.

“Acabó ya de padecer”.

“Salió definitivamente ya de la cárcel”.

“Hubiera sido justo que no hubiese sufrido la última agonía del destierro”.

“Le sirvió para haberse purificado más”.

“¡Oh, a mí no me gustaría esta purificación! Cualquiera otra, pero no morir lejos del Maestro”.

“Y sin embargo... todos moriremos así... Maestro... llévanos contigo” dice Andrés repitiendo lo que los otros dijeron.

“No sabes lo que pides, Andrés. Este es vuestro puesto hasta que os llame. Escuchad lo que escribe Síntica.

“Síntica del Mesías a Jesús el Mesías, salud:

La persona que te llevará estas hojas es un compatriota mío. Me prometió que te buscaría hasta encontrarte, reservando como último lugar Betania, donde dejaría la carta con Lázaro, si no te hubiera podido encontrar por ningún lado. Es uno que se rehace de todos los males que ha recibido, como sus antepasados, de parte de Roma. Roma tres veces lo ha fustigado y de muchas maneras y con los mismos métodos. Él, con astucia griega, dice que ahora ordeña vacas del Tíber para hacerles escupir las cabras griegas. Es el que provee a la casa del Legado y a muchas casas romanas de esta pequeña Roma, y gran ciudad, reina del Oriente. Además, ha logrado acaparar, fuera de las delicadezas que anhelan los ricos, y de un modo astuto a base de alabanzas serviles que no descubren el odio insatisfecho, el derecho de proveer a las cortes de oriente. No apruebo su método, porque cada uno tiene su modo de trabajar. Yo habría aceptado el pedazo de pan recibido como limosna antes que los joyeles de oro que me hubiera dado el opresor. Y así hubiera hecho siempre si otro motivo, que muy poco me sirve, no me hubiera empujado a imitar al griego para lo que yo quería.

Diciendo la verdad es un buen hombre, como lo es su mujer y sus tres hijas y su hijo. Los conocí en la escuelita de Antigonía. La madre de ellos se enfermó cuando empezó la primavera, y la curé con el bálsamo y así pude entrar en su casa. Otras muchas me hubieran aceptado alegres como maestra y bordadora. Lo mismo en casas de nobles y casas de comerciantes, pero preferí esta porque no es casa de griegos. Te voy a explicar.

Te ruego que tengas compasión de Zenón aun cuando no puedas convenir en sus ideas. Él es como ciertas tierras áridas, cubiertas de piedras por la superficie, pero buenas bajo su capa dura. Espero poder levantar esta costra que el mucho dolor formó y sacar un terreno bueno. Sería una ayuda muy grande para tu iglesia porque Zenón es conocido y está en

comunicación con muchos del Asia Menor y de Grecia, más allá de Chipre y Malta y hasta la Iberia donde por todas partes tiene familiares y amigos, que son griegos como él y a quienes se les persigue, o también hasta romanos de las cortes o de entre los magistrados, que pueden en un día lejano ser utilísimos a tu causa.

Señor, mientras estoy escribiendo desde una de las terrazas de la casa veo a Antioquía con sus muelles sobre el río, el palacio del legado que está en la isla, las espléndidas calles de la ciudad, sus muros con sus centenares de torres, y si volteo veo la cima del monte Sulpio que domina con sus cuarteles, y el otro palacio del Legado. Me encuentro, por decirlo así, entre las dos muestras del poder romano, yo que soy una pobre mujer que es súbdita, y que está sola, pero no me producen ningún miedo, antes bien pienso que lo que puede hacer la violencia de los elementos y la fuerza de todo un pueblo que trata de rebelarse, lo hará la debilidad que no da sombra, la aparente debilidad, que los poderosos desprecian, esa debilidad que es una fuerza porque posee a Dios y esa eres Tú.

Pienso y te lo aseguro, que esta fuerza romana será la fuerza tuya cuando te haya conocido, y que de las ciudadelas de la Roma pagana será necesario empezar el trabajo, porque serán siempre ellas las dueñas del mundo y una Roma tuya quiere decir una Roma universal que es tuya. ¿Cuándo sucederá? No lo sé, pero presiento que sucederá. Por esto miro con gusto estas muestras del poder romano, pensando en el día en que levantarán sus banderas y pondrán su fuerza al servicio del Rey de reyes. Lo miro como se mira a amigos que pueden ayudarnos, que ignoran lo que son, que hacen sufrir antes de que se les conquiste, pero una vez conquistados, te llevarán, te harán conocer hasta en los confines del mundo.

Yo, pobre mujer, tengo el valor de decir a mis hermanos mayores en Ti que cuando llegue la hora de conquistar el mundo para tu Reino, no por parte de Israel, que está muy encerrado en su rigorismo que se siente irritado por el del farisaísmo y por el de las otras castas de modo que no se les puede conquistar, sino de acá, del mundo romano, de sus descendientes –los tentáculos con los que Roma estrangula cualquier fidelidad, cualquier amor, toda libertad que no sea la que ella quiere y que le es útil- por ellos deberá empezarse la conquista de los corazones para la Verdad.

Tú lo sabes, Señor. Pero hablo por mis hermanos que no pueden creer que también nosotros, los gentiles, tengamos el ansia por el Bien. A mis hermanos digo que bajo la coraza pagana se encuentran corazones desilusionados de ese vacío pagano, que están asqueados de la vida que llevan porque es la moda, y que están cansados del odio, de los vicios, de la crueldad. Existen corazones honrados, pero que no saben dónde apoyarse para encontrar un refrigerio a su anhelo por el Bien. Dar a ellos una Fe que los apacigüe. Morirán por ella, llevándola siempre adelante como una antorcha en la oscuridad, como hacen los atletas en los juegos helénicos” ”.

Jesús enrolla el primer pliego, mientras los presentes comentan el estilo, la fuerza, las ideas de Síntica y se preguntan por qué no está más en Antigonía. Jesús desenrolla el segundo pliego.

Pedro que hasta ahora había estado sentado, se acerca como para oír mejor y vuelve a ponerse de puntitas para ver, pegándose a Jesús.

“Simón, hace mucho calor, y tú estás muy pegado a Mí” dice sonriendo Jesús. “Vuelve a tu lugar. ¿No me estuviste oyendo hasta este momento?”

“¿Oyendo? Sí, pero no vi nada. Ahora quiero ver, porque Tú cuando leíste ese pliego cambiaste y te salieron las lágrimas... Y no sólo por Juan... Que se sabía que ya había muerto...”

Jesús sonríe, pero para impedir que Pedro fisque por detrás se recarga en la columna más cercana sin importarle que le quede lejos la luz del candil, que si en verdad no arroja mucha luz sobre el pergamino, ilumina mejor el rostro de Jesús.

Pedro que está decidido a ver, a comprender lo que se diga, se trae un asiento, lo pone enfrente de Jesús, se sienta en él y con los ojos fijos sigue los gestos del rostro del Señor.

“ ‘Estoy tan convencida de ello que, habiéndome quedado sola, dejé Antigonía por Antioquía, segura de poder trabajar mejor en este terreno, donde, como Roma, se funden todas las razas, todas ellas se mezclan, que donde manda Israel... No puedo yo, mujer, ir a la conquista de Roma. Pero si no puedo llegar a la Urbe, puedo con todo arrojar la semilla desde la hija más hermosa de la Urbe, la que más se asemeja a su madre en todo el orbe.... ¿En cuántos corazones caerá? ¿En cuántos germinará? ¿Cuántos la transportarán a otras partes y esperará a los apóstoles para poder germinar? No lo sé. Ni quiero saberlo. Pongo manos a la obra. Ofrezco al Dios que he conocido, y que da tranquilidad a mi espíritu e inteligencia, este trabajo. Creo en este Dios como en el único Dios, como en el Dios omnipotente. Sé que no engaña a quien tiene buena voluntad. Esto me basta y me da fuerza para hacerlo.

Maestro: Juan murió el día sexto antes de las nonas de junio según cuentan los romanos, algo así como al principio del mes de Tamuz, según calculan los hebreos.

Señor... ¿Qué necesidad hay de decirte lo que ya sabes? Pero Voy a decirlo por los hermanos. Juan murió como un justo, y teniendo en cuenta sus sufrimientos, podría decir que murió como un mártir.

Lo asistí con la compasión que una madre puede tener, con todo el respeto que se tiene por un héroe, con todo el amor que se tiene por un hermano. Pero no fue suficiente para impedir que yo, al ver tal sufrimiento, pidiese al Altísimo no por asco o fastidio, que se lo llevase a su paz. Él repetía: ‘A la libertad’.

¡Qué palabras salían de su boca! ¿Puede algún hombre que ha descendido tan bajo, como él decía, subir hasta donde brilla tanta luz de Sabiduría? ¡Oh! La muerte es ciertamente el misterio que revela nuestro origen, y la vida es el escenario que esconde este misterio. Un escenario que se nos presenta sin dibujos y en el que podemos trazar lo que queremos. Él escribió muchas cosas, no todas dignas de leerse. Pero las últimas fueron sublimes. Desde el cielo sombrío en el que había bosquejos del dolor humano y de una violencia humana, cual un óptimo pintor, pasó a dar colores cada vez más luminosos, iluminando los últimos días de su vida dedicada a Ti, y terminó con una luz radiante de un alma que se pierde en la Divinidad.

Te lo aseguro: no recitó, sino que cantó su último poema. No murió, sino que resucitó. Ni yo misma pude distinguir exactamente cuándo él todavía como hombre hablaba y cuándo su alma como hijo de Dios lo hacía.

Señor, Tú sabes que he leído todas las obras de los filósofos para encontrar un alimento de mi alma que está atada con la doble cadena de la esclavitud y del paganismo. Eso lo hicieron los hombres. Aquí no se oía más la voz de ellos: eran unas palabras de un superhombre, de un alma verdaderamente regia, mejor dicho: de un corazón como si fuese divino.

Estuve atenta a este misterio que se desenvolvía entre nosotros, y que los que nos hospedaban no podían haber comprendido. Eran israelitas buenos, pero siempre israelitas... y cuando en los últimos momentos Juan no fue más que un amor que hablaba, yo hice que todos se fuesen y recogí lo que Tú seguramente sabes...

Señor... él murió y salió finalmente de la cárcel. Llegó a la libertad como decía con ese hilo de voz que le quedaba en sus últimos días, y con esa mirada que estaba encendida en éxtasis, me apretaba la mano y me hacía ver el Paraíso al recorrer su cortina con sus palabras. Ese hombre murió y con ello me enseñó a vivir, a perdonar, a creer, a amar. Murió y con ello me preparó para el último momento de mi vida.

Señor, todo lo comprendo. En las noches de invierno me habló de los profetas. Conozco estos Libros como si fuera una verdadera israelita. Pero también comprendo lo que los Libros no dicen claramente.

Maestro y Señor mío... quiero imitarlo. Quisiera obtener la misma gracia, pero me imagino que es una cosa heroica el pedirte, y cumplir con tu voluntad”...

Jesús dobla la hoja y trata de tomar la tercera.

“¡No, no, Maestro! No está bien... Todavía queda algo. No puede terminar de ese modo el pliego” grita Pedro. “¡No has leído todo! ¿Qué razón hay, Señor? Vosotros, protestad. Síntica escribió muchas cosas para nosotros más que para Él, y Él no quiere leerlas”.

“¡No insitas, Pedro!”

“Claro que tengo qué insistir. Mira que si insisto. He visto que tu mirada, y lo sabes, bajó de golpe muy bajo, y pude ver, que no leíste las últimas líneas. No estaré tranquilo hasta que leas las últimas líneas de este pergamino. ¡Antes lloraste!... ¿Y qué? ¿Acaso hay razón para llorar en lo que acabaste de leer Es sinsabor haber oído que murió... pero una muerte así no provoca este llanto. Me imaginé que había muerto desafortunadamente al despedirse de este mundo Al contrario... Lee, pronto. ¡Madre! ¡Juan! Vosotros que siempre obtenéis lo que queréis...”

“Escúchalo, hijo mío, y si hay algo que duela, todos beberemos del mismo cáliz...”

“Se haga como queréis.

“Conozco los Libros como una verdadera israelita. Pero también sé lo que el profeta no especifica, esto es, que tu Pasión no tarda ya en consumarse, porque Juan ya murió y Tú le prometiste que por poco tiempo estaría en el Limbo. Él me lo dijo. Me dijo que le habías prometido llevártelo antes que supiese cómo y hasta qué punto puede llegar el odio de Israel contra Ti, y esto para que él por amor a Ti no llegase a odiar a los que te atormentasen. Ahora ya ha muerto... y Tú también te acercas a la muerte... ¡No, a la vida! A una vida que consiste en vivir tu doctrina, contigo en nosotros, con la Divinidad en nosotros, luego que tu Sacrificio nos haya devuelto la vida a nuestros corazones, la Gracia, la unión con el Padre, con el Hijo, con el espíritu Santo.

Maestro, Salvador mío, Rey mío, Dios mío... La tentación que tuve de irme a donde estás fue muy fuerte desde que Juan está durmiendo en el sepulcro y descansa con la esperanza de verte. Quería estar contigo para estar con las otras cerca de tu ara. Estas se adornan no sólo con la víctima, sino con guirnaldas en honor del Dios en cuyo honor se celebra el sacrificio. Yo deposito mi guirnalda de violetas de disculpa lejana a los pies de tu ara. Depongo allí la obediencia, el sacrificio, la pena de no verte ni de escucharte... ¡Será algo duro! Y mucho más ahora que tus conversaciones sobrenaturales con Juan han terminado y yo no puedo disfrutar más de ellas... Señor, levanta tu mano en dirección de tu sierva para que sepa cumplir con tu voluntad y sepa servirte”.

Jesús dobla el pergamino y mira las caras de los presentes. Todas están pálidas. Pedro en voz baja dice: “No comprendo por qué llorabas... Creí que se trataba de otra cosa...”

“Lloré porque comparaba el uxoricida, el galeote que fue un tiempo y la esclava pagana con muchos que hay en Israel”.

“¡Comprendido! Te llena de angustia que los hebreos sean inferiores a los gentiles; y los sacerdotes y príncipes a los galeotes. Tienes razón. ¡He sido un pedazo de alcornoque! ¡Qué mujer es Síntica! ¡Fue una desgracia que hubiera partido!...”

Jesús desenrolla el tercer pliego.

“Y que sepa imitar completamente al discípulo y al hermano que está ya en paz, que partió después de que cumplió con todas las purificaciones... en tu honor y para endulzar tus sufrimientos”.

“¡Ah no, eso no!” Pedro ha brincado velozmente antes de que Jesús pudiese separarse, y ve que los ojos de Jesús se han pasado muchas líneas. Conviene saber que el pergamino se enrolla por sí mismo tan pronto como se suelta, y por lo tanto muchas líneas escritas arriba se pierden de vista.

Jesús levanta su cabeza y con un rostro más bien triste que alegre, con un rostro más bien dulce que enérgico, empuja a su discípulo: “Pedro, tu Maestro sabe lo que te puede acarrear algún bien. Déjame que te diga lo que te conviene...”

Pedro siente algo a través de esas palabras, y más que con ellas, con la mirada de Jesús, como si le suplicase, y en cuyo rostro brilla una lágrima que está a punto de caer. Se baja del asiento diciendo: “Obedezco... Pero ¿qué habrá más de eso?”

Jesús torna a leer: “Y ahora que hablé de otros, voy a hablar de mí misma. Dejé Antigonía después de que Juan fue sepultado,. No porque me trataban mal, sino porque pensé que no era mi lugar. ¿Por qué? No lo sé. Como te dije antes, había conocido muchas familias, porque

muchos habían venido a donde estábamos. Preferí quedarme con la familia de Zenón, porque me parece que es el lugar donde puedo trabajar.

Una romana me dijo que fuese a su espléndida mansión que está cerca de los pórticos de Herodes. Una mujer siria, muy rica, me invitó a que trabaje como maestra en su taller de telas que su marido, de Tiro, estableció en Seleucia, quería, por amor a Juan que fuese maestra de sus hijas. Una familia greco-asiria con negocios cerca del Circo me pidió que fuese a vivir con ella porque durante los juegos podía ayudarle. En fin un romano, que es centurión, por lo que pienso, pero seguramente es militar, y que se ha quedado aquí por no sé qué motivos, y que se curó con el bálsamo, insistió en que me casase con él.

Pero no. No quería ni a ricos ni a mercaderes. Anhelaba yo almas, y almas griegas y romanas, porque pienso que a partir de ellas debe empezar a extenderse tu doctrina en el mundo. Y por esto me tienes en casa de Simón cerca de las faldas del Sulpio, junto a los cuarteles. La ciudadela parece amenazar desde la cima. Y sin embargo por hosca que sea, es mejor que los ricos palacios del Onfelo y del Ninfeo donde tengo amigos. Un soldado te conoce, de nombre Alejandro. Un corazón sencillito como de un niño, encerrado en un corpulento soldado. El mismo tribuno que hace poco llegó de Cesarea, bajo su clámide tiene un gran corazón. Con su sencillez burda Alejandro se acerca mucho a la verdad. También el tribuno que te admira como a un orador perfecto, a un filósofo 'divino', como dice él, no es hostil a la Sabiduría, aun cuando por ahora no puede acoger la Verdad. Conquistar a estos y a sus familias con darte a conocer aunque sea un poco, significa echar la semilla al norte y al sur, al oriente y al occidente, porque los soldados son como las semillas que arroja el ventilador, mejor dicho: como pajillas que el molino de viento, en nuestro caso la voluntad de los Césares y la necesidad del dominio, esparce por todas partes.

Cuando llegue el día en que tus discípulos, como pájaros lanzados al viento, se esparzan sobre la Tierra, será una gran ayuda para ellos encontrar en los lugares de su apostolado *a uno solo siquiera a uno sólo* que no ignore que Tú exististe. Por este motivo curo también los cuerpos adoloridos de los viejos gladiadores como los de los jóvenes. Por esta razón no evito más a las mujeres romanas, por este motivo soporto a los que me causaban antes desagrado... Todo por Ti.

Si me equivoco, aconséjame con tu sabiduría. Ten en cuenta, aunque lo sabes muy bien, que mis errores provienen de mi incapacidad más bien que de mala voluntad.

Señor, tu sierva te ha hablado mucho... mucho que no es nada de lo que tiene en su corazón. Pero Tú ves mi espíritu. Señor... ¿cuándo podré ver tu rostro? ¿Cuándo podré volver a tu Madre, a tus hermanos?... La vida es un sueño que pasa. Pasará la separación. Estaré en Ti, y con ellos, y entonces habrá alegría, libertad tanto para mí como para Juan.

Me postro a tus pies, Salvador mío. Bendíceme con tu paz.

A María de Nazaret, a las discípulas, paz y bendición. A los apóstoles y a los discípulos, paz y bendición. A Ti, Señor, gloria y amor".

Es todo. Madre, ven conmigo. Vosotros esperad, o bien si queréis podéis descansar. No torno otra vez. Voy a orar con mi Madre. Juana, si alguien me busca, estoy en el quiosco cerca del lago".

Pedro llamó a María aparte y le dijo aprisa algo en voz baja. María sonríe y le dice también algo. Alcanza a su Hijo que camina por la vereda que apenas puede verse en la oscuridad.

"¿Qué quería Simón de Jonás?"

"Saber, Hijo mío. Parece un muchacho... un muchachote... pero es tan bueno".

"Sí, es muy bueno. Te pidió a ti que eres muy buena para que pudiese saber... Ha descubierto el punto débil que tenéis tú y Juana. Lo sé. Aparento no saberlo, pero claro que lo sé. No puedo siempre contentarlo... No era necesario, Jonatás. Estábamos también en la semioscuridad" dice al ver que Jonatás acude trayendo una lámpara de plata y cojines que pone sobre la mesa y sobre los asientos del quiosco.

"Me lo ordenó Juana. La paz sea contigo, Maestro".

"Y contigo".

Se quedan solos.

“Te decía que no puedo siempre contentar a Pedro. Esta tarde no podía hacerlo. Tú eres la única que puedes saber las líneas que no leí. Por eso te llamé y también para estar contigo, Mamá... estar contigo en las últimas horas antes de que nos separemos es lo mismo que juntar fuerzas tan queridas que me harán rico en las largas horas de soledad en medio del mundo que no me comprende o que me comprende mal. Estar contigo en las primeras horas en que debo regresar es lo mismo que tomar nuevo vigor de tu dulzura de todos los cálices que debo beber en el mundo... y que no me gustan, que son tan amargos”.

María lo acaricia sin decir palabra alguna. De pie, cerca de Él que está sentado, es la Madre que consuela al Hijo. Él la hace sentar y dice: Escucha...” y entonces María, en actitud de alguien que escucha, sentada enfrente de Él, se convierte en la discípula pendiente de los labios de Jesús, su Maestro.

“Síntica escribe, refiriéndose a Antioquía: “Hasta aquí es lo que se ha querido –no sé distinguir dónde termina lo que los hombres quieren y dónde empieza lo que Dios desea, porque no soy una mujer preparada- aquí la voluntad, más fuerte que mi deseo, me ha traído, y quién sabe que no haya sido voluntad de Dios. No hay duda de que, como si fuese una gracia del cielo, yo amo esta ciudad que con las cimas del Casio y del Amano que parecen sus centinelas a los lados y las verdes cimas de las montañas negras que están más allá, me traen el recuerdo de mi patria perdida. Y me parece que esto sea el primer paso de regreso a mi tierra, y no ya un paso de peregrina cansada que regresa a morir, sino de una mensajera de vida que llega a dar vida a quien fue para ella madre. Me parece que de aquí, cual golondrina que ha cobrado fuerzas para volar y que se ha alimentado de la Sabiduría, debo volar allá, a mi ciudad, donde vi la primera luz y de donde querría, *querría* subir a la Luz después de haber devuelto la Luz que me fue dada.

Mis hermanos que conmigo se encuentran en Ti –lo comprendo- no aprobarán este sentimiento mío. Ellos quieren para sí solos tu Sabiduría. Pero se equivocan. Llegará el día en que comprenderán que el mundo espera, y que el mundo tenido en menos será el mejor. Les preparo el camino. No tan sólo aquí, sino también con todos los que hacen cabeza y luego regresan a otras partes, y no hago distinción si se trata de gentiles o prosélitos, de griegos o romanos, de otras colonias del imperio y de la Diáspora. Hablo, provocho el deseo de que te conozcan... El mar no está hecho de una nube que se desvanece. Está hecho de nubes, nubes, nubes que descargan sus aguas sobre la tierra y se arrojan sobre el mar. Yo seré una nubecilla. El mar será tu religión. Quiero multiplicar el conocimiento de Ti para contribuir a crear el mar de tu religión. Yo, griega, sé hablar a los griegos, no tanto con las palabras, cuanto porque los comprendo... Yo, en un tiempo esclava de roma, sé aprovecharme de los romanos cuyo lado débil conozco. Y como viví entre los hebreos, sé también cómo tratarlos, sobre todo aquí que hay muchos prosélitos. Juan ha muerto para gloria tuya. Yo viviré para la misma. Bendice nuestros corazones”.

Y más abajo donde se habla de la muerte de Juan, donde no quise que Simón leyese este escrito: “Juan ha muerto después de haber cumplido con todas las purificaciones, aun la extrema, de perdonar a quienes con su conducta lo mataron y te obligaron a que lo alejases de Ti. Conozco su nombre, por lo menos el del principal. Juan me lo manifestó cuando me dijo: ‘Desconfía siempre de él. Es un traidor. Me traicionó, lo traicionará a Él y a sus compañeros. Pero perdono a Iscariote como Él lo perdonará. Por lo demás se ha abierto ya un gran abismo en que yace y no quiero hacerlo más profundo con no perdonarle el que me haya matado al haberme separado de Jesús. Mi perdón no lo salvará. Ninguna cosa lo salvará, porque es un demonio⁹. No debería decirlo, ya que fui un asesino, pero por lo menos hubo una ofensa que me enloqueció. Él maldice al que no le ha hecho ningún mal y terminará con traicionar a su Salvador. Pero lo perdono porque la bondad de Dios convirtió su rabia contra mí. ¿Ves? He expiado todo completamente. Él, el Maestro, me lo concedió ayer por la noche. Todo lo he

⁹ Cfr. Lc. 22, 3; Ju. 6, 70-71; 13 y 2-27.

expiado. Ahora salgo de la cárcel. Ahora entro verdaderamente en la libertad, libre aun del peso del recuerdo del pecado de Judas de Keriot contra un infeliz que había encontrado la paz a la sombra de su Señor’.

Igualmente yo, siguiendo su ejemplo, le perdono de haberme arrancado de tu lado, de tu Madre bendita, de las discípulas, de poder oírte, seguirte hasta la muerte, para poder estar presente en tu triunfo de Redentor. Lo hago por Ti, en tu honor y para aliviar tus sufrimientos. Está tranquilo, Señor mío. El nombre del oprobio que está en las filas de tus secuaces no saldrá jamás de mis labios, igualmente que no saldrá nunca de mis labios lo que oí de Juan, cuando él hablaba con tu Presencia invisible, con tu Presencia que le daba alegría. Dudé mucho si iría a donde estás, antes de instalarme completamente en mi nueva morada. Pero comprendí que me traicionaría al sentir un desprecio profundo por Iscariote, y te habría causado daño con tus enemigos. Así pues sacrifiqué este consuelo que esperaba tener... segura que el sacrificio nunca dejará de tener su fruto, nunca su premio”.

Es esto, Madre. ¿Podría leer esto a Simón?”

“No. Ni a él, ni a los otros. En medio de mi dolor siento ya la alegría de la muerte santa de Juan... Hijo, oraremos para que él sienta nuestro amor y... porque Judas no sea el oprobio... ¡Oh, es horrible!... Y con todo... perdonaremos...”

“Oremos...” Se ponen de pie y oran a la luz temblorosa de la lámpara, entre los ramajes que se mueven, mientras la resaca parece suspender su choque contra la playa...

154. En las termas de Emmaús de Tiberíades

26 julio 1946

El lago no es otra cosa que una inmensa ágata entre los engastes de las colinas. Apenas si se le ve a la luz de las estrellas, que sólo ellas dominan, porque la luna ya no está. Jesús está solo en el quiosco verde con la cabeza reclinada sobre sus brazos en la mesa cerca de la lámpara, que está por apagarse. Pero no está durmiendo. De vez en vez levanta la cabeza, mira los pliegos que están extendidos porque una parte de la lámpara los sujeta y por otra su mismo antebrazo, y luego reclina nuevamente la cabeza.

El silencio es completo. Parece como si también el lago estuviese durmiendo en medio de un tranquilo bochorno. Después casi al mismo tiempo, un ruido de viento entre las hojas, un choque de olas en la playa, un movimiento que produce la naturaleza, mejor dicho algo así como rechinamiento de las cosas que se despiertan. Los primeros anticipos de luz se asoman ya, aun cuando el ojo no es capaz todavía de divisar las cosas en el solitario jardín. El lago que refleja estos anticipos, aumenta la luz, porque su ágata de color negro plumizo, se hace más claro, y poco a poco, reflejando el cielo que se ilumina, de plumizo se hace gris-pizarra y luego gris más claro; y se convierte luego en un ópalo y finalmente refleja el cielo en un azul hermosísimo de aguas.

Jesús se pone de pie. Recoge los pergaminos, toma la lámpara que se apaga al primer soplo de la brisa y se dirige a la casa. Encuentra a una sierva que se inclina ante Él, luego a un jardinero que va a su trabajo, y con él intercambia el saludo. Entra en el atrio donde otros siervos están haciendo la limpieza.

“La paz sea con vosotros. ¿Me haríais el favor de llamar a los míos?”

“Ya se levantaron, Señor. El carro para las mujeres está ya listo. También Juana ya se levantó. Está en el atrio de adentro”.

Jesús atravesando la casa va al atrio que está en la otra parte del camino. Ahí están todos reunidos.

“Vámonos, Madre, el Señor esté contigo. También contigo, María, y mi paz os acompañe. Adiós, Simón. Da mi paz a Salomé y a los niños”.

Jonatás abre el pesado portón. En el camino está el carro cubierto. El camino no se ve bien debido a la poca luz, y no hay nadie en él. Las mujeres suben con su pariente y el carro parte.

“Vamos también nosotros. Andrés, adelántate a donde están las barcas, y di a los trabajadores que se nos reúnan en Tariquea”.

¿Cómo? ¿Vamos a ir a pie? Tardaremos mucho...”

“Ni importa. Adelantaos mientras Yo me despido de Juana.”

Los apóstoles se van.

“Te digo, Señor. O mejor: me adelanto porque iré con la barca”.

“Tendrás qué esperar mucho tiempo...”

“No importa. Permíteme que vaya contigo”.

“Como tú quieras. ¿No está Cusa?”

“No regresó a casa, Señor”.

“Le dices que lo saludo y que lo exhorto a que sea bueno. Da mis cariños a los niños. Y... tú que has comprendido a tu Maestro, convence a Cusa de que está en un error y con él todos los que quieren hacer del Mesías un rey temporal”.

También Jesús sale al camino, y rápido alcanza a los apóstoles. “Tomemos el camino que lleva a Emmaús. Mucho pobrecitos van a los manantiales, algunos para conseguir su curación, otros para recibir limosnas”.

“Pero nosotros no tenemos ni siquiera un céntimo...” replica Santiago de Zebedeo.

Jesús no responde.

Según pasa el tiempo los caminos se llenan de gente de dos clases. Esto es, de hortelanos, vendedores, siervos, esclavos, gente menuda que aprisa va a los mercados, y de ricos que en literas o a caballo se dirigen también a los manantiales, me imagino, que son termas medicinales, si es que parta algo sirven.

Tiberíades es una ciudad un tanto cosmopolita porque se ven gentes de varias naciones. Romanos de vida ociosa y viciosa, griegos acicalados y no menos libertinos que los romanos, pero con una máscara diversa que el vicio les dejó de la de aquellos. Se ve gente fenicia de las costas, hebreos de edad por lo general. Se oyen diversas lenguas, como se perciben colores diversos en el vestir. Alguna que otra pálida, signo de enfermedad. Caras cansadas de patricios... Y también se pueden ver caras de hombres y mujeres que alegres van. Alguien va a caballo cerca de las literas, otras en ellas, diciendo chistes, discutiendo sobre cosas fútiles, haciendo apuestas.

El camino es bueno, lleno de sombra que le dan los árboles por en medio de los cuales de un lado se ve el lago, y del otro la campiña. El sol ya ha salido da nuevo color a las aguas y a las plantas.

Muchos se voltean a ver a Jesús, y un murmullo va en pos de Él. Se oyen exclamaciones femeninas de admiración, sátiras de varones, alguna que otra befa, broncas casuales, alguna súplica de algún enfermo a quien Jesús escucha.

Cuando devuelve a un tirio la agilidad a sus anquilosados miembros del reuma la diferencia irónica de muchos paganos pierde su sabor.

“¡Oye!” exclama un viejo romano con su papada de tantas comilonas. “¡Oye! Es una cosa hermosa estar sano. Yo le hablo”.

“No te curará, viejo Sileno. ¿Qué querrías hacer, si te curase?”

“¡Volver a gozar de la vida!”

“Entonces es inútil que te dirijas al Nazareno que no se alegra”.

“Voy a apuesto lo que... tengo que...”

“No apuestes. Pierdes”.

“Déjalo que apueste. Todavía está ebrio. Su dinero será nuestro”.

El viejo que apenas si se puede poner en pie, baja de la litera, alcanza a Jesús que está escuchando a una mujer hebrea que le habla de su hija, de una niña palidísima que tiene de la mano.

“No temas, mujer. Tu hija no se morirá. Regresa a casa. No la llesves a los manantiales. No conseguirá la salud del cuerpo y perdería la pureza del alma. Son unos lugares de un libertinaje nefando” y lo dice en voz alta de modo que todos lo oigan.

“Tengo fe en Ti, Rabí. Regreso a mi casa. Bendice a tus siervas, Maestro”.

Jesús las bendice y está por dar los primeros pasos.

El romano lo jala del vestido: “Cúrame” ordena.

Jesús lo mira y le pregunta: “¿De qué? ¿Dónde?”

Los romanos, los griegos, los fenicios se reúnen, ríen maliciosamente, y hacen apuestas. Los israelitas que también se han acercado, murmuran: “¡Profanación! ¡Anatema!” y otras palabras semejantes, pero atraídos de la curiosidad se detienen...

“¿De qué? ¿Dónde? Pregunta Jesús.

“De todo. Estoy enfermo... ¡je, je, je!” Ignoro si se ríe o llora, porque lo que sale de su boca es un sonido extraño. Parece como que la papada, que los años de vicio le dejaron, presione hasta las cuerdas vocales. El romano enumera sus males y el miedo que tiene de morir.

Jesús lo mira con severidad y le dice: “Tienes razón en temer a la muerte, ya que te mataste a ti mismo” y le voltea las espaldas. El viejo trata de asirlo del vestido, mientras los presentes se ríen burlonamente. Jesús se desprende de su mano y sigue su camino.

“¡Perdiste, Apio Fabio! ¡Perdiste! El llamado rey de los hebreos no te concedió ninguna gracia. Danos la bolsa. Perdiste la apuesta”. Griegos y romanos rodean al viejo que con un golpe los deja y se echa a correr, así tan gordo, levantándose el vestido, y bamboleándose con toda su obesidad. Se tropieza y se cae en el polvo en medio de las risotadas de sus amigos que lo arrastran contra un árbol, a cuyo tronco se abraza el ebrio llorando como suelen hacer los borrachos.

Los manantiales están ya cerca porque cada vez aumenta más la gente, que acude de diversas direcciones. Olor de aguas sulfurosas llena el aire.

“¿Descendemos a la ribera para evitar a estos inmundos? Pregunta Pedro.

“No todos son inmundos, Simón. Hay entre ellos muchos de Israel” responde Jesús.

Han llegado ya a las termas. Una serie de edificios de mármol blanco, fuera del camino, enfrente al lago, pero separados de él por una especie de una ancha plaza llena de árboles, bajo los que pasean los que han llegado, esperando su turno del baño o porque ya se bañaron. Medusas de cabeza de bronce, que sobresalen de un edificio, arrojan agua caliente en una piscina de mármol blanco por afuera, y semi rosado en el interior como si estuviese cubierta de herrumbre. Muchos israelitas se acercan al manantial y beben el agua mineral en vasos, y ven que sólo ellos vienen a esta parte tal vez –como pienso- para evitar contacto con los gentiles, y para mantener su observancia ritual.

Se transporta a muchos enfermos en especie de sillas en espera de que sean curados, pero al ver a Jesús muchos gritan: “¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!”

Jesús se dirige a ellos. Hay paralíticos, reumáticos, anquilosados, con huesos quebrados que no pueden soldarse, enfermos de anemia, de glándulas, mujeres envejecidas antes de tiempo, niños que parecen ya adultos. Y luego, bajo los árboles, están los mendigos que se desgañitan pidiendo limosna.

Jesús se detiene donde están los enfermos. Se esparce la voz de que el Rabí va a hablar y a curar. La gente, aun a otras razas, se acerca a verlo.

Jesús se voltea, y sonríe al ver que sale todavía con los cabellos mojados de su baño, el griego a quien envió Síntica. Levanta su voz para que lo oiga: “La misericordia abre las puertas para obtener un favor. Sed misericordiosos para conseguir misericordia. Todos los hombres necesitan algo: algunos dinero, otros cariño; quién la libertad, quién la salud. Todos los hombres tienen necesidad de Dios que creó el universo y que puede, siendo Padre único, socorrer a sus hijos”.

Hace una pausa como para dar tiempo a que la gente se decida o no a escucharlo o ir a los baños. Casi todos prefieren escucharlo. Israelitas y gentiles se agolpan. Algunos romanos, escépticos, esconden su curiosidad bajo el velo de la burla diciendo: “Hoy no deja el orador de hacer de este lugar una terma romana”.

El griego Zenón irrumpe entre la multitud con: “¡Por Júpiter! Iba a irme ya a Tariquea y te encuentro aquí”.

Jesús continúa: “Ayer alguien me dijo: ‘Es difícil: “Es difícil hacer lo que haces”. No, no es difícil. Mi doctrina se funda en el amor y el amor no es difícil de cumplirse. ¿Qué cosa enseña mi doctrina? El culto de un Dios verdadero, el amor a nuestro prójimo. El hombre, eterno niño, tiene miedo de las sombras, y sigue las quimeras porque no conoce el amor. El amor es sabiduría y luz. Es sabiduría porque enseña; y donde hay sabiduría desaparecen las fábulas. Entre los que me están escuchando, hay gentiles. Ellos preguntan: “¿Dónde está Dios?” Interrogan: “¿Quién nos asegura que tu Dios sea el verdadero?” O bien: “¿Con qué nos aseguras que eres veraz en lo que dices?” Pero no tan solo los gentiles preguntan estas cosas. Otros hay también que me dicen: ‘¿Con qué poder haces estas cosas?’ Con el poder que me viene del Padre, de aquel Padre que dejó todas las cosas al servicio del hombre, su criatura predilecta, y que me envió a instruir a los hombres, mis hermanos. ¿Pudo acaso el Padre, que dotó de cualidades medicinales a las aguas que nacen de las entrañas de la tierra, haber limitado a su Mesías el poder? ¿Y quién otro, sino el verdadero Dios, puede conceder al hijo del hombre obrar prodigios, al volver a crear miembros deshechos? ¿En qué templo de ídolos se ve que los ciegos recuperen la vista, los paralíticos el movimiento? ¿En cuál los moribundos, al oír la palabra ‘quiero’ de un hombre, se levantan más sanos que los que gozan de salud? Yo, para tributar alabanza al Dios verdadero y para hacer que lo conozcáis y lo alabéis, mando a estos que están aquí reunidos, sin importar raza o religión, que recuperarán la salud que quieren obtener a través del agua, y la alcanzarán de Mí. Agua viva que doy la vida al cuerpo y al espíritu a quien cree en Mí y tiene misericordia con corazón recto. No pido cosas difíciles, pido que el hombre trate de creer, de amar. Abrid vuestro corazón a la fe. Abrid vuestro corazón al amor. Dad, para poder tener. Dad vuestra ayuda para que Dios os dé la suya. Empezad a amar a los hermanos. Procurad tener misericordia. Los dos tercios de vosotros que estáis enfermos, lo estáis por egoístas y codiciosos. Destruir el egoísmo, poned frenos a la codicia. Ganaréis en salud física y sabiduría. Destruir la soberbia, y el Dios verdadero os curará. Os pido una limosna para los pobres, y luego os daré mi regalo que es la salud”.

Jesús levanta la punta de su manto y lo tiende para que en él caiga la plata, que tanto paganos como israelitas se apresuran a echarle. Pero no tan sólo son monedas, sino también anillos y otras joyas que mujeres romanas que acaban de llegar le arrojan, alguna de ellas dice alguna palabra a Jesús que asiente o responde brevemente.

Dejan de regalar. Jesús llama a sus apóstoles para que le traigan los mendigos, y con la misma velocidad con que se juntó el dinero, con igual desaparece todo. Se quedan sólo los joyeles que Jesús devuelve a los que los habían regalado, porque allí no hay nadie que quiera comprarlos. Y para consolarlas les dice: “El deseo equivale a la acción. Lo que se ofreció es tan precioso como lo que se dio, porque Dios ve el pensamiento del hombre”.

Luego se yergue y dice: “¿De quien me viene el poder? Del Dios verdadero. Padre, haz brillar tu nombre por medio de tu Hijo. En tu nombre ordeno a las enfermedades: ¡largaos!”

El tantas veces contemplado milagro, se realiza nuevamente, al incorporarse los enfermos, al enderezarse los lisiados, moverse los paralíticos, llenarse de vida las caras, brillar los ojos, gritar hosannas, al congratularse mutuamente. Y entre estos hay romanos: dos son mujeres y uno varón, que no logran imitar a los hebreos en humillarse hasta besar los pies de Jesús, pero se inclinan, toman el extremo de su manto y lo besan.

Después Jesús se va, tratando de evitar a la gente, pero no lo logra, porque fuera de algún gentil obstinado, y de algún hebreo mucho más obstinado, todos van en pos de Él por el camino que lleva a Tariquea.

La pequeña península de Tariquea se adentra en el lago formando una profunda ensenada hacia el suroeste de modo que no está mal decir que más bien que una península es un istmo rodeado de agua por todas partes y unido a tierra sólo por una parte pequeña. Por lo menos así era en el tiempos de Jesús, los que yo veo. No sé si después, con el correr de los veinte siglos, la arena y guijarros arrastrados por el arroyo que desemboca exactamente en la ensenada del lado suroeste haya podido cambiar el aspecto del lugar, cubriendo de arena la pequeña bahía alargando así la lengua de tierra del istmo.

La bahía está quieta, es de color azulado con rayas de jade donde se refleja el verdor de los árboles que extienden sus ramas desde la costa. Muchas barcas se mueven ligeramente sobre las aguas tranquilas.

Lo que me sorprende es un enorme muelle, que formado de arcos apoyados sobre la grava de la ribera, es como una avenida que va en dirección del oeste. No sé si fue construido como adorno o porque sea necesario. Esta avenida, dique o muelle, está cubierta con una capa gruesa de tierra en la que se han plantado muchos árboles, uno tras del otro, pero no muy altos, y que forman una galería de verdor. Mucha gente sin quehacer, camina bajo este pasillo que susurra bajo la brisa, con las olas del lago, con las ramas de los árboles y brinda una frescura que todos agradecen.

Claramente se ve el lugar donde desemboca el Jordán, cómo entran por su parte en su cauce las aguas del lago, formando una especie de remolino, sobre todo cerca de los pilotes de un puente, que parece ser romano por su arquitectura, de forma puntiaguda (no sé si digo bien) contra sus bordes en los que se rompe la corriente del agua en medio de un maravilloso resplandecer de madreperlas que el sol ilumina, y que desaparecen al entrarse en la boca del río, que se encauza libremente en el lago. En la otra punta del puente, casi en su extremidad, hay una ciudad blanca, derramada en el verdor de fértiles campos. Y más allá hacia el norte, pero sobre la costa oriental del lago, el poblado que está antes de Ippo, sus bosques sobre acantilados, detrás de los que está Gamala que se distingue perfectamente por estar en la cima.

Jesús, a quien sigue mucha gente desde Emmaús y que ha crecido con la que lo esperaba en Tariquea —y entre ellos está Juana que vino en su barca— se dirige al muelle cubierto de árboles. Se detiene en medio de ella. A su derecha el lago, a su izquierda la playa. Los que pueden se han adentrado en la arboleda, los que no, buscan un lugar en la playa, todavía un poco húmeda por la marea nocturna o por otra razón, y en la que hay un poco de sombra que proyectan los árboles del muelle. Otros acercan sus barcas y bajo la sombra de sus velas se quedan.

Jesús hace señal de que va a hablar y todos guardan silencio.

“Está dicho: “Saliste a salvar a tu pueblo, a salvarlo con tu Ungido”. Esta escrito igualmente: “Me alegraré en el Señor y me llenaré de regocijo en Dios, que es mi Salvador”¹.

El pueblo de Israel se ha apropiado estas palabras y les ha dado un significado nacional, personal, egoísta, que no corresponde a la verdad respecto del Mesías. Les ha dado un significado restringido que envilece la grandeza de la idea mesiánica y la pone a nivel de una manifestación cualquiera de poder humano, y de una victoria sobre sus dominadores, victoria que según ellos, debe acarrear el Mesías.

Pero la verdad es diversa. Es grande el significado, ilimitado. Viene del Dios verdadero, del Creador y Señor de cielos y tierra, del que creó el linaje humano, del que así como puso astros en el cielo, cubrió la tierra con toda clase de plantas, la llenó de animales, lo mismo que de peces el mar, de pájaros el aire, así multiplicó los hijos del hombre que creó Él para que fuese rey de la creación y fuese su criatura predilecta. Ahora bien, ¿cómo iba a poder el Señor, Padre de todo el género humano, ser injusto con sus hijos, de los hijos nacidos del primer hombre y de la primera mujer, que creó Él con tierra en la que infundió el alma, su divino aliento? ¿Y cómo pueden tratarse éstos de modo diversos, como si no procediesen de igual

¹ Cfr Hab. 3, 13 y 18.

fuelle, como si no fuesen criaturas suyas, sino de cualquier otro ser sobrenatural y contrario, y por lo tanto diversos, extraños, bastados, dignos de desprecio?

El verdadero Dios no es un pobre dios de este o de aquel pueblo; un ídolo, una figura imaginaria. Es la Realidad sublime, la Realidad universal, el Ser único, Supremo, Creador de todas las cosas y de todos los hombres. *Por lo tanto es el Dios de todos los hombres.* Él los conoce aunque ellos lo ignoren. Él los ama, aunque ellos no conociéndolo, no lo amen; o si lo conocen mal, de igual modo lo amen; o bien conociéndolo no sepan amarlo.

La paternidad no termina cuando un hijo es ignorante, tonto o perverso. El padre busca la manera de enseñar a su hijo, porque enseñarlo es signo de amor. El Padre se cansa por hacer que sea menos tonto el hijo que está menos dotado de inteligencia. El padre con lágrimas, con suavidad, con castigos benignos, con perdones compasivos, tratan de corregir al hijo malo y hacerlo bueno. Este es el padre-bueno. Y el Padre-Dios ¿será acaso menos que aquel? No. El Padre-Dios ama a todos los hombres y quiere su salvación. Él, Rey de un reino infinito. Rey eterno, mira a su pueblo, compuesto de todos los pueblos esparcidos sobre la tierra y dice: “He ahí el pueblo de mis criaturas, el pueblo que salva mi Mesías. He ahí el pueblo para el que fue formado el reino de los cielos. He ahí la hora de salvarlo con el Mesías”.

¿Quién es el Cristo? ¿Quién es el Salvador? ¿Quién es el Mesías? Muchos de los aquí presentes y muchos, aunque no sean griegos, saben lo que quiere decir la palabra Cristo. Cristo es el ungido, el consagrado con el aceite real para cumplir su misión. ¿Consagrado para qué? ¿Acaso para la diminuta gloria de un trono? ¿Acaso para una mayor, como lo es el sacerdocio? No. Fue consagrado para reunir bajo un solo cetro, en un solo pueblo, bajo una sola doctrina, a todos los hombres, para que sean hermanos entre sí, e hijos de un solo Padre, hijos que le conocen y que obedecen su Ley para tener parte en su Reino.

Rey, en nombre del Padre que lo envió, el Cristo reina como conviene a su naturaleza, esto es, como Dios porque lo es. Dios ha puesto todo como peana a sus pies, pero no para que aplaste, sino para que salve. De hecho, su nombre es Jesús, que quiere decir en la lengua hebrea Salvador. Cuando esto se realice, un monte se elevará bajo sus pies, y una multitud de todas las razas cubrirá el monte, para simbolizar que Él reina y se levanta sobre toda la tierra y sobre todos los pueblos. Pero el Rey está desnudo de cualquier otra riqueza que no sea su Sacrificio, para simbolizar que Él no busca sino las cosas del espíritu, y que estas se consiguen, se redimen con los valores del espíritu, la heroicidad del sacrificio, y no con la violencia y el oro. Será así para responder –a los que lo temen como a los que por un falso amor lo exaltan, y lo envilecen al mismo tiempo al quererlo hacer rey según el mundo, también a los que lo odian sin ningún otro motivo que el angustiarse de que se les vaya a despojar de lo que más aman– sí para responder que Él es Rey espiritual, que se le envió sólo para adoctrinar a los corazones a que conquisten el Reino, el único Reino que Yo he venido a fundar.

No os doy leyes nuevas. A los israelitas les confirmo la Ley del Sinaí²; a los gentiles les digo: la ley para conquistar el Reino no es sino la ley de virtud que por sí misma se impone a todos los seres humanos, y que por la fe en el Dios verdadero, se convierte en ley moral y de virtud humana en una ley moral sobrehumana.

¡Oh, gentiles! Estáis acostumbrados a llamar dioses a los grandes hombres que ha habido en vuestras naciones, y los colocáis entre los escuadrones de los numerosos e imaginarios dioses con que pobláis al Olimpo, que os creasteis para tener algo en qué creer, porque la religión, una religión, es necesaria al hombre, así como lo es una fe, pues éste es el estado normal del hombre, y la incredulidad no más que una cosa anormal y por accidente. No siempre esos hombres que fueron elevados al estado de dioses valen siquiera para que se les dé el nombre de humanos, porque si fueran grandes, unos lo fueron por la fuerza brutal, otros por la astucia, otros por otros medios que pudieron conseguir. De este modo llevan consigo, como dotes de superhombres, las miserias que el hombre prudente y sabio las tiene por tales:

² Cfr. Ex. 19, 9-20, 21; Deut. 5, 1-22.

asquerosidades de pasiones desenfrenadas. El hecho de que digo verdad es que en vuestro Olimpo imaginario no habéis logrado poner uno solo de esos grandes espíritus que supieron intuir al Ente supremo y fueron intermediarios entre el hombre y la Divinidad, la que percibieron instintivamente con su espíritu de reflexión y con corazón virtuoso. De la inteligencia del filósofo que razona, del verdadero filósofo, al corazón del verdadero creyente que adora al verdadero Dios, el paso es corto; entre tanto que del corazón del que se echa en brazos de la astucia, de la fuerza, o de la heroicidad humana, hay un abismo. Vosotros no habéis colocado en vuestro Olimpo a los que por una vida virtuosa se levantaron sobre el común de los hombres hasta el punto de que se acercasen al reino del espíritu, sino a los que temisteis como dueños crueles, o a quienes halagasteis por servilismo de esclavos, o bien admirado como ejemplo viviente de no haber seguido los instintos animalescos que a vuestros apetitos desordenados parecen ser el objeto y fin de la vida.

Habéis envidiado a los que fueron colocados entre los dioses, descuidando a los que más se acercaron a la divinidad por medio de la práctica y doctrina de una vida virtuosa. Ahora os doy en realidad el modo de ser dioses. El que hace lo que Yo digo y cree en lo que enseño ese tal subirá al Olimpo y será dios, dios hijo de Dios ⁴ en un cielo donde no existe la muerte y donde la única ley es el Amor. En el cielo donde se ama espiritualmente, sin la pesantez y amargura de los sentidos que hacen que los hombres se vean como enemigos, como sucede en vuestras religiones.

Yo no os pido actos heroicos que todos aclamen. Os digo sólo: vivid como hombres que tienen alma, que tienen inteligencia, y no como animales. Vivid de modo que seáis dignos de vivir, de vivir realmente, con la parte inmortal que tenéis en el Reino del que os creó. Yo soy la vida. He venido a enseñaros el camino para llegar a la Vida. Vine a dar la vida por todos vosotros, y a darla para daros la resurrección, para que os levantéis de vuestro sepulcro de pecado y de idolatría. Yo soy la Misericordia. He venido a llamaros, a juntaros. Yo soy el Cristo Salvador. Mi reino no es de este mundo, y sin embargo en quien cree en Mí, en mi palabra, nace un reino en su corazón preparado desde el principio del mundo, que es el Reino de Dios, el Reino de Dios en vosotros.

De Mí está dicho ⁵ que soy el que llevará la justicia entre las naciones. Es verdad. Porque si los ciudadanos de otros países hicieran lo que enseño; los odios, las guerras, los atropellos tendrían fin. Está escrito de Mí que no levantaré mi voz para maldecir a los pecadores, ni mi mano para acabar a aquellos que parecen cañas débiles. Es verdad. Soy el Salvador y he venido a dar fuerzas a los que están heridos, a dar vigor a los que no lo tienen. Está dicho de Mí que soy el que abre los ojos a los ciegos, saca de la cárcel a los prisioneros y lleva a la luz a los que están en las tinieblas de la cárcel. Es verdad. Los que son más ciegos que nada son los que ni siquiera con los ojos del alma ven la Luz, esto es, el verdadero Dios. Yo he venido, Luz del mundo, para que vean. Los peores prisioneros son los que tienen por cadenas sus pasiones perversas. Cualquier otra cadena se rompe con la muerte del que la lleva; pero las cadenas del vicio duran y encadenan aun después de la muerte del cuerpo. Yo he venido a soltar esas cadenas.

He venido a sacar de las tinieblas de la cárcel subterránea de la ignorancia de Dios a todos lo que el paganismo ahoga bajo su montón de idolatrías. Venid a la Luz. Venid a la Salvación. Venid a Mí porque mi Reino es el verdadero y mi Ley es buena. No os pide sino que améis al Único Dios y a vuestro prójimo, y por lo tanto a que volváis las espaldas a los ídolos y a las pasiones que os hacen que seáis duros de corazón, que os hacen insensibles, sensuales, ladrones, homicidas.

El mundo dice ⁶: "Oprimamos al pobre, al débil, al que está solo. Que nuestra fuerza sea nuestro derecho; que la crueldad, nuestro modo de ser; que nuestras armas sean la

⁴ Cfr. Ju. 1, 9-14; Rom. 8, 14-17, 28-30; Gal. 3, 23-29; 4, 1-7; Ef. 1, 3-14; 1 Ju 3, 1-4, 6.

⁵ Cfr. Is. 42, 1-9; Mt. 12, 18-21.

⁶ Cfr. Sab. 2, 10-12.

intransigencia, el odio, la ferocidad. Como el justo no reacciona, que sea aplastado, y oprimidos sean la viuda y el huérfano cuyas voces apenas si se escuchan". Yo os digo: sed benignos, mansos; perdonad a vuestros enemigos, socorred a los débiles, sed justos tanto cuando vendáis como cuando compréis; sed magnánimos aunque se trate de un derecho vuestro; no os aprovechéis de vuestro poder para oprimir a los demás. No seáis vengativos. Dejad a Dios el cuidado de velar por vosotros. Sed morigerados en todos vuestros deseos, porque la temperancia es prueba de fuerza moral, entre tanto que la codicia es prueba de debilidad. Sed hombres y no os asemejéis a los animales. No tengáis miedo de haber caído muy abajo y de que no podáis levantaros.

En verdad os digo que así como el agua turbia de un charco puede convertirse en agua pura, evaporándose al sol, purificándose con los rayos del sol y elevándose así al firmamento para volver a caer en forma de lluvia o de rocío limpio y fértil, con tal de que el sol le dé, así también los espíritus que se acerquen a la gran Luz que es Dios, y griten a Él: "Pequé, soy fango, pero te busco a Ti que eres Luz", llegarán a ser espíritus que subirán purificados ante su Creador. Quitad a la muerte su horror haciendo de vuestra vida una moneda para conquistar la Vida. Despojaos del pasado como de un vestido harapiento y revestios de la virtud.

Yo soy la Palabra de Dios y en su Nombre os digo que quien tuviere fe en Él y buena voluntad, quien se arrepintiere del pasado y tuviere buen propósito para el futuro, bien sea hebreo o gentil, será hijo de Dios y poseerá el reino de los cielos. Dije al principio: "¿Quién es el Mesías?" Ahora respondo: Yo soy. Yo el que os estoy hablando y mi Reino está en vuestros corazones si lo acogéis, y luego en el cielo, que os abriré, si perseveráis en mi doctrina. Esto es el Mesías y no otra cosa. Rey de un reino espiritual cuyas puertas abrirá con su sacrificio, y las abrirá a todos los hombres de buena voluntad".

Jesús ha terminado de hablar, y se dirige hacia una escalerilla que va del muelle a la ribera. Tal vez quiere llegar a la barca de Pedro que se balancea junto a un atracadero rudimentario. Pero se vuelve de pronto y ve entre la multitud a alguien. Grita: "¿Quién fue el que me pidió para su alma y para su cuerpo?"

Nadie responde.

Repite la pregunta y pasea sus brillantes ojos por la multitud que se amontona a sus espaldas, no sólo por el camino, sino abajo, sobre arena. Una vez más no responde sino el silencio.

Mateo hace notar: "Maestro, quién sabe cuántos en este momento han anhelado por Ti bajo la emoción de tus palabras..."

"No. Un alma me gritó: "Ten piedad" y la escuché. Y para deciros que es verdad respondo: "Hágase como pides porque lo que quieres es cosa buena"". Y extiende, alto, lleno de majestad, su mano hacia la playa.

Trata de irse a la escalerilla, pero le sale al paso Cusa, que bajó, como es natural, de alguna barca, y lo saluda profundamente. "Desde hace días que ando en tu busca. He dado vueltas por el lago siempre, tratando de encontrarte, Maestro. Tengo urgencia de hablarte. Ven a mi casa. Tengo muchos amigos conmigo".

"Ayer estuve en Tiberíades".

"Me lo dijeron. Pero no estoy solo. ¿Ves aquellas barcas que están al otro lado? Allá hay muchos que te quieren. Entre ellos algunos de tus discípulos. Ven, te ruego, al otro lado del Jordán, a mi casa".

"Es inútil, Cusa. Sé lo que quieres decirme".

"Ven, Señor".

"Me esperan enfermos y pecadores. Déjame..."

"También nosotros te esperamos, enfermos por el ansia de tu bien. También hay enfermos en el cuerpo, también..."

"¿Escuchaste mis palabras? ¿Para qué insistes, pues?"

"Señor, no me rechaces, nosotros..."

Una mujer se abre paso entre la multitud. Tengo ya bastante experiencia en reconocer las vestiduras de los israelitas, para no poder comprender que no lo es; y de las vestiduras honestas para comprender que ésta no lo es. Pero para ocultar sus hechizos y gracias, demasiado provocativos, se ha echado encima un velo del mismo color azul de su amplio vestido, y sin embargo es provocativa en la forma en que deja descubiertos unos hermosísimos brazos. Se echa en tierra, se arrastra en el polvo hasta que llega a tocar la vestidura de Jesús que toma entre sus dedos y que besa en una punta. Lloro. Sus gemidos la sacuden.

Jesús que iba a responder a Cusa con: “Vosotros estáis equivocados y...” baja su mirada y pregunta: “¿Eres tú la que me invocaba?”

“Sí... y no soy digna del favor que me has concedido. No debería de haberte llamado ni con mi corazón. Pero tus palabras... Señor... soy una pecadora... Si me quitase el velo, te dirían mi nombre... Soy... una cortesana... una infanticida... mi vicio me causó una enfermedad... Estuve en Emmaús y te di un joyel... me lo devolviste... y una mirada tuya me enviaste... que bajó a mi corazón... Te seguí... Hablaste. Repetí dentro de mí tus palabras: “Soy fango, pero te busco a Ti, que eres Luz”. Dije: “Cúrame el alma, y luego, si quieres, mi cuerpo” Señor estoy curada también en él... y el alma...”

“El alma está curada con tu arrepentimiento. Vete y no peques más. Tus pecados te son perdonados”.

La mujer besa nuevamente la punta del vestido y se levanta, y al hacerlo se le cae el velo.

“¡La Galazia! ¡La Galazia!” gritan varios y le dicen pestes; juntan piedras de la playa y se las arrojan. Ella se queda atemorizada.

Jesús levanta enérgico su mano. Impone silencio. “¿Por qué la insultáis? No lo hacíais cuando era pecadora. ¿Por qué lo hacéis ahora que se ha querido redimir?”

“Lo hace porque está vieja y enferma” gritan varios en son de burla.

Ciertamente la mujer, si no es del todo joven, tampoco es vieja, y mucho menos fea, como dicen. Pero la gente es así.

“Camina delante de Mí, y sube a la barca. Te llevaré a tu casa por otros caminos! Ordena Jesús y dice a los suyos: “Que se esté en medio de vosotros y acompañadla”.

La ira de la multitud atizada por algún intransigente israelita, se vuelca contra Jesús, y se oyen los gritos de “¡Anatema! ¡Falso Mesías! ¡Protector de prostitutas! ¡Quien las protege, aprueba su conducta! ¡Más buen, las aprueba porque le gustan!” y frases semejantes que parecen aullidos y ladridos que parten de un grupo de israelitas energúmenos, que no sé de qué casta sean; y la arena húmeda que lanzan, llega a golpear el rostro de Jesús y lo ensucian.

Levanta su brazo, se limpia su mejilla sin protestar. No sólo ello, sino con gesto detiene a Cusa y a otros más que quieren salir a su defensa. Les dice: “Dejadlos. Por salvar a un alma, estoy dispuesto a sufrir mucho más. Los perdono”.

Zenón, el de Antioquía, que no se había separado del Maestro, exclama: “¡Ahora sé verdaderamente quién eres! ¡Un dios verdadero y no un falso orador! La griega me dijo la verdad. Tus palabras que dijiste en las termas me desilusionaron. Las que acabas de decir me conquistaron. El milagro me dejó sorprendido. Tu perdón a los ofensores me ganó. Adiós, Señor. Pensaré en Ti y en tus palabras”.

“Adiós. Que la Luz te ilumine el corazón”.

Cusa torna a insistir mientras se dirigen al atracadero, entre tanto que en el muelle se arma una gritería entre romanos y griegos de una parte y hebreos de la otra.

“Ven tan sólo por unas horas. Es necesario. Te acompañaré al regreso. ¿Eres benigno con las meretrices y quieres mostrarte implacable con nosotros?”

“Está bien. Iré. En realidad que es necesario...” Se vuelve a los apóstoles que están en las barcas: “Adelantaos. Os alcanzaré...”

“¿Vas solo?” pregunta Pedro no muy contento.

“Voy con Cusa...”

“¡Uhm! ¿Y no podemos ir? ¿Para qué te quieren él y sus amigos? ¿Por qué no vino a Cafarnaum?”

“Fuimos, pero no estabais”.

“Nos hubierais esperado. ¡Eso era todo!”

“Pero vinimos mejor tras sus pasos”.

“Venid a Cafarnaum. ¿Acaso el Maestro está obligado a ir con vosotros?”

“Simón tiene razón” hacen coro los demás apóstoles.

“¿Por qué no queréis que venga conmigo? ¿Es acaso la primera vez que viene a mi casa? ¿No me conocéis por ventura?”

“Sí que te conocemos, pero no conocemos a los otros, eso es todo”.

“¿Y de qué tenéis miedo? ¿Acaso de que yo sea amigo de los enemigos del Maestro?”

“¡Yo no sé nada! ¡Pero me acuerdo todavía de cómo terminó Juan el profeta!”

“¡Simón, me ofendes! Soy un hombre honrado. Te juro que antes de que al Maestro se le tocara un cabello, me dejaría atravesar con las lanzas. ¡Tienes qué creerme! Mi espada está a tus órdenes...”

“¡Eh!... Que te atravesen a ti... ¿para qué serviría? Luego... Sí creo... te creo... Pero una vez muerto tú, le tocaría su turno a Él. Prefiero mi remo a tu espada, mi pobre barca, y sobre todo nuestros corazones sencillos a que te pongas a nuestras órdenes”.

“Pero conmigo está Mannaén. ¿Tienes confianza en él? También está Eleázar el fariseo, a quien conoces. Timoteo el sinagogo y Natanael ben Fada. A ese no lo conoces, pero es un personaje importante y quiere hablar con el Maestro. Y está Juan, apodado el Antipas, hijo de Antípatro, favorito de Herodes el Grande, que es ya viejo, pero poderoso, dueño de todo el valle del Gahas, y...”

“¡Basta, basta! Me dices nombres muy grandes, que para mí no tienen importancia, fuera de dos... yo también voy...”

“No. Quieren hablar con el Maestro...”

“¡Quieren! ¿Quiénes son? ¿¡Quieren!? Y yo no quiero. Súbete aquí, Maestro, y vámonos. No quiero saber de nadie. No me fío de nadie más que de mí mismo. ¡Ea, Maestro, vente! Y tú vete en paz a decir a esos que no somos unos vagabundos. Saben dónde pueden encontrarnos” y empuja a Jesús sin muchos cumplimientos, mientras Cusa protesta a gritos.

Jesús interviene finalmente: “No tengas miedo, Simón. Nada me va a pasar. Lo sé. Es mejor que vaya. Mejor para Mí. Entiéndeme...” y lo mira con esos ojos tan bellos como para decirle: “No insistas. Compréndeme. Hay razones que me aconsejan ir”.

Simón cede de mala gana. Pero cede, porque ha sido dominado... con todo no deja de hablar entre dientes su descontento.

“Vete tranquilo, Simón. Yo mismo te traeré a tu Señor y mío” promete Cusa.

“¿Cuándo?”

“Mañana”.

“¡Mañana! ¿Se necesita tanto tiempo para decir dos palabras? Estamos ya al mediodía... Si al atardecer no llega a donde estamos, iremos a tu casa, tenlo presente. Y no sólo nosotros...” y lo dice con un tono que no deja duda a sus intenciones.

Jesús pone la mano sobre la espalda de Pedro. “Te aseguro, Simón, que no me harán ningún mal. Muestra que crees en mi *verdadera* naturaleza. Te lo digo. Lo sé. *No me harán nada*. Quieren tan sólo explayarse conmigo... Vete... Lleva a la mujer a Tiberíades. Hospédate en casa de Juana, y podrás ver que no me llevan entre barcas y gente armada...”

“Entendido, pero su casa (y señala a Cusa) la conozco. Sé que detrás hay tierra. No es una isla, que detrás está Gálgal y Gamala, Aera, Arbela, Gerasa, Bozra, Pela y Ramot y más ciudades...”

“Te repito que no tengas miedo. Obedece. Dame el beso de paz, Simón. Vete. También vosotros” los besa y los bendice. Cuando ve la barca que se va les grita: “No ha llegado mi hora. Y mientras no llegue, nadie podrá levantar su mano contra Mí. Hasta pronto, amigos”.

Se vuelve a Juana que a ojos vistas está intranquila y pensativa. Le dice: “No tengas miedo. Está bien que vaya. Vete en paz”. Y a Cusa: “Vamos, para mostrarte que no tengo miedo, y para curarte...”

“No estoy enfermo, Señor...”

“Lo estás. Te lo aseguro. Y muchos otros. Vamos”.

Sube a la ligera y bien enjaezada barca. Se sienta. Los remeros bogan por las tranquilas aguas habiendo un arco para evitar la corriente que se deja sentir en la punta extrema del lago, donde vuelve a salir el río.

156. En la casa de campo de Cusa, al otro lado del Jordán¹

30 julio 1946.

Al otro lado de la ribera, junto al paso del puente, espera un carruaje cubierto.

“Sube, Maestro. No te cansarás aunque el viaje sea largo, no tanto por el camino, cuanto porque he dispuesto tener siempre aquí un par de bueyes para no dar sospecha alguna a los huéspedes más apegados a la Ley... Hay qué compadecerlos...”

“¿Dónde están?”

“Se han adelantado en otros carros. ¡Tobiolo!”

“¡Sí, patrón!” dice el conductor que está unciendo los bueyes.

“¿Dónde están los otros huéspedes?”

“Muy adelante. Estarán por llegar a casa”.

“¿Lo oyes, Maestro?”

“¿Y si no hubiese venido?”

“Estábamos seguros de que vendrías. ¿Y por qué no habrías de venir?”

“¡Porque! Cusa, he venido para mostrarte que no soy un cobarde. Cobardes lo son los malvados, los que tienen cuentas con la justicia. La justicia de los hombres, por desgracia. Deberían más bien tener miedo por la *única*, por la de Dios. Pero Yo no tengo ninguna culpa y no tengo miedo a los hombres”.

“¡Pero, Señor, todos los que están conmigo te veneran! Como yo. No debemos causarte ningún miedo. Te queremos tributar honores, no insultos”. Cusa está afligido y casi hasta irritado.

Jesús, frente a él, mientras el carruaje crujiendo avanza por los verdes campos, le responde: “Más que la guerra abierta de mis enemigos debo tener la oculta de los falsos amigos, o el imprudente entusiasmo, de amigos verdaderos, pero que todavía no me han comprendido. Y tú eres uno de ellos. ¿No recuerdas lo que te dije en Beter?”

“Comprendo, Señor” contesta Cusa con voz no muy segura, pero sin responder directamente a la pregunta.

“Sí. Me comprendes. Bajo la ráfaga del dolor y de la alegría tu corazón era limpio, como después de una tempestad y del arco iris es limpiado el horizonte. Veías las cosas con rectitud. Luego... Vuelve tu cabeza, Cusa, y mira nuestro Mar de Galilea. ¡Al amanecer se veía tan limpio! Por la noche el rocío había limpiado la atmósfera y con el fresco de la noche ya no hubo más evaporación. Cielo y lago eran dos espejos de zafiro claro que reflejaban mutuamente sus bellezas, y las colinas de alrededor respiraban frescura y limpieza como si las hubiese creado Dios en la noche. Ahora mira. El polvo de los caminos de la costa, por donde han pasado personas y animales, el ardor del sol que hace evaporar bosques y jardines como un caldero sobre el horno y arranca vapor de las aguas del lago, mira cómo han ensuciado el horizonte. Antes las orillas parecían cercanas, nítidas como lo eran en la nitidez del aire; ahora mira... Parecen oscurecidas, sin contornos claros, como se ven las cosas a través del agua sucia. Esto mismo ha pasado en ti. Polvo: ideas humanas. Sol: orgullo. Cusa, no pierdas el control de ti mismo...”

¹ Cfr. Ju. 6, 14-15.

Cusa inclina su cabeza, jugando maquinalmente con los adornos de su vestido y con la hebilla de su rica faja de que pende la espalda.

Jesús no dice más. Cierra los ojos como si tuviese sueño. Cusa no lo perturba.

El carruaje camina lentamente en dirección del sureste, hacia las leves ondulaciones, que son, por lo que me imagino, la primera parte de la altiplanicie que separa el valle del Jordán de la parte oriental. Debido a la abundancia de aguas subterráneas o de algún río, lo cierto es que los campos son fértiles y hermosos. Viñedos y árboles frutales se ven por todas partes.

El carruaje deja el camino principal y toma por un camino privado. Se interna por un sendero tupido de ramajes, lleno de sombra y de frescor, teniendo en cuenta el calor que azota el camino principal.

Una casa de un piso, blanca, de aspecto señorial se ve al fondo del sendero. Se ven casas no tan ricas esparcidas acá y allá entre los campos y viñedos.

El carro pasa un puentecillo y un lindero, más allá del cual no se ve más un huerto, sino un jardín. Jesús abre los ojos al percibir un ruido diverso del que las ruedas hacían sobre la grava.

“Hemos llegado, Maestro. Mira a los huéspedes que oyeron y vinieron a nuestro encuentro” dice Cusa.

De hecho muchos hombres de rica posición social, se apiñan en el sendero y saludan con inclinaciones pomposas al Maestro que llega. Veo y reconozco a Mannaén, a Timoteo, a Eleázar, y a otros que antes había visto, pero cuyos nombres no conozco. Además de estos, muchas y muchas caras que jamás he visto, o por lo menos, no paré mientes en ellas. Muchos traen espada. Otros ostentan los abundantes perendengues* de fariseos, sacerdotes o doctores de la ley.

Se detiene el carro. Jesús desciende y se inclina saludando a todos. Los discípulos Mannaén y Timoteo se acercan y lo saludan de una manera particular. Se acerca Eleázar (el fariseo bueno del convite dado en la casa de Ismael) y con él otros dos escribas que tratan de hacerse reconocer. Uno es aquel cuyo hijo fue curado en Tariquea el día de la primera multiplicación de los panes, y el otro el que en las faldas del monte de las bienaventuranzas dio alimentos para todos. Se acerca también el fariseo al que en la estación del trigo instruyó Jesús sobre el verdadero móvil de sus insensatos celos.

Cusa los presenta uno por uno, cosa que omito, porque se hace uno un lío con los nombres de Simón, Leví, Eleázar, Natanael, José, Felipe, etc.; saduceos, escribas, sacerdotes, herodianos en su mayoría; y debería añadir que los últimos son los más numerosos; pocos los prosélitos y fariseos, dos sanedristas, cuatro sinagogos y entre todos estos, no puedo decir por qué, hay un esenio.

Jesús se inclina al oír el nombre de cada uno y dirige una rápida mirada a la cara. A veces sonríe ligeramente como cuando alguien, para darse mejor a conocer, saca a relucir algún hecho que lo puso en contacto con Jesús.

Esto sucede, por ejemplo, con un tal Joaquín de Bozra que dice: “Tú curaste a mi mujer María de la lepra. Bendito Tú”.

Y el esenio: “Te oí cuando hablaste cerca de Jericó, y uno de los nuestros dejó las riberas del Mar Salado para seguirte. Tuve después noticias de Ti por el milagro que obraste en Eliseo de Engadi. En estas tierras vivimos, nosotros puros, esperando...”

Qué cosa esperan, no lo sé. Pero lo que sí puedo decir es que los esenios miran a los demás con un aire de superioridad que no tienen apariencia de místicos, y la mayoría de ellos muestra a las claras que no desaprovecha la oportunidad de gozar de los bienes que su posición le concede.

Cusa lleva su huésped a una habitación bien arreglada con baño y lo deja allí para que se refresque un poco sobre todo con ese calor. Vuelve a sus invitados con lo que habla acaloradamente, de modo que casi llegan a una discusión porque no todos son de igual

* Perendengue = Cualquier adorno de poco valor.

parecer. Uno quiere que al punto se pongan las cartas sobre la mesa. ¿Cuáles? Otro que se trate de persuadir primero al Maestro debido al respeto que se le debe. Este grupo se lleva la palma por ser el más numeroso, y Cusa, como anfitrión, llama a los siervos para que preparen la comida, y así dar tiempo a Jesús, “que está cansado –y se le nota- para que descanse”, lo que todos aceptan, tanto más cuanto Jesús se deja ver, los huéspedes se alejan con muchísimas inclinaciones, dejándolo con Cusa que lo lleva a una habitación fresca donde hay un lecho con ricas alfombras.

Jesús, que se queda solo después de haber entregado a un siervo sus sandalias y su vestido, para que le quiten el polvo y señales del viaje, no se acuesta. Se sienta al borde del lecho, con sus pies descalzos sobre la estera del suelo, y con su túnica corta que le cubre el cuerpo y le llega hasta los codos y rodillas. Está sumamente pensativo. Estar así vestido le hace aparecer más joven y más hermoso por su complexión armónica y viril, pero la concentración en lo que piensa, que no debe ser alegre, le pronuncia las arrugas y hace que su rostro se alargue con una expresión dolorosa de cansancio que lo envejece.

Ningún ruido se oye en la casa, ninguno en la campiña donde las uvas maduran bajo el fuerte sol. Las cortinas oscuras que hay en las puertas y ventanas no se mueven en absoluto.

Y así pasan las horas...

Las sombras aumentan con el descenso del sol. Pero el calor sigue. Y Jesús continúa en sus profundas reflexiones.

Finalmente la casa da señales de haberse despertado. Se oyen voces, pisadas, órdenes.

Cusa mueve despacio la cortina para ver sin perturbar.

“¡Entra! No estoy dormido” dice Jesús.

Cusa entra. Está vestido ya para el banquete. Mira y observa sobre el lecho. No hay señal alguna de que Jesús se haya acostado.

“¿No dormiste? ¿Por qué? Estás cansado...”

“He descansado en el silencio y en la sombra. Me basta”.

“Voy a decir que te traigan unos vestidos”.

“No. Mis vestidos han de estar ya secos. Prefiero los míos. Quiero partir tan pronto como termine el banquete. Te ruego que ordenes que estén listos el carruaje y la barca”.

“Como ordenes, Señor... Hubiera preferido que te quedases hasta mañana al amanecer...”

“No puedo. Debo irme...”

Cusa sale después de haber hecho una inclinación.

Se oye un gran vocerío...

Pasa algún tiempo. Regresa el siervo con el vestido de lino, limpio, oloroso a sol y con las sandalias limpias del polvo, relucientes con la grasa. Otro siervo viene con el lavamanos, una jarra y la toalla. Todo lo pone sobre una mesa baja. Salen...

...Jesús se reúne con los huéspedes en el vestíbulo que divide la casa de norte a sur, formando un lugar ventilado y agradable, en el que hay asientos y cortinas ligeras que cambian la luz sin impedir el aire. Ahora, que se les recorre, se pueden ver los verdes alrededores que rodean la casa.

Jesús está majestuoso. Pese a que no ha dormido, parece estar lleno de fuerza, y su caminar es de reyes. El lino de su vestido está blanquísimo y sus cabellos, limpios con el baño de la mañana, resplandecen levemente y con su color dorado adornan el rostro.

“Ven, Maestro. Te esperábamos sólo a Ti” dice Cusa y lo lleva directamente a la sala donde están las mesas.

Después de la plegaria y de una nueva ablución de manos se sienta. La comida comienza, rica como de costumbre, y envuelta en el silencio. Poco a poco el hielo se deshace.

Jesús está cerca de Cusa. Mannaén está al otro lado con Timoneo por comensal. Cusa, un hombre habituado a la corte, señala a los demás sus lugares en la mesa en forma de ‘U’. El esenio ha sido el único que no ha querido formar parte del banquete y sentarse a la mesa con los demás. Sólo cuando por órdenes de Cusa un siervo le presenta un cesto precioso lleno de frutas, acepta sentarse a una mesa baja, después de haber hecho no sé cuántas abluciones y

después de haberse arremangado las largas mangas de su blanca vestidura, por temor de mancharlas, bien sea por rito o por algún otro motivo que ignoro.

Es un banquete extraño donde prevalecen más las miradas que las palabras. Apenas si se oye una que otra de etiqueta. Los presentes se miran unos a otros, esto es, Jesús a los demás y éstos a Él.

Los siervos después de haber puesto sobre la mesa grandes fuentes de frutas por orden de Cusa se retiran. Las frutas están frescas, y debieron estar dentro del pozo. Parece como si estuvieran heladas por lo hermosas que se ven.

Los siervos salen después de haber prendido las lámparas que todavía no son necesarias, porque en la estación del verano los días son largos.

“Maestro” empieza diciendo Cusa, “debes de haberte preguntado el por qué de este encuentro y de nuestro silencio. Lo que tenemos qué decirte es de mucha importancia, no lo pueden oír oído imprudentes. Ahora estamos solos y podemos hablar. Lo ves. Todos los presentes guardan hacia Ti el máximo respeto. Encuentras quienes te veneran como a Hombre y como al Mesías. Tu justicia, tu sabiduría, los dones con los que Dios te ha adornado, es algo que conocemos y admiramos todos los aquí presentes. Tú eres para nosotros el Mesías de Israel. Mesías según la idea espiritual y política. Eres el Esperado para acabar con el dolor, con la humillación de todo un pueblo. Y no sólo de este pueblo encerrado en los confines de Israel, mejor: de la Palestina, sino del pueblo de *todo* el Israel, de las millares y millares de colonias de la Diáspora, esparcidas por toda la tierra, y que hacen resonar el nombre de Yeové en todos los lugares, que dan a conocer las promesas y esperanzas, que ahora se cumplen, de un Mesías restaurador, de un Vengador, de un Libertador y creador de la verdadera independencia y de la Patria Israel, esto es, de la Patria más grande que haya en el mundo, la Patria; *reina y dominadora*, que borra todos los recuerdos pasados y toda huella de esclavitud, el hebraísmo triunfante sobre todas las cosas y sobre todos, y para siempre, porque así se dijo y así se debe realizar ¡Señor, tienes ante Ti a todo Israel en los representantes de las diversas clases de este pueblo eterno, que el Altísimo ha castigado, pero que no deja de amar y que lo llama ‘su pueblo’. Tienes el corazón vivo y sano de Israel con los miembros del Sanedrín y de los sacerdotes. Tienes la fuerza y la santidad con los fariseos y saduceos. Tienes la sabiduría con los escribas y rabinos. Tienes la política y el valor de los herodianos. Tienes las rentas con los ricos, el pueblo con los mercaderes y propietarios. Tienes la Diáspora con los prosélitos. Tienes aun a los separados que ahora sienten estar unidos porque ven en Ti al Esperado, los esenios, a los que nunca se puede uno acercar. Mira, Señor, este primer prodigio, esta gran señal de tu misión, de tu veracidad. Tú, sin violencia, sin medios, sin ministros, sin ejércitos, sin espadas reúnes a todo tu pueblo como un depósito reúne las aguas de miles de manantiales. Tú, casi sin palabras, sin habernos dicho en modo alguno que nos reuniéramos; a nosotros que nos hemos visto divididos por tantas desgracias, odios, ideas políticas y religiosas, nos juntas de una manera pacífica. ¡Oh, Príncipe de la Paz! Alégrate por haber redimido y reinaugurado todo antes de haber tomado entre tus manos el cetro y puesto sobre tu cabeza la corona. Tu Reino, el Reino que ha esperado Israel, ha nacido. Nuestras riquezas, nuestras fuerzas, nuestras espadas están a tus pies. ¡Habla! ¡Ordena! Ha llegado la hora”.

Todos aplauden el discurso de Cusa. Jesús, con los brazos cruzados sobre su pecho, guarda silencio.

“¿No hablas? ¿No respondes, Señor? Tal vez todo esto te toma por sorpresa... Tal vez crees no estar preparado y sobre todo tal vez dudas que Israel no lo esté... Pero no es así. Da oídos a nuestras palabras. En nombre mío y en el de Mannaén hablo por lo que se refiere a la corte. No es digna de que siga existiendo. Es una vergonzosa llaga para Israel. Es la tiranía sin nombre que oprime al pueblo y servir se inclina a adular al usurpador. Ha llegado su hora. Levántate, Estrella de Jacob⁴, ahuyenta las tinieblas de ese conjunto de crímenes y

⁴ Cfr. Núm. 24, 17.

vergüenzas. Aquí están los que son llamados herodianos, y son con todo los enemigos de los que profanan el nombre, para ellos sagrado de los Herodes. Hablad vosotros”.

“Maestro, ya soy viejo, pero recuerdo lo que fue la gloria de otros tiempos. Como nombre de héroe arrojado a la carroña, así es el nombre de Herodes llevado por degenerados descendientes que envilecen nuestro pueblo. Es la hora en que se repita la hazaña que tantas veces ha realizado Israel cuando indignos monarcas se sentaban sobre los dolores del pueblo. Tú eres el único digno de realizarla”.

Jesús no dice nada.

“Maestro, ¿crees que podamos dudar de ello? Hemos escudriñado las Escrituras. Tú eres ese. Tú debes reinar” dice el escriba.

“Debes ser rey y sacerdote. El nuevo Nehemías, mayor que él, *debe* venir a purificar. El altar es profanado. Que el celo del Altísimo te espolee” dice un sacerdote.

“Muchos de los nuestros, de los que temen tu sabio reinado, te ha atacado. Pero el pueblo está contigo y los mejores de los nuestros con él. Tenemos necesidad de un sabio”.

“Necesitamos de un hombre puro”.

“De un verdadero rey”.

“De un santo”.

“De un redentor. Cada vez más somos esclavos de todo y de todos. ¡Defiéndenos, Señor!”

“Se nos pisotea en el mundo, porque no obstante nuestro número y riquezas, somos como ovejas sin pastor. Lanza el viejo grito de: “¡Israel, a tus tiendas!”⁷ y de todas las partes de la Diáspora, como leva, se levantarán tus súbditos, derribando los vacilantes tronos de los poderosos que Dios no ama”.

Jesús sigue callado. Es el único que conserva su serenidad, como si no se tratase de Él, en medio de unos cuarenta energúmenos, cuyos argumentos apenas si puedo entender una décima parte, porque todos hablan al mismo tiempo produciendo una algarabía de plaza. Jesús conserva su actitud tranquila y su silencio.

Todos gritan: “¡Di algo! ¡Responde!”

Jesús se pone de pie lentamente, apoyando sus manos sobre el extremo de la mesa. Un profundo silencio reina. Siente que todos los ojos están en Él. Abre su boca y los otros también, como para respirar su respuesta, y esta es grave, pero clara: “NO”.

“¡Cómo! Pero, ¡cómo! ¡Nos traicionas! ¿Traicionas a tu pueblo? ¡Reniega de tu misión! ¡Rechaza las órdenes de Dios!...” Una gritería. Un tumulto. Caras que se tiñen de carmesí, ojos rojizos de sangre, puños casi amenazadores... Más que amigos, parecen enemigos. Pero así es: cuando una idea política se apodera de los corazones, aun los más serenos parecen fieras contra quien se opone a ella.

Al tumulto sucede un silencio extraño. Parece como que agotadas las fuerzas, todos se sienten exhaustos, derrotados. Se miran con ojos interrogadores, tristes... y hasta intranquilos... Jesús mira a todos. Dice: “Sabía que para esto me queríais tener aquí. Sabía la inutilidad de vuestro plan. Cusa puede decírnoslo que se lo dije en Tariquea. Vine para mostraros que no temo ninguna asechanza porque no es la hora. Y no tendré miedo cuando llegue, porque para esto he venido. Y vine para persuadiros. Muchos de entre vosotros estáis de buena fe. Debo corregir el error en que habéis caído de buena fe. ¿Veis? No os reprendo. No reprendo a ninguno, ni siquiera a los que por ser mis fieles discípulos deberían saber controlar rectamente sus pasiones. No te reprendo a ti buen Timoneo; pero te digo que en el fondo de tu amor que quiere verme honrado, existe todavía tu ‘yo’ que se excita, y que sueña con tiempos mejores en que pueda ver castigados a los que te hicieron sufrir. No te reprocho nada Mannaén, aun cuando has dado muestras de haber olvidado la sabiduría y los ejemplos espirituales que te di, y antes de Mí el Bautista; pero debo decirte que también en ti hay una raíz de egoísmo humano que se levanta tras la hoguera del amor que por Mí sientes. No te reprocho nada. Eleázar, hombre justo, incluso por la pobre anciana que quedó contigo,

⁷ Cfr. Deut. 5, 30.

siempre justo y ya no justo; y no te reprocho nada, Cusa, aunque debería hacerlo por más que en todos los que me queréis en buena fe como rey, existe vigoroso tu *yo*. Quieres que sea Yo rey. No me ponen ninguna trampa al decirlo, ni lo haces para denunciarme ante el Sanedrín, ante el rey y ante Roma. Pero más que amor –y tú estás persuadido de que todo sea amor y no es verdad- lo haces para vengarte de las ofensas que en la corte has recibido. Soy tu huésped. Debería guardar silencio acerca de tus sentimientos, pero Yo soy la Verdad en todas las cosas. Y hablo. Por tu bien. Lo mismo digo a ti, Joaquín de Bozra; y a ti, Juan escriba; y también de ti, de ti, de ti”. Señala a éste, a aquel sin rencor, pero con tristeza... y continúa: “No os reprocho nada. Porque sé que espontáneamente no queréis esto. Es el Adversario quien trabaja y vosotros... vosotros sin saberlo sois juguetes en sus manos. También se aprovecha del amor, de nuestro amor. Timoneo, Mannaén, Joaquín; del vuestro, vosotros que realmente me amáis; de vuestro respeto que sentís por Mí, vosotros que en Mí veis al Rabí perfecto; aun de esto el Maldito se aprovecha para dañar y dañarme. Pero Yo digo a vosotros, como a quien os incita a los planes peores hasta convertirse en traición y crimen:

No. Mi Reino no es de este mundo. Venid a Mí para que establezca mi Reino en vosotros, y no otra cosa. Ahora dejadme ir”.

“No, Señor. Estamos completamente resueltos. Hemos puesto ya en juego riquezas, preparado planes, decididos a salir de esta incertidumbre que tiene inquieto a Israel, y de lo que se aprovechan otros para causar daño a Israel. Se te sigue por todas partes con mala intención. Es verdad. Tienes enemigos aun dentro del mismo Templo. Yo que soy uno de los ancianos, no lo niego. Para poner fin a todo esto, he aquí lo que hay que hacer: ungirte. Y nosotros estamos preparados para hacerlo. No es la primera vez que en Israel se proclama así a alguien como a rey para acabar con las desgracias nacionales y discordias⁹. Aquí está alguien que puede hacerlo en nombre de Dios. Permítenos hacerlo” dice uno de los sacerdotes.

“No. No os es lícito. No tenéis autoridad para ello”.

“El Sumo Sacerdote es el primero que lo quiere, aunque no esté presente. No puede permitir más la situación actual de dominio romano y de los escándalos de la corte”.

“No mientas, sacerdote. En tus labios la blasfemia es dos veces más reprochable. Tal vez no lo sabes y eres engañado, pero en el Templo, *esto no se desea*”.

“¿Crees, pues que es un engaño nuestra afirmación?”

“Sí. Si no de todos vosotros, *sí de la mayoría*. No mintáis. Yo soy la Luz e ilumino los corazones...”

“Puedes fiarte de nosotros” gritan los herodianos. “Nosotros no amamos ni a Herodes, ni a ningún otro”.

“No. Os amáis a vosotros solos. Es verdad. Y no podéis amarme. Os serviría de leva para derrocar el trono, y dejar expedito el camino para un poder más fuerte, y para imponer sobre el pueblo una opresión mayor. Caería Yo en engaño, lo mismo que el pueblo y vosotros mismos. Roma aplastaría a todos, después de que vosotros lo hubierais sido”.

“Señor, entre las colonias de la Diáspora hay muchos hombres prontos a levantarse... y nuestras posesiones son para ello” dicen los prosélitos.

“Y las mías, y todo el apoyo de la Auranítide y Traconítide” grita el de Bozra. “Sé lo que te digo. Nuestros montes pueden mantener un ejército, fuera de todo peligro, para lanzarlo después como bandada de águilas a tu servicio”.

“También la Perea”.

“También la Gaulanítide”.

“¡El valle del Gahas está contigo!”

“Y contigo las riberas del Mar Salado con los nómadas que nos creen dioses, si concientes en unirse con nosotros” grita el esenio y continúa con una monserga de exaltado que se pierde en la gritería.

⁹ Cfr. por ej. 1 Rey. 9, 27 – 10 8; 16, 1-13; 2 Rey. 2, 1-4; 5, 1-5; 3 Rey. 1, 11-40.

“Los montañeses de la Judea son de la raza de fuertes reyes”.

“Y los de la Alta Galilea son héroes del templo de Débora¹⁰. También las mujeres, también los niños son héroes”.

“¿Crees que seamos pocos? Somos ejércitos y ejércitos. Todo el pueblo está contigo. Tú eres rey de la estirpe de David, el Mesías. Este es el grito que se oye en los labios de los sabios y de los ignorantes, porque este es el grito de los corazones... Tus milagros... tus palabras... las señales...” Una confusión que no logro seguir.

Jesús, cual roca firme ante un huracán, ni se mueve, ni reacciona. Está impasible. Y la vorágine de súplicas, insistencias, razones, continúa.

“¡Nos destruyes! ¿Por qué quieres nuestra ruina? ¿Quieres hacerlo por Ti solo? No puedes. Matías Macabeo no rechazó la ayuda de los Asideos y Judas libertó a Israel con su ayuda¹¹... ¡Acepta!” De cuando en cuando todos dicen esta única palabra.

Jesús no cede.

Uno de los Ancianos, y lo es también en edad, parlotea con un sacerdote y un escriba, más viejo que él. Se abren paso. Imponen silencio. Habla el viejo escriba que llamó la atención a Eleázar y a los dos escribas de nombre Juan: “Señor, ¿por qué no quieres ceñir la corona de Israel?”

“Porque no es mía. No soy hijo de príncipe hebreo”.

“Señor, tal vez no lo sabes. Un día éste y éste otro fuimos convocados, porque tres Sabios llegaron preguntando dónde estaba el que había nacido como rey de los hebreos. ¿Comprendes? “El rey nacido”. Herodes para poder responder nos convocó a nosotros, a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo. Con nosotros estaba Hilel el Justo. Nuestra respuesta fue: “En Belén de Judá”. Nos consta que naciste allí y que grandes señales acompañaron tu nacimiento. Algunos de tus discípulos son testigos de esto. ¿Puedes negar que los tres Sabios te adoraron como Rey?”

“No lo niego”.

“¿Puedes negar que el milagro te precede y que te acompaña y que te sigue como señal del cielo?”

“No lo niego”.

“¿Puedes negar que eres el Mesías prometido?”

“No”.

“Entonces en nombre de Dios vivo ¿por qué quieres defraudar las esperanzas de un pueblo?”

“Yo he venido a realizar la esperanzas de Dios”.

“¿Cuáles?”

“Las de la redención del mundo, del establecimiento del Reino de Dios. Mi Reino no es de este mundo. Dejad en su lugar vuestras riquezas, dejad las armas. Abrid los ojos y el corazón para leer la Escrituras y los Profetas, y para acoger mi verdad, y tendréis el Reino de Dios en vosotros”.

“No. Las Escrituras hablan de un Rey Libertador”.

“De la esclavitud satánica, del pecado, del error, de la carne, del gentilismo, de la idolatría. ¿Qué os hizo Satanás, hebreos, pueblo sabio, para haceros caer hasta tal punto en error acerca de las verdades proféticas? ¿Qué os hacen hebreos, hermanos míos, para haceros de tal manera ciegos? ¿Qué os hace, discípulos míos, para que ni siquiera vosotros comprendáis nada? La mayor desgracia de un pueblo y de un creyente es el de caer en una falsa interpretación de las señales. Y aquí es donde se verifica esa desgracia. Intereses personales, prejuicios, arrebatos, amor patrio mal entendido, todo esto sirve para que se abra el abismo... el abismo del error en que un pueblo desconociendo a su Rey perecerá”.

“Tú eres el que te desconoces”.

¹⁰ Cfr. Jue. 4-5.

¹¹ Cfr. 1 Mac. 2.

“Lo sois vosotros, y además me desconocéis. Yo no soy el rey humano. Vosotros... vosotros, tres cuartas partes de los aquí reunidos, lo sabéis. Queréis mi mal, no mi bien. Lo hacéis por odio, no por amor. Os perdono. Digo a los rectos de corazón: “Volved a vosotros mismos, no seáis siervos involuntarios del mal”. Dejadme que me vaya. No tengo nada qué añadir”.

Un silencio lleno de estupefacción...

Eleázar dice: “No soy enemigo tuyo. Creía que buscaba tu bien. No soy el único... Otros amigos piensan como yo.

“Lo sé. Pero dime, y sé sincero: ¿qué dice Gamaliel?”

“¿El rabí?... Dice Sí, dice: “El Altísimo dará señal si este es su Mesías”...”

“Dice bien. ¿Y qué José el anciano?”

“Que Tú eres el Hijo de Dios y reinarás como Dios”.

“José es un hombre recto. ¿Y Lázaro de Betania?”

“Sufre... Habla poco... Pero dice... que reinarás sólo cuando nuestros espíritus te acojan”.

“Lázaro es un sabio. Cuando vuestros espíritus me acojan. Por ahora vosotros, también vosotros a quienes tomaba como unos corazones que me aceptaban, no aceptáis ni al Rey ni a su Reino; y esto me llena de dolor”.

“En una palabra: No aceptas” gritan muchos.

“Lo habéis dicho”.

“Nos has hecho comprometernos, nos dañas, nos...” gritan otros: herodianos, escribas, fariseos, saduceos, sacerdotes...

Jesús se aparta de la mesa y se dirige a este grupo mirándolo fijamente. ¡Qué ojos! Involuntariamente los del grupo enmudecen, se pegan contra la pared... Jesús se dirige a ellos cara a cara, y calmadamente pero con una claridad sin ambages, como un sablazo: “Está dicho: “Maldito quien golpea a su prójimo a escondidas y acepta dones para condenar a muerte a un inocente”¹². Yo os digo: os perdono. Pero vuestro pecado lo conoce el Hijo del hombre. Si no os perdonase Yo... Por cosas menores Yeová redujo a cenizas a muchos de Israel” Es tan severo al decir esto, que nadie se atreve a moverse. Jesús levanta la doble y pesada cortina y sale al patio sin que nadie se atreva a hacer algo. Solo cuando las cortinas dejan de moverse, esto es, después de algunos minutos, vuelven a pensar.

“Hay qué alcanzarlo... Hay qué detenerlo...” dicen los más enfurecidos.

“Hay qué decirle que nos perdone” dicen los mejores, como Mannaén, Timoneo, los prosélitos, el de Bozra, en una palabra, los rectos de corazón.

Se apiñan fuera de la sala. Buscan, preguntan a los siervos: “¿El Maestro? ¿Dónde está?”

“¿El Maestro? Nadie lo ha visto, ni siquiera los que están en las dos puertas del patio. No está...” Con antorchas y linternas lo buscan en la oscuridad del jardín, en la habitación donde descansó. No está, ni tampoco está su manto que había dejado sobre el lecho, ni la bolsa dejada en el patio...

“¡Se escapó! ¡Es un satanás! No. Es Dios. Hace lo que quiere. ¡Nos traicionará! No. Nos conocerá por lo que valemos”. Un griterío de pareceres y de insultos recíprocos. Los de buen corazón gritan: “Nos engañasteis. ¡Traidores! ¡Debíamos de haberlo pensado!” Los malintencionados, y son los más, amenazas, perdido el macho cabrío expiatorio, vuelven su ira contra sí mismos...

¿Dónde está Jesús? Lo veo, porque me lo permite, muy lejos, en dirección del puente que da sobre la desembocadura del Jordán. Camina veloz, como si el viento se lo llevase. Sus cabellos le revolotean por su rostro pálido, su vestido se agita cual una vela en su ligero andar. Luego, cuando está seguro que se ha alejado, se interna entre las espadañas de la ribera. Toma por la ribera. Y apenas encuentra las primeras rocas del alto acantilado se sube, sin preocuparse de la poca luz, ni del peligro que supone el subir por la costa abrupta. Sube, continúa subiendo hasta una roca alargada sobre el lago, cubierta por una vieja encina, y allí

¹² Cfr. Deut. 27, 24.

se sienta, pone un codo sobre su rodilla, sobre la palma de la mano, apoya su mentón, y con la mirada fija en la vastedad envuelta en la noche –apenas si se puede ver por lo blanco de su vestido y por la palidez de su rostro- está...

Pero alguien lo ha seguido. Es Juan, semidesnudo, esto es, con la túnica corta de pescador, con los cabellos empapados en agua, anhelante y sin embargo pálido. Se acerca poco a poco a Jesús. Parece una sombra que se deslizara sobre el escabroso acantilado. Se detiene distante. Mira a Jesús atentamente... No se mueve. Parece cual roca. Su túnica oscura lo favorece. Sólo la cara, las pantorrillas y los brazos desnudos son visibles en la oscuridad de la noche. Pero cuando oye que Jesús llora, entonces no resiste más, y se acerca hasta hacerse oír: “¡Maestro!”

Jesús oye. Levanta su cabeza. Se recoge la vestidura pronto a huir.

Juan grita: “¿Qué te hicieron, Maestro, para que no me reconozcas?”

Jesús reconoce a su predilecto. Le tiende los brazos y Juan se lanza a ellos. Los dos lloran por dos diversos dolores y por un solo amor.

El llanto cesa y Jesús es el primero en volver a la visión completa de las cosas. Siente y ve a Juan semidesnudo, con la túnica empapada en agua, con su cuerpo que tiembla de frío, descalzo. “Cómo estás aquí y en estas trazas?”

“¡No me regañes, Maestro! No pude aguantarme... No podía dejarte ir... Me quité los vestidos, menos la túnica, y me eché a nado tornando a Turiquea y de allí, por la ribera, corrí al puente y luego paso tras paso, detrás de Ti. Me quedé escondido en el foso que está cerca de la casa, pronto a ir en tu ayuda, o por lo menos para saber si te raptaban, si te hacían algún mal. Oí mucha gritería. Luego te vi pasar veloz delante de mí. Parecías un ángel. Para seguirte sin perderte de vista me metí en fosos y pantanos y por eso estoy lleno de lodo. Te ensucio el vestido... te miraba desde que estás aquí... ¿Llorabas? ¿Qué te han hecho, Señor mío? ¿Te insultaron? ¿Te golpearon?”

“No. Me querían hacer rey. ¡Un pobre rey, Juan! Varios lo hacían de buena fe, llevado de un amor verdadero, por un fin bueno... Pero los más... para poder denunciarme y matarme...”

“¿Quiénes son?”

“No preguntes”.

“¿Y los otros?”

“No preguntes ni siquiera el nombre de estos. No debes odiar, ni debes criticar... Los perdono...”

“Maestro... ¿había discípulos?... Dime sólo esto”.

“Sí”.

“¿Y apóstoles?”

“No, Juan. Ningún apóstol”.

“¿De veras Señor?”

“De veras, Juan”.

“Dios sea alabado... Pero, ¿por qué sigues llorando, Señor? Yo estoy contigo. Te amo por todos. También Pedro, y Andrés y los demás... Cuando vieron que me echaba en el lago, me dijeron que estaba loco, y Pedro se enfureció y mi hermano dijo que quería yo morir en los remolinos. Pero luego comprendieron y gritaron: “Dios te acompañe. Ve, ve”. Nosotros te amamos, pero nadie como yo, que soy un muchacho”.

“Sí. Nadie como tú. ¡Tienes frío! Ven aquí bajo mi manto...”

“No, a tus pies. ¡Así... Maestro mío! ¿Por qué no todos te aman como este pobre muchacho cual soy yo?”

Jesús lo estrecha contra su corazón, sentándose a su lado: “Porque no tienen un corazón de niño...”

“¿Querían hacerte rey? ¿Pero no han comprendido que tu Reino no es de esta tierra?”

“¡No lo comprenden!”

“Sin decir nombre alguno, cuéntame, Señor, cómo estuvo...”

“Pero tú no dirás lo que te digo”.

“Si así lo quieres, Señor, no lo diré...”

“No lo dirás sino cuando los hombres quieran presentarme como un cabecilla vulgar. Llegará ese día. Tú estarás y dirás: “Él no fue Rey de la tierra, porque no quiso, porque su reino no es de este mundo. Él es el Hijo de Dios, el Verbo encarnado y no podía aceptar lo que es terreno. Quiso venir al mundo, revestirse de carne para redimir al mundo, a las almas, al mundo. Pero no se sometió a las pompas del mundo, ni a los incentivos del pecado. En Él no hubo nada de carnal ni de mundano. Las Tinieblas no envolvieron la Luz. El infinito no aceptó cosas finitas, sino que de las criaturas, limitadas por la carne y el pecado, hizo criaturas que le fuesen iguales, llevando a los que creen en Él a la verdadera realeza y estableciendo su Reino en los corazones, antes de inaugurarlos en los cielos, donde será perfecto y eterno con todos los salvados”. Dirás esto, Juan, a quien querrá verme sólo hombre, a quien querrá verme sólo espíritu, a quien negara que Yo haya sufrido tentaciones... que haya padecido... Dirás a los hombres que el Redentor lloró... y que ellos, los hombres, fueron redimidos aun con mi llanto...”

“Sí, Señor. ¡Cómo sufres!”

“¡Y así redimo! Pero tú me consuelas en el sufrimiento. Cuando amanezca nos iremos de aquí. Encontraremos una barca. ¿Crees que podremos ir sin remos?”

“Yo lo creería aun si dijese que iríamos sin barca...”

Se quedan así juntos, envueltos en el único manto. Juan, sintiendo calor, termina por dormirse, cansado, como un niño en los brazos de su madre.

157. Jesús habla del predilecto

31 julio 1946

Dice Jesús:

“Mira esta página de sabor tan evangélico y desconocida, pero muy ilustrativa es para los rectos de corazón. Juan al escribir, después de varios lustros su Evangelio, hace una brevísima alusión al hecho. Obediente al deseo de su Maestro de cuya divinidad habla más que los otros, descubre a los hombres este pormenor ignorado, y lo descubre con esa discreción pura que envolvía todas sus acciones y palabras de un humilde pudor.

Juan, el confidente de los hechos más importantes de mi vida, jamás se enorgulleció de esta predilección mía. leed bien y veréis que parece como que sufra al revelarlos y como que dijese: “Debo decirlo porque es verdad que ensalza a mi Señor, pero pido perdón porque debo aparecer como el único en saberlo”¹ y con breves palabras describe el pormenor que sólo el conocía.

Leed el primer capítulo del Evangelio, donde refiere su encuentro conmigo: “Juan el Bautista estaba de nuevo con dos de sus discípulos... Ellos, oídas estas palabras... Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron de Juan estas palabras, y que siguieron a Jesús. El primero a quien encontró Andrés...”² Él no se nombra, antes bien trata de desaparecer tras Andrés a quien realza.

En Caná estuvo conmigo y escribe: “Jesús estaba con sus discípulos... y sus discípulos creyeron en Él”. Los otros eran los que tenían necesidad de creer. Él ya creía, pero se unifica con los demás como alguien que tiene necesidad de ver milagros para creer.

Testigo cuando por vez primera arrojé a los mercaderes del Templo³, en la conversión con Nicodemo, en el episodio de la Samaritana, nunca dice: ‘Yo estuve’, sino observa la conducta que tomó en Caná. Dice: ‘Sus discípulos’, aun cuando estuvo él solo o con otro. Y así continúa, sin nombrarse jamás, poniendo siempre a sus compañeros en luz, como si no hubiera sido el más fiel en todas las circunstancias.

¹ Cfr. Ju. 1, 35-40.

² Ib. 2, 2 y 11.

³ Ib. 2, 22; 3, 22; 4, 1-3; 27-33.

Recordad con qué delicadeza hace alusión a lo que sucedió durante la última cena. De ella se ve que aun los otros reconocían que él era el predilecto y por eso recurrían a él cuando querían saber los secretos del Maestro: 'Así pues los discípulos empezaron a mirarse el uno al otro, porque no sabían a quién se pudiese referir el Maestro. Uno de ellos, el predilecto de Jesús, recostaba su cabeza sobre su pecho. Simón le hizo señal y le dijo: '¿A quién se refiere?' Y el predilecto, reclinado como estaba sobre el pecho de Jesús, le preguntó: '¿Quién puede ser, Señor?'⁴.

Ni siquiera dice su nombre en el Getsemaní lo llamé a él, a Pedro y a Santiago. No dice: 'Yo seguí al Señor', Dice: 'Lo siguió Simón Pedro y otro discípulo, a quien conocía el Pontífice. Ambos entraron en el atrio del Pontífice'⁵. Sin Juan, no hubiera tenido el consuelo de verlo a él y a Pedro en las primeras horas de mi aprehensión. Juan no se gloria de ello. Personaje entre los principales en las horas de la Pasión, el único apóstol que estuvo presente a ella porque me amaba, porque me era fiel. Heroicamente estuvo cerca de Mí, cerca de mi Madre, haciendo frente a Jerusalén que había perdido el control. Y sin embargo calla su nombre aun en el episodio inolvidable de la Crucifixión y cuando al morir dije: 'Mujer, he ahí a tu hijo', 'He ahí a tu Madre'⁶, es el 'discípulo' que no tiene nombre, sin otro modo de reconocerlo que el que constituye su gloria, después de su vocación: 'el discípulo'.

"Nombrado 'hijo' de la Madre de Dios, ni siquiera con esta honra se engrandece y en la Resurrección dice una vez más: "Pedro y el otro discípulo (a quien María de Betania había comunicado el episodio del sepulcro vacío) salieron... corrieron... pero el otro discípulo corrió más rápido que Pedro, llegó primero y se asomó... pero no entró'⁷ ¡Un rasgo de gran humildad! Deja él, el predilecto, el fiel, que Pedro, la cabeza, aunque pecador por cobardía, sea el primero en entrar. No lo critica. Es su Pontífice. Más bien lo ayuda con su santidad porque también los 'jefes' pueden, y de hecho tienen necesidad del que los súbditos los sostengan. ¡Cuántos súbditos hay mejor que los 'jefes' No neguéis jamás, oh buenos súbditos, a los 'jefes', vuestra compasión, a ellos que se doblegan bajo el peso que no saben llevar, o a quienes el humo del honor ciega y embriaga. Sed, oh buenos súbditos, los cirineos de vuestros superiores. Sélo, Juanito mío, porque por ti hablo a todos, los 'Juanes' que corren delante y guían a 'los Pedros' y luego se detienen para dejarlos entrar, por respeto a su cargo, y que -¡oh humildad perfecta!-para no mortificar a los 'Pedros' que no saben comprender y creer, llegan a mostrar, y a que se crea, que son unos tontos e incrédulos como los 'Pedros'.

Leed el último episodio sucedido en el lago de Tiberíades. Una vez más es Juan quien, repitiendo lo que ha hecho otras veces, reconoce al Señor en el Hombre que estaba parado en la ribera, y después de haber comido, es él 'el discípulo' por quien Pedro pregunta: "¿Y a ese qué le pasa?"⁹.

En lo que se refiere a él, nunca dice nada. Pero cuando se trata de decir algo que haga resplandecer la luz divina de Verbo Encarnado, entonces sí que Juan recorre los velos y secretos.

Se dice en el capítulo sexto del Evangelio: "Sabiendo que querían raptarlo para hacerlo rey, nuevamente huyó al monte"¹⁰. Esta hora se da a conocer a los creyentes para que sepa que fueron múltiples y complejas las tentaciones y luchas que sostuvo el Mesías en su diversas formas de Hombre, Maestro, Redentor, Rey, y que los hombres y Satanás, el eterno azuzador de los hombres, no desaprovecharon ninguna oportunidad para destruirlo, para abatirlo. La malicia satánica, la malicie humana no dejaron de mover nada contra el Hombre, contra el Eterno Sacerdote, contra el Maestro y Señor. Movieron sus astucias veladas con los mejores

⁴ Ju. 13, 22-25.

⁵ Ib. 18, 15.

⁶ Cfr. Ju. 19, 25-27.

⁷ Cfr. Ju. 20, 3-6.

⁹ Cfr. Ju. 21, 7-24.

¹⁰ Cfr. Ju. 6, 15.

pretextos, y excitaron las pasiones del ciudadano, del patriota, del hijo del hombre, y toda para ver si podían descubrir el menor resquicio de debilidad.

Oh, hijos míos que no pensáis sino en las primeras y últimas tentaciones, y os parece que 'mis fatigas' fueron las postreras, y que sólo las últimas horas fueron las dolorosas; amargas y desengañosas las últimas experiencias. Poneos, por una hora, en mi lugar. Pensad que sois vosotros a quienes se propone que tendréis paz con vuestros compatriotas, que os ayudarán, que podréis realizar las purificaciones necesarias para hacer santo al País amado, que seréis capaces de restaurar, reunir los miembros esparcidos de Israel, de acabar con el dolor, la esclavitud, el sacrilegio. Y no digo que os pongáis en mi lugar, pensando en la corona que se os ofrece. Os digo que penséis que por una hora tenéis mi Corazón de Hombre y decidme: ¿Cómo habríais quedado parados con la seductora proposición? ¿Habríais sido fieles vencedores de la divina idea, o más bien unos vencidos? ¿Habríais salido de la prueba, santos y espirituales; o más bien habríais cedido a la tentación, o a las amenazas? ¿Y con qué valor habríais salido, después de haber comprobado hasta qué punto Satanás arrojaba sus armas para herirme en mi misión y en los afectos, arrastrando por un camino equivocado a los discípulos buenos y poniéndome en lucha abierta con los enemigos, que habían arrojado de sí la máscara, y que se habían enfurecido mucho más al verse descubiertos en sus complots?

No toméis el compás y la regla, el microscopio y la ciencia humana. No os aferréis a argumentos ridículos de un escriba para medir, comparar, refutar, hasta qué punto Juan dijo bien, o hasta qué punto es verdadero esto o aquello. No busquéis en las palabras de Juan algo más de lo que no se dijo en ellas. Juan no se equivocó por debilidad de anciano, y no se equivocó Juanito por debilidad de enfermo. Lo que dijo, fue lo que vio. El gran Juan, después de varios lustros de lo sucedido, narró lo que sabía y con indicaciones de lugares y hechos reveló el secreto que sólo él conocía de la tentación, y del intento no ajeno de maldad, de querer coronar al Mesías.

En Tariquea, después de la primera multiplicación de los panes, surge la idea de hacer rey de Israel al Rabí Nazareno. Están presentes Mannaén, el escriba y otros muchos que, imperfectos en su corazón, tenían con todo buena intención. Aceptan la idea, y por honrar al Maestro se hacen colaboradores para poder así terminar con la injusta lucha que se le hace, y esto, debido a su mala interpretación de las Escrituras, error extendido en todo Israel que estaba ciego con sueños de una realeza humana, y porque esperaban santificar la patria profanada con tantas cosas.

Y muchos, como es natura, aceptan la idea sin más ni más. Muchos fingían mentirosamente estar conmigo para poderme hacer daño. Olvidando el odio mutuo que se tenían lo lanzan contra Mí. Dejan a un lado sus rencillas de castas que los había tenido siempre divididos y se alían para tentarme, para poder dar una apariencia legal al crimen que en su corazón habían ya decidido. Ponen su esperanza en alguna debilidad mía, en algún acto de orgullo. Ellos, orgullo y debilidad por una parte y por otra mi aceptación de la corona que se me ofrecía, hubieran sido causa suficiente para justificar la acusación que habían pensado lanzar contra Mí. Y luego... luego habrían tranquilizado su corazón mentiroso, lleno de remordimientos, y se dirían a sí mismos: "No hemos sido nosotros, sino Roma quien acabó con el agitador Nazareno". La eliminación *legal* de su Enemigo, pues tal era para ellos su Salvador.

Estas son las razones de su fingida proclamación. Esta es la razón de sus manifestaciones futuras de odio. Esta es en fin la lección profunda del Cristo. ¿La comprendéis? Es lección de humildad, justicia, obediencia, fortaleza, prudencia, fidelidad, perdón, paciencia, vigilancia, y todo esto para con Dios, para con la propia misión, para con los amigos, para con los desengaños, para con los enemigos, para con Satanás, para con los hombres, sus instrumentos de tentación, para con las cosas, para con las ideas. Todo debe de tenerse en cuenta, de aceptarse, rechazarse, amarse u odiarse, mirando el santo fin del hombre, que es el cielo, que es la Voluntad de Dios.

Juanito: Esta fue una de las horas de Satanás que empleó contra Mí. Como las experimentó el Mesías, así también las han experimentado sus seguidores. Es menester soportarlas y vencerlas sin soberbia, sin desesperanzas. Tiene su razón de ser, y es buena. Por lo tanto no tengas miedo. Durante estas horas, Dios no abandona, sino que sostiene a quien es fiel. Luego desciende el Amor para hacer a los hombres fieles, reyes. Y luego cuando termine la hora acá en la tierra, subirán los fieles al Reino, a una paz eterna, a una victoria sin fin.

Mi paz sea contigo, Juanito, coronado de espinas. Mi paz..."

158. En Betsaida. En Cafarnaum. Salen a un nuevo viaje

1° agosto 1946

"Rema hacia Betsaida" dice Jesús que va con Juan en una barquita cuando están en la mitad del lago que poco a poco va iluminándose con los resplandores del nuevo día.

Juan obedece sin hablar. Un ligero viento hincha la pequeña vela y hace que la baca se deslice veloz hasta inclinarla a un lado. Taja las aguas veloz. La costa oriental desaparece y la parte norte en forma de arco se acerca más y más.

"Atraca antes de llegar al poblado. Quiero ir a casa de Porfiria sin que nadie me vea. Vete luego al lugar acostumbrado y allí me espera en la barca".

"Está bien, Maestro. ¿Y si alguien me ve?"

"Entretenlo sin decir a dónde fui. Pronto regreso".

Juan ve cerca de la playa un lugar bueno para desembarcar. Es un lugar de donde se sacó arena por alguna razón, y forma una especie de un minúsculo golfo de pocos metros, pero en el que puede detenerse una barca a profundidad de cincuenta centímetros.

Se dirige allá. La barca roza el fondo pero logra atracar. Juan la tiene firme en la playa, asiéndose de una raíz. Jesús salta a la playa. Juan apoya el remo sobre ella, y con un empujón lanza la barca otra vez hacia adentro. Levanta su cara iluminada con su sonrisa de bueno y dice: "Hasta pronto, Maestro".

"Hasta pronto Juan" y Jesús se abre paso entre la hierba, entre tanto que el discípulo bordea la costa.

Jesús da vuelta, pasa entre los huertos que están detrás de Betsaida. Camina ligero para no entrar en el poblado cuando empieza a despertarse. Sin encontrar a nadie llega a casa de Pedro. Llama a la puerta de la cocina. Pocos segundos de lo alto se asoma Porfiria, que lanza un grito de sorpresa. Se recoge con una mano su espléndida cabellera —su única belleza— que tiene suelta sobre la espalda y corre escalera abajo, descalza, pues estaba aseándose.

"¡Señor, Tú! ¿Solo?"

"Sí, Porfiria. ¿Dónde está Marziam?"

"Durmiendo. Durmiendo todavía. Está un poco decaído... y por esto no hago que se levante pronto. Es cuestión también de la edad... ha crecido... Mientras duerme ni piensa ni llora..."

"¿Llora con frecuencia?"

"Sí, Maestro. Creo que se trate de debilidad. Trato de animarlo... de consolarlo... Pero él dice: "Me quedo solo. Se van todos los que amo. Cuando no esté ya Jesús..." y lo dice como si nos fueses a abandonar... Claro... encontró muchos dolores en su vida... Pero yo y Simón lo queremos mucho... Mucho, créelo, Maestro".

"Lo sé. Su alma siente... Porfiria, tengo qué hablarte de estas cosas. Por esto vine, sin Simón, a esta hora. ¿A dónde podemos ir para hablar sin que Marziam nos oiga o que alguien nos perturbe?"

"Señor... no dispongo más que de... mi alcoba, o bien el cuarto de las redes... Marziam está arriba, también yo, porque nos fuimos allá para buscar algo de fresco..."

"Vamos al cuarto de redes. Está más separado y Marziam no nos podrá oír si se despierta".

"Ven, Señor" y Porfiria lo guía al rústico cuarto en que hay un poco de todo: redes, remos, utensilios, heno para las ovejas, un telar...

Porfiria se apresura a limpiar una especie de mesa que está contra la pared y le quita el polvo con un trapo para que el Maestro se siente.

“No te preocupes, mujer. No estoy cansado”.

Porfiria levanta sus dulces ojos y mira el rostro abatido, fatigado de Jesús, y parece como si dijera: “Sí que lo estás”. Pero acostumbrada a callar, no protesta.

“Escúchame, Porfiria. Tú eres una mujer y discípula buena. Desde que te conocí siempre te he querido mucho, y con mucho gusto te tomé por discípula y te confié al muchacho. Eres prudente y virtuosa como pocas. Sé que sabes callar, virtud muy rara en las mujeres. Por todas estas cosas he venido a hablarte en particular y a confiarte una cosa que nadie sabe, ni siquiera los apóstoles, ni el mismo Simón. Te la quiero decir para que veas cómo debes comportarte con respecto a Marziam... y con todos... Estoy seguro que darás gusto a tu Maestro en lo que te voy a pedir, y que será prudente como siempre...”

Porfiria al oír los elogios de su Señor, se pone coloradísima. No hace más que decir sí con la cabeza, pues está muy conmovida –ella que es tan tímida y que está acostumbrada a aceptar la voluntad de los demás que ni siquiera le preguntan si quiere o no- muy conmovida para decir con palabras que acepta.

“Porfiria... no volveré a estas partes, sino hasta que todo se haya cumplido... ¿Tú sabes, no es verdad, lo que debo realizar?”

Al oír estas palabras Porfiria deja caer su cabellera que tenía recogida sobre su nuca con la mano izquierda, y más que un grito, lanza un sollozo que ahoga llevándose las dos manos a la cara, entre tanto que cae de rodillas llorando: “Lo sé, Señor, mi Dios...” y llora con un llanto tan silencioso que sólo se ve por las lágrimas que de sus dedos con que se cubre la cara, caen al suelo.

“No llores, Porfiria. Por esto he venido. Estoy preparado... y preparados lo están quienes, sirviendo al Mal, servirán en realidad al Bien, porque harán que se adelante la hora de la Redención. Podría realizarse aun ahora porque tanto Yo como ellos estamos preparados... y cualquier otra hora o algún suceso que se interpusiere, no servirán más que para dar forma completa a su crimen... y a mi Sacrificio. Estas horas que precederán a *aquella hora*, sirven de algo... Todavía hay algo de realizarse y de decirse porque todo lo que tenía qué cumplirse, debe realizarse con conocimiento mío... Mas no regresaré aquí... Por última vez miro estos lugares... y por última vez entro en esta casa honrada... No llores... No quise irme sin darte el adiós y mi bendición. Llevaré conmigo a Marziam, al ir a los confines fenicios y luego cuando baje a Judea para los Tabernáculos. No me faltará ocasión para devolvértelo, antes de que arrecie el invierno. ¡Pobre muchacho! Estará contento conmigo por algún tiempo. Y además... Porfiria, no está bien que Marziam se encuentre presente a *mi* hora. Por eso no lo dejarás ir a la Pascua...”

“El precepto, Señor...”

“Lo absuelvo del precepto. Soy el Maestro, Porfiria, y soy Dios, lo sabes. Como Dios puedo absolver de antemano de una omisión que en realidad no lo es, porque Yo lo quiero por motivo de justicia. El obedecer a mis órdenes es de sí absolución a la omisión del precepto, porque obedece a Dios –y esto también es un sacrificio para Marziam- es siempre superior a cualquier otra cosa. Soy Maestro. No es buen maestro quien no sabe medir las cualidades y reacciones de su discípulo y no piensa en las consecuencias de un esfuerzo superior que el discípulo no puede soportar. También cuando uno impone la virtud, se debe ser prudente y no querer exigir algo que la formación espiritual o las fuerzas generales del hombre no pueden dar. Exigir una virtud o un dominio espiritual exagerados respecto al grado de fuerzas espirituales, morales y aun físicas al que ha llegado el hombre, puede destruir las fuerzas acumuladas y despedazar el ser en sus tres grados: espiritual, moral y físico. Marziam desde muy pequeño ha sufrido y ha conocido demasiado la brutalidad de los demás, hasta llegar a odiarlos. No podría soportar lo que será mi pasión: un mar de amor doloroso en el que lavaré los pecados del mundo, y un mar de odio satánico que tratará de sumergir a todos los que he amado y de aniquilar todo mi trabajo de Maestro. En verdad te digo que aun los más fuertes se doblegarán bajo la marea de

Satanás, al menos por un poco de tiempo... Pero Yo no quiero que Marziam se doblegue, y beba de esa onda desoladora... Es un inocente... y lo quiero... Compadezco mucho a quien ha sufrido más de lo que sus fuerzas pudieron resistir... He vuelto a llamar de allá el espíritu de Juan de Endor...”

“¿Murió ya Juan? Marziam ha escrito muchos rollos para él... Otro dolor será para él...”

“Yo le comunicaré la muerte de Juan... te decía que lo he sacado de la vida para preservarlo también del golpe de aquella hora. A Juan los hombres lo hicieron también sufrir mucho. ¿Con qué objeto hay que despertar sentimientos adormecidos? Dios es bueno. Prueba a sus hijos, pero no es un experimentador despreocupado... Si los hombres lo imitasen, cuántas ruinas se evitarían en los corazones, o más aun cuántas borrascas peligrosas ignorarían... Bien, tornando a Marziam, él no debe ir a la siguiente Pascua. Por ahora nada dirás. Cuando llegue el momento le dirás así: “El Maestro me dio órdenes de no enviarte a Jerusalén. Te promete un premio especial si obedeces”, Marziam es bueno y obedecerá... Porfiria, esto es lo que quería de ti. Tu silencio, tu fidelidad, tu amor”.

“Todo lo que quieras, Señor mío. Honras demasiado a tu pobre sierva... No merezco tanto... vete en paz, Maestro y Dios. Haré lo que dices...” El dolor la vence y se postra en tierra –antes estaba e rodillas- su cara está pegada al suelo; sus negros cabellos le sirven de manto. Solloza fuertemente: “¡Qué dolor, Maestro! ¡Qué dolor! ¡Pierde el mundo! ¡Perdemos los que te amamos! ¡Pierde tu sierva! ¡Pierdo al único que en realidad me ha amado! ¡Que no me ha despreciado! ¡Que no me ha impuesto su voluntad! ¡Que me ha tratado como a las demás, a mí que soy una ignorante, una pobre, una tonta! Marziam y yo –pues él me lo dijo primero que todos- nos habíamos tranquilizado... Todos afirmaban que no puede ser cierto... Todos: Simón, Natanael, Felipe... sus mujeres... y ellas saben, son sabias... y Simón... mi Simón, si Tú lo escogiste es porque debe valer algo... ¡y todos! Todos decían que no puede ser... Pero ahora Tú lo dices. Tú lo dices... y no se puede dudar de tu palabra...” El dolor destroza a Porfiria.

Jesús se inclina. Le pone una mano sobre la cabeza: “No llores así... Marziam podría oír... Lo sé... Nadie lo cree... nadie quiere creer... y su saber, su amor es causa de que no crean... Pero así es... Porfiria, me voy. Antes de irme te bendeciré ahora y para siempre. Recuerda que te he amado, y que me he sentido satisfecho de que me amaras. No te digo: sigue amándome, porque sé que lo harás, porque el recuerdo de tu Maestro será siempre tu dulzura y en él te refugiarás. Tu dulzura y tu paz aun en la hora de tu muerte. Piensa entonces que tu Maestro murió para abrirte el Paraíso y que te espera allí. “¡Ea! Levántate. Voy a despertar a Marziam. Borra las huellas de tu llanto y ven con nosotros. Juan me está esperando para llevarme a Cafarnaum. Si tienes algo que enviar a Simón, prepáralo. Acuérdate que necesitará de sus vestidos gruesos...”

Porfiria, una mujer en realidad sumisa y obediente, besa los pies de Jesús, trata de ponerse de pie, pero una onda de amor le hace perder la cabeza, y sonrojándose vivamente, toma las dos manos de Jesús, las besa una, dos, diez veces. Luego se levanta y lo deja ir...

Jesús sale. Sube a la terraza, entra en una especie de pabellón hecho con las velas extendidas sobre cuerdas donde están los dos lechos. Marziam todavía duerme. No se ve más que una mejilla de su cara morena y un brazo largo y flaco que sale de debajo de la sábana que lo cubre.

Jesús se sienta en tierra cerca del lecho, acaricia levemente sus guedejas descompuestas que cubren su mejilla pálida. Marziam hace un movimiento, pero no se despierta del todo. Jesús vuelve a hacer lo mismo. Luego se inclina a besar la frente que ahora está descubierta. Marziam abre sus ojos y ve a su lado a Jesús, inclinado sobre él. Casi no puede creerlo, piensa que está soñando. Jesús le habla y entonces el jovencuelo se levanta, y se echan en sus brazos...

“¿Aquí Maestro?”

“Vine para llevarte conmigo por unos meses

. ¿Contento?”

“Sí. ¿Y Simón?”

“Está en Cafarnaum. Vine con Juan...”

“¿También regresó él? ¡Qué contento se va a poner! Le daré lo que escribí”.

“No hablo de Juan de Endor, sino de Juan de Zebedeo. ¿No estás contento?”

“Sí. Lo quiero mucho, pero también al otro... tal vez hasta más...”

“¿Por qué Marziam? Juan de Zebedeo es muy bueno”.

“Sí pero el otro es muy infeliz y también yo lo fui y todavía lo soy un poco... Entre gente que sufre, se entiende uno y se ama uno...”

“¿Te sentirías contento de saber que ya no sufre y que es muy feliz?”

“Sí que me sentiría. Pero no puede ser feliz si no está contigo... ¿Ha muerto acaso, Señor?”

“Está en paz, y hay qué sentirse uno contento de ello, sin egoísmos, porque ha muerto como un justo, y porque ahora no hay separación entre su espíritu y el mío. Tenemos un amigo más que ruega por nosotros”.

Marziam tiene dos lágrimas en su cara flaca y pálida, y en voz baja murmura: “Es verdad”.

Jesús no añade más, ni hace observación sobre el estado físico y moral de Marziam que a las claras se ve que ha enflaquecido, más bien dice: “¡Ea! Vámonos. Ya hablé con Porfiria. Ahora ha de estar preparando tus vestidos. También tú arréglate, que Juan nos está esperando. Daremos una sorpresa a Simón. ¿No es aquella su barca que regresa a Cafarnaum? Tal vez pescó cuando regresaba...”

“Sí, es esa. ¿A dónde vamos, Señor?”

“Al norte y luego a Judea”.

“¿Por mucho tiempo?”

“Sí”.

Marziam entusiasmado con la idea de estar con Jesús, se levanta rápido, baja a toda prisa a lavarse al lago y vuelve con los cabellos húmedos, gritando: “He visto a Juan. Me hizo una señal de saludo. Está en la desembocadura, entre el cañaveral...”

“Vámonos”.

Bajan. Porfiria está terminando de cerrar dos alforjas, dice: “Pensé enviar más tarde los vestidos gruesos a Getsemaní, para mi hermano, parta la fiesta de los Tabernáculos. Así caminaréis más ligeros tanto tú como tu padre” y mientras termina de amarrar los cordones hace lista de lo que preparó: leche, pan, frutas...

“Lo comeremos en la barca. Quiero irme antes de que se apiñe la gente. Adiós, Porfiria. Que Dios siempre te bendiga y la paz de los justos esté siempre en ti. Vámonos, Marziam”...

Atraviesan pronto el breve trecho de la calle y mientras Marziam va a donde está Juan, Jesús va a la barca, a la que inmediatamente llegan los dos que corren entre el cañaveral, saltan en ella y se valen del remo para entrar agua adentro. Reman. Se detienen en la playa de Cafarnaum en espera de la barca de Pedro que está por llegar. La hora los salvó del asedio de la gente y pueden, tirados sobre la arena bajo la sombra de la barca, comer en paz su pan y fruta.

Simón no conoce la barca y por esto cuando desembarca y ve que detrás está la barca de Jesús, cae en la cuenta de Él.

“¡Maestro! ¡Y tú, Marziam! ¿Desde qué hora?”

“Desde hace unos cuantos minutos. Paseé por Betania. Date prisa. Hay qué partir cuanto antes...”

Pedro lo mira pero no dice nada. Él y sus compañeros descargan el pescado, sacan de los sacos los vestidos, y también el de Juan que ahora puede vestirse. Simón pregunta algo al compañero, que le hace una señal como diciendo: “Esperaré...”

Van a la casa. Entran. Los apóstoles que se han quedado, acuden.

“Daos prisa. Nos vamos inmediatamente. Tomad todo, porque no volveremos aquí” ordena Jesús.

Los apóstoles se miran a hurtadillas y se traba una red de señales con que se hablan, pero obedecen. Creo que lo hacen con prisa para poder hablar en las otras habitaciones...

Jesús se queda en la cocina con Marziam, se despiden de los dueños de casa: "No regreso más", ni siquiera cuando pasa por la calle aunque lo vean y saluden. Sencillamente les responde con su saludo acostumbrado. Se detiene en la casa de Jairo, que todavía no ha regresado.

Encuentra cerca de la fuente a la viejecita que vive cerca de la casa de la madre del pequeño Alfeo y le dice: "Dentro de poco vendrá aquí una viuda. Te buscará. Se quedará aquí. Procura ser amiga y amado mucho al niño y a sus hermanos... Hacedlo santamente, en nombre mío..."

Prosigue caminando y de sus labios se oye: "Hubiera querido haber saludado a todos los niños..."

"Puedes hacerlo, Maestro. ¿Por qué no has descansado? Estás muy fatigado. Tu rostro está pálido y tus ojos se ven cansados. Te va a hacer mal... Todavía hace calor y ciertamente que no habrás dormido ni en Tiberíades ni en la casa de Cusa..."

"No puedo, Simón. Tengo que ir a algunos lugares y hay poco tiempo..."

Han llegado a la ribera. Jesús llama a los trabajadores de Pedro y los saluda. Les dice que devuelvan la barca a un tal Saúl de Zacarías que está en el poblado antes de llegar a Ippo.

Toma el camino sombreado que corre a lo largo del río. Lo sigue hasta un cruce y continúa por esta parte.

"¿A dónde vamos, Señor?" pregunta Simón que ha venido hablando en voz baja con sus compañeros.

"A la casa de Judas y Ana y luego a Corozáin. Quiero saludar a mis buenos amigos..."

Otra vez las miradas furtivas de los apóstoles y otra vez el murmullo de voces. Finalmente Santiago de Alfeo se adelanta, alcanza a Jesús que va adelante de todos con Marziam.

"Hermano, ¿no vamos a regresar más a esta parte, pues dices que quieres saludar a nuestros amigos? Queremos saberlo".

"Claro que regresaréis, pero después de varios meses".

"¿Y Tú?"

Jesús hace un gesto evasivo... Marziam se separa discretamente, juntándose con los otros, esto es, con todos menos con Santiago de Alfeo que está con Jesús y con Judas de Keriot, que viene solo en la cola, con aire sombrío, algo así como desganado.

"Hermano, ¿qué te ha pasado?" pregunta Santiago poniendo una mano sobre la espalda de Jesús.

"¿Por qué lo preguntas?"

"Porque... No sé. Todos nos preguntamos. Nos pareces cambiado... Viniste solo con Juan... Simón dice que fuiste huésped de Cusa... No descansas... No saludas sino a pocos... Parece como si no quisieras regresar acá... Tu rostro... ¿No podemos saber algo? ¿Ni siquiera yo?... Tú me amabas... Me has dicho cosas que tan solo yo sé..."

"Todavía te amo. Pero no tengo nada que decir. Perdí un día más de lo previsto. Lo recupero".

"¿Es necesario ir hacia el norte?"

"Sí, hermano".

"Entonces... ¡Has sufrido! Lo siento..."

Jesús pone un brazo sobre la espalda de su primo: "Ha muerto Juan de Endor. ¿Lo sabías?"

"Me lo dijo Simón mientras preparaba los vestidos. ¿Luego?..."

"Dejé a mi Madre".

"¿Y luego?" Santiago de estatura más baja que Jesús, lo mira de abajo a arriba, insistente, curioso.

"Y luego estoy contento de estar contigo, con vosotros, con Marziam. Lo tendré conmigo por unos meses. Tiene necesidad. Está triste y sufre. Lo sabes"

“Sí. Pero no es nada de esto... No quieres decírmelo. No importa. Te sigo queriendo aunque me trates como a un amigo”.

“Santiago, eres para Mí más que un amigo. Pero mi corazón necesita de reposo...”

“Y así no hablar de lo que te aflige. Entendido. ¿Es Judas el que te causa dolor?”

“¿Judas? ¿Tu hermano?”

“No. El otro”.

“¿Por qué esta pregunta?”

“No sé. Mientras no estuviste con nosotros, un mensajero de no sabemos quién vino a buscar a Judas varias veces. Él no lo quiso admitir, pero...”

“En cada acción de Judas vosotros veis un delito. ¿Por qué faltar a la caridad?”

“Porque él se muestra tan torvo. Nos esquivo. Se ve que no tiene ganas de nada...”

“Dejadlo en paz. Hace más de dos años que está con nosotros y siempre ha sido así... Piensa qué felices van a ser los viejos. ¿Y sabes por qué voy allá? Quiero encargarles al pequeño carpintero de Corozán...”

Se alejan hablando. Detrás de ellos, en grupo, siguen los apóstoles que han esperado a Judas para no dejarlo atrás solo, no obstante se vea a las claras que está tan de mal humor que sería mejor no tenerlo junto.

159 En casa de Judas y Ana cerca del lago Merón

3 agosto 1946

Llegan acalorados, no obstante que caminaron bajo la sombra de los árboles cargados de fruta. De los viñedos, que se ven muy bonitos, sale el característico olor a uvas, de los racimos maduros. Las hojas muestran por su color que el otoño ya está cerca.

Se que llegan primero dos campesinos cargados de cestas de manzanas que son un encanto y dan el grito de aviso a un siervo que también pasa la voz. Entre tanto los dos campesinos saludan a Jesús y dicen que “hay muchos discípulos que están en casa, que llegaron de los montes de la Galauníde e Iturea en dirección a Jerusalén” y que “sus jefes han decidido ir con ellos a la fiesta de los Tabernáculos¹, por la Decápolis y la Perea”. No terminan de dar toda su información cuando los patrones, precedidos y seguidos de muchos discípulos acuden a salir al encuentro del Maestro.

Entre los discípulos están casi todos los pastores de Belén. Con ellos hay otros, como el primer leproso curado y el lisiado su amigo y otros más, esto es, los del otro lado del Jordán, menos Timoneo. No veo a Isaac, a Esteban, a Hermas, a Ermasteo, a José de Emmaús, a Abel de Belén, a Nicolás de Antioquía ni a Juan de Efeso. Entre ellos se mezclan siervos y campesinos entre los que están el niño curado de parálisis en la cosecha anterior y su madre.

“La paz sea con todos vosotros y en esta casa” dice Jesús levantando su mano en señal de bendecir.

“Entra, Maestro, y descansa bajo nuestro techo. Todavía la estación no es buena para caminar a estas horas. Procuraremos que descanses. Las habitaciones son frescas por la noche”.

“No me detendré sino unas cuantas horas. Por la tarde parto. Falta poco para los tabernáculos y debo ir a otros lugares”.

Los patrones quedan desilusionados, pero no insisten. Tan solo agregan: “Creíamos que nos esperarías. Mañana empieza la vendimia y las cosechas de la fruta ya han avanzado. Después de terminado, partiremos con estos discípulos tuyos. Somos viejos y los caminos son inseguros desde que bandas de ladrones han llegado, no sabemos de dónde, a infestar esta ribera del Jordán. Se esconden en los montes de Rabatamón y Galaad, a lo largo del valle de Yaboc y caen de sorpresa sobre las caravanas. Los legionarios romanos les dan caza pero...”

¹ Cfr. Ex. 23, 14-17.

¿son acaso buenos los encuentros con ellos? Preferimos ir con estos. Tus discípulos y Dios los protegen sin duda”.

Jesús tiene una leve sonrisa pero no dice nada al respecto. Entra a la casa agradeciendo lo que le ofrecen a Él y a sus acompañantes para que se refresquen los cuerpos y las gargantas. Luego escucha a los discípulos que le cuentan sus trabajos hechos en la región montañosa: “Pero con muy poco fruto. Maestro. Lo mismo en Cesarea de Filipo, donde sin embargo no nos molestan. Regresaremos contigo. Y ¡entonces!”

Jesús se separa de ellos, se acerca a la dueña de la casa que personalmente prepara la mesa, la invita a que salga con Él porque tiene algo que decirle. La buena viejecita no espera a que se lo repitan y para no ir a donde hace calor –fuera de casa- lleva a Jesús a una sala grande, fresca, que da al norte.

“Ana, siempre me dijiste que te gustaría servirme en cualquier forma...”

“Sí, Señor mío. Yo y Judas. Pero nunca nos pides un favor. Ahora tenemos gran fiesta porque tus discípulos son parte pequeña tuya, y tenerlos nos parece servirte”.

“Y así es en realidad. Lo que se hace a un discípulo, se hace al Maestro. Y hasta un vaso de agua o un pan que se da para socorrer a quien se fatiga por mi causa, encontrará recompensa ante Dios. Los discípulos se preocupan del corazón de los fieles, por esto debemos amar a los discípulos y socorrerlos pensando que ellos renunciaron a todo, prontos a renunciar aun a su vida con tal de enseñar a los fieles el Camino, darles la Vida y la Verdad que el Maestro les ordenó hacer”.

“Señor, permite que llame a mi Judas. ¡Son tan santas tus palabras!...”

“Llama a tu Judas” dice Jesús sonriendo. La mujer sale y regresa con su marido, al ver que viene repitiendo las palabras del Maestro.

“Créenos que lo haremos contentos. Pero estamos lejos de los caminos principales, y tus discípulos vienen pocas veces aquí” dice el hombre con un cierto lamento de que no se les haga mucho caso.

“Les diré que vengan con frecuencia. Entre tanto os voy a pedir un favor...”

“¿Tú? Favor es para nosotros el servirte. Ordena, Señor. Somos viejos y no podemos seguirte como muchos lo hacen, pero sí tenemos deseos de servirte. ¿Qué quieres? Si estos viñedos, si esta casa, que tanto quiero, porque son herencia de mi padre y aquí nacieron nuestros hijos, te gustaren, te los daremos. Tan sólo prométenos la misericordia divina en nuestros corazones”.

“No dudéis que os vaya a faltar. No pido tanto sacrificio. Oíd. Voy a Judea y el invierno se acerca. En Corozáin hay una viuda con muchos hijos y el mayor no es más que un adolescente. Su padre era carpintero...”

“¡Ah, el carpintero! Todos han hablado de lo que hiciste... pero Corozáin no se convirtió, pese a que más que con palabras, predicaste con tus obras. La mamá ha trabajado en la cosecha de trigo... Su salud no es tan buena... Sabemos, sabemos”.

“¡Bueno! No os pido que los hagáis unos perezosos, sino que los ayudéis. No os faltará algo que tengáis que arreglar. Pensad en José y a lo que tengáis que dar por justicia agregad vuestra compasión”.

“Maestro, ¿es ese el favor? Yo diría... ¿qué te parece, mujer? Propondría que tomásemos a las dos niñas que espigaron en nuestra casa. Esta es grande y tú eres vieja y viejas lo son María y Noemí... Para los pequeños trabajos...”

“Así haremos, Judas. En memoria de nuestra pequeña... De nuestra única hija, Señor... Tres primaveras vio... y luego... Han pasado muchos años... pero el dolor sigue aquí... Si hubieras estado entre nosotros, no hubiera muerto... no la habríamos perdido.... Una hija es siempre una sonrisa...” La mujer está emocionada y su marido suspira.

“No la perdisteis... os espera... Es un espíritu inocente y estad seguros de que lo encontraréis otra vez. Más bien hay que temer por los hijos adultos y que no caminan con perfección en los caminos del Señor...”

“¡Es verdad! ¡Es verdad!... Tú sabes, Señor... Todo lo sabes. En esta casa tan sosegada existe dolor... ¿Entonces el sacrificio puede obtener algunas veces una gracia?”

“No algunas veces, sino siempre”.

“Esto endulza la vida al oírlo. Vete tranquilo, Maestro. Ayudaremos a la viuda de Corozáin y los encontrarás en primavera contentos. Porque si nos los encargas para el invierno, señal es de que regresarás en primavera”.

“No regreso... Bajo a Jerusalén y no regreso”.

“¿Va también a Judea el pequeño discípulo?”

“Sí, Marziam va a Judea...”

“El viaje es largo, Maestro. Ha padecido mucho...”

“Perdió a su abuelo. Conoceréis lo que pasó... y este nuevo dolor lo ha debilitado...”

“También la edad, y el crecimiento... pero sabemos... sabemos el bien que hace. Un maestro en miniatura, en realidad un maestro pequeño... Su abuelo estaba en la llanura de Esdrelón ¿no es verdad? ¿Murió allí o no? ¿Y él ha sufrido mucho?”

“Sí, mujer. ¿Por qué lo preguntas?”

“Porque... Maestro, no quisiera decírtelo a Ti que eres Maestro. Pero yo soy mujer y madre y he llorado... Oye: ¿por qué quieres llevarlo a esos lugares? Déjalo conmigo hasta que vayamos a Jerusalén... me haré ilusiones de que bajo a la ciudad santa todavía con mis jóvenes hijos... no se cansará ni sufrirá nada. También descenden los otros discípulos...”

Jesús piensa. Objeta: “Marziam se siente feliz de estar conmigo y Yo también”.

“Cierto, pero si se lo dices, obedecerá contento. No se tratará más que de unos cuantos días de separación. ¿Qué cosa son dos semanas para uno que es tan joven? Luego tendrá tiempo de estar contigo...”

Jesús la mira, mira al marido, que no pueden imaginarse que al Salvador no le queda mucho tiempo. Pero no dice nada de esto. Abre los brazos como para decir: “Sea como queréis”. Agrega: “Llamad entonces a Marziam y a Simón”.

El hombre sale y regresa con los dos. En la mirada de Simón se ve la inquietud. Parece que sospecha algo, que no puede imaginar. Pero cuando oye la razón, se tranquiliza y dice: “¡Dios os lo pague! Mi hijo está muy débil y, para decir la verdad, me parecía una imprudencia hacerlo caminar tanto...”

“Yo voy gustoso. Estoy con el Maestro, y si Él me lleva, señal es de que puedo caminar... Él todo lo hace bien...” Marziam casi está a punto de llorar.

“Es verdad, Marziam. Pero conviene ser condescendientes. Estos dos son buenos amigos, para conmigo y para con todos los míos. De mi parte acepto su deseo y tú...”

“Como Tú quieras, Maestro mío. Pero en Jerusalén ¿eh?...”

“En Jerusalén estarás conmigo” promete Jesús. Y Marziam, siempre bueno, no contradice.

Salen de la sala. Jesús se reúne con sus discípulos que están felices por este encuentro inesperado.

El marido da vueltas alrededor del grupo. Jesús lo nota y le pregunta la causa.

“Es que quisiera que nos hablases. Estás cansado. Lo veo, pero antes de la comida, antes del descanso, porque al menos hasta la tarde descansarás ¿y no nos dirás nada?”

“Hablaré antes de partir. De este modo también los siervos de casa y los de los campos podrán oírme. Ahora tu mujer nos está llamando. ¿Lo ves?”

Jesús se levanta y entra en la sala donde están preparadas las mesas para los santos huéspedes.

160. Jesús pronuncia la parábola sobre la distribución de las aguas

5 agosto 1946

La noticia de que el Maestro está y que hablará antes del atardecer se ha esparcido. Enjambres de gente hay alrededor de la casa, que hablan en voz baja para no despertar al Maestro que descansa. Pacientemente aguardan bajo los árboles, que los protegen del sol,

pero no del calor, que todavía es fuerte. Me parece que no hay enfermos, pero sí hay, como siempre, niños y Ana, para tenerlos quietos, hace que les repartan frutas.

Pero Jesús no duerme mucho. Todavía el sol está alto y ya se deja ver, retirando las cortinas y sonriendo a la multitud. Está solo. Probablemente los apóstoles continúan durmiendo. Jesús se dirige a la gente. Va al brocal de un pozo del que saca agua tal vez para regar las plantas del huerto, pues se ven canales pequeños que parten de allí y van a perderse entre los troncos. Se sienta sobre el brocal y empieza a hablar.

“Oíd esta parábola.

Un hombre rico tenía muchos dependientes en diversos lugares de sus posesiones, que no todas eran abundantes en agua, ni fértiles. Había también lugares que padecían por falta de agua, y en muchos de ellos padecía la gente, aun cuando el terreno era cultivado con plantas que resistían la sequía. El hombre rico tenía por el contrario, en el lugar donde vivía, un manantial rico en agua que brotaba de corrientes subterráneas.

Un día el dueño quiso hacer un recorrido por todas sus posesiones y vio que algunos, los más cercanos al estanque, tenían abundancia de agua; otros, más retirados, no, sino sólo aquella que mandaba Dios con sus lluvias. Y también se percató de los que tenían abundancia de agua hasta un cubo de la misma bajo pretexto de que pudieran quedarse sin ella. El dueño pensó, y decidió hacer del siguiente modo: “Haré desviar las aguas de mi estanque a los más cercanos, y les ordenaré que no la nieguen a mis siervos más lejanos cuyos terrenos sufren de la sequía”.

Puso manos a la obra. Mandó hacer canales que llevasen el agua del estanque a sus posesiones más cercanas, donde hizo cavar profundas cisternas, de modo que se reuniese agua más que suficiente, además de la que ya había en los lugares; y de las cisternas derivó otros canales menores para alimentar otras cisternas más lejanas. Llamó luego a los que vivían en estos lugares y les dijo: “Acordaos de que lo que he hecho, lo hice no para daros algo superfluo sino para ayudar a través de vosotros a los que no tienen lo necesario. Sed, pues, misericordiosos como lo soy yo” y se despidió de ellos.

Pasó el tiempo y el hombre rico hizo otro recorrido por sus posesiones. Vio que las más cercanas eran más bellas que antes, y que no sólo estaban plantadas con árboles útiles, sino con ornamentales, además de que tenían depósitos de agua, piscinas, fuentes por todas partes y cerca de las casas.

“Habéis hecho de estas casas, casas de ricos” dijo el dueño. “Ni siquiera yo tengo tantas cosas bellas superfluas”. Continuó: “¿Vienen los otros? ¿Les habéis dado agua en abundancia? ¿Los canales pequeños tienen agua?”

“Sí. La pidieron y se les dio. Son hasta exigentes. Jamás están contentos. No son prudentes ni medidos. Vienen a todas horas a pedir como si fuésemos sus siervos, y hemos debido de proteger nuestras posesiones. No se contentan con los canales y pequeñas cisternas. Llegan hasta las grandes”.

“¿Esta es la razón por la que habéis levantado muros y puesto perros feroces?”

“Exacto, Señor. Entraban sin respeto y querían quitarnos todo y lo desperdiciaban...”

“¿Pero en realidad les disteis? Sabéis muy bien que por ellos hice esto y os puse de intermediarios entre el estanque y sus tierras secas. No comprendo... Quería que se tomase todo lo que fuese necesario de cause, pero sin despilfarro”.

“Y con todo créenos que jamás les negamos el agua”.

El dueño se dirigió a sus posesiones más retiradas. Los árboles propios de la tierra árida estaban verdes y frondosos. “Dijeron la verdad” dijo el dueño al ver desde lejos que se movían al viento. Pero cuando llegó y se metió entre ellos vio el suelo reseco, secas casi las hierbas que con trabajo comían las ovejas muertas de sed, llenas de arena las hortalizas que había cerca de las casas y luego vio a los primeros campesinos: sufrían en sus ojos se veían el ansia, estaban desanimados... Lo miraron y bajaron su cabeza retirándose de miedo.

Él, sorprendido de esta actitud, los llamó. Se acercaron temblorosos: “¿De qué tenéis miedo? ¿No soy acaso vuestro buen patrón que ha tenido cuidado de vosotros y con

providentes trabajos, os ha dado agua? ¿Por qué esas caras enfermizas? ¿Por qué estas tierras secas? ¿Por qué no hay ganados? ¿Y vosotros por qué me teméis? Sed francos. Decid a vuestro patrón lo que os hace sufrir”.

Uno de ellos habló por todos. “Señor, nos hemos visto desilusionados y muy afligidos. Nos prometiste socorro y perdimos aun lo que antes teníamos y también la confianza en ti”.

“¿Cómo? ¿Por qué? ¿No hice que llegase el agua abundante a los más cercanos, y ordené que os la diesen?”

“¿Fue eso lo que dijiste? ¿De veras?”

“Eso fue lo que dije. No miento. No podía, por razón del terreno, hacer que llegase directamente hasta aquí el agua. Pero con buena voluntad podíais ir a los pequeños canales de las cisternas con odres y asnos a tomar el agua que quisierais. ¿No tenéis suficientes asnos y odres? ¿Y no estoy yo para dároslos?”

“¡Eso! Ya lo había dicho yo: El patrón no puede haber dado la orden de negarnos el agua. ¡Si hubiéramos ido!”

“Tuvieron miedo. Nos dijeron que el agua era un premio para ellos, y que estábamos castigados”. Contaron al buen patrón que los que vivan en las buenas posesiones les habían dicho que él, para castigar a los siervos de las tierras áridas que no sabían producir más, había dado la orden de medir no sólo el agua de las cisternas, sino también la de los antiguos pozos, de modo que si antes podían sacar doscientos batos¹ al día para sí y para las tierras que acarreaban fatigosamente por el camino y por el peso, ahora no podían tener ni siquiera cincuenta; y para tener agua suficiente para sí y para los animales debían ir a los riachuelos de los confines de las buenas posesiones, donde se vertía el agua de los jardines y de los baños, pero el agua estaba sucia y morían. Morían por enfermedad y de sed. Morían las hortalizas, los ganados...

“¡Esto es demasiado! Debe terminarse. Traed vuestros enseres, vuestros animales y seguidme. Os cansaréis un poco, porque estáis agotados, pero después vendrá la paz. Caminaré despacio para que me podáis seguir. Soy un patrón bueno, un padre para vosotros, y cuido de mis hijos”. Se puso en camino lentamente, seguido de la triste turba de sus siervos y de sus animales. En los siervos había ya renacido la alegría por las palabras amorosas del buen patrón. Llegaron a las tierras abundantísimas de agua. A sus confines. El dueño escogió a unos de los más fuertes y les dijo: “Id en nombre mío a pedir ayuda”.

“¿Y si nos echan los perros encima?”

“Vengo detrás de vosotros. No temáis. Id y decid que os mando yo, y que no dejen de reconocer la justicia, porque el agua es de Dios y todos los hombres son hermanos. Que abran pronto los canales”.

Se van. El dueño detrás. Se presentan ante un cancel. El dueño se esconde detrás del muro. Acuden los de adentro.

“¿Qué queréis?”

“Compadeceos de nosotros. Nos estamos muriendo. Manda decir el patrón que tomemos el agua que quiso que llegase a nosotros. Dice que Dios le dio el agua a él, y él a vosotros para bien nuestro, porque somos hermanos, y dice que abráis pronto los canales”.

“¡Ja, ja!” se carcajearon sarcásticamente. “¿Esta turba de harapientos, hermanos? ¡Morios! Mucho mejor. Ocuparemos vuestras posesiones, llevaremos allá el agua. Entonces sí que la llevaremos y convertiremos aquellos lugares en algo bueno. ¿Para vosotros el agua? ¡Estáis locos! El agua es nuestra”.

“Tened piedad. Estamos muriendo. Lo manda el patrón”.

Los perversos arrendatarios se consultaron entre sí, y luego dijeron: “Esperad un momento” y se fueron a la carrera. Regresaron y abrieron. Traían los perros y gruesos garrotes... Los pobres tuvieron miedo. “Entrad, entrad...¿No queréis entrar ahora que os hemos abierto? Después vais a decir que no fuimos generosos...” Un incauto entró, sobre él llovió una

¹ Es bato es una medida para líquidos, equivalente a unos 45 litros Cfr. 3 Rey. 7, 26-38; Esdr. 7, 22; Ez. 45, 10-14.

granizada de garrotazos, entre tanto que los perros, libres de la cadena, se arrojaban sobre los demás. Salió el dueño de detrás del muro. “¿Qué cosa estáis haciendo, hombres crueles? Ahora sé quiénes sois. Ahora os conozco a vosotros y a vuestros animales, y os voy a castigar” y con sus flechas mató a los perros y entró, severo y enojado. “¿De este modo es como ejecutáis mis órdenes? ¿Para esto os di estas riquezas? Llamad a todos los demás. Os quiero hablar. Y vosotros”, dijo volviéndose a los siervos sedientos, “entrad con vuestras mujeres y niños, ovejas y asnos, palomas y todos vuestros animales. Bebed, refrescaros, tomad de esas jugosas frutas. Y vosotros, pequeñuelos, corred entre las flores. Alegraos. En el corazón de vuestro patrón hay justicia, y la habrá para todos”.

Mientras los sedientos corrían a las cisternas y se metían en las piscinas, y las bestias en los bebederos —era todo un paraíso para ellos— los demás acudían temblorosos de todas partes.

El patrón subió sobre el borde de una cisterna y dijo: “Yo hice estos trabajos. Os los confié y puse en vuestras manos este tesoro porque os había elegido como a mis servidores. Pero no habéis salido bien de la prueba. Parecía ser buena gente. Debíais haberlo sido por el bienestar de que gozabais, agradecidos, para con vuestro bienhechor, y yo os hubiera entregado para siempre el arrendamiento de estas fértiles tierras. La abundancia y el hecho de haberos elegido endurecieron vuestro corazón. Os hicisteis más áridos que las tierras que en secas convertisteis, y vuestro corazón se enfermó más que esos que morían de sed. Ellos con el agua pueden aliviarse, pero vosotros, con el egoísmo habéis hecho árido vuestro espíritu y difícilmente se curará, y con mucho trabajo volverá a vosotros el agua de la caridad. Ahora os voy a castigar. Id a las tierras de estos y sufrid lo que ellos sufrieron”.

“¡Piedad, señor, piedad de nosotros! ¿Nos quieres hacer morir? ¿Tienes menos piedad por nosotros humanos que por los animales?”

“¿Y estos qué son? ¿No acaso los hombres son vuestros hermanos? ¿Tuvisteis piedad de ellos? Os pedían agua, y les disteis garrotazos y de ellos os burlasteis. Os pedían lo que es mío y que les había dado, y vosotros se los negasteis, llamándolo ‘vuestro’. ¿De quién son las aguas? Ni siquiera yo afirmo que el agua del estanque sea mía, aun cuando él lo sea. El agua es de Dios. ¿Quién de vosotros ha sido capaz de crear una sola gota de rocío? ¡Largaos!... Y a vosotros, sí, a vosotros que habéis sufrido os digo: sed buenos. Haced con ellos lo que quisisteis que os hubieran hecho. Abrid los canales que cerraron y dejad que corra el agua, tan pronto como podáis. Os constituyo distribuidores para con estos hermanos vuestros culpables a quienes doy la manera y tiempo de redimirse. Y el Señor Altísimo, mejor que yo, os confíe las riquezas de sus aguas para que seáis la providencia de quien no tiene. Si sabéis hacer esto con amor y justicia, contentándoos con lo necesario, dando lo superfluo a los miserables, siendo justos, no llamando ‘vuestro’ lo que es un don y más que don, un depósito, vuestra paz será grande y el amor de Dios como el mío estará siempre con vosotros”.

La parábola ha terminado. Podéis entenderla. Añado tan solo que quien es rico, es depositario de estas riquezas que Dios le ha concedido con el fin de ser distribuidor de ella para con quien sufre. Pensad en el honor que Dios os hace haciéndoos partícipes de su providencia en favor de los pobres, enfermos, viudas, huérfanos. Dios habría podido haber hecho llover dinero, vestidos, comida sobre el camino de los pobres, pero entonces quitaría al rico sus grandes méritos: los de la caridad para con sus hermanos. No todos los ricos pueden ser doctos, pero sí todos pueden ser buenos. No todos los ricos pueden curar enfermos, enterrar muertos, visitar enfermos y encarcelados. Pero todos los ricos, o simplemente el que no es pobre, puede dar un pedazo de pan, un sorbo de agua, un vestido usado, acoger al que tiene frío en la misma hoguera, al que no tiene techo, ni dónde defenderse del agua y del sol. Pobre es a quien le falta lo necesario para vivir. Los demás no son pobres. No tendrán muchos medios, pero siempre serán más ricos que el que muere de hambre, de cansancio, de frío.

Me voy. No puedo socorrer más a los pobres de estos lugares. Mi corazón sufre al pensar que pierden a un amigo... Pues bien. Yo que os hablo, y sabéis quién sea, os pido ser la providencia de los pobres que se quedan sin su Amigo misericordioso. Dadles limosna y

amadlos en mi nombre, en recuerdo mío... Sois mis continuadores. Consolad mi corazón con la promesa de que en los pobres siempre me veréis y que los acogeréis como a los representantes más verdaderos del Mesías que es pobre, que quiso ser pobre por amor de los más infelices de la tierra y para expiar con su profunda tristeza, con su ardiente amor las prodigalidades injustas y los egoísmos de los hombres.

Recordad. La caridad, la misericordia tienen premio en la eternidad. Recordad. La caridad, la misericordia son absolución de las culpas. Dios perdona mucho a quien ama. Y el amor por el indigente que no puede pagar más que con amor, es lo más meritorio a los ojos de Dios. Recordad estas palabras mías hasta el último momento de la vida y os salvaréis y seréis bienaventurados en el Reino de Dios.

Descienda mi bendición sobre quien acepta la palabra del Señor y la pone por obra”.

Los apóstoles y Marziam con los discípulos han salido poco a poco de la casa mientras Él estaba hablando, y se han juntado en grupos detrás de la gente, pero se adelantan cuando Jesús termina de hablar y recogen al pasar el óbolo que muchos ofrecen y lo llevan a Jesús.

Detrás de ellos se introduce un hombre ajado y de muy pobre aspecto. Lleva la cabeza abaja de modo que no se puede ver quién sea. Llega a los pies de Jesús, y golpeándose el pecho entre gemidos dice: “He pecado, Señor, y Tú me has castigado. Lo tengo merecido, pero dame al menos tu perdón antes de partir. Ten piedad de Jacob el pescador”. Levanta su mirada y lo reconozco, más bien porque dice su nombre, que por su acabado aspecto. Es el campesino a quien Jesús socorrió una vez, y castigó otra, por su dureza para con los dos huerfanitos.

“¡Mi perdón! Tú un tiempo quisiste restablecerte de esto. Te atormentabas porque tus cosechas estaban destruidas. Estos sembraron por ti. ¿Te falta acaso el pan?”

“Tengo lo suficiente”.

“¿Y no es acaso esto un perdón?” Jesús se muestra muy severo.

“No. Quisiera morir de hambre, pero sentir la paz en mi corazón. Con lo poco que he podido, he procurado reparar... He orado y he llorado... Pero Tú eres el único que puedes perdonarme y devolver la paz a mi espíritu. Señor, te pido otra vez que me perdones...”

Jesús lo mira fijamente... Le levanta la cara inclinada y lo mira con sus brillantes ojos. Añade: “Vete. Tendrás o no tendrás perdón, según el modo con que vivas el tiempo que te queda”.

“¡Señor mío! ¡No así! Has perdonado culpas mayores...”

“No eran personas a quienes hubiera hecho un beneficio, y no habían pecado contra los inocentes. El pobre es siempre algo sagrado, pero mucho más lo son los huérfanos y la viuda. ¿No conoces la ley?...”

El hombre llora. Quería ser perdonado inmediatamente.

Jesús persiste: “Dos veces caíste y no tuviste prisa en levantarte de nuevo... Recuerda. Lo que te permitiste tú, hombre, puede Dios permitírselo. Y siempre es muy bueno Dios al decirte que no te niega su perdón absolutamente, sino la condiciona a tu modo de vivir hasta la muerte. Vete”.

“Por lo menos bendíceme... Para que tenga fuerzas en ser justo”.

“Ya te bendije”.

“No. Así no. A mí en particular. Ves mi corazón...”

Jesús le pone la mano sobre la cabeza y añade: “Ya te bendije. Pero esta caricia que te hago, te convenza de que, sí soy sincero, no te odio. Mi amor severo es para que te salves, porque quiero tratarte como a un amigo infeliz, no porque seas pobre, sino porque fuiste malo. Recuerda que te amé, que tuve compasión de tu espíritu, y este recuerdo te incite a no tenerme más por amigo severo”.

“¿Cuándo será, Señor? ¿Dónde te encontraré si dices que te vas?”

“En mi Reino”.

“¿Cuál? ¿Dónde lo estableces? Iré allá...”

“Mi Reino estará en tu corazón si eres bueno, y después lo tendrás en el cielo. Adiós. Debo irme porque ya baja la tarde y debo bendecir a quien dejo” y Jesús se despide volviéndose luego a sus discípulos y a los dueños de la casa a quienes bendice uno por uno. Luego emprende el camino, no sin antes haber entregado el dinero a Judas...

El verdor de la campiña lo envuelve mientras camina hacia el suroeste, en dirección de Cafarnaum...

“¡Vas muy aprisa, Maestro!” exclama Pedro. “Nosotros estamos cansados. Hemos hecho ya muchos estadios...”

“Ten calma, Simón. Pronto llegaremos a la vista de Corozáin. Iréis a aquellas pocas casas amigas nuestras, y sobre todo a la de la viuda. Diréis al pequeño José que quiero saludarlo al amanecer. Me lo llevaréis al camino que sube hacia Giscala...”

“¿No vienes a Corozáin?”

“No. Voy a orar al monte”.

“Estás agotado. Pálido. ¿Por qué te descuidas? ¿Por qué no vienes con nosotros? ¿Por qué no entras en la ciudad?” Lo acosan a preguntas. Algunas veces su amor es fastidioso.

Pero Jesús es paciente... y pacientemente responde: “Lo sabéis. Para Mí la oración es descanso. Fastidio es estar entre la gente cuando no curo, o no evangelizo. Iré, pues, al monte. Allá donde otras veces he ido. Conocéis el lugar”.

“¿En el camino que va a la casa de Joaquín?”

“Sí. Sabéis dónde encontrarme. Al amanecer os volveré a ver...”

“¿Iremos en dirección de Giscala?”

“Es el camino apropiado para ir a los confines siro-fenicios. En Afec dije que iría, e iré”.

“Es porque... ¿No te acuerdas de la otra vez?”

“No tengas miedo, Simón. Han cambiado de maneras. Ahora me honrarán...”

“¿Entonces te aman?”

“No. Me odian más que antes. Pero como no pueden destruirme con sus fuerzas, tratan de hacerlo con sus engaños. Tratan de seducir al Hombre... y para seducirlo emplean los honores, aunque falsos. Más bien... Venid todos aquí” dice a los otros que caminaban adelante en grupo, al ver que Jesús hablaba en privado con Pedro.

Se reúnen. Jesús dice: “Estaba diciendo a Simón –y lo digo a todos, porque no tengo secretos con mis amigos- que mis enemigos han cambiado de modos para hacerme daño, pero no han cambiado su modo de pensar respecto de Mí. Y por esto, como empleaban el insulto y la amenaza, ahora emplean los honores con que nos honrarán a Mí y a vosotros. Sed fuertes y sabios. No os dejéis engañar, con sus palabras mentirosas, ni con sus regalos, ni seducciones. Recordad lo que dice el Deuteronomio: “Los regalos ciegan los ojos de los sabios y alteran las palabras del hombre justo”⁴. Recordad a Sansón⁵. Era nazareno⁶ de Dios desde su nacimiento, mejor dicho, desde el vientre de su madre que lo concibió y lo formó guardando la abstinencia que le había ordenado el ángel, para que fuese un buen juez de Israel. ¿Pero dónde terminó tanto bien? ¿Y en qué modo? ¿Y por quién? ¿Y no otras veces con honores y dinero, y mujeres vendidas, fue abatida la virtud para ser burla de los enemigos? Estad, pues, atentos, y vigilad para no ser presa del engaño y para no servir a los enemigos aun inconscientemente. Sabed conservaros libres como los pajarillos que prefieren el escaso alimento y la rama para descansar, que las doradas jaulas donde hay mucha comida y buen nido, pero donde son prisioneros del capricho de los hombres. Pensad que sois mis apóstoles, siervos, por lo tanto, de Dios, como Yo soy siervo sólo de la voluntad del Padre. Tratarán de seduciros, tal vez ya lo han hecho, atacándoos por el punto más débil, porque los siervos del mal son astutos, puesto que el maligno es su maestro. No creáis en sus palabras. No son ciertas. Si lo fuesen, sería el primero en deciros: “Saludemos a estos como a unos

⁴ Cfr. Deut. 16, 19.

⁵ Cfr. Jue. 13-16.

⁶ Cfr. Núm. 6.

buenos hermanos nuestros”, Por el contrario hay qué desconfiar de sus obras y orar por ellos para que se hagan buenos. Yo lo hago. Ruego por vosotros para que no seáis arrastrados al engaño en la nueva lucha y ruego por ellos para que dejen de tramar engaños contra el Hijo del hombre y de ofender a Dios su Padre. Imitadme. Rogad mucho al Espíritu Santo, que os dé sus luces para ver. Sed puros si queréis tenerlo por amigo. Yo, antes de dejaros, os quiero fortificar. Os absuelvo si habéis pecado. De todo os absuelvo. Sed buenos en lo porvenir. Buenos, sabios, castos, humildes y leales. La gracia de mi absolución os fortifique... ¿Por qué lloras, Andrés? ¿Y tú, hermano mío, por qué te turbas?”

“Porque esto me sabe a un adiós...” dice Andrés.

“¿Y piensa que con tan pocas palabras me despediría? No es sino un consejo para estos tiempos. Veo que estáis turbados. No está bien. La turbación quita la paz, que debe estar siempre en vosotros. Estáis al servicio de ella y ella os ama tanto que os eligió como a sus primeros servidores. Os ama. Debéis, pues, pensar que siempre os ayudará, aun cuando os quedaseis solos. La paz es Dios. Si sois fieles a Él, estará en vosotros, y si es así ¿a quién podéis temer? ¿Y quién podrá separaros de Él si no os ponéis en ocasión de perderlo? Sólo el pecado es el que separa de Dios. Pero lo demás: ni tentaciones, ni persecuciones, ni siquiera la muerte, separan de Él⁷. Antes bien unen más a Él, porque cada tentación vencida es un escalón más hacia el cielo, porque las persecuciones os alcanzan un amor doble de protección de parte de Dios, y la muerte del santo o del mártir no es otra cosa sino la fusión con el Señor Dios. En verdad os digo que fuera de los hijos destinados a la perdición, ninguno de mis grandes discípulos morirá antes de que Yo haya abierto las puertas del cielo. Y así ninguno de mis fieles discípulos tendrá qué esperar por algún tiempo el abrazo de Dios, después de que haya pasado de este destierro de tinieblas a la luz de la otra vida. No os diría esto, si no fuese verdadero.. Hoy mismo habéis visto cómo un hombre, después de su extravío, ha regresado al camino de la justicia. No está bien pecar. Pero Dios es misericordioso y perdona a quien se arrepiente. Y quien se arrepiente puede superar al que no ha pecado, si su arrepentimiento es absoluto y es heroica la virtud que le sigue. ¡Qué cosa tan dulce será encontrarnos allá arriba! Veros subir a donde estoy, correr Yo a vuestro encuentro, abrazaros, llevaros ante mi Padre y decir: “He aquí a un amado mío. Siempre me amó y te amó a Ti desde que le hablé de Ti. Ahora acaba de llegar. Bendícelo, Padre mío, y tu bendición sea su corona resplandeciente”. Amigos mío... Amigos aquí y en el cielo, ¿no os parece que cualquier sacrificio es ligero para conseguir esta eterna alegría? Tranquilizaos, pues. Separémonos aquí. Voy allá arriba y vosotros sed buenos... Démonos el beso...”

Los besa a uno por uno. Judas llora al besarlo. Ha esperado ser el último, él que siempre tarta de ser el primero, y se pega a Jesús y lo besa muchas veces, y entre sus cabellos le dice, cerca del oído: “Ruega, ruega, ruega por mí...”

Se separan. Jesús va a la colina, y los demás continúan hasta Corozáin que blanquea entre el verdor de los árboles.

Dice Jesús: “Aquí pondréis la visión del 23 de septiembre de 1944. “No tengo mejor descanso que decir: he salvado un alma que estaba a punto de perecer”, y el dictado que le sigue”.

161. “No tengo mejor descanso que decir: he salvado un alma que estaba a punto de perecer”

23 septiembre 1944

Dice Jesús:

⁷ Cfr. Rom. 8, 31-39.

“Quiero el episodio del miércoles (20-9), si completáis un libro, lo coloquéis un año antes de mi muerte porque sucedió en el tiempo de la mies del año treinta y dos de mi vida.

La necesidad de consolarte y de instruirte, amada mía, lo mismo que a los demás, me han obligado a seguir una orden especial al dar las visiones y los dictados concernientes. Os indicaré a su tiempo, como debéis distribuir los episodios de los tres años de mi vida pública. El orden de los Evangelios es bueno, pero no perfecto como orden cronológico. Un observador atento lo nota.

El que hubiera podido dar un orden exacto de los hechos, por haber estado conmigo desde el principio de mi evangelización hasta mi Ascensión, hubiera sido Juan, pero no lo hizo él, hijo verdadero de la Luz, porque se propuso hacer brillar la Luz a través del vestido de su carne ante los ojos de los herejes que impugnaban la verdad de la divinidad encerrada en carne humana. El Evangelio sublime de Juan alcanzó su objetivo sobrenatural, pero la crónica de mi vida pública no la alcanzó.

Los otros tres evangelistas muestran semejanzas entre sí en cuanto a los hechos, pero cambian el orden del tiempo porque de los tres uno sólo estuvo presente a casi toda mi vida pública: Mateo, y no escribió sino 15 años después, y los otros escribieron más tarde, y porque oyeron las narraciones de mi Madre, de Pedro, de los otros apóstoles y discípulos.

Os quiero dar una guía para que juntéis los hechos del trienio, año por año.

Ahora escribe lo que ves: el episodio sigue al del miércoles (20-9)”

Veo a Jesús que pasea lentamente, yendo y viniendo por un sendero solitario, iluminado por la luna llena, que sonríe en medio de un cielo serenísimo. Por su posición, puedo calcular que ha pasado más de la media noche.

Jesús camina pensando y orando sin duda, aunque no mueve sus labios. Pero no pierde de vista las cosas que lo rodean. Se detiene una vez a escuchar complacido el canto de un pájaro cantor enamorado, que entona una serie de arpegios y trinos, tan fuertes y largos que parece imposible puedan salir de este pequeño animal emplumado. Para no turbarlo ni siquiera con el ruido que sus sandalias produjesen al marchar sobre las piedrecillas del camino y con el roce de su vestido en las hierbas, se detiene con los brazos cruzados y en alto el rostro sonriente. Cierra hasta los ojos para poder oír mejor y cuando el pájaro cantor termina con un agudo que sube, sube, y termina finalmente con una nota agudísima, hasta que le quita el aire. Jesús hace señal de que le ha agradado y sin decir nada lo aplaude bajando dos o tres veces su cabeza con una sonrisa de satisfacción.

Otra vez se inclina sobre una mata de madreselvas en flor que despiden su perfume de los miles de cálices abiertos, en que suavemente se mueven los pistilos amarillentos, y en la parte de abajo se ve brillar la gotita dorada. Las flores, a la luz de la luna, parecen ser más blancas, como si fuesen de plata. Jesús las admira, las huele y las acaricia con la mano.

Torna a pasear. El lugar es un poco alto porque la claridad de la luna permite ver hacia el sur algo que brilla como un espejo, será un lago, porque río no lo es, ni mucho menos mar, porque se ven colinas que lo rodean en parte contraria a donde está Jesús.

Mira el plácido centelleo en la tranquila noche de verano. Luego vuelve sobre sí, de sur a poniente, y mira el blanquear de un poblado, no más lejos de unos dos kilómetros. Es un poblado regular. Se para a contemplarlo, y sacude su cabeza como siguiendo un pensamiento que lo afligiera mucho.

Vuelve a continuar su lento paseo y su oración. Se sienta sobre una piedra a los pies de un árbol muy alto, y asume su posición acostumbrada de apoyar sobre las rodillas los codos con los antebrazos hacia afuera, y las manos entrelazadas en forma de oración.

Está así durante poco tiempo y continuaría así a no ser porque un hombre, una sombra, no saliese de la espesura y dirigiéndose a Él no lo llamase: “¡Maestro!”

Jesús se vuelve, porque la voz se oye por detrás, y dice: “Judas, ¿Qué quieres?”

“¿Dónde estás, Maestro?”

“A los pies del nogal. Acércate”. Jesús se levanta y se pone de pie en el sendero, bañado de la luna, para que Judas lo pueda ver mejor.

“¿Viniste, Judas, a acompañar un poco a tu Maestro?” Ahora están cerca y Jesús pone con cariño un brazo sobre la espalda del discípulo. “¿O bien me necesitan en Corozain?”

“No, Maestro. No te necesitan. Tuve ganas de venir donde estás”.

“Bien. Los dos podemos sentarnos sobre esta piedra”.

Se sientan juntos. Silencio. Judas no habla, mira a Jesús. Lucha.

Jesús trata de ayudarlo. “¡Qué hermosa noche, Judas! Mira cómo todo está limpio. Me imagino que la primera noche que sonrió a la tierra no fue más pura, ni la que iluminó la cara de Adán al dormir en el paraíso terrenal. Mira cómo huelen esas flores. Huélelas, pero no las cortes. Son tan bellas y tan puras. No he querido cortarlas para no profanarlas. No es cosa buena emplear la fuerza, tanto en las plantas como en los animales; en estos como en el hombre. ¿Por qué quitar la vida? ¡Qué bella es la vida cuando se emplea en el bien!... Y estas flores la emplean bien porque perfuman, alegran con sus formas, proporcionan miel a las abejas y a las mariposas y les entregan el oro de sus pistilos que adornan cual topacio sus alas, y además sirven de nido a los pájaros... Si hubieras estado aquí un poco antes, hubieras oído un pajarillo cantar tan dulcemente su alegría de vivir y su deseo de alabar al Señor. ¡Hermosos pájaros! ¡Qué bien sirven de ejemplo al hombre! Se contentan con poco y sólo de lo que es lícito y santo. Un granito o un gusanillo que les da el Padre Creador; y si no hay no se irritan ni se sienten de mal humor. Engañan su hambre con el entusiasmo de cantar alabanzas al Señor y sus alegrías de esperanza. Son felices de sentirse cansados porque volaron desde el alba hasta la tarde para fabricarse un nido, tibio, suave, seguro, no por egoísmo, sino por amor a su prole. Cantan por la alegría de amarse honestamente. El pájaro macho por la hembra y ambos por sus polluelos. Los animales son siempre felices porque no tienen remordimientos ni reproches en su corazón. Somos nosotros los que los hacemos infelices, porque el hombre es malo, falta de atenciones, siempre quieren imponer su voluntad, cruel. No le basta serlo con sus semejantes. Es malo hasta con los inferiores. Y cuántos más remordimientos tiene dentro de sí, tanto más su conciencia le remuerde y tanto más él se ensaña con los demás. Estoy seguro, por ejemplo, que el jinete que hoy espoleaba a su caballo hasta hacerlo sangrar, pese a que estaba sudado y cansado, y que lo golpeaba hasta arrancarle los pelos, hasta en las ternillas y párpados oscuros que llenos de dolor se cerraban, tan llenos de resignación, tan dulces, no llevaba un alma tranquila. O iba a cometer un pecado contra la honestidad o regresaba de haberlo cometido” Jesús se calla y piensa.

Judas no dice nada, también él piensa. Luego: “¡Qué bello es, Maestro, oírte hablar así! Todo se ilumina a los ojos de uno, a la mente, al corazón... y todo se hace fácil. Hasta el decir: ‘¡Quiero ser bueno!’ Hasta decirte... hasta decirte... decirte: ‘Maestro, también yo tengo mi alma intranquila. No tengas asco de mí, Maestro, Tú que tanto amas lo que es puro’”.

“Oh, Judas, ¿que tenga Yo asco? Amigo mío, ¿qué cosa te perturba?”

“Tenme contigo, Maestro. Tenme junto a Ti... He jurado de ser bueno, desde que me hablaste tan hermosamente. He jurado volver a ser Judas de los primeros días, que te seguía y que te amaba como el novio a su novia, no anhelaba otra cosa más que a Ti y encontraba en Ti toda mi satisfacción. Así te amaba, Jesús...”

“Lo sé... por eso te amé... y sigo amándote ¡oh, pobre amigo mío que estás herido!...”

“¿Cómo sabes que lo estoy? ¿Sabes de qué cosa?...”

Silencio. Jesús mira a Judas con unos ojos tan dulces... Parece como si las lágrimas los hiciesen más dulces y disminuyesen su fulgor. Ojos de niño inocente e indefenso que se entrega por completo al amor.

Judas se echa a sus pies con la cara sobre las rodillas, sus brazos estrechan la cadera y con lágrimas dice: “Tenme contigo, Maestro... tenme... Mi carne aulla como un demonio... y si cedo entonces todos los males se dejan venir... Sé que lo sabes, pero que esperas a que lo confiese... es duro, Maestro, decir: ‘He pecado’”.

“Lo sé, amigo mío. *Por esto sería necesario obrar bien*, para no verse uno obligado a decir: ‘Pequé’. Con todo, Judas, también en esto se encuentra una buena medicina. *El tener qué hacer un esfuerzo para confesar la culpa, lo detiene a uno; y si se cometió, la pena que siente al acusarse es ya penitencia que redime. Si después uno sufre al acusarse es ya penitencia que redime. Si después uno sufre no ya por honra propia, ni por miedo de castigo, sino porque uno sabe que al faltar ha causado dolor, entonces. Yo te lo digo, la culpa se borra. Es el amor el que salva*”.

“Yo te amo, Maestro, pero soy débil... ¡Oh, no puedes amarme! Eres puro y amas a los puros... No puedes amarme porque yo soy... yo soy... ¡Jesús, quítame el hambre del placer! Sabes qué clase de demonio es”.

“Lo sé. No obedecí a su voz, pero sé qué clase de voz sea”

“¿Lo ves? ¿Lo ves? Te causa tanto asco, que con sólo decirlo tu rostro se cambió... ¡No puedes perdonarme!”

“Judas, ¿no te acuerdas de María? ¿Y de Mateo? ¿Del publicano que se hizo leproso? ¿Y de aquella mujer, la prostituta romana, a la que profeticé que iría al cielo, porque después de que la perdoné, vivirá santamente?”

“Maestro... Maestro... Maestro... ¡Qué dolencia tengo en el corazón! Esta noche escapé... escapé de Corozáin... porque si me hubiera quedado... si me hubiera quedado... estaba perdido. Sabes... es como quien bebe y se emborracha... El médico le quita el vino y cualquier bebida alcohólica. Se cura, sana hasta que no vuelve a sentir el sabor... Pero si cede, sólo una vez, y vuelve a saborearlo... siente una sed... una sed por beber... que no resiste más... y bebe y bebe... y se enferma de nuevo... enfermo para siempre... loco... poseído... poseído por su demonio... de ese demonio suyo... ¡Jesús, Jesús, Jesús!... No lo digas a los demás... No lo digas... Tengo vergüenza con todos...”

“Pero no de Mí”.

Judas entiende mal. “¡Es verdad! ¡Perdóname! Debería tener más vergüenza contigo que con cualquier otro, porque eres perfecto...”

“No, hijo, no quería decir eso. Tu dolor, tu angustia, tu humillación que no te sea especie de velo. Dije que puedes avergonzarte con todos pero no conmigo. Un hijo no tiene miedo ni vergüenza con su buen padre, y un enfermo con un buen médico. Al uno y al otro debe decirse todo sin temor, porque uno ama y perdona, y el otro comprende y cura. Yo te amo y te comprendo, por eso te perdono y curo. Pero dime, Judas, ¿qué cosa te pone en las manos de tu demonio? ¿Acaso Yo? ¿Los hermanos? ¿Las mujeres de mala vida? No. *Es tu voluntad*. Ahora te perdono y curo... ¡Me has dado una gran satisfacción, Judas! Estaba muy contento con esta noche serena, perfumada, llena de trinos y alabanza al Señor. Pero la alegría que me has dado supera esta caridad de la luna, estos perfumes, esta paz, estos trinos. ¿Oyes? Parece como si el pajarillo se uniera para decirte conmigo que es feliz con tu buena voluntad, él, el canoro pajarillo, siempre dispuesto a hacer aquello para lo que fue creado. También este vientecillo matinal, que paso sobre las flores, las despierta, introduciendo en su cáliz una gota diamantina de rocío, para que la encuentren dentro de poco la mariposa y el rayo de sol, para que ella encuentre algo en qué saciar su sed, y éste para tener espejo dónde mire su fulgor. Mira. La luna se va metiendo ya. El canto lejano del gallo nos anuncia el alba. Las tinieblas de la noche con sus fantasmas van desapareciendo. Mira qué velos y cuán dulcemente ha pasado el tiempo que, de no haber venido tú a Mí, lo hubieras pasado entre el hastío y el remordimiento. Ven siempre, cuando tengas miedo de ti. Judas, *el propio yo es un gran amigo, un gran tentador, un gran enemigo y un gran juez*. Y mira, *es amigo bueno y fiel, si eres bueno; sabe ser amigo insincero si no eres bueno, y luego que te sirvió de cómplice, se convierte en juez inexorable y te atormenta con sus reproches*... Sus reproches son crueles... ¡No Yo! Bueno, vámonos. La noche va terminando...”

“Maestro, no te dejé descansar... y hoy tendrás qué hablar tanto...”

“He descansado con la alegría que me diste. No tengo mejor descanso que decir: “Hoy he salvado un alma que estaba a punto de perecer”. Ven, ven... Vamos a Corozáin. ¡Si esta ciudad, Judas, supiese imitarte!”

“Maestro, ¿qué dirás a mis compañeros?”

“Nada si no me lo preguntan... Si preguntan diré que hablábamos de la misericordia de Dios... Es un tema real y *sin límites* que una larga vida no llega a desarrollar. Vámonos...”

Y bajan. Ambos son altos. Ambos son bellos, pero de modo diverso. Ambos jóvenes, pero diferentes. Desaparecen tras un grupo de árboles...

162. “Cada caída tiene sus raíces en el tiempo

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

Es un episodio de la misericordia como la de la Magdalena. Si hacéis un libro, sería mejor si ponéis en orden los tiempos y no las clases, limitándoos a decir en el título al calce de cada episodio, a qué clase pertenece:

“¿Por qué comento la figura de Judas? Muchos se lo preguntarán.

Respondo. La figura de Judas ha sido desfigurada en el correr de los siglos. Últimamente ha sido del todo desnaturalizado. Algunas escuelas lo han hecho como un segundo héroe e indispensable héroe en la redención. Muchos piensan que él se doblegó ante un asalto imprevisto del tentador. No. Cada caída tiene sus raíces en el tiempo. Cuanto más grave es la caída, tanto más se forjó de antemano. Lo sucedido antes explica lo sucedido ahora. Nadie se precipita, ni sube de improviso, bien se trate del bien, como del mal. Siempre hay cosas prontas y engañosas que ayudan al descenso, como las hay pacientes y santas para subir.

La tragedia de Judas os puede dar *muchas* enseñanzas para salvaros y perdonar a los que bajan al abismo.

No se llega al delirio satánico en que viste que se debatía Judas después de su traición si el hombre no está corrompido con costumbres satánicas, vividas durante años con voluptuosidad. Cuando alguien comete un crimen, arrastrado por algún imprevisto que le trastorna la razón, sufre, pero sabe expiar; porque varias partes de su corazón están sanas del veneno infernal. Si el mundo no se da cuenta de Satanás es que lo ha absorbido tanto que se ha convertido en parte del ‘yo’. Yo muestro que Satanás es el mismo y que no cambia de métodos para hacer de vosotros sus víctimas.

Basta por ahora. Mi paz esté contigo”.

163. El adiós de los pocos fieles de Corozáin

6 agosto 1946

Todavía no amanece del todo cuando Jesús se encuentra con los once que tienen en medio a José, el pequeño carpintero, que apenas ve a Jesús va a Él como una flecha y se ase a las rodillas con la simplicidad de quien todavía es un niño. Jesús se inclina a besarlo en la frente, y luego, teniéndolo de la mano, va a donde están Pedro y los demás.

“La paz sea con vosotros. No pensaba encontraros aquí”.

“El muchacho se despertó cuando todavía estaba oscuro y quiso venir por temor de llegar tarde” explica Pedro.

“Su madre estará aquí dentro de poco con sus otros hijos. Te quiere saludar” añade Judas de Alfeo.

“También la mujer tullida, la hija de Isaac, la madre de Elías, y otros a quienes curaste. Nos dieron hospedaje...”

“¿Y los demás?”

“Señor...”

“Corozaín mantiene duro su corazón. Comprendo. Ni importa. Se ha arrojado la buena semilla y un día germinará... debido a estos...” y mira al niño.

“¿Será discípulo y convertirá a muchos?”

“Discípulo lo es. ¿O no es así José?”

“Sí. Pero no sé, hablar, y lo poco que puedo hablar no lo escuchan”.

“No importa. Hablarás con tu bondad”.

Jesús toma entre sus manos largas la carita del muchacho y le habla inclinado,teniéndolo en alto.

“Me voy, José. Sé bueno. Sé trabajador. Perdona a quien no te ame. Sé agradecido con quien te hace favores. Piensa siempre en que Dios está presente en quien te hace un favor y por lo tanto acepta respetuosamente todos los favores sin exigirlos, sin decir: “Me entrego a la pereza porque tengo quien piense en mí”, sin despilfarrar la ayuda recibida. Trabaja, porque el trabajo es santo, y tú eres el único en tu familia que puede hacerlo. Recuerda que ayudar a la mamá es honrarla. Recuerda que dar buen ejemplo a tus hermanitos y velar por el honor de tus hermanas es una obligación. Desea obtener lo que es justo y trabaja para conseguirlo, pero no envidies al rico y no desees riquezas para tener mayores comodidades. Acuérdate que tu Maestro te enseñó no sólo la palabra de Dios, sino el amor al trabajo, la humildad y el perdón. Sé siempre bueno, José, y un día volveremos a estar juntos”.

“¿No regresas más? ¿A dónde vas, Señor?”

“A donde quiere la voluntad del Padre de los cielos. Su voluntad debe ser *siempre* más fuerte que la nuestra, la debemos querer más que la nuestra, porque siempre es una voluntad perfecta. En tu vida, nunca antepongas tu voluntad a la de Dios. Todos los obedientes se encontrarán en el cielo y habrá entonces una gran fiesta. Dame un beso”.

¡Un beso! Muchos besos le da el niño y con muchas lágrimas lo baña. Se le ha asido al cuello y en esta posición lo encuentra su madre que llega de Corozaín con toda la nidada y con otras poquísimas personas, siete en total.

“¿Por qué lloras, hijo mío? Pregunta la mujer después de haber saludado al Maestro.

“Porque cada adiós es una pena. Pero aunque nos separemos, estaremos siempre unidos, si vuestro corazón continúa amándome. Sabéis cómo amarme y en qué consiste el amor por Mí. En hacer lo que os enseñé. El que hace lo que se le ha enseñado, muestra tener estima –y la estima es siempre amor- de tal persona. Haced pues lo que os enseñé con la palabra y con el ejemplo, y haced lo que os enseñarán mis discípulos en mi nombre. No llores. El tiempo es breve y pronto estaremos reunidos y de un modo mejor. No llores tampoco por egoísmo. Pensad en cuántos todavía me esperan, en cuántos morirán sin haberme visto, en cuántos me amarán sin haberme conocido. Vosotros me habéis tenido más de una vez y vuestra fe y esperanza encontraron campo propicio debido a la caridad que existe en vosotros. Ellos por el contrario deberán tener una fe ciega para poder decir: “En realidad Él es el Hijo de Dios, el Salvador y su palabra es verdadera”. Una gran fe para poder tener la firme esperanza de alcanzar la vida eterna y de la posesión inmediata después de una vida justa. Tendrán qué amar a quien no conocieron, ni oyeron, ni vieron obrar milagros. Y si así amaren, tendrán la vida eterna. Bendecid al Señor que os dio la gracia de conocerme. Ahora regresad. Sed fieles a la ley del Sinaí, y a mi nuevo mandamiento de amaros todos como hermanos, porque en el amor está Dios. Amad también a quien os odia, porque Dios ha sido el primero en dar el ejemplo de amar a los hombres que con el pecado lo odian. Perdonad siempre como Dios perdonó a los hombres enviando a su verbo Redentor para que borre la culpa, causa del odio y de la separación. Adiós. Mi paz esté en vosotros. Recordad mis acciones dentro de vuestros corazones para que los robustezcáis contra las palabras de quien os quiere persuadir de que no soy Yo vuestro Salvador. Guardad siempre mi bendición para que tengáis fuerzas en las pruebas que están por venir”.

Jesús extiende sus manos y pronuncia la bendición mosaíca² sobre la pequeña grey postrada a sus pies. Luego se vuelve y se va.

164. Jesús habla de los deberes entre suegra y nuera

7 agosto 1946

Los montes fértiles y llenos de árboles donde se encuentra Giscala dan alivio con su verdor, con sus brisas, con sus aguas y con sus horizontes siempre variados, siempre bellos según el rumbo que tome el camino, hacia este punto o hacia el otro. Por la parte norte hay continuas crestas llenas de árboles de matices de color verde variado, diría yo, como si la tierra tratase de erguirse hacia el firmamento azul al que quisiera ofrecer un homenaje de gratitud, sus aguas y sus rayos que le da, y toda su belleza envuelta en árboles. Al noreste la mirada se extasía con ese joyel de colores, según la hora del día y la luz, del gran Hermón que levanta su cono más arriba, cual grandioso obelisco de diamantes, de ópalos, de un palidísimo zafiro, de un debilísimo rubí, o de acero apenas templado, y esto según sea que el sol lo bese o no y las despeinadas nubecillas arrastradas por los vientos jueguen sobre sus eternas nieves. La mirada desciende después por las vertientes de color esmeralda de sus mesetas, de sus crestas, de sus barrancos y picos que se encuentran a las faldas de la soberbia mole. Luego, dando vuelta más hacia el este se extiende el vasto altiplano de la Galaunítide y Araunítide. Su parte oriental la limitan los montes sumidos en la niebla de la lejanía, y la occidental el verde diverso que hay en lo largo del Jordán y señala el valle. Más cerca, como dos resplandecientes zafiros, los dos lagos del Merón dentro del cerco de la fértil llanura y el de Tiberíades, bello como una bella pintura entre las colinas que lo rodean, diversas de forma, y de color, y entre sus riberas eternamente floridas: sueño de oriente por los grupos de palmeras que sacuden su cresta a la brisa que viene de los montes cercanos, poesía de nuestros más hermosos lagos por la tranquilidad de sus aguas y el cultivo de sus riberas. Y luego, al sur, el Tabor de característica cumbre, y el pequeño Hermón todo verde cual guardián de la llanura de Esdrelón, de la extensa llanura que no se ve interrumpida por elevaciones montañosas. Más allá, hacia el sur los grandes montes de la Samaria que se pierden hacia la Judea. El único que se ve es el Carmelo, hacia la parte occidental, lo mismo que la llanura que va hacia Ptolemaide, escondidos por una cadena más alta que esta.

Uno de los panoramas más hermosos de Palestina.

Jesús continúa caminando entre los montes, algunas veces solo, otras con algún discípulo o apóstol que se le une.

Se detiene una vez para acariciar los niños de un pastor que juegan cerca del ganado, y acepta la leche que el pastor, que lo ha reconocido como el Rabí de que le hablaron los otros que lo vieron, le da, diciendo: “para Ti y para los tuyos”.

En otra ocasión escucha a una viejecita que sin saber quién fuese, le cuenta sus penas de familia, penas que le da una nuera caprichuda e irrespetuosa.

Aunque Jesús compadece a la viejita, la exhorta con todo a ser paciente, a persuadir a la bondad con la bondad: “Debes ser para ella madre, aunque no sea tu hija. Dime la verdad: si en vez de ser nuera, fuera tu hija, ¿te parecerían sus defectos tan enormes?”

Lo viejecita piensa... y luego responde: “No... Una hija es siempre una hija...”

“Y si una hija tuya te dijese que en la casa de su esposo la madre de él la maltrata, ¿qué dirías?”

“Que es mala. Porque debería enseñar bondadosamente las costumbres de la casa —cada una tiene las suyas— sobre todo si la esposa es joven. Le diría que se acordase de cuando fue esposa joven, de que fue feliz al amar a su suegra si tuvo la suerte de que esta fuera buena, de que había sufrido, si se encontró con una mala. Y que no hiciera sufrir lo que no sufrió, o no hacerlo porque por experiencia sabe lo que es sufrir. ¡Defendería a mi hija!”

² Cfr. Núm. 6, 22-27.

“¿Cuántos años tiene tu nuera?”

“Dieciocho, Rabí. Hace tres años que se casó con Santiago”.

“Muy joven. ¿Es fiel al marido?”

“Sí. Siempre en casa y es toda amor por él, por el pequeño Leví y por la pequeñita Ana, que tiene el mismo nombre mío. Nació en la Pascua... ¡Es muy bella!...”

“¿Quién quiso que se llamase Ana?”

“María. ¡Eh! Leví se llama el suegro y Santiago le puso este nombre al primogénito. María cuando dio a luz a la niña, dijo: ‘A esta se le dará el nombre de nuestra madre’”.

“¿Y no te parece que esto sea amor y respeto?”

La viejecita piensa... Jesús insiste: “Ella es honesta, siempre en casa, es amorosa tanto como mujer que como madre, deseosa de darte alegrías... Pudo haber puesto a su hija el nombre de su madre, y sin embargo le puso el tuyo... honra tu casa con su conducta...”

“Sí. No es como esa sinvergüenza de Jesabel”.

“¿Y luego? ¿Por qué tú misma te lamentas y tú misma te afliges? ¿No te parece que quieres tener dos medidas al juzgar de manera diversa a tu nuera de lo que lo harías con tu hija?”

“Es que... es que... me ha arrebatado el amor de mi hijo. Antes él era todo para mí, ahora la ama más que a mí...”. La eterna razón verdadera de los prejuicios de las suegras brota finalmente del corazón de la viejecita con lágrimas en los ojos.

“¿No te da nada tu hijo? ¿Te descuida desde que se casó”...”

“No. No puedo decirlo, pero sí que ahora es todo de su mujer...” y el llanto es más fuerte.

Jesús sonríe bondadosamente de la celosa madre. Pero bueno como siempre, no la reprende. Compadece sus sufrimientos y trata de curarlos. Pone su manto sobre la espalda de la viejita como para guiarla porque las lágrimas no la dejan ver, o tal vez para hacerle sentir con el contacto un gran amor para consolarla y curarla. Le dice: “Madre, ¿y no acaso está bien que así sea? Tu marido lo hizo contigo, y su madre no lo perdió del todo como dices y piensas, sino en parte, porque tu esposo compartió su amor entre su madre y tú. El padre de tu marido dejó de ser todo de su madre para amar a la madre de sus hijos. Y así generación tras generación, llegando hasta Eva, la primera madre que vio que sus hijos dividían el amor que antes era exclusivo de ella y de Adán con sus esposas. ¿No dice acaso el Génesis: “He aquí finalmente el hueso de mis huesos y la carne de mi carne... El hombre por ella abandonará padre y madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne”¹? Replicarás: ‘Fueron palabras de un hombre’ Sí, pero ¿de qué hombre? Era inocente y estaba en gracia, por lo tanto reflejaba absolutamente la Sabiduría que le había creado y conocía la verdad. Por la gracia e inocencia poseía en modo completo también los otros dones de Dios. Con los sentidos sujetos a la razón tenía una inteligencia clara y no ofuscada con los vapores de la concupiscencia. Por la ciencia proporcionada a su estado, decía palabras llenas de verdad. Profeta fue. Tú sabes que profeta quiere decir el que habla en nombre de otro². Y como los *verdaderos* profetas hablan siempre de cosas pertinentes al tiempo presente y a la carne – porque en los pecados de la carne y en los sucesos del tiempo actual están las semillas de los castigos futuros, o los hechos del futuro tienen su raíz en un evento antiguo, por ejemplo, la venida del Salvador tiene su origen en la culpa de Adán, y los castigos de Israel, predichos por los profetas, nacen de la conducta de Israel- de igual modo el que mueve los labios para decir cosas del espíritu no puede ser sino el Espíritu Eterno que todo lo ve en un eterno presente. Y el espíritu Eterno habla en los santos, porque no puede habitar en los pecadores. Adán era santo, esto es, existía en él la justicia completa, como también todas las virtudes, porque Dios había infundido en él la plenitud de sus dones. Ahora para llegar a la justicia y a la posesión de las virtudes, el hombre debe trabajar mucho, porque el incentivo al mal existe en él. En Adán no existían tales incentivos. La Gracia lo hacía un poco inferior a Dios, su Creador, por esto de

¹ Cfr. Gén. 2, 23-24.

² Cfr. 2 Rey. 23, 2; Is. 51, 16; 59, 21; Jer. 1, 9.

sus labios brotan palabras de un sabio. Así pues son verdaderas estas palabras: “El hombre dejará a padre y madre y se unirá a su mujer y serán una sola carne”. Tan es cierto que el Buen Dios siempre pronto a consolar madres y padres puso en la ley el cuarto mandamiento: “Honra a tu padre y madre”⁴. Mandamiento que no termina cuando el hombre se casa, sino que sigue. Primero, instintivamente, los buenos honran a sus padres aun después de haberse separado de ellos para formar una nueva familia. A partir de Moisés es una obligación de la ley, y esto para suavizar los dolores de los pobres a quienes muchas veces olvidaban sus hijos después de su matrimonio. Pero la ley no borró el dicho profético de Adán: “El hombre dejará a padre y madre por su mujer”. Fueron palabras que dijo un justo y sigue viviendo. Reflejaban el pensamiento de Dios, y el pensamiento de Dios es inmutable porque es perfecto. Tú, madre, debes, pues, aceptar, sin egoísmos que tu hijo ame a su mujer. Y también serás santa. Por otra parte cualquier sacrificio tiene ya una recompensa acá en la tierra. ¿No te sientes dichosa con besar a los hijos de tu hijo? ¿Y no te es placentera la noche y cuando te entregas al sueño sabiendo que tienes a una hija cercana, en lugar de las que no tienes más en casa?...”

“¿Cómo sabes que mis hijas, mayores que mi hijo están casadas y viven lejos?... ¿Eres acaso también profeta? Rabí lo eres, y eso lo demuestran los flecos de tus vestidos, y aunque no los tuvieses, lo declaran tus palabras, pues hablas como un doctor... ¿Eres acaso amigo de Gamaliel? Aquí estuvo antier. Ahora no sé... venían con él muchos rabinos y muchos de sus discípulos predilectos. Tal vez llegas tarde”.

“Conozco a Gamaliel. Pero no voy a donde está. Ni siquiera entro en Giscala...”

“¿Pero quién eres? Ciertamente un Rabí. Hablas mejor todavía que Gamaliel...”

“Entonces haz lo que te dije, y tendrás paz en ti. Adiós, madre. Yo sigo mi camino. Tú entra en la ciudad”.

“¿Me llamas madre? Los otros rabinos no son tan humildes para con una pobre mujer... La que te llevó en el vientre debe ser más santa que Judit⁵, si te dio ese dulce corazón para con todas las criaturas”.

“Santa lo es en realidad”.

“Dime su nombre”.

“María”.

“¿Y el tuyo?”

“Jesús”.

“¡Jesús!...” la mujer no cabe de estupor. Lo que ha oído la paraliza y la deja enclavada en su lugar.

“Adiós, mujer. La paz sea contigo” y Jesús se va ligero, como corriendo, antes de que ella vuelva en sí de su admiración. Los apóstoles lo siguen con igual paso en medio de revoloteo de vestidos. En vano los siguen los gritos de la mujer que suplica: “¡Deteneos! ¡Jesús Rabí, detente! Quiero darte una cosa...” Aflojan el paso cuando lo tupido del bosque nuevamente los ha escondido, y no se ve más el camino que lleva a Giscala.

“¡Qué hermoso hablaste a la mujer!” dice Bartolomé.

“¡Una lección de doctor! Desgracia que hubiera estado sola...” observa Santiago de Alfeo.

“Quiero grabarme esas palabras...” exclama Pedro.

“La mujer comprendió, o medio comprendió, después que oyó tu nombre... Ahora va a ir a divulgarlo a la ciudad...” dice Tomás.

“Con tal de que no provoque a las avispas y nos las eche encima” dice en voz baja Judas de Keriot.

“¡Estamos lejos!... Entre estos bosques no se dejan rastros, y nada nos perturbará” dice optimista Andrés.

“¡Aunque nos las eche encima!... Es la paz de una familia que he vuelto a cimentar...” dice Jesús a todos.

⁴ Cfr. Ex. 20, 12; Lev. 19, 3; Deut. 5, 16; Eccli. 3, 2-18.

⁵ Cfr. Jud. 8-16; y especialmente: 8, 4-8; 13, 17-23; 16, 25-29.

“¡Pero cómo son! Todas las suegras son iguales” dice Pedro.

“No. Hemos conocido algunas buenas. ¿Te acuerdas de la suegra de Yersua de Doco? ¿Y qué dices de la suegra de Dorca de Cesarea de Filipo?”

“Claro que sí, Santiago... Hay una que otra buena...” conviene Pedro; pero ciertamente piensa que la suya es un tormento.

“Detengámonos a comer. Luego descansaremos para llegar al poblado del valle para pernoctar allí” dice Jesús.

Se quedan en una especie de concavidad verde y pequeña, parece el interior de una concha incrustada en el monte y abierta para dar reposo a los peregrinos. La luz es suave, no obstante la hora, por los árboles altos y tupidos. La temperatura es agradable por la brisa que sopla sobre los montes. Un pequeña caída de agua, un hilo de plata en medio de dos rocas oscuras, canta con delicada voz perdiéndose entre la hierba, en un lecho pequeño que se ha escavado, no más ancho que un palmo y cubierto en ambas riberas de hierbecilla que ondea al contacto del viento suave, y de ahí como una cascada de muñecas, cae a una hondonada. El horizonte hacia los montes del Líbano, presenta un espectáculo maravilloso allá en lontananza...

165. Jesús habla de su reino y de ley

10 agosto 1946

Qué agradable es el reposo en la pequeña meseta, pero es prudente bajar al valle mientras se hace de día porque la oscuridad podría echarse antes, en medio del bosque tupido de árboles.

Jesús es el primero en ponerse en pie y en refrescarse el rostro, las manos y pies en el riachuelo que sale del manantial. Llama a sus apóstoles que duermen sobre la hierba y los incita a que se preparen a partir. Y mientras ellos, uno por uno, hacen lo que Él hizo, y llenan las cantimploras de agua que cae de las rocas, va a esperarlos al borde del prado, cerca de dos viejos árboles que lo limitan a este y mira el horizonte lejano.

Felipe es el primero en juntársele, y mira allá donde su Maestro está mirando. Comenta: “¡Hermoso panorama! ¿Lo admiras?”.

“Sí, pero no admiraba tan sólo su belleza.

¿Y entonces qué cosa?” Pensabas acaso en que Israel será grande, más allá del Líbano y del Oronte, de donde durante los siglos pasados salieron los que nos han atribulado y nos atribulan todavía, porque allá reside el cerebro de la potencia que nos oprime con el legado? Tremendas son las profecías de más de un profeta sobre ellos: “Aplastaré al asirio en mi tierra, lo pisaré en mis montañas... Esta es la mano que se ha extendido sobre las naciones... ¿Y quién podrá detenerla?... Damasco dejará de existir y se convertirá en un montón de piedras en ruina... esto es lo que sucederá a quienes nos saquearon”. Isaías es el que lo dice. Y Jeremías añade: “Pondré fuego sobre los muros de Damasco y devorará los muros de Benadab”. Esto sucederá cuando el rey de Israel, el prometido, tome su cetro y Dios haya perdonado a su pueblo dándole su Mesías-Rey... Lo dice Ezequiel: “Vosotras montañas de Israel echad vuestras ramas, traed vuestros frutos para mi pueblo de Israel porque está cercano su regreso... os traeré nuevamente mi pueblo, y será tu dueño para siempre... No permitiré que las naciones te ultrajen...” Y lo salmos cantan con Etán el esdrajita: “Encontré a mi siervo David y lo ungí con mi santo óleo. Mi mano lo asistirá... el enemigo no podrá nada contra él... En mi nombre crecerá poderoso... Extenderá su mano sobre el mar, su derecha sobre los ríos... Será mi primogénito, el soberano entre los reyes de la tierra”. Y Salomón canta: “Durará cuanto duren el sol y la luna... Dominará de un mar a otro mar, y desde el río hasta los confines de la tierra... lo adorarán todos los reyes de la tierra, todos los pueblos serán sus súbditos...” Tú, Mesías porque en Ti están todas las señales del espíritu y de la carne, Todas las señales que dieron los profetas. ¡Aleluya a ti!, Hijo de David, Mesías-Rey, Rey santo!”

“Aleluya” gritan en coro los demás que se habían acercado a Jesús y a Felipe y oyeron las palabras de éste. El aleluya lo llevan los vientos, de colina en colina.

Jesús los mira con una tristeza infinita... en respuesta dice: “No os acordáis de lo que David dice del Mesías, y lo que también dice Isaías... Tomáis la miel dulce, el viento embriagador de los profetas... pero no pensáis en que para el Hijo del hombre sea Rey de reyes debe beber la hiel y el vinagre y vestirse con la púrpura de su sangre... No es culpa vuestra si no comprendéis... Vuestro error para no comprender está en el amor, pero Yo quisiera un amor diverso. Por ahora no podéis... Siglos de pecado impiden al hombre que existía la luz en él, pero la luz destruirá las murallas y entrará en vosotros... Vámonos”.

Toman otra vez el sendero ancho que habían dejado para subir a la meseta y bajan rápidos al valle. Los apóstoles hablan en voz baja entre sí...

Luego, Felipe corre adelante, alcanza al Maestro y le pregunta: “¿Te causé algún dolor, Señor? No fue mi intención... ¿Estás enojado conmigo?”

“No, Felipe. Pero quisiera que comprendieseis”.

“Mirabas hacia allá con tantas ansias”

“Porque pensaba en los muchos lugares que no me han visto, y no me verán... porque mi tiempo vuela... ¡Cuán breve es la vida del hombre! ¡Y cuán lento es el hombre en el obrar!... ¡Cómo experimenta el espíritu estas limitaciones terrenas!... pero, Padre, ¡hágase tu voluntad!”

“Maestro, has recorrido todas las regiones de las antiguas tribus. Por lo menos una vez las has santificado, y así puede decirse que has recogido en tu puño las doce tribus...”

“Es verdad eso. Después vosotros haréis lo que el tiempo no me dejó hacer”.

“Tú que detienes ríos y calmas el mar, ¿no podrías hacer que el tiempo pasase más lento?”

“Podría, pero el Padre que está en los cielos, el Hijo en la tierra, el Amor en cielo y tierra, arden en ansias de realizar el Perdón” y Jesús se sumerge en una profunda meditación que Felipe respeta, dejándolo y reuniéndose con sus compañeros a los que refiere su diálogo.

...El valle está ya cerca y se ve un camino, un verdadero camino principal que viene del sur y sigue hacia el oeste, que forma una curva precisamente a las faldas del monte y continúa por su base prosiguiendo derecho hacia un bello poblado que se alarga entre el verdor de un arroyo, en el que por ahora no se ven más que piedras, y en medio de ellas alguno que otro bejuco, sobre todo en el centro donde un hilo de agua persiste en correr hacia el mar.

Antes de tomar el camino principal, todos se juntan y no han caminado más que unos cuantos metros cuando les salen al encuentro dos hombres que los saludan.

“Dos discípulos de rabinos, y uno es levita. ¿Qué querrán?” dicen entre sí los apóstoles que no están nada contentos del encuentro. “Yo no sé de dónde deduce que sean discípulos y que uno sea levita. Todavía no comprendo bien el lenguaje de los flecos, de las franjas y otros secretos del vestuario israelita.

Jesús, cuando está a unos dos metros de ellos, y no es posible ningún equívoco porque en el camino no se interpone ninguno que vaya a pie o a caballo al poblado, responde al saludo y se detiene.

“La paz sea contigo, Rabí”

Dice el levita, que antes se había limitado a hacer inclinaciones profundas.

“La paz sea contigo, y contigo” dice Jesús volviéndose al otro.

“¿Eres tú el Rabí de nombre Jesús?”

“Sí”

“Antes de las doce entró una mujer a la ciudad y dijo que había hablado por el camino con un Rabí más grande que Gamaliel porque además de sabio es bueno. Sus palabras llegaron hasta nosotros, y los maestros nos enviaron a todos los que allí estábamos a buscarte, suspendiendo la partida hacia Jerusalén. En nombre suyo y por nuestro medio te dicen: “ven a la ciudad, que te queremos hacer algunas preguntas”.

“¿Por qué motivo?”

“Para que falles sobre un hecho que acaeció en Giscala, cuyas consecuencias duran”.

“¿No tenéis a los grandes doctores de Israel para fallar?”

“¿Por qué volverse al Rabí desconocido?”

“Si eres el que dicen los rabinos, no eres un desconocido. ¿No eres acaso Jesús de Nazaret?”

“Lo soy”.

“Los rabinos conocen tu sabiduría”.

“Y Yo conozco el odio que me tienen”.

“No todos, Maestro. El más grande y justo no te odia”.

“Lo sé. Ni siquiera me ama. Me estudia. ¿Rabí Gamaliel está en Giscala”

“No. Partió para llegar a Séforis antes del sábado. Partió inmediatamente después del juicio”.

“Y entonces ¿por qué me buscáis? Yo también debo respetar el sábado y apenas puedo llegar a tiempo a aquel lugar. No me detengáis”.

“No tengo miedo porque sé que por ahora a mis enemigos no se les ha concedido ningún poder. Dejo a los sabios la alegría de juzgar”.

“¿Qué quieres decir?”

“Que no sentencio, perdono”.

“Sabes juzgar mejor que cualquier otro. Gamaliel lo dijo con estas palabras: ‘Sólo Jesús de Nazaret juzgaría con justicia en este caso’”.

“Está bien. Ya habéis dado el fallo, y no hay remedio. Yo habría mandado primero que se calmasen las pasiones antes de dar la sentencia. Si había alguna culpa, el culpable podía arrepentirse y redimirse. Si no la había, no se hubiera realizado el suplicio, que ante los ojos de Dios, para alguno no es más que un homicidio premeditado”.

“Maestro, ¿cómo lo sabes? La mujer juró que hablaste con ella sólo de sus cosas... y... Tú sabes. ¿Eres en realidad un profeta?”

“Yo soy quien soy¹⁰. Adiós. La paz sea contigo. El sol va acercándose al occidente” y les vuelve la espalda, dirigiéndose hacia el poblado.

“¡Hiciste bien, Maestro! Sin duda que te quieren poner asechanzas”. Los apóstoles se sienten solidarios con el Maestro. Pero sus alabanzas, sus razones desaparecen porque los dos de antes los alcanzan rogando a Jesús a que suba a Giscala.

“No. El crepúsculo me hallaría en el camino. Decid a quien os envió que observe la ley, siempre, cuando el observarla no va contra el mandamiento más grande que el sabático: el del amor”.

“Maestro, Maestro, te lo suplicamos. Este es exactamente un caso de amor y justicia. Ven con nosotros, Maestro”.

“No puedo. Y ni siquiera podéis subir a tiempo”.

“Tenemos licencia de hacerlo por esta ocasión”.

“¿Cómo? Protestaron cuando curé en sábado a un enfermo y lo absolví en sábado ¿y a vosotros se os permite violar el sábado por una disputa ociosa? ¿Acaso hay dos medidas en Israel? ¡Idos, idos! Dejadme ir”.

“Maestro, Tú eres profeta. Por eso lo sabes. Yo lo creo y también este. ¿Por qué nos rechazas?”

“¿Por qué?...” Jesús los mira fijamente, deteniéndose. Sus severos ojos que traspasan y penetran más allá de los velos de la carne, que leen los corazones, miran dominadores a los dos que tiene delante. Luego sus ojos, irresistibles cuando están enojados, tan dulces cuando aman, cambian de modo de mirar y toman una expresión tan cariñosa, tan misericordiosa, que si antes el corazón se estremecía de temor por la mirada potente, ahora tiembla de emoción ante el refulgir del amor. “¿Por qué?” repite... “No Yo, sino los hombres rechazan al Hijo del hombre, y Él debe desconfiar de sus hermanos. Pero a quien no tiene malicia en el corazón le digo: ‘Ven’, y también ‘Amadme’ a los que me odian”.

¹⁰ Ex. 3, 13-15; Is. 42,8.

“Entonces, Maestro...”

“Entonces iré al poblado para el sábado”.

“Espéranos al menos”.

“En el crepúsculo del sábado partiré. No puedo esperar”.

Los dos se miran, se consultan quedándose un poco atrás; después uno, el que tiene el aspecto más abierto y que casi siempre ha hablado, regresa corriendo.

“Maestro, me quedo contigo hasta después del sábado”.

Pedro, que va al lado de Jesús, le jala el vestido haciendo que se vuelva a él y le dice en voz baja: “No. Un espía”. Judas Tadeo a sus espaldas le dice: “Desconfía” Natanael, que va adelante con Simón y Felipe, se vuelve y hace señales con los ojos como diciendo: “No”. Hasta los dos más confiados: Andrés y Juan, hacen señal con la cabeza de no, detrás de la espalda del importuno.

Pero Jesús no hace caso de sus sospechas miedosas y responde: “Quédate”. Los demás deben resignarse.

El hombre, contento, se siente menos extraño, siente la necesidad de decir su nombre, quién es, por qué está en Palestina él que nació en la Diáspora, pero que fue consagrado a Dios desde su nacimiento porque fue ‘consuelo de sus padres’, que agradecidos al Señor de que lo tuvieron, lo confiaron a familiares que viven el Jerusalén, para que fuese el Templo, y allí, sirviendo en la casa de Dios, conoció al rabí Gamaliel y se hizo su discípulo asiduo y amado: “me pusieron por nombre José, porque como el antiguo¹³ quité a mi madre la aflicción de ser estéril. Pero mi madre cuando me amamantaba, siempre me llamaba ‘mi consolación’ y así me convertí en Bernabé¹⁴ para todos. También el gran rabí me llama así porque él se consuela con sus mejores discípulos”.

“Procura que también Dios te lo diga, o mejor que te llame así” dice Jesús.

Entran en el poblado.

“¿Lo conoces?” pregunta Jesús.

“No. Nunca he estado. Es la primera vez que vengo acá a Neftalí. Me trajo el rabí consigo y con los demás, porque me quedé solo...”

“¿Tienes a Dios por amigo?”

“Así lo espero. Trato de servirlo lo mejor que puedo”.

“Entonces no estás solo. Sólo está el pecador”.

“También yo puedo pecar...”

“Tú, discípulo de un gran rabí, conoces las condiciones para que una acción sea pecado”.

“Todo, Señor, es pecado. El hombre peca continuamente, porque hay más preceptos que momentos tiene el día. Y no siempre el pensamiento y las circunstancias nos impiden pecar”.

“En verdad son las circunstancias las que con frecuencia inducen a pecar. ¿Has comprendido bien el concepto del principal atributo de Dios?”

“La justicia”.

“No”.

“La potencia”.

“Tampoco”.

“...El rigor”.

“Mucho menos”.

“Y con todo... esto sucedió en el Sinaí¹⁵ y después todavía...”

“Entonces el Altísimo se dejó ver entre rayos, que ceñían con aureola tremenda el rostro del Padre y Creador. En verdad, vosotros no conocéis el verdadero rostro de Dios. Si lo

¹³ Cfr. Gén. 30, 22-24.

¹⁴ Cfr. Hech. 4, 36.

¹⁵ Cfr. ex. 19, 9-20, 21.

conocierais, si conocierais su espíritu, comprenderíais que el principal atributo de Dios es el amor, un amor misericordioso¹⁶”.

“Sé que el Altísimo nos ama. Somos el pueblo elegido. Pero servirle es algo terrible”.

“Si sabes que Dios es Amor, ¿cómo puedes llamarlo terrible?”

“Porque pecando, perdemos su amor”.

“Te pregunté antes si sabías las condiciones por las que una acción se convierte en pecado”.

“Cuando no es una acción motivada por los seiscientos trece preceptos, por las decisiones, costumbres, bendiciones y plegarias, además de los diez mandamientos de la ley, o bien no lo es, según los escribas enseñan estas cosas, entonces es pecado”.

“¿Aún cuando el hombre no lo haga con plena advertencia y perfecto consentimiento de su voluntad?”

“Aun así. Por eso quién puede decir: “¿Yo no peco?” ¿Quién puede esperar tener paz en el seno de Abraham a la hora de su muerte?”

“¿Son los hombres perfectos en el espíritu?”

“No, porque Adán pecó y tenemos esa culpa en nosotros. Nos hace débiles. El hombre perdió la gracia del Señor, única gracia que podía sostenernos...”

“¿Y el Señor lo sabe?”

“Él sabe todo”.

“¿Y crees entonces que Él no tenga misericordia, teniendo en cuenta lo que hace débil al hombre? ¿Crees que Él exija a los castigados, lo que podía exigir al primer hombre? En esto está la diferencia en que no reflexionáis. Dios es justicia, sí. Es potencia, sí. Puede también ser rigor para con el impenitente que continúa en su pecar. Cuando ve que un hijo suyo falta – el espíritu alcanza su madurez eterna en el juicio particular- porque es un distraído, porque su cabeza no le ayuda a discernir, porque no ha sido bien instruido, porque es débil tanto en una como en otra cosa, ¿piensas que el Padre Santísimo lo puede condenar con inexorable rigor? Lo has dicho. El hombre perdió la gracia, fuerza necesaria para reaccionar contra la tentación y los apetitos. Dios lo sabe. No tiene el hombre necesidad de temblar ante Dios y huir de Él como Adán después de la culpa. Más bien debe recordar que Él es Amor. Su rostro brilla entre los hombres, pero no para convertirlos en ceniza, sino más bien para confortarlos como el sol conforta con sus rayos. No es el rigor, sino el amor el que resplandece en Dios. Son rayos de un sol, y no el asatear de relámpagos y rayos. Además... ¿Qué cosa ha impuesto el Amor? ¿Una carga que no se puede llevar? ¿Un código de innumerables artículos que pueden olvidarse? No. Sólo diez mandamientos¹⁸, para contener al hombre, cual potro sin frenos, porque de otra manera iría a la ruina. Pero cuando el hombre sea salvado, cuando se devuelva la gracia, cuando exista el reino de Dios, esto es, el Reino del amor, se dará a los hijos de Dios y súbditos del Rey un solo mandamiento y en él se contendrá todo: “Ama a tu Dios con todo tu ser, y a tu prójimo como a ti mismo”. Porque créeme, que Dios-Amor no puede sino aligerar el yugo y hacerlo suave, y el amor hará cosa agradable el servir a Dios, y no se le temerá más, sino que será objeto de amor. Amado sólo Él, y por Sí, e igualmente amado en nuestros hermanos. ¡Cuán sencilla será la postrer ley! Así. Así como es Dios en su simplicidad. Óyeme: ama a Dios con todo tu ser, ama a tu prójimo como a ti mismo. Medítalo. ¿Los seiscientos trece gravosos preceptos, todas las plegarias y bendiciones, no se contienen acaso ya en estas dos frases, despojándose de las argucias inútiles que no son religión, sino esclavitud para con Dios? Si ama a Dios sin duda alguna que a cada hora lo honrarás. Si amas al prójimo, no hay duda que no le causarás ningún mal. No mentarás, no robarás, no matarás o herirás, no cometerás adulterio. ¿No es así?”

“Así es... Maestro justo, quisiera estar contigo. Pero Gamaliel ha perdido por tu causa los mejores de sus discípulos... Yo...”

¹⁶ Cfr. Cfr. Is. 54, 4-10; 1 Ju. 4, 7-16.

¹⁸ Cfr. ex. 20, 1-17; deut. 5, 1-22.

“Todavía no es la hora de que vengas a Mí. Cuando llegue, tu mismo maestro te la dirá porque es un hombre justo”.

“¿De veras lo es? ¿Lo dices Tú?”

“Lo digo porque es verdad. No soy Yo el que humilla para subirse sobre el derrotado. A cada uno reconozco lo suyo... Nos están llamando... Sin duda han encontrado alojamiento para nosotros. Vamos...”

166. Un fallo de Jesús

12 agosto 1946

“No me parece nada bien esta parada con ese hombre que se nos unió...” refunfuña Pedro que está con Jesús en un huerto poblado de árboles.

Debe ser después del mediodía del sábado porque el sol está todavía alto, y cuando llegaron al poblado estaba ya para oscurecer.

“Partiremos después de las plegarias. Es sábado. No se podía caminar. Nos ha hecho bien este descanso. No haremos más paradas sino hasta el próximo sábado”.

“Tú has descansado poco. ¡Todos esos enfermos!...”

“Y que ahora alaban al Señor. Para evitaros tanta caminata me hubiera quedado aquí dos días más para dar tiempo a los curados de esparcir la noticia más allá. Pero no queréis”.

“¡No! ¡No! Quisiera estar ya lejos. Y... no te confíes demasiado, Maestro. ¡Hablas! ¡Hablas! ¿No sabes que cada palabra tuya se convierte en veneno contra Ti en ciertas bocas? ¿Por qué nos lo enviaron?”

“Tú lo sabes”.

“Sí. Pero, ¿por qué se quedó?”

“No es el primero que se haya quedado, después de haberme tratado”.

Pedro sacude su cabeza. No está convencido, y mastica la palabra: “¡Un espía!... ¡Un espía!”

“No juzgues, Simón. Podrías arrepentirte algún día de tu actual juicio”.

“No juzgo, tengo miedo por Ti. Y esto es amor. El Altísimo no me puede castigar por que te ame”.

“No digo que te arrepentirás de ello, sino de haber pensado mal de un hermano tuyo”.

“Él es hermano de los que te odian. Por lo tanto no es mi hermano”.

La lógica, humanamente hablando, es justa, pero Jesús hace observar: “Es discípulo de Gamaliel. Gamaliel no está contra Mí”.

“Pero tampoco a tu favor”.

“Quien no está contra Mí, está a mi favor, aunque no lo parezca. No se puede pretender que un Gamaliel, el más grande doctor que tenga hoy en día Israel, un pozo del saber rabínico, una verdadera mina en la que hay toda clase... de tesoros rabínicos, puede con presteza abandonar todo para aceptar... me. Simón, es difícil aun para vosotros aceptarme, dejando todo lo pasado...”

“¡Nosotros te hemos aceptado!”

“No. ¿Sabes qué cosa es aceptarme? No es ni amarme, ni seguirme. Esto ya es un gran mérito del Hombre, que soy Yo, y que atrae vuestras simpatías. *Aceptarme es aceptar mi doctrina, que es igual a la antigua ley divina, pero que es completamente diversa de la de ella, de ese cúmulo de leyes humanas que han venido amontonándose con los siglos, formando un código y un formulario que no tiene nada de divino.* Vosotros, todos los humildes de Israel, y uno que otro grande y justo, os lamentáis y criticáis las sutilezas de formalidad de los escribas y fariseos, sus intransigencias y dureza... pero tampoco estáis inmunes. No es culpa vuestra. Vosotros hebreos, con el correr de los siglos habéis asimilado lentamente las... exhalaciones humanas de los manipuladores de la ley de Dios, pura y sobrehumana. Tú sabes. Cuando uno continúa por años y años viviendo en un modo diverso del lugar en que nació, porque se encuentra en un país que no es el suyo, y allí viven sus hijos y los hijos de estos, sucede que

su descendencia termina de ser como la del lugar en que vive. Se aclimata tanto que pierde hasta la fisonomía física de su antigua patria, además de sus costumbres morales, y por desgracia, hasta pierde la religión de sus padres... Mira a los otros. Vamos a la sinagoga”.

“¿Vas a hablar?”

“No. Soy un simple fiel. Hablé con los milagros esta mañana...”

“Con tal de que no haya sido contraproducente...” Pedro está muy intranquilo y pensativo, pero sigue al Maestro que se unió a los otros apóstoles, y se le une el hombre de Giscala y otros, tal vez del poblado.

En la sinagoga, el sinagogo con deferencia se vuelve a Jesús diciéndole: “¿Quieres explicar la ley, Rabí?”

Jesús rehúsa y como un simple fiel sigue todas las ceremonias, besando como los demás los rollos que le presenta el vice-sinagogo (digo así porque no sé cómo se llama este ayudante del sinagogo) y escucha las explicaciones. Es verdad que si no habla, toda su actitud es una predicación por el modo como ora... Muchos lo miran. El discípulo de Gamaliel no le quita de encima los ojos. Y los apóstoles que están suspicaces, no lo pierden de vista.

Jesús no se vuelve ni siquiera cuando en el umbral de la sinagoga se produce un ruido que distrae a muchos. La ceremonia termina y la gente sale a la plaza donde se encuentra la sinagoga, es uno de los últimos en salir y se dirige a la casa para tomar su alforja y partir. Muchos del lugar lo siguen y entre ellos el discípulo de Gamaliel a quien llaman, en un cierto momento, tres hombres que estaban junto a una casa. Habla con ellos, y con ellos se acerca a Jesús.

“Maestro, estos quieren hablarte” dice llamando la atención de Jesús que está hablando con Pedro y su primo Judas.

“¡Escribas! ¡Lo había dicho ya!” exclama Pedro, intranquilo.

Jesús saluda reverente a los que también lo saludan y pregunta: “¿Qué queréis?”

Habla el de más edad: “No fuiste, pero nosotros venimos. Y para que nadie piense que pecamos contra el sábado, a todos decimos que dividimos el camino en tres etapas. La primera hasta que hubo luz crepuscular. La segunda, de seis estadios, mientras a luna ilumino los senderos. La tercera terminó aquí y no pasó de la medida legal. Esto es por el bien de nuestras almas y por el de las vuestras. Pero pedimos tu sabiduría para nuestra inteligencia. ¿Estás enterado de lo que pasó en la ciudad de Giscala?”

“Vengo de Cafarnaum y no sé nada”.

“Escucha. Un hombre estuvo ausente de su casa por razón de negocios. Cuando regresó, se enteró que durante su ausencia su mujer lo había engañado, hasta el punto de tener un hijo que no podía haber sido suyo porque había estado ausente por catorce meses. El hombre mató ocultamente a su mujer. Pero denunciado por uno, a quien se lo comunicó la sierva, según la ley de Israel³, ha sido muerto. El amante que según la ley debería ser lapidado, se refugió en Cades⁴, y ciertamente tratará de ir a otros lugares. El marido quería al hijo bastardo para matarlo también, pero la mujer que lo amamantaba no se lo entregó. Ella fue a Cades para persuadir al verdadero padre del recién nacido que lo tomase bajo su cuidado, porque el marido de la nodriza se opone a tener al bastardo en su casa. El hombre la rechazó con el hijo, diciendo que le estorbaría cuando huyese. ¿Cómo juzgas Tú el hecho?”

“No encuentro qué cosa deba fallarse. El fallo justo o injusto ya se dio”.

“Según Tú, ¿cuál fue el fallo justo y cuál el injusto? Entre nosotros surgió divergencia acerca del suplicio del homicida”.

Jesús los mira fijamente. Luego: “Hablaré. Pero antes responded a mis preguntas, cualesquiera que estés sean. Sed sinceros. ¿El uxoricida era nativo del lugar?”

“No. Se había establecido allí desde que se casó con su mujer que era nativa de ahí”.

“¿El adúltero, también era del lugar?”

³ Cfr. por ej. Ex. 21, 12-25; Lev. 24, 17; Núm. 35, 16-34; Deut. 19, 11-13.

⁴ Cfr. Ex. 21, 13-14; Núm. 35; Deut. 4, 41-43; 19, 1-13; Jos. 20-21; 3 Rey. 1, 50-3, 28-34.

“¿Sí”.

“¿Cómo supo el marido que había sido traicionado? ¿Era pública la culpa?”

“No lo era. Y no se comprende cómo pudo haberlo sabido. Su mujer se había ausentado por varios meses diciendo que para no estar sola se iba a Ptolemaide, a casa de unos parientes y regresó diciendo que había tomado consigo al hijo de una parienta suya que había muerto”.

“¿Era de una conducta desvergonzada cuando estuvo en Giscala?”

“No. Todos nos quedamos sorprendidos de que Marcos hubiese tenido relaciones con ella”.

“Mi pariente no es culpable. Es inocente” protesta uno de los tres que no había hablado hasta ahora.

“¿Es tu pariente? ¿Quién eres?” pregunta Jesús.

“El primero de los Ancianos de Giscala. Por eso quise que fuese condenado a muerte el uxoricida, porque no sólo mató a alguien, sino que mató a una inocente” y mira torvamente al tercero que tendrá unos cuarenta años y que replica: “La ley dice que sea condenado a muerte el homicida”.

“Tú querías que muriesen la mujer y el adúltero”.

“Así dice la ley”.

“Si no hubiera habido otro motivo, nadie hubiera hablado”.

Se prende la disputa entre los dos de modo que casi se olvidan de Jesús. El primero que habló, el de mayor edad, impone silencio diciendo: “No se puede negar que se haya cometido el homicidio, como tampoco se puede negar que haya existido la culpa. La mujer lo confesó a su marido. Pero dejemos hablar al Maestro”.

“Pregunto: ¿Cómo lo supo el marido? No me lo habéis contestado todavía”.

El que defiende a la mujer dice: “Porque hubo alguien que le sopló apenas regresó”.

Entonces Yo digo que este tal no tenía limpio el corazón” dice Jesús bajando sus párpados para evitar que su mirada acuse a alguien.

El de cuarenta años, el que quería la muerte de la mujer y del adúltero salta: “No tenía yo hambre de ella”.

“¡Ah, ahora es claro! ¡Fuiste tú el soplón. Lo sospechaba. Tú mismo te has entregado. ¡Asesino!”

“Y tú, que proteges al adúltero. Si no se lo hubieras hecho saber, no se habría escapado. ¡Pero es tu pariente! ¡Así se hace justicia en Israel! Por eso defiendes la conducta de la mujer, para defender a tu pariente. Por eso sola no te hubieras preocupado”.

“¿Y entonces tú? ¿Tú que empujaste al marido contra su mujer para vengarte de sus rechazos?”

“¿Y tú que eres el único que testimoniaste contra el marido? ¿Tú que pagabas a una sierva de aquella casa para que te ayudase? No es válido el testimonio de uno solo. Lo dice la ley⁶”. ¡Un altercado de vendedoras!”

Jesús y el de mayor edad tratan de calmar a los dos que representan dos intereses y dos opiniones opuestas y que dejan ver el odio insanable entre las dos familias. Lo logran con dificultad. Jesús habla ahora, con calma, con solemnidad, pero antes se defiende de la acusación que uno de los dos contendientes le echó: “Tú que proteges a las prostitutas...”

“No sólo afirmo que el adulterio consumado es un delito contra Dios y el prójimo, sino que digo que aun el que tiene deseos impuros por la mujer de otro es adúltero en su corazón y comete pecado. ¡Qué pasaría si todo el que desease a una mujer casada, fuese condenado a muerte? Los lapidadores deberían tener siempre en las manos las piedras. Si muchas veces los hombres en la tierra no castigan al pecado, este será tenido en cuenta en la otra vida, porque el Altísimo ha dicho: “No fornicarás y no desearás a la mujer de otro”⁷, y la palabra de Dios debe ser obedecida. Yo añado: “Ay de aquel por el que se comete un escándalo! ¡ay del

⁶ Cfr. Núm. 35, 30.

⁷ Cfr. Ex. 20, 14; Deut. 5, 18.

delator de su prójimo!”. Aquí todos han fallado. El marido. ¿Tenía en realidad necesidad de abandonar a su mujer por tanto tiempo? ¿La había tratado siempre con el amor que conquista el corazón de la compañera? ¿Se examinó a sí mismo para ver si antes de que su mujer lo engañase, no había él engañado ya? La ley del tali3n dice: “Ojo por ojo, diente por diente”⁸. Si dice esto es para exigir la reparaci3n, ¿pero debe darla uno solo? No definiendo a la adúltera, pero afirmo: ‘¿Cuántas veces hubiera podido acusar de adulterio a su marido?’”

La gente en voz baja comenta: “¡Es verdad! ¡Es verdad!” También el Anciano de Giscala y el discípulo de Gamaliel aprueban.

Jesús prosigue: “...Yo digo: ¿por qué no temió a Dios el que por venganza fue causa de una tragedia tan grande? ¿Le hubiera gustado que sucediese eso en su familia? Afirmo: el hombre que escapó y que después de haber buscado el placer y causado esta ruina, rechaza ahora al inocente, ¿cree que escapará del Vengador eterno? Yo digo esto, y añado. La ley exige la lapidaci3n de los adúlteros y la muerte del uxoricida, pero llegará un día en que la ley, necesaria para contener la violencia y la lujuria de los hombres que no están fortalecidos por la gracia del Señor, será modificada, y si permanecerán los mandamientos de: “No matarás y no cometerás adulterio”, las sanciones contra estos pecados se pondrán en manos de una justicia más alta que la del odio y de la sangre. Una justicia respecto de la cual, la justicia de los humanos, y tal vez muchas veces adúlteros, si no ya homicidas, no será digna de este nombre. Hablo de la justicia de Dios que pedirá cuentas a los hombres aun de los deseos impuros de donde nacen las venganzas, las delaciones, los homicidios y sobre todo pedirá cuenta de porqué se negó a los culpables el tiempo de redimirse, y porqué a los inocentes se les impuso que llevasen el peso de las culpas ajenas. Todos son culpables en este caso. *Todos*. También los jueces que se dejaron llevar por motivos contrarios a la venganza personal. Uno sólo es el inocente, y de él me compadezco. No puedo volverme atrás. Pero, ¿quién de vosotros tendrá caridad del recién nacido y de Mí que sufro por él? Jesús mira a la multitud con ojos suplicantes.

Muchos contestan: “¿Qué quieres? Recuerda que es un bastardo”.

“En Cafarnaüm hay una mujer que se llama Sara. Es de Afeq. Es mi discípula. Llévadle al niño y decidle: “Jesús de Nazaret te lo encarga”. Cuando el Mesías a quien esperáis haya fundado su Reino y puesto sus leyes que no anulan la palabra del Sinaí, sino que la perfeccionan con la caridad, los bastardos no dejarán de tener madre, porque Yo seré el Padre de los que no tienen padre y diré a mis fieles: “Amadlos por amor mío” Otras cosas serán cambiadas, porque a la violencia sustituirá el amor.

Creíais que al hacerme esta pregunta fuese a negar la ley. Por eso, me habéis buscado. Decios a vosotros mismos y a quien os envió que vine a perfeccionar la ley, pero de ningún modo a abolirla. Decios a vosotros y a los demás que el que predica el Reino de Dios no puede ciertamente enseñar lo que en el Reino de Dios sería una cosa horrorosa, y por lo tanto no podría ser aceptada. Decios a vosotros y a los otros lo que dice el Deuteronomio: “El Señor Dios tuyo hará surgir de tu naci3n, de entre tus hermanos, un profeta. Escúchalo. Así lo pediste al Señor Dios tuyo, junto al Oreb, cuando dijiste: ‘Que no oiga yo la voz del Señor mi Dios y que no me vea más este grandísimo fuego, para que no muera’ Y el Señor me dijo: “Han dicho bien, y *pondré mis palabras* en tu boca, y les comunicará todo lo que le ordene. Si alguien no escuchase la palabra que dirá en mi nombre, tomaré la venganza”¹⁰.

Dios ha mandado a su Verbo para que hablase sin que su voz los matase. Tantas cosas había dicho ya Dios al hombre que este no merecía más oír a Dios. Tantas por la ley del Sinaí y por los profetas. Pero muchas cosas aun había qué decirse y Dios las reservó para su Profeta del tiempo de la gracia, para el Prometido de su pueblo, en el que está la palabra de Dios, y en el que se cumplirá el perd3n. Él, fundador del Reino de Dios, organizará las leyes con los nuevos preceptos de amor, porque el tiempo del amor ha llegado. No pedirá al Altísimo

⁸ Cfr. Ex. 21, 22-25; Lev. 24, 17-22; Deut. 19, 21.

¹⁰ Cfr. Deut. 18, 15-19.

que tome venganza contra quien no lo escucha, sino sólo que el fuego de Dios derrita el granito de los corazones y que la Palabra de Dios pueda penetrar en ellos y fundar en ellos el Reino que es Reino del espíritu, como su Rey es Rey espiritual. A quien ame al Hijo del hombre, Él le enseñará el Camino, le dará la Verdad, la Vida para que vaya a Dios, para que lo conozca y para que tenga la Vida eterna. Quien acepte mi palabra, brotarán manantiales de luz, con los cuales conocerá el sentido oculto de las palabras de la Ley y verá que las prohibiciones no son amenazas sino invitaciones a Dios, que quiere que todos los hombres sean bienaventurados y no condenados, benditos y no malditos.

Una vez más, de una cosa por lo demás sentenciada, cual la santidad no lo hubiera hecho, habéis hecho instrumento inquisidor para sorprenderme en pecado. Pero yo sé que no peco, y no temo al declarar mi pensamiento que es el siguiente: el uxoricida pagó primero con la deshonra y luego con su muerte, el haber hecho del lucro el objeto de su vida. La mujer pagó con la suya su pecado –y os sorprenderá pero así es- y disminuyó el peso de él con su confesión porque con ella quiso que su marido tuviera compasión del inocente. Los otros: tú y tú, y el que se escapó sin tener compasión de la criatura, sois más culpables que los dos primeros. ¿Murmuráis? No habéis expiado con la muerte, y en vosotros no existen los atenuantes del marido engañado, ni los de la mujer que fue abandonada y de su confesión. Todos vosotros habéis cometido un pecado –menos la nodriza del inocente- el de desechar a este pequeñín como un mal vergonzoso. Fuisteis capaces de matar al uxoricida. Habríais sido capaces de matar también a los adúlteros. Lo que es una justicia severa. Pero ninguno ha sabido y sabe abrir sus brazos piadosos al inocente. Pero no sois culpables del todo. No comprendéis... No comprendéis con claridad lo que hacéis y lo que debería hacerse. Y sólo en esto tenéis excusa.

Cuando este discípulo de Gamaliel se me acercó, me dijo: “Ven. Quieren preguntarte sobre un hecho cuyas consecuencias duran”. Las consecuencias, esto es, el niño. ¿Y bien? Ahora que conocéis mi pensamiento, ¿queréis cambiar acaso vuestra sentencia, donde todavía puede cambiarse? Yo le respondí a este: “No sentencio, Yo perdono”. Gamaliel dijo: “Sólo Jesús de Nazaret juzgaría con justicia en este caso”. Como dije a este, habría aconsejado a *todos*, digo a *todos*, que esperasen a castigar después de un examen atento. Y después de que las pasiones se hubiesen calmado. Podían haberse cambiado muchas cosas sin haber ofendido la ley. Pero ya pasó todo. Dios perdona a quien se arrepintió o se arrepentirá de ello. No tengo más qué añadir. Más bien tan sólo una cosa: que Dios perdone una vez más haber tratado de sorprender al Hijo del hombre”.

“¡Yo no, Maestro! ¡Yo no! Yo... amo al rabí Gamaliel como un discípulo debe amar a su maestro: más que a un padre. Más, porque un rabí forma la inteligencia que es cosa más grande que el cuerpo. Y... no puedo dejar a mi rabí por Ti. Pero mira, para darte mi saludo no encuentro otras palabras que las del cántico de Judit. Salgan del fondo de mi corazón porque he comprendido la justicia y la sabiduría en *todas* tus palabras. “Adonai, Señor. Tú eres grande y magnífico en tu poder. Nadie puede superarte. Nadie puede resistir a tu voz. Los que te temen estarán siempre delante de Ti”.¹²... Señor, bajaré a Cafarnaüm e iré a ver a la mujer de la que hablaste... Tú, ruega por mí para que mi granito se derrita y penetre en él la Palabra que establece el Reino de Dios en nosotros... Ahora he comprendido. Nos engañamos. Y nosotros los discípulos somos los menos culpables...”

“¿Qué estás diciendo, estúpido?” interrumpe airado el Anciano de Giscala, volviéndose al discípulo de Gamaliel.

“¿Que qué digo? Digo que tiene razón mi maestro, y que quien tienta a Este para un reino temporal es un satanás, porque Este es un verdadero Profeta del Altísimo y la Sabiduría está en sus labios. Dime, Maestro, ¿qué debo hacer?”

“Meditar”.

“Pero...”

¹² Cfr. Jud. 16, 16-17 y 19. Leer todo el Cántico de Judit: 16, 1-21.

“Meditar. Eres un fruto agrio, y también serás injertado. Rogaré por ti. Venid vosotros...” Y con los apóstoles cargando sus alforjas, empieza su camino dejando tras de sí los comentarios.

167. Jesús cura al niño ciego de nacimiento de Sidón

15 agosto 1945

Ayer fue un día dolorosísimo y mucho más de noche, durante la que los sufrimientos cardíacos no me dieron descanso, fui consolada con ver la Asunción de la Virgen que ya describí.

Es una casa de un solo piso, con su terraza como las casas de Oriente. Un cubo blanquísimo y sencillísimo de cal, con sus puertas que sirven para dejar pasar la luz en las habitacioncillas. Digo habitacioncillas, porque siendo un cubo de unos seis metros de ancho, no puede tener grandes cuartos. La casita está en medio de un olivar, de gruesos y tupidos olivos. Los troncos parecen todavía más oscuros por lo blanco de la casita que está edificada en un pequeño claro entre los árboles que distan de ella a lo más dos metros.

La primera vez que tuve la visión, tenía mucha curiosidad en ver a los ángeles en la terraza, de modo que no pude notar varios detalles. Miraba la casita, y que quién estaba arriba, y quién salía de ella. Y no más. Podría decir que la Mamá no fue llevada afuera de la casa donde se durmió. ¿Era tal vez propiedad de Juan? ¿O de algún pariente suyo? Tengo la impresión de que el Predilecto haya destinado para la ‘dormición’ un cuarto de la casa para no separarse de la Madre del Salvador, y también porque estaba convencido de la incorruptibilidad de María. Si es así, entonces esta es la razón por la que Ella está en esta casita, que dada su posición en el olivar, podía haber sido un molino de aceitunas con la habitación anexa del propietario. No sé por qué lo pienso así. Pero estoy tan convencida que creo que me venga de mi interno locutor. Si estuviese equivocada Jesús me lo hubiera corregido. El resto de la visión es igual a la primera. En suma, fuera de los de los olivos no hay ninguna diferencia o añadidura. Me siento bienaventurada con la luz candidísima del ejército angélico y de la belleza de la Mamá que duerme entre los brazos angélicos y se despierta a la luz que viene del Paraíso para sonreír a su Hijo que baja a llevársela...

Esta dulzura me hace soportable el dolor físico sin borrarlo, porque el alma, bienaventurada, vence con su gozo aun sus dolores físicos.

Luego llega el alba y un poco de reposo... luego viene el Ave María que me despierta. Digo, semidormida, la parte del Ángelus, y sonrío con el recuerdo de la gloriosa visión. Luego repito, cada vez que toca la campana para misa, el Ángelus. Me salía espontáneamente...

Y luego, en el silencio de la casa que todavía duerme, vuelvo a pensar en las visiones de los días pasados, en las palabras de Jesús... y me parece tener en los labios miel y que llegue hasta el corazón. ¡Cuánto consuelo, cuánta paz para nosotros, pobres pecadores, proporcionan estas palabras. Quisiera que todo el mundo las escuchase. Oídlas como yo las oigo, que puedo transcribirlas, pero no puedo hacer sentir el amor, la piedad, la majestad de la voz de mi Señor. Si el más duro de los pecadores, el más desesperado de los desesperados, el más vicioso de los hombres escuchase a Jesús cuando habla, se convertiría, se llenaría de esperanza, se salvaría.

Yo tengo dentro de mí ese tesoro... No tengo más que querer escoger para encontrar la piedra preciosa que busco en ese momento. Me ha dado de toda clase, para todas las contingencias, estados y necesidad de mi corazón en los diversos momentos del día. No puedo recordar palabra por palabra de las que hace dieciséis meses me dice ¡es natural! Pero así como una que se ha comido una fruta jugosísima, aun después de varias horas de que la gustó siente en la lengua y en el paladar la frescura y dulzura de ella, así también traigo en mí el jugo de sus palabras y lo encuentro inmediatamente para gozo mío, cada vez que quiero.

No puedo recordar todos los gestos que veo en las visiones; pero hay en cada visión algunas que más se me graban: los gestos-base, diría yo, que por sí solos valen cual si fuesen

palabra, y los encuentro al punto en el momento que tengo necesidad para mi consuelo, o gozo, o incentivo, o bien para ayuda de mi oración, de mi esperanza, de una esperanza sin límites en mi Señor.

¿Cómo olvidar ciertas miradas, ciertos gestos, ciertas sonrisas? Podría nombrarle algunos... pero me siento hoy casi sin fuerzas, menos de lo acostumbrado y Jesús me presenta exactamente ahora una visión.

Veo a Jesús que sale de una sinagoga rodeado de sus apóstoles y de la gente. Sé que es una sinagoga porque desde la puerta abierta, veo todo el mobiliario que vi en Nazaret, en una de las visiones anteriores a la Pasión.

La sinagoga está en la plaza central del poblado. Una plaza sola, sin otra cosa a su alrededor que casas, un estanque en el centro que alimenta una fuente que arroja fresquísima agua con una sola salida hecha de piedra ahondada en forma de teja. El estanque sirve de abrevadero para los animales y para muchas palomas que vuelan de casa en casa; la fuente para que llenen sus cántaros las mujeres; bellos cántaros de cobre, muchos de ellos cincelados, otros lisos, que brillan al sol. Porque hace sol y calor. El suelo de la plaza está seco, amarillento. No hay ni siquiera un árbol en la plaza. Ramaje de higueras y pámpanos de vides se desbordan por las paredes de los huertos que se extienden por las cuatro calles que llevan a la plaza. Debe ser finales del verano y de un día, porque sobre los emparrados se ven las uvas maduras y el sol no cae perpendicularmente sino oblicuamente en el atardecer.

En la plaza varios enfermos esperan a Jesús, pero no veo que haga algún milagro. Pasa, se inclina sobre ellos, los bendice y consuela, pero no los sana, al menos en esos momentos. Hay también mujeres con sus niños y también hombres de toda edad. Parece que los conoce el Salvador porque los saluda por su nombre, y ellos se apiñan a su alrededor con confianza. Jesús acaricia a los niños, inclinándose amorosamente.

En un rincón de la plaza hay una mujer con un niño (todos se visten con una túnica igual con colores claros). No parece nativa del lugar. Me atrevo a decir que sea de condición social más elevada que las demás. Su vestidura es más bonita, con galones y pliegues; no es la túnica sencilla de las mujeres del poblado, que tienen solo un cordón en la cintura por único adorno y el diseño del vestido. Esta mujer tiene por el contrario un vestido más complicado que, sin ser una exquisitez como los de Magdalena, es bastante lindo. En la cabeza trae un velo ligero, que no es de lino delgado como el común, sino de lana fina. Lo trae a la mitad de su cabeza con gracia, y deja ver su cabellera castaña bien peinada, en trenzas sencillas pero muy bien hechas, mejor que las de las otras mujeres, que las traen sobre la nuca o dando vuelta a la cabeza. Sobre la espalda un verdadero y buen manto, esto es, una tela circular que no sé si está cosida o tejida, y que en el cuello tiene un galón que remata con un cierre de plata. La tela del manto cae amplia hasta el tobillo en hermosos pliegues.

La mujer trae de la mano a un niño o niña que ya dije. Un hermoso niño de unos siete años. Es robusto, pero nada vivaz. Está muy quieto, con la cabeza baja, asido a la mano de su mamá, sin poner atención a lo que sucede.

La mujer mira, pero no se atreve a acercarse al grupo que está alrededor de Jesús. Parece indecisa entre el deseo de ir, y el temor de abrirse paso. Pero luego piensa en hacer algo con qué llamar la atención de Jesús. Ve que ha tomado entre sus brazos a un niño, coloradote y risueño que su madre le ofreció y que, hablando con un viejecito, se lo estrecha al corazón, meciéndolo amanaera de cuna. La mujer se inclina sobre su hijo y le dice algo.

El niño levanta la cabeza, y veo una carita triste con los ojos cerrados. Es ciego. “¡Piedad de mí, Jesús!” dice.

Su vocecita atraviesa el aire de la plaza y llega con lamento hasta el grupo.

Jesús se vuelve y mira. Se mueve inmediatamente con una solicitud amorosa. No entrega ni siquiera el niño que tiene en sus brazos a su madre. Alto y bellissimo se dirige al pobre cieguito, que después de su grito ha vuelto a bajar la cabeza, al que inútilmente su madre dice que vuelva a gritar.

Jesús está frente a la mujer. La mira; también ella a Él. Luego, tímidamente baja su mirada. Jesús la ayuda. Devuelve el niño que tenía en sus brazos a su madre.

“Mujer, ¿es este tu hijo?”

“Sí, Maestro, es mi primogénito”.

Jesús le acaricia la cabecita. *Parece* como si no hubiera visto que está ciego, pero me imagino que lo hace a propósito para que su madre le haga la petición.

“El Altísimo ha bendecido, pues, tu casa con una prole numerosa y el primero fue un varoncito, consagrado al Señor²”.

“Tengo este solo niño. Este y tres niñas. Y no tendré más...” un sollozo.

“¿Por qué lloras mujer?”

“Porque mi niño está ciego, Maestro”.

“Y tú querrías que él viese. ¿Puedes creer?”

“Creo, Maestro. Me dijeron que has abierto los ojos cerrados, pero mi hijo nació con los ojos secos. Míralo, Jesús. Bajo sus párpados no hay nada...”

Jesús levanta hacia sí la carita prematuramente seria y mira levantando con el pulgar los párpados. Todo está vacío. Vuelve a hablar, teniendo levantada con una mano la carita hacia Sí.

“¿Por qué viniste, entonces, mujer?”

“Porque... sé que es cosa difícil tratándose de mi hijito... pero si es verdad que Tú eres el Esperado, puedes hacerlo. Tu Padre hizo los mundos... ¿No podrías hacer dos pupilas a mi hijito?”

“¿Crees tú que venga Yo del Padre, el Señor Altísimo?”

“Creo esto y que Tú todo lo puedes”.

Jesús la mira como para evaluar cuánta fe hay en ella y de qué pureza sea esta fe. Sonríe. Luego dice: “Niño, ven conmigo” y lo lleva de la mano a una pared que se alza entre una casa y la calle, una especie de parapeto que sirve para defenderla del camino que en ese lugar da una curva.

Cuando el niño está bien seguro en aquel parapeto, Jesús se pone majestuoso, imponente. La multitud se apiña a su alrededor, alrededor del niño y de su madre que tiembla de emoción. Miro a Jesús de lado, de perfil. Envuelto en su manto azul oscuro, sobre su vestido un poco más claro. Su rostro trasluce sus sentimientos, parece hasta más alto y más robusto, como siempre cuando va a realizar un milagro. Esta es una de las veces en que se le ve más imponente. Coloca sus manos sobre la cabeza del niño, pero los dos pulgares tocan sus órbitas vacías. Levanta su cabeza y ora intensamente, pero sin mover sus labios. Ciertamente un coloquio con su Padre. Luego dice: “¡Ve! ¡Lo quiero! ¡Y alaba al Señor!” y a la mujer: “Reciba su premio tu fe. He aquí a tu hijo que será tu honra y tu tranquilidad. Muéstralo a tu marido. Volverá a tu amor y nuevos días felices conocerá tu hogar”.

La mujer, da un grito agudísimo de alegría al ver que, quitados los pulgares divinos de las órbitas vacías, la miran dos ojos lindísimos de color azul oscuro, como los del Maestro, llenos de estupor y de felicidad bajo el mechón de sus cabellos negros, y da otro; y aunque tiene a su hijo abrazado contra su pecho, se arrodilla a los pies de Jesús diciendo: “¿También eso lo sabes? ¡Ah, eres verdaderamente el Hijo de Dios!” y le besa su vestido y sandalias. Luego se levanta con la cara transformada de alegría y dice: “Oíd todos. Vengo de las lejanas tierras de Sidón. Vine porque otra madre me habló del Rabí de Nazaret. Mi marido que es judío y mercader, tiene en aquella ciudad sus negocios de comercio con Roma. Rico es y también fiel a la Ley. Dejé de amarme después de haberle dado un varoncito desventurado, le parí tres mujeres y luego me quedé estéril. Se alejó de su casa y yo, sin haber sido repudiada, estaba en las mismas condiciones de una repudiada, y sabía que quería deshacerse de mí para que otra mujer le diese un heredero capaz de proseguir sus negocios y quedarse con todas sus riquezas. Antes de partir fui a verlo y le dije: “Espera, señor. Espera hasta que regrese. Si

² Cfr. Gén. 22, 1-19; Ex. 13, 1-2, 11-16; 22-29-30; 34, 19-20; Lev. 8; Núm. 3, 12-13, 40-51; 8, 5-26.

vuelvo con mi hijo todavía ciego, repúdame, de otro modo no mates mi corazón, y no niegues un padre a tus hijos”. Él me juró diciendo: “Por la gloria del Señor, mujer, te juro que si me traes al hijo sano –no sé cómo podrás hacerlo, porque tu vientre no supo darle ojos- volveré a ti como en los días del primer amor”. El Maestro no podía saber nada de mi dolor como esposa, y sin embargo me ha consolado aun en esto. Gloria a Dios y a Ti, Maestro y Rey” La mujer nuevamente está de rodillas y llora de alegría.

“Vete. Dile a Daniel, tu marido, que el que creó los mundos, ha regalado dos estrellas claras por pupilas al pequeño, consagrado al Señor. Porque Dios es fiel a sus promesas y ha jurado que quien crea en Él verá toda clase de prodigios. Que sea fiel ahora al juramento que te hizo y que no cometa ningún pecado de adulterio. Di esto a Daniel. Vete. Que seas feliz. Te bendigo a ti, a este pequeñuelo y a tus seres queridos”.

La multitud se deshace en alabanzas y congratulaciones. Jesús entra en una casa cercana para descansar.

La visión cesa de este modo. Le aseguro que me ha impresionado profundamente.

168. “La enseñanza de la visión está en la fidelidad al consorte”

17 agosto 1944

Dice Jesús:

“Dios supera siempre las peticiones de sus hijos que tienen fe en Él y les da más de lo pedido. Cree tú esto y creedlo todos vosotros. Yo concedí un segundo milagro a la mujer de Sidón que fue a verme llevando en lo íntimo de su corazón dos espadas, y como es más doloroso revelar ciertas penas íntimas que decir: “Estoy enfermo”, no se atrevió a decirme más que una.

Parecerá a los ojos del mundo que sea más fácil devolver la concordia entre dos esposos separados por un motivo que ha dejado de existir, que dar dos pupilas. Pero no es así. Hacer dos pupilas es una cosa sencillísima para el Señor y Creador, así como devolver a un cadáver el soplo de la vida. Al Padre de la vida y de la muerte, al Dueño de todo cuanto hay en lo creado no le falta ciertamente el soplo de vital para devolverlo a los muertos y dos gotas de humor qué infundir en dos órbitas secas. *Basta con que lo quiera, para que lo haga*, porque depende *sólo de Él*. Pero cuando se trata de la concordia entre los hombres, se requiere la ‘voluntad’ de ellos unida al deseo de Dios, que no hace violencia sino raramente a la libertad humana¹. Como regla general nos deja libres para hacer como queramos.

La mujer que vivía en un país de idólatras y creía como su esposo en el Dios de sus padres, mereció la benignidad de Dios. Luego, empujando su fe más allá de los límites humanos, venciendo las dudas y las contradicciones de la mayoría de los judíos creyentes –lo demostró al decir a su esposo: “Espera hasta que regrese”, se quiere regresar con su hijo curado- fue digna de alcanzar doble milagro,. También mereció este difícil milagro que fue el abrir los ojos del espíritu del esposo, ojos que se habían secado para ver el amor, y el dolor de su esposa, y veía en ella una culpa que no era suya.

Quiero también que las esposas consideren la humildad respetuosa de la mujer de Sidón.

“Fui a ver a mi esposo y le dije: ‘Espera, Señor’ ”. Tenía ella razón, porque culpar a una mujer de que un hijo suyo nazca con algún defecto es estupidez y crueldad. Su amor ha experimentado ya un fuerte golpe al ver a su infeliz criatura. Doble razón la acompaña porque olvidada del marido desde que es estéril, y conociendo sus intenciones de divorcio, continúa siendo esposa, esto es, la compañera fiel y sumisa al marido, como Dios quiso y enseña la Escritura². Nada de rebelión, ni de sed de venganza o intención de encontrar a otro hombre para no estar ‘sola’. ‘Si vuelvo con mi hijo todavía ciego, repúdame, de otro modo no mates mi

¹ Cfr. Lc. 14, 23; Hech. 26, 12-18.

² Cfr. Gén. 2, 18-25.

corazón y no niegues un padre a tus hijos'. ¿No te parece oír a Sara y las antiguas mujeres hebreas?³

¡Cuán diverso es, oh mujeres, vuestro lenguaje actual! Pero también cuán diverso lo que alcanzáis de Dios y de vuestro esposo. Las familias se destruyen cada vez más.

Al realizar el milagro, como siempre tuve que dar una señal que lo hiciese más irrefutable. Tenía qué persuadir a un mundo cerrado en las barreras de un modo de pensar de siglos y guiado por una secta que era enemiga mía. He aquí el motivo por el que tuve qué hacer brillar claramente mi poder sobrenatural, pero la enseñanza de la visión no consiste en esto. Está en la fe, humildad, fidelidad al consorte, en los justos medios que se tomaron, oh esposas y madres, que encontráis espinas donde creíais encontrar rosas, para ver nacer en las espinas que os hieren nuevos ramos en flor

Volveos al Señor Dios vuestro que creó el matrimonio, para que el hombre y la mujer no estuviesen solos y se amasen formando una carne sola e indisoluble, y que os dio el Sacramento para que sobre vuestras nupcias descienda su bendición, y por mis méritos tengáis cuanto es necesario en vuestra vida de casados y progenitores. Para poder volveros a Él confiadamente sed honestas, buenas, respetuosas, fíeles, *verdaderas* compañeras de vuestro esposo, no simples anfitrionas del hogar, o peor todavía: extrañas, que la casualidad une bajo un techo, como dos que la casualidad reúne en un hotel.

Muchas veces sucede esto. ¿Peca el marido? Hace mal. Pero ello *no justifica* la conducta de muchas mujeres. Mucho menos cuando no pagáis bien con bien y amor con amor a un esposo bueno. Ni siquiera tengo intención de referirme al caso común y corriente de vuestras infidelidades carnales en que os parecéis a las mujeres de la calle con el agravante de que hipócritamente pecáis, y ensuciáis el altar de la familia a cuyo alrededor están las almas angelicales de vuestros inocentes hijos; sino que me refiero a vuestra infidelidad al pacto de amor que jurasteis delante de *mi* altar.

Pues bien, Yo dije: 'El que mira a una mujer con malos deseos, comete adulterio en su corazón'; Yo dije: 'El que despide a su mujer con el libelo de divorcio la expone al adulterio' Pero ahora, ahora que muchas mujeres son extrañas a su marido, Yo digo: Las que no aman *con su alma, con su mente, con su cuerpo* a su compañero, lo empujan al adulterio, y si a éste le pediré cuentas de su pecado, no menos pediré a la que si no lo cometió, fue su causa'. Es menester saber comprender la Ley de Dios en toda su extensión y profundidad y hay qué saber vivirla en toda su realidad.

Quédate en mi paz. Esto no te toca a ti. Ten tu corazón fijo en Mí"

169. Regresando de los confines siro-fenicios

15 agosto 1946

Dice Jesús:

"Aquí pondréis la visión del 15 de agosto de 1944: Jesús cura al niño ciego de nacimiento de Sidón"

Los apóstoles, como hacen frecuentemente cuando caminan, tal vez para hacer menos pesada la monotonía del continuo andar, hablan entre sí volviéndose a referir y comentar los últimos sucesos y algunas veces preguntando al Maestro, que generalmente habla poco, aunque sin ser descortés, y lo hace largamente cuando se trata de amaestrar al pueblo o a sus apóstoles, o bien corregir ideas torcidas, o bien consolar a los infelices.

Jesús era la 'Palabra', pero no era un 'hablador'. Paciente, cortés como nadie, sin mostrar nunca estar de mal humor para repetir una idea una, dos, diez, cien veces, para hacerla entrar en la cabeza endurecida con los preceptos farisaicos y rabínicos, que olvidaba su cansancio,

³ Cfr. Gén. 17, 15-21; 18, 9-15; 21, 1-7; Rom. 4, 18-22; Hebr. 11, 11-12; Jud. 8-16; Ester en muchos capítulos

que a veces era tal que se convertía en sufrimiento, con tal de aliviar el sufrimiento moral o físico de alguien. Pero se ve claramente que prefiere guardar silencio, aislarse en un silencio de meditación capaz de durar varias horas, si no lo saca alguien para hacerle alguna pregunta. Siempre va un poco adelante de sus discípulos y siempre con la cabeza un poco inclinada, levantándola de vez en cuando para mirar el cielo, la campiña, las personas, los animales. Dije mirar, pero he dicho mal. Debo decir: para amar. Porque es una sonrisa, una sonrisa divina con que sus pupilas acarician al mundo y las criaturas, una sonrisa-amor.

Pues es un amor que se trasluce, que se expande, que bendice, que purifica la luz con su mirada, siempre viva, pero vivísima cuando sale de su recogimiento...

¿Que cosa serán sus recogimientos? Me imagino –y estoy segura de no equivocarme, porque basta observar la expresión de su rostro para ver lo que son- me imagino que son algo más que nuestros éxtasis en los que la criatura vive ya en el cielo. Son la ‘reunión sensible de Dios con Dios’. Siempre presente y unida la Divinidad al Mesías que es Dios como el Padre. En la tierra como en el cielo el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, que se aman y amándose generan la tercera Persona. La potencia del Padre es la generación del Hijo, y el acto de engendrar y ser engendrado crea el fuego, esto es, al Espíritu del Espíritu de Dios. La Potencia se vuelve a la Sabiduría que ha engendrado y Ésta a Aquella en el gozo de ser Uno para el Otro y de conocerse por lo que son. Y puesto que todo conocimiento imperfecto –he aquí al Espíritu Santo... He aquí al que, si fuese posible poner una perfección en las perfecciones divinas, se llama María la Perfección de la Perfección. ¡El Espíritu Santo! El que, con solo pensar con Él, llena de luz, de alegría, de paz...

En los éxtasis de Jesús, cuando el incomprensible misterio de la Unidad y Trinidad de Dios se repetía en su Sacratísimo Corazón, ¿qué completa, perfecta, incandescente, santificante, gozosa, pacífica generación de amor debía brotar y derramarse como calor de un ardiente horno, como incienso de un incensario prendido, para besar con el beso de Dios las cosas que creó el Padre, por medio del Hijo-Verbo, por amor, por el solo Amor, pues todas las operaciones divinas son Amor?

Y esto es la mirada del Hombre-Dios cuando como Hombre y como Dios levanta sus ojos, que han contemplado en Sí al Padre, a Sí mismo y al Amor, para mirar el universo, admirando la potencia creadora de Dios, como Hombre; regocijándose de poder salvarla en el hombre, rey de la creación, como Dios.

Oh, no se puede, nadie podrá, aunque sea poeta, artista o pintor, hacer visible a las multitudes esa mirada de Jesús que brotaba del abrazo, de la reunión sensible con la Divinidad, unida hipostáticamente siempre con el Hombre, pero no siempre tan profundamente sensible al Hombre que era Redentor y que por lo tanto debía añadir a sus muchos dolores, a sus muchos aniquilamientos también este grandísimo, de no poder estar más siempre en el Padre en el vórtice del Amor como estaba en el cielo; omnipotente... libre... gozoso. Maravillosa la potencia de su mirada cuando realiza un milagro, dulcísima la expresión de su mirada de hombre, tristísima la luz de dolor en sus horas de sufrimiento... Pero no dejan de ser miradas humanas, aunque perfecta de expresión. Ésta, esta mirada de Dios que se ha contemplado y amado en la Triniforme Unidad, no puede compararse con algo, no existe adjetivo para ella...³

³ La Escritora continúa en una efusión personal, reverente de amor y de agradecimiento a Jesús, afirmando con S. Pablo que ninguna cosa creada ‘podrá separarnos de la caridad de Dios que está en Jesucristo Nuestro Señor’; repitiendo ‘las palabras de Azarías, de este invierno: ‘Jesús es el compendio del amor de los Tres’; preguntándose quién podrá alcanzar del cielo este don ‘Demasiado grande’, este ‘asalto de amor’, este ‘éxtasis’, que no pide que se le regrese todavía, sino ‘que vaya a otros corazones’ para que se convierta al Amor. Y en una breve nota escribe lo siguiente: ‘Vuelvo a leer lo que escribí. Pienso en los teólogos que leerán estas páginas. Tal vez encontrarán errores en mi modo de expresarme sobre el éxtasis, sobre los recogimientos de Jesús. Tengan presente que soy una pobre ignorante, que no sé nada de teología, ni de términos teológicos y que me esfuerzo en decir lo que veo como puedo y con las frases que mi pobre inteligencia puede expresar...’ Sigue, varias páginas después, un ‘dictado’ en

Y así los discursos de los apóstoles sobre el episodio de Giscala, sobre el milagro del niño ciego, sobre Ptolemaide a la que se dirigían, sobre la vía a peldaños cortados en la roca por la que se han adentrado para llegar al último país de confín entre la Siro-Fenicia y la Galilea –y debe ser la misma vista por mí, cuando se dirigían a Alejandrosene- sobre Gamaliel, etc. Se acabaron. Esto es: quedaron en mi corazón, por cuanto me ha sido dado sentir. Digo únicamente que quería decir esto que

los apóstoles que en los primeros tiempos en que estaban espiritualmente menos formados, perturbaban al Maestro con toda facilidad, ahora que lo están mejor, respetan su aislamiento y prefieren hablar entre sí, uno, dos o tres metros detrás. Sólo cuando necesitan de alguna aclaración, algún juicio o cuando su amor los empuja a Él, entonces se le acercan.

170. Yendo hacia Séforis

17 agosto 1946

“Levantaos y vámonos” ordena Jesús a los suyos que duermen profundamente sobre heno, mejor dicho, sobre unas ramas amontonadas en un lugar próximo a un riachuelo que espera las lluvias de otoño para alimentar su cauce seco.

Los apóstoles obedecen sin replicar, todavía medio somnolientos. Recogen sus alforjas, se echan los mantos que usaron en la noche como cobijas y se ponen en camino con Jesús “¿Vamos por el Carmelo?” pregunta Santiago de Alfeo.

“No. Por Séforis. Y luego tomaremos el camino por Mageddo. Apenas si alcanza el tiempo...” responde Jesús.

“Está bien porque las noches son muy húmedas y frías para dormir en el campo raso, si cuando por alguna razón alguien no nos acoge en su casa” observa Mateo.

“¡Los hombres! Pero, ¡qué fácilmente se olvidan...” Señor, ¿será siempre así?” pregunta Andrés.

“Siempre”.

“¿Y entonces! Si así pasa estando contigo, cuando lo hagamos nosotros, apenas volvamos las espaldas, todo se habrá borrado” dice desconsolado Tomás.

“Yo afirmo que aquí hay alguien que hace que se pase el olvido. Porque los hombres, es verdad que olvidan con facilidad, pero no siempre lo hacen. Veo que entre nosotros, entre nosotros los hombres, se acuerda uno de las cosas recibidas y dadas. Pero contigo... es al revés. Son siempre esos tales que trabajan para borrar el recuerdo que otros conservan de Ti” dice Pedro.

“No hagas juicios sin una base segura” dice Jesús.

“Maestro, tengo la base”.

“¿La tienes? ¿Qué cosa descubriste?” pregunta Iscariote con mucho interés, y con él otros. Pero el interés de Judas es el que se nota más, diría yo, como preocupado.

Pedro que estaba mirando a Jesús, se vuelve y mira a Iscariote... una mirada atenta, suspicaz; por un momento se calla mirándolo. Luego: “¡Que si no!... y *todo*, si no te desagrade saberlo. Si fuese yo uno que tuviese ganas de usar todos los medios para lograr algo, hasta correr para denunciar muchas cosas a quien nos gobierna, estoy seguro que a alguien le pesaría. Pero yo prefiero no tener ayuda de aquella parte. En lo de Dios no uso sino la ayuda de Dios, y me parecía profanarlo si emplease... la ayuda de ellos para aplastar a los reptiles.

que se lamenta de haber perdido la ‘visión’, porque ‘ayer me sentí arrastrada por Ti y todo se perdió en Ti’. Se le respondió revelándose el gozo del cielo por aquel canto de amor, ‘porque renunciar a la beatitud para que otros alcancen la Vida se concede sólo a quien estando en la tierra, es ya ciudadano del cielo’ Tenga en cuenta el lector la humilde profesión de ignorancia teológica de la Escritura, al no usar términos técnicos sino populares con que se refirió el misterio de la Santísima Trinidad.

También ellos lo son... y... no me faltaría... Capaces de aplastar a los denunciados y denunciadores al mismo tiempo... Así...pienso yo. ¡Eso es todo!"

"¿Pero no te das cuenta que ofendes al Maestro?"

"¿Yo? ¿En qué cosa?"

"En que Él se les acerca".

"Él es Él, y se acerca a ellos no para obtener alguna utilidad sino para llevarlos a Dios. Él es capaz de hacerlo... y lo hace. Pero no corre detrás de ellos... Ves que... son ellos los que tienen qué venir a Él para oír 'al filósofo', como dicen. Pero ahora no tienen muchas ganas, según parece. Y no me desagrada".

"¡Parecías contento también tú por la pascua!"

"Así es. El hombre es tonto muchas veces. Ahora no me parece más, y *no más*. Tengo razón".

"Como alguien que no mezcla la utilidad humana con las cosas espirituales tienes razón, Simón, pero como apóstol que se alegra que otros se alejen de la Luz, no. No la tienes. Si pensases que cada alma conquistada para la Luz es gloria de tu Maestro, no hablarías así" dice Jesús.

Judas Iscariote mira a Pedro con una sonrisa sarcástica. Pedro la ve... pero se domina y rebate.

Jesús también ve y dice, señalando a Pedro, pero en realidad hablando a los todos: "Sin embargo, sabed que es más excusable un exceso de escrúpulos religiosos, por un fin bueno, que pasar por alto cualquier cosa con tal de conseguir un fin humano. Os lo he dicho muchas veces. Y en este caso es buena voluntad, aunque imperfecta en su forma, el oponerse a llevar lo humano a lo sobrehumano, y lo que uno considera inmundo ante Dios. No es justa su intransigencia, porque vine para todos, pero está más cerca de la perfección su juicio de que en las cosas de Dios se debe recurrir sólo a su ayuda sobrenatural, sin mendigar ayudas humanas interesadas o de conveniencia". Y con este fallo ecuánime Jesús pone fin a la discusión.

Han pasado a pie enjuto otro riachuelo seco por el calor, y llegado al camino principal que lleva de Sicaminón a SaMaría, según me parece, y según recuerdo haberlo visto la otra vez. El camino está lleno de gente por la vecindad de la fiesta, y tiene la característica de las vías palestinas en el tiempo de las peregrinaciones obligatorias al Templo¹. Viajeros, asnos, carruajes cargados de gente, de tiendas, de utensilios para las paradas entre etapa y etapa y en la misma Jerusalén, siempre repleta en las solemnidades tanto que se aconseja a que se acampe sobre las colinas que la rodean, si la estación lo permite.

En esta fiesta de los Tabernáculos², se nota más esta emigración de familias enteras, no porque sean más numerosos los peregrinos que para la Pascua y Pentecostés, sino porque teniendo qué vivir en tiendas por algunos días, tienen qué traer los utensilios que en las otras solemnidades tratan de no cargar consigo. Es en realidad el éxodo de un pueblo que se desborda por todos los caminos hacia la capital, como la sangre afluye al corazón de todas las venas.

Para comprender todavía ahora la pertinaz religión de Israel, tan persistente, tan uniforme – por la que los correligionarios se ayudan entre sí en cualquier lugar que los haya arrojado la suerte, y cualquiera que sea la nación donde hayan nacido, no es obstáculo para los hebreos de otras naciones que no se sientan siempre hermanos y compatriotas del correligionario que encuentran- hay qué tener presente que ellos, dispersos, perseguidos, escarnecidos, aparentemente sin patria verdadera no sienten nada de esto. Tienen su Patria, la que Yeové les ha dado, tienen su capital: Jerusalén, y allá converge de cualquier parte del mundo, lo mejor de sus bienes: su espíritu, su corazón. ¿Pecaron? ¿Los ha castigado Dios? ¿Se han

¹ Cfr. Ex. 23, 14-19; 34, 18-23; Lev. 23; Deut. 16, 1-17.

² Cfr. Ex. 23, 14-17.

cumplido las profecías? Sí, es verdad. Pero queda esta causa luminosa de una brillante esperanza, la de la reconstrucción del Reino de Israel... la esperanza de este Mesías que debe venir... Y en medio de un dolor que tiembla de haber desmerecido a Dios, en una continua interrogación: “¿Fue acaso Jesús de Nazaret el verdadero Mesías?” ellos tratan de reconstituirse en nación para tenerlo, para tener este Mesías; y tratan de conservar esta tenaz fe de su religión para merecer el perdón de Dios y ver cumplida la promesa.

Yo soy una pobre mujer, no sé nada de problemas políticos, jamás me he interesado de los hebreos actuales y de sus desgracias. Algunas veces yo misma me reí de ellos porque esperan todavía al que ya vino y crucificaron. Me ha parecido su llanto un poco de cocodrilo; sus acciones no me han parecido, ni me parecen tales que merezcan lo que esperan de Dios, ni el Mesías, que vendrá sí, pero en el Último Día, pero ni siquiera la reconstrucción de una nación independiente. Pero ahora que veo espiritualmente a los padres de los hebreos actuales, comprendo su drama secular y su tenacidad, y la fuente de ella. Es todavía el Pueblo de Dios que por voluntad de Él converge hacia la tierra prometida a sus padres, a los Patriarcas; el pueblo que hace muchos siglos cumple con el rito mosaico, pensando en Jerusalén, en su Templo resplandeciente sobre el Moria. ¿Que no pueden ir? No importa. Van con el espíritu.

Las bayonetas, los cañones, las cárceles sirven contra el cuerpo, pero no contra el espíritu. Israel no puede perecer porque ha permanecido en su religión. ¿La conformidad del espíritu con el rito material es teórica, farisaica, ritual sin nada de que constituya a una verdadera religión?. Está bien, como queráis. Pero junto al desmenuzado cuerpo de lo que otrora fuera Nación, lo unen las ideas, ritos, preceptos seculares venidos de los profetas y rabinos, y como un faro visible de todas las partes del mundo, brilla un lugar: Jerusalén, y su nombre es como un toque de rebato, como una bandera desplegada al viento que provoca, que recuerda, que es promesa. A este pueblo no se le puede hacer callar con ninguna fuerza humana.

Hay en él una fuerza mayor que la humana. Lo que se comprende, cuando se contempla a este pueblo que avanza por caminos incomodísimos, en estaciones duras, sin preocuparse de lo doloroso que es, feliz de la alegría de ir a la Ciudad Santa. Todo esto se comprende al ver ricos con pobres, niños con viejos, de la Palestina o de la Diáspora dirigiéndose hacia su centro: Jerusalén. Todo esto se comprende oyéndolos cantar sus himnos... Y lo confieso, quisiera que nosotros tuviésemos para el corazón del catolicismo, Roma, la Iglesia, y para quien vive en ella: el Pedro actual, el sentimiento de estos que veo caminar, caminar, caminar; quisiera que tuviésemos lo que estos tienen, y además nuestra Fe perfecta, porque es cristiana.

Me replicarán: “Están llenos de defectos” ¿Y nosotros? ¿No tenemos ninguno? ¿Carecemos de ellos, nosotros que estamos fortificados de la gracia y sacramentos?

He hecho una disgregación, pero siguiendo la marcha de los apóstoles confundidos con las otras gentes de Israel, el pensamiento trabaja...

Y sigue trabajando hasta que en un cruce un grupo de discípulos ve al Maestro y lo rodea. Entre ellos está Abel de Belén, que inmediatamente se arroja a los pies de Jesús diciendo: “Maestro, mucho rogué al Altísimo para que me permitiera encontrarte. No tenía ya más esperanzas. Pero Él me ha escuchado. Ahora escucha a tu discípulo”.

“¿Qué quieres, Abel? Vamos allá, al borde del campo. Aquí hay mucha gente y molestamos a los demás”.

Se van a donde Jesús señaló y Abel dice lo que quería.

“Maestro, me salvaste de la muerte y de la calumnia y me hiciste tu discípulo. Me amas mucho, ¿no es verdad?”

“¿Todavía lo preguntas?”

“Lo pregunto para estar seguro que escuchas mi súplica. Cuando me salvaste, castigaste a mis enemigos con un castigo horrible. Fue justo y claro. Pero, oh Señor, ¡es muy horrible!

Cada vez que iba a casa de mi madre los buscaba, por los montes, en las cavernas de cerca de mi ciudad, y no podía encontrarlos”.

“¿Para qué los buscabas?”

“Para hablarles de Ti, Señor. Para que creyendo en Ti, te invocasen y obtuvieran tu perdón y su curación. Sólo en el verano los encontré, pero no juntos. El que me odió por causa de mi madre, se separó de los demás que se fueron más arriba, hacia los montes más altos de Yiftel. Fueron ellos los que me dijeron dónde estaría... Y ellos me dieron los rastros de los pastores de Belén, los que te dieron hospedaje aquella noche. Los pastores van acá y allá con sus ganados y saben muchas cosas. Sabían que en el monte de la Bella Fuente estaban los dos leprosos que buscaba. Fui a allá. ¡Oh!...” El horror se pinta en la cara de Abel, todavía muy joven.

“Continúa”.

“Me reconocieron, pero no pude yo reconocer en aquellos dos monstruos a mis conciudadanos... Me llamaron a voces... me rogaron, como si fuese un dios... El que me causó más lástima fue el siervo. Por su arrepentimiento. No desea otra cosa más que lo perdones, Señor... Aser también desea la curación. Tiene su madre que ya es vieja, una vieja madre que muere de dolor en la ciudad...”

“¿Y el otro? ¿Por qué se separó?”

“Porque es un demonio. Fue el principal culpable. Era adúltero, luego homicida. Fue el que incitó a Aser, corrompió a su siervo Yoel, que es un poco lento de cabeza y sugestionable. Y todavía continúa siendo un demonio. De su boca brotan el odio y las blasfemias; de su corazón el odio y la crueldad. También a él lo vi... Quería hacerlo bueno. Se me echó encima como un buitres, y sólo porque huí veloz, pues soy joven y resistente, pude escapar... Pero no pierdo las esperanzas de salvarlo. Regresaré... una, dos, muchas veces con socorro, con amor. Haré que me quiera. Cree que voy a burlarme de su desgracia. Voy para mitigársela. Si logro hacerme querer, me escuchará; y si esto sucede, terminará por creer en Ti. Esto es lo que quiero. Con los otros fue fácil porque han reflexionado y comprendido. El siervo se ha hecho el maestro del otro, porque en hay una gran fe, un gran deseo de ser perdonado. Ven, Señor. Les prometí que te llevaría a ellos cuando te hubiese encontrado”.

“Abel, su crimen fue grande, muchos crímenes en uno. Es poco el tiempo que han expiado...”

“Grande ha sido su tormento y grande es su arrepentimiento. Ven”.

“Abel, ellos querían matarte”.

“No importa, Señor. Yo les deseo la vida”.

“¿Cuál vida?”

“La que das, la del espíritu, el perdón, la redención”.

“Abel, fueron tus Caínes. Te odiaron como no se puede imaginar. Te querían arrebatar todo: vida, honra y a tu madre...”

“Fueron mis bienhechores, porque por ellos te tengo a Ti. Los amo por esta razón y te pido que estén donde estoy yo, en tu seguimiento. Quiero su salvación como la mía, más que la mía, porque mayor fue su pecado”.

“¿Qué cosa ofrecerías a Dios a cambio de su salvación, si te pidiese una ofrenda?”

Abel piensa un momento... luego con voz segura: “Aun mi mismo ser, mi vida. ¿No perdería un puñado de polvo para conseguir el cielo? Una pérdida feliz. Una adquisición grande, infinita: Dios, el cielo. Dos pecadores salvados: los primogénitos de la grey que espero conducirte y ofrecerte, Señor”.

Jesús hace un gesto que no suele hacer jamás en público. Se inclina, porque es más alto que Abel, le toma la cabeza entre sus manos, y lo besa en la boca diciendo: “Así sea”, por lo menos creo que esto quiera decir “Maranata”⁴. Añade luego: “Alcancen tus deseos lo que tus

⁴ Cfr. Rom. 13, 12; 1 Cor. 16, 22; Fil. 4, 5; Sant. 5, 8; 1 Pedr. 4, 7; Apoc. 22, 20

palabras piden. Ven conmigo. Llévame. Juan, ven conmigo. Vosotros seguid adelante, por el camino de Magedo a Engannim. Allí me esperaréis si aun no he llegado”.

“¿Te anunciaremos y predicaremos tu doctrina?” dice Iscariote.

“No. Me esperaréis sencillamente. Guardando una conducta de peregrinos buenos y humildes y no más. *Comportándoos como hermanos*. En vuestro camino pasad por donde están los campesinos de Yocana, y les daréis lo que tengáis. Decidles que el Maestro, si puede, pasará por Yezrael dentro de dos días al amanecer. Idos. La paz sea con vosotros”.

171. Jesús con los leprosos de Belén de Galilea

19 agosto 1946

El áspera cadena de Yiftael domina hacia el norte, cerrando el horizonte. Allí donde las laderas de esta cadena montañosa empieza, y se ven como a pico sobre el camino de las caravanas que se dirigen de Ptolemaide a Séforis y Nazaret, hay muchas caravanas entre macizos de rocas que sobresalen del monte, suspendidos sobre los abismos, que sirven de techo y de base a otras cuevas.

Como siempre sucede, cerca de los caminos más importantes, están los leprosos, aislados pero al mismo tiempo cercanos para que los vea la gente y los socorra. Una pequeña colonia de leprosos levanta su grito de aviso y de súplica también al ver pasar a Jesús con Juan y Abel. Este levanta su mirada hacia ellos diciendo: “Es aquel de quien os he hablado. Lo llevo a donde están los dos que conocéis. ¿No tenéis nada qué pedir al Hijo de David?”

“Lo que todos pedimos: pan, agua hasta saciarnos mientras pasan peregrinos. Luego en el invierno habrá hambre...”

“Hoy no tengo alimentos, pero traigo conmigo a la Salvación...”

A la sugestiva invitación de acudir a la Salvación no se le hace caso. Los leprosos se retiran del peñasco volviendo las espaldas y dan vuelta por la saliente del monte para ver si vienen otros peregrinos.

“Creo que son marineros gentiles o idólatras. Hace poco que vinieron acá. Los arrojaron de Ptolemaide. Venían de África. No sé cómo se enfermaron. Sé que partieron sanos de sus países y luego después de haber dado vuelta por las costas africanas para conseguir marfil, y parece que también para comerciar con mercaderes latinos, llegaron acá enfermos. Los magistrados del puerto los aisló y quemaron hasta la nave. Algunos fueron hacia los caminos de Siro-Fenicia y otros se vinieron para acá. Estos son los que están más enfermos, porque casi no pueden caminar. Pero es el alma la que tienen más enferma. He tratado de darles un poco de fe... no piden más que comida...”

“Hay qué ser constantes en las conversiones. Lo que no se consigue en un año, se logra en dos o en más. Hay qué insistir en hablarles de Dios, aunque parezcan ser como las rocas que los protegen”.

“¿Hago mal entonces en pensar en darles alimentos?... Me propuse en traerlos antes del sábado, porque el sábado los hebreos no viajan, y nadie piensa en ellos...”

“Hiciste bien. Tú lo has dicho: son paganos, por esto piensan más en el cuerpo que en el alma. Tu amorosa solicitud que les demuestras en calmar su hambre, despierta en ellos el cariño hacia Ti, que eres el desconocido, pero que te preocupas por ellos. Y cuando te quieran, te escucharán, aun cuando les hables de otra cosa que no sea alimentos. El amor es presagio de seguir a aquel a quien se ha empezado a amar. Te seguirán un día en los caminos del espíritu.

Las obras de misericordia corporales allanan el camino a las espirituales, que lo limpian y aplanan de modo que el encuentro con Dios, que se acerca a un hombre preparado de este modo, se realiza sin que el mismo individuo se dé cuenta. Encuentro que tiene en sí a Dios, y no sabe por dónde entró. ¡De dónde entró! Algunas veces detrás de una sonrisa, de una palabra de compasión, de un pedazo de pan se inicia la apertura de un corazón cerrado a la gracia, y comienza el camino de Dios para entrar en aquel corazón. ¡Las almas! Son la cosa

más variada que puede haber. Ninguna cosa, y que si hay tantas en la tierra, es tan variada en sus aspectos como lo son las almas en sus inclinaciones y reacciones.

¿Veis ese robusto terebinto*? Está en medio de un bosque de árboles semejantes. ¿Cuántos son? Cientos, tal vez mil, tal vez más. Cubren esta parte escabrosa del monte y su olor penetrante y saludable de resina ha invadido el valle y el monte. Pero ved, que aunque sean mil, no son iguales en grosor, altura, potencia, inclinación, disposición. Algunos están derechos como una caña, otros inclinados hacia el norte, o sur, oriente u occidente. Algunos han nacido donde todo es tierra, otros sobre el borde, que uno se pregunta cómo puede seguir allí asomándose al abismo, como si quisieran servir de puente con la otra vertiente, elevados sobre aquel río, ahora seco, pero turbulento en la estación de lluvias. Algunos están torcidos como si los hubiesen aplastado cuando eran tiernos, otros no tienen defectos. Algunos con ramaje casi hasta el suelo, otros no tienen, o bien algo sólo en la punta. Uno con ramas a la derecha, otro frondoso abajo y su copa quemada por un rayo. Aquel casi muerto sobrevive gracias a una rama que se empeña en seguir viviendo, que brotó junto a las raíces y recoge la linfa que en la cima se había acabado. Y ése que os señalé al principio, hermoso como no se podría más, ¿tiene acaso unas ramas u hojas —y miles que tienen— que son iguales entre sí? Parece que sí lo son, pero no. Mirad esa rama, la que está más abajo. Ved su punta, tan solo su punta. ¿Cuántas hojas hay? Tal vez doscientas, verdes y finas. Y ved, ¿hay entre sí iguales por su color, fuerza, frescura, flexibilidad, edad? No hay.

De igual modo las almas. Tantas cuantas son, tanta es su diversidad de tendencias y reacciones. Y no es un buen maestro y médico de las almas el que no las sabe conocer y tratar según sus diversas tendencias y reacciones. No es un trabajo fácil, amigos míos. Se necesita un continuo estudio, hábito de meditación que ilumina más cualquier lectura de textos determinados. El libro que debe estudiar un maestro y un médico de almas son las mismas almas. Tantas hojas cuantas almas, y en cada hoja muchos sentimientos y pasiones pasadas, presentes y en embrión. Por eso se necesita un estudio continuo, atento, reflexivo; se necesita paciencia infatigable, constancia, firmeza en saber curar las llagas más pútridas, para sanarlas sin mostrar asco, sin humillar al enfermo, sin una falsa piedad que, para no mortificar al descubrir el pus y no causar dolor con las vendas, deja que continúe la gangrena que termina por extenderse por todo el cuerpo; prudencia igualmente para no irritar con modos violentos las heridas de los corazones y para no infectarse con su contacto queriendo mostrar que no temen infectarse con tratar a los pecadores.

¿Y dónde encuentra estas virtudes necesarias el maestro y médico de almas, su luz para ver y comprender, su paciencia algunas veces heroica, para perseverar recibiendo frialdad, algunas veces injurias, su fortaleza para saber curar, su prudencia para no causar mal al enfermo y causársela así mismo? En el amor. Siempre en el amor. Él da luz a todo, sagacidad, fortaleza y prudencia. Preserva de la curiosidad que se presta como medio para cometer culpas que se han curado. Cuando uno es todo amor, no puede entrar en él otro deseo y otra ciencia que no sea el amor. Sabéis que los médicos dicen que cuando uno estuvo grave de alguna enfermedad y curó, difícilmente vuelve a contraer la misma otra vez, porque como que la sangre la lleva en sí y de nada le sirve. La idea no es del todo perfecta, pero tampoco está equivocada. El amor, que es salud y no enfermedad, hace lo que dicen los médicos con todas las pasiones que no son buenas. Quien ama con todas sus fuerzas a Dios y a sus hermanos, no hace nada que pueda causar algún dolor a Dios y a sus hermanos, por esto aunque se acerque a los enfermos de espíritu y llegue a saber cosas que el amor hasta el presente había ocultado, no se corrompe, porque permanece fiel al amor y el pecado no tiene acceso. ¿Qué puede significar la sensualidad para aquel que la ha vencido con la caridad? ¿Qué las riquezas para el que encuentra en el amor de Dios y de las almas todos los tesoros? ¿Qué la gula, la avaricia, la incredulidad, la pereza, la soberbia para quien no apetece sino a Dios, para quien se entrega a sí mismo al servicio de Dios, para quien en su fe encuentra todo su bien,

* Árbol de cuya corteza se obtiene la trementina.

para quien se siente aguijoneado de la llama inextinguible de la caridad, e incansablemente trabaja para dar alegría a Dios, para quien conoce a Dios –amarlo es conocerlo- y no puede ensoberbecerse, *porque comprende qué es respecto a Dios?*

Un día seréis sacerdotes de mi Iglesia. Seréis por lo tanto médicos y maestros de los espíritus. *Recordad estas palabras mías. No será el nombre que llevéis, ni la vestidura, ni las funciones que ejercitéis lo que os hará sacerdotes, esto es, ministros de Cristo, maestros y médicos de almas, sino el amor que tengáis. Él os dará todo cuanto sea necesario, y las almas que son todas diferentes entre sí, llegarán a tener una semejanza única: la del Padre, si la sabéis trabajar con el amor*”.

“¡Qué hermosa lección, Maestro!” dice Juan.

“¿Seremos capaces de llegarlo a ser?” pregunta Abel.

Jesús mira al uno y al otro. Pone su brazo sobre el cuello de ambos, los atrae a Sí, el uno a la derecha, el otro a la izquierda, y les besa en los cabellos diciendo: “Lo lograréis porque habéis comprendido el amor”.

Siguen caminando algún tiempo por el sendero cada vez más áspero, abierto sobre la cima del monte. Allá abajo, lejos, se ve un camino, y la gente que va por él.

“Detengámonos, Maestro. Mira allá. De aquella como plataforma de rocas los dos bajan un cesto a los viajeros, y más allá está su cueva. Ahora los llamo”. Lanza un grito, se adelanta. Jesús y Juan se quedan detrás ocultos entre el follaje.

Pocos instantes pasan y aparece una cara... llamémosla cara porque está colocada sobre un cuerpo pero podría llamarse también hocico, monstruo, pesadilla... que se asoma por encima de una mata de zarzamoras.

“¿Tú? ¿Pero no te habías ido a los Tabernáculos?”

“Encontré al Maestro y regresé. Él está aquí”.

Si Abel hubiese dicho: “Yeové está sobre vuestras cabezas” el grito que se hubiera escapado hubiera sido probablemente menos espontáneo y reverente, lo mismo que su actitud, y el ansia de los dos leprosos –porque mientras Abel hablaba se había asomado el otro- en salir fuera, sobre la plataforma, bajo el sol radiante, postrarse con la cara en tierra y gritar: “Señor, pecamos. ¿Pero tu misericordia es mayor que nuestro pecado!” Lanzas este grito sin saber exactamente que Jesús esté allí o que esté en camino. Su fe es tal que hace ver aun a los ojos, cuyos párpados están llagados –algo que no han visto ni tuvieron tiempo de ver porque al punto se echaron por tierra.

Jesús avanza mientras ellos repiten: “Señor, nuestro pecado no merece tu perdón, pero Tú eres la misericordia! ¡Señor Jesús, sálvanos por tu Nombre! Tú eres el Amor que puede vencer la Justicia”.

“Yo soy el Amor. Es verdad. Pero superior a Mí está el Padre, y Él es la Justicia” dice Jesús con energía, saliendo con Juan al sendero.

Los dos levantan sus caras llagadas. ¡Qué horribles caras tienen! ¿Viejos? ¿Jóvenes? ¿Quién es el siervo? ¿Quién Aser? Imposible de decirlo. La enfermedad los ha hecho iguales, al hacer de ellos dos monstruos de horror y de espanto.

Cómo verán a Jesús que está derecho, en medio del sendero, con el sol que lo envuelve en sus rayos y enciende sus cabellos rubios, no lo sé. Lo que sé es que lo miran y luego se cubren el rostro entre gemidos: “¡Yeové! ¡La Luz! Luego gritan: “El Padre te envió para salvar. Él dice que eres su predilección. En Ti se complace. No te negará si quieres perdonarnos”.

“¿El perdón o la salud?”

“El perdón” grita uno. Y el otro: “...y luego la salud. Mi madre se muere de dolor por mí”.

“Si os perdono, os espera siempre la justicia de los hombres, sobre todo a ti. ¿De qué sirve mi perdón para hacer feliz a tu madre?” dice Jesús para hacer que contesten de modo que Él obre el milagro.

“Sirve. Es una verdadera israelita. Desea que vaya yo al seno de Abraham. Pero ese lugar me está prohibido porque he pecado mucho”.

“Mucho. Lo dijiste”.

“¡Mucho!... Es verdad... Pero Tú... ¡Oh, aquel día estaba tu Madre!... ¿Dónde está ahora? Tuvo la piedad de la madre de Abel. Lo vi, y si ahora lo oyese tendría piedad de la mía. ¡Jesús, Hijo de Dios, piedad en nombre de tu Madre!...”

“¿Y qué haríais después?”

“¿Después?” Se miran asustados. El ‘después’ significa su condenación entre los hombres, el desprecio, la fuga, el destierro. Ante la posibilidad de poder ser curados tiemblan como también tiemblan ante la posibilidad de no serlo.

¡Cuánto ama el hombre la vida! Los dos al verse en medio del dilema: curarse y ser condenados por las leyes humanas, o vivir como leprosos, casi prefieren esta última conclusión. Lo dice, lo declaran con estas palabras: “¡El suplicio es horrible!” Lo dice sobre todo el que creo que sea Aser, uno de los dos homicidas...

“Es horrible, pero por lo menos es justicia. Vosotros queríais que así fuese tratado este por fines bajos. Y tú por un puñado de monedas, ¡tú!”

“¡Es verdad! ¡Oh, Dios mío! Pero él nos ha perdonado. También Tú perdónanos. Significa que moriremos, pero nuestra alma se salvará”.

“La mujer de Yoel fue lapidada como adúltera. Sus cuatro hijos llevan una vida miserable con la madre de él porque los hermanos de Yoel los arrojaron cual bastardos, y se han apoderado de los bienes del hermano. ¿Lo sabíais?”

“¡Nos lo dijo Abel...”

“¿Y quién repara su desgracia? La voz de Jesús es cual trueno. Es la voz de Dios-Juez e infunde miedo. Bajo los rayos del sol, de pie, firme, su figura causa terror. Los dos lo miran con miedo. Aunque el sol debe irritar sus llagas, no se mueven, como tampoco Jesús que tiene su rostro todo descubierto. Los elementos pierden valor en estos momentos en que se trata del alma...”

Después de algunos minutos Aser dice: “Si Abel quiere amarme de veras, le ruego que vaya a casa de mi madre y le diga que Dios me ha perdonado y...”

“Aún no te he perdonado

“Pero lo harás, porque ves mi corazón... Le dirá que todo cuanto es mío se dé a los hijos de Yoel, porque así lo quiero. Bien muera, bien viva, renuncio a la riqueza que me hizo un criminal”.

Jesús sonríe. En su rostro se dibuja una sonrisa que disipa la severidad que antes tenía. Dice: “Veo vuestro corazón. Levantaos. Levantad vuestro espíritu a Dios y bendecirlo. Separaos del mundo, podéis iros sin que el mundo sepa nada de vosotros. El mundo os espera para daros la manera con que podéis sufrir y expiar”.

“¿Nos salvas, Señor? ¿Nos perdonas? ¿Nos curas?”

“Sí. Os dejo la vida porque la vida es sufrimiento sobre todo para quien tiene recuerdos como los tenéis vosotros. Por ahora no podéis salir de aquí. Abel tiene qué venir conmigo. Tiene qué ir como todos los hebreos a Jerusalén. Esperad hasta que regrese. Será la señal de vuestra curación. Buscará el modo de llevaros ante el sacerdote y de avisar a tu madre. Diré a Abel lo que debe hacer y cómo. ¿Podéis creer en mis palabras aun cuando me vaya sin curaros?”

“Sí, Señor. Pero repite que nos perdonas. Lo demás vendrá cuando quieras”.

“Os perdono. Renaced con un espíritu nuevo y no volváis a pecar. Acordaos que además de absteneros de pecar, debéis ser honrados y con ello trataréis de anular completamente vuestra deuda ante los ojos de Dios. Por esto vuestra penitencia no debe cesar, porque vuestra deuda es grande, ¡muy grande! Sobre todo la tuya que abarca todos los mandamientos del Señor. Piénsalo bien y verás que ni siquiera uno estuvo fuera de tu alcance. Te olvidaste de Dios, pusiste la sensualidad como ídolo tuyo, los días de fiesta fueron días de frenesí y deshonoraste a tu madre; tomaste parte en matar y en querer matar, robaste los bienes de otros y trataste de arrebatarse a una madre su hijo, a cuatro niños los dejaste sin padre ni madre, fuiste un lujurioso, falsamente testimoniaste, deseaste por fines impúdicos a la

mujer que era fiel a su esposo difunto, deseaste lo que era de Abel, tanto que quisiste suprimirlo para apoderarte de sus bienes”.

Aser solloza y repite: “¡Es verdad! ¡Es verdad!”

“Como vez, Dios pudo haberte convertido en cenizas sin tener qué esperar a los castigos de los hombres. Te perdonó para que pudiese Yo salvar a uno más. Pero el ojo de Dios te vigila y su Inteligencia recuerda. Idos” y se vuelve al bosquecillo, cerca de Abel y Juan que se había ido a la sombra de los árboles.

Los dos, aunque desfigurados, pero sonrientes -¿puede alguien decir cuándo sonríe un leproso o no?- con la voz característica de los leprosos: chillona, metálica, sin ser continua, con brascas interrupciones, cantan, el salmo 114, mientras Jesús baja por el peligroso sendero del monte

“Son felices” dice Juan.

“¡También yo!” dice Abel.

“Pensé que los iba a curar” vuelve a decir Juan.

“También yo. Así siempre hace”.

“Fueron grandes pecadores. Es justo que esperen los que cometieron tan grandes crímenes. Escucha, Ananías...”

“Me llamo Abel, Señor” dice sorprendido el joven y mira a Jesús como para decirle: “Te has equivocado, ¿o no?”

Jesús sonríe: “Para Mí eres Ananías porque verdaderamente pareces nacido de la bondad del Señor. Continúa siendo cada vez más. Escucha. Cuando regreses de la fiesta de los Tabernáculos vas a la ciudad y dirás a la madre de Aser lo que su hijo quiere y que se haga lo más prontamente posible, entregando todo como reparación, *menos un décimo*. Y esto por compasión a ella que ya es de edad y que contigo abandonará Belén de Galilea e irá a Ptolemaide a esperar a su hijo, donde llegará con el compañero. Una vez que la hayas establecido en la casa de algún discípulo de la ciudad, irás a tomar todo lo que sea necesario para la purificación de los leprosos y no los dejarás hasta que se haya cumplido con todo. Que el sacerdote no sea de uno de aquellos que conocen el pasado, sino de algún otro lugar”.

“¿Y luego?”

“Luego regresarás a tu casa, o te juntarás a los discípulos. Los curados seguirán su vida de expiación. Te digo lo más indispensable. Te dejo libre para que lo hagas como quieras...”

Bajan, siguen bajando sin parar, pese a lo áspero del cambio y al calor del sol... Incansable, sin decir palabra alguna por mucho tiempo.

Luego Abel interrumpe el silencio diciendo: “¿Señor, puedo pedirte una gracia?”

“¿Cuál?”

“Que me dejes ir a mi ciudad. Me desagrada dejarte, pero la mamá...”

“Ve. No tardes. Apenas tendrás tiempo de llegar a Jerusalén”.

“¡Gracias, Señor! No visitaré a nadie más que a ella, que es una pobre mujer de edad, avergonzada por lo sucedido, desde que Aser cometió ese crimen. Pero ahora se llenará de alegría. ¿Qué le diré en nombre tuyo?”

“Que sus lágrimas y oraciones obtuvieron la gracia, y que Dios la conforta para que espere siempre más y la bendice. Pero antes de que nos separemos vamos a descansar un poco. No podemos detenernos. Luego te vas por tu parte. Juan y Yo por la nuestra, y por atajos. Juan, tú te vas adelante de Mí. Te vas a ver a mi Madre. Le llevas esta alforja con los vestidos de lino y traerás los de lana. Le dirás que quiero verla y que la espero en el bosque de la mujer de Matatías. Lo conoces. Habla con ella a solas y regresa pronto”.

“Sé dónde está el bosque. ¿Y Tú? ¿Sólo? ¿Solo te quedas?”

“Me quedo con mi Padre. No tengas miedo” dice Jesús levantando su mano y poniéndola sobre la cabeza del discípulo amado, que está sentado al lado de Jesús. Sonríe y dice: “Pero nos veremos al atardecer...”

“Maestro, cuando veo que puedo hacer algo con que te sientas contento, no siento el cansancio. Lo sabes. ¡Y menos ir a la casa de tu Madre!... Es como si los ángeles me llevasen. No está muy lejos”.

“No está jamás lejos lo que se hace con alegría... Pasarás la noche en Nazaret”.

“¿Y Tú?”

“Yo... estaré con mi Padre después de haber estado un poco con mi Madre. Luego me encaminaré al amanecer. Tomaré el camino del Tabor sin entrar a Nazaret. Sabes que debo estar en Yezrael pasado mañana cuando despunte el sol”.

“Te vas a cansar mucho, Maestro. Ya lo estás”.

“Tendremos tiempo de descansar en el invierno. No tengas miedo. No te hagas las ilusiones de que podrás ir evangelizando tranquilamente como acá lo has hecho. Tendremos muchas paradas...” Jesús baja pensativo su cabeza, mordisqueando su pan más bien por acompañar a los otros dos, que porque tenga ganas de comer. Tanto es así que lo deja, y se sumerge en uno de sus silencios que los dos respetan. Descansan a la brisa del monte, y buscan lo fresco de la hierba nacida cerca de los troncos para sus pies descalzos. Se echarían a dormir, si Jesús que levanta la cabeza, no dijese: “Vámonos. Nos separaremos en el cruce”.

Se vuelven a poner las sandalias y continúan el camino. La sombra del bosque, y el viento que sopla del norte los ayuda a aguantar lo pesado de la hora que todavía es calurosa, aunque no tanto como lo es en los meses en que el verano arrecia.

172. Jesús y su Madre en el bosque de Matatías

21 agosto 1946

Jesús está solo, en una meseta ligeramente ahondada, que suavemente va subiendo por la vertiente de los collados que rodean el lago de Galilea, que allá abajo veo, a la derecha, en medio de su bellissimo azul oscuro del que en muchas partes el tramonto arranca reflejos solares. Detrás de la meseta, al norte, están las montañas de Arbela, y más allá, las del otro lago donde se levantan Meierón y Giscala; al noroeste, lejos, pero grandioso, soberbio, desde cualquier parte que se le vea, el gran Hermón con su pico mayor iluminado por el sol, y lo hace de un color topacio-rosa al occidente, y después con un color ópalo, que poco a poco llega a ese tinte de color níveo-azul que algunas veces he visto en las cimas de nuestros Alpes.

Esto es lo que miro hacia el norte. A mi derecha y sin trabajo alguno veo el lago; a la izquierda hay unos montes más altos que impiden ver la llanura de la costa. Pero si me vuelvo al sur, veo el Tabor y más allá las suaves colinas que son sin duda las que rodean Nazaret. Hay allá abajo una ciudad pequeña, cerca de una vía principal por donde la gente se apresura a llegar a sus etapas.

Jesús no mira nada de lo que estoy viendo. Busca sólo un lugar para sentarse y lo encuentra a los pies de una frondosa carrasca que defiende con sus ramas la hierba, que está fresca y tupida como si el verano no hubiese pasado abrasándola.

De este modo Jesús tiene enfrente el lago, a su lado el sendero que viene entre árboles y que Él subió; de la otra parte las quebraduras que rodean hacia el norte la hondonada cubierta de vegetación, y todo verde porque la mayoría de los árboles son carrascas y otros que nunca se secan. En una que otra hoja se ve un punto rojizo señal de que pronto caerá al suelo, dando paso a la siguiente que vendrá a gozar de la luz del día.

Jesús que está muy cansado se apoya sobre el fuerte tronco y se queda así con los ojos cerrados por un espacio de tiempo, como descansando. Luego toma su posición habitual. Se retira del tronco, se inclina un poco hacia adelante, con los codos apoyados sobre sus rodillas, y antebrazos hacia afuera, y las manos entrelazadas entre sí. Piensa. Estará orando. De vez en vez al oír algún ruido que se acerca –pajaritos que buscan su nido para pasar la noche, alguno que otro animal que al moverse entre la hierba empuja alguna piedrecilla que rueda por la pendiente, alguna rama que choca contra otra al sople aislado del viento- levanta sus ojos, y con una mirada absorta en algo que no ve, los vuelve en dirección de donde oyó el ruido,

sobre todo si viene del sendero que sube entre las carrascas. Luego los baja concentrándose en Sí mismo. Dos veces mira el lago que la sombra envuelve. Luego vuelve la cabeza a mirar hacia el poniente por donde el sol se ha metido escondiéndose detrás de los montes cubiertos de vegetación. La segunda vez que lo hace se levanta y se dirige al sendero, mira si sube alguien, luego torna su lugar.

Finalmente se oye rumor de pasos y dos figura aparecen: María vestida de azul oscuro y Juan, cargando las alforjas.- Juan llama dos veces: “¡Maestro!” y apenas Jesús se vuelve, agrega: “Aquí está tu Madre” y la ayuda a pasar un riachuelo y algunas piedras que hay en el camino puestas con el fin de fortalecerlo y de que sea útil para quien baja o sube, pero de hecho sirven también para que alguien se tropiece.

Jesús se levanta inmediatamente y viene al encuentro de su Madre. La ayuda con Juan a subir el montón de piedras que sirven como para impedir el deslave, pero en realidad son las carrascas las que lo hacen. Jesús al ayudar a su Madre, le pregunta: “¿Estás cansada?”

“No, Jesús” le contesta sonriendo.

“Por lo que veo, parece que sí. Me desagrada haberte hecho venir. Yo no podía ir...”

“¡Oh, no es nada, Hijo mío! Estoy solamente un poco acalorada. Pero aquí está uno bien... Más bien el cansado eres Tú, como también el pobre de Juan...”

Este sacude la cabeza sonriendo, deja la alforja nueva de Jesús y bien llena y la suya propia sobre la hierba, a los pies de la carrasca, y se retira diciendo: “Voy allá. Vi un manantial, y voy a refrescarme un poco. Puedo oíros en caso de que me llaméis” y se va dejando solos a los Dos.

María se desabrocha el manto y se quita el velo, secándose el sudor que le baña la frente. Mira a Jesús que le sonríe; corresponde la sonrisa de Jesús que le acaricia la mano y se la lleva a su mejilla para sentir su calor. Es un ‘hijo’ a carta cabal el que hace esto, y que otras tantas lo ha hecho. María con la mano libre le compone los cabellos, le quita una brizna de rama que se le quedó prendida. Cada movimiento de sus dedos es una caricia amorosa por el modo como lo hace: Habla: “Has sudado, Jesús. El manto que tienes a la espalda está húmedo como si te hubieras bañado. Ahora puedes tomar otro. Te quito esto. El sol y el polvo lo han descolorido. Tenía todo preparado, y... Espera. Sé que apenas si comiste un pedazo de pan con un puñado de aceitunas saladas, que te habrán secado la garganta. Me lo dijo Juan, que tan pronto como llegó no hacia otra cosa más que tomar agua. Te traje pan fresco. Apenas lo había sacado del horno, y un panal de miel que apenas ayer saqué de la colmena para darles a los niños de Simón. Para ellos tengo otra cosa. Tómala, Hijo mío. Es de nuestra casa...” y se inclina a abrir la alforja en la que, además de todo lo que le pusieron, hay un canastito de mimbre con fruta, y sobre esta un panal de miel envuelto en hojas de parra y ofrece todo a su Hijo con el pan fresco.

Mientras Jesús come, saca Ella de la alforja los vestidos que preparó para los meses de invierno; gruesos calientes, propios para el frío y para el agua. Se los muestra a Jesús que dice: “¡Cuánto trabajo, Mamá! Todavía tengo los del pasado invierno...”

“Los hombres, cuando están lejos de sus mujeres, deben tener todo nuevo para que no haya necesidad de que se les remiende y para que estén siempre bien presentados. Mis vestidos todavía están buenos. Este manto que traigo es tuyo que recorté y volví a teñir. Todavía está bueno. A Ti ya no te servía. Tú eres Jesús...”

Es imposible decir lo que hay en esta frase: “Tú eres Jesús”. Una frase sencilla, pero todo el amor de una Madre, de una discípula, de la antigua mujer hebrea por el Mesías, y de la hebrea actual que conoce a Jesús, se encierra en estas pocas palabras. Si María se hubiera postrado adorando a su Hijo como a Dios, no habría mostrado más que un modo simple de manifestar su veneración. Pero en estas pocas palabras hay más que una adoración formal de rodillas que se doblan, de la espalda que se inclina, de la frente que toca el suelo: en ellas está todo el ser de María, su carne, su sangre, su inteligencia, su corazón, su espíritu, su amor, que adora total y perfectamente al Dios-Hombre.

Jamás he visto cosa más grande, más perfecta, que cuando María adora al Verbo de Dios que es su Hijo. No he visto ninguna de las personas curadas o convertidas por Jesús, que adoren así a su Salvador, ni siquiera las más llevadas de su ímpetu de amor, ni las que sin querer parecen actores de teatro. Aman completamente, pero como criaturas a las que falta siempre algo para ser perfectas. María ama, y me atrevería a decir, divinamente. Ama más que una criatura. ¡Es con toda verdad la hija de Dios inmune de la culpa! Por esto puede ama así... Y pienso en lo que el hombre perdió con el pecado original... Pienso en lo que Satanás robó al arrastrar consigo a los primeros padres. Nos quitó esta fuerza de amar a Dios como lo ama María... Nos quitó la fuerza de amar el bien.

Entre tanto que estoy reflexionando en estas cosas y al mismo tiempo estoy mirando a los Dos, Jesús, terminado su colación se ha vuelto a sentar en la hierba a los pies de su Madre. Le pone su cabeza sobre sus rodillas, como un niño cansado y triste que busca refugio

En la única persona que puede consolarlo. María acaricia los cabellos y la frente limpia de Jesús. Parece como si quisiera arrancarle todo el cansancio, todas las penas con esa caricia. Jesús cierra los ojos y María deja de acariciarlo, dejando su mano apoyada sobre los cabellos, mirando pensativa, inmóvil. Creo que Jesús se ha quedado dormido. Está muy cansado...

Pero pocos instantes después abre sus ojos, ve que la noche se viene, comprende que no puede seguir gozando de aquel consuelo. Levanta la cabeza, pero sin moverse de su lugar y habla: “¿Sabes, Mamá, de dónde vengo?”

“Lo sé. Me dijo Juan. Dos almas que tornan a Dios. Una alegría para Ti y para mí”.

“Así es. Subo a Jerusalén con esta alegría”.

“Para consuelo del desengaño que tuviste el mismo día en que nos separamos”.

“¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo Juan? Es el único en saberlo...”

“No. Yo se lo pregunté, pero él me contestó: “Madre, dentro de poco lo vas a ver. Pregúntaselo””.

Jesús sonríe diciendo: “Juan es fiel hasta el escrúpulo”. Una pausa. Luego Jesús pregunta: “¿Quién, pues, te habló de ello?”

“A mí, no. Fueron a casa de José, tu hermano, unos hombres. Y él vivo a verme. Es algo... Sí, Hijo mío. Es mejor siempre decir la verdad. Estaba un poco inquieto después de que ambos os encontrasteis en Cafarnaum, y sobre todo después de la conversación que tuvieron entre sí José, Judas y Santiago. En tu ausencia se han vuelto a ver. Y Santiago ha estado muy enérgico... Mucho... Diría, hasta demasiado. Pero el Eterno, siempre bueno, ha sacado bien de este sinsabor. Que no dejó de serlo porque procedió de dos fuentes de amor, diversas, pero siempre amor. Son imperfectas, no cabe duda. Porque si fuesen perfectas, si por lo menos una fuese perfecta, no se hubiera llegado al arrebató de ira... Decir ira, es tal vez un poco fuerte para dar nombre al estado de ánimo de Santiago, pero no cabe duda que fue muy severo, mucho... Le hubieras ciertamente recordado la caridad. De mi parte... no lo aprobé, pero lo compadecí porque comprendí lo que inquietaba a Santiago que siempre es paciente. No se puede pretender que sea perfecto... Es un hombre. Y también él todavía es muy humano. ¡Oh, Santiago todavía tiene qué recorrer muchos caminos para llegar a ser justo como lo era mi José! Él... sabía siempre dominarse... y ser siempre bueno... ¡Bueno, estoy divagando! Te estaba contando el amor imperfecto de los dos por Ti –porque te aman, ¡y mucho! También José, aunque no lo parezca a primera vista. Pero es un real amor por Ti todos los cuidados que se toma por esta pobre mujer. Es amor por Ti su modo de pensar, de un viejo israelita fijo en sus ideas como su padre. ¡Qué cosa daría por ver que todos te amasen! A su modo... No cabe duda...- Bueno regresando a lo que pasó, quería decirte que José al que el comportamiento un poco duro de Santiago no ha molestado, ha comenzado a venirme a ver todos los días ¿y sabes para qué? Para que le explique las escrituras ‘como tú y tu Hijo las entendéis’, me dijo, ¡Explicar las Escrituras a la luz de la Verdad!... Es difícil cuando el que nos escucha es un José hijo de Alfeo, esto es, uno que cree firmemente en el reino temporal del Mesías, es su nacimiento real, y ¡en otras tantas cosas!

Me he aprovechado de su mismo orgullo para hacerle ver la idea de que el Rey de Israel debe ser de estirpe real, de David, claro, pero que no es necesario que haya nacido en un palacio real. Él... ¡oh, qué orgullo tiene por pertenecer a la estirpe de David! Con todo cariño le he dicho muchas cosas... y ha prendido en él esta idea. Ahora admite, por la unidad armoniosa de las profecías, que eres el profetizado. No hubiera logrado convencerlo de que tu grandeza verdadera consiste en ser Rey del espíritu, única cosa que te puede hacer Rey universal y eterno, si no hubieran llegado dos veces gente a buscarlo... Los primeros, aquellos de Cafarnaum y otros con ellos, después que nuevamente lo sedujeron con deslumbrantes promesas de grandeza para toda la casa, al verlo menos inclinado a ceder en su favor – pretendían que te obligase a hacerte aceptar una corona- se equivocaron al pasar a las amenazas... Las acostumbradas y ocultas amenazas que emplean. Cuchillos filosos envueltos en muelle lana para hacerlos parecer inofensivos... José reaccionó diciendo: “Yo soy el más viejo, pero Él es mayor de edad y en nuestra familia no creo que haya jamás habido tontos o locos. Como mayor de edad, desde hace cuatro lustros, sabe lo que hace. Id pues a decírselo, y si Él rehúsa, dejad de molestarle. Es responsable de sus acciones”.

Pero luego, y exactamente en la vigilia del sábado, llegaron dos discípulos tuyos... ¿Me miras, Hijo? Permíteme que no te diga sus nombres, pero sí quiero que los perdones... Un hijo que hubiese levantado su mano contra las canas de su padre, un levita que hubiera profanado el altar y temiese la ira de Yeová, no hubieran estado como ellos... Llegaban de Cafarnaum donde te habían buscado... Tomaron la ruta del lago desde Cafarnaum hasta Mágdala y luego a Tiberíades, esperando encontrarte. Encontraron a Hermas y a Esteban que subían con los demás a Jerusalén, después de que fueron huéspedes de Gamaliel durante algunos días. No quiero repetir lo que dijeron, lo que te quieren decir, y se mueren de ansias por decírtelo. Pero sus palabras habían aumentado mucho más el dolor de los discípulos que perdieron el control, tanto que se unieron a los que te querían traicionar con una unción mentirosa. Cuando llegaron, José estaba conmigo. Y estuvo bien. ¡Oh, José todavía no ha llegado a la Luz, pero está ya cerca de la aurora! Él comprendió la insidia y... ahora te ama mucho, nuestro José. Te ama, no me atrevería a decir: como se debe, pero sí como un pariente de mayor edad que sufre porque sufres, que vigila por tu seguridad, que *conoce* a tus enemigos...

Este es el motivo por el que sé que te lo hicieron, Hijo mío. Un dolor... y una alegría porque más de uno ha reconocido lo que eres. Tanto para Ti como para mí son este dolor y esta alegría. Perdonamos a todos, ¿no es verdad? De mi parte ya perdóné a los arrepentidos en lo que pude”.

“Mamá, podías haber perdonado aun en mi lugar, porque Yo también ya perdóné al ver su corazón. Son mortales... ¡Bien dijiste! También Yo me alegro al saber que José se acerca a la aurora de la verdadera Luz...”

“Él esperaba verte. No estaría mal que lo vieses. Hoy se ausentó hasta el anochecer. Sentiría mucho no poderte ver. . En Jerusalén lo hará”.

“No, Madre. Iré a Jerusalén pero será de modo que nadie puede estar conmigo. Tengo necesidad de evangelizar a la Ciudad y los lugares circunvecinos a ella; y al punto me arrojarían si me descubren. Deberé, pues, obrar como el que hace mal; aun cuando no quiero más que el bien... Así son las cosas”.

“¿Entonces no podrás encontrarte con José? Mañana parte para la fiesta de los Tabernáculos². Podríaís hacer el viaje juntos”.

“No puedo”.

“¿En tal forma te persiguen, Hijo mío?” Una gran angustia se percibe en las palabras de la Madre.

“No es eso, Mamá. Ya antes lo hacían. Créemelo. Pero ten en cuenta que otros corazones buenos vienen a Mí. Otros, que no lo son, piensan antes de dar el golpe, como antes solían hacerlo sin motivo alguno. Aumenta el número de los discípulos. Los más antiguos se forman

² Cfr. Ex. 23, 14-17.

mejor, los apóstoles se perfeccionan. No me refiero a Juan. Él ha sido siempre una gracia especial que el Padre me ha concedido. Me refiero a Simón de Jonás y a los demás. Simón, puedo asegurarlo, cada día se transforma del hombre que era en el apóstol. Tú me comprendes. Esto me proporciona gran alegría. Y qué decir de Natanael y Felipe que se desprenden de sus ideas. Tomás y... Pero ¡qué estoy diciendo! Todos. Sí, créeme. Todos en estos momentos son buenos y son mi alegría. Debes tranquilizarte al saber que todos ellos son amigos míos, consoladores, defensores de tu Hijo. ¡Si así te defendiesen y amasen!”

“Yo tengo a María. Están conmigo las mujeres de José y Simón y sus mismos hijos. Tengo al bueno de Alfeo. Y luego, ¿quién no ama en Nazaret a María de Nazaret? Tranquilízate... Todo un poblado ama a tu Mamá”.

“Pero los que me aman de allí son muy pocos. Comprendo muy bien que si te aman es por una compasión que experimentan por la madre de un loco y de un vagabundo. Bien sabes que no soy ni una cosa ni la otra, y sabes bien que te amo. Sabes muy bien que si me separo de ti, es porque debo obedecer. Se trata realmente de una obediencia muy dolorosa que me llega al corazón, obediencia que el Padre me pide...”

“Tienes razón, Hijo mío. Lo sé muy bien. Nada me duele. Es claro que me gustaría estar contigo. Preferiría estar contigo, aunque fuese en el fango, entre las tolvaneras, entre la basura, perseguida, sin aliento, sin casa ni nada, sin pan, como tantas veces te la has pasado, más bien que estar en mi casa, entre tanto que Tú estás lejos, y no sé cómo estás. Si estuviésemos juntos, sufrirías menos, lo mismo que yo... Tú eres mi Hijo. Podría siempre tenerte entre mis brazos y protegerte del frío, de las piedras y sobre todo de la dureza del corazón de los hombres con mi amor, con mi pecho, con mis brazos. Eres mi Hijo. Cuánto te amé en el pesebre, cuánto en la huída a Egipto, como cuando regresábamos de allá. Siempre te amé. Lo mismo que cuando el rigor de las estaciones o el genio de los hombres podían causarte algún daño. ¿Cómo no lo podré hacer ahora? ¿Dejo de ser tu Madre porque eres Tú ahora el Hombre? ¿Debe una madre acaso dejarlo de ser porque su hijo no es más un pequeñín? Yo pienso que si estoy contigo, nada te podrán hacer... porque nadie... No. Soy tonta... Tú eres el Redentor... y los hombres, lo he visto, no tienen compasión ni siquiera de su propia madre... Mas permíteme que esté cerca de Ti. Cualquier cosa es mejor que estar separada de Ti”.

“Si los hombres hubiesen sido mejores, habría regresado otra vez a Nazaret. Pero también allí... No interesa. Vendrán a Mí. Por ahora voy a otros lugares... No puedo llevarte conmigo. No regresaré sino hasta cuando sepan quién soy. Ahora voy a Judea... Subiré al Templo... Luego estaré por aquellos lugares... Una vez más recorreré la SaMaría. Trabajaré donde hay qué trabajar más. Por esto te aconsejo, Mamá que procures reunirme contigo a principios de la primavera, y que te establezcas cerca de Jerusalén. Nos podremos ver con más facilidad. Otra vez iré hasta la Decápolis y podremos vernos nuevamente... Así lo espero. Pero casi siempre estaré en Judea. Jerusalén es la oveja más necesitada de cuidados porque es más testaruda que cualquier cabra salvaje. Voy a esparcir la Palabra como un rocío que se deja caer sobre lugares áridos...”

Jesús se pone de pie, mira a su Madre que a su vez lo mira atentamente. Abre su boca. Sacude su cabeza y dice: “Hay qué decir esto, Mamá, antes de que suceda todo... Mamá, si José quiere hablarme, que lo haga antes del amanecer de pasado mañana en el camino que va de Nazaret al Tabor en dirección de Yezrael. Estaré solo o con Juan”.

“Se lo diré, Hijo mío”.

Un silencio. Un profundo silencio, porque hasta los pajaritos han dejado de pelearse entre las ramas y el viento deja de silbar al morir el crepúsculo. Después Jesús, que parece que hubiera buscado con pena las últimas palabras que iba a decir, dice: “Mamá, estos minutos han terminado... Dame el beso y tu bendición”. Se dan mutuamente el beso y se bendicen igualmente.

Jesús se inclina a levantar el velo de su Madre, y llamando a Juan como para hacer que sus palabras sean menos penosas, dice: “Cuando vayas a Judea llévame mi mejor vestido. El

que me tejiste para las fiestas solemnes. Debo ser en Jerusalén el 'Maestro' en el sentido de la palabra, y también de una manera clara, porque los corazones cerrados e hipócritas miran más lo externo: el vestido, que lo interno: la doctrina. Y también Judas de Keriot estará contento al verme así... lo mismo que José al verme con mis vestidos reales. ¡Oh, será un triunfo! El vestido que me tejiste servirá para ello..." y sonríe moviendo la cabeza como para amortiguar la realidad tajante que se oculta tras esas palabras.

Pero María no se engaña. Se pone de pie, se apoya en el brazo de Jesús al mismo tiempo que exclama: "¡Hijo!", con una angustia que me llega al alma. Jesús la estrecha contra su pecho, mientras Ella llora...

"Mamá, por eso quise hablarte en estos momentos de paz... Te confío mi secreto y lo que más amo acá en la tierra. Ninguno de los discípulos sabe que no regresaremos a esta parte, sino hasta después que todo se haya terminado. Pero tú... Para ti no hay secretos... Te lo había prometido, Mamá. No llores. Todavía y durante muchas horas estaremos juntos. Por eso te he dicho que vengas a Judea. Si te tengo cerca de Mí, no tendré mucho trabajo en evangelizar a los duros de corazón que se oponen a la Palabra de Dios. Ven con las discípulas galileas. Me seréis muy útiles. Juan procurará encontrar para vosotras lugar donde os quedéis. Ahora antes de que venga, oremos juntos. Después, vuelve al poblado. También Yo iré esta noche..."

Juntos oran, y cuando dicen las últimas palabras del Pater Noster llega Juan que de cerca y a las últimas luces crepusculares se queda sorprendido al ver lágrimas en el rostro de María. No dice nada. Saluda al Maestro y dice: "Estaré al amanecer en el camino de Nazaret... Ven, Madre. Fuera del bosque todavía hay luz y el camino no es muy oscuro porque alumbran las lámparas que hay puestas en los carros..."

María besa una vez más a Jesús, llorando bajo su velo, y luego, ayudada por Juan que la sostiene por el antebrazo, baja por el sendero, hacia el valle.

Jesús se queda solo a orar, a pensar, a llorar. Porque llora al ver bajar a su Madre. Regresa al lugar donde estaba antes, vuelve a tomar su antigua posición, entre tanto que el silencio y las sombras lo rodean y lo acompañan.

173. Jesús conversa con José de Alfeo¹

22 agosto 1946

Apenas se está levantando el sol sobre los campos que una llovizna ha bañado hace poco, porque todavía está mojado el camino, pero sin que haya lodazales. Por eso digo que hace poco llovizó y por poco tiempo. Son las primeras lluvias otoñales. Son los primeros síntomas de las lluvias de noviembre que transformarán los caminos de Palestina en lodo y barro. Esta breve llovizna ayuda a los viajeros porque impide que se levante el polvo del camino –uno de los azotes que les aflige en los meses de estío, así como el fango en los de invierno- lava la cara del cielo, las hojas y las hierbas, que ahora limpias brillan a los primeros rayos del sol. Una suave brisa corre por entre los olivares que cubren las colinas nazaretana, y parece ser el aleteo de ángeles que sacudan las tranquilas plantas, pues sus ramas chocan con un sonido como de plumas que se mueven, y brillan con su color plateado, doblándose a un lado, como si detrás del aleteo angélico quedase una sombra de luz paradisíaca.

Hace ya un trecho que Jesús pasó Nazaret, y camina por las veredas de las colinas. Llega ahora al camino principal que une Nazaret con la llanura de Esdrelón, el de las caravanas que cada vez se ven más animadas. Jesús continúa un poco más. Llega a un cruce donde el camino se bifurca cerca de una piedra militar en que está escrito a ambos lados: "Jafa Simonia-Belén Carmelo" al occidente, y "Jalot-Naim Scitópolis-Engannim" al oriente, y ve que en el borde del camino están sus primos José y Simón con Juan de Zebedeo que lo saludan al punto.

¹ Cfr. Ju, 7, 1-9.

“La paz sea con vosotros. ¿Habéis llegado ya? Yo que pensaba que os esperaba aquí siendo el primero en llegar...” y contento los besa.

“No podías haber llegado primero. Porque teníamos miedo de que pasases antes que hubiésemos llegado, salimos cuando todavía brillaban las estrellas que las nubes pronto nos ocultaron”.

“Os había dicho que me veríais. Entonces tú, Juan, no has dormido”.

“Poco, Maestro, pero siempre más que Tú, sin duda alguna. Pero no importa”. Juan sonríe con esa cara tranquila espejo de su agradable carácter que siempre está contento de todo.

“Bueno, hermano. ¿Querías hablar conmigo?” pregunta Jesús a José.

“Sí... Ven un poco adentro del viñedo. Ahí estaremos sin que nos molesten”. José de Alfeo es el primero en entrar en el viñedo, que no tiene ya uvas, fuera de alguno que otro racimo entre las ramas, entre las hojas que están amarillas antes de caer, racimo dejado para calmar el hambre del pobre, del peregrino, según las prescripciones mosaicas.

Jesús lo sigue con Simón. Juan se queda en el camino, pero Jesús lo llama diciendo: “Puedes venir, Juan. Eres mi testigo”.

“Pero...” dice el apóstol mirado cohibido a los dos hijos de Alfeo.

“No, no. Ven también tú. Queremos que oigas lo que vamos decir” dice José y de este modo Juan baja al viñedo por donde todos entran siguiendo la curva de las hileras, para que nadie los vea desde el camino.

“Jesús, he tenido gran placer al saber que me amas” dice José.

“¿Y podías dudarlo? ¿No te he amado siempre?”

“También yo siempre te he amado. Pero... pese a nuestro amor, tiempo hace que no nos comprendemos. Por mi parte no podía aprobar lo que hacías. Me parecía tu ruina, como la de tu Madre y nuestra. Bien sabes... todos los viejos galileos todavía nos acordamos de cómo fue derrotado Judas el galileo ³ y cómo fueron dispersos sus familiares y seguidores, y cómo fueron confiscados sus bienes. Esto no quería para nosotros. Porque... me parecía que no era posible que de nosotros, de la estirpe de David, no miento, pero así es... No nos falta el pan, es verdad, y sea el Altísimo alabado. ¿Pero dónde está la grandeza real que todas las profecías atribuyen al que será el Mesías? ¿Eres Tú la vara que hiere para dominar? No fuiste luz al levantarte, ni siquiera naciste en tu casa... ¡Oh, que si conozco bien las profecías! Nosotros somos ya un tronco seco. Ninguna cosa nos indicaba que el Señor lo hubiese hecho reverdecer. ¿Y Tú quién eres, sino un justo?

Estos son los pensamientos por los que era contrario a Ti, mientras lloraba por nuestra ruina. Y en medio de esta angustia llegan los que tratan de hacer que mis ideas de grandeza, de realeza se enciendan más... Jesús, tu hermano fue un necio. Les creí y te causé desagrado. Es duro confesarlo, pero debo decirlo. Pensaba yo como todo Israel y yo neciamente estaba seguro de que la figura del Mesías no era lo que Tú representabas... Es duro decir: “Me equivoqué. Nos equivocamos. ¡Y hace siglos!” Pero tu Madre me ha explicado las palabras de los profetas.

Santiago tiene razón. Lo mismo que Judas. Al oírlas de Ella, como ellos la escucharon de pequeños, se comprende que seas el Mesías, mis cabellos se van blanqueando. Ya no soy un jovenzuelo, como tampoco lo era cando María regresó del templo, prometida de José. Recuerdo aquellos días, y la reprensión que mi padre le dio a mi tío al ver que no se casaba con ella lo más pronto posible. Era su admiración, como también la de Nazaret. Y también había hasta murmuraciones, porque no se acostumbraba dejar pasar tantos meses antes de las nupcias, poniéndose en peligro de pecar y de... Jesús, yo aprecio a María y honro la memoria de mi pariente, pero el mundo... Para este no se trató de algo bien hecho... Tú... Ahora lo sé. Tu Madre me explicó las profecías. Entonces se comprende por qué Dios quiso que se retardasen las nupcias. Para que tu nacimiento coincidiese con el gran edicto y nacieses en Belén de Judá. Y... María me ha explicado todo. Ha sido como una luz para poder

³ Cfr. Hech. 5, 34-39.

comprender lo que por humildad calló. Afirmando que eres el Mesías. Así lo he dicho, y lo sostendré. Pero afirmarlo, no era cambiar de mente... porque ella cree que el Mesías debe ser Rey. Las profecías lo dicen... es difícil comprender que el Mesías tenga otro carácter que no sea el de Rey... ¿Me comprendes? ¿Estás cansado?"

"No lo estoy. Te escucho".

"Pues bien... Los que engañaban mi corazón volvieron y quisieron que te forzase... y como no quise, se les cayó el velo con que cubrían sus caras y aparecieron lo que son: falsos amigos. Los verdadero enemigos... Vinieron otros con lágrimas como pecadores y los escuché. Repitieron las palabras que dijiste en casa de Cusa... Ahora sé que reinarás sobre los espíritus, esto es, que serás aquel en que se encierra toda la sabiduría de Israel para que des nuevas y universales leyes. En Ti está la sabiduría de los patriarcas, la de los jueces, la de los profetas, la de nuestros abuelos. David y Salomón; en Ti la sabiduría que guió a los reyes, a Nehemías y Esdras; en Ti la que sostuvo a los Macabeos. Toda la sabiduría de un pueblo, de *nuestro* pueblo, del pueblo de Dios. Comprendo que darás al mundo, sujeto completamente a Ti, leyes sapientísimas. Y en realidad que será un pueblo de santos el pueblo tuyo. Pero, hermano mío, esto no puedes hacerlo por Ti solo. Moisés, en cosas de menor importancia, buscó quien le ayudase. Y no era más que un pueblo. Tú... ¡todo el mundo! ¡Todo a tus pies!... ¡Ah, pero para hacer esto, debes hacerte conocer!... ¿Por qué tus labios bosquejan esa sonrisa con los ojos cerrados?"

"Porque estoy escuchando y porque me pregunto: "Mi hermano se ha olvidado de que me echó en cara que me diese a conocer, diciendo que habría causado males a toda la familia". Por esto me sonrío. Pienso que hace dos años y medio no hago otra cosa sino que me conozcan".

"Es verdad. Pero ¿quién te conoce? Los pobres. Los campesinos. Los pescadores. Los pecadores... ¡Las mujeres! Bastan los dedos de la mano para contra los que te conocen y para saber que son poca cosa. Digo que debes hacer que te conozcan los *grandes* de Israel, los sacerdotes, los príncipes de los sacerdotes, los ancianos, los escribas, los grandes rabinos de Israel. Todos ellos que aunque pocos, valen por una multitud. Estos deben conocerte. Esos. Los que no te ama. Los que entre sus excusas, y comprendo que son falsas, tienen una por lo menos que es verdadera y justa: la de que haces poco caso de ellos. ¿Por qué no vas a donde están, y los conquistas con tu sabiduría? Sube al Templo apodérate del Pórtico de Salomón –eres de la estirpe de David y profeta; ese lugar te pertenece por derecho y no a otros- y habla".

"Ya lo hice y por eso me odiaron".

"Insiste. Habla como rey. ¿No recuerdas el poder, la majestad de las acciones de Salomón⁶? Si (maravilloso este si) Tú eres el verdaderamente profetizado como lo dicen las profecías vistas con los ojos del espíritu. Tú eres más que un Hombre. Él, Salomón, no era más que un hombre. Muéstrate por lo que eres, y ellos te adorarán".

"¿Que me adorarán los judíos los principales, los jefes de familia y las tribus de Israel? Ciertamente no todos, pero alguno que otro me adorará en espíritu y verdad. Pero no por ahora. Primero debo ceñir mi corona y tomar el cetro y vestirme de púrpura".

"¡Ah, entonces eres rey, y pronto lo serás! Lo has dicho. ¡Es como yo pensaba, y como otros muchos!"

"Es verdad que no sabes cómo reinaré. Sólo Yo y el Altísimo. Y pocas almas a las que el Espíritu del Señor ha querido revelarlo, ahora y en tiempos pasados, sabemos cómo reinará el Rey de Israel, el Ungido de Dios".

"Escúchame a mí también, hermano. José tiene razón. ¿Cómo quieres que te amen o que te teman si evitas siempre mostrarles tu poder? ¿No quieres convocar a Israel a las armas? ¿No quieres lanzar el antiguo grito de guerra y de victoria? Por lo menos –no es la primera vez que así alguien haya subido al trono de Israel- por lo menos por las aclamaciones del pueblo

⁶ Cfr. 3 Rey. 3-10; 2 Par. 1-9.

por haber sabido arrebatarse estas exclamaciones con tu potencia de Rabí y Maestro, conviértete en rey” dice Simón de Alfeo.

“Lo Soy y siempre lo he sido”.

“Es verdad. Nos lo dijo un jefe del Templo. Eres el nacido rey de los judíos. Pero tú no amas a Judea. Eres un rey desertor porque no vas a ella. No eres un rey santo si no amas el templo, donde la voluntad de un pueblo te ungirá como rey. Sin la voluntad del pueblo, a no ser que te quiera imponer por la fuerza, no puedes reinar” replica Simón.

“Quieres decir, Simón, sin la voluntad de Dios. ¿Qué cosa es el querer del pueblo? ¿Qué cosa es el pueblo? ¿Para quién es el pueblo? ¿Quién lo gobierna? Dios. No olvides, Simón. Yo seré lo que Dios quiera. Por su querer seré lo que debo ser. Y nadie impedirá que Yo lo sea. No tendré necesidad de lanzar el grito para reunir la gente. Todo Israel estará presente a mi proclamación. No tendré necesidad de subir al Templo para ser aclamado. Me llevarán. Todo un pueblo me llevará para que suba a mi trono. Me acusáis de que no ame la Judea... En su corazón, en Jerusalén, me convertiré en el “Rey de los Judíos”. Saúl no fue proclamado rey en Jerusalén, ni David, ni tampoco Salomón⁷. Pero Yo seré ungido Rey en Jerusalén. Por ahora no iré públicamente al Templo, y no me apoderaré de él porque no ha llegado mi hora”.

José vuelve a tomar la palabra: “Tú dejas pasar la hora. Te lo aseguro. El pueblo está cansado de sus opresores extranjeros y de nuestros jefes. Esta es la hora. Te lo aseguro. Toda Palestina, fuera de Judea y en parte, te sigue como al Rabí y mucho más. Eres cual bandera izada sobre una cima. Todos te miran. Eres como un águila y todos siguen tu vuelo. Eres como un vengador y todo esperan que arrojes la flecha. Ve. Deja la Galilea, la Decápolis, la Perea, las otras regiones, y ve al corazón de Israel, a las ciudades donde está encerrado todo el mal, y de donde debe salir todo el bien, y conquístala. También allí tienes discípulos. Tibios porque te conocen poco. Pocos porque no te detienes allí. Dudosos porque no has hecho las obras que en otros lugares has hecho. Vete a Judea para que también esos vean lo que eres a través de tus obras. Echaste en cara a los judíos de que no te aman. ¿Pero cómo quieres que lo hagan, si te escondes de ellos! Nadie, que trata y quiere ser aclamado en público, hace a escondidas sus obras, sino que las hace en público para ser visto. Si quieres obrar prodigios en los corazones, en los cuerpos, en los elementos, ve allá y haz que te conozca el mundo”.

“Ya os dije. No ha llegado mi hora. No ha llegado mi tiempo. A vosotros os parece que sea la hora justa, pero no. Debo tomar mi tiempo. No antes. No después. Antes, sería inútil. Me cerraría al mundo y a los corazones antes de haber cumplido con mi obra. El trabajo que se ha hecho no daría su fruto. Quedaría incompleto y Dios no lo ayudaría, porque Él quiere que Yo lo cumpla sin omitir palabra o acción alguna. Debo obedecer a mi Padre. Jamás haré lo que esperáis, porque sería ir en contra de los designios de mi Padre.

Os comprendo y os compadezco. No os guardo rencor. Ni siquiera estoy cansado, ni molesto de vuestra ceguera... No sabéis, pero Yo sí sé. No sabéis. Veis lo exterior de la cara del mundo. Yo veo su profundidad. El mundo os muestra una cara todavía buena. No os odia, no porque os ame, sino porque no merecéis su odio. No sois dignos de ello. A Mí me odia porque soy un peligro para él. Un peligro para su falsedad, su avaricia, para la violencia que en él existen.

Yo soy la Luz y la luz ilumina. El mundo no ama la luz porque descubre sus acciones. El mundo no me ama. No puede amarme porque sabe que vine a vencerlo en el corazón de los hombres, en el rey de las tinieblas que lo domina y lo hace errar. El mundo no se quiere convencer de que sea Yo el Médico y la Medicina. Como un necio quisiera aplastarme para curarse. El mundo todavía no quiere persuadirse de que sea o el Maestro, porque lo que digo que es contrario a lo que él enseña. Y por eso busca apagar la Voz que le habla para enseñarle a Dios, para mostrarle la verdadera naturaleza de sus acciones que son malas.

⁷ Cfr. 1 Rey 9, 26 – 10, 8; (1 Rey. 16, 1-13); 2 Rey. 2, 1-4; 5, 1-5; 3 Rey. 1, 28-40; 1 Par. 11. 1-3.

Entre el mundo y Yo hay un abismo. Y esto no por mi culpa. Vine a traer la Luz, el Camino, la Verdad, la Vida al mundo. Pero éste no quiere acogerme, y por esto mi luz se convierte en tinieblas, porque será la causa de la condenación de los que no me quisieron. En el Mesías está toda la luz para los hombres que quieren acogerla, pero también hay en Él todas las tinieblas para los que me odian y me rechazan. Por esto, al principio de mis días mortales fui señalado a modo de profecía como ‘señal de contradicción’. Porque según sea Yo acogido, habrá salvación o condenación, muerte o vida, luz o tinieblas.

En verdad, en verdad os digo que los que me acojan serán hijos de la Luz, esto es, de Dios; que nacerán para Dios por haberlo acogido. Por esto, si he venido a hacer de los hombres hijos de Dios, ¿cómo puedo hacer de Mí un rey, como por amor u odio, sencillez o malicia, lo quieren muchos en Israel? ¿No comprendéis que me destruiría a Mí mismo, lo que soy, esto es, al Mesías, no al Jesús hijo de María y José de Nazaret? ¿Destruiría al Rey de reyes, al Redentor, al Nacido de una Virgen y llamado Emmanuel, Admirable, Consejero, el Fuerte, Padre del siglo futuro. Príncipe de la Paz, Dios, cuyo dominio y cuya paz no tendrá límites; que se sentará en el trono de David por su descendencia humana⁹, pero que tiene al mundo por escabel de sus pies, por escabel a todos sus enemigos, que tiene al Padre a su lado, como está dicho en el libro de los Salmos¹⁰, por derecho sobrehumano de origen divino ¿No comprendéis que Dios no puede ser Hombre sino por la perfección de bondad, para salvar al hombre, pero que no puede, no debe envilecerse a Sí mismo con pobres cosas humanas? ¿No comprendéis que si aceptase la corona o el reino como lo imagináis, demostraría que soy un Mesías falso, diría que Dios es mentiroso, renegaría de Mí mismo y del Padre; y sería peor que Lucifer, porque privaría a Dios de la alegría de poseernos; sería peor que Caín para vosotros porque os condenaría a un destierro perpetuo de Dios en un limbo sin esperanza de paraíso¹¹?

¿No comprendéis todo esto? ¿No comprendéis la trampa que los hombres os ponen para haceros caer? ¿La artimaña de Satanás para dar un golpe al Eterno en su Amado y en sus criaturas, los hombres? ¿No comprendéis que esta es la señal de que Yo soy más que hombre, que soy el Hombre-Dios? ¿Y que también lo es el hecho de que no ambiciono sino cosas espirituales para daros el Reino espiritual de Dios? ¿No comprendéis que la señal de que...

“¡Las palabras de Gamaliel!” exclama Simón.

“...de que no sea un rey, *sino* el Rey, es el odio de todo el infierno y de todo el mundo contra Mí? Debo enseñar, sufrir, salvaros. Esto es lo que tengo qué hacer. Y esto no lo quiere Satanás, ni sus secuaces. Uno de vosotros acaba de decir: “Las palabras de Gamaliel”. Exacto. No es mi discípulo, y no lo será mientras esté Yo en este mundo. Pero es un hombre recto. Pues bien: entre los que me tientan y los que os tientan por un reino humano, ¿se encuentra acaso Gamaliel?”

“No. Esteban contó que tan pronto como el rabí supo lo sucedido en casa de Cusa, exclamó: ‘Mi corazón da un vuelco al preguntarse si pueda suceder en realidad lo que dice: Cualquier duda para reconocerlo hubiera muerto en la inteligencia, y para siempre, si hubiera consentido en ello. El Niño que escuché, dijo que la esclavitud como la realeza no será lo que pensamos, interpretando mal a los profetas, esto es, una realeza material, sino espiritual, por obra del Mesías. Redentor de la culpa y fundador del Reino de Dios en los espíritus. Recuerdo estas palabras. Y mido al Rabí según ellas. Si al medirlo fuese inferior a esta alteza, yo lo tacharía de pecador y embustero. Temblé de miedo al ver que podría disolverse en la nada la esperanza que ese Niño puso en Mí’” dice Simón.

“Es verdad. Pero entre tanto, no lo reconoce como al Mesías” replica José.

“Espera una señal, dice” contesta Simón.

⁹ Cfr. Is. 7, 14; 9, 6-7.

¹⁰ Cfr. Salmo 109, 1.

¹¹ Cfr. Apéndice.

“Entonces dásela. Y que sea una gran señal”.

“Le daré la que le prometí. Pero no ahora. Id vosotros entre tanto a la fiesta. No iré públicamente, como rabí, como profeta, para imponerme, porque todavía no ha llegado mi tiempo”.

“¡Pero al menos irás a Judea! ¡Darás a los judíos pruebas que los convencan! Para que no puedan alegar...”

“Así será. ¿Crees que me proporcionará esto alguna paz? Hermano, cuanta más haga, más odiado seré. Pero voy a darte gusto. Les daré las pruebas mayores que haya... y les diré palabras capaces de poder cambiar los lobos en corderos, las piedras duras en cera blanda. De nada va a servir...” Jesús está triste.

“¿Te causé dolor alguno? Lo dije por tu bien”.

“No me causas ningún dolor... Pero quisiera que me comprendieses, que, tú, hermano mío, me tomases por lo que soy... Quisiera irme con la alegría de que eres mi amigo. El amigo comprende y defiende los intereses de su amigo...”

“Te aseguro que lo haré. Sé que te odian. Lo sé ya. Por esto vine. Tú lo sabes. Vigilaré por Ti. Soy el mayor. Aplastaré las calumnias. Tendré cuidado de tu Madre” promete José.

“Gracias, José. Es el peso mayor que tengo y me libras de él. El dolor, cual un mar, avanza con sus ondas para sumergirme y también el odio... Pero si tengo vuestro amor, nada podrá. El Hijo del Hombre tiene corazón... y este corazón tiene necesidad del amor...”

“Y yo te lo doy. Sí. Por Dios que me está viendo, te aseguro que te lo doy. Ve en paz, Jesús a tu trabajo. Te ayudaré. Nos queríamos mucho. Luego... Pero ahora tornamos a ser los de hace tiempo. Uno por el otro. Tú, el Santo; yo el hombre; pero unidos para la gloria de Dios. Hasta la vista, hermano”.

“Hasta la vista, José”.

Se besan. Ahora es Simón el que dice: “Bendícenos para que se abran nuestros corazones a la Luz completa”.

Jesús los bendice y antes de dejarlos añade: “Os confío a mi Madre...”

“Vete en paz. Tendrá dos hijos en nosotros”.

Se separan.

Jesús vuelve al camino y con Juan al lado emprende rápido la marcha.

Después de algún tiempo Juan interrumpe el silencio para preguntar: “¿José de Alfeo está o no está convencido?”

“Todavía no”.

“Entonces, ¿qué eres para él? ¿El Mesías? ¿El Hombre? ¿El Rey? ¿Dios? No comprendí bien. Me parece que él...”

“José es como cuando uno tiene uno de esos sueños matutinos en que la mente ya está cerca de la realidad, sacudiéndose del pesado sueño, que incubaba irrealidad y hasta pesadillas. Los fantasmas de la noche se van, pero la mente todavía fluctúa en el sueño que no quisiera terminarse porque es hermoso... Así es él. Se está acercando al momento en que despierte. Por ahora acaricia este sueño. Se divierte con él. Porque le es hermoso... hay qué saber tomar lo que el hombre puede dar. Alabar al Altísimo por la transformación que ha acaecido hasta ahora. ¡Bienaventurados los niños a quienes es tan fácil creer!” y Jesús pone su mano sobre Juan, que sabe ser niño y sabe creer, para hacerle sentir su amor.

174. En espera de los campesinos de Yocana cerca de la torre de Yezrael

24 agosto 1946

“Estás muy cansado, Juan, pero tenemos qué llegar mañana al atardecer a Enganním”.

“Llegaremos, Señor” dice Juan y sonríe aun cuando se ve que está pálido de cansancio, pues ha caminado más que todos. Trata de caminar más ligero para persuadir al Maestro, de que no está muy cansado, pero pocos pasos después vuelve a aflojar. Su cabeza le cae hacia

adelante como si la oprimiese al peso del yugo, sus pies se arrastran y tropiezan con frecuencia.

“Dame por lo menos las alforjas. La mía es pesada”.

“No, Maestro. Tú no estas menos cansado que yo”.

“Pero tú lo estás más porque desde Nazaret viniste al bosque de Matatías y luego regresaste a Nazaret”.

“Dormí en cama, lo que no hiciste Tú. Pasaste la noche sin dormir en el bosque y partiste temprano”.

“También tú, José dijo que habíais partido cuando todavía lucían las estrellas”.

“¡Oh, pero estrellas hay todavía al amanecer!” sonríe Juan. Luego añade, poniendo cara seria: “Lo que causa dolor no es el poco sueño...”

“¿Qué, Juan? ¿Qué cosa te causa dolor? Tal vez que mis hermanos...”

“No, Señor. También ellos... pero lo que más me duele... lo que más me pesa... lo que me llega al alma es que vi llorar a tu Madre... No me dijo el por qué, ni tampoco se lo pregunté aunque tenía ganas. La miré tanto que me dijo: “Te lo diré en la casa. Ahora no, porque lloraría yo más”. Y en casa me habló de una manera tan dulce y tan triste que también me puse a llorar.

“¿Qué te dijo?”

“Me dijo que te quisiera mucho, que no te causara ni siquiera el más pequeño dolor porque después sentiría yo remordimiento. Me dijo: “Cumplamos con nuestro deber en los meses que faltan, y más que el deber”. Porque cumplir sólo con el deber es poco, porque eres Dios. También me dijo –lo que me hizo sufrir mucho, y si no hubiera sido Ella la que lo dice, no lo creería- “Es muy poco cumplir con el deber para con quien se va, y a quien no podemos más servir... Para estar resignados después de que se vaya, es menester cumplir más que con el deber. Será necesario haberle entregado todo el amor, los cuidados, la obediencia, todo, todo. Ahora en la angustia de la separación se puede decir: ‘Desde que fue voluntad de Dios que lo tuviese, no he dejado pasar un solo momento sin amarlo ni servirlo’”. Yo le pregunté: ‘¿Pero de veras se va el Maestro? ¡Todavía tiene mucho qué hacer! Habrá tiempo...’ Ella sacudió la cabeza. Dos gruesas lágrimas le bajaron de sus ojos. Dijo: ‘El verdadero Manná, el Pan vivo regresará al Padre cuando el hombre se congratule de volver a gustar el sabor del nuevo trigo... Y entonces nos quedaremos solos, Juan’. Yo para confortarla, le dije: ‘Es un gran dolor. Pero si Él regresa al Padre, debemos alegrarnos. Nadie le podrá hacer ya daño alguno’. Ella con gemidos dijo: ‘¡Oh, pero antes!’ y creo que comprendí. ¿Pero así tiene qué suceder, Señor? ¿De veras así? Mira, no es que no creamos en tus palabras, sino que te amamos... y... no te diré como Simón te dijo un día: que eso no puede suceder. Yo creo, todos creemos... Pero te amamos y... ¡oh, Señor mío! ¿Los pecados del amor son en realidad pecados?”

“El amor nunca peca¹, Juan”.

“Entonces nosotros que te amamos listos para combatir y a matar para defenderte. Los otros no nos quieren a los galileos porque dicen que somos peleadores. ¡Que así sea! Justificaremos la fama que tenemos, defendiéndote. Estamos en los lugares donde, en tiempos de Débora, Barac destruyó el ejército de Sísara con sus diez mil². Y esos diez mil eran de Neftalí y Zabulón. Nosotros descendemos de ellos. El nombre serpa diverso, pero e corazón es el mismo”.

“Diez mil... Pero aunque fueseis diez veces diez mil, ¿qué podríais hacer?”

“¿Cómo? ¿Tienes miedo a las cohortes? No son muchas y luego... No te odian. No las molestas. No piensas en su reino, en un reino que arranque de las garras del águila romana su presa. No se meterán entre nosotros y tus enemigos, que serán vencidos”.

¹ Cfr. 1 Ju. 3, 3-10; 5, 18.

² Cfr. Jue. 4-5.

“Mil, diez mil, cien mil que fueseis, ¿qué sois contra la voluntad del Padre? Debo cumplirla...”

Juan, desanimado, no dice más. Es extraña esta terquedad, esta incapacidad mental de comprender la misión de Jesús, aun en sus mejores seguidores. Lo aceptan como Maestro, como a Mesías. Creen en su poder de salvar y redimir. Pero cuando se encuentran frente al modo con que redimirá, entonces su inteligencia se cierra. Parece como si perdiesen para ellos valor las profecías. ¿Y es mucho decir esto de israelitas de los que se puede afirmar que respiran, caminan, se nutren y viven por medio de las profecías! Todo lo que dicen los Libros Santos es verdadero, menos esto: que el Mesías debe padecer y morir, que los hombres deben derrotarlo. Esto sí que no pueden aceptar. Me parece como si fueran ciegos o sordos a quienes Jesús se afana en mostrar cuadros de su futura Pasión para que puedan ver lo que representará ella. Pero cierran sus ojos. No ven y por esto no comprenden.

La tarde, un poco triste, avanza mientras llegan a la vista de Yezrael.

Jesús anima a Juan, que no ha hablado más y que camina como sonámbulo, por lo cansado que viene. Le dice: “Pronto vamos a llegar. Irás a buscar un refugio para ti”.

“Y para Ti”.

“No, Juan. Voy a quedarme cerca del camino que viene de la llanura. Me imagino que vendrán en la noche y quiero consolarlos y despedirlos antes de que amanezca”.

“Estás muy cansado... y tal vez va a llover como anoche. Ven por lo menos hasta la mitad de la vigilia del gallo”.

“No Juan”.

“Entonces me quedo contigo. Estamos cercanos a las tierras de los fariseos y... también lo he prometido a tu Madre y a mí mismo. No quiero tener ningún remordimiento”.

En los cuatro ángulos de Yezrael hay torres, que no sé para qué servirán. Serán ya antiguas. Parecen cuatro gigantes ceñudos que hacen de guardianes de la pequeña ciudad, edificada sobre una colina que domina la llanura y que poco a poco va desapareciendo envuelta en medio de un atardecer nublado.

“Vamos allá arriba cerca de la torre. Podremos ver el camino sin que seamos vistos. Hay hierbas para acostarnos y las gradas enfrente de la puerta nos protegerán en caso de lluvia” dice Jesús.

Suben. Se sienta sobre una pared muy baja, semidestruida, que está unos diez metros separada de la torre. Tal vez fue una valla construida para defender la torre. Ahora casi está en ruinas y una profusión de enredaderas selváticas como otras hierbas cubren las ruinas con sus hojas largas y velludas, cuyo nombre ignoro.

Cuando el día va desapareciendo se comen un pedazo de pan. No tienen más. Juan, aunque cansadísimo, hurga entre las ramas de una higuera torcida, nacida entre las piedras y descubre entre las hojas amarillentas alguno que otro higo que los pájaros y los niños no han tocado. Se los comen como postre. Agua beben de sus cantimploras. La cena ha terminado.

“¿Vivirá alguien en la torre?” pregunta preocupado Juan.

“No lo creo. No se ve que salga luz, ni tampoco voces. ¿Querías pedir refugio? Ya no puedes más...”

“¡Oh, no! Lo dije por decir... Aquí está uno bien...”

“Échate un sueño, por lo menos. La hierba está tupida y aquí no ha llovido todavía. Está seco el suelo”.

“No... No... Señor. No tengo sueño... Platiquemos. Dime alguna cosa... Una parábola... Me siento aquí a tus pies. Me basta con apoyar mi cabeza sobre tus rodillas...” y se sienta apoyando su cabeza, con la cara hacia el cielo, sobre las rodillas de Jesús. Hace esfuerzos heroicos por no dormirse. Trata de hablar para vencer el sueño... Trata de mostrar interés por lo que ve... estrellas en el cielo, luces en el camino. Aquellas son cada vez más numerosas porque el viento arrastra las nubes. Estas disminuyen porque la noche hace que los peregrinos suspendan su caminata. Sólo alguno que otro peregrino obstinado continúa su camino con su

carro en que lleva su linterna que se balancea suspendida, en el techo de esteras o de mantas extendidas sobre los arcos del carruaje.

Pero el mismo silencio cada vez más profundo es el arrullo del sueño.

Juan con una voz siempre más lejana dice: “¡Cuántas lumbreras hay en el cielo! Mira, parece como si alguna hubiese bajado a la tierra y tiembla y palpita como allá arriba... Son más pequeñas y feas... Nosotros no podemos hacer estrellas... En las nuestras hay humo, olor a mecha... y cualquier cosa las puede apagar... Tú dijiste una vez que para apagar la luz en nosotros basta una mariposa y comparaste las mariposas con las seducciones del mundo... Y luego añadiste que... mientras las mariposas pueden apagar una luz, el ala de los ángeles, y llamaste ángeles a las cosas espirituales, hacen más radiante la luz que hay en nosotros... Yo... el ángel... la luz...” Juan rueda poco a poco y se extiende sin querer, vencido por el cansancio.

Jesús espera que se haya acomodado, luego le pone la cabeza en la alforja, le extiende su manto con cariño paternal. Juan hace un esfuerzo para murmurar: “No estoy dormido, Maestro... Sólo que estoy viendo más estrellas y te veo mejor...” y pasa a ver mejor a Jesús y el cielo estrellado en medio de un sueño profundo.

Jesús vuelve a sentarse sobre su verde banco. Apoya su codo derecho sobre la rodilla, y con la mejilla sobre la palma de la mano, piensa, ora, mirando el camino vacío del todo, mientras a sus pies el discípulo amado, con un brazo doblado bajo su cabeza, duerme con la placidez de un niño.

175. Yendo hacia Engannim

26 agosto 1946

“Ya amaneció Juan. Levántate y vámonos” dice Jesús moviendo al apóstol para que se despierte.

“Maestro, ya salió el sol. ¡Cuánto he dormido! ¿Y Tú?”

“También Yo, a tu lado bajo nuestros mantos”.

“¡Bueno! Te convenciste de que los campesinos no vendrían y te acostaste. Lo había previsto...”

Jesús sonríe y responde: “Llegaron cuando la Osa indicaba el canto del gallo”.

“¡Oh, no sentí nada!...” Juan está apenado. “¿Por qué no me despertaste?”

“Porque estabas cansado. Parecías un niño que duerme en su cuna. ¿Para qué despertarte?”

“Para hacerte compañía”.

“Me acompañabas con tu sueño tranquilo. Te dormiste hablando de ángeles, estrellas, almas, luz... y ciertamente que en el sueño habrás visto ángeles, estrellas, y a tu Jesús... ¿Para qué volverte a la maldad del mundo cuando estabas tan lejano de él?”

“¿Y si... si en vez de campesinos hubieran llegado algunos malhechores?”

“Entonces te había despertado. ¿Pero quién podía venir?”

“Bueno... no sé... Por ejemplo, Yocana... te odia...”

“Lo sé pero vinieron sólo sus siervos. Nadie traicionó... porque también en esto estás pensando, esto es, que alguien hubiera hablado para causarme daño a Mí y a ellos. Ninguno traicionó. Hice bien en haberlos esperado aquí. El nuevo mayordomo es digno de su patrón y ha dado órdenes muy severas. No faltó a la caridad si digo que son crueles. Si se les diese otro nombre, sería mentira... Se vinieron a toda prisa apenas anocheció y rogaba al Señor que les permitiese encontrarme. Dios premia siempre la fe y consuela a sus hijos infelices. Si no me hubieran encontrado, hubieran estado aquí hasta muy tarde y luego hubieran regresado pronto para poder amanecer en sus campos... Pero los vi y los bendije...”

“Estás triste por haberlos visto tan oprimidos”.

“Tienes razón. Estoy muy triste... Parte por lo que dijiste, parte porque no tenía nada qué dar a sus cuerpos agotados, y parte por la idea de que no los veré más...”

“¿Se los dijiste?”

“No. ¿Para qué añadir un dolor más donde ya hay demasiado?”

“Los habría saludado también yo, contento, por última vez”.

“Para ti no es la última vez. Más bien, con tus discípulos tendrás muchos cuidados de ellos, cuando ya me haya ido. Os confío a vosotros todos mis seguidores, y sobre todo los que son más infelices y que sólo cuentan con su fe como su único apoyo, y con su única alegría de que tendrán el cielo”.

“¡Maestro mío! También diré como tu hermano José: vete en paz, Maestro. A mi modo haré tus veces. Créelo”.

“Estoy cierto de ellos. Vámonos... El camino comienza a poblarse. Las nubes se amontonan en el cielo y la luz aumenta cada vez más. Hoy lloverá y todos se apresuran hacia una nueva etapa. Las nubes fueron buenas con nosotros. La noche fue tibia y no llovió, ahora que estuvimos a la intemperie. El Padre siempre vigila por sus hijos amados”.

“Tú eres el amado, Maestro. Yo...”

“Él te quiere mucho, porque me amas”.

“¡Eso sí! Hasta la muerte”.

Y mezclados entre la multitud se alejan hacia el sur.

176. Jesús y Juan en Enganním

27 agosto 1946

El tiempo cumplió con lo que amenazaba y se convirtió en una lluvia persistente. Quien lleva su carruaje, se defiende de ella. Quien va a pie o sobre su borrico se moja y se siente mal, sobre todo porque al fastidio del agua que le moja la cabeza y espalda, se agrega el lodo que entra en las sandalias, se pega a los tobillos y ensucia los vestidos. Los peregrinos se han echado sobre la cabeza sus mantos que hasta han doblado, o bien mantas, y parecen todos frailes encapuchados.

Jesús y Juan a pie, van muy mojados. Se preocupan más de proteger las alforjas donde vienen los vestidos para cambiarse, que de sí. De este modo llegan a Enganním y se ponen a buscar a los apóstoles separándose para encontrarlos cuanto antes. Juan es el que los encuentra, mejor dicho, encuentra a su hermano Santiago que ha ido a hacer las compras para el sábado.

“Estábamos preocupados. Si no los encontrábamos, queríamos regresar aunque fuese sábado... ¿Dónde está el maestro?”

“Fue a buscaros. El primero que os encontrase iría a la casa del carpintero

“Entonces... Mira. Estamos en aquella casa, de que es dueña una buena mujer con tres hijas. Ve pronto a buscar al Maestro y ven...” Santiago baja la voz y dice algunas palabras mirando a su alrededor: “Hay muchos fariseos... y... con malas intenciones por lo visto. Nos preguntaron que por qué Él no estaba con nosotros. Querían saber si ya se adelantó o si viene retrasado. Primero dijimos: “No sabemos”. No nos creyeron. Y no decíamos mal ¿cómo íbamos a poder decir algo nosotros que no sabíamos dónde se encontraba? Entonces Iscariote, que no tiene tantos pelos en la lengua, dijo: “Ya se fue adelante” y como no se convencieron y preguntaban que con quién se había ido, con qué, cuándo, si se sabía que el viernes anterior había estado en Giscala, Judas dijo: “En Ptolemaide subió a una nave y por eso se nos adelantó. Bajará en Joppe y entrará en Jerusalén por la puerta de Damasco, para ir a la casa de José de Arimatea que está en Bezeta””.

“Pero, ¿por qué tantas mentiras?” pregunta escandalizado Juan.

“¡Bah! También se lo dijimos, pero él se echó a reír diciendo: “Ojo por ojo, diente por diente, y mentira por mentira. Basta con que el Maestro esté a salvo. Lo buscan para hacerle daño. Lo sé”. Pedro le hizo ver que haber mencionado el nombre de José podía causarle algún inconveniente. Él replicó: “Irán allá corriendo, verán el estupor de José, y comprenderán que no fue verdad”. “Te odiarán entonces por la burla que les jugaste...” replicamos. Pero él siguió

riendo y dijo: “¡Me importa un bledo su odio! Sé cómo apaciguarlo...” Pero vete, Juan. Trata de encontrar al Maestro y vente con Él. El agua nos ayuda. Los fariseos están en las casas para no mojarse sus amplias vestiduras...”

Juan da a su hermano la alforja y trata de salir corriendo, pero Santiago lo detiene para decirle: “No menciones al Maestro las mentiras de Judas. Aunque las haya dicho por buen fin, siempre son mentiras. Y al Maestro no le gustan en modo alguno”.

“No le diré nada” y Juan se echa a correr.

Santiago estuvo en lo cierto. Los ricos están ya en sus casas. En las calles caminan sólo la gente pobre en busca de albergue...

Jesús está bajo un portal cerca de la herrería. Juan lo ve y le dice: “Vente pronto. Los encontré. Podremos ponernos vestidos secos”. No dice más para no dar a entender el por qué de su prisa.

Llegan pronto a la casa. Entran por la puerta que dejaron entreabierta. Allí están los once apóstoles que se apiñan al rededor de Jesús, como si hiciera meses que no lo viesan. La dueña de la casa, una mujer marchita, flacucha, se asoma por una puerta semicerrada.

“La paz sea con vosotros” dice Jesús con una sonrisa, y los abraza a todos igual.

Todos hablan simultáneamente queriendo decir muchas cosas. Pedro grita: “¡Callaos! Dejadlo ir. ¿No veis qué mojado y cansado está?” y volviéndose al Maestro: “Hice que te preparasen un baño caliente y... dame acá ese manto mojado... y los vestidos calientes. Los tomé de tu alforja...” Luego se dirige hacia adentro de la casa y grita: “¡Oye, mujer, el Huésped llegó ya! Trae el agua, que de lo demás yo me ocupo”.

La mujer tímida como todos los que han sufrido —su cara lo manifiesta— atraviesa silenciosa el corredor. Le siguen tres jóvenes que se parecen en la flacura y en la expresión. Van a la cocina a buscar el agua caliente.

“Ven, Maestro. También tú, Juan. Estáis helados, como si os hubieseis ahogado. Hice cocer hojas de junípero con vinagre para el agua. Hace bien”. De hecho al pasar por los calderos se percibe olor a vinagre y otros aromas.

Jesús al entrar en una habitación donde hay dos grandes tinajas (esto es dos grandes cubos de madera que se les emplea tal vez para lavar la ropa), mira a la mujer que sale con sus hijas y las saluda: “La paz sea contigo y con tus hijas. El Señor te lo pague”.

“Gracias, Señor...” le contesta y se escabulle.

Pedro entra con Jesús y Juan. Cierra la puerta y susurra: “Procura que no sepa quién eres... Todos somos peregrino y Tú eres *un* rabí, nosotros tus amigos. En realidad, es verdad... No es... ¡uhm! ¡bueno! Sino una verdad encubierta... Hay muchos fariseos... y mucho interés por Ti. Toma tus providencias... Luego hablaremos” y se va dejándolos solos y regresando a donde están sus compañeros sentados en la habitacioncilla.

“¿Y ahora qué diremos al Maestro? Si decimos que dijimos mentira, lo sentirá. Pero... no podemos menos que decírselo” dice Pedro.

“¡No te preocupes! Yo mentí y se lo diré”.

“Le causarás mayor tristeza. ¿No notaste que está muy triste?”

“Lo noté, pero es porque está cansado... Por otra parte, también sé decir a los fariseos: “Os engañé”. No son más que tonterías. Lo que importa es que Él no tenga qué padecer ningún daño”.

“De mi parte no diría nada, ni a nadie. Si se lo dices a Él no conseguirás tenerlo escondido; si a ellos, tampoco salvarlo de sus asechanzas...” observa Felipe.

“Lo veremos” responde Judas con aplomo.

Pasa poco tiempo y Jesús vuelve a entrar con sus vestidos secos, contento del baño. Juan viene detrás de Él.

Hablan de todo lo que pasó el grupo apostólico, y lo que pasó al Maestro y a Juan. Pero nadie menciona a los fariseos hasta que Judas dice: “Maestro, estoy seguro que te buscan quienes te odian. Y para salvarte esparcí la voz de que no vas a Jerusalén por los caminos acostumbrados, sino por mar hasta Joppe... Se irán allá, ¡ja, ja, ja!”

“Pero, ¿para qué mentir?”

“Ellos son ellos, y tú no eres, *no deberías ser* como ellos...”

“Maestro, yo soy alguien que los conoce y que te ama. ¿Quieres buscar tu ruina? Estoy pronto a impedirlo. Escúchame con calma y siente mi corazón en mis palabras. Tú mañana no sales de aquí...”

“Mañana es sábado...”

“Está bien. No sales de aquí. Descansas...”

“Todo, menos el pecado, Judas. Ninguna cosa me hará que falte a la santificación del sábado”.

“Ellos...”

“Que hagan lo que quieran. Yo no pecaré. Si lo hiciese, además del pecado que pesaría sobre Mí, pondría en sus manos un arma para destruirme. ¿No te acuerdas que andan por ahí llamándome profanador del sábado?”

“El Maestro tiene razón” dicen los demás.

“Está bien... Harás lo que quieras el sábado, pero no por la calle. No tomemos el camino de todos. Escúchame. Desoríentalos...”

“Pero en un palabra ¿sabes algo preciso tú?” grita Simón, agitando sus cortos brazos. ¿Maestro, ordénale que hable”.

“Calma, Simón. Si tu hermano ha llegado a enterarse de algún peligro, y tal vez con peligro suyo, y nos dice que estemos alertas, no debemos tratarlo, como enemigo, sino agradecerse. Si él no puede decir todo, porque podría comprometer a terceras personas, que no tienen el valor suficiente para tomar la palabra, pero bastante rectas para no permitir un crimen, ¿por qué queréis obligarlo a hablar? Dejadlo, pues, que hable, Yo aceptaré lo que haya de bueno en su proyecto, y rechazaré lo que no sea. Habla, Judas”.

“Gracias, Maestro. Tú eres el único que me conoce por lo que soy. Quería decir. Dentro de los límites de SaMaría podemos estar seguros. Porque allí manda más Roma que en Galilea y Judea, y ellos, los que te odian, no quieren tener dificultades con Roma. Pero para desorientar siempre a los espías, digo que es mejor no seguir el camino derecho, sino que salgamos de acá a Dotáin, y luego, sin entrar e SaMaría, atravesar el país y pasar por Siquén, de ahí a Efraín, por Adomín y Carit y así llegar hasta Betania”.

“Camino largo y difícil, sobre todo si llueve”.

“¡Peligroso! Adomín...”

“Parece como si fueses en busca de peligro...”

Los apóstoles no están entusiasmados. Jesús habla: “Judas tiene razón. Tomaremos ese camino. Después tendremos tiempo de descansar. Tengo todavía otras cosas que hacer antes de que llegue la hora y se cumpla. No debo, por necedad ponerme en sus manos hasta que todo se haya cumplido. Así pasaremos por la casa de Lázaro. Está muy enfermo y me ha de estar esperando... Comed. Me retiro a la habitación. Estoy cansado...”

“¿Ni siquiera un bocado vas a tomarte? ¿No será acaso que estás enfermo?”

“No, Simón. Hace siete días que no sé lo que es cama. Hasta pronto amigos. La paz sea con vosotros...” Y se retira.

Judas no cabe de contento: “¿Visteis? Es humilde y justo y no rechaza lo que ve que es bueno...”

“Sí... bueno... ¿Crees que esté contento? ¿De veras contento?”

“No lo creo... Pero comprende que tengo razón...”

“Yo quisiera saber cómo te arreglaste para saber tantas cosas, ¡pese a que siempre has estado con nosotros!...”

“Así es. Vosotros me cuidáis como si fuese un animal peligroso. Lo sé. Pero no importa. Acordaos de esto: aun un mendigo, como un ladrón pueden ayudar a saber, lo mismo que una mujer. Hablé con un mendigo, y le di su recompensa. Con un ladrón y descubrí... Con una... mujer y... ¡cuántas cosas no puede saber una mujer!”

Los apóstoles se miran entre sí con ojos de sorpresa. Se preguntan entre sí: ¿Cuándo? ¿Dónde se enteró Judas y cómo tuvo esas entrevistas?...

Sonriente dice: “¡Y con un soldado! Sí, porque la mujer me había dicho que me enviaría con un soldado. Me confirmé de ello. Logré saber... Todo es lícito cuando es necesario. ¡Hasta las cortesanas y los soldados!”

“Eres... eres un...” interrumpe Bartolomé controlándose para no decir lo que tenía en su lengua.

“Sí. Lo soy. Soy el único. Un pecador por causa vuestra. Pero con todos mis pecados, sirvo mejor al Maestro que vosotros. Y por otra parte... Si una cortesana sabe lo que los enemigos de Jesús quieren hacer, señal es que ellos van con ellas, o se van con bailarinas para alegrarse... Y si se acercan a ellas... puedo también hacerlo yo. Me sirvió, lo estáis viendo. Pensad que en los confines de Judea podían haberlo aprehendido. Llamadme prudente por haberlo evitado...”

Todos quedan pensativos y comen sin ganas. Luego Bartolomé se levanta.

“¿A dónde vas?”

“A donde está Él. No creo que esté dormido. Le llevaré leche caliente... y veré”.

Sale. Después de poco tiempo regresa.

“Estaba sentado sobre la cama... y lloraba... Tú fuiste la causa de su dolor, Judas. Ya me lo imaginaba”.

“¿Lo dijo Él? Voy a darle explicaciones”.

“No. No dijo más. Al contrario, dijo que también tienes tus méritos. Pero lo comprendí. No vayas. Déjalo tranquilo”.

“Sois todos unos necios. Sufre porque es perseguido, obstaculizado en su misión. Eso es todo” replica Judas.

Y Juan asegura: “Es verdad. Lloró aun antes de que nos reuniésemos con vosotros. Sufre mucho, también por su Madre, por sus hermanos, por los campesinos infelices. ¡Cómo sufre!”

“¡Cuenta, cuenta!”

“Dejar a la Madre es un dolor. Ver que no se le comprende, que nadie lo comprende, es dolor. Ver que los siervos de Yocana...”

“Sí. Verlos es ya un dolor... Estoy contento de que Marziam no los haya visto...” dice Pedro.

“¿Acaso mis hermanos nuevamente causaron algún dolor a Jesús?” pregunta enérgicamente Judas Tadeo.

“¡No al contrario! Se vieron y se hablaron con cariño. Se separaron en paz y con buenas promesas. Pero Él los quisiera... como a nosotros... y más que a todos nosotros Quisiera que todos estuviésemos convencidos de su Reino y de la naturaleza del mismo. Y nosotros...” Juan no agrega más... El silencio cae sobre la habitacioncilla que alumbra una lámpara de dos mechas y que iluminaba también a doce caras pensativas.

177. Jesús y el pastor samaritano

28 agosto 1946

No sé decir en qué lugar de la SaMaría se encuentren. Ciertamente en medio de los montes samaritanos, que no son muy altos, porque los que lo son, están más al sur con sus crestas que se levantan al cielo ya sereno.

Los apóstoles caminan lo más que pueden en torno a Jesús. Pero con frecuencia las veredas estrechas no lo permiten, y el grupo se forma y se disuelve. Hay muchos pastores con sus ganados por los montes, y a ellos se dirigen los apóstoles para preguntarles si el camino es el que lleva al de las caravanas que partiendo del mar va a Pela. Aunque son samaritanos, responden siempre con cortesía. Y uno, cuando se encuentra en un laberinto de veredas que van para acá y para allá, dice: “Dentro de poco baja el valle. Descansad un poco y caminaremos juntos. Si os perdierais por estos montes... no sería muy agradable...” baja la

voz y añade: “Hay ladrones...” mira a su alrededor como si temiese tenerlos cerca y que lo amenazasen. Luego, no viendo nada, añade: “Bajan de las pendientes del Garizín y del Ebal. Se desparraman en estos tiempos de peregrinos. Siempre tienen qué hacer, pese a que los romanos refuerzan las guardias en los caminos... porque siempre hay gente que evita los caminos usuales para llegar más pronto o por otros motivos”.

“¿Entonces tenéis muchos malhechores?” pregunta con una sonrisa significativa Felipe.

El pastor comprende y responde: “¿Crees tú, galileo, que son samaritanos?”

Interviene Iscariote, porque como fue él el de la idea de este camino, se siente obligado a evitar cualquier incidente desagradable. “¡No, no! Sino como se sabe que son hospitalarios, el malhechor viene a refugiarse acá. Es como si... si fuerais un lugar de asilo. Los malhechores saben bien que nadie, galileo o judío, los perseguirá aquí, y se aprovechan de ello. Estos montes...”

“Ah, creí que pensabas en... Los montes, es claro, ayudan mucho. Los dos más altos, sin duda... Sí... Pero cuántos nos trae el Adomín y las barrancas de Efraín. De todas las razas ¡eh! Y los soldados de Roma son listos... No vienen a sacarlos de sus cuevas. Sólo las sierpes y las águilas pueden conocer sus madrigueras y penetrar en ellas. Y se cuentan cosas terribles. Pero sentaos. Os voy a dar leche... Soy samaritano, pero también conozco el Pentateuco. No ofendo a quien no me ofende. Vosotros... no lo hacéis, pese a que sois galileos y judíos. se anda diciendo que ha surgido un profeta que enseña a amarnos. Si no pensara que según los escribas y fariseos de Israel nosotros somos unos malditos –así deciría que los grandes profetas que nos han amado, aunque samaritanos, han revivido en Él, como dicen algunos. Yo no lo creo... Aquí está la leche... A mí me gustaría encontrarme con ese profeta. Dicen que el otro profeta, el que se había refugiado en nuestros confines y que nosotros no traicionamos –los que nos insultan deberían tenerlo presente- parece que dijo que este profeta que ha surgido en Israel sea mayor que Elías. Lo llamo el Cordero de Dios, el Mesías. Algunos samaritanos de Siquén han hablado con Él y se deshacen en alabanzas. Muchos se han ido a los caminos principales porque esperan que pase por ahí. Aún más –y es la primera vez que sucede- también algunos judíos, fariseos y doctores nos han preguntado en cada ciudad, y nos han dicho que si lo vemos, se corra a decir que llega, porque quieren hacerle grandes fiestas”.

Los apóstoles se miran de reojo prudentemente, pero sin hablarse. Judas, con sus brillantes ojos negros, llenos de luz de triunfo, parece decir: “¿Oísteis? ¿Os convencéis ahora de que tenía razón?”

El pastor continúa hablando: “Lo conocéis sin duda. ¿De dónde venís?”

“Del norte de Galilea responde pronto Judas.

“Ah, sois... No. Tú no eres galileo”.

“Somos de todos los lugares. Fuimos en peregrinación a las tumbas de los doctores”.

“Ah, sois tal vez discípulos... Pero ¿este hombre no es acaso un rabí” dice señalando a Jesús.

“Somos discípulos. Bien has dicho. Sí. Este hombre es un Rabí. Pero bien sabes que entre rabí y rabí hay diferencia...”

“Lo sé. Pero este es joven y todavía tendrá qué aprender de los grandes doctores de *vuestro* Templo”: se advierte un claro desprecio en el adjetivo posesivo. Pero Judas, que no deja nada sin rebatir, se queda callado.

Los demás no hablan. Jesús está como absorto, y por esto la indirecta no provoca respuesta alguna. Más bien Judas sonriendo dice: “Es muy joven, es verdad; pero es el más sabio entre nosotros” y para poner fin a la conversación que podía hacerse peligrosa, dice: “¿Todavía tienes mucho qué hacer aquí? Porque quisiéramos estar allá abajo, al anochecer”.

“No. Me voy. Junto las ovejas y vengo”.

“está bien. Nosotros nos adelantamos un poco...” y se levanta con los demás tomando inmediatamente el camino.

Y cuando entre él y el pastor se interpone un montón de árboles, se ríe, se ríe, diciendo: "Pero, qué fácil es burlarse de la gente! ¿Os habéis convencido de que no mentía yo, y de que no soy un tonto?"

"No dijiste ninguna mentira... pero ahora la has dicho".

"¿Mentira? No. ¿Cómo puedes afirmarlo Felipe? *He sido capaz de decir la verdad sin que se convierta en daño.* ¿No venimos acaso de Galilea del norte? ¿Acaso no estuvimos a punto de que nos hubiesen apedreado por ir a venerar la tumba de un doctor? ¿Y en el último viaje no pasamos cerca de Giscala? ¿Negué acaso que Jesús sea un Rabí? ¿No dije que es el más sabio entre nosotros?... Al decir esto pensaba y me reía en mis interiores, que con decir 'nosotros' ofendía a los rabinos, que nada valen en comparación con el Maestro, aunque no piensen serlo, y que me burlaba del pastor... ¡Ja, ja, ja! Hay qué saber decir las cosas... se puede decir todo sin pecar, y sin causar daño alguno".

Judas de Alfeo hace un gesto de desagrado y dice: "Para mí siempre es mentira".

"Bueno y ¡qué! Ya lo hice. ¿Oíste, o no? Se han querido aprovechar de los prejuicios, desacuerdos, orgullo para que los samaritanos señalen el viaje del Maestro, para darle una fiesta en sus confines. ¡Ah, ah! ¡Qué fiesta!"

"¡La fiesta! También ellos fueron capaces de hablar y pensar en una verdad, valiéndose de la mentira... Judas de Keriot tiene la razón" dice Tomás.

Jesús se vuelve y dice: "Sí. La mentira... de ellos.... Es cosa odiosa. Mas el decir una cosa por otra aún con buen fin es siempre reprochable ¿Crees que el Señor tenga necesidad de esto para proteger a su Mesías? No hay qué mentir jamás, ni por buen fin. El corazón se acostumbra a anidar en la mentira, y los labios a pronunciarla. No, Judas. Evita la insinceridad".

"Así lo haré. Ahora callémonos, que se acerca el pastor".

Y así es. En medio de las ovejas y abriéndose paso entre ellas que conociendo que está cercano el redil, se echan a correr balando, chocando unas contra otras, pasando a la fuerza entre los apóstoles y casi hasta derribarlos, llega el pastor seguido de un pastorcito y del perro. No alcanza a detenerlas sino cuando con la ayuda del muchacho y del perro logra que se paren y las reúne para que no se dispersen o bajen al valle.

"Son los animales más obtusos que han en la tierra; pero muy útiles" dice secándose el sudor y suspira: "¡Si todavía estuviera Rubén! ¡Con ese muchacho solo... Sacude su cabeza bajando detrás de sus ovejas que el perro y el muchacho, a la cabeza del ganado, han logrado juntar. Monologa: "Si pudiese encontrar a ese profeta, aunque sea yo samaritano, le hablaría..."

"¿Qué le dirías?" pregunta Jesús"

"Le diría: "Mi mujer era buena como el agua de los montes lo es para los sedientos, y el Altísimo se la llevó. Tenía una hija buena como la madre, me la vio un romano, se enamoró de ella y se la llevó lejos. Tenía un hijo el primogénito. Era todo para mí... se resbaló por el monte un día que llovía, se rompió la espina dorsal y está inmóvil. Últimamente ha empeorado y los médicos dicen que morirá. No te pregunto por qué el Eterno me haya castigado, pero te ruego que cures a mi hijo"

"¿Y crees que podría curártelo?"

"¡Claro que lo creo! Pero nunca lo encontraré..."

"¿Por qué crees? Él no es samaritano".

"Es un justo. Es el Hijo de Dios, según se dice".

"Vosotros, en vuestros padres, ofendisteis a Dios".

"Tienes razón. Pero también está dicho que Dios perdonará la culpa del hombre mandando su redentor. En el Pentateuco, poco después de que Adán y Eva fueron sentenciados, se lee esta promesa³. Y el Libro vuelve a repetirla. Si perdona esa culpa ¿no podrá acaso tener

³ Cfr. Gén. 3.

compasión de mí que no tengo ninguna culpa de haber nacido samaritano? Yo creo que si el Mesías conociese mi dolor, tendría piedad”.

Jesús sonríe, pero no dice nada. También en las caras de los apóstoles se dibuja una sonrisa, que el pastor no observa.

“¿Ese muchacho, pues, no es hijo tuyo?” pregunta Jesús.

“No. Es el hijo de una viuda que tiene ocho hijos varones y padece de hambre. Lo tomé para que me ayudase... y como a hijo... para no estar después solo... cuando Rubén esté en el sepulcro...” y suspira.

“Y si se curase tu hijo, ¿qué harías con este?”

“Lo tendría conmigo. Es bueno y siento compasión por él...” baja la voz para decir: “Él no lo sabe... Pero su padre murió en las galeras”.

“¿Qué hizo para merecerlo?”

“Nada a propósito. Pero su carro arrastró a un soldado ebrio y se le acusó de haberlo hecho con intención”.

“¿Cómo sabes que murió?”

“¡Nadie sobrevive en el remo! Un mercader de SaMaría que lo vio cuando muerto lo sacaban del cepo y que lo echaron al mar más allá de las columnas, nos lo dijo”.

¿De veras lo conservarías contigo?”

“Puedo jurarlo. Él infeliz, yo infeliz. Y no soy solo. Otros ha tomado los hijos de la viuda y ella se ha quedado con las tres mujercitas. Demasiadas. Pero es mejor siempre ser cuatro que doce... No hay necesidad de que jure... Rubén se va a morir...”

Ya se divisa el camino por el que transitan muchos peregrinos que se apresuran a llegar a los lugares de hospedaje. La noche se acerca.

“¿Tienes lugar dónde dormir?” pregunta el pastor.

“No, a decir verdad”.

“Te diría: ven, pero mi casa es muy pequeña para todos. Con todo el aprisco es amplio”.

“Dios te pague como si me hubieras hospedado. Sigo mi camino hasta que la luna se ponga”.

“Como quieras. ¿No tienes miedo de perderte? ¿Y de pasar malos ratos?”

“De los ladrones me protege mi pobreza y la de mis compañeros. Por lo del camino me encomiendo al ángel de los peregrinos”.

“Debo irme adelante con el ganado. El muchacho todavía no sabe... El camino está lleno de carros...” y corre adelante para guiar sin peligro a las ovejas.

“Maestro, ahora viene lo malo. Hay qué andar un trozo del camino entre la gente...” susurran los apóstoles.

Helos por el camino, detrás de las ovejas que avanzan en fila, apretujadas entre el monte y el cayado del pastor y la vigilancia del perro. El muchacho está ahora cerca de Jesús que lo acaricia.

Llegan a un cruce. El pastor ha detenido el ganado diciendo: “Mira, este es tu camino, y este el mío; pero si vienes hacia el poblado encontrarás un tercero que es más corto para llegar a la población cercana. Mira, ¿ves aquel sicómoro gigante? Ve hasta allí, luego das vuelta a la derecha. Verás una plaza pequeña con una fuente y después de ella una casa, negra por el humo. Es la casa del herrero. Más allá está el camino. No puedes equivocarte. Adiós”.

“Adiós. Has sido bueno y Dios te consolará”.

El pastor continúa su camino, Jesús sigue el suyo. Alrededor del primero van las ovejas, alrededor del segundo los apóstoles. Dos pastores en medio de su grey...

Ya están distantes, separados por un grupo de casas que hay entre el camino principal que sigue al pastor, y la vereda que se interna en un pobre suburbio del poblado, creo que sea el más pobre, silencioso y solitario... La pobre gente está ya en sus casas y las puertas semicerradas dejan ver el fuego en las cocinas... La noche cae envuelta en las tinieblas.

“Nos detendremos apenas estemos afuera del poblado” dice Judas. “Veo que allá hay casas en los campos”.

“No. Es mejor continuar”. Los pareceres se dividen.

Han llegado a la fuente. Corren a lavarse y a llenar sus cantimploras. Allí está la casa del herrero. Está cerrando su taller ahumado. Allí está el camino que va hacia el campo... Lo toman.

Un grito se oye de lejos, de la población: “Rabí, Rabí, mi hijo! ¡Ciudadanos! ¡Venid! ¿Dónde está el Peregrino?”

“¡Nos buscan, Señor! ¿Qué hiciste?”

“Corred. Si llegamos a aquel bosque nadie nos verá”.

Corren a través de un prado cubierto del heno que acaban de segar, llegan a un altozano, trepan en él, desaparecen, seguidos por los gritos que han aumentado ahora, y por gente que sale del poblado, gritando más que mirando, porque la oscuridad impide distinguir los objetos. Se detienen al los pies del altozano.

“Os aseguro que fue el Rabí que estuvo en Siquén. Nadie más que Él me ha curado a Rubén, y yo no lo reconocí. ¡Rabí, Rabí, Rabí, permíteme que te venere. ¡Dime dónde estás escondido!”

Sólo el eco responde.

“No debe estar lejos” dice el herrero. “Pasó por delante de mi casa, un poco antes de que viniesen”.

“Pero no está. Lo ves. En el camino no hay gente. Debía seguir este”.

“¿No estará en el bosque?”

“No. Tenía prisa...” Después trata de que su perro lo ayude. Lo azuza: “¡Busca! ¡Busca!” y por un momento parece como que el perro descubriese el escondrijo, porque se dirige al bosque después de haber husmeado el prado. Pero luego se detiene. Levanta el hocico... después, engañado por no sé qué cosa, se va ladrando en dirección contraria y la gente detrás a la carrera...

“¡Sea alabado el Señor!” exclaman los apóstoles con un suspiro de alivio, y no pueden menos de preguntar al Maestro: “Pero, ¿qué hiciste, Señor?” y como que le gritan por haberlo hecho. “Sabes bien que no conviene que seas señalado, y Tú...”

“¿Y no debía premiar una fe? ¿No está bien que crean en Mí en el camino que va de Dotaín a Pela? ¿Queréis acaso que no comprendan nada?”

“Es verdad. ¡Tienes razón! ¿Y si te descubría el animal?”

“Simón, ¿piensas que quien puede imponer su voluntad, aun a distancia, a enfermedades y elementos, y arroja demonios, no pueda imponerla a un animal? Vamos a tratar de llegar ahora al camino más allá de la curva. No nos verán. Vámonos”.

Avanzan casi a tientas por el bosque, hasta que encuentran el camino, estrecho, blanquecino por la luna que ha salido, lejos del poblado ocultado completamente por la colina...

178. Los diez leprosos de Efraín¹

29 agosto 1946

Van siempre entre montes, y montes bastante abruptos, por ciertos senderos por donde no pueden pasar carruajes, sino sólo hombres a pie o sobre cabalgaduras que son unos asnos robustos de montaña, más altos y más fuertes que los de las zonas menos escabrosas. Voy a hacer notar algo, que tal vez pueda parecer inútil, pero no importa, quiero hacerlo. Tanto en el vestir como en otras muchas cosas SaMaría es diferente de otros lugares. Una de ellas es la abundancia de perros, que no se ve en otras partes, y que me llama la atención, como me la llamó la presencia de cerdos en la Decápolis. Tal vez haya muchos perros, porque en SaMaría

¹ Cfr. Lc. 17, 11-19.

hay muchos pastores y habrá muchos lobos en estos montes intransitables. Otra de las causas es que en SaMaría generalmente los pastores están solos, al máximo con un muchacho, apacentando su propio rebaño, mientras que en otras partes hay más pastores que cuidan de grandes rebaños, propiedad de algún rico. El hecho es que cada pastor tiene su perro o más según el número de ovejas. Otra característica la forman esos asnos, que son tan altos como un caballo, robustos, hechos para escalar estos montes con una carga sobre los lomos, y aun cuando sea de leña, bajan lo mismo por estos hermosos bosques cubiertos de árboles centenarios. Otra particularidad: la conducta de los habitantes que, sin ser “pecadores” como los tenían los judíos y galileos, son abiertos, francos, sin gazmoñerías, sin todas esas cosas que tienen los demás. Además son hospitalarios. Esto que compruebo me hace pensar que la intención de la parábola del buen samaritano fue no sólo para hacer resaltar que el bueno y el malo existen por todas partes, en todos los lugares y en todas las razas, y que aun puede haber rectos de corazón entre los herejes, sino sobre todo para hacer resaltar las buenas costumbres de los samaritanos para con los necesitados. Se han quedado con el Pentateuco, pues oigo que hablan sólo de él, y de ningún otro libro sagrado, pero lo practican, por lo menos para con el prójimo, mucho mejor que los otros con sus seiscientos trece preceptos, etc.

Los apóstoles hablan con el Maestro, y pese a que sean incorregiblemente israelitas, deben reconocer y alabar el espíritu que han encontrado en los habitantes de Siquén, los cuales, lo colijo por las conversaciones que oigo, invitaron a Jesús a que se quedase con ellos.

“¿Oíste?” dice Pedro, “¿cómo aseguraron que conocen el odio de los judíos? Dijeron: “A nosotros los samaritanos por lo que somos y por lo que fuimos nos odian, pero a Ti mucho más. Su odio no tiene límites””.

“Y qué bien dijo ese viejo: ‘en el fondo es justo que así sea, porque Tú no eres un hombre, sino el Mesías, el Salvador del mundo y por lo tanto el Hijo de Dios, porque sólo un Dios puede salvar al mundo corrompido. Pues como no conoces límites ya que eres Dios, no hay límites en tu poder, en tu santidad y en tu amor, como tampoco tendrá límites tu victoria sobre el Mal, así también es natural que el mal y el Odio, que son iguales entre sí., no conozcan límites contra Ti’. Realmente dijo la verdad. ¡Y esto explica muchas cosas!” dice Zelote.

“¿Qué cosa explica, según tú? Yo... yo afirmo que sólo dice que son unos tontos” interviene Tomás con tono decidido.

“No. La necedad sería una razón que excusase. Pero necios no lo son”.

“Entonces, unos ebrios, ebrios de odio” replica Tomás.

“Ni siquiera eso, La embriaguez termina después de que pasó. Esta rabia no cede”.

“¡Y que si se ha dejado echar encima! Tan grande es, que... ya debería haberse acabado”.

“Amigos, todavía no ha llegado ni a la mitad” dice Jesús calmadamente como si la mitad del odio no fuese su tormento.

“¿Aún no? ¡Pero si jamás nos dejan en paz!”

“Maestro, todavía no se convencerán de que dije la verdad. La dije. ¡Que si la dije! Y vuelvo a afirmar que si hubierais sido vosotros, habríais caído todos en la trampa como cayó el Bautista. Pero no lo lograrán porque yo vigilo...” dice Iscariote.

Jesús lo mira. Y también yo lo miro preguntándome, y hace algunos días que lo hago, si la conducta de Iscariote se debe a que realmente ha vuelto al camino del bien y del amor por su Maestro, al verse libre de fuerzas humanas y extra humanas que lo tenían maniatado, o se trate de un ardid refinado con que prepare el golpe final, una entrega mayor a los enemigos de Jesús y a Satanás. Judas es en verdad un ser completamente especial que no puede descifrarse. Sólo Dios puede entenderlo. Y Dios que es Jesús, corre un velo de misericordia y prudencia en todas las acciones y en la personalidad de su apóstol... un velo que se romperá, iluminando completamente tantos ‘por qué’, ahora misteriosos, cuando se abran los libros del cielo.

Los apóstoles están tan ensimismados con la idea de que el odio de los enemigos no haya llegado todavía a su término que no hablan más por algún tiempo. Después. Tomás se dirige

nuevamente a Zelote preguntándole: “Y entonces, si no son ebrios, ni necios; si su odio explica muchas cosas y no ésta, ¿cuál es la explicación? ¿Qué son? No lo has dicho...”

“¿Qué son? Endemoniados. Lo que dicen de Él lo son ellos. Esto explica su rabia que no conoce descanso, que cuanto más crece, tanto más se ve su fuerza. Dijo bien aquel samaritano. En Él, Hijo del Padre y de María, Hombre y Dios, existe la infinitud de Dios e infinito es el Odio que se opone a esta perfecta Infinitud, aun cuando el Odio por su mismo ser no es perfecto, pues tan solo lo es Dios en sus acciones. Pero si el Odio pudiese llegar al abismo de la perfección, bajaría a tocarlo, aún más se precipitaría a tocarlo, para después rebotar por la fuerza de su caída en el abismo infernal contra el Mesías para abatirlo con todas las armas que arrancase a los Infiernos. El firmamento, que Dios gobierna, tiene un sol. Se levanta, irradia, desaparece dejando su lugar a un sol más pequeño que es la luna, y esta, después de haber brillado, se oculta para dejar paso al sol. Los astros enseñan bien a los hombres su sujeción al Querer del Creador. Pero no así los hombres. Y un ejemplo de ello es querer oponerse al Maestro. ¿Qué sucedería si la luna, cuando va a salir el sol, dijese: ‘No quiero ocultarme sino que regreso por el camino que vine’? Claro que chocaría contra él con gran horror y daño de todo lo creado. Esto pretenden hacer ellos, creyendo poder hacer añicos al Sol...”

“Es la lucha de las Tinieblas contra la Luz. La vemos cada día cuando amanece y oscurece. Las dos fuerzas que se disputan, que se apoderan a su vez de la tierra. Pero siempre son vencidas las tinieblas porque no son absolutas. Siempre emana un poco de luz, aun en las noches en que no se ve ningún astro. Parece como si el aire de por sí la crease en los infinitos espacios del firmamento y la derramase, aunque de un modo limitadísimo, para convencer a los hombres que los astros no han sido apagados. Yo afirmo que igualmente en estas tinieblas características del mal contra la Luz que es Jesús, siempre, pese a cualquier esfuerzo de las tinieblas, la Luz consolará a quien crea en Ella” dice Juan sonriendo en sus ideas; recogido en sí como si monologase.

Santiago de Alfeo toma a su vez el pensamiento de Juan. “En los Libros el Mesías es llamado “Estrella de la mañana”⁸. Así pues Él conocerá también una noche y -¡horror!- también nosotros la conoceremos. Conoceremos una noche, unas horas en las que la luz no se verá fuerte, sino que se verán triunfadoras las Tinieblas. Pero como Él ha sido llamado Estrella de la mañana, y por eso excluye límite en el tiempo, yo afirmo que después de la noche transitoria, Él será una luz matinal, una luz fresca, virginal, que renovará el mundo, igual a la que vino, a la que sucedió al Caos en el primer día⁹. Sí. ¡El mundo volverá a ser creado en su luz!”

“Vendrá maldición sobre los réprobos que han querido levantar sus manos para atacar la Luz, repitiendo los errores antes cometidos, a partir de Lucifer hasta los profanadores del pueblo santo. Yeová deja libre al hombre en sus acciones, pero por amor del hombre mismo no permitirá que el Infierno salga vencedor”.

“¡Qué consuelo! Después de que los corazones han estado adormecidos, y parecíamos como tontos y tardos por vejez precoz. La sabiduría vuelve a florecer en nuestros labios. ¡No parecemos más nosotros! Ahora torno a encontrar a Zelote y a Juan, los dos hermanos de otros tiempos” dice Iscariote congratulándose.

“No me parece que hayamos cambiado tanto que no parezcamos más nosotros mismos” afirma Pedro.

“Así ha sido. Todos. Y tú el primero. Luego Simón y los otros, aun yo mismo. Si ha habido uno que fuese siempre idéntico a sí mismo, ha sido Juan”

“¡Uhm! No sé en qué...”

“¿En qué?”

Taciturnos, como cansados, indiferentes, pensativos...

⁸ Cfr. Núm. 24, 17; Apoc. 2, 28; 22, 16.

⁹ Cfr. Gén. 1, 1-5.

Jamás habían vuelto a escucharse diálogos iguales, semejantes a los de otros tiempos y que tanto ayudan...”

“Para aliarnos en disputas” dice Tadeo recordando cómo en realidad se convirtieron en altercados.

“No. Para formarnos. Porque no todos éramos como Natanael, ni como Simón, ni como vosotros los alfeos, por nacimiento y sabiduría. Y quien lo es menos aprende siempre de quien es más” replica Iscariote.

“Tienes razón... Yo diría que lo más necesario es formarse rectamente, en justicia. Y de esto nos ha dado muy buenas lecciones Simón” contesta Tomás.

“¿Yo? Pero tú no ves bien. Soy el más necio de todos” replica Pedro.

“No, es verdad. Eres el que más has cambiado. En esto tiene razón Judas de Keriot. No existe casi en ti aquel Simón que conocí cuando vine a vosotros y que –perdóname- lo fuiste por mucho tiempo. A partir de las Encenias en que volví a encontrarte no has hecho más que ir transformándote. Ahora eres y voy a decirlo: más paternal y al mismo tiempo más austero. Compadeces a todos tus pobres hermanos, mientras que antes... Y se nota, por lo menos yo lo veo, lo que te cuesta. Y nunca como ahora, en que hablas y reprendes menos, nos infundes más respeto...”

“¡Pero, amigo mío, eres muy amable al considerarme así”... Yo, fuera del amor que tengo por el Maestro y que cada día aumenta, no he cambiado nada”.

“Sí. Tomás tiene razón. Has cambiado mucho” aseguran varios.

“¡Bueno! Vosotros lo aseguráis...” contesta Pedro levantando los hombros. Luego añade: “Tan solo el juicio del Maestro puede ser atinado. Pero no quiero preguntárselo. Conoce mi debilidad y sabe que una alabanza mal proferida podría dañar mi corazón. Por esto no me alabaría, y lo hace bien. Comprendo cada vez más su corazón y su sistema, y veo que está en lo correcto”.

“Porque tienes corazón recto y porque siempre amas más. Quien te hace ver y comprender es tu amor por mí. Tu Maestro, el verdadero y más grande maestro que te hace comprender a tu Maestro, es el amor” dice Jesús que hasta estos momentos había escuchado y callado.

“Creo que... puede contribuir también el dolor que llevo dentro...”

“¿Dolor? ¿De qué?” preguntan algunos.

“¡Eh! Por muchas cosas que vienen a reunirse en una sola: lo que sufre el maestro... y el pensamiento de lo que sufrirá. No se puede ser tan distraído como los primeros días, tan distraídos como niños que no entienden, ahora que se sabe de lo que los hombres pueden ser capaces y de cómo se debe sufrir para salvarlos. ¡Ay! Todo lo creíamos fácil en los primeros días. Creíamos que bastaba con presentarnos para que todos acudiesen a nuestro lado. Creíamos que conquistar Israel y el mundo era como... arrojar la red en un lugar abundante de peces

. ¡Pobres de nosotros! Me imagino que si no logra Él hacer una buena presa, nosotros no haremos ninguna. Pienso que ellos son malos y que lo hacen sufrir. Y creo que esto sea el motivo de que hayamos cambiado en general...”

“Tienes razón. Por mi parte, así es” interviene Zelote.

“Por la mía también” van diciendo otros.

“Yo estaba muy intranquilo y por eso traté de... tener ayudas buenas. Pero me traicionaron... y vosotros me habéis comprendido... Yo no os comprendí. Creía que fueseis así por cansancio del espíritu, por desconfianza, desilusión...”

“Nunca he esperado glorias humanas, y por esto no he sufrido ninguna desilusión” replica Zelote. “Mi hermano y yo lo queríamos ver victorioso, pero para su gloria. Lo hemos seguido al principio más bien por amor de la familia, que por el de los discípulos. Desde pequeños lo hemos seguido. Él era el menor de nosotros en edad, de nosotros los hermanos, pero siempre superior a nosotros...” dice Santiago con su admiración ilimitada por su Jesús.

“Si tenemos un dolor es que no todos los de la familia lo amamos en el espíritu y con el espíritu. Pero no somos los únicos en Israel en amarlo mal” dice Tadeo.

Judas Iscariote lo mira y tal vez hubiera hablado, pero lo distrae un grito que llega de un montecillo que domina el poblado que van costeanado, tratando de encontrar el camino.

“¡Jesús! ¡Rabí! ¡Jesús! ¡Hijo de David y Señor nuestro, ten piedad de nosotros!” “¡Leprosos! Vámonos, Maestro, si no la gente acudirá y hará que nos quedemos en sus casas” protestan los apóstoles.

Pero los leprosos que tienen la ventaja de estar arriba del sendero y por lo menos unos quinientos metros distantes de la población bajan cojeando veloces hacia Jesús, repitiendo su súplica.

“Entremos en la población, Maestro. Ellos no pueden” proponen algunos discípulos, pero otros replican: “Algunas mujeres se están ya asomando. Si entramos, evitaremos los leprosos, pero no que nos conozcan y nos detengan”.

Y mientras están inciertos en lo que harán, los leprosos se acercan cada vez más a Jesús, que sin preocuparse de las advertencias de sus apóstoles, ha continuado caminando. Los apóstoles se resignan a seguirlo, mientras algunas mujeres con sus niños al pecho, y alguno que otro anciano que ha quedado en el poblado, se acercan a ver, siempre guardando su distancia de los leprosos, que se detienen a algunos metros de Jesús y vuelven a suplicar: “¡Jesús, ten piedad de nosotros!”

Los mira por un momento; luego, sin acercarse a este grupo de dolor, pregunta: “¿Sois de esta población?”

“No, Maestro. De diversos lugares. Pero el monte donde estamos, que da a la parte del camino de Jericó, nos favorece...”

“Id, pues, al poblado cercano a vuestro monte y mostraos a los sacerdotes”.

Jesús vuelve a caminar, haciéndose al lado de la vera del sendero para no tocar a los leprosos que lo miran acercarse sin tener otra cosa que una mirada de esperanza en sus pobres ojos enfermos. Jesús al llegar a ellos, levanta la mano y los bendice.

La gente del poblado, desilusionada, vuelve a sus casas... Los leprosos se adentran de nuevo por el monte para ir a sus grutas o hacia el camino de Jericó.

“Hiciste bien en no curarlos. No nos hubiera dejado partir la gente...”

“Y es necesario llegar a Efraín antes de que anochezca”.

Jesús camina y calla. Las curvas del camino que siguen la configuración del monte han ocultado ya el poblado.

Pero un grito llega: “¡Sea alabado el Dios Altísimo y su verdadero Mesías! ¡En Él está todo el poder, sabiduría y piedad! ¡Alabado sea el Dios Altísimo que en Él nos ha concedido la paz. Alabadlo, hombres de toda la Judea y SaMaría, de la Galilea y de la Transjordania. En las nieves del gran Hermón, sobre las quemadas rocas de la Idumea, en las arenas que bañan las olas del mar grande resuene la alabanza al Altísimo y a su Mesías. La profecía de Balaam se ha cumplido¹¹. La Estrella de Jacob brilla en el cielo de una patria que ha reunido el verdadero Pastor. Ved que las promesas hechas a los patriarcas se han realizado. Oíd, oíd la palabra de Elías que nos amó. Escuchadla, pueblos de Palestina y comprendedla. No se debe más cojear por las dos partes, sin escoger a la luz del espíritu, y si el espíritu es recto, sabrá escoger bien. Este es el Señor. ¡Seguidlo! ¡Ah, hasta ahora hemos sido castigados porque no nos hemos esforzado en comprender! El hombre de Dios¹³ maldijo el falso altar cuando proféticamente dijo: ‘He aquí que nacerá de la casa de David un hijo llamado Yeosciué, que inmolará sobre el altar y quemará huesos humanos. Entonces el altar se hendirá hasta las profundidades de la tierra y las cenizas de la inmolación se esparcirán al norte y al sur, a oriente y hacia donde se oculta el sol’ No queráis hacer como el necio de Ocozías que mandó a consultar al dios de Acarón, estando el Altísimo en Israel¹⁵. No queráis ser inferiores a la burra de Balaam que por su respeto al espíritu de luz, hubiera merecido vivir, mientras hubiera caído muerto el profeta

¹¹ Cfr. Núm. 23, 4-24, 25; sobre todo 24, 17.

¹³ Cfr. 3 Rey. 13, 1-5.

¹⁵ Cfr. 4 Rey. 1, 16-

que no venía¹⁶. Ved la luz que pasa entre nosotros. Abrid los ojos vosotros ciegos del espíritu y mirad” y uno de los leprosos le sigue siempre más cerca aun por el camino principal al que ha llegado mostrando a Jesús a los peregrinos.

Los apóstoles, aturcidos, se vuelven dos o tres veces ordenando al leproso, que está completamente curado, que se calle. Y al último casi hasta lo amenazan.

Por un momento deja de levantar la voz y contesta a todos: “¡Y qué! ¿No queréis que glorifique las cosas que Dios ha obrado en mí? ¿Queréis que no lo bendiga?”

“Bendícelo en tu corazón, y cállate” le responden impacientes.

“No. No puedo callar. Dios pone en mi boca las palabras” y con voz fuerte continúa: “Gente de los lugares vecinos, gente que por casualidad estáis pasando deteneos a adorar al que reinará en el nombre del Señor. Me burlaba yo de muchas palabras, pero ahora las repito, porque veo que se realizan. Ved que todas las gentes se ponen en marcha y vienen cantando alabanzas al Señor por las estelas del mar, por los desiertos, por collados y montes. También nosotros, pueblo que ha caminado en las tinieblas, caminaremos hacia la gran Luz que ha nacido, a la vida, saliendo de la región de la muerte. Lobos, leopardos y leones como éramos, volveremos a nacer en el Espíritu del Señor y nos amaremos en Él, a la sombra del retoño de Yesé que se ha convertido en cedro, bajo el que se coligen, las naciones que Él ha reunido de los cuatro puntos de la Tierra. Ved que llega el día en que los celos de Efraín terminarán porque no existen más Israel ni Judá, sino un solo reino: el del Mesías del Señor. Ved que canto las alabanzas del Señor que me ha salvado y consolado. Ved que os digo que lo alabéis y vengáis a beber la salvación de la fuente del Salvador. ¡Hosanna! ¡Hosanna a las grandes maravillas que Él hace! ¡Hosanna al Altísimo que ha puesto en medio de los hombres su Espíritu revistiéndolo de carne, para que fuese el Redentor!”¹⁷

No se agota. La gente aumenta, se apiña, llena el camino. El que venía detrás corre: el que iba adelante, regresa. La gente de un pequeño poblado, donde se han detenido, se une a los viajeros.

“Hazlo callar, Señor. Es samaritano. Así lo dice la gente. No debe hablar de Ti, si no permites que ni siquiera nosotros te precedamos predicándote” dicen inquietos los apóstoles.

“Amigos míos, repito las palabras que Moisés dijo a Josué, hijo de Num que se lamentaba porque Eldad y Medad profetizaban en los campamentos: ‘¿Estáis celosos de mí? ¡Oh, si profetizase todo el pueblo, y el Señor diese a todos sus espíritu!’¹⁸. Voy a detenerme y le diré que se vaya para daros contento”.

Se detiene. Se vuelve. Llama a Sí al leproso curado, que corre y se postra delante besando el suelo.

“Levántate. ¿Dónde están los demás? ¿No erais diez? ¿No sintieron los otros nueve, necesidad de dar gracias al Señor? De diez leprosos de los cuales uno es samaritano, ¿no hubo otro, fuera de este extranjero que sintiese el deber de regresar para dar gloria a Dios, antes de volverse a integrar a la vida y a la familia? Se le ha llamado ‘samaritano’. No están más ebrios los samaritanos puesto que ven sin equívocos y corren en el camino de la Salvación sin tropezar. ¿Habla acaso la Palabra un lenguaje extraño, si lo entienden los extranjeros y no los de su pueblo?”

Pasea sus brillantes ojos sobre la multitud de todos los lugares de la Palestina que se encuentra presente. Nadie puede resistir esa mirada... Muchos inclinan la cabeza y suben sobre su cabalgadura, o continúan su camino alejándose... Jesús inclina sus ojos sobre el samaritano arrodillado a sus pies. ¡Qué mirada tan dulce! Levanta la mano que tenía caída, y a manera de bendición dice: “Levántate y vete. Tu fe ha hecho más prodigios en tu corazón que en tu cuerpo. Continúa en la luz de Dios. Vete”.

¹⁶ Cfr. Núm. 22, 1-35.

¹⁷ Cfr. Is. 11-12.

¹⁸ Cfr. Núm. 11, 24-30.

El hombre besa de nuevo el suelo y antes de levantarse suplica: "Dame un nombre, Señor. Un nombre nuevo porque todo es nuevo en mí y para siempre".

"¿En qué región nos encontramos?"

"En la de Efraín".

"Llámate pues Efrén de hoy en adelante, porque dos veces la Vida te ha dado la vida¹⁹. Vete".

El hombre se levanta y se va. La gente del lugar y algunos peregrinos quisieran que Jesús se detuviese, pero Él los somete con su mirada que no es severa, antes bien muy dulce, pero que de ella deberá brotar una gran fuerza, porque nadie insiste en detenerle.

Jesús deja el camino sin entrar en el poblado, atraviesa un campo, luego un riachuelo, un sendero, y sube por el collado oriental, lleno de árboles y se interna con los suyos diciendo: "Para no perdernos, seguiremos el camino, pero sin salir del bosque. Después de aquella curva el camino sigue ese monte. Encontraremos alguna cueva para dormir y al amanecer habremos pasado ya Efraín..."

179. Jesús en Efraín. Parábola de la granada

31 agosto 1946

Jesús, en realidad, cree poder pasar Efraín con las primeras luces del alba, envuelta todavía en el silencio y con los caminos desiertos, sin que nadie lo vea. Por prudencia rodea la ciudad sin entrar en ella, a pesar de la hora intempestiva.

Pero cuando después de haber atravesado la cima, detrás del poblado, llegan al camino principal, se encuentran frente a frente con todo el poblado, podría decirse, y con otra gente venida de otros lugares que ya pasaron, quienes señalan a los de Efraín al Señor tan pronto lo ven aparecer. Por fortuna no hay ningún fariseo, escriba o cosa semejante.

Los de Efraín envían ante ellos a los principales del poblado, de entre los cuales uno, después de un solemne saludo, dice en nombre de todos: "Supimos ayer que estabas entre nosotros y que no te desdeñaste de haber tenido piedad de uno. Sabíamos que fuiste compasivo para con los de Siquén. Hemos deseado verte. Ahora El que ve los pensamientos de los hombres te ha traído entre nosotros. Detente y háblanos, puesto que también nosotros somos hijos de Abraham".

"No puedo detenerme".

"Hemos sabido que te andan buscando, pero no de esta parte. Esta ciudad se encuentra en los límites del desierto y de las montañas de la sangre. Ellos no pasan por acá con gusto. Y esta vez, después de los primeros no hemos visto uno más".

"No puedo detenerme..."

"Te espera el Templo. Lo sabemos. Mas créenos. Nos tenéis casi por proscritos porque no inclinamos la frente ante los pontífices de Israel. ¿Pero acaso es dios el Pontífice? Estamos lejos, pero no tanto que no sepamos que vuestros sacerdotes no son menos indigno de nosotros. Nosotros pensamos que Dios no puede estar con ellos. De ningún modo. En la nube de incienso no se oculta más el Altísimo. Pueden dejar de prenderlo, y pueden entrar en el Santo de los Santos sin tener miedo de que el fulgor de Dios, sentado sobre su gloria, los reduzca a cenizas. Nosotros adoramos a Dios fuera de las piedras inútiles de vuestros vacíos templos. Nosotros no decimos que vuestro templo esté más vacío que el nuestro, si es que queréis acusarnos de que tengamos un templo ilegítimo. Ves que somos imparciales. Por este motivo escúchanos".

Su tono se cambia en solemne: "Sería mejor que te detuvieses a adorar al Padre entre los que al menos reconocen tener un espíritu religioso, vacío de la verdad, como los otros que lo tienen y no quieren reconocerlo y nos llena de injurias. Solos, evitados como leprosos, sin profetas ni maestros, por lo menos hemos sabido estar unidos, sintiéndonos hermanos.

¹⁹ De hecho, Efrén significa literalmente: Doble fruto.

Nuestra ley significa no cometer traición porque escrito está: “No sigas a la gente para hacer el mal, y cuando se trate de sentenciar a alguien no te desvíes de la verdad por seguir el parecer de la mayoría”³ Y también está escrito: “No permitas que muera el inocente y el justo, porque el impío me es odioso. No aceptes regalos, que ciegan aun a los sabios y dan sentido diverso a las palabras de los justos. No seas malo con el extranjero porque conocéis por experiencia qué quiera decir ser extranjeros en tierra extraña”⁴. Y en las bendiciones pronunciadas exactamente desde el Garizín, monte que el Señor ha amado puesto que lo eligió para sus bendiciones, se promete toda clase de bienes a quien se atiene a la verdadera ley que se encuentra en el Pentateuco⁵. Ahora bien, si nosotros rechazamos como ídolos las palabras de los hombres, pero conservamos las de Dios, ¿pueden llamarnos acaso idólatras? La maldición de Dios se descarga sobre quien golpea a escondidas a su prójimo y acepta regalos para que sea condenado a muerte el que es inocente. No queremos que Dios nos maldiga por nuestras acciones⁶. Porque por el hecho de ser samaritanos Dios no nos va a maldecir, pues Él es justo y premia el bien donde se encuentra. En esto reside nuestra confianza en el Señor”.

Se detiene un instante y luego continúa: “Por todo esto te decimos: Sería mejor que te quedases con nosotros. El Templo te odia y anda en busca tuya para causarte aflicción. Y no sólo esto. Te verás siempre entre aquellos que te rechazan como vergüenza suya. Los judíos no te amarán”.

“No puedo detenerme, pero tendré en cuenta vuestras palabras. Entre tanto os digo que continuéis observando las leyes de la justicia de que hablasteis y que manan del precepto del amor por el prójimo, precepto que con el del amor a Dios, constituye el mandamiento principal de la religión antigua⁸ y de la mía. El camino del cielo no está lejos para el que vive como un justo. Un solo paso conducirá a los que están en el sendero vecino, separados por una nada, más bien que de una convicción, al camino del Reino de Dios”.

“¡Tu Reino!”

“El mío. Pero no el Reino como se lo imaginan los hombres, cual reino justo de una potencia temporal y tal vez hasta riguroso por ser fuerte, sino el Reino que empieza dentro del corazón de los hombres, a los que el Rey espiritual entrega un código espiritual, y a los que dará un premio espiritual. A ellos dará el Reino, en el que no habrá sólo judíos, o galileos, o samaritanos, sino que estarán todos los que en la tierra tuvieron una sola fe: la mía, y en el cielo tendrán un solo nombre: el de santos. Las razas y las divisiones entre raza y raza son patrimonio de la tierra, en la que solo pueden estar. En mi Reino no habrá razas diversas, sino solo la de los hijos de Dios. Los hijos de Uno Solo no pueden ser sino de un solo origen. Ahora déjame continuar. El camino que debo recorrer es largo antes que llegue la noche”.

“¿Vas a Jerusalén?”

“A Enseses”.

“Entonces te indicaremos un camino que sólo nosotros conocemos para llegar al vado sin que te detengas y sin peligro. No traes cargas, ni carros, y lo puedes hacer. A eso de las tres de la tarde estarás allí. Te lo aseguro. Pero quédate entre nosotros por una hora y acepta el pan y la sal y danos en cambio tu palabra”.

“Hágase como queréis, mas quedémonos donde estamos. Tan dulce es el amanecer y tan bello este lugar”.

“De hecho se encuentran en una especie de hondonada llena de árboles frutales. En su centro corre un arroyuelo que crearon las primeras lluvias y que alegre y brillante por el sol corre bajando entre pedruscos que lo hacen espuma y perlas en la dirección al Jordán. Los árboles que han aguantado el estío parece como que se alegran en las dos riberas por el agua

³ Cfr. Ex. 23, 2.

⁴ Cfr. Ex. 23, 7-9.

⁵ Cfr. Deut. 28, 1-14.

⁶ Cfr. Deut. 27, 24-25.

⁸ Cfr. Deut. 6, 4-5.

convertida en rocío, y resplandecen suavemente con un aire templado que lleva aromas de la dulzura de las manzanas maduras y de mosto que empieza a fermentar.

Jesús se dirige hacia el arroyuelo, se sienta sobre un peñasco. La suave sombra de un sauce cubre su cabeza, y a su lado las risueñas linfas que corren hacia el valle. La gente se acomoda sobre la recién nacida hierba de las riberas.

Entre tanto traen del poblado pan, leche apenas ordeñada, queso, frutas y miel, y ofrecen a Jesús y a los suyos para que se alimenten. Lo miran comer, después de que ofreció y bendijo los alimentos, de una manera tan sencilla cual un mortal, tan sobrehumanamente bello, tan espiritualmente imponente como un dios. Su vestido de lana blanca, con tintes de marfil y su manto azul oscuro sobre sus espaldas. El sol que atraviesa el sauce, enciende sus cabellos con centellas de oro que a cada instante se mueven, según se mueven las ligeras hojitas. Un rayo logra acariciar la mejilla izquierda, dibujándole un circulito, que toca el rizo que cae a lo largo de la mejilla, una madeja de oro que remeda más pálidamente su color en la suave y no crecida barba que cubre su mentón y la parte inferior del rostro. Su piel de color de viejo marfil, a la luz del sol muestra el delicado tejido de las venas de sus mejillas y sienes, y una corre desde la nariz hasta los cabellos por la frente lisa y ancha...

Creo que exactamente de esa vena vi que brotaba mucha sangre por una espina que se clavó en ella durante la Pasión... Cada vez que veo a Jesús tan varonilmente bello, me acuerdo de cómo lo redujeron los padecimientos y los insultos de los hombres...

Jesús come y sonríe a los niños que se le han acercado a las rodillas reclinando sobre ellas sus cabezas, o bien mirándolo comer, como si viesan quién sabe qué cosa. Cuando Jesús llega a la fruta y a la miel, da a comer a los más pequeñuelos granos de uva o pedacitos de pan metidos en miel, como si fuesen otros tantos pajaritos.

Un niño –que probablemente le gusta y espera recibir algo- corre entre la gente; va a un huerto y regresa con los brazos apretados contra el pechito con los que forma una especie de canastita donde hay tres granadas grandes y hermosas, y las ofrece con insistencia a Jesús.

Jesús toma las frutas, parte dos y hace tantas partes cuantos son sus amiguitos y se las da. Luego, toma en su mano la última, se pone de pie, y empieza a hablar teniendo en su palma izquierda la hermosa granada que todos ven.

“¿Con qué compararé el mundo en general, y en particular la Palestina, que en un tiempo, y según el pensamiento de Dios, formaba una sola nación y luego se dividió por un error y por un odio nacido entre hermanos? ¿Con qué parangonaré a Israel que ha empequeñecido por su voluntad? Lo compararé con esta granada.

En verdad os digo que las rencillas que existen entre los judíos y samaritanos, se repiten de manera diversa, pero con un único fondo de odio, entre todas las naciones del mundo, y hasta entre las provincias o regiones de una misma nación.

Y se dice que son insuperables como si Dios mismo las hubiese creado. No. El Creador no hizo tantos Adanes y Evas cuantas son las razas enemigas entre sí, cuantas son las tribus, cuantas las familias que entre sí tienen rencillas¹⁰. *Creó un solo Adán y una sola Eva, y de ellos han brotado todos los hombres*, que se esparcieron para poblar la tierra, como si fuese una sola familia que cada vez más se agranda cuanto más crecen los hijos y se casan estos, procreando nietecitos a sus padres.

¿Por qué, pues, existe tanto odio entre los hombres? ¿Por qué tantas barreras, tantas incomprendiones? Dijisteis: “Por lo menos hemos sabido estar unidos, sintiéndonos hermanos”. No basta. Debéis amar también a los que no son samaritanos.

Mirad esta fruta. La habéis saboreado y sabéis que es bella. Aunque todavía está cerrada, os promete el dulce jugo de su interior. Al abrirse, alegra la vista con sus hileras cerradas de granitos semejantes a otros tantos rubíes estrechados. Pero si algún incauto muerde la fruta

¹⁰ Cfr. Sab. 10, 1.

sin haberle quitado las partecitas amarguísimas entre los granitos se lleva un chasco. En sus labios siente un duro amargor y su boca rechaza el fruto diciendo: “Es veneno”.

De igual modo las divisiones y los odios entre pueblo y pueblo, tribu y tribu envenenan lo que fue creado para ser dulzura. Son inútiles. No hacen más que formar, como en esta fruta, fronteras que roban espacio y constriñen y dan dolor. Son amargos los odios, y quien los muerde, esto es, quien muerde a su prójimo, quien lo ofende y le causa dolor, experimenta una amargura que envenena su espíritu. ¿No pueden desaparecer? Sí. La buena voluntad los suprime de igual modo que la mano de un niño quita estas películas amargas que hay en la dulce fruta que hizo el creador para deleite de sus hijos.

Y la buena voluntad la tiene ante el Único Señor que es Dios de los judíos y galileos, de los samaritanos y bataneos¹¹. Esto lo demuestra al haber enviado al Único Salvador que salvará a estos y a aquellos sin pedirles otra cosa que la fe en su naturaleza y Doctrina. El Salvador que os está hablando pasará destruyendo las inútiles barreras, borrando el pasado que os ha dividido, para sustituirlo con un presente que os hace hermanos en su nombre. Vosotros los que sois de aquí o de otros confines no tenéis otra cosa que secundarlo. Caerá el odio, caerá el resentimiento que suscita rencor, caerá el orgullo que engendra injusticia.

Mi mandamiento es el siguiente: que los hombres se amen como hermanos que son. Que se amen como el Padre de los cielos los ama y como los ama el Hijo del hombre, que por la naturaleza humana que tomó se siente hermano de los hombres, y que por la paternidad de donde viene saber que es capaz de vencer el mal con todas sus consecuencias. Dijisteis: “Nuestra ley significa no cometer traición”. Entonces, como primera cosa, no traicionéis vuestras almas, privándolas del cielo. Amaos los unos a los otros, amaos en Mí y la paz llegará a los espíritus de los hombres, como se ha prometido, y vendrá el Reino de Dios que es Reino de paz y amor para todos los que tienen voluntad recta de servir a su Señor Dios.

Os dejo. La luz de Dios ilumine vuestros corazones... Vámonos...”

Se envuelve en el manto, se tercia la alforja y es el primero en ponerse en marcha, llevando a un lado a Pedro y al otro, al primero que habló. Detrás siguen los apóstoles, y todavía más atrás los jóvenes de Efraín porque no es posible caminar en grupo a lo largo del arroyo...

180. Jesús llega a Betania para la fiesta de los Tabernáculos

2 septiembre 1946

Apenas pasa uno el monte y empieza a descender por el lado sur por una vereda en zigzag que lleva a Betania cuando se descubren los verdes campos que la rodean. El verde-plata de los olivos y el oscuro de los árboles salpicados acá y allá con los primeros tintes de las hojas; el verdor amarillento de las vides, el casi negro-verduzco de las encinas y algarrobos, mezclado con el ocre de los campos arados que esperan la semilla, con el verde alegre de los prados que arrojan la hierba nueva y de otros huertos fértiles, forman como una alfombra multicolor que domina Betania y sus alrededores. Más allá se ve el color verde de las copas de las palmas de dátiles, siempre airosas, que recuerdan el Oriente.

Pronto pasan la pequeña ciudad de Enseme, presa entre el verdor y color con que la pinta el sol que está a punto de ponerse. Después pasan el gran manantial, rico en aguas, situado un poco al norte donde empieza Betania, y luego aparecen las primeras casas entre el verdor...

Han llegado después de un largo y cansado camino. Y aunque estén muy fatigados parecen cobrar vigor tan sólo con sentirse cerca de la casa amiga de Betania.

El poblado está envuelto en la tranquilidad, casi vacío. Muchos de sus habitantes habrán partido ya a Jerusalén para la fiesta; por este motivo Jesús pasa inadvertido hasta que llega a las cercanías de la casa de Lázaro. Sólo cuando está cerca del jardín boscoso de la casa, donde estuvieron aquellas grutas, encuentra a dos hombres que lo reconocen, lo saludan y le

¹¹ Esto es, los habitantes de la Idumea, región al sur de Palestina, donde se levantaba Acrabatane Cfr. 1 Mac. 5, 3.

preguntan: “¿Vas a la casa de Lázaro, Maestro? Haces bien. Está muy mal. Venimos de allá. Le llevamos leche de nuestras borricas, el único alimento que puede soportar su estómago, junto con un poco de jugo de fruta y miel. Sus hermanas no hacen más que llorar. Están acabadas por sus desvelos y por el dolor... Él no hace más que esperarte con ansias.. Me imagino que ya se hubiera muerto, si el anhelo de volverte a ver no le sostuviese la vida”.

“Voy inmediatamente. Dios esté con vosotros”.

“¿Lo curas?” preguntan algunos con curiosidad.

“La voluntad de Dios se manifestará en él y con ella su poder”. Responde Jesús, que deja a los dos perplejos, y se encamina aprisa al cancel del jardín.

Lo ve un criado. Corre a abrirle, pero no lanza ninguna exclamación de alegría. Apenas abre, se arrodilla para venerar a Jesús y con voz dolorosa dice: “¡Bienvenido, Señor! Ojalá que tu venida sea la señal de alegría para esta casa que llora. Lázaro mi patrón...”

“Lo sé. Someteos todos a la voluntad del Señor. Él premiará el sacrificio de vuestra voluntad en Lázaro. Ve a llamar a Marta y María. Las espero en el jardín”.

El siervo corre. Jesús lo sigue despacio después de haber dicho a los apóstoles: “Voy con Lázaro. Descansad que lo merecéis...”

Cuando las dos hermanas se dejan ver en el umbral, que se esfuerzan en reconocer al Señor porque sus ojos están cansados de haber velado y llorado, y porque el sol los hiere y no las deja ver bien, otros criados salen por otra puerta al encuentro de los apóstoles para conducirlos.

“¡Marta! ¡María! Soy Yo. ¿No me reconocéis?”

“¡Oh, el Maestro!” gritan las dos hermanas y corren a Él arrojándose a sus pies y sofocando el anhelo con sollozos. Besos y lágrimas envuelven los pies de Jesús, como sucedió en la casa de Simón el fariseo.

Pero esta vez Jesús no se muestra tan serio como entonces al sentir lo tibio de las lágrimas de María y Marta. Se inclina y las toca en la cabeza, las acaricia y bendice. Les ordena que se levanten, y agrega: “Venid. Vamos bajo el emparrado de los jazmines. ¿Podéis dejar solo a Lázaro?” Más con señales que con palabras, entre sollozos, responden que sí, y van al quisco sombrío entre cuyo follaje tupido y oscuro, cual si fuera una estrellita, se ve una blanca y olorosa flor de jazmín.

“Hablad, pues”.

“Maestro, llegas a una casa donde reina la tristeza. Con el dolor no sabemos ni qué hacer. Cuando el criado nos dijo: “Hay alguien que os busca”, no pensamos en Ti. Cuando te vimos, no te reconocimos. ¿Ves? Nuestros ojos están rojos de llanto. ¡Lázaro se muere!...” y las lágrimas interrumpen las palabras de las hermanas que hablan alternativamente.

“He venido...”

“¿A curarlo? ¡Oh, Señor mío!” exclama María, cuya esperanza se refleja en las lágrimas que le corren.

“¡Ya lo decía yo! Si Él viene...” dice Marta juntando las manos en expresión de alegría.

“¡Marta, Marta! ¿Qué sabes de los actos y decretos de Dios?”

“¡Pobre de mí, Maestro! ¿No vas a curarlo?” exclaman al mismo tiempo sumergiéndose en el dolor.

“Yo os digo solamente que tengáis un fe ilimitada en el Señor. No dejéis de tenerla pese a cualquier sospecha o acontecimiento, y veréis grandes cosas cuando vuestro corazón no tendrá ya más razón de poder verlas. ¿Qué dice Lázaro?”

“Sus palabras son eco de las tuyas. Nos dice: “No dudéis de la bondad y potencia de Dios. En cualquier cosa que sucediere Él intervendrá para vuestro bien y mío, para el de muchos, para el de todos aquellos que como yo y vosotros hemos sabido permanecerle fieles” Y cuando puede hacerlo nos explica las Escrituras, que es lo único que lee, y nos habla de Ti, y dice que va a morir en una era dichosa porque ha empezado el tiempo de la paz y del perdón. Lo oirás Tú mismo... porque dice otras cosas que nos hacen llorar más que por él...” dice Marta.

“Ven, Señor. Cada minuto que pasa se le quita a la esperanza de Lázaro. Él ha estado contando las horas... Ha repetido: “Y con todo para la fiesta vendrá Jesús...” Nosotras, nosotras que sabemos muchas cosas que no comunicamos a Lázaro para no causarle dolor alguno, abrigábamos ninguna esperanza, porque creíamos que no vendrías por causa de los que te buscan... Marta pensaba mucho así, yo menos porque... yo, si estuviese en tu lugar desafiaría a mis enemigos. No soy de las que tienen miedo de los hombres. Ahora no tengo miedo más, ni aun de Dios. Sé cuán bueno es con las almas arrepentidas...” dice María y lo mira con sus ojos llenos de amor.

“¿No tienes miedo de ninguna cosa, María? Pregunta Jesús.

“Del pecado... y de mí misma... Siempre tengo miedo de volver a caer en el mal. Pienso que Satanás me debe odiar mucho”.

“Tienes razón. Eres una de las almas que Satanás más odia. Pero también eres una de las que Dios ama más. Recuérdalo”.

“Lo tengo presente. Es lo que me da fuerzas. Recuerdo lo que dijiste en la casa de Simón: “Mucho se le ha perdonado, porque mucho ha amado”, y a mí: “Te son perdonados tus pecados. Tu fe te ha salvado. Vete en paz”. Dijiste “los pecados”. No muchos. *Todos*. Y entonces pienso que me has amado. ¡Dios mío!, sin medida. Sin mi pobre fe de entonces que nacía de mi alma cargada de culpas, pudo alcanzar tanto de Ti, ¿mi fe de ahora no será capaz de defenderme del mal?”

“Sí, María. Vela cuidadosamente sobre ti, con humildad y prudencia. Pero ten fe en el Señor. Él está contigo”.

Entran en casa. Marta va a donde el hermano. María quisiera servir al Jesús, pero Él quiere ir antes con Lázaro. Entran en la habitación semioscura donde el sacrificio se va consumando.

“¡Maestro!”

“¡Amigo mío!”

Lázaro extiende sus brazos esqueléticos en alto, los de Jesús se inclinan a abrazar el cuerpo del amigo que languidece. Un largo abrazo. Luego Jesús coloca al enfermo sobre los almohadones y lo mira compasivamente. Lázaro sonríe. Está feliz. En su cara demacrada, los ojos hundidos brillan más con la alegría de tener a Jesús.

“¿Lo ves? He venido, y estaré mucho tiempo contigo”.

“¡Oh, no puedes, Señor! No se me dice todo, pero sé muchas cosas, y por eso te digo que no. Al dolor que te causan, agregan el mío, mi parte, no permitiéndome morir entre tus brazos. Pero yo, que te amo, no puedo por egoísmo tenerte cerca de mí, sabiendo que peligras. Tú... ya he tomado las providencias... Debes cambiar siempre de lugar. Todas mis casas están a tu disposición. Los guardas tienen órdenes lo mismo que los mayordomos de mis campos. No vaya a quedarte en Getsemaní. Está muy vigilado. Me refiero a la casa. Puedes ir entre los olivos, los que están más arriba, y por varias veredas, sin que lo sepan ellos. ¿Sabes que Marziam está ya aquí Algunos interrogaron a Marziam, cuando estaba con Marcos en el molino de aceitunas. Querían saber dónde estabas, y si ibas a venir. El muchacho respondió muy bien: “Él es israelita y vendrá. Por donde, no lo sé, pues lo dejé en Merón”. Así ha evitado que te llamaran pecador y no ha mentado”.

“Te lo agradezco, Lázaro. Haré lo que me dices. De todos modos nos veremos frecuentemente” y vuelve a mirarlo.

“¿Me miras, Maestro? ¿Ves a lo que me ha reducido la enfermedad? Como un árbol que se despoja de sus hojas en otoño, así me despojo poco a poco de carne, de fuerzas y de momentos de vida. Pero te diré la verdad, que si me desagrada el no poder ver tu triunfo, me alegro de no ver el odio que aumenta a tu alrededor, y ¡yo impotente como estoy para detenerlo!”

“Nunca lo has sido. Tomas providencias por tu amigo antes de que llegue. Tengo dos casas de paz, y podría decir, que me son igualmente caras: la de Nazaret y esta. Si allá está mi Madre, el amor celestial como el que tiene el cielo por el Hijo de Dios, aquí tengo el amor de

los hombres por el Hijo del hombre. El amor de un amigo, que cree, que me venera... ¡Gracias, amigos míos!"

"No va a venir tu Madre?"

"Al principio de la primavera".

"Entonces no la veré más..."

"Sí, la verás. Te lo aseguro. Me debes creer".

"En todo, Señor. Aun en aquello que los hechos desmienten".

"¿Dónde está Marziam?"

"En Jerusalén con los discípulos, pero viene en la tarde, no falta mucho. ¿Y tus apóstoles? ¿No están contigo?"

"Están allí con Maximino que les da algo para su cansancio y agotamiento".

"¿Habéis caminado mucho?"

"Mucho. Sin parar. Te lo contaré después... Ahora descansa. Te bendigo". Jesús lo bendice y se retira.

Los apóstoles están ahora con Marziam y con casi todos los pastores y cuentan la insistencia de los fariseos por saber dónde está Jesús, y añaden que eso los puso en guardia, en tal forma que sus discípulos resolvieron ponerse a vigilar cada camino que lleva a Jerusalén para avisar al Maestro.

"De hecho" dice Isaac "estamos esparcidos por todos los senderos a la distancia de cerca de un kilómetro de las Puertas, y por turno dormimos aquí una noche. Hoy nos toca".

"Maestro" dice riendo Judas "dicen ellos que había medio sanedrín en la puerta de Yafa y disputaban entre sí porque algunos se acordaron de lo que dije en Egannim, otros juraban haber sabido que habías estado en Dotaín, otros, por el contrario afirmaban que te habían visto cerca de Efraín, y esto los ha hecho enfurecer, no sabiendo de fijo dónde estabas..." y se ríe de la burla que jugó a los enemigos de Jesús.

"Mañana me verán".

"No. Mañana vamos nosotros. Ya está dicho. Todos en grupo, y dejándonos ver claramente".

"No lo permito. Mentirías".

"Te juro que no mentiré. Si no me preguntan, nada diré. Si preguntan si están con nosotros, responderé: ¿No estáis viendo que no está?, y si insisten, les diré: "Buscadlo vosotros. ¿Cómo queréis que en estos momentos sepa yo dónde está el Maestro?" En realidad, no podré saber si estás en casa, aquí, o entre los árboles, o no sé dónde".

"Judas, Judas, te he prohibido que..."

"Comprendo, tienes razón. Pero la mía no será siempre la sencillez de paloma, sino la prudencia de serpiente. Tú la paloma, yo la serpiente. Y juntos haremos aquella perfección que has enseñado". E imita perfectamente el tono de Jesús cuando enseña: "Yo os envío como ovejas entre lobos. Sed pues prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas... No os preocupéis de cómo responderéis porque en ese momento se os pondrá en los labios las palabras, pues no seréis los que hablaréis, sino el Espíritu que está en vosotros... Cuando os persiguieren en una ciudad, huid a otra hasta que venga el Reino del Hijo del hombre...' Las recuerdo y ahora es el momento de aplicarlas".

"No las dije así, y *no fueron sólo éstas*" objeta Jesús.

"¡Bien!, por ahora basta recordar estas solas, y decirlas así. Comprendo lo que quieres decir. Pero si la fe en Ti no se ha confirmado, y esta es la piedra en tu Reino, no está bien ponerse en manos de los enemigos. Después... diremos y haremos el resto..."

La expresión de Judas es tan brillante de inteligencia y picardía que se gana a todos, menos a Jesús que suspira. Es en realidad el hombre seductor que tiene todo para triunfar entre los hombres.

Jesús suspira y piensa... Tiene qué asentir viendo que está del todo mal la providencia de Judas, que, triunfante, explica su plan.

“Nosotros, pues, iremos mañana, y así sucesivamente hasta después del sábado. Estaremos en una tienda de ramas el valle del Cedrón, como israelitas perfectos. Se cansarán de esperarte... y entonces irás. Pero entre tanto te quedas aquí, en paz, y a descansar. Estás agotado, Maestro mío. Y no queremos que sigas. Cerradas las puertas, uno de nosotros vendrá a decirte lo que ellos hacen. ¡Oh, que si será grato verlos burlados!”

Todos asienten. Jesús no opone resistencia. Tal vez se sienta muy cansado, tal vez desea proporcionar a Lázaro consuelo, todo el consuelo para la última lucha, contribuyen a que ceda. O quien sabe si la necesidad clara de mantenerse libre hasta que no se cumplan todas las obras necesarias para que Israel no dude de su Naturaleza antes de juzgarlo como reo... Lo cierto es que acepta: “Así sea. Pero no busquéis discusiones, y evitad la mentira. Más bien callaos. No mintáis. Ahora vamos que Marta nos está llamando. Ven, Marziam. Veo que tienes mejor apariencia...” Hablando se aleja con su brazo puesto sobre la espalda del jovenzuelo.

181. Jesús en el Templo en la fiesta de los Tabernáculos¹. “El Reino de Dios no viene con pompas”

3 septiembre 1946

Jesús entra en el Templo, y con Él sus apóstoles y numerosísimos discípulos que no conozco sino de vista. Y después de todos, pero unidos en grupo como si quisieran mostrar que quieren que se les tome como seguidores del Maestro, caras nuevas y desconocidas, menos la afilada del griego que vino de Antioquia que habla con otros, tal vez gentiles como él. Jesús y los suyos continúan caminando hacia el Patio de los israelitas. El antioqueño y aquellos con quienes hablaba, se quedan en el de los gentiles.

Naturalmente, la entrada de Jesús al Templo que está pletórico de gente, no pasa desapercibida. Un nuevo murmullo se levanta como de colmena inquieta y sobrepuja las voces de los doctores que están enseñando en el patio de los paganos. La lección se suspende como por encanto, y los alumnos de los escribas corren en todas direcciones a llevar la noticia de la llegada de Jesús de modo que cuando entra en el patio donde están los israelitas, diversos fariseos, escribas y sacerdotes están ya de pie en los escalones para observarlo. No le dicen nada entre tanto que ora y ni siquiera se le acercan. Tan solo vigilan.

Jesús vuelve al Pórtico de los Gentiles, y estos detrás de Él. El grupo de los mal intencionados aumenta como el de los curiosos o el de los bien intencionados. El murmullo se esparce entre la gente. De vez en cuando alguien grita: “¡Veis cómo ha venido! Es un hombre justo. No podía faltar a la fiesta”. O bien: “¿Qué ha venido a hacer? ¿A perturbar una vez más al pueblo?” O bien: ¿Estáis contentos ahora? Ya veis dónde está. ¡Tanto que lo buscasteis!”

Se oyen acá y allá voces aisladas que las miradas de los discípulos amordazan o ahogan en las gargantas, o bien las de los seguidores de Jesús que amenazan con su mismo amor estos fastidiosos enemigos. Voces irónicas, voces envueltas en el veneno que escupen los enemigos, y luego se apaciguan porque tienen miedo de la gente. Y ésta, después de una prueba clara en favor del Maestro, teme las represalias de los poderosos. El reino del miedo recíproco...

El único que no tiene miedo es Jesús. Camina despacio, con majestad al lugar a donde se dirige. Un poco absorto en sí, pero no tanto que deje de acariciar a un niño que su madre le presenta, o de sonreír a un anciano que lo saluda bendiciéndolo.

En el Pórtico de los Gentiles, de pie entre un grupo de alumnos, está Gamaliel. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Su vestidura es blanquísima y muy amplia, que parece todavía más blanca por el contraste que forma con la alfombra roja oscura que cubre el suelo donde está Gamaliel. Parece como que piensa, con la cabeza inclinada, y que no se interesa de lo que está acaeciendo. Pero entre sus discípulos hay agitación que ha prendido la curiosidad. Uno de ellos, de estatura baja, se sube sobre un taburete para ver mejor.

¹ Cfr. Ju. 7, 14-24

Cuando Jesús llega al nivel de Gamaliel, éste levanta su cara y sus profundos ojos de pensador se fijan por un instante en el rostro tranquilo de Jesús. Una mirada escudriñadora, atormentada. Jesús la siente y se vuelve. Lo mira. Los dos se miran con esos ojos: los unos negrísimos, los otros de zafiro. La mirada de Jesús es franca, dulce, que deja que se le escudriñe; la de Gamaliel es impenetrable, ansía por conocer y se muere por descubrir el misterio de la verdad –porque para él es un misterio el Rabí galileo- pero farisaicamente celosa de su pensamiento, de modo que no permite que nadie lo escudriñe fuera de Dios. Fue un instante. Luego Jesús continúa y el rabí Gamaliel reclina su cabeza sobre el pecho, sordo a toda pregunta bien intencionada o no que le dirigen algunos de los que lo rodean: “¿Es el Maestro? ¿Qué dices?”, ¿Cuál es tu parecer? ¿Quién es Ese?”

Jesús va al lugar que había escogido. No tiene alfombra bajo sus pies. No está ni siquiera bajo el Pórtico. Simplemente tiene a su espalda una columna. De pie en la grada más alta, en el fondo del Pórtico. El lugar menos buscado. A su alrededor apóstoles, discípulos, seguidores, curiosos. Más allá fariseos, escribas, sacerdotes, rabinos. Gamaliel no deja el lugar donde está.

Jesús se pone a predicar por centésima vez sobre la venida del Reino de Dios y la preparación de este Reino. Podría afirmar que repite amplificados por su fuerza, los mismos conceptos que dijo hace veinte años antes. Habla de la profecía de Daniel², del Precursor que predijeron los profetas³, recuerda la estrella de los Sabios, la matanza de los inocentes. Hechas estas premisas para mostrar las señales de que el Mesías ha llegado ya a la tierra, cita para confirmar su venida las señales contemporáneas que acompañan al Mesías que enseña, como antes las otras acompañaron la llegada del Mesías encarnado, esto es, recuerda la contradicción que lo sigue, la muerte del Precursor, y los milagros que continuamente suceden, confirmando que Dios está con su Mesías. Jamás ataca a sus contrarios. Parece como si no los viera. Habla para confirmar en la fe a sus seguidores, iluminar el camino a los que, sin culpa, todavía no lo ven.

Una voz áspera sale del extremo de la multitud: “¿Cómo puede Dios estar en tus milagros si acaecen en días prohibidos? Ayer mismo curaste a un leproso en el camino de Betfagé”.

Jesús mira al que lo interrumpió, mas no le responde. Continúa hablando de la liberación del demonio que oprime a los hombres y del establecimiento del Reino del Mesías, Reino eterno, invencible, glorioso, perfecto.

“¿Y cuándo será?” pregunta un escriba sonriendo maliciosamente. Y luego: “Sabemos que te quieres hacer rey. Pero un rey como Tú sería la ruina de Israel. ¿Dónde están tus fuerzas de rey? ¿Dónde tus ejércitos, tus tesoros, las alianzas? ¡Estás loco!” Y muchos de los que piensan como él, mueven su cabeza riendo con sorna.

Un fariseo dice: “No está bien así. De este modo jamás lograremos comprender qué entienda Él por reino, leyes, manifestaciones que tendrá tal reino. ¿Y qué? ¿Acaso el antiguo reino de Israel inmediatamente fue perfecto como en los tiempos de David y Salomón? ¿No recordáis las vicisitudes y momentos negros, antes que brillase la ostentación de un rey perfecto?”⁴ Para que hubiese existido el primer rey, fue necesario antes que existiese el hombre de Dios que lo ungió y para esto, hacer que Ana, la esposa de Elcana, no fuese más estéril, y que aceptase la inspiración de ofrecer el fruto de su vientre.⁵ Meditad en el canto de Ana. Es una lección para nuestra dureza y ceguera: “Nadie es santo como el Señor... No queráis proferir palabras altisonantes vanagloriándose... El Señor es el que hace morir y vivir... levanta al pobre... Él hace firmes los pasos de sus santos, y los impíos callarán porque el hombre de Dios no es fuerte por su fuerza, sino por la que le viene de Dios”. ¡Recordadlo! El Señor juzgará los confines de la tierra y entregará su mando a su rey y exaltará el poder a su

² Cfr. Dan. 9.

³ Cfr. Is. 40, 3-8; Mal. 2, 17 – 3, 5 y 23-24.

⁴ Cfr. 1 Rey. 8, 1; 3 Rey. 10, 29.

⁵ Cfr. 1 Rey. 1, 10-11 y 20.

Cristo⁶. ¿No debía acaso descender de David el Mesías predicho? ¿Todo lo que aconteció desde Samuel en adelante, no son acaso anticipaciones del reino del Mesías? Tú, Maestro, ¿no descienes acaso de David, y naciste en Belén?” pregunta a Jesús.

“Tú lo has dicho” responde lacónicamente.

“Entonces satisface nuestras esperanzas. Comprendes que callar no es cosa buen porque favorece las nubes de la duda que hay en los corazones”.

“No de duda. De soberbia que es mucho más grave!”

“¡Cómo! ¿Dudar de Ti es menos grave que ser soberbios?”

“Sí. *Porque la soberbia es lujuria de la mente. Y es el pecado mayor. Es el mismo pecado de Lucifer. Dios perdona muchas cosas, su luz resplandece amorosa para iluminar las ignorancias y ahuyentar las dudas, pero no perdona la soberbia que se burla, creyéndose superior a Él*”.

“¿Quién dice entre nosotros que Dios sea más pequeño que nosotros? No blasfemamos...” gritan varios

“No lo decís con los labios pero lo confirmáis con vuestras acciones. Queréis decir a Dios: “No es posible que el Mesías sea un galileo, un hombre del pueblo. No es posible que sea éste”. ¿Qué cosa hay imposible para Dios?” La voz de Jesús parece un trueno. Si antes estaba un poco como decaído, apoyado como un mendigo sobre la columna, ahora se yergue, se separa de ella, levanta majestuosamente su cabeza y atraviesa la multitud con fulgurantes ojos. Todavía está sobre la grada, pero es como si estuviese en lo alto de un trono, tan majestuoso es su aspecto.

La gente retrocede espantada, y nadie responde a la última pregunta.

Luego un rabino, pequeño, rugoso, feo de cara como tal vez de alma, pregunta no sin reírse solapadamente: “La lujuria se realiza entre dos. ¿Con quién la realiza la mente? No es corpórea, ¿cómo puede pecar lujuriosamente? ¿Siendo incorpórea con quien se junta para pecar?” y ríe arrastrando sus palabras y risilla.

“¿Con quién? Con Satanás. *La mente del soberbio fornicar con Satanás contra Dios y contra el amor*”.

“¿Y Lucifer con quién fornicó para convertirse en Satanás, si todavía no existía Satanás?”

“*Consigo mismo. Con su propio pensamiento inteligente y desordenado.* ¿Qué cosa es la lujuria, oh escriba?”

“Si... ya te lo dije. ¿Quién no sabe qué cosa es la lujuria? Todos la hemos experimentado...”

“No eres un rabino sabio porque no conoces la esencia verdadera de este pecado común, triple fruto del mal. Así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son la forma trina del amor. La lujuria es el desorden, ¡oh escriba! Desorden que guía una inteligencia libre y consciente, que sabe que su apetito es malo, pero quiere saciarlo igualmente. La lujuria es desorden y violencia contra las leyes naturales, contra la justicia y contra el amor para con Dios, para con nosotros mismos, para con nuestros hermanos. Y eso cualquier lujuria. La carnal, como la que ambiciona las riquezas y el poder de la tierra, como la de los que quisieran impedir al Mesías su misión porque andan tras una desmesurada ambición que tiembla de miedo al saber que voy a acabar con ella”.

Un murmullo corre entre la gente, Gamaliel, que está solo en su alfombra, levanta la cabeza y mira fijamente a Jesús.

“Pero ¿cuándo vendrá el Reino de Dios? No has respondido...” ataca el fariseo de antes.

“Cuando el Mesías esté en su trono que Israel le prepara. Un trono más alto que cualquier otro. Más alto que este mismo Templo”.

“¿Pero dónde lo está preparando, que no se ve nada? ¿Podrá ser verdad que Roma permita que resurja Israel? ¿Se han hecho ciegas las águilas romanas para no ver la preparación?”

⁶ Cfr. 1 Rey.2, 1-10.

“El Reino de Dios no viene con pompa. Sólo el ojo de Dios ve cómo se forma, porque el ojo de Dios lee en lo interior de los hombres, por esto no vais a buscar dónde está este Reino, dónde se prepara. No creéis a quien dice: “Se conjura en Batanea, se conjura en las cuevas del desierto de Engaddi, se conjura en las playas del mar”. *El Reino de Dios está en vosotros, dentro de vosotros, en vuestro corazón que acepta la Ley que vino de los cielos como ley de verdadera Patria, ley, que al practicarla hace ciudadanos del Reino.* Por esto antes de Mí vino Juan para que preparase los caminos de los corazones por los que debe penetrar mi doctrina. Con la penitencia se preparan los caminos, con el amor surgirá el reino y caerán las cadenas de la esclavitud del pecado que estorban a los hombres la entrada al Reino de los cielos”.

“No cabe duda que este hombre es grande. ¿Vosotros decís que sea un artesano?” grita uno de los que escuchan. Y otros, que son judíos por el vestido que traen, y tal vez instigados por los enemigos de Jesús, se miran cohibidos, y miran a sus instigadores preguntando: “¿Pero qué quisisteis decir? ¿Quién puede afirmar que este hombre perturba el pueblo?” y otros añaden: “Nos preguntamos y os preguntamos que si es verdad que nadie de vosotros fue su maestro, ¿cómo es posible que sea tan sabio? ¿Dónde aprendió esa sabiduría si no estudió jamás con maestro alguno?” y volviéndose a Jesús: “Dinos, ¿dónde conseguiste esta doctrina tuya?”

Jesús alza un rostro lleno de inspiración, dice: “En verdad, en verdad os digo que esta doctrina no es mía, sino del que me envió entre vosotros. En verdad, en verdad os digo que ningún maestro me la enseñó, ni la leí en ningún libro, o rollo, o monumento escrito en piedra. En verdad en verdad os digo que me preparé para esta hora oyendo al Viviente que hablaba a mi Espíritu. La hora ha llegado en que dé Yo al pueblo de Dios la Palabra que vino de los cielos. Es lo que estoy haciendo y lo que haré hasta mi último momento, y cuando hubiera expirado las piedras que me escucharán, y que no se ablandarán, experimentarán un temor de Dios mucho más fuerte que el que experimentó Moisés en el Sinaí, y en medio de ese temor, con voces que bendigan o maldigan se esculpirán las palabras de mi doctrina rechazada sobre la piedra. Esas palabras jamás se borrarán. Quedará la señal. *Luz para quien las acoja, por lo menos en esos momentos, con amor. Tinieblas completas para quien ni siquiera en ese entonces comprenderá que es la Voluntad de Dios que me envió a fundar su Reino.*

Cuando empezó la Creación, se dijo: “Hágase la luz”¹¹. Y la luz se produjo en el caos. Al principio de mi vida se dijo: “Venga la paz sobre los hombres de buena voluntad”. *La buena voluntad es la que hace la voluntad de Dios y no la contradice.* Ahora bien, quien hace la voluntad de Dios y no la contradice, siente que no me puede combatir porque sabe que mi doctrina viene de Dios y no de Mí mismo. ¿Busco acaso mi gloria? ¿Digo acaso que soy el Autor de la ley de la gracia y de la era del perdón? No. Yo no acaparo la gloria que no es mía, sino que doy gloria a la Gloria de Dios. Autor de todo lo que es bueno. Ahora mi gloria es hacer lo que el Padre quiere que Yo haga para que esto dé gloria a Él. Quien habla a su favor para verse alabado busca su propia gloria, pero quien, pudiendo, aun sin hacer intentos, tener gloria de los hombres por lo que hace o dice, y la rechaza diciendo: “No es mía. No la hice. Viene del Padre, así como Yo procedo de Él”, está en la verdad, y en Él no hay injusticia, pues da a cada uno lo suyo sin quedarse con nada de lo que no es suyo. Yo soy porque Él me ha querido”.

Jesús hace una pausa. Sus ojos van por la multitud. Registra las conciencias. Las lee. Las pondera. Abre de nuevo sus labios: “Os quedáis callados, parte por admiración, parte porque pensáis cómo lograréis hacerme callar. ¿De quién son los diez mandamientos? ¿De dónde vienen? ¿Quién los dio?”

“Moisés” grita la multitud.

“No. El Altísimo. Moisés, su siervo, os los trajo. Son de Dios. Vosotros que no tenéis fe, sino fórmulas, decís en vuestros corazones: “No vimos a Dios. Como tampoco los que estuvieron en la falda del Sinaí”. Oh, para creer que Dios estaba presente, no os bastan ni los rayos que

¹¹ Cfr. Gén. 1, 3.

encendían el monte mientras Dios relampagueaba tronando a la presencia de Moisés. De nada os sirven los rayos y los terremotos para creer que Dios está con vosotros para escribir el Pacto eterno de salvación y condenación. Veréis muy en breve una nueva y terrible manifestación entre estos muros. Las penumbras sagradas saldrán de las tinieblas porque se establecerá el Reino de la luz, y el Santo de los Santos será puesto en alto a la presencia del mundo y no estará ya más oculto bajo la triple cortina. Y aun no creéis. ¿Qué cosa será necesaria para haceros creer? ¿Que los rayos de la justicia caigan sobre los cuerpos? Entonces la justicia se aplacará. Descenderán los rayos del amor. Y con todo no serán capaces de escribir en vuestros corazones la Verdad, ni de suscitar el arrepentimiento y con él el amor...”

Gamaliel tiene los ojos fijos en el rostro de Jesús...

“Sabéis que Moisés fue un hombre como todos los demás. Los cronistas de su tiempo nos lo han descrito. Y pese a que sabéis quién era, de quién recibió la ley y cómo la recibió, no la observáis. Sí, no la observáis”.

Un grito de protesta se oye entre la multitud.

Jesús impone silencio: “¿Decís que no es verdad? ¿Que la observáis? Y entonces ¿por qué buscáis matarme? ¿No lo prohíbe acaso el quinto mandamiento? ¿No queréis admitir que Yo sea el Mesías? Pero no podéis negar que sea Yo el hombre. Ahora bien, ¿por qué me buscáis para matarme?”

“¡Estás loco! ¡Endemoniado! Un demonio habla en Ti que te hace delirar y decir mentiras. Ninguno de nosotros piensa en matarte. ¿Quién quiere matarte?” gritan precisamente los que quieren hacerlo.

“¿Quién? Vosotros. Buscáis excusas para hacerlo. Me imputáis culpas que no son verdaderas. No es la primera vez que me reprocháis que haya curado a un hombre en sábado. ¿Acaso no dice Moisés que se tenga piedad también del asno y del buey caídos porque tal acto representa un bien para tu hermano?¹³ ¿Y no debería tener Yo piedad del cuerpo enfermo de un hermano para el que la salud recuperada es un bien material y un medio espiritual para bendecir a Dios y amarlo por su bondad? ¿Y la circuncisión que Moisés os transmitió porque la recibió de los patriarcas, no la practicáis acaso aun en sábado? Si se circuncida a un hombre en sábado y pese a ello no se viola la ley mosaica, porque sirve para hacer a un varón hijo de la ley, ¿por qué os enojáis contra Mí de que haya curado a un hombre en sábado, en el cuerpo y en su espíritu, y lo haya hecho hijo de Dios? No juzguéis según las apariencias y la letra. Juzgad rectamente y con el espíritu, *porque la letra, las fórmulas, las apariencias son cosas muertas, escenarios pintados, pero no la vida verdadera, mientras el espíritu de las palabras y apariencias es vida real y fuente de eternidad*. Pero vosotros no comprendéis estas cosas porque no queréis. Vámonos”.

Vuelve la espalda a todos y se dirige a la salida. Le siguen sus apóstoles y discípulos que lo miran con tristeza, y a sus enemigos con enojo.

Él, pálido, sonriendo les dice: “No estéis tristes. Sois mis amigos. Y hacéis bien en serlo, porque mi tiempo se acerca a su fin. Presto llegará la hora en que querréis ver uno de estos días del Hijo del hombre, pero no lo lograréis. Entonces os servirá de consuelo el deciros: “Lo amamos y le fuimos fieles mientras estuvo con nosotros”. Y para burlaos de vosotros y trataros como a locos os dirán: “Ha vuelto el Mesías. ¡Está aquí! ¡Está allá!” No creáis esas voces. No vayáis, ni os pongáis a seguir a esos falsos burladores. El Hijo del hombre una vez que se vaya no volverá sino cuando sea su día. Su aparición será como el rayo que fulgura y atraviesa el firmamento de una parte a la otra, tan veloz que apenas si los ojos pueden seguirlo. Vosotros, no sólo vosotros, sino que nadie será capaz de seguirme cuando sea mi aparición final para recoger a todos los que vivieron, viven y vivirán. Pero antes de que esto suceda, es menester que el Hijo del hombre sufra mucho y sufrirá todo. Todo el dolor de la humanidad, además de ser rechazado por esta generación”.

¹³ Cfr. Deut. 13, 2.

“Entonces, Señor mío, sufrirás todo el mal que esta generación será capaz de descargar sobre Ti” concluye el pastor Matías.

“No. Dije: “Todo el dolor de la humanidad” Ella existía antes de esta generación y después de ella vendrán generaciones y generaciones. Siempre pecará. Y el Hijo del hombre gustará toda la amargura de los pecados pasados, presentes y futuros, hasta el último pecado, en su espíritu, antes de ser el Redentor. Y más allá de su gloria todavía sufrirá en su espíritu de Amor al ver que la humanidad lo pisotea. No podéis comprender esto por ahora... Entremos en esa casa, los que viven son amigos”.

Llama a la puerta que se abre dejándolo entrar sin que el portero muestre admiración por el número de personas que entran después de Jesús.

182. En el Templo. “Me conocéis y de dónde vengo”¹

4 septiembre 1946

El Templo está más lleno de gente que el día anterior. Entre la que se agita en el primer patio veo a muchos gentiles mucho más que ayer. Tanto ellos como los israelitas están en espera ansiosa. En grupos formados los gentiles hablan entre sí, y lo mismo los hebreos, pero sin perder de vista la puerta.

Los doctores bajo los portales se esfuerzan en levantar su voz para llamar la atención y dar muestras de elocuencia. Pero la gente no les hace caso y ellos hablan a unos pocos alumnos. Está Gamaliel en su sitio, pero no habla. Pasea de un lado a otro sobre la rica alfombra, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, meditando. Su vestido es largo y mucho más el manto que lleva suelto, retenido sólo a la espalda con dos fíbulas de plata, y que empuja con el pie cuando da vuelta. Sus discípulos, los más fieles, apoyados contra el muro, lo miran en silencio, reverentes, respetando los pensamientos en que está absorbido su maestro.

Los fariseos y sacerdotes parece que tienen mucho qué hacer, pues van y vienen... La gente que comprende sus verdaderas intenciones, los señala con el dedo, y uno que otro comentario sale de ella como un rayo de luz que revela su hipocresía. Mas ellos fingen que no oyen. Son pocos con respecto a los que no odian a Jesús, pero sí a ellos, y creen prudente no reaccionar.

“¡Allá viene! ¡Allá viene! ¡Por la puerta dorada!”

“¡Vamos a su encuentro!”

“Yo me quedo aquí. Vendrá a hablar. No pierdo mi lugar”.

“Tampoco yo. Mejor que se vayan para que nos dejen lugar”.

“¿Pero lo dejarán hablar?”

“Si lo dejaron entrar...”

“Sí, pero es distinto. Como hijo de la Ley no pueden impedirle entrar. Pero como a rabí pueden arrojarlo afuera, si quieren”.

“¡Cuántas diferencias! Si permiten ir a hablar a Dios, ¿por qué no lo deben dejar hablar a los hombres?” (es un gentil el que ha hablado).

“Es verdad” contesta otro. “A nosotros porque somos impuros no se nos permite entrar allá. ¡Sólo hasta aquí!, pues esperan que nos circuncidemos...”

“Cállate, Quinto. Por esta razón lo dejan que nos hable, esperando podarnos como si fuésemos árboles. Nosotros al contrario hemos venido para poner sus ideas cual injerto en nosotros que no pertenecemos al pueblo”.

“Dices bien. Es el único que no nos desprecia”.

“¡Oh, por esto! Cuando va uno con una bolsa de dinero a comprar tampoco los otros nos desdeñan”.

“Mira. Nosotros los gentiles nos hemos quedado dueños del lugar. Oiremos bien, y veremos mejor. Me gusta ver las caras de sus enemigos. ¡Por Júpiter! Una batalla de caras...”

¹ Cfr. Ju. 7, 25-30.

“Cállate. Que no te oigan nombrar a Júpiter. Está prohibido aquí”.

“Entre Júpiter y Yeové no hay sino poca diferencia. Los dioses no se ofenden entre sí... Yo he venido con el buen deseo de oír, no para burlarme de nadie. Se habla tanto por todas partes de este Nazareno. Me dije: la estación es buena y voy a escucharlo. Hay quienes van mucho más lejos a oír los oráculos...”

“¿De dónde viniste?”

“De Perges. ¿Y tú?”

“De Tarso”.

“Soy casi hebreo. Mi padre era un helenista de Iconio, pero se casó en Antioquía de Cilicia con una romana, y murió antes de que yo naciera... Pero la sangre es hebrea”.

“Tarda en venir... ¿Lo habrán detenido?”

“No tengas miedo. Lo dirían los gritos de la multitud. Estos hebreos gritan siempre como urracas inquietas...”

“Míralo allí. ¿Vendrá aquí?”

“¿No ves que con todo propósito han ocupado todos los lugares, menos ese rincón? ¿Oyes cuántas ranas croan para hacerse pasar por maestros?”

“Aquel está callado. Dicen que es el más grande doctor de Israel”.

“Sí, pero... ¡Qué pedante! Lo escuché un día, y para digerir su ciencia tuve qué beber muchas copas de vino en la casa de Tito en Bezeta”. Se ríen entre sí.

Jesús se acerca lentamente. Pasa cerca de Gamaliel, que no levanta su cabeza. Va a su lugar de ayer.

La gente que se compone de Israelitas, prosélitos y gentiles, comprende que va a hablar y susurra: “Vedlo que habla públicamente y no le dicen nada”.

“Tal vez los principales y los jefes han reconocido en Él al Mesías. Ayer Gamaliel, después de que se fue el galileo, habló mucho con los ancianos”.

“¿Posible? ¿Cómo habrán hecho para reconocerlo al punto, si tan solo poco antes lo tenían como reo digno de muerte?”

“Tal vez Gamaliel tenía las pruebas...”

“¿Cuáles? ¿Qué pruebas podría tener en favor de ese hombre? Ataca uno.

“Cállate, chacal. No eres más que uno de los escribas. ¿Quién te preguntó?” y se burlan de él. Se aleja.

Otros que no pertenecen al Templo, pero que son judíos que no creen, intervienen: “Las pruebas las tenemos nosotros. Sabemos de dónde es Él. Pero el Mesías cuando venga, nadie sabrá de dónde. No conoceremos el origen de aquel, pero el de Este ¡sí! Es hijo de un carpintero de Nazaret y todo el pueblo puede decir si mentimos...”

Se oye en esos momentos la voz de un gentil que dice: “Maestro, háganos hoy a nosotros un poco. Se nos ha dicho que afirmas que todos los hombres venimos de un solo Dios, el tuyo, de modo que los llamas hijos del Padre. También nuestros poetas, estoicos tuvieron una idea semejante. Dijeron: “Somos descendencia de Dios”. Tus connacionales dicen que somos más impuros que las bestias. ¿Cómo concilias las dos tendencias?”

La cuestión, como creo, ha sido propuesta según las costumbres de las disputas filosóficas. Jesús está para responder, cuando estalla la disputa entre judíos que no creen y entre los que creen. Se oye una voz chillona: “Él es un simple hombre. No será el Mesías. Todo será excepcional en Él. Forma, naturaleza, origen...”

Jesús se vuelve a esta dirección y en voz alta contesta: “Así pues, me conocéis y sabéis de dónde vengo. ¿Estáis seguros? ¿Aun lo poco que sabéis no os dice nada? ¿No es una confirmación de las profecías? Pero no conocéis todo lo mío. En verdad, en verdad os digo que no vine por Mí mismo ni tampoco de donde creéis que haya venido. Es la misma verdad, que no conocéis, la que me envió”.

Gritos airados se levantan de los enemigos.

“La misma Verdad. No conocéis sus obras. Ni sus caminos. Esos por los que vine. El Odio no puede conocer los caminos y las obras del Amor. Las tinieblas no pueden soportar la vista

de la Luz. Pero Yo conozco al que me envió porque soy suyo, su parte y un Todo con Él. Él me envió para que realice lo que su Pensamiento quiere”.

Se forma una confusión. Los enemigos se adelantan para echarle la mano encima, aprehenderlo, pegarle. Los apóstoles, los discípulos, la gente, los prosélitos reaccionan para defenderlo. Acuden otros en ayuda de los primeros y tal vez lo hubieran logado, si Gamaliel que hasta ese momento parecía no poner atención, sale de su alfombra y va a donde está Jesús, que es empujado hacia el pórtico por quien lo quiere defender. Gamaliel Grita: “Dejadlo en paz. *Quiero oír lo que dice*”.

La voz de Gamaliel logra más que un pelotón de legionarios, que han acudido a calmar el tumulto, que se apaga como nació y la gritería se transforma en ruido confuso. Los legionarios por prudencia se quedan cerca de la valla exterior. No son ya necesarios.

“Habla” ordena Gamaliel a Jesús: “Responde a quien te acusa”. El tono es imperioso, pero sin el aire de burla.

Jesús se adelanta hacia el patio. Tranquilo, vuelve a tomar la palabra. Gamaliel se queda donde está y sus discípulos se apresuran a llevarle la alfombra y el banquillo para que esté más cómodo. Se para en ella, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, sus ojos cerrados, atento sólo a escuchar.

“Me habéis acusado sin razón como si hubiese blasfemado en lugar de haber dicho la verdad. Yo hablo, no para defenderme, sino para daros la luz con que podáis conocer la Verdad. Y no hablo para Mí mismo, sino que hablo recordando la palabras en que creéis y sobre las que juráis. Ellas dan testimonio de Mí. Vosotros, lo sé, no veis en Mí sino un hombre semejante a vosotros, inferior a vosotros. Y os parece imposible que un hombre pueda ser el Mesías. Pensad a lo menos que tuviese qué ser un ángel este Mesías, que debiera ser de un origen de tal modo misterioso para poder ser rey solo por la autoridad del mismo misterio de su origen. ¿Cuándo se ha visto en la historia de nuestro pueblo, en los libros que la forman, y que serán eternos cuanto el mundo, porque doctores de todos los países y de todos los tiempos los leerán para confirmar su ciencia y sus investigaciones sobre el pasado con las luces de la verdad, dónde está escrito en estos libros que Dios haya dicho a un ángel suyo: “Tú de ahora en adelante serás mi Hijo porque Yo te he engendrado?”³”

Veo que Gamaliel se hace dar una tablilla y pergaminos y se sienta a escribir...

“Los ángeles, seres espirituales, siervos y mensajeros suyos, son sus criaturas como el hombre lo es, como los animales, como todo lo creado. Pero no lo engendró. *Porque Dios engendra sólo un otro Sí mismo, pues no puede el Perfecto engendrar sino otro Perfecto, otro Ser semejante a Sí mismo, para no destruir su perfección al engendrar una criatura inferior a Sí.*

Así pues, si Dios no puede engendrar ángeles, ni siquiera elevarlos a la dignidad de hijos suyos, ¿cuál será el Hijo al que Él dice: “Tú eres mi Hijo. Hoy te engendré”? ¿De qué naturaleza será, si engendrándolo, Él dice señalando a los ángeles: ‘Y lo adoren todos los ángeles de Dios’⁷? ¿Y cómo será este Hijo para merecer oír que el Padre le diga: “Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies”⁸? Ese Hijo no podrá ser sino Dios como el Padre, con el que comparte los atributos y el poder, y con el que goza de la Caridad que los alegra en los inefables y desconocidos amores de la Perfección que existe por Sí misma.

Si Dios no ha juzgado conveniente elevar al grado de Hijo a un ángel, ¿hubiera podido decir de un hombre lo que dijo del que os habla –y muchos de vosotros que me sois contrarios estuvisteis presentes cuando dijo- allá en el vado de Betabara hace dos años? Lo oísteis y temblasteis, porque la voz de Dios es inconfundible, y sin una especial gracia suya aterra a quien lo oye y sacude los corazones.

³ Cfr. Sal. 2, 7; Hech. 13, 33 y sobre todo Hebr. 1, 5.

⁷ Cfr. Deut. 32, 43; Sal. 96, 7; Hebr. 1, 6.

⁸ Cfr. Sal. 109, 1; Hech. 2, 29-36; y sobre todos Hebr. 1, 13.

¿Qué cosa es, pues, el Hombre que os está hablando ¿Nació acaso de la voluntad y de la sangre del hombre como todos vosotros? ¿Habría podido el Altísimo haber puesto su Espíritu para que habitase en un cuerpo, privado de gracia como es el de los hombres que han nacido por voluntad carnal? Para satisfacer por la gran culpa, ¿podría el Altísimo sentirse satisfecho con el sacrificio de un hombre? Pensadlo. No eligió un ángel para ser Mesías y Redentor, ¿pudo entonces elegir un hombre para serlo? ¿Y podía el Redentor ser sólo Hijo del Padre sin tomar la naturaleza humana, pero con medios y poderes que sobrepasan los cálculos humanos? ¿Podía el Primogénito de Dios tener engendradores si es Él el Primogénito eterno?

¿No se trastorna vuestro soberbio pensamiento ante estas interrogativas que suben hacia los reinos de la Verdad, siempre más cercanos a ella, y que encuentran respuesta solo en un corazón humilde y lleno de fe?

¿Quién debe ser el Mesías? ¿Un ángel? Más que un ángel. ¿Un hombre? Más que un hombre. ¿Un Dios? Sí, un Dios, pero con un cuerpo, para que pueda realizar la expiación de la carne culpable. Cada cosa se redime por medio de la materia con que se pecó. Dios hubiera por lo tanto debido mandar a un ángel para expiar las culpas de los ángeles caídos, y que expiase por Lucifer y sus ángeles secuaces. Porque, lo sabéis, también Lucifer pecó. Mas Dios no envía un espíritu angelical para redimir a los ángeles encerrados en las tinieblas. No adoraron al Hijo de Dios, y Dios no perdona el pecado cometido contra su Verbo que engendró con su Amor. Sin embargo, Dios ama al hombre y manda al Hombre, al Único perfecto, para que redima al hombre y obtenga la paz con Dios. Justo es que sólo un Hombre-Dios pueda realizar la redención del hombre y aplacar a Dios.

El Padre y el Hijo se han amado y comprendido. El Padre dijo: “Quiero”. El Hijo respondió: “Quiero”. Después el Hijo dijo: “Dame”. El Padre contestó: “Toma”, y el Verbo tuvo un cuerpo cuya formación es misteriosa y este cuerpo se llamó Jesucristo, el Mesías, que debe redimir a los hombres, llevarlos al Reino, vencer al demonio, quebrantar la esclavitud.

¡Vencer al demonio! No podía un ángel, ni puede, realizar lo que el Hijo del hombre puede. Y esta es la razón por la cual Dios no llama para realizar la gran obra a los ángeles sino al Hombre. Éste de cuyo origen estáis inciertos, o lo negáis, o meditáis sobre él. Este es el Hombre. El Hombre aceptable ante Dios. El Hombre representante de todos sus hermanos. Él como vosotros por la semejanza, el Hombre superior y diverso de vosotros por el origen, que no lo engendró un hombre, sino Dios y lo consagró para su ministerio. Este hombre está ante el excelso altar para ser Sacerdote y Víctima por los pecados del mundo, para ser eterno y supremo Pontífice, Sumo Sacerdote según la jerarquía de Melquisedec¹³.

¡No tengáis miedo! No tiendo las manos a la tiara pontifical¹⁴. Otro cetro me espera. ¡No tengáis miedo! No os quitaré el Racional¹⁵. Hay otro preparado para Mí. Temblad sólo de que no os sirva el Sacrificio del Hombre y la misericordia del Mesías. Os he amado mucho, os amo tanto que he alcanzado del Padre el aniquilarme a Mí mismo. Os he amado tanto, y os amo mucho que he pedido apurar todo el dolor del mundo para daros la salvación eterna.

¿Por qué no me queréis creer? ¿No podéis creer todavía?

¿Acaso no está dicho del Mesías: “Tú eres Sacerdote para siempre según la jerarquía de Melquisedec”? ¿Cuándo se empezó el sacerdocio? ¿Acaso en los tiempos de Abraham? No. Lo sabéis bien. El Rey de Justicia y de Paz que vino a anunciarme con una figura profética, en los albores de nuestro pueblo, ¿no os dice acaso que se trata de un sacerdocio más perfecto, que viene directamente de Dios, así como Melquisedec de quien nadie pudo señalar su linaje, y que es llamado “sacerdote” y sacerdote permanecerá hasta siempre? ¿No creéis en las palabras inspiradas? Y si creéis, ¿cómo puede ser, ¡oh doctores!, que no sepáis dar una

¹¹ Cfr. Mt. 12, 30-32; Mc. 3, 28-30; Lc. 12, 8-10; Hebr. 10, 26-31; 1 Ju. 5, 16-17.

¹³ Cfr. Sal. 109, 4; Hebr. 5, 5-6.

¹⁴ Cfr. Ex. 28, 36-39; 39, 30-32.

¹⁵ Cfr. Ex. 28; 39, 1-31.

explicación razonable a estas palabras que se refieren a Mí: “Tu eres Sacerdote para siempre según la jerarquía de Melquisedec”¹⁶

Hay pues otro sacerdocio, además del de Aarón. De él se dijo ‘eres’. No se dijo ‘fuiste’. Ni tampoco ‘serás’. Eres sacerdote para siempre. Ved pues que esta frase anuncia que el eterno Sacerdote no será de la estirpe de Aarón¹⁷, ni será de una estirpe sacerdotal, sino que su origen será nuevo, misteriosos como Melquisedec. Si la potencia de Dios lo manda, señal es que quiere renovar el Sacerdocio y el rito, para que sea útil a la *Humanidad*.¹⁸

¿Conocéis mi origen? No. ¿Conocéis mis obras? No. ¿Intuís sus frutos? Tampoco. No sabéis nada de Mí. Veis, pues, que aun en esto soy el “Mesías” cuyo origen y naturaleza y misión deben ser desconocidos hasta que Dios se digne revelarlos a los hombres. Bienaventurados los que sabrán, los que saben creer antes de que la revelación tremenda de Dios los aplaste con su peso sobre el suelo, los seposite y triture bajo la fulgurante, poderosa verdad que los cielos gritarán, que la tierra repetirá: “Este es el Mesías de Dios”.

Vosotros decís: “Él es de nazaret. Su padre era José. Su Madre es María”. No. No tengo ningún padre que me haya engendrado como hombre. No tengo madre que me haya engendrado como Dios. Y sin embargo tengo un cuerpo, y lo tengo por obra misteriosa del espíritu, y vine entre vosotros pasando por un tabernáculo santo. Os salvaré, después de haberme formado a Mí mismo por querer de Dios. Os salvaré haciendo que Yo mismo salga del Tabernáculo de mi Cuerpo para realizar el gran sacrificio de un Dios que se inmola para la salvación del hombre.

¡Padre, Padre mío! Te lo dije al principio de los días: “Heme aquí para cumplir tu voluntad”. Te lo dije en la hora de gracia antes de dejarte para revestirme de carne con la que pudiera padecer: “Heme aquí para hacer tu voluntad” Una vez más te lo digo, para santificar a aquellos por los que he venido: “Heme aquí para hacer tu voluntad”. Una vez más te lo diré, para santificar a aquellos por los que he venido: “Heme aquí para hacer tu voluntad”. Y te lo repetiré hasta que tu voluntad sea cumplida...”²³

Jesús que al decir estas palabras había levantado sus brazos hacia el cielo, los baja ahora y los recoge sobre su pecho, inclina la cabeza, cierra los ojos y se absorbe en una oración secreta.

La gente cuchichea. No todos han comprendido,²⁴ mejor dicho, la mayoría (y entre ellos también estoy yo). Somos ignorantes pero intuimos que ha anunciado grandes cosas, y nos llamamos admiradas.

Los malos, que no han comprendido o no han querido comprender, se ríen sarcásticamente: “¡Delira!” Pero no se atreven a decir más, y se apartan o se van a las puertas moviendo la cabeza. Creo que esta prudencia es el resultado de las lanzas y dagas romanas que brillan al sol en la muralla del fondo.

Gamaliel se abre paso entre los que han quedado. Llega cerca de Jesús, que todavía está en oración, absorto, lejano de la multitud y del lugar, y lo llama: “¡Rabí Jesús!”

“¿Qué se te ofrece, rabí Gamaliel?” pregunta Jesús levantando su cabeza, con los ojos todavía absortos en una visión interna.

“Una explicación tuya”.

“Habla”.

“¡Retiraos todos!” ordena Gamaliel con tal tono que apóstoles, discípulos, seguidores, curiosos y los mismos discípulos suyos rápidamente se separan. Quedan sólo ambos frente a frente. Se miran. Jesús siempre manso y dulce, el otro autoritario sin quererlo, e

¹⁶ Cfr. Gén. 14, 17-24; Sal 109, 4; Hebr. 7.

¹⁷ Cfr. Ex. 28-29 y 39; Lev. 8-10; hebr. 7.

¹⁸ Cfr. Hebr. 8.

²³ Para entender bien cfr. Hebr. 10, 1-18

²⁴ Para comprender esto, cfr. Hebr. 1. 1-10, 18.

involuntariamente soberbio en su aspecto. Cosas que le han venido sin duda durante tantos años en que ha sido reverenciado exageradamente.

“Maestro... Me han referido algunas palabras tuyas que dijiste en un banquete... que desaprobé porque no era sincero. Combato o no combato, pero siempre abiertamente... He meditado en esas palabras, las he confrontado con las que viven en mi memoria... Te he esperado, *aquí*, para preguntarte algo sobre ellas... Primero quise oírte hablar... Ellos no comprendieron. Espero haberlo podido yo. Escribí tus palabras según las dijiste. Para meditarlas, y no para hacerte algún mal. ¿Me crees?”

“Te creo. Y quiera el Altísimo hacerlas resplandecer en tu espíritu”.

“Así sea. Oye. ¿Las piedras que deben estremecerse, son las de nuestros corazones acaso?”

“No, rabí. Estas (y señala las murallas del Templo siguiendo su configuración) ¿Por qué me lo preguntas?”

“Porque mi corazón se ha estremecido cuando me refirieron tus palabras del banquete, y tus respuestas a los que te tentaban. Creía que aquel estremecimiento fuese la señal...”

“No, rabí. Es muy poco el estremecimiento de tu corazón y el de otros pocos para ser la señal que no deje dudas... Aún cuando tú, con gesto de humilde reconocimiento de ti mismo, llamas a tu corazón: piedra. Rabí Gamaliel, ¿de veras no puedes hacer de tu corazón hecho piedra un altar luminoso que acoja a Dios? No porque Yo reciba algo útil, rabí, sino para que tu modo de obrar sea perfecto...”

Jesús mira dulcemente al viejo maestro que se coge la barba, se pasa los dedos por la frente murmurando con la cabeza inclinada: “No puedo... No puedo todavía... Mas espero... ¿Darás de todos modos esa señal?”

“La daré”.

“Adiós, Rabí Jesús”.

“El Señor venga a ti, rabí Gamaliel”.

Se separan. Jesús hace una señal y con ellos sale del Templo.

Escribas, fariseos, sacerdotes, discípulos de los rabinos se precipitan como otros tantos buitres en torno a Gamaliel que está metiendo dentro de la cintura los pergaminos escritos.

“¿Y bien? ¿Qué te parece? ¿Un loco? Hiciste bien en haber escrito sus delirios. Nos servirán. ¿Estás decidido? ¿Persuadido? Ayer... hoy... Más que suficiente para persuadirte”. Hablan todos al mismo tiempo. Gamaliel se calla, mientras se arregla la cintura, tapa el tintero que tiene colgando, entrega a su discípulo la tablilla sobre la que se había apoyado para escribir sus pergaminos.

“¿No respondes? Desde ayer no hablas...” insiste un colega suyo.

“Escucho. No a vosotros. A Él. Y trato de reconocer en sus palabras de ahora las palabras que un día me habló. Aquí”.

“¿Y las encuentras acaso?” se ríen varios.

“Algo así como un trueno, que tiene diverso rumor según está más cerca o más lejos. Pero siempre es rumor de trueno”.

“Luego a ninguna conclusión llegan” dice alguien en tono de burla.

“No está bien Leví. En el trueno puede estar aun la voz de Dios, y nosotros podemos ser tan necios que la tomemos como un rumor de nubes que se rompen... Tampoco te rías tú, Elquías, ni tú Simón, no sea que el trueno se cambie en rayos y os haga cenizas”.

“¿Entonces tú... como que quieres insinuar que el Galileo es aquel niño que tú e Iel tomasteis por profeta, y que ese niño, es decir, este hombre, es el Mesías...” preguntan burlescos, sin querer darlo a entender, porque Gamaliel se hace respetar.

“Yo no afirmo *nada*. Digo que el rumor del trueno es siempre rumor de un trueno”.

“¿Más cercano o más lejano?” “¡Ay de mí! Las palabras son más fuertes, como la edad las supone. Los veinte años que han pasado, han cerrado veinte veces más mi inteligencia al tesoro que posee. Y el sonido penetra, cada vez más débil...” Gamaliel deja caer su cabeza sobre el pecho, pensativo.

“¡Ah, ah, ah, te estás haciendo viejo y tonto, Gamaliel! Tomas los fantasmas por cosa real. ¡Ah, ah, ah!” y se echan a reír todos.

Gamaliel desdeñosamente levanta los hombros. Después recoge su amplísimo manto que le caía por las espaldas, se envuelve en él, y vuelve las espaldas a todos sin agregar palabra, despectivo en su silencio.

183. En el Templo. “Todavía un poco estaré con vosotros”¹

5 septiembre 1946

Sin tener en cuenta la mala voluntad de los otros, Jesús regresa al Templo por tercera vez. Seguro que no durmió en Jerusalén porque en sus sandalias se ve mucho polvo. Tal vez pasó la noche en los collados que hay alrededor de la ciudad. Tal vez le acompañaron sus hermanos Santiago y Judas, junto con José (pastor) y Salomón. Se encuentra con los apóstoles y discípulos cerca de la muralla oriental del Templo.

“Fueron ¿sabes? No sólo a donde estábamos nosotros, sino a donde estaban los discípulos más conocidos. ¡Estuvo bien que no hubieses estado!”

“Debemos obrar siempre así”.

“Está bien. Luego hablaremos de ellos. Vámonos”.

“Una multitud muy grande se nos adelantó gritando en voz alta tus milagros. ¡Cuántos se han convencido y creen en Ti! Tus hermanos tenían en esto razón” dice Juan el apóstol.

“Fueron a buscarte hasta la casa de Analía, ¿sabes?”

“Y al palacio de Juana. Pero no encontraron más que a Cusa... ¡y con qué genio! Los arrojó como a perros diciendo que en su casa no quiere espías y que está cansado de ellos. Nos lo dijo Jonatás que está aquí con su patrón” dice Daniel (pastor).

“¿Sabes? Los escribas trataron de dispersar a los que te esperaban persuadiéndolos de que no eres el Mesías, pero ellos respondieron: ‘¿No es el Mesías? ¿Y entonces quién va a serlo? ¿Podría alguno hacer milagros como los hace Él? ¿Los hicieron acaso los otros que se llamaban a sí mismos Mesías? No, no. Podrán surgir cien y mil impostores, tal vez hechuras vuestras, que digan ser el Mesías, pero nadie que venga podrá hacer jamás los milagros que Él hace, y tantos como hace’. Y como los escribas y fariseos afirmaban que los haces porque eres un Belzebú², respondieron: ‘Entonces vosotros deberíais hacer los más llamativos, porque no cabe duda alguna que sois unos Belzebúes respecto al Santo’” refiere Pedro, y se ríe, lo que también hacen los demás al oír la respuesta de la gente y lo molestos que quedaron los escribas y fariseos que se habían ido enojados.

Han llegado al Templo. Una multitud más numerosa que días anteriores los rodea.

“¡La paz sea contigo, Señor! ¡Paz, paz!” gritan los israelitas.

“¡Salve, Maestro!” lo saludan los gentiles.

“La paz y la luz vengan a vosotros” responde Jesús a todos.

“Teníamos miedo de que te hubiesen apresado o que no fueses a venir por prudencia o por enojo. Hubiéramos ido a buscarte por todas partes” dicen muchos.

Jesús sonríe tristemente y pregunta: “¿Entonces no queréis perderme?”

“Y si te perdemos, Maestro, ¿quién nos enseñará y nos dará las gracias que nos das?”

“Mis enseñanzas se quedarán en vosotros, y las comprenderéis mucho mejor cuando me haya ido... Y aunque no esté entre los hombres, no dejarán de descender gracias sobre los que oraren con fe”.

“¡Oh, Maestro! ¿Pero de veras quieres irte? Dinos a dónde te irás e iremos en pos de Ti. ¡Tenemos mucha necesidad de Ti!”

“El Maestro lo dice para saber si lo amamos. ¿A dónde queréis que vaya el Rabí de Israel, sino a Israel?”

¹ Cfr. Ju. 7, 31-36.

² Cfr. 4 Rey 1; Mt. 9, 32-34; 10, 24-25; 12, 22-32; Mc. 3, 22-30; Lc. 11, 14-23.

“En verdad os digo que todavía poco tiempo estaré con vosotros” e iré a los que el Padre me envió. Después me buscaréis y no me encontraréis. Y donde esté, no podréis ir. Dejadme ahora irme. Hoy no hablaré aquí. Tengo pobres que me están esperando en otras partes y no pueden venir; muchos de ellos están enfermos. Después de orar iré a ellos”. Y con la ayuda de sus discípulos se abre paso hacia el atrio de los israelitas.

Los que se quedan, se miran entre sí.

“¿A dónde irá?”

“A la casa de su amigo Lázaro. Está muy enfermo”.

“Yo quería decir; a dónde se irá, no hoy, sino cuando nos deje para siempre. ¿No habéis oído que dijo que no podremos encontrarlo?”

“Tal vez irá a reunir a Israel, evangelizando a los dispersos entre las naciones. La Diáspora,⁴ como nosotros, espera al Mesías”.

“O bien irá a enseñar a los paganos para traerlos a su Reino”.

“No. No será así. Siempre podremos encontrarlo aun en la lejana Asia o en el centro de África, o en Roma, en las Galias, la Iberia, Tracia o entre los Sármatas. Si Él dice que no lo encontraremos, aunque lo busquemos, señal es que no se encontrará en ninguno de estos lugares”.

“¡Bueno! Pero ¿qué quiso decir con: ‘Me buscaréis y no me encontraréis, y donde estoy no podréis ir?’ ‘Yo estoy’, y no: ‘Estaré...’ ¿Dónde estará, pues? ¿No está aquí entre nosotros?”

“Te lo aseguro, Judas. Él parece un hombre pero es un espíritu”.

“¡No! Entre los discípulos hay quienes lo vieron recién nacido., Aún más. Vieron a su Madre en cinta, pocas horas antes de que naciera”.

“¿Será, pues, aquel niño, ahora hecho hombre? ¿Quién nos asegura que no pueda ser otro?”

“¡Oh, no! Podría ser otro, y que los pastores se equivocasen. ¡Pero su Madre! ¡Sus hermanos! ¡Todo un pueblo!”

“¿Reconocieron los pastores a su Madre?”

“Claro que sí...”

“Entonces... Entonces ¿por qué dijo: ‘Donde Yo estoy no podréis ir?’ Para nosotros es futuro: podréis. Para Él es el presente: estoy, esté. ¿Carece de futuro ese hombre?”⁵

“No sé qué responderte. Pero es así”.

“Yo digo que es un loco”.

“Tú lo serás, espía del sanedrín”.

“¿Yo espía? Soy un judío que lo admira. ¿Dijiste que va con Lázaro?”

“Nada dijimos, viejo espía. No sabemos nada. Y si supiésemos algo, no te lo diríamos. Ve a decir a quien te ha mandado que lo busquen ellos. ¡Espía! ¡Espía! ¡Pagado!...”

El hombre ve que no le va bien y desaparece.

“Nosotros quedémonos aquí. Si hubiéramos salido, lo hubiéramos visto. Ya toma esta calle, bien aquella... Decidnos qué vereda tomó. Decidle que no vaya a casa de Lázaro”.

Los más ligeros corren... Regresan... “No está... Se metió entre la gente y nadie sabe decir...”

Desilusionada la multitud se dispersa poco a poco...

...Pero Jesús está mucho más cerca de lo que se imaginaban. Salió por alguna puerta, dio vuelta a la torre Antonia y salió de la ciudad por la puerta de las Ovejas bajando al valle del Cedrón que arrastra muy poca agua. Jesús lo pasa saltando sobre las piedras que salen del agua y se dirige al monte de los Olivos, que están llenos de gente, en que se ven como manchones, diría tristes, de esta parte de Jerusalén, que se estrecha entre las oscuras murallas del Templo que domina de esta parte con toda su mole, y el monte de los Olivos de

⁴ Cfr. Jud. 5, 21-23; Sal. 146, 2; 2 Mac. 1, 23-29; Sant. 1, 1; 1 Pe. 1, 1.

⁵ Cfr. Ex. 3, 13-15; Ju. 8, 24 y 58; Ap. 1, 4 y 8; 4, 8; 11, 17; 16, 5.

aquella. Más al sur el valle se alarga, pero aquí es muy estrecho, es una línea excavada entre el monte Moria y el de Olivos.

Jesús no se dirige a Getsemaní, sino toma la parte contraria, el norte, pero sin dejar el monte que luego se cambia en valle y agreste donde el arroyo, en medio de colinas también agrestes y pedregosas, corre formando un arco al norte de la ciudad. Entre los olivos se ven arbolillos sin fruto, llenos de espinas, torcidos, enmarañados, en medio de zarzas que salen por todas partes. Un lugar muy triste, muy solitario. Tiene algo de infernal, de apocalíptico. Alguno que otro sepulcro y no más. Ni siquiera leprosos. Es rara esta soledad que contrasta con la ciudad tan cercana y llena de tanta gente y ruido. Aquí fuera del ruido que forma el agua entre las piedras y el rumor del viento entre las hierbas nacidas, entre los pedruscos, no se oye ningún otro ruido. Falta hasta la nota alegre de los pajarillos que son tan numerosos entre los olivos de Getsemaní y del Olivar. Aún más, el fuerte viento que sopla del noroeste, y que levanta remolinos de polvo, aleja el rumor de la ciudad, y el silencio, un silencio tétrico, reina en este lugar, un silencio que oprime, que infunde miedo.

“¿Pero es por aquí por donde se va?” pregunta Pedro a Isaac.

“Sí, sí. Se puede ir por otros caminos, si sale uno por la puerta de Herodes, o mejor, por la de Damasco. Pero no está mal que conozcáis los senderos menos frecuentados. Dimos vueltas por todos los alrededores para conocerlos y enseñároslos. Así podéis ir a donde queráis, a las cercanías, sin pasar por los caminos acostumbrados”.

“¿Puede uno fiarse de los Nobe?” pregunta nuevamente Pedro.

“Como tu casa misma. El pasado invierno Tomás hizo de este poblado su propio lugar, lo mismo que lo ha hecho Nicodemo, el sacerdote Juan su discípulo y otros”.

“Y tú hiciste más que todos” dice Benjamín (pastor).

“¡Oh yo! Si es así, también todos lo hicieron. Créeme, Maestro, que ahora alrededor de la ciudad hay lugares seguros...”

“También Rama...” dice Tomás orgulloso de su ciudad. “Mi padre y mi cuñado con Nicodemo te han tenido presente”.

“Entonces también Emmaús” dice un hombre que no me es desconocido, pero no puedo precisar quién sea, también porque conozco más de una ciudad Emmaús en Judea, sin mencionar la que está cerca de Tariquea.

“Está lejos para ir y venir como ahora hago. No faltará la ocasión de que vaya alguna vez”.

“Y a mi casa” dice Salomón.

“Por lo menos una vez allá para saludar al viejo”.

“También está Béter”.

“Y Betsur”.

“No iré a la casa de las discípulas, pero cuando sea necesario las mandaré llamar”.

“Tengo un buen amigo que vive cerca de En Rogel. Puedes disponer de su casa. Y ninguno de los que te odian podrán pensar que estás tan cerca de ellos” dice Esteban.

“Te puede hospedar el jardinero de los jardines reales. Es una sola cosa con Mannaén que le consiguió ese puesto... y además... Lo curaste un día...”

“¿Yo? No lo conozco...”

“Estuvo en la Pascua, entre los pobres que curaste en casa de Cusa. Su pierna se podría a causa de un golpe de guadaña, y su primer patrón lo había arrojado por ello. Pedía limosna para sus hijos. Lo curaste. Mannaén lo puso en los jardines, y en uno de los momentos buenos que tiene Antipas, le consiguió el puesto. Ese hombre hace ahora todo lo que dice Mannaén. Y luego tratándose de Ti...” dice Matías (pastor).

“Nunca he visto a Mannaén con vosotros...” dice Jesús mirando fijamente a Matías, que cambia de color y se turba: “Ven conmigo adelante”.

El discípulo lo sigue.

“¡Habla!” “Señor... Mannaén se ha equivocado... sufre... y sufre mucho y con él Timoneo y alguno más. No pueden estar tranquilos porque Tú...”

“No van a pensar que les tengo rencor...”

“¡Noooo! Pero... Tienen miedo a tus palabras y a verte”.

“¡Qué equivocados están! Porque se extraviaron deben venir a la Medicina. ¿Sabes dónde están?”

“Sí, Maestro”.

“Entonces ve a verlos y diles que los espero en Nobe”.

Matías se va sin perder tiempo.

Desde la vereda del monte se ve a toda Jerusalén hacia el norte... Jesús con sus discípulos le vuelve la espalda al tomar el sentido contrario.

184. En Nobe. Milagro en el viento

6 septiembre 1946

Es un poblado tranquilo, de buena apariencia. Sus habitantes están dentro de sus casas porque sopla un fuerte viento. Pero cuando los discípulos van a avisar que ha llegado Jesús, es notorio cómo todas las mujeres, los niños, los viejos que no pueden salir a trabajar se apiñan alrededor de Él que se ha quedado en la plazoleta principal. Como el poblado está en alto, aun en los días de neblina goza de aire y de luz, y los ojos pueden distinguir allá al sur Jerusalén, al norte Rama (digo Rama porque está escrito en un trozo de columna con su indicación de millas).

La gente está entusiasmada, y conmovida, porque es una gran alegría para ellos hospedar al señor... Un anciano, un verdadero patriarca, lo dice en nombre de todos, y las mujeres asienten con la cabeza.

Como la soberbia de los sacerdotes y fariseos suele imponerse sobre ellos, se encuentran un poco atemorizados... Pero Jesús hace que cobren confianza tomando en sus brazos a una niña que apenas da los primeros pasos. Acaricia al anciano diciéndole: “¿No me habíais visto aún?”

“De lejos... Cuando pasabas por el camino... Alguien te vio en el Templo. Pero nosotros que estamos muy cerca de la ciudad, nos era más fácil conseguir lo que otros que vienen de lejos” dice el anciano.

“Así siempre es. Lo que parece hacer fáciles las cosas, las hace difíciles, porque todos se apoyan en la idea de que sea fácil. Pero ahora nos conoceremos. Regresa a tu casa, padre. El otoño arrastra sus vientos que no son buenos para los ancianos”.

“¡Oh, estoy solo! La vida no tiene más valor para mí...”

“Su hija está lejos y su mujer se le murió en las Encenias” dice una mujer.

“Juan, no debes decir así, hoy que tienes al Rabí contigo. ¿Tanto como lo deseabas ver!” le reprocha una viejecita.

“Es verdad, pero... Tú eres el Mesías, ¿no es verdad?”

“Sí, padre”.

“¿Y qué puedo desear ahora que lo he visto todo y que he visto cumplidas las promesas hechas a Abraham?¹ Yo estuve presente aquel día en que un anciano cantó las promesas, porque mi Lía había ido a purificarse de su único parto,² estaba cerca yo de ella, y antes de nosotros había cumplido con lo prescrito una Mujer muy joven... El anciano besando al Niño dijo: ‘Deja, Señor, que tu siervo se vaya en paz porque sus ojos han visto al salvador’. Ese recién nacido eras Tú, entonces. ¡Oh, qué felicidad! También yo pedí al Señor diciéndole: ‘Haz que también yo lo conozca antes de morir’. Ahora te conozco. Estás aquí. La mano de mi Señor está posada sobre mi cabeza. Su voz me ha hablado. El Eterno me ha escuchado. ¿Y qué otras palabras diría yo sino las del docto y justo viejo Simeón? Las repito: ‘Deja, Señor, que tu siervo se vaya en paz porque sus ojos han contemplado a tu Mesías’”.

“¿No quieres esperar a ver su reino?” pregunta una mujer

¹ Cfr. Gén. 12, 1-9; 13, 14-18; 15; 17; Hech. 3, 25-26; Rom. 4, 1-3; Gal. 3; Hebr. 11, 8-12.

² Cfr. Lev. 12.

“No, María. Las fiestas no son para los viejos. No creo lo que muchos dicen. Recuerdo las palabras de Simeón... Prometió que una espada se clavaría en el corazón de aquella Mujer porque no todos aMarían al Salvador... Dijo que por causa de Él muchos encontrarán su destrucción o resurrección... Y está Isaías... Y está David... No, prefiero morir y esperar su gracia desde allá... Y desde allá su Reino...”

“Padre, tú ves mejor que los jóvenes. Mi Reino es el de los cielos. Pero mi venida para ti no es destrucción porque sabes creer en Mí. Vamos a tu casa, voy a estar contigo”. El anciano lo lleva a una casa blanca en una callejuela cercada de árboles cuyas hojas arranca la fuerza del viento. Entran también Pedro, los dos hijos de Alfeo y Juan. Los otros van a diversas casas...

...para regresar poco después a llenar la casucha, el huerto, la terraza, hasta subirse sobre una pared que separa el huerto del camino, sobre un grande nogal y sobre un manzano también grande, sin preocuparse del viento que a momentos sopla cada vez más fuerte, y arrastra el polvo.

Quieren oír a Jesús, que se pone en el umbral de la cocina de modo que su voz se esparza dentro y fuera de la casa.

“Un rey poderoso de inmensos dominios, quiso un día ir a visitar a sus súbditos. Vivía en un rico palacio desde el que, por medio de sus siervos y mensajeros, daba a conocer sus órdenes y los favores que hacía a sus súbditos que estaban enterados del amor que por ellos tenía, de sus intenciones, pero no lo conocían en persona, ni habían oído su voz ni sus palabras. Sabían, sí, que era su Señor y no más. Y como sucede con frecuencia, por este motivo muchas de sus leyes y disposiciones eran alteradas, o por mala voluntad o por no comprenderlas, de modo que los intereses de los súbditos y los deseos del rey, que quería que fuesen felices, padecían daño. Algunas veces se vio obligado a castigarlos, lo que le causaba mucha aflicción. Los castigos no producían ningún remedio. Entonces dijo: “Iré Yo. Les hablaré directamente. Me haré conocer. Me amarán y me seguirán mejor y serán felices”. Dejó pues su rica morada para ir entre su pueblo.

Su llegada causó mucha admiración. El pueblo se conmovió, se agitó: algunos con júbilo, otros con terror; estos con ira, aquellos con desconfianza, los de más allá con odio. El rey, paciente, incansable, se acercaba a quien lo amaba como a quien lo temía u odiaba. Se puso a explicar sus leyes, a escuchar a sus súbditos, a hacerles el bien, a tolerarlos. Muchos acabaron por amarlo, a no huirle porque era muy bueno; algunos pocos, dejaron de desconfiar y de odiarlo. Eran los mejores. Muchos siguieron como antes, porque no tenían buena voluntad. Pero el rey, que era muy sabio, soportó aun esto apoyándose en el amor de los mejores que eran la recompensa de sus fatigas.

Pero, ¿qué sucedió? Que aun de entre los mejores no todos comprendieron. ¡Venía desde lejanas tierras! ¡Su modo de hablar era tan nuevo! ¡Sus planes eran tan diversos de los de sus súbditos! No todos lo comprendieron... Aun más algunos le causaron dolores, y con ello daño, o por lo menos pudieron habérselo dado, porque no lo comprendieron bien. Y cuando comprendieron que le causaron aflicción y daño, huyeron desesperados de su presencia, y jamás volvieron a Él, por temor a su palabra.

El rey, por el contrario, había leído en sus corazones y diariamente los llamaba con amor, rogaba al Eterno que le permitiese volver a verlos para poder decirles: “¿Por qué me teméis? Es verdad que vuestra incompreensión me causó pena, pero no había malicia en ella, sino que era fruto de vuestra incapacidad para comprender mi lenguaje que es diverso al vuestro. Lo que me aflige es que me temáis, porque significa para mí que no sólo no me tomáis por rey, sino ni siquiera como un amigo. ¿Por qué no habéis venido? Volved en buena hora. Si la alegría de amarme no os hizo capaces de comprenderme, que lo haga el dolor que me habéis causado. ¡Oh, venid amigos míos! No aumentéis vuestra ignorancia con estar lejos, vuestras tinieblas con esconderos, vuestra amargura con privaros de mi amor. ¿Lo veis? Vosotros y yo sufrimos por estar desunidos. Mucho más Yo que vosotros. Venid pues a darme alegría”.

Así quiso hablar el rey, y así habla. Y Dios habla de este modo a los corazones que pecan, así habla el Salvador a los que pudieron haberse equivocado.

Así habla el rey de Israel a sus súbditos. El verdadero rey de Israel, el que del pequeño reino de la tierra quiere llevar a sus súbditos al gran Reino de los cielos. En él no pueden entrar los que persiguen al Rey, los que no quieren comprender sus palabras y su pensamiento. ¿Y cómo lo podrían si de quien huyen ante todo es de Maestro?

Que ninguno se acobarde si es que pecó y se ha arrepentido; si se equivocó y reconoce su error. Que venga a la fuente que borra los errores y que da luz y sabiduría, y si tiene sed venga a quien muere por entregarse y vino del cielo para darse a los hombres”.

Jesús se calla. Tan sólo oye el bufido del aire, cada vez más fuerte. Sobre la cima del monte donde está Nobe se enfurece tanto que parece que los árboles van a ser arrancados de cuajo.

La gente debe correr a refugiarse a sus casas. Cuando se retiró y Jesús volvió a casa cerrando la puerta, Matías, seguido de Mannaén y Timoneo, salen detrás de la pared, entran en el huertecillo y llaman a la puerta.

Jesús mismo viene a abrir. “¡Maestro, aquí los tienes!...” dice Matías señalando a los dos que se habían detenido avergonzados en el borde del huerto y no se atreven a levantar su mirada para ver a Jesús.

“¡Mannaén! ¡Timoneo! Amigos míos” dice Jesús saliendo al huerto y cerrando la puerta para indicar a los de adentro que no salgan a ver. Se dirige a los dos con los brazos abiertos, abiertos para recibir el abrazo.

Los dos levantan la mirada, enternecidos con el amor que se percibe en la voz del Maestro. Ven su rostro y sus ojos, llenos de amor, y el miedo huye, corren hacia Él con un grito ahogado en llanto: “¡Maestro!” y caen a sus pies abrazándose, besando esos pies desnudos, bañándose en lágrimas.

“¡Amigos míos! No allí, sino aquí, en el corazón. ¡Tanto como os he esperado! Os conozco. ¡Ea, arriba!...” y trata de levantarlos.

“¡Perdón, perdón!... No nos lo niegues, Maestro. ¡Cuánto hemos sufrido!”

“Lo sé. Si hubierais venido antes, antes os hubiera dicho: “Os amo” ”.

“¿Nos amas, Maestro? ¿Como antes?” pregunta Timoneo, levantando una cara dudosa.

“Más que antes, porque ahora os habéis curado de todo lo humano que sentía vuestro corazón por Mí”.

“Es verdad. ¡Oh, Maestro mío! Y Mannaén se pone de pie al no resistir más. Se echas sobre el pecho de Jesús y Timoneo lo imita...”

“¿Veis que así se está bien? ¿No es mejor estar aquí que en un pobre palacio? ¿En dónde podéis conocer que soy más poderoso, más condescendiente, más rico en tesoros inagotables, que el tenerme como a Salvador, a Redentor, a un Rey espiritual y como a un buen Amigo?”

“Es verdad. Es verdad. ¡Nos engañaron! Creíamos honrarte, y que ellos estaban en lo justo.” “No penséis más en ellos. Ya pasó. Dejad que el tiempo, que pasa veloz como el torbellino que nos azota, lleve lejos todo esto, lo disperse para siempre... Pero entremos en casa. No es posible estar aquí...” “De hecho un fuerte torbellino se arroja sobre el poblado soplando del norte. Ramas arrancadas, tejas que vuelan, paredes débiles de las terrazas que caen. El nogal y el manzano se revuelven como si estuviesen a punto de ser arrancados del suelo.

Entran en casa. Los cuatro apóstoles sorprendidos miran la cara bañada todavía en lágrimas de los dos discípulos, que forman un contraste con la sonrisa que sobre ella se dibuja. Pero nada dicen.

“Se nos viene encima alguna desgracia” dice el anciano Juan.

“Los que están todavía en la choza la pasarán mal...” dice Pedro.

El viento es tan fuerte que las llamas de una lámpara de tres mechas, encendida para alumbrar la habitación, oscila pese a que las puertas están cerradas.

Al rugido del viento que cada vez aumenta y sacude la casa con tierra y desperdicios, de modo que parece como si estuviese cayendo sobre ella una granizada, se mezclan los gritos

cada vez más cercanos de las mujeres. Son las esposas aterrorizadas, son las madres angustiadas: “¡Nuestros maridos! ¡Nuestros hijos! Están en los senderos. Tenemos miedo. Se cayó la pared de la casa abandonada... ¡Señor, Jesús, piedad!”

Jesús se pone de pie, abre con dificultad la puerta que el viento empuja con toda violencia. Algunas mujeres para resistir el ventarrón –una tempestad con un cielo que infunde terror– gritan con los brazos extendidos.

“Entrad ¡No tengái miedo” dice Jesús. Mira el cielo y los árboles que están a punto de ser arrancados de cuajo.

“¡Entra, Jesús! Mira cómo se rompen las ramas y caen las tejas. No está bien que estés afuera” grita Judas de Alfeo.

“¡Pobres olivos! Esto es una granizada. Donde caiga, no recogerán más” dice sentenciosamente Pedro.

Jesús no entra. Más bien sale haciendo frente al torbellino que le sacude los vestidos y lo despeina. Abre los brazos, ora, y luego ordena: ¡Basta! ¡Lo quiero!” y vuelve a entrar en casa.

El viento lanza su postrer rugido, y luego se calma. El silencio que después de tanto fragor se impone, impresiona. Tanto lo es que caras asustadas se asoman de las casas. Las señales de la tempestad están allí: hojas, ramas tronchadas, pedazos de tela de tiendas. Ahora todo está en calma. El firmamento al ver la tierra calmada se quita las nubes negras que le cubrían y empieza a sonreír, y las nubecillas empiezan una fina llovizna que purifica el aire ensuciado con tanto polvo.

“¿Qué ha pasado?”

“¿Se acabó?”

“Parecía una tormenta y ¿ya se calmó?”

Son gritos que se escapan de casa en casa.

Las mujeres que habían ido a ver a Jesús salen: “¡El Señor, el Señor está con nosotros! Ha hecho un milagro. Apaciguó el ventarrón. Despejó las nubes. ¡Hosanna! ¡Hosanna! Sea alabado el Hijo de David. ¡Paz, bendición! El Mesías está con nosotros. ¡Con nosotros el Bendito, el santo! ¡El Santo, el Santo! ¡Aleluya!” El poblado saca afuera a todos sus habitantes y a sus huéspedes, esto es, apóstoles y discípulos que corren a la casucha donde está Jesús. Todos quieren besarlo, tocarlo, alabarlo.

“Alabad al Altísimo Señor. Él es el Señor de vientos y aguas. Si Él escuchó a su Hijo, lo hizo para premiar la fe y el amor que le habéis mostrado”.

Quisiera despedirse de ellos, pero ¿quién puede calmar a una población llena de alegría, conmovida con un milagro? ¿Sobre todo si es un poblado lleno de mujeres? Los esfuerzos de Jesús son vanos. Pacientemente sonríe mientras el anciano, su anfitrión, le enjuga las lágrimas y le besa la mano izquierda.

Ahora llegan a Jerusalén los primeros hombres jadeantes, aterrorizados. Temen que haya sucedido alguna desgracia. Ven que todos están de fiesta. “¿Qué pasó? ¿No os azotaba una tormenta? Desde el monte se vio que la población desaparecía en medio de nubes de polvo. Creíamos que había sido destruida. ¡Y todo está en calma!”

“¡El Señor! ¡El Señor! Vino a tiempo para salvarnos de la destrucción. Tan sólo cayó a los suelos la casa maldita, y una que otra teja y algunas ramas. ¿Y vosotros? ¿Qué pasó en Jerusalén?”

Las preguntas, las respuestas se cruzan. Pero los hombres se abren paso para ir a venerar al Salvador. Después dicen que la ciudad temía el ventarrón que se acercaba y que todos huían de sus tiendas a las casas y que los dueños de los olivos gritaban porque nada podrían recoger... cuando en un momento el viento se calmó, y el cielo se aclaró con una llovizna... y que toda la ciudad quedó asombrada. Y como la fantasía trabaja inmediatamente en casos similares, los hombres dicen que mientras huía la gente, muchos de los que habían estado en el Templo los primeros días, al ver que el Moria era sacudido por las ráfagas de viento, en tal forma que las mesas de los cambistas rodaban por los suelos y que la casa del Pontífice había sufrido varios daños, decían que era el castigo de Dios por las ofensas que habían hecho a su

Mesías. Y tales eran los rumores... Cuantos más hombres llegan, tanto más hay qué contar. Hay momentos en que da la impresión de que fue algo más apocalíptico de lo que sucedió el Viernes Santo...

185. Jesús con sus primos en el campo de los galileos

10 septiembre 1945

"Judas y Santiago, venid conmigo".

Los dos hijos de Alfeo no se lo hacen repetir dos veces. Se levantan, salen con Jesús de una casucha en un barrio al sur de Jerusalén donde están hoy.

"¿A dónde vamos, Jesús?" pregunta Santiago.

"A saludar a los galileos que están en el Olivar".

Por un espacio de tiempo se dirigen como en dirección a Jerusalén, después pasan cerca de unas colinas donde hay quintas de ricos, atraviesan el camino que va a Betania y Jericó, el que está más al sur y que lleva a Tofet y Siloán, dan vuelta por otra colina que es como continuación del monte de los Olivos, atraviesan otro camino que lleva de los olivos a Betania, y por una vereda que hay entre los olivos suben al campo de los galileos donde las tiendas no son muchas, pero sí quedan como recuerdo, ramas marchitas por el suelo, restos de hierba quemada, cenizas, carbones, trapos viejos, como suele suceder donde se acampa.

La estación fría que consigo trajo lluvia antes de tiempo alejó a los peregrinos. Caravanas de mujeres y niños parten ya. Los hombres, sobre todo los robustos, se han quedado para terminar la fiesta.

Algún discípulo habrá advertido a los galileos que creen en el Señor que llegará, porque veo a todos los de los poblados que conozco. De Nazaret están con los discípulos Alfeo, al que Jesús perdonó después de la muerte de su madre, y a otro más. Pero no veo ni a José ni a Simón de Alfeo. Con todo no faltan otros, entre los que está el sinagogo que se muestra un tanto embarazado al saludar a Jesús después que fue uno de los que más se le opusieron. Pero no deja de decir que los familiares de Jesús se han hospedado en "la casa de ese amigo que conoce" a causa de los niños que no podían soportar el aire de la noche. Caná está presente con el esposo de Susana, su padre y otros. Naim con su resucitado y otros más. Belén de Galilea con muchos habitantes suyos y las ciudades orientales también...

"La paz sea con vosotros" dice Jesús saludándolos, mientras acaricia a los niños que todavía hay, a sus amiguitos de los lugares galileos, y escucha a Jairo que le dice cuánto le desagradó no haber estado la última vez.

Jesús pregunta si la viuda de Alfeo se ha establecido en Cafarnaum y si tiene al huérfano de Giscala. "No lo sé, Maestro. Había ya partido..." dice jairo.

"Sí, sí, llegó una mujer que da mucha miel y reparte caricias a los niños. Hace tortas. Van a comer siempre a su casa los niños que iban a la suya. El último día nos mostró a un pequeñín. Compró ya dos cabras para que den leche, nos dijo que el niño es hijo del cielo y del Señor. No vino a la fiesta como deseaba porque no podía traer consigo al niño, pero nos dijo que te dijésemos que lo amará mucho y que te bendice".

Los niños de Cafarnaum forman un enjambre de vocecillas alrededor de Jesús, orgullosos de saber, *ellos*, lo que ni siquiera sabe el arquisinagogo, y de ser portadores de noticias que el Maestro escucha atentamente, y que luego responde: "Vosotros le diréis que también Yo la bendigo y que ame por Mí a los niños. Vosotros amadla mucho. No os aprovechéis de que es buena. No la queráis sólo por su miel y sus tortas, sino porque es buena. Tanto que ha comprendido que quien ama a un niño en mi nombre, me hace feliz. Imitadla todos, niños y adultos, pensando siempre que el que acoge a un pequeñín en mi nombre tiene un lugar asegurado en el cielo, porque la misericordia siempre tiene su premio, aun cuando lo que se diere en mi nombre, fuese un vaso de agua. Pero la que se emplea con los pequeñuelos, salvándolos no sólo del hambre, sed, frío, sino de la corrupción del mundo, recibe un premio

infinitamente mayor... Vine a bendeciros antes de que partáis. Llevaréis mi bendición a vuestras mujeres, a vuestros hogares...”

“¿Pero, no regresas con nosotros, Maestro?”

“Regresaré... pero no ahora. Después de la Pascua...”

“Pero si te quedas mucho tiempo por aquí te olvidarás de tu promesa...”

“No tengáis miedo de ello. Es más fácil que el sol deje de brillar que Jesús se olvide de quien espera en Él”.

“¿Será por mucho tiempo?”

“¡Es triste!”

“Si nos enfermamos...”

“Si nos encontramos con aflicciones...”

“Si la muerte llega a visitar nuestros hogares...”

“¿Quién nos ayudará?” dicen varias voces.

“Dios. Él estará con vosotros si permanecéis en Mí con vuestra voluntad”.

“¿Y nosotros? Hace poco que creemos en Ti, te lo decimos claro. ¿No tendremos entonces consuelo? Claro, ahora que te vimos hacer milagros y que te oímos hablar en el templo, creemos en Ti...”

“Cuánto me alegro de que mis paisanos están en el camino de la salvación. Esto es lo que más deseo”.

“¿Nos amas tanto? Por mucho tiempo te ofendimos y nos burlamos de Ti...”

“Eso ya pasó. No existe más. Sed fieles en lo porvenir y os digo en verdad que en la tierra como en el cielo está borrado vuestro pasado”.

“¿te quedas con nosotros? Nos partiremos el pan como tantas veces lo hicimos en nazaret, cuando todos éramos iguales, y cuando en los sábados descansábamos bajo los olivos, o bien cuando Tú eras sólo Jesús y venías con nosotros y como nosotros a Jerusalén para las fiestas...” la melancolía, el recuerdo de tiempos pasados se refleja en las voces de los nazarenos que se han hecho seguidores de Jesús.

Quería ir a donde están José y Simón, pero iré después. Todos sois mis hermanos en Dios, y ante mis ojos tiene más valor el espíritu y la fe que los vínculos de parentesco, porque estos se acaban y mueren, mientras que los otros son inmortales”.

Mientras algunos se apresuran a encender el fuego para asar pedazos de carne y a preparar ramos de olivo para que sirvan de mesa. Los demás edad y de mayor autoridad de todos los lugares de Galilea, se estrechan alrededor de Jesús preguntándole que por qué esta mañana y el día de ayer no había estado en el Templo, y que si mañana iría, mañana que es el último día de la fiesta.

“Estuve en otras partes... pero mañana iré”.

“¿Y hablarás?”

“Si puedo...”

Alfeo de Sara en voz baja, y mirando a su alrededor, susurra al Maestro: “Tus hermanos fueron a la ciudad para buscarte defensores... Ese sabe muchas cosas porque está emparentado, por razón de matrimonio de mujeres, con uno del Templo... José se preocupa mucho por Ti ¿lo sabías? En realidad es bueno...”

“Lo sé. Y será mejor cuando lo sea espiritualmente”.

Llegan otros galileos de la ciudad. El número aumenta. Los niños no están contentos con ellos, porque los adultos los echan fuera y no logran abrirse paso hasta Jesús, hasta que Él lo nota y dice con una sonrisa en los labios: “Dejad que mis pequeñuelos vengan a Mí”.

El cerco se rompe, y alegres cual pajarillos, vuelan a Jesús que los acaricia mientras continúa hablando con los adultos. Su larga y bronceada mano, que quemó el sol durante el verano, pasa y vuelve a pasar por las negras y castañas cabecitas por donde sale alguno que otro mechón dorado. Los niños se le pegan y esconden sus caritas entre sus vestidos. Se le esconden bajo el manto. Se le abrazan a las rodillas, a los lados, deseosos de una caricia, felices cuando se las da.

Después de haber bendecido Jesús la comida, los niños comen a su alrededor. Los corazones saborean tranquilidad, saborean amistad.

Los que no son seguidores de Jesús, miran desde lejos, burlones e incrédulos. Pero nadie les hace caso...

La comida ha terminado. Jesús es el primero en ponerse de pie y llama a Jairo, a Alfeo, a Daniel de Naim, a Elías de Corozáin, a Samuel (ex lisiado de no sé dónde), luego a un cierto Urías, a uno de los tantos Juanes, a uno de los tantos Simones, a un Leví, a un Isaac, a Abel de Belén, etc. etc., a uno por cada poblado, y ayudado por sus primos hace partes iguales de dos bolsas llenas de dinero, y las entrega para que las den a los pobres de cada poblado.

Luego que se ha quedado sin un céntimo, bendice a todos y se despide de ellos. Quisiera ir a Jerusalén sin acompañamiento y entrar por la puerta de las Ovejas, pero casi todos lo siguen sobre todo los niños que le han tomado del vestido, del manto, y que no cabe duda que le dan molestia, pero Él no protesta y los deja que lo hagan...

Aquel niño de Mágdala, Benjamín, el que dijo un día a Judas de Keriot lo que era, tira a Jesús del vestido para que se incline a escucharlo.

“¿Tienes todavía contigo a aquel hombre malo?”

“¿Cuál malo? Conmigo no hay malos...” dice Jesús sonriéndole.

“¡Sí que los hay! Aquel hombre alto y moreno que se reía... ¿recuerdas? Aquel a quien le dije que era un hermoso por fuera, pero feo por dentro... ese es malo”.

“Se refiere a Judas” dice Tadeo que está detrás de Jesús y ha oído.

“Lo sé” le responde Jesús volviéndose, y luego al niño: Está conmigo ese hombre. Es un apóstol mío. Ahora es muy bueno... ¿Por qué sacudes la cabeza? No se debe pensar mal del prójimo, sobre todo de aquel que no se conoce”.

El niño baja la cabeza y se calla.

“¿No me respondes?”

“A Ti no te gusta que se digan mentiras... y yo te prometí no decirlas y he cumplido mi promesa. Pero ahora si te dijere que í, que creo que es bueno, diría una cosa que es falsa, porque pienso que es malo. Puedo tener callada la boca para agradarte, pero no puedo dejar que mi cabeza piense en ello”.

El razonamiento es tan claro y lógico en su sencillez infantil que los que lo oyen se echan a reír todos, menos Jesús que suspira y dice: “Bueno, tú debes hacer una cosa: rogar para que sea bueno, si es que piensas que sea malo. Debes ser un ángel. ¿Lo harás? Si se hace mejor Yo me alegraré mucho. Así pues, si ruegas por él, ruegas para que Yo esté contento”

“Lo haré, pero si él es malo, y no se hace bueno estando contigo, de nada servirá que yo ruegue”.

Jesús trunca la discusión deteniéndose e inclinándose a besar a los niños. Luego manda que todos regresen... Cuando se encuentran solos, Jesús y sus dos primos, Judas de Alfeo, después de un poco de silencio, como si antes hubiera pensado lo que iba a decir, concluye: “¡Tiene razón! ¡Toda la tiene! Yo también pienso como él”.

“¿De qué hablas?” le pregunta su hermano Santiago que absorto caminaba por la vereda por la que puede caminar una sola persona.

“De Benjamín. Y de lo que dijo. Pero Tú no quieres escucharlo, y también yo te digo que Judas es... No es un verdadero apóstol... No es sincero, no te ama, no...”

“¡Judas! ¡Judas! ¿Por qué me causas esta aflicción?”

“Hermano mío, porque te amo. Tengo miedo de Iscariote, más miedo que de una serpiente.

“Eres injusto. Tal vez hubiera sido capturado si él no hubiese ayudado”.

“Jesús tiene razón. Judas ha hecho mucho. Se atrajo odios y burlas incontables. Trabajó y trabaja por Jesús” interviene Santiago.

“Yo no puedo convencerme que Tú seas un tonto, que Tú mientas... me pregunto por qué entonces sostienes a Judas. No hablo por celos, ni por odio. Hablo porque creo que por dentro él es malo, que no es sincero... Lo que puedo admitir por amor a Ti es que esté loco. Un pobre loco que delira hoy de este modo, mañana de otro. Pero que sea bueno, no lo es. ¡Desconfía

de él, Jesús, desconfía!... Ninguno de nosotros es bueno. Pero míranos bien. Nuestros ojos son francos. Nuestra conducta es igual. ¿No te dice nada el hecho de que los fariseos no le hagan pagar las burlas que les hace? ¿Nada significa para Ti que los del templo no reaccionen contra sus palabras? ¿Nada que tenga siempre amigos entre aquellos a quienes aparentemente ofende? ¿Nada que siempre tenga dinero? No me refiero a nosotros dos, pero ni siquiera Natanael, que es rico, y Tomás a quien no faltan los medios, no tienen sino lo necesario. Pero él... ¡Oh!...”

Jesús no dice nada...

Santiago hace la observación de: “En parte mi hermano tiene razón. Es cierto que Judas encuentra siempre el modo de... estar solo, de ir solo... de... pero no quiero murmurar ni juzgar. Tú sabes...”

“Sí, lo sé. Y por esto he dicho que no quiero juicios. Cuando estaréis en el mundo en mi lugar, encontraréis gente más rara que Judas. ¿Qué apóstoles vais a ser si los evitáis porque son raras? Antes bien, porque lo son, las deberéis amar con cariño sin igual para hacer que se conviertan en corderos del Señor. Vamos ahora a donde están José y Simón. ¿Oísteis, no es verdad? En secreto trabajan por Mí. Diréis que se trate de amor de familia. Es verdad, pero no deja de ser amor. La última vez no os despedisteis con buenas razones. Haced las pases. Ellos y vosotros tenéis razón y no la tenéis. Cada uno reconozca su error, y que no levante su voz en aquello que tiene razón”.

“Él me ofendió al haberte ofendido” dice Santiago.

“Te pareces mucho a José, mi padre; y José tu hermano se asemeja a tu padre Alfeo. Pues bien: José fue criticado duramente por su hermano mayor, pero él siempre lo compadeció y perdonó. Porque mi padre fue un hombre justo. Imitadlo”.

“¿Y si me regaña como si fuera yo todavía un muchacho? Sabes que cuando no se siente bien, no entiende razones...”

“Cállate. La única medicina para calmar la ira es callarse. Cállate humilde y pacientemente, y si ves que no puedes callar sin cometer algún desaire, vete. ¡Saber callar! ¡Saber huir! No por cobardía, ni porque falten palabras, sino por virtud, por prudencia, por caridad, por humildad. En las disputas es muy difícil conservar la justicia y la paz del espíritu. Hay siempre algo que baja a lo profundo a enturbiar, a hacer confusión. Y la imagen de Dios que se refleja en cada alma que es buena, se empaña, desaparece; no se pueden escuchar sus palabras. ¡Paz! ¡Paz entre los hermanos! Paz también con los enemigos. Si ellos son enemigos nuestros, son amigos de Satanás. ¿Queremos acaso ser también amigos de Satanás, al odiar al que nos odia? ¿Cómo podremos conducirlos al amor si estamos nosotros fuera de él? Vosotros me decís: “Jesús lo has dicho muchas veces y lo haces, pero de todos modos a Ti te odian”. Siempre repetiré lo mismo. Cuando no estaré ya con vosotros, os lo inspiraré desde el cielo. Os digo también que no contéis las derrotas, sino las victorias. ¡Alabemos al Señor! No pasa una sola luna en que no haya una nueva conquista. Esto es lo que debe tener en cuenta el obrero del Señor, alegrándose en Él, sin esa rabia que los del mundo experimentan cuando pierden una de sus pobres victorias. Si hicierais así...”

“La paz sea contigo, Maestro. ¿No me conoces?” pregunta un joven que subía de la ciudad hacia Getsemaní.

“¿Tú?... Tú eres el levita que el año pasado estuviste con nosotros junto con el sacerdote”

“Exacto. Soy yo. ¿Cómo me has reconocido, Tú que tienes un mundo a tu alrededor?”

“Jamás olvido las características de las caras y de las almas”.

“¿Cuál es la de mi alma?”

“Buena. Pero insatisfecha. Estás cansado de lo que te rodea. Tu espíritu tiende a cosas mejores. Sientes que las hay. Sientes que es la hora de decidirte por un bien eterno. Sientes que más allá de las nubes hay un sol, está la luz. Quieres la Luz”.

El joven se arroja de rodillas ante Jesús: “Maestro, lo has dicho. Es verdad. Lo traigo en el corazón. Y no sabía decidirme. El viejo sacerdote Jonatás creyó, y luego murió. Era viejo. Yo

soy joven. Te oí hablar en el Templo... No me rechaces, Señor, porque no todos los de allí te odian y yo soy de los que te aman. Dime qué debo hacer siendo levita..."

"Cumplir con tu deber hasta la nueva era. Piensa que no sales al encuentro de una gloria terrena al venir a Mí, sino al dolor. Si perseveras, tendrás gloria en el cielo. Instrúyete en mi doctrina. Confírmate en ella..."

"¿Con qué?"

"El cielo mismo te confirmará con sus señales. Afíanzate una y otra vez con la ayuda de mis discípulos y procura siempre conocer y practicar lo que he enseñado. Haz esto y conseguirás la vida eterna".

"Lo haré, Señor. Pero... ¿puedo seguir sirviendo en el Templo?"

"Te lo acabo de decir; hasta la nueva era".

"Bendíceme, Maestro. Será mi nueva consagración".

Jesús lo bendice y lo besa. Se separan.

"¿Veis? Así es la vida de los operarios del Señor. Hace un año que en ese corazón vacío cayó la semilla, y no parecía que hubiera sido victoria porque no brotó al punto. Después de un año ved lo que sucede, y que esto sirva para confirmar lo que hace poco os venía diciendo. Una victoria. ¿Y esta victoria, no nos hará bello el día de hoy?"

"Siempre tienes razón, Jesús mío... ¡Pero no pierdas de vista a Judas! Fui un tonto en haberlo dicho. Lo comprendo. Tú sabes... En mi corazón existe siempre este tormento... no lo digo a los otros, pero está... y estoy seguro que los otros también lo tienen".

Jesús no replica. Dice: "Estoy contento de que José y Nicodemo me hayan dado ese dinero. Así puedo enviar un regalo a mis pobres de Galilea..."

Han llegado a la Puerta, entran por ella perdiéndose entre la multitud.

186. En el día más festivo de los Tabernáculos ¹

13 septiembre 1946

El Templo está a reventar de gente, mas no se ven muchas mujeres, ni niños. Como han estado soplando ventarrones con breves aguaceros, tal vez ha sido la razón porque las mujeres decidieron regresar con sus hijos. Pero los adultos de toda la Palestina, y los prosélitos de la Diáspora ² llenan literalmente el Templo para ofrecer sus últimas plegarias, sus últimas ofrendas y escuchar las últimas lecciones de los escribas.

Los galileos seguidores de Jesús están casi todos con sus jefes más importantes al frente, y en el centro, muy convencido de su parentesco, está José de Alfeo con su hermano Simón. Otro grupo cerrado y en espera lo forman los setenta y dos discípulos, los llamo así para decir que los eligió Jesús para evangelizar. Es un número que ha cambiado, como también de caras, porque algunos de los primeros no están ya desde que se separaron de Jesús cuando pronunció su discurso sobre el Pan del cielo, y otros se han unido a los nuevos como Nicolás de Antioquía. Un tercer grupo bien nutrido y numeroso lo forman los judíos, entre los cuales veo al sinagogo de Emmaús, al de Hebrón, al de Keriot; de Yutta veo al marido de Sara, y de Betsur a los parientes de Elisa.

Están cerca de la puerta llamada la Hermosa, y se comprende que quieren rodear al Maestro tan pronto como se deje ver. De hecho Jesús no puede dar un paso dentro del recinto sin que estos tres grupos lo rodeen como para aislarlo de los malintencionados o aun de aquello que son curiosos.

Jesús se dirige al pórtico de los Israelitas para orar y los otros lo siguen formando un grupo compacto lo más que pueden, sin hacer caso a los malintencionados que protestan porque deben hacerse a un lado. Jesús va en medio de sus hermanos. La mirada de José de Alfeo y su porte no son suaves como los de Jesús. José mira con altivez a algunos fariseos.

¹ Cfr. Ju. 7, 37-53.

² Cfr. Jud. 5, 21-23; Sal. 146, 2; 2 Mac. 1. 23-29; Sant. 1, 1; 1 Pe. 1, 1.

Oran y luego regresan al Pórtico de los Gentiles. Jesús se sienta humildemente sobre el suelo apoyado contra el muro del Pórtico, o que hacen también los que le siguen formando un círculo concéntrico. Los que no lo hacen se quedan de pie. Pero las miradas de todos convergen en un solo lugar: en el rostro de Jesús. Los curiosos o los malintencionados están fuera de esta barrera de fieles discípulos, y se esfuerzan, alargando sus cuellos, poniéndose de puntitas, para ver hacia el centro.

Entre tanto Jesús escucha a éste y a aquél que le piden consejo, o que le dan alguna noticia. Los parientes de Elisa le dicen que ésta les encargó que preguntasen si podía venir a servir al Maestro. Responde: “No voy a estar aquí. Más tarde vendrá”. Habla el pariente de María de Simón, madre de Judas de Keriot, diciendo que se quedó ella a guardar la finca, y que María está casi siempre con la madre de Juana. Judas abre tamaños ojos, pero no dice nada. Habla el marido de Sara diciendo que pronto le va a nacer otro hijo y le pregunta qué nombre le pondría. Jesús responde: “Si es varón Juan; si mujer Ana”. El viejo sinagogo de Emmaús le dice en voz baja algo para él importante. Jesús le responde de igual modo. Y así sigue.

La gente ha aumentado cada vez más. Jesús levanta su cabeza y mira. Como el portal está un poco más elevado, aun cuando siga sentado sobre el suelo, domina gran parte del patio y ve caras y más caras.

Se pone de pie y dice en voz fuerte, con su melodioso y robusto tono: “Quien tenga sed, venga a Mí y beba. Nacerán ríos de aguas vivas del seno de los que creyeren en Mí”.

Su voz llena el ancho patio, la espléndida columnata y va más allá. Sobrepasa otras voces, como un armonioso trueno lleno de promesas. Después de haber dicho estas palabras se calla por algunos instantes como si hubiera querido anunciar el tema de su discurso y como para dar tiempo a que se vaya sin perturbar, el que no quiera escucharlo. Los escribas y doctores guardan silencio, o bien bajan sus voces envueltas en un susurro sin duda no agradable. No veo a Gamaliel.

Jesús se adelanta entre el semicírculo que se abre al verlo avanzar para volverse a cerrar a sus espaldas, cambiándose de semicírculo en anillo. Camina despacio, majestuoso. Parece como resbalar sobre el policromado mármol del pavimento, con el manto que le arrastra un poco. Se dirige al ángulo del Pórtico, a la grada que sobresale y allí se para. De este modo domina ambos lados del primer patio. Levanta su brazo derecho como suele hacerlo cuando va a empezar a hablar. Con la izquierda sostiene el manto sobre el pecho.

Repite las palabras anteriores: “Quien tenga sed venga a Mí y beba. Nacerán los ríos de aguas vivas del seno de los que creyeren en Mí”.

El gran Ezequiel, que vio la teofanía del Señor³, que fue sacerdote y profeta, después de que en visión vio los actos impuros que se cometían en la casa profanada del Señor⁴, después de haber visto en visión que sólo los señalados con la Tau⁵, vivirán en la verdadera Jerusalén, mientras que los demás probarán una y otra desgracia, una y otra condenación, uno y otro castigo –y como el tiempo está cercano, más de lo que os imagináis, os exhorto como Maestro y Salvador a no diferir el señalarlos con el signo que salva, a no diferir en introducir en vosotros la Luz y la Sabiduría, a no tardaros en arrepentiros y a llorar por vosotros, y por los demás, para que os podáis salvar- Ezequiel después de que vio esas visiones, habla de una terrible. La de los huesos secos⁶.

Llegará un día que sobre un mundo muerto, bajo un firmamento apagado, aparecerán huesos y más huesos de muertos al toque de la trompeta angélica. Como un vientre que se abre para parir, así la tierra arrojará de sus entrañas todos los huesos de seres humanos donde los hubiere, desde los de Adán hasta los del último muerto. Será entonces la

³ Cfr. Ez. 1; 10.

⁴ Cfr. Ez. 8.

⁵ Cfr. Ez. 9.

⁶ Cfr. Ez. 37, 1-14.

resurrección. Entonces resucitarán los muertos para el grande y supremo juicio final, después del que, como una manzana de Sodoma, el mundo se vaciará, reduciéndose a la nada, y el firmamento se acabará con sus astros. Todo se acabará, menos dos cosas eternas, separadas en los extremos de dos abismos de una profundidad incalculable, completamente diversos por su forma y aspecto, y por el modo con que en ellos continuará para siempre la potencia de Dios: el Paraíso: la luz, alegría, paz, amor; el Infierno: tinieblas, dolor, horror, odio.

¿Pero os imagináis que porque el mundo no está todavía muerto y las trompetas angélicas no convocan, el campo exterminado de la tierra no esté cubierto de huesos sin vida, secos completamente, inertes, separados, muertos? En verdad os digo que así es. Entre los que viven, entre los que respiran todavía el aire, hay muchísimos que son semejantes a cadáveres: a los huesos secos que vio Ezequiel. ¿Quiénes son esos tales? Son los que no tienen en sí la vida del espíritu.

Los hay en Israel como en todo el mundo. Que entre los gentiles e idólatras no hay sino muertos que esperan ser vivificados por la Vida, es cosa natural, y causa sólo dolor a los que poseen la verdadera Sabiduría, porque les hace comprender que el Eterno creó para Sí las criaturas, y no para la idolatría, y se entristece de ver tantas muertes. Y si el Altísimo tiene este dolor, que ya es grande, ¿cuál no será el que sienta por los de su Pueblo que son huesos que blanquean, sin vida, sin espíritu?

¿Por qué deben ser huesos áridos, culpables, los elegidos, los predilectos, los protegidos, los alimentados, los instruidos por Él o por sus siervos o profetas, cuando para ellos tuvo siempre un arroyo de agua viva del cielo y les ha quitado la sed con la vida y la verdad? ¿Por qué se han secado, cuando fueron plantados en la tierra del Señor? ¿Por qué está muerto su espíritu cuando el Espíritu Eterno ha puesto a su disposición un tesoro de sabiduría para que lo tomasen y *viviesen*? ¿Por medio de qué prodigio podrán volver a la Vida, si dejaron las fuentes, los pastizales, las luces que Dios les concedió y andan a tientas en la oscuridad y beben de fuentes contaminadas y se alimentan de cosas no santas?

¿No volverán a vivir? Sí. Os lo juro en nombre del Altísimo. Resucitarán muchos. Dios tiene listo ya el milagro, mejor dicho, ha comenzado a desarrollarse, se ha efectuado en algunos, y algunos huesos áridos se han revestido de vida porque el Altísimo, para quien nada es imposible, ha mantenido su promesa y la sostiene y cada vez más la realiza. Desde lo alto de los cielos grita a estos huesos que esperan la Vida: “Ved que infundiré en vosotros el espíritu y viviréis”. Y ha tomado a su Espíritu, a Sí mismo se ha tomado, y ha formado una carne para revestir su Palabra, y la ha enviado a estos muertos para que hablándoles, se infunda en ellos nuevamente la Vida.

Cuántas veces en siglos pasados Israel ha gritado: “Están secos nuestros huesos, nuestra esperanza ha muerto, estamos arrancados” Pero las promesas son cosa sagrada; las profecías son verdad. Ved que ha llegado el tiempo en que el Enviado de Dios abre las tumbas para sacar de ellas a los muertos y vivificarlos para llevarlos consigo al verdadero Israel, al Reino del Señor, al reino de mi Padre y vuestro.”Yo soy la Resurrección y la Vida! ¡Yo soy la Luz que vino a iluminar lo que estaba sumergido en las tinieblas! ¡Yo soy la Fuente que arroja vida eterna!

Quien viniere a Mí, no gustará la muerte. Quien tuviere sed de Vida que venga y que beba. Quien quiera poseer la Vida, esto es, a Dios, que crea en Mí, y de su pecho brotarán no gotitas sino ríos de aguas vivas. Porque quien cree en Mí formarán conmigo en nuevo templo del que brotan aguas saludables, de las que habla Ezequiel.

Venid a Mí, pueblos. Venid a Mí, criaturas. Venid a formar un único templo porque no rechazo a nadie. Os amo y os quiero conmigo, en mis trabajos, en mis méritos, en mi gloria.

“Y vi que brotaban aguas por debajo de la puerta de la casa, al oriente... Las aguas bajaban por el lado derecho, hacia el sur del altar”⁷.

⁷ Cfr. Ez. 47.

El templo lo son los que creen en el Mesías del Señor, en la Nueva Ley, en la doctrina del tiempo de la salvación y de la paz. Como los muros de este templo están hechos de piedras, sí los místicos muros del templo constarán de espíritus vivos. Este Templo no desaparecerá para siempre jamás. De la tierra se levantará hasta el cielo, como su fundador, después de la lucha y prueba.

Yo soy ese altar del que brota el agua, el altar que da al oriente. Mi agua mana a la derecha, porque la derecha es el puesto de los elegidos al Reino de Dios. Brota de Mí el agua para derramarse sobre mis elegidos y enriquecerlos con aguas de vida, para hacer que ellos mismos la lleven, que la esparzan a norte y sur, a oriente y poniente, para dar vida a la tierra con sus pueblos que esperan la hora de la Luz. La hora que vendrá, que vendrá necesariamente a todas las partes de la tierra, antes de que ésta deje de existir.

Mana y se derrama el agua mía que se mezcla con el agua que di a mis seguidores, y aun cuando está esparcida para alimentar la tierra, las aguas se unirán en un solo río de gracia, siempre más ancho, siempre más profundo, aumentando de día en día, paso a paso, con el agua de nuevos seguidores, hasta que se convierta todo en un mar que bañará todos los lugares para santificar toda la tierra.

Dios quiere esto. Dios hace esto. Un diluvio lavó el mundo al dar muerte a los pecadores⁸. Un nuevo diluvio de algo que no es lluvia, lavará el mundo y le dará vida.

Y por un acto misterioso de gracia, los hombres podrán formar parte de ese diluvio santificador, uniendo su voluntad a la mía, sus fatigas a las mías, sus sufrimientos a los míos. Y el mundo conocerá la Verdad y la Vida. Y quien quiera participar, podrá. Tan solo el que no quiera verse alimentado del agua de Vida se convertirá en un lugar pantanoso y apestoso, o quedará como es, y no obtendrá las fértiles cosechas de los frutos de gracia, sabiduría, salvación, que conseguirán los que vivieron de Mí.

En verdad os digo por una vez más que quien tiene sed y viene a Mí beberá y no tendrá más sed, porque mi gracia abrirá en él fuentes y ríos de agua buena. Quien no cree en Mí perecerá como salina donde no puede existir la vida.

En verdad os digo que después de Mí no se agotará la Fuente porque no moriré sino viviré, y después de que me hubiere ido, *ido pero no muerto*, a abrir las puertas del cielo. Otro vendrá que es igual a Mí y que completará mi obra haciéndoos comprender, lo que os dije y prendiendo en vosotros fuego para que seáis “luz”, porque acogisteis a la Luz¹⁰.

Jesús guarda silencio.

La multitud que ha estado silenciosa escuchando este majestuoso discurso, forma un murmullo de comentarios de diversa manera.

Quién dice: “¡Qué palabras! ¡En realidad es un profeta!”

Quién: “Es el Mesías. Os lo digo. Ni siquiera Juan hablaba así; y ningún profeta es tan fuerte”.

“Nos hace comprender a los profetas, aun a Ezequiel, que es tan oscuro con sus símbolos”.

“¿Oísteis? Las aguas. El altar. ¡Es claro!”

“¿Y los huesos áridos? ¿Viste cómo perdieron el control los escribas y fariseos y sacerdotes? ¡Comprendieron la canción!”

“¡Que si no! Mandaron a tres guardias. Pero... se olvidaron de aprehenderlo y se quedaron como niños que ven ángeles. Miradlos allá, parece como si estuviese todavía atolondrados”.

“¡Mira, mira! Un magistrado los llama y regaña. Vamos a oír”. Entre tanto Jesús cura a varios enfermos que le presentan y no se preocupa de nada sino hasta que, abriéndose paso entre la gente, un grupo de sacerdotes y fariseos, capitaneados por un hombre de unos treinta a treinta y cinco años, a quien todos le hacen paso por temor, se acerca Él.

“estás todavía aquí? ¡Lárgate, en nombre del Sumo Sacerdote!”

⁸ Cfr. Gén. 6, 5 – 9, 17.

¹⁰ Cfr. Ju. 14-16 y casi todo el libro de los Hechos.

Jesús se yergue —estaba inclinado viendo a un paralítico— y los mira con tranquilidad, con dulzura. Luego vuelve a inclinarse para imponer sus manos sobre el enfermo.

“¡Lárgate! ¿Entendiste. Engañador de las multitudes, o te haremos aprehender”.

“Ve y alaba al Señor con una vida santa” dice Jesús al enfermo que se levanta curado, y esta es su única respuesta, mientras los demás amenazadores arrojan veneno y la multitud les advierte con ¡hosannas!, que no le hagan daño alguno.

Pero si Jesús es tan bueno, no lo es José de Alfeo que, echando la cabeza hacia atrás para parecer más alto, grita: “Eléazar, tú y tus semejantes que queréis derribar el cetro del Hijo elegido de Dios y de David, tened en cuenta que estás cortando todas las plantas, y la tuya en primer lugar, de la que estás tan orgulloso. Porque sobre tu perversidad se mueve ya la espada del Señor” y diría más cosas, si no fuera porque Jesús poniéndole su mano sobre la espalda le dice: “Paz, paz, hermano mío!” y José, colorado de ira, se calla.

Van a la salida. Fuera del recinto se refiere a Jesús que los jefes de los sacerdotes y fariseos reprendieron a los guardias por no haberlo arrestado, pero que ellos se habían excusado diciendo que nadie había hablado con Él. Respuesta que había hecho perder todo control a los príncipes de los sacerdotes y fariseos, entre los que había muchos sanedritas. Tanto fue, que para probar a los guardias que eran unos mentecatos a quienes un loco había seducido, ellos querían venir a arrestarlo como a un blasfemo. Y también para enseñar a la gente a distinguir la verdad. Pero que Nicodemo que estaba presente se había opuesto diciendo: “No podéis proceder contra Él. Nuestra ley prohíbe condenar a un hombre antes de haberle escuchado y haber visto lo que hace. Nosotros hemos sabido y visto tan solo cosas que no merecen ninguna condenación”. Que la ira de los enemigos de Jesús se volcó contra Nicodemo con amenazas e insultos y burlas, como si fuese un mentecato y pecador. Que Eléazar ben Ana había salido personalmente, con los más embravecidos, para expulsar a Jesús, pero no se atrevió a hacerlo por la multitud.

José de Alfeo está que muere de rabia. Jesús lo mira y le dice: “¿Lo ves, hermano?” No agrega más... pero hay mucho en esas palabras. Está la advertencia de que Él tiene razón si habla o calla; todavía vive el recuerdo de sus palabras; se ve el índice de lo que es la Judea en sus castas más importantes, de lo que es el Templo y de otras cosas más.

José baja la cabeza y dice: “Tienes razón...” Se queda pensativo. Luego echa sus brazos alrededor de Jesús y sobre su pecho llora diciendo: “¡Pobre hermano mío! ¡Pobre María! ¡Pobre Madre!” Creo que José intuye claramente, en estos instantes, la suerte de Jesús...

“¡No llores! Haz también tú, como Yo hago, la voluntad de nuestro Padre” y para consolarlo le da un beso.

Cuando José está un poco calmado se dirigen a la casa donde se hospeda y allí se despiden con el beso fraternal. José que está muy conmovido dice estas palabras: “¡Vete en paz, Jesús! No te preocupes de nada. Lo que te dije cerca de nazaret, te lo repito, y con más convicción. Vete en paz. Entrégate tan solo a tu trabajo. Yo pienso en lo demás. Vete y que Dios te consuele”. Le besa otra vez y con un cariño de cabeza de familia le pone la mano sobre la cabeza. Después se despide de sus hermanos. Se despiden también de Simón. Pero advierto que Santiago, no sé por qué motivo, se comporta con José con un aire como de frialdad. Aire que no tiene para con Simón.

Las últimas palabras que José dice a Santiago son: “¿Debo, pues, decir que te he perdido?”

“No, hermano. Debes decir, que *tú* sabes dónde estoy y que por lo tanto te toca encontrarme sin rencor, antes bien con muchas oraciones. Pero en las cosas del espíritu no es necesario tomar dos caminos al mismo tiempo. Comprendes lo que quiero decirte...”

“Sabes que yo lo defiendo...”

“Defiendes al hombre y al pariente. No basta para que te dé aquellos ríos de gracias de que habló. Defiende al Hijo de Dios, sin miedo al mundo, sin cálculos mezquinos y serás perfecto. Adiós. Te encomiendo a nuestra Madre y a María de José...”

Jesús –no sé si oyó esto, porque estaba ocupado despidiéndose de los nazarenos y galileos- luego que terminó ordena: “Vámonos al Olivar. De allí nos dirigiremos a algún lugar...”

187. En Betania. “Se puede matar de muchos modos”

14 septiembre 1946

La casa de Betania siempre más triste, siempre más acogedora... La presencia de amigos y discípulos no arranca la tristeza de allí. Están José, Nicodemo, Mannaén, Elisa y Anastásica que, por lo que colijo, no pudieron estar lejos de Jesús y pidieron perdón como si hubieran cometido una desobediencia pero están decididas a no irse. Elisa presenta sus razones que cree de mayor peso cuales son: la imposibilidad de las hermanas de Lázaro en seguir al maestro para cuidar de Él y de los apóstoles en lo que es necesario en un grupo de varones solos y por añadidura perseguidos.

“Somos las únicas en poderlo hacer, porque Marta y María no pueden dejar a su hermano. Juana no está. Analía es muy joven para ir con vosotros. Nique es mejor que esté allí para hospedarte. Mis cabellos blancos evitan las murmuraciones. Me adelantaré a donde vayas, o estaré donde me digas, y tendrás siempre una madre cerca de Ti, y de mi parte pensaré tener todavía un hijo. Haré lo que desees, pero déjame servirte”.

Jesús dice que sí al ver que todos aprueban las razones. Puede ser también que, en medio de las amarguras que tiene en el corazón, desee tener cercano a Sí un corazón maternal en donde encuentre un reflejo de la dulzura de la madre...

Elisa está muy contenta.

Jesús dice: “Estaré frecuentemente en Nobe. Irás a la casa del viejo Juan. Me la ha ofrecido para hospedarme. Te encontraré cada vez que regrese...”

“¿Piensas caminar no obstante las lluvias?” pregunta José de Arimatea.

“Sí. Quiero ir aún hacia la Perea, deteniéndome en casa de Salomón. Luego a Jericó y Samaria. ¡Oh, quisiera ir a muchos lugares!...”

“No te alejes mucho, Maestro, de los caminos y ciudades custodiadas por un centurión. No se sabe lo que ellos piensen. Como tampoco los romanos. Dos miedos. Dos modos de tener cuidado de Ti. Pero créeme que en lo que respecta a Ti, son menos peligrosos los romanos...”

“¡Nos han abandonado!...” interrumpe bruscamente Judas de Keriot.

“¿Lo crees? No. ¿Entre los paganos que escuchan al Maestro puedes distinguir acaso los que envía Claudia o Pilatos? Entre los libertos de Claudia y de sus amigas no hay pocos que podrían hablar en el Bel Nidrash si fueran israelitas. No olvides que hay doctos en cualquier lugar, que Roma tiene sujeto el mundo, que sus patricios gustan de apoderarse del mejor botín para adornar sus casas. Si los gimnastas y los jefes del Circo escogen al que puede darles riqueza y gloria, los patricios eligen a los que por su cultura o belleza son honra y satisfacción de sus casas y de sus sentidos... Maestro, estas palabras me traen un recuerdo... ¿Puedo hacerte una pregunta?”

“Habla”.

“Aquella mujer, aquella griega que estaba aquí el año pasado... y que... era una causa de que te acusaran, ¿dónde está? Muchos han tratado de averiguarlo... no por fines buenos. De mi parte no abrigo ningún deseo malo... Sólo... que no me parece posible que haya vuelto al error. Estaba dotada de una gran inteligencia y de rectitud. Pero no verla más...”

“En un cierto lugar de la tierra supo ella, pagana, ejercer para con un israelita perseguido, la caridad que los israelitas no poseían...”

“¿te refieres a Juan de Endor? ¿Está con ella?”

“Ha muerto”.

“¿Muerto?”

“Sí. Se le podía haber dejado morir cerca de Mí... No era necesario esperar mucho... Los que trabajaron para que se alejase, cometieron un homicidio como si hubieran levantado su

mano armada con cuchillo. Le destrozaron el corazón. Y aunque saben que está muerto, no creen que sean culpables de homicidio. No sienten el remordimiento de haberlo sido. *Se puede matar de muchos modos a los hermanos. Con el arma y con las palabras, o con cualquier acción malvada.* Como el señalar el lugar donde se esconde el perseguido, quitar a un infeliz un lugar donde puede encontrar descanso... ¡De cuántos modos se mata!... Pero el hombre no siente remordimiento. *El hombre ha matado el remordimiento y esto es la señal de su decadencia espiritual*".

Las palabras de Jesús parecen herir el aire por su severidad, de modo que nadie siente fuerzas para hablar. Se miran de reojo, con la cabeza inclinada, avergonzados aún los que no tienen ninguna culpa como los buenos.

Después de una pausa, Jesús dice: "No es menester que alguien vaya a contar a los enemigos del difunto y míos lo que acabo de decir, para que no se llenen de júbilo satánico. Pero si os preguntan responded que Juan está en paz con el cuerpo en un sepulcro lejano y con el espíritu en mi espera".

"Señor, ¿esto te afligió mucho?" pregunta Nicodemo.

"¿Qué cosa? ¿Su muerte?"

"Sí".

"No. Su muerte me tranquilizó porque es la paz. Pero sí me causaron gran pena los que por bajos sentimientos denunciaron al Sanedrín su presencia entre los discípulos y fue causa de que hubiera partido. Cada uno tiene su modo de obrar, y sólo una gran voluntad buena puede cambiar los instintos y las maneras de obrar. Pero os digo: "Quien denunció, seguirá haciéndolo. Quien hizo porque alguien muriera, lo volverá a repetir con otro". Pero ¡ay de él! Cree que vencerá, pero perderá. El juicio de Dios lo espera".

"¿Por qué me miras así, Maestro?" pregunta Juan de Zebedeo poniéndose rojo como si fuera el culpable.

"Porque si te miro a ti nadie pensará, ni siquiera el peor de todos, que hayas sido capaz de haber odiado a un hermano tuyo".

"Habrás sido algún fariseo o algún romano... Él les vendía huevos..." dice Judas de Keriot.

"Ha sido un demonio². Pero le hizo más bien que mal como quiso hacerle. Apresuré su completa purificación. Ahora está en paz".

"¿Cómo lo sabes? ¿Quién te trajo la noticia?" pregunta José.

"¿Tiene acaso necesidad el Maestro de que alguien le traiga noticias para saber? ¿No ve acaso las acciones de los hombres? ¿No fue a llamar a Juana para que viniese a Él y la curase? ¿Qué cosa hay imposible para Dios?" pregunta con énfasis María Magdalena.

"es verdad mujer. Pero pocos tienen tu fe... Por eso he hecho una pregunta necia".

"Está bien. Pero ahora, maestro, ven. Lázaro ya se despertó y te espera..."

Y se lo lleva sin añadir más, cortando cualquier otra pregunta.

188. Cerca de la fuente de En Rogel

16 septiembre 1946

Jesús sale de Betania por el sendero de abajo (digo así para indicar el más largo que no pasa por el monte de los Olivos, y que entra en la ciudad pasando por el suburbio de Tofet).

Se detiene primero a socorrer a los leprosos que no supieron pedirle otra cosa que pan, y luego se va a un ancho estanque cuadrangular, cubierto y cerrado por todas partes, menos por una. Un pozo, un gran pozo cubierto, el más grande que haya visto. Es más grande que el de la Samaritana, y tal vez más rico en aguas como lo muestra la tierra que está a su alrededor con su fertilidad, en contraste con el valle seco y sepulcral de Hinón que apenas si puede distinguirse. Sólo una construcción de piedra masiva como es la del pozo y de su cubierta, ha

² Lc. 22, 1-6; Ju. 6, 67-71; 13, 2

sido capaz de resistir a la humedad del suelo. Sin necesidad de ser uno experto se puede ver que las piedras son antiguas y siguen protegiendo el agua tan valiosa.

No obstante que el día esté oscuro y cercanos los sepulcros de los leprosos, que tiñen de tristeza la vecindad, el lugar es tranquilo, bien por su fertilidad, bien por tener detrás de sí, al norte, grandes extensiones ricas en árboles de toda clase que levantan sus tupidas cimas hacia el cielo gris, que cubre la ciudad; y delante al sur, el valle del Cedrón cuyo lecho es más ancho, con más cantidad de aguas, dando la impresión de alegría y de luz, mientras sigue el camino que va a Betania y a Jericó durante una buena distancia.

Mucha gente: mujeres con jarras, borriqueros con cubos, caravanas que llegan o que parten y se detienen junto al pozo para sacar agua. El suelo está húmedo por el agua que se cae al echarla a los recipientes.

Se oyen las voces sosegadas y dulces de mujeres, las chillonas de los niños, las roncas, fuertes y secas de los hombres; los rebuznos de los burros, los chillidos de los camellos que echados bajo su carga esperan que el camillero regrese con el agua. Una escena muy característica, en un crepúsculo sombrío, en el que el cielo, tiene ciertas trazas de color amarillo, que brota de improviso, que derrama una luz extraña sobre todo, mientras más arriba nubes gruesas, de color plomo, se amontonan una contra otra en dirección al occidente.

Las partes más altas de la ciudad tienen forma de espectro a la luz extraña en el horizonte plomizo con pinceladas de color sulfúrico.

“Toda esta agua y viento...” dice sentenciosamente Pedro, y luego pregunta: “¿A dónde vamos esta tarde?”

“A la casa del hombre de los jardines. Mañana subo al Templo y...”

“¿Otra vez? Mira lo que haces. Más bien acepta la invitación de los libertos de ir a su sinagoga” aconseja Simón Zelote.

“Entonces, sinagoga por sinagoga, porque hay otros que han mostrado su deseo de verlo. ¿Por qué ellos nada más?” pregunta Judas de Keriot.

“Porque son los más seguros. Y la razón se comprende sin que yo lo diga” replica Zelote.

“¡Seguros! ¿Qué cosa te hace pensarlo?”

“Que supieron permanecer fieles no obstante lo que pasó”.

“No discutáis entre vosotros. Mañana subo al Templo. Lo he dicho. Ahora nos quedaremos aquí un poco. Hay siempre lugares qué evangelizar”.

“Uno no tiene más derecho que el otro. No sé por qué lo prefieres”.

“¿Por qué, Judas? Por muchas razones que diré a los que se reunieron, y por una que os digo a vosotros en particular. En este pozo de la fuente de Rogel se detuvieron inciertos y como desilusionados los tres Magos de Oriente, cuando desapareció la estrella que los había guiado desde tierras lejanas. Cualquiera otro hombre hubiera desconfiado de Dios y de sí mismo. Ellos oraron hasta el amanecer cerca de sus cansados camellos, los únicos que estaban despiertos entre sus siervos que dormían, y luego se levantaron, se dirigieron a las puertas, sin importarles que los fueran a tomar por locos y alborotadores, o que peligrase su vida. Recordad que gobernaba Herodes el sanguinario. Y bastaba con menos palabras de las que querían decirle, para decretar su muerte. Pero ellos me buscaban. No venían en búsqueda de gloria ni de riquezas u honres. Solamente a Mí me buscaban. Buscaban a un Niño: a su Mesías, a su Dios. *La búsqueda de Dios, porque es buena, proporciona siempre toda clase de auxilios y valor. El miedo, las cosas bajas son herencia del que sueña en cosas semejantes.* Ellos anhelaban adorar a Dios. Su amor por Él era grande. Horas después consiguieron su premio porque aquí, en la noche, volvió a aparecer la estrella a sus ojos. Jamás falta la estrella de Dios a quien recta y amorosamente lo busca. Los tres Magos podían haberse contentado con los falsos honores que Herodes les dio después de que oyeron la respuesta de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y doctores. ¡Estaban cansados!... Pero no se detuvieron allí, ni siquiera por una noche y antes de que cerrasen las puertas salieron para estarse aquí hasta el amanecer. Luego... no fue el sol que nacía, sino el

amanecer de Dios que les presentó la estrella, que los llamó con sus luces y llegaron a la Luz. ¡Bienaventurados! ¡Bienaventurados ellos y quienes los imiten!”

Los apóstoles y Marziam con Isaac han estado atentísimos escuchando llenos de júbilo, lo que les sucede siempre que Jesús recuerda su nacimiento, e Isaac asiente, suspira, sonríe al recordar aquella escena... con una cara extática, lejos del lugar y del tiempo, vuelta a treinta años pasados, a aquella noche en que vio, allá cerca de su ganado, la estrella...

Algunas personas se han acercado, porque el camino es de mucho tránsito y escuchan. Algunas de ellas recuerdan la extraña caravana, las noticias que traía... y sus consecuencias.

“Aquí es siempre un lugar para tomar decisiones. La historia siempre se repite. Este lugar es siempre un lugar de prueba, para buenos y para malos. *Toda la vida es ya una prueba para la fe y rectitud del hombre.*

Os traigo a la memoria la fidelidad de Cusai, de Sadoc y Abiatar, de Jonatás y Aquimas, que partieron desde este lugar para salvar a su rey y Dios los protegió porque hacían una cosa justa¹.

Os traigo a la mente un hecho en conexión con este mismo lugar y que no dio resultado porque no estaba bien y por esto Dios no lo bendijo. Cerca de la piedra de Zoelet, junto a la fuente de Rogel, Adonías conspiró contra la voluntad de su padre y se hizo proclamar rey por su partido. Pero de nada sirvió porque antes de que hubiera terminado el banquete, los gritos de hosanna que resonaban en Gihón, le hicieron comprender, todavía antes de que hablase Jonatás de Abiatar, que Salomón era el rey y que él, que había tratado de usurpar el trono, debía confiarse tan sólo a la misericordia de Salomón².

Todos repiten la actitud de Adonías y combaten al verdadero Rey, o conjuran contra Él siguiendo el partido que parece el más fuerte. Y muy pocos, por haber hecho esto, tendrán qué asirse del altar, pidiendo perdón y confiando en la misericordia de Dios.

¿Podremos, al haber considerado estos tres sucesos acaecidos cerca de este pozo, decir, que el lugar está sujeto a influjos buenos o no buenos? No. *No es el lugar, ni el tiempo, ni los sucesos, sino la voluntad del hombre la que altera sus acciones. La fuente Rogel vio la fidelidad de los siervos de David y el pecado de Adonías, así como vio la fe de los tres Magos. El pozo es el mismo. Jonatás y Aquimas se apoyaron sobre sus piedras y con su agua calmaron su sed, así como también lo hicieron Adonías y los suyos, y los tres Magos. Pero el agua y las piedras vieron tres cosas diferentes: una, la fidelidad para con David, otra la traición en su contra y la tercera una fidelidad para con Dios y para con el Rey de Reyes. Siempre es la voluntad del hombre la que hace que se realice el bien o el mal. Sobre la voluntad del hombre la Voluntad de Dios envía sus luces, lo mismo que sobre ella la voluntad de Satanás arroja sus vapores venenosos. Toca al hombre acoger la luz o el veneno y llegar a ser justo o pecador.*

A este pozo se le ha puesto un vigilante para que nadie ensucie sus aguas. Además del vigilante se le ha puesto una defensa y un techo para que el viento no arroje dentro hojas y otras suciedades que pudieran corromper aguas tan ricas. También Dios puso al hombre un guardián: la voluntad inteligente y consciente del hombre; y muros o defensas que son los mandamientos y los consejos angelicales, para que el espíritu del hombre no se corrompa a sabiendas o inconscientemente. Pero cuando el hombre adultera su conciencia, su inteligencia no escucha las inspiraciones del cielo, pisotea la ley, es como si fuese un vigilante que dejase sin cuidar el pozo, o como un demente que le quitase sus defensas. Deja el campo libre a los enemigos diabólicos, a la concupiscencia del mundo y de la carne, a las tentaciones que, aunque no se admitan, siempre es bueno vigilar y rechazar.

Hijos de Jerusalén, hebreos, prosélitos, viajeros que la casualidad os ha traído aquí a oír la voz de Dios, *sed sabios con la verdadera sabiduría que consiste en defender el propio ser de las acciones que deshonran al hombre.*

¹ Cfr. 2 Rey. 17.

² Cfr. 3 Rey. 1.

Veo aquí a muchos gentiles. A ellos les digo que la vida no consiste en adquirir riquezas y mercancías, sino en conseguir otra cosa, que es la vida para la propia alma; porque el hombre tiene en sí un alma, un algo impalpable, pero es lo que le da vida, algo que no muere aun después de que muere la carne, una cosa que tiene derecho a vivir su vida verdadera y eterna, y no puede vivirla si el hombre mata su propio ser con sus malas acciones.

La idolatría y gentilismo no son insuperables. El sabio medita y dice: “¿Por qué debo seguir los ídolos y vivir sin esperanza de una vida mejor, entre tanto que si me dirijo hacia el verdadero Dios, puedo conquistar la alegría eterna?” El hombre es avaro de sus días y la muerte le causa horror. Cuanto más está envuelto en las tinieblas de falsas religiones o en el ateísmo, tanto más tiene miedo a la muerte. Pero el que viene a la verdadera fe, no tiene horror a la muerte porque sabe que más allá de ella hay una vida eterna donde los espíritus volverán a encontrarse y no habrá más penas ni separaciones. No es difícil seguir el camino de la Vida. Basta creer en el único Dios verdadero, amar al prójimo y amar la honradez en todas las acciones.

Vosotros de Israel sabéis qué es lo que está mandado y qué está prohibido. Yo digo a los que me están escuchando que consigo llevan mis palabras, cuáles sean estas cosas... (y recita el Decálogo⁶).

La verdadera religión consiste en esto, no en los sacrificios sin sentido y pomposos. Obedecer a los preceptos de una moral perfecta, de una virtud sin defecto, usar de misericordia, huir de lo que deshonra al hombre, dejar la vanidad, las adivinaciones del error, los mentirosos Augurios, los sueños de los malvados, como dice el libro sapiencial⁷, emplear rectamente los dones de Dios, esto es, la salud, la prosperidad, las riquezas, la inteligencia, el poder, no ser soberbio, que es señal de necedad porque el hombre vive, goza de salud, de bienes, de sabiduría, de fuerzas mientras Dios se lo concede, no tener deseos inmoderados que pueden conducir al crimen. En una palabra, vivir como hombres y no como animales por respeto a sí mismo.

Es fácil bajar, difícil volver a subir. Pero, ¿a quién le gustaría vivir en un muladar pestilente sólo porque se cayó allí, y no más bien buscaría la manera de salir y gozar de los campos floridos, llenos de sol? En verdad os digo que la vida del pecador es como si estuviese en un abismo, y lo mismo sucede con una vida que está en el error. Pero los que acogen la palabra de verdad y a ella vienen, salen afuera, a la luz.

Seguid vuestro camino. Recordad que junto a la fuente de En Rogel, la fuente de la Sabiduría os dio de beber sus aguas para que tengáis sed otra vez y volváis a Ella”.

Jesús se encamina hacia la ciudad dejando a la gente que comente, que pregunte, que responda.

⁶ Cfr. Ex. 20, 1-17; Deut. 5, 1-22.

⁷ Cfr. Eccli. 34, 1-8.

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 9

El tercer año de la vida pública (cuarta parte)

189. Jesús, los fariseos, la adúltera¹

20 marzo 1944

Veo el interior del recinto del Templo, o más bien uno de tantos patios rodeados de pórticos. Veo también a Jesús, cuyo manto cubre su vestido de color rojo oscuro (parece hecho de lana gruesa), que habla a la gente que lo rodea.

Estaría por decir que es una mañana invernal porque veo que todos están muy bien envueltos en sus mantos, y que hace más bien frío porque en vez de estar parados caminan rápidamente para calentarse. Sopla viento que sacude los mantos y levanta el polvo de los patios.

El grupo que rodea a Jesús, el único que está parado mientras los otros van y vienen alrededor de este o de aquel maestro, se abre para dejar que pase un grupo de escribas y fariseos que gesticulan, y que más que nunca traen el veneno en su alma, que les brota de los ojos, de su cara, de su boca. ¡Qué víboras! Más bien que traer, arrastran a una mujer de unos treinta años, despeinada, con sus vestidos desarreglados, como que ha sido golpeada, y que llora. La arrojan a los pies de Jesús como si fuese un montón de andrajos o despojos de algún muerto. Se queda allí, tirada en el suelo con la cara apoyada sobre los brazos, que la ocultan, y que le sirven de defensa contra el suelo.

“Maestro, ésta fue tomada en flagrante adulterio. Su marido la amaba, nada le faltaba. Era la reina de su hogar. Pero lo traicionó porque es una pecadora, una viciosa, una ingrata, una sacrílega. Es adúltera y como a tal se le va a lapidar. Moisés lo prescribió². Manda en su ley que tales mujeres sean lapidadas como animales inmundos. Y que si lo son, porque traicionan la fe y al hombre que las ama y las cuida, porque son como tierra que jamás se sacia, sino que están muertas de lujuria. Peor que las prostitutas son, porque sin necesidad de algo, se hacen daño a sí mismas para dar alimento a su impudencia. Son unas corrompidas. Son unos seres que todo contaminan. Deben ser condenadas a muerte. Moisés lo mandó. Y Tú, maestro, ¿qué dices de esto?”

Jesús, al que la llegada tumultuosa de los fariseos, a los que había mirado con una mirada penetrante, había interrumpido y luego había bajado sus ojos a la pobre mujer, arrojada a sus pies, no dice nada. Siguiendo sentado, se inclina y con un dedo escribe en las piedras del patio que el viento cubre de polvo. Ellos hablan y Él escribe.

“¿Maestro? Te estamos hablando. Escúchanos. Respóndenos. ¿No has entendido? Esta mujer fue sorprendida en adulterio. En su casa. En el lecho de su marido. Lo ha ensuciado con su pecado”.

Jesús continúa escribiendo.

“¡Que si es tonto este hombre! ¿No veis que no comprende nada y que traza signos en el polvo como un pobre demente?”

“Maestro, por tu buen Nombre, habla. Tu sabiduría responda a nuestra pregunta. Te repetimos: a esta mujer nada le faltaba. Tenía vestidos, comida, amor. Y ha traicionado”.

Jesús continúa escribiendo.

“Ha faltado a la palabra a su marido que tenía confianza en ella. Su mentirosa boca lo saludó al despedirse y con una sonrisa lo acompañó hasta la puerta y luego abrió la puerta secreta e introdujo a su amante. Y mientras su marido estaba ausente por el trabajo que era para ella, ésta como un animal inmundo, se echó en brazos de la lujuria”.

“Maestro: es una profanadora de la ley además del lecho nupcial. Una rebelde, una sacrílega, una blasfema”.

¹ Cfr. Ju. 8, 1-11.

² Cfr. Lev. 20, 10; Deut. 22, 22-24.

Jesús continúa escribiendo. Escribe y borra lo escrito con sus sandalias y escribe más allá, dando vuelta sobre Sí mismo para encontrar espacio. Parece un niño que estuviese jugando. Pero lo que escribe no son palabras de juego. Sucesivamente ha escrito: “Usurero”, “Falso”, “Hijo irrespetuoso”, “Fornicador”, “Asesino”, “Profanador de la Ley”, “Ladrón”. “Libidinoso”, “Usurpador”, “Marido y padre indigno”, “Blasfemo”, “Rebelde ante Dios”, “Adúltero”. Lo escribió una y otra vez, mientras los acusadores hablaban.

“¡Maestro, tu parecer! La mujer va a ser juzgada. No puede seguir contaminando la tierra con su presencia. Su aliento es veneno que perturba los corazones”.

Jesús se levanta. ¡Pero qué rostro veo! Es algo así como si despidiese rayos que arrojase contra los acusadores. Parece hasta más grande, porque ha echado la cabeza hacia atrás. Parece un rey en su trono. Su severidad y majestad son indescriptibles. El manto se le ha caído y forma detrás de Él una especie de cauda, pero no se preocupa de ello.

En su rostro es imposible descubrir lo mínimo de sonrisa. Pone sus ojos en la cara de esa gentuza que se echa para atrás como delante de dos puñales puntiagudos. Mira a uno por uno, con tal intensidad investigadora que infunde temor. Muchos de ellos, tratan de esconderse entre la multitud, de esconderse entre ella. El cerco se va alargando cada vez más y se va rompiendo como si una fuerza oculta lo amenazara.

Por fin habla: “Quien de vosotros esté sin pecado, Arroje sobre la mujer la primera piedra”. Su voz es un trueno acompañado de un vivo relampaguear en sus ojos. Jesús cruza los brazos sobre su pecho y así continúa, derecho como un juez. Su mirada no da paz. Escudriña, penetra, acusa.

Primero uno, luego dos, después cinco, y finalmente los demás se retiran con la cabeza inclinada. No sólo los escribas y fariseos, sino también los que antes estaban alrededor de Jesús y otros que se le habían acercado para oír la sentencia y condenación y que tanto éstos como los otros se habían juntado para decir insolencias a la culpable y pedir su lapidación.

Jesús se queda solo con Pedro y Juan. No veo a los demás apóstoles.

Jesús se ha puesto otra vez a escribir, mientras los acusadores huyen. Ahora escribe: “Fariseos”, “Víboras”, “Sepulcros de podredumbre”, “Mentirosos”, “Traidores”, “Enemigos de Dios”, “Insultadores de su Verbo”...

Cuando todo el patio está ya vacío y un gran silencio reina en él, a excepción del ruido del viento y el de una fuentecilla que hay en un rincón, Jesús levanta su cabeza y mira. Su rostro está ya tranquilo. Un poco triste, pero no enojado. Dirige una mirada a Pedro que se ha alejado un poco, apoyándose contra una columna, y a Juan que muy cerca de Él, lo mira con ojos en que se refleja su amor por Él. En los ojos de Jesús se dibuja una sonrisa al mirar a Pedro y una sonrisa mayor al mirar a Juan. Dos sonrisas diversas.

Luego mira a la mujer que todavía sigue postrada y llorando a sus pies. La contempla. Se levanta. Se compone el manto como si se fuese a poner en camino. Hace una señal a los dos apóstoles para que se dirijan hacia la salida.

Cuando queda solo, dice a la mujer: “Mujer, escúchame. Mírame”. Repite su orden porque ella no se atreve a levantar la cara. “Mujer, estamos solos. Mírame”.

La desgraciada levanta una cara que el llanto y el polvo han desfigurado.

“¿Dónde están, mujer, los que te acusaban?” Jesús habla despacio, con misericordia. Su rostro y cuerpo están ligeramente inclinados hacia tierra, hacia esa miseria, y sus ojos están preñados de una indulgente expresión, de una fuerza renovadora: “¿Nadie te condenó?”

La mujer entre sollozos, responde: “Nadie, Maestro”

“Tampoco Yo te condeno. Vete. Y no peques más. Ve a tu casa. Procura que te perdone tu marido, que te perdone Dios. No abuses de la benignidad del Señor. Vete”.

La ayuda a incorporarse de una mano, pero no la bendice y no le da la paz. La mira irse con la cabeza inclinada que levemente vacila bajo su vergüenza. Cuando ha desaparecido, Jesús sale a su vez con sus dos discípulos.

190. “Indico a la culpable el camino que debe seguir para redimirse”

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“Lo que más me dolía era la falta de caridad y sinceridad en los acusadores. No mentían al acusarla. La mujer era realmente culpable, pero no eran sinceros al hacer escándalo de una cosa que ellos miles de veces habían cometido y que sólo debido a su astucia o a su buena estrella había quedado oculta. Era la primera vez que pecaba, y había sido menos astuta y menos afortunada. Pero ninguno de sus acusadores y acusadoras –porque también las mujeres, aunque no levantaban la voz, la acusaban en el fondo del corazón- estaban exentos de culpa.

Adúltero es el que llega al acto y quien apetece el acto y lo desea con todas sus fuerzas. La lujuria existe tanto en el que peca como en el que desea pecar. No basta no hacer mal, es menester no desear hacerlo.

Acuérdate María, de las primeras palabras de tu Maestro cuando te llamó del borde del precipicio donde estabas: “No basta no hacer el mal, es menester no desear hacerlo”.

Quien se complace en pensamientos sensuales y enciende con lecturas y espectáculos apropiados y con costumbres malsanas, sensaciones de sensualidad, es tan impuro como el que peca materialmente¹. Me atrevo a decir: es mucho más culpable, porque con el pensamiento va contra la naturaleza², además que va contra la moralidad. No me refiero a actos reales que son contra la naturaleza. Lo único atenuante de éstos es que estén enfermos orgánica y síquicamente. Quien no tiene semejante excusa es muy inferior a la bestia más repugnante. Para condenar con justicia es menester estar inmunes de culpa.

Os remito a dictados anteriores, cuando hablé de las condiciones esenciales para ser juez.

No me eran desconocidos, los corazones de aquellos fariseos y escribas, ni tampoco de los que se unían en atacar a la culpable. Eran pecadores contra Dios y contra el prójimo. En ellos habían culpas contra el culto, contra sus padres, contra el prójimo, culpas, y muy numerosas, contra sus mujeres. Si por un milagro hubiese dicho a su sangre que escribiese sobre su frente su pecado, entre las muchas acusaciones hubiera prevalecido la de “adúlteros” de hecho o de deseo. He dicho: “Lo que sale del corazón del hombre es lo que contamina al hombre”. Y fuera de mi corazón, no había ninguno de los jueces que hubiese tenido su corazón puro.

Sin sinceridad y sin caridad. Ni siquiera el ser semejante a ella por la concupiscencia que los consumía, los llevaba a tener caridad. Yo era el que tenía caridad por aquella mujer humillada. Yo, Único que debía tener asco. Pero acordaos de esto: “Que cuanto alguien es más buen, tanto más es compasivo para con los culpables” No perdona la culpa por tratarse de ella. Eso no. Compadece a los débiles que no pudieron resistir a la culpa.

¡El hombre! Más que una frágil caña o que una tierna florecilla, se puede doblar fácilmente a las tentaciones y asirse de aquello en lo que espera encontrar un consuelo.

Porque muchas veces la culpa se comete, sobre todo en el sexo débil, por esta búsqueda de consuelo. Por eso afirmo que quien carece de cariño para con su mujer, y aun para su propia hija, es noventa por ciento responsable de la culpa de su mujer o de sus hijas y de esas culpas responderá. Tanto el afecto necio, que es sólo una esclavitud estúpida de un hombre para con una mujer, de un padre para con su hija, cuando una falta de afecto o, peor, una culpa de propia libido que lleva un marido a otros amores y los padres a otras preocupaciones que no sean los hijos, son incentivo para el adulterio y prostitución y como a tales los condeno. Sois seres dotados de razón y os guía una ley divina y una ley moral. Envilecerse hasta llevar una conducta de salvajes o de animales debería horrorizar a vuestra gran soberbia. Pero de ésta, que en tales casos sería hasta útil, os servís para otras cosas muy diversas.

¹ Cfr. Mt. 5, 27-30.

² Cfr. Gén. 1, 27-28; 9, 1.

Miré a Pedro y a Juan de modo diverso, porque al primero quise darle a entender: “Pedro, tampoco faltes tú a la caridad y sinceridad”, y darle también a entender como a mi futuro Pontífice: “Recuerda esta hora y juzga como tu Maestro en el porvenir”; entre tanto que al segundo: joven en años, corazón de niño, le quise decir: “Tú puedes juzgar y no lo haces porque tienes mi mismo sentimiento. Gracias porque eres muy semejante a Mí”. Quise que ambos se retirasen, antes de que me dirigiera a la mujer para no aumentar su pena con la presencia de dos testigos.

Aprended, ¡oh hombres inmisericordes! Por más que alguien sea culpable, hay qué tratarlo con respeto y caridad. No gozarse con su envilecimiento, ni encarnizarse con él, ni siquiera con miradas curiosas. ¡Piedad, piedad para el caído!

Señalo a la culpable el camino que tiene qué seguir para redimirse. Volver a su hogar, pedir humildemente perdón y obtenerlo con una vida honesta. No ceder más a las tentaciones de la carne. No abusar de la Bondad divina y de la bondad humana para no purgar dos o más veces la culpa. Dios perdona y perdona porque es la Bondad, pero el hombre, por más que Yo haya dicho: “Perdona a tu hermano setenta veces”, no sabe perdonar dos.

No le di la paz ni la bendición *porque no existía en ella todavía la completa separación del pecado que es necesario para obtener el perdón. Todavía no existía en su carne, y ni siquiera en su corazón la náusea por el pecado.* María de Magdala, al haberse saboreado mi palabra, había experimentado disgusto por el pecado y se había acercado a Mí con una voluntad total de ser otra. En aquella otra había un fluctuar de voces de la carne y del espíritu. Ni ella misma en medio de la turbación de la hora, había logrado poner el hacha en la raíz de su carne y cortarla para verse así libre y poder entrar en el Reino de Dios. Libre de lo que le servía de ruina, pero enriquecida con lo que era a salvación.

¿Quieres saber si se salvó? No fui para todos Salvador. Quise serlo para con todos, pero no lo fui porque no todos tuvieron la voluntad de que se salvase. Y esto fue uno de los dardos más dolorosos en mi agonía del Getsemaní.

Quédate en paz, María, y no quieras volver a faltar más ni siquiera en las bagatelas. Bajo el manto de María no hay más que cosas puras. Recuérdalo.

Un día María mi Madre te dijo: “Yo ruego con lágrimas a mi Hijo”. Y en otra ocasión: “Dejo a mi Jesús el cuidado de que me amen... Cuando me amáis vengo. Y mi llegada siempre es alegría y salvación”.

Mi Madre te ama. Te he entregado a Ella. Más bien te llevé conmigo, porque sé que donde puedo obtener lo que quiero con mi autoridad, ella os guía con sus caricias amorosas y os lleva mejor que Yo. Su tocar es un sello delante del que huye Satanás. Tienes ahora su hábito y si eres fiel a las oraciones de ambas Órdenes ⁵ medita diariamente toda la vida de nuestra Madre. Sus alegrías y sus dolores. Esto es mis alegrías y mis dolores. Porque desde el momento en que el Verbo se hizo Jesús con ella y por los mismos motivos me he alegrado y llorado.

Mira, pues, que amar a María es amar a Jesús. Es amarlo más fácilmente. Porque te hago que lleves la cruz y sobre ella te pongo. Por el contrario, mi Madre te lleva o está a los pies de la cruz para recibirte sobre el corazón que no sabe otra cosa más que amar. Aun en la muerte el seno de María es más dulce que la cuna. Quien expira en Ella no oye más que las voces de los coros angelicales que vuelan alrededor de María. No ve tinieblas sino los rayos de la Estrella matutina. No ve lágrimas, sino una sonrisa. No conoce el miedo. ¿Quién se atreverá a arrebatarse de nosotros, de los brazos de María al moribundo que amamos, que es nuestro?

No me des las ‘gracias’ a mí. Dáselas a Ella que no ha querido acordarse de otra cosa, fuera del poco bien que has hecho y del amor que tienes por Mí y por ese te quiero, para poner bajo sus pies lo que tu buena voluntad no lograba hacerlo. Grita: ‘¡Viva María!’ Y

⁵ La Orden religiosa a la que ella pertenecía

*quédate a sus pies, a los pies de la Cruz. Te adornarás tu vestido con rubíes de mi Sangre y de perlas de su llanto. Tendrás un vestido de reina para entrar en mi Reino.
Quédate en paz. Te bendigo”.*

191. Enseñanzas a los apóstoles y discípulos

17 septiembre 1946

Dice Jesús: “Aquí pondrás la visión de la adúltera que viste el 20 de marzo de 1944”.

Jesús ha reunido a los doce apóstoles y a los discípulos principales en la pendiente del Monte de los Olivos, cerca de la fuente de Siloán. Cuando ven que a paso largo, acompañado de Pedro y Juan, viene a ellos, le salen al encuentro, y precisamente cerca de la fuente se juntan.

“Subamos por el camino que va a Betania. Me voy de la ciudad por un poco de tiempo. En el camino os diré lo que debéis hacer” ordena Jesús.

Entre los discípulos están Mannaén y Timoteo que, tranquilizados, han vuelto a tomar su lugar. También están Esteban y Hermas, Nicolás, Juan de Efeso, Juan el sacerdote y en una palabra todos los más sobresalientes por su sabiduría, además de otros, que no lo son tanto, pero que son muy activos por la gracia de Dios y de su propio querer.

“¿Te vas de la ciudad? ¿Te ha pasado algo?” preguntan muchos.

“No. Pero hay otros lugares que me aguardan...”

“¿Qué has hecho esta mañana?”

“He hablado... Los profetas... una razón más. Pero no entienden...”

“¿Ningún milagro, Maestro?” pregunta Mateo.

“Ninguna. Un perdón. Y una defensa”.

“¿Quién fue? ¿A quién ofendió?”

“Unos que se creían sin pecado acusaron a una pecadora. La salvé”.

“Si era pecadora, tenían ellos razón”.

“En su cuerpo era realmente pecadora, pero su alma... Muchas cosas podría deciros acerca de las almas. *No llamo pecadores sólo a aquellos cuya culpa es clara. Son también pecadores los que empujan a otros a pecar. Y su pecado es más astuto. Hacen el papel de la serpiente y el Pecador*¹”.

“¿Qué había hecho la mujer?”

“Había cometido adulterio”.

“¿Adulterio? ¿Y la salvaste? ¡No debiste!” exclama Iscariote.

Jesús lo mira detenidamente, luego le pregunta: “¿Por qué no debí?”

“Porque... te puede acarrear algún mal. Sabes bien cuánto te odian y que buscan acusaciones contra Ti. Ciertamente... salvar a una adúltera es ir contra la Ley”.

“Yo no dije que la salvé. Dije a ellos que el que estuviese sin pecado la lapidase. Ninguno la lapidó porque ninguno estaba libre de pecado. Así pues confirmé la Ley que ordena que los adúlteros sean lapidados, pero también salvé a la mujer porque no hubo nadie que la lapidase”.

“Pero Tú...”

“¿Querías que la hubiera Yo lapidado? Habría podido, y hubiera sido un acto de justicia, pero no de misericordia”.

“¡Ah, se arrepintió! Te suplicó y Tú...”

“No. Ni siquiera estaba arrepentida. Tan sólo estaba deshecha y llena de miedo”.

“Pero entonces... ¿por qué? ¡Cada vez te comprendo menos! Antes lograba comprender lo que habías hecho con una María de Magdala, con Juan de Endor, en una palabra... con muchos pec...”

¹ Alusión al Gén. 3.

“Dilo claro: con Mateo. No me ofendo, antes bien te agradezco que me ayudes a recordar mi deuda de reconocimiento para con mi Maestro” dice Mateo con calma y dignidad.

“Bueno, también con Mateo... Pero ellos estaban arrepentidos de su pecado, de su vida licenciosa. ¡Pero ella!... ¡Te comprendo cada vez menos! Y no soy el único...”

“Lo sé. No me comprendes... Siempre me has comprendido poco. Y no has sido el único. Pero eso no cambia mi modo de obrar”.

“Se perdona a quien lo pide”.

“¡Oh, si Dios tuviese qué perdonar sólo a quien se lo pide! Y castigar al punto a quien no se arrepiente de su culpa ¿No te has sentido alguna vez perdonado antes de haberte arrepentido? ¿Puedes con toda verdad afirmar que te arrepentiste, y por este se te perdonó?”

“Maestro, yo...”

“Escuchadme todos, porque muchos de vosotros pensáis que hice mal y que Judas tiene razón. Aquí está Pedro y Juan. Oyeron lo que dije a la mujer y lo pueden repetir. No fui un necio al perdonar. No dije lo que he dicho a otras almas a las que perdoné porque estaban del todo arrepentidas. Pero he dado manera y tiempo para que esa alma llegue a arrepentirse y sea santa, si quisiere. Recordadlo para cuando seáis maestros de las almas.

Dos cosas son necesarias para ser verdaderos maestros y dignos de serlo. Primera: *llevar una vida austera de modo que se pueda juzgar y sin la hipocresía de condenar en los otros lo que se nos perdona. Segunda: una misericordia paciente para dar modo a las almas de que se curen y se fortifiquen. No todas las almas se curan instantáneamente de sus heridas. Algunas lo hacen por etapas sucesivas, lentamente y con recaídas. Arrojarlas, condenarlas, infundirles miedo, no es el arte de un médico de espíritu.*

Si las arrojáis, volverán por rechazo a echarse entre los brazos de falsos amigos y maestros. Abrid siempre vuestros brazos y el corazón a las pobres almas. Que vean en vosotros a un verdadero y santo confidente en cuyas rodillas no se avergüenzan de llorar. Si las condenaréis privándolas de ayuda espiritual, haréis que se enfermen más y se debiliten.

Si les infundís miedo de vosotros y de Dios, ¿cómo podrán levantar sus ojos a vosotros y a Dios? El primer juez que encuentra el hombre es el hombre. Sólo el que vive espiritualmente sabe encontrar primero a Dios. Pero la criatura que ya ha logrado vivir espiritualmente no cae en culpa grave. Humanamente puede tener debilidades, pero su espíritu robusto vigila y las debilidades no se convierten en culpas graves. Mientras que el hombre que todavía se deja llevar por lo que es, peca y encuentra al hombre. Ahora bien, si quien debe señalarle a Dios y formar su alma, le infunde miedo, ¿cómo puede el culpable confiar en él? ¿Y cómo puede decir: “Me humillo porque creo que Dios es bueno y que perdona” si ve que un semejante a sí, no lo es?”

Vosotros debéis ser el término de la comparación, la medida de lo que es Dios. Así como un céntimo es parte de lo que hace un millón.. Pero si sois crueles con las almas, vosotros que sois una pequeñez del Infinito⁵, y lo representáis, ¿qué cosa pensarán que sea Dios? ¿No pensáis acaso que Él es duro e intransigente?

Judas: tú que juzgas con severidad, si en este momento te dijese: “Te voy a denunciar al Sanedrín por prácticas de magia...”.

“¡Señor, no lo harías! Sería... sería... Tú sabes que es...”

“Sé y no sé. Pero ves que inmediatamente invocas piedad sobre ti... y tú sabes que ellos no te condenarían porque...”

“¿Qué insinúas, Maestro? ¿Por qué dices eso?” dice Judas muy agitado, interrumpiendo a Jesús.

Con tono muy tranquilo, pero con ojos que atraviesan el corazón de Judas, y al mismo tiempo para calmar a su apóstol agitado sobre quien convergen todas las miradas de los once

⁵ “Pequeñez del Infinito” esto es: participación de Dios Infinito; miembros, y por lo tanto parte del Cuerpo Místico de Cristo. Cfr. Rom. 12, 3-13; 1 Cor. 6, 12-20; 12.

apóstoles y de muchos discípulos, Jesús dice: “Porque ellos te aman. Tienes buenos amigos allá dentro. Lo has dicho muchas veces”.

Judas da un suspiro de alivio, se enjuga el sudor, extraño porque el día está frío y sopla el viento. Dice: “Es verdad. Viejos amigos. Pero no creo que si pecase...”

“¿Y por esto invocas piedad?”

“Ciertamente. Soy todavía imperfecto”.

“Lo has dicho. También aquella mujer es muy imperfecta. Le he dado tiempo para que sea buena, si quiere”.

Judas no replica.

Van por el camino de Betania, lejos de Jerusalén. Jesús se detiene y dice: “¿Habéis dado a los pobres lo que os di? ¿Habéis hecho todo lo que os dije?”

“Todo, Maestro” dicen los apóstoles y discípulos.

“Entonces, oíd. Voy ahora a bendeciros y a despedirme de vosotros. Os esparciréis por la Palestina, como siempre. Os reuniréis aquí para la Pascua. No vayáis a faltar... y en estos meses fortaleced vuestro corazón y el de los que creen en Mí. Sed siempre más justos, desinteresados, pacientes. Sed lo que os he enseñado a ser. Recorred ciudades, poblados, casas desparramadas. No evitéis a nadie. Soportad todo. No busquéis vuestro propio bien, como Yo, Jesús de Nazaret, no busco el mío, sino que sirvo y busco el de mi Padre. También vosotros servid y buscad el de vuestro Padre. Por esto os deben ser cosa sagrada sus intereses, no los vuestros, aun cuando pudieren padecer alguna merma o vosotros algún dolor. Tened espíritu de abnegación y obediencia. Podrá suceder que os llamare y ordenare que os quedéis donde estéis. No discutáis mis órdenes. Obedeced sea lo que fuere, creyendo firmemente que eso se hace para bien vuestro. No tengáis envidia si alguien fuere llamado y vosotros no. Lo estáis viendo... Algunos se han separado de Mí... y me causó aflicción. Eran de los que querían acomodar su conducta a su propia manera de pensar. *La soberbia es la palanca que derriba los espíritus y el imán que me los arranca*. No maldigáis a quien me ha abandonado. Rogad para que vuelvan... Mis pastores estarán de dos en dos en las cercanías de Jerusalén. Isaac por ahora viene conmigo junto con Marziam. Amaos mucho entre vosotros. Ayudaos mutuamente. Todo lo demás, amigos míos, os lo dicte vuestro corazón recordando lo que os he enseñado, y os lo inspiren vuestros ángeles. Os bendigo”.

Todos se postran mientras Jesús pronuncia la bendición mosaica⁸. Luego se apiñan a despedirse de Jesús, y se van, mientras los doce, con Isaac y Marziam continúan por el camino que lleva a Betania.”Ahora vamos a detenernos para despedirnos de Lázaro y luego continuaremos hacia el Jordán”.”¿Vamos al Jordán?” pregunta con interés Judas de Keriot.

“No. A Betabara”.

“Pero... la noche...”

“No faltan casas y poblados de aquí al río...”

No sale la menor palabra de la boca de ninguno. Y fuera del movimiento de los olivos y del ruido de los pasos, no se oye otro rumor.

192. En el poblado de Salomón y en su casa

18 septiembre 1946

Para que la gente del poblado no los vea entrar, suben por el margen del río y llegan a la casucha de Salomón. Pienso que son precauciones inútiles porque a principios de noviembre o a fines de octubre atardece temprano y la gente se recoge en sus casas. Por el camino no se ve a nadie, absolutamente a nadie, y si no fuese porque se oye algún balido, se diría que es un desierto.

Sacuden el cancelillo, está cerrado. El jardincillo parece que está bien atendido.

“Llamada. Está en la cocina. Por las hendiduras sale un rayo de luz” dice Jesús.

⁸ Cfr. Núm. 6, 22-27.

Tomás con su vozarrón grita al anciano, que sin tardanza abre la puerta, mirando hacia el camino. No ve nada porque casi afuera no hay luz, y porque dentro de la cocina había fuego y él no logra distinguir inmediatamente.

Pero cuando Jesús dice: “Somos nosotros, el anciano reconoce al punto la voz y grita: “¡El Maestro!” y desciende por la grada corriendo a abrir.

“¡Mi Señor! Entra, entra en tu casa, y que sea bendito este día que termina con tu llegada” dice tratando de abrir el cancel. Luego: “Estoy solo y cierro bien... Los ladrones son capaces de todo. Hay algunos que cometen injusticias acá o allá, viniendo al valle de los montes de Galaad. No tengo miedo por mi vida. Había preparado para Ti y... Mira, Maestro. Ven. La noche está húmeda. Tus cabellos lo están por el rocío...”¹

“Eres más diligente que la esposa del Cantar de los Cantares, padre. ¿No te molestas en acoger al Peregrino?” dice Jesús sonriendo.

“¿Molestarme? ¡Qué largos me han parecido los meses! Fueron pasando los días, unos después de otros. Sembré semillas y vi que se convertían en verduras. Me dije: “Si viniese, las saborearía”. Pero no viniste y ellas maduraron... Veía que las frutas se pintaban de colores y con dolor me las comía, porque Tú no estabas. Aquella oveja me parió un corderito, que es todo un vellón blanco. Lo guardé para que nos lo pudiéramos comer juntos. Tenía esperanzas de que nos viéramos antes de los Tabernáculos. Luego... ¿Un corderito para mí?... ¡Demasiado! Lo cambié por una cordera, y fueron buenos conmigo porque no me pidieron la diferencia. Con todo he guardado lo más que he podido: frutas y queso, pescado seco y legumbres y una que otra sandía. Tengo un poco de vino... bebo de él, pero lo prepararé para Ti para el invierno”.

Sigue habando mientras limpia la mesa y pone encima el servicio, atiza el fuego, pone agua en el caldero y se entrega contento a su quehacer. No parece ser el viejo de meses anteriores.

Sale, vuelve con leche y dice a manera de excusa: “Es poca porque sólo una de ellas da leche. Dentro de poco serán dos. Pero es suficiente para Ti”.

Todo tiene en sí: gestos paternos y gestos de devoción. Toma los mantos húmedos, las sandalias lodosas y los lleva a otra parte. Vuelve con manzanas, granadas, uvas y con algunos higos no del todo secos. Dice: “Los hice secar así, solo para que los probases. Pensaba... pensaba yo que a mi Ananías le gustaba tanto que así se los preparase...” Su voz, antes serena, toma un tinte de tristeza al decir estas palabras y concluye: “...pensé que te gustarían mucho y pensé que... al prepararlos, lo hacía para el hijo de mi hijo”. Sacude su cabeza, hace fuerzas para sonreír, pese al brillo de las lágrimas que hay en sus ojos.

Jesús que estaba sentado a la mesa, se levanta, le pone un brazo en la espalda, lo atrae a Sí: “Me gustan mucho, es algo que me recuerda mi niñez... Y a mi padre. No deberías privarte de tantas cosas por Mí. A los de edad les hace bien. Debes estar sano y fuerte, para hospedarme siempre. Es tan dulce encontrar una casa igual, con un padre que nos espera. ¿No es verdad, amigos míos?”

“¡Cierto que lo es! Y es tan hermoso, que podemos entregarnos a la pereza aunque nos ayude Ananías” dice Pedro, y poniéndose de pie, continúa: “Ea, vamos a preparar nuestras camas, mientras Jesús habla con él”.

“¡No es necesario! Siempre están preparadas. Todo está limpio... Sólo que... No alcanzan. Sois doce. Yo iré al pajar y...”

“Eso no, padre. Yo iré” dice Juan.

“No, yo” se disputa Andrés con otros este honor.

“No es necesario. Yo puedo dormir sobre esta mesa. No es más dura que el fondo de mi barca, y Marziam...” dice Pedro.

“Duerme conmigo” lo interrumpe Jesús.

“O conmigo, si os gusta... como hacía con mi pequeñuelo Ananías” dice el viejo, y en su mirada hay algo de súplica.

¹ Alusión al esposo del Cantar de los Cantares Cfr. 5, 2.

Está bien, Maestro. Todavía puedo estar contigo... Duermo con él" dice Marziam.

Jesús lo acaricia viendo su gesto.

"Mucha veces después de Pentecostés vinieron a buscarte. Luego no más" dice el anciano.

"¿Quién lo buscaba?"

"¡Quiénes otros, sino los fariseos! Y otros como ellos. Querían saber de Ti. Yo les dije: "No está aquí, y no sé cuándo vendrá..." Es la verdad. Terminaron por cansarse de venir. Buscaban a otro, a un cierto Juan, que decía que estaba contigo y que pensaban que tal vez estaría aquí. Les dije: "Su discípulo anda con Él". Dijeron: "¿Acaso su discípulo es tuerto? ¿Acaso viejo, casi por morir?" Comprendí que no eras tú y respondí: "Conozco a su apóstol Juan, que es un joven apuesto, y santo de alma como de cuerpo". Me amenazaron. Pero ¿qué podía decir yo? Era la verdad..."

"Cierto que era la verdad. Sé siempre veraz. Aunque tuvieses qué causarme algún daño, nunca mientas, padre".

"Señor mis cabellos son grises ya, tratando de obedecer siempre al Señor. Y entre las cosas que tengo qué obedecer está la de no decir cosas falsas. Pero, ¿por qué te buscan, Señor? Yo era un ciego. Jamás iba a Jerusalén. Volví, pues... para la ceremonia. Porque quise esperarte aquí... Oí que se te odia y se te ama... He comprendido que existe más odio que amor entre los jefes del pueblo. Estaba en el Templo en aquella mañana en que quisieron hacerte daño... triste huí para esperarte y para llorar aquí. ¿Por qué el hombre debe ser tan malo?"

"Porque ha dado muerte a su espíritu. Y con ella a su capacidad de oír el remordimiento de que es injusto".

"¿Es verdad que te buscan para hacerte mal?"

"Así es".

"¡Sí! ¿Quiere Israel causar daño a su Rey? ¡Horror! Israel sale al encuentro de los castigos que los profetas predijeron³ Oh, estoy contento, ahora, de que mi hijo haya muerto... también yo quisiera morir para no ver el pecado de Israel..."

Un silencio profundo se cierne sobre todos. Tan solo el crepitar de la leña parece entonar un lúgubre canto.

"Hablemos de otra cosa. Siempre se habla de muerte, de odio, de traición. ¡Basta, basta! ¡No puedo oír más de esto!" dice Iscariote completamente cambiado de rostro, torvo, agitado y caminando por la cocina, abriendo sus brazos.

"Judas tiene razón" dicen muchos.

"Pero no querer oír, no sirve de nada. Lo que sirve es no consentir" dice Jesús abriendo resignadamente sus manos, con las palmas abiertas, sobre la rústica mesa.

"¿Qué quieres decir con eso de "consentir"? ¿Qué es lo que consiente en ello?" Judas le agita las manos por el rostro, a través de la mesa.

"¿Quién? Todos los que sueñan ya con verme morir bañado en mi sangre. ¡Sangre! ¡Sangre de tu Mesías! ¡Sangre sobre ti, tierra que no quiere a su Señor! ¡Sangre que brilla más que esas llamas! ¡Sangre, fuego en el hilo y en las tinieblas de un mundo criminal! Creen poder mata la Luz, quitándole su sangre. Pero Luz es el espíritu; la sangre es todavía algo material. Lo material hace pesado el espíritu. ¿Acaso no es cierto que la sangre echada sobre una lámina de mica hace más débil la luz? Bueno. En verdad, en verdad os digo que así como esos leños no brillaban, sino hasta que se convirtieron en llama y su resina no prendió hasta que sintió el fuego y ahora resplandecen y alumbran, de igual modo cuando todo se haya cumplido y la sangre y la carne se hayan consumido en sacrificio, entonces, como ese fuego, que es ahora todo luz, mi espíritu más que nunca iluminará el mundo y más que nunca seré Luz. Una Luz tal que deslumbrará para siempre a los que la odian como a sus asesinos. Una Luz tan intensa que se fundirán las puertas áureas de los cielos cerradas al Linaje humano por

³ Cfr. por ej. Is. 2, 6-22; 5, 18-20; Os. 5, 8-14; Jl. 2, 1-2; Sof. 1, 14-18; etc.

tantos siglos ⁴ y se abrirán de par en par a los justos. Una Luz tal que perforará las piedras que aman al Abismo y su fuego ardiente será mucho más cruel con mis rayos que despediré. ¡Ay, ay, ay de aquellos que hayan tratado de atacar la Luz! ¡Sangre y Luz! Sólo estas dos cosas estarán ante ellos para hacerlos enloquecer y desesperar. ¡Demonios!”

Jesús que se había puesto de pie cuando pronunció “en verdad, en verdad...” y había infundido un miedo terrible en la cocina de paredes oscuras, a quien el chisporrotear de la leña parecía como si le formase una corona, se sienta y guarda silencio.

Todos se miran entre sí, todos menos Judas que parece hipnotizado al ver la leña que arde... Hipnotizado y espantado. Un espanto que le pone algo así como una horrible máscara de lívido color sobre la que las llamas de la hoguera pintan colores rojizos. Esto me recuerda la espantosa cara de Jesús en el Viernes Santo. Luego se vuelve pronto y grita: “¡Cállate! ¡Cállate! ¿Por qué nos atormentas?”⁶ y sale golpeando violentamente la puerta...”

“Teniendo en cuenta su carácter es verdad, pero él te quiere mucho... y sufre al oír ciertas palabras” dice Tomás. Luego: “También a nosotros nos causan pena. Pero nosotros no nos comportamos de esa manera rara... tan rara, para decirlo de una vez...”

Nadie se atreve a hablar. El mismo Jesús sigue callado.

“Las verduras están cocidas, y la leche ya se calentó...” dice en voz baja el atemorizado anciano, y como que no se atrevía a decir palabras tan corrientes después de lo sucedido...

“Llamad s Judas y cenemos” ordena Jesús.

Juan sale a llamar al compañero. Entran... En la cara de Judas se nota el tormento, un tormento sin paz.... Se sienta a la mesa y se levanta con los demás cuando Jesús ofrece y bendice, y mira de reojo a Jesús cuando hace las partes, guardando para Sí la última.

Todos quieren romper el muro de tristeza que reina en la sala. Nadie lo logra hasta que el mismo Jesús se dirige al anciano, preguntándole si el poblado y lugares vecinos han aceptado la palabra del Señor.

“Sí, sí, Maestro. Y produce mucho, mucho bien. Diría yo, más que al otro lado de la ribera. Sabes... por acá el recuerdo del Bautista vive fuertemente, y sus discípulos, que ahora son tuyos, le alimentan, y te dan a conocer con sus palabras. Además... aquí... Los fariseos son pocos tanto en Perea como en la Decápolis, y por eso...”

193. Jesús y Simón de Jonás

20 septiembre 1946

No sé dónde están. Pero seguro que no es el valle del Jordán, sino sobre los montes que lo flanquean, porque veo el verde valle y el hermoso río azul allá abajo, entretanto que las altas cimas de los montes sobresalen en la extensa meseta que se extiende hacia el oriente del Jordán.

Vea a Pedro que está solo, en algo que sobresale, y que mira detenidamente al noreste, que suspira, que está muy triste. La leña está a sus pies; leña que sin duda recogió entre la maleza de estos bosques. Un poblado hay entre el verdor. Pero está en verdad abatido. Termina por sentarse con su hatillo, mete la cabeza entre las manos, hecho un ovillo. Se queda así, olvidándose de las horas y de las cosas. Tan absorto que no lo sacan de su ensimismamiento algunos niños al pasar detrás de sus caprichosas cabras; le miran y luego corren detrás de sus animales en dirección del poblado. Poco a poco el sol va ocultándose, pero Pedro no se mueve.

Por la vereda que va del poblado al monte camina Jesús. Anda despacio para no hacer ruido. Llega al lugar donde está Pedro. Le dice: “¡Simón!”

“¡Maestro!” Pedro da un salto, levanta su mirada tratando de decir algo.

⁴ Cfr. Gén. 3, 22-24; Hebr. 9; Ap. 22, 14.

⁶ Cfr. Mt. 8, 28-34; Mc. 5, 1-13; Lc. 8, 26-33.

“¿Qué estás haciendo, Simón? Ya regresaron todos tus compañeros, pero tú, no. Todos están preocupados. Tanto que tu hermano y los hijos de Zebedeo con Tomás y Judas han ido por los montes a buscarte, mis hermanos con Isaac y Marziam fueron hacia la llanura”.

“Me desagrada... Me desagrada ser la causa de esta aflicción y de esta fatiga...”

“Todos tus compañeros te quieren mucho... Fue Judas el primero que se preocupó y que regañó a Marziam porque te dejó venir solo”.

“¡Uhm!...”

“Simón, ¿qué te pasa?”

“Nada, Maestro”

“¿Qué estabas haciendo en este lugar, solo, mientras la tarde baja?”

“Estaba mirando”.

“Tal vez estuviste mirando, pero *ahora* no mirabas ya... Pasaron cerca de ti unos niños y los espantaste porque pensaron que estabas muerto, pues estabas tan encogido. Corrieron al redil que nos hospedó y me lo dijeron. Por eso vine... ¿Qué mirabas, Simón?”

“Miraba... miraba en dirección de Ramot de Galaad, de Gerasa, de Bosra, de Arbela... nuestro viaje del año pasado, tan hermoso... veía a la Madre con nosotros. A las discípulas... a Juan de Endor... al mercader... Hasta él era bueno y nos hizo agradable el camino... ¡Cuántas cosas han cambiado! ¡Qué diversas son!... ¡Cuántos dolores!... En una palabra, miraba hacia el pasado”.

“Y hacia el porvenir, Simón mío”. Jesús se sienta sobre el montón de leña al lado de Pedro y pone un brazo sobre su espalda. Le dice: “Mirabas el horizonte... y la tristeza te envolvió. El presente como un torbellino levantó sus nubes que infunden temor y te ocultó el recuerdo sereno, lleno de promesas y esperanzas. Te llenó de miedo. Simón, estás en una de esas horas de tristeza y de melancolía que nuestra naturaleza humana encuentra en su camino. Nadie se exceptúa de ellas, porque las suscita quien odia al hombre. Cuanto más el hombre sirve a Dios, tanto más Satanás trata de infundirle miedo y de cansarlo para arrancarlo del ministerio abrazado. También tú te encuentras en una hora de cansancio... el continuo repetirse de persecuciones que cae sobre tu Maestro, te cansa. En una palabra –no sabes que no eres tú sino el Tentador- escuchas una voz que te susurra: “¿Y mañana? ¿Qué será el mañana?”...”

“Es verdad, Señor. Estás leyendo mi corazón. Pero también sabes que si hago esto no es porque tenga miedo por mí. Es porque... No. No podré verte jamás atormentado... Frecuentemente hablas de un crimen, de una traición. Yo... ¡Oh, no soy sólo yo! ¿Cuántos, sobre todo entre los viejos, te han pedido morir antes de ver que ofendan a su Rey? ¡Y yo!... Tú sabes que eres todo para mí. Ninguna otra cosa que no seas Tú, me interesa. No es como dice Judas, nostalgia por mi barca, por mi mujer... Mira: Tú sabes que digo la verdad. Insistí mucho por tener a Marziam. Mi modo humano quería tener por lo menos un hijo adoptivo en lugar de los hijos que mi mujer no me dio, llenando de pena mi virilidad que quería perpetuarse. Pero ahora, pero hoy yo... Quiero sí a Marziam. Pero si me lo quitaras no reaccionaría. Tan solo te diría... ¡pero no! No diría nada”.

“¿Tan solo me dirías? Acaba”.

“Inútil, Maestro”

“¡Habla!”

“Diría: “Dalo a quien mejor que yo pueda educarlo en la rectitud”. No te diría más. Esto es... y esto te digo, llorando, por él, por mí, por mi hermano, y también por Juan y Santiago, y también por los demás, pero nosotros... nosotros somos los que fuimos tus primeros...” Pedro se pone de rodillas apoyándose sobre las rodillas de Jesús, con sus manos en alto, con sus palmas en alto, como suplicantes, con lágrimas en sus mejillas que se pierden entre la barba... “...lo digo por nosotros: haznos morir, llévanos antes de que nosotros... ¡Oh! Hace meses que pienso que Tú sabes que es verdad que este pensamiento me corroe, me envejece. Es algo que no me deja nunca en paz, ni siquiera cuando duermo. Pienso que si es como Tú dices, podría ser yo el traidor, o serlo Andrés, o Juan, Santiago, Marziam... Y si no se llegare a esto,

ser uno de los que decías hace apenas tres noches en la casa de Ananías, uno de los que llegan a desear tu Sangre, uno, aun uno de los que no sabrán oponerse por cobardía y consentir en el mal por temor del mal... Yo... si tuviera qué consentir sólo en no reaccionar por temor... Maestro, ¡oh, Maestro mío!, me mataría para castigarme o... mataría tus asesinos si los encontrase... Yo... si no quieres esto, haz que muera antes. Hazlo pronto, aquí... La vida no vale nada. Pero faltar al amor que te tengo... Ser uno de esos... ser... ver y no... Está tan excitado que le faltan hasta las palabras. Baja su cabeza sobre las rodillas de Jesús llorando con gemidos amargos de un hombre rudo, de un hombre de edad, que no sabe llorar, que se encuentra presa de diversos sentimientos.

Jesús le pone sus manos sobre la cabeza como para calmar ese dolor y ahuyentar los pensamientos que lo perturban. Dice: “Amigo mío, crees que si tuvieses que... no ser perfecto en aquella hora, el Señor que es justo ¿no pondrá en la balanza tu error y tu amor y voluntad actuales? ¿Tienes miedo que este amor sin comparación y que esta voluntad puedan valer menos que tu momentánea imperfección, y ser insuficientes para alcanzar el perdón de Dios, y con ella todos los medios para que vuelvas en ti, mi amado Simón?”

“¡Haz que muera! ¡Sálvame! ¡Tengo miedo!”

“Tú eres mi Piedra, Simón. ¿Podría hacer añicos la Piedra que será el fundamento que me debe perpetuar en la tierra?”

“No soy digno. Me doy cuenta. Soy un pobre hombre, ignorante, pecador. No hay inclinación mala que no haya en mí. No soy digno, ¡no lo soy! Seré un perverso. Un homicida. Todo lo peor que haya... Haz que muera. Comprende que si pudiese descubrir a quien te odia...”

“Todo un mundo me odia, Simón. Hay qué perdonar...”

“Me refiero al cabecilla. Debe haber uno que haga de cabecilla...”

“Habrá tantos *uno*, y todos tendrán su mansión principal...”

“¿Qué mansión? La de... ¡Oh, no quiero pronunciar ese nombre! Pero yo...”

“Tú debes perdonar como Yo y conmigo. ¿Por qué te turbas, Simón, al pensar lo que podrías hacer para castigar? Deja al Señor esto. A ti te toca amar y perdonar, compadecer y perdonar. ¡Todos esos que se harán culpables ante tu Jesús, tienen mucha necesidad de que se les ayude y de que se les perdone!”

“No hay perdón para ellos”.

“¡Oh, qué duro eres con tus hermanos, Simón! ¡No! Hay perdón también para ellos, si vuelven atrás. ¡Ay de todos los que me ofenden, si no pudiesen ser perdonados! ¡Ea, levántate, Simón! Tus hermanos están muy preocupados al ver que ni tú ni Yo regresamos al redil. Pero aunque pudieran sufrir algo, antes de irnos, vamos a orar. Oremos juntos. *No hay otra cosa para poder conseguir de nuevo la paz, la fuerza principal, el amor, la compasión... también para con nosotros mismos. La oración ahuyenta los fantasmas de Satanás, y hace que nos sintamos cerca de Dios. Si Dios está cerca, pueden uno enfrentarse a todo y portarlo con rectitud y mérito.* Oremos así, Yo y tú, aquí, desde este monte desde el que se ve una gran parte de nuestra Patria, como vio Moisés desde el Nebo¹. Nosotros, más afortunados que él, traemos a esta tierra que pertenecerá al Mesías la palabra y la salvación. Yo he sido el primero, después tú. ¡Mira! Con los últimos rayos se distinguen aún los montes de la Judea. Más allá está la llanura, el mar, luego otras tierras, el mundo. Esas tierras, ese mundo te esperan, Pedro. Te esperan para saber que existe un solo Dios. Un Dios que dará la verdadera luz a las almas que andan a tientas en la oscuridad del gentilismo y de la idolatría. Mira: la luz terrenal se apaga. ¿Cómo podrán los viajeros hacer menos de no perder la dirección en una noche sin luz? Pero mira allí la estrella polar. Se levanta para guiarlos. Mi religión será la estrella que guíe a los caminantes del espíritu en el camino que va al cielo. Y estarás tan unido a ella que llegarás a ser una sola luz conmigo y con mi doctrina, ¡oh Pedro

¹ Cfr. Deut. 32, 48-52; 34, 1-4..

mío! ¡oh Piedra bendita! Oremos por esa hora en que los hombres se salvarán por mi Nombre. “Padre nuestro que estás en los cielos”...”

Recita lentamente el *Padre nuestro* teniendo de la mano a Pedro y parece como si lo presentase al Padre levantando los brazos y manos, sobre los que se apoyan los del apóstol.

“Bajemos. Dejemos aquí las tristezas y cruces inútiles para el mañana. Junto con el pan cotidiano el Padre nos dará mañana, cada mañana, su ayuda. ¿No lo crees, Simón?”

“Sí, Maestro, lo creo” dice con firmeza Pedro, cuyo rostro no tiene más señales de intranquilidad, sino de una austeridad que hace pocos meses se ha venido acentuando y que parece haber transformado al rudo y tosco pescador de hace dos años antes.

Descienden. Jesús va adelante, detrás Pedro con su haz de leña. Casi al llegar a las primeras casas del poblado encuentran a los apóstoles preocupados.

“¿Dónde te habáis ido?” gritan a Pedro.

“Hubiéramos podido llegar mucho antes, pero nos quedamos hablando, viendo Gerasa...” responde Jesús en su lugar.

Doblan a la derecha, a una especie de redil semidestruido; algo que parece como si fuese a caer, un tinglado de paredes toscas, mal cubierto, mal protegido de muros por los tres lados y tablas por el cuarto. Dentro no hay más que una poca de paja en el suelo, y un horno mal hecho en un rincón.

Me imagino que no los quisieron recibir en el poblado y que buscaron aquí refugio...

194. Jesús habla con Tadeo y Santiago de Zebedeo

21 septiembre 1946

“¿De veras quieres tomar este camino? No me parece prudente por varias razones” objeta Iscariote.

“¿Cuáles? ¿No fueron a verme de estos contornos hasta Cafarnaum varias personas, en busca de salvación y sabiduría? ¿No son también criaturas de Dios?”

“Sí... pero, no es muy prudente ir cerca de Maqueronte... Es un lugar de mal presagio para los enemigos de Herodes”.

“Maqueronte está lejos. No tengo tiempo de ir hasta allá. Quisiera ir hasta Pera y más allá... pero no llegaré sino hasta la mitad del camino, y tal vez menos. De todos modos, vámonos...”

“José te aconsejó...”

“Que anduviese por caminos que están vigilados. Esta es exactamente la vía de Ultrajordania que frecuentemente vigilan los romanos. No soy un cobarde, Judas, pero tampoco un imprudente”.

“Yo no me fiaría. No me alejaría yo de Jerusalén. Yo...”

“Deja que el Maestro decida. Él es el Maestro y nosotros sus discípulos. ¿Cuándo se ha visto que sea el discípulo quien aconseje al maestro?” pregunta Santiago de Zebedeo.

“¿Cuándo? No han pasado muchos años desde que tu hermano aconsejó al Maestro no ir a Acor, y Él le hizo caso. Ahora que me lo haga a mí”.

“Tienes celos y quieres imponerte. Si mi hermano lo propuso y se aceptó su proposición, señal fue que era justo lo que decía, y por eso se le escuchó. Bastaba con haber mirado a Juan aquel día, para comprender que había razón para escucharlo”.

“¡Oh, con toda su sabiduría no ha sabido defenderlo, y nunca logrará hacerlo! Por el contrario todavía está fresco lo que hice yo al venir a Jerusalén”.

“Cumpliste con tu deber. También mi hermano lo hubiera hecho con otros modos, porque no sabe mentir ni siquiera en cosas buenas, y de ello me alegro...”

“Me ofendes. Me tomas por mentiroso...”

“Eh, ¿quieres que diga que fui sincero, cuando mentiste tan hábilmente, sin cambiar de color?”

“Lo hice...”

“Sí, lo sé, lo sé, para salvar al Maestro. Pero eso no lo acepto, y ninguno de nosotros lo acepta. Prefiramos la respuesta sencilla del viejo. Prefiramos callar y ser tenidos como necios, como bobos, antes de mentir. Se empieza por una cosa buena y se termina con otra que no lo es”.

“¡Quién es el malo! Ciertamente que yo no. ¡Quién es el necio! Es claro que yo tampoco”.

“Basta. Si tenéis al principio razón, termináis por equivocaros y ofenderos porque es algo contra la caridad. Vosotros todos sabéis lo que pienso sobre la sinceridad; lo mismo que sobre la caridad. Vámonos. Estas disputas vuestras me son más dolorosas que los insultos de los enemigos”.

Y Jesús dando muestras de enfado echa a andar en paso veloz, solo, por un camino que sin necesidad de ser arqueólogo, se comprende que lo hicieron los romanos. Se dirige al sur, derecho entre dos cadenas de montañas desiguales. Un camino monótono, grisáceo por los bosques que lo encierran, y que impiden que la mirada se extienda lejos. Con todo, el camino está bien cuidado. De cuando en cuando se ve un puente romano sobre arroyos y arroyuelos que con seguridad desembocan en el Jordán o en el Mar Muerto. No comprendo por qué los montes me impiden ver hacia el occidente donde deben estar el río y el mar. Se ve de vez en cuando alguna caravana por el camino, una caravana que sube tal vez del Mar Rojo y quién sabe a dónde vaya con muchos camellos y camelleros y mercaderes de razas que claramente se ve que no son de la judía.

Jesús sigue adelante, solo. Detrás, divididos en dos grupos, los apóstoles que cuchichean entre sí. Los galileos adelante; atrás los judíos con Andrés y Juan y los dos discípulos que se les unieron. Los dos grupos tratan, uno de consolar a Santiago que está deprimido por la severa reprensión del Maestro, el otro que trata de persuadir a Judas que no sea tan obstinado y agresivo. Ambos grupos están de acuerdo en aconsejarles a que vayan al Maestro y le pidan excusa.

“¿Yo? De mi parte al punto voy. Estoy seguro de tener razón. Conozco mis acciones. No fui quién insinué algo malo. Voy” dice Iscariote, moviéndose de un lado a otro, diría yo, desfachatadamente. Apresura el paso para alcanzar a Jesús. Una vez más me pregunto si por aquellos días no estaba ya decidido a traicionarlo y no conspiraba con sus enemigos...

Por el contrario Santiago, que en realidad es menos culpable, está casi abatido por haber causado un dolor al Maestro, y no tiene valor para acercársele. Mira a su Maestro que ahora va hablando con Judas... Lo mira, y el deseo de oír su palabra de perdón se dibuja vivamente en su cara. Pero en su mismo amor, sincero, constante, fuerte, le parece que su falta no tenga perdón.

Los dos grupos se han juntado y también Simón Zelote, Andrés y Santiago dicen: “¡Ve! ¡Como si no lo conocieras! ¡Ya te perdonó Él!” y con una agudeza de ingenio, Bartolomé, el de mayor edad y más prudente, dice poniendo su mano sobre la espalda de Santiago: “Yo te lo digo: para no suscitar otras disputas, imparcialmente os reprendió a ambos, pero su corazón lo decía sólo por Judas”.

“Es así, Tolmai. Mi hermano se consume en soportar a ese hombre que se obstina en querer reconocer sus yerros, y se cansa en hacerle ver... como somos nosotros. Él es el Maestro, y yo... soy yo... Pero si yo fuese Él, ¡oh, el hombre de Keriot no estaría con nosotros!” dice Tadeo, cuyos bellísimos y resplandecientes ojos recuerdan los de Jesús.

“¿Lo crees? ¿Sospechas algo? ¿Qué cosa?” preguntan varios.

“Nada. Nada preciso. Pero ese hombre no me gusta”.

“Jamás te ha gustado, hermano. Una repulsión que no tiene motivo, que te nació desde el momento en que lo viste. Tú mismo me lo confesaste. Es algo contrario al amor. Tienes que vencerla, si no por otro motivo, por dar alegría a Jesús” dice con tono calmado y persuasivo Santiago de Alfeo.

“Tienes razón, pero... no lo logro. Ven, Santiago, vamos con mi hermano y Judas de Alfeo toma resueltamente del brazo a Santiago de Zebedeo y se lo lleva.

Judas los oye venir, se da vuelta y dice algo a Jesús. Este se detiene y los espera. Judas con una mirada maliciosa mira al apóstol avergonzado.

“Perdón. Déjanos un momento. Quiero hablar con mi hermano” dice Tadeo. La frase es cortés, pero el tono muy seco.

Iscariote sonríe maliciosamente y alzando los hombros, regresa y se une con los otros.

“Jesús, somos pecadores...” dice Judas Tadeo.

“Yo lo soy, no tú” murmura Santiago con la cabeza inclinada.

“Somos pecadores, Santiago, porque lo que hiciste, yo lo pensé, lo aprobé, lo tengo en el corazón. Por eso también yo he pecado. Mi corazón juzga a Judas, lo que mancha la caridad... Jesús ¿no dices nada a tus discípulos que reconocen su falta?”

“¿Qué debo decir que no sepáis? ¿Acaso os hacéis mejores con mis palabras?”

“No. No más de lo que él se cambia con lo que le dices” le responde sinceramente en nombre suyo y en el del otro primo suyo.

“No te preocupes de Judas. ¡Déjalo! Yo fui el que falté. Se trata de mí y de mí debo ocuparme, no de otros. Maestro, no estés enojado conmigo...”

“Santiago, Yo quisiera de ti como de todos, una sola cosa. Muchas son las penas, muchas las incomprendiones con que tropiezo... debidas a una resistencia obstinada. Lo estáis viendo... De un poblado que me da alegría, tres no me la dan, y me arrojan cual malhechor. Yo quisiera que esa comprensión, esa adhesión que los otros no me brindan, me la dierais al menos vosotros. Que el mundo no me ame, que me sienta ahogar en medio de este odio, de la antipatía, enemistad, sospechas, que me rodean, de inmundicias de todas clases, de egoísmos, de todo lo que mi infinito amor por el hombre me hace soportar, es algo penoso. Sin embargo lo sufro con resignación. Para eso vine, para soportar a los que odian la salvación. ¡Pero vosotros! ¡No, esto no lo soporto! No soporto que no seáis capaces de amaros mutuamente y por lo tanto de comprenderme. No soporto que no os adhiráis a mi espíritu, esforzándoos por hacer lo que hago.

“Creéis, podéis cree todos vosotros, que no vea los errores de Judas, que ignore algo de él? ¡Oh! persuadíds que no es así. Si hubiera querido seres perfectos de espíritu, habría hecho que se encarnasen los ángeles y me hubiera rodeado de ellos. Habría podido haberlo hecho. ¿Habría sido un bien verdadero? No. De mi parte hubiera sido egoísmo y desprecio. Habría evitado el dolor que recibo de vuestras imperfecciones y habría despreciado a los hombres que mi Padre creó y que tanto ama hasta el punto de que me envió a salvarlos. De parte del hombre hubiera sido para él un daño en lo futuro. Terminada mi misión, vuelto a subir al cielo con mis ángeles, ¿qué cosa hubiera quedado para continuar mi misión? ¿Y quién hubiera sido? ¿Qué hombre hubiera podido esforzarse en hacer lo que digo, si sólo un Dios y ángeles hubieran dado ejemplo de una vida nueva, controlada por el espíritu? Fue necesario que me revistiese de carne para persuadir al hombre de que, si quiere, puede ser casto y santo en todos los modos. Fue necesario que tomase algunos hombres, así, que con su espíritu, respondiesen al llamado del mío, sin pensar si eran ricos o pobres, doctos o ignorantes, nacidos en la ciudad o paisanos. Los tomé como los encontré, mi voluntad y la suya los transformó lentamente en maestros de otros hombres.

El hombre puede creer al hombre, al hombre que ve. Es difícil para él, que se encuentra tan caído, creer en Dios a quien no ve. Todavía no dejaban de relampaguear los rayos en el Sinaí y a las faldas del monte había brotado ya la idolatría¹... Aún no había muerto Moisés, cuyo rostro no podía mirarse, y se pecaba contra la ley². Pero cuando vosotros, transformados en maestros, sirváis de ejemplo, de testimonio, de levadura entre los hombres, éstos no podrán decir: “Son dioses, bajados entre nosotros y no podemos imitarlos”. Tendrán que decir: “Son hombres como nosotros. Ciertamente que en ellos existen los mismos instintos y estímulos que en nosotros, las mismas reacciones, pero saben resistir a los estímulos e instintos, y

¹ Cfr. Ex. 32; Deut. 9, 7-29.

² Cfr. Ex. 32; Deut. 9, 7-29; Ex. 34, 29-35; 2 Cor. 3.

reaccionar de una manera diversa de la nuestra que es grosera". Y se persuadirán que el hombre puede divinizarse, con tal de que quiera entrar en los caminos de Dios. Ved a los gentiles y a los ídólatras. ¿Todo su Olimpo, todos sus ídolos los hacen acaso buenos? No. Porque, si son incrédulos, dicen que sus dioses son un cuento; si creen, piensan: "Son dioses y yo soy un mortal" y no se esfuerza en imitarlos. Tratad, pues, de llegar a ser otros Yo. Y no tengáis prisa. El hombre se desenvuelve lentamente de animal racional en ser espiritual. ¡Tened compasión de vosotros mismos! Fuera de Dios, nadie es perfecto.

Ahora todo ha pasado ¿no es verdad? Transformaos con firme voluntad imitando a Simón de Jonás, que en menos de un año ha dado pasos de gigante. Y con todo... ¿Quién más que Simón de entre vosotros era el hombre cargado de defectos demasiado humanos?"

"Es verdad, Jesús" Continuamente lo estudio y lo observo. Me llena de admiración" confiesa Tadeo.

"Sí. Lo conozco desde mi niñez. Como si fuese un hermano mío. Pero ahora tengo frente a mí a un Simón nuevo. Te confieso que cuando dijiste que sería nuestro jefe, yo, y no sólo yo, nos quedamos perplejos. Me parecía el menos indicado de todos. ¡Simón respecto al otro Simón y a Natanael" ¡Simón respecto a mi hermano y a los tuyos! ¡Sobre todo a estos cinco! Me pareció un verdadero error... Ahora digo que tenías razón".

"Y vosotros no veis sino la superficie de Simón. Yo veo lo profundo de su corazón. Para ser perfecto tiene todavía mucho qué trabajar y padecer. Yo quisiera que en todos hubiera su voluntad, su sencillez, su humildad y su amor..."

Jesús mira hacia adelante, y quién sabe qué cosa mire. Se absorbe en su pensamiento y sonríe a lo que ve. Baja luego sus ojos sobre Santiago y le sonríe.

"¿Entonces... estoy perdonado?"

"Quisiera poder perdonar a todos como a ti... Ved, aquella ciudad debe ser Esebón. Así lo dijo aquel: después del puente de tres arcos está la ciudad. Esperemos a los otros para entrar juntos".

195. Jesús y el hombre de Petra (cerca de Esebón)

22 septiembre 1945

No veo la ciudad de Esebón y los suyos ya están saliendo de ella, y por lo que distingo en sus rostros comprendo que no los hospedaron. Los siguen, o mejor, los persiguen a unos metros de distancia dando gritos y profiriendo amenazas...

"Estos lugares vecinos al Mar Salado están malditos como el mismo mar" dice Pedro.

"Este lugar es el mismo de los tiempos de Moisés, y Tú eres demasiado bueno para castigarlo como lo fueron entonces. Sería justo. Aplastarlos con la potencia del cielo y con la de la tierra. A todos. Hasta el último ser viviente, y hasta en cualquier rincón" dice irritado Natanael, con un fulgor de ira en sus ojos. El rostro del flaco y viejo apóstol es un representante típico de la raza hebrea bajo el ímpetu de la ira, y se parece mucho al de muchos rabinos y fariseos enemigos de Jesús.

Este se vuelve. Levanta una mano y dice: "¡Paz, paz! También ellos serán arrastrados a la Verdad. Pero se necesita paz. Es necesaria la comprensión. Nunca habíamos venido acá. No nos conocen. Así nos pasó en otros lugares donde fuimos por vez primera, y luego cambiaron".

"Es que estos lugares son como Masada. ¡Son unos vendidos! Regresemos al Jordán" insiste Pedro.

Pero Jesús toma el camino consular, que había dejado y que se dirige al sur. Los más encarnizados de la población lo persiguen, llamando la atención de los viajeros.

Un rico mercader, o que está al servicio de otro, observa desde su camello en medio de su larga caravana de la que es jefe y que va hacia el norte, lo que sucede. Sorprendido detiene su camello. Lo mismo hacen los demás. Mira a Jesús, a los apóstoles, que no tienen con qué defenderse, que reflejan bondad en sus rostros; mira a los que amenazan con gritos y con

curiosidad les llama. No oigo sus palabras, pero sí las que salen de las gargantas de los otros: “Es el maldito loco, el endemoniado Nazareno. ¡No lo queremos entre nuestras murallas!”

El hombre no pregunta más. Vuelve su camello. En voz alta dice algo a uno de los suyos que lo sigue. Grita a su animal que en unos cuantos pasos alcanza a los apóstoles. “En nombre de vuestro Dios, ¿quién de entre vosotros es Jesús el Nazareno?” pregunta a los apóstoles Mateo, Felipe, Simón Zelote y a Isaac, que van en el último grupo.

“¿Por qué lo quieres saber? ¿Para molestarnos? ¿No son suficientes ya tus compatriotas? ¿También tú quieres intervenir?” pregunta de muy mal humor Felipe.

“Soy mejor que ellos. Quiero pedir un favor. No me lo neguéis. Lo pido en nombre de vuestro Dios”.

Hay algo en la voz del hombre que persuade a los cuatro, y Simón responde: “El que va adelante en medio de los dos más jóvenes”.

El hombre grita nuevamente a su animal, porque Jesús que iba ya adelante, ha avanzado más mientras hablaban.

“¡Señor”... Escucha a un infeliz...” dice tan pronto como lo alcanza.

Jesús, Juan y Marziam se vuelven sorprendidos.

“¿Qué quieres?”

“Soy de Petra, Señor. Trabajo para otros llevando mercancías desde el Mar Rojo hasta Damasco. No soy pobre, pero como si lo fuera. Tengo dos hijos, Señor. La desgracia ha venido sobre sus ojos y están ciegos. Uno completamente. Fue el primero en haber enfermado; el otro casi ya lo está y pronto lo estará. Los médicos no hacen milagros, pero Tú sí”.

“¿Cómo lo sabes?”

“Conozco a un rico mercader que te conoce. Se hospeda donde yo me hospedo. Algunas veces también me pongo a sus órdenes. Me dijo al ver a mis hijos: “¡Sólo Jesús de Nazaret los podrá curar. Búscalo!”. Te habría buscado, pero tengo poco tiempo y debo seguir las rutas más indicadas”.

“¿Cuándo viste a Alejandro?”

“En el espacio de vuestras dos fiestas de primavera. Desde entonces he hecho otros dos viajes, pero no te había podido encontrar. ¡Señor, ten piedad de mí!”

“No puedo bajar a Petra, ni tú puedes abandonar la caravana...”

“Sí que puedo. Arisa es hombre de confianza. Lo mando delante de mí y que vaya lentamente. Yo vuelvo a Petra. Tengo un camello más veloz que el viento del desierto y más ágil que un venado. Tomo a mis dos hijos y a otro siervo fiel. Te alcanzo. Me los curas... ¡Que venga la luz a sus ojos cual estrellas negras, y ahora cubiertos de una espesa nube! Yo continúo mientras vuelven a donde está su madre. Veo que sigues adelante, Señor. ¿A dónde te diriges?”

“Iba a ir a Debón...”

“No vayas. Está llena de... de esos de Maqueronte. Lugares malditos, Señor. No te separes de los infelices, Señor, para echarte en brazos de unos malditos”.

“Lo que había dicho yo” refunfuña Bartolomé entre su barba, y muchos le dan la razón.

Están ya todos cerca de Jesús y el hombre de Petra. Por el contrario, los habitantes de Esebón, viendo que la caravana se pone a favor del Perseguido, vuelven atrás. La caravana se detiene esperando el resultado y la decisión.

“Hombre, si no voy por ciudades del sur, vuelvo hacia el norte. No he dicho que no te quiera hacer caso”.

“Sé que a vuestros ojos soy un indigno. Soy incircunciso, no merezco que se me oiga. Pero Tú eres el Rey del mundo, y en él también estamos nosotros...”

“No se trata de esto... Es que... ¿cómo puedes creer que Yo pueda hacer lo que los médicos no pueden?”

“Porque Tú eres el Mesías de Dios y ellos son hombres. Tú eres el Hijo de Dios. Me lo dijo Misace, y lo creo. Puedes hacer todo, aun para un hombre como lo soy yo”. La respuesta es

segura y el hombre lo demuestra descendiendo a tierra sin hacer siquiera que se arrodillase el camello, y se postra en medio del polvo.

“Tu fe es mayor que la de muchos. Ve. ¿Sabes dónde está el Nebo?”

“Sí, Señor. Aquel monte es el Nebo. También hemos oído algo de Moisés. ¡Un gran hombre! Demasiado grande para no haber oído nada de él. Pero Tú lo eres más. Entre Moisés y Tú, existe la comparación que hay entre una roca y un monte”.

“Ve a Petra. Te esperaré en el Nebo...”

“Hay un poblado a las faldas del monte para los huéspedes que lo visitan. Hay albergues. Estaré ahí dentro de diez días a lo más. Haré que mi animal dé lo máximo, y si el que Te ha mandado, me protege, no encontraré tempestades”.

“Vete. Regresa lo más pronto que puedas. Porque tengo que ir a otras partes...”

“¡Señor! Yo... no estoy circuncidado. Mi bendición sería una maldición para Ti, pero la de un padre no lo es jamás. Te bendigo y parto”.

Saca un silbato de plata y da tres silbidos. El que está a la cabeza de la caravana viene al galope. Hablan entre sí. Se despiden. Después regresa a la caravana que empieza a moverse. El otro sube nuevamente sobre su camello y toma el camino del sur a todo galope. Jesús y los suyos emprenden nuevamente la marcha.

“¿Vamos de veras al Nebo?”

“Sí. Dejaremos la ciudad al llegar a las pendientes de los montes Abarim. Habrá muchos pastores. Nos enseñarán el camino para ir al monte Nebo y tomaremos el que lleva al monte de Dios. Nos detendremos algunos días como hicimos en los montes de Arbela y cerca de Carit”.

“¡Oh, qué bello! Y nos haremos mejores. Siempre hemos bajado de esos lugares más fuertes y más buenos” dice Juan.

“Nos hablarás de todo lo que el Nebo encierra en sí de recuerdos. Hermano, ¿te acuerdas de cuando éramos pequeños, y de que un día representaste a Moisés que bendecía a Israel antes de morir?” pregunta Judas de Alfeo.

“¿Y de que tu Madre gritó al verte como muerto? Ahora sí que vamos al Nebo” dice Santiago de Alfeo.

“Y bendecirás a Israel. Eres el verdadero jefe del Pueblo de Dios” exclama Natanael.

“Pero no mueres. Tú nuca morirás, ¿no es verdad, Maestro?” pregunta con una risita burlona Judas de Keriot.

“Moriré y resucitaré como está dicho³. Muchos morirán sin haber muerto en aquel día. Y mientras que los justos resucitarán, aun cuando ya hace muchos años que murieron, los que se ven vivir, pero que estarán muertos espiritualmente del todo en aquel día, no resucitarán. Procura que no te encuentres en el número de éstos”.

“Y Tú procura no repetir que resucitarás. Dicen que es una blasfemia” replica Judas de Keriot.

“Es verdad, Y la repito”.

“¡Qué fe la de ese hombre! ¡Y ese Misace!” dice Zelote tratando de desviar la discusión.

“¿Pero quién es Misace?” preguntan los que el año pasado no estuvieron cuando fueron los otros al otro lado del Jordán. Y se alejan hablando de esto; mientras Jesús prosigue la conversación interrumpida con Marziam y Juan.

196. Bajando del Nebo

23 septiembre 1946

“Siempre me acordaré de este monte y de este descanso en el Señor” dice Pedro mientras se aprestan a descender al valle por una parte muy agreste.

³ Tal vez alusión a los salmos 21 y 117, como a Is. 52, 13 – 53, 12.

Se encuentran dentro de una cadena de montes muy altos. Al oriente, más allá del valle, se ven otros montes, como también al sur, y mucho más altos que estos, los del norte. Al noroeste el verde valle del Jordán que desemboca en el Mar Muerto. Al occidente el solitario mar y luego, más allá el desierto pedregoso, en que está enclavado el sin igual oasis de Engaddi, y luego los montes de la Judea. Un panorama imponente, majestuoso. La mirada humana puede dirigirse a donde quiera y olvidar contemplar la vida vegetal, en que se supone o en que se sabe que hay gente, la tétrica vista del lago de asfalto en que no se ve ninguna barca, ni una señal de vida, siempre triste aun cuando lo bañe el sol, melancólico aun en la península baja y extensa del lado oriental que llega casi hasta la mitad del lago. ¡Pero qué veredas para bajar al valle! Sólo los animales salvajes pueden encontrarse en su medio en ellas. Si no pudieran agarrarse a troncos y matorrales no sería posible que bajasen de la cima, lo cual hace murmurar a Iscariote.

“Y con todo de buena gana regresaría” le replica Pedro.

“Tienes gustos propios. Esto es peor que el primero y segundo lugares”.

“Pero no peor que aquél donde nuestro Maestro se preparó para la predicación” interviene Juan.

“¡Eh, para ti todo siempre es bello!”

“Sí. Todo lo que se refiere a mi Maestro es bello y bueno, y me gusta”.

“Ten en cuenta que en todo esto también estoy yo... y frecuentemente están los saduceos, escribas, herodianos... ¿Amas también a éstos?”

“Él los ama”.

“¿Y tú? Ah ¿haces como Él? Él es Él y tú eres tú. No sé si podrás amar siempre, sobre todo tú que palideces cuando oyes hablar de traición y de muerte, o ves a quien le agradan esas cosas”.

“El hecho de que pierda mi control por temor a Él y de rabia contra los culpables, señal es de que todavía soy muy imperfecto”.

“Ah, ¿también pierdes el control con la ira? No lo creía... Entonces si, por una suposición, vieses un día a alguien que atacase realmente a tu Maestro, ¿qué harías?”

“¿Yo!? ¿Me lo preguntas? La Ley dice: “Ojo por ojos, diente por diente”². Mis manos se convertirían en tenazas en su garganta”

“¡Oh, oh! Él predica que se debe perdonar. ¿Esto es lo que sacaste de tus meditaciones?”

“¡Déjame, sinvergüenza! ¿Por qué tientas y perturbas? ¿Qué tienes en el corazón? Quisiera poder leértelo...”

“Alguien puede escudriñar la aguas del Mar Muerto, pero no descubrirá el misterio que hay en el fondo. Esas aguas son la tapa del sepulcro en que hay tanta podredumbre oculta” dice a sus espaldas Bartolomé, que se había quedado detrás de todos. Los demás van adelante y por eso nada habían oído y su mirada es amonestación.

“¡El sabio Tolmai! ¡Es claro que no quieres decir que sea yo como el Mar Salado!”

“No te hablaba a ti, sino a Juan. Ven conmigo, hijo de Zebedeo. Yo no te molestaré” y toma del brazo a Juan como para sostenerse.

Judas se queda detrás y a sus espaldas le hace una mueca de ira. Parece como si jurase algo o que amenazase...

“¿Qué quería decir Judas? ¿Tú qué le quisiste decir?” pregunta Juan al viejo Natanael.

“No te preocupes, amigo. Pensemos mejor en todo lo que el Maestro nos ha enseñado en estos días. ¡En qué forma Israel ha comprendido!”

“Es verdad. ¡No logro entender por qué el mundo no lo comprenda!”

“Tampoco nosotros lo comprendemos del todo, Juan. No queremos comprenderlo. ¿Ves cuántos obstáculos tenemos en aceptar sus ideas mesiánicas?”

“Sí. En todo le creemos ciegamente, pero no en esto. Tú que eres docto, ¿podrías decirme el por qué? Nosotros que decimos que los rabinos son unos obstinados para con el Mesías,

² Cfr. Ex. 21, 22-25; Lev. 24, 18-22; Deut. 19, 21.

¿por qué entonces ni siquiera nosotros llegamos a la idea perfecta de una realeza espiritual de Él?”

“Muchas veces me he preguntado, porque quisiera llegar a lo que llamas idea perfecta. Creo tranquilamente, diciéndome a mí mismo que esto que dentro de nosotros lucha, en nosotros que tenemos deseos de seguirlo no sólo material y doctrinalmente, sino aun espiritualmente, son los siglos que nos han precedido... que están dentro de nosotros. ¿Ves? Mira hacia el oriente, al sur, al occidente. Cada piedra tiene un recuerdo y tiene su nombre. Cada piedra, cada fuente, sendero, villorrio o castillo, cada ciudad, río o monte ¿qué nos recuerdan? ¿Qué dicen a gritos? La promesa de un Salvador. Las misericordias de Dios para con su pueblo. Como gota de aceite de un odre perforado, el pequeño grupo inicial, el núcleo del futuro pueblo de Israel se extendió con Abraham por el mundo, hasta el lejano Egipto, y luego, siempre más numeroso, volvió con Moisés a las tierras de nuestro padre Abraham, siempre más rico de mayores y más seguras promesas, con señales del amor paterno de Dios, y se constituyó en un pueblo a quien se dio una Ley, la más santa que exista³. ¿Pero qué sucedió después? Lo que sucedió sobre aquella cima en la que hace poco daba el sol. Mírala ahora. Está envuelta en nubes que han cambiado su forma. ¿Si no supiésemos que es ella, yuviésemos qué reconocerla para dirigirnos a ella por un camino seguro, lo podríamos ahora que ha cambiado con tantas nubes que parecen crestas y lomos de la montaña? Así nos ha sucedido. El Mesías es lo que dijo Dios a nuestros padres, a los patriarcas y a los profetas. Inmutable. Pero lo que hemos puesto de lo nuestro, para... explicárnoslo, según la pobre sabiduría humana, esto es lo que nos ha creado un Mesías, una figura moral tan falsa del Mesías, que ya no le reconocemos más. Con los siglos, con las generaciones que nos han precedido, creemos en un Mesías que nos hemos imaginado, en un vengador, en un Rey humano, muy humano, y no logramos creer, ni concebir un Mesías y Rey como lo es en realidad, como Dios lo ha pensado y lo ha querido, aunque digamos que sí. ¡Esta es la realidad, amigo!”

“¿Entonces nunca lograremos, por lo menos nosotros, ver, creer, amar al verdadero Mesías?”

“Lo lograremos. Si no lo pudiésemos no nos hubiera elegido. Si el linaje humano no fuese a beneficiarse del Mesías, el Altísimo no lo habría mandado”.

“Él redimirá de la culpa aun sin la ayuda de la raza humana, por sus solos méritos”.

“Amigo mío, la redención de la culpa original sería ya una gran redención, pero no completa. En nosotros existen otras culpas individuales además de aquella. Y para que se nos laven tienen necesidad del Redentor, de la fe de quien recurre a Él como a su Salvación. Pienso que la redención continuará hasta el fin de los siglos. El Mesías jamás estará inactivo ni siquiera un instante⁵ desde el momento en que sea Redentor y dé al linaje humano la Vida que en sí tiene, día tras día, luna tras luna, año tras año, siglo tras siglo. La raza humana tendrá siempre necesidad de la Vida. No puede dejar de darla a quien espera y cree en Él con sabiduría y rectitud”.

“Eres un docto, Natanael. Yo soy un pobre ignorante”.

“Tú haces por instinto naturales lo que yo realizo con muchos esfuerzos, esto es, nuestra transformación de israelitas en seguidores del Mesías. Pero tú llegarás muy pronto al término porque sabes más bien amar que pensar. El amor te transporta y te transforma”.

“Eres bueno, Natanael. ¡Si fuéramos todos como tú!” Juan suspira fuertemente.

“¡No pienses en esto, Juan! Roguemos por Judas” le dice el viejo apóstol que ha comprendido el suspiro de Juan.

“¿También vosotros por aquí! Os vimos que veníais platicando. ¿De qué cosa se trataba?” pregunta sonriente Tomás.

“Veníamos hablando del antiguo Israel. ¿Dónde está el Maestro?”

³ Cfr. Pentateuco desde Gén 12 hasta el Deut. 34 y Josué.

⁵ Cfr. Por ejem. Rom. 8, 31-34; Hebr. 7, 20-28; 1 Ju. 2, 1-2.

“Fue con sus hermanos e Isaac a la casa de un pastor enfermo. Nos dijo que siguiéramos adelante hasta aquel camino que sube a la cima”.

“Vamos entonces”.

Bajan ahora por un sendero menos resbaladizo hasta un camino para animales que sube hacia el Nebo. Se ve un grupo de casuchas entre el bosque. Más abajo, casi en el valle, se distingue un poblado cuyas paredes blanquean en las faldas casi planas del monte. Del sendero donde están, ven que entra gente en la población.

“¿Esperamos allá al de Petra?” pregunta Pedro.

“Sí. Aquel es el poblado. Esperamos que haya llegado, de otro modo volveremos a tomar nuestro camino hacia el Jordán. No sé. No me siento para nada tranquilo aquí” dice Mateo.

“El Maestro había dicho que iríamos mucho más adelante” dice Iscariote.

“Sí, pero espero que se convenza de lo contrario”.

“¿De quién tiene miedo? ¿De Herodes? ¿De sus esbirros?”

“Los esbirros no están sólo cerca de Herodes. ¡Oh, ved al Maestro! Los pastores son muchos y están contentos. Están conquistados. Son nómadas. Irán esparciendo la Buena Nueva de que el Mesías está en la Tierra” vuelve a decir Mateo.

Jesús los alcanza con un grupo de pastores que traen sus ganados.

“Vámonos. Apenas si llegaremos a tiempo a la población. Estos nos darán hospedaje. Son conocidos”. Jesús está contento de encontrarse entre los sencillos que saben creer en el Señor.

197. “Las Tinieblas no aman la Luz”

24 septiembre 1946

Es una bella mañana de otoño. Fuera de las hojas amarillas que cubren el suelo y que recuerdan la estación, la hierba está muy verde y tiene hasta una que otra florecilla que ha brotado del césped vuelto a la vida con las lluvias de octubre; está tan sereno el aire que juguetea entre las ramas, casi ya desnudas, que hace a uno pensar que se está en primavera, tanto más cuanto que las plantas de follaje perenne se mezclan con las que anualmente reverdecen, y ponen una nota de hojitas color esmeraldino, que nacieron en las puntas de las ramitas, junto a las ramas desnudas de hojas, y así parece como si de esas brotasen las primeras hojas. Las ovejas salen de sus rediles y balando se van con los corderos nacidos en este tiempo a los pastizales. El agua de una fuente, que está a la entrada del poblado, como si estuviera hecha de diamantes brilla ante el sol que la besa, y al caer en la concavidad forma un centelleo multicolor contra una casucha de paredes negras por el tiempo.

Jesús se sienta sobre una pared pequeña que está al lado del camino y espera. Los suyos le rodean, también los habitantes del poblado. Los pastores si se ven obligados a esparcirse por ambos lados del camino hacia la llanura, no suben con su ganado para no separarse mucho.

Por el camino que del valle va al Nebo no se ve nadie subir.

“¿No vendrá?” preguntan los apóstoles.

“Sí, viene. Lo esperamos. No quiero matar una esperanza que nace, y destruir una futura fe” responde Jesús.

“¿No estáis contento con nosotros? Os dimos lo mejor que teníamos” dice un anciano que se calienta al sol.

“Mejor que en otras partes, padre. Dios os pagará vuestra caridad” le dice Jesús.

“Entonces háganos nuevamente. Algunas veces vienen por acá los celosos fariseos y los soberbios escribas. Pero no nos hablan. Tienen razón. Son de los separados por su grandeza, por... todo... son los sabios. Nosotros... ¿Entonces no somos dignos de conocer nada porque la suerte nos hizo nacer aquí?”

“En la casa de mi Padre no hay divisiones o diferencias para los que llegan a creer en Él y practicar su ley que es el código de su voluntad que manda que el hombre viva rectamente para alcanzar el premio eterno en su Reino.

Escuchad. Un padre tenía muchos hijos. Algunos habían estado siempre en contacto con él; otros, por diversas razones, no mucho. Sin embargo, como conocían los deseos de su padre, aunque estaban lejos, se comportaban como si estuviese presente. Otros, que estaban aún más lejos, y desde el día en que nacieron, habían sido educados entre siervos que hablaban diversas lenguas y tenían diversas costumbres, se esforzaban por servir a su padre, según lo poco que instintivamente conocían, para agradarle. Un día este padre, que sabía que pese a sus órdenes los siervos no habían dado a conocer sus pensamientos a estos hijos lejanos, porque orgullosamente los tenían por inferiores, como a hijos menos amados, porque no vivían junto al padre, quiso reunirlos a todos, y los mandó llamar. Pues bien, ¿pensáis que se iba a dejar guiar sólo por una norma del derecho humano, haciendo que fuesen herederos suyos los que habían siempre estado con él, o los que no habían estado muy lejos y que por lo tanto podían conocer sus órdenes y deseos? Él siguió una conducta muy diversa. Observando las acciones de los que se habían comportado rectamente por amor a él, a quien conocían sólo de nombre, pero que lo habían honrado en todas sus acciones, les dijo que se le acercasen: “Doble mérito vuestro es el que seáis justos; pues lo fuisteis por sola vuestra voluntad y sin ayuda. Venid y estad conmigo. Tenéis derecho. Los primeros siempre han estado conmigo y todas sus acciones se atuvieron a mis consejos y mi sonrisa fue su premio. Vosotros no obrasteis más que por fe y por amor. Venid. En mi casa vuestro lugar está ya listo, y desde hace tiempo. Ante mis hijos no hay diferencia en que hayáis estado lejos, como en que hayáis estado cerca. La diferencia la forman las acciones, que lejos o cerca de mí, mis hijos han hecho”.

Esta es la parábola. Su explicación es la siguiente: que escribas y fariseos, que están junto al Templo, puede ser que no se encuentren en el día eterno en la casa de Dios, y que muchos, que por estar lejos apenas si conocieron algo de las cosas de Dios, puede ser que estén en su Seno. Porque lo que da el Reino es la voluntad del hombre pronta a obedecer a Dios, y no el cúmulo de prácticas y de saber.

Haced, pues, lo que ayer os dije. Hacedlo sin demasiado temor que paraliza, hacedlo sin estar pensando que así evitaréis el castigo. Hacedlo solo por amor de Dios que os creó para que lo améis, y tendréis un lugar en la casa paterna.

“¡Oh, síguenos hablando!”

“¿Qué queréis que os diga?”

“Nos dijiste ayer que hay sacrificios más agradables a Dios que los de corderos y machos cabríos, y que hay una lepra más vergonzosa que la de la carne. No pude comprender bien tu pensamiento” dice un pastor, que termina de este modo: “Antes de que un cordero llegue al año, y sea el más hermoso del ganado, sin ninguna mancha o defecto, ¿sabes cuántos sacrificios es necesario hacer, y cuántas veces tiene que vencerse la tentación de convertirlo en el macho del rebaño o venderlo como tal? Ahora bien, si durante un año se resiste a estas tentaciones, y se le tiene cuidado, y hasta llega uno a aficionarse a él, como lo mejor del ganado, ¿sabes cuán grande es el sacrificio de inmolarlo sin ninguna utilidad y sí con gran dolor? ¿Puede haber un sacrificio mayor que puede ofrecerse al Señor?”

“Hombre, en verdad te digo que el sacrificio no está en el animal que es inmolado, sino en el sacrificio que hiciste por conservarlo hasta su inmolación. En verdad os digo que se aproxima el día en que, como dice la palabra inspirada ², dirá Dios: “No tengo necesidad de sacrificios de corderos y machos cabríos”. Exigirá un único y perfecto sacrificio. Y a partir de ese momento todo sacrificio será espiritual. David con lágrimas en los ojos dice: “Si hubieses deseado un sacrificio, te lo habría dado, pero a Ti no te gustan los holocaustos. El sacrificio que quiere Dios es el espíritu compungido (y Yo añadido: obediente y amoroso, porque se

² Cfr. Is. 1, 11; (Os. 6, 6; 8, 13; Am. 5, 22).

puede realizar también un sacrificio de alabanzas, de alegría, de amor, y no solo de expiación). El sacrificio que quiere Dios es el espíritu compungido, el corazón contrito y que se humilla. Tú, ¡oh Dios!, no lo desprecias!³. No. Ni siquiera vuestro Padre desprecia el corazón que ha pecado, pero quien se ha arrepentido. Y entonces, ¿cómo no ha de acoger el sacrificio del corazón puro y justo que lo ama? Este es el sacrificio más agradable. El sacrificio diario de la voluntad humana en honor de la divina que se muestra en la Ley, en las inspiraciones, en los acontecimientos de la vida diaria. De igual modo, la lepra de la carne no es lo más vergonzoso y que excluya de la presencia de los hombres y de los lugares de oración. Lo es la lepra del pecado. Es verdad que muchas veces pasa ignorada a los ojos de los hombres. Pero ¿vivís para los hombres o para el Señor? ¿Se acaba todo acá o continúa en la otra vida? Vosotros lo sabéis. Así pues sed santos para que no seáis leprosos a los ojos de Dios que ve el corazón del hombre. Conservaos limpios en el espíritu para poder vivir eternamente”.

“¿Y si alguien ha cometido un gran pecado?”

“No imites a Caín, ni tampoco a Adán y a Eva⁴. Corre a los pies de Dios, y con verdadero arrepentimiento, invoca piedad. Un enfermo, un herido va al médico para que lo cure. Un pecador debe ir a Dios para alcanzar el perdón, Yo...”

“¿Aquí Tú, Maestro?” grita uno que va subiendo por el camino, envuelto en su manto y con quien van otros.

Jesús se vuelve para mirarlo.

“¿No me reconoces? Soy el rabí Sadoc. De cuando en cuando nos encontramos”.

“El mundo siempre es pequeño cuando Dios quiere que se encuentren las personas. Nos volveremos a encontrar, rabí. Entre tanto, la paz sea contigo”.

Sadoc no devuelve el saludo. Pregunta: “¿Qué estás haciendo aquí?”

“Lo que vas a hacer, ya lo hice. ¿No es sagrado para ti este monte?”

“Tú lo has dicho. Vengo con mis discípulos. ¡Pero yo soy un escriba!”

“Y Yo un hijo de la Ley. Venero a Moisés como tú lo veneras”.

“Es mentira. Tú anulas su palabra con la tuya, y prefieres que se te obedezca a Ti, que a nosotros”.

“No hay necesidad de que se os obedezca”.

“¿No hay necesidad? ¡Horror!”

“No lo es como no son necesarios en tu vestido, que te defiende del viento otoñal, los abundantes zizit que lo adornan. El vestido es el que te protege. De igual modo, de entre las innumerables palabras que se enseñan acepto las necesarias y santas, las mosaicas y no me preocupo de las demás”.

“¡Samaritano! ¡No crees en los profetas!”

“Ni siquiera vosotros observáis lo que ellos dijeron. Si los observaras no me llamarías samaritano”.

“Déjalo en paz, Sadoc. ¿Quieres hablar con un endemoniado?” dice otro viajero que acaba de llegar con otras personas. Y volviendo una fría mirada sobre el grupo que está alrededor de Jesús, ve a Judas de Keriot y lo saluda con sorna.

Hubiera ocurrido cualquier incidente, porque los de la población están dispuestos a defender a Jesús. Pero el hombre de Petra, a quien sigue un siervo, se abre paso. Ambos traen un niño en brazos. “Dejadme pasar. Señor, ¿te hice esperar mucho?”

“No. Acércate”.

La gente le abre paso. Llega a donde está Jesús. Se arrodilla poniendo en tierra una niña con la cabeza vendada de lino. El siervo lo imita y pone en tierra a un niño de ojos nublados.

“¡Mis hijos, Maestro Señor!” dice, y en estas breves palabras palpita su dolor, palpita su esperanza de padre.

³ Cfr. Sal. 50, 18-19.

⁴ Cfr. Gén. 3, 8-13; 4, 9-16.

“Has tenido mucha fe. ¿Y si te hubiera engañado? ¿Si no me hubieras encontrado? ¿Si te hubiese dicho que no te los puedo curar?”

“No lo creería. Y no creería ni siquiera aun cuando te viera. Diría que te habrías escondido para probar mi fe y te buscaría hasta haberte encontrado”.

“¿Y la caravana? ¿Tus ganancias?”

“¿Esas cosas qué son respecto a Ti que puedes curar a mis hijos y darme una fe segura para creer en Ti?”

“Descubre la carita de la niña”, ordena Jesús.

“La tiene cubierta porque sufre mucho al contacto de la luz”.

“Será un instante de dolor” dice Jesús.

La niña se pone a llorar desesperadamente y no quiere que se le quiten las vendas.

“Así se pone porque cree que la vas a quemar con fuego como los médicos” dice su padre, que trata de quitar las manitas de las vendas.

“No tengas miedo niña. ¿Cómo te llamas?”

La niña llora y no responde. Su padre dice: “Tamar. Del lugar donde nació. Y el otro se llama Fara”.

“No llores, Tamar. No te voy a hacer mal. Tienta mis manos. No tengo nada entre los dedos. Ven a mis rodillas, mientras curo a tu hermano y él te dirá lo que sintió. Ven aquí, niño”.

El siervo conduce hacia las rodillas de Jesús al cieguito que la tracoma ha reducido a tal estado. Jesús le acaricia la cabeza y le pregunta: ¿Sabes quién soy?”

“Jesús Nazareno, el Rabí de Israel, el Hijo de Dios”.

“¿Quieres creer en Mí?”

“Sí”.

Jesús le pone las manos sobre los ojos. Dice: “¡Quiero! Y la luz de las pupilas te lleve al camino de la luz de la fe”. Quita la mano.

El niño da un grito. Se lleva las manos a los ojos, y luego dice: “¡Padre, veo!” Pero no va a él. Con su espontaneidad infantil se echa al cuello de Jesús, lo besa en las mejillas y así se queda, asido a su cuello, con la cabecita oculta en su hombro para acostumbrar sus pupilas al sol.

La multitud da gritos al contemplar el milagro. El padre quiere separar a su hijo del cuello de Jesús.

“Déjalo. No me molesta. Fara, di solo a tu hermana lo que te hice”.

“Una caricia, Tamar. Parecía que fuera la mano de mamá. ¡Oh, también tú cúrate y volveremos a jugar!”

Todavía la niña, con un poco de resistencia, se hace poner sobre las rodillas de Jesús que la quiere curar sin tocar siquiera las vendas. Pero los escribas y compañeros gritan: “Es una trampa. La niña ve. Una trampa para sorprender nuestra buena fe, habitantes de este lugar”.

“Mi hija está enferma. Yo...”

“No les hagan caso. Tamar, sóségate y déjame que te quite las vendas”.

La niña consiente. ¡Qué espectáculo cuando desaparece la última capa de lino! En lugar de los ojos se ven dos llagas rosadas, con costras, hinchadas. Lágrimas y pus gotean de ellas. La gente se sacude de horror y de compasión, entre tanto que la niña se lleva las manitas a su cara sobre las sienes que muestran todavía señales de recientes quemaduras para defenderse de la luz que la debe molestar muchísimo.

Jesús le quita de allí las manitas, toca ligeramente las llagas, pone su mano sobre ellas y dice: “Padre, que creaste la luz para gozo de los vivientes y diste pupilas aun al mosquito, devuelve la luz a esta criatura tuya para que te vea y crea en Ti y por la luz de la tierra entre, con la fe, a la luz de tu reino” Quita las manos...

Todos lanzan un grito de exclamación.

No hay más llagas. Pero la pequeñita tiene todavía los ojos cerrados.

“Ábrelos, Tamar. No temas. La luz no te hará daño”.

La niña obedece un poco temerosa, y al levantar los párpados aparecen sus vivaces ojos negros.

“¡Padre mío, te veo!” y también ella se echa sobre el hombro de Jesús para habituarse poco a poco a la luz.

La gente está alborozada. El hombre de Petra se arroja en medio de lágrimas a los pies de Jesús.

“Tu fe alcanzó el premio. De hoy en adelante tu gratitud lleve la fe que tienes en el Hombre a una esfera más alta; a la del verdadero Dios. Levántate y vámonos”.

Jesús pone en tierra a la niña que feliz sonríe, lo mismo que a su hermanito. Los vuelve a acariciar otra vez y trata de abrirse paso entre la rueda de gente que se apiña para ver a los niños curados.

“Deberías también tú pedir que te cure tus ojos nublados” dice un discípulo a un viejo de ojos empañados a quien llevan de la mano.

“¿Yo? ¿Yo? No quiero la luz de un demonio. ¡Antes bien, me dirijo a Ti, Dios eterno! Escúchame. ¡A mí! ¡Que vengan sobre mí las tinieblas completas! Pero que no me vea la cara el demonio, de ese demonio, de ese sacrílego, usurpador, blasfemo, deicida! Que la ceguera se apodere para siempre de mis ojos. Las tinieblas para no verlo jamás, jamás, jamás”. Parece como si fuera un demonio. En medio de su paroxismo se golpea las órbitas de los ojos, como si se los quisiera hacer saltar.

“No tengas miedo. No me verás. Las Tinieblas no aman la Luz, y ésta no se impone a quien la rechaza. Me voy. No me verás nunca sobre la tierra, pero de todos modos me verás en otra parte”⁷.

Jesús abatido, ligeramente encorvado, se dirige a la bajada. Lo está tanto que parece ya el Condenado que baja por el monte Moria cargando la cruz... Y los aullidos de sus enemigos animados con los del viejo enfurecido, se parecen en mucho a los de la multitud de Jerusalén en el Viernes Santo.

El hombre de Petra, apenado, con su hijita que llora espantada entre sus brazos, le dice: “¡Soy la causa, Señor! La soy. Tú me has hecho tanto bien, ¡y yo!... Tengo unas cosas para Ti en la tienda, sobre el camello. Pero ¿qué pueden ser en comparación de los insultos de los que he sido causa? Me da vergüenza habérteme acercado...”

“No te preocupes. Es mi gran amargo de cada día. Tú eres su miel y me lo has endulzado. El pan es siempre más que la miel. Pero basta una gota de ella para endulzarlo”.

“Tú eres bueno... Al menos dime: ¿qué debo hacer para curar estas heridas?”

“Conserva la fe que tienes en Mí por ahora y como puedas. Dentro de no mucho tiempo... Sí, dentro de poco, mis discípulos irán a Petra y más allá. Acepta su doctrina porque hablaré en ellos⁸. Por ahora cuanta a los de Petra lo que te he hecho, de modo que cuando estos que me rodean y otros vayan en mi Nombre, no los desconozcan”.

Al pie de la bajada, en camino consular, están esperando tres camellos. Uno con solo la silla, otros con baldaquín. Los está cuidando un siervo.

El hombre va a la tienda y toma unos envoltorios: “Mira” dice ofreciéndoselos a Jesús, “te servirán. No me des las gracias. Sólo me toca a mí bendecirte por lo que me has hecho. Si puedes hacerlo con los incircuncisos, bendíceme a mí y a mis hijos, ¡oh Señor!” y se arrodilla con los niños. Los siervos lo imitan.

Jesús extiende sus manos orando con voz baja con los ojos fijos en el cielo.

“Vete. Sé bueno y encontrarás a Dios en el camino, y lo seguirás sin perderlo. ¡Adiós, Tamar! ¡Adiós Fara!” Los acaricia antes que suban con los siervos cada uno a su camello.

Las bestias se levantan al crrr, crrr de los camelleros y se vuelven tomando su trote hacia el sur. Dos manitas morenas salen entre las cortinas y se oye decir a dos vocecitas: “Adiós, Señor Jesús! ¡Hasta pronto, papá!”

⁷ Cfr. Mt. 25, 31-46.

⁸ También en Mt. 10, 20; Hebr. 1, 1-2 se usa igual modo de expresarse

El hombre está por subir a la silla, se inclina a tierra, besa la vestidura de Jesús, sube al camello y parte hacia el norte.

“Vámonos” dice Jesús, siguiendo el mismo camino.

“¿Cómo! ¿No vas a donde querías ir?” le pregunta.

“No. ¡No podemos ya más ir!... ¡Las voces del mundo tienen razón!... Y la razón es porque el mundo es astuto y conoce las obras del demonio... Iremos a Jericó...”

¡Qué triste está Jesús!... Todos lo siguen, cargados con cosas que el hombre les dio, abatidos, sin hablar...

198. Jesús consuela a sus apóstoles

25 septiembre 1946

Apenas acaban de pasar el vado de Betabara. Desde el río de aguas azuladas y abundantes de las recientes lluvias otoñales, se ve la otra ribera, la oriental en que muchas personas hacen señales. En la occidental, donde está Jesús con los suyos, no hay más que un pastor con su ganado que pace por la ribera.

Pedro se sienta sobre un pedazo de pared pequeña que hay allí, sin preocuparse de sus pies mojados. Es verdad que en este tiempo suele usarse las barcas, pero para no encallar en los arenales de poco fondo las usan sólo en las partes más profundas, y se paran donde se oye el chasquido de las hierbas sumergidas. Y sucede así que los pasajeros tienen qué dar uno cuantos pasos dentro del agua.

“¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?” le preguntan.

“No. Pero no puedo más. Ese arranque de violencia en el Nebo. Antes había sucedido igual en Esebón, y mucho antes en Jerusalén, Cafarnaum, Nebo de Caliroe, y ahora en Betabara... ¡Oh!...” y mete la cabeza entre sus manos y llora...

“No te acobardes, Simón. No me prives también de tu valor, de vuestro valor” le dice Jesús acercándosele y poniendo una mano sobre el grueso manto gris que lleva el apóstol.

“¡No puedo, no puedo ver! ¡No puedo ver que te traten así! Si me permitieses reaccionar... tal vez podría. Pero así... tener qué conformarse... y presenciar sus insultos, tus sufrimientos, cual un impotente párvulo, ¡oh, siento que se me rompen las entrañas!, me siento ser un andrajo!... Pero ved, si acaso puede vérselo así. Parece un enfermo, como uno que muere de fiebre... Parece un criminal al que se le persigue y que no encuentra dónde pueda detenerse para comer un pedazo de pan, beber un sorbo de agua, buscarse una piedra para reclinar la cabeza. ¡Esa hierba del Nebo! ¡Aquellas serpientes de Caliroe! ¡Aquel loco que todavía está allá (y señala la otra ribera). Es menos demonio que el de Caliroe, aunque Tú dices que es el segundo al que tiene Belzebú dominado! Yo tengo miedo a los endemoniados, pienso que si Satanás se apoderó de ellos de ese modo, debieron haber sido muy malos. Pero... el hombre puede caer en sus garras sin saberlo. Por el contrario los que sin estar poseídos se comportan como lo hacen, con toda su inteligencia. ...¡Oh! no los vencerás jamás, puesto que no los quieres castigar. Ellos... te vencerán...” Y las lágrimas del fiel apóstol, que se había calmado en su desahogo de ira, vuelven a estar más abundantes.

“Pedro mío, ¿y crees que ellos no estén poseídos? ¿Crees que para serlo hay que ser como el de Caliroe y otros que hemos encontrado? ¿Crees que la obsesión se manifiesta sólo con gritos de loco, con brincos, furia, manía de vivir en cuevas, mutismo, con miembros que no se mueven, con la inteligencia entorpecida, de modo que lo que dice y hace el obseso, lo realice inconcientemente? No. Existen otras obsesiones mucho más sutiles y fuertes, y más peligrosas porque no estorban, ni impiden el uso de la razón para hacer cosas buenas, pero sí le dan fuerzas, mejor dicho, la aumentan para que sea más poderosa en servir a quien es su dueño. *Cuando Dios se apodera de una inteligencia y la emplea para su servicio, transfunde en ella, en las horas en que está a su servicio, una inteligencia sobrenatural que aumenta muchísimo a la natural del sujeto.* Por ejemplo, ¿no creéis que si Isaías, Ezequiel, Daniel y los demás profetas, hubieran debido leer y explicar las profecías que escribieron, como si

hubieran sido de otros, no habrían encontrado oscuridades inexplicables que encontraban sus contemporáneos? Y sin embargo os digo que mientras las recibían, ellos las comprendían perfectamente. Mira, Simón. Tomemos esta flor nacida cerca de tus pies. ¿Qué ves en la sombra que rodea el cáliz? Nada. Ves algo profundo, una abertura y nada más. Mira, voy a cortarla y a ponerla a que le dé la luz del sol. ¿Qué cosa ves?”

“Veo los pistilos, el polen y una coronilla de pelillos que parecen cejas alrededor de los pistilos, y una tirita como unas cejas diminutas que adorna el pétalo y los dos más pequeños... y veo una gotita de rocío en el fondo del cáliz... y... ¡oh mira! Se ha metido un mosquito a beber y se ha atorado con los pelitos, y no puede liberarse... ¡Pero ahora! Déjame ver mejor. Oh, los pelitos parece como si estuviesen untados con miel... se ha pegado... ¡Comprendido! Dios así lo hizo o para que la flor se nutra con él, o los pajarillos que vienen en busca de mosquitos, o se purifique el aire de ellos... ¡Qué maravilla!”

“Si el sol no hubiera alumbrado directamente, no hubieras visto, ¿no es así?”

“¡A no dudarlo!”

“Lo mismo sucede cuando Dios se apodera de alguien. *La criatura, que de su parte pone sólo su buena voluntad para amar totalmente a su Dios, que se entrega a sus deseos, que practica las virtudes y doma sus pasiones, Dios la toma para Sí, y a la luz que es Él, en la Sabiduría que es Él, ve todo y lo comprende todo. Después que termina la intervención divina, se produce en la criatura un estado en el que lo recibido se transforma en norma de vida y en medio de santificación, pero se vuelve oscuro, mejor dicho, como crepúsculo, lo que antes era muy claro.* El demonio, perpetuo mono que arremeda a Dios, produce un efecto semejante en la inteligencia de sus poseídos, aunque en forma limitada, porque sólo Dios es infinito; en los posesos que tiene y que voluntariamente se le han entregado para triunfar, y les comunica su inteligencia superior *con la única condición de que se dirija sólo al mal, a hacer daño, a ofender a Dios y al hombre. La acción satánica, al encontrar en el alma consentimiento, prosigue, y poco a poco llega al total conocimiento del mal.* Estas son las peores posesiones. No se ve nada al exterior, y por eso no se huye de ellos como si estuvieran poseídos. Pero sí lo están. Como he dicho muchas veces, el Hijo del hombre será el blanco de esta clase de poseídos”.

“¡Pero no podría Dios derrotar el infierno?” pregunta Felipe.

“Sí. Es más fuerte.

“¿Y por qué no lo hace para defenderte?”

“En el cielo se conocerán las razones de Dios⁴. ¡Ea, vámonos! No os acobardéis”.

El pastor que había escuchado sin muestras de haberlo estado haciendo, pregunta: “¿Tienes a dónde ir? ¿T e espera alguien?”

“No. Tengo qué ir más allá de Jericó. Nadie me espera”.

“¿Estás muy cansado, Rabí?”

“Sí, estoy. No nos dieron alojamiento en Nebo, ni nos dejaron descansar”.

“Entonces... Quería decirte... Vivo cerca de Betagla la antigua... Mi padre está ciego, y no puedo alejarme mucho porque no puedo dejarlo. Mucho me duele esto, como también me aflige por el ganado. Si quisieras... Te daría alojamiento. No está lejos. Mi viejo padre cree mucho en Ti. José el hijo de José, que es tu discípulo, lo sabe”.

“Vamos”.

El pastor no se lo hace repetir otra vez. Junta su ganado, lo guía hacia el poblado que debe estar hacia el noreste del lugar donde está ahora. Jesús se pone detrás del ganado con los suyos.

“Maestro” dice Iscariote después de algún tiempo “Betagla no es un lugar propicio para que alguien pueda comprar lo que el hombre de Petra nos dio...”

“Cuando pasemos por Jericó para ir a casa de Nique lo venderemos”.

⁴ Respuesta semejante en Mt. 24, 36; Hech. 1, 6-7.

“Es que... el pastor, me refiero a este, es pobre y habrá qué recompensarlo. No tengo ni un céntimo”.

“Tenemos víveres, y muchos. También para aquel mendigo. No necesitamos por ahora de más”.

“Como quieras. Pero sería mejor que me enviases delante de Ti. Podré...”

“No es necesario”.

“Maestro, ¿eso significa desconfianza! ¿Por qué no nos mandas como antes, de dos en dos?”

“Porque os amo y pienso en vuestro bien”.

“¡Pero no lo está que permanezcamos tan desconocidos! Pensarán que... somos indignos, incapaces... Antes nos dejabas ir, predicar. Hacíamos milagros, éramos conocidos...”

“¿Te duele no poder hacer más milagros? ¿Te hacía bien separarte de Mí? Eres el único que se lamenta de no poder ir solo. ¡Judas!...”

“Maestro, bien sabes que te amo” dice con firmeza Judas.

“Lo sé y para que tu corazón no se desvíe te tengo cerca de Mí. Eres el que recoges todo y distribuyes, que vendes o cambias algo en favor de los pobres. Es suficiente, aún más, es mucho. Mira a tus compañeros, ni uno de ellos pide lo que tú...”

“Pero lo has concedido a los discípulos... Es una injusticia esta diferencia”.

“Judas eres el único en llamarme injusto... Te perdono. Adelántate, y mándame a Andrés”.

Jesús disminuye el paso para esperar a Andrés y hablarle aparte. No sé qué cosa le haya dicho, lo cierto es que sonríe y se inclina a besar las manos de su Maestro. Luego parte.

Jesús se queda atrás, el último de todos... y con la cabeza muy inclinada continúa secándose el rostro con la punta de su manto como si sudase. Pero son lágrimas y no gotas de sudor que le corren por las descarnadas y pálidas mejillas.

Dice Jesús: “Aquí pondrás la visión del 3 de octubre de 1944: “La mujer del saduceo nigromante””.

199. La mujer del saduceo nigromante

3 octubre 1944

Jesús va caminando sin cansarse por los caminos de Palestina. El río queda a su derecha. Prosigue al lado de la bella corriente azul, que centellea donde el sol la besa, teñida de color verde-azul donde la sombra de los árboles de la ribera reflejan en ella sus verdes copas.

Jesús está en medio de sus discípulos. Oigo que Bartolomé le pregunta: “¿Entonces vamos en realidad a Jericó? ¿No tienes miedo de alguna asechanza?”

“No tengo miedo. Voy a Jerusalén para la Pascua por otros caminos y ellos se han llevado un chasco. No pueden aprenderme sin toparse con el pueblo. Créeme, Bartolomé, que para Mí es menos peligroso estar en una ciudad que en caminos solitarios. El pueblo es bueno y sincero, aunque impetuoso. Se revolvería si me capturasen cuando estoy en medio de él evangelizándolo y curándolo. Las sierpes trabajan en la soledad y en la sombra. Y luego... todavía me queda tiempo para trabajar... Después... vendrá la hora del demonio ¹ y vosotros me perderéis, para encontrarme después. Creed en esto. Y tratad de creer en ello, aun cuando los sucesos parezcan más que nunca darme un mentís”.

Los apóstoles se entristecen, y lo miran con amor y con dolor. Juan lanza un gemido: “¡No!”, Pedro lo rodea con sus cortos y robustos brazos como para defenderlo. Grita: “¡Oh, Señor y Maestro mío!” No añade más, pero qué no hay en esas palabras.

“Así es, amigos. Para esto vine. Sed valerosos. Veis que sin vacilar me dirijo hacia mi meta, como alguien que va hacia el sol, y sonríe al sol que le besa en la frente. Mi sacrificio será sol para el mundo. La luz de la gracia bajará a los corazones, la paz con Dios los hará fecundos,

¹ Cfr. Lc. 4, 13; 22, 3 y 53; Ju. 13, 2 y 27.

los méritos de mi martirio harán a los hombres capaces de ganarse el cielo. ¿Y qué otra cosa quiero sino esta? Poner vuestras manos en las del Eterno, en las de mi Padre y vuestro y decirle: “Mira. Te vuelvo a traer a estos hijos. Mira, Padre, que están limpios. Pueden regresar a Ti”. Veros junto a su corazón y deciros: “Amados al fin, que el Uno y los otros tenéis ansias de ello, y porque no podíais amar, sufríais intensamente”. Ved que ésta es mi alegría. Cada día que me acerca al cumplimiento de este regreso, de este perdón, de esta unión, aumenta mi ansia de consumir el holocausto para daros a Dios y su Reino”.

Jesús está majestuoso, diría yo, como extasiado al decir estas palabras. Camina derecho con su vestido azul y su manto más oscuro, con la cabeza descubierta en esta hora fresca de la mañana, y parece como si sonriese a quién sabe qué visión que sus ojos ven allá en lo azul de un cielo sereno. El sol que le acaricia la mejilla izquierda hace mucho más brillante su mirada y le pone centelleos dorados en su cabellera que levemente mueven el aire a su paso, y acentúa lo rojo de sus labios abiertos prontos a sonreír y parece como si encendiese todo su rostro con una alegría que en realidad viene de lo interior de su adorable Corazón, encendido en caridad por nosotros.

“Maestro, ¿puedo decirte una palabra?” pregunta Tomás.

“¿Cuál?”

“El otro día dijiste que el Redentor, esto es, Tú, tendrá un traidor. ¿Cómo puede un hombre traicionarte a Ti, Hijo de Dios?”

“De hecho un hombre no podría traicionar al Hijo de Dios, que es Dios como el Padre. Pero ese tal no será un hombre, será un demonio en cuerpo de hombre; el más poseído de los hombres. María Magdalena tuvo siete demonios, y el endemoniado de hace unos cuantos días era presa de Belcebú, pero en ése estarán Belcebú y toda su corte de demonios ³... ¡Oh, en ese corazón estará el infierno para excitarle a vender a sus enemigos, cual cordero para ser degollado, al Hijo de Dios!”

“Maestro, ¿ha tomado Satanás ya posesión de ese hombre?”

“No, Judas. Pero se inclina a Satanás e inclinarse a él quiere decir ponerse en condiciones de echarse en sus brazos⁴”. (Jesús habla a Izcarote).

“¿Y por qué no viene a Ti para que se cure de su inclinación? ¿Saber que lo está o lo ignora?”

“Si lo ignorase no sería culpable como lo es, porque sabe que se inclina hacia el mal y que no persiste en sus resoluciones de salir de él. Si persistiera, vendría a Mí... pero no viene... El veneno penetra y el contacto conmigo no lo limpia porque no lo desea, antes bien huye de él... Es el error vuestro. Huís de Mí cuando más necesidad tenéis de Mí”. (Jesús ha respondido a Andrés).

“¿Ha venido algunas veces a Ti? ¿Lo conoces? ¿Lo conocemos nosotros?”

“Mateo, Yo conozco a los hombres antes de que me conozcan. Tú lo sabes y también éstos. Soy Yo quien os llamé porque os conocía”.

“¿Pero lo conocemos nosotros?” insiste Mateo.

“¿Y acaso no sois capaces de conocer a quien viene a vuestro Maestro? Vosotros sois amigos y compartís conmigo la comida, el descanso y las fatigas. Hasta mi casa se os ha abierto, la casa de mi santa Madre. Os he llevad a ella para que el aura que en ella se respira os haga capaces de comprender el cielo en sus voces y mandamientos. Os he llevado a ella como un médico lleva a sus enfermos, apenas salidos de sus enfermedades, a aguas medicinales que los fortifiquen acabando con el resto de sus males que pueden convertirse en más peligrosos. Por esta razón conocéis a todos los que vienen a Mí”.

“¿En qué ciudad lo encontraste?”

“¡Pedro, Pedro!”

³ Creíble por lo que se lee en Mc. 5, 1-20; Lc. 8, 26-39.

⁴ Creíble aun por lo que se lee en Ju. 13, 2 y 27.

“Es verdad, Maestro, soy peor que una mujer chismosa. Perdóname. Pero es el amor, sabes...”

“Lo sé, y por eso te digo que no me desagrada tu defecto, pero deséchalo también”.

“Sí, Señor mío”.

El sendero se estrecha entre una hilera de árboles y una zanja no muy profunda, y el grupo se alarga. Jesús habla con Iscariote al que da órdenes de los gastos y limosnas. Detrás, de dos en dos, vienen los demás. En último lugar, viene solo Pedro. Viene pensando, la cabeza baja, absorto en tal forma en sus pensamientos que ni siquiera se da cuenta de que viene separado de sus compañeros.

“¡Oye, tú!” grita uno que pasa a caballo. “¿Vienes con el Nazareno?”

“Sí, ¿por qué?”

“¿Vais a Jericó?”

“¿Te interesa saberlo? Yo no sé nada. Vengo en pos del Maestro y no pregunto nada. Adonde quiera que va, está bien hecho. El camino lleva a Jericó, pero podemos torcer para la Decápolis. ¡Quién lo sabe! Si quieres informarte mejor, allá va el Maestro”. El hombre espolea su caballo y Pedro le hace una mueca curiosa y entre sí refunfuña: “No me fío, querido señor. ¡Todos sois una jauría de perros! No quiero ser el traidor. Juro por mí mismo: “Esta boca estará cerrada” Eh” y hace una señal sobre sus labios como si los cerrase con candado.

El jinete ha alcanzado ya a Jesús. Le habla, lo que hace que Pedro pueda reunirse con los demás. Cuando el jinete vuelve a partir, hace una señal de saludo a Iscariote. Nadie lo nota fuera de Pedro que camina al último, y que parece que no lo agrade el saludo. Toma a Judas por una manga y le pregunta: “¿Quién es? ¿Lo conoces? ¿Cómo es posible?”

“De vista. Es un rico de Jerusalén”.

“Tienes amistades arriba. Bien... con tal de que sean para bien. Dime una cosa: ¿es esa cara de zorra que te dice tantas cosas?...”

“¿Qué?”

“Bueno. Las que dices que sabes acerca del Maestro”.

“¿Yo?”

“Sí, tú. ¿No recuerdas aquella tarde de agua y lodo? ¿Cuando fue la avenida?”

“¡Ah! ¡No, no! ¿Pero te atienes todavía a las palabras dichas en un momento de mal genio?”

“Yo me acuerdo de todo lo que puede dañar a Jesús: cosas, personas, amigos, enemigos... Estoy siempre listo a mantener las promesas que hago a quienes quieren hacer mal a Jesús. Hasta pronto”.

Judas con una rara actitud mira a Pedro irse. Hay admiración, pena, enfado y, diría yo, hasta rencor.

Pedro alcanza a Jesús y lo llama.

“¡Oh, Pedro, ven!” Jesús le pone el brazo en la espalda.

“¿Quién era ese áspero judío?”

“¿Áspero, Pedro? ¡Si estaba todo liso y perfumado!”

“Pero tenía áspera la conciencia. Desconfía, Jesús”.

“Te he dicho que todavía no es mi tiempo. Y cuando llegase, ninguna prevención me salvará. Aun las piedras gritarían y se pondrían en forma de valla si es que quisiera salvarme”.

“Será como dices... pero desconfía... Maestro”.

“¿Qué te pasa, Pedro?”

“Quiero decirte una cosa que es un peso en el corazón”.

“¿Una cosa? ¿Un peso?”

“Sí. El peso es un pecado. La cosa es un consejo”.

“Comienza por el pecado”.

“Maestro... yo... yo odio... siento repulsión, sí, repulsión si no odio –aun cuando no quieres que se odie-, por uno de los nuestros. Me parece estar cerca de una cueva de serpientes en

celo de donde salga su hedor... y no quiero que salgan para que te hagan daño alguno. Ese hombre es un nido de serpientes y él mismo está en relación con el demonio”.

“¿De dónde sacas eso?”

“¡Bueno!... No lo sé. Soy un rústico y un ignorante, pero tonto no lo soy. Estoy acostumbrado a leer en los vientos y en las nubes... y hasta creo que en los corazones. Jesús... tengo miedo”.

“No juzgues, Pedro. No sospeches. La sospecha crea fantasmas. Se ve lo que no existe”.

“El Dios eterno quiera que no sea nada de ello. Pero yo dudo”.

“¿De quién, Pedro?”

“De Judas de Keriot. Se gloria de tener muy grandes amistades y hace poco aquel sinvergüenza jinete lo saludó como se saluda a un buen conocido. Antes no las tenía”.

“Judas es el que recibe y distribuye. Tiene ocasiones de acercarse a los ricos. Lo sabe hacer”.

“¡Sí, eh! *Lo sabe hacer*... Maestro, dime la verdad. ¿No tienes sospechas?”

“Pedro, te quiero mucho, pero quiero que seas perfecto, y no es perfecto el que no obedece. Te he dicho: no juzgues, no sospeches”.

“Pero entre tanto no me respondes...”

“Dentro de poco habremos llegado a Jericó y nos detendremos a esperar a una mujer que no puede recibirnos en su casa...”

“¿Por qué? ¿Es una pecadora?”

“No. Es una infeliz. Ese jinete que te ha dado tanta molestia vino a decirme que la esperara, y la esperaré aun cuando sepa que no pueda hacer nada por ella. ¿Y sabes quién la puso a ella y al jinete sobre el camino? Judas. Ves que no es cosa mala que conozca a ese judío”.

Pedro baja la cabeza y se calla avergonzado, pero tal vez, no persuadido, y con la curiosidad todavía por dentro, pero no habla más.

Jesús se detiene fuera de los muros de la ciudad y cansado se sienta bajo la sombra de un grupo de árboles plantados cerca de una fuente, donde los animales están bebiendo agua. Los discípulos se sientan también. Es un lugar no muy frecuentado porque fuera de los caballos y asnos que serán de comerciantes o viajeros, no se ve gente.

Se acerca una mujer envuelta en un manto oscuro. El velo grueso le llega hasta la mitad de la cara. Viene con ella el jinete de antes, que está de pie, y otros tres hombres lujosamente vestidos.

“¿Cómo estás, Maestro?”

“La paz sea con vosotros”.

“Esta es la mujer. Escúchala y hazle el favor que desea”.

“Si puedo”.

“Puedes todo”.

“¿Lo crees tú, saduceo?” El saduceo es el jinete.

“Creo en lo que veo”.

“¿Y has visto que puedo?”

“Sí”.

“Y porque lo puedo, ¿lo sabes?” Silencio. “Puedo saber en qué te fundas para creer que pueda?” Silencio.

Jesús no le habla más al saduceo, ni tampoco se dirige a los otros. Habla ahora a la mujer: “¿Qué se te ofrece?”

“Maestro... Maestro...”

“Habla sin temor”.

La mujer echa una mirada de soslayo a sus acompañantes, que la interpretan a su modo.

“La mujer tiene su marido enfermo y te pide que lo cures. Es una persona de influencia, de la corte de Herodes. Te conviene escucharla”.

“No porque sea influyente, sino porque es infeliz, la escucharé si puedo. Se lo he dicho. ¿Qué tiene tu marido? ¿Por qué no vino? ¿Por qué no quieres que vaya a donde está?”

Otro silencio y miradas de soslayo.

“¿Quieres hablarme sin testigos? Ven. Se separan unos cuantos pasos. “Habla”.

“Maestro... yo creo en Ti. Tanto es así que estoy segura que sabes todo lo de él, de mí, de nuestra vida desgraciada... Pero él no cree... Te odia... pero él...”

“Pero él no puede curarse porque no tiene fe. Y no sólo no tiene fe en Mí, pero ni siquiera en el Dios verdadero”.

“¡Ah, lo sabes!” La mujer llora amargamente. “¡Mi casa es un infierno! ¡Un infierno! Tú curas a los obsesos. Sabes, pues, lo que es el demonio. Pero, ¿conoces esta clase de demonio sutil, inteligente, mentiroso, sabio? ¿Sabes a qué perversiones puede llevar? ¿Sabes a qué pecados? ¿Sabes qué desgracia arrastra consigo? ¡Mi casa! ¿Es un hogar? No. Es el umbral del infierno. ¡Mi marido! ¿Marido mío? Ahora está enfermo y no se preocupa de mí. Pero aún cuando fue robusto y buscaba el amor, ¿acaso era un hombre al que me abrazaba, que me tenía, que estaba conmigo? ¡No! Eran los tentáculos de un demonio, sentí su hedor, su viscosidad. Siempre he querido a mi marido y lo sigo queriendo. Soy su mujer. Era apenas una doncella cuando me conoció. Tenía entonces catorce años. Ahora cuando vuelven a mi memoria aquellas primeras horas, aquellas horas en que me convertí en mujer, yo siempre aborrecí con el alma y con todo mi ser lo que veía en él de nigromancia. Me parecía que no era mi marido, sino los muertos que él todavía evoca, los que querían saciarse conmigo... Y todavía hoy, sólo con mirarlo, agonizante y sumergido en esa magia, siento asco. No lo veo a él... veo a Satanás. ¡Oh desgracia mía! Ni siquiera en la muerte estaré con él porque la ley lo prohíbe. Sálvalo, Maestro. Te ruego que lo cures para darle tiempo a que se reponga”. La mujer llora angustiadamente.

“¡Pobre mujer! *No puedo curarlo*”.

“¿Por qué, Señor?”

“Porque él no quiere”.

“Sí. Tiene miedo de la muerte. Sí que quiere”.

“No quiere. No es un loco, ni un poseso que no comprenda su estado. Su inteligencia es libre para poder pedir que se le libere. Su libertad no está maniatada. Es uno que *quiere* ser lo que es. Sabe que lo que hace está prohibido. Sabe que el Dios de Israel lo maldice. Pero persiste. Aun cuando lo curase, y primero su alma, él volvería a su fruición satánica. Su voluntad está corrompida. Es un rebelde. No puedo”.

La mujer llora con mayor angustia. Se acercan los otros que la habían acompañado. “¿No le quieres hacer lo que pide, Maestro?”

“No puedo”.

“Os lo había dicho. ¿Y las razones?”

“¿Me las preguntas, tú, saduceo? Te recuerdo el libro de los Reyes. Lee lo que dijo Samuel a Saúl¹¹ y Elías a Ocozías¹². El espíritu del profeta echó en cara al rey que hubiera ido a perturbarlo evocándolo del reino de los muertos. No es lícito hacerlo. Lee el Levítico¹³, si es que recuerdas la palabra de Dios, Creador y Señor de todo cuanto existe. Cuidador de la vida y de los que están en la muerte. Difuntos o vivos están en las manos de Dios y *no os es lícito arrancarlas de donde están, ni por vana curiosidad, ni con sacrílega violencia, ni por incredulidad reprobable*. ¿Qué deseáis saber? ¿Si hay un futuro que sea eterno? Y decís que creéis en Dios. Que si Dios tiene también una corte. ¿Y qué corte no deberá ser sino eterna como Él lo es y está compuesta de espíritus eternos? Si decís que creéis en Dios, ¿por qué no creéis en su Palabra? ¿No dice acaso: ‘No practicaréis la adivinación, ni tendréis en cuenta los sueños’? ¿No dice también: ‘Si alguien va a los magos y a los adivinos, y con ellos se comunica, apartaré mi rostro de él y lo exterminaré de en medio de mi pueblo’? ¿Además: ‘No os hagáis dioses de barro’? Y ¿qué sois vosotros? ¿Samaritanos y extraviados o hijos de

¹¹ Cfr. 1 Rey. 28.

¹² Cfr. 4 Rey. 1.

¹³ Cfr. Lev. 19, 4 y 26 y 31; 20, 6.

Israel? ¿Sois unos necios o tenéis inteligencia? Si decís que el alma no es inmortal, ¿por qué evocáis los muertos? Si no son inmortales las partes incorpóreas que dan vida al hombre, ¿qué queda del hombre después de su muerte? Podredumbre y huesos, huesos blanqueados en medio de gusanos. Y si no creéis en Dios, de modo que recurrís a ídolos y señales para obtener curación, dinero, respuestas, como ha hecho ese por quien intercedéis, ¿por qué os hacéis dioses de barro y creéis que puedan deciros palabras más verdaderas, más santas, más divinas que las que Dios dice? Ahora os voy a dar la misma respuesta que Elías envió a Ocozías: “Porque enviaste mensajeros a consultar a Belcebú, dios de Accarón, como si no existiese un Dios en Israel para consultarlo, por esto no bajarás del lecho al que subsiste, y morirás en tu pecado”.

“Tú eres siempre el que insultas y atacas. Te lo hago notar. Nosotros vinimos a verte para...”

“Para ponerme una trampa. Os leo el corazón. ¡Abajo la máscara, herodianos vendidos al enemigo de Israel! ¡Abajo la máscara, fariseos falsos y crueles! ¡Abajo la máscara, saduceos, verdaderos samaritanos! ¡Abajo la máscara, escribas de palabras que contradice a los hechos! ¡Abajo la máscara, todos vosotros contraventores* de la Ley de Dios, enemigos de la Verdad, patrocinadores del mal! ¡Abajo, profanadores de la casa de Dios! ¡Abajo, alborotadores de conciencias débiles! ¡Abajo, chacales que olfateáis la víctima por el viento que os llega y seguís las huellas y os quedáis en acecho, esperando la hora propicia de matar, y os relaméis los labios como gustando de antemano el sabor de la sangre y pensáis en aquella hora!... Barateros y perversos hombres que vendéis por menos de un puñado de lentejas vuestra primogenitura¹⁵ entre los pueblos y no os alcanza ni una bendición, pues los otros pueblos se revestirán del vellón del Cordero de Dios, y aparecerán como verdaderos Mesías a los ojos del Altísimo, el cual al recibir la fragancia de su Cristo que emana de ellos, dirá¹⁶: ‘Este es el perfume de mi Hijo. Semejante al de un campo en flor que Dios ha bendecido. Sobre vosotros venga el rocío del cielo: la gracia. Sobre vosotros la riqueza de la tierra: los frutos de mi Sangre. Sobre vosotros la abundancia del trigo y vino: mi Cuerpo y mi Sangre que daré para vida de los hombres y en recuerdo mío. Os servirán los pueblos. Ante vosotros se inclinen los pueblos, porque donde esté la señal de mi Cordero, allí estará el cielo. La tierra está sometida al cielo. Sed señores de vuestros hermanos, porque los seguidores de mi Mesías serán los reyes del espíritu porque tienen la Luz y los otros volverán a esa luz su mirada, en espera de su ayuda. Maldito sea quien os maldiga y bendito quien os bendiga, porque quien os bendice o maldice a vosotros, a Mí, vuestro Padre y vuestro Dios, bendice o maldice’. Tales palabras dirá. Esto, ¿vosotros perversos que pudieron tener la fe cual esposa amada del alma, fornicáis con Satanás y con sus falsas doctrinas! Esto dirá, ¡oh asesinos! Asesinos de conciencias, asesinos de cuerpos. ¡Aquí están vuestras víctimas. Pero si dos corazones son asesinados, no tendréis más que un Cuerpo por el espacio de tiempo igual al de Jonás¹⁷. Y después unido Él con su esencia inmortal, os juzgará”.

Jesús es sencillamente terrible con estas palabras. ¡Terrible” Y mucho más el Último día, como me lo imagino.

“¿Y dónde están esos asesinados? Deliras. Eres un perverso como Satanás, y en su nombre obras milagros. No puedes hacerlo con nosotros porque somos herederos de la amistad de Dios”.

“Satanás no se arroja a sí mismo. Yo arrojo los demonios. ¿En nombre de quién?” Silencio. “¡Responded!”

* Contraventor = que contraviene.

¹⁵ Cfr. Gén. 25, 29-34.

¹⁶ Cfr. Gén. 27, 27-29.

¹⁷ Cfr. Jon. 2.

“No perdamos el tiempo con este poseso. Os lo había dicho. No nos hicisteis caso. Lo escucháis de sus labios. Responde, Nazareno loco, ¿conoces el sciemanflorasc(sic)¹⁹?”

“No tengo necesidad”.

“¿Oís? Otra pregunta. ¿No estuviste en Egipto?”

“Sí”.

“Lo veis. ¿Quién es el nigromante, el satanás? ¡Horror! Ven, mujer. Tu marido es santo respecto a éste. ¡Ven!... Será necesario que te purifiques. ¡Has tocado a Satanás!...” Y se van arrastrando consigo a la mujer que llora con vivos gestos de repulsa.

Jesús con los brazos abiertos, los sigue con la luz de su mirada.

“Maestro... Maestro...” Los apóstoles están aterrorizados, por la violencia de las palabras de Jesús y por las palabras de los judíos.

Pedro pregunta, y al hacerlo se inclina profundamente: “¿Qué quisieron decir con esa última pregunta? ¿Qué es eso?”

“Cual? ¿El sciemanflorasc?”

“Sí. ¿Qué es?”

“No te preocupes. Confunden la verdad con la mentira, a Dios con Satanás, y en su soberbia satánica piensan que Dios, por satisfacer el capricho de los hombres, tenga necesidad de ser conjurado con su tetragrama. El Hijo habla con el Padre el lenguaje verdadero y a través de éste y por el amor recíproco que se tienen, se realizan los milagros”.

“¿Pero por qué te preguntó si habías estado en Egipto?”

“Porque el mal se sirve de las cosas más inofensivas para acusar a quien quiere hacer daño. El haber estado Yo en tierras de Egipto se contará como una de las principales acusaciones cuando llegue la hora de su venganza. Vosotros y los que vengan, tened en cuenta que con Satanás astuto y con sus fieles servidores hay que tener doble astucia. Por esto he dicho: “Sed astutos como las serpientes, además de ser sencillos como palomas”. Lo cual sirve para proporcionar lo mínimo de armas a los endemoniados. Pero de nada sirve. Vámonos”.

“¿A dónde, Maestro? ¿A Jericó?”

“No. Tomaremos una barca y vayamos a la Decápolis nuevamente. Subiremos por el Jordán hasta la altura de Enón y allí desembarcaremos. Luego en las riberas de Genezaret tomaremos otra barca y pasaremos en Tiberíades, de allí a Caná y Nazaret. Tengo necesidad de mi Madre. También vosotros. Lo que el Mesías no hace con su palabra, lo hace María con su silencio. Lo que no mi poder, lo hace su pureza. ¡Oh, Madre mía!”

“¿Lloras, Maestro? ¿Lloras? ¡Oh, no! ¡Nosotros te defenderemos! ¡Te amamos!”

“No lloro y no tengo miedo de los que me desean mal. Lloro porque sus corazones son más duros que el jaspe y no puedo *nada* en muchos de ellos. Venid, amigos”.

Bajan la ribera, suben a una barca, y reman río arriba. Todo termina de este modo.

200. “Una oración puede unirnos a Dios, no una fórmula mágica”

(Escrito el mismo día)

Dice Jesús:

“Tú y quien te guía medita bien mi respuesta dada a Pedro.

El mundo –y por mundo entiendo no sólo los laicos- niega lo sobrenatural, pero luego, ante las manifestaciones de Dios, está pronto a acudir no a lo sobrenatural sino a lo oculto.

¹⁹ Probablemente esta palabra no fue bien transcrita, y los expertos ignoran su significado. Teniendo en cuenta el contexto parece que se trate de una expresión que empleaban las personas dedicadas a la magia en sus conjuros Cfr. Hech. 19, 13-17; Clem. Alejandrino. *De adoratione et cultu in spiritu et veritate*, lib. VI, en Migne, Patrolog. Griega, tomo 68, col 469-472

Confunden una cosa con la otra. Escuchad ahora: sobrenatural es lo que viene de Dios. Oculto lo que viene de fuentes extraterrenales, pero no tienen su origen en Dios.

En verdad os digo que los espíritus pueden venir a vosotros. Pero ¿cómo? De dos modos. Por orden de Dios o por fuerza del hombre. *Por órdenes de Dios vienen los ángeles y bienaventurados y los espíritus que están ya en la luz de Dios. Por fuerza del hombre pueden venir los espíritus sobre los que aun un hombre tiene poder, porque sumergidos en regiones más bajas que las humanas en las que todavía hay un recuerdo de la gracia, aun cuando ésta no sea activa. Los primeros vienen espontánea, obedientemente a la orden mía. Traen consigo la verdad que quiero que conozcáis. Los otros vienen por un conjunto de fuerzas unidas. Fuerzas del hombre idólatra, con fuerzas de Satanás-ídolo. ¿Pueden enseñaros la verdad? No. Jamás. Absolutamente no pueden. ¿Puede una fórmula, aun cuando la enseñase Satanás, hacer que Dios se doblegue al capricho del hombre? No. Dios viene siempre espontáneamente.* Una oración se puede unir con Él, pero no una fórmula mágica.

Si alguien objeta: “Samuel se apareció a Saúl”². Respondo: “No por mérito de la maga, sino por voluntad mía, con objeto de conmover al rey, rebelde a mi ley”. Algunos dirán: ‘¿Y los profetas?’ *‘Los profetas hablan por el conocimiento de la Verdad que se infunde en ellos directamente o por el ministerio angélico.* Otros objetarán: ¿Y la mano que escribió en el banquete del rey Baltazar?’ Esos tales lean la respuesta de Daniel: ‘...también tú te has levantado contra el Dominador del cielo... alabando a los dioses de plata, de bronce, de hierro, de oro, de leña, de piedra, los cuales no ven ni oyen ni conocen; pero no glorificaste al Dios en cuyas manos está tu respiro y cualquier cosa que hagas. Por esto Él (espontáneamente mandó, mientras tú, rey necio y hombre necio no pensabas ni te preocupabas sino en llenarte el vientre y en hinchar tu mente) envió el dedo de esa mano que escribió lo que allí ves’⁴.

Puede suceder que Dios os llame con manifestaciones que llamáis “de mediums” que causan compasión a un Amor que os quiere salvar. Pero no debéis querer hacerlas vosotros. Las que creáis no son jamás verdaderas. Ni útiles. Ni os traen jamás bien alguno. No os hagáis esclavos de lo que os lleva a la ruina. *No queráis llamaros y creeros más inteligentes que los humildes, que acatan la verdad depositada desde hace siglos en mi Iglesia, tan solo porque seáis soberbios que buscáis en la desobediencia excusa para vuestros ilícitos instintos.* Volved a entrar y permaneced en la Doctrina tantas veces secular. Desde Moisés a Cristo, de Cristo a vosotros, de vosotros hasta el último día es esa, y no otra.

¿Es acaso ciencia la vuestra? No. *La ciencia está en Mí y en mi doctrina y la sabiduría del hombre consiste en obedecerme.* ¿Curiosidad sin peligro? No. *Contagio de cuyas consecuencias podéis lamentaros.* Arrojad a Satanás si queréis tener a Cristo. Soy el Bueno. Pero no puedo convivir con el espíritu del mal. O Yo o él. Escoged.

O “portavoz” mía, di esto a quien haya qué decirlo. Es la última voz que llegará a estos. Tú y quien te dirige estad precavidos. Las pruebas se convierten en contrapruebas en manos del enemigo y de los enemigos de mis amigos. ¡Estad atentos!

Quedaos en mi paz”.

201. “Los que me aman, se van”

26 septiembre 1946

“Alzaos y partamos. Vamos de nuevo al río y busquemos una barca. Pedro, ve con Santiago. Que nos lleve hasta cerca de Betania. Nos quedaremos un día en casa de Salomón y luego...”

“¿Ya no vamos a Nazaret?”

² Cfr. 1 Rey. 28, 3-25.

⁴ Cfr. Dan. 5.

"No. Lo pensé anoche. Me desagrada por vosotros. Pero debo regresar".

"¡Soy feliz!" exclama Marziam. "¡Estaré todavía contigo!"

"Sí, aunque, pobre niño, te encontrarás con días muy tristes al estar a mi lado".

"Por eso quiero quedarme contigo, para darte cariño. Es lo único que quiero. No pido más".

Jesús lo besa en la frente.

"¿Volveremos a pasar por Betabara? Pregunta Mateo.

"No. Atravesamos el río con la barca e algún pescador".

Regresan Pedro y Santiago. "Ni una barca, Maestro, hasta el atardecer... Y... ¿debo decirlo?"

"Dilo".

"Pasaron algunos por aquí... Debieron haber pagado bien o haber hecho fuertes amenazas... No creo que ni en la noche encontrarás barca alguna... Son despiadados..." Pedro lanza un suspiro.

"No importa. Pongámonos en camino... y el Señor nos ayudará".

La estación es mala. Lluve. Hay lodo. El camino está cenagoso, a lo largo de la calzada la lluvia aumenta con el rocío de la noche, pero continúan su camino por el estrecho espacio que hay al lado de la vía, que está menos cenagoso, donde la lluvia, que continúa, es menor, gracias a una hilera de álamos que defienden por un tiempo, hasta que el viento sacude sus ramas y el agua cae en abundancia.

"¡Qué le hemos de hacer! ¿Es la temporada!" dice filosóficamente Tomás levantándose el vestido.

"¡Es el tiempo!" repite Bartolomé y suspira.

"Ya nos secaremos en alguna parte. No todos... están contra nosotros" dice Pedro.

"Siempre habrá oportunidad de encontrar una barca... ¡No siempre habrá mala suerte!" añade Santiago de Alfeo.

"Si tuviésemos mucho dinero, se tendría todo. Pero no quiso que fuera yo a Jericó para vende" dice Judas de Keriot.

"Cállate. Te lo ruego. El Maestro está muy afligido. Cállate" suplica Juan.

"Me callo. Hasta me alegro de sus órdenes. Así no se podrá decir que yo envié a aquellos seductores de Jericó" y mira a Pedro. Este que está distraído, no responde.

Caminan, siguen caminando bajo la llovizna, que se desprende de un cielo grisáceo. De vez en vez hablan entre sí, pero más bien parece que hablan consigo mismos, pues las palabras parecen conclusiones de un diálogo con un interlocutor invisible.

"Tendremos qué detenerlos en algún lugar".

"Todos es igual, porque por todas partes llegan ésos".

"Persecuciones tras persecuciones. Es mejor quedarse en la ciudad. Al menos no se moja uno".

"¿A dónde querrán llegar?"

"¡Pobre María! ¡Si supiese esto!"

"¡Que el Dios Altísimo proteja a sus siervos!" y así de este modo hablan... Luego se juntan, y discuten en voz baja.

Jesús va adelante, solo... ¡Solo! Después se le unen Marziam y Zelote.

"Los otros han bajado hacia la arena, para ver si hay alguna barca... Se avanzaría más rápido. ¿Nos permites que vengamos contigo?"

"¡Oh, sí! ¿De qué veníais hablando antes?"

"De lo que sufres".

"Y del odio de los hombres. ¿Qué cosa podemos hacer para consolarte y para detener este odio?" pregunta Zelote.

"Para mi dolor me basta vuestro amor... Por lo que respecta al odio... no hay más que soportarlo... Es una cosa que termina con la vida terrena... y este pensamiento brinda paciencia y fortaleza para soportarlo. ¡Marziam! ¡Muchacho! ¿Por qué estás turbado?"

"Porque esto me trae al recuerdo la figura de Doras..."

“Tienes razón. Es tiempo de que te envíe a casa...”

“¡No, Jesús, no! ¿Por qué quieres castigarme de un mal que no cometí?”

“No quiero castigarte, sino defenderte... No quiero que recuerdes a Doras. ¿Qué cosa surge en tu mente ante tal recuerdo? Dímelo... Dímelo...”

Marziam llora con la cabeza inclinada, luego levanta la cara y dice: “Tienes razón. Mi corazón no es capaz de ver y perdonar, todavía no lo es. Pero, ¿por qué me alejas? Si Tú sufres, con mayor razón debo estar cerca de Ti. ¡Siempre me has consolado Tú!” Ya no soy el niño necio que el año pasado te decía: ‘No me hagas ver que sufres’. Soy un hombre en verdad, ahora. ¡Deja que me quede, Señor! ¡Díselo, Simón!”

“El Maestro sabe lo que es bueno para nosotros. Tal vez... Él quiere darte un encargo... No lo sé... Dije lo que pensaba...”

“Dijiste bien. Lo hubiera tenido conmigo hasta después de las Encenias con mucho gusto, pero... mi Madre está sola allá. El rumor del odio es muy grande. Podría llenarse de miedo más de lo que es necesario. Mi Madre está sola y ha de llorar. Te vas a ir y le dirás que le mando saludar y que la espero para después de las Encenias. No añadirás otra cosa, Marziam”.

“¿Y si me pregunta?”

“Oh, puedes decir sin mentir... que la vida de su Jesús es como este cielo de etamín. Nubecillas y lluvia, y de vez en cuando una que otra tempestad, pero no deja de haber días con sol. Como ayer, como tal vez mañana. Callar no es mentir. Le referirás los milagros que has visto. Le dirás que Elías está conmigo. Que Ananías me ha acogido cual un padre. Que en Nobe estuve en la casa de un buen israelita. Lo demás... Sobre lo demás habrá silencio. Y luego irás a ver a Porfiria, y estarás allí hasta que te mande llamar”.

Marziam llora fuertemente.

“¿Por qué lloras así? ¿No estás contento de ir a la casa de María? Ayer sí que estaba...” dice Simón.

“Ayer sí, porque íbamos todos. Pero lloro por el temor de no volverte a ver más... ¡Señor, Señor, jamás volveré a tener días felices como estos en que he estado contigo!”

“Nos volveremos a ver, Marziam. Te lo prometo”.

“¿Cuándo? No antes de Pascua. ¡Falta mucho tiempo!” Jesús guarda silencio. “¿De veras que no me quieres antes de la Pascua?”

Jesús pone un brazo sobre sus flacas espaldas y lo atrae a Sí. “¿por qué quieres saber el futuro? Estemos en el día de hoy. Mañana no lo estaremos. El hombre, aun el más rico y poderoso, no puede añadir un día a su vida. Como todo el futuro, está en manos de Dios...”

“Para Pascua *debo ir* al Templo. Soy israelita. No me puedes hacer pecar”.

“No cometerás ningún pecado. El primer pecado que debes prometerme que no cometerás es el de desobediencia. Obedecerás y siempre. Ahora a Mí, después a quien hablase en mi Nombre. ¿Me lo prometes? Recuerda que Yo, tu Maestro y Dios, he obedecido a mi Padre, y obedeceré hasta el fin... de mis días...” Jesús toma un aire grave al decir estas últimas palabras.

Marziam, como fascinado al verlo, dice: “Obedeceré. Lo juro. Delante de Ti y del Dios eterno”.

Un silencio. Luego Zelote pregunta: ¿Va a ir solo?”

“No. Con los discípulos. Encontraremos otros además de Isaac”.

“¡Mandas también a Isaac a Galilea?”

“Sí. Regresará con mi Madre”.

Lllaman desde el río. Los tres se separan, atraviesan el camino y se acercan al río.

“Mira, Maestro. Hemos encontrado transporte. Y no quieren nada. Son familiares de uno que curaste. Acarrear arena a aquel poblado. Hay que ir hasta allá a pie, luego nos toman”.

“Que Dios se lo pague. Esta noche estaremos con Ananías”.

Pedro, contento, sube al camino y ve que Marziam está afligido. “¿Qué te pasa? ¿Qué hiciste?”

“Nada malo, Simón. Le dije que cuando lleguemos al primer lugar donde encontraremos a unos discípulos, le diré que vaya a casa. Él se ha entristecido con ello”.

“A casa... ¡Bueno!... Ya es justo... la estación...” reflexiona Pedro. Luego mira a Jesús y le tira de la manga haciéndole inclinarse hasta cerca de su boca. Le habla al oído: “Maestro, pero ¿por qué lo mandas sin esperar...”

“Por la estación, como tú mismo has dicho”.

“¿Y luego?”

“Simón, no quiero mentirte. Porque es bueno para Marziam que se vaya y no se envenene su corazón...”

“Tienes razón, Maestro. Que se envenene su corazón... Es lo que puede suceder en lo futuro...” levanta la voz: “El Maestro tiene mucha razón. Irás... y nos veremos en Pascua. No tarda mucho... Pasado calseau... ¡Oh, en un santiamén ha llegado el bello nisam! ¡Sí, claro! Tiene mucha razón...” La voz de Pedro es segura. Repite lentamente pero con tristeza: “Tiene mucha razón...” y hablando consigo mismo: “¿Qué habrá pasado de aquí a nisam? Se golpea la frente con ademán de tristeza.

Continúan caminando en este día húmedo. Vuelve a llover cuando, llenos de lodo hasta las rodillas, suben a cinco barquichuelas cargadas de arena, y que vuelven a bajar siguiendo la corriente. Llovizna. Al caer las gotitas sobre la superficie tranquila del río que refleja un cielo de nubes grises, forman circulitos que se alargan, que se alargan cada vez como un juego de perlas sin fin.

Parece un lugar desierto. Sobre las calzadas, en las insignificantes aldeas, no se ve ser viviente. La lluvia hace que se cierren las casa, que los caminos estén solitarios, de modo que cuando al atardecer desembarcan donde vive Salomón, encuentran todo silencioso y sin nadie en el camino. Llegan a la casa sin ser vistos. Llamen. Nada. Sólo el arrullo de las palomas, el balido de las ovejitas y el ruido de la lluvia.

“No hay nadie. ¿Qué hacemos?”

“Id a las casas del poblado, a la del pequeño Miguel en primer lugar” ordena Jesús.

Y mientras los apóstoles más jóvenes se van prestos, Jesús con los de mayor edad se quedan cerca de la casa, observan y hacen comentarios.

“Todo cerrado... El cancel está bien amarrado y asegurado. Mira, hasta hay un grueso clavo. Las ventanas están cerradas. ¡Qué tristeza! Y parece como si se quejaran los palomos y las ovejas. ¿No estará enfermo? ¿Qué piensas, Maestro?”

Jesús mueve la cabeza. Está cansado y triste...

Regresan corriendo los apóstoles. Andrés, el primero en llegar, grita cuando todavía está a unos cuantos metros: “Ha muerto... Ananías ha muerto. No se puede entrar en la casa porque todavía no está purificada... Hace pocas horas que lo enterraron... Si hubiéramos podido venir ayer... Ahora viene la mujer, la madre de Miguel”.

“¿Pero qué cosa nos persigue?” prorrumpe Bartolomé.

“¡Pobre viejo! ¡Se sentía tan feliz! ¡Estaba tan bien! ¡Pero cómo! ¿Cuándo enfermó?” todos hablan al mismo tiempo.

Llega la mujer y sin acercarse dice: “Señor, la paz sea contigo. Mi casa está abierta para Ti. Pero... yo no sé... Preparé el cadáver. Por eso no me acerco. Te puedo señalar casas que os pueden acoger”.

“Está bien, mujer. Dios te lo pague y a quien tiene piedad de los viajeros... ¿Cómo murió?”

“No lo sé. No estaba enfermo. Antier estaba bien. Sí, estaba bien. Miguel había venido en la mañana a traer las dos ovejas para juntarlas con las nuestras. Se había pensado en ello. Yo le traje a la hora sexta³ sus vestidos que le había lavado. Estaba a la mesa comiendo, completamente sano. Por la tarde Miguel trajo las ovejas y les dio de beber, él le regaló dos

³ Cfr. Mt. 20, 1-16; 27, 45-46; Mc. 15, 25 y 33-34; Lc. 23, 44; Ju. 4, 6; 19, 14; Hech. 2, 15; 3, 1; 10, 3 y 9 y 30. Las horas pues de prima, tercia, sexta y nona corresponden respectivamente más o menos a nuestras horas 7, 9, 12 y 3 de la tarde.

tortas de pan que había hecho. Ayer por la mañana, mi hijo vino por las ovejas. Todo estaba cerrado como ahora y nadie respondió sus gritos. Empujó el cancel, pero no logró abrirlo. Estaba bien cerrado. Miguel se espantó y corrió a verme. Yo y mi marido vinimos corriendo con otros. Abrimos el cancel, llamamos a la cocina... forzamos la puerta... estaba todavía sentado junto al horno con la cabeza reclinada sobre la mesa, con la lámpara todavía cerca, pero apagada como él, un cuchillo pequeño a sus pies, una escudilla de madera, medio labrada... La muerte lo sorprendió en esa posición... Sonreía... estaba en paz... ¡Oh, qué cara de justo tenía! Parecía hasta más hermoso... Yo... era poco lo que lo atendía... pero le había cobrado cariño... y lloro...”

“Está en paz. Lo has dicho. ¡No llores! ¿Dónde lo pusiste?”

“Sabíamos que lo amabas mucho y por eso lo pusimos en el sepulcro que Leví se hizo hace poco. El único, porque Leví es rico. Nosotros no lo somos. Allá al fondo, al otro lado del camino. Ahora, si quieres, purificaremos todo y...”

“Sí. Te llevarás las ovejas y los palomos y lo demás guárdalo para Mí y mis amigos, para que pueda venir algunas veces a quedarme. Dios te bendiga mujer. Vamos al sepulcro”.

“¿Lo quieres resucitar?” pregunta sorprendido Tomás”.

“No. No sería un placer para él. Allí donde está, se encuentra más feliz. Lo deseaba tanto...”

Pero Jesús está muy abatido, parece como si todo se juntase para aumentar su tristeza. En las puertas de las casas las mujeres miran y saludan haciendo comentarios.

Llegan pronto al sepulcro: un pequeño cubo construido recientemente. Jesús ora cerca de él. Luego se vuelve con lágrimas en los ojos y dice: “Vámonos... a las casas del poblado... En nuestra casita no hay ya nadie que nos espere para bendecirnos... ¡Padre mío!... La soledad envuelve a tu Hijo, el vacío se va haciendo cada vez más extenso y más tenebroso. Los que me aman se van y se quedan los que me odian... ¡Padre mío, hágase siempre tu voluntad! ¡Siempre sea bendita!...”

Vuelven al poblado, y dos aquí, tres allá, entran en las casas de los que no han tocado el cadáver, para buscar refugio y descanso.

202. La parábola del juez malo ¹

27 septiembre 1946

Jesús está de regreso en Jerusalén invernal, gris, azotada por el viento. Marziam está todavía con Jesús y con Isaac. Hablando se dirigen al Templo.

José y Nicodemo están con los doce y hablan con todos, mejor dicho con Zelote y Tomás. Luego se separan y pasan por delante, saludando a Jesús sin detenerse.

“No quieren hacer ver su amistad con el Maestro. ¡Es peligroso!” murmura Iscariote a Andrés.

“Creo que lo hacen por algún justo motivo, no por cobardía” los defiende Andrés.

“Por otra parte, no son discípulos. Y pueden hacerlo. *Nunca lo han sido*” dice Zelote.

“¿No? Me parecía que...”

“Ni siquiera Lázaro es discípulo y con todo...”

“Si sigues excluyendo ¿quién queda?”

“¿Quién? Los que tienen la misión de discípulos”

“Y los otros ¿qué son?”

“Amigos. No más que amigos. ¿Acaso dejan sus casas, sus intereses por seguir a Jesús?”

“No. Pero escuchan con gusto y le ayudan con...”

“¡Si es por eso! También los gentiles lo hacen. Viste que en la casa de Nique encontramos a quien se había preocupado por Él. Y esas mujeres no son del número de los discípulos”.

¹ Cfr. Lc. 18, 1-8.

“¡No te acalores! Lo dije por decir. ¿Te molesta mucho que tus amigos no sean discípulos? Creo que deberías de pensar al revés”.

“No me acaloro y no quiero nada, como tampoco que les hagas mal llamándolos sus discípulos”.

“¿Pero a quién quieres que lo diga? Siempre estoy con vosotros...”

Simón Zelote lo mira tan duramente que la risita que tenía Judas en los labios se le congela y piensa que es mejor cambiar de tema: “¿Qué querían hablar con vosotros ésos dos?”

“Encontraron una casa para Nique, por los jardines, cerca de la Puerta. José conocía al propietario y sabía que con un poco más de dinero se la habrían vendido. Se lo haremos saber a Nique”.

“¡Qué ganas de tirar dinero!”

“Es suyo. Puede hacer lo que le venga en gana. Ella quiere estar cerca del Maestro. Con eso obedece a la voluntad de su marido y a su corazón”.

“Sólo mi madre está lejos...” suspira Santiago de Alfeo.

“Y la mía” dice el otro Santiago.

“Pero por poco tiempo. ¿Oíste lo que dijo Jesús a Isaac, a Juan y a Matías? ‘Cuando volváis para la luna nueva³ de Scebat venid con las discípulas además de mi Madre’”.

“No sé por qué no quiere que Marziam vuelva con ellas. Le ha dicho: ‘Te quedarás hasta que te llame’”.

“Tal vez será para que Porfiria no se quede sin ayuda... Si nadie pesca allá, no se come. Nosotros no vamos, debe ir, pues, Marziam. La higuera, la colmena, los pocos olivos y las dos ovejas no son suficientes para quitar el hambre a una mujer, para vestirla...” observa Andrés.

Jesús, poyado contra el muro del recinto del Templo, los ve venir. Con Él están Pedro, Marziam y Judas de Alfeo. Los menesterosos se levantan de sus camastros de piedra en el camino que lleva al Templo —el que va de Sión al Moria, no el que va de Ofel al Templo— y levantan sus lamentos para que los oiga Jesús y les dé una limosna. Nadie pide ser curado. Jesús ordena a Judas que les socorra. Entra en el Templo.

No hay mucha gente. Después de la gran afluencia de las fiestas los peregrinos disminuyen. Tan solo los que por intereses de importancia se ven obligados a venir a Jerusalén, o quien habita en esta ciudad, sube al Templo. Por eso los patios y los portales, aunque no están desiertos, están menos ocupados y parecen más extensos, más sagrados, porque hay más silencio. También los cambistas, los vendedores de palomas y de otros animales son menos numerosos, pegados a los muros de la parte que da al sol, un sol pálido que se abre paso por entre las grises nubes.

Después de que Jesús oró en el patio de los israelitas, se vuelve y se apoya junto a una columna observando... y siendo observado.

Ve que vienen de detrás del patio de los hebreos, un hombre y una mujer que sin mostrar que lloran, su rostro está lleno de dolor. El hombre trata de consolar a la mujer, pero se ve que también él está afligidísimo.

Jesús deja la columna y va a su encuentro. “¿Qué os pasa?” les pregunta, compasivamente.

El hombre lo mira, sorprendido de que se interese por ellos, tal vez le parezca que la pregunta no sea delicada; pero la mirada de Jesús es tan dulce que los desarma. Antes de decir lo que sufre, pregunta: “¿Cómo es posible que un rabí se interese por las penas de un sencillo israelita?”

“Porque el rabí es tu hermano. Tu hermano en el Señor y te ama como está escrito en el mandameinto⁴”.

³ Cfr. Lev. 23, 23-24; Núm. 10, 1-10; 1 Rey. 20, 5 y 24; Is. 1, 10-20; Am. 8, 5; el primer día del mes lunar, llamado luna nueva o neomenia, era día de fiesta.

⁴ Cfr. Lev. 19, 18.

“¡Mi hermano! Soy un pobre campesino de la llanura de Sarón, hacia Dora. Tú eres un rabí”.

“El dolor es tanto para los rabíes como para los demás. Sé lo que significa el dolor, y quisiera consolarte”.

La mujer se levanta un momento el velo para mirar a Jesús y en voz baja dice a su marido: “Díselo. Tal vez nos pueda ayudar...”

“Rabí... La casamos decorosamente con un joven que uno de nuestros amigos nos garantizó que sería un buen marido. Eso fue hace seis años. Les han nacido dos niños. Dos... porque después el amor se desvaneció... tanto que ahora... el esposo quiere el divorcio. Nuestra hija llora y se muere. Por esto dijimos que todavía la tenemos, porque dentro de poco morirá de dolor. Hemos hecho todo lo posible por persuadir al marido. Hemos rogado mucho al Altísimo... Pero ninguno de los dos ha escuchado... Vinimos acá en peregrinación por este motivo y nos hemos quedado aquí por todo el tiempo de una luna. Todos los días en el Templo. Yo en mi lugar, mi mujer en el suyo... Esta mañana un criado de mi hija nos trajo la noticia que su esposo había ido a Cesarea para mandarle desde allá el libelo de divorcio. Esta es la respuesta que nuestras plegarias han obtenido...”

“No hables así, Santiago” suplica su mujer en voz baja. Y luego: “El Rabí nos puede maldecir como a blasfemos... Dios nos puede castigar. Es nuestro dolor. Viene de Dios... Y si nos ha castigado, señal es de que lo merecíamos” termina con un sollozo.

“No, mujer. No os voy a maldecir y Dios no os va a castigar. Os lo prometo. Así como os digo que no es Dios quien os envía este dolor, sino que es el hombre quien os lo causa. Dios lo permite para prueba vuestra y para probar al marido de vuestra hija. No perdáis la fe y el Señor os escuchará”.

“Es tarde. Nuestro hija ya fue repudiada y ha perdido su fama...” dice el marido.

“Jamás es tarde para el Altísimo. En un instante y por la oración persistente, puede cambiar el curso de los sucesos. De la copa a los labios hay tiempo para que la muerte pueda encajar un puñal e impedir que quien ya tenía la copa en sus labios, no la beba. Y esto porque Dios ha intervenido. Os lo aseguro. Volved a vuestros lugares de plegaria y continuad hoy, mañana y pasado mañana, y si conserváis vuestra fe, veréis el milagro”.

“Rabí, tratas de consolarnos... pero en estos momentos... no se puede. Tú lo sabes, no se puede anular el libelo una vez que se entrega a la repudiada” insiste el marido.

“Te digo que tengas fe. Es verdad que no se le puede anular, pero ¿sabes que tu hija ya lo recibió?”

“De Dora a Cesarea el camino no es largo. Mientras vino hasta aquí el siervo, no hay duda de que Jacob haya regresado ya a casa y expulsado a María”.

“El camino no es largo, pero ¿estás seguro que ya lo hizo? ¿No puede una voluntad superior a la humana haber detenido a un hombre, si Josué, con la ayuda de Dios, detuvo el sol ⁷? Vuestra plegaria persistente y llena de confianza que tiene un buen fin, ¿no es acaso una voluntad santa que se opone a una mala? ¿Y puesto que pedís una cosa buena a Dios, a vuestro Padre, ¿no os ayudará a detener los pasos de ese insensato? ¿No os habrá ya escuchado? Y si el hombre se obstinase aun en ir, ¿lo podrá hacer si vosotros continuáis pidiendo al Padre una cosa justa? Os digo: Id a orar hoy, mañana y pasado mañana y veréis un milagro”.

“¡Vamos, Santiago! El Rabí sabe lo que dice. Si nos manda ir a orar señal es que sabe que es justo. Ten fe, esposo mío. Siento una gran paz, siento que una esperanza me nace donde antes había sólo dolor. Dios te lo pague, Rabí bueno, y que te escuche. Ruega también por nosotros. Ven, Santiago, ven” y logra persuadir a su marido que la sigue después de haberse despedido de Jesús con el acostumbrado saludo judío: “La paz sea contigo”, al que Jesús responde de igual modo.

⁷ Cfr. Jos. 10, 10-15; Eccli. 46, 1-8.

“¿Por qué no les dijiste quién eras? Hubieran orado con más tranquilidad” dicen los apóstoles. Felipe añade: “Se los voy a decir”.

Jesús lo detiene diciéndole: “No quiero. Habrían orado con más serenidad pero con menos mérito. De este modo su fe es perfecta y será premiada”.

“¿De veras?”

“¿Queréis que hubiera mentido a estos dos infelices?”

Mira a la gente que le rodea. Será alrededor de un centenar de personas. Dice: “Escuchad esta parábola que os mostrará el valor de la oración perseverante.

Sabéis lo que dice el Deuteronomio al hablar de los jueces y magistrados⁸: que deben ser justos y misericordiosos escuchando con imparcialidad a quien recurre a ellos, pensando siempre que deben juzgar el caso que se les presenta, como si fuera un caso propio, personal, sin tener en cuenta regalos o amenazas, sin consideraciones por los amigos culpables y sin dureza para los que no están en buenas relaciones con ellos. Si las palabras de la Ley son justas, no lo son los hombres y no saben obedecer la Ley. De este modo se ve que con frecuencia la justicia humana es imperfecta, porque son raros los jueces que sepan conservarse puros de cohecho, que sean misericordiosos, pacientes para con los ricos y pobres, para con las viudas y los huérfanos, como lo son para los que no se encuentran en tales circunstancias.

En una ciudad había un juez muy indigno del oficio que lo había alcanzado a través de familiares de mucha influencia. Por su parte era parcial en juzgar y propenso a dar razón al rico y al poderoso, a quien recomendaban estos, o bien a quien le hacía grandes regalos. No tenía temor de Dios y se burlaba de las quejas de los pobres y de los débiles porque estaban solos y sin quien los defendiese. Cuando no quería escuchar a quien claramente tenía razón contra un rico, y al que no quería condenar, lo mandaba arrojar de su presencia amenazándolo con echarlo en la cárcel. Los más soportaban su modo violento de ser, resignándose a la derrota aún antes de que su caso se discutiese.

En aquella ciudad vivía un viuda cargada de hijos, la cual debía recibir una fuerte suma de dinero por trabajos que su difunto esposo había hecho para un rico. Obligada por la necesidad y amor maternal, había tratado de que el rico le pagase, y con ese dinero dar de comer a sus hijos y vestirlos para el invierno que se acercaba. Pero como el rico no le hizo caso pese a todas sus súplicas e insistencia, se dirigió al juez.

Este era amigo del rico que le había dicho: ‘Si me das la razón un tercio de la suma es tuyo’. Por esto se hizo sordo a las palabras de la viuda que le decía: ‘Hazme justicia de mi adversario. Ves que tengo necesidad. Todos pueden decir si no tengo derecho a la suma’. Se hizo sordo e hizo que sus ayudantes la arrojasen. Pero la mujer volvió, una, dos, diez veces; por la mañana, al mediodía, por la tarde, incansable. Lo seguía por las calles gritándole: ‘Hazme justicia. Mis hijos tienen hambre y frío. Y no tengo con qué comprar harina y ropa’. Se presentaba en el umbral de la casa del juez cuando este volvía a ir a sentarse a la mesa con sus hijos. Y el grito de la viuda: ‘Hazme justicia de mi adversario, pues mis hijos y yo tenemos hambre y frío’ penetraba hasta el interior de la casa, del comedor, de la alcoba durante la noche, persistente como el chillido de una lechuza: ‘Hazme justicia, si no quieres que Dios te castigue. Hazme justicia. Recuerda que la viuda y los huérfanos valen mucho ante los ojos de Dios y ¡ay de quien los pisotea! Hazme justicia si no quieres sufrir un día lo que sufrimos nosotros. El hambre que tenemos, el frío que soportamos lo encontrarás en la otra vida, si no me haces justicia. ¡Pobre de ti!’

El juez no tenía temor de Dios, ni del prójimo. Pero al verse siempre perseguido, objeto de burla de parte de toda la ciudad, y hasta escarnio, terminó por cansarse. Un día se dijo a sí mismo: ‘Aunque yo no tema a Dios ni las amenazas de la mujer, ni el qué dirán mis conciudadanos, sin embargo, para quitarme de encima tanta molestia, haré caso a la viuda y le haré justicia, obligando al rico a que le pague. Basta con que no me siga por todas partes y

⁸ Cfr. Deut. 16, 18-20.

se me quite de encima'. Llamó a su amigo rico y le dijo: 'Amigo mío, no es posible que pueda darte gusto. Cumple con tu deber y paga, porque no puedo soportar que se me moleste por tu causa. Lo he dicho'. El rico tuvo qué desembolsar la suma de dinero según justicia.

Esta es la parábola. Ahora voy a explicarla.

Oísteis las palabras de un inicuo: "Para quitarme de encima tanta molestia, haré caso a la viuda'. Y era un inicuo. Pero Dios, el Padre óptimo, ¿será acaso inferior al juez malo? ¿No hará justicia a sus hijos que lo invocan de día y de noche? ¿Les hará esperar el favor pedido hasta que su alma está ya agotada de tanto rogar? Yo os digo que prontamente les hará justicia para que su alma no pierda la fe. Pero es necesario también saber orar, sin cansarse después de las primeras oraciones, y saber pedir cosas buenas. También hay qué confiarse a Dios diciendo: 'Que se haga lo que según tu sabiduría ves que nos es útil'.

Tened fe. Sabed orar con fe en la plegaria y en Dios vuestro Padre. Él os hará justicia contra los que os oprimen: bien sean hombres o demonios, enfermedades u otras desgracias. La oración perseverante abre el cielo, y la fe salva el alma por la plegaria. ¡Vámonos!"

Se dirige a la salida. Está casi fuera del recinto cuando levantando su cabeza mira a los pocos que lo siguen y a los muchos indiferentes u hostiles que lo miran desde lejos, exclama: '¿Pero cuando el Hijo del hombre torne, encontrará acaso todavía fe en la tierra? Y suspirando se envuelve en su manto, caminando a pasos largos hacia el suburbio de Ofel.

203. "Yo soy Luz del mundo" ¹

28 septiembre 1946

Jesús está todavía en Jerusalén, no dentro de los patios del Templo, pero sí dentro de un amplio salón bien adornado, uno de tantos como hay en el recinto que es grande, inmenso como una villa.

Hace poco que ha entrado. Todavía caminando lleva a su lado a quien lo invitó a entrar, probablemente para que se defendiera del frío viento que sopla en el Moria, y detrás de Él van los apóstoles y alguno que otro discípulo. Digo: "alguno que otro" porque además de Isaac y Marziam, está Jonatás, y mezclados entre la gente que también entra detrás del Maestro, está aquel levita, Zacarías, que hace pocos días antes le dijo que quería ser su discípulo, y también hay otros dos que he visto con los discípulos, pero cuyo nombre ignoro. Entre estos, buenos de corazón, no faltan los acostumbrados e inevitables fariseos. Se detienen junto a la puerta, como si se hubiesen encontrado allí por mera casualidad para hablar de sus negocios, pero con la intención de oír. Los presentes arden en deseos de oír la palabra del Señor.

Él mira este conjunto en que hay gente de varias naciones, pero todos de religión hebrea. Lo contempla. Muchos de ellos mañana se esparcirán por las regiones de donde vinieron y llevarán a ellas su palabra diciendo: "Hemos escuchado al Hombre que se dice ser nuestro Mesías". No les habla de la ley en la que están instruidos, como ha hecho muchas veces, cuando comprendo que no lo están, o que no tienen opiniones diversas; sino que habla de Sí mismo, para que lo conozcan.

Dice: "Yo soy la Luz del mundo. Quien me sigue no camina en las tinieblas sino que tendrá la luz de la vida" Se calla, después de haber anunciado el tema del discurso que intenta desarrollar, como lo hace generalmente cuando está por pronunciar uno de mucha importancia. Se calla para dejar que la gente decida si el argumento le gusta o no, y dar también tiempo a que se vaya quien no tiene interés en el tema. De los presentes ninguno se va; más bien los fariseos que estaban en la puerta, trabados en una plática disimulada y fingida, se callan, y se vuelven hacia lo interior de la sinagoga a las primeras palabras de Jesús. Entran abriéndose paso con su prepotencia usual.

Cuando el rumor cesa, Jesús repite la anterior frase en voz más fuerte, y continúa: "Yo soy la Luz del mundo, porque soy el Hijo del Padre que es el Padre de la Luz. El hijo siempre se

¹ Cfr. Ju. 8, 12-30.

asemeja al padre que lo engendró y tiene su misma naturaleza. De igual modo Yo me asemejo al que me engendró y tengo su misma naturaleza. Dios, el Altísimo, el Espíritu Perfecto e Infinito es Luz de Amor, Luz de Sabiduría, Luz de Poder, Luz de Bondad, Luz de Belleza. Él es el Padre de las luces y quien vive de Él y en Él ve, porque está en la Luz, así como es deseo de Dios que en las criaturas lo contemplen. Ha dado al hombre inteligencia y voluntad para que pueda ver la Luz, esto es, a Él mismo, y comprenderla y amarla. Ha dado al hombre los ojos para que pueda ver la cosa más bella y más perfecta de todo lo creado, aquella por la cual es visible la creación, la que fue una de las primeras obras del Dios Creador y que lleva consigo la señal más visible del que la creó: la luz incorpórea, luminosa, beatífica, consoladora, necesaria, así como lo es el Padre de todos: el Dios eterno y Altísimo.

Por una orden de su Pensamiento creó el firmamento y la tierra, esto es, la masa de la atmósfera, la masa del polvo, lo incorpóreo y corpóreo, lo ligero y lo pesado, pero ambas cosas estaban informes y sin adornos porque estaban envueltas en las tinieblas, sin astros, sin vida. Para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, para hacer dos cosas bellas, útiles, aptas para la prosecución* de su obra creadora, el Espíritu de Dios –que se cernía sobre las aguas y que era una sola cosa con el Creador que creaba y con el Inspirador que empujaba a crear para poder amarse no sólo a Sí mismo en el Padre y en el Hijo, sino también amar un número inmenso de criaturas que llevan por nombre, astros, planetas, agua, mares, selvas, plantas, flores, animales que vuelan, que nadan, que se arrastran, que corren, que saltan, que trepan, y finalmente el hombre, *el más perfecto de lo creado, más perfecto que el sol, porque tiene alma además de la materia, inteligencia además del instinto, libertad además del orden, al hombre semejante a Dios por el espíritu, semejante al animal por la carne, semidiós que se convierte en dios por la gracia de Dios y voluntad propia, al ser humano que si quiere puede transformarse en ángel*³, al ser más amado de lo creado para el que, desde antes que el tiempo existiese y sabiendo que pecaría, preparó el Salvador, la Víctima en el Ser amado sin medida, en el Hijo, en el Verbo, por quien todo fue hecho- para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, decía Yo, entonces el Espíritu de Dios, cerniéndose en el cosmos grita, y es la Palabra que por primera vez se manifiesta: “Hágase la luz”, y la luz es buena, salutífera, poderosa en el día, tenue en la noche, pero que no terminará sino hasta cuando llegue su tiempo. Dios sacó del océano de sus maravillas, de su trono, de su seno, la piedra preciosa más bella que fue la luz y es la que precedió al joyel más precioso que fue la creación del hombre, en el que no hay una piedra preciosa de Dios, sino Dios mismo con su aliento que entró en el lodo para hacer su cuerpo, para dar una vida y crear un heredero suyo en el Paraíso celestial donde espera a los justos, a sus hijos para regocijarse en ellos y ellos en Él.

Si desde los principios de la creación Dios quiso que en sus obras estuviese la luz, si para hacer la luz se sirvió de su Palabra, si Dios entregó a sus seres más amados su semejanza más perfecta: la luz, luz material que regocija, que es incorpóreos, la luz espiritual llena de sabiduría y de santificación, ¿podrá no haber entregado al Hijo de su amor lo que es Él mismo? Es verdad que el Altísimo dio ab eterno a aquel en quien se complace todo, y quiso que la luz fuese la primera y la más poderosa, para que sin tener qué esperar a subir a los cielos los hombres conociesen las maravillas de la Trinidad, lo que hace cantar a los cielos en sus coros bienaventurados, cantar por la armonía de su júbilo pleno que llega a los ángeles al contemplar la Luz, esto es, a Dios, la Luz que llena el Paraíso y lo hace bienaventurado en todos sus habitantes.

Yo soy la Luz del mundo. Quien me sigue no camina en las tinieblas, y tiene la luz de la Vida. Así como la luz de la tierra informe trajo la vida a plantas y animales, de igual modo mi Luz concede a los espíritus la vida eterna. Yo, Yo la Luz, creo en vosotros la vida y la sostengo, la aumento, os vuelvo a crear en ella, os transformo, os conduzco a la mansión de

* prosecución = acción de proseguir. Seguimiento, persecución.

³ Cfr. Mt. 22, 30; Mc. 12, 25; Lc. 20, 34-36.

Dios por los caminos de la sabiduría, del amor, de la santificación. Quien tiene en sí la Luz tiene en sí a Dios, porque la Luz es una sola cosa con la caridad, y quien tiene la caridad tiene a Dios. Quien tiene en sí la Luz tiene en sí la vida, porque Dios está allí donde se acepta a su Hijo amado”.

“Estás diciendo palabras sin sentido. ¿Quién jamás ha visto a Dios? Ni siquiera Moisés vio a Dios en el Horeb. Apenas supo quién le hablaba desde la zarza ardiente, se cubrió el rostro; y tampoco pudo verlo las otras veces en medio de los deslumbradores rayos. Y ahora dices que viste a Dios. A Moisés que fue el único que lo oyó hablar, se le quedó un resplandor en la cara⁶. Pero ¿Tú qué luz tienes en tu rostro? Eres un pobre galileo de cara pálida como lo sois casi todos vosotros. Estás enfermo, cansado. Estás flaco. Si hubieses visto en realidad a Dios, y si te amase, no estarías como uno que está próximo a morir. ¿Tú que no tienes la vida ni para Ti mismo, quieres darla a otros?” y sacuden su cabeza, con irónica compasión.

“Dios es Luz y Yo soy cual es su Luz que los hijos conozcan a su padre y para que cada uno se conozca a sí mismo. Yo conozco a mi Padre y sé quién Soy. Soy la Luz del mundo. Soy la Luz porque mi Padre es la Luz y me ha engendrado dándome su Naturaleza.

La Palabra no es desemejante al Pensamiento, porque la palabra expresa lo que la inteligencia piensa. Por otra parte, ¿no conocéis los profetas? ¿No os acordáis de Ezequiel y sobre todo de Daniel? Al describir a Dios, que vio en la visión, sobre el carro de cuatro animales, dice el primero: ‘En el trono había uno cuyo aspecto parecía el de un hombre y *dentro* de él y a su alrededor vi una especie como de rayo, parecido al fuego, y por detrás y por debajo de él vi algo así como fuego que resplandecía a su alrededor, como el aspecto del arco iris, cuando se forma en las nubes después de la lluvia. Tal era el aspecto del resplandor a sus lados’⁸ Daniel dice: ‘Estaba yo contemplando hasta que fueran puestos los tronos y se sentó el Anciano de días. Sus vestiduras eran blancas como la nieve, sus cabellos cual blanquísima lana. Llamas vivas eran su trono y las ruedas de su trono eran fuego abrasador. Un río de fuego corría rápidamente ante su rostro’⁹. Así es Dios y así seré cuando venga a juzgaros”.

“Tu testimonio no vale nada. Das testimonio de Ti mismo, por eso tu testimonio ¿qué valor puede tener? Para nosotros no lo tiene”.

“Aunque Yo dé testimonio de Mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy. Vosotros no sabéis de dónde haya venido ni a dónde vaya. Tomáis por sabiduría lo que veis. Yo al contrario conozco todo lo que es desconocido al hombre, y vine para que lo conozcáis. Por eso he dicho que soy la Luz. Porque la luz permite conocer lo que las sombras ocultan. En el cielo hay luz, en la tierra reinan las tinieblas y ocultan la verdad a los espíritus porque las tinieblas odian el corazón de los hombres y no quieren que conozcan la Verdad y las verdades para que no se santifiquen. Por eso he venido, para que tengáis luz y por lo tanto vida. Pero no me queréis aceptar. Queréis juzgar de lo que ignoráis y esto no lo podéis hacer porque está muy arriba de vosotros y es incomprensible a cualquiera que no contemple con los ojos del corazón, con espíritu humilde y nutrido de la fe. Vosotros juzgáis según el modo humano, por esto vuestro juicio no puede ser verdadero. Yo al contrario no juzgo a nadie, con tal que pueda abstenerme de juzgar. Os contemplo con misericordia y ruego por vosotros para que os abráis a la Luz. Pero cuando tenga qué juzgar, entonces mi juicio es verdadero porque no estoy solo, sino con el Padre que me envió, y Él ve desde su gloria el interior de los corazones. Y como ve el vuestro, ve el mío. Si viese en mi corazón un juicio injusto, por el amor que me tiene y por el honor de la justicia, me lo advertiría. Yo y el Padre juzgamos de un solo modo y por eso somos dos para juzgar y para dar testimonio. En vuestra ley está escrito que el testimonio de dos que afirman la misma cosa tiene qué

⁶ Cfr. Ex. 3, 1-6; 34, 29-35; (2 Cor. 3, 7 – 4, 6)

⁸ Cfr. Ez. 1, 26-28.

⁹ Cfr. Dan. 7, 9-10.

aceptarse por verdadero y válido¹⁰. Así pues Yo doy testimonio de mi Naturaleza y conmigo el Padre que me envió. Por esto, lo que Yo digo es verdad”.

“Nosotros no oímos la vos del Altísimo. Tú dices que es tu Padre...”

“Él habló de Mí en el Jordán...”

“Está bien. Pero no eras el único allí. Estaba también Juan. Podía haber hablado de él. Él fue un gran profeta”.

“Con vuestras mismas palabras os condenáis. Decidme: ¿quién habla por los labios del profeta?”

“El Espíritu de Dios”.

“¿Fue Juan para vosotros un profeta?”

“Un de los más grandes, si no el mayor”.

“Entonces ¿por qué no habéis creído en sus palabras? Él me señaló como el Cordero de Dios que vino a borrar los pecados del mundo. Respondía a quien le preguntaba si él era el Mesías: “No lo soy, sino quien lo precede. Detrás de mí viene el que en realidad es anterior a mí porque existe antes de mí, y yo no lo conocía, pero el que me tomó desde el vientre de mi madre y el que me habló en el desierto y me envió a bautizar, me dijo: “Sobre quien vieras descender el Espíritu, Él es el que bautizará en el Espíritu Santo y en fuego”. ¿No os acordáis? Y sin embargo muchos de vosotros estuvisteis presentes... ¿Por qué pues no creéis al profeta que me señaló después de haber escuchado las palabras del cielo? ¿Debo decir esto a mi Padre: que su pueblo no cree más en los profetas?”

“¿Y dónde está tu padre? José el carpintero hace muchos años que duerme en el sepulcro. Tú no tienes más padre”.

“Vosotros no me conocéis, ni a mi Padre. Si me quisierais conocer, conoceríais también a mi verdadero Padre”.

“Estás poseído del demonio, y eres un mentiroso. Eres un blasfemo al sostener que el Altísimo es tu Padre. Merecerías que se te castigase según la ley¹²”.

Los fariseos y los otros del Templo vociferan amenazadores mientras la gente defensora de Jesús los mira con torva actitud.

Jesús los contempla sin añadir palabra. Después sale del salón por una puertita lateral que comunica con un patio.

204. “Somos descendencia de Abraham”¹

30 septiembre 1946

Jesús vuelve a entrar en el Templo con los apóstoles y discípulos. Y no sólo aquellos, sino también estos le hacen observar que es imprudente hacerlo. Él responde: “¿Con qué derecho pueden impedir que entre? ¿Estoy acaso sentenciado? No. Todavía no lo estoy. Subo, pues, al altar de Dios como cualquier otro israelita que teme al Señor”.

“Pero tienes intención de hablar...”

“¿Y no es este el lugar donde se acostumbran juntar los rabíes para hablar? La excepción es hablar y enseñar fuera de aquí, y puede interpretarse como el querer estar a solas con el rabí o por alguna necesidad personal. El lugar que cualquiera prefiere para enseñar a sus discípulos es este. ¿No estáis viendo que alrededor de los rabinos se acerca gente de cualquier nacionalidad, al menos para oír a los más célebres? Si no por otra cosa al menos para poder decir cuando regresen a su tierra natal: “Hemos oído a un maestro, a un filósofo que habla según el modo de Israel”. Maestro para los que son o quieren ser hebreos; filósofo para los verdaderos y propios gentiles. Ni los mismos rabinos toman a mal que estos últimos escuchen, porque esperan hacer prosélitos. Sin esta esperanza, que si fuera humilde sería

¹⁰ Cfr. Deut. 19, 15.

¹² Cfr. Lev. 24, 10-23.

¹ Cfr. Ju. 8, 21-59.

santa, ellos no estarían en el patio de los paganos, sino que pedirían hablar en el de los israelitas, y de ser posible hasta en el Santo mismo, que según su modo de juzgarse a sí mismo, son tan santos que sólo Dios les es superior... Yo, Maestro, hablo donde los maestros hablan. ¡No tengáis miedo! No ha llegado la hora. Cuando llegue os lo diré para que fortifiquéis vuestro corazón”.

“No lo dirás” dice Iscariote.

“¿Por qué?”

“Porque no la podrás saber. Ninguna señal te la hará conocer. No hay señal alguna. Ya hace casi tres años que estoy contigo y siempre he visto que te amenazan y persiguen. Y en ese entonces estabas solo. Ahora tienes detrás de Ti al pueblo que te ama y al que temen los fariseos. Eres, pues, más fuerte. ¿Cómo puedes comprender cuando llegue la hora?”

“Por lo que leo en el corazón de los hombres”.

Judas se queda un momento estupefacto, luego: Tampoco lo podrás decir porque... Tú no quieres ayudarte de nosotros porque desconfías de nuestro valor”.

“Cállate, para no afligirnos” interrumpe Santiago de Zebedeo.

“Puede serlo. Pero no hay duda de que no lo dirás”.

“Os lo diré. Y mientras os lo diga, no os espantéis de la violencia y odio que viereis que se levanta contra Mí. No tienen consecuencia alguna. Seguid adelante. Yo me quedo aquí para esperar a Mannaén y a Marziam”.

De mala gana los doce y quienes vienen con ellos siguen adelante.

Jesús se vuelve a la puerta para esperar a los dos y hasta sale a la calle y da vuelta por la puerta Antonia.

Algunos legionarios, que están firmes junto a la fortaleza, lo señalan y entre sí dicen algo: Parece como si discutiesen, luego uno en voz alta dice: “Voy a decírselo” y viene a Jesús.

“Salve, Maestro. ¿Vas a hablar también hoy allá adentro?”

“La Luz te ilumine. Hablaré”.

“Entonces... ten cuidado. Uno que sabe nos puso en alarma. Y una que te admira ha dado órdenes de estar atentos. Nosotros estaremos cerca del subterráneo oriental. ¿Sabes la entrada?”

“Me parece que sí. Pero está cerrada de una y de otra parte”.

“¿De veras?” El legionario se sonríe por un instante. A la sombra de su yelmo sus ojos y dientes brillan, haciéndolo aparentar más joven. Luego, irguiéndose, saluda: “Salve, Maestro. Acuérdate de Quinto Félix”.

“Lo haré. Que la Luz te ilumine”.

Jesús sigue caminando y el legionario vuelve a su lugar y habla con sus camaradas.

“Maestro ¿nos tardamos? ¡Había muchos leprosos!” dicen al mismo tiempo Mannaén, que viene vestido de una manera muy sencilla, de un color café oscuro, y Marziam.

“No. Os disteis prisa. Vamos, los otros están esperando. Mannaén, ¿fuiste tú el que hablaste con los romanos?”

“¿De qué Señor? No he hablado con nadie. No sabría... Los romanos no están en Jerusalén”.

Nuevamente están junto a la puerta de la muralla. Como por casualidad está ahí el levita Zacarías.

“La paz sea contigo, Maestro. Quiero decirte... trataré de estar siempre donde estás, aquí dentro. No me pierdas de vista. Si hay tumulto y ves que me voy, trata de seguirme siempre. ¡Te odian mucho! No puedo hacer otra cosa... Compréndeme...”

“Dios te lo pague y te bendiga por la piedad que tienes por su Verbo. Haré lo que dices. No tengas miedo de que alguien sepa que me amas”.

Se separan.

“Tal vez fue él quien advirtió a los romanos. Como está allí dentro puede ser que lo haya sabido...” susurra Mannaén.

Van a orar pasando entre la gente que los mira con sentimientos desiguales y que sigue a Jesús, después de que terminó de orar y va al patio de los israelitas.

Fuera de la segunda valla Jesús quiere detenerse pero un grupo en que hay escribas, fariseos, sacerdotes lo rodea. Uno de los magistrados del Templo habla en nombre de todos.

“¿Estás aquí todavía? ¿No comprendes que no te queremos? ¿No tienes miedo ni siquiera al peligro que te amenaza? Lárgate. Agradece que te hayamos permitido entrar para orar. Pero no te permitimos que enseñes más tu doctrina”.

“Sí, lárgate, lárgate de aquí, blasfemo”.

“Me iré como lo deseáis, y no sólo fuera de estas murallas. Me iré, ya me estoy yendo, lejos, a donde no podéis llegar. Llegará el tiempo en que me buscaréis también vosotros, y no sólo porque me queráis perseguir, sino por supersticioso terror de que se os castigue, por haberme arrojado, por un ansia supersticiosa de que se os perdone vuestro pecado para que podáis alcanzar misericordia. Pero Yo os digo, esta es la hora de la misericordia. Este es el momento en que podéis haceros amigos del Altísimo. Cuando pase, cualquier modo de reparar será inútil. No me tendréis más y moriréis en vuestro pecado. Aun cuando recorrierais la tierra y lograseis llegar a las estrellas y planetas, no me encontraréis jamás porque a donde voy, no podréis ir. Ya os lo he dicho. Dios viene y pasa. Quien es sabio lo acoge con sus dones que le da al pasar. Quien es necio lo deja ir y no lo encontrará otra vez. Vosotros sois de acá abajo. Yo soy de allá arriba. Vosotros sois de este mundo. Yo no pertenezco a él. Por esto una vez que haya regresado a la mansión de mi Padre, fuera de este mundo vuestro, no me encontraréis más y moriréis en vuestros pecados porque ni siquiera sabréis llegar espiritualmente hasta Mí con la fe”.

“¿Te quieres matar, insensato? Es claro que el infierno a donde llegan los iracundos, no podemos ir. El infierno es de los condenados, de los malditos, y nosotros somos los hijos benditos del Altísimo” dicen algunos.

Otros lo aprueban diciendo: “No cabe duda que se quiere matar porque ha dicho que a donde va no podemos ir. Comprende que puede ser descubierto y que no logró presentar la prueba. Por esto se quita de en medio si esperar a ser sorprendido cual falso Mesías, como el otro galileo”⁴.

Y otros con mejor ánimo: “¿Y si fuese en realidad el Mesías y volviese en realidad a Aquel que lo envió?”

“¿A dónde? ¿Al cielo? No está Abraham y ¿quieres que Él vaya allá? Debe venir antes el Mesías”.

“Elías fue arrebatado en un carro de fuego”⁵.

“En un carro, sí. Pero ¡al cielo! ¿Quién lo asegura?”

La discusión sigue mientras fariseos, escribas, magistrados, sacerdotes, judíos serviles de los sacerdotes, escribas y fariseos persiguen a Jesús a través de los pórticos exteriores, como una jauría de perros persigue la presa que han olfateado.

Algunos, que en realidad tienen en su corazón un deseo bueno, se abren paso hasta llegar a Jesús y le hacen la angustiosa pregunta, que muchas veces le han hecho con amor o con odio: “¿Quién eres Tú? Dínoslo para que sepamos a qué atenernos. ¡Dinos la verdad en nombre del Altísimo!”

“Yo soy la Verdad misma y no miento. Soy el que os dije ser desde el primer día en que hablé a las turbas, desde el día en que he hablado por toda Palestina. Soy el que os he dicho aquí muchas veces ser, junto al Santo de los santos cuyos rayos no temo porque digo la verdad. Todavía me faltan muchas cosas que decir y juzgar respecto a este pueblo y aunque parezca que la tarde se me acerca sé que las diré y juzgaré a todos, porque así me lo prometió el que me envió y es veraz. Él me habló con un eterno abrazo de amor, me comunicó

⁴ Probable alusión a Judas Galileo del que habla en Hebr. 5, 34-39.

⁵ Cfr. 4 Rey. 2, 1-18; Eccli. 48, 1-11.

todo su Pensamiento para que pudiese decirlo con mi Palabra al mundo y no podré callarme, y nadie lo podrá impedir hasta que anuncie a todo el mundo lo que oí de mi Padre”.

“¿Y todavía sigues blasfemando? ¿Y continuas llamándote Hijo de Dios? ¿Quién te puede creer? ¿Quién puede ver en Ti al Hijo de Dios?” le gritan sus enemigos, arrebatados del odio poniéndole sus puños cerrados cerca de su rostro.

Los apóstoles, los discípulos y otros de buen corazón los rechazan, formando como una barrera de protección a su alrededor. El levita Zacarías poco a poco, se mueve pero de modo de no atraer la atención de los energúmenos, en dirección de Jesús, cerca de Mannaén y de los hijos de Alfeo.

Están ya junto a los límites del Patio de los Gentiles porque avanzan lentamente en medio de grupos contrarios. Jesús se detiene en su lugar acostumbrado junto a la columna de la parte oriental. Desde el lugar donde están ni aun los paganos pueden arrojar a un verdadero israelita, a menos de excitar a la multitud, cosa que los enemigos evitan hacer. Desde allí empieza a hablar otra vez respondiendo a sus ofensores y a todos: “Cuando hubiereis levantado al Hijo del hombre...”

Aúllan fariseos y escribas: “Y ¿quién quieres que te suba en alto? Miserable aquel país que tiene por rey a un charlatán, a un blasfemo, enemigo de Dios. Ninguno de nosotros te pondrá en alto, puedes estar seguro. Y pudiste comprobar lo poco que te queda de inteligencia. El día en que fuiste tentado. ¡Tú sabes que nunca podremos hacerte nuestro rey!”

“Lo sé. No me pondréis sobre un trono, pero sí me levantaréis en alto. Creeréis rebajarme al ponerme en alto, pero será todo lo contrario. No tan sólo en Palestina, no sólo en Israel esparcido por todo el mundo, sino en todas partes, hasta las naciones paganas, hasta aquellos lugares que todavía los doctos ignoran. Lo seré no por una generación, sino hasta que dure la tierra, y cada vez más la sombra del pabellón de mi trono se extenderá por la tierra hasta que la cubra. Sólo entonces regresaré y me veréis. ¡Sí que me veréis!”

“¡Pero escuchad las palabras de este loco! ¡Lo levataremos en alto rebajándolo, y lo rebajaremos levantándolo! ¡Es un loco! ¡Loco! ¡Y la sombra de su trono por toda la tierra! ¡Más grande que Ciro! ¡Más que Alejandro! ¡Más que Cesar! ¿Dónde pones al Cesar? ¿Crees que te va a permitir que te apoderes del imperio de Roma? Y su trono durará mientras dure el mundo. ¡Ja, ja, ja!” Sus palabras suenan a bofetadas. Peor: como al chasquido del látigo.

Jesús los deja que hablen. Levanta su voz para hacerse oír en el clamor que levantan los que lo zahieren y los que lo defienden. Semejante al rumor de un mar tempestuoso.

“Cuando hubieseis levantado al Hijo del hombre, entonces comprenderéis quién Soy y que por Mí no hago nada, sino que digo lo que mi Padre me enseñó y hago lo que Él quiere. Y Él, que me envió no me ha dejado solo sino que está conmigo. Así como la sombra sigue al cuerpo, de igual modo, detrás de Mí, atento, presente aunque invisible, está el Padre. Está a mis espaldas y me consuela y me ayuda y no se aleja porque hago siempre lo que a Él le agrada. Se aleja sí cuando sus hijos no obedecen sus leyes e inspiraciones. Entonces se va y los deja solos. Por esto muchos en Israel pecan. Porque el hombre abandonado a sí mismo difícilmente se conserva justo y fácilmente cae en los lazos de la Serpiente. En verdad, en verdad os digo que por vuestro pecado de resistencia a la Luz y a la misericordia divina, Dios se aleja de vosotros de este lugar, de vuestros corazones y lo que lloró Jeremías en sus profecías y lamentaciones ⁷ se cumplirá al pie de la letra. Meditad esas palabras y temblad y volved a vosotros mismos con un espíritu bueno. Escuchad no las amenazas sino la bondad del Padre que todavía advierte a sus hijos mientras pueden reparar y salvarse. Oíd a Dios en las palabras y en los hechos, y si no queréis creer en mis palabras porque el viejo Israel os sofoca, creed al menos al viejo Israel. A él los profetas le dicen a gritos los peligros y desgracias que llegarán sobre la ciudad santa y sobre toda nuestra Patria si no se convierte al Señor, Dios suyo y no sigue al salvador. En siglos pasados la mano de Dios se dejó sentir sobre este pueblo, pero nada serán el pasado y el presente respecto al futuro tremendo que lo

⁷ Cfr. Jer., Lam. 1-5

espera por no haber querido aceptar el mandato de Dios. No se puede parangonar ni por su rigor ni por su duración lo que espera a Israel que rechaza al Mesías. Os lo digo al extender mi mirada por los siglos: cual planta arrancada y arrojada en un río turbulento, así será la raza hebrea castigada por el anatema divino. Obstinadamente tratará de asirse de las riberas, en este o en aquel punto, y vigorosa como es echará retoños y raíces, pero cuando creyere haber encontrado un lugar donde pueda estar, la violencia de la corriente la volverá a arrancar, la destrozará con vástagos y raíces y avanzará más allá para sufrir, para echar raíces, para que de nuevo sea arrancada y dispersa. Y nada podrá darle paz porque la corriente que la persigue es la ira de Dios y el desprecio de los pueblos. Sólo si desemboca en un mar de sangre viva y santificante podrá encontrar paz; pero huirá de esa sangre porque, no obstante que ella la invite, le parecerá oír la voz de la sangre de Abel⁹ contra sí: El Caín que oír la voz del Abel celestial”

Otro rumor se propaga por el extenso recinto como fragor de olas pero no se oyen las voces ásperas de los escribas, fariseos y de los que los siguen.

Jesús aprovecha este momento para tratar de irse, sin embargo algunos que estaban de lejos escuchándolo le dicen: “Maestro óyenos. No todos somos como esos (y señalan a sus enemigos) no podemos oírte bien porque tu voz es sola contra cientos que dicen lo contrario. Lo que ellos dicen es lo que hemos oído de labios de nuestros padres desde nuestra infancia. Pero tus palabras nos inducen a creer. ¿Cómo haremos para creer completamente y para tener vida? Estamos como ligados al pensamiento del pasado...”

“Si os afirmáis en mi palabra como si nacierais ahora de nuevo, creeréis completamente y seréis mis discípulos. Pero es necesario que os despojéis del pasado y aceptéis mi doctrina. Ella no cancel todo el pasado, antes bien mantiene y revigora lo que hay de santo y sobrenatural en el pasado y quita lo superfluo humano poniendo la perfección de mi doctrina donde están las doctrinas humanas, imperfectas siempre. Si viniereis a Mí conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres”.

“Maestro, es verdad que te dijimos que estamos como ligados al pasado, pero esta unión no es prisión ni esclavitud. Somos descendencia de Abraham en las cosas del espíritu porque la posteridad de Abraham, si no estamos equivocados se refiere a la posteridad espiritual contrapuesta a la de Agar¹ que es posteridad de esclavos. ¿Cómo pues, puedes decir que seremos libres?”

“También fueron de la posteridad de Abraham Ismael y sus hijos, tenedlo en cuenta. Porque Abraham fue padre de Isaac e Ismael”¹⁰.

“Pero impura porque fue hijo de una mujer esclava y egipcia”.

“En verdad, en verdad os digo que no hay sino una esclavitud: La del pecado. Sólo quien comete el pecado es un esclavo, pero de una esclavitud que no puede redimirse con dinero. Y se hace de un patrón inexorable y cruel. Una esclavitud que pierde todo derecho a la libre soberanía en el reino de los cielos. El hombre que es hecho prisionero en guerra o por alguna desgracia es reducido al estado de esclavitud puede llegar a ser propiedad de un buen patrón. No obstante su estado siempre es lastimero porque el patrón puede venderlo a otro que sea cruel. El esclavo es una mercancía y no más. Algunas veces se le emplea como moneda para pagar una deuda. No tiene ni siquiera el derecho de llorar. El siervo por el contrario vive en la casa del patrón hasta que no lo liberte. Pero el hijo siempre se queda en la casa de su padre, y este jamás piensa en arrojarlo. Sólo por su libre voluntad puede salir. En esto está la diferencia entre esclavitud, servidumbre y filiación. La esclavitud reduce al hombre a cadenas. La servidumbre lo pone al servicio de un patrón. La filiación lo coloca para siempre y gozando de igual vida, en la casa del padre. La esclavitud aniquila al hombre, la servidumbre lo hace como un criado, la filiación lo hace libre y feliz. El pecado hace al hombre esclavo del patrón más

⁹ Cfr. Gén. 4, 1-16.

¹ Cfr. Gén. 16 17; 21, 8-20; Gal. 4, 21-31.

¹⁰ Cfr. Gén. 16, 21, 1-20; 25, 12-18; 1 Par. 1, 27-31.

cruel y sin límites de tiempo, de Satanás. La servidumbre, en este caso la Antigua Ley, hace al hombre temeroso de Dios como de un Ser intransigente. La filiación, esto es, el acercarse a Dios en su Primogénito, conmigo, hace al hombre libre y feliz, conoce y tiene confianza en el amor de su Padre. Aceptar mi doctrina es acercarse a Dios conmigo. Primogénito de muchos hijos amados. Yo romperé vuestras cadenas con solo que vengáis a Mí para que lo haga, y seréis verdaderamente libres y coherederos conmigo en el reino de los cielos. Sé que sois posteridad de Abraham, pero el que de entre vosotros trata de matarme no honra a Abraham, sino a Satanás y le sirve como un fiel esclavo, ¿Por qué? Porque rechaza mi palabra y ella no puede penetrar en muchos de vosotros. Dios no hace violencia al hombre para que crea. No se la hace para que me acepte. Me manda para que Yo os indique su voluntad. Y Yo os digo lo que vi y oí cerca de mi Padre. Y hago lo que Él quiere, pero quienes de vosotros me perseguís, hacéis lo que habéis aprendido de vuestro padre y lo que os sugiere”.

Como un paroxismo que se desata después de una ira mal contenida, así se revuelven los judíos, fariseos y escribas. Parecía que se había calmado, pero violenta vuelve a despertarse. Se entrometen como una cuña en el círculo compacto que rodea a Jesús y tratan de acercársele. Los movimientos de la multitud son contrarios, como contrarios son los sentimientos de los corazones. Aúllan los judíos, pálidos por la ira y el odio: “Nuestro padre es Abraham. No tenemos ningún otro padre”.

“El Padre de los hombres es Dios. Abraham ¹¹ mismo es hijo del Padre universal. Pero muchos repudian al verdadero Padre en cambio de uno que no es padre, pero que eligen como tal porque parece más poderoso y dispuesto a darles contento en sus deseos inmoderados. Los hijos hacen las obras que ven que sus padres hacen. Si sois hijos de Abraham ¿por qué no hacéis sus obras? ¿No las conocéis? ¿Queréis que os las enumere tanto en la realidad como en su símbolo? Abraham obedeció ¹² yendo al lugar que Dios le señaló, figura del hombre que debe estar pronto a dejar todo para ir a donde Dios lo mande. Abraham fue condescendiente ¹³ con el hijo de su hermano y le dejó escoger la región que le gustó, figura del respeto de la libertad de acción y de la caridad que se debe tener para con nuestro prójimo. Abraham fue humilde después de que Dios lo eligió de entre todos y lo honró en Mambré, sintiéndose siempre nada en comparación del Altísimo que le había hablado, figura de la posición de amor reverente que el hombre siempre debe tener para con su Dios. Abraham creyó y obedeció a Dios ¹⁴ aun en las cosas más difíciles de creerse y penosas de realizarse; y para sentirse seguro no se hizo egoísta, sino que rogó por los de Sodoma. Abraham no se puso a hacer cuentas con el Señor¹⁵, pidiendo una recompensa por sus muchas obediencias, sino que para honrarlo hasta el fin, hasta donde no más podías, le sacrificó su hijo amado...”

“No lo sacrificó”.

“Le sacrificó su hijo amado porque en verdad su corazón ya lo había sacrificado durante el camino. El ángel detuvo aquella obediencia. Cuando ya su corazón de padre se disponía a hendir el cuchillo en el corazón de su hijo. Iba a matar a su hijo para honrar a Dios. Vosotros le matáis a Dios el Hijo para honrar a Satanás. ¿Hacéis acaso las obras de quien llamáis vuestro padre? No. No las hacéis. Buscáis matarme porque os digo la verdad como la oí de Dios. Abraham no se comportó de este modo. No trató de apagar la voz que le llegaba del cielo, sino que la obedeció. No. Vosotros no hacéis las obras de Abraham, sino las que os indica vuestro padre”.

¹¹ Cfr. Gén. 11, 27 – 25, 11; Eccli. 44, 20-23; Hech. 7, 1-8; Rom. 4; Gal 3 y 4; Hebr. 11, 8-19.

¹² Cfr. Gén. 12.

¹³ Cfr. Gén. 13.

¹⁴ Cfr. Gén. 15; 18.

¹⁵ Cfr. Gén. 22.

“No hemos nacido de una prostituta. No somos bastardos. Tú mismo lo has dicho que el Padre de los hombres es Dios y nosotros, además, somos del Pueblo elegido, de las castas elegidas de entre este pueblo. Por esto nuestro único Padre es Dios”.

“Si reconocéis a Dios por vuestro Padre en espíritu y en verdad, me amaríais porque de Él procedo y vengo. No vengo por Mí mismo, sino que Él me ha enviado. Por esto, si verdaderamente conociereis al Padre me conoceríais a Mí, su Hijo y vuestro hermano y Salvador. ¿Pueden los hermanos no reconocerse? ¿Pueden los hijos de un solo Padre no reconocer el lenguaje que se habla en casa? ¿Por qué entonces no comprendéis mi manera de hablar y no admitís mi palabra? Porque Yo vengo de Dios y vosotros no. Vosotros abandonasteis la mansión paterna y habéis olvidado el rostro y el lenguaje de quien allí habita. Habéis ido voluntariamente a otras regiones, a otras mansiones, donde reina otro que no es Dios y donde se habla otro lenguaje. Y quien allí reina exige que para entrar se haga uno su hijo y se le obedezca. Vosotros lo habéis hecho y lo estáis haciendo. Vosotros abjuráis, renegáis de Dios, Padre, para escogeros otro padre que es Satanás. Tenéis por padre al demonio y queréis realizar lo que os sugiere. Los deseos del demonio son pecado y violencia, y los aceptáis. Desde el principio fue un homicida y no perseveró en la verdad porque él, que se reveló contra ella, no pudo tener en sí el amor por la verdad. Cuando habla, habla como es, en otras palabras, como un mentiroso, como un ser tenebroso, porque en verdad lo es y ha engendrado y parido la mentira después de haberse fecundado con la soberbia y alimentado con la rebelión. Toda la concupiscencia está en su seno, la escupe e inocular y envenena a las criaturas. Es el ser tenebroso, el escarnecedor, la maldita serpiente que se arrastra, es el oprobio, es el horror. En todos los siglos sus obras han atormentado al hombre, sus señales y frutos están ante la inteligencia de los seres humanos. Y pese a que miente y trae la ruina le escucháis, no me creéis y me llamáis pecador. ¿Quién de todos los que se han acercado a Mí, con odio o con amor, puede decir que me vio pecar? ¿Quién lo puede afirmar en verdad? ¿Dónde están las pruebas para convencerme a Mí y al creer en Mí, de que sea Yo un pecador? ¿En cuál de los diez mandamientos he faltado? ¿Quién ante el altar de Dios puede jurar de haberme visto violar la Ley y las costumbres, los preceptos, tradiciones, oraciones? ¿Quién hay que pueda hacerme enrojecer al convencerme con pruebas de que he pecado? Nadie puede hacerlo. Ningún hombre, ningún ángel. Dios en el corazón de los hombres está gritando: “Él es Inocente”. Los que me acusáis estáis más convencidos de ello que estos no saben a quién dar la razón si a Mí o a vosotros. Pero sólo el que es de Dios, escucha las palabras de Dios. Vosotros no las escucháis aun cuando resuenen en vuestras almas día y noche, y no las escucháis porque no sois de Dios”.

“Nosotros, nosotros que vivimos para la Ley y la observamos en sus más insignificantes pormenores para honrar al Altísimo, ¿no somos hijos de Dios? ¿Te atreves a decirlo? ¡¡Ja!!” Parece que el horror los asfixia como si fuese un dogal. “¿Y no debemos decir que eres endemoniado y un samaritano?”

“No soy ni una ni otra cosa, sino que honro a mi Padre aunque lo neguéis para ofenderme. Vuestra ofensa no me causa dolor. No busco mi gloria. Hay quien tiene cuidado de ella y juzga. Esto lo digo a quien trata de humillarme. Pero a quien tiene buena voluntad digo que el que acogiere mi palabra, o ya lo hubiere hecho, y supiere guardarla, no verá jamás la muerte”.

“¡Ah, ahora vemos claramente que por tus labios habla el demonio que en Ti está! Tú mismo lo has dicho: “Él habla como un mentiroso”. Lo que acabas de decir no es más que una mentira, por esto, es del demonio. Abraham murió y también los profetas, pero Tú dices que quien observare tu palabra no verá la muerte jamás. ¿Tú nunca, pues, vas a morir?”

“No moriré sino como Hombre, para resucitar en el tiempo de gracia, pero como Verbo no moriré. La Palabra es Vida y no muere. Y quien acogiere la Palabra tendrá la Vida en sí y no morirá jamás, sino que resucitará en Dios porque Yo lo resucitaré”.

“¡Blasfemo! ¡Loco! ¡Demonio! ¿Eres más que nuestro padre Abraham que murió y que los profetas? ¿Quién pretendes ser?”

“El Principio que os hablo”.

Se sucede una confusión inaudita. Entre tanto el levita Zacarías empuja poco a poco a Jesús hacia un ángulo del portal, ayudado por los hijos de Alfeo y por otros que tal vez no saben lo que están haciendo. Jesús apoyado bien contra el muro y con protección de sus más fieles delante de Él, al calmarse un poco la confusión, dice con su vigorosa y hermosa voz, tranquila aun en los momentos de peligro: “Si Yo me glorifico por Mí mismo, mi gloria no tiene valor. Cada uno puede decir de sí lo que se le ocurre. Pero quien me glorifica es mi Padre a quien llamáis vuestro Dios, aun cuando lo es tan poco que no lo conocéis ni jamás lo habéis conocido, y no queréis conocerlo por medio mío que os hablo porque lo conozco; y si dijese no lo conozco para calmar el odio que me tenéis, sería un mentiroso como lo sois al decir que lo conocéis. Yo sé que no debo mentir por ninguna razón. El Hijo del hombre no debe mentir aun cuando el decir la verdad fuere causa de su muerte. Porque si el Hijo del hombre mintiese no sería ya verdaderamente Hijo de la Verdad, y la Verdad lo rechazaría de Sí. Como Dios y como Hombre Yo conozco a Dios. Como Dios y como Hombre guardo sus palabras y las observo. ¡Oh, Israel, reflexiona! Yo soy aquel en quien se cumplen las promesas. Reconóceme por lo que soy. Abraham vuestro padre suspiró por ver mi día. Lo vio, proféticamente, por un favor de Dios y saltó de gozo. Vosotros que en realidad lo estáis viviendo...”

“¡Pero cállate! ¿No tienes aún cincuenta años y dices que Abraham te vio y que Tú lo viste?” Sus carcajadas de befa se propagan como una onda de veneno o de ácido que corroe.

“En verdad, en verdad os digo que antes de que Abraham naciera, Yo existo”.

“¿‘Yo existo’¹⁶? Sólo Dios puede decir que existe, porque es eterno. ¡No Tú, blasfemo! ¡‘Yo existo’! ¡Blasfemia! ¿Acaso eres Dios Tú, para decirlo?” Estos gritos los lanza uno que debe ser un gran personaje y que, llegado hace poco, se ha acercado ya a Jesús, porque todos los demás le dejan el paso por respeto.

“Tú lo has dicho” responde Jesús con voz que truenas.

Todo se convierte en armas de quien odia. Mientras que el último que ha interrogado a Jesús se entrega a gestos de un horror escandalizado y arranca la capucha de la cabeza, se mesa la cabellera y la barba; se suelta las fibias que detienen su vestido al cuello, como si se sintiese morir de horror; se lanzan contra el Maestro puñados de tierra, piedras, que los vendedores de palomas y de otros animales emplean para que estén tensos los lazos, pero que no le llegan, pues está muy atrás, sino a la multitud que rodea y que impreca...

Zacarías, el levita, da un fuerte empujón a Jesús, único medio para hacerlo llegar a una puertecita baja, escondida en la muralla del pórtico y pronta a abrirse. Lo empuja junto con los dos hijos de Alfeo, Juan, Mannaén y Tomás. Los otros se quedan afuera, en medio de la confusión. El rumor llega hasta la galería, entre las poderosas murallas de piedra, que no sé cómo se llamen en arquitectura. Las piedras están como empotradas, las largas sobre las menos largas y viceversa. No sé si me explico bien. Son oscuras, grandes, cinceladas toscamente, se distinguen sólo gracias a estrechas aberturas que hay arriba, para dejar que entre el aire o hacer que el lugar sea menos tenebroso. Es una estrecha galería que no sé para qué sirva, pero me da la impresión de que da la vuelta completa a todo el pórtico. Tal vez la construyeron para protección, defensa, para que fuese doble, y por tanto más resistente, la muralla de los pórticos que son como otra muralla del propiamente dicho templo, esto es, del Santo de los Santos. Mejor dicho, no sé. Digo lo que veo. Se percibe humedad, esa humedad que no sabe uno si es fría o no, como en ciertas bodegas.

“¿Y qué vamos a hacer aquí?” pregunta Tomás.

“¡Cállate! Me dijo Zacarías que vendrá y que nos estuviésemos callados y quietos” responde Tadeo.

“¿Pero... puede uno fiarse?”

“Así lo creo”.

“No temáis, el levita es bueno” dice Jesús para tranquilizarlos.

¹⁶ Cfr. Ex. 3, 13-15; Is. 42, 8.

Afuera el tumulto se dispersa. Pasa el tiempo. Luego un rumor sordo de pasos y una lucecita que tiembla y que sale de la espesa oscuridad.

“Estás allí, Maestro?” dice una voz que tiene miedo de que la oigan, pero que quiere hacerse oír.

“Sí, Zacarías”.

“¡Sea alabado Yeová! ¿Te hice esperar? Tuve qué aguardar que fuesen todos a las demás entradas. Ven, Maestro... Tus apóstoles... Alcancé a decir a Simón que se fuesen todos a Betesdá y que allí esperasen. De aquí se baja... Hay poca luz, pero el camino es seguro. Se baja a las cisternas... y se sale por el Cedrón. Camino antiguo. No siempre destinado para buen uso, pero ahora sí... Y esto lo santifica...”

Siguen bajando en medio de una sombra que interrumpe la llama danzante de la tea hasta que se ve allá lejos, en el fondo, la claridad... la claridad de lo verde que parece lejos. La galería termina con una reja que es como una puerta por lo maciza y bien fija que está.

“Maestro, estás salvado. Puedes irte. Pero escúchame, no vengas por cierto tiempo. No podría siempre servirte sin que lo notasen. Y... olvida, olvida todo este camino y a mí que os traje por él” dice Zacarías moviendo sus goznes y abriendo la reja lo suficiente para que salgan. Repite: “Olvida esto, os lo pido por favor”.

“No tengas miedo. Ninguno de nosotros hablará. Que Dios te acompañe por la piedad que tuviste con nosotros”. Jesús levanta su mano y la pone sobre la cabeza inclinada del joven.

Sale seguido de sus primos y de los demás. Se encuentra en un claro lleno de zarzas, enfrente del Olivar. Una vereda para cabras se dirige entre zarzas hacia el torrente.

“Vamos. Luego subiremos hasta la altura de la puerta de las Ovejas. Yo y mis hermanos iremos a la casa de José. Vosotros iréis a Betesdá a llamar a los otros y os reuniréis conmigo. Iremos a Nobe mañana por la tarde, después del crepúsculo”.

205. En casa de José de Séforis

7 octubre 1946

La casa de José no es la de José de Arimatea, sino la de un viejo galileo de Séforis, amigo de los hijos de Alfeo y sobre todo de los más adultos porque fue amigo, y tal vez hasta pariente, del viejo difunto Alfeo. Si no me equivoco, está en estrechas relaciones con los hijos de Zebedeo por negocios del pescado seco que se importa de Genezaret a la capital junto con otros productos de la Galilea que tanto aman los galileos que están radicados en Jerusalén. Esto lo deduzco de la conversación que tienen los dos hijos de Alfeo y Juan con Tomás.

Por su parte Jesús está un poco detrás con Mannaén, al que encarga que vaya a casa de José de Arimatea y de Nicodemo diciéndoles que vengan a Él. Cosa que Mannaén se dispone a cumplir al punto. Jesús se junta con los tres para recomendarles nuevamente que sean prudentes en su palabras “por amor al levita que los puso a salvo”, luego se separa y a pasos largos se dirige por un vericúeto...

En breve lo alcanza Juan.

“¿Para qué viniste?”

“No podíamos dejarte así solo... y vine yo”.

“¿Crees que podrías defenderme solo contra tantos?”

“No estoy seguro, pero por lo menos moriría antes que Tú. Y eso bastaría”.

“Morirás, Juan, mucho tiempo después de Mí. No te entristezcas. Si el Altísimo te deja en el mundo la razón es que quiere que le sirvas y que sirvas a su Verbo”.

“Pero después...”

“Después servirás y todo el tiempo que quisieres hacerlo como nuestros corazones desean. Pero aun después de muerto me servirás”.

“¿Cómo podré hacerlo, Maestro mío? Si estoy contigo en el cielo te adoraré. Pero no podré servirte en la tierra una vez que la haya dejado...”

“¿De veras? Pues bien. Yo te aseguro que me servirás hasta mi nueva venida, la final. Muchas cosas se acabarán antes del último tiempo, así como los ríos que se secan y se convierten en polvo y piedras secas. Pero tú continuarás siendo un río que hará resonar mi palabra y que reflejará mi luz. Será la última luz que quede para recordar al Mesías. Pues tu luz será toda espiritual y los últimos tiempos serán tiempos de lucha de las tinieblas contra la luz, de la carne contra el espíritu. Los que sepan perseverar en la fe, hallarán fuerza, esperanza, consuelo en lo que dejarás después de ti y que será todavía algo que te pertenece... que será mío sobre todo porque Yo y tú nos amamos; donde estés estaré, y donde Yo, tú. He prometido a Pedro que la Iglesia, que tendrá como cabeza y como base mi Piedra, no será destruida por el infierno con sus siempre repetidos y feroces asaltos, mas ahora te aseguro que lo que Yo seré todavía, que tú dejarás y será luz para quien la busca, no será destruido pese a que el infierno, de todos los modos, trate de aniquilarlo. ¡Aún más! Aquellos que creen en Mí imperfectamente, porque aunque me acepten, no aceptarán a Pedro, siempre correrán al faro tuyo como navecillas sin piloto y sin brújula, que van derecho en medio de su tempestad hacia una luz, porque la luz quiere decir también salvación”.

“Pero, ¿qué podré dejar yo, Señor mío? Yo soy... un pobre... un ignorante... No tengo otra cosa que el amor...”

“Exacto: dejarás el amor. Y el amor por tu Jesús será palabra. Muchos, muchos, aun entre los que no pertenezcan a mi Iglesia, entre los que no pertenezcan a ninguna, pero que buscarán una luz y un consuelo para aguijón de su espíritu insatisfecho, por necesidad de compasión en las penas, vendrán a ti y me encontrarán a Mí”.

“Yo quisiera que los primeros que te encontrasen, fuesen estos judíos malos, estos escribas y fariseos... Pero no sirvo para mucho...”

“No puede entrar cosa alguna donde todo está lleno. No te desanimes... Hemos llegado a la casa de José. Llama y entremos”.

Es una casa estrecha y alta; al lado una bodega baja y apestosa de cosas amontonadas. Al lado de ésta un patio de paredes negruzcas, un patio de forma como de hospedería, como lo eran en tiempos antiguos, con pórticos para las mercancías, pesebres para los animales de carga y habitacioncillas o cuartuchos para los pasajeros. Se ve un patio empedrado sin ningún arte, un estanque, dos pesebres bajos y oscuros, un tinglado rústico que sirve de portal, apoyado a la casa, y con una portezuela que comunica con el almacén. La casa es vieja, oscura, con una puerta alta y estrecha ante la que hay tres escalones de piedra que los años han consumido.

Juan llama a la puerta y espera hasta que una celosía se abre y la cara arrugada de una anciana se ve en la penumbra: “¡Oh, Juan! Voy a abrir. Dios sea contigo” dice: La puerta se abre con mucho ruido de cerrojos.

“No vengo solo, María, está el Maestro”

“La paz sea contigo también, honra de Galilea. Feliz es el día que guía los pies del Santo para que entren en la casa de un verdadero israelita. Entra, Señor. Voy a avisar al punto a José. Está haciendo los últimos trabajos porque durante el mes triste de etamín las tardes siempre están ocupadas”.

“Déjalo que siga su trabajo. Nos quedaremos hasta mañana”.

“Un gran placer para nosotros. Hace tiempo que te esperábamos. Hace algunos días tu hermano José nos pidió noticias tuyas. Mi esposo te lo contará mejor. Mira, aquí puedes quedarte... Te dejo, Señor, porque estoy cocinando el pan. Debe estar listo antes de que se ponga el sol. Si quieres alguna cosa Juan sabe dónde estoy”.

“Vete tranquila. No necesitamos otra cosa más que nos hospedes.”

Se quedan solos un poco de tiempo. Luego una carita morena se asoma por detrás de la cortina que separa la habitación de un corredor y curioseosa temerosa.

“¿Quién es ese niño?” pregunta Jesús a Juan.

“No lo sé, Señor. Antes no estaba. Para decir verdad, desde que estoy contigo no he vuelto con mi padre aquí. Ven aquí, niño”.

El niño se acerca con sus pasitos.

“¿Quién eres?”

“No te lo digo”.

“¿Por qué?”

“No quiero oír que me digan palabras feas. Si las dices te respondo y a José no le gusta”.

“Esto sí que es raro, Maestro, ¿qué piensas?” Juan se echa a reír con el razonamiento del pequeñito.

También Jesús se sonríe. Levanta su mano para atraer a Sí al niño y lo mira fijamente: “¿Sabes quien soy yo?”

“Sí que lo sé. Eres el Mesías. De quien será todo el mundo y entonces no se dirán más palabras feas a los niños, como yo”.

“¿No eres israelita, verdad?”

“Estoy circuncidado... y me dolió mucho. Pero... pero también el hambre era un tormento... y no tener mamá... y a nadie... Pero todavía es más doloroso sentir que se... que nos...” llora sin la valentía que hace poco tenía.

“Debe ser algún huérfano extranjero, Juan. Es probable que José lo haya recogido por piedad y hecho circuncidar...” explica Jesús a Juan extrañado de las razones y del llanto. Jesús toma al niño y lo pone sobre sus rodillas.

“Cómo te llamas. Te quiero mucho. Jesús quiere a todos los niños y sobre todo a los huérfanos. Tengo uno conmigo que se llama Marziam y que...”

“También yo soy así, porque también yo (La vocecita se convierte en un delicado murmullo) soy romano...”

“Te lo había dicho. Eres huérfano ¿verdad?”

“Sí... No recuerdo a mi papá, pero a mi mamá, sí. Se murió cuando ya era mayor... y me quedé solo. Nadie me quería. Desde Cesarea me vine a pie detrás de los viajeros, después de que el patrón regresó. Mucha hambre. Si decía mi nombre, golpes... Porque todos colegían quién era por mi nombre. Vine acá durante una fiesta. Tenía hambre. Entré en los establos con una caravana y me escondí en la paja para comer la cebada y de las algarrobas de los asnos. Un borrico me mordió y grité. Corrieron y querían pegarme, pero José dijo: ‘No. Él lo hizo y dice que hará lo que Él hace. Tomo al niño y lo haré un israelita’. Me tomó consigo y ha tenido cuidado de mí junto con María y me puso otro nombre diferente del mío... Mi mamá me llamaba Marcial...” las lágrimas corren por sus mejillas.

“También Yo te llamaré Marcial como la mamá. Es una cosa buena lo que ha hecho José. Debes quererlo mucho”.

“Sí, pero menos que a Ti. Él dice siempre: ‘Si un día encontrases a Jesús de Nazaret, al Mesías, ámalo con todo tu ser, porque gracias a Él fuiste salvado del error’. María dijo desde allá a la criada que en casa estaba el Mesías y vine a ver a quien me había salvado”.

“No sabía que José hubiese hecho esto. Era así... avaro... Nunca hubiere pensado que hubiera podido... ¡Pobre José! Avaro e infeliz con sus hijos. No respetaron sus canas”.

“Lo sé. ¿Pero ves? Probablemente gracias a este niño vuelve a ser otro... y olvida. Dios le recompensa de todo lo que ha hecho para con este niño. ¿Cómo te llamas ahora?”

“Tengo un nombre feo. No me gusta porque empieza como el mío. Me llamo Manasés... Pero María que comprende, me llama ‘Man’. Y el niño dice esto con una carita tan desconsolada que Jesús y Juan no pueden menos de sonreír.

Jesús para consolarlo le dice: ‘Manasés es un nombre que tiene un significado muy tierno para nosotros. Quiere decir: El Señor me ha hecho olvidar todos los dolores². José te lo puso pensando que tú le harás olvidar todos los dolores. Y lo harás por gratitud. Tú mismo, con el nuevo nombre, anuncias que el Señor te ha querido tanto que te ha dado un padre, una madre y una casa. ¿No es verdad?’

² Cfr. Gén. 41, 51.

“Sí. De esta manera explicado, está bien... Pero José dice que debo olvidar aun mi casa. ¡Yo no quiero olvidarme de mi mamá!”

Jesús mira a Juan, y éste al Maestro, y sobre la cabecita morena del pequeñuelo hay un diálogo de miradas...

“A la mamá no se le puede olvidar, pequeñín. José no se ha explicado bien, o mejor dicho, no lo entendiste correctamente. No hay duda que él quiso decir que debes olvidar todo el dolor pasado, el dolor que tuviste en tu casa, porque ahora tienes ésta y debes sentirte feliz”.

“¡Bueno, si es así, está bien! María es buena y me contenta en todo. Ahorita me está haciendo mis tortas. Voy a ver si están cocidas y te traigo una” y se baja de las rodillas de Jesús corriendo fuera de la habitación. El rumor de los pasitos se pierde en el largo corredor.

“Siempre esta inclinación dura aun entre los mejores de los nuestros. ¡Pretender lo imposible! ¡Son más severos que Dios, los hijos del pueblo! ¡Pobre niño! ¿Se puede pedir a un niño que olvide a su madre porque fue circuncidado? Se lo diré a José”.

“No sabía en realidad que hubiese hecho esto. Mi padre, como muchos galileos, baja a Jerusalén, y no me contó ni una palabra de esto... Me parece oír la voz de José...”

Jesús se pone de pie, Juan lo imita, prontos a saludar con el debido respeto al dueño de la casa que entra y que a su vez se inclina con profundos saludos, terminando por arrodillarse a los pies de Jesús.

“Levántate, José. Ya he venido. Lo ves”.

“Perdóname que te haya hecho esperar. El viernes es siempre un gran día. ¿Cómo estás, Juan? ¿Tienes noticias de tu padre?”

“No. Desde los tabernáculos ³ no lo veo”.

“Entonces sabe que está bien, lo mismo que Salomé. Noticias recientes. De esta mañana. Con la última carga de pescado. También puedo decirte, a Ti, Maestro, que tus familiares están bien en Nazaret. Al día siguiente del sábado regresará el que vino. Si queréis mandar algún recado... ¿Estáis solos?”

“No. Dentro de poco vendrán los otros...”

“¡Bien! Hay lugar para todos. Es una casa fiel. Me desagrada que María esté ocupada con el pan y yo con las ventas. Y vosotros solos... Hemos faltado por no honrarte y hacerte compañía como se merece un huésped, y un *gran* huésped!”

“Un Hijo de Dios como tú, José. Los que siguen la ley de Dios todos son iguales”.

“¡Eh, no! Tú eres Tú. No soy un necio como estos judíos. Tú eres el Mesías”.

“Por voluntad de Dios. Pero por mi voluntad y obligación soy como tú, un hijo de la ley”.

“¡Eh! Los que te calumnian no saben ni decir ni hacer lo que acabas de decir y lo que siempre haces”.

“Pero tú haces mucho más de lo que enseño. Ya vi al niño, José...”

“¿Lo has visto? ¡Vino! Sabe que no me habría gustado. Por Ti... sí. Pero podía acaecer que no fueses Tú...”

“¿Y entonces? ¿Habría sucedido algo?”

“Es que no me gusta. No hay otra razón”.

“¿Cuál, José? ¿Para que no se te alabe? Tu pensar es digno de encomio. Pero el niño puede pensar que te avergüenzas de presentarlo a los demás...”

“¡Es verdad!”

“¿Es verdad? ¿Por qué? Explícamelo”.

“Mira. El niño no es un hebreo nacido de padres hebreos, ni de prosélitos, ni de madre hebrea y padre gentil. Es hijo de dos romanos, libertos de un romano que vivía en Cesarea marítima. Tuvo consigo al niño mientras vivió en dicha ciudad. Pero al irse no pensó más en él y se quedó solo el niño. Los hebreos, claro está, no lo recogieron. Los romanos... Tú sabes lo que son ellos... ¡Y luego éstos de Cesarea! El niño, andaba pidiendo limosna...”

“Lo sé... Llegó aquí y tú lo acogiste. Dios ha escrito este acto tuyo en el cielo”.

³ Cfr. Ex. 23, 14-17.

“¡Lo he hecho circuncidar! Y le cambié el nombre. ¡Un nombre pagano! ¡Idólatra! Pero no quiero que se muestre a los demás y que recuerde su pasado”.

“¿Por qué, José?” pregunta dulcemente Jesús y prosigue: “El niño por esto sufre. Recuerda a su madre. ¡Se comprende!”

“Se comprende también mi deseo de no ser criticado por haber acogido a un...”

“Un inocente. Nada más que eso, José. ¿Por qué temes el juicio de los hombres, cuando un juicio más alto, el divino, sanciona tu acción como santa? ¿Te avergüenzas de una acción buena por respeto humano o por temor a represalias? ¿Por qué quieres dar al niño un ejemplo de doblez como es la que se ve al haber cambiado nombre y querer que ahogue su pasado, por temor de que te venga algún daño? ¿Por qué quieres inculcar en el niño el desprecio a su padre y madre? Mira, José, hiciste una cosa digna de alabanza, pero la cubres de polvo con esas... ideas imperfectas. Has imitado una de mis acciones. Has acogido mis palabras. Eso está bien. ¿Por qué, ya que me imitaste, no haces que tu acción sea perfecta? ¿Por qué no dices: ‘Sí. El niño es romano, pero yo no siento repugnancia por él porque es hijo del Creador como vosotros lo sois. Sólo he querido que viva en nuestra ley, y lo hice circuncidar?’ La verdadera circuncisión está por llegar y se verificará en el corazón de los hombres, del que se arrancará el triple anillo de la concupiscencia que ahoga⁵, y por esto si aún cuando el niño hubiera permanecido inocente hasta ese tiempo... Pero no quiero reprocharte esto, Hiciste bien en hacerlo hebreo, pues lo eres. Pero déjale su nombre. En lo porvenir cuántos Marciales, Cayos, Felices, Cornelios, Claudios, etc., serán del Mesías y del cielo. Puede suceder también que el niño, que no sabe nada de los hebreos o gentiles, llegará a ser mayor de edad cuando venga la verdadera y nueva ley que se establecerá en el nuevo templo y con nuevos sacerdotes, y no como crees sino que Dios lo examinará y lo encontrará digno de su nuevo templo. Déjale el nombre que su madre le dio. Sigue siendo para él una caricia maternal. Comprendo lo que quisiste hacer con darle el nombre de Manasés. Pero déjale el suyo de Marcial. Y a quien te preguntare, respóndele: ‘Sí. Es Marcial. Como aquel discípulo del Mesías a quien le puso nombre su Madre María’. Ten valor en hacer el bien, José. Serás grande, muy grande”.

“Maestro, como Tú quieras. No quiero darte disgusto. ¿Crees que... he hecho bien aun como hombre?”

“Sí. Tu dolor te ha hecho bueno, por eso está bien lo que hiciste. Y esta acción tuya es buena”.

Toquidos a la puerta que da a la calle interrumpen la conversación.

206. El viejo sacerdote Matán (o Natán)

8 octubre 1946

Pedro entra y tiene el mismo aire de abatimiento que tenía en el Jordán cuando pasaron Betabara. Se deja caer como exhausto sobre el primer asiento que encuentra con la cabeza entre las manos. Los demás no están abatidos, pero sí preocupados, pálidos. Diría yo, que todos se ven como perdidos, quién más, quién menos. Los hijos de Alfeo, Santiago de Zebedeo y Andrés casi no responden al saludo de José de Séforis y de su mujer que entra con una vieja criada con pan caliente y otros alimentos.

En los ojos de Marziam se notan señales de llanto. Isaac acude cerca de Jesús, le toma la mano, se la acaricia diciendo: “Siempre como aquella noche de la matanza... Y salvo otra vez. ¡Oh, Señor mío! ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te podrás salvar?”

Este grito abre las bocas y todos sin orden hablan, contando las injurias, los malos tratos, el miedo por...

Otro toquido a la puerta.

⁵ Cfr. Gén. 17; Deut. 10, 12-22; 30, 1-4; Jer. 2, 1-4, 4; 9, 24-25; Ez. 44, 4-9; Hech. 7, 51-53; Rom. 2, 25-29; 1 Cor. 7, 17-24; Gál. 5-6; Col. 2, 11-13; 3, 9-11; 1 Ju 2, 16-17.

“¡Ay de mí! ¿Nos habrán seguido? Yo había propuesto que viniéramos en pequeños grupos...” dice Iscariote.

“Fue mejor así. Siempre lo tenemos pegados al calcañal. Pero ya qué...” dice Bartolomé.

José, aunque sin ganas, va a la celosía a mirar, mientras su mujer dice: “Desde la terraza podéis bajar al establo y de allí al huerto que está detrás. Os lo mostraré...” Y está por irse, cuando su marido exclama: “José el Anciano. ¡Qué honor!” y abre la puerta dejando entrar a José de Arimatea.

“La paz sea contigo, Maestro. Estuve y vi... Mannaén me encontró cuando salía del Templo, con el alma entristecida. Y no poder intervenir, no poderlo hacer, para seguirte siendo más útil y... Oh, ¿estás aquí también tú, Judas de Keriot? Habrías podido hacerlo, tú, que eres amigo de tantos. ¿No te sientes obligado, tú que eres su apóstol?”

“Tú eres discípulo suyo...”

“No. Si lo fuera lo seguiría como los demás. Soy un amigo suyo”.

“Es la misma cosa”.

“No. También Lázaro es su amigo, pero no vas a decir que sea su discípulo”.

“En su interior sí”.

“Los que no son discípulos de Satanás, lo son de su palabra porque reconocen que es palabra de la Sabiduría”.

El breve encuentro entre José y Judas de Keriot se agota, mientras que José de Séforis, al oír que ha sucedido algo desagradable, pregunta a éste y a aquél con gran interés y con muestras de aflicción. “Esto tiene qué decirse a José de Alfeo. Se le dirá. Mandaré un mensaje... ¿Qué se te ofrece, José?” pregunta volviéndose al Anciano que le toca la espalda para preguntarle.

“Nada. Quería sólo congratularme contigo por tu buen aspecto. Este es un buen israelita. Fiel y justo con todo. ¡Eh, soy el único que lo sabe! Se puede decir de él que Dios lo ha probado y que lo conoce...”

Otra llamada a la puerta. Los dos José se dirigen a la puerta, y veo que José de Arimatea se inclina para decir algo al oído de su compañero que muestra una viva sorpresa y por un instante se vuelve a mirar a los apóstoles. Luego abre la puerta.

Entran Nicodemo y Mannaén. Les siguen todos los pastores-discípulos que hay en Jerusalén, esto es, Jonatás y los que fueron discípulos del Bautista. Viene con ellos, Juan el sacerdote con otro de mayor edad, y Nicolás. Y en último lugar Niquecon la jovencita que le confió y Analía con su madre. Se levantan el velo que les cubre el rostro y se ve en su cara honda preocupación.

“Maestro, ¿qué te pasó? Supe... Antes por la gente que por Mannaén... La ciudad parece un avispero. Los que te aman corren a buscarte donde suponen que estás. Han ido hasta tu casa, José... Yo misma fui a la casa de Lázaro... ¡es demasiado! ¿Cómo te salvaste?”

“La Providencia que siempre vela por Mí. No lloren las discípulas, sino más bien bendigan al Eterno y robustezcan su corazón. Y que sobre todos vosotros descendan gracias y bendiciones. En Israel no ha muerto del todo el amor ni la justicia, lo que me llena de consuelo”.

“Cierto. Pero no debes ir más al Templo, Maestro. ¡Por mucho tiempo no debes subir, no debes subir!” Todos están conformes en esto y sus voces resuenan en las gruesas paredes de la vieja casa como eco de un aviso suplicante.

El pequeño Marcial, que no se sabe dónde estaba escondido, oye estas palabras y curioso saca su cabecita entre los pliegues de la cortina. Al ver a María, va con ella refugiándose entre sus brazos por temor de que José de Séforis lo vaya a reprender, pero éste está demasiado ocupado en preguntar, aconsejar y aprobar para reparar en el niño y sólo se da cuenta cuando después de que María le dijo algo, va con Jesús y lo besa echándole los brazos al cuello. Jesús lo estrecha con un brazo trayéndolo hacia Sí, mientras responde a muchos que le dicen lo que piensan sobre qué es lo mejor que deba hacerse.

“No. No me muevo de aquí. Id a decir a Lázaro que me espera, que no puedo ir. Yo, galileo y amigo desde hace años de la familia, me quedo aquí hasta el crepúsculo de mañana. Y luego... ya veré a dónde ir...”

“Siempre dice lo mismo y luego regresa allá. Pero no te dejaremos ir más. Al menos yo. Creí en realidad que estabas perdido...” dice Pedro, y dos lágrimas corren de sus ojos.

“Jamás se ha visto cosa semejante. Basta. Está decidido. Si no me rechazas... Soy muy viejo para el altar, pero para morir por Ti, tengo todavía fuerzas. Moriré, si es necesario, entre el vestíbulo y el altar como el sabio Zacarías² o bien como Onías defensor del Templo y del tesoro³, moriré fuera del sagrado recinto al que he consagrado toda mi vida. ¡Pero Tú me abrirás un lugar más santo! ¡Oh, no puedo ver más la abominación! ¿Por qué mis viejos ojos tienen qué ver estas cosas? La abominación que vio el Profeta⁴ está ya dentro de los muros, y sube, sube como el agua de una avenida que va a sumergir una ciudad. Sube, sube. Invade los patios y pórticos. Sube ya las gradas, penetra hasta más adentro. ¡Sube, sube! ¡Ya choca contra el Santo! ¡La onda de fango lame las piedras que embaldosan el lugar sagrado! ¡Las piedras preciosas pierden su color! ¡Se ensucia el pie del Sacerdote! ¡Se moja su túnica! ¡Se mancha el Efod! ¡Se cubren con un velo las piedras del Racional y no se pueden leer las palabras!⁶ ¡Oh, oh, las ondas de la abominación suben hasta la cara del Sumo Sacerdote, y la manchan! La santidad del Señor está bajo una costra de fango, y la tierra es como una tela que hubiera caído en una sequía fangosa. ¡Fango, fango! ¿Pero sube por afuera o de la cima del Moria se desparrama sobre la ciudad y sobre todo Israel? ¡Pobre Abraham pobre Abraham! ¿No quisiste encender allí el fuego del sacrificio para que brillase el holocausto de tu corazón fiel?⁷ ¡Ahora bulle el fango donde debía haber fuego! Isaac está entre nosotros, y el pueblo lo inmola. Pero si la Víctima es pura... si es pura ella... los sacrificadores son unos seres inmundos. ¡Anatema sobre nosotros! ¡El Señor verá sobre el monte la abominación de su pueblo!... ¡Ah!” y el anciano que está con el sacerdote Juan se tira al suelo, cubriéndose el rostro con llanto desgarrador.

“Lo he traído... Hace tiempo que quería... Pero hoy, después de lo que vio, nadie puede contenerlo... El viejo Matán (o Natán) se ve con frecuencia revestido del espíritu profético, y si sus pupilas no ven ya, la mirada de su espíritu cada vez es más clara. Acepta a mi amigo, Señor” dice el sacerdote Juan.

“No rechazo a nadie. Levántate, sacerdote, y levanta el espíritu. En lo alto no hay fango. Y a quien sabe estar en lo alto, el fango no lo toca”.

El viejo antes de levantarse, lleno de reverencia, toma la punta del vestido de Jesús y la besa.

Las mujeres, sobre todo Analía, que todavía lloraban bajo su velo, al oír las palabras del anciano, lloran con mayor fuerza. Jesús las llama a Sí. Salen de su rincón con la cabeza inclinada y se acercan al Maestro. Si Nique y la madre de Analía logran dominar su llanto, la joven discípula solloza, sin poder controlar sus sentimientos. “Perdónala, Maestro. Te debe la vida y te ama. No puede pensar que te hagan mal. Y luego se ha quedado así... sola... triste después que...” dice la madre de Analía.

“¡Oh, no es eso! ¡No es eso, Señor! ¡Maestro! ¡Salvador mío! Yo... yo...” Analía no logra hablar, parte por los sollozos, parte por vergüenza, o por otro motivo.

“Tiene miedo de las represalias, porque es discípula. Esto será. Muchos se van por el mismo motivo...” dice Iscariote.

² Cfr. 2 Par. 24, 17-22; Mt. 23, 35.

³ Cfr. 1 Mac. 12, 1-23; 2 Mac. 3, 1-4, 38; 15, 6-16.

⁴ Cfr. Dan. 9, 27; 11, 31; 12, 11.

⁶ Cfr. Ex. 28, 39, 1-31.

⁷ Cfr. Gén. 22.

“¡Oh, no! ¡Mucho menos esto! Tú no comprendes nada, o quieres que otros piensen como tú. Pero Tú, Señor, sabes por qué lloro. Tuve miedo de que te hubieran matado y de que no te hubieras acordado de la promesa...”

Jesús le responde: “Jamás olvido algo. No tengas miedo. Vete tranquila a tu casa, a esperar la hora de mi triunfo y de tu paz. Vete. El sol va a ponerse. Retiraos, y la paz vaya con vosotras”.

“Señor, no quisiera dejarte...” dice Nique.

“La obediencia es amor”.

“Es verdad, Maestro, pero ¿por qué no puedo, como puede Elisa?”

“Porque me eres útil aquí, como ella en Nobe. ¡Vete, Nique, vete!” Que algunos las acompañen para que nadie vaya a molestarlas.

Mannaén y Jonatás se apresuran a obedecer, pero Jesús detiene a Jonatás preguntándoles: “¿Regresas, pues, a Galilea?”

“Sí, Maestro. Al día siguiente del sábado. Me manda mi patrón”.

“¿Tienes lugar en tu carro?”

“Voy solo, Maestro”.

“Entonces llévate a Marziam y a Isaac. Tú, Isaac, sabes lo que hay que hacer; también tú, Marziam”.

“Sí, Maestro” responden ambos. Isaac con su dulce sonrisa, Marziam con un temblorcillo de llanto en su voz y labios.

Jesús lo acaricia y Marziam, olvidando toda compostura, se le echa sobre el pecho diciendo: “¡Dejarte... ahora que te persiguen todos! ¡Oh, Maestro mío, no volveré a verte!... ¡Eres todo mi Bien! ¡En Ti todo lo he encontrado!... ¿Por qué me mandas? Déjame morir contigo! Qué me puede importar la vida, si no te tengo a Ti”.

“Te digo a ti también lo que acabo de decir a Nique. La obediencia es amor”.

“Voy, ¡Bendíceme, Jesús!”

Jonatás se va con Mannaén, Nique y las otras tres mujeres. También los otros discípulos se van en grupos pequeños.

Y sólo cuando la habitación queda casi vacía es cuando se nota la ausencia de Judas de Keriot. Muchos se sorprenden porque hacía poco que estaba allí, y ha salido sin haber recibido orden alguna.

“Habrá ido a hacer algunas compras para nosotros” dice Jesús para impedir comentarios y continúa hablando a José de Arimatea y a Nicodemo, que se habían quedado, además de los once apóstoles y Marziam que está cerca de Jesús y que quiere aprovechar los últimos momentos que le quedan. Jesús, pues, está entre el jovencillo Marziam y Marcial, el niño moreno. Ambos flacuchos, infelices en su niñez y que dos buenos israelitas los han acogido en nombre de Jesús.

José de Séforis y su mujer se han retirado prudentemente para dejar en libertad al Maestro.

Nicodemo pregunta: “¿Quién es ese niño?”

“Es Marcial. Un niño que José ha adoptado por hijo”.

“No lo sabía”.

“Nadie, o casi nadie lo sabe”.

“Es muy humilde este hombre. Otro cualquiera lo hubiera publicado” observa José.

“¿Lo crees?... Vete, Marcial. Lleva a Marziam a ver la casa...” dice Jesús. Y luego que se ha ido. Jesús continúa diciendo: “Estás equivocado, José. ¡Cuán difícil es juzgar con rectitud!”

“¡Pero, Señor! Acoger a un huérfano, porque sin duda lo es, y no vanagloriarse de ello, es sin duda humildad”.

“El niño no es de Israel, como su nombre lo dice...”

“¡Ah, comprendo! Entonces está bien que quede oculto”.

“Ya se circuncidó...”

“No importa. Tú sabes... También Juan de Endor lo era... Pero tú no lo aprobaste. José, galileo por añadidura, puede tener dificultades, pese a la circuncisión. Hay tantos huérfanos en Israel... Claro que con ese nombre... y con esa cara...”

“¡Cómo se ve que todos sois “Israel”, aun los mejores! ¡Cómo se ve que aún en hacer el bien no comprendéis y no sabéis ser perfectos! ¿No comprendéis todavía que Uno solo es el Padre de los cielos, y que toda criatura es hija suya? ¿No comprendéis todavía que el hombre puede tener un único premio o un único castigo, que en realidad sea premio o castigo? ¿Por qué haceros esclavos de los hombres por temor? Pero esto es el futuro de la corrupción de la ley divina, que se ve oprimida con tantas leyecitas humanas, que oscurecen y entorpecen el modo de pensar del justo que las practica. En la ley mosaica, y por tanto divina, en la anterior a Moisés, y la única moral, o que nació por inspiración divina, ¿a caso se dijo que quien no fuese de Israel no podía formar parte de él? ¿No se lee en el Génesis: “Ocho días después de nacido, el varoncito que haya entre vosotros sea circuncidado, tanto el nacido en vuestra casa como el comprado, *aunque no sea de vuestra stirpe*”⁸? Esto fue lo que se mandó. Cualquier otra añadidura es vuestra. Se lo dije a José y os lo digo a vosotros. Dentro de poco no tendrá importancia más la antigua circuncisión. Una nueva y de mayor importancia se pondrá en la parte más noble. Pero mientras la vuestra dura y por fidelidad al Señor la ejecutáis en el varoncito que os nazca o adoptéis, no os avergoncéis de hacerlo en el que no pertenezca a vuestra raza. La carne es para el sepulcro, el alma para Dios. Se circuncida la carne, porque no se puede circuncidar lo que es espiritual. Pero la santa señal brilla en su espíritu, y el espíritu es del Padre de todos los hombres. Pensad en esto”.

Silencio. Luego José de Arimatea se levanta y dice: “Me voy, Maestro. Ven, mañana, a mi casa”.

“No. Es mejor que me vaya”.

“Entonces a la mía que está cerca del camino de los Olivos que lleva a Betania. Está todo tranquilo y...”

“Tampoco. Iré al Olivar pero para orar... Mi corazón busca la soledad. Os ruego que me disculpéis”.

“Como quieras, Maestro. Y... no vayas al Templo. La paz sea contigo”.

“También con vosotros”.

Los dos se van...

“¡Quisiera saber a dónde se fue Judas!” exclama Santiago de Zebedeo. “Podría decir que se fue a donde hay pobres, pero aquí está la bolsa”.

“No os preocupéis... Ya vendrá...” Entra María, esposa de José, con lámparas porque la luz no atraviesa ya la delgada lámina de mica colocada en la ventana. Entran también los dos muchachos.

“Estoy contento de dejarte con uno que casi tiene mi mismo nombre. Cuando lo llames, te acordarás de mí, ¿verdad?” pregunta Marziam.

Jesús lo atrae a Sí.

Vuelve a entrar Judas, al que abrió la sirvienta. Gallardo, sonriente, franco.

“Maestro, quise ir a ver... La tempestad está calmada. Acompañé a las mujeres... ¡Tan miedosas esas doncellas! No te dije nada porque me lo hubieras prohibido, pero yo quería comprobar por mí mismo si hay algún peligro. Nadie piensa más en lo que pasó. El sábado vacía las calles”.

“Está bien. Ahora nos estamos aquí y mañana...”

“¡Cuidado con ir al Templo!” gritan los apóstoles.

“No. Iré a nuestra sinagoga, a la de los fieles galileos”.

⁸ Cfr. Gén. 17, 12-13.

207. La curación del ciego de nacimiento ¹

10 octubre 1946

Jesús sale junto con sus apóstoles y José de Séforis en dirección a la sinagoga. El cielo limpio y sereno, como promesa de primavera, después de varios días de ventarrones fríos y nubes, alegra la tierra. Se ve, pues, a muchos jerosolimitanos por las calles. Algunos van a las sinagogas, otros regresan de ellas o de otros lugares; algunos con sus familias que piensan salir de la ciudad para recrearse con el sol y con la campiña. Se ve que sale gente por la puerta de Herodes, que se ve desde la casa de José de Séforis, y que se dirige más allá de las murallas para dar un paseo por el verde y espacioso campo, fuera de las estrechas casas sumergidas en medio de altos edificios. Me imagino que la especie de parque que había alrededor de Jerusalén lo hicieron por propia iniciativa los ciudadanos, que quisieron juntar el precepto del sábado con su deseo de aire y sol, y no tan sólo en las terrazas de sus casas.

Jesús no se dirige a la puerta de Herodes; más bien dándole las espaldas, hacia el centro de la ciudad. No ha dado más que unos cuantos pasos en la calle más larga, en la que viene a parar la callejuela donde vive José de Séforis, que Judas de Keriot le llama la atención para que vean a un joven que avanza en dirección suya, tocando las murallas con un bastón, levantando su cara sin ojos hacia lo alto, a la manera como suelen hacerlo los ciegos. Sus vestidos son pobres, pero limpios. Debe ser muy conocido en Jerusalén porque muchos le dicen desde lejos y otros hasta se le acercan para decirle: “Oye. Hoy equivocaste el camino. Los caminos del Moria están ya detrás. Estás ahora en Bezeta”.

“No pido hoy limosna de dinero” responde con una sonrisa, y continúa siempre con una sonrisa hacia el norte de la ciudad.

“Míralo, Maestro, tiene los párpados pegados. Creo que ni siquiera los tuviera. La frente se une con las mejillas sin hueco alguno, y parece que debajo de ellas no estuvieran los globos de los ojos. Ha nacido infeliz, y así morirá sin haber visto ni siquiera una vez la luz del día, ni la cara de un hombre. Dime, pues, Maestro. Si nació así, ¿no habrá pecado? Pero ¿cómo pudo haber pecado antes de nacer? ¿Habrán pecado acaso sus padres y Dios los castigó haciendo que él naciera ciego?”

Los demás apóstoles, Isaac y Marziam se estrechan a Jesús para oír su respuesta. Y acelerando el paso, como atraídos por la altura de Jesús, que sobresale, corren dos jerosolimitanos que no visten lujosamente y que han seguido al ciego. Con ellos viene José de Arimatea que no se acerca, sino que aproximándose a un portón de dos gradas, vuelve su mirada tratando de observar a todos.

Jesús responde. Sus palabras repercuten claras en el silencio que le rodea: “Ni él ni sus padres pecaron más de lo que cualquiera peca, o quizás menos. La pobreza frecuentemente es un freno en el pecar. Si él nació así es para que una vez más se muestren en él el poder y las obras de Dios. Yo soy la Luz que vino al mundo para los que han olvidado a Dios, o perdido su efigie espiritual, la vean y recuerden; y para los que buscan a Dios, o pertenezcan a Él, se confirmen en la fe y en el amor. El Padre, me envió para que, en el día que todavía se concede a Israel, logre Yo completar el conocimiento de Dios tanto en él como en todo el mundo. Esta es la razón por la que debo realizar las obras que me ordenó, para dar testimonio de que puedo hacer lo que Él puede, porque soy Uno solo con Él. Que el mundo sepa y vea que el Hijo no es desemejante al Padre y crea en Mí por lo que soy. Después vendrá la noche en la que no se puede trabajar, las tinieblas, y quien no tuviese grabada en sí mi señal y no tuviere fe en Mí no podrá hacerlo en las tinieblas y en la confusión, dolor, desolación y destrucción que cubrirán estos lugares y los corazones de los hombres quedarán como entorpecidos con la angustia. Pero mientras esté en el mundo, soy su Luz y testimonio, Palabra, Vida, Sabiduría, Poder y Misericordia. Ve y tráeme al ciego aquí”.

“Ve tú, Andrés. Prefiero quedarme aquí y ver lo que hace el Maestro” dice Judas, señalando a Jesús que se ha inclinado sobre el camino polvoriento, ha escupido sobre un puñado de

¹ Cfr. Ju. 9, 1-34.

tierra y con el dedo está mezclando su saliva, formando así una bolita de lodo. Mientras Andrés siempre condescendiente se va a traer al ciego que está para dar vuelta en la callejuela por donde está la casa de José de Séforis, Jesús se la coloca en los índices. Judas se retira de su lugar diciendo a Mateo y Pedro: “Venid aquí, vosotros que sois de poca estatura y veréis mejor”. Se pone detrás de todos, como ocultándose detrás de los hijos de Alfeo y de Bartolomé que son altos.

Andrés regresa trayendo de la mano al ciego que no cesa de decir: “No quiero dinero. Déjame ir. Sé dónde está a quien llaman Jesús. Voy a pedirle...”

“Éste es Jesús, el que está delante de ti” dice Andrés deteniéndose ante el Maestro.

Contrariamente a lo que suele hacer, Jesús no le pregunta nada al ciego. Le pone inmediatamente el poco de lodo que tiene entre los dedos sobre los párpados cerrados y le dice: “Ahora ve los más pronto que puedas a la cisterna de Siloé, sin detenerte a hablar con nadie”.

El ciego, con los párpados enlodados, se queda por un instante perplejo y abre sus labios como para decir algo, pero los cierra y obedece. Sus primeros pasos son lentos, como los de quien se siente dudoso o desilusionado. Luego se da prisa, tocando con su bastón el muro. Cada vez más rápido, como lo puede hacer un ciego, tal vez hasta más, como si sintiese que alguien lo guiara...

Los dos jerosolimitanos sarcásticamente se echan a reír sacudiendo su cabeza, y se van. José de Arimatea –y me sorprende lo que hace- los sigue sin saludar siquiera al Maestro, volviendo sobre sus pasos, esto es, en dirección del Templo, de donde había venido. De este modo tanto el ciego como los dos y José de Arimatea se dirigen hacia el sur de la ciudad. Jesús da vuelta hacia el occidente y lo pierdo de vista, porque es voluntad del Señor que siga al ciego y a los que lo siguen.

Pasada Bezeta todos entran en el valle que está entre el monte Moria y Sión –me parece haber oído otras veces que le llaman Tiropeo- lo siguen hasta Ofel, le dan vuelta, salen por el camino que va a la fuente de Siloé y siempre en ese orden: primero el ciego a quien muy probablemente todos los de esta parte conocen, luego los otros, finalmente y a cierta distancia, José de Arimatea.

Este se detiene cerca de una pobre casucha, semioculto por un grupo de bojes que rodea el huertecillo de la casucha. Los dos siguen hasta la fuente y miran que el ciego se acerca cauteloso al vasto estanque, y tocando la pared húmeda tiende una mano hacia adentro y la saca con agua. Se lava sus ojos, una, dos, tres veces. A la última aprieta su cara también con la otra mano, dejando caer el bastón y echando un grito como por dolor. Luego aparta lentamente las manos y su grito anterior de dolor se transforma en uno de alegría: “Oh, Altísimo! ¡Yo veo!” y se echa por tierra como vencido de la emoción, con las manos apretadas a sus sienes, para que sus ojos, que tienen ansias de ver, no se muevan, ni tampoco sufran al contacto de la luz. Grita: “¡Veo, veo! ¡Esta es, pues, la tierra! ¡Esta la luz! ¡Esta la hierba que conocía por su frescura...” Se pone de pie, e inclinado como uno que lleva un peso, su peso de alegría, va al arroyuelo que arrastra lo demás de agua, lo mira correr parlanchín alegre, y murmura: “¡Y esta es agua!... Así la sentía, entre los dedos (mete la mano) fría, que no puede apresarse, pero no la conocía... ¡Qué bella, que bella! ¡Qué bello es todo!” Levanta su cara y ve un árbol... se acerca, lo toca, extiende una mano, toma una ramita, la mira y ríe, ríe. Se pone la mano sobre la frente y mira el firmamento, el sol, y dos lágrimas bajan por sus virginales párpados abiertos para contemplar el mundo... Baja los ojos a la hierba donde se balancea un tallo, se ve a sí mismo reflejado en el agua del arroyuelo, se mira y dice: “¡Así soy!” y admirado contempla una tórtola que ha venido a beber un poco más allá, una cabra que arranca las últimas hojas de un rosal silvestre y a una mujer que viene a la fuente con su hijito en el pecho. Aquella mujer le recuerda a su madre, su madre cuya cara no ha conocido, y levantando los brazos al cielo grita: “Te bendigo, ¡oh Altísimo!, por la luz, por mi madre, y por Jesús” y corre, dejando en tierra su bastón que ya no necesita...

Los dos no han esperado ver esto. Apenas visto que el joven ve, ligeros se fueron a la ciudad.

José por su parte se queda hasta el fin, y cuando el ciego, que ya no lo está, pasa rápido delante de él y entra en el dedalo de callejuelas del suburbio de Ofel, deja su lugar y vuelve sobre sus pasos dirigiéndose a la ciudad, pensativo...

El suburbio de Ofel, siempre lleno de ruido, está ahora en efervescencia. Quién corre a la derecha, quién a la izquierda. Preguntas, respuestas.

“Os habéis equivocado con otro...”

“No. Que te lo digo. Le hablé diciéndole: “¿Eres tú en realidad Sidonia, llamado Bartolmai?” y él me contestó: “Lo soy”. Quería preguntarle que qué le había pasado, pero se fue a la carrera”.

“¿Dónde está ahora?”

“En casa de su madre con seguridad”.

“¿Quién? ¿Quién lo ha visto?” preguntan otros que llegan.

“¡Yo, yo!” responden varios.

“¿Cómo sucedió?”

“...Lo he visto correr sin bastón con dos ojos en la cara y me dije: ‘Mira, así sería Bartolmai si...’”

“Te digo que todavía tiemblo de emoción. Al entrar gritó: ‘¡Madre, te veo!’”.

“Una gran alegría para sus padres. Ahora podrá ayudar a su padre a ganar el sustento diario...”

“¡Pobre de su madre! Se sintió mal de júbilo. ¡Espera, espera! Había yo ido a que me diese un poco de sal y...”

“Vamos a oírlo...”

José de Arimatea se encuentra en medio de toda esta algazara, y no sé si por curiosidad o por espíritu de imitación, sigue la corriente y va a dar a una vereda cerrada, que de continuar llevaría al Cedrón, donde la gente se amontona apagando con sus voces el rumor de las aguas que arrastra el torrente, y que aumentaron con las lluvias otoñales.

José llega cuando, por otro vericuetto que desemboca en éste, vienen los dos de antes con otros tres: un escriba, un sacerdote y otro que no puedo identificar por su vestido. Se abren paso con garbo y tratan de entrar en la casa rodeada de gente. La casa consta de una cocina amplia y negra como el carbón. Un ángulo está separado por madera rústica. Más allá hay un lecho y una puerta que da a otra habitación con un lecho más grande. Se ve una puerta abierta en la pared de enfrente y a través de ella un huertecillo de unos cuantos metros cuadrados. Eso es todo.

El ciego apoyado sobre la mesa responde a quien le pregunta, a toda la gente pobre como él, al pueblo insignificante de Jerusalén, al que vive en este barrio, que tal vez es el más pobre de todos. Su madre, de pie junto a él, lo mira y llora secándose las lágrimas con su velo. Su padre, un hombre acabado en el trabajo, se restriega la barba con mano temblorosa.

Es imposible entrar, aun para la autoridad judía. Debe escuchar la respuesta desde afuera.

“¿Que cómo se me abrieron los ojos? Ese hombre que se llama Jesús me embadurnó los ojos con tierra mojada y me dijo: ‘Ve a lavarte en la fuente de Siloé’. Fui, me lavé, se me abrieron los ojos y vi”.

“¿Pero cómo hiciste para encontrar al Rabí? Siempre andabas diciendo que eras un infeliz porque nunca lo encontrabas, ni siquiera cuando pasaba por aquí para ir a la casa de Jonás de Getsemaní. Y ahora, ahora que nadie sabe dónde esté...”

“¡Eh! Ayer por la tarde vino un discípulo suyo y me dio dos monedas diciéndome: ‘¿Por qué no tratas de ver?’ Le respondí: ‘He tratado, pero no encuentro nunca a Jesús que hace los milagros. Lo ando buscando desde que curó a Analía, que es del mismo barrio. Cuando voy a buscarlo, Él ya no está...’ y él me dijo: “Yo soy un apóstol suyo y hace lo que yo digo. Ven mañana a Bezeta y busca la casa de José el galileo, el que vende pescado seco, José de Séforis, cerca de la puerta de Herodes y el arco de la plaza, de la parte oriental, y sabrás que

antes o después Él pasará de allá o entrará en casa, y yo te enseñaré al Maestro'. Dije: "Pero mañana es sábado". Quería yo decir que Él no haría nada en sábado. Él replicó: 'Si quieres curarte, es la oportunidad, porque después abandonará la ciudad y no lo encontrarás más'. Volví a decir: 'Sé que lo persiguen. Lo oí en las puertas de la muralla del Templo, a donde suelo ir a mendigar, y por esto digo que ahora que lo persiguen así, mucho menos me querrá curar en sábado para no ser perseguido'. Y él insistió: 'Haz lo que te digo y en sábado verás el sol' Yo fui. ¿Quién no hubiera ido? ¡Si lo decía un apóstol suyo! También me dijo: 'Yo soy al que más hace caso y he venido a propósito porque me das compasión y porque quiero que brille su poder ahora que lo han despreciado. Tú, ciego de nacimiento, lo harás brillar. Sé lo que digo. Ven mañana y verás'. Fui, pues, y todavía no había llegado a la casa de José, cuando un hombre me tomó por la mano, pero no era la voz del que me había hablado el día anterior. Me dijo: 'Ven conmigo, hermano' y yo no quería ir, creía que me quería dar un pan y dinero, tal vez algunos vestidos. Le decía que me dejara ir en paz porque sabía yo dónde encontraría a quien llaman Jesús. Él me dijo: "Este es Jesús. Estás delante de Él' Yo no vi nada, porque era ciego. Sentí dos dedos que me tocaban y me ponían tierra mojada aquí y aquí, y oí una voz que me decía: "Ve rápido a Siloé y lávate y no hables con nadie'. Así lo hice. Pero sentí desconsuelo porque esperaba ver inmediatamente. Casi llegué a creer que se trataba de una burla de jóvenes sin corazón, y ya no quería ir, pero oí dentro algo así como una voz que me decía: 'Ten paciencia y obedece'. Fui, pues, a la fuente, me lavé y vi". El joven se detiene extático al volver a recordar la alegría que experimentó cuando por vez primera vio...

"Decid a ese hombre que salga. Queremos interrogarlo" gritan los cinco.

El joven se abre paso y sale al umbral.

"¿Dónde está el que te curó?"

"No lo sé" dice el joven al que un amigo en voz baja le dijo: "Son escribas y sacerdotes".

"¿Cómo que no lo sabes? Decías hace unos instantes que sabías. ¡No mientas a los doctores de la ley y al sacerdote! ¡Ay de quien trata de engañar a los magistrados del pueblo!"

"No engaño a nadie. Aquel discípulo me había dicho: 'Está en esa casa' y era verdad porque no estaba lejos de ella cuando me tomaron y me llevaron a donde estaba. Pero en dónde esté ahora, no lo sé. El discípulo me había dicho que partirían. Puede ser que haya salido ya por las puertas".

"¿A dónde se dirigía?"

"¡Yo qué sé! Se irá a Galilea... pues de la manera como lo tratan aquí..."

"¡Tonto e irrespetuoso! ¡Ten cuidado en hablar así, hez del pueblo! Te pregunté que por qué camino se iba".

"¿Y cómo queréis que lo sepa si estaba yo ciego? ¿Puede un ciego decir a dónde va alguien?"

"Está bien. Síguenos".

"¿A dónde me queréis llevar?"

"A donde los fariseos principales".

"¿Por qué? ¿Qué tienen que ver ellos conmigo? ¿Acaso me curaron para que les vaya a dar las gracias? Cuando era ciego y pedía limosna, jamás mis manos supieron lo que eran sus monedas; jamás mis oídos oyeron una palabra suya de piedad y mi corazón nunca experimentó la menor prueba de su amor. ¿Qué debo decirles? No tengo a ningún otro que darle las "gracias" después de mi padre y madre que por muchos años me han amado a mí que era infeliz, sino a Jesús que me curó, que me ha amado con su corazón, como mis padres lo han hecho. Yo no voy a donde están los fariseos. Me quedo con mi madre y padre. Quiero gozar en ver sus caras, y ellos en ver mis ojos que acaban de nacer, después de aquella primavera de hace muchos años en que nací, pero en que no vi la luz".

"Déjate de charlatanerías. Ven y síguenos".

“¡Que no voy! ¡Que no voy! ¿Acaso alguno de vosotros secó una lágrima o una gota de sudor de mi madre que se moría por mi desgracia, o de mi padre que moría de cansancio? Ahora puedo hacerlo con mi presencia, ¿y voy a dejarlos para seguirlos?”

“Te lo ordenamos. No eres tú quien mandas, sino el Templo y los jefes del pueblo. Si la soberbia de haber sido curado ofusca tu inteligencia para no recordar que somos nosotros los que mandamos, te lo recordamos nosotros. ¡Adelante! ¡Camina!”

“¿Pero por qué debo ir? ¿Qué queréis de mí”.

“Que des testimonio de lo que pasó. Es sábado. Se ha hecho algo en sábado. Se le considera como pecado. Pecado tuyo y de ese satanás”.

“¡Vosotros sois los satanases! ¡Vosotros sois pecado! ¿Debo ir a acusar al que me curó? ¡Estáis borrachos! Iré al Templo a bendecir al Señor, y no otra cosa. Por tantos años he vivido en la oscuridad de la ceguera. Mis cerrados párpados no hacían más que sombra a mis ojos. Pero mi inteligencia ha estado siempre en la luz, en la gracia de Dios y ella me dice que no debo hacer daño al Único Santo que hay en Israel”.

“¡Basta! ¿No sabes que hay castigos para quienes resisten a los magistrados?”

“Yo no sé nada. Aquí estoy y aquí me quedo. No os conviene hacerme daño. Ved que todo Ofel está de mi parte”.

“¡Sí, sí! ¡Dejadlo, chacales, chacales! Dios lo protege. ¡No lo toquéis! ¡Dios está con los pobres! ¡Dios está con nosotros, vosotros que matáis a otros de hambre, vosotros hipócritas!” La gente aúlla y amenaza con una de esas espontáneas manifestaciones populares que son la explosión de ira de los humildes contra sus opresores, o de amor para su protector. Grita: “¡Ay de vosotros si hacéis mal a nuestro Salvador! Al Amigo de los pobres. Al Mesías tres veces Santo. ¡Ay de vosotros! No hemos tenido miedo a la rabia de Herodes, ni a la de los Jefes extranjeros, cuando ha sido necesario. No tenemos miedo a la vuestra, hienas viejas, hienas desdentadas! ¡Chacales de uñas corvas! Roma no quiere tumultos y no oprime al Rabí porque Él es paz. Os conoce. ¡Largaos! ¡Largaos de los lugares que oprimís con diezmos pesadísimos para sus fuerzas. Y los queréis para saciar vuestra hambre y hacer negocios sucios. ¡Descendientes de Jasón! ¡De Simón! Verdugos de los verdaderos Eleazares, de los santos de Onías³. ¡Vosotros que aplastáis a los profetas! ¡Largo, largo de aquí!” La gritería comienza a subir de punto.

José de Arimatea, apoyado sobre una pared no muy alta, hasta ahora ha sido un atento pero inactivo espectador de los hechos. Con agilidad maravillosa para su edad, y pese a tantos vestidos y mantos como lleva sube sobre la pared y grita: “Silencio, ciudadanos. ¡Escuchad a José el Anciano!”

Una, dos, diez cabezas se vuelven en dirección a la voz. Ven a José. Gritan su nombre. Debe ser muy conocido, y el pueblo lo ha de querer, porque los gritos de ira se cambian en gritos de júbilo: “¡Es José el Anciano! ¡Viva! ¡Paz y larga vida al justo! ¡Paz y bendición al bienhechor de los miserables! ¡Silencio que va a hablar! ¡Silencio!”

El silencio llega despacio. Por algunos minutos se oye el ruido del Cedrón más allá del suburbio. Todas las cabezas están vueltas hacia José, olvidadas de los cinco mal afortunados e imprudentes que suscitaron el tumulto.

“Ciudadanos de Jerusalén, hombres de Ofel, ¿por qué queréis dejaros cegar por la sospecha y por la ira? ¿Por qué faltar al respeto a las costumbres, vosotros que siempre habéis sido fieles a las leyes de los padres? ¿A quién teméis? ¿Teméis acaso que el Templo sea un Moloc⁴ que no devuelva lo que no llega a él? ¿Acaso que vuestros jueces sean todos unos ciegos, más que vuestro amigo, ciegos en el corazón y sordos en la justicia? ¿No ha sido costumbre que un hecho prodigioso sea declarado, escrito y conservado por quien tiene obligación de cuidar de las Crónicas de Israel? Aun por amor al Rabí que amáis, dejad que vaya el que ha sido favorecido con el milagro a declarar lo que Él hizo. ¿Dudáis todavía? Pues

³ Cfr. 2 Mac. 4-6.

⁴ Cfr. con respecto de este ídolo: Lev. 18, 21; 20, 1-5; 3 Rey. 11; 4 Rey. 23, 4-14; Jer 32, 28-35.

bien, yo salgo garante de que ningún mal acaecerá a Bartolmai. Sabéis que no miento. Lo acompañaré como a un hijo hasta allá arriba y se os lo traeré después aquí. Tened confianza en mí. Y no hagáis del sábado un día de pecado al rebelaros contra vuestros jefes”.

“Tiene razón. No se debe. Podemos creerle. Él es un hombre recto. En las deliberaciones buenas del sanedrín siempre está su voz” La gente intercambia pareceres y termina gritando: “A ti sí te creemos. Te confiamos a nuestro amigo”. Y se vuelve al joven: “¡Ve! No tengas miedo. Puedes estar seguro con José de Arimatea como si fuese tu padre o más” y se abre paso para que el joven pueda ir a donde está José que ha bajado del pequeño muro y mientras pasa le dicen: “También nosotros vamos. ¡No tengas miedo!”

José, con sus elegantes vestidos, pone una mano sobre las espaldas del joven y se ponen en camino. La túnica gris y pobre del joven, su pequeño manto, contrastan con la rica vestidura roja y el elegante manto de color oscuro del viejo sanedrlista. Detrás de ellos vienen los cinco, y detrás muchos y muchos de Ofel...

Han llegado al Templo, después de que atravesaron las calles principales llamando la atención de muchos que señalan al ciego diciendo: “¡Ese es el ciego que mendigaba! ¡Ahora ya ve! ¡Tal vez sea uno que se le parezca! No. Es él y lo llevan al Templo. Vamos a oír” y la fila aumenta cada vez más.

José guía al joven a una sala, no al Sanedrín, donde hay muchos fariseos y escribas. José entra y con él Bartolmai y los cinco. A los de Ofel les echan las puertas sobre las narices.

“Aquí está. Yo mismo lo he traído. Yo asistí a su encuentro con el Rabí y a su curación. Os puedo afirmar que fue del todo casual por parte del Rabí. Como oiréis de él mismo, fue llevado, o mejor, invitado a ir a donde estaba el Rabí por Judas de Keriot, a quien conocéis. Yo escuché, y también estos dos porque estaban presentes, cómo fue Judas el que tentó a Jesús de Nazaret a hacer el milagro. Ahora yo declaro aquí que si hay alguien que deba castigarse, no lo será ni el ciego, ni el Rabí, sino el hombre de Keriot, que –Dios sabe que no miento al decir lo que imagino- es el único responsable del hecho, porque él a propósito lo buscó. Eso es todo”.

“Tus palabras no quitan la culpa del Rabí. Si un discípulo suyo pecó no debería pecar Él. Pero pecó curando en sábado. Hizo una obra servil”.

“Escupir en tierra no es hacer una obra servil. Tocar los ojos de otro no lo es tampoco. Yo también toco a un hombre y no creo haber cometido un pecado”.

“Él realizó un milagro en sábado. En esto está el pecado”.

“Honrar el sábado con un milagro es gracia de Dios y de su bondad. Es su día. ¿No podrá el Omnipotente celebrarlo con un milagro que haga brillar su poder?”

“No estamos aquí para escucharte. Tú no eres el acusado. A éste queremos interrogar. Responde, tú, ¿cómo obtuviste la vista?”

“Ya lo dije. Estos me escucharon. El discípulo de aquel Jesús ayer me dijo: “Ven y haré que te cure”. Fui, pues. Sentí que me ponía lodo aquí y oí una voz que me ordenaba que fuera a Siloé a lavarme. Lo hice y veo”.

“¿Pero sabes quién te curó?”

“¡Claro que lo sé! Fue Jesús. Ya lo he dicho”.

“¿Sabes exactamente quién es Jesús?”

“Yo no sé nada. Soy un pobre y un ignorante. Hasta hace poco fui un ciego. Esto es lo que sé. Sé que Él me ha curado. Si lo ha podido hacer, no cabe duda que Dios esté con Él”.

“¡No blasfemes! Dios no puede estar con quien no observa el sábado” gritan algunos.

José, los fariseos Eleazar, Juan y Joaquín hacen notar: “Tampoco un pecador puede hacer tales prodigios”.

“¡También vosotros os habéis dejado engañar por ese poseso?”

“No. Somos justos. Y decimos que si Dios no puede estar con quien obra en sábado, tampoco puede el hombre sin Dios hacer que un ciego de nacimiento vea” dice con calma Eleazar, y los demás asienten con sus palabras.

“¿Y dónde metes al demonio?” objetan airados y de mal talante.

“No puedo creer, ni tampoco vosotros lo creéis, que el demonio pueda hacer obras con las que se alaba al Señor” replica Juan el fariseo.

“¿Y quién lo alaba?”

“El joven, sus padres, todo Ofel y yo con ellos y conmigo todos los que son justos y santamente temen a Dios” objeta José.

Los contrarios, que no encuentran ya más argumentos, se dirigen a Sidonia, llamado Bartolmai: “¿Tú qué dices del que te abrió los ojos?”

“Para mí es un profeta. Más grande que Elías que resucitó al hijo de la viuda de Sarepta⁵. Porque Elías hizo volver el alma al cuerpo de un niño. Pero este Jesús me ha dado lo que yo nunca había perdido, porque nunca lo había tenido: la vista. Si me ha hecho los ojos en un instante, sin nada, fuera de un poco de lodo, mientras en nueve meses mi madre con carne y sangre no logró hacérmelos, debe ser grande como Dios que con el lodo hizo al hombre⁶”.

“¡Lárgate, lárgate! ¡Blasfemo! ¡Mentiroso!” y echan fuera al joven como si fuera un condenado.

“El hombre miente. No puede ser verdadero. Todos están de acuerdo que quien nace ciego, no puede curarse. Será uno que se asemeje a Bartolmai, y que el Nazareno preparó... o bien... Bartolmai nunca lo ha estado”.

Ante esta sorprendente afirmación, José de Arimatea protesta: “Que el odio ciegue a uno, es cosa que se sabe desde Caín. Pero que haga estúpidos es cosa que no se había visto. ¿Os parece que alguien llegue a la flor de la juventud fingiéndose ciego para... esperar un posible suceso que meta ruido y un suceso muy futuro? ¿O que los padres de Bartolmai no conozcan a su hijo o se presten a una patraña igual?”

“El dinero lo puede todo. Ellos son pobres”.

“El Nazareno es más que ellos”.

“¡Mientes! Sumas de sátrapa pasan por sus manos”.

“Pero no se detienen ni un instante en ellas. Esas sumas de dinero son para los pobres. Las emplea para hacer el bien, no para urdir mentiras”.

“¡Cómo lo defiendes! ¡Y eres uno de los Ancianos!”

“José tiene razón. La verdad hay que decirla, cualquiera que sea el cargo que uno tenga” dice Eleazar.

“Corred a llamar al ciego. Traedlo nuevamente aquí. Que vayan otros a la casa de sus padres y que los traigan aquí” aúlla Elquías, abriendo la puerta y ordenando a algunos que estaban esperando afuera. De su boca corre espuma de ira que lo ahoga..

Se le obedece. El primero que llega es Sidonia llamado Bartolmai, sorprendido y de mal humor. Le ordenas que se quede en un rincón y lo miran como una jauría de perros mirara su presa...

Después de algún tiempo, llegan los padres rodeados de gente.

“Pasad. Los demás que se queden afuera”.

Los dos entran espantados y ven a su hijo en el rincón, sano, pero como si estuviera arrestado. La madre gime: “¡Hijo mío!” ¡Hoy debería ser un día de fiesta para nosotros!”

“Escuchadnos. ¿Es vuestro hijo ese joven?” les pregunta ásperamente un fariseo.

“¡Claro que es nuestro hijo! ¿Y quién queréis que sea sino él?”

“¿Estáis seguros de ello?”

El padre y la madre están tan atolondrados con la pregunta que se miran antes de responder.

“¡Responded!”

“Noble fariseo, ¿puedes pensar que un padre y una madre se engañen acerca de su hijo?” contesta con humildad el padre.

⁵ Cfr. 3 Rey. 17, 17-24.

⁶ Cfr. Gén. 2, 7.

“Pero... podéis jurar que... Sí, que por ninguna suma de dinero se os pidió que dijeseis que este es vuestro hijo, cuando no es sino uno que se le asemeja?”

“¿Que nos hayan pedido? ¿Y quién? ¿Jurar? ¡Mil veces y por el altar y por el Nombre de Dios, si te place!” Es tan clara la afirmación capaz de convencer aun al más obstinado.

Pero los fariseos no quieren dar su brazo a torcer. Preguntan: “¿No nació ciego vuestro hijo?”

“Sí. Así nació. Con los párpados cerrados y dentro nada...”

“¿Y cómo es entonces que ahora ve, que tiene ojos y que sus párpados están abiertos? ¡No vais a querer afirmar que los ojos puedan nacer así, como flores en primavera, y que un párpado se abra como se abre el cáliz de una flor!...” dice otro fariseo y ríe sarcástico.

“Sabemos que este es verdaderamente nuestro hijo desde hace casi treinta años, que nació ciego. Cómo vea ahora, no lo sabemos, ni sabemos quién le haya abierto los ojos. Por otra parte, preguntádselo a él. No es ni un tonto, ni un niño. Ya tiene sus años. Preguntadle a él y os responderá”.

“Mentís. Él, en vuestra casa, os contó cómo fue curado y quién lo curó. ¿Por qué habéis dicho que no sabéis?” grita uno de los dos que siempre habían seguido al ciego.

“Estábamos tan atolondrados con la sorpresa que no caímos bien en cuenta” se excusan ambos.

Los fariseos se vuelven a Sidonia, llamado Bartolmai: “Acércate y ¡da gloria a Dios si puedes! ¿No sabes que quien te tocó los ojos es un pecador? ¿No lo sabías? Te lo decimos para que lo tengas en cuenta”.

“¡Bueno! Será como decís. Yo no sé si es pecador o no. Lo único que sé es que antes estaba yo ciego y que ahora veo, y muy claro”.

“¿Qué cosa te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?”

“Ya os lo he dicho y me escuchasteis. ¿Queréis oírlo nuevamente? ¿Para qué? ¿Tal vez queréis haceros sus discípulos?”

“¡Bruto! Sé tú discípulo de ese hombre. Nosotros lo somos de Moisés. Y sabemos referirte todo de Moisés y cómo Dios le habló. Pero de este hombre no sabemos nada, ni de dónde venga, ni quién sea, y ningún prodigio del cielo nos lo señala por profeta”.

“¡En esto está lo maravilloso! Que no sabéis de dónde sea y decís que ningún prodigio os lo señala como a un hombre justo. Él me abrió los ojos y ningún israelita de entre nosotros lo ha hecho jamás, ni siquiera el amor de una madre y los sacrificios de mi padre. Pero todos sabemos una cosa, tanto yo como vosotros, y es que Dios no escucha al pecador sino al que le teme y hace su voluntad. Jamás se ha sabido que alguien en cualquier parte del mundo haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento, fuera de este Jesús que sí lo hizo. Si Él no fuese Dios, no lo hubiera podido haber hecho”.

“Naciste sumido en el pecado, deforme en el espíritu, mucho más de lo que fuiste en el cuerpo, ¿y pretendes enseñarnos a nosotros? ¡Lárgate, maldito aborto! Hazte satanás con el que te seduce. ¡Fuera, fuera, plebe estúpida y pecadora!” y arrojan afuera al joven, a sus padres, como si fueran tres leprosos.

Estos se van ligeros, seguidos de sus amigos. Llegados fuera de la muralla Sidonia se vuelve y dice: “Decid lo que se os ocurra. ¡A mí qué me importa! La verdad es que veo y alabo por ello a Dios. Vosotros sois unos satanases, y no el Bueno que me ha curado”.

“¡Cállate, hijo! ¡Cállate! ¡No nos vayan a hacer algún mal!...” suplica su madre.

“¡Oh, mamita mía! ¿Te envenenó el alma el aire de esta sala, tú que cuando yo sufría me enseñaste a hablar con Dios, y ahora que te has encontrado con la alegría no sabes darle gracias? ¿Temas a los hombres? Si Dios me ha amado tanto y te ha amado que nos concedió un milagro, ¿no podría defendernos de un puñado de hombres?”

“Tiene razón él, mujer. Vámonos a nuestra sinagoga a alabar al Señor, porque de este Templo nos han arrojado. Vámonos aprisa antes de que termine el sábado...”

Y apresurando el paso se pierden entre las callejuelas del valle.

208. Jesús en Nobe. Judas de Keriot miente

11 octubre 1946

Jesús está en Nobe. Y debe haber llegado hace poco, porque está dividiendo a sus apóstoles en tres grupos de a cuatro para que vayan a las casas. Con Él se queda Pedro, Juan, Judas Iscariote y Simón Zelote, Con Santiago de Zebedeo, que hace de cabeza, van Mateo, Judas de Alfeo y Felipe. En el tercero en que Bartolomé es el jefe, están Santiago de Alfeo, Andrés y Tomás.

“Id después de la cena a donde os prometieron hospedaros y mañana regresaréis aquí, y os diré lo que tendréis que hacer. Estaremos juntos a la hora de las comidas. Acordaos de lo que muchas veces os he dicho: *que debéis predicar mi doctrina hasta con vuestro modo de vivir y convivir entre vosotros y con quien os acoge. Sed, pues, sobrios, pacientes, honestos con vuestras palabras, en vuestras acciones, en vuestras miradas, de modo que de vosotros se respire como perfume vuestra rectitud. Sabéis cómo el mundo tiene sus ojos puestos sobre nosotros para calumniarnos u observarnos, y también para venerarnos. Los que hacen esto último son muy pocos. Pero de estos pocos debemos tener mucho cuidado porque sobre su fe se apoya lo que el mundo quiere saber de nosotros para hacerla vacilar. El que se aprovecha de todas las armas para destruir el amor que los buenos me tienen y por lo tanto que os tienen. No ayudéis pues al mundo con un modo de vivir que no es santo. No hagáis pesada la carga de los que deben defender su fe de las asechanzas de mis adversarios, siéndoles causa de escándalo. El escándalo induce la duda en las almas, las aleja, las debilita. ¡Ay del apóstol que es escándalo de las almas! Peca contra su Maestro y contra su prójimo, contra Dios y contra el rebaño de Dios. Pongo mi confianza en vosotros. No añadáis a mi dolor, que ya es mucho, otro dolor que venga de vosotros*”.

“No te preocupes, Maestro. De nosotros no recibirás ningún dolor, a no ser que Satanás nos revuelque a todos” dice Bartolomé.

Entra Anastásica que ayuda en la cocina a Elisa y dice: “La cena está lista, Maestro. Baja mientras está caliente. Te hará mucho bien”.

“Vamos”.

Jesús se levanta siguiendo a la mujer por las escaleras que de las habitaciones superiores, donde están preparados los lechos, lleva al pequeño huerto. Y de éste entra en la cocina que alegra un buen fuego.

Está el viejo Juan cerca del fuego y Elisa que se deshace en preparar los alimentos. Al ver entrar a Jesús le dirige una sonrisa maternal y se da prisa a echar en un gran tazón el trigo o cebada cocido en leche, como lo hizo María de Alfeo en Nazaret, cuando partían Juan y Sínica.

“Mira. Me acordé de que María de Cleofás me había dicho que te gustaba. Había estado guardando la mejor miel para hacer esto y darle también a Marziam... Me desagrada que él no esté aquí...”

“Está en casa de Nique con Isaac, porque mañana al amanecer parte y ella quiere usar el carruaje hasta Jericó para hacer el encargo que sabes...”

“¿Qué encargo, Maestro?” pregunta con interés Iscariote.

“Una misión muy femenina. Criar a un niño. Sólo que éste no necesita leche, sino fe, porque es pequeño en el espíritu. Pero la mujer siempre es madre y sabe hacer cosas. ¡Cuando ella comprende esto!... El hombre tiene fuerzas... Pero mucho más las caricias maternas...”

“¡Qué bueno eres con nosotras, Maestro!” dice Elisa acariciándolo con su mirada.

“Digo sólo la verdad, Elisa. Nosotros los de Israel, y no sólo nosotros, estamos acostumbrados a ver en la mujer a un ser inferior. Y no está bien. Si está sujeta al hombre, como se debe, si ha sido castigada más por el pecado de Eva¹, si su misión consiste en que se desenvuelva entre velos y penumbras, sin hechos y acciones vistosas, si todo en su ser

¹ Cfr. Gén. 3, 16; Miq. 5, 9-10; Ap. 12, 2.

parece estar cubierto como de un gran velo, no por esto es menos fuerte y menos capaz que los varones. Aun sin traer a la memoria en nombre de las grandes mujeres de Israel, os aseguro que en el corazón de la mujer existe una gran fuerza. En su corazón, como los varones la tienen en su mente. Os aseguro también que la posición de la mujer va a cambiar como cambiarán otras muchas cosas. Y será justo, porque así como Yo por todos los hombres obtendré la gracia y redención, así también una Mujer las obtendrá para ellas de modo especial”.

“¿Una mujer? ¿Y cómo quieres que redima una mujer?” pregunta Iscariote riéndose.

“En verdad te digo que ella también está redimiendo. ¿Sabes lo que es redimir?”

“¡Que sí lo sé! Es librar del pecado”.

“Así es. Pero librar del pecado no serviría mucho porque el adversario es eterno y volvería a poner asechanzas. Se oyó una voz en el paraíso terrenal, era la voz de Dios que decía: “Pondré enemistad entre ti y la Mujer... Tú tratarás de morderle el calcañar, porque Ella te aplastará la cabeza”². No se tratará más que de un intento, porque la Mujer tendrá, y tiene en sí, lo que vence al Adversario. Y por lo tanto redime desde que existe. Una redención que se realiza, aunque oculta; pero pronto se dejará ver a los ojos del mundo y las mujeres cobrarán fuerza con Ella³”.

“Que Tú redimas... está bien. Pero que una mujer lo pueda... no lo acepto, Maestro”

“¿No recuerdas a Tobías? ¿No recuerdas su cántico⁴?”

“Sí. Pero habla de Jerusalén”.

“¿Existe acaso en Jerusalén un tabernáculo en que esté Dios? ¿Puede Dios desde su gloria presenciar los pecados que se cometen entre las murallas del Templo? Era necesario otro tabernáculo, que fuese santo, que fuese estrella que conduce de nuevo al Altísimo a los extraviados. Y esto se realiza en la Corredentora que por los siglos se alegrará con ser la madre de los redimidos. ‘Brillarás con una luz resplandeciente. Todos los pueblos de la tierra se postrarán ante ti. Las naciones desde lejos vendrán a ti trayéndote dones y en ti adorarán al Señor... Invocarán tu gran nombre... Los que no te escuchasen se contarán entre los maldecidos, y serán bendecidos los que se estrecharán a ti... Serás dichosa en tus hijos porque serán los benditos que estarán reunidos junto al Señor’⁵. El verdadero cántico de la Corredentora⁶. Y lo cantan ya en el cielo los ángeles que la ven... La nueva y celestial Jerusalén tiene principio en ella. ¡Oh, es verdad! El mundo lo ignora. La ignoran los rabinos ignorantes de Israel...” Jesús se sumerge en sus pensamientos...

“¿De quién está hablando?” pregunta Iscariote a Felipe que lo tiene cerca.

Antes de que pueda responder, Elisa, que está poniendo en la mesa queso y aceitunas negras, dice con un cierto tono de dureza: “Habla de su Madre. ¿No lo comprendes?”

“No había sabido nunca que los profetas la hubieran señalado como a mártir... Hablan sólo del Redentor y...”

“¿Y piensas que sólo se puede ser mártir en el cuerpo? ¿No sabes que esto es nada para una madre cuando ve morir a su hijo? ¿Tu inteligencia –no me refiero a tu corazón en el que no sé qué haya- tu inteligencia, de la que te glorías, no te ha enseñado que una madre se sujetaría mil veces a la tortura y a la muerte con tal de no oír ni un suspiro de su hijo? Oye, tú eres un hombre que sabes mucho. Yo no sé otra cosa que ser mujer y madre. Pero te aseguro que eres más ignorante que yo, porque no conoces ni siquiera el corazón de tu madre...”

“¡Me ofendes!”

“No. Soy vieja y te aconsejo. Haz que tu corazón sea inteligente y te evitará lágrimas y castigos. Procura hacerlo”.

² Cfr. Gén. 3, 15.

³ Cfr. Gén 3, 1-13; Eccli. 25, 33; 2 Cor. 11, 3; 1 Tim. 2, 11-14.

⁴ Cfr. Tob. 13.

⁵ Cfr. Nota anterior.

⁶ Cfr. Lc. 2, 33-35.

Los apóstoles, sobre todo Judas de Alfeo, Santiago de Zebedeo, Bartolomé y Zelote, se cruzan miradas furtivas y bajan la cabeza para ocultar la sonrisa que despunta en sus labios por las palabras francas de Elisa dichas a Judas que se cree perfecto. Jesús, que continúa sumergido en sus pensamientos, no oye nada.

Elisa se vuelve a Anastásica y le dice: “Vente. Mientras comen, vamos a preparar otras dos camas porque tres no bastan y salen.

“¡Elisa no vayáis a ceder los vuestros!” grita Pedro. “No está bien. Yo y Juan podemos dormir sobre las tablas. Estamos acostumbrados”.

“No, Simón. Hay esteras. Las vamos a poner sobre los bancos”. Y se va con Anastásica.

Los apóstoles cansados, casi están cabeceando al calor de la cocina. Jesús piensa con el codo apoyado en la mesa y la cabeza sobre la mano.

Se oye un golpe a la puerta. Tomás que está más cerca, se levanta para abrir y exclama: “¿Tú, José? ¿Y con Nicodemo? ¡Entrad!”

“La paz sea contigo, Maestro, y con los que están en esta casa. Vamos a Rama, Maestro. Nicodemo me invitó a ir allá. Al pasar por acá dijimos: “Detengámonos un momento a saludar al Maestro”. Queríamos saber si... te seguían molestando, porque sabemos que fueron a buscarte en casa de José. Te han buscado por todas partes, luego que curaste al ciego. Es verdad que no han ido más allá de las murallas. No se atrevieron a mover una sola silla para no profanar el sábado, y con esto creen que son puros. Pero para buscarte, para seguir a Bartolmai, joh, han caminado más de lo permitido!”

“¿Y cómo lo supieron si el Maestro no ha hecho nada en el camino?” pregunta Mateo.

“Tampoco nosotros sabíamos si se había curado. Fuimos a la sinagoga y luego a saludar a Nique, Isaac y Marziam que están con ella. Luego, al bajar del sol, nos vinimos rápido aquí” dice Pedro.

“Vosotros lo ignorabais, pero los enviados de los fariseos lo supieron. Vosotros no los visteis, pero yo sí los vi. Dos de ellos estuvieron presentes cuando el Maestro tocó los ojos al ciego. Hacían horas que estaban en espera”.

“¿Cómo es posible esto?” pregunta Judas de Keriot con aire de inocente.

“¿Me lo preguntas a mí?”

“Porque es algo raro, te lo pregunto”.

“Lo más raro es que, desde hace tiempo, donde quiera que esté el Maestro haya espías”.

“Los buitres vuelan a donde está la presa, y los lobos a donde está el ganado”.

“Y los ladrones a donde el cómplice les dice que está la caravana. Dijiste bien”.

“¿Qué quieres insinuar?”

“Nada. Tan solo completo tu proverbio aplicándolo a los hombres. Pues Jesús es hombre, y hombres son los que le acechan”.

“Cuenta, José, cuenta...” dicen varios.

“Si el Maestro quiere. Para eso he venido”.

“Habla” dice Jesús.

José refiere minuciosamente todo lo que vio, omitiendo el hecho de que Judas fue el que dijo al ciego dónde estaba Jesús. Las exclamaciones son muchas: una de ira, otras de dolor, según el corazón. Judas de Keriot es el que está (según las apariencias) más afligido e irritado contra todos, sobre todo contra el ciego imprudente que vino a travesarse por el camino de Jesús, en sábado, confiado en la bondad del Maestro...

“¡Tú fuiste quien se lo indicó! Estaba yo cerca de ti y te oí” dice sorprendido Felipe.

“Indicar no quiere decir hacer alguna cosa”.

“¡Oh, eso sí lo creo! Pues no me imagino que hubieras tenido la osadía de haber dado órdenes al Maestro para que obrara...” interviene Tadeo.

“¿Yo? Todo lo contrario. Se lo señalé para pedir explicación”.

“Está bien. Pero algunas veces indicar es también inclinar a hacer algo. Y esto fue lo que hiciste” replica Tadeo.

“Tú lo has dicho, pero no es verdad” asegura descaradamente Judas.

“¿No es verdad? ¿Estás seguro? ¿Seguro como vives que nunca dijiste cosa alguna al ciego acerca de Jesús? ¿De que no le aconsejaste que se dirigiese a Él? ¿Y mucho menos haber insistido en que lo hiciera, antes de que Jesús dejase la ciudad?” pregunta José de Arimatea.

“No es verdad. ¿Quién ha podido hablar con ese hombre? Ciertamente yo no. Día y noche estoy con el Maestro, y si no con Él, con los compañeros...”

“Pensaba que lo habáis hecho ayer, cuando fuiste con las mujeres” dice Bartolomé.

“¡Ayer! No empleé más de lo que emplea una golondrina en ir y volver. ¿Cómo podía ir a buscar al ciego, encontrarlo y hablarle en tan poco tiempo?”

“Pudo ser que lo hubieras encontrado...”

“¡Jamás lo he visto!”

“Entonces ese hombre es un mentiroso porque afirmó que tú le dijiste que viniese y le señalaste el lugar, y lo que tenía que hacer. Le diste tu palabra de que Jesús te haría caso y... recalca José de Arimatea.

Judas fuera de sí lo interrumpe: ¡Basta! ¡Basta! Merece que nuevamente quede ciego por todas las mentiras que dice, y que jamás le he hablado”.

“No te preocupes. Que tu corazón esté tranquilo, Judas de Keriot. Tú que no temes a Dios porque sabes que tus acciones son santas. Feliz de ti que no temes nada” le dice José, mirándolo severamente con unos ojos que quieren atravesarlo.

“No tengo miedo alguno porque estoy sin pecado”.

“Todos pecamos, Judas. Y ojalá sepamos arrepentirnos después de los primeros pecados y no aumentarlos ni en número, ni en perversidad” dice Nicodemo que hasta ahora no había hablado. Luego se dirige al Maestro y le dice: “Lo que es más triste es que José de Séforis fue amenazado con la expulsión de la sinagoga si vuelve a hospedarte y que Bartolmai fue echado fuera de ella. Había ido con sus padres, pero los fariseos lo estaban esperando en la sinagoga, no lo dejaron entrar y le lanzaron el anatema”.

“¡Eso es demasiado! ¿Hasta cuándo, Señor?...” gritan muchos.

“Paz, paz! No hay nada. Bartolmai está en el camino del Reino.

¿Qué perdió, pues? Está en la Luz. ¿No es acaso hijo de Dios más que antes? ¡Oh, no confundáis los valores! ¡Paz, paz! No iremos más a la casa de José... Me desagrade que Isaac tenga instrucciones de que lleve allá a mi Madre y a María de Alfeo... Hubiera sido sólo por unas cuantas horas, porque ya se han tomado las providencias”. Se vuelve a Juan de Nobe: “Padre, ¿tienes miedo del sanedrín? Estás viendo lo que cuesta hospedar al Hijo del hombre... Eres viejo. Eres un fiel israelita. Se te podría arrojar de la sinagoga en tus últimos sábados. ¿Podrías soportarlo? Habla sinceramente, y Yo, si tienes miedo, me voy. Habrá una cueva todavía en los montes de Israel para el Hijo de Dios...”

“¿Yo, Señor? ¿De quién quieres que tenga miedo sino de Dios? No temo al sepulcro que se me está abriendo, antes bien lo considero como un amigo, ¿y quieres que tema yo a los hombres? Temería el juicio de Dios, si por temor a los hombres, te arrojase a Ti, el Mesías de Dios”.

“Está bien. Eres un justo... me quedaré aquí cuando esté en las ciudades vecinas, como pienso hacerlo alguna vez más”.

“Ven a Rama. Ven a mi casa, Señor” dice Nicodemo.

“¿Y si te viene algún mal?”

“¿No te invitan los fariseos con mala intención? ¿No podría yo hacerlo para conocer mejor tu corazón?”

“Sí, Maestro. Vamos a Rama. Mi padre se sentirá feliz, si es que está en casa, y si no, como sucede frecuentemente, encontrará tu bendición cuando regrese” suplica Tomás.

“Iremos primero a Rama. Mañana...”

“Maestro, te dejamos. Afuera tenemos nuestros animales y esperamos llegar a Rama antes de que termine la segunda vigilia. La luna alumbró los caminos como un pequeño farol. Adiós, Maestro. La paz sea contigo” dice Nicodemo.

“La paz sea contigo, Maestro... y escucha un buen consejo de José el Anciano. Sé un poco astuto. Mira a tu alrededor. Abre los ojos y cierra los labios. Haz lo que vas a hacer, y nunca lo digas antes... No vengas a Jerusalén por algún tiempo. Y si vinieres no estés en el Templo más de lo necesario para orar. ¿Me entiendes? Adiós, Maestro. la paz sea contigo” José ha puesto énfasis en las palabras que subrayé y mientras las decía miró fijamente a Jesús. Su mirada fue un aviso.

Salen al huertecillo que la luna tiñe de blanco. Desatan dos fuertes asnos del tronco de un nogal. Suben sobre sus sillas y parten por el camino solitario y lleno de luna...

Jesús entra en la cocina con los suyos.

“¿Qué habrá querido decir en realidad?”

“¿Y cómo lograron saberlo?”

“¿Qué hará José de Séforis?”

“Nada. Palabras. Nada más que palabras. No penséis más en ello. Cosas que pasan sin consecuencia alguna. ¡Ea! Digamos la oración y separémonos para ir a dormir. ‘Padre nuestro...’”

Los bendice, los mira que se van. Luego con los cuatro que se quedan con Él sube a la habitación en que están las camas.

209. Jesús en las ruinas de una ciudad destruida

12 octubre 1946

No sé en qué lugar esté Jesús, pero no cabe duda que entre montes y en un lugar abandonado o porque lo destruyó un cataclismo o la guerra. Me inclinaría a decir que fue ésta porque entre las ruinas de las casas se ven señales de fuego, aun donde llega el agua y donde la hiedra y otras hierbas trepadoras o parásitas nacen. Las hojas largas y peludas de una planta, cuyo nombre ignoro, pero que he visto en Italia, cubren las ruinas de algo que parece una colina derrumbada. Más allá se ve una pared, la única que quedó para contemplar las ruinas sobre las que se extiende una alcaparra y parietaria, y del parapeto, que en un tiempo formó parte de una terraza, balancea una clemátide al aire de sus ramas como una cabellera suelta. En el centro se ve una casa derrumbada, pero con sus paredes en pie. Parece un gigantesco florero en que en lugar de pétalos hay árboles que nacieron donde antes hubo habitaciones. Otra casa cuyas gradas se ven como un altar preparado para una ceremonia religiosa, la que adorna el verdor. En la cima de las ruinas se ve un álamo, seco, derecho como un puñal, parece como si preguntara al cielo el porqué de tal desgracia. Y entre casa y casa, entre ruinas y ruinas, crecen plantas de frutos selváticos que avanzan sobre las demás. Plantas nacidas sin plano fijo. Nacen ya de alguna pared, ya de un pozo seco. Dan la impresión de algo como embrujado. Los pajarillos y las palomas que salen de las hendiduras de las ruinas con ansias se echan sobre lo que un tiempo fueron campos arados y que ahora son un nudo de algarrobos duros que el sol ha secado; que se abren para que caiga la semilla y luego en primavera vuelven a nacer, así como la cizaña y los ballicos. Las palomas espantan con violentos golpes de sus alas a los pajarillos que buscan algún granillo de mijo o de mostaza que por muchos años ha habido allí y crecido sin cultivo especial. Los pajaritos no hacen otra cosa que arrancar de las espigas el mijo, llevárselo a sus nidos revoloteando hasta cansarse.

Con Jesús no están sólo los apóstoles sino también un grupo de discípulos entre los que están Cleofás y Hermas de Emmaús, hijos del viejo sinagogo Cleofás y Estéban. Hay también hombres y mujeres que parece como si hubieran venido de algún poblado a invitar a Jesús que vaya a su ciudad, o bien, como si lo siguiesen después de que Él estuvo con ellos. Jesús, al atravesar el lugar en ruinas, casi a cada paso se detiene a mirar, especialmente cuando llega a un lugar alto desde el que se domina todo el montón de ruinas, de plantas, en donde la vida la representan los palomos, en un tiempo domesticados, pero que ahora se han vuelto

salvajes. Jesús contempla con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza vuelta hacia aquel paraje, y cuanto más lo hace, tanto más parece preocupado y triste.

“¿Por qué te has parado aquí, Maestro? Se ve que el paraje te causa aflicción. No lo mires. Siento haberte hecho pasar por aquí, pero es el camino más corto” dice Cleofás de Emmaús.

“¡Oh, no miro lo que estáis viendo!”

“¿Qué ves, Señor? ¡Acaso vuelves a ver lo pasado? No cabe duda que fue dolorosa. Este es el sistema de Roma...” dice el otro de Emmaús.

“Y esto debería hacer reflexionar a uno. Ved, todos vosotros. Esto fue antes una ciudad, no muy grande, pero sí bella. Abundó más en casas ricas que en pobres. De los ricos fueron estos lugares ahora cubiertos de breñas. Ricos fueron estos campos que ahora las zarzas, los ballicos y las ortigas tapizan. En aquellos días fueron campos fértiles, cargados de mieses. Sus casas fueron bellas. Y los jardines estaban llenos de flores. En sus fuentes se bañaban los palomos y jugaban sus niños. Sus habitantes eran felices. Pero la felicidad no los hizo justos. Se olvidaron del Señor y de sus palabras... Esta es la razón.

No más casas, ni flores, ni fuentes, ni mieses, ni frutas. No quedan más que palomos, que no son más felices que antes. Hubo días que sus buches estuvieron llenos del rubio trigo y del comino, pero ahora pelean por unas pocas arvejas secas, de ballicos amargos. Y fiesta celebran cuando encuentran un grano de cebada entre las espinas... Y al mirar, no veo ya palomos. Veo caras y caras... Muchas de las cuales no han nacido... y veo ruinas, ruinas, zarzas y labruscas, hierbas selváticas que cubren las tierras de mi Patria... Y esto porque no se ha querido acoger al Señor. Oigo los gemidos apagados de los niños, más infelices que esos pajarillos a los que Dios ayuda para vivir aún, mientras esos pequeñuelos no la tendrán porque sujetos al castigo general, desmayados sobre el seco pecho materno, mueren de hambre y de dolor, de terror jamás imaginado. Oigo los lamentos de las esposas que buscan a su esposo, de las doncellas capturadas para servir de placer al vencedor, de hombres que arrastran las cadenas después que probaron y saborearon lo amargo de la guerra, de los viejos que vivieron para ver cumplida la profecía de Daniel¹. Oigo la voz incansable de Isaías en medio del silbido de este viento que sopla entre las ruinas, en las quejas de los palomos: ‘El Señor hablará con lenguaje de bárbaros, con lenguas extrañas a este pueblo, a quien he dicho: aquí está mi descanso. Dad reposo al cansado. Esto es mi alivio’².

Pero no han querido escuchar. No. No han querido y el Señor no puede encontrar reposo entre su pueblo. El cansado, quien se ha fatigado en recorrer sus calles para enseñar, curar, convertir, consolar, no encuentra reposo, sino persecución, no encuentra alivio, sino asechanzas y traición. El Hijo con el Padre es una sola cosa. Si la Verdad os ha enseñado que un vaso de agua dado a cualquiera tendrá recompensa, porque cualquier acto misericordioso que se hace al hermano se hace a Dios mismo, ¿cuál no será el castigo para los que quitan la piedra del camino para que no sirva de almohada a la cabeza del Hijo del hombre, y le estorban para que no beba de las aguas que dejó el Creador, le quitan las frutas que se quedaron en las ramas y las espigas de trigo que se dan a los palomos, y tienen ya presto el mazo para arrebatarse la vida? ¡Pobre Israel que ha perdido en ti la justicia y la misericordia de Dios!

Oíd, oíd nuevamente la voz de Isaías en el viento de la tarde. . Una voz más terrible que el grito del ave de la muerte, horrible como la que resonó en el paraíso terrenal cuando se sentenció a los dos culpables, y -¡cosa horrible!- esta voz del profeta no lleva en sí el perdón como entonces³. No. No hay perdón para los que se burlan de Dios, para los que dicen: ‘Hemos hecho alianza con la muerte, hemos celebrado un pacto con el infierno. Cuando llegue el azote, no caerá sobre nosotros porque hemos puesto nuestras esperanzas en la mentira y

¹ Cfr. Dan 9.

² Cfr. Is. 28, 11-12.

³ Cfr. Gén. 3, 8-24.

ella, poderosa como es, nos protegerá⁴. Ved que Isaías vuelve a repetir lo que oyó del Señor: 'Mirad que en Sión pondré como fundamento una piedra, una piedra a propósito, una piedra buena... Y juzgaré y sentenciaré según la rectitud. El granizo destruirá la esperanza fincada en la mentira, y los ríos acabarán con los diques, y vuestra alianza con la muerte será destruida y vuestro pacto con el infierno dejará de existir. Cuando pase el flagelo envuelto en tempestad os arrastrará consigo, y os arrastrará cada vez más. Sólo entonces los castigos os harán comprender la lección'⁵.

¡Desgraciado de ti, Israel! Así como estos campos, en los que ha quedado solo la seca arveja, el amargo ballico y en los que no hay más trigo, así será Israel, y la tierra que no quiso el Señor no tendrá pan para sus hijos, y los hijos suyos que no quisieron acoger al cansado, serán perseguidos, atrapados, llevados como galeotes al remo, como esclavos serán tratados por los que desprecian como a inferiores. Dios arrasará este pueblo soberbio bajo el peso de su justicia y lo sofocará con la fuerza de su juicio...

Esto es lo que estoy viendo en las ruinas. ¡Ruinas, ruinas! Al norte, al sur, a oriente y poniente, y sobre todo en el centro, en el corazón donde su ciudad culpable se convertirá en fosa pestilente..."

Lentas lágrimas corren por el rostro pálido de Jesús que levanta el manto para cubrírsele, dejando sólo descubiertos sus ojos espantados ante la horrible visión.

Se pone en camino y con Él los que le acompañan que en voz baja hablan, helados de espanto...

210. Jesús habla en Emmaús de la montaña

14 octubre 1946

La plaza de Emmaús está llena de gente. En el centro está Jesús que apenas si puede moverse, oprimido por la multitud, en medio del hijo del sinagogo y de otro discípulo, y como para protegerlo en caso de que lo fuesen a atacar, los apóstoles y discípulos lo rodean, entre ellos han logrado llegar hasta Él niños y niños.

Es maravilloso el atractivo que Jesús ejerce sobre los pequeñuelos. No hay lugar, conocido o desconocido, donde al punto no lo rodeen, felices con pegarse a sus vestidos, y todavía más si los llega a acariciar aunque sea levemente; pero mucho más felices, si sentado Él, donde quiera que sea, sobre una silla, sobre una valla, sobre una piedra, sobre un tronco o sobre la misma hierba, al estar casi a su altura, poder abrazarlo, recostar su cabecita sobre su espalda o sobre sus rodillas, metérsele bajo el manto para estar cerca de sus brazos cual polluelos que han encontrado la protección más amorosa. Siempre Jesús los defiende contra los adultos, que piensan que le faltan de este modo al respeto, cuando son ellos por otros motivos más serios los que le faltan, y quieren alejarlos del Maestro...

Las acostumbradas palabras de Jesús vuelven a escucharse en favor de sus amiguitos: "¡Dejadlos en paz! ¡Oh, no me molestan! ¡No son éstos los que me causan amargura y aflicción!"

Jesús se inclina hacia ellos con una sonrisa que le rejuvenece y hace aparecer como hermano mayor, benigno siempre con ellos aun en sus travesuras. Les dice: 'Estad quietos, callados, callados, de otro modo os echan fuera. Estaos silenciosos, ya que estamos juntos'.

"¿Nos dices alguna hermosa parábola?" dice el más... atrevido.

"Sí. La diré y será para vosotros. Luego hablaré a vuestros padres. Escuchad todo lo que sirve a pequeñuelos como a grandes.

Un día, un hombre oyó que un gran rey le hablaba de este modo: "He sabido que eres digno de un premio. Eres sabio y honras a tu ciudad con tu trabajo y con tu saber. No te daré,

⁴ Cfr. Is. 28, 15.

⁵ Cfr. Is. 28, 16-19.

pues, esto o aquello, sino que te conduciré a la sala de mis tesoros y lo que escojas será tuyo. De este modo también me convenceré si eres digno de la fama que te circunda”.

Dicho esto se asomó por la terraza de su palacio, echó una mirada por la plaza que tenía ante sus ojos y vio pasar a un pequeñuelo desarrapado, a un pequeñuelo de familia paupérrima, tal vez un huérfano, tal vez un mendigo. Se volvió a sus siervos y les dijo: “Id a traerme a ese pequeñuelo”.

Fueron los siervos y trajeron al pequeño que temblaba de miedo al ver al rey, aun cuando los dignatarios de la corte le decían: “Inclínate, saluda, di: ‘Honra y gloria a ti, rey mío. Doblo ante ti mi rodilla, poderosos que la tierra alaba como al ser más grande que sobre ella existe’”, pero el niño no quiso arrodillarse, ni repetir esas palabras. Los dignatarios sorprendidos lo sacudían duramente y dijeron: ‘¡Oh rey, este muchacho zafio* y sucio es una vergüenza para tu palacio. Vamos a echarlo fuera, a la calle. Si deseas tener un niño a tu lado, iremos a buscarte entre los ricos de la ciudad, si es que estás cansado de los nuestros, y te lo traeremos. ¡Pero no este zafio que no sabe ni siquiera saludar!...”

El hombre rico y sabio que se había deshecho en profundas inclinaciones serviles, como si estuviera ante un altar, dijo: “Tus dignatarios tienen razón. Por la majestad de tu corona no debes permitir que no se tribute a tu persona el homenaje debido” y al decir estas palabras se postró a besar el pie del rey.

Este replicó: “No. Yo quiero a este niño. Y no sólo esto, sino que quiero llevarlo también al lugar de mis tesoros para que escoja lo que quiera y se lo daré. ¿Acaso no puedo, pues soy el rey, hacer feliz a este pobre rapazuelo? ¿No es acaso mi súbdito como lo sois vosotros? ¿Tiene acaso culpa de haber nacido en el estado en que vive? No. ¡Vive Dios que quiero darle contento, por lo menos una vez! Ven, niño, y no me tengas miedo”. Le extendió la mano que el niño tomó sin mucha ceremonia y a la que dio un beso espontáneo. El rey sonrió. Entre dos hileras de dignatarios, que se inclinaban cada momento, sobre alfombras de púrpura con adornos de oro, se dirigió a la sala de los tesoros. A su derecha iba el hombre rico y sabio, a su izquierda el pequeño, ignorante y pobre. El manto real contrastaba con los harapos y pies descalzos del pequeñín.

Entraron a la sala del tesoro, cuyas puertas dos hombres grandes de la corte habían abierto. La sala era grande, redonda, sin ventanas. La luz se filtraba por el techo a través de una enorme placa de mica. Una luz dulce que hacía brillar las chapas de oro de los cofres y las cintas purpurinas de tantos rollos como había sobre los facistoles, que estaban adornados con precioso cuero y cuyos cierres las engalanaban piedras preciosas. Obras rarísimas que sólo un rey podía poseer. Como olvidado, había sobre un facistol un rollo de aspecto ordinario, oscuro, amarrado con un hilo corriente, lleno de polvo.

El rey dijo señalando las paredes: “Aquí están los tesoros de la tierra y otros mayores que los terrestres, porque aquí están todas las obras del ingenio humano. Están también las obras que vienen de fuentes sobrehumanas. Tomad lo que os guste”. Se puso en medio de la sala con los brazos cruzados para observar.

El hombre sabio y rico se fue primero a los cofres, levantó sus tapas con ansia cada vez más febril. Oro en lingotes, oro en collares, plata, perlas, zafiros, rubíes, esmeraldas, ópalos... De todas partes salían resplandores... gritos de admiración al levantarse cada tapa... Luego se dirigió a los facistoles. Y al leer los títulos de los rollos, nuevos gritos de admiración salieron de sus labios. Finalmente repleto de entusiasmo, le dijo al rey: ‘Posees un tesoro sin igual. Las piedras rivalizan en valor con los rollos y éstos con ellas. ¿Puedo en realidad escoger lo que me plazca?’

‘Lo he prometido. Como si todo fuese tuyo’.

El hombre se postró en el suelo diciendo: ‘te adoro, ¡oh gran rey!’ se levantó. Corrió primero a los cofres, luego a los facistoles. Y tomó lo que mejor le pareció.

* zafio = tosco, inculto o grosero en los modales o en el comportamiento.

El rey, entre cuya barba se había vislumbrado una sonrisa al ver el ansia con que el hombre corría de cofre en cofre, cuando se echó por tierra adorándolo, y por tercera vez al ver la ambición con que escogía piedras preciosas y libros, se volvió al niño que se había movido de su lado y le preguntó: '¿No vas a escoger las mejores piedras y los rollos de más valor?'

El niño movió su cabeza para decir que no.

'¿Por qué?'

'Porque no sé leer los rollos y en cuanto a las piedras no conozco su valor. Para mí no son más que una piedritas'.

'Te habrían rico...'

'No tengo padre, ni madre, ni hermanos. ¿De qué me sirve ir con ellas a mi refugio?'

'Podrías comprarte una casa...'

'Viviré yo solo'.

'Podrías comprarte vestidos'.

'Tendría frío porque me falta el amor de mis padres'.

'Alimentos'.

'No me podrían llenar como los besos de mi madre, que no pueden compararse a ningún precio'.

'Podrías tener maestros que te enseñasen a leer...'

'Eso me gustaría más. Pero leer ¿qué cosa?'

'Obras de poetas, filósofos, sabios... los escritos antiguos, la historia de los pueblos'.

'Cosas inútiles, vanas y ya pasadas... No merecen la pena'.

'¡Qué niño más necio!' exclamó el sabio cuyos brazos estaban cargados de rollos y sobre su cintura la túnica abultada y llena de piedras preciosas.

Una nueva sonrisa apareció entre los bigotes del rey. Tomó al niño del brazo, lo llevó a los cofres y metió la mano en las perlas, en los rubíes, topacios, amatistas, haciéndolos caer como lluvia brillante.

'No quiero ¡oh rey!, nada. Quisiera otra cosa...'

El rey lo llevó a los facistolos y le leyó estrofas de poetas, episodios de héroes, descripciones de tierras desconocidas.

'¡Oh, leer es más bello! Pero no es esto lo que quisiera leer...'

'¿Qué cosa? Dímelas y te las daré'.

'¡No creo que lo puedas hacer, pese a tu poder. No es algo de acá abajo'.

'¡Ah, quieres obras que no son de la tierra! Entonces mira: aquí están las obras que Dios dictó a sus siervos. Escucha' y le leyó trozos inspirados.

'Esto es mucho más bello. Para entenderlo hay que conocer primero muy bien el lenguaje de Dios. ¿No hay algún libro que lo enseñe, que nos haga entender qué es Dios?'

El rey hizo un gesto de sorpresa y su sonrisa desapareció. Estrechó al niño contra sí.

El sabio con burlona sonrisa dijo: 'Ni los más sabios saben lo que es Dios, y tú, muchacho ignorante, ¿quieres saberlo? ¡Si quieres hacerte rico con ello!...'

El rey le lanzó una mirada dura, mientras respondía el niño: 'No busco riquezas, busco amor, y me dijeron un día que Dios es Amor'.

El rey tomó del facistol el rollo que estaba ligado con un hilo ordinario, lo desenrolló y leyó las primeras líneas: 'Quien es pequeño venga a Mí y Yo, Dios, le enseñaré la ciencia del amor. En este libro está ella, y Yo...'

'¡Oh, esto es lo que quiero! Si conozco a Dios, tendré todo, pues lo tengo a Él. Dame este rollo, oh rey, y seré feliz'.

'¡Pero no vale nada! ¡Ese muchacho de veras que es un tonto! No sabe leer y escoge un libro. No es sabio y no se quiere instruir. Es pobre y no toma riquezas'.

'Yo me esforcé en poseer el amor, y este libro me enseñará. ¡Bendito seas, rey, que haces que no me sienta huérfano ni pobre!'

'Por lo menos adóralo como he hecho yo, si crees que gracias a él eres feliz'.

'Yo no adoro al hombre, sino a Dios que lo ha hecho tan bueno'.

‘Este niño es el verdadero sabio en mi reino, óyelo bien tú que usurpas la fama de sabio. Te has embriagado de orgullo y de ambición hasta el punto de que adoras a la criatura, en lugar de ofrecer tu adoración a Dios. Y esto porque un hombre te regalaba piedras y obras humanas. Dios las creó. La inteligencia que Dios entregó al hombre escribió esas cosas en los rollos raros que escogiste. Este pequeño que tiene hambre y frío, que está solo, sobre quien los dolores se han encarnizado, que se le perdonaría si se embriagase de la ambición de las riquezas, ha sabido dar gracias a Dios por haber hecho bueno mi corazón, y no busca sino la única cosa necesaria: amar a Dios, conocer el amor par tener las verdaderas riquezas acá en la tierra y más allá. Te prometí que te habría dado lo que escogieses. La palabra del rey es cosa sagrada. Vete, pues, con tus piedras y tus rollos: que son piedritas de colores y... paja del pensamiento humano. Tu vida conocerá el temor de los ladrones y la preocupación de la polilla. Que los fatuos resplandores de las joyas te desilusionen y el sabor de la ciencia humana, que sólo es sabor, pero no alimento, te llene de disgusto. Vete. Este niño se quedará conmigo, y juntos nos esforzaremos en leer el libro que es amor, esto es, Dios. No tendremos los resplandores fatuos de las piedras sin calor, ni el sabor dulzón de paja de las obras del saber humano. Las llanas del espíritu Eterno nos darán desde acá el éxtasis del paraíso y poseeremos la sabiduría que da más fuerzas que el vino, y que es más nutritiva que la miel. Ven, niño, a quien la sabiduría ha mostrado su rostro para que la deseases cual esposa veras’.

El hombre sabio fue echado fuera y se quedó el niño, a quien instruyó en la tierra, y un ciudadano del Reino de Dios en la otra vida.

Esta es la parábola que prometí a los pequeñuelos que también es para los adultos.

¿Recordáis a Baruc? Dice: ‘¿Por qué razón, oh Israel, estás en tierra enemiga, envejeces en país extranjero, te contaminas entre cadáveres y eres contado entre los que bajan al sepulcro?’ Y responde: ‘Porque has abandonado la fuente de la sabiduría. Si hubieras caminado por los caminos de Dios habrías vivido en paz y para siempre’².

Escuchad vosotros que os quejáis con frecuencia de estar en el destierro, aun cuando estáis en la patria, que a decir verdad no es nuestra, sino del dominador. Os quejáis de esto y no sabéis que respecto a lo que os espera en lo futuro, es semejante a una gota de posca* en comparación del cáliz embriagador que se da a los condenados y que es amarguísimo como lo sabéis³. El pueblo de Dios sufre porque ha abandonado la sabiduría. ¿Cómo podéis poseer prudencia, fuerza, inteligencia; cómo podéis siquiera llegar a saber dónde se encuentra, para poder como consecuencia conocer las cosas menores, si no bebéis más en la fuente de la sabiduría?.

Su Reino no es de esta tierra, pero la misericordia de Dios os la concede. Ella está en Dios. Es Dios mismo. Dios abre su pecho para que descienda a vosotros. Israel, que con necia soberbia cree tener prodigios que ha despilfarrado o que se cree todavía rico y exige respeto creyéndose tal, cuando no es más digno que de compasión y burla, ¿tiene todavía el único tesoro, fuera de las riquezas, conquistas, honores que tuvo o tiene? No. Y pierde los que tiene porque quien pierde la sabiduría, pierde la capacidad de ser grande. Cae de error en error quien no conoce la sabiduría. Israel conoce muchas cosas, aun demasiadas pero no la sabiduría.

Dice bien Baruc: ‘Los jóvenes de este pueblo vieron la luz, habitaron en la tierra, pero no han conocido los caminos de la sabiduría ni sus senderos, sus hijos no la han aceptado, y ella se fue lejos’⁴.

¡Lejos de ellos! ¡Los hijos no la acogieron! ¡Palabras proféticas! Yo soy la Sabiduría que os habla. Tres cuartas partes de Israel no me acogen. La Sabiduría se aleja y se alejará cada vez más, dejándolo solo... ¡Y qué harán los que se creen gigantes, y por lo tanto capaces de

² Cfr. Bar. 3, 9 – 4, 4.

* posca = mezcla de agua y vinagre que empleaban los romanos como refresco y para otros usos.

³ Cfr. Sal. 68, 22; Mt. 27, 34 y 48; Mc. 15, 23; Lc. 23, 36; Ju. 19, 28-30.

⁴ Cfr. Bar. 3, 20-21.

forzar al Señor a que los ayude, a que les sirva? ¿Serán gigantes útiles a Dios para que funde su reino? No. Yo con Baruc ⁵ digo: 'Para que Dios funde el verdadero Reino, no escogerá a estos soberbios, sino que los dejará que mueran en su necedad' Fuera de sus caminos. Porque para subir al cielo con el espíritu y comprender las lecciones de la sabiduría es menester un espíritu humilde, obediente y sobre todo "amor" porque la Sabiduría habla con su lenguaje, esto es, el lenguaje del amor, porque ella es Amor. Para conocer sus senderos es menester una mirada limpia y humilde, libre de la triple concupiscencia. Para poseer la sabiduría es menester comprarla con dinero viviente; las virtudes.

Esto no tenía Israel y Yo vine a explicar la Sabiduría⁶, para llevaros a su camino, para sembrar en vuestro corazón las virtudes. Porque Yo todo lo conozco y lo sé, y he venido a enseñar esto a Jacob mi siervo y a Israel mi amado. He venido a la tierra a conversar con los hombres, Yo, Palabra del Padre, a tomar de la mano a los hombres, Yo, el Hijo de Dios y del hombre, Yo, Camino de Vida, Vine a introducirlos en la sala de los tesoros eternos. Yo, a quien el Padre ha dado todo. He venido, Yo, amante eterno, a tomar mi esposa, la Humanidad, a quien quiero elevar hasta mi trono para que esté conmigo en el cielo y para introducir en las salas del vino para que se embriague con la verdadera Vid de la que los racimos absorben la Vida. Pero Israel es la esposa holgazana y no se levanta del lecho para abrir al que ha llegado. Y el esposo se va. Pasará. Está por pasar. Israel después lo buscará en vano, y no encontrará la caridad misericordiosa de su salvador, sino los carros de guerra de los dominadores y será aplastado con su soberbia y extinguida su vida, después que quiso aplastar aun el misericordioso querer de Dios.

¡Oh, Israel, Israel que pierdes la verdadera Vida por conservar una ilusión mentirosa de poder! ¡Oh, Israel que crees salvarte y quieres salvarte por caminos que no son de la sabiduría y te pierdes vendiéndote a la mentira y al delito. ¡Israel náufrago que no te aferras al sólido salvamento que se te arroja, sino a restos de tu quebrantado pasado, y la tempestad te arrastra a otras partes, lejos, a un mar espantoso y tenebroso. Oh, Israel, ¿de qué te vale salvar tu vida, o presumir de salvarla por una hora, un año, diez años, o varios decenios, a costa de un crimen, para luego perecer para siempre? ¿Qué son la vida, la gloria, el poder? Burbuja de agua sucia en la superficie de un desagüe de lavadero, iridiscente, no porque haya sido hecha de piedras preciosas, sino de la grasa sucia que con el nitro ⁷ se infla en espuma destinada a reventar, sin que nada quede, fuera de una mancha de agua puerca. Una sola cosa es necesaria, Israel: poseer la sabiduría, aun a costo de la vida. Porque la vida no es la cosa más preciosa. Vale más perder cien vidas que perder la propia alma".

Jesús ha terminado en medio de un silencio de admiración. Trata de abrirse paso y de irse... pero los niños le piden que les dé el beso de despedida. Y los adultos le dicen que los bendiga. Después de esto se va acompañado de Cleofás y Hermas de Emmaús

211. En Beterón

17 octubre 1946

Jesús está todavía entre los montes. Además de los apóstoles y discípulos le siguen otras personas, entre ellas los discípulos ex-pastores que probablemente encontró en algún poblado por donde pasó. Jesús sube de un valle hacia un monte, por un camino que sigue zigzagueando la pendiente y que debe ser un camino romano, por su pavimentación, por su buen estado, características propias de los caminos romanos. Se ve gente que camina y que se dirige al valle, o del valle al grupo de montes sobre los que se ven poblados y ciudades.

⁵ Cfr. Bar. 3, 26-27.

⁶ Para comprender el resto de este discurso, sus alusiones y sustrato, además de Baruc 3, 32 – 4, 4; cfr. Cant. 1, 4; 2, 4; 5, 1-8; 8, 2; Is. 54, 4-10; 62, 1-9; Jer. 2-6

⁷ Referente a esta sustancia, detergente. Cfr. Prov. 25, 20; Jer. 2, 22.

Alguien al ver a Jesús y después de saber quién es, le sigue; otros solo lo miran, otros mueven su cabeza y sonríen maliciosamente.

Un piquete de soldados romanos lo alcanza con su pesado caminar y su golpeteo de armas y corazas. Se vuelven a mirar a Jesús, que dejando el camino romano, toma un camino... judío que lleva a la cima donde hay un poblado. Un camino lleno de piedras y lodo, donde el pie tropieza, o se hunde en alguno que otro bache. Los soldados que se dirigen a la misma población después de haber hecho un alto vuelven a ponerse en camino y la gente se ve obligada a hacerse a un lado pues el camino es estrecho. Se oye algún silbido, pero la disciplina de ir en formación impide a los soldados a responder en igual forma.

Han alcanzado nuevamente a Jesús, que se ha hecho a un lado para dejarlos pasar y que los mira con sus dulces ojos que parecen bendecirlos y acariciarlos con las luces de sus brillantes zafiros. Las rígidas caras de los soldados se esclarecen con una especie de sonrisa, que no es ironía, sino más bien señal de un saludo respetuoso.

Pasan. La gente se mete otra vez en el camino, detrás del Rabí que va delante de todos. Un joven se separa del grupo y alcanzando al Maestro lo saluda con respeto. Jesús le devuelve el saludo.

‘Quiero hacerte una pregunta, Maestro’.

“Hazla”.

“Fue una mañana después de la Pascua cuando te oí cerca de un monte cercano a los desfiladeros de Carit. Y desde entonces he estado pensando que... también podría ser de los que llamas. Pero antes de hacerlo quiero saber con mayor precisión lo que es necesario hacer y lo que no debe hacerse. He preguntado a tus discípulos cada vez que los he encontrado. Unos me han dicho que esto, otros que aquello. No he sabido qué hacer. Me he quedado como espantado. Todos estuvieron de acuerdo en una cosa, unos con mayor, otros con menor intransigencia, y fue la obligación de ser perfectos. Yo... soy un pobre hombre, Señor, y la perfección sólo es de Dios... volví a escucharte y en ese entonces dijiste: “Sed perfectos”. Me he desilusionado. Por tercera vez te oí y esto fue hace unos cuantos días en el Templo. Y aunque fuiste severo, sin embargo me parece que no es imposible llegarlo a ser porque... ni yo mismo lo comprendo, ni puedo explicármelo ni explicártelo. Me pareció que si era algo imposible o peligros desear llegar a ser como dices, Tú que nos quieres salvar, no nos lo propondrías, pues la presunción es pecado. El querer ser dioses fue el pecado de Lucifer. Pero tal vez debe haber una manera para llegarlo a ser, para obtenerlo sin pecar, y si es siguiendo tu doctrina salvadora. ¿Digo bien?”

“Muy bien. ¿Y luego?”

“He seguido preguntando a éste y a aquel. Ayer supe que estabas en Rama y vine a verte. Con permiso de mi padre te he seguido. Y siempre quisiera venir...”

“¡Ven, pues! ¿De qué tienes miedo?”

“No lo sé... ni siquiera yo mismo... pregunto, pregunto... pero cuando te escucho me parece fácil y me decido a venir; después volviéndolo a pensar, o peor, preguntando a éste o a aquél, me parece muy difícil”.

“Te voy a decir lo que te pasa: es una tentación del demonio para estorbarte a que vengas. Te atemoriza con fantasmas, te perturba, te hace que preguntes a quien tiene como tú necesidad de luz... ¿por qué no viniste a Mí directamente?”

“Porque tenía... miedo no, pero... Nuestros sacerdotes y rabinos ¡tan duros y soberbios! Y Tú... no me atrevía a acercarme a Ti. Pero ayer en Emmaús... ¡Oh, creo que comprendí que no había qué tener uno miedo! Ahora estoy aquí para preguntarte lo que quisiera saber. Hace poco un apóstol tuyo me dijo: “Ve y no tengas miedo. Es bueno para con los pecadores”. Otro me dijo: “Lo harás feliz si le muestras confianza. Quien confía en Él, encuentra que es más dulce que la propia madre” Y otro añadió: “No sé si me equivoco, pero te dirá que la perfección radica en el amor”³. Esto dijeron tus apóstoles, por lo menos algunos de los que parecen

³ Cfr. Deut. 6, 1-13; Lev. 19, 18; Rom. 13, 8-10; 1 Cor. 13,; Gal. 5, 13-26.

mejores. De entre los discípulos, algunos parecen ser eco de tu voz. De entre los apóstoles hay algunos que... atemorizan a un pobre como yo. Uno me dijo con una sonrisa maligna: '¿Quieres llegar a ser perfecto? No lo somos nosotros que somos apóstoles ¿y quieres serlo tú? Es imposible'. Si no hubieran hablado los otros, hubiera huido desconsolado. Pero hago la última prueba... si también Tú me dices que es imposible..."

"Hijo mío, ¿quieres que haya venido a proponer cosas imposibles a los hombres? ¿Quién crees que te puso en el corazón este deseo de llegar a ser perfecto? ¿Tu mismo corazón?"

"No, Señor. Me imagino que Tú, con tus palabras".

"No estás lejano de la verdad. Respóndeme. ¿Ante tus ojos qué son mis palabras?"

"Muy rectas".

"Está bien. Pero quiero decir: ¿palabras de hombre o más que de hombre?"

"Tú hablas como la Sabiduría y más dulce y más claro. Por esto digo que tus palabras son más que las de un hombre. No creo equivocarme, si es que comprendí bien lo que dijiste en el Templo. Pues me pareció que dijiste que eres la misma Palabra de Dios y que por esto hablas como de parte de Dios".

"Comprendiste bien y lo dijiste bien. ¿Entonces quién te puso en el corazón el deseo de perfección?"

"Dios, por medio de su Palabra".

"Fue, pues, Dios. Ahora piensa: si Dios que conoce la capacidad de los hombres, les dice: 'Venid a Mí. Sed perfectos', señal es que sabe que el hombre, si quiere puede llegar a serlo. Es una voz que habla desde hace mucho. La oyó por primera vez Abraham como una revelación, como una orden, una invitación: "Yo soy el Dios Omnipotente. Camina en mi presencia. Sé perfecto"⁴. Dios se manifestó para que el Patriarca no tuviese dudas de la santidad de la orden, y de la verdad de la invitación. Ordenó caminar en su presencia, porque quien camina en la vida, convencido de hacerlo bajo la mirada de Dios, no comete acciones malas. Por lo tanto se pone en condición de poder llegar a ser perfecto como Dios invita a serlo".

"¡Es verdad! ¡Es la misma verdad! Si Dios lo ha dicho es porque puede hacerse. ¡Oh, Maestro, qué bien se comprende todo cuando Tú hablas! Pero, ¿por qué tus discípulos, y también aquel apóstol, hacen que esta idea de la santidad... se revista de temor? ¿No creen acaso en las palabras que Dios dijo y en las tuyas? ¿O no saben caminar en la presencia de Él?"

"No pienses en ello. No juzgues. Mira hijo, puede ser que su mismo deseo de ser perfectos y su humildad les dice que nunca lo lograrán".

"¿Entonces el deseo de perfección y la humildad son obstáculo para ser perfectos?"

"No, hijo, el deseo y la humildad no son obstáculos. Antes bien es necesario tenerlos muy arraigados, pero ordenados. Lo son cuando no tienen prisas imprudentes, abatimientos sin razón, dudas y desconfianzas como son las de creer que, dada la imperfección del ser, el hombre no pueda llegar a ser perfecto. Todas las virtudes son necesarias, como también lo es un vivo deseo de llegar a la justicia".

"Sí. Esto mismo me dijeron a quienes les pregunté. Me dijeron que es necesario poseer las virtudes. Unos me dijeron que ésta, otros que aquella. Todos eran del parecer que era necesario poseer aquella, como virtud indispensable para ser santos. Esto me llenaba de miedo porque, ¿cómo se pueden tener todas las virtudes en modo perfecto, hacer que nazcan justamente como un montón de diversas flores? Se necesita tiempo... ¡y la vida es tan breve! Maestro, explícame, ¿cuál es la virtud indispensable?"

"La caridad. Si amas serás santo porque del amor al Altísimo y al prójimo brotan todas las virtudes y todas las buenas obras⁵".

⁴ Cfr. Gén. 17. 1.

⁵ Cfr. por eje. Deut. 6, 1-13; Lev. 19, 18; Rom. 13, 8-10; 1 Cor. 5, 13-26.

“¿Sí? De este modo es más fácil. Luego la santidad es amor. Si yo tengo la caridad, tengo todo... La santidad consta de ella”.

jj“De ella y de las otras virtudes, porque la santidad no consiste en sólo ser humildes, prudentes, castos y así sucesivamente, sino en ser virtuosos. ¿Has visto, hijo mío, que cuando un rico piensa dar un banquete, mande acaso que se prepare un solo platillo? O también, cuando alguien quiere ofrecer un manojo de flores, ¿acaso presenta una sola flor? ¿Verdad que no? Porque si a la mesa se pusiesen decenas de platos de la misma comida, los comensales criticarían a su anfitrión. Mostraría él, tal vez, sus riquezas con la abundancia, pero no mostraría su delicadeza en el gusto. Los comensales se saciarían con la variedad de los platos, lo que haría un buen anfitrión. Lo mismo dígame del manojo de flores. Una sola flor, por más grande que sea, no hace un manojo. Pero muchas flores sí lo forman. Y la diversidad de colores y perfumes sacian la mirada y el olfato y hacen que se alabe al Señor. La santidad, que debemos considerar como un manojo de flores que se ofrece al Señor, debe formarse de todas las virtudes. En un espíritu predominará la humildad, en otro la fortaleza, en otro la continencia, en el más allá la paciencia, en el de acá el espíritu de sacrificio o de penitencia, todas las virtudes nacidas bajo la sombra de la planta real y perfumadísima del amor, cuyas flores predominarán siempre en el manojo, pero todas las virtudes componen la santidad”.

“¿Cuál debe cultivarse con mayor cuidado?”

“La caridad. Te lo dije”.

“¿Y luego?”

“No existe un método, hijo mío. Si tú amas al Señor, Él te dará sus dones, esto es, se comunicará a ti, y entonces las virtudes que tratas de hacer crecer robustas, crecerán bajo el sol de la gracia”.

“En otras palabras, ¿en el alma que ama a Dios está Él, quien obra de una manera prodigiosa?”

“Sí, hijo. Es Dios quien obra prodigiosamente, dejando que el hombre ponga de suyo la libre voluntad de tener la perfección, sus esfuerzos por rechazar las tentaciones para mantenerse fiel a su propósito, sus luchas contra la carne, el mundo, el demonio, cuando lo asaltan. Y esto para que su hijo tenga el mérito de su santidad”.

“¡Ah, entiendo! Entonces es muy razonable decir que el hombre ha sido hecho para ser perfecto como Dios quiere. Gracias, Maestro. Ahora he comprendido. Voy a ponerlo en práctica. Ruega por mí”.

“Te llevaré en mi corazón. Vete y no temas que Dios te vaya a dejar sin ayuda”.

El joven contento se separa de Jesús...

Están ya cerca del poblado. Bartolomé con Esteban alcanzan a Jesús para decirle que mientras hablaba con el joven, uno de Elquías el fariseo había venido a pedirle que lo llevase lo más pronto posible porque su mujer estaba agonizando.

“Vamos. Después hablaré. ¿Sabes dónde está?”

“Dejó con nosotros un siervo suyo. Viene detrás con los demás”.

“Tráelo y apresuremos el paso”.

El siervo acude. Un viejo robusto consternado. Saluda y mira a Jesús, que le sonríe y le pregunta: “¿De qué está muriendo tu patrona?”

“De... Tenía qué dar a luz un niño. Pero se le murió en el vientre y su sangre se ha corrompido. Delira como una loca y está agonizando. Le han abierto las venas para que baje la calentura, pero toda la sangre está envenenada y debe morir. La han bajado a la cisterna para calmar el ardor. Este disminuye mientras está en el agua helada, luego y más que antes tose, tose... ¡se morirá!”

“¡Y cómo no! ¡Con ciertos remedios!”

“¿Desde cuándo está enferma?”

El siervo va a responder cuando llega corriendo por la bajada el jefe del manípulo* romano. Se detiene ante Jesús.

“¡Salve! ¿Eres Tú el Nazareno?”

“Lo soy. ¿Qué se te ofrece?”

Los seguidores de Jesús acuden, pensando en quién sabe qué cosa...

“Un día nuestro caballo mató a un niño hebreo y Tú lo curaste para impedir que los hebreos armasen alboroto contra nosotros. Ahora las piedras hebreas han hecho caer a un soldado y él está tendido con la pierna rota. No puedo detenerme. Estoy en servicio. Nadie lo quiere en el poblado. No puede caminar. No puedo llevarlo conmigo con la pierna rota. Sé que no nos desprecias como hacen todos los demás hebreos...”

“¿Quieres que te cure al soldado?”

“Sí. Curaste también al siervo del centurión y a la niña de Valeria. Salvaste a Alejandro de la ira de tus compatriotas. Estas cosas se saben entre los de arriba y entre los de abajo”.

“Vayamos a donde está el soldado”.

“¿Y mi patrona?” pregunta el siervo un poco descontento.

“Después”. Jesús camina detrás del oficial que a paso largo sin estorbo de vestido alguno parece como si corriese. Pero aún así caminando, delante de todos, encuentra el modo de decir a Jesús que le precede: “Un tiempo estuve con Alejandro. Él te... hablaba de Ti. La casualidad me pone ahora cerca de Ti”.

“¿La casualidad? ¿Por qué no dices: Dios? ¿El verdadero Dios?”

El oficial por unos instantes guarda silencio, luego dice de modo que sólo sea Jesús quien lo oiga: “El verdadero Dios sería el de los hebreos... Pero no se hace amar, ¡si es como los hebreos! Ni siquiera tienen compasión de un herido...”

“El verdadero Dios es el Dios de los hebreos, de los romanos, griegos, árabes, partos, escitas, iberos, galos, celtas, libios, hiperbóreos. ¡No hay más que un solo Dios! Pero muchos no lo conocen. Otros lo conocen mal. Si lo conociesen bien, todos se tratarían como hermanos, y no habría vejaciones, ni odios, ni calumnias, ni venganzas, ni lujurias, ni robos, homicidios, adulterios y mentiras. Yo conozco al Dios verdadero y vine para darlo a conocer”.

“Se dice... Nosotros debemos estar siempre preparados a dar cuenta a los centuriones y éstos al Procónsul. Se dice que Tú eres Dios. ¿Es verdad?” El soldado... está preocupado... al decir estas palabras. Mira a Jesús de debajo de la sombra de su yelmo y parece que tuviera temor.

“Lo soy”.

“¡Por Júpiter! ¿Es pues verdad que los dioses bajan a hablar con los hombres? ¡Después de haber recorrido el mundo tras de las insignias y venir aquí, ahora ya viejo, a encontrar a un dios!”

“A Dios. Al Único. No a un dios” le corrige Jesús.

El soldado se siente anonadado al ver que lleva delante a un dios... No habla más... Piensa... Piensa hasta la entrada del poblado donde encuentran el manípulo alrededor del herido que, tirado en tierra, se lamenta.

“¡Aquí lo tienes!” dice el oficial.

Jesús se abre paso. Se acerca. La pierna ha sufrido un duro golpe. El pie lo tiene al revés. Está hinchada y amarillenta. El soldado debe sufrir mucho. Al ver que Jesús alarga su mano, suplica: “¡No me vayas a hacer mucho mal!”

Jesús sonríe. Apenas toca con la punta de sus dedos donde se ve el moretón de la fractura. Dice: ¡Levántate!”

“Tiene otra rotura más arriba, en la cadera” dice el oficial, como queriendo decir: “¿no tocas esa?”

En ese momento uno de Beterón se acerca y dice: “Maestro, Maestro, pierdes el tiempo con los paganos y mi mujer se muere”.

* manípulo = cada una de las 30 unidades tácticas en que se dividía la antigua legión romana

“Ve a traérmela”.

“No puedo. ¡Está loca!”

“Ve a traérmela si tienes fe en Mí”.

“Maestro no se puede. Está desnuda y no se puede vestir. Está loca y rasga los vestidos. Está agonizando. No puede más”.

“Ve a traérmela, si es que no eres inferior en la fe a estos gentiles”.

El hombre se va de mala gana.

Jesús mira al romano extendido a sus pies: “¿Puedes tener fe?”

“Yo sí. ¿Qué quieres que haga?”

“Que te levantes”.

“Ten cuidado, Camilo, que...” dice el oficial. Pero el soldado está ya de pie, ágil, curado del todo.

Los israelitas no lanzan sus hosannas. No es un hebreo el que ha sido curado. Parece como que estuviesen descontentos o por lo menos, en su mirada, se refleja una crítica contra Jesús. No así los soldados. Desenvainan sus cortas y anchas dagas, las levantan, después de golpearlas sobre los escudos, como si se tratase de una fiesta. Jesús está en medio del círculo de espadas.

El oficial lo mira. No sabe qué hacer, qué decir, él, un pagano que está cerca de Dios... Piensa y cree que debe tributar a Dios lo que tributaría al Cesar. Da órdenes de que se le dé el saludo militar dado al emperador (por lo menos sí lo creo porque oigo que de los labios sale un “¡Ave!” fuerte mientras que las hojas de las espadas brillan al ponerse como horizontales sobre el brazo derecho). No contento con esto el oficial dice en voz baja: “No te preocupes si viajas de noche. Los caminos... están vigilados. Hay auxilio contra los ladrones. Puedes estar tranquilo. Yo...” Se calla. No sabe qué más decir.

Jesús le sonríe diciendo: “Gracias. Vete y sé bueno. Aun con los ladrones sé bueno. Sé fiel en tu servicio, pero sin crueldad. Son infelices. Y deberán dar cuenta de sus acciones ante Dios”.

“Haré como dices. ¡Salve! ¡Quisiera volverte a ver otra vez!...”

Jesús lo mira fijamente. Luego agrega: “Nos volveremos a ver, sobre otro monte”. Y repite: “Sed buenos. Adiós”.

Los soldados se ponen en marcha. Jesús entra en el poblado. Pocos metros adelante les salen al paso varias personas que se deshacen en comentarios. Del grupo sale un hombre y una mujer. El hombre es el que estuvo antes. Se inclina ante Jesús. La mujer se pone de rodillas, el hombre no.

“Alzaos y alabad al Señor. Debo decirte a ti —el esposo— que tu conciencia no está limpia. Viniste a Mí por mero egoísmo, no porque me ames, ni porque creas en Mí. Dudaste de mi palabra. ¡Sabes quién soy! Después abrigaste un prejuicio, porque me detuve primero a curar a un gentil, así como todo el poblado que rehusó hospedar al herido. Por un exceso de misericordia y por tratar de que tu corazón sea bueno, curé a tu esposa sin ir a tu casa. No lo merecías. Lo hice para mostrarte que no era necesario presentarme allí. Basta que Yo lo quiera. Pero en verdad te digo, y digo a todos vosotros, que a quienes despreciáis son mejores que vosotros y saben creer mejor que vosotros en mi poder. Levántate mujer. No eres culpable, porque no eras capaz de pensar. Vete y procura creer de hoy en adelante con gratitud de lo recibido del Señor”.

La expresión de los habitantes del poblado es fría. Reaccionan sólo cuando los reprende. Lo siguen con poco entusiasmo hasta la plaza donde se detiene a hablar, porque el sinagogo no lo invita a entrar en ella, ni tampoco alguna casa le abre sus puertas.

“Cuando Dios está con los hombres, éstos pueden todo contra la desgracia, cualquiera que sea su nombre. Cuando Dios, por el contrario, no está con ellos, no pueden nada contra desgracia alguna. En las crónicas de la ciudad se puede ver lo que ha sucedido en ella.. Dios estuvo con Josué y éste derrotó a los reyes cananeos, y por este camino lo ayudó a destruir a los enemigos de Israel ‘mandando sobre ellos granizos como piedras, y murieron más del el

granizo que los que mató la espada', se lee en el libro de Josué⁸. Dios estaba con Judas Macabeo, que se parapetó en estos montes con su pequeño ejército a esperar al poderoso de Cerón, jefe de los ejércitos sirios, y Dios premió las palabras del jefe de Israel con una gran victoria. Pero la condición necesaria para tener a Dios de nuestra parte es obrar por un motivo de justicia. 'En las batallas la victoria no depende del número sino de la ayuda que viene del cielo' dijo Macabeo⁹. En todas las cosas de la vida el bien no nace de la ascendencia del poder o de otra causa, sino de la ayuda que viene del cielo. Y llega porque se le pide para cosas buenas. Por nuestras vidas y por nuestras leyes, dijo el Macabeo¹⁰. Pero cuando se acude a Dios por fines malos o no puros, es en vano invocar su ayuda. Dios no responderá o si responde lo hará con castigos en lugar de bendiciones.

Esta es una verdad que ha olvidado Israel. Se busca la ayuda de Dios y se le invoca por fines no buenos. No se practican las virtudes y no se observan, como se deberían, los mandamientos. Si se observa es para ser visto y los demás lo alaben. Pero muy distinto es lo que hay detrás de las apariencias.

Os vine a decir que seáis sinceros en vuestras acciones porque Dios ve todas las cosas, y los sacrificios son inútiles, vanas las plegarias que se hacen por mera ostentación de culto, cuando el corazón está lleno de pecados, de odio, de perversos deseos.

Beterón, no permitas que tus habitantes hagan lo que Abdías dice de Edom¹¹. Este pueblo, creyéndose seguro, creía que le era lícito oprimir a Jacob y regocijarse en sus derrotas. No te portes así, ciudad sacerdotal. Toma en tus manos y medita el rollo de Abdías. Medita. Cambia de derroteros. Sigue la justicia si no quieres conocer días horrorosos. Entonces no te salvará el que estés sobre una cima, ni el que estés, aparentemente, lejos de los caminos donde se oye el estrépito militar. Veo que hay en ti muchos que no tienen a Dios consigo, que ni lo quieren. ¿Murmuráis? Os digo la verdad. Subí para decíroslo, para salvarlos porque todavía hay tiempo.

¿No era acaso vuestro nombre uno solo? ¿Y no era Israel un sólo pueblo? ¿Por qué, se dividió y tomó dos nombres? ¡Oh, esto me trae a la mente el matrimonio de Oseas con la prostituta y los hijos que nacieron de la fornicación! Pero ¿qué dijo el profeta? 'El número de los hijos de Israel será como la arena del mar... Y en vez de decirles: 'No sois mi pueblo', les será dicho: 'Sois hijos de Dios viviente'. Y los hijos de Judá e Israel se juntarán y elegirán un solo jefe y subirán de la tierra porque grande es el día de Yezrael'¹². Oh, ¿por qué entonces criticáis al que debe reunir todo y hacer un solo pueblo, un solo gran pueblo, único, como único es Dios, amar a todos los hombres porque todos son hijos de Dios y hacer que todos sean hijos del Dios vivo aun cuando al presente parezcan muertos? ¿Podéis juzgar mis acciones, el corazón de ellos y el vuestro? ¿De dónde os viene la luz? La luz viene sólo de Dios. Si Dios me mandó con el encargo de reunir a todos bajo un solo cetro, ¿cómo podéis tener una luz, que sea verdaderamente divina, que os muestra las cosas contrariamente como las ve Dios? Y con todo, vosotros veis al revés de Dios.

No murmuréis. Es la verdad. Estáis fuera de la justicia. Pero mucho más lo están, los que os seducen conduciándoos a la injusticia. Su castigo será doble. Me acusáis de que tengo amistades con el enemigo, con el dominador. Lo estoy leyendo en vuestros corazones. Pero vosotros, ¿no os hacéis amigos de Satanás al haceros secuaces de los que atacan al Hijo del hombre, al Enviado de Dios? Vosotros me odiáis. Pero yo conozco la cara de quien os inspira el odio. Como se lee en Oseas¹³. He venido con las manos llenas de dones y con el corazón lleno de amor. He tratado de atraeros con todos los modos más delicados para que me

⁸ Cfr. Jos. 10.

⁹ Cfr. 1 Mac. 3, 13-24.

¹⁰ Cfr. 1 Mac. 3, 21.

¹¹ Cfr. Todo el pequeño libro de Abdías, sobre todo vv. 10-15.

¹² Lea todo el cap. 1 de Os.

¹³ Cfr. os. Por ej. 2 y 3 y 11.

amaseis. He hablado a mi pueblo como el esposo a su esposa, ofreciéndole un amor eterno, paz, justicia y misericordia. Queda todavía una hora para evitar que mi pueblo me rechace, que los jefes que sublevan al pueblo – los conozco- queden sin rey, ni príncipe, sin sacrificio, ni altar. Cerca de la madriguera, donde el odio es mayor y donde el castigo será más terrible, ved que se procura comprar las conciencias para encaminarlas al crimen. ¡Oh, los que descarrían y engañan las conciencias serán juzgados siete veces más severamente que los engañados!

Vámonos. He venido, hice un milagro y os he dicho la verdad para persuadirlos de que Yo soy. Ahora me voy. Si hay alguno entre vosotros que sea justo, que me siga, porque triste es el futuro de este lugar donde anidan las serpientes para engañar y traicionar”.

Jesús se vuelve para tomar el camino por donde vino.

“¿Por qué, Rabí, has hablado de este modo? Te odiarán” le dicen los apóstoles.

“No trato de conquistar el amor con compromisos, con mentiras”.

“En ese caso hubiera sido mejor no haber venido”.

“No. Era necesario no dejar duda alguna”.

“¿Y a quién convenciste?”

“A nadie. Por ahora a nadie. Pero pronto alguien dirá: ‘No podemos maldecir a nadie porque se nos avisó y no lo hicimos’. Y si echasen en cara a Dios que los castiga, su reproche sería como una blasfemia”.

“¿A quién aludías al decir...?”

“Pregúntaselo a Judas de Keriot. Conoce a muchos de este lugar y todas sus ardidess”.

Todos los apóstoles miran a Judas.

“Es así. El lugar es casi propiedad de Elquías. Pero... no creo que Elquías...” las palabras mueren en los labios de Judas que al levantar sus ojos de la cintura, que se estaba ajustando como para darse tono, encuentra la mirada de Jesús. Una mirada tan penetrante que parece como si fuera magnética. Baja la cabeza y concluye diciendo: “Ciertamente que es una población soberbia y odiosa, digna de quien se ha apoderado de ella. Cada quien tiene lo que se merece. Ellos tienen a Elquías, nosotros a Jesús. El Maestro ha hecho muy bien en hacerles notar que sabe todo. Muy bien”.

“Pero que si son malos. ¿Habéis visto? ¡Ni siquiera un saludo después del milagro! ¡Ni siquiera una limosna! ¡Nada!” Observa Felipe.

“Me preocupo muchísimo cuando el Maestro los desenmascara así” suspira Andrés.

“Que lo haga o que no lo haga da lo mismo. De todos modos lo odian. Quisiera regresar a galilea” dice Juan.

“¡A Galilea! ¡Qué bueno sería!” suspira Pedro y baja pensativo su cabeza.

Los que siguen a Jesús y que no lo dejan, hacen comentarios y más comentarios junto con los discípulos.

212. Hacia Gabaón

18 octubre 1946

Jesús no dispone de mucho tiempo para quedarse con sus pensamientos. Juan y su primo Santiago, después Pedro y Simón Zelote, lo alcanzan y llaman su atención sobre el panorama que se ve desde lo alto del monte. Es inútil su intento, porque se ve claramente que está triste. Le recuerdan lo que sucedió en esos lugares. El viaje a Ascalón... La casa de los campesinos de la llanura de Sarón donde Jesús devolvió la vista al viejo padre de Gamala y Jacob... el retiro al Carmelo de Jesús y Santiago... Cesarea marítima y la niña Aurea Gala... el encuentro con Síntica... Los gentiles de Jope... los ladrones cerca de Modín... el milagro de la mies en casa de José de Arimatea... la vieja espigadora... se trata de cosas cada una de las cuales es capaz de infundir alegría... pero en las que, para todos o para Él solo, hay una mezcla de tristeza, el recuerdo de un dolor. Se dan cuenta los mismos apóstoles y murmuran:

“Verdaderamente que en todas las cosas de la tierra se encuentra el dolor. Es un lugar de expiación...”

A tiempo observa Andrés que se ha juntado al grupo con Santiago de Zebedeo: “Ley justa para nosotros los pecadores. Pero, ¿por qué Él debe sufrir tanto?”

Se prende una discusión amigable y sigue así aun cuando los demás se acercan al oír sus voces. Menos Judas Iscariote que está ocupadísimo con la gente a la que enseña, imitando al Maestro en la voz, modos, ideas. Pero es una imitación teatral, pomposa, falta de calor de la convicción. Los que lo escuchan se lo dicen sin rodeos, lo que lo pone nervioso. Él les echa en cara que sean unos necios y que por eso no comprenden nada. Les dice que los deja porque “no es justo arrojar las perlas de la sabiduría a los cerdos”. Pero se queda porque la gente sencilla le ruega que los compadezca, pues declaran que son “inferiores a él como un animal lo es a un hombre”.

Jesús está distraído con lo que dicen los once que lo rodean para escuchar lo que dice Judas, que seguro no le dará ningún placer... Suspira y se queda callado hasta que Bartolomé directamente le llama la atención señalándole los diversos puntos de vista de por qué, Él que es inocente de todo pecado, deba sufrir.

“Le dice: “Sostengo que esto sucede porque el hombre odia a quien es bueno. Me refiero al hombre culpable, esto es, a la mayoría. Y ésta comprende que al compararse con quien no tiene pecado resalta su culpabilidad, como sus vicios, y se venga haciendo sufrir al bueno”.

“A mí me parece que sufres por el contraste entre tu perfección y nuestra miseria. Aun cuando nadie te despreciase en nada. Igualmente sufrirías porque tu perfección debe padecer una gran repulsión por los pecados de los hombres” dice Judas Tadeo.

“Yo al contrario sostengo que Tú, que eres como nosotros, sufres por el esfuerzo que haces al contener con tu parte sobrenatural la oposición de tu humanidad contra tus enemigos” dice Mateo.

“Yo, seguro estoy de equivocarme por ser un tonto, afirmo que sufres porque tu amor es rechazado. No sufres porque no puedas castigar como tu humanidad lo pediría, *sino que sufres por no poder hacer el bien como quisieras*” dice Andrés.

“Bueno. Yo aseguro que sufres porque debes sufrir todo el dolor posible para redimirlo. En Ti no predomina una u otra Naturaleza, sino que son iguales en Ti, fundidas, en un perfecto equilibrio, para formar la Víctima perfecta. Tan sobrenatural una que puede ser capaz de resarcir la ofensa hecha a la Divinidad, tan humana la otra que puede representar al linaje humano y llevarlo de nuevo al estado inmaculado del primer Adán para anular el pasado y engendrar una nueva raza humana. Volver a crear una nueva raza según el pensamiento de Dios, esto es, un linaje humano en que exista realmente la imagen y semejanza de Dios ¹ y el destino del hombre, que es poder aspirar a la posesión de Dios en su reino. Debes sufrir sobrenaturalmente, y sufres, por lo que ves que se hace y por lo que te rodea. Podría decir: porque se ofende siempre a Dios. Debes sufrir humanamente, y sufres, para arrancar las inclinaciones perversas de nuestra carne que envenenó Satanás. Con el sufrimiento completo de tus dos naturalezas perfectas borrarás completamente las ofensas hechas a Dios, la culpa del hombre” dice Zelote.

Los otros callan. Jesús pregunta: “¿Y vosotros no decís nada? ¿Cuál es según vosotros la mejor opinión?”

Unos dicen que ésta, otros que aquella. Santiago de Afeo y Juan no dicen nada.

“¿Y vosotros dos? ¿No os gustó ninguna?” dice Jesús para hacerlos hablar.

“Sí. En cada uno de ellos encontramos algo de verdad. Mejor dicho, mucho de verdad. Pero nos parece que todavía falta que se diga la verdad completa”.

“¿Y no podéis encontrarla?”

“Tal vez Juan y yo la hemos encontrado. Nos parece como si fuera una blasfemia decirla... Somos de los israelitas buenos y tenemos tanto miedo de Dios que no nos atrevemos a

¹ Cfr. Gén. 1, 26-28.

pronunciar su Nombre. Nos parece que es una blasfemia pensar que, si los hijos del pueblo elegido, el hijo de Dios, casi no se atreve a pronunciar el Nombre bendito y para eso ha creado sustitutos, pueda Satanás atreverse a hacer daño a Dios. Y con todo vemos que siempre sufres más, porque eres Dios y Satanás te odia. Te odia más que a ningún otro. Te topas con el odio, hermano mío, porque eres Dios” dice Santiago.

“Sí, te topas con el odio porque eres el Amor³. No son los fariseos, ni los rabinos, ni esto o aquello, lo que te causa dolor. Es el Odio que se apodera de los hombres y los lanza ciegos de ira contra Ti, porque con tu amor le arrancas muchas presas” dice Juan.

“Falta, todavía algo más. Buscad la razón verdadera, por la que soy...” dice Jesús insistiendo.

Pero nadie encuentra algo más qué añadir. Piensan y piensan. Se rinden diciendo: “No encontramos nada más...”

“Es muy sencillo. Está ante los ojos. Resuena en las palabras de nuestros libros, en las figuras de nuestras narraciones... ¡Ea, buscad! En todo lo que habéis dicho hay algo de verdad, pero falta la razón principal. Buscadla no en el momento actual, sino en el pasado, más allá de los profetas, más allá de los patriarcas, más allá de la creación del Universo...”

Los apóstoles piensan pero... no encuentran.

Jesús sonríe. Añade: “Si os acordáis de mis palabras, encontraríais la razón. Pero no podéis hacerlo por ahora. Un día las recordaréis⁴. Escuchad. Atravesemos la corriente de los siglos, más allá de los límites del tiempo. Quién fue el que echó a perder el corazón del hombre, lo sabéis. Fue satanás, la Serpiente, el Adversario, el Enemigo, el Odio. Llamadlo como queráis. Pero ¿por qué lo echó a perder? Por ser muy envidioso⁵: no pudo soportar que el hombre fuese destinado al cielo del que había sido él arrojado. Quiere que el hombre participe del destierro al que ha sido condenado. ¿Por qué fue arrojado? Por haberse rebelado contra Dios. Lo sabéis. ¿En qué se rebeló No obedeciendo. En el principio del dolor hay una desobediencia. ¿No es pues lógico que, para restablecer el orden, que es siempre alegría, deba existir una obediencia perfecta?⁶ Es difícil obedecer, sobre todo en cosas de monta. Lo difícil causa dolor a quien lo cumple. Pensad pues si Yo, a quien el Amor pidió si quería devolver el gozo a los hijos de Dios, no debo sufrir infinitamente para cumplir la obediencia al Plan de Dios. Debo, pues, sufrir, para *borrar* no uno o mil pecados, sino el mismo *pecado por excelencia* que, en el espíritu angélico de Lucifer o en el que animaba a Adán, fue y será siempre, hasta el último ser viviente, pecado de desobediencia a Dios. Vosotros debéis obedecer en cierto límite eso poco –que os parece mucho, pero no lo es- que Dios os pide. Os pide, teniendo en cuenta su justicia, lo que podéis dar. Vosotros de la voluntad de Dios conocéis sólo lo que podéis realizar. *Pero yo conozco todo su Pensamiento, en los sucesos grandes o pequeños. No se me han impuesto límites en conocer y en ejecutar lo que sé. El Sacrificador amoroso, el Abraham divino⁷, no perdona a su Víctima y su Hijo. Es Amor insatisfecho y ofendido que exige reparación y ofrenda. Si viviese miles y miles de años, nada sería, si no consumiese el Hombre hasta la última fibra, así como nada hubiera sido si ab eterno no hubiese dicho Yo “Sí” a mi Padre, disponiéndome a obedecer como Dios Hijo y como Hombre, en el momento que mi Padre juzgó ser el oportuno. La obediencia es dolor y es gloria. La obediencia, como el espíritu, jamás muere. En verdad os digo que los verdaderos obedientes, serán como dioses, pero después de una lucha continua contra sí mismos, contra el mundo, contra Satanás. La obediencia es luz: cuanto más se es obediente, tanto más hay luz y se ve mejor. La obediencia es paciencia: cuanto más se es obediente, tanto más se*

³ Cfr. Is. 54, 4-10; 1 Ju 4, 7-16.

⁴ Alusión a la sobreabundante efusión del Espíritu Santo y a sus admirables efectos entre los cuales está el de traer a la memoria las palabras de Jesús. Cfr. Ju. 14, 25-26; 16, 12-15.

⁵ Cfr. Sab. 2, 23-24; y el Himno en honor de los Ángeles Custodios en el *Breviario Romano*.

⁶ Cfr. Fip. 2, 5-11.

⁷ Cfr. Gén 22.

soportan las cosas y las personas. La obediencia es humildad: cuanto: cuanto más se es obediente, tanto más se es humilde para con nuestro prójimo. La obediencia es caridad, porque es un acto de amor: cuanto más obediente se es, tanto más los actos son numerosos y perfectos. La obediencia es heroicidad. Y el héroe del espíritu es el santo, el ciudadano de los cielos, el hombre divinizado. Si la caridad es la virtud en que se encuentra de nuevo a Dios Uno y Trino, la obediencia es la virtud en que me encuentro Yo, vuestro Maestro. Haced que el mundo os reconozca como a mis discípulos por una obediencia absoluta a todo lo que es santo. Llamad a Judas. Tengo qué decir algo también para él...”

Judas acude, Jesús señala el panorama que se empequeñece, cuanto más se descende. Dice: “Os voy a proponer una breve parábola, a vosotros, futuros maestros del espíritu. *Tanto más veréis cuanto más subáis por el camino de la perfección, que es arduo y penoso.* Veíamos antes las dos llanuras: la filistea y la de Sarón con muchos poblados, campos y huertas, y lográbamos ver allá en la lejanía algo azul que es el gran mar, también veíamos allá en el fondo el verde Carmelo. Ahora vemos menos. El horizonte se ha reducido y se reducirá hasta desaparecer cuando lleguemos a la llanura. *Lo mismo sucede con quien baja en el espíritu, en vez de subir. Su virtud y saber se hacen cada vez más limitados, lo mismo que su modo de juzgar, hasta que desaparecen. Entonces la vida de un maestro de espíritu ha muerto para su misión. No es capaz de discernir, como tampoco de guiar. Es un cadáver y puede corromper, así como está ya corrupto.* El bajar algunas veces anima, mejor dicho, casi siempre, porque en el fondo hay satisfacción de los sentidos. También nosotros bajamos a la llanura para encontrar descanso y comida. Pero si esto es necesario para nuestro cuerpo, *no es necesario satisfacer el apetito del sentido y la pereza del espíritu con bajar a los valles del sensualismo moral y espiritual. Sólo es permitido tocar un valle: el de la humildad. Y es porque hasta él descende Dios para tomar el espíritu humilde y llevarlo arriba consigo. Quien se humilla será exaltado. Cualquier otro valle es letal porque aleja del cielo”.*

“¿Para qué me llamaste, Maestro?”

“Para esto. Has hablado mucho con los que te hacían preguntas”.

“Sí, pero no vale la pena. Son más duros de cabeza que unos mulos”.

“Y Yo he querido depositar un pensamiento donde no queda nada. Para que pueda nutrir tu espíritu”.

Judas lo mira cortado. No sabe si es una alabanza o un regaño. Los demás que no habían oído lo que Judas decía a los que seguían a Jesús, no comprenden que echa en cara a Judas su soberbia.

Judas piensa que es mejor desviar la conversación por otros caminos. Pregunta: “Maestro, ¿qué piensas? Esos romanos, como el hombre de Petra, ¿podrán algún día comprender tu doctrina, pues por tan poco tiempo han estado en contacto contigo? ¿Y aquel Alejandro? Se fue... no lo volveremos a ver. También estos. Se puede decir que en ellos existe un instinto por buscar la verdad, pero están sumergidos hasta el cuello en su paganismo. ¿Lograrán llegar decidirse por alguna cosa buena?”

“¿Quieres decir que encuentren la verdad?”

“Eso es Maestro”.

“¿Y por qué no podrán lograrlo?”

“Porque son pecadores”.

“¿Sólo ellos lo son? ¿No los hay entre nosotros?”

“Ciertamente, muchos. Por esto digo que si nosotros alimentados con la sabiduría y verdad seculares, somos pecadores, y no logramos llegar a ser justos y seguidores de la Verdad que representas, ¿cómo lo podrán lograr ellos, repletos de inmundicias como están?”

“Cualquier hombre puede llegar a poseer la verdad, esto es, a Dios. Cualquiera que sea el punto del que parta. *Mientras no haya soberbia en la inteligencia y perversión en la carne, sino una búsqueda sincera de la verdad y de la luz, pureza de fin y anhelo por Dios, cualquier hombre está ya en los caminos de Dios”.*

“Soberbia en la mente... depravación en la carne... Maestro... entonces...”

“Continúa lo que estás diciendo. Está bien...”

Judas tergiversa todo, y concluye: “Luego ellos no podrán llegar a Dios porque son depravados”.

“No era esto lo que quería decir, Judas. ¿Por qué has tergiversado tu pensamiento y tu conciencia? ¡Oh, cuán difícil es que el hombre suba a Dios! El obstáculo se encuentra en sí mismo, que no quiere confesar y reflexionar sobre sí mismo y sus defectos. Es verdad también que muchas veces se calumnia a Satanás, echando sobre él la culpa de cualquier ruina espiritual. Y mucho más calumniado lo es Dios a quien se achaca todo lo que sucede. Dios no viola la libertad del hombre. Satanás no puede vencer una voluntad firme en el bien. *En verdad os digo que el setenta por ciento de las veces el hombre peca por su voluntad.* Y –no se le tiene en cuenta, las cosas son así- *no se levanta del pecado porque evita examinarse; y aun cuando la conciencia, con un movimiento imprevisto, se yergue ante él y le grita la verdad que no ha querido meditar, el hombre sofoca ese grito, borra esa figura enérgica y afligida que se yergue ante su inteligencia, altera con esfuerzos su pensamiento al que había llegado la voz acusadora y rehúsa decir, por ejemplo: “Entonces nosotros, yo, no podemos llegar a la verdad porque tenemos soberbia en la inteligencia y corrupción en la carne”.* Así es. Y la verdad es que si no avanzamos hacia el camino de Dios es porque en nosotros hay soberbia de inteligencia y corrupción en la carne. Una soberbia verdaderamente rival de la satánica, en tal forma que los actos de Dios se les juzga o se les pone obstáculo, cuando son contrarios a los intereses de los hombres y de los partidos. Y este pecado hará que muchos de Israel se condenen”.

“Pero no todos somos así”.

“Es verdad. Hay corazones buenos todavía, y en todas las clases sociales. Más numerosos los hay entre la gente humilde del pueblo que entre los doctores y ricos. Pero sí los hay. ¿Cuántos? ¿Cuántos, teniendo en cuenta este pueblo de Palestina al que ya hace casi tres años que evangelizo, y hago bien y por el cual muero? Se ven más estrellas en un cielo nublado que corazones en Israel deseosos de venir a mi reino”.

“¿Y los gentiles, eso gentiles, entrarán?”

“No todos, pero sí muchos. También entre mis discípulos no todos perseverarán hasta el fin. Pero no nos preocupemos por la fruta podrida que cae de las ramas. *Procuremos con dulzura, firmeza, reprehensiones y perdón, con paciencia y caridad, que no se echen a perder. Cuando digan “no” a Dios y a sus hermanos que los quieren salvar, y se echen en brazos de la muerte, de Satanás, muriendo impenitentes, bajemos la cabeza y ofrezcamos a Dios nuestro dolor por no haberle dado el gozo de haber salvado esa alma. Cualquier maestro conoce estas derrotas. Y sirven también, para tener mortificado el orgullo de maestro de las almas y para probar su constancia en el ministerio. El mal éxito no debe detener la voluntad del educador de espíritu, antes bien espolearlo a hacer en lo futuro más y mejor.*”

“¿Por qué dijiste al decurión que lo volverías a ver sobre un monte? ¿Cómo haces para saberlo?” Jesús mira a Judas fijamente de una manera extraña. Esa mirada está envuelta parte en alegría parte en tristeza. Responde: “Porque será uno de los que estarán presentes cuando esté arriba y dirá el gran doctor de Israel unas palabras severas pero verdaderas. Y desde ese momento tomará su camino que lo llevará a la Luz. Ved allí a Gabaón. Que vaya Pedro con otros siete a anunciarme. Inmediatamente hablaré para despedir a la gente que me sigue de los poblados cercanos. Los otros se quedarán conmigo hasta el sábado, esto es, tú, Judas, Mateo, Simón y Bartolomé”.

(Entre los soldados que estuvieron en la crucifixión no reconocí al decurión. Pero debo añadir que dado que estaba atentísima a Jesús, no puse atención en todos. Para mí no era más que un grupo de soldados que cumplían con su deber. No otra cosa. Por otra parte cuando hubiera podido haberlos notado mejor “porque todo estaba consumado”, era una luz tan pálida que sólo los rostro más conocidos podían reconocerse. Por las palabras de Jesús,

pienso que haya sido aquel soldado que dijo a Gamaliel algunas palabras que no recuerdo y que no puedo comprobar porque estoy sola y no hay quien me dé el cuaderno de la Pasión.)

213. En Gabaón

22 octubre 1946

En primavera, verano y otoño, Gabaón situada sobre la cima de una colina en medio de una fertilísima llanura, debe ser una ciudad atractiva, aireada y con un bellissimo panorama. Sus blancas casas están escondidas entre el follaje de los árboles que no lo pierden, entremezclados con otros que no tienen ni una hoja por ahora, pero que en la estación propicia transformarán la colina en una nube de ligeros pétalos y más tarde en un triunfo de frutos. Ahora en invierno, se ven por sus pendientes vides sin hojas, olivos grises, o bien salpicadas de huertos en que sólo se ven oscuros troncos. Y con todo es hermosa y bien aireada. La vista descansa por la pendiente de la colina y en la llanura arada.

Jesús va a una gran cisterna o pozo que me trae a la memoria el de la Samaritana o el de En Rogel, y mucho más. Los depósitos cerca de Hebrón.

Hay mucha gente allí, unos se apresuran a sacar agua suficiente, porque el sábado está cercano; otros se dan prisa por terminar sus últimos quehaceres, y otros que, terminadas sus labores, se entregan al descanso sabático.

En medio de ellos están los ocho apóstoles que anuncian al Maestro y que han tenido éxito porque veo que se reúnen en torno a ellos enfermos, mendigos y gente que sale de las casas.

Cuando Jesús llega a donde está la cisterna, se oye un murmullo, que se transforma en un grito unánime: “¡Hosanna, hosanna! ¡Entre nosotros está el Hijo de David! ¡Bendita la Sabiduría que llega a donde fue invocada!”

“Benditos vosotros que sabéis acogerla. ¡Paz, paz y bendición!” E inmediatamente se dirige a los enfermos y los paralíticos por alguna desgracia o por enfermedad, a los ciegos que nunca faltan o que pronto cegarán, y los cura.

Qué hermoso es el milagro que se realiza en un niño mudo que su madre presenta a Jesús y que lo cura al darle un beso en la boca, y después el niño repite los bellos nombres de: “¡Jesús! ¡María!” Y desde los brazos en que lo tenía su madre se echa en los de Jesús, apretándole el cuello, hasta que Jesús lo devuelve a su feliz madre que dice a Jesús que este primogénito, destinado ya en su corazón y en el de su marido antes de que naciera para ser levita, podrá serlo ahora que no tiene ya defecto alguno: “Mi esposo Joaquín y yo no lo pedimos al Señor para nosotros, sino para que le sirviese a Él. Y no pedí para él el uso de la palabra para que me llame madre y me diga que me ama. Sus ojos y sus besos me lo decían ya. Pedí el milagro para que cual cordero sin mancha podría ser ofrecido al Señor y alabase su Nombre”.

Jesús le responde: “El Señor oía las palabras de tu corazón, porque Él, cual una madre, los sentimientos los hace palabras y realidad. Bueno fue tu deseo y el Altísimo lo acogió. Ahora procura que tu hijo se instruya en la alabanza perfecta para que sea perfecto cuando sirva al Señor”.

“Sí, Rabí. ¿Pero qué debo hacer?”

“Haz que ame al Señor Dios con todo su ser y espontáneamente florecerá en su corazón la alabanza perfecta y será perfecto en el servicio de su Dios”.

“Has dicho bien, Rabí. La Sabiduría está en tus labios. Háblanos a todos nosotros, te lo ruego” dice un gabaonita de aspecto majestuoso que se ha abierto paso hasta donde está Jesús y a quien invita para que vaya a la sinagoga. Es el sinagogo.

Jesús, seguido de todos, se dirige al lugar, pero como a la gente de la población se ha unido también la que lo sigue, no hay lugar en la sinagoga para todos. Por eso, Jesús, siguiendo el consejo del sinagogo, habla desde la terraza de su casa, que está contigua a la sinagoga. Es una casa amplia y baja, que cubre por dos lados un cercado de verdes jazmines.

La voz fuerte y armoniosa de Jesús atraviesa el aire tranquilo de la tarde que desciende, se propaga por la plaza, llega a las tres calles que en ella desembocan. Un pequeño mar de cabezas atento lo escucha.

“La mujer conciudadana vuestra, que pidió que se hijo hablase, no por el deseo de oír de sus labios dulces palabras, sino para que pudiese entrar al servicio de Dios, me recuerda otra palabra, muy lejana, que salió de los labios de un gran hombre que tuvo esta ciudad. Dios escuchó aquella petición como la de esta mujer, porque en ambas encontró que su petición era algo justo, cosa que debería de haber en todas las plegarias para que Dios las acoja y las conceda. ¿Qué cosa es necesaria, durante la vida, para obtener después el premio eterno, la verdadera Vida eterna y feliz? Ante todo, amar al Señor con todo el ser y al prójimo como uno mismo. Esto es lo más necesario para tener a Dios como amigo, y para alcanzar de Él gracias y bendiciones. Cuando Salomón se convirtió en rey, después de la muerte de David, vino a esta ciudad donde ofreció sacrificios. En aquella noche el Altísimo se le apareció diciéndole: ‘Pídeme lo que deseas’¹. Una benignidad inmensa de parte de Dios. Y una gran prueba de parte del hombre. *Porque corresponde una gran responsabilidad al que recibe un don, responsabilidad tanto más grande, cuanto mayor es el don. Y es una prueba para saber a qué grado de formación ha llegado el espíritu. Si un espíritu que ha recibido de Dios un don, en lugar de perfeccionarse, baja a la materialidad, cae en la prueba y así muestra que no está formado, que su formación es parcial. Dos cosas son índice del valor espiritual del hombre: su modo de comportarse en la alegría y en el dolor. Sólo el que está formado rectamente sabe ser humilde en la gloria, fiel en la alegría, agradecido y constante aún después de haber recibido algo, aún cuando no desee más. Y sólo el que sabe ser paciente y perseverante en su amor para con Dios, aun cuando las penas se encarnicen contra él, es realmente un santo*”.

“Maestro, ¿puedo hacerte una pregunta?” dice uno de Gabaón.

“Habla”.

“Es verdad todo lo que has dicho. Y si he entendido bien, quisiste decir que Salomón superó felizmente la prueba. Pero luego pecó. Respóndeme ahora: ¿por qué Dios le hizo ese bien, si luego pecaría?² Ciertamente el Señor conocía el futuro pecado del rey. Y entonces, ¿por qué le dijo: ‘Pídeme lo que quieras’? ¿Fue un bien o un mal?”

“Fue siempre un bien, porque Dios no hace cosas malas”.

“Pero acabas de decir que a cada don toca un responsabilidad.

Ahora al haber Salomón pedido y alcanzado la sabiduría...”

“Tenía la responsabilidad de haber sido sabio y no lo fue, quieres decir. Tienes razón. Yo te digo que por haber faltado a la sabiduría no dejó de ser castigado justamente. Pero la acción de Dios de haberle concedido la sabiduría fue cosa buena. Como también fue bueno que Salomón hubiera pedido sabiduría y no cosas materiales. Y como Dios es Padre y es justo, en el momento el error, se le perdonó mucho de éste, porque tuvo presente que el pecador había amado un tiempo más la Sabiduría que cualquier otra cosa o criatura. Una acción habrá disminuido la otra. La acción buena hecha con anterioridad al pecado permanece y sirve para el perdón, *con la condición de que el pecador después de su falta, se arrepienta*. Por esto os digo que no dejéis pasar ocasión de hacer acciones buenas, que sirvan como de moneda para descontar vuestros pecados, cuando por gracia de Dios, os arrepentís de ellos.

Las buenas acciones, aun cuando parezca que ya pasaron, y erróneamente se pueda pensar que no estimulan en nosotros nuevos incentivos y fuerzas para las cosas buenas, son siempre activas, aun cuando no sea más que por el recuerdo que surge del fondo de un alma abatida, y provoca un pesar por el tiempo en que fue uno bueno. El pesar es con frecuencia el primer paso hacia el camino de regreso a la Justicia. He dicho que aun un vaso de agua que se da con amor a un sediento, no queda sin premio. Un sorbo de agua no es nada, como valor material, pero lo hace grande la caridad. Y no queda sin premio. Algunas veces el premio

¹ Cfr. 2 Par. 1, 1-12; 3 Rey. 3, 4-15; Sab. 8, 17 – 9, 18.

² Cfr. 3 Rey. 11.

puede significar regreso al bien que se forma con el recuerdo de aquella acción, de las palabras del hermano sediento, de los sentimientos del corazón que se tuvieron en aquel entonces, del corazón que ofrecía de beber en nombre de Dios y por amor. Y sucede entonces que Dios, como consecuencia de los recuerdos, torna como un sol que sale después de la negra noche, a brillar en el horizonte de un pobre corazón que lo perdió y que, fascinado por su inefable presencia, se humilla y grita: “¡Padre, he pecado! Perdóname. Nuevamente te amo”.

Amar a Dios es sabiduría. Es la más grande sabiduría porque quien ama conoce todo, posee todo. Mientras la tarde está por caer, y el viento frío hace que os estremezcáis y agita las antorchas que tenéis encendidas, Yo no vengo a deciros lo que sabéis, esto es, los puntos del Libro sapiencial donde se describe cómo obtuvo Salomón la sabiduría y la plegaria que pronunció para alcanzarla. Pero como recuerdo mío, como un sendero seguro, como luz que sirve de guía, os exhorto a que meditéis con vuestro sinagogo esas palabras. El libro de la Sabiduría debería ser un manual de la vida espiritual. Cual mano materna os debería guiar e introducir en el perfecto conocimiento de las virtudes y de mi doctrina. Porque la Sabiduría me prepara los caminos y hace de los hombres ‘seres de corta vida e incapaces de comprender los juicios y las leyes, siervos e hijos de las esclavas de Dios’⁴, dioses del paraíso divino.

Buscad ante todo la Sabiduría para honrar al Señor y oír que os diga en el día eterno: ‘Ya que amaste sobre todo esto y no las riquezas, bienes, gloria, vida larga, triunfo sobre tus enemigos, que se te conceda la Sabiduría’⁵, esto es, Dios mismo, porque el espíritu de Sabiduría es el Espíritu de Dios. Buscad ante todo la Sabiduría santa y, Yo os digo, se os darán todas las demás cosas de tal forma que ninguno de los grandes del mundo podrá conseguirla. Amad a Dios. Vuestra ocupación sola sea amarlo. Amad al prójimo para honrar a Dios. Consagrados a su servicio, a su triunfo en los corazones. Convertid al Señor quien no es su amigo. Sed santos. Acumulad obras santas como defensa vuestra contra las posibles debilidades del hombre. Sed fieles al Señor. No critiquéis ni a vivos ni a muertos. Más bien esforzaos en imitar a los buenos, y no por alegría vuestra terrena, sino por alegría de Dios, pedidle gracias, que se os darán.

Vámonos. Mañana oraremos juntos y Dios estará con nosotros”.

Jesús los bendice y se despide de ellos.

214. Volviendo a Jerusalén

24 octubre 1946

El viento húmedo y frío peina los árboles de la colina y juega en el cielo con nubes algo amarillentas. Jesús, los doce y Esteban, envueltos en sus mantos, descienden de Gabaón por el camino que lleva a la planicie. Conversan entre sí, mientras Jesús, absorto en uno de sus silencios, está lejos de lo que lo rodea. Y sigue así hasta que llegados a un cruce a la mitad de la pendiente, mejor dicho, casi a los pies, dice: “Tomemos por acá y vayamos a Nobe”.

“¿Cómo? ¿No regresas a Jerusalén?” pregunta Iscariote.

“Nobe y Jerusalén son casi una misma cosa para el que está acostumbrado a caminar. Prefiero estar en Nobe. ¿Te desagrada?”

“¡No, Maestro! Me da lo mismo... Más bien me desagrada que Tú, en un lugar tan favorable, hayas hecho tan poca figura. Hablaste más en Beterón que ciertamente no te ama. Deberías, según mi parecer, hacer al contrario. Procura traerte cada vez más a Ti las ciudades que veas que te quieren, hacer que te sirvan... de arma contra las ciudades que dominan quienes son enemigos tuyos. ¿Comprendes el valor que tienen las ciudades cercanas a Jerusalén si están de tu parte? Jerusalén no es todo. También los otros lugares pueden tener valor y hacer presión, con su valer, en las determinaciones de Jerusalén. Generalmente los

⁴ Cfr. Sab. 8, 17 – 9. 18.

⁵ Cfr. 2 Par, 1, 11-12.

reyes son proclamados, en las ciudades que les son más fieles, y una vez proclamados, las otras no tienen más que resignarse...”

“Cuando no se rebelan, que si lo hacen, vienen las luchas fratricidas. No creo que el Mesías quiera iniciar se Reino con una guerra intestina” dice Felipe.

“Yo quería una cosa, y es que ese Reino empezara en vuestros corazones con un juicio recto de las cosas. Pero todavía no sois capaces de verlas en su justo punto... ¿Cuándo comprenderéis?”

Presintiendo lo que está por llegar sea un reproche, Iscariote vuelve a preguntar: “¿Por qué, pues, acá en Gabaón hablaste tan poco?”

“Preferí escuchar y descansar. ¿No comprendéis que también Yo tengo necesidad de descanso?”

“Pudimos detenernos y darles gusto. ¿Si estabas tan cansado para qué te has puesto otra vez en camino?” pregunta Bartolomé afligido.

“No estoy cansado en el cuerpo. No necesito descansar para darle alivio. Es mi corazón que está cansado, el que tiene necesidad de reposo, y este lo encuentro donde hay amor. ¿Crees que sea insensible al rencor? ¿Que no me duele cuando se me arroja? ¿Creéis que las conjuras que se traman contra Mí, me dejan insensible? ¿Que las traiciones de quien finge ser amigo mío, pero no es más que un espía de mis enemigos, que pusieron a mi lado para...”

“¡Esto jamás será, Señor! Ni siquiera debes sospecharlo. Al hablar así nos ofendes” protesta Iscariote con un enojo fingido, mayor que el de todos los demás, que también protestan diciendo: “Maestro, nos apenas con estas palabras. ¡Dudas de nosotros!” El impulsivo Santiago de Zebedeo exclama: ¡Hasta la vista, Maestro, regreso a Cafarnaúm con el corazón despedazado, pero me voy. Y si no basta Cafarnaúm, me iré con los pescadores de Tiro y Sidón, me iré a Cintium, me iré a donde pueda, lo más lejos posible, de modo que no puedas pensar que yo te traiciono. ¡Bendíceme por última vez!”

Jesús, lo abraza diciendo: “Cálmate apóstol mío. Son muchos lo que se llaman mis amigos. No sois vosotros los únicos. Te causaron dolor mis palabras lo mismo que a vosotros. ¿Pero en qué corazón debo depositar mis aflicciones y buscar consuelo sino en los de mis amados apóstoles y discípulos fieles? Busco en vosotros una parte de la unión que dejé para unir a los hombres: la unión con mi Padre en el cielo, y una gota del amor que dejé por amor de los hombres: el amor de mi Madre. Los busco para que me ayuden. ¡Oh, la amarga onda, el peso inhumano desbordan mi corazón, oprimen el corazón del Hijo del hombre!... Mi Pasión, mi hora, cada vez más cercana... Ayudadme a soportarla, a realizarla... ¡porque es muy dolorosa!”

Los apóstoles se miran conmovidos ante el dolor profundo que respiran las palabras del Maestro y no saben hacer otra cosa más que estrecharse a Él, acariciarlo, besarlo... El beso que le dan Judas a la derecha y Juan a la izquierda es simultáneo. Jesús baja sus párpados, velando sus ojos...

Siguen caminando, y Jesús puede terminar ahora su pensamiento que le interrumpieron: “En medio de tantas angustias mi corazón busca lugares dónde encontrar amor y descanso. Dónde, en lugar de hablar a piedras secas, a engañosas serpientes o mariposas caprichudas, pueda escuchar las palabras de otros corazones y consolarse al sentir que son sinceras, amorosas, rectas. Gabaón es uno de tales lugares. Nunca había venido. Pero me encontré con un campo arado en el que sembraron óptimos operarios de Dios. ¡El sinagogo! Vino a la Luz, pero era ya un espíritu iluminado. ¡lo que puede hacer un buen siervo de Dios! Gabaón no está fuera de los ardides de quien me odia. También allí se tratará de seducir, de corromper. Pero en ella hay un buen sinagogo y el veneno del mal no tiene su fuerza en ella. ¿Creéis acaso que me guste estar siempre corrigiendo, censurando, reprendiendo? Mucho más dulce es decir: “Has comprendido la Sabiduría. Sigue tu camino y sé santo” como dije al sinagogo de Gabaón”.

“¿Volveremos entonces?”

“Cuando el Padre me permite que encuentre un lugar de paz, me alegro y bendigo a mi Padre. Pero no he venido para esto. Vine para convertir al Señor los lugares culpables y alejados de Él. Pensad que podría estar en Betsaida y no estoy”.

“Para no causar daño a Lázaro, también”.

“No, Judas de Simón. Hasta las piedras saben que Lázaro es mi amigo. Por esto sería inútil que pusiese frenos a mi deseo de consuelo. Es por...”

“Por las hermanas de Lázaro, sobre todo por María”.

“Tampoco Judas de Simón. Hasta las piedras saben que no me turba la lujuria de la carne. Ten en cuenta que entre las muchas acusaciones que se me han hecho, la primera que cayó fue esa, porque aún mis enemigos más encarnizados han comprendido que defenderla, era lo mismo que desenmascarar su costumbre de decir mentiras. Ninguno entre las personas de buen sentido pueden creer que sea Yo un sensual. *Solamente pueden sentir atractivo por la sensualidad los que no se alimentan de lo sobrenatural y aborrecen el sacrificio. ¿Pero qué atracción puede ejercer el placer de una hora para quien se ha entregado al sacrificio, para quien es víctima? Todo el placer de las almas víctimas está en el espíritu, y si tienen un cuerpo, no es más que un vestido.. ¿Crees que los vestidos que traemos encima, tengan sentimientos? De igual modo es la carne para los que viven del espíritu: un vestido, no más. El hombre espiritual es el verdadero superhombre porque no es esclavo de los sentidos, pero el hombre material es un ser que no vale –teniendo en cuenta la dignidad humana- porque tiene en común con los animales muchos apetitos y es aún inferior a ellos porque les supera al convertir su instinto en un vicio degradante*”.

Conturbado, Judas se muerde los labios. Después dice: “Es verdad. Por otra parte qué daño puede hacer a Lázaro, Dentro de poco la muerte lo habrá arrancado de todo peligro de venganza... ¿Por qué entonces no vas a Betania más frecuentemente?”

“Porque no vine a gozar, sino a convertir. Ya te lo he dicho...”

“Bueno... ¿No es verdad que sientes gusto en estar con tus hermanos?”

“Sí, pero también es verdad que no soy parcial con ellos. Cuando hay qué repartirse en las casas, generalmente no se quedan conmigo, sino vosotros. *Y esto para demostraros que a los ojos y al corazón de quien se ha entregado a la redención, la carne y la sangre no tienen valor, sino sólo la formación de los corazones y su redención.* Ahora iremos a Nobe y volveremos a dividirnos para el descanso. Conmigo os quedaréis tú, Mateo, Felipe y Bartolomé”.

“¿Somos acaso los menos formados? ¿Sobre todo yo, a quien siempre tienes cerca de Ti?”

“Lo has dicho, Judas de Simón”.

“Gracias, Maestro. Ya lo había entendido” replica con enojo mal reprimido Iscariote.

“¿Y si lo has comprendido, por qué no te esfuerzas en formarte? ¿Crees acaso que pueda mentir para no mortificarte? Del resto estamos entre hermanos y por esto las faltas de uno no deben ser objeto de burla, como tampoco de abatimiento el que se le reprenda a otro entre los demás, porque mutuamente se conocen. Nadie es perfecto, os lo aseguro. Pero aun las imperfecciones recíprocas que causan aflicción al verse y soportarse, deben ser motivo para mejoramiento de uno mismo, para no aumentar la mutua desavenencia. Créeme Judas, que si Yo te trato por lo que eres, nadie, ni siquiera tu misma madre, te ama como Yo, ni se esfuerza en hacerte bueno como tu Jesús”.

“Pero entre tanto me regañas y me humillas y hasta en la presencia de un discípulo”.

“¿Es la primera vez que te llamo al recto camino?”

Judas se calla.

“¡Respóndeme!” dice Jesús con imperio.

“No”.

“¿Y cuántas veces lo he hecho en público? ¿Puedes asegurar que te he puesto en vergüenza? ¿Más bien no te he encubierto y defendido? Habla”.

“Me has defendido. Es la verdad. Pero ahora...”

“Pero ahora es por tu bien. Dice el proverbio: quien acaricia a un hijo culpable, deberá después vendarle las heridas. Y otro: el caballo no domado, se hace intratable; y el hijo abandonado a sí mismo, se hace testarudo”⁴.

“Pero ¿acaso soy tu hijo?” pregunta Judas mostrando en su cara el arrepentimiento.

“Si te hubiera engendrado, no lo serías más. Me haría arrancar las entrañas para darte mi corazón y para hacer como Yo querría...”

Judas tiene uno de sus impulsos... sinceros, verdaderamente sinceros. Se echa en los brazos de Jesús gritando: “¡Ah, no soy digo de Ti! ¡Soy un demonio y no te merezco! ¡Eres muy bueno! ¡Sálvame, Jesús!” y llora realmente. Lágrimas que provoca su corazón conturbado de cosas no buenas, y por el remordimiento de haber causado dolor a quien lo ama.

215. “Yo soy el Buen Pastor”

25 octubre 1946

Jesús que entró en la ciudad por la puerta de Herodes, la atraviesa dirigiéndose hacia el Tiropeo y suburbio de Ofel.

“¿Vamos al Templo?” pregunta Iscariote.

“Sí”.

“Ten cuidado con lo que haces” le advierten muchos.

“No me detendré sino el tiempo necesario para orar”.

“Te entretendrán”.

“No. Entraremos por las puertas del norte y saldremos por las del sur, de modo que no tendrán tiempo para hacerme mal alguno, a no ser que haya siempre detrás de mis espaldas quien me vigile y lo diga”.

Nadie replica, y Jesús sigue al Templo que se ve allá, en la cima de la colina, como fantasma a la luz verde-amarillenta de un amanecer plomizo invernal, en que el sol naciente no es más que un recuerdo que trata de abrirse paso a través de la gruesa niebla. Pero en vano. El alegre amanecer no es más que un reflejo envuelto en un color amarillo irreal, no uniforme, sino en manchas, mezcladas con matices de color verde-plomizo. Y bajo esta luz, el mármol del Templo, su oro parece muerto, triste, diría yo, lúgubre cual ruinas que se levantasen en una región desierta.

Jesús lo mira fijamente al subir hacia la muralla. Mira las caras de los viajeros, que en general son gente humilde, hortelanos, pastores con sus animales que llevan al matadero, siervos o amas de casa que van a los mercados. Todos caminan en silencio, envueltos en sus mantos, un poco inclinados para defenderse del aire que sopla en la mañana. Hasta sus caras parecen más pálidas que de costumbre. Se debe a la luz verdosa que les da ese tinte casi perlino en las bordaduras de los mantos de color verde, morado subido, amarillo intenso, que no proyectan el tinte rosado sobre sus caras. No falta quien salude al Maestro sin detenerse. No se ven todavía los mendigos que llenen el cielo con sus lamentos en las encrucijadas o en los recodos de las calles. La hora y la estación ayudan a Jesús para andar sin obstáculo.

Han llegado a la muralla. Entran. Caminan al atrio de los israelitas. Oran, mientras el sonido de trompetas, tal vez de plata por su timbre, anuncia algo importante. Se esparce por la colina. Perfume de incienso se extiende lentamente imponiéndose a todo otro olor menos agradable que pueda aspirarse en la cima del Moria, esto es, el olor natural de los animales que son degollados y cuyas carnes se queman al fuego, el olor de harina quemada, de grasa ardiente que gotea en los continuos holocaustos.

Los primeros que acuden al Templo, que trabajan en él. Los cambistas y vendedores que empiezan a armar sus bancos son los primeros en notarlos. Pero son muy pocos, y su sorpresa es tal que no saben qué hacer. Se intercambian palabras de admiración: “¡Ha regresado!”

⁴ Cfr. Eccli. 30, 7-8.

“No fue a Galilea, como decían”.

“¿Dónde se habrá escondido que no lo encontramos?”

“Quiere desafiarlos”.

“¡Qué necio!”

“¡Qué santo!” y así, según el corazón de cada uno.

Jesús está afuera del Templo y baja por el camino que lleva a Ofel, cuando, en el cruce de las calles que van a Sión, se encuentra con el ciego que hace poco curó, cargado de cestas de olorosas manzanas. Alegre va, chanceándose con otros jóvenes coetáneos suyos, cargados también, y que van en dirección contraria.

Tal vez para el joven, que nunca ha visto el rostro de Jesús, hubiera pasado inadvertido el encuentro, pero Jesús conoce su cara. Lo llama. Sidonia llamado Bartolmai, se vuelve y mira interrogativamente al hombre alto y majestuoso, pese a su humilde vestidura, que lo llama por su nombre.

“Ven aquí” le ordena Jesús.

El joven se acerca sin poner en el suelo su carga, mira a Jesús, pensando que quiere comprarle manzanas. Le dice: “Mi amo y las vendió. Pero tengo todavía, si quieres. Son bellas y sabrosas. Llegaron ayer de las huertas de Sarón. Si compras muchas, podrás tal vez tener un descuento, porque...”

Jesús sonríe levantando su mano para indicar al joven que no hable tanto. Le dice: “No te he llamado porque quiera comprar manzanas, sino para alegrarme contigo y bendecir contigo al Altísimo que tuvo misericordia contigo”.

“¡Es verdad! A cada momento lo hago, y porque veo la luz, y porque puedo trabajar, ayudando de este modo a mis padres. He encontrado un buen patrón. No es hebreo, pero es bueno. Los hebreos no me quisieron... porque saben que me han echado fuera de la sinagoga” dice el joven, poniendo sobre el suelo sus cestas.

“¿Te han echado fuera? ¿Por qué? ¿Qué hiciste?”

“Yo nada. Te lo aseguro. El Señor lo hizo. El sábado me hizo encontrar a ese hombre que dicen que es el Mesías y Él me curó, como ves. Por esto me han echado fuera”.

“Entonces el que te curó no te hizo un buen favor del todo” dice Jesús para probarlo.

“No hables así, ¿blasfemas! Primero me demostró que Dios me ama, pues me dio la vista... Tú no sabes qué cosa sea “ver” porque siempre has visto, pero quien nunca ha visto... ¡Oh!... Significa... Con la vista se tienen todas las cosas... te aseguro que cuando vi, allí cerca de Siloé, me eché a reír y a llorar, pero de alegría ¿eh? Lloré como nunca había llorado en mi desventura. Porque comprendí cuán grande había sido ella y cuán bueno era conmigo el Altísimo. Puedo ahora ganarme la vida y con un trabajo honrado. Además... -y es lo que más espero que me conceda el milagro que recibí- espero poder encontrar al hombre que es llamado Mesías y al discípulo suyo que me...”

“¿Y qué harías?”

“Lo bendeciría. A Él y a su discípulo. Y diría al Maestro que ha venido de Dios, y le rogaría que me tome por su siervo”.

“¿Cómo? Por su causa estás condenado al anatema, difícilmente encuentres trabajo. Todavía se te puede castigar y ¿quieres estar a su servicio? ¿No sabes que se persigue a todos los que siguen al que te curó?”

“¡Lo sé! Se dice entre nosotros que Él es el Hijo de Dios, aun cuando los de allá arriba (y señala el Templo) no quieren que se diga esto. ¿Y por servirle, no vale la pena dejar todo?”

“¿Crees, pues, en el Hijo de Dios y que está en Palestina?”

“Creo. Quisiera conocerlo para creer en Él no sólo por lo que sé, sino con todo mi ser. Si sabes quién sea y donde se encuentre, dímelo, para que vaya a donde está, lo vea, crea completamente en Él y le sirva”.

“Lo has visto ya y no hay necesidad de que vayas a donde está. El que en estos momentos te habla y ves, es el Hijo de Dios”.

No puedo asegurarlo del todo, pero me parece que cuando Jesús dijo estas palabras como que se transfiguró, haciéndose bellísimo. Algo así como resplandeciente. Creo que para premiar al humilde joven que en cree y confirmarlo en su fe, le haya, por un instante descubierto su futura belleza, esto es, la que tendrá después de la Resurrección, y que conservará en el cielo. Belleza de un ser humano glorificado, de un cuerpo glorificado y unido con la inenarrable belleza de su Perfección que le es propia. Un instante, digo. El rincón semi-oscuro, donde hablan, bajo la cornisa del callejón se ilumina con una luz que se desprende de Jesús, y que, repito, lo hace bellísimo.

Pasado el momento, todo sigue como antes, menos el joven que está en tierra, con la cara en el polvo y que adora a Jesús diciendo: “Creo, Señor, Dios mío”.

“Levántate. He venido al mundo para traer la paz, para que conozcan a Dios y para probar a los hombres y juzgarlos. Este tiempo en que estoy es para escoger, elegir, seleccionar. He venido para que los puros de corazón e intención, los humildes, mansos, amantes de la justicia, de la misericordia, de la paz, los que lloran y los que saben dar a las riquezas su propio valor y que prefieren las riquezas espirituales a las materiales, encuentren lo que su corazón anhela; y los que eran ciegos, porque los hombres han levantado gruesas murallas para no ver la Luz, esto es, para no conocer a Dios, vean, y los que creen ver, cieguen”.

“Entonces odias a gran parte de los hombres y no eres bueno como afirmas serlo. Si lo fueras tratarías de que todos vieses, y que el que ve, no cegase” interrumpen algunos fariseos que acaban de llegar por la calle principal y que sin hacer ruido se habían acercado por detrás de los apóstoles.

Jesús se vuelve y los mira. ¡No tiene esa belleza de transfigurado! Es un Jesús duro que mira fijamente con sus ojos de zafiro a sus perseguidores. Su voz no tiene la hermosa nota de alegría, sino que es seca, como si fuera de bronce; es cortante y enérgica. Dice: “No soy el que no quiera que no vean la verdad los que actualmente la combaten, sino que son ellos los que levantan obstáculos ante sus ojos para no ver. Se hacen ciegos por propia voluntad. El padre me ha enviado para que acaezca esta división, y se sepa quiénes son verdaderamente hijos de la Luz y quiénes de las tinieblas. Los primeros son los que quieren ver y los segundos los que quieren estar ciegos”.

“¿No encontramos acaso entre estos ciegos?”

“Si lo fuerais y trataseis de ver, no tendríais ninguna culpa. Pero lo sois porque decís: “Nosotros vemos”, y no queréis ver. Vuestro pecado queda, porque no tratáis de ver, pese a que seáis ciegos”.

“¿Y qué debemos ver?”

“El Camino, la Verdad, la Vida. Un ciego de nacimiento, como era este, puede siempre con su bastoncito encontrar la puerta de su casa y dar vueltas por ella, porque la conoce. Pero si se le lleva a otros lugares no podría entrar por la puerta de la nueva casa porque no sabe dónde está y se toparía contra las paredes.

Ha llegado el tiempo de la nueva ley. Todo se renueva y surge un nuevo mundo, un nuevo pueblo, un nuevo reino. Los del tiempo pasado no conocen esto. Conocen *su* tiempo. Son como los ciegos que se les lleva a un país nuevo donde está la casa real del Padre, pero que no saben con precisión, dónde esté.

He venido para llevarlos e introducirlos en ella y para que vean, Yo mismo soy la Puerta por la que se llega a la casa paterna, al reinado de Dios, a la Luz, al Camino, a la Verdad, a la Vida. Soy también el que ha venido a reunir la grey que se ha quedado sin guía y llevarla a un redil nuevo: el del Padre. Yo soy la Puerta del Redil, porque soy juntamente Puerta y Pastor. Entro y salgo de él como y cuando quiero. Entro y salgo por la puerta, porque soy el verdadero pastor.

Cuando alguien viene a dar a las ovejas de Dios otras indicaciones, o quiere extraviarlas, llevándolas a otros rediles, o por otros caminos, no es el buen Pastor, sino un pastor falso. Igualmente quien no entra en la puerta del redil, sino que quiere entrar por otra parte, brincando la valla, no es el pastor, sino un ladrón y un asesino que entra con intención de

robar y matar, para que los corderos robados no levanten su lamento y no llamen la atención de los que vigilan y la del pastor. También entre las ovejas de la grey de Israel falsos pastores tratan de introducirse para llevarlas a otros pastizales, lejos del verdadero Pastor. Y entran dispuestos aun a sacarlas a la fuerza del redil, y si fuera necesario, no temen matarlas, golpearlas, para que no denuncien al Pastor sus astucias, ni con gritos pidan a Dios que las proteja contra sus enemigos y enemigos del Pastor.

Yo soy el buen Pastor. Mis ovejas me conocen y me conocen los perpetuos porteros del verdadero redil. Ellos me han conocido, me han descrito, preparando mis senderos, y cuando se oyó mi voz, entonces el último de ellos me abrió la puerta diciendo a la grey que esperaba al verdadero Pastor, a la grey que estaba bajo su cayado; ‘¡Vedlo! Éste es de quien os dije que vendría detrás de Mí. Es uno que me precede porque existe antes de mí. No le conocía. Pero para que estéis prontos a recibirlo, vine a bautizar con agua, a fin de que sea conocido en Israel’. Las buenas ovejas han oído mi voz y cuando las llamé por su nombre, corrieron, y las he traído conmigo, así como hacen un verdadero pastor al que conocen sus ovejas, y lo reconocen por su voz y lo siguen a donde quiera que vaya. Cuando las saca, va delante de todas. Ellas vienen detrás porque aman la voz de su pastor. Pero no van detrás de un extraño. Huyen de él porque no lo conocen y le temen. También Yo voy delante de mis ovejas para enseñarles el camino y para ser el primero en afrontar los peligros y señalarlos a las que quiero llevar a mi Reino”.

“¿Acaso Israel no es más el Reino de Dios?”

“Israel es el lugar de donde el pueblo de Dios debe levantarse para ir a la verdadera Jerusalén y al Reino de Dios”.

“¿Entonces qué decir del Mesías? ¿No es el Mesías, que aseguras ser Tú, quien deba hacer a Israel triunfante, glorioso, dueño del mundo, sometiendo bajo su cetro a todos los pueblos y que se vengue, ¡sí! Que se vengue de todos los que lo han esclavizado desde que empezó a existir como pueblo? ¿Nada de esto es verdad? ¿Niegas los profetas? ¿Puedes llamar necios a nuestros rabinos? Tú...”

“El Reino del Mesías no es de este mundo. Es el Reino de Dios, fundado sobre el Amor. No otra cosa. El Mesías no es rey de pueblos y ejércitos, sino de corazones. El Mesías saldrá del pueblo elegido, de la estirpe real, pero sobre todo de Dios que lo ha engendrado y enviado. La fundación del Reino de Dios ha tenido principio en Israel, así como la promulgación de la ley de amor, el anuncio de la Buena Nueva de la que habla el Profeta³. Pero el Mesías será el Rey del mundo, Rey de reyes, y su reino no tendrá ni límites ni fronteras, tanto en el tiempo como en el espacio. Abrid los ojos y aceptad la verdad”.

“No hemos entendido nada de lo que deliras. Dices palabras sin sentido. Habla y responde sin parábolas. ¿Eres o no el Mesías?”

“¿Y no lo habéis todavía comprendido? Os acabo de decir que por esto soy Puerta y Pastor. Hasta ahora nadie ha podido entrar en el Reino de Dios porque estaba amurallado y sin salidas. Pero ahora he venido y se ha abierto la puerta para entrar en él”.

“¡Oh, otros se dijeron ser el Mesías! Después se les reconoció como a ladrones y rebeldes. La justicia humana castigó su rebeldía. ¿Quién nos asegura que no seas como uno de ellos? ¡Estamos cansados de sufrir y de hacer sufrir al pueblo el rigor de Roma, gracias a esos mentirosos que se han llamado reyes y que han soliviantado a las masas!”

“No es exacto lo que decís. Que no queráis sufrir es verdad. Pero no es verdad que os duela que el pueblo sufra. Tanto es así que juntáis al rigor del que nos domina el vuestro, oprimiendo con odiosos diezmos⁵ y con otras cosas al pueblo débil. ¿Que quién os asegura que no sea Yo un malandrín? Mis acciones. No soy Yo el que haga que la mano de Roma se sienta pesada. Antes bien trato de aligerarla, aconsejando a dominadores y dominados paciencia y humildad. Al menos estas cosas”.

³ Cfr. Is. 61, 1-3.

⁵ Cfr. Gén. 14, 17-24; Lev. 27, 30-34; Núm. 18, 20-32; Deut. 14, 22-29; 26, 12-15; Heb. 7, 4-10.

Mucha gente que se ha reunido estorbando el paso por la calle y que sigue llegando todavía, al oír las palabras de Jesús que retumban de hueco en hueco, grita: “¡Bien dicho por lo de los diezmos! ¡Es verdad! Él nos aconseja a nosotros sumisión y a los romanos piedad”.

Los fariseos, como de costumbre, se enfurecen cuando la gente aprueba, y la rabia les muerde las entrañas al dirigirse a Jesús. “Responde sin muchas palabras y demuestra que eres el Mesías”.

“En verdad, en verdad os digo que lo soy. Yo, Yo sólo soy la Puerta del Redil de los cielos. Quien no pasa por Mí, no puede entrar. Es verdad que ha habido otros falsos Mesías y que los habrá. *Pero el único y verdadero Mesías soy Yo*. Todos los que han venido, diciendo ser tales, no eran sino ladrones y bandidos. Y no solo los pocos que se hicieron llamar “Mesías” por los de su misma calaña, sino otros también que sin atribuirse tal nombre exigen adoración que ni siquiera se da el verdadero Mesías. Quien pueda entender que entienda. Pero ved que las ovejas no han dado oídos ni a los falsos Mesías, ni a los falsos pastores y maestros, porque su espíritu percibió la falsedad de sus voces que trataba de ser dulce, pero era cruel. Sólo los cabrones lo siguieron por ser sus compañeros en las pillerías. Cabrones salvajes, indómitos, que no quieren entrar en el Redil de Dios, que no quieren estar bajo el cetro del verdadero Rey Pastor, porque ahora esto sucede en Israel, que el que es Rey de reyes se convierte en pastor de la Grey, mientras en otro tiempo el que era pastor de ovejas se convirtió en rey, el Uno y el otro proceden de una sola raíz, de la de Isapí, como está dicho en las promesas y profecías. Los falsos pastores no han tenido palabras sinceras, ni han tratado de consolar. No han hecho más que dispersar y torturar a las ovejas, o las abandonan a los lobos, o las han matado para sacar provecho de ellas al venderlas y así asegurar su vida, o las han echado fuera de los pastizales para convertirlos en lugares de placer y en bosquecillos para los ídolos.

¿Sabéis cuáles sean los ídolos? Las malas pasiones, los vicios que los falsos pastores han enseñado a sus ovejas, practicándolos ellos primero, ¿Sabéis cuáles son los bosquecillos de los ídolos? Los propios egoísmos ante los que muchos queman su incienso. No es menester explicar las otras dos cosas porque son muy claras de entender. Pero que los falsos pastores así se comporten, es lógico. No son sino ladrones que se llegan a robar, matar, destruir, para llevar fuera del redil a las ovejas a pastizales peligrosos, o para llevarlas a rediles que no son más que mataderos. Pero los que vienen a Mí, están seguros y pueden ir a mis pastizales, o volver a entrar para descansar y hacerse fuertes, robustos con cosas santas y sanas. Para esto he venido. Para que mi pueblo, para que mis ovejitas, que hasta ahora han estado flacas y adoloridas, tengan vida, y una vida en abundancia, de paz y alegría. Y tanto lo deseo que he venido a dar mi vida para que mis ovejas tengan la Vida completa y abundante de los hijos de Dios.

Yo soy el buen Pastor. Y un pastor cuando es bueno da su vida para defender a su grey de los lobos y ladrones; mientras el mercenario, que no ama las ovejas sino el dinero que obtiene por llevarlas al pastizal, no se preocupa sino de salvarse a sí mismo y el bolsillo de dinero que tiene en su seno. Cuando ve que se acerca el lobo o el ladrón huye. Y no regresa sino para agarrar alguna oveja que el lobo dejó maltrecha, y la que el ladrón espantó; y matar la primera antes para comérsela, o vender como suya la otra, para aumentar el dinero de su bolsillo, y decir luego al patrón con lágrimas de cocodrilo, que ninguna de las ovejas quedó viva. ¿Qué le importa al mercenario que el lobo dé dentelladas y disperse a las ovejas, las que el ladrón coge para llevarlas al carnicero? ¿Acaso se fatigó para alimentarlas y para que creciesen robustas? Pero el que es el dueño y sabe cuánto cuesta una oveja, cuántas horas de fatiga, cuántas horas de vigilia, cuántos sacrificios, las ama y tiene cuidado de ellas porque son su propiedad. Yo soy más que el dueño. Soy el Salvador de mi grey, sé cuánto me cuesta la salvación de una sola alma, y por esto estoy dispuesto a todo por salvar una de ellas, que el Padre me ha confiado. Todas las almas me las encomendó y he recibido la orden de salvar el mayor número posible. Cuantas más logre arrancar de la muerte espiritual, tanta mayor será la gloria de mi Padre. Esta es la razón por la que lucho para librarlas de sus enemigos, esto es, de su propio egoísmo, del mundo, de la carne, del demonio y de mis enemigos que me las

disputan para afligirme. Lo hago, pues, porque conozco el Pensamiento de mi Padre. Mi Padre me ha enviado a hacerlo, porque conoce cuánto le amo y cuánto amo las almas. También las ovejas de mi grey me conocen, y conocen cuánto las amo. Saben que estoy listo a dar mi vida para darles el gozo.

Tengo otras ovejas que no son de este redil. Por esto no saben lo que soy, ni quien soy. Ovejitas que a muchos parece que fueron peores que cabras salvajes, que se les tiene por indignas de conocer la verdad y de poseer la vida y el reino. Sin embargo no es así. Mi Padre también las ama. Por esto debo hacer que se acerquen. Debo darme a conocer, debo dar a conocer la Buena Nueva, llevarlas a mis pastizales, juntarlas. También ellas escucharán mi voz y acabarán por amarla. Se formará un solo redil bajo un solo Pastor, y el Reino de Dios se formará sobre la tierra, listo para que se le lleve y se le acoja en el cielo, bajo mi cetro, bajo mi bandera y mi verdadero nombre.

¡Mi verdadero Nombre! Solo Yo lo conozco. Pero cuando el número de los elegidos se haya completado, y entre himnos de regocijo se sienten a la gran cena de las nupcias del Esposo y Esposa⁷, entonces mis elegidos que por fidelidad a mi Nombre se santificaron, lo conocerán, aun cuando no conocieron la grandeza y profundidad de lo que significaba ser signados con Él y premiados por haberlo amado, ni podían imaginar cuál fuese el premio... Esto es lo que quiero dar a mis ovejas fieles. Lo que es mi misma alegría...”

En los ojos de Jesús hay una lágrima de éxtasis que sus oyentes le ven. Una sonrisa tiembla en sus labios. Una sonrisa tan espiritualizada en ese rostro espiritual que la gente se estremece, pues intuye el rapto de Jesús en una visión beatífica y su deseo de amor porque ve que se realiza. Vuelve en Sí. Cierra por un instante sus ojos para ocultar el misterio que su mente ve y que su mirada podría manifestar. Continúa:

“Esta es la razón por la que mi Padre, ¡oh pueblo mío! ¡Oh grey mía!, me ama. Por ti, por tu bien eterno doy mi vida. Después la volveré a tomar. Pero antes la daré para que tengas la vida y tu Salvador sea vida para ti. La daré de modo que te alimentes de ella, convirtiéndome de Pastor en pastizal y en fuente que darán alimento y bebida, no por cuarenta años como se dio a los hebreos en el desierto⁹, sino por todo el tiempo que dure el destierro en los desiertos de la tierra. Nadie, en realidad, me arrebató la vida. Ni los que amándome con todo su ser merecen que me inmoles por ellos, ni los que me arrebatarán llevados de un odio desmesurado y de un miedo necio. Nadie me la podría arrebatar si no consintiese Yo en darla, y si mi Padre no lo permitiese, pues ambos somos presas de un amor, como de delirio, por el linaje humano culpable. Yo la doy porque Yo quiero. Y tengo el poder de volver a tomarla cuando quiera, pues no es razonable que la muerte pueda prevalecer sobre la vida. Por esto el Padre me ha dado este poder, más bien Él mismo me ha mandado que lo haga. Por mi vida ofrecida y consumada, los pueblos todos serán uno solo: el mío, el pueblo celestial de los hijos de Dios. Los cabrones serán separados de las ovejas, las cuales seguirán a su Pastor al Reino de la vida eterna”.

Jesús, que ha estado hablando en voz muy alta, se dirige en voz baja a Sidonia, llamado Bartolmai, que no se ha movido de su lugar, con sus cestas de manzanas olorosas, y le dice: “¿Te has olvidado de todo por Mí. Ahora te van a castigar y perderás tu trabajo. ¿Lo ves? Siempre te acarreo algún dolor. Por causa mía perdiste la sinagoga y ahora perderás al amo...”

“¿Y qué me importa todo esto, si te tengo a Tí? Para mí Tú sólo vales. Dejo todo por seguirte, si me lo permites. Permíteme que lleve esta fruta a quien ya la compró, y luego estoy contigo”.

“Vamos juntos. Luego iremos a ver a tu padre, porque lo tienes todavía y debes honrarlo pidiéndole su bendición”.

⁷ Cfr. Ap. 19, 5-10; 21, 9-14.

⁹ Cfr. Ex. 16; Núm. 11, 4-9; Deut. 8; Sab. 16, 15-29; Ju. 6, 22-265; Hebr. 9, 1-5.

“Sí, Señor. Todo lo que quieras. Pero enséñame mucho porque no sé nada, ni siquiera leer y escribir porque era ciego”.

“No te preocupes por esto. La buena voluntad será tu escuela”.

Y se encamina para tomar la calle principal entre tanto que la multitud comenta, discute, y hasta litiga sin saber qué parecer seguir: ¿es Jesús de Nazaret un poseído del demonio o un santo? La multitud, que no puede ponerse de acuerdo, sigue disputando, mientras Jesús se aleja.

216. En camino a la casa de Lázaro en Betania

28 octubre 1946

Jesús manda que regresen los discípulos Leví, José, Matías y Juan, que no sé dónde los encontró y les confía a Sidonia, llamado Bartolmai, el nuevo discípulo. Esto sucede en las primeras casas de Betania. Los discípulos pastores se van con Sidonia y con los otros siete que habían venido con ellos. Jesús los mira irse. Luego se vuelve a los apóstoles y les dice: “Ahora vamos a esperar aquí a Judas de Simón...”

“¡Ah! ¿Te habías dado cuenta que se había ido?” preguntan sorprendidos. “Creíamos que no te habías fijado en ello. Había mucha gente y has estado hablando siempre, primero con el joven, luego con los pastores y...”

“Lo noté desde el primer momento en que se fue. Nada se me oculta. Por esto entré en las casas amigas y les dije que enviaran a Judas a Betania, si es que me buscaba...”

“Dios quiera que no” refunfuña entre dientes el otro Judas.

Jesús lo mira, pero muestra no haber dado importancia a sus palabras. Al ver que todos son del parecer de Tadeo –sus caras hablan mejor que sus palabras- dice: “Nos hará bien descansar en espera de su regreso. Nos hacía falta. Luego iremos a Tecua. Hace frío, pese al sol. Iré a hablar en aquella ciudad y luego volveremos a subir pasando por Jericó e iremos a la otra ribera. Los pastores me dijeron que muchos enfermos me buscan y les mandé decir que no se pongan en viaje, sino que me esperen en esos lugares”.

“Vamos pues” dice Pedro con cierto tono.

“¿No estás contento de ir a casa de Lázaro?” pregunta Tomás.

“Lo estoy”.

“Lo dices en cierta forma!”

“No lo digo por Lázaro, sino por Judas...”

“Eres un pecador Pedro” le advierte Jesús.

“Lo soy. Pero... él, Judas de Keriot, que se va... es un descarado, un tormento, ¿o acaso no?” pregunta encolerizado Pedro.

“Sí. Pero si lo es, no debes serlo tú. Ninguno de nosotros debe serlo. Acordaos que Dios nos pedirá cuenta: *nos pedirá*, porque antes que a vosotros, a Mí me lo ha confiado, y nos pedirá cuenta de lo que hicimos por redimirlo”.

“¿Y crees que lo lograrás, hermano? No puedo creerlo. Sí creo que conozcas lo pasado, el presente, lo futuro. Y por esto no puedes engañarte respecto a él. Y... es mejor que no diga lo demás”.

“El saber callar es una gran virtud. Pero ten en cuenta que *prever más o menos exactamente lo futuro de un corazón, no libra a nadie de perseverar hasta el fin para arrancar un corazón de la ruina*. No caigas también tú en el fatalismo de los fariseos que sostienen que lo está destinado se debe cumplir y que nada puede impedir su realización. Con este razonamiento avalan sus culpas, y avalarán incluso su última manifestación de odio contra Mí. *Muchas veces Dios acepta el sacrificio de un corazón que se sobrepone a la náusea que experimenta, a sus rencores, antipatías, aun justificadas, para sacar un alma del pantano en que está sumergida*. Os lo digo. Es verdad. *Muchas veces Dios, el Omnipotente, el Todo, espera que una criatura, una nada, haga o no haga un sacrificio, diga o no una plegaria para firmar o no la condenación de un alma. Jamás es tarde. Jamás lo es para buscar y esperar*

salvar un alma. Las pruebas os las daré. Aun en el umbral mismo de la muerte, cuando tanto el pecador como el justo que por él se preocupa, están cercanos a dejar la tierra para ir al primer juicio de Dios, se puede siempre salvar, y ser salvado uno. Entre la copa y los labios, dice el proverbio, hay siempre lugar para la muerte. Yo os digo al contrario: entre la última agonía y el morir hay siempre tiempo de obtener perdón, para uno mismo o para los que quieran ser perdonados”.

Nadie replica.

Jesús, que ha llegado al cancel, llama a un siervo para que le abra. Entra. Pregunta por Lázaro.

“Oh, Señor. ¿Ves? Acabo de regresar de haber ido a cortar hojas de laurel y alcanfor y bayas de ciprés y otras hojas y frutos olorosos para hervirlos con vino y resinas y preparar el baño para mi amo. La carne se le cae a pedazos y no se aguanta el hedor. No sé si te dejarán pasar...” Por temor de que aun el aire pudiera escuchar, en voz bajísima añade: “Ahora que no se puede ocultar que tiene llagas, las amas no admiten a nadie... por temor... Sabes... Pocos aman verdaderamente a Lázaro... Y muchos, muchísimos se alegrarían de... ¡Oh, no me hagais pensar en lo que es el terror de este hogar!”

“Hacen bien ellas. Pero no tengáis miedo. No sucederá ninguna desgracia”.

“¿Podrá curarse? Un milagro tuyo...”

“No se curará. Pero esto servirá para glorificar al Señor”.

El siervo queda desilusionado... Jesús que cura a todos pero aquí en Betania no hace nada. Sólo un suspiro es una muestra de lo que piensa. Dice: “Voy a anunciarte a las amas”.

Los apóstoles rodean a Jesús, deseosos de saber el estado de Lázaro y se quedan horrorizados al saberlo. Las dos hermanas ya vienen. Su juventud y su diferente hermosura parece nublada por el dolor y la fatiga de las vigiliias prolongadas. Pálidas, abatidas, demacradas, con grandes ojeras en aquellos ojos que un tiempo brillaban, sin anillos, ni brazaletes, vestidas de color ceniza oscuro, parecen más bien esclavas que dueñas. Se arrodillan a cierta distancia ante Jesús, ofreciéndole sólo el llanto. Un llanto resignado, mudo, que como si descendiese de una fuente, no puede detenerse.

Jesús se acerca. Marta extiende sus manos susurrando: “Apártate, Señor. En verdad que creemos ser pecadoras contra la ley que habla de la lepra. Pero no podemos. ¡Oh Dios, no podemos provocar un decreto semejante contra nuestro Lázaro! Tú no te acerques, porque somos inmundas al no tocar otra cosa que llagas. Nosotras dos. No dejamos que algún otro lo haga. Todo se pone en el umbral, y nosotros lo tomamos, lavamos, quemamos, en la sala contigua a la de él. Mira nuestras manos. La cal viva que usamos en los vasos que devolvemos a los siervos, nos las ha corroído. Pensamos que así somos menos culpables” y llora.

María Magdalena que ha estado callada, entre lágrimas dice: “Deberíamos llamar al sacerdote. Pero... Yo, yo soy la más culpable porque me opongo a ello, pues sostengo que no es la enfermedad maldita en Israel. ¡No, no lo es! Pero nos odian muchos y en qué forma, lo diría. ¡Tu apóstol Simón, por cosa menor, fue declarado leproso!”.

“No eres ni sacerdote, ni médico, María” solloza Marta.

“No lo soy. Pero sabes lo que he hecho para asegurarme de lo que dije. Señor he ido y recorrido todo el valle de Innón, todo Siloán, todos los sepulcros que hay cerca de En Rogel, vestida de esclava, con el velo, a la luz de la aurora, con víveres y aguas medicinales, vendas y vestidos. Todo lo di, todo lo di. Decía que era un voto por un ser a quien amaba yo. Es la verdad. Pedía que se me mostrasen sólo las llagas de los leprosos. Debieron haberme tomado por loca... ¿Quién ha querido ver horrores tales? Pero poniendo en los límites lo que llevaba, pedía que me las mostrasen. Ellos más arriba, yo más abajo; ellos sorprendidos, yo con náuseas; ellos llorando, también yo. ¡Miré, miré, miré! Miré sus cuerpos cubiertos de escamas, de costras, de llagas. Vi caras corroídas, cabellos blancos y duros cual espinas, ojos, cuevas de pus, mejillas en que se ven sólo los dientes, calaveras que se mueven en cuerpos vivientes, manos reducidas a tendones monstruosos, pies como ramas nudosas. Vi el horror,

el hedor, la podredumbre. Si pequé adorando la carne, si gocé con los ojos, con el olfato, con el oído, con el tacto, gozando de lo que era bello, perfumado, armonioso, muelle y delicado, ¡oh! Te aseguro que los sentidos se purificaron ya con la mortificación de esto que vi². Mis ojos se han olvidado de la belleza seductora del hombre, al contemplar esos monstruos. Mis orejas han expiado el gozo que tuve al oír voces varoniles con aquellas feas y roncas voces, que no son humanas. Mi cuerpo todo se ha estremecido, mi asco ha sido indescriptible... todo lo que pudiera quedar de culto a mí misma ha muerto, porque he visto lo que somos después de la muerte... Pero traje conmigo esta certeza: Lázaro no es leproso, su voz no está cascada, sus cabellos y todo el resto de su piel está intacto. Sus llagas son diferentes. ¡No, no es leproso! Y Marta me aflige porque no cree, porque no anima a Lázaro a no creerse inmundo. ¿Sabes? No quiere verte, ahora que sabe que has llegado, para no contaminarte. ¡Los necios temores de mi hermana lo privan aun de tu consuelo!...” Su vehemente genio la arrastra a la ira. Pero al ver que su hermana estalla en llanto desolado, su vehemencia desaparece inmediatamente, la abraza, la besa diciéndole: “Marta, ¡perdón, perdón! ¡El dolor me hace ser injusta! ¡Es el amor que tengo por Lázaro y por ti el que quisiera convenceros! ¡Pobre hermana mía! ¡Pobres mujeres que somos!”

“¡Ea, no lloréis así! Tenéis necesidad de tranquilidad y de mutua compasión. Os aseguro que Lázaro no está leproso”.

“¡Oh, ven a donde está, Señor! ¿Quién mejor que Tu puede juzgar que no está leproso?” suplica Marta.

“¿No te lo acabo de decir que no lo está?”

“Sí. ¿Pero cómo puedes afirmarlo si no lo ves?”

“¡Oh, Marta, Marta! Dios te perdona porque sufres y eres como alguien que delira. Me das compasión. Voy a ver a Lázaro y le veré las llagas y...”

“... ¡se las curarás!” grita Marta poniéndose de pie.

“Varias veces te he dicho que no puedo hacerlo... Pero quiero que estéis tranquilas con lo que se refiere a la ley de la lepra. Vamos...”

Se adelanta. A los apóstoles les hace señal de que no lo sigan.

María corre, abre una puerta, corre por un corredor, abre otra que da a un pequeño patio interior. Da unos cuantos pasos y entra en una habitación semioscura, llena de aljofainas, vasos, jarras, vendas... Se siente mezcla de aromas y de descomposición. Enfrente hay otra puerta. María la abre gritando con una voz que quisiera envolverse en luminosa alegría: “Hermano, mira al Maestro. Viene a decirte que yo tengo razón. Alégrate que entra quien nos ama, quien nos trae la paz”. Se inclina sobre su hermano, lo endereza sobre los almohadones, lo besa sin preocuparse del hedor que, pese a todo paliativo, se siente que sale del cuerpo hecho llaga. Todavía sigue arreglándolo, cuando el dulce saludo de Jesús resuena en la habitación, que parece iluminarse con la presencia del Señor.

“¡Maestro, no tienes miedo!... Estoy...”

“Enfermo. No más. Lázaro, como medida de prudencia se dieron normas muy grandes y estrictas. Es mejor exagerar por prudencia que por imprudencia en casos en que puede haber contagio. Pero tú no eres contagioso, amigo mío. No eres inmundo, tanto que no creo faltar a la prudencia, para con los hermanos, si te abrazo y beso así” y lo besa, tomando entre sus brazos el cuerpo enflaquecido.

“¡En realidad eres la Paz! Pero todavía no has visto. María te va a hacer ver. Soy yo un muerto, Señor. No sé cómo mis hermanas pueden resistir...”

Tampoco lo sé yo. Tan feas y repugnantes son las llagas varicosas que tiene en las piernas. Las hermosas y suaves manos de María pasan por encima de ellas con su voz maravillosa, que responde: “Tu enfermedad son rosas para tus hermanas. Rosas que tienen espinas sólo porque tú sufres. Mira, Maestro. ¡La lepra no es así!”

² La enfermedad cruel, horrenda y fétida que iba destruyendo a Lázaro, hasta reducirlo al estado de un cadáver, no era lepra, sino unas várices ulceradas y por tanto con llagas grandes y profundas, llenas de gangrena.

“No lo es. Es una dura enfermedad, te consume, pero no es de peligro. ¡Créele a tu Maestro! Cúbrela, María. Ya las vi”.

“¿No quieres tocarlas?” suspira Marta, obstinada en esperar.

“No es necesario. No lo hago, no por asco, sino para no causarle dolor”.

Marta se inclina, sin resistir más, sobre una palangana donde hay vino y vinagre aromatizados, y mete piezas de lino que pasa a su hermana. Lágrimas mudas caen en el líquido de color rojizo...

María envuelve las piernas y extiende las cobijas sobre los inertes y amarillentos pies, como los de un muerto.

“¿Viniste solo?”

“No. Con todos, menos con Judas de Keriot que se quedó en Jerusalén. Vendrá... Pero si ya me hubiera ido, lo enviaréis a Betabara. Iré allá. Que allí me espere”.

“Te vas pronto...”

“Y pronto regresaré. Dentro de poco es la Dedicación. Estaré contigo unos cuanto días”.

“No podré hacerte los honores para las Encenias...”

“Estaré en Belén ese día. Quiero volver a ver el lugar donde nací”.

“Estás triste... Sé... ¡Oh, y no poder hacer nada!”

“No estoy triste. Soy el Redentor... Pero tú estás cansado. No luches contra el sueño, amigo mío”.

“Era para honrarte...”

“Duérmete, duérmete. Nos veremos después...” y Jesús se retira sin hacer ruido.

“¿Ya viste, Maestro?” pregunta Marta, afuera, en el patio.

“Ya vi. Pobres discípulas mías... Os compadezco y lloro con vosotras... Pero os puedo decir en secreto que mi corazón está mucho más llagado que vuestro hermano. Está rojo de dolor...” Y las mira con una tristeza tan viva que las dos olvidan su dolor. No pudiendo abrazarlo, por ser mujeres, se limitan a besarle las manos, el vestido y a querer honrarlo cual cariñosas hermanas. Le sirven en una sala pequeña y lo rodean de cariño.

Al otro lado del patio se oyen las fuertes voces de los apóstoles... Se oyen todas menos la del discípulo malo. Jesús escucha y suspira... Suspira esperando pacientemente al apóstol que no regresa.

217. En el camino de Tecua. El viejo Eliana

29 octubre 1946

De nuevo son los once los que emprenden el camino. Once caras pensativas, mohínas en torno al rostro triste de Jesús que se despidе de las hermanas, y que en un momento de reflexión, antes de que se cierre el cancel, dice a Simón Zelote y a Bartolomé: “Quedaos aquí. Me alcanzareis en Tecua, en casa de Simón, o bien en la casa de Nique, cerca de Jericó o en Betabara. Si él viene. Y... sed caritativos. ¿Me habéis entendido?”

“Vete en paz, Maestro. De ningún modo ofenderemos el amor del prójimo” afirma Bartolomé.

“A cualquier hora que llegue, partid inmediatamente”.

“Así lo haremos, Maestro. Y... gracias por la confianza depositada en nosotros” dice Zelote.

Se despiden con el beso de costumbre. Un siervo cierra el cancel. Jesús se aleja. Los dos que se han quedado se dirigen a la casa junto con las dos hermanas.

Jesús va adelante, solo. Después Pedro entre Mateo y Santiago de Alfeo; luego Felipe con Andrés, Juan y Santiago de Zebedeo. En último lugar vienen, silenciosos también, Tomás y Judas Tadeo. Pero he dicho mal. Pedro tampoco habla. Sus dos compañeros se intercambian alguna que otra palabra, pero él, que camina entre uno y otro, no habla. Viene taciturno, la cabeza inclinada, parece como si estuviese en conversación con las piedras y la hierba que pisa.

También los dos últimos traen la misma actitud. Solo que mientras Tomás parece sumergido en la contemplación de una ramita de sauce cuyas hojas se van cayendo una después de la otra, y mira detenidamente la hoja, como si estudiase su color verde pálido de una parte y plateado de la otra, o las estrías; Judas Tadeo mira fijamente hacia adelante. No sé si mira el horizonte que, después de pasar una cima, desemboca en una claridad vaporosa matinal que envuelve la llanura, o únicamente la cabeza rubia de Jesús que se ha echado atrás la punta del manto para que su cabeza goce mejor del sol de diciembre. Como si se hubiesen puesto de acuerdo ambos discípulos vuelven en sí. Judas baja sus ojos, se vuelve a mirar a su compañero, que, con la ramita en las manos reducida a un palito sin nada, levanta sus ojos para verlo. Es una mirada, incisiva, pero al mismo tiempo buena y triste, que encuentra otra igual.

“¡Así es amigo! ¡Así es!” dice Tomás como si concluyese un razonamiento.

“Así es. Sufro mucho... También porque es mi pariente...”

“Comprendo. Pero... En tu corazón hay aflicción porque lo amas. Pero en el mío hay un remordimiento que me atormenta. y es peor aún”.

“¿Un remordimiento tuyo? Jamás has tenido motivo de ello. Eres bueno, fiel. Jesús está contento contigo, y nosotros no hemos recibido de ti ningún escándalo. ¿Qué razón hay de que tengas remordimiento?”

“Un recuerdo. El recuerdo del día en que decidí seguir al nuevo Rabí que se había dejado ver en el Templo... Yo y Judas estábamos cerca. Admiramos el gesto y las palabras del Maestro. Se decidió que lo buscaríamos... Yo estaba más decidido que Judas y como que lo arrastré. Él se oponía, pero... Mi remordimiento es haber insistido en que hubiese venido... Traje a Jesús un dolor continuo. Yo sabía que muchos querían a Judas y pensé que podía ser útil. Fui un necio como todos los demás que piensan en un rey superior a David y Salomón, pero siempre un rey... un rey, como Él dice, que jamás lo será, había luchado porque entre sus discípulos estuviese éste que podía serle de ayuda... Así lo esperé. Pero ahora comprendo, y cada vez mejor, el recto modo de obrar de Jesús que no quiso recibirlo inmediatamente, hasta más bien le prohibió que lo buscase... ¡Un remordimiento, te lo aseguro! ¡Un remordimiento! Judas no es bueno”.

“No lo es. Pero no debes crearte remordimientos. No lo hiciste con malicia y por lo tanto no hay culpa. Te lo aseguro”.

“¿De veras? ¿O lo dices por consolarme?”

“Lo digo porque es la verdad. No pienses más en el pasado, Tomás. No puedes borrarlo...”

“¡Dices bien” ¡Pero mira! Si por causa mía, el Maestro sufriese algo... Tengo en el corazón ansias y sospechas. Hago mal porque juzgo al compañero, y no con caridad. Soy un pecador porque debería creer a las palabras del Maestro... Él excusa a Judas... Tú... ¿crees a tu hermano?”

“En todo menos en esto. Pero no te aflijas. Todos pensamos lo mismo. También Pedro, que se muere de dolor, se esfuerza en pensar siempre bien de él; lo mismo Andrés que es más suave que un cordero; dígame de Mateo, el único de nosotros que no siente ninguna repugnancia por algún pecador o pecadora. Juan, el buen Juan, que no ha conocido el mal ni el vicio, que está lleno de caridad y de pureza, lo mismo piensa. También abriga igual pensamiento mi hermano. Digo, Jesús. No cabe duda que tiene otros pensamientos además de éste, porque ve la necesidad de tener a Judas... hasta cuando todos sus intentos de que se haga bueno, se acaben”.

“Está bien esto. Pero ¿cuándo terminarán? Él tiene muchas... No tiene... En una palabra, tú me comprendes lo que quiero decir. ¿A qué punto llegará?”

“No lo sé... puede ser que se separe de nosotros... Tal vez se quede para ver quién es más fuerte en esta lucha trabada entre Jesús y el mundo hebreo...”

“¿No pensará en otra cosa? ¿No crees que sirva ya desde ahora a dos patrones?”

“Esto es seguro”.

“¿No crees que se incline por los más numerosos, de modo que pueda hacer un gran daño al Maestro?”

“No. No lo amo a él, pero no puedo pensar que... Por lo menos ahora, no. Lo temería si llegase el momento en que las multitudes abandonasen al Maestro. Mas si una aclamación popular lo consagrara como rey y jefe nuestro, estoy seguro que Judas abandonaría a todos por Él. Es un aprovechado... Dios lo detenga, y proteja a Jesús y a todos nosotros...”

Los dos se dan cuenta de que han venido caminando muy despacio y que se han separado de sus compañeros y, sin hablar, más ligeros se proponen alcanzarlos.

“¿Qué veáis diciendo?” pregunta Mateo. “El Maestro os necesitaba...”

Tomás y Tadeo se apresuran a acercarse al Maestro.

“¿De qué veníais hablando?” pregunta Jesús, mirándolos a la cara.

Los dos se miran. ¿Confesar? ¿No hacerlo? Gana la sinceridad. “De Judas” dicen al mismo tiempo.

“Lo sabía. Pero quise conocer vuestra sinceridad. Me hubierais causado un dolor si hubieseis mentido... No volváis a hacerlo, sobre todo *así*. Hay tantas cosas buenas de las que se puede hablar. ¿Por qué hay que descender siempre a considerar cosas muy materiales? Isaías dice: “Retiraos del hombre cuya vida es un soplo”¹. Yo os digo que dejéis de pensar en él y que os preocupéis de su espíritu. Lo animal que hay en él, su monstruo, no debe llamar vuestra atención y vuestros juicios. Amadlo, amad con compasión y con fuerza su corazón. Libradlo del monstruo que lo oprime. No sabéis”...

Se vuelve a llamar a los otros siete: “Venid aquí todos, que a todos servirá lo que voy a decir, pues todos pensáis lo mismo... *¿No sabéis que aprendéis más por medio de Judas que por medio de cualquier otra persona?* Encontraréis muchos Judas, y poquísimos Jesús en vuestro ministerio apostólico. Los Jesús serán buenos, delicados, puros, fieles, obedientes, prudentes, no ambiciosos. Serán muy pocos... Pero ¡cuántos, cuántos Judas de Keriot encontraréis vosotros y los que os sigan por los caminos del mundo! Para ser maestros y aprender, debéis pasar por esta escuela... Con sus defectos os muestra lo que es el hombre; Yo os muestro lo que debería ser el hombre. Dos ejemplos igualmente necesarios. Vosotros, conociendo bien al uno y al otro, deberéis de tratar que el primero se cambie en el segundo... Que mi paciencia sea vuestra norma...”

“Señor, fui un gran pecador y no cabe duda que seré también un ejemplo. Pero yo quisiera que Judas, que no es un pecador como lo fui yo, fuese convertido como lo soy. ¿Es soberbia decirlo?”

“No, Mateo, no lo es. Das honor a las verdades al decirlo. La primera es que lo que suele decirse: “La buena voluntad del hombre obra milagros”² es real. La segunda es que Dios te ha amado infinitamente, aun antes de que tú lo hubieras imaginado, y lo hizo porque no desconocía tu capacidad de heroísmo. Eres el fruto de dos fuerzas: tu voluntad y el amor de Dios. Pongo en primer lugar tu voluntad, porque sin ella, vano habría sido el amor de Dios. Vano, inerte...”

“¿No podría Dios convertir sin nuestra voluntad?” pregunta Santiago de Alfeo.

“Sí. Pero siempre sería necesaria la voluntad del hombre para persistir en la conversión que milagrosamente se obtuvo”.

“Entonces en Judas nunca ha existido ni existe esta voluntad, ni siquiera antes de conocerle, ni ahora...” dice impetuosamente Felipe. Unos se ríen, otros se callan apesadumbrados.

Jesús es el único que defiende al apóstol ausente: “¡No digáis eso! La tuvo y la tiene. Pero la mala ley de la carne se sobrepone a ella en determinados momentos³. Es un enfermo... Un pobre hermano enfermo. En cualquier familia existe el débil, el enfermo, el que causa pena,

¹ Cfr. Is. 2, 22.

² Mt. 13, 58.

³ Cfr. Rom. 7, 14-25; Santo. 1, 13-15.

aflicción, que es carga para ella. ¿Y no es acaso al débil al que más ama la madre? ¿No es el hermano infeliz al que cuidan más sus hermanos? ¿No es aquel a quien el padre da un bocado, que antes tomó de plato y probó para alegrarlo, para hacerle entender que no es un peso, y para no hacerle pesada su enfermedad?”

“Es verdad. Así es. Mi hermana gemela era débil de pequeña. Yo le había robado toda la robustez. Pero el amor de todos la sostuvo, tanto es así que ahora es esposa fuerte y también madre” dice Tomás.

“Pues bien, haced con vuestro hermano espiritualmente débil lo que haríais con un hermano carnal enfermo. No diré ni una sola palabra de reproche: no sois más que Yo. Vuestro amor perseverante será el reproche más fuerte que podáis hacerle y contra el que no podrá reaccionar. Dejaré en Tecua a Mateo y a Felipe para que esperen a Judas... El primero, que se acuerde de que fue un pecador y el segundo, de que es padre...”

“Sí, Maestro. lo recordaremos”.

“Si todavía no nos hubiera alcanzado, dejaré en Jericó a Andrés y a Juan, y que se acuerden ellos que no todos han recibido de Dios en igual medida los mismo dones... Pero id a ver a ese pobre mendigo que no sabe por dónde va el camino. La ciudad está a la vista. Con el óbolo podrá procurarse pan”.

“Señor, no podemos hacerlo porque Judas se fue con la bolsa...” dice Pedro. “Y las hermanas no nos dieron nada”.

“Tienes razón, Simón. Están aturcidas por el dolor y también nosotros. No importa. Tenemos un poco de pan. Somos fuertes y jóvenes. Démoslo al viejo para que no se caiga por el camino”.

Buscan en las bolsas. Sacan unos pedazos de pan, se los dan al viejecito que los mira sorprendido.

“¡Come, come!” le dice Jesús par darle valor. Le dice que beba de su cantimplora, entre tanto que le pregunta que a dónde va.

“A Tecua. Mañana hay gran mercado. Pero desde ayer hace que no comía”.

“¿Estás solo?”

“Peor que si lo fuera... Mi hija me arrojó...” El corazón se desgarró de dolor al oír la voz del viejo.

“Dios te abrirá las puertas de su reino si sabes creer en su misericordia”.

“Y en la del Mesías. Pero mi hijo no tendrá al Mesías. No puede tenerlo. Lo odia. Y odia a su padre porque ama al Mesías”.

“¿Por eso te echó afuera?”

“Por eso, y para no perder las amistades de algunos que persiguen al Mesías. Quiso demostrar que su odio supera el de aquellos de modo que ahoga aun la voz de la sangre”.

“¡Horror!” dicen todos.

“Mayor sería si yo tuviera los mismo sentimientos que mi hijo” dice con fuerza el viejo. “¿Quién es? Por lo que puedo comprender se trata de uno que tiene autoridad y voz...” dice Tomás.

“Óyeme. Un padre no diría el nombre de su hijo culpable para que se le desprecie. Puedo decir que tengo hambre y frío, yo que con mucho trabajo aumenté el patrimonio familiar para que mi hijo fuese feliz. Pero no puedo decir más. Ten en cuenta que soy de Judea, y él también, y que somos iguales por raza, pero diversos en pensamiento. Lo demás no sirve para nada”.

“¿No pides a Dios algo, tú que eres un justo?” le pregunta dulcemente Jesús.

“Que toque el corazón de mi hijo para que pueda creer en lo que yo creo”.

“¿Pero para ti en especial nada pides?”

“Solo encontrar al que para mí es el Hijo de Dios. Venerarlo y luego morir”.

“Pero si te mueres no lo podrás ver. Estarás en el Limbo...”

“Por poco tiempo. Tú eres un rabí, ¿no es verdad? Veo muy poco... La edad... las lágrimas... el hambre... Pero distingo los flecos de tu cintura... si eres un buen rabino, lo que

me parece, debes comprender que el tiempo ha llegado, el tiempo, quiero decir, del que habló Isaías⁵. Está por llegar la hora en que el Cordero tomará sobre Sí todos los pecados del mundo, cargará con todos nuestros males y dolores, y por esto será muerto e inmolado para que seamos sanados y en paz con el Eterno. Entonces habrá también paz para los espíritus... Lo espero confiando en la misericordia de Dios”.

“¿Has visto alguna vez al Maestro?”

“No. Lo oí hablar en el Templo, durante las fiestas. Soy pequeño de estatura y más me hace la edad. Veo poco, como ya dije. Por esto si voy entre la gente no veo nada, porque los de adelante me estorban, y si me quedo lejos, igualmente. ¡Oh, pero quisiera verlo! ¡Por lo menos una vez!”

“Lo verás, padre. Dios te dará gusto. ¿Tienes a dónde ir en Tecua?”

“No. Me quedaré bajo un pórtico o en un portón. Ya me acostumbré”.

“Ven conmigo. Conozco a un buen israelita. Te acogerá en el nombre de Jesús, el Maestro galileo”.

“Tú también eres galileo. Se conoce por tu modo de hablar”.

“Sí... ¿Estás cansado? Ya casi llegamos a las primeras casas. Pronto descansarás”.

Jesús se inclina a decir alguna cosa a Pedro que se separa y transmite a los demás lo que Jesús le dijo, pero que no oí. Luego con los hijos de Alfeo y Juan apresura el paso para entrar la ciudad. Jesús lo sigue con los demás, llevando el mismo paso que el pobre viejo, que no habla más, y por lo agotado que está termina con quedarse detrás de Andrés y Mateo.

La ciudad parece vacía. Es el mediodía y casi todos están en casa almorzando. Después de unos cuantos metros aparece Pedro: “Arreglado, Señor. Simón lo hospeda porque Tú lo traes, y te da las gracias de que te hubieras acordado de él”.

“¡Bendigamos al Señor! Todavía hay justos en Israel. Este anciano es uno de ellos, y Simón el otro. Sí. Todavía hay buenos, misericordiosos, fieles al Señor. Esto nos paga las muchas amarguras. Y nos hace confiar que la justicia divina se ablandará por estos justos.”⁶

“¡Pero... que un hijo arroje a su padre de la casa para no perder la amistad de algún fariseo poderoso!...”

“¡A tanto llega el odio que te tienen! ¡Me siento irritado!” dice Felipe.

“¡Veréis cosas mucho peores” responde Jesús.

“Más grande será el pecado de un pueblo contra Dios... Pero esperemos al viejo...”

“¿Quién será su hijo?”

“¡Un fariseo!”

“¡Un sanedrasta!”

“¡Un rabino!” Los pareceres son diversos.

“Un desgraciado. No investiguéis. Hoy le pegó a su padre. Mañana me pegará a Mí. Véis, pues, que el pecado de Judas, al separarse así como un hijo díscolo, no es nada en su comparación. Sin embargo Yo rogaré por este hijo, ingrato, por este hebreo que ofende a Dios, para que se arrepienta. Haced lo mismo vosotros... ven padre. ¿Cómo te llamas?”

“Eliana. ¡Jamás he sido un hombre feliz! Mi padre murió antes de que hubiera yo nacido y mi madre al parirme... Mi abuela, que me crió, me puso el nombre de mi padre y de mi madre juntos”.

“En realidad que eres un Elí. Y tu hijo es semejante a Finnes⁷” dice Felipe que no puede comprender un pecado semejante.

“No lo quiera Dios. Finnes murió pecador, y murió cuando el arca fue hecha prisionera. Sería una desgracia para su alma y para todo Israel eso” responde el anciano.

⁵ Cfr. Is. 52, 13 – 53, 12.

⁶ Cfr. Gén. 18, 16-33; Jer. 5, 1; Ez. 22, 30.

⁷ Cfr. 1 Rey. 2, 11-36.

“Óyeme, en esta casa tengo amigos y hacen lo que Yo quiera. Es de un hombre llamado Simón, hombre justo ante la presencia de Dios y de los hombres. Él te hospedará por amor a Mí, si es que quieres” dice Jesús antes de llamar a la puerta.

“¿Podré tener libertad en todo? Invocaré sobre quien me dará pan y refugio por caridad las bendiciones del cielo, pero yo quiero trabajar. No es vergüenza ser criado. Vergüenza es cometer pecado...”

“Lo diremos a Simón” dice Jesús con una sonrisa de compasión, mirando al anciano reducido a nada por los esfuerzos y por el dolor moral.

Se abre la puerta. “Entra, Maestro. La paz sea contigo y con quien viene contigo. ¿Dónde está el hermano que me traes? Que pueda darle el beso de paz y de bienvenida” dice un hombre como de cincuenta años.

“Es este. El Señor te lo pague”.

“Sí que me recompensa al tenerte por mi huésped. Quien te recibe, recibe a Dios. No te esperaba y no puedo honrarte como quisiera, pero sé que piensas estarte unos cuantos días. Siempre estaré pronto a hospedarte como conviene”.

Entran en una sala donde están listas las aljofainas de agua caliente para las abluciones. El viejecillo está junto a la puerta cohibido, pero el dueño de la casa lo toma de la mano, lo lleva a que se siente, quiere quitarle las sandalias por sí mismo, servirle como si fuese un rey, y luego ponerle sandalias nuevas, pero él objeta: “¿Por qué? ¿Pero por qué? Vine servir, ¿y tú me sirves? No es justo”.

“Lo es. No puedo seguir al rabí porque debo estar aquí, pero como el último discípulo del Maestro santo me industrio en poner en práctica sus palabras”.

“Tú lo conoces bien. Verdaderamente lo conoces, porque eres bueno. Muchos lo conocen en Israel, pero ¿con qué? Con los ojos y con el odio. Por esto no lo conocen. Se conoce sólo a una mujer cuando sobre ella se sabe todo y se le posee totalmente⁸. Lo mismo es con Jesús de Nazaret. No lo conozco con los ojos, pero lo conozco mejor que otros, porque creo que en Él está la Sabiduría. Tú sí lo conoces de vista y por su doctrina”.

El hombre mira a Jesús pero no dice nada.

El viejecito continúa: “A este rabí le dije que quiero trabajar...”

“Así se hará. Te buscaremos trabajo. Por ahora ven a la mesa. Maestro, dentro de poco vendrán tus discípulos. ¿Podemos sentarnos a la mesa o quieres esperarlos?”

“Quisiera esperarlos. Pero si tienes algún trabajo...”

“¡Oh, Maestro, bien sabes que obedecer al menor de tus deseos me causa alegría!”

El viejecito al oír esto tiene la primer sospecha de quién sea el Hombre que lo socorrió por el camino. Lo mira, lo mira y luego a sus compañeros... atentamente... mira a su alrededor... Entran los hijos de Alfeo con Juan. Jesús los llama por su nombre.

“¡Oh, Dios Altísimo! ¡Entonces... Tú eres Tú!” exclama el viejecito y se arroja a tierra respetuoso.

Su admiración no es inferior a la de otros. ¡Es muy extraño el modo de reconocer al Maestro! Tanto que Pedro le pregunta: “¿Qué cosa hay de especial en estos nombres tan comunes en Israel, para hacerte comprender que está frente al Mesías?”

“Porque conozco a Judas. Siempre va a la casa de mi hijo y...” el viejito se detiene embarazado por haber nombrado a su hijo.

“Pero yo nunca te había visto” dice Tadeo, poniéndose por delante, inclinándose para que le mire ala cara.

“Tampoco yo te conozco, pero un tal Judas, discípulo del Mesías, frecuentemente va a la casa de mi hijo y he oído hablar de un tal Juan, de un tal Santiago, de un Simón, amigo de Lázaro de Betania y de otras muchas cosas... ¡Oír tres nombres que son los de los discípulos más íntimos del Maestro! ¡Él, tan bueno!... ¡He comprendido! ¿Dónde está el otro Judas?”

⁸ Cfr. Gén. 4, 1 y 17 y 25; 19, 5 y 8; 38, 26; Núm. 31, 35; Jue. 21, 11; 1 Rey. 1, 19; 3 Rey. 1, 4; Jdt. 16, 26; Mt. 1, 25; Lc. 1, 34.

“No está. Es verdad. Has comprendido. Soy Yo. Padre, el Señor es bueno. Deseabas verme y me has visto. Bendigamos la misericordia de Dios... No te retires, Eliana. Estabas cerca de Mí, cuando era para ti un Viajero y no más. ¿Por qué quieres separarte de Mí ahora que sabes que soy la Meta?⁹ ¡No sabes cuánto consuelo me ha dado tu corazón! No puedes imaginarlo. Soy Yo, no tú, el que más ha recibido... Cuando tres cuartas partes de Israel y más me odian hasta el crimen, cuando los débiles se alejan de mi camino, cuando los cardos de la ingratitud, del rencor, de la calumnia me hieren por todas partes, cuando no puedo encontrar alivio en el pensamiento de que mi sacrificio será salvación para Israel, encontrar a uno como tú, ¡oh padre!, es alcanzar una recompensa en el dolor... No sabes... Ninguno de vosotros sabe las tristezas cada vez más profundas del Hijo del hombre. Tengo sed de amor... y muchos corazones son manantiales secos a los que inútilmente me acerco... Pero esperemos...”

Y llevando junto a Sí al anciano, entra en la sala donde las mesas están ya preparadas...

218. Jesús habla en Tecua

31 octubre 1946

La parte posterior de la casa de Simón de Tecua es una plaza de forma rectangular. Le llamo plaza porque en los días de mercado, como el que estoy viendo, se abre en tres lugares el grueso cancel que separa de una plaza pública y grande. Muchos vendedores entran con sus mostradores y llenan los portales que hay en los tres lados de la casa. Ahora comprendo que su utilidad es... financiera, porque Simón, como buen hebreo, pasa pidiendo de cada vendedor el alquiler del lugar que ocupa. Trae consigo al viejecito, vestido decentemente, y lo que presenta: “Ved, de hoy en adelante pagaréis a éste la cantidad determinada”. Luego que termina los tres pórticos, dice a Eliana: “Este es tu trabajo. Aquí dentro, con el albergue y los establos. No es difícil, ni penoso, pero muestra la estima que te tengo. He despedido a tres, uno después del otro, porque no fueron honrados. Pero tú me gustas. Además Él te trajo. Y el Maestro conoce los corazones. Vamos a donde está para decirle que, si quiere, la hora es propicia para que hable”. Y se van.

La gente cada vez aumenta más en la plaza, y el ruido es mayor. Mujeres de compras; mercaderes de animales; compradores de bueyes para el arado o de otros animales; campesinos encorvados bajo el peso de sus cestos y anunciando en voz alta su mercancía; cuchilleros, con todo lo que puede cortar, y que han puesto sobre los tapetes, muestran a todos sus hachas golpeando en leños para que vean la finura de la cuchilla; o con un martillo pegan sobre los dientes de las hoces para que todos se convenzan de lo bueno del metal; o que levantan arados y con las dos manos los meten en el suelo, que se abre, y con lo que dicen que son buenos y que ningún terreno puede resistir; caldereros que venden jarras y cántaros, sartenes y lámparas que golpean hasta sentirse uno sordo, y eso para mostrar lo sonoro del metal, para hacer ver que es grueso, o bien gritan con todos sus pulmones ofreciendo lámparas de una o más llamas para las próximas fiestas de casleu; y dominando sobre todos estos gritos, el de los mendigos que han ocupado los lugares estratégicos del mercado.

Jesús sale de la casa con Pedro y Santiago de Zebedeo. No veo a los demás. Me imagino que andarán por la ciudad anunciando al Maestro, porque veo que la multitud lo reconoce al momento y que muchos corren entre tanto que el vocerío y ruido disminuyen. Jesús ordena que se dé el óbolo a algunos mendigos y se detiene a saludar a dos hombres, que seguidos por siervos estaban a punto de salir del mercado, después de hechas sus compras. También ellos se detienen a oír al Maestro. Jesús empieza a hablar, tomando lo que tiene ante sus ojos como argumento:

⁹ Cfr. Is. 41, 4; 44, 6; Ap. 1, 8 y 17; 21, 6; 22, 13.

“Cada cosa a su tiempo, cada cosa en su lugar. No se hace mercado en sábado, ni se comercia en las sinagogas, ni siquiera se trabaja en las noches, sino en el día. Sólo el que es pecador comercia en el día del Señor, o profana los lugares destinados a la plegaria con comercios humanos, o roba en la noche y comete otros delitos. De igual modo, el que comercia honradamente procura mostrar a sus compradores lo bueno de sus mercancías, lo sólido de sus instrumentos, y el que los compra se va contento porque ha hecho una buena adquisición. Pero si, por ejemplo, el vendedor lograra engañar con astucia al que compra, y el utensilio o mercancía resultasen no ser buenos, inferiores al precio pagado, ¿no recurriría el comprador a tomar medidas para defenderse, medidas que pueden ser de descrédito al vendedor, o bien de ir al juez para exigir su dinero? Esto pasaría, y no dejaría de ser justo.

Sin embargo, ¿nos vemos en Israel que se engaña al pueblo con la venta de objetos dañados, y se denigra al que vende buena mercancía, siendo Israel el justo del Señor? Todos lo vemos. Ayer por la tarde, muchos de vosotros vinisteis a referir las mañas de los vendedores y os dije: “Dejadlos. Mantened rectos vuestros corazones que Dios proveerá”.

Los que venden cosas no útiles ¿a quién ofenden? ¿A vosotros? ¿A Mí? No. A Dios mismo. No recibe tanto daño el que es engañado, como el que engaña. El pecado no es tanto contra el hombre, como contra Dios, al tratar de vender cosas que no son útiles, y de que el comprador no adquiera cosas buenas. Y no os aconsejo que os venguéis, ni que reaccionéis. Estas palabras nunca saldrán de Mí. Sólo os digo: escuchad atentamente, observad bien a la luz clara los gestos de quien os habla; probad el primer bocado o dad el primer sorbo que os ofrezca, si sentís algo de aspereza, si las maneras de los otros son raras, si el sabor que os queda en lo interior no os llena, no aceptéis lo que se ha ofrecido como cosa buena. La sabiduría, la justicia, la caridad ² no son jamás cosas ásperas, perturbadoras y amantes de obrar en la sombra.

Sé que me precedieron algunos discípulos míos, y os dejó dos apóstoles míos. Además, ayer por la tarde con las acciones más que con las palabras, di testimonio de dónde he venido y con qué misión. No son necesarios discursos largos para atraeros a mi camino. Pensad y tratad de quedaros en él. Imitad a los fundadores de esta ciudad, que se encuentra en los límites del desierto. Pensad siempre que fuera de mi doctrina no hay más que sequedad de desierto, mientras que en ella hay manantiales de vida. Pasare lo que pasare no os turbéis, no os escandalicéis. Recordad las palabras del Señor en Isaías³. Mi mano nunca se acortará ni se hará pequeña en hacer el bien a los que siguen mis caminos, así como no empequeñecerá la mano del Altísimo para castigar a los que a Mí –a Mí que vine y que he encontrado a muy pocos que me reciban, a mí que llamé a todos y pocos me han respondido- me ofenden y causan dolor. Porque, así como el que me honra, honra al Padre que me ha enviado, de igual modo, el que me desprecia, desprecia al que me ha enviado. Y según la ley antigua del talión,⁴ el que repudia será repudiado.

Pero vosotros que habéis acogido mi palabra, no tengáis miedo a las ofensas de los hombres, ni tembléis ante sus ultrajes, pues antes de que os lo hicieran a vosotros que me amáis, a Mí me lo hicieron. Aun cuando me veáis siempre perseguido y ofendido, os consolaré y protegeré. No tengáis miedo. No temáis al mortal que hoy es, mañana no es sino recuerdo, no más que polvo. Temed al Señor, temed con santo amor, no con pavor. Temed no saberlo amar proporcionadamente a su amor infinito. Yo no os digo: haced esto o aquello. Lo que hay que hacer, lo sabéis. Os digo: amad. Amad a Dios y a su Mesías. Amad a vuestro prójimo como o he enseñado. Y lograréis hacer todo, si sabéis amar.

Os bendigo, ciudadanos de Tecua, ciudad a la orilla del desierto, pero oasis de paz para el perseguido Hijo del hombre. Quede mi bendición en vuestros corazones, en vuestras casas, ahora y siempre”.

² Cfr. 1 Cor. 13.

³ Cfr. Is. 50, 1-3; 59, 1-4.

⁴ Cfr. Ex. 21, 22-25; Lev. 24, 18-22; Deut. 19, 21.

“¡Quédate, Maestro! Quédate con nosotros. El desierto siempre fue bueno para con los santos de Israel”.

“No puedo. Hay otros que me están esperando. Vosotros estáis en Mí, Yo en vosotros, porque nos amamos”.

Jesús difícilmente se abre paso entre la gente que lo sigue, olvidada de sus comercios y de todo lo demás. Enfermos curados lo bendicen, corazones consolados le dan las gracias, mendigos lo despiden con: “Viviente Manná de Dios”... El viejecillo está a su lado y lo sigue hasta los límites de la ciudad. Sólo cuando Jesús bendice a Mateo y Felipe que se quedan en Tecua, se decide por dejar a su Salvador, besándole los desnudos pies, con lágrimas y palabras de agradecimiento.

“Levántate, Eliana. Te voy a dar un beso; un beso de hijo a padre y que te compense de todo. A ti te aplico las palabras del profeta: “Tú que lloras, no llorarás más, porque el Misericordioso ha tenido piedad de ti”⁶. No tendrás muchas comodidades. No he podido hacer más. Si uno solo a ti te echó fuera, a Mí todos los poderosos de un pueblo me arrojan, y es mucho si encuentro qué comer y refugio para Mí y para mis apóstoles. Pero tus ojos han visto lo que deseabas. Tus oídos han escuchado mis palabras, así como tu corazón siente ahora mi amor. Vete y quédate en paz, porque eres un mártir de la justicia, uno de los precursores de todos aquellos que serán perseguidos por mi causa. ¡No llores, padre!” y lo besa en su blanca cabeza.

El viejecillo le devuelve el beso en la mejilla y en su oído le murmura: “Desconfía del otro Judas, Señor mío. No quiero ensuciar mi lengua... pero, desconfía. No trae buenas intenciones de parte de mi hijo...”

“Está bien, pero no pienses más en el pasado. Pronto todo se acabará y nadie podrá hacerte más daño. Adiós, Eliana. El Señor esté contigo”.

Se separan...

“Maestro, ¿qué te dijo el viejo en voz baja?” pregunta Pedro que camina fatigosamente al lado de Jesús, porque no puede seguir su paso corto el largo de Jesús.

“¡Pobre viejo! ¿Qué quieres que me hay dicho, que no supiera Yo?” le responde Jesús eludiendo una respuesta clara.

“Te dijo algo de su hijo, ¿no es verdad? ¿Te dijo quién es?”

“No, Pedro. Te lo aseguro. Se reservó el nombre”.

“¿Pero Tú lo conoces?”

“Lo conozco. Pero no te lo diré”.

Un largo silencio. Luego, intranquila es la pregunta de Pedro y su confesión: “Maestro, ¿qué va a hacer Iscariote a la casa de un hombre tan malo, como lo es el hijo de Eliana? ¡Tengo miedo. Maestro! Ese no tiene buenos amigos. No es franco. En él no hay fuerza de resistir al mal. Tengo miedo, Maestro. ¿Por qué, por qué Judas va a las casas de esos y a escondidas?” En la cara de Pedro se dibuja una preocupación angustiada.

Jesús lo mira, pero no responde. ¿En realidad, qué puede responder? ¿Qué pude decir para no mentir y para no lanzar al fiel Pedro contra el infiel Judas? Prefiere que Pedro siga hablando.

“¿No respondes? Desde que ayer el viejo creyó reconocer entre nosotros a Judas, no tengo paz. Me pasa lo mismo que aquel día en que hablaste con la mujer del saduceo. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas mis sospechas?”

“Recuerdo. ¿Y recuerdas las palabras que te dije?”

“Sí, Maestro”.

“No hay más qué añadir, Simón. Las acciones del hombre tienen apariencia diversa de la realidad. Pero Yo estoy contento de haber provisto a las necesidades del anciano. Es como si Ananías hubiera regresado. Y en verdad que si Simón de Tecua no lo hubiese acogido, lo habría llevado a la casucha de Salomón para que allí tuviese siempre un padre que nos

⁶ Cfr. Is. 30, 19-20.

esperase.. Pero Elí está mejor así. Simón es bueno. Tiene muchos nietos. Elí ama a los niños... Y los niños hacen olvidar muchas penas...”

Con su habitual destreza en llevar a su interlocutor a otros temas, cuando no cree conveniente responder a preguntas peligrosas, Jesús ha apartado de Pedro el pensamiento de Judas. Continúa hablando de los niños, que hasta ahora han conocido, y recuerdan a Marziam que probablemente a estas horas está sacando las redes, después de haber pescado en el hermoso lago de Genezaret.

Pedro, lejos del recuerdo de Elí y de Judas, sonriente pregunta: “Pero, después de la pascua iremos, ¿no es verdad? Es tan bello. ¡Oh, mucho más que acá! Para los de Judea, nosotros los galileos somos pescadores... ¡Pero vivir aquí! ¡Oh, misericordia eterna! Si fuésemos castigados, ciertamente aquí no sería un premio”.

Jesús llama a los que vienen detrás y se aleja con ellos por el camino que el sol de diciembre ha templado.

219. En Jericó

1° noviembre 1946

Gente y más gente por los campos próximos a Jericó está esperando a Jesús y apenas un vigía que está en la cima de un alto nogal, grita: “Llega ya el Cordero de Dios”, que la gente acude a Él, en medio de la primera neblina crepuscular.

“¡Maestro, Maestro, hace tanto tiempo que te estábamos esperando! ¡Nuestros enfermos! ¡Nuestros niños! ¡Tu bendición! ¡Los viejos te esperan para dormirse en paz! Si nos bendices, Señor, nos veremos libres de toda desgracia” hablan todos al mismo tiempo, mientras Jesús levanta su mano como para bendecir, y repite: “¡Paz, paz, paz a todos vosotros!” Los apóstoles que vienen con Él se pierden entre la multitud que los separa de Jesús, que apenas si puede caminar en medio de una manifestación tan cariñosa.

El pobre de Zaqueo lucha como puede para llegar a Jesús, para decirle algo, al menos para que lo vea. Pero como es muy bajo de estatura, y no es ni ágil ni fuerte, nuevas oleadas de gente lo rechazan y sus gritos se pierden en medio de la confusión, del mar de cabezas, de brazos que se mueven. Zaqueo se pierde en medio de ella. Inútiles son sus quejas, inútiles sus protestas. La gente es siempre egoísta con lo que le da satisfacción y es cruel con los más débiles. El pobre Zaqueo, agotado por tantos esfuerzos, se convence de que no puede más y pierde su voluntad de seguir luchando y se resigna. Y en realidad, ¿cómo se las podría arreglar, si de cada bocacalle sale un río de gente que va a desembocar en la que viene Jesús? Y estas nuevas oleadas empujan cada vez más afuera al pobre Zaqueo.

Tadeo lo ve y trata de abrirse paso para sacarlo de un ángulo del camino a donde la gente lo ha arrojado y lo tiene inmóvil. Pero Tadeo tampoco puede, porque es la gente la que lo empuja más allá. Tomás, haciendo uso de sus fuerzas y vozarrón, grita: “¡Abrid paso!” pero su tentativa también falla. La multitud es como una muralla de roca y de goma al mismo tiempo. Se puede doblar y flexionar, pero romperse, ¡imposible! Tomás también tiene qué resignarse.

Zaqueo pierde toda esperanza porque Dídimos es el último de los apóstoles a los que arrastra la multitud. Ésta pasa finalmente... Trozos de tela, de fimbrias, horquillas de mujeres, broches de vestidos quedan esparcidos por el suelo como testimonio de la violencia de la multitud. Hasta se ve una sandalia de un pequeñín, aplastada, y parece como si estuviera esperando a que regrese el piecito... Zaqueo camina al último, lleva el corazón triste, como triste se queda la sandalia arrancada del piecito de su dueño.

Jesús ni por asomo se ve. Un recodo de la calle lo ha escondido a los ojos del pobre Zaqueo... pero cuando llega a la plaza donde un tiempo tuvo su negocio, ve que la gente se ha detenido dando voces, rogando, suplicando. Ve que Jesús, subido sobre una grada de una casa, hace señales con la cabeza y con la cabeza de que no. Dice algo que no puede oírse en medio del estruendo de la gente. Finalmente ve que Jesús, que baja con dificultad, vuelve a caminar y da vuelta precisamente por donde está su casa. Entonces Zaqueo saca fuerzas de

flaqueza. La gente es mucha, pero la plaza es ancha, y por lo tanto la multitud es menos compacta y puede ser... que la atraviere con suerte y maña. Zaqueo se convierte en cuña, catapulta, ariete. Da empujones, embiste, se cuela, distribuye y recibe manazos en la cara y codazos en el estómago y patadas en las pantorrillas; pero se abre paso, avanza... Ha llegado a la otra parte... Pero se encuentra ante la muralla impenetrable porque hay una calle. Pocos pasos lo separan de Jesús que ha parado cerca de su casa. Si lo separasen desiertos y ríos, podría tener esperanza de alcanzarlo. Pierde el control de sí, grita, se impone: "Debo ir a mi casa! ¡Dejadme pasar! ¿No estáis viendo que quiero ir allí?"

"Jamás lo hubiese dicho! Esto excita a la gente que querría que el Maestro fuese a otras casas. Quién se burla del pobre Zaqueo, quién le responde de mala manera. Nadie se compadece de él. Más bien se ponen a gritar y a moverse para que el Maestro no vea y no oiga a Zaqueo. Algunos gritan: "Ya lo tuviste mucho tiempo, ¡viejo pecador!" Creo que esta mala voluntad se deba también al recuerdo de antiguas acciones y vejaciones... El hombre, aun cuando se sienta atraído por lo sobrenatural, en el fondo siempre guarda un cierto amorcillo por su dinero y no olvida fácilmente si se le quitó algo..."

La hora de prueba de Zaqueo ha pasado. Jesús premia su constancia. Grita con todas sus fuerzas: "¡Zaqueo, acércate a Mí! Dejadlo pasar que quiero estar en su casa".

Hay qué obedecer. La multitud se apretuja para dejar pasar a Zaqueo, que avanza, rojo de la fatiga, rojo de alegría. Trata de componerse los cabellos despeinados, el vestido desabotonado, el cinturón que con sus flecos lo trae por delante. Busca el manto... ¡Quién sabe dónde esté!... No importa. Está ante Jesús, semiinclinado, en signo de reverencia. No puede hacer más porque no hay espacio.

"La paz sea contigo, Zaqueo. Acércate para que te dé el beso de paz. Lo has merecido" dice Jesús sonriente, con una sonrisa que lo hace rejuvenecer, con una sonrisa que respira alegría.

"¡Oh, sí, Señor! Bien que me lo he merecido. ¡Qué difícil es llegar hasta Ti, Señor!" responde irguiéndose para que Jesús pueda darle el beso de paz, y al hacerlo se ve que en su mejilla derecha hay un rasguño por el que corre un poco de sangre, y se ve también que tiene un ojo morado por algún codazo o puñetazo que le regalaron.

Jesús lo besa y agrega: "No te premio por esta fatiga, sino por las otras que los demás ignoran, y que Yo conozco. Tienes razón. Es difícil llegar a Mí, pero no es la multitud el único obstáculo, ni siquiera el más insuperable.

"¡Oh, pueblo que me has traído en triunfo! El obstáculo más difícil, el más compacto, el más duro de romperse o de superarse, es el propio "yo". Parecía como que Yo no veía, pero no era así. Todo lo vi. ¿Qué cosa? He visto a un pecador convertido, a uno que fue duro de corazón, que fue amante de comodidades, soberbio, vanidoso, lujurioso y avaro. Y lo he visto despojarse de su antiguo "yo" aun en las cosas menores, y tomar modales y afectos como los que le empujaron a correr hacia su Salvador, que le dieron ánimo para llegarse a Él, *suplicar humildemente, oír pullas y aceptar los reproches con paciencia, que sufrió en su cuerpo los golpes de la gente, en el corazón al verse rechazado y arrojado de todos, sin poder conseguir siquiera una mirada mía*. Otras cosas vi en él, Cosas que también vosotros conocéis, pero que no queréis contar con ellas, para encontrar consuelo.

Diréis: "¿Y cómo las conoces Tú que no vives entre nosotros?" Os respondo: Yo leo en el corazón de los hombres, por eso no ignoro sus acciones y sé ser justo y premiar en proporción del camino hecho para llegar a Mí, de los esfuerzos para quitar la maleza que cubría su corazón, arrancar todo árbol que no sea bueno y ponerlo como rey en el "yo", rodearlo de plantas de virtudes para que esté adornado, vigilando que ningún animal inundo, rastrero, ávido de corrupción, lascivo, vicioso –las diversas malas pasiones- ponga su nido entre el follaje, sino que sólo habite en él este espíritu vuestro, lo que es bueno y capaz de alabar al Señor, esto es, los afectos sobrenaturales: cual aveillas canoras y mansos corderillos dispuestos a ser inmolados, dispuestos para la alabanza perfecta por amor de Dios.

Y como no ignoraba las obras de Zaqueo, sus pensamientos, sus fatigas, así no ignoraba que en muchos de esta ciudad, que me habían aclamado, había más bien un amor sensible que espiritual. Si me hubierais amado rectamente, hubierais sido compasivos con vuestro conciudadano; no lo habríais mortificado recordándole su pasado, ese pasado que él ha borrado, y *que Dios ya no recuerda, porque el perdón no se pierde a no ser que la criatura vuelva a pecar. Y si lo juzga otra vez es por el nuevo pecado, no por el que ya ha sido perdonado.* Ahora os digo, y procurad meditarlo en las horas de la noche, que el amarme de verdad no consiste en aclamarme, sino en hacer lo que Yo hago y enseño, en practicar el amor mutuo, en ser humildes y misericordiosos, recordando que sois de un mismo lodo en lo que se refiere a la parte material, que el polvo se puede convertir en pantano, y que por lo tanto, si hasta ahora lo que en vosotros os ha preservado de serlo y el espíritu no ha sufrido derrotas –es cosa imposible porque el hombre es pecador y solo Dios es sin pecado- el día de mañana podría conocerlas en número y alcance peor que la de aquel viejo pecador que había renacido a la gracia, y cual un recién nacido, con la humildad que le llega del recuerdo de haber sido pecador, con la voluntad decidida de hacer todo el bien posible en los días que le queden y reparar todo el mal que hubiere podido haber hecho.

Mañana os hablaré. Por ahora basta. Id con mi advertencia y bendecid a Dios que os manda al Médico que amputa vuestra sensualidad oculta bajo un velo de salud espiritual, como enfermedades escondidas que corroen la vida bajo un velo de aparente salud... ven Zaqueo...”

“Sí, Señor mío. No tengo más que un viejo criado, y yo mismo abro la puerta y con él mi corazón emocionado. ¡Oh y que si lo está!, por tu infinita bondad”. Abierto el cancel hace que pasen Jesús y los apóstoles y los guía a las habitaciones pasando por el jardín que ahora es hortaliza. La casa está limpia de todo lo superfluo. Zaqueo prende una lámpara y llama al siervo.

“El Maestro está aquí. Cena aquí y duerme aquí con los suyos. ¿Has preparado todo como te había dicho?”

“Sí, menos las verduras, que voy a echar ahora al agua hirviendo, todo está preparado”.

“Entonces cámbiate de vestido y ve a decir a los que sabes que está aquí, que vengan”.

“Voy, patrón. ¡Bendito Tú, Maestro, porque puedo morir contento!” Se va.

“Es el siervo que tenía mi padre y que se ha quedado conmigo. A todos los demás los licencié. Lo quiero mucho. Fue la voz que jamás calló, cuando yo pecaba, y por eso lo maltrataba yo. Ahora, después de Ti, es al que más amo... Venid, amigos. Allí hay fuego y cuanto puede dar descanso a vuestros cansados y helados cuerpos. Tú, Maestro, en mi misma habitación...” y lo guía a una recámara en el fondo de un corredor.

Entra, cierra la puerta, echa agua hirviendo en una jarra, quita las sandalias a Jesús y le sirve el agua. Antes de volverle a poner las sandalias, besa su pie desnudo, se lo pone sobre el cuello diciendo: “¡Así! ¡Para que arrojes los restos del viejo Zaqueo!” Se levanta, mira a Jesús con una sonrisa que tiembla en sus labios, una sonrisa humilde, con lágrimas en los ojos. Hace un gesto como para señalar todo el ambiente. Dice: “¡Tanto que pequé aquí adentro! Pero he cambiado todo, para que nada me recordase el antiguo sabor... Los recuerdos... Soy débil... He dejado que sobreviviese el recuerdo de mi conversión en estas paredes solas, en este lecho duro... Lo demás... Lo he vendido porque me había quedado sin dinero y quería hacer el bien. Siéntate, Maestro...”

Jesús se sienta sobre un banco de madera y Zaqueo en tierra, a sus pies, medio sentado, medio arrodillado. Continúa hablando.

“No sé si he hecho bien, si puedes aprobar lo que hice. Tal vez empecé por donde debía haber terminado. Pero también *ellos son*. Sólo un viejo publicano no puede tener repugnancia de *ellos* en Israel. No. He dicho mal. No sólo un viejo publicano, sino más bien Tú me enseñaste a amarlos verdaderamente. Antes eran mis cómplices en el vicio, pero no los amaba. Ahora los reprendo y los amo. Tú y yo. El que es todo Santo, el pecador convertido. Tú porque jamás has pecado y quieres darnos tu alegría de Hombre sin culpa. Yo porque pequé

mucho, y sé cuán dulce sea la paz que viene del hecho de ser perdonados, redimidos renovados... Esto lo quise para ellos. Los busqué. ¡Oh, al principio fue una cosa dura! Quería hacerlos buenos, y tenía qué ser yo primero bueno... ¡Qué fatigas! ¡Estar en guardia, para que otros no me vigilaran! Hubiera bastado cualquier cosa para alejarlos... Y luego... Muchos pecaban por necesidad, por razón de su trabajo. Vendí todo para tener dinero y mantenerlos hasta que encontrasen otras ocupaciones, menos fructíferas, más fatigosas, pero honradas. Y siempre hay alguno de esos que viene, parte por curiosidad, parte porque quiere ser hombre y no solo animal. Los debo hospedar hasta que acepten el nuevo yugo. Muchos se han circuncidado. El primer paso hacia el verdadero Dios. Pero no los obligo. Extiendo mis brazos al abrazar las miserias, yo, que de ellas no puedo tener asco. Quisiera dar a todos ellos lo que Tú querías dar: la alegría de no tener remordimientos, la alegría de no haber pecado nunca como Tú. Dime ahora, Señor mío, si me he atrevido a mucho”.

“Has hecho bien, Zaqueo. Das a ellos más de lo que esperas y de lo que piensas que quiera Yo dar a los hombres. No solamente la alegría de ser perdonados, de estar sin remordimientos, sino la de ser presto ciudadanos de mi Reino celestial. No ignoraba tus obras. Te seguía por el camino arduo, pero glorioso, de la caridad; porque esto es caridad, y muy digna de alabanza. Tú has comprendido la palabra del Reino. Pocos lo han logrado porque sobrevive en ellos la antigua concepción y convicción de ser ya santos y doctos. Tú, después de haber arrancado de tu corazón el pasado, quedaste vacío y has podido, mejor, has *querido* poner dentro de ti las palabras nuevas, lo futuro, lo eterno. Continúa así, Zaqueo, y serás el exactor* de tu Señor Jesús” concluye Jesús sonriente y pone su mano sobre la cabeza de Zaqueo.

“¿Apruebas todo, Señor?”

“Todo, Zaqueo. Se lo dije también a Nique que me habló de ti. Nique te comprende. Es abierta a la piedad universal

“Nique me ayudó mucho. Ahora la veo cada luna nueva... Hubiera querido seguirla, pero Jericó se presta para mi nuevo trabajo...”

“Por largo tiempo no va a estar en Jerusalén... Harías un viaje inútil. Nique volverá después aquí...”

“¿Después de cuánto tiempo, Señor?”

“Después de que mi Reino sea proclamado”.

“Tu Reino... Tengo miedo de ese momento. Los que ahora se dicen ser tus fieles, ¿lo serán entonces? Porque habrá a no dudarlo motines y lucha entre los que te aman y los que te odian... ¿Sabes, Señor, que tus enemigos contratan hasta ladrones, la hez del pueblo, para tener secuaces prontos para infundir miedo e imponerse sobre los demás? Lo supe por uno de mis pobres hermanos... ¡Oh, entre quien roba abusando de la ley, entre quien roba el honor y quien despoja un viajero, hay mucho diferencia! También yo robé legalmente hasta que Tú me salvaste, pero ni siquiera entonces hubiera yo secundado a quien te odia... Se trata de un joven. Es un ladrón, para qué negarlo. Una tarde que había ido yo por Adomín a esperar a tres iguales a mí, que venían de Efraín con animales comprados a menor precio, lo encontré que estaba esperando en un desfiladero. Le hablé... Yo nunca he tenido familia, y sin embargo pienso que si hubiera tenido hijos, les habría hablado de tal forma para persuadirlos a que cambiasen de vida. Me explicó el cómo y el por qué se había hecho ladrón... ¡Eh, cuántas veces los verdaderos culpables son los que parece que no cometen ningún mal!... Le dije: “No robes más. Si tienes hambre, pan no te faltará, te buscaré un trabajo honrado. Como todavía no has cometido ningún homicidio, detente, sálvate”. Lo persuadí. Me dijo que se había quedado solo porque los otros habían sido *comprados* con mucho dinero por los que te odian, y que están ahora prontos a fomentar motines y a decirse partidarios tuyos para escandalizar al pueblo; que están escondidos en las grutas de Cedrón, en los sepulcros, hacia Faseló, en

* exactor = Cobrador o recaudador de los tributos, impuestos o emolumentos.

las cavernas que hay al norte de la ciudad, entre las tumbas de los reyes y de los jueces, por todas partes... ¿Qué intentan hacer, Señor?”

“Josué pudo detener el sol², pero éstos, no obstante todos los medios que pongan, no podrán detener jamás la voluntad de Dios”.

“¡Tienen dinero, Señor! El Templo es rico y no es corbán³ para ellos el oro que se ofrece en el Templo, si sirve para su triunfo”.

“No tienen nada. La fuerza es mía. Su edificio caerá como hojas secas otoñales con las que un niño ha construido su castillo. No tengas miedo, Zaqueo, Tu Jesús será Jesús⁴”.

“¡Dios lo quiera, Señor!... Nos llaman. Vamos”.

220. Predicación en Jericó¹

2 noviembre 1946

La mañana esta avanzada cuando Jesús sale de la casa de Zaqueo, con él, con Pedro y Santiago de Alfeo. Tal vez los otros apóstoles se han esparcido por la campiña para anunciar que Jesús está en la ciudad.

Detrás del grupo de Jesús, se ve otro muy... variado por sus fisonomías, edades, vestidos. No es difícil asegurar que estos hombres pertenecen a razas diversas, tal vez antagónicas entre sí. Pero la casualidad de la vida los ha traído a esta ciudad palestinese y los ha reunido para que de su profundidad suban hacia la luz. Unos tienen caras arrugadas, tal vez por el modo con que han vivido, ojos cansados; otros, esa mirada adquirida en los largos años de desempeñar el mismo oficio, ojos de... rapiña fiscal o de imposición brutal. Una mirada rapaz, dura, que de cuando en cuando se deja ver bajo un velo suelto y colgante que ha puesto su nueva vida. Esto sucede espléndidamente cuando alguien de Jericó los mira con desprecio y masculla entre dientes alguna insolencia. Luego la mirada se vuelve cansada, abatida, las cabezas se doblan sombrías.

Jesús se vuelve dos veces a mirarlos y al verlos venir detrás, aflojando el paso según se van acercando al lugar de antemano elegido para hablar, y que está lleno de gente, disminuye el suyo y les dice: “Pasad adelante y no tengáis miedo. Habéis desafiado al mundo cuando hacíais el mal; no debéis temerlo ahora que os despojasteis de él. Lo que habéis empleado hasta ahora para dominarlo, la indiferencia del qué dirá el mundo, la única arma que puede hacer que se canse de hablar, volvedla a emplear ahora, y se cansará de ocuparse de vosotros y os absorberá poco a poco, confundiéndoos en la gran masa anónima de este miserable mundo, al que, en verdad, se da tanta importancia”.

Los hombres, que son quince, obedecen y pasan adelante.

“Maestro, los enfermos de la campiña están allí” dice Santiago de Zebedeo al acercarse a Jesús, señalando un rincón que calienta un tibio sol.

“Voy. ¿Dónde están los otros?”

“Entre la gente. Pero ya te vieron y ahora vienen. Con ellos están también Salomón, José de Emmaús, Juan de Efeso, Felipe de Arbela, a cuya casa fueron hombres y mujeres venidos de la costa. Te buscaban, porque no pueden ponerse de acuerdo en dar su juicio sobre una mujer. Halarán contigo...”

De hecho los otros discípulos rodean a Jesús y lo saludan reverentes. Detrás de ellos los nuevos que siguen la doctrina de Jesús. Pero no está Juan de Éfeso y Jesús pregunta el por qué.

² Cfr. Jos. 10, 10-15; Eccli. 46, 1-8.

³ Esta palabra de origen arameo, significa “ofrenda”, y especialmente, “ofrenda hecha a Dios” Cfr. Mt. 15, 6; Mc. 7, 11.

⁴ Esto es, Salvador. De hecho, Jesús, en hebreo significa: “Dios salva” Cfr. Mt. 1, 20-21; Hech. 4, 12.

¹ Cfr. Lc. 18, 9-14.

“Se detuvo con la mujer y con sus padres en una casa solitaria. No se sabe si la mujer esté endemoniada o sea una profetisa. Dice, según se cuenta, cosas maravillosas. Los escribas que la han escuchado, han dictaminado que es una poseída. Sus padres han llamado a los exorcistas ³ varias veces, pero no han logrado arrojar al demonio que en ella habla. Uno de ellos dijo al padre de la mujer –es una viuda virgen que vive en familia–: “Habla con Jesús el Mesías, acerca de tu hija. Él entenderá sus palabras y sabrá de dónde proceden. He tratado de que el espíritu que habla en ella se fuese en nombre de Jesús, llamando el Mesías. Los espíritus tenebrosos siempre han huido cuando he dicho este nombre. Pero esta vez, no. Por lo cual digo que: o es el mismo Belzebú, o el mismo Espíritu de Dios, y por esto no teme, pues que es una misma cosa con el Mesías. Más me inclino a esto que a lo otro. Pero para estar seguros sólo el Mesías puede juzgar. Él comprenderá las palabras y descubrirá su origen” Los escribas que estaban allí presentes lo malinterpretaron, y dijeron que estaba poseído como la mujer y como Tú. Perdona que te lo diga. Los escribas no nos pierden de vista. Y hacen guardia a la mujer porque quieren saber si alguien le advierte de tu llegada, pues ella afirma que conoce tu rostro, tu voz, y entre miles te reconocería. Ahora bien está comprobado que nunca ha salido de su población, ni de su casa, desde hace quince años, cuando murió su esposo en la noche anterior a las bodas. También está comprobado que nunca has ido ni pasado de ese lugar llamado Betlequí. Los escribas esperan tener esta última prueba para juzgarla como endemoniada. ¿Quieres ir inmediatamente?”

“No. Debo hablar a la gente. Sería muy estrepitoso el encuentro aquí. Ve a decir a Juan de Efeso y a los padres de la mujer, lo mismo que a los escribas, que los espero a todos al atardecer, en los bosques cercanos al río, en el sendero del vado. Vete”.

Una vez ido Salomón, Jesús que ha hablado a todos, va a donde están los enfermos que piden a gritos su curación y los cura. Fueron, una mujer anciana anquilosada por la reuma, un paralítico, un joven idiota, una niña que creo que es tísica y dos enfermos de los ojos.

La gente lanza sus gritos de alegría.

Pero no ha terminado la fila de enfermos. Una madre se adelanta, desgarrada de dolor, sostenida por dos amigas o familiares, se arrodilla diciendo: “Mi hijo se está muriendo. No puedo traerlo aquí... ¡Ten piedad de mí!”

“¿Puedes creer sin condición alguna?”

“¡Sí, Señor mío!”

“Entonces regresa a tu casa”.

“¿A mi casa?... ¿Sin Ti?...” La mujer lo mira un momento con ansia, luego, comprende. Su adolorida cara se transforma. Grita: “Voy, Señor. ¡Bendito Tú y el Altísimo que te ha mandado!” Y se va corriendo, más ligera que sus mismas compañeras...

Jesús se vuelve a uno de Jericó, ciudadano importante: “¿Es esa mujer hebrea?”

“No. Por lo menos no de nacimiento. Vino de Mileto. Se casó con uno de los nuestros y desde entonces vive en nuestra fe”.

“Supo creer mejor que muchos hebreos” observa Jesús.

Luego, subiendo a una grada alta de una casa, hace el gesto habitual, abre sus brazos, que significa que va a hablar y quiere que se guarde silencio. Una vez hecho el silencio, recoge los pliegues del manto, que se había abierto al abrir sus brazos, y los detiene con su mano izquierda, mientras que la derecha la baja como cuando alguien va a jurar. Dice: “Escuchad, ciudadanos de Jericó, las parábolas del Señor y cada uno las medite en su corazón y saque lo útil para nutrir su espíritu. lo podéis hacer porque conocéis la palabra de Dios no desde ayer, ni desde la luna pasada, ni siquiera desde el invierno anterior. Antes de que fuese Yo el Maestro, Juan, mi Precursor, os había preparado para mi llegada, y después que vine, mis discípulos han preparado este terreno innumerables veces y han sembrado toda clase de simientes que les había dado. Por lo tanto podéis comprender las parábolas.

³ Cfr. Hech. 19, 11-17.

¿Con quién compararé a los que, después de haber sido pecadores, se convierten? Con los enfermos que recobran la salud.

¿Con quién compararé a los otros que públicamente no han pecado, o que, más raros que las perlas negras, no han cometido jamás, ni siquiera en secreto, culpas graves? Los compararé con las personas sanas.

El mundo se compone de estas dos categorías. Bien sea en la del espíritu como en la de carne y sangre. Pero si las comparaciones son iguales, el modo con que el mundo se comporta al tratar a los enfermos curados en su cuerpo, es diverso del que usa con los pecadores convertidos, esto es, con los que estuvieron enfermos del espíritu y que ha recobrado la salud.

Vemos que aún cuando un leproso, que es el enfermo que se le tiene aislado, por ser contagiosa su enfermedad, obtiene la gracia de ser curado, después de que el sacerdote lo examinó y purificó, se le admite nuevamente a que viva con los demás, los de su población le hacen gran fiesta porque ha sido curado, ha resucitado a la vida, a la familia, a los negocios. ¡Qué gran fiesta hay entre los familiares, entre los de la ciudad cuando un leproso ha alcanzado la gracia de su curación! Familiares como ciudadanos compiten en llevarle esto o aquello, y si está solo y sin casa ni muebles, le ofrecen lecho y lo necesario, diciendo: "Es un amado de Dios. Su dedo lo ha sanado. Honrémoslo pues, y honremos al que lo ha creado y vuelto a crear". Tienen razón de comportarse así. Y cuando por desgracia en alguien se ven las primeras señales de lepra, ¡con qué aflicción, parientes y amigos, lo colman de ternuras, mientras es posible hacerlo, como para darle en un momento el tesoro de sus afectos, que le habrían dado en muchos años, para que se los lleve consigo al sepulcro de vivo!

¿Y por qué no se hace lo mismo con los otros enfermos? Un hombre empieza a pecar; lo ven los familiares y sobre todo conciudadanos. ¿Por qué entonces no tratan con amor de arrancarlo del pecado? Una madre, un padre, una esposa, una hermana lo hacen. Pero es difícil que lo hagan los hermanos, y menos se puede esperar de los sobrinos paternos o maternos. Los conciudadanos no saben más que criticar, burlarse, mostrarse orgullosos, escandalizados, exagerar los pecados de ese tal, señalarlo con el dedo, tenerlo separado cual leproso los que son más justos, hacerse sus cómplices, para gozar a sus espaldas, los que no lo son. Pero rarísima vez hay una boca, y sobre todo un corazón, que vaya al infeliz con piedad y firmeza, con paciencia y amor sobrenatural, y se preocupe por detenerlo en la bajada al pecado.

¿Y cómo? ¿No acaso es más grave, verdaderamente más grave y mortal la enfermedad del espíritu? ¿No priva ella, y para siempre, del reino de Dios? La primera forma de la caridad para con Dios y para con el prójimo, ¿no debe consistir en sanar a un pecador para bien de su alma y gloria de Dios?

Y cuando un pecador se convierte, ¿por qué obstinarse en seguirlo juzgando, por qué ese pesar de que haya vuelto a la salud espiritual? ¿Veis acaso que vuestros pronósticos de que se condenaría un conciudadano vuestro, han sido fallidos? Al revés, deberíais sentirlos felices, porque el que hace fallar vuestros pronósticos es el Dios misericordioso que os da una medida de su bondad para que creáis también que se os perdonan vuestras culpas más o menos graves.

¿Por qué se debe persistir en ver sucio, despreciable, digno de separación a quien Dios y su buena voluntad han limpiado, hecho admirable, digno de la estima de sus hermanos?

¡Cuánto os alegráis si un buey, un asno o un camello vuestro, o la oveja de la grey o el palomo preferido se curan! ¡Cuánto os alegráis de que aun un extranjero, cuyo nombre apenas conocéis y de quien apenas habéis oído hablar, vuelva curado! ¿Por qué entonces no os llenáis de júbilo por estas curaciones del espíritu, por estas victorias de Dios? El cielo se llena de gozo cuando un pecador se convierte. El cielo, esto es, Dios, los ángeles purísimos, que no saben lo que es pecar. Y vosotros, vosotros humanos, ¿queréis ser más intransigentes que Dios?

Haced que vuestro corazón sea justo y reconoced al Señor no sólo como presente entre las nubes del incienso y cantos del templo, el lugar donde solamente está la santidad del Señor, a donde sólo puede entrar el Sumo Sacerdote, lugar que debería ser santo como su nombre lo indica, sino también en el prodigio de estos espíritus resucitados, de estos altares nuevamente consagrados, sobre los que baja el amor de Dios con su fuego para encender al sacrificio”⁸.

La mujer de antes interrumpe con gritos de bendición a Jesús y quiere adorarlo. Él la escucha, la bendice y le dice que regrese a su casa.

Continúa hablando:

“Si el que en su tiempo fue pecador, y os dio motivo de escándalo, os da ahora motivo de edificación, no queráis escarnecerlo, sino imitarlo. Porque nadie es tan perfecto que no pueda aprender algo más. El bien que se hace es siempre una lección que debe escucharse, aun cuando quien la dé en un tiempo haya sido malo. Imitad. Ayudad. Si obráis de este modo, glorificaréis al Señor y habréis demostrado haber comprendido a su verbo. No queráis ser como a los que criticáis en vuestros corazones. Cuyas acciones no corresponden a sus palabras. Haced que cada acción vuestra sea la corona de cada palabra buena que pronunciéis. Y el Eterno os mirará y os escuchará con benevolencia.

Oíd la siguiente parábola para que comprendáis cuáles son las cosas que tienen valor ante los ojos de Dios. Os enseñará a corregir un pensamiento torcido que hay en muchos corazones. La inmensa mayoría de los hombres se juzgan a sí mismos, y como entre mil hay uno solo que sea realmente humilde, sucede que el hombre cree que es perfecto sólo él, mientras que en su prójimo ve miles de pecados.

Un día dos hombres que iban a Jerusalén por negocios, subieron al Templo, como cada buen israelita lo hace y conviene que lo haga cuando pone su pie en la ciudad santa. Uno era fariseo, el otro publicano. El primero había ido a cobrar la renta de algunos negocios y hacer cuentas con sus arrendatarios que vivían en las cercanías de la ciudad. El otro para pagar los impuestos percibidos y para interceder por una viuda que no podía pagar el impuesto de su barca y redes, porque la pesca, que hacía su hijo mayor, apenas si le alcanzaba para dar de comer a la familia.

Antes de subir al Templo, el fariseo había pasado por la casa de uno de los arrendatarios de sus negocios, y echando una ojeada en la tienda, la vio llena de mercancías y de compradores. Lleno de contento llamó al arrendatario y le dijo: “Veo que tus negocios van bien”.

“Sí, con el favor de Dios. Estoy contento de mi trabajo. He podido aumentar las mercancías y espero seguirán aumentando. He mejorado el lugar, y el año que viene no tendré qué hacer los gastos para bancos y alacenas. Tendré, pues, una ganancia”.

“¡Bien, bien! ¡Estoy contento! ¿Cuánto me estás pagando por este lugar?”

“Cien dracmas⁹ al mes. Es caro pero el lugar es bueno...”

“Lo has dicho. Por lo tanto te doblo la renta”.

“¡Pero señor”, -exclamó el negociante- “de este modo no me permites ninguna ganancia!”

“Es justo. ¿Debo acaso hacerte rico con lo mío? ¿En mi local? Pronto o me das dos mil cuatrocientas didracmas, y ahora mismo, o te echo fuera y me quedo con la mercancía. El local es mío y puedo disponer de él a mi antojo”.

Igual cosa hizo con el segundo, con el tercero de sus arrendatarios, doblándoles la renta y haciéndose sordo a sus súplicas. Y como el tercero, que tenía muchos hijos, se opuso, llamó a las guardias e hizo poner sellos de secuestro, echando fuera al infeliz.

Después en su palacio examinó los registros de los arrendatarios y encontró motivos de castigarlos por flojos. Les secuestró parte de sus haberes que les tocaba por derecho. Uno de ellos tenía un hijo gravemente enfermo, y por los gastos hechos, había vendido una parte del aceite para pagar las medicinas. No tenía nada qué dar al odioso patrón.

⁸ Cfr. Lev. 9, 22-24; Jue. 6, 11-24; 3 Rey. 18, 20-40; 1 Par. 21, 18-22; 1; 2 Par. 7, 1-10.

⁹ Cfr. Mt. 17, 24.

“Ten piedad de mí, amo. Mi pobre hijo está por morir y luego trabajaré como pueda para reembolsarte lo que te pareciere justo. Pero ahora como tú ves, no puedo”.

“¿Que no puedes? Te voy a demostrar que puedes” Fue con el pobre arrendatario al molino de aceitunas y le quitó lo que le quedaba de aceite, que el pobre hombre se había reservado para que de él comiese su familia y se alumbrasen en la noche.

El publicano por su parte había ido a sus superiores y entregado los impuestos. Le dijeron: “Aquí faltan trescientos setenta ases*. ¿Qué pasó?”

“Te lo voy a decir. En la ciudad hay una viuda con siete hijos. El primero es el único que está en edad para trabajar. Pero no puede ir lejos de la orilla porque no tiene todavía muchas fuerzas en sus brazos para remar y para la vela, y no puede pagar a un trabajador que le ayude. Cerca de la ribera pesca poco y el pescado apenas si basta para matar el hambre de ocho infelices. No tuve corazón para exigirle el impuesto”.

“Comprendido. Pero la ley es la ley. ¡Hay si supiesen que ella tiene piedad! Todos encontrarían razones para no pagar. Que el jovencillo cambie de oficio y que venda la barca, si no puede pagar”.

“Es lo único que les puede dar pan... es un recuerdo de su padre”.

“Comprendido. Pero no se puede transigir”.

“Está bien. Yo no puedo quitar el pan a ocho personas. Yo te pago los trescientos setenta ases”.

Terminados sus negocios, los dos subieron al Templo y pasando cerca del gazofilacio, el fariseo sacó una pesada bolsa de su seno y la volteó hasta que cayó el último céntimo. En la bolsita iba el dinero que había tomado de los negociantes, del aceite que había quitado al arrendatario. El publicano por su parte echó un puñado de centavos después de haber tomado lo que eran necesario para regresar a su casa. Ambos dieron lo que tenían. Aparentemente el más generoso fue el fariseo porque dio hasta el último de sus centavos. Pero hay qué pensar que en su palacio tenía más dinero y que tenía créditos con los ricos cambistas.

Fueron ante el Señor. El fariseo se puso delante, junto a los límites del patio de los hebreos hacia el Santo. El publicano atrás, en el fondo, casi debajo de la bóveda que da al patio de las mujeres, encorvado, avergonzado ante el pensamiento de su miseria al comparecer ante la Perfección divina. Ambos se pusieron a orar.

El fariseo, bien derecho, casi con aire insolente, como si fuese el patrón del lugar, como si se dignase hacer una visita, dijo: “Mira que he venido a venerarte en la casa que es nuestra gloria. He venido aun cuando sepa que estás en mí, porque soy justo. Estoy convencido de ello. Pero aun cuando sepa que sólo por mis méritos lo soy, te doy las gracias, como es razonable, por lo que soy. No soy bandido, ni injusto, ni adúltero, ni pecador como ese publicano que junto conmigo echó un puñadito de céntimos en el tesoro. Yo, Tú lo viste, te di todo lo que traía conmigo. Ese asqueroso, hizo dos partes, y a Ti te dio la más pequeña. La otra seguramente que se la guardó para francachelas y mujeres. Pero yo soy puro. No me contamina. Soy puro y justo. Ayuno dos veces a la semana, pago los diezmos de todo lo que tengo. Sí, soy puro, justo y bendito, porque soy santo. Recuérdalo, Señor”.

El publicano, desde su lejano rincón, sin atreverse a levantar sus ojos hacia las ricas puertas del hecol*, golpeándose el pecho oró de este modo: “Señor, no soy digno de estar en este lugar. Pero Tú eres justo y santo, y me lo permites una vez más porque sabes que el hombre es pecador y que si no se acerca a Ti se hace un demonio. ¡Oh, Señor mío, quisiera honrarte noche y día, pero por muchas horas tengo qué ser esclavo de mi trabajo! Trabajo duro que me abate porque causa dolor a mi prójimo que es más infeliz. No tengo más qué obedecer a mis superiores, porque así me gano el pan. Concédeme, Dios mío, que sepa ya adaptar mis deberes para con mis superiores a la caridad para con mis pobres hermanos, para que en mi trabajo no encuentre mi condenación. Cualquier trabajo es santo, si se hace con

* Moneda romana de bronce.

* palabra hebrea que significa Templo.

caridad. Procura tener siempre tu caridad ante mi corazón para que yo, miserable cual soy, sepa compadecer a los inferiores a mí, como Tú me compadeces a mí, que soy un gran pecador. Hubiera querido honrarte con más, Señor. Tú lo sabes. Pero pensé que tomar del dinero destinado al Templo para ayudar a ocho corazones infelices era mejor que echarle en el gazofilacio y no hacer llorar a ocho seres desgraciados. Si me equivoqué, házmelo comprender, Señor, y te daré hasta el último centavo y regresaré a mi tierra a pie, pidiendo de limosna el pan. Hazme comprender tu justicia. Ten piedad de mí, ¡oh Señor!, porque soy un gran pecador”.

Esta es la parábola. En verdad, en verdad os digo que el fariseo salió del Templo con un nuevo pecado, añadido a los que tenía antes de subir al Moria; el publicano salió de allá justificado, y la bendición de Dios lo acompañó a su casa y en ella quedó porque había sido humilde y misericordioso. Sus acciones habían sido más santas que sus palabras. Mas el fariseo sólo con las palabras y en apariencia era bueno, mientras que en su corazón era un satanás y hacía cosas satánicas por la soberbia y dureza de su corazón. Por eso Dios lo odiaba.

Quien se alaba, siempre, antes o después, será humillado. Si no acá, en la otra vida. Quien se humilla será alabado, sobre todo allá arriba en el cielo, donde se valúan en lo que son las acciones de los hombres.

Ven, Zaqueo. Venid vosotros, también vosotros sus compañeros. Vosotros, apóstoles míos. Os hablaré otra vez, pero en privado”.

Y echándose encima el manto vuelve a la casa de Zaqueo.

221. En casa de Zaqueo con los convertidos

3 noviembre 1946

Están todos en una sala ancha y sin adornos que en un tiempo fue bella. Ahora no. Han traído asientos y lechos del comedor o de la alcoba y se han sentado alrededor del Maestro a quien han hecho que se sentase sobre una especie de poltrona de leño, cubierta con una alfombra de grueso hilo de bramante. Es el mueble más lujoso de la casa.

Zaqueo habla de una quinta de labranza comprada con el dinero con que todos contribuyeron: “¡Debíamos hacer algo! La ociosidad no es buena medicina para evitar el pecado. La quinta no es un lugar fértil, porque se le descuidó, como nosotros, y que como nosotros está lleno de zarzas, piedras, hierbas inútiles y otras cosas más. Nique nos ha prestado sus campesinos para que nos enseñen cómo abrir los pozos descuidados, a limpiar los campos, a podar los árboles que había y plantar nuevos. Conocíamos muchas cosas... pero no las santas obras del hombre. En este trabajo que es nuevo para nosotros, encontramos una vida realmente nueva. A nuestro alrededor nada nos recuerda el pasado. Tan sólo la conciencia. Pero está bien... Somos pecadores... ¿Quieres venir a verlos?”

“Cuando salgamos para ir al Jordán me detendré en ese lugar. Me has dicho que está situado sobre el camino que lleva al río...”

“Así es, Maestro. Es feo. La casa está que se cae. No tiene nada de muebles. No tuvimos dinero para tanto... tal vez cuando hayamos reparado nuestros crímenes para con el prójimo. Fuera de Demetes, Valiente y Leví, muy viejos para ciertas privaciones, que duermen aquí, los demás se han acostumbrado a dormir en el heno, Señor”.

“Muchas veces ni eso tengo. También Yo dormiré en el heno, Zaqueo. Dormí en él mis primeros sueños y fueron dulcísimos porque el amor los cubrió. Puedo dormir allí, y no me molestará porque estaré en medio de hombres en quienes ha resucitado la buena voluntad”.

Y mira con unos ojos que son una caricia a estas primeras flores de redimidos de varios países. Ellos lo miran... No son hombres que fácilmente lloren. ¡Quién sabe cuántas lágrimas hicieron derramar! Sus caras son otros tantos libros en que está escrita su pasada conducta. Si su nueva vida ha borrado las palabras escritas, sin embargo se puede intuir y comprender de qué abismos se han levantado a la luz. Con todo, sus caras se aclaran, se iluminan. Su

mirada es franca. Una luz de esperaza sobrenatural, de satisfacción moral resplandece en él al oír que el Maestro les dice palabras alentadoras.

Continúa Zaqueo hablando: “¿Entonces apruebas todo lo hecho? Mira, Maestro, te había dicho: “Te seguiré” y quería realizarlo. Pero esa misma tarde aquí Demetes por uno de sus... por uno de esos infames negocios que tenía... y necesitaba dinero. Había llegado de Jerusalén... se le llama santa, pero no hay vergüenza que no haya en ella y los primeros que las fomentan son los que después nos lapidan cual leprosos... Bueno. Debo confesar mis pecados y no los de los demás. No tenía yo dinero. Te lo había dado. Todo. Hasta el que todavía quedaba aquí, pero que ya había sido dividido en partes que tenían qué dar a quienes había robado con usura. Le dije: “No tengo dinero. Pero tengo algo que vale más que un tesoro”. Le conté mi conversión, tus palabras, la paz que tenía yo dentro de mí... Hablé mucho, mucho. Y todavía seguía hablando cuando el alba nos encontró. Qué cosa dije, no recuerdo. Sé que él dio un puñetazo sobre la mesa, en donde nos habíamos sentado y exclamó: “Mercurio ha perdido un secuaz y los sátiros un compañero. Toma también estas monedas que no me alcanzan para cometer el crimen que había meditado, pero sí bastarán para comprar pan para el que lo necesitare, y tómate conmigo. Quiero oler perfume, y no más hedores”. Y se quedó. Fuimos a Jerusalén. Yo para vender cosas, él para librarse de todo... sus compromisos. Al regreso –había orado en el Templo, después de mucho tiempo, con el corazón puro y tranquilo de un niño- me dijo: “¿Si me quedo en Jericó donde están mis desgraciados amigos, los publicanos, los tahúres, alcahuetes, usureros, después que fueron superintendentes de galeotes y de hombres forzados al remo, de esclavos, de atormentadores de cualquier desventura, soldados sin ley ni compasión, que para olvidar los remordimientos de su conciencia se entregaban a comilonas y que vienen a buscarme para emplear sus malditas ganancias, a proponerme nuevos negocios o a invitarme a banquetes y a otras infames porquerías, esto no será –me dije- seguir al Maestro? La ciudad me desprecia. Los hebreos no dejarán de tenerme como a un pecador. Pero esos no. Son como yo, inmundicia. Pueden tener algo dentro que los empuje al bien, sólo que no encuentran quien les eche una mano para ayudarlos. Les di la mano en el mal. Tal vez pecaron por mis consejos, porque algo les había pedido entonces. Tengo el deber de ayudarlos para que vengan al bien. Así como he restituido a los que hice mal, así como he reparado el mal que hice a mis conciudadanos, así debo buscar cómo poder reparar con ellos”. Y me quedé aquí. Uno después del otro han venido a esta ciudad y han hablado conmigo. No todos han sido como Demetes. Algunos huyeron después de injuriarme. Otros se han andado por las ramas; otros se estuvieron un poco de tiempo, pero luego regresaron a su infierno. Estos se han quedado. Pienso que debo seguirte de este modo, que debemos seguirte luchando contra nosotros mismos, soportando los desprecios del mundo que no sabe perdonarnos. Cuando veamos que él no nos perdona, lágrimas secretas brotan del corazón, así como cuando vuelven los recuerdos... muchos de los cuales nos afligen... En algunos de ellos son...”

“La terrible Némesis que nos echa en cara nuestros crímenes y que nos dice que en ultratumba se vengará de nosotros” dice uno.

“Los lamentos de los que ya desvanecidos golpeé para hacerlos trabajar”.

“Las maldiciones de los que convertí en esclavos, después de haberles arrebatado lo que tenían”.

“Las súplicas de las viudas y huérfanos que no podían pagar y a los que secuestre sus últimas cosas en nombre de la ley”.

“Las horribles cosas cometidas en los países conquistados y aterrorizados después de la batalla”.

“Las lágrimas de mi madre, de mi mujer, de mi hija, muertas de debilidad, mientras yo derrochaba todo en banquetes”.

“Son... ¡Oh, mis crímenes no tienen nombre! Señor, no tengo sangre en mis manos, no he robado dinero, no he impuesto impuestos odiosos, ni intereses estranguladores, no he matado a los vencidos, pero sí he disfrutado de todas las miserias, de las inocentes jovenzuelas de los

derrotados, de las huérfanas, de las vendidas como mercancía por un pedazo de pan. De todas ellas recogí dinero. He caminado por el mundo buscando esas ocasiones. Detrás de los ejércitos. Allí donde se alzaba la carestía, allí donde un río anegaba todo y destruía las cosechas, allí donde una peste había dejado doncellas sin protección. Y las convertí en mercancía. Mercancía infame, pero inocente. Infame porque de ella saqué dinero, inocente porque no conocía lo que era horror. Señor, por mis manos pasaron la virginidad de jovencitas, la honra de jóvenes esposas, cuando las ciudades eran conquistadas. Mis negocios... mis lupanares eran célebres, Señor... No me maldigas, ahora que sabes..."

Los apóstoles se apartan involuntariamente del último que acababa de hablar. Jesús se levanta y se le acerca. Le pone la mano en la espalda y le dice: "¡Es verdad! Tu crimen ha sido *grande*. Tienes mucho qué reparar. Pero Yo, la Misericordia, te aseguro que aunque fueras el mismo demonio y hubieses cometido todos los crímenes de la tierra, *si tú quieres*, puedes reparar todo y Dios te perdonará. Dios es muy grande, es como un padre. Si tú quieres une tu voluntad a la mía. También quiero que seas perdonado. Únete a Mí. Dame tu pobre corazón difamado, destruido, plagado de cicatrices y de abatimiento después de que dejaste el pecado. Lo pondré en mi corazón, donde pongo a los más grandes pecadores y lo llevaré conmigo al sacrificio redentor. La sangre más santa, la que manará de mi corazón, las últimas gotas de sangre de la Víctima por los hombres, se esparcirá sobre las pobres piltrafas humanas y las regenerará. Ten esperanza. Una esperanza mucho mayor que tus grandes crímenes, fundada en la misericordia de Dios porque es ilimitada para quien en ella sabe confiar".

El pecador siente deseos de tomar y besar la mano que tiene sobre su espalda, una mano pálida y descarnada que toca un vestido negruzco, una espalda robusta. Pero no se atreve. Jesús lo comprende, se la toma diciéndoles: "Bésame la palma. Ese beso me aliviará de una tortura. Mano besada, mano herida. Besada por amor, herida por amor. ¡Oh, si todos supiesen besar a la gran Víctima, y que Ella muriera cubierta de llagas, sabiendo que en cada una están los besos, está el amor de todos los hombres redimidos!" y empuja su mano contra los labios de quien se la está besando, que me parece ser un romano. Y la conserva así, hasta que el antiguo pecador separa los labios como saciado de haber bebido la misericordia, de haber apagado sus remordimientos.

Jesús vuelve a su lugar y al pasar pone la mano sobre la cabeza rizada de un joven, que no creo llegue a los veinte años. No ha hablado. Parece ser hebreo. Le pregunta: "Y tú, hijo mío, ¿no tienes nada qué decir a tu Salvador?"

El joven levanta la cabeza, lo mira... Su mirada es todo un discurso. Una historia de dolor, de odio, de arrepentimiento, de amor. Jesús un poco inclinado le mira fijamente. El joven hace lo mismo. Jesús lee una historia muda, añade: "Por esto te he llamado "hijo". No estás más solo. Perdona a todos los de tu raza y a extranjeros, como Dios la perdona. Ama el Amor que te ha salvado. Ven un momento conmigo. Quiero decirte unas palabras aparte".

El joven se levanta, lo sigue. Cuando están solos le dice: "Quiero decirte lo siguiente, hijo. El Señor te ha amado mucho, aunque no lo parezca a primera vista. La vida te ha probado mucho. Los hombres te han hecho mucho daño. Ambos habrían podido convertirte en una ruina irreparable. Detrás de ellos estaba Satanás envidioso de tu alma, pero sobre ti los ojos de Dios. Y esos ojos benditos han contenido a tus enemigos. Su amor puso a Zaqueo en tu camino; y con él a Mí que te estoy hablando. Ahora te digo que *debes* encontrar en este amor cuanto no lo has tenido, y debes olvidar todo lo que te ha herido. Perdonar, perdonar a tu madre, perdonar al patrón infame, perdonarte a ti mismo. No te odies así, hijo. . Odia el tiempo en que estuviste cometiendo pecados, pero no a tu corazón que ha decidido no pecar más. Tus pensamientos sean buenos amigos de tu corazón, y juntos lleguen a la perfección".

"¡Perfecto yo!"

"¿Oíste lo que dije a ese hombre? ¡Y también el estuvo en el fondo del abismo!... ¡Gracias, hijo!"

"¿De qué, Señor mío? Soy yo quien debo darte las gracias..."

"De que no hayas querido ir con quien compra hombres para traicionarme".

“Oh, Señor, ¿crees que lo iba a hacer cuando sé que no desprecias ni siquiera a ladrones? Estuve entre los que te llevaron el cordero a Carit. Y uno de los nuestros que ahora está en poder de los romanos –al menos así se dice, y lo creo porque desde antes de los Tabernáculos³ no lo vimos más en nuestras cuevas- me refirió tus palabras en un valle cerca de Modín... En ese tiempo todavía no estaba yo con los ladrones. Me fui con ellos al final de Adar y los dejé a principio de etaním. Pero no han hecho nada que merezca tu gratitud. Tú eres bueno. También yo quiero serlo. Y avisar a un amigo tuyo... ¿puedo llamar a Zaqueo con este nombre?”

“Lo puedes. Todos los que me aman, son mis amigos. También tú...”

“¡Oh!... Se lo dije para que te protegiese. Pero esto no vale la pena...”

“Te repito, que te doy las gracias porque no te vendiste contra mí. Esto es lo que vale”.

“¿Y el haber advertido a Zaqueo no vale?”

“Hijo mío, ninguna cosa podrá impedir el odio para que no me ataque. ¿Has visto alguna vez un río fuera de su lecho?”

“Sí. Una vez cerca de Jabes Gallad. Vi los destrozos del río en avenida antes del Jordán”.

“¿Pudo alguna cosa detener las aguas?”

“No. Todo lo cubrieron y destruyeron. Hasta arrastraron las casas”.

“Así es el odio. Pero no me revolcará. Seré sumergido, pero no destruido. Y en la hora más amarga, el amor de quien no quiso odiar al Inocente, será mi consuelo, mi luz en las tinieblas de horas oscurísimas, mi dulzura en el cáliz del vino mezclado con hiel y mirra⁴”.

“Hablas, hablas como de Ti mismo como si... Para los ladrones está destinada esa copa, para los que mueren en la cruz. ¡Pero Tú no eres un ladrón! ¡Tú no eres un criminal! Tú eres...”

“El Redentor. Dame tu beso, hijo”.

Le toma la cabeza entre las manos, le besa en la frente y luego se inclina para recibir el beso del joven. Un beso tímido, que apenas si toca sus mejillas enflaquecidas... El joven se arroja llorando en el pecho de Jesús.

“No llores, hijo mío. El amor me sacrifica. Y siempre es un dulce sacrificio, aun cuando no le gusta a la naturaleza humana”.

Lo tiene entre sus brazos hasta que el llanto cesa. Regresa, teniéndolo por la mano hasta el lugar que antes ocupaba Pedro.

Vuelve a hablar: “Mientras comíamos, uno de vosotros, que no es de Israel, dijo que quería preguntarme algo. Puede hacerlo ahora, porque luego volveremos a la gente y nos separaremos”.

“Fui yo, pero también otros muchos la desean. Zaqueo no supo explicarlo, y ni siquiera alguno de los nuestros y que tienen tu religión. Hicimos la misma pregunta a tus discípulos cuando pasaron por aquí, pero no nos dieron una respuesta clara”.

“¿De qué se trata?”

“No sabíamos ni siquiera que tuviésemos alma. Esto es... deberíamos haberlo sabido porque nuestros antepasados... Pero no leímos los antiguos. Éramos muy animales... No sabíamos qué cosa era esta alma. Ni siquiera ahora lo sabemos. ¿Qué cosa es el alma? ¿Es acaso nuestra razón? No lo creemos, porque en tal caso estaríamos sin ella, y hemos oído decir que sin alma no hay vida. ¿Qué cosa es el alma, que nos dicen que es incorpórea, inmortal, sino la razón? El pensamiento es incorpóreo. Pero no es inmortal porque cesa con nuestra vida. Aún el más sabio no piensa después de la muerte.

“El alma no es el pensamiento. El alma es el espíritu, es el principio inmaterial de la vida, el principio impalpable, pero verdadero, que anima a todo hombre y que sobrevive a él. Por esto se le llama inmortal. Es algo tan sublime que el mismo pensamiento aunque poderoso es nada en comparación suya. El pensamiento tiene fin. Pero el alma aunque tiene principio, no tiene

³ Cfr. Ex. 23, 14-17.

⁴ Cfr. Sal. 68, 22; Mt. 27, 33-34 y 48; Mc. 15, 22-23..

fin. Bienaventurada o condenada continúa existiendo. Felices los que saben conservarla pura, o a hacer que sea pura otra vez después de haberla ensuciado, para devolverla a su Creador en el estado en el que Él la entregó al hombre para animar su ser”.

“¿Está en nosotros, o sobre nosotros, como los ojos de Dios?”

“En nosotros”.

“¿Entonces en prisión hasta la muerte? ¿Esclava?”

“No. Reina. En el pensamiento eterno el alma, el espíritu es la cosa que reina en el hombre, en el animal llamado hombre. Ella que vino del Rey y Padre de todos los reyes y padres, su hálito y su imagen, su don y su derecho, tiene por misión hacer del ser llamado hombre, un rey del gran reino eterno, hacer de la criatura llamada hombre un dios después de esta vida, un “viviente” en la morada del sublimísimo y único Dios, es creada reina, con autoridad y con el destino de reina. Sus esclavas son las virtudes y facultades del hombre. Su ministro la buena voluntad, su siervo el pensamiento, siervo y alumno. Este obtiene su fuerza y veracidad del espíritu, de este adquiere justicia y sabiduría, y puede subir a una perfección real. Un pensamiento privado de la luz del espíritu tendrá siempre lagunas y tinieblas; jamás podrá caer en la cuenta de verdades que son más incomprensibles que los misterios, porque se separó de Dios al haber perdido la realeza de su alma. El pensamiento humano será ciego, será necio, si le falta este punto, este fenómeno indispensable para comprender, para levantarse, dejando la tierra y lanzarse a lo alto, al encuentro de la Inteligencia, de la Potencia, de la Divinidad en una palabra. Te hablo de este modo, Demetes, porque no siempre has sido un cambista, y puedes comprender, y explicarlo a los demás”.

“Verdaderamente eres un vidente, Maestro. No he sido siempre un cambista, como lo has dicho... Más bien, esto fue el último peldaño de mi bajada... Dime, Maestro, si el alma es reina, ¿por qué no reina y frena el mal pensamiento y la carne del hombre?”

“Al frenar o domar quitaría la libertad y el mérito. Sería una opresora”.

“Pero el pensamiento y la carne oprimen al alma, me refiero a mí, a nosotros, y la hacen esclava muchas veces. Por esto te preguntaba si en vosotros es una esclava. ¿Cómo puede permitir Dios que una cosa tan sublime –la definiste ‘hálito de Dios e imagen suya’- se envilezca hasta obedecer lo que le es inferior?”

“El Pensamiento divino quería que el alma no conociese la esclavitud. Mas ten en cuenta al enemigo de Dios y del hombre. Aun vosotros habéis oído hablar de espíritus inferiores”.

“Sí, y todos con crueles deseos. Puedo afirmar que, al recordar lo que fui de niño, solamente puedo atribuir a estos espíritus inferiores que haya llegado a ser lo que fui hasta los umbrales de la vejez. Ahora vuelvo a encontrar al pequeñito que perdió el camino de aquellos años. ¿Podré volverme tan pequeño para regresar a la pureza de entonces? ¿Se puede retroceder el tiempo?”

“No se puede. Imposible. Tiempo pasado, tiempo que jamás regresa. No puede uno volver a él, mas no es necesario.

Algunos de vosotros sois de lugares donde se conoce la teoría de la escuela pitagórica. Teoría de errores. Las almas, después de su viaje por la tierra, no entran a ningún cuerpo. No regresan al de un animal, porque no es conveniente que una cosa tan sobrenatural venga vivir en el cuerpo de un bruto. No regresa al de otro hombre porque ¿cómo podría premiarse el cuerpo unido con un alma en el último juicio, si esa alma tuvo diversos cuerpos, cual vestidos? Se dice, según los seguidores de tal teoría, que el último cuerpo es el que goza, porque por purificaciones sucesivas, en vidas diversas, el alma, sólo en la última reencarnación, llega al estado perfecto para poder ser premiada. ¡Error y ofensa! Es un error y ofensa contra Dios, porque se admite que no pudo haber creado sino un limitado número de almas. Error y ofensa contra el hombre, al juzgarlo tan corrompido que difícilmente puede ser premiado. No recibirá el premio inmediatamente; la mayor parte de las veces deberá sufrir una purificación al final de la vida. Purificación es prepararse al gozo. Por lo tanto el hombre que se purifica es uno que se ha salvado. Y si se salva, gozará, después del último día, con su cuerpo. No podrá tener

sino un cuerpo para su alma, sino una vida que compartirá con el cuerpo que le dieron sus padres, y con el alma que el Creador le dio para vivificarlo.

No es posible reencarnarse, así como no es posible retroceder en el tiempo. Pero sí es posible volver uno a crearse a sí mismo con un acto de libre voluntad, y Dios lo bendice y ayuda. Todos lo habéis tenido. Veréis entonces que el pecador, el vicioso, el asqueroso, el delincuente, el ladrón, el corrompido, el corruptor, el homicida, el sacrílego, el adúltero bajo el lavacro* del arrepentimiento, renace espiritualmente, destruye la pulpa corrompida del hombre viejo ¹³, derrota el “yo” del pensamiento todavía más corrompido, como si la voluntad de redimirse fuese un ácido que atacase y destruyese la envoltura malsana donde se oculta un tesoro, y se pone al descubierto el espíritu, purificado, sano, revestido con un nuevo pensamiento ¹⁴, con un vestido nuevo, puro, bueno, infantil. ¡Oh! un vestido con el que puede acercarse a Dios, con el que puede cubrir dignamente al alma re-creada, protegerla y ayudarla hasta la súper-creación de sí misma que es la santidad alcanzada y que el día de mañana –un mañana tal vez lejano, si se le considera a la manera humana; muy cercana si se le contempla con el pensamiento de la eternidad- será gloriosa en el Reino de Dios.

Todos pueden, si quieren, volver a crear en sí al niño puro de los años infantiles, que era amoroso, humilde, franco, bueno, al que su madre estrechaba contra su pecho, a quien su padre miraba orgulloso, a quien el ángel de Dios amaba y a quien Dios miraba con amor. ¡Vuestras madres! Tal vez fueron mujeres virtuosas... Dios no dejará que su virtud no sea premiada. Tratad, pues, de alcanzar iguales virtudes para poder uniros con ellas cuando para todos los virtuosos habrá una sola casa: el reino de Dios para los buenos. Tal vez ellas pudieron no haber sido buenas y haber contribuido a vuestra ruina, pero si no os amaron, si no conocisteis el amor, si la falta de él os hizo malos, ahora que un Amor divino os ha escogido, sed santos para poder gozar algún día del amor que sobrepuja todo amor.

¿Hay algo más qué preguntar?”

“No, Señor. Tenemos qué empezar a aprender todo, pero por el momento no tenemos otra cosa...”

“Por algunos días os dejaré a Juan y a Andrés. Después mandaré aquí a discípulos buenos y sabios. Quiero que los potros salvajes conozcan los caminos del Señor y los lugares donde pueden pacer así como los de Israel lo hacen, porque he venido para todos y amo a todos de igual modo. Levantaos y vamos”.

Es el primero en salir al jardín. Le siguen estrechados sus discípulos, que dulcemente se lamentan; “Maestro, has hablado a estos, como rara vez hablas a tus elegidos...”

“¿Y os duele? ¿No sabéis que así se hace aun en el mundo, cuando se quiere conquistar a alguien que nos ame? No hay necesidad de conquistar a los que nos aman con todas sus fuerzas y son por otra parte de nuestra familia. Basta con verse con alegría y paz” dice Jesús con una sonrisa divina, verdaderamente divina, llena de júbilo. Los apóstoles no se lamentan más, antes bien lo miran dichosos perdiéndose en esa comunicación de amor.

222. Jesús juzga el caso de Sabea de Betlequi

5 noviembre 1946

El pobre rancho donde se juntan los diversos y heterogéneos amigos de Zaqueo es muy pobre. Sobre todo ahora que es invierno no sirve para que el corazón se alegre. Pero a ellos les gusta y lo enseñan con orgullo a Jesús. Hay tres campos arados y negruzcos para el trigo, un huerto con pocos árboles frutales y con otros que apenas acaban de plantarse, una hilera de vides delgaduchas, la hortaliza... un establo con una vaquilla y un borriquillo para la noria, un gallinero con unas cuantas gallinas, cinco pares de palomos, seis ovejas, una casucha con

* baño

¹³ Cfr. Rom. 6, 1-11; Ef. 4, 17 – 5, 20; Col. 3, 5-17.

¹⁴ Cfr. 2, Tim. 2, 24-26.

su cocina y tres cuartos, un tinglado que hace de leñera, un alpende* y el lugar para el heno, un pozo con su brocal semirroto y una cisterna de agua sucia. No más.

“Si resiste la estación...”

“Si los animales tienen crías...”

“Si los árboles pegan...”

Todo está sujeto el “si”... Esperanzas muy precarias...

Alguien se acuerda de que años atrás había sucedido algo, esto es, la cosecha prodigiosa que había obtenido Doras porque el Maestro había bendecido sus terrenos para que fuese humano con sus siervos, y dice: “Si Tú bendijeses este lugar... También Doras era un pecador...”

“Tienes razón. Lo que hice, aun sabiendo que no cambiaría de corazón, lo haré con vosotros que lo tenéis cambiado.

Abre sus brazos. Lo bendice diciendo: “Lo hago inmediatamente porque quiero convencerlos de que os amo”.

Continúan su camino hacia el río, por campos arados de terrones gruesos y negros, y de huertos de árboles sin hojas.

En un recodo se ven unos escribas: “La paz sea contigo, Maestro. Te hemos esperado aquí para... venerarte”.

“No es verdad, para estar seguros que no había alguna trampa. Hicisteis bien. Convinceos de que no he tenido modo alguno de ver a la mujer, ni a ninguno de los que están con ella. Tú y tú estuvisteis de guardia en la casa de Zaqueo y habéis visto que ninguno de nosotros salió. Os adelantasteis a Mí y habéis visto que ninguno de los nuestros ha ido adelante. Vuestro corazón fomenta ciertas condiciones que queréis que acepte cando me encuentre con esa mujer, y de antemano os digo que las acepto”.

“Pero... si no las conoces...”

“¿No es verdad que me las queréis imponer?”

“Lo es”.

“Así como conozco vuestra intención, que tan solo conocíais, así también sé lo que me diréis. Y os aseguro que acepto lo que queréis proponerme porque servirá para dar gloria a la verdad. Hablad”.

“¿Sabes cómo están las cosas?”

“Sé que la mujer se tiene por endemoniada, y que ningún exorcista² ha podido arrojarle el demonio. Sé por otra parte que ella no dice palabras venidas del demonio. Así afirman los que la han oído hablar”.

“¿Puedes jurar que jamás la has visto?”

“El justo no jura porque sabe que tiene derecho de que se le crea por su palabra. Yo os digo que jamás la he visto y que jamás he pasado por su poblado, cosa que todos pueden confirmar”.

“Y con todo ella pretende conocer tu rostro y tu voz”.

“De hecho su alma me conoce por voluntad de Dios”.

“Tú, dices que por voluntad de Dios. ¿Pero cómo puedes asegurarlo?”

“Se me ha dicho que pronuncia palabras inspiradas”.

“También el demonio habla de Dios”.

“Pero con errores mezclados a propósito para extraviar a los hombres y conducirlos a que piensen erróneamente⁴”.

“Pues bien... nosotros quisiéramos que nos permitieseis someter a la mujer a prueba”.

“¿De qué modo?”

* alpende = pequeña cubierta voladiza de un edificio y, especialmente, la sostenida por pilastras o columnas, a manera de pórtico.

² Cfr. Hech. 19, 11-17.

⁴ Cfr. G'al. 1, 8-9; 1 Ju. 4, 1-6.

“¿De veras no la conoces?”

“Os lo he asegurado”.

“Entonces, mira. Enviaremos delante a alguien que vaya gritando: “Aquí está el Señor” y veremos si saluda al que vaya con él. Como si fueras Tú”.

“¡Pobre mujer! Acepto. Escoged entre los que me acompañan a quienes queráis que nos precedan. Os seguiré con otros. Más si hablare, la debéis dejar para que Yo juzgue sus palabras”.

“Es claro. Pacto es pacto y lo mantendremos lealmente”.

“Que así sea, y que sirva para llamaros al corazón”.

“Maestro, no todos somos enemigos tuyos. Algunos de nosotros estamos realmente a la expectativa... y tenemos deseo sincero de conocer la verdad para seguirte” responde un escriba.

“Es cierto. Y Dios ama a tales”.

Los escribas ven atentamente a los apóstoles y se admiran de que falten vaticios, sobre todo Iscariote. Escogen a Judas Tadeo y a Juan. Toman también al joven ladrón, recién convertido, que es pálido y flacucho, con cabellos semirubios. Escogen, en una palabra, a los que por su edad y fisonomía se parecen al Maestro.

“Nosotros vamos delante con éstos. Tú te quedas con nuestros compañeros y los tuyos. Después de un poco de tiempo nos seguiréis”.

Así hacen.

Allá aparecen los bosques que hay a lo largo del río. Un sol invernal dora las copas de los árboles y derrama una luz amarillenta sobre las personas que está cerca de los árboles.

“Ved, ved que ha llegado el Mesías. ¡Levantaos! ¡Venid a su encuentro!” gritan los escribas que se habían adelantado, desviándose un poco hacia un gigantesco roble cuyas raíces que han salido fuera sirven de asiento a quienes llegan a él.

El grupo de personas que había, se vuelve, se levanta, se abre, se separan para ir al encuentro de los que vienen. Junto al tronco se quedan sólo los tres escribas, Juan de Efeso, un hombre y una mujer ancianos, además de otra mujer sentada sobre una gran raíz, con la espalda recargada sobre el tronco, la cabeza inclinada sobre las rodillas con las manos juntas. La cubre un velo de color morado, tan fuerte que parece negro. Parece no poner atención a lo que la rodea. No se mueve ni con el griterío.

Un escriba le toca la espalda: “Sabea, el Maestro está aquí. Levántate y salúdalo”.

No responde. No se mueve.

Los tres escribas se miran, e irónicos sonríen haciendo una señal de inteligencia a los que se acercan. Y como los que estaban en espera, al no ver a Jesús, se habían callado, ellos y sus compinches gritan con todos los pulmones para que la mujer no caiga en el engaño.

“Mujer” dice el escriba a la anciana madre que está con su hija “saluda al menos tú al Maestro y di a tu hija que lo haga”.

La mujer se postra junto con su marido delante de Tadeo, Juan y el ladrón arrepentido. Luego, incorporándose dice a su hija: “Sabea, el Señor tuyo está aquí. Venéralo”.

La joven no se mueve.

La sonrisa irónica de los escribas se acentúa, y un, flaco y narigudo, dice con voz nasal y arrastrada: “No te esperabas esta prueba ¿verdad? Tu corazón tiene miedo. Comprendes que tu fama de profetiza está en peligro y no te atreves... Creo que esto es suficiente para declararte mentirosa...”

La mujer levanta su cabeza, se echa atrás el velo y mira con ojos muy grandes, mientras dice: “No miento, escriba. No tengo miedo, porque estoy en la verdad. ¿Dónde está el Señor?”

“¡Cómo! ¿Dices que lo conoces y no lo estás viendo? Lo tienes delante de ti”.

“Ninguno de estos es el Señor. Por esto no me he movido. Ninguno de éstos”.

“¿Ninguno de estos? ¿Cómo? ¿Ese galileo rubio no es el Señor? Yo no lo conozco, pero sé que es rubio y con ojos de cielo”.

“No es el Señor”.

“Entonces ese alto y majestuoso. Mira la fisonomía de rey que tiene. Él es sin duda”.

“No. Entre ellos no está el Señor” y la mujer baja su cabeza y sigue en la misma actitud de antes.

Pasa un poco de tiempo. Después se ve que Jesús se acerca. Los escribas han hecho señal a la poca gente que guarde silencio. Por esto nadie lanza un hosanna a su llegada.

Jesús viene entre Pedro y Santiago, su primo. Camina despacio... calladito... La tupida hierba absorbe el ruido de sus pasos. Mientras la anciana se seca unas lágrimas con su velo y un escriba la molesta diciendo: “Vuestra hija está loca y es una mentirosa”; mientras su padre suspira y también reprocha a su hija, Jesús llega a los límites del sendero y se detiene.

La joven, que no ha podido oír nada, que tampoco ha visto nada, se pone de pie, se echa atrás el velo, se descubre casi toda la cabeza, extiende sus brazos con un fuerte grito: “Ved que viene a mí, mi Señor. Él es el Mesías, ¡oh, vosotros que me habéis querido engañar y humillar! ¡Veo sobre Él la luz de Dios que me lo señala y lo honro!” y se echa por tierra, sin retirarse de su lugar, a unos dos metros distante de Jesús. Con la cara en tierra, entre la hierba, grita: “Te saludo, ¡oh Rey de los pueblos!, ¡Oh Admirable!, ¡oh Príncipe de la paz!, ¡Padre de los siglos que no conocen fin!, ¡Jefe del nuevo pueblo de Dios!”⁵ y sigue postrada bajo su amplio manto de color morado oscuro, como su velo. En el momento que se levantó pegada al negro tronco —y después de haberse echado atrás el velo, se ha quedado con los brazos extendidos hacia adelante, como una estatua— pude notar que bajo el manto lleva un vestido grueso de lana de color que tiende al de marfil, sujetado en el cuello y en la cintura con un cordón. Pero sobre todo pude admirar su belleza femenina de mujer madura. Tendrá unos treinta años, y treinta años en Palestina equivalen por lo menos a cuarenta de los nuestros en general. Si María Santísima es un excepción, las otras mujeres llegan prontamente a la madurez, sobre todo las de cabello negro y de rostro y cuerpo hermosos, como ella.

Es el tipo clásico de la mujer hebrea. Me imagino que así habrán sido Raquel, Rut y Judit, célebres por su belleza⁶. Alta, hermosa y esbelta, de piel lisa y de color un poco moreno, boca pequeña, labios un poco gruesos y encarnados, nariz recta, larga, delgada, dos ojos profundos, oscuros, ocultos bajo un arco de pestañas largas y tupidas, frente alta, lisa, majestuosa, cara más ovalada que alargada, cabellera brillante ébano como una guirnalda de ónix. No tiene joyeles pero sí un cuerpo de estatua y majestuoso.

Se levanta alargando sus manos largas, morenas, hermosísimas, que se unen al antebrazo con una delgada muñeca. Está de pie, contra el negro tronco. Mira ahora en silencio al Maestro, sacude la cabeza porque los escribas le dicen: “Te has equivocado, Sabea. Él no es el Mesías, sino el que viste antes y no reconociste”.

Sacude su cabeza con severidad y no quita sus ojos del Señor. Luego su cara toma una expresión indescriptible de suma alegría o de estático estupor. Creo que ambas cosas, porque parece cambiar de color como quien está a punto de desvanecerse, mientras todas sus fuerzas se concentran en los ojos que se iluminan de una luz de alegría, de triunfo, de amor... No sé. ¿Ríen esos ojos? No, no se ríen, pues no se ve sonrisa en su austera boca. Y con todo hay una luz de alegría en los ojos que van adquiriendo una fuerza intensísima que sorprende. Jesús la mira pero un poco triste.

“¿Ves que es una loca?” le dice en voz baja un escriba.

Jesús no le rebate. Con su mano izquierda que le pende al lado, con la derecha que se sostiene el manto recogido sobre el pecho, mira y calla.

La mujer abre su boca, vuelve a extender sus brazos. Parece una gigantesca mariposa de alas moradas y de cuerpo de viejo marfil. Un grito potente sale de sus labios: “¡Oh Adonai⁷, Tú eres grande! ¡Tú solo eres grande, oh Adonai! Eres grande en el cielo, en la tierra, en el

⁵ Cfr. Is. 9, 6-7.

⁶ Cfr. Gén. 29, 15-19; Rt.; Jdt. 10; 11, 18-21; 16, 5-11.

⁷ Cfr. Jdt. 16, 15-16.

tiempo, en los siglos de los siglos, y más allá del tiempo, desde siempre y para siempre, ¡oh Señor, Hijo del Señor! Bajo tus pies están tus enemigos y tu trono mantiene el amor de los que te aman”.

La voz aumenta de intensidad, firmeza, fuerza, mientras sus ojos se separan de Jesús y miran en un punto lejano, un poco sobre las cabezas que atentas le rodean, porque de pie contra el tronco del roble, está un poco más alta.

Después de una pausa vuelve a hablar: “El trono de mi Señor está adornado con las doce piedras de las doce tribus de los justos. En la gran perla que es el trono, el blanco, el precioso y resplandeciente trono del Santísimo Cordero, están engastados topacios con amatistas, esmeraldas con zafiros, rubíes con sardónices, ágatas, crisolitos con aguamarinas, ónices, jaspes, ópalo⁸. Los que creen, los que esperan, los que aman, los que se arrepienten, los que viven y mueren en la justicia, los que sufren, los que dejan el error por la verdad, los que siendo duros de corazón, se han hecho mansos por su Nombre, los inocentes, los arrepentidos, los que se despojan de toda cosa para poder fácilmente seguir al Señor, los vírgenes cuyo espíritu resplandece cual luz semejante al de un alba del cielo de Dios... ¡Gloria al Señor! ¡Gloria a Adonai! ¡Gloria al rey sentado sobre su trono!”

Su voz parece el toque de una trompeta. La gente se sacude. La mujer parece que ve realmente lo que va diciendo, como si la dorada nube que navega por un cielo sereno y que parece como seguirla con extática mirada, le sirviese de lente para ver la gloria celestial. Descansa sin cambiar de actitud. Sólo su cara toma un color más pálido y sus ojos se hacen más brillantes.

Vuelve a hablar, bajando su mirada sobre Jesús, que la escucha atento, rodeado de escribas que escépticos y burlones mueven la cabeza, y de los apóstoles y seguidores que están pálidos, presas de sacra emoción. El tono de su voz es menos alto: “¡Veo! Veo en el Hombre lo que se oculta en el Hombre, Santo es el Hombre, pero mis rodillas se doblan ante el Santo de los Santos encerrado en el Hombre”.

Su voz cambia ahora de tono. Se hace imperiosa cual si fuera una orden: “¡Mira a tu Rey, oh pueblo de Dios! ¡Conoces su rostro! La belleza de Dios está delante de ti. La Sabiduría de Dios ha tomado una boca para instruirte. No son ya más los profetas, ¡oh pueblo de Israel! Los que te hablan del Inefable. Es Él mismo. Él, que conoce el misterio que es Dios, que te habla de Dios. El que conoce el Pensamiento de Dios, que te acerca a su pecho, ¡oh pueblo infantil después de tantos siglos! Y te alimenta con la leche de la Sabiduría de Dios para que te hagas adulto. Para obtenerlo se encarnó en el vientre de una mujer de Israel, más grande que cualquier otra mujer ante la presencia de Dios y de los hombres. Ella arrebató el corazón de Dios con sus palpitaciones de paloma¹¹. La hermosura de su espíritu sedujo al Altísimo y Él la hizo su trono. María de Aarón pecó porque en ella existía el pecado¹². Débora dictó lo que tenía que hacerse, pero no lo realizó¹³. Yael fue fuerte, pero ensució sus manos con sangre¹⁴. Judit era justa. Temía al Señor, Dios estaba en sus palabras, y le permitió que realizara su propósito para que Israel se salvara, mas por amor a su patria empleó homicida astucia¹⁵. La Mujer que lo engendró sobrepuja a estas mujeres porque es la Esclava perfecta de Dios y le sirve sin pecar. Toda pura, inocente y bella, es el hermoso Astro de Dios, desde que sale hasta que se pone. Toda bella, resplandeciente y pura para ser estrella y Luna¹⁷, Luz para los hombres para que encuentren al Señor. No precede ni sigue al Arca santa como María de Aarón, porque ella es el Arca misma¹⁸. Sobre la turbia onda de la tierra cubierta por el diluvio

⁸ Cfr. Ex. 28, 15-30, 39, 8-21; Ap 21.

¹¹ Alusión al Cant. Cfr. por ej. 4, 1-9.

¹² Cfr. Núm. 12.

¹³ Cfr. Jue. 4-5.

¹⁴ Cr. Jue. 4, 17-23; 5, 24-27.

¹⁵ Cfr. Jdt. 8-16.

¹⁷ Cfr. Ap. 12, 1-6.

¹⁸ Cfr. Núm. 10; Miq. 6, 1-4.

de las culpas ella camina y salva porque quien se acerca a ella encuentra al Señor. Paloma sin mancha vuela y trae la rama de olivo, olivo de paz a los hombres, porque ella es la oliva sin igual¹⁹. Está callada, pero con su silencio habla y hace más que Débora, que Yael, que Judit²⁰. No aconseja a la guerra, ni incita a matar, ni derrama sangre fuera de la inigualable suya con la que fue hecho su Hijo. ¡Desgraciada Madre! ¡Sublime Madre!... Judit temía al Señor, pero había vivido con un hombre²¹. Ésta ha dado al Altísimo su flor inviolable, y el fuego de Dios bajó al cáliz del lirio suave y un seno de mujer encerrando a la Potencia, a la Sabiduría y al Amor de Dios. ¡Gloria a la Mujer! ¡Cantadle alabanzas, oh mujeres de Israel!”

La mujer se calla como si se hubiera cansado. Y en realidad no comprendo cómo puede haber sostenido tono tan alto.

Los escribas dicen: “¡Está loca! ¡Está loca! Hazla callar. Es una posesa. Obliga al espíritu que la posee, que se vaya”.

“No puedo. No es más que el espíritu de Dios, y Dios no se arroja a Sí mismo”.

“No lo haces porque ella te alaba y ha alabado a tu Madre, lo que estimula tu orgullo”.

“Escriba, piensa en lo que sabes de Mí y verás que no conozco el orgullo”.

“Y sin embargo sólo un demonio puede hablar en ella para hacer célebre de este modo a una mujer... ¡La mujer! ¡Y qué es en Israel y para Israel la mujer! ¿Qué otra cosa sino pecado a los ojos de Dios? ¡Seducida y seductora!²⁴ Si no creyésemos, costaría trabajo creer que en la mujer haya un alma. Le está prohibido acercarse al Santo por inmundicia. Y ésta dice que Dios ha elegido a ella...” replica otro escriba, escandalizado, al que sus compañeros hacen coro.

Jesús responde sin mirar a nadie, como si hablase consigo mismo: “La mujer aplastará la cabeza de la Serpiente²⁶... La Virgen concebirá y dará a luz un Niño que será llamado Emmanuel²⁷... Un retoño saldrá de la raíz de José, una flor nacerá de esta raíz y sobre ella reposará el Espíritu del Señor”²⁸. Esta mujer. Mi Madre. Escriba, por honra propia de tu saber, recuerda y comprende las palabras de los libros sagrados”.

Los escribas no encuentran palabras con qué responder. Miles de veces han leído estas palabras y las han tomado por verdaderas ¿Pueden ahora negar su valor? Se callan.

Uno da orden de que se prendan hogueras porque se siente el frío cerca de la ribera donde sopla el aire del crepúsculo. Obedecen y fogatas de ramas alumbran al compacto grupo.

La luz del fuego parece sacudir a la mujer que se había callado y que estaba con los ojos cerrados, como recogida en sí. Los abre, se estremece. Mira de nuevo a Jesús y con vos estentórea grita: “¡Adonai! ¡Adonai!, Tú eres grande! ¡Cantemos al Divino un cántico nuevo! ¡Shalem, Shalem, Malquiq!²⁹... ¡Paz, paz, oh Rey al que nadie resiste!...”

La mujer se calla de pronto. Por primera vez desde que está hablando recorre con sus ojos a los que rodean a Jesús. Mira a los escribas como si los viese por primera vez, y sin motivo aparente descienden en sus grandes ojos lágrimas, su cara se entristece y carece de resplandor. Habla lentamente con voz profunda como quien habla de cosas dolorosas: “¡No! ¡Ay de quien se te opone! ¡Oh pueblo, escucha! Después de mi dolor, ¡oh pueblo de Betlequi!, me has oído hablar. Después de años de silencio y de dolor he sentido y he dicho la que sentía. No estoy ahora entre los verdes bosques de Betlequi, viuda virgen que encuentra en el Señor su única paz. No tengo sólo al rededor a mis conciudadanos a los que aconsejaría: “Temamos al Señor porque ha llegado la hora de estar prontos a responder a su llamada. Hagamos que la vestidura de nuestro corazón esté limpia para no ser indignos de su

¹⁹ Alusión a Gén. 8, 6-12; Eccli. 24, 18-19.

²⁰ Cfr. Jue. 4-5; Jdt. 8-16.

²¹ Cfr. Jdt. 8, 1-8.

²⁴ Cfr. Gén. 3, 1-13; Eccli. 25, 33; 2 Cor. 11, 3; 1 Tim. 2, 11-14.

²⁶ Cfr. gén. 3, 15.

²⁷ Cfr. Is. 7, 14.

²⁸ Cfr. Is. 11, 1-2.

²⁹ Estas tres palabras significan: “¡Paz, paz, oh Rey!”

presencia. Ciñámonos de fuerza porque la hora del Mesías es hora de prueba. Purifiquémonos como hostia para el altar, para que el que lo manda nos acepte. Quien es bueno, hágase mejor. Quien es soberbio, hágase humilde. Quien es lujurioso, castigue su cuerpo para poder seguir al Cordero. Que el avaro se haga bienhechor, porque Dios nos beneficia en su Mesías, y cada uno practique la justicia para poder pertenecer al pueblo del Bendito que llega”. Ahora hablo ante Él, ante quien cree en Él y ante quien no cree y se burla del Santo, y de los que hablan y creen en su Nombre y en Él. Pero no tengo miedo. Decís que estoy loca, decís que en mí habla un demonio. Sé que podríais hacerme lapidar por blasfemia³⁰. Sé que lo que voy a decir os parecerá un insulto, una blasfemia y me odiaréis. Mas no importa. Tal vez, una de las últimas voces que hablan de Él antes de su manifestación³¹, tendrán probablemente la misma suerte que otras muchas voces. Pero no temo. Largo es el destierro en el frío y en la soledad de la tierra, para el que piensa en el seno de Abraham, en el Reino de Dios que nos abre el Mesías, más santo que el santo seno de Abraham³². Sabea de Carmelo de la estirpe de Aarón no teme a la muerte. Teme al Señor. Y habla cuando le hace hablar y así desobedece a su voluntad. Dice la verdad porque habla de Dios con las palabras que Dios le da. No temo la muerte. Aun cuando me llamareis demonio y me lapidareis por blasfemia. Aun cuando mis padres y hermanos mueran por esta deshonra, no temblaré de miedo, ni de compasión. Sé que el demonio no habla en mí, porque apaga toda concupiscencia, y toda Betlequi lo sabe. Sé que las piedras no harían sino apagar por un instante el respiro de mi canto, pero después se le dará uno mucho más amplio en la libertad del más allá. Sé que Dios consolará el dolor de los de mi sangre y será breve su dolor. Pero será eterna la alegría de los padres mártires de una mártir. No temo que me matéis, pero sí temo la muerte que me vendría de Dios si no lo obedeciera. Y hablo. Digo lo que me ordena que diga. ¡Escucha, oh pueblo, escuchad, vosotros escribas de Israel!”

Levanta nuevamente su voz lúgubre: “De lo alto llega a mí una voz que dentro de mi corazón grita. Dice: “El antiguo pueblo de Dios no puede cantar el nuevo cántico porque no ama a su Salvador. Los salvados de todas las naciones cantarán el cántico nuevo, los del pueblo nuevo del Mesías-Señor, no los que odian a mi Verbo”... ¡Horror! (y da un grito que hace estremecer) ¡La voz da luz; la luz da vista! ¡Horror! ¡Yo veo!” Su grito parece un aullido. Se retuerce como si estuviese viendo un horrible espectáculo que le torturara el corazón y rehusara verlo. De la espalda se le cae el manto. Le queda la vestidura blanca que tiene por fondo el negro tronco. A la luz que lentamente se apaga en el reflejo verde del bosque y en el rojizo y movedizo de las llamas, su cara adquiere un aspecto trágico, imponente. Se ven sus ojos, su nariz, sus labios adornados por la sombra. Parece una cara esculpida del dolor. Se retuerce las manos repitiendo cada vez más quedo: “¡Veo! ¡Veo!” y se bebe sus lágrimas mientras continúa: “Veo los crímenes de este pueblo mío. Soy impotente para detenerlos. Veo el corazón de mis compatriotas y no lo puedo cambiar. ¡Horror, horror! Satanás ha abandonado sus lugares y ha venido a vivir en su corazón”.

“Hazla callar” le ordenan a Jesús los escribas.

“Prometisteis que la dejaríais hablar...” contesta.

Continúa la mujer: “Inclínate a la tierra, al lodo, ¡oh Israel que todavía sabes amar al Señor! Cúbrete de ceniza. Vístete de cilicio. ¡Por ti, por ellos! ¡Jerusalén, Jerusalén, sálvate! Veo una ciudad que en tumulto va a cometer un crimen. Oigo, oigo, los gritos de los que invocan con odio su sangre sobre sí. Veo levantar la Víctima en la pascua de sangre y que corre esa sangre, y que grita esa sangre más que la sangre de Abel, mientras se abren los cielos, la tierra se sacude y el sol se oscurece. Esa sangre no pide venganza, sino piedad por su pueblo asesino, piedad por nosotros. ¡Jerusalén, conviértete! ¡Esa sangre! ¡Esa sangre! ¡Un río! Un río que lava el mundo curándolo de todos los males, borrando toda culpa... Pero para

³⁰ Cfr. Lev. 24, 10-23.

³¹ Cfr. 2 Tim. 1, 9-11; Tit. 2, 11-14; 3, 4-7.

³² Cfr. Gén. 15, 15; 47, 30; Deut. 31, 16; Jue. 2, 10; Mt. 8, 11. Comparar Ju. 1, 18.

nosotros, para nosotros de Israel, esa Sangre es fuego, para nosotros es un cincel que escribe sobre los hijos de Jacob ³⁵ el nombre de los deicidas y la maldición de Dios. ¡Jerusalén!, ¡ten piedad de ti misma y de nosotros!...”

“Hazla callar, te ordenamos!” gritan los escribas, mientras la mujer solloza cubriéndose la cara.

“No puedo imponer silencio a la verdad”.

“Ciertamente es una loca que delira. ¿Qué Maestro eres, si tomas por verdad las palabras de un demente?”

“¿Qué Mesías eres si no sabes hacer callar a una mujer?”

“¿Qué profeta eres si no sabes poner en fuga al demonio? ¡Y otras veces lo has hecho!”

“Lo ha hecho, sí. Pero ahora no le conviene. Es todo un juego preparado para atemorizar a las turbas”.

“¿Habría Yo escogido esta hora, este lugar, este puñado de hombres para hacerlo, cuando podría haberlo hecho en Jericó cuando me han seguido cinco mil y más de cinco mil personas y me han circundado, cuando el recinto del Templo ha sido estrecho para dar cabida a todos los que quieren oírme? ¿Puede el demonio decir palabras sabias? ¿Quién de vosotros con el corazón en la mano puede afirmar que de los labios de ella ha brotado algún error? No resuenan en su labios femeninos las terribles palabras de los profetas? ¿No percibís el alarido de Jeremías y el llanto de Isaías y de los otros profetas?³⁷ ¿No percibís la voz de Dios a través de esta mujer, la voz que quiere ser oída para bien vuestro? No me escucháis a Mí. Podéis pensar que hablo en mi favor. Pero esta, que me es desconocida, ¿qué favor puede esperar de estas palabras? No recogerá más que vuestro desprecio, vuestras amenazas, tal vez vuestra venganza. No. ¡Que no le impongo silencio! Antes bien para que estos pocos la oigan, y para que también vosotros podáis así enmendaros, le ordeno: ‘¡Habla, habla, te lo digo, en nombre del Señor!’ ”

Es Jesús ahora el que parece majestuoso, es el Mesías de las horas del milagro, con sus grandes ojos magnéticos que una chispa azul desprendida de la hoguera, que está entre ella y Él, hace más brillantes.

La mujer por el contrario, oprimida del dolor, causa menor impresión. Sigue con la cabeza inclinada, con la cara cubierta por sus manos, sobre las que caen sus negros cabellos, que se han soltado, y que tanto delante como en la espalda le caen como un velo de luto sobre su vestido blanco.

“Habla te lo ordeno. Tus palabras de dolor no dejan de tener su fruto. Sabea, de la estirpe de Aarón, habla”.

La mujer obedece, pero habla quedo, tanto que todos se acercan más para poder oírla. Parece como si hablase a sí misma, mirando hacia el río: “Oh Jordán, sagrado río de nuestros padres ³⁹, de las encrespadas y azules ondas cual un biso* precioso, reflejas las estrellas puras y la cándida luna, acaricias los sauces de tus riberas. Eres un río de paz, y conoces muchos dolores. Oh Jordán que en las negras horas de la tempestad, sobre tus hinchadas y negras ondas arrastras las arenas de miles de arroyos, los que ellos arrebataron, y algunas veces el tierno arbusto en que había un nido lo arrastras vertiginoso hacia el abismo mortal del Mar Salado, y no tiene piedad del par de pajaritos que siguen con su vuelo, piando de dolor, su nido, que has destruido. De igual modo verás, ¡oh sagrado Jordán!, azotado por la ira divina, arrancado de sus casas, de su altar, caminar a la ruina, sumergiéndose en la muerte más espantosa, al pueblo que no quiso al Mesías. ¡Pueblo mío, sálvate! ¡Cree en tu Señor! ¡Sigue a tu Mesías! Reconócelo por lo que es. No es Rey de pueblos y de ejércitos. Es rey de las almas, *de tus almas, de todas las almas*. Descendió a reunir las almas justas y volverá a subir

³⁵ Cfr. Gén. 32, 24-29.

³⁷ Cfr. Is. 7, 14; 11, 1-2; probablemente Jer. 6, 26.

³⁹ Cfr. Jos. 3-4.

* biso = manojos de filamentos análogos a la seda.

para conducir las al Reino eterno. ¡Vosotros que todavía podéis amar, estrechaos al Santo! ¡Vosotros a quienes preocupa el destino de la patria, uníos al Salvador! ¡Que no perezca toda la descendencia de Abraham! Huid de los falsos profetas de bocas mentirosas y de corazones de rapiña que tratan de apartaros de la Salvación. Salid de las tinieblas que se alzan en vuestro derredor. Escuchad la voz de Dios! Los grandes a quienes hoy teméis, son ya polvo en el decreto de Dios. Uno solo es el Viviente. Los lugares donde mandan y desde donde oprimen, son ya ruinas. Uno solo perdura, Jerusalén, ¿dónde están los orgullosos hijos de Sión de los que te glorías? ¡Míralos! Oprimidos, encadenados, caminan hacia el destierro por entre los escombros de tus palacios, entre el hedor de los muertos que degolló la espada, que mató el hambre. El furor de Dios se abate sobre ti, ¡oh Jerusalén!, que rechazas a tu Mesías, le golpeas en el rostro, en el corazón. Toda hermosura que había en ti se ha marchitado. Muerta está para ti toda esperanza. Profanados están el Templo y el altar...”

“¡Hazla callar! ¡Blasfema! Te decimos que la hagas callar”.

“...arrancado de efod⁴². No sirve más...”

“Eres culpable si no le impones silencio”.

“...porque no reina más. Hay otro, Pontífice eterno, es santo, Dios lo ha envidio como Rey-Sacerdote para siempre. Lo envió quien toma las injurias hechas al Mesías por tuyas y las venga. Otro Pontífice. El verdadero, el Santo, ungido de Dios y por su sacrificio⁴³, en lugar de aquel en cuya frente la tiara es una deshonra porque cobija pensamientos criminales...”

“¡Cállate maldita, cállate o te golpeamos!” Los escribas la maldicen atrozmente. Pero ella parece no oír.

El pueblo se arremolina: “Dejadla hablar, vosotros locuaces. Dice la verdad. Así es. No hay más santidad entre vosotros. Uno solo es el Santo y vosotros lo maltratáis”.

Los escribas opinan que es mejor callarse. La mujer continúa con su voz cansada y dolorosa: “Había venido para traernos la paz, y lo combatiste... La salud y te burlaste de Él... Amor, y lo odiaste... Milagros... y has dicho que eran del demonio... Sus manos curaron tus enfermos, y tú se las perforaste. Te trajo la luz, y le cubriste con salivazos y con suciedades su rostro. Te trajo la vida, y le diste la muerte. ¡Llora Israel tu error, y no impreques al Señor cuando bajas al destierro que no tendrá fin, como el de otro tiempo. Recorrerás, Israel, toda la tierra como un pueblo vencido y maldito, perseguido por la voz de Dios y con las mismas palabras que se dijeron a Caín⁴⁴. No podrás reconstruir un nido sólido sino hasta cuando reconozcas con los otros pueblos que éste es Jesús, el Mesías, el Señor, Hijo del Señor...” La voz de la mujer se envuelve en el dolor y en la fatiga, cansada como la voz de uno que muere.

Pero aún no ha terminado. Se reanima a una última orden: “¡A tierra, pueblo que todavía sabes amar! Cúbrete de ceniza, vístete de cilicio. El furor de Dios está suspendido sobre nosotros como una nube preñada de granizo y rayos sobre un campo maldito”.

La mujer cae de rodillas, con los brazos extendidos hacia Jesús y grita: “¡Paz, paz, oh Rey de justicia! ¡Paz, oh Adonai grande y poderoso, a quien ni siquiera el Padre resiste! ¡Por tu Nombre, oh Jesús, Salvador y Mesías, Redentor, Rey, Dios tres veces santo⁴⁶, alcánzanos la paz!” y se tira, sacudida por los sollozos, con la cara sobre la hierba.

Los escribas rodean a Jesús. Lo llevan aparte lejos de los demás y con palabras amenazadoras uno le dice: “Lo menos que puedes hacer es curarla. Porque si en verdad quieres decir que no está poseída de un demonio, no puedes negar que sea una enferma. ¡Mujeres!... Y mujeres sacrificadas por el destino... Su vitalidad debe mostrarse por cualquier parte... y divagan... y dicen cosas irreales... sobre todo te ven a Ti que eres joven y bello y...”

⁴² Cfr. Ex. 28, 39, 1-31.

⁴³ Cfr. Hech. 10, 34-43; Heb. 7.

⁴⁴ Cfr. Gén. 4, 1-16.

⁴⁶ Cfr. Is. 6, 1-4; Ez. 10; Ap. 4.

“¡Cállate boca de serpiente! Tú mismo no crees en lo que dices” le ordena Jesús con tal fuerza que le rompe las palabras en los labios de este escriba flaco y narigudo, que al principio se había burlado de la mujer como de una falsa profetiza.

“No ofendamos al Maestro. Lo elegimos por juez de un caso que no podíamos resolver...” dice otro escriba. El que había ido a encontrar a Jesús, el que había dicho que no todos los escribas eran sus adversarios, pero que algunos lo seguían con buena voluntad para poder dar un juicio sobre Él.

“Cállate, Yoel llamado Alamot, hijo de Abdías! Solo un mal nacido como tú puede decir esas palabras” le atacan los demás.

El escriba se pone rojo por la ofensa, pero se domina, y con dignidad responde: “Si mi nacimiento no puede aceptarse, eso no quita que mi inteligencia sea clara. Antes bien, el prohibirme muchos placeres, me ha hecho un hombre de sabiduría. Su fuerais santos no me humillaríais, sino respetaríais al sabio”.

“¡Bueno! Hablemos de lo que nos preocupa. Maestro, tienes la obligación de curarla, porque en medio de su delirio espanta a la gente y ofende al sacerdocio, a los fariseos y a nosotros”.

“Si os hubiere alabado, ¿me diríais que la curase?” pregunta Jesús dulcemente.

“No. Porque haría que la gente nos respetase, este pueblo de cabrones que nos odia en su corazón y se befa de nosotros cuando puede” replica un escriba sin caer en la cuenta de la trampa.

“¿Pero, no continuaría siendo una enferma? ¿No debería curarla?” pregunta otra vez con dulzura Jesús. Parece un estudiante que preguntase al profesor al que debe hacer. Los escribas, cegados por la ira, no comprenden que se están descubriendo...

“En tal caso, no. ¡Más bien, tendrías qué dejarla que delirase, que delirase. Hacer todo lo posible porque la gente la creyese profetisa. ¡Honrarla! Señalarla...”

“¿Y si no fuesen cosas verdaderas?...”

“¡Oh, Maestro, si se quita lo que dice contra nosotros, lo demás serviría mucho para levantar el orgullo de Israel contra el romano, a sujetar el orgullo del pueblo contra nosotros!”

“Pero no se le podría intimar: ‘Habla de este modo. Ni tampoco: no digas esto’ ” replica Jesús.

“¿Y por qué no?”

“Porque el que delira habla sin saber lo que dice”.

“¡Con dinero y alguna que otra amenaza... se podría obtener todo. También así se comportaban los profetas...”

“No veo claro, en verdad...”

“¡Ah, es por que no sabes leer entre líneas y porque no todo se dejó escrito en papel!”

“El espíritu profético no conoce imposición alguna, escriba. Viene de Dios y a Dios no se le compra, ni se le atemoriza” dice Jesús cambiando de tono. Empieza su contraataque.

“Pero esta no es profetisa. No es ya tiempo de profetas”.

“¿No es ya tiempo de profetas? ¿Y por qué no?”

“Porque no los merecemos. Estamos muy corrompidos”.

“¿De veras? ¿Y lo dices tú? ¿Tú que hace unos cuantos instantes la juzgabas digna de castigo porque afirmaba lo mismo?”

El escriba queda desorientado. Otro viene en su ayuda: “El tiempo de los profetas terminó con Juan. Y no hay necesidad de ellos”

“¿Cómo es posible?”

“Porque Tú estás para hablarnos de la ley y hablarnos de Dios”.

“También en tiempo de los profetas existía la ley y la Sabiduría hablaba de Dios. Y con todo lo había”.

“¿Pero qué profetizaban? Tu venida. Ya estás aquí. No sirven para más”.

“Una y mil veces habéis preguntado vosotros, como también los sacerdotes y fariseos, si soy Yo el Mesías o no, y porque lo he afirmado, me llamáis blasfemo, loco y habéis tomado

piedras para arrojármelas. ¿No eres tú, acaso, Sadoc, al que llaman el escriba de oro?" pregunta Jesús señalando al escriba narigudo que maltrató a la mujer porque no le obedeció.

"Lo soy. ¿Y qué?"

"Pues bien. Tú, exactamente tú has sido siempre el primero tanto en Giscala como en el Templo, en volverte violento contra Mí. Te perdono. Te lo recuerdo sólo porque dijiste que no podía ser Yo el Mesías, mientras que ahora lo sostienes. Te recuerdo la apuesta que te hice en Cedes. Dentro de poco verás que se cumple parte de ella. Cuando la luna vuelva a brillar en esta cara con que alumbra el firmamento, te daré la prueba. La primera. La otra la tendrás cuando el grano de trigo, que ahora duerme en la tierra, sacuda sus espigas todavía verdes al soplo de los vientos de Nisán. A los que dicen que los profetas son inútiles, respondo: "¿Quién es el que va a poner límites al Altísimo?" En verdad, en verdad os digo que mientras exista el hombre habrá profetas. Son las teas en medio de las tinieblas del mundo. Son los hornos entre el hielo del mundo. Son las voces que recuerdan a Dios y sus verdades que el tiempo olvida y el descuido arrastra. Los profetas traen directamente al hombre la voz de Dios, provocando sacudimientos de emoción en los olvidadizos, en los apáticos hijos del hombre. Tendrán otros nombres, pero tendrán igual misión e igual suerte en el dolor humano y en el gozo inimaginable. ¡Ay si no existieran estos espíritus que el mundo odia, pero a quienes Dios amará sobremanera! ¡Ay si no padeciesen y no perdonasen; si no amasen y no trabajasen por obedecer al Señor" El mundo perecería en las tinieblas, en el hielo, en un sopor de muerte, en una idiotez, en una ignorancia salvaje y brutal. Por esto Dios seguirá suscitándolos. ¿Quién podrá decir a Dios que no lo haga? ¿Tú Sadoc? ¿O tú? ¿O tú? En verdad os digo que ni siquiera los espíritus de Abraham, Jacob y Moisés, de Elías y Eliseo podrían decir a Dios que no lo hiciera y Dios solo sabe cuán santos fueron, y en medio de qué luces eternas se encuentran".

"¿Entonces no quieres curar a la mujer! ¿Ni siquiera condenarla?"

"No".

"¿La consideras como profetiza?"

"Inspirada, sí".

"Eres un demonio como ella. Vámonos. No nos conviene perder tiempo con los demonios" dice Sadoc, dando un empujón... de cargador a Jesús, para hacerlo a un lado.

Muchos lo siguen. Otros se quedan. Entre éstos, al que llamaron Yoel Alamot.

"¿Y vosotros no lo seguís?" pregunta Jesús señalando a los que se van.

"No, Maestro. Nos vamos porque es ya de noche. Pero queremos decirte que aceptamos tu decisión. Dios puede todo. Es verdad. Y puede suscitar almas para nosotros que caemos en muchas culpas, para que nos llamen a la justicia" dice uno de mucha edad.

"Dijiste bien. Y esta humildad tuya es mucho más grande ante los ojos de Dios que tu saber".

"Entonces acuérdate de mí cuando estés en tu Reino".

"Sí, Jacob".

"¿Cómo sabes mi nombre?"

Jesús sonríe, sin responder.

"Maestro, acuérdate también de nosotros" dicen los otros dos. Yoel Alamot añade: "Bendigamos al Señor que nos dio esta honra".

"¡Bendigamos al Señor!" responde Jesús.

Se saludan. Se separan.

Jesús se reúne con sus apóstoles y con ellos va a donde está la mujer que ha vuelto a tomar su antigua posición: sentada sobre la raíz del árbol.

Sus padres le preguntan con ansias: "¿Tiene nuestra hija un demonio? Eso dijeron aquellos antes de irse".

"No. Estad tranquilos. Amadla porque su destino es muy amargo, como todas sus semejantes".

"Añadieron que esa había sido tu opinión..."

“Mintieron. Yo no miento. Estad tranquilos”.

Juan de Efeso se acerca con Salomón y otros discípulos: “Maestro, Sadoc ha amenazado a éstos. Te lo aviso”.

“¿A éstos, o a ésta?”

“A éstos y a ella. No es verdad?”

“Sí. Nos dijeron a mí y a mi esposa que si no procuramos hacer callar a nuestra hija, ¡ay de nosotros! A Sabea le han dicho: “Si hablas te denunciaremos al Sanedrín”. Prevemos que días negros se cernirán sobre nosotros... Pero estamos tranquilos por lo que dijiste... y aguantaremos lo que nos venga. Pero por ella... ¿qué podemos hacer? Aconséjanos, Señor”.

Jesús piensa. Luego dice: “¿No tenéis parientes que vivan lejos de Betlequi?”

“No, Maestro”.

...Jesús piensa, levanta su cabeza, mira a José, a Juan de Efeso y a Felipe de Arbel. Da la siguiente orden: “Iréis con estos hasta Betlequi, y de allá la acompañaréis con sus cosas hasta Aera. Diréis a la madre de Timoneo que le dé hospedaje en mi nombre. Ella sabe lo que es tener un hijo perseguido”.

“Así lo haremos, Señor. Está muy bien así. Aera está lejos y fuera de mano” dicen los tres.

Los padres de Sabea besan las manos al Maestro, le dan las gracias, lo bendicen.

Jesús se inclina sobre la mujer, le toca la cabeza velada, llamándola con dulzura: “Sabea, escúchame!”

La mujer levanta la cabeza, lo mira, y cae de rodillas.

Jesús todavía con la mano sobre la cabeza, le dice: “Escucha, Sabea. Vas a ir a donde te envío. Es la casa de una mujer de corazón maternal. Hubiera querido enviarte a la mía, pero no me es permitido. Continúa sirviendo al Señor en justicia y obediencia. Te bendigo, mujer. Quédate en paz”.

“Sí, Señor y Dios mío. ¿Cuando deba hablar, lo podré hacer?...”

“El espíritu que te ama, te guiará según las circunstancias. No tengas miedo de su amor. Sé humilde, casta, sencilla y sincera y Él no te abandonará. Quédate en paz”.

Se reúne con los apóstoles, con Zaqueo y los suyos, que habían estado un poco lejos, impidiendo que se acercasen algunos curiosos.

“Vámonos. Es de noche. No sé cómo vais a poder regresar a Jericó, los que tenéis qué ir allá”.

“Mejor dicho, la mujer y sus padres. Si lo juzgas prudente, nosotros nos quedaremos fuera de la casa y Tú y ellos podréis dormir en ella hasta mañana” propone uno de los amigos de Zaqueo.

“Buena idea. Decid a Sabea que venga con sus padres y con los discípulos. Ellos dormirán dentro, Yo me quedaré con vosotros. Esta noche no hace viento. Encenderemos fuego y esperaremos así el alba, instruyéndoos Yo, escuchándome vosotros”.

Lentamente se pone en camino a los primeros rayos de la luna...

223. En Betabara

7 noviembre 1946

“¡La paz sea contigo, Maestro!” lo saludan los discípulos pastores que días antes se habían adelantado y que lo esperaban al otro lado del vado con los enfermos que habían juntado, y otras personas que deseaban oírlo.

“La paz sea con vosotros. ¿Hace mucho que estáis esperando?”

“Desde hace tres días”.

“Me detuvieron por el camino. Vamos a donde están los enfermos”.

“Levantamos tiendas para que en ellas se refugiasen y así no tuviésemos qué avanzar o retroceder a poblados cercanos. Nuestros amigos pastores nos han proporcionado leche para ellos. Te esperan también” dicen los discípulos mientras conducen a Jesús a un lugar tupido de árboles, que por sí mismo bastaría para ser refugio.

Hay una veintena de pequeñas tiendas ligadas a estacas o entre los troncos. En ellas está el pequeño grupo de enfermos que tristes esperan, y que apenas caen en la cuenta de que ha llegado, levantan el acostumbrado grito: “Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros”.

Jesús no quiere que esperen más. Se asoma inclinándose, pues por su estatura no puede estar derecho dentro de ellas. Introduce su rostro y su sonrisa es ya una gracia. El sol a sus espaldas proyecta su sombra sobre los lechos, sobre las caras descarnadas, sobre los miembros inertes. No dice sino una frase corta: “Paz a vosotros que creéis” y luego va a la otra tienda.

Le sigue un griterío, un griterío que responde a sus breves palabras, un griterío que se repite de tienda en tienda de donde sale: “Estoy curado. Hosanna al Hijo de David”. El pequeño grupo de curados sale, sigue los pasos del Maestro; un puñado de gente que alegre arroja los bastones, las muletas; que se envuelve en las mantas de sus camillas, que se quita la vendas ahora inútiles y que sobre todo brinca de alegría de verse curados.

Jesús se vuelve a ellos con una sonrisa dulcísima para decirles: “El Señor ha premiado vuestra fe. Bendigamos juntos su bondad” y entona el salmo¹: “Cantad con alegría a Dios de todas partes, servid al Señor con alegría. Venid a su presencia con júbilo. Comprended que el Señor es Dios, Él nos ha hecho, etc.”.

La gente lo sigue como puede. Algunos, que tal vez no serán de Israel, siguen el canto con el movimiento de sus labios, pero su corazón entona un himno que se pinta en sus ojos. Dios aceptará este pobre murmullo mejor que el canto armonizado y seco de alguno que otro fariseo.

Matías dice a Jesús: “Oh, Señor cuando hables a los que esperan tu palabra, acuérdate de nuestro Juan”.

“Lo pensaba hacer, porque este lugar me trae más viva su figura” y rodeado de la gente sube sobren un terreno un poco elevado, cubierto de hierba tierna, y empieza a hablar.

“¿Qué habéis venido a buscar a este lugar? La salud del cuerpo, vosotros que estabais enfermos y se os ha concedido. La palabra que evangeliza y la habéis encontrado. La salud del cuerpo debe ser la preparación a la búsqueda de la salud del espíritu, así como la palabra que evangeliza debe ser la preparación de vuestra voluntad a la justicia. ¡Ay, si la salud del cuerpo se limitase sólo a la alegría que experimenta el cuerpo, permaneciendo inerte para el espíritu!

Os he hecho que alabéis al Señor que os socorrió con la salud. Aunque pase el momento de júbilo, no debe pasar vuestra gratitud para con Él. Se manifiesta en la buena voluntad de amarlo.

Cualquier don de Dios es nulo, por más que contenga en sí muchas fuerzas, si falta en el hombre la voluntad de agradecerlo entregando el propio corazón a Dios.

Estos lugares oyeron la predicación de Juan. Muchos de vosotros la oísteis. Muchos de Israel la oyeron, pero no en todos produjo los mismos resultados, pese a que él dijo a cada uno las mismas palabras. ¿Por qué esa diferencia? ¿Cuál fue la causa? La diversa voluntad de los hombres que oyeron sus palabras. Para algunos sirvieron de verdadera preparación para venir a Mí, y por consiguiente para su santidad. Para otros fueron preparación contra Mí, y por lo tanto para que sean malos. Sus palabras resonaron como el grito de un centinela y el ejército de los espíritus se dividió, pese a que el grito fue uno. Algunos de ellos se prepararon para seguir a su Jefe. Otros se armaron, urdieron planes para combatirme a Mí y a mis seguidores. Por esto Israel será vencido, porque un reino dividido entre sí, no puede ser fuerte, y los enemigos se aprovechan de ellos para subyugarlo.

Igual cosa sucede en cada corazón. En cada hombre hay fuerzas buenas y no buenas. La Sabiduría habla a todos, *pero pocos son los que saben hacer que predomine una sola parte: la buena. En querer escoger una sola parte, y hacer que sea reina, son más capaces los hijos del*

¹ Sal. 99.

siglo. Estos saben ser completamente malos cuando lo quieren, y arrojar fuera de sí las partes buenas que podrían estorbarles.

Por el contrario, los hombres que son del mundo, que sienten el impulso hacia la Luz, no imitan sino con dificultad a los hijos del siglo y no echan lejos de sí, como vestidura inútil, las partes malas que quieren resistir en ellos. He dicho que si un ojo es causa de escándalo, que se le arranque; o que si una mano, que se la corte, porque es mejor entrar en la Luz eterna mutilado, que ir a las tinieblas eternas con los dos ojos o con las dos manos.

El Bautista fue contemporáneo nuestro. Muchos de vosotros lo conocisteis. Imitad su ejemplo heroico. Él, por amor al Señor y a su alma, no sólo despreció un ojo o una mano, sino la misma vida para ser fiel a la justicia. Muchos de vosotros tal vez fuisteis sus discípulos y continuaréis amándolo. *Pero recordad que el amor a Dios y a los maestros que conducen a Dios, se demuestran haciendo lo que enseñaron, imitando sus obras rectas, amando a Dios con todas las fuerzas, hasta el heroísmo. Al hacer así los dones de salud y sabiduría que Dios ha concedido no se quedan inactivos ni son objeto de condenación, antes bien sirven de escalera para subir a la morada de mi Padre y vuestro que espera en su Reino.*

Haced para bien vuestro que el sacrificio del Bautista: una vida sacrificada que terminó con el martirio; y que mi sacrificio: una vida sacrificada que termina en un martirio mil veces mayor que el de mi Precursor, no queden inactivos.

Sed justos, tened fe, obedeced la palabra del cielo, renovaos en la nueva ley. La Buena Nueva sea para vosotros en realidad buena, haciéndoos buenos merecedores de poder participar en la Bondad, esto es, del Altísimo Señor en el día eterno. Sabed distinguir los verdaderos pastores de los falsos⁴, y seguid a los que os dan palabras de Vida que han aprendido de Mí.

La fiesta de las Luces está cercana. La Dedicación del Templo. Recordad que de nada sirven las luces de muchas lámparas en honor de la fiesta y del Señor, *si vuestro corazón está sin luz. La caridad es la luz y el portalámpara la voluntad de amar al Señor con las buenas obras.* Es una cosa buena recordar la Dedicación del Templo, *pero mucho mayor y mejor y más agradable al Señor dedicarle el propio espíritu y volver a consagrarlo con el amor. Espíritus justos en cuerpos justos, porque el cuerpo es semejante a los muros que rodean el altar, y el espíritu es el altar sobre el que baja la gloria del Señor. Dios no puede bajar sobre los altares profanados por los pecados propios, o en contacto con cuerpos mordidos por la lujuria y por pensamientos perversos.*

Sed buenos. El trabajo que cuesta serlo en las pruebas de la vida tiene una compensación incalculable en el premio futuro, y ya desde ahora, por la paz en que abunda el corazón de los justos cuando llega el anochecer, cuando se tiran para descansar y encuentran sus almohadas limpias de remordimientos, que son la pesadilla de los que quieren gozar ilegalmente, y no logran sino entregarse a un frenesí sin paz alguna.

No envidiéis a los ricos, ni odiéis a nadie. No deseéis lo de otros. Contentaos con vuestro estado, pensando que en hacer la Voluntad de Dios en cada cosa está la llave que abre las puertas de la Jerusalén eterna⁷.

Os dejo. Muchos de vosotros no me veréis más porque voy a preparar los lugares de mis discípulos... Bendigo especialmente a vuestros niños, a vuestras mujeres que no veré más, y también a vosotros, varones... Sí, quiero bendeciros... Mi bendición servirá para evitar que caigan los más fuertes y para hacer que se levanten los débiles. Sólo para los que me traicionarán odiándome, mi bendición no tendrá valor".

Bendice en grupo a los varones, luego a las mujeres. Besa a los niños y lentamente regresa hacia el vado con los cinco apóstoles que están todavía con Él y con los discípulos expastores.

⁴ Cfr. Is. 40, 9-11; Zac. 11, 4-17;.. Comparar con Ju. 10; 1 Pe. 5, 1-11.

⁷ Cfr. Is. 65, 17-18; 66, 22; Ap. 21-22; 2 Pe. 3.

224. De regreso a Nobe

8 noviembre 1946

Están en las pendientes del monte de los Olivos y los tres grupos de los apóstoles que se quedaron en Jericó, Tecua y Betania nuevamente se han reunido con el Maestro.

No así Judas de Keriot y los apóstoles hablan de ello en voz baja...

Jesús es presa de una tristeza infinita...

Los apóstoles que lo notan comentan: "Por lo que toca a Lázaro es cierto. Es realmente un hombre acabado... Tanto que sufren sus hermanas... El Maestro no se puede quedar ni siquiera en su casa, tanto es el rencor con que lo persiguen. Hubiera sido un consuelo para el enfermo y sus hermanas y también para el Maestro".

"No puedo comprender por qué no lo cure" exclama Tomás.

"Sería hasta justo. Un amigo... Tanto que sirve... Un justo..." murmura Bartolomé.

"¡Ah, como justo, justo lo es! En estos días creo que te has convencido..." dice Zelote a Bartolomé.

"Es verdad, y también es lo que quieres dar a entender. No estaba yo muy persuadido de su justicia... Su familiaridad con los gentiles, la educación que recibió de su padre que fue muy, muy... condescendiente con las nuevas formas de vida, diversas de las nuestras..."

"La madre era un ángel" interrumpe cortante Zelote.

"Tal vez por eso son justos... Pasemos por alto el pasado de María. Se ha redimido..." dice Felipe.

"Sí. Pero todo esto me hacía que tuviera sospechas. Ahora estoy persuadido y me admiro que el Maestro..."

"Mi hermano sabe estimar en su justo precio a los hombres. Por mucho tiempo nosotros también padecimos celos naturales al ver que daba más bien oídos a los extraños que a los de la familia. Ahora hemos comprendido que estábamos equivocados y que Él en lo justo. Interpretamos su modo de obrar como si fuera indiferencia, como si no valiese ni comprendiese lo que valemos. Ahora todo es claro. Él prefiere atraerse a los defectuosos, a los que no están formados. Seduce... con medios infinitos, las almas más mezquinas, más alejadas, que se encuentran en mayor peligro. ¿Recordáis la parábola de la oveja perdida? En ella está la verdad, la clave de su modo de obrar. Cuando ve que sus ovejas fieles lo siguen o que están donde Él quiere, su corazón descansa. Pero se vale de este descanso para correr detrás de las perdidas. Sabe que lo amamos, que Lázaro y sus hermanas lo aman, que los discípulos y pastores lo aman, y por eso no pierde su tiempo con nosotros, con especiales pruebas de amor. Siempre nos ama. Nos tiene siempre en su corazón. Nosotros mismos hemos entrado y no queremos salir. Pero los demás... ¡los pecadores, los extraviados!... Debe correr detrás de ellos, debe atraerlos con amor y con milagros, con su paciencia. Y lo hace. Lázaro, María y Marta seguirán amándolo, aun sin milagros..." dice Santiago de Alfeo.

"Es verdad. Pero... ¿qué cosa habrá querido decir con su último saludo? Dijo: 'El amor del Señor se manifestará en vosotros en proporción del vuestro. Recordad que el amor tiene dos alas para ser perfecto, dos alas cada vez más ilimitadas, cuanto más perfectas son: la fe y la esperanza' " pregunta Andrés

"De veras, ¿qué habrá querido dar a entender?" preguntan varios.

Un silencio. Después Tomás con un gran suspiro terminó lo que por dentro venía pensando: "...Pero no siempre su buena paciencia consigue redenciones. Hubo un tiempo que sufrí por la predilección que muestra a Judas de Keriot..."

"¿Predilección? No me parece. Lo reprende como a cualquiera de nosotros..." replica Andrés.

"Por justicia, sí, pero ponte a pensar cuán rigurosamente debería ser tratado..."

"Eso es verdad".

“Bueno, yo sufrí muchas veces. Ahora comprendo que lo hace ciertamente porque... es el menos formado de entre nosotros”.

“¡El más desvergonzado dirás, Tomás! El más desvergonzado. ¿Creéis que esa tristeza (y señala a Jesús que va adelante, absorto en su aflicción) se la causen la enfermedad de Lázaro y las lágrimas de las hermanas? Os aseguro que se debe a que Judas no está con nosotros. Esperaba que lo alcanzara en Betabara. Después que al menos en Jericó, Tecua o Betania al regreso. Ahora no espera más. Tiene la seguridad de la mala conducta de Judas. Siempre lo he observado... y noté que en su rostro se pintaron los rasgos del abandono completo, cuando tú, Bartolomé, le dijiste: ‘Judas no llegó’ ” dice Tadeo.

“Él sabe las cosas antes de que sucedan” exclama Juan.

“Muchas. No todas. Me imagino que su Padre le oculte algunas cosas por compasión¹” dice Zelote.

Los once se dividen en dos partidos. Quiénes aceptan esta opinión, quiénes la otra, y ambas partes acarrean argumentos para la suya.

Juan exclama: “¡Oh, yo no quiero escuchar, ni a unos, ni a otros, ni a mí mismo! Somos unos pobre hombres, y no vemos lo justo. Voy a preguntárselo a Él”.

“No. Podría pensar otra cosa, y con tu pregunta recordarle a Judas haciéndolo sufrir más” objeta Andrés.

“No lo voy a hablar así... No le diré que veníamos hablando de Judas. Diré algo así... sin referencia alguna”.

“¡Ve, ve! Le ayudarás para que se distraiga. ¿No veis cuán afligido va?” dice Pedro empujando a Juan.

“¿Quién viene conmigo?”

“Ve tú solo. Contigo es franco. Y luego nos lo refieres...”

Juan se va.

“¡Maestro!”

“Juan, ¿qué quieres?” El rostro de Jesús se ilumina con una sonrisa al ver a su discípulo predilecto, sobre cuyos hombros pone su mano y caminan así juntos.

“Hablabamos de algo y no supimos decidir. Se trata de saber si conoces todo el futuro, o una parte se oculta. Unos dicen esto, otros aquello”.

“¿Y tú qué dijiste?”

“Dije que lo mejor era preguntártelo a Ti”.

“Y por eso viniste. Hiciste bien. Esto a lo menos nos sirve a Mí y a ti que gozamos estar juntos... Es tan difícil tener un poco de tranquilidad...”

“¡Es verdad! ¡Qué bellos eran los primeros días!...”

“Sí, como humanos que somos, eran muy bellos, pero por lo que toca al espíritu, éstos son mejores. Porque ahora se conoce mejor la Palabra de Dios, y porque sufrimos más. *Cuanto más se sufre, tanto más se redime*, Juan... Por esto al recordar tiempos serenos, debemos amar con mayor intensidad a los que nos hacen sufrir y que con el sufrimiento nos da almas². Pero voy a responder a tu pregunta. Escucha. No ignoro como Dios. No ignoro como hombre. Conozco lo futuro porque estoy con el Padre desde antes de que existiese el tiempo y veo más allá del tiempo. Como hombre exento de imperfecciones y limitaciones derivadas de la culpa y de los pecados, tengo el don de leer en los corazones. Este don no sólo es el del Mesías, sino, en determinada forma, de todos los que habiendo llegado a la santidad, están unidos en tal modo con Dios que puede decirse que no obran por sí, sino con la Perfección que está en ellos³. Por esto puedo responderte que como Dios no ignoro el futuro de los siglos y no ignoro como un hombre justo el estado de los corazones.

¹ Cfr. Mt. 24, 36; Hech. 1,7.

² Estas afirmaciones se iluminan teniendo a la vista Lc. 22, 41-44.

³ La doctrina de la unión íntima, de un cierto ensimismamiento (no panteísta) entre Dios y quien lo ama se encuentra con frecuencia en ambos Testamentos. Piénsese en las afirmaciones o alusiones a la paternidad y

Juan reflexiona. No dice nada.

También Jesús por unos momentos. Luego: “Por ejemplo, ahora en ti estoy viendo este pensamiento: ‘Entonces mi Maestro sabe, conoce exactamente el estado de Judas de Keriot’ ”.

“Oh, Maestro!”

“Lo sé. Lo conozco y continúo siendo *su* Maestro, y quisiera que vosotros continuaseis siendo sus hermanos”.

“¡Maestro santo!... ¿Pero de veras conoces todo? Mira, algunas veces decimos que no, porque vas a ciertos lugares donde te topas con tus enemigos. ¿Sabes antes de ir, que te los vas a encontrar y vas para combatirlos con tu amor, para vencerlos con amor, o bien... no lo sabes y conoces a los enemigos sólo cuando los tienes frente a Ti y lees sus corazones? Una vez estaba muy triste y por el mismo motivo, y me dijiste que estabas como uno que no ve...”

“También he experimentado este martirio del hombre: el tener qué avanzar sin ver, fiándome del todo a la Providencia. *Debo conocer todo lo del hombre, menos el pecado. Y esto no porque el Padre haya puesto barrera alguna a mi ser humano, al mundo y al demonio, sino por mi voluntad humana. Soy como vosotros, pero sé querer más que vosotros. Por esto padezco las tentaciones, sin embargo no cedo a ellas. Y en esto reside, como en vosotros, mi mérito*”.

“¡Tentaciones, Tú!... Me parece casi imposible...”

“Porque tú tienes pocas. Eres puro y piensas que siendo Yo más que tú, no deba conocer la tentación. De hecho la carnal es tan débil respecto a mi santidad, que mi ‘Yo’ ni siquiera lo percibe. Es como si un pétalo de flor chocase contra un mármol, al que no le causaría rasguño alguno. Se resbala... Hasta el mismo demonio se cansó de arrojarle esos dardos⁵. Pero, Juan, ¿no piensas en cuántas tentaciones hay a mi alrededor?”

“¿A tu alrededor? Tú no ambicionas riquezas, ni honores... ¿Cuáles pueden ser?”

“¿No reparas que tengo una vida, que tengo cariños y también una obligaciones para con una Madre, y que todas estas cosas me tientan a escapar del peligro? La Serpiente la llama ‘peligro’, pero su verdadero nombre es ‘Sacrificio’. ¿No piensas que también tengo sentimientos? En Mí existe el ‘yo’ moral, y sufre con las ofensas, con las befas, con la insinceridad. Oh, Juan mío, ¿no te preguntas cuánto asco me causan la mentira y el mentiroso? ¡No sabes cuántas veces el demonio me tienta para reaccionar contra esas cosas que me causan dolor, olvidando la mansedumbre, y haciéndome duro e intransigente! ¿No sabes cuántas veces me arroja su aliento encendido en soberbia y me dice: ‘Gloríate de esto o de aquello. Eres grande. El mundo te admira. Los elementos te sirven’. *¡La complacencia de ser santo! ¡La más sutil! ¡Cuántos pierden la santidad adquirida por esta soberbia!* ¿Con qué cosa Satanás corrompió a Adán? Con la tentación en sus sentidos, en el pensamiento, en su espíritu. ¿No soy el Hombre que debe volver a crear al hombre? De Mí saldrá la nueva raza. Mira que Satanás busca los mismos caminos para destruir, y para siempre, la raza de los hijos de Dios⁶. Vete ahora con tus compañeros y refiéreles lo que te he dicho. Y dejaos de pensar que si sé o no sé lo que hace Judas. Piensa en que te amo. ¿No basta este pensamiento para llenar un corazón? Le da el beso y lo manda atrás.

Solo nuevamente, levanta sus ojos al cielo que se ve entre las ramas de los olivos y gime: “Padre mío, concédeme que por lo menos hasta la última hora pueda ocultar el delito, para impedir que mis amados manchen sus manos de sangre! ¡Ten piedad de ellos, Padre mío! ¡Son muy débiles para no reaccionar contra la ofensa! ¡Que no guarden ningún rencor en sus corazones en la hora de la caridad perfecta!⁷” y se seca las lágrimas que sólo ve Dios...

esponsalicios divinos; a nuestra prerrogativa filial y sponsalicia; el ser Cristo, cabeza. ‘vida’, hermano primogénito, y nosotros miembros, “sarmientos”, hermanos suyos; a la profunda presencia y vivísima acción del Espíritu Santo en nosotros; a la inhabitación arcana del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en quien con todo su ser corresponde al amor divino (Ju. 14, 23; Ap. 3, 20).

⁵ Cfr. 2 Cor. 5, 21; Gál. 3, 13; y sobre todo Heb. 4, 15.

⁶ Cfr. Gén. 3, 1-13.

⁷ Cfr. Ju. 13, 1.

225. En Nobe. Judas de Keriot quiere obrar por sí

9 noviembre 1946

“Sí, Maestro, hace muchos días que Judas de Keriot está aquí. Vino un sábado por la tarde. Parecía cansado y extenuado. Dijo que te había perdido por las calles de Jerusalén, que había corrido a buscarte en todas las casas a donde sueles ir. Aquí viene cada tarde. Dentro de poca estará. Por la mañana se va, y dice que va a los lugares cercanos a predicarte”.

“Está bien, Elisa... ¿Y le creíste?”

“Maestro, sabes que ese hombre no me gusta. Si mis hijos hubieran sido así. Hubiera rogado al Altísimo que se los hubiera llevado. No he creído a sus palabras. Pero porque te amo he refrenado mi juicio... Me he portado como una madre par con él. Por lo menos así he obtenido que regrese cada tarde”.

“Hiciste bien”. Jesús la mira fijamente y de improviso le pregunta: “¿Dónde está Anastásica?”

Elisa se pone roja, y con franqueza responde: “En Betsur”.

“Has hecho bien aun en esto. Te ruego que tengas compasión por él”.

“Como lo compadezco quise apagar el incendio antes de que estallase en escándalo, o cuando menos, que llenase de terror a mi hija”.

“Dios te bendiga, buena mujer...”

“¿Sufres mucho, Maestro?”

“Sí. Es verdad. Puedo decirlo a una madre”.

“Puedes decirlo... Si no fueses Jesús, el Señor, me gustaría que recargases tu cansada cabeza sobre mí y estrechar tu corazón afligido sobre el mío. Pero Tú eres tan santo que una mujer, fuera de tu Madre, no puede tocarte...”

“Elisa, amiga buena de mi Madre y madre buena, a tu Señor muy pronto lo tocarán manos menos santas que las tuyas y lo besarán otros... Oh, después, otras manos... Elisa si se te permitiese tocar al Santo de los Santos, ¿con qué espíritu lo harías? ¿Te abstendrías acaso si la voz de Dios entre la nube de los inciensos te pidiese tu amor para que lo acariciases amorosamente en cambio de tantos que se acercan a Él sin amarlo?”

“Señor mío. Si Dios me lo pidiese, arrodillada iría a cubrir de besos el lugar santo, y sería feliz que Dios se sintiese satisfecho, consolado con mi amor”.

“Entonces, Elisa, buena amiga de mi Madre, fiel y buena discípula de tu afligido Salvador, deja que apoye mi cabeza sobre tu corazón porque el mío está tan afligido que se siente morir”.

Jesús, siguiendo sentado donde está, cerca de Elisa que está de pie, apoya realmente su frente contra el pecho de la discípula anciana. Lágrimas silenciosas se deslizan por el vestido oscuro de la mujer, que no puede refrenarse de apoyar su mano sobre la cabeza reclinada sobre su pecho, y al sentir las lágrimas en sus pies, calzados con sandalias, se inclina y besa ligeramente los cabellos de Jesús y también ella silenciosamente llora levantando los ojos al cielo en muda plegaria. Parece una Madre dolorosa. No pronuncia una palabra, ni se mueve. Pero su actitud es tan maternal que otra cosa no puede desearse.

Jesús levanta su rostro, la mira. Pálidamente le sonríe: “Dios te bendiga por tu compasión. ¡Oh, cuán necesaria es una madre cuando el dolor supera las fuerzas del hombre!”

Se pone de pie. Mira nuevamente a la discípula y le dice: “Nunca digas nada de esto a nadie. Por eso me adelanté”.

“Sí, Maestro. Pero no puedes estar más solo. Haz venir a tu Madre”.

“Vendrá dentro de dos meses...” e iba a añadir algo cuando abajo, en la cocina, resuena la voz áspera, un poco pedante e irónica, de Judas de Keriot: “¿Todavía clavado en tu trabajo, viejo? ¡Hace frío! Aquí no hay fuego. Tengo hambre. Nada hay preparado. ¿Está dormida Elisa? Quiso hacerlo ella. Pero los viejos son lentos y su memoria débil. Ey, ¿no respondes? ¿Estás sordo esta tarde?”

“No. Te dejo hablar porque eres apóstol y no está bien que te regañe” responde el anciano.

“¿Que me regañes? ¿Por qué?”

“Pregúntatelo tú mismo y lo sabrás”.

“Mi conciencia no me reprocha nada...”

“Señal que es deforme y que la has mutilado”.

“¡Ja, ja, ja!” y Judas tiene que salir de la cocina porque primero se oye que se cierra una puerta y luego las pisadas en la escalera.

“Voy a preparar, Maestro”.

“Ve, Elisa”.

Elisa sale de la habitación, se encuentra con Judas que está por poner pie en la terraza.

“Tengo frío y hambre”.

“¡No más que eso! Entonces tienes muy pocas cosas”.

“¿Y qué más debería tener?”

“¡Eh, muchas cosas!...” La voz de Elisa se aleja.

“Son unos viejos tontos. ¡Uff!...” Empuja puerta y se encuentra cara a cara con Jesús. Da un paso atrás de sorpresa. Reacciona y dice: “¡Maestro, la paz sea contigo!”

“También contigo, Judas”. Jesús recibe el beso del apóstol, pero Él no se lo devuelve.

“Maestro, estás... ¿No me das el beso?”

Jesús lo mira sin responder.

“Es verdad. Me equivoqué. Lo menos que puedes hacer es no besarme. Pero no me juzgues muy severamente. Aquel día me tomaron en medio unos que... no te aman y disputé con ellos hasta ponerme ronco. Después... me dije... ‘¡Quién sabe a dónde habrá ido!’ y me vine aquí a esperarte. ¿No es esta tu casa, de hecho?”

“Mientras me lo permitan”.

“¿Vas a guardarme rencor por esto?”

“No. Quiero que pienses en el ejemplo que has dado a los demás”.

“¡Eh, me parece oír ya sus palabras! Pero sé cómo justificarme con ellos. Contigo ni lo intento, porque sé que ya me has perdonado”.

“Es verdad. Te he perdonado”.

Judas, de quien habría que esperar un acto de humildad, de amor por tanta dulzura, exclama con un gesto de rencor: “¡Pero no hay manera de verte irritado! ¿Qué clase de hombre eres?”

Jesús no responde. Judas, de pie, mira a Jesús sentado con la cabeza inclinada y sacude su cabeza con una sonrisa perversa en sus labios. Todo ha pasado ya para él. Se pone a hablar de esto y de aquello como si fuese el que mejor de todos se hubiera portado.

Anochece. Cesan los rumores en la calle.

“Bajemos” ordena Jesús.

Entran a la cocina donde brilla el fuego y arde una lámpara de tres mechas.

Jesús, cansado, se sienta junto al horno y parece descabezar un sueño al sentir el calor...

Llaman a la puerta. El anciano va a abrir. Son los apóstoles. Pedro, que es el primero en entrar, ve a Judas y le ataca: “¿Se puede saber dónde has estado?”

“Aquí. Simplemente aquí. ¿Iba ya a ser tan tonto que, después de que desaparecisteis, anduviese por acá y por allá? Me vine acá donde estaba seguro que vendríais”.

“¡Qué modo de obrar!”

“El Maestro no me ha regañado. Por otra parte ten en cuenta que no he perdido el tiempo. Cada día he evangelizado y hasta he hecho milagros. Lo que es cosa buena”.

“¿Y quién te había autorizado para ello?” pregunta enérgico Bartolomé.

“Nadie. Ni tú ni nadie. Pero basta con ser de los... de la... En una palabra, la gente está sorprendida y murmura y se ríe de nosotros, los apóstoles, que no hacemos nada. Y yo que lo sé, he trabajado por todos. Hice mal. Fui a casa de Elquías y le demostré que no se puede obrar mal cuando uno es santo. Había muchos. Los persuadí. Veréis que por estas partes no nos harán más camorra. Ahora estoy contento”.

Los apóstoles se miran entre sí, miran a Jesús. Su rostro es impenetrable. Parece como cubierto de un gran cansancio físico. Es lo único que puede verse.

“Podías haberlo hecho pero con licencia del Maestro” advierte Santiago de Alfeo. “Hemos estado preocupados por tu causa”.

“¡Oh, bien! Ahora podéis estar tranquilos. Nunca me habría dado permiso. Nos... tiene demasiado bajo tutela, tanto que la gente murmura de que está celoso de nosotros, que teme que se pueda hacer algo más que Él, y también de que nos tenga castigados. La gente tiene lengua mordaz. Pero la verdad es que Él nos ama más que a la pupila de sus ojos. ¿No es verdad, Maestro? Y teme que nos veamos en peligro o que hagamos... el ridículo. También nosotros, en nuestro interior, pensábamos haber sido castigados y que Él estuviese celoso...”

“¡Esto no! ¡Nunca lo he pensado!” le interrumpe Tomás, y con él los otros. Menos Tadeo que planta sus claros y bellísimos ojos en los bellísimos pero huidizos de Judas y le interpela: “¿Y cómo pudiste obrar milagros? ¿En nombre de quién?”

“¿En nombre de quién? ¿Pero no te acuerdas que nos dio este poder? ¿Acaso lo ha retractado? Que lo sepa yo, no, y por esto...”

“Y por esto nunca me hubiera permitido hacer algo sin su consentimiento u órdenes”.

“Bueno, ¡y qué! A mí se me antojó hacerlo. Pensaba que no sería capaz de hacerlo. Lo logré. ¡Estoy contento de ello!” y corta la discusión saliendo al huerto oscuro.

Los apóstoles vuelven a mirarse. Están atolondrados de tanta audacia, pero ninguno quiere decir algo que pueda hacer sufrir más a su Maestro, que se le ve sufrir aun en el rostro.

Juan, Andrés y Tomás se quitan de encima las alforjas. Bartolomé, inclinándose para recoger una rama seca caída de un manojo, dice en voz baja a Pedro: “¡Quiera Dios que el demonio no lo haya ayudado!”

Pedro junta sus manos como para decir: “¡Misericordia!” pero no responde. Va a donde está Jesús, le pone una mano sobre la espalda, preguntándole: ¿Estás muy cansado?”

“Mucho, Simón”.

“Está todo listo, Maestro. Ven a cenar. Mejor... quédate ahí junto al horno. Te voy a llevar leche y pan” dice Elisa. Dentro de una bandeja trae un tazón de leche caliente, pan con miel y espera a que ore de pie, ofreciendo los alimentos. Se sienta en tierra, cual una buena y anciana madre, deseosa de consolarlo. Le sonríe invitándolo a comer. Responde a Jesús que dulcemente le dice que no debería haber puesto miel sobre el pan: “Te daría mi sangre para darte fuerzas, Maestro mío. No es más que la pobre miel de mi huerto en Betsur y sirve para fortalecer. Pero mi corazón...”

Los otros comen alrededor de la mesa, con el apetito de quien ha caminado mucho. Judas tranquilo, petulante, come con ellos y no habla más que de sí.

Todavía está hablando cuando Jesús ordena: “Cada uno vaya a las casas donde los hospedan. La paz sea con vosotros”.

Se quedan con Él; Judas, Bartolomé, Pedro y Andrés. Jesús manda que todos vayan a descansar. Está fatigado hasta el agotamiento, tanto que no puede ni hablar ni oír hablar, y pienso que siente fatiga en seguir haciendo esfuerzos por dominarse ante Judas de Keriot.

226. En Nobe en los días siguientes

12 noviembre 1946

Son unos días fríos y limpios de invierno. En la cima de la colina donde Nobe está edificada siempre sopla el viento, que el sol calienta juntamente con las casas, las pequeñas hortalizas que hay detrás de las casas; los pequeños arriates de verdura donde la tierra es fértil, arriates sin nada, que esperan la semilla. Los ojos al mirar a su alrededor, donde no ven el verde gris de los olivos, o la caprichosa forma serpentina de las vides sin hojas, descubren campos arados, sembrados ya, prontos a germinar con las primeras y tibias caricias de la primavera palestinese, envuelta en el tibio sol. Me atrevería a decir que en los días claros, como el que estoy viendo, la tibieza de la primavera se hace sentir, tanto es así que los almendros que hay

cerca de las casas han empezado a echar sus yemas que se hinchan en las ramas, cuando no hace muchos días estaban secos. Son yemas de color negruzco, pero que hablan de la savia que sube por ellas, que pronto se despertarán en el robusto tronco.

En el pequeño huerto de Juan, detrás de la casa, hay una tirilla de terreno cultivado, a su lado otra donde hay nogales. En la tirilla hay un almendro, tal vez más viejo que el dueño y que ha tenido tiempo de echar su ramaje por todas partes, menos por donde estaban las paredes de la casa. Más arriba el árbol se extiende y cuando está en flor, sus ramas formarán una nubecilla sutil sobre la pobre terraza, un toldo más hermoso que un baldaquín real.

Para no estar ociosos, Jesús y los apóstoles trabajan bajo el sol que da alegría y calienta. Los que entienden de carpintería y cerraduras, con vestidos estrechos, ajustan o hacen nuevos instrumentos. Otros escarban el terreno, entierran las verduras trasplantadas, refuerzan alguna valla de cañas secas y majoleto verdes que encierran en dos partes el huertecillo, o bien podan el almendro y el nogal, y amarran las ramas de vides que el viento separó. He notado que donde está Jesús, jamás se está de ocioso. Es el primero en enseñar lo bello de la obra manual, cuando no tiene qué predicar. También hoy Jesús con sus primos está ajustando una puerta que en la parte inferior se había apollado y cuyo candado se había desclavado. Felipe y Bartolomé están ocupados con las tijeras y la hoz, podando y cortando ramas. Los pescadores están ocupados con lazos y viejas cubiertas que tratan de ajustar... en las que meten argollas, tal vez con la intención de poner una larga manta sobre la terraza para cuando llegue el verano.

“Aquí estarás bien, Elisa” dice Pedro asomándose por la pared de la terraza. Elisa está recargada contra la soleada pared y teje.

“Tienes razón. Cuando la vid se haya alargado y el almendro arreglado, se convertirá en un lugar bueno para el verano” dice Felipe entre dientes, pues tiene en su boca juncos con que amarra los sarmientos a las estacas.

Jesús levanta su cabeza para mirar. Elisa lo ve y le dice: “Quién sabe si estemos aquí para el verano...”

“¿Y por qué no?” le pregunta Andrés.

“No... No sé... No me formo esperanzas desde que... Desde que vi que cada pronóstico mío iba a acabar en la muerte”.

“¡Ey! El Maestro no va a morir porque no estemos más aquí. El Maestro ha elegido este lugar por causa suya. ¿No es verdad, Señor?” pregunta Tomás.

“Es cierto. Pero también es lo que dice Elisa...” responde Jesús trabajando con la repasadera al lado de la puerta que ha ajustado.

“Tú eres joven y ¡sano sobre todo!”

“No sólo se muere de enfermedad” replica Jesús.

“¿Quién está hablando de muerte? ¿Tú, Maestro? ¿Lo dices por Ti?... En verdad parece que hace tiempo se ha calmado el rencor. Mira, nadie nos perturba. Saben que estamos aquí. Ayer cuando regresábamos de compras nos encontraron y no son molestaron refiere Bartolomé.

“Cierto. No nos han molestado ni a nosotros que fuimos a los poblados vecinos a decir que estás aquí. Y eso que se ha topado con Elquías y Simón, con Sadoc y Samuel y hasta Nahum con el mismo Doras. Nos han saludado. ¿Verdad, Santiago?” dice Juan dirigiéndose a su hermano.

“Cierto. Debemos aceptar que Judas de Keriot ha trabajado muy bien, mientras en nuestros corazones lo criticábamos. Regresados a aquí, ¡ninguna molestia! Los hechos confirman sus palabras. Parece que hayamos vuelto a los bellos días de ‘Aguas Claras’. ¡Aquellos primeros tiempos!... ¡Oh, si fuese verdad!” dice Santiago de Zebedeo.

“¡Ojalá lo fuera!” suspira Pedro.

“¡Cuando no retumba el rayo, no quiere decir que esté sereno!” intercala Elisa con tono de proverbio, haciendo al mismo tiempo que gira el huso.

“¿Qué insinúas?” pregunta Pedro.

“Insinúo que hay veces que la mucha tranquilidad, donde suele haber borrascas, es señal de una peor. Deberías saberlo, tú que eres pescador”.

“¡Que si lo sé, mujer! El lago es algunas veces una enorme tinaja llena de aceite azul. Generalmente cuando la vela está pendiente y el agua quieta, la borrasca está que se echan encima, y ¡qué borrasca! Viento de chicha, viento que sepulta a los navegantes”.

“¡Uhm! Si yo estuviese en vuestro lugar, desconfiaría de tanta paz. ¡Demasiada!”

“Entonces cuando hay guerra padece uno porque la hay, y cuando hay paz porque puede venir una guerra más cruel que antes. ¿Cuándo habrá alegría?” interroga Tomás.

“En la otra vida. Acá el dolor siempre está a la mano”.

“¡Uff, qué lúgubre eres mujer! ¡Entonces mis días está muy lejos de la alegría! Soy uno de los más jóvenes. Alégrate tú, Bartolomé. Eres el más cercano para gozar de ese día. Tú y Zelote” bromea Santiago de Zebedeo.

“¡Lúgubre y astuta mujer! ¡Oh, las mujeres viejas! Pero, algunas veces nos adivinan. También mi madre cuando nos dice a uno de nosotros: ‘¡Ten cuidado! Estás a punto de cometer una necedad en esto y aquello’, siempre adivina” dice Tomás que inclinado escarba la tierra.

“Las mujeres son perversas o más astutas que las zorras. No podemos nada contra ellas, para entender ciertas cosas que quieren que no entendamos” dice Pedro por experiencia.

“Cállate tú. Te tocó en suerte una mujer que te creería aun si le dijese que el Líbano está hecho de mantequilla. Lo que dices es ley para ella. Escucha, cree y calla” dice Andrés a su hermano.

“Es verdad... pero su madre vale por ella y por cien mujeres más. ¡Qué víbora!”

Todos se ríen, incluso Elisa y el anciano que ayuda a los jóvenes a excavar la tierra.

Entran Zelote, Mateo y Judas de Keriot.

“Terminado, Maestro. Estamos cansados. ¡Qué caminata! Pero mañana es descanso. Os toca a vosotros, mañana” dice Iscariote hablando a los que excavan la tierra. Y va a donde están tomando una azada para trabajar.

“Si está cansado, ¿por qué trabajas?” pregunta Tomás.

“Porque quiero poner a salvo una plantitas. Este lugar está más pelón que el cráneo de un viejo, y ¡sería un pecado!” dice haciendo un hoyo más profundo con fuertes golpes.

“¡No era así en los hermosos tiempos! Pero luego... Muchas cosas han desaparecido y no me pareció razonable que trabajase para rehacerlas. Estoy viejo, pero más que viejo afligido” protesta el anciano.

“¡Qué hoyos estás haciendo! Esos son para los árboles, no para plantitas, como decías” advierte Felipe que ha bajado después de haber arrancado las vides.

“Cuando un árbol es pequeño, siempre es una plantita. Las mías lo son en verdad. El tiempo es propicio. Me lo aseguró quien me lo dijo. ¿Sabes quién fue, Maestro? El pariente de Elquías que es arbolista. ¡Y que si lo sabe hacer bien! ¡Conoce a maravilla árboles frutales, olivos! Estaba cortando un trozo de olivo. Le dije: ‘Dame de estas plantas’. ‘¿Para quién?’ preguntó. ‘Para un viejecillo de Nobe que nos da hospedaje. Esto servirá para que me perdone todos los escándalos que le he dado’ ”.

“No, hijo. Eso se hace no con plantas, sino con la conducta. Y con Dios. Yo... yo miro, ruego y perdono. Pero mi perdón... Te agradezco las plantas... Aunque... ¿Crees que vaya a comer sus frutos?”

“¿Por qué no? Hay qué esperar siempre. ¡Querer triunfar!... Y se logra”.

“¡Sobre la vejez no hay triunfo! Ni lo quiero”.

“También sobre otras muchas cosas no lo hay. ¡Si bastase querer para alcanzarlo, hubiera tenido mis hijos!” suspira Elisa.

“Maestro, lo que acaba de decir Elisa me trajo a la memoria la pregunta que algunos nos hicieron en el camino. Preguntaron, pues el caso sucedió en una población, que si el milagro es prueba siempre de santidad. Yo respondí que sí, pero ellos dijeron que no porque en ese poblado, en los confines de Samía, quien había obrado cosas extraordinarias ciertamente no

era un justo. Los hice callar diciendo que el hombre siempre juzga mal y que aquel a quien tenían por no justo, tal vez era más que ellos. ¿Tú qué piensas?” pregunta Mateo.

“Digo que teníais razón. Cada uno por vuestra parte. Tú, porque dijiste que el milagro es siempre prueba de santidad. Y así suele acaecer. Tuviste también razón al haber afirmado que no se debe juzgar para no errar. Pero también tenían razón ellos en sospechar que hubiese otras fuentes en las cosas extraordinarias que realizaba aquel hombre”.

“¿Qué fuentes?” pregunta Iscariote.

“Las de las tinieblas. Existen hombres, que son adoradores de Satanás porque fomentan el culto de la soberbia, y para imponerse a otros se venden a sí mismos al demonio para tenerlo por amigo¹” responde Jesús.

“¿Pero se puede? ¿No es cuento de paganos eso de que el hombre puede hacer contrato con el demonio o con espíritus infernales?” pregunta Juan sorprendido.

“Se puede. No como se lee en las fábulas paganas. Ni con dinero, ni por medio de contratos materiales, sino con adherirse al Malo con elegirlo, con entregarse a él con tal de tener una hora de triunfo sobre cualquier cosa. En verdad os digo que los que se venden al Maldito con tal de lograr su fin, son muchos más de los que se pueda imaginar”.

“¿Y lo logran? ¿Consiguen lo que piden?” pregunta Andrés.

“No siempre y no todo. Pero algo, sí”.

“¿Cómo es posible? ¿Es tan poderosos el demonio que pueda simular ser Dios?”

“Mucho... *y nada, si el hombre fuese santo*. Pero sucede que muchas veces el hombre es de por sí un demonio. Nosotros combatimos las posesiones claras, estrepitosas, que están a la vista de todos, de las que cualquiera se da cuenta... Son... insostenibles a los familiares y conciudadanos, y sobre todo saltan a los ojos. Al hombre siempre llaman la atención las grandes cosas, que atraen sus sentidos. Pero para mientes en lo que es inmortal y que se percibe solo con lo inmaterial, como son la razón y el espíritu; y si se para en ello, no se preocupa, sobre todo si no le causa daño alguno. Estas posesiones ocultas escapan, pues, a nuestro poder de exorcismo³. Son las más dañinas porque trabajan en la parte más selecta y delicada respecto a las mejores: de razón a razón, de espíritu a espíritu. Son como miasmas corruptores, impalpables, invisibles, hasta que la fiebre no advierte al individuo que está contaminado de ellos”

“¿Y ayuda Satanás? ¿De veras? ¿Por qué? ¿Porque Dios se lo permite? ¿Le permitirá hacerlo siempre? ¿Aun después de que empieces a reinar?”

“Satanás ayuda con tal de hacerse servir. Dios lo deja hacer porque de la lucha entre lo Alto y lo Bajo, el Bien y el Mal, brota el valor de la criatura. El valor y el querer. Siempre dejará hacer. Aun después de que haya subido Yo. Pero entonces Satanás tendrá en su contra a un enemigo poderoso y él tendrá un aliado muy fuerte”.

“¿Quién? ¿Quién?”

“La gracia”.

“¡Oh, bien! Entonces para los de nuestros tiempos, sin gracia, será más fácil que sean reducidos al estado de esclavitud, y será menor su culpa si caen” objeta Iscariote que continúa zapando.

“No, Judas. El juicio será siempre igual”.

“Entonces es injusto; porque si se nos ayuda menos, por consiguiente se nos debe de condenar menos”.

“No estás del todo equivocado” dice Tomás.

“Sí que lo está, Tomás. Porque nosotros los de Israel tenemos mucho en qué creer, esperar, amar, muchas luces de sabiduría, y no podemos excusarnos con la ignorancia. Además, vosotros que tenéis la Gracia como Maestra vuestras desde hacer ya tres años,

¹ Cfr. Rom. 1, 18 – 2, 11; Ef. 4, 17-19; 1 Pe. 4, 3-5; etc.

³ Cfr. Hech. 19, 11-17.

seréis juzgados como los de los tiempos nuevos” dice Jesús marcando sus palabras y mirando a Judas que ha levantado su cabeza y se queda pensativo mientras mira al vacío.

Después sacude la cabeza, como si terminase una conclusión, y dando más duro con la zapa, pregunta: “Y quien se entrega así al demonio, ¿en qué se convierte?”

“En un demonio”.

“¡En un demonio! Si por ejemplo yo, pese a que afirmo que tu contacto da un poder sobrenatural, hiciese ciertas cosas... que censuras, ¿sería un demonio?”

“Tú lo has dicho”.

“Pero espero que no lo vayas a hacer...” aconseja Andrés como espantado.

“¿Yo? ¡Ja, ja! Yo planto árboles para nuestro viejecillo” y corre a la otra parte del huerto; vuelve con cinco plantitas, envueltas en tierra.

“¿Viniste desde Beterón con esa carga sobre las espaldas?” pregunta Pedro.

“De más allá de Gabaón, deberías decir. Allí donde hay parte de los árboles frutales de Daniel. ¡Qué tierra tan magnífica! ¡Mirad!” y desmorona entre sus dedos los terrones que cubren las raíces. Luego suelta los hilos que están amarrados al rededor de las plantitas, altas como unos cuarenta centímetros. Dos tienen unas cuantas ramitas, y son de olivo. “Ved. Esta para Jesús y esta para María, que son la paz del mundo. Las siembro las primeras porque soy un hombre de paz. Aquí y... aquí” Y las siembra en las extremidades y aquí un manzano, pequeño y bueno como el del Edén, en recuerdo tuyo, Juan, que también vienes de Adán y no debes de admirarte si... pueda ser yo un pecador. Ten cuidado tú de la serpiente... y aquí... No, aquí no está bien. Allí, adelante, junto a la pared, esta pequeña higuera. ¿Cómo puede dejar de tenerse una igual cuando acá nacen por todas partes como la hierba? En el agujero del centro plantaremos este hermoso almendro. Aprenderá de ese viejo a dar buenos frutos. ¡Bueno, terminado está! Tu huertecillo será hermoso con los años... y cuando lo mires, te acordarás de mí”.

“Te recordaría de todos modos porque has estado aquí con el Maestro. Todo me hablará de estos días. Y al mirar las cosas diré: “¡Cual un hijo quiso ver arreglada mi casa!” Pero... si pudiese desear algo contrario de lo que está escrito y en el cielo, quisiera no tener qué recordar estos días tan hermosos para mí, más hermosos que cuando estos árboles, ahora viejos, fueron jóvenes; y joven era yo, y joven mi esposa, y mi hija jugaba aquí... Gustábamos de cuidar el manzano y el granado, la higuera y la vid, porque mi hijita era muy traviesa; y era muy hermoso ver a mi mujer, sentada a la sombra verde de las plantas, tejer o hilar... Después... partido que hubo mi hija... ¡tan olvidadiza!... luego enferma y después muerta mi mujer... ¿Por qué y para quién cuidar lo que un tiempo fue bello? Todo ha muerto, menos los dos árboles viejos que se acuerdan de mi infancia. Quisiera morirme antes que volver a recordar, y lo quisiera ahora que hay una mujer buena como lo fue Lia. Te doy las gracias por las plantas, por el trabajo, por todo. Pero ruego al Señor mío que arranque mi vieja planta de este suelo antes que llegue la hora del crepúsculo para el viejo Juan...”

Jesús se le acerca. Le pone la mano sobre la espalda, dulce y enérgico, dice: “Muchas cosas supiste hacer en tu larga vida. Una todavía te falta: la de aceptar de Dios la hora de la muerte sin pedir que se anticipe o posponga un minuto. Te has resignado a muchas cosas. Por eso Dios te ama. Aprende a resignarte a la más difícil: a vivir cuando desearías sólo morir. Entremos. El sol se esconde detrás de los montes y hace ya frío. El sábado ha empezado después terminaremos los trabajos...” y recogiendo la sierra, el cepillo y el martillo entra en casa. Los demás terminan de amontonar las ramas cortadas, de regar las plantas sembradas y a poner en sus goznes la puerta.

227. Judas de Keriot es lujurioso

14 noviembre 1946

Nobe todavía duerme. Los primeros destellos del nuevo día aparecen que son de una delicadeza de tintes irreales. No tienen el color de luz verde-plateada de los albos de estío,

que prontamente toman su matiz y cambian su color oro pálido en uno rosado cada vez más intenso. Es más bien un verde jade desleído en un gris-azul tenuísimo que lo señala al oriente con un pequeño semicírculo, bajo el límite del horizonte. Es algo como que brilla, como el color de una pálida llama de azufre detrás de una cortina de humo blanquecino. Y se extiende en el cielo que es gris, aunque sereno y con estrellas que contemplan la tierra todavía. Como que se esfuerza en alejar el color grisáceo para que entre el color pálido de jade y el de cobalto del cielo palestino. Parece tímida y friolenta, como que se detiene en los bordes del oriente. Se tarda un poco. Sólo su círculo crece en brillantez de color sulfúreo, y a apenas se diluye en el color verde al blanco entretejido con algo de amarillo, cuando el color rosa entra y quita al cielo el último velo nocturno, lo limpia y lo adorna como si fuese un baldaquín. Una hoguera se enciende en la otra parte del horizonte como si se hubiese caído una pared y hubiese dejado al descubierto un horno ardiente. ¿Pero es llama o un rubí encendido por fuego oculto? No. Es el sol que nace. Vedlo. Apenas despunta detrás de la curva del horizonte, y ya pintó de color rosa una guedeja de nubes y convirtió en diamantes las gotas de rocío en las puntas de los árboles que nunca se secan. Un alto roble, fuera del poblado, tiene un velo de diamantes en sus hojas bronceadas que vuelven al oriente. Parecen millares de estrellitas que titilan entre las ramas de este gigante que se despierta de su sueño en medio de lo azul. Tal vez en la noche algunas estrellas bajaron y murmuraron sus secretos a los ciudadanos de Nobe, o tal vez vinieron a consolar con su luz al hombre sin dormir, camina silenciosamente allá arriba en la terraza de Juan.

Jesús es el único en toda Nobe que no duerme. Lentamente va y viene por la terraza de la casa con los brazos cruzados bajo el grueso manto que lo defiende del frío y con el capucho sobre la cabeza. Cuando llega al extremo de la terraza, mira hacia afuera, asomándose para ver el camino que pasa por el centro del poblado. El camino está semioscuro, vacío, silencioso. Torna a caminar, lenta y silenciosamente con la cabeza inclinada, meditabundo, algunas veces mira al cielo cada vez más luminoso, mira los tenues colores del alba y de la aurora, o sigue con sus ojos el vuelo de alguna ave mañanera, despertada con la luz, que deja su refugio de algún techo cercano para picotear a los pies del viejo manzano de Juan, remonta su vuelo, y al ver a Jesús pía despertando con ello a los demás pajarillos.

De un cercado llega el balido de alguna oveja y se pierde tembloroso por el aire. Por el camino se oye el rumor de pisadas de alguien que viene aprisa. Jesús se asoma a mirar. Rápido baja la escalera, entra en la cocina oscura, cierra detrás de sí la puerta.

Los pasos se acercan, se oyen en el huerto al lado de la casa. Se detienen ante la entrada de la cocina. Alguien trata de abrir. No está la llave. Da vuelta al pasador que puede moverse tanto por dentro como por fuera, y una voz contemporáneamente pregunta: “¿Se ha levantado ya alguien?” Una mano abre cautelosamente la entrada sin hacerla chirriar. Aparece la cabeza de Judas de Keriot por la ruptura... mira... Oscuridad. Frío. Silencio.

“Dejaron abierta la puerta... y con todo... me parecía que estaba cerrada... por otra parte, no es de gran importancia... los ladrones no roban a los pobres. Son ellos más miserables que nosotros... ¡Ey!... esperemos que... no dure de este modo. ¡Dónde está ese maldito eslabón! No lo encuentro... Si logro encender fuego... se me hizo tarde, demasiado tarde... ¿dónde estará? Demasiados son que lo tocan. ¿En el horno? No... ¿Sobre la mesa? Tampoco... ¿Sobre las bancas? No... ¿Sobre la mesita? Tampoco... Esa puerta carcomida chirría al abrirse... Madera podrida... goznes enmohecidos... Todo aquí es viejo, mohoso, horrible. ¡Ah, pobre Judas! Y no está... Tendré qué ir a donde está el viejo” siempre hablando, ha ido palpando acá y allá, invisible en la oscuridad, cauteloso como un ladrón o un ave nocturna que evita el chocar contra algo... topa contra un cuerpo y da un grito de sofocado terror.

“No tengas miedo. Soy Yo. El eslabón está en mi mano. Tenlo. Enciende” dice Jesús calmadamente.

“¿Tú, Maestro? ¿Qué estabas haciendo aquí solo, en la oscuridad, en el frío? Hoy habrá muchos enfermos, después de un sábado y dos días de lluvia, pero no vendrán pronto aquí.

Hoy saldrán del poblado cercano, porque sólo ahora se espera que no lloverá... El viento de la noche ha secado los caminos”.

“Lo sé, pero haz luz. No es propio de personas honestas el hablar en la oscuridad, sino de ladrones, de mentirosos, de lujuriosos y de asesinos. Los cómplices aman las tinieblas para sus acciones perversas. Yo no soy cómplice de nadie”.

“Tampoco yo, Maestro. Quería encender fuego. Por esto me levanté antes... ¿Qué dijiste, Maestro? No logré oírlo”.

“Enciende, pues”.

“¡Ah!... Vi que estaba tan sereno pero frío. A todos les gustaría encontrar un buen fuego... ¿Te levantaste al oír que yo hacía ruido aquí o por el viejo que... todavía tiene sus dolores? ¡Finalmente! Parece que la yesca y el eslabón estuvieran húmedos porque no querían prender... Están mojados...”

Una flama se desprende. Una sola, pequeña, temblorosa... pero bastante para ver dos rostros; el pálido de Jesús y el moreno e impertérito de Judas.

“Ahora hago fuego... Estás pálido como un muerto. ¡No has dormido! ¡Y todo por ese viejo! Eres demasiado bueno”.

“Es verdad. *Soy demasiado bueno*. Con todos, aun con los que no se lo merecen. El viejo sí se lo merece. Es honrado, de un corazón fiel. No obstante no velé por él, sino por otro. Es verdad. La yesca y el eslabón estaban húmedos, pero no porque se hayan mojado al voltearse alguna taza, sino con mi llanto que sobre ellos goteó. Es verdad que está sereno y que hace frío y que el viento ha secado los caminos, pero cerca del alba cayó el rocío. Siente mi manto. Está húmedo... Luego llegó el alba y se vio que estaba sereno el cielo, llegó la luz y señaló un lugar vacío, vino el sol de la aurora a hacer brillar el rocío en las hojas y las lágrimas en las pestañas. Es verdad que hoy habrá muchos enfermos, pero no los esperaba a ellos. *Te esperaba a ti*. Por ti no he dormido toda la noche. Por ti, y no pudiendo esperarte aquí encerrado, subí a la terraza, a contar al viento mi llamada, a mostrar a las estrellas mi dolor, a la aurora mi llanto. No el viejo enfermo, sino el joven corrompido, el discípulo que huye del Maestro, el apóstol de Dios que prefiere la cloaca al cielo, y la mentira a la verdad. Fue él quien me tuvo en pie toda la noche. Y te he estado esperando. Cuando oí tus pisadas, bajé aquí... a esperarte. No tu persona que estaba ya cerca y que trasteaba cual ladrón por la cocina, sino tus sentimientos... Esperé una palabra... No supiste decirla cuando te topaste conmigo. ¿Aquel a quien estás vendiendo tu corazón, no te ha dicho que Yo lo sabía? ¡Pero no! No podía hacerlo, ni sugerirte la única palabra que podrías, que *deberías* pronunciar, si fueses un hombre justo. Te sugirió las mentiras no pedidas, inútiles, más ofensivas que tu huida nocturna. Te las sugirió riéndose a carcajadas porque así te ha hecho bajar una grada más y a Mí me ha causado un gran dolor. Es verdad que vendrán muchos enfermos. Pero *el más grande enfermo no vendrá a su Médico*. El Médico mismo *está enfermo de dolor por este enfermo que no quiere curarse*. Es verdad. Todo es verdad, y también que dije entre dientes una palabra que no oíste bien. Pero puedes adivinarla, por lo que te acabo de decir”.

Jesús ha estado hablando en voz baja, cortante, dolorosa y al mismo tiempo enérgica que Judas, que a las primeras palabras sonreía, derecho desvergonzado, muy cerca de Jesús, poco a poco ha ido retirándose como si cada palabra fuese una repulsa, mientras Jesús se ha ido irguiendo cada vez más, cual verdadero Juez, con el dolor pintado en el rostro.

Judas arrinconado entre una artesa y el rincón, murmura: “Pero... No lo lograría...”

“¿No? Te la voy a decir, porque no tengo miedo de decir lo que es verdad. ¡*Mentiroso!* Eso fue lo que dije. Si se soporta al niño mentiroso porque no conoce lo que es una mentira, y se le enseña para no decirla otra vez, en un hombre no se soporta, en un apóstol, discípulo de la misma verdad, provoca asco. Completamente asco. Para esto te he esperado toda la noche y he llorado bañando la mesa, allí donde estaba el eslabón, y luego he llorado velando y llamándote a la luz de las estrellas con toda el alma. Por eso estoy mojado de rocío como el

esposo el Cantar¹. Inútilmente mi cabeza está mojada de rocío y mis cabellos de las gotas de la noche; inútilmente llamo a la puerta de tu alma, y le digo: 'Ábreme porque te amo, aun cuando estés manchada'². Porque quiero entrar en ella y limpiarla. Porque está enferma, quiero curarla. ¡Está atento, Judas! Atento de que el Esposo no se aleje, y para siempre, y que no lo puedas encontrar más... ¿Judas, no hablas?"

"Ya es tarde para hablar. Tú mismo lo has dicho: te causo asco. Arrójame..."

"No. También los leprosos me causan asco, pero tengo piedad. Si me llaman acudo y los limpio. ¿No quieres ser limpiado?"

"Es tarde... es inútil. No sé ser santo. Arrójame, te digo".

"No soy uno de tus amigos fariseos que llaman inmundas a infinidad de cosas, las esquivan, o las arrojan con dureza mientras podrían limpiarlas con caridad. Soy el Salvador y *No arrojo a nadie...*"

Un largo silencio. Judas sigue en el rincón. Jesús apoyado sobre la esquina de la mesa, cansado, adolorido... Judas levanta la cabeza. Lo mira con titubeo y con voz entrecortada: "¿Si te dejase, qué harías?"

"Nada. Respetaría tu voluntad rogando por ti. Pero a mi vez te digo que aunque me dejases *ya es demasiado tarde*".

"¿Por qué?"

"¿Por que? Lo sabes como Yo... Prende fuego ahora. Se oyen pasos arriba. Olvidemos lo que acaba de pasar. *Todos verán que dormimos poco, tú y Yo... y que el fuego nos trajo aquí... ¡Padre mío!...*"

Mientras Judas acerca el fuego a las ramas que estaban sobre el horno y sopla para que la llama prenda en las delgadas virutas, Jesús levanta sus manos sobre su cabeza y luego se aprieta los ojos...

228. Jesús y Valeria. El milagro del pequeño Leví en Nobe

15 noviembre 1946

Jesús está en medio de enfermos y peregrinos que han venido a Él de muchas partes de Palestina. Hay hasta un navegante de Tiro que una desgracia en el mar lo ha hecho paralítico y cuenta su infortunio: se le cayó encima un fardo en un balanceo de la nave y bultos pesados de mercancía le pegaron en la columna vertebral. No se murió, pero está peor que un muerto, porque perdió todo, obliga a sus padres a que no trabajen para atenderlo. Dice que fue con ellos a Cafarnaum, después a Nazaret, pero que María le dijo que estaría en Judea y sin duda en Jerusalén. "Me dio varios nombres de amigos que podían hospedarte. Un galileo de Séforis me dijo que estabas aquí. Y vine. Sé que no desprecias a nadie, ni siquiera a los samaritanos. Espero que me escuches. Tengo mucha fe". La mujer no habla, pero en cuclillas junto a la colchoneta en la que está el enfermo, mira a Jesús con unos ojos más suplicantes que un discurso.

"¿Dónde te golpeaste?"

"Aquí en el cuello. Aquí el golpe fue más duro. Sentí un ruido en la cabeza, como cuando se golpea un bronce, que se cambió en un rugir tempestuoso, y luces, luces de todos colores danzaron ante mí... Luego ya no sentí nada durante muchos días. Navegábamos por aguas de Cintium, y cuando volví en mí, estaba en casa. El rugir de la tempestad siguió en mi cabeza y las luces en mis ojos por días y días. Luego pasó... pero mis brazos están muertos, lo mismo que mis piernas. Soy un hombre muerto a los cuarenta años. Tengo siete hijos, Señor".

"Mujer alza a tu marido y muestra el punto donde fue golpeado".

La mujer obedece sin replicar. Con destreza maternal y con la ayuda de otra persona que la acompaña, hermano o cuñado no lo sé, mete un brazo por debajo de la espalda, mientras que

¹ Cfr. Cant. 5, 2.

² Alusión al Cant. 5, 2 y 5-6.

con la otra sostiene su cabeza y con la delicadeza de alguien que voltearía a un recién nacido levanta el cuerpo pesado del lecho. Una cicatriz, todavía roja, es la señal del lugar en que el golpe fue mayor.

Jesús se inclina. Todos alargan su cuello para ver. Jesús apoya la punta de sus dedos en la cicatriz diciendo: “¡Quiero!”

El enfermo siente una sacudida como si una corriente eléctrica lo hubiera tocado y se oye un grito: “¡Qué ardor!”

Jesús quita sus dedos de las vértebras lesionadas y ordena: “¡Levántate!”

El curado no espera a que se lo repitan dos veces. Apoya los brazos inertes por varios meses sobre el lecho, sacudirse para quitarse de encima lo que lo cubre, echar las piernas fuera de la camilla, ponerse en pie, todo esto lo hace en menos tiempo del que yo lo describo.

Su mujer grita, lo mismo que su pariente. El curado enmudecido de alegría levanta los brazos al cielo. Un instante de gozo arrebatador, luego se vuelve, con la seguridad de un hombre ágil, y se encuentra cara a cara con Jesús. La voz torna a él y grita: “¡Bendito seas Tú, y quien te ha enviado! ¡Creo en el Dios de Israel y en Ti, su Mesías!” y se arroja a tierra a besar los pies de Jesús en medio de los gritos de la gente.

Luego se realizan otros milagros en niños, mujeres, ancianos. Después Jesús habla.

“Habéis visto el milagro de huesos quebrados que se sueldan otra vez, de miembros muertos que vuelven a la vida. Esto os concedió el Señor ver para que la fe de los que creen se confirme, y hacerla nacer en los que no la tienen. El milagro se concede a cualquiera sin distinción de lugar, que viene en busca de salud, empujado por la fe en mi poder de curar³.

Hay aquí reunidos judíos y galileos, libaneses y siro-fenicios, habitantes de la lejana Betanea y de las costas marítimas. Todos han venido sin preocuparse de la estación y de lo largo del camino. Los acompañaron sus familiares sin quejarse, sin lamentarse de las labores o de los negocios que tuvieron que suspender. Porque cualquier sacrificio era nada respecto a lo que querían alcanzar. Así como cayeron por tierra los egoísmos y las incredulidades humanas, así cayeron también las ideas políticas o religiosas que antes formaban como una muralla para que todos se considerasen como hermanos, iguales en la vida, como en el sufrimiento, en el deseo y esperanza de salud y de consuelo.

Yo he concedido esto a los que han sabido unirse en una esperanza que es ya fe. Porque es justo que se haga así.

Soy el Pastor universal y debo acoger a todas las ovejas que quieran entrar en mi grey. No hago distinción de ovejas sanas y enfermas, débiles y fuertes, de las que me conocen, porque pertenecen a la grey de Dios, y de las que hasta ahora no me conocían, y ni siquiera al Dios verdadero. Yo soy el Pastor del linaje humano y tomo a mis ovejas de cualquier lugar donde se encuentren y se dirijan a Mí. ¿Son ovejas flacas, sucias, abatidas, ignorantes, apaleadas por sus pastores que no las aman y las han rechazado, diciendo que son inmundos? No existe inmundicia que no pueda limpiarse. No hay inmundicia de que si alguien quiere limpiarse y pide auxilio para lograrlo, se le rechace porque es inmundo.

Dios es quien suscita los buenos deseos, y si lo hace, señal es que quiere que lleguen a la realidad. Es el mismo Espíritu de Dios⁵ que pide con súplicas inefables que todos los hombres sean absorbidos por el Amor, porque el Espíritu de Dios desea derramarse y enriquecerse. Derramarse amando a un número ilimitado de seres, que apenas si bastan para dar paz a lo infinito de su Amor, y enriquecerse con el amor de un número ilimitado de seres que vienen a Él atraídos por la dulzura de sus perfumes. Por lo tanto a nadie le es lícito despreciar y rechazar a quien quiera entrar en la santa grey.

Esto lo digo para aquellos de entre vosotros que cultiven en su corazón ideas comunes en Israel, ideas de distinción y de prejuicios que Dios no ama porque son contrarios a su designio

³ Comparar con Lc. 8, 46.

⁵ Cfr. Rom. 8, 26-27; Gál. 4, 6.

de hacer que todos los pueblos formen uno solo, que lleve el nombre del Mesías que Él ha enviado.

Ahora hablo a aquellos que han venido de lejos, a las ovejas hasta ahora no domesticadas que han sentido el deseo de entrar en la grey única del Único Pastor. Les digo que nada les quite la confianza, que nada los abata. No existe paganismo, ni idolatría, ni vida contraria a lo que enseño, que no puedan abandonarse, rechazarse, permitiendo de este modo al corazón que se haga nuevo, que se vea libre de toda mala planta, para que pueda aceptar la nueva semilla y revestirse de nueva imagen.

Esto, más que el deseo de la salud corporal, debería empujar a los pueblos a venir a Mí. Lo que a continuación voy a decir es para los hebreos de Palestina, como para los hebreos y prosélitos de la Diáspora y gentiles. Así como sabéis venir para que os cure de vuestras enfermedades, así también sabed venir para que se quite de vuestro espíritu el yugo del pecado o del paganismo. Todos deberíais pedirme ante todo, y desear con todas vuestras fuerzas que se os libre de lo que hace esclavo vuestro espíritu de fuerzas malas que lo domeñan. El primer milagro que deberíais desear es veros libres y querer entrar en el Reino de Dios. Porque alcanzado esto, cualquier otra cosa se os dará, y en tal forma que el don no pesara como castigo en la otra vida.

No os pusisteis a pensar en la intemperie, fatigas, pérdida de dinero con tal de alcanzar la salud del cuerpo, que aunque hoy se le cure, en un mañana no muy lejano morirá. Con el mismo valor deberíais saber hacer frente a cualquier cosa para alcanzar la salud del corazón, la vida eterna y la posesión del Reino de Dios. ¿Qué son las befas o amenazas de familiares, conciudadanos o autoridades respecto a lo que tendréis todos vosotros, de donde sea el lugar que vengáis, si venías a la verdad y a la vida? ¿Quién dejaría de ir a un lugar donde supiese que le espera una vida feliz, por entretenerse un día en una fiesta que se acaba con el anochecer? Y sin embargo muchos lo hacen. Y para saciarse de insípidas e inútiles alegrías del mundo, que no duran nada, dejan de acudir al lugar donde encontrarían para siempre el verdadero alimento, la verdadera salud, la verdadera alegría, sin miedo de que el enemigo pueda arrebatlarla.

En el Reino de Dios no existen las guerras, el odio, las revoluciones. Quien entra en él no conoce más el dolor, el ansia, el engaño, sino que posee la alegre paz que emana de mi Padre.

Podéis ir. Volved a vuestros países. Mis discípulos son ya numerosos y están esparcidos por las regiones palestinas. Escuchadlos, si queréis conocer mi doctrina y estar prontos para el día de la decisión de la que dependerá la vida eterna de muchos. Que mi paz os acompañe”.

Bendecida la multitud vuelve a entrar en casa... Los apóstoles se quedan fuera todavía un poco, luego entran para el almuerzo, pues el sol está ya a la mitad de su carrera.

Sentados a la rústica mesa, después de haber bendecido el queso y verduras con aceite, hablan de los sucesos de la mañana y se congratulan que el número de discípulos evangelizadores sea tal que puedan aliviar al Maestro de la fatiga de hablar continuamente, sobre todo ahora que se le ve fatigadísimo.

En realidad Jesús ha adelgazado mucho estos días y su color que era de color marfil, con pinceladas de rosa bajo lo morenillo de su piel, por lo menos en sus mejillas, ahora es del todo blanco, semejante a un pétalo casi seco de magnolia. Viví mucho tiempo en Milán y conozco el delicado color de mármol de Candoglia con que está construida la hermosa catedral. Pues a mí me parece que el rostro del Señor, en estos últimos meses dolorosos de su vida terrena, tenga el color de ese mármol, que no es blanco, ni rosa, ni amarillo, sino los tres juntos. Los ojos son más profundos, y por esto más oscuros. Tal vez se deba esto a una sombra de cansancio que oscurece sus párpados y órbitas. Ojos que poco duermen, que mucho lloran y sufren. Las manos parecen más largas porque están más delgadas y pálidas, las dulces manos de mi Señor en que se ven ya los tendones y las venas, las cavidades, y se transparentan los huesos. Manos santas, manos mártires que pronto el clavo traspasará. El

verdugo no perderá tiempo en encontrar el lugar donde meta el clavo, porque no hay grasa ya en la mano asceta de mi Señor. Ahora las tiene sueltas, como cansadas, sobre la tabla oscura de la mesa, mientras mueve su cabeza sonriendo cansadamente a sus discípulos que se dan cuenta de su infinito cansancio corporal, y sobre todo de corazón. Comprenden que está muy afligido por el esfuerzo de tener unidos corazones diversos, de tener qué soportar y tener oculta la infamia de su discípulo incorregible...

Pedro dice: 'Tú debes descansar completamente hasta la Fiesta de la Dedicación. Me ocuparé de los que vengan. Te irás... sí, te irás a la casa de Tomás. Estarás cerca y tranquilo'.

Tomás apoya la proposición de Pedro, pero Jesús mueve su cabeza. No. No quiere ir.

"Entonces no hablarás en estos días. Lo podemos hacer nosotros. No será gran cosa, pero no nos separaremos de lo que sabemos. Sólo curarás a los enfermos".

"También nosotros podemos hacerlo" propone Iscariote.

"¡Uhm! Por mí, no" contradice Pedro.

"¡Ya lo has hecho!"

"Sí. Cuando el Maestro no estaba con nosotros, y teníamos qué presentarlo y hacer que lo amasen. Pero ahora está aquí y los milagros los hace Él solo. Es el único digno. ¡Milagros, nosotros! Si somos nosotros los que tenemos necesidad de renovación, porque por nosotros mismos, y ahora me doy cuenta de ello, no haremos nada de bueno. Somos unos miserables, pecadores e ignorantes".

"Habla por ti solo, te lo ruego. ¡Yo no me siento miserable!" replica Judas de Keriot.

"El Maestro está cansado. Su cansancio es más bien moral que físico. Si en verdad lo amamos, evitemos las disputas. Son osas que lo agotan" protesta enérgico Zelote.

Jesús levanta sus ojos para mirar al apóstol, siempre tan prudente. Le alarga una mano por encima de la mesa para acariciársela. Zelote toma entre sus manos oscuras la blanca de Jesús y se la besa.

"Tienes razón. Pero también la tengo yo al afirmar que debe absolutamente reposar. ¡Parece estar enfermo!..." insiste Pedro.

Todos están de acuerdo, incluidos el viejo Juan y Elisa, la que añade: "Lo había dicho hace tanto tiempo yo. Por eso quisiera..."

Un golpe a la puerta.

Andrés es el más cercano, abre y sale, cerrando la puerta detrás de sí.

Vuelve a entrar: "Maestro, hay una mujer. Quiere verte. Trae a una niña consigo. Debe ser de alta posición social, aun cuando su vestido es modesto. No está enferma. Tampoco la niña, según creo. Pero no puedo afirmarlo bien porque trae grueso velo. La niña trae hermosas flores en sus bracitos".

"Despídela. Estamos diciendo que debe descansar y tú no lo dejas ni siquiera comer!" grita con mal genio Pedro.

"Se lo he dicho, pero respondió que no dará ninguna molestia al Maestro y que Él tendrá gusto de volverla a ver".

"Entonces dile que regrese mañana, a la hora de todos. Ahora el Maestro va a descansar".

"Andrés, acompaña la a la habitación de arriba. Voy pronto" dice Jesús.

"¡Ved! ¡Ya lo preveía! ¡Así se cuida! ¡Todo lo contrario de lo que estábamos diciendo!" Pedro está enojado.

Jesús se levanta y antes de salir pasa detrás de Pedro, le pone las manos sobre la espalda, se inclina un poco a besar sus cabellos diciéndole: "¡Bueno, Simón! Quien me ama ayuda a mi cansancio más que el reposo de la cama".

"¿Quién sabe si es una de las que te aman?"

"Simón, la ira te empuja a decir palabras de las que ya te has arrepentido por necias. ¡Bueno, bueno! Una mujer que viene con una criatura inocente, que me trae flores, no puede ser sino una que me ama y que intuye mi necesidad de encontrar un poco de amor y pureza en medio de tanto odio e inmundicia". Sube por la escalera que lleva a la terraza, mientras Andrés, terminado su encargo, vuelve a entrar en la cocina.

La mujer está en la puerta de la habitación de arriba. Alta, delgada, bajo un pesado manto gris, con velo de biso de color marfil que le baja del capucho cerrado en torno a su cara. La niña, que apenas llega a los tres años, viene vestida de blanca lana con un manto circular con su capucho también blanco que ha caído detrás de sus cabellos de color rubio-castaño, porque la pequeña mira a la mujer levantando su carita que emerge de las flores que tiene entre sus bracitos. Bellas flores que sólo pueden encontrarse en estas regiones en invierno: rosas encarnadas y flores blancas cuyo nombre ignoro. No soy muy experta en flores.

Apenas Jesús aparece en la terraza, y la pequeñita empujada por la mujer, corre a su encuentro: “¡Ave, Domine Jesu!”

Jesús se inclina a ver a la pequeña. Le pone una mano sobre sus cabellos y le contesta: “La paz sea contigo”, luego se endereza, sigue a la pequeña que con su sonrisa de pajarito vuelve a la mujer que se ha inclinado profundamente, haciéndose a un lado de la puerta para que pase el Maestro.

Jesús la saluda con una inclinación de cabeza y entra en la habitación. Se sienta en uno de los primeros bancos que encuentra, sin decir nada. Tiene la majestad de un rey. Sentado sobre el banco de madera sin respaldo, parece estar sentado en un trono, tanta es la dignidad que irradia. No trae el manto, tan solo su vestido de lana de azul muy oscuro, sin adornos, ni flecos. Un poco descolorido en la espalda donde la lluvia, el sol, el polvo y el sudor lo han desteñido. Es pobre, pero limpio. Parece como si fuera de púrpura, por la majestad de quien lo viste. Mantiene su cuerpo erguido, sus manos sobre las rodillas con las palmas abiertas. Sus pies descalzos sobre el desnudo suelo de viejos ladrillos. Por fondo una pared desnuda, apenas si blanqueada con cal. Detrás no hay ni baldaquinos, ni una bandera, sino un cedazo para la harina, una reata de la que penden manojos de ajos y cebollas. Se ve más imponente que si tuviese bajo sus pies un suelo precioso, a sus espaldas una pared dorada y un velo de púrpura adornado con joyas sobre su cabeza.

Espera. Su majestad cohibe a la mujer presa de una admiración respetuosa. También la niña se calla y se queda inmóvil junto a la mujer, un poco, tal vez, asustada. Pero Jesús sonríe, le dice: “Aquí me tienes. No tengáis miedo”.

Todo temor desaparece. La mujer dice algo a los oídos de la niña, que camina seguida de la mujer hacia las rodillas de Jesús y le pone su racimo de flores: “Las rosas de Faustina a su Salvador”. Le dice lentamente como quien no conoce bien una lengua que no es la suya. Entre tanto la mujer se arrodilla detrás de la niña, echándose atrás el velo. Es Valeria, la madre de la pequeña, que saluda a Jesús en su lengua: “¡Salve, Maestro!”

“Que Dios llegue a ti. ¿Cómo es que has venido? ¡Y sola!” pregunta Jesús mientras acaricia a la pequeñita que no tiene ya miedo, y no contenta con haber puesto las flores sobre las rodillas de Jesús busca con sus manitas en el perfumado ramo las más hermosas según ella y se las ofrece diciendo: “¡Tómalas! ¡Tómalas! Son tuyas” y toma ya una rosa, ya una flor de largas hojas blancas y perfumadas, las levanta hasta el rostro de Jesús que las toma y luego las vuelve a poner sobre las demás.

Valeria habla: “Estuve en Tiberíades porque mi hija estuvo un poco enferma y nuestro médico lo aconsejó...” Una pausa larga. Cambia de color, después como de prisa, dice: “Sufría terriblemente en el corazón y deseaba verte, porque para este sufrimiento mío hay un solo médico: que eres Tú, Maestro, que para todos tienes palabras acertadas... Por esto he venido. Por el egoísmo de ser consolada, y también para saber lo que debo hacer para... sí, para agradecerte a Ti y a tu Dios que me hayáis concedido tener a esta hijita mía... Sabemos muchas cosas, Maestro. Las cosas más pequeñas acaecidas en la Colonia se refieren a Pilatos diariamente sobre su mesa de trabajo, y así obtiene una vista de conjunto, pero para tomar alguna decisión se aconseja con Claudia... Muchos informes hablan de Ti y de los hebreos que agitan el país convirtiéndote al mismo tiempo en enseña nacional de rebeldía y causa de odio civil. Claudia está en lo cierto cuando le dice que si en Palestina hay alguien que no le haría mal alguno, eres Tú. Y Pilatos día tras día la escucha... Hasta ahora quien se

impone es Claudia. Pero si mañana otra fuerza dominara a Pilatos... Lo supe y por esto pensé que mi pequeñita te daría consuelo..."

"Tienes un corazón bondadoso y lleno de luz. Que Dios te ilumine y vela ahora y siempre por esta hijita tuya".

"Gracias, Señor. Tengo necesidad de Dios..." Lágrimas resbalan por los ojos de Valeria.

"Es verdad. Tienes necesidad de Él. En Él encontrarás todo consuelo y además la guía para juzgar acertadamente, para perdonar, amar otra vez y sobre todo para educar a esta niña a fin de que tenga la vida dichosa de quienes son hijos de Dios verdadero.

Lo ves. El Dios que no conocías, del que tal vez te burlaste, como de su ley, el Dios que es tan diverso de vuestros dioses, como lo es su ley diversa de las vuestras y de vuestra religión. El Dios que tal vez ofendiste con una vida en que la virtud no se tiene en cuenta: culpas leves, si quieres, pero duras heridas a la virtud y ofensas a la Divinidad que te creó. Este Dios te ha amado mucho. Valiéndose de un dolor que sentías con toda la fuerza de madre, de mujer que no conoce la vida futura e ignora lo que significa la separación temporal de su hijo, te trajo a Mí. Tanto te amó que te llevó a Cesarea cuando en tu dolor agonizabas al ver que el cuerpo de tu hija iba enfriándose. Tanto te amó para que tuvieses siempre ante tus ojos su bondad y poder, y tuvieses un freno contra las costumbres licenciosas paganas y un consuelo en los dolores que pudieras encontrar como mujer casada. Tanto te ha amado que por medio de otros dolores ha reforzado en ti la voluntad de venir al Camino, a la Verdad, a la Vida, y de quedarte allí con tu hijita para que al menos desde su infancia tenga lo que es consuelo y paz, salud y luz en los tristes días que caminará por la tierra, y la defensa de todo lo que te hace sufrir en tus afectos, en lo mejor de tu ser, que es instintivamente bueno y que no soporta el fango en que se le obliga a vivir.

Por lo que se refiere a tus afectos, eres una pagana. No es culpa tuya, sino del siglo en que vives, del gentilismo en que te creaste. Sólo el que vive en la verdadera religión sabe dar a sus afectos el valor, medida y manifestaciones apropiadas. Tú, que no conocías la vida eterna, amabas desordenadamente a tu hijita, y al verla morir, te rebelabas con todas tus fuerzas, y enloquecías con su muerte próxima. Así como alguien que viera a un demente apoderarse de su ser más querido y lo suspendiese sobre un abismo, de donde nunca se podría salir, del que al caer jamás se podría tener ni siquiera el cadáver frío para darle el último beso de amor, así veías a tu Faustina colgada en el abismo de la nada... ¡Pobre madre que no tendría ya más hija! Ni con el espíritu, ni en la realidad. Sería la nada. La nada inexorable que llega con la muerte para los que no creen en la vida espiritual.

Tú, mujer pagana, amorosa, fiel, has amado en tu esposo a tu dios terrenal, compañero de placeres, a tu hermoso dios que se dejaba adorar, rebajando tu dignidad al nivel de esclava. Esté sujeta la mujer a su marido, humilde, fiel, castamente. El hombre es la cabeza de la familia, pero cabeza no quiere decir déspota. Cabeza no significa ser un patrón caprichudo que dispone a su antojo no solo del cuerpo, sino también de la parte mejor de su esposa. 'Donde tú, Cayo, ahí, yo, Caya' decís. Pobres mujeres de un país donde la licencia existe aun en las fábulas de vuestros dioses. Quienes de vosotras no sois impúdicas, ni desenfrenadas, ¿cómo podéis estar donde están vuestros esposos? Es inevitable que quien no es una desvergonzada y corrompida se separe con asco, que experimente un dolor verdaderamente atroz, como si sus fibras se desgarrasen, que sienta pasmo, derrumbarse todo un culto que tenía por su marido a quien contemplaba como a un dios, cuando descubre que a quien adoraba como a una deidad, es un ser miserable, dominado por el instinto brutal, y que es licencioso, adúltero, disipado, indiferente, que se burla de los sentimientos y dignidad de su esposa.

No llores. Todo lo sé, sin necesidad de que centuriones me lo informen. No llores, mujer. Aprende antes bien a amar a tu esposo *ordenadamente*.

"No puedo amarlo ya. No lo merece. Lo desprecio. No me envileceré imitándolo. No puedo amarlo. Todo ha acabado entre nosotros. He dejado que se fuera... sin tratar de detenerlo... En el fondo, la única vez que le agradezco, que se haya ido... No volveré a buscarlo. Por otra

parte, ¿cuándo fue para mí un compañero? Al caerse la venda de mi adoración por él, ahora puedo recordar y juzgar sus acciones. ¿Estaba acaso en mi corazón cuando lloraba yo, teniendo qué seguirlo hasta acá, abandonando a mi madre que moría de dolor y a mi patria, cuando era yo una joven esposa, próxima a dar a luz? Él se burlaba con sus amigos de mis lágrimas, de mis náuseas, advirtiéndome sólo que no fuera a ensuciarle el vestido. ¿A caso estuvo a mi lado cuando me moría de nostalgia por mi patria? No. Afuera, con sus amigos, en banquetes donde mi estado no me permitía ir... ¿Estuvo alguna vez inclinado sobre la cuna de mi recién nacida? Se echó a reír cuando le mostraron a su hijita, y borbotó: 'Estoy tentado a echarla al suelo. No me eché el yugo matrimonial para tener hijas'. Ni siquiera se presentó a la purificación, llamándola inútil pantomima. Y como la pequeña lloraba, dijo al salir: 'Ponle por nombre Libitina, y que la diosa la acepte'. Cuando Faustina agonizaba, ¿acaso compartió conmigo mis angustias? ¿Dónde estuvo la noche que precedió a tu llegada? En casa de Valeriano, en un banquete. Pero lo amaba yo. Era mi dios, como lo dijiste. Todo me parecía bueno y justo en él. Me permitía que lo amara... era la más sumisa esclava de sus caprichos. ¿Sabes por qué me ha rechazado?"

"Lo sé. Porque en tu cuerpo surgió el alma, y dejaste de ser hembra para ser la esposa".

"Estás en lo cierto. He querido hacer de mi hogar un hogar virtuoso... Logré obtener del Cónsul que se le mandase a Antioquía y me ordenó que no lo siguiera, pero se llevó a las esclavas favoritas. ¡Oh, no iré detrás de él! Tengo a mi hija. Tengo todo".

"No. No tienes todo. Tienes una parte, una parte pequeña, del todo que te sirve a fin de que seas virtuosa. El Todo es Dio. Tu hija no debe ser causa de injusticia para con el Todo, sino al contrario. Por ella y con ella tienes el deber de ser virtuosa".

"Vine a consolarte y eres Tú el que me consuelas. Vine también a preguntarte cómo educarla para que sea digna de su Salvador. Había pensado hacerme prosélita vuestra ¹¹ y que ella también lo fuese..."

"¿Y tu marido?"

"¡Oh, todo ha acabado entre nosotros!"

"No. Todo empieza. Eres siempre su mujer. El deber de una mujer buena es hacer a su consorte bueno".

Dice que quiere divorciarse. Y lo hará. Por esto..."

"Y lo hará. Pero todavía no lo ha hecho. Y mientras no lo haga, tú eres su mujer, aún según vuestra ley. Y como tal tienes la obligación de quedarte en tu lugar como esposa. Tu lugar es el segundo después del de tu marido, en tu casa, con tu hija, a los ojos de los criados y del mundo. Tú dices: él fue quien dio el mal ejemplo. Es verdad. Pero eso no quita que tú no des el de virtud. Él se marchó. Es verdad. Ante tu hija y siervos toma su lugar.

No todo lo que hay en vuestras costumbres es digno de condenación. Cuando Roma no se había corrompido tanto, sus mujeres eran castas, trabajadoras y servían a las divinidades con vida virtuosa y fiel. Aunque la condición miserable de paganas las hacía servir a falsos dioses, la intención era buena. Entregaban su virtud al Ideal de su religión, a la necesidad de respeto a una religión, a una divinidad cuyo nombre les era desconocido, ¹² pero que les parecía existir, que era mayor que el licencioso Olimpo, que las envilecidas deidades que lo pueblan según las leyendas mitológicas. Vuestro Olimpo no existe, vuestros dioses tampoco. Pero vuestras antiguas virtudes eran fruto de la convicción veraz de tener qué ser virtuosos para que lo mirasen a uno con amor los dioses; eran fruto del deber que sentían para con las divinidades que adorabais. A los ojos del mundo, sobre todo de nuestro mundo judío, no habéis dejado de ser unos necios al honrar a quien no existe. Pero a los ojos de la justicia eterna y verdadera, a los del Dios Altísimo, Único y Omnipotente Creador de todos los seres, esas virtudes, ese respeto, esas obligaciones y deberes no eran en vano. *El bien es siempre bien, la fe tiene*

¹¹ Llamábanse 'prosélitos' los paganos que pasaban a la religión judía Cfr. Mt. 23, 15; Hech. 2, 11.

¹² Cfr. Hech. 17, 22-23

siempre valor de fe, la religión tiene siempre valor de religión si el que la sigue, practica y ama está convencido de estar en la verdad.

Te exhorto a que imites a las antiguas mujeres castas, trabajadoras y fieles de vosotras, quedándote en tu lugar, como columna y luz en tu casa y de tu casa. No creas que los siervos dejarán de respetarte menos porque te quedas sola. Hasta ahora te han servido con miedo y algunas veces con cierto odio y deseos de rebelión. De hoy en adelante te servirán de corazón. Los infelices aman a sus iguales. Tus esclavos saben lo que es el dolor. Tu alegría fue en otros tiempos un aguijón amargo. Tus penas, al despojarse del frío resplandor de patrona, en el sentido odioso de esta palabra te revestirán con una luz amorosa de piedad. Te amarán, Valeria. Te amará Dios, te amará tu hija, te amarán tus siervos. Y aun cuando no fueses la esposa, sino la divorciada, recuerda (Jesús se pone de pie) *que la separación legal no destruye el deber de la mujer de que sea fiel a su juramento de esposa.*

Quisieras entrar en nuestra religión. Uno de sus preceptos divinos es que la mujer es carne de la carne de su esposo y que nada ni nadie, puede separar lo que Dios ha hecho una sola carne¹⁴. También entre nosotros existe el divorcio. Se introdujo como fruto perverso de la lujuria humana, del pecado original, de la corrupción de los hombres. Pero Dios espontáneamente no lo quiso¹⁵. Dios no cambia palabra. Dios había dicho, al inspirar a Adán,¹⁶ todavía inocente y por lo tanto que hablaba con una inteligencia no ofuscada por la culpa, que los esposos, una vez unidos, deben ser una sola carne. La carne no se separa de la otra sino por la muerte¹⁷ o enfermedad.

El divorcio mosaico, permitido para evitar pecados atroces, no concede a la mujer sino una libertad mezquina. La divorciada es siempre un ser inferior en el concepto de los hombres, bien se quede en tal estado, bien pase a segundas nupcias. En el juicio de Dios, es una infeliz si su esposo por mala voluntad la divorcia y sigue en esta condición; pero no es más que una pecadora, una adúltera si comete tales pecados o si vuelve a casarse. Tú, al querer entrar en nuestra religión, lo haces para seguirme. Así pues Yo, Verbo de Dios, al haber llegado el tiempo de la religión perfecta,¹⁹ te digo lo que he dicho a muchos. No es lícito al hombre separar lo que Dios unió y es adúltero el que, o la que, viviendo su cónyuge, se casa²⁰.

El divorcio es una prostitución legalizada, que pone al hombre y a la mujer en condiciones de cometer pecados de lujuria. La mujer divorciada difícilmente puede ser viuda de su varón, viuda fiel. El hombre divorciado jamás permanece fiel a su primer matrimonio. Tanto el uno como el otro, al pasar a otras uniones, descienden del nivel de hombres al de animales, que pueden cambiar de hembra según su apetito. La fornicación legal, peligrosa para la familia y para la patria, es criminal para la prole. Los hijos de los divorciados juzgarán a sus padres. ¡Severo es el juicio de los hijos! Por lo menos uno de sus padres recibe la condenación. Y los hijos, por el egoísmo de sus padres, se ven condenados a una vida efectiva mutilada. Si a las consecuencias que acarrea el divorcio, por el que los inocentes hijos se ven privados de padre o madre, se añade que uno de los cónyuges vuelva a casarse y con él se quedan los hijos; a la suerte desgraciada de una vida efectiva que mutiló un miembro que no está, se une otra mutilación: la que perdió, más o meno en parte, en el afecto del otro miembro, separado, o completamente perdido, por el nuevo amor y por hijos que nacen de una nueva unión.

Hablar de nupcias, de matrimonio en el caso de una nueva unión de un divorciado o divorciada, es profanar el significado del matrimonio. Sólo la muerte de uno de los cónyuges y la viudez de uno de ellos puede justificar segundas nupcias. Yo sería del parecer que sería mejor bajar la cabeza ante la sentencia siempre justa de quien regula los destinos de los

¹⁴ Cfr. Gén. 2, 18-25; Mt. 19, 1-11; Mc. 10, 1-12; Lc. 16, 18; Rom. 7, 1-3; 1 Cor. 7.

¹⁵ Cfr. Deut. 24, 1-4; Mt. 19, 1-11.

¹⁶ Cfr. Gén. 2, 23-24.

¹⁷ Cfr. Rom. 7, 1-3; 1 Cor. 7, 39.

¹⁹ En EL sentido de Mt. 5, 17-48; Rom. 3, 31; 10, 4; Gál. 3, 23-25.

²⁰ Cfr. Rom. 7, 1-3; 1 Cor. 7, 39-40.

hombres y encerrarse dentro de una castidad, cuando la muerte ha puesto fin al estado matrimonial, dedicándose completamente a los hijos y amando al cónyuge que pasó a buena vida en sus hijos. Un amor despojado de todo lo que puede ser material, un amor santo y verdadero²¹.

¡Pobres hijos! Saborear después de la muerte o la destrucción del hogar, la dureza de un padrastra o la de una madrastra, y ¡la angustia de ver que las caricias se dividen con otros hijos que no son hermanos!

No. En mi religión no existirá el divorcio. Será adúltero y pecador el que se divorcie civilmente para contraer nuevo matrimonio²². La ley humana no podrá cambiar mi decreto. El matrimonio en mi religión no será un contrato civil, una promesa moral, que se hace ante la presencia de testigos y que éstos sancionan. Será una unión fuerte, sólida, santamente indisoluble por el poder santificante que le daré para que se convierta en Sacramento. Para que comprendas: será un rito sagrado. Este poder o fuerza ayudará a practicar santamente todos los deberes matrimoniales, pero también será la señal de la indisolubilidad del vínculo.

Hasta ahora el matrimonio ha sido un contrato natural, mutuo y moral entre dos de sexo diverso. Cuando llegue mi Ley, se extenderá al alma de los cónyuges²⁴. Por tanto se convertirá también en un contrato espiritual que Dios sancionará por medio de sus ministros. Bien sabes que nada es superior a Dios. Por esto lo que Él hubiere unido, ninguna autoridad, ley o capricho humano podrá disolver²⁶.

Vuestro rito de 'donde tú, Cayo, ahí yo, Caya' se perpetúa en el nuestro hasta el más allá, en mi rito, porque la muerte no es fin, sino separación temporal del esposo y de la esposa y el deber de amar dura aún después de la muerte. Por esto afirmo que los viudos deberían ser castos²⁷. Pero el hombre no sabe serlo. Por esto también afirmo que los cónyuges tienen el deber recíproco de mejorar a su compañero.

No muevas la cabeza. Esta es la obligación, que debe cumplirse, si alguien quiere venir en pos de Mí”.

“Hoy estás severo, Maestro”.

“No. Soy Maestro y tengo ante Mí una criatura que puede crecer en la vida de la gracia. Si no fueras lo que eres, te impondría menos. Pero tienes una buena disposición, y el sufrimiento purifica, temple siempre el metal. Un día te acordarás de Mí y me bendecirás de haberme portado como ahora lo hago”.

“Mi marido no volverá atrás...”

“Pero tú irás adelante, llevando de la mano a la inocencia y caminarás por el sendero de la justicia, sin odio, sin venganzas; y también sin inútiles esperas o reproches por que se perdió”.

“¡Sabes que lo tengo perdido!”

“Lo sé. Pero no tú. Él te ha perdido a ti. No te merecía. Escucha ahora... Es algo duro. Sí. Me has traído rosas y la inocente sonrisa de tu hijita para consolarme... Yo... no puedo sino prepararte a que lleves la corona de espinas de las esposas abandonadas... Pero reflexiona. Si pudiese retroceder el tiempo y llevarte a aquella mañana en que Faustina agonizaba, y que tu corazón se encontrase en condiciones de escoger entre tu hija o tu marido, y que debieras perder absolutamente a uno de los dos, ¿a quién habrías escogido?”

²¹ Cfr. Rom. 7, 1-3; 1 Cor. 7, 39-40.

²² Cfr. Mt. 5, 31-32; 19, 1-11; Mc. 10, 1-12; Lc. 16, 18; Rom. 7, 1-3; 1 Cor. 7, 10-11.

²⁴ Idea teológicamente exacta, doctrinalmente profunda, literariamente clara, en la que muy poco se piensa. El matrimonio cristiano *no sólo considera los cuerpos, sino también las almas, el espíritu*: tiene por objeto, según las miras de Dios y de la Iglesia unir bajo todos los puntos de vista (espiritual, psíquico, físico) al hombre y a la mujer. La mujer, pues, no está sólo sometida al hombre, *sino es un solo ser* con su marido. Este es el ideal y el programa cristiano, altísimo, pero que puede realizarle quien –bajo la fuerza del Amor divino que santifica, vigoriza, y e su propia e indomable industria- lo *quiere* realizar.

²⁶ Cfr. Mt. 19, 6.

²⁷ Cfr. 1 Cor. 7, 8-9 y 39-40; 1 Tim. 5, 3-16.

Valeria reflexiona. Palidece por lo que sufre, por las lágrimas que al principio de la conversación derramó... Se inclina sobre la pequeñita que está sentada en el suelo y que juega poniendo las flores blancas al rededor de los pies de Jesús. La toma, la abraza, dice con fuerte voz: “Escogería a esta, porque a ella puedo darle mi corazón y educarla como he aprendido en la vida. ¡Mi hija! Y no separarnos ni en la otra vida. ¡Yo siempre su madre, ella siempre mi hija” La cubre de besos, y la pequeñita la estrecha en el cuello, toda amor, toda sonrisas.

“Dime, ¡oh!, dime, Maestro que enseñas a vivir como héroe, ¿cómo educarla para que ambas estemos en tu Reino? ¿Qué palabras debo decirle, qué conducta?...”

“No son necesarias palabras ni conducta especial. Sé perfecta para que refleje tu perfección. Ama a Dios y al prójimo para que aprenda a amar. Vive en la tierra con tus cariños en Dios. Ella te imitará. Por ahora así. Más tarde, mi Padre que os ha amado de modo especial, proveerá a vuestras necesidades espirituales, y seréis sabias en la fe que traerá mi Nombre. Esto es lo que hay que hacer. En el amor a Dios encontrarás frenos contra el mal²⁹. En el amor al prójimo tendrás una ayuda contra el abatimiento de la soledad. Aprende a *perdonar*, a ti misma... y enseña lo mismo a tu hijita. ¿Comprendes lo que te quiero decir?”

“Comprendo... Es justo... Maestro me voy. Bendice a una pobre mujer... que es más pobre que una mendiga que tiene un fiel marido...”

“¿En dónde vives ahora? ¿En Jerusalén?”

“No en Béter. Juana es muy buena, me ha mandado a su castillo... Sufría mucho allá... Estaré hasta que venga Juana a Jerusalén, que será muy pronto. Baja a Judea con tu Madre y las otras discípulas cuando empiece la primavera. Estaré con ella por un poco de tiempo. Luego vendrán las otras e iré con ellas. Para ese entonces el tiempo habrá curado ya la herida”.

“El tiempo. Pero sobre todo Dios y la sonrisa de tu hijita. Hasta la vista, Valeria. Que el Dios verdadero que buscas con buen corazón, te consuele y te proteja”. Jesús pone la mano sobre la cabeza de la pequeñuela bendiciéndola. Se acerca a la puerta cerrada y pregunta: “¿Viniste sola?”

“No. Con una liberta. Mi carro me espera en el bosque a la entrada del pueblo. ¿Nos volveremos a ver, Maestro?”

“Para la Dedicación estaré en Jerusalén, en el Templo”.

“Iré allá, Maestro. Tengo necesidad de tus palabras en mi nueva vida...”

“Vete tranquila. Dios no deja de ayudar a quien lo busca”.

“Lo creo... ¡Oh, qué triste es nuestro mundo pagano!”

“La tristeza está donde no está la verdadera vida en Dios. También en Israel se llora... Y es porque no se vive más en la ley de Dios. Hasta pronto. La paz sea contigo”.

La mujer se inclina profundamente y dice algo al oído de la niña. Ésta levanta su carita, tiende sus bracitos y repite con su vocécita: “¡Ave, Domine Jesu!”

Jesús se inclina sobre la boquita y recoge el besito que la niña le iba a dar. Nuevamente la bendice... Luego entra en la habitación y pensativo se sienta junto a las flores esparcidas por el suelo.

Pasa el tiempo así. Luego alguien llama a la puerta.

“Entra”.

La puerta se entreabre y aparece la cara fiel de Pedro.

“¿Eres tú? Ven”.

“No. Tú deberías venir con nosotros. Aquí hace frío. ¿Qué hermosas flores! ¡Deben valer!” Pedro habla mirando a su Maestro.

“Sí. Valen. Pero la manera y el modo con que se hizo, valen más que las flores. Me las trajo la niña de Valeria, la romana amiga de Claudia”.

“¡Lo sé, lo sé! ¿Y para qué?”

²⁹ Cfr. 1 Ju. 3, 6-9.

“Para consolarme. Saben lo que sufro y Valeria tuvo una buena idea. Pensó que las flores de una inocente podrían consolarme...”

“¡Una romana!... ¡Y nosotros los de Israel te causamos tanto dolor!... Judas tuvo razón en sospechar. Dijo que había visto un carro esperando, y que sin duda era de alguna mujer romana... y... se intranquilizó...” La cara de Pedro es toda una interrogación.

Jesús no pregunta más que: “¿Dónde está Judas?”

“Afuera. Quiero decir, en el camino cerca del bosque. Quiere enterarse de quien ha venido a verte...”

“Bajemos”.

Judas está ya en la cocina. Se vuelve a ver a Jesús y dice: “Aunque quisieras negarlo, no podrás menos de decir que esta mujer vino a... ¡lamentarse de alguna cosa! ¿No tienen algo más qué decir? No tienen otra ocupación más que de espiar y de ir a contar y...”

“No estoy obligado a responderte, pero lo haré por todos. Simón Pedro sabe quién fue, y a todos voy a decir a qué vino. Aun las personas aparentemente más felices pueden tener necesidad de consuelo y de consejo... Andrés, ve a recoger las flores que me trajo la niña y llévalas al pequeño Leví”.

“¿Por qué?”

“Porque está agonizando”.

“¿Agonizando? Pero si a la hora de tercia lo vi yo, ¡y estaba sano! Dice admirado Bartolomé.

“Estaba sano. Dentro de poco habrá muerto”.

“Si está tan mal, poco gozará de las flores...”

“Las flores que manda el Maestro dirán una palabra luminosa en ese hogar aterrorizado”.

Jesús se sienta. Los demás hablan de la fragilidad de la vida. Elisa se pone el manto, diciendo: “Yo también voy con Andrés... ¡Pobre mujer!...”

Andrés y Elisa se alejan con las flores entre las manos...

Jesús sigue callado, también Judas. Jesús está silencioso, pero no severo... Judas lo mira una y otra vez, aguijoneado por el ansia de saber, por el ansia atormentadora de quien no tiene paz en la conciencia. Encuentra la solución en llamar aparte a Pedro. Se calma. Va a molestar a Mateo que quieto escribe en un rincón de la mesa.

Regresa Andrés corriendo, jadea. “Maestro... el niño en verdad está agonizando... De improviso... Parece como si estuviesen locos... Cuando Elisa dijo: ‘Las manda el Señor, yo creía que entenderían que era: ‘para el féretro’, pero sus padres... juntos dijeron: ‘¡Oh, es verdad! Ve a llamarlo. Él lo curará!’”.

“La palabra de la fe. Vamos” y Jesús sale aprisa, casi corriendo. Todos lo siguen, hasta el viejo Juan que cojea.

La casa está en los límites del poblado. Jesús pronto llega, se abre paso entre la gente que estorba la entrada, va derecho a una habitación que está en el fondo del pasillo. Es una casa grande muchos viven en ella, tal vez hermanos.

En la habitación, están inclinados sobre el lecho improvisado, los padres y Elisa... No ven a Jesús sino cuando dice: “La paz sea en esta casa”.

Los padres dejan al niño agonizante y se arrojan a sus pies. Sólo Elisa se queda donde está; trata de frotar los miembros, que se enfrían, con sustancias aromáticas.

El pequeño está agonizando. Su cuerpo se ha hecho ya pesado. La muerte va entrando en él. Su carita tiene color de cera, su nariz fuliginosa*, los labios morados. Fatigosa, acongojadamente respira. Parece como si cada respiro fuese el último, por lo separado uno del otro.

La madre llora con su cara pegada a los pies de Jesús. También el marido está inclinado. Dice: “¡Ten piedad, ten piedad!” No sabe decir otra cosa.

Jesús responde: “Leví, ven a Mí” y tiende sus brazos.

* fuliginosa = oscurecido, ennegrecido.

El pequeño, un niño como de cinco años, parece sacudirse, algo así como si alguien lo hubiese llamado con voz fuerte mientras dormía. Se sienta sin fatiga, se restriega con sus puñitos los ojos, mira atónito a su alrededor y al ver a Jesús con una sonrisa, baja del lecho, y sin vacilar con su tuniquita, va a Él.

Sus padres como están inclinados, no ven nada, pero el grito de Elisa: “¡Bondad eterna!” y el de los apóstoles que desde el pasillo lanzan un: “¡Oh! estupefactos, les dicen que algo ha sucedido. Levantan sus caras y ven a su hijito allí, sano, como si nunca hubiera estado agonizante...”

La alegría se transforma en risa, en lágrimas, en gritos, en silencio, según las reacciones de cada uno. Enmudecen. Parecen ser presa del espanto... Es grande la diferencia entre lo que se ve en estos momentos y lo que se veía hace unos cuantos. Los padres, atolondrados del dolor tratan de volver a la alegría.

Lo logran al fin al ver a su hijito en los brazos de Jesús. El mutismo se transforma en un diluvio de palabras de alegría, de bendición, y es difícil entenderlas, porque unas se sobreponen a las otras sin orden alguno. Creo que esto fue lo que sucedió. A eso de la hora sexta (hacia las 12), el niño que jugaba en el huerto, había entrado quejándose de dolores en el abdomen. Su abuela lo tomó en brazos y lo llevó cerca del fuego, donde pareció sentirse mejor. Pero la hora de nona (a eso de las tres) había tenido una evacuación intestinal e inmediatamente había empezado a agonizar. La clásica peritonitis fulminante.

Su padre había ido a toda prisa a Jerusalén a los primeros síntomas del mal y regresando con un médico que, informado de todo, diagnosticó: “No tiene remedio y partió... El niño a cada momento empeoraba, se enfriaba. En medio de su angustia, nunca pudieron imaginar que llegara a salvarse. Sólo cuando Andrés y Elisa habían entrado con las flores diciendo: “Las manda Jesús a Leví” habían como sentido una luz interna y exclamado: “Jesús lo salvará”.

“Lo salvaste. ¡Bendito seas para siempre! ¡Tus flores! ¡La esperanza! ¡La Fe! ¡Oh, sí, la fe de que nos amas! ¿Pero cómo supiste? ¡Bendito! Pide lo que quieras de nosotros. ¡Danos órdenes como si fuéramos tus esclavos! ¡Somos tuyos!...”

Jesús los escucha con el niño en los brazos. Los deja hablar hasta que se cansen, hasta que sus nervios, sujetos a una tensión tan grande, se calmen con el desahogo. Luego dulcemente dice: “Amo a los niños y a los corazones fieles. Todos vosotros de Nobe habéis sido muy buenos conmigo. Si soy bueno con quien me odia, ¿qué no daré a quien me ama? Yo sabía... sabía que el dolor os hacía olvidaros de la fuente de la Vida. Quise señalar el camino...”

“¿Por qué no viniste por Ti solo, Señor? ¿Tenías miedo de que no te fuésemos a acoger?”

“No. Sabía que me habríais recibido con amor. Pero entre los que están aquí, hay alguno que tiene necesidad de convencerse de que no ignora nada de lo que pasa a los hombres, ni el estado de su corazón. Quise también que los demás comprendieran que Dios responde a quien le invoca con fe. Quedaos en paz. Creced siempre en la fe, en la misericordia de Dios. La paz esté con todos vosotros. Adiós, Leví. Ve con mamá, ahora. Consagra también al Señor lo que llevas en el seno, como recuerdo de la bondad que el Señor ha tenido para contigo. Adiós, tú. Conserva tu espíritu en la justicia”.

Se voltea para irse, pasando con mucho trabajo por entre familiares que se han apiñado en el pasillo: abuelos, tíos, primos de Leví, que quieren hablar a Jesús, bendecirlo y que los bendiga, besarle la vestidura, las manos...

Detrás de la numerosa parentela está la gente de la población que quiere hacer lo mismo. Toma el camino detrás de Jesús y dejan la casa de Leví entregada a su alegría. Por las calles oscuras ya, con el acostumbrado estrépito de fiestas, toda Nobe acompaña a Jesús a la casucha de Juan y es menester la autoridad de los apóstoles para persuadir a los de la población a que regresen a sus casas y dejen en paz al Maestro; y a ella agregan medios más enérgicos, como la amenaza de que, si no lo dejan descansar, al día siguiente se irán todos, y esto último da resultado.

Por fin Jesús puede reposar...

229. Jesús y la pecadora enviada a tentarlo

21 noviembre 1946

Los pueblos tomados en conjunto, o los hombres, individualmente, tienen siempre algo de niños y algo de salvajes o por lo menos, de hombres primitivos. Por esto son muy sensibles a cualquier cosa que tenga sabor de novedad, de extraordinario, de fiesta.

La proximidad de las solemnidades tiene siempre una fuerza de exaltar a los hombres, como si la fiesta borrara sus tristezas, sus cansancios. Cuando la fiesta va a empezar, un cierto brío, un tantito exaltado, se apodera de todos, como si esta proximidad se asemejase al tón-tón de los salvajes cuando van a sus guerras o danzan alrededor de los altares.

Los apóstoles también al acercarse las Encenias, son presa de euforia. Hablan, ríen, se ponen a hacer planes, a recordar fiestas pasadas, en que no falta una cierta nostalgia. El aire que anima, el aire de fiesta se posesiona de ellos, los empuja a obrar, para que todo esté arreglado durante la solemnidad.

¿Que las lámparas de la casa de Juan son pocas? ¡Qué importa! En la de Tomás, en Rama, hay muchísimas. Y Tomás se va a Rama a traerlas. ¿Que el aceite no basta? ¡Oh, Elisa tiene mucho en Betsur y lo ofrece! Andrés y Juan van a Betsur a traerlo. ¿Que para cocer las hogazas se necesita fuego de maleza? Los dos Santiagos van a los montes a traerla. ¿Parece poca la harina, la cebada, la miel para los platillos de rito? ¿Para qué se quiere a Nique en Jerusalén, que casi se ha ofendido porque nunca le piden algo, sino para que regale algo de su miel y dé cebada y harina de sus campos. Pedro y Zelote van a la casa de Nique, mientras Judas de Alfeo ayuda a Elisa a adornar la casa, y hasta el viejo Bartolomé se une a la alegría común, junto con Felipe, a dar una manita de cal a la cocina negra del humo, para que se vea alegre.

Judas Iscariote se reserva la parte decorativa y regresa siempre cargado de ramas de siempre viva, olorosas, adornadas de bayas, que coloca con garbo sobre las mesas y alrededor de la campana del horno.

En la vigilia de las Encenias la casucha parece estar preparada para salir al encuentro de la novia. Está cambiada. Sus utensilios de bronce brillan. Sus lámparas resplandecen como el sol. Sus ramas alegran blancas paredes. El olor a pan y a hogazas baña el aire, la empapa, además del olor que despiden las ramas cortadas.

Jesús los deja hacer. Parece como si estuviera lejos, pensativo y hasta triste. Responde a quien le pregunta, y quisiera un elogio por lo que ha hecho. Estas preguntas me permiten reconstruir los trabajos que han hecho los discípulos, que preguntan: “¿No he tenido un buen pensamiento para ir a mi casa a traer lámparas?”; o bien: “¿No hicimos bien Felipe, y yo, en blanquear todo? Hay luz, hay alegría. Parece hasta más grande”; o también: “¿Ves, Maestro? Elisa está contenta. Le parece como si estuviera en su casa, cuando vivía con sus hijos. Hoy estuvo cantando cuando ponía aceite en las lámparas y cuando mezclaba la miel en la harina y lo desleía en leche para ponerlo en la cebada”; o bien: “Diga lo que quiera Elquías. Pero un poco de verde no está mal. En realidad, si el Creador ha hecho las ramas, es para que nos sirvamos de ellas, ¿no es verdad?” De este modo permiten que se reconstruya el trabajo que han hecho. Pero aun cuando responde a quienes anhelan una alabanza, su pensamiento está muy lejos. Se le nota.

La noche va cayendo. Después de los últimos saludos de los de la población, que antes de irse a sus casas, asoman su cabeza en la cocina para saludar al Maestro, el silencio cubre a Nobe. Es la hora en que todos cenar. Es la hora de descanso para los niños y ancianos, para los que están enfermos o delicados de salud.

Debe ser costumbre el hacer regalos en las Encenias, porque veo que apenas el viejo Juan se va a su cuarto, cercano a la cocina, Elisa y los apóstoles se ponen a terminar algo. Ella un

vestido, éstos cosas talladas en madera y una tienda de cuerdas pintadas con rojo, verde, amarillo, morado. Especialidad de pescadores.

“Tomás, Mateo, Bartolomé y Zelote los miran.

“Bueno. Ya terminé” dice Elisa levantándose y sacudiendo el vestido para que se le caigan las hebras que pudiese haber.

“Sentirá calor el pobre viejo. ¡Ey! Nosotros los hombres sin las mujeres somos en verdad infelices. No sé cómo estaríamos sin ti, después de varios meses de no haber ido a nuestras casas. Yo puedo hacer esto, pero si tuviera qué poner un broche...” dice Pedro tocando el vestido.

“Te diste prisa. Te pareces a mi mujer” dice Bartolomé.

“También yo ya acabé. Esta madera era buena. Suave y resistente al mismo tiempo” dice Judas Tadeo que pone un frasquito que puede servir para salero o para poner cualquier otra especie.”A mí todavía me falta. Hay aquí un nudo que no permite que se trabaje en él. Mi trabajo no saldrá bien. Me desagrada. Lo bello estaba en estos nudos oscuros con un fondo blanco. Mira, Jesús, ¿no te parece como si fuesen cimas de montes pintadas en la madera?” pregunta Santiago de Alfeo, enseñando una forma de vaso que no sé para qué sirva, muy bello para su forma, con su tapa veteada, como también el centro. Y el nudo resiste precisamente en la tapa.

“Continúa, continúa. Verás que lo logras. Calienta el hierro hasta el rojo. Lo lograrás, pasada la primera capa...” responde Jesús que ha estado mirando.

“¿Pero no quema el fuego?” pregunta Mateo.

“No, si se hace con maña. Por otra parte, o se hace así o hay qué desistir”.

Santiago calienta el punzón y pone la punta roja en el nudo. Se siente olor a madera quemada...

“¡Basta! Ahora trabaja y lo lograrás” dice Jesús. Y ayuda a su primo, sujetando la tapa como si estuviese en un torno. Dos veces el cuchillo se resbala y ligeramente toca los dedos de Jesús.

“Quita tu mano, hermano. No quiero herirte...” dice Santiago de Alfeo, pero Jesús continúa sosteniendo el vaso.

La siguiente vez el cuchillo hiere el pulgar de Jesús.

“¿Lo viste? Te has herido. ¡Déjame ver!”

“No es nada. Dos gotas de sangre...” contesta Jesús sacudiendo su dedo porque su sangre cae sobre el nudo. “Seca la tapa. Se manchó” dice luego.

“No. ¡Déjalo! Así vale muchísimo. Seca aquí tu dedo, Maestro. Aquí en mi velo. Tu sangre bendita” dice Elisa envolviendo la mano en su velo de lino.

La tapa está lista. La estría ha crecido.

“¡Quería vengarse antes!” comenta Zelote.

“Tienes razón. Un leño terco” dice Tomás.

“Con el hierro, fuego y dolor. Parece una de esas frases que tanto gustan a los romanos” observa Zelote.

“No sé por qué, pero a mí me parece que recuerdan ciertos puntos de los profetas. También nosotros somos del leño terco... ¿y habrá necesidad del hierro, fuego y dolor para hacernos buenos?” pregunta Bartolomé.

“Lo será. Pero no bastará. Trabajo con el fuego y con mi dolor, pero no todos los corazones saben imitar este leño... ¡Silencio! Afuera hay alguien... Se oyen pasos...”

Escuchan. No se oye nada.

“Tal vez el viento, Maestro. Hay hojas sueltas en el hurto...”

“No. Eran pasos”.

“Algún animal nocturno. Yo no oigo nada”.

“Tampoco yo. Tampoco yo...”

Jesús pone atención. Parece como si escuchase. Después alza su rostro y mira fijamente a Judas de Keriot que también ha estado atento a todo ruido. Más que los otros. Lo mira tan

fijamente que Judas pregunta: “¿Por qué me miras así, Maestro?” La respuesta no llega, porque alguien llama a la puerta.

De las catorce caras que la lámpara ilumina, sólo la de Jesús no se muda. Las demás cambian de color.

“¡Abrid! ¡Abre Judas de Keriot!”

“Yo no. ¡Que no abro! ¡Y si fuesen hombres malos que hubieran venido a propósito hoy en la noche! ¡No seré yo quien te haga mal alguno!”

“¡Abre tú, Simón de Jonás”.

“Por lo menos les echaré encima la mesa” dice Pedro que se dispone a abrir...

“Abre, Juan y no tengas miedo”.

“¡Oh, si quieres que entre, me voy al cuarto del viejo! No quiero ver nada” dice Iscariote, que con cuatro zancadas pasa de la puerta a la habitación de Juan y se mete en ella.

Juan, de pie, junto a la puerta, con la mano en la llave, mira espantado a Jesús y en voz baja dice: “¡Señor!...”

“Abre y no tengas miedo”.

“Hazlo somos trece hombres fuertes. ¡No serán ellos un ejército! Con cuatro puñetazos y gritos –Elisa, tú gritarás si llega el caso- los hacemos huir. ¡No estamos en el desierto!” dice Santiago de Zebedeo que se levanta el vestido, se arremanga la túnica, pronto al ataque. Pedro lo imita.

Juan, todo dudoso, abre la puerta, mira, mira por la rendija. No ve a nadie. Grita: “¿Quién anda por ahí?”

Una voz adolorida de mujer responde: “Soy una mujer. Quiero al Maestro”.

“No es hora de venir. Si estás enferma, ¿por qué andas a estas horas? Si eres leprosa, ¿por qué te aventuras a venir a un poblado? Si tienes algún sufrimiento, regresa mañana. Vete, vete con tu suerte” dice Pedro que está detrás de Juan.

“¡Tened piedad! Me encuentro sola en el camino. Tengo frío. Tengo hambre. Soy una infeliz. Llamadme al Maestro. Él tiene piedad...”

Los apóstoles cohibidos, miran a Jesús. Su rostro refleja severidad, pero no dice nada. Cierran la puerta.

“¿Qué hacemos, Maestro? ¿Le damos un pedazo de pan? No hay lugar para ella. Ir a las casas con una desconocida...” objeta Felipe.

“Espera. Voy a ver” dice Bartolomé y toma una lámpara para alumbrarse.

“No es necesario que vayas. La mujer no tiene frío, ni hambre y sabe muy bien a dónde debe ir. No tiene miedo de la oscuridad de la noche. Pero es una infeliz, aunque no está ni enferma, ni es leprosa. Es una prostituta. Vino a tentarme. Os lo digo para que sepáis que conozco todo, para que os persuadáis de ello. Y os digo también que no ha venido porque hubiera querido, sino porque le pagaron para que viniese”. Jesús habla en voz alta, de modo que los que están en la habitación contigua puedan oírlo, sobre todo Judas.

“¿Y quién te pudo haber hecho esto? ¿Para qué? Pregunta el mismo Iscariote que aparece por la cocina. “Ciertamente los fariseos, no; como tampoco los escribas, y menos los sacerdotes, si es que fuese una mujer de vida alegre. No creo que lo hayan sido los herodianos⁴... cansados de entregarse a ciertos manejos para... Ni siquiera yo lo sé”.

“Te diré que sí son ellos para poder acusarme de pecador, de que tengo relación con pecadoras públicas. Tú lo sabes, como también Yo. Y te digo también que no maldigo ni a ella, ni a quien la mandó. Todavía soy y siempre seré la Misericordia. Voy a verla. Si no tienes inconveniente, ven conmigo. Voy a verla porque realmente es un ser infeliz. Dijo que lo era, por decir mentira, pues es joven, hermosa y ha sido bien pagada, es sana y está satisfecha de su vida ruin. Pero es una infeliz, lo que es verdad. Sal delante de Mí y asiste nuestra conversación”.

“Yo no salgo. ¿Por qué debo hacerlo?...”

⁴ Cfr. Mt. 22, 15-22; Mc. 3, 6; 12, 13-17; Lc. 20, 20-26.

“Para que puedas referirla a quien te preguntará”.

“¿Y quién me interrogará? Entre nosotros no hay razón por qué debamos hacernos preguntas, y los demás... No veo a nadie”.

“Obedece. Sal primero”.

“No. En esto no obedezco, y no puedes obligarme a que me acerque a una meretriz”.

“¡Oye! ¿Pues qué piensas ser tú? Yo voy, Maestro, y no tengo miedo de que se me pegue algo” dice Pedro.

“No. Voy Yo solo. Abre”.

Jesús sale al huerto. No se ve nada en lo espeso de la oscuridad. Se abre la puerta de la cocina y Pedro sale con una lámpara. “Toma esto por lo menos, Maestro, si es que no quieres que te acompañe” dice con voz fuerte. Y luego en voz baja: “Recuerda que estamos detrás de la puerta. Si algo te pasa, no tiene más que llamarnos...”

“Gracias. No discutáis de esto”.

Jesús toma la lámpara y la levanta para ver. Detrás del grueso tronco del nogal se ve una figura humana. Jesús da dos pasos hacia ella, y le ordena: “Sígueme”. Va a colocarse junto a la banca de piedra, recargada contra la pared, hacia la parte oriental.

La mujer se acerca velada, inclinada. Jesús pone la lámpara sobre la piedra, cerca de Sí.

“Habla” ordena enérgico, severo cual Dios, de modo que la mujer en lugar de acercarse o de hablar, retrocede y se inclina mucho más, sin pronunciar palabra alguna.

“Habla, te lo exijo. Querías verme. Aquí me tienes. Habla” dice con un cierto sabor de dulzura en la voz.

Silencio.

“Entonces el que hablará soy Yo. Respóndeme. ¿Por qué me odias así que te prestas a quien desea mi destrucción por todos los medios y posibilidades? Responde. ¿Qué mal o daño te he hecho, Yo, que ni siquiera en mi corazón me he burlado de ti por la vida infame que llevas? ¿Por qué has de odiar a quien en su corazón ni siquiera te ha deseado, que lo odias más de los que te han arrojado a esta vida de prostituta y que te desprecian cada vez que se acercan a ti? ¡Responde! ¿Que cosa te ha hecho Jesús de Nazaret, el Hijo del Hombre, a quien apenas si conoces de vista porque te lo encontraste por las calles de la ciudad? ¿Jesús que no te conoce, que no conoce tu cara, y que no se preocupa de tu belleza física, porque sólo en tu alma busca la figura manchada, sucia, para conocerla, para curarla? ¡Habla, pues!

¿No sabes quién soy? Sí que lo sabes, sabes dos cosas por lo menos. Sabes que soy joven y que te gusta mi persona. Esto te lo han dicho tus instintos bestiales. Y tu lengua de ebria lo ha dicho a quien oyó tu confesión y se ha aprovechado de ella para causarme daño.

Sabes que soy Jesús el Nazareno, el Mesías. Esto te lo dijeron quienes se están aprovechando de tu apetito carnal, que te pagaron para que vinieses a tentarme. Te dijeron: ‘Él se llama el Mesías. Las multitudes lo proclaman el Santo, el Mesías. No es más que un impostor. Necesitamos pruebas de su miseria de hombre. Dánoslas y te cubriremos con oro’. Y como tú, con un mínimo de rectitud, con la última migaja de tesoro de rectitud que Dios puso en tu cuerpo junto con el alma, que has destruido y reducido casi a la nada, no querías hacerme mal, porque a tu modo, me amabas, ellos te prometieron: ‘No le causaremos ningún daño. ¡Antes bien! Te lo entregamos como un hombre y te damos los medios para que lo hagas vivir como un rey a tu lado. No necesitamos otra cosa para poner paz en nuestras conciencias que decir que Él es un hombre cualquiera. Una prueba de que no estamos equivocados al afirmar que Él no es el Mesías’. Así te hablaron. Y tú viniste. Si Yo me dejase engañar de tus encantos, el infierno caería sobre Mí. Ellos están prontos a cubrirme de lodo y capturarme. Tú eres su instrumento.

Ves que no te pregunto nada. Hablo *porque lo sé*. Pero si sabes las dos primeras cosas, la tercera la ignoras. No sabes quién sea Yo, además del hombre que estás viendo. Los otros te dijeron: ‘Es el Nazareno’. Te diré quién soy. Soy el Redentor. Para redimir no debo tener pecado. Mi posible sensualidad de humano, mira cómo la tengo pisoteada. Así como hago con este feo gusano que en la oscuridad del fango iba al fango en busca de sus lascivos amores;

así la he aplastado *siempre*. Así la estoy aplastando ahora. De igual modo estoy dispuesto a arrancarte de tu enfermedad y a pisotearla librándote de ella, para sanarte, para santificarte. Porque soy el Redentor. Esto solo. Tomé cuerpo humano para salvaros, para destruir el pecado, *no para pecar*. Lo tomé para borrar vuestros pecados, *no para pecar con vosotros*. Lo tomé para amaros, *pero con un amor que da su vida, su sangre, su palabra, todo su ser, para llevaros al cielo, a la Justicia, no para amaros como animal. Y ni siquiera como hombre, porque soy más que hombre*.

¿Sabes quién soy Yo? No lo sabes. No conoces ni siquiera la importancia de lo que te habías propuesto realizar. Y te perdono. No la conocías. Pero ¿cómo has podido vivir de tu prostitución? No eras así antes. Eras buena. ¡Oh, infeliz! ¿No recuerdas tu infancia? ¿No recuerdas los besos de tu madre? ¿Sus palabras? ¿Las horas en que orabais juntas? ¿Las palabras de la sabiduría que tu padre te explicaba, por la noche, y en los sábados el sinagogo?... ¿Qué cosa te convirtió en estúpida y ebria? ¿No recuerdas nada de esto? ¿No lo lamentas? Dime, ¿eres realmente feliz? ¿No respondes? Lo diré en tu lugar: no eres feliz. Cuando te levantas encuentras sobre tu almohada tu vergüenza, que es la que te da los buenos días. La voz de tu conciencia te grita sus reproches, mientras te acicalas y adornas y perfumas para el placer. Hueles el olor infame aun en los perfumes más delicados. Sientes náuseas en los más exquisitos alimentos. Tu collares te pesan más que una cadena. Y lo son. Mientras ríes y seduces, algo gime dentro de ti. Te embriagas para disipar el fastidio y el asco de tu vida. Odias a los que dices amar para sacarles el dinero. Te maldices a ti misma. Tu sueño está lleno de pesadillas. El recuerdo de tu madre es una espada en tu corazón. La maldición de tu padre no te deja en paz. Y luego tienes ante tu vista los desprecios de aquellos con quienes te encuentras; la crueldad de quien te emplea, sin una gota de piedad. Eres mercancía. Te vendes. La mercancía comprada puede usarse como se quiera. Se rompe, se tira, se aplasta, se le escupe. El comprador tiene derecho de hacerlo. No puedes rebelarte... ¿Te hace feliz esta vida? No. Estás desesperada. Encadenada. Torturada. En la tierra eres una piltrafa sucia que cualquiera puede pisotear. Cuando sientes aflicción, cuando buscas consuelo y levantas tu corazón a Dios, sientes que está irritado contra ti. El cielo se te cierra más que a Adán.⁹ Si te sientes mal, tienes miedo de morir porque prevés tu suerte. El Abismo te espera.

¡Oh, infeliz! ¿Y no era suficiente esto? ¿Quieres agregar a la cadena de tus culpas, la de ser causa de la ruina del Hijo del Hombre? ¿Del que te ama? El Único que te ama. Porque también por tu alma se hizo hombre. Yo podría salvarte si quisieras. Sobre el abismo de tu abyección se inclina el abismo de la misericordiosa Santidad y está aguardando un deseo tuyo de querer ser salvada para que te arranque del abismo de tu inmundicia. En tu corazón piensas que es imposible que Dios te perdone. Y eso lo deduces del hecho de que el mundo no te perdona que seas una mujer de vida alegre. Pero Dios no es el mundo. Dios es bondad. Dios es perdón. Dios es amor.¹²

Te pagaron para que vinieras a hacerme mal. En verdad te digo que el Creador, con tal de salvar a una criatura suya, puede cambiar en bien lo que estaba mal. Si quieres, tu venida se te cambiará en bien. No te avergüences de tu Salvador. No te avergüences de tu Salvador. No te avergüences de mostrarle desnudo tu corazón. Aunque lo quieras ocultar, Él lo está viendo y sobre él llora. Lloro. Ama. No te avergüences de arrepentirte. Trata de tener valor en el arrepentimiento como lo fuiste en la culpa. No eres la primera de este género de vida a mis pies, y que conduzca a la justicia... Jamás he arrojado a ninguna, por más culpable que fuese. He procurado, al revés, atraerla y salvarla. Es mi misión.

El estado de un corazón no me causa horror. Conozco a Satanás y sus obras. Conozco a los hombres y sus debilidades. Conozco la condición de la mujer que paga, como es justicia,

⁹ Cfr. Gén. 3, 23-24.

¹² Cfr. Is. 54, 4-10; 1 Ju. 4, 7-16.

más duramente que el hombre las consecuencias de la culpa de Eva ¹³. Sé, pues, juzgar y compadecer. Te aseguro que más severo soy para con los que inducen a una mujer a caer, que contra ella. Soy más severo contra los que te han enviado, que contra ti, ¡infeliz mujer!, que ignorabas para lo que te querían. Hubiera querido que hubieras llegado empujada por un deseo de ser redimida como otras hermanas tuyas. Pero si secundas el deseo de Dios, y de una acción mala haces la piedra angular de tu nueva vida, Yo pronunciaré sobre ti la palabra de paz...”

Jesús que al principio había hablado con un tono enérgico, poco a poco lo ha ido ablandando, pero sin mostrar ninguna debilidad en sus sentidos, y sin equívoco de su bondad, guarda silencio ahora, esperando a que la mujer hable, la cual sigue de pie, inclinada, cada vez más inclinada, a unos dos metros de distancia, y que a la mitad de las palabras de Jesús se ha llevado las manos a la cara y ha dejado ver dos hermosas manos bajo el manto oscuro, adornadas con anillos. De sus antebrazos desnudos penden brazaletes.

No puedo afirmar si la mujer llora o no. Si llora lo hace tan silenciosa que no se oye ningún sollozo, ni se ve que se sacuda. Parece una estatua por lo inmóvil que sigue bajo su vestido negro. Luego de pronto cae de rodillas al suelo, se encoge, y empieza a llorar en realidad, sin importarle que se le oiga. Luego, sin erguirse, dice: “¡Es verdad! Eres verdaderamente un profeta... Todo es verdad... Me pagaron para esto... Pero me habían dicho que se trataba de una apuesta. Que ellos te descubrirían en mi casa... Pero también cerca de Ti...”

“Mujer, quiero oír sólo tus culpas...” la interrumpe Jesús.

“Es verdad. No tengo derecho a acusar a nadie porque soy un montón de inmundicia. Todo es verdad. No soy feliz... No gozo de las riquezas, festines, amores... me pongo colorada al pensar en mi madre... Tengo miedo de Dios y de la muerte... Odio a los hombres que me pagan. Todo lo que has dicho es verdad. Pero no me arrojes, Señor. Nadie, después de mi madre, me había hablado como lo has hecho. Más bien, me has hablado con más dulzura que mi madre, que en los últimos días fue dura conmigo por mi conducta... Para no oírla huir a Jerusalén... Pero Tú... Tu dulzura es como si fuese nieve sobre el fuego que me devora. Mi fuego se apaga, antes bien es otra clase de fuego. El que sentía me devoraba sin darme luz y calor. Era yo un ser helado y en las tinieblas. ¡Oh, cómo he buscado el sufrimiento! ¡Cuántos dolores inútiles y malditos yo misma me he dado! Señor, te dije a través de la puerta entreabierta que era yo una mujer infeliz y que quería piedad. No era cierto. Era mentira, pero ellos me dijeron que te las dijese para hacerte caer. Y añadieron que mi belleza haría el resto... ¡Mi belleza! ¡Mis vestidos!...”

La mujer se pone de pie. Ahora que está erguida, veo que es alta. Se quita el velo y el manto y deja ver su belleza. Sus ojos pintados son grandes y bellísimos. Tienen una mirada. Tienen una mirada de inocencia asombrada que es extraño ver en mujeres de esta clase. Tal vez los ha lavado con el llanto. Arranca y pisotea el manto; rompe el velo, arranca los preciosos broches de uno y de otro lado y los arroja al suelo; se quita los anillos y brazaletes; arroja lejos los adornos que traía en la cabeza, se agarra sus relucientes guedejas, se las despeina para borrar de ellas todo lo artificial, llevada de un ansia de sacrificio que causa hasta miedo. El collar que llevaba pendiente va a parar al suelo y sus bolitas se pierden en él. Pisotea las piedras que adornaban sus sandalias. Su preciosa faja tiene igual destino, lo mismo que el broche con el que sostenía su vestido sobre el pecho. Y todo lo hace mientras anhelante repite: ¡Fuera, fuera! ¡Malditas cosas, fuera! Vosotras y quienes me las dieron. ¡Largo de aquí, belleza! ¡Adiós cabellos! ¡Adiós piel de jazmín!”

Rápida toma una piedra aguda que ve en el suelo y se golpea con ella la cara, la boca; con las uñas pintadas se rasga el cuerpo. La sangre cae de las heridas, los lugares golpeados se hinchan... hasta que su furia se aplaca, y jadeante, agotada, desfigurada, despeinada, con su vestido sucio por la sangre, por polvo, se echa al suelo, a los pies de Jesús, gimiendo: “Y

¹³ Cfr. Gén. 3, 18.

ahora puedes perdonarme, si ves mi corazón, porque no existe más de mi pasado, ni alguna otra cosa... Has vencido, Señor, a tus enemigos y a mí misma... Perdóname mis pecados”.

Te había ya perdonado desde que vine a tu encuentro. Levántate y no peques más”.

“Dime qué debo hacer, y lo haré”.

“Aléjate de los lugares donde pecaste, de los que te conocen. Tu madre...”

“¡Oh, Señor mío, no me recibiría ya! Me odia, porque por mi culpa murió mi padre, maldiciéndome”.

“Si te recibe Dios que es Dios, y te recibe porque es Padre, ¿no puede tu madre acogerte, tu madre que te engendró y que es mujer como tú? Humildemente ve a casa. Lloro a sus pies, como has llorado a los míos. Dile todo lo que ha pasado, como lo has hecho conmigo. Cuéntale tus sufrimientos. Invoca su compasión. Hace años que tu madre está esperando este momento. Lo espera para morir en paz. Sufre sus palabras de amoroso reproche, como has sufrido las mías. Es tu madre. Y por esto tienes la doble obligación de oírla con respeto”.

“Eres el Mesías. Eres más que una madre”.

“Ahora lo dices. Cuando viniste a tentarme no lo sabías, y con todo oíste mis palabras”.

“Eres muy diverso de todos los hombres... algo... Eres Santo, ¡oh Jesús de Nazaret!”

“Tu mamá es santa como madre y como criatura. Por sus oraciones has encontrado misericordia ante Dios. ¡Una madre siempre es santa! ¡Dios quiere que siempre se le honre”.

“Yo le quité la fama. Toda la población sabe lo que soy”.

“Con mayor razón debes ir a decirle: “Madre perdóname”. Para consagrarle tu vida, para reparar las aflicciones que por ti ha sufrido”.

“Así lo haré... Pero... Señor, no me devuelvas a Jerusalén. Ellos me están esperando... y no sé si pudiera resistir a sus amenazas... Déjame aquí hasta que amanezca, y luego...”

“Espera un momento”.

Jesús se levanta, se dirige a la puerta de la cocina, toca, se le abre y dice: “Elisa, ven conmigo”.

Ella obedece. La lleva a donde está la mujer que al ver venir a otra mujer, y anciana, tiene un movimiento de vergüenza y trata de cubrirse sus carnes y su vestido provocativo con los pedazos de manto y velo desgarrados.

“Óyeme, Elisa. Me voy ahora mismo de esta casa. Dirás a mis discípulos que se reúnan conmigo al amanecer en la puerta de Herodes. Todos, menos Judas de Keriot que *debe* venir conmigo. Vas a llevar a esta mujer a dormir contigo. Puedes tomar mi cama, porque no regresaré por mucho tiempo a Nobe. Mañana cuando Juan se levante, tú y él, acompañaréis a esta mujer a donde os dijera. Le darás un vestido cualquiera y un manto de los tuyos. La ayudaréis *en todo*”.

“Está bien, Señor. Se hará como has dicho. Me desagrada por Juan...”

“A Mí también. Quería que estuviese contento, pero el odio de los hombres impide al Hijo del hombre que tenga una hora de regocijo...”

“¿Y luego, Señor?”

“¿Luego? Puedes regresar a Betsur en espera... Hasta pronto, Elisa. Mi bendición y mi paz estén contigo. Adiós mujer. Te confío a una madre y a un hombre justo. Si crees que tienes qué regresar a tomar tus prendas...”

“No. No quiero tener nada con el pasado”.

“Pero ¡óyeme!, no vas a dejar todo tirado. ¿No tienes siervos? ¿No tienes familiares?” pregunta Elisa.

“No tengo más que una esclava... y...”

“Tendrás qué dejarla libre, tendrás...”

“Te ruego que lo hagas tú, cuando regreses. Ayúdame a que me cure del todo” La angustia palpita en su voz.

“¡Sí, hija mía, sí! No te angusties. Mañana pensaremos en todo. Ahora ven conmigo allá arriba”. Elisa la toma de la mano, la lleva por las escaleras, a una de las dos habitaciones que hay. Luego ligera baja: “Pensé que estaba bien que todos te vieses sin ella, Señor; y que ni

supiesen dónde está. Estos joyeles...” Se inclina a recoger anillos y brazaletes, broches, horquillas, la faja y las bolitas del collar que no fueron pisoteadas. “¿Qué haremos de esto, Señor?”

“Ven conmigo. Tienes razón. Está bien que no me vean con ella”.

Entran a la cocina. Todos miran a Jesús interrogativamente. El viejo Juan se ha levantado, tal vez al oír la discusión de los apóstoles.

“Elisa, da esas cosas preciosas a Tomás. Mañana las venderás a algún orfebre. Servirá para los pobres. Sí. Son joyeles de una mujer, de esa. Y esta es la respuesta a quien piensa que una mujer puede tentar al Hijo del hombre y desviarlo de su misión. También es el consejo que doy a los que me odian, que es inútil todo lo que hagan por encontrar algo de qué acusarme. Juan, Elisa te dirá lo que tienes qué hacer. Te bendigo...”

“¿Te vas, Señor?”

“Tengo qué irme. Adiós. La paz sea contigo”. Se vuelve a los apóstoles y les ordena: “Id a acostaros, menos tú, Judas de Keriot, que vendrás conmigo”.

“¿A dónde? ¿Y de noche?” replica Judas.

“A orar. No te hará mal. ¿O temes el aire nocturno, si estás junto a Mí?”

Judas inclina su cabeza, toma de mala gana su manto. Jesús toma el suyo.

“Mañana al amanecer en la puerta de Herodes. Iremos al Templo”.

“¡No!” El no es unánime. El de Judas es más fuerte.

“Iremos al Templo. ¿No dijiste que los habías convencido de que me dejaran en paz?”

“Cierto”.

“Entonces iremos al Templo. Ven” y se dirige a la puerta para salir.

“Y así ha acabado una fiesta que habíamos preparado...” suspira Pedro.

“Terminada antes de empezar, deberás decir” le replica Santiago de Zebedeo.

Jesús está ya en los umbrales de la puerta abierta. Se vuelve y bendice. Luego, desaparece en la oscuridad.

En la cocina todos están mudos. Mateo pregunta a Elisa: “Pero, ¿cómo sucedió esto?”

“No lo sé. Había una mujer que lloraba. Él le dijo a ella lo que también os dijo. Quién haya sido, de dónde y para qué haya venido, no lo sé...”

“Está bien. Vámonos...” Menos Bartolomé y Mateo, que duermen en la casa, todos los demás se van.

230. Jesús y Judas de Keriot hacia Jerusalén

25 noviembre 1946

El alba esclarece el horizonte. El bosque de olivos que cubre el monte se ilumina poco a poco al salir de la penumbra, y los troncos, todavía en ella sumergidos, parece como si no existieran, mientras sus copas plateadas pueden ya distinguirse. Parece como si la niebla cobija el monte, pero no es otra cosa más que lo gris de la fronda a la luz incierta matinal.

Jesús está solo bajo los olivos. Pero no en Getsemaní, porque este monte es paralelo al Moria, por decir así, y es solo. Nos encontramos, pues, al norte de Jerusalén, al otro lado de las tumbas de los reyes. Jesús sigue orando y no cesa ni aun cuando los primeros trinos de los pajarillos le dicen que el día ha nacido ya. Sólo cuando los primeros rayos del sol prenden un punto de oro, hasta ahora sin brillo de las cúpulas del Templo, se pone de pie, se sacude el manto en que hay tierra y alguna que otra hoja seca, se alisa la barba y los cabellos con la mano, luego se ajusta el vestido y la faja, mira las sandalias, se vuelve a poner el manto y baja por un sendero que apenas se distingue entre los troncos. Tal vez se dirige a esa casucha de donde sale humo. Pero no. Da vuelta hacia el camino más ancho que lleva al camino principal, que a su vez lleva a la ciudad.

Detrás de Él sin saber cómo, baja Judas Iscariote. Digo sin saber cómo, porque corre como loco para alcanzar al Maestro. A cierta distancia le grita. Jesús se detiene. Judas llega

jadeando y le dice: “Maestro... hice bien en haber venido a buscarte. ¿Te ibas sin mí? Ziforá me dijo que te esperara en la casa, que habrías ido, pero...”

“¿No dije a todos que los esperaba en la puerta de Herodes al amanecer? El alba ha despuntado. Voy a la puerta de Herodes”.

“Eso dijiste... pero fue a los demás. Nosotros estuvimos juntos”.

“¿Juntos?” Jesús está muy serio.

“Es la verdad. Salimos juntos. Así lo quisiste. Luego preferiste ir solo a orar. Yo estaba dispuesto a ir contigo”.

“En Nobe diste claras señales de que no te habría gustado pasar la noche en oración con tu Maestro. Y no quise forzar tu voluntad. De nada hubiera servido. El bien hay qué hacerlo espontáneamente para que tenga perfume y sea fecundo. De otro modo no es sino una... pantomima, y algunas veces, peor”.

“Pero yo... ¿Por qué estás como enojado conmigo desde hace algunos días? ¿No me amas ya?”

“Con mayor razón te lo podrías preguntar: ¿no me amas ya? Pero no te lo pregunto, porque también esta pregunta sería inútil, y Yo no hago cosas inútiles”.

“Bueno, entiendo. ¡Porque sabes muy bien que yo te amo!”

“Quisiera saberlo, Judas de Keriot. Quisiera poder decirte: sé que me amas. Pero como nunca hago cosas inútiles, tampoco digo palabras falsas. Por esto no te digo que sé que me amas”.

“Pero ¡cómo, Maestro! ¿Que no te amo? ¿No trabajo por Ti? ¡Puedes dudarle? Esto me aflige. ¿Yo que apenas veo que una cosa te aflige, no la hago más, y estoy atento a no repetirla? Mira: comprendí que te desagradaba que yo... saliese de noche. No he salido más. Comprendí que te fastidiaban a más no poder las discusiones de tus enemigos. Fui –sin preocuparme de las injurias que me dijeron- a decirles que no se repitiesen, y Tú mismo ves que nadie te ha molestado. Y espero que ni siquiera en el Templo. No eres justo, Maestro, con el pobre Judas”.

“Eres el primero que de entre los que me siguen, me reproche de injusto...”

“¡Oh, perdón! Tus palabras, tu serenidad me causan tanto dolor que no soy capaz de reflexionar. Me enloquece, créelo. ¡Ea, paz mía!, hagamos las paces entre nosotros. Quiero estar contigo, como si estuviese unido a Ti. Juntos siempre...”.

“Un tiempo lo estuvimos. Pero dime Judas: ¿ahora cuándo lo estamos?”

“¿Te refieres a aquella noche? ¿O cuando no fui contigo a Betsaida? Tú sabes por qué no fui a donde estabas. Por bien tuyo... Y aquella noche... Soy joven, ¡Señor! Pero fuera de esos momentos en que confieso haber cometido un error, no cabe duda, siempre he estado junto a Ti”.

“No me refiero a la proximidad corporal, sino a la espiritual, a la de pensamiento y corazón. Judas, tú estás lejos de tu Salvador y cada vez te alejas más”.

“¡Lo que me esperaba! ¡Para mí han de ser tus regaños! Y mira con qué humildad los recibo. Te dije: “Despáchame”. Me has tenido contigo... ¿y ahora qué quieres de mí?”

“¡Que qué quiero! Quisiera no haberme hecho hombre inútilmente por ti. Es lo que quisiera. Pero tú por lo demás eres ya de otro amo ¹, de otra nación, hablas una lengua diferente... Oh, ¿qué puedo hacer, Padre mío, para limpiar el templo profanado de este hijo tuyo y hermano mío?” Jesús llora, su rostro está sumamente pálido.

Judas también pierde color y se separa un poco. Jesús le aventaja un paso más, bajando con la cabeza inclinada, encerrado en su dolor. Entonces Judas hace un gesto de burla, de amenaza, diría yo, de un cruel juramento. Su cara, que venía enmascarada con el aire de una hipócrita dulzura y humildad, se hace angulosa, dura, brutal, cruel. Verdaderamente endemoniada. Es un odio, pero no humano, lo que se ve en sus negras pupilas, y ese fuego de odio converge sobre Jesús. Luego con un alzarse de hombros y con dar un pisotón, termina

¹ Cfr. 3 Rey. 21, 13(Vulgata); Ju 8, 44; Hech. 13, 10; 1 JU. 3, 8-12.

su razonamiento que lleva en el interior. Continúa caminando como uno que está ya decidido a hacer lo que se había propuesto.

La ciudad con sus murallas está cerca. Gente que se amontona a sus puertas. Forasteros, campesinos, gente de poblaciones cercanas. Entre ella están los once que al ver al Maestro le vienen al encuentro.

“Maestro, mientras te esperábamos, vino un hombre a buscarte. Dijo que te ruega Valeria que vayas a la sinagoga de los libertos romanos³. Que no dejes de ir. Te espera”.

“Está bien. Iremos. Pero antes iremos a casa de José de Séforis, porque mis vestidos están sucios...”

“¿Dónde dormiste, Señor?” pregunta Pedro.

“En ningún lugar, Simón. Oré en el monte. La tierra estaba húmeda y lodosa. Míralo”.

“¿Para qué oras al descubierto, Señor? Te podría hacer mal...”

“Los elementos no hacen mal al Hijo del Hombre. Las cosas de Dios son buenas⁵... Son los hombres, los que odian al Hombre”.

Pedro lanza un suspiro... Van a la casa del galileo. Los demás los siguen...

231. Jesús en la sinagoga de los libertos romanos

26 noviembre 1946

La sinagoga de los romanos se encuentra en la parte opuesta del Templo, ceca del Hípico. Hay gente que está en espera de Jesús. Cuando, apenas se le ve por la calle y se le señala, las mujeres corren a su encuentro. Jesús viene con Pedro y Tadeo.

“Salve, Maestro. Te doy las gracias por haberme escuchado. ¿Entras ahora en la ciudad?”

“No. Desde hora temprana estoy en ella. Fui ya al templo”.

“¿Al Templo? ¿No te han ofendido?”

“No. Era de mañana y nadie me esperaba”.

“Te mandé llamar por esto... y también porque aquí hay algunos gentiles que quisieran oírte hablar. Hace días que van al Templo a esperarte, pero se burlan de ellos y hasta los amenazan. También ayer estuve allí y comprendí que te esperaban para ofenderte. Despaché mensajeros a todas las puertas. Con dinero todo se puede...”

“Te lo agradezco. Pero Yo, Rabí de Israel, no puedo subir al Templo. ¿Quiénes son esas mujeres?”

“Mi liberta Tusnilde. Dos veces bárbara. De las florestas de Teotuburgo. Una presa de esas avanzadas imprudentes que tanta sangre han costado. Mi padre la regaló a mi madre, y ella a mí, para que haga lo que yo hago. Es muy buena. Las otras que te esperan son mujeres de gentiles. De muchas partes. Tienen muchos problemas. Vinieron en las naves de sus maridos”.

“Entramos en la sinagoga...”

El sinagogo de pie en el umbral, se inclina y se presenta: “Matatías Sículo, Maestro. A Ti alabanzas y bendiciones”.

“La paz sea contigo”.

“Entra. Cierro la puerta para estar tranquilos. Tanto es el odio que los tabiques son ojos y las piedras orejas para observarte y denunciarte. Tal vez son mejores que estos que, con tal de que no toques sus intereses, te dejan obrar” dice el viejo sinagogo caminando al lado de Jesús para llevarlo más allá de un pequeño patio a una ancha sala que es la sinagoga.

“Matías, curemos primero a los enfermos. Su fe es digna de su premio” aconseja Jesús, y pasa de mujer en mujer imponiendo sus manos.

³ Cfr. Hech. 6, 9; 1 Cor. 7, 17-24, sobre todo 22.

⁵ Cfr. Gén. 1, 1-25; Prov. 8, 22-31.

Algunas están sanas, pero sufre el pequeñito que tienen en brazos y Jesús cura el niño. Una es una niña pequeñita totalmente paralítica y, curada, grita: “¡Sitaré te besa la mano, Señor!”

Jesús que se había adelantado ya algunos pasos, sonriente se vuelve y pregunta: ¿Eres siria?”

“La mujer responde: “Fenicia, Señor. Más allá de Sidón. Vivimos en las riberas del Tamiri. Tengo diez hijos y dos hijas. Una se llama Sira y la otra Tamira. Sira ha enviudado. Es muy joven. Tanto que, libre, se ha ido a vivir cerca de un hermano, que está en la ciudad y que es seguidor tuyo. Ella nos dijo que Tú lo puedes todo”.

“¿No vino contigo?”

“Sí, Señor. Está detrás de esas mujeres”.

“Acércate” ordena Jesús.

La joven temerosa se acerca.

“Si me amas no debes tener miedo de Mí” dice Jesús con voz suave.

“Te amo. Por eso dejé Alejandrosene. Pensé que podría oírte una vez más... y que habría aprendido a aceptar mi dolor...” Lloro.

“¿Cuánto tiempo hace que te quedaste viuda?”

“A finales de vuestro Adar... Si hubieras estado, Zeno no hubiera muerto. Él lo decía... porque te había oído y creía en Tí”.

“Entonces no ha muerto, mujer. Quien cree en Mí, vive. La verdadera vida no es esta luz en que vive el cuerpo. La vida es la que se alcanza creyendo y siguiendo el Camino, la Verdad, la Vida, y obrando según lo que he enseñado. Aun cuando el creer en Él, el seguirlo a Él, el obrar según su enseñanza durara muy poco tiempo y que la muerte pronto tocara; aun cuando fuese por un solo día, una sola hora, en verdad te digo que quien así obrarse, no saboreará jamás la muerte. Porque mi Padre, y Padre de todos los hombres, no tendrá en cuenta el tiempo que pasó en la ley y fe, *sino su voluntad de vivir hasta la muerte en ella y en la fe*. Yo prometo la vida eterna a quien crea en Mí y obra según lo que enseñé, amando a su Salvador, propagando este amor, practicando, mientras puede, mis enseñanzas. Los obreros de mi viña son todos los que vienen a decir: “Señor, acéptame entre tus trabajadores” y siguen con la misma voluntad hasta que mi Padre juzga que terminó su jornada. En verdad, en verdad os digo que habrá obreros que trabajarán una sola hora, *su última hora*, y que tendrán a la mano un premio más a la mano que los que trabajaron todo el día, pero siempre con tibieza, empujados al trabajo sólo por la idea de no merecer el infierno, esto es, por miedo al castigo. Mi Padre no premia con la gloria inmediata este modo de obrar. A esta clase de tipos egoístas, que tienen prisa en hacer el bien, pero sólo aquel bien que baste para librarlos del Castigo eterno, el Juez divino les hará expiar ampliamente. Tendrán qué aprender a sus propias expensas, después de una larga expiación, a estar prontos en el amor, *en un verdadero amor*, que no busca sino la gloria de Dios. Aún más, os diré que en lo futuro, muchos serán, sobre todo entre los gentiles, los obreros de una sola hora, y aún menos, que entrarán gloriosos en mi Reino porque en aquella única hora de correspondencia a la gracia que les invitaba a trabajar en la viña del Dios, habrán alcanzado la perfección heroica de la caridad. Tranquilízate, pues, mujer, Tu marido no ha muerto, sino que vive. No lo has perdido. Por un poco de tiempo está separado de ti. Ahora tú, como una novia que todavía no ha entrado en la casa de su futuro marido, debe prepararse a las verdaderas bodas inmortales con el que ahora lloras. ¡Oh, dichosas nupcias de dos corazones que se han santificado, que se juntan nuevamente para siempre donde no hay más separación, que se juntan nuevamente para siempre donde no hay más separación, ni temor de no amarse, ni dolor, donde los corazones se regocijarán en el amor a Dios y en el amor mutuo! *La muerte para los justos es una vida verdadera, porque nada puede amenazar la vitalidad de su espíritu, esto es, la de permanecer en la Justicia*. No llores, ni lamentos, Sira, lo que es caduco. Levanta tu corazón, y mira con justicia y con verdad. Dios te ha amado, salvando a tu compañero del peligro de las cosas del mundo que hubieran destruido su fe en Mí.

“Me has consolado, Señor. Viviré como me has dicho. Sé bendito, y contigo tu Padre, para siempre”.

El sinagogo, mientras Jesús trata de avanzar, pregunta: “¿Puedo hacerte una objeción, sin que por esto sea una ofensa?”

“Habla. Estoy aquí cual Maestro para dar sabiduría a quien me preguntare”.

“Dijiste que algunos pronto serán gloriosos en el cielo. ¿No acaso está cerrado? ¿No acaso están los justos en el limbo en espera de entrar en el cielo?”

“Así es. El cielo está cerrado y lo estará hasta que el Redentor lo abra. Pero su hora ha llegado. En verdad te digo que el día de la redención ya alborea en el oriente, y pronto estará en el cenit. En verdad te digo que no habrá otra fiesta después de ésta, antes de aquel día. En verdad te digo que estoy ya forzando las puertas al estar ya casi sobre la cumbre del monte de mi sacrificio... Este ya me empuja sobre las puertas del cielo, porque está ya en movimiento: Cuando se cumpla, recuérdalo, se correrán las sagradas cortinas y se abrirán las celestiales puertas. Porque Yeové no estará más presente con su gloria en el *debir*^{*}, e inútil será poner un velo entre el Inconocible y los mortales. Los hombres que nos precedieron y que fueron justos irán a su lugar destinado, con el Primogénito a la cabeza, que ha perfeccionado todo en su cuerpo y en el espíritu, y sus hermanos con el vestido de luz que tendrán hasta que sus cuerpos sean llamados al júbilo”.

Jesús toma el tono del sinagogo o del rabí cuando repite las palabras bíblicas o recita un salmo. “Y Él me dijo: “Profetiza a estos huesos y diles: ‘Huesos áridos, escuchad la palabra del Señor... Yo infundiré en vosotros el aliento y viviréis. Pondré los nervios, haré que vuestra piel aumente, la alargaré, os daré un aliento y viviréis y sabréis que soy el Señor... Ved que abriré vuestras tumbas. Os sacaré de los sepulcros. Cuando haya introducido en vosotros mi aliento, tendréis vida y os haré descansar en vuestra tierra’ ” ”.

Torna a tomar el tono de su voz habitual, baja sus brazos que tenía extendidos y continúa: “La resurrección del que es árido, del que está muerto a la vida es doble, y se desprende de las palabras del profeta. La primera es la resurrección a la vida y en la vida, esto es, a la gracia que es vida para cuantos acogen la palabra del Señor, el Espíritu engendrado por el Padre, que es Dios como el Padre de quien es Hijo, y que se llama Verbo, el Verbo que es Vida y da la vida, esa vida de la que todos tienen necesidad y de la que Israel está privado como los gentiles. Si Israel quiere obtenerla, debe esperar y acoger la Vida que viene del cielo de hoy en adelante. En verdad os digo que si los de mi pueblo no me acogen a Mí, que soy la Vida, no la tendrán, y mi venida será para ellos muerte, porque la han rechazado. Ha llegado la hora en que Israel se dividirá entre los vivos y los muertos. Es la hora de la elección, de la vida o de la muerte. La Palabra ha hablado, ha mostrado su origen, su poder, ha curado, enseñado, resucitado, y en breve habrá cumplido su misión. No hay más excusa para que no se acerquen a la Vida. El Señor pasa. Una vez pasado, no regresa. No regresó a Egipto a devolver la vida a los primogénitos de los que se habían burlado de Él y oprimido a los israelitas. No volverá ni siquiera esta vez, después que la inmolación del Cordero haya decidido las suertes. Los que no me acogieron antes de que pase, los que me odian y odiaren, no tendrán mi sangre para que santifiquen sus corazones, y no vivirán y no tendrán a Dios con ellos por el resto de su peregrinación por la tierra. Sin el divino Maná, sin la nube protectora y luminosa, sin el agua que viene del cielo, sin Dios, andarán vagando por el extenso desierto de la tierra, por toda la tierra, para el que será un desierto porque le falta la unión con el cielo, la cercanía con el Padre y el Amigo, que es Dios. Hay otra resurrección, la universal, en la que los huesos calcinados y dispersos por tantos siglos, frescos volverán a cubrirse de nervios, de carne, de piel. Y se verificará el Juicio. El cuerpo y los corazones de los justos se alegrarán con el espíritu en el Reino eterno, y el cuerpo de los condenados sufrirá con el espíritu en un castigo eterno. Te amo, Israel; te amo Jerusalén; te amo, ¡oh humanidad! Y a causa de este amor os invito a la vida y resurrección bienaventurada”.

* *debir* = era el antiguo nombre del Santo de los santos, la parte más sagrada del templo.

Los que se encuentran en la sala están como fascinados. No hay distinción entre los pasmados hebreos y los demás pertenecientes a diversos lugares y regiones. Más bien diría que los que son israelitas se hallan presas de cierto estupor.

Un anciano de entre ellos murmura entre dientes algo:

“¿Qué has querido decir?” le pregunta José volviéndose.

“Dije que... Repetía las palabras que en mi juventud estreché del pedagogo: “El hombre puede con la virtud subir a la perfección divina. En la criatura está el resplandor del Creador, que tanto más se revela cuanto más el hombre se hace digno de ellos por la virtud; algo así como si se consumase la materia en el fuego de la virtud. Se concedió al hombre conocer al Ente que, por lo menos en la vida de cada hombre, con cariño paternal o severo, se muestra a él para que pueda decir: ‘Debo ser bueno. ¡Desgraciado de mí si no lo consiguiera! Ya que un poder inmenso brilló ante mí para hacerme comprender que la virtud es deber y es señal de la nobleza del ser humano. Encontraréis este resplandor de la Divinidad en la hermosura natural, en la última palabra del moribundo, en la mirada de un desgraciado que os mira, en el silencio de la persona que amáis, que callando, no admite una acción vuestra responsable: la encontraréis en los ojos espantados de un niño cuando mira la violencia; o en el silencio de las noches, cuando estáis solos; en la habitación cerrada y sola os encontraréis con otro yo, muy diverso del vuestro, que habla con un sonido que no es humano. Es Dios, un Dios que debe ser el Creador, a quien todas las cosas, sin saberlo, adoran. Un Dios único que satisface todos los sentimientos del hombre virtuoso, que no se sacia ni se consuela con nuestras ceremonias, ni doctrinas, ni ante los altares vacíos, muy vacíos pese a que una estatua los eleve”. Conozco muy bien estas palabras, porque hace muchos años que me las repito como si fueran mi libro, como si fueran mi esperanza. He vivido muchos años, he trabajado, sufrido y hasta llorado. Pero todo lo soporté, y espero, confiado en la virtud, que me encontraré con este Dios que Hermógenes me había prometido que conocería. Ahora a mí mismo me dijo que lo he visto. Y no por un momento fugaz, no como un sonido, he oído sus palabras. He visto lo Divino como dentro de una forma bellísima dentro de un cuerpo. Lo he visto y me he quedado lleno de sacra admiración. El alma, lo que los verdaderos hombres admiten, mi alma te acepta. ¡oh Perfección!, y dice: ‘Enséñame tu Camino, tu Vida y tu Verdad para que un día yo, hombre solitario, pueda juntarme contigo, Suprema Belleza’ ”.

“Volveremos a unirnos. Y te diré que más tarde se nos unirá Hermógenes”.

“Murió sin conocerte”.

“El conocimiento material no es necesario para que alguien me posea. El hombre que por su virtud llega a subir al Dios desconocido, y a vivir virtuosamente como homenaje a este Dios, se puede decir que lo conoció, porque se reveló a él, como premio de su vida virtuosa. Sería una desgracia que se me tuviese qué conocer personalmente. Difícilmente alguien podría reunirse conmigo. Porque, os lo digo, pronto el Viviente dejará el reino de los muertos para regresar al reino de la vida, y los hombres no tendrán otro medio de conocerme que por la fe o el espíritu. El conocimiento que tengan de Mí, no se detendrá, sino que se propagará y se perfeccionará, porque se verá privado de todo lo que es pesantez de los sentidos. Dios hablará. Dios obrará. Dios vivirá. Dios se descubrirá a los corazones de los fieles con su Naturaleza inconocible y perfecta²⁰. Los hombres amarán al Dios-Hombre. Y Él los amará con medios nuevos, con medios inefables que su amor infinito habrá dejado en la tierra, antes de regresar a su Padre, después de haber realizado todo”.

¡Oh, Señor, Señor, dinos cómo podemos encontrarte y conocer que Tú eres el que nos hablas, y dónde estarás, después que te hayas ido!” gritan varios. Algunos añaden: “Somos gentiles y no conocemos tu ley. No tenemos tiempo para quedarnos aquí y seguirte. ¿Cómo haremos para alcanzar la virtud que nos haga merecedores de conocer a Dios?”

En la sonrisa de Jesús hay luz, hay felicidad al ver sus conquistas entre los paganos. Con toda dulzura responde: “No os preocupéis de saber muchas leyes. Estos os llevarán (y pone

²⁰ Cfr. Ex. 33, 7-23; Núm. 12, 4-8; Deut. 34, 10-12; Ju. 15, 12-17; 1 Cor. 13, 12; 1 Ju. 3, 1-2.

sus manos sobre los hombros de Pedro y Tadeo) mi ley. Pero mientras no lleguen, tened como norma las siguientes palabras en que se compendia mi ley de salvación.

“Amad a Dios con todo vuestro corazón. Amad las autoridades, a vuestros padres, amigos, criados, aun a los enemigos, como os amáis a vosotros mismos. Y para estar seguro de no pecar, antes de hacer algo, bien sea mandado, bien porque lo queréis, preguntaos: ‘Me gustaría que esto que voy a hacer, otro me lo hiciera?’ Si no os gustare, no lo hagáis ²².

Con estas sencillas líneas podéis trazaros el camino por el que llegaréis a Dios y Él a vosotros. Porque nadie se sentiría contento de que un hijo suyo le fuese ingrato, que alguien se lo matase, o bien que otro cualquiera os lo robase, os quitase la mujer, deshonrase su hermana o su hija, le arrebatase la casa, los campos, los siervos fieles. Con esta regla seréis buenos hijos y buenos padres, buenos maridos, buenos hermanos, honrados comerciantes y amigos. Por lo tanto seréis virtuosos, y Dios vendrá a vosotros.

A mi alrededor tengo no sólo hebreos y prosélitos en quienes no hay malicia, esto es, me refiero a vosotros que habéis venido a recibirme no con una trampa, como hacen los que os arrojan del templo, para que no vengáis a la vida, sino también a vosotros gentiles que habéis venido de todas partes. Veo cretenses y fenicios mezclados con habitantes de Ponto y Frigia; hay también uno que es de las playas donde se abre el mar desconocido, donde algún día seré amado. Veo a griegos con sicilianos y a cirenaicos con asiáticos. Pues bien Yo os digo: ¡idos! Decid en vuestras ciudades que la Luz está en el mundo y que venga a Ella. Decid que la Sabiduría ha dejado los Cielos para hacerse pan de los hombres, agua para los hombres que mueren de sed. Decid que la Vida ha venido a sanar, a resucitar lo que estaba enfermo o muerto. Decir... decid que el tiempo pasa rápido como relámpago de verano. Quien tiene deseos de Dios, que venga. Su corazón conocerá a Dios. Quien tenga deseo de ser curado, que venga. Mi mano, mientras está libre, curará a los que la invoquen con fe.

Id a decir, y no os tardéis, que el Salvador espera a los que aguardan y desean una ayuda superior para la Pascua en la Ciudad Santa. Decidlo a los que tienen necesidad, y aun a los que parecen escuchar por curiosidad. De este sencillo movimiento puede nacerles la chispa de la fe en Mí, de la fe que salva. ¡Id! Jesús de Nazaret, el Rey de Israel, el Rey del mundo, convoca a sus representantes del mundo para darles sus tesoros de gracias y tenerlos por testigos de su elevación, que consagrará triunfante, por los siglos de los siglos, como Rey de reyes y Señor de los señores ²⁶. ¡Id! ¡Id!.

En el albor de mi vida terrena, llegaron de los diversos puntos, representantes de mi pueblo a adorar al Infante en el que el Inmenso se ocultaba. El querer de un hombre, que se creía poderoso y no era más que un servidor de ese querer divino, había ordenado el censo en su imperio. Obedeciendo a órdenes desconocidas e inmutables del Altísimo, ese hombre pagano se convirtió en el pregonero de Dios que quería que todos los hombres de Israel, esparcidos en todas las partes de la tierra, en la tierra de este pueblo, cerca de Belén de Efrata, se pasmasen con las señales venidas del cielo, cuando se escucharon los primeros vagidos del recién nacido. Y como si no fuera suficiente, otras señales hablaron a los gentiles, y una representación de ellos vino a adorar al Rey de reyes, pequeño, pobre, sin ambición de una corona terrena pero que ante los ángeles era el Rey.

Ha llegado la hora en que seré Rey en la presencia de los pueblos. Rey, antes de regresar al lugar de donde vine.

En el crepúsculo de mis días terrenos, en el atardecer de mi vida humana, es justo que haya hombres de todos los pueblos que vean al que va a ser adorado y en el que se oculta toda la Misericordia. Gocen los buenos de las primicias de esta nueva mies, de esta misericordia que se abrirá como nubes de Nisán para henchir los ríos de aguas saludables, prontas a fertilizar los árboles plantados a sus riberas, como se lee en Ezequiel ³⁰.

²² Cfr. Mt. 7, 12; Lc. 6, 31.

²⁶ Cfr. Deut. 10, 17; 2 Mac. 13, 4; 1 Tim. 6, 13-16; Ap. 17, 14; 19, 16.

³⁰ Cfr. Ez. 17, 3-10; 19, 10-11; Sal. 1; Jer. 17, 7-8.

Jesús continúa a sanar a los enfermos y enfermas. Le dicen sus nombres: “Yo soy Zila... Yo soy Zabdí... Yo soy Gail... Yo Andrés... Yo Teófanés... Yo Selima... Yo Olinto... Yo Felipe... Yo Elisa... Yo Berenice... Mi hija se llama Gaya... Yo Argénides... Yo... Yo... Yo...”

Ha terminado. Quisiera irse, pero muchos le ruegan que les hable.

Y uno, tuerto tal vez, porque tiene un ojo cubierto con una venda, dice para entretenerlo algo más: “Señor,. Uno que me tenía envidia por mis negocios me pegó. A duras penas logré salvar la vida, pero perdí un ojo, que el golpe me reventó. Ahora mi rival es pobre y nadie lo quiere, y se ha ido a una población cercana a Corinto. Yo soy de allí. ¿Que debería hacer a éste que casi me mató? No hacer a los otros lo que no me gustaría recibir, está bien. Pero de él recibí... y ¡qué mal!... mucho mal...” En su cara se ve el pensamiento que no dice: “y por esto quisiera vengarme...”

Jesús lo mira con una luminosa sonrisa de sus ojos de zafiro y con la dignidad de Maestro le pregunta: “¿Tú que eres de Grecia me lo preguntas? ¿No acaso han enseñado vuestros grandes que los mortales se hacen semejantes a Dios cuando corresponden a los dones que Él les concede para hacerlos semejantes a Sí, y que son: *poder estar en la verdad y hacer bien al prójimo?*”

“¡Ah, sí, Pitágoras!”

“¿Y no han dicho que el hombre se acerca a Dios no con la ciencia, el poder u otra cosa, sino *con hacer el bien?*”

“¡Ah, sí, Demóstenes! Maestro, perdona si te digo algo... Tú eres hebreo y los hebreos no leen a nuestros filósofos... ¿Cómo sabes esas cosas?”

“Porque Yo, la Sabiduría, fui quien inspiró en las inteligencias que pensaron esas palabras. Estoy donde se realiza el bien, Tú, griego, escucha los consejos de los sabios en los que todavía sigo hablando. Haz el bien a quien te ha hecho mal y Dios te llamará santo. Ahora déjame ir. Otros me están esperando. Adiós, Valeria. No temas por Mí, todavía no ha llegado mi hora. Cuando llegare, ni siquiera todos los ejércitos de Cesar podrían formar una valla contra mis adversarios”.

“Salve, Maestro. Ruega por mí”.

“Para que la paz se posea de ti. Adiós. La paz sea contigo, sinagogo. La paz sea a todos los creyentes y a los que quieren serlo”.

Y con un gesto que es saludo y bendición sale de la sala, atraviesa el patio y toma la calle...

232. Judas y los enemigos de Jesús

2 diciembre 1946

No veo a Jesús, ni a Pedro, ni a Judas de Alfeo, ni a Tomás. Veo a los otros nueve que caminan en dirección del suburbio de Ofel.

La gente que hay en la calle, no es la multitud de las fiestas de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Más o menos es la misma de la ciudad. Se ve que las Encenias no eran muy importantes y no exigían la presencia de los hebreos en Jerusalén. Sólo lo que por casualidad se encontraban en la ciudad, o bien, los de las poblaciones cercanas, venían a la ciudad para subir al Templo. Los demás, sea por la estación o por el carácter propio de la fiesta, se quedaban en sus ciudades y en sus casas.

Pero muchos discípulos, los que por amor del Señor han abandonado su casa o parientes, intereses y trabajos, están en Jerusalén y se han unido a los apóstoles. Con todo, no veo a Isaac, Abel, Felipe, Nicolás, que habían ido a acompañar a Sabea a Aera. Hablan amigablemente, contando y oyendo contar lo que pasó en el tiempo en que estuvieron separados. Se podría afirmar que han visto al Maestro, tal vez en el Templo, porque no se sorprenden de su ausencia. Caminan despacio, y de cuando en cuando se detienen como a esperar a alguien, mirando ya adelante, ya atrás, por los caminos que de Sión llegan al que conduce a las puertas meridionales de la ciudad.

Dos veces Judas, que viene atrás de todos haciendo de orador a un grupo pequeño de discípulos llenos de buena voluntad, pero no de ciencia, le llaman por su nombre algunos judíos que siguen el grupo pero sin mezclarse con él, no sé con qué intenciones o encargos. Y las dos veces Iscariote mueve los hombros sin volverse. Pero la tercera vez lo tiene qué hacer, porque uno de ellos deja su grupo y toma a Judas de la manga, obligándolo a detenerse: “Ven aquí por un momento, que tenemos qué hablarte”.

“No tengo tiempo, ni puedo” responde secamente Judas.

“¡Ve, ve! Te esperamos. Mientras que no veamos a Tomás, no podemos dejar la ciudad” le dice Andrés que está cerca de él”.

“Está bien. Seguid. Pronto os alcanzo” dice Judas sin ganas de hacer lo que se le pide.

Al quedar solo, pregunta al que lo importunó: “¿Qué? ¿Que se te ofrece? ¿Qué queréis? ¿No podéis dejar de molestarme?”

“¡Oh, qué aires te das! Pero cuando te llamamos para darte dinero, entonces sí que no te molestamos. ¡Eres un pedante! Pero hay alguien que te puede hacer bajar la cabeza... Recuérdalo”.

“Soy libre y...”

“No. No lo eres. Libre es al que de ningún modo podemos hacer esclavo. Tú sabes su nombre. ¡Tú!... Tú eres esclavo de todo y de todos, y en primer lugar de tu orgullo. En pocas palabras, si no vienes antes de la hora de sexta a la casa de Caifás, ¡ya te podrás componer! ¡Ay de ti!” Es un “¡ay!” verdaderamente milagroso.

“Está bien. Iré. Pero sería mejor que me dejaseis en paz, si queréis...”

“¿Qué cosa? No haces más que prometer, pero, en realidad, nada...” Judas se desprende de un tirón del que lo tenía de la manga y al correr dice: “Hablaré cuando esté allí”.

Alcanza a los de su grupo. Está pensativo y un poco de mal humor. Andrés preocupado, le pregunta: “¿Malas noticias? ¿No, eh? Tal vez tu madre...”

Judas, que al principio le echó unos ojos, dispuesto a darle una dura respuesta, cortésmente le responde: “Es verdad. Pocas buenas noticias... Sabes... la estación... Ahora... que me ha llegado a la mente una orden del Maestro. Si ese hombre no me hubiera detenido, me hubiera olvidado de ella... Me recordó el lugar donde vive, y al oír el nombre me acordé del encargo. Bueno, cuando vaya a cumplir el encargo, iré también a la casa de ese hombre y me enteraré mejor...”

Andrés que es sencillo y honrado, está muy lejos de sospechar que su compañero puede mentir. Le dice afanoso: “Vete, vete al punto. Lo diré a los demás. ¡Vete, vete! Y quítate esa ansia...”

“No, no. Debo esperar a Tomás, por lo del dinero. Unos momentos más o unos momentos menos...”

Los otros que se habían parado a esperarlos, los ven venir.

“Judas ha tenido malas noticias” dice preocupado Andrés.

“Es verdad, pero cuando vaya al encargo, me enteraré mejor...”

“¿De qué cosa?” pregunta Bartolomé.

“Ved a Tomás que viene corriendo” dice al mismo tiempo Juan, y esto sirve para que Judas no responda.

“¿Os hice esperar mucho? Es que quise hacerlo bien... Y lo logré. Mirad qué bonita bolsa. Para los pobres. El Maestro estará contento”.

“La necesitábamos. No teníamos ni siquiera un céntimo para dar a los pobres” dice Santiago de Alfeo.

“Dámela” dice Iscariote tendiendo la mano para coger la bolsa que se columpia en la de Tomás.

“Jesús me encargó lo de la venta y tengo qué entregarle el dinero en sus manos”.

“Le dirás lo que valió. Ahora dámela, que tengo prisa de irme”.

“No. No te la puedo dar. Jesús me dijo cuando íbamos por el Sixto: ‘Luego me das el dinero’. Y así lo voy a hacer”.

“¿De qué tienes miedo? ¿De que tome algo o de que te quite el mérito de la venta? En Jericó también vendí, y bien. Hace años que soy el encargado del dinero. Es mi derecho”.

“¡Oh! Oye, si quieres pelear por esto, tenla. Cumplí mi encargo y lo demás no me preocupa. Tenla, tenla. ¡Hay cosas mucho más hermosas que esto!...” y Tomás entrega la bolsa a Judas.

“Bueno... si el Maestro ha dicho...” objeta Felipe.

“¡No sutilices! Más bien vamos ahora que estamos todos juntos. El Maestro ordenó que estuviéramos en Betania antes de la sexta. Apenas si alcanza el tiempo” sugiere Santiago de Zebedeo.

“Entonces os dejo. Adelantaos. Voy y regreso”.

“¡No, después! Dijo muy claro: ‘Estad todos juntos’” objeta Mateo.

“Todos vosotros juntos. Pero yo tengo qué irme. Ahora que tuve noticias de mi madre...”

“La cosa se puede interpretar así, sobre todo si tuvo órdenes que no sepamos...” dice Juan con tono conciliador.

“Menos Andrés y Tomás, todos los demás no quieren que se vaya. Al fin ceden diciendo: “Está bien, vete. Pero date prisa y sé prudente...”

Judas parte por un vericuetto que lleva al monte Sión, mientras los otros continúan su camino.

“No estuvo bien eso. El Maestro había ordenado: ‘Estad siempre juntos y sed buenos’. Hemos desobedecido al Maestro. Siento remordimiento” dice después de unos pocos minutos Zelote.

“Lo mismo pienso yo...” confiesa Mateo.

Los apóstoles se reúnen en un grupo cuando tienen qué decidir sobre algo. He notado que los discípulos se separan siempre con respeto, cuando se reúnen ellos a discutir.

Bartolomé propone: “Hagamos así. Digamos a estos que nos siguen que se vayan. Sin esperar a que nos encontremos en el camino que lleva a Betania. Nos dividiremos en dos grupos y nos podremos a esperar a Judas. Unos en la parte inferior, otros en la alta. Los más ligeros en la inferior, los otros en la superior. Si el Maestro nos precediere, nos verá llegar juntos, porque fuera de Betania un gripo esperará al otro”.

Se acepta la proposición. Despiden a los discípulos. Siguen juntos hasta donde se puede doblar hacia Getsemaní y tomar el camino superior del monte de los Olivos. Costeando el Cedrón, se toma el camino inferior que lleva a Betania y Jericó.

Entre tanto Judas corre como si lo persiguiesen. Por un tiempo continúa subiendo por el sendero que lleva a la cima de Sión en dirección del poniente, luego dobla por otro más estrecho, como una vereda, que en lugar de subir, baja hacia el sur. Lleva aire sospechoso. Corre, y de vez en cuando se voltea como asustado. Tiene miedo como de que alguien lo siga. La vereda, tortuosa entre los recodos de las casas construidas sin ningún plan previo, conduce a un lugar extenso. Hay una colina al otro lado del valle, más allá de las murallas. Una colina baja cubierta de olivos, más allá del seco y pedregoso callejón de Innón. Judas corre ligero pasando entre los cercados que sirven de límite a las huertecillas de las últimas casas que están cerca de la muralla, las pobres chozas de los pobres de Jerusalén. Pero no toma para salir de la ciudad por la puerta de Sión que tiene cerca, sino corre hacia arriba, hacia otra puerta, un poco al occidente. Está fuera de la ciudad. Trota como un potro para darse prisa. Pasa como viento cerca de un acueducto; después cerca de las cuevas lúgubres de Innón, donde viven los leprosos a cuyos lamentos se hace sordo. Es claro que busca los lugares que otros esquivan. Directo va hacia la colina cubierta de olivos, la única de la ciudad. Lanza un suspiro de alivio cuando está a las faldas y apresura el paso, se arregla el capucho, la faja, los vestidos que se había levantado, se lleva la mano a la frente, como para hacer sombra y mirar mejor, porque el sol le da sobre los ojos. Mira hacia la parte oriental, donde está el camino inferior que lleva a Betania y Jericó. Pero no se ve nada que lo perturbe. Antes bien un recodo de la colina le sirve de valla, entre él y el camino. Sonríe. Empieza a subir despacio, para no sofocarse. Entre tanto piensa. Y entre más piensa, su cara se oscurece más. Habla consigo

mismo pero en voz baja. A un cierto punto se detiene, saca la bolsa del seno, la mira, y después de haber tomado una parte que mete en su bolsillo se la vuelve a meter. De este modo la bolsa se ve menos.

Hay una casa entre los olivos. Es bella. La más bella de la colina, pues las otras casuchas que hay en la falda, no sé si dependan de ella o sean independientes, el caso es que son pobres, llega a través de una cierta clase de sendero arenoso entre olivos, opuestos a distancia y en orden. Llama a la puerta. Se hace reconocer. Entra. Seguro atraviesa el vestíbulo, va a un patio cuadrado a cuyos lados hay muchas puertas. Empuja una de ellas. Entra en una amplia sala donde hay diversas personas y se ve la cara socarrona y al mismo tiempo odiosa de Caifás, la del ultra fariseo Elquías, la garduña del sanedrista Félix junto con la viperina de Simón. Más allá está Doras, el hijo de Doras, que se parece cada vez más a su padre; con él están Cornelio y Tolmai. Están también los escribas Sadoc y Cananías, viejo en años, apergaminado, pero como si fuera un joven perverso. Colascebona el Anciano. Natanael ben Faba, y luego un cierto Doro, un tal Simón, un tal José, uno llamado Joaquín, personas que no había yo conocido. Caifás dice los nombres y yo los escribo. Termina: "... reunidos están aquí para juzgarte".

Judas tiene una cara rara: de miedo, odio, violencia. Pero calla. No hace gala de su altivez. Lo rodean burlones y cada uno habla lo que se le antoja.

"¿Bueno? ¿Qué has hecho con el dinero? ¿Qué cosa nos dices, sabio hombre, que todo lo puedes? Habla pronto y bien. ¿Dónde está tu trabajo? Eres mentiroso, charlatán, bueno para nada. ¿Dónde está la mujer? ¿Ni siquiera te quedaste con ella? Y así en lugar de servirnos, le sirves a Él, ¿no es verdad? ¿Es así como ayudas? Son cargos pletóricos de ira, de amenaza. Son gritos de reproche, y se oyen otras cosas que no logro captar.

Judas los deja que se desgañiten. Cuando ya lo están y sin aliento, habla: "Hice lo que pude. ¿Qué culpa tengo si es un hombre a quien nadie puede hacer pecar? Dijiste que queráis conocer su virtud. Os he demostrado que no peca. Por esto os ayudé. ¿Lograsteis algo? ¿Lo pusisteis en la silla del acusado? No. De cada tentativa vuestra de hacerlo parecer como pecador, de que caiga en el garlito, ha salido más victorioso que antes. Entonces si no lo habéis logrado, pese a vuestro odio, ¿debía lograrlo yo, que no lo odio, que soy un imbécil por seguir a un pobre inocente, demasiado santo para poder ser rey, y rey que destruya sus enemigos? ¿Qué mal me ha hecho Él para que yo se lo haga? Hablo así porque pienso que lo odiáis hasta verlo muerto. No puedo persuadirme que queráis sólo convencer al pueblo de que es un loco, y persuadirnos a nosotros, y a Él, de ello, de que le tenéis compasión. Sois demasiado venenosos conmigo y demasiado enfurecidos por verlo superior al mal, para que lo pueda yo creer. Me habéis preguntado que qué hice de vuestro dinero. Lo empleé en lo que sabéis. Tuve qué gastar y gastar dinero para convencer a la mujer... No lo logré con la primera y..."

"Cállate la boca. Nada de eso es verdad. Esa estaba loca por Él y no cabe duda que inmediatamente fue. Tú mismo dijiste que ella te lo había confesado. Eres un ladrón. ¡Quién sabe para qué usaste nuestro dinero!"

"Para arruinarme el alma, ¡asesinos de un alma! Para convertirme en un fraudulento, en uno que no tiene paz, en uno que sabe que sospechan de él tanto Jesús, como los compañeros. Tenedlo presente: Él me ha descubierto... ¡Oh, si me hubiera arrojado! Pero no lo ha hecho, no. ¡Me defiende, me protege, me ama!... ¡Vuestro dinero! Pero ¿por qué tomé el primer céntimo?"

"Porque eres un malvado. Entre tanto te lo chupaste, y ahora gimoteas por habértelo acabado. ¡Vil habías de ser! Y ahora nada se ha logrado. Las multitudes aumentan a su alrededor y cada vez se sienten más atraídas. Nuestra ruina se aproxima, y jeso es por culpa tuya!"

"¿Mía? ¿Por qué entonces no os atrevisteis a aprenderlo y acusarlo de que quería hacerse rey? Me dijisteis que lo intentasteis, pese a que os había dicho que era inútil, porque Él no tiene hambre de poder. ¿Por qué no lo indujisteis a pecar contra su misión, si sois tan bravos?"

“Porque se nos escapa de las manos. Es un demonio que se esfuma como el humo, cuando quiere. Es como una serpiente: fascina, no se puede hacer nada, si mira a uno”.

“Si mira a sus enemigos, a vosotros. Porque sé que si mira a los que no lo odian con todas sus fuerzas, como vosotros lo hacéis, entonces su mirada conmueve, impele a hacer el bien. ¡Oh, esa mirada! ¿Por qué me ha de mirar a mí así, yo que soy un monstruo por culpa mía y por culpa vuestra que me hacéis lo sea diez veces más?”

“¡Cuánta palabrería! Nos aseguraste que tratándose del bien de Israel nos ayudarías. ¿No comprendes, maldito, que este hombre es nuestra ruina?”

“¿Nuestras? ¿De quién?”

“¡De todo el pueblo! Los romanos...”

“No. Es sólo la *vuestra*. Tenéis miedo de vuestra piel. Sabéis que Roma no intervendrá en contra nuestra por causa de Él. Lo sabéis como lo sé yo y como lo sabe el pueblo. Tembláis porque sabéis, porque tenéis miedo de que se os arroje fuera del Templo, del reino de Israel. Y haría bien. Haría muy bien en limpiar su era de vosotros, hienas inmundas, apestosas, áspides...” Está furioso.

Lo prenden, lo sacuden, furiosos también ellos, como que lo aterrorizan... Caifás le grita en su cara: “Está bien. Así es. Y así son las cosas. Tenemos derecho a defender lo que es nuestro. Se ha visto que las cosas pequeñas no bastan ya para persuadirlo a que huya, a que deje libre el campo. Ahora, lo haremos nosotros mismos, sin servirnos de ti, pedazo de imbécil, charlatán. Y cuando hayamos dado a Él su merecido, no dudes que te daremos el tuyo...”

Elquías tapa la boca a Caifás, y con su flema fría, de sierpe venenosa, dice: “No, no así. Exageras, Caifás. Judas ha hecho lo que pudo. No debes amenazarlo. ¿En el fondo no son sus intereses los nuestros?”

“¡Pero eres un idiota Elquías! ¿Que yo tenga los intereses de éste? ¡Yo quiero que a Él se le arroje! Judas quiere que triunfe para que triunfe con Él. Tú dices...” aúlla Simón.

“¡Paz, paz! Siempre decís que soy riguroso. Pero hoy soy el único magnánimo. Hay qué comprender y compadecer a Judas. Él nos ayuda como puede. Es un buen amigo, pero, claro, también lo es del Maestro. Su corazón está afligido... Quisiera salvar al Maestro, salvarse a sí mismo y salvar a Israel... ¿Cómo pueden conciliarse ciertas cosas opuestas entre sí?. Dejémoslo que hable”.

La jauría se calma. Judas puede finalmente hablar. Dice: “Elquías tiene razón. Yo... ¿Qué queréis de mí? Todavía no lo comprendo. He hecho lo que he podido. No puedo hacer más. Es demasiado grande Él para mí. Me lee el corazón... y no me trata como merezco. Soy un pecador y Él lo sabe y me absuelve. Si fuese menos vil, debería... debería matarme para hacerme incapaz de causarle algún mal”. Judas se sienta, abatido. Con la cara entre las manos, los ojos fuera de sus órbitas, fijos en el vacío. Se ve claramente que sufre, presa de instintos contrarios...

“¡Loco! ¿Qué quieres que sepa Haces así porque te has arrepentido de abrirte paso” exclama el llamado Cornelio.

“¿Y si así fuese? ¡Oh, si así fuese! ¡Si estuviese arrepentido y fuese capaz de permanecer así!...”

“¿Lo veis? ¡Lástima de nuestro dinero!” grazna Cananías.

“Estamos con alguien que no sabe lo que quiere. Hemos escogido a alguien que es peor que un imbécil!” les echa en cara Felipe.

“¿Imbécil? ¡Un fantoche, deberías decir! Lo jala con un hilo el Galileo y se va con Él. Lo jalamos nosotros y se viene con nosotros” grita Sadoc.

“Bueno, si sois tan buenos y más bravos que yo, arreglaos vosotros mismos. De hoy en adelante no me intereso más. No esperaréis ni un mensaje, ni una palabra. No podré hacerlo, porque sospecha ya de mí y me vigila...”

“¿No dijiste que te absuelve?”

“Así es. Y precisamente porque todo lo sabe. ¡Todo, todo, lo sabe, oh!” Judas se oprime la cara con las manos.

“Entonces, ¡lárgate de aquí, mujercilla vestida de hombre! ¡Mal nacido, bestia, lárgate, lárgate! Lo haremos nosotros. Y ten cuidado, ten cuidado de decirle una palabra, porque nos la pagarás”.

“¡Me voy, me voy! ¡Hubiera sido mejor no haber venido! Pero acordaos, de lo que ya os he dicho. Simón, Él encontró a tu padre; y a tu primo, Elquías. No creo que Daniel haya hablado. Estaba yo presente y no lo vi que hubiesen hablado aparte. ¡Pero tu padre! No habló nada, por lo que dicen mis discípulos. Ni siquiera ha revelado tu nombre. Se limitó a decir que su hijo lo había arrojado porque amaba al Maestro y no aprobaba tu conducta. Pero sí que nos veíamos, que voy a tu casa... Y podría decir lo demás. Tecua no está en los confines del mundo... No digas después que yo hablé, cuando ya muchos conocen vuestras intenciones”.

“Mi padre no hablará más. Ha muerto” dice lentamente Simón. “¿Muerto? ¿Lo has matado? ¡Horror! ¡Por qué te dije dónde estaba...!”

“Yo no he matado a nadie. No me he movido de Jerusalén. Hay muchas maneras de morir. ¿Te causa admiración que un viejo, y un viejo que va a exigir dinero de los comerciantes no sea amenazado? Por lo demás... fue su culpa. Si se hubiera estado quieto; si no hubiera abierto ojos y orejas, ni usado su lengua, todavía se le veneraría y se le serviría en casa de su hijo...” dice Simón con una lentitud que saca de quicio.

“En una palabra... ¡lo mandaste matar! ¡Parricida!”

“Estás loco. Al viejo le pegaron, se cayó, se pegó en la cabeza y murió. Una desgracia. Sencillamente una desgracia. Peor para él que le tocó pedir el peaje a un malandrín...”

“Te conozco, Simón. No puedo creer... Eres un asesino...” Judas está pálido.

El otro se ríe en su cara, repitiendo: “Deliras. Ves crímenes donde sólo hubo una desgracia. Tan sólo ayer lo supe y tomé las providencias para el caso. Para vengarme, y para dar los honores. Si pude honrar su cadáver, no pude aprehender al asesino. Sin duda que fue algún ladrón, salido de Adomín a despachar a sus presas en las plazas... ¿Quién lo va a aprehender ahora?”

“No lo creo... No lo creo ¡Largo, largo! ¡Dejadme ir!...” Recoge el manto que se le había caído y hace por salir.

Pero Cananías lo ase con su mano de rapiña: “¿Y la mujer? ¿Dónde está la mujer? ¿Qué dijo? ¿Lo sabes?”

“No sé nada... Dejadme ir...”

“¡Mientes! ¡Eres un fraudulento!” aúlla Cananías.

“No sé. Lo juro. Fue. Esto es verdad, pero ninguno la vio, ni siquiera yo que tuve qué partir inmediatamente con el Rabí. Tampoco mis compañeros. Hábilmente les he preguntado... He visto las joyas destruidas, que Elisa llevó a la cocina... otra cosa no sé. ¡Lo juro por el Altar y el Tabernáculo!”

“¿Y quién te va a creerte? Eres un vil. Así como traicionas al Maestro, también puedes traicionarnos. Pero ¡ten cuidado!”

“No traiciono. ¡Lo juro por el Templo de Dios!”

“Eres un perjurio. Tu cara lo está diciendo. Sirves a Él y no a nosotros...”

“No. Lo juro por el Nombre de Dios”.

“¡Dilo si te atreves a revalidar el juramento!”

“¡Lo juro por Jeová!” y se pone de color negruzco al pronunciar el Nombre de Dios. Tiembla, balbucea, no sabe ni siquiera decir cómo se pronuncia. Parece como que la ‘jota’ la pronunciase con fuerza. La ‘v’ muy raspada, como si terminase en aspiración. Creo que sería más o menos de este modo: Keoqveh. De todos modos es una pronunciación rara.

Un silencio de terror cunde por toda la sala. Hasta se han separado de Judas... Después Doras y otros dicen: ‘Repíte el mismo juramento de que nos servirás a nosotros solos...’

“¡Ah, eso no, malditos! ¡Eso no! Os juro que no os he traicionado y que no os denunciaré al Maestro. Y ya cometo un pecado. Pero mi destino no lo uno al vuestro. Vosotros, que el día de mañana, aprovechando mi juramento, podríais imponerme... cualquier cosa, hasta un crimen. ¡No! Denunciadme como sacrílego al Sanedrín, denunciándome como asesino a los romanos.

No me defenderé. Dejaré que me maten... Y tendré una buena suerte. Pero no juro más... no más..." Se libra con esfuerzos violentos de quienes lo tienen asido y huye gritando: "Tened en cuenta que Roma os sigue los pasos, que Roma ama al Maestro..." Un fuerte aventón de puerta que retumba en la casa, es la señal de que Judas ha salido de la cueva de lobos.

Se miran mutuamente... La rabia... y tal vez el miedo, los ha puesto pálidos... Y como no pueden vomitar su ira y miedo contra nadie se trenzan entre sí. Cada uno trata de echar la responsabilidad sobre el otro de lo sucedido y de sus consecuencias posibles. Quién reprocha en una forma, quién en otra. Quién por lo que pasó, quién por lo que está por venir. Quién grita: "Fuiste tú el que quisiste seducir a Judas"; y quién: "Habéis hecho mal en haberlo tratado de esa forma. ¡Os habéis descubierto!"; quién propone: "Vamos detrás de él, con dinero, con excusas..."

"¡Ah, eso no!" chilla Elquías que es a quien culpan. "Dejadme a mí y veréis que tengo tino. Judas sin dinero se pone manso. ¡OH, manso como un cordero!" y lo dice con una sonrisa viperina. "Hoy, mañana, durante un mes mantendrá su palabra... Pero después... Es demasiado vicioso para poder vivir en la pobreza que le da el Rabí... y vendrá a nosotros... ¡Ja, ja! ¡Dejadme a mí! ¡Dejadme todo! Yo sé..."

"Bueno. Pero entre tanto... ¿Oíste, no? Los romanos nos espían. Los romanos lo aman. Y es verdad. Esta mañana, como ayer y anteayer, lo esperaron en el patio de los gentiles. Siempre están allí las mujeres de la torre Antonia... Vienen hasta Cesarea a escucharlo..."

"¡Caprichos de mujeres! No me preocupan. Es hermoso. Habla bien. Ellas están locas por los charlatanes demagogos y filósofos. Para ellas el Galileo es uno de ellos, no más. Les sirve para matar sus ratos de ocio. ¡Paciencia si queremos lograr algo! Paciencia y astucia. También valor. Pero no lo tenéis. Queréis hacer algo, pero no mostraros. Ya os he dicho lo que haría yo, pero no aceptáis..."

"Tengo miedo del pueblo. Lo ama mucho. Amor aquí, amor allí... ¿Quién lo va a tocar? Si lo arrojam, nos arrojarán también... Es menester..." dice Caifás.

"Es menester no dejar pasar más la ocasión. ¡Cuántas hemos perdido! A la primera que se nos presente, hay que vencer aún a los que de nosotros están inciertos, y luego vénnoslas también con los romanos".

"Esto se dice en un instante, ¿pero cuándo y dónde tuvimos ocasión de hacerlo? Él no peca, no aspira al poder, no..."

"Si no hay motivo se inventa... Ahora vámonos. Mañana lo vigilarémos... El Templo es nuestro. Afuera manda Roma. Afuera está el pueblo para defenderlo, pero dentro del Templo..."

233. Los siete leprosos curados. Jesús habla a los apóstoles, a Marta y María

4 diciembre 1946

Jesús con Pedro y Judas Tadeo caminan ligeros por un lugar lúgubre, pedregoso, al lado de la ciudad. Como no veo el olivar, sino un montecillo, mejor dicho, varios montecillos y que poco a poco empiezan a verdear y que están al poniente de Jerusalén, entre los que está el lúgubre Gólgota, pienso que estoy del lado occidental de la ciudad.

"Podemos dar alguna cosa con todo lo que hemos conseguido. Debe ser terrible vivir en esos sepulcros en el invierno" dice Tadeo cargado de paquetes al igual que Pedro.

"Estoy contento de haber ido a las casas de los libertos para conseguir dinero para los leprosos. ¡Pobres infelices! En estos días de fiesta nadie se acuerda de ellos. Todos la pasan bien... ellos se han de acordar de su casa perdida... Pero, ¿si al menos creyesen en Ti! ¿Lo harán, Maestro?" pregunta Pedro siempre tan sencillo, tan aficionado a Jesús.

"Lo esperamos, Simón, lo esperamos. Entre tanto roguemos..." Y continúan orando.

El lúgubre valle de Innón aparece con sus sepulcros de vivos.

"Adelantaos y dad" dice Jesús.

Los dos van, hablando en voz alta. Por las aberturas de las cuevas o refugios se dejan ver las caras de los leprosos.

“Somos los discípulos del Rabí Jesús” dice Pedro. “Ahorita viene. Nos ha mandado a que os demos algo. ¿Cuántos sois?”

“Aquí siete. Tres más a la otra parte de En Rogel” responde uno.

Pedro abre su envoltorio. Tadeo el suyo. Hacen diez partes. Pan. Queso, mantequilla, aceitunas. ¿Dónde poner el aceite que viene en una pequeña jarra?

“Uno de vosotros traiga un recipiente. Que lo ponga allí, sobre el peñasco. Os dividiréis el aceite, como hermanos que sois y en nombre del Maestro que predica el amor para con el prójimo grita Pedro.

Un leproso, baja cojeando en dirección de los dos apóstoles, cerca del peñasco, y pone un cacharro viejo. Los mira mientras echan el aceite, y pregunta pasmado: “¿No tenéis miedo de que esté yo cerca de vosotros?” En realidad entre él y los apóstoles no hay más que el peñasco.

“No tenemos miedo sino de ofender a la caridad. Él nos ha mandado a socorremos porque quien es del Mesías debe amar como Él. Ojalá este aceite abra vuestro corazón, lo ilumine como si se hubiese encendido la lámpara de vuestro corazón. El tiempo de la gracia ha llegado para los que esperan en el Señor Jesús. Tened fe en Él. Es el Mesías y sana cuerpos y almas. Todo lo puede porque es Emmanuel” dice Tadeo con su majestad que impone.

El leproso con su cacharro entre manos, lo mira como fascinado. Dice: “Sé que Israel tiene su Mesías, porque de Él hablan los peregrinos que vienen a buscarlo a la ciudad, y nosotros oímos lo que dicen. Yo nunca lo he visto porque hace poco que he venido. ¿Decís que me curaría? Entre nosotros hay algunos que lo maldicen, otros que no. No sé a qué decidirme”.

“¿Son buenos los que lo maldicen?”

“No. Son crueles y nos tratan mal. Quieren los mejores lugares y las raciones más abundantes. No sabemos si nos vamos a quedarnos aquí”.

“Tú mismo ves que quien da hospedaje al infierno, es quien odia al Mesías. Porque el infierno presente que será vencido por Él, y por esto lo odia. Pero te aseguro que hay qué amarlo y con fe, si quiere uno ser amado del Altísimo acá en la tierra y después” explica Tadeo.

“¡Que si quisiera alcanzar gracia! Hace apenas dos años que me casé y tengo un niño que no me conoce. Desde hace pocos meses soy leproso. Lo veis”. En realidad tiene pocas manchas.

“Dirígete al Maestro con fe. ¡Mira! Allí viene. Llama a tus compañeros y regresa aquí. Pasará y te sanará”.

El hombre corre por la falda del monte y llama: “¡Urías! ¡Joab! ¡Adiná! Y vosotros que no creéis. El Señor viene a salvarnos”.

Uno, dos, tres cuerpos horrorosos se asoman. La mujer muy poco. Es un horror viviente... Tal vez llora, tal vez habla, pero no se le puede entender nada, porque su voz sale de algo que no es la boca y que ahora es dos maxilares desnudos de dientes, descubiertos, horribles.

“Te repito que me dijeron que te llamase. Que viene a curarnos”.

“¡Yo no! Las otras veces no le he creído... y no me escuchará más... Además no puedo caminar” dice con más claridad la mujer, tal vez debido a la fatiga. Con los dedos sostiene sus trozos de labios para poder hablar claro.

“Nosotros te llevamos, Adiná...” dicen dos varones y el del cacharro.

“No... no... demasiado he pecado...” y se queda donde está...

Otros tres corren, como pueden, y con imperio dicen: “Danos aceite, y luego os podéis ir con Belcebú, si así os place”.

“El aceite es para todos” replica el del cacharro, tratando de defender lo único que tiene. Pero los tres violenta y cruelmente le ganan y le arrebatan el cacharro.

“Ved. Siempre lo mismo... Un poco de aceite después de tanto... Pero el Maestro llega... Vamos a Él. ¿No quieres venir, Adiná?”

“No me atrevo...”

Los tres bajan el peñasco. Se paran a esperar a Jesús a quien han ido a encontrar los dos apóstoles. Cuando llegan, gritan: “¡Piedad de nosotros, Jesús de Israel! ¡Esperamos en Ti, Señor!”

Jesús levanta su rostro, los mira con esos ojos que no tienen igual. Pregunta: ¿Por qué queréis la salud?”

“Por nuestras familias, por nosotros... Es horrible vivir aquí...”

“No sois sólo de carne, hijos. Tenéis también alma y vale más que la carne. De ella os deberíais ocupar. No pidáis sólo la curación por vosotros, por vuestras familias, sino para que conozcáis la palabra de Dios y viváis a fin de comprender su reino. ¿Sois justos? Obrad santamente. ¿Sois pecadores? Pedid tiempo para que podáis reparar el mal hecho... ¿Dónde está la mujer? ¿Por qué no viene? ¿No tiene el valor de ver el rostro del Hijo del hombre, ella que no temió encontrarse con el rostro de Dios cuando pecaba? Id a decirle que mucho le ha sido perdonado por su arrepentimiento y resignación, y que el Eterno me ha traído para absolver a los que se han arrepentido de su pasado”.

“Maestro, Adiná no puede caminar...”

“Id a ayudarla para que baje aquí. Y traed otro jarro. Os daremos más aceite...”

“Señor, apenas si alcanza para los otros” dice Pedro en voz baja, mientras los leprosos van a buscar a la mujer.

“Habrá para todos... Ten fe. Para ti es más fácil creer en esto, y no que esos miserables crean que su cuerpo pueda volver a ser como antes”.

Entre tanto allá abajo, en la gruta, hay pleito entre los leprosos malos al repartirse la comida...

La mujer traída en brazos gime, gime como puede: “¡Perdón! ¡Del pasado! ¡De no haber pedido perdón las otras veces!... ¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!”

La ponen junto al peñasco. Y sobre él una cacerola toda abollada.

Jesús pregunta: “¿Qué os parece que sea más fácil: hacer que aumente el aceite o hacer que brote la carne donde la lepra se la comió?”

Un silencio... Luego la mujer responde: “El aceite. Pero también la carne porque Tú puedes todo. Puedes devolverme el corazón de mis años mozos. ¡Creo, Señor!”

¡Oh, la sonrisa divina! Es como luz que dulce, suave, gozosa se propagara! Está en los ojos, en los labios, en la voz mientras dice: “Por tu fe estás curada y perdonada. También vosotros. Tened este aceite y alimentaos para restableceros. Id a ver al sacerdote como está prescrito. Mañana, cuando amanezca os traeré vestidos y podéis salir. ¡Ea, alabad al Señor! ¡No sois más leprosos!”

Sucede entonces que los cuatro, que hasta ahora habían estado mirando fijamente al Señor, se miran y gritan sorprendidos. La mujer quisiera erguirse, pero está demasiado desnuda para hacerlo. Sus harapos se le caen y su cuerpo está más desnudo que cubierto. Semiescondida en el peñasco, llevada por el pudor no sólo para con Jesús, sino para con sus compañeros, llora sin freno, diciendo: “¡Bendito seas! ¡Bendito seas! ¡Bendito seas!” y sus bendiciones se mezclan con las horribles blasfemias de los tres malos leprosos, que se han enfurecido de ver curados a los otros. Suciedades y piedras vuelan por los aires.

“No podéis quedaros aquí. Venid conmigo. No os pasará nada. Mirad. Por el camino no viene nadie. Mirad. Era la hora sexta que hace que todos se reúnan en casa. Iréis con los otros leprosos hasta mañana. No temáis. Seguidme. Ten mujer” y le da su manto para que se cubra.

Los cuatro un poco atemorizados, un poco sin saber qué hacer, lo siguen como cuatro corderos. Se dirigen hacia Siloán, triste y célebre lugar de leprosos. Jesús se detiene sobre el borde y dice: “Subid a decirles que mañana temprano estaré aquí. Id a hacer fiesta con ellos hablando del Maestro de la Buena Nueva”. Ordena que les den toda la comida que tienen y los bendice antes de despedirse de ellos.

“Vámonos. Pasa ya la sexta” dice Jesús volviéndose para regresar por el camino inferior que lleva a Betania.

De pronto oye un grito: “Jesús, Hijo de David, piedad también de nosotros”.

“No han esperado al alba...” advierte Pedro.

“Vamos donde están. Son tan pocas las horas en que puedo hacer el bien sin que quien me odia turbe la paz de los que reciben el favor” replica Jesús y vuelve sobre sus pasos, con la cabeza levantada hacia los tres leprosos de Siloán que se han asomado al rellano de la pequeña colina y que repiten el grito, al que se unen los curados, que están detrás.

Jesús, no hace más que extender sus manos y decir: “Hágase como queréis. No olvidéis de vivir según los caminos del Señor”. Los bendice, entre tanto que la lepra desaparece de sus cuerpos, algo así como una capa de nieve que se derrite a los rayos del sol. Jesús se va aprisa, seguido por las bendiciones de los curados, que desde su lugar extienden los brazos como para abrazarlo.

Vuelven al camino que lleva a Betania, que sigue la corriente del Cedrón y que da una vuelta pronunciada, después de algunos centenares de pasos de Siloán. Cuando se pasa, y se puede ver la otra parte del camino que sigue a Betania, se ve que ligero camina Judas de Keriot.

“¡Sí es Judas!” exclama Tadeo, el primero en verlo.

“¿Por qué anda aquí y solo? ¡Oye, Judas!” grita Pedro.

Judas se vuelve al punto. Está pálido, verduzco. Pedro le grita: “Pareces un demonio de color lechuga”.

“¿Qué haces aquí, Judas? ¿Por qué dejaste a tus compañeros?” pregunta al mismo tiempo Jesús.

Judas toma control de sí. Responde: “Estaba con ellos. Encontré a alguien que me trajo noticias de mi madre. Mira...” se busca en la faja. Se pega en la frente con la mano: “Lo dejé en casa. Quería que leyeras la carta... O la perdí en el camino... No está muy bien. Mejor dicho, está mal... Pero ved ahí a los compañeros... que están esperando. Te han visto... Maestro... no sé dónde estoy”.

“Lo comprendo”.

“Maestro... aquí tienes las bolsas. Hice dos... para no llamar la atención... Caminaba solo...”

Los apóstoles Bartolomé, Felipe, Mateo, Simón y Santiago de Zebedeo se sienten un poco embarazados. Se acercan francos a Jesús sí, pero como quien sabe que cometió un error.

Jesús los mira, dice: “No volváis a hacerlo. No está bien que os dividáis. Si os digo que no lo hagáis es porque sé que tenéis necesidad de ayudaros mutuamente. No sois demasiado fuertes para hacer algo por vosotros solos. Unidos, el uno frena, el otro sostiene. Divididos...”

“Fui yo, Maestro, el que aconsejó que nos dividiéramos, aunque nos habáis mandado no lo fuéramos a hacer, que juntos fuéramos a Betania. Judas fue por justas razones y pensamos que no estaba bien que fuéramos sin él. Perdóname, Señor” dice humilde y francamente Bartolomé.

“Os perdono. Pero os repito que no lo volváis a hacer. Pensad que el obedecer por lo menos libra de un pecado: *el de persuadirse que uno es capaz de hacer algo por sí. No sabéis cómo el demonio gira a vuestro alrededor para espiar cualquier ocasión con tal de haceros pecar, de hacer daño a vuestro Maestro, que es muy perseguido. Son tiempos cada vez más difíciles para Mí y para la saciedad que he venido a formar, de modo que es necesario cuidar mucho para que no sea, no digo ya herida y exterminada, porque no lo será jamás sino hasta el fin de los siglos, en que dejará de existir, sino ensuciada de fango. Sus adversarios os miran con toda atención, no os pierden jamás de vista, y también pesan todas mis palabras, todas mis acciones. Y esto para que tengan con qué denigrarme. Si os ven peleadores, si os ven divididos, imperfectos en algo, aunque no sea de gran monta, recopilan, ven lo que hicisteis y os lo lanzarán como fango, como una acusación contra Mí y mi Iglesia que se está formando. ¡Lo estáis viendo! No os reprocho nada, pero sí os aconsejo para vuestro bien. Oh, ¿no*

sabéis, amigos míos que se aprovecharán aun de las cosas mejores y las presentarán para poder acusarme con cierta apariencia de justicia? Procurad ser más obedientes y más prudentes en lo porvenir”.

Los apóstoles están conmovidos por la dulzura de Jesús. Judas continúa cambiando de colores. Se queda abatido, un poco detrás de todos, hasta que Pedro le pregunta: “¿Qué haces ahí? No cometiste un error mayor que los demás. Vente, pues, con todos” y lo obliga a obedecer.

Caminan rápido, porque no obstante que haga sol, sopla un vientecillo que invita a caminar para entrar en calor. Han caminado ya un trecho cuando Natanael, envuelto en su manto, nota que Jesús no trae el suyo, pregunta: “Maestro, ¿qué has hecho de tu manto?”

“Lo di a una leprosa. Hemos curado y consolado a siete leprosos”.

“Tendrás frío. Toma el mío” dice Zelote y añade: “Me acostumbré a los fríos sepulcros cuando el frío del invierno soplaba”.

“No, Simón. Mira, allá está Betsaida, pronto estaremos en casa. De veras que no tengo frío. He tenido tanto gusto en el corazón que me calienta más que un grueso manto”.

“Hermano, nos das algo que no tuvimos. Nosotros no los curamos. Tú fuiste y Tú los consolaste” dice Tadeo.

“Vosotros preparasteis un corazón para creer en el milagro. Por esto conmigo y como Yo habéis ayudado a curar y consolar. ¡Si supieseis cuánto disfruto en asociaros a Mí en todas mis cosas! ¿No os acordáis de las palabras de Juan de Zacarías, mi primo: “Es menester que Él crezca y que yo empequeñezca”? Lo decís con toda razón, porque cualquier hombre por grande que sea, digamos Moisés o Elías, debe desaparecer como las estrellas ante los rayos del sol, ante el que ha venido de parte del Padre Santísimo. También Yo, fundador de una sociedad que durará lo que duren los siglos, y que será santa como lo es su fundador y Cabeza, de una sociedad que hará mis veces, y será una sola conmigo, así como los miembros y el cuerpo del hombre son una sola cosa con la cabeza que los dirige, debo decir: ‘Es menester que ese cuerpo brille y que Yo me ofusque’. Vosotros seréis mis continuadores. Dentro de poco no estaré más entre vosotros, acá en la tierra, materialmente, para dirigiros a vosotros mis apóstoles, a los discípulos, a mis seguidores. Pero estaré espiritualmente con vosotros, siempre, y vuestras almas sentirán mi Espíritu, recibirán mi Luz⁸. Vosotros tendréis qué aparecer en primera línea, entre tanto que Yo regresaré al lugar de donde he venido. Por esto os vengo preparando gradualmente para que seáis los primeros en salir. Algunas veces me hacéis la observación de que ‘antes nos mandabas’. Había necesidad de que fuerais conocidos. Ahora que lo sois, que para este pedazo de tierra sois ya *los Apóstoles*, os tengo siempre unidos a Mí, participantes de todas mis acciones de modo que el mundo pueda decir: “Los ha hecho socios en las obras que realiza porque después de Él seguirán siendo su continuación”. Es verdad, amigos míos. Debéis avanzar cada vez más, iluminaros, ser mi continuación, ser Yo, mientras que cual una madre que lentamente deja de sostener a su hijo que ha aprendido a caminar, me retiro... El traspaso de Mí a vosotros no debe ser violento. Los pequeños de la grey, los humildes fieles podrían asustarse. Yo los paso con toda suavidad de Mí a vosotros para que no se sientan solos ni por un momento. Amadlos mucho, como Yo los amo. Amadlos en recuerdo mío, como Yo los he amado...”

Jesús calla absorto en sus pensamientos. No sale de ellos sino hasta que un poco antes de Betania encuentra a los otros apóstoles que han venido por el otro camino. Todos prosiguen hasta la casa de Lázaro. Juan dice que los están esperando, porque los siervos ya los desviaron. Dice que Lázaro está muy mal.

“Lo sé. Por esto os dije que estaríamos en casa de Simón. Pero no quería alejarme sin saludarlo una vez más”.

“Pero, ¿por qué no lo curas? Sería muy justo. A tus mejores siervos los dejas morir. No comprendo...” dice Iscariote, atrevido como siempre, aun en sus mejores momentos.

⁸ Hace pensar esto en Mt. 28, 18-20; Ju. 14, 15-21.

“No hay necesidad de que lo comprendas antes de tiempo”.

“No lo habrá, dices bien. Pero, ¿sabes qué cosa dicen tus enemigos? Que curas cuando puedes, no cuando quieres. Que proteges cuando puedes... ¿No sabes que el viejo de Tecua murió ya? ¿Y que lo mataron?”

“¿Muerto? ¿Quién? ¿Eliana? ¿Cómo?” preguntan todos sorprendidos. Pedro es el único que pregunta: ‘¿Y cómo lo sabes tú?’

“Por casualidad lo supe hace poco en la casa donde estuve. Sabe Dios que no miento. Parece que fue un ladrón, disfrazado de mercader, y que en vez de pagar el lugar, lo mató’.

“¡Pobre viejo! ¡Qué vida tan infeliz! ¡Qué muerte tan triste! ¿No dices nada, Maestro?” preguntan varios.

“No tengo nada que añadir fuera de que el anciano sirvió al Mesías hasta su muerte. ¡Así fuera el final de todos!”

“Respóndeme, hijo de Alfeo, pero no será como tú afirmabas, ¿o sí?” pregunta Pedro a Tadeo.

“Puede ser. Un hijo que por odio a su padre y por añadidura por odio de esta clase, puede ser capaz de todo. Hermano mío, muy verídicas son tus palabras: ‘Y el hermano se levantará contra su hermano; y el padre contra sus hijos’.

“Y quien hiciere así creará haber servido a Dios. Ojos ciegos, corazones endurecidos, espíritu sin luz. Y con todo los deberéis amar” dice Jesús.

“Pero, ¿cómo vamos a amar a quien nos tratare así? Ya será bastante si no reaccionamos y si soportamos resignadamente sus hechos...” exclama Felipe.

“Yo os daré un ejemplo que os enseñaré. A su tiempo. Y si me amareis haréis lo que Yo haré”.

“Ved a Maximino y a Sara. Debe estar tan malo Lázaro que sus hermanas no salgan a tu encuentro” observa Zelote.

Los dos llegan y se postran. En sus rostros, en sus vestidos está impresa la huella que el dolor y la fatiga acompañan a las familias en donde se lucha contra muerte. Maximino no dice sino: ‘Maestro, ven...’ Pero tan afligido, que vale más que un discurso. Llevan a Jesús a la puerta de la pequeña habitación, mientras los otros siervos se ocupan de los apóstoles.

Al leve toquido de la puerta acude Marta, saca su cabeza enflaquecida y pálida: ‘¡Maestro, ven! ¡Bendito seas!’

Jesús entra, atraviesa la habitación que precede a la del enfermo y entra en ella. Lázaro está durmiendo ¿Lázaro! Un esqueleto, una momia amarillenta que respira... Su cara es la de una calavera y en el sueño se ve mejor. La piel cenicienta y estirada brilla en los ángulos de los pómulos, de los maxilares, de la frente, de las órbitas tan profundas que parece como si en ellas no hubiere ojos, de la nariz afilada que parece haber crecido tanto que desfigura el contorno de las mejillas. Los labios son tan pálidos que apenas si se notan, y parece como que no pueden cerrarse en medio de dos filas de dientes semidescubiertos, semicerrados... es la cara de uno que ya ha muerto.

Jesús se inclina a mirarlo. Se yergue. Mira a las dos hermanas que lo miran con toda el ansia concentrada en sus ojos, en su alma adolorida, en su alma llena de esperanza. Les hace una señal, y sin ruido sale al patiecito que precede a las dos habitaciones. Lo siguen. Cierran la puerta tras sí.

Solos, entre cuatro paredes, en silencio, con el cielo arriba, sobre sus cabezas, se miran. Las hermanas no saben ya pedir, no saben ni siquiera hablar. Pero Jesús habla: “Sabéis quién soy. Sé quiénes sois. Sabéis que os amo. Sé que me amáis. Conocéis mi poder. Conozco vuestra fe en Mí. Sabéis también, sobre todo tú, María, que cuanto más se ama, más se obtiene. Amar es saber esperar y creer sobre toda medida, sobre toda realidad que aconsejase a no creer y a no esperar. Pues bien, por esto os digo que sepáis esperar y creer contra toda realidad contraria. ¿me entendéis? Os digo: Sabed esperar y creed contra toda realidad contraria. No puedo detenerme aquí sino unas cuantas horas. Sólo el Altísimo sabe cuánto desearía como hombre detenerme aquí con vosotras para asistirlo, consolarlo, para

asistiros y confortaros. Pero como Hijo de Dios sé que es necesario que me vaya. Que me aleje... que no esté aquí cuando... Me deseáis más que el aire que respirareis. Un día... muy pronto... comprenderéis estas razones que ahora os parecen crueles. Son motivos divinos, que me duelen a Mí como hombre, tanto como a vosotros. Son dolorosos por ahora. Ahora que no podéis abrazar y contemplar la belleza y la sagacidad. Ni os las puedo revelar. Cuando todo se haya cumplido, entonces comprenderéis y os alegraréis... escuchadme. Cuando Lázaro haya... muerto. ¡No lloréis así! Entonces mandadme llamar cuanto antes. Entre tanto arreglad todo para los funerales con gran pompa, cual corresponde a él y a vuestra casa. Él es un judío de fama. Pocos lo aprecian por lo que es, pero supera a muchos ante los ojos de Dios... Os haré saber dónde esté para que me podáis encontrar”.

“Pero, ¿por qué no estar aquí por lo menos en ese momento? Nos resignamos, sí, a su muerte... Pero Tú... pero Tú... Pero Tú...” Marta solloza no pudiendo decir algo, ahogando en su vestido el llanto...

María, al revés, mira a Jesús, lo mira, como hipnotizada... y no llora.

“Sabed obedecer, sabed creer, esperar... sabed decir siempre “sí” a Dios... Lázaro os está llamando... id. Luego voy... No tendré más tiempo de hablaros a solas. Recordad lo que os acabo de decir”.

Y mientras presurosas entran, Jesús se sienta sobre una banquita de piedra y ora.

234. Jesús en la fiesta de la Dedicación del Templo ¹

9 diciembre 1946

Estar en pie en una mañana en que hace viento y frío no es posible. En la cima del Moria el viento que viene del noroeste, sopla haciendo volar los vestidos y poniendo coloradas las caras y los ojos. Y con todo hay quien ha subido al Templo para las oraciones. Los que pecan por su ausencia absoluta son los rabinos con sus respectivos grupos de alumnos. El portal parece más amplio y sobre todo más majestuoso, sin esas voces gritonas y sin esa pompa que hay en él, como de costumbre.

Y debe ser cosa rara verlo tan vacío, que muchos se asombran. También Pedro se admira. Tomás que parece hasta más robusto, envuelto en su largo y pesado manto, dice: “Se habrán encerrado en algunas habitaciones por temor a perder su voz. ¿Los extrañas?” y se ríe.

“¡Oh, no! ¡Ojalá nunca los volviera a ver Pero no quisiera que sucediese...” y mira a Iscariote que no habla, pero comprende la mirada de Pedro y dice: “De veras que han prometido no molestar más, a no ser que el Maestro los... escandalizase. No cabe duda que estarán espiondo. Pero como aquí no se peca, ni se ofende, ellos no estarán”.

“Mejor así. Dios te bendiga, muchacho, si has logrado que entren en razón”.

Todavía es temprano. Hay poca gente en el Templo. Digo ‘poca’ en comparación de la amplitud del lugar. Ni siquiera doscientas o trescientas personas se ven dentro en los patios, pórticos y corredores.

Jesús único Maestro en el amplio atrio de los gentiles va y viene, hablando con los suyos y con los discípulos que ha encontrado en el recinto del Templo. Responde a sus objeciones o preguntas, esclarece puntos que no han podido comprender y que no pudieron explicar a otros.

Se acercan dos gentiles, los mira, se van sin pronunciar palabra alguna. Pasan personas que trabajan en el Templo, lo miran: tampoco dicen una palabra. Lo mismo sucede con algún fiel.

“¿Vamos a estar todavía aquí?” pregunta Bartolomé.

“Hace frío y no hay nadie. Estar aquí en paz, agrada, Maestro, hoy en realidad estás en la casa de tu Padre, y como dueño” dice sonriente Santiago de Alfeo. Añade: “Así habrá sido el Templo cuando vivían Nehemías y los reyes sabios y los hombres piadosos”.

¹ Cfr. Ju. 10, 22-39.

“De mi parte sería mejor que nos fuéramos. De allá nos están espiando...” dice Pedro.

“¿Quiénes? ¿Los fariseos?”

“No. Los que pasaron antes, y otros más. Vámonos, Maestro...”

“Espero a los enfermos. Me vieron cuando entraba en la ciudad y la voz se esparció. Cuando haga más sol, vendrán. Quedémonos hasta un tercio antes de sexta” responde Jesús. Y continúa caminando para adelante y para atrás para no sentir el aire frío.

De hecho, después de poco tiempo, cuando el sol ha mitigado ya el frío, llega una mujer con una niña enferma y pide que se la cure. Jesús la contenta. La mujer pone su óbolo a sus pies diciendo: “Esto es para otros niños que sufren” Iscariote recoge la moneda.

Poco después, en una camilla traen a un hombre de edad, enfermo de las piernas. Jesús le da la salud.

Viene ahora un grupo, que pide a Jesús que vaya afuera de la muralla del Templo para que arroje el demonio de su niña, cuyos gritos desgarradores se oyen hasta allí adentro. Jesús va con ellos. Sale a la calle que lleva a la ciudad. Entre la gente que se ha apiñado a ver a la jovencilla que echa espuma y se retuerce, sacando tamaños ojos, hay gentiles. De los labios de la jovencita se escuchan palabras de mal gusto, cuanto más Jesús se acerca. Cuatro robustos jóvenes apenas si pueden sujetarla. Junto con las injurias salen gritos que reconocen a Jesús, súplicas que dicen que no se les arroje, y también prorrumpe en verdades que repite monótonamente: “¡Largo! ¡No me hagáis ver a este maldito! ¡Largo, largo! Causa de nuestra ruina. Sé quién eres. Eres... Eres el Mesías. Eres... Otro aceite fuera del de allá arriba no te ha ungido. La fuerza del cielo te protege y te defiende. ¡Te odio, maldito! No me arrojes. ¿Por qué nos arrojas y no nos quieres, mientras sí tienes cerca de Ti a una legión de demonios en uno solo? ¿No sabes que todo el infierno está en uno? Sí, que lo sabes... Déjame aquí, por lo menos hasta la hora de...” Las palabras se cortan, como ahogadas, otras veces salen, otras terminan en aullidos: “¡Déjame entrar por lo menos en él! No me mandes al abismo. ¿Por qué nos odias, Jesús, Hijo de Dios? ¿No te basta con lo que eres? ¿Por qué quieres imperar también sobre nosotros? No te queremos. ¡No! ¿Por qué has venido a perseguirnos, si hemos renegado de Ti? ¡Largo, largo! ¡No, no arrojes sobre nosotros los fuegos del cielo! ¡Tus ojos! Cuando estén apagados, nos reiremos... ¡Ah, no! Ni siquiera entonces... ¡Tú nos vences! ¡Nos vences! ¡Sed malditos Tú y el Padre que te ha enviado, y el que viene de Vosotros y es Vosotros... ¡Aaaaah!”

El grito final es completamente espantoso, como el de una persona a quien degüellan, y se debe a que Jesús, después de que muchas veces interiormente, con su pensamiento había dado orden de que cesase, finalmente toca con un dedo la frente de la joven. El grito termina con una convulsión horrenda, con un fragor en que hay una carcajada y un grito de pesadilla. Al dejarla aúlla: “No me voy lejos... ¡Ja, ja!” semejante es el trueno de un relámpago que se escucha en el firmamento, aun cuando esté limpiísimo.

Muchos corren atemorizados, otros se apiñan a ver a la jovencita que de pronto se ha calmado; como refugiándose en los brazos de quienes la sujetaban se queda así por pocos instantes, luego abre los ojos, sonríe, siente que no tiene el velo en la cara ni en la cabeza, trata de ocultarla con sus brazos levantados. Quienes están con ella, quieren que dé gracias al Maestro. Pero Él dice: “Dejadla. Tiene vergüenza. Su alma me ha dado ya las gracias. Devolvedla a su madre. Allí es su lugar...” y vuelve las espaldas a la gente, volviendo a entrar en el Templo, al lugar de antes.

“¿Viste, Señor, que muchos judíos llegaron por detrás? Reconocí a algunos. ¡Allí están! Son los que antes estaban espiando. Mira cómo discuten entre sí...” refiere Pedro.

“Estarán echándose la suerte para saber en quién de ellos entró el diablo. También está Nahaúm, el hombre de confianza de Anás. Es un tipo que se lo merece...” propone Tomás.

“Tienes razón. No viste porque estabas mirando a otra parte, pero el fuego se dejó ver sobre su cabeza” dice Andrés cascando los dientes. “Estaba cerca de él y tuve miedo...”

“Todos estaban juntos. Yo vi que el fuego se cernía sobre nosotros y pensé que íbamos a morir Temblé, más bien, por el Maestro. Parecía como si se suspendiera sobre su cabeza” explica Mateo.

“No. Yo lo vi salir de la jovencita y estallar sobre los muros del Templo” objeta Leví, el discípulo pastor.

“No discutáis entre vosotros. El fuego no señaló ni a este, ni aquel. Fue sólo la señal de que el demonio había huido” dice Jesús.

“Pero dijo que no se iría lejos...” replica Andrés.

“Palabras de demonio... Quién les hace caso. Alabemos más bien al Altísimo por estos tres hijos de Abraham curados en su cuerpo y en su alma”.

Entre tanto muchos judíos que han venido llegando de esta y de aquella parte –pero no con ellos los fariseos, ni escribas, ni sacerdotes- se acercan y rodean a Jesús. Uno de ellos claramente confiesa: “Has obrado cosas grandes en esta mañana. Obras verdaderamente dignas de un profeta y de un gran profeta. Los espíritus de los abismos han dicho de Ti cosas grandes. Pero no pueden aceptarse sus palabras, si la tuya no las confirma. Estamos temblando de miedo por esas palabras. Pero también tenemos miedo de engaño porque se sabe que Belcebú es un espíritu mentiroso. Dinos, pues, quién eres. Dinos con tu propia boca que respira verdad y rectitud”.

“¿No os lo he dicho tantas veces? Hace ya casi tres años que os lo vengo diciendo, y antes de Mí, os lo dijo Juan en el Jordán y la Voz de Dios que se oyó de los cielos”.

“Tienes razón. Pero nosotros no estuvimos esas veces. Nosotros... Tú que eres un hombre recto, debes comprender nuestras ansias. Queremos creer en Ti como en el Mesías. Pero ha sucedido muchas veces que el pueblo de Dios ha sido engañado por falsos mesías. Consuela nuestro corazón que espera oír una palabra de seguridad y te adoraremos”.

Jesús los mira severamente. Sus ojos parecen perforar sus cuerpos y dejar al descubierto sus corazones. Luego dice: “Realmente muchas veces los hombres saben decir mentiras mejor que Satanás. No. Vosotros no me adoraréis. *Jamás*. Sea lo que os dijere. Y si lo llegaseis a hacer, ¿a quién adoraríais?”

“¿A quién? ¡A nuestro Mesías!”

“¿Llegaríais a hacerlo? ¿Quién es para vosotros el Mesías? Responded, para que sepa lo que valéis”.

“¿El Mesías? El Mesías es el que por órdenes de Dios juntará al Israel disperso y lo hará un pueblo victorioso, bajo cuyo cetro estará el mundo. ¿No sabes lo que es el Mesías?”

“Lo sé, como lo sabéis. Para vosotros, pues, es un hombre que superando a David y Salomón y a Judas Macabeo, hará de Israel la nación reina del mundo”.

“Así es. Dios lo ha prometido. El Mesías nos vengará, nos hará gloriosos, nos devolverá nuestros derechos. El Mesías prometido”.

“Escrito está: ‘No adorarás a otro que no sea el Señor Dios tuyo’ ¹⁰. ¿Cómo podréis adorarme, si en Mí sólo veis al Hombre-Mesías?”

“¿Y qué otra cosa podemos ver en Ti?”

“¿Qué? ¿Y con estos sentimientos habéis venido a preguntarme? ¡Raza de víboras engañosas y venenosas. Sois hasta sacrílegos. Si en Mí no podéis ver otra cosa que el Mesías humano y me adoráis, sois unos idólatras. Sólo a Dios se debe adoración. En verdad os digo que el que os está hablando es más que el Mesías que os figuráis con una misión, con palacios y poderes, que sólo vosotros, faltos de espíritu y sabiduría, os imagináis. El Mesías no ha venido a dar a su pueblo un reino, como creéis. No ha venido a ejercer venganza sobre otros poderosos. Su Reino no es de este mundo. Su poder sobrepuja cualquier otro poder del mundo, que siempre es limitado”.

“Nos mortificas, Maestro. Si eres Maestro y nosotros somos ignorantes, ¿por qué no quieres instruirnos?”

¹⁰ Cfr. Deut. 6, 13.

“Hace tres años que lo estoy haciendo, y siempre estáis en las tinieblas, rechazando la Luz”.

“Es verdad. Tal vez lo sea. Pero lo que fue en el pasado, no quiere decir que suceda en lo porvenir. ¿Y qué? Tú que tienes piedad de los publicanos y de las prostitutas, que absuelves a los pecadores, ¿no vas a tener piedad de nosotros sólo porque somos de dura cerviz y nos esforzamos en comprender lo que eres?”

“No es que os esforcéis. *Es que no queréis comprender*. No sería culpa alguna que fuerais unos idiotas. Dios tiene muchas luces que podrían alumbrar aun la inteligencia más cerrada, pero llena de buena voluntad. Esto es lo que os falta. Más bien, tenéis una, sí, que es opuesta. Por eso no comprendéis quién soy”.

“Será como dices. Estás viendo cuán humildes somos. Te pedimos en el nombre de Dios. Responde a nuestras preguntas. No tengas otras sospechas de nosotros. ¿Hasta nuestro corazón va a quedar inseguro? Si eres el Mesías dínoslo claramente”.

“Os lo he dicho. En las casas, plazas, caminos, poblaciones, montes, ríos, en las playas del mar, en las fronteras de los desiertos, en el Templo, en las sinagogas, en los mercados os lo he dicho, y vosotros no creéis. No hay lugar de Israel que no haya oído mi voz. Hasta los lugares que abusivamente llevan el nombre de Israel desde hace siglos, pero separados del Templo, hasta los lugares que han dado nombre a esta tierra nuestra, que de dominadores se convirtieron en subyugados, que jamás se libraron de sus errores para venir a la Verdad, hasta la Siro-Fenicia, que los rabinos esquivan como tierra de pecado, han oído mi voz y conocido lo que soy.

Os lo he dicho, y no creéis en mis palabras. He realizado cosas a las que no habéis prestado un corazón generoso. Si lo hubierais hecho con espíritu sincero, habríais llegado a creer en Mí. Aquellos que tienen buena voluntad, que me siguen, porque me reconocen como a su Pastor, han creído a mis palabras y al testimonio que dan mis obras.

¿Creéis acaso que lo que hago, no tenga por objeto vuestra utilidad? ¿Y utilidad para todas las criaturas? Desengañaos. No penséis que la utilidad depende de la salvación de uno solo, que mi poder consiguió, o que haya sido librado de la obsesión o del pecado. Esto es una utilidad circunscrita a un individuo. Poca cosa respecto al poder que viene dado por la fuente sobrenatural, más que sobrenatural: divina, que le da salida para que sea la única utilidad. Hay una utilidad en las cosas que hago. La utilidad de quitar toda duda a los que dudan, de convencer a los contrarios, además de robustecer cada vez más la fe de los que creen.

Por razón de esta utilidad colectiva, en favor de todos los hombres presentes y futuros, porque mis obras darán testimonio de Mí a los que vendrán después y los convencerán en lo que se refiere a Mí, mi Padre me dio poder de hacer lo que hago. En las obras de Dios nada se hace sin un buen fin. Recordadlo siempre. Meditad en esta verdad”.

Jesús deja de hablar por unos instantes. Clava su mirada en un judío que tiene la cabeza inclinada y luego añade: “Tú estás pensando así, tú, el del vestido de color de uva madura, te estás preguntando si Satanás tenga también un fin bueno. No quieras ser un necio enemigo mío y no busques error en mis palabras. Te respondo que *Satanás no es obra de Dios, sino de la libre voluntad del ángel rebelde*. Dios lo había hecho un ministro glorioso suyo, y por lo tanto lo había creado para un fin bueno. Ahora, hablando contigo mismo, dices: “Entonces Dios es un necio porque dotó de gloria a un futuro rebelde y confió su voluntad a un desobediente” Te respondo: Dios no es un necio, sino un ser perfecto en sus acciones y pensamientos. Es el Perfectísimo. Las criaturas son imperfectas, cuando sean las más perfectas. Siempre habrá un punto de inferioridad en ellas respecto a Dios. *Pero Dios, que ama a las criaturas, les ha concedido la libertad de arbitrio para que ellas se perfeccionen en la virtud y se hagan a sí mismas semejantes a Él, su Padre. Te digo además, tú que te burlas y astutamente buscas error en mis palabras, que del mal, aun voluntariamente cometido, Dios saca un fin bueno: el que sirva para dar posesión a los hombres de una gloria merecida. Las victorias sobre el mal son la corona de los elegidos. Si el mal no pudiese crear una consecuencia buena para*

aquellos que tienen buena voluntad. Dios lo habría destruido. Porque nada de cuanto que hay en la creación debe estar privado de incentivo o de consecuencias buenas.

¿No respondes? ¿Te cuesta trabajo declarar que he leído tu corazón y que tus raciocinios injustos han sido destruidos? No te obligaré a hacerlo. En la presencia de todos, te dejaré a tu soberbia. No te exijo que me declares victorioso, pero cuando estés con éstos, semejantes a ti, y con quienes te enviaron, confiesa entonces que Jesús de Nazaret leyó tus pensamientos, que destrozó tus objeciones con las únicas armas de su palabra verídica.

Dejando este asunto personal volveré a vosotros que me estáis escuchando. Si uno solo de vosotros se convirtiese por mis palabras a la Luz, mis fatigas de hablar a piedras, mejor dicho, a sepulcros llenos de víboras, quedarían muy bien recompensadas.

Dije que los que me aman, me han reconocido por su Pastor a través de mis palabras y obras. Pero vosotros no creéis, *no podéis creer*, porque no sois de mis ovejas.

¿Qué sois vosotros? Os lo pregunto. Preguntadlo a lo íntimo de vuestro corazón. No sois unos tontos. Lo podéis saber por lo que sois. Basta con que escuchéis la voz de vuestra alma que está intranquila porque sigue ofendiendo al Hijo del que la creó. Pero vosotros, pese a que sepáis lo que sois, no lo confesaréis. No sois humildes, ni sinceros. Yo os diré. Sois en parte lobos, en parte machos cabríos salvajes. Pero ninguno de vosotros, pese a la piel de ovejas con que se cobija, es cordero. Bajo la piel suave y blanca encubristis toda clase de colores feroces; tenéis los cuernos puntiagudos, los colmillos y las pezuñas de unos y otros. Y no queréis dejar de serlo, porque os gusta, y vuestros sueños alimentan ferocidad y rebelión. Por eso no podéis amarme, ni seguirme, ni comprenderme. Si entráis en la grey, será sólo para causar daño, dolor o desorden. Mis ovejas os temen. Si fuesen como vosotros, os odiarían. Pero no saben hacerlo. Son los corderos del Príncipe de la paz, del Maestro del amor, del Pastor misericordioso. No saben odiar. Jamás os odiarán, como tampoco Yo os odiaré jamás. Os dejo el odio, *que es el malvado fruto de la triple concupiscencia con el propio ser que irrumpe en el hombre animal, que vive olvidadizo de ser también espíritu, además de materia.* Yo me quedo con lo que es mío: el amor. Lo comparto con mis corderos, lo ofrezco también a vosotros para haceros buenos.

Si llegáis a ser buenos, me comprenderéis y perteneceríais a mi grey, semejantes a los que están en ella. Nos amaríamos. Yo y mis ovejas nos amamos. Ellas me escuchan, reconocen mi voz. Vosotros no comprendéis lo que significa conocer mi voz. Significa no tener dudas sobre su origen y distinguirla entre mil voces de falsos profetas, como la voz verdadera venida del cielo. Ahora y siempre, aun entre los que creen, y en cierto sentido siguen la Sabiduría, habrá muchos que no sabrán distinguir mi voz de otras que os hablarán de Dios, con mayor o menor rectitud, pero que serán voces inferiores a la mía...”

“Andas diciendo que te vas a ir, pero seguirás hablando, como si hablastes a un débil mental”.

Si la voz de Jesús ha sido un poco severa, fue sólo al principio cuando se dirigió a los judíos y luego cuando respondió a las objeciones internas del judío. Pero su voz sigue continúa siendo dulce y llena de dolor: “Hablaré siempre, para que el mundo no se convierta en idólatra. Hablaré a los míos, a los que he elegido para que os repitan mis palabras. El Espíritu de Dios, hablará y ellos comprenderán lo que aun los sabios no logran ni lograrán entender. Porque los estudiosos estudiarán la palabra, la frase, el modo, el lugar, el cómo, el instrumento, a través de los cuales la Palabra habla, *mientras mis elegidos no se perderán en los estudios inútiles, sino escucharán perdidos en el amor, y comprenderán porque será el Amor el que hablará. Serán capaces de distinguir las páginas adornadas de los doctos, y las mentirosas de los falsos profetas, de los rabinos hipócritas, que enseñan doctrinas no correctas o enseñan lo que no practican, de las palabras sencillas, verdaderas, profundas que precederán de Mí. Pero el mundo los odiará por esto, porque el mundo me odia a Mí-Luz y odia a los hijos de ella; el mundo de tinieblas no aman sino las tinieblas que le favorecen para pecar.* Mis ovejas me conocen y me conocerán y me seguirán aun en los senderos llenos de sangre y de dolor que seré el primero en recorrer y que detrás de Mí también recorrerán. Las

animan los caminos que conducen a la Sabiduría. Los caminos que la sangre y el llanto de los perseguidos, porque enseñan la justicia, alumbran porque resplandecen en la oscuridad de humo del mundo y de Satanás y son como chispas de estrellas que conducen el Camino, a la Verdad, a la Vida a quienes buscan la Sabiduría. De esto tienen necesidad las almas: *de quienes las lleve a la Vida, a la Verdad, al recto Camino. Dios es misericordioso para con las almas que buscan y no encuentran, no por su culpa, sino por desidia de pastores ídolos. Dios es piadoso para con las almas que, abandonadas a sus propias fuerzas, se extravían y las acogen ministros de Lucifer, dispuestos a acogerlas para hacerlas prosélitas de sus doctrinas. Dios es misericordioso para con los que están en el engaño sólo porque los rabinos de Dios, los llamados rabinos de Dios, se han desinteresado de ellos. Dios es piadoso para con los que salen al encuentro del desconsuelo, de la oscuridad, de la muerte por culpa de malos maestros, que no tienen de maestros sino el vestido y la ambición de que se les dé tal nombre. Así como envió profetas a su pueblo, así como me envió a Mí para todo el mundo, así también enviará después para estas pobres almas los siervos de la palabra, de la verdad, del amor, que repetirán mis palabras, que dan la Vida. Así pues mis ovejas de hoy y de mañana tendrán la Vida que les daré a través de mi palabra que esa vida eterna para quien la acoge, y no perecerán jamás, y nadie las mandará arrancar de mis manos*".

"Nosotros nunca hemos rechazado la palabra de los verdaderos profetas. Siempre hemos respetado a Juan, que ha sido el último de ellos" replica airado un judío a quien sus compañeros hacen eco.

"Murió a tiempo para no hacerse odioso y para que no lo persiguierais. Si viviese todavía, el '*no es lícito*' que dijo por un incesto carnal lo diría también a vosotros que cometéis un adulterio espiritual fornicando con Satanás y ofendiendo a Dios. Lo mataríais como queréis matarme a Mí".

Furiosos los judíos se mueven como abejas, prontos a picar, fastidiados de fingirse buenos.

Jesús no se preocupa de ello. Levanta su voz para dominar el avispero y grita: "Me preguntasteis que quién soy, ¡hipócritas! Dijisteis que era porque queríais saberlo para estar seguros. Y ahora decís que Juan fue el último profeta. Dos veces os condenáis por mentira. La primera porque decía que no habéis jamás rechazado las palabras de los verdaderos profetas, la segunda porque al afirmar que Juan es el último de los profetas y que creéis en los verdaderos profetas, me excluís a Mí aun como profeta y profeta *verdadero*. ¡Bocas mentirosas! ¡Corazones falaces! En verdad, en verdad, aquí en la casa de mi Padre proclama que soy más que un profeta. Retengo lo que el Padre me ha dado. Lo que el Padre me ha dado es más precioso de todo y de todos porque es una cosa sobre la que el querer y poder de los hombres no pueden poner sus manos rapaces. Retengo lo que Dios me ha dado y que aunque esté en Mí, siempre está en Dios, y nadie puede arrebatarlo de las manos de mi Padre, ni de las mías porque la naturaleza divina es igual. Yo y el Padre somos una sola cosa".

"¡Ah, horror! ¡Blasfemia! ¡Anatema!" El aullido de los judíos retumba por el Templo, y una vez más las piedras que usan los cambistas y vendedores de animales para tener en orden sus lugares, pueden servir de proyectiles, listos para lanzarse.

Pero Jesús se yergue con los brazos cruzados sobre el pecho. Sube sobre un banco de piedra para ser más visible y desde allí los domina con los rayos de sus ojos de zafiro. Domina y fulgura. Es tan majestuoso que los paraliza. En lugar de lanzarle las piedras, las echan a un lado o las conservan en la mano, pero sin atreverse a lanzárselas. Aún los aullidos se calman envueltos en un temor extraño. Es propiamente Dios quien mira en Jesús. Y cuando Dios mira así, el hombre, aun el más protervo, empequeñece, se espanta.

Me pongo a pensar en qué habrá consistido el misterio por el que los judíos pudieron ser tan crueles en el Viernes Santo. En qué habrá consistido no haberse manifestado un tal dominio en Jesús en ese día. Verdaderamente fue la hora de las tinieblas, la hora de Satanás, y solo ellos reinaron... La Divinidad, la Paternidad de Dios abandonó a su Mesías, y Él no fue más que la Víctima...

Jesús sigue en esta posición por unos segundos. Luego continúa hablando a esta turba vendida y vil, que ha perdido toda su valentía ante una mirada divina: “¡Pues bien! ¿Qué queréis hacer? Me preguntasteis que quién soy. Os lo he dicho. Os habéis puesto furiosos. Os he recordado lo que he obrado, os he hecho ver y recordar muchas obras buenas que brotan de mi Padre y que he realizado con el poder que me viene de Él. ¿Por cuál de estas obras me queréis apedrear? ¿Por haber enseñado la justicia? ¿Por haber traído a los hombres la Buena nueva? ¿Por haber venido a invitaros al reino de Dios? ¿Por haber curado a vuestros enfermos, dado vista a vuestros ciegos, movimiento a los paralíticos, palabra a los mudos, libertad a los poseídos, vida a los muertos, bien a los pobres, perdonado a los pecadores, amado a todos, aun a los que me odian, a vosotros y a los que os enviaron? ¿Por cuál, pues, de estas obras me queréis aprender?”

“No es por las buenas obras que has hecho, que te queremos lapidar, sino por tu blasfemia, porque siendo hombre, te haces Dios”.

“¿No está escrito en vuestra Ley: ‘Yo dije: vosotros sois dioses e hijos del Altísimo?’²⁶ Ahora bien, si Dios llamó ‘dioses’ a quienes habló, al haber dado una orden: la de vivir de modo que su semejanza e imagen que existen en el hombre, aparezcan claras y que el hombre no sea ni demonio ni animal; si los hombres son llamados ‘dioses’ en la Escritura, palabra inspirada de Dios, y por lo tanto, no puede modificarse, ni anularse según los caprichos e intereses del hombre, ¿por qué me echáis en cara que blasfeme, a Mí a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo, tan solo porque he dicho: ‘Soy Hijo de Dios’? Si no hiciera las obras de mi Padre, tendríais razón de no creer en Mí. Pero las hago. Vosotros sois quienes no queréis creer en Mí. Creed por lo menos en estas obras, para que sepáis y reconozcáis que el Padre está en Mí y Yo en Él”.

El huracán de gritos y de violencia ruge con mayor fuerza. De una de las terrazas del Templo, en que se habían escondido sacerdotes, escribas y fariseos, graznan muchas voces: “Apoderaos de ese blasfemo. Su culpa es ya pública. Todos hemos oído. ¡Muerte al blasfemo que se proclama Dios! Dadle el mismo castigo que al hijo de Salomit de Dabir. ¡Llévesele fuera de la ciudad y lapídesse! Tenemos todo el derecho. Escrito está: ‘El blasfemo es reo de muerte’²¹”.

Los gritos de los jefes azuzan la ira de los judíos, que tratan de apoderarse de Jesús y de entregarlo maniatado a los magistrados del Templo, que acuden, seguidos de las guardias del Templo.

Pero más ligeros que ellos una vez más, los legionarios que vigilaban desde la torre Antonia y que han seguido atentos el tumulto, salen del cuartel y vienen. No respetan a nadie. Las astas de sus lanzas rebotan sobre cabezas y espaldas. Su excitación aumenta con los chascarrillos e insultos: “¡A vuestras cuevas perros! ¡Fuera de aquí! Licinio, dale duro a ese tiñoso. ¡Fuera! ¡El miedo os hace apestar más que nunca! ¡Pero qué coméis, cuervos para apestar así? Bien dices Basso. Se purifican, pero apestan. ¡Mira allá a aquel narigudo! ¡Al muro, al muro que tomamos los nombres! ¡Y vosotros búhos, bajad de allá! Os conocemos. El centurión dará una buena relación al Procónsul. ¡No, a ese déjalo! Es un apóstol del Rabí. ¿No ves que tiene cara de hombre y no de chacal? ¡Mira, mira, cómo escapan por esa parte!! ¡Déjalos ir! ¡Para persuadirlos habría que ensartarlos con el asta entera! ¡Sólo así los tendríamos domados! ¡Tal vez mañana! ¡Ah, tú estás preso y no te escapas! Te vi, ¡eh! Fuiste quien arrojó la primera piedra. Darás cuenta por ello, por haber herido a un soldado de Roma... También éste. Nos maldijo, imprecando las banderas. ¿Ah, sí? ¿De veras? Ven, que te las haremos amar en nuestras mazmorras...” Y de este modo, cargando e insultando, apresando a unos y poniendo en fuga a otros, los legionarios limpian el amplio patio.

²⁶ Cfr. Sal. 81, 6.

²¹ Cfr. Lev. 24, 10-16.

Cuando los judíos ven que dos de los suyos han sido arrestados, muestran su vileza; o huyen cacareando como una parvada de gallinas al ver al gavillero, o se arrojan a los pies de los soldados para suplicar piedad con un servilismo y adulación repugnantes.

Un oficial, a cuyos pies se acerca un viejo arrugado, uno de los enemigos más encarnizados de Jesús, llamándolo ‘magnánimo y justo, le da un terrible empujón que lo echa a rodar tres pasos atrás y le grita: “Largo, largo de aquí, vieja zorra tiñosa’. Volviéndose a un compañero, mostrándole la pantorrilla, dice: “Tiene uñas de zorra y baba de sierpe. Mira. ” ¡Por Júpiter Máximo! Me voy ahora a las Termas a restañar los rasguños de ese viejo lleno de baba’ y se ve que su pantorrilla muestra terribles rasguños.

He perdido de vista a Jesús. No puedo decir a dónde habrá ido, ni por qué puerta, salido. Durante la confusión vi tan solo las caras de los hijos de Alfeo y de Tomás, que luchan por abrirse paso, y las lágrimas de algunos de los discípulos pastores. Después también las de ellos se me perdieron de vista y no ha quedado más que ese montón de pérfidos judíos que corren acá y allá para evitar que los capturen y que los legionarios los reconozcan pues tengo la impresión que para ellos es un motivo de júbilo dar duro sobre ellos y pagarse de todo el odio con que los cubren.

235. Jesús para aislarse va a la gruta de su nacimiento

11 diciembre 1946

Jesús está a las espaldas del Templo, cerca de la puerta de las Ovejas, a las afueras de la ciudad. Le rodean sus apóstoles y discípulos pastores, menos Leví que todavía está bajo la impresión, atolondramiento y del enojo. No veo a ningún otro de los discípulos que estuvieron con Él en el Templo. Discuten entre sí. Mejor dicho parece como si discutiesen con Jesús, y con Judas de Keriot especialmente. A este último le echan en cara la rabia de los judíos y lo hacen con mordaz ironía. Judas los deja hablar. Repite: “Yo hablé con los fariseos, escribas y sacerdotes, y ni uno de ellos estuvo entre la multitud”.

Echa en cara a Jesús que no hubiera truncado la discusión, después que la apaciguó la primera vez. Responde: “Tenía qué terminar mi manifestación”.

Ahora que el sábado se acerca y también los días de fiesta, están inciertos a dónde ir. Simón Pedro propone la casa de José de Arimatea. A Betania no se puede ir a dar molestia alguna, sobre todo porque Jesús dijo claramente que no quiere ir más allá.

Tomás dice: “Ni José ni Nicodemo están. Se han ido. Por la fiesta. Ayer los saludé cuando estábamos esperando a Judas, y me lo dijeron”.

“Vamos entonces a casa de Nique” propone Mateo.

“Está en Jericó para la fiesta” replica Felipe.

“A la casa de José de Séforis” propone Santiago de Alfeo.

“¡Uhm! José... ¡No le haremos un regalo” Ha tenido dificultades y ... ¡Claro que lo dijo! Venera al Maestro, pero quiere estar en paz. Parece una barca entre dos corrientes... Quiere flotar siempre... tiene en cuenta todos los lastres. Hasta del pequeño Marcial... tanto que no quiso pasarlo a José de Arimatea” protesta Pedro.

“¡Ah, por esto estaba ayer con él!” exclama Andrés.

“¡Comprendido! Por eso es mejor que se refugie en un puertecito seguro... ¡Eh, le falta valor! ¡El sanedrín mete miedo a todos” añade Pedro.

“Habla por ti, te lo pido. Yo no tengo miedo de nadie” interrumpe Iscariote.

“Tampoco yo... Por defender al Maestro desafiaría a todas las legiones. Pero somos nosotros... Los otros... Eh, tienen negocios, casas, mujer, hijos... Tienen qué pensar en ello”.

“También nosotros tenemos” objeta Bartolomé.

“También nosotros somos los apóstoles y...”

“Y sois iguales a los otros. No critiquéis, pues, a nadie. La hora de la prueba aun no ha llegado” dice Jesús.

“¿Todavía no ha llegado? ¿Entonces qué cosas son las que hemos ya pasado? Tú mismo viste cómo hoy te he defendido. Todos lo hicieron, pero yo más que todos. Di tales empujones y codazos que hubiera hecho varar una barca... ¡Una idea! Vamos a Nobe. ¡El viejo estará feliz!”

“Sí, sí. A Nobe” Todos aprueban.

“Juan no está. Haríais el viaje en balde. Podéis ir a Nobe, pero no a casa de Juan, porque no está”.

“¡Podéis! ¿Y Tú no vienes?”

“No quiero, Simón de Jonás. Tengo qué ir a un lugar en estos días de las Encenias. Si no estoy, podéis estar tranquilos en cualquier lugar. Por esto os digo: id a donde queráis. Os bendigo. Os recomiendo que estéis unidos en cuerpo y espíritu, sujetos a Pedro, que es vuestro jefe, pero no como si fuera el patrón, sin como a hermano mayor. Tan pronto como regrese Leví con mi alforja, nos separaremos”.

“¡Eso no, mi Señor! ¡Que te deje ir solo, jamás!”

“Se hará, si Yo lo quiero, Simón de Jonás. No tengas miedo. No estaré en la ciudad. Nadie que no sea ángel o demonio descubrirá mi refugio”.

“Está bien. Porque son muchos los demonios que te odian. ¡Te digo que solo no irás!”

“Están también los ángeles, Simón. Me voy”.

“¿Pero a dónde? ¿A la casa de quién? Si has rechazado las mejores porque quieres o por las circunstancias. Me imagino que no vas a quererte estar en esta estación en alguna gruta, en los montes”.

“¡Si lo quisiera! Los montes son menos fríos que los corazones de los hombres que no me aman” responde Jesús como hablando a Sí mismo, inclinando su cabeza para esconder el brillo de una lágrima.

“Ahí viene Leví corriendo” dice Andrés que mira desde lo alto del camino.

“Démonos la paz y separémonos. Si queréis ir a Nobe apenas tendréis tiempo de llegar antes de que anochezca”.

Llega Leví jadeando: “Por todas partes te buscan, Maestro... Me lo han dicho los que te aman... Han ido a muchas casas, sobre todo a los pobres...”

“¿Te vieron?” pregunta Santiago de Zebedeo.

“Sí, y hasta me asieron. Pero yo que sabía de antemano, dije: “Voy a Gabaón”, salí por la puerta de Damasco y corrí por detrás de la muralla... No dije mentira, Señor, porque yo y éste vamos a Gabaón después del sábado. Esta noche nos quedamos en la campiña de la ciudad de David... Me traen recuerdos de días... y mira a Jesús con una sonrisa angelical en su cara varonil y barbada, una sonrisa que recuerda la fisonomía del niño de aquella noche de Belén.

“Está bien. Podéis iros. También vosotros. Yo me voy. Cada uno por su camino. Dentro de pocos días estaré en el poblado de Salomón, id allá. Antes de dejaros os repito las palabras que os dije cuando os mandé de dos en dos por las ciudades: “Id, predicad, anunciad que el Reino de los cielos está *muy* cerca. Curad a enfermos, limpiad leprosos, resucitad a los muertos en el espíritu y en el cuerpo imponiendo en mi Nombre la resurrección del espíritu, la búsqueda de Mí que soy la Vida, o la resurrección del cuerpo. No os ensoberbeczáis de lo que hiciereis. Evitad las disputas entre vosotros y con quien no os ame. No exijáis algo de lo que hiciereis. Preferid ir entre las ovejas extraviadas de la casa de Israel que no entre gentiles y samaritanos; y esto último no por desprecio, sino porque no estáis preparados para convertirlos. Sin preocupación del mañana dad lo que tenéis. Haced todo lo que me habéis visto hacer, y con igual espíritu que el mío. Ved que os doy el poder de hacer lo que hago y que quiero que hagáis para que Dios sea glorificado, da el beso de paz a cada uno y luego se despide.

Todos se van de mala gana, volviéndose varias veces. Los saluda con la mano hasta que se ve que se han ido todos, luego baja al lecho del Cedrón, por entre unos matorrales, se sienta sobre una piedra a la orilla del riachuelo, bebe el agua clara fría, se lava el rostro, las manos, los pies. Se arregla nuevamente y se sienta otra vez. Piensa... Y no se da cuenta de lo

que sucede a su alrededor, esto es, que el apóstol Juan, que había partido con sus compañeros, ha regresado solo y lo imita escondiéndose entre un matorral tupido...

Jesús se está allí por algunos minutos, luego se levanta, se echa la alforja encima y siguiendo el Cedrón, entre la espesura, llega al pozo de En Rogel; luego corta al suroeste, hasta tomar el camino de Belén. Juan, a unos cien pasos detrás, lo sigue, bien envuelto en el manto para no ser reconocido.

Y caminan por los senderos de los que el invierno ha arrebatado el verdor. Jesús, con su paso largo, devora el camino. Juan lo sigue con dificultad, y también para no ser descubierto. Dos veces Jesús se detiene y se vuelve. La primera al pasar cerca del pequeño collado donde Judas estuvo para ir a hablar con Caifás y camaradas, la segunda cerca de un pozo donde se sienta y come un poco de pan, bebiendo del jarro de un viajero. Luego continúa su camino, mientras el sol va bajando lentamente. Llega al sepulcro de Raquel, cuando los últimos rayos rojos del horizonte se apagan en una pincelada de color morado. El cielo en el occidente parece una pérgola de glicinas en flor, mientras en el oriente se pinta de cobalto con un frío anochecer invernal y las primeras estrellas empiezan tímidas a asomarse.

Jesús apresura el paso. Llegará antes de que la noche se cierre. Llegado a un cierto punto alto, desde el que divisa la ciudad de Belén, se detiene, contempla, suspira... Luego ligero desciende. No entra a la ciudad. La rodea por entre sus últimas casas. Derecho va a las ruinas de la casa o torre de David, donde nació. Pasa el arroyuelo que corre cerca de la gruta, pone pie en el pequeño descubierto de hojas secas... Mira cuidadosamente las ruinas. No hay nadie. Entra...

Juan está más allá, cauteloso, para que Jesús no lo sienta, ni lo vea. Mira, busca con cuidado. Más bien a tientas, que por verlas, encuentra una de las secciones de establos. Entra y prende luz en un rincón. Ve un poco de paja sucia; algunas ramas secas; heno en el pesebre.

Juan está contento. Habla consigo mismo: "Al menos oiré... y... O morimos juntos o lo salvo". Luego entre suspiro dice: "¡Aquí nació! ¡Aquí viene a llorar su dolor... Y... ¡Ah, Dios eterno, salva a tu Mesías! Me tiembla el corazón, ¡oh Dios Altísimo!, porque Él se aísla siempre antes de emprender grandes cosas... ¿Qué gran cosa puede haber ahora, sino manifestarse como el Rey Mesías? ¡Oh, todo lo que ha dicho lo tengo dentro!... Soy un muchacho tonto y poco es lo que comprendo. Todos comprendemos poco, ¡oh Padre eterno nuestro! Pero yo tengo miedo. ¡Miedo tengo! Porque habla de muerte, de una muerte dolorosa, de traición, de cosas terribles... ¡Tengo miedo, miedo, Dios mío! Da fuerzas a mi corazón, ¡eterno Señor! Fortifica mi corazón de muchachito, como sin duda robusteces el de tu Hijo para los futuros acontecimientos... ¡Oh, que lo presiento! Para eso ha venido aquí. Para sentirte más que nunca y robustecerse con tu amor. Yo lo imito, ¡oh Padre Santísimo! Ámame y haz que te ame para tener la fuerza de padecer todo sin cobardía, para cosuelo de tu Hijo".

Juan ora largamente, de pie, con los brazos en alto, a la luz que despiden temblorosas las ramas que encendió en una vieja hornilla. Ora, hasta que ve que el fuego está por apagarse. Sube al ancho pesebre y se acurruca entre el heno. No puede distinguirse en medio de las sombras. Su negro manto lo envuelve. Un primer rayo de luna se mete por la abertura que da al oriente, señal de que la noche ya reina. Juan, cansado, se duerme. Su respiro y el leve chasquido del arroyuelo son los únicos rumores en esta noche de diciembre.

Arriba, el firmamento, en el que ligeras nubes envuelven y ocultan por instantes a la luna, parece como si escuadras de ángeles lo recorriesen... Pero no se oye su canto. De cuando en cuando entre los escombros se oye el canto lúgubre de '¡cucú!' de las aves nocturnas, y algunas veces se oye una especie de risotada, como de bruja, que es una lechuza, y de lejos se percibe que llega como un lamento, un aullido. ¿Algún perro encerrado en el redil aúlla a la luna; o bien será algún lobo, a quien el viento trae el olor de la presa y que se sacude los flancos con la cola, que aúlla de hambre, no atreviéndose a acercarse a los establos bien guarnecidos? No lo sé.

Luego se escuchan voces y pisadas y se ve una luz rojiza, que tiembla entre las ruinas. Son discípulos y pastores. Uno detrás del otro: Matías, Juan, Leví, Daniel, Benjamín, Elías, Simeón. Matías trae una rama por antorcha. Pero el que va adelante es Leví y se asoma a la gruta de Jesús. Se vuelve rápido y hace señal de estarse quietos. Mira otra vez... luego con la mano derecha la portezuela; hace señal a los otros de entrar, se hace a un lado para que los otros pasen, teniendo siempre un dedo en los labios en señal de silencio. Después todos se retiran conmovidos como Leví.

“¿Qué hacemos?” pregunta en voz baja Elías.

“Quedémonos aquí a contemplarlo” responde José.

“No. No es lícito a nadie violar los secretos espirituales de las almas. Vámonos más allá” dice Matías.

“Tienes razón. Entremos en aquella otra parte. Así no nos vamos lejos y estamos cerca de Él” propone Leví.

“Vamos”. Pero antes de retirarse, miran una vez más hacia adentro de la cueva de la Natividad; luego se van, conmovidos, tratando de no hacer ruido.

Cuando están en el umbral de la otra sección oyen los ronquidos de Juan.

“Hay alguien” dice Matías deteniéndose.

“¿Qué querrá? Entremos también nosotros. Como pudo refugiarse un mendigo, que ciertamente lo será, también nosotros podemos refugiarnos” replica Benjamín.

Entran con la antorcha en alto. Juan, hecho un ovillo en su improvisado e incómodo lecho, con la cara cubierta por su cabellera y por el manto, continúa durmiendo. Se acercan despacio con la intención de sentarse en la paja esparcida cerca del pesebre; pero al hacerlo Daniel echa una mirada más atenta sobre el que duerme y lo reconoce. Dice: “Es el apóstol del Señor. Juan de Zebedeo. Se han refugiado para orar... el sueño ha vencido al apóstol. Vámonos de aquí. Podría sentirse mortificado al verse descubierto dormido en lugar de estar orando...”

Salen y de mala gana entran en el otro galerón que está detrás de este. Simón propone: “¿Por qué no nos quedamos en el umbral de su gruta, para verlo de vez en cuando? Por muchos años hemos estado bajo el rocío a la luz de las estrellas, cuidando los rebaños ¿y no podemos hacerlo para cuidar al Cordero de Dios? ¡Nosotros que fuimos los primeros en haberlo adorado en su primera noche tenemos derecho!”

“Tienes razón como hombre y como adorador del Hombre-Dios. ¿Pero qué viste al asomarte hacia adentro? ¿Acaso al Hombre? No. Sin querer hemos atravesado el umbral al atravesar el triple velo extendido para proteger el misterio, y hemos visto lo que ni siquiera el Sumo Sacerdote ve al entrar en el Santo de los Santos. Hemos visto los inefables amores de Dios con Dios. No nos es lícito espiarlos otra vez. La potencia de Dios podría castigar nuestras pupilas atrevidas, que han visto el éxtasis del Hijo de Dios. ¡Oh, contentémonos con lo que tuvimos! Quisimos venir aquí para pasar la noche en oración antes de irnos a nuestra misión. Orar y recordar aquella noche lejana... En vez de eso hemos contemplado el amor de Dios. ¡Oh, cuánto nos ha amado el Eterno, al darnos la alegría de contemplar al Infante, haber sufrido por Él, y de anunciarlo como discípulos del Niño Dios y del Hombre-Dios! Ahora nos ha concedido este misterio... Bendigamos al Altísimo y no deseemos más” dice Matías que, según me parece es el que goza de mayor autoridad por su saber y rectitud.

“Tienes razón. Dios nos ha amado mucho. No debemos pedir más. Samuel, José y Matías no tuvieron sino la alegría de adorar al Infante y de haber sufrido por Él. Jonás murió sin haberlo alcanzado. El mismo Isaac no está aquí para ver lo que hemos visto. Y si hay alguno que lo merece es él que se deshace en anunciarlo” dice Juan.

“¡Es verdad, es verdad! ¡Qué feliz se hubiera sentido si hubiera visto esto! Se lo contaremos” dice Daniel.

“Sí. Grabemos todo en nuestro corazón, para decírselo” añade Elías.

“Y a los otros discípulos y fieles” exclama Benjamín.

“No. No a los otros. Y no por egoísmo, sino por prudencia y por respeto al misterio. Si Dios quiere, llegará la hora en que podamos revelarlo. Por ahora debemos guardar silencio” aconseja nuevamente Matías, y volviéndose a Simeón: “Tu fuiste como yo discípulo de Juan. Acuérdate cómo nos instruía sobre la prudencia de las cosas santas: *“Si alguna vez Dios, como ya os ha favorecido, os siguiese favoreciendo con dones extraordinarios, que esto no os haga ebrios charlatanes. Recordad que Dios se manifiesta a los espíritus, que están encerrados en los cuerpos, que son como piedras celestiales que no deben exponerse a las inmundicias del mundo. Sed santos en el cuerpo y en los sentidos para poder frenar todo instinto carnal. En los ojos como en los oídos, en las lenguas como en las manos. Y santos en el pensamiento sabiendo frenar el orgullo de querer demostrar lo que tenéis. Porque los sentidos y demás partes del cuerpo, como la inteligencia, deben servir, y no reinar. Servir al espíritu, no reinar sobre él. Deben proteger, no turbar el espíritu. Por esto, poned el sello de vuestra prudencia en los misterios de Dios, fuera de una orden explícita, así como el espíritu conserva el de su permanencia temporal en el cuerpo. Serían inútiles en realidad, y hasta peligrosos, el cuerpo y la inteligencia, si no lográsemos que nos sirviesen para obtener méritos, y si no sirviesen para ser templos de un altar donde brilla la gloria de Dios: nuestro espíritu”* ¿Os acordáis de esto, tú Juan, y tú Simeón? Espero que sí, porque si no os acordáis de las palabras de nuestro primer maestro, él ha muerto realmente para vosotros. *Un maestro vive mientras su doctrina vive en sus discípulos. Y si después viene suplantado por otro mayor, por los discípulos de Jesús, por el Maestro de los maestros, no es jamás lícito olvidar las palabras del primero, que nos prepararon a comprender y a amara con sabiduría al Cordero de Dios*”.

“Tienes toda la razón. Hablas sabiamente. Te obedecemos”.

“Pero, ¡qué penoso, qué duro es resistir no verlo otra vez, estando tan cerca! ¿Estará todavía como antes?” pregunta Simeón. “¡Quién sabe! ¡Cómo brillaba su rostro!”

“¡Más que la luna en una noche serena!”

“En su boca había una sonrisa divina...”

“De sus pupilas se desprendían lágrimas...”

“No decía ni una palabra. Pero todo en Él era plegaria”.

“¿Qué habrá estado viendo?”

“A su Eterno Padre. ¿Lo dudas? Sólo ese ver, puede premiar con ese aspecto. Antes bien ¿qué digo? Más que verlo ¡estaba con Él, en Él! ¡El Verbo con el Pensamiento! ¡Y se amaban!... ¡Ah!...” dice Leví que parece estar en éxtasis también.

“Bueno, por lo que dije no es lícito quedarnos allí. Pensad que ni siquiera su apóstol lo hizo...”

“¡Es verdad, Maestro santo! Más que la tierra ardiente en sed. Él tiene necesidad de sentirse inundado del amor de Dios. ¡Tanto odio a su alrededor!”

“Pero también mucho amor. Yo quisiera... ¡Lo haré! ¡El Altísimo me oye! Me ofrezco y digo: ‘Señor Dios Altísimo, Dios y Padre de tu pueblo, que aceptas y consagras los corazones y los altares e inmolas las víctimas que te aguardan, descienda como fuego tu voluntad y me consume como víctima con tu Mesías, con el Mesías y por el Mesías, tu Hijo, mi Dios y Maestro. A Ti me encomiendo. Escucha mi plegaria’ ”. Matías que ha pronunciado esta oración de pie, con los brazos levantados, vuelve a sentarse sobre su montón de hierba seca.

La luna no ilumina ya la gruta, está próxima al occidente. Sus rayos todavía iluminan la campiña, pero no aquí adentro. Caras y cosas se envuelven en una sola sombra. También las palabras disminuyen, hasta que el sueño vence la buena voluntad, y se oyen de vez en vez palabras alejadas que no reciben respuesta... El frío, que es más duro al amanecer, es un estimulante para combatir el sueño. Se ponen otra vez de pie, prenden unas ramas, se calientan los cuerpos que tiritan.

“¿Cómo la pasará Él que no piensa en hacer fuego?” pregunta Leví que está castañeando de frío.

“¿Y tendrá comida?” pregunta Elías. Dice: “No tenemos ahora más que nuestro amor y un poco de alimentos pobres... y hoy es sábado...”

“¿Sabes que? Pongamos todo nuestro alimento en la entrada de la gruta y vámonos. Un pedazo de pan no nos faltará antes de que llegue la tarde, en casa de Raquel o en la de Elisciá. Seremos la providencia de la Providencia del Hijo de quien a todos nos provee” propone José.

“Sí, sí. Hagamos una buena fogata para ver bien y calentarnos. Luego llevamos todo allá y nos alejaremos antes de que Él o el apóstol salgan y nos vean”.

A las llamas juguetonas abren sus alforjas. Sacan pan, queso seco y una que otra manzana. Luego echan encima leña y cautelosos salen. Ponen todo fuera de la entrada de la gruta, las ramas secas en tierra, encima el pan y demás cosas. Luego se retiran; pasan otra vez el arroyuelo, uno tras otro, cobijados en un silencioso amanecer que el canto de un gallo de improviso viene a deshilvanar.

236. Jesús y Juan de Zebedeo

14 diciembre 1946

Es una mañana fría pero serena de invierno. La helada ha blanqueado con sus gotitas el suelo y la hierba, y ha convertido las ramas secas tiradas por el suelo en preciosos joyeles de perlas.

Juan sale de su cueva. Se ve muy pálido con su vestido de color nuez oscuro. Debe tener mucho frío o algo le debe doler. No lo sé. Lo que veo es que está muy pálido y como que no camina bien. Se dirige al arroyuelo, se queda pensando si meter las manos en él o no. Se decide. Bebe agua con las manos que le sirven de taza. Se las sacude y se las seca con el vestido. Luego se queda sin saber qué hacer... Mira hacia la parte de la gruta donde está Jesús y mira hacia la suya. Vuelve lentamente a la suya. Al llegar a la abertura por donde se entra, se siente como mareado y vacilante. Hubiera caído por tierra si no se hubiera apoyado a la pared semidestruida. Apoya la cabeza contra el brazo doblado. Se sostiene a la pared por unos cuantos minutos. Levanta la cabeza, y mira a su alrededor... No entra en su cueva. Rozando el muro, sosteniéndose sobre los salientes de las piedras sin nada de cal, da los pocos pasos que lo separan de su lugar a donde está Jesús, y llegado a la entrada, se echa de rodillas diciendo: “¡Jesús, Señor mío, ten piedad de mí!”

Jesús sale pronto: “Juan, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Qué te pasa?”

“¡Oh, Señor mío, tengo hambre! Hace casi dos días que no como nada. Tengo hambre y frío...” y castañetea palidísimo.

“¡Ven, ven adentro!” dice Jesús ayudándolo a levantarse.

Juan, apoyado sobre el brazo de Jesús, llora con la cabeza inclinada sobre su espalda y suplica: “¡No me castigues, Señor, si te desobedecí...”

Jesús sonríe y le responde: “Estás ya castigado. Estás como uno que estuviese muriendo... Siéntate aquí sobre esta piedra. Voy a hacer fuego y te daré de comer...” Enciende con la yesca unas ramas y hace un buen fuego en el rústico horno que está cerca de la puerta. Olor a ramas que arden y alegría de llamas se esparcen por la paupérrima cueva. Jesús pone sobre un palo dos pedazos de pan, y los coloca junto a la llama. Cuando ve que están calientes, les pone encima trozos de queso, que pronto se hinchan y toman la forma como de un plato que estuviera a las llamas.

“Come ahora y deja de llorar” dice siempre sonriente y pasando el pan a Juan, que llora sin hacer ruido, como un niño sin fuerzas; y pese a que come, no deja de gimotear.

Jesús vuelve al pesebre, regresa con manzanas, las pone entre las cenizas que se han calentado al calor de la leña que arde entre dos piedras que sirven de sostén.

“¿Te sientes mejor?” pregunta, sentándose junto a su apóstol que con la cabeza responde que sí.

Jesús le pone un brazo sobre su espalda y lo acerca a Sí, cosa que aumenta el llanto de Juan, que se siente sin fuerzas y teme, tal vez, un regaño por verse así acogido.

Jesús lo tiene de este modo, sin decir nada, hasta que termina de comer. Luego: “Por ahora basta. Te daré las manzanas después. Quisiera darte un poco de vino, pero no tengo. Antier, al amanecer encontré leña y alimentos fuera de la cueva. No había vino. Por eso no puedo dártelo. Tal vez más tarde podré busca una poca de leche donde los pastores que he visto que apacientan sus ganados más allá del arroyo. Hasta que la helada no se derrite, no salen las ovejas...”

“Me siento mejor, Señor... No te aflijas por mí”.

“¿Y ahora de qué te afliges, que pareces un árbol sobre el que se vaya derritiendo la escarcha?” pregunta Jesús sonriendo con más ánimo y dando un beso a Juan, arriba de la frente.

“Porque estoy lleno de remordimientos, Señor...y... ¡Sí, déjame! Debo hablarte de rodillas... pedirte perdón...”

“¡Pobre Juan! El esfuerzo superior que hiciste no sólo te ha debilitado el cuerpo, sino también la cabeza. ¿Crees que tengo Yo necesidad de tus palabras para juzgarte y absolvarte?”

“Sí, sí. Sé que todo lo sabes. Pero no tendré paz hasta que no te haya dicho mi pecado, mejor dicho, mis pecados. ¿Déjame! Permíteme que acuse mis culpas”.

“Si así lo quieres, habla”.

Juan se echa de rodillas y levantando su cara mojada en lágrimas dice: “Pequé por desobediencia, presunción y... no sé si diga bien: de flaqueza humana. Pero cierto es que esta es mi culpa más reciente, mayor; la que me hace sufrir más, que me grita diciéndome cuán inútil siervo sea yo, y algo más: lo egoísta, lo vil que soy”.

Las lágrimas corren por su cara, mientras el rostro de Jesús se hace más luminoso. Él está un poco inclinado sobre su apóstol que llora. La sonrisa divina es una caricia sobre el dolor de Juan. Pero éste se siente tan afligido que ni siquiera se siente consolado con esta sonrisa. Continúa: “Te desobedecí. Nos habías dicho que no nos dividiéramos, y yo me separé muy pronto de los compañeros y les di escándalo. Respondí de mala manera a Judas de Keriot que me advirtió que iba a cometer un pecado. Le contesté: ‘Ayer tú lo hiciste, y ahora yo. Lo hiciste por tener noticias de tu madre, yo lo hago por estar con el Maestro y velar por Él, defenderlo’... Presumí de mí porque quería hacer esto... ¡Yo, pobre tonto, defenderte! Y luego presumí de mí porque quise imitarte. Dije: ‘Sin duda que Él está en oración y ayuna. Haré lo que hace y por su misma intención’. Y todo lo contrario...” El llanto se convierte en sollozos, mientras la confesión de la debilidad humana, de la materia que sofocó la voluntad del espíritu, sale de los labios de Juan: “Y todo lo contrario... estuve durmiendo. Cuando amaneció, y me desperté te vi lavarte en el río, volver aquí y comprendí que podían haberte capturado, ¡y yo no había estado pronto para defenderte! Luego, quería penitencia y ayunar, pero no fui capaz de hacerlo. A bocadillos, como para no comer, terminé el primer día el poco pan que traje. Sabes que no tenía yo más. Y no me había llenado cuando no había ya nada. Ayer tuve mucha hambre, y esta noche... ¡Oh, antier dormí poco por el hambre y por el frío! Pero esta noche no dormí nada... no he podido resistir más esta mañana... vine porque tuve miedo de morir de hambre... y lo que más me duele es que fui incapaz de velar para orar, y de velar por Ti, pero sí fui capaz de hacerlo por el hambre que me mataba... Soy un siervo necio y vil. ¡Castígame, Jesús!”

“¡Pobre muchacho! ¡Quisiera que todo el mundo tuviera estas culpas! Levántate, escúchame y tu corazón volverá a la paz. ¿Desobedeciste también a Simón de Jonás?”

“No, Maestro. No lo habría hecho porque nos dijiste que estuviésemos sujetos a él como a un hermano mayor. Cuando le dije: ‘Mi corazón no está tranquilo al verlo ir solo’, respondió: ‘Tienes razón. Pero yo no puedo porque me mandó que os guíe a todos vosotros. Vete, y que Dios sea contigo’. Los otros protestaron y Judas más que los demás. Me recordaron la obediencia, y también reprocharon a Simón Pedro”.

“¿Reprocharon? Sé sincero, Juan”.

“Es verdad, Maestro. Fue Judas quien se lo reprochó y quien me trató mal. Los otros sólo dijeron: ‘El Maestro ha ordenado que estemos juntos’. Me lo decían a mí y no al jefe. Simón replicó: ‘Dios ve el fin de lo que quieres hacer y perdonará. El Maestro perdonará porque esto es amor’, me bendijo, me di el beso y me mandó detrás de Ti, como aquel día que fuiste a casa de Cusa, al otro lado del lago”.

“Entonces de esta culpa no tengo por qué absolverte...”

“¿Porque es demasiado grave?”

“No. Porque no ha existido. Siéntate otra vez aquí al lado de tu Maestro y escucha la lección. *Hay que saber aplicar las órdenes con rectitud y buen sentido, sabiendo comprender el espíritu de la orden, no sólo las palabras que la forman. Yo dije: “No os separéis”. Te separaste. Pero antes había dicho: ‘Estad unidos en cuerpo y espíritu, sujetos a Pedro’ Con tales palabras lo designé como a mi legítimo representante entre vosotros, con facultad completa de juzgar y de mandaros. Por esto, cuanto Pedro ha hecho o hará en mi ausencia, estará bien hecho. Porque al haberlo investido del poder de guiaros, el Espíritu del Señor, que está en Mí, estará también con él y lo guiará al dar aquellas disposiciones u órdenes que las circunstancias exijan y que la Sabiduría sugerirá al apóstol cabeza, para el bien de todos. Si Pedro te hubiese dicho: ‘No vayas’ y tú de todas maneras hubieras venido, ni siquiera el motivo bueno de tu acto: haberme querido seguir por amor para defenderme y estar conmigo en los peligros, hubiera bastado para borrar tu culpa. Hubiera sido necesario mi perdón. Pero, Pedro, tu jefe, te dijo: ‘Vete’. La obediencia que le prestaste, te justifica completamente. ¿Comprendido?”*

“Sí, Maestro”.

“¿Debo absolverte de la culpa de presunción. Dime sin pensar, que veo tu corazón. ¿Quisiste por soberbia querer imitarme para poder decir: ‘Por mi voluntad he abolido la necesidad de la carne porque puedo hacer lo que hago?’ Piensa bien...”

Juan reflexiona. Luego: “No, Señor. Examinándome bien, no lo hice por eso. Trataba de hacerlo porque he comprendido que la penitencia es sufrimiento para el cuerpo y luz para el espíritu. He comprendido que es un medio para fortificar nuestra debilidad y alcanzar muchas cosas de Dios. Tú lo has estado haciendo por ello. Y por esto quise hacerlo. Tal vez no me equivoque si afirmo que si lo haces Tú que eres fuerte, poderoso, santo, yo, nosotros lo tendríamos que hacer siempre, si siempre fuese posible hacerlo, para ser menos débiles y materiales. Pero no pude hacerlo. Siempre he tenido hambre y me siento tan...” el llanto vuelve a bajar humilde como reconocimiento verdadero de la limitación de la capacidad humana.

“Pues bien, ¿crees que esta pequeña miseria de la carne haya sido inútil? ¡Oh, que te acordarás de ella en lo porvenir, cuando te sentirás tentado de ser severo y exigente con tus discípulos y fieles! Volverá a tu mente y te dirá: ‘Acuérdate que también tu cediste al cansancio, al hambre. No pretendas que los otros sean más fuertes que tú. Sé padre para tus fieles, como tu Maestro lo es esta mañana contigo’. Habrías podido muy bien velar y no sentir tanta hambre. Pero el Señor permitió que te sometieses a las necesidades de la carne para hacerte humilde, cada vez más humilde y siempre más compasivo con tus semejantes. *Muchos no saben distinguir entre tentaciones y culpa consumada. La primera es una prueba que alcanza méritos y no quita la gracia; la segunda es una caída que quita mérito y gracia. Otros no saben distinguir entre eventos naturales y culpas, y tienen escrúpulo de haber pecado, cuando, y es tu caso, no han obedecido sino a buenas leyes naturales. Llamo claramente ‘buenas’ a las leyes naturales, que son distintas de los instintos desenfrenados. Porque no todo lo que ahora se llama ‘ley natural’ lo es, y es bueno. Buenas eran todas las leyes relacionadas con la naturaleza humana, que el Señor dio a los primeros padres: la necesidad de comer, de descansar, de beber. Luego, los instintos animales, el desorden, la sensualidad de todas clases se introdujeron con el pecado y se mezclaron con las leyes naturales, manchando con su inmoderación lo que era bueno. Y Satanás ha conservado vivo*

el fuego, el incentivo de los vicios con sus tentaciones. Ahora ves que si no es pecado ceder a la necesidad del descanso y de la comida, sí lo son las francachelas, las borracheras, el mucho descansar. También la necesidad de casarse y de tener hijos no es pecado; antes bien Dios ha dado la orden de hacerlo para poblar la tierra de hombres². Pero no es buena la unión carnal sólo por satisfacción de los sentidos. ¿Has comprendido también esto?”

Sí Maestro. Pero dime una cosa. Los que quieren procrear ¿pecan contra una orden de Dios? Dijiste una vez que el estado de vírgenes es bueno”.

“Es el más perfecto³, como lo es el de quien no satisfecho de emplear bien las riquezas se despoja de todo. Hay perfecciones a las que el hombre puede llegar. Y tendrá un gran premio⁴. Tres son las cosas más perfectas: la pobreza voluntaria, la castidad perpetua, la obediencia absoluta en todo lo que no es pecado. Estas tres cosas hacen al hombre semejante a los ángeles⁵. Y hay una que es la perfectísima: dar la propia vida por amor de Dios y de los hermanos. Esta cosa hace a la criatura semejante a Mí, porque la lleva hasta el amor absoluto. Y quien ama perfectamente es semejante a Dios, se absorbe y se funde con Él. Tranquilízate, Juan mío. No cometiste ninguna culpa. ¿Por qué, pues, sigues llorando?”

“Porque una culpa siempre la hay. La de haber sabido venir a Ti por necesidad de comer y haber debido velar por el hambre que tenía, y no por amor. Nunca me la perdonaré. No me volverá a suceder. No dormiré más, mientras Tú sufras. No me entregaré al sueño mientras Tú lloras”.

“No te metas con el porvenir, Juan. Tu voluntad está pronta, pero una vez más puede vencerla la carne⁷ y te sentirías abatido al acordarte de esta promesa hecha a ti mismo, que no mantuviste por fragilidad. Mira. Te voy a aconsejar lo que tienes qué decirte para estar en paz, sea cual fuere lo que sucediere. Di conmigo: “Yo, con la ayuda de Dios, propongo, en lo que me es posible, no ceder más a la debilidad de la carne”. Permanece en este propósito. Si algún día, aunque tú no lo quisieras, la carne se cansa y afligida supera tu voluntad, entonces dirás como ahora: “Reconozco ser un pobre hombre como todos mis hermanos, y esto me sirva para tener humillado mi orgullo”. ¡Oh, Juan, Juan, no es tu inocente sueño lo que puede causarme dolor! Ten. Estas manzanas te darán fuerzas. Juntos las dividamos, bendiciendo a quien me las dio” y toma las manzanas cocidas y casi reventando, da tres a Juan y toma tres Él.

“¿Quién te las dio, Señor? ¿Quién vino a verte? ¿Quién sabía que estabas aquí? Yo no sentí voces, ni pasos; y eso que después de la primera noche, siempre he estado despierto...”

“Salí cuando apenas se veían los primeros rayos de luz. Encontré leña en la entrada y sobre ella pan, queso y manzanas. No vi a nadie. Fueron unos que tuvieron deseos de hacer una nueva peregrinación y dar una muestra de amor...” dice lentamente Jesús.

“¡Es verdad! ¡Los pastores! Lo habían dicho: “Iremos a la tierra de David... Son días de recuerdos...” Pero, ¿por qué no se detuvieron?”

“¡Para qué! Adoraron y...”

“Y se llenaron la compasión. Te adoraron y me compadecieron... Son mejores que nosotros”.

“Sí. Han conservado siempre buena, siempre mejor su voluntad. El don que Dios les regaló no ha sido causa de mal...” Jesús no sonríe. Piensa, y se pone triste. Luego se sacude. Mira a Juan que a su vez lo está observando y dice: “¿Y bien? ¿Nos vamos? ¿Todavía te sientes desfallecido?”

“No, Maestro. No tendré muchas fuerzas, porque tengo mi cuerpo adolorido, pero creo que puedo caminar”.

² Cfr. Gén. 1, 26-31; 8, 15 – 9, 1.

³ Cfr. Mt. 19, 10-12; 1 Cor. 7, 1 y 7-8 y 32-35.

⁴ Cfr. Mt. 19, 16-29; Mc. 10, 17-30; Lc. 18, 18-30.

⁵ Cfr. Mt. 22, 30; Mc. 12, 25; Lc. 20, 36.

⁷ Como en Mt. 26, 41; Mc. 14, 38.

“Entonces vámonos. Ve a tomar tu alforja mientras meto lo que sobró en la mía y vámonos. Tomaremos el camino que lleva al Jordán para evitar entrar en Jerusalén”.

Toman el mismo camino por donde habían venido, que el sol de un tibio día de diciembre va calentando.

237. Jesús, Juan y Mannaén

16 diciembre 1946

Están ya en tierras cercanas al mar Muerto, y fuera del camino por el que pudieren atravesar las caravanas, dirigiéndose hacia el noroeste. Haciendo a un lado lo áspero del terreno lleno de piedras salientes, de fragmentos de sal, que se ven entre las hierbas y las espinas, la marcha es buena y sobre todo tranquila, porque no se ve ni un alma viviente hasta donde el ojo alcanza. La temperatura es tibia, el suelo seco.

Vienen hablando entre sí. Tal vez, en los días pasados, encontraron pastores con quienes se quedaban, porque hablan de ello. Hablan también de un niño curado. Hablan con suavidad, con cariño, cual dos amigos. Cuando no se dicen nada, se ve en sus ojos el afecto mutuo que sienten entre sí. Se sientan para descansar y tomar un poco de alimento. Emprenden el camino, siempre con ese aspecto de paz, con ese rostro de paz que me la da a mi corazón cuando lo veo.

“Allá es Gálgala” dice Jesús señalando un grupo de casas que blanquean sobre un montículo hacia el noreste. “Estamos cerca del río”.

“¿Entraremos en Gálgala para pasar la noche?”

“No, Juan. He evitado a propósito todas las ciudades, y también evitaré esta. Si encontramos a algún pastor, nos quedamos con él. Si vemos cerca del camino caravanas que van a pasar allí la noche, les pediremos que nos acojan bajo sus tiendas. Los nómadas del desierto son siempre hospitalarios. Y en este tiempo es fácil encontrarlos. Si nadie nos hospedare, dormiremos bajo las estrellas los dos juntos, bajo nuestros mantos y nos velarán los ángeles”.

“¡Oh, sí! ¡Siempre será mejor que aquella noche triste, la última que pasé en Belén!”

“Pero, ¿por qué no fuiste pronto a verme?”

“Porque me sentía culpable. Y también porque me decía: Jesús es tan bueno que no me regañará, más bien me consolará, como lo hiciste. ¿Y qué hubiera pasado con la penitencia que quería hacer?”

“La habríamos hecho juntos, Juan. También yo estuve allí si alimentos, ni fuego, pese a haber encontrado alimentos y leña”.

“Tienes razón. Pero estar contigo no es ninguna penitencia. Cuando estoy contigo no sufro más. Te miro. Te escucho. Y soy feliz”.

“Lo sé. Y también que en ningún otro mi pensamiento se imprime como en mi Juan. Sé también que sabes comprender y callar cuando hay que callar. Tú, sí me comprendes, porque me amas. Juan, escúchame. Dentro de un poco de tiempo...”

“¿Qué cosa, Señor?” pregunta inmediatamente, interrumpiéndole, asiéndole del brazo, deteniéndole para mirarle el rostro, con ojo de escudriñador espanto y con la cara pálida.

“Dentro de poco tiempo se cumplen tres años que empecé a evangelizar. He dicho a las multitudes todo lo que tenía que haberles dicho. Quien me quiera amar y seguirme tiene lo necesario para hacerlo, y con toda seguridad. Los demás... Algunos se convencerán con los hechos. La mayoría se quedará sorda aún ante ellos. A éstos tengo algunas cosas que decirles, y se las diré, porque también hay que observar la justicia, además de la misericordia. Hasta ahora la misericordia se ha callado muchas veces y en muchas cosas. Pero antes de callarse para siempre, hablará el Maestro con severidad de juez. Pero no tenía intenciones de hablarte de esto. Quería decirte que dentro de poco, después de haber dicho a las ovejas cuanto tenía que decirles para hacerlas más, me recogeré mucho en la oración y me prepararé. Cuando no ore, dedicaré el tiempo a vosotros. Así como hice al principio, así haré

al final. Vendrán las discípulas. Vendrá mi Madre. Nos prepararemos todos para la Pascua. Juan, te pido desde ahora que te dediques mucho a las discípulas, y sobre todo a mi Madre...”

“Señor mío, ¿qué cosa puedo dar a tu Madre que Ella no posea en sobreabundancia, y tanta que puede repartirnos a todos nosotros?”

“Tu amor. Hazte de cuenta que eres su segundo hijo. Ella te ama y tú la amas. Tenéis un solo amor que os une: el amor que me tenéis. Yo, su Hijo de carne y corazón, estaré siempre más... ausente, abstraído en mis... ocupaciones. Ella sufrirá porque sabe... sabe lo que va a pasar. Tú debes consolarla también por Mí, hacerte tan amigo que pueda llorar sobre tu corazón y sentir consuelo. Conoces bien a mi Madre. Has estado en su casa. Pero una cosa es hacerlo como discípulo que ama reverentemente a la Madre de su Maestro, y otra hacerlo como hijo. Quiero que tú lo hagas como un hijo, para que sufra un poco menos cuando ya no me tenga”.

“Señor, ¿vas a morir? Hablas como uno que está por fallecer. Me causas aflicción...”

“Muchas veces os he dicho que debo morir. Es como si se hubiera hablado a niños o tardos de inteligencia. Sí, voy a morir. Lo diré también a los otros, pero más tarde. A ti te lo digo ahora. Recuérdalo, Juan”.

“Me esfuerzo en recordar tus palabras siempre... Pero estas me duelen, me afligen muchísimo...”

“¿Quieres decir que haces todos tus esfuerzos por olvidarlas? ¡Pobre muchacho! No eres tú el que olvidas, no eres tú el que recuerdas. Tú y tu voluntad. Es tu mismo ser humano que no puede recordar esto que es muy grande para soportarlo, *inmensamente grande*, y todavía no sabe cuán monstruoso será eso que te atonta como si fuera un peso que te cayera sobre la cabeza. Y sin embargo es así. Dentro de poco iré a la muerte. Mi Madre se quedará sola. Moriré con una gotita de dulzura en mi océano de dolor si te viere como ‘hijo’ para mi Madre...”

“¡Oh, Señor mío, si soy capaz... si no me sucede como en Belén, sí que lo haré! Velaré con un corazón de hijo. ¿Pero qué le podré dar, para consolarla, si te pierdes a Ti? ¿Qué daré si yo también lo habré perdido todo, si el dolor me habrá atontado? ¿Cómo haré yo, que no he podido velar y padecer, en la calma, por una noche, y por un poco de tiempo? ¿Cómo haré?”

“No te excites. Ruega mucho en este tiempo. Te tendré mucho conmigo y con mi Madre. Juan, tú eres nuestra paz. Y entonces también lo serás. No tengas miedo, Juan. Tu amor hará todo”.

“¡Oh sí, Señor, tenme mucho contigo! Tú sabes que no me gusta mucho aparecer ante los demás, hacer milagros, yo quiero, yo sólo sé amar...”

Jesús lo vuelve a besar en la frente, cerca de las sienes, como en la gruta...”

A su vista se descubre el camino que va al río, y alguno que otro peregrino que espolea su cabalgadura o aprieta el paso para llegar a algún paradero, antes de que anochezca. Todos vienen envueltos en sus mantos porque, oculto el sol, el aire es frío y nadie nota a los dos viajeros que ligeros caminan en dirección del río.

Un jinete casi a galope los alcanza, los pasa, se detiene después de algunos metros porque le estorba una recua de asnos, cerca de un puentecillo a horcajadas sobre un arroyo, que se da ínfulas de arrastrar mucha agua hacia el Jordán o al Mar Muerto. Mientras espera su turno para pasar, el jinete se vuelve y hace un gesto de sorpresa. Baja de su silla y teniendo el caballo por las riendas, vuelve pasos atrás hacia Jesús y Juan que no lo han visto.

“¡Maestro! ¿Cómo aquí? Y solo con Juan” pregunta el jinete echándose hacia atrás las extremidades de su capucho que llevaba a la cara, para que le sirviesen también como máscara para defenderse del viento y del polvo. La cara morena y varonil es la de Mannaén.

“La paz sea contigo, Mannaén. Quiero pasar el río. Pero creo que no lo podré hacer, sino hasta cuando haya anochecido. ¿Y Tú a dónde vas?”

A Maqueronte. A la sucia cueva. ¿No tienes dónde dormir? Ven conmigo. Yo iba a galope para llegar a un albergue que hay en el camino de las caravanas. O si te parece levantaré la tienda bajo los árboles del río. Traigo todo en la silla”.

“Mejor así. Pero tú has de preferir ir al albergue”.

“Te prefiero a Ti, mi Señor. Creo que es una gracia haberte encontrado. Vamos, pues. Conozco las riberas como si fueran los corredores de mi casa. A los pies del collado de Gálga hay un bosque, donde no soplan los vientos, hay muchas hierbas para hacer fogatas. Estaremos bien”.

Ligeros caminan dirigiéndose hacia la parte oriental, dejando el camino que va al vado o hacia Jericó. Llegan pronto a los límites de un bosque tupido que baja de las faldas del monte y que se extiende hacia las riberas.

“Voy a aquella casa. Me conocen. Pediré leche y paja para nosotros” dice Mannaén, yendo con su caballo. Pronto regresa seguido por dos hombres con sendos manojos de paja sobre las espaldas y una cubeta de cobre llena de leche.

Entran en el bosque sin hablar. Mannaén dice que echen la paja en tierra y que se vayan. De las bolsas de la silla saca yesca y eslabón y hace fuego con la mucha leña que hay. El fuego alegre y caliente. Juan trae piedras, las pone cerca del fuego, pone la cubeta para que se caliente la leche. Mannaén, desensilla el caballo, extiende la manta de lana suave de camello, la fija con estacas, teniendo como respaldo el grueso tronco de un viejo árbol. Tiende sobre la hierba una piel de oveja, que traía en la silla, pone ésta también y dice: “Maestro, ven. Un refugio de un jinete en el desierto. Pero protege del rocío y de la humedad del suelo. A nosotros nos bastará la paja. Te aseguro, Maestro, que los tapetes preciosos y baldaquinos, los sillones del palacio, me parece que no tienen nada de bello en comparación de este trono tuyo, de esta tienda y de esta paja. Los succulentos platillos que muchas veces he probado, no tendrán jamás el sabor del pan y leche que juntos tomaremos aquí. ¡Me siento feliz, Maestro!”

“También Yo, Mannaén, y lo mismo Juan. La Providencia nos ha unido esta noche para que mutuamente nos alegremos”.

“Esta noche y mañana, Maestro, y también pasado mañana, hasta no dejarte seguro, entre tus apóstoles. Me imagino que te vas a reunir con ellos...”

“Sí. Me esperan en la casa de Salomón”.

Mannaén lo mira. Luego dice: “Pasé por Jerusalén y supe... Por Betania y comprendo por qué no te detuviste ahí. Haces bien en irte a otras partes. Jerusalén es un cuerpo lleno de veneno y de podredumbre. Más que la que destruye a Lázaro...”

“¿Lo viste?”

“Sí. Afligido por los dolores de su cuerpo y por las penas de su corazón que sufre por Ti. Lázaro muy afligido se está muriendo... También yo quisiera morir antes que ver el pecado de nuestros compatriotas”.

“¿Había excitación en la ciudad?” pregunta Juan que alimenta el fuego.

“Mucha, está dividida en dos bandos. Y cosa extraña, los romanos han usado de clemencia con algunos presos en la sedición acaecida en días anteriores. Se dice en voz baja que se hace para que no aumente la excitación. Se dice también que pronto vendrá a Jerusalén el Procónsul. Antes de lo acostumbrado. No sé si será un bien, lo que sí sé es que con seguridad lo imitará Herodes. Y esto será para mí un bien porque así podré estar cerca de Ti. Con un buen caballo –y las caballerizas de Antípas tienen caballos veloces árabes- es cosa de poco tiempo ir de la ciudad al río, si es que allí te quedas...”

“Sí, allí me quedaré, por lo menos por ahora...”

Juan saca la leche caliente en la que cada uno moja su pan, después que Jesús ofreció y bendijo los alimentos. Mannaén ofrece dátiles flavos* como la miel.

“¿Pero dónde tenías tantas cosas?” pregunta Juan sorprendido.

“La silla de un jinete es un pequeño mercado, Juan. Hay de todo para él y para el animal” responde Mannaén con una sonrisa amigable de su cara morena. Piensa por un momento y luego pregunta: “Maestro, ¿es lícito amar a los animales que nos sirven y que muchas veces son más fieles que el hombre?”

“¿Por qué es tu pregunta?”

* flavo = de color amarillo y rojo como el de la miel o el del oro.

“Porque hace poco se burlaron de mí algunos y me reprocharon cuando me vieron cubrir con la manta que nos sirve ahora de tienda a mi caballo sudado por la carrera”.

“¿No te dijeron algo más?”

Mannaén cohibido mira a Jesús... No responde.

“Habla con sinceridad. No es murmurar ni ofenderme, si me cuentas lo que te dijeron para lanzar un nuevo puñado de lodo contra Mí”.

“Maestro, Tú sabes todo. En realidad lo sabes y es inútil querer ocultarte nuestros pensamientos o los de otros. Sí. Me dijeron: ‘Se ve que eres discípulo de ese samaritano. Eres un pagano como Él, que viola hasta el sábado, para contraer la inmundicia tocando animales inmundos’ ”.

“¡Ah, sin duda fue Ismael!” exclama Juan.

“Así es. Él y otros con él. Les repliqué: ‘Comprendería que me llamaseis inmundo porque vivo en la corte de Antipas. No porque cuido de un animal al que Dios creo’. Me respondieron, porque también había en el grupo algunos herodianos, lo que es fácil ver desde hace poco tiempo y es sorprendente, porque no podían verse. Me respondieron: ‘Nosotros no juzgamos las acciones de Antipas sino las tuyas. También Juan el Bautista estuvo en Maqueronte, tenía trato con el rey y siempre permaneció justo. Tú, por el contrario, eres un idólatra...’ Comenzó a apiñarse gente y me controlé para no incitarla. Hace tiempo que algunos de tus falsos seguidores la incitan a que se ponga contra quien te hospeda, y otros que se imponen diciendo que son tus discípulos y que los has enviado...”

“¡Es demasiado! Maestro, ¿a dónde llegaremos?” pregunta inquieto Juan.

“No más allá de donde podrán llegar. Fuera de ese límite Yo caminaré solo y resplandecerá mi luz y nade podrá dudar más que Yo soy el Hijo de Dios. Acercaos y escuchad. Antes echad más leña”.

Los dos felices, se echan sobre la gruesa piel de oveja extendida a los pies de Jesús, que está sentado en la silla escarlata, bajo la tienda, que tiene como fondo el grueso tronco del árbol. Mannaén estirado, con los codos apoyados sobre el suelo, la cabeza apoyada sobre las palmas, sus ojos en los de Jesús. Juan se sienta sobre sus calcañales y apoya su cabeza contra el pecho de Jesús, poniéndole su brazo por la cintura, en su posición habitual.

“Cuando el Creador terminó de crear todo y lo entregó al rey, que es el hombre, creado a su imagen y semejanza, mostró al hombre todos los animales creados y quiso que les pusiese nombre para distinguirlos entre sí. Se lee en el Génesis ‘que el nombre que Adán puso a los animales era apropiado, y el real’. Se lee también que Dios, al crear al hombre y a la mujer, dijo: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza para que domine los peces del mar, las aves del cielo, las bestias, y toda la tierra, y los reptiles que se arrastran sobre ella’.

Creó a la mujer, compañera de Adán, también a su imagen y semejanza, y no siendo razonable que la tentación, que estaba en acecho, tentase y corrompiese más sucamente a la pareja les dijo: ‘Creced y multiplicaos. Llenad la tierra y sujetadla. Dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven en la tierra’, y añadió: ‘ved que os doy cuantas hierbas y semillas hay sobre la faz de la tierra, y cuantos árboles producen fruto de simiente, para que todo os sirva de alimento y a todos los animales de la tierra, a las aves del cielo y a cuanto se mueve sobre la tierra y vive’.

Los animales y las plantas y todo cuanto el Creador hizo en beneficio del hombre, son don de un amor y patrimonio que el Padre dio a guardar a sus hijos para que lo usen en beneficio propio y en agradecimiento a Él, Dador de todas las cosas. Por esto se les ama y se les trata bien.

¿Qué dirías de un hijo al que su padre diese vestidos, muebles, dinero, campos, casas, diciéndole: ‘Te lo doy para ti y para tus sucesores para que tengáis con qué ser felices. Usad todo esto con amor y en recuerdo de mi amor que os lo da’ y que luego dejase él y sus descendientes que todo se arruinase o que dilapidasen lo recibido? Dirías que no habrían honrado a su padre, no lo habrían amado, como tampoco amado las cosas que les dio? De

igual modo el hombre debe tener cuidado de cuanto Dios con un cuidado providencial le ha puesto a su disposición.

Cuidado no quiere decir idolatría, ni afecto desordenado por los animales, plantas o cualquier otra cosa. Cuidado quiere decir: sentido de piedad, de reconocimiento por las cosas inferiores que nos sirven y que tienen su vida, esto es, su sensibilidad.

El alma viviente de las criaturas inferiores a las que habla el Génesis, no es el alma que tiene el hombre. Es la vida, sencillamente la vida, esto es, el ser sensible a las cosas actuales, tanto materiales como afectivas. Cuando muere un animal es insensible, porque con la muerte ha terminado para él realmente todo. No tiene ningún futuro. Pero mientras vive, sufre el hambre, el frío, el cansancio; puede herirse, padecer, gozar, amar, odiar, enfermarse y morir. El hombre en recuerdo de Dios que le ha dado tales medios para que su destierro en la tierra le sea menos penoso, debe ser humano para con sus siervos inferiores que son los animales. En el libro de Moisés ⁷, ¿no acaso está prescrito que se tenga compasión hacia los animales, las aves, etc.?’

Os digo en verdad que es necesario saber ver justamente las obras del Creador. Si se miran así se ve que son ‘buenas’. Y lo que es bueno se le ama. Se ve que son cosas dadas con el fin bueno y por un impulso de amor, y como tales podemos y debemos amarlas, viendo más allá de su ser finito, al Ser infinito que las creó para nosotros. Se ve que son útiles, y como tales hay que amarlas. Ninguna cosa, recordadlo, ha sido creada en el universo sin un determinado fin. Dios no derrama su potencia en cosas inútiles. Esta hierbita es tan útil como el tronco que sirve de fondo a nuestra tienda. Las gotas de rocío, la pequeña perla de la escarcha, son tan útiles como el inmenso mar. El mosquito es tan útil como el elefante y el gusano que está en el fango del foso, como la ballena. No hay cosa inútil en lo creado. Dios hizo todo con buen fin, por amor al hombre. Este debe usar de todo con fin recto y por amor a Él, que le dio todo cuanto hay sobre la tierra, para que sea súbdito.

Dijiste, Mannaén, que el animal frecuentemente es más útil que los hombres. Yo afirmo que los animales, las plantas, los minerales, los elementos superan al hombre en obedecer, siguiendo pasivamente las leyes de la Creación, o activamente, el instinto que el Creador les dio, o sujetándose a ser domesticados para el fin por el cual fueron creados. El hombre, que debería ser la perla en la creación, frecuentemente es su porquería. Debería ser la nota más afinada y cercana a los coros celestiales al alabar a Dios, y muy frecuentemente es la nota desafinada que maldice o blasfema, se rebela o dedica sus alabanzas a las criaturas más bien que al Creador. De ahí viene la idolatría, de ahí las ofensas, de ahí la asquerosidad. Y todo ello es pecado.

Tranquilízate, pues, Mannaén. No es pecado que hayas tenido compasión de tu caballo sudado que te sirvió. Pecado son las lágrimas que se hacen derramar a los propios semejantes y los amores desenfrenados que son ofensa ante Dios, digno de que el hombre lo ame a Él sólo”.

“¿Peco por estar con Antipas?”

“¿Por qué fin estás? ¿Para gozar?”

“No, Maestro. Para velar por Ti. Lo sabes: por este motivo iba yo ahora. Sé que han enviado mensajeros a Herodes para incitarlo contra Ti”.

“Entonces no es pecado. ¿No te gustaría más estar conmigo, en la pobreza de mi vida?”

“Y me lo preguntas? Desde el principio te lo dije. Esta noche, bajo esta tienda, los pobres alimentos que hemos tomado no tienen comparación para mí. ¡Oh, si no fuera porque hay que escuchar los silbidos de las serpientes cerca de su madriguera, estaría contigo! He comprendido en qué consiste tu misión. Hubo un día en que equivoqué. Pero me sirvió para comprender, y no me apartaré más de la justicia”.

Lo estás viendo. Nada es inútil. Aun el error, para quien tiende al bien, es un medio. El error cae como caparazón de crisálida, y sale la hermosa mariposa, que no huele, no se arrastra,

⁷ Cfr. Deut. 22, 1-4 y 6; Ex. 23, 4-5.

sino que vuela en busca de los cálices de las flores y de los rayos de luz. También las almas buenas son así. Pueden dejarse envolver en miserias y apestosos petates por un momento, pero luego se libran de ello y vuelan de flor en flor, de virtud en virtud, hacia la luz, hacia la perfección. Alabemos al Señor por sus obras que son una continua misericordia, que se mueven, aunque el hombre no caiga en la cuenta, en su corazón y a su alrededor”.

Jesús ora, poniéndose de rodillas porque la tienda, que es baja y estrecha, no lo permite. Después de haber echado más leña al fuego y dado de comer al caballo, se preparan a descansar, prometiendo que vigilarán por turno el fuego y el animal, obre el que Mannaén ha echado una especie de gruesa manta para que no sufra el frío de la noche.

Jesús y Mannaén se acuestan sobre la paja y se envuelven en sus mantos para dormir. Juan, por temor de que se deje vencer del sueño, camina fuera de la tienda, echando leña en el fuego y mirando al caballo que a su vez lo mira con esos inteligentes ojos negros y rítmicamente golpea con la pezuña, sacudiendo la cabeza, haciendo sonar las sonajas de plata de los arneses y aplastando aromáticas flores selváticas, nacidas al pié del árbol al que está atado. Y como Juan le presenta hierbas más sabrosas, que han nacido un poco más lejos, relincha de gusto y busca frotar sus ternillas húmedas y semi-grises en el cuello del apóstol. Desde más allá en el silencio profundo de la noche, llega el ruido tranquilo del río.

Dice Jesús:

“Y así termina el tercer año de mi vida pública. Sigue ahora el período preparatorio a la Pasión, en el que aparentemente todo parece limitarse a pocos hechos y a pocas personas, como una paulatina desaparición de mi persona y de mi misión. En realidad, el que parecía vencido y expulsado, era el héroe que se preparaba para la apoteosis y a su alrededor se apiñaban no las personas, sino las pasiones llevadas al extremo.

Todo lo que ha precedido y que tal vez en algunos episodios pueda parecer sin objeto a lectores de mala voluntad o superficiales, aquí se ilumina bajo su luz pálida o resplandeciente. Y sobre todo los personajes más importantes. Las cosas que muchos no creen ser dignas de que se les conozca, porque en ellas ven el modo para llegar a ser verdaderos maestros del espíritu. Como dije a Mannaén y a Juan, nada de lo que Dios hizo es inútil, ni siquiera el débil tallo de la hierba. De igual modo nada es superfluo en esta obra. Ni las figuras espléndidas, ni las débiles y las oscuras para los maestros del espíritu son más útiles las figuras débiles y oscuras que las bien delineadas y heroicas.

Como desde la cima de un monte, se puede contemplar toda su configuración, la razón de sus bosques, arroyos, praderas, pendientes, para subir de la llanura a la cresta, y se ve toda la hermosura del panorama y con mayor fuerza llega el convencimiento de que todas las obras de Dios son útiles y maravillosas y que una sirve y perfecciona la otra y que todas forman la belleza de lo creado; así también, siempre para quien es de espíritu recto, todas las diversas figuras, episodios, lecciones, de estos tres años de vida evangélica, contemplados como de lo alto de la cima del monte de mi obra de Maestro, sirven para dar una visión completa de ese conjunto político, religioso, social, colectivo, espiritual, egoísta hasta el crimen o altruista hasta el sacrificio en que Yo fui el Maestro y el Redentor. La grandiosidad del drama no se percibe en una sola escena, sino en todas las que lo forman. La figura del protagonista emerge de las luces diversas con que lo iluminan las partes secundarias.

Llegados a la cima, y la cima era el Sacrificio por el que me encarné descubiertos todos los pliegues de los corazones y todos los ardides de las sectas, no hay qué hacer otra cosa que como el viajero que ha llegado a ella: mirar, contemplar todo y a todos. Conocer el mundo hebreo. Conocer lo que Yo era: el hombre superior a los sentidos, al egoísmo, al rencor. El hombre que tuvo qué ser tentado por todo un mundo, para que se vengase, para que aspirase al poder, a las alegrías honestas del matrimonio y del hogar. El Hombre que debió soportar todo viviendo en contacto con el mundo y sufrir por la distancia entre la imperfección y pecado del mundo y mi Perfección infinita. El Hombre que a todos los gritos, seducciones, reacciones

del mundo, de Satanás y del “yo” supo responder “No”, y permanecer puro, manso, fiel, misericordioso, humilde, obediente hasta la muerte de Cruz.

¿Comprenderá todo esto la sociedad de hoy en día a la que doy esto para que me conozca, para hacerla fuerte con los asaltos cada vez más vigorosos de Satanás y del mundo?

También hoy como hace veinte siglos la contradicción la suscitarán aquellos a los cuales me revelo. Soy signo de contradicción una vez más. Pero no tengo Yo la culpa, aunque respeto lo que en ellos suscito. Los buenos, los de buena voluntad, tendrán reacciones buenas de pastores y de humildes. Los otros reaccionarán de una manera perversa como los escribas, fariseos, saduceos y sacerdotes de aquel tiempo. Cada uno da lo que posee. El bueno que llega a ponerse en contacto con los malos desencadena una efervescencia mayor de perversidad en ellos. Los hombres serán juzgados, como lo fueron el Viernes Santo, según como hubiesen juzgado, aceptado y seguido al Maestro, que con un nuevo intento de infinita misericordia, se ha hecho conocer una vez más.

Aquellos cuyos ojos se abrieren y me reconocieren, dirán: “Es Él ¿Es esta la razón por la cual nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?”

Mi paz sea con estos y contigo, fiel y amado pequeño Juan”.

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 10

PREPARACIÓN A LA PASIÓN

1. Los judíos en casa de Lázaro

18 diciembre 1946

Un grupo tupido y pomposo de judíos en sendas cabalgaduras enjaezadas entra en Betania. La mayoría son escribas y fariseos, y uno que otro saduceo y herodiano, que he visto otra vez, si no me equivoco en el banquete celebrado en la casa de Cusa con intenciones de hacer que Jesús se proclamase rey. Los servidores siguen a pie al grupo.

La cabalgadura atraviesa lentamente la población. La pisada de los animales, el retintín de los arneses, los gritos de los visitantes, llaman la atención de los habitantes que miran y que muestran caras de miedo se inclinan profundamente como para saludar, pero al erguirse cuchichean entre sí.

“¿Habéis visto?”

“Todos los sanedristas de Jerusalén”.

“No todos. José el Anciano, Nicodemo y otros no vienen”.

“Los fariseos más notables”.

“Y los escribas”.

“El que venía a caballo, ¿quién es?”

“No cabe duda que van a casa de Lázaro”.

“Ha de estar ya muriendo”.

“No puedo comprender por qué el Rabí no esté aquí”.

“¿Y cómo quieres, si los de Jerusalén lo buscan para matarlo?”

“Tienes razón. Y me imagino, que estas víboras han venido para ver si estaba aquí”.

“Alabado sea Dios que no está”.

“¿Sabes lo que dijeron a mi esposo, en los mercados de Jerusalén? Que todos estén listos. Que pronto se proclamará rey, que todos tenemos qué ayudarlo... ¿Cómo dijeron? Algo así como si yo, siendo la dueña de mi casa, echase a todos a fuera”.

“¿Complot?... ¿Conjura?... ¿Revolución?...” preguntan e insinúan.

Alguien responde: “Es verdad. También a mí me dijeron. Pero no lo creo”.

“Los que lo afirman son discípulos del Rabí...”

“¡Vete a saber! No creo que el Rabí emplee la violencia para destruir a los Tetrarcas y que usurpe un trono que, con justicia o no, es de Herodes. No estaría mal que aconsejases a Joaquín a que no crea todos los rumores que escuche...”

“¿Pero no sabes que quien le ayudare será premiado en la tierra y en el cielo? Estaría muy contenta que mi marido participara en ello. Estoy cargada de hijos y la vida es difícil. ¡Si se pudiese tener un lugar entre los criados del Rey de Israel”.

“Oye, Raquel, yo creo que es mejor ocuparme de mi huerto y de mis dátiles. Si Él me dijese, entonces sí dejaría todo para seguirlo. Pero si lo dicen otros...”

“Son discípulos suyos”.

“Nunca los he visto con Él y luego... No. Simulan ser coderos, pero tienen ciertos instintos de lobo que no me persuaden”.

“Es verdad. Hace tiempo que suceden cosas raras y siempre se les achacan a los discípulos del Rabí. Hace unos cuantos días, unos de ellos maltrataron a una mujer que llevaba huevos al mercado, diciendo: “Los queremos en nombre del Rabí galileo”.

“¿Te parece que pudiera ser Él quien mande tales cosas? Él da, pero no quita. Él, que podría vivir con los ricos, prefiere estar con los pobres, privarse del manto, como decía a todos aquella mujer curada que encontró Jacob”.

Otro hombre que se ha acercado al grupo dice: “Tienes razón. ¡Y lo que se anda diciendo por ahí! Que el Rabí será causa de que padezcamos mucho, porque los romanos nos castigarán a todos nosotros porque Él anda incitando a la gente. ¿Lo podéis creer vosotros? Yo afirmo –y no me equivoco porque además de viejo soy sabio- afirmo que todos esos que andan

diciéndonos a nosotros, gente despreciable, que el Rabí quiere apoderarse con la victoria del trono y arrojar también a los romanos -¡ojalá y así fuese!, ¡si fuese posible hacerlo!- que los que cometen acciones injustas en su nombre, los que nos incitan a la rebelión con promesas de alcanzar algo en lo porvenir, los que quieren que odiamos al Rabí como un individuo peligroso que nos acarreará desgracias, son sus enemigos, que tratan de arruinarlo para que triunfen ellos. ¡No lo creáis! ¡No creáis a los enemigos falsos de nosotros los humildes! ¿Visteis con qué pompa pasaron? Por poco me dan de golpes, porque como quería meter las ovejas, hice que esperaran... ¿Que esos sean amigos? ¡Jamás! Son nuestros vampiros, y no lo quiera el Señor, vampiros que le atacarán también a Él”.

“Tú que eres vecino de los campos de Lázaró, ¿no sabes si ya se murió?”

“No se ha muerto todavía. Está entre la vida y la muerte... Se lo pregunté a Sara que cortaba las flores aromáticas para los baños”.

“¿Entonces a qué habrán venido esos?”

“¡Quién sabe! Dieron vuelta alrededor de la otra casa del leproso y luego se fueron a Belén”.

“Ya lo que había dicho. Que habían venido a ver si estaba el Rabí. Y eso para hacerle algún mal. Y comprende lo que significa para ellos hacerlo, sobre todo en casa de Lázaró. Natán, dime: Ese herodiano que pasó, ¿no era el que un tiempo fue amante de María de Teófilo?”

“Él es. Tal vez quiere vengarse de este modo de María...”

Llega un muchachito a la carrera. Grita: “¡Hay mucha gente en casa de Lázaró! Venía yo del arroyuelo con Leví, Marcos e Isaías y los vimos.

Los criados abrieron los cancelos y tomaron las cabalgaduras. Maximino corrió a recibir a los judíos y los demás corrieron haciendo muchas inclinaciones. Marta y María, con sus criadas, salieron a recibirlos. Queríamos ver más, pero cerraron el cancel y entraron todos” El niño está muy emocionado por las noticias que ha traído y por lo que vio.

Los adultos hacen comentarios entre sí.

2. Los judíos hablan con Marta y María

19 diciembre 1946

Aunque Marta está muerta de cansancio, no pierde su señorío al recibir visitas, al darles la bienvenida. Tan pronto como los ha llevado a una sala, da órdenes de que se les lleven refrescos que suelen beberse en tales ocasiones y que no les falte nada para que se sientan cómodos.

Los criados van aquí y allá sirviendo bebidas calientes o vinos exquisitos. Ofrecen frutas muy sabrosas dátiles de color topacio, uvas secas, algo así como nuestras uvas, en ramo, miel. Y todo en jarras, copas, bandejas de mucho valor. Marta cuida atenta que a nadie se le descuide y que según su edad, o bien, según los gustos del individuo, a quien conoce, le ofrezcan los siervos lo que apeteciére. Cuando ve que un siervo se dirige a Elquías con una jarra llena de vino y una copa, le dice: “Tobías, no le ofrezcas vino, sino agua con miel y jugo de dátiles”. A otro: “A Juan sí le gusta el vino. Ofrécele del blanco de uva pasa”. Y personalmente ofrece al escriba Cananías leche caliente en que pone bastante miel: “Esto te servirá para la tos. Te has molestado en venir, enfermo como estás, y en un día tan frío. Estoy emocionada de veros tan bondadosos”.

“Es nuestro deber, Marta. Euqueria fue de nuestra estirpe. Una verdadera mujer judía que nos honró a todos”.

“Me llega al corazón la honra en que tenéis el recuerdo de mi madre. Referiré estas palabras a Lázaró”.

“Queremos saludarlo. ¡Un amigo tan bueno!” dice Elquías, el hombre que es falso en todo.

“¿Saludarlo? ¡No es posible! Está demasiado agotado”.

“¡Oh, no lo molestaremos! ¿No es así amigos? Nos basta con que le demos el adiós desde los umbrales de su habitación” replica Felipe.

“No puedo permitirlo. De veras que no puedo. Nicomedes no quiere que se le moleste en lo más mínimo”.

“Una mirada al amigo que está por morir, no lo puede matar, Marta” protesta Colascebona.

“¡Sería muy triste que no se le pudiese saludar!”

Marta no sabe qué hacer. Mira a la puerta, para ver si viene en su ayuda María, pero no.

Los judíos miran su titubeo y Sadoc, el escriba, insinúa: “Parece como que nuestra venida te haya desagradado”.

“No. No, ¡en verdad! Tened en cuenta mi dolor. Hace meses que estoy junto a alguien que está muriendo... y no sé... me he olvidado de comportarme como en otros tiempos en las fiestas...”

“¡Oh, no es una fiesta! ¡No pretendíamos que ni siquiera nos hubieses tratado como lo has hecho. ¿No será tal vez que nos quieras ocultar algo, y que por eso no quieres que veamos a Lázaro y no nos dejas entrar en su recámara? ¡Eh, eh! Todos lo saben. ¡Pero no tengas miedo. La recámara de un enfermo es un asilo sagrado para cualquiera, créemelo...” dice Elquías.

“No hay ninguna cosa que ocultar en la recámara de nuestro hermano. No hay nada escondido. En ella está uno que agoniza. Al que no hay que dar ningún recuerdo que pueda molestarlo. Tú, Elquías, y todos vosotros, sois un recuerdo que a Lázaro no agrada” dice María con su clara voz, apareciendo en el umbral y apartando con su mano la cortina.

“¡María!” grita Marta suplicante, para contenerla.

“No, hermana. Déjame hablar...” Se dirige a los demás: “Para quitaros cualquier duda, que venga conmigo uno de vosotros –será un solo recuerdo de tiempos pasados que vuelve a dar dolor- que venga, si es que la vista de uno que agoniza no le desagrada y el hedor de su cuerpo no le provoca náuseas”.

“¿Acaso no eres tú un recuerdo que causa dolor?” pregunta irónicamente el herodiano, que no recuerdo dónde vi, saliendo de su rincón y poniéndose enfrente a María.

Marta solloza. María mira como águila inquieta. Sus ojos brillan. Se yergue altanera. Olvida su cansancio y dolor que la encorvaban y con gesto majestuoso responde: “Sí. También yo soy un recuerdo, pero que no provoca ningún dolor, como dices. Soy el recuerdo de la misericordia de Dios. Y al verme, Lázaro siente que muere en paz, porque sabe que entrega su alma en las manos de la Misericordia infinita”.

“¡Ah, ah, ah! ¡Esas palabras no las pronunciaste antes! ¡Tu virtud! Sólo al que no te conoce, puedes mostrarla...”

“No vas a ser tú a quien la muestre. Y sin embargo te la pongo ante tus ojos, para asegurarte que uno se convierte en lo que practica. *En aquellos días*, desgraciadamente, iba contigo, y era como tú. Ahora, voy con el Santo y me ha hecho honesta”.

“Cosa destruida, no se reconstruye, ¡María!”

“Tienes razón. Tú, todos vosotros no podéis reconstruir el pasado. No podéis rehacer lo destruido. Tú que me causas asco. Vosotros que cuando sufría mi hermano, lo habéis ofendido y ahora, por un fin avieso*, queréis hacer gala de que sois sus amigos”.

“¡Que si eres audaz, mujer! Puede ser que el Rabí te haya arrojado muchos demonios, pero no te hizo mansa” interpela el cuarentón.

“Así es, Jonatás ben Ana. No me hizo débil, sino más fuerte de lo que puede ser un honesto, de lo que quiere ser el que ha vuelto al buen camino, del que ha roto sus antiguas ligaduras para rehacer una nueva vida. ¡Ea! ¿Quién viene a ver a Lázaro?” Su tono es una orden. A todos los domina con su valor intrépido. Marta al revés está angustiada, con lágrimas en los ojos que suplica a María que se calle.

“Iré yo” dice con un suspiro de víctima Elquías, hombre falso cual serpiente.

* avieso = torcido, fuera de regla, malo.

Van. Los demás se dirigen a Marta: “¡Tu hermana!... Siempre de ese carácter. No debería. Tiene necesidad de que mucho se le perdone” dice Uriel, el rabí que vi en Giscala, el que arrojó piedras contra Jesús.

Al latigazo de estas palabras las fuerzas vuelven a Marta y responde: “Dios le ha perdonado. Y basta. No necesita que la perdone cualquier otro. La vida que lleva ahora, es ejemplo para todos”. Sin embargo pronto sus fuerzas se le acaban y se convierten en lágrimas. En medio de ellas gime: ¡Sois unos crueles! Con ella... conmigo... No tenéis compasión ni del dolor pasado, ni del actual. ¿Para qué vinisteis? ¿Para ofender y causar dolores?”

“No, Marta, no. Vinimos a saludar al gran judío que muere. No por otro motivo. No debes interpretar mal nuestras buenas intenciones. José y Nicodemo nos dijeron que estaba muy grave y por esos vinimos... con ellos, los dos *grandes amigos* del Rabí y de Lázaro. ¿Por qué queréis discriminarnos a nosotros que también amamos al Rabí y a Lázaro? No sois buenas. No vas a negar que vinieron con Juan, Eleazar, Felipe, Josué y Joaquín. Ni tampoco que Mannaén haya venido...”

“No niego nada, pero me sorprende que sepas todo esto también. No me imaginé que aun el interior de los hogares estuviese bajo vuestra inspección. No sabía que existiese un precepto más de los 613, el de indagar, espiar las intimidades de las familias... ¡Oh, perdonad! ¡Os ofendo! El dolor me saca de control y vosotros me lo aumentáis”.

“Te comprendemos mujer. Exactamente porque pensamos que estáis taladradas por el dolor, hemos venido a daros un buen consejo. Mandad llamar al Maestro. Ayer también vinieron siete leprosos a alabar al Señor, diciendo que los había curado. Llamadlo también para Lázaro”.

“Mi hermano no está leproso” grita Marta fuera de sí. “¿Por esto habéis querido verlo? ¿Para esto vinisteis? No. No está leproso. Mirad mis manos. Hace años que lo curo y no tengo nada. Tengo la piel enrojecida por los aromas, pero no tengo lepra. No tengo...”

“Calma, calma, mujer! ¿Quién te ha dicho que Lázaro está leproso? ¿Quién puede sospechar que hayáis cometido un pecado *tan horrendo* como es ocultar a un leproso? ¿Y crees que pese a vuestro poder, no os castigaríamos, si hubierais pecado? Somos capaces de pasar sobre el cuerpo de vuestro padre, de nuestra madre, de nuestra esposa e hijos con tal de hacer obedecer los mandamientos. Yo te lo dije. Yo, Jonatás de Uziel”.

“Es la purita verdad. Ni más ni menos. Ahora te aconsejamos por lo mucho que te queremos, por el amor que tuvimos a tu madre, por el que tenemos a Lázaro, que mandéis llamar al Maestro. ¿Sacudes la cabeza? ¿Quieres decir que ya es demasiado tarde? ¿Cómo? ¿No tienes fe en Él, tú, Marta, discípula ferviente? ¡Eso está mal! ¿Comienzas tú también a dudar?” pregunta Arquelao.

“Blasfemas, escriba. Creo en el Maestro como en el Dios verdadero”.

“¿Entonces por qué no quieres hacer la prueba? Ha resucitado a muertos... por lo menos así dicen los rumores... ¿No sabes dónde está? Si quieres te lo buscamos, te ayudaremos” sugiere Félix”.

“¡Eso no! En casa de Lázaro se *sabe* dónde está el Rabí. Dínoslo claro, Marta, e iremos a buscártelo, te lo traeremos y estaremos presentes al milagro para regocijarnos contigo, con todos vosotros” interviene Sadoc con muy mala intención.

Marta titubea, como si fuera a ceder. Los otros insisten. Ella replica: “No sé dónde esté... De veras que no lo sé... Hace días que partió y se despidió de nosotros como si fuera a estar lejos por mucho tiempo... Me sentiría consolada si supiese dónde está... Al menos saberlo... Pero no miento, si digo que no sé...”

“¡Pobre mujer! Nosotros te ayudaremos... Te lo traeremos” promete Cornelio.

“¡No! No es necesario. El Maestro... A Él os estáis refiriendo ¿o no? El Maestro dijo que debemos esperar contra lo imposible, y sólo en Dios. ¡Así lo haremos!” grita Magdalena que regresa con Elquías, el cual se separa de ella y empieza a cuchichear con tres fariseos.

“Si está agonizando, porque lo oigo” dice uno de ellos que es Doras.

“¡Y qué! ¡Qué se muera! No voy a oponerme al decreto de Dios y no desobedeceré al Rabí”.

“¿Y qué quieres esperar después de muerto, pedazo de tonta?” le pregunta con sorna el herodiano.

“¿Qué cosa? ¡La Vida!” Su voz es un grito de fe absoluta.

“¿La Vida? ¡Ja, ja! Sé sincera. Sabes muy bien que ante una *verdadera muerte* su poder es nulo, y como eres una necia amándolo, por eso no quieres que se eche de ver”.

“¡Largaos de aquí todos! Marta tendría qué hacerlo, pero os teme. Yo sólo tengo miedo de ofender a Dios que me ha perdonado. Y por eso lo hago en lugar de Marta. ¡Afuera todos! En esta casa no hay lugar para los que odian a Jesús, el Mesías. ¡Afuera! ¡A vuestras cuevas tenebrosas! ¡Afuera todos! O haré que os arrojen mis siervos como una banda de haraposos inmundos”.

Está que arde de ira. Los judíos ponen pie en polvorosa, siempre cobardes. Magdalena parece un ángel airado...

La sala se limpia y los ojos de María, según van pasando cada uno ante ella, forman como la sombra de un yugo romano, bajo el que de doblega la altivez de los vencidos judíos. Se queda sola.

Marta se echa sobre la alfombra presa del llanto.

“¿Por qué lloras hermana? No veo la razón...”

“¡Oh! Los has ofendido... Te ofendieron... nos ofendieron y ahora... se vengarán... y...”

“Cállate, ¡tonta! ¿En quién quieres que se venguen? ¿En Lázaro? Primero tienen qué deliberar y antes de que decidan... ¡Oh! Nadie se venga en un gulal² ¿En nosotras? ¿Tenemos necesidad que nos den de su pan para vivir? No nos tocarán nuestros bienes. Saben que Roma nos protege. ¿Sobre quién se van a vengar? Y aunque se vengasen, ¿no somos jóvenes y fuertes todavía? ¿No podemos trabajar? ¿No acaso Jesús es pobre? ¿No ha sido carpintero nuestro Jesús? ¿Si somos pobres y trabajamos, no nos pareceremos a Él? ¡Gloríate de llegarlo a ser! ¡Espéralo! ¡Pídeselo a Dios!”

“Pero lo que te dijeron...”

“¡Ah, ah! Lo que me dijeron. *Fue la verdad*. Yo misma me la digo. Fui una inmunda. Ahora soy una oveja del Pastor. Lo pasado ya murió. ¡Ea!, vamos con Lázaro”.

3. Marta manda avisar al Maestro ¹

20 diciembre 1946

Me encuentro todavía en casa de Lázaro y veo que Marta y María salen al jardín acompañando a un hombre más bien anciano, majestuoso de presencia, y creo que no es hebreo porque tiene la cara rasurada como los romanos.

Una vez que están un poco lejos de la casa, María pregunta: “¿Y qué cosa Nicomedes? ¿Qué nos dices de nuestro hermano? Lo vemos muy... enfermo... Habla”.

El interpelado abre sus brazos con un gesto de compasión, pues sabe que no hay remedio alguno. Se detiene, contesta: “Está muy enfermo... Desde que tomé cuidado de él, jamás os engañé. He hecho todo lo posible y vosotras lo sabéis. Pero todo ha sido inútil. Creí que con darle algo con que pudiese reaccionar y vencer el agotamiento que le produce la enfermedad, se lograría algo. Le he preparado cosas nutritivas, y bebidas reconfortantes. He empleado una cierta clase de venenos propios para que la sangre no se corrompa y para sostener las fuerzas, según lo que enseñaron los grandes maestros de la medicina. Pero la enfermedad es más fuerte que los remedios. Esta clase de males es como una enfermedad corrosiva. Destruye. Y cuando se deja ver en la superficie, los huesos están ya invadidos, y como la savia en un árbol sube de las raíces a la copa, así también esta enfermedad se ha extendido por todo el cuerpo...”

² Palabra hebrea en sentido metafórico, significa: desperdicio, suciedad, oprobio. Cfr. igual término en 3 Rey. 14, 10.

¹ Cfr. Ju. 11.

“Pero sólo tiene enfermas las piernas...” dice Marta.

“Es cierto, pero la fiebre destruye donde creéis que no haya mal. Mirad esta ramita caída. Parece carcomida, aquí cerca de donde se rompió. Pero ved... (la tritura entre sus dedos). ¿Habéis visto? Bajo la corteza que parecía buena estaba ya la polilla hasta la punta, donde parece que todavía hay vida, porque se ven hojitas. Lázaro está ya agonizando. El Dios de vuestros padres y dioses y semidioses de nuestra medicina no han podido hacer nada... o no han querido. Hablo de vuestro Dios... Y por esto... y por esto, preveo que la muerte se acerca a Lázaro, parte porque la fiebre sigue aumentando, síntoma de corrupción que ha entrado en la sangre, parte por los movimientos irregulares del corazón, y parte también por la falta de estímulos y reacciones en todos los órganos del enfermo. Lo estáis viendo: no se alimenta ya, no retiene lo poco que puede comer y no asimila lo que retiene. Es el fin... -creedme como a un médico que es deudor de vosotras, por recuerdo de Teófilo- que más deseable sería la muerte... Son enfermedades duras. Por millares de años destruyen al hombre y el hombre no logra prevenir contra ellas. Sólo los dioses podrían si...” Se detiene, las mira, frotando con los dedos su mentón rasurado. Piensa. Luego dice: “¿Por qué no llamáis al Galileo? Es vuestro amigo. Él puede porque todo lo puede. He examinado a personas que estuvieron condenadas a muerte y que fueron curadas. Una fuerza extraña sale de Él. Un fluido misterioso que reanima, que junta las reacciones dispersas y hace que se curen... No sé. También lo he seguido, mezclado entre la multitud, y he visto cosas maravillosas... Llamadlo. Soy un pagano, pero honro al Taumaturgo misterioso de vuestro pueblo. Sería yo feliz que Él pudiese lo que yo no”.

“Él es Dios, Nicomedes. Por esto puede todo. La fuerza que dices que fluye de Él, es su voluntad de Dios³” replica María.

“No me burlo de vuestra fe. Más bien la espoleo para que llegue hasta lo imposible. Por otra parte... Se sabe que los dioses algunas veces han bajado a la tierra. Yo... nunca hubiera creído... Pero como hombre y médico honrado que soy, debo afirmar que es verdad, porque el Galileo hace curaciones que sólo un dios puede hacer”.

“No un dios, Nicomedes. El verdadero Dios” insiste María.

“Está bien. Como quieras. Yo creeré en Él y me haré su seguidor si viere que Lázaro... resucita. Porque en su caso no se trata ya de curación, sino de resurrección. Llamadlo pues y con urgencia... porque, si no me he hecho un tonto, al máximo dentro de tres ocasiones a partir de este, habrá muerto. Dice “al máximo”. Puede suceder que sea hasta antes...”

“Oh, podríamos, pero no sabemos donde esté...” responde Marta.

“Yo lo sé. Me lo dijo un discípulo suyo que iba a alcanzarlo al que acompañaban unos enfermos, dos de los cuales eran míos. Está al otro lado del Jordán, cerca del vado. Vosotras conoceréis tal vez mejor el lugar”.

“¡Ah, claro, la casa de Salomón!” dice María.

“¿Está muy lejos?”

“No, Nicomedes”.

“Entonces mandad inmediatamente a un siervo a decirle que venga. Más tarde regreso y me quedará para ver su poder en Lázaro. Salvete, dominæ Y... mutuamente animaos”. Hace la inclinación, se dirige a la salida, donde un siervo lo espera para tenerle el caballo y abrirle el cancel.

“¿Qué hacemos, María?” pregunta Marta después de haber visto partir al médico.

“Obedezcamos al Maestro. Él nos dijo que lo mandásemos llamar después de muerto. Y así lo haremos”.

“Pero una vez que haya muerto... ¿de qué sirve aquí el Maestro? Para nuestro corazón será un consuelo. ¡Pero para Lázaro!... Voy a enviar a un siervo que le diga que venga”.

“No. Echarías a perder el milagro. Él ordenó que supiésemos esperar y creer contra todo lo imposible. Y así lo haremos, veremos el milagro. Estoy segura. Si no lo hacemos, Dios nos

³ Cfr. Lc. 6, 17-19.

dejará con nuestra presunción porque queremos hacer mejor que Él, y no nos concederá nada”.

“¿Pero no está viendo cuánto sufre Lázaro? ¿No oyes cuánto desea ver al Maestro, en sus momentos lúcidos No tienes corazón. ¡Quieres negar a nuestro pobre hermano su última alegría!... ¡Pobre hermano nuestro! ¡Pobre hermano nuestro! Dentro de poco no tendremos ya hermano. ¡Ni padre, ni madre, ni hermano! La casa destruida y nosotras solas como dos palmeras en el desierto” Es presa de una crisis de dolor, y yo diría de una crisis típicamente oriental. Se agita, se golpea la cara despeinándose la cabellera.

María la sujeta. Le grita: “¡Cállate! ¡Cállate, te lo mando! Puede oírnos. Lo amo más y sé dominarme mejor que tú. Pareces una mujer enferma. ¡Cállate, te lo mando! Con estas tonterías no se cambia la suerte de nadie, ni tampoco se hace uno digno de que se le compadezca. Si lo haces para conmovirme estás equivocada. Piénsalo bien. Mi corazón se despedaza, pero obedece”.

Marta, dominada por la fuerza y palabras de su hermana, se calma un poquito, pero en medio de su dolor que es más tranquilo, llora, ruega, invocando a su madre: “¡Madre, oh madre mía, consuélame! Dame más paz de la que me has dado después de tu muerte. ¡Si estuvieses aquí, madre! ¡Si los dolores no te hubieran matado! Si estuvieses nos guiarías y te obedeceríamos para bien de todos... ¡Oh!...”

María cambia de color. Su cara se cubre de lágrimas sin sollozo alguno y sin decir una palabra se retuerce las manos.

Marta la mira y dice: “Nuestra madre, cuando estaba por morir, me hizo prometerle que sería yo para Lázaro una madre. Si estuviese aquí...”

“Obedecería al Maestro porque fue una mujer buena. Es inútil que trates de conmovirme.

Dime si crees que fui yo quien mató a mi madre por las aflicciones que le causé. Y te responderé: “Tienes razón”. Pero si quieres que diga que está bien que mandes llamar al Maestro, te respondo: “No” Y siempre te diré: “No”. Estoy segura que desde el seno de Abraham aprueba lo que digo y me bendice. Vamos adentro”.

“¡No hay más! ¡No hay más!”

“¡Hay todo! Todo, debes decir. Tú escuchas al Maestro y pareces muy atenta mientras habla, y luego te olvidas de lo que dijo. ¿No ha afirmado siempre que amar y obedecer nos hace hijos de Dios y herederos de su Reino? Si es así, ¿cómo puedes asegurar que nos quedaremos sin nada, si tenemos a Dios y poseemos su Reino por nuestra fidelidad? Oh, en realidad es necesario ser absolutas como lo fui yo, también en el mal, para poder ser, para poder saber y querer ser absolutas en el bien, en la obediencia, en la esperanza, en la fe, en el amor...”

“Pero permites que los judíos se burlen y hagan insinuaciones sobre el Maestro. El otro día los oíste...”

“¿Todavía estás acordándote de los graznidos de esos grajos,* del revoloteo de esos buitres? Déjalos que escupan lo que traen dentro. ¿Qué te importa el mundo? ¿Qué es este en comparación de Dios? Mira, menos que este sucio y aterido moscón por haber chupado en la porquería y al que aplasta así” y con fuerte golpe de su pie aplasta al moscardón que despacio camina por entre la grava del sendero. Luego toma a Marta por un brazo y le dice: “¡Ánimo! Vamos adentro y...”

“Por lo menos hagámoslo saber al Maestro. Mandémosle decir que está agonizando, sin agregar más...”

“Como si tuviese necesidad de que se lo dijésemos. Él dijo: “Cuando haya muerto, hacédmelo saber”. Y lo haremos. No antes”.

“Nadie, nadie se compadece de mi dolor. Tú, menos que todos...”

“Déjate de lágrimas así. No lo puedo soportar...” En su angustia se muerde los labios para dar fuerza a su hermana, pero ni siquiera llora.

* **grajo.** = Ave muy semejante al cuervo, con el cuerpo de color violáceo negruzco y la base del pico.

Marcela sale corriendo fuera de la casa. La sigue Maximino: “¡Marta, María, corred, Lázaro está mal! No responde más...”

Las dos hermanas ligerísimas entran en casa... luego se oye la voz enérgica de María que da órdenes para el caso, se ve que corren criados con bebidas estimulantes y jofainas de agua hirviendo, se oyen los cuchicheos, se ven gestos de dolor...

Poco a poco la calma vuelve. Los criados hablan entre sí, más calmados, pero no abrigan esperanzas. Unos sacuden su cabeza, otros la levantan al cielo alargando los brazos como si quisieran decir: “Así es”, algunos lloran, otros esperan el milagro.

Ahí está nuevamente Marta, pálida como un cadáver. Vuelve la cara para cerciorarse de que nadie la sigue. Mira a los criados que vienen ansiosos a su alrededor. Vuelve a la casa la mirada para asegurarse de que nadie viene. Ordena a su criado: “Ven conmigo”.

El siervo se separa del grupo, la sigue hacia adentro del emparrado de los jazmines. Marta habla, pero sin perder de vista la casa que a través del tupido follaje puede verse:

“Escúchame. Cuando todos los criados hayan vuelto a entrar, les daré órdenes para que todos estén ocupados, entonces tú irás a la caballeriza, tomarás uno de los caballos más veloces, lo ensillas... Si por casualidad alguien te viese, dile que vas a casa del médico... No mientes y tampoco te enseñe a hacerlo, porque en realidad te mando a donde está el Médico digno de toda bendición... Toma contigo cebada para el caballo, y alimentos para ti y esta bolsa para lo que se te pueda ofrecer. Sal por el pequeño cancel pasando por los campos arados, donde no se oye el rumor de los cascos del caballo. Toma el camino que lleva a Jericó y galopa sin detenerte ningún momento, ni siquiera de noche. *¿Entendido? Sin detenerte un solo momento.* La luna nueva te alumbrará, si está oscuro cuando todavía vas de camino. Piensa que la vida de tu patrón está en tus manos y en tu rapidez. Deposito mi confianza en ti”.

“Patrona, te serviré cual fiel esclavo”.

“Vas al vado de Betabara. Lo pasas y te diriges a la otra Betania de la Transjordania. ¿La conoces? Donde al principio bautizaba Juan”.

“La conozco. También fui allá a purificarme”.

“Allí está el Maestro. Todos te señalarán la casa donde está hospedado. Pero si en lugar del camino principal, sigues la ribera del río, es mejor. Nadie te verá y tú mismo darás con la casa. Es la primera del único camino del poblado que lleva de la campiña al río. No puedes equivocarte. Una casa baja, sin terraza ni habitaciones superiores, con un jardincito, que está situada de esta parte del río. Antes de la casa, un huertecillo con un cancel de madera y una cerca como de blanco-espinos, me parece. De todas maneras es una cerca. ¿Has entendido? Repítelo”.

El siervo repite.

“Está bien. Trata de hablar con Él, *con Él solo*, y le dirás que *tus patronas* te mandan a decirle que Lázaro está muy enfermo, que está para morir, que no resistimos más, que él lo quiere ver y que venga inmediatamente, *inmediatamente*, por piedad. ¿Has entendido bien?”

“Sí, patrona”.

“Después regresa al punto de modo que nadie note mucho tu ausencia. Lleva una lámpara contigo para la oscuridad. Ve, corre, galopa, mata el caballo, pero regresa rápido con la respuesta del Maestro”.

“Así lo haré, patrona”.

“¡Vete, vete! ¿Ya ves? Todos han vuelto a entrar. Vete al instante. Nadie te verá hacer los preparativos. Yo misma te llevaré la comida. Vete. Te la pondré en el umbral del cancel pequeño. Vete y que Dios sea contigo. ¡Vete!...”

Ansiosa lo empuja. Luego rápida va adentro, espía, y poco después sale ocultándose por una puerta secundaria por el lado sur, con una pequeña bolsa en las manos, pasa cerca, muy cerca de la valla hasta la primera brecha, da vuelta, desaparece...

4. La muerte de Lázaro

21 diciembre 1946

Para lograr que Lázaro respire con menos dificultad han abierto las puertas y ventanas de la habitación. Lázaro está en coma, y cercano a la muerte. De esta sólo se diferencia por el respiro. A su alrededor están además de las dos hermanas, Maximino, Marcela y Noemí, atentos a cualquier movimiento del moribundo.

Cada vez que por una contracción de espasmo se mueve la boca, y parece como si quisiera decir algo o que sus ojos se abren por un instante, para volver a ocultarse bajo los párpados, las dos hermanas se inclinan para captar una palabra, una mirada... Pero es inútil. No son sino reflejos sin coordinación, independientes de la voluntad y de la inteligencia, facultades ambas que por lo demás ya no sirven, están perdidas. Reflejos que provienen del sufrimiento del cuerpo, del que manda sudor que da brillo a la cara del moribundo y el temblor que a intervalos sacude los dedos esqueléticos y hace que se contraigan. Sus hermanas con todo el amor le dirigen palabras, pero ni su nombre, ni su amor logran romper la barrera de la incapacidad de Lázaro para poder darse a entender, y sólo obtienen como respuesta el silencio de una tumba.

Noemí, con lágrimas en los ojos, no deja de poner lienzos calientes en los helados pies del moribundo. Marcela tiene en las manos una copa de la que saca un delicado lienzo que Marta emplea para enjugar los labios secos de su hermano. María con otro seca el abundante sudor que baja por la cara macilenta que llega hasta las manos del moribundo. Maximino, apoyado contra un estante alto y negruzco, que está cerca del lecho del agonizante, mira sobre las espaldas, inclinada sobre su hermano.

No hay nadie más. Un gran silencio, como si estuviesen en una casa vacía en el desierto. Las criadas descalzas, traen ladrillos calientes. Parecen fantasmas.

En un cierto momento María dice: "Me parece que el calor vuelve a las manos. Mira, Marta, está menos pálido en los labios".

"De veras. También respira mejor. Hace tiempo que lo estoy mirando" observa Maximino.

Se inclina Marta y con voz lenta, pero preñada de emoción, dice: "¡Lázaro, Lázaro! ¡Mira, María! Parece como si sonriera y quisiera hablar. Se está mejorando. Se está mejorando.

¿Qué hora es?"

"Ya llega la noche".

"¡Ah!" y Marta se lleva las manos sobre el pecho, levanta sus ojos con un gesto mudo, lleno de súplica, de confianza. Una sonrisa alumbra su cara.

Los otros la miran sorprendidos. María le dice: "No veo por qué ahora que ya casi ha anochecido debas estar contenta..." y la mira despacio, que sospecha.

Marta no responde, sigue en su actitud anterior.

Entra una criada con ladrillos que pasa a Noemí. María ordena: "Trae dos lámparas. Falta ya luz y quiero verlo". La criada sale sin hacer ruido. Regresa con dos lámparas encendidas que pone, una sobre el estante, junto al que está apoyado Maximino, y la otra sobre una mesa en que hay vendas y jarras, y que está al otro lado de la cama.

"¡Oh, María, María, mira! Está menos pálido".

"Y menos exhausto. ¡Como que vuelve a la vida" dice Marcela.

"Dadle alguna gotita de ese vino aromático que preparó Sara. Le hace bien" sugiere Maximino.

María toma del suelo una jarrita de cuello delgadísimo, como pico de pájaro, y con mucho cuidado pone una gota de vino en los labios semicerrados.

"Despacio, María. No vaya a ahogarse" aconseja Noemí.

"¡Oh, se lo ha pasado! ¡Quiere más! ¡Mira, Marta, mira! Saca la lengua como si quisiera más..."

Todos se inclinan a mirar, y Noemí le grita: "¡Tesoro, mira a tu nodriza!" y se acerca a besarlo.

"¡Mira! ¡Mira, Noemí, bebe tu lágrima! Le cayó cerca de los labios, la sintió y ha querido bebérsela".

“¡Oh, amado mío! Si tuviera todavía leche como en otros tiempos, te la daría gota a gota en la boca, corderito mío, aun cuando tuviera qué morir exprimiendo mi corazón”. Comprendo por lo dicho que Noemí fue no solo nodriza de María, sino también de Lázaro.

“Patronas, Nicomedes está aquí” anuncia un criado desde el umbral.

“Que pase, que pase. Nos ayudará para que mejore”.

“¡Mirad, mirad! Abre los ojos, mueve los labios” dice Maximino.

“Me está apretando los dedos con los suyos” exclama María, y se inclina: “Lázaro, ¿me oyes? ¿Quién soy?”

Lázaro abre sus ojos, la mira. Es una mirada vaga, nublada, pero es una mirada.

Fatigosamente mueve sus labios y dice: “¡Mamá!”

“Soy María, María tu hermana”.

“¡Mamá!”

“No te reconoce. Llama a su madre. Los agonizantes siempre son así” dice Noemí con la cara bañada en lágrimas.

“Pero habla. Después de tanto tiempo vuelve a hablar... Es mucho... ¡Oh, Señor mío, premia a tu sierva!” dice Marta con un gesto lleno todavía de ferviente y confiada oración.

“¿Pero qué te ha pasado? ¿Acaso viste al Maestro? ¿Se te ha aparecido? Dímelo, Marta.

¡Quítame esta ansia!” suplica María.

Nicomedes entra. Marta no responde. Todos se vuelven a él y le cuentan que después de que se había ido, Lázaro había empeorado tanto que llegaron a creerlo muerto, pero que después con nuevos auxilios lograron que volviese a recobrar un poco el aliento. Y que después una de las mujeres había preparado un vino aromático, que bebió unas gotitas, que recobró el calor, como que trataba de querer más, y que hasta había abierto los ojos y hablado...

Todos hablan simultáneamente, con sus esperanzas vueltas a la vida, que chocan contra la actitud un tanto escéptica del médico que los deja hablar.

Una vez que terminan, dice: “Está bien. Dejadme ver”. Se acerca al lecho y ordena que le acerquen las lámparas y cierren la ventana, pues quería descubrir al enfermo. Se inclina, lo llama, le pregunta, hace pasar la luz por la cara del enfermo que tiene los ojos abiertos y parece como si estuviera sorprendido de todo; luego lo descubre, estudia su respiración, las palpitaciones del corazón, el calor y la rigidez de sus miembros. Todos están ansiosos de que diga algo. Nicomedes vuelve a cubrir al enfermo, lo mira una vez más, piensa. Luego se vuelve a mirar a los presentes y anuncia: “No puede negarse que no haya recobrado vigor. Está mejor que la última vez que lo vi. Pero no os hagáis ilusiones. No es más que mejoramiento ficticio de la muerte. Estoy seguro de ello, como lo estaba antes. Libre de otras ocupaciones he regresado para hacerle lo menos penosa la muerte, en lo que está en mis manos... o para ver el milagro si... ¿Habéis hecho lo que dije?”

“Sí, sí, Nicomedes” lo interrumpe Marta. Y para impedirle que hiciese otra pregunta, agrega:

“¿Pero no habías dicho que... dentro de tres días...? Yo...” llora.

“Lo digo. Soy un médico. Vivo entre las agonías y llantos, pero este espectáculo de dolor no ha hecho que mi corazón se haga duro como la piedra. Hoy... os he preparado... con un lapso de tiempo bastante largo... y vago... Pero mi saber me decía que el término estaba ya pronto. Mi corazón mentía piadosamente... ¡Ea! Tened valor... Salid... No se sabe hasta qué punto los agonizantes comprendan...” Las empuja así como están llorando, repitiendo: “¡Tened valor! ¡Tened valor!”

Máximo se queda cerca del moribundo... El médico se retira para preparar unas medicinas que ayuden a que la agonía de Lázaro sea menos angustiosa, la cual, como dice: “prevé que será muy dolorosa”.

“Hazlo vivir. Hazlo vivir hasta mañana. Ya es noche. Lo ves, ¡oh Nicomedes! ¿No puede acaso tu ciencia tener despierta una vida por lo menos por el espacio de un día? ¡Hazlo vivir!”

“Domina yo hago lo que puedo. Cuando la mecha se ha apagado, no hay nada que sostenga la flama” responde al médico y se va.

Las dos hermanas se abrazan, llorando desoladas. La que más llora es María. Marta tiene su esperanza en el corazón...

Se oye que Lázaro habla en voz fuerte, imperiosa. Las toma de sobresalto. Las llama: "Marta! ¡María! ¿Dónde estáis? Quiero levantarme. Vestidme. Decid al Maestro que estoy curado. Debo ir a donde está el Maestro. Un carro. ¡Pronto! Y un veloz caballo. Ciertamente Él me ha curado..." Habla aprisa, dando entonación a sus palabras, sentado en el lecho, encendido de fiebre, tratando de bajarse de la cama, lo que le impide Maximino que dice a las mujeres que entraran corriendo: "¡Está delirando!"

"No. Déjalo que baje. ¡El milagro! ¡El milagro! ¡Oh, me siento feliz de haber sido su causa! ¡Apenas Jesús lo supo! ¡Oh, Dios de nuestros padres, sé bendito y alabado por tu poder y por tu Mesías!..." Marta cae de rodillas transportada de alegría.

Lázaro, víctima de la fiebre, lo que no logra comprender Marta, continúa diciendo: "Tantas veces que ha venido a verme en mi enfermedad. Justo es que vaya a decirle: "Estoy curado". ¡Estoy curado! ¡No me duele nada! Me siento fuerte. Quiero levantarme. Ir. Dios quiso probar mi resignación. Se me dará el nombre del nuevo Job..." Y con un tono hierático y grandes gestos: "El Señor restableció a Job... le dio el doble de lo que antes había tenido. Le bendijo los últimos días de su vida mucho más que antes... y vivió hasta a..."². No, no soy Job. Estuve entre las llamas y de ahí me sacó; estuve en el vientre del monstruo y vuelvo a la luz. Soy pues, Jonás³ y los tres jóvenes de Daniel soy yo⁴. Llega el médico a quien alguien había ido a llamar. Lo observa: "Es el delirio. Me lo esperaba. La sangre viciada envenena con fuego su cerebro". Trata de acostarlo y recomienda que así lo tengan. Regresa a seguir preparando nuevos medicamentos.

Lázaro se pone inquieto porque lo tienen acostado, o se pone a llorar como un niño.

"Realmente está delirando" gime María.

"No. Nadie entiende nada. No sabéis creer. ¡Pero ahora! No lo sabéis... A esta hora el Maestro sabe que Lázaro está agonizando. Sí, se lo mandé decir, ¡María! Lo hice sin decirte nada..."

"¡Ah, has sido una tonta! Has destruido el milagro" grita María.

"¡No es verdad! Estás viendo que ha empezado a mejorar desde el momento en que Jonás llegó a donde estaba el Maestro. Delira... Ciertamente... Está débil y su cerebro está envuelto todavía en la neblina en que lo tenía la muerte. Pero no delira como el médico cree. ¡Óyelo!

¿Son acaso palabras que un delirante diga?"

En realidad Lázaro, dice: "Incliné mi cabeza al oír al decreto de muerte, he gustado su amargura y por esto Dios recompensa mi resignación, me devuelve a la vida y a mis hermanas. Todavía podré servir al Señor y santificarme junto con Marta y María... ¡María! ¿Qué cosa es María? Es el regalo de Jesús al pobre Lázaro. Me lo había dicho... ¡Cuánto tiempo ha pasado desde aquella vez! "Vuestro perdón hará más que todo. Me ayudará". Me lo había prometido: "Ella será tu alegría". Y aquel día en que estaba yo irritado porque había traído hasta aquí su desfachatez, ¡cerca del Santo! ¡Qué palabras dijo para invitarla al regreso! La Sabiduría y la Caridad se movieron para mover su corazón... Además, vio que me ofrecía por ella, por su redención... ¡Quiero vivir para gozar junto con ella de su arrepentimiento! ¡Quiero con ella alabar al Señor! Ríos de lágrimas, vergüenzas, afrentas, amarguras... todo entró en mí y me arrancó la vida por su causa... He ahí el fuego, el fuego del horno. Regresa, con el recuerdo... María de Teófilo y de Euqueria, mi hermana: la prostituta. Podía ser reina y se convirtió en fango que aún el cerdo pisotea. Y mi madre que muere. No poder ir más entre la gente sin tener que soportar sus burlas. ¡Por causa suya! ¿Dónde estás perversa? ¿Te faltaba el pan acaso para venderte como lo hiciste? ¿Qué leche bebiste de la nodriza? ¿Lujuria? ¿Qué te enseñó la madre? ¿El pecado? ¡Largo, largo! ¡Deshonra de nuestra casa!"

² Cfr. Job. 42, 10-17.

³ Cfr. Jon. 2.

⁴ Cfr. Dan 3, 1-97 según la Vulgata.

Su voz es un aullido. Parece loco. Marcela y Noemí prontamente cierran bien las puertas, corren las pesadas cortinas para que no se oiga nada afuera. El médico regresa, se esfuerza inútilmente en calmar el delirio que es cada vez más intenso.

María, echada por tierra cual harapo, llora ante la inexorable acusación del agonizante que prosigue: “Uno, dos, diez amantes. El oprobio de Israel pasaba de unos brazos a otros... Su madre moría: ella se consumía gozosa en sus sucios amores. ¡Cual bestia! ¡Cual vampiro acabaste con la vida de tu madre! ¡Destruiste nuestra alegría! ¡Marta se ha sacrificado por ti! No se casa la hermana de una daifa*. Yo... ¡ah, yo! Lázaro, caballero, hijo de Teófilo... ¡Los pilluelos de Ofel me arrojaban sus salivazos! “He ahí al cómplice de una adúltera y de una inmunda” me acusaban escribas y fariseos, sacudiéndose sus vestidos para dar a entender que apartaban de sí el pecado con el que estaba yo manchado a su contacto. “¡He ahí al pecador! El que no castiga al culpable, se hace reo de su pecado” gritaban los rabinos cuando subía al templo y sudaba bajo el fuego de las miradas de los sacerdotes... El fuego. ¡Tú. Tú arrojabas el fuego que dentro te consumía. Porque eres un demonio, María. Porque eres una sucia. Eres anatema. Tu fuego prendía en todos porque era de muchos, y había para los lujuriosos que parecían pescados atrapados en la red cuando pasabas... ¿Por qué no te maté? En la Gehena⁵ arderé por haber dejado que destruyeses tantas familias, y dices tantos escándalos... ¿Quién es el que enseñó: “Ay de aquel por quien viene el escándalo”? ¿Quién fue? ¡Ah, el Maestro! Quiero al Maestro. Lo quiero. Para que me perdone. Quiero decirle que no podía matarla, porque la amaba... María era el sol de nuestro hogar... Quiero al Maestro. ¿Por qué no está aquí? ¡No quiero vivir! Sino que me perdone el escándalo que di al dejar vivir a la escandalosa. Estoy ya en las llamas. Es el fuego de María. Me quema. En todos prendía. A unos para encender en ellos la lujuria, en otros el odio contra nuestra casa, y en mí para que mi cuerpo arda. ¡No quiero estas mantas, quitádmelas! Estoy en el fuego. Arden mi alma y mi cuerpo. Estoy perdido por su causa. ¡Maestro, Maestro! ¡Tu perdón! No viene. No puede venir a la casa de Lázaro. Es un estercolero por su causa. Entonces... quiero olvidar. Todo. No soy más Lázaro. Dadme vino. Salomón dice: “Dad vino a los que traen el corazón herido, para que olviden su miseria, y no se acuerden de su dolor”⁶. No quiero más recordar. Dicen todos: “Lázaro es rico, es el hombre más rico de Judea”. No es verdad. *Todo es paja*. No es oro. ¿Y las casas? Nubes. ¿Los viñedos, los oasis, los huertos, los olivares? Nada. Engaño. Soy Job⁷. No tengo nada. Tenía una perla. ¡Bella! De infinito valor. Era mi orgullo. Se llamaba María. No la tengo más. Soy un pobre. El más pobre de todos. El más befofo de todos... También Jesús me ha engañado. Porque me había dicho que me la habría restituido y sin embargo... ¿Dónde está ella? ¡Ah, ahí está! La mujer de Israel, la hija de la santa, parece ¡una hetera^α pagana! Semidesnuda, ebria, necia... Y a su alrededor... sobre el cuerpo desnudo de mi hermana las miradas de sus amantes que en él se lavan... Y ella ríe porque es admirada y deseada en tal forma. Quiero reparar mi delito. Quiero ir por Israel diciendo: “No vayáis a la casa de mi hermana. Su casa es el camino del infierno y desciende a los abismos de la muerte”⁸. Quiero ir a su casa, aplastarla, porque dicho está: “Cualquier mujer inmunda debe ser aplastada como se pisotea el fango de la calle”⁹. Oh, ¿tienes el valor de presentarte ante mí que muero deshonorado, porque me has destruido? ¿Ante mí, quien ha ofrecido su vida como rescate de tu alma, e inútilmente? Preguntas que ¿cómo te quería para no morir así? Oye, quería que fueras como la casta Susana. Respondes que te tentaban al mal. ¿Y no tenía un hermano que

* daifa = concubina

⁵ La Gehena era un valle cerca de Jerusalén donde siempre había fuego.

⁶ Cfr. Prov. 31, 6-7.

⁷ Cfr. Job. 1-2.

^α hetea = prostituta.

⁸ Probable alusión a: Prov. 5, 11-6; 6, 20 – 7, 27. y sobre todo 5, 5-6; 7, 27.

⁹ Eccli. 9, 10. según la Vulgata.

te podía defender? Susana respondió¹⁰: “Prefiero caer en vuestras manos, que pecar en la presencia del Señor”, y Dios hizo brillar su hermosura. Yo habría dicho estas palabras contra tus seductores y te habría defendido. ¡Pero te largaste! Judit enviudó y vivía en una casa solitaria, castigando su cuerpo con el cilicio y el ayuno. Todos la honraban grandemente porque temían al Señor. De ella está escrito: “Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, la honra de nuestro pueblo porque te has comportado valerosamente y tu corazón no ha conocido el miedo, pues amaste la castidad y no has vuelto a casarte con otro. Por eso la mano del Señor te ha hecho fuerte y para siempre serás bendita”¹¹. Si María hubiera sido fuerte como Judit, el Señor me habría curado. Pero no ha querido por causa de ella. Por esto no le he pedido que me curase. No puede haber milagro donde está ella. Morir, sufrir, no es nada. Con tal de que se salve quiero morir diez, cien veces. ¡Oh, Altísimo Señor, morir todas las veces que quieras! ¡Soportar todos los dolores! ¡Pero que se salve María! Alegrarme con ella una hora, siquiera una hora. Con ella, que vuelve a ser pura, limpia como en su niñez. Una hora de esta alegría. Gloriarme de ella, de ella la flor de oro de mi casa, la airosa gacela de ojos suaves, el ruiseñor del anochecer, la amorosa paloma... Quiero al Maestro para decirle que amo a María. ¡Ven María! ¡Tu hermano sufre mucho por ti. Si vienes, si te redimes, mi dolor se suaviza. ¡Buscad a María! ¡Estoy por acabar! ¡Me muero! ¡María! ¡Alumbrad! Aire... me sofoco... ¡Oh, qué siento!...”

El médico hace un gesto y dice: “Es el fin. Después del delirio, viene el sopor y luego la muerte. Puede ser que vuelva otra vez en sí. Quedaos cerca de él. Sobre todo, tú. Se alegrará” y acomodado Lázaro, que está agotado después de tanta conmoción, se dirige a María, llorosa y que ha repetido: “Haced que se calle!” La levanta y la lleva a la cama. Lázaro tiene los ojos cerrados. Debe sufrir muchísimo. Se contrae. Respira penosamente. El médico trata de darle algo de beber... El tiempo pasa.

Lázaro abre los ojos. Parece como si nada recordase de lo que hace poco sucedió. Sonríe a sus hermanas y busca sus manos, quiere besarlas como ellas lo han besado. Palidece mortalmente. Gime: “Tengo frío...” y castañea los dientes. Trata de cubrirse hasta la boca. Gime: “Nicomedes, no resisto más los dolores. Los lobos despedazan mis piernas, me devoran el corazón. ¡Cómo sufro! Si así es la agonía ¿qué será la muerte? ¿Cómo podré resistir? ¡Oh, si tuviese yo aquí al Maestro! ¿Por qué no me lo habéis traído? Hubiera muerto dichoso entre sus brazos...” llora.

Marta mira a María con dureza. Ésta comprende, y recordando las palabras que su hermano había dicho en su delirio, presa del remordimiento se inclina a besarle la mano, sin dejar de seguir arrodillada junto al lecho. Dice: “Soy la culpable. Marta quiso hacerlo hace dos días. Pero yo me opuse. Él nos había dicho que le avisáramos sólo después de tu muerte. Perdóname. Soy la que te ha atormentado

Por toda la vida... Y con todo te amé y te amo, hermano. Después del Maestro eres el más querido, y Dios ve si miento. Dime que me perdonas de mi pasado. Dame paz...”

“¡Domina!” advierte el médico. “No causar emociones al enfermo”

“Tienes razón... Dime que me perdonas que no haya querido traerte a Jesús...”

“¡María! Jesús vino aquí por ti... y así lo sigue haciendo... porque sabes amar... más que todos... Me amas más que a todos... una vida... de delicias no me habría... no me habría dado la... alegría que he tenido por ti... Te bendigo... Te digo... que hiciste bien... en obedecer a Jesús... No sabía... Sé... Digo... está bien... Ayúdame a morir... Noemí... fuiste capaz de... hacerme dormir... en otros tiempos... Marta... bendita... tranquilidad mía... Maximino... con Jesús... También... por mí... Mi parte... a los pobres, a Jesús... a los pobres... Y perdonad... a todos... Oh, qué sufrimientos!... ¡Aire!... ¡Luz! Está temblando la tierra... Veo una luz a vuestro alrededor y me deslumbra si... os miro... Hablad... más fuerte...” Su mano izquierda la tiene sobre María. Respira fatigosamente...

¹⁰ Dan. 13, 23.

¹¹ Jud. 15, 10-11.

Lo levantan con cuidado, poniendo debajo almohadones. Nicomedes le hace beber unas gotas de su medicamento. Su cabeza se inclina, se balancea, no tiene fuerzas. Lo único que le queda de vida es el respirar. Vuelve a abrir sus ojos y mira a María que le levanta la cabeza y le sonríe diciendo: “¡Mamá! Ha regresado... ¡Mamá! ¡Habla! Tu voz... Tú sabes... el secreto de... de Dios... ¿He servido... al Señor?...”

María con una voz que parece un hilo pronto a romperse, dice: “El Señor te ordena: “Ven a Mí, siervo bueno y fiel, porque escuchaste mis palabras y amaste al Verbo que te envié” ”.

“No oigo. ¡Más fuerte!”

María repite más fuerte...

“¡Está mamá!...” dice satisfecho Lázaro y deja caer la cabeza sobre el hombro de su hermana. No habla más. Se escucha sólo el gemir fatigoso, el estertor y se ve el sudor que le corre.

Insensible a la tierra, a los afectos, se sumerge cada vez más en las oscuridades absolutas de la muerte. Sus párpados caen sobre sus ojos vidriosos en que brilla la última lágrima.

“Nicomedes, ¡se hace pesado! ¡Se pone frío!...” grita María.

“Domina, la muerte para él es un alivio”.

“Mantenlo en la vida. Ciertamente mañana estará aquí Jesús. Ligerito habrá partido. Tal vez cabalga en el caballo del criado o en otro” dice Marta. Y volviéndose a su hermana: “¡Oh, si me hubieras permitido que lo hubiera hecho yo antes!” Luego al médico: “Haz que viva!” con voz convulsiva e imperiosa.

El médico extiende sus brazos. Prueba con bebidas, pero Lázaro no bebe ya. El estertor aumenta... aumenta...

“¡Oh, que si duele oírlo!” gime Noemí.

“Es una larga agonía...” asiente el médico.

Todavía no ha acabado de decirlo, cuando Lázaro se contorsiona todo, se dobla, y luego se suelta. Lanza el último respiro.

Sus hermanas gritan... al ver su estremecimiento. Gritan al ver que se suelta. María llama a su hermano, dándole de besos. Marta se aferra al médico que inclinado sobre el cadáver dice:

“¡Ha muerto! No hay razón ya de esperar el milagro. No hay más esperanza. ¡Demasiado tarde!... Me retire, dominae. No tengo por qué seguir aquí. Cuanto antes preparad el entierro, porque está ya descompuesto”. Cierra los párpados del difunto y al verlo por última vez dice:

“¡Una desgracia! Era bueno, virtuoso, inteligente. ¡Lástima que haya muerto!” Se vuelve a sus hermanas, se inclina, y se despide: “¡Dominae, salvete!” y se va.

Los gritos de dolor llenan la habitación. María sin fuerzas, se arroja sobre el cadáver de su hermano, dando rienda suelta a sus remordimientos, gritándole que la perdone. Marta llora entre los brazos de Noemí.

Después María grita: “¡No has sabido creer! ¡Ni obedecer! Fui yo la primera en ser causa de su muerte, pero tú lo has sido ahora. Yo con tus pecados. Tú con tu desobediencia”. Está como loca. Marta la levanta, la abraza, le pide excusas. Maximino, Noemí, Marcela se esfuerzan en que las dos hermanas entren en razón y se resignen. Y llegan hasta a decirles que se acuerden de Jesús... Se calman poco a poco. La habitación se llena de la servidumbre llorosa. Entran los que tienen a su cargo la preparación del cadáver. Llevan a las dos hermanas a otra habitación para que allí calmen su dolor.

Maximino que es el que las conduce dice: “Ha muerto cuando terminaba el segundo tiempo de la noche”.

Y Noemí: “Habrá qué enterrarlo mañana y pronto, antes del atardecer, porque sigue el sábado. ¿Dijiste que el Maestro había dicho que se le tributasen grandes honores?...”

“Así es Maximino. Te dejamos todo bajo tu responsabilidad. Me siento una tonta” dice Marta.

“Voy a enviar criados a los que viven cerca o lejos, y voy a dar órdenes a cada uno” dice Maximino y se retira.

Las dos hermanas, abrazadas, lloran. No se lanzan más ningún reproche. Lloran. Tratan de consolarse...

Pasan las horas. El cadáver ha sido preparado en la habitación. Un bulto alargado envuelto en vendas bajo el sudario.

“¡Por qué se le ha cubierto así!” grita Marta en son de reproche.

“Patrona... olía horrible de las narices, y al moverlo echó sangre podrida” contesta un viejo criado, a modo de excusa.

El llanto de las hermanas es más fuerte. Lázaro está oculto bajo las vendas... Más cerca de la destrucción, más lejos de ellas. Con lágrimas en los ojos lo velan hasta el amanecer, cuando viene regresando el criado que fue enviado a la Transjordania que queda estupefacto ante lo que ve, pero anuncia que Jesús vendrá pronto.

“¿Dijo que vendría? ¿No ha dicho nada en contra?” pregunta Marta.

“No, patrona. Dijo: “Iré. Diles que iré y que tengan fe” Antes había dicho: “Diles que estén tranquilas. No es una enfermedad mortal, sino que es la gloria de Dios, para que se manifieste su poder y sea glorificado en su Hijo” ”.

“¿Así dijo, de veras? ¿Estás seguro?” pregunta María.

“Patrona, me he venido repitiendo por el camino estas palabras”.

“Bien. Estás cansado. Te has portado bien. Pero ya es tarde, como ves...” suspira Marta. Y en cuanto se queda con su hermana estalla en fuerte llanto.

“¿Por qué, Marta?...”

“¡Oh, además de la muerte, la desilusión! María, María. ¿No ves que esta vez el Maestro se ha equivocado? Mira a Lázaro. ¡Muerto lo está! Hemos esperado hasta lo indecible y de nada nos sirvió. Cuando envié a llamarlo, tal vez pude haberme equivocado, Lázaro estaba más muerto que vivo. Nuestra fe no ha tenido ningún fruto, ningún premio. Y el Maestro manda a decir que no es una enfermedad mortal. ¡No es ya más la Verdad! No lo es... ¡Oh, todo, todo! ¡Todo se ha acabado!”

María se retuerce las manos en señal de dolor. No sabe qué decir. La realidad es la realidad... pero no habla. No dice ninguna palabra contra su Jesús. Llorar. Verdaderamente abatida.

Marta tiene en el corazón algo así como un clavo: el de haber tardado mucho tiempo: “Tú tienes la culpa” reprocha. “Él quiso probar nuestra fe de este modo. Obedecer, sí. Pero también desobedecer por fe, y demostrarle que creíamos en Él era el único que podía y *debía* hacer el milagro. ¡Pobre hermano mío! ¡Tanto que deseó! Por lo menos el verlo. ¡Pobre Lázaro, hermano nuestro! ¡Pobre, pobre!” El llanto se cambia en una especie de alarido, al que hacen eco los de la servidumbre, según la costumbre oriental...

5. El anuncio a Jesús ¹

22 diciembre 1946

Casi ha ya oscurecido, cuando el criado, subiendo por la espesura del río, espolea su caballo, lleno de espuma en el hocico, bañado de sudor, en los ijares para que suba la última parte que le queda entre el río y el camino que lleva al poblado. Se ve que el pobre animal palpita en sus flancos por la carrera y largo viaje. El negro manto está salpicado de sudor, y la espuma que le salía del hocico al traerlo mordido le ha dejado huellas blancas sobre el pecho. Resoplan arqueando su pescuezo y sacudiendo la cabeza.

Están ya en la vereda, la casa está a unos cuantos pasos. El criado desmonta, amarra el caballo al cercado, llama.

Pedro asoma su cabeza con voz un poco áspera pregunta: “¿Quién eres? El Maestro está cansado. Hace mucho tiempo que no sabe lo que es el descanso. Ya casi es noche. Volved mañana”.

“No vengo a pedir algo. Estoy sano. Quiero entregarle tan solo un recado”.

Pedro se acerca: “¿De parte de quién, si se puede saber? Sin un reconocimiento seguro no puedo permitir que pase alguien, y sobre todo si apesta a Jerusalén, como tú”. Lentamente se

¹ Cfr. Ju. 11, 3-4.

ha venido acercando, atraído más por el hermoso jaez* del caballo que por el jinete. Cuando lo ve claramente, el estupor se apodera de él: “¿Tú? ¿No eres acaso uno de los criados de Lázaro?”

El criado no sabe qué responder. Su patrona le había ordenado que hablase sólo con Jesús. Pero el apóstol parece estar decidido a no dejarlo pasar. Él sabe que el nombre de Lázaro tiene una gran influencia entre los apóstoles. Dice: “Es verdad. Soy Jonás, siervo de Lázaro. Tengo que hablar con el Maestro”.

“¿Está grave Lázaro? ¿Fue el que te envió?”

“Está grave. Pero no me hagas perder tiempo. Debo regresar lo más pronto posible”. Y para que Pedro se apresure a dejarlo pasar, añade: “Estuvieron los sanedristas en Betania...”.

“¡Los sanedristas! ¡Pasa, pasa!” abre el cancel. “Deja el caballo. Le vamos a dar de beber y comer, si quieres”.

“Traigo pastura, pero un poco de hierba no le hará mal. Dale agua después. Ahora le haría mal”.

Entran al galerón donde están los lechos. Amarran el animal en un rincón para que no le dé el aire. El criado lo cubre con la manta que traía amarrada a la silla, le da cebada y la hierba que Pedro le alcanza que no sé de dónde sacó. Salen nuevamente. Pedro lleva al criado a la cocina, le da una taza de leche caliente, en vez del agua que le había pedido, de un caldero que está al fuego. El criado bebe, se calienta al fuego. Pedro que se comporta heroicamente en no hacerle preguntas dice: “La leche es mejor que el agua que querías. Y como tenemos. ¿Hiciste el viaje en una sola etapa?”

“En una sola. Y así lo haré al regreso”.

“¿Estás cansado? ¿Resiste el caballo?”

“Así espero. Al regreso no galoparé como al venir”.

“La noche se nos echa encima. Va a salir la luna... ¿Cómo harás para pasar el río?”

“Espero llegar antes de que la luna se haya ocultado... Si no es así me quedaré en el bosque hasta que amanezca. Pero llegaré antes”.

“¿Y luego? El camino desde el río hasta Betania es largo. La luna se mete pronto. Está en sus primeros días de creciente”.

“Tengo una buena lámpara. La encenderé y caminaré despacio. Por despacio que camine, siempre será un paso cercano a la casa”.

“¿Quieres pan y queso? Tenemos. También tenemos pescado. Yo mismo lo pesqué, porque hoy me he quedado aquí con Tomás. Él fue a traer pan de la casa de una mujer que nos ayuda”.

“No. No te prives de nada. Comí en el camino. Tenía sed y también quería algo caliente. Me siento ahora mejor”.

“¿Quieres ir a avisar al Maestro? ¿Está en casa?”

“Sí. Si no estuviera te lo habría dicho claro. Está descansando en la otra parte, porque mucha gente viene a verlos... tengo miedo que se propague la noticia y vengan a turbarlo los fariseos. Toma un poco más de leche. Tienes que dejar que coma el caballo... y que descanse. Sus flancos batían como una vela mal cocida...”

“La leche la necesitáis. Sois muchos”.

“Fuera del Maestro que habla tanto que siente entorpecido hasta su pecho y los más viejos, todos los demás comemos algo con que damos trabajo a los dientes. Toma. Es de las ovejitas que nos dejó el viejo. Cuando estamos aquí la mujer nos la trae. Si quisiéramos más, los demás nos traerían. Nos quieren bien aquí y nos ayudan. Bueno... dime, ¿fueron muchos los sanedristas?”

“Casi todos y con ellos había saduceos, escribas, fariseos, judíos de la alta clase, y uno que otro herodiano...”

“¿Qué fue a hacer esa gentuza a Betania? ¿Estaba José con ellos? ¿También Nicodemo?”

* jaez = Adorno de cintas con que se entrelazan las crines del caballo.

“No. Ellos habían ido antes. Lo mismo que Mannaén. Los que fueron, no eran de los que aman al Señor”.

“¿Que si lo creo! Pocos son los del Sanedrín que lo aman. ¿Pero qué querían en una palabra?”

“Saludar a Lázaro. Lo dijeron al entrar...”

“¿Uhm... qué amor tan extraño! ¡Siempre lo han evitado por *muchas* razones!... ¡Bien!... Creámosles... ¿Se han quedado mucho tiempo?”

“Así lo creo. Se fueron un poco irritados. Yo no soy criado de la casa y no sirvo a la mesa, pero los demás que estaban dentro para servir dicen que hablaron con las patronas y quisieron ver a Lázaro. Elquías fue a verlo y...”

“¡Un sinvergüenza!...” masculla Pedro entre dientes.

“¿Qué dijiste?”

“¡Nada, nada! Continúa. ¿Y habló con Lázaro?”

“Así parece. María lo acompañó. Pero luego, no sé por qué... María se enojó y dicen los criados, que estaban esperando en las otras habitaciones cercanas, que los arrojó como a perros...”

“¡Brava! ¡Era lo que se debía hacer! ¿Y te enviaron a que vinieses a referir esto?”

“No me hagas perder más tiempo, Simón de Jonás”.

“Tienes razón. Ven”.

Lo lleva a una puerta. Toca: “Maestro, un criado de Lázaro está aquí. Quiere hablarte”.

“Que entre” responde Jesús.

Pedro abre, hace pasar al criado, cierra y se va con sacrificio, junto al fuego para mortificar su curiosidad.

Jesús, sentado, al borde del camastro en el pequeño cuarto donde apenas hay lugar para el lecho y para quien vive allí, que no cabe duda que antes era una bodega como puede verse por los ganchos y estacas que hay en las paredes, mira sonriente al criado que de rodillas le saluda: “la paz sea contigo”. Luego agrega: “¿Qué nuevas me traes? Levántate y habla”.

“Mis patronas me mandan decirte que vayas *inmediatamente* porque Lázaro está muy enfermo y el médico dice que va a morir. Marta y María te lo suplican y me mandaron que te dijera:

“Ven porque eres el único que puedes curarlo” ”.

“Diles que estén tranquilas, no se trata de una enfermedad mortal, sino de la gloria de Dios, para que su poder se manifieste en su Hijo”.

“Maestro, está muy grave. La gangrena le va haciendo caer la carne a pedazos y no come ya. Casi he matado el caballo para llegar lo más pronto posible...”

“No importa. Las cosas son como te digo”.

“¿Pero vas a ir?”

“Iré. Diles que iré y que tengan fe. Que tengan fe. Una fe completa. ¿Entendiste? Vete. La paz sea contigo y con quien te envió. Te repito: “Que tengan fe. Absoluta”. Vete”.

El criado saluda y se va. Pedro le viene al encuentro: “Fuiste rápido en dar el recado. Me imaginaba que ibas a hablar mucho...” Lo mira, lo mira... Las ganas de saber le saltan por todos los poros. Pero se refrena...

“Me voy. ¿Quieres darme un poco de agua para mi caballo? Tengo qué partir”.

“Ven. ¡Agua!... Tenemos un río, además del pozo” Pedro toma una lámpara. Va delante de él y le da el agua.

Dan de beber al caballo. El siervo levanta la manta, mira las herraduras, la cincha, los frenos, los estribos. Dice: “Corrí mucho. Todo está bien. Hasta pronto Simón Pedro, y ruega por nosotros”.

Saca el caballo, llevándolo de las riendas. Se apoya en el estribo para subir a la silla. Pedro lo detiene, poniéndole una mano en el brazo, y le dice: “Quisiera saber una sola cosa: ¿corre peligro de estar aquí? ¿Lo amenazan? ¿Quisieron que las hermanas les dijiesen dónde estaba? Dilo en nombre de Dios”.

“Nada de eso, Simón. Nada de eso. Fueron por Lázaro... Entre nosotros se corre el rumor de que se trataba de saber si estaba el Maestro, y que i Lázaro estaba leproso, porque María

gritaba con todas sus fuerzas de que no lo era, y lloraba... Hasta pronto Simón. La paz sea contigo”.

“Y contigo y con tus patronas. Que Dios te acompañe en tu regreso...” lo mira partir... desaparecer rápido por el camino principal, porque el criado ha escogido este que está iluminado por la luna, y no escoge el sendero oscuro que va a lo largo del río. Pedro se queda pensativo. Luego cierra el cancel y entra a casa.

Va a donde está Jesús que sigue sentado sobre el camastro, las manos apoyadas sobre el borde y ensimismado. Al sentir que Pedro se acerca, y que lo mira interrogativamente, vuelve a sus cinco. Le sonríe.

“¿Sonríes, Maestro?”

“Me sonrío contigo, Simón de Jonás. Siéntate junto a Mí. ¿Han regresado los demás?”

“No. Maestro. Ni siquiera Tomás. Habrá encontrado con quién hablar”.

“Está bien”.

“¿Qué hable, con alguien? ¿Que los demás se tarden? El hablar hasta por los codos. Siempre está contento. ¿Y además? Yo siempre estoy nervioso hasta que regresan. Siempre tengo miedo”.

“¿De qué cosa Simón mío? Nada nos amenaza por ahora, créemelo. Cálmate e imita a Tomás que está siempre alegre. Tu, sin embargo, desde hace algún tiempo estás más triste”.

“Cualquiera que te ame no podrá menos de estarlo. Soy viejo y reflexiono mejor que los jóvenes. Si es verdad que te aman, pero la juventud está con ellos y piensan menos... Pero si quieres que esté más alegre me esforzaré en estarlo. Y para ello dame algo para que lo esté. Dime la verdad, Señor mío. Te lo pido de rodillas (y se arrodilla en verdad) ¿Qué te dijo el criado de Lázaro? ¿Que te buscan? ¿Que te quieren hacer mal? ¿Que...”

Jesús pone su mano sobre la cabeza de Pedro: “Nada de esto, Simón. Nada de esto. Vino a decirme que Lázaro está muy grave y no me habló más que de él”.

“¿De veras? ¿De veras?”

“De veras, Simón. Le respondí que tuviesen fe”.

“Los del sanedrín estuvieron en Betania, ¿lo sabías?”

“Es cosa natural. La casa de Lázaro es famosa. Según nuestras costumbres hay qué honrara un poderoso que está por morir. No pierdas la calma, Simón”.

“Pero crees de veras que no hayan tomado esto como excusa de...”

“De ver si estaba Yo allá. No me encontraron. Vamos, no estés tan asustado como si ya me hubieran aprendido. Siéntate junto a Mí, pobre Simón, que no quieres persuadirte que no pasará nada sino hasta el momento destinado por Dios, y que entonces... ninguna cosa podrá defenderme del Malo...”

Pedro se le echa al cuello, le tapa la boca, lo besa diciendo: “¡Cállate! ¡Cállate! ¡No me digas estas cosas! ¡No quiero oírlas!”

Jesús logra zafarse de él para murmurarle: “No las *quieres* oír! ¡En esto está el error! Pero te agradezco... Oye, Simón, Ya que tú eres el único que estás aquí, *solos Yo y tú debemos saber lo que ha pasado. ¿Me comprendes?*”

“Sí, Maestro. No diré nada a mis compañeros”.

“Muchos sacrificios, ¿verdad Simón?”

“¿Sacrificios? ¿Cuáles? Aquí está uno bien. Tenemos lo necesario”.

“Sacrificios de no preguntar, de no hablar, de soportar a Judas... de estar lejos de tu lago... Pero Dios te recompensará de todo”.

“¡Oh, si a esto te refieres!... Por lo que toca al lago... tengo el río y hago que me baste. Por lo que toca a Judas... te tengo a Ti que me recompensas sin medida alguna... por las otras cosas... ¡Minucias! Me sirven para ser menos brusco y más semejante a Ti. ¡Qué feliz me siento de estar contigo! ¡Cerquita de Ti! Creo que el palacio de César no sería más hermoso que esta casa, si no pudiese estar así, tan cerca de Ti”.

“¿Qué sabes tú del palacio de Cesar ¿Lo has visto alguna vez?”

“No. Nunca lo veré. Ni me importa. Pero me lo imagino grande, hermoso, con muchas bellas cosas... y porquerías. Como toda Roma, según pienso. No estaría allí, ni aunque me revitiesen de oro”.

“¿Dónde? ¿En el palacio de César, o en Roma?”

“En todos esos lugares. ¡Anatema!”

“Y porque lo son hay que evangelizarlos”.

“¿Y qué te propones hacer en Roma? ¡Es un lupanar! Nada hay que hacer allí, a no ser que vengas Tú. Entonces...”

“Iré. Roma es la cabeza del mundo. Conquistada Roma, el mundo lo está” ¿Vamos a Roma?

¿Te proclamarás allí Rey? ¡Misericordia y poder de Dios! ¡Sería un milagro!”

Pedro se ha puesto de pie con los brazos en alto ante Jesús que sonriente le responde: “Iré en mis apóstoles. Vosotros me la conquistaréis. Yo estaré con vosotros. Hay alguien allá afuera. Vamos a ver, Pedro”.

6. Los funerales de Lázaro

23 diciembre 1946

La noticia de la muerte de Lázaro debe haber surtido el mismo efecto que produce una vara metida dentro de una colmena. Toda Jerusalén habla de ella. Nobles, mercaderes, gente humilde, pobres, gente de la ciudad, de los lugares circunvecinos, peregrinos pero que conocen el lugar, extranjeros que por vez primera están allí y que preguntan que quién murió, la clase de muerte, romanos, legionarios, oficinistas, levitas, sacerdotes que se reúnen, que se separan para venir acá, para ir allá. Corrillos que con palabras o expresiones diversas hablan de lo acaecido. Algunos alaban, otros lloran, algunos sienten su miseria ahora más que nunca, porque ha muerto su bienhechor; algunos se lamentan: “No tendré nunca más un amo semejante a él”; otros enumeran sus méritos; otros sus haciendas, su linaje, servicio y cargos de su padre, la belleza y riqueza de su madre, su nacimiento “como si hubiese sido una reina”, y no falta quien traiga a la memoria ciertas páginas sobre las que sería mejor correr un velo, sobre todo cuando está de por medio un muerto...

Las noticias más diversas sobre la muerte, el lugar de la sepultura, la ausencia de Jesús que era su tan amigo y protector, son pastelillo de los grupos. Las opiniones que prevalecen son dos: una que atribuye todo lo sucedido a la actitud malévolamente de los judíos, sanedristas, fariseos y compinches para con el Maestro; la otra, que Éste, al verse en frente a una *verdadera* enfermedad mortal, se escabulló porque en este caso no habrían surtido efecto sus engaños. Sin necesidad de ser uno astuto, fácilmente se comprende de dónde proceda este segundo modo de pensar que envenena a muchos que replican: “¿Eres, pues, forastero? Si es así, ten cuidado, porque entre nosotros no se habla mal del Santo. Malditas víboras, hijas de hiena y de Leviatán. ¿Quién os paga por que habléis mal del Mesías?” Réplicas, insultos, uno que otro puñetazo; palabras picantes lanzadas contra los fariseos y escribas que pasan dándose aire de dioses, sin dignarse echar una mirada a la gente que vocifera pros y contras acerca del Maestro. ¡Acusaciones, y cuántas!

“Este está diciendo que el Maestro es un falso. Ha de ser uno de los que recibieron sus denarios”.

“Sus denarios? Los nuestros, deberás decir. Por estos motivos indignos nos despellejan. Pero dónde está ese que quiero ver si es uno de los que ayer fueron a decirme...”

“Ya se escapó. Pero ¡vive Dios! Lo que hay que hacer es unirse y obrar. Son demasiado desvergonzados”.

Otra conversación en diversos lugares: “Te oí y te conozco. Daré relación del modo como te expresas del Supremo Tribunal”.

“Yo pertenezco al Mesías, y la baba del demonio no me hace nada. Díselo también a Anás y a Caifás, si te parece, y que sirva para hacerlos más justos”.

Y en otra: “¿Yo? ¿Que sea yo perjuro y blasfemo porque sigo al Dios viviente? Tú lo serás que lo ofendes y persigues. Te conozco, no lo olvides. Te he visto y escuchado. ¡Espía! ¡Vendido! Venid a aprender a ese...” y empieza a propinarle buenos bofetones que ponen colorada la cara huesuda y verdosa del judío.

“Cornelio, Simeón, ved que me están pegando” grita otro más allá, volviéndose a un grupo de sanedristas.

“Ten paciencia en nombre de la fe y no te ensucies los labios y manos en la vigilia del sábado” le responde uno de ellos sin volverse siquiera al que lleva las de perder en medio de un grupo de gente de pueblo que se hace justicia por sí mismo...

Las mujeres gritan, suplican a sus maridos para que no se comprometan.

Los legionarios patrullan, reparten buenos golpes y amenazan con el arresto y castigo.

La muerte de Lázaro, el hecho principal, sirve de puente para pasar a hechos secundarios, al desahogo de la larga tensión que hay en los corazones.

Los sanedristas, ancianos, escribas, saduceos, judíos poderosos, pasan indiferentes, socarrones, como si no fuesen la causa de la explosión de rencor, de venganzas personales, de nerviosismo. Y cuanto más pasan las horas, tanto más los corazones se revuelven y se encienden.

“Esto dicen, oído bien, que el Mesías no puede curar a los enfermos. Yo era leproso y ahora estoy sano. ¿Los conocéis? No soy de Jerusalén. Nunca los he visto entre sus discípulos desde hace dos años a esta parte”.

“¿A esos? Déjame ver a ese que está en medio. ¡Ah, bellaco! Es el mismo que el mes pasado me fue a ofrecer dinero a nombre del Mesías, diciendo que anda reclutando hombres para apoderarse de Palestina. Y ahora dice... Pero, ¿por qué lo dejaste escapar?”

“Lo he comprendido. ¡Que sí son unos mandrines! Casi por poco les hago caso. Tenía razón mi suegro. Pero, ved ahí a José el Anciano con Juan y Josué. Vamos a preguntarles si es verdad que el Maestro quiere reclutar soldados. Son buenos y lo saben”. Corren en grupo al encuentro de los tres sanedristas y les exponen sus dificultades.

“Id a vuestras casas. Por las calles se peca y se hace mal a otros. No disputéis. No os alarméis. Pensad en vuestros negocios y en vuestras familias. No escuchéis a los agitadores de los engañados, y no os dejéis engañar. El Maestro es un maestro, y no un guerrero. Lo conocéis. Dice lo que piensa. No hubiera mandado a otros a deciros que lo siguieseis como soldados, si quisiese que lo fueseis. No les hagáis daño, como tampoco a vosotros mismos y a nuestra patria. Regresad a vuestros hogares. No forméis una cadena de desgracias, lo que ya lo es la muerte de un buen hombre. Regresad a vuestras casas y rogad por Lázaro, que fue vuestro bienhechor” responde José de Arimatea, a que la gente debe querer mucho y obedecer, por ser un hombre recto.

También Juan (el que era un celoso): “El Mesías es un hombre de paz, y no de guerra. No escuchéis a los falsos discípulos. Recordad cuán diversos fueron los que se proclamaron como Mesías. Recordad, comparad y vuestra conciencia os dirá que tales insinuaciones a la violencia no pueden proceder de Él. ¡A casa! ¡A casa! Os esperan vuestras mujeres llorando y vuestros hijos que tiemblan de miedo. Dicho está: “¡Ay de los violentos y de los que encienden riñas” ”.

Un grupo lloroso de mujeres se acerca a los tres sanedristas y una de ellas: “Los escribas amenazaron a mi marido. ¡Tengo miedo, José, hálbales!”

“Lo haré con la condición de que tu marido sepa guardar silencio. ¿Creéis ayudar al Maestro con estas agitaciones y honrar así al difunto? Os equivocáis. A Él y al muerto causáis mal” dice José y las deja para ir al encuentro de Nicodemo que, seguido por sus siervos, se asoma por uno de los caminos: “No esperaba verte, Nicodemo. Ni yo mismo comprendo cómo he podido. El siervo de Lázaro llegó, después del canto del gallo a anunciarme la desgracia”.

“A mi casa llegó más tarde. Al punto me vine. ¿Sabes si el Maestro está en Betania?”

“No está. Mi mayordomo de Bezeta fue a la hora de tercia y me dijo que no estaba”.

“No comprendo cómo... A todos ha concedido un milagro, pero a él, no” exclama Juan.

“Tal vez porque a la casa de Lázaro dio un milagro mayor que una curación: hizo que María se redimiese, y devolvió la paz y la honra...” dice José.

“¡Paz y honra! De los buenos a los buenos. Porque muchos... ni siquiera respetan a María ahora que... Vosotros no sabéis... Hace tres días que estuvieron allá Elquías y muchos otros... y no fueron respetuosos. María los arrojó. Me lo dijeron furiosos. Yo los dejé que hablasen para no descubrir mi corazón...” exclama Josué.

“¿Y ahora van a los funerales?” pregunta Nicodemo.

“Recibieron el aviso, se reunieron a discutirlo en el Templo. ¡Oh, los siervos tuvieron mucho qué correr desde muy temprano!”

“¿Por qué tanta prisa por enterrarlo después de la siesta?... ”

“Porque Lázaro estaba ya corrompido antes de morir. Me dijo mi mayordomo que, pese a los aromas y resinas que ardían por las habitaciones, el olor del cadáver se percibe hasta el portal de la casa. Y luego al atardecer empieza el sábado. No se podía obrar de otro modo”.

“¿Y dices que se reunieron en el Templo? ¿Para qué?”

“A decir verdad, se había ya determinado que se reuniesen todos para hablar de Lázaro. Querían declararlo leproso...” dice Josué.

“Eso no. Hubiera sido el primero en separarse según la Ley” protesta José. Y agrega: “He hablado con su médico. Absolutamente excluyó la enfermedad de la lepra. Estaba enfermo de una corrupción que lo iba pudriendo”.

“Entonces, ¿de qué discutieron, si Lázaro estaba ya muerto?” pregunta Nicodemo.

“Sobre si vendrían a no al entierro, después que María los echó afuera. Algunos querían venir, otros, no. Los que quisieron venir fueron los más y por tres motivos. Para ver si está el maestro, primera y única causa común a todos. Para ver si obra el milagro, segunda razón. Y tercera porque se acordaron de unas palabras recientes que el Maestro dijo a los escribas cerca del Jordán, allá por Jericó” dice Josué por vía de explicación.

“¡El milagro! ¿Cuál, si ya está muerto?” pregunta Juan, encogiendo los hombros y concluye:

“Los mismos de siempre... Siempre en busca de lo imposible”.

“El Maestro ha resucitado a otros muertos” hace notar José.

“Será verdad, pero si lo hubiese querido conservar vivo no lo hubiera dejado morir. Lo que dijiste antes, de que no estaba leproso, es verdad. Ellos se convencieron”.

“Pero Uziel se acordó, lo mismo que Sadoc de un desafío que sucedió hace ya varios meses. Se trata de que se dice que el Mesías dará la prueba de poder rehacer un cuerpo deshecho. Y Lázaro lo está. Sadoc el escriba añadió que cerca del Jordán, el Rabí, porque quiso, le dijo que en el mes siguiente vería realizarse el desafío, que consiste en que uno que está ya descompuesto vuelva a vivir. Y ellos han vencido. Si se realiza es porque Él es el Maestro. y también, si esto sucede, no hay más duda acerca de Él”.

“Con tal de que no sea un mal...” dice en voz baja José.

“¿Mal? ¿Por qué? Los escribas y fariseos se persuadirán...”

“¡Oh Juan! ¿Eres un extraño para poder afirmar eso? ¿No conoces a tus conciudadanos? ¿Cuándo la verdad ha podido hacer que sanasen? ¿No piensas que algo hay pues no me invitaron a la reunión?”

“Tampoco a mí me invitaron. Dudan de nosotros y con frecuencia nos dejan afuera” dice Nicodemo. Luego pregunta: “¿Y estuvo Gamaliel?”

“Estuvo su hijo. Vendrá en nombre de su padre, que está enfermo en Gamala de Judea”.

“¿Y qué dijo Simeón?”

“Nada de particular. Se limitó a escuchar. Luego se fue. Hace poco pasó con unos discípulos de su padre, en dirección a Betania”.

Están casi cerca de la puerta que lleva al camino de Betania. Juan exclama: “¡Mira! Está custodiada. ¿Cómo es posible? Detienen al que sale”.

“Hay agitación en la ciudad...”

“¡Oh! La puerta no es de las más importantes...”

Llegan, y se les ordena a ellos y a los demás que se detengan.

“¿Qué razón hay para ello, soldado? Todos me conocen en Antonia y no tenéis nada en mi contra. Os respeto y respeto vuestras leyes” protesta José de Arimatea.

“Órdenes del centurión. El procurador está por llegar a la ciudad y queremos saber quién sale por las puertas, y sobre todo por esta que comunica con el camino de Jericó. Te conocemos, pro también conocemos lo mucho que nos aprecias. Tú y los tuyos podéis pasar. Si gozáis de alguna autoridad ante el pueblo, decidle que es mejor que esté quieto. A Poncio no le gusta cambiar de costumbres por súbditos que le hagan sombra... y podría ser muy severo. Te lo digo a ti, porque eres leal”. Pasan...

“¿Habéis oído? Preveo días duros... Será necesario aconsejar a los otros más bien que al pueblo...” propone José.

El camino de Betania está lleno de gente. Todos van al entierro. Se ven sanedristas y fariseos mezclados con saduceos y escribas, y estos con campesinos, siervos, mayordomos de las diversas casas y terrenos que tiene Lázaro en la ciudad y en la campiña. Cuanto más se acerca uno a Betania, tanto más de todos los senderos y atajos desemboca gente en el camino principal.

Ahí está Betania vestida de luto por su ciudadano más famoso. Todos sus habitantes con lo mejor que tienen que se vuelcan a la calle. Van a la casa del difunto, pero no entran en ella. Se detienen cerca del cancel, en el camino. Miran a los invitados y se intercambian nombres e impresiones.

“Ved a Natanael Ben Faba. ¡Oh, el viejo Matatías, pariente de Jacob! El hijo de Anás. Míralo allí con Doras, Calascebona y Arquelao. Uff, ¿cómo habrán hecho para venir aquellos de Galilea? Están todos. Mira: Elí, Yocana, Ismael, Urías, Joaquín, Elías, José... El viejo Cananías con los sanedristas Sadoc, Zacarías y Yocana. También está Simeón de Gamaliel. Solo, Él Rabí no ha venido. Ved a Elquías con Naum, Félix, el escriba Anás, Zacarías, Jonatás de Uriel, Saúl con Eleazar, Trifón y Yoazar. ¡Pilato! Otro de los hijos de Anás. El menor. Habla con Simón Camit. Felipe con Juan de Antipátrida. Alejandro, Isaac y Jonás de Babaón. Sadoc, Judas, descendiente de los asideos y creo que es el último. Ved allí a los mayordomos de los diversos palacios. No veo a los amigos fieles. ¡Cuánta gente!”

¡De veras! ¡Cuánta gente! Toda muy seria y con señales de dolor en sus caras. Se abre el cancel y entran todos, muchos de los cuales he visto como amigos o enemigos alrededor del Maestro. Gamaliel no está, tampoco el sanedrasta Simón. Veo también a otros que nunca había visto en las discusiones en torno a Jesús, o que si los vi, no supe su nombre... Pasan rabinos con sus discípulos, y escribas en grupos compactos. Pasan judíos cuyas riquezas oigo hablar... El jardín está lleno de gente que, después de haber presentado sus pésames a las hermanas que están sentadas, tal vez sea la costumbre, bajo el portal, y por lo tanto fuera de las habitaciones, se esparce por el jardín en una mezcla de colores y de continuas inclinaciones.

Marta y María están agotadas. Se tienen de la mano como dos niñas espantadas por el vacío que hay en casa, de que no tienen ya *nada* con qué pasar el día, pues Lázaro ha muerto. Escuchan las palabras de los visitantes, lloran con los verdaderos amigos, con los fieles súbditos, se inclinan ante los austeros, imponentes, rígidos sanedristas que han venido más por ostentación que por honrar al difunto; responden hasta la fatiga a quienes les preguntan los últimos momentos de Lázaro...

José, Nicodemo, los amigos de más confianza, se ponen al lado de ellas con palabras cortas, con las que muestran su amistad que vale más que todo.

Regresa Elquías con los más intransigentes con quienes había estado hablando y dice: “¿No podríamos ver al difunto?” Marta dolorosamente se pasa la mano por la frente y pregunta: “¿Ha sido acaso costumbre en Israel? Está ya embalsamado...” y lágrimas le corren por las mejillas. “No es costumbre. Tienes razón. Pero lo quisiéramos nosotros. Los amigos más fieles tienen derecho a ver por última vez al amigo”.

“También nosotras las hermanas tendríamos igual derecho, pero fue necesario embalsamarlo lo más pronto posible... Cuando regresamos a la habitación de Lázaro no vimos más que vendas...”

“Debíais de haber dado órdenes claras. ¿No podéis ahora quitar el sudario?”

“Oh, está ya corrompido... Ya es la hora del entierro”.

José interviene: “Elquías, me parece que nosotros... por exceso de amor, causamos pena. Dejemos en paz a las hermanas...”

Se adelanta Simeón, hijo de Gamaliel e impide que Elquías responda: “Mi padre vendrá tan pronto como pueda. Lo represento. Apreciaba a Lázaro, lo mismo que yo”.

Marta se inclina respondiendo: “Que Dios premie al rabí la honra que da a mi hermano”.

Como se queda ahí el hijo de Gamaliel, Elquías se retira sin insistir más y se pone a hablar con los demás que le hacen notar: “¿Pero no sientes qué feo huele? ¿Dudas de que haya muerto? Ya veremos si no tapan completamente el sepulcro. Nadie puede vivir sin aire”.

Otro grupo de fariseos se acerca a las hermanas. Son casi todos los de Galilea. Marta, recibidos sus pésames, no puede menos de admirarse de su presencia.

“El sanedrín ha celebrado sesiones de importancia y por eso no nos encontrábamos en la ciudad” explica Simón de Cafarnaúm y mira a María cuya conversión no cabe duda que recuerde. Pero se limita tan solo a mirarla.

Se acercan Yocana, Doras hijo de Doras e Ismael con Cananías, Sadoc y otros cuyos nombres ignoro. Antes de que abran su boca de serpientes, se hablan con los ojos. Esperan que José se aleje con Nicodemo para hablar con tres judíos. Ahora están listos para herir. El viejo Cananías con su voz cascada de vejete da la puñalada: “¡Qué te parece, María! Vuestro Maestro es *el único ausente* de los muchos amigos de tu hermano. ¡Bonita amistad! ¡Tanto amor mientras Lázaro estuvo bien! ¡Indiferencia cuando es la hora de mostrarla! Todos han sido objeto de algún milagro. Pero éste no. ¿Qué dices a esto? ¡Qué bien te engañó! ¡Qué bien se comportó el hermoso Rabí de Galilea! ¡Je, je! ¿No decías que te había ordenado que esperaras más allá de lo posible? ¿No has, pues, esperado? ¿Sirve esperar en Él? Esperabas en la Vida, dijiste. ¡Me lo imagino! Él se llama “la Vida” ¡je, je! Pero allí dentro está tu hermano muerto. Y ahí está abierta ya la entrada del sepulcro. Entre tanto el Rabí está ausente. ¡Je, je!” “Él sabe dar muerte, pero no vida” dice con un guiño Doras.

Marta se oculta la cara con las manos y llora. La realidad se impone. Su esperanza ha fallado. El Rabí está ausente. No ha venido siquiera a consolarlas. Y podía haberlo hecho. Marta llora. No sabe más que llorar.

También María llora. La realidad la tiene ante sus ojos. Ha creído, ha esperado más allá de lo posible... y nada ha acaecido, los siervos han puesto la piedra a la entrada del sepulcro porque el sol comienza a bajar, y baja más aprisa en invierno, y es viernes, y todo tiene que terminar a tiempo, de modo que los huéspedes no vayan a dejar de observar la ley del sábado, que dentro de poco empezará. Ha esperado mucho, siempre. Todo lo puso en esta esperanza. Se ha llevado un chasco.

Cananías insiste: “¿No me respondes? ¿Te persuades ahora de que es un impostor, que se aprovechó de vosotras y que os escarneció? ¡Pobres mujeres!” y tanto él como los demás mueven la cabeza, repitiendo: “¡Pobres mujeres!”

Máximo se acerca: “Es hora. Dad las órdenes. Os toca a vosotras”.

Marta cae al suelo. Se le ayuda a levantarse. Se le lleva entre brazos, en medio de los gritos de dolor de la servidumbre que comprende que ha llegado la hora del entierro. Empiezan los lamentos.

María presa de angustia se aprieta las manos. Suplica: “Un poco más, Un poco más. Mandad criados por el camino que va a Enseses, por el que va a la fuente, por todos los senderos. Criados a caballo. Que vean si ya viene...”

“¿Pero esperas todavía, infeliz? ¿Quieres algo más para persuadirte de que os traicionó, que os engañó, de que se burló de vosotras, de que os ha escarnecido?...”

¡Es demasiado! Con la cara llena de lágrimas, llena de dolor pero siempre fiel, en medio del semicírculo de huéspedes que están reunidos para ver salir el cadáver, María en voz alta grita: “Si a Jesús de Nazaret le ha parecido que así está bien, lo está. Su amor por todos nosotros de Betania es grande. Todo para gloria de Dios y suya. Él afirmó que de esto vendrá gloria al Señor para que resplandezca completamente el poder del Verbo. Vamos, Maximino. El sepulcro no es obstáculo al poder de Dios...”

Se hace a un lado ayudada de Noemí que ha acudido, y da la señal... El cadáver, envuelto en vendas, sale de la habitación, atraviesa el jardín entre dos hileras de gente, entre los lamentos. María quiere ir detrás, pero vacila. Cuando todos se dirigen al sepulcro, ella también va y llega a tiempo para ver cómo desaparece el bulto inmóvil dentro de la oscuridad a cuya entrada los siervos tienen en alto antorchas encendidas para que vean los que bajan dentro, pues el sepulcro de Lázaro está más bien excavado hacia abajo, tal vez para aprovechar el terreno rocoso.

María da un grito profundo de dolor. Se oye el nombre de Lázaro, se oye el de Jesús. Parece como si le arrancaran el corazón. Sólo pronuncia esos dos nombres y los repite hasta que se escucha el ruido de la roca puesta a la entrada de la tumba. Lázaro ha desaparecido aun con su cuerpo. María se deja caer sobre quien la sostiene, pierde el conocimiento, no sin haber gritado: “¡Jesús, Jesús!” se le lleva adentro.

Se queda Maximino para despedir a los huéspedes y darles las gracias en nombre de todos los familiares. Todos le dicen que regresarán diariamente para los pésames...

Lentamente se van. Los últimos son José, Nicodemo, Eleazar, Juan, Joaquín, Josué. En el cancel encuentran a Sadoc con Uriel que maliciosamente riendo, dicen: “¡Su apuesta! ¡Y tuvimos miedo de ella!”

“¡Oh, está bien muerto! ¡Cómo apestaba, pese a los perfumes! No hay duda, no la hay. No era necesario quitar el sudario. Creo que estaba lleno ya de gusanos”. Están felices.

José los mira. Y su dura mirada les corta las sonrisas. Todos se apresuran a regresar a la ciudad antes de que termine el crepúsculo.

7. “Vamos a casa de nuestro amigo Lázaro que duerme”¹

24 diciembre 1946

La luz va desapareciendo en el huertecillo de la casa de Salomón y los árboles, los perfiles de las casuchas que están al otro lado del camino, sobre todo el camino mismo, donde se adentra en el bosque del río, pierden su claridad, reuniéndose en una sola línea de sombras que van haciéndose más oscuras conforme la luz desaparece. Lo que queda sobre la tierra más que colores son sonidos. Gritos de niños, de mujeres, de hombres que gritan a sus ovejas o a su asno, el chirrido de alguna carreta que pasa por un hoyo, el ruido de hojas que el viento sacude, choques secos de palitos entre sí, o de huesos de frutas tirados por entre los árboles. En el firmamento el primer palpitar de las estrellas, que no es muy claro, porque todavía queda un recuerdo de luz, y porque la luz de la luna empieza a teñir el cielo.

“Lo demás lo diréis mañana. Por ahora basta. Es noche. Cada uno regrese a su casa. La paz sea con vosotros. Sí... Sí... Mañana. ¿Qué dices? ¿Tienes un escrúpulo? No te preocupes. Si no se te pasa, ven. ¡Faltaba más, que ahora fuesen los escrúpulos que vienen a darle fatiga! También los maniáticos de ganancias. Las suegras que quieren que sus nueras sean más cuerdas, y éstas que aquellas sean menos duras. Ambas merecerían que les cortaran la lengua. ¿Y qué más? ¿Tú, qué estás diciendo? ¡Oh, este sí, pobrecito! Juan, lleva este niño al Maestro. Tiene la madre enferma y manda decir a Jesús que ruegue por ella. ¡Pobrecito! Estaba atrás porque es pequeño. Viene de lejos. ¿Cómo hará para regresar? ¡Eh, todos vosotros! En vez de que os estéis ahí para alcanzar algo de Él, ¿por qué no ponéis mejor en práctica lo que ha enseñado, de ayudarse el uno al otro, y que los más fuertes ayuden a los

¹ Cfr. Ju. 11, 6-16.

más débiles? Ea, ¿quién acompaña a este niño? Quiera Dios que no encuentre muerta a su madre... Que por lo menos la vea. Si tenéis algún borrico... ¿Es ya noche? ¿Y qué cosa más bella que la noche? Por muchos años trabajé a la luz de las estrellas y me encuentro muy sano y robusto. ¿Lo llevas tú a casa? Dios te bendiga, Rubén. Aquí está el niño. ¿Te consoló el Maestro? ¿Sí? Entonces vete contento. Pero hay que darle algo de comer. Tal vez no come desde la mañana”.

“El Maestro ya le dio leche caliente, pan y fruta. Lo trae en su tunicita” dice Juan.

“Entonces vete con este hombre. Te lleva a casa con el asno”.

Toda la gente se ha ido. Pedro puede descansar ahora con Santiago, Judas, el otro Santiago y Tomás que lo ayudaron a enviar a sus casas a los que no querían irse pronto.

“Cerremos. No sea que alguien quiera regresar, como aquellos dos. ¡Uff que si el día siguiente al sábado es fatigoso!” añade Pedro al entrar en la cocina y cerrando la puerta: “¡Oh, ahora estaremos tranquilos!” Mira a Jesús que está sentado junto a la mesa con el codo apoyado sobre ella y la cabeza sobre la mano; pensativo, abstraído. Se le acerca, le pone la mano en la espalda y le dice: “Estás cansado. ¡Tanta gente! Vienen de todas partes, aunque haga frío”.

“Parece como si tuviesen miedo de perdernos pronto” observa Andrés que está descuartizando los pescados. También los demás se ponen a preparar el fuego para asarlos, a revolver la cicoria* que hierve. Sus sombras se proyectan en las paredes húmedas, que ilumina el fuego, más bien que la lámpara.

Pedro busca una taza para darle leche a Jesús que parece muy cansado. Pero no la encuentra y pregunta a los demás por qué no hay.

“Bebió el niño lo que quedaba. La otra parte se la habían bebido el viejo mendigo y la mujer que tiene su marido enfermo” dice Bartolomé a modo de explicación.

“Y el Maestro se va a quedar sin nada. No debíais haber dado toda”.

“Él así lo quiso”.

“¡Oh, Él siempre quiere así! Pero no hay que dejarlo. Regala sus vestidos, regala su leche, se da a Sí mismo y se acaba...” Pedro está disgustado.

“¡Bueno Pedro! Es mejor dar que recibir²” interviene Jesús calmadamente, saliendo de su abstracción.

“Sí, das, das y te acabas. Cuanto más eres generoso, tanto más los demás se aprovechan”.

Con hojas gruesas que despiden olor a almendra amarga y a crisantemos, limpia la mesa, pone en ella pan, agua, y un vaso ante Jesús, que se sirve pronto, como si tuviese mucha sed. Pedro pone otro vaso al otro lado de la mesa cerca de un platón de aceitunas y de hongos. Pone la cazuela de hierbas que Felipe ha preparado, y junto con sus compañeros pone bancos muy primitivos junto a las cuatro sillas que hay en la cocina, y que no basta para trece. Andrés, que ha tenido a su cargo asar el pescado sobre las brazas, lo pone en otro platón, con pedazos de pan y lo lleva a la mesa. Juan toma la lámpara de donde estaba y la pone en medio de la mesa.

Jesús se levanta mientras todos se acercan a la mesa para cenar, ora en voz alta, ofrece el pan y bendice luego los alimentos. Se sientan. Distribuye el pan y los peces, o sea, coloca los peces sobre las formas largas y finas del pan en parte fresco, en parte pasado. Los apóstoles se sirven de las hierbas usando tenedores de madera. El pan sirve también de plato. Sólo Jesús es el que tiene un plato de metal y abollado que emplea para dividir el pescado, dando ahora a éste, ahora a aquel un pedazo. Parece como si fuera un padre entre sus hijos, aun cuando Natanael, Simón Zelote y Felipe parecen ser padres de Él; Mateo y Pedro pueden pasar por sus hermanos mayores.

Comen hablando de lo sucedido en el día. Juan se ríe de buena gana por lo irritado que se puso Pedro con un pastor de los montes de Galaad, que insistía en que Jesús fuera a donde

* cicoria = Bebida que se hace por la infusión de la raíz tostada de esta planta y se utiliza como sucedáneo del café.

² Esta frase no se encuentra en ninguno de los cuatro evangelios. San Pedro en Hech. 20, 35. la recuerda como dicha por Jesús.

está su ganado, para que lo bendijera y así pudiera ganar mucho dinero que serviría para la dote de su hija.

“No hay por qué reírse. Entre tanto él dijo: “Tengo mis ovejas enfermas y si se mueren estoy arruinado” lo compadecí. Es como si nuestra barca la acabase la polilla. No se puede pescar, ni tampoco comer. Y todos tenemos el derecho de comer. Pero cuando dijo: “Las quiero ver curadas porque quiero hacerme rico, y llamar la atención de la gente por la dote que daré a Ester, y por la casa que me haré”, entonces me enojé. Le dije: “¿Y para esto has venido de tan lejos? ¿No piensas en otras cosas que en la dote, en riquezas y en tus ovejas? ¿No tienes un alma?” Me respondió: “Para ésta hay tiempo. Ahora me urgen las ovejas y las bodas porque es un buen partido y Ester empieza a envejecer”. Entonces si no me hubiera acordado que Jesús dice que debemos ser misericordiosos con todos, me las hubiera pagado. Le dije una cuantas palabras, como cuando empieza a bramar la tempestad...”

“Y parecía que no querías terminar, pues ni respirabas. Las venas del cuello se te pusieron hinchadas y parecían dos bastoncitos” observa Santiago de Zebedeo.

“El pastor ya se iba yendo y tú seguías predicando. Menos mal que dices que no sabes hablar a la gente” añade Tomás, y lo abraza diciendo: “¡Pobre Simón, qué furioso te pusiste!”

“¿Pero no tenía razón? ¿Qué es el Maestro? ¿El constructor de fortunas de todos los imbéciles de Israel? ¿El paraninfo de las bodas de otros?”

“No te enojas, Simón. El pescado te hace mal si lo comes con ese veneno” bonachonamente le reprende Mateo.

“Tienes razón. Me parece gustar todo el sabor que tienen los banquetes de los fariseos cuando como pan con miedo y carne con ira”.

Todos se echan a reír. Jesús sonríe y calla.

Está por acabarse la cena. Llenos, satisfechos de la comida y del calor, se quedan un poco sobre mesa. Hablan menos. Algunos empiezan a cabecera. Tomás se divierte dibujando con el cuchillo un ramo de flores en la mesa.

La voz de Jesús los saca de sí, abriendo los brazos que tenía cruzados en la orilla de la mesa y extendiendo sus manos como lo hace el sacerdote cuando dice “el Señor esté con vosotros”, dice: “Y sin embargo hay qué partir”.

“¿A dónde, Maestro? ¿Al hombre de las ovejas?” pregunta Pedro.

“No, Simón. A casa de Lázaro. Regresamos a Judea”.

“Maestro, recuerda que los judíos te odian” exclama Pedro.

“Hace poco querían apedrearte” advierte Santiago de Alfeo.

“Pero, Maestro, ¡esto es una imprudencia” protesta Mateo.

“Nada somos, ¿verdad?” pregunta Iscariote.

“¡Oh, Maestro y hermano mío! Te conjuro en nombre de tu Madre y en nombre de la Divinidad que hay en Ti, que no permitas que los satanases pongan su mano sobre tu persona, para impedirte hablar. Estás solo, demasiado solo contra todo el mundo que te odia y que en la tierra es poderoso” dice Tadeo.

“¡Maestro, cuida de tu vida! ¿Qué sería de mí, de todos, si no teuviésemos más?” exclama Juan con los ojos grandes de un niño que tiene miedo y sufre.

Pedro, después de lo que dijo, se ha vuelto a hablar agitadamente con los de más edad y con Tomás y Santiago de Zebedeo. Todos son del parecer que Jesús no debe regresar cerca de Jerusalén, al menos hasta que la temporada pascual permita que pueda estar con mayor seguridad, porque entonces, dicen, habrá un gran número de seguidores, que habrán ido para la pascua de todas partes de la Palestina, lo cual será una defensa suya. Nadie de los que lo odian se atreverá a tocarlo cuando vean a su alrededor a un pueblo que lo ama. Se lo dicen con ansias, como queriendo imponérsele... El amor los impele a hablar.

“¡Calma, calma! ¿No tiene acaso doce horas el día? Si uno camina de día, no se tropieza, porque le alumbra la luz; pero si camina de noche, tropieza, porque no puede ver. Sé lo que hago, porque la Luz está en Mí. Dejaos guiar de quien ve. Tened en cuenta que mientras no llegue la hora de las tinieblas, nada me puede pasar. Cuando llegue esa hora, nadie me podrá

salvar de las manos de los judíos, ni siquiera los ejércitos de César. Porque lo que está escrito debe cumplirse y las fuerzas del mal trabajan ya a escondidas para cumplir su obra. Dejadme hacer lo que quiero. Hacer el bien mientras tengo las manos libres. Llegará la hora en que no podré mover un dedo, ni decir una palabra para hacer un milagro. El mundo se encontrará sin mi fuerza, que será una hora horrible de castigo para el hombre. No para Mí. Para el hombre que no habrá querido amar. *Hora que se repetirá, por voluntad del hombre que habrá rechazado a la Divinidad hasta convertirse en un sin-Dios, en un seguidor de Satanás y de su hijo maldito*⁶. Hora que vendrá cuando esté próximo el fin del mundo. La falta de fe activa hará que no pueda hacer milagros. No porque me falte el poder, sino porque no se puede otorgar ningún milagro donde no hay fe y voluntad de conseguirlo, donde el milagro, en caso de realizarse, sería objeto de burla e instrumento de mal, pues se emplearía el bien para el mal mayor. Ahora todavía puedo hacer milagros, y dar gloria a Dios. Vamos, pues, a casa de nuestro amigo Lázaro que duerme. Vamos a despertarlo de su sueño para que esté listo y pronto a servir a su Maestro”.

“Si está dormido, está bien. Terminará por curarse. El sueño es un buen remedio. ¿Para qué despertarlo?” le dicen varios.

“Lázaro ha muerto, esperé a que muriese para ir allá, no por sus hermanas ni por él, sino por causa vuestra, para que creáis, para que crezcáis en la fe. Vamos a casa de Lázaro”.

“¡Está bien! ¡Vamos, pues! Moriremos todos como él, y como Tú que quieres morir” dice Tomás con tono fatalista.

“Tomás, Tomás y todos los que estáis murmurando y protestando dentro de vosotros, tened en cuenta que quien quiera seguirme debe tener el mismo cuidado que tiene el ave cuando pasa la nubecilla. Dejarla pasar según el viento que la arrastra. *El viento es la voluntad de Dios, que puede daros o quitaros la vida según quiera, y vosotros no podéis quejaros de ello*, como tampoco se queja el ave de la nube que pasa, sino que canta, seguro que luego vendrá la calma. *Porque la nubecilla es el contratiempo, el cielo la realidad. El cielo permanece siempre azul, aun cuando las nubes se arremolinen para hacerlo gris. Siempre es azul más allá de las nubes. De igual modo es la verdadera Vida. Siempre es la misma, aun cuando, la vida humana muera. Quien quiera seguirme no debe tener ansias por la vida, ni miedo de perderla. Os voy a decir cómo se conquista el Cielo. Pero, ¿cómo podéis imitarme, si tenéis miedo de ir a Judea, vosotros a quienes no pasará nada? ¿Teméis presentaros conmigo? Sois libres de abandonarme. Pero si queréis quedaros, debéis aprender a desafiar al mundo, sus críticas, sus asechanzas, sus burlas, sus tormentos, para conquistar mi Reino.* Vamos, pues, a sacar de la muerte a Lázaro que hace dos días que está durmiendo en el sepulcro, habiendo muerto la noche en que vino el criado de Betania. Mañana a la hora de sexta, después de haber despedido a quien espera alcanzar de Mí alivio y premio a su fe, partiremos y pasaremos el río pernoctando en casa de Nique. Luego al amanecer partiremos para Betania, tomando el camino que pasa por Enseses. Llegaremos a Betania antes de sexta. Habrá mucha gente. Los corazones quedarán conturbados. Lo prometí y mantengo mi palabra...”

“¿A quién?” pregunta temeroso Santiago de Alfe.

“A quien me odia y a quien me ama de un modo absoluto. ¿No recordáis la disputa con los escribas en Cedes? Tuvieron la arrogancia de llamarme mentiroso porque resucité una hija apenas muerta y a un difunto de un día. Dijeron: “¡Pero no ha logrado rehacer uno que está ya descompuesto!” Y es verdad que sólo Dios puede sacar del fango un hombre y de la corrupción rehacer un cuerpo⁸. Lo haré, pues. En el mes de Calseu, a las orillas del Jordán, recordé a los escribas este desafío y añadí: “En la nueva luna se realizará”. Esto para quien me odia. Por otra parte a las hermanas les prometí absolutamente que premiaría su fe, si continuaban esperando aun contra lo posible. Las he probado en muchas cosas y mucho han

⁶ En cuanto al hijo de la perdición, falso cristo, falso profeta, anticristo, etc., cfr. Dan. 7, 10-11; Mt. 24; Mc. 13; Lc. 17, 20-37; Ju. 17, 11-12; 21; Hech. 1, 15-20; 2 Tes. 2, 1-12; 1 Ju. 2, 18-29; 4, 1-6; 2 Ju. 7-11; Ap. 13.

⁸ Cfr. Gén. 1, 26-31; 2, 7-25; Ez. 37, 1-14.

sufrido. Soy el único en conocer sus sufrimientos en estos días y su perfecto amor. En verdad os digo que merecen un gran premio porque se angustian menos de no ver a su hermano resucitado, que se me escarnezca. Vosotros creíais que estaba Yo absorto, cansado, triste. Esta con ellas con mi espíritu y oía sus gemidos y contaba sus lágrimas. ¡Pobres hermanas! Ahora siento deseos de traer nuevamente a la tierra un justo, un hermano a los brazos de sus hermanas, un discípulo entre los míos. ¿Lloras Simón? Sí. Tú y Yo somos los más grandes amigos de Lázaro. Lloras de dolor por Marta y María, por la muerte del amigo, y también por la alegría de saber que pronto volveremos a verlo. Levantémonos a preparar las alforjas y para descansar hasta el amanecer, dejar todo arreglado aquí... done el regreso no es seguro. Habrá qué distribuir entre los pobres lo que tenemos y avisar a los más activos que entretengan a los peregrinos para que me busquen hasta que no esté en otro lugar seguro. Hay qué decirles que avisen a lo discípulos que me busquen en la casa de Lázaro. Hay mucho que hacer. Y hay que hacerlo antes de que lleguen los peregrinos. ¡Ea! Apagad el fuego y prended las lámparas. Cada uno haga lo que tiene que hacer y luego duerma. La paz sea con todos vosotros". Se levanta. Bendice y se retira a su habitacioncilla.

"¡Ha muerto ya hace días!" dice Zelote.

"Esto es un milagro" exclama Tomás.

"¡Quiero ver qué inventarán para dudar!" dice Andrés.

"¿Cuándo vino el criado?" pregunta Iscariote.

"La noche anterior al viernes" responde Pedro.

"¿Sí? ¿Y por qué no lo habías dicho?" torna a preguntar Judas.

"Porque el Maestro me ordenó que no dijese nada" replica Pedro.

"Así pues... cuando habremos llegado. ¿Serán ya cuatro días que está en el sepulcro?"

"Así es. Viernes tarde un día, sábado dos días, esta tarde tres días, mañana cuatro... Cuatro días y medio... ¡Poder eterno! ¡Estará ya hecho pedazos!" dice Mateo.

"Estará ya... Quiero ver esto también y luego..."

"¿Qué Simón Pedro?" pregunta Santiago de Alfeo.

"Y luego si Israel no se convierte, ni siquiera Yeové con sus rayos podrá convertirlo".

Se van hablando entre sí.

8. La resurrección de Lázaro¹

26 diciembre 1946

Jesús se acerca a Betania. La marcha habrá debido ser fatigosa por los difíciles caminos de los montes de Adamín. Los apóstoles, exhaustos, a duras penas siguen a Jesús que camina rápido como si el amor lo prendiese en alas de fuego. Una sonrisa brillante hay en su rostro, La cabeza la trae en alto bajo los rayos tibios de un sol de mediodía.

Antes de que lleguen a las primeras casas de Betania, lo ve un rapazuelo descalzo que va a la fuente que está cerca de la población con una jarra de bronce vacía. Da un grito. Deja la jarra en tierra y corre, con toda la velocidad de sus piernitas, al poblado.

"Va a avisar que has llegado" observa Judas Tadeo, después de que se rió, como todos los demás, de la decisión del niño que dejó su jarra a merced del primero que pasare.

La población, vista desde la fuente, que está un poco más elevada que ella, se ve quieta, como desierta, en las casas están las mujeres ocupadas en preparar la comida, y alguna que otra voz varonil entre los olivares, entre los extensos y silenciosos huertos hace caer en la cuenta que alguien está trabajando. Pese a esto Jesús prefiere tomar un atajo que pasa por detrás del poblado, para llegar a la casa de Lázaro sin atraer la atención de la gente.

Casi están a mitad del camino cuando oyen a sus espaldas al rapazuelo de antes, que los pasa corriendo, y luego se detiene pensativo a mirar a Jesús...

"La paz sea contigo, pequeño Marcos. ¿Huiste de miedo?" le pregunta Jesús acariciándolo.

¹ Cfr. Ju. 11, 17-46.

“Yo no, Señor. Yo no tengo miedo. Como hace muchos días, Marta y María enviaron sus criados a los caminos para ver si venías, ahora que te vi, corrí a anunciárselos...”

“Hiciste bien. Las hermanas preparan su corazón para verme”.

“No, señor. Las hermanas no se preparan porque no saben nada. No quisieron que lo dijese. Me tomaron de los brazos cuando dije, al entrar en el jardín: “El Rabí está aquí”, y me echaron fuera diciendo: “Eres un mentiroso o un tonto. Él no viene porque no puede hacer el milagro”. Y como insistí en afirmar que eras Tú, me dieron de cachetes como nunca me habían dado... Mira cómo traigo las mejillas coloradas. ¡Me arden! Me echaron afuera diciendo: “Esto es para purificarte por haber visto a un demonio”. Yo te estuve viendo para convencerme si te habías convertido en demonio, pero no lo veo... Eres siempre mi hermoso Jesús como los ángeles de los que me cuenta mamá”.

Jesús se inclina a besarlo en las mejillas donde le pegaron, diciendo: “Así se te va a pasar el dolor. Me desagrada que por Mí hayas sufrido...”

“A mí no, señor, porque esos cachetes me valieron dos besos tuyos” y se le agarra a las piernas esperando otros.

“Dime, Marcos, ¿quién te echo afuera? ¿Los criados de Lázaro?” pregunta Tadeo.

“No. Los judíos. Vienen todos los días para el pésame. ¡Hay muchos! Hay en la casa y en el jardín. Llegan temprano y se van tarde. Parece como si fueran los dueños. Maltratan a todos. Ves que no hay nadie por los caminos. Los primeros días entraban uno a ver... pero después... Ahora sólo nosotros los niños podemos dar vueltas por... ¡Oh, mi jarra! Mi madre espera el agua... Ahora también ella me pegará...”

Todos se echan a reír de la tristeza ante los futuros golpes. Jesús dice: “Vete ahora ligero...”

“Es que... quería entrar contigo y verte hacer el milagro...” y concluye: “...y ver sus caras... para vengarme de los cachetes recibidos...”

“Eso no. No debes desear vengarte. Debes ser bueno y perdonar... Tu madre está esperando el agua...”

“Voy yo, Maestro. Sé dónde vive Marcos. Le daré la razón a su madre y luego te alcanzo...” dice Santiago de Zebedeo, echando a correr.

Continúan el camino lentamente. Jesús lleva de la mano al niño que salta de gozo...

Están ya en el enrejado del jardín. Lo pasan. Se ven muchas cabalgaduras atadas de las que cuidan los siervos de sus dueños. El murmullo que se levanta atrae la atención de algún judío que se vuelve al cancel abierto en el momento en que Jesús pone pie en los límites del jardín. “¡El Maestro!” exclaman los que lo ven, y esta palabra corre como el viento de grupo en grupo. Se propaga cual onda, que venida de lejos se estrella en la ribera, contra los muros de las casas y penetra en ellas. Palabra que transmiten los judíos que están ahí, o algún fariseo, rabí, escriba o saduceo.

Jesús sigue avanzando lentamente, mientras todos, aunque acuden de diversas partes, se hacen a un lado del camino. Y como nadie lo saluda, tampoco Él saluda a nadie. No conoce a muchos de los allí reunidos que lo miran con ira, con odio, fuera de unos cuantos, que siendo aún discípulos ocultos si no lo aman por lo que es, tienen buen corazón y lo respetan como un hombre justo. Son José, Nicodemo, Juan, Eleazar, Juan el escriba, que vi en la multiplicación de los panes, el otro Juan que dio comida cuando se bajaba del monte de las bienaventuranzas. Gamaliel con su hijo, Josué, Joaquín Mannaén, el escriba Yoel de Abdías, que estuvo en el Jordán cuando lo de Sabea, José Bernabé² discípulo de Gamaliel, Cusa que mira a Jesús de lejos, un poco atemorizado de volverlo a ver después de su equivocación, o bien presa del respeto humano que le impide mostrarse como amigo. Lo cierto es que ni amigos, ni imparciales, ni enemigos lo saludan. Y Jesús no saluda. Se ha limitado a una común y corriente inclinación al poner su pie en el sendero. Luego continúa derecho sin preocuparle la gente que le rodea. El rapazuelo descalzo camina a su lado con sus vestidos de

² José Bernabé, discípulo de Gamaliel, como Saúl, y compañero de éste en la predicación del evangelio, aparece en Hech. 4, 9-11; 12; 13-15. Una vez en 1 Cor. 9; tres en Gál. 2

campesino, con la carita jubilosa con sus negros ojitos, bien abiertos para ver todo y... para desafiar a todos...

Marta sale de la casa con un grupo de judíos que han venido a visitarla entre los que viene Elquías y Sadoc. Se pone la mano en la frente para que el sol no le moleste los ojos hinchados de llorar, y ver por donde viene Jesús. Lo ve. Se separa del grupo y corre a Él, que está a pocos pasos distante de la fuente y reverberante a los rayos del sol. Se arroja a los pies de Jesús, después de la primera inclinación, se los besa mientras en medio de un estallido de llanto: "La paz sea contigo, Maestro" exclama.

También Jesús le ha dicho apenas la tuvo cerca: "La paz sea contigo y levantó su mano para bendecir, soltando la del niño que la toma Bartolomé y lo hace retroceder un poco.

Marta continúa: "Para tu sierva no hay paz". Arrodillada como está, levanta su cara y con un grito de dolor que rompe el silencio: "¡Lázaro ha muerto! Si hubieras estado aquí, no hubiera pasado eso. ¿Por qué no viniste antes, Maestro?" Su voz tiene un cierto tono de reproche.

Después se oye el de abatimiento de quien no tiene fuerzas para nada y que el único consuelo que le queda es poder recordar los últimos actos, los últimos deseos de un pariente a quien se procuró contentar en todo, y por lo tanto no queda ningún remordimiento: "Tantas veces que te llamé Lázaro... Mira. Siento el dolor en el alma y María llora sin poderse calmar. Él no está más aquí. ¡Tú sabes cuánto lo amábamos! ¡Todo lo esperábamos de Ti!..."

Un murmullo de compasión por Marta, uno de reproche a Jesús, un común acuerdo a la idea sobreentendida: "y podías escucharnos porque lo merecemos, pues te amamos. Tú en cambio nos has desilusionado" corre de grupo en grupo con sacudimiento de cabezas, o con miradas burlonas. Sólo los pocos discípulos que hay entre la multitud dirigen a Jesús ojos de compasión. Está muy pálido y triste al oír a Marta. Gamaliel, con los brazos cruzados sobre el pecho en su amplia y rica vestidura de lana muy fina, adornada con flecos azules, distante un poco entre un grupo de jóvenes entre los que está su hijo y José Bernabé, lo mira sin odio, sin amor.

Después de que Marta se secó la cara, continúa hablando: "Pero aun ahora abrigo la esperanza, porque sé que cualquier cosa que pidieres al Padre, te concederá". Una profesión dolorosa, heroica de fe que brota con voz temblorosa, con el ansia en la mirada, con la última esperanza que se estremece en su corazón.

"Tu hermano resucitará. Levántate, Marta".

Ésta se levanta, pero sigue inclinada en señal de reverencia. Responde: "Lo sé, Maestro. Resucitará en el último día".

"Yo soy la Resurrección y la Vida. Quien cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá. Quien cree y vive en Mí no morirá jamás. ¿Crees eso?" Jesús, que antes había hablado en voz casi baja y sólo a Marta, ha levantado la voz y proclama su poder de Dios. Su hermoso timbre de voz es cual una campanilla de oro que sonase en el jardín. Un temblor como de espanto sacude a los presentes. Algunos se miran de soslayo, moviendo la cabeza.

Marta a la que como si Jesús tratase de infundir esperanzas al seguir apoyando su mano sobre su hombro, se yergue, mira con ojos llenos de dolor los esplendorosos de Jesús y estrechando su mano sobre el pecho con tono del todo diverso al anterior responde: "Sí, Señor. Yo creo en esto. Creo que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo, que has venido al mundo. Y que todo lo que quieres lo puedes. Creo. Voy a llamar a María" y ligera se va desapareciendo entre las habitaciones.

Jesús se detiene, mejor dicho, da algunos pasos adelante y se acerca al prado donde está la fuente, que brilla bajo las gotas de agua que el surtidor en alas del viento ha depositado en él, como si fuese una pluma de plata. Se queda contemplando cómo se mueven los peces, cómo juegan, como si escribiesen comas de plata y reflejos de oro en el agua que el sol hiere.

Los judíos lo observan. Involuntariamente han formado grupos diversos. Frente a Jesús están sus enemigos, que suelen estar divididos por razón de sectas, pero a los que ahora el odio une. A su lado y detrás están los apóstoles a los que se ha unido Santiago de Zebedeo, José, Nicodemo y otros de buen corazón. Más allá Gamaliel en su mismo lugar y en su misma

actitud. Su hijo y sus discípulos se han separado de él, dividiéndose entre los dos grupos principales para estar más cerca de Jesús.

Con su grito habitual de “¡Raboni!” María ha salido de la habitación y con los brazos extendidos corre a Jesús, se echa a sus pies que besa entre fuertes sollozos. Varios judíos que estaban en ella le han seguido y juntan a sus sollozos los suyos que difícilmente pueden tomarse en serio. También Máximo, Marcela, Sara, Noemí han seguido a María, y todos los criados. Los lamentos son fuertes y agudos. Me imagino que dentro no se haya quedado nadie. Marta al ver a María que llora tan fuerte, también se echa a llorar.

“La paz sea contigo, María. ¡Levántate! ¡Mírame! ¿Por qué lloras igual al que no tiene esperanza?” Se inclina para decir despacio estas palabras en los negros ojos de María, que de rodillas, apoyada sobre los calcañales, extiende a Él sus manos en actitud de súplica, y que no puede hablar en medio de tantos sollozos: “¿No te dije que debías esperar más allá de lo posible, para ver la gloria de Dios? ¿Ha cambiado acaso tu Maestro para que haya razón de que así te angusties?”

Pero María no escucha las palabras que le quieren preparar la alegría que tanto ha esperado después de amargas angustias, y grita: “¡Oh, Señor! ¿Por qué no viniste antes? ¿Por qué te alejaste tanto de nosotros? Sabías que Lázaro estaba enfermo. Si hubieras estado aquí, no hubiera muerto. ¿Por qué no viniste? Debía yo mostrarle que lo amaba. Y para eso tenía que vivir. Debía mostrarle que persevero en el bien. Tantas penas que le di. ¡Y ahora! Ahora que podía hacerlo feliz, se me quita. Podías dejármelo. Brindar a la pobre María el gozo de consolarlo después de tanto dolor que le causé. ¡Oh, Jesús, Jesús! ¡Maestro mío! ¡Salvador mío! ¡Esperanza mía!” y pone nuevamente su frente sobre los pies de Jesús que baña con lágrimas diciendo: “¿Por qué lo hiciste, Señor? ¡Los que te odian, se alegran de lo que está pasando!... ¿Por qué lo hiciste, Jesús?” En la voz de María no hay reproche, como lo hubo en la de Marta, sino angustia de quien además de su dolor de hermana une el de discípula porque le parece que muchos tienen menos estima de Él.

Jesús que ha estado un tanto inclinado para oír las palabras de María que sigue con su cara pegada al suelo, dice en voz fuerte: “¡No llores, María! También tu Maestro sufre por la muerte del amigo fiel... *por haber tenido que dejarlo morir...*”

¡Qué miradas de alegría envenenada brilla en las caras de los enemigos de Jesús! Lo creen vencido y se regocijan, entre tanto que en las caras de sus amigos la tristeza es mayor.

Con voz todavía más fuerte dice: “Yo te ordeno: no llores. Levántate. Mírame. ¿Crees que Yo que tanto te he amado, lo haya hecho sin motivo alguno? ¿Crees que te haya causado este dolor inútilmente? Ven. Vamos a donde está Lázaro. ¿Dónde lo enterraste?”

Como María y Marta son presas de un fuerte llanto, Jesús se dirige a todos los demás, sobre todo a los que llegaron con María y parecen los más conmovidos. Probablemente sean parientes muy retirados. Responden a Jesús, que a las claras se ve que está muy afligido:

“Ven a ver” y se dirigen al lugar del sepulcro que está en los confines del huerto, donde el terreno tiene ondulaciones y donde se ven rocas calcáreas.

Marta al lado de Jesús que ha hecho que María se levante y que la guíe, porque difícilmente puede ver con las lágrimas, señala con la mano a Jesús dónde está enterrado Lázaro, y cuando están cerca del lugar dice: “Es allí, Maestro, donde tu amigo está enterrado”. Señala la piedra colocada oblicuamente en la entrada del sepulcro.

Jesús pasó ante Gamaliel. Pero ninguno de los dos se saluda. Gamaliel se ha unido a los otros, mas se ha detenido como todos los fariseos más estrictos, a unos cuantos pasos del sepulcro, entre tanto Jesús ha seguido adelante, hasta muy cerca de la tumba, con las dos hermanas, con Maximino y con los que tal vez sean parientes. Mira la pesada piedra que sirve de puerta al sepulcro y de obstáculo entre Él y su amigo difunto y llora. El llanto de las hermanas aumenta, como el de los amigos íntimos y familiares.

“Quitad la piedra”, grita Jesús, después de haberse secado el llanto. Todos experimentan una reacción de estupor y un murmullo corre por entre todos, murmullo que crece en el de algunos

pobladores de Betania que han venido a unirse a los huéspedes. Veo algunos fariseos que se llevan la mano a la frente, que mueven la cabeza como diciendo: “¡Está loco!”

Nadie cumple lo que Jesús ordena. Ni siquiera sus más fieles.

Jesús repite en voz alta su orden haciendo que se estremezca la gente de temor, en medio de dos sentimientos contrarios: el de huir y el de acercarse más, para ver, sin importarle el hedor del sepulcro.

“No es posible, Maestro” explica Marta esforzándose por contener su llanto. “Hace cuatro días que está allá abajo. Sabes de qué muerte murió. Sólo nuestro amor podía tener cuidado de él... Ahora hiede horriblemente, pese a los ungüentos... ¿Qué quieres ver? ¿Su podredumbre?... No se puede. Además de la impureza que se contrae³ y...”

“¿No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios? Quitad la piedra. ¡Lo ordeno!”

Es la orden de un Dios. Se escucha un “¡Oh!” que sumiso escapa de todos los pechos. El color huye de todas las caras. Algunos tiemblan como si de sus cuerpos pasase el helado viento de la muerte.

Marta hace una señal a Maximino el cual manda a los siervos que vayan a traer los instrumentos necesarios para mover la pesada piedra.

Así lo hacen y rápidos corren. Regresan con picos y fuertes palancas. Ponen manos a la obra. Meten las puntas de los picos que resplandecen, entre la roca y la piedra, bajo de ellos introducen las palancas y así logran hacer rodar la piedra de un lado, procurando cautelosamente que se apoye sobre el terreno rocoso. Un hedor horrible sale de dentro, que obliga a retroceder a todos.

Marta en voz baja dice: “Maestro, ¿quieres ir allá abajo? Tienes necesidad de antorchas...” Y en su cara se ve la palidez de tener que hacerlo.

Jesús no le responde. Levanta sus ojos al cielo, abre los brazos en forma de cruz, ruega con voz muy fuerte, haciendo hincapié en cada palabra: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Sé que siempre me escuchas. Pero lo dije por estos que están aquí presentes, por el pueblo que me rodea, para que crean en Ti, en Mí, y para que crean que me has enviado”. Sigue en esta posición por unos instantes, y parece como transportado en éxtasis, parece con transfigurado, mientras dice palabras de oración o de adoración en silencio. No lo sé. Lo que sé es que no parece el mismo, que no se le puede mirar sin sentir palpar fuertemente el corazón. Parece como si su cuerpo estuviera hecho de luz, como que se espiritualiza, que creciera, que se levantara de la tierra. Aunque se conserva el color de sus cabellos, de sus ojos, de su piel, de los vestidos, y no como durante la transfiguración del Tabor en la que todo se convirtió en luz y en un resplandor avasallador, parece que emana luz y que de Él sale.

Pare como si ésta le formase una especie de halo, sobre todo en su rostro que tiene levantado al cielo, transportado en la contemplación de su Padre. Así permanece por unos instantes, luego vuelve a ser el Hombre, pero de una majestad imponente. Se adelanta al umbral del sepulcro, extiende sus brazos, que hasta ahora había tenido en forma de cruz con las palmas hacia el cielo. Las manos las tiene en dirección del sepulcro, se les ve blancas en medio de la oscuridad que llena la galería subterránea. De sus ojos sale una especie como de fuego azul, el brillar del milagro que no puede resistirse. En esa muda oscuridad con voz poderosa, con un grito más fuerte que cuando en el lago mandó al viento que se calmase, con una voz como en ningún otro milagro había yo oído, grita: “¡Lázaro sal fuera!” La voz repercute en la concavidad sepulcral, retumba dentro, sale, se extiende por el jardín, rebota contra los desniveles de ondulaciones de Betania, y creo que hasta las faldas de las colinas que hay más allá de los campos, y que regresa, hecha eco mil veces, como una orden que no puede dejar de cumplirse. El eco repite: “¡fuera! ¡fuera! ¡fuera!”

Un fuerte estremecimiento se apodera de todos. Si la curiosidad enclava a todos en sus lugares, las caras palidecen, los ojos se agrandan, las bocas se entreabren involuntariamente al ir a emitir el grito del estupor que está ya en las gargantas.

³ Cfr. Lev. 21, 1-13; 22, 1-9; Núm. 6, 1-12; 19, 11-22; 31, 13-24; Ez. 44, 15-31; Ag. 2, 10-14.

Marta está un poco detrás y al lado, como fascinada en mirar a Jesús. María, que no se había separado del lado de Jesús, cae de rodillas al umbral del sepulcro. Tiene una mano sobre el pecho como para frenar las palpitaciones de su corazón, con la otra inconscientemente agarra la extremidad del manto de Jesús, y se ve que tiembla, porque el manto se mueve.

Una cosa blanca parece brotar de lo profundo de la caverna subterránea. Primero es una breve línea convexa, luego se cambia en ovalada, a la que se agregan líneas más claras, más grandes, cada vez mayores. Y el que estuvo muerto, en medio de sus vendas, avanza lentamente, cada vez más visible, cual fantasma, cada vez más impresionante.

Jesús retrocede, retrocede, cuanto más la forma blanca avanza. La distancia entre ambos siempre es la misma.

María suelta la extremidad del manto, pero no se mueve de donde está. La alegría, la emoción, todo lo enclava donde está.

Un “¡oh!” cada vez más claro brota de las gargantas cerradas antes por la emoción de la expectativa, un “¡oh!” que se convierte de susurro en fuerte grito.

Lázaro ha llegado al umbral, y yerto se detiene, mudo, semejante a una estatua de yeso en que apenas el cincel ha trabajado. Es una figura larga, delgada arriba, delgada en las piernas, ancha en el tronco, macabra como la muerte misma, un espectro blanco de vendas que tiene por fondo la concavidad oscura del sepulcro. Y bajo la luz del sol que da sobre las vendas se ve que destila podredumbre.

Jesús grita: “Quitadle las vendas, y dejad que camine. Dadle vestidos y comida”.

“¡Maestro!...” dice Marta y quisiera decir algo más, pero Jesús la mira fijamente, subyugándola con su brillante mirada. Ordena: “¡Aquí! ¡Pronto! Traed un vestido. Vestidlo en presencia de todo y dadle de comer”. No se vuelve a mirar a nadie. Sus ojos miran sólo a Lázaro, a María que está cerca del resucitado, sin preocuparse de la repugnancia que todos experimentan al ver las vendas, a Marta que jadea como si se le fuese a saltar el corazón y que no sabe si gritar de alegría o llorar...

Los siervos se apresuran a cumplir las órdenes. Noemí es la primera en correr y la primera en regresar con vestidos doblados sobre el brazo. Algunos sueltan las vendas, después de haberse arremangado las mangas y haberse estrechado el vestido para que no toquen la podredumbre que de las vendas cae. Marcela y Sara regresan con jarras de perfume caliente, con palanganas, con tazones llenos de leche, de vino, de fruta, de hogazas cubiertas con miel. Las vendas estrechas y larguísimas, de lino, como me parece, hechas para el caso, se desenredan como rollos de una gran bobina y se juntan en el suelo, cargadas de aromas y de podredumbre. Los criados las retiran por medio de palos. Han empezado por la cabeza, y también allí hay podredumbre que debe caer de la nariz, de las orejas, de la boca. El sudario que fue puesto sobre la cara está empapado de lo mismo. Aparece la cara de Lázaro palidísima, flaquísima con los ojos cerrados por lo que le pusieron en las órbitas, con los cabellos pegados, lo mismo que su barba corta. La manta cae lentamente. Cae también la que envuelve el cuerpo, conforme van cayendo las vendas, y dejan el tronco libre, que toma su figura humana, semejante a una gran crisálida. Lentamente se ven la espalda huesuda, los brazos flaquísimos, las costillas que apenas protege la piel, el vientre sumido. Y conforme las vendas van cayendo, las hermanas, Maximino, los siervos se dan prisa en quitar la primera capa de porquería y de bálsamo y persisten con agua que cambian a cada paso, hasta que se ve clara la piel.

Cuando limpian la cara de Lázaro y puede ver, dirige sus ojos a Jesús antes que a sus hermanas. Se olvida de todo lo que tiene a su alrededor, con una sonrisa amorosa en sus pálidos labios, y un brillar de llanto en sus profundos ojos mira a Jesús. También Él le sonríe y una breve lágrima se asoma en el ángulo de sus ojos. Sin decir nada hace que los ojos de Lázaro se levanten a lo alto. Este lo comprende. Mueve sus labios en silenciosa plegaria.

Marta piensa que quiere decir algo, pero que todavía no puede hablar. Le pregunta: “¿Qué quieres decirme, Lázaro mío?”

“Nada, Marta. Daba gracias al Altísimo”. Su pronunciación es segura, su voz es fuerte.

La gente lanza un “¡oh!” de estupor.

Le han ido quitando hasta la cadera y lo han limpiado. Le ponen una túnica corta, algo así como un camisón, que le llega hasta los muslos.

Hacen que se siente para acabarle de quitar las vendas de las piernas y lavárselas, al verlas Marta y María gritan, señalándolas, lo mismo que las vendas. Si sobre las vendas amarradas a las piernas y sobre la manta puesta sobre ellas, la podredumbre es mucha, las piernas se ven cicatrizadas. Donde un tiempo hubo gangrena, no se ve más que cicatrices de color rojizo.

La gente grita de estupor. Jesús sonríe y sonríe a Lázaro que por un instante se mira las piernas curadas, y luego sigue mirando fijamente a Jesús. Parece como si no se cansara de mirarlo. Los judíos, fariseos, saduceos, escribas, rabinos, se adelantan, cautelosos de no mancharse sus vestiduras. Miran de cerca a Lázaro. Miran de cerca a Jesús. Pero ni Lázaro, ni Jesús se preocupan de ellos. Se miran mutuamente. Todo lo demás no vale nada.

Ponen las sandalias a Lázaro. Se pone de pie, ágil, seguro. Toma la vestidura que María le alarga, se la pone, se ciñe la cintura, se ajusta los pliegues. Vedlo ahí, flaco y pálido, igual a todos. Se lava las manos y los brazos hasta el codo, remangándose las mangas, y luego con agua limpia se limpia la cara y la cabeza, hasta que siente que no tiene nada. Se seca los cabellos y la cara. Da la toalla al siervo y se dirige a Jesús. Se postra. Le besa los pies.

Jesús se inclina, lo levanta, lo estrecha contra su pecho diciéndole: “Bienvenido, amigo mío.

La paz y la alegría sean contigo. Vive para realizar tu feliz suerte. Levanta tu cara para que te dé el beso de saludo”.

Después Lázaro se dirige a sus hermanas a quienes besa, lo mismo hace con Maximino y Noemí que lloran de alegría y con algunos que me imagino son parientes o amigos muy íntimos. Luego besa a José, a Nicodemo, a Simón Zelote y a algún otro.

Jesús personalmente va a donde está un criado que tiene una palangana con alimentos, toma una hogaza de miel, una manzana, un vaso de vino, los da a Lázaro, después de haberlos ofrecido y bendecido, para que coma, lo que hace con el apetito de quien está sano. Todos lanzan un final “¡oh!” de estupor.

Jesús que parece no estar viendo más que a Lázaro, en realidad ve todo y a todos, y al notar la ira de Sadoc que con Elquías, Cananías, Félix, Doras, Cornelio y otros está por irse, dice en voz alta: “Espera un momento, Sadoc. Tengo que decirte una palabra. A ti y a los tuyos”.

Se paran con aire de delincuentes.

José de Arimatea se sobresalta de miedo y hace señal a Zelote que detenga a Jesús, pero inútil, porque se dirige al grupo y los apostrofa: “¿Te basta, Sadoc, lo que has visto? Un día me dijiste que para creer teníais necesidad, tú y tus iguales, de ver rehacer un cadáver corrompido. ¿Estás satisfecho de la podredumbre que viste? ¿Eres capaz de afirmar que Lázaro estuvo muerto, que ahora vive, que está sano, como años anteriores no lo ha estado? Lo sé. Vinisteis a probar a estos, a causarles más dolor y a sembrar en ellos la duda. Vinisteis a buscarme, esperando encontrarme escondido en la habitación del agonizante. Vinisteis no porque os hubiera movido el amor y el deseo de honrar al difunto, sino para aseguraros de que Lázaro estaba realmente muerto, y habéis seguido viniendo para regocijaros, cuanto más el tiempo pasaba. Si las cosas hubieran salido como esperabais, lo que creíais de seguro, hubierais tenido razón de alegraros. El Amigo que cura a todos, pero no cura al suyo. El Maestro que premia la fe de todos, pero no la de su amigo de Betania. El Mesías impotente ante la realidad de una muerte. Esto era el incentivo de vuestra alegría. Pero ved que Dios os ha dado la respuesta. Ningún profeta jamás ha logrado juntar lo que estaba deshecho, además de muerto. Dios lo ha hecho. He aquí el testimonio viviente de lo que soy. Un día Dios tomó un poco de lodo, le dio forma, sopló en él y se convirtió en hombre⁵. Fui Yo quien dije: “Hágase el hombre según nuestra imagen y semejanza”. Porque Yo soy el Verbo del Padre. Hoy, Yo, el Verbo dije a lo que era menos que el lodo, a la corrupción: “Vive” y la corrupción volvió a convertirse en carne, en carne perfecta, viva, palpitante. Os está viendo. Allí está. Y a la carne

⁵ Cfr. Gén. 2, 7.

junté el alma que hacía unos días estaba en el seno de Abraham. Lo volví a llamar porque quise, porque todo lo puedo, Yo, el Viviente. Yo el Rey de reyes a quien están sujetas todas las criaturas y cosas. ¿Qué respondéis?”

Cual un juez, como Dios que es, está delante de ellos derecho, alto, majestuoso.

Insiste: “¿No os basta esto para creer, para aceptar lo que no puede desmentirse?”

“Has cumplido tan sólo una parte de la promesa. Esto no es la señal de Jonás⁶...” dice agriamente Sadoc.

“También esa se os dará. Lo he prometido y lo mantengo. Hay otro aquí presente, que espera otra señal, y la tendrá. Y como es recto, la aceptará. Vosotros no. Vosotros permaneceréis en lo que sois”.

Da media vuelta y ve a Simón, el sanedrasta, hijo de Eliana. Lo mira. Lo mira. Deja a los que estaba hablando y llega a él, le dice en voz baja, pero firme: “¿Es bueno para ti que Lázaro no recuerde su estadía entre los muertos! ¿Qué hiciste de tu padre, Caín?”

Simón huye con un grito de miedo, que luego se transforma en aullido de maldición: “¡Seas maldito, Nazareno!” a lo que Jesús responde: “Tu maldición ha llegado al cielo y de allá el Altísimo te la lanza. Estás marcado con la señal, ¡desgraciado!”

Vuelve al grupo que está sin saber qué decir, casi aterrorizado. Encuentra a Gamaliel que se dirige a la salida. Lo mira, y Gamaliel también. Sin detenerse, Jesús le dice: “Prepárate, ¡oh rabí! Pronto vendrá la señal. Nunca miento”.

Poco a poco el jardín queda vacío. Los judíos quedan atolondrados, pero respiran ira por todos sus poros. Si las miradas pudieran reducir a cenizas a alguien, a Jesús lo hubieran ya convertido en polvo. Hablan, discuten entre sí al irse alejando, saboreando la dura derrota, de modo que no son capaces ya de ocultar bajo una apariencia hipócrita de amistad el objeto de su presencia. Se van sin despedirse ni de Lázaro, ni de sus hermanas.

Se quedan algunos que el milagro ha conquistado para el Señor. Entre ellos José Bernabé, que se ha echado de rodillas ante Jesús y lo adora; lo mismo hace Yoel de Abías. Otros, cuyos nombres no sé, pero que deben ser personas importantes, los imitan.

Lázaro, rodeado de sus más íntimos, se ha retirado dentro. José, Nicodemo y los otros buenos de corazón se despiden de Jesús. Con grandes inclinaciones de cuerpo se despiden los judíos que estaban con Marta y María. Los siervos cierran el cancel. La paz vuelve a la casa.

Jesús mira a su alrededor. Ve que sale humo, que salen llamas en el fondo del jardín, en dirección del sepulcro. Solo, derecho en medio de un caminito, dice: “La podredumbre que el fuego destruye... La podredumbre de la muerte... pero la de los corazones... de esos corazones ningún fuego la destruirá... Ni siquiera el fuego del infierno Será eterna... ¡Qué horror!... Más que la muerte... Más que la corrupción... Y... ¡Quién te salvará, ¡oh linaje humano! Si tanto te gusta la corrupción? La amas. Y Yo... Yo he arrancado del sepulcro a un hombre con una palabra... Y que un mar de ellas... con uno de dolores no podré arrancar al hombre del pecado, a lo hombres, a millones de hombres”. Se sienta y se cubre el rostro con las manos abatido...

Un siervo que pasa, lo ve. Corre dentro. Poco después sale María. Corre donde Jesús, ligera como si no tocara el suelo. Se le acerca, le dice quedito: “Raboni, estás cansado... ven, Señor mío. Tus apóstoles cansados están adentro, todos menos Simón Zelote... ¿Lloras, Maestro? ¿Por qué?”

Se arrodilla a los pies de Jesús... lo observa... Jesús la mira. No responde. Se levanta y se van.

Entran en una sala. Lázaro no está, tampoco Zelote. Pero está Marta, llena de alegría. Se vuelve a Jesús: “Lázaro fue a bañarse, para limpiarse bien. ¡Oh, Maestro, qué decir!” Lo adora con todo su ser. Nota su tristeza y le pregunta: “¿Estás triste, Señor? ¿No estás feliz de que Lázaro...?” Le llega una sospecha: “¡Oh, estás irritado contra mí! Pequé. Es verdad”.

“Pecamos, hermana” dice María.

⁶ Cfr. Jon. 2.

“No. Tú no. Maestro, María no pecó. María supo obedecer, yo fui la que desobedecí. Te mandé llamar porque... porque no podía soportar más que aquellos insinuasen que no eres el Mesías, el Señor... y no podía verlo más sufrir... Lázaro te necesitaba con ansias. Te llamaba... Perdóname, Jesús”.

“¿Y tú no hablas María?” pregunta Jesús.

“Maestro... yo... no sufrí otra cosa que como mujer. Sufrí porque..... Marta, jura, jura aquí ante el Maestro que jamás, jamás dirás a Lázaro lo que dijo en su delirio... Maestro mío... te conocí, ¡oh divina Misericordia!, en las últimas horas de Lázaro. ¡Oh, Dios mío! Cuánto me has amado. Tú que me perdonaste, Tú, Dios, Tú, Puro, Tú... mi hermano, que mucho me ama, pero es hombre, solo hombre, en el fondo de su corazón, ¡no ha perdonado! No. Digo mal. No ha olvidado mi pasado y, cuando la agonía debilitaba sus fuerzas y entorpecía su bondad, que pensaba yo era olvido del pasado, gritó su dolor, su desdén contra mí... ¡Oh!...” María llora... “No llores, María. Dios te ha perdonado y olvidado. El alma de Lázaro también ha perdonado y olvidado, *ha querido olvidar*. El hombre no ha podido olvidar. Y cuando el cuerpo, en medio de sus estremecimientos, debilitó la voluntad ya frágil, el hombre habló”.

“No estoy enojada, Señor. Esto me sirvió para amarte más y amar mucho más a Lázaro. A partir de ese momento fue cuando yo deseé tu presencia... porque sentía angustia de que Lázaro fuera a morir sin paz por mi causa... y luego, luego, cuando vi que los judíos se burlaban de Ti... cuando vi que no venías, ni aun después de muerto, ni siquiera después que había obedecido hasta más allá de lo posible, esperando hasta cuando el sepulcro se abrió para recibirlo, entonces sí que mi corazón sufrió, Señor, si tenía que expiar, y ciertamente, lo debía, he expiado...”

“¡Pobre María! Conozco tu corazón. Has merecido el milagro y que te confirme en saber esperar y creer”.

“Maestro mío, esperaré y creeré *siempre* de hoy en adelante. No dudaré más, jamás, Señor. Vivir de fe. Me has dado la capacidad de creer en lo increíble”.

“¿Y tú, Marta, has aprendido? No. Todavía no. Eres mi Marta, pero no me adoras completamente. ¿Por qué te entregas a la actividad y no a la contemplación? Es cosa más santa. ¿Ves? Tus fuerzas, muchas veces entregadas a cosas terrenas, cedieron ante la comprobación de hechos terrenales que parecen no tener remedio. En verdad que no lo tienen, si no interviene Dios. Por esto la criatura tiene necesidad de saber creer y contemplar, de amar hasta lo último de sus fuerzas, con su pensamiento, con su alma, con su cuerpo, con su voluntad; *con todas sus fuerzas* humanas, repito. Quiero que seas fuerte, Marta. Quiero que seas perfecta. No supiste obedecer, porque no supiste creer y esperar, porque no has sabido amar totalmente. Yo te perdono, te absuelvo, Marta. He resucitado hoy a Lázaro, ahora te doy un corazón más fuerte. A él le he devuelto la vida, en ti infundo la fuerza de amar, creer y esperar perfectamente. Sed felices y gozad la paz. Perdonad a quienes en aquellos días os ofendieron...”

“Señor, en esto pequé. Hace poco dije al viejo Cananías, que hace unos cuantos días se había burlado de Ti: “¿Quién ha ganado? ¿Tú o Dios? ¿Tu befa o mi fe? Jesús es el Viviente y es la Verdad. Sabía yo que su gloria brillaría mucho más. Y tú, viejo, rehaz tu alma, si no quieres gustar la muerte” ”.

“Dijiste bien. Pero no disputes con malvados, María. Perdona. Perdona si me quieres imitar... Ya viene Lázaro. Oigo su voz”.

Lázaro entra, trae la barba rasurada, los cabellos peinados y olorosos a aromas. Con él Maximino y Zelote. “¡Maestro!” Lázaro se arrodilla una vez más adorándolo.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza y sonriente le dice: “La prueba ha sido superada, amigo mío. La superasteis tú y tus hermanas. Sed ahora felices y fuertes para servir al Señor.

¿Te acuerdas del pasado? Esto es ¿de tus últimas horas?”

“Un gran deseo de verte y una gran paz con el amor de mis hermanas”

“¿Qué te dolía dejar más al morir?”

“A Ti, Señor, a mis hermanas. A Ti, porque no podía servirte; a ellas porque me han brindado toda clase de alegrías...”

“¡Oh, hermano!” suspira María.

“Tú más que Marta. Tú me has dado a Jesús y la medida de lo que es Él. Jesús te a dado a mí. Tú eres el don de Dios, María”.

“Lo dijiste cuando agonizabas...” dice María y ve detenidamente el rostro de su hermano.

“Porque era y es mi constante pensamiento”.

“Pero yo te causé muchos dolores...”

“También la enfermedad. Por ésta espero haber expiado las culpas del viejo Lázaro y haber resucitado, purificado para ser digno de Dios. Tú y yo: los dos resucitados par servir al Señor, y entre ambos Marta que siempre ha sido la paz de nuestro hogar”.

“¿Lo oyes, María? Lázaro habla sabia y verazmente. Ahora me retiro y os dejo en vuestra alegría...”

“No, Señor. Quédate con nosotros. Aquí. Quédate en Betania y en mi casa. Será bello...”

“Me quedaré. Quiero premiarte todo lo que padeciste. Marta, no estés triste. Marta, piensa que no me causaste algún dolor. No estoy triste por causa vuestra, sino por quienes no quieren redimirse. Cada vez odian más. Tienen el veneno en el corazón. Pues bien... perdonemos”.

“Perdonemos, Señor” dice Lázaro con su sonrisa delicada... y con estas palabras termina la visión.

Dice Jesús: “Se puede poner en este lugar el dictado del 23-3-44, que fue un comentario sobre la resurrección de Lázaro”.

Jesús dice: “En el Evangelio de Juan así como se lee desde hace tantos siglos, está escrito: “Jesús no había entrado todavía en el poblado de Betania” (Ju. 9, 30). Para salir al paso de posibles objeciones, quiero hacer notar que entre esta frase y la de la Obra que encontré a Marta a pocos pasos del estanque que había en el jardín de Lázaro, no hay contradicción de hechos, sino de traducción y descripción.

Tres cuartas partes de Betania pertenecían a Lázaro. Jerusalén era gran parte suya.

Hablemos de Betania. Perteneciendo a Lázaro tres cuartas partes podía decirse: Betania de Lázaro. Por lo tanto no comete ninguna equivocación el texto que afirma, según algunos quieren, que hubiese encontrado a Marta en el poblado o en la fuente. Realmente no había entrado en el poblado para evitar el encuentro de los habitantes que eran hostiles a los del Sanedrín. Pasé por detrás de Betania para llegar a la casa de Lázaro que estaba en la punta opuesta de quien entra en el poblado viniendo de Ensemes.

Con toda razón Juan escribe diciendo que Jesús no había entrado en el poblado. También la tiene el pequeño Juan al asegurar que me había detenido junto al estanque que estaba en el jardín de Lázaro, pero separado de la casa.

Piensen también que durante el tiempo de luto y de impureza (todavía no se estaba en el día séptimo después de la muerte) las hermanas no salían de su casa. Por esto el encuentro se llevó a cabo dentro del recinto de su propiedad.

Nótese también que el pequeño Juan afirma que los habitantes de Betania llegaron al jardín sólo después de que se había dado la orden de quitar la piedra. Al principio los de Betania no sabían nada de mi llegada, pero cuando corrió la voz corrieron a casa de Lázaro”.

9. Reflexiones sobre la resurrección de Lázaro

23 marzo 1944

Dice Jesús:

“Hubiera podido llegar a tiempo para impedir que muriera Lázaro. Pero no quise hacerlo. Sabía que esta resurrección sería una espada de doble filo, porque había convertido completamente a los judíos de recto corazón y habría hecho que no, los que no lo eran, y que odiasen más. De éstos, y después del último golpe de mi poder, partió la sentencia de muerte contra Mí.

Para eso había venido y la hora llegaba casi a su punto. Habría podido acudir inmediatamente, pero quería persuadir a los más obstinados al ver que de la corrupción un ser resucitaba. También quería persuadir a mis discípulos, que llevarían mi fe al mundo, y que tenían necesidad de poseer una fe templada con milagros de primer orden.

Los apóstoles eran muy humanos. Varias veces lo he dicho. No era esto un obstáculo insuperable, más bien una consecuencia lógica de su condición humana, que fueron llamados cuando eran ya hombres maduros. No se cambia una mentalidad, una "forma mentis" de la noche a la mañana. Ni Yo, en mi sabiduría, quise escoger y educar a niños que creciesen según mi modo de pensar para hacerlos mis apóstoles. Habría podido haberlo hecho. No lo hice para que las almas no me reprochasen de haber despreciado a los que no son inocentes y de tener como disculpa que en mi elección había Yo querido dar a entender que los adultos no pueden cambiar.

No. *Todo puede cambiarse si se quiere.* De hecho, hice que los que eran pusilánimes, peleadores, usureros, sensuales, incrédulos, se convirtiesen en mártires y santos, en evangelizadores del mundo. Sólo el que no quiso cambiar, no cambió. *He amado las pequeñeces, las debilidades –tú eres un ejemplo- con tal de que en ellas haya la voluntad de amarme y de seguirme, y de estos "nada" haga mis predilectos, mis amigos, mis ministros.* Sin embargo de todo esto me aprovecho y es un milagro continuo que obro al hacer que los demás crean en Mí y no ahoguen la posibilidad del milagro. ¡Cómo disminuye esta posibilidad! Como una lámpara a la que faltase el aceite, así agoniza y muere, debido a, la falta de fe en el Dios del milagro.

Hay dos formas de alcanzar el milagro. A una de ellas Dios accede por el amor. A la segunda vuelve la espalda irritado. *La primera es la que pide, come he enseñado a pedir, sin desconfianza, ni cansancio, que cree que Dios la escucha, porque Dios es poderoso y todo lo puede. Esta es amor y Dios concede lo que pide quien ama. La otra es la fuerza de los rebeldes que quieren que Dios sea su siervo, que se humille a sus acciones malas y que le dé, lo que no dan a Él: amor y obediencia. Esta forma es una ofensa que Dios castiga negando sus gracias.*

Os lamentáis que no realice más milagros colectivos. ¿Cómo puedo realizarlos? ¿Dónde están los grupos que creen en Mí? ¿Dónde los verdaderos creyentes? ¿Cuántos son los verdaderos creyentes en un grupo? Como flores que quedan después de que el fuego pasó por un bosque, así veo otros tantos corazones que creen. Las demás las ha quemado Satanás con su doctrina. Y siempre arden más.

Os ruego que tengáis como regla lo que respondí a Tomás. Nadie puede ser mi verdadero discípulo, *si no se da a la vida humana lo que merece como medio para conquistar la vida verdadera y no como fin.* El que quiera salvar su vida en este mundo, perderá la vida eterna. Lo dije y lo repito. ¿Cuáles son las pruebas? La nubecilla que pasa. El firmamento permanece y espera más allá de la prueba.

He conquistado el cielo para vosotros con mi heroísmo. Debéis imitarme. *El heroísmo no es sólo de los que mueren mártires. La vida cristiana es un perpetuo heroísmo porque es una lucha perpetua contra el mundo, el demonio y la carne.* No os obligo a que me sigáis. Os dejo libres. Pero no quiero que seáis hipócritas. O conmigo y como Yo, o contra Mí. No podéis engañarme. No me doblego a hacer alianza con el enemigo. Si lo preferís a Mí, no podéis pensar que sea Yo al mismo tiempo vuestro amigo. O él o Yo. Escoged.

El dolor de Marta es distinto del de María debido a su condición síquica y a la conducta que observaron.

Felices los que se comporten de tal modo que no tienen ningún remordimiento de haber causado dolor alguno al que muere, a quien no se le puede consolar ya. *Pero cuán feliz es quien no tiene remordimiento de haber causado dolor a su Dios, a Mí, Jesús, y no teme mi encuentro, más bien suspira ansiosamente por él, como una alegría en que soñó por toda su vida y que llega al fin.*

Soy vuestro Padre, vuestro Hermano, vuestro Amigo. ¿Por qué, pues, tantas heridas? ¿Sabéis lo que os queda de vida? ¿Vivir para reparar? No lo sabéis. Entonces, hora tras hora, día tras día, obrad bien. Me haréis siempre feliz. Si el dolor tocara a vuestras puertas, porque el dolor es santificación, es mirra que preserva de la corrupción carnal, tendréis siempre en vosotros la seguridad de que os amo, que os amo aun en ese dolor, y la paz que mana de mi amor. Tú, pequeño Juan, sabes que sé consolar aun en el dolor.

En la plegaria al Padre se lee lo que dije al principio: era menester sacudir con un gran milagro la obstinación de los judíos y del mundo en general. La resurrección de uno que hacía cuatro días había sido sepultado, que había sido enterrado por una larga y repugnante enfermedad que todos sabían, no era cosa de dejar indiferentes, ni siquiera dudoso a alguien. Si lo hubiera curado mientras vivía, o dado la vida apenas muerto, el rencor de mis enemigos hubiera podido tener duda sobre la realidad del milagro. Pero el hedor del cadáver, la podredumbre que manaba de las vendas, la larga permanencia en el sepulcro, no dejaba lugar a duda alguna. Milagro en el milagro, quise que Lázaro fuera desatado y limpiado en la presencia de todos para que viesen que no sólo la vida, sino donde la gangrena había hecho estragos, ahí también había la integridad de miembros. Cuando hago un favor, siempre hago más de lo que se me pide.

Lloré ante la tumba de Lázaro. Y a esto se ha dado diversos nombres. *Sabed entre tanto que las gracias se obtienen con el dolor mezclado con una fe ciega en el Eterno. Lloré no tanto por la pérdida del amigo y por el dolor de las hermanas, como porque en aquella hora salieron a flor tres ideas que como tres clavos siempre me habían punzado en el corazón.*

La comprobación de la ruina a la que Satanás había llevado al hombre al seducirlo al mal. Ruina cuya condenación humana, era el dolor y la muerte. La muerte física, emblema y símbolo vivo de la muerte espiritual,² que la culpa infiere en el alma sumergiéndola, La ella que estaba destinada a vivir cual reina, en el reino de la luz, en las tinieblas infernales.

La persuasión de que ni siquiera este milagro, puesto como corolario sublime de tres años de evangelización, habría convencido al mundo judío de la Verdad que Yo traía. Y que ningún milagro habría hecho que el mundo que estaba por venir se convirtiera a Mí. ¡Oh dolor de estar próximo a morir por tan pocos!

La visión mental de mi próxima muerte. Era Hombre-Dios. Y para ser Redentor debía sentir el peso de la expiación. Por lo tanto el horror de la muerte y de una muerte semejante. Sentía vivir, me sentía sano, y sin embargo me decía: “Pronto habré muerto, pronto estaré en un sepulcro como Lázaro. Pronto la agonía más atroz será mi compañera. Debo morir”. La bondad de Dios os libra del conocimiento de lo porvenir. Pero a Mí no me libró.

Vosotros que os lamentáis de vuestra suerte, creedme. No hubo otra más triste que la mía, porque tuvo la presencia de todo cuanto me sucedería, junto a la pobreza, incomodidades, amarguras que me acompañaron desde mi nacimiento hasta la muerte. No lo lamentéis, pues. Esperad en Mí. Os doy mi paz”.

10. En la ciudad de Jerusalén y poco después de la resurrección de Lázaro ¹

27 diciembre 1946

Si la noticia de la muerte de Lázaro había sacudido y agitado a Jerusalén y gran parte de Judea, la de su resurrección terminó por sacudirla y penetrar hasta donde no había llegado la de su muerte.

Tal vez los pocos fariseos y escribas, esto es, los sanedristas que estuvieron presentes a la resurrección, no hubieran dicho nada al pueblo, pero los judíos sí que hablaron y la nueva se esparció como un rayo, de casa en casa, de terraza en terraza; voces femeninas la transmiten; mientras el pueblo la difunde con gran alegría por el triunfo de Jesús, y por Lázaro. La gente

² Cfr. Gén. 3; Rom. 5, 12-21.

¹ Cfr. Ju. 11, 47-53.

llena las calles. Corre de aquí a allá, creyendo ser el primero en dar la noticia, pero recibe un palmo de narices, porque se sabe en Ofel como en Bezeta, en Sión como en el Sixto. Se sabe en las sinagogas y en las tiendas, en el Templo, y en el palacio de Herodes. Se sabe en la Antonia, y de ésta se derrama, o al revés, a los puestos de guardia. Llena los palacios como las chozas: “El Rabí de Nazaret ha resucitado a Lázaro de Betania que murió el viernes pasado, fue sepultado antes del sábado y ha resucitado a eso de la hora de sexta de hoy”. Las aclamaciones hebreas al Mesías y al Altísimo se mezclan con las de los romanos: “¡Por Júpiter! ¡Por Pólux! ¡Por Libitina!” etc. Etc.

Los únicos que veo que no hablan por las calles son los del sanedrín. No veo ninguno de ellos. Veo a Cusa y a Mannaén que salen de un espléndido palacio y oigo a Cusa decir:

“¡Extraordinario, extraordinario” Ya mandé la noticia a Juana. ¡Realmente Él es Dios!” y Mannaén le contesta: “Herodes, que vino desde Jericó a obsequiar... al patrón: Poncio Pilato, parece un loco en su palacio, y Herodías está fuera de sí. Le grita que mande arrestar a Jesús. Ella tiene miedo de su poder; él por sus remordimientos. Castañetea los dientes pidiendo a los de más confianza que lo defiendan... de los espectros. Se ha embriagado para darse valor y el vino le crea en su mente fantasmas. Grita diciendo que el Mesías ha resucitado también a Juan quien de cerca lo maldice en nombre de Dios. Yo he huido de esa Gehenna. Le dice: “Lázaro ha resucitado por obra de Jesús Nazareno. Ten cuidado de no tocarlo, porque es Dios”. Le conservo en este temor para que no ceda en sus deseos homicidas”.

“Yo, al contrario, voy... Debo ir. Pero antes quise pasar por casa de Eliel y Elcana. Viven retirados, pero no dejan de ser grandes voces en Israel. Juana está contenta de que los honre. Y yo...”

“Son una buena protección tuya. Es verdad. Pero no como la del amor del Maestro. Es la única que puede tener valor...”

Cusa no replica. Piensa... Los pierdo de vista.

Todo presuroso viene José de Arimatea de Bezeta. Lo detiene un grupo de ciudadanos que no saben si creer o no creer en la noticia. Le preguntan.

“Es verdad. Es verdad. Lázaro ha resucitado y está también curado. Lo vi con mis propios ojos”.

“Entonces... ¡Él es el Mesías!”

“Sus obras son tan grandes. Su vida es perfecta. Los tiempos han llegado. Satanás lo combate. Cada uno resuelva en su corazón lo que es el Nazareno” responde prudentemente. Saluda. Se va.

El grupo discute y concluye al fin: “En realidad Él es el Mesías”.

Un grupo de legionarios habla: “Si mañana puedo, iré a Betania. ¡Por Venus y Marte!, mis dioses preferidos. Podré ir a los desiertos que arden, y de allí a las tierras heladas germánicas, pero encontrarme a alguien que haya resucitado ¡jamás! Quiero ver cómo es alguien que regresa de la muerte. Estará negro de las ondas de los ríos de ultratumba...”

“Si fue virtuoso estará pálido, porque debió haber bebido de las ondas azules de los Campos Elíseos. No hay sólo la laguna Estiges...”

“Nos dirá cómo son los prados de asfódelo del Ades... También voy yo...”

“Si Poncio nos lo permite...”

“¡Oh, qué permitirá Al punto envió un correo a Claudia para que venga. A ella le gustan estas cosas. Más de una vez le he oído discutir, con las otras y con sus libertos griegos, sobre el alma y su inmortalidad...”

“Claudia cree en el Nazareno, y para ella es superior a cualquier hombre”.

“Sí, pero para Valeria es más que hombre. Es Dios. Una especie de Júpiter y Apolo por su poder y belleza, dicen, y más sabio que Minerva. ¿Lo habéis visto? Es la primera vez que he venido con Poncio y no sé...”

“Creo que has llegado a tiempo para ver muchas cosas. Hace poco andaba gritando Poncio como Esténtor: “Aquí se debe cambiar todo. Deben comprender que Roma manda, y que

ellos, todos ellos son sus siervos. Y cuanto más fuertes, tanto más siervos, porque más peligrosos". Creo que la causa habrá sido la tablilla que le envió Anás..."

"Tienes razón. No quiere que venga a verle... Y cambia a todos... porque no quiere que haya amistad entre ellos y nosotros".

"¿Entre nosotros y ellos? ¡Ja, ja! ¿Con esos narigudos que huelen a chivo? Poncio digiere mal la mucha carne de cerdo que come. A lo mejor... la amistad es con alguna mujer que no le dé asco los besos de bocas rasuradas..." maliciosamente ríe uno.

"El hecho está que después de los motines de los Tabernáculos⁵, pidió y obtuvo el cambio de todas las guardias, y que a nosotros nos toca irnos..."

"Es verdad. Ya estaba determinada en Cesarea la llegada de la galera que trae a Longinos y su centuria. Nuevos graduados, nuevos soldados y todo por causa de esos cocodrilos del Templo. Yo estaba bien aquí".

"Yo mejor en Brindis... Me acostumbraré" dice el que acaba de llegar a Palestina.

También ellos se van.

Algunos guardias del templo pasan con tablas enceradas. La gente los mira y comenta: "El Sanedrín celebra reunión de emergencia. ¿Qué pretenderá hacer?"

Uno responde: "Subamos al Templo a ver..." Toman la calle que va hacia el Moria.

El sol desaparece detrás de las casas de Sión y de los montes occidentales. Baja la tarde que barre a los curiosos de las calles. Los que subieron al templo, bajan de mal humor porque se les echa fuera aun de las puertas donde se habían parado para ver pasar a los sanedristas.

El Templo, vacío, desierto, envuelto en la luz de la luna, parece inmenso. Los sanedristas van llegando poco a poco a la sala del Sanedrín. Están todos, como cuando Jesús fue condenado, a excepción de los que entonces hicieron de secretarios. No hay más sanedristas, unos en sus lugares, otros en grupos cerca de las puertas.

Entra Caifás con su cara y cuerpo de sapo, obeso y malo. Se dirige a su puesto.

Empiezan sin más a discutir sobre los acontecimientos, y tanto los apasionan que la reunión parece convertirse en algarabía. Dejan sus lugares, bajan al espacio libre gesticulando, gritando. No falta quien aconseje calma y de que se piense bien antes de tomar alguna decisión.

Otros replican: "Los que llegasteis aquí después de nona ¿no oísteis nada? Si perdemos a los judíos más importantes, ¿de qué nos sirve acumular acusaciones? Cuanto más Él viva, tanto menos se nos creará, si lo acusamos".

"Este hecho no puede negarse. No se puede decir a tanta gente que estuvo ahí: "Visteis mal. Fue una burla. Estabais ebrios". Él en realidad estaba muerto. Podrido. Deshecho. El cadáver había sido puesto en el sepulcro que taparon bien. El muerto estaba bajo vendas y bálsamos desde días antes. Estaba ligado. Y sin embargo salió de su lugar, salió por sí solo, sin caminar, hasta la entrada. Y cuando se le quitaron las vendas no tenía señales de haber muerto. Respiraba. No había nada de corrupción. Cuando vivía estaba lleno de llagas, y cuando murió deshecho".

"¿Habéis oído a los judíos más influyentes, a los que habíamos hecho que fueran allá para ganárnoslos? Vinieron a decir: "Para nosotros es el Mesías" Vinieron casi todos. Y luego el pueblo..."

"Y a estos malditos romanos con sus fábulas, ¿a dónde los vais a meter? Para ellos Él es Júpiter Máximo. ¡Y si se les mete esa idea! Nos enseñaron sus fábulas, y fue una maldición. Anatema sobre quien quiso que hubiera helenismo ente nosotros, y se contaminó por adulación con costumbres ajenas⁶. Pero esto también sirve para conocer, y sabemos que el romano es listo en destruir y en ensalzar valiéndose de conjuraciones y golpes de estado. Ahora si alguno de esos locos se entusiasma por el Nazareno y lo proclama Cesar, y por tanto divino, ¿quién lo va a tocar después?"

⁵ Cfr. Ex. 23, 14-17.

⁶ Cfr. 4. 1 Mac. 1; 2 Mac. 1, 1-6, 11.

“No, hombre, ¿quién quieres que lo haga? Ellos se burlan de Él y de nosotros. Por grande que sea lo que hace, para ellos siempre es “un hebreo” y por lo tanto un miserable. ¡Oye, hijo de Anás, el miedo te está entorpeciendo!”

“¿El miedo? ¿Ha sabido cómo respondió Poncio a la invitación de mi padre? Está muy preocupado. Muy preocupado por esto último y teme al Nazareno. ¡Desgraciados de nosotros! ¡Ese hombre ha venido para nuestra ruina!”

“Si no hubiéramos ido allá y no hubiéramos ordenado que hubieran ido los judíos más poderosos! ¡Si Lázaro hubiera resucitado sin testigos!”

“¿Y qué con ello? ¿Iba a cambiarse algo? No íbamos a hacerlo desaparecer para hacer creer que seguía muerto”.

“Eso no. Pero podíamos decir que su muerte había sido una farsa. Siempre se encuentran testigos pagados para decir lo que se quiere”.

“Pero, ¿por qué hemos de estar tan intranquilos? No veo la razón. ¿Ha atacado acaso al sanedrín y al pontificado? No. Se limitó solo a realizar un milagro.

“¿Se limitó? ¿Eres acaso un vendido, Eleazar? ¿Que no ha lanzado ningún ataque contra el Sanedrín y el pontificado? ¿Y qué más quieres? La gente...”

“La gente puede decir lo que se le ocurra, pero las cosas son como las dice Eleazar. El Nazareno no hizo más que un milagro”.

“Ved a otro que lo defiende. ¡No eres justo, Nicodemo! ¡No eres ya más un justo! Esto es un acto contra nosotros. Contra nosotros, ¿comprendes? Ninguna cosa persuadirá más a la gente. ¡Ah, desgraciados de nosotros! Hoy este día algunos judíos me befaron. ¡Yo, befado! ¡Yo!”

“Cállate, Doras. Tú no eres más que un hombre. La idea es la que ha sido atacada! ¡Nuestras leyes! ¡Nuestras prerrogativas!”

“Dices bien, Simón, hay qué defenderlas”.

“¿Cómo?”

“Ofendiendo, destruyendo las suyas”.

“Fácil es decirlo, Sadoc. ¿Y cómo vas a destruirlas, si no puedes por tu mismo ni siquiera revivir un mosquito? Lo que hace falta es un milagro como el que hizo. Pero nadie de nosotros puede hacerlo porque...” El que habla no añade el porqué...

José de Arimatea termina la frase: “Porque nosotros somos hombres, solamente hombres”.

Se arrojan contra él preguntando: “¿Y entonces qué es Él?”

José de Arimatea con firmeza responde: “Él es Dios. Si hubiese tenido todavía dudas...”

“Pero no las tenías. Lo sabemos, José. Lo sabemos. Di claramente que lo amas”.

“No hay nada de malo si José lo ama. Yo mismo lo reconozco como el más grande Rabí de Israel!”

“¡Tú! ¿Tú, Gamaliel, dices eso?”

“Lo afirmo. Me siento honrado en que Él haya tomado mi lugar. Hasta ahora había conservado la tradición de los grandes rabinos, el último de los cuales fue Hilel, pero después de mí no habría podido encontrar quién pudiese recoger la sabiduría de los siglos. Ahora me voy contento porque sé que no morirá, sino crecerá más, porque aumentará con la suya, en la que ciertamente está el Espíritu de Dios”.

“¿Pero qué estás diciendo, Gamaliel?”

“La verdad. No con cerrar los ojos, se puede ignorar lo que somos. No somos más sabios, porque el principio de la sabiduría es el temor de Dios⁷ y nosotros no lo tenemos. Si lo tuviéramos no aplastaríamos al justo y no seríamos ávidos de las riquezas del mundo. Dios da y Dios quita, según los méritos o deméritos⁸. Si Dios nos quita ahora lo que nos había dado, para darlo a otros, sea bendito porque el Señor es santo y todas sus acciones son santas”.

⁷ Cfr. Salm. 110, 10; Prov. 1, 7; Eccli. 1, 16.

⁸ Alusión a Job 1, 20-22.

“Nosotros estábamos hablando de los milagros y quisimos decir que ninguno de nosotros puede hacerlos porque con nosotros no está Satanás”.

“No es así. Porque con nosotros no está Dios. Moisés dividió las aguas⁹ y abrió el peñasco,¹⁰ José detuvo el sol¹¹. Elías resucitó a un niño e hizo llover¹², pero Dios estaba con ellos. Os recuerdo que hay seis cosas que Dios odia y la última la aborrece del todo¹³, ojos altaneros, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente, corazón que maquina planes perversos, pies ligeros para hacer el mal, falso testimonio, y a quien siembra discordias entre los hermanos. Nosotros estamos haciendo todas estas cosas- Nosotros, digo, pero sois vosotros los que las hacéis, porque yo me abstengo de gritar “Hosanna” y de gritar “Anatema” Yo espero”.

“¡La señal! ¡Comprendido! ¡Tú esperas la señal! ¿Pero qué señal puedes esperar de un pobre loco, aun cuando no quisiéramos condenarlo?”

Gamaliel levanta las manos y los brazos. Cierra los ojos, inclinando ligeramente la cabeza, hierático, con una voz que parece lejana continúa hablando: “Con todas las ansias he preguntado al Señor que me indicase la verdad y Él se ha dignado iluminarme las palabras de Jesús, hijo de Sirac: “El Creador de todas las cosas me habló y me dio sus órdenes. El que me creó, reposó en mi tienda y me dijo: ‘Habita en Jacob. Tu herencia sea Israel. Echa tus raíces entre mis elegidos’ ”¹⁴. ... Y también me iluminó las siguientes, que he comprendido: “Venid a Mí, todos los que me deseáis y saciaos de mis frutos porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia más que el panal. Mi recuerdo permanecerá en las generaciones por venir. Quien me comiere tendrá hambre de mí y quien me bebiere, tendrá sed de mí. Quien me escucha no tendrá por que avergonzarse, y quien trabaja por mí, no pecará. Quien me dé a conocer, tendrá la vida eterna” Y la luz de Dios aumentó en mi corazón mientras mis ojos leían estas palabras: “Todas estas cosas contiene el libro de la Vida, el testamento del Altísimo, la doctrina de la Verdad... Dios prometió a David que de él haría nacer al Rey potentísimo que debe sentarse en el trono de la gloria para siempre. Rebosa de sabiduría como el Fisón y el Tigris (de aguas) en el tiempo de la cosecha, como el Eufrates abunda en inteligencia y crece como el Jordán en el tiempo de la mies. Él difunde el don de la sabiduría como la luz... Él fue el primero en haberla conocido completamente”¹⁵. Esto me lo ha iluminado Dios. Pero ¡ay!, ¡qué digo! La Sabiduría que está entre nosotros es demasiado grande, para que se le comprenda y se acepte el pensamiento que es más vasto que los mares, y el consejo, más profundo que el gran abismo. Lo oímos gritar: “Yo como el canal de aguas abundantes broté del Paraíso y dije: ‘Regaré mi jardín’, y entonces mi canal se convirtió en río, y éste en mar. Como la aurora yo esparzo a todos mi doctrina y la daré a los más remotos. Penetraré en las partes inferiores. Echaré mi mirada sobre los que duermen. Iluminaré a los que esperan en el Señor. Y extenderé aun mi doctrina como profecía y la dejaré a los que buscan la sabiduría. No dejaré de anunciarla. No he trabajado sólo por mí, sino por todos los que buscan la verdad”. Esto me ha hecho leer Yeové, el Altísimo y baja sus brazos, levantando la cabeza.

“¿Entonces para ti es el Mesías? ¡Dilo!”

“No”.

“¿No? ¿Entonces qué cosa es para ti? Un demonio, no. Un ángel, no. Mesías, no...”

“Es El que es”¹⁷.

“Deliras. ¿Es Dios? ¿Es Dios para ti, ese loco?”

⁹ Cfr. Ex. 15, 15 – 15, 21; Sal. 77; 104; 105; 113; Sab. 10, 15-21; 1 Cor. 10, 1-2.

¹⁰ Cfr. Ex. 17, 1-7; Núm. 20, 1-13; Sal. 77; 104; 105; 113; Sab. 11, 6-15; 1 Cor. 10, 1-5.

¹¹ Cfr. Jos. 10, 10-15; Eccli. 46, 1-8.

¹² Cfr. 3 Rey. 17, 17-24; 18, 41-46; Sant. 5, 16-18.

¹³ Cfr. Prov. 6, 16-19.

¹⁴ Cfr. Eccli. 24, 12-13, 26-38.

¹⁵ Cfr. Eccli. 24.

¹⁷ Cfr. Ex. 3, 13-15; Is. 42, 8.

“Es El que es. Dios sabe que Él es. Nosotros vemos sus obras. Dios ve aun sus pensamientos. Pero no es el Mesías, porque para nosotros Mesías quiere decir Rey. Él no lo es, ni lo será jamás. Es santo. Sus obras son de un santo. No podemos levantar la mano sobre el Inocente, sin cometer pecado. No aprobaré este pecado”.

“Pero con esas palabras, casi has dicho que es el esperado”.

“Lo dije: Mientras duró la luz del Altísimo lo vi tal. Luego... al no tenerme el Señor más de las manos, elevado en su luz, torné a ser el hombre, el hombre de Israel, y sus palabras no fueron más que palabras a las que el hombre de Israel, yo, vosotros, nuestros antepasados, y Dios no lo permita, los que vendrán después, damos el significado de *su*, de *nuestro* pensamiento, no el significado que tienen en el Pensamiento eterno, que lo dio a su siervo”.

“No hacemos más que hablar. Estamos divagando, perdiendo el tiempo, y entre tanto el pueblo se agita” grazna Cananías.

“¡Dices bien! ¡Hay qué decidirse a la acción, a salvarse y a triunfar”.

“Dijiste que Pilato no quiso escuchar cuando le pedimos su ayuda contra el Nazareno. Pero si le hiciéramos saber... Dijiste hace poco que si los soldados se exaltan, podrían proclamarlo Cesar... ¡Eh, eh! ¡Buena idea! Vamos a hacer ver al Procónsul este peligro. Seremos honrados como fieles siervos de Roma y... y si interviene, nos desembarazaremos de Rabí. ¡Vamos, vamos! Tú, Eleazar de Anás, que eres su amigo. Llévanos. Sé nuestro jefe” y Elquías se ríe traidoramente.

Hay un poco de titubeo, pero luego un grupo de los más fanáticos sale para ir a la Antonia. Se queda Caifás con los demás.

“¡A esta hora! ¡No serán recibidos!” objeta alguien.

¡Al revés. Es la mejor. Después de bebido y comido, como lo hacen los romanos. Poncio está siempre de buen humor”.

Los dejo que discutan y se me ilumina la escena de la Antonia.

El espacio que caminan es corto y sin obstáculos porque la luna ilumina con sus blancos rayos que contrastan con el color rojizo de las lámparas encendidas en el vestíbulo del pretorio.

Eleazar logra hacerse anunciar a Pilato, y los pasa a una sala amplia y vacía. Absolutamente vacía. Hay sólo una silla pesada con el respaldo bajo, cubierta con un paño púrpura que resalta en el color blanco de la sala. Forman grupo. Un poco miedosos, friolentos de pie en el pavimento blanco. No viene nadie. El silencio es absoluto. A intervalos se oye que viene de lejos música que rompe el silencio.

“Pilato está a la mesa y ciertamente está con amigos. La música sale del triclinio. Habrá danzas en honor de los invitados” dice Eleazar de Anás.

“¡Corrompidos. Mañana me purificaré. La lujuria trasuda por estas paredes” dice con desprecio Elquías.

“Entonces, ¿por qué viniste? Tú fuiste el de la idea” le replica Eleazar.

“Por el honor de Dios y el bien de la Patria soy capaz de hacer cualquier sacrificio. ¡Y éste es grande! Me había purificado porque me acerqué a Lázaro... y ¡ahora!... Día terrible el de hoy...”

Pilato no viene. Pasa el tiempo. Eleazar que conoce el lugar, trata de abrir las puertas. Están cerradas. El miedo se apodera de ellos. Se saben terribles cosas. Se lamentan de haber venido. Se sienten perdidos.

Finalmente, al lado contrario de ellos, que están cerca de la puerta por la que entraron, y por lo tanto cerca de la única silla se abre una puerta y entra Pilato, con su vestidura blanca. Entra hablando con invitados. Viene riéndose. Se vuelve a dar órdenes a un esclavo, que tiene sostenida la cortina de la salida, de que eche esencias en un brasero y que traiga perfumes y agua para las manos, que venga otro esclavo con el espejo y peine. No se preocupa de los hebreos. Como si no existiesen. Se encolerizan, pero no lo manifiestan...

Se traen los braseros, se pone resina sobre las brasas y se vierte agua en las manos de los romanos. Un esclavo con movimientos prácticos peina la cabellera según la costumbre de aquellos tiempos. Los hebreos mueren de rabia.

Los romanos se ríen entre sí. Pronuncian palabras picarescas. De vez en vez echan una mirada al grupo que está esperando en el fondo. Uno de ellos habla a Pilato, que no se ha volteado ni siquiera un solo instante a ver a los judíos. Hace un gesto como de enfado con las espaldas, bate sus manos para llamar a un esclavo, al que ordena en voz alta que traiga pastelillos y que vengan las bailarinas. Los hebreos tiemblan de ira y escándalo. ¡Pensar que un Elquías tendrá qué ver las bailarinas! Su cara es una página abierta de sufrimiento y de odio.

Regresan los esclavos con pastelillos en palanganas, detrás de ellos las bailarinas coronadas de flores y apenas cubiertas con telas que parecen velos. Sus carnes blanquísimas se ven tras los leves vestidos de color rosa y azul, cuando pasan entre los braceros y la multitud de lámparas que hay en el fondo. Los romanos admiran la gracia de los cuerpos y movimientos. Pilato pide una vez más un movimiento de danza que le ha gustado muchísimo. Elquías –lo mismo sus compañeros- enojado se voltea contra el muro para no ver a las bailarinas danzar cual mariposas entre un ondear de vestiduras que revolotean.

Terminada la breve danza. Pilato les ordena que se vayan, no sin poner en las manos de cada una, una fuente de pastelillos en la que echa, como al acaso, un brazalete. Finalmente se digna a mirar a los hebreos. Con voz cansada dice a sus amigos: “Y ahora... deberé pasar del sueño a la realidad... de la poesía... a la hipocresía... de la belleza al fastidio de la vida. Miserias que me tocan por ser Procónsul... Salve, amigos, y tened compasión de mí”. Se queda solo. Lentamente se acerca a los hebreos. Se sienta, se mira sus bien cuidadas manos, y ve que tiene algo bajo la uña. Prontamente saca de su vestido algo como un bastoncito delgado de oro, con lo que se la limpia.

Después, con una gran condescendencia despacito vuelve la cabeza. Sonríe malignamente, viendo a los judíos que siguen inclinados de un modo servil, dice: “¡Eh, vosotros! ¡Sed breves! No puedo desperdiciar mi tiempo en cosas sin monta”.

Los hebreos se acercan como siempre, serviles, hasta que un: “¡Basta! ¡No muy cerca!” los enclava en el suelo. “¡Hablad! derechos y no como animales viendo el suelo”. Se ríe.

Los hebreos se enderezan al oír la burla, se yerguen.

“¿Y qué...? Hablad. Vinisteis porque quisisteis. Hablas, pues”.

“Quisiéramos decirte... Nos sucede... Somos nosotros siervos fieles de Roma...”

“¡Ja, ja, ja! ¡Siervos fieles de Roma! Lo haré saber al divino Cesar que se sentirá feliz! ¡Hablad payasos! ¡Y pronto!”

Los sanedristas bufan, pero no reaccionan. Elquías toma la palabra en nombre de todos:

“Debes saber, ¡oh Poncio! Que en Betania un hombre hoy fue resucitado...”

“Lo sé. ¿Habéis venido para anunciármelo? Hace horas que lo sabía. ¡Feliz él que sabe lo que es morir y lo que es el ultratumba! Y ¿qué puedo hacer si Lázaro de Teófilo ha resucitado?

¿Acaso me trajo un mensaje del Ades?” Habla con ironía.

“No. Pero su resurrección es un peligro...”

“¿Para él? ¡Claro! Porque de nuevo debe morir. Lo que no es muy agradable. ¿Y luego? ¿Qué puedo hacer yo? ¿Soy acaso Júpiter?”

“No es peligro para Lázaro, sino para Cesar”.

“¿Para?... ¡Señor! ¡Que he bebido mucho? ¿Dijiste para Cesar? ¿Y en qué puede hacer mal Lázaro a Cesar? ¿Teméis acaso que la pestilencia de su sepulcro pueda corromper el aire que respira el emperador? ¡Calmaos! ¡Está muy lejos!”

“No se trata de esto. Es que al resucitar a Lázaro, puede hacer que se quite el trono al emperador”.

“¿Quitarle el trono? ¡Ja , ja, ja! ¡Faltaría más! Bueno. Yo no soy el que está ebrio, sino vosotros. Tal vez el susto os ha sacado de quicio. Ver resucitar... Creo, creo que puede quitar la presencia de ánimo. Idos, idos a la cama. Un buen descanso. Un buen baño caliente. Muy caliente. Saludable contra el delirio”.

“No estamos delirando, Poncio. Te decimos que, si no tomas providencias, pasarás horas tristes. Se te castigará, aun cuando el usurpador no te matare. Dentro de poco el Nazareno

será proclamado rey, rey del mundo, ¿comprendes? Tus legionarios mismos lo harán. El Nazareno los ha seducido, y lo que pasó hoy los ha exaltado. ¿Qué siervo eres de Roma, si no te preocupas de su tranquilidad? ¿Quieres ver el imperio destruido y dividido por causa de tu pasividad? ¿Quieres ver a Roma vencida, sus banderas abatidas, muerto el emperador, destruido todo?...

“¡Silencio! Hablo yo. Os digo: *¡Estáis locos!* Aun más. *Sois unos mentirosos. Sois unos cobardes.* Mereceríais la muerte. Largo de aquí, asquerosos esclavos de vuestro interés, de vuestro odio, de vuestra bajeza. Sois unos esclavos. No yo. Yo soy ciudadano romano y los ciudadanos romanos no son esclavos de ninguno. Soy un representante imperial, y trabajo por la fortuna de la patria. Vosotros... sois los súbditos. Vosotros... vosotros sois los vencidos y dominados. Vosotros... vosotros sois los galeotes amarrados al banco e inútilmente tembláis. El látigo os zumba por la cabeza. ¡El Nazareno!... ¿Querriais que matase yo al Nazareno? ¿Querriais que lo echase en prisión? ¡Por Júpiter! Si para salvar a Roma y al divino emperador tuviese qué meter en prisión a súbditos peligrosos o matarlos donde yo gobierno, tendría qué dejar libre al Nazareno y a sus seguidores, *sólo a ellos.* Largaos. Largaos y no vengáis a estorbar otra vez. ¡Revoltosos! ¡Agitadores! ¡Ladrones y sus favorecedores! Conozco vuestros engaños. Tenedlo en cuenta. Sabed también que nuevos soldados y legionarios han ayudado a descubrir vuestros planes y tácticas. Os morís de rabia por los impuestos de Roma. Pero ¿cuánto os ha costado Melquíades de Galaad, Jonás de Escitópolis. Felipe de Soco, Juan de Betaven, José de Ramaot, y todos los otros que pronto estarán en prisión? No vais más a las grutas del valle porque hay más legionarios que piedras, y la ley como las galeras son iguales para todos. ¡Para todos! ¿Entendido? *¡Para todos!* Tengo esperanzas de vivir muchos años para poder veros a todos vosotros en cadenas, esclavos entre esclavos bajo el pie de Roma. ¡Largaos! Id a decir, y lo mismo tú, Eleazar de Anás a quien no quiero ver más en mi casa, que el tiempo de la clemencia se *ha acabado*, que soy el Procónsul y vosotros los súbditos. *Los súbditos.* Yo soy el que mando. En nombre de Roma. ¡Largaos, serpientes nocturnas! ¡Vampiros! ¿Os quiere redimir el Nazareno? ¡Si fuese Dios os debería exterminar con sus rayos!” Y así se borraría del mundo esta mancha asquerosa. ¡Fuera! No os atreváis a hacer alguna conjura o probaréis la daga y el látigo”.

Se levanta, va golpeando las puertas ante los pálidos sanedristas, que no tienen tiempo de volver en sí, porque un piquete de soldados los arroja de la sala y del palacio, cual perros. Regresan a la aula del Sanedrín. Cuentan lo sucedido. La agitación es grande. La noticia del arresto de muchos ladrones, de los golpes dados en las grutas para aprender a los demás, desquicia completamente a los que se habían quedado, porque muchos cansados de esperar, se habían ido.

“Y pese a todo, no podemos dejarlo vivir” gritan algunos sacerdotes.

“No podemos dejar que obre. Él obra. Nosotros no. Día tras día perdemos terreno. Si lo dejamos libre, continuará haciendo milagros y todos creerán en Él. Los romanos terminarán por atacarnos, y destruirnos completamente. Poncio piensa de este modo. Si la multitud lo aclamase como rey ¡oh! Entonces Poncio tiene el derecho de castigarnos, a todos. No debemos permitirlo” grita chillón Sadoc.

“Está bien. ¿Pero cómo? El camino... legal, el romano, no ha resultado. Poncio no tiene ninguna preocupación por el Nazareno. Nuestro camino... el legal, no sirve. Él no falta en nada...” objeta alguien

“Se inventa la culpa, si es que no la hay” insinúa Caifás.

“Hacerlo así es pecado. ¡Jurar en falso! ¡Condenar al inocente! ¡Es... demasiado!” gritan casi todos con horror. “Es un crimen, porque significa su muerte”.

“¿Y qué? ¡Os espanta esto? Sois unos pedazos de alcornoques y no sois capaces de entender nada. Después de lo sucedido Jesús *debe* morir. ¿No comprendéis que es mejor para nosotros que muera un hombre, antes que muchos? Que muera Él para salvar a su pueblo, y así no se vea destruida nuestra nación. Por otra parte... Él dice que es el Salvador. Que se sacrifique pues, para salvar a todos” grita Caifás, vomitando odio frío y astuto.

“Pero, Caifás, ¡piensa! Él...”

“Lo he dicho. El Espíritu del Señor está sobre mí, sumo Sacerdote. ¡Ay de quien no respete al pontífice de Israel! ¡Que los rayos de Dios caigan sobre él! ¡Basta, basta de esperar, de vacilación! Ordeno y decreto que cualquiera que sepa dónde se encuentra el Nazareno que venga a denunciar el lugar, y que el anatema caiga sobre quien no obedezca mi palabra”.

“Pero Anás...” objetan algunos.

“Anás me dijo: “Todo lo que hicieres será cosa santa. La sesión ha terminado. El viernes, entre tercia y sexta, venid todos aquí para deliberar. *He dicho todos. Hacedlo saber a los ausentes.* Se convoque a todos los jefes de familias y de secciones, a todo lo mejor de Israel. El Sanedrín ha hablado. Podéis ir”.

Caifás es el primero en salir. Los demás se van hablando en voz baja y sumisa. Salen del templo para dirigirse a sus hogares.

11. Jesús en Betania

30 diciembre 1946

¡Qué descansado es estar así!, con el cariño de los amigos y junto al Maestro en los días soleados que huelen un poco a primavera al mirar los campos que abren sus surcos a un débil despunte de trigo, al mirar los huertos que rompen el verde uniforme del invierno con florecillas multicolores, al mirar las cercas que donde más les da el sol, sonríen con yemas que se abren, al mirar los almendros en cuyas copas comienzan a echar espuma las primerizas florecillas. Jesús goza de todo ello y con Él lo apóstoles y sus tres amigos de Betsaida. Tan lejos está la mala voluntad, el dolor, la tristeza, la enfermedad, la muerte, el odio, la envidia, todo lo que causa pena, tormento, preocupación en la tierra.

Los apóstoles se congratulan entre sí y lo dicen. Muestran su *persuasión*, ¡oh! de que sin duda alguna, triunfará Jesús de que ha acabado con todos sus enemigos, que su misión continuará adelante sin obstáculos, que será reconocido como Mesías, aun por los más obstinados. Hablan entusiasmados, rejuvenecidos, por la felicidad que sienten, forjando proyectos para el futuro, y sueñan... sueñan... a lo humano.

El más exaltado, por su carácter que lo empuja siempre a los extremos, es Judas de Keriot. Se congratula de que hayan sabido esperar y de haber sido sagaz en obrar. Se congratula por haber creído tanto tiempo en el triunfo del Maestro, se congratula de haber desafiado las amenazas del Sanedrín... Está tan exaltado que termina revelando lo que tenazmente había ocultado, sin preocuparse de la sorpresa de sus compañeros: “Querían comprarme, seducirme con sus lisonjas, y al ver que no daban resultado, con amenazas. ¡Si supieras! Pero yo les he devuelto la moneda. Fingí que los estimaba. Los adulé como ellos me adularon, y los traicioné como lo hicieron... Para esto me querían. Querían hacerme creer que probaban al Maestro con buena intención para poder proclamarlo solemnemente el Santo de Dios. ¡Pero los conozco! Los conozco. En todo lo que decían que hiciese me comportaba de modo que apareciese la santidad de Jesús cual sol meridiano en un cielo sin nubes... ¡Mi juego era peligroso! ¡Si lo hubieran comprendido! Pero estaba preparado a todo, aun a morir con tal de ser útil a Dios en mi Maestro. Y de este modo me informaba de todo... ¡Eh!, algunas veces me tomasteis por loco, por malo, por intratable. ¡Si supierais todo! Sólo soy yo quien conoce las largas noches, los cuidados que tenía qué tomar para que nadie se diera cuenta.

Sospechabais de mí. Lo sé. Pero no os guardo rencor. Mi modo de obrar... sí... pudo dar sospechas. Pero el fin era bueno, y sólo eso era lo que me llenaba. Jesús no sabe nada de esto. Esto es, creo que hasta sospecha de mí. Pero procuraré guardar silencio sin pedir alabanzas. También vosotros guardáis silencio. Un día, eran los primeros cuando estaba con Él –y también tú Simón Zelote, y tú Juan de Zebedeo, estabais conmigo- me reprendió porque me gloriaba de tener sentido práctico. Desde entonces... no le he hecho notar esta cualidad, pero he seguido usándola, para bien suyo. Me he comportado como se comporta una madre con su hijo inexperto. Le quita todos los obstáculos del camino, le baja la rama que no tiene

espinas y levanta la que puede herirle; o con acciones perspicaces lo invita a hacer lo que debe hacer, como también a evitar lo que puede causarle daño, y esto sin que el niño se dé cuenta. Y sucede que el mimo hijo cree poder caminar sin tropezarse, poder coger una flor para la mamá, poder hacer esto o aquello espontáneamente. De igual modo me he comportado con el Maestro, porque no basta en el mundo de los hombres y de Satanás la santidad. Es necesario también combatir con armas iguales, al menos como hombres... y algunas veces... no está mal introducir un poquito de astucia diabólica. Esta es mi idea. Pero Él no quiere escucharla... Es demasiado bueno... ¡Bien! Comprendo todo. A todos y a vosotros os excuso de los malos pensamientos que habéis podido tener contra mí. Ahora lo sabéis. Ahora podemos amarnos como buenos compañeros. Y todo por amor a Él. Por su gloria” y señala a Jesús que muy allá pasea en una explanada bañada de sol, conversando con Lázaro, que lo escucha con una sonrisa de éxtasis en su faz.

Los apóstoles van a casa de Simón. Jesús regresa con su amigo. Oigo que Lázaro dice: “Es así. Había comprendido que para un gran fin me dejabas morir, y que era un acto de bondad. Pensaba que era porque querías verme libre de las persecuciones que te hacen. Sabes que digo la verdad. Estaba yo contento de morir para no verlas. Me desesperan. Me turban. . Mira, Maestro. He perdonado *muchas* cosas a los que son jefes de nuestro pueblo. Tuve qué perdonar hasta los últimos días... Elquías... Pero la muerte y resurrección han borrado lo que hubo antes. ¿Qué fin tiene recordar sus últimos actos con los que me causaron dolor? *Todo he perdonado* a María, parece que no lo cree. No sé por qué, pero desde que resucité ha tomado una cierta actitud... no sabría explicarla. Hay una dulzura y sumisión, extrañas en ella... Ni siquiera en los primeros días que regresó por Ti, se comportaba de ese modo... Tal vez Tú lo sabes, y puedes decirme el motivo... ¿Sabes si los que vinieron aquí le echaron en cara algo y con dureza? Siempre he intentado disminuir el recuerdo de su error cuando la veía absorta en el pensamiento del pasado, para aliviar su sufrimiento. No puede encontrar la calma. Parece como si... fuese superior a lo que podría ser humillación. A algunos les podrá parecer que no está muy bien arrepentida... Pero yo la comprendo... Lo sé. Lo hace todo para expiar. Creo que hace grandes penitencias, y de toda clase. No me admiraría que bajo su vestido trajese el cilicio y que atormentase su cuerpo con disciplinas... Pero nadie tendrá el amor que yo tengo en tender un velo sobre su pasado, y que quiera hacerla levantar. ¿Sabes acaso si alguien le dijese palabras duras, alguien que no quiere perdonar...? Ella que tiene tanta necesidad de perdón”.

“No lo sé, Lázaro. María no me ha hablado de ello. Sólo me dijo que había sufrido mucho al oír ciertas insinuaciones de los fariseos de que Yo no soy el Mesías, porque no te curaba, no te resucitaba”.

“¿Y de mí no te dijo nada? Sabes... me sentía mal... Recuerdo que mi madre en sus últimas horas reveló cosas que habían pasado insospechadas tanto a María como a mí. Fue como si el fondo de su alma y de su pasado flotasen a la superficie. Yo no hubiera querido... Mi corazón sufrió mucho por María... tanto que se esforzó en no haberle dado muestra alguna de su sufrimiento... No me hubiera gustado haberla herido, ahora que es buena; cuando, por amor a Ti, por amor a ella, no le hice nada cuando era una vergüenza. ¿Qué te ha dicho, Maestro?”

“Me ha hablado de su dolor, porque no tuvo tiempo de mostrarte su cariño como hermana y condiscípula. Al perderte comprendió la pérdida del tesoro de afectos que un tiempo pisoteó... y ahora está feliz porque puede ofrecerte todo el amor que quiso brindarte, para decirte que para ella eres un hermano santo, un hermano bueno”.

“¡Ah, lo había intuido! Esto me da gozo. Pero temía el haberla ofendido. Desde ayer pienso... pienso... me esfuerzo por recordar... pero no lo logro...”

“Y ¿para qué quieres recordar? Tienes ante tu vista el futuro. El pasado se quedó en la tumba. Más bien, ni siquiera se quedó allí. Se ha quemado junto con las vendas con que estuviste atado. Pero si quieres tranquilizarte, te diré las últimas palabras que dijiste, sobre todo a María. Dijiste que por causa de ella Yo había venido aquí y que vengo, porque María sabe amar más

que todos. Es verdad. Le dijiste que ella te ha amado más que todos los demás. También esto es verdad porque ella te ha amado al renovarse por amor de Dios y tuyo. Le dijiste, y con toda razón, que toda una vida de placeres no te hubiera proporcionado la alegría que tienes ahora. La bendijiste, como un patriarca bendice sus seres más amados. También bendijiste a Marta a la que decías ser tu paz; y a María a quien llamaste tu alegría. ¿Estás contento, ahora?”

“Sí, Maestro. Ahora estoy contento”.

“Porque la paz da misericordia, perdona también a los jefes del pueblo que me persiguen; ya que dabas a entender: que puedes perdonar todo, menos el mal que me hacen”.

“Es así, Maestro”.

“No, Lázaro. Yo los perdono. Tú *debes* perdonarlos si quieres ser semejante a Mí”.

“¡Oh, semejante a Ti no puedo! ¡Soy un hombre cualquiera!”

“El hombre se quedó allá abajo. ¡El hombre! Tu corazón...Tú sabes lo que sucede al hombre después de la muerte...”

“No, Señor. No recuerdo nada de lo que me sucedió” interrumpe con energía Lázaro.

Jesús sonríe y le responde: “No me refería a *tu saber personal, a tu experiencia propia*. Me refería, a lo que cualquier creyente sabe lo que le sucede cuando muere”.

“¡Ah! El juicio particular. Sí. Creo. El alma se presenta ante Dios y la juzga”.

“Es así. El juicio de Dios es justo e inmutable. Es de infinito valor. Si el alma juzgada es mortalmente culpable, es condenada eternamente. Si es levemente culpable se le envía al Purgatorio⁴. Si es justa va a la paz del Limbo en espera de que Yo abra las puertas del cielo. Así pues, te envié a llamar después de que Dios te había juzgado. Si hubieras sido un condenado *no te habría podido llamar a la vida porque al hacerlo anularía el juicio de mi Padre. Para los condenados no hay cambios. Son sentenciados para siempre*. No estabas, pues, en el número de los condenados. Por lo tanto; o estabas en la categoría de los bienaventurados o en la de los que lo serán después de la purificación. Piensa bien, amigo mío. Si la voluntad sincera de arrepentimiento que puede tener el hombre cuando todavía está sobre la tierra, tiene un valor de purificación; si un rito simbólico bautismal que el corazón acepta por contrición, tiene para nosotros los hebreos fuerza purificadora de las fealdades contraídas en el mundo y por la carne ¿qué valor no tendrá el arrepentimiento, más real y perfecto. Mucho más perfecto, de un alma que se ve libre de las cadenas del cuerpo, que comprende lo que es Dios, que a la luz divina ve la gravedad de sus errores, ve la inmensa alegría de que ha estado alejada por horas, años, o siglos: la alegría de la paz que hay en el Limbo, que pronto será la alegría de la posesión final de Dios; que será la purificación doble, triple del arrepentimiento perfecto, del amor perfecto, del baño en el ardor de las llamas que el amor de Dios y el de los espíritus encendieron en el que y por el que los espíritus se despojan de toda inmundicia y emergen bellos como serafines, con una corona que ni siquiera estos tienen: con la de su martirio terreno y ultraterreno contra los vicios y por el amor? ¿Qué será? Dilo, pues, amigo mío”.

“No... sé... una perfección. Mejor... una re-creación”.

“Has dicho la palabra exacta. El alma es como re-creada. Se hace semejante a la de un niño. *Es nueva*. El pasado no existe. Su pasado humano. Cuando cae la culpa original, el alma sin mancha o sombra de ella, es súper-creada y digna del Paraíso. Yo llamé tu alma que había sido ya creada porque amaba el Bien, por la expiación de los sufrimientos y de la muerte, por tu perfecto arrepentimiento y tu perfecto amor, que se prolongaron aún después de la muerte. Tú tienes, pues, el alma completamente inocente, de un recién nacido. Si eres un niño recién nacido ¿por qué quieres poner sobre esta infancia espiritual los vestidos pesados del hombre adulto? Los infantes tienen alas y no cadenas para su espíritu alegre. Me imitan fácilmente porque todavía no tienen ninguna personalidad determinada. Se hacen como Yo soy, porque en su alma limpia de huellas se puede imprimir sin borrón alguno mi figura y mi doctrina. Tienen el alma libre de humanos recuerdos, resentimientos, prejuicios. No ha nada en ella. Y

⁴ Cfr. 2 Mac. 12, 38-46; 1 Cor. 3, 10-15.

puedo Yo estar en ellas, perfecto, absoluto, como estoy en el cielo. Tú, que eres un recién nacido, porque en tu vieja carne la fuerza motriz es nueva, sin pasado, limpia, sin rasgos de lo que fue; tú que has vuelto para servirme, sólo para esto, debes ser como *Yo soy, más que todos*. Mírame. Mírame bien. Mírate en Mí cual en un espejo. Dos espejos que se miran para reflejar mutuamente la presencia de lo que aman. Tú eres un adulto y un infante. Adulto por la edad, infante por la limpieza de corazón. Superas a los infantes porque conoces el bien y el mal, y porque supiste escoger el bien aun antes del bautismo en las llamas del amor. Pues bien. Yo te digo, a ti, que te has purificado: “Sé perfecto como lo es nuestro Padre celestial, y como lo soy Yo. Sé perfecto, esto es, sé semejante a Mí que te amé en tal forma que hice a un lado las leyes de la vida y de la muerte, del cielo y de la tierra para volver a tener en la tierra a un siervo de Dios, a un verdadero amigo mío, y en el cielo a un bienaventurado, a un gran bienaventurado”. Lo digo a todos: “Sed perfectos”. Los más de ellos no tienen el corazón que tenías, merecedor del milagro, merecedor de que se te hubiera tomado por instrumento de la glorificación de Dios en su Hijo. No tienen ellos la deuda de amor para con Dios... Puedo decirlo, puedo pedirlo de ti. Y como primera cosa te pido que no guardes rencor contra los que te ofendieron y me han ofendido. Perdona, perdona, Lázaro. Fuiste sumergido en las llamas del amor. Debes ser “amor”, para que no tengas otra cosa más que el abrazo de Dios”.

“¿Y si hago así ¿habré cumplido la misión para la que me resucitaste?”

“La habrás realizado”.

“Basta, Señor. No quiero preguntar ni saber más. Mi idea es servirte. Si te he servido en lo poco que pude cuando enfermo o muerto, si logro servirte mucho ahora que estoy sano, mi sueño se habrá realizado, y no pido más. ¡Sé bendito, Jesús, Señor y Maestro mío! Y que también lo sea quien te envió”.

“Bendito sea siempre el Señor Dios Omnipotente”.

Se dirigen a la casa, y de cuando en cuando se detienen a contemplar el despertar de los árboles. Jesús alza su brazo y corta, pues es alto, un puñado de florecillas de un almendro que el sol calienta enfrente de la pared que da a sur.

Sale María que los ha visto. Se acerca a oír lo que Jesús viene diciendo: “¿Ves, Lázaro?”

También a éstas el Señor ha dicho: “Venid, flores”. Y obedecieron para servirle”.

“¡Qué misterio es el germinar de las flores! Parece imposible que de una rama dura, o de un hueso duro, puedan salir pétalos tan frágiles y estambres tan tiernos, para convertirse en fruta o en planta. ¿Me equivocaría al decir, Maestro, que la linfa o el germen son como el alma en la planta o en la semilla?”

“No te equivocas, porque es la parte vital. En ellas no es eterna. Fue creada para cada especie en el día en que fueron creadas las plantas y los cereales. En el hombre es eterna, semejante a su Creador, es creada cada vez que un hombre es concebido. Por el alma la materia vive. Por esto afirmo que sólo vive el hombre por el alma. No sólo acá, sino más allá. Vive por su alma. Nosotros los hebreos no hacemos ninguna figura en los sepulcros como lo hacen los gentiles. Si la hiciéramos deberíamos siempre pintar, no la llama apagada, no la clepsidra* vacía u otras cosas semejantes, sino más bien el grano arrojado en el surco que despunta. Porque se debe a la muerte que el alma se ve libre de la corteza y fructifique en los jardines de Dios. La semilla. La chispa vital que Dios ha puesto en nuestro polvo, y que se convierte en espiga, si sabemos con nuestra voluntad y también con el dolor, hacer que sea fértil la tierra en que se deposita. La semilla. Símbolo de la vida que se perpetúa... Maximino te está llamando...”

“Voy a ver, Maestro. Habrán venido los mayordomos. Durante varios meses todos los negocios se pararon. Ahora se apresuran a darme cuentas...”

“Que apruebas de antemano porque eres un buen patrón”.

“Y porque ellos son buenos siervos”.

“El buen patrón forma buenos siervos”.

* Clepsidra = reloj de agua.

“Entonces ciertamente seré un buen siervo, porque Tú eres mi Patrón perfecto” y se va sonriendo, ágil, tan diverso de lo que fue en años anteriores.

María se queda con Jesús.

“¿Y tú, María, serás una buena sierva de tu Señor?”

“Tú lo puedes saber, Raboni. Yo... yo sé que fui una gran pecadora”.

Jesús sonríe: “Mira a Lázaro. También él estuvo muy enfermo, y sin embargo está ahora completamente sano”.

“Así es, Raboni. Tú lo curaste. Lo que haces, lo haces siempre completo. Nunca Lázaro había sido tan fuerte, ni había estado tan contento como desde que salió del sepulcro”.

“Tú lo dices, María. Lo que hago es *siempre completo*. También tu redención es *completa*, porque la realicé”.

“Es verdad. Salvador mío, Redentor, Rey, Dios. Es verdad. Y si quieres, también yo seré una buena sierva de mi Señor. Por mi parte lo quiero. No sé si Tú lo quieres”.

“Lo quiero, María. Una buena sierva mía. Hoy más que ayer. Mañana más que hoy. Hasta que te diga: ‘Basta, María. Es la hora de que descanses’ ”.

“Dicho está, Señor. Querré que me llames en ese día como llamaste a mi hermano del sepulcro. ¡Oh, llámame fuera de la vida!”

“No, fuera de la vida, no. *Te llamaré a la Vida, a la verdadera Vida*. Te llamaré a que salgas fuera del sepulcro que es la carne y la tierra. Te llamaré a las nupcias de tu alma con el Señor”.

“Mis nupcias. Tú amas las almas vírgenes, Señor...”

“Amo a quienes me aman, María”.

“Eres divinamente bueno, Raboni. Por esto me moría de dolor que te llamasen malo, porque no venías. Era algo así como si todo se me viniera encima. Cuánto me costaba decirme a mí misma: “¡No, no! No debes aceptar la evidencia. Esto que te parece evidencia es un sueño. La realidad es el poder, la bondad, la divinidad de tu Señor”. ¡Ah, cuánto me hicieron sufrir la muerte de Lázaro y su palabras! ¿Te ha dicho alguna cosa? ¿No se acuerda? Dime la verdad...”

“Nunca miento, María. Él teme de haber hablado y de haber revelado lo que había sido el dolor de su vida. Pero lo he tranquilizado, sin decir nada que no fuera la verdad”.

“Gracias, Señor. Esas palabras tuyas... me hicieron bien. Así como un médico que ataca el mal en su raíz y lo quema. Terminaron esas palabras por destruir la “vieja” María. Me consideraba todavía muy grande. Ahora... mido el fondo de mi abyección y sé que debo caminar *mucho* para salir de él. Lo haré, si me ayudas”.

“Te ayudaré, María. Aun después de ido, te ayudaré”.

“¿Cómo, Señor mío?”

“Aumentando tu amor incalculablemente. Para ti es el único camino”.

“Muy dulce lo es por lo que tengo qué expiar. Todos se salvan con el amor. Todos conquistan el cielo. Pero lo que es suficiente para los puros, para los justos, no lo es para las grandes pecadoras”.

“No hay otro camino para ti, María. Cualquiera que sea la ruta que tomares, siempre será la del amor. Amor si haces bien en mi Nombre. Amor si evangelizas. Amor si te separas de todos. Amor si te martirizas. Amor si te haces mártir. No sabes sino amar, María. Es tu naturaleza. La llama no hace otra cosa más que arder. Bien se le arroje al suelo, quemando los petates, bien que suba como un abrazo de brillo alrededor de un tronco, de una casa, de un altar para levantarse al cielo. Cada uno tiene su propia naturaleza. *La inteligencia de los maestros de espíritu consiste en saber aprovechar las inclinaciones del individuo encaminándolas por el sendero en que puedan crecer bien*. Igual ley existe en los animales y plantas. Sería una cosa tonta pretender que un árbol frutal diese sólo flores, o que produjese frutos diversos; o que un animal realizase cosas que no son de su especie. ¿Podrías exigir que esa abeja que no sabe más que hacer miel, fuese un pájaro que cantara entre las ramas? O bien ¿que este ramo de almendro, que lo corté de aquel árbol, produjese resinas aromáticas

en lugar de estas florecillas? La abeja trabaja, el pajarillo canta, el almendro da frutos, la planta resinosa da aromas. Todos son para el oficio a que se les ha destinado. De igual modo las almas. Tu oficio es amar”.

“Entonces enciéndeme, Señor. Te lo pido como un favor”.

“¿No te basta la fuerza de amor que tienes?”

“Es muy poca, Señor. Podría emplearla en amar a los hombres, pero no a Ti que eres infinito”.

“Y porque lo soy, sería necesario un amor sin límites...”

“Así es, Señor mío. Esto es lo que quiero. Que pongas dentro de mí un amor sin límites”.

“María, el Altísimo, que sabe lo que es el amor, dijo al hombre: “Me amarás con todas tus fuerzas”. No quiere más, porque sabe que amar con todas las fuerzas es ya un mérito”.

“No importa, Señor mío. Dame un amor ilimitado para amarte como debe ser, para amarte como a nadie he amado”.

“Me pides algo semejante a una hoguera que quemara sin acabarse, Ella quema y se acaba poco a poco. Piénsalo”.

“Hace mucho tiempo que lo pienso, Señor mío. Pero no me atrevía a pedírtelo. Ahora sé cuánto me amas. Ahora comprendo en qué forma me amas, y me atrevo a pedírtelo. Dame este amor sin límites, Señor”.

Jesús la mira. Ella se ve delgada por las noches sin dormir y por el dolor. Viste sencillamente y peinada sin adornos, como una niña, con la cara pálida que enrojece por el ansia de lo que quiere alcanzar, con los ojos suplicantes, que arden de amor. Más que mujer es un serafín. Es en verdad la contempladora que pide el martirio de la contemplación absoluta.

Jesús después de haberla mirado, como para medir su voluntad, dice: “Sí”.

“¡Ah, Señor mío, qué honra es morir por Ti!” cae de rodillas, besándole los pies.

“Levántate, María. Ten estas flores. Son las de tus nupcias espirituales. Sé dulce como lo es el almendro. Pura como su flor. Luminosa como el aceite que se extrae de él cuando se le enciende; perfumada como este aceite, que lleno de esencias, se le rocía en los banquetes o sobre las cabezas de los reyes, perfumado con tus virtudes. Entonces habrás esparcido sobre tu Señor el bálsamo que a Él agrada infinitamente”.

María toma las flores, pero no se levanta de la tierra, y anticipa su bálsamo de amor, con besar los pies de Jesús, que baña con sus lágrimas.

Llega Lázaro: “Maestro, hay un niño que te busca. Fue a casa de Simón a buscarte y encontró sólo a Juan que lo trajo aquí. No quiere hablar sino contigo”.

“Bien. Tráemelo. Estaré bajo el emparrado de los jazmines”.

María entra en casa de Lázaro. Jesús va al emparrado. Regresa Lázaro que trae de la mano al niño que vi en casa de José de Séforis. Jesús lo reconoce al punto y lo saluda. “¿Marcial, tú? La paz sea contigo. ¿A qué has venido?”

“Me han mandado a decirte una cosa...” y mira a Lázaro que comprende y que hace como irse.

“Quédate, Lázaro. Este es Lázaro mi amigo. Puedes hablar delante de él, porque no tengo otro amigo más fiel”.

El niño se tranquiliza. Dice: “Me manda José el Anciano, porque ahora vivo con él, a decirte que vayas cuanto antes, cuanto antes, a Betfagé cerca de la casa de Cleonte. Tiene algo que comunicarte. Pero ve pronto. Dijo que fueras solo, porque tiene que decirte algo en secreto”.

“Maestro, ¿qué pasa?” pregunta Lázaro espantado.

“No sé, Lázaro. No hay más que ir. Ven conmigo”.

“Con mucho gusto, Señor. Podemos ir con el niño”.

“No, Señor. Me voy solo. Me lo ordenó José. Me dijo: “Si lo haces tú solo y bien, te querré como un padre” y yo deseo que José me quiera como a un hijo. Me voy inmediatamente a la carrera. Tú puedes venir detrás. Salve, Señor. Salve, Lázaro”.

“La paz sea contigo, Marcial”.

El niño desaparece como una golondrina.

“Vamos, Lázaro. Tráeme el manto. Voy a adelantarme, porque ves, el niño no puede abrir el cancel y no quiere llamar a nadie”.

Jesús va ligero al cancel, Lázaro a la casa. Jesús recorre los cerrojos al niño que veloz escapa. Lázaro trae el manto de Jesús y a su lado camina a Betfagé.

“¿Qué se le ofrecerá a José para haber enviado con tanto secreto a un niño...?”

“Un niño no llama la atención de nadie” responde Jesús.

“Crees... que... sospechas que... Crees que estás en peligro, Señor”.

“Estoy seguro”.

“¡Cómo! ¿Ahora? Una prueba mayor no hubieras podido haber dado...”

“El odio crece bajo el aguijón de la realidad”.

“¡Oh!, entonces soy yo la causa. Te he hecho tanto daño... Un dolor mío sin igual” afirma Lázaro lleno de dolor.

“No por tu causa. No te aflijas sin motivo. Has sido el medio, ¿comprendes?, el medio parta dar al mundo la prueba de mi naturaleza divina; pero la causa ha sido la necesidad. Si no hubieras sido tú, otro lo hubiera sido, porque debía demostrar al mundo que, como Dios que soy, puedo todo lo que quiero. Volver a la vida a un muerto que días antes estaba corrompido, no puede ser sino obra de Dios”.

“¡Ah, quieres consolarme! Para mí la alegría, toda la alegría... ha desaparecido... Sufro, ¡Señor!”

Jesús hace un gesto como para decir: “¡Bueno!” y ambos se callan.

Caminan ligeros. La distancia entre Betania y Betfagé es corta, y pronto llegan.

José está yendo y viniendo a la entrada del poblado. Está de espaldas cuando Jesús y Lázaro salen de un atajo oculto tras una cerca. Lázaro lo llama.

“¡Oh, la paz sea con vosotros! Ven, Maestro. Te estuve esperando aquí para salir pronto a tu encuentro, pero vayamos al olivar. No quiero que me vean...”

Los lleva detrás de las casas que hay en un espeso olivar.

“Maestro, mandé al niño que es despabilado y obediente, y me quiere mucho, porque *tengo* qué hablarte. No *quería* que alguien me viera. Atravesé el Cedrón para venir aquí... Maestro, debes irte de aquí *e inmediatamente*. El Sanedrín ha decretado tu aprehensión y el bando se leerá mañana en las sinagogas. Cualquiera que sepa dónde estás, tiene la obligación de avisarlo. No es necesario que te diga, Lázaro que tu casa será la primera que estará bajo vigilancia. Salí a eso de sexta del templo y al punto pensé. Mientras hablaban, hice mi plan. Fui a casa, tomé al niño. Salí a caballo por la puerta de Herodes, como si fuera a dejar la ciudad. Atravesé luego el Cedrón y lo seguí. Dejé mi cabalgadura en el Getsemaní, mandé al niño que conoce el camino porque conmigo había ido a Betania. Vete lo más pronto posible, Maestro. A un lugar seguro. ¿Conoces algún lugar? ¿Sabes a dónde ir?”

“¿No es suficiente si se aleja de acá? Digamos ¿de Judea?”

“No es suficiente, Lázaro. Están que se mueren de rabia. Tiene qué irse a donde ellos no van...”

“Por todas partes van. No vas a querer que el Maestro abandone Palestina...” replica Lázaro intranquilo.

“Bueno. ¿Qué quieres que te diga? El Sanedrín lo quiere...”

“Por mi causa, ¿no es verdad? Dilo”.

“Bu... Bueno... Por tu causa... esto es, porque todos se convierten a Él, y a ellos... no les gusta”

“¡Es un crimen! ¡Un sacrilegio!... Es...”

Jesús, pálido, pero tranquilo, levanta su mano para poner silencio: “Cállate Lázaro. Cada uno tiene su oficio. Todo está escrito. Te lo agradezco, José. Te aseguro que me voy. Vete, vete, José. Que no vayan a notar tu ausencia... Que Dios te bendiga. Te haré saber por medio de Lázaro dónde estoy. Vete. Te bendigo a ti, a Nicodemo, a todos los de buen corazón” lo besa y se separan. Jesús regresa con Lázaro. Atraviesan el olivar. Toman el camino a Betania. José se dirige a la ciudad.

“¿Qué vas a hacer, Maestro?” pregunta angustiado Lázaro.

“No lo sé. Dentro de pocos días llegan las discípulas con mi Madre. Tenía qué esperarlas...”

“Por esto... les podría hablar en tu nombre, y las podría llevar. ¿Pero a dónde vas? No creo que a casa de Salomón... Ni a la de los discípulos que todos conocen. ¡Mañana!... debes partir al punto”.

“Puedo encontrar lugar. Sólo quisiera esperar a mi Madre. Sus angustias empezarían *mucho antes* si no me encontrase...”

“¿A dónde iras, Maestro?”

“A Efraín”.

“¿A Samaria?”

“A Samaria. Los samaritanos son menos samaritanos que otros muchos, y me aman. Efraín está en los confines...”

“¡Oh! y para mostrar su desprecio a los judíos, te honrarán y defenderán. Pero... ¡espera! Tu Madre no puede venir sino por el camino de Samaria o el del Jordán. Yo y Maximino tomaremos uno u otro camino con los demás criados. Y uno u otro la encontraremos. No volveremos si no es con ella. Bien sabes que *nadie de la casa de Lázaro te puede traicionar*. Entre tanto ve a Efraín. Y pronto. ¡Ah, estaba escrito que no pudiese alegrarme de estar contigo! Pero iré. Por lo menos a Adomín. Estoy sano ahora. Puedo hacer lo que quiera. ¡Más bien! Haré creer que por el camino de Samaria me dirijo a Tolemaide para embarcarme hacia Antioquía... Todos saben que allí tengo tierras... Las hermanas se quedarán en Betania... Tú... Sí... voy a preparar ahora los carros que os llevarán a Jericó. Mañana en la mañana seguirás el camino a pie. ¡oh! Maestro, ¡Maestro mío! ¡Sálvate!” Después de la excitación de los primeros instantes, Lázaro cae en la tristeza y llora. Jesús suspira, pero no dice nada.

¿Qué puede decir?...

Han llegado a casa de Simón. Se separan. Jesús entra en la casa. Los apóstoles sorprendidos de que el Maestro se había ido sin decir nada, lo rodean. Ordena: “Tomad vuestros vestidos. Preparad las alforjas. Partimos inmediatamente. Hacedlo aprisa y uníos a Mí en casa de Lázaro”.

“¿También los vestidos mojados? ¿No podemos tomarlos al regreso?” pregunta Tomás.

“No regresaremos. Tomad todo”.

Los apóstoles se van hablándose con la mirada. Jesús va a tomar sus cosas que tiene en casa de Lázaro y se despidе de las consternadas hermanas...

Los carros están listos. Carros grandes, cubiertos, de que tiran robustos caballos. Jesús se despidе de Lázaro, de Maximino, de los siervos que han acudido.

Suben a los carros que están aguardando por una puerta de atrás. Los conductores levantan el látigo. Y empieza el viaje por el mismo camino que recorrió Jesús sólo hace unos cuantos días.

12. Camino a Efraín ¹

2 enero 1947

En el fresco y claro amanecer los campos que circundan la casa de Nique son una alfombra de trigo de pocos centímetros de alto; tallos delicados de color esmeralda. El huerto que hay cerca de la casa, al compararlo con el risueño plantío y con el firmamento sereno, parece más oscuro, más tosco. La blanca casa, cuando los rayos del sol la besan, se corona de palomos que revolotean.

Nique se ha levantado y con diligencia provee a que no falte nada a los que están por partir. Despidе primeramente a los dos siervos de Lázaro que han permanecido durante la noche y que parte montando en sus caballos al trote. Entra de nuevo en la cocina donde las siervas preparan leche y alimentos en buenos hornos. De una olla grande echa aceite en dos

¹ Cfr. Ju. 11, 54.

pequeñas, y vino en pequeños odres. Ordena a una sirvienta que está preparando algo así como hogazas, que las ponga al horno que está ya listo. Toma de las mesas los mejores quesos que están secándose al calor de la cocina. Toma miel y la echa en pequeños recipientes que tapa con cuidado. Con todos estos alimentos hace sendos envoltorios; uno con un cabrito o corderito que la sirvienta toma del asador; otro de manzanas coloradas como coral; otro de aceitunas; otro más de uva pasa; y otro de cebada limpia. Está terminando este último cuando entra Jesús que saluda a todas.

“Maestro, la paz sea contigo. ¿Tan pronto te levantaste?”

“Debería de haberlo hecho antes, pero estaban tan cansados mis discípulos que los he dejado dormir hasta ahora. ¿Qué estás haciendo Nique?”

“Preparo... No pesan, ¿ves? Doce envoltorios. He tenido en cuenta las fuerzas de los que los van a cargar”.

“¿Y Yo?”

“¡Oh, Maestro! Tú tienes ya tu peso...” y en los ojos de Nique se ve brillar una lágrima.

“Ven conmigo, Nique. Vamos a conversar en paz”.

Salen. Se alejan de la casa.

“Mi corazón llora, Maestro...”

“Lo sé. Pero hay que ser fuertes. Fuertes pensando que no se me ha causado algún dolor...”

“¡Oh, esto nunca! Yo me había imaginado que podría estar cerca de Ti, y por esto me vine a Jerusalén. De otra manera me hubiera quedado donde tengo mis campos...”

“También Lázaro, también María y Marta pensaban estar conmigo. ¡Ya lo ves!...”

“Lo veo. Ahora que no estás en Jerusalén, no regreso allá. Estando aquí estaré siempre más cerca de Ti y podré ayudarte”.

“Me has ayudado tanto...”

“Ha sido nada. Quisiera llevarte mi casa donde quiera que estuvieses. Pero iré, ciertamente que iré a ver lo que te falte. Lo que me dijiste que hiciera está muy bien. Estaré aquí, hasta que se convengan de que no estás aquí. Pero después...”

“Es un camino largo y difícil para una mujer, además de que no está vigilado”.

“¡Oh, no tengo miedo! Soy demasiado vieja para agradar como mujer, y ni llevo conmigo tesoros para que puedan robarme. Los ladrones son mejores que muchos que se creen santos, pero que son unos bandidos que quieren robarte la paz y la libertad...”

“No los odies, Nique”.

“Esto me cuesta muchísimo. Por amor tuyo trataré de no odiar... Toda la noche he llorado, Señor”.

“Te oí que ibas y venías por la habitación como una abeja. Y me pareció ver en ti a una madre afligida por su hijo perseguido... No llores. Los culpables deben llorar, no tú. Dios es bueno con su Mesías. En las horas más tristes, siempre me permite encontrar un corazón maternal que esté junto a Mí...”

“¿Y qué vas a hacer de tu Madre? Me habías dicho que pronto vendría...”

“Irás a Efraín... Lázaro va a avisarle. Mira ahí a Simón de Jonás y a mis hermanos...”

“¿Lo saben?”

“Todavía no, Nique. Lo diré cuando estemos lejos...”

“Y yo te contaré cuando vaya, lo que sucediere aquí y en Jerusalén”.

Se reúnen los apóstoles que van saliendo uno por uno en busca de Jesús.

“Venid, hermanos. Tomad un buen bocado antes de partir. Todo está listo”.

“Por cuidarnos, Nique no ha dormido toda la noche. Dad las gracias a la buena discípula” invita Jesús entrando en una amplia cocina donde hay una mesa larga sobre la que se ve leche caliente y hogazas acabadas de sacar del horno, untadas de mantequilla y miel que les echó Nique. Ella asegura que son alimentos que dan fuerzas al que debe hacer una larga caminata cuando todavía no hace mucho calor.

Terminan de comer. Entre tanto Nique ha terminado de hacer los últimos envoltorios con el pan sacado del horno. Cada apóstol toma lo suyo.

Es hora de partir. Jesús se despide y bendice, Los apóstoles saludan. Nique los acompaña hasta los límites de sus campos y luego regresa despacio llorando en su velo, mientras Jesús con los suyos se aleja por un camino secundario que ella había señalado.

Los campos están todavía desiertos. El caminito pasa por campos de trigo que va naciendo, por viñedos sin hojas. No se ven pastores, porque no pueden traer su ganado acá. El sol calienta el aire matinal. Las primeras florecillas en los bordes brillan como piedras preciosas bajo el rocío que el sol ilumina. Los pajarillos se deshacen en trinos. Está próxima la bella estación. Todo se hermosea. Todo vuelve a la vida. Todo quiere amar... Y Jesús va al destierro que precede a la muerte que el odio le depara.

Los apóstoles no hablan. Camina pensativo. La partida improvisa los ha desorientado. Tan seguros se crían ya. Avanzan agachados más por lo que llevan dentro que por el peso de lo que dio Nique. Los agacha la desilusión, la comprobación de lo que es el mundo, de lo que son los hombres.

Jesús por su parte, aunque no sonríe, no camina ni triste, ni abatido. Va con la cabeza en alto, delante de todos, sin altanería, pero tampoco sin temor. Camina como quien sabe a dónde debe ir y lo que debe hacer. Camina como un valiente, como un héroe a quien nada perturba ni amedrenta.

La vereda desemboca en el camino principal. Jesús la sigue hacia el norte. Los apóstoles detrás, sin hablar. Como este es el que viene de Galilea, atravesando la Decápolis y Samaria en dirección de la Judea, se ven personas y caravanas de mercaderes.

Pasa el tiempo. El sol calienta cada vez más. Jesús se separa del camino principal para tomar otra vereda que, a través de los campos de trigo, va a las primeras colinas.

Los apóstoles se miran entre sí. Probablemente empiezan a comprender que no van a Galilea por el camino del valle del Jordán, sino a Samaria. Pero no preguntan.

Al llegar a las primeras arboledas que hay en las colinas, Jesús dice: "Detengámonos y comamos. Es mediodía".

"Se acercan a un arroyuelo que trae poca agua, porque hace tiempo que no llueve, que es limpia y corre sobre la arena salpicada con piedrecillas. En su ribera hay piedras suficientemente grandes para servir de mesa y de silla. Se sientan después que Jesús ha bendecido y ofrecido la comida. Comen silenciosos, pensativos.

Jesús los saca de sus pensamientos: "¿No me preguntáis a dónde vamos?" La preocupación del mañana os ha hecho mudos, ¿o no soy más vuestro Maestro?"

Los doce levantan la cabeza. Son doce caras afligidas o por lo menos atolondradas que se vuelven al rostro impasible de Jesús, y se oye un solo "¡oh!" que sale de sus bocas. Después de este "¡oh!" se oye la respuesta de Pedro, que en nombre de todos habla: "Maestro, Tú sabes que para nosotros no has cambiado. Sin embargo desde ayer estamos como quienes han recibido un fuerte golpe en la cabeza. Todo nos parece un sueño. Y Tú, vemos y sabemos que eres Tú, pero nos parece que... ya estás lejos de nosotros. Algo de esto gustamos desde que hablaste con tu Padre antes de llamar a Lázaro, y desde que lo sacaste de allí, atado, valiéndose sólo de tu voluntad, y lo hiciste revivir con la sola fuerza de tu poder. Casi nos das miedo. Lo digo por mí... pero creo que lo mismo sienten los demás. Luego... esta partida... tan imprevista y misteriosa".

"¿Tenéis doble miedo? ¿Sentís que el peligro se nos viene encima? ¿Pensáis, creéis no tener la fuerza suficiente para enfrentaros y superar la última prueba? Decidlo francamente. Todavía estamos en la Judea. Estamos todavía cerca de los caminos que llevan a Galilea. Cualquiera de vosotros se puede ir si quiere, y a tiempo para que no sea objeto del odio del Sanedrín..."

Los apóstoles al oír estas palabras se turban. El que estaba casi echado sobre la hierba, se endereza, y el que andaba sentado se pone de pie.

Jesús continúa: "Porque desde ahora soy un hombre perseguido según la ley. Tenedlo en cuenta. A esta hora va a leerse en las cincuenta y más sinagogas de Jerusalén y en las de las ciudades que han recibido el bando, que se dio ayer a la hora sexta, que Yo soy el gran

pecador, y que cualquiera que supiere dónde esté, tiene la obligación de denunciarme al Sanedrín para que me cautive...”

Los apóstoles gritan, como si lo vieran ya preso. Juan se le cuelga del cuello, gimiendo fuertemente: “¡Ah lo había previsto!” Algunos maldicen al Sanedrín, otros invocan la justicia divina; otros lloran, otros se quedan fríos como una estatua.

“Callaos. Escuchad. Nunca os he engañado. Siempre os he dicho la verdad. Cuando he podido, os he defendido y protegido. He amado vuestra compañía como si fuerais mis hijos. No os he escondido ni siquiera mi última hora... mis peligros... mi pasión. Se trataba de cosas mías, exclusivamente mías. Ahora tenéis qué pensar en vuestra seguridad, y en la de vuestras familias. Os ruego que lo hagáis. Con libertad completa. No penséis esto a través del amor que me tenéis, por el hecho de que os haya elegido. Y como os dejo libres de cualquier obligación para con Dios y para con su Mesías, imaginaos que es la primera vez que os encuentro, y que después de haberme escuchado, tomáis las providencias de que si os conviene o no seguir al Desconocido cuyas palabras os han conmovido. Imaginaos que es la primera vez que me oís y que me veis y que os diga: “Ved bien que soy un perseguido, que me odian, que el que me ama y me sigue es perseguido y odiado como Yo, en su propia persona, intereses, afectos. Ved bien que la persecución puede llevar a la muerte y confiscación de los bienes familiares”. Pensadlo bien y decidid. Os seguiré siempre amando aunque me digáis: “Maestro, no puedo más seguirte”. ¿Os entristecéis? No debéis hacerlo. Seamos buenos amigos que deciden pacífica y amorosamente lo que debe hacerse, que mutuamente se comprenden. No puedo permitir que salgáis al encuentro del porvenir sin haceros reflexionar sobre él. No os menosprecio. Os amo a todos. Yo soy el Mesías. Y es claro que debo conocer a mis discípulos. Soy el Pastor y el pastor tiene qué conocer a sus corderos. Sé que mis discípulos, puestos a la prueba sin haber sido preparados suficientemente no sólo con el saber que reciben del Maestro, y que en este caso es bueno y perfecto, sino también con la reflexión que debe aportar, podrían fallar o por lo menos no triunfar como buenos atletas en el estadio. *Medirse y medir es siempre una sabia providencia*, en las cosas pequeñas o grandes. Yo, Pastor, debo decir a mis corderos: “Ved que ahora me adentro en una región de lobos y de carniceros. ¿Tenéis fuerzas para ir entre ellos?” Podría aún deciros quién no va a tener fuerzas para resistir la prueba, aun cuando os pueda asegurar una y otra vez que ninguno de vosotros caerá en las manos de los verdugos que sacrificarán al Cordero de Dios. Se contentarán con haberme capturado... Repito: “Reflexionad”. Una vez os dije: ‘No temáis a los que maten’. Os dije: “El que pone la mano sobre el arado y vuelve atrás para considerar lo pasado, y lo que puede perder o conseguir, no es apto para mi misión”. Pero se trataba de normas que os indicaban lo que significa ser discípulos míos, normas para el futuro cuando no seré más el Maestro, sino cuando mis fieles lo sean. Esas normas eran para daros un corazón fuerte. Pero esta misma fortaleza, que creo tenéis –me refiero a vuestro espíritu- es muy poca en comparación a la magnitud de la prueba. No penséis en vuestros corazones: “¡El Maestro se escandaliza de nosotros!” No, no me escandalizo. Aun más os digo que ni siquiera vosotros debéis escandalizaros de vuestra debilidad. En los siglos que están por venir, habrá entre los miembros de mi Iglesia, bien corderos, bien pastores, quienes serán inferiores a la alteza de la misión. Llegarán períodos en que pastores ídolos y fieles ídolos serán más numerosos que los verdaderos pastores y que los fieles verdaderos. Períodos en que el espíritu de fe en el mundo se eclipsará. Pero el eclipse no es la muerte de un astro, Es tan sólo un oscurecimiento momentáneo, más o menos parcial. Después resplandece su belleza que parece muy luminosa. Lo mismo sucederá con mi Redil. Os digo que reflexionéis. Os lo digo como Maestro, como Pastor y Amigo. Os dejo en plena libertad para discutir entre vosotros. Voy a ir allá, entre aquel matorral, a orar. Uno por uno vendrá a decirme lo que piense. Cualquiera que sea vuestra decisión la bendeciré. Os amaré teniendo en cuenta el amor que me habéis dado”. Se levanta y se va.

Los apóstoles quedan espantados, perplejos, conmovidos. Al principio nadie se atreve a hablar. Pedro es el primero en tomar la palabra: “¡Que me trague el infierno si lo abandono!

Estoy seguro de mí. ¡Aunque me viniesen a atacar todos los demonios que hay en la Gehenna, con Leviatán al frente, no me separaré de Él por temor!”

“Tampoco yo. ¿Voy a ser inferior a mis hijas?” dice Felipe.

“Yo estoy seguro que no le harán nada. El Sanedrín amenaza, pero lo hace para hacernos ver que todavía vive. Es el primero en saber que nada vale, si Roma no quiere. ¡Sus amenazas! ¡Es Roma la que condena!” afirma Iscariote desvergonzadamente.

“Pero en cosas religiosas el Sanedrín es el Sanedrín” hace notar Andrés.

“¿Tienes miedo, hermano? Ten en cuenta que en nuestra familia jamás ha habido bellacos” le replica Pedro con tono amenazador, sintiendo en sus venas sangre belicosa.

“No tengo miedo, y espero poder demostrarlo. Tan sólo he querido responder a Judas”.

“Tienes razón. El error del Sanedrín está en querer emplear el arma política para no decir y que no se le diga, que levantó su mano contra el Mesías. Estoy seguro de ello. Les gustaría hacer caer al Mesías en pecado y hasta lo han intentado para hacerlo odioso a las multitudes. ¡Pero matarlo! ¡Eh, no! ¡Tienen miedo! Un miedo que no tiene comparación, porque es miedo que llevan dentro. Saben bien, *saben bien* que Él es el Mesías! Y tan lo saben que sienten que para ellos ha llegado el fin, porque vienen los tiempos nuevos. Quieren destruirlo. ¿Destruirlo ellos? No. Por eso buscan una razón política para que sea el Procónsul, para que sea Roma quien acabe con Él. Pero el Mesías no hace sombra a Roma, y Roma no le hará ningún mal, y el Sanedrín aúlla en vano”.

“¿Entonces tú te quedas con Él?”

“Claro. ¡Más que todos!”

“Yo no tengo qué perder o ganar quedándome o yéndome. Tan sólo tengo la obligación de amarlo, y lo haré” dice Zelote.

“Yo lo conozco como al Mesías y por esto lo sigo” proclama Natanael.

“También yo. Lo he creído desde el momento que Juan el Bautista me lo señaló” afirma Santiago de Zebedeo.

“Nosotros somos sus hermanos. A la fe hemos juntado el amor de la sangre. ¿No es verdad, Santiago?” dice Tadeo.

“Desde hace años Él es mi sol. Sigo su trayectoria. Si cae en el abismo que le hubieren abierto sus enemigos, lo seguiré” responde Santiago de Alfeo.

“¿Y yo? ¿Puedo olvidar que me redimió?”

“Mi padre me maldeciría siete veces si lo abandonase. Por otra parte tan sólo por el amor a María yo no me separaría jamás de Jesús” exclama Tomás.

Juan no habla. Está con la cabeza inclinada, abatido. Los otros toman esta actitud por debilidad y le preguntan.

“¿Y tú? ¿Eres el único en quererte ir?”

Levanta su cara, tan franca en su gesto, como en sus miradas y clavando sus ojos azules en ellos responde: “Yo estaba rogando por todos nosotros. Queremos hacer, decidir, por nuestras propias fuerzas, y no nos damos cuenta que al hacerlo así dudamos de las palabras del Maestro. Si asegura que no estamos preparados, estará en lo cierto. Si no lo hemos logrado en tres años, ¿vamos a lograrlo en pocos meses?...”

“¿Qué estás diciendo? ¿En poco meses? ¿Qué sabes tú? ¿Eres profeta?” lo atacan como regañándolo.

“No soy nada”.

“¿Y entonces? ¿Qué sabes tú? ¿Te lo dijo acaso? Tú no ignoras sus secretos...” grita con rabia Judas de Keriot.

“No me odies, amigo, si comprendo que la tranquilidad se está acabando. ¿Cuándo será? No lo sé. Pero sí llegará el fin. Él lo dice. ¡Cuántas veces lo ha dicho! No queremos creer. El odio de los otros es señal de que sus palabras son verdaderas... Y por eso prefiero orar, porque no hay otra cosa que hacer. Pedir a Dios que nos haga fuertes. ¿No te acuerdas, Judas, de que un día nos dijo que Él había orado a su Padre para que tuviese fuerzas en las tentaciones? La fuerza viene de Dios. Yo imito a mi Maestro, como es razonable hacerlo...”

“En una palabra, ¿te quedas?” lo interpela Pedro.

“¿Y a dónde quieres que vaya si no me quedo con Él que es mi vida y mi todo? Como soy un pobre jovencillo, el más necesitado de todos, todo lo pido a Dios. Padre de Jesús y nuestro”.

“Dicho está, nos quedamos todos. Vamos donde está. Ha de estar triste. Nuestra fidelidad lo contentará” dice Pedro.

Jesús está orando de rodillas, con el rostro inclinado a la hierba. Ha estado orando a su Padre.

Se yergue al oír el ruido de las pisadas y mira a los doce. Los mira serio pero un poco triste.

“Alégrate, Maestro. Ninguno de nosotros te abandona” dice Pedro.

“Muy pronto tomasteis vuestra decisión y...”

“Las horas y los siglos no cambiarán nuestra decisión” reitera Pedro.

“Ni las amenazas nuestro amor” proclama Iscariote.

Jesús no los mira ya en grupo, sino a uno por uno. Su mirada es larga, profunda, mirada que los doce sostienen sin miedo. Su mirada se detiene especialmente en Iscariote, que lo mira con más seguridad que todos los otros. Abre sus brazos con un acto de resignación y dice:

“Vámonos. Vosotros, vosotros *todos*, habéis sellado vuestro destino”. Vuelve a su lugar, toma su alforja, da la orden: “Tomemos el camino que lleva a Efraín, que nos indicaron”.

“¿A Samaria?” La sorpresa no tiene límites.

“A Samaria. Por lo menos a sus confines. Juan también fue a esos lugares para vivir predicando al Mesías, hasta que llegase su hora”.

“¡Sin embargo no se salvó!” objeta Santiago de Zebedeo.

“No busco salvarme, sino salvar, y salvaré en la hora señalada. El Pastor perseguido va a donde están las ovejas más infelices. Para que ellas, las abandonadas, tengan la prudencia de prepararse para los tiempos nuevos”.

Con paso rápido se pone en camino, con la esperanza de llegar antes de que la noche les impida caminar, ahora que han descansado y observado el sábado.

Cuando llegan al arroyuelo que corre de Efraín al Jordán, Jesús llama a Pedro y a Natanael y les da una bolsa diciendo: “Adelantaos. Buscad a María de Jacob. Recuerdo que Malaquías me dijo que era la más pobre del lugar, pese a su gran casa, ahora que en ella no viven ni sus hijos ni hijas. Nos hospedaremos en su casa. Dadle suficiente dinero para que nos hospede sin tener que tratar el caso con otros. Conocéis la casa. Es grande. Tiene unos cuatro granados. Está cerca del puente que da al arroyo”.

“La conocemos, Maestro. Haremos como ordenas”. Rápidos se van. Jesús los sigue lentamente con los demás.

Desde ambas riberas se ven blanquear las casas del poblado iluminadas a los rayos del día y a los primeros de la luna. No hay nadie por la calle cuando llegan a la casa que la luna adorna con su luz. Sólo el arroyuelo rompe el silencio de la noche. Si alguien mira hacia el horizonte, verá una inmensa extensión de cielo que se inclina curva sobre una inmensidad de terrenos que bajan hacia la llanura del Jordán. La tranquilidad reina por doquier. Llaman a la puerta.

Pedro abre: “Todo está arreglado, Señor. La mujer lloró al ver el dinero. No tenía ni un céntimo. Le dije: “No llores. Donde está Jesús, no existe el dolor”. Me respondió: “Lo sé.

Durante toda mi vida he sufrido y ahora estaba ya para no soportar más. El Cielo se me ha abierto en esta noche, y me trae a la Estrella de Jacob⁶ para que me dé paz”. Ahora está preparando las habitaciones que por tanto tiempo habían estado cerradas. La mujer parece muy buena. ¡Hela aquí! ¡Mujer, el Rabí está aquí!”

Se acerca una viejecilla de ojos tiernos, llenos de melancolía. Se detiene como avergonzada ante Jesús, unos cuantos pasos. Tiene miedo.

“La paz sea contigo. No te daré mucha molestia”.

“Quisiera... quisiera yo que caminases sobre mi corazón para que al entrar a mi casa tus pies encontrasen todo delicado. Entra, Señor, y que Dios entre contigo”. Ha tomado alientos y fuerzas bajo la luz de la mirada de Jesús.

⁶ Cfr. Núm. 24, 15-19. (Ap. 2, 26-29; 22, 16-17).

Entran todos. Cierran la puerta. La casa es amplia como un hotel y vacía como si nadie viviese en ella. Sólo en la cocina el fuego que sube en lengüetas de alegría y de calor. Bartolomé, que estaba echando leña, se vuelve y sonriendo dice: “Consuélala, Maestro. Está afligida porque no sabe cómo honrarte”.

“Me basta tu corazón. No te preocupes de nada. Mañana proveeremos. También soy un pobre. Dale las provisiones. Entre pobres se comparte el pan y sal sin vergüenza, y con amor fraternal. Amor que en ti debe ser maternal, porque podrías ser mi madre. Y como a tal te honro...”

La mujer llora silenciosamente, y seca sus lágrimas con su velo: “Tuve tres varones y siete mujercitas. El arroyo arrastró a uno, la fiebre al otro. El tercero me abandonó. De las mujercitas cinco murieron del mismo mal que su padre, la sexta murió de parto y la última... Lo que no hizo la muerte lo hizo el pecado. En mi vejez no tengo hijos que sean mi honra y me pongo triste... Acá todos son buenos... Pero a esta pobre mujer. Tú eres bueno conmigo también como madre...”

“Yo también tengo madre, y en cada mujer que es madre honro a la mía. No llores. Dios es bueno. Ten fe y los hijos que te quedan, pueden regresar todavía. Los otros están en paz...”

“Yo pensaba que fuesen un castigo porque todos nacieron en estos lugares...”

“Ten fe. Dios es más justo que los hombres...”

Regresan los apóstoles que habían ido con Pedro a las habitaciones. Traen los alimentos. Calientan al fuego el corderito que Nique les asó. Lo ponen sobre la mesa. Jesús ofrece y bendice. Dice a la viejecita que esté con ellos y no en un rincón comiendo raíces de hierbas como cena...

El destierro a los confines de Judea a empezado...

13. El primer día en Efraín

8 enero 1947

“La paz sea contigo, Maestro” dicen Pedro y Santiago de Zebedeo que regresan a casa con sendas jarras llenas de agua.

“La paz sea con vosotros. ¿De dónde venís?”

“Del arroyo. Fuimos a traer agua, y traeremos más para la limpieza. Ya que estamos aquí, no es justo que la anciana se canse por nuestra culpa. Está allá calentando el agua. Mi hermano fue al bosque a traer leña. Hace tiempo que no llueve y la leña arde como hierba seca” explica Santiago de Zebedeo.

“Bueno. Pese a que es muy temprano nos han vito en el arroyo y en el bosque. Y pensar que yo había ido allá para no ir al manantial...” dice Pedro.

“¿Por qué Simón de Jonás?”

“Porque en la fuente siempre hay gente que podría reconocernos y venir aquí...”

Mientras están hablando entran en el largo corredor que divide la casa y los dos hijos de Alfeo, Judas de Keriot y Tomás. Oyen, pues, las últimas palabras de Pedro y la respuesta de Jesús:

“Lo que no podía acaecer en las primeras horas de este día, sucedería más tarde, mañana al máximo, porque vamos a quedarnos aquí...”

“¿Aquí? Pensábamos que sólo estaríamos de paso” protestan varios.

“No es un lugar de paso sino un lugar donde vamos a estar por un tiempo. De aquí no partiremos sino para regresar a Jerusalén para la Pascua”.

“Oh, yo había pensado que cuando hablaste de lobos y carniceros, querías referirte a esta región, como otras veces te has referido, para decirnos que sólo hablas de lugares donde transitan pocos judíos y fariseos...” interviene Felipe que acaba de llegar. Otros agregan:

“También nosotros pensábamos así”.

“Entendisteis mal. Esta no es la región de lobos y carniceros, aun cuando en sus montes haya lobos de verdad. No me refería a lobos...”

“¡Acabáramos!” dice un poco irónico Judas de Keriot. “Se comprende que para Ti que te llamas Cordero los hombres sean lobos. No somos unos tontos de remate”.

“No lo sois, sino que no queréis comprender, mi naturaleza, mi misión y el dolor que me causáis por no trabajar con todas vuestras fuerzas en prepararos para el porvenir. Lo digo por vuestro bien, y os enseño con hechos y palabras. Pero vosotros rechazáis lo que turba vuestro modo humano haciéndoos oír presagios de dolor, o que os exige esfuerzos contra vuestro modo de pensar. Oídme, antes de que haya extraños. Ahora os dividiré en dos grupos de cinco en cinco e iréis bajo la guía del jefe de cada grupo a las regiones cercanas, como cuando en los primeros tiempos en que os enviaba. Acordaos de todo lo que os dije en aquella ocasión y ponedlo en práctica. Habrá una excepción y es que pasaréis anunciando como próximo el día del Señor, aun a los samaritanos para que estén prontos a esperarlo, y más fácilmente se conviertan a Dios Único. Id llenos de caridad y de prudencia, libres de todo prejuicio. Lo estáis viendo y comprobaréis que lo que no se permite en otros lugares, acá sí. Por lo tanto sed buenos con éstos que inocentemente pagan las culpas de sus padres. Pedro será la cabeza del grupo de Judas de Alfeo, Tomás, Felipe y Mateo. Santiago de Alfeo lo será del de Andrés, Bartolomé, Simón Zelote y Santiago Zebedeo. Judas de Keriot y Juan se quedan conmigo. Así se hará desde mañana. Hoy vamos a descansar y a hacer los preparativos para los días subsiguientes. El sábado lo pasaremos juntos. Procurad estar aquí antes del sábado, para volver a partir después de él. Será el día en que mostraremos nuestro amor mutuo, como prueba del amor que manifestamos a nuestros hermanos que pertenecen al mismo redil paterno. Vaya cada uno a sus quehaceres”.

Se queda solo. Se retira a una habitación al fondo del corredor.

La casa resuena con pasos y voces, aun cuando todos estén en las habitaciones y no se vea a ningún otro que a la viejecita, que atraviesa el corredor, ocupada en sus quehaceres, como es el de hacer el pan, cosa que se advierte por la harina que hay en sus cabellos y por la masa en sus manos.

Jesús, pasado algún tiempo, sale y sube a la terraza de la casa. Meditando pasea, y de vez en vez mira lo que le rodea.

Se le acercan Pedro y Judas de Keriot, con caras no muy alegres. Tal vez Pedro no quiere separarse de Jesús. Tal vez no quiere irse y presentarse por la ciudad. Lo cierto es que no traen cara alegre cuando suben a la terraza.

“Venid aquí. Mirad qué bello panorama”. Y señala el horizonte con sus diversos espectáculos. Al noroeste grandes montes, llenos de vegetación, que se prolonga como columna espinal de norte a sur. Uno, que hay a espalda de Efraín es un gigante de verdor que sobresale sobre todos los otros. Al noroeste y sudeste se ven colinas más pequeñas. El país está situado como en una concha verde con fondos lejanos, que son planicies entre las dos cadenas, una alta y otra baja, que suben de la región a la llanura jordana. Por una abertura de entre los montecillos menos altos se ve esta llanura verde, más allá de la que está el Jordán. Cuando sea primavera este lugar será bellissimo, verde y fértil. Por ahora los viñedos y campos surcan con su color oscuro lo verde de los campos sembrados de trigo, y sembrados de hierba que servirá de pastura.

Si lo que está más allá de Efraín lo llama Juan con el nombre de desierto, señal es que el desierto de Judea era más acogedor, por lo menos en esta parte, o que sólo era desierto, porque no había poblaciones, sino bosques y pastizales entre alegres arroyuelos, muy diverso de las regiones cercanas al Mar Muerto que justamente puede llamarse “desierto” porque son áridas, sin vegetación, fuera de unos cuantos matorrales espinosos, torcidos, nacidos entre los pedruscos que hay aquí y allí y arenas cubiertas de sal. Pero este acogedor desierto que está más allá de Efraín, por largo espacio está cubierto de viñedos, de olivos, de huertos frutales. Ahora los almendros esparcidos en montones de color blanco-rosa aquí y allí, sonríen al sol, en las pendientes que pronto los ramos de las vides cubrirán con su fronda.

“Parece como si estuviera yo en mi ciudad” exclama Judas.

“Se parece también a Yutta. Sólo que allá el arroyo está abajo y la ciudad en alto. Aquí es al revés. Parece como que el país este adentro de una ancha concha con un río en el centro. Es una región que abunda en viñedos. Qué bello ha de ser tener una viña en estos lugares” dice Pedro.

“Bendiga el Señor su tierra con frutos de lo alto y con el rocío, con fuentes que nacen de las profundidades de la tierra, con frutos que crecen al calor del sol y a los rayos de la luna, con frutas en las cimas de sus montes, con frutos de colinas muy antiguas con pastizales en abundancia”¹, está dicho. Y apoyados en estas palabras del Pentateuco se creen ser siempre superiores. Tienen razón. *También la palabra de Dios y sus dones, si caen en corazones en que domina la soberbia, se convierten en ruina. No por causa suya, sino por la soberbia que cambia su buena savia*” dice Jesús.

“Tienes razón. A ellos les tocó sólo la rabia del toro y la testuz del rinoceronte. No me gusta estar aquí. ¿Por qué no me dejas ir con los otros?” pide Iscariote.

“¿No te gusta estar conmigo?” pregunta Jesús, dejando de contemplar el paisaje y volviéndose a mirar a Judas.

“Contigo, sí. Pero no con esos de Efraín”.

“¡Qué bonito razonamiento! ¿Y a poco nosotros que iremos por la Samaria o por la Decápolis –pues no podemos ir más allá entre sábado y sábado- vamos a ir entre gente santa?” se dirige Pedro en son de reproche a Judas, que no responde.

“¿Qué te importa quién esté cercano a ti, si sabes amar todo a través de Mí? Ámame en el prójimo y todos los lugares te serán iguales” dice calmadamente Jesús.

Judas no responde ni siquiera a Él.

“Y pensar que tengo qué ir... ¡Tanto que me gustaría estar aquí! ¡Tanto... por lo que sé que debe hacerse! Nombra a Felipe el jefe del grupo, o a tu hermano. Yo... mientras se trata de decir: hagamos esto, vayamos a aquel lugar, lo puedo hacer. Pero si tengo que hablar... Echaré a perder todo”.

“La obediencia hará que todo salga bien. Lo que hicieres me agradará”.

“Entonces... si te agrada, me agrada a mí también. Me basta con tenerte contento. Pero mira - ¡lo he dicho!- ¡Mira que viene mucha gente! El sinagogo... y los principales... sus mujeres... sus niños y la gente...”

“Vayamos a su encuentro” propone Jesús y se apresura a bajar por la escalera, llamando a los otros apóstoles para que salgan con Él.

Los habitantes de Efraín avanzan con señal del más grande respeto, y después de los saludos de costumbre, tal vez el sinagogo, habla en nombre de todos: “Bendito sea el Altísimo por este día, y bendito su profeta que ha venido entre nosotros, porque ama a todos los hombres en nombre del Dios Altísimo. Bendito seas, Maestro y Señor, que te acordaste de nuestro corazón y de nuestras palabras, y viniste a descansar entre nosotros. Te abrimos el corazón y nuestros hogares pidiendo tu palabra para bien nuestro. Bendito sea este día, porque gracias a él el desierto será fértil para quien sabe acogerlo con espíritu recto”.

“Has dicho bien, Malaquías. Quien acoge con recto espíritu al que ha venido en nombre de Dios, verá fructificar su desierto, y verá que las plantas selváticas se convertirán en árboles domésticos. Estaré entre vosotros. Vendréis a Mí como buenos amigos. Estos llevarán mi palabra a los que la acogieren”.

“¿No vas a enseñar, Maestro?” pregunta un poco desilusionado Malaquías.

“He venido aquí para recogerme y orar para prepararme a los acontecimientos futuros. ¿Os desagrada que haya escogido vuestro lugar para mi descanso?”

“¡Oh, no! Si te vemos orar, nos servirá para hacernos prudentes. Gracias por haber escogido este lugar. No turbaremos tu oración y *no permitiremos* que tus enemigos te perturben. Ya corre la voz de lo que sucedió y sucede en Judea. Haremos buena guardia. Cuando no te sea

¹ Cfr. Deut. 33, 13-16.

molestia, nos contentaremos con alguna palabra tuya. Entre tanto acepta nuestra hospitalidad”.

“Soy Jesús y no rechazo a nadie. Acepto por tanto lo que me ofrecéis y así os muestro que no os rechazo. Pero si me queréis amar, desde ahora, dad aquello que me daríais a Mí, a los pobres del pueblo y a los viajeros que pasan por aquí. No tengo necesidad más que de paz y de amor”.

“Lo sabemos. Sabemos todo. Esperamos poder darte lo que necesitas de modo que puedas exclamar; ‘La tierra que para mí debía ser Egipto, se ha convertido para mí, como lo fue para José de Jacob, en tierra de paz y gloria’ ”.

“Si me amáis, cogiendo mi palabra, así responderé”.

Los ciudadanos entregan a los apóstoles sus presentes y se retiran, menos Malaquías y otros dos que en voz baja hablan con Jesús. Se quedan los niños, atraídos por el atractivo que Jesús les inspira. Se quedan sin hacer caso a los gritos de sus madres. No se van sino hasta que Jesús los ha acariciado y bendecido. Sólo entonces, parlanchines como golondrinas, dan vueltas por el camino, y se van alejando seguidos por el sinagogo y los otros dos.

14. Si el precepto del sábado es grande, mayor es el del amor

11 enero 1947

Los diez, cansados y polvorientos, regresan a casa. Apenas la mujer abre la puerta, le preguntan: “¿Dónde está el Maestro?”

“Creo que está en el bosque. Siempre va a orar allí. Salió muy de mañana y aun es la hora que no regresa”.

“¿Y nadie ha ido a buscarlo? ¿Qué están haciendo esos dos?” grita fuera de sí Pedro.

“No te excites. Entre nosotros está seguro como si estuviera en su casa”.

“¡Seguro, Seguro! ¿Os acordáis del Bautista? ¿Estuvo seguro?”

“No, porque no podía leer el corazón de quien le hablaba. Si el Altísimo permitió que sucediera esto al Bautista, de seguro que no lo permitiría en su Mesías. Mejor que yo que soy mujer y samaritana debes creerlo tú”.

“María tiene razón. ¿Pero a dónde fue? ¿Se puede saber?”

“No lo sé. Ahora va a una parte, ahora a otra. Algunas veces solo, otras con los niños que lo quieren tanto. Les enseña a pedir a Dios viéndolo en todas las cosas. Tal vez hoy debe estar solo, porque no ha venido a siesta. Cuando los niños están con Él, regresa, porque ellos son como los pajaritos que quieren comer a su hora...” sonríe la viejecita, acordándose tal vez de sus diez hijos, y luego lanza un suspiro... también porque alegrías y dolores son el pan diario de cada vida humana.

“¿Dónde está Judas y Juan?”

“En la fuente, Judas. Juan fue a traer leña. Acabé el agua y la leña porque lavé vuestros vestidos para que los llevéis limpios cuando partáis”.

“Dios te lo pague, madre. Mucho te molestas por nosotros...” dice Tomás poniéndole una mano en la espalda flaca y encorvada, como para acariciarla.

“¡Oh!... no es ninguna molestia. Es como si volviese a ver a mis hijo...” sonríe mientras una lágrima se asoma en sus ojos.

Entra Juan con una carga de leña y parece como si el corredor se iluminase con su llegada. He notado siempre que hay algo como de luminoso donde está Juan. Su sonreír es tan dulce, franco, juvenil; sus ojos son claros, sonrientes como un hermoso cielo de abril, su voz cadenciosa al saludar a sus compañeros; es algo así como un rayo de sol, o como un arco iris de paz. Todos lo quieren. No sé si Judas de Keriot lo quiere o no, pero sí lo envidia; frecuentemente se burla de él, y algunas veces le dice palabras duras. En este momento Judas no está.

Lo ayudan a descargar su fardo y le preguntan dónde está Jesús. También Juan se alarma por la tardanza, pero confiando en Dios más que los otros dice: “Su Padre lo preservará del mal.

Debemos creer en el Señor". Y agrega: "Venid. Estáis cansados y polvorientos. Tenemos preparada la comida, y agua caliente. Venid, venid".

Regresa también Judas de Keriot con sus botes llenos de agua. "La paz sea con vosotros. ¿Os fue bien en el viaje?" pregunta, pero en su voz no hay amor. Está entretejida de burla y de descontento.

"Sí. Comenzamos por la Decápolis".

"¿Por temor a que os apedreasen o a que os contaminaseis?" de nuevo pregunta irónicamente Iscariote.

"Ni por una, ni por otra cosa, sino por prudencia de principiantes. Fui yo quien lo propuse, que aunque no tengo nada qué reprocharte, he encanecido con los pergaminos" responde Bartolomé.

Judas no replica. Va a la cocina, donde los que acaban de regresar toman de lo que se les había preparado.

Pedro mira a Iscariote que sale y mueve la cabeza, pero no dice nada. Tadeo toma de la manga a Juan y le pregunta: "¿Cómo se ha portado en estos días? ¿Ha estado siempre inquieto? Sé franco..."

"Lo soy, Judas. Pero te lo aseguro que no causó ningún dolor. Casi siempre el Maestro está separado. Yo estoy con la viejecita, que es muy buena. Oigo al que viene a hablar al Maestro, y luego se lo comunico. Judas va por el poblado. Se ha hecho de amigos. ¡Qué queréis!... No puede estar tranquilo como sabríamos estar nosotros".

"A mí no me importa lo que haga. Me basta con que no cause ninguna aflicción".

"No la ha causado. No molesta. Pero... ved al Maestro. Oigo su voz. Está hablando con alguien..."

Corren todos afuera y ven a Jesús que avanza entre las penumbras que caen, con dos niños en los brazos y uno asido a su vestido, y los consuela para que no lloren.

"Que Dios te bendiga, Maestro. ¿De dónde regresas tan tarde?"

Al entrar en casa, Jesús responde: "De los ladrones. También Yo he capturado una presa. Caminé después del crepúsculo, pero espero que mi Padre me absolverá porque hice un acto de misericordia... Juan, toma. Simón, toma... Tengo los brazos que se me caen... estoy cansadísimo" Se sienta en una banquita que hay en el camino. Sonríe cansado pero feliz.

"¿Con los ladrones? ¿Pero dónde estuviste? ¿Quiénes son estos niños? ¿Has comido? No es prudente estar fuera a estas horas ¡y lejos!... Estábamos preocupados. ¿No estabas en el bosque?" todos preguntan simultáneamente.

"En el bosque, no. Fui en dirección de Jericó..."

"¡Imprudente! ¡Por estos caminos puedes encontrar a quien te odie!" le reprende Tadeo.

"Seguí el camino que nos enseñaron. Hacía días que quería ir por allá. Hay infelices qué redimir. No podían hacerme nada. Llegué a tiempo para ayudar a estos pequeños. Dadles de comer. Pienso que no han comido, porque tenían miedo de los ladrones, y Yo no llevaba alimentos conmigo. ¡Si hubiera encontrado por lo menos a algún pastor!... La proximidad del sábado había dejado desiertos los pastizales..."

"Se comprende. Somos los únicos que desde hace ya algún tiempo no respetamos el sábado" observa Iscariote, cortante como siempre.

"¿Qué dices? ¿Qué insinúas?" le preguntan.

"Quiero decir que ya son dos sábados que trabajamos después de la caída del sol".

"Judas, tú lo sabes porque tuvimos qué caminar el sábado. El pecado no siempre es de quien lo comete, *sino también de quien obliga a alguien a que lo cometa*. Y hoy... Lo sé. Quieres decir que también hoy he violado el sábado. *Te respondo que si el precepto del reposo sabático es grande, mucho más lo es el del amor*. No estoy obligado a justificarme contigo pero lo hago para enseñarte la mansedumbre, la humildad, y la gran verdad que *ante a necesidad santa se debe aplicar la ley con libertad de espíritu*. Nuestra historia tiene episodios de esta necesidad. Fui, cuando amanecía, por los montes de Adomín porque sé que hay gente miserable, que tiene lepra en el alma. Esperaba encontrarlos, hablarles, regresar antes de la

puesta del sol. Los encontré. No pude decirles lo que había pensado, porque hubo otras cosas de qué hablar... Habían encontrado ellos a estos tres niños que lloraban a la entrada de un redil pobre de la llanura. Habían bajado en la noche a robar ovejas y decididos a matar, si el pastor se resistía. En el invierno el hambre es dura en los montes... Y cuando la sufren corazones crueles, hace a los hombres más feroces que los lobos. Estos niños estaban allí con un pastor un poco mayor que ellos, y muerto de susto. No sé por qué causa su padre había muerto en la noche. Bien pudo haberle picado algún animal, como habérsele parado el corazón... Estaba frío sobre la paja, cerca de las ovejas. El primero que vio que estaba muerto fue su hijo mayor que dormía a su lado. De este modo los ladrones, en lugar de cometer un homicidio, encontraron a un muerto y a cuatro niños que lloraban. Dejaron al muerto y echaron las ovejas y al pastorcillo adelante, y como aún en los más perversos suele haber algo de piedad que no desaparece, tomaron también consigo a los niños... Los encontré cuando discutían sobre lo que tenían qué hacer. Los más duros querían matar al pastorcillo de diez años, que era un testimonio peligroso. Los menos crueles querían devolverlo con amenazas, quedándose con el ganado. Pero todos querían quedarse con los niños”.

“¿Para qué? ¿Tienen familia?”

“No, su madre es difunta. Por eso su padre se los había llevado en el invierno a los pastizales, y ahora subía atravesando estos montes, a su hogar desierto. ¿Podría haber dejado estos pequeñuelos a los ladrones para que los convirtiesen en iguales? Les hablé: Os digo en verdad que me comprendieron mejor que otros. Y tanto me comprendieron que me dejaron los pequeños y mañana acompañarán al pastorcito por el camino de Siquén, porque por esos contornos viven los hermanos de su madre. Así me he traído a los niños. Los tendré conmigo hasta que lleguen sus parientes”.

“¿Y crees a los ladrones...” pregunta Iscariote con risas en los labios...

“Estoy seguro que no arrancarán un cabello al pastorcito. Son infelices. No debemos juzgar el motivo, sino tratar de salvarlos. Una acción buena puede ser el principio de su salvación...”

Jesús baja la cabeza, absorto en quién sabe qué pensamiento.

Los apóstoles y la viejita hablan y buscan la manera de consolar a los niños que están asustados...

Jesús se yergue al oír el llanto del más pequeño, un morenito de unos tres años y dice a Santiago que se afana inútilmente por darle leche: “Dame al niño y ve a traer mi alforja...” y sonríe porque el niño se calma sobre sus rodillas, y con toda avidez bebe la leche que antes rechazaba. Los otros, más grandecitos, comen sopas que les han puesto delante, mas las lágrimas no desaparecen de sus ojos.

“¡Cuánto dolor! ¡Que nosotros suframos es justo, pero los inocentes!... dice Pedro que no puede oír que lloren los niños.

“Eres un pecador, Simón. Reprochas algo a Dios” observa Iscariote.

“Seré un pecador, pero no reprocho nada a Dios. Decía sólo... Maestro, ¿por qué deben sufrir los pequeñuelos? Ellos no han pecado”.

“Todos tienen pecados, por lo menos el de origen” replica Iscariote.

Pedro no le contesta. Espera la respuesta de Jesús que está mimando al niño que ha terminado de beber su leche: “Simón, el dolor es la consecuencia de la culpa”³.

“Está bien. Entonces... después de que hayas quitado la culpa, los niños no sufrirán más”.

“Sufrirán. No te admires de ello, Simón. Siempre habrá dolor y muerte sobre la tierra. Hasta los más puros sufren y sufrirán. Más bien serán los que sufran por todos. Serán las hostias aceptables al Señor”.

“¿Por qué? No lo comprendo...”

“Hay muchas cosas que en la tierra no se comprenden. A lo menos tened en cuenta que el Amor perfecto las quiere. Cuando la gracia haya sido restituida a los hombres, hará que los más santos conozcan mejor las verdades escondidas. Entonces se verá que propiamente los

³ Cfr. Gén. 3; Trom. 5, 12-21.

más santos querrán ser víctimas porque han comprendido la fuerza del dolor... María, el niño se está durmiendo ¿te lo llevas contigo?"

"Sí, Maestro. Entre nosotros, se dice: niño espantado, sueño corto y mucho lloro; como también: a pájaro sin nido hace falta el ala materna. Mi lecho es grande, ahora que duermo sola. Me llevaré a los niños y tendré cuidado de ellos. También estos están por dormirse y olvidar el dolor. Llevémoslos a la cama".

Toma al pequeño de las rodillas de Jesús, y seguida de Pedro y Felipe se va, cuando regresa Santiago de Zebedeo con la bolsa de Jesús.

Jesús la abre y busca algo. Hace lo mismo con su manto oscuro. Los pone a un lado y cierra la alforja, devolviéndola a Santiago.

Regresa Pedro con Felipe. La viejecita se ha quedado con los tres niños. Pedro ve los vestidos doblados. Pregunta: ¿Quieres cambiarte de vestido, Maestro? Con lo cansado que estás, te haría muy bien un baño. Hay agua y te calentaremos los vestidos. Luego cenamos e iremos a descansar. Esta historia de los pequeños me ha llenado de compasión..."

Jesús sonríe pero no responde. Se limita a decir: "Alabemos al Señor que me llevó a tiempo para salvar a estos inocentes". Luego se calla, cansado...

Vuelve a entrar la viejita con los vestidos de los niños. "Habría qué cambiárselos... Están rotos y llenos de lodo... No tengo más los vestidos de mis hijos que pudiera darles. Mañana se los lavaré..."

"No es necesario. Cuando acabe el sábado harás de este mío tres vestidos pequeños..."

"Pero, Señor, ¿no sabes que sólo tienes tres mudas? Si regalas una, ¿con qué te quedas? No está aquí Lázaro como aquella vez que diste el manto a la leprosa" protesta Pedro.

"No te preocupes. Me quedan dos, y son suficientes para el Hijo del hombre. María, toma.

Mañana después que se ponga el sol comenzarás tu trabajo, y el Perseguido tendrá la alegría de haber socorrido al pobre cuyas tribulaciones comprende".

15. El día siguiente

12 enero 1947

"Levantaos y vayamos al arroyo. Celebraremos el sábado como lo hacen los hebreos que se encuentran en lugares o naciones donde no hay sinagogas. Venid, muchachos..." dice Jesús a los apóstoles que están en el huerto de la casa y tiende su mano a los pequeños que están en un rincón.

Corren, pero con una cierta tímida alegría, que se dibuja en las caras de quienes han saboreado el dolor antes de tiempo. Los dos mayorcitos ponen su mano en la de Jesús, pero el más pequeño quiere estar entre los brazos, y Jesús lo contenta diciendo al mayor: "Tú agárrate como ayer a mi vestido. Isaac está muy cansado y es muy pequeño para caminar..."

El pequeño bebe la sonrisa de Jesús y contento camina a su lado como un hombrecito.

"Dame el niño, Maestro. Has de estar todavía cansado de ayer, y Rubén quisiera ir colgado de tu mano..." propone Bartolomé, y hace por tomar el niño que se prende al cuello de Jesús.

"Es testarudo, como buen judío" exclama Iscariote.

"No es verdad. Tiene miedo. Tú de hijos no sabes nada. Los pequeños son así. Cuando algo les pasa, o tienen susto, buscan refugio en el primero que les sonrío, o consuele" replica Bartolomé, y no pudiendo tomar en brazos al más pequeño, da la mano al más grande, acariciándole los cabellos y sonriéndole como si fuera su padre.

Salen de la casa, donde no queda más que la viejita, y se van, siguiendo el arroyo fuera del poblado. Sus riberas son hermosas. Las florecitas las tapizan. El agua es clara y parlanchina entre las piedras; y aunque poca, canta con melodía de arpa, y se deshace contra las piedras que se le oponen, o bien se cuela entre los vericuetos de algún pequeño islote cubierto de juncos. Los pajarillos que hay en los árboles escapan con trinos de alegría, o se posan en alguna rama que el sol calienta, y entonan sus canciones amorosas de principios de primavera, o descienden con gracia y veloces a buscar insectos y gusanos, o a beber junto a

la ribera. Dos tórtolas selváticas se bañan en un recoveco, sacudiendo sus plumas levantan el vuelo, llevando en su pico un mechón de lana que encuentran en un espino que al lado del río empezó a florecer.

“Es para su nido” dice el niño mayor. “Han de tener polluelos...” Baja la cabeza, y después de haber sonreído levemente cuando decía las primeras palabras, llora quedamente, secándose las lágrimas con la mano.

Bartolomé lo toma en brazos, comprendiendo que hay una herida que volvieron a abrir las tortolitas. Él, que tiene corazón de un buen padre, suspira. El niño llora sobre su hombro. El otro al verlo llora, también se pone a llorar. El tercero no se deja esperar. Llama a su padre con su vocécita.

“¡Hoy será esto nuestra oración sabatina! ¡Podrías dejarlos en casa! La mujer sabe mejor de estas cosas que nosotros...” observa Iscariote.

“¡Pero si ella no hace más que llorar Como también yo tengo ganas de hacerlo... Son cosas... que provocan el llanto...” responde Pedro tomando en sus brazos el segundo niño.

“Son cosas que hacen llorar. Es verdad. María de Jacob, una pobre anciana llena de dolores, no es muy capaz de consolar...” confirma Zelote.

“También yo soy del mismo parecer. El único que puede consolar es el Maestro. Y no lo ha hecho”.

“¿Que no lo hizo? ¡Y qué más podía haber hecho! Convenció a los ladrones, trajo cargado a los niños desde lejos, ha hecho que se avisase a sus familiares...”

“Cosas sin importancia. Él, que manda aun sobre la muerte, podía, *debía* bajar al redil y resucitar al pastor. ¡Lo hizo con Lázaro que no hace falta a nadie! Aquí se trata de un padre, viudo por añadidura, de niños que quedan solos... A éste debía resucitársele. No te comprendo, Maestro”.

“Y nosotros no comprendemos por qué eres tan irrespetuoso...”

“¡Paz, paz! Judas no comprende. No es el único en no comprender las razones de Dios y las consecuencias del pecado. Tampoco tú, Simón de Jonás, comprendes por qué los inocentes deban sufrir. No juzguéis, pues, a Judas de Simón que no comprende por qué no resucité al padre de estos. Si Judas reflexionase, él que siempre me echa en cara que vaya solo y lejos, comprenderá que no podía ir así... Porque el redil está en Jericó, más allá de la ciudad, cerca del vado. ¿Qué habríais dicho si hubiera estado ausente por tres días?”

“Podías ordenar con tu voluntad que resucitase el muerto”.

“¿Eres más empeinado que los fariseos y escribas, que pidieron la prueba de un muerto ya corrompido, para poder decir que Yo realmente resucito a los muertos?”

“Ellos lo pidieron porque te odian. A mí me gustaría tenerla porque te amo y quisiera verte pisotear a todos tus enemigos”.

“Tu viejo y desordenado sentimiento de amor. No has sabido arrancar de tu corazón las viejas plantas para sembrar nuevas; y las antiguas fertilizadas con la Luz a la que te has acercado, se hacen más robustas. Muchos participan de tu error. Muchos que viven hoy, que vivirán mañana. Ellos que no obstante los auxilios de Dios no se transforman porque no responden con una voluntad heroica a la ayuda de Dios”.

“¿Acaso estos, que como yo son tus discípulos, han arrancado las viejas plantas?”

“Por lo menos las han podado e injertado. Tú ni esto. Ni siquiera te has puesto a meditar si tus viejas plantas tienen necesidad de injerto, de ser podadas, o de ser arrancadas. Eres un jardinero tonto, Judas”.

“En lo que se refiere a mi alma. Porque de jardines, sé”.

“Es verdad, eres experto en lo que es terrenal. Quisiera que lo fueras también en las cosas del cielo”.

“¡Tu luz debería obrar en nosotros toda clase de prodigios! ¿No es buena acaso? Si hace fértil el mal y lo robustece, entonces no es buena, y culpa suya es de que uno se haga bueno”.

“Eso dilo por ti, amigo. No veo que el Maestro me haya hecho más fuertes las malas inclinaciones” protesta Tomás.

“Tampoco yo” “Ni yo” dicen Andrés y Santiago de Zebedeo.

“Su poder me libró del mal y me hizo nuevo. ¿Por qué hablas así? ¿No reflexionas en lo que dices?” le grita Mateo.

Pedro está por hablar, pero prefiere irse, llevando al niño en sus brazos e imitando el balanceo de una barca para hacerlo reír, y al pasar toma por un brazo a Tadeo y grita: “¡Ea! Vamos a aquella islita. Está llena de flores como un racimo. Venid, Natanael, Felipe, Simón, Juan... Hay una bella caída de agua. Y el arroyo se divide en dos partes...” Salta sobre un saliente arenoso de unos cuantos metros de largo, lleno de hierba, cubierto de las primeras florecitas como una alfombra, en cuyo centro hay un álamo alto y esbelto que en su cima se mueve al impulso de un viento ligero. Los demás se unen. Jesús queda atrás hablando con Iscariote.

“¿Pero todavía no acaba ese? Pregunta Pedro a su hermano.

“El Maestro le está trabajando el corazón” responde Andrés.

“¡Ea! Es más fácil que yo haga producir higos a esta planta que en el corazón de Judas pueda nacer la justicia”.

“Y en su inteligencia” agrega Mateo.

“Es un necio porque lo quiere” añade Tadeo.

“Está irritado porque no se le mandó a evangelizar. Lo sé” explica Juan.

“Por lo que se refiere a mí... si quiere ir en mi lugar... No tengo muchas ganas de ir por acá y por allá” exclama Pedro.

“Ninguno de nosotros lo quiere, pero él sí. Mi hermano no lo quiere enviar. Se lo dije esta mañana porque comprendo el mal humor de Judas y la razón. Pero Jesús me respondió: ‘Como es un corazón enfermo, lo tengo cerca de Mí. Los que sufren y los débiles tienen necesidad del médico y de quien los sostenga’ ”.

“¡Ea, niños! Venid, muchachos. Cortemos esas bellas cañas y hagamos barquitas con ellas. ¡Ved qué buenas están! Y en lugar de pescados, pondremos flores. Ved si no parecen ser cabezas, con un velo blanco y rojo. Aquí hacemos el puerto, allí la choza de los pescadores... Ahora ligamos las barcas con estas bellas y delgadas hierbas. Vosotros las echáis al agua, así... y después de la pesca las traéis a la ribera... Podéis dar vueltas por la isla... pero atentos con las piedras...” Pedro es admirable con su paciencia. Con su cuchillo ha estado cortando las cañas de modo que pueda hacer algunas barquitas. Ha puesto velloritas de prado todavía sin reventar en lugar de pescadores, y ha hecho un agujero en la arena como si fuera un puerto, y con arena húmeda ha hecho a manera de casuchas. Lo único que se ha propuesto es que los niños se alegren. Se sienta y entre dientes murmura: “¡Pobres criaturas!...”

Jesús llega a la isla cuando los dos pequeños empiezan a jugar. Los acaricia, pone en el suelo al pequeñín que se junta a sus hermanitos.

“Bueno, aquí estoy. Hablemos ahora de Dios, porque hablar de Él, es prepararse a la misión. Después de la oración, esto es, después de haber hablado con Dios, hablaremos de Dios, que está presente en todas las cosas para enseñar a las cosas buenas. ¡Ea, levantaos y oremos!” y entona algunos salmos en hebreo a los que los apóstoles se unen.

Los niños que se habían alejado con sus barquitas, al oír que cantan, suspenden su juego. Atentos escuchan con los ojos clavados en Jesús que es todo para ellos, y luego con el instinto infantil de imitar, toman el aire de quienes oran y tratan de seguir el canto, con la tonada, pues ignoran las palabras. Jesús baja sus ojos y los mira con una sonrisa que entusiasma a los niños a cantar más. Se sienten animados. Ven que se aprueba lo que hacen. Los salmos terminan. Jesús se sienta en la hierba y empieza a hablar: “Cuando los reyes de Israel, el de Joram y el de Judá se juntaron para combatir al rey de Moab y pidieron su parecer al profeta Eliseo, éste respondió al enviado del rey: ‘Si no respetase a Josafat, rey de Judá, ni siquiera te hubiera mirado. Tráeme a uno que toque el arpa’. Y mientras sonaba el arpista, Dios habló a su profeta, mandándole que excavasen fosos y fosos en el río seco, para que se llenase de agua de la que beberían hombres y animales. A la hora del sacrificio de la mañana,

sin que hubiera soplado viento alguno, o hubiera llovido, se llenó como el Señor había dicho². Decid ¿qué podemos aprender de este episodio?”

Los apóstoles hablan entre sí. Alguien dice: “Cuando el corazón está turbado Dios no habla. Eliseo quiso calmar su irritación por haber visto al rey de Israel, y poder escuchar a Dios”. Otro: Es una lección de justicia. Eliseo para no castigar al buen rey de Judá, salva al culpable”. Otros proponen: “Es una lección de obediencia y de fe. Excavaron fosos, obedeciendo a algo que parecía cosa tonta, y con fe esperaron el agua aun cuando el cielo estuviese sereno y no soplaba viento”.

“Habéis respondido bien, pero no completamente. Dentro de un corazón perturbado Dios no habla. Es verdad. Pero las arpas no son necesarias para tranquilizar un corazón. *Basta con tener caridad, que es el arpa espiritual y que produce melodías paradisíacas. Cuando un alma vive en la caridad, su corazón está tranquilo, oye la voz de Dios y la comprende*”.

“Entonces Eliseo no tenía caridad, porque estaba conturbado”.

“Eliseo pertenece al tiempo de la Justicia. Hay qué saber llevar al tiempo de la Caridad los episodios antiguos y verlos no a la luz de sus fulgores, sino a la de los astros. Vosotros pertenecéis a los tiempos nuevos. ¿Por qué más frecuentemente estáis turbados e irritados que los de tiempos idos? Despojaos del pasado. Lo repito, aun cuando a Judas no le gusta oírlo. Extirpad, podad, injertad, plantad árboles nuevos. Renovaos, abrid fosos de humildad, de obediencia, de fe. Aquellos reyes supieron hacerlo y eran dos contra uno, y aunque no eran ambos de Judá, ambos oyeron, si no a Dios, sí lo que el Altísimo ordenaba. Hubieran muerto de sed en el desierto si no hubieran obedecido. Pero como obedecieron, los fosos se llenaron de agua y así no sólo se salvaron de morir de sed, sino que también derrotaron a sus enemigos. Yo soy el Agua de la Vida. Excavad fosos en vuestros corazones para poder recibirme. Escuchad. No voy a hablar mucho. Os doy la materia para que meditéis. Seréis siempre como estos pequeñines y menos que ellos porque ellos son inocentes y vosotros no, y por lo tanto la luz en vosotros es menos clara, si no os acostumbráis a meditar. Siempre estáis atentos, pero no guardáis nada, porque vuestra inteligencia está dormida en lugar de estar activa. Oíd pues. Cuando murió el hijo de la Sunamites, quiso ir a donde estaba el profeta, pese a que el marido le dijo que no era el primer día del mes, no sábado⁴. Pero ella quiso ir porque tratándose de ciertas cosas no puede haber dilación. Y como supo comprender la realidad de las cosas, su hijo fue resucitado. ¿Qué decís de esto?”

“Que con ello me regañas por lo del sábado” responde Iscariote.

“Ves, Judas, que cuando quieres comprender, comprendes. Abre tu espíritu a la justicia”.

“Lo haré... pero Tú no violaste el sábado para resucitar al hombre”.

“Hice mucho más. Impedí la muerte de éstos, su ruina completa. Recordé a los ladrones que...”

“¡Oh, con tan poca cosa te consuelas! No creo que te hubieran obedecido...”

“Si el Maestro lo dice...”

“En la narración de la Sunamites, Eliseo dijo: ‘El Señor me lo ha ocultado’⁵. Así pues ni siquiera los profetas saben todo” replica Iscariote.

“Nuestro hermano es más que un profeta” afirma sin ambages Tadeo.

“Lo sé. Es el Hijo de Dios. Pero también es Hombre. Como tal puede verse sujeto a ignorar cosas secundarias como la de una conversión o de un regreso... Maestro, ¿sabes verdaderamente siempre todo? Frecuentemente me lo pregunto...” insiste Iscariote arrastrado por sus ansias íntimas.

“¿Y con qué espíritu te lo preguntas? ¿Para tranquilizarte, para decirte lo que hay qué hacer, para perder la paz?” pregunta Jesús.

“No puedo decirlo. Pero quisiera saberlo y...”

² Cfr. 4 Rey. 3, 4-27.

⁴ Cfr. 4 Rey. 4, 1-37.

⁵ Cfr. 4 Rey. 4, 27.

“Y al preguntártelo, se ve que no tienes paz en ti” objeta Tomás.

“¿Yo? Es que la duda turba”.

“¡Cuántas sutilezas! Yo no me las hago. Creo sin investigar y no siento ni turbación, ni dudas. Pero dejemos que hable el Maestro. Esta lección no me gusta. Dinos una parábola bella, Maestro. Agradará hasta a los niños”, pide Pedro.

“Tengo algo más que preguntar. ¿Qué significa para vosotros el harina que quitó la amargura del potaje dado a los hijos de los profetas?⁶”

Nadie responde.

“¿No respondéis?”

“Puede ser, porque la harina quita lo amargo...” responde dudoso Mateo.

“Todo se hubiera hecho amargo, aun el harina”.

“Porque el profeta obró un milagro para que el criado no se sintiese afligido” sugiere Felipe.

“Puede ser, pero no es todo”.

“El Señor quiso mostrar el poder del profeta aun en cosas comunes y corrientes” propone Zelote.

“Tal vez, pero todavía el significado no es el justo. Las vidas de los profetas son un antecedente de lo que será en el tiempo nuevo: *en el mío*, reflejan mi tiempo terrenal bajo símbolos y figuras. Así pues...”

Silencio. Se miran. Juan con la cabeza inclinada y colorado sonríe.

“¡Habla Juan!” le incita Jesús. “No es falta de caridad, porque no lo haces por mortificar a nadie”.

“Pienso que este es el significado. En el tiempo del hambre por la Verdad y en que faltaba la Sabiduría, en que viniste, todos los árboles eran selváticos y producían frutos amargos, que no podían comer los hombres por ser veneno, y que en vano los cortan para alimentarse con ellos. Pero la bondad del Eterno te envió, harina de trigo precioso, que con tu perfección quitas el veneno del alimento, haciendo que sea bueno, como también el árbol de la Escritura, que en el correr de los años abandonó su ser natural, y el paladar de los hombres que la concupiscencia corrompió. En el caso presente quien manda que se lleve la harina y la eche es tu Padre y tu eres el harina que se sacrifica para hacerse alimento de los hombres. Después de tu sacrificio no producirá más amargura en el mundo porque habrás restablecido la amistad con Dios. Tal vez me he equivocado”.

“No. Tal es el símbolo”.

“¡Oh!, ¿cómo pudiste pensarlo?” pregunta admirado Pedro.

Jesús le responde: “Te lo diré con tus palabras de hace poco. Un buen brinco y se encuentra uno en la isla tranquila y florida de la espiritualidad. Pero hay que tener valor de dar el salto abandonando la ribera, el mundo. Brincar sin pensar que pueda haber alguien que se ría de nosotros, o de nuestra sencillez por preferir un islote solitario al mundo. Dejar todo para refugiarse en Dios. Entrar en la isla separada del mundo y salir de ella *únicamente* para distribuir a los que están en la ribera, flores y aguas limpias recogidas en la isla del espíritu, donde hay un árbol solo; el de la Sabiduría, cuyas palabras si está uno cerca, lejos del mundanal ruido, puede uno captar, y llegar a ser maestro, porque se ha sabido ser discípulo. También esto es un símbolo. Pero ahora vamos a decir una parábola a los pequeños. Acercaos más”.

Los tres niños están tan cerca que se sientan sobre sus rodillas. Jesús los abraza y empieza a hablar.

“Un día el Señor dijo: ‘Haré al hombre y el hombre vivirá en el paraíso terrenal donde está el gran río que se divide luego en cuatro ramas, que son el Fison, el Geon, el Eufrates y el Tigris, que corren por la región. El hombre se sentía feliz al poseer todas las bellezas y bondad de lo creado y mi amor para alegría de su espíritu’. Y así lo hizo. Era como si el hombre estuviese en una gran isla, pero más florida que esta y con árboles y animales de todas clases. En él

⁶ Cfr. 4 Rey. 4, 38-41.

vivía el amor de Dios que servía de sol para su alma, y la voz de Dios estaba en los vientos, más melodiosa que el trino de los pajaritos.

Pero en esta bella isla florida, en medio de los animales y plantas entró arrastrándose una serpiente diversa de las que Dios había creado y que eran buenas, que no tenían veneno en los colmillos, que no aterrorizaban al enrollarse. Dicha serpiente se había vestido con colores bellísimos que no tenían las otras, aun más, se había hecho más bella, en tal forma que parecía un collar real, que anduviese adornando los árboles del jardín. Fue a enrollarse cerca de un árbol que se erguía en medio del jardín, un árbol frondoso, solitario, con bellos frutos. La serpiente parecía una piedra preciosa a su alrededor. Brillaba al sol. Todos los animales la miraban, porque ninguno se acordaba de haberla visto cuando fue creada, ni haberla visto antes. Ninguno se le acercaba, más bien todos se alejaban del árbol, desde que la tenía a su alrededor.

Sólo el hombre y la mujer se acercaron. La mujer fue la primera porque le agradaba lo que lucía, lo que brillaba al sol, que movía su cabeza semejante a una flor, que se abre, dio oídos a lo que decía la serpiente, desobedeció al Señor, e hizo desobedecer a Adán. Después de haber cometido el acto de desobediencia, vieron la serpiente en lo que era y comprendieron su pecado, porque habían perdido la inocencia de su corazón. Se escondieron de Dios que los buscaba, y luego le mintieron cuando les preguntó.

Entonces Dios puso ángeles en los límites del Jardín y arrojó de él al hombre. Fue como si de la ribera segura del Edén los hombres hubieran sido arrojados a los ríos terrenales, como cuando vienen las avenidas en primavera. Dios dejó en el corazón de los expulsados el recuerdo de su destino eterno, esto es, del paso del hermoso jardín, donde oían la voz y amor de Dios, al Paraíso donde hubieran podido gozar de Dios completamente. Y con el recuerdo les dejó el estímulo santo para subir con una vida justa al lugar perdido.

Hijos míos, acabáis de ver que mientras la barca desciende siguiendo la corriente, su camino es fácil, pero cuánto le cuesta estar derecha al subir contra corriente, cuánto para que no la volteen las ondas, para no naufragar entre las hierbas y la arena o piedras que hay. Si Simón Pedro no hubiera armado vuestras barquitas con tiras de junco, las habríais perdido, como sucedió a Isaac por haber dejado ir el junco.

Lo mismo sucede a los hombres que se arrojan a la corriente de la tierra. Deben estar siempre en las manos de Dios, poniendo su voluntad, que es cual un junco, en las manos del buen Padre que está en los cielos y que es Padre de todos, sobre todo los inocentes, y deben estar vigilantes para evitar las hierbas y espadañas*, las piedras, remolinos y lodo que pudieran detener, quebrar o tragarse la barca de su alma, rompiendo el hilo de la voluntad que los tiene unidos a Dios. Porque la serpiente, que no está más en el jardín, está ahora en la tierra, y trata de hacer naufragar las almas; busca el medio de que no suban por el Eufrates, el Tigris, el Geón, el Fisón, el gran Río que corre en el paraíso eterno y alimenta los árboles de la vida y salud, que producen perpetuos frutos de que gozarán todos los que pudieron subir la corriente para reunirse con Dios y sus ángeles y llegar a la seguridad completa”.

“También lo decía mi mamá” dice el mayor de los niños.

“Sí, lo decía” balbucea el pequeño.

“No puedes saberlo. Yo sí, porque soy grande. Si dices cosas que no son ciertas, no entrarás en el paraíso”.

“Papá decía que nada era verdadero” objeta el de en medio.

“Porque no creía en el Señor de mamá”.

“¿Era tu padre samaritano?” pregunta Santiago de Alfeo.

“No. Era de otros lugares. Pero mamá sí era, y nosotros somos porque ella nos quería. Nos hablaba del paraíso y del jardín, pero no tan bien como Tú lo has hecho. Yo tenía miedo de la

* espadaña = Planta herbácea, de la familia de las Tifáceas, de metro y medio a dos metros de altura, con las hojas en forma casi de espada, el tallo largo, a manera de junco, con una mazorca cilíndrica al extremo, que después de seca suelta una especie de pelusa o vello blanco, ligero y muy pegajoso.

serpiente y de la muerte porque mamá decía que aquella era el diablo y porque papá decía que la muerte acaba todo. Por esto me sentía infeliz de estar solo, y también decía yo que era inútil ser buenos, porque, mientras vivieron nuestros padres, era agradable ser buenos, y ahora no había más quien se alegrase de nuestro buen corazón. Pero ahora sé... Seré bueno. No quitaré mi hilo de las manos de Dios para que no me arrastren las aguas de la tierra".

"¿A dónde se fue mamá, arriba o abajo?" pregunta con sencillez el niño mediano.

"¿Qué quieres decir?" pregunta Mateo.

"Quiero decir que dónde está. Ha ido al río del paraíso eterno?"

"Así lo esperamos, niño. Si fue buena..."

"Era samaritana..." responde con desprecio Iscariote.

"¿Entonces no hay paraíso porque somos samaritanos? ¿Entonces no tendremos a Dios con nosotros? Él lo ha llamado "Padre de todos". A mí que soy huérfano me gusta pensar en que todavía tengo padre... Pero si para nosotros no hay..." baja su cabecita afligido.

"Dios es el padre de todos, hijo mío. ¿Te he amado menos porque eres samaritano? Te arrebaté de los ladrones y te arrebataré del demonio, del mismo modo como pelearía por el hijo del sumo sacerdote del templo de Jerusalén, si é no pensara que es un oprobio que el Salvador salvase a su hijo. Óyeme, estoy más contigo, porque estás solo y huérfano. Para Mí no hay diferencia entre el espíritu de un judío y el de un samaritano. Y dentro de poco no habrá más divisiones entre Samaria y Judea, porque el Mesías tendrá un solo pueblo que llevará su nombre, y en el que estarán todos los que lo hubieran amado".

"Yo te amo, Señor. ¿Y me llevas donde está mi mamá?" pregunta el mayor de los tres.

"No sabes dónde está. Lo dijo ese hombre. Que sólo hay qué esperar..." replica el mediano.

"Yo no lo sé, pero lo sabe el Señor. Él supo dónde estábamos, cosa que nosotros no sabíamos".

"Con los ladrones... Nos querían matar..." El espanto se dibuja en la carita del mediano.

"Los ladrones eran como demonios. Pero Él nos salvó porque nuestros ángeles lo llamaron".

"Los ángeles han salvado también a mamá. Lo sé porque la sueño siempre".

"Mientes, Isaac. No puedes soñarla. Ni siquiera te acuerdas cómo era".

El pequeño replica: "No. No. La sueño. Que la sueño".

"No llares mentiroso a tu hermano, Rubén. Su alma puede ser que vea a vuestra madre porque el buen Padre que está en los cielos puede conceder que el huérfano la sueñe y la conozca parcialmente como concede al hombre que lo conozca, para que de este conocimiento limitado le nazca una buena voluntad de conocerlo perfectamente, que se obtiene siendo siempre mejores... Ahora vámonos. Hemos hablado de Dios y el sábado ha sido santificado". Se pone de pie y entonan otros salmos.

Alguna gente de Efraín que ha oído los cantos, ha venido a escuchar, y respetuosa espera a que terminen, para saludar a Jesús: "¿Preferiste venir aquí más bien que a nuestra sinagoga? ¿No nos amas?"

"Ninguno de vosotros me invitó. Por eso vine aquí con mis apóstoles y estos tres niños".

"Tienes razón, pero pensábamos que tu discípulo te había comunicado nuestro deseo".

Jesús mira a Juan y a Judas: Éste: "Me olvidé de decírtelo ayer. Y hoy por causa de los tres pequeños me volví a olvidar".

Jesús sale de la isleta y atravesando la parte del arroyuelo, se dirige a donde están los de Efraín. Los apóstoles lo siguen. Los niños se quedan a soltar sus dos barquitas que les han quedado, y dicen a Pedro: "Las quisiéramos tener para acordarnos de la lección.

"¿Y yo? Yo perdí la mía. No me acordaré. No iré al paraíso" llora el más pequeño.

"Espera, no llores. Te voy a hacer otra barquita. De veras. También tú debes recordar la lección. ¡Eh! Sería necesario hacer a todos una barquita con su junco amarrado a la proa para que se recordasen. Más que vosotros, nosotros los adultos tenemos necesidad de ello". Pedro corta una caña, y hace una barquita con un junco, y agarrado a los tres pequeños con un solo brazo, salta el arroyuelo, yéndose a donde está Jesús.

"¿Son estos?" pregunta Malaquías.

“Estos”.

“¿Y son de Siquén?”

“El pastorcillo decía que sus parientes son de la campiña”.

“Pobres niños. Si no viniesen ¿qué harías?”

“Los tendría conmigo. Pero vendrán”.

“¿Los ladrones acaso también vendrán?”

“No vendrán. No tengáis miedo de ellos, aunque viniesen... Yo buscaría de *robarlos* y no ellos a vosotros. Les arrebaté cuatro presas y espero haber arrancado un poco su alma del pecado, por lo menos en alguno”.

“Nos permitirás que te ayudemos con estos niños”.

“Sí, pero que no sea porque son de vuestra religión, sino porque son inocentes y el amor para los inocentes es el camino que conduce rápidamente a Dios”.

“Tú eres el único que no haces distinción entre inocentes y culpables. Un judío no habría recogido a estos pequeños samaritanos, como tampoco un galileo. Nadie nos quiere. Y esto lo muestran no sólo con nosotros, sino con los pequeños que no saben lo que sea un samaritano o un judío. Esto es horrible”.

“Es verdad, pero no será cuando existirá mi ley. Míralos Malaquías, que están entre los brazos de Simón, de mi hermano, y de Simón Zelote. Ninguno de ellos es samaritano, ni padre de alguno de ellos, y sin embargo, ni siquiera tú estrechas contra tu corazón a tus hijos con tanto amor, como lo hacen estos discípulos míos. La idea mesiánica consiste en *reunir a todos en el amor*. Este es su emblema. Un solo pueblo en la tierra, bajo el cetro del Mesías. Un solo pueblo en el cielo, bajo la mirada de un solo Dios”.

Se alejan... hablando en dirección de la casa de María de Jacob.

16. La noche del mismo día

15 enero 1947

Jesús está solo en una habitacioncita, sentado sobre la cama. Piensa u ora. Una lamparita de llama amarillenta ilumina. Debe ser ya de noche porque no se oye ningún ruido por la casa, o por el camino, sólo el ruido del arroyo que parece aumentar con el silencio de la noche.

Jesús levanta su cabeza mirando hacia la entrada. Escucha. Se levanta y se dirige. Ve a Pedro en el umbral. “¿Tú? Ven. ¿Qué se te ofrece, Simón? Tenías qué estar acostado porque mañana te espera una larga caminata” Jesús lo toma de la mano, lo pasa, cierra la puerta sin hacer ruido, le invita a sentarse al borde de la cama.

“Vine a decirte, Maestro... Sí, vengo a decirte que también este mismo día te has convencido de lo que soy capaz sólo de hacer que se diviertan los pequeñuelos, de consolar a una viejecita, arreglar un pleito entre dos pastores por una oveja herida. Soy un pobre hombre, y tanto que no comprendo ni siquiera lo que explicas. Pero esto es otra cosa. Ahora vengo a decirte, que por esta razón, quisiera que me tuvieras contigo. No me dan ganas de ir por acá y por allá, cuando no estás con nosotros. No soy capaz de obrar... Dame gusto, Señor”. Pedro habla con vehemencia pero con los ojos clavados en la rústica baldosa.

“Mírame, Simón” le dice Jesús. Pedro levanta su cara. Jesús lo mira fijamente y le pregunta: “¿Es esta toda la razón de que estés despierto? ¿Toda la razón para que te tenga aquí? Sé sincero, Simón. No es murmurar decir a tu Maestro la otra parte de tu pensamiento. *Hay qué saber distinguir entre palabras ociosas y palabra útil. Es algo ocioso, y generalmente en el ocio florece el pecado, cuando se habla de faltas de otros con quien no tiene nada qué ver con ellas. Es una falta de caridad, aun cuando lo que se diga sea verdad. Como también es falta de caridad reprochar más o menos duramente sin dar el consejo necesario. Me refiero a regaños justos. Si no lo son, son pecado contra el prójimo. Cuando uno ve que su prójimo peca, y le duele, porque con el pecado ofende a Dios y hace daño a su alma, y considera que por sí solo no es capaz de comprender la magnitud del pecado, ni de dar consejo, y por esto se vuelve a alguien que es recto, capaz, y le confía su preocupación, entonces no es pecado,*

porque su confidencia tiene por objeto acabar con un escándalo y salvar un alma. Es como uno que tuviese un pariente enfermo de algo que no quiere que se conozca. Es claro que procurará ocultar el mal, pero secretamente ira al médico a decirle: 'Mi pariente, según yo, tiene esto y esto. No puedo darle algún consejo, ni curarlo. Ven o dime qué debo hacer'. ¿Falta acaso contra su pariente? No. ¡Al contrario! Faltaría si fingiera no darse cuenta de la enfermedad y la dejase progresar, haciendo que muera el otro, por un sentido de amor y prudencia mal entendidos. Llegará el día, y no pasarán muchos años, que tú y tus compañeros escucharéis penas del corazón, no como hombres comunes y corrientes, sino como sacerdotes, esto es, como médicos, maestros y pastores de las almas, así como Yo soy Médico, Maestro y Pastor. Debéis escuchar, decidir, aconsejar. Vuestro juicio tendrá el mismo valor como si Dios lo hubiese pronunciado..."

Pedro se separa de Jesús un poquito y poniéndose de pie objeta: "No es posible esto, Señor. No nos lo impongas. ¿Cómo quieres que se juzgue como Dios, si no sabemos ni siquiera juzgar como hombres?"

"Entonces lo podréis, porque el Espíritu de Dios estará sobre vosotros y os iluminará con sus luces. Podréis juzgar, teniendo en cuenta las siete condiciones, según las que podréis aconsejar o perdonar los hechos que se os presenten, Escúchame bien y trata de aprenderlas. A su tiempo el Espíritu de Dios te traerá a la memoria mis palabras. Pero también tú trata de usar tu memoria, porque Dios te la ha dado para que la uses sin haraganería, ni presunción espiritual que arrastra a esperar y exigir todo de Dios. Cuando seas maestro, médico y pastor en mi lugar, y cuando un fiel venga a llorar a tus pies sus culpas debidas a acciones propias o de otros, deberás tener presentes estas siete condiciones.

Quién: ¿Quién ha pecado?

La cosa: ¿Cuál es la materia del pecado?

En dónde: ¿En qué lugar?

Cómo: ¿En qué circunstancias?

Con qué o con quién: El instrumento o la criatura que sirvió para pecar.

Por qué: ¿Cuáles fueron los estímulos que indujeron al pecado?

Cuándo: En qué condiciones y reacciones, o accidentalmente o por hábito contraído.

Ten en cuenta, Simón, *que la misma culpa puede tener innumerables matices y grados según las circunstancias que la produjeron y los individuos que la realizaron. Tomemos, para ilustrar lo que digo, dos pecados que son los más frecuentes: el de la concupiscencia carnal y el de la riqueza.*

Un hombre ha pecado de lujuria, o cree haberlo hecho. Porque algunas veces el hombre confunde el pecado con la tentación, o bien juzga como iguales el estímulo creado artificiosamente por un apetito malsano, y los pensamientos que brotan por reflejo del sufrimiento de una enfermedad o porque algunas veces la carne y la sangre se sacuden imprevistamente, lo que llega hasta la inteligencia antes de que pueda ponerse en guardia para controlarlos. Llega a ti y te dice: 'He pecado de lujuria'. Un sacerdote impetuoso diría: 'Mal hecho'. Pero tú, mi Pedro, no harás así. Porque tú eres Pedro de Jesús, eres el sucesor de la misericordia. Antes de decir que está mal, debes considerar e investigar suave y prudentemente el corazón que llora para conocer todos los matices de la culpa o de la supuesta culpa, del escrúpulo. Dije: suave y prudentemente. Acuérdate que además de pastor eres médico. El médico no pone veneno en las llagas. Si está pronto a amputar algún miembro gangrenado sabe descubrir y curar con mano suave donde sólo hay herida. Acuérdate que además de médico y pastor eres maestro. Un maestro mide sus palabras según la edad de sus discípulos. Obraría mal el pedagogo que a sus pequeños alumnos enseñase las leyes del instinto que ignoraban, haciendo que las conozcan y que se conviertan en maliciosos precoces. En el tratar las almas hay que tener cuidado cómo se les interroga. Te será fácil, si en cada alma vez a tu hijo. Por naturaleza el padre es maestro, médico y guía de sus hijos. Por esto, cualquiera que sea la persona que se encuentra bajo culpa, o bajo el temor de ella, ámala con amor paternal, sabrás juzgar sin herir y sin escandalizar. ¿Me comprendes?"

“Sí, Maestro. Comprendo, muy bien. Deberé ser cauto, paciente. Deberé persuadir para descubrir la herida, cuidar de no llamar la atención de otros, y cuando vea la herida, entonces diré: ‘¿Ves? Aquí por esto y por aquello sufres’. Pero si veo que la persona sólo tiene miedo de haberse herido por haber visto fantasmas, entonces... quitar la oscuridad sin necesidad de iluminar, por celo inútil, sino a almas que realmente lo necesitan. ¿Dije bien?”

“Muy bien. Si alguien te dijese: ‘He pecado de lujuria’, *considera a quien tiene enfrente. Es verdad que se puede pecar en toda edad. Pero será más fácil encontrar el pecado en un adulto que no en un niño. Por lo tanto el modo de preguntar y las respuestas serán diversos. Terminado el primer modo de escrutinio, sigue el segundo sobre la materia del pecado, luego la tercera acerca del lugar del pecado, el cuarto sobre las circunstancias, el quinto acerca de quién fue el cómplice, el sexto acerca del motivo, y el séptimo acerca del tiempo y número de pecados.*

Verás que generalmente mientras un adulto a cada pregunta tuya responderá con unas circunstancias de la culpa; no así las almas infantiles por edad o por espíritu, y deberás decirte después de varias preguntas: ‘Aquí hay humo, y no razón de culpa’. Puede ser que llegues a descubrir que en lugar de fango hay lirio que tiene miedo de ensuciarse de fango y confunde la gota de rocío posada sobre su cáliz con la mancha de lodo. Son almas que desean así el cielo que tiemblan verse manchadas aun con la sombra de una nube que por un instante se interpuso entre ellas y el sol, pero que pasa pronto, y no hay huella en su cándida corola. Son almas tan inocentes que quieren serlo, que Satanás espanta con tentaciones mentales o instigando los sentimientos de la carne, o la carne mima, aprovechándose de enfermedades del cuerpo. A estas almas hay qué consolar y sostener porque no son pecadoras, sino mártires. Recuérdalo siempre.

Recuerda también de juzgar con el mismo método al que pecó de avaricia de riquezas o de los bienes de otro. Porque si es un gran pecado ambicionar sin necesidad y sin compasión al robar al pobre, y contra la justicia es vejar a los ciudadanos, a los siervos, a los pueblos; no lo es, la culpa de quien, viendo que no se le da un pedazo de pan, lo roba, para apagar su hambre y la de sus hijos. Recuerda que si tratándose por ejemplo del lujurioso y del ladrón, hay qué tener en cuenta al juzgar el número, las circunstancias, y gravedad de la culpa, hay qué tener en cuenta también el conocimiento que tuvo el pecador de lo que en esos momentos cometía. Porque si alguien lo hace con pleno conocimiento, peca más que el que lo hace por ignorancia. Y quien libremente peca, es más pecador que el que se ve forzado. En verdad te digo que habrá casos con apariencia de pecado, pero que son martirio, y tendrán su premio. Recuerda sobre todo en todos los casos, que antes de que condenes, te acuerdes que también tú eres hombre y que tu Maestro, en quien nadie pudo encontrar pecado, jamás condenó a nadie que se hubiera arrepentido de haber pecado.

Perdona siete veces siete, y también setenta veces setenta, los pecados de tus hermanos y de tus hijos. Porque cerrar las puertas de la salvación a un enfermo, sólo porque recayó en la misma enfermedad, es querer hacerlo morir. ¿Comprendido?”

“Sí. Esto sí lo he comprendido...”

“Dime ahora todo lo que traías en la mente”.

“¡Oh, sí! Te lo digo porque veo que sabes todas las cosas, y comprendo que no es murmurar, si te pido que envíes a Judas en mi lugar, porque él se siente muy mal si no va. Te lo digo no porque quiera decir que sea envidioso y que yo me escandalice de él, sino para que esté en paz... y para que también tú lo estés. Pues debe ser muy pesado para Ti tener siempre cerca ese viento de tempestad...”

“¿Se ha quejado Judas?”

“Sí. Ha dicho que cada palabra tuya es una bofetada para él. Hasta lo que dijiste por los niños. Dice que a propósito dijiste por él que Eva se había acercado al árbol porque le gustaba esa cosa que brillaba como una corona de rey. Realmente yo no había reparado en semejante comparación. Bueno. Yo soy un ignorante. Bartolomé y Zelote dijeron que Judas ‘recibió un buen golpe’ porque anda ciego tras todo lo que brilla y atrae su vanagloria. Ha de ser así,

porque ellos son hombres de saber. Sé bueno con tus apóstoles, Maestro. Da contento a Judas, y a mí el de quedarme contigo. Lo viste. Soy solo capaz de hacer que los niños se diviertan... y de comportarme como un niño contigo” y abraza a Jesús a quien ama con todas sus fuerzas.

“No puedo darte gusto. No insistas. Tú, *por lo que eres*, irás a misión. Él *por lo que es*, se queda aquí. También mi hermano me había hablado de ello, y aunque lo quiero mucho, le respondí con un ‘no’. Ni aunque me suplicase mi Madre, cedería. No es un castigo, sino una *medicina*. Judas debe tomarla. Si no sirve a su espíritu, sirve al mío, porque no podré reprocharme haber dejado de haber hecho cosa alguna para que se santificara”. Jesús habla clara y firmemente.

Pedro deja caer sus brazos y baja la cabeza suspirando.

“No te aflijas, Simón. Nosotros tendremos una eternidad para estar juntos y amarnos. Pero tenías otras cosas qué comunicarme...”

“Ya es tarde, Maestro. Tú debes dormir”.

“Tú más que Yo, Simón, que debes partir al alba...”

“¡Oh! para mí estar contigo me da más descanso que estar en la cama”.

“Habla, pues. Sabes bien que duermo poco...”

“Bueno. Soy un pedazo de tonto, lo sé y lo digo sin vergüenza. Si se tratase de mí, no importaría que supieses muchas cosas, porque pienso que la sabiduría mayor consiste en amarte, seguirte y servirte con todo el corazón. Pero Tú me mandas por acá y por allá. La gente pregunta y tengo qué responder. Me imagino que lo que te pregunto, otros me lo preguntarán, porque todos los hombres tenemos los mismos pensamientos. Dijiste ayer que siempre sufrirán los inocentes y los santos, y que hasta estos sufrirán por todos. Esto es duro para mi cabeza, aun cuando digas que ellos son los que lo desean. Pienso que como es duro para mí, puede serlo para otros. Si me preguntasen, ¿qué responderé? En este primer viaje, una madre me dijo: ‘No es justo que mi niña hubiera muerto con tantos dolores, porque era buena e inocente’. No sabiendo qué decir, repetí las palabras de Job: ‘El Señor ha dado, el Señor ha quitado. Sea bendito el nombre del Señor’³. Pero ni ella, ni yo quedamos muy convencidos de estas palabras. Quisiera saber otra respuesta...”

“Tienes razón. Escucha. Parece una injusticia, una gran injusticia que los mejores sufran por todos, pero dime, Simón, ¿qué cosa es la tierra? Toda la tierra”.

“¿La tierra? Un espacio grande, grandísimo, hecho de polvo y agua, rocas, con plantas, animales y hombres”.

“¿Y luego?”

“Basta. Al menos que no quieras que yo afirme que es el lugar del castigo del hombre, su destierro”.

“La tierra es un altar, Simón. Un gran altar. Debía ser un altar de perenne alabanza a su Creador. Pero la tierra está llena de pecado, por eso debe ser un altar de perpetua expiación, sacrificio, en el que ardan las hostias. La tierra, debería, como los otros mundos esparcidos en la creación, cantar salmos a Dios. ¡Mira!” Jesús abre la ventana y por ella entran el fresco de la noche, el rumor del arroyo, los rayos de la luna y se ve el firmamento tachonado de estrellas.

“Mira esos astros. Cantan con su voz, que es de luz y de movimiento en los espacios infinitos del universo, las alabanzas de Dios. Hace milenios y milenios de años que entonan su cántico que sube de los campos azules del cielo al cielo de Dios. Podemos pensar en los astros y planetas, en las estrellas y cometas como en criaturas espaciales, que cual sacerdotes del espacio, cual levitas, vírgenes y fieles, deben cantar en un templo sin límites las alabanzas a su Creador. Escucha, Simón. Oye el choque de la brisa entre la fronda y el rumor de las aguas en la noche. También la tierra como el cielo canta con los vientos, con el agua, con las voces de los pájaros y de los animales... Si en el firmamento basta la luminosa alabanza de los astros que lo pueblan, no basta el canto de los vientos, del agua y de los animales para el

³ Cfr. Job. 1, 21.

templo que es la tierra, porque en ella no sólo están los vientos, el agua y animales que inconcientemente cantan las alabanzas de Dios, sino que también en ella está el hombre: la criatura perfecta sobre todo lo que vive en el tiempo y en el espacio, dotado de cuerpo como los animales, de espíritu como los ángeles del cielo, y destinada como ellos lo están, si es fiel en la prueba, a conocer y poseer a Dios, primero con la gracia, y después en el paraíso. El hombre, síntesis que abraza todos los estados, tiene una misión que los demás no tienen, que debería ser de alegría: la de amar a Dios, la de dar con la inteligencia y voluntad culto de amor a Dios; pagar a Dios por el amor que Él ha dado al hombre al darle la vida, y un cielo después de ella.

Dar culto *con la inteligencia*. Piensa, Simón. ¿Que bien saca Dios de la creación? ¿Qué utilidad? Ninguna. La creación no aumenta a Dios, ni lo santifica, ni lo enriquece. Él es infinito. Hubiera continuado siendo lo que es, aun cuando la creación no se hubiera realizado. Pero Dios, que es Amor, quería ser amado. Y por ello creó. Lo único que puede Dios obtener de lo creado es amor y este amor, que es inteligente y libre tan solo en los ángeles y en los hombres, es la gloria de Dios, la alegría de aquellos, la religión de estos. El día en que el gran altar de la tierra dejase de entonar alabanzas y súplicas de amor, la tierra dejaría de existir. Porque apagado el amor, se habría apagado la reparación y la ira de Dios acabaría con el infierno terrestre que habría azotado la tierra. *La tierra, pues, para existir tiene qué amar*. Aún más, la tierra debe ser el templo que ame y ruegue con la inteligencia de los hombres. En el templo, en cualquier templo ¿cuáles son las víctimas que se ofrecen? Las víctimas puras, sin mancha, ni defecto. Sólo estas son agradables al Señor⁷. Ellas y las primicias. Porque al Padre se le ofrecen las cosas mejores, y a Dios, padre de la raza humana, se le presentan las primicias de todas las cosas, lo más selecto.

Te dije que la tierra tiene qué ofrecer un sacrificio doble: el de alabanza y el de expiación, porque el linaje humano que en ella vive, arrastra consigo el pecado de la primera pareja, y además que sigue pecando, agregando al pecado de no amar a Dios, el de otros miles con los que muestra su afecto al mundo, a la carne, a Satanás. Humanidad culpable que pese a su semejanza con Dios, y de que tiene inteligencia propia y los auxilios divinos, siempre peca, cada vez más. Los astros obedecen, lo mismo que las plantas, los elementos, los animales, y a su modo alaban al Señor. Los hombres no obedecen, y no alaban suficientemente al Señor. Esta es la razón por la que se tiene necesidad de almas hostias que amen y expíen por todos. Son los inocentes que pagan, inocentes e ignorantes de ello, el amargo castigo del dolor por los que no saben hacer otra cosa más que pecar. Son los santos que voluntariamente se sacrifican por todos.

Dentro de poco –un año, un siglo, son ‘poco’ en comparación de la eternidad- no se celebrarán otros holocaustos en el gran altar del templo de la tierra, que el de las víctimas-humanas, consumadas con el perpetuo sacrificio: hostia con la Hostia perfecta. No te espantes, Simón. No estoy diciendo que introduciré un culto semejante al de Moloc, Baal y Astarté. Los mismos hombres nos inmolarán. ¿Entiendes? Nos inmolarán. Y nosotros iremos contentos a la muerte para expiar y amar por todos. Luego vendrán los tiempos en que los hombres no inmolarán más a los hombres, pero habrá siempre víctimas puras que consume el amor junto con la gran Víctima en el sacrificio perpetuo. Me refiero al amor de Dios y al amor por Dios. En realidad que serán las hostias del tiempo y del templo futuros. No más corderos, ni cabros, becerros o palomas, sino el sacrificio del corazón que es lo que agrada a Dios¹¹. David lo intuyó. En el tiempo nuevo, en el del espíritu y en el del amor, sólo este sacrificio será agradable.

Ten en cuenta, Simón, que si un Dios tuvo qué encarnarse para aplacar la justicia divina por el gran pecado, por los muchos pecados de los hombres, sólo los sacrificios del corazón humano en el tiempo de la verdad podrá aplacar al Señor. Dirás: ‘¿Porqué entonces, Él, el Altísimo ordenó que se le ofreciesen el fruto del primer parto de los animales y los frutos de las

⁷ Cfr. 1 Pe. 2, 4-10.

¹¹ Cfr. Sal. 50, 18-19.

plantas'? Te lo voy a decir: porque antes de mi venida el hombre era un holocausto imperfecto, porque el Amor no era conocido. Ahora lo será. Cuando el hombre por medio de la gracia que le daré para que conozca el Amor, lo hubiere conocido, saldrá de su letargo, recordará, comprenderá, vivirá, se pondrá en lugar de los machos cabríos y de los corderos, cual hostia de amor y expiación, a imitación del Cordero de Dios, su Maestro y Redentor. El dolor, que hasta ahora ha sido castigo, se cambiará en amor perfecto y bienaventurados los que lo abrazaren con un perfecto amor".

"Pero los niños..."

"¿Te refieres a ellos que no saben todavía ofrecerse?... ¿Y sabes cuándo Dios habla en ellos? *El lenguaje de Dios es lenguaje espiritual. El alma lo entiende y el alma no tiene edad. Aún más te afirmo que el alma infante, pues no tiene malicia, tiene más capacidad de entender a Dios que la adulta de un viejo pecador.* Créeme, Simón, que vivirás mucho tiempo para ver a muchos niños enseñar a personas adultas, y a ti mismo, la sabiduría del amor heroico. *Dios obra directamente en los pequeños que mueren por enfermedad natural por razones de un amor tan alto que no puedo explicarte, pues pertenecen a los planes que están escritos en los libros de la vida, y que sólo en el cielo los bienaventurados leerán. Leerán, dije, pero en realidad, bastará mirar a Dios para conocer no sólo a Dios, sino también su infinita sabiduría...* La luna está ya para ponerse, Simón... Pronto amanecerá y no has dormido..."

"No importa, Maestro. He perdido algunas horas de sueño pero he conseguido mucha sabiduría. He estado contigo. Si me lo permites, me voy, no a dormir, sino a meditar tus palabras".

Está ya en la puerta. Se detiene pensativo y agrega: "Una cosa más, Maestro. ¿Está bien que diga al que sufre, que el dolor no es un castigo, sino una... gracia, una cosa como... como nuestra invitación que hacemos, hermosa aunque laboriosa, bella aunque a quien pueda parecer fea y triste?"

"Lo puedes decir, Simón. Es la verdad. El dolor no es un castigo cuando se acepta y se hace uso de él rectamente. El dolor es como un sacerdocio, Simón. Un sacerdocio al alcance de todos¹⁴. Un sacerdocio que da gran poder sobre el corazón de Dios. Un gran mérito. Nacido con el pecado¹⁵ sabe aplacar la justicia. Porque Dios sabe emplear para el bien cuanto el odio ha hecho para causar dolor. Yo no he querido otro medio para borrar la culpa, porque no hay un medio mayor que este¹⁶".

17. Un sábado en Efraín

17 enero 1947

Debe ser otro sábado, porque los apóstoles están de regreso en casa de María de Jacob. Los niños están cerca de la hoguera. Esto es lo que hace decir a Judas. "Una semana más y los parientes no han venido" se ríe moviendo la cabeza.

Jesús no le responde. Acaricia al mediano. Judas pregunta a Pedro y a Santiago de Alfeo:

"¿Seguisteis, de veras, los dos caminos que llevan a Siquén?"

"Sí. Pensándolo bien, fue inútil. Los ladrones no van por los caminos más transitados, sobre todo ahora que los piquetes romanos los recorren" responde Santiago de Alfeo.

"¿Entonces para qué los recorristeis?" insiste Iscariote.

"Bueno... para nosotros era lo mismo ir acá o allá. Por eso lo hicimos".

"¿Nadie supo decirnos algo más?"

"No preguntamos.

¹⁴ Cfr. 1 Pe. 2, 4-10.

¹⁵ Cfr. Gén. 3.

¹⁶ Cfr. 1 Cor. 1, 17-25; Flp. 2, 5-11.

“¿Cómo entonces podíais saber si habían pasado o no? ¿Lleva banderolas, o deja señales la gente cuando sigue un camino? No lo creo. Por lo menos los amigos nos habrían ya encontrado. Pero nadie ha venido desde que estamos aquí” y ríe sarcásticamente.

“Ignoramos por qué nadie haya venido. El Maestro lo sabe nosotros no. Nadie puede ir al lugar donde está otro, si no se dejan señales para que llegue. No sabemos si nuestro hermano lo ha dicho a los amigos” responde con calma Santiago de Alfeo.

“Oh, ¿puedes creer, o hacer que otros crean que por lo menos no se lo dijo a Lázaro y a Nique?”

Jesús no habla. Toma a un niño de la mano y sale...

“Yo no creo en nada. Aun siendo así como dices, no puedes con todo juzgar, como ninguno de nosotros, la razón por qué nuestros amigos no hayan venido...”

“Fácil es de comprender. Nadie quiere tener dificultades con el Sanedrín, ni tampoco tenerlas quien es rico y poderoso. Eso es todo. Somos nosotros los únicos que nos metemos en peligro”.

“Sé justo, Judas. El Maestro no obligó a ninguno de nosotros a quedarnos con Él. ¿Por qué te has quedado, si el Sanedrín te infunde miedo? Le hace notar Santiago de Alfeo.

“Puedes irte cuando quieras. Nadie te tiene encadenado...” irrumpe el otro Santiago, hijo de Zebedeo.

“¡Eso no! ¡De veras que no! Aquí estamos y aquí nos quedamos. Todos. Eso se hubiera hecho antes. Ahora no. Si el Maestro no es contrario, me opongo yo” dice despacio pero firmemente Pedro, dando un golpe sobre la mesa.

“¿Y quién eres tú para mandar en lugar del Maestro?” pregunta airado Iscariote.

“Un hombre que razona no como Dios como hace Él, sino como un hombre”.

“¿Sospechas de mí? ¿Crees que sea yo un traidor?” pregunta turbado Judas.

“Tú lo has dicho. No quisiera ni pensarlo... pero eres tan... despreocupado, Judas, y tan voluble. Tienes demasiados amigos. Te gusta mucho alardear de *todo*. No serías capaz de guardar silencio, o para atacar a algún enemigo, o para demostrar que eres un apóstol, ¡tú hablarías! Por esto aquí debes estar. Así no haces mal a nadie y no te creas remordimientos”.

“Dios no fuerza la libertad del hombre, y ¿quieres hacerlo tú?”

“Sí. Pero en una palabra ¿te falta algo? ¿Te falta el pan? ¿Te hace mal el aire? ¿Te hace algún mal la gente? Nada de esto. La casa es buena, aunque no rica, el aire es bueno, comida no falta, la gente te honra. Entonces ¿por qué estás intranquilo, como si estuvieses en una galera?”

“Mi corazón no puede sufrir a dos pueblos y al tercero al que odia, ni siquiera es pueblo: a los del monte Seir, a los filisteos, y al pueblo necio que vive en Siquén¹. Te respondo con las palabras del sabio¹. Tengo razón para pensar así. Mira si es que esta gente nos quiere”.

“¡Uhm! Viéndolo bien no me parece que sean peores que tu gente, o la mía. Nos han apedreado en Judea como en Galilea, pero más allá que acá, y más en el Templo de Judea que en cualquier otro lugar. No recuerdo que se nos haya maltratado ni en tierras filisteas, ni acá, ni allá...”

“¿Cuál allá? No hemos ido más lejos. Aun cuando hubiéramos debido ir a otra parte, no habría ido yo, y nunca iré. No quiero contaminarme”.

“¿Contaminarte? No es esto lo que te molesta Judas de Keriot. No quieres enemistarte con los del Templo. Esto es lo que te duele” dice calmadamente Simón Zelote, que está en la cocina con Pedro, Santiago de Alfeo y Felipe. Los demás se han ido saliendo uno después de otro y han ido a reunirse con los niños. Una fuga meritoria, porque así no se falta a la caridad.

“No. No es eso. Es que no me gusta perder mi tiempo, y dar la sabiduría a los necios. Mira, ¿de qué nos sirvió haber tomado a Ermasteo²? Se fue y no regresó más. José contó que se separó diciendo que regresaría para las tiendas². ¿Lo viste? Un renegado...”

¹ Cfr. Eccli. 50, 27-28.

² Cfr. Ex. 23, 14-17

“Como no sé la razón, no puedo juzgarlo. Pero te pregunto, ¿es el único que ha abandonado al Maestro y que se ha convertido en su enemigo? ¿No hay acaso renegados entre judíos y galileos? ¿Puedes negarlo?”

“Es verdad. Bueno. Yo me encuentro aquí mal. ¡Si se supiera que estamos aquí! ¡Si se supiera que tratamos con samaritanos hasta entrar en sus sinagogas en el día del sábado! Él quiere hacerlo... ¡Ay si se supiese! La acusación sería justificada...”

“Y el Maestro sería condenado, quieres insinuar. Si ya lo está. Lo está antes de que se sepa. Está condenado, aun después de haber resucitado a un judío en Judea. Se le odia y se le acusa de ser samaritano, amigo de publicanos y de prostitutas. Lo ha sido... siempre. Y tú mejor que nadie lo sabes”.

“¿Qué insinúas Natanael? ¿Qué quieres decir? ¿Qué tengo qué ver en todo esto? ¿Qué cosa puedo saber?” Está que se muere de ansia.

“Te pareces a un ratón a quien rodean enemigos. No eres ratón, ni tampoco tenemos palos para aprehenderte y matarte. ¿Por qué te espantas tanto? Si tu conciencia está en paz, ¿por qué te perturbas con palabras que no tienen ningún sentido? Bartolomé no ha dicho ninguna palabra de más que te sintieses intranquilo. ¿No es verdad que *todos* nosotros, sus apóstoles, que dormimos junto a Él, que vivimos a su lado, sabemos y somos testigos que Él no ama al samaritano, al publicano, al pecador, a la prostituta, *sino sus almas*, y que *sólo se preocupa de éstas* y sólo por estas –y que sólo el Altísimo sabe cuán grande sea el esfuerzo que el Purísimo hace para acercarse a los que somos humanos llamados ‘suciedad’- va a donde están los samaritanos, los publicanos y las prostitutas? ¡Todavía no comprendes a Jesús, ni lo conoces aún, muchacho! ¡Lo comprendes menos que los samaritanos, filisteos, fenicios y cualquiera otro!” dice Pedro marcando con un dejo de tristeza sus últimas palabras.

Judas no responde. Los demás no añaden otra cosa.

Entra la viejecita diciendo: “En la calle están los de la ciudad. Dicen que es la hora de la oración del sábado y que el Maestro prometió hablar”.

“Voy a avisarle. Di a los de Efraín que pronto vamos” le responde Pedro y va al huerto para avisar a Jesús.

“¿Qué haces? ¿Ven? Si no quieres venir, vete, vete, vete antes de que se vea que no quieres venir” dice Zelote a Judas.

“Voy. ¡Aquí no se puede hablar! Parece como si yo fuese un gran pecador. Todo lo que digo se entiende de mal modo”.

“Con la entrada de Jesús a la cocina, nadie habla.

Van a la calle. Se unen a los de Efraín y con ellos entran a la población hasta la sinagoga, en donde Malaquías está esperando e invitando a todos a que entren.

“No veo ninguna diferencia mayor en el modo de orar de los samaritanos y el que he visto en otros lugares. Están siempre las mismas lámparas, los mismos atriles con sus rollos, el lugar del sinagogo o de quien habla en su lugar. Sólo que aquí los rollos son menos numerosos³ que en otras sinagogas”.

“Dijimos nuestras oraciones mientras te esperábamos... Si quieres habla... ¿Qué rollo prefieres, Maestro?”

“No necesito de ninguno. Y aunque lo quisiera, no lo tenéis” responde Jesús y se dirige a la gente y empieza a hablar:

“Cuando los hebreos⁴ regresaron a su patria con licencia de Ciro, rey de los persas, para que reedificasen el Templo de salomón y que había sido destruido cincuenta años antes, fue reedificado el altar, y sobre él ardió el holocausto diaria, tarde y mañana, y el extraordinario del primer día de cada mes, y de las solemnidades consagradas al Señor o los holocaustos de las ofrendas individuales. En el segundo año del regreso, después de las primicias indispensables en el culto, se di mano a lo que pudiera llamarse su adorno, cosa que no puede reprenderse,

³ La razón es que los samaritanos no admiten más que el Pentateuco.

⁴ Cfr. 1 Esdr.3.

porque se hace con la intención de honrar al Eterno, pero no es indispensable. Porque el culto de Dios consiste en amarlo, y el amor se siente y se consume con el corazón, no con las piedras, bien cuadradas, ni con madera preciosa, oro o aromas. Todo esto es una exterioridad que sirve más para satisfacer el orgullo nacional y el de la ciudad propia, que para honrar al Señor.

Dios quiere un templo espiritual. No se satisface con un templo de murallas de mármoles, sino de corazones que amen. En verdad os digo que el templo del corazón limpio y lleno de amor es el único que ama a Dios y que en él permanece con sus luces, y que son necedad lo que se disputan las diversas regiones o ciudades sobre cuál de sus lugares es el mejor para orar.

¿Qué fin tiene provocar rivalidades en riquezas y adornos dentro de las casas de Dios, destinadas a la oración? ¿Puede acaso lo finito satisfacer lo Infinito, aunque lo finito fuese diez veces más bello que el templo de Salomón y que todos los palacios juntos? Dios, el Infinito a quien ningún lugar, ni boato* material puede honrar como conviene, quiere por el contrario estar en el corazón del hombre, porque el espíritu del justo es un templo en que está como suspendido, entre los perfumes del amor, el Espíritu de Dios, y dentro de poco se convertirá en un templo en el que el Espíritu encontrará una mansión real, como está en el cielo Uno y Trino. También está escrito que apenas los albañiles pusieron los fundamentos del Templo, llegaron los sacerdotes con sus vestiduras y trompetas y los levitas con sus címbalos, según lo establecido por David. Y cantaron que 'Dios tiene qué ser alabado porque es bueno y su misericordia dura para siempre'. Que el pueblo se alegró. Que muchos sacerdotes, jefes, levitas y ancianos lloraron muchísimo al pensar en el Templo que antes había, y que por ello no se podían percibir los cánticos, del llanto. Se lee también que hubo gente que trató de impedir el trabajo de los del Templo por venganza, porque no habían sido aceptados cuando se ofrecieron a edificarlo, porque también ellos buscaban al Dios de Israel, al Dios Único y verdadero. Estas molestias interrumpieron los trabajos hasta que Dios quiso que continuasen. Esto es lo que se lee en el libro de Esdras⁶.

¿Cuántas lecciones y de qué naturaleza pueden desprenderse de este relato?

Se puede desprender, por ejemplo, que el culto tiene qué ser sentido en el corazón y no hacerlo consistir en piedras y madera o en vestiduras y címbalos, cánticos, de lo que el espíritu está lejano. La falta de amor mutuo es siempre causa de retardo y perturbación, aun cuando se trata de un objeto bueno por sí. Donde no hay caridad, Dios no está. Es inútil buscar a Dios si no se pone uno en condición de poderlo encontrar. Dios se encuentra en la caridad. Los que se sitúan en ella sin dificultad alguna encuentran a Dios⁷. Y quien tiene a Dios consigo, tiene asegurado el triunfo de lo que emprendiere.

En el salmo que es el lamento del corazón que ha meditado profundamente sobre los sucesos dolorosos que siguieron la reconstrucción del Templo y de las murallas, se dice: 'Si el Señor no construye la casa en vano se afanan los albañiles. Si el Señor no guarda la ciudad y la protege, en vano velan por ella sus defensores'⁸.

¿Cómo puede Dios edificar la casa, si sabe que sus moradores no aman con el corazón a su prójimo? ¿Cómo va a proteger la ciudad y dar fuerza a sus defensores, si en ellos no se ve más que odio contra sus vecinos? ¿Sirve de algo, ¡oh pueblos!, estar divididos por el odio? ¿Os hizo más poderosos, más ricos, más felices? El odio y el rencor para nada sirven. El que está solo jamás es más fuerte, ni puede ser amado el que no ama. De nada sirve, como dice el salmo, levantarse antes del amanecer para ser grandes, ricos, felices. Cada uno descanse del dolor de la vida, porque el sueño es un don de Dios como lo es la luz y todo de lo que goza el hombre; tome cada uno su descanso, pero tanto cuando duerma como cuando esté despierto tenga consigo la caridad, y sus obras seguirán adelante, como también su familia, sus

* boato = Ostentación en el porte exterior

⁶ Cfr. 1 Esd. 4-5.

⁷ Cfr. 1 Ju. 4, 7-16.

⁸ Cfr. Sal. 126, 1.

negocios, y sobre todo su espíritu, y así conquistará la corona real de hijos del Altísimo y herederos de su Reino.

Está escrito que mientras el pueblo cantaba hosannas, algunos lloraban pues pensaban y lamentaban el pasado. Y que no era posible distinguir los cánticos de en medio de la gritería. Hijos de Samaria, apóstoles míos, bien de Judea como de Galilea, también hoy hay quien aclama y quien llora mientras el nuevo Templo de Dios se levanta sobre fundamentos eternos. También ahora hay quien estorba los trabajos y quien busca a Dios donde no está. También ahora hay quien quiere edificar según las órdenes de Ciro y no según las órdenes de Dios, según la orden, esto es, del mundo y no según las voces del espíritu. También ahora hay quien lamenta neciamente un pasado inútil, un pasado que no tuvo nada de bueno ni de sabio, tanto que provocó el desprecio de Dios. Ahora también tenemos todas estas cosas, como si estuviésemos siempre en la oscuridad de los tiempos viejos, y no bajo los rayos de la nueva Luz.

Abrid vuestro corazón a la luz. Llenaos de ella para que me veáis a Mí, Luz que os hablo. Estamos en los tiempos nuevos. Todo vuelve a ellos. Pero ¡ay! de los que no quisieren entrar y pusiesen obstáculos a los que edifican el Templo de la nueva fe en el que Yo soy la Piedra angular, al cual entregaré todo mi ser para hacer cal de las piedras, para que el edificio se levante santo y robusto, que los siglos admiren, vasto como la tierra bañada de su luz. Digo *luz* no sombra, porque mi Templo se compondrá de espíritus y no de cuerpos opacos. Seré piedra con mi Espíritu eterno, y lo serán todos los que siguieren mi palabra, la nueva fe, piedras incorpóreas, piedras llenas de fuego, piedras santas¹¹. Y la luz se extenderá por la tierra, la luz del nuevo Templo, y la cubrirá de sabiduría y santidad. Y fuera se quedarán sólo los que llorarán lágrimas de cocodrilo y llorarán el pasado que fue para ellos fuente de utilidades y de honras humanas.

Abríos al tiempo y Templos nuevos ¡oh vosotros de Samaria! En ellos todo es nuevo. *No existen en ellos* las antiguas separaciones y límites corporales, de pensamiento y de corazón. Cantad, porque el destierro de la ciudad de Dios está por terminar. ¿Acaso os gusta ser cual desterrados, cual leprosos para con los demás de Israel? ¿Acaso os gusta que se os tenga como desterrados del seno de Dios? Esto es lo que sentís, esto lo que vuestras almas, vuestras pobres almas, encerradas en vuestros cuerpos, en los que hacéis que domine vuestro pensamiento protervo que no quiere confesar ante los demás: ‘Nos hemos equivocado, y cual ovejas extraviadas regresamos ahora al Redil’. No lo queréis decir a los hombres: he aquí el mal. Decidlo, pues, a Dios. Aunque tratéis de ahogar el grito de vuestra alma, Dios oye su gemido que se siente infeliz de verse desterrada de la casa del santísimo Padre universal.

Escuchad las palabras del salmo¹². Aunque hace siglos seáis peregrinos, id a la ciudad que está en alto, a la verdadera y celestial Jerusalén. De allá, del cielo, bajaron vuestras almas para animar un cuerpo y suspiran por regresar allá. ¿Por qué queréis sacrificar vuestras almas, hacer que no hereden el reino? ¿Qué culpa tienen de haberse encarnado en Samaria? Proceden de un Único Padre. Tienen mismo Creador como las almas de Judea, Galilea, Fenicia o Decápolis. Dios es el fin de todo espíritu, cada espíritu tiende a Dios, aun cuando idolatrías de cualquier clase, o herejías funestas, cismas, o la falta de fe lo mantengan ignorante del Dios verdadero, ignorancia que sería absoluta si el alma no tuviese un sello imborrable como recuerdo de la Verdad a la que siempre tiende. Procurad mantener este recuerdo y esta ansia. Abrid las puertas a vuestras almas. ¡Que entre la luz, que entre la vida, que entre la verdad! ¡Que se abra el camino! Que todos entren cual ondeadas luminosas y llenas de vida, como rayos de sol, como ondas y como vientos equinocciales para que hagáis que crezca la planta que se levanta en alto, cada vez más cercana a su Señor.

¹¹ Cfr. 1 Pe. 2, 4-6.

¹² Alusión al salmo 121.

¡Salid del destierro! Cantad conmigo¹⁴: ‘Cuando el Señor nos hace regresar de la cautividad, el alma rebosa de alegría. Nuestra boca se llene de sonrisas y nuestra lengua de gozo. Se dirá ahora: ‘El Señor ha hecho grandes cosas en favor nuestro’’. Sí, el Señor ha hecho grandes cosas por vosotros, y os veréis llenos de alegría.

¡Oh, Padre mío!, te ruego por ellos, como por todos. Haz, oh Señor, que regresen estos prisioneros nuestros, estos, para Ti y para Mí, se encuentran encadenados en el error. Tráelos, oh Padre, cual arroyuelo que se arroja al gran río, al gran mar de tu misericordia y de tu paz. Yo y mis siervos sembramos con lágrimas en ellos tu verdad. Padre, haz que cuando llegue el tiempo de la gran mies, podamos todos nosotros tus siervos enseñar tu verdad, segar alegremente entre estos surcos, que ahora parecen sembrados de espinas el trigo mejor de tus graneros. ¡Padre! ¡Padre! Por nuestros trabajos, lágrimas, dolores, sudores y muertos, que pasaron por este mundo o pasarán como compañeros de nuestro trabajo en sembrar, haz que podamos llevarte a Ti, como manojos, las primicias de este pueblo, las almas que han vuelto a nacer a la justicia y a la verdad para gloria tuya. Así sea”.

El profundo silencio poco a poco se rompe. Primero empieza algo como un rumorcillo, que poco a poco crece y que va aumentando hasta convertirse en grito de hosanna. Entonces la gente gesticula, hace comentarios, aclama...

Este epílogo del Maestro es diverso de todos los que había pronunciado en el Templo. Malaquías habla por todos: “Eres el único en poder decir estas verdades, sin ofender o molestar. ¡Eres verdaderamente el Santo de Dios! Ruega para que tengamos paz. Hace siglos que nos hemos endurecido... creencias y ofensas seculares. Debemos romper nuestra corteza. Ten compasión de nosotros”.

“Más todavía: os amo. Tened buena voluntad y la corteza se partirá por sí misma. Que venga a vosotros la luz”.

Sale, seguido de los apóstoles.

18. Los familiares de los niños y los de Siquén

18 enero 1947

Jesús está solo en la isleta. A la otra orilla están jugando los niños y hablan quedito porque no quieren turbar los pensamientos de Jesús. De vez en cuando el pequeño prorrumpen en un grito de alegría al descubrir alguna piedrita de color, o una nueva flor. Los demás le dicen que no grite: “No hables. Jesús está orando...” y el murmullo continúa mientras que sus morenas manitas fabrican casitas, y conos, que en su imaginación serán casas y montañas.

Arriba el sol brilla, haciendo que crezcan cada vez más las yemas de los árboles y que vayan abriéndose las flores de los prados. El álamo se estremece entre sus grises y verdes hojas y los pajarillos, allá arriba, se disputan la hembra con cánticos que pueden terminar con un himno de triunfo como en una elegía.

Jesús sigue orando. Sentado en la hierba, protegido por un montón de espadañas, sigue absorto en su oración. Algunas veces levanta sus ojos para ver los pajarillos que juegan entre la hierba, otras los baja y se recoge nuevamente en sus pensamientos.

Se oyen pasos entre los árboles de la ribera, Juan que llega a la isla, espantan los pájaros que huyen de entre las ramas del álamo. Juan no descubre al punto a Jesús que está oculto y un poco coartado pregunta: “¿Dónde estás, Maestro?”

Jesús se pone de pie, mientras que los tres niños gritan del otro lado: “Está allí, detrás de las hierbas grandes”.

Juan ha visto a Jesús: “Maestro, han venido los familiares. Los parientes de los niños, y con muchos de Siquén. Fueron a casa de Malaquías y él los ha traído aquí. Vine a buscarte”.

“¿Dónde está Judas?”

¹⁴ Cfr. Sal 125.

“No lo sé, Maestro. Después de que viniste aquí, salió y todavía no ha regresado. Estará en la población. ¿Quieres que lo busque?”

“No. No es necesario. Quédate aquí con los pequeños. Voy a hablar con sus familiares”.

“Como quieras, Maestro”.

Jesús se va y Juan se pone con los niños a hacer un gran puente imaginario con largas hojas de cañas...

Jesús entra en casa de María de Jacob, que está esperando en la puerta y que le dice:

“Subieron a la terraza. Los llevé arriba para que descansasen. Mira a Judas que viene corriendo del poblado. Lo esperaré y prepararé algo para los peregrinos que están muy cansados”.

También Jesús espera a Judas en el pasillo semi oscuro respecto de la luz de afuera. Al llegar, ve inmediatamente a Jesús y altaneramente se dirige a la mujer: “¿Dónde están los de Siquén? ¿Se fueron ya? ¿Y el Maestro? ¿Nadie lo va a llamar? ¡Juan!...” Mira a Jesús y cambia de tono: “¡Maestro, corrí lo más que pude! Por casualidad... Estás ya en casa...”

“Juan estaba y me fue a buscar”.

“También yo lo hubiera hecho... pero en la fuente me pidieron unas personas que les explicase algo...”

Jesús no añade más. Abre su boca sólo para dar la bienvenida a los que lo saludan, algunos de ellos sentados sobre la valla de la terraza, y algunos en la habitación, y al verlo se levantan para presentarle sus respetos.

Después de haber hecho un saludo general, saluda a algunos en particular, con la admiración de estos que dicen: “¿Te acuerdas de nuestros nombres?” Deben ser habitantes de Siquén.

Jesús responde: “Me acuerdo de vuestros nombres, de vuestras caras, de vuestras almas.

¿Trajisteis a los familiares de los niños? ¿Son ellos?”

“Sí. Vinieron a llevárselos y vinimos con ellos para darte las gracias por la piedad que mostraste para con ellos, que son hijos de Samaria. ¡Eres el único en hacerlo!... Eres el Santo que sólo hace cosas santas. También nosotros nos acordamos de Ti. Y al saber que estabas aquí, vinimos, para verte y para decirte que te agradecemos que nos hayas elegido como refugio y que nos hayas amado en los hijos de nuestra raza. Escucha ahora a los familiares”.

Judas sigue a Jesús que se dirige a los familiares de los pequeños y les dice que hablen.

“Tal vez no lo sepas, pero somos hermanos de la madre de los pequeños. Estábamos irritados contra ella, porque sin pensarlo bien, y contra nuestro parecer, se casó. Nuestro padre amaba mucho a la única hija, de tal modo que nuestras relaciones con él no fueron filiales, que digamos, y por varios años no nos hablamos y estuvimos separados. Cuando supimos que la mano de Dios había caído sobre nuestra hermana y que tenía mucha aflicción en su casa, pues su unión impura no le alcanzó la bendición divina, nos llevamos a nuestro padre a nuestra casa para que si tenía qué sufrir, sufriese sólo por la pobreza en que su hija vivía.

Murió. Lo supimos. Hacía poco que había pasado, y lo supimos... Nosotros venciendo nuestro rencor, ofrecimos a su marido, por medio de éste y éste (dos de Siquén) de tomar a nuestro cargo a los niños. Son también nuestra sangre. Respondió que prefería verlos muertos, antes de que comieran de nuestro pan. No nos permitió ni éstos, ni el cuerpo de nuestra hermana para que la sepultáramos según nuestros ritos. Entonces juramos odiarle a él y a sus descendientes. El odio cayó sobre él, una cueva inmundada. No nos preocupamos de él, porque hacía tiempo que había muerto en nuestro corazón. Tuvimos sin embargo mucho miedo cuando hace unas ocho noches vimos llegar a nuestra casa a los ladrones. Enterados de la razón de ello, no el dolor, sino la aversión nos picó como aguijón y nos dimos prisa en despacharlos ofreciéndoles buena recompensa para que se mostrasen amigos, y nos admiramos al saber que ya habían cobrado y que no querían otra cosa”.

Judas improvisamente rompe el silencio con una carcajada irónica: “¡Su conversión! ¡Total! ¡No cabe duda!”

Jesús lo mira severamente, los demás se quedan sorprendidos. El que había hablado, continúa: “¿Y qué podías pedir más de ellos? ¿No era ya bastante que hubieran llegado a

nuestra casa a la cabeza del pastorcillo, desafiando los peligros sin haber tocado nada? El que vive mal, se porta siempre mal. Pues no quitaron gran cosa al difunto. Apenas lo suficiente para pasar diez días in robar. Nos sorprendió su honradez, en tal forma, que les preguntamos que quién les había dicho que tuviesen piedad. Por ellos nos enteramos de que un Rabí les había hablado... ¡Un Rabí! Tú solo, porque ningún otro rabí de Israel podría haber hecho lo que hiciste. Cuando se fueron, preguntamos al pastorcillo asustado y supimos bien las cosas. Nos enteramos primeramente que el marido de nuestra hermana había muerto, que los niños estaban en Efraín en casa de un hombre justo, que este hombre justo era rabí, que había hablado a los ladrones, e inmediatamente pensamos en Ti. Al llegar a Siquén al amanecer, hablamos con éstos, porque todavía no habíamos decidido recoger a los niños. Nos dijeron: “¿Pretendéis que sin motivo alguno el Rabí de Nazaret haya amado a los niños? No cabe duda que Él fue. Vamos a verlo, porque nos quiere mucho a los de Samaria”. Y arreglado lo que teníamos qué hacer, vinimos aquí. ¿Dónde están los niños?”

“Junto al arroyo. Judas, ve a llamarlos”.

Judas va.

“Maestro, nos es duro el verlos. Nos recuerdan todas nuestras aflicciones, y todavía vacilamos en acogerlos o no. Son hijos del mayor enemigo que hemos tenido en esta tierra”.

“*Son hijos de Dios. Son inocentes.* La muerte anula el pasado, y la expiación alcanza el perdón, aun de Dios. ¿Queréis ser más severos que Él? ¿Más crueles que los ladrones? ¿Más obstinados que ellos? Los ladrones querían matar al pastorcito y quedarse con los niños. Al pastorcito porque les convenía, a los niños por piedad, por verlos indefensos. El Rabí les habló, y no solo no hicieron mal al pastorcito, sino que os lo llevaron a vuestra casa. Si logré que no se cometiese un crimen, ¿van a dejar de escucharme corazones rectos?”

“Es que... somos cuatro hermanos, y hay en casa ya treinta y siete niños”.

“Y donde comen treinta y siete pajaritos, porque el Padre de los celos hace que haya granos para ellos, ¿no comerán cuarenta? ¿Será que el poder del Padre no puede encontrar comida para tres más, mejor dicho, para *cuatro* hijos suyos? ¿Conoce límites la divina Providencia? ¿Va a tener miedo el Infinito de bendecir con mayor largueza vuestros campos, vuestros huertos, vuestros ganados, porque cuatro pobres niños más van a comer de vuestro pan, de vuestro aceite, beber vuestro vino, y vestirse con la lana de vuestros rebaños?”

“Son tres, Maestro”.

“Son cuatro. También el pastorcito es huérfano. ¿Si Dios se apareciese aquí, podrías afirmar que tenéis tan poco de comer que no podáis dar nada a un huérfano que muere de hambre? El Pentateuco manda que se tenga compasión del huérfano...”

“Claro que no, Señor. Tienes razón. No vamos a ser inferiores a los ladrones. Al niño pastor daremos también de comer, de vestir y vivirá con nosotros. Y esto por amor a Ti”.

“Por amor. Por Amor a *todo*. A Dios, a su Mesías, a vuestra hermana, a vuestro prójimo. Que esto sea vuestro obsequio y perdón que deis a vuestra sangre. No un sepulcro frío en que descansen su cuerpo. Perdonad. Olvidad. Dad paz al espíritu que pecó. No sería en realidad perdonada la que fue vuestra hermana y que fue madre de los pequeños, si además de la expiación justa que ha debido pagar, supiese que sus hijos que son inocentes, pagan los pecados de ella. La misericordia de Dios es infinita. Conceded paz al espíritu de la difunta”.

“¡Lo haremos, lo haremos! No nos hubiéramos doblegado ante nadie pero ante Ti, sí Maestro, que has pasado entre nosotros sembrando una semilla que no muere, que no morirá”.

“¡Que así sea! Ved a los niños...” Jesús los ve venir a casa y los llama.

Soltando las manos de los apóstoles corren gritando: “¡Jesús! ¡Jesús!” Entran, suben la escalera. Llegados a la terraza, se quedan espantados al ver a tantos extraños que los miran. “Ven, Rubén, también tú, Eliseo, y tú, Isaac. Estos son los hermanos de vuestra mamá y vinieron a llevaros para que estéis con sus hijos. ¡Ved cuán bueno es el Señor! Como el palomo de María de Jacob que vimos el otro día que daba de comer al pichoncito que no era suyo, sino de su hermano muerto. Os acojo y os entrego a ellos para que cuiden de vosotros, y no seáis huérfanos. ¡Ea, saludad a vuestros parientes!”

“El Señor sea con vosotros, señores!” dice tímidamente el mayor, mirando al suelo. Los otros dos lo imitan.

“Éste se parece mucho a su madre, y también éste, pero ése (el mayor) es semejante a su padre” dice uno de los familiares.

“Amigo mío, no creo que vayas a dejar de amarlo, tan sólo porque haya semejanza en la cara” dice Jesús.

“¡Oh, no! Eso no. Lo miraba... y pensaba... No quisiera que tuviera el corazón de su padre”.

“Es un niño tierno todavía. Sus palabras sencillas recuerdan el amor que tenía por encima de todo, por su madre”.

“Los tenía mejor cuidados de lo que imaginamos. Tienen buen vestido, y sandalias. Tal vez le fue bien al final...”

“Yo y mis hermanos tenemos vestido nuevos porque Jesús nos los dio. No teníamos nada, ni sandalias, ni manto. Como el pastor” responde el mediano que es menos tímido que el primero.

“Te devolveremos todo, Maestro” dice un familiar y añade: “Joaquín de Siquén ha recibido ofertas de la ciudad. Añadiremos todavía dinero...”

“No quiero dinero. Quiero una promesa. Que améis a éstos que arrebaté a los ladrones. Las ofertas... Malaquías, úsalas para los pobres que conoces y da algo a María de Jacob porque está muy pobre”.

“Como Tú digas. Si se portan bien los amaremos”.

“Nos portaremos bien, Señor. Sabemos que hay que serlo para volver a encontrar a nuestra madre y volver a subir el río, hasta el seno de Abraham y no debemos romper el hilo de nuestra barca de las manos de Dios para que no nos arrastren las corrientes del demonio” promete Rubén como si recitase algo.

“¿Qué ha dicho ese?”

Una parábola que me oyeron. La dije para consolar su corazón y que fuese una guía para su espíritu. Los niños se la aprendieron y la aplican a sus acciones. Tratadlos mientras hablo a los de Siquén...”

“Maestro, una palabra más. Lo que más nos extrañó con los ladrones fue que dijeron comunicásemos al Rabí, que se habían llevado a los niños, que los perdonase si tardaron mucho en llegar a nuestra casa, pero que tuviese en cuenta que no podían tomar cualquier camino, y que no podían caminar fácilmente con un niño por lugares difíciles”.

“¿Lo oíste, Judas?” dice Jesús a Iscariote, que no replica.

Luego Jesús se dirige a los de Siquén que le arrancan la promesa de una visita aunque fuese breve, antes del calor estival. Cuentan a Jesús muchas cosas, y entre otras cómo los que Él curó en el cuerpo y en el alma, se acuerdan de Él.

Judas y Juan se industrializan para que los niños se familiaricen con sus parientes...

19. La lección secreta

21 enero 1947

Jesús va caminando por un sendero solitario. Delante de Él van los familiares de los niños y a su lado los de Siquén. La región es desierta. No se ve ninguna población cercana. Los niños cabalgan en asnos. En los otros asnos nadie porque los de Siquén han preferido andar a pie para estar cerca de Jesús, y los asnos al no sentir carga se alegran y rebuznan contentos porque regresan a su hogar, en medio de un espléndido día, entre orillas tapizadas de tierna hierba, que de vez en vez mordisquean

Luego levantando sus ancas, corren presurosos. Los niños se ríen ante tal espectáculo.

Jesús viene hablando con los siquemitas. Es evidente que los samaritanos están orgullosos de tener consigo al Maestro y se hacen ilusiones irrealizables. Tanto que dicen señalando los montes altos que quedan a la izquierda: “¿Ves? Ebal y Garizín tienen mala fama, pero contigo son mejores que Sión, y lo serían completamente si los eligieses como permanencia tuya. Sión

ha sido siempre madriguera de jebuseos. Y los que están allí ahora son más enemigos tuyos que lo fueron de David. Este como empleó la violencia, tomó la ciudadela, pero Tú que eres tan bueno, no reinarás allí. Jamás. Quédate con nosotros, Señor, y te tributaremos honores.” Jesús responde: “Contestadme: ¿me habríais amado si os hubiera querido conquistar a la fuerza?”.

“No... Te amamos porque eres en verdad todo amor.”

“¿Reino sólo por el amor en los corazones?”

“Así es, Maestro. Pero es porque hemos dado cabida en nuestro corazón a tu amor. Los de Jerusalén no te aman.”

Es verdad que no me aman. Pero vosotros que sois muy buenos mercaderes respondedme: cuando queréis vender, comprar o ganar algo, ¿perdéis el ánimo porque en algunos lugares no os aman? O bien ¿os dedicáis sólo a vuestros negocios, pensando en hacer buenas ganancias, buenas ventas sin tener en cuenta si se os dio el dinero con amor?”

“Nos preocupamos sólo de nuestros intereses. Poco nos importa que se nos haya dado el dinero con amor o sin él. Negocios son negocios. Lo que interesa son las ganancias... lo demás no tiene valor.”

“De igual modo Yo que vine a ocuparme sólo de los negocios de mi Padre. No me interesa que donde trabaje encuentre o no amor. En un mercado no se puede vender a todos, ni tampoco se puede comprar de todos. Y cuando se hace negocio con alguien se dice que el viaje no fue inútil y vuelve uno al mismo puesto. Porque lo que no se obtuvo la primera vez, se puede obtener la segunda, la tercera o más veces. ¿No es verdad? También Yo hago lo mismo para las conquistas que quiero llevar al cielo, como vosotros por las terrenas. Insisto, persevero, encuentro suficiente cualquier cosa con tal de salvar un alma que considero la mayor recompensa para mi fatiga. Cada vez que voy allá y sobrepujo todo lo que puede ser reacción del hombre, con tal de conquistar, como rey del espíritu, un solo súbdito mío, no considero como inútiles mis dolores, mis fatigas. Más bien considero que las befas, las injurias, las acusaciones son dignas de ser amadas. No sería un gran conquistador si me detuviese ante los obstáculos de fortalezas de granito.”

“Tendrás necesidad de siglos para vencerlos. Eres hombre. No vivirás durante los siglos. ¿Por qué pierdes el tiempo donde no te aman?”

“Viviré menos. Dentro de poco no estaré entre vosotros, no veré más el amanecer, ni el atardecer como piedras millares de los días que nacen, de los días que mueren, pero los contemplaré solo como bellezas de lo creado y alabaré por ellos al Creador que los hizo y que es mi Padre; no veré florecer las plantas, ni madurar los trigales; tampoco tendré necesidad del fruto de la tierra para conservar la vida, porque regresando a mi reino, me alimentaré de amor. Y sin embargo conquistaré muchas fortalezas que son los corazones de los hombres. Ved ese manantial que brota debajo de esa piedra, al lado del monte. El manantial es tan flacucho, que parece apenas gotear. Es una gota que hace siglos cae. La piedra es muy dura. Es basalto. No es calcárea. Y ved sin embargo cómo en su centro se haya formado un hoyo, no mayor que el cáliz de un nenúfaro², pero suficiente para reflejar el cielo azul y calmar la sed de los pájaros. ¿Hizo acaso el hombre esa cuenca? No, no se preocupó. Tal vez durante los muchos siglos que han pasado, en que la gota inexorablemente ha venido cayendo sobre el mismo lugar, pasaron muchos hombres, y sin embargo nadie reparó en esa pequeña cuenca, como lo hacemos ahora y que admiramos su belleza, y por ella alabamos al Eterno que nos la quiso dar para admirarla y para que fuese refrigerio de los pajarillos que cerca hacen sus nidos. Decidme. ¿Fue acaso la primera gota la que hizo el hoyo en donde se reflejan cielo, sol, nubecillas y estrellas? No. Han sido millones y millones de gotas, que al chocar contra el basalto, parecían entonar una melodía luctuosa. De este modo por siglos y siglos, cuando el sol nacía, como cuando se escondía tras los montes; ya fuese sábado o no, luna nueva o menguante, la gota ha venido cayendo. La roca resistió. El hombre que es soberbio y por lo

² Nenúfaro, plata acuática que se haya en estanques y fuentes.

tanto impaciente y poltrón*, habría tirado el mazo y el cincel después de los primeros golpes diciendo: 'No puede trabajarse en ella'. La gota lo hizo con todo. Era lo que tenía que hacer. Para eso fue creada. Por siglos gimió hasta que hizo la cuenca. No se paró alegando: 'Ahora se ocupará el cielo para meter en la concavidad que he excavado, el rocío que cae, las gotas del cielo', sino que continuó cayendo, y es la que llena la concavidad en los días calurosos del verano, en los duros del invierno, mientras los violentos o ligeros aguaceros turban su espejo, pero no pueden embellecerlo, ni hacerlo más grande o profundo, porque ya él es bello, grande y profundo. El manantial sabe que sus hijas, las gotitas, mueren en ese pequeño hueco, pero no las detiene. Las empuja más bien al sacrificio, y para que no se entristezcan manda otras, de modo que la que termina, sepa que se perpetúa en la siguiente. De igual modo Yo, que soy el primero en golpear en los corazones duros como rocas, lo seguiré haciendo en mis sucesores que mandaré hasta el fin de los siglos, y abriré en ellos huecos, donde mi ley entrará como un sol, donde quiera que haya un hombre. Si después ellos se cerrasen a la luz y cerrasen el hoyo hecho con tanto trabajo, Yo y mis sucesores no tendremos ninguna culpa ante los ojos de nuestro Padre. Por otra parte si ese manantial hubiese buscado otro curso, al ver la dureza de la roca, y hubiese goteado donde la tierra está llena de hierba, decidme, ¿habríamos tenido esa piedra preciosa que brilla, y los pajaritos habrían podido refrescarse?"

"Ni siquiera se hubiera visto, Maestro".

"A lo más... un poco de hierba tupida hubiera mostrado que allí estaba un manantial".

"Había menos hierba que en otras partes, porque se hubiera podrido de tanta humedad".

"Habría lodo y el gotear hubiera sido inútil".

"Tenéis toda la razón. Un goteo inútil. De igual modo Yo, si tuviese qué escoger sólo los lugares donde los corazones estén dispuestos a acogerme porque son rectos o porque me quieren, cumpliría un trabajo imperfecto, porque trabajaría, a no dudarlo, pero sin fatigas, más bien con mucha satisfacción de mi propio 'ser', con un compromiso agradable entre el deber y el placer. Donde el amor rodea todo, no es pesado el trabajar, y donde el amor hace las almas dúctiles, no es gravosa la fatiga. Pero si no hay el cansancio no hay mérito, y no hay ganancia, porque pocas conquistas pueden hacerse donde las almas aman la justicia. No sería Yo quien soy si no buscara primero de redimir a la verdad, y luego a la gracia a todos los hombres".

"¿Y crees que lo lograrás? ¿Qué puedes hacer más de lo que has hecho para persuadir a tus enemigos que no aceptan tu palabra? ¿Qué? Ni siquiera la resurrección del hombre de Betania fue capaz de hacer que los judíos te reconociesen como el Enviado de Dios".

"Tengo todavía que hacer algo mayor que la resurrección".

"¿Cuándo, Señor?"

"Cuando la luna de nisán esté llena. Fijaos bien".

"¿Dará alguna señal el cielo? Se dice que cuando naciste el cielo habló con luces, cánticos y estrellas raras".

"Así fue para decir que la Luz había venido al mundo. En nisán los cielos y la tierra darán señales, parecerá el fin del mundo debido a las tinieblas, por el sacudimiento y bramar de los truenos en el cielo y por los estremecimientos de las entrañas abiertas de la tierra. Pero no será el fin, sino el principio. Antes de mi venida, el cielo dio a los hombres el Salvador y como era un solo acto de Dios, la paz rodeó el acontecimiento. En nisán será la tierra que voluntariamente devolverá a luz a sí misma el Redentor, y como será un acto de los hombres, la paz no la acompañará. La convulsión será horrible, En medio del horror de aquella hora y del infierno la tierra desgarrará su seno bajo las saetas encendidas de ira divina y aullará, demasiado ebria para comprender su alcance, demasiado endemoniada para impedirlo. Como una parturienta loca creará poder destruir el fruto que pensaba que era maldito, y no comprenderá que lo levantará en lugares a donde jamás el dolor y la asechanza llegarán. La planta, la nueva planta de ese día extenderá sus ramas por toda la tierra, por todos los siglos, y El que estaba hablando será reconocido bien por amor, bien por odio, como verdadero Hijo

* poltrón = Flojo, perezoso, haragán, enemigo del trabajo.

de Dios y su Mesías. ¡Ay de aquellos que lo reconocieren contra su voluntad, que no me confesasen, ni se convirtiesen a Mí!”

“¿En dónde sucederá esto, Señor?”

“En Jerusalén. Es la ciudad del Señor”.

“Entonces no estaremos, porque estaremos ocupados en la pascua. Somos fieles a *nuestro* Templo”.

“Sería mejor que fueseis fieles al Templo vivo que no está ni allá, en el monte Moria, ni en el Garizin, sino que siendo divino es universal. Pero Yo sé esperar vuestra hora, en la que amaréis a Dios y a su Mesías en espíritu y verdad”.

“Nosotros creemos que eres el Mesías. Por eso te amamos”.

“Amar es dejar el pasado para entrar en mi presente. Todavía no me amáis como se debe”. Los samaritanos se miran de reojo sin replicar. Luego uno dice: “Por llegar a Ti, lo haremos. Pero no podemos, aunque quisiéramos, ir a donde hay judíos. Lo sabes. No nos quieren...”

“Tampoco vosotros a ellos. Pero calmaos. Dentro de poco no habrá dos regiones, dos Templos, dos corrientes diversas de pensar, sino un solo pueblo, un solo Templo, una sola fe para todos los que desean la verdad. Ahora os voy a dejar. Los niños están contentos y se divierten. Tengo qué regresar a Efraín y el camino es largo para llegar antes de que se eche encima la oscuridad. No hagáis ningún estrépito. Vuestros gestos podrían llamar la atención de los pequeños y no conviene que vean cuando regreso. Seguid. Yo me quedo aquí. Que el Señor os guíe por los senderos de la tierra y por la de sus caminos. Idos”.

Jesús se hace a un lado del camino y los deja pasar. Lo último que rompe el silencio de los que regresan a Siquén es la alegre risotada de un pequeño, que se esparce por entre las ramas silenciosas del monte.

20. Lo que sucede en la Decápolis y Judea

22 enero 1947

La noticia de que Jesús está en Efraín la esparcieron sus mismos pobladores bien para gloriarse de ello, bien por otros motivos que ignoro, pero el caso es que muchos están viniendo a ver a Jesús: sobre todo enfermos, uno que otro que tiene cuitas, y algunos que tienen ganas de verlo. Esto lo deduzco porque oigo que Iscariote dice a un grupo que acaba de llegar de la Decápolis: “No está el Maestro. Estamos yo y Juan, y es lo mismo. Decid qué queréis”.

“No podéis enseñar lo que Él nos enseña” replica uno.

“Somos igual que Él. Recuérdalo siempre. Si quieres oír en persona al Maestro regresa antes del sábado y vete después que haya pasado. El Maestro ahora es un verdadero maestro. No habla ya en todos los caminos, ni bosques, o sobre peñascos como un vagabundo, y a cualquier hora como un esclavo. Aquí habla el sábado, como conviene a Él. ¡Y hace bien! ¡Lo que le sirvió el haberse acabado de fatiga y de amor!”

“Nosotros no tenemos la culpa de que los judíos...”

“¡Todos! ¡Todos! ¡Judíos o no judíos! Todos sois iguales y lo seréis. Él es todo para vosotros, y vosotros nada para Él. Él da, vosotros no, ni siquiera la limosna que se da al mendigo”.

“Pero nosotros tenemos la oferta. Mírala, si no nos crees”.

Juan, que ha estado callado, pero que visiblemente sufre, mira a Judas con ojos suplicantes de reproche, de consejo. Cuando Judas extiende su mano para recibir la oferta, Juan pone su mano sobre su brazo y le dice: “No, Judas, esto no. Conoces las órdenes del Maestro” y volviéndose a los llegados: “Judas se ha explicado mal y vosotros mal lo comprendisteis. No es esto lo que quiso decir mi compañero; se trata de una oferta de fe sincera, de una amor fiel, que nosotros, yo, mis compañeros, todos vosotros debemos dar lo mucho que el Maestro nos da. Cuando andábamos errantes por la Palestina. Él aceptaba vuestra oferta porque nos eran necesarias y porque encontrábamos en nuestro camino a muchos mendigos, o nos hablaban de miserias ocultas. Aquí ahora nada nos falta –sea alabada la Providencia- y no encontramos

a menesterosos. Tomad vuestra oferta y dadla en nombre de Jesús a los que la necesiten. Esto es lo que quiere nuestro Señor y Maestro, y lo que ha dicho que hagan los que andan evangelizando por diversos poblados. Pero si hay algún enfermo, o alguien quiere hablar con el Maestro, decidlo, lo iré a buscar donde se aísla para orar, pues su espíritu anhela recogerse en el Señor”.

Judas murmura algo entre dientes. Se sienta junto al horno encendido como para desinteresarse de lo que pasa.

“En realidad... no tenemos mucha necesidad, pero supimos que estaba aquí y atravesamos el río para venir a verlo. Si os hemos causado alguna molestia...”

“No, hermanos. No es ninguna molestia que lo busquéis, que lo améis aun con fatiga. Vuestra voluntad tendrá buena recompensa. Voy a anunciar al Señor que habéis venido y Él vendrá. Pero si no viniese, os traeré su bendición”. Juan sale del huerto para ir en busca del Maestro.

“Deja que yo vaya” ordena Judas con imperio y sale corriendo.

Juan lo mira irse, y no dice nada. Vuelve a entrar en la cocina donde se han amontonado los peregrinos; pero casi al momento les propone: “¿Vamos al encuentro del Maestro?”

“Pero si no quisiera...”

“¡Oh, no os preocupéis de lo que pasó! Conocéis la razón por la que estamos aquí. Son los demás lo que obligan al Maestro a que tome estas providencias de reserva, no es que Él quiera. Él siempre conserva el mismo amor por todos vosotros”

“Lo sabemos. Los primeros días de la lectura del bando se le buscó por toda la Transjordania, y por donde se pensaba que podían encontrarlo. En Betabara, Betania, Pela, Ramot, Galaad y más allá. Sabemos que lo mismo sucedió en Judea y Galilea. Las casas de sus amigos han estado muy bien vigiladas porque... si muchos son sus amigos y discípulos, también son muchos los que no lo son, y creen servir al Altísimo persiguiéndolo. Luego las pesquisas cesaron y se esparció la voz de que estaba aquí”.

“¿Quién os lo dijo?”

“Unos discípulos suyos”.

“¿Mis compañeros? ¿Dónde?”

“No. Ninguno de ellos. Otros. Son nuevos, porque nunca los hemos visto con el Maestro, ni con los antiguos discípulos. Hasta nos sorprendimos de que nos hubiesen dicho dónde estaba escondido. Pero pensamos que lo habían hecho porque no eran conocidos como discípulos de parte de los judíos”.

“No sé qué os dirá el Maestro. Por mi parte os aseguro que de ahora en adelante no debéis creer sino a discípulos conocidos. Sed prudentes. Todos los de esta región saben lo que pasó al Bautista...”

“Piensas que...”

“Si una sola persona odió a Juan y fue aprehendido, ¿qué no pasará a Jesús, que lo odian Palacio y Templo, fariseos, escribas, sacerdotes y herodianos? Sed pues prudentes para que no os remuerda la conciencia... Vedlo que viene. Vamos a su encuentro”.

La noche no tiene luna, pero sí estrellas. Al no ver la posición de la luna y de su cara no podría decir la hora. Lo que veo sólo es que la noche es serena. Efraín están envuelto en los velos nocturnos. El arroyo no es más que ruido. Su espuma, su brillantez han desaparecido entre el verdor de las plantas que impiden la luz.

En algún lugar un ave nocturna se queja. Se calla, al oír el chasquido de ramas y el apartarse de cañas que avanza hacia la casa, siguiendo el arroyo y que viene de la parte montañosa. Aparece una figura alta y robusta en el camino de la ribera que lleva a la casa. Se detiene un poco como para orientarse. Toca la pared con las manos para cerciorarse. Encuentra la puerta. La toca y sigue adelante. Da vuelta, tocando siempre la esquina de la casa hasta llegar a la salida del huerto. La tiente, la abre, empuja y toca. Toca las paredes que dan al huerto. Se queda dudoso en la puerta de la cocina. Luego continúa hasta la escalera, la sube a tientas, se sienta en el último escalón. ¡Una sombra oscura en medio de la oscuridad! Allá al oriente, el

color del cielo nocturno; un velo plumizo que ve que lo es por las estrellas que lo traspasan, empieza a cambiarse por otro que el ojo percibe como gris de pizarra que parece neblina espesa y no anuncio del amanecer. Lentamente el milagro diario de la luz se repite.

La persona que estaba acurrucada en el suelo, cubierta bajo su manto oscuro, se mueve, levanta la cabeza, echa el manto hacia atrás. Es Mannaén. Trae un vestido común y corriente de color café y un manto de igual tela. Es una tela tosca, de trabajadores o peregrino, sin fibias ni faja. Con un cordón torcido de lana se sostiene el vestido. Se pone de pie. Mira el cielo de donde viene avanzando la claridad y permite ver lo que hay alrededor. Una puerta en la planta baja se abren chirriando. Mannaén se asoma sin hacer ruido para ver quién sale de la casa. Es Jesús que cautelosamente cierra la puerta y se dirige a la escalerilla. Mannaén se retira un poco y tose para llamar la atención de Jesús, que levanta su cabeza deteniéndose a mitad de la escalera.

“Soy yo, Maestro. Soy Mannaén. Ven acá que debo hablarte. Te he estado esperando...” dice en voz baja Mannaén y se inclina para saludarlo.

Jesús sube los últimos peldaños: “La paz sea contigo. ¿Cuándo viniste? ¿Cómo? ¿Por qué?” pregunta.

“Creo que apenas había cantado el gallo, cuando llegué aquí. Pero allá en los matorrales, estoy desde ayer por la noche”.

“¡Toda la noche bajo el sereno!”

“No podía hacer menos. Debía hablarte a solas. Tenía qué conocer el camino para venir a la casa y que nadie me viera. Por eso vine en el día y me oculté allá. Vi cuando la población se recogía. Vi cuando volvían a entrar Judas y Juan. Casi Juan me tocó con su carga de leña que traía. No me vio por lo tupido de la maleza. Vi cómo una viejecita entraba y salía, vi que empezaba a brillar el fuego en la cocina, y te vi que bajabas de acá cuando ya había anochecido. Vi cuando se cerraba la puerta. Entonces me acerqué a la luz de la nueva luna y estudié el camino. Entré en el huerto, La puerta de nada sirve. Oí vuestras voces. Pero debía hablarte a Ti solo. Regresé para volver a la tercera vigilia. Sé que de costumbre te levantas temprano para orar. Esperé. Alabado sea el Altísimo”.

“Pero ¿cuál es el motivo por el que quieres verme con tanta precaución?”

“Maestro, José y Nicodemo quieren hablarte y han pensado hacerlo burlando cualquier vigilancia. Lo han intentado otras veces, mas debe ser Belcebú que ayuda tanto a tus enemigos. Tuvieron qué renunciar porque tanto su casa como la de Nique tienen vigilancia continua. Ella tenía que haber venido antes que yo. Es una mujer valiente, se puso en camino por Adomín, pero la siguieron y entonces se detuvo cerca del lugar llamado la Subida sangrienta, y para no descubrir la razón de su estadía y justificar los alimentos que traía en su cabalgadura, dijo: “Voy a ver a un hermano mío que está en una gruta que hay en los montes. Si queréis venir, vosotros que enseñáis lo de Dios, haréis una obra santa porque está enfermo y tiene necesidad de Dios”. Y así con esta audacia los persuadió de irse. Pero no se atrevió a venir a aquí y fue en verdad a ver a alguien que está en una gruta y que le confiaste”.

“Es verdad. ¿Pero cómo Nique lo hizo saber a los otros?”

“Fue a Betania. Lázaro no está, pero sí las hermanas, y María no es una mujer que tiemble ante alguien. Se vistió como tal vez no lo hizo Judit cuando fue a verse con el soberano y fue al Templo públicamente con Sara y Noemí y luego a su palacio de Sidón. De allí envió a Noemí a casa de José con el recado. Y mientras... astutamente los judíos iban y venían para presentarle sus homenajes, y cualquiera podía verla, señora en su mansión, la viejecita Noemí, con vestidos que no llamaban la atención fue a Bezeta a la casa de José. Nos pusimos de acuerdo en que yo vendría, porque nadie sospecha de mí, nómada, que voy de un palacio de Herodes a otro, a decirte que la noche entre el viernes y el sábado José y Nicodemo, uno de Arimatea y el otro desde Roma, vendrán antes del crepúsculo, se encontrarán en Gofená y allí te esperarán. Yo sé el lugar, el camino, y vendré en la noche a llevarte. Puedes fiarte de mí. Pero de mí solo, Maestro. José te ruega que nadie sepa de este encuentro nuestro. Por bien de todos”.

“También por el tuyo, Mannaén”.

“Señor... yo soy. Pero no tengo bienes qué cuidar ni intereses de familia como José”.

“Y esto confirma mis palabras de que las riquezas materiales son siempre un peso... Di a José que nadie sabrá de nuestro encuentro”.

“Entonces me voy, Maestro. Empieza a aclarar y tus discípulos podrían verme”.

“Vete y que Dios sea contigo. Te voy a acompañar para enseñarte el lugar donde nos encontraremos la noche del sábado...”

Bajan si hacer ruido y salen del huerto bajando pronto a la ribera del arroyo.

21. Lo que sucede en Judea y sobre todo en Jerusalén

23 enero 1947

Es un sendero muy difícil que ha tomado Mannaén para llevar a Jesús al lugar donde lo esperan. Todo montañoso, estrecho, pedregoso, entre maleza y árboles. La luz de una clarísima luna, en su primera fase a veces logra abrirse paso por entre las ramas, a veces no, entonces Mannaén saca antorchas preparadas, que trae consigo, terciadas al hombro como si fueran armas, Va adelante, Jesús detrás. Ambos avanzan en silencio. Dos o tres veces algún animal corriendo entre el bosque simula el sonido de pasos que hace detener a Mannaén. Pero fuera de esto ninguna otra cosa perturba el silencio del camino y de la noche.

“Maestro, allí está Gofená. Ahora doblamos por aquí. Contaré trescientos pasos y estaré en el lugar donde te esperan desde el crepúsculo. ¿Te ha sido largo el camino? Estoy seguro que hemos caminado por los atajos para guardar la distancia legal.

Jesús hace un gesto como para decir: “No podía haberse hecho de otro modo”.

Mannaén no habla, porque va contando los pasos. Se encuentra en un corredor rocoso y sin vegetación, semejante a una cueva de subida, entre murallas del monte que casi se tocan.

Podría decirse que un cataclismo hizo aquella abertura, como si hubiera dado una cuchillada, y dividió el monte en un tercio de su cima. Arriba, más allá de las paredes perpendiculares, más allá del ruido que producen las plantas nacidas a la orilla, resplandecen las estrellas, pero la luna baja a este abismo. La luz de la antorcha despierta a las aves que se asoman por entre las grietas.

Mannaén dice: “¡Es aquí!” y lanza dentro de la hendidura rocosa un grito semejante al chillido del búho.

Del fondo por entre un corredor rocoso avanza una luz rojiza. Es José: “¿El Maestro?” pregunta al no ver a Jesús que está un poco detrás.

“Estoy aquí, José. La paz sea contigo”.

“Contigo también. Pasa. Hemos hecho un buen fuego para ver si hay alguna serpiente o escorpión y para no tener frío. Me adelanto”.

Se vuelve y por la ondulación del sendero los guía a un lugar donde hay una hoguera encendida. Cerca de ella, está Nicodemo que está echando ramas y junípero.

“También la paz sea contigo, Nicodemo. He venido. Hablad”.

“Maestro, ¿ninguno se ha enterado de tu venida?”

“¿Y quién quieres, Nicodemo?”

“¿No están contigo tus discípulos?”

“Sólo Juan y Judas de Simón. Los otros evangelizan desde el crepúsculo del sábado hasta el viernes. Yo salí de casa antes de sexta diciendo que no se me esperase antes del alba del día siguiente al sábado. Todos están acostumbrados a ver que me ausento por muchas horas, para que pueda suscitar sospecha alguna. Estad tranquilos. Tenemos mucho tiempo para hablar, sin temer que nos sorprendan. Aquí... es el lugar mejor”.

“Sí, madriguera de serpientes y buitres... y de ladrones en la estación cuando estos montes están llenos de ganado. Ahora los ladrones prefieren otros lugares donde pueden bajar más rápido sobre los rebaños y caravanas. Nos desagrada haberte obligado a venir hasta aquí.

Pero es que de acá podemos partir por caminos diversos, sin que nadie nos vea. Porque donde se sospeche que alguien te quiere, allí está el ojo penetrante del Sanedrín”.

“En esto no estoy de acuerdo contigo José. Creo que somos nosotros los que vemos sombras donde no las hay. Me parece que desde hace días todo se ha calmado...” objeta Nicodemo.

“Te engañas, amigos. Te lo aseguro. Hay calma porque no tienen necesidad de buscar al Maestro, pues saben dónde está. Por eso se vigila a Él y no a nosotros. Por eso recomendé que no dijese a nadie que nos veríamos. Para que no hubiese alguien pronto... a hacer algo” Replica José.

“No creo que los de Efraín...” dice Mannaén.

“Cierto que ni los de Efraín, ni ningún otro de Samaria. Y sólo para llevarnos la contra”.

“No, José. No es por esto. Es que no tienen en su corazón la sierpe maligna que hay en vosotros. No tienen miedo de que se les despoje de alguna prerrogativa. No tienen intereses sectarios, ni de casta. No tienen nada, fuera e un deseo instintivo de que se les perdone, que los ame Aquel a quien sus antepasados ofendieron, y que ellos continúan ofendiendo permaneciendo fuera de la religión perfecta. Son orgullosos, como también vosotros, y ambas partes no queréis dejar el rencor que os divide y tenderos la mano en nombre del único Padre. Aun cuando en ellos hubiese una gran voluntad, no así en vosotros, porque vosotros no sabéis perdonar. No queréis arrojar a los pies los prejuicios confesando: ‘El pasado ha muerto, porque ha nacido el Príncipe del siglo futuro que a todos acoge bajo su bandera’¹. He venido y acojo. ¡Pero vosotros! Para vosotros sigue siendo anatema aun lo que Yo he juzgado digno de acoger”.

“Eres severo con nosotros, Maestro”.

“Soy justo. ¿Podéis negar que en vuestros corazones, por ciertas acciones mías, no me critiquéis? ¿Podéis afirmar que aprobáis mi misericordia que es igual con judíos, galileos, samaritanos, gentiles, y hasta mayor con estos y con los grandes pecadores, porque de ella tienen más necesidad? ¿Podéis asegurarme que no habíais preferido que me hubiese revestido de violenta majestad para manifestar mi origen sobrenatural, y sobre todo, tenedlo en cuenta, mi misión de Mesías según *vuestro concepto que de Él tenéis*? Decid la verdad: fuera del gozo de la resurrección de nuestro amigo, ¿no habíais preferido que hubiera llegado majestuoso y cruel a Betania como nuestros antiguos cuando iban a encontrarse con los amorreos y basanitos², como José en los de Ai, y con los de Jericó, o mejor: haciendo caer por mandato mío las piedras y los muros enemigos, como lo hicieron las trompetas de José con la muralla de Jericó, o haciendo caer del cielo, sobre sus enemigos piedras como sucedió en la bajada de Beterón en los mismos tiempos de Josué³, como en tiempos más recientes⁴, llamando a jinetes que cubiertos de oro corriesen en sus cabalgaduras por el cielo, armados con lanzas, y se escuchase el choque de caballería de una y otra parte, el estrépito de escudos, de tropas que desenvainan la espada, y el silbido de los dardos que rompen el aire? Esto habíais preferido. Pese a que me amáis mucho, vuestro amor todavía es imperfecto, y lo alimenta un deseo que tampoco es santo, vuestro modo de pensar israelita, *vuestro viejo modo de pensar*. El que existe en Gamaliel como en el último de Israel, el que existe en el sumo sacerdote, en el tetrarca, en el campesino, en el pastor, en el nómada, en el que vive en la Diáspora. El pensamiento de un Mesías conquistador. La pesadilla que sufre el que teme que el Mesías lo reduzca a *nada*. La esperanza de quien ama la patria con pasión humana. La esperanza de quien está oprimido por otras fuerzas, en otras tierras. No es vuestra culpa. El pensamiento que Dios había concebido acerca de Mí ha venido cubriéndose de eskorias inútiles. Pocos son los que, con dolor suyo, saben devolver a su pureza inicial la idea mesiánica. Ahora bien, los tiempos en que se dará la señal a Gamaliel se acercan. Él la

¹ Cfr. Is. 9, 6-7; 11, 10-16; Rom. 15, 7-13.

² Cfr. Núm. 21, 21-35; Deut. 2, 26-37.

³ Cfr. Jos. 6-8; 10.

⁴ Cfr. 2 Mac. 5, 1-4.

espera y con él todo Israel ahora que se acercan los momentos de mi manifestación completa, en que vuestro amor y vuestro modo de pensar serán más imperfectos. Son los momentos en que está trabajando Satanás. *Es su hora*. Os lo digo. En esos momentos de tinieblas aun los que actualmente ven, o un poco, cegarán completamente. Pocos, muy pocos, reconocerán en el Hombre abatido al Mesías. Pocos lo reconocerán por *verdadero Mesías*, porque será aplastado según lo vieron los profetas. Yo quisiera para bien de mis amigos, que mientras es de día *pudiesen verme y conocerme para poder reconocerme y verme aún en el desfiguro y en las tinieblas de la hora del mundo...* Decidme lo que teníais pensado. El tiempo corre y llegará el alba. Lo digo por vosotros, pues de mi parte no temo ningún encuentro”.

“Bueno. Queríamos decirte que alguien denunció dónde te encuentras y que este alguien no soy yo, tampoco Nicodemo, como tampoco Mannaén, ni Lázaro y sus hermanas, ni Nique.

¿Con quién otro hablaste del lugar que habías escogido de ante mano?”

“Con ninguno, José”.

“¿Estás seguro?”

“Cierto”.

“Diste órdenes a tus discípulos de que no hablasen de ello?”

“Antes de partir no les indiqué el lugar. Llegados a Efraín los mandé a predicar y a hacer mis veces. Estoy seguro que me han obedecido”.

“¿Estás Tú solo en Efraín?”

“No. Están conmigo Juan y Judas de Simón. Ya lo he dicho. Judas, aunque es un poco imprudente, no ha podido hacerme daño alguno, *con su irreflexión*, porque no se ha alejado de la ciudad, y en estos días pasan por acá pocos peregrinos”.

“Entonces... es el mismo Belcebú que te denunció, porque el Sanedrín sabe que estás aquí”.

“¡Bien! ¿Cómo reaccionó cuando lo supo?”

“De diversas maneras, Maestro. Alguien dijo que esto era lógico. Como te han puesto en el bando en los lugares santos, no te quedaba otro lugar de refugio que Samaria. Otros por el contrario sostienen que esto confirma su idea de que eres un ‘samaritano de alma’ más que de raza, y que esto es suficiente para condenarte. Todos, en suma, están alegres de haber podido hacerte callar y de poder atraer contra Ti las multitudes como amigo de los samaritanos. Dicen: ‘Hemos ganado la batalla. Lo demás será juego de niños’. Te rogamos que hagas lo posible porque no sea verdad”.

“No lo será. Dejad que hablen. Los que me aman no perderán la paz con las apariencias.

Dejad que el viento se aplaque. Es viento que arrastra tierra. Luego vendrá el viento del cielo y se abrirá el velo, apareciendo la gloria de Dios. ¿Tenéis otra cosa qué decirme?”

“Por lo que se refiere a Ti, no más. Cuídate. No salgas de donde estás. Te avisaremos si algo...”

“No. No es necesario. Quedaos donde estáis. Pronto vendrán las discípulas, y esto sí, decid a Elisa y a Nique, que si quieren, se les unan. Decidlo también a las dos hermanas. Como el lugar en donde estoy es conocido, los que *no* tienen miedo al Sanedrín podrán venir para que mutuamente nos consolemos”.

“No pueden venir las dos hermanas, hasta que Lázaro no regrese. Partió con mucha pompa y toda Jerusalén supo que se iba a sus posesiones lejanas, y no se sabe cuándo regresará. Su siervo regresó ya de Nazaret y dijo, también esto debemos decir, que tu Madre estará aquí con las demás, a fines de esta luna. Está bien, lo mismo que María de Alfeo. El siervo las vio. Pero se tardarán un poco porque Juana quiere venir con ellas, y no puede sino hasta fines de esta luna. Y luego, si nos lo permites, quisiéramos socorrerte... como amigos fieles, aunque... imperfectos como nos llamas”.

“No. Los discípulos que andan evangelizando traen consigo la vigilia del sábado lo que necesitan para sí y para los que estamos en Efraín. No tenemos necesidad de más. El obrero vive de lo que le dan. Esto es razonable. Lo demás será superfluo. Dádselo a cualquier necesitado. Lo mismo he dicho a los de Efraín y a mis apóstoles. Les exijo que a su regreso *no*

traigan ni una migaja de provisión y que lo que se les da, lo den a otros, tomando para nosotros lo que basta para la comida frugal de una semana”.

“¿Por qué, Maestro?”

“Para enseñarles el desprendimiento de las riquezas y la superioridad del espíritu sobre las preocupaciones del mañana. Por esto y por otras razones que me reservo. No insistáis más”.

“Como quieras. Pero nos desagrada que no podamos servirte”.

“Llegará la hora en que lo haréis... ¿No se ve ya el primer rayo del alba?” pregunta volteándose hacia el oriente, de lado, esto es, al lado contrario por donde había venido y señalando un tímido claror que se ve por una abertura lejana.

“Debemos separarnos. Regreso a Gofená donde dejé mi animal, y Nicodemo por su parte bajará a Berot, y de allí a Rama, terminado el sábado”.

“¿Y tú, Mannaén?”

“¡Oh, yo iré sin temor alguno por los caminos que llevan a Jericó, donde está Herodes. Dejé el caballo en casa de gente pobre que por unos cuantos céntimos no les preocupa nada, ni siquiera que se trate de un samaritano como creen que lo soy. Por ahora me quedo contigo. En la bolsa tengo alimento para los dos”.

“Entonces despedámonos. Os volveremos a ver en pascua”.

“No. ¡No querrás exponerte al peligro!” protestan José y Nicodemo. “No lo hagas, Maestro”.

“En verdad que sois malos amigos que me aconsejáis el pecado y la cobardía. ¿Podréis amarme al pensar detenidamente en lo que quiero hacer? Decidlo. Sed sinceros. ¿A dónde debo ir a adorar al Señor en la pascua de Asimos? ¿En el monte Garizín? ¿No deberé presentarme ante el Señor en el Templo de Jerusalén como debe hacerlo todo varón de Israel en las tres grandes fiestas anuales? ¿No recordáis que se me acusa de no respetar el sábado, no obstante –y Mannaén puede testimoniar- que también hoy para consecuentar a vuestro deseo, me quedé en un lugar que pudiese estar de acuerdo con vuestro deseo y la ley sabática?”

“Por esta razón también nosotros nos quedamos en Gofená... Haremos un sacrificio para expiar una trasgresión involuntaria por un motivo ineludible¹². Pero ¡Tú, Maestro!... Ellos te descubrirán inmediatamente”.

“Aunque no me descubriesen, haría de modo que me viesen”.

“Quieres tu ruina. Es como si te suicidases...”

“No. Vuestra inteligencia está llena de tinieblas. No es como si quisiera suicidarme, sino que obedezco sólo a la voz de mi Padre que me dice: “Ve. Es la hora”. Siempre he tratado de conciliar la ley con la necesidad, aun aquel día que tuve qué huir de Betania y venir a refugiarme acá a Efraín, porque todavía no había llegado la hora en que fuera Yo preso. El Cordero salvador no puede ser inmolado sino en la pascua de los Ácimos. ¿Y si así he obrado para observar la ley, no lo queréis que lo haga para obedecer las órdenes de mi Padre? ¡Podéis iros! No os aflijáis. Vine para ser proclamado rey de todas las naciones. Porque esto quiere decir ‘Mesías’, ¿no es verdad? Y también quiere decir ‘Redentor’. Sólo que el verdadero significado de estas dos palabras no corresponde a lo que pensáis. Yo os bendigo y pido al cielo que junto con mi bendición descienda sobre vosotros un rayo de luz, porque os amo y me amáis, porque quisiera que vuestro modo de obrar estuviese bañado en luz. Porque no sois malos, sino que pertenecéis todavía al ‘Viejo Israel’, y no tenéis la voluntad heroica de despojaros del pasado y haceros nuevos. Hasta pronto José. Sé justo y bueno como el que fue mi tutor por muchos años y que fue capaz de renovarse completamente para servir al Señor su Dios. Si estuviese aquí, entre nosotros, ¡oh! cómo os enseñaría a servir a Dios perfectamente, a ser justos, buenos, rectos. Es bueno que él ya esté en el seno de Abraham... Para que no viera la injusticia de Israel. ¡Un santo siervo de Dios!... Él fue un nuevo Abraham¹⁶, con el corazón traspasado, pero con todo su ser, jamás me hubiera aconsejado a

¹² Cfr. Lev. 4, 1-6, 7

¹⁶ Alusión al Gén. 22, 1-19.

la villanía, sino que me habría repetido las palabras que solía decirme cuando algo duro pesaba sobre nosotros: 'Levantemos el corazón. Encontraremos la mirada de Dios y olvidaremos el dolor que los hombres nos infligen. Hagamos cualquier cosa por dura que sea, pensando que es Dios quien nos la presenta. De este modo santificaremos aun las cosas más pequeñas, y Dios nos amará'. ¡Oh así hubiera dicho para consolarme en medio de los más grandes dolores!... *Nos habría consolado...* ¡Oh, Madre mía!..."

Jesús se desprende de José a quien había abrazado, y baja su cabeza, mudo, al contemplar su próximo martirio y el de su pobre Madre... Levanta la cabeza, abraza a Nicodemo: "La primera vez que viniste a Mí como discípulo secreto, te dije que para entrar en el Reino de Dios y para tener su Reino en vosotros es *necesario que volváis a nacer del espíritu y que améis la luz más de lo que el mundo la odia*. Probablemente hoy es la última vez que nos encontramos en secreto, y te repito las mismas palabras. Renace en tu espíritu, Nicodemo, para poder amar la Luz que soy Yo y para que Yo viva en ti como Rey y Salvador. Idos. Que Dios esté con vosotros".

Los dos sanedristas toman el camino opuesto por el que vino Jesús. Cuando no se oye más el rumor de pasos, Mannaén, que estaba a la entrada de la gruta para despedirlos, regresa con cara muy expresiva: "Son ellos los que violarán la distancia sabática, y no tendrán paz hasta que no hayan pagado lo que creen deber al Eterno con el sacrificio de un animal. ¿No sería mejor para ellos sacrificar su tranquilidad, declarándose abiertamente '*tuyos*'? ¿No sería más agradable ante el Altísimo?"

"Lo sería, pero no los juzgues. Son masa que poco a poco fermentan. Cuando llegue el momento decisivo, muchos de los que creen ser mejores de ellos, caerán y ellos se levantarán contra todo el mundo".

"¿Lo dices por mí, Señor? Quítame más bien la vida, antes que reniegue de Ti".

"No me renegarás. En ti ya hay elementos diversos que no tienen ellos y que te ayudarán a ser fiel".

"Es verdad. Soy... herodiano. Esto es, lo fui, porque así como me he separado del Consejo, así me he separado del partido desde que he comprobado que, como los demás, es vil e injusto contra Ti. ¡Ser herodiano!... Ante las otras castas es un poco menos que ser pagano. No digo que seamos santos. Por un motivo impuro cometimos una impureza. Hablo como si fuera yo el herodiano antes de conocerte y de declararme partidario tuyo. Somos dos veces impuros, según el mundo piensa, porque nos hemos aliado con los romanos y porque lo hicimos para sacar ventaja. Pero dime, Maestro, Tú que no tienes miedo de perder un amigo por decir la verdad: ¿Quién es más impuro, nosotros los que nos hemos aliado con Roma para... conseguir siquiera triunfos efímeros personales, o los fariseos, los jefes de los sacerdotes, los escribas, los saduceos que se han aliado con Satanás para destruirte? Apenas comprendí que el partido de los herodianos se aliaba contra Ti, lo dejé. No lo digo para que me alabes, sino por lo que tengo dentro.. Y esos, me refiero a los fariseos y sacerdotes, a los escribas y saduceos, creen que van a sacar alguna utilidad porque se han aliado con los herodianos. ¡Desgraciados! No saben que los herodianos lo hacen para obtener más méritos, y por lo tanto mayor protección de parte de los romanos, y luego... terminado el móvil que los une, se echarán sobre ellos. De una y otra parte el juego es el mismo, basado en el engaño. Esto me ha repugnado tanto que me he independizado. Tú... Tú les infundes mucho miedo. A todos. Y también sirves de pretexto para los intereses de los diversos partidos. ¿Motivo religioso? ¿El desdén por el 'blasfemo', como te llaman? Mentira. El único motivo no es la defensa de la religión, ni el celo sagrado por el Altísimo, *sino sus intereses que jamás se sacian*. Me causan asco como algo inmundito. Quisiera... sí quisiera que los que son una minoría fueran más audaces. ¡Ah, me desagrada llevar una vida doble! Quisiera seguirte solo a Ti. Pero te sirvo más así que si te siguiera. Me pesa... Tú dices que pronto será..."

¿Cómo?... ¿Serás inmolado de veras como el Cordero? ¿No es un lenguaje figurado? La vida de Israel está tejida con símbolos y figuras¹⁸...”

“Y tú quisieras que eso no me pasase... No se trata de una figura, es una realidad”.

“¿No lo es? ¿Estás seguro? Yo podría... Muchos podríamos volver a hacer lo que nuestros antepasados hicieron alguna vez, esto es, ungirte como Mesías y defenderte. Bastaría una palabra tuya, y miles y miles se levantarían para defender al verdadero Pontífice, que es sano y sabio. No hablo de un rey terrenal, porque comprendo que tu reino es espiritual. Pero ya que humanamente hablando nunca seremos fuertes ni libres, al menos sea tu santidad la que nos gobierne y cure al Israel corrompido. Sabes muy bien que nadie quiere al actual sacerdocio y a quien los apoya. ¿Aceptas, Señor? Dime y lo haré”.

“Mucho has progresado en tu modo de pensar, pero todavía está distante como de la tierra al sol. Seré Sacerdote y para siempre, Pontífice inmortal en un organismo al que daré vida hasta el fin de los siglos¹⁹. Pero no seré ungido con aceite de alegría, ni proclamado como tampoco defendido con la violencia de algunos que me sean fieles y que empujen a la patria a un cisma mayor, y la conviertan en esclava como jamás fue. ¿Crees tú que el hombre pudiera ungir al Mesías? Te digo en verdad que no. La verdadera autoridad que me ungirá como Pontífice y Mesías es la del que me ha enviado. Ningún otro, que no sea Dios, puede ungir a Dios como Rey de reyes, y Señor de todos los señores para siempre²¹”.

“¡Entonces no se puede hacer nada! ¡Me entristece!”

“Sí, puedes hacer algo. Amarme. Ama no al hombre que se llama Jesús *sino lo que es Jesús*. Ámame con todo tu ser, así como Yo os amo, para que estés conmigo más allá de lo temporal. Mira qué bella aurora. La luz suave de las estrellas no nos llegaba hasta aquí. Pero la triunfante del sol, sí. Así sucederá a los corazones que lleguen a amarme rectamente. Ven acá afuera, al silencio del monte, en que no se oye ninguna voz que busque su interés. Mira allá esas aves que extienden sus alas en busca de presa. ¿La vemos nosotros? No. Pero ellas sí. Porque el ojo del águila es más potente que el nuestro, y desde la altura en que ésta descubre mayores extensiones. De igual modo Yo. Puedo ver lo que no veis, y desde lo alto en que está mi espíritu, sé escoger mis presas. No para desgarrarlas, como hacen los buitres y las águilas, sino para llevarlas conmigo. ¡Seremos muy felices en el Reino de mi Padre, nosotros que nos amamos!...”

Jesús sale de la cueva. A su lado Mannaén. Y sonrío a algo que ve, que contempla...

22. El saforim ¹ Samuel, ex discípulo de Jonatás ben Uziel y luego de Jesús.

5 febrero 1947

Jesús está solo todavía en la caverna. Hay una hoguera que alumbra y calienta. Se siente un olor fuerte a resinas y de las ramas salen disparadas las chispas. Está en el fondo, en un hueco donde hay ramas secas. Medita. La llama sube y baja según el aire que llega de la selva, y que dentro de ella gime. No es un viento constante. Se calla, vuelve a zumbir, como las olas del mar. Cuando fuerte silba, hasta allá van a dar cenizas y hojas secas por el espacio rocoso del que ha venido Jesús, y la llama se dobla hasta el suelo. Cuando el viento cesa, vuelve a levantarse, radiante, juguetona. Jesús no ve eso. Medita. Luego, al silbido del viento se une el de la lluvia, que repiquetea, primero despacio, luego tupida entre las ramas del bosque. Un aguacero cambia los senderos en arroyuelos. Ya no es el viento el que se oye, sino el estrépito del agua. La luz incierta del amanecer lluvioso y la del fuego, que no levanta llama, apenas si revelan la figura de Jesús en medio de la oscuridad. Apenas si se ve su vestido de color oscuro, como su rostro, que tiene inclinado sobre las rodillas.

¹⁸ Cfr. 1 Cor. 10, 1-13. Casi toda la carta a los Hebreos.

¹⁹ Cfr. Hebr. 3, 1-10, 18. El organismo del que habla es la Iglesia, cfr. Mt. 16, 13-20; 29 16-20.

²¹ Cfr. Is. 61, 1-3; Hech. 10, 34-43; Hebr. 1, 5-9.

¹ saforim = escriba, esto es, doctor de la ley antigua.

Ruido de pasos. Sonido afanoso de palabras, como de quien está cansado, se oyen por la vereda. Y luego en la entrada una sombra que chorrea agua por todas partes. El hombre, de barba suelta y negra, lanza un “¡oh!” de alivio; echa el capucho bañado en agua, sacude su manto, monologa: “¡Uhm! ¡Haces bien en sacudirte Samuel! Parece como si estuvieses en el agujero de un batanero. ¿Las sandalias? Están hechas unas chalupas. Estoy mojado hasta los huesos. Me cae agua de los cabellos. Parezco un barril con miles de agujeros. ¡Se empieza bien! ¡Qué le pasará a Belcebú. ¡Bueno! El lugar no está mal...” Se sienta sobre una piedra grande cerca del fuego, que no lanza llamas y que él trata de reanimar. Se quita las sandalias, trata de secarse los pies sucios de lodo con una extremidad del manto. Lo que hace no es más que quitarse el lodo de los pies para ponerlo en el manto. Continúa monologando: “¡Son unos malditos, él y todos! Hasta perdí la bolsa. Y suerte que no perdí la vida... ‘es el camino más seguro’ me dijeron. Sí. Pero ellos no caminan nunca por él. Si no hubiera visto esta llama. ¿Quién la habrá encendido? Algún desafortunado como yo. ¿Dónde estará? Allá se ve un agujero... Tal vez sea una cueva... No habrá ladrones, ¿eh? Pero si soy un tonto. ¿Qué pueden quitarme si no tengo ni un céntimo? No interesa. Este fuego vale más que un tesoro. Si tuviese unas cuantas ramas para reavivarlo, me quitaría los vestidos para secarlos. Pero qué, no tengo más que estos hasta que no regrese...”

“Si quieres ramas, amigo, aquí hay” dice Jesús sin moverse de su lugar.

El recién venido que estaba de espaldas a Jesús, se sobrecoge al oír las palabras de Jesús y se pone de pie volviéndose. Está espantado. “¿Quién eres?” pregunta abriendo tamaños ojos para ver mejor.

“Un viajero como tú. Soy Yo quien prendió el fuego y me alegro que te haya servido de guía”. Jesús se acerca con un montón de ramas y las echa cerca del fuego, diciendo: “Reaviva la llama antes de que todo sea ceniza. No tengo yesca ni eslabón porque quien me los prestó ya se fue”. Jesús habla con tono amigable, pero no se acerca tanto que el fuego pueda iluminarlo. Regresa a su rincón, estando más que nunca envuelto en su manto.

Entre tanto el recién venido se inclina a soplar con todas sus fuerzas y lo hace hasta que la llama se levanta. Echa ramas más gruesas. Jesús ha vuelto a su rincón, se sienta y contempla.

“Ahora tengo qué quitarme la ropa para secármela. Prefiero estar desnudo que seguir bañado. Pero ni siquiera puedo esto. Se desplomó una pendiente y me vi en medio de tierra y agua. ¡Bueno, ahora que estoy mejor! ¡Mira! Rompí el vestido. ¡Maldito viaje! ¡Si por lo menos hubiera traspasado el sábado! Pero no es así. Hasta el crepúsculo me quedé allí... Y ahora, ¿cómo voy a arreglármelas? Para salvarme dejé escapar la bolsa y ahora estará en el valle, o trabada en algún matorral. ¡Quién lo sabe!...”

“Ten mi vestido. Está seco y caliente. Me basta el manto. Tómallo. Estoy sano. No tengas miedo”.

“Y eres bueno. ¿Cómo podré agradecértelo?”

“Queriéndome como a un hermano”.

“¡Queriéndote como a un hermano! Tú no sabes quién sea yo. Si fuese un malvado, ¿querrías que te amase?”

“Para hacerte bueno”.

El hombre que es joven, más o menos de la edad de Jesús, baja la cabeza meditabundo. Ha tomado el vestido que Jesús le pasó, pero no ve. Piensa. Instintivamente se lo pone, porque está todo desnudo, aun de paños menores.

Jesús que ha regresado a su rincón pregunta: “¿Cuándo comiste?”

“A la hora sexta. Tenía qué haber comido cuando hubiese llegado al poblado al valle. Pero perdí el camino, la bolsa y el dinero”.

“Ten. Me sobró un poco. Era lo que tenía qué comer mañana. Pero tenlo. A Mí no me pesa el ayuno”.

“Si debes caminar, tendrás necesidad de fuerzas...”

“¡Oh! no voy muy lejos. Sólo a Efraín”.

“¿A Efraín? ¿Eres samaritano?”

“¿Te desagrada? No soy samaritano”.

“Tienes razón... tu acento es galileo. ¿Quién eres? ¿Por qué no te descubres? ¿Lo haces porque eres criminal? No te denunciaré”.

“Soy un viajero, te lo dije ya. Mi nombre te dirá poco, o mucho. Por otra parte, ¿qué importa el nombre? Cuando te doy un vestido porque tienes frío, pan para tu hambre y sobre todo mi compasión para tu alma, ¿tienes necesidad de saber mi nombre si te sientes bien? Si quieres darme un nombre, llámame ‘Piedad’. Nada deshonoroso. No tengo cosa que me obligue a estar oculto, y con todo me denunciarías, porque dentro de tu corazón hay algo que no está bien. Los pensamientos malos son raíz de acciones malas”.

El hombre se estremece y va a donde está Jesús, de quien sólo se ven los ojos, y aun éstos cubiertos bajo las pestañas.

“Come, come, amigo. No hay más qué hacer”.

El viajero regresa a la hoguera, come poco a poco, sin hablar. Está pensativo. Jesús es toda una interrogación envuelto en su manto. El viajero cobra fuerzas poco a poco. El calor de las llamas, el pan y la carne asada que Jesús le dio, lo ponen de buen humor. Se pone de pie, se estira, tiende su cordón, que le servía de cinturón y sosteniéndolo de una alcayata enmohecida extiende su vestido, el manto, el capucho. Sacude las sandalias, las pone junto al fuego que arde muy bien.

Jesús parece como si durmiera. El viajero se sienta y piensa. Luego se vuelve a mirar al Desconocido. Le pregunta: “¿Estás dormido?”

Jesús le responde: “No. Pienso y oro”.

“¿Por quién?”

“Por todos los infelices. ¡Y que son muchos!”

“¿Eres un penitente?”

“Lo soy. La tierra tiene mucha necesidad de penitencia, para que los débiles puedan tener fuerzas con qué resistir a Satanás”.

“Dijiste bien. Hablas como un rabí. Lo comprendo porque soy un saforím. Estoy con el rabí Jonatás ben Uziel. Soy su discípulo predilecto. Y ahora, si el Altísimo me ayuda, me amará mucho más. Todo Israel alabará mi nombre”.

Jesús no replica.

Después de algunos minutos el viajero se levanta y va a sentarse cerca de Jesús. Pasándose la mano sobre los cabellos que están casi secos y alisándose la barba dice: “Oye. Dijiste que vas a Efraín. ¿Vas por casualidad o porque vives allí?”

“Vivo allí”.

“Pero no eres samaritano. Me lo dijiste”.

“Lo repito. No soy samaritano”.

“Y quién puede vivir allí si no... Oye... se dice que en Efraín se ha refugiado el Rabí de Nazaret, el proscrito, el maldito. ¿Es verdad?”

“Así es. Jesús, el Mesías del Señor, está allí”.

“No es el Mesías del Señor. ¡es un mentiroso! ¡Blasfemo! ¡Demonio! Es la causa de nuestras desgracias. ¡Y pensar que no se levanta del pueblo algún vengador!” exclama con todas sus fuerzas, con todo su odio.

“¿Te ha hecho algún mal para que aun con la voz lo odies?”

“A mí no. Una sola vez lo vi en la fiesta de los Tabernáculos², y en un motín de modo que apenas podría reconocerlo. Hace poco tiempo que estoy en el Templo, pero desde antes he sido discípulo del rabí Jonatás ben Uziel. No pude estar antes... por muchas razones, y sólo cuando el rabí estaba en su casa y yo a sus pies para beber la justicia y el saber... Pero... ¿me preguntaste que si lo odio? Un reproche me pareció oír en tu voz. ¿Eres acaso un seguidor del Nazareno?”

² Cfr. Ex. 23, 14-17.

“No soy. Pero cualquiera que sea justo condena el odio”.

“El odio es justo cuando se odia a un enemigo de Dios o de la Patria. Y tal lo es el Rabí Nazareno. Cosa santa es combatirlo, odiarlo”.

“¿Combatir al hombre o la idea que representa y la doctrina que sostiene?”

“¡Da lo mismo! ¡Da lo mismo! No se puede combatir una cosa, si no se ataca la otra. En el hombre existe su doctrina y su idea. O se destruye todo o no se hace nada. Cuando se acepta una idea, se acepta también a quien la propaga. Lo sé por experiencia propia. Las ideas de mi maestro son mías. Sus deseos son ley para mí”.

“De veras que eres un buen discípulo. Pero convine distinguir si el maestro es bueno, y sólo en ese caso seguirlo. Porque no es lícito perder la propia alma por amor a un hombre”.

“Jonatás ben Uziel es un buen hombre”.

“No. No lo es”.

“¿Qué dices? ¿A mí lo dices? Estamos solos. Puedo matarte porque has ofendido a mi maestro. Soy fuerte”.

“No tengo miedo. No tengo miedo a la violencia. No tengo miedo, aun sabiendo que si me haces mal *no me opondré*”.

“Comprendido. Eres un discípulo del Rabí, un apóstol. Así llama a sus discípulos más fieles. ¿Vas a juntarte con ellos? El que estuvo contigo antes era igual a Ti, y ahora está en espera de otro semejante”.

“Espero a alguien. Es verdad”.

“¿Al Rabí?”

“No hay necesidad de que lo espere. No necesita de mis palabras para que lo cure. No tiene enferma ni el alma, ni el cuerpo. Estoy en espera de un alma envenenada que delira. Quiero curarla”.

“¿Eres un apóstol! Sabemos que los envía porque Él tiene miedo de salir desde que el Sanedrín lo condenó. Por esto piensas como Él. Su doctrina es no reaccionar contra quien ofende”.

“Es doctrina suya porque enseña el amor, el perdón, la justicia, la bondad. Ama a los enemigos como si fuesen sus amigos, porque todo lo ve en Dios”.

“Si lo encontrara, como espero, no me amaría. ¡Sería un necio! Pero no puedo hablar contigo, que eres su apóstol. Siento haber dicho lo anterior. Se lo comunicaré”.

“No es necesario. Te aseguro que Él te amará, más bien. *Te ama*, no obstante que vayas a Efraín para ponerlo en aprietos y para entregarlo al Sanedrín que ha prometido una gran recompensa a quien lo haga”.

“¿Eres profeta o tienes el espíritu pitón? ¿Te comunicó su poder? ¿Eres también un maldito? Acepté tu vestido, el pan que me diste. Has sido un buen amigo. Escrito está: “No alzarás tu mano sobre quien te ha hecho bien”⁴. Tú has sido bueno conmigo, porque sabías que yo... yo no obraría de otro modo. Pero si te perdono a ti, porque me diste de comer, me hiciste que me calentase, me diste con qué cubrirme, sería injusto si te hiciera algún daño, no perdonaré a tu Rabí porque no lo conozco y no me ha hecho ni bien ni mal”.

“¡Insensato! ¿No te das cuenta que estás delirando? ¿Cómo puede alguien, a quien no conoces haberte hecho mal? ¿Cómo puedes respetar el sábado si no respetas el precepto de no matar?”

“Yo no mato”.

“Físicamente no. No hay diferencia entre quien mata y quien pone a la víctima en las manos del asesino. Respetas la palabra de un hombre que dice no hacer daño a alguien que te ha hecho bien; pero no respetas la de Dios, y engañosamente, por un puño de dinero, por un poco de honor, de honor asqueroso por haber podido traicionar a un inocente, te prestaste a un crimen...”

⁴ Cfr. Prov. 3, 29; 27, 10; Eccli. 7, 13; 37, 6.

“No lo hago sólo por dinero y honor, sino para agradar a Yeová y salvar a la patria. Quiero hacer lo que hicieron Yael⁶ y Judit⁷”. Su fanatismo le brota por todas partes. “Sísara⁸ y Holofernes⁹ fueron enemigos de nuestra patria, la habían invadido. Eran crueles. ¿Pero qué es el Rabí de Nazaret? ¿A qué país invade? ¿Qué usurpa? Es pobre y no quiere riquezas. Es humilde y no quiere honores. Es bueno con todos. Millares son los que han recibido beneficios de su mano. ¿Por qué lo odiáis? ¿Por qué lo odias? No te es lícito hacer daño a tu prójimo. Obedeces al Sanedrín, ¿pero será el Sanedrín quien te juzgará en la otra vida, o Dios? ¿Y cómo te juzgará? No digo que cómo te juzgará porque mataste al Mesías, sino cómo te juzgará porque mataste a un inocente. Tú no crees que el Rabí de Nazaret sea el Mesías, y por esto no se imputará tal crimen. Dios es justo y no toma por culpa lo que se hizo sin plena advertencia. No te juzgará, pues, por haber matado al Mesías porque para ti Jesús de Nazaret no lo es. Pero te culpará de haber matado a un inocente, porque sabes que lo es. Te han envenenado el corazón, te han embriagado de odio, pero no lo estás tanto que no comprendas que Él sea inocente. Sus obras hablan a su favor. Vuestro miedo os empuja a ver lo que no existe. No hay razón de que temáis de que os suplante. Os abre los brazos para deciros: ‘¡Hermanos!’ No os envía contra ejércitos. No os maldice. Quiere tan solo salvaros: a vosotros los grandes, a vosotros discípulos de los famosos, como quiere salvar al último de Israel. A vosotros más que al último de Israel, más que al niño que ignora lo que es odio, lo que es el amor. Porque tenéis necesidad más que los ignorantes y que los niños, porque *sabéis y sabiendo pecáis*. ¿Puede tu conciencia, si la despojas de las ideas que te han inculcado, y la purificas del veneno que te hace delirar, decir que Él es culpable? ¡Dilo! Sé sincero. ¿Lo has visto faltar a la ley, o aconsejar que se falte a ella? ¿Lo has visto pelear, desear las cosas, ser lujuriosos, calumniar, ser duro de corazón? ¡Habla! ¿Lo has visto faltar al respeto al Sanedrín? Por obedecer al veredicto del Sanedrín es ahora un proscrito. Podría lanzar un grito, y toda la Palestina lo seguiría y marcharía contra unos cuantos que lo odian. Sin embargo aconseja a sus discípulos la paz y el perdón. Podría –como devuelve la vida a los muertos, la vista a los ciegos, el movimiento a los paralíticos, el oído a los sordos, como libera a los endemoniados, porque el cielo y el infierno están sujetos a su querer- podría fulminaros con la ira divina y librarme así de sus enemigos. Sin embargo ruega por vosotros, cura a vuestros familiares, cura a vuestros corazones, os da pan, vestido, fuego. *Yo soy Jesús de Nazaret, el Mesías, el que buscas para obtener la recompensa y los honores de libertador de Israel prometidas por el Sanedrín*. Yo soy Jesús de Nazaret, el Mesías. Aquí estoy. Aprehéndeme. Como Maestro y como Hijo de Dios te declaro libre y absuelto de la obligación de no levantar o de haber levantado tu mano contra quien te ha hecho bien”. Jesús se pone de pie, quitándose el manto de la cabeza, extiende las manos como para ser apresado y atado. En esta actitud parece más delgado, pues no tiene más que la túnica corta, el manto que le cae por la espalda. Sus ojos están clavados en la cara de su perseguidor. Las llamas parecen poner chispas de fuego en sus cabellos e iluminar sus pupilas en el círculo de zafiro del iris. Su actitud infunde más respeto que si estuviese rodeado de un ejército que lo defendiese. El hombre está como fascinado... paralizado de estupor. Después de algunos instantes se atreve sólo a murmurar: “¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!” Jesús insiste: “Aprehéndeme. Quita aquella inútil cuerda en la que están secándose los vestidos y áteme con ella. Te seguiré como cordero al matadero. No te odiaré porque me lleves a morir. Te lo repito. Es el fin el que justifica la acción y cambia su naturaleza. Para ti soy la ruina de Israel y crees salvarlo matándome. Para ti soy culpable de todos los crímenes y por lo tanto obedeces a la justicia acabando con un malhechor. No eres más culpable que el

⁶ Cfr. Jue. 4, 17-24.

⁷ Cfr. Jud. 12, 10 – 13, 26.

⁸ Cfr. Jue. 4, 17-24.

⁹ Cfr. Jud. 12, 10 – 13, 26.

verdugo que cumple la orden recibida. ¿Quieres inmolarme aquí? Allí está el cuchillo con que partí el pan. Tómallo. Lo que empleé por amor a mi prójimo, puede cambiarse en el cuchillo del que me sacrifique. Mi carne no es más resistente que la del cordero asado que mi amigo me dio para calmar mi hambre y que Yo te he dado, a ti, mi enemigo. ¿Temes las patrullas romanas? Ellas arrestan al que mata a un inocente, y no permiten que nosotros nos hagamos justicia, porque somos súbditos y ellos los dominadores. Por eso no te atreves a matarme, cargando mi cadáver para que lo muestres y ganes el dinero. Bueno: déjalo aquí y vas a avisar a tus *jefes*. Porque tú no eres un discípulo, *sino un esclavo*, porque has renunciado a la soberana libertad de pensamiento y voluntad que Dios mismo ha dado a los hombres. Y tú obedeces, ciegamente obedeces a tus jefes hasta el crimen. Pero no eres culpable. Estás ‘*envenenado*’. Esperaba Yo tu alma envenenada. ¡Ea! La noche, el lugar son propicios para el crimen. Digo mal: para la redención de Israel. ¡Oh, pobre hombre! ¡Dices las palabras proféticas sin saberlo! Mi muerte será realmente redención, y no sólo de Israel, sino de todos los hombres. Vine para ser inmolado. Ardo en deseos de ser el Salvador de todos. Tú, soforim del docto Jonatás ben Uziel, conoces a Isaías¹³. Mira. El Hombre de dolores está delante de ti. Si no parezco, si no parezco el que vio David¹⁴ con los huesos descubiertos, si no soy como el leproso que vio Isaías, es porque no ves mi corazón. Soy todo una llaga. La falta de amor, el odio, la dureza, vuestra injusticia me han herido todo y despedazado. ¿No tenía acaso oculto mi rostro, mientras me ofendías por lo que realmente soy: el Verbo de Dios, el Mesías? Soy el hombre acostumbrado al sufrimiento. ¿No decís que soy un perseguido de Dios? ¿No me sacrifico acaso para sanaros con mi sacrificio? ¡Ea! ¡Pega! No tengo miedo, ni tampoco tú debes tenerlo. Porque soy el Inocente y no tengo miedo al juicio de Dios. Al extender mi cuello al cuchillo hago que se cumpla la voluntad de Dios, anticipando un poco mi hora en bien vuestro. También anticipé mi nacimiento por amor vuestro, para daros antes de tiempo la paz. Pero vosotros rechazáis esta ansia mía de amaros... ¡No tengo miedo! No invoco sobre ti el castigo de Caín¹⁵, ni los rayos de Dios. Ruego por ti. Te amo. No más. ¿Porque soy muy alto, tu mano no me alcanzará? Es verdad, el hombre no podría dar el golpe final a Dios, si Dios no se pusiese voluntariamente en sus manos. Pues bien: me arrojo ante ti. El Hijo del hombre está a tus pies. Pega, pues”.

Jesús se arrodilla, y tiende el cuchillo a su perseguidor que retrocede murmurando: ¡No! ¡No!” “¡Ea!, un momento de valor... serás más célebre que Yael y Judit. Mira. Ruego por ti. Lo dice Isaías:¹⁸ ‘... y oro por los pecadores’. ¿Por qué te alejas? Tal vez temes no ver cómo muere un Dios. Me acerco al fuego. El fuego no falta jamás en los sacrificios. Hace parte de ellos. Mira, ahora puedes verme bien”. Se ha arrodillado cerca del fuego.

“¡No me mires! ¡No me mires! ¿A dónde huiré para no ver tu mirada?” grita el hombre “¿Que no quieres ver?”

“A Ti... No quiero ver mi crimen. En verdad que mi pecado está ante mis ojos. ¡A dónde, a dónde huiré!” El hombre está aterrorizado.

“¡A mi corazón, hijo! Entre mis brazos se acaba la pesadilla, los temores. Sólo hay paz. ¡Ven, ven! ¡Hazme feliz!” Jesús se ha puesto de pie y extiende sus brazos. El fuego está en medio de ambos. Jesús brilla al reflejo de las llamas.

El hombre cae de rodillas, cubriéndose la cara y gritando: “Piedad de mí, ¡oh Dios! ¡Piedad de mí! ¡Borra mi pecado! ¡Quería matar a tu Mesías! ¡Piedad! ¡Ah, no puede haber piedad de un crimen semejante! ¡Estoy condenado!” Lloro amargamente con la cara a tierra. Gime: ¡Piedad!” y grita: “¡Malditos!”...

¹³ Cfr- Is. 52, 13-53, 12.

¹⁴ Cfr. Sal. 21.

¹⁵ Cfr. Gén. 4, 1-16.

¹⁸ Is. 53, 12.

Jesús da vuelta a la hoguera y va a donde el hombre. Se inclina, lo toca en la cabeza, dice: “No maldigas a los que te echaron a perder. Te hicieron el más grande favor: el que te hablase. Que te tuviese entre mis brazos”.

Jesús lo toma de la espalda, lo levanta, se sienta en tierra y lo atrae hacia Sí. El hombre cae de rodillas en llanto desgarrador. Jesús le acaricia su morena cabeza, esperando que se calme.

El hombre levanta su cabeza y con la cara cambiada gime: “¡Tu perdón!”

Jesús se inclina y lo besa en la frente. El hombre recarga su cabeza sobre el hombro de Jesús entre sollozos. Quiere contar cómo lo habían sugestionado para cometer su crimen, pero Jesús se lo prohíbe diciendo: “¡Cállate, cállate! No ignoro nada. Cuando entraste te conocí, por lo que eras y por lo que querías hacer. Habría podido alejarme y huir. Me quedé para salvarte. Lo estás ya. El pasado ha muerto. No lo recuerdes más”.

“Pero, ¿te fías tan fácilmente de mí? ¿Si volviese el pecado?”

“No. No volverás al pecado. Lo sé. Estás curado”.

“Lo estoy, pero ellos son astutos. No me devuelvas a ellos”.

“¿A dónde quiere ir que no estén?”

“Contigo. A Efraín. Si ves mi corazón, verás que no es un lazo el que te tiendo, sino súplica de que me protejas”.

“Lo sé. Ven. Pero te advierto que allí está Judas de Keriot, vendido al Sanedrín y traidor al Mesías”.

“¡Divina misericordia! ¿También esto lo sabes?” Su estupor no tiene igual.

“Sé *todo*. Él cree que no lo sé, pero conozco todo. Y sé también que estás en tal forma convertido, que no hablarás con Judas, ni con ningún otro sobre esto. Piensa bien, que si Judas es capaz de traicionar a su Maestro, ¿qué no podrá hacerte a ti?”

El hombre piensa mucho, luego contesta: “¡No me importa! Si no me despides, me quedo contigo. Por lo menos por algún tiempo, hasta la pascua, hasta que te reúnas con tus discípulos. Me uniré a ellos. ¡Oh, si es verdad que me has perdonado, no me arrojes!”

“No te arrojé. Vamos ahora allí a esperar que amanezca y luego nos vamos a Efraín. Diremos que la casualidad nos juntó y que tú viniste a estar con nosotros. Es la verdad”.

“Sí, la es. Cuando haya amanecido mis vestidos estarán secos y te devolveré lo tuyos”.

“No. Deja esos vestidos. Son un símbolo. El hombre que se despoja de su pasado y viste ropa nueva. La madre de Samuel, llena de júbilo cantó: ‘El Señor de la vida y de la muerte. Lleva al lugar de los muertos y de allí hace regresar’. Tú has muerto y vuelto a nacer. Vienes del lugar de los muertos a la verdadera Vida. Deja esos vestidos que estuvieron al contacto de sepulcros de asquerosidad. Vive ahora para la gloria tuya: la de servir a Dios con justicia y poseerlo en la eternidad”.

Se sientan en el hueco donde se han amontonado hojas. El silencio reina porque el hombre, cansado, se duerme con la cabeza reclinada en el hombro de Jesús que sigue orando.

...Es una bella mañana de primavera cuando llegan por el sendero del arroyo –que poco a poco se va limpiando del aguacero y canta con voz más ronca con el agua que lo ha inundado– ante la casa de María de Jacob.

Pedro que está en la puerta da un grito y corre a su encuentro, echándose a abrazar a Jesús que viene bien envuelto en su manto: “Maestro bendito, ¿qué sábado tan triste me has hecho pasar! No me decidía a partir sin volverte a ver. Durante toda la semana habría estado afligido porque no me diste el ‘hasta pronto’”.

Jesús lo besa sin quitarse el manto. Pedro solo mira a su Maestro y no nota al extraño que ha venido con Él. Los otros también han acudido, Judas de Keriot grita: “¡Tú, Samuel!”

“Yo. El reino de Dios en Israel está abierto a todos. Entré ya en él” responde con voz clara.

Judas se ríe de una manera rara, pero no replica.

Todos miran ahora al recién llegado. Pedro pregunta: “¿Quién es?”

“Un nuevo discípulo. La casualidad hizo que nos encontráramos, esto es: Dios lo quiso. Y el Padre me ordenó que lo tomase conmigo, y quiero que hagáis lo mismo. Y como hay gran fiesta cuando alguien entra en el Reino de los cielos, deponed alforjas, los que ibais a partir, y estemos juntos hasta mañana. Déjame continuar Simón, porque di a éste mis vestidos, y el aire de la mañana es frío”.

“¡Ah, ya me parecía! ¡Te vas a enfermar, Maestro!”

“Yo no quería. Él insistió” se excusa Samuel.

“Así es. Una avenida lo arrastró y se salvó porque quiso. Y para que nada de este momento duro quedase como recuerdo, y viniese con nosotros sin nada sucio, le dije que dejase allí sus vestidos desgarrados y sucios, y le di los míos” aclara Jesús mirando a Judas de Keriot que vuelve a reírse de ese modo extraño como cuando Jesús dijo que habría fiesta cuando alguien entra en el Reino de los cielos. Entra ligero para vestirse.

Los demás se acercan al recién venido y le dan el saludo de paz.

23. Lo que sucede en Galilea y sobre todo en Nazaret

6 febrero 1947

“Y yo os aseguro que sois unos imbéciles en creer ciertas cosas. Imbéciles e ignorantes peor que los castrados que no sienten el estímulo del instinto porque están mutilados. Andan por las ciudades proclamando anatema contra el Maestro y otros traen órdenes que no pueden, por el Dios verdadero, no pueden proceder de Él. No lo conocéis. Yo sí. Y no puedo creer que haya cambiado de este modo. ¡Que recorran las ciudades! ¿Afirmáis que son discípulos suyos? ¿Y quién los ha visto con Él? ¿Decís que algunos rabinos y fariseos han dicho los pecados de Él? ¿Y quién se los vio? ¿Le habéis oído hablar alguna vez de cosas obscenas? ¿Lo habéis visto cometer algún pecado? ¿Y entonces? ¿Creéis que si fuera pecador, Dios le permitiría hacer esas obras tan maravillosas? Tengo razón en llamaros imbéciles una y otra vez, retardados, ignorantes peor que patanes que por primera vez ven un payaso en un mercado y creen que sea verdad lo que imita y dice. Ved si los que son sabios y de inteligencia clara se dejan seducir de las palabras de los falsos discípulos que son los *verdaderos enemigos* del Inocente, de nuestro Jesús de quien no sois dignos de tenerlo por hijo. ¡Ved si Juana de Cusa, ¡perdón!, la mujer del mayordomo de Herodes, la princesa Juana, se aleja de María! Ved si... ¿Cometeré indiscreción al decirlo? No. Lo hago no por hablar sino por persuadirlos a todos vosotros. Visteis el mes pasado ese carro tan lujoso que llegó y que fue a detenerse ante la casa de María. ¿Sabéis quién estaba adentro y quién bajó para ir a postrarse ante María? Lázaro de Teófilo, Lázaro de Betania, ¿comprendéis? El hijo del primer magistrado de Siria, el noble Teófilo, casado con Euqueria de la tribu de Judá y de la familia de David. El gran amigo de Jesús. El más rico y el hombre más instruido de Israel, en nuestras historias como las del mundo entero. El amigo de los romanos. El benefactor de todos los pobres. *El resucitado después de cuatro días de estar en el sepulcro*. ¿Ha abandonado acaso a Jesús por seguir al Sanedrín? ¿Porque lo resucitó? No. *Porque sabe que Jesús es el Mesías*. ¿Sabéis qué vino a decir a María? Que estuviese lista, porque la acompañaría a Judea ¿Comprendéis? Él: Lázaro, como si fuese criado de María. Lo sé porque estaba yo allí cuando entró y la saludó postrándose sobre los rústicos ladrillos de la habitación, él que venía vestido como Salomón, acostumbrado a las alfombras; en tierra, a besar la fimbria del vestido de nuestra hermana y saludarla diciéndole: ‘Te saludo, oh María, Madre de mi Señor. Yo, tu siervo, el último de los siervos de tu Hijo, vengo a hablarte de Él y a ponerme a tus órdenes’ ¿Comprendéis? Estaba yo tan emocionado... que cuando me saludó llamándome: ‘hermano en el Señor’, no supe decir ni una palabra. Lázaro ha comprendido, porque es inteligente. Durmió en el lecho de José enviando delante de sí a sus siervos que lo esperasen en Séforis, porque él iba a sus tierras de Antioquía. Dijo a las mujeres que estuviesen prontas porque a fines de esta luna pasará por ellas para que no se fatiguen en el viaje. Juana se unirá a la

caravana con su carro para llevar a las discípulas de Cafarnaúm y Betsaida. ¿Y todo esto no os dice nada?”

El buen Alfeo de Sara finalmente deja de hablar en medio de un círculo de personas que hay en la plaza. Aser e Ismael, y también los dos primos de Jesús: Simón y José —más abiertamente Simón, más veladamente José— lo ayudan aprobando todo lo que dijo.

José dice: “Jesús no es un bastardo. Si tiene necesidad de que algo se anuncie en su nombre, tiene aquí a sus hermanos que pueden hacerlo. Tiene discípulos fieles y poderosos como Lázaro. Este no dijo ni una palabra de lo que los otros dicen”.

“Estamos también nosotros. Antes éramos como nuestros asnos de tontos, pero ahora somos sus discípulos y para decir: ‘Haced esto o aquello’ también somos capaces nosotros” dice Ismael.

“Pero la condenación que está colgada allí en la puerta de la sinagoga la trajo un enviado del Sanedrín y trae el sello del Templo” replican algunos.

“Es verdad ¿pero qué? Nosotros que tenemos fama en todo Israel sabemos lo que es el Sanedrín y por lo tanto se nos desprecia ¿vamos a creer que el Templo no esté equivocado? ¿No conocemos a los escribas, a los fariseos y a los jefes de los sacerdotes?” replica Alfeo.

“Es verdad. Alfeo tiene razón. Yo estoy decidido a bajar a Jerusalén para enterarme de amigos *verdaderos* del estado de las cosas. Mañana mismo lo voy a hacer” responde José de Alfeo.

“¿Te quedas allá?”

“No. Regreso, y luego volveré para la pascua. No puedo alejarme por mucho tiempo de casa. Es duro, pero también es mi obligación. Soy la cabeza de la familia y sobre mí pesa la responsabilidad de que Jesús esté en Judea. Yo fui quien insistió en que fuese allá... El hombre se equivoca en juzgar. Creí que era un bien para Él, y fue lo contrario... ¡Que Dios me perdone! Tengo que seguir de cerca las consecuencias de mi consejo para ayudar a mi hermano” dice lenta y sosegadamente José de Alfeo.

“Antes no hablabas así. También a ti te han seducido las amistades de los grandes. Tus ojos están llenos de humo” dice un nazaretano.

“No es verdad, Eliaquín, que las amistades de los grandes me hayan seducido. Es la conducta de mi hermano la que me convence. Sí me equivoqué y ahora me corrijo, señal es que soy un hombre recto. Porque propio del hombre es errar, pero ser tercos es de las bestias”.

“¿Y de veras vendrá Lázaro? ¡Oh, queremos verlo! Queremos ver cómo es uno que regresa de la muerte. Será como uno que desvaría. Estará como espantado. ¿Que cuenta de su estadía entre los muertos?” preguntan muchos a Alfeo de Sara.

“Está como estamos vosotros y yo. Alegre y vivaz, tranquilo. No habla del otro mundo. Como si no recordase. Pero recuerda su agonía”.

“¿Por qué no nos avisaste que había venido?”

“¡Bueno! Porque habríais invadido la casa. También yo me retiré. Hay que tener un poco de delicadeza. ¿o no?”

“Pero cuando regrese, ¿se le podrá ver? Avísanos. Sin duda que harás de guardia de la casa de María”.

“Claro. Tengo la suerte de ser su vecino. No avisaré a nadie. Valeos de vosotros mismos. El carro se distingue, y Nazaret no es Antioquía, ni siquiera Jerusalén para que pase inadvertido. Haced guardia... y valeos de vosotros. Pero esto es en vano. Por lo menos haced que su ciudad no tenga fama de imbécil porque cree en las palabras de los enemigos de nuestro Jesús. ¡No creáis. No creáis! Ni a quien lo llama Satanás, ni a quien os instiga a levantaros en su nombre. Algún día os arrepentiríais. Si las demás partes de Galilea caen en la trampa, y creen en lo que no es verdad, peor para ellas. Adiós. Me voy porque ya es tarde...” y se va contento por haber defendido a Jesús.

Los otros siguen discutiendo. Aunque se dividen en dos grupos, y el más numeroso es el de los papanatas, se acepta la opinión de los pocos amigos de Jesús de no rebelarse, ni de aceptar calumnias, si las otras ciudades galileas no lo hacen, y que por ahora “son más

astutas que Nazaret, y se burlan en la cara de los falsos enviados” termina diciendo Aser el discípulo.

24. Lo que sucede en Samaria y entre los romanos

7 febrero 1947

La plaza principal de Siquén. Las hojitas que empiezan a nacer en la doble fila de árboles que hay al lado de las paredes de las casas que la rodean como una galería, dan una nota de alegría primaveral. El sol juguetea con las hojas tiernas de los plátanos tejiendo un recamo de luces y sombras en el suelo. El estanque del centro de la plaza es una laja de plata bajo los rayos del sol.

Hay gente que discute. Algunos, forasteros en apariencia, porque todos se preguntan quiénes sean, entran en la plaza, observan y se acercan al primer grupo que ven. Saludan. Se les devuelve el saludo, y con sorpresa. Pero cuando dicen: “Somos discípulos del Maestro de Nazaret” la desconfianza cae por el suelo y unos van a avisar a los otros, mientras que los que se quedan preguntan: “¿Os mandó Él?”

“Sí. Una misión muy secreta. El Rabí está en un gran peligro. Nadie lo ama más en Israel y Él, que es muy bueno, dice que por lo menos vosotros le seréis fieles”.

“Es lo que queremos. ¿Que debemos hacer? ¿Qué quiere de nosotros?”

“¡Oh!, no quiere más que se le ame, porque se fía, *demasiado*, en la protección de Dios. ¡Y con lo que se anda diciendo en Israel! ¿No sabéis que se le acusa de satanismo e insurrección? ¿Comprendéis lo que significa esto? Represalias de los romanos sobre todos. Nosotros que tanto sufrimos, se nos golpeará más. A los santos de nuestro Templo se les condenará. Ciertamente que los romanos... Aun por *vuestro* bien deberíais hacer motines, persuadirlo a defenderse, hacer que de ningún modo se le aprenda y que cause daño alguno involuntariamente. Persuadirlo a que vaya al Garizín. Allí hasta que no se aplaque la ira del Sanedrín y las sospechas de los romanos. El Garizín tiene el derecho de asilo. Es inútil decírselo a Él. Si se lo decimos nosotros, nos dice que somos anatemas, porque le aconsejamos cometer una villanía. No es eso. Es que lo amamos. Lo hacemos por prudencia. No podemos hablar, pero vosotros, sí. Os ama. Prefirió vuestros lugares a otros. Tratad de acogerlo lo mejor que podáis, para que os convenzáis de que os ama o no. Si rechazase vuestra ayuda, señal es que no nos ama y por lo tanto sería mejor que se fuese a otra parte. Creedlo, y lo decimos con el corazón desgarrado de dolor porque lo amamos: su presencia acarrea peligros a quien lo acoge. Vosotros sois mejores que otros y no pensáis en esto. A lo menos si habéis de sufrir las represalias romanas, hacedlo por amor. Os lo aconsejamos por el bien de todos”.

“Decís bien. Haremos como nos habéis dicho. Iremos a verlo...”

“¡Oh, sed prudentes! ¡Que no se trasluzca que os lo hemos sugerido”.

“¡No tengáis miedo! ¡No tengáis miedo! Sabremos darnos maña. Demostraremos que los despreciados samaritanos valen por cien, por mil judíos y galileos que defienden al Mesías. Venid. . Entrad en nuestros hogares, vosotros los enviados del Señor. ¡Será como si Él entrase! ¡Hacía mucho tiempo que Samaria esperaba que los siervos de Dios la amasen!”

Se alejan llevando en medio, como en triunfo, a los emisarios del Sanedrín, de lo que estoy casi segura. Dicen: “Vemos que nos ama porque en pocos días es el segundo grupo de discípulos que envía. Hicimos bien en haber tratado con cariño a los primeros. Y tenemos qué ser buenos con Él por los pequeñuelos de nuestra ciudadanía muerta. Él nos conoce ya...” Se alejan felices.

Toda Efraín se desborda en las calles para ver un insólito cortejo de carruajes romanos que atraviesan por ella. Vienen muchos carruajes y literas, a sus lados esclavos, por delante y por detrás legionarios. La gente se deshace en comentarios. Llegado el cortejo cerca del camino que lleva a Betel y a Rama, se divide en dos partes. Se detienen un carro y una litera con su

escorta de soldados. La cortina de la litera se separa un instante y una blanca mano femenina adornada con perlas hace señal al jefe de los esclavos de que se acerque. El hombre obedece sin hablar. Escucha. Se acerca a un grupo de mujeres curiosas y pregunta: “¿Dónde está el rabí de Nazaret?”

“En aquella casa. Pero a esta hora de costumbre está cerca del arroyo. Hay como una isla pequeña. Allá donde están aquellos sauces, donde está aquel álamo. Días enteros se los pasa orando allí”.

El esclavo lo comunica. La litera se pone en movimiento. El carro se queda. Los soldados siguen la litera hasta la ribera del torrente y cierran el camino. Sólo la litera sigue por el borde del cause hasta la isleta que con el tiempo se ha llenado de muchos matorrales, entre los que con su copa plateada sobresale el álamo. Los portadores se suben los vestidos, la litera pasa el riachuelo, baja Claudia Prócula con una liberta, y hace señal a un esclavo negro que la siga. Los demás siguen a la ribera.

Claudia entra en la isleta con los otros dos y va derecha hacia el álamo. La hierba ahoga el ruido de los pasos. Llega a donde está Jesús absorto, sentado a los pies del árbol. Lo llama. A sus dos seguidores les ordena con una mirada que no la sigan.

Jesús levanta la cabeza y se pone de pie al ver a Claudia. La saluda sin inclinarse. No da muestras de sorpresa, ni de fastidio o disgusto, porque haya venido.

Claudia después del saludo, sin esperar dice a lo que ha venido: “Maestro, fueron a verme, mejor, fueron a ver a Poncio algunos... No me gusta hablar mucho. Pero porque te admiro te digo, como habría dicho a Sócrates si hubiera vivido en sus tiempos, o a cualquier otro hombre virtuoso a quien injustamente se le persigue: ‘No puedo hacer mucho, pero lo que puedo lo haré’. Y mientras tanto escribiré a donde puedo para tenerte seguro y además... potente. Tantos que no lo merecen viven en tronos y en altos lugares...”

“Domina, no te he pedido ni honores, ni protección. Que el verdadero Dios te pague tu buen corazón. Da tus honores y tu protección a quien los desea como algo digno. Yo no los deseo”.

“¡Ah, esto es lo que quería! ¡Eres en verdad el Justo que he presentido! Y los otros: ¡tus indignos calumniadores! Fueron a vernos y...”

“No es necesario que hables domina. Lo sé”.

“¿Sabes también que se dice que por tus pecados has perdido tu poder y que por eso vives aquí como desterrado?”

“También lo sé. Y sé que a esto le diste más crédito que a lo primero. Porque tu inteligencia pagana puede discernir la grandeza o bajeza a que puede llegar el hombre, pero no puedes todavía comprender la grandeza del espíritu. Estás... desilusionada de tus dioses que en tu religión siempre están peleando y apenas si tienen poder alguno, sujeto a caprichos mutuos. Y crees que así es el Dios verdadero, pero no. Soy el mismo que cuando me viste por primera vez curar un leproso, y sigo siendo el mismo, y lo seré cuando parezca que todo se ha acabado. ¿No es aquel tu esclavo mudo?”

“Sí, Maestro”.

“Dile que venga”.

Claudia le grita y el hombre se acerca, se postra en el suelo ante Jesús y su patrona. Su corazón de esclavo no sabe a quién venerar más. Tiene miedo de que si venera más a Jesús que a ella, ésta lo castigue. No obstante, mirando con ojos suplicantes a Claudia, vuelve a hacer lo que hizo en Cesarea: toma el pie desnudo de Jesús entre sus gruesas manos negras y poniendo su cara contra el suelo, se pone el pie sobre la cabeza.

“Escucha, domina. ¿Qué cosa es más fácil según tú, conquistar por sí mismo un reino, o hacer renacer una parte del cuerpo que no existe?”

“Un reino, Maestro. La fortuna ayuda a los audaces, pero ninguno fuera de Ti, puedes hacer que vuelva a la vida un muerto o que vea el ciego”.

“¿Y por qué?”

“Porque... porque sólo Dios puede hacerlo”.

“¿Entonces para ti soy Dios?”

“Sí... o por lo menos Dios está contigo”.

“¿Puede Dios estar con un perverso? Hablo del Dios verdadero, no de vuestros ídolos que son ficción que se crea el que ignora lo que es, y fantasmas que se crea para apagar la sed de su alma”.

“No... diría yo. No, no lo diría. Nuestros mismos sacerdotes pierden su fuerza cuando son culpables”.

“¿Qué poder?”

“De leer en los signos del cielo y en las respuestas de las víctimas, en el vuelo de las aves, en su canto. Sabes... los augures, los arúspices*...”

“Lo sé, lo sé. ¿Y qué? Mira. Tú levanta la cabeza, abre la boca de la que hombres crueles te privaron de un don de Dios, y por voluntad del Dios verdadero, único, Creador de cuerpos perfectos, vuelve a tener lo que te arrancaron”.

Mete su dedo blanco en la boca del mudo. La liberta curiosa, se acerca. Claudia se inclina a ver. Jesús saca su dedo y dice: “Habla y úsala para alabar al Dios verdadero”.

E inmediatamente ronco como el ruido de una trompeta, el hombre que hasta ahora había estado mudo, grita: “¡Jesús!” y cae en tierra llorando de alegría y lame realmente los pies desnudos de Jesús, como lo hiciera un perro agradecido.

“¿He perdido mi poder, domina? A quien insinúe esto, dale esta respuesta. Levántate. Sé bueno pensando en lo mucho que te he amado. Desde aquel día en Cesarea te he traído en mi corazón, y contigo a todos tus iguales. Se os considera mercancía, menos que a animales, cuando sois hombres, iguales a César por el nacimiento, y tal vez mejores por el corazón... Puedes irte, domina. No hay más qué hablar”.

“Sí. Hay algo más. Que yo había dudado... Que con dolor casi estaba a punto de creer lo que se decía de Ti. Y no yo sola. Fuera de Valeria que sigue constante en su modo de pensar, perdónanos a todas las demás. Hay también algo más. Te regalo a este que de nada me sirve ahora que habla; y esta bolsa de dinero”.

“No”.

“¡Entonces no me has perdonado!”

“Perdono aun a los de mi pueblo, que son dos veces culpables por no reconocer lo que soy, ¿y no iba a perdonar a vosotros que carecéis de todo conocimiento divino? Bueno. Dije que no aceptaba ni el dinero, ni a este. Ahora acepto el dinero para que éste sea libre, para que se vaya a su patria a decir que está en la tierra. El que ama a todos los hombres y que los ama cuanto más infieles los ve. Ten tu bolsa”.

“No, Maestro. Es tuya. Este queda libre. Es mío. Te lo doy. Tú lo libertas. No hay necesidad de dinero”.

“Entonces... ¿Cómo te llamas?” pregunta.

“Por burla lo llamaban Calixto, pero cuando fue aprehendido...”

“No importa. Sigue con el mismo nombre. Y que sea realidad al hacer bellissimo tu espíritu. Vete, sé feliz porque Dios te ha salvado”.

¡Irse! El negro no se cansa de besar y de repetir: “¡Jesús! ¡Jesús!” nuevamente se pone el pie de Jesús sobre su cabeza diciendo: “Tú, mi único Patrón”.

“Yo, Yo soy tu verdadero Padre. Domina, procura que regrese a su patria. Emplea el dinero y lo demás que se le dé. Adiós, domina. Y no des oídos a las voces de las tinieblas. Sé justa. Trata de conocerme. Adiós, Calixto. Adiós, domina”.

Jesús de un solo brinco pasa el arroyo, de la parte contraria donde está la litera, y se mete entre matorrales, sauces y cañaveral.

Claudia llama a los portadores, y pensativa sube. Pero si guarda silencio, la liberta y el esclavo hablan por diez y hasta los mismos legionarios pierden su disciplina férrea ante el prodigio de una lengua que ha renacido. Claudia está muy pensativa para ordenar silencio. Recostada en la litera, la cara apoyada sobre los codos, no habla. Está absorta. Ni siquiera cae en la cuenta

* arúspice = Sacerdote que en la antigua Roma examinaba las entrañas de las víctimas para hacer presagios.

que la liberta no está con ella, sino que se ha puesto a hablar con los portadores, y Calixto con los legionarios. ¡Es grande la emoción para guardar silencio!
Tornan hacia el cruce para Betel y Rama. La litera deja Efraín para reunirse con el resto del cortejo.

25. Jesús y el hombre de Yabnia

7 febrero 1947

Deben haber pasado muchos días, porque el trigo que en visiones anteriores había yo visto pequeñito, ahora después del último aguacero y de los días soleados, ha crecido y empieza a echar espiga. Un viento suave lo hace ondear. La brisa acaricia las nuevas ramas de los árboles frutales, que apenas caída la flor o a punto de caer, han echado hojitas de color esmeralda claro, tiernas, brillantes, hermosas como todo lo que es nuevo. Un poco retrasadas son las vides llenas de nudos. Pero entre sus brazos que se entrelazan, las yemas han roto la costra, y aunque todavía dentro, dejan ver la pelusa gris plateada en donde anidan los futuros racimos. Los ramos parecen ablandarse con mayor gracia. El sol continúa su obra de pintor dando color a todo, de destilador de aromas y mientras pasa su pincel con colores más vivos de los de ayer, calienta y con ello extrae del suelo, de los prados en flor, de los trigales, de los huertos, de los bosques, de los muros, de la ropa puesta a secar, las diversas ondas de olores, para crear una sola sinfonía de perfume que durará por todo el verano, hasta perderse en un agrio olor de mosto en las tinas donde la uva se convierte en vino. Se oye el cantar de los pajaritos, el balar de los corderos, de los chivos. Se oyen cantar a hombres por las faltas. Lo mismo que las risas de los niños y mujeres. Es primavera. La naturaleza ama. El hombre se regocija con el amor de la naturaleza que mañana lo hará más rico, y goza de sus amores que toman más fuerza. La esposa parece más bella. El marido más protector. Los niños más bonitos. Los niños que ahora son sonrisa y significan trabajo, pero que mañana en la vejez, serán también sonrisa y protección.

Jesús pasa entre los campos que suben y bajan según los desniveles del monte. Va solo. Vestido de lino, porque su último vestido de lana lo dio a Samuel. Trae un manto ligero color azul alegre, echado sobre el hombro, que graciosamente envuelve su cuerpo, y que sostiene con un brazo sobre su pecho. La extremidad que pende del brazo, ligeramente ondea al soplo de la mansa brisa que pasa tocando, y los cabellos de su cabeza brillan al sol. Pasa. Donde ve niños se inclina a acariciar sus cabecitas inocentes y a escuchar sus cuitas, a admirar lo que le van a mostrar.

Una pequeña que tropieza en su carrera, por lo pequeña y porque su vestido es más largo, tal vez era de su hermano mayor, se acerca que es una sonrisa que se le escapa de los ojos y hace ver sus pequeños incisivos entre sus sonrosados labios, trayendo un manojo de margaritas en sus brazos, que más no podría traer. Las levanta y dice: "Para Ti. Son tuyas. A mamá daré después. Dame un beso, ¡aquí!" y aplaude con sus manitas sobre su boquita diciendo palabras de admiración y agradecimiento. Se pone de puntitas en un intento vano de llegar hasta el rostro de Jesús que bondadosamente ríe. La toma en sus brazos y con ella sigue su camino hacia un grupo de mujeres que meten en el agua telas nuevas para que después de tenderlas el sol las blanquee.

Las mujeres, agachadas hacia el agua, se enderezan saludando. Una de ellas sonriente dice: "Tamar te ha dado molestia... Desde hora temprana estaba cortando flores con la secreta esperanza de verte pasar. No me dio ni una, porque te las quería dar todas".

"Las aprecio más que los tesoros de un rey. Son inocentes como las que acaban de nacer, y me las ha dado una que es inocente como las flores". Besa a la niña poniéndola en el suelo y dice: "Que sobre ti venga la gracia del Señor". Saluda a las mujeres y continúa su camino saludando a los agricultores y pastores que responden a su saludo desde sus campos o desde sus prados.

Parece que va a allá abajo, hacia Jericó. Luego regresa; toma otro sendero que sube nuevamente hacia los montes que están al norte de Efraín. También aquí, donde el sol da, y los vientos del norte no azotan, hay buenos trigales. El atajo entre dos campos tiene de una parte árboles frutales a determinada distancia y los capullos de los próximos frutos son como tantas perlas sobre la rama.

Un camino que baja del norte a sur corta el atajo. Debe ser un camino importante porque en lugar del cruce hay piedras millares que usan los romanos en que está escrito señalando al norte: 'Neápolis', y bajo esta palabra —esculpida con grandes letras latinas- con pequeñas, y con grafito en el granito: 'Siquén'; en el lado que da al pendiente: 'Silo-Jerusalén'; en el del sur: 'Jericó' En el del oriente no hay nada escrito. Se podría decir que si no hay escrito un nombre de ciudad, sí lo hay de una desgracia humana. En tierra, entre la piedra millar y el caño que flanquea el sendero, como en todos los caminos que están a cargo de los romanos, por donde corre el agua en tiempos de lluvia, está un hombre entumecido, es un montón de harapos y de huesos, tal vez muerto.

Jesús se inclina a verlo entre la hierba, lo toca: "Oye, ¿qué te pasa?"

Un gemido es su respuesta. Se mueve, se desenvuelve, aparece una cara de esqueleto, cadavérica, y dos ojos cansados, dolorosos, lánguidos miran estupefactos. Trata de sentarse apoyándose con las manos, pero está tan débil que sin la ayuda de Jesús no lo logra.

Jesús lo ayuda y hace que se recline sobre la piedra millar. Le pregunta: "¿Qué te pasa"

¿Estás enfermo?"

"Sí". Un "sí" muy débil.

"¿Porqué te has puesto de camino solo y en estas condiciones? ¿No tienes a nadie?"

El hombre hace señal de que sí, pero está muy débil para responder.

Jesús mira a su alrededor. No hay nadie por los campos. Al norte, en la cresta de un collado, un montón de casas; al oeste, entre el verdor de la pendiente que se cambia entre las quebraduras del camino, pastores. Jesús baja sus ojos sobre el hombre. Pregunta: "Si te ayudase, ¿podrías ir hasta ese poblado?"

El hombre mueve la cabeza y dos lágrimas le bajan por las mejillas tan secas como si fuera ya viejo, aunque la barba dice que todavía es joven. Une todas sus fuerzas y dice: "Me arrojaron... Temor a lepra... No lo estoy... Me muero... de hambre...". Respira con dificultad por la debilidad. Se mete un dedo a la boca y saca una bolita verdosa: "Mira... He masticado trigo... pero todavía es hierba".

"Voy a donde está ese pastor. Te traeré leche. Regreso pronto". Casi de carrera va a donde está el ganado, a unos doscientos metros.

Habla con el pastor, señala al hombre. El pastor se vuelve a mirar, parece como si no creyese. Luego dice que sí. Se quita del cinturón una escudilla de madera que trae como todos los pastores, ordeña una cabra, da la leche a Jesús, que con precaución baja la pendiente. El pastorcillo lo sigue.

Se pone de rodillas junto al hombre. Le pasa un brazo por detrás de la espalda para levantarlo. Le acerca la leche tibia a los labios. Le hace beber a sorbos. Luego pone la taza en el suelo diciendo: "Por ahora basta. Si la bebes toda te haría mal. Deja que tu estómago tome fuerzas con la que bebiste".

El hombre no protesta. Cierra los ojos. El pastorcillo lo mira sorprendido.

Después de algunos minutos Jesús ofrece nuevamente la taza, de la que bebe el hombre con pausas menos breves. Jesús devuelve la escudilla al muchacho que se va.

El hombre lentamente cobra fuerzas. Trata de incorporarse. Envía una sonrisa de agradecimiento a Jesús sentado en la hierba. A modo de excusa: "Te hago perder tiempo".

"¡No te aflijas! El tiempo en amar a los hermanos no es perdido. Cuando te sientas mejor hablaremos".

"Me siento mejor. La vida vuelve a mi cuerpo y a mis ojos... Creía que iba a morirme aquí... ¡Pobres de mis hijos! Había perdido toda esperanza... Y hasta ahora era grande... Si no hubieras venido, hubiera muerto... así... en el camino..."

“Cosa triste. Es verdad. Pero el Altísimo miró a su hijo y lo socorrió. Descansa un poco”. El hombre obedece por unos minutos, luego abre sus ojos y dice: “Me siento revivir. ¡Oh, si pudiese ir a Efraín!”

“¿Para qué? ¿Hay alguien que te espera allí? ¿Eres de allá?”

“No. Soy de la campiña de Yabnia, cerca del Mar Grande. Fui a Galilea, a lo largo de la ribera, hasta Cesarea. Luego a Nazaret, porque estoy enfermo aquí (señala el estómago) de un mal que nadie puede curar y que no me deja trabajar en el campo. Soy viudo, con cinco niños... Soy nativo de Gaza. Mi padre fue filisteo y mi madre siro-fenicia. Uno de los nuestros, que era admirador del Rabí galileo, llegó con otro a nuestro lugar y nos habló del Rabí. Y también lo oí. Cuando me enfermé, me dije: ‘Soy siro y filisteo: peste para Israel. Pero Ermasteo ha afirmado que el Rabí de Galilea es bueno como poderoso. Yo lo creo. Voy a donde esté’. Apenas llegó la buena ocasión, encomendé mis hijos a su abuela, recogí lo poco que tenía, pues mucho lo había gastado en medicinas, y me vine a buscar al Rabí. El dinero se acabó pronto en el viaje, sobre todo porque no se puede comer cualquier cosa... y porque se debe estar en albergues, cuando el dolor arrecia. En Séforis vendí mi asno, porque no tenía más dinero, y para dar algo al Rabí. Pensaba que tan pronto me curara, podría comer de todo y regresar pronto a casa. Allí con el trabajo en mis tierras y de otros me recuperaría... Pero el Rabí no estuvo en Nazaret, ni en Cafarnaúm. Su Madre me dijo: ‘Está en Judea. Búscalo en casa de José de Séforis en Bezeta o en el Getsemaní. Te dirán dónde está’. Regresé a pie. Mi enfermedad crecía... el dinero disminuía. En Jerusalén, a donde me enviaron, encontré a muchos hombres, pero no al Rabí. Me dijeron: ‘¡Oh! lo han arrojado de acá desde hace mucho tiempo. El Sanedrín lo ha maldecido. Huyó y no sabemos dónde esté’. Yo... me sentí morir... como ahora. Más que ahora. Fui preguntando a todos en las ciudades y en la campiña. Nadie supo darme razón. Algunos lloraban conmigo, muchos me pegaron. Un día, que estaba pidiendo limosna fuera del muro del templo, oí que los fariseos decían: ‘Ahora que se sabe que Jesús de Nazaret está en Efraín...’ No perdí tiempo. Débil como estaba vine para acá, pidiendo de limosna pan, cada vez más débil y de aspecto enfermizo. Como no soy de acá, extravié el camino... Hoy vengo de allá, de ese pueblo. Hacía dos días que no chupaba sino hinojos selváticos, masticaba raíces y hierba de trigo. Me tomaron por leproso por mi palidez. Me echaron afuera a pedradas. No les pedía sino un pedazo de pan y que me señalasen el camino a Efraín... Aquí caí... Quisiera ir a Efraín... ¡Tan cerca que estoy de la meta! ¿Puede ser que no llegue? Yo creo en el Rabí. No soy israelita, pero tampoco lo era Ermasteo y el Rabí lo amó. ¿Es posible que el Dios de Israel haga pesar su mano sobre mí en venganza de las culpas de mis antepasados?”

“El Dios verdadero es Padre de los hombres. Justo, pero bueno. Premia a quien tiene fe y no exige que los inocentes paguen las culpas que no son suyas. ¿Por qué dijiste que cuando oíste que no se sabía dónde estaba el Rabí, te sentiste morir más que hoy?”

“¡Bueno! Porque me dije: ‘Lo perdí antes de encontrarlo’ ”.

“¡Porque no te curarías!”

“No por esto sólo, sino porque Ermasteo nos repetía ciertas cosas que de haberlo conocido, no me consideraría más una asquerosidad”.

“¿Crees, pues, que sea Él el Mesías?”

“Lo creo. No sé qué cosa quiera decir Mesías, pero creo que el Rabí de Nazaret es el Hijo de Dios”.

“En el rostro de Jesús brilla una sonrisa luminosa. Pregunta: “¿Estás seguro que si tal lo es, te escucharía a ti, incircunciso?”

“Seguro. Porque lo decía Ermasteo. Nos repetía: ‘Es el Salvador de todos. Para Él no hay hebreos ni idólatras. Sólo criaturas que salvar porque el Señor Dios lo envió para esto’.

Muchos se reían. Yo creí. Si le pudiese decir: ‘Jesús, ten piedad de mí’, me escuchará. ¡Oh, si eres de Efraín, llévame a donde está! Tal vez eres uno de sus discípulos...”

Jesús sonrío cada vez más y aconseja: “Trata de pedirme que te cuto Yo...”

“Tú eres bueno. Cerca de Ti me siento bien. Si Tú eres bueno... cómo lo será el Rabí en persona. Tal vez te habrá dado poder de hacer un milagro, porque eres bueno, tienes qué ser uno de sus discípulos. Todos los que encontré han sido buenos. ¿Te enojarías si te dijese que podrías curar los cuerpos, pero no los corazones? Yo quisiera que también el mío se curara, como sucedió a Ermasteo. Ser un hombre recto... Y sólo puede hacerlo el Rabí. Soy un pecador además de enfermo. No quiero que mi cuerpo sane, sin que mi alma no se cure. Quiero vivir y que viva también mi alma. Ermasteo nos decía que el Rabí es Vida del alma y que el alma que cree en Él vive para siempre en el Reino de Dios. Llévame a donde está el Rabí. Eres bueno. ¿Por qué sonríes? ¿Porque crees que soy un atrevido en querer que me cure sin darle un óbolo? Una vez que me vea curado volveré a cultivar la tierra. Tengo huertos muy buenos. Que el Rabí vaya cuando es su estación y le pagaré con una hospitalidad como merece”.

“¿Quién te dijo que el Rabí quiere dinero? ¿Ermasteo?”

“No. Más bien él decía que el Rabí se compadece de los pobres y es el primero en socorrerlos. Pero se hace con todos los médicos... y con todos... para acabar...”

“Pero no con Él. Te lo aseguro. Te aseguro que si pudieses aumentar tu fe a pedirle aquí e milagro, y de que es posible, lo alcanzarías”.

“¿De veras?... Si eres uno de sus discípulos no puedes mentir ni equivocarte. Aunque me desagrade no ver al Rabí... quiero obedecerte... Tal vez perseguido como está... no quiere que se le vea... no se fía de nadie. Tiene razón. Pero no somos nosotros los que lo llevaremos a la ruina. Serán los hebreos... Mira, yo digo aquí (se pone fatigosamente de rodillas): ‘Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí’”.

“Y se haga como tu fe lo merece” dice Jesús con su gesto que obra un milagro.

El hombre es presa como de una ofuscación, como si una luz repentina le hubiera herido. Comprende –no sé si porque su inteligencia haya sido iluminada o por sensación física, o por ambas cosas- que es Jesús el que tiene delante y con un grito tan fuerte que el pastor, que había bajado, apresura el paso.

El hombre está en tierra, con la cara entre la hierba. El pastor dice señalándolo con su cayado:

“¿Está muerto? Cuando uno está exhausto, además de la leche se necesita otra cosa” y mueve la cabeza.

El hombre lo oye, se pone de pie, fuerte, sano. Grita: “¿Muerto? ¡Estoy curado! Él lo ha hecho. No me siento ni débil ni enfermo. Me siento como joven. ¡Oh, Jesús bendito! ¿Por qué no te reconocí desde el principio? Tu piedad debió haberme dicho tu nombre. La paz se sentía cerca de Ti. Fui tonto. Perdona a tu pobre siervo” y se arroja de nuevo adorándolo.

El pastor deja allí sus cabras y corre lo más que puede al poblado.

Jesús se sienta junto al curado: “Me hablaste de Ermasteo como si hubiera muerto. ¿Sabes cómo acabó? No quiero de ti sino una sola cosa que vengas conmigo a Efraín y que digas a quien está conmigo cómo terminó. Luego te mandaré a Jericó, a casa de una discípula, para que te ayude a regresar”.

“Si lo quieres, iré. Ahora que me siento bien, no tengo miedo de morir en el camino. Aun la hierba me puede alimentar. No tendré vergüenza de tender mi mano, porque no acabé mis bienes en la crápula, sino en algo que era honesto”.

“Quiero que vengas. Le dirás que me viste, que la espero aquí. Que puede venir, que nadie la molestará. ¿Podrás decírselo?”

“Lo podré. Ah, ¿por qué te odian, si eres tan bueno?”

“Porque muchos hombres tienen en sí un espíritu que se ha posesionado de ellos. Vamos”.

Jesús toma el camino a Efraín. Lo sigue el curado. Sólo los restos de una larga debilidad queda pintada en su rostro, como en el andar.

Del poblado bajan haciendo señas y gritando mucha gente. Llaman a Jesús. Le dicen que se detenga. No los escucha, más bien aprieta el paso.

Llega a las cercanías de Efraín... Los trabajadores que se preparan a volver a casa, pues empieza el crepúsculo, lo saludan y miran también al hombre que lo acompaña.

De un atajo sale Judas de Keriot. Da como un grito de sorpresa al ver al Maestro, que no da señal de sorpresa alguna. Se vuelve al hombre que le acompaña y le dice: “Este es un discípulo mío. Cuéntale de Ermasteo”.

“¡Oh, en pocas palabras se puede decir! Infatigable era en predicar al Mesías, aun después que se separó de su compañero para quedarse con nosotros. Decía que todos tenemos necesidad de conocerte, y que quería darte a conocer a su patria, y que regresaría después que hubiese divulgado a todos los pobladores, aun los más pequeños, tu nombre. Vivía como un penitente. Si alguien le regalaba un pedazo de pan, lo bendecía en tu nombre. Si le arrojaban piedras lo bendecía de igual modo. Se alimentaba de frutas del monte, de moluscos marinos que sacaba de los escollos o de la arena. Muchos decían que estaba ‘loco’. Pero nadie lo odiaba en realidad. Llegaban a arrojarlo como mal augurio. Un día lo encontraron muerto en el camino, cerca de mis posesiones, en el camino que lleva a Judea. Nadie supo de qué murió. Pero se murmura que alguien lo mató porque predicaba al Mesías. Tenía una herida grande en la cabeza. Se dice que un caballo lo echó por tierra. Yo no lo creo. Aun tirado en el suelo, sonreía. Parecía como si sonriese a las últimas estrellas de la noche más serena de elul y a los primeros rayos matutinos. Los hortelanos que iban a la ciudad lo vieron y me lo dijeron cuando pasaban por mis limonares. Corrí a ver. Dormía en paz”.

“¿Oíste? Pregunta Jesús a Judas.

“Oí. ¿Pero no le prometiste que te habría servido, y que tendía una vida muy larga?”

“No dije así. Los años no te lo recuerdan bien. ¿No acaso me sirvió, evangelizando en lugares en donde era desconocido y no ha vivido así muchos años? ¿Qué vida más larga puede haber que la que se conquista en el servicio de Dios? Larga y gloriosa”.

Judas sonríe con una sonrisa extraña que me molesta tanto, pero no replica.

Los el poblado se han unido a muchos de Efraín y hablan con ellos señalando a Jesús.

Jesús dice a Judas: “Acompáñalo a casa y trata de que se recupere. Después del sábado que empieza ahora partirá”.

Judas obedece. Jesús se queda solo. Camina inclinándose a ver las espigas de trigo que comienzan a brotar.

Algunos hombres de Efraín le preguntan: ¿Verdad que es hermoso?”

“Hermoso, pero no diverso del de otras regiones”.

“Sin duda, Maestro. ¡Todo es trigo! Y debe ser igual”.

“¿Lo decís? Entonces el grano es mejor que los hombres. Basta con que se siembre bien, para que fructifique aquí como en Judea, o Galilea o en las llanuras cercanas del mar Muerto. Pero los hombres no dan el mismo fruto. La tierra también es mejor que los hombres, porque cuando se le arroja la semilla no hace diferencia si es de Samaria o de Judea”.

“Tienes razón. ¿Pero por qué dices que la tierra y el grano es mejor que los hombres?”

“¿Por qué?... Hace poco un hombre pidió en un poblado por piedad un pedazo de pan. La gente judía de ese lugar lo arrojó. Lo arrojó porque creyó que estaba ‘leproso’ debido a su flacura. Ese hombre estuvo a punto de morir en el camino. Por eso la gente de ese poblado, la que os mandó a preguntar acerca de Mí, y que quería acercarse para ver al curado, es peor que el grano y que los terrones de la tierra, porque aun cuando hace tiempo que he cuidado de ella no ha producido el mismo fruto que produjo ese hombre que no es ni judío ni samaritano, que jamás me había visto ni oído, sino que acogió las palabras de un discípulo mío, y que creyó en Mí sin conocerme. Es peor que los terrones porque rechazó al curado que es de otra raza. Ahora quiere satisfacer su sed de curiosidad, esa gente que no supo calmar el hambre de uno que moría. Decidles que el Maestro no satisfará su curiosidad. Y vosotros aprended la gran ley del amor, sin la que *jamás* seréis mis seguidores. No es el amor por Mí, ni solo ello lo que salvará vuestras almas, sino el mayor por mi enseñanza. Esta enseña a amar sin distinción de razas o de clases sociales. Váyanse lejos los duros de corazón que al mío han causado gran dolor, y se arrepientan si pretenden que los quiera. Recordad todos que si soy bueno, también soy justo. Si no hago distinciones y os amo como a los otros de Galilea o Judea, esto no quiere decir que os enorgullezcáis neciamente por ser preferidos, ni confiéis

que no os reprenda. Alabo y regaño, según la justicia necesaria, a mis parientes y a mis apóstoles, como a cualquier otro. En mi regaño hay siempre amor. Lo hago porque quiero que haya rectitud en los corazones para poder un día premiarlos por lo que hicieron. Id y decidlo. Que mis palabras produzcan fruto en todos”.

Jesús se envuelve en su manto y ligero camina a Efraín dejando parados a sus interlocutores que después se van cabizbajos, a repetir las palabras del Maestro a los del poblado que no tuvieron compasión.

26. Jesús, Samuel, Judas y Juan.

10 febrero 1947

Nuevamente Jesús, solo y absorto se dirige lentamente a lo espeso del bosque, al oeste de Efraín. Del arroyo sale el choque del agua y de los árboles el canto de los pajarillos. La luz del sol es tibia bajo lo tupido de las ramas, y caminar sobre la hierba tupida no produce ruido alguno. Los rayos del sol forman una alfombra de ruedas o de rayos dorados en lo verde de la hierba, y los pétalos de alguna florecilla que hieren los rayos directamente parece como si fueran astillas brillantes.

Jesús va subiendo a un risco como balcón, sobre el que se levanta una gigantesca encina de la que penden ramas de mora o rosa selvática que se mueven, de hiedras o clemátides que no encontrando apoyo en donde nacieron, demasiado estrecho para su exuberante fuerza, se lanzan al vacío como una cabellera despeinada, tienden sus brazos como para asirse a cualquier objeto.

Jesús ha llegado a la cima. Camina hacia su extremidad, haciendo a un lado las ramas. Una parvada de pajarillos huye impelidos por el miedo. Jesús se pone a mirar al que lo precedió, que a la orilla del peñasco, con los codos apoyados sobre el suelo y sobre ellos su cara, mira al vacío, hacia Jerusalén. El hombre es Samuel, el antiguo discípulo de Jonatás ben Uziel. Está pensativo. Suspira. Mueve la cabeza...

Jesús mueve las ramas para llamar su atención y al ver que el otro no cae en la cuenta, le echa una piedra entre la hierba que rueda hacia abajo. El ruido saca de sí al joven que se vuelve: ¿Quién es?”

“Yo, Samuel. Te me adelantaste a uno de mis lugares preferidos para orar” responde Jesús asomándose tras el tronco de la encina, y lo hace como si hubiera llegado en esos momentos. “¡Oh, Maestro... me desagrada! Al punto te dejo el lugar” dice levantándose aprisa y recogiendo el manto que se había quitado para ponérselo abajo.

“No. ¿Por qué? Hay lugar para dos. Es un hermoso lugar. Tan solo, suspendido en el vacío, iluminado y plano hacia adelante. No lo dejes”.

“Quiero dejártelo para que ores...”

“¿Y no podemos hacerlo juntos, meditar, hablar con el espíritu elevado a Dios... olvidando a los hombres y sus debilidades, pensando en Dios, nuestro Padre, en Él que es bueno con todos los que lo buscan y lo aman con buena voluntad?”

Samuel se sacude de sorpresa cuando Jesús dice “olvidando a los hombres y sus debilidades...” mas no replica. Vuelve a sentarse.

Jesús se sienta a su lado en la hierba. “Siéntate aquí. Mira qué limpio está el día. Si tuviéramos ojos como el águila podríamos ver los poblados que blanquean sobre las crestas de los montes que rodean Jerusalén. Y tal vez, podríamos ver un punto resplandeciente como una piedra preciosa en el aire que haría palpar más nuestro corazón: la cúpula de oro de la casa de Dios... Mira, allá está Betel. Blanquean sus casas, y más allá Berot. ¡Qué astutos fueron los antiguos habitantes de esos lugares y vecindades! Lo lograron aun cuando el engaño no sea un arma buena. Lo lograron porque lo hicieron para servir al verdadero Dios. Hay que perder siempre las honras humanas para conseguir la vecindad con lo divino, aun cuando los honores humanos fuesen muchos y de gran estima, y la cercanía con lo divino sea algo humilde y desconocida. ¿No es verdad?”

“Así es, Maestro. Igual me pasó a mí”.

“Pero estás triste, pese a que el cambio debería hacerte feliz. Estás triste. Sufres. Te aíslas. Miras hacia los lugares abandonados como si fueras un pájaro cautivo, que dentro de su jaula se queja de los lugares en que tuvo sus amores. No digo que no lo hagas. Eres libre. Puedes irte y...”

“Señor, ¿te ha hablado Judas acaso mal de mí que así me hablas?”

“No. Judas no me ha hablado nada. *A Mí no me ha dicho nada, pero a ti, sí.* Y tú estás triste por esto, y te aíslas desconsolado por esto”.

“Señor, si sabes estas cosas sin que nadie te las haya dicho, sabrás también que no tengo deseos de dejarte, porque no me hubiera arrepentido, por nostalgia del pasado... ni siquiera por temor a los hombres que podrían castigarme, por ninguna de esas cosas estoy triste. Miraba hacia allá, es verdad, en dirección de Jerusalén, pero no por ansia de regresar. Quiero decir como fui antes. Ciertamente tengo ansias de regresar como un israelita que desea entrar en la casa de Dios y adorar al Altísimo como todos los sentimos, y no creo que puedas reprocharme esto”.

“Soy Yo el primero, en mi doble naturaleza, quien anhela por ese altar, y quisiera verlo rodeado de santidad como conviene. Como Hijo de Dios cualquier cosa que lo honra es para Mí un cántico, y como Hijo del hombre, como israelita, y por lo tanto Hijo de la ley, veo el Templo y el altar como el lugar más sagrado de Israel, alrededor del cual puede estar nuestro ser vecino a Dios y llenarse del perfume que rodea su trono. Samuel, Yo no anulo la ley. Es sagrada para Mí porque mi Padre la dio. La perfecciono y pongo en ella cosas nuevas¹. Puedo hacerlo porque soy su Hijo. Para eso me mandó, para fundar el espíritu de mi Iglesia, contra la que ni el tiempo, ni los hombres, ni los demonios podrán hacer algo. Pero las tablas de la ley no tendrán sino un honor en mi Iglesia, pues son eternas, perfectas, intocables. Mi palabra no anula el ‘no hacer esto o aquello’ que se encuentra en las tablas, que brevemente dictan lo que es suficiente para que cualquier hombre pueda ser justo a los ojos de Dios. Sólo os digo que cumpláis esas leyes *perfectamente*, no por temor al castigo de Dios, sino por amor a Él que es vuestro Padre. He venido para que pongáis vuestra mano filial en la de vuestro Padre. ¡Cuántos siglos han pasado en que están divididas esas manos! El castigo las separaba, la culpa las separaba³. Llegado el Redentor, el pecado está para ser anulado. Las barreras caen. Nuevamente son hijos de Dios”.

“Es verdad. Eres bueno y me consuelas. Como sabes mi angustia no te la manifestaré. Pero te pregunto: ¿por qué los hombres son tan malos, tan necios, tan imbéciles? ¿Qué mañas usan para podernos sugestionar diabólicamente al mal? ¿Y por qué somos tan ciegos de no ver la realidad y creer en las mentiras? ¿Cómo podemos llegar a ser así demonios? ¿Y seguirlo siendo cuando se está cerca de Tí? Miraba allá y pensaba... Sí, pensaba en cuánto veneno sale de allá para hacer mal a los hijos de Israel. Pensaba cómo la sabiduría de los rabinos puede mancomunarse con tanta maldad que sea capaz de arrastrar al hombre al engaño. Pensaba yo, sobre todo pensaba en que...” Samuel que había hablado con ímpetu se detiene y baja la cabeza.

Jesús termina la frase: “...por qué Judas mi apóstol, es lo que es, y me causa dolor a Mí, a quien me rodea, o a quien viene a Mí, como a ti que has venido. Lo sé. Judas trata de alejarte de aquí y te hace insinuaciones y se burla...”

“No sólo de mí... me envenena mi gozo de haber entrado en la justicia con tantas mañas que pienso de estar aquí como un traidor, traidor para mí y para Tí. Para mí porque me engaño de ser mejor, mientras que no es así, porque seré causa de tu ruina. De veras que todavía no me conozco, podría, si encontrase a los del Templo, ceder a mi propósito y ser... ¡Oh! si lo hubiera hecho antes, habría tenido la excusa de no conocer lo que eres, porque solamente sabía de Tí lo que me habían dicho para convertirme en un maldito... ¡Pero si lo hiciese ahora! ¡Cuál no

¹ Cfr. Mt. 5, 17; Rom. 3, 31.

³ Cfr. Gén. 3; Rom. 5, 12-21.

será la maldición que caerá sobre el traidor del Hijo de Dios! Estaba yo aquí... pensando, sí, pensaba a dónde huir para estar seguro de mí mismo y de ellos. Pensaba en huir a algún lugar lejano, para unirme a los de la Diáspora. Lejos, lejos, para impedir al demonio que me hiciera pecar... Tiene razón tu apóstol, de desconfiar de mí. Me conoce. Nos conoce a todos porque conoce a los jefes... Tiene razón de dudar de mí. Cuando dice: ‘¿Pero no sabes que Él nos anuncia que seremos débiles? Piensa: nosotros que somos sus apóstoles y que desde hace tanto tiempo estamos con Él. Y tú, que todavía hueles al viejo Israel, que has llegado cuando nuestro corazón tiembla de temor, ¿crees que vas a tener fuerza para seguir siendo justo?’ tiene razón”. Samuel, desconsolado, baja la cabeza.

“¡Cuántas tristezas se infligen mutuamente los hombres! En verdad que Satanás sabe aprovecharse de esta inclinación suya para atemorizarlos y separarlos de la alegría que sale a su encuentro para salvarlos. Porque la tristeza del corazón, el temor del mañana, las preocupaciones son armas que el hombre pone en manos de su enemigo, que lo espanta con los mismos fantasmas que el hombre se crea. Hay otros hombres que hacen alianza con Satanás para espantar a sus hermanos. Pero, óyeme, ¿no hay un Padre en el cielo? ¿No es acaso un Padre que así como cuida de esta hierba nacida en la hendidura de la roca –en ella hay suficiente tierra, y está hecha de modo que la humedad del rocío, al correr por la roca, se junte en ese sutil hueco, para que pueda vivir, y dar esta pequeña flor, que en su belleza no es menos admirable que el sol que resplandece allá arriba, y ambos obra perfecta del Creador– así puede cuidar de su hijo *que quiere firmemente servirle*? ¡Oh, Dios no desilusiona a los ‘buenos’ porque Él es quien los enciende en vuestros corazones! Es Él, pródigo y sabio que crea las circunstancias para ayudar no solo el deseo de sus hijos, sino para enderezar y perfeccionar un deseo de honrarlo, que de imperfecto se hace perfecto. Tú te encuentras entre éstos. Creíste, y estabas convencido de que persiguiéndome honrabas a Dios. El Padre vio en tu corazón no el odio, sino el deseo de darle gloria, arrebatando del mundo al que te había dicho que era enemigo de Dios y corruptor de almas. Entonces creó las circunstancias para escuchar tu deseo de darle gloria. Y por eso estás ahora entre nosotros. ¿Quieres pensar que Dios te abandone, ahora que te ha traído? *Sólo si tú lo abandonases* podría vencerte la fuerza del mal”.

“No quiero. Es mi voluntad sincera” responde firmemente Samuel.

“Entonces ¿de qué te preocupas? ¿De las palabras de un hombre? Déjalo que diga. *Él piensa a su modo*. El pensamiento del hombre es siempre imperfecto. Voy a tener cuidado de ello”.

“No quiero que lo vayas a regañar. Me basta que me asegures que no pecaré”.

“Te lo aseguro. No lo harás *porque no quieres* que te suceda. Mira, de nada te servirá ir a la Diáspora y hasta los confines de la tierra para preservar tu alma del odio contra el Mesías y del castigo por tal odio. En Israel muchos no se mancharán del crimen, pero no serán menos culpables de los que me condenarán y dictarán mi sentencia. Contigo puedo hablar de estas cosas, porque sabes que todo tiende a esto. Conoces los nombres y las intenciones de mis enemigos más encarnizados. Tú lo has dicho: ‘Judas nos conoce a todos, porque conoce a los jefes’. Si él os conoce, también vosotros que no sois jefes, que sois como sus lacayos, conocéis lo que se está preparando entre manos, y en qué forma, y quien lo hace, qué planes se fraguan, qué medios se preparan... Por esto puedo hablar contigo. No lo podría hacer con otros... Lo que puedo padecer y compadecer, otros no lo pueden...”

“Maestro, pero ¿cómo puedes ser lo que eres, sabiendo esto?... ¿Quien viene subiendo?” Samuel se levanta para ver. Exclama: “¡Judas!”

“Soy yo. Me dijeron que por aquí había pasado el Maestro y te encuentro a ti. Me regreso. Te dejo entregado a tus pensamientos” y ríe con esa sonrisita que es más lúgubre que el lamento de una lechuza.

“Estoy también Yo. ¿Me necesita alguien en el poblado?” pregunta Jesús mostrándose detrás de Samuel.

“¡Oh, Tú! ¡Estabas en buena compañía, Samuel! Y también tú, Maestro...”

“Dices bien. La compañía de uno que abraza la justicia es siempre buena. Me buscabas para estar contigo. Ven. Hay lugar tanto para ti como para Juan, si viniese contigo”.

“Está allá abajo, con peregrinos”.

“Entonces tendré qué ir”.

“No es necesario, se quedan hasta mañana. Juan los ha colocado en nuestros lechos. Es feliz en hacerlo. Todo lo contenta. En verdad que os asemejáis. No comprendo cómo lográis estar siempre contentos y hasta de lo más... fastidioso”.

“La misma pregunta te iba yo a hacer cuando llegaste” dice Samuel.

“¡Ah, sí! Entonces tampoco tú te sientes feliz, y te sorprendes que otros, en condiciones todavía más... duras que las nuestras, lo sean”.

“Yo no soy infeliz. No hablo por mí. Pienso sólo que de donde saca el Maestro la serenidad que tiene, pese a que no ignora su futuro”.

“¿De dónde? ¡Del cielo! Es natural. Es Dios. ¿Lo dudas acaso? ¿Puede un Dios sufrir? Él está sobre el dolor. El amor del Padre es para Él como... como un vino que embriaga. Y vino embriagador es para Él la convicción de que sus acciones... son la salvación del mundo. Y luego... ¿Puede tener reacciones físicas como nosotros los pobres hombres tenemos? Esto sería contrario al buen sentido. Si el inocente Adán no conoció el dolor de ninguna clase, ni lo hubiera conocido, si siempre se hubiera conservado inocente, Jesús que es el súper-inocente, la criatura... no sé si llamarla, increada siendo Dios, o creada porque no tuvo padres... ¡Oh, cuántos ‘por qué’ insolubles a los que vendrán después, Maestro mío! Si Adán estaba libre de dolor por su inocencia, ¿puede pensarse que puedas sufrir?”

Jesús con la cabeza inclinada ha vuelto a sentarse sobre la hierba. Los cabellos le hacen de velo, y por esto no puede ver la expresión de su rostro.

Samuel, de pie, cara a cara con Judas le replica: “Si debe ser el Redentor, debe sufrir *realmente*. ¿No te acuerdas de David y de Isaías?”

“Sí. Pero aunque veían la figura del Redentor, no veían el auxilio inmaterial por el que el Redentor aunque fuese, digamos, torturado, no sentiría”.

“¿Cuál? Una criatura puede amar el dolor, o padecerlo resignadamente, según la excelencia de su virtud. Pero siempre lo sentirá. Si no lo sintiese... no sería dolor”.

“Jesús es Hijo de Dios”.

“Pero no un fantasma. ¡Es un verdadero Hombre! El cuerpo sufre si se le tortura. El hombre sufre si se le ofende o si se le hace objeto de burla”.

“Su unión con Dios elimina en Él estas cosas humanas”.

Jesús levanta su cabeza y habla: “En verdad te digo, Judas, que sufro y sufriré como ningún hombre. *Puedo ser feliz igualmente por la felicidad santa y espiritual de los que se libraron de las tristezas de la tierra al abrazar la voluntad de Dios como su única meta. Puedo serlo porque he superado el concepto humano de felicidad, la inquietud de no poseerla, como los hombres se la figuran. No voy detrás de lo que los hombres creen que es la felicidad, sino que cifro mi alegría en el lado contrario de la que el hombre cree. Lo que él desprecia y huye porque le producen fatiga y dolor, para Mí son lo más dulce. No miro a la hora, miro a las consecuencias que puede acarrear en la eternidad. Mi acción cesa, pero su fruto permanece. Mi dolor termina, pero sus valores no.* ¿Qué interés tiene para Mí una hora de ‘ser feliz’ en la tierra, después de que anduve tras ella años y lustros, si no puede venir conmigo a la eternidad, cuando debería de gozar de ella, y hacer que participen de ella a los que amo?”

“Si triunfas, nosotros, tus seguidores, participaremos de tu felicidad” exclama Judas.

“¿Vosotros? ¿Y qué sois vosotros en comparación con las multitudes presentes, pasadas y futuras a las que mi dolor dará alegría? Yo veo más allá de la felicidad eterna. Mi mirada va a lo sobrenatural. *Veo que mi dolor es gozo eterno para una inmensidad de hombres. Abrazo el dolor como la fuerza mayor para llegar a la felicidad perfecta que es la de amar al prójimo hasta sufrir para darle alegría, hasta morir por él.*”

“No comprendo esta felicidad” replica Judas.

“Todavía no eres sabio. De otro modo lo comprenderías”.

“¿Y Juan lo es? Es más ignorante que yo”.

“Hablando humanamente sí, pero tiene la ciencia del amor”.

“Está bien. Pero no creo que el amor haga que los palos dejen de ser palos, que las piedras dejen de serlo, y que no produzcan dolor cuando uno se pega con ellas. Siempre has dicho que amas el dolor porque para Ti es amor, pero cuando realmente seas preso y torturado, si fuese posible, no sé si pensarás de igual modo. Piensa mientras puedas escapar al dolor.

¿Será horrible, sabes? Si los hombres te llegan a aprehender... ¡oh, no tendrán cumplimientos!”

Jesús lo mira con semblante palidísimo. Sus abiertos ojos parecen mirar, más allá de la cara de Judas, las torturas que lo esperan, y sin embargo envueltos en esta tristeza siguen siendo suaves y dulces; sobre todo serenos: los ojos limpios de un inocente. Responde: “Lo sé. Y sé aun lo que no sabes; mas espero en la misericordia de Dios. El que es misericordioso con los pecadores, tendrá también misericordia de Mí. No le pido que no sufra, *sino saber sufrir*.

Vámonos. Samuel, adelántate un poco y dile a Juan que pronto estaré allí”.

Samuel se inclina y ligero se va.

Jesús empieza a bajar. El atajo es tan estrecho que va uno tras del otro. Esto no impide a Judas que diga: “Te fías mucho de ese hombre, Maestro. Te dije ya quién es. El más exaltado y revoltoso de los discípulos de Jonatás. Ahora ya es tarde. Te pusiste en sus manos. Es un espía. Y pensar que Tú más de una vez, y los otros más que Tú, habéis pensado que lo era yo. Yo no soy un espía”.

Jesús se detiene y se vuelve. Dolor y Majestad se funden en su rostro, en su mirada. Dice:

“No. No eres un espía. *Eres un demonio*. Has robado a la serpiente ⁶ su prerrogativa de seducir y de engañar para apartar de Dios. Tu conducta no es ni como la de una piedra, ni como la de un bastón, pero me hiere mucho más. En medio de duro padecimiento no habrá otro mayor que tu conducta con que me torturarás”. Jesús se lleva las manos al rostro, como para esconder el horror, luego se apresura a bajar por el atajo.

Judas detrás le grita: “Maestro, Maestro, ¿por qué me causas dolor? Ese falso me calumnió... ¡Escúchame, Maestro!”

Jesús no le hace caso. Corre, vuela. Pasa sin detenerse junto a los bosquecillos o junto a los pastores que lo saludan. Pasa, saluda, pero no se detiene. Judas se resigna a no hablar...

Han llegado casi al cruce cuando se encuentran con Juan, que como de costumbre, con su sonrisa tranquila va a su encuentro. Lleva de la mano a un niño que chupa un pedazo de pan de miel.

“¡Maestro! Son personas de Cesarea de Filipo. Supieron que estabas aquí y vinieron. ¡Pero qué raro! Nadie ha hablado y todos saben dónde estás. Ahora descansan. Están muy fatigados. Fui a casa de Dina para que me diese leche y miel porque hay un enfermo. Lo puse en mi lecho. No tengo miedo. El pequeño Anás quiso venir conmigo. No lo toques, Maestro, que está lleno de miel” y el buen Juan se ríe, en cuyos vestidos hay muchas gotas de miel, de los dedos del niño. Procura que esté detrás de él para no ensuciar a Jesús, pero grita a voz en cuello: “Ven. Hay mucho panal para Ti”.

“Están ahora sacando la miel en casa de Dina. Me lo dijeron” explica Juan.

Continúan su camino. Llegan a la primera casa donde todavía se oye el ruido que hacen los apicultores, que no comprendo por qué lo hagan. Racimos de abejas parecen piñas- cuelgan de las ramas y se ven algunos hombres que los cortan para llevarlos a las nuevas colmenas. Más allá se ve cómo en las colmenas ya hechas entran y salen zumbando las abejas.

Vienen al encuentro de Jesús varios hombres y una mujer con dos bellos panales de miel que le ofrecen.

“¿Por qué te privas de ellos? Ya le has dado a Juan...”

“Mis abejas tienen mucha miel. No me preocupa ofrecerte algo. Bendice mis colmenas. Mira. Están recogiendo la última. Este año tuvimos el doble”.

⁶ Cfr. Gén. 3, 1-13.

Jesús va a las colmenas y bendice una por una en medio del zumbido de las abejas que jamás se cansan de trabajar.

“Todas están contentas. Tienen nueva casa...” dice alguien.

“Y nuevas bodas. Parece como si fuesen mujeres que se preparasen a las bodas” dice otro.

“Es verdad, con la excepción de que las mujeres más que trabajar se ponen a charlar. Estas, por el contrario, no hablan y trabajan aún en días en que hay bodas. Trabajan para hacerse un reino y riquezas” añade uno de más allá.

“Trabajar siempre para conseguir la virtud es cosa lícita, más bien, obligatoria. No así cuando se hace por lucro. Pueden hacerlo los que ignoran que a Dios puede honrarse su día.

Trabajar en silencio es algo meritorio que todos deberían aprender de las abejas, porque en el silencio se realizan cosas santas. Sed rectos como las abejas. Sed incansables y silenciosos. Dios ve. Dios premia. La paz sea con vosotros” dice Jesús. Y solo ya con sus dos apóstoles dice: *“Sobre todo a los operarios de Dios propongo las abejas de modelo. Descargan en el interior de las colmenas su miel que incansablemente formaron con su trabajo en las corolas. No parece que se fatiguen por el gusto con que lo hacen, volando de flor en flor, y luego cargados de polen, entran para elaborar la miel en lo íntimo de sus celdillas. Habría qué imitarlas en escoger enseñanzas, doctrinas, amistades sanas, que den jugos de virtud, en saber aislarse para elaborar de lo que se recogió la virtud, la rectitud que es como miel sacada de muchas flores, sin descuidar la buena voluntad, sin la que el polen no serviría para nada; en saber meditar humildemente en el corazón lo que hemos visto y oído de bueno, sin envidiar si cerca de las obreras están las reinas, esto es, si hay alguien más justo de lo que sea el que medita. Todas las abejas son necesarias en la colmena como lo es la reina. ¡Ay si todas fueran reinas!, ¡ay si todas obreras! Morirían todas. Las reinas no tendrían comida para alimentar a las crías, y las obreras se acabarían si las reinas no procreasen. No envidiar a las reinas. Sufren también ellas. No ven el sol sino una sola vez, en su vuelo nupcial. Después como antes no les queda más que la oscuridad en medio de paredes de ámbar. Cada uno tiene su oficio, y a cada oficio corresponde una elección, lo mismo que a ésta una honra. Las obreras no pierden su tiempo en vuelos inútiles o en vuelos peligrosos sobre flores venenosas. No se arriesgan a probar ventura. No se oponen a su misión. No se rebelan contra el fin para el que fueron creadas. ¡Oh, milagro en seres tan pequeños! ¡Cuánto enseñáis a los hombres!...”*

Jesús se calla, perdiéndose en sus pensamientos. Judas se acuerda que tiene qué ir a quién sabe qué lugar, y parte a la carrera. Se quedan Jesús y Juan. Mira a Jesús sin decirle nada, con una mirada envuelta en un profundo cariño. Jesús levanta su cabeza, y se encuentra con la mirada del predilecto. Su rostro brilla de alegría al verlo.

Juan pregunta: “¿Ha vuelto Judas a causarte dolor, no es verdad? Lo mismo habrá hecho a Samuel”.

“¿Por qué? ¿Te dijo algo sobre ello?”

“No. Pero lo he comprendido. Sólo dijo: ‘Generalmente si se convive con buenos, se hace uno bueno, pero Judas, pese a que viva con el Maestro, desde hacer tres años, no lo es. Está corrompido en lo profundo de su ser, y la bondad de Jesús no penetra en él porque es un perverso’. No supe qué responder... porque es verdad... ¿Por qué es así Judas? ¿Es posible que no cambie nunca? Y sin embargo... todos tenemos las mismas lecciones... y cuando vino con nosotros, no era peor que nosotros...”

“¡Querido Juan!” y al besarlo en la frente le responde: “Hay criaturas que parecen vivir para destruir el bien que hay en sí. Eres pescador y sabes cómo se mueve la vela cuando el ventarrón se echa sobre ella. Se inclina hacia el agua que se convierte en peligro, de modo que hay veces en que es necesario arriarla, de otro modo en lugar de salvar, llevaría a la muerte. Pero si el ventarrón cesa, aunque sea por pocos instantes la vela se hincha y velos corre hacia el puerto. Lo mismo sucede con muchas almas. Basta con que el ventarrón de las pasiones se aplaque, que estaba inclinada, y a punto de irse a pique... para que vuelva a sentir sus anhelos hacia el bien”.

“Así es, Maestro... ¿pero llegará Judas a tu puerto? Dímelo”.

“¡No me hagas ver el futuro de uno de mis mejores amigos! ¡Tengo ante mi vista el futuro de millones de almas para las que será inútil mi dolor... Tengo ante mis ojos *todas* las maldades del mundo... La náusea me perturba. La náusea del rebullir de cosas inmundas que como río cubre la tierra y la cubrirá con formas diversas, pero siempre horribles para la Perfección, hasta el fin de los siglos. ¡No me hagas ver! Deja que encuentre un poco de descanso al estar contigo, que eres realmente mi consuelo” y Jesús le da una manifestación de cariño al besarle en la frente.

Entran en casa. En la cocina está Samuel cortando la leña para ayudar a la anciana.

Jesús le pregunta: “¿Están durmiendo los peregrinos?”

“Me parece que sí. No oigo ningún ruido. El agua es para sus animales. Están debajo de la leñera”.

“Yo lo hago, y ve a la casa de Raquel. Me prometió un poco de queso fresco. Dile que se lo pagaré el sábado” dice Juan cargando los dos cubos de agua.

Se quedan Jesús y Samuel solos. Jesús se inclina sobre Samuel que enciende la llama, le pone la mano sobre la espalda: “Judas nos interrumpió allá arriba... Quiero avisarte que te enviaré con mis apóstoles después de día siguiente al sábado. Tal vez te sea mejor...”

“Gracias, Maestro. Me desagrada no estar contigo, pero te encontraré en tus discípulos.

Quiero ir, y no estar con Judas. No me atrevía a pedirte...”

“Está bien. Arreglado. Compadécelo como Yo lo hago. No digas nada a Pedro ni a nadie...”

“Sé guardar un secreto, Maestro”.

“Luego vendrán los discípulos, entre los que están Hermas, Esteban e Isaac, sabios, justos. Te acomodará a ellos. Son verdaderos hermanos”.

“Sí, Maestro. Tú comprendes a uno y lo ayudas. Eres en realidad el Maestro bueno” y se inclina a besarle la mano.

27. La Virgen y las discípulas llegan a Efraín

12 febrero 1947

En casa de María de Santiago todos se han levantado pese a que apenas acaba de salir el sol. Como están los apóstoles que siempre están en misión, me imagino que debe ser sábado. Se entregan a preparar hornos y a calentar agua. Ayudan a María a amasar la harina para hacer pan. La anciana, como una niña, está muy inquieta y cada vez que puede pregunta ya a este ya a aquel: “¿Será de veras hoy? ¿Están preparados los otros lugares? ¿Estáis seguros que no son más que siete?” Responde Pedro que está desollando un cordero para cocerlo: “Debían de haber llegado antes del sábado, pero tal vez las mujeres no estaban listas y por eso se retrasaron. Hoy llegarán. ¡Me siento feliz! El Maestro tal vez ha salido a su encuentro...”

“Salió con Juan y Samuel hacia el camino que lleva al centro de Samaria” responde Bartolomé que sale con un cubo lleno de agua hirviente.

“Entonces sí que llegan. Él conoce todas las cosas” asegura Andrés.

“¿Por qué te ríes así? Dímelo. ¿Dijo mi hermano algo chistoso?” pregunta Pedro que vio la risilla de Judas, que está de ocioso en un rincón.

“No me río de tu hermano. Sois todos felices y también puedo yo serlo, y reír sin motivo alguno”.

Pedro lo mira con expresión clara, pero vuelve a lo que estaba haciendo.

“¡Miren! Me encontré una mata de flores. No era de almendro como hubiera querido, pero ella se contentará con esta” dice Tadeo que entra, bañado en rocío como si hubiera estado en el bosque y con un ramo de flores. Un milagro de rocío que parece embellecer la cocina.

“¡Qué bellas! ¿Dónde las encontraste?”

“En el huerto de Noemí, porque allí no le cae el sol por la posición que tiene. Subí allá”.

“Y pareces tú un árbol que gotea. Traes mojados los cabellos y el vestido”.

“La vereda estaba mojadísima. El rocío es abundante en estos meses” Tadeo se va con sus flores y luego llama a su hermano para que le ayude a arreglar las flores.

“Yo voy. Sé de eso. Oye, mujer, ¿no tienes por ahí un jarrón de cuello alargado y de color de ser posible rojo?” pregunta Tomás.

“Lo tengo y los que quieras... Los que usaba en los días de fiesta... para las bodas de mis hijos o por otro motivo. Si me esperas un momento a que meta este pan al horno, te abro el lugar donde están... Bueno, no serán muchos, después de tantas desgracias. Guardé algunos para acordarme... y para sufrir porque si me traen alegría, también me traen lágrimas”.

“¡Entonces era mejor que nada te lo pidiese! No quisiera que suceda como a Nobe. Tantos preparativos para nada...” habla Iscariote.

“¿Si te digo que un grupo de discípulos nos lo dijo? ¿Crees que estamos soñando? Hablaron con Lázaro. Los envió adelante. Vinieron a decir que antes del sábado habría llegado la Madre de Jesús en el carro de Lázaro, y éste con las discípulas...”

“Pero no vinieron...”

“Vosotros que habéis visto a ese hombre, decidme: ¿no causa miedo?” pregunta la viejecita secándose las manos en el mandil, después de haber dado las hogazas a Santiago de Zebedeo y a Andrés, que las llevan al fuego.

“¿Miedo? ¿Por qué?”

“¡Bueno! ¡Un hombre que regresa de los muertos!”

“No te intranquilices. Es como nosotros” responde Santiago de Alfeo para tranquilizarla.

“Procura más bien no hablar con las otras mujeres, para que no tengamos aquí a todo Efraín” dice imperiosamente Iscariote.

“No he dicho nada que pudiera comprometer desde que estáis aquí, ni a los de la población ni a los peregrinos. He preferido hacerme pasar por una tonta que dar molestias al Maestro o causarle algún mal. Hoy también sabré callar. Ven, Tomás...” y se va a enseñarle todo lo que tiene.

“La mujer está espantada con solo pensar en encontrarse con un resucitado” dice Iscariote que ríe irónicamente.

“No ha sido la única. Me dijeron los discípulos que en Nazaret, como en Caná y Tiberíades, todos estaban asustados. Uno que regresa después de cuatro días de haber estado en el sepulcro no se le encuentra fácilmente como las margaritas en primavera. Todos nosotros estábamos pálidos cuando salió del sepulcro. Pero más que a estar hablando tonterías, ¿no sería mejor trabajar? Todos trabajamos y siempre hay algo que hacer... Hoy que se puede hacer, ve al mercado y compra lo necesario. Lo que tenemos no es suficiente ahora que vienen ellas y nosotros no tuvimos tiempo de ir a la ciudad para las compras. El crepúsculo nos hubiera detenido donde nos encontrábamos”.

Judas llama a Mateo que entra en la cocina bien arreglado, y salen juntos. Entra Zelote también arreglado: ¡Este Tomás, de veras que es un artista” Con una insignificancia ha adornado la habitación como si fuesen a celebrarse una bodas. Id a ver”.

Todos, menos Pedro que sigue ocupado con lo suyo, van a ver. Pedro dice: “No veo el momento que estén aquí. Tal vez venga también Marziam. Dentro de un mes es la pascua. Habrá ya partido de Cafarnaúm o Betsaida”.

“Estoy contento de que venga María y consuele a Jesús. Lo hace mejor que todos. Tiene necesidad” dice Zelote.

“Sí. ¿Pero has notado que también Juan está triste? Le pregunté la causa. ¡Inútil! Dentro de su dulzura es más fuerte que todos nosotros, y si no quiere revelar nada, no lo dirá. Estoy seguro que sabe algo. Parece la sombra del Maestro. Siempre lo sigue, lo vigila. Y cuando no cae en la cuenta de que se le observa –por que entonces te contesta con su sonrisa que amansaría a una tigresa- tiene una cara triste, muy triste. Haz la prueba tú. Te aprecia mucho. Sabe que eres más prudente que yo...”

“¡Eso no! Tú eres un ejemplo de prudencia. Nadie reconoce en ti al viejo Simón. En realidad que eres la piedra robusta y compacta que sostiene a todos nosotros”.

“¡Déjate de eso! ¡No lo menciones! Soy un cualquiera. Estando cerca de Él... poco a poco se hace uno semejante a Él. Un poco... pero siempre algo diverso de lo que se era antes. Todos hemos cambiado, aunque... Judas siempre es el mismo. Aquí como en Aguas Claras...”

“¡Quiera Dios que no sea siempre el mismo!”

“¿Qué cosa?”

“Nada, Simón de Jonás. Si el Maestro me oyese me diría: “No juzgar” Pero esto no es juzgar. Es *temer*. Tengo miedo que Judas sea peor que en Agua Claras”.

“Cierto que lo es y que hoy como entonces no ha cambiado. Es peor porque no ha cambiado nada, ni se ha hecho más justo, antes bien es el mismo. Tiene el pecado de ser espiritualmente perezoso, cosa que entonces no era. Los primeros meses...era un desequilibrado, pero lleno de buena voluntad... Oye, ¿por qué el Maestro habrá decidido que Samuel vaya con nosotros y que se reúnan todos los discípulos que hay por el rumbo de Jericó, para la nueva luna de nisán? Antes había dicho que Samuel se quedaría aquí... más antes nos había prohibido decir dónde Él estaba. Tengo sospechas...”

“No hay razón. Las cosas son claras y lógicas. Todavía no sabe quién fue el que propagó la noticia de que el Maestro está aquí. Peregrinos y discípulos vienen de Cades, Engadí, Jope y Bozra. Es inútil conservar el incógnito. La pascua se acerca y sabemos que el Maestro quiere tener consigo a los discípulos para cuando regrese a Jerusalén. El Sanedrín dice que es un derrotado y que ha perdido todos sus discípulos. Él responde entrando en la ciudad a su cabeza...”

“Tengo miedo, Simón, mucho miedo... Supiste ¿eh? Que todos, hasta los herodianos, se han unido contra Él...”

“Sí. ¡Que Dios nos ayude!...”

“¿Por qué envía a Samuel con nosotros?”

“Tal vez para prepararlo para su misión. No veo razón de que te intranquiles... ¡Tocan a la puerta! ¡Deben ser las discípulas!...”

Pedro se quita el delantal manchado de sangre y a la carrera sigue a Zelote a la puerta. Los demás que hay dentro de casa se asoman por todas las salidas y todos gritan: “¡Helas aquí! ¡Helas aquí!” Al abrir la puerta quedan desilusionados al ver sólo a Elisa y a Nique en tal forma que preguntan: “¿Pero qué ha pasado?”

“¡Nada, nada! Es que pensábamos que María y las discípulas galileas...” responde Pedro.

“¡Ah! Y os llevasteis un chasco. Nosotras sin embargo somos felices de veros y de saber que está por llegar María” dice Elisa.

“Chasco, no... sólo un poco desilusionados. ¡Eso es todo! ¡Entrad! La paz sea con las buenas hermanas!” dice Tadeo en nombre de todos.

“Y también con vosotros. ¿No está el Maestro?”

“Fue con Juan al encuentro de María. Viene por el camino de Siquén en el carro de Lázaro” responde Zelote.

Entran en casa. Andrés toma el asno de Elisa, pues Nique ha venido a pie. Hablan de lo que sucede en Jerusalén. Preguntan por amigos y discípulos... por Analía, por María y Marta, por el viejo Juan de Nobe, por José, Nicodemo y por otros muchos. La ausencia de Judas Iscariote hace que se hable con paz y franqueza.

Elisa, mujer entrada en años, experimentada, que estuvo en Nobe con Judas y que lo conoce muy bien y que “no lo ama sino por amor de Dios” como claramente lo confiesa, pregunta si está en casa, que no se va con los otros movido por algún capricho, y sólo después de que se informa que a ido afuera para hacer compras, dice lo que sabe: esto es, “que en Jerusalén parece que todo está en calma, aun más, que todos los discípulos más conocidos no son interrogados, que se dice en voz baja que se deba a que Pilato se encaró con los del sanedrín, recordándoles que él solo es quien imparte justicia en Palestina, y que así quiso acabar toda duda...”

“Pero también se dice” hace notar Nique “-y es Mannaén que lo dice y otros también, mejor dicho, Valeria- que Pilato está muy cansado de todas esas sublevaciones que agitan la nación,

que le pueden dar fastidio, y fastidiado también por la insistencia con que los judíos le insinúan que Jesús quiere proclamarse rey. Se dice que si no fuese por los informes que los centuriones dan, y sobre todo por la presión que hace sobre él su mujer, terminaría por castigar a Jesús, hasta con el destierro, con tal de no tener ninguna molestia”.

“¡Y que si es capaz de hacerlo! ¡Demasiado! Es el castigo más suave que emplean los romanos, después de la flagelación. ¡Bueno! Jesús solo quién sabe dónde, y nosotros dispersos acá y allá...” dice Zelote.

“¡Sí, dispersos! Lo has dicho. Pero a mí no me separarán. Lo seguiré...” asegura Pedro.

“¡Simón! ¿Puedes creer que te lo permitirían? Te amarran como a un galeote, te llevan a donde se les pega la gana, si no es que a las galeras, o te echan a alguna mazmorra suya, y no podrás seguir a tu Maestro” le dice Bartolomé. Pedro se desgrena desconsolado, sin saber qué hacer.

“Se lo diremos a Lázaro. Irá a Pilato, y como a los gentiles les gusta ver seres extraordinarios, lo recibirá...” advierte Zelote.

“Tal vez antes de partir ya lo hizo y Pilato no tendrá ganas de verlo” contesta Pedro abatido.

“Entonces, irá como hijo de Teófilo. O bien acompañará a su hermana María a la casa de sus amigas. Lo eran antes... cuando María era pecadora...”

“¿Sabéis que Valeria después que se divorció de su marido, se hizo prosélita? Y lo ha tomado en serio. Lleva una vida recta que sirve de ejemplo a todos. Ha dado libertad a sus esclavos y les habla del Dios verdadero. Había rentado una casa en Sión, pero ahora que Claudia regresó, ha vuelto con ella...”

“¡Entonces!”

“No. Me dijo: “Cuando llegue Juana, me iré con ella. Quiero persuadir ahora a Claudia”...

Parece como que ésta no logra dar el paso para creer en Jesús. Para ella es un sabio, no más... Parece que antes de venir a la ciudad hubiera dado oídos a las voces que corren, y que escéptica hubiese dicho: ‘Es un hombre como nuestros filósofos, y no el mejor de ellos; porque su palabra no corresponde a su vida’, y que haya vuelto a lo que antes había abandonado” habla Nique.

“Era de esperarse. ¡Almas paganas! ¡Uhm! Una será buena... ¡pero las demás!...

¡Pestilencia... suciedad!” grita Bartolomé.

“¿Y José?” pregunta Tadeo.

“¿Quién? ¿El de Séforis? ¡Tiene miedo! ¡Ah, estuvo en su casa vuestro hermano José! Tan pronto como llegó se fue. Pasó por Betania a decir a las hermanas que impidiesen a toda costa al Maestro de ir a la ciudad y de pernoctar en ella. Me encontraba yo allí y por eso escuché. También supe que José de Séforis ha tenido varias dificultades y ahora tiene miedo. Vuestro hermano le encargó que lo pusiese al corriente de lo que se trama en el Templo, porque él puede informarse por medio de un pariente que es marido no sé si de su hermana, o de la hija de la hermana de su mujer, y que tiene oficio en el Templo” dice Elisa.

“Mucho miedo, ¿no? Ahora que vamos a Jerusalén, diré a mi hermano que vaya a ver a Anás. Podría yo ir, porque conozco a esa zorra, pero Juan sabe hacerlo. Anás lo quiere desde que escuchaba las palabras de ese viejo lobo, al que se le tenía, como a un cordero. Le diré a Juan que vaya. No le importa que lo maltraten. No dice nada. Si me dijese a mí algo contra el Maestro, o que me dijese algo porque lo sigo, me le echaría al pescuezo, lo apretaría como se exprime la red, y le haría echar afuera su negra alma que tiene dentro, y eso aunque tuviese a todos los soldados y sacerdotes del Templo”.

“¡Oh, si oyese el Maestro hablar así!” dice escandalizado Andrés.

“Por eso no digo nada cuando está”.

“Tienes razón. No eres el único en tener esos deseos. También yo tengo algunos” dice Pedro.

“Lo mismo yo, pero no por Anás” dice Tadeo.

“Oh, tratándose de esto... tendría varios. Tengo una cuenta larga... Las tres carroñas de Cafarnaum –no me refiero a Simón el fariseo porque parece aparentemente bueno- los dos lobos de Esdrelón y el viejo costal de huesos, ese Cananías... y luego una matanza, os lo

digo, una matanza en Jerusalén, y el primero en morir sería Elquías. No puedo tener la paciencia de esas serpientes que siempre están a la espera” Pedro está furioso.

Tadeo con su calma glacial más fuerte que la ira de Pedro: “Y yo te ayudaría. Tal vez... empezaría por matar las serpientes que tenemos cerca”.

“¿A quién? ¿A Samuel?”

“¡No, no! No tan solo tenemos cerca a Samuel. Hay otros que tienen una cara diversa de la que llevan en el corazón. No los pierdo de vista. Nunca. Quiero estar seguro antes de obrar, y ¡cuando lo esté! La sangre de David quema como quema la de Galilea. Por ambas líneas, de padre y de madre, se han fundido en mí”.

“Si se te ofreciere algo, me avisas. Te ayudaré...” dice Pedro.

“No. A los parientes toca vengar la sangre. Me toca a mí”.

“¡Hijos, hijos, no habléis así! El Maestro no enseña estas cosas. Parecéis tigrillos furiosos en lugar de mansos corderillos. Olvidaos del espíritu de venganza. ¡Hace tiempo que pasaron los días de David!⁴ Jesús ha anulado la ley del talión⁵. Deja los diez mandamientos como son, pero abroga las duras leyes mosaicas. De Moisés quedan los mandamientos de piedad, bondad, justicia que nuestro Jesús ha resumido y perfeccionado con sus más grandes mandamientos: ‘Amar a Dios con todo vuestro ser, amar al prójimo como a vosotros mismos, perdonar a quien nos ofende, amar a quien nos odia. No me hagáis caso. Una sencilla mujer, como yo me he atrevido a enseñar a mis hermanos, mayores que yo. Pero he sido y soy una madre, y una madre tiene el derecho de hablar. Creédmelo, hijos míos, si invocáis a Satanás en vosotros al odiar a vuestros enemigos, al desear vengaros, entrará en vosotros y os corromperá. Satanás no es una fuerza. Creédmelo. Dios lo es. Satanás es debilidad, peso, vapor. No seríais capaces de mover un dedo, no diga ya contra vuestros enemigos, pero ni siquiera para acariciar a nuestro afligido Jesús, si el odio y la venganza se os meten en la cabeza. ¡Ea, hijos míos!, aun los que tenéis más años que yo, que he vuelto a encontrar la alegría de ser madre, amándoos a todos como hijos. No queráis afligir con perder de nuevo y para siempre a mis hijos amados, porque si morís con el odio, o con el crimen en el corazón, habréis muerto para siempre y no podremos reunirnos allá arriba, alegres, al rededor de nuestro amor común que es Jesús. Prometédmelo y al punto. Os suplica una pobre mujer, una pobre madre, de que no abrigaréis más estos pensamientos. ¡Oh, hasta vuestras caras se cambian! ¡Qué cara tan buen teníais! ¿Qué está pasando ahora? Escuchadme. María os diría las mismas palabras con mayor fuerza porque Ella es María. Pero es mejor que Ella no sepa todo el dolor... ¡Pobre Madre! ¿Pero qué pasa? ¿Debo creer acaso que surge la hora de las tinieblas, la hora que se tragará a todos, la hora en que Satanás será el rey de todos, menos del Santo, y revolcará también a los santos, aun a vosotros, haciéndoos viles, perjurios, crueles como lo es? ¡Hasta ahora siempre he esperado! Siempre he dicho: ‘Los hombres no ganarán al Mesías’. ¡Pero ahora! Ahora temo y tiemblo por vez primera. Veo que en este sereno día de Adar se ensancha, invade la espesa oscuridad que se llama Lucifer y veo que a todos os llena en su negrura y os da venenos que os intoxican. ¡Tengo miedo!” Elisa, que poco antes sollozaba sin nerviosismo, da rienda suelta a su llanto, reclinando su cabeza sobre la mesa. Los apóstoles se miran entre sí. Luego, apenados, tratan de consolarla. Ella no quiere consuelos, lo asegura: “Sólo vale una cosa: vuestra promesa. ¡Por vuestro bien! Para que Jesús no tenga entre sus dolores el mayor: el de veros condenados, a vosotros que sois a los que ama sobre todo”.

“Sí que lo prometemos, si es lo que quieres. ¡No llores, mujer! Te lo prometemos. Escucha. No levantaremos ni siquiera un dedo contra alguien. No abriremos nuestros ojos ni siquiera para ver. ¡No llores! ¡No llores! Perdonaremos a quien nos ofenda. Amaremos a quien nos odie. ¡No llores!”

⁴ Cfr. 2 Rey. 13, 1 – 14, 24.

⁵ Cfr. Ex. 21, 22-25; Lev. 24, 18-22; Deut. 19, 21.

Elisa levanta su cara arrugada, resplandeciente en lágrimas y dice: “Acordaos que me lo habéis prometido. ¡Repetidlo!”

“Te lo prometemos, mujer”.

“Queridos hijos míos, ahora sí que me dais un gran placer. Veo que sois buenos. Ahora que mi aflicción se ha acabado y que os habéis limpiado de ese amargo fermento, preparémonos para recibir a María. ¡Qué falta hace!” termina secándose los ojos.

“Ya lo hicimos; más bien María de Jacob nos ha ayudado. Es una samaritana, pero muy buena. Ahora la conocerás. Está en el horno del pan. Es sola. Sus hijos murieron o se olvidaron de ella al acabarse las riquezas, y sin embargo no guarda rencor...”

“¡Ah, lo veis! ¿Veis que hay alguien que sabe perdonar aun entre los paganos, entre los samaritanos? Debe ser terrible, no lo olvidéis, perdonar a un hijo... ¡Mejor muerto que pecador! ¿Estáis seguros que Judas no está?”

“Si no se ha convertido en pájaro, no puede estar. Fuera de una sola puerta y de las ventanas, todas las puertas están cerradas”.

“Bueno... María de Simón estuvo en Jerusalén con su pariente. Fue a ofrecer sacrificios en el Templo y luego fue a vernos. Parece una mártir. ¿Qué afligida está! Me preguntó, nos preguntó a todas si sabíamos algo de su hijo, que si estaba con el Maestro. Si siempre había estado”.

“¿Qué le pasa a esa mujer?” pregunta sorprendido Andrés.

“Que tiene un hijo, ¿te parece poco?” pregunta Tadeo.

“La conforté. Quiso que fuéramos al templo con ella. Fuimos todas a orar... Luego se fue, siempre con su aflicción. Yo le dije: ‘Si te quedas con nosotras dentro de poco iremos a donde está el Maestro. Allí está tu hijo’. Sabía que Jesús está aquí. Se sabe hasta en los confines de Palestina. Respondió: ‘¡No, no! El Maestro me dijo que no estuviera en Jerusalén para la primavera. Yo obedezco. Quise, antes que viniera, subir al Templo. Tengo tanta necesidad de Dios’. Y dijo algo extraño: ‘No tengo ninguna culpa. Pero el infierno está dentro de mí y yo dentro de él por lo afligida que me veo’... Le hicimos muchas preguntas, pero no quiso añadir más, acerca de sus aflicciones, ni de los motivos por los que Jesús le prohibió ir a Jerusalén. Nos recomendó que no dijésemos nada ni a Jesús, ni a Judas”.

“¡Pobre mujer! Así pues ¿no vendrá a la pascua? Pregunta conmovido Tomás.

“No vendrá”.

“Si Jesús se lo prohibió es porque tiene sus motivos... ¿oísteis? Todos saben que Jesús está aquí” dice Pedro.

“Y quien lo andaba diciendo incitaba a levantarse ‘contra los tiranos’ usando su nombre. Otros decían que está aquí, porque no tiene ya la máscara...”

“Siempre las mismas razones. Habrán gastado todo el oro del Templo para enviar a esos, sus criados... por todas partes” hace notar Andrés.

Golpes en la puerta “¡Ya vinieron!” dicen y corren a abrir.

Es Judas con las compras. Mateo lo sigue. Judas saluda a Elisa y a Nique. Les pregunta:

“¿Vinisteis solas?”

“Solas. María aún no ha llegado”.

“Ella no viene del lado del sur. Me refería a Anastásica”.

“No vino. Se quedó en Betsur”.

“¿Por qué? También ella es discípula. ¿No sabes que de aquí nos iremos a Jerusalén para la pascua? Debía de haber venido. Si las discípulas y los fieles no son perfectos ¿quién va a serlo? ¿Quién va a hacer de cortejo al Maestro, para destruir esos cuentos de que todos lo abandonan?”

“Si se trata de eso, una pobre mujer como ella no va a ocupar el lugar de muchos. Las rosas están bien entre las espinas y en los huertos cerrados. Soy para ella como una madre y así lo quiero”.

“¿Entonces no vendrá para la pascua?”

“No”.

“¡Y van dos!” interviene Pedro.

“¿Qué sugieres? ¿Cuáles dos?” pregunta Judas siempre sospechoso.

“¡Nada, nada! Cálculos míos. Uno puede contar muchas cosas. Hasta las moscas, por ejemplo, que están sobre mi cordero desollado”.

Entra María de Jacob a la que siguen Samuel y Juan con los panes sacados del horno. Elisa y Nique saludan a María. Elisa dice unas palabras apropiadas del momento: “Somos hermanas tuyas en el dolor. Yo estoy sola. Perdí a mi esposo e hijos. Y también ésta. Por esto nos amaremos porque el que ha llorado sabe comprender”.

Pedro pregunta a Juan: “¿Por qué aquí? ¿El Maestro?”

“En el carruaje, con su Madre”.

“¿Y por qué no lo dijiste?” “No me diste tiempo. Están todas. Veréis qué delgada está María de Nazaret. Parece haber envejecido. Cuenta Lázaro que se angustió mucho cuando le dijo que Jesús se había refugiado acá”.

¿Por qué se lo dijo ese bobo? Antes de morir era inteligente. Tal vez en el sepulcro se le deshizo el cerebro y todavía no se le ha compuesto. ¡No en vano se muere!...” dice irónico y despectivo Judas de Keriot.

“Nada de eso. Ten cuidado en hablar. Lázaro de Betania lo dijo a María cuando estaban ya en camino, y cuando ella se sorprendió de la dirección que tomaba” responde Samuel.

“Así es. Cuando pasó por Nazaret dijo sólo: ‘Te llevaré dentro de un mes donde está tu Hijo’. Y cuando estaban para partir, ni siquiera le dijo: ‘Vamos a Efraín’...” agrega Juan.

“Todos saben que Jesús está aquí. ¿Era Ella la única en ignorarlo?” pregunta desvergonzadamente Judas, interrumpiendo a su compañero.

“María lo había oído y lo sabía. Pero como un río de mentiras corre por la Palestina, Ella no daba oídos a ninguna noticia. Se moría en el silencio, orando. Pero una vez que se pusieron de viaje, Lázaro tomó el camino que va a lo largo del río, con el objeto de desorientar a los nazarenos, y a todos los de Caná, Séforis, Belén de Galilea...”

“¡Ah! ¿Está también Noemí, Mirta y Áurea” pregunta Tomás.

“No. No se los permitió Jesús. La orden la llevó Isaac cuando fue a Galilea”.

“Entonces... tampoco estas mujeres estarán con nosotros como el año pasado”.

“No estarán”.

“¡Y van tres!”

“Ni siquiera nuestras hijas. El Maestro mismo se los dijo antes de dejar Galilea. Hasta lo repitió. Mi hija Mariana me dijo que Jesús se lo había ordenado, desde la pascua pasada”.

“¡Perfectamente bien! ¿Está por lo menos Juana? ¿Salomé? ¿María de Alfeo?”

“Sí y Susana”.

“Y sin duda Marziam... ¿Pero qué ruido es ese?”

¡Los carruajes, los carruajes! Todos los nazarenos que no han perdido el valor y siguieron a Lázaro... los de Cananea...” responde Juan corriendo con los demás.

Al abrir la puerta se ve un espectáculo increíble. Además de María que viene sentada junto a su Hijo, de las discípulas, de Lázaro, de Juana que viene en su carruaje con María, Matías, Ester y otros criados y el fiel Jonatás, se ve una multitud de gente: caras conocidas, caras desconocidas: de Nazaret, Caná, Tiberíades, Naim, Endor. Hay samaritanos de todos los poblados por donde pasaron y de otros vecinos. Se precipitan sobre los carruajes impidiendo el paso.

“¿Pero qué quieren esos? ¿A qué vinieron?”

“Los de Nazaret estaban alertas. Cuando llegó Lázaro por la tarde para emprender el camino nuevamente por la mañana, corrieron por la noche a las ciudades vecinas, también hicieron lo mismo los de Caná porque Lázaro había pasado a recoger a Susana y a verse con Juana. Lo siguieron y se le adelantaron en varios lugares, para verlo y para ver a Jesús. También los de Samaría lo supieron y se unieron al grupo. Velos allí...” dice Juan.

“Dime, tú que temías que al Maestro le faltase cortejo, ¿te parece insuficiente este? Pregunta Felipe a Iscariote.

“Vinieron por Lázaro...”

“Una vez que lo vieron, podían haberse ido, pero no se van, allí están. Señal es que también vinieron por Jesús”.

“Como quieras y no discutamos. Tratemos de abrirles paso para que entren. ¡Ea, muchachos! Para hacer un poco de ejercicio. Hace mucho tiempo que no abrimos paso al Maestro a codazos” y Pedro es el primero en hacerlo en medio de una multitud que grita hosannas, gente curiosa, devota, habladora, según los casos. Los apóstoles y otros discípulos, esparcidos entre la gente, le ayudan, y logran abrir espacio para que las mujeres, Jesús y Lázaro, puedan entrar en la casa. Cierra la puerta, manda a otros que pongan las trancas y que cierren la parte posterior del huerto. “¡Oh, finalmente! ¡La paz sea contigo, María bendita! Finalmente te vuelvo a ver. Ahora todo es bello porque está con nosotros” la saluda Pedro inclinándose ante María, una María de rostro triste, pálido, cansado, con un rostro de Dolorosa.

“Así es. Todo me es menos penoso estando con Él”.

“Te lo había asegurado que no te decía sino la verdad” dice Lázaro.

“Tienes razón... Pero me pareció que el sol se me oscurecía y que no tenía más paz cuando supe que mi Hijo estaba aquí... he comprendido... ¡Oh!...” Corren lágrimas por sus mejillas pálidas.

“¡No llores, Madre mía! ¡No llores! Estaba entre esta buena gente, junto a otra María que es una madre...” Jesús la lleva a una habitación que da al huerto tranquilo. Todos lo siguen. Lázaro se excusa: “Tuve qué decírselo, porque Ella conoce el camino, y no entendía por qué había tomado otro diverso. Creía que estaba en Betania... En Siquén un hombre gritó: ‘También nosotros vamos a Efraín, donde está el Maestro’. No me fue posible dar alguna excusa... Esperaba librarme de la gente, saliendo de noche, tomando caminos no frecuentados. ¡Pero qué va! Estaban de guardia en cada lugar, y mientras un grupo seguía, el otro iba a avisar alrededor”.

María de Jacob trae leche, miel, mantequilla, pan fresco, y ofrece primero a María. A Lázaro lo mira de abajo a arriba, mitad curiosa, mitad espantada. Su mano tiembla ligeramente cuando al dar leche a Lázaro éste le toca ligeramente la mano, y no puede menos de lanzar un ‘¡oh!’ cuando ve que come el pan como todos los demás.

Lázaro como todos los hombres de buen linaje, afable, señorilmente le dice con la sonrisa en los labios: “Como tú, ni más ni menos, y me gusta tu pan y la leche que me has dado. Me gustaría también dormir bajo tu techo, porque me siento cansado, como siento también el hambre”. Se vuelve a todos: “Muchos me tocan con algún pretexto para cerciorarse si tengo carne y huesos, si tengo calor en el cuerpo y si respiro. Es una molestia pasajera. Terminada mi misión me encerraré en Betania. Cerca de Ti, Maestro, te crearía molestias. He brillado, he dado testimonio de tu poder hasta en Siria. Ahora me eclipse. Sólo Tú debes brillar en el cielo del milagro, en el cielo de Dios y ante los hombres”.

María dice a la viejecita: “Has sido muy buena con mi Hijo. Me ha contado todo. Permíteme que te bese parta darte las gracias. No tengo con qué recompensarte si no es con mi amor. También yo soy pobre... y hasta yo puedo decir que no tengo más Hijo porque Él es de Dios y de su misión... Y así sea, porque siempre es santo y justo lo que Dios quiere”.

María muestra esa dulzura inefable, aunque si entre despedazarse... Todos los apóstoles la miran con tal compasión que se olvidan del ruido de afuera y de hacer preguntas.

Jesús dice: “Voy a subir a la terraza a despedir y bendecir a la gente”. Entonces Pedro se sacude y pregunta: “¿Dónde está Marziam? He visto a todos los discípulos, menos a él”.

“No vino Marziam” responde Salomé, la madre de Santiago y Juan.

“¿No vino? ¿Por qué? ¿Está enfermo?”

“Está bien. También tu mujer. Pero no vino Marziam. Porfiria no lo dejó venir”.

“¡Mujer tonta! Dentro de un mes es la pascua y él debe venir. Podía haberlo dejado venir con vosotras y así darnos a él y a mí alegría. Pero es más lenta que una oveja para comprender las cosas y...”

“Juan, Simón de Jonás, tú, Lázaro y Simón Zelote, venid conmigo. Vosotros esperad aquí hasta que haya despedido a la gente y llame a los discípulos” ordena Jesús y sale con ellos, cerrando la puerta.

Atraviesa el corredor, la cocina, sale al huerto seguido de Pedro que refunfuña. Antes de empezar a subir por la escalera, se vuelve, pone una mano sobre la espalda de Pedro que levanta su cara de descontento. “Escúchame, Simón Pedro, y deja de acusar a Porfiria. Ella es inocente. Obedece mis órdenes. *Antes de los Tabernáculos*⁶ le ordené que no dejase venir a Marziam a Judea...”

“¡Pero la pascua, Señor!”

“Soy el Señor, lo has dicho. Y como tal puedo ordenar cualquier cosa porque lo que deseo es siempre recto. Por esto no te turbes con escrúpulos. Recuerda que en los Números está escrito: ‘Si alguno de vuestra nación está inmundo por algún muerto o en largo viaje, celebre la pascua del Señor el catorce del siguiente mes, en la tarde’⁷”.

“Pero Marziam no está inmundo, al menos espero que Porfiria no se quiera morir entonces; y no está de viaje...” replica Pedro.

“No importa. *Así lo quiero*. Hay cosas por las que el hombre contrae más impureza que por el contacto de un muerto. Marziam... No quiero que se contamine. Déjame hacer Pedro. Yo sé. Procura obedecer como tu mujer y el mismo Marziam. Celebraremos con él la segunda pascua, el catorce del siguiente mes. Y entonces seremos felices. Te lo prometo”.

Pedro mueve la cabeza como para decir: “Resignémonos”.

Zelote hace nota: “Es mejor que no sigas contando a los que no irán a la ciudad para la pascua”.

“No tengo más ganas de contar. Todo esto me da algo... es como hielo... ¿Puedo decirlo a los otros?”

“No. Por eso os llamé aparte”.

“Entonces... tengo algo qué pedir a Lázaro”.

“Di. Si puedo lo haré” contesta.

“No importa. Me basta que vayas a ver a Pilato –la idea es de tu amigo Simón- y que entre palabra y palabra le saques lo que piensa hacer por Jesús o contra Jesús... Sabes... con mañana... Porque se andan contando tantas cosas...”

“Lo haré tan pronto llegue a Jerusalén. Pasaré por Betel y Rama, en vez de por Jericó para ir a Betania. Me quedará en mi palacio de Sión e iré a ver a Pilato. Puedes estar tranquilo. Haré lo mejor que pueda”.

“Y perderás tu tiempo inútilmente, amigo mío, Porque Pilato –tú lo sabes como hombre, Yo como Dios –no es más que una caña que se dobla al vendaval, tratando de evitarlo. Jamás es sincero, porque está convencido siempre de querer hacer lo que en ese momento dice y hace. Pero después, al oír el aullido del huracán que viene de la otra parte, se olvida –¡oh! no es que falte a sus promesas y voluntad- *olvida, esto sólo, todo lo que antes quería*. Lo olvida porque el aullido de una voluntad más fuerte que la suya le quita la memoria, le manda muy lejos todos sus pensamientos, que otro ventarrón le había metido y le introduce otros nuevos. Y después de todos esos miles de aullidos, se agrega el de su mujer que lo amenaza con separarse de él si no hace lo que ella quiere, y así el pierde toda fuerza, toda protección ante el ‘divino’ Cesar, como dicen, aunque están convencidos que César es un ser más abyecto* que ellos... Por otra parte saben reconocer la ‘idea’ en el hombre, más bien ésta anula al hombre que la representa. La ‘idea’ no puede llamarse inmunda: cada ciudadano ama, es justo que ame a su patria, que quiera su triunfo... César es la patria... y entonces... que también un miserable es... uno grande por aquello que representa... Pero no quiero hablar de César, sino de Pilato. Decía que sobre todos esos gritos, está el de su mujer, y sobre el de ella el de su yo. De un yo

⁶ Cfr. Ex. 23, 14-17.

⁷ Cfr. Núm. 9, 10-11.

* abyecto = Despreciable, vil en extremo.

pequeño, de un yo ambicioso, orgulloso. Esta pequeñez, ambición, orgullo quieren reinar para ser grandes, quieren reinar para llenarse de dinero, quieren reinar para dominar sobre espaldas encorvadas. El odio está por debajo, cosa que no ve el pequeño César, llamado Pilato, nuestro pequeño César... Él sólo ve las espaldas encorvadas que fingen respeto y que tiemblan ante él. Y a causa de esta voz tempestuosa del yo está dispuesto a todo. Repito a *todo*, con tal de seguir siendo Poncio Pilato, el procónsul, el siervo de César, el dominador de una de las tantas provincias del imperio. Y por todo esto, si ahora es mi defensor, mañana será mi juez, *e inexorable*. El pensamiento del hombre es siempre incierto cuando éste se llama Poncio Pilato. Pero tú, Lázaro da contento a Pedro... si esto lo consuela..."

"Consolar, no, pero darme una tranquilidad, sí..."

"Entonces contenta a nuestro buen Pedro y ve a ver a Pilato".

"Iré, Maestro. Has pintado al procónsul como ningún historiador o filósofo lo hubiera logrado hacer. ¡Un perfecto retrato!"

"Podría igualmente pintar a cada hombre con su verdadera cara, con su carácter. Pero vamos con aquellos que me hacen mucho ruido".

Sube las escalinatas y se presenta. Levanta los brazos y dice en voz alta: "Hombres de Galilea y de Samaria, discípulos y seguidores. Vuestro amor, vuestro deseo de honrarme, de honrar a mi madre y a mi amigo escoltando el carruaje, me revela vuestro corazón. No puedo menos de bendeciros por ello. Ahora regresaros a vuestras casas, a vuestros negocios. Vosotros de Galilea id y decid a los que se quedaron que Jesús de Nazaret los bendice. Hombres de Galilea, nos veremos en la pascua en Jerusalén, donde entraré al día siguiente del sábado antes de ella. Hombres de Galilea, idos también y tratad de no limitar vuestro amor por Mí con seguirme por los senderos de la tierra, sino por los del espíritu. Idos y que la luz brille en vosotros. Discípulos míos, quedaos en Efraín para recibir mis instrucciones. Idos. Obedeced".

"Tiene razón. Lo disturbamos. ¡Quiere estar con su Madre!" gritan discípulos y nazarenos.

"Nos vamos, pero queremos una promesa tuya, de que vayas a Siquén antes de ir a la pascua. ¡A Siquén! ¡A Siquén!"

"Iré, lo prometo".

"¡No vayas, no vayas! ¡Quédate con nosotros! ¡Con nosotros! ¡Te defenderemos! ¡Te haremos Rey y Pontífice! ¡Ellos te odian! ¡Nosotros te amamos! ¡Abajo los judíos! ¡Viva Jesús!"

"¡Silencio! ¡No hagáis tumulto! Mi Madre está afligida por esta gritería que me puede hacer más daño que si me maldijesen. Todavía no es mi hora. Idos. Pasaré por Siquén. Quitaos del corazón el pensamiento que Yo pueda, por cobardía y por rebelarme sacrílegamente contra la voluntad de mi Padre, no cumplir con mi deber de israelita, adorando al Dios verdadero en el único Templo, en que puede ser adorado, y de Moisés haciéndome coronar en otra parte que no sea Jerusalén, donde seré ungido como Rey universal según la palabra y la verdad que vieron los grandes profetas".

"¡Abajo! ¡No hay otro profeta después de Moisés! ¡Eres un loco!"

"Y también vosotros. ¿Sois acaso libres? No. ¿Cómo se llama Siquén? ¿Qué nuevo nombre tiene ahora? Y lo mismo dígame de otras muchas ciudades de samaria, Judea, Galilea, porque la fuerza Romana nos nivela a todos por igual. ¿Se llama Siquén? No. Neápolis. Así como Betscam se llama Scitópolis, y así muchas otras ciudades que por capricho de los romanos o por adulación de los vasallos, son llamadas de manera diversa. ¿Y sólo vosotros queréis ser más que una ciudad, más que nuestros dominadores, más que Dios? No. Nada puede cambiar lo que está destinado como salvación de todos. Sigo el camino derecho. Seguidme, si queréis entrar conmigo en mi Reino eterno".

Hace como para irse, pero los samaritanos hacen tal tumulto que los galileos reaccionan, y los que estaban dentro salen al huerto y sube por la escalera a la terraza. El primer rostro pálido y triste que se ve es el de María, que se pone detrás de Jesús, lo abraza, lo aprieta como si quisiera defenderlo de las injurias que de abajo llegan: "¡Nos has traicionado! Te refugiaste con nosotros, haciéndonos creer que nos amabas para despreciarnos después! ¡Mucho más se nos despreciará por tu culpa!"

Cercan a Jesús también las discípulas, los apóstoles, hasta María de Jacob. Los gritos de abajo explican el origen del tumulto, origen lejano pero seguro: “¿Por qué nos enviaste entonces a tus discípulos a decirnos que eres un perseguido?”

“No he enviado a nadie... Que los de Siquén salgan al frente. ¿Qué dije un día en la montaña?”

“Dijo que no podía adorar sino en el Templo hasta que haya una nueva era para todos. Maestro, nosotros no somos culpables, créenoslo. Estos han sido engañados por falsos emisarios”.

“Lo sé. Idos, pues. De todos modos Yo iré a Siquén. No tengo miedo de nadie. Idos para no haceros daño a vosotros mismos y a los de vuestra sangre. ¿No veis que por allá bajan resplandeciendo al sol las corazas de los legionarios? Os siguieron desde lejos, al ver tanto cortejo, y se quedaron en el bosque al acecho. Vuestros gritos los atraen ahora. Idos por bien vuestro”.

De hecho, allá lejos, en el camino principal que sube hacia los montes, donde Jesús encontró al hombre que moría de hambre, se ve brillar algo que se mueve, que avanza. La gente se dispersa lentamente. Se quedan los de Efraín, los galileos, los discípulos.

“Idos también, vosotros de Efraín, a vuestras casas. Idos, vosotros de Galilea. Obedeced a quien os ama”.

También éstos se van. Se quedan sólo los discípulos a quienes Jesús ordena que entren en la casa y en el huerto. Pedro baja a abrir con otros.

Judas de Keriot no baja. ¡Se ríe! Se ríe diciendo: “¡Ahora verás cómo los ‘buenos samaritanos’ te odiarán. Para construir el Reino dispersas las piedras, y las piedras dispersas de un edificio se convierten en armas que golpean. ¡los has despreciado! No lo olvidarán”.

“Que me odien. Vamos a decirles a los discípulos lo que tienen que hacer antes de que se vayan” Baja entre María y Lázaro. Entran en casa donde están ya los discípulos a quienes da órdenes de ir por todas partes a avisar a todos sus compañeros de que se reúnan en Jericó para la neomenia* de nisán, de que lo esperen hasta su llegada, y a los ciudadanos de los lugares por donde pasaren que Él saldrá de Efraín y que lo busquen en Jerusalén para la pascua.

Los divide en grupos de tres en tres. Confía en Isaac, Hermas y Esteban, el nuevo discípulo Samuel, al que Esteban saluda de este modo: “La alegría de verte en la luz templó mi afán de ver que cada cosa se convierte en piedra para el Maestro”. Hermas a su vez: “Has dejado un hombre por un Dios. Y Dios está ahora verdaderamente contigo”. Isaac con palabras humildes y secas: “La paz sea contigo, hermano”.

Ofrecido el pan y la leche que los efrainitas en buena hora han traído parten también los discípulos y finalmente hay tranquilidad Pero mientras se prepara el cordero, Jesús tiene todavía algo que hacer. Se acerca a Lázaro y le dice: “Ven conmigo al arroyo”.

Lázaro obedece con su acostumbrada prontitud.

Se separan unos doscientos metros de la casa. Lázaro espera a que Jesús hable. “Quería decirte esto. Mi madre está muy abatida. Lo ves. Mándame a tus hermanas. Mis intenciones son de ir a Siquén con todos los apóstoles y las discípulas. Pero antes las enviaré a Betania mientras me detengo en Jericó por algunos días. Puedo todavía sin preocupación tener a las mujeres acá en Samaria, pero no otra parte...”

“¡Maestro, temes en verdad!... Oh, si es así, ¿por qué me resucitaste?”

“Para tener un amigo”.

“Si es por esto, heme aquí. Cualquier dolor no es nada, si puedo consolarte con mi amistad”.

“Lo sé. Por esto te trato y trataré como al más perfecto amigo”.

“¿Debo de veras ir a ver a Pilato?”

“Si te parece. Por Pedro. No por Mí”.

“Maestro te comunicaré la entrevista... ¿Cuándo dejas estos lugares?”

* neomenia = primer día de la luna.

“Dentro de ocho días. Apenas si hay tiempo para ir a donde quiero y estar contigo antes de la pascua. Templarme en Betania, oasis de paz, antes de sumergirme en el tumulto de Jerusalén”.

“¿Sabía, Maestro, que el Sanedrín está dispuesto a levantar tales acusaciones que te obliguen a huir para siempre? Esto me dijo Juan el sanedrasta, que encontré por casualidad en Tolemaide, feliz por el hijo que le va a nacer. Me dijo: ‘Sufro que esto haya decidido el Sanedrín, porque hubiera querido que el Maestro estuviese presente a la circuncisión de mi hijo, que espero sea varón. Nacerá en los primeros días de tamuz. ¿Pero todavía estará entre nosotros el Maestro? Yo quisiera... Yo quisiera que bendijese a Emmanuel, nombre que te dice lo que pienso, cuando entre en el mundo. Mi hijo será feliz de no haber luchado para creer, así como nosotros luchamos. Crecerá en el tiempo mesiánico y le será fácil aceptar la idea’. Juan ha llegado a creer que Tú eres el Prometido”.

“Y éste entre muchos, me paga con lo que otros no hacen. Lázaro, despidiéndome aquí, en paz. Gracias por todo, amigo. Eres un buen amigo. Con diez iguales a ti, sería dulce vivir en medio de tanto odio...”

“Tienes ahora a tu Madre, Señor mío. Vale por diez y cien Lázaros. Recuerda que cualquier cosa que pudiera hacerte falta, tan pronto pueda, te la procuraré. Ordena que soy tu siervo en todo. No soy sabio, ni santo, como otros que te aman, pero otro más fiel que yo, si excluyes a Juan, no lo encontrarás. No creo que sea yo soberbio al afirmar esto. Quiero decirte algo de Síntica. La vi. Es activa y prudente, como puede serlo una griega que ha sabido ser seguidora tuya. Sufre por estar lejos, pero dice que se encuentra feliz por prepararte el camino. Espera verte antes de morir”.

“Ciertamente me verá. No desilusiono jamás a los justos”.

“Tiene una escuela pequeña, a donde van las niñas de los lugares. Por la noche tiene consigo a una niña mestiza de raza, y que no tiene religión. Le habla de Ti. Le pregunté: ‘¿Por qué no te haces prosélita? Te serviría de mucho’. Me respondió: ‘Porque no quiero dedicarme a los de Israel, sino a altares vacíos que esperan un Dios. Los preparo para que reciban a mi Señor. Cuando su Reino se haya fundado, iré a mi Patria, y bajo el cielo de la Hélade acabaré mi vida preparando los corazones a los maestros. Este es mi sueño. Pero si muere antes, por enfermedad o persecución, feliz veré la muerte porque será señal de que habré cumplido con mi trabajo, y que Él llama a su sierva que lo ha amado desde el primer encuentro’ ”.

“Es verdad. Síntica me ha amado desde el primer encuentro”.

“No quería decirle nada de tus penas, pero Antioquía es como una inmensa concha donde resuenan las voces del vasto imperio y por lo tanto se oye también lo que sucede acá. Síntica no ignora tus aflicciones, y por estar lejos, sufre más. Quería darme dinero, que no acepté, diciéndoles que lo emplease para las niñas. Acepté un capucho que tejí con biso* de dos tamaños. Lo tiene tu Madre. Síntica quiso describir, con hilo, tu historia, la suya y la de Juan de Endor. ¿Y sabes cómo? Tejiendo alrededor del cuadro una bordadura en que se ve un cordero que defiende de una manada de hienas dos palomas, de las cuales, una tiene las alas destrozadas y la otra la cadena rota que la tenía ligada... Y la descripción continúa alternando hasta que la paloma de las alas destrozadas levanta el vuelo hacia lo alto, y la de la cadena rota se queda a los pies del cordero. Parece una de esas historias que los escultores griegos graban en mármol, en los festones de los templos y en los obeliscos dedicados a sus muertos, o que los pintores dibujan en vasos. Quería enviártelo por mis criados. Lo tomé yo”.

“Lo llevaré porque viene de una buena discípula. Vamos a casa. ¿Cuándo piensas partir?”

“Mañana al amanecer, para que descansen los caballos. Luego no me detendré sino hasta Jerusalén e iré a ver a Pilato. Si logro hablarle, te enviaré el mensaje por medio de María”. Vuelven a entrar en casa, hablando de menudencias.

* biso = Producto de secreción de una glándula situada en el pie de muchos moluscos lamelibranquios, que se endurece en contacto del agua y toma la forma de filamentos mediante los cuales se fija el animal a las rocas y otros cuerpos sumergidos; como en el mejillón.

28. Judas de Keriot es ladrón

15 febrero 1947

Jesús está con las discípulas y los dos apóstoles en una de las primeras ondulaciones del monte a espaldas de Efraín. Juana no trajo consigo a los niños ni a Ester. Me imagino que los habrá enviado a Jerusalén con Jonatás. Se han quedado, pues, además de la Madre de Jesús, María Cleofás, María Salomé, Juana, Elisa, Nique y Susana. No han llegado todavía las dos hermanas de Lázaro.

Elisa y Nique están doblando los vestidos, que lavaron en el arroyo y que han puesto a secar. Nique, después de haber examinado uno, lo muestra a María Cleofás diciendo: "A este vestido también descosió tu hijo el dobladillo".

María de Alfeo toma el vestido y lo pone junto a los otros, sobre la hierba.

Todas las discípulas están ocupadas en coser y remendar.

Elisa, que trae otros vestidos secos, dice: "Se ve que hace tres meses no os acompañaba ninguna mujer experta. No hay un vestido bueno, exceptuando el del Maestro, que en cambio sólo tiene dos. El que trae y el que se lavó hoy".

"Los regaló. Parecía como si un ansia lo devorara para no tener nada. Desde hace varios días trae el vestido de lino" dice Judas.

"Menos mal que tu Madre pensó en traerte nuevos. Ese de púrpura es bellissimo. Lo necesitabas, Jesús. Aun cuando te quede muy bien el vestido de lino. ¡Pareces un lirio!" exclama María de Alfeo.

"Un lirio muy grande" satiriza Judas.

"Pero puro como tú no lo eres, ni como lo es Juan. También tú estás vestido de lino, pero créeme que aspecto de lirio no lo tienes" le replica francamente María de Alfeo.

"Soy de cabellos negros y de color apiñado. Por esto soy diverso".

"No depende de eso. Es que tu candor lo tienes arriba, y Él, dentro, que transpira por su mirada, por su sonrisa, por sus palabras. ¡Eso es! ¡Qué felicidad es estar con mi Jesús!" Y la buena María pone una de sus manos secas de mujer anciana y trabajadora sobre la rodilla de Jesús que se la acaricia.

María Salomé que está viendo otro vestido, exclama: "¡Esto es peor que la misma rasgadura! ¡Hijo mío! ¿Pero quién te cosió de este modo?" y escandalizada muestra a sus compañeras... una especie de ombligo muy plegado, que sobresale entre todos los otros burdísimos pespuntos. Todos se echan a reír, y el primero en hacerlo es Juan, autor de los pespuntos que dice: "No podía soportar la rasgadura y entonces... la cosí".

"La estoy viendo. ¡Pobre de mí? ¿Por qué no le dijiste a María de Jacob que te la cosiera?"

"Está casi ciega. Y luego... no se trataba de una rasgadura, era un hueco. El vestido se trabó en el haz de leña que traía yo cargando y al echarlo al suelo se llevó consigo un trozo de tela. Entonces cosí como puede el agujero".

"Así lo echaste a perder, hijo mío. Se necesitaría..." Examina el vestido, mueve la cabeza, agrega: "Esperaba quitar el dobladillo, pero no tiene..."

"Lo quité en Nobe, porque estaba roto. Se lo di a tu hijo..." explica Elisa.

"Cierto, y lo empleé en cordones de mi alforja..."

"¡Pobres hijos! ¡Qué falta os hace que estemos cerca!" dice la Virgen que está remendando un vestido.

"Aquí falta tela. Mirad. Las puntadas en lugar de servir para algo, fueron peores... a no ser que encontremos un pedazo de trapo, para suplir el que falta... Se verá..."

"Tú me has dado pie para una parábola..." dice Jesús, al mismo tiempo que Judas: "Creo que tengo en el fondo de mi alforja un pedazo de tela de ese color, resto de un vestido viejo que di a un hombre pequeño y para que le viniese le cortamos dos palmos. Si me esperas te lo voy a buscar. Pero quisiera oír la parábola".

“Que Dios te bendiga. Escucha, pues. Yo entre tanto vuelvo a meter los cordones en la alforja de Santiago. Estos ya se acabaron”.

“Habla, Maestro. Luego daré contento a María Salomé”.

“Bueno. Comparo el alma a una tela. Cuando se pone, es nueva, sin rasgaduras. Tiene sólo la mancha de origen pero ninguna otra herida, ni otras manchas. Después con el tiempo, con los vicios, se llega hasta romper, por las imprudencias se mancha, por los desórdenes se rasga. Ahora cuando está rasgada no hay qué hacer un remiendo malhecho, causa de otras rasgaduras, sino uno bueno, perfecto, que impida que se rasgue el vestido. Si la tela está muy rasgada, de modo que se han perdido hasta trozos, no se debe pretender soberbiamente hacer el remedio por uno mismo, sino ir con quien sabe para rehacer íntegra el alma porque se le ha concedido hacer todo y puede hacerlo. Me refiero a Dios, mi Padre, y al Salvador que soy Yo. *Pero el orgullo del hombre es tal que cuanto mayor es la rasgadura de su alma, tanto más trata de remendarla con medios imperfectos que crean un malestar mayor.* Se me puede replicar que siempre se ve una rasgadura. También Salomé lo ha dicho. *Se verán siempre las heridas que un alma lleva. El alma pelea su batalla, y por consiguiente recibe heridas. Muchos son los enemigos que la atacan.* Pero nadie al ver a un hombre cubierto de cicatrices, señales de otras tantas victorias gloriosas recibidas en batalla puede decir: ‘¡Este hombre es un cobarde!’ Dirá más bien: ‘Este es un héroe. He ahí las señales de su valor’. Nunca se verá que un soldado se avergüence de una herida gloriosa, sino que va al doctor y le dice con santo orgullo: ‘Mira, he combatido y vencido. No evité ninguna fatiga. Cúrame ahora para que esté listo para otras batallas y victorias’. Por el contrario quien tiene llagas causadas por enfermedades inmundas, que los vicios le causaron, se avergüenza de ellas ante sus familiares y amigos, y aún delante de los médicos, y a veces es tan necio que las mantiene escondidas hasta que el hedor las descubre. Pero entonces ya es tarde su curación. *Los humildes son siempre sinceros, y además, muy valientes que no se avergüenzan de las heridas que tuvieron en la lucha. Los soberbios son siempre mentirosos y cobardes. A causa de su orgullo llegan a la muerte sin querer ir con quien puede curarlos y decirle: ‘Padre he pecado. Pero si quieres puedes curarme’. Hay muchas almas que por orgullo de no confesar una primera culpa, llegan a la muerte. También para ellas, la hora es tarde. No reflexionan que la misericordia divina es más poderosa y mayor que puede curar cualquier gangrena, por grande y arraigada que esté. Pero las almas de los orgullosos, cuando caen en la cuenta de haber despreciado todo medio de salvarse, caen en la desesperación, porque están sin Dios. Diciendo: ‘Es demasiado tarde’, se dan a sí mismos la última muerte: la de la condenación.* Ve, Judas a traer tu tela...”

“Voy, pero te diré que no me ha gustado la parábola. No la entendí”.

“Pero si ha sido clara! La entendí yo, que soy una pobre mujer” replica María Salomé.

“Pues, yo no. Antes decías unas muy bellas. Ahora... las abejas... la tela... las ciudades que cambian de nombre... las almas barcas... *Cosas tan pobres de sentido, tan oscuras,* que no me agradan más y no las comprendo. Voy a traer la tela que, aunque necesaria, no deja de ser una tela ya vieja”. Se levanta y se va.

María ha bajado cada vez más la cabeza sobre su labor mientras Judas hablaba. Juana, al contrario, la ha levantado mirando con ojos desdeñosos al imprudente. También Elisa hizo lo mismo, pero luego imitó a María, lo mismo Nique. Susana ha abierto tamaños ojos, espantada, y ha mirado a Jesús en vez de mirar a Judas, como preguntándoles que por qué no reaccionaba. Pero ninguna hizo algún gesto o cosa semejante. María Salomé y María de Alfeo, más de pueblo se han mirado, moviendo la cabeza, y apenas salió Judas, Salomé comenta: “Es él quien tiene la cabeza ya acabada”.

“Claro, y por eso no comprende nada. No sé si pudieras volver a arreglársela. Si mi hijo fuese así se la rompería yo. Así como se la hice, así se la puedo romper. ¡Es mejor tener la cara fea que el corazón!” sentencia María de Alfeo.

“Sé comprensiva, María. No puedes comparar a tus hijos, que crecieron en medio de una familia honrada, en una ciudad como Nazaret, con él” replica Jesús.

“Su madre es buena. Su padre no fue un malvado, según he oído decir” protesta María de Alfeo.

“Dices bien, pero orgullo no le faltaba. Por eso alejó al hijo de su madre muy pronto y contribuyó a desarrollar la herencia moral de su hijo con mandarlo a Jerusalén. Es doloroso decirlo, pero lo cierto es que el Templo no es el lugar donde el orgullo hereditario pueda disminuir...” dice Jesús.

“Ningún puesto de Jerusalén, que sea de honor, puede hacer que disminuya el orgullo o cualquier otro defecto” dice Juana con un suspiro. Luego: “Ni tampoco cualquier otro lugar de honor, bien esté en Jerusalén, Cesarea de Filipo, Tiberíades, o en la otra Cesarea...” y rápida con la cara inclinada sobre su labor cose.

“María de Lázaro es imponente pero no orgullosa” observa Nique.

“Ahora, pero antes era muy soberbia, lo contrario de sus padres que jamás lo fueron” responde Juana.

“¿Cuándo vendrán?” pregunta Salomé.

“Pronto. Dentro de tres días partiremos”.

“Trabajemos entonces con toda rapidez, para terminar a tiempo” incita María de Alfeo.

“Nos tardamos en venir por causa de Lázaro, pero estuvo bien, porque así se ahorró mucha fatiga a María” dice Susana.

“¿Sientes fuerzas para hacer un viaje tan largo? ¡Estás tan pálida y cansada, María!” dice María de Alfeo poniendo su mano sobre las rodillas de María y mirándola con preocupación.

“No estoy enferma, María, y puedo caminar”.

“Enferma no, pero sí muy afligida, Madre. Daría diez y diez años de mi vida, abrazaría todos los dolores con tal de volverte a ver como cuando te vi por vez primera” dice Juan.

“Tu amor es ya medicina, Juan. Mi corazón se tranquiliza al ver que amáis a mi Hijo. La causa de mi padecimiento no es otra cosa que comprobar que no se le ame. Aquí, cercana a Él, entre vosotros, tan fieles, me siento florecer. Estos meses... en Nazaret sola... después de que lo vi partir tan afligido, tan perseguido... sabiendo todos esos rumores... ¡Cuánto, cuánto dolor! Aquí cerca, lo veo y digo: ‘Por lo menos mi Jesús tiene a su Madre que lo consuela, que le dice palabras que le hacen olvidar otras’ y veo que en Israel no ha muerto del todo el amor. Me tranquilizo un poco, no mucho... porque...” María no añade más, baja su rostro que había alzado para contestar a Juan, del que no se ve más que su frente enrojecida por la emoción... y luego dos lágrimas brillan sobre el vestido oscuro que está remendando.

Jesús suspira, se levanta de su lugar, y va a sentarse a los pies, reclina su cabeza sobre sus rodillas, besándole la mano que tiene la tela, y se queda así como un niño que descansara.

María quita de la tela la aguja para no hacer mal a su Hijo y enseguida pone su mano derecha bajo la cabeza, levanta su mirada al cielo, rogando aunque no mueva los labios. Todo su aspecto es una oración. Se inclina a besar a su Hijo en los cabellos, cerca de la sien descubierta.

Las otras no hablan hasta que Salomé dice: “¡Cuánto se tarda Judas! El sol empieza a bajar y no podré ver bien”.

“Tal vez alguien lo habrá entretenido” sugiere Juan y pregunta a su madre: “¿Quieres que vaya a llamarlo?”

“Harías bien. Si no ha encontrado una tela igual, cortaré las mangas, al fin y al cabo se acerca el verano, y para el otoño te prepararé otro vestido, que este no sirve ya, y con el retazo cortado te remendaré aquí. Servirá todavía para que vayas a pescar, porque después de Pentecostés, regresaréis a Galilea...”

“Voy entonces” responde Juan y siempre cortés pregunta a las otras mujeres: “¿Tenéis vestidos ya arreglados que pueda llevar? Si los tenéis dádmelos. Así cargaréis menos al regreso”.

Las mujeres recogen los que ya remendaron y se los dan a Juan, que está para irse cuando al ver que llega María de Jacob, se detiene.

La viejecilla, con lo que sus fuerzas le permiten, ha venido ligera y gritando pregunta a Juan: “¿Está allí el Maestro?”

“Sí, madre. ¿Qué se te ofrece?”

La viejecilla responde sin dejar de caminar: “Ada está mala, mala... El marido quisiera consolarla con llamar a Jesús... pero después que aquellos samaritanos se portaron... tan mal... no se atreve. Yo dije: ‘No lo conoces aún. Voy... y no me dirá que no’.” La viejecilla jadea por la prisa y por la subida.

“No corras más. Voy contigo. Más bien te me adelanto. Síguenos. Ya tienes años, madre, para que corras así” le dice Jesús. Luego volviéndose a su Madre y a las discípulas: “Me quedo en el poblado... la paz sea con vosotras”.

Toma a Juan del brazo y baja rápidamente con él. La viejecita, un poco descansada, lo seguiría después de haber respondido a las mujeres que le preguntan: “¡Uhm! Sólo el Rabí puede salvarla, de otra manera morirá como Raquel. Está ya enfriándose, perdiendo fuerzas y se revuelca en medio de convulsiones dolorosas”.

Las mujeres: “¿No le habéis puesto ladrillos calientes sobre los riñones?”

“No. mejor envolverla en telas de lana mojadas en vino y aromas lo más calientes que se pueda”.

“Cuando estuve enferma de Santiago me hicieron bien las untaduras de aceite y luego los ladrillos calientes”.

“Haced que beba mucho”.

“Si pudiese enderezarse, dar algunos pasos y mientras alguien le podría dar un masaje en los riñones”.

Las que han sido madres, menos Nique y Susana y María que no sufrió dolores del parto, aconsejan esto o aquello.

“Se ha intentado todo. Sus riñones están ya cansados. Es el hijo número once. Ahora me voy. Ya descansé. ¡Rogad por ella! Que el Altísimo la mantenga viva hasta que llegue el Rabí”. La buena y pobre anciana trota por el camino.

Entre tanto Jesús rápido baja a la ciudad bañada en sol. Entra por el lado contrario a donde está la casa, esto es, por el noroeste de Efraín, mientras la casa de María de Jacob está al sudeste. No se detiene a hablar con nadie. Se limita a saludar y sigue.

Un hombre hace notar: “Está irritado contra nosotros. Los de los otros lugares hicieron mal. Tiene razón”.

“No. Va a casa de Yanoé. Se le está muriendo su mujer en el undécimo parto”.

“¡Pobres hijos! ¿Y el Rabí va allá? Muy bueno, demasiado bueno. Aunque se le ofendió, bendice”.

“¡Yanoé no lo ofendió, como ninguno de nosotros!”

“Pero no dejamos de ser samaritanos”.

“El Rabí es justo y sabe distinguir. Vamos a ver el milagro”.

“No podremos entrar. Es una mujer que está por parir”.

“Oiremos llorar al recién nacido y será una voz del milagro”.

Corren a alcanzar a Jesús. Se le unen otros que quieren ver.

Jesús llega a la casa envuelta en angustia por la desgracia que le amenaza. La mayor de los diez hijos es una jovenzuela que llora, a la que se cuelgan otros pequeñuelos también llorando. Está en un rincón del corredor, cerca de la puerta abierta. Comadres que van y vienen, murmullos de voces, ruido de pies descalzos, que se deslizan sobre el enlosado. Una mujer ve a Jesús y grita: “¡Yanoé, espera! ¡Ha venido!” y se va con una cubeta de agua hirviente.

Acude un hombre; se postra. No hace más que un gesto y no pronuncia más que estas palabras: “Creo. Piedad por estos” y señala a sus hijos.

“Levántate y ten ánimo. El Señor ayuda a quien tiene fe y tiene piedad de sus hijos afligidos”.

“¡Ven, Maestro, ven! Está ya negra. Las convulsiones acaban con ella. Casi no respira. ¡Ven!”

El hombre que ya había perdido el control de sí mismo, termina por perderlo cuando oye que

una comadrona grita: “¡Yanoé, corre! ¡Ada se está muriendo!” y empuja a Jesús para que vaya pronto, muy pronto, a la habitación de la moribunda, pese a que Él le ordena: “¡Ve y ten fe!” Fe tiene, pero lo que le falta es poder entender esas palabras. Jesús sube por las escaleras para entrar en la habitación donde está la mujer, no entra, sino que se queda a unos tres metros de la puerta abierta, por donde se ve una cara pálida, amarillenta, agonizante. Las comadronas no saben hacer algo más. Han cubierto a la mujer hasta el mentón y miran. Están como petrificadas en espera del momento fatal.

Jesús extiende sus brazos y grita: “¡Quiero!” y se vuelve.

El marido, las comadronas, los curiosos que se han amontonado, se quedan desilusionados porque esperaban que Jesús hiciera algo estrambótico, que naciese el niño inmediatamente. Pero al abrirse paso entre ellos, los mira en la cara y les dice: “No dudéis. Un poco más de fe. Un momento más. La mujer debe pagar el amargo tributo del parir¹. Pero está salva”. Baja la escalera dejándolos sin añadir nada. Cuando está para salir, dice a los niños espantados: “¡No tengáis miedo! Mamá está salvada” y al decirlo toca levemente con la mano las caritas. En ese momento se oye un grito que se esparce por todas partes, hasta el camino por donde viene María de Jacob, la cual grita: “¡Misericordia!” creyendo que había sido el grito de muerte. “¡No tengas miedo, María! ¡Ve rápido! Verás nacer al pequeño. Le han vuelto las fuerzas y los dolores, pero dentro de poco será feliz”.

Se va con Juan. Nadie lo sigue porque todos quieren ver si se realiza el milagro, antes bien acuden a la casa, porque ha corrido la voz de que el Rabí había ido a salvar a Ada. De este modo, tomando una vereda, puede ir sin obstáculos a una casa donde entra llamando:

“¡Judas, Judas!” Nadie responde.

“Se fue allá, Maestro. Podemos irnos también a casa. Aquí pongo los vestidos de Judas de Simón y de su hermano Santiago; luego pondré los otros de Simón Pedro, de Andrés, Tomás y Felipe en casa de Ana”.

Por esto colijo que para hacer lugar a las discípulas los apóstoles, si no todos, al menos algunos, han ido a otras casas.

Sin nada en las manos se van hablando a la casa de María de Jacob, entran por la puerta del huerto que está solamente emparejada. La casa está silenciosa, vacía. Juan ve que hay una jarra llena de agua en el suelo, y tal vez pensando que la hubiera dejado allí la viejecita cuando la llamaron para ir a asistir a la mujer, la toma y se dirige a una habitación cerrada.

Jesús se queda en el corredor para quitarse el manto y doblarlo con el acostumbrado cuidado antes de ponerlo en la banca. Juan abre la puerta y lanza un “¡jah!” como de espanto. Deja caer la jarra, se tapa los ojos con las manos, agachándose como para desaparecer, para no ver. De la habitación se oye salir un retintín de monedas que corren por el suelo.

Jesús está ya en la puerta. Más tiempo tardé en escribir esto, que Él en haber llegado. Empuja a Juan que gime: “¡Vete, vete!” Abre la puerta semicerrada. Entra. Es la habitación donde, ahora que están las mujeres, toman los alimentos. Hay dos cofres bien guarnecidos, y ante uno de ellos, el que está enfrente de la puerta, está Judas, pálido, con los ojos inyectados de ira y de temor juntamente, con una bolsa en las manos... La chapa había sido abierta... por el suelo hay monedas, y otras caen de una bolsa que está abierta, al borde del cofre. Todo es una prueba de lo que está sucediendo. Judas entró en la casa, abrió el cofre, y robó; mejor dicho, estaba robando.

Nadie habla. Nadie se mueve. Pero es peor que si todos gritasen o se arrojase el uno contra el otro. Tres estatuas: Judas el demonio, Jesús el juez, Juan el aterrorizado testigo de la bajeza de su compañero.

La mano de Judas que tiene la bolsa en la mano tiembla, y se oye el retintín ahogado de las monedas.

Juan no hace más que temblar de miedo, y aun cuando tiene sus manos sobre la boca, se oye el chasquido de sus dientes. Sus ojos espantados miran más a Jesús que a Judas.

¹ Cfr. Gén. 3, 16; Miq. 4, 9-10; Ap. 12, 1-2.

Jesús no muestra ninguna emoción. Derecho, glacial. Da un paso, hace un gesto, dice una palabra. Un paso hacia Judas; un gesto a Juan indicándole que se retire; una palabra: “¡Vete!” Pero Juan tiene miedo, suplica: “No, no! No me echés fuera. Déjame aquí. No diré nada... pero déjame aquí, contigo”.

“¡Vete, vete! ¡No tengas miedo! Cierra todas las puertas y si viene alguien... cualquiera que sea... aun mi Madre... no dejes que entre... ¡Vete!”

“¡Señor!”... Juan parece más bien el culpable por el ansia que lo embarga.

“Te he dicho que te vayas. ¡No pasará nada!” y Jesús mitiga su orden poniendo su mano sobre la cabeza del Predilecto como en señal de caricia. Y veo que esa mano tiembla ahora. Juan la siente, la toma, la besa con un sollozo que dice más que muchas palabras. Sale. Jesús pone el pasador en la puerta. Se vuelve a mirar a Judas, que debe estar hecho una miseria. Pese a su audacia no se atreve a hacer nada. Jesús se le acerca, dando vuelta por la mesa, que hay en el centro de la habitación. No sé si lo hace rápido o lento, estoy demasiado asustada al ver su rostro para poder medir el tiempo. Veo sus ojos y me dan miedo como a Juan. El mismo Judas lo tiene, retrocede entre el cofre y una ventana abierta, por donde entra la luz que ahora ilumina a Jesús.

“Qué ojos los de Jesús! No dice ni una palabra, pero cuando ve que de la faja de Judas se asoma una ganzúa, da un sobresalto. Levanta su brazo con el puño cerrado como para golpear al ladrón y de su boca se oye que empieza una palabra: “¡Maldito!” o “¡Maldición!” Pero se controla. Detiene su brazo, no termina la palabra. Con un esfuerzo de dominio, que lo hace temblar, a abrir el puño, a bajar el brazo hasta la altura de la bolsa que Judas tiene en su mano, y a arrebatársela lanzándola al suelo, con voz ahogada, mientras la pisotea y las monedas corren, con una ira dominada pero terrible, grita: “¡Lárgate! ¡Asquerosidad de Satanás! ¡Oro maldito! ¡Espujo* de infierno! ¡Veneno de serpiente! ¡Lárgate!”

Judas que había intentado dar un grito cuando vio que Jesús estaba a punto de maldecirlo, no reacciona, pero de la otra parte de la puerta cerrada se oye otro grito cuando Jesús arrojó contra el suelo la bolsa. Este grito desespera al ladrón. Le devuelve su diabólica audacia. Lo enfurece. Casi se arroja contra Jesús aullando: “Mandaste que me espíaran para quitarme la honra. Que me espíara ese muchacho estúpido que no sabe ni siquiera guardar silencio. Que me avergonzará delante de todos. Esto es lo que querías. Por lo demás... ¡Sí! Esto también lo busco yo. ¡Lo quiero! ¡Que me arrojes! ¡Que me maldigas! ¡Que me maldigas, que me maldigas! He hecho todo lo posible porque me arrojaras”. Está ronco de la ira y feo como un demonio. Jadea como si tuviera alguna cosa que lo estrangulase.

Jesús le repite con voz baja pero terrible: “¡Ladrón, ladrón!” y termina: “Hoy ladrón, mañana asesino, como Barrabás. Peor que él”. El soplo –porque están ya vecinos- del aliento de Jesús choca sobre la cara de Judas.

Este, tomando aliento, responde: “Sí, ladrón, y por culpa tuya. Todo el mal que hago es por tu culpa, y no te cansas nunca de llevarme a la ruina. Salvas a todos. Amas y honras a todos. Acoges a pecadores, no te causan asco las prostitutas, tratas como amigos a los ladrones, a los usureros, a los proxenetas* de Zaqueo, acoges como si fuese el Mesías al espía del Templo. ¡Eres un necio! Has hecho jefe nuestro a un ignorante, tesorero a un recaudador de impuestos, y de tus confianzas a un estúpido. A mí me das lo mínimo, no me das ni un céntimo, me tienes cerca como a un galeote, amarrado al banco, no quieres que nosotros, digo nosotros, *pero soy yo, yo solo que no debo recibir los óbolos de los peregrinos*. Y para que no tocara yo el dinero, has dado órdenes de que no se recibiese de nadie. Porque me odias. Pues bien: *¡también yo te odio!* No te atreviste a pegarme ni a maldecirme hace poco. Tu maldición me hubiera convertido en ceniza. ¿Por qué no me la arrojaste? La habría preferido a verte así inútil, debilucho, como un hombre sin fuerzas, como un vencido...”

“¡Cállate!”

* esputo = Flema que se arroja de una vez en cada expectoración.

* proxeneta = Persona que obtiene beneficios de la prostitución de otra persona.

“¡No! ¿Tienes miedo de que Juan oiga? ¿Tienes miedo de que finalmente comprenda quién eres y que te abandone? ¡Ah, esto es lo que temes, Tú que te crees un héroe! ¡Temes! Me tienes miedo. ¡Temes! Por esto no pudiste maldecir. Por esto finges amarme, cuando en realidad me odias. Para ablandarme. Para tenerme quieto. ¡Sabes que soy una fuerza! Sabes *que soy la fuerza*. La fuerza que te odia y que te vencerá. Te prometí que te seguiría hasta la muerte, ofreciéndote *todo y todo* te he ofrecido. Estaré cerca de Ti hasta tu hora y mi hora.- ¡Valiente rey que no puede maldecir y arrojar a uno! ¡Un rey payaso! ¡Un rey ídolo! ¡Un rey necio, mentiroso! Eres un traidor de tu mismo destino. Desde nuestro primer encuentro me has despreciado. No me has correspondido. Te crees un sabio, y eres un estúpido. Te señalaba el camino recto. Pero Tú... ¡oh, Tú eres el Puro! Eres la criatura que es Hombre pero también es Dios, y desprecias los consejos del inteligente. Desde el primer momento te equivocaste y sigues equivocándote. Tú... Tú eres... ¡Ah!”

El torrente de palabras cesa de golpe y sucede un silencio lúgubre, una inmovilidad lúgubre después de tantos gestos. Porque mientras yo estaba escribiendo, sin poder ver lo que sucedía, Judas, agachado, semejante, sí, semejante a un perro feroz que está a punto de lanzarse sobre su presa, cada vez se ha ido acercando más a Jesús, con una cara que no puede verse, con las manos en forma de garfios, los brazos pegados al cuerpo, como si fuese a echarse sobre Jesús, que no da señal de miedo alguno, y aun cuando se vuelve a la puerta y la abre para ver si no está Juan, Judas que podía aprovecharse del momento, no se atreve. En el corredor semioscuro no hay nadie. Juan, después de haber cerrado la puerta que da al huerto, se ha ido. Al no verlo, Jesús cierra la puerta con el pasador, se recarga sobre ella, esperando, sin hacer ningún gesto, ni decir una palabra, que la furia de Judas se calme.

No soy competente, pero pienso que no me equivocaría si afirmase que por boca de Judas fue el mismo Satanás el que habló, y que fuese un momento de clara posesión diabólica del apóstol pervertido, cercano ya al umbral del delito, condenado por su propia voluntad. El torrente de palabras cesó dejando al apóstol como atolondrado y me trae a la memoria otras escenas de posesión que he visto en los tres años de la vida pública de Jesús.

Apoyado contra la puerta, su color blanco hace contraste con lo negro de ella. No dice nada, sólo sus ojos impregnados de dolor miran al apóstol. Si se pudiese decir que los ojos oran, podría afirmar que los de Jesús ruegan, mientras ve al desgraciado apóstol. Porque no sólo es control el que se desprende de ellos, sino también una ferviente plegaria. Después ya cuando Judas iba a acabar de hablar, Jesús abre sus brazos que tenía junto al cuerpo, pero no para tocar a Judas, ni para hacer algún ademán, ni para elevarlos al cielo. Los abre horizontalmente, tomando la actitud de un crucificado. Fue entonces cuando de la boca de Judas salieron las últimas palabras que terminaron en un ahogado “¡Ah!”

Jesús sigue en la misma actitud, mirando al apóstol con esa mirada de dolor y plegaria. Judas, como cuando se sale de un delirio, pasa la mano por la frente, por la cara sudada... piensa, recuerda, y cae por tierra, no sé si llorando o no, pero sí, como si le faltasen las fuerzas.

Jesús baja su mirada y los brazos y con voz queda, pero clara, le dice: “¿Y luego? ¿Te odio? Podría pegarte con el pie, aplastarte llamándote “Gusano”, podría maldecirte, así como te he librado de la fuerza que te hacía delirar. Has creído que el no maldecirte es debilidad de mi parte. No lo es. Soy el Salvador, y el Salvador no puede maldecir. Puede salvar, quiere hacerlo... Dijiste: ‘Soy la fuerza. La fuerza que te odia y que te vencerá’. También Yo soy la Fuerza, mejor dicho: *soy la única fuerza*. Pero ella no es odio, es amor. El amor no odia, no maldice, *jamás*. La Fuerza podría vencer las batallas individuales como ésta entre Yo y tú, entre Yo y Satanás que está en ti, quitarte tu patrón, para siempre, como lo hice tomando la actitud de la señal que salva, de la Tau⁶, que Lucifer no puede ver. Esta Fuerza podría vencer cada batalla como vencerá la que se le acerca contra el Israel incrédulo y asesino, contra el mundo y contra Satanás por medio de la Redención. Podría vencer cada batalla como vencerá la última, muy lejana para quien cuenta con siglos, muy cercana para quien mide el tiempo con

⁶ Cfr. Ez. 9; Ap. 7, 1-8.

la medida de la eternidad⁷. Pero ¿de qué serviría traspasar las reglas perfectas de mi Padre? ¿Sería justicia? ¿Habría mérito? No. Ni una ni otra cosa. No sería justicia para con los culpables, a los que no se les quitó la libertad de serlo, los cuales podrían preguntarme el último día por qué fueron condenados y echarme en cara el haber sido parcial contigo. Habrá miles y miles de hombres que cometerán tus mismos pecados, que permitirán ser presa del demonio, ofensores de Dios, torturadores de sus padres, asesinos, ladrones, mentirosos, adúlteros, lujuriosos, sacrílegos y hasta deicidas, matando materialmente al Mesías dentro de no mucho tiempo, matándolo espiritualmente en sus corazones en tiempos venideros. Todos podrían decirme, cuando venga a separar los corderos de los cabros, a bendecir a los primeros y a maldecir, entonces sí, *a maldecir a los otros*, a maldecir porque no habrá ya más redención, sino gloria o condenación, a volverlos a maldecir, después de haberlos maldecido individualmente cuando murieron y fueron juzgados. Porque el hombre, y lo sabes porque lo he dicho muchísimas veces, puede salvarse mientras le dura la vida, aún en sus últimos momentos. Basta un instante, para que todo se arregle entre el alma y Dios, para que se pida perdón y se alcance la absolución... Todos los condenados podrían decirme: ‘¿Por qué no nos amarraste al bien como hiciste con Judas?’ Y tendrían razón. Porque cada hombre nace con los mismos elementos naturales y sobrenaturales: con un cuerpo y un alma. Entre tanto que el cuerpo, engendrado por hombres, puede ser más o menos robusto, el alma creada por Dios, es igual en todos, y tiene las mismas propiedades, los mismos dones. Entre el alma de Juan el bautista y la tuya, no hay diferencia, *cuando fueron infundidas en el cuerpo*. Y sin embargo te aseguro que aun cuando la Gracia no lo hubiese pre-santificado¹⁰, para que mi Precursor no tuviese mancha, como convendría que todos los que me anuncian fuesen, al menos por lo que se refiere a pecados actuales, su alma *habría sido* muy distinta de la tuya, mejor dicho, la tuya de la de él. Porque hubiera conservado su alma en la dicha de los que no cometen faltas, la habría adornado siempre secundando al querer de Dios que desea que seáis justos, haciendo fructificar los dones gratuitos con una perfección cada vez más heroica. Tú por el contrario... has destruido tu alma y los dones que Dios le entregó. ¿Qué has hecho de tu libre albedrío? ¿Qué de tu inteligencia? ¿La has conservado libre? ¿Has querido que fuera inteligente? No. Tú, que no quieres obedecerme a Mí, no digo a Mí-Hombre, pero ni siquiera a Mí-Dios, obedeces a Satanás. Empleas tu inteligencia y tu libertad para comprender las Tinieblas. Voluntariamente. Delante de ti se te han puesto el Bien y el Mal. Este has escogido. Aún más: se te ha puesto delante sólo el Bien: Yo. El Eterno, tu Creador, que ha seguido el desarrollo de tu alma, que lo conocía antes de él porque nada ignora el Eterno Pensamiento de lo que sucede desde que el tiempo existe, te ha puesto delante el Bien, sólo el Bien, porque sabe que eres más débil que un alga seca. Me echaste en cara que te odio. Si es verdad que tengo en Mí dos naturalezas, por la humana y hasta que la victoria no la libre de sus limitaciones, estoy en Efraín, y no puedo estar en otra parte; por la divina, como *Verbo de Dios*, estoy en el cielo como en la tierra, omnipresente y omnipotente. Ahora bien como soy Uno con el Padre y el Amor, Uno aquí como Uno en el cielo, la acusación que lanzaste, *la lanzaste contra el Dios Uno y Trino*. Contra Dios Padre que te creó *por amor*, contra Dios Hijo que se encarnó *por amor* para salvarte, contra Dios Espíritu que te ha hablado muchas veces *por amor* para darte buenos deseos. Has acusado a Dios Uno y Trino que tanto te ha amado, que te ha traído a mi camino, haciéndote ciego al mundo para que tuvieses tiempo de verme, sordo al mundo para que pudieses oírme. ¡Y tú!... ¡Y tú!... Después de que me has visto y escuchado, después de que libremente viniste al Bien, percibiendo con tu inteligencia que *este es el único camino de la verdadera gloria*, has rechazado el Bien y *libremente* te has entregado al Mal. Mas si tú con tu libre albedrío has querido esto, si descortésmente has rechazado siempre mi mano que te he ofrecido para sacarte del remolino, si siempre te has alejado de Mí para sumergirte en el enfurecido mar de las pasiones, del mal, ¿puedes acusarme a Mí, acusar a aquel de quien

⁷ Cfr. Sal. 89, 4; 2 Pedr. 3, 8-10.

¹⁰ Cfr. Lc. 1, 39-45.

procedo, a Aquel que hizo que me encarnara para tratar de salvarte? ¿Puedes acusarnos de que te hemos odiado? Me has echado en cara de que quiero tu mal... También el niño enfermo se enoja contra el médico y contra su madre porque le hacen beber medicinas amargas y porque le niegan cosas que le harían mal. ¿Te ha cegado tanto Satanás que no comprendes más la razón verdadera de las providencias que he tomado por tu bien, y que te atreves a llamar: mala voluntad, deseo de llevarte a la ruina, lo que es providencia amorosa de tu Maestro, de tu Salvador, de tu Amigo que quiere curarte? Te he impedido que tocases ese metal infame que te enloquece... ¿No sabes, no sientes que es como uno de esos brebajes mágicos que provocan una sed insaciable, que inoculan en la sangre un ardor, una rabia que lleva a la muerte? En tu pensamiento, que leo, me estás reprochando: '¿Entonces por qué por tanto tiempo me permitiste que fuese quien administrase el dinero?' ¿Por qué? Porque si te lo hubiera impedido desde el principio, te habrías vendido antes, habrías robado antes. De todos modos te vendiste, porque poco podías robar... Yo *debí* de impedirlo sin hacer violencia a tu libertad. El oro es tu ruina. A causa del oro te has hecho lujurioso y traidor..."

"¡Eso! ¡Te has fiado de las palabras de Samuel! Yo no soy..."

Jesús que había ido cobrando ánimos en el hablar, pero sin poner en su voz algún tono violento de amenaza, da un grito imprevisto de orden, diría yo, de ira. Severamente ve a Judas que levantó su cara para decir esas palabras y le grita: "Cállate", grito que parece el eco de un trueno.

Judas se empequeñece sobre sus calcañales y no abre la boca.

Se escucha un silencio en que se ve que Jesús claramente se esfuerza por dominarse y su esfuerzo es tal que muestra lo divino que hay en Él. Vuelve a hablar con su tono usual, animado, dulce aunque enérgico, persuasivo, conquistador... Sólo los demonios pueden resistir a esta voz.

"No tengo necesidad de que hable Samuel, ni cualquiera para conocer tus acciones. ¡Oh, desgraciado! ¿Sabes delante de Quién estás? ¿De veras? Dijiste que no comprendías más mis palabras. No las comprendes más. ¡Pobre infeliz! Ni siquiera te comprendes a ti mismo. No comprendes ni siquiera el bien y el mal. Satanás al que has obedecido en todas las tentaciones que te ha presentado, te ha vuelto estúpido. Pero hubo un tiempo en que me comprendías. ¡Creías que soy quien soy! Y este recuerdo no se ha apagado en ti. ¿Puedes creer que el Hijo de Dios, que Dios tenga necesidad de las palabras de un hombre para saber el pensamiento y acciones de algún otro? Aun no estás del todo pervertido que no creas que soy Dios, y en esto está tu mayor culpa. Lo muestra el miedo que tienes a mi ira. Sientes que no luchas contra un hombre, sino contra Dios mismo, y tiemblas. Tiemblas, Caín, porque no puedes ver ni pensar en Dios sino como Vengador de sí mismo y de los inocentes¹⁴. Tienes miedo que te suceda lo que a Coré, a Datán, a Abirón y secuaces¹⁵. Pese a que sabes quién soy, luchas contra Mí. Debería decirte '¡Maldito!', pero no sería más el Salvador... Querías que te arrojase. Dices que todo lo haces para que te arroje. Esta razón no justifica tus acciones, porque no hay necesidad de pecar para separarte de Mí. Lo puedes hacer, te lo he venido diciendo. Desde Nobe, cuando regresaste en una limpia mañana, lleno de mentiras y lasciva, como si hubieras salido del infierno para caer en el fango de los cerdos, o con los libidinosos monos, y tuve que hacerme fuerza a Mí mismo para no arrojarte con un puntapié como un harapo asqueroso y para refrenar la náusea que sentía, no sólo en el corazón, sino en las entrañas. Siempre te lo he dicho, aún antes de aceptarte, antes que vinieras con nosotros. Entonces, *sólo por ti, y para ti solo*, dije aquellas cosas. Pero quisiste quedarte. ¡Para tu ruina! ¡Tú, *mi más grande dolor*! Pero andas pensando y diciendo, el primero de los herejes que vendrán, que soy superior al dolor. No, sólo al pecado soy superior. Sólo a la ignorancia lo soy. Al pecado porque soy Dios, a la ignorancia porque no puede existir en el alma que no ha herido la culpa original. Te hablo como Hombre, como el Hombre, como el

¹⁴ Cfr. Gén. 4, 1-16.

¹⁵ Cfr. Núm. 16; Sal. 105, 11-18; Eccli. 45, 7-27; Jds. 11.

Adán-Redentor venido a reparar la culpa del Adán-pecador y a mostrar que hubiera sido el hombre, si hubiera permanecido como fue creado: *inocente*. Entre los dones que Dios concedió a Adán, ¿no acaso fue el de una inteligencia sin mengua, una ciencia grandísima por su unión con Él, unión que le daba al hijo bendito¹⁶ Yo, el nuevo Adán, soy superior al pecado *por mi propia voluntad?*... Un día, hace mucho tiempo, te admiraste de que hubiera sido tentado, y me preguntaste que si no había consentido. ¿Recuerdas? Te respondí, como pude haberlo hecho... Porque tú eras desde entonces... un hombre caído, ante cuyos ojos era inútil descubrir las perlas preciosísimas de mis virtudes. No habrías comprendido su valor... las habrías tomado por... piedras, dada su grandeza excepcional. En el desierto volví a repetirte no sólo las palabras, sino su sentido que te había dicho ya cuando íbamos a Getsemaní. *Si hubieras sido Juan o aún Simón Zelote, que me hubiese hecho otra vez esa pregunta, le habría respondido de manera diversa, porque Juan es puro y no la habría hecho con la malicia con que tú la hiciste... y Simón es un anciano sabio, que sin ignorar la vida, cual la ignora Juan, ha llegado a tal sabiduría que sabe contemplar todo evento sin turbarse en su mismo ser.* Ellos no me preguntaron si había consentido a las tentaciones, a la tentación más común. *Porque en la pureza no manchada de Juan no hay huellas de lujuria, y en la reflexiva de Simón hay mucha luz con la que ve la pureza que brilla en Mí.* Preguntaste... y te respondí, como pude. *Con esa prudencia que no debe distinguirse de la sinceridad, virtudes amadas a los ojos de Dios. La prudencia es como el triple velo puesto entre el santo y el pueblo, extendido para ocultar el secreto del Rey*¹⁹. *Esa prudencia que regula las palabras según la persona que lo escucha, según su capacidad de entender, según su pureza espiritual y rectitud. Porque ciertas verdades si se dicen a los tontos, les causan risa, pero no veneración...* No sé si recuerdas aquellas palabras. Te las repito aquí, ahora en que Yo y tú estamos al borde del abismo. Porque... no es necesario decirlo. Te dije en el desierto, al responder a tu 'por qué', mi explicación no te había satisfecho: 'El Maestro jamás se ha considerado superior al hombre por ser 'el Mesías', sino que sabiendo que es el Hombre, ha querido serlo en todo, a excepción del pecado. Para ser maestros es necesario haber sido alumnos. Todo lo sé como Dios. La inteligencia divina puede hacer comprender aun las luchas del hombre. Pero un día algún pobre amigo mío habría podido decir: 'Tú no sabes lo que quiere decir ser hombre y tener sentido y pasiones'. Habría sido un reproche justo. Vine aquí no sólo para prepararme a mi misión, sino también a la tentación. A la tentación diabólica. Porque el hombre no habría podido tener poder sobre Mí. Satanás llegó cuando había terminado mi unión solitaria con Dios y sentí que era un Hombre con un cuerpo *verdadero* sujeto a sus propias debilidades: hambre, cansancio, sed, frío. Sentí el cuerpo con sus exigencias, lo psíquico con sus pasiones. Si por mi voluntad he doblegado desde su nacimiento todas las pasiones no buenas, he dejado que crecieran las santas'. ¿Recuerdas estas palabras? Te dije a ti, a ti solo aquella primera vez: 'La vida es un don santo y hay que amarla santamente. La vida es un medio que sirve al fin, que es la eternidad'. Dije: 'Demos entonces a la vida lo que necesita para durar y servir al espíritu en su conquista: continencia de la carne en sus apetitos, continencia del corazón en sus deseos, un anhelo ilimitado a las pasiones que son del cielo: amor a Dios y al prójimo, obediencia a la voz de Dios, heroísmo en el bien y en la virtud'. Me dijiste que podía hacer esto porque era Yo santo, pero que tú no lo podías porque eras joven, lleno de vida. Como si el ser joven y fuerte fuese una excusa para ser vicioso, como si los viejos o enfermos fuesen impotentes para lo que pensabas, tú que ardías en lujuria, como si sólo ellos fuesen libres de las tentaciones carnales. En ese entonces pude haberte objetado muchas cosas, pero no podías comprenderlas, ni siquiera ahora, pero a lo menos ahora no puedes sonreír incrédulamente si te digo que el hombre sano puede ser casto, aun cuando sufra seducciones del demonio y de los sentidos. Castidad es un afecto espiritual, es un movimiento que repercute en el cuerpo y lo invade, lo eleva, lo perfuma, lo

¹⁶ Cfr. Gén. 2, 19-20.

¹⁹ Cfr. Tob. 12, 7.

preserva. El que está lleno de castidad no tiene lugar para otros movimientos que no sean buenos. En él no penetra la corrupción. Además, la corrupción no entra de afuera, no es algo que penetre de lo exterior a lo interior. Es un movimiento que procede de lo interno del corazón, del pensamiento, que penetra e invade la carne. Por esto he dicho que del corazón salen las corrupciones²¹. El adulterio, la lujuria, cualquier otro pecado sensual no provienen de lo exterior, sino de la maquinación del pensamiento, que corrompido, viste de aspecto estimulante todo lo que ve. Todos los hombres tienen ojos para ver. ¿Cómo se explica que un mujer que deja indiferentes a diez, que la miran como un ser igual a ellos, que la ven aun como una bella obra del Creador, pero sin encender dentro de ellos estímulos e imaginaciones obscenas, turba al hombre undécimo y lo arrastra a concupiscencias indignas? Porque ese undécimo ha corrompido su corazón, su pensamiento, y donde diez ven a una hermana, él ve a la hembra. Aun cuando entonces no te dije esto, te dije que había venido sólo para los hombres, no para los ángeles. Vine para devolver a los hombres su realeza de hijos de Dios enseñándoles a vivir como dioses. Dios no tiene lujuria, Judas. Yo he querido demostrar que aun el hombre puede existir sin lujuria. Os he querido demostrar que se puede vivir como enseño. Para mostrarlo tuve qué tomar un cuerpo *verdadero* para poder sufrir las tentaciones humanas y decir al hombre, después de haberlo instruido: 'Haced como Yo'. Me preguntaste que si había pecado al sentir la tentación. ¿Recuerdas? Como veía que no podías comprender que hubiera sido tentado sin haber caído, pues te parecía mal que el Verbo fuese tentado, y te parecía imposible que el Hombre no pecase, te respondí que todos pueden ser tentados, pero que sólo son pecadores los que quieren serlo. Tu admiración fue grande, incapaz de dominarse y preguntaste: '¿No has pecado nunca?' En ese entonces podías no creer. Hacía poco tiempo que nos conocíamos. Palestina está llena de rabinos cuya doctrina es una antítesis de la vida que llevan. Ahora sabes que no he pecado, que no peco. Sabes que la tentación, aun la más terrible que pueda sufrir un hombre sano, viril, no me perturba. *Antes bien cualquier tentación –pese a que rechazándola aumenta su violencia- es una victoria mayor, porque el demonio ha luchado con mayores fuerzas para vencerme.* Y no sólo en lo que se refiere a la tentación carnal, *torbellino que ha dado vueltas a mi alrededor, sin sacudir, sin rasguñar mi voluntad. No hay pecado, donde no se conciente la tentación,* Judas. *Existe el pecado donde, aun sin consumarlo, se acepta la tentación y se le mira con buenos ojos. Será pecado venial, pero es ya una preparación para el pecado mortal que se desenvuelve en nosotros. Porque acoger la tentación y pensar en ella, seguir mentalmente las fases del pecado, es debilitarse a sí mismo. Satanás lo sabe, y por eso lanza repetidas llamas, esperando que una de ellas penetre... Después... puede ser fácil que el hombre tentado se haga culpable.* Entonces no lo comprendiste. No podías. Ahora sí. Ahora mereces menos de entender que entonces, y con todo te repito lo que te dije, porque tú, no Yo, eres el hombre en el que la tentación rechazada no se calma... No se calma porque no la rechazas totalmente. No realizas el acto, sino que cobijas su deseo. Y así lo has hecho... hasta que caes en la realización del pecado. Por esto te enseñé que pidieses la ayuda del Padre, te enseñé que pidieses al Padre que no te deje entrar en la tentación. Yo, el Hijo de Dios, Yo el vencedor de Satanás, he pedido ayuda al Padre, porque soy humilde. Tú no lo eres. No has pedido a Dios la salvación, la preservación. Eres un soberbio, y por esto te hundes... ¿Recuerdas esto? ¡Puedes ahora comprender lo que significa para Mí, verdadero hombre, con todas las reacciones humanas, y verdadero Dios, con todas las reacciones de Dios, verte así: lujurioso, mentiroso, ladrón, traidor, homicida! ¿Sabes cuáles son los esfuerzos a que me sujetas por tenerte cercano? ¿Sabes lo que me cuesta dominarme, como ahora, para que mi misión en ti se realice completamente? Cualquier otro hombre te habría cogido por la garganta al sorprenderte forzando los cofres y apoderándote del dinero, al saber que eres un traidor, y más que un traidor... te hablo con compasión. Mira. No es verano y por la ventana entra ya el aire fresco del atardecer, y sin embargo estoy sudando como si hubiese hecho un trabajo

²¹ Cfr. Mt. 15, 1-20; Mc. 7.

demasiado duro. ¿No te das cuenta de lo que me cuestas? ¿De lo que eres? ¿Quieres que te arroje? No. Jamás. Cuando alguien se está ahogando, asesino es el que deja que se hunda. Te encuentras en medio de dos fuerzas que te jalan. Yo y Satanás. Si te dejo, lo tendrás a él sólo ¿y cómo te salvarás? Y con todo me abandonarás... *Me has ya abandonado con tu corazón...* Pues bien, Yo detengo todavía conmigo la crisálida de Judas. Tu cuerpo privado de la voluntad de amarme, tu cuerpo inerte para el bien. Lo detengo hasta que me exijas esto poco que es tu despojo para unirlo al espíritu para pecar con todo tu ser... Judas... ¿no me hablas? ¿No encuentras una palabra qué decir a tu Maestro? ¿Una súplica qué hacerme? No te exijo que me digas: ‘¡Perdón!’ Muchas veces te he perdonado sin resultado, sé que esa palabra saldría sólo de tus labios, no de tu espíritu arrepentido. Quisiera que saliese de tu corazón. ¿Estás tan muerto que no eres capaz de formar un deseo? ¡Habla! ¿Me temes? ¡Oh, si fuera realidad! ¡Por lo menos esto! Pero no. Si me temieses te diría las palabras que te dije aquel día lejano, en que hablamos de las tentaciones y pecados: ‘Te aseguro que aún después del mayor Crimen que se cometerá, si el culpable de él corriese a los pies de Dios con verdadero arrepentimiento, y llorando le pidiese perdón, ofreciéndose a expiar confiadamente, sin desesperarse, Dios lo perdonaría, y por medio de la expiación, salvaría su alma’. ¡Judas! Si no me temes, con todo todavía te amo. ¿No tienes nada qué pedir ahora a mi amor infinito?”

“No. Mejor dicho, una sola cosa. Que impongas silencio a Juan. ¿Cómo quieres que pueda reparar si seré la vergüenza entre vosotros?” y habla con altanería.

“¿Y así hablas? Juan no hablará, pero al menos tú, y esto te lo pido, obra de tal modo que nada trasluzca tu ruina. Recoge esas monedas y ponlas en la bolsa de Juana... Trataré de cerrar el cofre... con el fiero que empleaste para abrirlo...”

Mientras Judas de mala manera recoge las monedas regadas, Jesús se apoya sobre el cofre abierto como cansado. Aunque la luz es débil, permite ver que Jesús llora en silencio, mirando al apóstol encorvado que recoge las monedas.

Judas ha terminado, se acerca al cofre, toma la bolsa gruesa, pesada de Juana y mete dentro las monedas, la cierra diciendo: “Aquí están” Se hace a un lado.

Jesús toma la improvisada ganzúa hecha por Judas, y con temblorosa mano hace girar la chapa y cierra el cofre. Luego pone el fierro sobre su rodilla y lo dobla en forma de V, y lo aplasta con el pie, para que no sirva para nada y se lo guarda en el pecho. Al hacerlo le caen lágrimas sobre su vestido de lino.

Judas finalmente tiene un movimiento de arrepentimiento, se cubre la cara con las manos y en medio de un sollozo dice: “¡Soy un madito! ¡Soy el oprobio de la tierra!”

“¡Eres el desgraciado eterno! ¡Y pensar que si quisieras podrías todavía ser feliz!”

“Júrame que nadie se enterará de esto... y yo te juro que me redimiré” grita Judas.

“No digas: ‘me redimiré’. No puedes. *Yo sólo puedo redimirte.* Sólo Yo puedo vencer al que habló por tus labios. Pronuncia la palabra de humildad: “¡Señor, sálvame!” y te libraré de tu opresor. ¿No comprendes que espero esta palabra con más ansia que un beso de mi Madre?”

Judas llora, llora, pero no la pronuncia.

“Vete. Sube a la terraza. Vete a donde quieras, pero no hagas alguna comedia. Vete, vete.

Nadie te descubrirá porque Yo me preocuparé de ello. Desde mañana tendrás el dinero. ¡Es inútil todo ya!”

Judas sale sin replicar. Jesús se queda solo, se sienta sobre una silla que hay cerca de la mesa y con la cabeza apoyada sobre sus brazos llora angustiosamente.

Poco minutos después llega Juan, se detiene un momento en el umbral. Está pálido como un muerto, luego corre a Jesús, lo abraza suplicando: “¡No llores, Maestro, no llores! Te amo también por ese infeliz...” Lo endereza, ve las lágrimas de su Dios y llora a su vez. Jesús lo abraza y las dos cabezas rubias juntas, se intercambian las lágrimas y los besos.

Jesús pronto se domina, dice: “Por amor mío, olvida todo esto. Lo quiero”.

“Sí, Señor mío. Trataré de hacerlo pero no sufras más. Ah, qué dolor... Me hizo pecar, Señor mío.. Mentí. Tuve qué mentir porque regresaron las discípulas. No. Primero aquellos de la

mujer. Querían verte para agradecerte. Nació felizmente un varoncito. Dije que habías ido al monte... Luego vinieron las mujeres y volví a mentir diciendo que no estabas, que tal vez estarías en casa de Ada... No pude menos que decir esto. Estaba yo atolondrado. Tu Madre me vio que tenía lágrimas y me preguntó: “¿Qué te pasa, Juan?” Se puso angustiada... parecía que supiese. Mentí otra vez diciendo: ‘Estoy conmovido por la felicidad de Ada...’ ¡A tanto puede llevar el estar cerca de un pecador! ¡A la mentira!... Perdóname, Jesús mío”. “Quédate en paz. Olvídate de estos momentos. No ha sido nada... Un sueño...”

“¡Sufres! ¡Qué cambiado estás, Maestro! Respóndeme sólo esto: ¿Se arrepintió Judas al menos?”

“¿Quién puede comprenderlo, hijo mío!”

“Ninguno de nosotros, pero Tú, sí”.

Jesús no responde. Nuevas lágrimas silenciosas corren por su cansado rostro.

“¡Ah, no se arrepintió!...” Juan está aterrado.

“¿Dónde está ahora? ¿Lo viste?”

“Sí. Asomándose a la terraza, mirando si había alguien, y al verme solo, que estaba sentado bajo la higuera, bajó a la carrera y salió por la puerta del huerto. Entonces me vine...”

“Hiciste bien. Pongamos en su lugar las sillas. Recoge la jarra. Que no haya huellas de nada...”

“Luchó contigo”.

“No, Juan, no”.

“Estás muy turbado, Maestro, para quedarte aquí. Tu Madre comprendería... y sufriría”.

“Tienes razón. Salgamos... Darás la llave a la vecina. Me adelanto al arroyo, en dirección del monte...”

Jesús sale y Juan se queda a poner todo en orden. Luego sale, da la llave a la vecina y a la carrera se mete entre los matorrales para que nadie lo vea.

A unos cien metros distante de la casa Jesús está sentado sobre una piedra. Se vuelve al oír los pasos del apóstol. Su figura resalta a la luz del atardecer. Juan se sienta en tierra cerca de Él y recuesta su cabeza sobre sus rodillas, levantando su cabeza para mirarlo. Ve que todavía llora.

“No sufras más, no sufras más, Maestro! ¡No puedo verte sufrir!”

“¿No puedo sufrir por esto? ¡Es mi mayor dolor! Recuérdalo, Juan: *¡este será para siempre mi mayor dolor*²⁸! Todavía no puedes comprender todo... Mi mayor dolor...” Jesús está abatido. Juan se aflige por no poderlo consolar.

Jesús levanta su cabeza, abre sus ojos que tenía cerrados para detener las lágrimas y dice:

“Recuerda que somos tres los que sabemos: el culpable, Yo y tú, y *que ninguno otro debe saberlo*”.

“Nadie lo sabrá de mi boca. ¿Pero cómo pudo hacerlo? Cuando se apropiaba el dinero de la bolsa común, paciencia... ¡Pero esto! ¡Creí que estaba yo loco cuando lo vi... ¡Horror!”

“Te he dicho que lo olvides...”

“Me esfuerzo, Maestro, pero es muy horrible...”

“¡Horrible! Sí, ¡horrible!” Jesús apoya su cabeza en la espalda de Juan y vuelve a llorar su dolor. Las sombras, que rápidamente bajan, no permiten verlos más.

29. El viaje por Samaria antes de la pascua. De Efraín hacia Silo

24 febrero 1947

“Permítenos que te sigamos, Maestro. No te daremos ninguna molestia” proponen a Jesús muchos de Efraín reunidos ante la casa de María de Jacob que llora desconsolada apoyada contra el estípite de la puerta abierta de par en par.

²⁸ CFr. Ju. 13, 8.

Jesús está en medio de sus doce apóstoles; más allá, en grupo y alrededor de la Virgen, Juan, Nique, Susana, Elisa, Marta, María, Salomé y María de Alfeo. Tanto hombres como mujeres están preparados para la marcha, con los vestidos arremangados en la cintura, con sandalias nuevas, cuyas correas no sólo sujetan el empeine, sino se enredan en las pantorrillas. Los hombres además de sus alforjas, cargan también las de las discípulas.

La gente suplica a Jesús que les permita seguirlo, mientras los niños gritan, levantando sus caritas y bracitos en alto: “¡Un besito! ¡Tómame en tus brazos! ¡Vuelve Jesús! ¡Vuelve pronto para que digas otras bellas parábolas! ¡Te guardaré las rosas de mi jardín! ¡No me comeré las frutas para guardártelas! ¡Vuelve Jesús! Mi ovejita va a tener un corderito y te lo regalaré para que con su lana te hagas un vestido... Si vienes pronto te daré las hogazas que mamá hará con el nuevo trigo...” Dan vueltas como otros tantos pajaritos, alrededor de su gran Amigo. Le jalan el vestido, se le cuelgan de la cintura para tratar de subir hasta sus brazos, confiados en que los quiere tanto, aun cuando no lo dejan responder a los adultos. Siempre hay un pequeñín que quiere ser besado.

“¡Bueno, basta, dejad en paz al Maestro! ¡Mujeres, tomad a vuestros hijos!” gritan los apóstoles que saben que es la hora de emprender el camino en las primeras horas de la mañana. Y hasta dan uno que otro coscorrón a los que no quieren hacer caso.

“No. Dejadlos en paz. Me es más dulce su cariño, que lo fresco de la aurora, dejadlos en paz, y dejadme a Mí también. Dejadme que me consuele con su amor exento de cálculos y de incertidumbre” protesta Jesús defendiendo a sus amiguitos sobre los que, al abrir los brazos, deja caer su ancho manto y felices se quedan quietos, como los polluelos bajo el ala de la gallina.

Finalmente Jesús puede responder a los adultos: “Venid, pues, si queréis hacerlo”.

“¿Y quién nos lo prohíbe, Maestro? ¡Estamos en nuestro lugar!”

“El trigo, las vides, los árboles os aguardan. Es tiempo de trasquilar las ovejas, o de que se aparejen, o de que paran. Es el tiempo del heno...”

“No importa, Maestro. Para lo de las ovejas bastan los viejos y los muchachos. También las mujeres pueden ayudar en eso y en el heno. Los árboles y los campos pueden esperar. Todavía falta que el trigo madure en la espiga para que lo cortemos con la hoz. Los olivos y los árboles no tienen más que recibir los besos del sol. No podemos hacer nada por ellos, sino hasta el tiempo de la cosecha, así como la madre de familia que no puede hacer el pan sino hasta que la levadura haya fermentado la harina. El sol es la levadura de los frutos. Continúa la obra que el viento hizo cuando esparcía por todas partes el polen. Y luego... ¡si se perdiese uno que otro racimo o fruta, o bien el farolillo y la cizaña acabase con una que otra espiga, no sería nada en comparación de perder la palabra!” dice un anciano al que he visto que la población respeta mucho.

“Has dicho bien. Vamos entonces. María de Jacob, te doy las gracias y te bendigo porque fuiste para Mí como una madre. ¡No llores! No debe llorar quien ha hecho una buena obra”.

“¡Ah, te pierdo y no te veré más!”

“Nos volveremos a ver”.

“¿Regresas, Señor?” pregunta con una sonrisa entre lágrimas. “¿Cuándo?”

“Aquí no volveré, así como ahora...”

“Y entonces dónde nos podremos ver, si yo estoy vieja y no puedo ir por todas partes”.

“En el cielo, María. En casa de nuestro Padre. Allí donde hay lugar para judíos y samaritanos, donde hay lugar para todos los que amen en espíritu y verdad, lo que ya haces al creer en Mí como en el Hijo de Dios verdadero...”

“¡Oh, lo creo! Tú eres el único que nos amas sin diferencias”.

“Cuando me hubiese ido, éstos (señala a los apóstoles) vendrán en nombre mío. Y en recuerdo mío, al que pida entrar en el rebaño del verdadero y único Pastor no le preguntarán quién es”.

“Ya soy vieja, Señor. No viviré para ver eso. Tú eres joven, fuerte, por muchos años tu Madre estará contigo, como los que te aman y son de tu pueblo... ¿Por qué lloras, oh Madre?” pregunta, sorprendida al ver caer lágrimas de los ojos de la Virgen.

“Porque no tengo ahora más que mi dolor... Adiós, María. Que Dios te bendiga por lo que hiciste por mi Hijo, y recuerda que si tu dolor es grande, no hay mayor que el mío, ni lo habrás sobre la tierra. ¡Jamás! Acuérdate de María de Nazaret que sufre... ¡Adiós!”

Besa a la anciana en el umbral de la casa y se pone en camino con las mujeres, llevando a su lado a Juan, el cual como suele hacer siempre, levanta respetuosamente su cara hacia Ella y le dice: “No llores así, María. Si muchos odian a tu Jesús, muchos lo aman. Consuélate, oh Madre, al mirar a estos que lo aman y en pensar en los que en los siglos por venir lo amarán con todo su ser”. Toma a la Virgen del brazo como para ayudarla a que no tropiece, pues no puede ver con las lágrimas que llenan sus ojos y luego termina en voz baja: “No todas las mujeres podrán ver que sus hijos sean amados. Habrá algunas que angustiadas gritarán: ‘¿Por qué los habré concebido?’”

Jesús se reúne con ellos, pues ambos, la Virgen y Juan, se habían quedado un poco atrás de las discípulas. Con Jesús viene Santiago de Alfeo. Los demás en grupos, detrás. Pensativos y tristes igual que las discípulas, que van delante de todos. En grupo compacto y cerrando la marcha, los de Efraín que entre sí hablan.

“Los adioses son siempre tristes, Madre, sobre todo cuando se ignora que el fin de una cosa es el principio de otra más perfecta. Es la triste consecuencia del pecado, y seguirá existiendo, aún después del perdón. Pero los hombres al tener a Dios por amigo, lo soportarán con más valentía”.

“Tienes razón, Jesús. Pero hay un dolor que Dios aun siendo el amigo más paternal que pueda haber, deja que se guste. ¡Oh, Dios es bueno! ¡Tan bueno! No quisiera que Santiago, ni Juan, ni ningún otro se fuese a escandalizar porque lloro. Dios es bueno, siempre lo ha sido con la pobre María. Desde que pude pensar, me lo he repetido diariamente. Y cuanto más el dolor me oprime, tanto más lo repito... Me dio a Ti: Hijo amoroso y santo, que aun sólo como humano, basta con recompensar todos los dolores... Te dio a mí, y me hizo Madre del Verbo encarnado... La alegría de poderte llamar ‘Hijo’, ¡Señor mío adorado!, es tanta que de mis ojos ante cualquier martirio no deberían caer lágrimas, si fuese perfecta como Tú enseñas... Pero soy una pobre mujer, ¡Hijo mío! ¿Qué madre hay que no llore cuando sabe que el fruto de sus entrañas es odiado?... Hijo mío, socorre a tu sierva... Ciertamente que en mí había soberbia cuando pensaba que yo era fuerte Pero entonces el tiempo estaba todavía lejos... Ahora ha llegado... Lo siento... Socórreme, ¡Jesús Dios mío! Ciertamente que si Dios deja que sufra es para mostrarme su bondad. Porque si quisiera podría hacerme sufrir sólo lo que pasa... Él fue quien te formó en mi seno... Como... No hay cosa que pueda declarar cómo fuiste hecho... Pero quiere que yo sufra... que sea bendito... siempre. Pero Tú, Jesús, ayúdame. Ayudadme todos... todos... porque el mar en que bebo es amarguísimo...”

“Digamos la oración los cuatro. Digámosla nosotros que te amamos con todo el corazón, Madre. Yo, tu Hijo, Juan y Santiago que te aman como si fueras su madre... Padre nuestro que estás en los cielos...” y Jesús recita toda la oración recalcando sobre las palabras: *“hágase tu voluntad...”* *“no nos dejes entrar en tentación”*. Luego añade: “El Padre nos ayudará, para que hagamos su voluntad aun cuando sea tal que nuestra debilidad humana crea no poderla realizar. No nos dejará entrar en tentación de pensar que es menos bueno, porque mientras beberemos el cáliz amarguísimo, nos mandará su ángel a secarnos los labios que rebosan amargura con una consolación celestial”. Jesús tiene asida la mano de su Madre que valerosamente ha dejado de llorar. Los dos apóstoles miran conmovidos a Jesús y a María, que van en medio.

Las discípulas se volvieron al oír el llanto de María y la plegaria de los cuatro. Pero no se reunieron con ellos. Los apóstoles que vienen detrás se preguntan: “¿Por qué llorará así, María?” Dije los apóstoles, menos Judas de Keriot que va un poco adelante, aislado,

pensativo, lóbrego, de modo que Tomás lo hace notar a los demás: “¿Qué le pasará a Judas que está así? ¡Parece como si fuera la muerte!”

“¡Bah! Tendrá miedo de regresar a Judea” le responde Mateo.

“Yo... ¿Que te dijo el Maestro acerca del dinero?” le pregunta Zelote.

“Nada de especial. Tan sólo: ‘Volvamos ahora a lo de antes. Judas es el tesorero y vosotros los distribuidores de las limosnas. Las discípulas han dicho que cuidarán de los gastos’. No me ha parecido la verdad. He manejado tanto dinero, que le tengo asco”.

“Las discípulas bien que socorren nuestras necesidades. Estas sandalias tan buenas... No parece que camina uno por el monte con ellas. ¡Quién sabe cuánto habrán costado!” dice Pedro mirando sus pies calzados con unas sandalias que cubren el calcañal y la punta y se sujetan fuertemente al empeine con correas.

“Me las dio Marta. Se ve al punto que es rica y previsora. Las otras sandalias también se amarraban igual, pero los cordones eran un suplicio. No se perdía la suela, pero sí la piel de la pantorrilla...” aclara Andrés.

“Nos molestaban los dedos y el calcañal... Por eso, ese que viene allí detrás las traía siempre así” dice Pedro señalando a Judas de Keriot.

El camino va subiendo hacia la cresta del monte. Atrás se ve Efraín blanqueado por el sol. Los apóstoles se unen a las discípulas para ayudarlas a subir la parte más escabrosa, y Bartolomé, que se había quedado atrás, dice a los de Efraín: “Nos mostrasteis un camino difícil, amigos”.

“Lo es, pero pasada aquella arboleda, hay un camino bueno que en poco tiempo lleva a Silo. Podréis reposar mucho tiempo que no, si hubiéramos tomado otro camino” responde uno.

“Tienes razón. El camino cuanto más fatigoso tanto más lleva a la meta”.

“Tu Maestro lo sabe, por eso lo ha aceptado. ¡Ah... nosotros no podemos olvidar!... Sobre todo que hizo mucho bien en estos últimos días, pese a que como se cuenta algunos de nuestra región lo insultaron injustamente. Él solo es bueno y por eso hace bien a los que lo odian”.

“Vosotros no lo habéis odiado”.

“Nosotros no, como otros muchos. Sin embargo se nos odia sin razón”.

“Haced como Él hace, sin miedo y veréis que...”

“¿Por qué vosotros no lo hacéis? Es la misma cosa. Nosotros de esta parte, vosotros de aquella, en medio un monte: que hemos levantado con nuestros errores. Arriba está el Dios de todos. ¿Por qué entonces ni vosotros ni nosotros subimos la cresta para encontrarnos juntos allá arriba a los pies de Dios?”

Bartolomé comprende el reproche que es justo porque, aunque tiene mucha virtud, sin embargo se siente muy israelita e inexorable con todo lo que no es Israel. Cambia el discurso sin responder directamente: “No hay necesidad de subir. Dios ha bajado entre nosotros. Basta seguirlo”.

“Seguirlo, sí. Quisiéramos. ¿Pero si entrásemos a Judea con Él, no le causaríamos algún mal? Bien sabes de lo que se le acusa, y de lo que se nos acusa: de ser samaritanos, esto es: demonios”.

Bartolomé da un suspiro y los deja plantados, diciendo: “Me hacen señal de que vaya...” y apresura el paso.

Al verlo ir uno de ellos con voz desconsolada murmura: “¡Ah, no es como Él! ¡Qué no perderemos al no tenerlo más!”

“¿Supiste, Elías, que ayer por la tarde llevó una gran cantidad de dinero al sinagogo para que lo entregara a María de Jacob, y así socorrerla?”

“No. ¿Por qué no se la dio personalmente?”

“Para que la anciana no se lo agradeciese. Todavía no lo sabe. Yo lo sé porque el sinagogo me lo dijo para ponernos de acuerdo si será mejor comprarle los campos de Juan que su hermano quería vender, o darle el dinero poco a poco. Le aconsejé que comprase los campos

de Juan, que le producirán trigo, aceite y vino suficiente para vivir sin hambre. Mientras que el dinero...”

“¿Es mucho?” pregunta un tercero.

“Sí. Nuestro sinagogo recibió mucho, y también para los otros pobres de la ciudad y de la campiña. Para que ‘también ellos puedan celebrar su fiesta en la pascua de los ácidos, para saludar la nueva época’ ha dicho el Maestro”.

“Habrá dicho año nuevo”.

“No. Dijo: ‘La nueva época’. Tanto que el sinagogo no empleará ese dinero antes de la fiesta de los ácidos”.

“¿Qué habrá querido decir con ello?” preguntan varios.

“¿Qué será? No lo sé. Ninguno lo sabe, ni siquiera Juan que es su predilecto, ni Simón de Jonás que es el jefe de ellos. Les pregunté y Juan se puso pálido, el otro se quedó pensativo como quien trata de adivinar”.

“¿Y Judas de Keriot? Está mucho con ellos, tal vez más que los otros dos. Se dice que está informado de todo. Lo sabrá. Vamos a preguntarle. Le gusta decir lo que sabe”.

Alcanzan a Judas que va solo por el camino, pues los otros han desaparecido tras una vuelta como tragados por el verde follaje de la pendiente.

“Oye, Judas, el Maestro dice que quiere una gran fiesta para la pascua de ácidos para saludar la nueva época. ¿Qué quiere decir con ello?”

“No lo sé. ¿Vivo acaso en el pensamiento del Maestro? Preguntádselo a Él que tanto os ama” y apresura el paso dejándolos desilusionados.

“Tampoco él es el Maestro. No hay nadie que tenga su compasión...” dicen moviendo la cabeza.

“¡Y qué! ¿Acaso venimos en pos de ellos? ¡Es a Él a quien seguimos! Y hacemos bien en hacerlo. Vamos. Quien sabe, si antes de que entre en Judea, no se sepa lo que quiso decir”.

Apresuran el paso. Se juntan con los otros que están sentados bajo un bosque de robles seculares. Tienen ante sus ojos uno de los más bellos panoramas de Palestina.

30. En Silo. Los mal aconsejados

27 febrero 1947

Jesús está hablando en medio de una plaza llena de árboles. El sol que declina esparce sus rayos de color amarillento-verdoso por entre las nuevas hojas de los plátanos gigantescos. Parece como si sobre la extensa plaza se haya puesto un velo sutil y precioso que filtrase la luz solar sin impedirla.

Jesús dice: “Escuchad. Un día un gran rey envió a su hijo a una cierta región donde quería probar su justicia. Le dijo: ‘Ve, recorre todos los lugares, haz bien en mi nombre, habla de mí, hazme conocer y amar. Tienes todas las facultades y todo lo que hicieres estará bien hecho’”. El hijo después de haber recibido la bendición paternal, se fue. Le acompañaban un escudero y un amigo. Incansablemente se puso a recorrer aquella región del reino de su padre, la que por diversas circunstancias estaba moralmente dividida, y cada una de las partes levantaba el grito para mostrar que era la mejor, la más fiel, y que los lugares vecinos eran traidores y merecían castigo. El hijo, pues, se encontró frente a ciudadanos cuya actitud variaba según el lugar, pero todos tenían en común dos cosas: la primera que cada lugar se creía mejor que los otros, y la segunda que cada uno de ellos quería destruir al vecino, haciéndolo bajar del concepto que el rey tenía de él. El hijo, hombre justo y sabio, se puso a instruir con mucha misericordia en la justicia a todos los lugares de aquella región para que su padre la amase. Lentamente avanzaba el hijo, porque como suele suceder, sólo los rectos de corazón de cada uno de los lugares aceptaban sus consejos. Aún más justo es decirlo, donde con desprecio se decía que no había sabiduría ni voluntad, allí encontró que con gusto le escuchaban y se hacían prudentes. Entonces los de los lugares cercanos dijeron: ‘Si nos damos maña para encontrar gracia ante el rey, él la dará a todos estos. Vamos a hacerles una jugada a esos que

odiamos, finjamos que nos hemos convertido, que estamos dispuestos a dejar el odio para que el hijo del rey se sienta honrado’.

Y fueron con actitud de amigos por las ciudades del lugar rival. Aconsejaron falsamente lo que tenía qué hacer para honrar mejor al hijo del rey, y por lo tanto a su padre. Pero en realidad no honraban al hijo, sino que lo odiaban hasta hacerlo odioso a los súbditos y al mismo rey mismo. Fueron los astutos en su buena apariencia, tan sagaces en hacer que sus consejos fuesen acogidos, que muchos del lugar aceptaron por bueno lo que era malo, y dejaron el camino de la justicia que seguían para tomar un extravío. El hijo del rey comprobó que su misión fallaba en muchos.

Decidme ahora: ¿Ante los ojos del rey quién cometió mayor pecado? ¿Cuál fue el pecado de los que aconsejaban, y el de los que aceptaron el consejo? Os pregunto algo más: ¿Con quién se habrá mostrado más severo aquel rey? ¿No podéis responderme? Os lo diré.

El que cometió el mayor pecado ante los ojos del rey fue el que instigó al mal a su prójimo *por odio* a él, porque quería sumergirlo en tinieblas más profundas; *por odio* al hijo del rey que quería que apareciese ante los ojos de su padre y de sus súbditos como derrotado en su misión por incapaz; por odio hacia el rey mismo, porque el amor tributado al hijo se tributa al padre, y por lo tanto a odiar al hijo, se odiaba al padre, y por lo tanto al odiar al hijo, se odiaba al padre.

Así pues el pecado de los que aconsejaban al mal, con pleno conocimiento era un pecado de odio además de la mentira, de un odio premeditado y el de los que aceptaron el consejo, creyéndolo bueno, era un pecado de estupidez. Sabéis bien que el que entiende es responsable de sus acciones, mientras quien por enfermedad u otra causa, es un tonto, no lo es en sí, sino que lo son sus familiares en su lugar. Por esto mientras el niño no llega a ser mayor de edad es considerado como irresponsable, y su padre es quien responde de sus acciones. Así pues, el rey, que era bueno, se mostró severo con los malos consejeros, que eran entendidos, y benigno con los engañados, a los que sólo echó en cara haber creído a éste o a aquel, y no haber preguntado antes directamente al hijo para enterarse de las cosas como eran. Porque sólo el hijo conoce realmente la voluntad de su padre.

Esta es la parábola, ¡oh pueblo de Silo! Aquí muchas veces, en el curso de los siglos, Dios, los hombres, Satanás dieron sus consejos, que florecieron en bien cuando fueron buenos, o que fueron rechazados al descubrirse que eran malos, o que produjeron el mal cuando no fueron santos¹.

Porque el hombre tiene la grandiosa facultad de poder querer, y de querer libremente el bien o el mal. Tiene otro magnífico don, y es el de la inteligencia con que puede discernir el bien del mal, y por lo tanto no sólo el consejo en sí mismo, sino el modo con que puede acarrear premio o castigo. Si nadie puede prohibir a los malvados intentar de llevar a su prójimo a la ruina, nada puede prohibir a los buenos rechazar la tentación y permanecer fieles al bien.

El mismo consuelo puede hacer daño a diez, y ayudar a otros diez, porque si quien lo sigue, se hace mal; quien no lo sigue, ayuda a su alma. Por eso nadie diga: ‘Nos dijeron que así hiciéramos’. Más bien cada uno con la mano en el pecho diga: ‘Yo quise hacerlo’. Alcanzaréis por lo menos el perdón que se da a los sinceros. Si ignoráis si el consejo es bueno o malo, medita antes de aceptarlo y ponerlo en práctica. Medita invocando al Altísimo que no rehúsa jamás sus luces a los corazones de buena voluntad. Si vuestra conciencia, iluminada por Dios, descubre un punto, aunque sea pequeñísimo que no puede coexistir con una obra recta, decid entonces: ‘No haré esto porque es malo’.

En verdad os digo que quien emplease bien su inteligencia y su libre albedrío e invocase al Señor para conocer la verdad de las cosas, la tentación no le hará ningún daño, porque el Padre de los cielos lo ayudará a hacer el bien contra todas las asechanzas del mundo y de Satanás.

¹ Cfr. Jos. 18-21; Jue. 18-21; 1 Rey. 1-4; 3 Rey. 14, 1-18; Sal. 77, 56-72; Jer. 7, 1-15: 26.

Acordaos de Ana esposa de Elcana y de los hijos de Elí². El ángel bueno aconsejó a Ana prometer al Señor el fruto de su vientre si concebía. El sacerdote aconsejó a sus hijos caminar en el camino de la justicia y no seguir pecando contra el Señor³. Y aún cuando al hombre le cuesta menos trabajo oír la voz de otro igual a él, que las palabras espirituales y no sensibles (a los sentidos físicos) del ángel del Señor que habla al corazón. Ana de Elcana siguió el consejo, porque era bueno y caminaba ante la presencia de Dios, y dio a luz un profeta; mientras que los hijos de Elí, porque eran malvados y se habían separado de Dios, no acogieron el consejo de su padre y murieron de muerte violenta con la que Dios los castigó⁴. Los consejos tienen dos valores: el de la fuente de donde proceden y es grande en sí porque puede tener consecuencias incalculables, y el del corazón a quien se dirigen. El valor que les da el corazón, es no sólo incalculable, sino inmutable. Porque si el corazón es bueno y sigue el consejo bueno le da el valor de obra justa; y si no lo hace, quita la segunda parte de su valor, sigue siendo un consejo *pero no obra*, esto es, es mérito sólo para el que lo da. Si el consejo es malo, y el corazón bueno no lo acepta, aunque se le trate de intimidar con lisonjas o amenazas para que lo ponga en práctica, adquiere el valor de una victoria sobre el mal, de martirio por su fidelidad al bien, y por lo tanto un gran tesoro en el Reino de los Cielos. Cuando vuestro corazón sea tentado, medita, poniéndoos bajo la luz de Dios, si ello puede ser algo bueno, y si con la ayuda divina que permite las tentaciones, pero que no vuestra ruina, veis que no es algo bueno, tened fuerzas para deciros a vosotros mismos y a quien os tienta: 'No. Sigo fiel a mi Señor. Que esta fidelidad me absuelva de mis anteriores pecados, me lleve no fuera de las puertas del Reino, sino dentro de él, porque también para mí el Altísimo ha enviado a su Hijo, para llevarme a la salvación eterna'. Idos. Si alguien me necesitare, sabe dónde descanso en la noche. Que el Señor os ilumine".

31. En Lebona. Los mal aconsejados. Algo más sobre el valor de un consejo

28 febrero 1947

Están por entrar en Lebona, ciudad que no parece muy importante ni bella. Rebose de gente, porque pasan las caravanas que bajan para la pascua a Jerusalén viniendo de la Galilea, Iturea, Gaulanítide, Traconítide, Auranítide y Decápolis. Diría yo que Lebona se encuentra en un cruce de caravanas, mejor dicho que es el lugar donde se encuentran las que vienen de esos lugares además de las del Mediterráneo a los montes que están al este de Palestina, y al norte de la misma para reunirse en este gran camino que lleva a Jerusalén. Tal vez se deba a que la gente lo prefiera porque está muy bien custodiado por los romanos y por lo tanto la gente se siente más segura de los ladrones. Eso creo yo. Puede ser que se le prefiera porque tiene recuerdos históricos o sagrados. No lo sé.

Las caravanas —dada la posición del sol, diría que a eso de las ocho— se ponen en camino en medio de gritería, rebuznos, cencerros, ruedas. Mujeres que llaman a los niños, hombres que gritan a sus animales, vendedores que ofrecen sus mercancías, que hacen contratos con los samaritanos y los otros —a excepción de los hebreos— los de las Decápolis y de otras regiones que son menos intransigentes en su actitud. Pero si se encuentran con quien siente hervir su sangre hebrea, oirán duras injurias, es como si se les acercase el demonio en persona, tales son los gritos de anatema que lanzan... provocando reacciones fuertes de parte de los samaritanos ofendidos. Y llegarían fácilmente a las manos si no estuviesen alertas las guardias romanas.

En medio de esa confusión viene Jesús caminando. A su alrededor los apóstoles, detrás de las discípulas, y detrás la hilera de los de Efraín, a quienes se agregaron los de Silo.

² Cfr. 1 Rey. 1.

³ Cfr. 1 Rey. 2, 23-25.

⁴ Cfr. 1 Rey. 2, 12-36; 4, 1-18.

Un susurro precede al Maestro. Parte de los que lo ven a los que no. Muchos suspenden su marcha, para ver lo que pasa.

Se preguntan: “¿Cómo? ¿Se ajea siempre más de la Judea? ¿Predica ahora en Samaria?”

Una voz timbrada galilea: “Los santos lo echaron fuera, y Él se vuelve a los que no lo son para santificarlos, para afrenta de los judíos”.

Otro responde a esto con veneno: “Ha encontrado su nido, y quien escuche su palabra diabólica”.

Otra voz: “¡Callaos, asesinos del Justo! Esto que hacéis de perseguirlo os marcará en los siglos por venir con un nombre horrible. Sois unos corrompidos tres veces más que nosotros los de la Decápolis”.

La voz tajante de un viejo: “Tan justo que huye del Templo con ocasión de la Fiesta de las Fiestas. ¡Je, je, je!”

Uno de Efraín, rojo de ira: “No es verdad. Mientes, animal. Va a su Pascua”.

Un escriba barbudo con desprecio: “Por el camino del Garizín”.

“No. Del Moria. Vino a bendecirnos porque sabe amar, y luego va a vosotros, malditos, que lo odiáis”.

“¡Cállate, samaritano!”

“¡Cállate tú, demonio!”

“A quien arma motines le toca la galera. Así lo ha ordenado Poncio Pilato. Acordaos de ello, y daos prisa” grita un oficial romano dando órdenes a sus soldados que dispersen a esos que ya estaban a punto de sumirse en una de tantas disputas regionales y religiosas, que tan fácilmente surgían en la Palestina de los tiempos de Jesús.

La gente se dispersa, pero nadie avanza. Los asnos vuelven a sus pesebres, o bien se les lleva por donde se desvió Jesús. Mujeres y niños bajan de la silla, siguen a sus maridos y padres, o bien se quedan donde están porque se les grita que no vayan “a oír hablar al demonio”. Pero los amigos, enemigos, o sencillamente curiosos, corren al lugar a donde ha ido Jesús. Y al correr se echan miradas furibundas, o amistosas.

Jesús se ha detenido en una plaza, junto a la fuente rodeada de árboles. Se ha recargado contra la pared húmeda de la fuente, que cubre una especie de portal abierto por un solo lado. Tal vez se trata más que de una fuente, de un pozo. Se parece al de En Rogel.

Está hablando con una mujer que le presenta su pequeñín que tiene en los brazos. Veo que Jesús dice que sí, que pone su mano sobre la cabeza del pequeñín. Y veo que la madre levanta su pequeño y grita: “Malaquías, Malaquías, ¿dónde estás? Está curado nuestro niño”

La mujer lanza en alto sus hosannas, a los que se unen los de la multitud, en medio de los cuales un hombre viene a postrarse ante el Señor.

La gente comenta, las mujeres, casi todas madres, se congratulan con la mujer que recibió el favor. Los que están más lejanos alargan el cuello y preguntan: “¿Qué ha pasado?”, al oír los hosannas”.

“Un niño jorobado, tan jorobado que apenas si podía ponerse en pie. Medía de veras, os lo aseguro, medía no más que esto. Parecía un niño de tres años, cuando ya tiene siete. ¡Miradla ahora! Tiene el tamaño de todos los de su edad, está derecho como una palmera. Vedlo cómo sube por la pared de la fuente para que lo vean y para ver. ¡Qué feliz es!”

Un galileo se vuelve a un cierto personaje, que estoy casi segura que es rabí, de largos flecos, lo apostrofa: “¿Tienes algo qué decir? ¿También esto es obra del demonio? Si en realidad el demonio hace que los hombres sean felices –y alabado sea el Señor- ¡habrá qué decir que su mejor siervo es él!”

“¡Blasfemo, cállate!”

“No blasfemo, rabí. Comento lo que veo. ¿Por qué vuestra santidad nos echa encima solo desgracias sobre las espaldas, y nos lanza maldiciones en los labios, como pensamientos de hacernos desconfiar del Altísimo, mientras que la sobras del Rabí de Nazaret nos dan paz, seguridad de que Dios es bueno?”

El rabí no responde, da media vuelta y se va a hablar con sus amigos. Uno de ellos se separa, se abre paso a donde está Jesús al que, sin saludarlo, lo interpela de este modo” “¿Qué te propones hacer?”

“Hablar a los que me piden que les hable” responde Jesús, mirándolo a los ojos, sin desprecio, sin miedo.

“No te es lícito. El Sanedrín no lo quiere”.

“El Altísimo lo quiere, de quien el Sanedrín debería ser siervo”.

“Estás condenado, lo sabes. Cállate, o...”

“Mi nombre es Palabra, y la Palabra habla”.

“La oyen los samaritanos. Si fuese verdad que eres lo que dices, no hablarías a los samaritanos”.

“He hablado a ellos, como a los galileos, judíos, porque ante mis ojos no hay ninguna diferencia”.

“Trata de hablar en Judea, si te atreves...”

“Sí que hablaré. Esperadme. ¿No eres tú Eleazar ben Parta? ¿Sí, verdad? Antes de que Yo vea a Gamaliel, tu lo verás, y dile en mi nombre que también a él daré la respuesta que hace veintiún años espera. ¿Entendiste? Acuérdate bien. Después de tantos años también le daré la respuesta. Hasta pronto”.

“¿En dónde? ¿En dónde quieres hablar, y responder al gran Gamaliel? Él ha salido ya de Gamala de Judea para entrar en Jerusalén. Pero si todavía estuviese allá, no podrías hablarle”.

“¿Que en dónde? Donde se reúnen los escribas y rabinos de Israel”.

“¿En el Templo? ¿Tú, en el Templo? ¿Te atreves...? ¿No sabes?...”

“¿Que me odias? Lo sé. Básteme con que mi Padre no me odie. Dentro de poco el Templo se estremecerá con mi palabra”. Y sin preocuparse de su interlocutor abre sus brazos para imponer silencio a la gente que está dividida en dos bandos.

Todo se calma. Jesús empieza a hablar: “En Silo hablé de los malos consejos y de lo que puede realmente hacerse de bien o de mal con un consejo. Ahora a vosotros habitantes de Lebona o no, les propongo la siguiente parábola. La llamaremos: ‘La parábola de los mal aconsejados’.

Escuchad. Una vez existió una familia numerosísima que parecía una tribu. Los hijos se habían casado, y los hijos de éstos al hacer lo mismo se habían unido al mismo núcleo, de modo que el padre se encontraba al frente de un pequeño reino. Como sucede siempre en las familias, entre los hijos y los hijos de éstos siempre hay temperamentos diversos. Alguien es bueno y justo, otro ambicioso e injusto. Alguien se contenta con su posición, otro no, es envidioso, y le parece que la parte que le tocó es menor que la de su hermano o pariente. Había, pues, junto al peor, el mejor. Y es natural que el padre del que era el mejor lo amase más tiernamente que a todo el resto de la familia. Y como siempre sucede, el malo, y los que se parecían a él, adiabán al bueno, porque era más amado, sin pensar que ellos también lo habrían sido si hubieran sido buenos. El hijo bueno era el de las confianzas del padre a quien le revelaba todo lo que tenía qué transmitir a los otros que eran buenos. Sucedió, pues, que con los años, la familia numerosa se dividió en tres partes. La de los buenos y la de los malvados. En medio de ambos estaban los inciertos, los cuales se sentían atraídos hacia el hijo bueno, pero temían al hijo malo y a los de su partido. No sabía qué hacer. Dudaba. Balanceaba entre ambas partes. El viejo padre al ver la incertidumbre, dijo a su hijo amado: ‘Hasta ahora has hablado a los que te aman y a los que no. A los primeros has hablado porque te piden que les hables para que me amen con mayor rectitud, a los segundos para que vuelvan al camino de la justicia. Pero ves que éstos en lugar de volver en sí, tratan de corromper con sus malas palabras a los inciertos. Ve, pues, a éstos y diles lo que soy, lo que eres, lo que deben hacer para estar conmigo y contigo’.

El hijo, siempre obediente, fue a hacer lo que le había ordenado su padre y cada día conquistaba un nuevo corazón. El padre vio, pues, claramente quiénes eran sus verdaderos

hijos rebeldes y los miraba con severidad, pero sin echárselos en cara, porque era padre, y quería que se acercasen a él con la paciencia, amor y ejemplo de los buenos.

Los malvados al verse solos dijeron: 'De este modo se descubre que nosotros somos los rebeldes. Antes nos confundíamos entre los que no eran ni buenos ni malos. Ved ahora que todos van detrás del hijo amado. Hay qué hacer algo. Destruir su obra. Vamos. Finjamos que nos hemos arrepentido, vayamos con los que apenas se han convertido, con los más sencillos de los mejores. Esparzamos la voz de que el hijo amado finge servir al padre, pero que en realidad no hace más que conquistar seguidores para rebelarse contra él; o aun más, digamos que el padre tiene intenciones de eliminar al hijo y a sus seguidores, porque por todas partes logran triunfos y ofuscan su gloria de padre y rey, y que para defender a su hijo amado y traicionado, es necesario que se quede entre nosotros, lejos de la casa paterna donde lo espera la traición'.

Astutamente fueron a insinuar estas ideas y a esparcirlas de modo que muchos cayeron en la trampa, sobre todo los que hacía poco se habían convertido, a quienes los malos aconsejaban de este modo: "¿No veis cuánto os ha amado? Prefirió venir con vosotros que estarse con su padre, y mucho menos con los hermanos buenos. Tanto ha hecho que entre la faz del mundo os ha levantado de vuestra humillación en que no sabíais lo que queríais y en la que todos se burlaban de todos vosotros. Por este amor, tenéis la obligación de defenderlo, aún más de tenerlo con vosotros; y si las palabras no bastasen, con la fuerza. O bien, proclamadlo como vuestro jefe y rey y marchad contra el padre inicuo y contra sus hijos perversos'. Agregaban, al ver titubear a alguien: 'Él lo desea. Ha querido que fuésemos con él a honrar al padre, y nos ha alcanzado bendiciones y perdón'. A otros decían: '¡No creáis! No os ha dicho toda la verdad, como tampoco el padre os ha mostrado toda la verdad. Se comportó así porque sabe que su padre está para entregarlo y ha querido probar vuestros corazones para saber dónde puede encontrar protección y refugio. Pero tal vez... ¡es muy bueno! Tal vez se arrepienta luego de haber dudado del padre y quiera regresar a él. No se lo permitáis'. Muchos prometieron: 'No se lo permitiremos' y se llenaban de ardor para detener al hijo amado, sin darse cuenta que mientras los malos consejeros decían: 'Os ayudaremos a salvar al hijo bueno', sus ojos estaban llenos de mentira, de crueldad, y no reparaban en que ellos se sobaban las manos diciendo en voz baja: 'Caen en la trampa. ¡Triunfaremos!' cada vez que alguien aceptaba sus palabras mentirosas. Se fueron los malos consejeros a esparcir en otros lugares la voz que pronto verían la traición del hijo amado, que había salido de las tierras del padre para crear un reino, contrario al padre, reuniendo consigo a los que odiaban al padre o que no lo querían. Los que se encontraban bajo el influjo de los malos consejos no perdían el tiempo en hacer planes, cómo podrían inducir al hijo amado a rebelarse, lo que habría llenado de escándalo al mundo.

Sólo los más perspicaces, los que habían aceptado la palabra del hijo bueno, porque en ellos había prendido su palabra, como terreno propicio, después de haber reflexionado replicaron: 'No. Esto no va bien. Esto es algo que va contra el padre, contra el hijo y también contra nosotros. Sabemos cuán rectos sean el uno y el otro. Conocemos su proceder recto aun cuando no lo hubiéramos imitado. No podemos aceptar que los consejos de los que se han rebelado abiertamente contra el padre y el hijo sean más justos de los que nos ha dado el hijo bendito'. Y no los siguieron, sino que cariñosos y llenos de dolor dejaron que el hijo se fuera a donde tenía qué ir, limitándose a acompañarlo con señales de amor hasta los límites de su región y a prometerle: 'Te vas. Nosotros nos quedamos. Pero tus palabras quedan en nosotros, y de hoy en adelante haremos lo que tu padre quiere. Vete tranquilo. Nos arrebataste de la posición en que nos encontraste. Ahora, puestos en el buen sendero, lo seguiremos hasta que lleguemos a la casa paterna para que el padre nos bendiga'.

Pero algunos siguieron el consejo de los malos e hicieron mal al tratar de que el hijo cometiera una acción injusta, y al burlarse de él como de un necio, porque no pensaba más que en cumplir con su deber.

Os pregunto ahora: '¿Por qué el mismo consejo realizó efectos diversos? ¿No respondéis? Os lo diré como lo dije a los de Silo. Porque los consejos valen o no, según las personas que los aceptan. Inútilmente alguien puede ser aconsejado a hacer el mal, si no quiere aceptarlo. Y no será castigado por haber sentido las instigaciones de los malos. No será castigado porque Dios es justo y no castiga las faltas no cometidas. Será castigado sólo si después de haber escuchado al malo, pone en practica lo que este le aconsejaba, sin haber empleado su inteligencia. No podrá acusarse diciendo: 'Creí que era bueno'. Bueno es lo que agrada a Dios. ¿Puede acaso Dios aprobar y gustar que se le desobedezca? ¿Puede Dios bendecir alguna cosa que va contra su ley, esto es, contra su Palabra? En verdad os aseguro que no. Os afirmo que es necesario tener valor para morir antes que traspasar la ley divina. En Siquén os hablaré otra vez más para que seáis justos tanto en querer como en no querer practicar los consejos que se os dieron. Podéis irós".

La gente se va comentando.

"¿Oíste? Él sabe lo que nos dijeron. Nos ha llamado al camino de la justicia" dice un samaritano.

"Entendí. ¿Y viste cómo se turbaron los judíos y escribas que estaban presentes?"

"Claro. Ni siquiera esperaron el fin. Se marcharon".

"¡Víboras! Sin embargo... Él dice lo que quiere hacer. No está bien. Podría acarrear algunas dificultades. Los de Ebal y Garizín están entusiastas".

"Yo... por mi parte no me hice ilusiones. El Rabí es el Rabí. Y dicho está. ¿Puede pecar el Rabí si no sube al Templo de Jerusalén?"

"Encontrará la muerte. ¡Lo verás!... ¡Todo se habrá acabado!"

"¿Para quién? ¿Para Él? ¿Para nosotros o... para los judíos?"

"Para Él, si muere".

"Eres un loco. Yo soy de Efraín. Lo conozco bien. Durante dos lunas viví con Él, aún más. Siempre hablaba con nosotros. Será una pena... pero no un dolor, ni para Él, ni para nosotros. No puede morir, terminar, el Santo de los santos. Ni para nosotros puede terminar todo así. Yo... seré un ignorante, pero presiento que su Reino vendrá cuando los judíos lo habrán creído destruido... Los derrotados serán ellos..."

"¿Crees que los discípulos venguen al Maestro? ¿Que habrá rebelión, destrucción? ¿Y los romanos?..."

"No hay necesidad de que los discípulos o cualesquiera lo venguen. El mismo Altísimo lo vengará. Durante muchos siglos, y por causa de menor cuantía, nos ha castigado. ¿Quieres que no castigue a éstos porque atormentan a su Enviado?"

"¡Ah, verlos vencidos!"

"Tienes un corazón que al Maestro no agradaría. Él ruega por sus enemigos..."

"Mañana le sigo... Quiero oír lo que dirá en Siquén".

"También yo".

"Y también yo..."

Muchos de Lebona piensan lo mismo, y fraternizando con los de Efraín y Silo se van a hacer los preparativos del día siguiente.

32. En Siquén

1° marzo 1947

Siquén se ha adornado y embellecida. Hay muchos samaritanos que se dirigen a su Templo. También hay peregrinos de todas partes que van al Templo de Jerusalén. El sol baña la ciudad que se extiende por las pendientes orientales del Garizín que la domina por la parte occidental. El verdor del monte contrasta con la blancura de ella. Al noroeste está el Ebal, lleno de bosques, que parece como si la protegiese de los vientos del norte. La región es fértil por la riqueza de las aguas de las vertientes de los montes, en forma de ríos, alimentados por innumerables arroyuelo, que se dirigen al Jordán. Son bellos los jardines y los huertos. Todas

las casas están adornadas de verdor, de flores, ramas que arrojan sus frutos en miniatura. Si uno vuelve sus ojos por todas partes no notará más que verdor de olivos, viñedos, huertas, y lo pálido de los campos cargados de trigo, que cada vez más ostentan sus espigas maduras que el sol, y el viento, hacen que tomen su color blanquecino. Verdaderamente las espigas parecen ‘estar rubias’ como dice Jesús, después que ‘blanquearon’ apenas nacidas y que luego se cubrieron de verdor cual preciosa esmeralda. El sol les da fuerzas para resistir a la muerte como les dio para vivir. Son esas espigas llenas de vida que con su alimento darán vida al hombre y que de su muerte surgirá el verdor de una nueva primavera.

Jesús ha hablado de ello cuando entraba en la ciudad, haciendo alusión a su encuentro con la samaritana y a lo que le dijo hace tiempo. Después dice a sus apóstoles, menos a Juan que siempre acompaña a la Virgen que está muy afligida: “¿No se cumple lo que entonces dije? Entramos ignorados y solos. Sembramos. Ahora: ved qué mies ha nacido de aquella semilla. Seguirá creciendo y vosotros la segaréis. Y otros más que vosotros cosecharán...”

“¿Y Tú no, Señor?” pregunta Felipe.

“Yo he cosechado donde sembró el Precursor. Luego lo hice para que vosotros cosechaseis y sembraseis con la semilla que os di. Pero así como Juan no cosechó lo que sembró, así tampoco Yo, Somos...”

“¿Qué, Señor?” pregunta ansioso Judas de Alfeo.

“Las víctimas, hermano mío. Es necesario el sudor para hacer que sean fértiles los campos. *Es necesario el sacrificio para hacer que los corazones lo sean. Nos levantamos, trabajamos, morimos.* Después de nosotros, vendrá otro, se levantará, trabajará, morirá... Lo que habremos regado con nuestra muerte, otros lo cosecharán”.

“¡Oh, no! ¡No lo digas, Señor mío!” exclama Santiago de Zebedeo.

“¿Tú que fuiste el discípulo de Juan, me lo dices? ¿No recuerdas las palabras del que fue tu maestro? ‘Es necesario que Él crezca y que yo disminuya’. Él comprendía *la belleza y razón del morir para dar a otros la justicia*. No seré inferior a él”.

“Pero Tú, Maestro, ¡Tú eres Dios! Él era un hombre”.

“Soy el Salvador. Como Dios debo ser más perfecto que el hombre. Si Juan, simple mortal, tuvo valor de empequeñecer para que naciera el verdadero Sol, no debo ofuscar la luz de mi sol con nubes de cobardía. Debo dejaros un recuerdo limpio de Mí, para que sigáis adelante, para que el mundo crezca en la idea que he traído. El Mesías se irá, regresará al lugar de donde vino, y desde allá os amará siguiéndoos en vuestro trabajo, preparándoos el lugar, que será vuestro premio. Pero mi doctrina se queda, crecerá con mi ida... con la de todos los que, sin apagarse al mundo y a la vida terrena, sabrán como Juan y como Yo, irse... morir para que otros vivan...”

“¿Entonces reconoces que sea justo que se te mate?...” pregunta casi con ansias Iscariote.

“No lo reconozco. *Reconozco justo el morir por lo que traerá mi sacrificio. El homicidio es siempre homicidio para el que lo realiza, aun cuando tenga valor y aspecto diverso para el que muere*”.

“¿Qué quieres decir?”

¡Quiero decir que si alguien mata, porque se ve obligado a hacerlo, como es el soldado en la batalla, el verdugo que obedece al magistrado, o el que se defiende de un ladrón, no mancha su alma con el homicidio, pero el que sin necesidad y orden de nadie mata a un inocente o coopera a su muerte, irá delante de Dios con la cara horrible de Caín¹”.

“¿Pero no podemos hablar de otras cosa? El Maestro sufre con ello; tú pones ojos de atormentado; a nosotros parece que estamos en la agonía; si su Madre lo oye, gemirá. Debajo de su velo está llorando ya. ¡Hay tantas cosas de qué hablar!... ¡Oh, vienen los principales! Esto os hará callar. ¡La paz sea con vosotros! ¡La paz sea con vosotros!” Pedro que se había adelantado y se había vuelto a hablar, se inclina para saludar a un grupo nutrido de siquemitas que majestuosos vienen a ver a Jesús.

¹ Cfr. Gén. 4, 1-16.

“La paz sea contigo, Maestro. Las casas que te hospedaron la otra vez, están dispuestas a hacerlo también hoy, lo mismo que otras, a Ti y a los que vienen contigo. Vendrán a verte a los que has hecho algún favor. Sólo una persona no vendrá porque se ha retirado muy lejos para expiar. Así dijo, y lo creo, porque cuando una mujer se despoja de todo lo que amaba, rechaza el pecado y da sus bienes a los pobres, señal es que quiere verdaderamente seguir una vida nueva. No sabría decirte dónde está. Desde que dejó Siquén nadie la ha vuelto a ver. A uno de los nuestros le pareció reconocerla bajo un vestido de sierva pobrísimo en Bresabea. Pero es fácil creer estas cosas. Se le llamó por su nombre y no respondió. Se dice que en un lugar se le llamó Juana y en otro Agar”.

“No es necesario saber algo más que se ha convertido. Cualquier cosa es inútil, como indiscreto buscarla. Dejad a vuestra conciudadana en su paz secreta, y baste con que no dé escándalo. Los ángeles del Señor saben dónde está para darle la única ayuda que necesita, la única ayuda que no puede dañar el alma... Os ruego llevéis a las mujeres, que están muy cansadas, a vuestros hogares. Mañana os hablaré. Hoy os escucho y espero a los enfermos”.

“¿No te quedas mucho con nosotros? ¿No pasarás el sábado aquí?”

“No. El sábado me la pasaré en otra parte, en oración”.

“Teníamos esperanzas de que estuvieses varios días con nosotros...”

“Apenas si tengo el tiempo de regresar a Judea para la fiesta. Os dejaré a los apóstoles y a las mujeres, si quieren quedarse, hasta la tarde del sábado. No miréis así. Sabéis muy bien que debo honrar al Señor nuestro Dios más que a cualquier otro, porque el ser lo que soy no me dispensa de ser fiel a la ley del Altísimo”.

Se dirigen a las casas donde entran dos discípulas y un apóstol: María de Alfeo y Susana con Santiago de Alfeo, Marta y María con Zelote, Elisa y Nique con Bartolomé, Salomé y Juana son Santiago de Zebedeo. En grupo van a una casa Tomás, Felipe, Judas de Keriot y Mateo, a otra Pedro, Andrés. Jesús con Judas de Alfeo, Juan y la Virgen se hospedan en la casa del que habló en nombre de sus conciudadanos. Los que vinieron de Efraín, Silo y Lebona, además de los peregrinos que se dirigen ya a Jerusalén, y que siguen a Jesús, se dispersan en busca de alojamiento.

33. El valor que el justo da a los consejos

2 marzo 1947

La plaza mayor de Siquén está pletórica de gente. Parece que toda la ciudad se hubiera reunido aquí, y que también hubiera venido gente de la campiña y de poblados vecinos. Tal vez los siquemitas se esparcieron al medio día del día siguiente al sábado para dar la noticia, y así han llegado sanos y enfermos, justos y pecadores. La gente ha llenado la plaza y las terrazas, y muchos se han encaramado en los árboles de la plaza.

En primera fila, cerca del lugar dejado a Jesús, junto a una casa que tiene cuatro gradas, están los tres niños que salvó de los ladrones y sus parientes. ¡Qué ansiosos están los pequeños por ver a su Salvador! A casa grito se voltean a buscarlo. Cuando se abre la puerta de la casa y aparece Jesús los tres pequeños vuelan gritando: “¡Jesús, Jesús, Jesús!” sin esperar que baje Él a abrazarlos. Se inclina. Los abraza, levantándolos después: un ramo de flores inocentes, al que besa, y él es besado.

Entre la gente conmovida no hay quien diga: “Fuera de Él no hay otro que sepa besar a nuestros inocentes”. Otros dicen: “¿Veis cómo los ama? Los rescató de los ladrones, les dio casa, los vistió, les dio de comer, y ahora los besa como si fueran hijos de sus entrañas”.

Jesús que ha vuelto a poner a los niños en tierra, en el escalón más alto, cerca de sí, dice a manera de respuesta a los comentarios: “En verdad que son más que si fueran hijos de mis entrañas, porque soy padre de su alma, que es mía, no por un tiempo, sino por la eternidad. ¡Si pudiera afirmar que el hombre alcanza y obtiene la vida de Mí que lo soy! Os invité a ello cuando vine por primera vez aquí, y creísteis que era mucho tiempo para decidiros a hacerlo. Hubo sólo alguien que solícita escuchó mi llamado y se pudo en el camino de la Vida: la que

era más pecadora entre vosotros. Tal vez porque se sintió muerta, porque se *vio* muerta, podrida en su pecado, tuvo prisa en salir de la muerte. Vosotros no os sentís ni os veis muertos. No tenéis la prisa de ella. Pero ¿quién es ese enfermo que espera morir para tomar las medicinas? El muerto necesita de sábanas, aromas, de un sepulcro en que se convertirá en polvo. Si por sus altísimos fines, el Eterno de la podredumbre en que se encontraba el cuerpo de Lázaro, lo devolvió a la vida, esto no significa que alguien intente morir espiritualmente diciendo: 'El Altísimo me devolverá a la vida del alma'. No tentéis al Señor, vuestro Dios. Venid a la Vida. No hay qué esperar. La Vida está para ser tomada y suprimida. Preparad vuestro corazón al Vino de la Gracia que se os dará. ¿No hacéis así cuando tenéis qué asistir a un banquete? ¿No preparáis el estómago para poder comer y beber, absteniéndoo prudentemente, para que vuestro estómago esté listo a recibir comidas y bebidas? ¿No hace así el viñador cuando prueba el vino nuevo? No bebe nada, para que se día pueda catarlo. No lo hace porque quiera percibir con precisión las cualidades o defectos para preservar unas o corregir otras y vender su producto. Si el invitado se porta así cuando va a ir a un banquete para gustar con mayor placer los alimentos y vinos, y de igual modo hace el viñador para poder vender su vino, ¿no debería comportarse así el hombre con su alma y así gustar del cielo, conseguir el tesoro para poder entrar en él?

Escuchad mi consejo. Escuchadlo. Es un buen consejo. Es consejo recto del Justo que en vano se le aconseja mal, y que quiere salvaros de los frutos de los malos consejos que habéis recibido. Sed justos como lo soy. Procurad dar el justo valor a los consejos. Si obráis rectamente, lo haréis.

Escuchad esta parábola, y con ella completo las que dije en Silo y Lebona, y siempre trata sobre los consejos que son dados o recibidos.

Un rey mandó a su hijo amado a visitar su reino, el cual estaba dividido en muchas provincias. Era extensísimo. Las provincias tenían diversos conceptos de su rey. Algunas lo conocían tan bien que se creían las predilectas y se enorgullecían de ello. Pensaban ser las únicas perfectas aun en lo que el rey quería. Otras lo conocían, y sin creerse gran cosa por ello, se industriaban en conocerlo cada vez mejor. Otras lo conocían, lo amaban a su modo. Se habían dado a sí mismas leyes que no eran las del reino. De las de éste escogieron las que les gustaban, y como les acomodaban; les mezclaron otras leyes tomadas de otros reinos, o ellos mismos las hicieron, pero no eran buenas. Otras provincias no conocían a su rey. Sabían sólo que existía. Llegaban hasta a imaginar que no era más que una leyenda.

El hijo fue a visitar el reino para dar a conocer a todas las provincias el rey. En una parte corregía a los soberbios, en otra daba ánimos a los abatidos. Arrancaba conceptos equivocados. Purificaba la ley quitándole aquellos elementos que la manchaban. En algunas enseñaba cómo llenar las lagunas que había en la ley, en otras se esforzaba en dar por lo menos el mínimo de conocimiento y fe. El hijo pensó que la primera lección que debía dar a todos era el ejemplo de justicia conforme al código, esto es, que se cumpliese tanto en las cosas grandes como en las pequeñas. Y lo hacía tan perfectamente bien, que la gente de buena voluntad se hacía mejor porque no solo escuchaba sus palabras sino que imitaba sus acciones, entre las que no encontraban ninguna contradicción.

Los perfectos de las provincias que creían serlo sólo porque conocían a la letra el código, pero no poseían su espíritu, al ver las acciones del hijo, se convencían claramente de que estaban equivocados y de que llevaban una máscara de hipocresía. Entonces pensaron en hacerlo desaparecer de en medio. Para ello emplearon dos medios. Uno contra el hijo mismo, otro contra sus seguidores. Contra el hijo emplearon malos consejos y amenazas. Toda clase de malos consejos. Es malo por ejemplo decir: 'No hagas esto que te puede acarrear daño', fingiendo querer su bien. Es cosa mala perseguir para hacer al otro que desista de su misión. Lo es también decir a sus seguidores: 'Defendedlo a toda costa', y es mal consejo decirles: 'Si lo protegéis, caeréis en nuestra ira'.

No hablo ahora de los consejos dados a los seguidores, hablo de los consejos que se dieron al hijo del rey con falsa apariencia de bondad, con odio, o por medio de instrumentos del fin que se proponían.

El hijo del rey oyó los consejos. Tenía orejas, ojos, inteligencia, corazón. No podía menos de oírlos, verlos, comprenderlos, ponderarlos. Tenía además un espíritu recto y a cada consejo, que se le daba a sabiendas o ignorantemente para hacerlo pecar dando mal ejemplo a los súbditos de su padre e infinito dolor al rey, respondía: 'No. Yo hago lo que mi padre quiere. Sigo su código. El ser hijo del rey no me exime de ser el más fiel de sus súbditos en la observancia de la Ley. Vosotros que me odiáis y queréis infundirme miedo, tened en cuenta que ninguna cosa me hará violar su ley. Vosotros que me amáis y que me queréis salvar, tened en cuenta que os bendigo por esta buena intención, pero tened también en cuenta que vuestro amor y el amor con que os amo, que me es más fiel que el de los que se dicen 'sabios', no me debe impedir que ame mucho más a mi padre'.

Esta es la parábola, hijos míos. Es tan clara que todos la habéis comprendido. En los corazones rectos no puede sino levantarse una voz: 'Él es realmente justo porque ningún consejo lo puede llevar al camino del error'.

Sí, hijos de Siquén. Ninguna cosa me puede inducir al error. ¡Ay de Mí, si caminase por él! ¡Ay de Mí y ay de vosotros! En lugar de ser vuestro salvador, sería vuestro traidor, y tendríais razón de odiarme. Pero no lo haré, no os echaré en cara que hayáis aceptado sugerencias y meditado providencias contra la justicia. No sois culpables porque lo hicisteis con espíritu de amor. Os repito lo que dije al principio: os amo más que si fuerais hijos de mis entrañas porque lo sois de mi espíritu. He llevado vuestro espíritu a la Vida y lo seguiré haciendo. Recordad que os bendigo por vuestra buena intención. Creced en la justicia queriendo sólo lo que honra a Dios verdadero, al que hay que amar con todas las fuerzas. Venid a esta perfección de la que os doy ejemplo, una perfección que pisotea los egoísmos, el miedo a los enemigos y a la muerte; aplasta todo para cumplir la voluntad de Dios.

Preparad vuestro corazón. Surge ya el alba de la gracia. El banquete de ella se está preparando. Vuestras almas, las almas de lo que quieren venir a la verdad, están en la vigilia de sus nupcias, de su liberación, de su redención. Preparaos rectamente para la fiesta de la Justicia".

Jesús hace una señal a los parientes de los niños para que entren en casa con Él y se retira después de haberlos tomado entre sus brazos.

En la plaza hay varias clases de comentarios. Las personas buenas dicen: "Tiene razón. Esos falsos enviados nos traicionaron".

Los malos dicen: "No debíamos lisonjearnos. Nos hace que lo odiamos más. Se ha burlado de nosotros. Es un verdadero judío".

"No podéis afirmarlo. Nuestros pobres reciben de Él ayuda, nuestros enfermos la salud, nuestros huérfanos su protección. No podemos pretender que peque para darnos gusto".

"Ya pecó, porque ha hecho que nos odien..."

"¿Quién?"

"Todos. Se ha burlado de nosotros. Sí que se ha burlado".

Los diversos pareceres llenan la plaza, llegan hasta el interior de la casa donde está Jesús con los principales, con los niños y con los parientes de éstos.

Una vez más se confirma la palabra profética: "Será piedra de contradicción"

34. Jesús va a Enón

3 marzo 1947

Jesús solitario medita sentado bajo una gigantesca encina que hay en una de las faldas del monte que domina Siquén. Se divisa la ciudad blanco-rosada a los primeros rayos del sol allá abajo, esparcida sobre la pendiente del monte. Vista desde arriba parece un campo de grandes cubos puestos al revés sobre un fondo verde. Las dos corrientes de agua cerca de las

cuales se levanta, forman un semicírculo color plateado. Uno pasa por medio de ella cantando entre sus casas blancas, luego sale hacia lo verde, y se le ve aparecer y desaparecer bajo olivares y árboles frutales hacia el Jordán. La otra es más modesta. Corre por fuera de los muros, a sus pies, y después de regar las hortalizas, da de beber a las ovejas que apacientan en los pastizales que el trébol pinta de color rojizo. El horizonte se abre extenso a los ojos de Jesús. Después de varios montecillos, cada vez más bajos, se ve por un declive, el verde valle del Jordán y más allá los montes de la Transjordania, que terminan en el noreste con las crestas características de la Auranítide. El sol que ha salido detrás de ellos, se ha puesto a pintar a tres ligeras nubecillas que horizontalmente se mueven por el velo color turquesa del firmamento. Las ha pintado de color rosa-naranja como ciertos preciosos corales. El cielo parece como obstruido de estas hermosísimas nubes. Jesús las mira, esto es, mira absorto en aquella dirección. Tal vez ni vea. Con el codo apoyado sobre las rodillas y su mentón sobre la palma de su mano, mira, piensa, medita. Por encima de Él los pajarillos revolotean como si estuviesen apostando a algo.

Jesús baja lo ojos sobre Siquén que despierta a los primeros rayos del sol. A los pastores y ganados, que era lo único que se veía, se unen grupos de peregrinos, el retintín de las campanas de los ganados, las sonajas de los asnos, los gritos y el ruido de pasos y palabras. El viento lleva en ondas hasta Jesús el rumor de la ciudad que ha despertado ya.

Se pone de pie. Con un suspiro deja su tranquilo lugar y rápido baja por un atajo a la ciudad. En medio de las caravanas de hortelanos que se apresuran a descargar sus mercancías, de peregrinos que se disponen a comprar lo necesario para ponerse en camino. En un rincón de la plaza están en su espera los apóstoles, las discípulas y a su alrededor los de Efraín, Silo, Lebona y muchos de Siquén.

Jesús se dirige a ellos. A los de Samaria dice: “Y ahora separémonos. Regresad a vuestros hogares. Acordaos de mis palabras. Creced en la justicia”. Se vuelve a Judas de Keriot: “¿Has distribuido entre los pobres de cada lugar, como te ordené?”.

“Sí. Menos a los de Efraín porque ellos ya han recibido”.

“Idos entonces. Haced que cada pobre tenga un alivio”.

“Te bendecimos en su nombre”.

“Benedicid a las discípulas, son las que me dieron el dinero. Idos. La paz sea con vosotros”.

Se van a regañadientes, pero obedecen.

Jesús se queda con los apóstoles y las discípulas. Les dice: “Voy a ir a Enón. Quiero saludar el lugar del Bautista. Luego viajaré por los caminos del valle. Es más cómodo para las mujeres”.

“¿No sería mejor hacer el camino de Samaria?” pregunta Iscariote.

“No tenemos por qué temer a los ladrones, aun cuando pasemos cerca de sus escondites.

Quien quiera venir conmigo que venga, quien no que se quede en Enón hasta el día siguiente al sábado, en que Yo iré a Tersa. El que se quede que me alcance en ese lugar”.

“De mi parte... preferiría quedarme. No estoy muy bien... estoy cansado...” dice Iscariote.

“Se ve. Estás como enfermo, de color ceniciento, que se te ve también tu mirada, en tus reacciones, en tu piel. Hace tiempo que te observo...” dice Pedro.

“Pero nadie me pregunta si sufro...”

“¿Te habría gustado? Nunca sé lo que te gusta. Pero si quieres te lo pregunto ahora, estoy dispuesto a quedarme contigo para curarte...” le responde pacientemente Pedro.

“¡No, no! Es solo cansancio. Vete, vete. Me quedo aquí”.

“También me quedo yo. Estoy vieja. Descansaré haciendo el oficio de madre” dice de pronto Elisa.

“¿Te quedas? Habías dicho...” interrumpe Salomé.

“Si todos iban, también yo, para no quedarme aquí sola, pero ya que Judas se queda...”

“Entonces voy. No quiero que te sacrifiques, mujer. Ciertamente vas con gusto a ver el refugio del Bautista...”

“Soy de Betsur y jamás he sentido deseos de ir a Belén a ver la gruta donde nació el Maestro. Lo haré cuando no tenga más al Maestro. Puedes imaginarte si ardo en deseos de ver donde estuvo Juan... Prefiero ejercitar la caridad, segura que vale más que una peregrinación”.

“Reprendes al Maestro, ¿no comprendes?”

“Hablo por mí. Él va y hace bien. Es el Maestro. Soy una vieja a quien los dolores arrebatan todo deseo de curiosidad, y a quien el amor por Él ha quitado todas ganas que no sean de servirlo”.

“Entonces tu servicio es espiarme”.

“¿Haces cosas reprobables? Se vigila a quien hace cosas malas. Ten en cuenta que jamás he expiado a alguien. No pertenezco a la raza de las serpientes. No traiciono”.

“Tampoco yo”.

“Dios lo quiera por tu bien. Pero no logro comprender por qué tomas tan a mal que me quede aquí para descansar...”

Jesús, que no había dicho ni una palabra, levanta la cabeza y dice: “Basta. El deseo que tienes tú, puede tenerlo una mujer y con mayor razón si está entrada en años. Os quedaréis aquí hasta la aurora del día siguiente al sábado, luego me alcanzaréis. Entre tanto tú ve a comprar cuanto es necesario para estos días. Ve y hazlo bien.

Judas se va de mala gana a hacer las compras. Andrés quiere seguirlo, pero Jesús lo toma del brazo diciendo: “No vayas. Lo puede hacer por sí mismo”. Jesús habla con mucha severidad.

Elisa lo mira, se le acerca y le ruega: “Perdóname, Maestro, si te he causado algún disgusto”.

“Ninguno, mujer. Más bien, perdónalo a él, como si fuese tu hijo”.

“Con estos sentimientos estaré cerca de él... aun cuando piense lo contrario... Tú me comprendes...”

“Sí y te bendigo. Hiciste bien al decir que las peregrinaciones a mis lugares se convertirán en algo necesario después que ya no esté entre vosotros... es una necesidad de consuelo para vuestro corazón. Por ahora se trata de secundar los deseos de vuestro Jesús. Has comprendido mi deseo porque sacrificas para cuidar de un espíritu imprudente...”

Los apóstoles se miran entre sí... también las discípulas. Sólo María que tiene el velo no lo levanta para mirar a las demás. María Magdalena, derecha como una reina que sentenciase, no ha perdido con la mirada a Judas que se abre paso entre los vendedores. En sus ojos se ve el enfado y en las comisuras de los labios el desprecio. Más que con palabras, habla con su expresión...

Regresa Judas. Da a sus compañeros lo que compró. Se pone otra vez el manto en el que trajo todo, y hace como que quiere entregar la bolsa a Jesús.

Jesús la rechaza con la mano: “No es necesario. Para las limosnas está María. Tú trata de ser bondadoso. Son muchos los mendigos que de todas partes van a ir a Jerusalén en estos días. Da sin discriminación y con caridad, recordando que *todos* somos mendigos de la misericordia de Dios y de su pan... Adiós. Adiós Elisa. La paz sea con vosotros”. Se vuelve rápidamente y se pone en camino no dando tiempo a Judas de despedirse...

Todos siguen a Jesús en silencio... salen de la ciudad y se dirigen hacia el noroeste a través de la bellísima campiña.

35. En Enón. El jovenzuelo Benjamín

4 marzo 1947

Enón, más arriba, hacia el norte, es un puñado de casas. En este lugar estuvo el Bautista, en una gruta rodeada de una espesa vegetación. Riachuelos parlanchines nacen del manantial, y juntándose después forman un arroyo que va al Jordán.

Jesús está sentado fuera de la gruta, donde se despidió de su primo. Está solo. La aurora apenas tiñe de rosa el oriente y la floresta despierta al canto de los pajarillos. De Enón llegan los balidos. Un rebuzno rompe el aire quieto. El golpear de pezuñas por el sendero. Pasa un ganado de ovejas que guía un jovenzuelo, que por un instante se detiene a mirar a Jesús.

Luego se va, pero poco después regresa porque una cabra se ha quedado allí a mirar al extraño que nunca había visto y que con su larga mano le extiende una ramita de mejorana, y le acaricia la cabeza. El pastorcillo no sabe qué hacer: si alejar la cabra o dejar que Jesús sonriente la acaricie, como si estuviese contento de que hubiese venido a reclinarse a sus pies, recostando su cabeza sobre sus rodillas. Las otras cabras regresan comiendo hierba. El pastorcillo pregunta: “¿Quieres leche? No he ordeñado dos que si no están llenas topan a quien trate de hacerlo. Iguales que su patrón, que si no se llena de ganancias, nos pega con el bastón”.

“¿Eres un pastor que trabaja para otro?”

“Soy huérfano. Soy solo, y soy siervo. Es pariente mío porque está casado con la tía de mi madre. Mientras vivió Raquel... hace unos cuantos meses que murió... y yo soy muy infeliz... Llévame contigo. Estoy acostumbrado a vivir de nada... Seré tu siervo... por paga me basta un poco de pan. Aquí tampoco tengo nada... Si me pagara, me iría, pero dice: ‘Esto es dinero tuyo, pero me quedo con él porque te visto y te doy de comer’. ¡Me viste!... ¿Lo ves? ¡Me da de comer!... Mírame... Estos son golpes recibidos... Este es mi pan de ayer...” y le enseña los cardenales que tiene en los brazos y en su flaquísima espalda.

“¿Qué hiciste?”

“Nada. Tus compañeros, quiero decir los discípulos, hablaban del Reino de los cielos y me puse a escucharlos... Era sábado... Aun cuando no trabajaba, no estaba de ocioso porque era sábado. Me pegó fuerte tanto... que no quiero estar más con él. Tómame contigo, o me escapo. Vine aquí a propósito, esta mañana. Tenía miedo de hablar. Pero Tú eres bueno, Hablo”.

“¿Y el ganado? No vas a querer irte con él...”

“...Lo llevaré al redil... Mi patrón dentro de poco irá al bosque a cortar leña... Se lo devuelvo y me voy. ¡Oh, tómame contigo!”

“¿Sabes quién soy Yo?”

“¡Eres el Mesías! El Rey del reino de los cielos. Quien te sigue es feliz en la otra vida. No he gozado jamás aquí... pero no me rechaces... que lo sea en el más allá...” Lloro a los pies de Jesús, cerca de la cabra.

“¿Cómo me conoces tan bien? ¿Me has oído hablar alguna vez?”

“No. Desde ayer supe que estabas donde el Bautista estuvo, pero algunas veces pasan por Enón discípulos tuyos. Los oí hablar. Se llaman Matías, Juan, Simeón y venían frecuentemente aquí, porque su maestro antes de Ti vivió aquí. Y luego Isaac... En este he encontrado de nuevo a mi padre y madre. Quiso obtener mi libertad del patrón y dio dinero. Lo aceptó, sí, burlándose de tu discípulo”.

“Sabes muchas cosas. ¿Sabes a dónde me dirijo?”

“A Jerusalén. Pero en mi cara no llevo escrito que soy de Enón”.

“Voy más lejos. Pronto me iré. No te puedo llevar conmigo”.

“Tómame aunque sea por poco tiempo”.

“¿Y luego?”

“Y luego... lloraré con los de Juan, que fueron los primeros en haberme dicho que la alegría que los hombres no proporcionan en la tierra, la da Dios en el cielo a quien haya tenido buena voluntad. Para tenerla he recibido tantos golpes, y he pasado mucha hambre, pidiendo a Dios que me diese esta paz. Ves que he tenido buena voluntad... Si me rechazas ahora... no tendré más esperanzas...” Lloro sin hacer ruido, suplicando a Jesús con sus ojos, más que con sus labios.

“No tengo dinero para rescatarte. Ni siquiera sé si tu patrón quisiera aceptarlo”.

“Si ya pagaron por mí. Hay testigos. Elí, Leví y Jonás lo vieron y echaron en cara a mi patrón su acción. Son los más principales de Enón, ¿sabes?”

“Si es así... Vamos. Levántate”.

“¿A dónde?”

“A ver a tu patrón”.

“¡Tengo miedo! Ve Tú solo. Está allá en aquel monte, entre los árboles que está cortando. Yo espero aquí”.

“No tengas miedo. Mira, ahí vienen mis discípulos. Seremos muchos contra uno. No te hará ningún mal. Levántate. Vamos a Enón a buscar los tres testigos y luego iremos a verlo. Dame la mano. Luego te dejaré con los discípulos que conoces. ¿Cómo te llamas?”

“Benjamín”.

“Tengo otros dos pequeños amigos que tienen el mismo nombre. Serás el tercero”.

“¿Amigo? ¡Demasiado! Soy siervo”.

“Del Señor Altísimo. De Jesús de Nazaret eres amigo. Ven. Reúne el ganado y vámonos”.

Jesús se levanta y mientras el pastorcillo junta y arrea la cabras reacias, hace señal a los apóstoles, que vengan donde está, y más aprisa. Aprietan el paso. El ganado ha tomado ya el camino y Jesús con el pastorcillo de la mano se le acerca...

“Señor, ¿te has hecho pastor de cabras? Verdaderamente Samaria puede ser apodada la cabra... Pero Tú...”

“Yo soy el Buen Pastor y cambio también los cabros en corderos. Los niños son todo corderos, y éste es un poco más que un niño”.

“¿No es acaso el muchacho que ayer aquel hombre se lo llevó de mala manera?” pregunta Mateo mirándolo fijamente.

“Creo que sí. ¿Eras tú?”

“Sí”.

“¡Pobre muchacho! ¡Tu padre no te quiere, que digamos!” dice Pedro.

“Es mi patrón. No tengo otro padre más que Dios”.

“Así es. Los discípulos de Juan lo instruyeron, consolaron su corazón, y a la hora precisa el Padre de todos quiso que nos encontráramos. Vamos a Enón a tomar con nosotros los tres testigos, y luego vamos donde su patrón...” propone Jesús.

“¿Para que nos entregue al muchacho? ¿Dónde está el dinero? María distribuyó entre los pobres lo último que traía...” observa Pedro.

“No necesitamos dinero. No es esclavo y a su patrón se le dio dinero para libertarlo. Isaac pagó por el niño”.

“¿Y por qué no se lo entregó?”

“Porque hay muchos que se burlan de Dios y de su prójimo. Ahí viene mi Madre con las mujeres. Id a decirles que no sigan hasta acá”.

Santiago de Zebedeo y Andrés corren ligeros como cervatillos. Jesús aprieta el paso para ir a donde está su Madre y las discípulas y las alcanza cuando ya saben y observan, llenas de piedad al jovencito. Todos van a Enón. Entran. Van a la casa de Elí, guiados por el muchacho. Es un viejo de ojos nublados por los años, pero todavía vigoroso. Cuando fue joven, tal vez habrá sido robusto como una de estas encinas.

“Elí, el Rabí de Nazaret, me toma consigo si...”

“¿Te toma? No podría hacer otra cosa mejor. Aquí terminarías por ser un malo. El corazón se endurece cuando la injusticia es demasiada. *Y es muy dura*. Lo encontraste? El Altísimo ha escuchado tu llanto, aun cuando eres un samaritano. Dichoso de ti, que a tus años, libre de toda cadena, puedes seguir la Verdad sin que nada te lo impida, ni siquiera la voluntad de tus padres. Hoy se ve que es una providencia, lo que muchos años pareció castigo. Dios es bueno. ¿Pero qué se te ofrece? ¿Mi bendición? Te la doy como el Anciano del lugar”.

“Quiero tu bendición, porque eres bueno. Vine también para que tú, Leví y Jonás fueseis juntos con el Rabí, a ver a mi patrón para que no pida más dinero”.

“¿Dónde está el Rabí? Ya estoy viejo y no veo sino poco. No puedo distinguir bien a los que no he tratado mucho. No conozco al Rabí”.

“Está aquí. Delante de ti”.

“¿Aquí? ¡Poder eterno!” El viejo se levanta, se inclina ante Jesús diciendo: “Perdona al viejo de ojos empañados. Te saludo porque hay un solo justo en todo Israel, y ese eres Tú. Vamos. Leví está en su huerto y trabaja en su lagar y Jonás en sus quesos”. El viejo se levanta –es

alto como Jesús no obstante que la edad lo ha encorvado- y empieza a caminar tentando las paredes, evitando con la ayuda de su bastón las piedras del camino.

Jesús que lo saludó deseándole la paz, lo ayuda en un lugar donde tres escalones en mal estado son peligrosos para un semiciego. Antes de haberse encaminado, Jesús había dicho a las discípulas que lo esperasen. Benjamín va al redil.

El viejo dice: “Eres bueno. Pero Alejandro es una bestia. Un lobo. No sé si... Yo soy rico y puedo darle el dinero suficiente en caso de que Alejandro quisiera más. Mis hijos no tienen necesidad de mi dinero. Casi voy a cumplir cien años y el dinero no sirve para la otra vida. Una acción buena sí que tiene valor...”

“¿Por qué no la hiciste antes?”

“No me lo reproches, Rabí. Ya daba de comer al muchacho y lo consolaba, para que no se hiciera malo. Alejandro es de tal carácter que puede hacer feroz a una paloma. Pero no podía y ninguno podía quitarle al muchacho. Tú... te vas lejos. Pero nosotros... nos quedamos aquí, y todos tienen miedo a sus venganzas. Un día, uno de Enón se interpuso porque borracho le pegaba al niño, y él, no sé cómo, logró envenenar su ganado”.

“¿No es un prejuicio?”

“No. Esperé muchos meses. A que llegase el invierno. Cuando las ovejas estaban en el redil envenenó el agua del depósito. Bebieron. Se hincharon. Se murieron todas. Todos aquí somos pastores y comprendimos... Para asegurarnos de lo que había pasado, dimos de comer unos pedazos de carne a un perro, y éste también murió. Hubo quien vio a Alejandro que a escondidas, había entrado en el redil... ¡Oh, es muy malo! Le tenemos miedo... Cruel. Siempre está borracho en la noche. Es despiadado con todos los suyos. Ahora que todos ya murieron, tortura al muchacho”.

“Entonces no vengas si...”

“¡No! Voy. La verdad hay que decirla. Un momento. Oigo el golpear del martillo. Es Leví”. Grita cerca de una valla: “¡Leví, Leví!”

Un hombre menos viejo se acerca con un vestido arremangado, y un martillo en la mano. Saluda a Elí y le pregunta: “¿Qué se te ofrece, amigo?”

“A mi lado está el Rabí de Galilea. Vino a llevarse a Benjamín. Ven. Alejandro está en el bosque. Ven a dar testimonio de que él ya recibió el dinero de manos de aquel discípulo”.

“Voy. Siempre me han dicho que el Rabí es bueno, ahora lo creo. ¡La paz sea contigo!” deja el martillo, grita no sé a quién para que lo espere y se va con Elí y Jesús.

Pronto llegan al redil de Jonás. Lo llaman, le explican... Se seca las manos en un trapo y después de haber devuelto el saludo a Jesús se va con todos.

Jesús entre tanto habla con el anciano. Le dice: “Eres un hombre justo. Dios te dará su paz”.

“Así lo espero. ¡El Señor es justo! No tengo la culpa de haber nacido en Samaria...”

No la tienes. En la otra vida no hay confines para los justos. Sólo la culpa es la barrera entre el cielo y el abismo”.

“Tienes razón. ¡Con qué gusto te vería! Tu voz es dulce, y suave es tu mano que guía a un viejo ciego. Suave y fuerte. Se parece a la de mi hijo predilecto que se llama como yo. Si tu aspecto es como tu mano, feliz quien te vea”.

“Es mejor oírme que verme. Hace que el espíritu sea más santo”.

“Es verdad. He oído a los que hablan de Ti. Pasan raramente... ¿Pero no es eso un ruido de sierras?”

“Sí”.

“Entonces... Alejandro no está lejos... Llámalo”.

“Bueno. Estaos aquí. Si puedo hacerlo por Mí mismo no os llamaré. No os dejéis ver si no os llamo”. Se adelanta y con voz fuerte lo llama.

“¿Qué cosa? ¿Quién eres? Grita un anciano, robustísimo, de duro perfil, con tórax y musculatura de luchador. Un golpe que dé, debe ser como el de una porra: brutal.

“Soy yo. Un desconocido que te conoce. Vengo a tomar lo que es mío”.

“¿Lo tuyo? ¡Ja, ja! ¿Qué tienes en este bosque mío?”

“Aquí nada. Benjamín que está en tu casa es mío”.

“¡Estás loco! Benjamín es mi siervo!”

“Y pariente tuyo. Eres su verdugo. Un enviado mío te dio el dinero que le pediste por el muchacho. Te quedaste con él y no lo dejaste ir. Mi enviado, hombre de paz, no hizo nada. He venido para que se haga justicia”.

“Tu enviado se habrá bebido el dinero. Yo no he recibido nada. Me quedo con Benjamín. Lo quiero mucho”.

“No es verdad. Lo odias. Te quedas con la recompensa que es tuya. No mientas. Dios castiga a los mentirosos”.

“Que no he recibido nada de dinero. Si hablaste con mi siervo, ten en cuenta que es un astuto mentiroso. Lo castigaré porque me ha calumniado. ¡Adiós!” Le voltea la espalda como para irse.

“Cuidado, Alejandro, que Dios está presente. No desafíes su bondad”.

“¡Dios! ¿Acaso es el encargado de cuidar mis bienes? Soy yo quien los cuido y guardo”.

“¡Ten cuidado!”

“¿Quién eres, miserable galileo? ¿Cómo te permites regañarme? No te conozco”.

“Me conoces. Soy el Rabí de Galilea y...”

“¡Ah, sí! ¿Y crees infundirme miedo? No temo ni a Dios ni a Belcebú. ¿Y quieres que te tema? ¿Que tema a un loco? ¡Vete, vete! Déjame en paz. Vete, te lo digo. No me mires. ¿Crees que tus ojos puedan meterme miedo? ¿Qué quieres ver?”

“No tus delitos, porque los conozco *todos*. *Todos*. Aun los que nadie conoce. Pero quiero ver si comprendes que ésta es la última hora que Dios te concede para que te arrepientas. Quiero ver si el remordimiento no es capaz de hendir tu corazón de piedra, si...”

Alejandro que tiene en la mano un hacha, la lanza contra Jesús, que rápido se inclina. El hacha hace un arco sobre su cabeza y va a clavarse en una joven carrasca que cae al suelo metiendo ruido y espantando a los pajarillos.

Los tres que estaban escondidos un poco lejos, salen gritando, temerosos de que Jesús haya sido también golpeado. El que no ve grita: “¡Quisiera ver! ¡Ver si realmente no está herido! Para esto sólo, concédeme ver, ¡Dios eterno!” Y sordo a que los otros le aseguran que no, se adelanta tropicando, porque ha perdido el bastón, y quiere tocar a Jesús para convencerse de que no mana sangre. Lloro: “Un rayo de luz, y luego las tinieblas. Pero ver, ver, sin esta neblina que apenas me deja adivinar los obstáculos...”

“No me pasó nada, padre” consuela Jesús tocándolo y haciendo que lo toque.

Los otros dos han empezado a reprochar a Alejandro su modo violento, sus injusticias, sus mentiras. En lugar del hacha saca ahora un cuchillo y se arroja a herirlos, blasfemando de Dios, burlándose del ciego, amenazando a los otros, cual fiera enfurecida. Pero tropieza, se detiene, deja caer el puñal, se frota los ojos, los abre, los cierra y luego lanza un horrible grito:

“¡No veo! ¡Auxilio! ¡Mis ojos!... ¡Oscuridad!... ¿Quién me salva?”

También los otros gritan de admiración, hasta se burlan de él diciendo: “¡Dios te ha escuchado!”

De hecho de las blasfemias que dijo, una eran éstas: “¡Que Dios me ciegue si miento y si he pecado! ¡Que me ciegue antes que adorar a ese loco Nazareno! En cuanto a vosotros, me vengaré... despedazaré a Benjamín como a esta planta...”

Se burlan de él diciéndole: “¡Véngate ahora!”

“No seáis como él. No odiéis” aconseja Jesús y acaricia al viejo que no se preocupa de otra cosa que de asegurarse de que no esté herido. Y Jesús para convencerlo le dice: “¡Levanta la cara! ¡Mira!”

El milagro se realiza. Alejandro vive ahora la oscuridad; este hombre justo, la luz. Y un grito fuerte, lleno de felicidad se escucha: “¡Veo! ¡Mis ojos! ¡La luz! ¡Bendito seas!” y el viejo mira a Jesús con ojos brillantes de nueva vida y se postra a besarle los pies.

“Nosotros dos nos vamos. Vosotros llevad a ese pobre a Enón. Tenedle piedad porque Dios lo ha castigado. Y es suficiente. Sea el hombre bueno en todo infortunio”.

“Llévate al muchacho, las ovejas. Tómate el bosque, mi casa, mi dinero, pero devuélveme la vista. No puedo vivir así”.

“No puedo. Te dejo todo, con lo que te hiciste malvado. Me llevo al inocente. Le hiciste padecer ya un martirio. Que en la oscuridad tu alma pueda abrirse a la luz”.

Jesús se despide de Leví y Jonás. Ligero baja con el viejo que parece haber rejuvenecido, y cuando llega a las primeras casas, lanza gritos de alegría. Toda Enón sale fuera de sí...

Jesús va a donde está Benjamín, cerca de los apóstoles, y lo invita: “Ven. Vamos a Tersa que nos esperan”.

“¿Estoy libre? ¿Libre? ¿Contigo? ¡Oh, no lo creía! Gracias, Elí. ¿Y los demás?” El muchacho está que no cabe en sí...

Elí lo besa y le dice: “Perdona al infeliz”.

“¿Por qué? Perdonar sí, pero ¿por qué lo llamas infeliz?”

“Porque blasfemó del Señor y la luz se apagó de sus ojos. Nadie más le tendrá miedo. Está ciego e impotente. ¡Terrible poder de Dios!...” Parece el anciano un profeta inspirado con los brazos en alto, la cara al cielo, pensativo por lo que presencié.

Jesús se despide, se abre paso por entre la pequeña multitud. Le siguen sus apóstoles, las discípulas y Benjamín a quien las mujeres le dan algo como un recuerdo de que el Señor lo ha amado tanto: unas frutas, una bolsa, un pan, un vestido, lo que encuentran a la mano. Y él, feliz, se despide, les da las gracias: “¡Siempre habéis sido buenas conmigo! Lo tendré presente. Oraré por vosotras. Mandad vuestros hijos al Señor. ¡Es hermoso estar con Él! Él es la vida. ¡Adiós, adiós!”

Salen de Enón. Bajan hacia el Jordán, hacia la llanura, al encuentro de nuevos sucesos, desconocidos todavía...

Benjamín no vuelve la cara atrás. No dice nada. No piensa. No suspira. Sonríe. Mira a Jesús que va allá adelante de todos, como el verdadero Pastor a quien sigue su grey, a la que él ya pertenece... y de improviso se pone a cantar con todas sus fuerzas...

Los apóstoles ríen diciendo: “El muchacho está feliz”.

Ríen también las mujeres: “El pajarillo prisionero ha vuelto a encontrar la libertad y nido”.

Sonríe Jesús, volviéndose a mirarlo, y su sonrisa, como siempre, parece iluminar todo. Lo llama: “Ven aquí, corderito de Dios. Quiero enseñarte un hermoso canto”. Y canta seguido de los otros el salmo: “El Señor es mi Pastor no me faltará nada. Me ha puesto en lugares en que hay mucho pasto”, etc.³ La hermosísima voz de Jesús se esparce por la campiña exuberante, sobresale entre todas, aun entre la voz de las mejores.

“Tu Hijo se siente feliz, María” dice María de Alfeo.

“Sí. Está feliz. Algo lo ha hecho...”

“Ningún viaje se queda sin fruto. Pasa derramando gracias y siempre hay alguien quien encuentra al Salvador. ¿Te acuerdas de aquella noche en Belén de Galilea?” pregunta María Magdalena.

“Sí. Pero no quisiera acordarme de aquellos leprosos y de este ciego...”

“Siempre perdonas. ¡Eres muy buena! ¡Pero también es necesaria la justicia” replica María Magdalena.

“Tú puedes decirlo. Pero María...” interviene Juana.

“María no quiere sino el perdón, aun cuando Ella no tiene necesidad de él. ¿No es verdad, María? Pregunta Susana.

“No querría sino el perdón. Sí, esto solo. Ser malo ha de ser ya un terrible sufrimiento...” y suspira al decirlo.

“¿Perdonarías a todos? ¿De veras a todos? ¿Sería justo, por otra parte, hacerlo? Hay obstinados en el mal que son indignos del perdón, pues se burlan de él como si fuera debilidad” dice Marta.

³ Cfr. Sal. 22.

“Yo perdonaría. No por necesidad sino porque considero cada alma como un infante más o menos, como un hijo... Una madre siempre perdona... aun cuando diga: ‘La justicia exige un adecuado castigo’ ¡Oh, si una madre pudiera morir para engendrar un corazón nuevo, bueno en su hijo malvado, ¿creéis que no lo haría? Pero no se puede. Hay corazones que rechazan todo auxilio. Y creo que también a ellos la piedad ha de conceder su perdón, porque el peso que tienen en su corazón es ya el demasiado: el peso de sus pecados, del rigor de Dios... Perdonemos, perdonemos a los culpables... Ojalá Dios acepte nuestro absoluto perdón para disminuir la deuda de ellos...”

“Pero, ¿por qué lloras siempre, María? ¿Aun ahora que tu Hijo se ve feliz?” le pregunta María de Alfeo.

“No todo ha sido alegría, porque el culpable no se arrepintió. Jesús está realmente feliz, cuando puede redimir...”

“No sé por qué, pero Nique, que ha tenido la boca cerrada, dice de improviso: “Dentro de poco nos volveremos a encontrar con Judas de Keriot”.

Las mujeres se miran como si las sencillas palabras fuesen una gran revelación, como si detrás de ellas se ocultase algo. Pero nadie lo comenta.

Jesús se ha detenido en un bellissimo olivar. Todos siguen su ejemplo. Bendice, parte el pan y lo distribuye.

Benjamín mira, pone en orden lo que le regalaron: vestidos demasiado largos o demasiado anchos, sandalias que no le van, almendras dentro de su cáscara verde, nueces, un queso, una que otra manzana arrugada, un cuchillo. Está feliz con su tesoro. Quisiera ofrecer parte de sus alimentos. Dobla sus vestidos diciendo: “Guardaré el mejor para la pascua”.

María de Alfeo le dice: “En Betania te los compondré. Deja esta afuera. En Tersa habrá agua para lavarla e hilo para ajustártela. No sé cómo te arreglaría... las sandalias”.

“Que las dé al primer pobre que encuentre y que le vengan, y en Tersa se le compran unas nuevas” dice María Magdalena tranquilamente.

“¿Con qué dinero, hermana? Le pregunta Marta.

“¡Ah, es verdad! No tenemos ni un céntimo... Pero Judas tiene dinero... Benjamín tendrá sus sandalias. ¡Pobre muchacho! Su alma está feliz. También debe serlo su cuerpo... Hay cosas que agradan a uno”.

Susana joven y alegre, sonriendo dice: “Hablas como si supieras por experiencia que un par de sandalias llenan de alegría al que jamás las ha tenido”.

“Tienes razón. Sé el placer que se siente en tener un vestido seco, cuando una está empapada y lo que se siente cuando no se tiene nada. Recuerdo...” e inclina su cabeza sobre la espalda de la Virgen, diciendo: “¿Te acuerdas, Madre?” y la besa con ternura.

Jesús da la orden de ponerse en camino para llegar a Tersa a las primeras horas del atardecer: “Han de estar preocupados los dos que no saben...”

“¿Quieres que nos adelantemos para decirles que llegas” propone Santiago de Alfeo.

“Sí. Podéis ir todos, menos Santiago y mi hermano Judas. Tersa no está lejos... Id. Buscad a Judas y a Elisa y preparad dónde se pueda descansar, sobre todo las mujeres... Os seguiremos. Procurad que os encontremos en las primeras casas...”

Los ocho apóstoles parten ligeros y Jesús lentamente los sigue.

36. Los samaritanos no aceptan a Jesús¹

5 marzo 1947

Tersa está rodeada de tal modo de olivares lozanos que hay qué acercarse mucho para saber que existe. Una valla de hortalizas fertilísimas sirve como de mampara a las casas. En los huertos se ven achicorias, lechugas, legumbres, pequeñas hojas de calabaza, árboles frutales, emparrados y todos ellos cual si compitiesen prometen dar sus mejores frutos, que serán

¹ Cfr. Lc. 9, 51-56.

delicia del paladar. Las florecitas de las vides y de los olivos, caen en forma de lluvia al sentir la caricia de un vienteccillo, y cubren el suelo de color blanco-verdoso.

De atrás de una especie de vallado de cañas y sauces que han crecido cerca de un canal en que no hay agua, pero húmedo, al oír los pasos de los que llegan, se asoman los ocho apóstoles que se habían adelantado. Se les nota que están agitados y afligidos. Hacen señales de que se detengan, y entre tanto ligeros van ellos. . Cuando los que llegan están cerca, les dicen con voz fuerte, pero sin gritar: “¡Atrás, atrás, a la campiña! No se puede entrar en la población. Por poco nos lapidan. Idos. Hablaremos en aquel bosquecillo...” Empujan a Jesús, a los tres apóstoles, al muchacho y a las mujeres, procurando no ser vistos. Dicen: “Que no nos vean aquí. ¡Vámonos, vámonos!”

Inútilmente Jesús, Judas y los dos hijos de Zebedeo tratan de saber lo que ha pasado.

Inútilmente preguntan: “¿Judas de Simón? ¿Elisa?”

Los ocho no hacen caso. Caminando entre lo tupido de los tallos y de plantas acuáticas, impedidos por las espadañas, heridos en la cara por las ramas de sauces y por las hojas de la caña, resbalando en el lodo, asiéndose de las hierbas, apoyándose en los bordes se alejan, y los otros ocho los empujan, volviendo de vez en cuando sus caras para ver si sale alguien de Tersa a perseguirlos. En el camino no hay más que el sol que empieza a meterse y uno que otro perro flaco.

Llegan a un montón de zarzas que sirven de límite a una propiedad. Detrás del matorral un campo de lino mueve al impulso del viento sus largos tallos que se cubren de primerizas flores.

“Aquí, aquí dentro. Sentados nadie nos verá y cuando oscurezca nos iremos...” dice Pedro secándose el sudor...

“¿A dónde? Con nosotros vienen las mujeres”.

“A algún lugar. Los prados están llenos de heno segado. Les servirá de lecho. Con nuestros mantos haremos tiendas para que ellas duerman y nosotros vigilemos”.

“Está bien. Basta con que no nos vean y cuando amanezca bajamos al Jordán. Tenías razón, Maestro, de no haber querido seguir el camino de Samaria. Son mejores los ladrones con nosotros los pobres que los samaritanos...” dice Bartolomé todavía jadeante.

“En una palabra, ¿qué ha sucedido? ¿Hizo Judas algo...” pregunta Tadeo.

Tomás lo interrumpe: “Judas se las habrá llevado. Me desagrada por Elisa...”

“¿Viste a Judas?”

“Yo no, pero es fácil prever lo que pasó. Dijo ser tu apóstol y no cabe duda que le pegaron. Maestro, no te quieren”.

“Todos están contra Ti”.

“Verdaderos samaritanos”.

Todos hablan al mismo tiempo. Jesús impone silencio y dice: “Que hable uno solo. Habla tú, Simón Zelote, que eres más controlado”.

“Señor, entramos en la población. Nadie nos hizo mal alguno hasta que supieron lo que somos, mientras no nos tomaron por peregrinos de paso. Cuando preguntamos –debíamos hacerlo- si un joven, alto, moreno, vestido de rojo, con taled* de líneas rojas y blancas, y una mujer de edad, delgada, de cabellos más bien blancos que negros, de vestido gris oscuro, habían llegado allí y buscaban al Maestro galileo y compañeros, entonces se alarmaron... Tal vez no debíamos haberte mencionado. Nos equivocamos... En los otros lugares habíamos sido recibidos siempre bien... ¡No se entiende lo que sucedió!... ¡Parecen víboras los que sólo hace unos cuantos días eran tus defensores!...”

Lo interrumpe Tadeo: “Obra de los judíos...”

“No lo creo. Y no lo creo por las cosas que nos dijeron y por sus amenazas. Creo más bien... estamos seguros que la causa de su ira es que Jesús no aceptó su protección. Gritaban: ‘¡Largaos, largaos, vosotros y vuestro Maestro! Quiere ir a adorar en el monte Moria. Que se vaya, que mueran Él y los suyos. No tenemos lugar para los que no nos consideran amigos,

* taled = Pieza de lana con que se cubren la cabeza y el cuello los judíos en sus ceremonias religiosas.

sino siervos. No queremos más molestias, si no hay recompensa alguna. Piedras y no pan para el Galileo. Los perros se le echarán encima'. Más o menos gritaban así. Y como insistíamos en saber el paradero de Judas, tomaron piedras para arrojarlas, y en serio que nos echaron encima los perros. Gritaban: 'Vamos a estarnos en las entradas. Si viene, nos las pagará'. Huimos. Una mujer –siempre hay alguien bueno entre los malos- nos llevó a su huerto, de allí nos condujo por una vereda entre huertos hasta el canal que no tiene agua porque se le empleó antes del sábado. Nos escondió allí. Prometió que nos haría saber el paradero de Judas. Pero no llegó. Esperémosla, pues dijo que si no nos encontraba en el canal, vendría aquí”.

Los comentarios abundan. Algunos continúan acusando a los judíos, otros hacen un pequeño reproche a Jesús, reproche indirecto: “Hablaste muy claramente en Siquén, y luego te fuiste. En estos tres días han decidido que es inútil seguirse engañando y sufrir daños por parte de uno que no les da por su lado... y ahora te echan afuera...”

Jesús responde: “No me arrepiento de haber dicho la verdad y de haber cumplido con mi deber. Ahora no lo comprenden, pero dentro de poco comprenderán mi rectitud y me venerarán más que si no me hubiesen arrojado, y con un gran amor”.

“Allí viene la mujer. Tiene valor...” dice Andrés.

“¡No nos vaya a traicionar!” sugiere Bartolomé.

“Viene sola”.

“Puede venir gente escondida en el canal, detrás de ella...”

La mujer sigue su camino con un cesto en la cabeza por entre los campos de lino, pasa el lugar donde están Jesús y los apóstoles esperándola, toma un atajo, desaparece... para volverse a ver de improviso a las espaldas de los que esperaban, que se vuelven casi asustados sintiendo el ruido de sus pasos.

La mujer se dirige a los ocho que ha visto: “Perdonadme que os haya hecho esperar... No quería que me siguieran. Dije que iba a la casa de mi madre... sé... Os he traído esto. ¿Quién es el Maestro? Quisiera venerarlo”.

“Es ese”.

La mujer que había puesto en el suelo su cesto, se postra diciendo: “Perdona el pecado de mis conciudadanos. Si no hubiera estado quien los provocó... Muchos trabajaron para echarte fuera...”

“No le guardo rencor, mujer. Levántate y habla. ¿Sabes algo de mi apóstol y de la mujer que estaba con él?”

“Sí. Fueron arrojados como perros al otro lado de la ciudad, esperando que llegue la noche. Querían regresar e ir a Enón para buscarte. Querían venir aquí porque supieron que estaban sus compañeros. Les dije que no lo hicieran, que se estuvieran quietos, que os llevaría a ellos. Lo haré tan pronto anochezca. Por suerte mía, mi esposo está ausente, puedo estar fuera de casa. Os llevaré a casa de una hermana mía casada que vive en la llanura. Allí dormiréis, sin decir quiénes sois, no por Merod sino por los hombres que viven allí. No son samaritanos sino de la Decápolis que se han establecido acá...”

“Dios te lo pague. ¿Les pasó algo a los dos discípulos?”

“Algo al hombre, a la mujer nada. El Altísimo debió protegerla porque valerosa, protegió a su hijo cuando los de la ciudad echaron manos a las piedras. ¡Oh, qué mujer tan valiente! Gritaba: ‘¿Apedreáis así a uno que no ha hecho nada? ¿No me respetáis a mí, que soy su madre? ¿No tenéis también vosotros madre? ¿No respetáis a la que os engendró? ¿Habéis nacido de una loba o habéis sido hechos del fango o de la suciedad?’ y miraba a los que los atacaban con el manto desplegado para defender al hombre, mientras retrocedía... Todavía ahora lo consuela diciéndole: ‘Quiera el Altísimo, Judas, que esta sangre tuya derramada por el Maestro se convierta en bálsamo de tu corazón’. La herida no es grande que digamos. Tal vez está más bien espantado. Bueno, tomad y comed. Aquí hay leche fresca y es para las mujeres. También pan, queso y frutas. No he podido cocer carne, me hubiera llevado mucho tiempo. Aquí hay

vino para los hombres. Comed entre tanto baja el sol. Luego nos iremos a Merod por caminos que conozco”.

“Dios te lo pague” dice Jesús, y ofrece, reparte y aparta las porciones para los dos que no están.

“No. No. Ya les llevé huevos y pan; también vino y aceite para las heridas. Esto es para vosotros. Comed que yo vigilo el camino...”

Comen, pero la inquietud corroe a los hombres y el abatimiento hace que las mujeres, fuera de María Magdalena para quien lo que a otros causa miedo o espanto a ella le dan fuerza y valor, no tengan hambre. Sus ojos relampaguean contra la ciudad hostil. La presencia de Jesús que ha dicho que no se tenga rencor, le impide lanzar palabras duras. Y no pudiéndose controlar, descarga su ira contra el pan, de modo que Zelote al verla no puede menos de decir sonriente: “¡Felices los de Tersa que no pueden caer entre tus manos! ¡Pareces, María, una fiera encadenada!”

“Lo soy. Dices bien. A los ojos de Dios vale más que me controle de no ir allá, que todo lo que hasta ahora he expiado”.

“Está bien, María, pero Dios te ha perdonado culpas mayores que las tuyas”.

“Es verdad. Ellos te ofendieron a Ti, Dios mío, una vez, y porque otros los empujaron a ello. Yo... muchas veces... y por mi propia voluntad... No puedo ser intransigente ni soberbia...”

Baja los ojos al pan y dos lágrimas caen sobre él.

Marta le toca la mano en la rodilla y murmura: “Dios te ha perdonado. No te humilles más... Recuerda que ganaste a nuestro Lázaro...”

“No es humillación, es reconocimiento, es emoción... Reconozco que me falta esa misericordia de que yo tanta recibí... ¡Perdóname, Raboni!” dice levantando sus ojos que la humildad hace muy dulces.

“Nunca se niega, María, el perdón al humilde de corazón”.

La tarde viene declinando envuelta en un olor de violetas. Poco a poco las cosas pierden su propia figura, los mismos tallos de lino parecen formar una masa oscura. Los pájaros en lo árboles dejan de cantar. La primera estrella enciende su luz. El grillo entre la hierba entona su melodía nocturna.

“Podemos ir ahora. No nos verán. No os traiciono, no temáis. No lo hago porque se me dé algo, pido sólo que el cielo tenga piedad de mí, pues todos tenemos necesidad de ella” dice la mujer suspirando.

Se levantan. La siguen. Pasan por afuera de Tersa entre campos y hortalizas entre los que se pueden vislumbrar figuras humanas y cosas.

“Están aguardándonos...” dice Mateo”

“¡Malditos!” balbucea entre dientes Felipe.

Pedro no habla, pero levanta su puño en señal de invocación o de protesta.

Santiago y Juan Zebedeo, que vienen hablando animosamente entre sí, se vuelven a Jesús y le dicen: “Maestro, si tu perfección de amor no quiere recurrir al castigo, ¿nos permites que lo hagamos? ¿Quieres que ordenemos al fuego del cielo que baje y que acabe con esos pecadores?² Nos has dicho que todo lo que pidamos con fe, lo obtendremos...”

Jesús que caminaba un poco inclinado, como cansado, se endereza de pronto y los fulmina con su mirada que parece ofuscar la luz de la luna. Los dos se quedan espantados al sentir su mirada. Jesús sin dejar de verlos les dice: “No conocéis el espíritu al que pertenecéis. El Hijo del Hombre no ha venido a acabar con las almas, sino a salvarlas. ¿No recordáis lo que os he dicho? En la parábola del trigo y de la cizaña he dicho: ‘Dejad que por ahora el trigo y la cizaña crezcan juntamente. Si quisierais separarlos ahora podríais arrancar el trigo con la cizaña. Dejadlos hasta que llegue el tiempo de la cosecha. Entonces diré a los cosechadores: recoged la cizaña, amarradla en manojos para quemarla y poned el trigo en mi granero’ ”. Jesús ha mitigado ya su ira para con los dos que, si habían pedido que los de Tersa fueran castigados,

² Alusión a lo que se refiere en 4 Rey. 1.

lo habían dicho por amor a Él. Toma uno a la derecha y al otro a la izquierda por los codos, y se va caminando y hablando a todos, que se han reunido. “En verdad os digo que el tiempo de la cosecha está cercano. La primera será la mía, y para muchos no habrá otra. Pero –demos alabanza al Altísimo– el que en mi tiempo no se convierta en buena espiga después de la purificación del sacrificio pascual, volverá a nacer con un alma nueva. Hasta aquel día no castigaré a nadie... Después será la justicia...”

“¿Después de la pascua?” pregunta Pedro.

“No. Después del tiempo. No hablo de los hombres de ahora. Miro los siglos futuros. El hombre siempre se renueva como las mieses en los campos y siempre hay cosechas. Dejaré lo que los hombres del futuro necesitan para convertirse en buen trigo. Si no quisieren, al fin del mundo mis ángeles separarán la cizaña del trigo. Entonces vendrá el día eterno de Dios. Por ahora en el mundo el día es de Dios y de Satanás. Dios siembra el bien, el demonio arroja entre las semillas de Dios su cizaña, sus escándalos, sus maldades. Porque habrá siempre quienes inciten a otros contra Dios, como ha sucedido aquí que otros los han incitado, pero son menos culpables que ellos”.

“Maestro, cada año nos purificamos en la pascua de ácidos, y siempre quedamos lo que somos. ¿Será diverso acaso este año?” pregunta Mateo.

“Muy diverso”.

“¿Por qué? Explícate”.

“Os lo diré... mañana cuando vayamos por el camino y cuando esté Judas de Simón...”

“¡Oh, sí! Nos lo dirás y seremos mejores... Perdónanos, Jesús” dice Juan.

“Buen nombre os he puesto. El trueno no hace mal. Pero la flecha sí puede matar. El trueno muchas veces es mensajero de los rayos. *Lo mismo sucede con quien no arranca de su corazón cualquier cosa que es contra el amor. Hoy piensa en que puede castigar, mañana lo hará sin preguntar, y pasado mañana contra razón. Es fácil el descenso... Por esto os digo que os despojéis de toda dureza contra vuestro prójimo.* Haced como Yo hago y estaréis seguros de no equivocaros jamás. ¿Habéis visto que me vengue de quien me ha hecho algún daño?”

“No, Maestro. Tú...”

“¡Maestro, Maestro! Henos aquí y a Elisa. ¡Oh, Maestro, cuánto pensamos en Ti! Cuánto miedo de morir...” dice Judas de Keriot que sale de entre hileras de vides y corre a Jesús. Trae una venda en la frente. Elisa más tranquila lo sigue.

“¿Te pasó algo? ¿Tuviste miedo de morir? ¿Tanto amas la vida?” pregunta Jesús separándose de Judas que lo abraza y llora.

“No tenía miedo por la vida, sino que tenía miedo de Dios. Morir sin tu perdón... Yo siempre te ofendo. A Ti, a todos. A esta... Ha sido para mí una verdadera madre. Me sentía culpable y me daba miedo morir”.

“¡Un temor saludable si te puede hacer santo! Yo siempre te perdono, lo sabes muy bien, con tal de que tengas voluntad de arrepentirte. ¿Tú, Elisa, has perdonado?”

“Es un muchacho desconsiderado. Sé cómo compadecerlo”.

“Has sido valiente, Elisa. Lo sé”.

“¡Si no hubiera estado ella, no te habría vuelto a ver, Maestro!”

“Comprendes ahora que no por odio sino por amor se quedó contigo... ¿Te hirieron, Elisa?”

“No, Maestro. Me llovían piedras pero no me hicieron ningún daño. Yo estaba preocupadísima por Ti”.

“Todo ha terminado. Sigamos a la mujer que nos quiere llevar a un lugar seguro”.

Continúan su camino por una vereda que la luna ilumina.

Jesús toma del brazo a Iscariote y camina delante con él. Le habla con dulzura, trata de aprovecharse de lo que hace poco le pasó, de su temor del juicio de Dios: “Ves, Judas, cómo se puede morir tan fácilmente. La muerte siempre está a nuestro lado. *Ves ahora cómo lo que nos parece sin importancia cuando las fuerzas nos sonríen, se convierten en algo horriblemente espantoso cuando la muerte se deja ver.* Pero, ¿por qué tener esos temores al

morir, cuando pueden desaparecer llevando una vida santa? ¿No te parece que es mejor si vives como un hombre justo para que encuentres una muerte placida? Judas, amigo mío, la divina y paternal misericordia permitió esto como un llamado a tu corazón. Estás todavía a tiempo... ¿Por qué no quieres dar a tu Maestro que está por morir, la grande, la grandísima alegría de saber que has vuelto al bien?"

"Pero ¿puedes perdonarme aún, Jesús?"

"Si no lo pudiese, no te hablaría de este modo. Cuán poco me conoces. Yo te conozco. Sé que estás prendido como de un pulpo. Que sufrirías si te arrancases de ti esas cadenas que te muerden y envenenan. Pero después, ¡qué alegría tendrás! ¿Tienes miedo de no poder reaccionar contra lo que te tiene avasallado? Puedo absolverte de antemano del pecado de trasgresión del rito pascual... Eres un enfermo. La pascua no obliga a los que están mal. Eres como un leproso. Y los leprosos no suben a Jerusalén, mientras lo son. *Ten en cuenta, Judas, que comparecer ante el Señor con el corazón manchado, como lo tienes, no es honrarlo, sino ofenderlo.* Hay que..."

"¿Por qué entonces no me purificas y me curas?" pregunta con un poco de rabia Judas.

"¡Que no te curo! Cuando alguien está enfermo por sí busca la curación, a no ser que sea un niño o un loco..."

"Trátame como si lo fuese, como si fuese un loco".

"No sería justicia, *porque tú puedes querer.* Conoces el bien y el mal. De nada serviría que te curase *si no tienes la voluntad de permanecer curado*".

"Dámela también".

"¿Dártela? ¿Darte una voluntad buena? ¿Y tu libre albedrío? ¿Qué diría entonces? ¿Qué sucedería de tu personalidad humana, que es libre! ¿Sería un juguete?"

"Como lo soy de Satanás, podría serlo de Dios".

"¡Mira, Judas, que me ofendes! ¡Que me taladras el corazón! Te perdono... Dijiste que eres juguete de Satanás. No quería Yo decir semejante cosa..."

"Pero la pensabas, porque es la realidad y porque la conoces, si es verdad que lees los corazones humanos. Si esto es así, bien sabes que no soy más libre... Él se ha apoderado de mí y..."

"No es cierto. Se te ha acercado, te ha estado tentando, poniéndote asechanzas, y tú le has dicho que sí. No hay posesión, *si desde el principio no se conciente en la tentación diabólica.* La serpiente puede asomarse a los barrotes de los corazones, y no entrará si el hombre no le deja lugar para ver su apariencia seductora, para escucharla, para seguirla... Sólo entonces el hombre se convierte en juguete, es un poseído, y eso porque lo quiere. También Dios envía del cielo sus luces dulcísimas de un amor paternal, y penetra en nosotros. Mejor: Dios, para quien todo es posible, desciende en el corazón de los hombres. Le pertenecen por derecho. ¿Por qué entonces el hombre, que sabe convertirse en esclavo, y juguete del Horrible, no se hace siervo de Dios, aún más, hijo suyo? ¿No me respondes? ¿No me dices por qué has preferido a Satanás y no a Dios? Todavía estás a tiempo de salvarte. Sabes que voy a morir. Nadie como tú lo sabe... No rehúso el morir... Camino hacia él. Y camino derecho porque mi muerte será vida para muchos. ¿Por qué no quieres estar entre estos? ¿Sólo mi muerte será inútil para ti, amigo mío, mi pobre amigo?"

"Será inútil para muchos, no te hagas ilusiones. Sería mejor que huyeses de acá, que gozases de la vida, que enseñases tu doctrina que es buen, pero que no te sacrificaras".

"¡Enseñar mi doctrina! ¿Y qué cosa podría enseñar, si no hago lo que digo? ¿Qué Maestro sería Yo si predicase que debe obedecerse a Dios y Yo no lo hiciera? ¿que se amase a los hombres y no los amase? ¿que renunciasen a la carne, al mundo, a los honores, y luego hiciese todo lo contrario escandalizando no sólo a los hombres, sino a los ángeles? Satanás está hablando a través de ti en estos momentos, como habló en Efraín, como tantas veces ha hablado y obrado por tu medio, para causarme daño. He comprendido todas estas acciones de Satanás, realizadas por tu medio, y no te he odiado, no he sentido cansancio de ti, sino sólo una pena, y pena infinita. Como una madre mira con dolor que avanza la enfermedad de su

hijo, así también Yo de ti. Como un padre que no deja nada por buscar la medicina que cure a su hijo, así también Yo no he dejado nada por salvarte, y me he sobrepuesto a las repugnancias, corajes, amarguras, desconsuelos... Como un padre y madre vuelven sus ojos al cielo en busca de algo que salve a su hijo, así también Yo he llorado, y sigo implorando un milagro que te salve, te salve del abismo a cuyo borde te encuentras. ¡Judas, mírame! Dentro de poco derramaré toda mi sangre, no me quedará ni una gota. La beberán los terrones, las piedras, las hierbas, empapará la vestidura de los que me persiguen como las mías... los palos, el hierro, las sogas, las espinas del nabacá... la beberán los corazones que esperan ser salvados... ¿Eres el único que no quieres beber de ella? Sólo por ti, daría toda mi sangre. Eres mi amigo. ¡Con qué placer se muere por el amigo! ¡Para salvarlo! Se dice: 'Muerdo, pero seguiré viviendo en mi amigo por quien di mi vida'. Como una madre, como un padre que continúan viviendo en el hijo aún después de muertos. ¡Judas, por favor! No pido otra cosa en los días que preceden mi muerte. Los jueces, los enemigos mismos conceden al sentenciado a muerte una última gracia, escuchan su último deseo. Yo te pido que no te condenes. No lo pido al cielo, sin a ti, a tu voluntad... Piensa, Judas, en tu madre. ¿Qué le pasará a ella? ¿Qué será del nombre de tu familia? Ten en cuenta esto que es un sentimiento muy profundo para ti. No te deshonres, Judas. Piensa. Pasarán los años, los siglos, caerán reinos e imperios, se apagarán las estrellas, cambiará la configuración de la tierra, y tú serás siempre Judas, como Caín siempre es Caín, si es que persistes en tu pecado. Se acabarán los siglos. Quedarán sólo Paraíso e Infierno, y tú, Judas, estarás en el lugar en que para siempre serás maldito, como el mayor criminal, si no te arrepientes. Descenderé a liberar las almas del Limbo⁷, sacaré almas del Purgatorio, y a ti... no te podré llevar a donde estoy... Judas, voy a morir, y contento, porque ha llegado la hora que millares de años esperaban, la hora de reunir a los hombres con su Padre, pero no lo lograré con muchos. Sin embargo el número de los que se salven me consolará de las angustias que padeceré por los que inútilmente muerdo. Te aseguro que será muy horrible no verte entre los salvados, a ti, que eres mi apóstol, mi amigo. ¡No me des ese dolor tan cruel!... Quiero salvarte, Judas. Salvarte. Mira. Descendemos hacia el río. Mañana, cuando amanezca, nosotros dos lo pasaremos y tú irás a Bozra, o a Arbela, o a Aera, a donde quieras. Conoces las casas de los discípulos. En Bozra puedes preguntar por Joaquín y por María, la leprosa a quien curé. Te daré un escrito para ellos. Diré que te sientes mal y necesitas un lugar tranquilo y de aire puro. Es la verdad, porque estás enfermo y porque el aire de Jerusalén acabaría contigo. Ellos pensarán que estás enfermo en el cuerpo. Estarás allí hasta que no vaya a traerte. Yo pensaré en lo que digan tus compañeros... Pero no vengas a Jerusalén. ¿Ves? No he querido que vengan las mujeres, sino solo las más fuertes, y aquellas que por derecho de madres deben estar junto a sus hijos".

"¿Tampoco la mía?"

"No. María tu madre no vendrá a Jerusalén..."

"También ella es madre de un apóstol y siempre te ha respetado".

"Tienes razón que tendría derecho de estar cerca de Mí, pues me ama como debe de ser, pero precisamente por esto no irá a Jerusalén. Se lo prohibí y ella sabe obedecer".

"¿Por qué? ¿Que cosa no tiene que tenga la madre de tus hermanos y la de los hijos de Zebedeo?"

"Tú sabes por qué digo esto. Pero si me escuchas, si vas a Bozra, mandaré a avisar a tu madre que te haga compañía, para que ella, que es muy buena, te ayude a curarte. Créemelo: somos los únicos que te amamos sin medida. Tres son los que te aman en el cielo: el Padre, el Hijo el Espíritu Santo que no han dejado de mirarte y que esperan que quieras para que te hagan el joyel de la redención, la presa más grande arrebatada al abismo. Y tres hay en la tierra: Yo, tu madre y mi Madre. ¡Haznos felices, Judas!, a los del cielo, a los de la tierra, que te amamos con verdadero amor".

"Lo has dicho. Tres son los que me aman; los otros... no".

⁷ Cfr. Mt. 27, 50-54; 1 Pe. 3, 18-22.

“No como nosotros, pero también te aman. Elisa te defendió, los demás estaban preocupados por ti. Cuando te has separado todos piensan en ti, y tu nombre está en sus labios. No conoces el amor que te rodea. Tu opresor te lo esconde. Pero créeme a Mí”.

“Te creo, y trataré de contentarte. Pero quiero hacerlo por mí mismo. Yo soy el que me equivoqué, soy quien debo curarme de mi mal”.

“Solamente Dios puede hacer todo por Sí. Tu pensamiento es de soberbia. En él está escondido Satanás. Sé humilde, Judas. Toma fuertemente esta mano amiga. Refúgiate en este corazón que siempre te lo tienes abierto. Conmigo Satanás no podrá hacerte ningún mal”.

“He tratado de estar contigo... Y siempre he descendido más... ¡Es inútil!”

“¡No digas eso! ¡No lo digas! Rechazas la ayuda. Dios lo puede todo. Acógete a Dios, ¡Judas, Judas!”

“No tan alto que los otros nos pueden oír...”

“¿Te preocupas de los otros y no de tu alma? ¡Pobre Judas!...”

Jesús no dice más, pero sigue al lado de su apóstol hasta que la mujer, que iba uno cuantos metros delante entra en una casa que hay en medio de un espeso olivar. Jesús dice a Judas:

“No dormiré esta noche. Rogaré por ti y te esperaré... Que Dios hable a tu corazón.

Escúchalo... Me quedaré aquí, donde estoy, a orar. Hasta el amanecer... tenlo presente”.

Judas no responde. Llegan todos, se detienen un poco en espera de que regrese la mujer, la cual regresa acompañada de otra mujer parecida a ella que los saluda: “No tengo muchas habitaciones porque están en ellas los segadores que por ahora trabajan en los olivos, pero tengo el granero y hay mucha paja. Para las mujeres tengo lugar. Venid”.

“¡Id! Yo me quedo a orar. La paz sea con todos vosotros” dice Jesús, y mientras los otros se van, llama a su Madre diciéndole: “Me quedo a orar por Judas. Ayúdame también tú, Madre mía...”

“Sí, Hijo. ¿Nace en él algún deseo?”

“No, Madre. Pero nosotros debemos obrar como si... El cielo puede todo, Madre”.

“Sí. Puedo todavía engañarme. Pero tú, no, Hijo mío. ¡Tú sabes, santo Hijo mío! Mas siempre te imitaré. Tranquilízate, y aún cuando no puedas hablarle, porque te huirá, trataré de llevártelo. ¡Que el Padre Santísimo escuche mi dolor!... ¿Me permites que me quede contigo, Jesús? Oraremos juntos... y serán horas en que estemos juntos...”

“Quédate, Madre. Te espero aquí”.

María se va ligera, y poco después regresa. Se sienta sobre sus alforjas, a los pies de los olivos. En el silencio profundo de la noche se oye, no muy lejos, el rumor del arroyo, y el canto de los grillos resuena más fuerte. Cantan los ruiseñores. Una lechuza lanza un grito. Las estrellas en el cielo lentamente se mueven. Nadie las opaca porque la una se ha metido ya. Después, un gallo rompe el aire tranquilo con su qui-qui-ri-quí. Otro gallo por allá le responde. Luego el gotear del agua que cae de los tejados sobre los sauces. Un ruido entre las ramas, los pajarillos que empiezan a despertarse, y poco después el cielo que despierta a la luz que lo ilumina. Ha amanecido, pero Judas no ha venido...

Jesús mira a su Madre, blanca cual lirio, apoyada sobre el tronco de un olivo, y le dice:

“Hemos orado, Madre. Dios aprovechará nuestra plegaria...”

“Sí, Hijo mío. Estás pálido como un cadáver. Tus fuerzas se han agotado en la noche llamando a las puertas del cielo y a los decretos de Dios”.

“También tú estás pálida, Madre. Te has cansado mucho”.

“Mi dolor aumenta con el tuyo”.

La puerta de la casa se abre cautamente... Jesús se estremece, pero se trata de la mujer que los trajo, que sale sin hacer ruido. Jesús suspira: “Esperé pensando no poder equivocarme”.

La mujer llega con su cesto vacío, mira a Jesús, lo saluda y quiere seguir adelante. Él la llama y le dice: “Que el Señor te pague por todo. Yo también lo quisiera, pero no tengo nada”.

“No quiero nada, Rabí. No quiero dinero. Sólo quiero algo y puedes dármelo”.

“¿Cuál es mujer?”

“Que mi marido cambie de corazón. Puedes hacerlo porque eres verdaderamente el Santo de Dios”.

“Vete en paz que, se hará como lo has pedido. Adiós”.

La mujer se va rápida a su hogar que debe ser muy triste. María comenta: “Otra infeliz. ¡Por esto es buena!...”

Por el granero asoma su cabeza despeinada Pedro, luego la radiante de Juan, después la enérgica de Tadeo y la requemada de Zelote y la delgada del jovenzuelo Benjamín... Todos se han despertado. De la casa la primera en salir es María Magdalena, le sigue Nique y luego las demás. Cuado todos ya se han reunido y la mujer que los hospedó les ha traído una vasija con leche espumosa, se deja ver Iscariote. No trae la venda pero se ve todavía rojo donde recibió el golpe; y también sus ojos morados. Jesús y Judas se miran mutuamente, pero Judas vuelve la cabeza a otra parte.

Jesús le dice: “Cómprale a la mujer todo cuanto pueda vender. No adelantamos. Luego nos alcanzamos”.

Después de haberse despedido de la mujer, Jesús y todos los demás se ponen en marcha.

37. El encuentro con el joven rico¹

7 marzo 1947

Es una mañana bellísima del mes de abril. La tierra y el cielo despliegan toda su belleza. Se respira luz, canto, perfume. Por la noche debió haber llovido un poco, porque en el camino no hay polvo, pero tampoco lodo. Las hierbas, las hojas limpias y puras se balancean a la caricia de una brisa que baja de los montes hacia la fértil llanura precursora de Jericó. De las riberas del Jordán sube continuamente gente que las atravesaron, o bien han seguido el camino que va a lo largo de él y que según las señales que hay lleva a Jericó y a Doco. Pastores y más pastores con sus corderos que llevan para el sacrificio se mezclan con muchos israelitas que de todas partes vienen a Jerusalén para la fiesta, y con mercaderes.

Muchos al reconocer a Jesús le saludan. Son hebreos de la Perea, Decápolis y de lugares no muy lejanos. Viene un grupo de Cesarea Paneade. Hay pastores que como siempre llevan una vida nómada por sus rebaños, han conocido al Maestro o supieron de Él por medio de los discípulos.

Uno se postra y le dice: “¿Puedo ofrecerte el cordero?”

“No te prives de él. Es tu recompensa”.

“¡Mi agradecimiento! No te acuerdas de mí, yo sí. Soy uno que curaste entre muchos. Me soldaste el hueso del muslo que nadie me había podido curar. Te doy con gusto el cordero. Es el más hermoso. Te lo doy para el banquete de alegría. Sé que estás obligado a gastar para el holocausto. Es para el banquete de alegría... tómalo, Maestro”.

“Sí, tómalo. Ahorraremos. O mejor: podríamos comérmolo porque con todas tus prodigalidades, no tengo más dinero” propone Iscariote.

“¿Prodigalidades? ¡Si desde Siquén no se ha gastado ni un céntimo!” protesta Mateo.

“En resumidas cuentas, no tengo más dinero. Lo último lo di a Merode”.

“Escucha” dice Jesús al pastor para que Judas se calle, “por ahora no voy a Jerusalén y no puedo llevar conmigo al cordero. De otro modo lo aceptaría con gusto”.

“Pero después irás, ¿no? Te quedarás a las fiestas. Tendrás un lugar dónde quedarte. Dímelo y lo entregaré a tus amigos...”

“No tengo nada de esto... Pero en Nobe tengo un amigo pobre y viejo. Escúchame bien: al día siguiente del sábado pascual, al amanecer, irás a Nobe y dirás a Juan, el anciano de allí – todos te indicarán dónde vive: ‘Este cordero te lo manda Jesús de Nazaret, tu amigo, para que te prepares un banquete de alegría, porque mayor alegría no puede haber para los amigos del Mesías’. ¿Lo harás?”

¹ Cfr. Mt. 19, 16-30; Mc. 10, 17-31; Lc. 18, 18-30.

“Si así quieres, lo haré”.

“Y me sentiré feliz. No antes del día siguiente al sábado. Acuérdate bien. Y acuérdate de mis palabras. Ahora vete, y la paz sea contigo. Conserva tu corazón firme en la paz en los días que están por venir. Esto también recuérdalo y sigue creyendo en mi Verdad. Adiós”.

La gente que se había acercado a oír se dispersa cuando el pastor volviendo a guiar su rebaño, hace que se disperse. Jesús lo sigue, aprovechando el espacio abierto.

La gente comenta: “¿Pero va a Jerusalén? ¿No sabe que hay un bando contra Él?”

“¡Eh! Pero nadie puede prohibir a un hijo de la ley que se presente ante el Señor para la pascua. ¿Es acaso culpable de algún delito público? No. Si lo fuera, Pilato ya lo habría hecho aprisionar como a Barrabás”.

Y otros: “¿Oíste? No tiene refugio, ni amigos en Jerusalén. ¿Que todos lo han abandonado?”

¿Hasta el resucitado? ¡Valiente gratitud!”

“Cállate. Aquellas dos son las hermanas de Lázaro. Soy de la campiña de Magdala y las conozco bien. Si están con Él, señal es que toda la familia le sigue siendo fiel”.

“Tal vez no se atreve a entrar en la ciudad”.

“Tienes razón”.

“Dios lo perdonará si se queda afuera”.

“Es muy prudente. Si fuese aprehendido, terminaría todo antes de su hora”.

“Claro. Porque todavía no está preparado para ser proclamado rey nuestro, y Él no quiere ser aprehendido”.

“Se dice que mientras todos creían que estaba en Efraín, se fue a todas partes, hasta las tribus nómadas, para asegurarse seguidores, soldados y protección”.

“¿Quién te ha dicho?”

“Son las acostumbradas mentiras. Es el Rey santo y no el rey de ejércitos”.

“Tal vez celebrará la pascua suplementaria. Así es más fácil que pase sin ser observado. El Sanedrín se disuelve después de las fiestas, y todos los sanedristas vuelven a sus hogares para la cosecha. No vuelve a reunirse sino hasta Pentecostés”.

“Cuando los sanedristas no estén ya, ¿quién quieres que le haga mal alguno? Son ellos los chacales”.

“¡Que si es prudente! Lo es más que cualquiera. Pero no es un cobarde”.

“¿Cobarde? ¿Por qué? Nadie puede tachar de cobarde a quien se cuida para llevar a cabo su misión”.

“Es siempre un cobarde, porque cualquier misión que se le haya encomendado es inferior a Dios. Por esto el culto a Dios es superior a todo”.

Palabras y comentarios semejantes van de boca en boca. Jesús simula no oír.

Judas de Alfeo se detiene para esperar a las mujeres, y llegadas –venían con Benjamín uno veinte pasos atrás- “Repartiste mucho en Siquén después que partimos”.

“¿Por qué?”

“Porque Judas no tiene ni un céntimo. No tendrás sandalias, Benjamín. Mala suerte. No se puede entrar en Tersa, y aunque hubiéramos podido, no hubiera habido dinero... Tendrás que entrar en Jerusalén así...”

“Antes está Betania” dice Marta con una sonrisa.

“Y antes Jericó y mi casa” dice Nique, sonriendo.

“Y antes de todo estoy yo. Lo prometí y lo haré. Este es un viaje de experiencias. He visto lo que significa no tener ni un didracma. Y ahora veré lo que es vender algo por necesidad” interviene María Magdalena.

“¿Y qué quieres vender, si no traes tus joyeles?” le pregunta Marta.

“Traigo muchas orquillas de plata. Para sujetarme el cabello bastan de hierro. Las venderé.

Jericó está lleno de gente que compra esas cosas. Hoy es día de mercado, también mañana y así varios días, por las fiestas”.

“¡Pero hermana!”

“¿Qué? ¿Te escandalizas de que vayan a pensar que soy tan pobre que venda hasta las orquillas de plata? ¡Hubiera querido haberte dado siempre esa clase de escándalos! Peor era cuando sin necesidad me vendía al vicio a otros y a mí misma”.

“¡Silencio que Benjamín no sabe nada!”

“Todavía no. Y tal vez ignora que fui pecadora. Pero mañana lo sabría de los labios de quien me odia porque ya no lo soy, y con ciertos detalles que no existieron. Es mejor que lo sepa de mí misma y vea cuánto puede el Señor que lo corrigió. De una pecadora hizo una arrepentida; de un muerto un resucitado. A mí me resucitó en el espíritu, a Lázaro en su cuerpo. Somos seres que vivimos. Esto nos lo hizo el Rabí, Benjamín. Recuérdalo siempre y ámallo con todas tus fuerzas porque verdaderamente es el Hijo de Dios”.

Algo que no deja avanzar hace que las mujeres alcancen a Jesús y a los apóstoles. Jesús ordena: “Seguid hasta Jericó y entrad si queréis. Voy a Doco. Al anochecer estaré con vosotros”.

“¿Por qué nos dejas? No estamos cansadas” protestan todas.

“Porque quisiera que por lo menos algunas de vosotras avisaseis a los discípulos que mañana estoy en casa de Nique”.

“Si es así, vamos. Venid Elisa, Juana, Susana, Marta. Prepararemos todo” habla Nique.

“Yo y Benjamín. Haremos nuestras compras. Bendícenos, Maestro, y regresa pronto. ¿Te quedas, Madre?”

“Sí, con mi Hijo”.

Se separan. Con Jesús se quedan las tres Marías: su Madre, su cuñada María Cleofás y María Salomé.

Jesús deja el camino de Jericó, y toma el que va a Doco. Ha caminado poco cuando he aquí una rica caravana, que debe venir de lejos porque las mujeres vienen montadas en camellos, encerradas dentro de sus movibles tiendas. Hombres de guardia sobre fogosos caballos. Se separa un joven y haciendo arrodillar su camello baja de su silla y se dirige a Jesús. Un siervo corre a detener de las riendas al animal.

El joven se postra ante Jesús y después de una profunda inclinación le dice: “Soy Felipe de Canata, hijo de verdaderos israelitas y tal he sido. Discípulo de Gamaliel, hasta que la muerte de mi padre me obligó a hacerme cargo de sus negocios. Varias veces te he escuchado. Conozco las acciones. Aspiro a una vida mejor para alcanzar la vida eterna que prometes a quien crea en sí tu Reino. Dime, pues, Maestro bueno, ¿qué deberé hacer para obtener la vida eterna?”

“¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios lo es”.

“Tú eres el Hijo de Dios, bueno como tu Padre. ¡Oh! ¿dime qué debo hacer?”

“Para entrar en la vida eterna observa los mandamientos”.

“¿Cuáles, Señor mío? ¿Los antiguos o los tuyos?”

“En los antiguos están ya los míos, pues no los cambian⁵. Siempre son: adorar amorosamente al Dios Verdadero y Único, respetar las leyes de su culto, no matar, no robar, no cometer adulterio, no ser testigo falso, honrar a tu padre y madre, no hacer mal al prójimo, sino amarlo como a ti mismo. Si haces así, alcanzarás la vida eterna”.

“Maestro, desde mi niñez he observado todas estas cosas”.

Jesús lo mira con ojos amorosos y dulcemente le pregunta: “¿Y no te parece aún suficiente?”

“No, Maestro. El Reino de Dios en nosotros y en la otra vida es cosa grande. Dios que se nos da es un don infinito. Pienso que respecto al Absoluto, al Infinito, al Perfecto, todo lo que se debe hacer es poco, y creo que se debe conseguir con cosas mayores que las que se nos mandan, para mostrarle nuestra gratitud”.

“Dices bien. Para ser perfecto te falta una cosa. Si quieres ser perfecto como quiere nuestro Padre celestial, ve a tu casa y vende cuanto posees, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en

⁵ Cfr. Ex. 20, 1-17; Deut. 5, 1-22; Mt. 5, 17-19.

el cielo, donde el Padre, que ha dado su tesoro a los pobres de la tierra, te amará. Luego ven y sígueme”.

El joven se entristece, piensa. Se pone de pie, dice: “Tendré presente tu consejo...” y se aleja con tristeza.

Judas irónicamente se sonríe y murmura: “¡No soy el único que ame el dinero!”

Jesús se vuelve, lo mira... luego mira a los otros once que le rodean, suspira: “Cuán difícilmente un rico entrará en el Reino de los cielos cuya puerta es estrecha, y el camino áspero. No pueden caminar por él, no pueden entrar en ella los que vienen cargando grandes fardos de riquezas. Para entrar allá arriba no hacen falta sino tesoros de virtudes, y saber separarse de todo lo que es apego a las cosas del mundo y vanidad”. Jesús está muy triste... Los apóstoles se miran de soslayo entre sí...

Jesús al ver la caravana del joven rico que se aleja, añade: “En verdad os digo que es más fácil que un camello pase por el agujero de una aguja, que el rico entre en el Reino de Dios”.

“¿Entonces quién podrá salvarse? La miseria frecuentemente empuja al pecado porque se tiene envidia o no se respeta lo que es del otro, o se desconfía de la Providencia... La riqueza sirve de obstáculo para la perfección... ¿Entonces quién podrá salvarse?”

Jesús los mira y les dice: “Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios porque Él todo lo puede. Basta con que el hombre ayude a su Señor, que se manifiesta en aceptar el consejo que se recibe y en esforzarse por llegar a desprenderse de las riquezas. *En ser libre, para seguir a Dios*, pues la verdadera libertad del hombre consiste en: *seguir la voz que Dios susurra en el corazón y sus mandamientos, no ser esclavo de sí mismo, ni del mundo, ni del respeto humano, y por lo tanto de Satanás. Usar la gran libertad de arbitrio que Dios ha dado al hombre para querer libre y solamente el bien y conseguir así la vida eterna, que es luz, libertad, bienaventuranza*. No hay qué ser esclavos ni siquiera de la propia vida, si por conservarla el hombre se opone a Dios. Os lo he dicho: ‘El que pierda su vida por amor a Mí y por servir a Dios, la salvará en la eternidad’ ”.

“¡Bueno! Nosotros hemos dejado todo por seguirte, aun lo que se nos permitía. ¿Qué sacaremos de ello? ¿Entraremos en tu reino? Pregunta Pedro.

“En verdad, en verdad os digo que los que así me hubieran seguido, y me siguieren –pues siempre hay tiempo de reparar las debilidades y culpas hasta el presente cometidas, y siempre lo hay mientras se vive en la tierra- tales estarán conmigo en mi Reino. En verdad os digo que los que me habéis seguido en la nueva era que llegará os sentaréis sobre tronos a juzgar las naciones de la tierra junto con el Hijo del hombre que estará sentado en su trono de gloria. En verdad os digo también que cualquiera que, por amor a Mí, haya dejado casa, campos, padre, madre, hermanos, esposa, hijos y hermanas, para esparcir la Buena Nueva y continuarme, recibirá el ciento por uno en este tiempo y la vida eterna en la edad que está por venir”.

“Si perdemos todo, ¿cómo podemos centuplicar nuestros bienes?” pregunta Judas de Keriot.

“Repito: lo que es imposible a los hombres, es posible a Dios. Dios dará el ciento de gozo espiritual a los que quisieron hacerse hijos suyos, esto es, de seres netamente humanos, se hicieron espirituales. Poseerán un gozo acá en la tierra y en el más allá. Os digo también que no todos los que parecen ser últimos, o menos que ello, por no ser aparentemente mis discípulos, y ni siquiera del Pueblo elegido, lo serán. En verdad os digo que muchos que eran los primeros serán los últimos; y que muchos de estos serán los primeros... Bien, ved allá Doco. Adelantaos todos menos Judas de Keriot y Simón Zelote. Id a anunciarme a quienes puedan tener necesidad de Mí”.

Jesús espera con los otros dos a que los alcancen las tres Marías que los siguen a pocos metros de distancia.

38. Tercera predicación de la Pasión. María de Zebedeo y sus hijos¹

¹ Cfr. Mt. 20, 17-28; Mc. 10, 32-45; Lc. 18, 31-34; 22, 25-27.

8 marzo 1947

Cuando Jesús sale de Doco que duerme, apenas si el cielo tiene algo de luz y el camino es un poco difícil. Nadie oye las pisadas porque caminan con cautela y las casas están cerradas. Nadie habla sino hasta que salen fuera de la ciudad, a la campiña que se despierta otra vez, lavada con el rocío matinal.

Isariote dice: "Camino inútil y descanso perdido. Hubiera sido mejor no haber venido hasta acá".

"No nos trataron mal los pocos que encontramos. Pasaron la noche sin dormir por escucharnos y para ir a traer a los enfermos de los alrededores. Estuvo muy bien haber venido. Porque los que, por enfermedad o por otra razón, no tenían ya esperanzas de ver al Señor en Jerusalén, lo vieron aquí y han recibido consolación en su cuerpo y en su alma. Los otros ya partieron para la ciudad... Estamos acostumbrados, si se puede, a ir unos días antes a la fiesta" dice Santiago de Alfeo con dulzura, porque si es así su carácter, todo lo contrario de Judas de Keriot que aun en los momentos buenos es violento e imperioso.

"Precisamente porque también vamos a Jerusalén era inútil haber venido aquí. Nos habrían oído y visto allá..."

"Pero no las mujeres y los enfermos" replica Bartolomé, interrumpiéndolo.

Judas finge no haber oído y añade: "Espero al menos que vayamos a Jerusalén, porque ahora lo dudo después de lo que dijo Jesús a aquel pastor..."

"¿Y a dónde quieres que vayamos sino a allá?" pregunta Pedro.

"¡Bueno! No lo sé. Lo que hacemos es tan irreal desde hace algunos meses, tan contrario a lo previsible, al buen sentido, aun a la justicia que..."

"¡Oye, aunque te vi beber leche en Doco, estás hablando como un ebrio! ¿Dónde encuentras las cosas contrarias a la justicia?" pregunta Santiago de Zebedeo con ojos amenazadores. Le grita: "¡Basta de reprochar al Justo! ¿Lo has comprendido? No tienes derecho de reprocharle nada. Nadie lo tiene porque es perfecto, y nosotros... ninguno de nosotros lo es, y tú menos que nadie".

"¡Cierto! Si estás enfermo cúrate, pero deja de fastidiarnos con tus quejas. Si eres lunático, allí está el Maestro. Dile que te cure y ten paz". Exclama Tomás que ha perdido la paciencia. De hecho, Jesús viene detrás con Judas de Alfeo y Juan ayudando a las mujeres a caminar por el sendero que no es bueno, y todavía está oscuro por encontrarse en medio de un bosque de olivos. Jesús viene hablando animadamente con las mujeres sin poner atención a lo que delante de Él se dice. Aunque las palabras no se entienden bien, pero el tomo sí da a entender que se ha trabado alguna disputa. Los dos apóstoles, Tadeo y Juan se miran... pero no hablan. Miran a Jesús y a María. Ésta viene envuelta en su manto y apenas si se ve su rostro y Jesús parece no haber oído. Terminado lo que venían diciendo –hablan de Benjamín, y de su futuro, de Sara la viuda de Afec, que ha ido a establecerse en Cafarnaum y es una madre amorosa no sólo con el niño de Giscala, sino con los pequeños de la mujer de Cafarnaum, que, casada otra vez, no amaba más a sus primeros hijo y que murió "en tal forma que no cabe duda que la mano de Dios se dejó sentir en su muerte" dice Salomé– Jesús se adelanta con Judas Tadeo y se une a los discípulos, diciendo antes a Juan: "Quédate con ellas, si quieres. Voy a responder a Judas, que está irritado y a poner paz".

Juan, después de haber dado unos cuanto pasos más y al notar que el sendero no está oscuro, de prisa va con Jesús que está diciendo: "Tranquilízate, pues, Judas. No haremos nada de irreal, como nunca lo hemos hecho. Tampoco ahora estamos haciendo algo imprevisible. Todos saben que cualquier verdadero israelita, que no está enfermo o impedido por causas muy graves, sube al Templo. Y nosotros iremos".

"No todos. Marziam, según he sabido, no vendrá. ¿Está acaso enfermo? ¿Por qué no viene? ¿Quieres sustituirlo por el samaritano?" El tono de Judas es insoportable... Pedro dice entre dientes: "¡Oh prudencia, amárrame la lengua!" y aprieta sus labios para no agregar más. Sus ojos un poco bovinos, despiden una mirada conmovedora, por el esfuerzo que hace para refrenar su ira y su aflicción.

La presencia de Jesús hace que nadie hable, pero Él sí lo hace con una calma verdaderamente divina: “Venid adelante un poco, para que no oigan las mujeres. Desde hace días quería deciros algo. Os lo prometí en la campiña de Tersa. Quería que todos estuviesen presentes. Vosotros. No las mujeres. Dejémoslas tranquilas... Dentro de lo que os diré está la razón por la cual Marziam no estará con nosotros, ni tu madre, Judas de Keriot, ni tus hijas, Felipe, ni las discípulas de Galilea con la jovencita. Hay cosas que no todos pueden soportar. Yo como Maestro sé qué cosa es buena para mis discípulos y cuánto pueden o no pueden soportar. Tampoco vosotros sois fuertes para soportar la prueba, y sería una gracia que os vieséis libres de ella. Pero vosotros debéis continuarme, y debéis saber cuán débiles sois para que seáis misericordiosos con los débiles. Por eso no podéis ser excluidos de esta terrible prueba que os dará la medida de lo que sois, de lo que habéis hecho durante estos tres años en que habéis estado conmigo. Sois doce. Vinisteis a Mí casi al mismo tiempo. No habían pasado muchos días que nos habíamos encontrado Santiago, Juan y Andrés, en que fuiste recibido Judas de Keriot, como también tú, Santiago, hermano mío, y tú, Mateo para que pueda justificarse tanta diferencia de formación vuestra. Todos vosotros, incluido tú docto Bartolomé, no teníais ninguna formación en mi doctrina. Aún más, vuestra formación mejor que la de muchos del viejo Israel era un obstáculo para aceptar la mía. El camino que se os mostró era suficiente para llevaros todos a un mismo punto. Sin embargo, uno ha llegado a él, otros están cerca, otros no tanto, otros muy atrás, otros... debo añadirlo, en lugar de adelantar han retrocedido. ¡No os miréis! No busquéis quién sea el primero o el último entre vosotros. El que tal vez se crea el primero y así lo crean los demás, tiene todavía qué probarse a sí mismo. El que se cree el último está para brillar en su formación como una estrella del cielo. Por esto una vez más os digo: no juzguéis. Los hechos hablarán muy claro. Por ahora no podéis comprender, pero pronto, muy pronto os acordaréis de mis palabras y las comprenderéis”.

“¿Cuándo? Nos has prometido que nos diríais, que nos darías una explicación de por qué la purificación pascual será distinta este año, y no lo has hecho” se lamenta Andrés.

“De esto es de lo que quiero hablaros, porque lo que antes os dije, con esto, constituyen una sola cosa, pues tienen una sola raíz. Ved, subimos a Jerusalén para la Pascua, y allí se cumplirán todas las cosas que dijeron los profetas respecto al Hijo del Hombre. En verdad, así como vieron los profetas, como se predijo en la orden dada a los hebreos al salir de Egipto, como se ordenó a Moisés en el desierto, el Cordero de Dios está para ser inmolado, y su sangre bañará los pilares de los corazones, el ángel del Señor pasará sin hacer daño a los que tuvieren consigo y amasen la Sangre del Cordero inmolado, que pronto será levantado como la serpiente de metal en el palo transversal, parta que sea señal para los que la serpiente infernal hirió, para que sea salvación de los que la miraren con amor³. El Hijo del Hombre, vuestro Maestro Jesús, pronto será entregado en las manos de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y de los ancianos que lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que sea escarnecido. Será abofeteado, herido, escupido, arrastrado por las calles como un harapo inmundo y los gentiles, después de haberlo flagelado y coronado de espinas, lo condenarán a morir en una cruz, en la que mueren los malhechores. El pueblo hebreo, reunido en Jerusalén, pedirá su muerte en lugar de la del ladrón, y el Hijo del hombre, así será matado. Pero así como está escrito en las profecías, después de tres días resucitará. Esta es la prueba que os espera, y que demostrará vuestra formación. En verdad os digo a todos vosotros, que os creéis perfectos que despreciáis a los que no son de Israel, y aun a muchos de nuestro pueblo, en verdad os digo que vosotros, el grupo selecto de mi grey, será presa del miedo y os desbandaréis huyendo como si los lobos, que por todas partes os atacarán, os fuesen a desgarrar. Pero os lo digo de antemano: no temáis. No os quitarán ni un solo cabello. Bastaré para saciar a los lobos feroces...”

Conforme Jesús va hablando, los apóstoles parecen estar bajo una lluvia de piedras y se van encorvando cada vez más. Al terminar dice: “Esto que os acabo de decir está ya muy cerca.

³ Cfr. Núm. 21, 4-9; 4 Rey. 18, 1-4; Sab. 16, 5-7; Ju. 3, 14-15.

No es como las otras veces, que todavía faltaba tiempo. Ha llegado la hora. Voy para ser entregado a mis enemigos e inmolado para la salvación de todos. Esta flor, todavía conservará algunos de sus pétalos cuando habré ya muerto” algunos se llevan las manos a la cara, otros lloran como si hubiesen sido heridos, Iscariote está lívido, literalmente lívido...

El primero que se sobrepone es Tomás que promete: “Esto no te sucederá, porque te defenderemos o moriremos junto contigo, y así habremos demostrado que habíamos alcanzado tu perfección, que éramos perfectos en el amor a Ti”.

Jesús lo mira sin responder.

Después de unos momentos el pensativo Bartolomé dice: “Dijiste que serás entregado...

¿Pero quién puede entregarte a tus enemigos? Eso no está escrito en las profecías. No. No está dicho. Sería cosa horrible que un amigo tuyo, discípulo o seguidor, aunque fuese el último de todos, te entregase en manos de los que te odian. ¡No! Quien te ha oído con amor, aunque haya sido una sola vez, no puede cometer semejante crimen. No son bestias feroces, ni satanás. Son hombres... “No, Señor mío! Ni siquiera lo que te odian lo podrán... Tienen miedo del pueblo y ¡el pueblo estará todo a tu alrededor!”

Jesús mira también a Natanael, mas no le contesta.

Pedro y Zelote están hablando animadamente entre sí. Santiago de Zebedeo regaña a su hermano porque lo ve tranquilo, que le responde: “Es que ya hace tres meses que lo sé” y dos lágrimas caen por su rostro.

Los hijos de Alfeo hablan con Mateo que sacude la cabeza desconsolado.

Andrés se vuelve a Iscariote: “Tú que tienes tantos amigos en el Templo...”

“Juan mismo conoce a Anás” rebate Judas y añade: “¿Qué quieres que se haga? ¿Qué puede valer la palabra del hombre, si así está sellado?”

“¿Lo crees en verdad?” le preguntan simultáneamente Tomás y Andrés.

“No. Yo no creo nada. Son alarmas inútiles. Ha dicho bien Bartolomé. Todo el pueblo estará con Jesús. Se ve ya por los que nos encuentran. Será un triunfo. Veréis que será así” responde Judas de Keriot.

“Entonces, ¿por qué Él?... pregunta Andrés señalando a Jesús que se ha quedado a esperar a las mujeres.

“¿Que por qué lo dice? Porque está sugestionado... porque no quiere probar. Pero no sucederá nada. Yo iré por mi parte...”

“¡Oh, sí! Ve a sentir” suplica Andrés.

Dejan de hablar porque Jesús los sigue en medio de su Madre y María de Alfeo.

La Virgen sonrío un instante al mostrarle a su cuñada unas semillas, que no sé de dónde tomó, y le dice que las sembrará en Nazaret después de la pascua, cerca de la gruta que tanto ama: “Te recuerdo siempre de cuando eras niña con estas flores en tus manitas. Las llamabas flores de cuando naciste, porque cuando viste la luz del mundo, tu huerto estaba lleno de ellas. Aquella tarde, cuando toda Nazaret se volcó para ver a la hija de Joaquín, estas florecillas eran todo un diamante al contacto del agua que las bañaba y por los últimos rayos del sol poniente. Como te llamabas ‘*Estrella*’, todos decían al ver las brillantes estrellitas: ‘Las flores se han adornado para festejar a la flor de Joaquín, y las estrellas han dejado el cielo para venir a ver a la Estrella’, y todos sonreían de felicidad por el presagio y por la alegría de tu padre.

José, hermano de mi esposo, dijo: ‘¡Estrellas y gotitas, eso es verdaderamente María!’ ¿Quién iba a decirlo entonces que ibas a convertirte en su estrella? Cuando regresó de Jerusalén como tu esposo elegido, toda Nazaret quería festejarlo, por la gloria recibida del cielo al casarse contigo, hija de Joaquín y Ana. Todos querían hacerle fiestas, mas él firme y suavemente no las aceptó asombrando a todos porque ¿quién es ese hombre que el cielo destina a unas nupcias honestas, que no festeje su dicha con todo su ser? Él decía: ‘Una elección grande necesita una preparación mayor’. Hombre continente en sus palabras, hombre parco en el comer siempre lo había sido, y pasó todo aquel tiempo trabajando y orando, porque pienso que cada golpe de martillo, cada rasgo de su escoplo se convertían en oración, si se puede orar con el trabajo. Su cara era como la de un extático. Iba yo a arreglar la casa, a

blanquear las sábanas y otras cosas que dejó tu madre. Con el tiempo se habían puesto amarillas. Yo hablaba a José y lo miraba mientras trabajaba en el huerto y dentro... pero parecía como absorto. Sonreía, pero no a mí o a otros, sino a algo que lleva dentro, y que no era lo que el hombre próximo a casarse piensa... con esa sonrisa maliciosa y carnal. Parecía como absorto. Parecía como si sonriera a los ángeles de Dios y que con ellos hablase y se aconsejase... ¡Oh, estoy segura que ellos lo instruyeron cómo debía tratarte! Nazaret se llevó también otro chasco, porque José, con enojo de mi Alfeo, dijo que no celebraría pronto las bodas, y nunca se comprendió por qué después como de improviso decidió celebrarlas antes del tiempo fijado. Y cómo se sorprendió a Nazaret de su gozo absorto cuando se supo que ibas a ser madre... También mi Santiago es un poco así y siempre más. Ahora que lo miro bien –no sé por qué, pero desde que salimos de Efraín me parece todo cambiado- me parece que veo a... José. Míralo ahora, María, o cuando se voltea a mirarnos. ¿No tiene acaso el aspecto absorto como lo tenía tu esposo José? Se sonríe en tal forma que no sé si es una sonrisa triste o lejana. Mira, su mirada está lejos, como sucedía a José. ¿Te acuerdas cómo lo molestaba Alfeo? Le decía: ‘Hermano ¿todavía estás viendo las pirámides?’ Él sacudía la cabeza sin responder, paciente y siempre acariciando sus pensamientos. Nunca fue un parlanchín. ¡Y cuando regresasteis de Hebrón! No fue más solo la fuente como antes y como todos lo hacen. O contigo o con su trabajo. Fuera del sábado cuando iba a la sinagoga o cuando iba a otras partes por razón de sus trabajos, nadie puede afirmar haber visto a José de callejero. Luego os fuisteis... ¡Cuán afligidos estuvimos cuando no recibimos ninguna noticia vuestra después de la matanza! Alfeo fue hasta Belén... Le dijeron: “Partieron”. Pero, ¿cómo se podía creer si os odiaban a muerte en la ciudad donde todavía se veían las manchas de sangre inocente y de las ruinas salía humo, y se os acusaba de que aquella sangre había sido derramada por causa vuestra? Fue a Hebrón, luego al Templo, porque era el turno de Zacarías. Isabel trató de consolarlo con sus lágrimas, y Zacarías con palabras de consuelo. Ambos estaban angustiados por Juan, temiendo nuevas represalias, y lo habían escondido. De vosotros no sabían nada. Zacarías dijo a Alfeo: ‘Si murieron, su sangre cae sobre mí, porque yo fui quien los persuadió a que se quedaran en Belén’. ¡Mi María! ¡Mi Jesús tan hermoso en la pascua que siguió a su natividad! ¡Y no saber nada! ¡Durante tanto tiempo! ¿Por qué nunca me enviaste una noticia?...”

“Porque no podíamos hacerlo. Donde estábamos había muchas Marías y muchos Josés, y nos convenía pasar como una pareja cualquiera de esposos” responde calmadamente la Virgen y suspira: “Esos días, aunque tristes, todavía estaban envueltos en felicidad. ¡El mal estaba muy lejos! Si mucho era lo que nos faltaba en nuestra casa, nuestro corazón se saciaba con la alegría de tenerte, Hijo mío”.

“Todavía tiene a tu Hijo, María. Es verdad que te falta José, pero Jesús está aquí y te ama a ti” observa María de Alfeo.

María levanta su cabeza para mirar a Jesús. Se ve en su mirada la angustia, aun cuando en su boca se dibuja una breve sonrisa. No replica.

Los apóstoles se han detenido a esperarlos. Se reúnen todos. También Santiago y Juan que venían atrás con su madre. Mientras descansan de la caminata y algunos comen un poco de pan, la madre de los dos hermanos se acerca a Jesús, se postra ante Él, que no parece estar sentado, por la prisa que tiene de volver a emprender el viaje.

Jesús al ver que ella quiere decirle algo le pregunta: “¿Qué quieres Salomé?”

“Un favor, antes de que te vayas, como dices”.

“¿Cuál es?”

“La de ordenar que estos dos hijos míos, que por Ti han dejad todo, se sienten, uno a la derecha y el otro a la izquierda cuando hayas entrado en tu Reino y te hayas sentado en tu trono”.

Jesús mira a Salomé y luego a los dos apóstoles y dice: “Vosotros habéis sugerido estas cosas a vuestra madre, interpretando muy mal mis promesas de ayer. No conseguiréis en un reino terrenal el céntuplo por lo que habéis dejado. ¿También vosotros sois rapaces y necios?

Pero no tenéis la culpa, es el crepúsculo mefítico* de las tinieblas que avanza, el aire corrompido de Jerusalén que se aproxima, os corrompe, os ciega... Yo os digo que no sabéis lo que pedís. ¿Podéis acaso beber del cáliz que voy a beber?"

"Lo podemos, Señor".

"¿Cómo podéis afirmarlo, si todavía ignoráis su amargura? No sólo será la amargura de la que ayer os hablé, mi amargura de Hombre fustigado de dolor. Sufriré torturas que aun cuando os las describiese, no seríais capaces de comprenderlas... Sin embargo, aun cuando os parecéis a dos niños que no saben lo que piden, porque sois dos corazones buenos y que me amáis, ciertamente que beberéis de mi cáliz, pero que os sentéis a mi derecha o a mi izquierda no me toca a Mí concedérselo. Ello ha sido concedido sino a quienes haya destinado mi Padre". Mientras Jesús está hablando, los demás apóstoles no dejan de mostrar su disgusto por la petición de los hijos de Zebedeo y de su madre. Pedro dice a Juan: ¡Y eso tú! ¡No puedo reconocerle!"

Isariote con una sonrisa de demonio: "Verdaderamente que los primeros son los últimos! Tiempo de sorpresas y de noticias..." ¡Qué feo es al reírse!

"¿Acaso hemos seguido al Maestro por honores?" los interpela Felipe.

Tomás en lugar que a los hermanos, se vuelve a Salomé: "¿Por qué mortificar a tus hijos? Deberías haber reflexionado antes de haberlo hecho".

"Es verdad. Nuestra madre no lo hubiera hecho" dice Tadeo.

Bartolomé no habla, pero en su cara está pintado el descontento.

Simón Zelote para calmar los ánimos dice: "Todos podemos equivocarnos..."

Mateo, Andrés y Santiago de Alfeo no hablan, pero se ve que sufren porque se ha manchado la bella perfección de Juan.

Jesús hace señal de que se callen. Dice: "¿Y qué? ¿De un error cometido tienen qué nacer otros? Vosotros que airados los reprocháis ¿no estáis viendo que también vosotros cometéis pecado? Dejad en paz a estos hermanos vuestros. Mi regaño fue suficiente. Estáis viendo su humillación. Su arrepentimiento es humilde y sincero. Debéis amaros, sosteneros mutuamente. Porque os digo en verdad que ninguno de vosotros es todavía perfecto. No debéis imitar al mundo y a los hombres que lo siguen. Sabéis que en el mundo los reyes de las naciones son los que mandan y que los principales ejercen en ellas el poder en nombre de los reyes. Pero entre vosotros no debe ser así. No debe haber en vosotros la manía de querer mandar sobre los otros, ni sobre los compañeros. Más bien, quien de entre vosotros quiera ser el mayor, hágase vuestro siervo, y quien quiera ser el primero, hágase vuestro criado. Así como lo ha hecho vuestro Maestro. ¿Vine acaso a dominar a otros, a ser servido? ¿Verdad que no? Todo al contrario a servir. Y así como el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida para que muchos sean redimidos, así debéis comportaros, si queréis ser como Yo, y para que estéis donde estoy Yo. Ahora, idos en paz mutua. También Yo estoy en paz con vosotros".

Me dice Jesús:

"Señala mucho el punto: '...vosotros ciertamente beberéis de mi cáliz'. En las traducciones se lee: 'mi cáliz'. He dicho: 'de mi' no 'mi'. Ningún hombre habría podido beber mi cáliz.

Solamente Yo, Redentor, he debido beber todo mi cáliz. A mis discípulos, a mis imitadores y amantes, ciertamente he concedido beber de aquel cáliz donde Yo bebí, por aquella gota, aquel sorbo, o aquellos sorbos, que la predilección de Dios concede a ellos de beber. Pero ninguno jamás beberá todo el cáliz como Yo lo bebí. Por tanto es justo decir 'de mi cáliz' y no 'mi cáliz'".

39. En Jericó antes de dirigirse a Betania

* mefítico = Dicho de una cosa: Que, respirada, puede causar daño, y especialmente cuando es fétida.

11 marzo 1947

Ya las paredes blancas de las casas de Jericó y sus palmeras se recortan en el cielo de intenso color azul, cuando, cerca de un bosquecillo de tamariscos enmarañados, de mimosas y de otras plantas espinosas, que parecen haber caído rodando de lo alto del monte que está a las espaldas de Jericó, Jesús se encuentra con un buen grupo de discípulos capitaneados por Mannaén. Parece como si lo estuvieran esperando, y de hecho lo dicen después de haberlo saludado. Añaden que otros fueron a esperarlo por otros caminos, porque el retardo de una noche los había inquietado.

“He venido con éstos, y no te dejaré hasta que no te vea a salvo en casa de Lázaro” promete Mannaén.

“¿Por qué? ¿Hay algún peligro?...” pregunta Judas Tadeo.

“Estáis en Judea... Sabéis lo del decreto, y que lo odian. Todo puede temerse” responde Mannaén y volviéndose a Jesús: “He tomado conmigo a los más valerosos porque era de suponerse que, si no te habían aprehendido, tendrías qué pasar por aquí. Nuestro arrojo varonil unido al de discípulo, impresionará –como creemos- y te hará respetar”.

Efectivamente con él están los ex-discípulos de Gamaliel, Juan el sacerdote, Nicolás de Antioquía, Juan de Efeso y otros vigorosos hombres en la flor de la edad, de aspecto señorial, que conozco. Mannaén presenta rápidamente a algunos de ellos. Hay de todas las regiones palestineses, dos de la corte de Herodes Filipo. Nombres de las más antiguas familias resuenan en el bosquecillo enmarañado en que el viento hace temblar las hojillas de la mimosa.

“Vámonos. ¿No hay nadie con las mujeres en la casa de Nique?” pregunta Jesús.

“Los pastores. Jonatás no está porque espera a Juana en el palacio de Jerusalén. Tus discípulos han aumentado muchísimo. Ayer había unos quinientos esperándote en Jericó, tanto que los siervos de Herodes al saberlo se lo comunicaron. Él no supo qué hacer, si temblar de miedo o de tomar partido contra Ti. El recuerdo de Juan lo obsesiona, y no se atreve más a alzar la mano contra algún profeta...”

“¡Esto está bien! ¡Él no te hará nada!” exclama Pedro frotándose las manos de contento.

“Pero es el que menos vale. Es un ídolo que cualquiera puede mover a su antojo, y quien lo tiene en su mano sabe manejarlo”.

“¿Y quién lo tiene? ¿Acaso Pilato?” pregunta Bartolomé.

“Pilato, para hacer alguna cosa, no tiene necesidad de Herodes. Este no es más que un siervo, y los poderosos no piden ayuda a sus criados” responde Mannaén.

“¿Entonces, quién?” interroga otra vez.

“El Templo, responde con aplomo uno de los de Mannaén.

“Pero a los ojos del Templo Herodes es anatema. Su pecado...”

“Eres muy ingenuo pese a tu saber y a tus años, ¡oh Bartolomé! ¿No sabes que el Templo sabe pasar por alto muchas cosas con tal de conseguir sus objetivos? Por esto no es digno de que siga existiendo” replica con desprecio Mannaén.

“Tú eres israelita. No debes hablar así. El Templo es siempre nuestro templo” advierte Bartolomé.

“No. Es el cadáver de lo que fue. Y un cadáver se convierte en carroña insoportable cuando hace días que murió. Por esto Dios ha mandado al Templo vivo, para que pudiéramos postrarnos ante el Señor sin ser una pantomima inmunda”.

“¡Cállate!” murmura a Mannaén uno de los suyos, pues es muy franco. Es uno de los que no fue presentado y que está todo cubierto.

“¿Y por qué debo callarme, si así habla mi corazón? ¿Piensas que mis palabras puedan causar daño al Maestro? Si así fuere, me callaría. No por otra razón. Aun cuando me condenasen, tendré valor para decir: ‘Eso es lo que pienso y no castigáis a otros sino a mí’”.

“Mannaén tiene razón. No hay que seguir callando por miedo. Es hora que cada uno tome su lugar en pro o en contra y que diga lo que tiene en su corazón. Yo pienso como tú, hermano

en Jesús. Y si esto pudiere acarrearlos la muerte, moriremos juntos confesando una vez más la verdad” exclama Esteban con ímpetu.

“¡Sed prudentes! ¡Sedlo!” exhorta Bartolomé. “El Templo es siempre el Templo. Tendrá deficiencias, pues es perfecto, pero es... es... Después de Dios no hay personas más dignas, ni fuerza mayor que la del sumo sacerdote y del Sanedrín... Representan a Dios. Debemos ver lo que representan, no lo que son. ¿Me equivoco acaso, Maestro?”

“No te equivocas. En cada institución hay qué reconocer su origen. En este caso es el eterno Padre, quien ha establecido el Templo y las jerarquías, los ritos y la autoridad de los hombres destinados a representarlo. Es necesario dejar que el Padre sentencie. Él sabe cómo y cuando intervenir, cómo proveer para que la corrupción que se va extendiendo, no corrompa a todos y haga que duden de Él... En este punto Mannaén ha sabido ver lo justo, al comprender la razón de por qué he venido a esta hora. Es necesario, Bartolomé, templar tu estatismo con el espíritu innovador de Mannaén, para que las providencias que se tomen sean justas, y el modo de pensar sea perfecto. Todo exceso es siempre dañino, tanto para el que lo realiza, como para el que tiene qué soportarlo, o para el que lo ve, y se escandaliza de ello, y si no es un alma honrada, lo emplea para denunciar a sus hermanos. Pero esto es algo que sabe a Caín. Las denuncias no las harán los hijos de la luz, porque es obra de las tinieblas”.

El que estaba envuelto en su manto, de modo que apenas se le veían sus vivísimos ojos negros, el que había dicho a Mannaén que no hablase demasiado, se arrodilla y toma la mano de Jesús diciendo: “Eres bueno, Maestro. Demasiado tarde te he conocido, ¡oh Palabra de Dios! Pero todavía hay tiempo para amarte como mereces, aunque no para servirte como habría deseado, como *ahora* lo querría”.

“Nunca es tarde para la hora de Dios. Llega al momento justo, y da tiempo de servir a la Verdad, cuando la voluntad quiere”.

“¿Quién es?” murmuran entre sí los apóstoles, y preguntan a los discípulos. Pero inútil, o no lo saben o no quieren decirlo.

“¿Quién es, Maestro?” pregunta Pedro cuando logra acercarse a Jesús que camina en el centro del grupo. Detrás vienen las mujeres, delante los discípulos, a los lados sus primos con los apóstoles.

“Un alma, Simón. No más que eso”.

“Pero... ¿te fías aun cuando no sepas quién es?”

“Sé quién es. Y *conozco* su corazón”.

“¡Ah, comprendido! Es como el caso de la velada de Aguas Claras... No preguntaré más...” y Pedro está feliz porque Jesús, separándose de Santiago, lo lleva junto a Sí.

Han llegado a Jericó. Por las puertas de los muros se desborda la gente que grita hosannas a Jesús, el cual fatigosamente logra atravesar la ciudad para ir a la casa de Nique, que se encuentra en el lado opuesto. Le suplican que hable. Le presentan los niños como para hacer con ellos una valla, pues conocen que Jesús mucho los ama. Se oyen gritos de: “Puedes hablar. Aquel ya escapó a Jerusalén” y señalan hacia el espléndido palacio de Herodes que está cerrado.

Mannaén dice: “Es verdad. Se fue por la noche, a escondidas. Tiene miedo”.

Pero nada detiene a Jesús. Sigue diciendo: “¡Paz, paz! Quien tenga penas o esté enfermo que vaya a la casa de Nique. Quien me quiera oír que vaya a Jerusalén. Aquí soy peregrino, como todos vosotros. Hablaré en la casa del Padre. ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz y bendición! ¡Paz!”

Es ya un pequeño triunfo, preludio de su entrada ya próxima en Jerusalén.

Me sorprendía no ver a Zaqueo, pero lo veo ahora de pie en los límites de la quinta de Nique, en medio de sus amigos y con los pastores y discípulas. Todos corren al encuentro de Jesús, se postran, le abren paso mientras pasa bendiciendo en dirección de la casa hospitalaria.

40. Jesús habla a discípulos desconocidos

15 marzo 1947

Mucha gente se ha apiñado en los prados de Nique donde se seca el heno al sol. Dos carruajes grandes y cubiertos, cerca de ellos, están esperados. Comprendo la razón cuando veo que suben a ellos todas las discípulas, después de que el Maestro las ha despedido y bendecido. También la Virgen se va, y el jovencillo de Enón. Muchos discípulos se colocan al lado de los carruajes y cuando estos empiezan a caminar, también ellos. En los prados se quedan los apóstoles, Zaqueo y sus amigos y un grupo de personajes muy envueltos en sus mantos, como si temiesen ser reconocidos.

Jesús vuelve lentamente sobre sus pasos al centro del prado, se sienta sobre un montón de heno, semiseco, que pronto llevarán al pajar, se absorbe en sí mismo, cosa que nadie de los tres grupos perturba, y que están separados entre sí.

Jesús sigue absorto en sí mismo. La espera se alarga. El sol calienta cada vez más. El olor del heno es más fuerte. Los que estaban esperando, se van a los lados de los prados donde hay sombra.

Jesús se queda solo, solo bajo el fuerte sol, con su blanco vestido de lino y su capucho ligero flota al contacto del céfiro. El capucho ha de ser el que le envió Síntica. De un establo cercano se oye el mugir de vacas, se oye que de las ramas viene un piar de pajaritos, y de los gallineros el de los pollitos. Es la vida que en cada primavera se renueva. Los palomos vuelan en alto, describen figuras, y luego de picada vienen a sus nidos que están bajo los aleros del tejado. No sé si en la casa cercana a la de Nique, o de alguna otra parte, se alza la voz de una mujer que arrulla a su pequeñuelo, y se oye también la voz chillona del pequeñuelo, que poco a poco va apagándose, hasta que desaparece.

Jesús sigue en su posición. Piensa. Piensa, insensible al sol. Muchas veces he notado su resistencia sin igual al rigor de las estaciones. Nunca he podido saber si siente mucho el calor o el frío. Los soporta sin quejarse por espíritu de mortificación, o bien, bien como si mandara sobre las fuerzas de la naturaleza, de igual modo sobre el frío o calor excesivos. No lo sé. Lo que sí, es que pese a que esté empapado de agua, o bien sudado del sol, nunca he visto que se prevenga del mucho sol o del mucho frío, como solemos hacer los demás.

Un día se me dijo que en Palestina nunca se camina con la cabeza descubierta, y que por lo tanto me equivocaba al afirmar que la cabeza rubia brillaba bajo el sol. Puede ser que así sea. Nunca he estado allí. Lo que sé es que Jesús acostumbra caminar sin cubrirse la cabeza. Si al principio de la caminata se pone el capucho, pronto se lo quita, como si le estorbase, y se lo lleva en la mano para limpiarse el rostro del polvo y sudor. Si llueve se cubre con el extremo del manto la cabeza. Si hay sol, sobre todo si va de camino, busca la sombra, aunque intermitentemente, para defenderse de los rayos solares. Pero no suele, como hoy, ponerse ni siquiera un velo ligero.

Esta es una observación que a alguien parecerá inútil, pero como forma parte de lo que veo, la digo entre tanto que Jesús sigue pensando...

“¡Le va a hacer mal seguir así!” advierte uno del grupo que no es del apostólico, ni de Zaqueo. “Vamos a decirlo a sus discípulos... Por otra parte... yo quisiera... Quisiera no tardarme mucho” dice otro.

“¡Eh, sí! Los montes de Adomín son poco seguros en la noche...” Van a donde están los apóstoles y hablan con ellos.

“Está bien. Iré a decir que os queréis ir” responde Iscariote.

“No. No de este modo. Quisiéramos estar por lo menos en Enses antes de que caiga la noche”.

Judas se va, sonriendo irónicamente. Se inclina al Maestro: “Dicen que es porque te puede hacer mal el sol –pero la verdad es que a ellos les puede acarrear daño ser visto- los judíos quieren despedirse de Ti”.

“Voy... Pensaba... Tienes razón”. Jesús se levanta.

“Todos menos yo...” rezonga Iscariote.

Jesús lo mira y no dice nada. Van a donde están los hombres que Iscariote ha llamado judíos. “Ya os había dicho que os podíais ir. No hablaré sino en Jerusalén...”

“Es verdad, pero queremos hablarte... en privado, ¿es posible?”

“Dales gusto. Tienen miedo de nosotros o de mí, para ser francos”. Amonesta Judas de Keriot con su sonrisa viperina.

“No tenemos miedo de nadie. Si lo hubiéramos tenido, hubiéramos buscado otros medios. No todos los que viven en Palestina son unos cobardes. Somos descendientes de los héroes de David, y si todavía no eres un esclavo o un vil, debes respetar de dónde procedemos. Fueron nuestros antepasados los que estuvieron al lado del rey santo¹, luego al de los Macabeos², y ahora, nosotros sus descendientes, somos los primeros cuando se trata de honrar al Hijo de David, y darle consejo. Porque Él es grande. Con todo, cualquier hombre por grande que sea, puede tener necesidad de un amigo en las horas decisivas de su vida” habla con vehemencia uno cuyo vestido y aun el capucho son de lino, y que poco deja descubierta se adusta cara.

“Somos nosotros sus amigos. Lo somos desde hace tres años, cuando vosotros...”

“No lo conocíamos. Muchas veces hemos sido engañados con falsos Mesías para dar crédito a cualquier cuento. Pero los últimos secesos han sido luz para nosotros. Sus obras son de Dios y afirmamos que Él es el Hijo de Dios”.

“¿Y pensáis que tenga necesidad de vosotros?”

“Como Hijo de Dios, no; pero como Hombre, sí. Él ha venido para ser el Hombre. Y el Hombre tiene necesidad de los hombres, sus hermanos. Por otra parte: ¿por qué tienes miedo? ¿no quieres que nos hable? Te lo preguntamos”.

“¿Yo? Hablad. Hablad. Él escucha con más gusto a los pecadores que a los justos”.

“¡Judas! Creía que tales palabras deberían parecerte fuego en tus labios. ¿Cómo te atreves a juzgar cuando tu Maestro no lo hace? Está dicho: ‘Si vuestros pecados fuesen como la púrpura, quedarán blancos como la nieve, y si fuesen rojos como la púrpura, vendrán a ser blancos como la lana’³”.

“Pero tú ignoras que entre estos...”

“¡Cállate! Hablad vosotros”.

“Señor, lo sabemos. La acusación contra Ti está lanzada. Se te acusa de violar la ley y el sábado, de amar más a los de Samaria que a nosotros, de defender a publicanos y prostitutas, de recurrir a Belcebú y a otras fuerzas misteriosas como la magia negra, de odiar al Templo y de querer su destrucción, de...”

“Basta. Cualquiera puede acusar, pero probar la acusación es difícil

“Sin embargo ellos tienen quien las sostiene. ¿Crees que haya algunos rectos en el Templo?”

“Os responderé con las palabras de Job, que fue un símbolo del hombre que padece como Yo: ‘Lejos de Mí que piense que todos sois rectos. Pero hasta el último momento sostendré que soy inocente, no renunciaré a mi derecho de justificarme, como lo he estado haciendo, porque mi corazón no me reprocha nada de lo que yo haya hecho’⁵. Ved: todo Israel puede testimoniar que Yo he enseñado siempre el respeto a la Ley, aún más: he perfeccionado la obediencia a la Ley, y los sábados no han sido violados por Mí... ¿Que quieres decir? Habla. Has hecho un gesto y después te has retenido. ¡Habla!”

Un cierto tipo misterioso del grupo dice: “Señor, en la última reunión del Sanedrín, se leyó una acusación contra Ti. Llegó de Samaría, de Efraín donde estabas, y decía que cada vez más se comprobaba que violabas el sábado y...”

“Una vez más te respondo con Job: ‘¿Y qué esperanza tiene el hipócrita si roba por avaricia, y Dios no libra su alma?’⁶ Este infeliz que finge externamente una cara, y por debajo, en su

¹ Cfr. 1 Rey. 16-31; 2 Rey. 2, 20; 1 Par. 11-20.

² Cfr. 1 y 2 Mac.

³ Cfr. Is. 1, 18.

⁵ Cfr. Jb. 27, 5-6.

⁶ Cfr. Jb. 27, 8 (Vulgata)

corazón, lleva otra y quiere cometer el mayor robo aprovechándose de mis bienes, camina ya por el sendero del infierno y en vano espera dinero, honras; en vano creará subir donde Yo quise para no traicionar el decreto santo. ¿Qué otra cosa haremos por él, sino rogar?”

“Sin embargo el Sanedrín se burló de Ti diciendo: ‘¡Este es el amor que le tienen los samaritanos! Lo acusan para congraciarse con nosotros’”.

“¿Estás seguro que fue una mano samaritana quien escribió esas palabras?”

“No. Pero Samaría se portó dura contigo hace poco...”

“Porque los enviados del Sanedrín la soliviantaron con falsos consejos, suscitando esperanzas necias que he debido cortar. Por otra parte se puede decir de Efraín, como de Judá, y de cualquier otro lugar, lo que se dice del corazón del hombre que olvida los beneficios y se doblega ante las amenazas: ‘Vuestra rectitud es como la nube matinal, como el rocío que desaparece a los rayos solares’⁷. Pero esto no prueba que los samaritanos hayan sido acusadores del Inocente. Un amor equivocado los hizo enfurecer contra Mí, es amor de quien delira. ¿Qué otra cosa prueba la preferencia por los samaritanos?”

“Se te acusa que los amas tanto que dice: ‘Escucha, Israel’ en lugar de decir: ‘Escucha, Judá’. Y que no puedes responder a Judá...”

“¿De veras? ¿La sabiduría de los rabinos es así vana? ¿No soy acaso el Retoño de justicia salido de David, por el que, como dice Jeremías⁸, Judá será salvado? El profeta prevé que Judá, sobre todo Judá, tendrá necesidad de salvación. Y este Retoño, dice el Profeta, será llamado: el Señor, el nuestro Justo ‘porque, dice el Señor, no faltará a David jamás un descendiente que se siente sobre el trono de la casa de Israel’. Y bien, ¿se equivocó el profeta? ¿Estaba ebrio? ¿De qué cosa? No de otra cosa más que de penitencia. Porque para acusarme a Mí, alguien tendrá qué sostener que Jeremías era un hombre dado a la bebida. Y sin embargo dice que el Retoño de David salvará a Judá y se sentará sobre el trono de Israel. Se dirá pues, que el profeta por sus propias luces vio que Israel más que Judá será elegido, que el Rey irá a Israel y que será un gran favor que Judá sea salvado. ¿Será, pues, llamado reino de Israel? No. Del Mesías. Del que une ambas partes y reconstruye en el Señor después de haber, según el Profeta⁹, ¿en un mes -¿qué digo en un mes?- en menos de un día juzgado y condenado a los tres falsos pastores; de haber cerrado mi alma a ellos porque no me abrieron la suya, y aunque me buscaron en figura no pudieron amarme en realidad. Así pues El que me ha enviado, y me ha dado las dos varas, despejará* ambas para que los crueles no alcancen gracias, para que el flagelo no venga del cielo sino del mundo. *Y no hay flagelo más duro que los hombres mismos. Así sucederá. ¡Oh, así! Yo seré golpeado y los dos tercios de ovejas serán dispersos. Sólo un tercio, siempre sólo un tercio, se salvará y perseverará hasta el fin. Este tercer grupo pasará por el fuego, por el que atravesé primero y se purificará y será probado como se acrisolan la plata y el oro, y se dirá: ‘Tú eres mi pueblo’ y él me dirá: ‘Tú eres mi Señor’*¹⁰. Y habrá quién haya puesto en la balanza para ver que había treinta monedas, que eran el precio de la víctima, un precio vergonzoso. Esas treinta monedas no podrán regresar de donde salieron porque hasta las mismas piedras gritarán aterrorizadas al verlas, al verlas empapadas de la sangre del Inocente, el sudor que derramará el que se sentirá presa de una horrible desesperación, monedas que servirán, como está escrito¹¹, para comprar de los esclavos de babilonia, el campo para los extranjeros. ¡El campo para los extranjeros! ¿Sabes quiénes son? Los de Judea e Israel, quienes pronto, en los siglos y siglos, carecerán de patria, y ni siquiera el suelo que antes los cobijó, los acogerá. Los vomitará, aun cuando estén muertos, porque ellos rechazaron la Vida. ¡Horror infinito!...”

⁷ Cfr. Os. 6, 6; 13, 3.

⁸ Cfr. Jer. 33, 15-17.

⁹ Cfr. Zac. 11, 4-17.

* despejar = desgarrar, despedazar.

¹⁰ Cfr. Os. 1-3; Rom. 9, 25-26; 1 Pe. 2, 9-10.

¹¹ Cfr. Jer. 32, 1-15; Zac. 11, 12-13.

Jesús se calla como oprimido, con la cabeza inclinada. Después la levanta, mira a su alrededor, mira a los presentes, esto es, a los apóstoles, a los discípulos ocultos, a Zaqueo con los suyos, suspira como si despertase de una pesadilla. Pregunta: “¿Qué otra cosa decíais? ¿Que compadezco a publicanos y meretrices? Es verdad. Son unos enfermos, unos agonizantes. Yo: la Vida, me entrego a ellos como vida. Venid, a quienes he liberado” ordena a Zaqueo y a los suyos. “Venid y escuchad lo que os voy a decir, lo que dije a muchos más que eran mejores: “No vayáis a Jerusalén’. A vosotros os digo: ‘Venid’. Parecerá esto una injusticia...”

“De hecho, lo es” interrumpe Iscariote.

Jesús hace como si no hubiese oído. Sigue hablando a Zaqueo y compañeros: “Os digo: venid, porque sois los más necesitados de otra lluvia. Llorasteis, para que vuestra buena voluntad la ayude el Poderoso y podáis creer libremente en su gracia. De las otras cosas... el mismo cielo responderá con señales inconfundibles. Es verdad que el Templo vivo puede ser destruido, y que en tres días será reedificado y para siempre. Pero el templo muerto, que tan sólo se sacudirá y que creará ser vencedor, para siempre quedará derribado. ¡Idos! No tengáis miedo. Esperad en la penitencia mi día y su aurora que os llevará definitivamente a la luz” dice, dirigiéndose a los que están cubiertos con el manto. Luego a Zaqueo: “Id también vosotros, pero no ahora. Estad en Jerusalén cuando llegue la aurora del día siguiente al sábado. Quiero que estén los resucitados al lado de los justos, porque en el reino del Mesías hay infinitos lugares, cuantos hombres hay de buena voluntad”. Se dirige a la casa de Nique atravesando el arbolado huerto sombrío.

En una vereda se ve una cinta amarillenta entre el verdor del suelo y una gallina que pasa por ella seguida de sus polluelos de color de oro. Pasa delante de los desconocidos, temerosa, luego se acurruca, extiende sus alas en señal de protección, cacareando más fuerte, como si temiese que algo fuese a pasar a sus pollitos, los cuales con un piar que pronto se esfuma corren, se esconden bajo sus alas maternas, y parece como si hubieran desaparecido de la tierra...

Jesús se detiene a mirarla... y lágrimas le caen de sus ojos.

“¡Llora! ¿Por qué?” preguntan todos. Pedro dice a Juan: “Pregúntale por que llora...”

Juan con su acostumbrada posición de tener inclinado un poco su cuerpo, y de levantar su cara, pregunta: “¿Por qué lloras, Señor mío? ¿Acaso por lo que te dijeron y dijiste?”

Jesús mueve su cabeza. Una sonrisa de tristeza le corre por su rostro. Señala a la gallina que amorosamente continúa defendiendo a sus polluelos, responde: “Yo también, Uno con mi Padre, vi a Jerusalén, como Ezequiel dijo¹², desnuda y llena de vergüenza. La vi y pasé cerca de ella. Llegó el tiempo, el tiempo de mi amor, extendí mi manto sobre ella y cubrí su desnudez. Quise que fuera reina, después de haberle sido padre, y quise protegerla, como la gallina protege a sus polluelos... Pero entre tanto que los pollitos reconocen las ansias de su madre y se refugian bajo sus alas, Jerusalén ha rechazado mi protección... Pero Yo mantendré mi diseño de amor... Yo... Mi Padre hará después según le plazca”. Jesús baja por entre la hierba para no perturbar a la gallina. Pasa. Lágrimas le caen por su rostro afligido y pálido.

Todos lo siguen hasta los límites de la casa de Nique. Entra con sus discípulos. Los demás continúan su camino...

41. Los dos ciegos de Jericó¹

17 marzo 1947

Es un amanecer cuya blanquecina luz juguetea con el color de rosa. El silencio fresco de la campiña lo interrumpen los trinos de los pajarillos que han despertado.

¹² Cfr. Ez. 16, 1-14.

¹ Cfr. Mt. 20, 29-34; Mc. 10, 46-52; Lc. 18, 35-43.

Jesús es el primero en salir de la casa de Nique, abre silenciosamente la puerta, se dirige al verde huerto donde desgranaban sus límpidas notas las currucas, y cantan los mirlos sus canciones.

Todavía no entra cuando le salen al encuentro cuatro sujetos, de los que estuvieron en el grupo de los desconocidos, y que no se levantaron jamás el velo. Se postran en tierra. Jesús los saluda: “La paz sea con vosotros. ¿Para qué me queréis?” Se levantan, echan atrás sus mantos y capuchos de lino.

Reconozco la cara pálida y flaca del escriba Yoel de Abia, que vi cuando lo de Sabea. No sé el nombre de los otros sino hasta cuando ellos dicen: “Yo soy Judas de Beterón, el último de los verdaderos asideos, amigos de Matatías Asmoneo”. “Yo soy Eliel y mi hermano Elcana de Belén de Judá, hermanos de Juana, tu discípula, y para nosotros no hay título mayor que este. No estuvimos contigo cuando todo podías, pero sí ahora que eres un perseguido”. “Yo, Yoel de Abia, que por tanto tiempo tuve los ojos cegados, pero ahora abiertos a la Luz”.

“Os había dicho que os fuerais. ¿Qué se os ofrece?”

“Queríamos decirte que... si estuvimos cubiertos no es por Ti, sino...” dice Eliel.

“¡Ea, hablad!”

“Bien... Tú, Yoel, habla, porque tú eres el que sabes más que todos...”

“Señor... Lo que sé es esto... ¡horrible!... Quisiera que nadie, nadie supiese ni oyese lo que voy a decirte...”

“No te preocupes, sé lo que vas a decir. Pero habla. Da lo mismo...”

“Si lo sabes, permite que mis labios no se estremezcan al hablar de una cosa tan horrible. No quiero insinuar que mientas porque dices saber todo, y que quieres que lo diga para cerciorarte, sino sólo porque...”

“Sí. Porque es algo que grita el Señor. Pero te lo diré que para que te convenzas de que conozco el corazón de los hombres. Tú, miembro del Sanedrín, conquistado por la Verdad, has descubierto cosas que tú solo no puedes sobrellevar, porque son demasiado grandes y fuiste a ver a éstos, hombres de buen corazón, a pedirles su parecer. Hiciste bien, aun cuando no era necesario. El último de los asideos estaría pronto a hacer lo mismo que sus padres⁴ para servir al verdadero Libertador. Y no está solo. También su pariente Barzelai y con él otros muchos. Los hermanos de Juana por amor a Mí y a ella, además del amor a su patria, estarían con él. Pero no voy a vencer a fuerza de lanzas o espadas. Entrad sin temor en el camino de la verdad. Triunfaré con una victoria celestial. Tú, que estás más pálido de lo habitual, sabes quién es que ha presentado los textos de la acusación contra Mí, testigos que son falsos en su corazón, son verdaderos en lo que se refiere a la realidad, porque en verdad Yo violé el sábado cuando tuve que huir, pues todavía no llegaba mi ora, y cuando arranqué a los dos inocentes de los ladrones, y podría decir que la necesidad justifica mis acciones, así como la necesidad justificó a David el haber comido de los panes de la proposición⁵. Es verdad que me refugié en Samaria, pero cuando los samaritanos me propusieron que fuese su Pontífice, rehusé tal honor y su protección por permanecer fiel a la Ley, pese a que esto significa el ser entregado en manos de mis enemigos. Es verdad que amo a pecadores y pecadoras para arrebatarlos del pecado. Es verdad que he predicho la ruina del Templo, aun cuando si esas palabras mías no hacen más que confirmar las palabras de sus profetas. Aun cuando el que se aprovecha de éstas y otras acusaciones, y aun mis milagros los hace objeto de acusación, y de cualquier otra cosa de la Tierra se ha servido de ello para intentar acusarme de pecado y poder unir las otras acusaciones, es un amigo mío. Esto también lo dijo el rey profeta de quien, por mi Madre, descendo: ‘Hasta mi amigo íntimo en quien yo confiaba, el que mi pan comía, levanta contra mí su calcañar’⁷. Lo sé. De buena gana moriría dos veces si pudiera impedir

⁴ Los Asideos fueron unos judíos fieles, hombres piadosos y verdaderos servidores de Dios, en contraposición a los judíos infieles, impíos, adversarios o transgresores de la Ley.

⁵ Cfr. 1 Rey. 21, 1-6.

⁷ Cfr. Ju. 13, 18 y Sal. 41, 10.

que cometiese tal crimen... pero su voluntad se ha entregado a la muerte y Dios no fuerza la libertad del hombre... Mas... ojalá lo horroroso de su crimen lo arrojase arrepentido a los pies de Dios... Por esto tú, Judas de Beterón, decías ayer a Mannaén que se callase. Porque la serpiente⁸ estaba cerca y podía hacerle daño tanto a él como a Mí. No. Sólo Yo sufriré las consecuencias. No tengáis miedo. No seré el causante de vuestras penas y desgracias. Pero *todos* participaréis de lo que dijeron los profetas por el crimen de todo un pueblo.

¡Desgraciada, sí, desgraciada será mi patria! ¡Desgraciada tierra que saboreará el castigo de Dios! Desgraciados los habitantes y niños que bendigo y que quisiera se salvarsen, y que sin embargo, saborearán la amargura de la más grande de las desgracias. Mirad esta tierra vuestra llena de flores, bella, como una alfombra, fértil como el Edén... Grabaos en vuestro corazón su belleza, y luego... cuando vuelva Yo de donde vine... huid. Huid hasta donde podáis, antes de que la destrucción cual ave de rapiña se deje caer sobre vosotros, os destruya, os deje estériles, os queme más que lo que hizo en Gomorra y Sodoma¹⁰... Sí, más que allá donde la muerte fue casi instantánea. Aquí... Yoel, ¿te acuerdas de Sabea? Profetizó una vez más el futuro del Pueblo de Dios que no aceptó al Hijo de Dios".

Los que le oyen no saben qué responder. El terror del porvenir los enmudece. Eliel pregunta: "¿Nos aconsejas?..."

"Sí. A que os vayáis. No habrá acá cosa alguna que pueda detener a los hijos del pueblo de Abraham. Por otra parte, vosotros que sois de los principales, no se os permitiría... Los que de entre los principales fueren hechos prisioneros, serán para adornar el triunfo del vencedor. El Templo nuevo e inmortal llenará por sí la tierra y cualquiera que me buscare me tendrá porque estaré dondequiera me ame un corazón... Vosotros me ofrecéis el modo de salvarme y ayuda. Yo os aconsejo lo miso y os ayudo con este consejo... No lo echéis en saco roto".

"Pero... ¿qué puede hacernos Roma? Nos ha dominado. Sus leyes son duras, más ha reedificado nuestras casas y la ciudad y..."

"Será así, pero tened presente que ni una piedra de Jerusalén quedará intacta. El fuego, el ariete, la honda, la jabalina quemarán, destruirán acabarán con todas las casas, y la Ciudad santa se convertirá en una cueva, y no sólo ella. Esa nuestra patria será pastizal de asnos salvajes, de monstruos o chacales como dicen los profetas. Y esto no por un año o más, ni por siglos, *sino para siempre*. El desierto, la aridez, la esterilidad... ¡Esta es la suerte destinada a estas tierras! Campo de batalla, lugar de torturas, sueño de reconstrucción que destruirá siempre una condenación inexorable, tentativas de volverse a levantar, y que al nacer serán destruidas. Tal será la suerte de la tierra que rechazó al Salvador y pidió un rocío que es fuego sobre los culpables".

"¿No... no habrá pues posibilidad de que exista un Reino de Israel? ¿No seremos los que soñamos?" preguntan con ansia los tres judíos principales. Yoel el escriba llora...

"¿Habéis visto alguna vez una planta vieja que dentro tiene carcomido su meollo? A duras penas por años vegeta sin flores y sin frutos. Alguna que otra hoja verde en sus ramas son señal de que un poco de linfa corre todavía... Llegaba un abril, y empieza a florecer milagrosamente, a cubrirse de hojas, el patrón, que por tanto tiempo la cuidó, se alegra pensando que la planta está ya bien. Pero... ¡oh engaño! Después de una exuberante muestra de vida, veis que cae, que se seca. Las flores, las hojas, los frutillos que cuajaban en las ramas, pronósticos de buena cosecha, caen, y con crujido, asombroso la planta se desploma sobre el suelo, marchita en su tronco. Así pasará a Israel. Después de siglos de un vegetar estéril, se apilará al vetusto tronco y dará muestras de reconstrucción. Al fin el Pueblo disperso se habrá reunido. Reunido y perdonado. Sí. *Dios esperará esa hora para romper los siglos*. No habrá más siglos, sino la eternidad. Bienaventurados los que, perdonados, serán el florecimiento fugaz del último Israel, que después de muchos siglos, pasará a ser mío y morirán redimidos junto con todos los pueblos de la tierra; bienaventurados con los que no

⁸ Esto es Judas de Keriot

¹⁰ Cfr. Gén. 18-19.

sólo supieron de mi existencia, sino, que abrazaron mi ley como ley de salvación y vida. Oigo las voces de mis apóstoles. Idos antes de que vengan...”

“Señor, no queremos darnos a conocer, y eso, no por cobardía, sino para servirte, para poder servirte. Si se supiese que nosotros, sobre todo que yo, hemos venido a verte, se nos excluirá de las deliberaciones...” dice Yoel.

“Comprendo. Pero cuidaos que la serpiente es astuta. Yoel, procura cuidarte...”

“¡Preferiría mi muerte a la tuya! ¡Y no ver los días de que has hablado! Bendíceme, Señor, para robustecerme...”

“Os bendigo a todos en el nombre de Dios Uno y Trino y en el nombre del Verbo que se encarnó para salvar a los hombres de buena voluntad”. Los bendice haciendo una señal larga, luego pone sobre la cabeza de cada uno de ellos su mano.

Se ponen de pie, se cubren las caras y se internan entre los árboles y los cercados de moras que dividen los perales de los manzanos y estos de otros árboles, cuando en grupo salen de la casa los doce apóstoles en busca del Maestro para ponerse en camino.

Pedro dice: “Ante la casa hay una gran multitud que apenas si hemos logrado detener para que pudieses orar. Quieren seguirte. A los que dijiste que se fueran, ninguno de ellos se ha ido, antes bien muchos han regresado, y otros se han juntado. Les hemos gritado hasta...”

“¿Por qué? ¡Dejadlos que me sigan! ¡Así fueran todos! ¡Vámonos!” Jesús, poniéndose el manto que Juan le presenta, se pone a la cabeza de los suyos, llega a la casa, le da vuelta, y toma el camino que va a Betania entonando con fuerte voz un salmo.

Una verdadera multitud compuesta de hombres, mujeres y niños lo siguen cantando.

Se queda atrás la ciudad entre sus vallados de verdor. Por el camino van muchos peregrinos. A sus veredas muchos mendigos levantan sus gritos para que la gente los socorra. Hay paralíticos, mancos, ciegos...La acostumbrada miseria que por todas partes y en todos los tiempos suele reunirse donde hay alguna fiesta.

Si los ciegos no ven, y los que no lo son sí, y conociendo la bondad del Maestro para con los pobres, levantan sus gritos, más fuerte de lo acostumbrado, para llamar la atención de Jesús, pero no le piden que los cure. Piden solo una limosna, y Judas la da.

Una mujer de condición social acomodada, detiene su borrico, sobre el que viene sentada, junto a un gran árbol que da sombra en el cruce y espera a Jesús. Cuando está cerca, baja de su animal, se postra fatigosamente, porque tiene entre sus brazos a un niño casi inerte. Lo levanta sin decir una palabra. Sus ojos son una súplica. Jesús que viene rodeado de tanta gente, no vea la pobre madre arrodillada a la vera del camino, a la que un hombre y una mujer acompañan. El hombre sacudiendo la cabeza dice: “No hay nada para nosotros”. La mujer: “Patrona, no te ha visto. Llámalo con fe y te escuchará”.

La madre hace caso y se pone a gritar lo más fuerte posible para dejarse oír sobre las voces que cantan y el rumor de los pasos: “¡Señor, piedad de mí!”

Jesús que va adelante algunos metros, se detiene, se vuelve. La sirvienta dice: “Ama, te busca. Levántate, ve a Él y Fabia será curada”. La ayuda a levantarse llevándola al Señor que dice: “Quien me invocó que se acerque. Es tiempo de misericordia para quien sabe esperar en ella”.

Las dos mujeres se abren paso. Primero la sirvienta, detrás de ella la madre. Están para llegar a Jesús cuando se oye uno que grita: “¡Mi brazo perdido! ¡Mirad! ¡Bendito sea el Hijo de David! Siempre poderoso, siempre santo nuestro verdadero Mesías”.

La multitud se agolpa. Todos quieren ver, saber... Preguntan a un viejecito que agita su brazo derecho como si fuera una bandera y que responde: “Él se detuvo. Yo logré tocar la extremidad de su manto y ponérmela encima, y como un fuego me corrió por el brazo muerto. Ved que el derecho es como el izquierdo, sólo porque me tocó el manto”.

Entre tanto Jesús llama a la mujer: “¿Qué quieres?”

La mujer presenta a su hijita y dice: “También ella tiene derecho a la vida. Esta inocente. No pidió ella pertenecer a un lugar o a otro; a esta raza o a aquella. Yo soy la culpable. Que se me castigue a mí, no a ella”.

“¿Crees que la misericordia de Dios sea mayor que la de los hombres?”

“Creo, Señor. La espero para ella y para mí. Espero que la hagas vivir. Tú que eres la Vida...” Lloro.

“Yo soy la Vida. Quien cree en Mí tendrá vida en su espíritu y en sus miembros. ¡Lo quiero!”

Jesús ha dicho estas palabras con voz muy fuerte. Pone su mano sobre la niña inerte que da un salto, sonrío, grita: “¡Mamá!”

“¡Se mueve! ¡Sonríe! ¡Habla! ¡Fabio! ¡Patrona!” Las dos mujeres han seguido las fases del milagro y las han anunciado. El padre se abre paso entre la gente. Se acerca a las mujeres que están ya a los pies de Jesús llorando, y mientras la sirvienta dice a la madre: “¡Te lo había dicho que tiene piedad de todos!” ésta se dirige a Jesús pidiéndole: “Perdóname también mi pecado”.

“¿No te lo está diciendo el cielo al haberte hecho este favor? Levántate y camina en el camino nuevo con tu hija y con el hombre que escogiste. Vete. La paz sea contigo y contigo, pequeña. Contigo, fiel israelita. Abundante sea la paz contigo, por tu fidelidad para con Dios y para con la hija de familia a la que serviste, y a la que con tu comportamiento has tenido cercana a la ley. También contigo sea la paz, que has sido más respetuoso para con el Hijo del Hombre, que muchos de Israel”.

Se despiden de ellos, mientras la multitud, que no se preocupa más del viejecito, sino de la niña recién curada, que estaba paralítica e idiota debido tal vez a una meningitis, que ahora salta feliz, diciendo las únicas palabras que aprendió acaso antes de enfermarse: “Padre, mamá, Elisa. Sol hermoso, flores...”

Jesús va a dar un paso, cuando del cruce, y cerca de los dos asnos que los que recibieron el milagro habían dejado allí, se escuchan otros dos gritos de lamento, con el característico tono hebreo: “¡Jesús, Señor, Hijo de David ten piedad de mí!” Y de nuevo, más fuerte, para hacerse oír sobre los gritos de la multitud que dice: “Callaos. Dejas en paz al Maestro. Tiene mucho qué caminar. El sol es fuerte. Que llegue a las primeras colinas antes de que se haga insoportable”, gritan de nuevo: “Jesús, Señor, Hijo de David, ten piedad de mí”.

Jesús se detiene nuevamente y ordena: “Id a traerlos”.

Algunos que se prestan van a donde están los dos ciegos: “¡Venid. Os compadece. Levantaos que os quiere escuchar. Nos mandó llevaros” lo que tratan de hacer.

Un se deja llevar, el otro, más joven, y tal vez que tiene más fe, se adelanta y por sí mismo se abre paso con su bastón en alto, con la característica sonrisa y gesto de los ciegos cuando levantan su cara para buscar la luz... y parece como si su ángel lo guiase por lo ligero y seguro que camina. Si no tuviese los ojos blancos, no parecería ciego. Es el primero en llegar ante Jesús, que le pregunta: “¿Qué quieres de Mí?”

“Que vea, Maestro. Haz, Señor, que mis ojos y los de mi compañero se abran” Llega el otro ciego a quien hacen arrodillar junto a su compañero.

Jesús pone sus manos sobre sus caras levantadas, responde: “Se haga como queréis. ¡Id, vuestra fe os ha salvado!”

Quita las manos y dos gritos se escapan de los ciegos: “¡Veo, Uriel!”; “¡Veo, Bartimeo!” y luego juntamente: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito quien lo envió! ¡Gloria sea dada a Dios! ¡Hosanna al Hijo de David!” Se inclinan a besar los pies de Jesús, después se yerguen. Uriel dice: “Voy a ver a mis padres y luego regreso a seguirte, Señor”. Bartimeo dice: “No te dejo. Mandaré a decírselo. ¡Qué alegría para ellos! Pero separarme de Ti, no. Me has devuelto la vista. Te la consagro para siempre. Acepta la buena voluntad de tu más humilde siervo”.

“Ven. Sígueme. La buena voluntad hace pareja cualquier condición. Sólo es grande aquel que mejor sirve al Señor”.

Jesús continúa su camino entre los vítores de la multitud en la que se mezcla Bartimeo, vitoreando como los otros, y diciendo: “Había venido por un pedazo de pan y encontré al Señor. Era pobre, y ahora soy servidor del Rey santo. Gloria al Señor y a su Mesías”...

42. Jesús llega a Betania

18 marzo 1947

Deben haberse quedado a la mitad del camino entre Jericó y Betania, porque llegan a las primeras casas cuando el rocío desaparece de las hojas y pétalos, y el sol empieza su acostumbrado camino.

Los agricultores del lugar hacen a un lado sus utensilios y corren al encuentro de Jesús. Le piden insistentemente que los bendiga y bendiga sus plantas. Mujeres y niños corren llevando en las manos los primeros almendros todavía envueltos en su ligera felpa verde-plata, y con las flores de plantas que son las últimas en florecer. Veo que aquí, en el área de Jerusalén, debido tal vez a la altura, tal vez a los aires que soplan de las cimas de la Judea, o por otra causa que no comprendo, probablemente a que las plantas son diversas, que muchos árboles frutales todavía están en flor, y sus flores parecen nubecillas ligeras sobre verdes prados. En los troncos tímidamente se mueven las tiernas hojas de las vides, como si fuesen gigantescas mariposas de color esmeralda unidas con un hilo a los toscos sarmientos.

Mientras Jesús se detiene en la fuente que es donde la campiña se convierte en poblado, y recibe allí los homenajes de casi toda Betania, acuden Lázaro y sus hermanas que se postran ante Él. Aunque hace poco menos de dos días que María se ha separado de su Maestro, parece como si fueran siglos que no lo ve. Tanta es el ansia con que besa sus pies polvorientos.

“Ven, Señor mío. Mi casa te espera para alegrarse con tu presencia” dice Lázaro, poniéndose al lado de Jesús mientras avanza lentamente, conforme lo permite la multitud, que se arremolina, y los niños que se pegan a los vestidos de Jesús, caminando delante de Él, con la cabecita levantada de modo que tropiezan y hacen tropezar a los demás, y así Jesús como Lázaro y los apóstoles toman en brazos a los más pequeños para poder caminar más ligeros. Donde el sendero se divide y uno de ellos conduce a la casa de Simón Zelote, está la Virgen con su cuñada, Salomé y Susana. Jesús se detiene a saludar a su Madre, luego camina hasta el cancel grande que están abriendo donde están Maximino, Sara, Marcela, los numerosos siervos de la casa, incluidos los campesinos. Todos están en orden. Todos están felices. Apenas si pueden contener su alegría y prorrumpen en hosannas, en un agitar de capuchos, de velos, arrojando flores, hojas de mirto, laurel, rosas, jazmines que brillan a los rayos del sol con sus hermosas corolas, o quedan esparcidas como blancas estrellas en el negruzco suelo. Y de él se desprende el aroma de flores deshojadas, de flores pisadas. Jesús pasa por encima de esa alfombra de fragancias.

María Magdalena que lo sigue, mirando al suelo, se inclina paso tras paso, como si fuera una recogedora de espigas que va tras del que ata las gavillas. Recoge hojas y corolas y hasta pétalos que los pies de Jesús aplastaron.

Maximino, para poder cerrar el cancel y para que estén tranquilos los huéspedes, ordena que a los niños se den dulces ya preparados. Un modo práctico para que los pequeñuelos dejen en paz al Señor y para que no lloren. Los criados ejecutan sus órdenes llevándolos afuera. Sobre los regalos se ve un almendro color blanco-negruzco.

Mientras los pequeñuelos se apiñan allí, los otros criados empujan a los adultos, entre los que está todavía Zaqueo y los cuatro: Yoel, Judas, Eliel y Elcana, con otros que no sé quiénes son porque, además del polvo que levanta el camino, y por el sol que calienta fuertemente, todos traen su velo.

Jesús que va ya adelante, se vuelve y ordena: “¡Esperad! Debo decir una palabra a alguien: “Se dirige a los hermanos de Juana, los saca a un lado y les dice: “Os ruego que vayáis a casa de Juana a decirle que venga a verme con las mujeres que están con ella, y con Analía la discípula de Ofel. Que venga mañana, porque mañana empieza el sábado y quiero celebrarlo con mis amigos de Betania. Id en paz”.

“Se lo comunicaremos, Señor, y Juana vendrá”.

Jesús los despide. Dice a Yoel: "Avisa a José y Nicodemo que he llegado y que el día siguiente al sábado entraré en la ciudad".

"¡Oh, ten cuidado, Señor!" dice ansioso el escriba bueno.

"Ve, y ten valor. El que sigue la justicia y cree en mi verdad no debe temblar, sino alegrarse, porque va a realizarse la Promesa que fue hecha desde antaño".

"¡Ah, huiré de Jerusalén, Señor! Soy hombre de constitución débil, lo ves, lo sabes, y por eso me hacen burla. No podría ver la... las..."

"Tu ángel te guiará. Ve en paz".

"Te... ¿Te volveré a ver, Señor?"

"Cierto que me volverás a ver. Pero, entre tanto, recuerda que tu amor me ha proporcionado una gran alegría cuando Yo sufra".

Yoel toma la mano de Jesús que le había puesto sobre la espalda, la oprime contra sus labios, a través del sutil velo del capucho, la besa con sus lágrimas que le corren. Luego se va. Jesús pregunta a Zaqueo: "¿Dónde están los tuyos?"

"Se quedaron en la fuente, Señor. Así lo ordené".

"Vete con ellos a Betfaghé donde están mis discípulos más antiguos y que me son más fieles.

Di a Isaac, que es su jefe, que se desparramen por la ciudad para que avisen a todos los grupos de los discípulos que la mañana siguiente al sábado, a eso de la hora tercia, entraré, pasando por Betfaghé, en Jerusalén y subiré solemnemente al Templo. Dirás a Isaac que es aviso para *los discípulos solamente*. Él comprenderá lo que quiero decir".

"También yo lo comprendo, Maestro. Quieres sorprender a los Judíos para que no obstaculicen tu entrada".

"Es así. Haz lo que te dije. Recuerda que es una misión de confianza que te confío. Me sirvo de ti, y no de Lázaro".

"Y esto me muestra tu bondad que no tiene límites. Te lo agradezco, Señor". Besa la mano de su Maestro y se va.

Jesús quiere regresar a donde están los otros huéspedes, pero del cancel por donde los criados están haciendo salir a todos, un joven se separa y corre a arrojarle a sus pies, gritando: "¡Una bendición, Maestro! ¿Te acuerdas de mí?" Levanta su cara sin el velo.

"Sí. Eres José, llamado Bernabé, discípulo de Gamaliel, que encontré cerca de Giscala".

"Hace días que vengo siguiéndote. Estuve en Silo. Había venido de Giscala a donde había ido con el rabí en estos días en que has estado ausente, y donde estuve estudiando los rollos hasta la luna de nisán. Te oí hablar en Silo, y te he seguido hasta Lebona, Siquén. Te he esperado en Jericó porque me dijeron que..." Se interrumpe como si se acordara que tenía qué decir algo.

Jesús dulcemente le sonríe: "La verdad sale impetuosa de los labios veraces, y muchas veces salta los diques que la prudencia pone ante la boca. Concluiré lo que querías decir... 'porque te había dicho Judas de Keriot, que se había quedado en Siquén, que venía a Jericó para reunirme con los discípulos y darles mis instrucciones'. Te fuiste allá a esperarme sin preocuparte de que te vieran, de que perdieras el tiempo y de que no estuvieses al lado de tu maestro Gamaliel".

"No me dirá nada cuando sepa que me he tardado porque te he seguido. Le llevaré en regalo tus palabras..."

"El rabí Gamaliel no tiene necesidad de palabras. ¡Es el rabí sabio de Israel!"

"Es verdad. Ningún otro rabí puede enseñarle algo de la antigüedad, porque lo sabe. Pero Tú sí. Porque tienes palabras nuevas, frescas como todo lo que es nuevo. Son como una linfa de primavera. Rabí Gamaliel lo ha dicho, y ha añadido que la sabiduría cubierta con el polvo de los siglos, y por lo tanto seca y opacada, torna a ser viva y luminosa cuando la explicas. Le llevaré tus palabras".

"Y mi saludo. Dile que abra su corazón, su inteligencia, su vista, su oído; y que su pregunta, que hace veinte años espera la respuesta, la tendrá. Vete. Dios sea contigo".

El joven se inclina a besar nuevamente los pies del Maestro y se va.

Los siervos pueden cerrar ahora el cancel, y Jesús reunirse con sus amigos.

“Quise invitar a las discípulas a que viniesen aquí” dice Jesús poniéndose al lado de Lázaro sobre cuyas espaldas pone su brazo.

“Hiciste bien, Señor. Mi casa es la tuya, lo sabes. Tu Madre prefirió vivir en la casa de Simón, y yo respeté su deseo. Pero espero que te quedes bajo mi techo”.

“Sí. Aun cuando la otra casa es también tuya. Una de tus primeras generosidades por Mí y por mis amigos. ¡Qué bueno has sido conmigo!”

“Y espero seguir siéndolo por mucho tiempo, aun cuando no esté bien dicho. Yo no soy generoso *para contigo, Tú lo eres*. Yo soy el deudor. Y si ante los tesoros que me has dado, pongo por Ti una pequeñez, ¿qué puede valer? ‘Dad y se os dará’ has dicho ‘Una medida justa se os dará y conseguiréis el cien por ciento de cuanto habéis dado’ lo has prometido. Yo obtuve el cien por ciento aun cuando no te había dado nada. Recuerdo nuestro primer encuentro. Tú, Señor y Dios ante quien los serafines son indignos de acercarse, viniste a mí, que estaba solitario y afligido... encerrado en mis tristezas. Viniste a ver a este hombre llamado Lázaro, que todos esquivaban, fuera de José, Nicodemo y mi fiel amigo Simón que desde su tumba de vivo no dejaba de amarme... No quisiste que mi alegría se turbase al ver los desprecios que el mundo te lanzaba... ¡Nuestro primer encuentro! Podría repetirte tus palabras de aquel entonces... ¿Qué te había dado, si nunca te había visto, para que me dieras inmediatamente el cien por ciento?”

“Tus oraciones ante nuestro Padre Altísimo. *Nuestro*, Lázaro. Mío. Tuyo. Mío como Verbo y como Hombre. Tuyo como hombre. Cuando orabas con tanta fe, ¿acaso no te me entregabas? Ves, pues, que te di el céntuplo, como es justo, de lo que me dabas”.

“Tu bondad es infinita, Maestro y Señor. Premias por anticipado, y con divina generosidad, a los que conoces que son tus siervos antes de que ellos se den cuenta”.

“No mis siervos, sino mis amigos. Porque los que hacen la voluntad de mi Padre y siguen a la Verdad que me envió, son mis amigos, y no mis siervos, más bien, mis hermanos, pues soy el primero en hacer la voluntad del Padre. Quien hace, pues, lo que hago es mi amigo porque sólo el amigo hace espontáneamente lo que hace el suyo”.

“Que siempre seamos amigos, Señor. ¿Cuándo vas a la ciudad?”

La mañana siguiente al sábado”.

“También yo voy”.

“No. No vendrás conmigo. Tengo otra cosa qué pedirte...”

“A tus órdenes, Maestro. También yo tengo algo qué decirte...”

“Hablemos”.

“¿Quieres que el sábado lo pasemos solos nosotros o puedo invitar a nuestros amigos?”

“Te rogaría que no lo hicieras. Tengo muchos deseos de pasar estas horas dentro vuestra amistad prudente y tranquila, sin hacer fuerza a nuestro modo de pensar y de hablar, dentro de la dulce libertad de quien está entre amigos, como si estuviese en casa”.

“Como deseas, Señor. Aun más... yo lo deseaba. Pero me parecía ser egoísta para con mis amigos, que no pueden compararse con tu amistad pero siempre no dejan de serlo. Pero si así quieres... Tal vez estés cansado, Señor, o preocupado...” Lázaro pregunta más con la mirada que con las palabras a su Amigo y Maestro que no le responde sino con la luz de sus ojos un poco tristes, un poco absortos y con una breve sonrisa en sus labios.

Se han quedado solos cerca del estanque que canta con su surtidor... Todos los demás han entrado a la casa. Se oyen voces. Ruido de platos...

María Magdalena dos o tres veces asoma su rubia cabeza por la puerta, tras una pesada cortina que levemente se mueve con el viento que aumenta en fuerza, mientras el cielo se cubre de nubes cada vez más lóbregas.

Lázaro levanta su cabeza, mira el firmamento: “Tal vez habrá tempestad. Luego añade:

“Servirá para que broten las yemas... Tal vez se deba a los fríos que vinieron más tarde, que no hayan brotado. También mis almendros han sufrido y mucho fruto se ha perdido. Me decía

José que un huerto suyo que está fuera de la Judicaria⁵, parece estéril este año. Los árboles, como si fuera por algún sortilegio, no quieren lanzar sus yemas, tanto es así, que nos ponemos a pensar si no sería mejor venderlos como leña. Nada. Ni siquiera una flor. Como en tebet, así todavía siguen. Se ven los remedos de yemas, cerrados, pero no se hinchan. Es verdad que el viento del norte golpea en aquel lugar, y sopló mucho en invierno. También mi huerto que tengo al otro lado del Cedrón no tiene nada de fruta. Lo que sucede en el huerto de José es tan raro que muchos van a ver aquel lugar que no quiere despertar a la primavera". Jesús sonríe...

"¿Sonríes? ¿Por qué?"

"Por lo pueriles que son los eternos niños, llamados hombres. Todo lo que es extraño les llama la atención. El huerto florecerá a su tiempo".

"Ya pasó su tiempo, Señor. ¿Cuándo se ha visto que árboles y más árboles de un mismo lugar, cuando llega la luna de nisán, no den señales de florecer? ¿Cuándo será el momento preciso?"

"Cuando se da gloria a Dios con su florecer

"¡Ah, entiendo! ¡Irás allá a bendecir aquel lugar por amor a José, y florecerá dando nueva gloria a Dios y a su Mesías con un nuevo milagro! ¡Es así! Vas a ir allá. Si veo a José ¿se lo puedo decir?"

"Si crees que sea oportuno... Iré allá..."

"¿Qué día, Señor? Quisiera estar también yo".

"¿También eres tú un eterno niño?" Jesús sonríe, moviendo plácidamente su cabeza ante la curiosidad de su amigo que exclama: "¡Oh, estoy feliz de verte contento, Señor! ¡Vuelvo a ver en tu rostro una risa que hacía tiempo no veía! Entonces... ¿voy?"

"No, Lázaro. Tengo necesidad de ti aquí para la parasceve".

"¡Oh, pero para la Parasceve se piensa sólo en la Pascua! Tú, Maestro, ¿por qué quieres hacer algo que se te echará en cara? Ve otro día allá..."

"Seré obligado a ir allá dentro para la parasceve. Pero no seré el único en hacer cosas que n son preparación para la pascua antigua. También los más rigurosos de Israel, como Elquías, Doras, Simón, Sadoc, Ismael y hasta Caifás y Anás realizarán cosas completamente nuevas..."

"¿Acaso Israel enloquece?"

"Lo has dicho".

"Pero Tú... Mira, ya empieza a llover. Vamos adentro, Maestro... Estoy preocupado... ¿No me dirás?..."

"Sí, antes de que me vaya te lo diré... Mira a tu hermana que al ver llover viene a nuestro encuentro con un paño... Marta, siempre eres previsora y diligente. No está lloviendo gran cosa".

"Mi querida hermana. Mejor: mis hermanas. Ahora son ambas como dos tiernas pequeñuelas desconocedoras del mal. Cuando llegó María de Jericó, el otro día, parecía en realidad una moza, con las trenzas sueltas, pues había vendido sus horquillas para comprar las sandalias a un muchacho y las de hierro no podían sujetarle su tupida cabellera. Sonriente, al bajar del carruaje me dijo: 'Hermano mío, no sabía lo que significaba vender para comprar, y cómo para los pobres aun las cosas más sencillas parecen difíciles, por ejemplo querer sujetar su cabellera con horquillas de veinte por un didracma. Lo tendré presente para ser cada vez más misericordiosa con los pobres'. ¿Cómo la has cambiado, Señor!"

Cuando entran, María está esperando a su Señor con aljofainas para que se lave. A nadie cede el honor de servirlo, y no descansa sino hasta que ve que su Maestro está satisfecho, y lo ve irse con sandalias limpias a la habitación que le está preparada, donde lo espera su Madre con un vestido limpio de lino, que todavía huele a sol...

⁵ Una de las puertas de Jerusalén, cerca del Templo y de la puerta de las Ovejas. Cfr. Esdr. 3, 30.

43. El viernes antes del ingreso en Jerusalén.

I. Jesús y Judas de Keriot

19 marzo 1947

“Si queréis podéis ir a donde os plazca. Yo me quedo aquí y conmigo Judas y Santiago.

Tienen qué venir las discípulas” dice Jesús a sus apóstoles reunidos a su alrededor bajo el pórtico de la casa. Continúa: “Procurad regresar para el crepúsculo. Sed prudentes. Tratad de pasar inobservados para que no os vayan a hacer algo”.

“¡Yo me quedo aquí! No tengo nada qué hacer en Jerusalén” dice Pedro.

“Yo sí voy. Mi padre me está esperando. Quiere ofrecer el vino. Antigua promesa, pero que mantiene, porque mi padre es un hombre honrado. Ya veréis qué vino en el banquete pascual.

¡Los viñedos de mi padre en Rama son famosos en la región!” exclama Tomás.

“También los vinos de Lázaro son muy buenos. Todavía me acuerdo del banquete de las Encenias...” dice con placer Mateo.

“Entonces mañana más que nunca volverás a acordarte, porque parece que Lázaro ha dado órdenes de que se celebre una gran cena. He visto ciertos preparativos...” sugiere Santiago de Zebedeo.

“¿De veras? ¿Vendrán invitados?” pregunta Andrés.

“No. Se lo pregunté a Maximino y me respondió que no”.

“¡Ah, de otro modo me pondría el vestido nuevo que mi mujer me ha enviado!” dice Felipe.

“Yo sí me lo pondré. Quería ponérmelo para la pascua. Ciertamente estaremos aquí mañana mas tranquilos, que no después...” dice Bartolomé y se interrumpe pensativo.

“Yo me cambio para entrar en la ciudad. ¿Y Tú, Maestro?” le pregunta Juan.

“Yo también. Me pondré mi vestido de color púrpura”.

“¡Parecerás un rey!” dice admirado el predilecto que se lo imagina ya con su espléndida vestidura...

“¡Si no hubiera provisto yo! Esa púrpura la conseguí hace mucho tiempo...” dice orgullosamente Iscariote.

“¿En realidad? ¡Oh, no se había reparado en ello!... El Maestro es siempre tan humilde...”

“Demasiado. Ahora es el momento para que sea Rey. ¡Basta de esperas! Si no se sentará en un trono, que por lo menos vista como conviene a su dignidad. En todo ello he pensado”.

“Tienes razón, Judas. Tú eres de los del mundo. Nosotros... pobres pescadores...” responden humildemente los del lago... Y como sucede siempre a la luz del mundo, a la falsa luz crepuscular del mundo, la aleación de baja ley del metal de Judas parece mejor que el rústico, *pero puro, sincero y honesto oro* de los corazones galileos...

Jesús, que estaba hablando con Zelote y con los hijos de Alfeo, se vuelve a mirar a Iscariote y a los mortificados pescadores... mueve su cabeza, sin hacer ningún comentario. Al ver que Iscariote se amarra las correas de sus sandalias y se acomoda el manto como si fuera a salir.

Le pregunta: “¿A dónde vas?”

“A la ciudad”.

“Te dije que te quedaras conmigo y con Santiago...”

“¡Ah! Pensé que te habías referido a Judas, tu hermano... Entonces... yo... soy como un prisionero... ¡Ah, ah! Y ríe muy feo.

“Betania no tiene cadenas ni barras, como creo. Sólo tiene el deseo de tu Maestro. Estaría contento de ser su prisionero” observa Zelote.

“¡Oh, claro! Lo dije por chanza... Es que... quería tener noticias de mi madre. Y no cabe duda que habrán venido a Jerusalén peregrinos de Keriot y...”

“No. Dentro de dos días estaremos todos en Jerusalén. *Tu ahora te quedas aquí*” dice con autoridad Jesús.

Judas no insiste. Se quita el manto: “¿Y entonces? ¿Quién va a ir a la ciudad? Sería bueno informarse de lo que corre por ella... lo que hacen los discípulos... Quería también ir a casa de amigos... Se lo había prometido a Pedro...”

“No importa. Tú te quedas. No es necesario nada de lo que dices. No es muy necesario...”

“Pero Tomás sí va...”

“Maestro, yo quiero ir, porque lo prometí. Tengo amigos en casa de Anás y...”

“¿Vas a ir allá, hijo mío? ¿Y si te aprenden?” pregunta Salomé que acaba de acercarse.

“¿Si me aprenden? No he hecho ningún mal. Nada. No tengo por qué temer al Señor. Y si me aprehendieren, no temblaré de miedo”.

“¡Leoncillo valeroso! ¿No tendrás miedo? No sabes cuánto nos odian. Nos matarán si caemos en sus manos” dice Iscariote para espantarlo.

“Y tú ¿por qué quieres ir? ¿Acaso gozas de privilegios? ¿Cómo los conseguiste? Dímelo que lo haré”.

Se ve que el miedo y la ira se apoderan de Judas, pero la cara de Juan es franca y limpia. Se tranquiliza. Comprende que en esas palabras no hay nada de sospecha. Responde: “Nada de hecho. Pero tengo algunos amigos *buenos* que conocen muy bien al Procónsul, y por esto...”

“¡Bien! Quien quiera ir que vaya. Ya no llueve. Estamos perdiendo tiempo aquí, y tal vez a la hora de sexta vuelva a llover. Quien quiera venir que se dé prisa” exhorta Tomás.

“¿Voy, Maestro?” pregunta Juan.

“Vete”.

“¡Bueno! ¡Siempre lo mismo! ¡Él sí! ¡Los otros sí! Yo no. ¡Siempre no!”

“Procuraré informarme de tu madre” le promete Juan para calmarlo.

“También yo voy contigo y con Tomás” dice Zelote, y añade: “Mi edad frenará, Maestro, a los jóvenes. Conozco bien a los de Keriot. Si veo a alguien le preguntaré y te traeré noticias de tu madre, Judas ¡Sé bueno! ¡Estate tranquilo! Es pascua, Judas. Todos sentimos la paz de esta fiesta, la alegría de esta solemnidad. ¿Por qué quieres estar siempre tan inquieto, tan hosco, descontento? Pascua es el paso de Dios... Pascua es fiesta de liberación, para nosotros los hebreos, de un duro yugo, del que nos sacó el Dios Altísimo. Ahora, no pudiendo repetirse ese antiguo evento, ha quedado su símbolo, individual... Pascua: libertad de los corazones, purificación, bautismo, si quieres, con la sangre del cordero para que las fuerzas enemigas no hagan daño al que esté señalado con ella. Tan bello que es empezar el nuevo año con esta fiesta de purificación, liberación, adoración de nuestro Dios Salvador... ¡Oh, excusa, Maestro! he hablado cuando debí haber callado, porque Tú eres el que debe rectificar nuestros corazones...”

“Era lo que estaba Yo pensando, Simón. Exactamente lo mismo: ahora tengo dos maestros en vez de uno y me parece demasiado” rezonga Iscariote rojo de ira.

Pedro... ¡oh! Pedro esta vez no se controla y grita: “Y si no te callas tendrás un tercero que soy yo. Te juro que tendré argumentos más persuasivos que las palabras”.

“¿Te atreverías a pegarle a un compañero? Después de tantos esfuerzos por tener sujeto en el fondo al viejo galileo, sale a flote tu verdadera naturaleza, ¿o no?”

“No sale a flote. Siempre ha estado en la superficie, clara. No finjo. Pero cuando se trata de asnos salvajes, como lo eres tú, no hay otro argumento para domarlos que los latigazos.

¡Avergüénzate de abusar de su bondad y de nuestra paciencia! ¡Ven, Simón! ¡Ven, Juan!

¡Ven, Tomás! Hasta pronto, Maestro. También yo me voy, porque si me quedo... vive Dios que no me controlaré más” y Pedro coge su manto que estaba sobre una silla, se lo pone aprisa, pero con el coraje se lo pone al revés. Juan se lo advierte. Le ayuda a ponerlo bien. Sale dando fuertes pisadas como para descargar un poco su rabia. Parece un becerro encabritado. Los otros... ¡oh! los otros son como libros abiertos en los que se puede leer lo que está escrito. Bartolomé levanta su cara afilada de viejo al cielo todavía cubierto de nubes, y parece estudiar los vientos para no mirar el rostro de Jesús en quien está dibujado el dolor y la cara demasiado pérfida de Iscariote. Mateo y Felipe miran a Tadeo, en cuyos ojos la ira destella, ojos tan semejantes a los de Jesús, tienen un mismo pensamiento, lo ponen en medio, lo empujan hacia la vereda que lleva a la casa de Simón diciendo: “Tu madre nos necesitaba para aquel trabajo. Ven también tú, Santiago de Zebedeo” y se va con ellos el hijo de Salomé. Andrés mira a Santiago de Alfeo y éste a él: dos caras que reflejan la misma pena y que, no

sabiendo qué decir, se toman de la mano como dos muchachos, y se van tristes. De las discípulas no está sino Salomé que no se atreve moverse, ni a hablar, ni tampoco a irse, como si quisiera con su presencia frenar al discípulo indigno si quisiera hablar. Afortunadamente no está presente ni un miembro de la familia de Lázaro, ni tampoco la Virgen.

Se quedan solos Jesús, Judas y Salomé. Judas va al quiosco de jazmines. Jesús lo sigue con la mirada, lo vigila, ve que finge sentarse, que desaparece por la parte posterior y se mete entre los rosales, laureles y bojés que separan el verdadero jardín de los cuadros donde están las colmenas. Por aquella parte se puede salir por una de las puertas secundarias que hay en los muros del extenso jardín, que es un verdadero parque que por dos lados termina en altísimas vallas dobles como una avenida, con cancelas acá y allá que comunican con prados, campos, huertos, olivares, y también con la casa de Simón y por los otros dos tiene fuertes murallones, que dan a dos caminos: uno es secundario y el otro principal, en este desemboca el secundario que cortando Betania prosigue a Belén.

Jesús se pone de puntitas para ver mejor. Se hace a un lado para distinguir al apóstol. Sus ojos brillan.

María Salomé lo ve e intuye, y aunque no puede comprender lo que sucede murmura:

“¡Misericordia de nosotros, Señor!”

Jesús siente esa ansia, se vuelve por un instante a mirar a la buena y sencilla discípula, que si por unos momentos cobijó pensamientos de orgullo al pedir el lugar de honra para sus hijos, y que podía hacerlo porque ambos son buenos apóstoles, que humildemente aceptó la corrección del Maestro, que no se dio por ofendida, ni se alejó de Él, se ha hecho más humilde, más servicial, que lo sigue como su sombra cada vez que puede, que estudia sus más insignificantes expresiones para adelantarse a sus deseos y darle alegría. También ahora, trata la buena y humilde Salomé de consolar al Maestro, de aplacar la sospecha que lo hace sufrir, diciendo: “¿Lo ves? No va lejos. Allí puso su manto. No lo ha vuelto a tomar. Irá por los prados a desahogar su mal humor... Judas no se atreverá a ir sin permiso alguno...”

“Se iría aun desnudo. Mira... ¡Va allí!”

“¡Trata de abrir el cancel! ¡Si está cerrado! ¡Llama a un siervo de las colmenas!”

Jesús le grita: “¡Judas! ¡Espérame! Debo hablarte”. Se dirige a él.

“¡Por caridad, Señor! Voy a llamar a Lázaro... a tu Madre. ¡No vayas solo!”

Jesús, que va caminando aprisa, se vuelve y le dice: “Te mando que no lo hagas. No digas nada a *nadie*. Si te preguntan por Mí diles que he salido por unos instantes con Judas. Si vienen las discípulas que esperen. Regreso pronto”.

Salomé no protesta. Iscariote tampoco ha reaccionado. Ambos se han quedado allí donde la voluntad de Jesús les ordenó.

“Abre la puerta, Jonás. Salgo un poco con mi discípulo. Si te quedas aquí no es necesario la cierres detrás de nosotros. Pronto regresaré” ordena con suavidad al agricultor que se había quedado con la gruesa llave en la mano sin saber qué hacer.

Se oye el forcejeo de la llave por dentro, se oye chirriar la puerta al abrirse.

“Casi nunca abrimos esta puerta” dice el siervo sonriente. “¡Eh! Está enmohecida. Cuando no se le usa, se va acabando... el moho, el polvo... Lo mismo nos sucede a nosotros si no trabajamos en nuestro corazón”.

“Bravo Jonás! Has tenido una magnífica idea. Muchos rabinos te la envidiarían”.

“Son mis abejas las que me lo han sugerido... y tus palabras. En realidad que han sido tus palabras, y las abejas me hacen entenderlas. Porque nada hay que no hable, si se sabe escucharlo. Yo me digo: si las abejas obedecen la orden de quien las creó y son tan pequeñas que no sé dónde tengan su cerebro y corazón, yo, que los tengo y además alma, y que escucho al Maestro ¿no debo hacerlos trabajar, saber lo que hacen, hacer siempre lo que el Maestro dice que digamos, y embellece mi espíritu para que no tenga moho, polvo, lodo, pajas, cosas que arrojan los enemigos infernales, así como piedras y trampas?”

“Has dicho muy bien. Imita a tus abejas y tu alma se convertirá en una colmena de virtudes preciosas, con las que Dios se regocijará. Vuelvo pronto, Jonás. La paz sea contigo”.

Pone su mano sobre la cabeza gris de Jonás que está inclinado ante Él, y sale por el camino que lleva a los prados de trébol rojo que son hermosos como alfombras con sus colores verdes y carmesí. Por ellos las abejas pasan veloces de flor en flor.

Cuando están ya separados, de modo que nadie pueda escucharlos, Jesús pregunta: “¿Oíste lo que dijo? Es un campesino. Sería mucho que pudiese leer algo... Y con todo... sus palabras podían haber estado en mis labios sin que nadie pudiera pensar que no tengo razón. Él ve la necesidad de vigilar para que los enemigos del espíritu no destruyan su espíritu... Yo... por causa de ellos te tengo junto a Mí, y por eso me odias. Te quiero defender de ellos y de ti mismo, y tú me odias. Una vez más te lo digo: vete, vete, Judas. Vete lejos. No entres en Jerusalén. Estás enfermo. No es mentira que estás enfermo, que no puedes participar en la pascua. Celebrarás la suplementaria. Nos lo concede la ley, cuando alguna enfermedad u otra gravísima razón impiden cumplir con la pascua. Pediré a Lázaro –amigo prudente, que nada pedirá- que te lleve hoy mismo al otro lado del Jordán”.

“No. Muchas veces te he pedido que me arrojaras. No lo has querido. Ahora soy quien no lo quiere”.

“¿No lo quieres? ¿No quieres salvarte? ¿No tienes compasión de ti mismo? ¿Tampoco de tu madre?”

“Deberías decirme: ¿No tienes piedad de Mí? Serías más sincero”

“Judas, infeliz amigo mío, te lo pido no por Mí, sino por ti. Por ti, sólo por ti te lo pido. ¡Mira! Estamos solos Yo y tú. Tú sabes quién soy y Yo sé quién eres. Es el último momento de la gracia que se te ha concedido una vez más para impedir tu ruina... No te rías tan diabólicamente, amigo mío. No te burles de Mí como si fuera un loco, porque te digo ‘tu ruina’, y no la mía. Estamos solos: Yo y tú y sobre nosotros Dios... Dios que todavía no te odia, Dios que asiste a esta lucha última entre el bien y el mal que se disputan tu alma. Sobre nosotros está el empireo³ que nos contempla. Ese empireo que pronto se llenará de santos los cuales ya se sienten transportados de alegría donde están todavía ahora porque la presienten... Judas, entre ellos está tu padre...”

“Fue un pecador. No está allí”.

“Fue un pecador, pero no es un condenado, por eso él siente que se acerca la alegría también para él. ¿Por qué quieres proporcionarle tristeza?”

“Él no sufre. Está muerto”.

“No. Sufre al ver que eres culpable, que eres... ¡oh, no quieras arrancarme esa palabra!...”

“¡No temas, no temas! ¡Dila! Hace meses que me la digo a mí mismo. Estoy condenado. Lo sé. Nada puede cambiarse”.

“Todo, Judas. Yo lloro. ¿Quieres tú ser la causa de las últimas lágrimas mías?... Judas, te lo suplico. Piensa, amigo, que el cielo hace lo que le pida y tú, y tú... ¿vas a dejarme pedir en vano? Piensa que el que delante de ti lo suplica es el Mesías de Israel, el Hijo del Padre... ¡Judas, escúchame!... ¡Detente, ahora que lo puedes todavía!...”

“¡No!”

Jesús se cubre el rostro con las manos y se deja caer a la orilla del prado. Lloro sin hacer ruido, pero llora mucho. Se ve que sus espaldas se sacuden con los profundos sollozos... Judas lo mira, a sus pies, destruido, llorando, por el deseo de salvarlo... y siente compasión. Dice, dejando su tono amargo de antes: “No puedo menos de ir... He empeñado mi palabra”. Jesús levanta su rostro despedazado y prorrumpe: “¿Con quién? ¿Con quién? ¡Con hombres miserables! ¿Te preocupas de sus honras? ¿No te habías entregado a Mí hace tres años? ¿Piensas en lo que diga un puñado de malhechores y no en el juicio de Dios? ¿Qué debo hacer, Padre, para que en él surja de nuevo la voluntad de no pecar?” Baja desconsolado la cabeza... Parece el Jesús doloroso de la agonía del Getsemaní.

Judas siente compasión y dice: “Me quedo. ¡No sufras de ese modo! Me quedo. ¡Ayúdame a continuar! ¡Defiéndeme!”

³ Cfr. 2 Cor. 12, 2-5.

“¡Siempre! Con sólo que tú quieras. Ven. No hay culpa que no compadezca y no perdone. Di: ‘quiero’, y te habré redimido...”

Lo toma del brazo levantándose. Pero si las lágrimas de Jesús-Dios caen sobre los cabellos de Judas, la boca de éste queda cerrada. No pronuncia la palabra que se le ha pedido. No dice ni siquiera ‘perdón’ cuando Jesús le murmura entre los cabellos: “¡Sabes que te amo! ¡Tenía qué haberte reprendido! Te doy el beso de paz. Podría haberte dicho: ‘Pide perdón a tu Dios’ y te pido sólo que quieras ser perdonado. ¡Estás tan enfermo! No se puede exigir mucho de uno muy enfermo. A todos los pecadores que han venido a Mí les he exigido un arrepentimiento absoluto para poder perdonarlos. A ti, amigo mío, sólo te pido que quieras arrepentirte y luego... Yo haré el resto”.

Judas no dice nada...

Jesús lo deja ir. Le dice: “Quédate por lo menos aquí hasta el día siguiente al sábado”.

“Me quedo... regresemos a casa. Notarán nuestra ausencia. Tal vez las mujeres te estén esperando. Son mejores que yo, y no debes descuidarlas”.

“¿No recuerdas la parábola de la oveja perdida? Tú eres... Las discípulas son las buenas ovejas encerradas en el redil. No corren ningún peligro, aun cuando todo el día ande en busca de tu alma, para llevarla al redil”.

“¡Bueno, sí! ¡Regreso al redil! Me encerraré en la biblioteca de Lázaro a leer. No quiero que me perturben. No quiero ver, no quiero saber nada. Así... no se sospechará de mí. Y si alguna cosa se dijere al Sanedrín, tendrás qué convencerte que entre tus predilectos hay una sierpe. ¡Hasta pronto! Voy a entrar por el cancel principal. No tengas miedo. No voy a huir. Cuando quiera puedes ir a verme. Que ahí estaré” y dándole las espaldas se va a largos pasos.

El vestido de blanco lino de Jesús resalta en el borde del prado verde. Jesús levanta sus brazos y su afligido rostro al cielo. Levanta su corazón al Padre llorando: “Oh, Padre mío, ¿podrás acaso acusarme de haber dejado algo sin mover para salvarlo? Sabes que luché por su alma, no por mi vida, para impedir su crimen... ¡Padre, Padre mío! ¡Te lo ruego! Apresura las horas de las tinieblas, la hora del Sacrificio, porque me es muy amargo vivir junto al amigo que no quiere ser redimido... ¡El más grande dolor!” Se sienta sobre el tupido trébol. Reclina su cabeza sobre sus rodillas las que estrecha con los brazos y llora...

¡No puedo ver estas lágrimas! Son muy semejantes a las del Getsemaní... porque sabe que el cielo no hará nada por consolarlo, que *debe padecer ese dolor*, y esto me aflige muchísimo. Jesús llora mucho, silenciosamente. Testigos de sus lágrimas son las abejas, el trébol que respira su aroma, que se mueve ligeramente bajo el impulso del viento que amenaza tempestad, pues las nubes que antes habían desaparecido, ahora a montones corren por el firmamento amenazando lluvia.

Jesús deja de llorar. Levanta su rostro para escuchar... Un ruido de ruedas, de cascabeles viene del camino principal. El de ruedas cesa pero no el de cascabeles. Jesús dice: “Las discípulas... Son fieles... ¡Padre mío, hágase como Tú quieres! Te ofrezco el sacrificio de este deseo mío de Salvador y de Amigo. ¡Escrito está! Él lo ha querido. Es verdad. Pero permíteme. ¡Padre mío! Que continúe Yo mi obra para él hasta que todo esté terminado. Desde ahora te digo: Padre, cuando oraré por los pecadores, cual víctima impotente para cualquier acción directa, ¡Padre! Toma mi sufrimiento, y fuerza con él el alma de Judas. Sé que te pido lo que la Justicia no puede conceder, pero de Ti viene la Misericordia y el Amor y amar a estos que vienen de Ti y que son una sola cosa contigo, Dios Uno y Trino, Santo y Bendito. Yo mismo me daré a mis amados en alimento y bebida. Padre, que mi Sangre y mi Carne no sirvan de condenación para ninguno de ellos. Padre, ayúdame. Que haya un germen de arrepentimiento en ese corazón!... Padre, ¿por qué te alejas? ¿Te alejas ya de tu Verbo que te ruega? Padre, es la hora. Lo sé. Hágase tu voluntad bendita. Pero deja a tu Hijo, a tu Mesías, en quien por un inescrutable decreto tuyo disminuye en Él la visión segura del futuro – y no digo que sea esto crueldad de tu parte sino piedad para conmigo- deja en Mí la esperanza de salvarlo. Oh, Padre mío, lo sé. Lo supe desde que soy. Lo he sabido desde que no sólo Verbo, sino Hombre, vivo en la tierra. Lo supe desde que lo encontré en el templo...”

siempre lo he sabido, pero ahora... ¡Oh, que me parece, Santísimo Padre, una gran piedad Tuya! Me parece que no se trate sino de una horrible pesadilla, causada por su comportamiento, pero no es lo último... que pueda esperar todavía, todavía, porque mi sufrimiento, e infinito será el sacrificio, y que sirva para él... ¡Ah, deliro! ¡Es el Hombre que quiere esperar esto! ¡El Dios que está en el Hombre, el Dios hecho Hombre no puede hacerse ilusiones! Que desaparezcan las ligeras nieblas que me escondían por un momento el abismo, el abismo ya abierto para tragarse al que prefirió las Tinieblas a la Luz... ¡Piedad Tuya al ocultármelo! ¡Piedad de tu parte el mostrármelo ahora que me has consolado! Sí, Padre, también esto. Seré Misericordia hasta el fin, porque tal es mi Esencia”.

Sigue orando con los brazos abiertos, en forma de cruz, su rostro destrozado de dolor se va revistiendo de una paz majestuosa. Como que se hace luminoso por una alegría interior, aun cuando en sus labios cerrados no se note ninguna sonrisa. Es la alegría de su espíritu, en comunión con el Padre que traduce a través de los velos de la carne y borra las señales que el dolor ha dejado sobre su rostro enflaquecido y espiritualizado que cada vez se hace más claro cuanto más avanza el dolor y el sacrificio. No es ya un rostro de la tierra el de Jesús en estos sus últimos días. Ningún artista será jamás capaz de pintarlo, aun cuando el Redentor se le mostrase; de dibujar ese rostro del Dios-Hombre cincelado en una belleza sobrenatural de amor y dolor perfectos y completos. Jesús se encuentra de nuevo ante la puerta. Entra, cierra y se dirige a la casa. Jonás lo ve y corre a tomar de sus manos la pesada llave.

Jesús sigue. Encuentra a Lázaro: “Maestro, llegaron las mujeres, les dije que entraran, en la sala blanca porque en la biblioteca está Judas leyendo y como que sufre”.

“Lo sé. Gracias por lo que has hecho por las mujeres. ¿Son muchas?”

“Juana, Nique, Elisa, Valeria con Plautina y otra amiga suya o liberta llamada Marcela, una vieja que dice conocerte: Ana de Merón y Analía con otra jovencita de nombre Sara. Están con las discípulas, con tu Madre y con mi hermanas”.

“¿Y esas voces infantiles?”

“Ana trajo los hijos de su hijo, Juana los suyos, Valeria su hijita. Las llevé al patio interior...”

44. El viernes antes del ingreso en Jerusalén.

II. Jesús y las discípulas

22 marzo 1947

La suntuosa sala, que es una de las que se emplean para celebrar los banquetes, es blanca en paredes y techo, blanca en sus pesadas cortinas, en los tapices que cubren los asientos, en las láminas de mica o alabastro que hace de vidrio de ventanas y de lámparas, está llena de las charlas de las mujeres. Quince mujeres que hablan entre sí no es poca cosa, pero apenas Jesús se muestra en el umbral, al separar la pesada cortina, un silencio absoluto se impone. Todas se levantan y se inclinan con el mayor respeto.

“La paz sea con vosotras” dice Jesús con su amable sonrisa... No hay en su rostro ninguna señal del dolor poco antes experimentado. Está sereno, luminoso, tranquilo, como si nada le hubiera sucedido o fuera a suceder, sabiendo Él todo.

“La paz sea contigo, Maestro. Hemos venido. Nos mandaste a avisar ‘que vinieran también las mujeres que estaban con Juana’, y yo te obedecí. Estaba conmigo Elisa. Hace días que vive conmigo. Conmigo estaba también ésta que es seguidora. Había ido a buscarte porque todos saben que soy tu dichosa discípula. También Valeria está conmigo, desde que vivo en mi palacio. Plautina había llegado a visitar a Valeria. Ésta hablará por sí. Más tarde llegó Analía, a quien le anunciaron de tu deseo de verla, y creo que esta jovencita sea parienta suya. Nos dimos trazas para venir y no dejamos a Nique. Es tan hermoso sentirnos hermanas al creer juntamente en Ti... esperar que también las que te aman de un modo humano, suban más arriba, como ha hecho Valeria” ha hablado Juana mirando de bajo a arriba a Plautina que... solamente se ha quedado en el amor humano...

“Los diamantes se forman poco a poco, Juana. Son necesarios siglos de fuego en lo profundo de la tierra... No es necesario tener prisa... No te desanimes jamás...”

“¿Y cuando un diamante se vuelve... cenizas?”

“Señal es de que todavía no era un diamante perfecto. Son necesarios paciencia y fuego. Comenzar de nuevo esperando en el Señor. Lo que parece por vez primera ser una desilusión, se convierte frecuentemente en triunfo la segunda vez”.

“O la tercera, o la cuarta, y más. Yo fui siempre una desilusión muchas veces, pero al fin triunfaste, ¡Raboni!” dice Magdalena con su armoniosa voz.

“María se siente feliz cada vez que puede humillarse recordando su pasado...” suspira Marta que quisiera que nadie lo recordase.

“Es verdad, hermana, que así es. Me siento contenta de recordar el pasado, pero no para abatirme como dices, sino para subir más, empujada por el recuerdo del mal que hice y por agradecer al que me salvó. Y también para que quien duda de sí mismo o de algún ser querido, pueda cobrar ánimos y llegue a la fe que, según mi Maestro, sería capaz de mover montañas”.

“Tú la posees. ¡Dichosa tú! No conoces el temor...” suspira Juana, suave, tímidamente.

“No lo conozco. No ha existido jamás. Ahora, desde que soy propiedad de mi Salvador, mucho menos y ni siquiera en mi alma. Todo ha servido para aumentar mi fe. ¿Puede alguien como yo, que fui resucitada, que vio resucitar a su hermano, dudar acaso de algo? No. Ninguna cosa me hará jamás dudar”.

“Mientras Dios esté contigo, esto es, mientras el Rabí lo esté... Pero Él anda diciendo que pronto nos abandonará. ¿Qué pasará a nuestra fe? Esto es a vuestra fe, porque yo no he logrado salir más allá de los confines humanos...” dice Plautina.

“Su presencia o ausencia material no afectará mi fe. No tendré miedo. No es soberbia mía. Es que me conozco. Si las amenazas del Sanedrín se llevasen a cabo... no temeré...”

“¿Qué puedes temer? ¿Que el Justo no sea justo? Esto ni yo. Creemos en Él como en muchos sabios cuya sabiduría gustamos, y añadiría que nos nutrimos con la vida de su pensamiento, aún siglos después de que han desaparecido de la tierra. Pero si tú...” insiste Plautina.

“Yo ni siquiera temeré su muerte. La Vida no puede morir. Resucitó a Lázaro que es un pobre mortal”.

“No resucitó por sí, sino que el Maestro llamó su espíritu de ultratumba. Y es el único que puede hacerlo. Pero, ¿quién llamará su espíritu si fuese muerto?”

“¿Que quién? Él mismo. Esto es, Dios. Dios se hizo por sí mismo. Dios por Sí mismo puede resucitarse”.

“Dios... sí... según nuestra fe Dios se hizo a Sí mismo. Algo difícil para nosotros de admitirlo, pues sabemos que los dioses vienen uno del otro, por amores divinos”.

“Por desvergüenzas, por amores irreales, deberías de decir” interrumpe Magdalena.

“Como quieras...” responde Plautina con calma. Quiere seguir, pero Magdalena se le adelanta:

“Pero el Hombre, quieres decir, no puede por sí resucitarse. Como Él por sí mismo se hizo Hombre, porque nada es imposible para el Santo de los Santos, así Él mismo se dará la orden de resucitar. No puedes comprender esto. No conoces las figuras de nuestra historia de Israel. Él y sus prodigios están escritos en ella. Todas se cumplirán. De antemano creo, Señor. Creo todo. Que Tú eres el Hijo de Dios, el hijo de la Virgen, que eres el Cordero de salvación, que eres el Mesías Santísimo, que eres el Libertador y Rey universal, que tu Reino no tendrá fin ni límites, en fin que la muerte no prevalecerá sobre Ti porque la vida y la muerte son cosas que Dios ha creado y le están sujetas como todas las demás. Creo. Y si será un gran dolor verte desconocido, despreciado, mayor será mi fe en tu Ser eterno. Creo en todo lo que está predicho acerca de Ti. Creo en todo lo que dices. Supe también creer por Lázaro, la única que supo obedecer y creer, la única que supo reaccionar contra aquello y contra aquellas cosas que querían persuadirme, para que no creyese. Sólo al fin, cuando ya la prueba iba a terminarse, cometí un error... Pero hacía tanto tiempo que duraba... y no pensé que Tú,

Maestro bendito, te hubieras acercado al gual después de cuatro días de muerto... Ahora no dudaría en creer, aun cuando el sepulcro haya conservado dentro su presa por meses. ¡Oh, Señor mío! ¡Yo sé quién eres! ¡El fango ha conocido a la Estrella” María se ha acercado a sus pies, se le queda mirando con su actitud de adoradora, con su cara levantada hacia su rostro. “¿Quién soy?”

“El que Es³. Eso eres. Lo demás, la persona humana, es el vestido, el vestido necesario que llevas sobre tu luz, sobre tu santidad para que pudieras venir a salvarnos. ¡Eres Dios, mi Dios”. Y se arroja a besar sus pies. Parece como si sus labios no quisieran desprenderse de los pies desnudos del Salvador que se ven bajo su vestidura.

“Levántate, María. Procura tener siempre esta fe robusta. Levántala como una estrella en las horas de la borrasca para que los corazones se afirmen y sepan esperar, por lo menos...”

Luego se dirige a todas y dice: “Os llamé porque en los días que están por venir, no vamos a podernos ver mucho y con calma. El mundo nos rodeará. A los corazones les gusta guardar sus secretos como al cuerpo su pudor. Hoy, no soy el Maestro, sino el Amigo. No todas tenéis esperanzas ni temores qué comunicarme, pero todas tenéis deseos de verme una vez más. Os he llamado a vosotras, flores de Israel y del nuevo Reino, y a vosotras flores de la gentilidad que abandonan las sombras para entrar en la Vida. Grabadlo en vuestro corazón para los días que están por venir: que vuestro honor que tributáis al perseguido Rey de Israel, al Inocente acusado, al Maestro a quien no se le escucha, mitigue mi dolor. Os pido a vosotras israelitas que estéis muy unidas, lo mismo que a vosotras que no lo sois. Socorreos mutuamente. Las más fuertes a las más débiles; las más entendidas a las menos, pero que tienen deseos de llegar a la verdad sobrenatural. Compadeceos mutuamente. A las que la ley divina por tantos siglos ha educado, compadezcan a las de la gentilidad... Los hábitos morales no se cambian de la noche a la mañana fuera de casos excepcionales en que interviene la fuerza divina ayudando a una voluntad muy buena. No os sorprendáis si veis que algunas de las que vienen de otras religiones, no avanzan o hasta retroceden por sus antiguos caminos. Pensad que el mismo Israel lo ha hecho conmigo. No pretendáis de los gentiles la virtud y flexibilidad que Israel no ha sabido ni ha querido usar conmigo.

Consideraos como hermanas, hermanas que el destino ha traído a mi alrededor, en estos últimos días de mi vida mortal... ¡No lloréis! El destino que os ha reunido tomándoos de diversos lugares, con idiomas y costumbres diversos que dificultan el entenderse bien. Pero el amor tiene un solo lenguaje, que consiste en hacer lo que el amado enseña y hacerlo para darle honra y alegría. En este punto podéis entenderos todas; y las que más entiendan, ayuden a las demás. Después... en un futuro no muy lejano, en circunstancias diversas, volveréis a dividirlos por las regiones de la tierra, unas regresando a vuestros lugares nativos, otras yendo al destierro que no os pesará, porque las que lo sufrieron habrán llegado a comprender perfectamente la verdad de que no el estar aquí o allí forma la verdadera Patria, pues ésta es el cielo. Porque quien está en la verdad está en Dios y tiene a Dios consigo. Está pues ya en el Reino de Dios y el Reino de Dios no conoce fronteras; ni sale del Reino quien, por ejemplo, fuera llevado de Jerusalén a Iberia, Pannonia, Galia o Iliria. Estaréis siempre en el reino, si siempre estáis en Jesús, o si en Jesús vendréis. He venido a reunir todas las ovejas. Las del redil paterno, las de otros, y también las que no tienen pastor, que viven en la selva, tan sumergidas en las tinieblas que no son capaces de distinguir ni la mínima señal, no una sola jota de la ley divina, ni de la ley moral. Gente ignota* que espera la hora de Dios para poder entrar a formar parte del redil de Jesús. ¿Cuándo? ¡Oh, los años son iguales que los siglos ante los ojos del Eterno⁷! Pero vosotras seréis las pioneras de las que irán, con los futuros pastores, a reunir esas ovejas con el amor que he enseñado y traerlas a mi redil.

³ Cfr. Ex. 3, 13-15; Js. 42, 8.

* ignoto = no conocido ni descubierto.

⁷ Cfr. Sal. 89, 4; 2 Pe. 3, 8-10.

Que vuestros primeros campos de prueba sean éstos. La golondrina que mueve sus alas para volar, no se arroja a grandes vuelos. Intenta primero volar del nido al techo donde nació, luego regresa a él, y nuevamente se lanza *más allá* para regresar, y así cada vez más lejos... hasta que siente que sus alas se robustecen, que pueden orientarse, y entonces se echa a jugar en medio de los vientos, del cielo, y se va chillando, detrás de los insectos, apenas rozando la superficie de las aguas, volviendo a subir al sol, hasta cuando llega su tiempo con las alas más robustas levanta su vuelo para regiones más cálidas y en las que encuentre su comida. No teme atravesar mares, aunque sean tan pequeñuelas, un punto plumoso bruñido perdido en medio de las dos inmensidades azules la del mar y la del cielo, un puntito que sin temor avanza, cuando antes tenía miedo de volar de su nido a la vid cercana. Pero ahora es un cuerpecito musculoso, perfecto, que rompe el aire cual flecha, y no se sabe si es el aire el que transporta con amor a este pequeño rey, o si es él quien lo hace por su dominio. ¿Quién al verla atrevida, al ver que desafía todo, al ver que su vuelo apenas si deja traza alguna, podrá pensar que tenga miedo?

Así sucederá con vosotras y con todos los que os imitasen. De improviso nadie se hace capaz de algo. No vayáis a desanimaros con las primeras derrotas. Ni os ensoberbecáis con las primeras victorias. Las derrotas servirán para que la segunda vez lo hagáis mejor. Las victorias serán estímulo para que obréis mucho mejor en lo porvenir y a convencerlos de que Dios ayuda las buenas voluntades.

Sed siempre obedientes a los pastores cuando os aconsejen u os dieren órdenes. Sed para ellos hermanas en lo que podáis ayudarles en su misión y sostenerlos en sus fatigas. Decid esto también a quienes no están hoy presentes. Decidlo a quienes vendrán en lo porvenir. Comportaos como hijas para con mi Madre. Ella os guiará en todo. Puede guiar a las jóvenes como a las viudas, a las casadas, a las madres, pues Ella ha conocido todos estos estadios de la vida no sólo por experiencia, sino también por conocimiento sobrenatural. Amaos y amadme en María. Nunca os engañaréis porque ella es el Árbol de la Vida⁹, el Arca viviente de Dios¹⁰, la forma de Dios en la que la Sabiduría se hizo trono, y la Gracia se hizo Hombre.

Ahora que os he hablado en general, ahora que os he visto, quiero escuchar a mis discípulas y aquellas que son la esperanza de las discípulas futuras. Idos. Me quedo aquí. Las que tengan algo qué decirme, que vengan, lo hagan porque después no habrá momentos tan tranquilos como los de ahora”.

Las mujeres se consultan entre sí. Elisa sale con María y María Cleofás. María Magdalena escucha a Plautinia que quiere persuadirla de algo, pero que ella no acepta, pues se ve que lo niega con la cabeza y luego la deja sin más. Al pasar toma consigo a su hermana y a Susana, diciendo: “Nosotras tendremos tiempo de hablarle. Dejemos a éstas que tienen qué regresar”. “Ven, Sara. Seremos las últimas en venir” dice Analía.

Lentamente salen todas, menos María Salomé que se queda dudosa en el umbral de la puerta.

“Ven aquí, María. Cierra y ven. ¿Qué te pasa?” le pregunta Jesús.

“Es que yo... yo siempre estoy contigo. Oíste lo que dijo Magdalena...”

“Sí, pero ven aquí. Eres la madre de mis primeros discípulos. ¿Qué quieres decirme?”

Salomé se acerca lentamente. Como quien quiere pedir algo *grande* y no sabe cómo hacerlo.

Jesús la mira con su sonrisa, la incita: “¿Qué? ¿Quieres acaso pedirme el tercer lugar para Zebedeo? Él es un hombre prudente. Ciertamente que no te envió a comunicármelo. Habla...”

“¡Ah, Señor! Era de esto de lo que quería hablarte. Tú hablas en tal forma... Como si estuvieras por dejarnos. Y quisiera que me dijese antes que me has perdonado. No puedo calmarme, pensando que te disgusté”.

“¿Todavía estás con esos pensamientos? ¿No te parece que te amo como antes, y más que antes?”

⁹ Cfr. Gén. 3, 24; Ap. 22, 2-19.

¹⁰ Cfr. Gén. 6-8; Ex. 25, 10-22; 37, 1-9; Hech. 9, 1-5. etc.

“¡Oh, sí, Señor! Pero dime la palabra que me perdonas. Para que pueda decirlo a mi esposo, que has sido muy bueno conmigo”.

“No es necesario que le vayas a referir que te he perdonado”.

“Sí que se lo contaré. Por que, ¿ves?, Zebedeo al ver cómo amas a sus hijos podría caer en el mismo pecado y... si te vas ¿quién va a perdonárselo? Quisiera que todos nosotros entrásemos en tu Reino. También mi marido. No ceo que haga mal en querer esto. Soy una pobre mujer y no sé de libros. Cuando tu Madre nos lee o nos recita trozos de las Escrituras, a nosotras las mujeres, nos habla frecuentemente de las mujeres escogidas de Israel, o nos señala los lugares. En los Proverbios que me gustan tanto está dicho que el corazón del esposo vive tranquilo cuando su mujer es valiente¹⁴. Me imagino que es justo que proporcione yo a mi marido esta confianza, aun en lo que se refiere a cosas del cielo. Si le consigo un lugar seguro allá, impidiéndole pecar, pienso que hago cosa buena”.

“Así es, Salomé. Verdaderamente has abierto tu boca a la sabiduría y la bondad está en tu lengua¹⁵. Vete en paz. Tienes más que mi perdón. Tus hijos, según el libro que tanto te gusta, te aclamarán bienaventurada, y tu marido te alabará en la patria de los justos¹⁶. Vete tranquila. Vete en paz. Sé feliz” La bendice y la despide.

Salomé se va contenta.

Entra la vieja Ana de la casa que está cerca del lago Merón. Trae de la mano a dos niños y detrás de ella viene una niña tímida y paliducha que camina con la cabeza baja, y que conduce, cual una mamá pequeña, a un niño que apenas si puede caminar.

“¡Oh, Ana! ¿También tú quieres hablarme? ¿Y tu marido?”

Enfermo, Señor, enfermo. Muy enfermo. Tal vez no lo encontraré vivo...” le corren lágrimas por su arrugada cara.

“¿Y tú estás aquí?”

“Aquí estoy. Él me dijo: ‘Yo no puedo. Ve tú a la pascua y mira que nuestros hijos...’” El llanto aumenta le estorba hablar.

“¿Por qué lloras así Ana? Tu marido ha dicho bien: ‘Mira que nuestros hijos por su bien eterno no se pongan en contra del Mesías’. Judas es un justo. Se preocupa más de sus hijos que de su vida, y del consuelo que tus cuidados le brindarían. Se levantan los velos en las horas que preceden a la muerte de los justos, y los ojos del espíritu contemplan la verdad. Pero tus hijos no te hacen caso. ¿Qué puedo hacer si ellos me rechazan?”

“¡No los odies, Señor!”

“¿Y por qué debería hacerlo? Rogaré por ellos, y sobre estos impondré mis manos para que el odio asesino esté lejos de ellos. Acercaos. ¿Tú quién eres?”

“Judas como mi abuelo” dice el mayorcito, y el pequeño de la mano de su hermana salta y grita: “¡Yo, yo, Judas!”

“Han hecho bien con ponerles el nombre de su padre, pero no en las otras cosas...” dice la anciana.

“Sus virtudes vivirán en éstos. Acércate, pequeñuela. Se buena y prudente, como la que te ha traído aquí”.

“María lo es. Para que no esté sola, la llevaré conmigo a Galilea”.

Jesús bendice a los niños, poniendo su mano sobre la cabeza de la pequeñuela buena. Luego pregunta: “Ana, ¿no pides nada para ti?”

“Que encuentre vivo a mi Judas y que tenga la fuerza de mentirle diciendo que sus hijos...”

“Mentir, no, jamás. Ni siquiera para hacer que un moribundo muera en paz. Dirás lo siguiente a Judas: ‘Ha dicho el Maestro que te bendice y contigo bendice tu sangre’. Esta inocente pequeñuela es también sangre suya y Yo la he bendecido”.

“Pero si pregunta por nuestros hijos...”

¹⁴ Cfr. Prov. 31, 10-11.

¹⁵ Cfr. Prov. 31, 26.

¹⁶ Cfr. Prov. 31, 28.

“Le dirás: ‘El Maestro ha rogado por ellos’. Judas se dormirá en la seguridad que mi oración vale mucho y sin intranquilizarlo le habrás dicho la verdad, porque Yo rogaré también por tus hijos. Vete en paz, Ana. ¿Cuándo dejas la ciudad?”

“Al día siguiente del sábado para que no me vea obligada a detenerme para observar el descanso sabático”.

“Está bien. Me alegra que estés después del sábado aquí. Únete con Elisa y Nique. Vete. Sé valerosa y fiel”.

Ana está ya casi en el umbral de la puerta y Jesús le dice: “Escucha, están mucho tiempo contigo tus pequeños hijos, ¿no es verdad?”

“Siempre, mientras estoy en la ciudad”.

“En estos días... déjalos en su casa, si me sigues”.

“¿Por qué, Señor? ¿Temes alguna persecución?”

“Sí. Y está bien que la inocencia no vea y no sienta...”

“Pero... ¿qué cosa piensas que sucederá?”

“Vete, Ana, vete”.

“Señor, si... si te fuesen a hacer lo que se dice, ciertamente que mis hijos... y entonces mi casa será peor que la calle...”

“No llores. Dios proveerá. La paz sea contigo”.

La vieja se va llorando.

Por unos cuantos minutos nadie entra. Luego juntas entran Juana y Valeria. Están preocupadas, sobre todo la primera. La otra está pálida, suspira, pero se le ve que tiene más valor.

“Maestro, Ana nos ha espantado. Le dijiste... ¡Oh, que no sea verdad! Cusa será una veleta... un calculador, pero mentiroso, ¡no! Él me ha asegurado que Herodes no tiene ninguna intención de hacerte daño... de Poncio no sé nada” y mira a Valeria que guarda silencio.

Continúa: “Esperaba saber algo de Plautinia, pero nada...”

“Así es. Ella no ha dado un paso más de donde estaba. Tampoco conmigo ha hablado. Si he comprendido bien, la indiferencia romana, que se nota mucho más cuando algún evento no puede tener ningún influjo en su Patria, o en su propia persona, ha embotado más a aquellas que parecían un tiempo querer salir de su aturdimiento. Esta indiferencia, esta holgazanería de su espíritu nos separa más que el haber ido yo a la sinagoga. Su corazón es tan diverso del mío. Pero se sienten felices... a su modo... Y la felicidad humana no les ayuda a tener despierto su pensamiento”.

“Y a despertar el espíritu, Valeria” añade Jesús.

“Así es, Maestro. Yo... es otra cosa... ¿Viste la mujer que estuvo con nosotros? Es de mi familia. Es viuda y sola. La enviaron mis familiares para que me convenza a regresar a Italia. ¡Muchas promesas de alegrías futuras! Alegrías que no estimo más, y como me parecen fútiles, las desprecio. No regresaré a Italia. Te tengo a Ti aquí y tengo a mi niña que me salvaste, a la que me has enseñado a amar por el alma que tiene. No dejaré estos lugares... he traído conmigo a Marcela para que te viese y comprendiese que no me quedo aquí por un amor vergonzoso por un hebreo –para nosotros es deshonra- sino porque en Ti he encontrado el consuelo de una mujer repudiada. Marcela no es mala. Ha sufrido y comprende, pero todavía no es capaz de comprender mi nueva religión. Me regaña un poco, pareciéndole que es una quimera... No importa. Si quiere, vendrá a donde estoy. Si no, me quedaré con Tusnilde. Soy libre, rica, puedo hacer lo que quiera. Y no obrando mal, realizaré lo que me agrade”.

“¿Y cuando el Maestro no esté ya más?”

“Quedarán sus discípulos. Plautina, Lidia, la misma Claudia que después de mí es la que más te sigue por doctrina y que más te honra, todavía no han comprendido que no soy más la mujer que conocieron o creen todavía conocer. Pero yo sí estoy segura de conocerme. Tanto es así que te aseguro que si pierdo mucho en pederte, no perderé todo porque quedará en mí la fe, y permaneceré donde ella me nació. No quiero llevar a Faustina a donde nada le hablara

de Ti. Aquí... sí todo. Y ciertamente no vas a dejarnos sin guía a quienes hemos querido seguirte. ¿Por qué debo ser yo, la gentil, que piense en estas cosas, cuando muchas de vosotras, y tú misma, estáis como atolondradas pensando en el día en que el Maestro no estará más ya entre nosotras?”

“Porque ellas, Valeria, por muchos siglos se han acostumbrado a una inmovilidad, a pensar que el Altísimo está allá, en su Casa, sobre el altar invisible que sólo el Sumo Sacerdote ve en ocasiones solemnes¹⁸. Esto las ayudó a venir a Mí. Podrían finalmente acercarse también ellas al Señor; pero ahora tiemblan de miedo por no tener al Altísimo en su gloria, ni al Verbo del Padre entre sí. Hay qué saber compadecer... Levantar el corazón, Juana. Yo estaré en vosotros. Recuérdalo. Me iré pero no os dejaré huérfanos. Os dejaré mi casa que es mi Iglesia. Mi Palabra que es la Buena Nueva. Mi amor habitará en vuestros corazones. Y al final os dejaré un regalo mayor que os alimentará de Mí y hará que no sólo espiritualmente esté entre vosotros y en vosotros, sino que os dará consuelo y fuerzas. Ahora... Ana está muy afligida por los niños...”

“Nos habló de ellos angustiada...”

“Le he dicho que los tenga lejos de la gente. Esto mismo a vosotras dos”.

“Mandaré a Faustina con Tusnilde a Béter antes del tiempo determinado. Tenían qué irse después de la fiesta”.

“Yo no me voy a separar de mis pequeños. Los tendré en casa, pero diré a Ana que deje que los suyos vayan conmigo. Aquella mujer tiene hijos de no buenos sentimientos, pero ellos son honrados de mi invitación y no contradecirán a la madre. Y yo...”

“Yo quisiera...”

“¿Qué cosa, Maestro?”

“Que estuviéseis todas unidas en estos días. Retendré conmigo a la hermana de mi Madre, a Salomé, a Susana y a las hermanas de Lázaro. Pero quisiera que estuvierais unidas, muy unidas”.

“¿No podremos ir a donde estéis?”

“Seré en estos días como relámpago que brilla veloz y desaparece. Subiré al Templo por la mañana y luego dejaré la ciudad. Sólo en el Templo y a hora temprana me podréis encontrar allí”.

“El año pasado estuviste en mi casa...”

“Este año no estaré en ninguna. Será un relámpago que pasa veloz...”

“Pero la pascua...”

“Deseo celebrarla con mis apóstoles, Juana. Si así lo quiero, razones tendré”.

“Es verdad... Estaré, pues sola... porque mis hermanos me han dicho que quieren estar libres estos días, y Cusa...”

“Maestro, yo me retiro. Está lloviendo fuerte. Voy a ver a los niños que están bajo el pórtico” dice Valeria y se retira prudentemente.

“También en tu corazón llueve fuerte, Juana”.

“Cierto, Maestro. Cusa es... tan raro. No lo comprendo más. Una contradicción continua. Tal vez tenga amigos que influyan en él... o que haya sido amenazado... o que tema por el mañana”.

“No es el único, antes bien puede afirmarse que son muy pocos, como un puñado, los que conmigo no temen el mañana, y cada vez serán menos. Sé paciente y cariñosa con él. No es más que un hombre...”

“Pero ha recibido tanto de Dios, de Ti, que debería...”

“Sí, debería. Pero en Israel ¿quién no ha recibido de Mí algo? He hecho bien a amigos y enemigos, he perdonado, curado, consolado, enseñado... Lo estás viendo y lo verás mejor cómo Dios es inmutable, cómo son diversas las reacciones de los hombres, y cómo

¹⁸ Cfr. Ex. 30, 1-10; Lev. 16; Hebr. 9, 1-14.

frecuentemente el que más ha recibido es el que está más pronto a dañar a su bienhechor. En verdad que se podrá decir que el que ha comido conmigo, levantó su mano contra Mí”²¹.

“Yo no lo haré, Maestro”.

“Tú, no; pero muchos sí”.

“Se encuentra mi esposo entre estos? Si así fuera, no regresaré a mi casa esta noche”.

“No, no está entre ellos esta noche, pero aun cuando estuviese, tu lugar está allí. Porque si él peca, tú no debes pecar. Si él vacila, debes sostenerlo; si te pisotea debes perdonarlo”.

“¡Pisotear, no! Me ama. Pero lo quisiera más firme. Tiene mucho influjo en Herodes. Quisiera que arrancara del Tetrarca una promesa en favor tuyo, así como Claudia trata de arrancarla de Pilato. Cusa sólo ha sabido referirme frases vagas de Herodes... me ha dicho que él no desea sino verte realizar algún milagro y que no te perseguirá... Con ello cree poder calmar los remordimientos de su conciencia que tiene por la muerte de Juan. Cusa me ha dicho: ‘Mi rey dice siempre: ‘Aún cuando me lo mandase el cielo, no levantaré mi mano contra él. ¡Tengo mucho miedo!’ ”

“Y dice la verdad. No levantará su mano contra Mí. Muchos en Israel no lo harán, porque tienen miedo de condenarme materialmente, pero pedirán que lo hagan otros, como si hubiera diferencia ante los ojos de Dios entre quien golpea, bajo la presión de un pueblo que así lo quiere y el que lo hace golpear”.

“¡El pueblo te ama! Se están preparando grandes fiestas en tu honor. Pilato no quiere tumultos. Ha reforzado las guardias en estos días. Espero tanto que... No sé qué espero, Señor. Sólo sé que espero y que también me desilusiono. Mi pensamiento es tan mudable como el tiempo de estos días que alternan sol y lluvias...”

“Ruega, Juana, y está en paz. Piensa en que jamás has causado dolor alguno al Maestro y que Él lo tiene presente. Vete”.

Juana, que en estos días ha enflaquecido, se va pensativa.

Ahora es la cara juvenil de Analía que aparece.

“Acércate. ¿Dónde está tu compañera?” “Allí, Señor. Quiere regresar. Están por partir. Marta ha comprendido mi deseo y desea que me quede con ella hasta mañana después del crepúsculo. Sara regresa a casa para decir que me quedo. Quisiera que la bendijeras porque... Luego te lo diré”.

“Que venga y la bendeciré”.

La joven sale y regresa con su compañera que se postra ante el Señor.

“La paz sea contigo y la gracia del Señor te lleve por los senderos por donde te ha llevado Analía que te precedió. Ama a su madre y bendice al cielo que te ha librado de los lazos y dolores, para que fueses toda para Él. Llegará un día en que, más que ahora, bendecirás al cielo por haber sido estéril por voluntad tuya. Vete”.

La joven se va conmovida.

“Le has dicho todo lo que quería. Soñaba con estas palabras. Siempre anda diciendo: ‘Me agrada tu elección, aun cuando sea muy rara en Israel. También quisiera hacer lo mismo. No tengo padre, y mi madre es tan dulce como una paloma, que creo que pueda realizar lo mismo. Pero para estar segura que puedo hacerlo, y que será una cosa buena para mí, como lo es para ti, quisiera oírlo de tu boca’. Ahora se lo has dicho. También yo me siento tranquila, porque temía hacerme ilusiones...”

“¿Desde cuándo está contigo?”

“Desde... cuando llegó la hora del Sanedrín. Me dije: ‘Ha llegado la hora del Señor y debo prepararme a morir’. Porque yo te lo pedí, Señor... Hoy te lo recuerdo... Si vas al sacrificio, yo quiero ser hostia contigo”.

“¿Sigues queriéndolo?”

“Sí, Maestro. No podría vivir en un mundo donde no estuvieras... y no podría sobrevivir a tus tormentos. ¡Tengo tanto miedo por Ti! Muchas de entre nosotras se hacen ilusiones... ¡Yo no!

²¹ Cfr. Sal. 40, 10; Ju. 13, 18.

Siento que ha llegado la hora. Es demasiado el odio... Espero que aceptarás mi ofrenda. No tengo otra cosa qué darte más que mi vida, pues sabes que soy pobre. Mi vida y mi pureza. Por esto convencí a mamá a que llamase a su hermana para que viviera con ella, para que no estuviera sola... Sara hará mis veces de hija, y la madre de Sara la consolará. ¡No vayas a desilusionarme Señor! El mundo no tiene ningún atractivo para mí. Me es como una cárcel donde siento repugnancia. Tal vez se deberá a que quien ha estado en los umbrales de la muerte comprende que lo que para muchos es alegría, para uno no es sino un vacío que no llena. Ciertamente es que no deseo sino el sacrificio... precederte... para no ver que el odio del mundo se lance cual arma torturadora sobre Ti, Señor mío, y para ser semejante a Ti en el dolor..."

"Colocaremos, pues, el lirio cortado sobre el altar donde se inmola el Cordero, y se teñirá de rojo con su sangre redentora. Sólo los ángeles sabrán que el Amor fue el sacrificador de una cordera toda blanca, y marcará el nombre de la primera víctima de amor, de la primera continuadora mía".

"¿Cuándo, Señor?" "Ten preparada la lámpara y vístete con vestiduras de bodas. El Esposo está a la puerta. Verás su triunfo, pero no su muerte, pero entrarás triunfante en su Reino con Él".

"¡Ah, soy la mujer más feliz de Israel! Soy la reina coronada con tu guirnalda. ¿Puedo como tal, pedirte una gracia?"

"¿Cuál?"

"Sabes que amé a un hombre. No lo he amado como a un esposo, porque entró en mí un amor mayor, y él no me correspondió porque... Pero no quiero recodar su pasado. Te pido que redimas ese corazón. ¿Puedo pedirte? ¿Verdad que no pecho al acordarme de él para darle la vida, ahora que me encuentro en sus umbrales: a él a quien amé?"

"No es ningún pecado. Es llevar el amor al borde santo del sacrificio por el bien del ser amado".

"Entonces, bendíceme, Maestro. Absuélveme de todos mis pecados. Haz que esté pronta a las bodas y a tu venida. Porque Tú, Dios mío, eres el que vienes a tomar a tu pobre sierva y a hacerla esposa".

La jovencita radiante de alegría y salud, se inclina a besar los pies del Maestro, mientras Él la bendice, orando por ella. Y la sala, toda blanca, responde cual si estuviera tapizada de lirios a esta expresión de amor angelical, de amor divino.

Jesús deja allí a la joven, absorta en su alegría, y sale sin hacer ruido para ir a bendecir a los niños que con gritos alegres se dirigen al carruaje y alegres suben junto con las mujeres que parten. Se quedan Elisa y Nique para acompañar al día siguiente a Analía a la ciudad. Ha dejado de llover y el cielo despejado muestra una cara azul. El sol lanza sus rayos que encienden luces sobre las gotas de la lluvia. Un tenue arco iris se ve entre Betania y Jerusalén. El carro se aleja crujiendo y sale del cancel. Desaparece.

Lázaro que está cerca de Jesús, en el umbral del pórtico, le pregunta: "¿Te han dado alegría las discípulas?" y mira su rostro.

"No, Lázaro. Todas menos una, me han dado sus preocupaciones, y hasta desilusiones, si pudiese eludirme".

"¿Te han desilusionado las romanas? ¿Te han hablado de Pilato?"

"No".

"Entonces lo haré yo. Esperaba que te hubieran hablado de él. Entremos en esa habitación donde no hay nadie. Las mujeres se han ido a sus quehaceres con Marta. María está con tu Madre, en la otra casa. Tu Madre estuvo mucho tiempo con Judas, y se lo llevó consigo... Siéntate, Maestro... Estuve en casa del Procónsul... Lo había prometido y lo hice. Pero Simón de Jonás no estaría muy satisfecho de mi misión... Afortunadamente no piensa más en ella. El procónsul me escuchó y me respondió con estas palabras: '¿Yo? ¿Ocuparme yo de Él? Pero ni por suelos. Sólo te digo esto: que no por ese Hombre –ese eres Tú, Maestro- sino por los enojos que me dan por su causa, estoy decidido completamente a no pensar ni para bien, ni

para mal. Me lavo las manos. Reforzaré las guardias porque no quiero desórdenes, y así daré contento a César, a mi mujer y a mí mismo: esto es, a los únicos por quienes tengo un respeto sagrado. Por lo demás no moveré ni siquiera un dedo. Riñas de estos eternos descontentadizos. Ellos se las buscan, que ellos se las vean. Yo ignoro a ese Hombre como malhechor, como virtuoso, como sabio. No quiero saber nada de Él. Quiero seguir haciéndome de la vista gorda. Aunque realmente no lo logro bien, porque los jefes de Israel me lo recuerdan con sus quejas, Claudia con sus elogios, los seguidores suyos con sus quejas contra el Sanedrín. Si no fuera por Claudia lo mandaría aprehender, y lo entregaría a ellos para que se pusiesen de acuerdo y no oyese más hablar de Él. Ese Hombre es el súbdito de quien menos se puede temer en todo el Imperio pero no obstante me ha dado tantos enojos que quisiera llegar a una solución...’ Con este humor, Maestro...”

“Quieres decir que no se puede estar seguro con él. Con los hombres es así...”

“Pero no sé lo que pasa. Lo cierto es que el Sanedrín está más calmado. No se ha pensado en el bando. No se ha molestado a los discípulos. Dentro de poco regresarán los que fueron a la ciudad y oiremos... que *siempre* tienes contrarios, pero ¿que se dé un paso en contra tuya?... Las multitudes te aman mucho para poder desafiarlas sin más ni más”.

“¿Quieres que vayamos por el camino, a su encuentro?” propone Jesús.

“Vamos”

Salen al jardín y empiezan a caminar cuando Lázaro pregunta a Jesús. “Pero ¿has comido ya? ¿Dónde?”

“Muy temprano”.

“Y ya casi está echándose la noche. Regresemos”.

“No. No tengo hambre. Prefiero caminar. Allá en el cancel veo un pobre niño agarrado a él. Tal vez tenga hambre. Sus vestidos están rotos y se ve flaco. Hace algunos momentos que lo estoy observando. Estaba ya allí cuando salió el carruaje y huyó para que no lo vieses, y lo fuesen a arrojar. Luego regresó y ha seguido mirando con insistencia hacia la casa y en dirección nuestra”.

“Si tiene hambre, es mejor que vaya a traerle un poco de comer. Adelántate, Maestro, regreso pronto” y Lázaro corre, mientras Jesús apresura el paso hacia el cancel.

En la cara del niño, en que se dibuja el dolor, brillan sus hermosos ojos.

Jesús le sonríe y dulcemente le pregunta, mientras mueve el cerrojo: “¿A quién buscas, pequeñín?”

“¿Eres Tú el Señor Jesús?”

“Sí”

“A Ti te busco”.

“¿Quién te ha enviado?”

“Nadie. Quiero hablarte. Muchos lo hacen. También yo. A muchos escuchas, a mí también”. Jesús quiere abrir el cancel y pide al niño que suelte las barras que tiene asidas. El niño las suelta y al hacerlo, bajo su pobre vestido se ve el esqueleto de un niño raquítico, con la cabeza sumida en los hombros, como principio de joroba, las piernas zambas. Un niño en realidad desgraciado. Tal vez tenga más años de los que su estatura representa unos siete: pero su cara está un poco marchita, con el mentón pronunciado; una carita como de viento. Jesús se inclina a acariciarlo y le dice: “Dime, pues, lo que quieres. Soy tu amigo. Soy amigo de todos los niños”. Con estas dulces palabras Jesús toma la flacucha carita en sus manos y le besa la frente.

“Lo sabía y por eso vine. ¿Ves cómo estoy? Quisiera morirme para no sufrir más, y para no ser de nadie... Tú que curas a muchos y resucitas a muertos, hazme morir, porque nadie me ama, y porque no podré nunca trabajar”.

“¿No tienes padres? ¿Eres huérfano?”

“Tengo padre, pero no me ama porque estoy así. Echó a la calle a mi madre, le dio el libelo de divorcio y a mí también me echó afuera. Mi madre ha muerto, por culpa mía de que estoy contrahecho”.

“¿Con quién está viviendo?”

“Cuando murió mi madre, los siervos me llevaron otra vez a mi padre, pero él, que se ha casado de nuevo, y tiene hijos hermosos, me arrojó. Me entregó a campesinos suyos, y ellos hacen lo que gusta a mi padre... hacerme sufrir”.

“¿Te pegan?”

“No. Pero tienen más cuidado de los animales que de mí, me befan, y como frecuentemente estoy enfermo, me molestan. Cada vez me hago más contrahecho y sus hijos se burlan de mí y me tiran al suelo. Nadie me ama. Este invierno en que tuve mucha tos y eran necesarias las medicinas, mi padre no quiso gastar nada y dijo que lo único que podría hacer sería morirme. Desde entonces te he estado esperando para decirte: “Hazme morir”.

Jesús lo toma del cuello, sin hacer caso a la protesta del niño: “Tengo sucios los pies de lodo, también mi vestido, porque estuve sentado en el camino. Te ensucias tu vestidura”.

“¿Has venido de lejos?”

“No de muy lejos. Vivo a las afueras de la ciudad. Vi pasar a tus discípulos. Supe que eran, porque los campesinos dijeron: ‘Ved ahí a los discípulos del Rabí galileo. Pero Él no viene’ ”.

“Estás mojado. ¡Pobrecito! Te vas a enfermar de nuevo”.

“Si Tú no me escuchas, por lo menos hazme morir por la enfermedad. ¿A dónde me llevas?”

“Adentro. No puedes continuar así”.

Jesús entra al jardín con el niño deforme entre los brazos y grita a Lázaro que está viniendo:

“Cierra tú el cancel. Traigo a este pequeñuelo todo mojado en mis brazos”.

“¿Quién es, Maestro?”

“No lo sé. Ni siquiera su nombre”.

“Tampoco te lo diré. No quiero que me conozcan. Quiero sólo lo que te pedí. Mamá me decía: ‘Hijo mío, pobre hijo mío, yo me muero, pero quisiera que te murieras conmigo, porque allá no estarás más deforme, ni sufrirás en el cuerpo y en tu corazón. Allá nadie se burla de los que nacen infelices, porque Dios es bueno con los inocentes y con los desgraciados’. ¿Me mandas a Dios?”

“El muchacho quiere morirse. Es una historia triste...”

Lázaro lo mira fijamente y luego prorrumpe: “¿Pero no eres tú el hijo del hijo de Nahum? ¿No eres el que suele estar sentado al sol cerca del sicómoro que está en los límites del olivar de Nahum, y que tu padre te entregó a Yosía su campesino?”

“Lo soy. ¿Pero por qué lo has dicho?”

“¡Pobre niño! No lo dije por burlarme de ti. Créeme, Maestro, que es menos triste la suerte de un perro en Israel que la de él. Si no volviese a casa, nadie iría a buscarlo. Los siervos son como los patrones: hienas en el corazón. José conoce bien lo ocurrido... Hizo gran rumor. En esos tiempos estaba yo muy afligido por María... Cuando murió su madre y lo entregaron a Yosía, lo veía pasar... tirado al sol o expuesto al viento en la era, porque caminó después de años... y siempre poco. No comprendo cómo logró venir hasta acá. ¡Quién sabe cuánto tiempo hace que estuvo en camino!”

“Desde cuando Pedro pasó por aquel lugar”.

“¿Y ahora qué hacemos?”

“Yo no regreso a mi casa. Quiero morirme. Me quiero ir lejos. ¡Ayúdame y compadécete de mí, Señor!”

Entran en casa y Lázaro dice a un siervo que traiga una cobija y que diga a Noemí que venga a cuidar al niño que está lívido de frío con sus vestidos mojados.

“¡Es el hijo de uno de tus más encarnizados enemigos! Uno de los más duros de Israel.

¿Cuántos años tienes, niño?”

“Diez”.

“¡Diez! ¡Diez años de padecer!”

“¡Y son suficientes!” dice con voz fuerte Jesús poniéndolo en el suelo.

¡Está muy contrahecho! El hombro derecho más alto que el izquierdo, el pecho excesivamente fuera, el cuello delgado, sumido entre las clavículas, las piernas zambas...

Jesús lo mira con compasión, mientras Noemí lo viste y lo seca antes de envolverlo en una cobija caliente. Lázaro también lo mira con compasión.

“Le voy a dar leche caliente, Señor, y luego lo acuesto en mi cama” dice Noemí.

“¿Pero no me vas a hacer morir? ¡Ten piedad! ¿Para qué hacerme vivir para que sufra de este modo y tanto?” y añade: “He esperado en Ti, Señor”. Un reproche, una desilusión repercuten en la voz del niño.

“Sé bueno. Obedece, y el cielo te consolará” dice Jesús y se inclina a acariciarlo una vez más, poniendo su mano sobre los miembros contrahechos.

“Llévalo a la cama y cuídalo. Después... ya proveeré...”

Aunque llora, se lo lleva a acostar.

“¡Y es de los que se creen santos!” exclama Lázaro pensando en Nahum.

Se oye la voz de Pedro que pregunta por el Maestro...

“Maestro, ¿estás aquí? Todo bien. Ninguna molestia. Antes bien, mucha calma. En el Templo nadie nos molestó. Juan tiene buenas noticias. A los discípulos los han dejado en paz. La gente te espera llena de alegría. Estoy contento. Y ¿Tú qué has hecho, Maestro?”

Se alejan hablando entre sí, mientras que Lázaro va a donde lo llama Maximino.

45. El sábado anterior al ingreso en Jerusalén.

I. El milagro hecho a Matusalem o Shalem

26 marzo 1947

Una vez que han cesado las lluvias, el cielo muestra una faz limpiísima, y brilla en lo alto un sol hermoso. La tierra, lavada, está tersa como el firmamento. Parece como si hace pocas horas hubiera sido creada por lo fresca y limpia que se ve. Todo resplandece, todo canta en esta serena mañana.

Jesús pasea lentamente por los senderos más alejados del jardín. Sólo alguno que otro jardinero mira este paseo solitario en las primeras horas matinales, pero nadie lo perturba, más bien se retiran en silencio para dejarlo en paz.

El sábado, día de descanso, y los jardineros no trabajan, pero dada su larga costumbre, han salido a ver sus plantas, sus colmenas, sus flores. Poco a poco el jardín se anima. Primero salen los siervos de la casa y las criadas, luego los apóstoles, las discípulas, y finalmente Lázaro. Jesús se les acerca y los saluda como de costumbre.

“¿Desde cuando estás aquí, Maestro?” pregunta Lázaro sacudiendo de su cabellera gotitas de agua.

“Desde el amanecer. Tus pajarillos me invitaron a alabar a Dios. Vine a contemplar a Dios en las bellezas de la creación y a honrarlo, a orar con el corazón contento. Es hermosa la tierra, y a estas primeras horas del día, en un día como éste, parece tan fresca como lo fue en las primeras horas de su existencia”.

“Realmente es el tiempo de la pascua. Se ha compuesto y durará porque empezó con la primera fase de la luna con viento propicio” dice calmadamente Pedro.

“Me alegro de ello. Una pascua lluviosa es triste”.

“Echa a perder hasta las mieses que necesitan del sol, ahora que se aproxima la cosecha” dice Bartolomé.

“Estoy feliz de estar aquí en paz. Hoy es sábado y no vendrá nadie. Ningún extraño entre nosotros” dice Andrés.

“Te equivocas. Hay un huésped y es un pequeño. Todavía está durmiendo, Maestro. La cama mullida y el estómago lleno lo han hecho dormir bien. Pasé a verlo. Noemí cuida de él” dice Lázaro.

“¿Quién es? ¿Cuándo vino? ¿Quién lo trajo?” preguntan hombres y mujeres.

“Es un niño. Un pobre niño. Su aflicción lo arrastró hasta aquí. Estaba allá, contra las barras del cancel a mirar en dirección de la casa y el Maestro lo recogió”.

“No sabíamos nada... ¿Por qué?”

“Porque tiene necesidad de que no se le moleste” responde Jesús y al terminar su frase: ‘Y en la casa de Lázaro se sabe guardar silencio’ se ve que su rostro oculta un pensamiento profundo.

Un siervo viene a decir algo a Marta; se va y regresa con otros que traen jarras de leche, tazas con pan, mantequilla y miel. Se sientan acá y allá en los asientos. Luego se reúnen alrededor del Maestro y le piden que les diga una parábola, serena como este día de nisán.

“No una sino dos. Escuchad”.

Un día hubo un hombre que encendió dos lámparas para honrar al Señor en una de sus fiestas. Las dos eran iguales de tamaño. Les echó igual cantidad de aceite, les puso su mecha y las prendió al mismo tiempo, para que brindasen sus llamas mientras él trabajaba como estaba permitido. Después de un poco de tiempo regresó y vio que una lámpara ardía muy bien, mientras que la otra lanzaba una llamita tranquila, quieta, que apenas se movía, que parecía un puntito de luz en el rincón donde estaba. Pensó que era por la mecha. La vio. Estaba bien, pero no ardía tan alegremente como la otra que vibraba con su llama como lengüeta, y como que murmuraba palabras de alegría al moverse.

“¡Esta llama canta en realidad las alabanzas del Altísimo Señor!” dijo entre sí. ‘Mientras ésta. Mírala, alma mía. Parece como que no quiere honrar al Señor, pues lo hace con poco ardor’ y regresó a sus labores.

Volvió poco después. La llama que antes ardía bien, se había levantado un poco más, y la otra empequeñecido, pero seguía ardiendo de la misma manera, esto es, firme pero suavemente. Volvió otra vez, y lo mismo. Pero al regresar la cuarta vez encontró la habitación llena de humo, y vio sólo una llamita que a través de la espesa humareda seguía alumbrando. Fue a la mesa, vio que la que tanto había alumbrado, se había acabado completamente y con su lengüeta había ensuciado la pared blanca. La otra, por el contrario, continuaba con su constante brillo alabando al Señor.

Estaba a punto de poner nueva mecha cuando una voz se oyó: ‘No cambies nada. Medita en ello, que es un símbolo. Soy el Señor’.

El hombre se echó en tierra adorándolo y con gran temor se atrevió a decir: ‘Soy un necio. Explicame, oh Sabiduría, el símbolo de las llamas, de las que la más grande y parecía honrarte mejor no ha hecho más que daño y la otra continúa alumbrando”.

‘Lo haré. Lo mismo sucede con el corazón de los hombres. Hay unos que al principio arden, resplandecen, son admiración de los hombres por lo perfecta y constante que se ve su llama. Hay otros que brillan con suavidad que no llama la atención y que puede parecer tibieza en honrar al Señor. Pero pasado algún tiempo y algo más, se apagan causando daño porque su llama no era segura. Quisieron brillar más para los hombres que para el Señor, y la soberbia los ha consumado en poco tiempo, en medio de negro y pesado humo que ha oscurecido el aire. Los otros han conservado una voluntad única y constante: honrar sólo a Dios, sin preocuparse si el hombre los alaba, y así se consumen con una llama que dura mucho, una llama clara, sin humor ni mal olor. Aprenden a imitar la llama constante porque es la única que agrada al Señor’.

El hombre levantó la cabeza... El aire estaba limpio de humo y la llama fiel resplandecía ahora sola, pura, constante, en honor de Dios, brillando como si fuese de oro. El hombre la miró siempre igual, por horas y horas, hasta que dulcemente, sin humo ni mal olor, sin ensuciar nada, se perdió en un rastro de luz, pareciendo subir al cielo a ponerse entre las estrellas, después de haber honrado al Señor hasta su último momento.

En verdad, en verdad os digo que muchos son los que al principio dan una llama grande, atraen la atención del mundo que no ve sino lo externo de las acciones humanas, pero en seguida perecen carbonizándose y llenando todo con su humo de mal olor. En verdad os digo que Dios no ve su llamear, porque Él ve que sólo es por fines humanos.

Bienaventurados los que sepan imitar la segunda lámpara y no carbonizarse, sino subir al cielo con un constante palpitar de amor”.

“¡Qué extraña parábola! ¡Pero verdadera! ¡Me ha gustado! Quisiera saber si somos de las llamas que suben al cielo” Los apóstoles se intercambian miradas.

Judas busca la manera de morder, y sus dientes se clavan en María Magdalena y en Juan de Zebedeo: “Cuidado, María, y tú, Juan. Sois entre nosotros las llamas que brillan... ¡No os vaya a suceder lo mismo!”

María Magdalena está por responder, pero se muerde los labios. Mira a Judas y su mirada es tan dura que prefiere dejar de reírse y de mirarla.

Juan, humilde de corazón si bien ardiente de caridad, responde con dulzura: “Y por mi capacidad eso podría suceder. Pero confío que el Señor me ayudará a consumir hasta mi última gotita y mi última llama en su honor”.

“¿Y la otra parábola? Nos prometiste dos” dice Santiago de Alfeo.

“He aquí mi segunda parábola. Esta por venir...” y señala la puerta de la casa, cubierta con una cortina que lentamente se mueve al viento, y que ahora separa la mano de un siervo para que pase la vieja Noemí que corre a echarse a los pies de Jesús diciendo: “¡El niño está curado! ¡No está ya deforme! Lo has curado en la noche. Se había despertado y yo preparaba el baño para lavarlo antes de ponerle la túnica y el vestido que le hice de uno que no necesitaba Lázaro. Pero cuando le dije: ‘Ven acá’ y quitadas las cobijas, vi que su cuerpecito no estaba ya contrahecho como ayer. Grité. Acudiendo Sara y Marcela, que no sabían que el niño hubiese dormido en mi cama, y las dejé allí para venir a decírtelo...”

La curiosidad se apodera de todos. Preguntas, ansias de ver. Jesús les hace señal de que se callen, y ordena a Noemí: “Vuelve a donde está el niño. Lávalo y vístelo y luego me lo traes aquí”.

Se vuelve a sus discípulos: “Esta es la segunda parábola que podría intitularse: ‘La verdadera justicia no comete venganzas ni hace distinciones’.

Un hombre, mejor dicho, el Hombre, el Hijo del hombre, tiene amigos y enemigos. Aquellos son pocos, éstos muchos. No ignora el odio que le guardan sus enemigos, ni sus pensamientos, sabe que su voluntad no se arredrará ante ninguna acción por horrenda que sea. En este punto son más fuertes que sus amigos, en quienes el temor, la desilusión, o una excesiva confianza los convierte en arietes destructores de su propia fortaleza. Este Hijo del hombre, a quien se le reprochan tantas cosas que no son verdaderas, encontró ayer a un pobre niño, al más infeliz de los niños, hijo de un enemigo suyo. El niño estaba deforme y lisiado, pedía una gracia extraña: la de morir. Todos piden al Hijo del hombre honra y alegrías, salud y vida. Este pobre niño la muerte, para no sufrir más. Ha probado ya en su cuerpo y en su corazón toda clase de dolor, porque quien lo engendró, y que me odia sin motivo alguno, también lo odia. Lo curé para que no sufriera más, para que además de la salud física llegue a la salud del espíritu. Su almita está enferma. El odio de su padre, las burlas de los demás la han herido profundamente y despojado de amor. Sólo le quedó la fe en el cielo y en el Hijo del hombre al que le pidió que lo hiciera morir. Vedlo allí. Ahora lo oiréis hablar”.

El niño lavado y limpio, con su vestido de lana blanca que Noemí le coció rápida en la noche, viene de la mano de la anciana. Es pequeño, pero no jorobado ni derrengado. Un poco más alto que ayer. Tiene la carita malhecha, marchita de dolor que le ha dado aire de madurez. Pero no está ya deforme. Sus pies descalzos caminan seguros por el suelo, ya no se tropiezan ni se caen como ayer. Camina derecho. Su cuello flaco ya no está sumergido entre las clavículas, y parece más largo.

“¡Pero si es el hijo de Anás de Nahum! ¡Qué milagro desperdiciado! ¿Crees que con él vas a hacer amigos a su padre y a Nahum? Te odiarán más, porque no anhelaban sino que se muriera, fruto de un matrimonio infeliz” exclama Judas de Keriot.

“No obro milagros para hacerme de amigos, sino por piedad y para honrar a mi Padre. No hago distinciones, ni me pongo a hacer cálculos. *Nunca* lo hago cuando me inclino piadoso sobre una miseria humana. No me vengo de quien me persigue...”

“Nahum lo interpretará como una venganza...”

“No sabía nada de este niño. Todavía no sé ni su nombre”.

“Matusala o Matusalem, le llaman por desprecio”.

“Mi madre me llamaba Shalem. Mucho me quería. No era mala como tú eres y como son los que me odian” dice el niño con una luz de ira en los ojos como la que brilla en la de los hombres o animales por largo tiempo oprimidos.

“Ven aquí, Shalem. Aquí conmigo. ¿Estás contento de estar sano?”

“Sí... pero hubiera preferido morir. Nadie me amará. Si todavía viviese mi madre ¡qué bello sería! ¡Pero así!... Siempre infeliz”.

“Tiene razón. Ayer lo encontramos. Nos preguntó si estabas en Betania, en casa de Lázaro. Quisimos darle una limosna porque pensamos que era un mendigo, pero no la aceptó. Estaba al borde del campo...” dice Zelote.

“¿Ni siquiera tú lo conociste? ¡Qué extraño!” se admira Judas de Keriot.

“Más extraño es que tú conozcas todas estas cosas. ¿Olvidas que fui de los perseguidos, y que luego estuve entre leprosos, hasta que vine con el Maestro?”

“¿Y tú olvidas que soy amigo de Nahum, que es el de las confianzas de Anás? Jamás lo he ocultado”.

“¡Bueno, bueno! Esto no tiene importancia. Lo que importa es saber qué vamos a hacer ahora de este niño. Su padre no lo quiere, y es verdad. Pero no por eso ha perdido sobre él sus derechos. No podemos quitarle el hijo sin decírselo. Hay que ser prudentes y no herirlos, ya que ahora parece que están mejor dispuestos para con nosotros” propone Natanael.

Judas suelta una carcajada sarcástica, pero no dice nada.

Jesús que tiene entre sus rodillas al pequeño, dice lentamente: “Me enfrentaré con Nahum... No va a odiarme más de lo que ya lo hace. Su odio ha llegado al colmo”.

Analía que no ha dicho ni una palabra, absorta en su pensamiento que la hace feliz, abre su boca para decir: “Si me quedara, me habría gustado tomarlo conmigo. Soy joven, pero tengo corazón de madre...”

“¿Te vas a ir? ¿Cuándo?” le preguntan las mujeres.

“Pronto”.

“¿Para siempre? ¿A dónde? ¿Fuera de Judea?”

“Sí. Lejos. Muy lejos. Para siempre. Y me siento muy feliz”.

“Si el padre lo cede, otras podrán hacer lo que tú no”.

“Si queréis lo diré yo a Nahum. Puede más que el verdadero padre. Mañana se lo diré” promete Judas de Keriot.

“Si no fuera sábado... iría a ver a aquel Yosía a cuyo cuidado estaba” promete Andrés.

“¿Para ver si estaban afligidos de haberlo perdido?” pregunta Mateo.

“Me imagino que si se hubiera perdido una de sus ovejas se hubieran preocupado más...” murmura entre dientes Maximino que hace unos instantes se había acercado.

El niño no habla. Entre las rodillas de Jesús mira atentamente las caras de los que lo ven, con esa perspicacia que tienen frecuentemente los seres enfermizos y que han vivido en el dolor. Parece como si escrutase más los corazones que las caras, y cuando Pedro le pregunta: “¿Qué piensas de nosotros?” el niño responde, poniéndole su manita en la suya ‘Tú eres bueno’, pero corrige: ‘Todos son buenos. Pero hubiera preferido que nadie me conociera. Tengo miedo...’ y mira a Judas de Keriot.

“De mí ¿no es verdad? Tienes miedo de que hable a tu padre? Tendré que hacerlo, si debo pedirle que te deje con nosotros. Pero no te quitará”.

“Lo sé. Pero hay otra cosa... Quisiera estar lejos, como esa mujer que se va... En el país de mi madre. Hay un mar azul entre los verdes montes. Se ve allá, con tantas velas blancas que vuelan en el aire y con bellas ciudades a su alrededor. Sus montes son tantas otras cuevas donde las abejas silvestres hacen su dulce miel. No he comido miel desde que se murió mi madre, y he estado con Yosía, Felipe, José, Elías y los otros niños, sí que la comen. Pero yo no. Si hubieran dejado el vaso de miel abajo, me lo hubiera robado, ¡tantas eran las ganas que sentía! Pero siempre lo ponían arriba y no podía subirme sobre las mesas como hacía Felipe. ¡Tengo muchas ganas de comer miel!”

“¡Pobre hijo! ¡Te voy a traer toda la que quieras!” dice conmovida Marta y ligera se va.

“¿De dónde era tu madre?” le pregunta Pedro.

“Tenía casa y posesiones cerca de Sefet. Era huérfana y heredera. Ya tenía su edad. Era fea y un poco malhecha, pero muy rica. El viejo Sadoc fue el padrino de bodas que celebraron ella y el hijo consentido de Anás... Fue un indigno contrato de mercado. Todo fue cosa de cálculo, pero nada de amor. Vendió todas las posesiones de su mujer, alegando que estaba muy lejos de aquí, excepto una casucha que pertenecía al administrador que la había adquirido en regalo del viejo dueño para toda su vida y para sus herederos hasta la cuarta generación. Acabó con todo en especulaciones que no tuvieron éxito. Mas... yo no creo en ello, porque tiene hermosas tierras al otro lado del Jordán... que antes no poseía... Luego, después de algunos años de matrimonio, la mujer, que estaba ya declinando, dio a luz a este niño... lo que fue pretexto para que la arrojara y se casara con otra de la llanura de Sarón. Mujer joven, rica y hermosa... La divorciada se refugió cerca del viejo administrador y murió allí. No sé por qué no se quedaron con el niño. Su padre lo tenía por muerto” explica Iscariote.

“Porque Juan y María se murieron y los hijos fueron a otra parte como siervos. ¿Y quién podía tenerme si no era yo hijo, y no podía trabajar? Miquel, Isaac, Ester y Judit eran buenos y lo son. Cuando vienen a las fiestas me traen cosas, pero Yosía me las quita para dárselas a sus hijos”.

“Pero no te quieren” le replica Judas.

“Ahora que estoy derecho y fuerte me querrán. ¡Son ellos siervos! No podían, como he dicho, decir al patrón: ‘Toma a este lisiado’. Pero ahora pueden”

“¿Pero si te has escapado de la casa de Yosía cómo pueden encontrarte?” le pregunta Bartolomé haciéndolo reflexionar.

El niño comprende la observación y piensa. Su estado enfermizo lo ha hecho precavido.

Responde: “¡Es verdad! No había reparado en ello”.

“Vuelve allá. En estos días te verán...”

“¿Allá? No. Yo no regreso allá. No quiero. ¡Mejor me mato!” su furia le brota por todas partes.

Luego se deja caer llorando sobre las rodillas de Jesús: “¿Por qué no me has hecho morir?”

Marta, que está llegando con un vaso de miel, se queda sorprendida ante este cuadro.

Bartolomé se excusa de haber sido la causa de ello: “Creí darle un buen consejo. Bueno para todos. Para él, para Ti, Maestro, para Lázaro... Ninguno de vosotros, ni nosotros tiene necesidad de un nuevo odio...”

“¡Es verdad! ¡Una nueva dificultad!” exclama Pedro y meditando el caso dentro de sí mismo, concluye con su característico silbido que es la señal de su estado de ánimo ante problemas difíciles de resolver.

Quién propone esto, quién aquello. Ir a ver a Nahum. Ir a casa de Yosía y decirle que envíe aquí, a la casa de Lázaro a Miguel y a Isaac, o a otra parte, porque es prudente que no recaiga sobre Lázaro más odio del ya acumulado por su amistad con Jesús. No decir nada a nadie y hacer desaparecer al niño dándolo a algún discípulo seguro.

Judas de Keriot no habla. Parece extraño a la discusión. Juguetea con los flecos de su vestidura, estrechándolos y desenlazándolos con los dedos.

Tampoco Jesús habla. Acaricia al niño y lo calma. Le levanta la carita y le pone las manos sobre el vaso de miel.

Shalem es un niño, un pobre niño de diez años que siempre ha sufrido, pero no por eso ha dejado de serlo, aun cuando el dolor lo ha hecho maduro; mas delante de un tesoro tan grande de miel sus lágrimas cesan y pone cara de extático. Pregunta, levanta sus ojos castaños, grandes, inteligentes, lo único que tiene de bello. Mira a Jesús y a Marta alternativamente. Pregunta: “¿Cuánto puedo tomar? ¿Una o dos cucharadas?” y señala la cuchara redonda de plata que mete lentamente en la rubia miel.

“Cuanta quieras. Muchacho. Cuanto te guste. Lo que te sobre te lo guardas para mañana!” dice Marta acariciándolo.

“¡Toda mía! ¡Oh, jamás había tenido yo tanta miel! ¡Toda mía! ¡Oh!” y se aprieta con reverencia el vaso contra el pecho. Como si fuera un tesoro.

Luego comprende que más precioso que el vaso el amor que se lo ha dado. Lo pone sobre las rodillas de Jesús, levanta sus brazos para asirse al cuello de Marta que se ha inclinado, y la besa. Es todo lo que puede hacer para mostrar su agradecimiento, todo lo que puede dar él, el abandonado.

Los demás dejan de hacer planes y miran la escena. Pedro dice: “Este todavía es más infeliz que Marziam, porque al menos tenía el amor de su abuelo y de los otros campesinos.

Realmente es verdad que siempre hay dolores mayores de los que habíamos tomado por grandísimos”.

“Sí. Todavía no se ha llegado a sondear el abismo del dolor humano. Quién sabe cuántos secretos nos oculta todavía... y qué ocultará en los siglos por venir” dice Bartolomé pensativo.

“Entonces tú no tienes fe en la Buena Nueva. ¿No crees que ella cambiará el mundo? Lo dijeron los profetas, y el Maestro lo repite. Eres un incrédulo, Bartolomé” grita Iscariote con una leve sonrisa irónica.

Zelote le responde: “No veo dónde esté la incredulidad de Bartolomé. La doctrina del Maestro consolará todas las desventuras, amansará aun la ferocidad de costumbres, y prácticas, pero no eliminará el dolor. Lo hará soportable con sus promesas divinas de una alegría futura. Para que el dolor sea abolido, o por lo menos gran parte de él, se necesitaría que todos tuviesen el corazón que tiene Jesús, porque siempre habrá enfermedades, muertes, cataclismos naturales y...”

Iscariote lo interrumpe: “Así es como debe suceder. ¿De otro modo de que sirve que hubiese venido el Mesías a la tierra?”

“Así debería suceder, digámoslo. Pero dime, Judas, ¿ha sucedido acaso esto entre nosotros? Somos doce y por tres años hemos vivido con Él, absorbido su doctrina como el aire que respiramos, ¿y qué? ¿Somos los doce unos santos? ¿Qué cosa distinta hacemos de lo que hacen Lázaro, Esteban, Nicolás, Isaac, Mannaén, José, Nicodemo, las mujeres y los niños? Me refiero a los justos de nuestra patria. Todos estos, bien sean sabios y ricos, o pobres e ignorantes, hacen lo que nosotros: un poco bien, un poco mal, sin renovarse completamente. Aún te diría que muchos de ellos nos superan. Sí. Muchos que siguen a Jesús, nos superan a nosotros: los apóstoles... ¿Pretenderías que todos tuviesen el corazón que tiene Él, si nosotros, nosotros los apóstoles, no lo poseemos? Nos hemos hecho un poco más o menos mejores... al menos así esperamos, porque el hombre difícilmente se conoce y conoce al hermano que vive a su lado. El velo de la carne es demasiado opaco y grueso, y el hombre atentamente se cuida de que se le conozca. Siempre observándose, uno se queda en la superficie. Cuando nos examinamos, porque *no queremos conocernos para que no sufra nuestro orgullo o para que no nos veamos obligados a modificar nuestra conducta. Cuando examinamos a los demás porque nuestro orgullo de examinadores nos hace ser jueces injustos, y el orgullo del examinado cierra, como una ostra, todo su interior*” dice Zelote.

“¡Bien dicho, Simón! ¡Verdaderamente que has tenido palabras de sabio!” lo alaba Judas Tadeo. Los demás le hacen coro.

“Entonces, ¿para qué vino, si nada debe cambiarse?” replica Iscariote.

Jesús toma la palabra: “Se cambiará mucho, no todo, porque contra mi doctrina habrá en lo futuro lo que ahora ya existe: el odio de los que no aman la Luz; porque contra la fuerza de mis seguidores se yerguerá la de los de Satanás. ¡Cuántos! ¿De cuántas formas! Muchas herejías y siempre nuevas se opondrán a mi doctrina inmutable, porque es perfecta. ¡Cuánto dolor proporcionarán! No conocéis lo futuro. Os parece que es mucho el dolor que hay en el mundo *ahora*. Pero El que sabe, ve horrores que no los comprenderíais aunque os los explicase... ¡Ay de todos si no hubiera Yo vine dar leyes que frenen los instintos en los mejores y a dar una promesa de futura paz. ¡Ay del hombre si no hubiera venido a proporcionarle elementos espirituales propios para mantenerlo “vivo” en su espíritu, para que esté seguro de un premio!... Si no hubiera venido, la tierra con el andar de los siglos se hubiera convertido en un

infierno y la raza humana se hubiera despedazado y habría perecido maldiciendo al Creador...”

“El Altísimo ha prometido que no enviará más castigos universales, como el diluvio. La promesa de Dios no falla” replica Judas.

“Tienes razón. El Altísimo no enviará más flagelos universales como el diluvio¹, pero los hombres se crearán flagelos cada vez más atroces respecto a los cuales el diluvio y la lluvia de fuego que destruyó Sodoma y Gomorra² no serán sino castigos misericordiosos. ¡Oh...! Jesús se pone de pie con un gesto compasivo por los hombres del futuro.

“¡Está bien! Tú lo sabe... pero entre tanto ¿qué vamos a hacer de éste?” pregunta Iscariote señalando al niño que feliz paladea su miel.

“A casa día su preocupación³. Mañana se sabrá. Preocuparse del mañana es vano si ni siquiera sabemos si estará vivo”.

“Yo no soy de tu parecer. Digo que sería necesario saber dónde iremos a estar, y dónde celebraremos la Cena. Tantas cosas. Si esperamos y esperamos, la ciudad se llenará de gente, ¿y a dónde podremos ir? A Getsemaní, no. A casa de José de Séforis, tampoco. A la de Juana, tampoco. Ni a la de Nique, ni con Lázaro. ¿Entonces dónde?”

“Donde el Padre prepare un refugio para el Verbo”.

“¿Crees que quiero saber para ir a informar?”

“Tú lo has dicho, Yo no dije nada. Ven, Shalem. Mi Madre sabe de ti pero todavía no te ha visto. Ven, te voy a llevar con ella”.

“¿Es que está enferma tu Madre?” pregunta Tomás.

“No. Ora. Tiene mucha necesidad de oración”.

“Sí. Sufre mucho. Lloro mucho. Y María no tiene más que la oración que la consuele. Siempre he visto que ora mucho. En los momentos de grandes aflicciones vive de la oración, podría afirmarlo...” explica María de Alfeo, mientras Jesús se aleja llevando de la mano al pequeñuelo y del otro lado a Analía a quien invitó que lo acompañara.

46. El sábado anterior al ingreso en Jerusalén.

II. Peregrinos y judíos en Betania

27 marzo 1947

Amor o rabia impulsan a muchos de los peregrinos reunidos en Jerusalén, y aún de los mismos jerosolimitanos a venir a Betania sin espera a que se ponga completamente el sol. Mejor dicho, ni siquiera ha comenzado a ponerse, y ya los primeros llegan a casa de Lázaro. Éste, a quien un siervo llamó, se queda sorprendido de la violación sabática, porque los primeros llegados son los más intransigentes de los judíos, que dan una respuesta verdaderamente farisea: “Desde la puerta de las Ovejas no se veía ya el disco del sol y entonces nos pusimos en camino, pensando que sin duda no habíamos sobrepasado la medida prescrita antes que el sol se hubiese ocultado detrás de las cúpulas del Templo”. En la cara seca de Lázaro se dibuja una sonrisa irónica. Está sano, de buen aspecto, pero delgado. Les responde adecuadamente pero con algo de sarcasmo: “¿Qué queréis ver? El Maestro respeta el sábado. Está descansando. No se limita a no ver el disco del sol para pensar que el descanso ha terminado, sino que espera a que se haya ocultado el último rayo solar para decir: ‘El sábado ha terminado’ ”.

“Sabemos que es perfecto. ¡Lo sabemos! Pero si nos equivocamos, mayor razón tenemos para verlo. Sólo lo necesario, para que nos absuelva”.

“Me desagrada, pero no puedo. El Maestro está cansado y descansa. No voy a perturbarlo”.

¹ Cfr. Gén. 6, 5-7; Sab. 14, 5-6; Bar. 3, 24-28; 1 Pe. 3, 18-22.

² Cfr. Gén. 18, 1-19, 29

³ Proverbio que aparece en Mt. 6, 34.

Hay peregrinos de muchos lugares que ruegan, que insisten por ver a Jesús. Con los hebreos están revueltos los gentiles y con ellos los prosélitos. Observan, ven a Lázaro de reojo, como si fuese un ser irreal. Lázaro soporta la molestia de una fama que no quiso. Pacientemente responde a quien le pregunta, pero no da órdenes a los siervos de que abran el cancel.

“¿Eres el resucitado?” le pregunta uno, que por el aspecto debe tener sangre mezclada. De hebreo no tiene más que la nariz más bien gruesa y caída. Su voz y su modo de vestir dicen que es extranjero.

“Lo soy, para dar gloria a Dios que me sacó de la muerte para que fuera siervo de su Mesías”.

“¿Pero de veras moriste?” preguntan otros.

“Preguntadlo a aquellos judíos principales. Vinieron a mi entierro y muchos de ellos estuvieron presentes cuando resucité”.

“¿Qué sentiste? ¿Dónde estuviste? ¿Qué recuerdos tienes? Cuando regresaste vivo, ¿qué te pasó? ¿Cómo te resucitó?... ¿No se puede ver el sepulcro donde estuviste? ¿De qué moriste? ¿Te encuentras bien ahora? ¿No tienes más las señales de las llagas?”

Lázaro pacientemente trata de responder a todos. Se puede decir que está bien, que aún las señales de las llagas se han borrado después de varios meses, no puede responder lo que experimentó, ni cómo resucitó. Responde: “No lo sé. Me encontré vivo en mi jardín entre los siervos y mis hermanas. Cuando me quitaron el sudario vi el sol, la luz, sentí el hambre, comí, sentí el placer de la vida y sentí el gran amor que el Rabí tuvo por mí. Lo demás lo saben, mejor que yo, los que estuvieron presentes. Ved a aquellos tres que están conversando, y a aquellos dos que están llegando”. (Estos últimos son Juan y Eleazar, sanedristas, mientras los otros tres que conversan, son dos escribas y un fariseo que vi en la resurrección de Lázaro, pero cuyo nombre no recuerdo).

“A nosotros los gentiles no nos hablan. Vosotros, que sois judíos, id a preguntarles... Tú déjanos ver el sepulcro donde estuviste”.

Insisten tanto que cansan. Lázaro se decide. Dice algo a sus siervos y luego se dirige a la gente: “Id a aquella vereda que está entre este camino y mi otra casa. Os saldré al encuentro para llevaros al sepulcro, aun cuando no haya otra cosa qué ver más que un hueco abierto en la roca”.

“¡No importa! ¡Vamos, vamos!”

“¡Lázaro, detente! ¿Podemos ir también nosotros? ¿O nos está prohibido lo que se permite a los extranjeros?” pregunta un escriba.

“No, Arquelao. Ven también tú, si el acercarte a un sepulcro no te contamina”.

“No, porque dentro no hay ningún cadáver”.

“Pero dentro estuve por cuatro días. Por cosas mucho menores se ha pensado en Israel que hay contaminación. Vosotros decís que queda inmundo el que rozó con su vestido un cadáver. Mi sepulcro todavía despidió tufos de cadáver, no obstante que desde hace mucho ha estado abierto”.

“No importa. Nos purificaremos”.

Lázaro mira a los dos fariseos: Juan y Eleazar y les pregunta: “¿También vosotros queréis venir?”

“Sí”.

Lázaro va ligero hacia el lado que limitan los altos y compactos vallados como muros, abre un cancel que hay en ellos, sale la vereda que lleva a la casa de Simón, y hace señal a quienes lo esperan a que se acerquen. Los lleva al sepulcro. Un rosal en flor rodea la entrada, pero que de nada sirve para borrar el horror que sale de una tumba abierta. En la roca bajo el arco adornado del rosal, se lee: “¡Lázaro, sal afuera!”

Los enemigos las ven al punto y gritan: “¿Por qué mandaste esculpir esas palabras? ¡No debías haberlo hecho!”

“¿Por qué no? En mi casa puedo hacer lo que me plazca y nadie puede acusarme de haber querido esculpir sobre la roca las palabras del grito divino que me devolvió a la vida para que jamás se borrasen. Cuando estaré allí dentro, y no podré celebrar más el poder misericordioso

del Rabí, quiero que el sol las lea nuevamente, y que las aprendan de los vientos los árboles, las acaricien los pajarillos y las flores, bendiciendo en mi lugar el grito del Mesías que me arrancó de la muerte”.

“¡Eres un pagano! ¡Un sacrílego! Blasfemas contra nuestro Dios. Festejas el sortilegio del hijo de Belcebú. ¡Ten cuidado Lázaro!”

“Os recuerdo que estoy en mi casa y que estáis en ella, que nadie os invitó a venir, y que vinisteis por fines indignos. Sois peores que esos paganos, los cuales, empero, ven en el que me resucitó a un Dios”.

“¡Anatema! ¡Cual el Maestro, tal el discípulo! ¡Horror! ¡Vámonos! Lejos de esta cloaca impura. Corruptor de Israel, el Sanedrín tendrá presentes tus palabras”.

“Y Roma vuestros complotes. ¡Largaos de aquí!”

Lázaro siempre bueno se acuerda que es hijo de Teófilo y los arroja como a una jauría de perros. Se quedan los peregrinos venidos de muchas regiones. Le piden, le ruegan, le suplican que les permita ver a Jesús.

“Lo veréis en la ciudad. Ahora no. No puedo”.

“¡Ah! ¿Viene a la ciudad? ¿De veras? ¿No mientes? ¿Aunque lo odian?”

“Va. Idos, tranquilos. ¿No veis cómo todos descansan dentro? No se ve a nadie, ni se oye una sola voz. Habéis visto lo que querías: a mí, el resucitado, y el lugar de la sepultura. Ahora idos. Pero no hagáis que vuestra curiosidad sea estéril. Que el haberme visto vivo, y prueba del poder de Jesús, el Cordero de Dios y el Mesías santísimo, os lleve a todos al Camino. Porque lo deseo y estoy contento de haber resucitado, pues espero que el milagro pueda sacudir a los que dudan y convertir a los paganos convenciendo a todos de que uno sólo es el Dios verdadero y uno sólo el verdadero Mesías: Jesús de Nazaret, el Maestro santo”.

La gente se va de mala gana. Pero si se va uno, vienen diez, porque la gente continúa llegando. Lázaro logra con la ayuda de algunos criados a echar fuera a todos y a cerrar los cancelos.

Al irse a retirar, ordena: “Tened cuidado que no fuercen las chapas o de que salten por arriba. Pronto se echará encima la oscuridad y tendrán que regresar a sus lugares” y al mismo tiempo ve que salen de un matorral Eleazar y Juan: “¿Qué? No os había visto y pensaba...”

“No nos echéis fuera. Nos metimos entre la espesura para que no nos vieran. Debemos hablar con el Maestro. Hemos venido porque sospechan menos de nosotros que de José y Nicodemo. No quisiéramos que nos viera alguien, fuera de ti y del Maestro. ¿Son de fiarse tus siervos?”

“En casa de Lázaro se acostumbra a ver y oír lo que agrada a su dueño y a *no saber para los extraños*. Venid. Por esta vereda, entre estas dos vallas de verdor más negras que un muro”. Los conduce por el vericuetto que hay entre la doble barrera impenetrable de boj y laureles. “Quedaos aquí. Os traeré a Jesús”.

“¡Que nadie se percate...”

“No tengáis miedo”.

Muy poco tienen que esperar. Por la vereda semioscura a causa de las ramas entrelazadas, aparece Jesús con su vestido blanco de lino. Lázaro se queda en el límite de la vereda como de guardia, o por prudencia. Eleazar le dice, mejor dicho, le hace señal de: “Ven aquí”.

Lázaro se acerca, mientras Jesús saluda a los dos que ante Él se inclinan profundamente.

“Maestro y tú, Lázaro, escuchad. En cuanto te esparció la voz de que habías venido y de que estás aquí, el Sanedrín se reunió en casa de Caifás. Todo lo que se hace es un abuso... Ha decidido... ¡No te hagas ilusiones, Maestro! ¡Sé prudente, Lázaro! No os engañe la calma fingida, la aparente somnolencia del Sanedrín. Es algo fingido, Maestro. Fingen para atraerte y aprehenderte sin que la multitud se agite y se prepare a defenderte. Tu suerte está sellada y el decreto no se cambia. Que sea mañana o dentro de un año, se llevará a cabo. El Sanedrín *nunca* olvida sus venganzas. Espera, sabe aguardar la ocasión propicia, pero ¡después!... También a ti, Lázaro, quieren quitarte de en medio, aprehenderte, suprimirte porque por tu causa muchos los abandonan para seguir al Maestro. Tú has dicho con palabras muy exactas

que eres el testimonio de su poder y quieren destruirlo. Ellos saben que las multitudes pronto olvidan. Desaparecidos tú y el Rabí muchos entusiasmos se apagarán”.

“¡No, Eleazar! ¡Echarán llamas!” dice Jesús.

“¡Oh, Maestro! ¿Qué pasará si mueres? ¿Que cosa hará que nuestra fe en Ti eche llamas, y aun cuando así fuese, si Tú ya estás muerto? Esperaba darte una alegre noticia y al mismo tiempo hacerte una invitación. Mi esposa pronto dará a luz el hijo que tu justicia hizo que floreciera, al poner la paz entre los dos corazones sacudidos por la tempestad. Nacerá para Pentecostés. Quisiera pedirte que fueras a bendecirlo. Si entras bajo mi techo, todos los males desaparecerán de él” pide Juan el fariseo.

“Desde ahora te doy mi bendición...”

“¡Ah, no quieres venir a mi casa! ¡No me crees leal! ¡Lo soy, Maestro! Dios me está viendo”.

“Lo sé. Pero... no estaré ya más entre vosotros para Pentecostés”.

“Pero el niño nacerá en mi casa de campo”.

“Lo sé. Pero ya no estaré. Sin embargo tú, tu esposa, el que va a nacer y los que ya han nacido, tenéis mi bendición. Gracias por haber venido. Tornad ahora. Llévalos por la vereda que da al otro lado de la casa de Simón. Que nadie los vea... Yo regreso allá adentro. La paz sea con vosotros...”

47. El sábado anterior al ingreso en Jerusalén.

III. La cena en Betania¹

La cena ha sido preparada en la sala blanca donde Jesús habló a las discípulas. Es un resplandecer de blancura y de plata en que ponen una nota menos nívea y fría los manojos de ramitas de manzano y peral o de otros árboles frutales, blancos como la nieve, pero con un tinte ligero de rosa que hace pensar como si hubiese quedado impreso sobre ellos el beso de una aurora lejana. Sobre las mesas hay jarras delgadas o gruesas de plata, lo mismo que sobre cofres y porta-copas que hay a lo largo de las paredes de la sala. Las flores derraman por la sala su característico aroma de árboles frutales, de frescura, de amarguillo, de primavera limpia...

Lázaro entra en la sala al lado de Jesús. Detrás, de dos en dos, o en grupo los apóstoles. Los últimos en entrar son las hermanas de Lázaro con Maximino.

No veo a las discípulas, ni siquiera a María. Tal vez han preferido estarse en la casa de Simón junto a la Madre afligida.

Llega el crepúsculo. Un último rayo de sol besa la copa de algunas palmeras que están a unos cuantos metros de la sala, y la de un gigantesco laurel en que los pajarillos entes de dormir traban furiosa batalla. Más allá de las palmeras y del laurel, más allá de los rosales, de los jazmines, de las convalarias, de otras flores y de plantas aromáticas, el manchón blanco, teñido de un verde ligero, de las primeras hojas de un grupo de manzanos o perales que se han tardado en florecer, parece una nubecilla que se haya quedado trabada entre las ramas. Al pasar Jesús, cerca de un jarrón con ramas en flor observa: “Ya habían despuntado los primeros frutos. ¡Mira! Arriba hay florcillas, pero las de abajo ya se cayeron y la frutilla en ciernes se hincha”.

“Fue María quien las cortó. Llevó también a tu Madre. Se levantó muy temprano, me parece, por temor que un día más de sol hiciese caer las florcitas. Hace poco me enteré de este destrozo, pero no me causo enojo como lo tuvieron mis siervos campesinos. Antes bien pensé que es justo ofrecerte todas las bellezas de la creación, a Ti, Rey de todas las cosas”.

Jesús se sienta sonriente en su lugar y mira a María que junto con su hermana se apresura a servir como si fuese una sierva, ofreciendo las palanganas para la ablución y las toallas;

¹ Cfr. Ju. 12, 1-11; Mt. 26, 6-13; Mc. 14, 3-9.

después echa vino en las copas, coloca las fuentes llenas de alimentos en la mesa conforme los siervos las traen de la cocina, o después de haberlas colocado sobre los aparadores. Naturalmente que si las hermanas sirven cortésmente a todos los comensales, su atención está fija sobre todo en los dos seres más queridos: Jesús y Lázaro.

En un cierto momento Pedro, que come con mucho gusto, observa: “¡Mira! ¡Ahora caigo en la cuenta! Todos los platillos son como si estuviéramos en Galilea. Me parece... ¡Sí! Me parece estar en un banquete de nupcias. Pero aquí no falta el vino como faltó en Caná”.

María sonríe y echa en su copa vino ámbar y purísimo, sin decir algo.

Nuevamente Lázaro da la explicación: “Esta fue idea de mis hermanas, sobre todo de María: presentar una cena en que el Maestro tuviese la impresión de estar en su Galilea, una cena lo mejor que se pudiese...”

“Pero para hacer pensar esto, se hubiera necesitado la presencia de María a la mesa. En Caná estuvo. Por Ella se hizo el milagro” observa Santiago de Alfeo.

“¡Qué vino debió haber sido!”

“El vino es símbolo de alegría y debería serlo también de fecundidad, siendo el vino jugo de la vid fecunda. Pero no me parece que haya fecundado gran cosa. Susana no tiene hijos” dice Iscariote.

“¡Oh, que si era un vino! Nos fecundó el espíritu...” dice Juan, un poco soñador, como cada vez lo hace cuando contempla en su interior los milagros que Dios ha obrado. Y concluye:

“Fue por obra de una virgen... y quien lo gustó descendió en él, influjo de pureza”.

“¿Y crees que Susana sea virgen?” le pregunta riendo Iscariote.

“No he dicho esto. Virgen es la Madre del Señor. Virginidad mana de todo lo que Ella realiza. Siempre me pongo a pensar que las cosas que se hacen por María tienen esa fuerza de virginidad...” y de nuevo sueña en algo, como si sonriera a alguna visión.

“¡Feliz muchacho! Creo que ni siquiera se acuerda ahora del mundo. Míralo” dice Pedro, señalando a Juan que recostado sobre su lecho hace pedazos de pan sin comérselos.

También Jesús se voltea un poco para mirar a Juan que está en un ángulo del lado de la mesa que tiene forma de “U”, y por tanto un poco detrás de la espalda del Señor que está en el centro de la parte central. A su izquierda está Santiago su primo y a su derecha Lázaro.

Después de Lázaro Zelote, Maximino. Al lado de Santiago está el otro Santiago, hijo del Zebedeo y Pedro, Juan está entre Andrés y Bartolomé, luego Tomás que tiene frente a sí a Judas, Felipe y Mateo. Tadeo está en el ángulo donde empieza la mesa larga y central.

Magdalena sale mientras su hermana pone sobre la mesa bandejas con flores de higuera, verdes ramos de peucedano, almendras frescas, fresas, que parecen mucho más rojas junto al color esmeralda pálido de los peucedanos y al lácteo de las almendras, pone también pequeños melones o fruta semejante... se parecen a los melones verdes de Italia meridional, y naranjas de color dorado.

“¿Se cosecha ya esta clase de frutas? En ninguna otra parte he visto maduras” dice Pedro con tamaños ojos, señalando las fresas y melones.

“Parte se trajeron de la ribera de más allá de Gaza donde tengo un huerto, parte de las terrazas solares que tengo encima de la casa, viveros de las plantas más delicadas que hay qué proteger contra las heladas. Me enseñó a hacerlo un romano amigo mío... No me enseñó otra cosa buena que esto...” Lázaro se pone serio. Marta suspira... Vuelve pronto a ser el anfitrión a quien no agrada dar fastidio a sus invitados. “En las ciudades de Bala y Siracusa, y a lo largo del arco de Sibaris se acostumbra cultivar estas deliciosas frutas con este método para que maduren antes de tiempo. Comed de las últimas frutas de los naranjales libios, y los primeros melones de Egipto cultivados en solares, comed de las almendras blancas de nuestra patria, y de las habas tiernas, y los digestivos tallos de sabor de anís... Marta, ¿y el niño?”

“Está bien. María se llenó de emoción al recordar el Egipto...”

“Teníamos alguna que otra planta en el pobre huerto. Cuando hacía mucho calor metíamos los melones en el pozo del vecino, que como era profundo y frío, y era una delicia comérselos en

la noche... Todavía recuerdo... Tenía yo una cabra golosa que había cuidado bien porque se despachaba plantas y frutas tiernas..." Jesús ha dicho estas palabras con la cabeza un poco inclinada. La levanta y mira las palmeras moverse al contacto del viento nocturno: "Cuando veo esas palmas... Siempre que veo palmas me acuerdo de Egipto, de su tierra amarillenta y arenosa que el viento levanta tan fácilmente y de sus pirámides que parecían moverse en medio del aire enrarecido... los altos troncos de las palmeras... la casa donde... Pero es inútil hablar de esto. A cada hora su preocupación... Y con ella su alegría... Lázaro ¿me darías alguna de esas frutas? Le quisiera llevar a María y Matías. No creo que Juana tenga".

"No tiene. Ayer me decía que piensa sembrar de estas en Beter, construyendo para ello solares apropiados. Por ahora no te las doy. Recogí cuanto había y por algunos días no habrá maduras. Te las mandaré, o mejor, mándalas traer para el jueves. Prepararemos un hermoso canasto para los niños. ¿No es verdad, Marta?"

"Sí, hermano. Y pondremos también lirios de los valles que tanto agradan a Juana".

Vuelve a entrar María Magdalena. Trae una jarra de delgado cuello, que termina en una especie como de hermoso pico. El alabastro es de un color amarillo-rojizo, como la piel de ciertas personas rubias. Los apóstoles la miran, pensando que tal vez haya traído algún raro manjar. María no va al centro, en medio de la "U" donde está su hermana. Pasa detrás de los lechos, va a colocarse entre Jesús y Lázaro y el de los dos Santiagos.

Destapa la jarra de alabastro, pone la mano bajo la boca, y sobre ella caen algunas gotas de un líquido que apenas si sale. Un fuerte olor a tuberosas y otras especies, un perfume intenso y riquísimo se esparce por la sala. María no se contenta con lo poco que sale. Se inclina y rompe de un golpe el cuello de la jarra contra el saliente del lecho de Jesús. El delgado cuello cae al suelo esparciendo sobre los mármoles gotas perfumadas. Ahora sí sale bastante alabastro.

María se pone a la espalda de Jesús y echa sobre su cabeza el bálsamo denso, lo extiende con las peinetas que se ha quitado, peina la cabeza de Jesús. Su cabeza rubio-rojiza brilla como si fuera de oro bruñido. La luz de la araña que los siervos prendieron, se refleja en la cabeza como si fuera un caso bruñido. El perfume es embriagado. Penetra por las narices, sube a la cabeza, y por su intensidad es como polvos para estornudar, extendido así sin medida.

Lázaro con su cabeza vuelta a su hermana, sonríe al ver con qué cuidado unge y compone la cabellera de Jesús, entre tanto que no se preocupa de sus trenzas sueltas y que le llegan más abajo del cuello, cayendo sobre su espalda. También Marta mira y sonríe. Los demás hablan en voz baja y con diversas expresiones en sus caras.

Pero María no se ha cansado. Todavía queda mucho perfume en la jarra, y la cabellera de Jesús aun cuando sea espesa, está empapada. Entonces María repite lo que llevada de amor hizo un lejano atardecer. Se arrodilla a los pies del lecho, desata las correas de las sandalias de Jesús, saca sus pies, y metiendo sus largos dedos dentro de la jarra, saca lo más que puede de perfume, lo extiende, lo esparce sobre los pies desnudos, dedo por dedo, luego la planta, el calcañal, el tobillo, que descubre haciendo a un lado el vestido de lino, finalmente sobre el empeine, y repite lo mismo hasta que no encuentra más bálsamo en la jarra. La rompe contra el suelo y con las manos libres se quita las gruesas horquillas, se deshace rápida las pesadas trenzas, y el resto del bálsamo lo echa sobre los pies de Jesús.

Judas –que hasta ahora había estado en silencio contemplando con mirada impura a la hermosísima mujer y envidia al Maestro, a quien ungía en la cabeza y en los pies- levanta su voz, *la única voz clara de protesta*; algunos de los otros habían mostrado un cierto descontento, pero sin mayor consecuencia. Judas que se ha puesto de pie para ver mejor la unción de los pies, dice de mal modo: "¡Qué derroche inútil y pagano! ¿Con qué motivo? ¡Y luego no se quiere que los jefes del Sanedrín nos critiquen de pecado! Esas acciones son propias de una cortesana lasciva y no hablan bien de la nueva vida que llevas, María.

¡Demasiado recuerdan tu pasado!"

El insulto es tal que todos se quedan pasmadísimos, de modo que unos se sientan sobre los lechos, otros se ponen de pie a mirar a Judas, como si de pronto se hubiera vuelto loco.

Marta se pone colorada. Lázaro de un brinco se pone en pie dando un fuerte golpe sobre la mesa. Grita: “En mi casa...” pero luego mira a Jesús y se refrena.

“¿Me miráis? Todos habéis murmurado en vuestro corazón. Ahora porque me convertí en eco vuestro y dicho claramente lo que pensabais, no me dais razón. Repito lo que he dicho. No quiero afirmar que María sea la amante del Maestro, pero sí digo que ciertos actos no son apropiados, ni a Él ni a ella. Es una acción imprudente, y hasta injusta. Sí. ¿Qué motivo tuvo este desperdicio? Si ella quería borrar los recuerdos de su pasado, podía haberme dado esa jarra y el ungüento. ¡Por lo menos era una libra de nardo puro! Y de gran valor. Lo habría vendido al menos por trescientos denarios, que es lo que vale un nardo de tal calidad. Habría dado el dinero a los pobres que nos asedian. Nunca faltan. Y mañana muchísimos serán los que en Jerusalén pedirán una limosna”

“¡Es verdad!” asienten los demás. Podías haber empleado una parte para el Maestro y la otra...”

María Magdalena está como si estuviera sorda. Continúa secando los pies de Jesús con la punta de su cabellera suelta, que con los ungüentos se ha hecho más pesada y más oscura que en la parte superior. Los pies de Jesús de color marfil viejo están lisos y blandos, como si se hubiesen cubierto de una nueva piel. María pone nuevamente las sandalias a Jesús. Besa los pies, sorda a todo, menos a lo que no sea su amor por Jesús.

El cual la defiende poniéndole la mano sobre la cabeza cuando por vez postrera le besa el pie y dice: “Dejadla en paz. ¿Por qué la afligís y molestáis? No sabéis lo que ha hecho. María ha realizado en Mí una acción de deber y de amor. Siempre habrá pobres entre vosotros. Estoy ya para irme. Siempre los tendréis, pero no más a Mí. A ellos podéis darles un óbolo. A Mí, al Hijo del Hombre entren los hombres, no será posible tributarle ninguna honra, porque así lo quieren y porque le ha llegado su hora. El amor ha sido para María luz. Presiente que voy a morir y ha querido ungir mi cuerpo de antemano para la sepultura. En verdad os digo que donde será predicada la Buena Nueva se hará mención de este acto profético. Sí, en todo el mundo, durante todos los siglos. Quiera Dios hacer de cada hijo suyo otra María que no se pone a calcular en precios, que no fomenta ningún apego, que no guarda ningún recuerdo aun el mínimo del pasado, sino que destruye y aplasta todo lo carnal y mundanal, y se rompe y se esparce, como hizo con el nardo y el ungüento, por amor a su Señor. No llores, María. Te repito ahora aquellas palabras que dije a Simón el fariseo y a Marta tu hermana: “Todo te ha sido perdonado porque has sabido amar *totalmente*”. Has elegido la mejor parte y no se te quitará. Quédate en paz, mi hermosa oveja a quien encontré nuevamente. Quédate en paz. Que los pastizales del amor sean en la eternidad tu alimento. Levántate, besa también mis manos que te absolvieron y han bendecido... ¡A cuántos han absuelto, bendecido, curado, hecho bien! Y sin embargo Yo os aseguro que el pueblo a quien he hecho tantos bienes está preparándose para torturarlas...”

Un silencio pesado se cierne sobre el aire impregnado del fuerte perfume. María, con los cabellos sueltos por detrás y por delante, besa la mano derecha de Jesús que le había alargado y no sabe separar de ella sus labios...

Marta, conmovida, se acerca a su hermana, le recoge los cabellos, se los trenza acariciándola, y extendiéndole el llanto por sus mejillas, tratando de secárselo...

Nadie tiene gana de seguir comiendo... Las palabras de Jesús hacen pensar a todos.

El primero que se levanta es Judas de Alfeo. Pide permiso para retirarse. Santiago su hermano, lo sigue, y así hacen Andrés y Juan. Se quedan los demás, que se han puesto de pie, para lavarse las manos en las aljofainas de plata que los siervos le presentan. María y Marta hacen lo mismo con el Maestro y Lázaro.

Entra un siervo y se inclina a decir algo a Maximino: “Maestro, me ha dicho él que hay algunos que quisieran verte. Dicen que vienen de lejos. ¿Qué hacemos?”

Jesús llama a Felipe, a Santiago de Zebedeo, a Tomás y les ordena: “Id, anunciad la Buena Nueva. Curad. Hacedlo en mi nombre. Anunciad que mañana iré al Templo”.

“¿Estará bien decir esto, Señor?” pregunta Simón Zelote.

“Es inútil tenerlo oculto porque más que mis amigos, mis enemigos lo han esparcido en la santa ciudad. Id”.

“¡Uhm! Mientras lo sepan los amigos... se comprende. Pero ellos no traicionan. No sé cómo lo hayan logrado saber los demás”.

“Entre los muchos amigos hay siempre alguno que otro enemigo. Simón de Jonás. Son ya demasiados... y con toda facilidad se les acoge por tales. ¡Cuando pienso en lo que tuve que insistir y esperar!... Eran los primeros días y se era prudente. Después vinieron los deslumbradores triunfos y la cautela se perdió. ¡Y mal hecho! Pero esto sucede a todos los vencedores. Las victorias ofuscan el modo de ver las cosas, enflaquecen la prudencia en el obrar. Hablo de nosotros los discípulos, naturalmente, no del Maestro. Él es perfecto.

Hubiéramos quedado los doce no se debería temblar por traición alguna” dice desvergonzadamente Judas de Keriot.

La mirada que Jesús echa sobre el apóstol es indescriptible. Una mirada de llamada y de dolor infinito. Pero Judas no la acepta. Pasando delante de las mesas se dispone a salir... Jesús lo sigue con la mirada y cuando ve que está a punto de irse le pregunta: “¿A dónde vas?”

“Afuera...” le responde evasivamente.

“¿Fuera de la habitación, o fuera de la casa?”

“Afuera... Así, así... a caminar un poco”.

“No vayas, Judas. Quédate conmigo, con nosotros...”

“Han salido tus hermanos y también Juan con Andrés. ¿Por qué no puedo salir?”

“Tú no vas a descansar como ellos...”

Judas no responde y obstinadamente sale. Nadie habla, los que se han quedado, esto es, Pedro, Simón y Bartolomé se miran entre sí.

Jesús se ha levantado e ido a una ventana para seguir a Judas con la mirada y cuando lo ve salir de la casa con el manto ya puesto y dirigirse al cancel, que desde aquí no se ve, lo llama con fuerte voz: “¡Judas, espérame! Debo decirte una cosa”. Aparta suavemente a Lázaro que presintiendo que su Maestro sufría le había puesto un brazo en la espalda. Sale de la sala, detrás de Judas que ha seguido caminando, pero despacio. Lo alcanza a un tercio de la distancia entre la casa y la valla del jardín, cerca de un bosquecillo de plantas de hojas gruesas que parecen de cerámica color verde oscuro con florcitas, cada una de las cuales es una crucecilla de pétalos pesados como si hubieran sido hechos de cera apenas amarilla, de un intenso aroma. No sé su nombre.

Jesús lleva a Judas detrás del bosquecillo y tomándolo del antebrazo con la mano, vuelve a preguntarle: “¿A dónde vas, Judas? Te ruego que te quedes aquí”.

“Tú que sabes todo, ¿para qué me preguntas? ¿Qué necesidad tienes de preguntar. Tú que lees en el corazón de los hombres? Sabes que voy a ver a mis amigos. No me das permiso de ir con ellos. Me buscan. Voy”

“¡Tus amigos! ¡Tu ruina, deberías decir! A ella vas. A tus verdaderos asesinos vas. ¡No vayas, Judas! ¡No vayas! Vas a cometer un crimen... tú...”

¡¡Ah, tienes miedo! ¡Finalmente lo tienes! ¡Finalmente sientes que eres humano! ¡Que eres un hombre! ¡No más que eso! Porque sólo el hombre tiene miedo de la muerte. Dios no, porque sabe que no puede morir. Si te sintieses Dios, sabrías que no podrías morir y no deberías tener miedo. Porque Tú, ahora, ahora que sientes próxima la muerte, la temes como cualquier mortal, y buscas por todos los medios evitarla, y en todas las cosas ves un peligro. ¿Dónde está tu antigua audacia? ¿Dónde tus protestas de estar contento, de estar sediento por realizar el sacrificio? ¡No hay ni un eco de ellos en tu corazón! Creías que nunca llegaría esta hora, y por eso te hacías el fuerte, el generoso, decías cosas pomposas. ¡No eres menos de los que tachas de hipócritas! ¡Nos deslumbraste, y nos has desilusionado! ¡A nosotros que por

Ti habríamos dejado todas las cosas! ¡A nosotros que por tu causa seremos objeto de odio! Tú eres la causa de nuestra ruina...”

“Basta. ¡Ve, ve! ¡No han pasado muchas horas desde que tú me dijiste: “Ayúdame a quedarme, ¡Defiéndeme!” Lo he hecho. ¿Y de qué ha servido? Dime una sola cosa, pero antes de decírmela, reflexiona bien. ¿Realmente quieres ir con tus amigos, los prefieres a Mí? ¿Es esta tu voluntad?”

“Sí. Lo es. No tengo necesidad de reflexionar, *porque desde hace tiempo no tengo más que esta voluntad*”.

“Entonces vete. Dios no hace fuerza a la voluntad del hombre” y Jesús le vuelve las espaldas volviendo despacio adentro. Cuando está cerca de la casa levanta la cabeza, atraído por la mirada que Lázaro le dirige desde el lugar donde estuvo antes. El pálido rostro de Jesús se esfuerza en sonreír al amigo fiel.

Entra en la casa donde los cuatro apóstoles están hablando con Maximino entre tanto que María y Marta dirigen el trabajo de los siervos que vuelven a poner en orden la sala, quitando todo lo que sirvió para el banquete.

Lázaro que había ido a la entrada para esperarlo, pasa su mano por la cintura de Jesús y pasando cerca de un siervo le dice: “Tráeme el rollo que está sobre la mesa de mi cuarto de trabajo”.

Lleva a Jesús a uno de esos amplios sofás que hay cerca de las ventanas para que se siente, pero Jesús sigue de pie, esforzándose en poner atención a lo que Lázaro le dice: pero es claro que su pensamiento está en otra parte, que su corazón está muy afligido. Y cuando se da cuenta que lo están observando trata de sonreír.

El siervo vuelve con el rollo y Pedro, al ver que en esos pergaminos hay cosas que su cabeza no puede entender, se retira diciendo: “Hay ciertos alimentos que los pescados no pueden comer. Prefiero hablar con Maximino de plantas y agricultura”.

Marta continúa su trabajo. María, callada, escucha a Lázaro que señala al Maestro algunos puntos escritos, diciendo: ¿No gozó este pagano de una singular previsión? Más que muchos de nosotros. Tal vez si hubiese estado aquí, contigo como Maestro, hubiera sido uno de tus discípulos y de los mejores. Te habría comprendido como muchos de nosotros no lo sabemos. ¡Qué poema de admiración por Ti le habría sugerido su genio! ¡Cómo habrían sonado tus palabras que en espíritu luminoso, aunque pagano, hubiera recogido! ¡Tu vida descrita por una inteligencia clara, brillante! Nosotros no tenemos más escritores ni poetas. Naciste tarde.

Cuando el egoísmo de la vida y la corrupción religiosa y social han apagado en nosotros toda poesía y todo ingenio. Lo que nuestros sabios y profetas han escrito sin conocerte, no tienen eco en la voz de ningún seguidor tuyo. Tus predilectos, tus fieles en su mayoría, son gente sin instrucción. Y los demás... No. No tenemos ya más shoelet² (escribo como oigo pronunciar la palabra) para transmitir a las multitudes tu sabiduría y tu figura. No los tenemos más porque falta el espíritu y la voluntad, más que la capacidad de hacerlo. La parte, humanamente hablando, más selecta de Israel está sorda como una trompeta acabada, y no sabe cantar más las glorias y maravillas de Dios. Mi temor es que todo se pierda o venga cambiado, parte por incapacidad, parte por mala voluntad...”

“No sucederá esto. El Espíritu del Señor, cuando tomaré posesión de los corazones repetirá mis palabras y explicará su significado. Es el Espíritu de Dios el que habla con los labios del Cristo. Después... Después hablará directamente a los espíritus y les recordará mis palabras”. “¡Ojalá fuera presto! Presto porque a tus palabras se les da menor atención y se les entiende menos. Me imagino que cual violento fuego que abraza, así será el rugir del espíritu de Dios para grabar en las mentes con fuerza, lo que no quisieron acoger, porque era bondadoso y suave. Pienso que el Espíritu abrasador quemará con sus llamas las conciencias tibias o

² Los hebreos llaman así a los que hablan en las reuniones. Los libros sapienciales fueron compuestos con las palabras de los shoelet. Respecto a la diferente pronunciación y transcripción de “Qohelet”

tardas, escribiendo en ellas tus palabras. El mundo tendrá qué amarte. El Altísimo lo quiere. ¿Pero cuándo será?”

“Cuando me habré consumado en el Sacrificio del amor. Entonces vendrá el Amor⁴. Será como la bella llama que se levantará de la víctima inmolada. Y no se apagará, porque no cesará el Sacrificio. Una vez que haya sido establecido, durará mientras la tierra exista”.

“Pero entonces... ¿Debes ser en realidad inmolado para que esto se realice?”

“Así es”. Jesús tiene la postura habitual de aceptar su suerte. Extiende los brazos con la manos vueltas hacia afuera, baja su cabeza, luego la levanta para sonreír a Lázaro y le dice: “Pero no será violenta cual un rugido la voz inmaterial del Espíritu de Amor, sino dulce como el amor, que es suave como el viento de nisán y sin embargo fuerte como la muerte. ¡El inefable misterio del Amor! El complemento y el completamiento de mi misterio. La perfección de mi ministerio de Maestro... No tengo miedo, como tú, de que se pierda algo. Antes bien te digo en verdad que arrojarán rayos de luz sobre mis palabras, y comprenderéis su espíritu. Me voy serenamente porque confío mi doctrina al Espíritu Santo”⁷.

Inclina su cabeza pensativo, y después de haber colocado el rollo que había originado la conversación sobre una especie de mesa alta de ébano o de otra madera oscura, con engastes de marfil amarillento, que cuatro siervos trajeron de la habitación vecina donde Marta está poniendo en orden la vajilla de mayor valor, dice: “Lázaro, ven conmigo afuera. Tengo algo qué decirte”.

“Al punto, Señor”. Lázaro se levanta de su asiento, sigue a Jesús al jardín que ya se cubre de sombras mientras que en el cielo tímidamente se proyecta la claridad de la luna que empieza a sonreír.

⁴ Alusión a la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés. Cfr. Hech. 2; Lc. 24, 29; Ju. 14, 26; 15, 26; 16, 5-15; Hech. 1, 5-8; 4, 31.

⁷ Cfr. Denzinger n. 1836.

LA PASIÓN

Introducciones diversas:

“El Hijo de Dios y de la Mujer sin mancha fue visto como un gusano”

10 febrero 1944

Dice Jesús:

“Y ahora ven. Aun cuando estés esta noche tan agotada como quien está próximo a expirar, ven que te llevaré a que veas *mis* sufrimientos. El camino que haremos juntos, será largo, porque ningún dolor se me perdonó: ni en la carne, ni en la mente, ni en el corazón, ni en el espíritu. Lo probé todo, los gusté, de todos abrevé, hasta morir.

Si pusieses tu boca sobre mi labio, sentirías que todavía conserva la amargura de tanto dolor. Si pudieses ver ahora mi Humanidad con su refulgente vestido verías que el fulgor mana de los miles y miles de heridas que cubrieron con un vestido de verdadera púrpura mis miembros despedazados, sangrientos, golpeados, atravesados por amor vuestro.

Ahora mi Humanidad resplandece. Pero hubo un día que fue semejante a un leproso por los golpes y la humillación que recibió. El Hombre-Dios, que en sí tenía la perfección de la belleza física, como Hijo de Dios y de la Mujer sin mancha, apareció entonces a los ojos de quienes lo miraban con amor, con curiosidad o con desprecio, un ser feo, un “gusano” como dice David, el oprobio de los hombres, el desecho de la plebe.

El amor por mi Padre y por sus hijos me llevó a que entregase mi cuerpo a quien lo golpeaba, a presentar mi rostro a quien lo abofeteaba y escupía, a quien pensaba que hacía una obra meritoria arrancándome los cabellos de la cabeza, de la barba, traspasando mi cabeza con las espinas, haciendo cómplice aun a la tierra y a sus frutos de los tomentos inflingidos a su Salvador, dislocándome los miembros, dejando al descubierto mis huesos, arrancándome mis vestidos y causando a mi pureza la mayor de las torturas, enclavándome en un madero, levantándome como un cordero degollado en los garfios del carnicero, aullando. Alrededor de mi agonía, cual una manada de lobos hambrientos que al olor de la sangre se hacen más furiosos.

Acusado, condenado, muerto. Traicionado, negado, vendido. Abandonado también de Dios porque sobre Mí estaban los crímenes que había tomado. Me vi más pobre que un mendigo a quien los bandidos hubieran robado. No se me dejó ni siquiera un vestido con que cubriera mi amoratada desnudez de mártir. Ni siquiera después de muerto dejaron de insultarme y de herirme. Sumergido bajo el fango de todos vuestros pecados, arrojados hasta el fondo tenebroso del dolor, sin más luz del Cielo que respondiese a mi mirada de agonizante, y sin más voz que contestase a mi última súplica.

Isaías da la razón de tanto dolor: “Verdaderamente Él tomó sobre Sí nuestros males y cargó nuestros dolores”⁵.

¡Nuestros dolores! Sí, por vosotros los llevé. Para aliviar los vuestros, para darles dulzura, para anularlos, *si me hubierais sido fieles. Pero no quisisteis. ¿Y qué alcancé?* Me “mirasteis como un leproso como a uno a quien Dios ha castigado”⁶ Y así fue. Sobre Mí estaba la lepra de vuestros pecados innumerables, estaba sobre Mí como un vestido de penitencia, como un cilicio. ¿Cómo no fuisteis capaces de ver brillar a Dios en su infinita caridad a través de ese vestido que sobre su santidad y por culpa vuestra se había puesto?

“Fue traspasado por nuestras iniquidades, y molido por nuestros pecados” dice Isaías que con su mirada profética vio al Hijo del hombre hecho todo un cuerpo amoratado para sanar el de los hombres. ¡Si sólo hubiesen sido heridas en mi carne!

Lo que más me heristeis fue mis sentimientos y mi espíritu. De uno y de otro hicisteis el hazmerreír y el blanco. Me golpeasteis, a través de Judas, en la amistad depositada en

⁵ Cfr. Is. 53, 4; Is. 52, 13 – 53, 12.

⁶ Cfr. Is. 53, 4.

vosotros; en la fidelidad que esperaba de vosotros, a través de las negaciones de Pedro; en gratitud por los beneficios que os había hecho, por medio de los que gritaron: “¡Muera!” pese a que los había curado de tantas enfermedades. Mi sentimiento y mi espíritu fueron el hazmerreír y blanco a través del amor, por la angustia infligida a mi Madre; por medio de la religión, al haber sido declarado blasfemo de Dios, Yo, que por amor de la causa de Dios, me había puesto en las manos de los hombres al encarnarme, padeciendo durante toda mi vida y entregándome a la ferocidad humana sin protestar, sin lamentarme⁹.

Hubiera bastado dirigir una mirada a mis acusadores, jueces y verdugos para reducirlos a ceniza. No lo hice porque quise voluntariamente cumplir el sacrificio. Como cordero, pues soy Cordero de Dios¹⁰ para la eternidad, me dejé llevar para ser despojado y matado y para hacer de mi carne, vuestra Vida.

Cuando fui levantado estaba ya consumado de sufrimientos inimaginables. Comencé a morir en Belén al ver la luz terrenal tan diversa para mí de la que viví en el cielo. Continué muriendo en medio de pobreza, en el destierro, en la huida, en el trabajo, en la incompreensión, en la fatiga, en la traición, en los cariños arrebatados, en el tormento, en las mentiras, en las blasfemias. ¡Con esto me recompensó el hombre a quien vine a reunir nuevamente con Dios! María, mira a tu Salvador. Su vestidura no es blanca, ni su cabeza rubia. No tiene la mirada de zafiro que conoces. Su vestidura está roja por la sangre, está despedazada, cubierta de suciedades y salivazos. Su rostro está amoratado, turbado. Su mirada está cubierta con sangre, lágrimas. Te mira a través de ellas, a través del polvo que cubre sus párpados. ¿Ves mis manos? Son todas una llaga y esperan ser heridas.

Mírame pequeño Juan, como me miró tu hermano Juan. En el paso que doy quedan huellas de sangre. El sudor diluye la sangre que brota de los golpes de los flagelos, sangre que empezó a brotar en la agonía del Huerto. Mis palabras salen de labios requemados por la sed, golpeados. Salen con dificultad

De hoy en adelante me verás así con frecuencia. Soy el Rey del dolor y vendré a hablarte de mi dolor con mi vestido real. Sígueme pese a tu agonía. Compasivo, como soy, pondré delante de tus labios, atormentados por mi dolor, también la miel perfumada de contemplaciones más tranquilas. *Sin embargo debes preferir éstas que saben a sangre, porque de ellas posees la Vida y con ellas a otros llevarás a Ella.* Besa mi mano que sangra y medita en Mí, tu Redentor”.

Introducciones diversas:

II. “Basta decir la verdad para ser odiado”

13 febrero 1944

Dice Jesús:

“Mis ojos habían leído en el corazón de Judas Iscariote. Nadie debe pensar que la Sabiduría de Dios no haya sido capaz de comprender aquel corazón. Pero, como dije a mi Madre, él era necesario. ¡Ay de él porque fue el traidor! Pero era necesario un traidor². Judas era doble, astuto, ambicioso, lujurioso, ladrón, inteligente, más culto que los demás, y había logrado imponerse sobre todos. Audaz, me allanaba el camino aun más difícil. Le gustaba entre otras cosas sobresalir y hacer resaltar su lugar de confianza que tenía cerca de Mí. No fue servicial por instinto de caridad sino porque era de ess que en la actualidad llamarías fachendosos. Esto le valió tener la bolsa y acercarse a las mujeres. Dos cosas que amaba desenfrenadamente, además de la tercera: los puestos humanos.

⁹ Cfr. Is. 53, 5.

¹⁰ Cfr. Is. 53, 7; Ex. 12; Lev. 14.

² En el sentido que aparece en los Evangelios. Cfr. Mt. 18, 7; 26, 20-25; Mc. 14. 17-21; Lc.17, 1-22; 22, 21-23; Ju. 13, 21-30.

Mi Madre, pura, humilde, que no amaba las riquezas terrenas, no podía menos de sentir asco por esa sierpe. También Yo lo tenía. Yo, el Padre y el Espíritu Santo sabemos cuántos esfuerzos hice para poderlo soportar junto a Mí. En otra ocasión te lo explicaré. Igualmente no ignoraba la hostilidad de los sacerdotes, fariseos, escribas y saduceos. Eran viejas zorras que buscaban atraerme hacia su cueva para despedazarme. Tenían hambre de mi Sangre. Dondequiera trataban de ponerme trampas para capturarme, para tener con qué acusarme, para quitarme la vida. Por tres años duró la asechanza y no se calmaron sino hasta cuando me vieron muerto. Aquella noche durmieron felices. La voz del que los acusaba se había callado para siempre. Así lo creían. Pero no. No estaba apagada. *Jamás lo será. Truena, truena y maldice a sus semejantes de ahora.* ¡Cuánto dolor sufrió mi Madre por su culpa! Y ese dolor no lo olvido.

No era cosa nueva que la gente fuese voluble. Es la bestia que lame la mano del domador si en ella tiene el látigo o si le ofrece un pedazo de carne para calmar el hambre, pero basta con que el domador caiga y no pueda usar más el látigo, o no tenga más qué darle, que ella se arroja y lo desgarrar. Basta con decir la verdad y ser bueno para que la gente lo odie a uno después de pasado el entusiasmo. La verdad es reproche y consejo. La bondad arranca el látigo y hace que los no-buenos no teman más. De esto surgió el “crucifige” después de haber gritado los “hosannas”. Mi vida de Maestro se vio llena de estos dos gritos. Y el último fue el de “crucifícalo”. El hosanna fue como aliento que toma el cantante para dar un agudo. A mi Madre en la noche del Viernes Santo le pareció volver a oír los hosannas mentirosos, convertidos en gritos de muerte para su Hijo, y su corazón sintió un dolor sin nombre. Tampoco esto lo olvido. ¡La fragilidad de los apóstoles qué grande fue! Llevé en mis brazos piedras que tiraban hacia la tierra, y que quería elevar al cielo. Aun aquellos que no pensaban ser ministros de un rey terrenal, como Judas Iscariote, no dejaban con todo, si la ocasión se presentaba, de desear la gloria. Llegó el día que aun Juan y su hermano ambicionaron esta gloria, que os ofusca como un espejismo aun en las cosas celestiales, y que no es un santo anhelo por el Paraíso, *que quiero que tengáis.* Es un deseo humano de que vuestra santidad sea conocida. No sólo esto, *sino una cosa detestable de cambistas, de usureros, porque por el poco amor que daís a quien se le debe dar todo el ser, pretendéis un lugar a su derecha en el cielo.*

No, hijo, no. Antes hay qué beber todo el cáliz que Yo bebí. Todo: con su caridad en lugar de odio, con su castidad contra los gritos de lo sentidos, con su heroicidad en las pruebas, con su holocausto por amor de Dios y de los hermanos. Y después que se haya cumplido propio trabajo decir: “Somos siervos inútiles” y esperar a que mi Padre y vuestro os conceda, por su bondad, un lugar en su Reino. Es necesario despojarse, como viste que me despojaron en el pretorio, de todo lo que es humano, quedándose sólo con lo indispensable, que es el don de la vida, y recordando que podéis ser más útiles a vuestros hermanos desde el cielo que en la tierra, en el cielo donde Dios os revestirá de la estola inmortal, lavada en la Sangre del Cordero”

3. Introducciones diversas:

III. “Sufrí al ver sufrir a mi Madre”

14 febrero 1944

Dice Jesús:

“No he olvidado tampoco los dolores de mi Madre. Ella sabía que tenía Yo qué sufrir, y esto la atormentaba, la anegaba en llanto. Por esto no le niego cosa alguna. Le he entregado todo. Ella sufrió lo indecible. Yo le doy todo gozo.

Quisiera que cuando penséis en María, no olvidarais su agonía que duró treinta y tres años, para terminar al pie de la cruz. Sufrió por vosotros y por vosotros soportó las burlas de la gentuza que la llamaba madre de un de mente. Por causa vuestra soportó los reproches de los parientes y de personajes importantes. Por vosotros soportó mi aparente desconocimiento, cuando dije: “Mi Madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de Dios”.

¿Y quién otro mejor que ella la hacía, que estaba consciente de que le imponía el tormento de tener qué ver a su Hijo en el suplicio?¹

Por vosotros soportó las fatigas de buscarme aquí y allí. Por vosotros los sacrificios que tuvo que hacer al dejar su casita y tener qué mezclarse entre la multitud, que tuvo qué dejar su pequeño poblado y verse envuelta entre las tumultuosas calles de Jerusalén. Por vosotros se vio obligada a estar en contacto con el discípulo que fraguaba en su corazón el traicionarme. Por vosotros soportó el dolor de saber que se me acusaba de poseído. Todo, todo por vosotros.

No sabéis cuánto he amado a mi Madre. No comprendéis cuánto mi corazón haya sido sensible a los afectos. Creéis que mi tortura fue solamente física, o a lo más, pensáis en el tormento espiritual del abandono final de mi Padre.

No, hijos. También supe lo que son las pasiones. Sufrí al ver sufrir a mi Madre, al tener qué llevarla, como mansa ovejita al suplicio, al tener qué despedirme varias veces de Ella, en Nazaret cuando iba a dar principio a la evangelización, en otras ocasiones, cuando mi pasión estaba ya cercana, momentos antes de ir a la cena.

Sufrí al verme befado, odiado, calumniado, rodeado de curiosidad malsana, que no se convertía en bien, sino en mal. Padecí las mentiras que oía, las mentiras que decían personas que estaban a mi lado. Las de los hipócritas fariseos que me llamaban Maestro, que me hacían preguntas no porque aceptaran mi inteligencia, sino para tenderme trampas; las de los que curé y las de los que se convirtieron en enemigos míos en la sala del Sanedrín, en el Pretorio⁴; las de Judas que culminaron cuando con un beso de amistad me señaló a los soldados. Sufrí al ver a Pedro que mentía por temor humano.

¡Cuántas mentiras que me herían a Mí que soy la Verdad! ¡Y cuántas hoy en día se me dirigen! Afirmáis amarme, pero no es así. Tenéis mi Nombre en los labios, pero en vuestro corazón adoráis a Satanás y seguís una ley contraria a la Mía.

Sufrí al pensar que ante el valor infinito de mi sacrificio, sacrificio de un Dios, muy pocos se salvarían. Digo *todos, todos los que en el correr de los siglos han preferido o preferirán la muerte a la vida eterna, y de este modo convierten mi sacrificio en algo estéril. A estos los tuve presentes. Y a sabiendas de ello me dirigí a la muerte*"

4. Introducciones diversas:

IV. "Era, soy el Hijo de Dios. Pero también el Hijo del hombre".

15 febrero 1944

Dice Jesús:

"Contemplaste mis sufrimientos de mi agonía espiritual en la noche del jueves. Contemplaste a tu Jesús abatido como un hombre que ha sido herido a muerte y que siente que la vida se le escapa o como alguien que está horriblemente oprimido por un trauma psíquico superior a sus fuerzas. Fuiste testigo de cómo iba aumentando esta agonía hasta llegar al momento en que sudé sangre, por el esfuerzo de vencerme y de resistir el peso que sobre mí se había impuesto.

Era, soy el Hijo de Dios Altísimo, pero también era el Hijo del hombre. A través de estas páginas quiero que aparezca nítida mi doble naturaleza.

Mi palabra da fe de mi divinidad. Las necesidades naturales, las pasiones, los sufrimientos que padecí en Mí mismo dan testimonio de mi Humanidad.

Tanto mi divinidad como mi perfectísima humanidad en el correr de los siglos, debido a "vuestra" humanidad imperfecta, no han sido bien comprendidas. Algunas veces se ha pensado que no tuve un cuerpo real, se le desfiguró, como se hizo también con mi divinidad, y esto porque se quería sacar alguna ventaja de ello, o porque no podían inteligencias débiles

¹ Interpretación de Mt. 12, 46-56; Mc. 3, 31-35; Lc. 8, 19-21.

⁴ Cfr. Mt. 27, 27; Mc. 15, 16; Ju. 18, 28-33; 19, 9; Hech. 23, 35.

comprender el misterio, pues se hallaban envueltas en las tinieblas del ateísmo, humanismo o racionalismo.

En esta hora, anunciadora de desventuras sin igual, quiero daros a conocer la doble naturaleza mía: de Dios y del hombre, para que la *reconozcáis*, para que la améis para que *por ella os salvéis*. Quien la conozca y ame se salvará.

En estos días te di a conocer mis sufrimientos físicos, que soportó mi humanidad. Te he dado a conocer mis sufrimientos morales que estaban tan entrelazadas íntimamente con los de mi Madre, como se entrelazan, se cruzan, las enredaderas de las selvas tropicales. No se puede cortar una rama, sin cortar otra. Algo así como no se puede sacar sangre de una sola vena, porque la sangre corre por todo el cuerpo. O si se prefiere la comparación, no se puede hacer morir a una madre que tiene en su vientre su hijo, sin hacer morir a éste.

Mi Madre me llevó no sólo por nueve meses, sino durante toda la vida. Nuestros corazones estaban unidos por fibras espirituales, siempre palpitaron al unísono. No hubo lágrima de mi Madre que no me hubiera mojado, y no hubo lamento mío que no hubiera encontrado un fortísimo eco en su corazón.

Os causa dolor enteraros que una madre sabe que su hijo está irremediablemente enfermo, que tiene qué morir, o bien que otra madre sabe que su hijo está condenado a pena de muerte. Pensad en lo que habrá sufrido mi Madre que desde que me concibió, supo que tenía Yo qué ser condenado a muerte, que cuando besaba mis tiernos miembros de pequeño sabía que llegaría el momento en que serían destrozados por el flagelo. Pensad en mi Madre que habría murto diez, cien, mil veces con tal de impedir llegar al ahora en que Yo fuera un hombre adulto, la hora de mi inmolación. Sin embargo Ella *sabía* que *debía* desear esa hora para aceptar la voluntad de Dios, para la gloria de Él, para beneficio del linaje humano. No existió una agonía más duradera, y terminada en un dolor más grande, que la que padeció mi Madre. No existió un dolor más grande, más absoluto que el mío. Era Yo una sola cosa con mi Padre. Me amaba desde la eternidad como sólo Dios puede amar. Encontraba en Mí sus complacencias, su gozo. Yo a mi vez lo amaba como solo un Dios puede amar, y al estar unido con Él encontraba mi alegría divina. Las inefables relaciones entre el Padre y el Hijo no pueden explicarse ni siquiera con mis palabras, porque si son perfectas, no lo son vuestras inteligencias para poder comprender el profundo misterio que existe entre nosotros dos.

Pues bien, así como una avenida aumenta al chocar contra un dique, de igual modo sentía que aumentaba hora tras hora la severidad de mi Padre. Para dar testimonio de mi Persona a los hombres, que cerraban sus corazones e inteligencias para no creer, tres veces mi Padre abrió el cielo: en el Jordán, en el Tabor, y en Jerusalén poco antes de mi pasión². Lo hizo no para consolarme, sino para los hombres. Quería Él que lo expiara.

Muchas veces Dios muestra a los hombres algún siervo suyo para que se sientan atraídos por sus ejemplos, *pero también por sus dolores. Con éstos paga este siervo, comiendo el pan amargo del rigor de Dios, los consuelos y la salvación de sus hermanos. ¿O no es verdad? Las víctimas expiatorias han probado el rigor de Dios. Después viene la gloria, pero sólo después de que la Justicia se ha aplacado.* Mi amor, al contrario, a sus víctimas suele prodigarles besos. Yo sufrí, y supe por experiencia personal *qué significa el que Dios lo mire a uno con un rigor, que lo abandone a uno.* Suelo consumir a mis víctimas en un incendio de amor, y no soy jamás ni severo con ellas, ni las abandono.

Cuanto más se acercaba la hora de la expiación, tanto más sentía que mi Padre se alejaba. Mi Humanidad se sentía menos sostenida por la Divinidad al sentir que el Padre se alejaba de ella, y de este modo sufría lo indecible.

Cuando Dios se aleja se siente el terror, se siente un ansia por la vida, se experimenta languidez, cansancio, tedio, y cuanto más profundo, tanto mayores son las consecuencias. Cuando es total se siente la desesperación. Y cuando alguien, porque Dios así lo quiere, prueba este alejamiento sin haberlo merecido, sufre mucho más porque el alma siente esta

² Cfr. Mt. 3, 13-17; 17, 1-8; Ju. 12, 20-30

separación, así como es doloroso cuando se arranca un miembro del cuerpo. Es algo horroroso que sólo quien lo experimenta puede entenderlo. Yo lo probé. Todo tuve que probar para poder interceder por vosotros ante el Padre, aun por los momentos en que os parece llegar a la desesperación. Sé lo que significa decir: "Me encuentro solo. Todos me han traicionado. Todos me han abandonado. El Padre, Dios, no viene en mi ayuda".

Por este motivo realizo prodigios misteriosos de gracia en los corazones oprimidos por la desesperación, y *por esto pido a mis predilectos que beban de mi cáliz amargo que bebí*, para que al sentirse naufragar en el mar de la desesperación, *no rechacen la cruz que les ofrezco como áncora de salvación para que se asgan de ella, y así pueda llevarlos al puerto de la bienaventuranza*.

¡Solamente Yo sé cuánto necesitaba del Padre en la noche del jueves! Mi alma agonizaba por el doble esfuerzo que tenía que hacer al tratar de vencer los dos más grandes dolores que pueda un hombre soportar: la despedida de una madre sin igual, y la proximidad del amigo infiel. Dos heridas que me taladraban el corazón. Una con su llanto, la otra con su odio. Me vi obligado a partir el pan con mi Caín. Tuve que tratarlo como amigo para que los demás no se dieran cuenta y evitar de ese modo un crimen, que por otra parte era inútil, porque estaba ya escrito en el libro de la vida: mi santa muerte, y el suicidio de Judas. Dios no quería otras muertes. *Tan sólo mi sangre debía ser derramada*. Judas se ahorcó y entregó su sangre impura a Satanás. *Sangre que no debía mezclarse, al caer sobre la tierra, con la sangre purísima del Inocente*.

Estas dos heridas hubieran sido bastantes para hacerme agonizar. Pero era Yo el que tenía que expiar, la víctima, el cordero. Este antes de ser inmolado sabe lo que duele la marca del hierro candente, los golpes, el trasquilo, ser vendido al matancero, para sentir al fin el frío del hierro que le corta la garganta. Debe dejar antes *todo*: su pastizal, su madre que lo crió, que lo alimentó, le dio calor, sus compañeros con quienes convivió. *Todo lo conocí y experimenté. Yo, el Cordero de Dios*.

Por esta razón, al alejarse del Padre, llegó Satanás. Había venido al principio de mi misión a tentarme para que no la realizase. Ahora regresaba. Era su hora. La hora del odio satánico. Multitudes de demonios había sobre la tierra para seducir los corazones, para ayudarlos a decidir mi muerte. Cada sanedrista tenía el suyo, lo mismo que Herodes, Pilato, y todos los judíos que pidieron mi Sangre. También lo tenían los apóstoles, que los adormecía, mientras yo me debilitaba, que los preparaba para ser cobardes. Sin embargo hay que tener en cuenta el poder de la pureza. Juan, que era puro, fue el *primero* que se libró del influjo satánico, no me dejó, y me llevó a mi Madre.

Judas tenía a Lucifer y Yo lo tenía cerca. Él en el corazón, Yo a mi lado. Éramos los dos personajes principales de la tragedia y Satanás se ocupaba personalmente de nosotros. Después de que empujó a Judas hasta el punto de que no podía retroceder, se volvió contra Mí.

Con su perfecta astucia me presentó los tomentos corporales con un realismo inimaginable. Ya había hecho las pruebas en el desierto. Con la oración lo vencí. *El espíritu se sobrepuso al temor que sentía la carne*.

Me presentó la inutilidad de mi muerte, el gozo de la vida, sin tener que ocuparme de hombres ingratos. Vivir feliz, amado. Vivir para mi Madre, para no hacerla sufrir. Vivir para llevar a Dios a través de un largo apostolado a muchísimos hombres, los cuales, una vez que hubiera muerto, me habrían olvidado, mientras que si era un Maestro que enseñare no por tres años, sino por lustros y lustros, habrían terminado por absorber completamente mi doctrina. Sus ángeles me hubieran ayudado a seducir a los hombres. ¿No estaba Yo viendo que los ángeles de Dios no venían en mi ayuda? Después, Dios me habría perdonado al ver las multitudes de creyentes que le llevaría. También en el desierto me había tentado a poner a Dios en prueba con la imprudencia. Lo vencí con la oración. *El Espíritu se sobrepuso a la tentación moral*. Me presentó el abandono de Dios. Que el Padre no me amaba más. Que cargaba con todos los pecados del mundo. Que le causaba asco, que se había ausentado, y me dejaba solo. Que

me entregaba al ludibrio* de una plebe feroz. Que no me concedía ni siquiera su consolación divina. Que estaría Yo solo, solo, solo. Que él, Satanás, estaría cerca de Mí. Que Dios y los hombres estaban lejos de Mí porque ya no me amaban. O bien me odiaban, o bien indiferentes. Entre tanto Yo oraba para cubrir con mi oración las palabras satánicas. Pero mi plegaria no subía hasta donde está Dios. Volvía a caer sobre Mí, como piedras lanzadas para lapidar a alguien. La plegaria que había sido para Mí una caricia del Padre, voz que llegaba hasta Él, y a la que respondía con amor y palabras paternales, ahora estaba muerta: era inútil enviarla a un cielo que había cerrado sus puertas.

Fue entonces cuando probé la amargura del cáliz. *El sabor de la desesperación.* Esto era lo que pretendía Satanás: *llevarme a la desesperación para convertirme en esclavo. Vencí la desesperación y la vencí con mis propias fuerzas, porque quise vencerla.* Con solas mis fuerzas de Hombre. *No era más que el Hombre. No era más que un hombre, a quien Dios no ayudaba.*

Cuando Dios ayuda es fácil soportar aun el mundo como si fuera un juguete de niños. Pero cuando no, aun el peso de una flor produce cansancio.

Vencí la desesperación y a Satanás que era su origen para servir a Dios y daros a vosotros la vida. Pero saboreé la muerte. No la muerte física del crucificado –no fue tan dolorosa- sino la muerte total, consciente del luchador que cae después de haber triunfado con un corazón destrozado, con una sangre que se perdía por las heridas de un esfuerzo superior a las fuerzas humanas. Y sudé sangre. La sudé, para ser fiel a la voluntad de Dios.

Esta es la razón por la cual el ángel que me acompañó en mi dolor me habló de la esperanza de todos los que se salvarían por medio de mi sacrificio, como un bálsamo para mi agonía.

Vuestros nombres. Cada uno de ellos fue una inyección en mis venas que me dio fuerzas.

Cada uno de vuestros nombres fue luz, vigor. Durante las horas dolorosísimas, para no mostrar el dolor que soportaba como Hombre, para no desesperar de Dios y no decir que era muy severo e injusto con su Víctima, me repetía vuestros nombres. Os vi. Desde aquella hora os bendije. Desde aquellos momentos los he llevado en mi corazón. Y cuando sonó el momento de que vinieseis a la tierra, quise estar presente a vuestra llegada regocijándome al pensar que una nueva flor de amor había brotado en el mundo y que viviría para Mí.

¡Oh, benditos míos! ¡Consuelo mío cuando agonizaba! Mi Madre, mi apóstol, las mujeres piadosas estuvieron presentes cuando moría, pero también vosotros. Mis ojos agonizantes os miraron junto con el rostro adolorido de mi Madre, y los cerré gozoso porque habían visto que os salvaríais, que erais dignos del sacrificio de un Dios”.

5. Introducciones diversas:

V. “No meditáis nunca en lo que me costasteis”

16 febrero 1944

Dice Jesús:

“Conoces ya todos los dolores que precedieron a mi pasión. Ahora te daré a conocer los dolores como fueron. Los que más llaman vuestra atención, aun cuando, a decir verdad, muy poco meditáis en ellos. No reflexionáis en lo que habéis costado, y en las torturas, que os dieron la salvación.

Vosotros que os quejáis de una picadura, de un golpecillo, de un dolor de cabeza, no pensáis que Yo era todo una llaga, que esas llagas estaban envenenadas de muchas cosas, que las mismas cosas eran empleadas como tormento por su Creador, porque torturaban al Dios Hijo ya torturado sin respeto a Aquel que, Padre de la Creación, las había hecho, pero las cosas no tenían culpa alguna. La tenía sólo el hombre, que se hizo culpable el día en que dio oídos a Satanás, allá en el paraíso terrestre. No tenían ni espinas, ni veneno, ni dureza sino hasta ese momento. Dios había elegido al hombre como a rey, lo había hecho a su imagen y semejanza

* ludibrio = escarnio, desprecio, mofa.

y llevado de su amor paternal no había querido que las cosas le hiciesen daño. Satanás tendió la trampa, primero en el corazón humano y después vinieron el castigo por el pecado, los cardos y las espinas¹.

Ahora bien, Yo, el Hombre, tuve qué padecer por causa de las cosas además que por las personas. Los hombres me insultaron y atormentaron, las cosas fueron sus instrumentos. La mano que Dios hizo al hombre para que se distinguiera de los animales, la mano que Dios enseñó a usar al hombre, la que no era más que el instrumento de la inteligencia humana, la parte que es tan perfecta, la que debería haber dado tan solo caricias al Hijo de Dios, de quien sólo se habían recibido beneficios y favores se reveló contra el Hijo de Dios, le dio de bofetadas, tomó el flagelo, se convirtió en tenazas para arrancar los cabellos de la cabeza, la barba del rostro, el martillo para enclavar.

Los pies del hombre que hubieran servido sólo para correr a adorar al Hijo de Dios, se hicieron veloces para ir a capturarme, para arrastrarme por las calles, para darme puntapiés.

La boca del hombre que debería haber pronunciado sólo alabanzas y bendiciones al Hijo de Dios, borboteó blasfemias y mentiras, injurias y baba contra mi persona.

La inteligencia del hombre signo de su origen celestial, no dejó ningún resquicio suyo para buscar algo con qué podría atormentarme. El hombre empleó todo su ser para atormentar al Hijo de Dios. No dudó de pedir auxilio a la tierra para torturarme. Empleó las piedras como proyectiles para herirme, las ramas de los árboles para azotarme, las sogas para arrastrarme sin mirar que me cortaban, las espinas para que fueran mi corona, el hierro para que fuera mi azote, una caña para que fuera mi cetro, y las piedras flojas del camino para que no encontrase Yo un apoyo seguro a mis pies que se doblaban, y que debían seguir el camino que los conduciría hasta la cruz.

A los elementos terrenales se unieron los del cielo. El frío del alba hirió a mi cuerpo agotado ya desde el huerto, el aire golpeaba mis heridas, el sol las quemaba y las esparcía con polvo o les echaba moscas, y ofuscaban mis ojos con sus resplandores. A los elementos del cielo se unió lo que el hombre emplea para cubrirse: el cuero se convirtió en flagelo, la lana que es suave y dulce se adhirió a mis heridas, de modo que cualquier movimiento me producía un nuevo dolor.

Todo, todo sirvió para atormentar al Hijo de Dios. Lo que fue creado por Él², en los momentos en que se convirtió en Hostia de Dios, se convirtió en su enemigo. Tu Jesús, María, no encontró ningún consuelo. Todas las cosas se volvieron contra Mí como serpientes venenosas.

En esto deberíais pensar cuando sufrís, y comparando vuestras imperfecciones con mi perfección, mis dolores con los vuestros, veréis que el Padre os ama más que a Mí en aquella hora, y por lo tanto deberíais amarlo con todo vuestro ser, como Yo lo amé pese a su severidad”.

6. El adiós a Lázaro

2 marzo 1945

Jesús está en Betania. Ya es tarde. Un plácido atardecer de abril. Desde las grandes ventanas de la sala del banquete se puede ver el jardín de Lázaro que está en flor, como también el huerto que parece una nubecilla de ligeros pétalos. Perfume del nuevo verdor, perfume agri dulce de flores de árboles frutales, de rosas y de otras más se mezcla, y entra a las habitaciones con el suave vientecillo que suavemente mueve las cortinas de las puertas, que mueve las llamas de las lámparas. Allí se funden los perfumes de nardos, convalarias y jazmines; y forman una esencia rara con los restos del bálsamo con que María de Mágdala ungió a Jesús cuyos cabellos están un poco más oscuros.

¹ Cfr. Gén. 3.

² Cfr. Ju. 1, 1-5; Col. 1, 15-20; Hebr. 1, 1-3.

En la sala están aún Simón, Pedro, Mateo y Bartolomé. Los demás tal vez han ido a otras ocupaciones.

Jesús se levanta de la mesa y mira un rollo de pergamino que Lázaro le ha presentado. María de Mágdala de aquí allá en la sala... como mariposa que se siente atraída por la luz. No sabe más que volverse hacia Jesús. Marta tiene cuidado de los criados que recogen la preciosa vajilla, que hay sobre la mesa.

Jesús coloca el rollo sobre un aparador con cuñas de marfil en la brillante madera negra y dice: "Lázaro, ven. Tengo qué decirte algo".

"Voy, Señor". Lázaro se levanta de su asiento que está cerca de la ventana, sigue a Jesús hacia el jardín en que los últimos rayos del día se mezclan con los clarísimos de la luna.

Jesús va más allá del jardín, donde está el sepulcro en que fue enterrado Lázaro, y sobre el que ahora hay un rosal. Sobre la roca, un poquitín inclinada, está esculpido: "¡Lázaro, sal fuera!" Jesús se detiene allí. La casa no se ve ya. Está oculta entre los árboles y cercados. Se siente un silencio completo. Se siente una soledad absoluta.

"Lázaro amigo mío" pregunta Jesús de pie ante su amigo, a quien mira con un dejo de sonrisa en un rostro enflaquecido y pálido más de lo acostumbrado. "Lázaro, amigo mío, ¿sabes quién soy?"

"Eres Jesús de Nazaret, mi amado Jesús, mi santo Jesús, mi poderoso Jesús".

"Eso para ti, pero para los demás ¿quién soy?"

"Eres el Mesías de Israel".

"¿Y qué más?"

"El Prometido, el Esperado... ¿por qué me lo preguntas?. ¿Dudas de mi fe?"

"No, Lázaro, sino es que quiero confiarte algo. Nadie fuera de mi Madre y de uno de mis discípulos, lo sabe. Mi Madre porque no ignora nada. El discípulo mío, porque es partícipe de esta cosa. Lo he dicho a los demás una y otra vez, pero su amor no los ha hecho comprender y les ha servido de nepentes¹ y de valla... Y es mejor que no lo hayan comprendido para evitar un crimen. Por otra parte inútil, porque lo que debe suceder debe serlo. Yo quiero decirte ahora esto".

"¿Dudas que te ame menos que ellos? ¿A qué crimen te refieres? ¿Qué crimen va a cometerse? ¡En nombre de Dios habla!" Lázaro está excitado.

"Voy a decírtelo, claro. No dudo que me ames. Tanto es así que voy a depositar en ti mi última voluntad..."

"¡Oh, Jesús! Esto lo hace quien está próximo a la muerte. Yo lo hice cuando comprendí que no vendrías, y que yo tenía que morir".

"Lo mismo Yo".

"¡Nooh!" Lázaro lanza un profundo gemido.

"No grites. Que nadie nos oiga. Quiero hablarte a solas. Lázaro amigo mío, ¿tienes idea de lo que sucede en estos momentos en que estamos juntos, en esta intimidad de amigos, que nunca ha sido turbada? Un cierto tipo, con otros iguales a él están contratando el precio con que comprarán o venderán al Cordero. ¿Sabes cómo se llama el Cordero? Se llama Jesús de Nazaret"

"¡Nooh! Es verdad que tienes enemigos pero nadie puede venderte. ¿Quién?... ¿Quién es?"

"Uno de los míos. Uno que ha pensado ser uno de los que engañé, y que cansado de esperar, ha querido librarse de quien para él no representa sino un peligro personal. Piensa que puede recobrar una antigua estimación ante los grandes del mundo. Sin embargo el mundo de los buenos lo despreciará, como él de los malos. Se ha cansado de Mí, se ha cansado de esperar la grandeza humana que primero buscó en el templo, que pensó conseguir con el Rey de Israel por todos los medios, cosa que nuevamente buscó en el templo y ante los romanos por todos los medios... Espera... pero Roma, si sabe premiar a sus fieles servidores... sabe también aplastar bajo sus pies a los denunciantes cobardes. El traidor está cansado de Mí,

¹ nepentes = medicina mitológica que sumergida en vino, tendría la virtud de destruir cualquier tristeza.

Cansado de su espera, de la carga que es ser bueno. Para quien es malo, ser y *deber fingirse* ser bueno, es un peso intolerable. Se puede soportar por algún tiempo... y luego... no se le tolera... y se libra uno de él para estar más libres. ¿Libres? Así lo piensan los malvados... también él lo cree. Pero no es libertad. El ser de Dios es libertad³. Estar contra Dios es prisión de cepos y cadenas, de argollas y latigazos, como ningún galeote condenado al remo, como ningún esclavo a trabajos forzados la soporta bajo el azote del carcelero”.

“¿Quién es? Dímelo ¿Quién es?”

“De nada sirve”.

“Sí que sirve... ¡Ah!... No puede ser sino él, ese que siempre ha sido una mancha de tu grupo, el que hace poco ofendió a mi hermana. ¡Es Judas de Keriot!”

“No. Es Satanás. Dios se hizo hombre en Mí: Jesús. Satanás ha tomado carne en él, en Judas de Keriot. Un día... hace mucho tiempo... en este jardín tuyo, consolé unas lágrimas y excusé a un alma sumida en el fango. Dije que la posesión es el contagio de Satanás que inculca su veneno en el ser y lo desnaturaliza. Dije que es la unión de un espíritu con Satanás y el instinto animal. Pero la posesión es poca cosa respecto a la encarnación. Mis santos me llegarán a poseer, y Yo a ellos. Pero solo en Jesucristo está Dios como está en el cielo porque Yo soy el Dios hecho carne. Una sola es la encarnación divina. De igual modo en uno solo estará Satanás, Lucifer, así como está en su reino, porque sólo en el asesino del Hijo de Dios Satanás se ha encarnado. En estos momentos en que te estoy hablando, él está ante el Sanedrín, y trata y se empeña en que me maten. Pero no es él, es Satanás. Lázaro, fiel amigo, escucha. Te voy a pedir algunos favores. Nunca me has negado ninguno. Tu amor ha sido tan grande que, sin faltar jamás al respeto, has sido siempre diligente por lo que a Mí respecta, y se ha manifestado de muchas maneras, con ayudas solícitas, con consejos prudentes, que siempre acepté porque vi en tu corazón un verdadero deseo por mi bien”.

“¡Oh, Señor mío, mi alegría era pensar en Ti! ¿Qué otra cosa puedo hacer sino preocuparme por mi Maestro y Señor? ¡Muy poco, muy poco me has permitido que hiciera yo por Ti! Te soy muy deudor pues devolviste a mi corazón y a la honra a María, y a mí a la vida... Oh, ¿por qué me mandaste llamar de la muerte para que viviese esta hora? El horror de la muerte, toda la angustia de mi alma, que tentó Satanás en el momento en que iba a presentarme ante el Juez eterno, ya lo había vencido... ¡fue una oscuridad!... ¿Qué te pasa, Jesús? ¿Por qué te estremeces? ¿Por qué palideces más de lo que estabas antes? Tu rostro está más pálido que esta blanca rosa que se marchita bajo los rayos de la luna. ¡Oh, Maestro! Parece como si la sangre y la vida se te fueran acabando...”

“En realidad me siento como uno que se muere con las venas abiertas. Toda Jerusalén, esto es, “todos mis enemigos entre los poderosos de Israel” se ha prendido de Mí con sus ansiosas bocas y me extrae la vida y la sangre. Quieren que deje de oírse la voz que por tres años los ha castigado pero sin dejarlos de amar;... porque cada palabra mía, aun cuando era una palabra de amor, era una sacudida para que sus almas despertasen, y no quisieron hacer caso a su alma, porque la han amarrado con la triple sensualidad. ¡Y no sólo los grandes!... Sino que toda Jerusalén está para ensañarse contra el Inocente y pedir su muerte... y con Jerusalén la Judea... con esta, Perea. Idumea, Decápolis, Galilea, Sirofenicia: todo, todo Israel reunido en Sión para el “Paso”⁶ del Mesías de esta vida a la muerte... Lázaro, tú que estuviste muerto y fuiste resucitado, dime ¿qué cosa es morir? ¿Qué sentiste? ¿De qué te acuerdas?”

“¿Morir?... No recuerdo exactamente qué fue. Después de los grandes sufrimientos, me sobrevino una fuerte languidez... me parecía que no sufría más, y que tenía sólo un profundo sueño... La luz, los ruidos se hacían cada vez más débiles, más lejanos... Dicen mis hermanas y Maximino que daba muestras de que sufría mucho... Pero yo no me acuerdo.

³ Cfr. 2 Cor. 3, 17.

⁶ Cfr. Ex. (según la Vulgata) 12, 11

“Entiendo. *La compasión del Padre amortigua en los agonizantes su capacidad de comprender de modo que sufran sólo en el cuerpo, que debe purificarse con este purgatorio que es la agonía.* Pero Yo... ¿Y qué te acuerdas de la muerte?”

“Nada, Maestro. Tengo un vacío en el espíritu. Una oquedad en la mente. He experimentado en mi vida una interrupción que no sé cómo llenarla. No tengo recuerdos. Si mirase en el fondo de esa negra entrada donde estuve por cuatro días, aun cuando fuese de noche, y plena sombra, sentiría, aunque no viera, el frío húmedo que sale de sus entrañas y me daría en la cara. Lo cual es ya una sensación. Pero si recuerdo esos cuatro días, no tengo nada. *Nada.* Es la palabra propia”.

“Entiendo. Los que regresan no pueden decir... El misterio se revela poco a poco a quien entra en él. Pero Yo, Lázaro, sé lo que voy a sufrir. Sé que sufriré con *pleno* conocimiento. No habrá bebidas ni languidez que suavicen mi agonía para que sea menos atroz. *Me sentiré morir.* Ya lo estoy sintiendo... Ya estoy muriendo, Lázaro. Como un enfermo que no tiene remedio, he estado muriendo como en estos treinta y tres años. Y tanto más se ha acercado la muerte, cuanto más llegaba el momento de esta hora. Al principio era el morir de saber que había nacido para ser Redentor, después el de quien se ve combatido, acusado, befofo, perseguido, obstaculizado... ¡Qué cansancio!... El morir por tener a mi lado, siempre más cerca, hasta tenerlo asido a Mí, como un pulpo ase a un náufrago, al traidor. ¡Qué náusea! Ahora voy a morir con la angustia de tener qué decir “adiós” a los amigos más queridos, y a mi Madre...”

“Oh, Maestro, ¿estás llorando? Sé que lloraste aún delante de mi sepulcro porque me amabas. Pero ahora... Lloras de nuevo. Estás helado completamente. Tienes las manos frías como un cadáver. Sufres. Sufres demasiado...”

“Soy el Hombre, Lázaro. No sólo Dios. Del hombre poseo su sensibilidad y sus afectos. Mi alma se angustia al pensar en mi Madre... Y con todo, te lo aseguro, que esta tortura mía se ha hecho *monstruosa* al tener qué soportar la cercanía del traidor, el odio satánico de todo un mundo, la sordera de aquellos que si no odian, tampoco aman valientemente, porque para hacerlo así es necesario llegar a ser como el amado quiere y enseña... Muchos me aman, es verdad, pero siguen siendo “ellos”. No ha cambiado *su modo de ser* por mi amor. ¿Sabes quién entre mis más íntimos ha sabido transformarse para llegar a ser mi posesión, como Yo anhele? Sólo tu hermana María. Partió de una animalidad *completa* y pervertida para llegar a una espiritualidad angelical. Y por esto por la única fuerza que es el amor”.

“Tú la redimiste”.

“A *todos* he redimido con mi palabra. Pero *solo ella* se ha transformado totalmente, a causa de su gran amor. Bien te decía antes, que mi sufrimiento es monstruoso con todas estas circunstancias que anhele se realicen. Mis fuerzas se van doblando... Será menos pesada la cruz que esta tortura de mi espíritu y de mi corazón...”

“¿La cruz? ¡Nooo! ¡Oh, no! ¡Es demasiado atroz! ¡Demasiado infamante! ¡No!” Lázaro que está parado y que tiene entre sus manos las heladas de Jesús, las suelta, se dobla sobre el asiento de piedra, se cubre la cara entre las manos y llora desconsoladamente.

Jesús se le acerca, le pone una mano sobre la espalda que se sacude con los sollozos: “¿Y qué? Yo que tengo qué morir ¿debo consolarte a ti que seguirás viviendo? Amigo, tengo necesidad de fuerzas y de ayuda. Te lo pido. Nadie fuera de ti me puede hacer ese favor. Es mejor que los otros no lo sepan, porque si lo supiesen... correría sangre, y no quiero que los corderos se conviertan en lobos, ni siquiera por amor al Inocente. Mi Madre... ¡Oh, qué angustia hablar de Ella!... Está muy angustiada ya. También es una agonizante casi sin fuerzas... Hace treinta y tres años que también está muriendo; y ahora es toda una llaga como si hubiera sido víctima de un atroz suplicio. Te juro que han combatido entre sí mi mente y mi corazón, mi amor y mi razón para decidir si era justo alejarla, hacer que volviese a su casa donde siempre recuerda al Amor que la hizo Madre, donde percibe el sabor de su beso de fuego, donde se extasía con ese recuerdo, y con los ojos de su alma ve que el aire se mueve y resplandece al brillo angelical. En Galilea la noticia de mi muerte llegará casi en el momento en que podría decirle: “¡Madre, soy el Vencedor” Pero no puedo, no puedo hacerlo. El pobre

Jesús cargado con los pecados del mundo⁸ tiene necesidad de un consuelo, y Ella me lo dará. El mundo, aún más pobre, tiene necesidad de dos víctimas. *Porque el hombre pecó junto con la mujer, y la Mujer debe redimir, como el Hombre redime*⁹. Pero mientras no suene la hora, a mi Madre le doy sonrisas... Ella tiembla... lo sé. Siente que se acerca la tortura. Lo sé. Por natural asco y por santo amor la rechaza, así como rechazo la muerte, porque soy un ser que “vive” pero que debe morir. ¡Qué terrible sería si supiese que dentro de cinco días!... No llegaría viva a esa hora, y Yo quiero que esté viva para sacar de sus labios fuerzas, como de su seno saqué la vida. Dios la quiere en mi calvario para mezclar su llanto virginal con el vino de la Sangre divina y celebrar la primera Misa. ¿Sabes lo que será esto? No. No lo sabes. No puedes saberlo. Será mi muerte aplicada para siempre al género humano viviente, o purgante. No llores, Lázaro. Ella es fuerte. No llora. Ha llorado desde que se convirtió en Madre. Ahora no llora más. Ha enclavado sobre su rostro la sonrisa... ¿Has visto qué rostro presenta en estos últimos días? Se la ha enclavado para consolarme. Te ruego que imites a mi Madre. No pude guardar Yo solo el secreto. Volví mis ojos a mi alrededor en busca de un amigo sincero y seguro, y encontré tu mirada leal. Me dije: “A Lázaro se lo descubriré”. Cuando tenías una pena en tu corazón, respeté tu secreto y me abstuve de preguntártelo. Te pido igual respeto para el mío. Después... después de mi muerte, lo dirás. Dirás esta conversación. *Para que se sepa que Jesús marchó consciente a la muerte, y al tormento que sabía que le esperaba, junto el de no haber ignorado nada, ni de las personas, ni de su destino. Para que se sepa que mientras aún podía salvarse no lo quiso, porque su amor infinito por los hombres ardía en consumir el sacrificio por ellos*”.

“¡Oh, sálvate, Maestro, sálvate! Te puedo ayudar a que huyas. Esta misma noche. ¡Una vez huiste a Egipto! Huye de nuevo ahora. Partamos. Tomamos a tu Madre y a mis hermanas. Sabes que nada de mis riquezas me atrae. Mi riqueza, como la de Marta y María, eres Tú. Partamos”.

“Lázaro, en aquella ocasión huí porque no había llegado mi hora. Ahora está ya a la puerta. Y me quedo”.

“Entonces voy contigo. No te abandonaré”.

“No. Tú te quedarás aquí. Ya que hay permiso para que quien esté dentro de los límites de una caminata en día de sábado pueda consumir el cordero en *su casa*, entonces tú, como de costumbre, lo comerás aquí. Sin embargo, deja que vengan conmigo tus hermanas... para que estén con mi Madre... ¡Qué cosas te ocultaban, oh mártir, las rosas del amor divino! ¡El abismo! ¡El abismo! De éste salen ahora y se arrojan las llamas del Ocio para morderte el corazón. Las hermanas, sí. Son fuertes y valerosas... mi Madre será un ser agonizante, doblegado sobre mi mortaja. No basta Juan. Él ama. Pero todavía no es perfecto. Lo será al hacerse hombre adulto en medio de la angustia de los días que están por venir. Pero mi Madre tiene necesidad de mujeres para sus horribles heridas. ¿Las dejas ir?”

“Todo, todo te lo he dado con alegría. ¡Sólo me dolía que te conformaras con tan poco!”

“Lo ves. De ningún otro he aceptado cosa alguna más que de mis amigos de Betania. Esta fue una de las acusaciones que injustamente él me hizo más de una vez. Pero hallaba aquí, entre vosotros, tanto consuelo para consolar *todas* mis amarguras de hombre. En Nazaret era el Dios que se consolaba con la única Delicia de Dios. Aquí era Yo el Hombre. Y antes de subir al patíbulo, te doy gracias, amigo fiel y cariñoso, amigo gentil, y diligente, reservado y docto, discreto y generoso. Te agradezco todo. Mi Padre te lo pagará después...”

“Todo lo he tenido al amarme Tú y con haber redimido a María”.

“¡Oh, no! ¡Mucho más tendrás! Escúchame. No te desesperes de este modo. Dame tu inteligencia para pedirte algo más. Te quedarás aquí a esperar...”

“No eso no. ¿Por qué María y Marta, y yo no?”

⁸ Cfr. Is. 52, 13 – 53, 12; 2 Cor. 5, 21; Gal. 3, 13.

⁹ Cfr. Lc. 2, 33-35.

“Porque no quiero que te vayas a corromper como serán corrompidos todos los del sexo varonil. En los días siguientes Jerusalén se corromperá como el aire que envuelve una carroña, que revienta al golpe que un viajero. Sus miasmas volverán locos aun a los menos crueles, aun a mis mismos discípulos. Huirán. Y en medio de su terror ¿a dónde irán? Vendrán a tu casa, Lázaro. ¡Cuántas veces, durante estos tres años, han venido en busca de pan, de hospedaje, de defensa, de descanso y del Maestro!... Volverán. Cual ovejas desbandadas por el lobo que ha matado al pastor correrán al redil. Júntalos. Dales valor. Diles que los perdoné. Confío mi perdón en tus manos. Se sentirán angustiados por haber huido. Les dirás que no caigan en un pecado mayor, que es el de perder la esperanza de mi perdón”.

“¿Huirán todos?”

“Todos, menos Juan”.

“Maestro, no vas a pedirme que acoja a Judas, ¿verdad? Haz que muera en medio de tormentos, pero no me pidas eso. Muchas veces se estremeció mi mano al sentir la espada, deseosa de acabar con el oprobio de la familia, y nunca lo hice porque no soy un hombre sangriento. Tan solo sentí la tentación. Pero te juro que si vuelvo a ver a Judas, lo degüello como a un cabro”.

“No lo volverás a ver. Te lo prometo”.

“¿Huirá? No importa. He dicho: “Si lo vuelvo a ver”. Ahora te digo: “Lo buscaré hasta los confines del mundo y lo mataré” ”.

“No debes desearlo”.

“Lo haré”.

“No podrás, porque donde estará él, no podrás ir”.

“¿Dentro del Sanedrín? ¿Dentro del Santo? Allí lo alcanzaré y lo mataré”.

“No estará allá”.

“¿En casa de Herodes? Me matarán, pero antes lo mataré”.

“Será de Satanás, y tú *nunca* serás de Satanás. Pero aparta de ti, *al punto*, este pensamiento homicida, de otro modo te abandono”.

“¡Oh, oh!... Sí. Por Ti. ¡Oh, Maestro, Maestro!”

“Dices bien, tu Maestro... Acogerás a mis discípulos, los consolarás, los encaminarás hacia la paz. Yo soy la Paz. Y también después... Después los ayudarás. Betania será siempre Betania, hasta que el odio no indague en este hogar de amor esperando dispersar sus llamas, y al contrario las esparcirá por el mundo para encenderlo todo. Te bendigo, Lázaro por todo lo que hiciste y por lo que harás...”

“Nada he hecho, nada. Me sacaste de la muerte, y no me permites que te defienda. ¿Qué he hecho entonces?”

“Me diste tus casas. ¿Ves? Era el destino. El primer alojamiento en Sión, en una tierra que es tuya. El último en una de ellas. Estaba escrito que fuese Yo tu huésped. Pero no me podrás defender de la muerte. Al principio de esta conversación te pregunté: “¿Sabes quién soy?” Ahora respondo: “Soy el Redentor”. El Redentor *debe* consumir el sacrificio hasta lo último. Por otra parte, cree que quien subirá a la cruz y será expuesto a las miradas y burlas del mundo no será un ser vivo, sino un muerto. *Estoy ya muerto por el amor y antes por el tormento*. Todavía algo más. Mañana temprano iré a Jerusalén. A tus oídos llegará que Sión ha aclamado como a un vencedor a su Rey, que entrará montado sobre un asno. No te vas a hacer ilusiones por este triunfo y no vayas a juzgar que la Sabiduría que te está hablando, *no lo fue* en esta tranquila noche. Más veloz que la luz de un bólido que aparece en el firmamento y desaparece por espacios desconocidos, se disipará el entusiasmo del pueblo, y dentro de cinco noches, a esta hora, empezará la tortura con un beso mentiroso que abrirá las bocas, que mañana gritarán hosannas, en un coro de crueles blasfemias y de feroces gritos pidiendo la condenación.

¡Finalmente, ciudad de Sión, pueblo de Israel, tendrás al Cordero pascual! Lo tendrás en esta fiesta. Es la Víctima preparada desde hace siglos. El Amor la engendró y se preparó por tálamo un seno en que no hubo mancha. El amor la consume. Aquí está la Víctima consciente

de ser lo que Es¹⁶. No como el cordero mientras el carnicero afila el cuchillo para degollarlo, todavía come la hierbecilla del huerto, o ignorante mama todavía la leche materna. Yo soy el Cordero que consciente dice: “¡Adiós!” a la vida, a la Madre, a los amigos. Que va al sacrificador y le dice: “¡Heme aquí!” Yo soy el alimento del hombre. Satanás ha suscitado un hambre que no se ha satisfecho, que jamás se satisface. Sólo un alimento puede calmarla. Y ese alimento está aquí. Aquí está, ¡hombre!, tu pan. Aquí tu vino. Celebra tu pascua, ¡oh linaje humano! Atraviese tu mar rojo con las llamas satánicas. Lo pasarás teñido con mi Sangre, ¡oh raza humana! Preservada del fuego infernal. Puedes pasar. Los cielos, advertidos de mi deseo, ya entreabren las puertas eternas¹⁷. ¡Mirad, almas de los muertos! ¡Mirad, seres vivientes! ¡Mirad, almas que seréis incorporadas en los siglos que están por venir¹⁸! ¡Mirad, ángeles del Paraíso! ¡Mirad, demonios del infierno! ¡Mira, oh Padre! ¡Mira, oh Paráclito! La Víctima sonríe. No llora más...

Todo está dicho. Adiós, amigo. No te veré más antes de mi muerte. Démonos el beso de despedida. Y no dudes. Te dirán: “¡Era un loco! ¡Era un demonio! ¡Un mentiroso! ¡Ha muerto el que se decía ser la Vida”. A ellos y sobre todo a ti respóndete: “*Era y es la Verdad y la Vida*. Es el Vencedor de la muerte. Lo sé. No puede ser el eterno Muerto. Lo espero. *Y no se agotará todo el aceite de la lámpara que el amigo tiene preparada para alumbrar al mundo, invitado a las nupcias del Triunfador, cuando Él, el Esposo habrá ya regresado*¹⁹. Y esta vez la luz jamás será extinguida”. Cree esto, Lázaro. Obedece a mi deseo. Oye cómo canta este ruiseñor después de que se calló al oír tu llanto. Haz tú también así. Tu alma, después de que hayas llorado por mi muerte, que cante el himno seguro de tu fe. Sé bendito por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo”.

¡Cuánto sufrí por la noche desde las once del jueves, 1° de marzo, hasta las 5 de la mañana del día viernes. He visto a Jesús en una angustia casi como la de Getsemaní, sobre todo cuando habla de su Madre, del traidor, y muestra el miedo que experimenta por la muerte. He obedecido a lo que me ordenó Jesús, de escribir esto en un cuaderno separado para formar una Pasión más pormenorizada. Usted vio mi cara esta mañana... imagen pálida del sufrimiento tolerado... y no añadido más porque hay cosas que el pudor no permite.

7. Judas va a entrevistarse con los jefes del Sanedrín¹

29 marzo 1947

Judas llega de noche a la casa de Caifás. La luna, cual cómplice, le alumbró el camino. Debe estar seguro de encontrar en la casa que está afuera de los muros a los que busca, de otro modo pienso que hubiera entrado en la ciudad y hubiera ido al Templo. Pero no lo hace. Sube decidido entre los olivos de la colina. Más que la otra vez, porque es de noche, y la oscuridad y la hora lo protegen de que alguien pueda verlo. Los caminos de la campiña están desiertos y no se ven por ellos las multitudes de peregrinos que han venido a Jerusalén para la Pascua. Hasta los pobres leprosos están en sus cuevas y duermen, olvidándose por algunas horas de su infortunio.

Judas ha llegado a la puerta de la blanca casa que brilla a la luz de la luna. Toca. Tres golpes, un golpe, tres golpes, dos golpes... ¡Sabe a maravilla la señal convenida!

Y debe serla porque la puerta se entreabre sin que el portero abra la ventanilla para ver quién es.

Judas entra y pregunta al portero que le presenta sus respetos: “¿Están reunidos?”

¹⁶ Cfr. Hebr. 10, 1-10.

¹⁷ Alusión al Sal. 23, 7-10. Cfr. también Hebr. 9.

¹⁸ Esto es, almas que viven “ab aeterno” en el pensamiento de Dios.

¹⁹ Para comprender la alusión, cfr. Mt. 25, 1-13.

¹ Cfr. Mt. 24, 3-5; Mc. 14, 14, 1-2; 10-11; Lc. 22, 1-6.

“Sí, Judas de Keriot. Creo que están solos”.

“Llévame a donde están. Debo hablar de cosas importantes. ¡Pronto!”

El portero asegura con todos los pasadores la puerta. Camina adelante por el corredor semioscuro, y se detiene ante una puerta a la que llama. El tumulto de las voces se calla por dentro. Se oye ahora el ruido de la cerradura y el crujido de la puerta que se abre, arrojando un haz de luz.

“¿Eres tú? ¡Entra!” dice el que abrió la puerta y que no sé quién sea.

Judas entra en la sala mientras que el que le abrió cierra la puerta con llave.

Hay un momento de sorpresa, o por lo menos de excitación, al ver entrar a Judas. Lo saludan a coro: “La paz sea contigo, Judas de Simón”.

“La paz sea con vosotros, miembros del santo Sanedrín” contesta.

“Acércate. ¿Qué se te ofrece?” le preguntan.

“Hablaros... hablaros del Mesías. No es posible que las cosas sigan así. No os puedo ayudar más si no os decidís a tomar las providencias extremas. Él ya sospecha”.

“¿Te has dejado descubrir, necio?” le interrumpen.

“No. Sois vosotros los necios. Por una prisa irrazonable cometisteis errores y más errores.

Sabíais bien que podíais disponer de mí. Y, sin embargo, no os fiasteis”.

“¡Tienes mala memoria, Judas de Simón! ¿No te acuerdas cómo nos dejaste la última vez?

¿Quién iba a pensar que no eres fiel, a *nosotros*, cuando dijiste de ese modo que no podías traicionarlo?” apostrofa irónicamente Elquías, con su carácter más serpentino que nunca.

“¿Y creéis que sea fácil llegar a engañar a un amigo, al único que verdaderamente me ama, que es Inocente? ¿Creéis que sea fácil llegar a decidirse por el crimen?” objeta el apóstol excitado.

Tratan de calmarlo. Lo lisonjean, lo seducen, o por lo menos tratan de hacerlo, haciéndole ver que lo que quiere hacer no es un crimen *“sino obra santa para con la Patria, a la que evita represalias de los dominadores, que empiezan a dar señales de intolerancia por estas continuas agitaciones y divisiones de partidos y de la plebe en una provincia romana, y para con el género humano, si es que en realidad Él está convencido de su naturaleza divina de Mesías y de su misión espiritual”*.

“Si es verdad lo que dice -¡lejos de nosotros el creerlo!- ¿no eres acaso colaborador de la Redención? Tu nombre irá asociado al suyo por los siglos, y la patria te contará entre sus héroes, te honrará con los cargos más altos. Ya hay preparado un asiento para ti entre nosotros. Subirás, Judas. Dictarás leyes a Israel. ¡Oh, nunca olvidaremos lo que hiciste en bien del sagrado Templo, del sagrado sacerdocio, en defensa de la ley santísima, en bien de toda la nación! Trata sólo de ayudarnos, y te lo juramos, te lo juro en nombre de mi poderoso padre, y de Caifás que tiene el efod³, que serás el hombre más grande de Israel. Más que los tetrarcas, más que a mi mismo padre, que es un pontífice depuesto. Se te servirá y se te obedecerá como a un rey, como a un profeta. En el caso de que Jesús de Nazaret no fuese sino un falso Mesías, aun cuando no fuese sentenciado a muerte, porque no ha cometido acciones que comete un ladrón, sino que son de un loco, ten en cuenta que te recordamos las palabras del pontífice Caifás –tú sabes que quien trae el efod y el racional habla por inspiración divina y profetiza el bien y lo que se hace por él- Caifás dijo: “Bien está que un hombre muera por el pueblo y que no perezca toda la nación”. Fue una profecía”.

Así fue. El Altísimo habló por boca del sumo sacerdote. “¡Que se le obedezca!” gritan en coro, cual comediantes, como títeres necios del gran consejo que es el sanedrín. Judas ha quedado sugestionado, seducido... pero un rayo de sentido común, si no de bondad, hay todavía en él, y lo detiene para no pronunciar las palabras fatales.

Lo rodean con deferencia, con simulado cariño. Insisten: “¿No nos crees a nosotros? Mira: Somos los jefes de las veinticuatro familias sacerdotales, los ancianos del pueblo, los escribas,

³ para el efod, vestido sacerdotal e instrumento de adivinación. Cfr. Ex. 28, 6-14; 39, 2-7; Lev. 8, 1-12; Dt. 33, 8-11.

los más grandes fariseos de Israel, los sabios rabíes, los magistrados del templo. Aquí, a tu alrededor, está la flor de Israel pronta a aclamarte y a una voz te ordena: “Hazlo porque es cosa santa”¹¹.

“¿Dónde está Gamaliel? ¿Dónde José y Nicodemo? ¿Dónde Eleazar, el amigo de José, y dónde Juan de Gaas? No los veo”.

“Gamaliel está en gran penitencia, Juan junto a su mujer que está encinta y que está sufriendo esta tarde. Eleazar... no sabemos por qué no haya venido. Un mal rato puede tener cualquiera, ¿no te parece? En cuanto a José y a Nicodemo no les avisamos de esta reunión secreta, y eso porque te amamos, porque nos preocupamos de tu honra... porque si desgraciadamente todo fallase, no denunciarían tu nombre al Maestro... Velamos por tu fama. Te amamos, Judas, nuevo Macabeo, salvador de la patria¹¹”.

“El Macabeo peleó bravamente. Yo... cometo una traición”.

“No te detengas en las particularidades de tu acción, sino en la justicia del objetivo. Habla tú, Sadoc, escribe de oro. Tu boca vierta palabras preciosas. Si Gamaliel es docto, tú eres sabio, porque en tus labios está la sabiduría de Dios. Convince a éste que titubea”.

El sinvergüenza de Sadoc se abre paso y con el decrepito Cananías: Una enflaquecida y huesuda zorra al lado de un astuto y feroz chacal.

“¡Escucha, oh hombre de Dios!” Empieza pomposamente como orador inspirado, a hablar. Extiende con majestad su brazo derecho. Con el izquierdo toma los pliegues múltiples de su vestido de escriba. Después levanta también el brazo izquierdo, dejando que su vestidura pierda sus pliegues. Con la cara y los brazos en alto grita: “¡Yo te lo digo! ¡Te lo digo ante la altísima presencia de Dios!”

“¡Maran-Atá!” hacen eco todos inclinándose como si alguien los obligase a hacerlo, y luego vuelven a enderezarse con los brazos cruzados sobre el pecho.

“Yo te lo digo: ¡Está escrito en las paginas de nuestra historia y de nuestro destino! ¡Está escrito en las señales y en las figuras que los siglos dejaron! ¡Está escrito en el rito que no cesa desde la noche fatal para los egipcios! ¡Está escrito en la figura de Isaac¹³! ¡Está escrito en la figura de Abel¹⁴! Y lo que está escrito ¡que se cumpla!”

“¡Maran-Atá!” responden los otros con tono bajo, lúgubre, sugestionante, con las caras de nuevo en alto, que iluminan las lámparas encendidas en los ángulos de la sala, con su luz pálidamente violácea. Esta reunión de hombres, casi todos vestidos de blanco, de caras pálidas como es su raza, parece al contacto de la luz de las lámparas una reunión de espectros.

“La palabra de Dios ha bajado sobre los labios de los profetas para confirmar este decreto. ¡Él debe morir! ¡Está dicho!”

“¡Está dicho! ¡Maran-Atá!”

¡Debe morir, su suerte está echada!”

“Debe morir. ¡Maran-Atá!”

“Está descrito hasta en sus pormenores su destino fatal, ¡y la fatalidad no tiene remedio!”

“¡Maran-Atá!”

“Hasta el precio simbólico que se pagará¹⁵ al que hace de instrumento de Dios para la realización de la promesa, está indicado”.

“¡Está señalado! ¡Maran-Atá!”

“Sea el Redentor o un falso profeta, ¡debe morir!”

“¡Debe morir! ¡Maran-Atá!”

“La hora ha llegado. ¡Yeova lo quiere! ¡Oigo su voz! A fuertes gritos ordena: “¡Que se cumpla!”

“¡El Altísimo ha hablado! ¡Que se cumpla! ¡Que se cumpla! ¡Maran-Atá!”

¹¹ Cfr. 1 Mac. 3, 1-9, 22; 2 Mac. 8-15.

¹³ Cfr. Gén. 22, 1-19.

¹⁴ Cfr. Gén. 4, 1-16.

¹⁵ Cfr. Jer. 32; Zac. 11, 12-13.

“Que el cielo te dé fuerzas como dio a Yael¹⁶, Judit¹⁷, que aunque mujeres se comportaron como heroínas; como las dio a Jefté¹⁸, que sacrificó su misma hija en aras de la patria; como las dio a David contra Goliat, y realizó una hazaña que eternizará a Israel en el recuerdo de las naciones¹⁹”.

“Que el cielo te dé fuerzas. ¡Maran-Atá!”

“¡Sé un vencedor!”

“¡Sé un vencedor! ¡Maran-Atá!”

La vieja voz de Cananías sube de tono: “¡El que titubea en cumplir la orden sagrada está condenado a la deshonra y a la muerte!”

“¡Está sentenciado! ¡Maran-Atá!”

“Si no escuchares la voz del Señor Dios tuyo, y no realizares sus órdenes, y lo que por nuestra boca te manda, ¡Que todas las maldiciones vengan sobre ti!”

“¡Todas las maldiciones! ¡Maran-Atá!”

“¡Que te castigue el Señor con todas las maldiciones mosaicas! ¡Que te haga desaparecer de entre las gentes²⁰”.

“¡Te castigue y te haga desaparecer! ¡Maran-Atá!”

Un silencio mortal envuelve a esta escena de sugestión... Parece que nada se moviera dentro de un miedo glacial.

Finalmente se oye la voz de Judas que resuena, y me cuesta trabajo reconocerla por lo cambiado que está: “Sí. Lo haré. Debo hacerlo. Lo haré. La última parte de las maldiciones mosaicas me toca a mí, y debo salir porque me he retrasado ya. Me siento enloquecer al no gozar tregua ni descanso. Mi corazón tiembla de miedo. Mis ojos se oscurecen, y mi alma se muere de tristeza. Tiemblo que se me descubra y que Él me fulmine en este mi juego doble. No sé, no comprendo hasta qué detalle conoce mis intenciones. Veo que mi vida está colgada de un hilo. Mañana y noche suplico por que se acabe esta hora que sumerge mi corazón en el terror: por el crimen horrible que debo realizar. ¡Oh, daos prisa! ¡Arrancadme de esta angustia que sufro! Que todo se cumpla y ¡al punto! ¡Ahora! ¡Que me vea libre! ¡Vamos!”

Judas se calla. Su voz tomaba fuerzas a medida que hablaba. Sus movimientos, al principio automáticos e inseguros, como de un sonámbulo, poco a poco se hicieron más reales. Se endereza, cual alto es, satánicamente bello y grita: “¡Que desaparezcan las artimañas de un insensato terror! Me veo libre de una sujeción que infunde miedo. ¡Mesías! ¡No te tengo miedo y te entrego a tus enemigos! ¡Vamos!”

Es el grito de un demonio victorioso, y sin esperar a más se dirige hacia la puerta.

Lo detienen: “¡Despacio! Respóndenlos: ¿Dónde está Jesús de Nazaret?”

“En casa de Lázaro. En Betania”.

“No podemos entrar nosotros en esa casa que defienden siervos muy adictos a su dueño. Es la casa de un protegido de Roma. Nos toparíamos con dificultades”.

“Mañana al amanecer vendremos a la ciudad. Poned guardias en el camino de Betfagué.

Armad confusión y prendedlo”.

“¿Cómo sabes que viene por ese camino? ¿Podría seguir otro?...”

“No. Ha dicho a sus seguidores que por ese entrará a la ciudad, por la puerta de Efraín, que lo esperasen cerca de En Roguel. Si lo detuvierais antes...”

“No podemos. Tendríamos qué entrar con Él entre las guardias. Y cada camino que trae a las puertas, y cada calle de la ciudad está llena desde que amanece hasta que anochece de gente. Sucedería un tumulto. Y es lo que no queremos”.

¹⁶ Cfr. Jue. 4-5.

¹⁷ Cfr. Jdt. 8-16.

¹⁸ Cfr. Jue. 10, 6-12, 7.

¹⁹ Cfr. 1 Re. 17-18.

²⁰ Cfr. Lev. 26, 14-46; Deut. 28, 15-68.

“Subirá al Templo. Llamadlo para interrogarlo en una sala. Llamadlo en nombre del sumo sacerdote. Irá por que os respeta más que a su propia vida. Una vez que esté con vosotros... no os faltará el modo de llevarlo a un lugar seguro y condenarlo cuando llegue su hora”.

“No dejaría de haber tumulto. Deberías de tener en cuenta que la plebe es fanática. Y no sólo el pueblo, sino los grandes lo mejor de Israel. Gamaliel va perdiendo discípulos. Lo mismo Yonatás ben Uziel y otros más de los nuestros. Todos nos abandonan al sentirse seducidos. Hasta los paganos lo veneran, o lo temen, lo que es ya venerar, y están dispuestos a volverse contra nosotros, si le hiciéramos algún mal. Además, algunos de los ladrones que habíamos asalariado para que se fingiesen discípulos suyos y provocasen revueltas, han sido arrestados y han hablado, esperando que al hacerlo así, alcancen clemencia. El Pretor lo sabe... Todo el mundo le sigue, y nosotros no logramos hacer nada. Es necesario, pues, obrar con precaución para que la plebe no se de cuenta”.

“¡Tienes razón! ¡Hay que tomar precauciones! Anás también lo recomienda. Nos ha dicho:

“Que no se haga durante la fiesta para que la gente fanática no vaya a provocar algún tumulto!” Estas son sus órdenes. Aun más ha ordenado que se le trate reverentemente en el Templo y dondequiera. Que no se le moleste para que se le pueda atrapar”.

“Entonces ¿Que queréis hacer? Yo estaba dispuesto para esta noche. Vosotros dudáis...” dice Judas.

“Bueno. Tú deberías llevarnos cuando Él esté solo. Conoces su modo de obrar. Nos escribiste diciéndonos que te tiene cerca de Sí más que a los demás. Debes, pues, saber lo que quiere hacer. Estaremos siempre prontos. Cuando juzgues que ha llegado la hora oportuna y sabes el lugar, ven e iremos”.

“Contrato hecho. ¿Qué me daréis en recompensa?” Judas habla ya fríamente, como si estuviera haciendo una compra cualquiera,

“Lo que dijeron los profetas, para que seamos fieles a la palabra inspirada: treinta denarios...”

“Treinta denarios para matar a un hombre y a *¿ese Hombre?* ¡Lo que cuesta un vulgar cordero en estos días de fiesta! ¡Estáis locos! No es que tenga necesidad de dinero. Tengo buenas provisiones. No vayáis a pensar que me convenceréis con el ansia del dinero. Es demasiado poco para compensar el dolor de traicionar al que siempre me ha amado”.

“Ya te dijimos antes lo que haríamos contigo. ¡Gloria, honores! Lo que esperabas de Él y no lo has conseguido. Nosotros curaremos tu desilusión. Pero el precio lo fijaron los profetas. ¡Oh, no es más que una formalidad! Un símbolo. ¡No más! Lo demás vendrá después...”

“El dinero ¿cuándo?...”

“En el momento que nos digas: “Venid”. No antes. Nadie paga sino hasta que tiene la mercancía en las manos. ¿No te parece acaso justo?”

“Justo lo es, pero triplicad la suma...”

“No. Así dijeron los profetas. Así debe de hacer. ¡Oh, que si sabemos obedecerlos! No dejaremos ni una tilde para que no se cumpla lo que a cerca de Él está escrito. ¡Je, je, je! ¡Somos fieles a la palabra inspirada! ¡Je, je, je!” se ríe ese asqueroso esqueleto de Cananías. Otros muchos le imitan con sus risotadas lúgubres, hipócritas. Son unos verdaderos perros diabólicos que no saben más que gruñir. La sonrisa es propia de un corazón sereno y amoroso. El gruñido de corazones perturbados y repletos de rabia.

“Hemos terminado. Puedes irte. Esperamos el alba para entrar nuevamente en la ciudad por diversos caminos. Adiós. La paz sea contigo, oveja extraviada que regresas al redil de Abraham. ¡La paz sea contigo! ¡La paz sea contigo, y con ella la gratitud de todo Israel! ¡Cuenta con nosotros! Cualquier deseo tuyo es ley para nosotros. ¡Que Dios esté contigo como lo ha estado con todos sus siervos más fieles! ¡Todas las bendiciones caigan sobre ti!” Lo acompañan hasta la salida con abrazos y protestas de amor... lo ven alejarse por el corredor semioscuro... oyen el ruido de los aldabones que son levantados para abrir y cerrar... Llenos de júbilo, vuelven a entrar en la sala...

Dos o tres voces, las menos endemoniadas, se levantan en son de protesta: “¿Y ahora? ¿Qué haremos de Judas de Simón?”

Muy bien sabemos que fuera de estos miserables treinta denarios no podemos darle nada... ¿Qué dirá cuando se vea traicionado? ¿No habremos cometido un error mayor? ¿No irá a contar al pueblo lo que hicimos? Todos sabemos que es un hombre voluble”.

“¡Sois muy ingenuos y además necios al pensar en estas cosas y preocuparos de ellas! Ya hemos determinado lo que haremos a Judas. ¿No os acordáis? Y *no vamos a cambiar el plan*. Tan pronto como acabemos con el Mesías, Judas morirá. Lo hemos decidido²²”.

“¿Y si lo revelase antes?”

“¿A quién? ¿A los discípulos, al pueblo, para que lo lapiden? Él no hablará. Su horrible acción es una mordaza”.

“Podría arrepentirse más adelante, tener remordimientos, y hasta fingirse loco... Porque, al darse cuenta, el remordimiento lo puede enloquecer...”

“No tendrá tiempo para ello. Pensaremos antes. A cada cosa su hora. Primero el Nazareno, y luego el que lo traicionó” dice lenta pero decididamente Elquías.

“Oíd, ni una palabra a los que no vinieron. Conocen bastante nuestros planes. No me fío de José ni de Nicodemo. Y muy poco de los otros”.

“¿Tienes sospechas de Gamaliel?”

“Hace meses que no viene más con nosotros. Si el Pontífice no se lo manda expresamente no tomará parte en nuestras sesiones. Dice que está escribiendo una obra con la ayuda de su hijo. Pero me refiero a Eleazar y a Juan”.

“¡Esos nunca se han mostrado contrarios!” dice prontamente un sanedrlista que varias veces he visto con José de Arimatea, pero cuyo nombre no me acuerdo.

“¡No es así! Se nos han opuesto *muy poco* y por eso conviene vigilarlos ¡je, je, je! Muchas sierpes se han metido en el Sanedrín... ¡Je, je, je! Pero se les echará afuera... ¡Je, je, je!” dice Cananías encorvado y tembloroso, apoyado en su bastón, buscando lugar en uno de los grandes y largos asientos cubiertos de gruesas alfombras que hay junto a las paredes de la sala. Contento se tira sobre uno de ellos y pronto se duerme con la boca abierta, que refleja la maldad que lleva en el corazón.

Lo ven los otros. Doras, hijo de Doras, dice: “Él tiene la satisfacción de ver este día. Mi padre lo soñó, pero no pudo verlo. Pero en mi corazón llevaré este ideal para que mi padre esté también presente cuando nos vengamos del Nazareno, y también pueda alegrarse...”

“Recordad que tenemos qué turnarnos, y que debemos estar siempre en el Templo”.

“Estaremos”.

“Debemos dar órdenes que a cualquier hora que viniere Judas de Simón, se le lleve al sumo sacerdote”.

“Así lo haremos”.

“Y ahora preparémonos para el golpe final”.

“¡Estamos preparados! ¡Estamos preparados!”

“¡Astutamente!”

“¡Astutamente!”

“¡Con perspicacia!”

“¡Con perspicacia!”

“¡Para apartar cualquier sospecha!”

“¡Para engañar a cualquiera!”

“Nadie reaccionará contra lo que dijere o hiciere. Nos vengaremos de una sola vez”.

“Así lo haremos. Y nuestra venganza será cruel”.

“¡Cabal!”

“¡Sin compasión!”

Se sientan para descansar mientras llega el alba.

²² Cfr. Sal. 68. 25-27; 109, 8; Hech. 1, 15-20.

8. De Betania a Jerusalén

3 marzo 1945

Jesús camina entre los huertos y olivares en flor. Hasta las mismas hojas de olivos, bañadas de rocío parecen flores, al brillar al contacto de los primeros rayos de la aurora que un viento perfumado suavemente mece. Cada rama es obra de un orfebre y los ojos admirados la contemplan. Los almendros, revestidos otra vez de su verde ropaje, sacan su cara por entre los otros árboles y bajo las vides enseñan los primeros y caprichudos recortes de sus tiernas hojas, tan limpias y sedosas que se antojan una rociada de esmeraldas pequeñísimas o un trocito de preciosa seda. Arriba, un cielo de color turquesa oscuro, sin mancha alguna, hermoso, bello. Por todas partes se oye el cantar de los pajarillos, y se siente el perfume de las flores. Un aire fresco da fuerzas y vigor. Sin duda alguna que es la alegría que abril trae con su sonrisa.

Jesús está en medio de sus apóstoles. Están los doce. Habla.

“Dije que se adelantasen las mujeres porque quiero hablaros a vosotros solos. En los primeros días cuando nos encontramos, dije a los que estaban conmigo: ‘No molestéis a mi Madre con lo que me pasó’. En aquellos tiempos parecían cosas descomunales... Tres de vosotros, Juan, Simón, y tú Judas de Keriot, fuisteis testigos de lo que no ha sido sino el comienzo de una cadena por la que será condenado el Hijo del hombre. Podéis ver que lo que pasó en aquella ocasión no es más que un grano de arena si se le compara con la roca, con el peñasco de lo que ahora sucede. Pero entonces, tanto vosotros como mi Madre y Yo no estábamos preparados para hacer frente a la maldad humana. El hombre jamás de imprevisto se hace experto en el Bien como en el Mal. Sube o se hunde gradualmente. Lo mismo sucede respecto al dolor. Vosotros que sois buenos, que habéis subido hacia el Bien, podéis comprobar, sin escandalizaros como en aquel entonces lo hubierais hecho, a qué punto de perversión puede descender el hombre que se hace satanás, de igual modo como Yo y mi Madre podemos soportar, sin morir, todo el dolor que nos viene de los hombres. Hemos robustecido nuestro corazón. *Todos*. En el bien, en el mal, o en el dolor. Y sin embargo no hemos llegado a la cima. *Todavía no la hemos tocado*... ¡Oh, si supieseis cuán grande es la cima del bien, del mal, del dolor! Os repito las palabras que entonces os dije. No contéis a mi Madre lo que el Hijo del hombre va a deciros. Sufriría mucho. Al reo que va a ser ejecutado por compasión se le ofrece una bebida que lo duerma, para que pueda esperar, sin miedo, la hora del suplicio. Vuestro silencio será la bebida piadosa para Ella, la Madre del Redentor. Quiero ahora que conozcáis el sentido de las profecías para que nada os quede oscuro. Os ruego que estéis conmigo lo más posible. Durante el día estaré con todos; a la noche os suplico que no os alejéis de Mí. No quiero sentirme solo...”

Jesús está muy triste. Los apóstoles lo ven y se angustian. Se le acercan. También Judas lo hace como si fuera el más cariñoso de ellos.

Jesús los acaricia y continúa: “Quiero en estas últimas horas de que dispongo, que conozcáis mejor al Mesías. Al principio di a conocer a Juan, Simón y Judas la verdad de las profecías relativas a mi nacimiento. Éstas han dibujado mi amanecer y mi crepúsculo, mejor de lo que hubiera podido haber hecho un pintor. El alba y el anochecer son las dos fases que los profetas mejor pintaron. El Mesías que bajó del cielo, el Justo que las nubes soltaron en forma de lluvia sobre la tierra, el Retoño hermoso, va a ser entregado a la muerte. Va a ser despedazado como lo es un cedro por el rayo. Hablemos de su muerte. No suspiréis. No mováis la cabeza. No murmuréis en vuestro corazón, no maldigáis a los hombres. De nada sirve. Subimos a Jerusalén. La Pascua está ya próxima.

“Este mes será para nosotros el primero del año”. Este mes será para el mundo, el principio de una nueva era. Jamás conocerá fin. Inútilmente el hombre, de cuando en cuando, tratará de poner otro mes en su lugar. Los que así lo intentaren, serán fulminados y muertos. *No hay más que un Dios en el Cielo y un Mesías en la tierra*: el Hijo de Dios: Jesús de Nazaret. Como por Sí da todo, puede querer todo, y pone su real sello no sobre lo que es fango y carne, sino sobre el tiempo y el espíritu.

“En el día diez de este mes cada familia tome un cordero. Si su número no pudiese acabárselo, invita a su vecino”⁴. Porque el sacrificio y la hostia deben ser realizados y consumados. No debe quedar nada. Y así será. Son muchos los que están a punto de alimentarse del Cordero. Es una multitud que no puede contarse, que asiste a un banquete sin límite de tiempo, y no es necesario que haya fuego, porque no habrá sobras. Aquellas partes que serán ofrecidas o rechazadas por el odio serán consumadas por el fuego mismo de la víctima, por su amor. Os amo, ¡oh hombres! A vosotros, doce amigos que Yo mismo escogí, en quienes están las doce tribus de Israel⁶ y las trece veces del linaje humano⁷. Todo lo he juntado en vosotros, y todo en vosotros lo veo reunido... Todo”.

“Pero en las venas del cuerpo de Adán están también las de Caín⁸. Ninguno de nosotros ha levantado su mano contra su compañero. ¿Dónde está, pues, Abel?” pregunta Iscariote.

“Tú lo has dicho. *En las venas del cuerpo están también las de Caín*. Yo soy Abel, el amable Abel, pastor, a quien el Señor amó porque ofrecía sus primicias y lo mejor de sus cosechas, y antes que esto, a sí mismo. Os amo, aunque vosotros no me améis. El amor apresura y realiza la obra de los sacrificadores.

“Que el cordero no tenga mancha, que sea macho y de un año”⁹. No hay tiempo fijado para el Cordero de Dios. Él es. Aparece en el último día, como lo estuvo en el primero de esta tierra. El que es¹⁰ como el Padre no envejece en su divinidad. Hay una sola cosa que lo hace envejecer, cansarse: la desilusión de haber venido en vano para muchos. Cuando sepáis cómo fue matado –y en los ojos que verán a su Señor transformado en un leproso, cubierto de llagas¹², brillan las lágrimas, y no ven esta hermosa colina- decid: “De esto no murió, sino porque a los que más amaba lo desconocieron y rechazaron por su demasiada tendencia a lo humano”. Si el Hijo de Dios desconoce el tiempo, y por esto es diverso del cordero ritual, es igual a él en que no hay mancha, y está consagrado al Señor. Inútilmente los verdugos, los que me matarán con fierros, o con su deseo o con su traición, tratarán de excusarse a sí mismos diciendo: “Era culpable”. Nadie que sea sincero puede acusarme de pecado. ¿Lo podéis vosotros?

Estamos frente a la muerte. Lo estoy Yo. También otros. ¿Quiénes? ¿Quieres saberlo, Pedro? Todos. La muerte avanza hora tras hora, y sigue adelante, aunque no se crea. Aun aquellos a quienes les queda todavía mucha vida, se van acercando hora tras hora a la muerte. El tiempo es como un relámpago en comparación de la eternidad. Cuando llega la muerte, aun la vida más larga se reduce a nada. Las acciones de decenas de años pasados, las acciones de la edad infantil, vuelven en tropel a decir: “Mira, ayer hiciste esto” ¡Ayer! ¡Siempre se trata de ayer cuando se muere¹⁴! Y siempre es polvo el honor y el oro para el hombre que tanto se afligió. El sabor insensato que se tuvo por el fruto, se pierde. ¿Mujeres? ¿Dinero? ¿Poder? ¿Ciencia? ¿Qué queda de todo esto? Nada. Sólo la conciencia y el Juicio de Dios ante el que se presenta la pobre conciencia sin protección humana alguna, pero sí cargada de sus acciones.

“Tomen su sangre y rocíen con ella los goznes y dinteles. El Ángel no hará ningún mal, cuando pase, a las casas en las que hubiera la señal de la sangre”¹⁵. Tomad mi sangre. Ponedla no sobre las piedras muertas, sino sobre el corazón muerto. Es la nueva circuncisión. Yo me circuncido por todo el mundo, no ofreciendo una sola parte de mi cuerpo, sino todo Él. De mis venas abiertas tomo mi sangre y trazo sobre el linaje humano círculos salvadores, que son

⁴ Cfr. Ex. 12, 3-4.

⁶ Cfr. Gén. 49; Deut. 33; Jos. 13-21; Mt. 19, 27-29; Lc. 22, 28-30; Hech. 26, 1-8; Sant. 1, 1; Ap. 7, 1-8; 21, 9-14.

⁷ Alusión no identificada, aun cuando se ha preguntado a especialistas.

⁸ Cfr. Gén. 4, 1-16.

⁹ Cfr. Ex. 12, 8.

¹⁰ Cfr. Ex. 3, 13-15; Is. 42, 8.

¹² Cfr. Is. 52, 2-5.

¹⁴ Cfr. Sal. 89, 4; 2 Pe. 3, 8.

¹⁵ Cfr. Ex. 12, 7-13.

anillos de bodas con el Dios que está en los cielos, con el Padre que espera y a quien digo: “Mira. No los rechaces porque rechazarías *tu* sangre”.

“Y Moisés dijo: ‘... meted un hisopo en la sangre y rociad los postes’ ”¹⁶. ¿No basta entonces la sangre? No basta. A mi sangre¹⁷ debe unirse vuestro arrepentimiento, sin éste que es amargo pero saludable, inútilmente habré muerto por vosotros.

Este es el primer lugar de la Escritura en que se habla del Cordero Redentor. Sin embargo el Libro está lleno de ello. De igual modo que cada día estas ramas se cubren de flores, de igual modo conforme van pasando los años y se aproxima el tiempo de la Redención, el florecimiento es mayor.

Digo ahora no ya a Jerusalén sino a vosotros, en su lugar, con Zacarías: “Ved que el rey viene lleno de mansedumbre montado sobre un asno, en un pollino hijo de asna. Es pobre”. Pero destruirá los poderosos que oprimen a su prójimo. Es manso, y sin embargo cuando se levante su brazo para bendecir, vencerá al demonio y a la muerte. “Anunciará la paz porque es el Rey de ella”¹⁸. Él, pese a que estará enclavado, extenderá su dominio de los confines de un mar a otro... “El que no grita¹⁹, que no despedaza, que no extingue lo que no es luz sino humo, lo que no es fortaleza sino debilidad, lo que merece todo reproche, juzgará con rectitud”. Tu Mesías, ¡oh ciudad de Sión!; tu Mesías, ¡oh pueblo del Señor!; tu Mesías, ¡oh pueblo de la tierra!

“Sin ser triste ni perturbador”²⁰. Vosotros veis cómo en Mí no se da la tristeza del vencido, ni la venganza del perverso, sino sólo la ecuanimidad de quien ve a qué punto puede llegar la posesión de Satanás en el hombre. Vosotros estáis viendo cómo, pudiendo reducir a cenizas con sólo una chispa de mi voluntad, por tres años he extendido mis manos como invitación amorosa, a todos, sin descanso, y todavía estas manos mías se extenderán para ser heridas. “Sin tristeza, ni confusión llegaré a establecer mi Reino”. El Reino del Mesías en donde está la salvación del mundo.

Me dice el Padre, el Señor eterno:²¹ “Te he llamado, te he tomado de la mano, te he puesto cual pacto entre los pueblos, te he hecho luz de las naciones”. Y lo he sido. He sido luz para abrir los ojos de los ciegos, he sido palabra para que hablasen los mudos, llave para abrir las cárceles de oscuridad de los que estaban en el error.

Y ahora que he sido todo esto, voy a la muerte. Penetro en las tinieblas de la muerte. La muerte ¿lo entendéis?...

Ved que se están cumpliendo las primeras profecías que se anunciaron, digo al igual que el profeta. Las demás os las diré antes que el demonio nos separe.

Ved a Sión allá en el fondo. Id a tomar la asna y el asno. Decid: “El Rabí Jesús lo necesita”. Decid a mi Madre que no tardo. Está con las Marías sobre aquel promontorio. Me espera. Es mi triunfo humano ¡Que sea también el suyo! Unidos siempre. ¡Oh, unidos!...

¿Qué corazón de hiena es el que con un solo zarpazo desgarró lo que más ama el corazón materno: a Mí, su Hijo? ¿Es de hombre? No. Todo hombre nace de una mujer. Por instinto y por reflejo moral no puede herir a una mujer que es madre, porque piensa en la “suya”. No es pues, un hombre. ¿Qué es entonces? Un demonio. Pero ¿puede un demonio hacer mal a la Vencedora? Para hacerlo debe tocarla. Satanás no soporta la luz virginal de la Rosa de Dios. ¿Y entonces? ¿Quién decís que sea? ¿No habláis? Os lo diré.

El demonio más astuto se ha metido en el hombre más corrompido, y como el veneno está oculto en el diente del áspid, así está encerrado en él, que puede acercarse a la Mujer, y así morderla traicionablemente. ¡Maldito sea este monstruo híbrido que es Satanás y hombre! ¿Lo

¹⁶ Cfr. Ex. 12, 22.

¹⁷ Tener presente a Hech. 9.

¹⁸ Cfr. Zac. 9, 10

¹⁹ Cfr. Is. 42, 1-3.

²⁰ Cfr. Is. 42, 4.

²¹ Cfr. Is. 42, 6-7.

maldigo? No. El Redentor no pronuncia maldición alguna. Pero sí digo al alma de este monstruo híbrido lo mismo que dije a Jerusalén: “¡Oh, si en esta hora que se te ha concedido supieses venir al Salvador!” ¡No hay amor mayor que el mío! No hay poder mayor. El mismo Padre asiente si afirmo: “Quiero”. No sé decir otras palabras que de piedad para aquellos que han caído y que del abismo me tienden sus brazos. ¡Oh alma del más grande pecador! Tu Salvador en los umbrales de la muerte se inclina sobre tu abismo y te invita a tomar su mano. No evitaré la muerte... pero tú... te salvarías; tú a quien amo todavía. El alma de tu Amigo no se estremecería de horror al pensar que por causa tuya debe conocer el horror de la muerte y de esta muerte concreta...”

Jesús oprimido... se calla...

Los apóstoles hablan en voz baja y se preguntan: “¿Pero de quién está hablando? ¿Quién es?”

Judas desvergonzadamente miente: “Ciertamente ha de ser uno de los falsos fariseos... Me imagino que ha de ser José o Nicodemo, o bien Cusa y Mannaén. Tienen mucho qué perder y bienes... Sé que Herodes... Sé que el Sanedrín. ¡Él se fió *mucho* de ellos! ¿No os disteis cuenta que ayer tampoco estuvieron presentes? No tienen el valor de estar con Él...”

Jesús no le oye. Ha ido adelante y llegado a donde está su Madre que está con las Marías, con Marta y Susana. Del grupo de las mujeres piadosas no falta sino Juana de Cusa.

9. La entrada de Jesús en Jerusalén¹

30 julio 1944 y 30 marzo 1947

Jesús apoya su brazo en la espalda de su Madre que se ha puesto de pie cuando Juan y Santiago de Alfeo le dijeron: “Tu Hijo llegará pronto”. Luego se volvieron para unirse con sus compañeros que lentamente avanzan, hablando, entre tanto que Tomás y Andrés han ido corriendo a Betfagé a buscar la asna y el asnillo para llevarlos a Jesús.

En este intervalo Jesús habla a las mujeres: “Hemo llegado cerca de la ciudad. Os aconsejo que os vayáis. No tengáis miedo. Entrad a la ciudad antes que Yo. Cerca de En Rogel están todos los pastores y los discípulos de mayor confianza. Tienen órdenes de acompañaros y protegeros”.

“Sabes... Hemos hablado con Aser de Nazaret y Abel de Belén de Galilea y también con Salomón. Habían venido hasta aquí para cerciorarse de tu llegada. La multitud prepara una gran fiesta. Nosotros queríamos presenciarla... ¿Ves cómo se mueven las cimas de los olivos? El viento no puede moverlas así. Es la gente que corta ramas para tirarlas por el camino y para que cual abanico te protejan del sol. ¡Mira también! Mira allá. Están cortando palmas. Parece que fueran racimos, pero son hombres que han subido para cortarlas... Mira por las pendientes a niños que andan recogiendo flores. Las mujeres están cortando las de sus jardines para arrojarlas a tu paso. Nosotras queríamos ver esto... e imitar a María de Lázaro que recogió todas las flores que pisaste cuando entraste en el jardín de Lázaro” dice María Cleofás en nombre de todas.

Jesús acaricia la mejilla de su anciana pariente que parece una niña deseosa de presenciar un lúcido espectáculo. Le responde: “En medio de la multitud no veréis nada. Adelantaos. Id a la casa de Lázaro que custodia Matías. Pasaré allá y me veréis desde arriba”.

“¿Vas solo... Hijo mío? ¿No puedo estarte cerca?” pregunta María levantando su rostro afligido, fijando sus hermosos ojos en los apacibles de su Hijo.

“Mucho te agradecería que estuvieras escondida. Como la paloma entre las hendiduras de la peña². Tengo más necesidad, Madre mía, de tus oraciones que de tu presencia”.

“Si así es, Hijo mío, oraremos. Oraremos todas por Ti”.

¹ Cfr. Mt. 21, 1-17; Mc. 11, 1-11, 15-19; Lc. 19, 28-46; Ju. 12, 12-15.

² Alusión a Cant. 2, 14.

“Sí. Después de que lo hayáis visto pasar vendréis con nosotros a mi palacio de Sión.

Mandaré criados al Templo tras el Maestro para que nos traigan sus órdenes y sus noticias” dice Magdalena, que al punto comprende lo que ha de hacerse y realizarse sin ambages.

“Dices bien, hermana. Aunque me duela no poder seguirlo, comprendo que así está bien. Por otra parte, Lázaro nos ordenó que en nada se contradijese al Maestro, sino que se le obedeciese aun en lo más insignificante. Y así lo haremos”.

“Id, entonces. ¿Veis? Los caminos se llenan de animación. Están llegando los apóstoles. Idos. La paz sea con vosotras. Cuando lo crea oportuno os mandaré llamar. Mamá, hasta pronto. Estate tranquila. Dios está con nosotros”. La besa y se despide. Las obedientes discípulas se van ligeras.

Llegan los diez discípulos. “¿Las enviaste antes?”

“Sí. Desde una casa verán mi entrada”.

“¿De qué casa?” pregunta Judas de Keriot.

“¿Acaso no hay muchas casa amigas?” le contesta Felipe.

“¿Desde la casa de Analía?” insiste Iscariote.

Jesús responde negativamente y se dirige hacia Betfagé que está un poco separada.

Está ya casi para llegar cuando regresan los dos a quines había enviado a que le trajesen la asna y el asnillo. Gritan: “Lo encontramos como dijiste, y te hubiéramos traído los animales, pero el dueño de ellos quiso aparejarlos y adornarlos para honrarte. Los discípulos, que se han unido a los que pasaron la noche en los caminos de Betania para honrarte, quisieron que se les permitiese que te lo trajesen, y nosotros dijimos que sí. Creímos que su fidelidad merecía un premio”.

“Hicisteis bien. Sigamos”.

“¿Son muchos los discípulos?” pregunta Bartolomé.

“Toda una multitud. No se pude entrar por las calles de Betfagé. Por eso dije a Isaac que trajese el asno de Cleonte el quesero” responde Tomás.

“Hiciste bien. Vayamos hasta ese promontorio de la colina. Y esperemos allí bajo la sombra de los árboles”.

Van donde Jesús ha señalado.

“¡Nos alejamos! Así ¿pasarás Betfagé dándole vuelta por detrás? Exclama Iscariote.

“Y si quiero hacerlo, ¿quién me lo prohíbe? Acaso ¿ya me han aprendido, para que no pueda hacer lo que quiera? ¿Acaso tienen prisa en hacerlo o temen que me vaya a escapar? Si juzgase conveniente ir por lugar más seguro, ¿hay alguien que me lo pueda impedir?” Jesús atraviesa con sus ojos al traidor, que no responde, pero sí encoge los hombros como diciendo: “Haz lo que te plazca”.

En realidad da la vuelta por detrás del poblado, diría yo más bien, del suburbio de la ciudad misma, porque no está muy lejos de la parte occidental, y forma parte de las pendientes del monte de los Olivos que domina la parte oriental de Jerusalén. Abajo, entre el declive y la ciudad, está el Cedrón que brilla al sol de abril.

Jesús se sienta en medio de ese silencio y se absorbe en sus pensamientos. Luego se levanta y se dirige a la parte alta del promontorio.

Dice Jesús: “Aquí pondréis la visión del 31 de julio de 1944: Jesús que llora por Jerusalén, desde la frase con la que empezó la visión” Y luego vuelve a mostrarme las fases de su entrada triunfal.

30 de julio.

No sé cómo haré para describir lo que veo, porque me siento tan mal del corazón que fatigosamente puedo estar sentada. Pero no hay remedio: debo escribir lo que veo.

Comprendo el significado del evangelio de hoy: dominica novena después de Pentecostés.

Desde un otero cercano a Jerusalén Jesús observa la ciudad.

No es un otero muy alto -lo más como la plazoleta de S. Miniato de Florencia- pero suficiente para que puedan verse casas y calles que suben y bajan. Si se toma el nivel más bajo de la ciudad, ese otero es muy alto, pero no tanto como el Calvario, que no está muy cercano al muro. La colina donde se sitúa Jesús está casi a pico de la parte de la muralla, mientras que de la parte contraria se extiende blandamente hacia una verde campiña que da al oriente. Y digo oriente, teniendo en cuenta la posición del sol.

Jesús y los suyos están bajo una arboleda, sentados a su sombra. Descansan del camino. Después Jesús se levanta, se dirige a la parte alta de la colina.

Su alta estatura se dibuja, clara, en el vacío que le sirve de marco. Parece aún mucho más alto. Tiene sus manos cruzadas sobre su pecho sobre un manto azul. Y mira severamente. Los apóstoles lo ven, pero no lo interrumpen. Pensarán que se ha alejado para orar.

Pero no es así. Después de haber contemplado por un tiempo la ciudad en todos sus rincones, en todas sus elevaciones, deteniendo su mirada más acá que allá, se pone a llorar, sin estremecimiento alguno, sin hacer ruido. Las lágrimas le resbalan por las mejillas y caen... Lágrimas envueltas en un silencio y tristeza, como las del que sabe que *debe* llorar, solo, sin esperanza de consuelo o de comprensión. Como las de quien llora por un dolor que *no puede* ser evitado, y que *debe* sufrir completamente.

Dado el lugar que ocupa, Santiago, el hermano de Juan, es el primero en notar ese llanto, y lo dice a los demás que se miran mutuamente sorprendidos.

"Nadie de nosotros ha hecho algo mal" se dicen. "Tampoco la gente lo ha insultado. No había ni un enemigo entre la multitud".

"Entonces, ¿por qué llora?" pregunta el más anciano de todos.

Pedro y Juan se levantan y se le acercan. Se imaginan que lo único que pueden hacer es acercársele para mostrarle que lo aman, y para preguntarle qué le pasa.

"Maestro, ¿por qué estás llorando?" pregunta Juan apoyando su rubia cabeza sobre la espalda de Jesús, que destaca en altura del cuello arriba.

Pedro le pone la mano en su cintura, como si quisiera abrazarlo. Le pregunta: "¿Qué te hace sufrir? Dínoslo a nosotros que te amamos".

Jesús apoya su rostro sobre la cabeza de Juan y, separando sus brazos, coloca uno sobre la espalda de Pedro. Tres amigos. Pero el llanto continúa. Juan que siente que le cae alguna lágrima, vuelve a preguntarle: "¿Por qué lloras, Maestro? ¿Te hemos causado algún dolor?"

Los otros apóstoles han venido y rodean a los tres. Esperan también la respuesta.

"No" dice Jesús. "No me habéis dado ningún dolor. Sois mis amigos; y la amistad, cuando es sincera, es bálsamo, es sonrisa, pero nunca lágrimas. Quisiera que siempre fueseis mis amigos. Aun ahora que entraremos en la corrupción que fermenta y que corrompe a quien no tiene voluntad firme de permanecer bueno".

"¿A dónde vamos, Maestro? ¿Acaso a Jerusalén? La multitud te ha saludado con alegría. ¿Quieres defraudarla? ¿Vamos a Samaria por algún milagro? ¿Ahora que la Pascua está cercana?"

Las preguntas las hacen diversos.

Jesús levanta sus manos para imponer silencio y con la derecha señala hacia la ciudad, algo así como cuando el campesino extiende su brazo para sembrar. Dice: "Allí está la corrupción. Entramos en Jerusalén, entramos allí. Y el Altísimo es el único que sabe cómo quisiera santificarla con la santidad del Cielo. *Volver a santificar*, a esta ciudad que debería ser la ciudad santa. Pero no podré conseguir nada. Está corrompida y así continúa. Los ríos de santidad que salen del Templo vivo, y que por días seguirán corriendo hasta dejarlos henchidos de vida, no serán suficientes para redimirla. La Samaria y el mundo pagano vendrán al Santo. Sobre los templos ficticios se levantarán templos al Dios verdadero. Los corazones de los gentiles adorarán al Mesías, pero este pueblo, esta ciudad no lo aceptará, y su odio la empujará a cometer el mayor pecado. Lo cual debe suceder. Pero, ¡ay de aquellos que serán instrumento de tal delito! ¡Ay!..."

Jesús mira fijamente a Judas a quien tiene enfrente.

“Tal cosa no nos sucederá, porque somos tus apóstoles, creemos en Ti y estamos dispuestos a morir por Ti” Judas miente desvergonzadamente y no baja los ojos aunque siente los de Jesús encima.

Los demás se unen a Judas.

Jesús, sin responder directamente al apóstol traidor, dice: “Quiera el Cielo que así sea. Pero hay todavía mucha debilidad en vosotros y la tentación os podría convertir en iguales a los que me odian. Orad mucho y tened cuidado de vosotros. Satanás sabe que está para ser vencido y quiere vengarse arrancándoos de Mí. Satanás nos rodea. A Mí para impedirme cumplir la Voluntad del Padre y realizar mi misión. A vosotros para convertirlos en sus esclavos. Estad atentos. Dentro de aquellos muros Satanás se apoderará de quien no supo ser fuerte, aquel para quien la maldición será el haber sido elegido porque hizo de su elección un fin humano. Os elegí para el reino de los cielos y no para el mundo. Recordadlo

Y tú, ciudad, que quieres tu ruina y por quien lloro, ten en cuenta que tu Mesías ruega por tu redención. ¡Oh, si al menos en esta hora que te queda quisieras venir a quien sería tu felicidad! ¡Si al menos comprendieses en esta hora de Amor que puse en medio de ti y te despojases del odio que te ciega y te hace loca, que hace que seas cruel para contigo y para tu bien” ¡Pero vendrá el día en que te acordarás de esta hora! ¡Será demasiado tarde para llorar y arrepentirte! Habrá pasado el Amor y desaparecido por entre tus calles, y sólo quedará el Odio, que has preferido. Y el Odio te odiará a ti y a tus hijos. *Porque lo quisiste. El odio se paga con odio.* No se tratará del odio del fuerte contra el inerme, sino del odio contra el odio, y por lo tanto la guerra y la muerte. Rodeada de trincheras y de ejércitos, te irás debilitando antes de ser destruida y verás caer a tus hijos bajo la fuerza de las armas, bajo el hambre. Los que sobrevivieren serán tomados prisioneros y escarnecidos. Pedirás misericordia, pero no la encontrarás porque no has querido conocer tu Salvación.

Lloro, amigos, porque soy humano, y las ruinas de mi patria me producen las lágrimas. Pero es justo que se cumpla lo dicho, porque la corrupción avanza sobre estos muros, sobre todo límite e invoca el castigo de Dios. ¡Ay de los ciudadanos que son causa de la desgracia de nuestra patria! ¡Ay de los jefes, principales causantes! ¡Ay de los que tendrían qué ser santos para conseguir que los otros fuesen honrados; y, sin embargo, profanan la casa de su ministerio y a sí mismos!. Venid. Mi intención de nada servirá. Pero hagamos brillar la luz una vez más entre las tinieblas”.

Jesús desciende acompañado de los suyos. Camina ligero. Su rostro está serio, diría yo, hasta un poco enojado. No pronuncia ni una palabra. Entra en una casucha que está a los pies del collado y así se acaba la visión.

Dice Jesús:

“La escena que refiere Lucas parece no tener ilación, es casi ilógica. Compadezco las desventuras de una ciudad culpable ¿y no sabré compadecer sus costumbres?

No. No sé, ni puedo compadecerlas porque son propiamente estas costumbres las que producen desventuras; el verlas aumenta mi dolor. Mi ira contra los profanadores del Templo es lógica consecuencia de lo que sabía de las desventuras de Jerusalén.

Las profanaciones del culto divino, de la ley divina, provocan los castigos del cielo. Al convertir la Casa de Dios en cueva de ladrones, aquellos sacerdotes indignos e indignos creyentes atraían sobre todo el pueblo la maldición y la muerte. Es inútil dar este o aquel nombre a los males que sufre un pueblo. Su nombre propio buscadlo en este: “Castigo por vivir como animales”. Dios se retira y el mal avanza. Este es el fruto de una vida nacional indigna del nombre de cristiana.

Entonces como ahora en esta última parte del siglo, no he dejado de llamar con prodigios repetidas veces. Como entonces no me atrajo sobre Mí y sobre mis instrumentos, más que la burla, la indiferencia, el odio. Los hombres como las naciones recuerden que inútilmente lloran cuando antes no quisieron aceptar su salvación. Inútilmente me invocan, porque cuando estuve con ellos me echaron fuera con una guerra sacrílega, que, partiendo de cada

conciencia entregada al mal, se esparció por toda la nación. Los países no se salvan con las armas, sino con una forma de vida que atraiga la protección del cielo.

Descansa pequeño Juan. Procura seguir siempre fiel a tu elección. La paz se quede contigo”.

¡Qué cansancio! ¡De veras que no aguanto más!...

No acaba Jesús de entrar bendiciendo a sus moradores, cuando se escucha el alegre sonar de cascabeles y gritos de alegría. E inmediatamente después, aparece la cara flaca y pálida de Isaac por la puerta. Entra y se postra ante su Señor Jesús.

Por entre la puerta se ven más y más caras... Se ve cómo se empujan, para poder pasar... Se oye el grito de alguna mujer, el llanto de algún niño, y los gritos de saludo, gritos que saben a fiesta: “¡Feliz este día que te trae de nuevo a nosotros! ¡La paz sea contigo, Señor!

¡Bienvenido, Maestro, a premiar nuestra fidelidad!”

Jesús se pone de pie y hace señal de que quiere hablar. Todos guardan silencio. Se oye la clara voz de Jesús.

“¡La paz sea con vosotros! No os atormentéis. Ahora subiremos juntos al templo. He venido para estar con vosotros. ¡Calma! ¡Calma! No os hagáis mal. ¡Dejadme pasar, amigos míos! Dejadme salir y seguidme, pues juntos entraremos en la Ciudad santa”.

De buena o de mala gana la gente obedece. Abre paso. Jesús sale y señala el asno, sobre el que nadie ha montado hasta ahora. Los peregrinos ricos, que están mezclados entre la gente, extienden sobre el lomo del animal sus ricos mantos, y uno dobla su rodilla para que se apoye el Señor y monte. Pedro camina al lado del Maestro e Isaac del otro, llevando las riendas del aún no domado animal, que, sin embargo, avanza calmadamente como si hubiera estado acostumbrado. No patea, ni se espanta con las flores que la gente lanza a Jesús, y que muchas de ellas lo golpean en sus ojos, en morro, ni con las ramas de olivo y palmas que se agitan a su alrededor, que se tiran al suelo como alfombra, ni con los gritos cada vez más fuertes de: “¡Hosanna, Hijo de David!” que, saliendo de una multitud cada vez más numerosa, suben hacia el firmamento azul.

Avanza desde Betfagé, por entre las calles estrechas y torcidas no es fácil. Las madres toman en brazos a sus hijos. Los maridos procuran defender a sus mujeres de los golpes, y alguno que otro padre coloca sobre los hombros a su hijito y así lo lleva por entre la gente. Se oyen las voces de los niños, cual balidos de corderitos o pía de golondrinas, que arrojan flores y hojas de olivo, dadas por sus madres, al dulce Jesús...

Salidos del estrecho suburbio, el cortejo se ordena y se estira. Muchos, por propio gusto, corren a abrir paso, a despejar el camino. Otros los siguen arrojando al suelo ramas; y no falta quien sea el primero en arrojar su manto al suelo como de alfombra, y otro, qué digo, cuatro, diez, cien y muchos más, lo imitan. En su centro, la calle parece ser una cinta multicolor.

Cuando ha pasado Jesús, se recogen y se llevan más adelante y se le tira con otras y otras más, con ramas, flores, hojas de palma. Resuenan cada vez más los gritos en honor del Rey de Israel, del Hijo de David, de su Reino.

Los soldados de guardia en la puerta salen a contemplar lo que pasa. No es ninguna sedición. Se apoyan sobre sus lanzas. Se hacen a un lado, Admirados o burlones, ante el extraño cortejo de este Rey que viene montado sobre un asno, un rey hermoso como un dios, humilde, como el más pobre de los hombres, bueno, cariñoso... a quien rodean mujeres, niños, hombres, hombres desarmados que gritan: “¡Paz ¡Paz!” Antes de entrar en la ciudad Jesús se detiene un momento al llegar a la altura de los sepulcros de los leprosos de Innón y Siloán (creo no equivocarme en los nombres, porque en estos lugares he visto varios milagros). Se apoya sobre el único estribo, pues viene sentado, se alza, abre sus brazos gritando en dirección de aquellas pendientes horribles, donde caras y cuerpos llenos de terror se asoman buscando a Jesús con sus ojos y que gritan: “Somos impuros” para hacer que ningún imprudente vaya a acercarse y subirse con el ansia de ver a Jesús, que grita: “¡Quien tenga fe en Mí, pronuncie mi Nombre y alcance por medio de él la salud!” Bendice, continúa su camino.

Dice a Judas de Keriot: “Comprarás alimentos para los leprosos y, con Simón, los traerás antes de que anochezca”.

Cuando el cortejo pasa bajo la bóveda de la puerta de Siloán y como un torrente se desparrama dentro de la ciudad, pasado por el barrio de Ofel, en que cada terraza se ha convertido en una pequeña plaza llena de gente que grita hosannas, que arroja flores y perfumes hacia el Maestro, el grito de la multitud parece aumentar y tomar fuerzas como si saliese de una bocina, porque los numerosos arcos de que está llena Jerusalén lo amplifican. Oigo gritar, y me imagino que es lo que dicen los evangelistas: “¡Scialem, scialem mechil!” (o melchit: procuro transcribir el sonido de las palabras, pero es difícil porque su lenguaje posee aspiraciones que no tenemos³.) Es un grito continuo, como el del bramido del mar que va y viene contra las playas o arrecifes donde se rompe para venir al encuentro de otra onda que lo recoge y lo multiplica en un bramido mayor ¡Estoy aturdida!

Perfumes, olores, gritos, agitarse de ramos, vestidos, colores. Es algo que deja a uno atolondrado.

Veo que entre la gente aparecen y desaparecen caras conocidas, que son de discípulos de todos los lugares de Palestina, de sus seguidores... Por un momento veo a Jairo, al jovencito Yais de Pela (según me parece) que era ciego como su madre y a quienes Jesús curó. Veo a Joaquín de Bozra, y al campesino de la llanura de Sarón con sus hermanos. Veo al viejo y solitario Matías de junto al Jordán (ribera oriental), en cuya casa Jesús se refugió cuando todo estaba inundado. Veo a Zaqueo con sus amigos convertidos. Veo al viejo Juan de Nobe con casi todos los de la población. Veo al marido de Sara de Yutta... ¿Pero quién puede acordarse de los nombres y caras donde los conocidos se mezclan con los no conocidos?... Allí está la cara del pastorcillo de Enón. Junto a él la del discípulo de Corozáin que no fue a sepultar a su padre por seguir a Jesús; y cerca de él, por un instante, el padre y la madre de Benjamín, con su pequeño, que por poco cae bajo las pezuñas del asno por querer recibir una caricia de Jesús. Y ¡es una desgracia! Están las caras llenas de ira de los fariseos que orgullosos rompen la muralla de amor que se estrecha alrededor de Jesús y le gritan: “¡Haz que se callen esos locos! ¡Vuélvelos al buen sentido! Sólo a Dios se le lanzan hosannas. ¡Diles que se callen!”

Jesús responde dulcemente: “Aunque Yo se los mandase, y me obedecieran, las piedras gritarían los prodigios del Verbo de Dios”.

Realmente la gente además de gritar: “¡Hosanna, hosanna⁴ al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna a Él y a su reino! ¡Dios está con nosotros! Ha llegado el Emmanuel. ¡Ha llegado el Reino del Mesías del Señor! ¡Hosanna! ¡Lance la tierra hosanna hacia el cielo! ¡Paz, paz, Rey mío! ¡Paz y bendición vengan sobre Ti, Rey santo! ¡Paz y gloria en los cielos y en la tierra! ¡Gloria se dé a Dios por su Mesías! Paz a los hombres que lo acogen. Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad y gloria en los cielos más altos porque ha llegado la hora del Señor” (quien lanza este último grito es un grupo compacto de pastores que repiten el grito navideño). La gente de Palestina cuenta a los peregrinos de la Diáspora los milagros que han visto. Y a quien no sabe lo que sucede y pregunta: “¿Quién es Él? ¿Qué sucede?”; le replican: “¡Es Jesús, Jesús el Maestro de Nazaret de Galilea! ¡El Profeta! ¡El Mesías del Señor! ¡El Prometido! ¡El Santo!”

De una casa, que apenas se acaba de doblar, sale un grupo de robustos jóvenes trayendo copas de cobre con carbones encendidos e incienso, de las que suben hacia arriba espirales de humo. Una y otra vez hacen lo mismo. Muchos corren adelante o regresan a las casas para que les den fuego y resinas olorosas.

³ Recuerde que la escritora no sabía hebreo o arameo y que “scialem, scialem meñchil!” no significa “Hosanna” o “Bendito”, sino “Paz, paz, o rey” Téngase en cuenta esto para caer en la cuenta de la honradez de la Escritora en transcribir lo que oía.

⁴ Es una exclamación hebrea que significa: “Salva, pues” y por lo tanto “Salve”, Hijo de David. Cfr. Mt. 21, 1-17; Mc. 11, 1-11; Ju. 12, 12-19.

Se divisa la casa de Analía. La terraza está adornada con las hojas nuevas de la vid que flotan al contacto del acariciador viento de abril. Analía está en el centro de un grupo de jovencitas vestidos de blanco y con velos del mismo color. Tienen en sus manos pétalos de rosas y de convalarias que empiezan a arrojar al aire.

“Las vírgenes de Israel te saludan, Señor” dice Juan que se ha abierto paso y ha llegado al lado de Jesús, llamando su atención para que las vea cómo le arrojan pétalos de rosas y blancas convalarias cual perlas.

Por un momento detiene Jesús al asno. Levanta su mano para bendecir ese grupo que lo ama hasta el punto de renunciar a cualquier otro amor terreno.

Analía se asoma sobre el pretil y grita: “He contemplado tu triunfo, Señor mío. Toma mi vida para tu glorificación universal” y con un grito altísimo, lo saluda al pasar: “¡Jesús!”

Se oye un grito que supera al clamor de la gente, que, aunque lo percibe, no se detiene. Es un río de entusiasmo, un río de un pueblo delirante que no puede detenerse. Y, mientras las últimas ondas de este río están todavía fuera de la puerta, las primeras están ya subiendo en dirección del Templo.

“¡Tu Madre!” grita Pedro señalando una casa que están en la esquina de una calle que sube hacia el Moria, por la que va el cortejo. Jesús levanta su rostro para enviar una sonrisa a su Madre que está con las mujeres fieles.

El encuentro con una numerosa caravana hace que el cortejo se detenga unos cuantos metros más allá de la casa. Mientras Jesús espera con los demás y acaricia a los niños que las madres le presentan, se oye el grito de un hombre que trata de abrirse paso: “¡Dejadme pasar! Una jovencilla ha muerto de repente. Su madre quiere ver al Maestro. ¡Dejadme pasar! ¡Él la había salvado antes!”

La gente lo deja pasar, y el hombre corre a donde está Jesús: “Maestro, la hija de Elisa ha muerto. Te saludó con aquel grito y luego se dobló hacia atrás diciendo: “¡Soy feliz!” y expiró. Su corazón se rompió de gozo al verte triunfante. Su madre me vio en la terraza que da a su casa y me dijo que viniera a llamarte. ¡Ven, Maestro!”

“¡Muerta! ¡Muerta Analía! Pero si ayer estaba lozana cual una flor”. Los apóstoles se apiñan, excitados. Los pastores los imitan. Todos la habían visto el día anterior en perfecta salud. Si la acaban de ver con la sonrisa en sus labios, con el carmín en sus mejillas... No pueden comprender la desgracia... Preguntan, quieren que se les den pormenores.

“No sé. Oísteis qué fuerza había en sus palabras. Luego vi que se plegaba más pálida que sus vestiduras y oí que su madre lanzaba un grito... No sé más”.

“No os conturbéis. No ha muerto. Ha caído una flor y los ángeles de Dios la han recogido para llevarla al seno de Abraham. Pronto el lirio de la tierra se abrirá feliz en el Paraíso, olvidando para siempre el horror del mundo. Oye, di a Elisa que no llore por la suerte de su hija. Dile que es una *grande* gracia de Dios, y que dentro de seis días lo comprenderá. No lloreis. Su triunfo es todavía mayor que el mío porque a ella le cortejan los ángeles para llevarla a la paz de los justos. Es un triunfo eterno que subirá siempre. En verdad os digo que tenéis razón de llorar por vosotros, pero no por Analía. Continuemos”. Y repite a los apóstoles y a quienes lo rodean: “Ha caído una flor. Se ha ido en paz y los ángeles la han recogido. Bienaventurada ella, limpia de cuerpo y alma, porque pronto verá a Dios”.

“¿Pero cómo, de qué murió, Señor?” pregunta Pedro que no se da paz.

“De amor. De éxtasis. De gozo infinito. ¡Dichosa muerte!”

Los que van adelante, como los que vienen atrás no se dan cuenta de lo sucedido. Y así el cortejo sigue, aunque alrededor de Jesús se ha formado un doloroso silencio.

Juan lo rompe, diciendo: “¡Oh, quisiera la misma suerte antes de las horas que están por venir!”

“También yo” dice Isaac. “Quisiera ver la cara de la jovencita muerta de amor por Ti...”

“Os ruego que me sacrificuéis vuestro deseo. Tengo necesidad de que estéis cerca de Mí”.

“No te abandonaremos, Señor, ¿pero no habrá para esa madre ningún consuelo?” pregunta Natanael.

“Ya lo pensaré...”

Están en las puertas de la muralla del Templo. Jesús baja del asno que uno de Betfagé toma bajo su cuidado.

Hay qué tener presente que Jesús no se apeó en la primera puerta del Templo, sino que dio vuelta por la muralla, y se bajó sólo cuando llegó a la parte norte cerca de la Antonia, para mostrar que no temía a los romanos, pues era inocente de toda acusación.

En el primer patio ruge el acostumbrado griterío de cambistas y vendedores de palomas, pájaros y corderos. Al ver a Jesús, todos corren a su encuentro quedándose sólo los mercaderes.

Jesús con su vestido de color púrpura entra majestuoso, voltea hacia aquel mercado y hacia un grupo de fariseos y escribas que lo miran desde el portal.

En su rostro aparece la ira. Va al centro del patio. Como si diese un brinco, que parece una llama al herir el sol su vestido de púrpura, y con voz imponente grita: “¡Largo de la casa de mi Padre! Este lugar no es para la usura ni para mercado. Está escrito: “Mi casa será llamada casa de oración”. ¿Por qué habéis convertido en cueva de ladrones la casa en que se invoca el nombre del Señor? ¡Largo de aquí! Limpiad mi casa. No sea que en lugar de cuerdas castigue con rayos de la ira de lo alto. ¡Largo de aquí! ¡Fuera ladrones, estafadores, desvergonzados, homicidas, sacrílegos, los más grandes idólatras, porque sois unos soberbios, corruptores, falsos! ¡Largo, largo de aquí! ¡Os aseguro que el Altísimo purificará este lugar y tomará venganza de todo un pueblo”. No vuelve a hacer un látigo de cuerdas, pero al ver que los mercaderes y cambistas no quieren obedecerle, se acerca a la mesa más cercana, derriba derramando balanzas y monedas en el suelo.

Los vendedores y cambistas se apresuran a hacer lo que Jesús había mandado, tan pronto vieron que no se detenía en palabras. Jesús les grita: “¿Cuántas veces diré que este lugar no debe tratarse como un lugar de inmundicia sino de oración?” Mira a los del Templo, que obedientes a las órdenes del pontífice, no chistan.

Limpio ya el patio, Jesús va a los portales donde se han reunido ciegos, paralíticos, mudos, lisiados y otros enfermos que lo invocan a gritos.

“¿Qué queréis de Mí?”

“¡La vista, Señor! ¡Los miembros! ¡Que mi hijo hable! ¡Que mi mujer se cure! ¡Creemos en Ti, Hijo de Dios!”

“Dios os escuche. Levantaos y dad gracias al Señor”.

No cura uno por uno de los enfermos, sino que extiende la mano. La salud brota de ella sobre los enfermos que, sanos, se levantan y prorrumpen en gritos de júbilo que se mezclan con los de los niños que se acercan: “¡Gloria, gloria al Hijo de David! ¡Hosanna a Jesús Nazareno, Rey de reyes, y Señor de señores!”¹¹

Algunos fariseos con fingida deferencia, le gritan: “Maestros, ¿estás oyendo? Estos niños dicen lo que no debe decirse. ¡Repréndelos! ¡Diles que se callen!”

“¿Y por qué? ¿Acaso el rey profeta, el rey de mi estirpe no ha dicho: “De la boca de los niños y de los que están mamando has hecho que brotase una alabanza completa para llenar de confusión a tus enemigos”¹²? ¿No habéis leído estas expresiones del salmista? Dejad que los pequeñines canten mis alabanzas. Los ángeles que ven siempre a mi Padre se las han sugerido. Dejadme ahora, todos vosotros, para que vaya a adorar al Señor” y pasando delante de la gente, se dirige al atrio de los israelitas para orar.

Luego de haber terminado, sale por otra puerta, cerca de la piscina probática, y se dirige a las colinas del monte de los Olivos.

Los apóstoles no caben de gusto... El triunfo les ha dado confianza. Y han echado al olvido el miedo que les había causado las palabras de Jesús... Hablan de todo... Se mueren de ansias por saber lo que pasó a Analía. Con dificultad Jesús consigue que no se vayan, asegurándoles

¹¹ Cfr. Deut. 10, 17; 2 Mac. 13, 4; 1 Tim. 6, 13-16; Ap. 17, 8-18; 19, 11-16.

¹² Cfr. Sal. 8, 3.

que tomará las mejores providencias... Están muy sordos al aviso divino... Humanos, que los gritos de hosanna borran de su memoria todo...

Jesús habla con los siervos de María Magdalena que han ido a verlo, y luego les manda que regresen...

“¿A dónde vamos ahora? Pregunta Felipe.

“¿A casa de Marcos de Jonás?” añade Juan.

“No. Al campamento de los Galileos. Probablemente habrán venido mis hermanos y quiero saludarlos” responde Jesús.

“Podrías hacerlo mañana” le responde Tadeo.

“Lo mejor es hacer pronto *lo que se puede*. Vamos a donde están los galileos. Se pondrán contentos si nos ven. Os darán noticias de la familia. Yo veré a los niños...”

“¿Y esta noche? ¿Dónde dormiremos? ¿En la ciudad? ¿En qué lugar? ¿Donde está tu Madre?

¿O en la casa de Juana?” pregunta Judas Iscariote.

“No sé. Ciertamente que no en la ciudad. Tal vez en una tienda de Galilea...”

“¿Por qué?”

“Porque soy galileo y amo a mi región. Vamos”.

Se ponen en camino. Suben a donde están los galileos, acampados sobre el monte de los Olivos en dirección de Betania. Sus tiendas brillan bajo los rayos de un tibio sol de abril.

10. En el anochecer del Domingo de Ramos

4 marzo 1945

Jesús está con los suyos en la quietud del huerto de los Olivos. Ha anochecido. No hace frío. Todos están sentados sobre el suelo y sobre los primeros salientes del terreno donde está situado el pequeño espacio. El Cedrón arrastra sus aguas que charlan entre sí. Alguno que otro canto de ruiseñor. Algún rumor de brisa. Nada más.

Jesús habla.

“Después del triunfo de esta mañana vuestro corazón ha cambiado. ¿Qué puedo decir? ¿Que ha cobrado fuerzas? ¡Oh, sí! a lo humano. Entrasteis en la ciudad llenos de miedo por las palabras que os había dicho. Se temía que dentro de los muros saliesen los esbirros para atacarnos y hacernos prisioneros.

En cada hombre hay otro que se revela en las horas más duras. Está el héroe que en las horas de mayor peligro deja de ser hombre manso que todos conocieron y a quien daban poca importancia, el héroe que afirma en las horas de la lucha: “Aquí estoy”, que grita al enemigo, al gigante: “Mídete conmigo”¹. Está el santo que, mientras todos huyen aterrorizados ante las fieras que quieren víctimas, dice: “Tomadme como rehén para morir. Pago por todos”. Está el cínico que saca provecho de las desgracias generales, y que se ríe ante los cuerpos de las víctimas. Está el traidor que tiene un valor propio, el del mal. El traidor es la mezcla del cínico y del cobarde, que es también un tipo que se revela en las horas de peligro. Cínicamente saca provecho de una desgracia, cobardemente pasa al partido del más fuerte, atreviéndose aun a enfrentarse al desprecio de los enemigos y al de maldiciones de los traicionados. Está también el tipo del cobarde, que es el más común, que en la hora de peligro no hace más que quejarse de haber sido partidario de alguien que es ahora anatema... El cobarde no es tan delincuente como el cínico ni tan asqueroso como el traidor, pero muestra lo endeble de su formación espiritual.

Tales tipos sois vosotros. No digáis que no. Lo veo en vuestros corazones. Esta mañana pensabais dentro de vosotros: “¿Qué nos irá a pasar? ¿Moriremos también nosotros? Y como que se oía el eco de la respuesta: “Algo más...”

¹ Alusión al desafío que el joven David, con honda y unas cuantas piedras, lanzó al gigante Goliat, armado con espada, lanza y venablo. Cfr. 1 Rey. 17, 1 – 19, 7.

¿Os he engañado alguna vez? Desde el principio os hable de persecuciones y de muerte. Y también alguno de vosotros, por exceso de admiración, *quiso* verme y presentarme como rey, como uno de esos pobres reyes de la tierra, siempre pobre aun cuando sea el restaurador del reino de Israel, al punto corregí su error y le dije: “Yo soy el rey del espíritu. Os ofrezco privaciones, sacrificios, dolores. No otra cosa. Acá en la tierra no poseo otra cosa, pero después de mi muerte y de la vuestra, si permaneciereis en mi fe, os daré el Reino eterno, el de los cielos”. ¿Os dije acaso algo diferente? No. Vosotros mismos lo afirmáis. Entonces también decíais: “No queremos más que estar contigo, ser como Tú, y ser tratados mal por tu causa”. Así prometíais. Y erais sinceros, pero porque no pensabais sino como niños. Os imaginabais que era fácil seguirme y estabais tan empapados de la triple sensualidad que no podíais admitir que fuese verdad lo que os decía. Pensabais: Es el Hijo de Dios. Lo dice para ver si lo amamos. El hombre nunca podrá tocarlo. Quien obra milagros podrá hacer otro en su favor”. Y a éstos añadíais: “No puedo creer que sea traicionado, apresado, matado”. Tan robusta era esta vuestra fe *humana* en mi poder que llegasteis a *no creer* en mis palabras, a no tener la verdadera fe, espiritual, santa y santificadora. “Quien obra milagros podrá hacer otro en su favor” decíais. No uno, sino muchos haré todavía: entre los cuales dos,³ sobrepasan toda imaginación humana. Serán en tal forma que sólo los que crean en el Señor podrán admitirlos. Los demás, en los siglos venideros, dirán: “¡Imposible! También aun después de la muerte seré objeto de contradicción para muchos. En una dulce mañana de primavera Yo he anunciado desde un monte las distintas bienaventuranzas. A éstas añadido una: “Bienaventurados los que creen sin ver”⁴. Al ir por Palestina he dicho varias veces: “Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la observan”⁵ y también “Bienaventurados los que hacen la voluntad de Dios”, desgrané otras bienaventuranzas, porque en la casa de mi Padre son numerosas las alegrías que aguardan a los santos. También ésta: “Bienaventurados los que creen sin haber visto con sus ojos corporales! Serán en tal forma santos, que estando aun en la tierra, verán a Dios, al Dios escondido en el misterio del amor”.

Pero, después de tres años que estáis conmigo, no habéis llegado todavía a esta fe. Creéis sólo en lo que veis. Así, esta mañana, después del triunfo, dijisteis: “Es lo que decíamos. Él sigue triunfando. Y nosotros con Él”. Y como pajarillos a quienes les volviesen a nacer las plumas caídas, habéis levantado el vuelo, ebrios de alegría, confiados, sin esa preocupación que mis palabras os habían creado en el corazón.

¿Os habéis robustecido también en el espíritu? No. Muy poco, porque no estáis bien preparados para la hora que se acerca. Habéis bebido los hosannas como vino fuerte y exquisito. Os embriagasteis. ¿Es un ebrio un hombre fuerte? La fuerza de un niño basta para hacerlo tambalear y que se caiga. Así sois vosotros. Bastará con que asomen sus cabezas los verdugos, para que os hagan huir como a tímidas gacelas ante la presencia del chacal, como hojarasca que el viento dispersa por el desierto.

“Cuidad de morir de una horrible sed en medio de ese arenal ardiente que es el mundo que no conoce a Dios! No digáis, amigos míos, lo que afirma Isaías aludiendo a este vuestro estado falso y peligroso:⁷ “Éste no habla más que de conjuraciones. No hay por qué temer, ni de qué espantarse. No tengáis miedo de lo que Él nos profetiza. Israel lo ama. Lo hemos visto”. ¡Cuántas veces es mordido el piecito del niño que pisa la cabeza de una serpiente escondida bajo las flores que quería cortar para llevarlas a la madre y muere!.

También esta mañana... ha sucedido exactamente lo mismo. Yo soy el Condenado de rosas. ¡Las rosas!... ¿Cuánto duran? ¿Qué queda de ellas cuando se les han caído todos los perfumados pétalos? Espinas.

³ Alusión a la Eucaristía y a su Resurrección.

⁴ Cfr. Ju. 20, 24-29.

⁵ Cfr. Lc. 11, 27-28.

⁷ Cfr. Is. 8, 12.

Yo –Isaías lo dijo-⁸ seré santificación para vosotros, y con vosotros para el mundo, pero también seré piedra de escándalo, de tropiezo, de lazo y ruina para Israel y para la tierra. *Santificaré a los que tuvieron buena voluntad y haré caer y reduciré a pedazos a los que mala la tuvieron.*

Los ángeles no anuncian palabras falsas o para un poco de tiempo. Vienen de Dios que es Verdad, que es Eterno, por eso lo que anuncian es verdad y un mensaje inmutable. Dijeron: “Paz a los hombres de buena voluntad”. Entonces apenas había nacido, ¡oh tierra! Tu Salvador. Ahora va a la muerte tu Redentor. Pero para tener paz de Dios, esto es, santificación y gloria, hay que tener “buena voluntad”. *Inútil es mi nacimiento, inútil mi muerte para los que no tienen esta buena voluntad.* Mi primer llorido sobre la tierra y mi último estertor, mi primer paso y el último, la herida de la circuncisión y la de la consumación, *serán en vano*, si en vosotros los hombres, no hubiese buena voluntad de redimiros y santificaros.

Os digo⁹. Muchísimos tropezarán contra Mí que he sido puesto como columna de sostén y no como trampa. Caerán por estar ebrios de soberbia, de lujuria, de avaricia. Y serán atrapados en las redes de sus pecados, y entregados a Satanás. Grabad estas palabras en vuestros corazones, conservadlas cuidadosamente para los futuros discípulos¹⁰.

Vamos. La Piedra se levanta¹¹. Otro paso hacia adelante, hacia el monte. Debe brillar sobre la cima porque Él es Sol, Luz. El sol brilla sobre las cimas. Debe estar sobre el monte para que el verdadero Templo sea contemplado por el mundo entero. Yo mismo lo edifico con la Piedra viva de mi carne inmolada¹². Uno sus partes con mezcla hecha de sudor y sangre. Estaré en mi trono cubierto de una púrpura viva, coronado con una nueva corona. Los que estuviesen lejos, me verán, trabajarán en mi Templo y alrededor de él. Yo soy el cimiento y la cúspide. Pero todo alrededor será cada vez más grande. Yo mismo labraré mis piedras y elegiré mis albañiles, así como el Padre y el Amor, el hombre y el Odio me han desbastado¹³. Y cuando en un solo día haya sido quitada la iniquidad de la tierra¹⁴, sobre la piedra del Sacerdote ‘in aeternum’ vendrán los siete ojos a ver a Dios¹⁶ y las siete fuentes arrojarán agua¹⁷ para apagar el fuego de Satanás.

Satanás... Judas, vámonos. Y acuérdate que no queda mucho tiempo y que en la noche del jueves debe ser entregado el Cordero”.

11. Lunes después de la entrada en Jerusalén:

I. Durante el día ¹

31 marzo 1947

Jesús sale rápido de la tienda de un galileo situada en la planicie del monte de los Olivos donde muchos de la misma región se han unido para la fiesta. Todos duermen. La luz de la luna que, poco a poco, avanza el horizonte, baña sus tiendas, como también los árboles y pendientes, y hasta la ciudad que allá abajo duerme...

Jesús sin hacer ruido, pasa por entre las tiendas. Llegado a los límites de las tiendas, desciende veloz por los escabrosos senderos que llevan a Getsemaní, lo atraviesa, sale, pasa del puentecillo que hay sobre el Cedrón y que parece una cinta plateada que cantase a la luna, llega a la puerta custodiada por los legionarios. Tal vez sea una precaución del Procónsul que

⁸ Cfr. Is. 8, 14.

⁹ Cfr. Is. 8, 15.

¹⁰ Cfr. Is. 8, 16.

¹¹ Cfr. Zac. 3, 8-9.

¹² Cfr. Zac. 6, 12-13.

¹³ Cfr. Zac. 3.

¹⁴ Cfr. Is. 52, 13-53; 12; Dan 9.

¹⁶ Cfr. Zac. 4, 1-14; Ap. 4-5.

¹⁷ Tal vez alude aquí a los siete sacramentos.

¹ Cfr. Mt. 21, 18-22; Mc 21, 23-37; Mc. 11, 12-14; 12, 1-12; Lc. 20, 1-18.

ordena se vigilen las puertas cerradas. Los soldados son cuatro. Hablan entre sí. Están sentados sobre grandes piedras, recostadas contra el fuerte muro. Se calientan junto a una hoguera de ramas, de la que sale una luz rojiza que se proyecta en las corazas, en los yelmos, bajo las cuales se descubren fisonomías italianas, diversas de las hebreas.

“¿Quién va?” grita el primer soldado que descubre la figura alta de Jesús por detrás de la esquina de una casucha cercana a la puerta. Toma su lanza, que estaba apoyada contra el muro, toma su actitud militar. Los demás lo imitan. Sin dar tiempo a que responda Jesús, dice: “No se puede entrar. ¿No sabes que está para acabarse la segunda vigilia?”

“Soy Jesús de Nazaret. Mi Madre está en la ciudad y voy a verla”.

“¡Oh, el hombre que resucitó al muerto de Betania! ¡Por Júpiter! ¡Hasta que por fin te veo!” Se le acerca. Da vueltas a su alrededor como para asegurarse de que es algo real, de que es un hombre como todos. Y prorrumpe: “¡Oh, dioses! ¡Es hermoso como Apolo, pero en lo demás como nosotros! ¡No trae bastón, ni birrete, ni cosa alguna que demuestre su poder!” Se queda perplejo. Jesús lo mira dulcemente..

Los otros que no son tan curiosos –tal vez hasta han visto a Jesús otras veces- dicen: “¡Ojalá hubiera estado aquí a la mitad de la primera vigilia, cuando llevaron al sepulcro a la hermosa muchacha que murió esta mañana. La habríamos visto resucitar...”

Jesús repite dulcemente: ¿Puedo ir a ver a mi Madre?”

Los cuatro soldados vuelven en sí. El de mayor edad responde: “En verdad que la orden es de que no puedes pasar, pero de todos modos lo harías. Quien obliga a que se abran las puertas del Ades, puede abrir las puertas de una ciudad cerrada. Tú no eres un hombre que provoque sediciones. Por lo tanto no podemos prohibirte el paso. Sólo procura que no te sorprendan las rondas. Marco Grato, abre. Pasa sin hacer ruido. Somos soldados y debemos obedecer”.

“No te preocupes. Vuestro bello gesto no recibirá ningún castigo”.

Un legionario abre cuidadosamente la puertecilla que hay en el gigantesco portón y dice:

“Pasa pronto. Dentro de poco termina el turno y nos relevarán otros”.

“La paz sea con vosotros”.

“Somos hombres de guerra...”

“También en la guerra permanece la paz que Yo doy, porque es paz del alma”.

Jesús se adentra en la oscuridad del arco abierto a través del muro. Sin hacer ruido pasa ante el cuerpo de guardia, de donde sale una luz que arroja una lámpara de aceite, suspendida de un gancho. La luz permite ver los cuerpos de los soldados que duermen sobre petates extendidos en el suelo, envueltos en sus mantos con las armas a su lado.

Jesús se encuentra ya en la ciudad... Lo pierdo de vista, mientras veo cuando vuelven a entrar dos soldados que lo habían visto alejarse, antes de que entrasen a despertar a los otros para el relevo.

“No se le ve más... ¿Qué habrá querido decir con esas palabras? Me hubiera gustado saberlo” dice el más joven.

“Se lo hubieras preguntado. No nos desprecia. Es el único hebreo que no nos hace el feo” le responde el otro, que se encuentra en la edad viril.

“No me atreví. Soy un campesino de Benevento, y ¿cómo iba a hablar a uno que dice que es Dios?”

“¿Un dios montado en un asno? ¡Ah, si fuese un borracho como Baco lo haría, pero no lo es! Me imagino que ni siquiera el *mulsum*². ¿No ves qué pálido está?”

“Y con todo los hebreos...”

“Esos sí que beben, aunque finjan no hacerlo. Se embriagaron con los vinos de estas tierras, y con su cerveza³, han visto a su dios dentro de un hombre. Créemelo. Los dioses son un cuento. En el Olimpo no hay nadie y la tierra no los conoce”.

² Según el latín y los mejores diccionarios latinos, no es *mulsum*, sino *mulsum*. Era esta una bebida completa de vino en que se mezclaba miel. Era la bebida de ricos y tenida por deliciosa.

³ Bebida embriagante, aunque no hecha de vino.

“¡Si te oyesen!...”

“¿Eres tan niño para ser tan inocente? ¿No sabes que el mismo César no cree en los dioses, como tampoco creen los pontífices, los augures, los arúspices, los arvalos, las vestales⁴, ni nadie?”

“Y entonces ¿por qué?...”

“¿Por qué las ceremonias? Porque gustan al pueblo. Se sirven de ellas los sacerdotes, y el César para que se les obedezca como a dios terrenal, a quien los dioses del Olimpo sostienen de la mano. Pero los primeros que no creen son los que veneramos como ministros de los dioses. Yo soy pirroniano⁵. He dado vueltas a la tierra. Tengo mucha experiencia. Mis cabellos se van haciendo blancos, y mi inteligencia es cada vez más madura. Como ley personal, tengo tres puntos: Amar a Roma, la única diosa y la única realidad hasta la muerte. No creer en nada, porque todo lo que nos rodea es ilusión, fuera de la patria que es sagrada e inmortal. También debemos dudar de nosotros, porque no sabemos si vivimos. El sentido y la razón no son suficientes para convencernos de poder conocer la verdad; y la vida y la muerte tienen el mismo valor porque no sabemos qué cosa sea el vivir, así como ignoramos qué es morir” dice con afectación filosófica y con ínfulas de superioridad...

El otro lo mira sin saber responder. Luego: “Por mi parte creo. Me gustaría saber... Saber de aquel Hombre que acaba de pasar. Él ciertamente sabe la verdad. Algo extraño emana de Él. Algo así como una luz que te penetra”.

“¡Qué Esculapio te salve! ¡Estás enfermo! Se comprende. Hace pocos días que subiste el valle a estas alturas, y suelen enfermarse de fiebre los recién venidos. Estás delirando. Ven. No hay más que vino caliente y aromas para quitar con el sudor el veneno de la fiebre jordánica...” y lo empuja hacia donde está la guardia.

Pero el otro se hace a un lado. Replica: “No estoy enfermo. No quiero vino caliente y drogado. Quiero seguir vigilando, y esperar a ese hombre que se llama Jesús”.

“Si esperar no te disgusta... voy a despertar a aquellos para el relevo. Nos estamos viendo...” Haciendo ruido, entra donde está el cuerpo de guardia y despierta a sus compañeros diciendo: “Ya es hora. Arriba, flojos. Despertad. Estoy cansado...” da un fuerte bostezo, maldice porque dejaron apagar el fuego, y se han bebido todo el vino caliente “tan necesario para secarse del rocío palestinese”.

El joven legionario apoyado sobre la muralla, que la luna baña con sus luces espera a que Jesús regrese. Las estrellas le hacen compañía...

Entre tanto Jesús ha llegado a la casa de Lázaro que está en la colina de Sión y llama a la puerta. Leví sale a abrirle.

“Maestro, ¿Tú? Las dueñas están durmiendo. ¿Por qué no enviaste a algún criado? ¿Y si te hubiera pasado algo?”

“No me hubieran dejado pasar”.

“¡Ah, es verdad! ¿Pero cómo pasaste?”

“Soy Jesús de Nazaret. Los legionarios me permitieron pasar. Pero no lo digas a otros, Leví”.

“No lo diré... ¡Son mejores que muchos de nosotros!”

“Llévame a donde está mi Madre y no despiertes a ninguno”.

“Como ordenes, Señor. Lázaro nos ha mandado obedecerte en todo sin discusión ni tardanza. Nos lo manó decir por medio de un siervo, y también a las otras casas suyas. Obedecer y callar. Lo haremos. Nos devolviste a nuestro dueño...”

El criado se adelanta por los largos corredores como galerías, del hermoso palacio de Lázaro situado en la colina de Sión. La luz que lleva en las manos dibuja espectrales figuras sobre cuanto alumbra. El criado se detiene ante una puerta cerrada: “Allí está tu Madre”.

“Puedes irte”.

⁴ Como se sabe, los augures y arúspices eran adivinos; los arvalos y vestales eran sacerdotes y sacerdotisas paganos.

⁵ Pirroniano, esto es, seguidor de Pirro, fundador de una escuela escéptica (360-270 a. C.)

“¿Y la luz? ¿No la quieres? ¿Puedo regresar a oscuras. Conozco bien la casa, nací aquí”.

“Déjala. No quites las llaves de la puerta. Salgo pronto”.

“Sabes dónde estoy. Cerraré por precaución, pero te abriré cuando te oiga llegar”.

Jesús se queda, llama suavemente, tan suave que sólo quien esté despierto puede oír.

De dentro de oye un ruido como de una silla que se hace a un lado y se escuchan suaves pasos. En voz baja pregunta: “¿Quién es?”

“Yo, Mamá, ábreme”

Al punto se abre la puerta. La luz de la luna ilumina la habitación tranquila y sus rayos bañan el lecho en que todavía no se ha acostado la Virgen. Se nota una silla junto a la ventana abierta.

“¿Aún no te dormías? ¡Es tarde!”

“Estaba orando... ven, Hijo mío. Siéntate aquí” y señala la silla.

“No puedo quedarme. Vine para que fuéramos a la casa de Elisa en el Ofel. Analía ha muerto

¿No lo sabías?

“No. ¿Cuándo fue?”

“Después de que pasé”.

“¡Después de que *pasaste*! ¡Fuiste para ella el ángel liberador! ¡Para ella la tierra era una prisión! ¡Dichosa! ¡Quisiera hallarme en su lugar! Murió... ¿naturalmente? Quiero decir ¿no fue por alguna desgracia?”

“Murió por el gozo de amor. Lo supe cuando estaba cerca del Templo. Ven conmigo, Mamá. No tenemos miedo de profanarnos, al consolar a una madre que tuvo entre sus brazos su hija muerta por una alegría sobrenatural... Nuestra primera discípula virgen. La que fue a Nazaret a buscarme y a pedirme esta alegría... ¡Días lejanos y tranquilos!”

“El otro día estuvo cantando como una curruca enamorada y me besó diciendo: “¡Soy muy feliz!” Y moría de ansias por saber algo de Ti. Cómo te formó Dios. Cómo me eligió. Mis recuerdos de cuando consagré la virginidad... Ahora comprendo... Estoy lista, Hijo”.

Mientras María hablaba, ha vuelto a recoger sus trenzas, que le caían sobre la espalda y la hacían parecer más joven, y se ha puesto el velo y el manto.

Salen haciendo el menor ruido posible. Leví está cerca del portón. Dice: “Prefería hacer así... por mi mujer... Las mujeres son curiosas. Me hubiera hecho miles de preguntas... Así está mejor...”

Abre. Jesús le dice: “Dentro de esta misma vigilia traeré otra vez a mi Madre”.

“Estaré alerta. No te preocupes”.

“La paz sea contigo”.

Caminan por las calles silenciosas, vacías, de las que la luna poco a poco se va alejando y sólo ilumina las casas altas de la colina de Sión. Más bañado en luz está el suburbio de Ofel, de casas pobres y bajas.

Llegan a la casa de Analía. Está cerrada, oscura, silenciosa. Se ven flores tiradas sobre los escalones, tal vez que ella misma arrojó antes de morir, o que cayeron sobre su lecho fúnebre...

Jesús llama a la puerta. Toca otra vez...

Se oye el ruido del bastidor de una ventana. Una voz que pregunta: “¿Quién es?”

“María y Jesús de Nazaret” responde María.

“¡Oh, voy al punto!...”

Esperan un poco. Se oye cómo corren los cerrojos. Se deja ver el rostro entristecido de Elisa que apenas logra sostenerse. Cuando María entra y le abre los brazos, se echa en ellos con sollozos, sin decir nada.

Jesús cierra, y espera que su Madre tranquilice aquella anciana. Hay una habitación cerca de la puerta. Entran. Jesús trae la lámpara que Elisa había dejado sobre el pavimento de la entrada antes de haber abierto la puerta.

Elisa sigue gimiendo. Entre sollozos roncos habla a María. Jesús de pie, calla... Elisa no puede comprender por qué murió su hija de este modo... Y en medio de su sufrimiento, hace a Samuel causante de su muerte, porque la engañó: “Le destrozó el corazón, ¡ese maldito! Ella

no lo decía, pero no cabe duda que hace mucho tiempo que sufría. Su corazón se partió en la alegría cuando gritó. ¡Sea maldito para siempre!”

“No querida. No. No lo maldigas. No es así. Dios la amó tanto que quiso fuera a gozar de la paz. Y aun cuando hubiera muerto por causa de Samuel –no es, pero supongámoslo- piensa qué muerte alegre tuvo, y que una mala acción le alcanzó una muerte feliz”.

“No puedo. ¡Se me ha muerto! ¡Se me ha muerto! No sabes lo que significa haber perdido una hija. Dos veces lo he probado. La lloraba cuando tu Hijo me la curó. Pero ahora... ¡Él no ha vuelto! No ha tenido compasión... ¡La he perdido! Mi hija está en la tumba. ¿Sabes lo que significa ver agonizar a un hijo? ¿Saber que debe morir? ¿Verlo muerto cuando se le creía sano y fuerte? No lo sabes. No puedes hablar sobre esto. Era hermosa como una rosa que se abre al primer rayo del sol. Quiso ponerse el vestido que le había tejido para la boda. Quiso llevar su corona de flores como una novia. Luego deshizo la guirnalda para arrojar las flores a tu Hijo. ¡Cantaba, cantaba! Su voz llenaba la casa. Era linda como la primavera. La alegría puso en sus ojos estrellas resplandecientes. Sus labios parecían de granada sirviendo de marco a sus blanquísimos dientes. Tenía sus mejillas rosadas, frescas como las rosas después del rocío. Y se quedó blanca como el lirio que apenas empieza a abrir su corola. Se dobló sobre mi pecho como un tallo cortado... ¡Ni una palabra! ¡Ni un suspiro! ¡No más color en su cara, no más miradas! Estaba hermosa como un ángel de Dios, pero sin vida. Tú no sabes, tú que estás contenta por el triunfo de tu Hijo, que está sano y fuerte, ¡qué cosa es mi dolor! ¿Por qué no volvió? ¿Qué le hicimos ella y yo para que no hubiera tenido piedad de mi plegaria?”

“¡Elisa, Elisa, no hables así!... El dolor te ciega y te hace sorda... Elisa, no conoces mi sufrir. No conoces el mar profundo en que se convertirá mi sufrimiento. La viste plácida, bella... entre tus brazos. Yo... hace más de seis lustros que contemplo a mi Hijo, y más allá de su cuerpo que contemplo y acaricio, veo las llagas del Hombre de dolores⁷ en que se convertirá. Dices que no sé qué significa ver un hijo llegar a la boca de la muerte dos veces y la segunda quede en paz. ¿Pero sabes qué es para una madre tener ante sus ojos esta visión por tantos años? ¡Mi Hijo! Míralo. Está vestido de rojo⁸ como si hubiese salido de un baño de sangre. Y dentro de poco, cuando todavía la cara de tu hija no se habrá afeado, lo veré bañado en su sangre inocente. Con la sangre que le di. Si tú tuviste a tu hija contra el pecho, ¿comprendes cuál será mi dolor cuando vea morir a mi Hijo como a un malhechor sobre la cruz? Míralo. Es el Salvador de todos, tanto del cuerpo como del alma. Porque los cuerpos salvados por Él serán incorruptos y bienaventurados en su Reino. Mírame, mírame a mí que hora tras hora acompaño y conduzco -¡oh, yo no lo detendría ni siquiera un paso!- al sacrificio! Puedo comprenderte. ¿Comprendes tú mi corazón! No te irrites contra mi Hijo. Analía no hubiera soportado ver la agonía de su Señor. Él ha hecho que fuera feliz en una hora de regocijo”. Al oír estas palabras, Elisa ha dejado de llorar. Mira a María, en cuyo rostro de mártir se ven lágrimas silenciosas. Mira a Jesús que la mira con piedad... cae a los pies de Él llorando: “¡Pero se me ha muerto, se me ha muerto, Señor! Como un lirio, como un lirio pisoteado. Nuestros poetas han dicho que eres el que se pasea entre los lirios⁹. ¡Oh, verdaderamente Tú, nacido del lirio-María desciendas frecuentemente por los floridos prados, y las purpurinas rosas conviertes en niveos lirios, y los cortas arrebatándoselos al mundo. ¿Por qué, Señor? ¿No es justo que una madre se regocije con su rosa que nació de ella? ¿Por qué apagar el color purpurino en la fría palidez de muerte del lirio?”

“¡Los lirios! Serán el símbolo de las que amarán como mi Madre ha amado a Dios. El niveo prado del Rey divino”.

“Pero nosotras, las madres, lloraremos. Nosotras tenemos derecho a nuestras hijas. ¿Por qué arrebatarnos la vida?”

⁷ Alusión a Is. 52, 13 – 53, 12.

⁸ Alusión a Is., 63, 1-6, Cfr. también Ap. 19, 11-16.

⁹ Cfr. Cant. 2, 1. 16; 6, 2. Se aconseja leer ambos capítulos.

“No quiero decir esto, Elisa. Las hijas quedarán, pero consagradas al rey como las vírgenes en el palacio de Salomón. Recuerda el Cántico¹⁰... Y serán las esposas, las amadísimas en la tierra y en el cielo”.

“¡Pero mi hija ha muerto! ¡Está muerta!” Y el llanto se apodera de ella.

“Yo soy la Resurrección y la Vida. Quien cree en Mí, cuando llegue a morir, vive, y en verdad te digo que no muere para siempre. Tu hija vive. Vive para siempre porque creyó en la Vida. Mi muerte será para ella una vida completa. Ha conocido la gloria de vivir en Mí antes de conocer el dolor de verme muerto. Tu dolor te ciega y te hace sorda. Mi Madre ha dicho bien. Pero pronto dirás lo que te mandé decir esta mañana: “Realmente su muerte fue una gracia de Dios”. Créelo, Elisa. El horror se va a apoderar de este lugar. Vendrá e día en que las madres que habrán sufrido una desgracia, como tú, dirán: “Gracias se den a Dios que libró a nuestros hijos para que no contemplasen estos días”. Y las madres que no hubieran sufrido alguna desgracia, gritarán al cielo: “¿Por qué, ¡oh Dios!, no quitaste la vida a nuestros hijos para que no vieses esta hora?” Créelo, mujer. Cree en mis palabras. No levantes ante ti y Analía la verdadera valla que divide: la de no tener la misma fe. ¿Ves? Podía Yo no haber venido. Sabes cuánto me odian. ¡No te hagas ilusiones de este triunfo momentáneo... En cualquier rincón de la calle puede ocultarse una asechanza contra Mí. He venido, de noche, a consolarte y a decirte estas palabras. Compadezco a una madre que sufre. Pero por la paz de tu alma vine a decirte esto. Tranquilízate. Cálmate. Está en paz”.

“Dame esa paz, Señor. ¡Yo no puedo! No puedo calmarme en medio de mi dolor. Tú que devuelves la vida a los muertos y la salud a los moribundos, da paz al corazón de una madre angustiada”.

“Así sea. Sea la paz contigo”. Le impone las manos bendiciéndola y orando en silencio. María se ha arrodillado a su vez cerca de Elisa rodeándola con su brazo.

“Adiós, Elisa. Me voy...”

“¿No nos veremos más, Señor? Por muchos días no saldré de casa. Tú te vas después que termine la Pascua. Tú... eres una parte de mi hija... porque Analía... porque Analía vivía en Ti y por Ti”. Lloro un poco más calmada.

Jesús la mira... le acaricia la cabeza cana. Le dice. “Volverás a verme”.

“¿Cuándo?”

“Dentro de ocho días”.

“¿Y me consolarás? ¿Me bendecirás para darme fuerzas?”

“Mi corazón te bendecirá con toda la plenitud de amor con que amo a los que me aman. Vámonos, Madre”.

“Hijo mío, si me lo permites, me quedo un poco más con ella. El dolor es como una ola que regresa después que se alejó el que había dado paz... estaré a la hora de prima. No tengo miedo de andar sola. Lo sabes también que sería capaz de atravesar un ejército enemigo para ir a consolar a una hermana en Dios”.

“Haz como quieras. Yo me voy. Dios esté con vosotras”.

Sale sin hacer ruido. Cierra detrás de Sí la puerta de la habitación y la de la casa. Se dirige a la muralla, a la puerta de Efraín o Estercolaria o de La Basura, porque muchas veces he oído que así llaman a estas dos puertas cercanas entre sí. Tal vez se deba a que una da al camino de Jericó que está más allá y que lleva a Efraín; y la otra porque está cerca del valle de Innón donde se quema la basura de la ciudad. Son tan iguales que se confunden.

El cielo comienza a esclarecer, estando todavía llena de estrellas. Las calles están envueltas en la penumbra. La luna ha desaparecido.

Pero el soldado romano tiene buenos ojos. Tan pronto como ve a Jesús que se acerca a la puerta, le sale al encuentro.

“Salve. Te estaba esperando...” Se detiene dudoso.

“Habla sin temor. ¿Qué se te ofrece?”

¹⁰ Cfr. Cant. 6, 4 – 8, 4.

“Quisiera saber. Dijiste: “La paz que doy permanece aun en la guerra porque es paz del alma”. Quisiera saber qué paz es y qué es el alma. ¿Cómo puede el hombre que está en guerra estar en paz? Cuando se abre el Templo de Jano se cierra el de la Paz. Ambas cosas no pueden coexistir en el mundo”. El soldado tiene a sus espaldas la pared verdosa de un huertecillo. El sendero húmedo, oscuro, corre entre casuchas. No se ve otra cosa fuera de Jesús y un débil resplandor que despiende el bruñido yelmo.

La voz de Jesús se oye dulce, luminosa, confiada por arrojar una semilla de luz en el alma del pagano. “Tienes razón; en el mundo no puede coexistir la paz y la guerra. Una excluye a la otra. Pero en el hombre de guerra puede haber paz aun cuando pelee. Puede existir *mi* paz. Porque *ella* viene del cielo, y no le hace ningún daño el fragor de la guerra y la ferocidad de la batalla. Siendo algo divino, penetra en lo divino que tiene el hombre, lo que se llama alma”.

“¿Es divina mi alma? Divino es Cesar. Yo soy hijo de campesinos. Soy todavía un legionario sin rango. Si soy valiente, llegaré a ser centurión. Pero divino, no”.

“Hay algo de divino en ti, el alma, que viene de Dios verdadero. Por esto es divina. Es una joya preciosa que vive en el hombre, que se alimenta de cosas divinas, que vive de la fe, de la paz, de la verdad. La guerra no la turba. La persecución no le hace ningún daño. La muerte no la mata. Sólo el mal, esto es, hacer lo que no está bien, la hiere o mata, y hasta la priva de la paz que Yo le doy; porque el mal separa al hombre de Dios”.

“¿Y qué es el mal?”

“Estar en el paganismo y adorar los ídolos una vez que la bondad de Dios verdadero ha dado a conocer que Él existe. No amar a los propios padres, a los hermanos, al prójimo. Robar, matar, ser rebelde, cometer acciones de lujuria, ser falso. He ahí el mal”.

“¡Ah, entonces yo no puedo tener tu paz! Soy soldado y se me han dado órdenes de matar. Entonces ¿no hay para nosotros salvación?”

“Sé justo en la paz como en la guerra. Cumple tu deber sin crueldad y sin ambición.. Mientras combates y conquistas, recuerda que el enemigo es semejante a ti, que en cada ciudad hay madres e hijas como tu madre y tus hermanas. Sé valiente sin ser un hombre desenfrenado. No saldrás así de los límites de la justicia y de la paz. Y *mi* paz estará contigo”.

“¿Y luego?”

“¿Qué quieres decir con luego?”

“¿Después de la muerte? ¿Qué pasa con el bien que hice y con mi alma que dices que no muere si no se hace el mal?”

“Seguirá viviendo. Seguirá viviendo del bien hecho, en medio de una paz gozosa, mayor que la que disfrutó en la tierra”.

“¡Entonces en Palestina uno sólo hizo el bien! Comprendido”.

“¿Quién?”

“Lázaro de Betania. ¡Su alma no murió!”

“Realmente él es un hombre justo, pero hay muchos semejantes a él que mueren sin resucitar, pero que su alma vive en su Dios verdadero, porque el alma tiene una mansión en el reino de Dios, y quien cree en Mí entrará en ese reino”.

“¿También yo que soy romano?”

“También tú, si creyeres en la Verdad”.

“¿Qué es la verdad?”

“Yo soy la Verdad, el Camino para ir a Ella. Soy la Vida y la doy a quien acepta la Verdad”.

El joven soldado piensa... guarda silencio... Luego levanta su cara. Una cara muy joven, en que se dibuja una sonrisa limpia, serena. Dice: “Procuraré no olvidar nunca esto y de saber un poco más. Me gusta...”

“¿Cómo te llamas?”

“Vital. De Benevento. De la campiña de la ciudad”.

“Recordaré tu nombre. Haz que tu espíritu sea verdaderamente vital alimentándolo con la Verdad. Adiós. La puerta va a abrirse. Me voy”.

“¡Ave!”

Jesús atraviesa, ligero, la puerta y se va rápido por el camino que lleva al Cedrón, al Getsemaní, y de allí al campo de los Galileos.

Entre los olivos del monte alcanza a Judas de Keriot que, también rápido se dirige al campo que va despertándose.

Judas da un brinco de susto al encontrarse frente a Jesús. Lo ve fijamente, sin decirle nada.

“Fui a llevar la comida a los leprosos. Pero... encontré a dos en Innón, cinco en Siloán. Los demás están curados. Me rogaron que lo dijese al sacerdote. Vine apenas se veía algo a fin de estar libre después. Esto va a provocar una gran resonancia. ¡Un número tan grande de leprosos curados por Ti! ¡Y en la presencia de todos!”

Jesús no responde. Lo deja hablar... No dice ni siquiera: “Has hecho bien”, ni nada referente a lo que Judas hizo, o al milagro. Pero deteniéndose de pronto y mirando fijamente al apóstol le pregunta: “¿Y bien? ¿Qué provecho se saca de haberte dejado libre y con toda la bolsa del dinero?”

“¿Qué quieres decir?”

“Que si te has hecho santo desde que te devolví la libertad y el dinero. Tú me comprendes...”

¡Ah, Judas, recuérdalo! Recuérdalo siempre: tú has sido a quien más he amado; y tú has sido el que menos me ha amado. Antes bien me has odiado más que el más feroz fariseo. Y recuerda también que ni siquiera, pese a esto, te odio sino en lo que toca a Mí, Hijo del Hombre, te perdono. Vete ahora. No hay nada qué añadir entre tú y Yo. Todo está terminado...”

Judas quisiera decir algo, pero Jesús con un gesto imperioso le hace señal de seguir adelante... Judas, con la cabeza inclinada, sigue el camino.

En el límite del campo de los galileos los apóstoles y dos siervos de Lázaro están ya preparados.

“¿Dónde estuviste, Maestro? ¿Y tú Judas? ¿Habéis estado juntos?”

Jesús se adelanta a la respuesta de Judas: “Tenía qué decir lagunas palabras a alguien que sufre. Judas fue a los leprosos... Todos, fuera de seis, están curados”.

“Oh, ¿por qué fuiste? Quería ir también yo” dice Zelote.

“Para estar ahora libre de venir con nosotros. Vámonos. Entremos en la ciudad por la puerta de los Peces. Démonos prisa” añade Jesús.

Es el primero en ponerse en camino, pasando por entre los olivos que llevan del campo, casi a la mitad del camino entre Betania y Jerusalén, al otro puentecillo del Cedrón, cerca de la Puerta de las Ovejas.

Hay casas esparcidas por las faldas. Y casi cerca de la planicie, cerca del río, se ve una higuera que se balancea sobre él. Jesús se dirige a ella, y busca entre sus espesas hojas si hay algún higo maduro. Pero ¡inútil! No hay más que hojas: “Eres como muchos corazones en Israel. No tienes ninguna dulzura para el Hijo del Hombre, ni compasión. ¡Que jamás vuelva a nacer en ti fruto alguno, ni de ti coma nadie!” dice Jesús.

Los apóstoles se miran. La ira de Jesús contra el árbol que no tiene frutos, que tal vez es selvático, los sorprende muchísimo. No objetan algo. Sólo más tarde, cuando han pasado el Cedrón, Pedro le pregunta: “¿Dónde has comido?”

“En ninguna parte”.

“¡Oh, entonces tienes hambre! Allí hay un pastor con algunas cabras. Voy a pedirle leche. Regreso pronto”. Se va y regresa cuidadoso con una vieja escudilla colmada de leche.

Jesús la bebe. Devuelve la escudilla al pastorcillo que había acompañado a Pedro...

Entran en la ciudad. Suben al Templo, y después de haber adorado al Señor, Jesús regresa al patio donde enseñan los rabinos.

La gente lo rodea. Una mujer que ha llegado de Cintium le presenta su hijito que una enfermedad ha cegado, según creo. Sus ojos están blancos como quien tiene una gran catarata en la pupila, o nube.

Jesús lo cura tocando con sus dedos sus párpados. Luego empieza a hablar:

“Un hombre compró un terreno y lo plantó de vides. Construyó una casa para los arrendatarios, una torre para los vigilantes, bodegas y lagares, y lo entregó para que trabajasen en él los arrendatarios en quienes confiaba. Luego, se fue.

Cuando llegó el tiempo en que los viñedos podían fructificar, el dueño del viñedo envió criados suyos a los arrendatarios, para que le entregasen los intereses. Pero ellos los tomaron, y a unos los apalearon, a otros los arrojaron a pedradas, hirieron a muchos; a otros mataron. Los que pudieron regresar vivos, contaron al dueño lo que había pasado. Este los curó y consoló; luego, envió otros siervos más numerosos. Los arrendatarios trataron a éstos como a los anteriores.

Entonces el dueño de la viña dijo: “Enviaré a mi hijo amado. Lo respetarán, pues es mi heredero”.

Los arrendatarios, tan pronto como vieron que se acercaba y, sabedores que era el heredero, se dijeron entre sí: “Juntémonos todos. Echémoslo afuera, a un lugar retirado y matémoslo. Su herencia será nuestra”. Lo acogieron con honores ficticios, lo rodearon como para festejarlo, le dieron el beso de amigo, y luego lo ataron. Lo maltrataron, lo condujeron entre insultos al lugar del suplicio y lo mataron.

Decidme ahora vosotros. Cuando ese padre y dueño sepa que su hijo y heredero no regresa y descubra que sus siervos-arrendatarios, quienes había prestado una tierra feraz* para que la cultivasen en su nombre, y tomasen lo que era de ellos, y lo que era justo le diesen a él ¿qué les hará cuando sepa que mataron a su hijo?” Jesús traspasa con sus ojos de zafiro, encendidos como un sol, a los diversos grupos reunidos, sobre todo a los fariseos y escribas esparcidos entre la multitud. Nadie responde.

“¡Contestad! Por lo menos vosotros, rabinos de Israel. Pronunciad una palabra recta que persuada al pueblo a la justicia. Yo podría decir algo que según vosotros no estuviese bien. Hablad, pues, para que el pueblo no caiga en error”.

Los escribas, como obligados, responden: “Castigaré a los criminales, y los hará perecer de un modo atroz. Entregará su viña a otros arrendatarios que, además de que se la cultiven, le darán lo que le pertenece”.

“Habéis respondido acertadamente. En la Escritura está dicho:¹¹ “La piedra que los constructores *hicieron a un lado* se ha convertido en la piedra angular. Esta es obra que hace el Señor y es una maravilla ante nuestros ojos”. Así pues está escrito, y vosotros lo sabéis. Habéis contestado rectamente al decir que los criminales serán castigados duramente porque mataron al hijo heredero, y al afirmar que la viña será entregada a otros arrendatarios que la cultiven como se debe. Por esto os digo: “El Reino de Dios os será quitado y será dado a gente que produzca sus frutos. Quien cayere *contra* esta piedra se despedazará, y sobre quien cayere quedará desmenuzado” ”.

Los jefes de los sacerdotes, los fariseos y escribas, con un gesto verdaderamente heroico, no reaccionan. ¡Tanto puede la voluntad del hombre cuando se propone algo! Por cosas menores se le habían opuesto antes, abiertamente. Pero hoy que Jesús les ha dicho que se les quitará el poder, no prorrumpen en improperios, no realizan ningún acto de violencia, no amenazan. ¡Falsos corderos, bajo una piel hipócrita de mansedumbre, en la que esconden un cruel corazón de lobo!

Se limitan a acercarse a Él, que ha vuelto a caminar hacia adelante y hacia atrás, escuchando a muchos peregrinos que hay en el vasto patio, que le piden consejo para su alma o para casos de familia o de sociedad. Como es el caso de alguien que le pregunta sobre una cuestión difícil de herencia, que ha provocado divisiones y mala voluntad entre los diversos herederos debido a que un hermano de ellos nació de una esclava, aunque su padre lo adoptó. Los hijos legítimos no lo quieren admitir consigo, ni repartirle parte de las casas y terrenos. No quieren tener nada en común con el bastardo. No saben cómo resolver el caso,

* feraz = fértil, copioso de frutos.

¹¹ Sal. 117, 22-23.

porque su padre los hizo jurar antes de morir, que así como siempre había tratado a todos de igual modo, así ellos debían repartir la herencia con el bastardo según justicia.

Jesús responde al que le había hecho la pregunta en nombre de los otros tres hermanos:

“Privaos todos de un pedazo de tierra cuyo valor equivalga a la quinta parte de la suma total de todos los bienes y vendedlo. Tomad ese dinero y dadlo al ilegítimo diciéndole: Esta es tu parte. No se te ha quitado nada de lo tuyo, ni tampoco hemos contrariado la voluntad de nuestro padre. Vete y que Dios sea contigo” Sed generosos y dadle aún más del valor estricto que le corresponda. Llamad a hombres probos como testigos, y nadie en la tierra, o después, podrá reprocharos algo. Habrá paz entre vosotros y en vosotros, pues no tendréis el remordimiento de haber desobedecido a vuestro padre, y de que no estará con vosotros el que fue causa de intranquilidad, aunque inocente. Algo así como un ladrón que se hubiese metido en casa”.

El hombre responde: “el bastardo nos arrebató realmente la paz en la familia. Nuestra madre murió de dolor por su causa”.

“Él no es el culpable, sino el que lo engendró. Él no pidió nacer para llevar sobre sí la marca del bastardo. Fue la pasión de vuestro padre que lo engendró para hacerlo y haceros sufrir. Sed, pues, rectos, para con el inocente que paga tristemente una culpa que no es suya. No os irritéis contra el espíritu de vuestro padre pues Dios lo ha juzgado ya. No son necesarios los rayos de vuestras maldiciones. Honrad a vuestro padre siempre, aun cuando sea culpable, no por tratarse de él, sino porque representó en la tierra a vuestro Dios, que os creó por su decreto, y fue el dueño de vuestra casa. Después de Dios vienen inmediatamente los padres. Recordad el Decálogo¹². No pequéis. Idos en paz”.

Los sacerdotes y escribas se le acercan para hacerle una pregunta. Dicen: “Te hemos escuchado. Ha sido realmente justa tu sentencia. Un consejo tan sabio que ni siquiera lo hubiera dado el mismo Salomón. Pero respóndenos ahora a nosotros, que haces prodigios y pronuncias sentencias como el rey sabio podía haberlo hecho, ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿De dónde te viene este poder?”

Jesús los mira fijamente. No tiene aire agresivo, ni despectivo, pero sí majestuoso. Responde: “También yo tengo una pregunta qué haceros, y si me la respondéis os diré con qué autoridad Yo, hombre sin autoridad de cargo y pobre –porque esto es lo que insinuáis- hago estas cosas. Decid: ¿de dónde venía el bautismo de Juan? ¿Del cielo? ¿De quién lo impartía? Respondedme. ¿Con qué autoridad Juan lo administró como rito purificadorio para prepararos a la venida del Mesías, si él era más pobre, menos instruido que Yo, sin cargo de ninguna clase, y que había vivido desde su niñez en el desierto?”

Los escribas y los sacerdotes se consultan entre sí. La gente con tamaños ojos y con orejas bien paradas se agolpa, pronta a protestar, si los escribas atacan al Bautista e insultan al Maestro, o a aclamar si la pregunta del Rabí de Nazaret los derrota. El silencio de la gente es completo. Tan profundo que se escucha la respiración y los cuchicheos de los sacerdotes y escribas que hablan entre sí, apenas moviendo los labios, que no dejan de mirar de reojo al pueblo cuyos sentimientos intuyen. Finalmente se resuelven a responder. Se vuelven a Jesús que está apoyado contra una columna, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándolos fijamente. Contestan: “Maestro, nosotros no sabemos con qué autoridad obraba Juan, ni de dónde venía su bautismo. A nadie se le ocurrió preguntárselo cuando vivía, y él nunca lo dijo”. “Tampoco Yo os diré con qué autoridad hago tales cosas”. Y les vuelve las espaldas, llama a los doce, se abre paso entre la multitud que lo aclama y sale del Templo.

Cuando están fuera, más allá de la Probática, pues por allí habían salido, Bartolomé le dice: “Tus adversarios se han hecho más prudentes. Tal vez se están convirtiendo al Señor que te envió y te reconocerán por el Mesías santo”.

“Es verdad. No discutieron ni tu pregunta, ni tu respuesta...” agrega Mateo.

¹² Cfr. Ex. 20, 1-17; Deut. 5, 1-22.

“Ojalá sea así. Es hermoso que Jerusalén se convierta al Señor Dios suyo” torna a hablar Bartolomé.

“¡No os hagáis ilusiones! Esa parte de Jerusalén *jamás* se convertirá. No respondieron de otro modo porque tuvieron miedo de la gente. Leí sus pensamientos, aunque no oí nada de lo que entre sí cuchicheaban”.

“¿Y qué decían?” pregunta Pedro.

“Os lo diré para que los conozcáis a fondo y podáis ofrecer a los venideros una descripción exacta de los corazones de los hombres de mi tiempo. No me respondieron, no porque se hubieran convertido al Señor, sino porque entre sí decían: “Si respondemos: ‘El bautismo de Juan vino del cielo’ el Rabí nos replicará: ‘Entonces ¿por qué no creísteis al que vino del cielo y amonestaba a que nos preparásemos para la era mesiánica?’ Si contestamos: ‘del hombre’. Entonces la multitud se rebelará, diciendo: ‘Entonces ¿por qué no habéis creído en lo que Juan, nuestro profeta, dijo de Jesús de Nazaret?’ Lo más cómodo es decir: ‘No sabemos’” esto es, pues, lo que entre sí decían. No porque se convirtiesen al Señor, sino por cálculo vil, a fin de no confesar abiertamente que Yo soy el Mesías y que hago estas cosas porque soy el Cordero de Dios del cual habló el Precursor. Tampoco quise aclarar con qué autoridad hago lo que hago. Muchas veces lo he dicho dentro de esos muros y por toda Palestina. Mis milagros hablan más elocuentemente que todas mis palabras. Ya no hablaré más. Dejaré que hablen los profetas, mi Padre y las señales del cielo, porque ha sonado la hora en que se cumplirán todas las señales. Las que dejaron los profetas, las que están representadas como símbolos de nuestra historia, y las que Yo he dicho: la señal de Jonás¹³ ¿Os acordáis de lo que sucedió aquel día en Cades? Es la señal que espera Gamaliel. Vosotros, Esteban y Hermas y tú Bernabé que has dejado hoy a tus compañeros por seguirme, muchas veces habéis oído hablar al rabí de esta señal. Pues bien: pronto se dará”.

Se interna por entre los olivares. Los suyos y muchos discípulos (de los setenta) y otros más, como José Bernabé, le siguen para oírlo hablar.

12. El lunes antes de la Pascua:

II. La noche

6 marzo 1945

Ya ha anochecido y Jesús permanece aún en el olivar. Con Él los apóstoles. De nuevo les habla.

“Y ha pasado ya un día. Mañana será otro. Después, pasado mañana; y luego, al siguiente día, la cena pascual”.

“¿Dónde la celebraremos, Señor mío? Este año están también las mujeres” pregunta Felipe.

“No hemos provisto nada. La ciudad está a reventar de gente. Parece como si todo Israel, y hasta el más lejano prosélito hubiera venido para la fiesta dice Bartolomé.

Jesús le mira. Y como si recitase un salmo, dice¹: “Juntaos, apresuraos, de todas partes venid a mi víctima que inmolo por vosotros. Llegaos a la *gran Víctima* inmolada sobre los montes de Israel, para que comáis su Carne y bebáis su Sangre”.

“¿Cuál es esa víctima? Parece como si tuvieras una idea fija. No hablas más que de muerte... y nos apesadumbra” replica Bartolomé, recalando sus palabras.

Jesús lo vuelve a mirar, pero no mira a Simón que cuchichea algo a Santiago de Alfeo y a Pedro. Continúa: “¿Cómo? ¿Me lo preguntas? Tú no eres uno de esos pequeñuelos, que deben recibir la septiforme luz para que se hagan doctos. Tú ya eras docto en la Escritura antes de que te hubiese llamado por medio de Felipe, en aquella mañana de primavera. De *mi* primavera. ¿Me preguntas cuál es la víctima inmolada sobre los montes, de la que todos vendrán a alimentarse? ¿Dice que tengo una idea fija, porque hablo sólo de muerte? ¡Oh,

¹³ Cfr. Jon. 2.

¹ Cfr. Ex. 39, 17.

Bartolomé! Yo lancé una, dos, tres veces, el grito de alerta en vuestras tinieblas que jamás abrieron a la luz como si hubiera sido el grito del vigía. Y jamás quisisteis oírlo. Durante un instante sufristeis y después... cual pequeñuelos olvidasteis las palabras referentes a mi muerte y regresasteis alegres a vuestro trabajo, seguros, confiados que mis palabras y las vuestras persuadirían cada vez más al mundo de que siguiesen y amasen a su Redentor. No. Sólo después que la tierra³ habrá pecado contra Mí, y recordad que son palabras que el Señor dice a su profeta, *sólo entonces*, el pueblo, y no sólo éste, sino *el gran pueblo de Adán* empezará a gemir⁴ diciendo: "Vayamos al Señor. El que nos hirió nos curará". El mundo de los redimidos dirá: 'Después de dos días, esto es, *dos etapas* de la eternidad, durante los cuales nos habrá dejado a merced del Enemigo que nos golpeará y matará con todo género de armas, así como golpeamos y matamos al Santo y lo golpeamos y lo matamos pues siempre existirá la raza de Caín que matará con las blasfemia y malas obras al Hijo de Dios, el Redentor, arrojando flechas mortales no contra su persona eternamente glorificada, sino contra el alma propia que Él rescató, matándola y *matando así a Él a través de sus almas* – sólo después de estas etapas vendrá el tercer día, y resucitarán sobre la tierra ante la presencia del reino del Mesías y vivirá en el triunfo del espíritu. Aprenderemos a conocer al Señor para estar prontos para soportar, por medio de este *verdadero* conocimiento de Dios, la última batalla de Lucifer que trabará contra el hombre, antes de que se oiga el sonido de la trompeta del ángel⁵ que abrirá para siempre el coro del número perfecto –al que no podrá más agregarse ni un infante, ni un anciano- que cantará: 'Se ha acabado el pobre reino de la tierra. El mundo ha pasado con todos sus habitantes ante la revista que ha hecho el Juez victorioso. Los elegidos están ahora en las manos de nuestro Señor y de su Mesías. Él es para siempre nuestro Rey. Sea alabado el Dios Omnipotente que es, que era, que será, porque ha asumido todo su poder y ha entrado en posesión de su reino'".

¡Oh, quién podrá recordar las palabras de esta profecía que resuenan veladamente en las expresiones de Daniel⁶, y ahora que hace que vuelva a retumbar la voz del Sabio ante el mundo atónito, ante vosotros más sorprendidos que él!

El mundo continuará gimiendo con sus heridas, encerrado en su sepulcro, medio vivo, medio muerto, rodeado por su septiforme vicio y de sus innumerables herejías, muerto en medio de sus últimos esfuerzos como el cuerpo de un leproso. Y la venida del Rey⁷ ha sido preparada como la de la aurora, y vendrá a nosotros como la lluvia de primavera y de otoño.

A la aurora precede la muerte, que es la noche, y *que es ahora*. ¿Qué debo hacerte, Efraín? ¿Qué debo hacerte Judá?... Simón, Bartolomé, Judas, primos míos, que sois bastante doctos en la Escritura ¿reconocéis estas palabras? Proceden no de uno que esté loco, sino de quien posee la sabiduría y la ciencia. Como un rey que abre sus cofres porque sabe que allí está la piedra preciosa que busca, pues él mismo la había puesto antes, cito a los profetas. *Yo soy la Palabra. Durante los siglos he hablado a través de los labios humanos⁸, y seguiré hablando. Todo lo que de sobrenatural se ha dicho es mío. Ningún hombre, aun el más docto y santo puede subir, como si fuese un águila, más allá de los límites del mundo ciego, para arrebatarse y manifestar los misterios eternos.*

El futuro no es 'presente' sino en la Mente Divina. *La necesidad existe en aquello que, sin contar con nuestro querer, pretenden anunciar profecías y decir revelaciones. Dios los desmiente prontamente y los castiga porque sólo es Él el que puede decir: 'Yo soy', 'Yo veo', 'Yo sé'. Pero, cuando la Voluntad que no se mide, que no se juzga, que se acepta con la cabeza inclinada diciendo: 'Aquí estoy', sin discutir, invita: 'Ven, sube, oye, ve, repite';*

³ Cfr. Ex. 14, 12-13..

⁴ Cfr. Os. 6, 1-6.

⁵ Cfr. Ap. 11, 15-17.

⁶ Leer Dan. 7.

⁷ Cfr. Os. 6, 3-4.

⁸ Cfr. Hech. 1, 1-2.

entonces sumergida en el alma en el presente eterno de su Dios, que la llama para ser 'voz', ve y se estremece, ve y llora, ve y se regocija. Entonces el alma que el Señor llamó para que fuese 'palabra' oye, y al llegar a un éxtasis o un sudor agónico, pronuncia las palabras terribles del Dios eterno. Porque cada palabra de Dios es tremenda, pues viene de quien su sentencia es inmutable, su justicia inexorable, que se dirige a los hombres, de entre los que pocos merecen amor y bendición más bien que rayos y condenación. Ahora bien, esta palabra que se le desprecia ¿no se convertirá en una culpa terrible, en castigo para los que después que la oyeron la rechazan? Lo será.

¿Qué debo hacer todavía,¹⁰ ¡oh Efraín! ¡oh Judá! ¡oh mundo! que no haya hecho? Vine, oh tierra mía, vine porque te amaba. Mis palabras se convirtieron en espada que te mata porque la aborreciste. ¡Oh, mundo que matas a tu Salvador, creyendo obrar justamente! Estás tan poseído de Satanás que no eres ni siquiera capaz de comprender cuál sea el sacrificio que Dios exige, sacrificio del propio pecado y no de un animal que se le inmola y consume con el alma sucia!¹¹ ¿Qué te he dicho en estos tres años? ¿Qué te he predicado? Te he dicho: 'Conoce a Dios en sus leyes, en su naturaleza'. Me he secado como un jarro de barro poroso expuesto al sol para derramar el conocimiento necesario de la ley, y de Dios. Has seguido ofreciendo sacrificios, pero no el único necesario: ¡la inmólación de tu mala voluntad al Dios verdadero!

Ahora, el Dios eterno te dice, ciudad pecadora, pueblo perjuro —y en la hora del Juicio se empleará contra ti el látigo que no será empleado contra Roma ni Atenas. Estas dos ciudades son necias: no conocen la palabra y el saber, pero cuando se vean libres de sus males, pasarán a los brazos santos de mi Iglesia, de mi única y sublime Esposa que me dará innumerables hijos dignos de Mí, crecerán y se harán adultas, me regalarán palacios y ejércitos, templos y santos con que se pueble el cielo como de estrellas— ahora el Dios eterno te dice:¹² 'No me agradáis más y no aceptaré ya más de vuestra mano don alguno, porque para Mí es como si fuese estiércol¹³, que arrojaré contra vuestras caras, y se os quedará pegado. Vuestras solemnidades son toda exterioridad. Me producen asco. Canelo mi pacto que hice con la estirpe de Aarón y lo paso a los hijos de Leví¹⁴ porque: este es mi Leví, y con Él hice un pacto eterno de vida y de paz. Él me ha sido fiel durante los siglos, hasta el sacrificio. Temió santamente al Padre y tembló ante la ira que pudiera suscitar sólo el sonido de haber ofendido mi nombre. La Ley de la verdad estuvo en su boca, y en sus labios no hubo iniquidad. Caminó conmigo en la paz y equidad, y a muchos arrebató del pecado. Ha llegado el tiempo en que en todas partes y no más sobre el único altar de Sión, pues se han hecho indignos¹⁵, será sacrificada y ofrecida a mi nombre la Hostia pura, inmaculada, aceptable al Señor'.

¿Reconocéis las palabras eternas?"

"Las reconocemos, Señor nuestro. Créenos que nos sentimos cual si hubiéramos sido apaleados. ¿No es posible desviar el destino?"

"¿Lo llamas destino, Bartolomé?"

"No conozco otra palabra..."

"Reparación. Ese es su nombre. Si se ofende al Señor, hay qué reparar la ofensa. El primer hombre ofendió al Dios creador¹⁶. Desde aquel entonces la culpa ha seguido aumentando. Las aguas del diluvio no sirvieron para nada¹⁷ como tampoco el fuego que llovió sobre Sodoma y

¹⁰ Cfr. Os. 6, 4.

¹¹ Cfr. Os. 6, 6; 8, 11-13. Is. 1, 10-20; Am. 5, 21-27.

¹² Cfr. Mal. 1, 10.

¹³ Cfr. Mal. 2, 3.

¹⁴ Cfr. Mal. 2, 4-6.

¹⁵ Cfr. Mal. 1, 11.

¹⁶ Cfr. Gén. 3.

¹⁷ Cfr. Gén. 5, 5 – 9, 17.

Gomorra¹⁸ para que el hombre fuera santo. Ni el agua, ni el fuego. La tierra es una Sodoma ilimitada, por donde se pasea libremente Lucifer su rey. Es necesaria una triple cosa para lavarla: el fuego del amor, el agua del dolor, la Sangre de la Víctima. Este es mi don, ¡oh tierra! Para eso vine. Para dártelo. ¡No puedo huir! Es pascua. No se puede huir”.

“¿Por qué no vas a casa de Lázaro? No significaría que huyes. Nadie te tocaría si estás allí”.

“Simón dice bien. ¡Te suplico, Señor, que lo hagas!” grita Judas Iscariote echándose a los pies de Jesús.

A su acto responde un gran llanto de Juan. Los demás apóstoles lloran, pero en silencio.

“¿Crees que sea Yo el ‘Señor’? ¡Mírame!” Jesús penetra con su mirada la cara angustiada de Iscariote, porque realmente está afligido, no finge. Tal vez sea la última batalla de su alma contra Satanás y no sabe vencerla. Jesús lo escudriña: sigue esa lucha como un médico sigue la crisis de su enfermo. Luego se levanta bruscamente, de modo que Judas que estaba apoyado sobre sus rodillas, es echado para atrás y cae sentado sobre tierra. Jesús se echa también para atrás con el rostro agitado, y dice: “¿Para hacer también arrestar a Lázaro? Doble presa, y por lo tanto doble alegría. No. Lázaro servirá al Mesías futuro, *al Mesías triunfante*. Sólo uno será arrojado fuera de la vida y *no regresará*. Yo regresaré. Pero él no regresará. Lázaro se queda. Tú, *tú que sabes tanto*, también sabes esto. Aquellos que esperan conseguir doble ganancia al cazar al águila con su aguilucho en el nido y sin trabajo alguno, deben convencerse que *el águila tiene ojos para todos, y que por amor a su aguilucho, irá lejos de su nido, para que, al ser capturada ella, se salve él*. El odio me está matando y con todo sigo amando. Idos. Me quedo a orar. Nunca, como en estos momentos, siento el anhelo de llevar mi alma al cielo”.

“Permíteme que me quede contigo, señor” suplica Juan.

“No. Todos tenéis necesidad de descansar. Vete”.

“¿Te quedas solo? Y ¿si te hacen algún daño? Parece como si también sufrieras... yo me quedo” dice Pedro.

“Tú te vas con los otros. ¡Déjame olvidar por una hora a los hombres! ¡Déjame estar en contacto con los ángeles de mi Padre! Harán las veces de Mi Madre que se deshace en llanto y súplicas, y que no puedo causarle más dolor con el mío. Idos”.

“¿No nos das la paz?” pregunta su primo Judas.

“Tienes razón. La paz del Señor venga sobre cada uno de los que no son oprobio a sus ojos. Hasta pronto” y Jesús se interna, subiendo por una ladera llena de olivos.

“¡Es así”... ¡Es lo que dice la Escritura! ¡Al oírlo de sus labios se comprende por qué fue dicho y para quién” dice en voz baja Bartolomé.

“Ya se lo había dicho yo a Pedro en el otoño del primer año...” dice Simón.

“Así fue... No. Mientras yo viva no dejaré que lo aprendan. Mañana...” dice Pedro.

“¿Qué vas a hacer mañana?” pregunta Iscariote.

“¿Qué haré? Estoy hablando conmigo mismo. Es tiempo de conjuraciones. Ni siquiera al aire confiaré mi plan. Y tú, que has dicho tantas veces que eres tan poderoso, ¿por qué no buscas protección para Jesús?”

“Lo haré, Pedro. Lo haré. No os vayáis a sorprender que algunas veces no esté con vosotros. Trabajo para Él. Pero no se lo digáis”.

“Pierde cuidado, y que seas bendito. Algunas veces he desconfiado de ti, pero te pido perdón. Veo que eres mejor que nosotros cuando llega la oportunidad. Tú obras... yo no sé más que hablar por hablar” dice Pedro, humilde y sinceramente.

Judas se ríe como si le hubiera gustado la alabanza. Salen de Getsemaní hacia el camino que lleva a Jerusalén.

13. El martes antes de la Pascua:

¹⁸ Cfr. Gén. 18, 1 – 19, 29.

I. En el día¹

1° abril 1947

Están casi para entrar nuevamente en la ciudad por el mismo vericuerdo separado que siguieron el día anterior por la mañana, y parece como si Jesús no quisiera que lo rodease la gente, antes de que no hubiese estado en el templo al que pronto se llega si uno entra en la ciudad por la Puerta de las Ovejas que está cercana a la Probática. Pero esta mañana muchos de los 72 lo están ya esperando al otro lado del Cedrón, antes del puente. Apenas lo ven aparecer entre los olivos verde-gris, con su vestido púrpura, le vienen al encuentro.

Se juntan y continúan hacia la ciudad. Pedro, que está mirando hacia allá, por la pendiente, sospechoso siempre de que aparezca algún avieso*, ve entre el verde frescor de la última parte de la pendiente un montón de hojas marchitas que se balancean sobre el Cedrón. Las hojas mustias y secas, como si la plaga la hubiese consumido, dan la impresión de una planta que la hubiesen secado las llamas del fuego. La brisa de vez en vez, arranca una de ellas y la entierra en las aguas del arroyo.

“¡Esa era la higuera de ayer! La higuera que maldijiste!” grita Pedro, señalando la planta seca, y volviendo su cabeza hacia atrás, hacia donde está el Maestro.

Corren todos, menos Jesús que camina como de costumbre.

Los apóstoles cuentan a los discípulos lo que había pasado el día anterior. Todos hacen comentarios, y de reojo miran a Jesús. Han sido testigos de miles de milagros obrados en hombres y en los elementos, pero éste los sacude como ningún otro.

Jesús, ha llegado a donde están, sonrío al ver esas caras espantadas y sorprendidas.

Pregunta: ‘¿Y qué? ¿Tanto os extraña que mi palabra haya secado la higuera? ¿No me habéis visto acaso resucitar muertos, curar leprosos, dar vista a los ciegos, multiplicar el pan, calmar tempestades, apagar el fuego? ¿Y os sorprende que una higuera se haya secado?’

“No es por ella. Es que ayer, cuando la maldijiste, estaba verde, y ahora está... ¡Mírala! Seca como la hojarasca. Sus ramas no tienen vida. Mira. Se hacen polvo” y Bartolomé, con sus dedos, reduce a polvo unas ramitas que con facilidad ha cortado.

“No tiene más vida. Lo dijiste. La muerte asoma cuando dentro no hay savia, se trate de una planta como de una nación, o de una religión. Cuando sólo hay una corteza dura, ramaje inútil, crueldad y exterioridad hipócrita. La savia está adentro, llena de linfa, corresponde a la santidad, a la espiritualidad. La corteza dura y ramaje inútil se refieren a la humanidad privada de vida espiritual y justa. ¡Ay de aquellas religiones que se hacen humanas porque sus sacerdotes y fieles no tienen más un espíritu vital! ¡Ay de las naciones, cuyos jefes son brutalidad y un grito clamoroso sin ideas fructíferas! ¡Ay de los hombres en quienes falta la vida del espíritu!”

“Si dijese esto a los grandes de Israel, aun cuando tus palabras son muy exactas, no serías prudente. No te hagas ilusiones de que te hayan dejado hablar. Tú mismo has dicho que no es que se hayan convertido sus corazones, sino que actuaron por cálculo. Procura también estimar el valor y las consecuencias de tus palabras. Porque, además de la sabiduría del espíritu², existe la del mundo. Y conviene echar mano de ella por interés propio. Porque en resumidas cuentas, estamos en el mundo todavía y no en el Reino de Dios” dice Iscariote sin actitud, pero con tono de maestro.

“El verdadero sabio es el que sabe ver la realidad sin que las sombras de su sensualidad y cálculo frío se la cambien. De mi parte diré siempre la verdad de lo que veo”.

“Bueno. Esta higuera está seca del todo porque la maldijiste. Se trata de alguna señal... de algo... no sé cómo explicarme” dice Felipe.

“Es como acabas de decir. Pero lo que he hecho también vosotros podréis hacerlo, si llegáis a tener una fe perfecta. Tened en el Altísimo esa confianza ciega. Y cuando lo tuviereis, Yo os

¹ Cfr. Mt. 21, 21-22; 22, 15-33; Mc. 11, 20-26; 12, 13-27; Lc. 20, 19-39.

* avieso = malo o mal inclinado.

² Cfr. Rom. 8, 5-11.

digo que podréis hacer esto y hasta más. En verdad os aseguro que si alguien llegase a tener tan perfecta confianza nacida de la oración y de la bondad del Señor, podrá decir a este monte: 'Quítate de aquí y arrójate al mar'. Y si al decirlo, no dudare en su corazón, sino que creyere que cuanto ordena puede realizarse, se verificará".

"Y pareceremos magos y nos apedrearán, como se manda que se haga con quien practica la magia. ¡Sería un milagro bastante necio, que nos acarrearía daño!" objeta Iscariote moviendo la cabeza.

"¡El necio eres tú, que no has comprendido la parábola!" le refuta el otro Judas.

Jesús no se dirige a Judas. Habla a todos: "Yo os digo, y es una vieja lección que os repito ahora: Cualquier cosa que pidiereis por medio de la oración, confiad en que la obtendréis. Si antes de orar tuviereis algo contra alguien, perdonad antes y haced las paces, para que vuestro Padre que está en los cielos os sea favorable, vuestro Padre que tanto os perdona, que con tantos bienes os colma, desde que nace el sol hasta que se pone, desde la aurora al anochecer".

Entra en el Templo. Los soldados de la Antonia los ven pasar.

Se dirigen a adorar al Señor, luego regresan al patio donde enseñan los rabinos.

Antes de que la gente acuda y lo rodee, se acercan a Jesús los saforines, los doctos de Israel y algunos herodianos. Con hipócritas inclinaciones le dicen: "Maestro, sabemos que eres sabio y veraz, que enseñas el camino de Dios sin tener en cuenta cosas o personas, que sólo tienes ante tus ojos la verdad y la justicia. Que te preocupas poco de lo que piensen los otros de Ti, que sólo tienes puestas tus miras en llevar a los hombres al Bien. Dinos, pues: ¿es lícito pagar el tributo al César, sí o no? ¿Qué piensas Tú?"

Jesús los taladra con una de esas miradas penetrantes y de suprema intuición. Responde:

"¿Por qué queréis hacerme caer, hipócritas? ¡Aun entre vosotros hay alguien que sabe que no me engaña con honores insinceros! Mostradme la moneda que empleáis para pagar el tributo".

Le muestran una moneda.

La observa en el anverso y reverso. Y, teniéndola en la palma de la mano izquierda, pone sobre ella el dedo índice de la derecha diciendo: "¿De quién es esta imagen y qué dice esta inscripción?"

"Es la imagen del César. La inscripción lleva su nombre, de Cayo Tiberio César, quien es actualmente el emperador de Roma".

"Devolved entonces a César lo que es de César y dad a Dios lo que es de Dios". Les vuelve la espalda después de haberles devuelto la moneda. Escucha ya a éste, ya a aquel peregrino, que le preguntan, a los que consuela absuelve y cura.

Pasan las horas.

Sale del Templo tal vez para ir a tomar los alimentos que los criados de Lázaro le han traído.

Vuelve a entrar. La tarde ya ha empezado. No muestra señal de cansancio. La gracia y la sabiduría manan de sus manos que coloca sobre los enfermos, de sus labios en cada palabra que dedica a los que se le acercan. Parece como si quisiera consolar a todos, curar a todos, antes de que no lo pueda hacer más.

Pronto va a ponerse el sol. Los apóstoles cansados, están sentados en el suelo bajo el pórtico, sorprendidos al ver el trajinar de la gente que hay en los patios del templo ahora que se acerca la pascua, cuando se aproximan al Incansable varios ricos, como puede notarse en sus vestiduras.

Mateo, que parece estar semidormido, se levanta advirtiéndolo a los demás: "Algunos saduceos³ se aproximan al Maestro. No lo dejamos solo, para que no lo insulten, ni le vayan a hacer mal alguno".

Se levantan todos. Lo rodean al punto. Me parece intuir que ha habido represalias entre el ir y volver al Templo a la hora de sexta.

³ Cfr. Mt. 3, 1-12; 16, 1-12; 22, 23-34; Mc. 12, 18-27; Lc. 20, 27-40; Hech. 4, 1-4; 5, 17-18; 22, 30 – 23, 11.

Los saduceos, con saludos extremados, le dicen: “Maestro, respondiste tan sabiamente a los herodianos que nos vinieron deseos de participar de un rayo de tu luz. Oye: Moisés ha dicho: ‘Si alguien muere sin hijos, su hermano tome por esposa a la viuda para que le dé descendencia’⁴. Ahora bien, había siete hermanos. El primero tomó por mujer a una doncella, y murió sin dejar prole. La viuda se convirtió en esposa del hermano. También el segundo murió sin dejar prole, de igual modo el tercero. De este modo hasta el séptimo. Finalmente la mujer, que había sido esposa de los siete, murió. Respóndenos: cuando resuciten los cuerpos, si es verdad que así fuere, y que el alma sobreviva y se reúna al cuerpo en el último día, reconstruyendo los seres vivientes, ¿cuál de los siete hermanos tendrá por esposa a la mujer, ya que en la tierra fue de los siete?”

“Estáis equivocados. No sabéis comprender las Escrituras ni la potencia de Dios. La vida actual será muy diversa de la otra. En el Reino eterno no existirán las necesidades de la carne como acá en este suelo. Porque es verdad que después del Juicio Final resucitarán los cuerpos y se reunirán cada uno con su alma inmortal reconstruyendo todo el ser que se encontrará en mejores condiciones de las que nos encontramos ahora Yo y vosotros, pero no estará sujeto a las leyes; y, sobre todo, a los estímulos y abusos que predominan ahora. Cuando llegue la resurrección, no se casarán más los hombres y las mujeres, sino que serán semejantes a los ángeles de Dios que están en el cielo, quienes no se casan, aun cuando vivan en un ambiente de pleno amor espiritual y divino. Por lo que se refiere a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído cómo Dios habló a Moisés desde la zarza? ¿Qué le dijo el Altísimo? ‘Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob’⁵. No dijo: ‘Yo fui’, como si diese a entender que Abraham, Isaac y Jacob *habían sido, pero ya no eran más*. Dijo: ‘Yo soy’. Porque Abraham, Isaac, y Jacob existen. Son inmortales como todos los demás hombres en su alma; y cuando resuciten lo serán también en su cuerpo por toda la eternidad. Existen como existen Moisés, los profetas, los justos, como desgraciadamente existe Caín⁶ y los que perecieron en el diluvio⁷, los sodomitas⁸ y todos los muertos en culpa mortal, *sino de los vivos*”.

“¿También Tú morirás y seguirás viviendo?” le preguntan por tentarlo. Se han cansado ya de seguir siendo buenos. La rabia que sienten por dentro no pueden contenerla.

“Yo soy el Viviente y mi Carne no probará la destrucción⁹. El arca fue apresada, y la actual también lo será como símbolo. El tabernáculo fue arrebatado y será destruido. Pero el verdadero Templo de Dios no podrán jamás ser arrebatado y destruido. Cuando sus adversarios lo creyeren, entonces será la hora en que se establecerá en la verdadera Jerusalén, en toda su gloria. Adiós”.

Se va ligero al patio de los israelitas, porque las trompetas de plata han anunciado el sacrificio vespertino¹²

Me dice Jesús:

“...He dicho contra y no sobre. Es una profecía contra los enemigos de mi Iglesia. Quien se arroje contra ella, será pulverizado porque ella es la piedra angular.

Pero también ténganlo en cuenta quienes, pese a que sean de la Iglesia, creen estar a salvo de los castigos divinos. Sobre quien cayere el peso de la condenación de la Cabeza y Esposo de esta Esposa mía, de este Cuerpo mío místico, será pulverizado.

Y adelantándome a una objeción de los eternos escribas y saduceos mal intencionados, que pudieran hacer a mis siervos, digo: Si en estas últimas visiones de hoy, o como la que dije cuando hable de la higuera y otras más, tengan presente que los evangelistas eran de aquel

⁴ Cfr. Deut. 25, 5-10; Gén. 38; Rt. 4.

⁵ Cfr. Ex. 3, 1-6.

⁶ Gén. 4.

⁷ Gén. 6, 5-12

⁸ Gén. 18-19.

⁹ Cfr. Sal. 15, 10; Hech. 2, 22-36; 13, 32-37.

¹² Cfr. Núm. 10, 1-10.

pueblo y vivían en tiempos en los que cualquier palabra podía causar repercusiones violentas y nocivas a los neófitos.

Que lean los hechos apostólicos y verán que no era muy agradable la mezcla de tantos pensamientos diversos; y que, si mutuamente se admiraban, reconociendo los méritos de cada uno, no faltaron disensiones entre sí, porque el pensamiento humano es vario y siempre imperfecto¹⁶. Para evitar profundas divisiones entre el uno y otro modo de pensar, los evangelistas, iluminados por el Espíritu Santo, omitieron voluntariamente de sus escritos alguna que otra frase que hubiera herido la susceptibilidad de los hebreos y escandalizado a los gentiles, que necesitaban creer perfecto el núcleo de los hebreos de los que salió la Iglesia, para no alejarse diciendo: 'Son iguales que nosotros'.

Está bien que se conozca lo que padecí Yo. Pero conocer las enfermedades espirituales del pueblo israelita, que estaba ya corrompido, sobre todo en las clases altas, no. Y las ocultaron lo mejor que pudieron. Cuanto más que los evangelios se escribieron después de mi Ascensión, tanto más son más explícitos, hasta el claro Evangelio de Juan mi predilecto. Sólo es Juan quien refiere aun las manchas más dolorosas del mismo núcleo apostólico llamando con toda claridad 'ladrón' a Judas¹⁷ y la vulgaridad de los judíos (cap. 6° -voluntad fingida de hacerme rey, las disputas en el Templo, el abandono de muchos después del discurso sobre el Pan del cielo, la incredulidad de Tomás¹⁸) Habiendo él sobrevivido por mucho tiempo, cuando mi Iglesia se sentía ya fuerte, levanta los velos que otros no se habían atrevido a hacerlo. Pero ahora el Espíritu de Dios quiere que conozcáis también estas palabras. Bendigan al Señor, porque para los justos de corazón hay muchas luces y muchas guías".

14. El martes antes de la Pascua:

II. La noche

7 marzo 1945

"Vosotros oísteis hablar a los gentiles y a los judíos. Y visteis cómo aquellos se inclinaron ante Mí, y éstos por poco me matan. Poco faltó para que tú, Pedro, te liases a golpes al ver que intencionalmente me habían echado encima los corderos, los cabros y los becerros para que cayera al suelo entre excremento. Simón aun cuando eres muy prudente, respondiste al insulto que me lanzaron los miembros más feroces del sanedrín que gritaban: 'Hazte a un lado, demonio, mientras pasan los enviados de Dios'. Tú, Judas, primo mío y tú, Juan, mi predilecto, gritasteis, y rápidos me librasteis del peligro. Tú, Juan agarraste las riendas del caballo, y, tú, Juan, poniéndote delante de Mí, fuiste golpeado en mi lugar. Sadoc con su risa sarcástica quiso echarme encima su carro. Os agradezco las pruebas de amor que os hace levantaros en defensa del Inerte. Pero veréis otras cosas peores. Cuando esta luna vuelva a pasar por el firmamento otras dos veces más a partir de hoy, las ofensas de palabra se convertirán en acciones, más tupidas que las flores que hay ahora en los árboles frutales. Visteis —y os habéis quedado sorprendidos— una higuera seca, y un huerto sin flores. La higuera, como Israel, no dio nada al Hijo del hombre, y ha muerto en su pecado. El huerto, como los gentiles, espera la hora de que hablé hoy, para florecer y borrar el último recuerdo de la ferocidad humana con la dulzura de las flores derramadas sobre la cabeza y bajo los pies del Vencedor".

"¿Cuál hora, Maestro?" pregunta Mateo. "Hoy hablaste de tantas cosas, que apenas puedo recordarlas. Quisiera siempre tener presente todo. ¿Se trata de la hora en que regrese el Mesías? También hablaste aquí de ramas que reblandecen y echan hojas".

"¡No es así!" exclama Tomás. "El Maestro habla como si la conjura que lo aguarda esté ya cercana. ¿Cómo puede entonces suceder lo que ha dicho que debe preceder su regreso?"

¹⁶ Cfr. Por ej. Hech. 6, 1-6; 11, 1-18; 15; 17, 1-15; Gal. 2, 11-14.

¹⁷ Cfr. Ju. 12, 1-8.

¹⁸ Cfr. Ju. 20, 19-29.

Guerras, destrucciones, esclavitudes, persecuciones, Evangelio predicado a todo el mundo, abominación en la casa de Dios; y, luego, terremotos, pestes, falsos profetas, señales en el sol y en las estrellas... ¡Eh, se necesitan siglos para todo esto! Se las vería buenas el dueño del huerto si tuviese qué esperar hasta que floreciese”.

“No comería del fruto de sus árboles, porque estoy seguro que será el fin del mundo” comenta Bartolomé.

“Para que el mundo se acabe, hace falta que Dios quiera, y todo regrese a la nada. Por esto el huerto no tendría qué esperar tanto tiempo. Pero, como dije así sucederá. Y pasarán muchos siglos entre una y otra cosa. Esto es, hasta el definitivo triunfo y regreso mío” explica Jesús.

“¿Y entonces? ¿Cuál es la hora?”

“¡Oh, yo la sé” responde Juan entre lágrimas. “Yo lo sé. Y será después de tu muerte y resurrección...” Se estrecha a Jesús.

“¿Y te pones a llorar porque resucita?” lo provoca Judas Iscariote.

“Lloro porque antes tiene qué morir. No te burles de mí, demonio. Yo sé. Y no puedo pensar en esa hora”.

“Maestro, me llamó demonio. Ha faltado contra el compañero”.

“Judas, ¿estás seguro de no merecerlo? Si es así, no te preocupes. También Yo he sido llamado ‘demonio’ y lo repetirán”.

“Pero Tú has dicho que quien insulta a su hermano es culpable...”

“Silencio, ante la muerte que se acaben de una vez estas acusaciones odiosas, estas disputas y mentiras. No turbéis a quien muere”.

“Perdóname, Jesús” murmura Juan. “Algo sentí dentro de mí al ver que se reía... y no pude controlarme”. Juan se ha acercado mucho más a Jesús, y llora sobre su espalda.

“No llores. Te comprendo. Déjame hablar”.

Pero Juan no se separa de Jesús, ni siquiera cuando se sienta sobre una gran raíz saliente. Las lágrimas del discípulo caen sobre el vestido púrpura del Maestro y al tocarlas los rayos de la luna parecen rubíes, parecen gotas de sangre diluida.

“Hoy escuchasteis a los judíos y gentiles lo que decían. No os debe extrañar si os digo: ‘De mi boca salió siempre la palabra recta. Y jamás será revocada’. Siempre diré con Isaías², al hablar a los gentiles que vendrán a Mí, después que haya sido levantado de la tierra: ‘Delante de Mí todos doblarán su rodilla. Todos los hombres jurarán por Mí y en mi Nombre’. Y al ver los modales de los judíos, no dudaréis ni un momento en afirmar, sin equívoco alguno, que serán llevados ante Mí avergonzados todos los que me fueron contrarios.

Mi Padre no sólo me ha hecho su siervo para hacer revivir las tribus de Jacob, para convertir lo que queda de Israel ‘*los restos*’ sino que me ha dado como luz de las naciones para que sea el ‘Salvador’ de toda la tierra. Por eso, durante estos treinta y tres años de destierro del cielo y del seno del Padre⁶, he continuado creciendo en gracia y sabiduría ante Dios y ante los hombres, llegando a la edad perfecta, y en estos últimos tres años, después de haber calentado mi alma y mi mente en el fuego del amor y de haberlas templado con el hielo de la penitencia, he hecho⁷ ‘que mi boca sea como una espada cortante’.

El Padre santo, que es mío y vuestro, hasta ahora me ha custodiado bajo la sombra de su mano, porque todavía no había llegado la hora de la expiación. Ahora me deja ir. La flecha suelta, la flecha de su divina aljaba, después de que ha herido para curar, herido a los hombres para abrir brecha en sus corazones a la Palabra y a la Luz de Dios, ahora vuela rápida, derecha a herir la Segunda Persona, al Expiador, al Obediente por el desobediente Adán... Y como un guerrero herido caigo, diciendo a muchos:⁸ ‘En vano me he fatigado, en vano, para no alcanzar nada. Inútilmente he gastado mis fuerzas’.

² Cfr. Is. 45, 23-25; Rom. 14, 9-12..

⁶ Idéntica expresión em Ju. 1, 18.

⁷ Cfr. Is. 49, 2; Hebr. 4, 12; Ap. 1, 9-16; 19, 11-16.

⁸ Cfr. Is. 49, 4.

“Pero no! Todo lo hice por el eterno Señor que no hace cosa alguna sin motivo. ¡Atrás, Satanás, que quieres que me entregue al desconsuelo y me tientas para que no obedezca! Desde el principio de mi ministerio y hasta el fin de él has venido y vienes. Pues bien, mira, me pongo (y realmente se levanta) en posición de lucha. Te desafío. Lo juro por Mí mismo⁹ que te venceré. No es orgullo decirlo, es la verdad. El Hijo del hombre será vencido en su cuerpo por el hombre, por el miserable gusano que muerde y envenena con su fétido fango. Pero el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la inefable Trinidad, no será vencido por Satanás. Tú eres el Odio, eres poderoso en medio de él y en tu malicia de tentador. Pero conmigo, seré para ti una fuerza que se te escapará de entre las manos, porque no podrás ni apresarla, ni enclavar. El Amor está conmigo.

No ignoro el tormento que me espera. No del que os hablaré mañana, porque tened en cuenta que nada de lo que ha pasado a mi alrededor lo he ignorado, así como tampoco cuanto suceda. Hay otros tormentos... que no causan la lanza ni los palos, las burlas y bofetadas que recibirá el Hijo del hombre, sino Dios mismo, tormento que muy pocos conocerán en su real atrocidad. En aquella tortura en que dos serán los principales verdugos: Dios con su ausencia¹⁰ y tú, demonio, con tu presencia, la Víctima tendrá consigo el Amor, que vive en Mí que es la primera fuerza de mi resistencia a la prueba, y al Amor que encontraré en el consolador espiritual que bate ya sus alas de oro por el ansia de bajar a secar mis sudores y que recoge ya todas las lágrimas de los ángeles en celestial cáliz, que desate la miel de los nombres de mis redimidos y amantes para templar con esa bebida la sed del Torturador, y su ilimitada amargura.

Serás vencido, demonio. Un día, cuando saliste de un poseso, me dijiste: ‘Espero vencerte cuando seas una piltrafa de carne ensangrentada’. Te respondo: ‘No te apoderarás de Mí. Yo venzo. Mi fatiga ha sido santa, mi causa está ante mi Padre. Él defiende lo que hizo su Hijo y no permitirá que mi espíritu se extenúe’.

Padre, desde ahora antes de que llegue esa atroz hora, te digo: ‘En tus manos encomiendo mi espíritu’¹².

Juan no te vayas... Todos los demás podéis iros. La paz del Señor esté donde Satanás no se hospeda. Hasta pronto”.

Todo termina de este modo.

15. El miércoles anterior a la Pascua:

I. En el día ¹

2 abril 1947 y 19 junio 1944

Jesús entra en el Templo, que está más lleno de gente que en los días anteriores. Su túnica es blanca, de lino purísimo. Hace bochorno.

Se llega hasta el atrio de los israelitas para adorar. Le sigue mucha gente. Otros se quedan bajo los portales. La mayoría la constituyen gentiles, que no pudiendo adentrarse más allá de su pórtico llamado de los Paganos, han aprovechado la oportunidad de que los hebreos se han ido detrás de Jesús y de este modo toman lugar bajo el portal.

Pero los desalojan un buen grupo de fariseos que, siempre arrogantes, se abren paso para llegar a Jesús que en esos momentos se inclina sobre un enfermo. Esperan que lo haya curado, luego le mandan un escriba para que le interroga.

⁹ Como Dios no tiene un superior por quién jurase (Heb. 6, 13) jura por Sí mismo Cfr. Gén. 22, 16; Ex. 32, 13; Is. 45, 23; Jer. 22, 5; 44, 26 (por su Nombre) 49, 13; 51, 14; Am. 4, 2 (por su Santidad); 6, 8; Henr. 6, 13-20.

¹⁰ En el sentido de Mt. 27, 46; Mc. 15, 34.

¹² Cfr. Sal. 30, 6; citado en Lc. 23, 46. Sn. Esteban repetirá estas palabras dirigiéndose a Jesús. Cfr. Hech. 7, 59.

¹ Cfr. Mt. 22, 34-35; Mc. 12, 28-44; 13; Lc. 20, 41-47; 21.

Entre ellos hubo una breve discusión, porque Yoel, llamado Alamot, quería ir a preguntar al Maestro, pero un fariseo se le opuso y los otros fueron del mismo parecer diciendo: “No. Sabemos que eres favorable al Rabí, aunque lo seas ocultamente. Deja que baje Urías...” “Urías no” objeta otro joven escriba que no conozco. “Urías es muy descuidado en su hablar. Excitaría a la gente. Voy yo”.

Y sin preocuparse de la opinión de los demás se acerca al Maestro exactamente en el momento en que se despide del enfermo, diciéndole: “Ten fe. Estás curado. La fiebre y el dolor no volverán”.

“Maestro, ¿cuál es el mayor de los mandamientos de la ley?”

Jesús, que lo tiene a sus espaldas, se vuelve a mirarle. Un asomo de sonrisa le ilumina su rostro; levanta su cabeza, pues la tenía inclinada hacia abajo porque el escriba es de estatura pequeña y está doblado un poco en señal de respeto. Mira a la gente que lo rodea; sus ojos llegan hasta donde están los fariseos y doctores, los fija sobre la cara pálida de Yoel un poco escondido detrás de un grueso fariseo. La sonrisa de Jesús se hace más clara. Es como una luz que fuera a acariciar al escriba honesto. Luego torna a bajar su cabeza para ver a su interlocutor y le responde: “El primero de todos los mandamientos es: “Escucha, ¡oh Israel!²: el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas”. Este es el primero y principal mandamiento. El segundo es semejante a este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”³. No hay otros mandamientos mayores que éste. Encierran en sí toda la ley y los profetas”.

“Maestro, has respondido sabia y justamente. Así es. Dios es Único y no hay fuera de Él otro Dios. Amarlo con todo el corazón, con toda la inteligencia, con toda el alma, con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo vale más que cualquier holocausto y sacrificio. Pienso mucho en esto cuando recuerdo las palabras de David: ‘A Ti no te agradan los holocaustos. El sacrificio acepto ante Dios es el espíritu compungido’⁴”.

“No estás lejos del Reino de Dios, pues has comprendido, cuál es el holocausto que agrada a Dios”.

“¿Cuál es el más perfecto?” pregunta rápido, en voz baja, como si hablase en secreto.

En el rostro de Jesús brilla el amor que deja caer, cual perla, en el corazón de este escriba que lo abre a su doctrina, a la doctrina del Reino de Dios y responde: ‘El holocausto perfecto es amar como a nosotros mismos a los que nos persiguen y nos guardan rencor. Quien haga esto, poseerá la paz. Está dicho⁵: los mansos poseerán la tierra y gozarán de abundancia de paz. En verdad te digo que el que sabe amar a sus enemigos llega a la perfección y posee a Dios’.

El escriba se despide con deferencia, vuelve a su grupo, que en voz baja le reprochan el haber alabado al Maestro, y airadamente le preguntan: “¿Qué le dijiste en secreto? ¿Eres también uno de los engañados?”

“Me ha parecido oír que el Espíritu de Dios hablase por sus labios”.

“Estás loco. ¿Crees que sea el Mesías?”

“Lo creo”.

“Realmente dentro de poco veremos que nuestras clases se vacían de nuestros escribas y que éstos cual perros irán en pos de Él. Pero, ¿en qué ves que sea Él, el Mesías?”

“No lo sé, pero sí siento que lo es”.

“¡Loco!” Enojados le vuelven las espaldas.

Jesús ha estado observando, y cuando los fariseos le pasan delante en grupo compacto para alejarse. Los llama diciendo: “Escuchadme. Quiero haceros una pregunta. ¿Qué pensáis vosotros del Mesías? ¿De quién es hijo?”

² Cfr. Deut. 6, 4-5.

³ Cfr. Lev. 19, 18.

⁴ Cfr. Sal. 50, 18-19.

⁵ Cfr. Sal 36. 11;; Mt. 5, 1-12.

“Será hijo de David” le responden, haciendo hincapié en la palabra “será”, para darle a entender que Él *no* es el Mesías.

“Entonces ¿por qué David, inspirado por Dios, lo llama: Señor, cuando dijo⁶: “El Señor ha dicho a mi Señor: ‘Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies’ ”? Si pues David llamaba al Mesías: Señor, ¿cómo puede ser su hijo?”

No sabiendo qué responder se alejan, masticando el odio que los mata.

Jesús se retira del lugar donde estaba, sobre el que el sol fuertemente cae, y se va a donde están los buzones del tesoro, junto al Gazofilacio. En esta parte, todavía en sombra, están los rabinos que hablan con grandes gestos a los hebreos que los escuchan y que van aumentando cada vez más en número.

Con altisonantes palabras se esfuerzan por destruir lo que ha enseñado Jesús horas antes o en días anteriores. Y cuanto más levantan la voz, tanto más se les acerca la gente. Se ve que en el inmenso patio hay gente que va y viene por todas partes...

Me dice Jesús: “Pon aquí la visión del óbolo de la viuda (19 de junio de 1944) corregida como te indicaré” (como he corregido en las copias a máquina que he devuelto). Luego continúa la visión⁸.

19 de junio de 1940

Sólo hoy, y con insistencia, veo la siguiente visión.

Al principio no veo sino patios y portales que reconozco pertenecen al Templo y a Jesús cual rey, por lo majestuoso de su vestido y manto de color rojo, apoyado sobre una gran columna cuadrada que sostiene el arco del pórtico.

Me mira detenidamente. Me olvido de todo y me siento ser feliz. Hacía dos días que no veía ni oía nada. La visión dura por largo tiempo, y mientras dura no escribo, porque quiero gozar de mi alegría. Pero ahora que veo que se anima la escena comprendo que tengo qué escribir.

El lugar se va llenando de gente que va y viene en todas direcciones. Hay sacerdotes, fieles de ambos sexos y niños. Algunos pasean, otros están parados y escuchan a los doctores, otros llevan jalando corderitos o palomos tal vez al lugar de sacrificio.

Jesús apoyado sobre su columna mira. No habla. Aunque los apóstoles le han hecho ya dos preguntas, ha hecho señal de que no. Está atentísimo mirando. Y por la expresión, parece como si estuviera juzgando a cada uno de los que ve. Sus ojos y su rostro me recuerda el aspecto que le vi en la visión del Paraíso cuando juzgaba a las almas en el juicio particular. Ahora, se comprende, es Jesús, el Hombre; allá arriba al Jesús glorioso, y por consiguiente, más majestuoso. Pero la manera como cambia su rostro es la misma. Escudriña seriamente. Si algunas veces se le ve revestirse de tanta seguridad de hacer temblar al más desvergonzado, otras es tan dulce, que parece acariciar.

Parece como que no oye cosa alguna. Pero debe escuchar todo porque cuando en grupo, separado unos cuantos metros de Él un doctor con su voz nasal grita: “Más que cualquier otro mandamiento este es el que vale: cuanto es para el Templo, al Templo se dé. El Templo está por encima de los propios padres y, si alguien quiere dar la gloria al Señor, cualquier cosa que le reste, lo puede hacer, y será bendito porque no hay parentesco ni afecto, superior al Templo”, vuelve lentamente su cabeza y mira con tales ojos que... no quisiera que con ellos me mirase.

Parece como si mirara en globo. Pero cuando un viejecillo tembloroso se dispone a subir los cinco escaloncillos de una especie de terraza, próxima a Jesús, y parece que lleva a otro patio

⁶ Cfr. Sal. 109, 1.

⁸ “La visión” que se intercala aquí, termina en el punto que señala la nota 12. Las “correcciones” consistieron en suprimir los trozos de carácter personal y aquellos pormenores descriptivos que se repiten.

interior, que apoya su bastoncito y que casi está a punto de caer porque pisa su vestido, Jesús extiende su largo brazo, lo ase y lo sostiene para que no caiga. El viejecito levanta su encanecida cabeza, mira al que lo ayudó y musita algunas palabras de agradecimiento. Jesús le sonríe y le pasa una mano sobre la cabeza semi-calva. Luego vuelve a su antigua posición, que abandona para levantar a un niño que, zafándose de la mano de su madre, se ha caído cerca, y, al pegarse contra el primer escaloncillo, se ha echado a llorar. Lo levanta, lo acaricia, lo consuela. La madre un poco avergonzada, le da las gracias. Jesús le envía una sonrisa, y le entrega al niño.

No sonríe cuando pasa un altanero fariseo, como tampoco cuando pasa un grupo de escribas y de otros que no sé quiénes sean, pese a que le saludan con grandes inclinaciones. Se conforma con mirarlos con tales ojos como si los perforase. Les devuelve el saludo pero sin calor. Está enojado. Tampoco sonríe a un sacerdote que pasa, y que debe de ser un gran personaje porque la gente le abre paso. La mirada de Jesús hace que quien pasa como pavo real, incline su cabeza. No lo saluda, pero no resiste la mirada de Jesús, el cual pasa a mirar a una viejecita vestida de color café oscuro, que apuradamente sube los escalones y se dirige a una pared en que hay una cabeza como de león, o de animales semejantes con el hocico abierto. Anteriormente muchos habían ido a ese lugar, pero Jesús no les había hecho caso. Ahora al contrario sigue los pasos de la mujer. Sus ojos la miran con compasión. Se enciende en dulzura cuando ve que alarga una mano para echar algo en uno de esos hocicos abiertos. Cuando la mujer regresa y le pasa cerca, le dice: “La paz sea contigo mujer”.

Sorprendida, levanta su cabeza sin saber qué decir.

“La paz sea contigo” repite Jesús: “Vete. El Altísimo te bendice”.

La mujer se queda estática. Dibuja en sus labios una especie de saludo y se va.

“En medio de su infelicidad es feliz” dice Jesús saliendo de su silencio. “Ahora es feliz porque la bendición de Dios la acompaña. Escuchadme, amigo y todos vosotros que me rodeáis. ¿Veis a aquella mujer? No dio más que dos céntimos con los que no se puede comprar ni siquiera alimento para un pajarillo encerrado en la jaula; y sin embargo, ha dado más que todos, desde que el Templo abrió sus puertas al amanecer.

Escuchad. He estado viendo a ricos que introducen en esos hocicos cantidades de dinero con las que se podría dar de comer por un año a estos pobres y darles vestidos con que cubran su honesta pobreza. He visto ricos que introducen con visible satisfacción sumas con las que se podría dar de comer a los pobres de la santa ciudad por uno o más días, y así bendijesen al Señor. Pero en verdad os digo que nadie ha dado más que ella. Su óbolo ha sido caridad. Las otras sumas, no. La suya ha sido generosidad, la de los otros no. Ha sido un sacrificio, que en los otros no ha existido. Hoy esa mujer no va a comer porque no tiene nada. Deberá primero trabajar para apagar su hambre. No tiene riquezas, ni familiares que trabajen por ella. Está sola. Dios se ha llevado sus parientes, marido e hijos. Le ha quitado los pocos bienes que le habían dejado, y más que Dios, han sido los hombres. Esos hombres con grandes gestos, ¿los veis?, siguen echando lo que les sobra, mucho de lo cual lo han sacado con usura de las manos del pobre, del débil, del hambriento. Ellos afirman que no hay parentesco ni afecto superior al Templo, y de este modo enseñan a no amar al prójimo. *Yo os afirmo que sobre el Templo está el amor. La ley de Dios es amor y quien no compadece a su prójimo, no ama. El dinero superfluo, el dinero manchado con la usura, con la ira, dureza, hipocresía, no entona ninguna alabanza a Dios y no atrae sobre el dador la bendición celestial.* Dios no quiere ese dinero. Esas sumas llenan la caja, pero no es para el incienso, es fango que os sumerge, ¡oh ministros! que olvidáis servir a Dios y buscáis vuestro interés. Es lazo que os ahoga, ¡oh doctores! que enseñáis vuestra doctrina; es veneno que os corroe, ¡oh fariseos! lo que os queda de alma. Dios no quiere las sobras. No seáis Caín¹⁰. Dios no quiere lo que es fruto de un corazón duro. Dios no quiere lo que viene envuelto en lágrimas y que grita: ‘Debía de haber quitado el hambre a otros, pero no me dejaron porque querían gloriarse de mí. Debía haber

¹⁰ Cfr. Gén. 4, 1-16.

ayudado a un padre viejo, a una madre débil, y no me dejaron porque el mundo no habría sabido nada de mí. Debo llamar la atención para que todos conozcan a quien me da'. No, rabí, que enseñes que cuanto sobra hay que dárselo a Dios y que es lícito negarlo a los propios padres. El primer mandamiento es: "Ama a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con tu inteligencia con tus fuerzas". Así pues, no hay que darle lo que es superfluo, sino lo que es nuestro, nuestro sufrimiento por Él. Sufrir. *No hacer sufrir*. Si despojarse de las riquezas desagrada porque cuesta mucho, por esta misma razón hay que dar. El tesoro es el corazón del hombre, viciado por naturaleza. Hay que dar *por justicia, porque cuanto se posee, se tiene por bondad de Dios. Hay que dar por amor, porque es prueba de amor el sacrificarse para alegrar a quien se ama*. Sufrir para ofrecer. Pero sufrir. No hacer sufrir, repito. Porque el segundo mandamiento dice: "Amar a tu prójimo como a ti mismo"¹¹. La ley dice claro que después de Dios los padres son el prójimo a quien se debe honrar y ayudar. Por lo cual os afirmo que esa pobre mujer ha comprendido mejor la ley que los mismos sabios, justa más que cualquier otro, y bendita porque dentro de su pobreza ha dado a Dios *todo*, mientras que vosotros dais lo que es sobra y lo dais para que aumente vuestra estimación ante los ojos de los hombres. Sé que me odiáis porque hablo así, pero mientras esta boca pueda hablar, hablará así. Unid el odio que me tenéis al desprecio que sentís por la pobrecita a quien he alabado. Pero no vayáis a pensar que podréis hacer de estas dos piedras un doble escalón para vuestra soberbia. Será la piedra de moler que os triturará. Vámonos. Dejemos que las víboras se muerdan aumentando su veneno. Quien sea limpio de corazón, bueno, humilde, contrito y quiera conocer el verdadero rostro de Dios, que me siga".

Dice Jesús:

"Y tú, a quien nada sobra, porque me has dado todo, dame estos dos últimos céntimos. Ante lo mucho que has dado, parece a los extraños que no has dado nada. Para ti, que no tienes más que éstos, son todo. Pon los céntimos en la mano de tu Señor. No llores. O por lo menos no llores sola. Lloro contigo que soy el Único que puede comprender y que te comprende sin sombra de lo que es humano, que fácilmente no puede hacerlo".¹²

Los apóstoles, los discípulos y un grupo de gente le siguen al regresar al lugar del primer patio que da a las murallas del Templo, donde se siente un poco de fresco porque el día es bochornoso. Allí como el piso está desigual por las pisadas de los animales, regado con piedras que los mercaderes y cambistas emplean para sostener sus tiendas, no vienen los rabinos de Israel, quienes sí permiten que en el Templo se hagan negocios, pero que no son capaces de pisar allí, donde se ven todavía restos de lo que dejaron los animales, que hasta hace pocos días estuvieron allí.

Jesús no repara en ello y se dirige allí en medio de un grupo de personas que le escuchan. Antes de hablar, hace señales a sus apóstoles de que se acerquen. Les dice: "Escuchad bien. Ayer queríais saber muchas cosas que ahora diré, y que ayer sólo insinué vagamente cuando estábamos en el huerto de José. Estad, pues, atentos porque son grandes lecciones para todos, sobre todo para vosotros, mis ministros y continuadores.

Escuchad. Los escribas y fariseos se sentaron en la cátedra de Moisés a la hora propicia. Eran tristes para la patria aquellas horas. Terminado el destierro de Babilonia, reconstruida la nación gracias a la magnanimidad de Ciro, los jefes del pueblo sintieron la necesidad de reconstruir también el culto y el conocimiento de la ley. *Porque, ¡ay de aquel pueblo que no dispone de ellos como defensa, de guía y sostén contra los enemigos más poderosos de una nación, que son la inmortalidad de sus ciudadanos, el rebelarse contra autoridades, la desunión entre las diversas clases y partidos, los pecados contra Dios y el prójimo, la*

¹¹ Cfr. Ex. 20, 12; Lev. 19, 3; Deut. 5, 16; Prv. 1, 8-9; 6, 20-22; Ecli. 3, 2-18; Ef. 6, 1-4; Col. 3, 20-21.

¹² Aquí termina la visión intercalada.

irreligiosidad, elementos todos que disgregan por sí mismos, y que provocan castigos celestiales!

Nacieron, pues, los escribas o doctores de la ley, para poder enseñar al pueblo que, hablando el caldeo, herencia del duro destierro, no comprendían más el hebreo. Nacieron para ayudar a los sacerdotes, que no se daban abasto para cumplir con su deber de enseñar a la gente. Un laicado docto y entregado a honrar al Señor. Llevado a los hombres a que lo conociesen.

Tuvo, pues, su razón de ser e hizo también el bien. Porque, tenedlo presente todos, *aun las cosas que por debilidad humana degeneran después, como ésta en el correr de los siglos, tienen siempre algo de bueno y de razón de existir, por lo menos al principio, por lo cual el Altísimo permite que nazcan y duren hasta que su degeneración llegue al colmo, y el Altísimo no las destruya.*

Surgió después la otra secta, la de los fariseos, la de los asideos. Ésta había nacido para sostener con una moral más rígida, una obediencia más intransigente la ley de Moisés y el espíritu de independencia en nuestro pueblo, cuando el partido helenista que se había formado bajo la presión y seducción en tiempos de Antioco Epífanes, que pronto se convirtieron en persecución contra los que no cedían a la insistencia del astuto, que más que con las armas contaba con la falta de fe en los corazones, para poder reinar así en nuestra patria, y convertirnos en esclavos.

Recordad también esto: desconfiad más bien de las alianzas engañosas y de las promesas de un extranjero que de sus legiones. Porque, mientras seáis fieles a las leyes de Dios y de la patria, venceréis, aun cuando os cerquen poderosos ejércitos; pero, cuando el veneno sutil os haya corrompido, veneno como una miel embriagadora que os brinda el extranjero que tiene puestos sus ojos sobre vosotros cual presa, Dios os abandonará por vuestros pecados. Seréis vencidos, esclavizados, aunque el falso aliado no os ataque en batalla sangrienta. ¡Ay de quien no está alerta como vigía y no rechaza las asechanzas sutiles de un vecino falso y astuto, o de un aliado, o del dominador que empieza su conquista en los individuos, ablandando sus corazones corrompiéndolos con sus costumbres que no son nuestras, que no son santas. Y que por lo tanto hace que el hombre no sea acepto a los ojos del Señor.

Recordad todas las consecuencias que acarrearón a la patria algunos de sus hijos que adoptaron costumbres del extranjero para hacerse gratos a él y poder gozar de sus comodidades. La caridad para con todos, aun para con los pueblos que no pertenecen a nuestra fe, que no tienen nuestras costumbres, que nos han hecho mal durante el correr de los siglos, es cosa buena. Pero al amarlos no quiere decir que reneguemos de la ley de Dios y de la patria por mezquinos intereses. No. Los extranjeros desprecian a los que son serviles hasta rechazar las cosas más sagradas a la Patria. El respeto y la libertad no se alcanzan con renegar del padre y de la madre, esto es, de Dios y de la Patria.

Fue, pues, muy oportuno que hubiesen nacido los fariseos para que levantasen un dique contra el fango de costumbres extranjeras. Lo repito: cada cosa que aparece y que dura, tiene su razón de ser. Hay que respetarla por lo que hizo. Si se ha hecho reprochable, no toca a los hombres insultarla, ni mucho menos hacerla desaparecer. Hay quien lo hará: Dios y su Enviado, Yo, que tengo el derecho y el deber de abrir mi boca, de abrir vuestros ojos para que vosotros y ellos conozcáis el pensamiento del Altísimo y obréis justamente. Yo y ningún otro. Yo, que hablo por mandato divino. Yo, porque puedo hablar, pero no tengo ninguno de los pecados que os escandalizan cuando veis que los cometen escribas y fariseos, y hasta vosotros mismos”.

Jesús, que había empezado a hablar con voz normal. La ha ido levantando cada vez más; sus últimas palabras parecen un toque de trompeta. Tanto israelitas como gentiles lo escuchan con atención. Si aquellos aplauden cuando Jesús recuerda a la patria y pronuncia claramente los nombres de los extranjeros que los han subyugado y hecho sufrir, éstos admiran la forma oratoria del discurso digna de un gran orador.

Jesús, con voz baja continúa: “Esto os lo he dicho para que recordéis cuál fue la razón por la que nacieron escribas y fariseos, cómo y por qué se han sentado en la cátedra de Moisés,

cómo y por qué hablan y sus palabras no son vanas. Haced, pues, lo que dicen, pero no los imitéis en sus acciones, porque enseñan de una manera, y luego obran al revés. Enseñan las leyes humanitarias del Pentateuco, pero luego cargan con grandes fardos, insoportables, inhumanos, a los demás; mientras que, de su parte, no sólo no extienden un solo dedo para quitarles el fardo, pero ni siquiera para tocarlo.

Su regla de vida es ser vistos, celebrados y aplaudidos en razón de sus obras, que las realizan de modo que todos las vean y las alaben. Contravienen la ley del amor porque les gusta llamarse 'separados' y desprecian a los que no son de su secta. Exigen a sus discípulos el título de maestro y un culto que no tributan a Dios. Se creen dioses en sabiduría y poder. Se creen superiores al padre y a la madre porque quieren estar en el corazón de sus discípulos, y pretenden que su doctrina sea superior a la de Dios. Exigen que todo se practique a la letra, aunque sea una mezcla de la verdadera ley, que le es inferior como lo es este monte respecto al gran Hermón que domina toda Palestina. Son unos herejes, creyendo como los paganos en la trasmigración de las almas, y algunos de ellos en la fatalidad. Niegan a los demás lo que los primeros admiten, y de hecho, aunque no de palabra, lo que Dios ha dado para que se crea, al llamarse a Sí mismo único Dios a quien hay que rendir culto, y diciendo que el padre y la madre ocupan el segundo lugar después de Él, y que por lo tanto hay que obedecerlos más que a cualquier maestro, que no sea divino. Pues si os digo ahora: 'Los que aman a su padre y a su madre más que a Mí, no son aptos para el reino de Dios', no es para inculcaros a que no améis, a quienes debéis respetar y ayudar, pues, no es lícito quitarles el socorro diciendo: 'Es dinero del Templo', ni les neguéis hospedaje, alegando: 'Mi cargo me lo impide', ni la vida bajo el pretexto de que: 'Te mato porque amas al Maestro'. Os lo digo para que améis como es debido a vuestros padres; esto es, con un amor paciente y firme que sabe sin llegar al odio aunque ellos o uno de ellos no quieren –y esto os duele- seguiros por el camino de la Vida, que es el mío, con un amor que sabe escoger entre mi ley y el egoísmo y supercherías de familia. Amad a vuestros padres, obedecedlos en todo lo que es santo. Pero estad prontos a morir, no a matar. Estad prontos, repito, a morir si no queréis traicionar el llamamiento que Dios ha puesto en vosotros de ser ciudadanos del reino de Dios que he venido a establecer. No imitéis a los escribas y fariseos, que están divididos entre sí aunque aparenten no estarlo. Vosotros, discípulos del Mesías, estad verdaderamente unidos. Los jefes sean buenos con sus súbditos y viceversa. Estad unidos en el amor y tened la misma razón de unión que es la de conquistar mi reino, y estar a la derecha en el Juicio eterno. Recordad que un reino dividido no es más un reino, y no puede subsistir. Estad, pues, unidos en el amor por Mí y por mi doctrina. La divisa del cristiano¹⁵, que tal será el nombre que se dará a mis súbditos, sea el amor y la unión, la igualdad entre vosotros en el vestir, en la comunidad de bienes, en la fraternidad de corazones. Todos para uno, uno para todos.

Quien tenga, que dé sin ostentación. Quien no tiene, acepte con humildad su pobreza, sinceramente manifieste sus necesidades a los hermanos. Estos escuchen amorosamente al necesitado. Recordad que vuestro Maestro frecuentemente tuvo hambre, frío y otras mil necesidades y que humildemente las expuso a los hombres, Él, el Verbo de Dios. Recordad que se dará una recompensa a quien es misericordioso, aun cuando dé un solo trago de agua. *Recordad que es mejor dar que recibir.* Con este triple recuerdo, encuentre el pobre la fuerza para pedir sin sentirse humillado, pensando que Yo lo hice antes que él; que perdone si se le rechaza, no olvidando que muchas veces se le negó al Hijo del hombre el lugar y el alimento que se da al perro que vigila el ganado. Encuentre por su parte el rico la generosidad de dar sus riquezas, pensando que el vil y odioso dinero que Satanás presenta, causa el noventa por ciento de las desgracias acaecidas en el mundo, si se da por amor, se cambia en joya inmortal del paraíso.

Vestíos de vuestras virtudes. Sean grandes, pero que sólo Dio las conozca. No hagáis como los fariseos que llevan las filacterias más largas y las franjas más anchas, que les gustan los

¹⁵ Cfr. Hech. 11, 19-26; 26, 24-32; 1 Pe. 4, 12-19.

primeros lugares en las sinagogas, y los honores en las plazas, que quieren que el pueblo los llame: “Rabí”. Uno solo es el Maestro: Yo. Vosotros, que en lo futuro seréis los nuevos doctores, me refiero a vosotros, apóstoles y discípulos, recordad que Yo sólo soy vuestro Maestro. Y lo seguiré siendo, aun cuando no permanezca con vosotros, porque la Sabiduría es la única que enseña. No permitáis que os llamen maestros, porque sois discípulos.

No exijáis ni deis a nadie el nombre de padre acá en la tierra, porque el Padre de todos es el que está en los cielos. Esta verdad logre que podáis sentirlos *todos* verdaderamente hermanos entre vosotros, bien se trate de los que dirigen, como de los inferiores, y por esto amaos como buenos hermanos. Ninguno de los dirigentes quiera ser llamado ‘guía’, porque uno solo es vuestro guía común: Yo. El mayor entre vosotros que se haga vuestro esclavo. Ser siervo de los siervos de Dios no es humillarse, sino imitarme a Mí que he sido bondadoso y humilde, siempre pronto a amar a mis hermanos en Adán y ayudarlos con el poder que tengo como Dios. No he rebajado lo divino, al servir a los hombres. *Porque el verdadero rey es el que sabe dominar no sólo a los hombres cuanto las pasiones, entre las cuales, la primera es la soberbia necia. Recordad que quien se humilla será exaltado, y quien se exalta será humillado.*

La Mujer de la que en el Génesis habla el Señor¹⁹, la Virgen a quien alude Isaías, la Madre-Virgen del Emmanuel²⁰, profetizó esta verdad de la nueva época al haber dicho: ‘El Señor ha arrojado a los poderosos de su trono y ha puesto en alto a los humildes’²¹. La Sabiduría de Dios habló por los labios de la que ha sido Madre de la Gracia y trono de la Sabiduría. Repito las palabras inspiradas que me exaltan en unión al Padre y al Espíritu Santo, en nuestras obras admirables, cuando, sin que la Virgen hubiera padecido detrimento alguno, Yo, el Hombre, me formaba en su seno sin dejar de ser Dios. Sirvan de modelo a los que quieran hacer que el Mesías nazca en sus corazones y que pretendan llegar a su reino. No habrá Jesús, esto es, Salvador; ni Mesías, esto es Señor, ni habrá reino de los cielos para los soberbios, para los fornicadores, idólatras, para los que se adoran a sí mismos y su propia voluntad²².

Por esto, ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que creéis poder cerrar con vuestras afirmaciones imposibles de practicar –y realmente si las hubiese puesto Dios, sería una cerradura por la que la mayoría de los hombres no pasaría- que creéis poder cerrar el reino de los cielos a los hombres que levantan hacia él su espíritu para encontrar fuerza en su penosa jornada terrenal! ¡Ay de vosotros que no entráis, que no queréis entrar, porque no aceptáis la ley del reino celestial, y no permitís que entren los demás que están a la puerta, que vosotros, intransigentes, reforzáis con cerrojos que Dios no ha puesto!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las propiedades de las viudas con el pretexto de que recitaréis largas oraciones! ¡Por esta razón vuestro juicio será duro!

¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, que andáis por mar y tierra, sin gastar por ello vuestros bienes, para hacer un solo prosélito; y una vez logrado, lo hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros!

¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: ‘Si uno jura por el Templo su juramento no vale nada, pero si jura por el oro del Templo, entonces queda obligado a su juramento’! ¡Necios y ciegos! ¿Qué vale más: el oro o el templo que santifica el oro? Vosotros que andáis diciendo: ‘Si uno jura por el altar, su juramento no tiene valor; pero si jura por la oferta depositada sobre el altar, entonces es válido su juramento y queda obligado a él’. ¡Ciegos! ¿Qué es mayor: la oferta o el altar que la santifica? Quien jura, pues, por el altar, por él jura y por cuanto hay sobre él. Quien jura por el Templo, por él jura y por quien habita en Él. Y quien jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por quien en él está sentado.

¹⁹ Cfr. Gén. 3, 15.

²⁰ Cfr. Is. 7, 10-25, sobre todo 7, 14; y también Mt. 1, 18-25.

²¹ Cfr. Lc. 1, 52.

²² Cfr. Rom. 1, 18-32; 1 Cor. 6, 1-11; Ef. 4, 17 – 5, 20; Col. 3, 5-9; Heb. 13, 1-6.

¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta y de la ruda, del anís y del comino, y luego os despreocupáis de los preceptos más graves de la ley: de la justicia, de la misericordia y de la fidelidad. Habría qué tener estas virtudes sin dejar las otras. Guías ciegos, que filtráis las bebidas por temor de contaminarlas tragándoos un mosquito que se haya ahogado en ella, y luego, os tragáis un camello sin creeros inmundos por ello! ¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, que laváis lo exterior de la copa y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapiña e inmundicia! Ciego fariseo, lava primero el interior de tu copa y de tu plato, de modo que también lo exterior de él quede limpio.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que voláis como los murciélagos en la oscuridad, debido a vuestras obras pecaminosas y os codeáis con paganos, ladrones y traidores; y, al día siguiente por la mañana, borradas las señales de vuestros negocios ocultos, subís al Templo con hermoso ropaje!

¡Ay de vosotros que enseñáis las leyes de la caridad y de la justicia contenidas en el Levítico²⁴, y luego no sois más que unos ambiciosos, ladrones, falsarios, calumniadores, opresores, injustos, vengativos, odiosos, que acabáis con el que os causa molestia, aun cuando sea de vuestra propia sangre; que rechazáis a la mujer que siendo doncella se casó con vosotros, y que repudiáis lo hijos obtenidos de ella porque son desventurados, y acusáis de adulterio a vuestra mujer que no os agrada más, o de enfermedad inmundicia para libraros de ella, vosotros que tenéis un corazón inmundo, un corazón libidinoso, aun cuando no lo demostréis ante los ojos de la gente que ignora vuestras acciones! Sois semejantes a los sepulcros blanqueados que por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre. Eso sois. ¡Y no más! Por fuera parecéis justos, pero por dentro estáis reventando de hipocresía e iniquidad.

¡Ay de vosotros escriba y fariseos hipócritas, que erigís suntuosos mausoleos a los profetas y embellecéis las tumbas de los justos, diciendo: 'Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres, no habríamos sido cómplices y participantes de quienes derraman la sangre de los profetas!' de este modo admitís claramente que sois descendientes de los que mataron a vuestros profetas. *Por otra parte* colmáis la medida de vuestros padres... Oh serpientes, oh raza de víboras, ¿cómo podréis escapar de la condenación del Gehena?

Por esto, Yo, Palabra de Dios, os digo: 'Yo, Dios, os *enviaré* profetas y sabios y nuevos escribas. A algunos de ellos mataréis, a otros crucificaréis; a algunos flagelaréis en vuestros tribunales, en vuestras sinagogas, fuera de vuestros muros; a otros perseguiréis de ciudad en ciudad hasta que caiga sobre vosotros toda la sangre de hombres justos, derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la de Zacarías hijo de Baraquías²⁵ a quien matasteis entre el atrio y el altar porque por amor a vosotros os había recordado vuestro pecado.

Así es. Odiáis a los que quieren vuestro bien y con amor os invitan a que volváis a los senderos de Dios.

En verdad os digo que todo está por caer: el crimen como sus consecuencias. En verdad os digo que todo se cumplirá sobre esta generación. ¡Oh, Jerusalén, Jerusalén! ¡Jerusalén que lapidas a los que se te envían y matas a tus profetas! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina junta a sus pollitos bajo sus alas, y no has querido!

Así pues, escucha, ¡oh Jerusalén! Escuchad, vosotros que me odiáis, y odiáis lo que viene de Dios. Escuchad, pues, los que me amáis y que os veréis envueltos en el castigo reservado a los perseguidores del Mesías. Escuchad también vosotros que no pertenecéis a este pueblo, pero que me estáis escuchando para saber quién es el que os habla y que predice sin necesidad de estudiar el vuelo y el canto de los pájaros, los fenómenos celestiales, las entrañas de animales sacrificados, la llama o el humo de los holocaustos, porque el futuro está presente ante el que os está hablando. 'Esta casa vuestra quedará desierta. Yo os digo, dice

²⁴ Cfr. Lev. 11-27

²⁵ Cfr. 2 Par. 24, 17-22.

el Señor, que no me veréis hasta que no digáis: ‘Bendito el que viene en el nombre del Señor’
”

Se nota que Jesús está realmente cansado y acalorado. Además de lo largo de su discurso, por el bochorno del día en que no sopla nada de viento. Estrechado contra el muro por una multitud, recibiendo las miradas de miles de ojos, sintiendo todo el odio que respiran los que le han estado escuchando bajo el Portal de los Paganos, y todo el amor o al menos la admiración que lo rodea, sin preocuparse del sol que se clava sobre sus espaldas y sobre su rostro enrojecido y sudoroso, parece verdaderamente cansado y deseoso de descanso. Lo dice a sus apóstoles y a los setenta y dos, que como cuñas se han ido introduciendo poco a poco entre la multitud y están ahora en primera línea, cual barrera de amor fiel a su alrededor: “Salgamos del Templo y vayamos al campo entre los árboles. Quiero sombra, silencio y frescura. En verdad que este lugar parece que arde bajo el fuego de la ira celestial”.

Difícilmente se abren paso, pero lo logran. Salen por la puerta más cercana. Jesús quiere que todos se vayan, pero muchos lo siguen a toda costa.

Los discípulos miran la cúpula del Templo que resplandece al sol casi en su cenit. Juan de Efeso hace notar al Maestro la robustez de construcción: “Mira qué piedras y qué construcción!”

“Aun así, de todo eso no quedará piedra sobre piedra” responde Jesús.

“¿No? ¿Cuándo? ¿Cómo?” preguntan muchos. Jesús no contesta.

Sube por el Moria. Ligeramente, sale de la ciudad pasando por Ofel y por la puerta de Efraín o de la Basura. Entra cuanto antes en lo tupido de los jardines del rey seguido por sus apóstoles y discípulos, pero no de la gente que se había empeñado en hacerlo, porque Mannaén, que había mandado abrir los pesados cancelos, sale al frente, y dice a todos: “Podéis ir. Aquí entran sólo los que quiero dejar pasar”.

Sombra, silencio, perfume de flores, aromas de alcanfor y clavo, de canela, de espliego, y de tantas otras hierbas odoríferas. Se oye el ruido de los riachuelos, que vienen de manantiales y de cisternas cercanas, bajo galerías de follaje. Se oye el trinar de los pajarillos. Es un lugar de descanso envidiable. Allá se ve la ciudad, lejos, muy lejos, con sus calles estrechas, ensombrecidas por los arquivoltas o quemadas hasta hacerse deslumbradoras, con sus olores y pestilencias de cloacas que no siempre están limpias sobre todo las de segunda importancia. El jardinero debe de conocer muy bien a Jesús porque le muestra respeto y confianza al mismo tiempo. Jesús le pregunta por sus hijos y por su mujer.

El hombre quiere que entre en su casa, pero Jesús quiere la fresca tranquilidad confortante, del vasto jardín del rey, un verdadero parque de delicias. Antes de que los dos incansables y fieles criados de Lázaro se vayan a traer el canasto de los alimentos, les dice: “Decid a vuestras dueñas que vengan. Estaremos aquí algunas horas con mi Madre y las discípulas fieles. Me gustará mucho...”

“¡Estás muy cansado, Maestro! Tu rostro lo dice” hace notar Mannaén.

“Sí, tanto que no tuve más fuerzas para ir más allá”.²⁸

“Más de una vez te he ofrecido estos jardines en estos días. Bien comprendes que me siento feliz en brindarte tranquilidad y descanso”.

“Lo sé, Mannaén”.

“¡Y ayer quisiste ir a ese lugar tan triste! ¡Tan seco, tan extrañamente desnudo de verdor este año!”

“He querido dar gusto a mis apóstoles. Son unos niños en el corazón. Niños grandes. Míralos cómo buscan el descanso... y olvidan todo lo que se agita contra Mí fuera de estos muros...”

“Y olvidan que estás muy afligido... Mas no creo que haya razón de alarmarse tanto. El lugar me pareció otras veces más peligroso”.

Jesús lo mira sin replicar. ¡Cuántas veces he contemplado a Jesús en estos días mirar de este modo y quedarse callado!

²⁸ Cfr. Mt. 26, 36-39; Mc. 14, 32-36; Lc. 22, 39-44; Ju. 4, 1-6.

Mira a sus apóstoles y discípulos que se han quitado los capuchos, los mantos, las sandalias y se refrescan en los riachuelos. Los setenta, unidos por un mismo ideal, dan la impresión de ser más numerosos. Ambos grupos después de refrescarse, buscan descanso aquí y allí para dejar reposar al Maestro.

También Mannaén se retira, dejándolo en paz. Todos procuran no turbar el reposo del Maestro, que cansadísimo, se ha ido a un emparrado de jazmines en forma de quiosco, rodeado de un riachuelo circular que pasa corriendo y cantando entre hierbas y flores. Un verdadero refugio al que se llega atravesando un puentecito en miniatura, cuya barandilla es una guirnalda de flores de jazmín.

Regresan los criados con otros más, porque Marta quiso enviar comida para todos los siervos del Señor, y agregan que las mujeres llegarán en breve.

Jesús hace venir a Pedro y le dice: "Junto con mi hermano Santiago bendice, ofrece y distribuye los alimentos como Yo lo hago".

"Distribuir, sí; pero bendecir, no, Señor. A Ti te toca ofrecer y bendecir. No a mí".

"Cuando no estuve Yo, y eras el jefe de tus compañeros ¿no lo hiciste?"

"Sí, pero entonces... tenía qué hacerlo. Ahora estás con nosotros, y Tú bendices. Cuando Tú ofreces por nosotros y distribuyes, me parece que es mejor..." El fiel Simón pone su brazo sobre Jesús que está sentado en la sombra, reclina su cabeza sobre su espalda y besa a su Señor que en realidad está agotadísimo...

Jesús se incorpora para darle contento. Va a donde están los discípulos, ofrece, bendice, reparte el alimento, los mira comer contentos y les dice: "Después podéis dormir. Descansad mientras hay tiempo, para que después podáis velar y orar cuando sea necesario, y que la fatiga y el agotamiento no os quiten las fuerzas".

"¿No te quedas con nosotros? ¿No comes?"

"Dejadme descansar. Es lo que necesito. ¡Comed, comed!" Acaricia al pasar a los que encuentra al regresar a su lugar.

La Virgen ha llegado. Mannaén que ha visto dónde está Jesús, se lo señala. Y Ella, dulce y suavemente, va a donde está.

Las otras mujeres, esto es, todas las discípulas y de las romanas sólo Valeria, se quedan silenciosas para no despertar a los discípulos que, cual ovejas fatigadas, están descansando, entre la hierba.

La Virgen llega al emparrado de jazmines, procurando no hacer ruido en el puentecillo, ni sobre la grava. Muy cautelosamente se acerca a donde está su Hijo, que vencido del cansancio, se ha quedado dormido en la piedra que sirve de mesa, apoyando su rostro, sobre el que caen sus largos cabellos sobre su brazo izquierdo. María se sienta junto a Él. Lo contempla... una sonrisa de dolor y amor pasa por sus labios, mientras sobre su pecho caen lágrimas. Aun cuando no abre sus labios, seguramente debe estar orando en su corazón, lo que se ve por la posición de sus manos juntas al pecho, entrelazadas para que no tiemblen. Y, sin embargo, se le ve estremecerse ligeramente. Tan sólo las desprende para espantar alguna mosca que viene a posarse sobre su Hijo.

Es el último sueño que Ella, la Madre, vela. Si su rostro, en ese miércoles anterior a la Pascua, es distinto del que tenía cuando nació Jesús, porque el dolor la hizo pálida, su dulce pureza llena de amor reflejada en su mirada, el cuidado exquisito es igual al que le daba cuando allá en Belén lo cuidaba mientras dormía.

Jesús se mueve y María se seca rápidamente los ojos para que su Hijo no vea las lágrimas.

Pero Jesús no ha despertado, sólo ha cambiado de posición, y se ha volteado para la otra parte. María lo sigue velando.

Hay algo que hace estremecer el corazón de la Virgen, y es cuando oye que su Jesús llora en el sueño y que confusamente, porque su boca está sobre su brazo y vestido, murmura el nombre de Judas...

María se levanta, se inclina sobre su Hijo, sigue ese murmurar confuso, con las manos apretadas sobre el corazón, que se interrumpe, pero no en tal forma que no pueda

comprender que Jesús en el sueño está viendo algo, el presente, el pasado y hasta el futuro. De pronto despierta, como para huir de algo horrible, y encuentra a su Madre, la sonrisa de su Madre, su dulce voz, sus besos, sus caricias, el toque ligero de su velo que pasa por su rostro, para secarle las lágrimas y el sudor, mientras le murmura: “estabas incómodo y soñabas... estás sudado y cansado, Hijo mío”. Le peina la cabellera, le seca el rostro, lo besa, lo atrae hacia su pecho para que en él descanse.

Jesús le sonrío diciendo: “Eres siempre la Madre. La que consuela. La que me paga por todo. ¡Eres mi Madre!” se acerca más a Ella, le pone la mano sobre sus rodillas. Y María toma esa mano larga, tan señorial y tan fuerte entre sus manos pequeñas. Le acaricia los dedos, el dorso, le alisa las venas que se habían hinchado mientras dormía. Trata de distraerlo...

“Vinimos todas. También Valeria. Las otras están en Antonia. Así lo quiso Claudia ‘que está muy entristecida’, según ha dicho la liberta. Dice que, no sabe por qué, presiente que habrá mucho llanto. ¡Supersticiones!... Sólo Dios conoce las cosas...”

“¿Dónde están las discípulas?”

“Allá donde empieza el jardín. Marta quiso prepararte comida, bebidas frescas, pensando en lo cansado que estarías. Pero yo, mira: esto te ha gustado siempre y te lo traje. Mi parte. Está sabroso porque es de tu Madre”. Le enseña miel y una torta de pan sobre la que la derrama, y se la da, diciendo: “Como en Nazaret, cuando descansabas en las horas más calurosas y luego te despertabas acalorado y venía yo de la gruta fresca con esto...” No añade más porque la voz le tiembla.

Jesús la mira y dice: “Y cuando vivía José, nos llevabas a los dos y el agua fresca de la jarra porosa, que habías puesto en el riachuelo para que estuviese fresca, y que la hacían más las ramitas de menta que le echabas adentro. ¡Cuánta menta, bajo los olivos! ¡Cuántas abejas sobre sus flores! Nuestra miel tenía siempre algo de ese perfume...” Piensa... recuerda...

“Hemos visto a Alfeo, ¿sabes? José se ha tardado porque uno de sus hijos está enfermo. Pero sin duda alguna mañana llegará con Simón. Salomón de Simón cuida nuestra casa y la de María”.

“Mamá, cuando estés sola, ¿con quién estarás?”

“Con quien dispusieres, Hijo mío. Antes de tenerte te he obedecido y continuaré haciéndolo después que me hayas dejado”. Le tiembla la voz, pero heroicamente sonrío.

“Sabes obedecer. ¡Cómo descanso cerca de ti! Porque... Mira, Madre, el mundo no puede comprender, pero Yo encuentro descanso en los obedientes... Sí. Dios descansa junto a los que obedecen. Dios no hubiera tenido qué sufrir, qué fatigarse, si no hubiese entrado la desobediencia en el mundo. Todo esto sucede porque no se obedeció²⁹. Por esto el mundo sufre... por esto, *nuestro* dolor”.

“Pero también *nuestra* paz, Jesús, porque sabemos que nuestra obediencia consuela al Eterno. ¡Oh sobre todo para mí es un gran pensamiento! A mí, que soy una criatura, se me ha concedido consolar a mi Creador”.

“¡Oh, alegría de Dios! ¡No sabes, oh gozo nuestro, qué cosa significan estas palabras para Nosotros! Sobrepujan las armonías de los coros celestiales... ¡Bendita! ¡Bendita que me enseñas la última obediencia, y haces que al cumplirla me sea tan agradable pensar en ello!”

“Tú no tienes necesidad de que te enseñe, Jesús mío. Todo lo he aprendido de Ti”.

“El Hombre, Jesús hijo de María de Nazaret, todo lo ha aprendido de ti”.

“Era tu luz que salía de mí. La Luz que Tú eres, y que llegaba a la luz eterna aniquilada bajo la forma de hombre... me han referido los hermanos de Juana el discurso que pronunciaste. Estaban admiradísimos. Has sido fuerte contra los fariseos...”

“Es la hora de decir las verdades últimas, Madre, aunque para ellos no son más que cosa *muerta*; pero para otros no lo son. Con amor y con rigor debo desencadenar la última batalla para arrancarlos del Malo”.

²⁹ Cfr. Gén. 3; Rom. 5, 12-21.

“Tienes razón. Me han contado que Gamaliel, que estaba con los otros en una de las salas del portal, dijo ya al fin, a los que estaban irritados: ‘Cuando no quiere uno que se le reproche algo, tiene qué vivir rectamente’ y se fue, dicho esto”.

“Me agrada que el rabí me haya escuchado. ¿Quién te lo contó?”

“Lázaro, a quien se lo dijo Eleazar que estaba también en la sala con los otros. Lázaro vino a la hora de sexta. Nos saludó y regresó inmediatamente sin saludar a sus hermanas que querían que se estuviese hasta el atardecer. Dijo que fuese Juan, u otros a tomar la fruta y las flores que están ya en su punto”.

“Mandaré mañana a Juan”.

“Todos los días va Lázaro, pero María se queda intranquila, porque dice que parece una aparición. Sube al Templo, llega, da órdenes y se vuelve”.

“También Lázaro sabe obedecer. Se lo ordené así, porque también él es perseguido. Pero no lo digas a las hermanas. No le sucederá nada. Vamos ahora a donde están las discípulas”.

“No te muevas, yo las llamaré. Todos los discípulos están durmiendo...”

“Dejémoslos así. Durante la noche duermen poco, porque los instruyo en la tranquilidad del Getsemaní”.

María se va y regresa con las mujeres que pisan muy delicadamente.

Lo saludan con la mayor reverencia que sólo es familiar a María Cleofás. Marta saca de una bolsa grande una jarra que transpira. María Magdalena saca también otra que es porosa, fruta fresca, traída de Betania; la pone sobre la mesa junto a lo que ha colocado su hermana, esto es, un palomo asado al fuego, sabroso, y ruega a Jesús que lo coma, diciendo: “Come. Esto da fuerzas. Yo misma lo preparé”.

Juana ha traído, por su parte, vinagre rosado. Dice: “Refresca mucho en estos días calurosos. Mi esposo lo bebe cuando se cansa en sus largos viajes”.

“Nosotros no trajimos nada” se excusa María Salomé, María Cleofás, Susana y Elisa. Nique y Valeria dicen: “Tampoco nosotras. No sabíamos que vendríamos”.

“Me habéis entregado todo vuestro corazón. Y es suficiente. Todavía me daréis más...”

Come, pero más bien bebe el agua fresca con miel que Marta le da de la jarra porosa, y fruta. Las discípulas no hablan mucho. Lo miran comer. En sus ojos se refleja el amor y el ansia. De pronto Elisa se pone a llorar y se excusa diciendo: “No me explico, pero siento el corazón cargado de tristeza...”

“Todas sentimos lo mismo, hasta Claudia en su palacio...” dice Valeria.

“Yo quisiera que fuese ya Pentecostés” dice en voz baja Salomé.

“Yo al revés, quisiera que no corriese el tiempo” dice María Magdalena.

“Serías una egoísta” le replica Jesús.

“¿Por qué Raboní?”

“Porque querías experimentar para ti sola la alegría de la redención. Hay millares y millones de seres que esperan esta hora, o que por ella serán redimidos”.

“Es verdad. No había pensado en ello...” baja la cabeza mordiéndose los labios para que no vean que tiemblan al derramar lágrimas. Se controla inmediatamente. Dice: “Si vienes mañana, podrás ponerte otra vez el vestido que enviaste. Está limpio, y digno de la cena pascual”.

“Iré... No tenéis nada qué decirme? Estáis mudas y afligidas. ¿No soy más Jesús?...” y con una sonrisa les incita a que dejen su silencio.

“¡Oh, eres el mismo! ¡Pero en estos días has estado tan majestuoso que no puedo verte más como el pequeñín que cargué en mis brazos!” exclama María de Alfeo.

“Y yo como al sencillo rabí que entraba en mi cocina en busca de Juan y Santiago” dice Salomé.

“¡Yo siempre te he conocido así, como Rey de mi alma!” dice Magdalena con fuerza.

Juana, dulce y cariñosa: “También yo, siempre te he visto como divino, desde el sueño en que, estando ya para morir, te vi que me llamabas a la vida”.

“Todo nos has dado, Señor. ¡Todo!” suspira Elisa que se ha calmado.

“Todo me habéis dado”.

“¡Muy poco!” replican todas.

“Pero el dar, no cesa después de estos momentos. Cesaré sólo cuando estéis conmigo en mi reino. Vosotras, mis fieles discípulas, no os sentaréis a mi lado, sobre los doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel, pero cantaréis el hosanna junto con los ángeles formando coro en honor de mi Madre. Y entonces como ahora, mi corazón encontrará su alegría al contemplaros”.

“Yo soy joven. Me falta mucho tiempo para que suba a tu reino. ¡Feliz Analía!” dice Susana.

“Yo ya estoy vieja y me alegro de serlo. Espero pronto la muerte” exclama Elisa.

“Yo tengo hijos... ¡Quisiera servir a estos siervos de Dios! Suspira María Cleofás.

“¡No te vayas a olvidar de nosotras, Señor!” pide con ansia Magdalena, diría yo, con un grito de su alma, pero en voz baja para no despertar a los que están durmiendo.

“No me olvidaré de vosotras. Regresaré. Tú, Juana, sabes que puedo venir aun cuando esté muy lejos... Vosotras lo tendréis qué creer. Os dejaré una cosa... un misterio que me tendrá en vosotras, y vosotras en Mí, hasta que nos hayamos reunido en el reino de Dios. Ahora podéis ir. Diréis que poco es lo que os he dicho, y que no valía la pena haberos hecho venir. Pero deseaba tener junto a Mí, corazones que me han amado sin cálculo alguno. Que me han amado a Mí, y no por el futuro y soñado rey de Israel. Idos y sed benditas una vez más.

También las otras que no están aquí, pero que piensan con amor en Mí: Ana, Mirta, Anastásica, Noemí, la lejana Síntica, Fotinai, Sara, Marcela, las hijas de Felipe, Miriam de Jairo, las vírgenes, las redimidas, las esposas, las madres que han venido a Mí, que fueron para Mí como hermanas y madres, mejores, mejores aun que muchos de los hombres mejores. Os bendigo a todas... a todas. La gracia empieza ya a descender, la gracia y el perdón sobre la mujer con esta bendición mía. Podéis ir...” Las despide, pero a su Madre la detiene un momento para decirle: “Antes de que anochezca iré al palacio de Lázaro. Tengo necesidad de verte una vez más. Conmigo irá Juan, pero no quiero que estéis presentes sino tú, las otras Marías, Marta y Susana. ¡Me siento muy cansado...!”

“Así lo haremos. Hasta pronto, Hijo...”

Se dan el beso. Se separan... María se va despacio. Se vuelve una, dos y más veces, mientras puede divisar a Jesús... Parece que no pudiera alejarse de Él...

Jesús está nuevamente solo. Se levanta, sale del quiosco. Va a llamar a Juan que está dormido entre las flores como un niño y le da la jarra de vinagre rosado, que Juana le había traído, diciéndole: “Esta tarde iremos a ver a mi Madre. Nosotros dos solos”.

“He entendido. ¿Vinieron?”

“Sí, pero no quiso despertaros...”

“Hiciste bien. Tu alegría habrá sido muy grande. Saben amarte mejor que nosotros...” dice Juan desconsolado.

“Ven conmigo”.

Juan lo sigue.

“¿Qué te pasa?” le pregunta Jesús cuando están bajo el emparrado.

“Maestro, somos muy malos. Todos. No sabemos obedecer... no hay ganas de estar contigo. Pedro y Simón se han ido. No sé a dónde. Judas se ha aprovechado de esto para reñir”.

“¿Se ha ido también él?”

“No, Señor. No se ha ido. Dice que no tiene necesidad, que él no tiene cómplices en los intentos que hacemos por buscarte protección. Si yo fui a casa de Anás, si los demás han ido a ver a los galileos que residen en la ciudad, no ha sido por hacer el mal... No creo que Simón de Jonás y Simón Zelote sean hombres capaces de intrigas...”

“No te preocupes. Judas dice bien que no tiene razón de ir, mientras descansáis. Él sabe cuándo y dónde ir para realizar lo que debe”.

“Entonces, ¿por qué habla así? ¡No está bien que lo haga ante los discípulos!”

“No está bien, pero es así. Tranquilízate, cordero mío”.

“¿Yo cordero? ¡Tú eres sólo el Cordero!”

“Sí. Yo soy el Cordero de Dios, y tú el mío”.

“¡Oh! En uno de los primeros días en que te conocí, me dijiste esta misma palabra. Estábamos solos, como ahora, entre el verdor como ahora, y en la hermosa estación”. Al recuerdo de aquellos días, Juan se alegra. En voz baja dice: “Siempre he sido y soy todavía el cordero del Cordero de Dios...”.

Jesús lo acaricia, le ofrece parte del palomo tostado, que había quedado sobre la mesa envuelto en una hoja de pergamino. Abre unos higos jugosos y se los da, al ver que alegremente come. Jesús está sentado, de lado, a la orilla de la mesa y mira tan intensamente a Juan que éste le pregunta: ¿Por qué me miras así? ¿Porque como igual que un glotón?”

“No, porque eres como un niño... ¡Predilecto mío! ¡Cuánto te quiero por tu corazón!” Jesús se inclina y besa sus cabellos rubios, luego agrega: “Permanece siempre así, con ese corazón en que no hay orgullo ni rencores. Así, aun en las horas en que se desencadenará la ferocidad. No imites, hijo, a quien peca”.

Juan siente dentro de sí algo que le desagrada y dice: “Pero yo no puedo creer que Simón y Pedro...”

“Y no cabe duda que te equivocarías si los creyeses pecadores. Bebe. Está fresca y sabrosa. La preparó Marta... Ahora estás mejor. Estoy seguro que no terminaste tu comida...”

“Así es, me puse a llorar, porque se comprende que el mundo nos odie y que uno de los nuestros insinúe...”

No piense más en ello. Yo y tú sabemos que Simón y Zelote son dos hombres honrados. Y basta. Desgraciadamente sabes que Judas es pecador. Pero no digas nada. Cuando hayan pasado muchos, muchos lustros, y sea justo que se diga toda la grandeza de mi dolor, dirás *entonces*, lo que sufrí también por las acciones de Judas como hombre y como apóstol.

Vámonos. Es hora de que salgamos de este lugar y vayamos al campo de los galileos y...”

“¿Pasaremos también esta noche allá? ¿Iremos primero al Getsemaní? Judas quería saberlo. Dice que está cansado de dormir a la intemperie, donde no hay nada, que es incómodo”.

“Pronto terminará todo. Pero no revelaré a Judas mis intenciones...”

“No estás obligado a ello. Tú eres el que debes guiarnos, no nosotros a Ti”. Juan está tan lejos de imaginar la traición, que no comprende el motivo de prudencia por el que Jesús desde hace días no anticipa sus planes.

Han llegado donde están durmiendo los demás, los llama. Ellos se despiertan. Mannaén se excusa ante el Maestro porque no puede estar con Él, y que al día siguiente no podrá ir al Templo y estar a su lado, porque tiene qué hallarse en el palacio. Y, al decirlo, mira fijamente a Pedro y a Simón, que han regresado entre tanto. Pedro hace una señal rápida con la cabeza como diciendo: “Comprendido”.

Salen del jardín. Todavía hace calor y sol. Pero la brisa de la tarde lo atenúa, y empuja una que otra nubecilla sobre el terso cielo

Toman el camino por Siloán, evitando los lugares de los leprosos, a donde Simón Zelote lleva los restos de la comida a los pocos que han quedado y no han sabido creer en Jesús.

Matías, el ex pastor, se acerca a Jesús y le pregunta: “Señor y Maestro mío, mis compañeros y yo hemos meditado mucho en tus palabras hasta que el cansancio nos ganó y nos dormimos antes de habernos podido dar una respuesta. Ahora nos encontramos más torpes que antes. Si hemos entendido bien predices que muchas cosas cambiarán, aunque la ley quede inmutable; que se deberá edificar un nuevo Templo, con nuevos profetas, doctores y escribas, contra el que se trabarán batallas; que no morirá, mientras que éste, si es que entendimos bien, parece estar destinado a perecer”.

“Lo está. Recuerda la profecía de Daniel³⁵...”

“Pero nosotros que somos pobres y pocos, ¿cómo podremos edificarlo de nuevo, cuando con tantos trabajos lo hicieron los reyes? ¿Dónde lo edificaremos? No aquí, porque afirmas que este lugar quedará abandonado hasta que ellos no te alaben como enviado de Dios”.

³⁵ Cfr. Dan. 9.

“Así es”.

“En tu Reino, no. Estamos convencidos que tu Reino es espiritual. ¿Entonces, dónde lo edificaremos? Dijiste ayer, que cuando crean haber destruido el verdadero Templo -¿y no es ese el verdadero?- entonces subirá triunfante a la verdadera Jerusalén. ¿Dónde está? Hay mucha confusión entre nosotros”.

“Lo comprendo. Que los enemigos destruyan si quieren, el verdadero Templo, y en tres días volveré a edificarlo, y no volverá a ser objeto de asechanzas porque subirá a donde el hombre no pude hacerle daño.

Respecto al Reino de Dios, él está en vosotros y donde hay hombres que crean en Mí. Se extenderá por la tierra en el correr de los siglos, pero después será eterno, unido, perfecto en el cielo. Allá, en el reino de Dios, será edificado el nuevo Templo, esto es, donde haya espíritus que aceptan mi doctrina, la doctrina del Reino de Dios y pongan en práctica sus preceptos. Que ¿cómo será edificado si sois pobres y pocos? ¡Oh, no hay necesidad de dinero ni de poder, para edificar la casa de la nueva mansión de Dios, individual o colectiva! El Reino de Dios esté en vosotros. La unión de todos los que lo tendrán en sí, de todos los que tendrán a Dios en sí, a Dios que es Gracia; a Dios que es Vida; a Dios que es Luz; a Dios que es Caridad, la unión de todos ellos constituirá el gran Reino de Dios sobre la tierra, la nueva Jerusalén que llegará a extenderse por todos los confines del mundo, y que, completa y perfecta, sin defectos, sin nada que la afecte, vivirá eternamente en el cielo.

Que ¿cómo haréis para edificar el Templo y la ciudad? ¡Oh, no sois vosotros, sino Dios!³⁶ Vosotros sólo le tendréis que dar vuestra buena voluntad que consiste en permanecer en Mí. Vivir mi doctrina es buena voluntad. Estar unidos también lo es. Unidos a Mí hasta formar un solo cuerpo³⁷ que alimente, hasta en su partes más pequeñas, una sola savia. Un solo edificio³⁸ que se apoya sobre un único fundamento y que se mantiene unido por una mística cohesión. Pero así como sin la ayuda del Padre, a quien os he enseñado cómo orar, y a quien oraré por vosotros antes de morir, no podréis estar en la Caridad, en la Verdad, en la Vida, esto es, en Mí y conmigo en Dios Padre y en Dios Amor, porque somos una sola Divinidad, por esto os digo que tengáis a Dios en vosotros para que podáis ser el templo que no conocerá fin. Por vosotros mismos no lo podríais hacer. Si Dios no edifica, y no puede edificar donde no puede estar, inútilmente los hombres se mueven para edificar y reedificar³⁹. El Templo nuevo, mi Iglesia, surgirá sólo cuando vuestro corazón hospede a Dios. Él, con vosotros, piedras vivientes, edificará su Iglesia”.

“¿Pero no has dicho que Simón de Jonás es su Cabeza, la Piedra sobre la que se edificará tu Iglesia? Y ¿no has dado también a entender que *Eres* la piedra angular? ¿Quién es pues, la cabeza? ¿Existe o no esta Iglesia?” le interrumpe Iscariote.

“Yo soy la Cabeza mística. Pedro es su cabeza visible. Porque Yo regreso al Padre y os dejo la vida, la luz, la gracia por medio de mi palabra, por medio de mis padecimientos, por medio del Paráclito que será amigo de los que me han sido fieles. Yo soy una sola cosa con mi Iglesia, mi cuerpo espiritual de quien soy cabeza. En la cabeza están el cerebro o la mente. La mente es el asiento del saber, el cerebro es el que dirige los movimientos de los miembros con sus órdenes que no son materiales, que son más capaces de hacer mover los miembros que cualquier otro estímulo. Observad un cadáver en el que está el cerebro. ¿Tiene más movimiento que los miembros? Observad a un hombre idiota ¿verdad que es en tal forma incapaz de no tener esos movimientos instintivos y rudimentarios que tiene un animal inferior, por ejemplo, el gusano que aplastamos al pasar? Ved al hombre al que la parálisis ha roto el

³⁶ Cfr. Mt. 26, 57-68; 27, 39-44; Mc. 14, 53-65; 15, 29-32; Ju. 2, 13-22; 1 Cor. 3, 16-17; 6, 12-20; 2 Cor. 6, 14-18; Ef. 2, 11-22; 1 Pe. 2, 4-10; Ap. 21-22.

³⁷ Cfr. Rom. 12, 3-13; 1 Cor. 10, 14-22; 12, 12-30; Ef. 1, 15-23; 2, 11-22; 4, 1-16; 5, 21-33; Col. 1, 15-29; 2, 9-19; 3, 12-15

³⁸ Cfr. Mt. 16, 13-20; 1 Cor. 3, 5-17; Ef. 2, 19-22; 4, 1-16; 1 Pe. 2, 4-10.

³⁹ Cfr. Sal. 126, 1.

contacto del cerebro con uno o varios miembros. Si la mente dirige con sus órdenes inmatrimales, hay otros órganos: orejas, ojos, lengua, nariz, piel que comunica las sensaciones a la mente, y otras partes del cuerpo que ejecutan y hacen ejecutar lo que la mente, a la que han avisado los órganos, materiales y visibles, ordena. ¿Podría Yo hacer que os sentarais a la falda de este monte, si no os lo hubiera ordenado? Aun cuando quisiera que os sentaseis, no lo sabríais sino hasta que no manifestase mi pensamiento por medio de palabras. ¿Podría Yo sentarme con solo pensar que mis piernas están muy cansadas, si estas rehúsan doblarse? La mente tiene necesidad de los órganos y de los miembros para obrar lo que ella quiere. De igual modo en el cuerpo espiritual que es mi Iglesia, Yo seré la Inteligencia, esto es, la cabeza, asiento suyo; Pedro y sus colaboradores los que vean las reacciones, perciben las sensaciones, las transmiten a la mente para que ilumine y ordene lo que hay qué practicar para el bien de todo el cuerpo, y luego, iluminados y dirigidos por orden mía, hablen y guíen las otras partes del cuerpo. La mano que mueve a un lado la flecha que puede herir el cuerpo, o arranca el tumor; el pie que aparta el obstáculo sin hacerse mal, sin caer ni herirse, recibieron la orden de la mente. El niño, y también el adulto que se libra de un peligro, o que alcanza una ganancia cualquiera, por ejemplo, enseñanza, buenos negocios, matrimonio, alianza ventajosa debido a un consejo recibido, a una palabra que le dijeron, es por este consejo y por esta palabra que evita el daño y obtiene el bien. De igual modo sucederá en la Iglesia. La cabeza, los jefes, guiados por el Pensamiento divino e iluminados con la Luz divina de la Palabra eterna, impartirán órdenes y consejos, y los miembros obedecerán, alcanzando un bien y una ganancia espirituales.

Mi Iglesia ya existe, porque tiene su Cabeza sobrenatural, su Cabeza divina y posee sus miembros: los discípulos. Es pequeña todavía, es una semilla que se forma, pero perfecta únicamente en su Cabeza que la dirige, imperfecta en el resto que aún tiene necesidad de que Dios la toque para ser perfecta, y necesita tiempo para crecer. En verdad os digo que la Iglesia ya existe y que ya es santa por su Cabeza y por la buena voluntad de los justos que la componen. Santa e invencible. Contra ella lanzará batalla una y mil veces todas las formas posibles de infierno compuesto de demonios y de hombres-demonios, pero no prevalecerá. El edificio no se derrumbará.

Sin embargo éste no está hecho de una sola piedra. Observad aquel Templo. Es grande, hermoso bajo los rayos del sol vespertino. ¿Está hecho, acaso, de una sola piedra? No, sino de muchas que forman un conjunto armónico. Se le llama Templo, esto es, *una* unidad, que se compone de muchas piedras que la han compuesto y formado. Inútil hubiera sido, haber echado los fundamentos, si sobre ellos no se levantasen los muros y el techo, si no se hubieran colocado sólidos fundamentos, proporcionados a la mole.

De igual modo, y con esta dependencia de partes, una de la otra, se levantará también el Templo nuevo. En los siglos lo edificaréis poniéndolo sobre los fundamentos que le he dado, que son proporcionados a su mole. Los edificaréis bajo la dirección de Dios, sirviéndoos de lo bueno de las cosas que emplearéis para levantarlo, esto es, de los espíritus en que Dios habita. Dios que hace de vuestros corazones una piedra pulida y sin rasgaduras para el Templo nuevo, que establece su reino con sus leyes en ellos. De otra manera serían tabiques mal cocidos, madrea carcomida, piedras semi-partidas e inútiles que no sirven, y que el constructor hábil tira, o piedras que se quiebran, que ceden, que hacen que se caiga una parte, si el constructor, los constructores que el Padre ha puesto al frente de la construcción del templo, son constructores-ídolos, patrocinadores-ídolos, custodios-ídolos, ladrones. Ladrones de la confianza de Dios, de la estimación de los hombres, ladrones y orgullosos que se complacen en poder sumar ganancias, y en disponer de muchos materiales, pero que no tienen cuenta si son buenos, o malos, y causa de ruina.

Vosotros, nuevos sacerdotes y escribas del Templo nuevo, escuchad. ¡Ay de vosotros!, y ¡ay de quien después de vosotros! se hará ídolo y no vigilará sobre sí mismo y sobre los otros, los fieles, para observar, comprobar la utilidad de las piedras y de la madera, sin confiarse de las apariencias, y será causa de la ruina, al permitir que se usen para el Templo materiales malos,

dando escándalo y provocando la desgracia. ¡Ay de vosotros si dejáis que haya grietas y paredes inclinadas, que pueden caerse de un momento a otro, porque no están unidas al cimiento, a Dios, fundador de la Iglesia! No será, pues, Él la causa de la ruina, sino vosotros, y ante Él y ante los hombres seréis los responsables. ¡Diligencia, cuidado, discernimiento, prudencia! La piedra, el tabique, la viga débil, que en el muro principal serían la ruina, pueden servir en partes de menor importancia, y ser en realidad útiles. *De este modo debéis saber escoger. Con caridad para no desagradar a las partes débiles, con firmeza para no desagradar a Dios y destruir su Edificio. Si cayereis en cuenta de que una piedra, puesta para servir de punto de apoyo de un ángulo importante, no es buena o no está bien labrada, tened valor, sed audaces y quitadla de ese lugar, labradla con el marro de un santo celo. Si grita de dolor, no hagáis caso. Os bendecirá por los siglos, porque le habéis salvado. Quitadla, ponedla en otro lugar. No tengáis ni siquiera miedo de retirarla, si viereis que es motivo de escándalo y ruina, que se opone a vuestro trabajo. Es mejor tener pocas piedras que mucho lastre. No tengáis prisa. Dios nunca la tiene. Lo que crea es eterno, porque está bien pensado antes de ponerlo en ejecución.* Y, si no es eterno, por lo menos es para muchos siglos. Contemplad el universo. Hace siglos, millares de siglos que Dios lo hizo con estratos sucesivos. Imitad al Señor. Sed perfectos como lo es vuestro Padre. Conservad su ley, su reino en vosotros, y no fracasaréis. Si así no fuere, caería el edificio, y en vano os habríais cansado para levantarlo. Caería todo quedando de ello únicamente la piedra angular, la base...⁴⁸. Lo mismo que sucederá con ese templo... Es la verdad. Y lo mismo sucederá con el vuestro si en él ponéis de lo vuestro, esto es, partes contagiadas del orgullo, de la ambición, del pecado, de la lujuria. Así como el viento ha hecho desaparecer esos jirones de nubes, que parecían posarse sobre la cima de aquel monte, de igual modo el soplo de un viento de castigo sobrenatural y humano caerán en los edificios que no tenían más que el nombre de santos...”

Jesús pensativo, calla. Cuando vuelve a hablar, ordena: “Sentémonos aquí a descansar un poco”.

Se sienta sobre una pendiente del monte de los Olivos, frente al Templo que besa el sol poniente. Jesús mira fijamente ese lugar, con tristeza. Los demás se enorgullecen de su belleza, pero su orgullo siente cubrirse con un cierto velo de inquietud que dejaron las palabras del Maestro. ¿Y si esa belleza tuviese qué desaparecer?

Pedro y Juan hablan entre sí y luego dicen algo en voz baja a Santiago de Alfeo y a Andrés, que están cerca, los cuales asientan con la cabeza. Pedro se dirige entonces al Maestro y le dice: “Ven aparte y explícanos cuándo se realizará tu profecía de la destrucción del Templo. Daniel habla de ella⁴⁹, pero si fuese como él y Tú decís, pocas horas le quedan al Templo. Nosotros no vemos ejércitos, ni preparativos de guerra. ¿Cuándo, pues, sucederá? ¿Cuál será la señal? Tú ya has venido. Tú afirmas que estás para irte. Y, con todo, se sabe que no acaecerá si no estás con los hombres. ¿Regresarás, pues? ¿Cuando, cuándo será tu regreso? Explícanoslo, para que podamos saberlo...”

“No hay necesidad de que nos vayamos a otra parte. ¿Lo ves? Se han quedado ahí los discípulos más fieles, los que os ayudarán mucho a vosotros los doce. Ellos pueden oír las palabras que os diré. ¡Acercaos todos!” ordena en voz alta.

Los discípulos que se habían esparcido por la falda, forman un grupo compacto en torno a Jesús y a los apóstoles.

“Tened cuidado que nadie en los años que están por venir os engañe. Yo soy el Mesías y no hay otro. Por esto, cuando muchos os dijeren: “Yo soy el Mesías” y hubieren seducido a muchos, no creáis en sus palabras, ni aun cuando las acompañen prodigios. Satanás, padre de la mentira y protector de los mentirosos, ayuda a sus siervos y secuaces con falsos prodigios que puede comprobarse que no son buenos, porque llevan consigo el miedo, la turbación, la mentira. Vosotros conocéis los prodigios de Dios: *dan una santa paz, alegría,*

⁴⁸ Cfr. Mt. 7, 24-27; 16, 13-20; Lc. 6, 46-49; 1 Cor. 3, 5-17; Ef. 2, 19-22.

⁴⁹ Cfr. Dan. 9-12 y en particular 9, 27; 31; 12, 11.

salud, fe; producen buenos deseos de hacer obras santas. Los otros, no. Por lo tanto reflexionad sobre la forma y las consecuencias de los prodigios que es posible que veréis en años venideros por obra de falsos Mesías, y de los que se cubrirán con vestidos de salvadores de pueblos, pero que no serán sino fieras que los destruyan.

Sabréis que habrá guerras, rumores de guerras y os dirán: “Son las señales de que se acerca el fin”. No os turbéis. No es el fin. Todo esto debe suceder antes de que llegue el fin, pero no lo será todavía. Un pueblo hará guerra contra otro, un continente contra otro; vendrán la peste, la carestía, y habrá terremotos en muchos lugares. Todo esto no es más que el principio de los sufrimientos. Entonces os fustigarán y os matarán, acusándoos de ser los culpables de sus padecimientos, y al perseguiros y destruiros, a vosotros mis siervos, creerán librarse de ellos. *Los hombres acusan siempre a los inocentes de ser los causantes de sus males, que por sus pecados han provocado. Acusan a Dios mismo, la perfecta Inocencia y Bondad suprema, de ser la causa de sus sufrimientos, y esto mismo harán con vosotros.* Os odiarán por causa de mi Nombre. Es Satanás quien los instiga. Muchos se harán mal mutuamente, se traicionarán y se odiarán. Es también Satanás quien los instiga a ello. Surgirán falsos profetas que enseñarán a muchos el error. Es nuevamente Satanás el verdadero autor de tantos males. Y como la maldad aumentará, en muchos se enfriará la caridad. Pero quien hubiere perseverado hasta el fin, será salvo. Primero hay que predicar este Evangelio del reino de Dios a todo el mundo, dando testimonio a todas las naciones. Entonces vendrá el fin. Israel regresará al Mesías y mi doctrina habrá sido predicada en todo el mundo.

Hay otra señal: tanto para el fin del Templo, como para el mundo. Cuando veáis la horrible desolación que Daniel predijo –quien me está escuchando, procura estar atento; y quien lee al Profeta, sepa comprender su significado- entonces quien estuviere en Judea huya a los montes; quien sobre la terraza, no bajar a tomar lo que tiene en casa; y quien en el campo, no regrese a su hogar a tomar su manto, sino huya sin regresar; para que no le suceda que no tenga tiempo de escapar; y ni siquiera se vuelva en su huida a mirar atrás, para que en su corazón no entre el espectáculo horrible, y no enloquezca por haberlo visto. ¡Ay de las mujeres en cinta! Y ¡ay de las que amamantarán a sus hijos en esos días! ¡Ay si la fuga tuviese lugar en sábado! No se podría escapar entonces, sin cometer pecado. Rogad, pues, para que no tengáis que huir en invierno o en día de sábado, porque la tribulación que vendrá será tan grande como nunca lo ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni habrá otra semejante. Si estos días no se acortaren en favor de los elegidos, nadie se salvaría, porque los hombres-satanases se aliarán con el infierno para atormentar a los hombres.

Y también en estos días habrá quienes, para corromper y sacar fuera del recto camino a los fieles del Señor, dirán: “El Mesías está aquí”, o “El Mesías está allá, en ese lugar. ¡Vedlo!” No lo creáis, porque serán falsos Mesías y falsos profetas que harán prodigios y milagros tan grandes que serán capaces de atraer hacia el error, si fuera posible, aun a los elegidos, y enseñarán cosas aparentemente consoladoras y buenas, capaces aun de seducir a los mejores, si con ellos no estuviese el Espíritu de Dios que los iluminará en la verdad, y les dará a conocer el origen satánico de tales milagros y doctrinas. Yo os lo anuncio y os lo predigo para que podáis tomar vuestras providencias. Pero no tengáis miedo de caer. Si permanecéis firmes en el Señor, no seréis arrastrados a la tentación y a la ruina. Recordad lo que os he dicho: “Os he dado el poder de pisar serpientes y escorpiones; toda la fuerza del Enemigo no os hará ningún daño, porque todo os estará sujeto” Mas os ruego que para obtener todo esto, debéis tener a Dios en vosotros, y debéis alegraros no tanto porque sojuzgaréis las fuerzas del Malo y los venenos, cuanto porque vuestro nombre está escrito en el cielo.

Permaneced firmes en el Señor y en su verdad. Yo soy la Verdad y la enseño. Por eso vuelvo a repetiros: cualquier cosa que os dijeren de Mí, no la creáis. Yo soy el único que os he dicho la verdad. Yo soy el que os digo que el Mesías vendrá, pero cuando llegue el fin. Por esto si se os dice: “Está en el desierto”, no vayáis. Si os dijeren: “Está en aquella casa” no deis oído. Porque la segunda venida del Hijo del hombre será semejante al relámpago que se ve en el oriente, y en un instante, en que apenas hay tiempo de parpadear, llega al occidente. Y pasará

rápidamente sobre el gran Cuerpo, convertido de pronto en cadáver⁵⁰, seguido de sus relucientes ángeles, y juzgará. Donde hay un cadáver, allí se reúnen las águilas. Inmediatamente después de la tribulación de aquellos últimos días, de la que os he hablado – me refiero al fin de los tiempos y del mundo, a la resurrección de los cuerpos, de lo que hablan los profetas⁵¹ – se oscurecerá el sol, la luna no dará más luz, las estrellas del cielo caerán como uvas de un racimo muy maduro, que un viento tempestuoso sacude, y las potencias de los cielos temblarán. Entonces, en el firmamento oscurecido aparecerá resplandeciente la señal del Hijo del hombre, todas las naciones de la tierra lanzarán gritos de dolor; y los hombres verán al Hijo del hombre que llega sobre nubes celestiales con mucho poder y gloria. Mandará a sus ángeles a que sieguen y vendimien, a que separen la cizaña del trigo, a que echen la uva en la tinaja, porque llegó el tiempo de la gran cosecha de la descendencia de Adán y no habrá más que necesidad de guardar racimos o semillas, porque la raza humana no se perpetuará más sobre la tierra muerta. Y mandará a los ángeles que, al sonido de roncadas trompetas, junten a los elegidos de los cuatro vientos; desde una punta del cielo hasta la otra, para que se pongan al lado del Juez divino y con Él juzguen a los últimos vivientes⁵² y a los que resucitaron.

Podéis comprender esto si veis una higuera: cuando empieza a reverdecer sabéis que se acerca el verano. De igual modo cuando veáis todo esto, tened en cuenta que el Mesías está por venir. Os aseguro que no pasará *esta generación que no me ha amado*, antes de que suceda todo. Mi palabra no se pierde. Lo que digo, sucederá. El corazón y el pensamiento humanos pueden cambiar, pero mi palabra no. El cielo y la tierra dejarán de existir, pero mis palabras no.

Por lo que toca al día y a la hora exacta nadie los sabe, ni siquiera los ángeles del Señor, sino el Padre. La venida del Hijo del hombre se parecerá a los tiempos de Noé. En los días que precedieron al diluvio los hombres comían y bebían, se casaban, sin parar mientes en señal, sino hasta el día en que Noé entró en el arca y se abrieron las cataratas de los cielos y el diluvio acabó con todos los vivientes, con todo. Así sucederá en la venida del Hijo del hombre. Entonces dos hombres estarán juntos en un campo, uno será tomado y el otro se quedará; dos mujeres estarán moliendo, una será tomada y la otra dejada. Esto lo harán los enemigos en la patria, y mucho más los ángeles que separarán el buen trigo de la cizaña, y no tendrán tiempo de prepararse al juicio del Mesías.

Vigilad, pues, porque ignoráis cuándo vendrá vuestro Señor. Reflexionad en esto: si el jefe de familia supiese a qué hora llegare el ladrón, estaría alerta y no permitiría que su casa fuese robada. Así pues vigilad y orad; estad siempre preparados a la venida; que vuestros corazones no se sumerjan en la tibieza por abusos e intemperancias, que vuestros espíritus no se distraigan y pierdan el gusto por las realidades celestiales, debido al excesivo cuidado por las de la tierra; y que el lazo de la muerte no os sorprenda cuando estéis menos preparados. Porque tened en cuenta que todos tenéis qué morir. Todos los hombres deben morir, y esta muerte es una sola venida del Mesías y que el siguiente juicio⁵³ tendrá qué repetirse cuando venga el Hijo del hombre con toda solemnidad.

¿Cuál será el siervo fiel y prudente, que recibió encargo de su patrón de alimentar a los demás de su casa, cuando esté ausente? Suerte feliz le cabrá si su patrón, al regresar de improviso lo encuentra cumpliendo su deber con diligencia, justicia y amor. En verdad os digo que le dirá: “Ven, siervo fiel. Te has hecho merecedor de mi recompensa. Administra todos mis bienes”. Pero si el siervo en su interior es realmente malo, y sólo aparentemente bueno, cuando se

⁵⁰ Cfr. Mt. 24, 28; Lev. 11, 13-16.

⁵¹ Cfr. Ez. 37, 1-14.

⁵² Cfr. 1 Tes. 4, 13 – 5, 11; 1 Cor 15, 20-28.

⁵³ La doctrina del juicio particular, inmediatamente después de la muerte, y que no puede confundirse con el juicio universal al fin del mundo, más o menos se encuentra en la Biblia. He aquí algunos lugares selectos: Lc. 23, 43; 2 Cor. 5, 1-10; Flp. 1, 21-26; Heb. 9, 27-28; Ap. 14, 13.

vaya su patrón dirá dentro de sí: “Mi patrón va a tardar. ¡Entreguémonos a la buena vida” Y empieza a golpear, a maltratar a sus compañeros de servicio, haciéndose usurero con ellos, con la comida y con todas las cosas para sacar más dinero que pueda gastarlo con los sibaritas y borrachos, ¿qué sucederá? Que el dueño regresará de improviso, y el mal siervo será descubierto, se le quitará el puesto, el dinero, se le arrojará a donde la justicia ordene, y allí se quedará.

Lo mismo sucede con el pecador impenitente que no piensa que la muerte pueda estar tan cerca, tan próximo al juicio, se entrega a los placeres, diciendo: “Luego me arrepentiré”. En verdad os digo que no tendrá tiempo de hacerlo y será condenado a que vaya y se quede para siempre en el lugar de inimaginable horror, donde sólo resuenan la blasfemia, el llanto, la tortura, y no saldrán de allí sino hasta el juicio final, cuando volverá a vestirse con su cuerpo resucitado para presentarse completo al juicio final como completo pecó, cuando vivió sobre la tierra. Y con cuerpo y alma se presentará ante el Juez Jesús, a quien no quiso por Salvador. Todos estarán de pie ante el Hijo del hombre. Una inmensa multitud de cuerpos que la tierra y el mar restituyeron; cuerpos que fueron reducidos a cenizas por tanto tiempo, volverán a tomar su forma. Y los espíritus permanecerán en sus cuerpos, en los cuerpos que un tiempo tuvieron, que animaron. Estarán derechos ante el Hijo del hombre, resplandeciente en su Majestad divina, sentado en el trono de su gloria, rodeado de sus ángeles.

Separarán a los hombres. De un lado pondrán a los buenos, del otro a los malos. Igual que un pastor que separa las ovejas de los cabros. Pondrá a su derecha a las ovejas y los cabros a la izquierda. Con voz dulce, cariñoso aspecto, dirá a los que, tranquilos y hermosos con una belleza de gloria por el resplandor de su cuerpo santo, lo mirarán con todo el amor de sus corazones: “Venid benditos de mi Padre, a tomar posesión del Reino que desde la creación del mundo se os tiene preparado. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui peregrino y me hospedasteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; prisionero y fuisteis a llevarme consuelo”. Los justos le preguntarán: “Pero ¿cuándo, Señor, te vimos con hambre y te dimos de comer; con sed y te dimos de beber? ¿Cuándo fue que te vimos que eras un peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo, encarcelado y fuimos a visitarte?” El Rey de reyes les responderá: “En verdad os digo que cuando lo hicisteis a uno de estos los más pequeñuelos de entre mis hermanos, me lo hicisteis a Mí” Luego se volverá a los que tendrá a su izquierda, les dirá con un rostro de severidad y con ojos tan fijos que parecerán que de ellos salieran saetas, con una voz en que tronará la ira de Dios: “¡Fuera de aquí! ¡Apartaos de Mí, malditos! Idos al fuego eterno que la ira de Dios preparó para el demonio, sus ángeles tenebrosos y para los que les dieron oídos, dejándose guiar de la triple libidine. Tuve hambre y no me la quitasteis; tuve sed y no me la apagasteis; estuve desnudo y no me disteis vestido; fui peregrino y me arrojasteis; estuve enfermo, encarcelado y no me visitasteis. Porque no teníais más que una ley, la de agradaros a *vosotros mismos*”. Ellos le contestarán: “¿Cuándo te vimos hambriento, sediento, desnudo, peregrino, enfermo, encarcelado? Nosotros, en realidad, no te conocimos. No vivimos cuando Tú viviste en la tierra” Él les replicará: “Es verdad. No me conocisteis, porque cuando viví en la tierra, no estabais, pero conocisteis mis palabras. Hubo pobres entre vosotros, hambrientos, sedientos, desnudos, enfermos, encarcelados. ¿Por qué no hicisteis lo que *tal vez* me hubierais hecho a Mí? Pues nadie puede asegurar que con quienes conviví, fueron compasivos conmigo, el Hijo del hombre. ¿No sabíais que estoy en mis hermanos, y que donde esté uno de ellos que sufra allí estoy? ¿No sabíais que lo que no hicisteis a uno de estos hermanos míos pequeños, me lo negasteis a Mí, Primogénito de los hombres? Idos y quemaos en vuestro egoísmo. Idos y que os envuelvan las tinieblas y el hielo porque eso fuisteis, pese a que sabíais dónde estaba la Luz y el Fuego del Amor”. Se irán estos al suplicio eterno, mientras los justos entrarán en la vida inmortal.

Esto es lo que sucederá. Ahora idos. Que no haya divisiones entre vosotros. Me llevo a Juan. Estará con vosotros a la mitad de la primera vigilia para la cena y para ir después a nuestras instrucciones”.

“¿También esta noche? ¿Vamos a hacer lo mismo cada día? Me siento mal con la intemperie. ¿No sería mejor ir a una casa amiga? ¡Estar siempre bajo las tiendas! Siempre en vela en las noches, que son frías y húmedas...” se lamenta Judas.

“Es la última noche. Mañana... será diverso”.

“¡Ah! Pensaba que irías al Getsemaní todas las noches. Pero si es la última...”

“No he dicho esto, Judas. He dicho que será la última noche que pasemos juntos en el campo de los galileos. Mañana prepararemos la pascua y comeremos el cordero. Después Yo iré a orar al Getsemaní. Podréis hacer lo que queráis”.

“Vendremos contigo, Señor. ¡Nunca tenemos ganas de dejarte!” dice Pedro.

“Tú cállate, que no tienes derecho de hablar. Tú y Zelote no hacéis más que revolotear aquí y allá apenas no os ve el Maestro. No os pierdo de vista. En el Templo... durante el día... en las tiendas más arriba...” dice Iscariote contento de acusarlos.

“¡Basta! Si lo hacen, hacen bien. Pero no me dejéis solo... os lo ruego...”

“Señor, no hicimos nada malo. Créelo, Dios conoce nuestras acciones, y sus ojos no se apartan de ellas con disgusto” protesta Zelote.

“Lo sé. Pero es inútil. Lo que es inútil puede ser siempre dañino. Estad unidos lo más posible”. Luego se vuelve a Mateo: “Tú, mi buen cronista, repíteles estos la parábola de las diez vírgenes sabias y las diez necias; la del señor que dio talentos a sus tres siervos para que los hicieran fructificar, lo que hicieron dos de ellos, y uno que era un perezoso, lo enterró. ¿Te acuerdas?”

“Sí, Señor mío. Las recuerdo con exactitud”.

“Entonces, repíteselas. No todos las oyeron, y los que las saben tendrán gusto en volverlas a oír. De este modo pasad así el tiempo hasta que regrese. ¡Velad! ¡Velad! Tened listo vuestro espíritu. Tales parábolas son apropiadas también para lo que os dije. Hasta pronto. La paz se quede con vosotros”.

Toma a Juan de la mano y se aleja con él a la ciudad...

Los otros se dirigen al campo de los Galileos.

16. El miércoles anterior a la Pascua: II, La noche

8 marzo 1945

“Os dije: ‘Estad atentos, velad y orad para que el sueño no os gane’. Pero veo que vuestros cansados ojos se cierran y vuestros cuerpos, aun sin querer, pretenden descansar. Tenéis razón, ¡pobres amigos míos! En estos días os exigí mucho, y estáis cansados. Pero dentro de poco, en realidad, dentro de pocas horas, estaréis contentos de no haber perdido ni siquiera un momento de haber estado conmigo. Os sentiréis felices de no haberme negado nada. Por otra parte, es la última vez que os hablo de cosas tristes. Mañana os hablaré de amor, y os haré un milagro que es todo amor. Preparaos por medio de una gran purificación a recibirlo. ¡Oh, qué bien viene a mi modo de ser hablar más de amor que de castigo! ¡Cuán dulce me es decir: ‘Os amo. Venid. Durante toda mi vida he soñado con esta hora!’ Pero hablar de muerte también es amor, porque esta es la prueba de su supremo amor para los que aman. Es también amor preparar a los amigos amados para el infortunio, como es una muestra providente de cariño que estén prontos, y que no se acobarden a la hora. Confiar un secreto es prueba de amor, de la estima que se tiene en quien se confía. Sé que habéis hecho llover preguntas y más preguntas sobre Juan para saber qué le dije cuando estuvimos solos. Y no habéis creído cuando afirmé que nada le dije, sino que tan solo estuvo conmigo. Fue suficiente que tuviese a alguien cerca de Mí...”

“¿Por qué entonces él y no otro?” pregunta Iscariote. Y con cierta altanería.

Pedro, Tomás y Felipe dicen también: “Tiene razón. ¿Por qué escogiste a él y no a otros?”

Jesús responde a Iscariote: “¿Hubieras querido ser tú? ¿Te atreves a pedirlo?”

Era una mañana fresca y serena de Adar... Yo era un desconocido que caminaba por el camino cercano al río... Cansado, polvoriento, pálido por el ayuno, la barba crecida, las sandalias rotas. Parecía Yo un mendigo por los caminos del mundo... Él me vio... me reconoció como aquel sobre quien había bajado la Paloma de fuego eterno². En aquella forma mía, ciertamente que un átomo de mi divino resplandor debió de haber brillado. Los ojos que había abierto la penitencia del Bautista y que la pureza había conservado angelicales vieron lo que los otros no. Los ojos puros llevaron aquella visión en lo profundo del corazón, la conservaron cual perla en un joyel... Cuando dos meses después esos ojos se abrieron para ver al caminante empolvado, su alma me reconoció... Me amaba. No amaba a ningún otro. El amor primero y único nunca se olvida. El alma siente que viene, aun cuando esté lejos; siente que llega de la lejanía; y se llena de gozo, abre su mente que despierta a su cuerpo para que todos participen del banquete de la alegría de volverse a encontrar y de amarse. Una boca que temblaba de emoción me dijo: 'Te saludo, Cordero de Dios'. ¡Oh, fe de los puros que eres tan grande! ¡Cómo vences todos los obstáculos! No conocía mi Nombre. No sabía quién era Yo, de dónde venía, qué hacía: ni si era Yo rico, pobre, sabio, ignorante. ¿Qué es lo que hace saber todo esto por medio de la fe? ¿Aumenta o disminuye si sabe? Él creía en todo lo que le había dicho el Precursor. Por ley impuesto como estrella que transmigra de una a otra parte del cielo, él se había separado de su cielo: el Bautista, de su constelación, y había venido a otro nuevo cielo: al Mesías, en la constelación del Cordero. No es la estrella mayor, pero sí la más hermosa y pura de la constelación de amor.

Desde aquella fecha han pasado tres años. Estrellas y estrellitas se han juntado a mi constelación y separado de ella. Algunas se precipitaron y murieron. Otras se convirtieron en pesados vapores. Pero él se ha quedado fijo en su luz pura, junto a su Polar. Dejadme que mire su luz. Dos serán las luces durante las tinieblas del Mesías: María y Juan. Pero tanto será el dolor que apenas si las podré ver. Dejad que imprima en mi pupila esos cuatro ojos que son pedazos de cielo entre pestañas rubias, para llevar conmigo, a donde nadie podrá ir, un recuerdo de pureza. ¡Todo el pecado! Todo sobre las espaldas del Hombre. ¡Oh, gota de pureza!... ¡Mi Madre! ¡Juan! ¡Y Yo!... Tres náufragos de una humanidad en el mar del pecado. Será la hora en que Yo, el retoño de la estirpe davídica, entre lágrimas volveré a recitar el llamado de David:⁵ 'Dios mío, vuelve a Mí. ¿Por qué me has abandonado? Los gritos de los crímenes que por todos he tomado sobre Mí, me alejan de Ti... Soy un gusano, no un hombre, la vergüenza humana, lo más sucio de la plebe'. Oíd a Isaías:⁶ 'He entregado mi cuerpo a los que golpean, mis mejillas a quien me arrancaba la barba. No retiré la cara a quien me ultrajaba y me la cubría de salivazos'. Oíd de nuevo a David:⁷ 'Muchos becerros me han rodeado, muchos toros se han lanzado contra Mí. Cual leones han abierto su hocico para desgarrarme y han rugido⁸. He desaparecido como el agua'. Isaías termina la figura: 'Por Mí mismo me he teñido los vestidos'⁹. ¡Oh por Mí mismo tiño mis vestiduras, no porque me deje llevar del furor, sino con mi dolor y amor que siento por vosotros. Como dos piedras de un molino, me aprietan y me exprimen la sangre. No soy distinto del racimo de uvas prensado; ¡qué hermoso era cuando entró, y luego es un pellejo sin jugo, ni hermosura!

Mi corazón, digo con David¹⁰, 'se hace como cera y se derrite dentro de mi pecho'. Corazón perfecto del Hijo del hombre, ¿en qué te convertiste? Semejante al que habiendo llevado una vida de orgías, se queda flaco y sin fuerzas. Toda mi robustez se ha agotado¹¹. La lengua la

² Alusión a lo sucedido en el bautismo de Jesús en el Jordán. Cfr. Mt. 3, 13-17; Mc. 1, 9-10; Lc. 3, 21-22; Ju. 1, 19-34.

⁵ Cfr. Sal. 21, 1.

⁶ Cfr. Is. 50, 6.

⁷ Cfr. Sal. 21, 13-14.

⁸ Ib 8.

⁹ Cfr. Is. 63, 3.

¹⁰ Cfr. Sal. 21, 15.

¹¹ Sal. 21, 16.

tengo pegada al paladar por la fiebre y por la agonía. La muerte se acerca en medio de su ceniza que asfixia y ciega.

¡Y todavía no hay compasión!¹² ‘Una jauría de perros me ataca y me muerde. En mis heridas se clavan sus mordidas, y sobre éstas los golpes. No queda de Mí un solo lugar en que no haya mordeduras¹³. Mis huesos suenan porque cruelmente se les ha estirado. No sé dónde apoyar mi cuerpo. La dolorosa corona es un círculo de fuego que penetra los huesos. Estoy colgado de las manos, y mis pies están atravesados¹⁴. Elevado, muestro mi cuerpo al mundo y todos pueden contar mis huesos’...

“¡Cállate, cállate!” dice entre sollozos Juan.

“¡No digas más! ¡Nos haces morir!” suplican los primos de Jesús.

Andrés no habla, pero tiene la cabeza entre las rodillas y llora sin hacer ruido. Simón está pálido. Pedro y Santiago de Zebedeo parece que fueran torturados, Felipe, Tomás y Bartolomé parecen tres estatuas de piedra que enseñan lo que es angustia.

Judas Iscariote es una máscara macabra, demoníaca. Semeja un condenado que finalmente se da cuenta de lo que hizo. Con la boca abierta, que quiere lanzar un aullido que sale espontáneo, pero que no deja escapar; con los ojos dilatados, espantados como los de un loco; con las mejillas cenizas bajo el velo negro de su barba rasurada; con los cabellos despeinados, porque se los descompuso con la mano, sudando frío, parece estar próximo a perder el sentido.

Mateo, que ha levantado su cara aterrorizada en busca de ayuda, lo ve y grita: “¡Judas! ¿Te sientes mal?... Maestro, Judas está mal”.

“También Yo” responde Jesús. “Pero Yo sufro en paz. Hacedos espíritus para soportar la hora. Uno que sea ‘carne’ no podrá vivir sin enloquecer...”

David, que vio las torturas del Mesías, añade:¹⁵ ‘Ni con esto se han contentado. Me miran y se ríen. Se dividen mis despojos y echan suertes sobre mi túnica. Soy el Malhechor. Es su derecho’.

¡Oh tierra, mira a tu Mesías! Trata de reconocerlo, aunque esté tan estropeado. Escucha, recuerda las palabras de Isaías y comprende el por qué, *el gran por qué* de que se ha reducido a este estado, porque el hombre pudo matarlo, reduciendo a tales trazas al Verbo del Padre¹⁶.

‘No tiene nada de bello, ni de atractivo. Lo vimos. No era hermoso, y no lo amamos.

Despreciado como el último de los hombres, Él, el Hombre de dolores acostumbrado a padecer, escondió su rostro. Se le insultaba y no nos importó nada su suerte’. Su belleza de Redentor fue la máscara de un torturado. ¡Pero tú, tierra necia, preferiste su rostro sereno!

‘Verdaderamente que Él ha tomado sobre Sí nuestros males, se ha cargado nuestros dolores.

Lo vimos cual si fuera un leproso, a quien Dios ha maldecido, cual un despreciado. Sin embargo, sus heridas se deben a nuestros crímenes. Ha recibido el castigo que merecíamos nosotros, el castigo que nos devuelve la paz con Dios. Sus cardenales nos han sanado.

Éramos como ovejas errantes. Cada uno había extraviado el recto camino, y el Señor puso sobre Él la iniquidad de todos’. Aquel o aquellos que piensan haber hecho algún bien a sí mismos y a Israel, se engañan. Lo mismo que los que piensan haber sido más fuertes que Dios. Los que imaginan que no tendrán qué dar cuenta de este pecado, sólo porque libremente me dejo matar. Cumplo con mi santa obligación, que es obedecer perfectamente al Padre. Lo que no excluye que ellos obedezcan a Satanás y realicen su nefanda empresa. Sí. Tu Redentor, ¡oh tierra!, ha sido sacrificado porque lo quiso. ‘No abrió su boca para decir una sola súplica para que se le librase de la muerte, ni una palabra para maldecir a sus asesinos.

¹² Ib. 17.

¹³ Ib. 15.

¹⁴ Ib. 17-18.

¹⁵ Cfr. Sal. 21, 18-19.

¹⁶ Cfr. Is. 52, 13 – 53, 12.

Se dejó llevar al matadero para que lo matasen como una ovejita, como un cordero que no bala, fue llevado para que lo trasquilasen’.

“Después que fue capturado, y condenado, se le levantó en alto. No tendrá posteridad. Como una planta, ha sido cortado de la tierra de los vivientes. Dios lo ha castigado por los pecados de su pueblo. ¿Ninguno de sus contemporáneos de la tierra en que vivió lo llorará? El que ha sido arrancado de la tierra, ¿no tendrá hijos?”

Te respondo profeta de tu Mesías. Si mi pueblo no llorará por el que fue muerto sin culpa, los ángeles del pueblo celestial lo llorarán. Si no engendró hijos, porque dada su Naturaleza no podía hacerlo, tendrá hijos e hijas, siguiendo otro modo de engendrar que no es el carnal, sino que procede del amor y de la Sangre divina, un engendrar espiritual por el cual su prole será eterna¹⁸.

Ahora, ¡oh mundo!, te explico quiénes son los impíos enviados a su sepultura y el rico a su muerte. Mira, ¡oh mundo!, si uno solo de los que lo mataron tuvo paz y larga vida. Él, el Viviente, pronto dejará la muerte. Pero, como hojas que el viento de otoño junta una a una entre los surcos, después de haberlas arrancado con repetidas sacudidas, uno a uno serán pronto juntados en la infame sepultura que para Él había sido dispuesta y quién vivió para el oro, podría, si fuese lícito poner algo inmundo donde estuvo el Santo, podría ser arrojado en el lugar todavía húmedo por las innumerables heridas de la Víctima que fue inmolada sobre el monte.

Porque fue acusado sin haber cometido culpa alguna; en su boca jamás hubo engaño, ni en su corazón iniquidad. Dios lo vengará. Fue torturado. Pero terminado esto, una vez que su vida fue tronchada para ser sacrificio expiatorio, comenzará su gloria ante los que han de venir. Todos los deseos y determinaciones santas de Dios se realizarán por medio de Él. Por las angustias que sufrió, su alma verá la gloria del verdadero pueblo de Dios y será feliz. Su doctrina celestial, que sellará con su Sangre, será la justificación de muchos que hay entre los mejores, y arrancará la iniquidad de los pecadores. Por esto, ¡oh tierra!, una gran multitud de gente se llegará a este Rey desconocido de quien los pérfidos se burlaron y a quienes los mejores no comprendieron. Dividirá con los suyos los despojos propios de los robustos. Él, el único Juez de los tres reinos y del Reino.

Todo ha merecido, porque todo lo dio. Todo se le entregará porque entregó su vida a la muerte y fue contado entre los malhechores. El que no había cometido ningún pecado. El que no hizo más que amar perfectamente, con una bondad infinita. Dos culpas que el mundo no perdona: su amor y su bondad, dos motivos que le impidieron tomar sobre Sí los pecados de todos, de todo el mundo, y a rogar por los pecadores. Por *todos* los pecadores, aun por aquellos que lo condenaron a muerte.

He terminado, no tengo más qué agregar. Todo cuanto tenía qué deciros sobre las profecías mesiánicas os lo he dicho. Todo lo que habla desde mi nacimiento hasta mi muerte os lo he ilustrado para que me conozcáis y no tengáis dudas. Y para que no aleguéis excusa de vuestro pecado.

Ahora oremos juntos. En esta última noche podemos hacerlo así, unidos cual granos de uva en el racimo. Venid. Oremos. ‘Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en los cielos. Danos hoy nuestro pan. Perdónanos nuestras deudas como perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes que entremos en la tentación, y líbranos del mal. Así sea’.

“Sea santificado tu Nombre”. Padre, Yo lo he santificado. Ten piedad de tu Retoño.

“Venga tu Reino”. Muero para fundarlo. Ten piedad de Mí.

“Hágase tu voluntad”. Ayuda mi debilidad. Tú que creaste el cuerpo del hombre y con él revestiste a tu Verbo para que aquí abajo te obedeciera así como siempre te he obedecido en el cielo²². Ten piedad del Hijo del hombre.

¹⁸ Cfr. Ju. 1, 12-13.

²² Cfr. Flp. 2, 5-11.

“Danos el pan”... un pan para el alma. Un pan que no es de esta tierra. No lo pido para Mí. No tengo necesidad sino de tu consuelo espiritual. Yo, cual mendigo, extendiendo mi mano por ellos. Dentro de poco será atravesada y enclavada y no podrá dar muestras de amor. Padre, concédeme darles el Pan que diariamente fortifique la debilidad de los pobres hijos de Adán. Son débiles, ¡oh Padre!, no pueden hacer nada porque no tienen el Pan que es fuerza, el pan angelical que espiritualiza al hombre y hace que en nosotros se divinice.

“Perdónanos nuestras ofensas”...”

Jesús que ha hablado estando de pie y con los brazos abiertos, se arrodilla, levanta al cielo un rostro pálido por el esfuerzo de la súplica, porque los rayos de la luna lo besan; por él corren lágrimas.

“Perdona a tu Hijo, ¡oh Padre!, si en algo te faltó. A tu perfección puede aparecer todavía imperfecto, Yo, tu Mesías sobre quien pesa la carne. A los hombres... no parecerá. Mi inteligencia me asegura que hice todo por ellos. Perdona a tu Jesús... Yo también perdono, para que me perdones como Yo perdono. ¡Cuánto debo perdonar! ¡Cuánto!... Y con todo lo hago. Perdono a éstos, que están aquí presentes, a los discípulos ausentes, a los sordos de corazón, a mis enemigos, los que se burlarán de Mí, a los traidores, asesinos, deicidas... En una palabra, perdono a todo el linaje humano. Por lo que toca a Mí, Padre, perdono toda ofensa que el hombre haya cometido contra Mí. Muero para dar a todos tu Reino. No quiero que se tenga en cuenta como señal de condenación, que se haya ofendido al Verbo encarnado. ¿No? ¿Dices que no? ¡Oh, me duele! Este ‘no’ derrama en mi corazón las primeras gotas del amargo cáliz. Padre, a quien siempre he obedecido, te digo: ‘Hágase como Tú quieres’.

‘No nos dejes que entremos en la tentación’. ¡Si quieres puedes alejar de nosotros al demonio! Él es la tentación que incita la carne, la mente, el corazón. Es él el Seductor²⁵. ¡Aléjalo, Padre! ¡Que esté a nuestro lado tu Arcángel²⁶ que a parte lo que nos pueda hacer mal desde el momento en que se nace hasta el de la muerte!... ¡Oh Padre santo, ten piedad de tus hijos! “¡Líbranos, líbranos del mal!” Tú lo puedes. Nosotros lloramos aquí... Es muy hermoso el cielo y tenemos miedo de perderlo. Tú dices: “Mi Sangre no puede pederlo”. Pero Yo quiero que veas en Mí al Hombre, al Primogénito de los hombres. Soy su hermano. Ruego por ellos y con ellos. ¡Padre, ten piedad! Sí, ¡piedad!...”²⁷ Jesús se inclina hasta la tierra. Luego se levanta: “Vámonos. Despidamos esta noche. Mañana a esta hora, no lo podremos hacer. Estaremos muy aturdidos. Y no hay amor donde hay turbación. Démonos el ósculo de paz. Mañana... mañana cada uno dependerá de sí mismo... Esta noche todavía podemos ser uno para todos y todos para uno”.

Besa a uno por uno, comenzando por Pedro, luego Mateo, Simón, Tomás, Felipe, Bartolomé, Iscariote, sus dos primos, Santiago de Zebedeo, Andrés y Juan, sobre el que se apoya, mientras sale del Getsemaní.

²⁵ Cfr. Gén. 3, 13; 2 Cor. 11, 1-3; 1 Tim. 2, 9-15; (2 Ju. 7 – 11); Ap. 12, 7-12; 13, 11-18; 20, 1-10.

²⁶ Esto ews S. Miguel. Cfr. Dan. 10, 9-19; 12, 1-4; Zac. 3; Jds. 8-10; Ap.12, 7-12.

²⁷ Cfr. Is. 52, 13 – 53, 12; 2Cor. 5, 16-21; Gal. 3, 10-14.

EL HOMBRE-DIOS

MARÍA VALTORTA

VOLUMEN 11

LA PASIÓN

LA GLORIFICACION

17. El jueves anterior a la Pascua: el día¹

3 abril 1947

Un nuevo día, tan sereno, tan festivo. No se vislumbran ni siquiera las nubecillas que ayer navegaban por el cielo cobrizo. Tampoco se siente el bochorno tan molesto de ayer. Una fina brisa acaricia las caras. Huele a flor, a heno, a aire puro que cuidadosamente mueve las hojas de los olivos. Parece como si quisiera admirar lo plateado de las hojitas en forma de lanzas y esparcir flores, pequeñas, blancas, olorosas a los pies de Jesús que viene caminando; echarle también sobre su rubia cabeza, besarla, refrescársela, y luego morir antes que ver el horror que se cierne. Las hierbas de los bordes se inclinan, sacuden sus campanitas, sus corolas, sus miles de flores. Las estrellas con su centro dorado, las margaritas selváticas, como que yerguen su tallo para besarle las manos que serán atravesadas. La primavera, la manzanilla le besan los generosos pies que no caminaron más por el bien del hombre sino hasta cuando fueron enclavados para darle un bien mayor. El agavanzo exhala su aroma, y el majoleto mueve sus hojas dentelladas. Parece como si dijera: “No, no” a aquellos que lo usarán para atormentar al Redentor. Y “no” dicen las cañas del Cedrón, tampoco ellas quieren herirlo. Su instinto de seres insensibles no quiere hacer mal a su Señor. Y tal vez hasta las piedras de las pendientes se felicitan por estar fuera de la ciudad, en los olivares; y así no podrán herir al Mártir. Lloran las clemátides rosadas que Jesús tanto amaba, los corimbos de las blancas acacias como racimos de mariposas unidas a un solo tallo, tal vez pensando: “No lo veremos más”. El nomeolvides, tan delgado, tan limpio, deja caer su corola al contacto del vestido purpúreo que Jesús se ha puesto de nuevo. Debe significar morir si se le hala de algo que hiere a Jesús. Todas las flores, hasta una convalaria, que tal vez sin saber fue a echar raíces junto al tronco de un olivo, siente que la penetra la felicidad, cuando la corta Tomás y se la ofrece al Señor... Felices se sienten los centenares de pajarillos que entre las ramas alegremente lo saludan. ¡Oh, que los pajarillos que siempre Él ha amado no lo blasfemen! Hasta un rebaño de ovejas parece saludarlo, cuando bala, porque les quitaron sus corderitos para el sacrificio. Y balando, llamando a sus hijos que no volverán más, vienen a estrecharse contra Jesús, mirándolo con ese modo que acostumbran hacerlo.

Al ver las orejas, los apóstoles se acuerdan de la cena y preguntan a Jesús cuando todavía están en Getsemaní. “¿Dónde quieres celebrar la Pascua? ¿Qué lugar escoges? Dínoslo e iremos a preparar todo” dicen.

Y Judas de Keriot: “Dame órdenes e iré”.

“Pedro, Juan, oídme”.

Los dos que iban un poco adelante se acercan.

“Adelantaos y entrad en la ciudad por la puerta de la Basura. Apenas hayáis entrado, encontraréis a un hombre que regresa de En Rogel con un ánfora de aquella sabrosa agua. Seguidlo hasta que entre en una casa. Diréis al que vive en ella: “El Maestro dice: ‘¿Dónde está la habitación donde pueda comer la pascua con mis discípulos?’” Os mostrará una gran habitación ya aderezada. Preparad todo en ella. Id prestos, y luego juntaos con nosotros en el Templo”.

Los dos se van a la carrera. Jesús, por su parte, sigue caminando lentamente. La mañana está muy fresca, y apenas por las calles si se ven peregrinos. Pasan el Cedrón por el puente, enfrente a Getsemaní. Entran en la ciudad. Tal vez Pilatos, al confirmarse que las disputas en torno a Jesús habían cesado, ha mandado retirar las guardias de las puertas. En realidad se siente una gran calma por todas partes.

¹ Cfr. Mt. 26, 17-19; Mc. 14, 12-16; Lc. 22, 7-13; Ju. 12, 20-50.

No se podrá decir jamás que los judíos no hayan sabido controlarse. Nadie ha molestado a Jesús, ni a los discípulos. Aun los que del Sanedrín más lo odian, le presentan sus respetos más profundos. Una paciencia ilimitada se ha mostrado en la exhortación de ayer. Y precisamente en este momento, ya que la casa de campaña de Caifás está próxima de la puerta, en este momento preciso pasa un nutrido grupo de fariseos y escribas que vienen de dicha puerta, entre los que están el hijo de Anás, Elquías y Sadoc. Es un doblarse de cuerpos envueltos en amplios mantos, en ricas vestiduras con franjas y grandes capuchos. Jesús saluda y pasa majestuoso con su vestido de lana roja y su manto de color más oscuro, con el capucho de Síntica en la mano. El sol convierte sus cabellos en una corona de oro y en velo que le cae sobre los hombros. Los cuerpos se levantan y aparecen esas caras de hienas hambrientas.

Judas de Keriot, que miraba siempre alrededor con cara de traidor, con la excusa de amarrar bien sus sandalias, se hace a un lado del camino. Lo veo bien: hace una señal de que lo esperen... Deja que el grupo de Jesús y de los discípulos sigan adelante, procurando dar la impresión de amarrársela. Luego, rápido, pasa cerca y en voz baja dice: "En la Bella. Hacia la hora de sexta. Uno de vosotros" y parte veloz hasta alcanzar a sus compañeros. Sin ninguna vergüenza. Sin sonrojo.

Suben al Templo. Hay pocos hebreos, pero muchos gentiles. Jesús va a adorar al Señor. Luego regresa y ordena a Simón y a Bartolomé que compren el cordero, y pidan el dinero a Judas.

"¿Podría hacerlo yo!" replica.

"Tendrás otro empeño qué hacer. Lo sabes. Hay qué ir a donde está esa viuda, llevarle la ayuda de María Magdalena y decirle que después de las fiestas se vaya a Betania, a casa de Lázaro. ¿Sabes dónde está? ¿Has entendido bien?"

"Sí, lo sé. Zacarías que la conoce bien, me ha mostrado el lugar". Y añade: "Estoy muy contento de marchar. Más que ir por el cordero. ¿Cuándo voy?"

"Más tarde. No me detendré mucho aquí. Hoy descansaré, porque quiero sentirme fuerte para esta noche y para mi oración nocturna".

"Está bine".

Yo me pregunto: Jesús había guardado silencio en los últimos días sobre sus intenciones para no dar a entender nada a Judas, ¿por qué ahora repite lo que hará en la noche? ¿Ha empezado ya la pasión con no poder prever las consecuencias o más bien esta previsión es tanta que lee en los libros de los cielos: "esta noche" es la determinada, y que por lo tanto hay qué hacerlo saber a quien anda en busca de esa noticia para que lo entregue a sus enemigos, o supo siempre que en aquella noche debía empezar su inmolación? No lo sé. Y Jesús no me da ninguna respuesta. Sigo en mis "por qué" mientras miro que Jesús cura a algunos enfermos. Los últimos... Mañana, dentro de pocas horas, no lo podrá hacer más... La tierra habrá perdido a se Benefactor. Pero la Víctima empezará desde su patíbulo una serie ininterrumpida de veinte siglos de curación de almas.

Hoy contemplo más bien que escribo. Mi Señor me hace proyectar la vista espiritual de lo que veo que sucedió en el postrer día de su libertad, hasta lo que ha sucedido en los siglos... Hoy contemplo más bien los sentimientos, los pensamientos de Jesús que no lo que sucede a su rededor. Estoy ya casi cercana a la dolorosa aprehensión de Getsemaní...

Jesús se ve rodeado como de costumbre por una multitud más bien hebrea que ha ido aumentando, que ha dejado de ir al lugar del sacrificio de los corderos para acercarse a Jesús, Cordero de Dios que pronto será inmolado. Piden una vez más diversas explicaciones. Muchos son hebreos venidos de la Diáspora, hasta los cuales llegó la fama del Mesías, del Profeta galileo, del Rabí de Nazaret y tienen curiosidad por oírle hablar; están ansiosos de quitarse cualquier duda. Se abren paso suplicando a los de Palestina en esta forma: "Vosotros siempre lo tenéis. Sabéis quién es. Os puede hablar cuando queráis. Nosotros hemos venido

de lejos y volveremos a nuestras patrias después de cumplid el precepto. Dejad que nos acerquemos a Él”.

A duras penas se abre la multitud para dejarlos pasar. Se acercan a Jesús y lo miran con cierta curiosidad. Los diversos grupos hablan entre sí. Jesús los observa, aunque al mismo tiempo mira a un grupo de personas llegadas de la Perea. Después de haber terminado con el grupo que le ha ofrecido dinero para sus pobres (así muchos le dicen, y haberle dado a Judas, como acostumbra) se dispone a hablar.

“Unos en la religión aunque diversos por los lugares, muchos de los presentes se preguntan: “¿Quién es éste llamado Nazareno?, y sus esperanzas y sus dudas chocan entre sí.

Escuchad. Se dijo de Mí:³ “Un retoño brotará de la raíz de Yesé, una flor saldrá de esta raíz y sobre ella reposará el Espíritu del Señor. No juzgarán según lo que tuviese ente los ojos, ni condenará por lo que oyere de oídas, sino que juzgará rectamente a los pobres, tomará en sus manos la defensa de los humildes. El retoño de la raíz de Yesé colocado como señal entre las naciones, será invocado por los pueblos y su sepulcro será glorioso. Él levantará una bandera entre las naciones, reunirá a los prófugos de Israel; a los dispersos de Judá los recogerá de los cuatro vientos de la tierra”. Se dijo de Mí:⁴ “Ved que el Señor viene con poder. Su brazo triunfará. Trae consigo su recompensa. Tiene ante sus ojos su obra. Apacentará su grey como lo hace un pastor”. Está dicho de Mí:⁵ “He aquí mi Siervo con quien estaré, en quien me complazco. He difundido en Él mi espíritu. Repartirá justicia entre las naciones. No gritará. No acabará de romper la caña cascada. No apagará el tizón que humea. Hará justicia rectamente. Sin dejar de llevar la tristeza, ni de los motines, logrará establecer sobre la tierra la justicia, y las islas esperarán sus leyes”. Está dicho de Mí:⁶ “Yo, el Señor, te he llamado en la justicia, te he tomado de la mano, te he guardado, te he hecho alianza del pueblo y luz de las naciones para abrir los ojos a los ciegos y sacar de la cárcel a los prisioneros, de los calabozos a los que yacen en las tinieblas”. Está dicho de Mí:⁷ “El Espíritu del Señor está sobre Mí porque me ha ungido para comunicar la Buena Nueva a los mansos, a curar a los que tienen un corazón afligido, a predicar la libertad a los esclavos, y a los prisioneros el año del perdón del Señor”. Está dicho de Mí:⁸ “Él es el Fuerte, apacentará su grey con la fuerza del Señor, con la majestad del nombre del Señor Dios suyo. Se convertirán a Él, porque desde ahora será glorificado, hasta los últimos confines del mundo”. Está dicho de Mí:⁹ “Yo mismo iré en busca de mis ovejas, en busca de las extraviadas. Volveré a traer a las ahuyentadas, curaré las que tengan algún hueso roto, haré que se fortalezcan las débiles, cuidaré de las gordas y robustas, las apacentaré como se debe”. Está dicho:¹⁰ “Él es el príncipe que trae la paz y Él mismo es paz”. Está dicho:¹¹ “Mira que ahí viene tu Rey, el que es Justo, el que salva. Es pobre. Viene cabalgando sobre un asno. Publicará la paz a las naciones. Su dominio se extenderá de mar a mar, hasta los confines de la tierra”. Está dicho:¹² “Se han establecido setenta semanas para tu pueblo, para tu ciudad santa, a fin de que se quite de ella la prevaricación*, parta que el pecado deje de existir, para que se borre la iniquidad, para que pueda venir la justicia eterna, para que se realice lo predicho en visiones y profecías y sea ungido el Santo. Después de

³ Cfr. Is. 11, 1-4; 10, 12.

⁴ Is. 40, 10-11.

⁵ Is. 42, 1-4.

⁶ Is. 42, 6-7.

⁷ Is. 61, 1-2.

⁸ Cfr. Miq. 5, 4.

⁹ Ez. 34, 11-16.

¹⁰ Cfr. Is. 9, 6; Miq. 5, 5.

¹¹ Cfr. Zac. 9, 9-10.

¹² Cfr. Dan. 9, 24-27.

* Prevaricación = Delito consistente en dictar a sabiendas una resolución injusta una autoridad, un juez o un funcionario.

sesenta y nueve semanas vendrá el Mesías. Después de sesenta y dos semanas será ajusticiado. Después de una semana sellará el testamento, pero a la mitad de la semana no se ofrecerán ya hostias y sacrificios y en el Templo habrá una desolación horrible, que durará hasta el fin de los siglos”.

¿Dejarán de ofrecerse hostias en estos días? ¿No habrá sobre el altar víctimas? Sí. Estará la gran Víctima. El profeta lo previó:¹³ “¿Quién es éste que llega con sus vestidos teñidos de rojo? Es hermosa su vestidura. Camina majestuoso porque sabe que es fuerte”.

¿Y cómo se tiñó de púrpura del vestido Aquel que es pobre? Lo dice el profeta:¹⁴ “Entregué mi cuerpo a los que me golpean, mis mejillas al que me arranca la barba. No he quitado mi rostro de quien me ultraja. Toda mi belleza y beldad han desaparecido, los hombres no me han amado más. Los hombres me han despreciado, me han tomado por el último. Mi rostro será cubierto con un velo y me mirarán con desprecio, como a un leproso. Seré para todos un hombre cubierto de llagas, un muerto. Tal es la víctima. ¡No temas Israel! No temas. No falta el Cordero pascual. ¡No temas, tierra! No temas. Aquí está el Salvador. Como oveja será conducido al matadero, porque lo quiso y no abrió la boca para maldecir a los que lo matan. Después de que sea condenado, será levantado y morirá en medio de padecimientos. Sus miembros serán dislocados, sus huesos desgarrados, sus pies y manos traspasados. Pero después de esta angustia con la cual justificará a muchos, las multitudes vendrán a Él, porque después de haber entregado su vida a la muerte para la salvación del mundo, resucitará y gobernará la tierra, alimentará a los pueblos con el agua que vio Ezequiel¹⁵, agua que sale del Templo, que aunque fuera abatido, se levantará de nuevo por su propia fuerza; con el vino con el cual la vestidura blanca se ha teñido también la vestidura del Cordero sin mancha¹⁶, con el Pan venido del cielo”¹⁷.

¡Vosotros que tenéis sed, venid a beber del agua!¹⁸ ¡Vosotros que tenéis hambre, venid a alimentaros! ¡Quienes os sentís agotados, quienes os sentís enfermos, bebed de mi vino! ¡Venid quienes no tenéis dinero, quienes no tenéis salud, venid! ¡Vosotros que estáis en las tinieblas! ¡Vosotros que estáis muertos, venid! Soy Riqueza. Soy Salud. Soy Luz y Verdad. Soy el Camino. No temáis de no poder terminar el Cordero porque os falten las hostias verdaderamente santas en este templo profanado. Todos podéis comer del Cordero de Dios que ha venido a quitar los pecados del mundo, ha dicho de Mí el último de los profetas de mi pueblo¹⁹.

Del pueblo a quien le pregunto: Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿En qué te he entristecido? ¿Qué cosa podía darte de más que no es te di? He instruido a tus intelectos, he curado a tus enfermos, he hecho bien a tus pobres, he dado de comer a tus multitudes, te he amado en tus hijos, te he perdonado, he orado por ti. Te he amado hasta el sacrificio. ¿Y tú qué vas a darle a tu Señor? Una hora, la última, se te ha concedido, ¡oh pueblo mío!, ¡oh mi ciudad real y santa! Conviértete en esta hora al Señor Dios tuyo”²¹.

“Ha estado en lo justo en haber dicho esto”.

“Así está dicho. En verdad Él hace lo que dice”.

“Como un pastor ha tenido cuidado de todos”.

“Como si fuéramos las ovejas dispersas, enfermas, que estuviésemos en la oscuridad, ha venido a llevarnos al recto camino, a curarnos alma y cuerpo, a iluminarnos”.

“Verdaderamente toda la gente va a Él. ¡Ved cómo están admirados esos gentiles!”

“Ha predicado la paz”.

¹³ Cfr. Is. 63, 1.

¹⁴ Cfr. Is. 50, 6; %3, 2.12.

¹⁵ Cfr. Ez. 47, 1-12; Ap. 22, 1-2.

¹⁶ Cfr. Is. 63, 1.

¹⁷ Cfr. Sal. 77, 23-25; Ju. 6, 22-63.

¹⁸ Is. 55, 1-3.

¹⁹ Esto es Juan el Bautista. Cfr. Mt. 11, 2-15; Lc. 1, 5-25, 57-80; 7, 18-3; Ju. 1, 6-8. 19-34.

²¹ Cfr. Os. 14, 2.

“Nos ha amado”.

“No puedo entender qué quiere decir con esos del sacrificio. Habla como si tuviese qué ser matado”.

“Sí es el hombre que vieron los profetas, sí es el Salvador, así es”.

“Habla como si todo el pueblo lo fuese a tratar mal. Esto no sucederá jamás. El pueblo, nosotros, lo amamos”.

“Es nuestro amigo. Lo defenderemos”.

“Es galileo, y nosotros sus compatriotas daremos la vida por Él”.

“Es descendiente de David, y nosotros los de Judea no levantaremos nuestra mano sino para defenderlo”.

“¿Podremos olvidarlo, nosotros los de la Auranítide, de la Perea, de la Decápolis que nos amó tanto como a vosotros? Todos, todos lo defenderemos”.

Esto es lo que corre por las bocas de la multitud que ha aumentado. ¡Cuán mudable es el pensamiento humano! Por la posición del sol creo que son las nueve de la mañana. Veinticuatro horas más tarde esta gente hará ya tiempo que estará alrededor del Mártir para torturarlo con su odio, con sus golpes, y aullará pidiendo su muerte. Pocos, muy pocos, demasiado pocos entre las miles de personas de todas las partes de Palestina y de otros lugares, que han recibido luz, salud, sabiduría, perdón, serán no sólo los que no tratarán de arrancarlo de las manos enemigas, porque no podrán, pero que tampoco podrán consolarlo con las pruebas de amor que caras amigas le brindarían.

Las alabanzas, las palabras, los comentarios preñados de admiración se esparcen por el vasto patio como ondas que partiendo de alta mar van a descansar en la arenosa playa.

Varios escribas, judíos y fariseos, tratan de neutralizar el entusiasmo del pueblo, y la aversión que el pueblo siente contra los enemigos de Jesús, diciendo: “Delira. Está tan cansado que no sabe qué decir. Ve persecución donde hay sólo honra. Es un sabio en el hablar, pero lo mezcla ahora con frases que uno delira. Nadie le quiere hacer mal. Hemos comprendido, hemos comprendido que es...”

Pero hay gente que no puede comprender todos estos vaivenes de intenciones, y se rebela diciendo: “Él curó a mi hijo que estaba loco. Sé lo que es la locura. Un loco no habla de ese modo”.

Y otro: “Déjalos que digan lo que quieran. Son unas víboras que tienen miedo a que nuestros bastones les rompan los hígados. Entonan la dulce canción del ruiseñor para engañarnos, pero si uno para bien las orejas, se oye que dentro silba el cascabel de la serpiente”.

El de más allá grita: “Vanguardias del pueblo del Mesías, ¡alerta! Cuando un enemigo acaricia, tiene el puñal escondido en las mangas, y extiende su mano para golpear. ¡Ojos bien abiertos y corazón despierto! ¡Los chacales no pueden ser mansos corderitos!”

“Dices bien: el búho engaña a los inocentes pajaritos con la inmovilidad de su cuerpo y con la mentirosa alegría de su saludo. Ríe e invita con su chillido, pero en realidad se dispone a matar y devorar”.

De este modo los grupos hablan y comentan.

También hay gentiles, que en estos días han sido constantes en escuchar al Maestro y cuyo número ha ido creciendo. Siempre al borde de la multitud porque el exclusivismo hebreo-palestinense es grande y los rechaza, buscando para sí los primeros lugares alrededor del Maestro, tenían ansias de acercarse a Él y hablarle. Un grupo nutrido de ellos ve a Felipe a quien la multitud ha arrastrado contra un rincón. Se acercan y le dicen: “Señor, queremos ver de cerca a Jesús, tu Maestro. Queremos hablarle por lo menos una vez”.

Felipe se pone de puntitas para ver si descubre a algún apóstol que esté más cerca del Señor. Ve a Andrés y le grita: “Aquí hay unos gentiles que quieren saludar al Maestro. Pregúntale si quiere hablarles”.

Andrés que está unos cuantos metros distante de Jesús, metido entre la multitud, e abre paso sin respeto alguno, dando codazos como puede: “¡Dejad pasar, dejad pasar! Debo hablar con el Maestro”.

Llega a donde está, y le transmite el deseo de los gentiles.

“Llévalos a esa esquina que allí iré”.

Mientras Jesús trata de pasar entre la gente, Juan y Pedro que acaban de regresar con Judas Tadeo, Santiago de Zebedeo y Tomás, que se separa de sus familiares que había encontrado entre la multitud, ayudan a abrir paso al Maestro.

Al llegar a donde están los gentiles, éstos le presentan sus respetos,

“La paz sea con vosotros. ¿Qué se os ofrece?”

“Verte. Hablarte. Tus palabras nos han entristecido. Queríamos decirte que tus palabras nos llegan al alma, y esperábamos hacerlo en un momento oportuno. Has hablado de muerte... Pensamos que era mejor que te hablásemos hoy mismo. Pero... ¿es posible que los hebreos puedan matar a su mejor hijo? Nosotros somos gentiles, y tu mano no nos ha brindado ningún favor. La fama de tu palabra ha llegado hasta nosotros, nunca te habíamos oído hablar directamente; nunca te habíamos visto, ni habíamos podido estar cerca de Ti, ¡y pese a esto!, te presentamos nuestro homenaje. Al honrarte nosotros, todo el mundo lo hace también”.

“Tenéis razón. Ha llegado en que el Hijo del hombre debe ser glorificado por los hombres y por los espíritus”.

Nuevamente la gente se apiña alrededor de Jesús, con la diferencia que los gentiles son los que están en primera fila.

“Si la hora de tu glorificación ha llegado no morirás como dices, o como hemos entendido. Porque morir en el modo como dijiste, no es ser glorificado. ¿Cómo podrás reunir el mundo bajo tu cetro si mueres antes de haberlo hecho? Si tu brazo se queda paralizado cuando mueras ¿cómo podrás triunfar y reunir a los pueblos?”

“Muriendo daré vida. Muriendo construiré. Muriendo crearé a un pueblo nuevo²⁴. La victoria está en el sacrificio. En verdad os digo que si el grano de trigo caído en tierra no muere, se queda infecundo; pero, si muere, entonces sí que producirá mucho grano. Perderá su vida quien la ame. Quien desprecie su vida en este mundo, la habrá preservado para la vida eterna. Además, tengo el deber de morir para dar esta vida eterna a todos los que me siguieren para servir a la verdad. Quien quiera servirme, venga: los lugares en mi Reino no están limitados a tal persona o a aquel pueblo. Quien quiera servirme, venga detrás de Mí, y donde estaré Yo, ahí también estará él, mi siervo. Quien me sirva, será honrado por mi Padre, por el Dios único, verdadero, Señor del cielo y tierra, Creador de todo cuanto existe. Pensamiento, palabra, Amor, Vida, Camino, Verdad; Padre, Hijo, Espíritu Santo, siendo Uno es Trino y Trino siendo uno, Solo, Verdadero Dios. Ahora mi corazón ha perdido la tranquilidad y ¿qué diré? ¿Acaso: “Padre, sálvame de esta hora”? ¡No! Para llegar a esta hora, por esto he venido. Diré pues: “¡Padre, glorifica tu Nombre!” ”.

Jesús abre los brazos en cruz, una cruz púrpura que tiene como fondo el blanco mármol del portal, levanta su rostro, presentándose como víctima, orando, subiendo con su alma al Padre.

Una voz más fuerte que el trueno, que no es humana en el sentido, que no es semejante a la de un hombre, pero que los oído perciben, llena el cielo sereno del hermosísimo día abribeño, y vibra, más fuerte que cualquier gigantesco órgano, melódicamente bella, responde: “Lo he glorificado y nuevamente lo haré”.

La gente se espanta. Esa voz, tan fuerte que ha hecho estremecerse el suelo, esa voz misteriosa, que no puede compararse con ninguna otra, que ha brotado de una fuente desconocida, que ha llenado todo, todos los rincones, ha infundido terror en los hebreos y sorpresa en los paganos. Aquellos se echan por tierra lo mejor que pueden, murmurando:

²⁴ Cfr. Mt. 1, 18-23; 2, 1-6; Ju. 11, 45-54; Hech. 15, 13-21; 2Cor. 6, 11 – 7, 4; Tit. 2, 11-15; Heb. 8, 6-13, 7-16; 1 Pe. 2, 4-10; Ap. 5, 6-10; 7, 9-17; 21-22.

“¡Ahora moriremos! ¡Hemos escuchado la voz del cielo! ¡Un ángel le ha hablado!” y se golpean el pecho en espera de la muerte. Estos gritan: “¡Un trueno, un trueno! ¡Huyamos! La tierra ha bramado. Ha temblado”. Pero es imposible huir porque los que estaban afuera del muro del Templo acuden dentro gritando: “¡Piedad de nosotros! ¡Corramos! Aquí el lugar es santo. No se partirá el monte donde se levanta el altar de Dios” y por lo tanto cada uno se queda donde estaba, donde la multitud lo detiene, donde el miedo lo ha enclavado.

Los sacerdotes acuden a las terrazas del Templo, al igual que los escribas y fariseos, que estaban dispersos por ese laberinto, los levitas y estrategas. Todos llegan con las caras enrojecidas, sin comprender lo que pasa. Pero ninguno, fuera de Gamaliel y su hijo, descienden de las terrazas. Jesús ve pasar a Gamaliel, que viste de lino blanquísimo resplandeciente al contacto de los rayos solares.

Jesús, al ver a Gamaliel, y como si hablase para todos, dice en voz alta: “No por Mí, sino por vosotros vino esta voz del cielo”.

Gamaliel detiene el paso, se vuelve, busca con sus ojos profundos y negros –con esa costumbre que el ser *un maestro* venerado, un algo como semidiós le ha dado de mirar con severidad- los ojos azules, claros, dulces y serenos de Jesús...

Jesús continúa: “Ahora es el momento en que este mundo es juzgado. Ahora el príncipe de las tinieblas va a ser arrojado fuera. Y, cuando Yo fuere levantado en alto, atraeré a todos a Mí, porque este es el modo con que el Hijo del hombre salvará”.

“Hemos aprendido de la ley que el Mesías vive para siempre. Tú te llamas a ti mismo el Mesías y aseguras que morirás. Aun más, que eres el Hijo del hombre y que salvarás al ser levantado. ¿Quién eres, pues? ¿El Hijo del hombre o el Mesías? ¿Quién es el Hijo del hombre?” pregunta la multitud que ha cobrado ánimos.

“Soy una sola persona. Abrid los ojos a la luz. Por un poco la Luz todavía está con vosotros. Caminad hacia la Verdad, mientras tenéis la Luz con vosotros, a fin de que no os sorprendan de improviso las tinieblas. Los que caminan en la oscuridad no saben a dónde van a parar. Mientras tengáis la Luz con vosotros, creed en Ella, para que seáis sus hijos”. Se calla.

La multitud se divide, queda perpleja. Algunos se retiran moviendo la cabeza, otros miran la actitud de los principales de los judíos: de los fariseos, jefes de los sacerdotes, escribas... sobre todo de Gamaliel, y según lo que se ve, así reacciona. Pero hay otros que asienten con la cabeza y se inclinan ante Jesús con ganas de decirle: “¡Creemos! Te honramos por lo que eres”. Pero no se atreven a declararse públicamente a su favor, tienen miedo de los enemigos, de los poderosos que los ven desde lo alto de las terrazas que dominan los grandiosos portales que hay alrededor de los patios del Templo.

También Gamaliel, después de haberse quedado pensativo, por unos instantes, en los que parece haber querido preguntar al suelo lo que desea saber, se dirige a la salida, sacudiendo la cabeza y hombros como en señal de desacuerdo o de desprecio... y pasa derecho ante Jesús, sin mirarlo una vez más.

Pero Él lo mira con compasión... nuevamente levanta su voz –como si fuese un toque- para que pueda oírse sobre el rumor, y para que el gran escriba pueda percibirla. Aun cuando parece que habla para todos, no cabe duda que se dirige a él. Dice, pues: “Quien cree en Mí, no cree en realidad en Mí, sino en quien me ha enviado; y quien me ve a Mí, ve al que me ha enviado, que no es otro que el Dios de Israel. Porque no hay otro Dios fuera de Él. Por esto digo: si no podéis creer en Mí como en el que es llamado hijo de José de la estirpe de David e hijo de María de la misma estirpe, de la Virgen que vio el Profeta²⁶, que nació en Belén, como las profecías lo declaran, a quien precedió el Bautista, como desde hace siglos se dijo, creed por lo menos en la voz de vuestro Dios que os ha hablado desde el cielo. Creed en Mí como en el Hijo del Dios de Israel. Si no creéis en Quien os ha hablado del cielo, no me hacéis ninguna ofensa; sino a vuestro Dios de quien soy Hijo.

²⁶ Cfr. Is. 7, 10-25.

¡No permanezcáis en las tinieblas! He venido como Luz del mundo para que quien crea en Mí no se quede en ellas. No queráis crearos remordimientos que después no podréis aplacar, cuando Yo hubiera regresado de donde vine, y sería un castigo muy duro de Dios contra vuestra obstinación. Estoy pronto a perdonar, mientras estoy entre vosotros, mientras el juicio no se ha hecho, quiero perdonar. Pero mi Padre piensa de manera diversa, porque Yo soy la Misericordia y Él la Justicia.

En verdad os digo que si alguien escucha mis palabras y luego no las observa, Yo no juzgaré. No he venido al mundo para juzgarlo, sino para salvarlo. Pero aun cuando no juzgare, en verdad os digo que hay quien os juzga por vuestras acciones. Mi Padre que me envió, juzga a los que rechazan su palabra. Quien me desprecia y no reconoce a la palabra de Dios y no la acepta, tiene quien lo juzga en el último día: la misma palabra que he pronunciado.

Está dicho nadie se burla de Dios²⁸. El Dios, de quien se hiciere befa, será terrible para quienes lo juzgaren como loco y mentiroso.

Recordad todos vosotros que me habéis escuchado, que mis palabras son de Dios. No he hablado por Mí mismo, sino que el Padre me envió. Él fue quien me ordenó lo que tenía que decir y sobre lo que tenía que hablar. Obedezco su mandato porque sé que es justo. Hay vida eterna en cada orden de Dios. Yo, vuestro Maestro, os doy ejemplo de cómo obedecer las órdenes del Señor. Por esto podéis estar seguros que lo que os he dicho y os estoy diciendo lo dije y lo digo como mi Padre me ordenó. Mi Padre es Dios de Abraham. De Isaac, de Jacob. El Dios de Moisés, de los patriarcas y profetas, el Dios de Israel, vuestro Dios”.

¡Palabras luminosas que caen en las tinieblas que se van apoderando poco a poco de los corazones!

Gamaliel, que nuevamente se había detenido con la cabeza inclinada, torna a caminar... Otros lo siguen, moviendo la cabeza o sonriéndose maliciosamente.

También Jesús se va... pero antes dice a Judas de Keriot: “Ve a donde tienes que ir”, y a los demás: “Cada uno es libre de ir a donde quiera. Que se queden conmigo los pastores discípulos”.

“¡Oh, permíteme quedarme contigo, Señor!” pide Esteban.

“Vente...”

Se separan: No sé a dónde se va Jesús, pero sí a dónde Judas de Keriot: a la puerta Especiosa o Hermosa. Sube los varios escalones que llevan al atrio de los gentiles al de las mujeres, y después de haberlo atravesado, sube otros escalones, da un vistazo en el atrio de los hebreos y, con rabia, golpea el suelo con su pie al no encontrar a quien buscaba. Vuelve hacia adentro. Descubre a uno de los guardias del Templo, lo llama, le dice con su acostumbrada arrogancia: “Ve a buscarme a Eleazar ben Anás. Que venga inmediatamente a la puerta la Hermosa. Dile que lo espera Judas de Simón para asuntos importantes”.

Se apoya contra una columna y espera. Poco después Eleazar, hijo de Anás, Elquías. Simón, Doras, Cornelio, Sadoc, Nahum y otros más acuden con su gran volteo de vestidos.

Judas habla en voz baja y precipitada: “¡Esta noche! Después de la cena. En Getsemaní. Id a aprenderlo. Dadme el dinero”.

“No. Te lo daremos esta noche cuando vengas esa noche a llevarnos. No nos fiamos de ti. Queremos que vayas con nosotros. ¡Nadie sabe...!” dice sarcásticamente Elquías. Los otros lo secundan.

Judas se pone colorado de rabia por la insinuación. Jura: “¡Juro por Yeové que digo la verdad!”

Sadoc le responde: “Está bien, pero es mejor obrar así. Cuando sea hora, vas, tomas a los que tienen que ir a capturarlo, te vas con ellos, no vaya a suceder que los estúpidos guardias aprendan a Lázaros, y nos metan en dificultades. Les indicará con una señal quién es... ¡Compréndenos! Es noche... no habrá mucha luz... los guardias estarán cansados, somnolientos... Pero, ¡si tú los guías! ¡Entonces sí que...! ¿Qué os parece?” El pérfido Sadoc

²⁸ Cfr. Gal. 6, 7-10; Jb. 13, 9.

se dirige a sus compañeros y luego añade: “Yo propondría por señal un beso. Sí, ¡un beso! Es la mejor señal para indicar al amigo traicionado. ¡Ja, ja!”

Todos lo imitan riéndose. Es un coro de demonios que se carcajean.

Judas está furioso, pero no se retracta. No echa pie atrás. Sufre por lo que le hacen, no por lo que va a hacer. Tanto es así que replica: “Pero no olvidéis que quiero el dinero contante en la bolsa, antes de salir de aquí con los guardias”.

“Te lo daremos. Te lo daremos. También te obsequiaremos la bolsa para que puedas conservar en ella las monedas como reliquia de tu amor. ¡Ja, ja, ja! ¡Hasta pronto víbora!”

Judas está pálido de rabia. Está ya lívido. No perderá más este color ni la expresión desesperada de terror. Más bien con las horas, se irá acentuando hasta que resulte horrible verlo, sobre todo cuando quede colgado del árbol... Escapa de prisa...

Jesús se ha refugiado en el jardín de una casa amiga. Es un jardín tranquilo, de las primeras casas de Sión. Sus altas y viejas paredes le sirven de valla. Todo en él es silencio y frescura bajo los viejos árboles que lo cubren. De lejos llega la voz de una mujer que arrulla a su hijito.

Deben de haber pasado varias horas porque los criados de Lázaro, que han regresado de no sé dónde, dicen: “Tus discípulos están ya en la casa donde se prepara la cena, y Juan, después que llevó con nosotros la fruta para los hijos de Juana de Cusa, se fue a traer a las mujeres para acompañarlas a donde está José de Alfeo, que vino hoy solo, cuando ya su madre no lo esperaba, y de ahí se fue a la casa donde será la cena porque ya es tarde”.

“También nosotros iremos. Ha llegado la hora...” Jesús se pone de pie, cubriéndose con el manto.

“Maestro, afuera hay algunas personas: parece que son del censo. Quisieran hablarte sin que los vean los fariseos” dice un criado.

“Déjalos pasar. Ester no se opondrá, ¿no es así, mujer?” pregunta Jesús volviéndose a una mujer, madura en años, que corre a saludarlo.

“No, Maestro. Mi casa es la tuya, lo sabes. ¡Lo poco que te has dignado de servirme de ella!”

“Lo suficiente para decir a mi corazón: fue una casa amiga”. Luego responde al siervo: “Trae a los que aguardan”.

Entra una treintena de personas de aspecto respetuoso. Presentan sus saludos. Uno toma la palabra por todos: “Maestro, tus palabras nos han dado en qué pensar. Hemos escuchado en Ti la palabra de Dios. Pero dicen que estamos locos, porque creemos en Ti. ¿Qué debemos hacer?”

“Quien cree en Mí, no cree en Mí, sino en quien me ha enviado y cuya voz santísima hoy habéis oído. El que me ve a Mí no me ve a Mí sino al que me ha enviado, porque Yo soy una sola cosa con mi Padre. Por esto os digo que debéis creer para no ofender a Dios que es mi Padre y por *vuestro* Padre, que os ama hasta sacrificar su Unigénito. Porque si hay duda en los corazones de que Yo sea el Mesías, no la hay de que Dios esté en el cielo. Y la voz de Dios, que Yo he llamado Padre, hoy, en el Templo, pidiéndole dar gloria a su Nombre, ha respondido a Aquel que Padre lo llamaba, y sin decirle “mentiroso o blasfemo”, como muchos afirman, Dios ha confirmado quién soy Yo. Su Luz. Soy la Luz que ha venido al mundo. He venido cual luz al mundo para que quien crea en Mí no se quede en tinieblas. Si alguien escucha mis palabras y luego no las observa, no soy Yo quien lo juzgará, pues no he venido a juzgar el mundo, sino a salvarlo. Quien me desprecia y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgará, en el último día, esto es, la palabra que he predicado, porque ha sido sabia, perfecta, dulce, sencilla, como es Dios. *Porque tal Palabra es Dios*. No soy Yo, Jesús de Nazaret, llamado hijo de José el carpintero, de la estirpe de David e Hijo de María, la doncella hebrea, virgen de la misma estirpe, casada con José, quien os ha hablado. No. Por Mí mismo no he hablado, sino fue mi Padre que está en los cielos, y se llama Yeová. Él es el que me ordenó lo que tenía que decir. Yo sé que sus órdenes son vida eterna. Así pues, las cosas que digo las digo como me las dictó el Padre y en ellas hay vida. Por esto os digo: escuchadlas, ponedlas

en práctica y tendréis la vida, porque mi palabra es vida. Quien la acepta, me acepta a Mí junto con el Padre que me envió a darle vida. Quien tiene en sí a Dios tiene la vida. Idos. La paz venga sobre vosotros y os acompañe”.

Los bendice, se despide de ellos. Bendice también a los discípulos. Detiene sólo a Isaac y a Esteban. A los demás les da el beso y se despide. Cuando se han ido, sale con Esteban e Isaac y siguen el camino de las calles solitarias y oscuras que llevan al cenáculo. Llegados, los abraza, los bendice cariñosamente, les da el beso de paz, nuevamente los bendice, los ve irse. Toca a la puerta y entra...

Dice Jesús:

“Pondrás aquí las visiones de despedida de mi Madre, del Cenáculo, de la cena. Hagamos ahora Yo y tú la verdadera conmemoración pascual. Ven...”

18. Descripción del cenáculo. Antes de la cena Jesús se despide de su Madre

17 febrero 1944

Veo el cenáculo donde se celebrará la pascua.

Lo veo muy bien. Puedo contar las raspaduras de las paredes, los bordes del suelo. No es un salón cuadrado, sino un poco rectangular. Entre el lado más ancho y el otro habrá la diferencia de un metro o un poco más. Es bajo. Tal vez se vea así porque su tamaño no corresponde a su altitud. Está un poco curvado, esto es, los dos lados más cortos no terminan en ángulo recto con el techo, sino un tanto achatado. En los dos lados más cortos hay dos ventanales. No sé a dónde dan si a un patio o a la calle, porque tienen corridas las persianas. Digo persianas, porque no sé la palabra propia. Son tablas bien entrelazadas con una barra de hierro que las atraviesa. El suelo tiene grandes tabiques cuadrados de tierra cocida, que con los años se han vuelto amarillentos. Del centro del techo cuelga una lámpara de aceite con muchas mechas. En las paredes más largas, una de ellas no tiene puerta alguna. En la otra se ve una puertecilla en un rincón a la que se llega por una escalera de seis peldaños sin pasamanos, y que terminan en un descansillo de un metro cuadrado. Sobre éste, y contra la pared, hay otro escalón en el que se abre la puerta. No sé si me habré explicado.

Las paredes están blanqueadas de manera sencilla, sin líneas o rayas. En el centro de la habitación hay una mesa larga y rectangular, paralela a la pared más larga, de manera muy sencilla. Junto a las dos paredes más largas se sitúan los asientos. En las paredes menos largas, bajo la ventana de una de ellas, hay una especie de arquibanco* en que hay aljofainas y jarras; bajo la otra una mesilla baja y larga, sobre la que no hay nada por ahora.

Esta es la descripción de la habitación donde se celebrará la pascua.

Hoy día he tenido esta visión de modo que he podido contar los escalones y ver detenidamente todos los pormenores. Ahora que llega la noche, mi Jesús me lleva para que contemple lo demás.

Veo que el salón lleva por la escalera de los seis escalones a un pasillo oscuro que hay a la izquierda, respecto de mí, que da a una puerta ancha, no alta y muy fuerte, reforzada con chapas y tiras de hierro. Enfrente de la puertecilla que del cenáculo lleva al pasillo hay otra puerta que conduce a otra habitación, pero menos grande. Podría decir que el cenáculo ha sido construido sin tener en cuenta el nivel del terreno con respecto a la calle y a la casa. Está como metido hacia abajo, como una bodega bien tallada o ajustada, pero que difiere por lo menos un metro del suelo. Tal vez construyeron el cenáculo así para hacerlo más alto y proporcionado a su extensión.

* arquibanco = Banco largo con respaldo o sin él y uno o más cajones a modo de arcas, cuyas tapas sirven de asiento.

En la habitación que estoy viendo está María con otras mujeres. Reconozco a Magdalena, a María, madre de Santiago, de Judas y Simón. Parece como si Juan apenas las hubiera acabado de traer, porque se están quitando los mantos que pliegan y los ponen sobre los asientos que hay, entre tanto saludan al apóstol que se va. Veo también a una mujer y a un hombre que ha acudido a recibirles. Tal vez son los dueños de la casa y discípulos o simpatizantes del Nazareno, porque muestran mucha confianza con María, que trae un vestido azul celeste oscuro. En la cabeza trae su velo blanco que se deja ver cuando se quita el manto que la cubría. Está muy delgada de rostro, parece como si hubiera envejecido. Se le nota la tristeza aun cuando sonríe con dulzura. Sus ademanes parecen ser los de una persona cansada, como los de alguien sumergido en una idea.

A través de la puerta semicerrada veo que el propietario va y viene por el corredor y por el cenáculo que ilumina, encendiendo los demás mecheros. Va a la puerta que da a la calle y la abre. Entra Jesús con los apóstoles. Veo que ya es tarde, porque las sombras vespertinas caen sobre la estrecha calle.

Saluda al dueño a su manera acostumbrada: “La paz sea en esta casa”; y, luego, mientras los apóstoles bajan al cenáculo, entra en la habitación donde está la Virgen.

Las mujeres piadosas le saludan con profundo respeto, y se marchan, mientras cierran la puerta, dejando en libertad a la Madre y al Hijo.

Jesús abraza a su Madre, la besa en la frente. María besa primero la mano de su Hijo, luego su mejilla derecha. Jesús toma a María de la mano y hace que se siente, sin retirar su mano.

También Jesús está absorto, pensativo, triste, aun cuando se esfuerce por sonreír. María ve con ansia su rostro. ¡Pobre María que por la gracia y por el amor comprende que la hora ha llegado! En su rostro destacan arrugas de dolor. Sus pupilas están como abiertas a algo que contemplan. Pese a esto, conserva su serenidad al igual que su Hijo. Le habla, la saluda y se encomienda a sus oraciones.

“Madre, he venido para beber fuerzas y consuelo de ti. Soy como un pequeñín, que tenga necesidad del corazón materno por su dolor, y del seno de su madre para tener fuerzas. Estos momentos ha vuelto a ser tu pequeño Jesús de otros tiempos. No soy el Maestro, Madre, soy sólo tu Hijo, como en Nazaret cuando era pequeño, como en Nazaret antes de abandonar mi vida privada. No tengo más que a ti. Los hombres, en estos momentos, no son ni amigos ni leales a tu Jesús. Ni siquiera tienen el valor para seguir el bien. Sólo los malos son constantes y decididos en hacer lo que se proponen. Pero tú me eres fiel, y eres en esta hora mi fuerza. Sostenme con tu amor, con tus oraciones. Entre los que más o menos me aman eres la única que en esta hora sabe orar. Orar y comprender. Los demás están de fiesta, pensando en ella, pensando en el crimen, mientras Yo sufro con *tantas* cosas. Después de la fiesta muchas cosas acabarán, y entre ellas su modo humano de pensar. Sabrán ser dignos de Mí, todos, menos el que se ha perdido; a quien fuerza alguna puede llevarlo por lo menos al arrepentimiento. Por ahora son todavía hombres lentos que piensan en regocijarse, creyendo que está muy cerca mi triunfo, no comprenden que estoy muriendo. Los hosannas de hace pocos días los han embriagado. Madre, vine para esta hora y con alegría sobrenatural la veo aproximarse. Pero no dejo de temerla, porque este cáliz tiene dentro traición, desilusiones, blasfemias, abandono. Sostenme, Madre, como cuando con tus oraciones atrajiste sobre ti al Espíritu de Dios dando por medio de Él al mundo el Esperado de las gentes¹. Atrae a hora sobre tu Hijo la fuerza que me ayude a realizar la obra para la que vine. Madre, adiós. Bendíceme, Madre. También por el Padre. Perdona a todos. Perdonemos juntamente desde ahora a los que nos torturan”.

Jesús ha caído de rodillas a los pies de su Madre, y la mira teniéndola asida por la cintura.

María llora sin hacer ruido, con su rostro ligeramente alzado por la plegaria que desde su corazón eleva a Dios. Las lágrimas le ruedan por sus pálidas mejillas y caen sobre su pecho,

¹ Cfr. Gén. 49, 8-12; Jer. 14, 7-9; 17, 12-13.

sobre la cabeza de Jesús que la tiene apoyada contra él. Luego María pone su mano sobre la cabeza de Jesús como para bendecirlo. Se curva, lo besa entre los cabellos, se los acaricia, como acaricia también su espalda, sus brazos. Le toma el rostro entre las manos y lo vuelve hacia sí, se lo estrecha contra el corazón. Con sus lágrimas en los ojos lo besa una vez más en la frente, en las mejillas, en los doloridos ojos. Acaricia esa pobre cansada cabeza, como si fuera de un niño, como vi que lo hacía en la gruta de Belén. Pero ahora no canta. Dice sólo: “¡Hijo! ¡Hijo! ¡Jesús mío!” con voz tal que me desgarró el corazón.

Jesús se levanta. Se compone el manto. Queda de pie frente a su Madre que sigue llorando. La bendice. Va a la puerta. Antes de salir, dice: “Madre, vendré otra vez antes de terminar *mi* pascua. Ruega por Mí”. Y se va.

19. La Cena pascual¹

9 marzo 1945

Comienzan los sufrimientos del Jueves santo.

Los diez apóstoles presentes se dan prisa en preparar al cenáculo. Judas, subido sobre una mesa, mira si hay suficiente aceite en todos los mecheros del gigantesco candil que parece una corola de fucsia doble ² porque un tallo está rodeado de cinco quinqués semejantes a pétalos, y después hacia abajo, da otra vuelta que semeja una corona de llamas; finalmente tres delgadas lamparitas suspendidas por unas cadenitas que parecen los pistilos de esta flor luminosa.

Judas baja de un salto y ayuda a Andrés a disponer la vajilla sobre la mesa cubierta con un finísimo mantel. Oigo a Andrés que dice: “¡Qué rico lino!”

E Iscariote: “Uno de los mejores de Lázaro. Marta se empeñó en traerlo”.

“Y ¿qué decir de estas copas, de estas jarras?” pregunta Tomás que ha versado el vino en las ricas jarras y las mira reflejándose en sus delgadas partes curvas. Acaricia las asas labradas a cincel, como uno que entiende.

“¿Cuánto costarán?” pregunta Judas Iscariote.

“Es un trabajo a cincel. Mi padre se moriría de gusto por verlas. El oro y la plata en lámina se doblan bien cuando están calientes. Pero tratados así... En un momento se puede echar a perder todo. Basta un golpe fallido. Se necesita igualmente fuerza y habilidad. ¿Ves las asas? Las hicieron al mismo tiempo que el resto. No están soldadas. ¡Cosas de ricos!... Piensa en que no se ven ni la limadura, ni el desbaste. No sé si me comprendas”.

“¡Sí te entiendo! Quieres decir que es así como quien hace una escultura”.

“Exactamente”.

Todos admiran las jarras. Después, regresan a su quehacer. Unos ponen en orden los asientos, otros las mesitas.

Entran juntos Pedro y Simón.

“¡Oh, finalmente habéis regresado! ¿A dónde habéis ido otra vez? Después que vinimos todos juntos, tornasteis a desaparecer” dice Iscariote.

“Teníamos algo que arreglar” responde secamente Simón.

“¿Estás de mal humor?”

“Y me parece que sí con lo que se ha oído en estos días y lo que han dicho bocas no acostumbradas a la mentira”.

“Y con el hedor de ese... Es mejor que te calles la boca, Pedro” rezonga Pedro entre dientes.

“¡También tú!... Hace días que me parece que la cabeza no te funciona bien. Tienes la cara de un conejo que siente al chacal detrás de sí” responde Judas Iscariote.

¹ Cfr. Mt. 26, 17-35; Mc. 14, 12-31; Lc. 22, 7-38; Ju. 13-17.

² Una planta con flores en partes de color escarlata, en partes púrpura.

“Y tú tienes el hocico de la garduña. Hace días que no te ves tan bien. Miras en cierta forma... Miras como de reojo... ¿Qué esperas, o qué quieres ver? Te das importancia, lo quieres demostrar, pero te asemejas a quien tiene miedo” le replica Pedro.

“¡Oh, sí que tengo miedo! Pero tampoco eres tú un héroe”.

“Ninguno de nosotros lo es, Judas. Llevas el nombre del Macabeo, pero no lo eres. Yo digo con el mío: “Dios hace favor”. Pero te juro que tengo en mí el estremecimiento de quien sabe que trae desgracias y sobre todo que está en desgracia de Dios. Simón de Jonás, o con otro nombre ‘la roca’, parece tan blando como cera puesta en el fuego. No puede controlarse más. Jamás lo vi que hubiera tenido miedo aun en las tempestades más furiosas. Mateo, Bartolomé y Felipe parecen sonámbulos. Mi hermano y Andrés no hacen más que suspirar. Mira a los dos primos, a quienes no sólo el parentesco sino también el amor los une con el Maestro. Parece que han envejecido. Tomás ha perdido el buen humor. Simón parece el leproso de hace unos tres años. Se le ve consumido por el dolor, lívido, sin fuerzas”.

“Tienes razón. A todos nos ha sugestionado con su melancolía” observa Iscariote.

“Mi primo Jesús, mi Maestro y Señor, como también lo es vuestro, no es un melancólico. Si con eso quieres dar a entender que está triste por el dolor que Israel le causa, de lo que somos testigos, y por otro que sólo Él sabe, afirmo que ‘tienes razón’. Pero si con tal palabra quieres decir que está loco, te lo prohíbo” grita Santiago de Alfeo.

“¿Y no es locura, una idea fija de melancolía? También yo he estudiado estas cosas. Las sé. Él dio mucho de Sí, ahora es un hombre mentalmente cansado”.

“Lo que significa que está loco, ¿no es verdad?” le pregunta Tadeo aparentemente tranquilo.

“Así es. Tu padre comprendió bien las cosas. Tu padre de santa memoria a quien te le pareces tanto por tu rectitud y sabiduría. Jesús, triste destino de una ilustre casa demasiado vieja y castigada con la senilidad síquica, ha tenido siempre tendencia hacia esta enfermedad. En los primeros días era dulce, después agresivo. Tú mismo viste cómo atacó a fariseos y escribas, a saduceos y herodianos. Se ha hecho imposible la vida como un sendero cubierto de piedras puntiagudas. Y fue Él mismo el causante... Nosotros... lo amamos tanto que el amor nos impidió ver. Pero los que no lo amaron idolátricamente, como tu padre, tu hermano José y sobre todo Simón, éstos sí que vieron las cosas en su punto justo... Deberíamos abrir los ojos a sus palabras y no lo hacemos porque estamos todos sugestionados con su dulce fascinación de enfermo. Y ahora...”

Judas Tadeo, que es alto como Iscariote, está enfrente de él que parece escucharlo calmadamente, tiene un acto de arrebató y le da un soberbio bofetón que lo arroja contra uno de los asientos. Y, con una cólera incontenible, se inclina hacia el vellaco que no reacciona, tal vez temeroso que Tadeo esté al tanto de su traición: “Esto por lo de la locura, ¡reptil! Y sólo porque está allí, y es la tarde pascual no te ahorco. ¡Pero piénsalo bien! Si le pasa algo malo, y no puedo controlar mi fuerza, nadie te salvará. Es como si tuvieses ya la cuerda al cuello. Tendrás qué probar estas manos mías honradas y fuertes de galileo, de tanto trabajar y de descendiente del que con su honda abatió a Goliat. Levántate, enervado libertino. ¡Y toma tus providencias!”

Judas se levanta, pálido sin reaccionar lo mínimo. Y lo que me sorprende es que *nadie* ha protestado por lo que acaba de hacer Tadeo. Antes bien... Todos lo aprueban.

Apenas se ha calmado el ambiente cuando entra Jesús. Se le ve en el umbral de la puertecilla, por la que apenas si su alta persona puede pasar. Pone el pie en la plataforma tan reducida, y con su dulce pero triste sonrisa, abriendo los brazos dice: “La paz sea con vosotros Su voz es como la de un hombre cansado, como la de quien física y psicológicamente se va agotando.

Baja. Acaricia la cabeza rubia de Juan que se le ha acercado. Sonríe, como si ignorase, a su primo Judas, y al otro primo le dice: “Tu madre te ruega que seas afable con José. Hace poco que preguntó por Mí y por ti a las mujeres. Me desagrada no haberlo saludado”.

“Lo podrás hacer mañana”.

“¿Mañana?... Siempre tendré tiempo de verlo... ¡Oh, Pedro, finalmente estaremos un poco juntos! Desde ayer pareces un fuego fatuo. Te veo por un momento y luego desapareces. Me parece que este día no te he visto sino muy poco. También tú, Simón”.

“Nuestras canas que abundan ya pueden asegurarte que no estuvimos ausentes porque tuviésemos hambre de carne” dice con seriedad Simón

“Aunque... toda edad pueda tenerla... ¡Los viejos! ¡Peor que los jóvenes!...” le interrumpe con estas palabras ofensivas Iscariote.

Simón lo mira y va a rebatirle, pero se detiene ante la mirada de Jesús que pregunta a Iscariote: “¿Te duele alguna muela? Tienes la mejilla derecha hinchada y colorada”.

“Sí me duele, pero no es para tanto”

Los otros no dicen nada, y todo acaba así.

“¿Habéis terminado todo? ¿Tú, Mateo? ¿Y tú Andrés? ¿Y tú, Judas, has pensado en la oferta que hay qué hacer al Templo?”

Tanto los dos primos como Iscariote responden: “Todo. Puedes estar tranquilo”.

“Llevé las primicias de Lázaro a Juana de Cusa para los niños. Me dijeron: “¡Eran mejores esas manzanas!” Que invitaban a comérselas. Eran *tus* manzanas” dice sonriente y soñador Juan.

También Jesús sonríe recordando algo...

“Me encontré con Nicodemo y José” dice Tomás.

“¿Los has visto? ¿Hablaste con ellos?” pregunta con interés marcado Iscariote.

“Sí, y ¿qué tiene de extraño? José es un buen cliente de mi padre”.

“Nunca lo habías dicho... Por eso me sorprendí...” Judas trata de borrar la impresión causada antes con su pregunta.

“Raro que no hayan venido a presentarte sus respetos. Tampoco han venido Cusa, ni Mannaén... Ninguno de ellos...”

Pero Iscariote con una falsa risilla interrumpe a Bartolomé diciendo: “El cocodrilo se mete en su guarida cuando llega la hora”.

“¿Qué quieres decir? ¿Qué insinúas?” pregunta con tono agresivo Simón, que no solía hacerlo.

“¡Paz, paz! ¿Qué os pasa? Nunca habíamos tenido escenario tan digno para comer el cordero. Comamos, pues, la cena con espíritu de paz. Comprendo que os he turbado mucho con mis instrucciones de estas últimas noches. Pero ya hemos terminado. Ahora no os perturbaré más. No todo lo que se refiere a Mí está dicho, tan solo lo esencial. El resto... después lo comprenderéis. Se os dirá... Sí. Vendrá quien os lo comunicará. Juan, ve con Judas y algún otro a traer las jarras para la purificación, y luego nos sentaremos a la mesa”. Jesús es de una dulzura que arrebatara.

Juan, Andrés, Judas Tadeo y Simón traen una gran palangana, le ponen agua, ofrecen la toalla a Jesús y a los demás. La palangana que es de metal, la ponen, terminado todo en un rincón.

“Y ahora cada cual a su lugar. Yo me siento aquí. A mi derecha Juan y al otro lado mi fiel Santiago. Los dos *primeros* discípulos. Al lado de Juan mi fuerte piedra; al lado de Santiago, el que se parece al aire. No se le ve, pero siempre está presente y ayuda: Andrés. Junto a él mi primo Santiago. No te lamente, querido hermano, si doy el primer lugar a los primeros. Eres el sobrino del Justo, cuyo espíritu palpita y revolotea a mi alrededor esta noche más que nunca. Tranquilízate, ¡padre de mi debilidad de pequeño! Tú que fuiste la encina bajo cuya sombra encontramos protección mi Madre y Yo. Junto a Pedro: Simón... Simón, ven un momento aquí. Quiero ver tu leal cara. Después no la veré tan claramente porque otros me la ocultarán. Gracias Simón, *de todo*” Lo besa.

Simón, al regresar a su lugar, se lleva por unos instantes las manos a la cara con un gesto de dolor.

“En frente de Simón, mi Bartolomé. Dos hombres honrados y sabios que se parecen mucho. Y cerca, tú, Judas, hermano mío. Así te puedo ver... y me parece que estamos en

Nazaret... cuando alguna fiesta nos reunía alrededor de la mesa. También en Caná, ¿recuerdas? Estuvimos juntos. Una fiesta... fiesta de bodas... el primer milagro... el agua cambiada en vino... También hoy es una fiesta... también hoy habrá un milagro... el vino cambiará naturaleza... y será...”

Jesús se absorbe en sus pensamientos. Con la cabeza inclinada, como aislado en su mundo secreto. Los apóstoles lo miran sin hablar.

Levanta su cabeza, mira detenidamente a Judas Iscariote y le dice: “Te sentarás frente a Mí”.

“¿Tanto me amas? ¿Más que a Simón?”

“Tanto te amo. Lo has dicho”.

“¿Por qué, Maestro?”

“Porque eres el que has hecho más que todos para esta hora”.

Judas pasa sus ojos por Jesús, por sobre sus compañeros. Por Jesús con un cierto dejo de compasión irónica; sobre los demás, con aire de triunfo.

“Cerca de ti, de un lado Mateo, del otro Tomás”.

“Entonces Mateo a mi siniestra y Tomás a mi derecha”.

“Como quieras, como quieras” responde Mateo. “Me basta con tener en frente a mi Salvador”.

“El último Felipe. ¿Veis? Quien no tiene el honor de estar a mi lado, lo tiene de estar frente a Mí”.

Jesús, erguido en su lugar, mezcla en la ancha copa que tiene delante de Sí (todos tienen grandes copas, pero la de Él es mayor; además tiene otra. Tal vez la copa del rito). Echa en ella vino, la levanta, la ofrece, la coloca nuevamente sobre la mesa.

Luego, todos en tono de salmo preguntan: “¿Por qué esta ceremonia?” Una pregunta ritual, se comprende.

Jesús como cabeza de familia, responde: “Este día recuerda nuestra liberación de Egipto. Sea bendito Yeová que ha creado el fruto de la viña”. Bebe un sorbo de la copa ofrecida y la pasa a los demás. Luego ofrece el pan, lo parte, lo distribuye; después las hierbas impregnadas de salsa rojiza que hay en cuatro salseras.

Terminado esto, cantan varios salmos en coro. De la mesita traen la fuente en que está el cordero asado y la ponen enfrente a Jesús.

Pedro que en la primera parte... hizo el papel del que pregunta, vuelve a hacerlo: ¿Por qué este cordero, así?

“En recuerdo de cuando Israel fue salvado por medio del cordero inmolado. Donde había sangre sobre los estípites y arquitrabes, allí no murió el primogénito. Luego, mientras en todo Egipto se lloraba por la muerte de los primogénitos, en el palacio real, en la choza más humilde, los hebreos capitaneados por Moisés, se dirigieron a la tierra de liberación y de promesa. Vestidos ya para partir, con las sandalias puesta, en las manos el bastón, los hijos de Abraham se pusieron en marcha cantando los himnos de la gloria”.

Todos se ponen de pie y cantan: “Cuando Israel salió de Egipto y la casa de Jacob de un pueblo bárbaro, la Judea se convirtió en su santuario”, etc. etc.¹⁷

Ahora Jesús trancha el cordero, prepara otra copa, la pasa después de haber bebido. Luego cantan: “Alabad, vosotros, al Señor. Sea bendito el Nombre del Eterno ahora y por siglos. Desde el oriente hasta el occidente debe ser alabado”, etc.¹⁹.

Jesús distribuye procurando que cada uno sea bien servido, como si fuera en realidad padre de familia y que a todos sus hijos amase. Es majestuoso, un poco triste. Dice: “Con toda mi alma deseé comer con vosotros esta pascua. Ha sido mi mayor deseo, en la eternidad, he sido “el Salvador”. Sabía que esta hora precedía a *aquella*. Y la alegría de *entregarme*, anticipadamente consolaba mi padecer... *Con toda el alma* he deseado comer con vosotros

¹⁷ Sal. 113.

¹⁹ Sal. 112.

esta pascua porque no volveré a gustar del fruto de la vid hasta que haya venido el reino de Dios. Entonces me sentaré nuevamente con los elegidos al banquete del Cordero, para las nupcias de los que viven con el que vive²¹. A este banquete se acercarán sólo los que hayan sido humildes y limpios de corazón como Yo lo soy”.

“Maestro, hace poco dijiste que quien no tiene el honor del lugar, tiene el de tenerte enfrente. ¿Cómo podemos saber entonces quién es el primero entre nosotros?” pregunta Bartolomé.

“Todos y ninguno. Una vez... regresábamos cansados, hastiados del odio fariseo. Pero no estabais cansados para no disputar que quién entre vosotros sería el mayor... Un niño corrió a mi encuentro... era un pequeñín... Su inocencia consoló mi disgusto de tantas cosas, entre la que estaba vuestro modo testarudo de pensar. ¿Dónde estás, Benjamín de la sabia respuesta, que te vino del cielo porque, ángel como eras, el Espíritu te hablaba? Entonces os dije: “Si uno quiere ser el primero, hágase el último y siervo de todos”. Y os propuse como ejemplo al sabio niño. Ahora os digo: “Los reyes de las naciones mandan. Los pueblos oprimidos, aunque los odien, los aclaman y les dan el nombre de “Beneméritos”, “Padres de la Patria”. Mas el odio se oculta bajo el mentiroso título”. Que esto no suceda entre vosotros. El mayor sea como el menor, el jefe como el que sirve. De hecho, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o quien sirve? El que está sentado a la mesa, y sin embargo Yo os sirvo, y dentro de poco os serviré más. Vosotros sois los que habéis estado conmigo en las pruebas. Yo dispongo para vosotros un lugar en mi Reino; así como estaré Yo en él según la voluntad del Padre, para que comáis y bebáis a mi mesa eterna, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Habéis estado conmigo en mis pruebas... Sólo esto es lo que os da grandeza a los ojos del Padre”.

“¿Y los que vendrán? ¿No tendrán lugar en el Reino? ¿Nosotros solos?”

“¡Oh, cuántos príncipes en mi casa! Todos los que hubieran permanecido fieles al Mesías en sus pruebas de la vida, serán príncipes en mi Reino. Porque los que hubieran perseverado hasta el fin en el martirio de la existencia, serán iguales que vosotros que habéis quedado conmigo en mis pruebas. Yo me identifico en mis creyentes. El dolor que abrazo por vosotros y por los hombres, lo entrego como enseño a mis más selectos. Quien permaneciere fiel en el dolor, será un bienaventurado mío igual que vosotros, mis amados”.

“Nosotros hemos perseverado hasta el fin”.

“¿Lo crees Pedro? Yo te aseguro que la hora de la prueba todavía está por venir, Simón de Jonás, mira que Satanás ha pedido permiso de cribarlos como el trigo. He rogado por ti, para que tu fe no vacile. Y cuando hubieres vuelto en ti, confirma a tus hermanos”.

“Sé que soy un pecador, pero te seré fiel hasta la muerte. Este pecado nunca lo he cometido, ni lo cometeré”.

“No seas soberbio, Pedro mío. Esta hora cambiará infinitas cosas. ¡Oh cuántas!... Traerán e impondrán nuevas necesidades. Lo sabéis. Siempre os lo he dicho, aun cuando andábamos por lugares lejanos, perseguidos por los bandidos: “No temáis. Ningún mal nos pasará porque los ángeles del señor están con nosotros. No os preocupéis de cosa alguna”. Recordáis cuando os decía: “No tengáis preocupación por la comida o el vestido. El Padre conoce que tenemos necesidad”. También os decía: “El hombre vale mucho más que un pájaro y que la flor de hierba que hoy está verde y mañana seca. Y con todo mi Padre tiene cuidado también de ella y del pajarillo. ¿Podéis dudar entonces que no tenga cuidado de vosotros?” También os dije: “Dad a quien os pida, a quien os ofenda presentad la otra mejilla”. Os dije: “No llevéis bolsa ni bastón”. Porque Yo he enseñado amor y confianza. Pero ahora... ahora ya no son aquellos tiempos. Ahora os pregunto: “Os ha faltado alguna vez algo? ¿Fuisteis alguna vez ofendidos?””

“Nada, Maestro. El que fue ofendido fuiste Tú”.

²¹ Cfr. Ap. 19, 1-9.

“Ved, pues, que mi palabra fue verídica. Ahora el Señor ha dado órdenes a sus ángeles que se retiren. Es la hora de los demonios... Los ángeles del Señor, con sus alas de oro, se cubren los ojos, se los envuelven, y sienten que no pueden expresar su dolor porque es de luto, de un luto cruel y sacrílego... Esta noche no hay ángeles sobre la tierra. Están junto al trono de Dios para superar con su canto las blasfemias de mundo deicida y el llanto del Inocente. Estamos solos... Yo y vosotros. Los demonios son los dueños de la hora. Por esto ahora tomaremos la apariencia y modo de pensar de los pobres hombres que desconfían y no aman. Ahora quien tiene una bolsa, tome también su alforja, quien no tiene espada, venda su manto y se compre una. Porque también esto que la Escritura dice de Mí, se debe cumplir: “Fue contado como uno de los malhechores”. Es verdad²⁶. En verdad que todo lo que se refiere a Mí, tiene su realización”.

Simón que se ha levantado para ir al cofre donde colocó su rico manto –porque esta noche traen todos los mejores vestidos y por lo tanto los puñales, damasquinados pero pequeños, a los ricos cintos- toma dos espadas, dos verdaderas espadas, largas, ligeramente curvas, y las lleva a Jesús: “Yo y Pedro nos hemos armado esta noche. Tenemos éstas. Los otros no traen más que el puñal corto”.

Jesús toma las espadas, las observa, desenvaina una y prueba el filo sobre una uña. Es una visión rara que causa gran impresión ver la feroz arma en las manos de Jesús.

“¿Quién os las dio?” pregunta Iscariote mientras Jesús las contempla y no habla. Judas parece gato sobre ascuas...

“Que ¿quién? Te recuerdo que mi padre fue noble y rico”.

“Pero Pedro...”

“¿Y bien? ¿Desde cuándo debo dar cuenta de los regalos que quiera hacer a mis amigos?”

Jesús levanta su cabeza después de haber metido la espada en la vaina. La devuelve a Zelote.

“Bueno. Basta. Hiciste bien en haberlas traído. Pero ahora, antes de que bebamos la tercera copa, esperad un momento. Os dije que el que es más, es igual al más pequeño y que Yo ahora, a la mesa, parezco vuestro criado y os serviré. Hasta ahora os he distribuido la comida, cosa necesaria y servicio para el cuerpo. Ahora os quiero dar un alimento para el espíritu. No es un plato del rito antiguo; es del nuevo. Yo me bauticé primero antes de ser el “Maestro”. Para esparcir la palabra basta ese bautismo. Ahora será esparcida la sangre. Es necesario que os lavéis otra vez aun cuando hayáis sido purificados por el Bautista en su tiempo, y también hoy en el Templo. Pero no basta. Venid a que os purifique. Suspended la comida. Hay algo mucho más alto y necesario que el alimento con que se llena el vientre, aun cuando sea un alimento santo como es el del rito pascual. Es un espíritu puro, pronto a recibir el don del cielo que baja ya para hacerse un trono en vosotros y daros la vida. Dar la vida a quien es limpio”.

Jesús se pone de pie, hace levantar a Juan, para salir del lugar. Va a uno de los arquibancos, se quita el vestido rojo, lo dobla y se pone el manto que ya había doblado antes. Se ciñe la cintura con una larga toalla, después va a donde hay otra aljofaina que está vacía y limpia. Echa agua, la lleva a mitad de la habitación, cerca de la mesa, la pone sobre un banco. Los apóstoles lo miran estupefactos.

“¿No me preguntáis por qué hago esto?”

“No lo sabemos. Te digo sólo que ya estamos purificados responde Pedro.

“Y Yo te repito que no importa. Mi purificación servirá para que el que está ya puro, lo esté más”.

Se arrodilla. Desata las sandalias de Judas Iscariote, y le lava los dos pies. Es fácil hacerlo porque los lechos-asientos están de tal modo colocados que los pies dan hacia la parte exterior. Judas está desconcertado, pero no replica. Sólo cuando Jesús, antes de ponerle la sandalia en el pie izquierdo y levantarse, trata de besarle el derecho que está ya calzado,

²⁶ Is. 53, 12. Se aconseja tener presente: 52, 13 – 53, 12.

Judas retrae violentamente su pie y pega con la suela en la boca divina. “Lo hizo sin querer. No fue fuerte el golpe. Pero me ha causado mucho dolor”. Jesús sonríe y al apóstol le pregunta: ¿Te hice daño? No era mi intención... Perdóname”, contesta: “No, amigo. Lo hiciste sin malicia y *no hace mal*” Judas lo mira... Una mirada en que está pintada la turbación, una mirada que huye de todo.

Jesús sigue lavando a Tomás y luego a Felipe... Da vuelta a la mesa y se acerca a su primo Santiago. Le lava los pies y, al levantarse, lo besa en la frente. Pasa con Andrés que está rojo de vergüenza y se esfuerza en no llorar. Le lava los pies, y lo acaricia como si fuera un niño. Luego es el turno de Santiago de Zebedeo que no hace más que decir en voz baja: “¡Oh, Maestro, Maestro, Maestro! ¡Te has rebajado, sublime Maestro mío!” Juan se ha aflojado ya las sandalias y mientras Jesús está inclinado, secándolo los pies, se inclina él también y le besa sus cabellos. ¡Pero Pedro... No es fácil persuadirle que debe sujetarse a este nuevo rito.

“Tú, ¿lavarme los pies a mí? ¡Ni te imagines! Mientras esté vivo, no te lo permitiré. Soy un gusano, y Tú eres Dios. Cada uno a su lugar”.

“LO que hago no puedes comprenderlo por ahora. Algún día lo comprenderás; déjame lavarte”.

“Todo lo que quiera, Maestro. ¿Quieres cortarme el cuello? Hazlo. Pero lavarme los pies, no lo harás”.

“Oh, Simón mío, ¿no sabes que si no te lavo, no tendrás parte en mi Reino? ¡Simón, Simón, tienes necesidad de esta agua para tu alma, y para el largo camino que tendrás qué recorrer! ¿No quieres venir conmigo? Si no te lavo, no vienes conmigo a mi Reino”.

“¡Oh, Señor mío bendito! ¡Entonces lávame todo! ¡Pies, manos y cabeza!”

“Quien se ha lavado como vosotros, no tiene necesidad de lavarse sino los pies, porque está limpio de los pies... El hombre con los pies camina entre lo sucio. Y poco sería porque, como ya os lo había dicho, no lo que entra y sale con la comida es lo que ensucia, no es lo que se pisa por el camino lo que contamina al hombre, sino cuanto hace y madura en su corazón y de allí le sale para contaminar sus acciones y sus miembros. Los pies del hombre que tiene un corazón impuro van a las crápulas, a la lujuria, a los tratos ilícitos, al crimen... Por esto, entre los miembros del cuerpo, son los que tienen más necesidad de purificarse... con los ojos, la boca... ¡Oh, hombre!, que fuiste una criatura perfecta un día: ¡el primero! ¡Y, luego, te has dejado corromper en tal forma del Seductor! ¡En ti, oh hombre, no había malicia, ni pecado!... ¿Y ahora? Eres todo malicia y pecado, y no hay parte en ti que no peque”.

Jesús lava los pies a Pedro, se los besa. El apóstol llora y toma con sus manotas las dos de Jesús, se las pasa por lo ojos y luego se las besa. También Simón se ha quitado las sandalias; y, sin decir nada, se deja lavar. Pero cuando Jesús está para acercarse a Bartolomé, Simón se arrodilla y le besa los pies, diciendo: “Limpíame de la lepra del pecado como me limpiaste de la del cuerpo, para que no me vea confundido en la hora del juicio, Salvador mío”.

“No tengas miedo. Simón. Llegarás a la ciudad celestial blanco como la nieve”.

“¿Y yo, Señor, qué dices al viejo Bartolomé? Tú me viste bajo la sombra de la hoguera y leíste en mi corazón. ¿Y ahora qué vez? ¿Dónde me ves? Da seguridad a un pobre viejo que teme no tener fuerzas ni tiempo para llegar a donde quieres que llegue”. Bartolomé está muy conmovido.

“Tampoco temas tú. En aquella ocasión dije: “He ahí a un verdadera israelita en quien no hay engaño”. Ahora afirmo: “He aquí a un verdadera discípulo mío digno de Mí, el Mesías”. Que ¿dónde te veo? Sobre un trono eterno, vestido de púrpura. Estaré siempre contigo”.

El turno es de Judas Tadeo. Cuando ve a Jesús a sus pies, no sabe contenerse, inclina su cabeza sobre la mesa, apoyándola sobre el brazo y llora.

“No llores, buen hermano. Te parecen al que deben arrancar un nervio, y cree no poder soportarlo. Pero será breve el dolor. Luego, ...¡oh!, serás feliz, porque me amas. Te llamas Judas. Eres como nuestro gran Judas: como un gigante. Eres el que protege. Tus hechos son como de león y como de cachorro de león que ruge. Tú desanidarás a los impíos que en ti

retrocederán, y los inicuos se llenarán de terror. Lo sé. Sé fuerte. Una unión eterna estrecha y hará perfecto nuestro parentesco en el cielo”. Lo besa también en la frente como al otro primo.

“Yo soy un pecador, Maestro. No a mí...”

“Tú fuiste pecador, Mateo. Ahora eres apóstol. Eres una “voz” mía. Te bendigo. Estos pies han caminado siempre para seguir adelante, para llegar a Dios... El alma los espoleaba y ellos han abandonado todo camino que no fuese el mío. Continúa. ¿Sabes dónde termina el sendero? En el seno de *mi* Padre y tuyo”.

Jesús ha terminado. Se quita la toalla, se lava las manos en agua limpia, se vuelve a poner su vestido, regresa a su lugar y dice, mientras se sienta: “Ahora estáis puros, pero no todos. Sólo los que han tenido voluntad de estarlo”.

Mira detenidamente a Judas de Keriot que hace muestras de no oír, como que está ocupado explicando a Mateo por qué su padre decidió mandarlo a Jerusalén. Una charla inútil que tiene por objeto dar a Judas cierto aire de importancia; aunque es audaz, no debe sentirse muy bien.

Jesús escancia el vino, por tercera vez, en la copa común. Bebe y ofrece a los otros para que beban. Luego entona un cántico, al que los otros acompañan: “Amo porque oye el Señor la voz de mis súplicas; porque inclinó a mí sus oídos. Lo invocaré por toda la vida. Me habían sorprendido los lazos de la muerte,³⁵ etc. Una pausa brevísima, luego sigue cantando: “Tuve confianza, por eso hablo. Pero me había encontrado en gran humillación. Hábiame dicho en mi abatimiento: “Todos los hombres son engañosos” “. Mira fijamente a Judas. La voz, cansada en esta noche, de mi Jesús toma aliento cuando exclama: “Es preciosa a los ojos de Dios la muerte de los santos” y “Tú has roto mis cadenas. A Ti sacrificaré hostias de alabanza, invocando el nombre del Señor”, etc. etc.³⁶ Otra breve pausa en el canto y luego sigue: “Alabad, naciones todas, al Señor; pueblos todos, alabadlo, porque su misericordia ha quedado con nosotros y la fidelidad del Señor es duradera como la eternidad”³⁷. Otra breve pausa, y luego un himno largo: “Alabad al Señor que es bueno, porque su misericordia es eterna...”³⁸

Judas de Keriot canta tan desentonado que dos veces Tomás le obliga a tomar el tono con su fuerte voz de barítono, y lo mira fijamente. También otros lo miran porque generalmente entona bien y se gloria, como de sus otras dotes, de su voz. ¡Pero esta noche! Ciertas frases lo turban y se detiene, lo mismo que ciertas miradas de Jesús cuando pone énfasis en ciertas frases. Una es: “Es mejor confiar en el Señor que en el hombre”. Otra es: “Tropezaba y estaba a punto de caer, pero el Señor me sostuvo”. Otra: “No moriré, antes bien viviré y cantaré las obras del Señor”. Las dos siguientes parecen estrangular la garganta del traidor: “La piedra que los albañiles desecharon, ha sido convertida en piedra angular” y “Bendito el que viene en el nombre del Señor”.

Terminado el salmo, mientras Jesús corta el cordero y lo reparte. Mateo pregunta a Judas de Keriot: ¿Te sientes mal?”

“No. Déjame en paz. No te metas conmigo”.

Mateo se encoge de hombros.

Juan, que oyó lo que Judas contestó, dice: “Tampoco el Maestro se encuentra bien. ¿Qué te pasa, Jesús? Estás ronco. Como si estuvieras enfermo o como si hubieras llorado mucho”, le extiende sus brazos y reclina su cabeza sobre su pecho.

“No he hecho más que hablar, como no he hecho más que caminar he cogido frío” dice Judas nervioso.

Jesús se dirige a Juan: “Tú ya me conoces... y sabes qué es lo que me cansa...”

³⁵ Cfr. Salmo 114 según la Vulgata.

³⁶ Cfr. Sal. 115

³⁷ Cfr. Sal. 116.

³⁸ Cfr. Ssl. 117.

El cordero se ha terminado, Jesús, que ha comido muy poco, que en lugar del poquísimo vino, ha bebido mucha agua como quien tiene fiebre, vuelve a tomar la palabra: “Quiero que entendáis lo que acabo de hacer. Os había dicho que el primero es como el último, y que os daré un alimento que no es corporal. Os di un alimento de humildad, que es para vuestro espíritu. Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien porque lo soy. Si pues Yo he lavado los pies, también vosotros debéis hacerlo el uno con el otro. Ejemplo os he dado para que como Yo he obrado, obréis. Os digo en verdad: el siervo no es superior al patrón, ni el enviado al que lo envió. Tratad de comprender estas cosas. Si las comprendieseis y pusieseis en práctica, seréis bienaventurados. Cosa que no todos lograréis. Os conozco. Conozco a quien he escogido. No me refiero a todos. Digo lo que es verdad. Por otra parte, debe cumplirse lo que está escrito respecto de Mí: “El que come conmigo el pan, levantó su calcañal contra Mí”. Os digo todo ante de que suceda, para que no vayáis a dudar de Mí. Cuando todo se hubiere cumplido, creeréis con mayor razón que Yo soy. Quien me acoge, acoge a quien me ha enviado, al Padre santo que está en los cielos, y quien acogiere a los que Yo enviare, me acogerá a Mí mismo. Porque Yo estoy con el Padre y vosotros conmigo... Ahora terminemos el rito”.

Echa nuevamente vino en el cáliz común y, antes de beber de él y de darlo a los demás, se pone de pie. Los demás lo imitan y repiten un salmo anteriormente cantado: “Tuve confianza y por esto hablé...” y luego uno que parece que nunca va a acabar. Pero ¡qué bello! Creo que por lo que comienza y por lo largo debe ser el salmo 118. Lo cantan de este modo: un trozo todos juntos, luego por turno cada quien recita un dístico* y los demás recitan un trozo, y así hasta el fin. ¡Me imagino que deberán tener sed, al terminar!

Jesús se sienta. No toma la postura habitual de sus tiempos. Se sienta solo, como nosotros. Dice: “Ahora que hemos cumplido con el rito antiguo voy a celebrar el nuevo rito. Os prometí un milagro de amor, y ha llegado la hora de hacerlo. Por esto había deseado esta Pascua. De hoy en adelante esta es la hostia que será inmolada como un rito eterno de amor. Os he amado durante toda mi vida terrenal, amigos míos. Os he amado desde la eternidad, hijos míos. Y quiero amaros hasta el fin. No hay cosa mayor que esta. Recordadlo. Me voy, pero quedaremos siempre unidos mediante el milagro que ahora voy a realizar”.

Jesús toma un pan entero, lo pone sobre la copa llena de vino. Bendice y ofrece ambos, luego parte el pan en trece pedazos y da uno a cada apóstol, diciendo: “Tomás y comed. Esto es mi cuerpo. Hace esto en recuerdo de Mí, que me voy”.

Da el cáliz y dice: “Tomad y bebed. Esta es mi Sangre. Esto es el cáliz del nuevo pacto (sellado) en mi Sangre y por mi sangre, que será derramada por vosotros para que se os perdonen vuestros pecados y para darlos la Vida. Haced esto en recuerdo mío”.

Jesús está tristísimo. No se dibuja la sonrisa en su rostro. Ha perdido el color. Parece como si estuviese agonizante. Los apóstoles lo miran afligidos.

Se pone de pie diciendo: “No os mováis. Regreso pronto”. Toma el décimo tercer pedazo de pan, toma el cáliz y sale del Cenáculo.

“Va a donde está su Madre” dice en voz baja Juan.

Judas Tadeo con un suspiro. “¡Pobre mujer!”

Pedro con una voz que apenas se oye: “¿Crees que esté enterada?”

“De todo lo está. Siempre lo ha sabido”.

Todos hablan en voz muy baja, como si estuvieran ante un cadáver.

“Pero, ¿estáis seguros que sea así?...” pregunta Tomás, que no quiere aún creer.

“¿Todavía dudas de ello? Es su hora” responde Santiago de Zebedeo.

“Que Dios nos dé fuerzas para serle fieles” dice Zelote.

“¡Oh” yo...” empieza a decir Pedro. Pero Juan que está alerta, hace: “Psss. Regresa”.

* dístico = Composición usual en la poesía griega y latina que consta de dos versos, por lo común un hexámetro seguido de un pentámetro.

Jesús vuelve a entrar. Trae en la mano la copa vacía. En el fondo apenas si se ve algo de vino, que bajo la luz del candil parece en realidad sangre.

Judas Iscariote, que tiene delante la copa, la mira como fascinado, y aparta su vista. Jesús lo mira y tiene un sacudimiento que Juan, que está apoyado sobre su pecho, siente: “¡Dilo! Tiemblas...” exclama.

“No. No tiemblo porque tenga fiebre... Os he dicho todo y todo os he dado. No podía hacer más. Me he dado Yo mismo”.

Dibuja un delicado gesto con sus manos que antes tenía juntas, y luego separa, las extiende inclinando su cabeza como para decir: “Perdonad que no pueda más. Pero así es”.

“Os he dicho todo, y todo os he dado. Y repito. El nuevo rito se ha realizado. Haced esto en memoria mía. Os lavé los pies para enseñaros a ser humildes y puros como lo es vuestro Maestro. Porque en verdad os digo que los discípulos deben ser como el Maestro; también cuando estéis en alto, recordadlo. El discípulo no es más que el maestro. Como os lavé, hacedlo entre vosotros. Esto es, amaos como hermanos, ayudándoos mutuamente, respetándoos uno a otros, dándoos mutuo ejemplo. Sed puros para que seáis dignos de comer del Pan vivo que ha descendido del cielo y para que tengáis en vosotros y por Él la fuerza de ser mis discípulos en un mundo enemigo que os odiará por causa de mi Nombre. Uno de vosotros no está puro. Uno de vosotros, el que me traicionará. Por ello estoy profundamente conturbado dentro de mi corazón... La mano del que me traicionará está en esta mesa. Ni mi Amor, ni mi Cuerpo, ni mi Sangre, ni mi Palabra le han hecho cambiar su determinación, ni que se arrepienta. Lo perdonaría, muriendo aun por él”.

Los discípulos se miran aterrorizados. Se miran, sospechan uno del otro. Pedro mira fijamente a Iscariote, como si recorriese el velo de sus sospechas. Judas Tadeo se pone violentamente de pie para mirar a Iscariote por encima de Mateo.

Pero Iscariote no da muestras de intranquilidad. Mira a su vez fijamente a Mateo como si sospechase de él, luego a Jesús. Y, sonriendo, le pregunta: “¿Soy yo acaso?” Quiere mostrar que está seguro de su fidelidad. Esta pregunta la hizo para que la conversación no se interrumpiese.

Jesús dice: “Tú lo has dicho, Judas de Simón, no Yo. Tú lo estás diciendo. No dije tu nombre. ¿Por qué te acusas? Interroga a tu consejero interno, a tu conciencia, a la que Dios Padre te ha dado para que te comportaras como un hombre, y mira si te acusa. Lo sabrás antes que todos. Pero si te tranquiliza, ¿por qué dices una palabra y piensas en algo que es anatema aun el decirlo o pensar por chanza?”

Jesús habla calmadamente. Parece un maestro que a sus discípulos explicara una tesis. La confusión es grande, pero la tranquilidad de Jesús la apacigua.

Pedro, que es el que más sospecha de Judas –quizá también Tadeo, pero que se calma al ver la desenvoltura de Iscariote- jala de la manga de Juan, y cuando éste, que está muy junto a Jesús que habla de la traición, se vuelve, le dice en voz baja: “Pregúntale quién es”.

Juan vuelve a su anterior posición, levanta un poco la cabeza como para dar un beso a Jesús, y en voz bajísima le dice a la oreja: “Maestro, ¿quién es?”

Y Jesús al devolverle el beso sobre la cabellera murmura: “Aquel a quien daré un pedazo de pan mojado”.

Toma un pedazo de pan, no el que sirvió para la Eucaristía, sino de uno entero, lo moja en la salsa del cordero que hay en la bandeja, extiende su brazo y dice: “Toma, Judas. Esto te gusta”.

“Gracias, Maestro. Me gusta, sí”. Y, sin saber lo que significa aquel bocado, se lo come; mientras Juan, aterrorizado, cierra hasta los ojos para no ver la risa diabólica de Iscariote que muerde el trozo de pan que lo delata.

“Bien. Ahora que he logrado contentarte, vete” dice Jesús a Judas. “Todo está terminado, *aquí* (y hace hincapié en estas palabras). Lo que te falta hacer en otro lugar, hazlo pronto, Judas de Simón”.

“Obedezco inmediatamente, Maestro. Después me reuniré contigo en Getsemaní. ¿Vas a ir allá o no? ¿Como de costumbre?”

“Voy a ir allá... como de costumbre... de veras”.

“¿Qué va a hacer?” pregunta Pedro. “¿Va sólo?”

“No soy un niño” se mofa Judas poniéndose el manto.

“Déjalo que se vaya. Yo y él sabemos lo que tiene que hacerse” responde Jesús.

“Sí, Maestro”. Pedro no replica. Tal vez se imagina que ha faltado contra la caridad por haber sospechado de un compañero. Se lleva la mano a la frente.

Jesús estrecha hacia Sí a Juan y sobre su cabeza dice en voz baja: “Por ahora no digas nada a Pedro. Inútilmente se provocaría un escándalo”.

“Hasta pronto, Maestro. Hasta pronto, amigos”. Dice Judas despidiéndose.

“Hasta pronto” responde Jesús.

Y Pedro: “Te devuelvo el saludo, muchacho”.

Juan, con la cabeza casi apoyada sobre las rodillas de Jesús, murmura: “¡Satanás!” Jesús es el único que lo oye, y da un suspiro.

Aquí cesa todo, pero Jesús me dice: “Lo suspendo por compasión a ti. Después seguirás viendo”.

(continúa la cena)

Pasan unos minutos de absoluto silencio. Jesús tiene la cabeza inclinada, y, maquinalmente acaricia los rubios cabellos de Juan.

Luego se sacude. La levanta, mira en derredor suyo, sonríe a sus discípulos para consolarlos. Dice: “Levantémonos y sentémonos juntos como los hijos se sientan alrededor de su padre”.

Toman los lechos que estaban detrás de la mesa (los de Jesús, Juan, Santiago, Pedro, Simón, Andrés y de Santiago, el primo) y los llevan al otro lado.

Jesús se sienta en su lecho, entre Santiago y Juan como antes. Pero cuando ve que Andrés va a sentarse en el lugar que dejó Iscariote, grita: “No, allí no”. Un grito impulsivo que su inmensa prudencia no logra controlar. Luego busca darle una explicación, diciendo: “No es necesario dejar tantos lugares. Estos asientos son suficientes. Quiero que estéis muy cerca de Mí”.

Jesús está en el centro. Tiene ante Sí la mesa, que está ya limpia, y el lugar de Judas.

Santiago de Zebedeo llama a Pedro: “Siéntate, aquí. Yo me siento en este banco, a los pies de Jesús”.

“¡Que Dios te bendiga, Santiago! ¡Tenía tantas ganas!”

Jesús sonríe: “Veo que empieza a surtir efecto lo que antes os dije. Los buenos hermanos se aman entre sí. Y en cuanto a ti, Santiago, te digo: “Dios te bendiga”. Esta acción tuya jamás será olvidada, y la hallarás premiada allá arriba.

Todo lo que pido lo alcanzo. Lo habéis visto. Bastó un deseo mío para que el Padre concediese a su Hijo darse en comida al hombre. El Hijo del hombre ha sido glorificado ahora con todo lo ocurrido, porque el milagro es prueba de poder y no es posible realizarlo sino a los amigos de Dios. Cuanto más grande es el milagro, tanto más segura y profunda es la amistad divina. Esto es un milagro que por su forma, duración, naturaleza, por sus límites, no puede ser mayor. Yo os aseguro; es tan poderoso, sobrenatural, inconcebible a los ojos del hombre soberbio, que muy pocos comprenderán como debería serlo, y muchos lo negarán⁵¹. ¿Qué diré entonces? ¿Que se les condene? No. ¡Que se les tenga piedad!

Cuanto mayor es el milagro, tanto mayor es la gloria que recibe el que lo hizo. Ha sido Dios mismo quien dice: “Este amado mío lo quiso, lo alcanzó. Se lo concedí porque lo amo”. Y aquí

⁵¹ Cfr. Ju. 6, 52-66.

dice: “Ha alcanzado una gracia ilimitada, así como infinito es el milagro que realizó”. La gloria que recibe el autor del milagro de parte de Dios, es la que el Padre recibe de Él. Porque cualquier gloria sobrenatural, que viene de Dios, regresa a su origen. Y la gloria de Dios, aun cuando es infinita, siempre aumenta y resplandece más por la gloria de sus santos. Por lo cual afirmo: como Dios ha glorificado al Hijo del hombre, así Él lo ha hecho. Yo he glorificado a Dios en Mí mismo. A su vez Dios glorificará a su Hijo en Sí. Muy pronto lo va a hacer.

Alégrate, Tú que regresas a tu trono, ¡oh Esencia espiritual de la Segunda Persona!, ¡oh carne que vuelves a subir después de un largo destierro en el fango! No es el paraíso de Adán, sino el del Padre, que será el lugar donde vivirás. Si por órdenes de Dios, un hombre detuvo el sol con la admiración de todos⁵³, ¿qué no sucederá en los astros cuando vean el prodigio de que el Cuerpo del Hombre perfectamente glorificado sube y se sienta a la derecha del Padre? Hijitos míos, todavía estaré un poco con vosotros; luego, me buscaréis como los huérfanos suelen buscar a su padre muerto. Con las lágrimas en los ojos iréis hablando de Él, y en vano llamaréis al mudo sepulcro, en vano a las puertas azules del cielo, con el ansia de un alma que llega en busca de amor, preguntando: “¿Dónde está nuestro Jesús? Lo queremos. Sin Él no hay más luz, ni alegría, ni amor en el mundo. Devolvédnoslo o dejádnos entrar. Queremos estar donde Él está”. Pero por ahora no podéis ir. Esto mismo he dicho a los judíos: “Me buscaréis después, pero donde Yo esté, no podéis ir”. Lo mismo os digo a vosotros.

Pensad en mi Madre... Ni siquiera Ella podrá ir a donde voy. Y, sin embargo. Yo dejé al Padre para venir a Ella y hacerme Jesús en su vientre inmaculado. Nací de Ella, de la Inviolable, en un éxtasis luminoso. Me alimenté de su amor convertido en leche. Tuve pureza y amor porque me alimentó con su virginidad que fecundó el Amor perfecto que vive en el cielo. Yo crecí con sus fatigas y lágrimas... Y, sin embargo, le pido un heroísmo, cual nunca se ha realizado, y que respecto al de Judit⁵⁵, al de Yoel⁵⁶ no tiene comparación. Y, con todo, nadie le iguala en amarme. Y, pese a todo esto, la dejo y me voy a donde ella no irá sino después de mucho tiempo. La orden que os di, no la doy a Ella, la orden: “Santificaos anualmente, mes tras mes, día tras día, hora tras hora, para que podáis venir a Mí, cuando llegue vuestra hora”. En Ella reside toda clase de gracias y de santidad. Es el ser que todo lo ha tenido y que todo lo ha dado. Nada se le puede agregar, nada quitar. Es el testimonio santísimo de lo que puede Dios.

Para que esté seguro que seréis capaces de llegar a donde esté, de olvidar el dolor de la pérdida de vuestro Jesús, os doy un nuevo mandamiento. Que os améis los unos a los otros. Así como os he amado, de igual modo amaos mutuamente, y de este modo se conocerá que sois mis discípulos. Cuando mi Padre tiene muchos hijos, ¿cómo se sabe que lo son? No ya por el semblante –hay muchos que se parecen y con todo no tienen nada de parentesco, ni de nacionalidad- sino por el amor común a la familia, a su padre, y entre sí mismos. Aun cuando muera el padre, la familia buena no se dispersa, porque la sangre es una, la que el padre comunicó, y liga en tal forma que ni siquiera la muerte destruye tal unión, porque el amor es más fuerte que la muerte⁵⁷. Ahora si vosotros os amáis aun después de que os hubiere dejado, todos reconocerán que sois mis hijos, y por lo tanto mis discípulos, y verán que todos sois hermanos porque tenéis un solo Padre”.

“Señor, Jesús, ¿pero a dónde te vas?” pregunta Pedro.

“Me voy a donde por ahora no puedes seguirme. Más tarde lo harás”.

“Y ¿por qué no ahora? Te he seguido siempre desde que me dijiste: “Sígueme”. Sin pena alguna he dejad todo... Ahora, no es justo, ni correcto de tu parte irte sin tu pobre Simón, dejándome sin Ti, Tú que eres todo para mí, que dejó lo poco que antes tenía. ¿Vas a la

⁵³ Cfr. Jos. 10, 10-15.

⁵⁵ Cfr. Jdt. 10-13.

⁵⁶ Cfr. Jue. 4-5.

⁵⁷ Cfr. Cant. 8, 6.

muerte? Está bien. También yo voy. Iremos juntos al otro mundo. Pero antes te habré defendido. Estoy dispuesto a morir por Ti”.

“¿Que morirás por Mí? ¿Ahora? *Ahora no*. En verdad te aseguro: no habrá cantado el gallo, antes que me hubieres negado tres veces. Estamos en la primera vigilia. Luego vendrá la segunda... y después la tercera. Antes que lance su qui qui ri qui el gallo, tres veces habrás negado a tu Señor”.

“¡Imposible, Maestro! Creo todo lo que dices, pero no esto. Estoy seguro de mí”.

“*En estos momentos* lo estás porque estoy contigo. Tienes a Dios contigo. Dentro de poco el Dios encarnado será hecho preso, y no lo tendréis más. Satanás, después de haberos engañado –tu misma confianza es un ardid, una treta para engañaros- os llenará de espanto. Os insinuará: “Dios no existe. Yo sí existo”. Y, aun cuando el miedo os haya hecho incapaces de reaccionar, sin embargo lograréis comprender que cuando Satanás sea el dueño de la hora, el Bien habrá muerto y el Mal estará a sus anchas, el espíritu habrá sido abatido y lo terreno triunfante. Entonces quedaréis como soldados sin jefe, perseguidos por el enemigo, y atemorizados doblaréis cual vencidos- vuestras espaldas ante el vencedor; y, para que no se os mate, renegaréis del héroe caído. Pero os pido una cosa, y es que vuestro corazón no pierda su control. Creed en Dios, creed también en Mí. Creed en Mí contra todas las apariencias. Tanto el que se queda como el que huye crea en mi misericordia y en la del Padre. Tanto el que calle como el que abra su boca para decir: “No lo conozco”. De igual modo creed en mi perdón. Creed que como fuesen vuestras acciones en lo porvenir, dentro del Bien, de mi doctrina, por lo tanto de mi Iglesia, os dará un lugar igual en el cielo. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si no fuese así, os lo habría dicho, porque no me adelantaría a vosotros, a prepararos un lugar. ¿No obran así, acaso, los buenos padres, cuando deben llevar a otra parte, a sus hijos? Se adelantan, preparan la casa, los muebles, lo necesario, y luego regresan a tomarlos. Lo hacen porque los aman, para que a sus pequeñuelos nada falte, y no se sientan mal en país ajeno. Igualmente me porto Yo. Y por el lugar en la Jerusalén celestial, regresaré, os llevaré conmigo para que estéis donde estoy, donde no habrá muerte, luto, llanto, gritos, hambre, dolor, tinieblas, sequía, sino luz, paz, felicidad y cánticos. ¡Oh, canto de los cielos altísimos cuando los doce elegidos estarán sentados sobre tronos con los doce patriarcas de las tribus de Israel, y –al resplandor del fuego del amor espiritual- cantarán, en medio del océano de la felicidad, el cántico eterno al que acompañará el eterno aleluya del ejército angelical!... Quiero que estéis donde estaré Yo. Sabéis a dónde voy, y conocéis el camino”.

“¡Pero, Señor! No sabemos nada. Nos debes decir a dónde vas. ¿Cómo podremos saber el camino que debemos tomar para ir a Ti, y abreviar la espera?” pregunta Tomás.

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Muchas veces os lo he dicho y os lo he explicado. En verdad os digo que algunos que ni siquiera sabían que existe Dios, os han tomado ya la delantera dirigiéndose por mi camino. Oh, ¿dónde estás tú, oveja extraviada de Dios a quien volví a traer al rebaño? ¿Dónde estás tú que resucitaste en el alma?”

“¿Quién? ¿De quién hablas? ¿De María, la hermana de Lázaro? Está allá con tu Madre. ¿Quieres que la llamemos? ¿O quieres a Juana? Debe estar en su palacio. ¿Quieres que vallamos a llamarla?”

“No. No me refiero a ellas... Pienso en la que sólo se dejará ver en el cielo... en Fotinai... Ellas me encontraron. No se han separado de *mi camino*. A una señalé al Padre como Dios verdadero y al Espíritu cual levita en esta adoración individual. A la otra, que ni siquiera sabía que tenía alma, le dije: “Mi nombre es Salvador. Salvo a quien tiene buena voluntad de salvarse. Soy quien busca a los extraviados; soy quien da la Vida, la Verdad y la Pureza. Quien me busca, me halla”. Y ambas encontraron a Dios... Os bendigo, débiles Evas que os habéis convertido en seres más fuertes que Judit... Voy, voy a donde estáis... Vosotras me consoláis... ¡Sed benditas!...”

“Señor, muéstranos al Padre y seremos como ellas” pide Felipe.

“Hace tiempo que estoy con vosotros, y tú, Felipe, ¿todavía no me has conocido? Quien me ve a Mí, ve a mi Padre. ¿Cómo puedes decir: “Muéstranos al Padre”? ¿No logras creer que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? Las palabras que os estoy diciendo, no las digo por Mí. El Padre que mora en Mí, lleva a cabo cada obra mía. ¿No creéis que estoy en el Padre y Él en Mí? ¿Qué debo deciros para que creáis? Si no creéis a mis palabras, creed al menos a las obras. Os digo y os lo afirmo: quien cree en Mí, realizará las obras que hago, y mucho mayores, porque me voy a donde el Padre. Y todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre lo haré para que el Padre sea glorificado en su Hijo. Haré todo lo que me pidieréis en mi Nombre. Mi nombre es conocido, por aquello que realmente es, a Mí sólo, al Padre que me ha engendrado, y al Espíritu que procede de nuestro amor. En virtud de este Nombre todo es posible. Quien piensa en mi Nombre, me ama y alcanza. Pero no basta amar, hay que observar mis órdenes para alcanzar el verdadero amor. Las obras son las que dan testimonio de los sentimientos. Debido a este amor rogaré al Padre, y os dará otro Consolador que se quedará para siempre con vosotros, a quien Satanás y el mundo no podrán hacer daño alguno, el Espíritu de Verdad que el mundo no puede recibir, al que no puede hacerle mal, porque no lo ve y no lo conoce. Se burlará de Él. Pero Él está muy por arriba de modo que la befa no le llegará, mientras, que misericordiosísimo sobre toda medida, estará siempre con quien lo amare, aun cuando sea pobre y débil. Vosotros lo conoceréis porque está ya viviendo *con* vosotros y pronto estará *en* vosotros. No os dejaré huérfanos. Ya os lo he dicho: “Regresaré a vosotros”. Pero antes de que llegue la hora en que venga a llevaros a mi Reino, volveré. Volveré a *vosotros*. Dentro de poco el mundo no me verá más. Pero vosotros me veis y me veréis, porque vivo y vosotros vivís; porque viviré y vosotros también. En ese día conoceréis que estoy en mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros. El que me ama, es el que acepta mis preceptos y los observa. El que ama será amado por mi Padre y poseerá a Dios porque Dios es caridad y quien ama tiene a Dios en sí⁶³. Yo lo amaré porque veré en él a Dios, y me manifestaré haciéndome conocer en los secretos de mi amor, de mi sabiduría, de mi Divinidad encarnada. Estos serán los modos como regresaré entre los hombres a quienes amo aunque sean débiles, aunque sean mis enemigos. Éstos serán sólo débiles. Los robusteceré. Diré: “¡Levántate!”, gritaré: “¡Sal fuera!”, ordenaré: “Sígueme”, mandaré: “Oye”, avisaré: “Escribe”... y entre estos estáis vosotros”.

“¿Por qué, Señor, te manifiestas a nosotros y no al mundo?” pregunta Judas Tadeo.

“Porque me amáis y observáis mis palabras. Quien hiciere así, mi Padre lo amará. Vendremos a donde él, haremos en él nuestra mansión. El que no me ama, no guarda mis palabras, y obra según la carne y el mundo. Ahora bien, tened en cuenta que lo que os he dicho no son palabras de Jesús de Nazaret, sino palabras del Padre, porque Yo soy su Verbo que me ha enviado. Os he dicho estas cosas, conversando de este modo con vosotros, porque quiero prepararos para la posesión completa de la Verdad y de la Sabiduría. Pero todavía no podéis ni comprender, ni recordar. Cuando venga a vosotros el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre, mandará en mi nombre, entonces comprenderéis y Él os enseñará todo y os traerá a la memoria, cuanto os he dicho.

Os dejo en paz. Os doy mi paz. Os la doy no como la da el mundo, ni siquiera como hasta ahora la he dado: que es un bendito saludo del Bendito a los benditos. La paz que os doy es más profunda. Os comunico Mí mismo en este adiós a vosotros, os comunico mi Espíritu de paz, como os he entregado mi Cuerpo y mi Sangre, para que en vosotros exista una gran fuerza en la batalla que se acerca. Satanás y el mundo declaran la guerra contra vuestro Jesús. Es su hora. Conservad en vosotros la Paz, mi Espíritu que es espíritu de paz, porque Yo soy el Rey de la Paz⁶⁴. Tenedla para que no os encontréis muy abandonados. Quien sufre teniendo la paz de Dios en sí, sufre, pero no blasfema, ni se desespera.

⁶³ Cfr. 1 Ju. 4, 8. 16.

⁶⁴ Cfr. Is. 9, 6-7.

No lloréis. También habéis oído que os he dicho: “Me voy donde el Padre y luego regresaré”. Si me amaseis más allá de lo que veis en Mí, os alegraríais inmediatamente, porque voy donde el Padre después de un largo destierro... Voy a donde está el que es mayor que Yo, y que me ama. Os lo digo ahora, antes de que se realice, así como Yo he contado los sufrimientos del Redentor antes de que salga a su encuentro, para que cuando todo se cumpla creáis más en Mí. ¡No os conturbéis de este modo! No perdáis los ánimos. Vuestro corazón tiene necesidad de control... Poco me queda para que pueda hablaros... ¡y tantas cosas quisiera deciros!” Llegado al término de mi evangelización me parece que no he dicho nada, y que queda mucho, mucho por hacerse. Vuestra actitud aumenta en Mí esta sensación. ¿Qué podré decir, pues? ¿Que no he cumplido con mi oficio? O ¿que sois tan duros de corazón que no logré nada con vosotros? ¿Dudaré? No. Pongo mi confianza en Dios, y a Él os confío, amados amigos. Él completará la obra de su Verbo. No soy como un padre que está por morir y a quien no le queda otra luz más que la humana. Yo tengo mi esperanza en Dios. Y, aunque veo que tendría que daros tantos consejos de los que tenéis necesidad, y aunque observo que pasa el tiempo, sin embargo, tranquilo me dirijo a mi destino. Sé que está por bajar una lluvia sobre las semillas arrojadas en vosotros que hará que germinen *todas*; luego vendrá el sol del Paráclito y se convertirá en un poderoso árbol. El príncipe de este mundo está por venir, aquel con quien no tengo nada qué ver. No podría nada sobre Mí, si no fuese por la razón de querer redimiros. Esto sucede porque quiero que el mundo conozca que amo al Padre, y lo amo hasta obedecerlo en la muerte, y de este modo cumplo con lo que me ha mandado⁶⁷.

Es la hora de irnos. Levantaos. Oíd las últimas palabras. Yo soy la Vid verdadera. El Padre es el agricultor. A todo sarmiento, que no produce fruto, le corta Él, y poda al que lo produce para que produzca más. Os habéis ya purificado con mi palabra. Permaneced en Mí, y Yo estaré en vosotros para que lo sigáis estando. El sarmiento que ha sido separado de la vid no puede producir fruto. De igual modo vosotros, si permaneciereis en Mí. Yo soy la Vid y vosotros los sarmientos, el que permanece unido a Mí, produce muchos frutos; pero, si uno se separa, se convierte en rama seca que se arroja al fuego para que se queme. Porque de no estar unidos en Mí, no podéis producir fruto alguno. Permaneced, pues, en Mí y que mis palabras queden en vosotros; y luego, pedid cuanto queráis que se os dará. Mi Padre será cada vez más glorificado cuanto más produzcáis frutos y seáis mis discípulos.

Como el Padre me ha amado, así también Yo a vosotros. Permaneced en mi amor que salva. Si me amáis seréis obedientes, y la obediencia aumenta el Amor recíproco. No digáis que estoy repitiendo lo mismo. Conozco vuestra debilidad. Quiero que os salvéis. Os digo esto para que la alegría que os quise comunicar exista en vosotros, y sea perfecta. ¡Amaos, amaos! Este es mi nuevo mandamiento. Amaos mutuamente *más de lo que cada uno se ama a sí mismo*. El amor del que da su vida por sus amigos es mayor que cualquier otro. Vosotros sois mis amigos y doy mi vida por vosotros. Haced lo que os he enseñado y mandado. No digo que sois mis siervos, porque el siervo no sabe lo que hace el dueño, entre tanto que vosotros sabéis lo que hago. Todo lo sabéis respecto a Mí. No sólo me he manifestado a vosotros, sino también al Padre, al Paráclito; y manifesté todo lo que oí de Dios. No sois vosotros los que os elegisteis; Yo fui quien os eligió y lo hizo para que vayáis entre los pueblos y produzcáis frutos en vosotros y en los corazones de los evangelizados, vuestro fruto permanezca, y el Padre os conceda lo que pidierais en mi Nombre.

No digáis: “Si Tú nos has escogido, ¿por qué escogiste a un traidor? Si todo lo sabes, ¿por qué lo hiciste!” No preguntéis ni siquiera quién sea ese tal. No es un hombre. Es Satanás. Lo dije a mi fiel amigo y permití que lo dijese. Es Satanás. Sí Satanás, el eterno comediante, no se hubiere encarnado en un cuerpo mortal, ese hombre poseído no habría podido escapar a mi poder. He dicho “poseído”. No. Es algo mucho más: es un entregado a Satanás”.

“¿Por qué Tú, que has arrojado a los demonios, no lo libraste de él?” pregunta Santiago de Alfeo.

⁶⁷ Cfr. Ef. 2, 5-11.

“¿Me lo preguntas, porque amándome, tienes miedo de ser tú? No temas”.

“Entonces ¿yo?”

“¿Yo?”

“¿Yo?”

“Callaos. No diré su nombre. Tengo misericordia; tenedla también vosotros”.

“Pero, ¿por que no lo venciste? ¿No pudiste?”

“Podía, pero si hubiera impedido a Satanás que se encarnara para matarme, habría debido exterminar la raza humana antes de su redención. ¿Qué habría entonces redimido?”

“Dímelo, Señor, dímelo”. Pedro se ha echado de rodillas y sacude frenéticamente a Jesús, como si estuviera bajo el influjo de un delirio. “¿Soy yo? ¿Soy yo? ¿Me examino? No me parece. Pero Tú... Tú me dijiste que te negaré... Yo tiemblo de miedo... ¡Oh, qué horror que sea yo!...”

“No Simón de Jonás. No eres tú”.

“¿Por qué me llamas por mi nombre y no me dices “Piedra”? ¿He vuelto acaso a ser Simón? ¿Lo ves? Lo estás diciendo... ¡Soy yo! Pero, ¿cómo ha sido posible? Decidlo... decidlo vosotros... ¿Cuándo fue el momento en que pude convertirme en traidor?... ¡Simón!... ¡Juan!... ¡Hablad!...”

“¡Pedro, Pedro, Pedro! Te he llamado Simón porque me he acordado de la primera vez que te vi, cuando eras Simón. Y pienso que has sido siempre leal desde el primer momento. No eres tú, te lo aseguro Yo que soy la Verdad”.

“Entonces ¿quién?”

“¡Quién otro sino Judas de Keriot! ¿No lo has comprendido?” grita Tadeo que no logra contenerse más.

“¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué?” grita a su vez Pedro.

“Silencio. Es Satanás. No tiene nombre. ¿A dónde vas, Pedro?”

“A buscarlo”.

“Deja inmediatamente tu manto y esa espada. ¿O quieres que te arroje de Mí y te maldiga?”

“¡No, no! ¡Oh, Señor mío! Pero yo... ¿Deliro acaso? ¡Oh, oh!” Pedro echado por tierra llora a los pies de Jesús.

“Os ordeno que os améis, *que perdonéis*. ¿Habéis comprendido? Si en el mundo existe el odio, en vosotros debe existir sólo el amor. Un amor para *todos*. ¡Cuántos traidores encontraréis por vuestro camino! Pero no debéis odiarlos, y devolvedles mal por mal. De otro modo el Padre os odiará. Antes que vosotros he sido objeto de odio y se me ha traicionado. Y sin embargo, lo estáis viendo, no odio. El mundo no puede amar lo que no es como él. Por esto no os amará. Si fueseis suyos os amaría, pero no lo sois, porque os tomé de en medio de él, y este es el motivo por el cual os odia.

Os he dicho: el siervo no es más que el patrón. Si me han perseguido, también a vosotros os perseguirán. Si me hubieran escuchado, os escucharían también a vosotros. Pero todo lo harán por causa de mi nombre, porque no conocen, porque no *quieren* conocer a quien me ha enviado. Si no hubiera Yo venido y no les hubiese hablado, no serían culpables; pero ahora su pecado no tiene excusa. Han visto mis obras, oído mis palabras; con todo, me han odiado, y además a mi Padre, porque Yo y el Padre somos una sola Unidad con el Amor. Pero cuando vendrá el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre dará testimonio de Mí, y también vosotros, porque desde el principio habéis estado conmigo.

Esto os lo he dicho para que, cuando llegue la hora, no quedéis acobardados ni escandalizados. Pronto va a llegar el tiempo en que os arrojarán de las sinagogas; y cuando, el que os matare, pensará dar culto a Dios con lo que hace. No han conocido ni al Padre, ni a Mí. Esta es la única razón que puede excusarlos. Antes no os lo había dicho tan claro, porque erais como niños recién nacidos. Ahora vuestra madre os deja. Me voy. Debéis acostumbraros a otra clase de alimento. Quiero que lo conozcáis.

Ninguno me pregunta “¿A dónde vas?” La tristeza os ha vuelto mudos. Y con todo es bueno que me vaya, de otro modo el Consolador no vendrá. Os lo mandaré. Y cuando vendrá, por medio de la sabiduría y de la palabra, de las palabras y del heroísmo que os infundirá, convencerá al mundo de su pecado deicida, y de mi verdadera santidad. El mundo se dividirá claramente en dos partes: la de los réprobos, enemigos de Dios, y en la de los creyentes. Éstos serán más o menos santos, según su voluntad, pero se juzgará al príncipe del mundo y a sus secuaces. No puedo deciros más, porque por ahora no podéis comprender. Pero Él, el Paráclito divino, os entregará enteramente la Verdad porque no hablará por Sí mismo, sino que dirá lo que habrá oído de la Mente de Dios y os anunciará lo porvenir. Tomará lo que de Mí sale, esto es, lo que todavía es del Padre, y os lo dirá.

Todavía nos podemos ver un poco, después no me veréis más. Y tras un poco, de nuevo me veréis.

Dentro de vosotros mismos estáis dialogando. Oíd una parábola. La última que os dice vuestro Maestro.

Cuando una mujer está en cinta y llega la hora del parto, se encuentra en medio de grande aflicción, sufre y llora. Pero cuando ha nacido el pequeño y lo estrecha contra su corazón, todo dolor desaparece, su tristeza se cambia en alegría porque ha venido al mundo un nuevo ser.

Así también vosotros. Lloraréis, y el mundo se reirá de vosotros. Pero después vuestra tristeza se cambiará en alegría, una alegría que el mundo jamás conocerá. Ahora estáis tristes; pero cuando me volváis a ver, vuestro corazón se llenará de alegría tal que nadie podrá arrebatárosla. Una alegría tan completa que no tendréis necesidad de pedir para la mente, el corazón y el cuerpo. Os alimentaréis sólo con verme, olvidándoos de cualquier otra cosa. Pero, por esto mismo, podréis pedir todo en mi Nombre, y el Padre os lo dará para que vuestra alegría sea siempre mayor. Pedid, pedid y recibiréis.

Ya llega la hora en que os podré hablar abiertamente del Padre. Porque permaneceréis fieles en la prueba y *todo* será superado. Vuestro amor será perfecto porque os habrá ayudado en la prueba. Y lo que os faltare, lo daré al tomarlo de mi inmenso tesoro diciendo: “Padre, mira. Estos me han amado creyendo que he venido de Tí”. Bajé al mundo, ahora lo dejo, voy al Padre, y rogaré por vosotros”.

“¡Oh, ahora te explicas! Ahora comprendemos lo que quieres decir y entendemos que sabes todo y que respondes sin que nadie te hubiera preguntado. ¡Verdaderamente que has venido de Dios!”

“¿Creéis ahora? ¿En los últimos momentos? ¡Hace tres años que he venido hablando! Pero ya ha empezado a obrar en vosotros el Pan que es Dios y el Vino que es Sangre, que no ha brotado de algún hombre, y os causa el primer estremecimiento de ser divinos. Llegaréis a ser dioses si perseveráis en mi amor y en ser mío. No como lo dijo Satanás a Adán y a Eva, sino como Yo os lo digo⁷⁸. Es el verdadero fruto del árbol del Bien y de la Vida⁷⁹. Quien se alimenta de él, vence al Mal, y la muerte no tiene poder. Quien coma de él vivirá para siempre y se convertirá en “dios” en el Reino divino. Vosotros seréis dioses si permanecéis en Mí. Y sin embargo... aun cuando tenéis en vosotros este Pan y esta Sangre, pues está llegando la hora en que seréis dispersos, os iréis por vuestra cuenta y me dejaréis solo... No. No lo estoy. Tengo al Padre conmigo. ¡Padre, Padre, no me abandonéis! Os he dicho todo... para que tengáis paz... mi paz. Una vez más os veré atribulados, pero tened confianza, que Yo he vencido al mundo”.

Jesús se pone de pie, abre los brazos en forma de cruz y recita el Padre, con un rostro radiante, la sublime plegaria que Juan nos transmite íntegra.

Se oyen más o menos los sollozos de todos los apóstoles. Cantan un himno. Jesús los bendice. Luego dice: “Tomemos los mantos, y vámonos. Andrés, di al dueño de la casa que deje todo así, porque es mi voluntad. Mañana... os dará júbilo volver a ver este lugar”. Jesús lo

⁷⁸ Cfr. Gén. 3, 1-7.

⁷⁹ Cfr. Gén. 3, 22-24; Ap. 22.

mira. Parece como si bendijese las paredes, los muebles. Luego se echan encima el manto y sale, seguido de sus discípulos. A su lado va Juan sobre el que se apoya.

“¿No te despidas de tu Madre?” le pregunta el hijo del Zebedeo.

“No. Ya lo hice. Ahora no hagáis ruido”.

Simón con la antorcha que ha encendido, ilumina el ancho corredor que lleva a la puerta. Pedro abre con cuidado el portón, salen todos a la calle. Y, con una especie de llave, cierra por fuera. Se ponen en camino.

20. Reflexiones sobre la última Cena

17 febrero 1944

Dice Jesús:

“Sin tener en cuenta lo que es el amor de un Dios que se hace alimento de los hombres, fluyen cuatro principales enseñanzas de la Cena pascual.

La primera es la necesidad que todos los hijos de Dios tienen de obedecer la Ley.

La Ley prescribía que se debía comer en la Pascua el cordero según el rito que el Altísimo había dado a Moisés, y Yo, Hijo verdadero del Dios verdadero, pese a que soy Dios, no pensé que estuviese exento de ella. Vivía en la tierra, era Yo un Hombre entre los hombres y Maestro de ellos. Debía, pues, cumplir mi obligación para con Dios *como los demás y mejor que los demás. Los favores divinos no dispensan de la obediencia y del esfuerzo por una mayor santidad.* Si comparáis la santidad más excelsa con la perfección divina, veréis que siempre tiene imperfecciones, y por esto debe esforzarse en eliminarlas y llegar a un grado de perfección lo más posible cercano a Dios.

La segunda es el poder de la oración de María.

Yo era un Dios hecho hombre, un hombre que, por no tener mancha alguna, poseía la fuerza espiritual para domeñar la carne. Y con todo no solo no rechazo, sino que invoco la ayuda de la Llena de gracia, la cual aun cuando en aquella hora de expiación habría encontrado sin duda cerrado el cielo, pero no en tal forma que no hubiera podido obtener un ángel, Ella, su reina, para que consolase a su Hijo. ¡Oh, no lo hubiera pedido para ella, pobre Madre! También Ella saboreó la amargura del abandono del Padre. Por este dolor que ofreció por la Redención obtuvo para Mí el haber podido superar la angustia en el Huerto de los Olivos, y llevó a cabo la Pasión bajo todas sus múltiples durezas, *destinadas cada una de ellas a lavar cualquier forma de pecado como sus medios de cometerlo.*

La tercera es el dominio sobre sí misma y el tolerar la ofensa, que es la manifestación más sublime de la caridad. Esto lo pueden conseguir sólo los que quieren que para su vida no haya otra ley más que la de la caridad que anuncié. No solamente la anuncié, sino que también la practiqué en toda su realidad.

No podéis imaginar lo que significó para Mí haber tenido conmigo a la mesa al traidor, haberme dado a él, humillarme ante él, tener que haber compartido con él la copa ritual y poner mis labios donde había puesto los suyos, exigir que mi Madre hiciera lo mismo. Vuestros médicos han discutido y discuten sobre mi modo de haber muerto muy prontamente, y dicen que se debió a una lesión cardíaca debida a los golpes de la flagelación. Es verdad que también a los golpes se debió que mi corazón hubiera enfermado, pero Yo lo estaba desde la Cena. Despedazado, despedazado por el esfuerzo de haber tenido qué soportar a mi lado al traidor. Entonces empecé a morir físicamente. Lo demás no es sino parte de la agonía que ya había empezado. *Lo que pude hacer lo hice porque estaba unido íntimamente con la Caridad. Aun en la hora en que Dios-Caridad se alejaba de Mí supe tener caridad porque había vivido de caridad durante mis treinta y tres años. No se puede llegar a una perfección como la que es necesaria para perdonar y tolerar a nuestro ofensor si no se tiene el hábito de la caridad.* Yo lo poseía, y pude perdonar y tolerar este drama inaudito que el demonio había formado, a Judas.

La cuarta: el Sacramento realiza lo que es, cuanto más uno es digno de recibir. Lo que se consigue por medio de una voluntad constante que aplasta la carne y hace al espíritu señor,

domeñando las concupiscencias, inclinando el propio ser a la virtud, manteniendo el espíritu como un arco tenso hacia la perfección de la virtud, y sobre todo de la caridad.

El que ama trata de hacer feliz al ser amado. Juan que me amó como ningún otro y que era puro, alcanzó del sacramento la mayor transformación. Desde ese momento empezó a ser águila, que llega a lo alto del cielo y fija su mirada en el Sol eterno. *Pero ¡ay de aquel que recibe el Sacramento sin haberse hecho digno!, que ha aumentado su indignidad con culpas mortales. Entonces el Sacramento se convierte no en semilla de preservación y vida, sino de corrupción y muerte*¹. Muerte para el espíritu y putrefacción de la carne. La muerte lo hace “reventar” como Pedro dijo de Judas². No sale la sangre, que es bella en su color púrpura sino sus entrañas ennegrecidas con toda clase de lujuria, podredumbre que se riega, como sucede con las carroñas de las bestias, que son objeto de vómito y desprecio para el viandante. *La muerte del profanador del Sacramento es siempre la muerte de un desesperado y por esto no conoce el tranquilo tránsito del que está en gracia, ni el heroico de la víctima que pese a los sufrimientos mantiene sus ojos fijos en el cielo y su alma en la serenidad de la paz. La muerte del desesperado es presa de contorsiones y miedo, es una convulsión horrible del alma de la que se ha apoderado Satanás que la ahoga para arrancarla de la carne, y que la mata con su nauseabundo aliento.* Esta es la diferencia entre quien pasa a la otra vida después de haberse alimentado en ésta vida de la caridad, de la fe, de la esperanza, de todas las virtudes, de la doctrina celestial y del Pan angelical que la acompaña con sus frutos, mejor que con su real presencia, y entre el que después de haber llevado acá en la tierra una vida animal, la gracia y el sacramento no le ayudan. La muerte del primero es serena. Al morir se le abren las puertas del reino eterno. La del segundo es la espantosa caída del que siente que se le arroja a la muerte eterna y *en un instante se da cuenta de lo que quiso perder, pero que no puede recuperar.* Para uno es la adquisición, para otro la pérdida. Para uno la alegría, para otro el terror.

Esto es lo que conseguís según creáis y améis, o no creáis y no améis mi don. Esta es la enseñanza de esta contemplación”.

21. La agonía y la aprehensión de Getsemaní¹

11 febrero 1944

El camino está impregnado de silencio. Tan solo el chorro de una fuentecilla que cae en el hueco de una piedra lo viene a romper. A lo largo de las paredes de las casas, del lado oriental, todavía hay oscuridad, mientras que del lado en que empieza a brillar la luna sobre los techos de las casas y donde cae sobre una plazoleta, su haz blanquecino hace hermosas hasta las piedras y el polvo del camino. Pero bajo los puentecillos que unen casa con casa, semejantes, a puentes levadizos o a puntales que sostienen esos casones, y que a esta hora están todos cerrados y oscuros como si estuvieran abandonados, hay una oscuridad perfecta, y el color amarillento de la antorcha que lleva Simón adquiere un color más vivo, más necesario. Las caras, bajo esa luz rojiza y movable, al reflejarse en un claro relieve, revelan el estado propio de su alma.

El rostro más majestuoso y tranquilo es el de Jesús. Sin embargo un cierto cansancio lo ha hecho envejecer al marcar en Él líneas que casi nunca había tenido, que presagian ya la futura faz que tendrá en la muerte.

Juan, que va a su lado, lanza una mirada dolorosa sobre todo lo que ve. Parece un muchacho aterrorizado que ha oído algún cuento o alguna espeluznante promesa y que busca ayuda de alguien que esté mejor enterado que él. Pero, ¿quién le ayudará?

¹ Cfr. 1 Cor. 11, 28-32.

² fr. Hech. 1, 18.

¹ Cfr. Mt. 26, 36-56; Mc. 14, 32-52; Lc. 22, 39-53; Ju, 18, 1-11.

Simón, que va al otro lado de Jesús, tiene una expresión airada, como quien dentro de sí rumia dolorosos pensamientos. Después de Jesús es el que conserva un cierto aire de dignidad.

Los otros, divididos en dos grupos que se cambian frecuentemente, son un fermento. De cuando en cuando la voz ronca de Pedro o la de barítono de Tomás resuena de un modo extraño. Después la apagan como miedosos de lo que dicen. Discuten sobre lo que tiene qué hacerse, y quién propone una solución y quién otra. Pero todas las ideas van cayendo una tras otra porque en breve empezará la “Hora de las tinieblas” y los juicios humanos quedarán oscurecidos y turbios.

“Me lo hubieran dicho antes” dice Pedro furioso.

“Nadie había hablado. Ni el Maestro...”

“Él mismo te lo había dicho. Pero, ¡hermano!, parece como si no lo conocieras...”

“Yo presentía que algo andaba mal. Lo dije: “Vayamos a morir con Él”, ¿os acordáis? Pero ¡por nuestro Santísimo Dios!, si hubiese sabido que Judas de Simón era...” truena amenazador Tomás.

“Y ¿qué hubieras querido hacer?” pregunta Bartolomé.

“¿Yo? Lo mismo que ahora si me ayudáis”.

“¿Qué? ¿Irás a matarlo? Y ¿a dónde?”

“No. Me llevaría al Maestro. Es más sencillo”.

“No aceptaría”.

“No se lo pediría. Lo robaría como se rapta a una mujer”.

“¡No sería una mala idea!” dice Pedro. E impulsivo regresa y se mete en el grupo de los dos hijos de Alfeo que con Mateo y Santiago hablan en voz baja como conjurados.

“Oíd. Tomás dice que se lleva a Jesús. Todos juntos. Se podría... de Getsemaní a través de Betfagé hasta Betania, y de allí... a cualquier otra parte. ¿Lo hacemos? Puesto a salvo, se regresa y acabamos con Judas”.

“Es inútil. Israel es todo una trampa” replica Santiago de Alfeo.

“Y está pronto a caer. Ya se presagiaba. ¡Tanto odio!”

“Pero, Mateo, ¡me das rabia! ¡Tenías más valor cuando eras pecador! Habla tú Felipe!”

Felipe que camina solo y parece hablar consigo mismo, alza la vista y se detiene. Pedro le da alcance; y entre sí hablan en voz baja. Después se juntan al grupo anterior: “Yo diría que el mejor lugar es el Templo” propone Felipe.

“¿Estás loco?” protestan los primos y también Mateo y Santiago.

“Pero ¡si es allí donde lo quieren muerto!”

“¡Pss! ¡Qué tontería Yo sé lo que digo. Lo buscarán por todas partes, pero no allí. Tú y Juan tenéis buenos amigos entre los criados de Anás. Se da un buen bocado de oro... y todo está hecho. ¡Creedme! El mejor lugar para esconder a un perseguido es la casa del carcelero”.

“Yo no lo hago” protesta Santiago de Zebedeo. “Pide el parecer también de otros. Primero el de Juan. ¿Y si después lo arrestan? No quiero que se vaya a decir que he sido yo el traidor...”

“En esto no se había pensado. ¿Y entonces?” Pedro está aniquilado.

“Diría que hay sólo una cosa piadosa. La única que podemos. Llevarnos a la Madre...” dice Judas de Alfeo.

“¡Exacto!... Pero... ¿Quién va? ¿Qué se dirá? Ve tú, que eras su pariente”.

“Yo me quedo con Jesús. Es mi obligación. Tú ve”.

“¿Yo? Me he armado con una espada para morir como Eleazar hijo de Saura². Atravesaré legiones para defender a mi Jesús y heriré sin compasión. Si la fuerza de tantos me matare, no importa. Lo habré defendido” dice Pedro excitado.

“¿Pero estás seguro que es Iscariote?” pregunta Felipe a Tadeo.

² Cfr. 1 Mac. 2, 1-5; 6, 28-48.

“Lo estoy. Ninguno de nosotros tiene corazón de víbora. Tan sólo él... Ve tú, Mateo, a donde está María y dile...”

“¿Yo? ¿Engañarla? ¿Verla a mi lado, ignorante de todo y después? ¡Ah no! Estoy dispuesto a la muerte pero no a traicionar a aquella paloma...”

Las voces entretienen su susurro.

“¿Oyes? Maestro, nosotros te amamos” dice Simón.

“Lo sé. No tengo necesidad de esas palabras para saberlo. Y si me brindáis paz en el corazón, me hieren el alma”.

“¿Por qué, Señor mío? Son palabras de amor”.

“De un *amor completamente humano*. En verdad durante estos tres años no he logrado nada, porque sois tan humanos como la primera hora. Se revuelven en vosotros esta noche todos los miasmas*. Pero no es vuestra culpa...”

“¡Sálvate, Jesús!” implora Juan.

“Me salvo”.

“¿De veras? ¡Oh, Dios mío, gracias!” Juan parece cual una flor doblada por el calor del estío que con el fresco se yergue sobre su tallo. Dice: “Lo digo a los demás. ¿A dónde vamos?”

“Yo a la muerte. Vosotros a la Fe”.

“¿Pero no has dicho ahora que te salvarás?” El predilecto pierde los ánimos.

“Me salvo. En verdad que me salvo. Si no obedeciese al Padre, me perdería. Por esto me salvo. ¡Pero no llores así! Tienes menos valor que los discípulos de aquel filósofo griego de quien te hablé un día. Estuvieron junto al maestro³ que moría con la cicuta, y lo confortaban con su dolor varonil. Tú... tú pareces chiquillo que hubiese perdido a su padre”.

“¿Y no es así? Más que si perdiera a mi padre, ¡yo pierdo! ¡Te pierdo a Ti!...”

“No me pierdes porque sigues amándome. Se pierde el que se separa de nosotros por el olvido en la tierra y por el juicio de Dios en el más allá. Pero nosotros nunca estaremos separados. Jamás. Ninguna cosa, ni ésta, ni aquella, nos separará”.

Pero Juan no oye razones.

Simón se acerca más a Jesús y en voz baja, confidente, dice: “Maestro... yo... y Simón Pedro esperábamos haber hecho alguna cosa buena... Pero... Tú que sabes todo, dime, ¿dentro de cuántas horas crees que vas a ser capturado?”

“Cuando la luna no haya apenas llegado a su centro”.

Simón da muestras de dolor y de impaciencia, por no decir de rabia. “Entonces todo fue inútil... Maestro, ahora te lo explico. Tú nos has casi regañado a mí y a Simón Pedro por haberte dejado solo en estos días... Pero estábamos lejos por causa tuya... Por amor tuyo. Pedro en la noche del lunes, impresionado con tus palabras, fue a donde estaba yo durmiendo y me dijo: “Yo de ti me fío. Tú y yo debemos hacer alguna cosa por amor de Jesús. También Judas dijo que quería ocuparse de ello”. Oh, ¿por qué no pudimos entender entonces? ¿Por qué no nos dijiste algo? Respóndeme: ¿No lo has dicho a nadie? ¿Exactamente a nadie? ¿Tal vez sólo hace unas cuantas horas has caído en la cuenta?”

“Siempre lo he sabido. Aun antes de que él fuese uno de los discípulos. Y para que su crimen no fuese perfecto, tanto en el aspecto divino, como en el humano, traté con todos los modos de alejarlo de Mí. Los que quieren que Yo muera son los verdugos de Dios. Él, mi discípulo y amigo, es también el traidor, el verdugo del Hombre. Es mi primer verdugo porque me mató con el esfuerzo de tenerlo a mi lado, en la mesa, y de tener qué protegerlo conmigo mismo contra vosotros”.

“¿Y nadie lo sabe?”

“Juan. Se lo dije ya casi al fin de la cena. ¿Pero qué hicisteis?”

* **miasma** = Efluvio maligno que, según se creía, desprendían cuerpos enfermos, materias corruptas o aguas estancadas.

³ Alusión a Sócrates.

“¿Y Lázaro? ¿De versas que no sabe nada Lázaro? Hoy estuvimos en su casa, porque vino muy de mañana, hizo el sacrificio, y regresó sin detenerse siquiera en su palacio, ni fue al Pretorio. Él siempre va allí por costumbre heredada de su padre. Pilatos lo sabe. Se encuentra en la ciudad en estos días...”

“Sí. Todos están presentes. Está Roma, la nueva Sión, con Pilatos. Está Israel con Caifás y Herodes. Está todo Israel porque la pascua ha convocado a todos los hijos de este pueblo a los pies del altar de Dios... ¿Has visto a Gamaliel?”

“Sí. ¿Por qué esta pregunta? Lo debo de ver otra vez mañana...”

“Gamaliel se encuentra esta noche en Betfagé. Lo sé. Cuando hayamos llegado a Getsemaní, irás a su casa y le dirás: “Dentro de poco tendrás la señal que hace veinte años has estado esperando”. Nada más. Después regresarás donde tus compañeros”.

“Pero cómo sabes, ¡oh Maestro mío! ¡Pobre Maestro que no tienes ni siquiera el consuelo de ignorar las obras de los demás!”

“Dices bien. ¡*El consuelo de ignorar!* ¡Pobre Maestro! Porque las obras malas son más que las buenas. Pero también veo las buenas y me regocijo”.

“Entonces Tú sabes que...”

“Simón: es la hora de mi pasión. Para hacerla más completa, el Padre me retira la luz conforme se aproxima la hora. Dentro de poco no tendré más que tinieblas y el espectáculo de lo que son las tinieblas que son todos los pecados de los hombres. No puedes. No podéis comprenderlo. Nadie, a no ser que Dios lo llame para una misión especial, comprenderá esta pasión dentro de la *gran* Pasión. Y dado que el hombre es material aun cuando ama y reflexiona, habrá alguien que llorará y sufrirá por los golpes que Yo reciba, por los tormentos que soportaré, pero no se podrá igualar esta tortura espiritual que, creedlo vosotros que me estáis escuchando, será el más atroz... Habla, pues, Simón. Guíame por el sendero a donde te trae la amistad que sientes por Mí, porque Yo soy un pobre que enceguece y ve fantasmas, no cosas reales...”

Juan se pega a Jesús y le pregunta: “¿Qué? ¿No ves más a tu Juan?”

“Te veo. Pero los fantasmas surgen de las tinieblas de Satanás. Visiones de pesadillas y de dolor. Todos estamos envueltos esta noche en este miasma del infierno. En Mí trata de crear cobardía, desobediencia y dolor. En otros, aun cuando no son miedosos ni criminales, fomentará la delincuencia y el pavor. En otros que son ya de Satanás, fomentará la perversión sobrenatural. Digo esto porque su perfección en el mal será en tal grado que supere las posibilidades humanas y alcancen la cumbre que está siempre en lo sobrehumano. Habla, Simón”.

“Sí. Desde el martes no hicimos otra cosa más que caminar para informarnos, para prevenir, para buscar ayuda”.

“¿Y qué pudisteis hacer?”

“Nada. O muy poco”.

“Y lo poco será “nada” cuando el pavor paralice los corazones”.

“Me he disgustado aun con Lázaro... Es la primera vez que me sucede... Me disgusté porque me parece que no hace nada... Él podría hacer algo. Es amigo del Gobernador. ¡Es el hijo de Teófilo! Desechó todas mis proposiciones. Lo dejé gritando: “Pienso que el amigo de quien habla el Maestro, seas tú. ¡Pero me causa horror!” y no quise regresar a su casa... Esta mañana me llamó y me dijo: “¿Puedes todavía creer que sea yo el traidor?” Había yo visto antes a Gamaliel, a José, a Cusa, a Nicodemo y a Mannaén, y en fin a tu hermano José... y no podía creerlo. Le dije: “Perdona, Lázaro, siento que la cabeza me da más vueltas que cuando era yo leproso”. Y así, Maestro... Yo no soy más yo... Pero ¿por qué sonríes?”

“Porque eso viene a confirmar lo que antes te había dicho. La neblina de Satanás te envuelve y te turba. ¿Qué respondió Lázaro?”

“Dijo: “Te comprendo. Ven hoy con Nicodemo. Tengo necesidad de verte”. Y fui mientras Simón Pedro había ido a donde estaban los galileos. Porque tu hermano, al que hace tiempo

no se le ve, no sabe nada de nosotros. Dice que lo supo por casualidad al estar hablando con un galileo viejo, amigo de Alfeo y de José, que habita cerca de los mercados”.

“¡Ah!... sí... Un gran amigo de la casa...”

“Él está allí con Simón y con las mujeres. También está la familia de Caná”.

“Vi a Simón”.

“Pues bien, José supo de este amigo suyo y de uno del Templo que es pariente suyo por razón de mujeres, que tu captura estaba decidida, y dijo a Pedro: “Siempre he estado en desacuerdo con Él, pero ha sido por amor. Hasta el momento en que todavía era Él fuerte. Pero ahora que parece un niño en manos de sus enemigos, yo, pariente suyo siempre lo he amado, estoy con Él. Es deber de sangre y de corazón””.

Jesús sonríe, recordando por un momento un rostro sereno de aquellas horas de alegría.

“Y José dijo a Pedro: “Los fariseos de Galilea son áspides como todo los demás fariseos. Pero la Galilea no es toda fariseos. Aquí hay muchos galileos que lo aman. Vamos a decirles que se reúnan para defenderlo. No tenemos más que cuchillos. Pero, dado el caso, los bastones son armas, si se les maneja bien. Si no llegan los soldados romanos, habremos dado cuenta de esos viles canallas que son los esbirros del Templo. Pedro fue con él. Entre tanto yo fui a casa de Lázaro para que viniese con nosotros y abriese su casa para estar contigo. Nos dijo: “Debo obedecer a Jesús y estar aquí. A sufrir el doble...” ¿Es verdad?”

“Es verdad. Yo le di esas órdenes”.

“Pero me dio dos espadas. Son tuyas. Una para mí y otra para Pedro. También Cusa quería darme espadas. Pero... ¿Qué son dos pedazos de hierro contra todo el mundo? Cusa no puede creer que sea verdad cuanto Tú dices. Jura él que no sabe nada y que en la corte no hay otro deseo más que el de gozar de la fiesta... Un pasatiempo más como de costumbre. Tanto en sí que dijo a Juana que regrese a una de sus casas que tiene en Judea. Pero Juana quiere estarse aquí. Encerrada en su palacio como si no estuviese presente. No se va. Y con ella están Plautina, Ana, Nique y dos romanas de la casa de Claudia. Lloran, ruegan y hacen rogar a los niños inocentes. Pero no es tiempo de oraciones. Lo es de sangre. Siento que retorna en mí el “Zelote”⁴ y ardo en deseos de matar por venganza...”

“¡Simón! Si hubiera querido dejarte morir como un maldito no te hubiera sacado de la desolación...” Jesús se muestra muy severo.

“¡Oh, perdón, Maestro, perdón!... Estoy como borracho, como uno que delira”.

“¿Qué dice Mannaén?”

“Que no puede ser verdad, y que si lo fuese te seguiría hasta el suplicio”.

“¡Ved cómo todos vosotros confiáis en vosotros mismos!... ¡Cuánta soberbia hay en el hombre! Nicodemo y José, ¿qué saben?”

“No más que yo. Tiempo hace que, en una asamblea, José se puso en mal con el Sanedrín porque los llamó asesinos, porque quieren matar a un inocente y dijo: “Aquí todo es contra la ley. Él dice bien. La abominación está en la casa del Señor”⁵. Este altar va a ser destruido porque ha sido profanado”⁶. No lo lapidaron porque se trata de él. Pero desde entonces le han ocultado todo. Tan solo Gamaliel y Nicodemo siguen siendo amigos suyos. Pero Gamaliel no habla y Nicodemo... Tanto él como José no fueron llamados al Sanedrín para las definitivas resoluciones. Ellos se reúnen ilegalmente acá y allá, a diversas horas por miedo que tienen por sí mismos y de Roma. ¡Ah, me olvidaba!... Los pastores. También están con los galileos. ¡Pero somos pocos! ¡Si Lázaro hubiera querido escucharme y hubiera ido al Pretor! Pero no me escuchó... Hicimos esto... Mucho y... nada... y yo me siento tan anonadado que quisiera ir por los campos, dando alaridos como un chacal, entregarme a la orgía, matar como si fuera yo un salteador, para ver si puedo quitarme este pensamiento de que “todo es inútil”, como dijo Lázaro, como dijeron José y Cusa, Mannaén y Gamaliel...” El Zelote no parece ser él...

⁴ Esto es “patriota”, “defensor de la patria”, “guerrillero”

⁵ Cfr. Dan. 9-12.

⁶ Alusión a: 1 Mac. 4, 36-61; 2 Mac. 10, 1-8.

“¿Qué dijo el rabí?”

“Dijo: “No conozco exactamente las intenciones de Caifás. Pero os digo que la profecía se refiere tan sólo al Mesías. Y *como yo no reconozco* en este profeta al Mesías, no entiendo por qué uno deba excitarse. Un hombre bueno, amigo de Dios será matado. Pero, ¿de cuántos semejantes a él Sión no ha bebido su sangre?” Y, como insistiéramos en tu naturaleza divina, repitió terco: “Cuando vea la señal, creeré”. Y prometió abstenerse de votar contra Ti, y así será posible de que persuada a los demás a que no te condenen. ¡No cree, no cree! Si se pudiese llegar a mañana... Pero Tú dices que no. Oh, ¿qué haremos nosotros?”

“Tú irás a la casa de Lázaro y tratarás de llevarte contigo a cuantos más puedas. No sólo de los apóstoles, sino también de los discípulos que encuentres extraviados por los campos. Procura ver a los pastores y dales esta orden. La casa de Betania es más que la casa de Betania; es la casa de la buena hospitalidad. Quien no tenga el valor de enfrentarse al odio de todo el pueblo, que se refugie allí. A esperar...”

“Pero nosotros no te dejaremos”.

“No os separéis... Divididos, no valdréis nada. Unidos, seréis todavía una fuerza. Simón: prométeme esto. Tú eres sereno, leal; eres un hombre de palabra y tienes preponderancia sobre Pedro. Tienes conmigo *una gran deuda*. Te lo recuerdo por primera vez para obligarte a obedecerme. Mira: estamos ya en el Cedrón. De allí viniste a Mí, leproso, y de allí saliste limpio. Por lo que Yo te di, dame ahora. Da al Hombre lo que Yo te di. Ahora el leproso soy Yo...”⁷

“¡Nooo! ¡No lo digas!” gimen al mismo tiempo los dos discípulos.

“¡Así es! Pedro y mis hermanos serán los que más anonadados se sentirán. Mi honrado Pedro se sentirá como un criminal y no tendrá paz. Y mis hermanos... no tendrán valor para mirarse ni mirar a mi Madre... Te los encomiendo...”

“Señor, ¿yo qué seré? ¿No piensas en mí?”

“¡Oh pequeñito mío. Tú estás confiado al amor. Y tan robusto es que te guiará como una madre. No te doy órdenes ni guías. Te dejo sobre las aguas del amor, que son tan tranquilas y profundas que no me hacen dudar nada de tu futuro⁸. Simón, ¿has entendido? ¡Prométeme, prométeme!” Da lástima ver a Jesús tan angustiado... Torna a hablar: “¡Antes que vengan los otros! ¡Oh, gracias! ¡Seas bendito!”

Se reúne todo el grupo.

“Ahora dividámonos. Yo voy arriba a orar. Conmigo quiero a Pedro, Juan y Santiago. Vosotros quedaos aquí. Y, si fuereis atacados, gritad. No tengáis miedo. No se os quitará un cabello. Rogad por Mí. Olvidad cualquier odio, cualquier miedo. No será más que cosa de un momento... y después la alegría será completa. Sonreíd. Que Yo lleve en el corazón vuestras sonrisas. Bien, os lo agradezco, amigos, adiós. Que el Señor no os abandone...”

Jesús se separa de los apóstoles. Va adelante, mientras Pedro pide a Simón la antorcha después de que encendió con ella unos leños resinosos que arden chisporroteando en los límites del olivar y dan un olor a enebro.

Me da lástima ver a Tadeo que sigue a Jesús con una mirada tan intensa, tan llena de dolor, que Él se vuelve y busca a quien lo ha mirado. Pero Tadeo se esconde detrás de Bartolomé y se muerde los labios para aguantarse.

Jesús hace un gesto con la mano, entre bendición y adiós. Prosigue su camino. La luna está ya muy alta. Rodea con su luz su alta figura y parece como si la hiciera más alta, como si la espiritualizara, como si hiciera más claro su vestido rojo y más pálido el color oro de sus cabellos. Detrás de Él se dan prisa en caminar Pedro con la antorcha y los hijos de Zebedeo

Siguen hasta llegar al límite del primer borde de la plaza rústica del olivar. Allí está la entrada a la plazoleta irregular y los subsiguientes bordes que van sobreponiéndose en el monte. Jesús dice: “deteneos y esperadme aquí, mientras Yo oro. Pero no durmáis. Podría

⁷ Alusión a Is. 52, 13 - 53, 12.

⁸ Cfr. 1 Ju. 3, 3-10; 5, 18.

tener necesidad de vosotros. Os pido por caridad: ¡Orad! Vuestro Maestro se encuentra *muy abatido*".

Y realmente es víctima de gran agotamiento. Parece como si cargara un gran peso. ¿Dónde está el varonil Jesús que habla a las turbas, el hermoso, el fuerte, el de ojos de dominador, de dulce sonrisa, de la voz sonora y agradable? Es como una que ha corrido o ha llorado. Tiene una voz cansada y falta de aliento. Triste, triste, triste...

Pedro contesta por todos: "Está tranquilo, Maestro. Vigilaremos y oraremos. No tienes más que llamarnos, que enseguida acudiremos".

Jesús los deja mientras los tres recogen hojas y pedazos de ramas para hacer una hoguera que los tenga despiertos y para defenderse del rocío que empieza a caer abundante.

Camina, volviéndoles las espaldas, de occidente a oriente. Y por eso le da la luna en la cara. Veo que un gran dolor dilata más sus pupilas, probablemente es la negrura del cansancio que se prolonga; tal vez la sombra del párpado. No lo sé. Lo que sé es que tiene los ojos más abiertos y más sumidos. Sube con la cabeza inclinada, tan solo de cuando en cuando lanza un suspiro como si se sintiese cansado y le faltase el aliento y entonces recorre con sus ojos tan tristes el sosegado olivar. Sube unos cuantos metros, después da vuelta hacia adentro de un escalón en forma de parapeto que lo separa a Él y a los tres que quedaron más abajo.

El escalón-parapeto, que no tiene al principio más que unos cuantos decímetros, se eleva cada vez más, y muy en breve tiene más de dos metros de altura, de modo que impide que alguna mirada indiscreta, o de un amigo, llegue hasta Jesús. Él continúa hasta una gran piedra que en un cierto punto cierra el camino, tal vez ha sido colocada para mantener la parte de tierra que desciende cortada y sin nada hasta un muro solitario que se encuentra ante las murallas, más allá de las cuales está Jerusalén, y por arriba continúa prolongándose con zanjas y otros olivares. Exactamente sobre el gran peñasco se balancea un olivo todo nudoso. Parece un irónico punto de interrogación que la naturaleza haya puesto para preguntar el por qué de alguna cosa. Las gruesas ramas de la copa responden a la pregunta del tronco, diciendo ahora sí cuando se dobla hacia atrás, ahora no, al agitarse de derecha a izquierda, bajo un viento suave que pasa ondeándose entre el follaje y que a veces trae olor tan sólo de tierra, a veces el amargo del olivo, algunas el perfume mezclado de rosas y de musgo que se ignora de dónde pueda venir. Además de la vereda, abajo, hay otros olivos, y uno que da exactamente al peñasco, partido por un rayo pero que logró sobrevivir, o bien hendido por no sé qué razón, tiene a partir del tronco que está dividido en dos gajos y que ascienden dos astas de una gran V de tipografía y las dos ramas, una de acá, otra de allá del peñasco como si quisieran ver y ocultar al mismo tiempo, o hacer de esa roca lugar de un plateado ceniciento, todo tranquilidad.

Jesús se detiene allí. No mira a la ciudad situada allá abajo, toda blanca a la luz de la luna. Antes bien, le vuelve las espaldas; y ruega con los brazos abiertos en forma de cruz, con el rostro levantado al cielo. No veo su faz porque está en la sombra, pues tiene la luna casi perpendicular sobre su cabeza; además el follaje del olivo que se interpone entre Él y la luna que apenas logra filtrarse entre las hojas con ojitos y agujas de luz que siempre se están moviendo. Una plegaria larga, ardiente: De cuando en cuando suspira, y pronuncia una palabra clara. No es un salmo, ni el Padre Nuestro. Es una plegaria que nace de su amor y de su necesidad. Un verdadero hablar con su Padre.

Las pocas palabras que logro captar me lo dicen: "Tú lo sabes... Soy tu Hijo... Todo, pero ayúdame... Ha llegado la hora... No pertenezco más a la tierra. Cesa la necesidad de ayuda a tu Palabra... Haz que el Hombre te satisfaga como Redentor, como te ha sido obediente la Palabra... Es lo que Tú quieres... te pido piedad para ellos... ¿Los salvaré? Esto es lo que te pido. Así lo quiero: salvados del mundo, de la carne, del demonio... ¿Puedo pedirte todavía? Mi petición es justa, Padre mío. No por Mí, sino por el hombre que es tu creación, y que quiere convertir en fango su alma. Arrojo en mi dolor y en mi Sangre este fango para que vuelva la esenia incorruptible del espíritu que te agrada a Ti... Y está done quiera. Es el rey de esta

noche. En los palacios y en las casas. Entre los soldados y en el Templo... La ciudad está hasta el tope y mañana será un infierno..."

Jesús se vuelve, se reclina sobre el peñasco y cruza los brazos. Mira a Jerusalén. La mirada de Jesús se hace cada vez más triste. Murmura entre dientes: "Parece de nieve... y es toda un pecado. ¡A cuántos dentro de ella curé!... ¡A cuántos hablé!... ¿Dónde están los que me eran files?"...

Baja la cabeza, y mira fijamente el suelo cubierto de hierba pequeña y salpicada de rocío. Aunque tenga la cabeza inclinada, sé que llora porque al caer en el suelo brillan las gotas de lágrimas. Después alza la cabeza, abre los brazos, los junta sobre la cabeza y los balancea así unidos. Se pone de pie. Regresa a donde están los tres discípulos sentados alrededor del fuego hecho de ramas de árbol. Los encuentra medio dormidos. Pedro se ha apoyado sobre un tronco con las espadas y con los brazos cruzados sobre el pecho, su cabeza blanca. Son los primeros albos de un sueño profundo. Santiago está sentado, con su hermano, sobre una gran raíz que sale de la tierra y sobre la que pusieron sus mantos para sentir menos los nudos; y, aunque están más incómodos que Pedro, están bien dormidos. Santiago tiene la cabeza recostada sobre la espalda de Juan, y éste ha doblado la suya sobre la de su hermano, como si al empezar a cabecear se hubiesen quedado así.

"¿Dormís? ¿No habéis sabido estar despiertos una sola hora? Y Yo ¡tengo tanta necesidad de vuestro consuelo y de vuestras oraciones!"

Los tres, aturdidos, dan un salto. Se frotan los ojos. Murmuran una excusa, echan la culpa a la digestión como causa principal de su somnolencia: "Es el vino... la comida... Pero ahora ya pasa. Ha sido un momento. No teníamos ganas de hablar y esto nos ha producido sueño. Pero vamos a orar y no sucederá más".

"Sí. Orad y velad. También vosotros tenéis necesidad de ello".

"Sí, Maestro. Te obedeceremos".

Jesús regresa. La luna, que le da en su rostro tan fuerte con su brillo de plata que hace más pálido el vestido rojo como si lo cubriese con un polvo blanco brillante, me permite verlo desconsolado, adolorido, envejecido. Su mirada, siempre con los ojos abiertos, me parece oscurecida. En su boca se dibuja una línea de cansancio.

Camina más lento, más encorvado a su peñasco. Se arrodilla, apoyando los brazos en la roca que no es lisa, sino que a la mitad tiene un hueco, como si se lo hubiesen hecho a propósito; y en ese hueco ha nacido una hierbita que se me antoja a aquellas florecillas semejantes a pequeños lirios que he visto también en Italia, de hojas pequeñas, redondas, pero con puntas en los bordes y pulposas, con pequeñas florecitas en los delgadísimos tallos. Parecen pequeños flecos de algodón que rocían lo gris del peñasco y las hojitas de color verde-oscuro. Jesús apoya sus manos cerca de las florecillas que le rozan las mejillas pues apoya la cabeza entre las manos juntas y ora. Después de un poco siente lo fresco de las pequeñas corolas, levanta la cabeza. Las mira, las acaricia. Les dice: "Vosotras sois puras... Me dais consuelo. Había también en la cuevita de Mamá estas flores... le gustaban... decía: "Cuando era pequeño mi padre me decía: "Tú eres un lirio tan pequeño y todo lleno de rocío del cielo"" ¡Madre! ¡Oh, Madre mía!" Y prorrumpe en llanto. Con la cabeza entre las manos unidas, apoyado un poco sobre los calcañales, lo veo y lo oigo llorar, mientras las manos aprietan los dedos y estos entre sí se estrujan. Oigo que dice: "También en Belén... y te las llevé, Mamá. Pero, ¿quién te llevará estas después?..."

Vuelve a orar y a meditar. Debe ser muy triste lo que medita. Más bien le causa angustia que tristeza, porque, para huir de ello, se levanta, camina hacia adelante y hacia atrás murmurando palabras que no logro captar. Ahora levanta la cabeza, ahora la baja. Ya gesticula, ya pasa las manos sobre sus ojos, sobre sus mejillas, sobre sus cabellos con movimientos mecánicos y agitados, como hace quien se encuentra en medio de una gran angustia. Decirlo no es nada. Describirlo es imposible. Verlo es lo mismo que caminar con su angustia.

Gesticula en dirección de Jerusalén. Torna a levantar los brazos hacia el cielo como para pedir ayuda. Se quita el manto como si tuviese calor. Lo mira... Y ¿qué ve? Sus ojos no miran otra cosa que su tormento y todo sirve para crear ese tormento, para aumentarlo. Hasta el manto que le tejó su Madre. Lo besa: “¡Perdón, Mamá, perdón!”. Parece como si hablase al manto, tejido con amor materno... Se lo pone otra vez. Está dentro de un suplicio. Quiere orar para vencerlo. Pero con la oración vuelven los recuerdos, las aprehensiones, las dudas, las lamentaciones... Es una avalancha de nombres... de ciudades... de personas... de hechos... No puedo seguirlo porque es veloz y pasa de una cosa a otra. Es su vida evangélica que pasa ante su vista... y le trae el recuerdo de Judas traidor. Es tanta su angustia que, para vencerla, grita en voz alta los nombres de Pedro y Juan. Dice: “Ahora vendrán. ¡Son muy leales!” Pero “ellos” no vienen. Llama nuevamente. Parece aterrorizado como si viese algo extraño. Va veloz hacia el lugar donde están Pedro y los dos hermanos. Los encuentra cómoda y profundamente dormidos alrededor de pequeños tizones que casi para terminar dan un rojizo chispazo entre las cenizas grises.

“¡Pedro, os he llamado tres veces! ¿Qué hacéis? ¿Todavía estáis dormidos? ¿No veis cuánto sufro? Orad no os venza la carne, que no os venza. A *ninguno*. Si el espíritu siempre está listo, la carne es débil. Ayudadme...”

Los tres tardan más en despejarse. Al final lo logran y con los ojos hinchados piden excusas. Se levantan, primero incorporándose, después poniéndose de pie.

“Pero, mira” murmura Pedro. “¡No nos había pasado nunca! Debe ser cosa de aquel vino. Era fuerte. Además este aire fresco. Nos hemos cubierto para no sentirlo (de hecho se habían cubierto con los mantos hasta la cabeza), no hemos visto más el fuego, no hemos tenido más frío, y hete que el sueño llegó. ¿Dices que nos llamaste? A mí me pareció que no estaba tan dormido... Eh, Juan, busquemos ramas de árboles. Movámonos. Se nos pasará. No te preocupes, Maestro, de ahora en adelante... estaremos de pie...” y arroja un montón de hojas secas en las brazas. Sopla para que prenda otra vez la llama y la alimenta con ramas de espinos que trajo Juan; por su parte Santiago trae una rama gruesa de enebro o algo semejante, que la arrancó de un montón poco lejano y lo echa al fuego. La llama se levanta alta y alegre, iluminando la pobre cara de Jesús. Una faz verdaderamente triste a la que no se le puede mirar sin llorar. El resplandor que ilumina aquel rostro queda anulado en un cansancio mortal. Dice: “Me encuentro en una angustia que me mata. ¡Oh, sí! Mi alma está triste hasta morir. ¡Amigos!... ¡Amigos! ¡Amigos!” Y cuando así no dijese, su aspecto diría que se parece a uno que está muriendo, en el abandono más angustioso y desolado. Parece que cada palabra suya sea un sollozo...

Pero los tres están muy cargados de sueño. Parece que van de un lado a otro con los ojos semi-cerrados... Jesús los mira... No les dice un reproche. Sacude su cabeza. Suspira y regresa al lugar de antes.

Nuevamente ora de pie con los brazos abiertos en cruz. Después se arrodilla como al principio, con la cara inclinada hacia las florecitas. Piensa. Calla... Solloza fuertemente. Su cuerpo poco a poco se encoge y se recarga sobre los talones. Llama al Padre siempre con mayor ansiedad...

“¡Oh!” dice. “¡Es muy amargo este cáliz! ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Está sobre mis fuerzas!” Todo lo he podido. Pero esto no... Apártalo, Padre, de tu Hijo. Ten piedad de Mí... ¿Qué hice para merecerlo?” Después torna a decir: “Pero, Padre mío, no escuches mi voz si con ella pido lo que es contrario a tu Voluntad. No te acuerdes de que soy tu Hijo, sino tan solo un siervo tuyo. No se haga mi voluntad sino la tuya”.

Así permanece por un poco de tiempo. Después da un grito sofocado y alza un rostro convulso. Un momento solo; después cae al suelo, con la cara sobre la tierra, y así permanece. Es una piltrafa de hombre sobre quien pesa el pecado del mundo, sobre quien se abate toda la justicia del Padre, sobre quien descenden las tinieblas, la ceniza, la hiel, esa cosa tremenda, tremendísima que es el abandono de Dios mientras Satanás atormenta... Es el asfixia del alma, es el ser sepultado vivo en esta cárcel que es el mundo, cuando no se puede

sentir que entre nosotros y Dios haya un lazo de unión; es lo mismo que estar encadenados, con cerrojos, apedreados con nuestras propias oraciones que recaen puntiagudas encendidas; es lo mismo que dar puntapiés contra un cielo cerrado en donde no penetra la voz, ni las miradas de nuestra angustia; es lo mismo que ser “huérfanos de Dios”; es la locura, la agonía, la duda de haber sido hasta el momento objeto de engaño; es la convicción de que Dios ha arrojado a uno, de estar condenado. ¡Es el infierno!...

¡Lo sé! No puedo ver la angustia de Jesús. Sé que es mil veces mayor que lo que sufrí el año pasado y que sólo su recuerdo me horroriza.

Jesús llora con movimientos y suspiros de un agonizante: “¡Nada!... ¡Fuera!... ¡La Voluntad del Padre! ¡Esa! Esa sola... Tu Voluntad, Padre. La tuya, no la mía... Inútil. No tengo más que un Señor: el Dios Santísimo. Una ley: la obediencia. Un amor: la redención... No. No tengo más Madre. No tengo más vida. No tengo más divinidad. No tengo más misión. Inútilmente me tientes, ¡oh demonio!, con mi Madre, con la vida, con mi divinidad, con mi misión. Tengo por madre a la humanidad y la amo hasta morir por ella. La vida la devuelvo a quien me la dio y me la pide, al Supremo Dueño de todo ser viviente. Afirmo la divinidad al ser capaz de esta expiación. La misión la realizo con mi muerte. No tengo más, fuera de hacer la voluntad del Señor, mi Dios. ¡Lárgate Satanás! Lo dije la primera y segunda vez¹¹ y vuelvo a decirlo la tercera: “Padre si es posible pase de Mí este cáliz. ¡Pero no se haga mi voluntad sino la tuya!” Largo de aquí, Satanás. Yo soy de Dios”.

Después, entre su respiración cortada, no pronuncia más que: “¡Dios ¡Dios! ¡Dios!” Lo llama a cada latido de su corazón. Parece que a cada latido brota la sangre. Los vestidos de la espalda absorben y se hacen oscuros no obstante la gran claridad de la luna que lo envuelve todo.

Sin embargo, un resplandor más fuerte se forma sobre su cabeza, suspendido, como a la altura de un metro, un resplandor tan fuerte, que el Abatido lo ve filtrarse entre las ondas de sus cabellos bañados de sangre y el velo que la sangre forma sobre los ojos. Levanta la cabeza... La luna brilla sobre el pobre rostro y todavía brilla más la luz angelical semejante a la diamantina de blanco azul del planeta Venus. Y se deja ver toda la terrible agonía en la sangre que sale por los poros. Las cejas, los cabellos, el bigote, la barba está bañada de sangre, que corre por las sienes, brota de las venas del cuello, por las manos; y cuando tiende las manos hacia la luz angelical y las mangas anchas se corren hasta los codos, los antebrazos de Jesús sudan sangre. En la cara tan sólo las lágrimas forman dos líneas marcadas en la roja faz.

Vuelve a quitarse el manto, se seca las manos, la cara, el cuello, los antebrazos. El sudor continúa. Se oprime una y otra vez con más fuerza el manto sobre la cara y al quitárselo aparecen en él claramente las huellas frescas que parecen de color negro. La hierba del suelo está enrojecida de sangre.

Se tiene la impresión de que Jesús está próximo a desvanecerse. Se desabrocha el cuello, como si sintiese ahogarse. Se lleva la mano al corazón, después al cuello, se da aire con ella, teniendo la boca abierta. Se deja caer contra el peñasco, hacia el borde de la zanja, se echa sobre la espalda, con los brazos que penden a lo largo del cuerpo, como si estuviese ya muerto, la cabeza inclinada sobre el pecho. No se mueve para nada.

La luz angelical se desvanece poco a poco. Viene como absorbida en la luz de la luna. Vuelve a abrir Jesús sus ojos. Levanta con fatiga el cuerpo. Mira. Está solo. Pero está menos angustiado. Alarga la mano. Recoge su manto que había tirado sobre la hierba y vuelve a secarse la cara, las manos, el cuello, la barba, los cabellos. Toma una hoja larga que está justamente junto a sus ojos, y bañada de rocío. Con ella termina de limpiarse la cara, las manos y después se seca. Repite esto una y otra vez con otras hojas hasta que desaparecen las huellas de su horrible sudor. Tan sólo el vestido está manchado, especialmente en la

¹¹ Cfr. Mt. 4, 8-11; 16, 21-23.

espalda, en los pliegues de los antebrazos, en el cuello y en la cintura. Mira también el manto. Lo ve muy manchado. Lo dobla y lo coloca sobre el peñasco, donde está cóncavo, cerca de las florecillas.

Fatigosamente, como por debilidad, se deja caer de rodillas. Ruega apoyando la cabeza sobre el manto, sobre el que ha puesto ya las manos. Después se levanta apoyándose contra el peñasco, y todavía vacilante se dirige a donde están los discípulos. Su cara está palidísima. No hay turbación. Es un rostro lleno de hermosura divina aun cuando está exangüe y triste más de lo acostumbrado.

Los tres duermen tranquilamente, envueltos en sus mantos. Recostados cerca del fuego ya apagado. Se les oye respirar profundamente, después roncar. Jesús los llama. Inútil. Debe inclinarse y sacudir un poco a Pedro.

“¿Qué pasa? ¿Quién me arresta? Dice atolondrado y asustado sacando la cabeza de en medio de su manto verde oscuro.

“Nadie. Soy Yo quien te llama”.

“¿Es de mañana?”

“No. Ha acabado la segunda vigilia”.

Pedro está completamente entumecido. Jesús sacude a Juan que da un grito de terror al ver sobre sí una cara de fantasma como de mármol. “¡Oh!... ¡Pareces muerto!”

Sacude a Santiago; y él piensa que es su hermano que lo llama, pregunta: “¿Han apresado al Maestro?”

“Todavía no, Santiago” responde Jesús. “Levantaos y vámonos. El que me traiciona está cerca”.

Los tres, todavía atontados se levantan. Miran a su alrededor... Olivos, la luna, pájaros, vientecillo, tranquilidad... Ninguna otra cosa. Siguen a Jesús sin replicar. También los otros ocho están más o menos dormidos alrededor del fuego apagado.

“Levantaos” ordena Jesús. “Mientras Satanás viene, ¡mostrad al que no duerme y a sus hijos que los hijos de Dios no duermen!”

“Como Tú digas, Maestro”.

“¿Dónde está, Maestro?”

“Jesús, yo...”

“Pero, ¿qué sucedido?”

Y en medio de tempestuosas preguntas y respuestas se ponen los mantos... apenas a tiempo para aparecer en orden ante los esbirros capitaneados por Judas que se lanza sobre la tranquila plazuela iluminada en un instante con antorchas. Son una horda de bandidos disfrazados de soldados, la hez de las galeras, con sonrisa de demonios. Se encuentra también uno que otro cobardón del Templo.

Los apóstoles todos, se aglomeran en un ángulo. Pedro está adelante y detrás del grupo los demás. Jesús permanece donde estaba.

Judas se acerca, resistiendo la mirada de Jesús que es un mirar relampagueante de sus mejores días. No baja la cara. Al contrario se acerca con una sonrisa de hiena y lo besa en la mejilla derecha.

“Amigo, ¿qué has venido a hacer? ¿Con un beso me traicionas?”

Judas dobla por un momento la cabeza, después la levanta... muerto al reproche y a cualquier invitación de arrepentimiento.

Jesús, después de las primeras palabras pronunciadas con vigor, habla con la voz adolorida del que se resigna a una desgracia.

Con un aullido de esbirros se acercan llevando sogas, bastones y tratan de apoderarse no sólo de Jesús sino también de los apóstoles. Menos de Judas, se comprende.

“¿A quién buscáis?” pregunta Jesús calmada y majestuosamente.

“A Jesús Nazareno”.

“Yo soy”. La voz es un trueno. Delante del mundo asesino y del que es inocente, delante de la naturaleza y de las estrellas, Jesús da testimonio claro, leal, seguro. Podría decir que está contento de podérselo dar.

Mas, si hubiese lanzado un rayo, no habría podido haber hecho algo más. Como un manojo de espigas talladas, todos caen al suelo. Quedan en pie sólo Judas, Jesús y los apóstoles que ante el espectáculo de los soldados derrumbados toman aliento, de modo que se acercan a Jesús con amenazas tan claras contra Judas que éste da un brinco, apenas a tiempo para librarse del golpe maestro de la espada de Simón, y en vano le siguen piedras y bastones que le lanzan los apóstoles que no tienen espada. Huye más allá del Cedrón y se pierde dentro de la lobreguez de una vereda.

“Alzaos. ¿A quién buscáis? Vuelvo a preguntaros”.

“A Jesús Nazareno”.

“Os lo he dicho que soy Yo” dice Jesús con dulzura. Sí, *con dulzura*.

“Dejad, pues, libres a éstos. Yo vengo. Dejad las espadas y bastones. No soy un ladrón. Siempre estuve entre vosotros. ¿Por qué no me apresasteis entonces? Pero esta es vuestra hora y la de Satanás...”

Mientras habla. Pedro se acerca al hombre que extiende sus manos para amarrar a Jesús y le da un certero golpe de espada. Si la hubiese usado con la punta, lo hubiera degollado como a un macho cabrío. Así, no hace otra cosa que cortarle casi la oreja, que queda colgando en medio de un borbotón de sangre. El hombre grita, creyéndose muerto. Hay confusión entre los que se quieren adelantar y los que tienen miedo al ver relucir espadas y puñales.

“Dejas las armas. Os lo ordeno. Si quisiera, tendría a los ángeles del Padre para que me defendiesen. Y tú, cúrate. Primero en el alma, si puedes”. Antes de extender sus manos a las sogas, toca la oreja, que sana.

Los apóstoles dan gritos de rabia... Sí. Me desagrada decirlo, pero es así. Quién dice una cosa, quién otra. Alguien grita: “¡Nos has traicionado!” Otro: “¡Es un loco!” El de más allá: “¿Quién te puede creer?” Quien no grita, huye...

Jesús queda solo... Él, los esbirros... Y empieza el camino...

22. Los diversos procesos ¹

22-25 marzo 1945 y 7 marzo 1944

Empieza el camino de dolor a través de la vereda pedregosa que de la plazoleta donde Jesús fue capturado lleva al Cedrón, y de aquí, por otra vereda, a la ciudad. La burla y la crueldad empiezan al punto.

Han atado a Jesús de las muñecas y de la cintura como si fuese un hombre peligroso. Hombres llenos de odio tienen en sus manos las puntas de las cuerdas. Se le tira ya a un lado, ya hacia otro, como si fuera una piltrafa. Si los que lo hacen fueran perros, tendrían excusa, pero tienen el nombre de seres humanos, aun cuando de ello no tienen más que la figura. Para causar mayor dolor, lo atan con dos cuerdas contrarias. Una tira de las muñecas que las raspa y las pone coloradas; la otra aprieta los codos contra el tórax, aprieta horriblemente el abdomen, molestando el hígado y los riñones donde hay un grueso nudo donde azota con las puntas de las cuerdas el que las lleva, gritando: “¡Arre! ¡Adelante, borrico!” a sus palabras agrega puntapiés detrás de las rodillas de Jesús que se bambolea y que, si no cae por tierra, es porque los lazos lo sujetan en pie, lo cual no impide que, al jalar uno hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, vaya a golpearse contra las paredes y troncos, y pesadamente caiga contra el borde del puentecillo del Cedrón, debido a un fuerte estirón que le dieron cuando iba a pasarlo. Su boca, que se golpea, comienza a sangrar. Levanta sus manos amarradas para limpiarse la sangre que le ensucia la barba, pero no dice nada. Es en verdad el cordero que no se opone a quien lo atormenta. Entre tanto ha empezado a bajar gente que toma piedras y

¹ Cfr. Mt. 26 – 27, 31; Mc. 14, 53 – 15, 20; Lc. 22, 54 – 23, 25; Ju. 18, 1 – 19, 16.

guijarros en el arenal, y desde abajo empieza a apedrearlo, porque no es cosa fácil atravesar el inseguro puentecillo, y así la gente se apiña estorbando el paso a Jesús. Le arrojan piedras a la cabeza, a la espalda, que no solo lo hieren, sino también a sus aprehensores. Pero estos no se dejan, y por su parte arrojan palos y las mismas piedras. Lo cual sirve para golpear nuevamente a Jesús en la cabeza y en el cuello. Pasan el puente. Toman por la callejuela por donde se ven la figuras que ya no proyecta la luna, que está a punto de meterse, sino las pocas antorchas que no se apagaron poco antes de la apedreada.

Pero el odio ve más allá de la oscuridad, y hace objeto suyo la estatua elevada de Jesús. Fácil es herirlo, asirle de los cabellos y obligarle a doblar la cabeza, sobre la que arrojan una inmundicia que le llega a los ojos, a la boca, causándole náusea y dolor.

Entra ahora en el suburbio de Ofel, que tanto bien recibió de sus manos. La gentuza llama a los que están durmiendo para que se asomen. Las mujeres lanzan gritos de dolor y, aterrorizadas, huyen al ver lo que sucede. Los hombres, los mismos que de Él recibieron curación, ayuda, palabras amigas, inclinan la cabeza fingiendo indiferencia, simulando no preocuparse de lo que está sucediendo, o en la oscuridad pasan al odio, a las carcajadas, a las amenazas y hasta que se unen a los demás para mostrar su crueldad. Satanás ha puesto ya manos a su obra...

A un hombre casado que quiere seguir a la gente, su mujer le sale al paso gritándole: “¡Cobarde! ¡si vives es por Él! ¡Tú, montón de podredumbre! No lo olvides!. El marido con un fuerte golpe la hace a un lado. Ella cae por el suelo, mientras él corre a juntarse con los que golpean a Jesús y le lanza una piedra a la cabeza.

Una mujer, ya entrada en años, quiere impedir con todas sus fuerzas que su hijo vaya tras ellos con la ira de hiena en el corazón y con el palo en las manos. Le grita: ¡Asesino! ¡Él te salvó! ¡Si no fuera por Él no vivirías!” Su hijo le da un puntapié en la ingle. Ella cae gritando: “Deicida y matricida! ¡Sé maldito por el seno que rompes otra vez, y por el Mesías a quien hieres!”

Cuanto más se acerca a la ciudad, tanto más aumenta la violencia.

Antes de llegar a las murallas –las puertas se han abierto y los soldados romanos, con las armas en la mano, miran atentamente dónde y cómo se desenvuelve el tumulto, prontos a intervenir si la gloria de Roma lo exige.- han llegado Juan y Pedro. Pienso que llegaron por alguna vereda que atraviesa el Cedrón más arriba del puentecillo, y se adelantaron a la multitud que camina despacio. Se refugian en la oscuridad de un zaguán, que hay enfrente de los muros. Se han echado los mantos sobre la cabeza, para que les sirvan de velo. Cuando Jesús llega, Juan se quita el manto y deja ver su cara pálida y angustiada a la luz de la luna que brilla antes de desaparecer detrás de la colina que está tras las murallas, y a la que oigo que los verdugos llaman Tofel. Pedro no se atreve a hacer lo mismo, pero se acerca para que se le vea... Jesús los mira... y una sonrisa de una bondad infinita aparece en su rostro. Pedro de vuelta sobre sí mismo, regresa a su rincón oscuro, llevándose las manos sobre los ojos, envejecido, como si fuera una piltrafa. Juan valerosamente se queda donde está, y sólo cuando la turba ha pasado, se acerca a Pedro, lo toma por el codo, lo guía como suele hacerlo un niño con su padre ciego y ambos entran en la ciudad, después de la alborotada multitud.

A mis oídos llegan los gritos de estupor, burla, compasión de los soldados romanos. Algunos están enojados porque los han hecho levantarse por causa de ese “estúpido”; otros se burlan de los judíos que han sido capaces de aprehender “a una mujercita”; otros tienen compasión de la víctima que “siempre ha sido bueno” y hay quien diga: “Más me gustaría que me mataran que verlo en esas manos. Él vale mucho. Dos cosas amo en el mundo: a Él y a Roma”.

“¡Por Júpiter!” exclama uno de mayor rango. “Yo no quiero ningún problema. Voy a donde el oficial, para que lo comunique a quienes se debe. No quiero que me manden a pelear contra los germanos. Estos hebreos apestan, son unas sierpes y pestilencia, pero aquí mi vida está segura. Pronto me licenciarán, y en Pompeya tengo a mi novia...”

Los dejo para seguir a Jesús que continúa por la calle que forma una especie de arco al subir al Templo. Veo y comprendo que la casa de Anás a donde quieren llevarlo está y no está en ese laberinto que es el Templo, que ocupa toda la colina de Sión. La casa está en las extremidades, cerca de una cadena de muros que parecen colindar con la ciudad. De esta parte se alarga con portales y patios por la pendiente del monte hasta llegar al recinto del verdadero Templo, esto es, a donde vienen los israelitas para sus manifestaciones de culto. En el muro se ve un portón de hierro, al que se dirigen estas hienas. Tocan fuertemente. Apenas lo abren, sin ningún respeto a los criados, entran apresuradamente llevando a Jesús. Temerosos tal vez de que los soldados romanos o de los partidarios de Jesús, cierran inmediatamente el cancel.

Pero, ¿dónde están sus partidarios?...

Atraviesan el vestíbulo, luego un portal, el corredor, otro portal y de nuevo otro patio, empujan a Jesús por tres escalones, le obligan a atravesar casi de carrera un portal elevado sobre el patio, y llegan así a una rica sala donde espera un hombre anciano vestido de sacerdote.

“Que Dios te dé su consuelo, Anás” dice el que parece ser el oficial, si así puede llamarse al bribón que ha sido el jefe de esos sinvergüenzas. “Aquí tienes al culpable. Lo entrego a tu santidad para que Israel se vea limpio de toda culpa”.

“Que Dios te bendiga por tu astucia y fidelidad”.

“Hermosa cordura! Bastaba que Jesús hablase para que los hubiera hecho caer por tierra como en el Getsemaní.

“¿Quién eres?”

“Jesús de Nazaret, el Rabí, el Mesías. Tú me conoces. No he hecho nada en la oscuridad”.

“En la oscuridad, no, pero has hecho que la gente se extravíe con enseñanzas tenebrosas. El Templo tiene derecho y obligación de vigilar por el alma de los hijos de Abraham”.

“¡Las almas! Sacerdote de Israel, ¿puedes afirmar que has sufrido por el alma del más pequeño o del más grande de este pueblo?”

“¡¿Y Tú acaso sí?! ¿Qué has hecho que pueda llamarse sufrimiento?”

¡Que ¿qué he hecho? ¿Por qué me preguntas? Todo Israel lo sabe. Tanto las piedras de la ciudad santa como las del pobre rancho lo publican. He dado vista a los ciegos: tanto para sus ojos como para su corazón. He abierto los oídos a los sordos: para que oyesen la voz de los humanos, y la voz del cielo. He hecho que caminen los lisiados, los paralíticos para que emprendiesen el camino, dejando la carne, que lleva a Dios, y luego continuasen con el espíritu. He limpiado a leprosos, de la lepra que señala la ley mosaica, y de la que Dios aparta su rostro; el pecado. He resucitado muertos. No afirmo que sea una gran cosa llamar a alguien a la vida, pero sí lo es redimir a un pecador. Cosa que he hecho. He socorrido a los pobres, enseñado a los ambiciosos y ricos israelitas el precepto santo del amor al prójimo, permaneciendo pobre, pese al río de oro que pasó por mis manos. He secado más lágrimas que todos vosotros, dueños de riquezas. He repartido una riqueza que no tiene nombre: el conocimiento de la ley de Dios, la seguridad que todos somos iguales, y que a los ojos santos del Padre vale tanto el llanto como el delito, sea el Tetrarca o el Pontífice que lo hicieren, el mendigo y el leproso que mueren por el camino. Esto he hecho y no otra cosa”.

“¿No comprendes que Tú mismo te acusas? Has dicho: y la lepra de la que Dios aparta su rostro y que no está señalada en el libro de Moisés. Insultas a éste e insinúas que hay lagunas en la ley...”

“No. La ley no es de Moisés sino de Dios. Yo afirmo que más que la lepra que cubre la carne y que algún día termina, es mayor la culpa que es desgracia del alma y para siempre”.

“Has tenido el atrevimiento de afirmar que perdonas los pecados. ¿Cómo puedes hacerlo?”

“Si con una poca de agua lustral y con sacrificar un carnero es lícito y todos creen que es posible anular una culpa, expiarla y verse limpio, ¿qué no podrá lograr mi llanto, mi Sangre y mi Voluntad?”

“Tú no has muerto todavía. ¿Dónde está esa sangre?”

“*Todavía* no he muerto, pero lo estaré, porque escrito está, antes de que Sión existiese, antes de Moisés, antes de Jacob, de Abraham, desde que el rey del mal mordió el corazón y lo envenenó y con él el de sus hijos⁵. Está escrito en la tierra, en los libros donde resuena la voz de los profetas. Está escrito en los corazones. En el tuyo, en el de Caifás. En los sinedristas que no me perdonan. ¡No! Tales corazones no pueden perdonarme que haya sido Yo bueno. He absuelto anticipándome a mi Sangre. Ahora realizo la absolución con la purificación que ella proporciona”.

“Nos has llamado ambiciosos e ignorantes del precepto del amor...”

“¿Y no es verdad, acaso? ¿Por qué razón me queréis matar? Porque tenéis miedo de que os quite el trono. ¡No tengáis miedo de ello! Mi Reino no es de este mundo. Os permito que sigáis siendo dueños del poder. El Eterno sabrá decir un “basta”, que os hará caer fulminados...”

“¿Como Doras, acaso?”

“El murió por la ira que tenía, no por el rayo del cielo. Dios lo esperaba del otro lado para fulminarlo”.

“¿Y me lo estás repitiendo? ¿A mí pariente suyo? ¿A esto te atreves?”

“Yo soy la Verdad. Y la Verdad nunca es cobarde”.

“Eres un soberbio y un loco”.

“No. Soy sincero. Me acusas de haberos ofendido. ¿Pero no acaso os odiáis mutuamente? Ahora, el odio que me tenéis os une, pero mañana, cuando me hubiereis matado, volveréis a odiaros mutuamente y con mayor fiereza, y viviréis con esta hiena sobre las espaldas y con esta serpiente en el corazón. Yo he enseñado el amor, por compasión del mundo. He enseñado a no ser ambiciosos, a tener misericordia. ¿De qué me acusas?”

“De haber introducido una doctrina nueva”.

“¡Oh, sacerdote! En Israel pululan nuevas doctrinas: los esenios⁶ tienen la suya, como los sadoquitas⁷, los fariseos. Cada uno tiene su doctrina secreta. Para uno se llamará placer, para otro oro, para el de más allá poder. Cada uno tiene su ídolo. No así Yo. He vuelto a tomar la ley de mi Padre pisoteada, la ley del Dios eterno, y he repetido sencillamente los diez mandamientos, gastando todas mis fuerzas para que entrasen en los corazones que no los conocían más”.

“¡Horror! ¡Blasfemia! A mí que soy sacerdote, ¿me dices esto? ¿No tiene Israel un Templo? ¿Somos acaso como los desterrados de Babilonia? Responde”.

“Lo sois, y peor todavía. Hay un templo, es verdad. Un edificio. Pero Dios no está en él. Ha huido ante la abominación que ha visto en su casa⁸. Pero ¿para qué me preguntas tanto, si mi muerte ha sido ya decidida?”

“No somos asesinos. Castigamos con la muerte después de haber probado si la culpa la merece. Quiero salvarte. Respóndeme a esto y te salvaré. ¿Dónde están tus discípulos? Si me los entregas te dejo en libertad. Dime sus nombres, los de todos, y especialmente los de los más ocultos. Dime ¿Nicodemo es discípulo tuyo? ¿José también? ¿Y Gamaliel? ¿Y Eleazar? Y... Pero de este lo sé... No es necesario. Habla. Habla. Ten en cuenta que te puedo condenar a muerte o salvar. Soy influyente”.

“Eres fango. Dejo al fango el trabajo de un espía. Yo soy Luz”. Un esbirro le da una bofetada.

⁵ Cfr. Gén. 3.

⁶ Los ensenios, secta religiosa de los tiempos de Jesús, se caracterizaban por una observancia muy meticulosa, más que la de los fariseos. Formaban una especie de confraternidad religiosa muy espiritual t severa

⁷ Los sadoquitas eran otra secta, semejante a los esenios, más rigurosa que los fariseos. Formaban un< sociedad que, nacida en Palestina se había establecido en Damasco cerca de un siglo antes de Jesús.

⁹ Cfr. Dan. 9-12.

“Yo soy la Luz. Luz y Verdad. He hablado públicamente a todos. He enseñado en las sinagogas, en el Templo donde se reúnen los judíos, y nada he dicho en secreto. Lo repito. ¿Por qué me interrogas a Mí? Interroga a los que oyeron lo que dije. Lo saben”.

Otro esbirro le da un bofetón, gritándole: “¿De este modo respondes al sumo Sacerdote?”

“Estoy hablando a Anás. El Pontífice es Caifás. Le hablo con el respeto debido a su vejez. Pero, si te ha parecido mal, demuéstramelo, si no ¿por qué me has pegado?”

“Déjalo. Voy a donde Caifás. Tenedlo aquí hasta que ordene otra cosa. Impedid que alguien hable con Él”. Anás sale.

Jesús no habla, no; ni siquiera con Juan que se ha atrevido a estar en la puerta, sin temer a la plebe de esbirros. Sin decirle una palabra, pero sí con una mirada triste le ordena que se vaya, y lo pierdo de vista.

Jesús se queda entre los verdugos. Lo golpean con las cuerdas, le arrojan salivazos, se burlan, le dan puntapiés, le jalen los cabellos, hasta que llega un siervo diciendo que lo lleven a casa de Caifás.

Jesús, amarrado y maltratado, sale, recorre el portal hasta llegar a un portón, atraviesa un patio en que hay mucha gente calentándose al fuego, porque hace frío y sopla el viento en las primeras horas de la madrugada del viernes. Está también Pedro con Juan, mezclados entre la gente hostil. Han de tener bastante valor para estar allí... Jesús los mira y una sombra de sonrisa se dibuja en su boca hinchada por los golpes recibidos.

El recorrido por pórticos y atrios, patios y corredores es largo. ¡Qué casas tenía esta gente del Templo!

La gente no entra en el recinto del pontífice. La hacen que regrese al vestíbulo de Anás. Jesús entra con los esbirros y sacerdotes. La sala en que ha entrado es espaciosa, que no parece rectangular por los muchos asientos en forma de herradura de caballo, colocados en las tres paredes, dejando en el centro un espacio más allá del cual hay dos o tres sillas sobre tarima.

Cuando Jesús va a entrar, llega Gamaliel el rabí. Los guardias le dan un estirón para que deje el paso libre al doctor de Israel. Este, derecho como una estatua, hierático, acorta el paso, y moviendo apenas los labios, sin mirar a nadie, pregunta: “¿Quién eres? Dímelos”. Y Jesús dulcemente: “Lee los profetas y te responderán. La primera señal está allí. La otra se aproxima”.

Gamaliel se recoge el manto y entra. Le sigue Jesús. Mientras Gamaliel se dirige a su asiento, Jesús es arrastrado al centro de la sala, ante el Pontífice, que es el retrato vivo del criminal. Espera hasta que todos los miembros del Sanedrín hayan entrado. Luego da inicio la sesión. Caifás ve dos o tres asientos vacíos y pregunta: “¿Dónde está Eleazar? ¿Y Juan?”

Se pone de pie un joven escriba, según me parece, se inclina y dice: “No quisieron venir. Aquí está escrito”.

“Que se conserve y se tome nota. Responderán de ello. ¿Qué tienen qué decir los miembros santos de este Consejo acerca de ese que está allí?”

“Tomo la palabra. En mi casa violó el sábado. Dios es testigo si miento. Ismael ben Fabi nunca miente”.

“¿Es verdad, acusado?”

Jesús no responde.

“Yo soy testigo de que convivía con prostitutas. Fingiéndose profeta, convirtió su albergue en un lupanar, y para colmo, invitaba hasta a las paganas. Conmigo estuvieron Sadoc, Calascebona y Nahúm fiduciario de Anás. ¿No es verdad, Sadoc, Calascebona? Desmentidme, si no es verdad”.

“Es como acabas de decir”.

Jesús guarda silencio.

“No perdía la ocasión de burlarse de nosotros, y de hacer que otros lo hicieran. Si la gente no nos ama, es su culpa”.

“¿Lo oyes? Has profanado a los miembros santos del Consejo”.

Jesús no responde.

“Este hombre está endemoniado. Como estuvo en Egipto, ejercita la magia negra”.

“¿Cómo lo pruebas?”

“Bajo mi palabra y por las tablas de la Ley”.

“La acusación es grave. Defiéndete”.

Jesús no responde.

“Es ilegal el ministerio, tenlo en cuenta. Merece la muerte. Habla”.

“Nuestra sesión es ilegal. Levántate, Siméon, y vámonos” grita Gamaliel.

“Pero rabí. ¿estás loco?”

“Respeto las fórmulas. No es lícito proceder como lo estamos haciendo. Presentaré una acusación pública”. El rabí Gamaliel sale tieso como una estatua. Le sigue un hombre como de treinta y cinco años que se le parece.

Terminada la breve confusión que provoca la salida de Gamaliel. Nicodemo y José aprovechan la oportunidad para hablar en favor de Jesús.

“Gamaliel tiene razón. La hora como el lugar son ilícitos y las acusaciones no tienen ningún peso. ¿Puede alguien acusarlo de haber en realidad despreciado la ley? Soy amigo suyo, y juro que siempre lo vi respetuoso para con ella” dice Nicodemo.

“Lo mismo yo. Y para no suscribir un crimen, me cubro la cabeza, no por Él, sino por nosotros y me voy”. José hace por bajar de su asiento e irse.

Caifás grita: “¡Ah, con que esas tenemos! Que vengan los testigos jurados, y escuchad, luego podéis iros”.

Entran dos tipos que parecen galeotes. Miradas fugitivas, sonrisa sarcástica y cruel.

“Hablad”.

“No es lícito oírlos juntos” grita José.

“Soy el sumo Sacerdote. Lo ordeno. ¡Silencio!”

José da un puñetazo sobre la mesa y dice: “¡Que las llamas del cielo caigan sobre ti” Desde este momento sábelo que José el Anciano es enemigo del Sanedrín y amigo de Jesús. Y así paso a informar al Pretor que aquí se condena a alguien a muerte sin contar con Roma” y sale violentamente, dando un empujón a un flaco joven escriba que quiere detenerlo.

Nicodemo, más pacato*, se va sin decir una palabra. Al salir pasa ante Jesús y lo mira...

Nueva confusión. La temible sobra de Roma se proyecta. La víctima expiatoria sigue siendo Jesús.

“¡Por tu culpa! ¡Corruptor de los mejores judíos! ¡Los has envilecido!”

Jesús no protesta.

“Que hablen los testigos” grita Caifás.

“¡Bueno! Este empleaba el... el... Lo sabíamos... ¿Cómo se llama esa cosa?”

“¿Te refieres al tetragrama?”

“Exacto. Es lo que dijiste. Evocaba los muertos. Enseñaba que no se observara el sábado y que se profanase el altar. Lo juramos. Decía que Él destruiría el Templo para reedificarlo en tres días con la ayuda de los demonios”.

“No. Decía: el hombre no lo fabricará”.

Caifás baja de su silla y se acerca a Jesús. Pequeño, obeso, feo, como un reptil que hablase de amor a una estrella. Porque Jesús, no obstante los golpes que ha recibido, que está sucio y despeinado, es todavía muy bello y majestuoso.

“¿No respondes a esas acusaciones tan graves, tan horrendas? Habla, y borra la mancha que sobre ti han echado”.

Jesús guarda silencio. Lo mira.

“Entonces, respóndeme. Soy tu pontífice. En nombre de Dios vivo, dime: ¿eres Tú, el Mesías, el Hijo de Dios?”

* pacato = tranquilo, pacífico

“Tú lo has dicho. Yo lo soy. Y veréis al Hijo del hombre, sentado a la derecha del poder del Padre, que vendrá sobre las nubes del cielo. Por lo demás, ¿para qué me preguntas? He hablado durante tres años. Nada he dicho en oculto. Pregunta a los que han oído, que te referirán lo que he enseñado y lo que he hecho”.

Uno de los soldados le pega en la boca, haciéndosela sangrar de nuevo y le grita: “¿De este modo respondes, ¡oh satanás!, al sumo pontífice?”

Jesús responde dulcemente a éste como al anterior: “Si he hablado bien, ¿por qué me has pegado? Si mal, ¿por qué no me muestras dónde está mi error? Repito: soy el Mesías, el Hijo de Dios. No puedo mentir. Soy el sumo Sacerdote, el eterno Sacerdote. Soy el único que llevo el Racional¹¹ sobre el que está escrito: Doctrina y Verdad. Y le soy fiel, hasta la muerte, ignominiosa a los ojos del mundo, santa a los de Dios, y hasta la bienaventurada resurrección. Soy el Pontífice ungido, soy el Rey. Estoy a punto de tomar mi cetro y con él, como si fuera ventilador limpiaré la era. Este Templo será destruido y volverá a levantarse, nuevo, santo. Porque el actual está corrompido y Dios lo ha entregado a su destino”.

“¡Blasfemo!” gritan todos al unísono “¿Lo vas a hacer en tres días, Tú, loco y endemoniado?”

No éste, sino el mío resucitará, el Templo del Dios verdadero, del Dios vivo, del Dios santo, del tres veces santo”.

“¡Anatema!” gritan de nuevo al unísono.

Caifás levanta su voz de vejete, se rasga su vestidura de lino con un fingido horror y doce: “No tenemos necesidad de oír otros testimonios. Hemos oído su blasfemia. ¿Qué vamos a hacerle?”

Todos a coro: “Es reo de muerte”.

Haciendo gestos de desprecio y de escándalo salen de la casa. Jesús queda a merced de los esbirros y del grupo de falsos testigos que entre bofetadas, puñetazos, salivazos, le vendan los ojos con un trapo, y luego le jalen con toda las fuerzas sus cabellos, lo arrastran acá y allá con las manos amarradas de modo que se pega contra las mesas y paredes. Le preguntan: “¿Quién te ha pegado? Adivina”. Varias veces le ponen zancadillas, y Jesús cae al suelo cuan largo es. Las risotadas hieren el viento al verlo caer, al ver que apuradamente logra ponerse nuevamente de pie. De este modo pasan las horas. Los verdugos, cansados ya, creen que conviene descansar un poco. Llevan a Jesús a un chiribitil* haciéndole atravesar muchos patios en medio de la befa de la plebe que ha venido reuniéndose en los atrios de las casas pontificales- Jesús llega al lugar donde está Pedro calentándose al fuego. Lo mira, pero Pedro esquiva la mirada. Juan no está ya. No lo veo. Creo que se habrá ido con Nicodemo.

Débilmente llega la aurora envuelta en color negruzco. Se ha dado la orden de volver a Jesús a la sala del Consejo para un proceso legal. Es el momento en que Pedro niega por tercera vez conocer a Jesús cuando Él pasa, marcado ya con los golpes. A la luz verdosa del alba, los cardenales toman un aspecto horroroso, los ojos se ven más hundidos y vidriosos; se ve un Jesús sumergido en el dolor que el mundo le proporciona... Un gallo lanza al aire, que apenas si el alba mueve, su chillido estridente, sarcástico, burlón. En el momento en que aparece Jesús, no se oye otra cosa que la voz ronca de Pedro: “Lo juro mujer. No lo conozco” Sus palabras son secas, cortantes, a las que responde el canto del gallo como si jugara con ellas, como si algo recordara, como si algo le echara en cara.

Pedro siente un estremecimiento y vuelve sobre sí para huir. Pero se encuentra frente a Jesús que lo mira con una compasión infinita, con un dolor tan triste e intenso que me destroza el corazón como si después de esa mirada no pudiese ver a mi Jesús. Pedro lanza un gemido y sale bamboleándose como si estuviese ebrio. Escapa detrás de dos criados que salen a la calle, y se pierde en la oscuridad.

¹¹ Cfr. Ex. 28; 39. 1-311.

* **chiribitil** = Desván, rincón o escondrijo bajo y estrecho.

Jesús llega al aula. A propósito, le hacen la misma pregunta capciosa: “En nombre de Dios verdadero, dinos: “¿Eres el Mesías?” Y al oír la misma respuesta lo condenan a muerte y dan órdenes de que se le lleve a Pilatos

Todos sus enemigos, menos Caifás y Anás lo escoltan. Vuelve a pasar por los mismos atrios del Templo en donde tantas veces había hablado, hecho el bien, curado. Pasa la muralla almenada, entra en las calles de la ciudad, y más arrastrado que llevado, sube en medio de un color rosáceo, anuncio primero de los primeros rayos.

Me imagino que con el propósito de atormentarlo lo más posible, le hacen dar una vuelta inútil, pasando por los mercados, mesones, albergues repletos de gente para la pascua. Y tanto las verduras que no pueden venderse, como los excrementos de los animales, sirven de proyectiles contra Él, cuyo rostro aparece más herido, lleno de sangre, cubierto de inmundicias. Sus cabellos ya hechos pesados y ligeramente extendidos por el sudor de la sangre y opacos, ahora caen despeinados y llenos de paja e inmundicias, cayendo sobre los ojos porque se los despeinan para velarle la cara.

Mercaderes y compradores dejan todo por seguir a Jesús, pero no porque lo amen. Los mozos de cuadra, los criados de los albergues, salen en masa, sin hacer caso a los gritos y órdenes de sus patrones, quienes, a decir verdad, como casi todas las mujeres, si no son contrarias a mostrarse enemigas de Jesús, por lo menos son indiferentes al tumulto, y se retiran refunfuñando porque tienen qué atender solas a la gente.

El séquito aumenta de minuto en minuto. Parece como si una imprevista epidemia hiciera cambiar corazones y fisonomías. Son los primeros delincuentes. Son las máscaras en que se dibuja el odio, la ira. Sus manos se curvan como para desgarrar, sus bocas toman la forma del lobo que aúlla. Sus ojos son ceñudos, están enrojecidos, estrábicos como los de los locos. En medio de ellos Jesús es el mismo de siempre, aun cuando su rostro está ensuciado con inmundicias que manchan su cuerpo, además de los golpes que se lo han hinchado.

En un tramo abovedado donde el camino se estrecha como anillo, mientras todos avanzan lentamente, un grito: “¡Jesús!” rompe el aire. Es Elías, el pastor, que con su garrote trata de abrirse paso. Viejo, robusto, amenazador y fuerte, logra llegar casi a donde el Maestro, pero la multitud desconcertada en un principio, estrecha sus filas y se impone contra el invasor.

“¡Maestro!” grita. Pero su grito se pierde entre la plebe que lo absorbe y rechaza.

“¡Vete!... Mi Madre... Te bendigo...”

El séquito pasa el lugar estrecho, y como agua que se desborda al encontrar espacio, se desparrama tumultuosa en una ancha calle que hay entre las dos colinas, sobre cuyas lomas se ven espléndidos palacios de ricos señores.

Vuelvo a ver el Templo en lo alto del monte Sión. Y comprendo que el giro que han hecho dar a Jesús ha sido con el propósito de que lo insultasen, de que aumentara el número de los que se burlasen de Él. Poco a poco vuelven al lugar de donde habían partido.

De un palacio sale a galope un jinete. La gualdrapa* de color púrpura que sobresale sobre el color blanco del caballo árabe, lo grandioso del jinete, su espalda desnuda que golpea de plano las espaldas de la gente y de lomo las cabezas que sangran, le dan el aspecto de arcángel. En una empujada, el caballo caracolea, corvetea. Sus manos son armas de ataque, y el medio mejor para que se abra paso el jinete. En esos momentos el velo de púrpura y oro sostenido con una cinta dorada que lo cubre, se cae, y se aparece la cara de Mannaén.

“¡Atrás!” grita. “¿Cómo os permitís turbar el descanso del Tetrarca?” Pero esto no es sino un pretexto para justificar lo que hace y su intento de llegar a donde Jesús. “Este hombre... dejádmelo ver... Apartaos o llamo a los guardias...”

La gente ante los sablazos que recibe, las patas del caballo, las amenazas del jinete, se abre, y Mannaén llega al grupo donde va Jesús con los guardias del Templo.

“¡Largo! El Tetrarca vale más que vosotros, imbéciles. Atrás. Quiero hablar con Él” y lo consigue, embistiendo con su espada al más encarnecido de los verdugos.

* gualdrapa = Cobertura larga, de seda o lana, que cubre y adorna las ancas de la mula o del caballo.

“¡Maestro!...”

“Gracias. Pero ¡vete! ¡Que Dios te dé fuerzas!” Jesús, con las manos ligadas y, como puede, hace una señal de bendecirlo.

La multitud silba desde lejos. Y, apenas ve que Mannaén se retira se venga de lo que soportó con una rociada de piedras e inmundicias que le arrojan.

Los primeros rayos solares besan la calle empinada. Lleva a la Torre Antonia, cuya mole de lejos se ve.

Hiende los aires el grito de una mujer: “¡Salvador mío! Mi vida por la suya, ¡oh Eterno!”

Jesús vuelve su cabeza, y ve que en la terraza de un edificio está Juana de Cusa con criados y criadas, y con los pequeños María y Matías que tiene los brazos al cielo.

¡Pero el cielo este día ha cerrado sus puertas! Jesús levanta sus manos y hace un gesto de un postrer adiós.

“¡A la muerte! ¡A la muerte el blasfemo, el corruptor, el amigo del diablo! A la muerte sus amigos”. Silbidos y piedras llegan a la terraza. No sé si alguien fue herido; oigo sólo un grito muy agudo, y veo luego que el grupo desaparece.

Adelante, adelante siempre subiendo... Jerusalén enseña sus casas que empiezan a lavarse al sol, pero están vacías porque el odio les ha quitado sus moradores, y los que han venido de lejos para la pascua, contra Jesús

Un manípulo de soldados romanos sale corriendo de la Antonia con las astas apuntadas contra la plebe que se dispersa aullando. Quedan en la mitad de la calle Jesús, los guardias, los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo.

“¿Por este hombre, esta sedición? Responderéis a Roma” grita altanero un centurión.

“Es reo de muerte, según nuestra ley”.

“¿Desde cuándo se os ha devuelto el *ius gladii et sanguinis*?” pregunta el centurión de mayor graduación, un hombre de cara dura, de un verdadero romano. En una mejilla hay una cicatriz que muestra que se la partieron en dos. El centurión habla con desprecio, con asco, como si hablase a galeotes piojosos.

“Sabemos que no tenemos este derecho. Somos los fieles súbditos de Roma...”

“¡Ja, ja, ja! ¡Óyelos, Longinos! ¡Fieles! ¡Sujetos! ¡Inmundicias! Las flechas de mis arqueros serían vuestro mejor premio”.

“Morirían como nobles. A lomos de mulos, azotes de arrieros...” responde con irónica flema Longinos.

Los jefes de los sacerdotes, escribas y ancianos arrojan espuma de odio. Pero quieren conseguir su objetivo y se callan. Se tragan la ofensa, como si no la hubieran entendido; e, inclinándose, piden a los centuriones que Jesús sea llevado donde Poncio Pilato para que “juzgue y condene con la recta y muy honesta justicia de Roma”.

“¡Ja, ja! ¡Óyelos! Somos más sabios que Minerva... ¡Entregadlo aquí! Y caminad adelante. Nunca puede uno estar seguro. Sois unos chacales apestosos. Teneros a las espaldas es peligroso. ¡Adelante!”

“No podemos”.

“¿Por qué? Cuando alguien acusa debe presentarse ante el juez con el acusado. Esta es la norma de Roma”.

“La casa de un pagano es inmundicia a nuestros ojos, y ya nos purificamos para la pascua”.

“¡Desgraciados! ¡Se contamina si entran!... Y matar al *único* hebreo que vale la pena, que no es chacal, ni reptil como vosotros, ¿no os ensucia? Está bien. Quedaos donde estáis. Ni un paso adelante, o las astas se clavarán en vosotros. Una decuria alrededor del acusado. Los demás enfrente a esta gentuza que apesta”.

Jesús entra en el Pretorio en medio de diez soldados. Los dos centuriones están ante ellos. Mientras Jesús se detiene en un vasto vestíbulo, más allá del cual hay un patio que ve tras una cortina que el viento apenas si mueve, desaparecen detrás de una puerta. Vuelven a entrar acompañados por el Gobernador que viste una toga blanquísima sobre la que luce un manto de color escarlata. Tal vez se vestían así cuando representaban oficialmente a Roma.

Entra indolentemente, con una sonrisa escéptica en la cara rasurada, frota entre los dedos unas hojitas de aloísta y las huele con placer. Va a un cuadrante solar, regresa después de haberlo mirado. Deposita granos de incienso en un brasero que hay a los pies de la estatua de una divinidad. Pide que le traigan agua como de limón y hace gárgaras. En un espejo de metal tersísimo vuelve a mirarse el peinado que le cae ondeado. Parece como si se hubiera olvidado del Acusado que espera su aprobación para ser muerto. Aun las mismas piedras se encolerizarían contra su modo de ser.

Como el atrio está abierto por delante y elevado tres escalones más que el vestíbulo, que lo es respecto a la calle misma, los hebreos lo ven todo y se estremecen de ira, pero no se atreven a rebelarse por temor a las astas y venablos.

Después de haber dado una y más vueltas alrededor del vasto atrio. Pilato se dirige a Jesús, lo mira y pregunta a los centuriones: “¿Se trata de éste?”

“Así es”.

“Que vengan los acusadores” y va a sentarse en una silla que está sobre una tarima. Sobre la cabeza de Pilatos se ven las insignias de Roma: el águila dorada y las poderosas letras¹³.

“No pueden entrar. Se contaminan”.

“¡Je! Mejor. Así no tendremos necesidad del río de esencias para limpiar el lugar de su olor caprino. Por lo menos que se acerquen allá abajo. Y vosotros tened cuidado de que no entren, ya que no lo quieren. Este hombre puede ser un pretexto para una sedición”.

Un soldado transmite las órdenes del Procurador romano. Los demás se ponen en fila, ante el atrio, a distancia regular. Son hermosos como nueve estatuas de héroes.

Se acercan los príncipes de los sacerdotes, los escribas y ancianos. Saludan con inclinaciones serviles y se detienen en la plazoleta que está ante el pretorio, más allá de los tres escalones del vestíbulo.

“Hablad y sed breves. Os habéis hecho ya sospechosos por haber turbado el reposo nocturno, y haber obligado por la fuerza que se os abrieran las puertas. Lo verificaré. Y tanto los que os dieron las órdenes como los que obedecisteis responderéis de ello”. Pilatos ha ido a ellos, quedándose dentro del vestíbulo.

“Hemos venid a someter a Roma, a cuyo divino emperador representas, nuestra sentencia contra este”.

“¿De qué le acusáis? Me parece inofensivo”.

“Si no fuera un malhechor no te lo habiéramos traído” Y con el ansia de acusar dan unos pasos hacia adelante.

“¡Rechazad a esa plebe! Seis pasos más allá de los escalones de la plazoleta. ¡Las dos centurias a las armas!”

Los soldados obedecen rápidamente. Se alinean cien sobre la parte exterior más alta, con las espaldas dando al vestíbulo, y cien en la plazoleta que da al portón de entrada donde vive Pilatos. He dicho portón: lo llamaría arco triunfal porque es un amplio espacio con un cancel, ahora abierto, que penetra en el atrio por el largo corredor del ancho vestíbulo de unos seis metros, de modo que se ve bien lo que sucede en el atrio elevado. Más allá del vestíbulo se distinguen las caras brutales de los judíos que, amenazadoras y satánicas, miran hacia el interior, más allá de los soldados, que codo con codo, como si fuese un desfile, presentan doscientas puntas a esos conejos asesinos.

“Repito ¿qué acusación traéis contra este?”

“Ha cometido un delito contra la ley de nuestros padres”.

“¿Y para esto venís a molestarme? Tomadlo vosotros y juzgado según vuestras leyes”.

“No podemos matar a nadie. No somos doctos. El derecho hebreo es una insignificancia respecto al perfecto derecho de Roma. Como ignorantes y súbditos de Roma, maestra, tenemos necesidad de...”

¹³ Las insignias romanas se componían de águilas con las alas desplegadas y las siglas S(enatus), P(opulos) Q(ue) R(omannus) que en romance significan: El Senado y el Pueblo romanos.

“¿Desde cuándo a estas fechas sois miel y mantequilla?... Habéis dicho una verdad, ¡vosotros maestros de la mentira! ¡Tenéis necesidad de Roma! Sí, para desembarazaros de éste que os da fastidio. He comprendido”. Y Pilatos mira hacia el cielo sereno que se perfila como una laja cuadrada de turquesa oscura entre las paredes blancas de mármol del atrio.

“Decid: ¿cuál ha sido el delito que cometió contra vuestras leyes?”

“Hemos descubierto que introducía el desorden en nuestra nación y que impedía que se pagase el tributo al César, llamándose el Mesías, rey de los judíos”.

Pilatos se dirige ahora a Jesús que está en el centro del atrio. Sigue amarrado, pero sin soldados. La mansedumbre se refleja en su persona. Le pregunta: “¿Eres Tú rey de los judíos?”

“¿Quieres saberlo tú, o por insinuación de otros?”

“¿Y a mí qué me va con tu Reino? ¿Soy acaso judío? Tu nación y sus jefes te han consignado a mí para que te juzgue. ¿Qué has hecho? Sé que eres leal. Habla. ¿Es verdad que aspiras al Reino?”

“Mi Reino no viene de este mundo. Si fuese un Reino de este mundo, mis siervos y mis soldados hubieran combatido, para que los judíos no me hubieran capturado. Mi reino no es de la tierra. Tú sabes que no aspiro al poder”.

“Lo sé. Es verdad. Me lo han dicho. Pero no niegas ser rey”.

“Tú lo has dicho. Yo soy rey. Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Quien es amigo de la verdad escucha mi voz”.

“¿Qué es la verdad? ¿Eres filósofo? Esto no sirve para nada ante la muerte. Sócrates murió lo mismo”.

“Pero le sirvió en la vida, tanto para vivir bien como para morir, y en la otra vida para no llevar el nombre de traidor a las virtudes cívicas”.

“¡Por Júpiter!” Pilatos por unos instantes lo mira sorprendido. Luego le vuelve su sarcasmo de escéptico. Hace como si estuviera cansado, vuelve la espalda a Jesús, regresa a donde los judíos.

“No encuentro ninguna culpa en Él”.

La plebe se encabrita, llena de temor de que fuera a perder su presa, y el espectáculo de la cruz. Grita: “¡Es un rebelde!” “¡Un blasfemo!” “¡Empuja al libertinaje!” “¡Excita a la rebelión!” “Niega el respeto al Cesar, “Subleva al pueblo con su doctrina enseñando por toda la Judea, a la que llegó desde Galilea”, “¡A la muerte!” “¡A la muerte!”

“¿Es galileo?... ¿Eres galileo?” Pilatos se vuelve a Jesús: “¿Has oído cómo te acusan? Defiéndete”.

Jesús no responde. Pilatos piensa... decide: “Una centuria se lo lleve a donde Herodes. Que lo juzgue. Es su súbdito. Reconozco el derecho del Tetrarca, y de antemano acepto su veredicto. Que se le comunique. Id”.

Jesús, como un bribón en medio de cien soldados, vuelve a atravesar la ciudad. Torna a encontrar a Judas Iscariote con quien ya se había cruzado antes, cerca de un mercado. Me había olvidado decirlo porque estaba yo presa de coraje contra la plebe. La misma de compasión hacia el traidor...

Ahora es más difícil darle puntapiés o golpearlo, pero no faltan las piedras y las inmundicias si las piedras rebotan sobre los yelmos y corazas, las inmundicias no dejan de salpicar y manchar la túnica de Jesús, porque el manto lo dejó en Getsemaní.

Al entrar en el suntuoso palacio de Herodes, ve a Cusa... que no tiene el valor de mirarlo, que se escabulle tapándose la cabeza con el manto. Están en la sala, delante de Herodes. Tras Él los escribas y fariseos que sintiéndose a sus anchas entran como acusadores. Sólo un centurión con cuatro soldados escoltan a Jesús ante el Tetrarca.

Éste baja de su silla, da vueltas alrededor de Jesús, mientras escucha las acusaciones de sus enemigos. Sonríe y se burla. Luego simula compasión, respeto, lo que –al igual que insultos- no turban a Jesús.

“Eres grande. Lo sé. Te he seguido y me he alegrado de que Cusa sea tu amigo y que Mannaén tu discípulo. Yo... ocupaciones de estado... Pero ¡qué ganas tenía de decirte que eres grande... de pedirte perdón...! La mirada de Juan... su voz me acusan y no puedo desprenderme de ella. Eres el santo que quita los pecados del mundo. Absuélveme, Mesías”.

Jesús no responde.

“He oído que te acusan de rebelde contra Roma. Pero ¿no eres la vara prometida que azotará a Assur¹⁶?”

Jesús no dice nada.

“Me han dicho que has profetizado el fin del Templo y de Jerusalén. ¿No es acaso, eterno el Templo como espíritu, pues quien lo quiso eterno es?”

Jesús calla.

“¿Estás loco? ¿Has perdido el poder? ¿Te impide hablar Satanás? ¿Te ha abandonado?”

Ahora Herodes se ríe a carcajadas. Luego da una orden. Los siervos corren a traer un perro lebel que tiene una pata quebrada y que aúlla lastimosamente y a un hombre, que parece más bien aborto, que babea, con la cabeza acuosa, juguete de los demás.

Los escribas y sacerdotes retroceden precipitadamente, diciendo que es un sacrilegio lo que se hace con el perro.

Herodes, falso y burlón, grita: “Es el preferido de Herodías. Se lo dio Roma. Ayer se rompió la pata y ella llora por él. Manda que se cure. Haz un milagro”.

Jesús lo mira con severidad, sin protestar.

“¿Te he ofendido? Entonces cura a éste. Es un hombre, no muy diverso de un animal. Dale inteligencia, Tú, Inteligencia del Padre... ¿O no has dicho así?” y ríe sarcásticamente.

Otra mirada severa de Jesús.

“Este hombre es muy abstinente y ahora está atontado con tantos desprecios. Que vengan aquí vino y mujeres. Desatadlo”.

Lo desatan. Mientras numerosos siervos traen jarras, copas, entran las bailarinas... que no llevan casi nada encima: un cendal multicolor de lino cubre sus carnes de la cintura a la rodilla. Ninguna otra tela. Bronceadas cual africanas, ligeras cual jóvenes gacelas, da principio a una danza silenciosa y lasciva.

Jesús rechaza la copa que le presentan y cierra sus ojos sin hablar. La corte de Herodes se ríe del gesto de Jesús.

“Toma la que quieras. ¡Vive! ¡Aprende a vivir!...” insinúa Herodes.

Jesús parece una estatua. Cruzado de brazos, los ojos cerrados, inmóvil aun cuando las bailarinas lo tocan con sus desnudos cuerpos.

“Basta. Te he tratado como a Dios, y no te has comportado como tal. Te he tratado como hombre y tampoco. Eres un loco. Traed un vestido blanco. Ponédselo para que Poncio Pilatos sepa que el Tetrarca ha tratado a su súbdito como a un loco. Centurión: dirás al Procónsul que Herodes le presenta sus respetos y venera a Roma. Idos”.

Jesús nuevamente atado, sale llevando sobre su vestido rojo de lana la túnica blanca que le llega a las rodillas.

Regresan al palacio de Pilatos.

Ahora, cuando la centuria trata de abrirse paso a duras penas por entre la multitud que no se ha cansado de esperar ante el palacio proconsular –y es raro ver tanta gente en ese lugar y en las cercanías, entre tanto que en las demás partes de la ciudad no se ve a nadie- Jesús descubre en grupo a los pastores. Están todos, esto es, Isaac, Jonatás, Leví, José, Elías, Matías, Juan, Simeón, Benjamín y Daniel, a quien se ha unido un grupo reducido de galileos entre los que reconozco a Alfeo y a José de Alfeo, con otros dos que no sé quiénes sean, pero que por su compostura deben ser judíos. Más adentro del vestíbulo, semiescondido detrás de una columna, veo a Juan junto a un romano que debe ser un siervo. Sonríe a éste o a

¹⁶ Cfr. Is. 30, 27-33.

aquellos... sus amigos... pero, ¿qué son estos pocos, y qué son Juana, Mannaén, Cusa en medio de un océano de odio que hierve?...

El centurión saluda a Poncio Pilatos y le da parte.

“¿Aquí de nuevo? ¡Vamos, qué fastidio!”

Se dirige a la turba, pero quedándose siempre a la mitad del vestíbulo.

Me habéis traído a este hombre como un alborotador de pueblos. Lo he examinado ante vosotros y no he encontrado en Él ninguno de los delitos de que lo acusáis. Tampoco Herodes ha encontrado algo, y por eso lo remitió. No merece la muerte. Roma ha hablado. Pero, para no descontentaros privándoos de vuestra diversión, os daré en cambio a Barrabás. A Él haré que le den cuarenta azotes. ¡Y basta!”

“¡No, no! ¡No Barrabás! ¡No Barrabás! ¡A Jesús la muerte! ¡Y muerte horrible! Déjanos a Barrabás y condena al Nazareno”.

“Pero tened en cuenta que dije: flagelación. ¿No basta? Haré entonces que lo azoten. Es algo atroz, ¿no lo sabéis? Puede morir con ella. ¿Qué mal ha hecho? No encuentro ninguna culpa en Él. Lo libertaré”.

“¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! ¡A la muerte! ¡Eres un protector de criminales! ¡Pagano! ¡También tú eres satanás!”

La plebe se agita. La primera línea de soldados ondea con el golpe, sin poder usar las astas, pero la segunda fila, baja del segundo peldaño, usa las lanzas y ayuda a sus compañeros.

“Que se le flagele” ordena Platos a un centurión.

“¿Cuánto?”

“Cuanto te parezca... No hay más que hacer. Yo estoy aburrido. Ve”

Cuatro soldados llevan a Jesús al patio, más allá del atrio. En medio de él, que está empedrado, hay una columna alta, semejante a la del portal. A unos tres metros del suelo tiene una varilla de hierro sobresaliente por lo menos un metro, que termina en una argolla. Amarran a Jesús a ella con las manos juntas sobre la cabeza, después que le hicieron que se despojase de los vestidos. Se queda sólo con los calzoncillos cortos de lino y las sandalias. Las manos que tiene atadas por la muñeca se las amarran a la argolla, de modo que aun cuando es alto, apenas si toca el suelo con la punta de los pies. Esta posición debe ser en sí dolorosa.

No recuerdo dónde leí que la columna era baja y que Jesús había estado inclinado. Así será. Yo digo lo que veo.

Detrás de Jesús se sitúa uno que tiene el perfil de verdugo judío, enfrente otro del mismo talante. Tienen en sus manos un azote de siete correas unidas en un mango, y que terminan en bolas de plomo. Como si se tratase de un ejército, azotan rítmicamente. Uno por delante, otro por detrás, de modo que el tronco de Jesús se ve rodeado de estos instrumentos de dolor. Los cuatro soldados, a quienes se había entregado el Prisionero, sin preocuparse mayormente del asunto, se han puesto a jugar a los dados con otros que acaban de llegar.

Las voces de los jugadores se mezcla con el golpe de los flagelos que silban como reptiles; y luego, como piedras echadas sobre la piel tensa de un tambor, azotando el grácil cuerpo de color marfil viejo, que al principio toma el color vivo de una rosa, luego de violeta, después el rojinegro, para terminar rompiéndose y arrojando sangre por todas partes. Aunque sus golpes los dirigen sobre todo al tórax y abdomen, no dejan de dar unos en las piernas y brazos y hasta en la cabeza, para que no quede miembro alguno sin dolor.

Ni siquiera un lamento... Si la cuerda no lo sostuviera, caería al suelo. Pero no cae, ni gime. Sólo la cabeza, como si estuviera desmayado, le cae sobre el pecho entre golpe y golpe.

“¡Eh! ¡Deteneos! ¡Que lo matéis!” grita en son de burla un soldado. Los dos verdugos se detienen, y se secan el sudor.

“No podemos más” dicen. “Pagadnos, que nos vamos a secar la sed con un vaso...”

“¡A la horca os mandaría! Tened...” Un decurión alarga una moneda grande a cada uno de esos verdugos.

“Lo habéis hecho bien. Parece un mosaico. Tito, dinos, ¿era este a quien amaba realmente Alejandro? Le daremos la noticia para que se ponga de luto. Desatémoslo un poco”.

Lo desatan y Jesús cae al suelo como muerto. Lo dejan así. De cuando en cuando lo mueven con el pie para cerciorarse de si se lamenta.

Pero Jesús no gime.

“¿Acaso habrá muerto? ¿Será posible? Es joven y robusto. Me han dicho...Y parece una delicada doncella”.

“Déjenmelo a mí” dice un soldado. Lo sienta contra la columna. Donde antes había estado tirado, se ven los grumos de sangre... Va a una fuentecilla que canta bajo el portal, llena de agua una herrada y se la echan encima. “¡Así! A las flores les gusta el agua”.

Jesús suspira profundamente, trata de levantarse, pero sigue con los ojos cerrados.

“¡Qué precioso! ¡Que te espera alguien!...”

Inútilmente Jesús apoya sus puños cerrados para poder levantarse.

“¡Oye, rápido! ¿Te sientes débil? Esto te ayudará” dice burlonamente un soldado y con el asta de su lanza le da un golpe sobre el rostro entre la mejilla derecha y la nariz, que al punto empieza a sangrar.

Jesús abre los ojos, mira a su alrededor. Una mirada perdida... ve al soldado que le pegó, se seca la sangre con la mano, y con un gran esfuerzo, se pone de pie.

“Vístete. ¡Es una indecencia estar así! ¡Impúdico!” Todos se echan a reír.

Jesús obedece sin decir una palabra. Cuando se agacha –y bien sabe lo que sufre al inclinarse, por las heridas que tiene, pues al moverse su piel se abre y la sangre vuelve a brotar- un soldado da una patada a sus vestidos y los dispersa cada vez que Jesús quiere alcanzarlos, balanceándose penosamente; otro soldado los arroja al lado contrario.

Jesús logra al fin, sin decir una sola palabra, tomar sus vestidos, mientras que los soldados se burlan de Él pronunciando obscenidades. Se pone la túnica blanca, que está limpia y que habían puesto en un rincón. Parece como si quisiera ocultar su pobre vestido rojo, que ayer era tan hermoso y ahora está manchado de suciedad y de sangre que le cayó en Getsemaní. Antes de ponerse la túnica corta, se seca y limpia con ella el rostro sucio de sangre, polvo, escupitajos. Una vez el rostro limpio se compone los cabellos descompuestos, la barba, llevado de un instinto natural de limpieza y orden en su persona.

Luego se acerca para que le dé el sol, pues tiembla... La fiebre ha empezado a apoderarse de Él, debido a la pérdida de sangre, del ayuno, de la larga caminata.

Nuevamente atan las manos. La cuerda vuelve a cortarle por donde hay rozaduras anteriores.

“¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer? ¡De mi parte me fastidio!”

“Espera. Los judíos quieren un rey. Se los daremos. Aquello que está allí... dice un soldado.

Corre afuera, más allá del patio, regresa con un manojo de ramas de zarza, todavía flexibles porque es primavera, pero con las espinas largas y puntiagudas. Con la daga quita las hojas y florecillas. Las doblan de modo que tomen la forma de una corona y las meten sobre la cabeza. La corona es muy grande y se le mete hasta el cuello.

“No le queda. Debe ser más estrecha. Quítasela”.

Al quitárselo, le rasgan las mejillas, con peligro de dejarlo ciego, pero sí le arrancan los cabellos. La estrechan, pero lo han hecho demasiado, y aunque se la aprietan, no le cabe. De nuevo se la quitan arrancándole cabellos. Ahora está bien. Por delante hay una hilera triple de espinas, por detrás, donde se unen las puntas de las ramas, hay un nudo real de espinas que penetran en la nuca.

“¡Ahora está mejor! Un bronce natural y rubíes. Mírate, rey, en mi coraza” le dice en son de befa el soldado que inventó este suplicio.

“La corona no basta para representar un rey, es menester la púrpura y el cetro. En el establo hay una caña y en la alcantarilla una clámide²⁰ roja. Ve a traerla, Cornelio”.

Éste la trae. Le echa encima la sucia clámide roja, pero antes de ponerle entre las manos la caña, le golpea la cabeza, lo saludan diciéndole: “Ave, rey de los judíos” y se mueren de risa.

Jesús no se opone a nada. Permite que se le siente en el “trono”, un artesón boca abajo, que usarán para dar de beber a los caballos. Deja que se le golpee, se le burle, sin decir una palabra. Tan sólo los mira... Una mirada única de dulzura y de dolor tan atroz que no puedo sostenerlo sin sentirme herida en el corazón.

Los soldados suspenden sus burlas al oír la voz de alguien que les ordena que lleven ante Poncio Pilatos al reo.

Pero reo ¿de qué cosa?

Se lleva a Jesús al atrio donde el sol alumbra con todos sus rayos. Todavía lleva la corona, la clámide y la caña.

“Adelántate, para que te muestre al pueblo”.

Jesús, pese a sentirse débil, se yergue dignamente. ¡Vaya si parece un rey!

“Escuchad, hebreos. Aquí está Él. Lo he mandado castigar. Ahora permitid que lo deje libre”.

“¡No, no! ¡Queremos verlo! ¡Afuera! ¡Que se vea al blasfemo!”

“Sacadlo fuera. ¡Pero tened cuidado de que no le echen mano!”

Y mientras Jesús entra al vestíbulo, y aparece en medio de los soldados, Poncio Pilatos lo señala con la mano diciendo: “Ahí lo tenéis. Ahí tenéis a vuestro rey. ¿No basta todavía?”

Es un día bochornoso. El sol cae directamente sobre todos, pues estamos ya entre tercia y sexta. Al ver y al oír las voces de los que gritan, se pregunta uno: ¿son voces humanas? No. Son caras de hienas rabiosas. Gritan, enseñan los puños, piden que se le mande a la muerte.

Jesús sigue de pie, erguido. Y le digo que nunca había resaltado esta nobleza como ahora. Ni siquiera cuando hacía milagros. Una nobleza dolorosa, pero en tal forma divina que bastaría verla, para señalar como a Dios. Pero, para llegar a esto, tendría uno qué ser “hombre”, y Jerusalén este día no tiene hombres. Sólo demonios.

Jesús tiende su mirado sobre la turba, busca, encuentra, en medio de este mar de caras que lo odian, la de amigos. ¿Cuántos? Menos de veinte entre un millar de enemigos... Inclina su cabeza abatido ante tal abandono. Le cae una lágrima... luego otra... después la siguiente... Ante su llanto no hay compasión, sino sólo odio.

Se le lleva al atrio.

“¡Bueno! Dejad que se vaya. Es un acto de justicia”.

“No. A la muerte. Crucifícalo”.

“Os entrego a Barrabás”.

“No ¡El Mesías!”

“Si es así, tomadlo vosotros. Y crucificadlo. Yo no encuentro ninguna culpa en Él”.

“Dijo que es el Hijo de Dios. Nuestra ley castiga con la muerte al reo de semejante blasfemia”.

Pilatos se queda pensativo. Vuelve a entrar. Se sienta sobre su silla. Se pone una mano en la frente, y el codo sobre la rodilla. Mira atentamente a Jesús.

“Acércate” ordena.

Jesús se acerca hasta la tarima.

“¿Es verdad? Respóndeme”.

Jesús guarda silencio.

“¿De dónde has venido? ¿Qué es Dios?”

“El Todo”.

²⁰ clámide= Capa corta y ligera que usaron los griegos, principalmente para montar a caballo, y que después adoptaron los romanos.

“¿Y luego? ¿Qué quieres decir con el Todo? ¿Qué cosa es el Todo para quien muere? Estas loco... Dios no existe. Yo lo soy”.

Jesús no replica. Ha pronunciado su palabra salvadora, y se encierra en su silencio.

“Poncio: la liberta de Claudia Prócula te pide permiso de entrar. Trae un recado para ti”.

“¡Oh, Señor, ahora las mujeres! Que venga.

Entra una romana. Se arrodilla. Le presenta una tablilla encerada. Debe ser en la que Claudia pide a su marido que no condene a Jesús. La mujer se retira de espaldas, entre tanto Pilato lee.

“Se me aconseja que evite tu muerte. ¿Es verdad que eres más que un arúspice*? Me infundes miedo”.

Jesús no contesta.

“¿Pero no sabes que tengo el poder para dejarte libre o para mandarte a la crucifixión?”

“No tendrías ningún poder, si no se te hubiera concedido de lo alto. Por esto quien me ha puesto en tus manos es más culpable que tú”.

“¿Quién es? ¿Tu Dios? Tengo miedo...”

Jesús no responde.

Pilatos está sobre las brasas. Quisiera y no quisiera. Teme el castigo de Dios, teme el de Roma, el de los vengativos judíos. Por un momento gana el temor de Dios. Se adelanta y grita: “No es culpable”.

“Si lo proclamas eres enemigo del César. Quien se hace rey es enemigo suyo. Tú quieres libertar al Nazareno. Se lo notificaremos a César”.

Pilatos se encuentra presa del temor humano.

“En una palabra, ¿queréis que le mate o no? Que se haga. Pero que a la sangre de este justo no se le busque en mis manos”. Hace que traigan una jofaina. Se lava las manos ante el pueblo que parece poseído de frenesí. Gritan: “Que se le encuentre en las nuestras. Que caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. No le tenemos miedo. ¡A la cruz! ¡A la cruz!”

Poncio Pilatos regresa a su silla, llama al centurión Longinos y a un esclavo. El esclavo le trae una tablilla sobre la que pone un anuncio sobre el que ordena que se escriba: “Jesús Nazareno, Rey de los judíos” Lo muestra al pueblo.

“No. No así. No rey de los judíos. Sino dijo que sería rey de los judíos” gritan muchos.

“Lo que escribí, escrito queda” responde secamente Pilatos. Y de pie, extiende su mano con la palma hacia adelante y ordena: “Que vaya a la cruz. Soldado, ve. Prepara la cruz”. (¡Ibis ad crucem! I, miles, expedi crucem) Y baja sin voltearse siquiera ni a la gente que mete confusión, ni al Hombre que ha condenado. Sale del atrio.

Jesús se queda en medio de él, bajo la custodia de los soldados, en espera de la cruz.

Noche del 7-3(1944)

¿A quién podría confiar lo que estoy sufriendo? A ninguno que viva sobre la tierra, porque este sufrimiento no es de acá, ni se comprendería. Es un sufrimiento que es dulzura y una dulzura que es sufrir. Quisiera sufrir diez, cien veces. Por ninguna cosa del mundo querría no sufrir esto. Pero esto no quita que sufra como si no me encontrase apretada de la garganta, metida en un torno, asada en un horno, atravesada del corazón.

Si se me permitiera moverme, aislarme de todos, de poder de este modo y con el canto desahogar mi sentimiento, porque es dolor de sentimiento, me sentiría consolada. Pero me encuentro en la cruz. No se me permite ni moverme, ni aislarme, y debo cerrar mis labios para que mi dulce agonía no sirva de curiosidad. No basta decir: ¡aprieta los labios! Debo hacerme un gran esfuerzo para dominar el impulso que siento de lanzar un grito de alegría y de sufrimiento sobrenatural que se revuelve dentro de mí, y sube con el ímpetu de una llama o de un surtidor.

* arúspice = Sacerdote que en la antigua Roma examinaba las entrañas de las víctimas para hacer presagios.

Los ojos de Jesús cubiertos de dolor al oír: “Aquí lo tenéis. He aquí al Hombre”, me atraen como un imán. Lo tengo ante mí, y me mira. Está de pie en los escalones del pretorio, con la cabeza coronada, sus manos atadas sobre su vestido blanco, como si fuese un loco, con el que intentaron burlarse pero que no hicieron más que resaltar su inocencia. No habla. Pero todo en Él es un discurso, que me llama, que pide.

¿Qué pide? Que lo ame. Lo sé y esto lo doy hasta sentirme morir como si una espada atravesase mi pecho. Pero me pide algo que no comprendo, y que yo quisiera comprender. Esto es un tormento. Quisiera darle todo lo que quiera aun cuando muera yo en medio de los dolores y no lo logro.

Su rostro doloroso me atrae, me fascina. Es hermoso, como lo es cuando resucita. Verlo así me produce alegría, pero verlo del otro modo me infunde un amor profundo que podría compararse con el que siente una madre para con su hijo que sufre.

Lo comprendo. El amor de compasión es la crucifixión de quien sigue al Maestro hasta la tortura final. Es un amor que se impone, que impide cualquier otro pensamiento que no sea el de su dolor. No nos pertenecemos más a nosotros. Vivimos para consolar su tortura y su tortura es nuestro tormento que nos mata no sólo metafóricamente. Y con todo cada lágrima que nos arranca el dolor es más dulce que una perla y cada dolor que logramos comprender y acercar al suyo vale más que cualquier tesoro.

Padre, me he esforzado en decir lo que pruebo, pero es inútil. De todos los éxtasis que Dios quisiera concederme, siempre será el de su sufrimiento el que lleve a mi alma hasta el séptimo cielo. Creo que morir de amor mirando a mi Jesús doloroso es la muerte más hermosa que pueda haber.

23. Reflexiones sobre la conducta de Pilatos para con Jesús

10 marzo 1944

Dice Jesús:

“Quiero que medites sobre lo que se refiere a mi encuentro con Pilatos¹.

Juan, que casi siempre estuvo presente, o por lo menos próximo, es el testigo y relator más fiel. Él cuenta cómo, salido que hube de la casa de Caifás, se me llevó al Pretorio². Dice claramente: “Muy de mañana”. Tú misma has visto que apenas si empezaba el día. También aclara: “ellos (los judíos) no entraron para no contaminarse y para comer la Pascua”. Hipócritas como siempre lo habían sido, creyeron poder contaminarse con pisar el polvo de la casa de un gentil, pero no creían fuese pecado matar a un inocente, y con corazón tranquilo, después de haber cometido su crimen, comer la Pascua.

Todavía ahora tienen muchos seguidores. *Todos los que en su interior obran mal y en el exterior muestran respeto a la religión y amor a Dios son semejantes a ellos. ¡Fórmulas, fórmulas y no religión verdadera. Me causan asco y vómito.*

Como los judíos no entraron, salió Pilatos para oír a la plebe que gritaba. Como tenía experiencia en el gobierno y en juzgar, le bastó una sola mirada para darse cuenta de que no era Yo reo, sino ese pueblo cargado de odio. Nuestro encuentro provocó un acercamiento de nuestros corazones que pudiéramos leer... Yo juzgué al hombre por lo que era. Él me juzgó por lo que era. Yo tuve piedad de él por ser un hombre débil. Él la tuvo por Mí porque era Yo inocente. Trató de salvarme desde el primer momento. Y como Roma era la única que tenía derecho de ejercer justicia contra los malhechores, trató de salvarme diciendo: “Juzgadlo según vuestra Ley”.

Nuevamente hipócritas los judíos, no quisieron condenarme. Es verdad que Roma tenía el derecho de sentenciar, pero cuando por ejemplo se trató de Esteban, Roma todavía mandaba en Jerusalén, y, no obstante, sin preocuparse de Roma lo lapidaron. Por lo que toca a Mí, a

¹ Cfr. Ju. 18, 28 – 19, 22; Mt. 27, 11-38; Mc. 15, 1-27; Lc. 23, 2-25.

² Tribunal del procurador romano.

quien odiaban y temían –no querían reconocermme como Mesías pero querían matarme materialmente por si lo era- obraron de manera diversa y me acusaron como alborotapueblos contra el poder romano, como a “rebelde” como diríais ahora, para conseguir que Roma me condenase. En su infame salón, y muchas veces durante mi ministerio, me habían acusado de blasfemo y falso profeta y como a tal deberían haberme lapidado. Pero ahora, para no cometer un crimen por el que instintivamente saben que serían castigados, hacen que Roma lo realice, acusándome de malhechor y rebelde. No hay nada más fácil, cuando la plebe ha sido pervertida y se encuentra bajo jefes diabólicos, que acusan a un inocente para desahogar su ansia de crueldad, y matar a quien es un obstáculo y juez de nuestras acciones. Hemos regresado a aquellos tiempos. De vez en vez el mundo, después de incubar muchas ideas perversas, explota en esta clase de manifestaciones. Como una mujer en cinta, la plebe preñada de doctrinas peligrosas, pare su monstruo para que devore primero a los mejores ciudadanos y luego a sí misma.

Pilatos vuelve a entrar en el pretorio y me llama. Me interroga. Había oído hablar de Mí. Entre sus centuriones había quienes repetían mi Nombre con gratitud, con lágrimas en los ojos y sonrisa en el corazón. Me mencionaban como bienhechor. En sus relaciones al Pretor, decían que la gente iba a Mí, que predicaba Yo una doctrina nueva, en que se hablaba de un reino extraño, inconcebible para ellos que eran paganos, que habían visto siempre en Mí a un hombre bueno, benigno, que no buscaba los honores de esta tierra y enseñaba y practicaba el respeto y obediencia para con los que tienen autoridad. Eran más sinceros que los israelitas en lo que veían y en la manera de hablar de Mí. El domingo anterior, al oír los gritos de la multitud, se había asomado a la ventana, y vio a un hombre que pasaba cabalgando sobre una borriquilla, sin arma alguna, rodeado de niños y mujeres, que iba bendiciendo. Estaba seguro que no podía Yo ser peligro para Roma. Quiere saber si soy Rey. En medio de su escepticismo pagano, quería burlarse un poco de esta realeza que cabalgaba sobre un asno, que tiene por cortesanos a niños descalzos, mujeres sonrientes, hombres del pueblo; de esta realeza que hace tres años predica no sentir ninguna atracción por las riquezas y poder y que no habla de otras conquistas fuera de las del espíritu y corazón. ¿Qué es el alma para un pagano? Ni siquiera sus dioses la tienen. ¿Puede poseerla el hombre? Ahora este rey sin corona, sin palacio, sin corte, sin soldados, le repite que su reino no es de este mundo, y tanto es así que ningún servidor, ni soldado alguno se levanta a defenderlo y arrancarlo de las manos de los enemigos. Pilatos, sentado en su silla, me escudriña porque soy un enigma para él. Si hubiera limpiado su alma de las preocupaciones humanas, de la soberbia que le daba su cargo, del error del paganismo, hubiera comprendido al punto quién soy. Pero ¿cómo penetra la luz donde tantas cosas le cierran la entrada?

Así es siempre, hijos. También ahora. *¿Cómo puede entrar Dios y su luz donde no hay lugar para ellos, y puertas y ventanas están custodiadas por la soberbia, la debilidad humana, el vicio, la usura, guardias al servicio de satanás contra Dios?*

Pilatos no puede comprender en qué consista mi Reino. Y lo que es doloroso: no pide que se le explique. Al invitarle a que conozca la verdad, paganamente responde: “¿Qué cosa es la verdad?” Y deja así una cuestión tan candente, con un levantar de hombros.

“¡Oh hijos míos! ¡Oh Pilatos de ahora! *También vosotros, como aquel, dejáis una cuestión tan candente con un levantar de hombros.* Os parecen cosas inútiles, pasadas de moda. ¿Qué cosa es la Verdad? ¿Dinero? No. ¿Mujeres? No. ¿Poder? No. ¿Salud física? No. ¿Gloria humana? No. Entonces no tiene importancia. No merece que corra uno detrás de una quimera. Dinero, mujeres, poder, buena salud, comodidades, honores, éstas son cosas palpables, útiles, que deben amarse y conseguirse a cualquier precio. De este modo pensáis. Y, peor que Esaú⁵, cambiáis los bienes eternos por una comida vulgar que os daña la salud física y la eterna. ¿Por qué insistir en preguntar: “¿Qué cosa es la Verdad?” *Ella no quiere sino el darse a conocer para instruirnos.* Está delante, como lo estuvo ante Pilatos, os mira con ojos

⁵ Cfr. Gén. 25, 29-34.

suplicantes, que os dicen: “Pregúntame y te instruiré”. ¿Viste cómo miré a Pilatos? De igual modo veo a todos vosotros. Si con ojos serenos llenos de amor miro a quien me ama y pide que le hable, con ojos de tristeza amorosa miro a quien No me ama, ni me busca, ni escucha. Pero amor, siempre amor, porque el Amor es mi naturaleza.

Pilatos me deja donde estoy, sin preguntarme más. Se dirige a los judíos que cada vez más levantan su voz y tratan de imponerse con la violencia. Este pobre hombre que no quiso escucharme a Mí, los escucha; él que con un levantamiento de hombros rechazó mi invitación a conocer la Verdad. Escucha a la mentira. *La idolatría, cualquiera que sea su forma, siempre va a venerar y aceptar la mentira, cualquiera que sea. Y el débil que la acepta, se siente inclinado hacia el crimen.* Pilatos en los umbrales del crimen, quiso salvarme una y otra vez. Por eso me remitió a Herodes. Sabía bien que el astuto rey, que contemporizaba entre Roma y el pueblo, obraría de modo que ni hiciera daño a los intereses de Roma, ni ofendiera al pueblo hebreo. Como todos los débiles, no se decidió, en espera de que el motín de la plebe se calmara.

Yo había dicho: “Vuestro hablar sea: sí, sí; no, no”⁶. Él no lo había escuchado y, si alguien se lo había referido, no hizo más que levantar los hombros. *Para triunfar en el mundo, para tener honores y riquezas, hay que saber hacer del sí un no y del no un sí, según lo aconseje el buen sentido* (esto es: sentido humano). ¡Cuántos, cuantos Pilatos tiene el siglo veinte! ¿Dónde están los héroes del cristianismo que decían constantemente sí a la verdad y por la verdad, y decían no a la mentira? ¿Dónde están los héroes que sepan hacer frente al peligro y a los eventos con fortaleza de acero, con serenidad pronta, y no buscan dilación alguna para que el bien se realice, esquive el mal, sin ambigüedad alguna?

Después de haber regresado del palacio de Herodes, he aquí la transacción de Pilatos: la flagelación. ¿Y qué esperaba con ello? ¿No sabía que la plebe es una fiera, que se embrutece al beber sangre? Pero debía Yo ser quebrantado para expiar vuestros pecados de la carne. En mi cuerpo no quedaba ni un lugar que no haya sido golpeado. Soy el Hombre del que habla Isaías⁷. Al suplicio al que se me sometió se añadió otro que no lo había sido, la coronación de espinas.

¿Veis, ¡oh hombres!, a vuestro Salvador, a vuestro Rey, coronado por el dolor para que en vuestra cabeza no fermenten tantos pensamientos? ¿No pensáis qué dolor haya sufrido mi inocente cabeza para pagar por vosotros, por vuestros pecados de pensamiento que se transforman en acción? Vosotros que os sentís ofendidos, aun cuando no hay motivo, mirad a vuestro Rey ofendido, y es Dios, con el manto de púrpura, con la caña cual cetro, y la corona de espinas. Está ya para morir, lo abofetean y se befan. Ni siquiera os movéis a compasión. Como los judíos seguís mostrándome los puños y grito: “Fuera, fuera, no queremos otro Dios que no sea el Cesar”, ¡Oh idólatras!, que no adoráis a Dios, sino a vosotros mismos y a quien entre vosotros es más poderoso. No queréis al Hijo de Dios. A causa de vuestros delitos no os ayuda. Sois más serviciales para con Satanás. Por esto lo amáis. Tenéis miedo del Hijo de Dios, como Pilatos. Y cuando sentís que os hace sentir su poder, que se hace oír la voz de la conciencia que os reprocha en su nombre preguntáis como Pilatos: ¿Quién eres?”

Quien sea Yo, lo sabéis. Aun los que me niegan lo saben. No mintáis. Hace veinte siglos que estoy junto a vosotros, veinte siglos que os iluminan quién sea Yo, que instruyen sobre mis prodigios. Pilatos es más digno de perdón que vosotros que tenéis una herencia de veinte siglos de cristianismo para poder apoyar vuestra fe o para que la podáis aprender y no queréis saber nada de ella. Y con todo fui más severo con Pilatos que no con vosotros. *No le respondí.* A vosotros os hablo, y pese a esto no logro que comprendáis quién soy Yo, a quien debéis adoración y obediencia. También ahora me acusáis de que sea vuestra ruina porque no os escucho. Por esto decía que perdéis la fe. ¡Mentirosos! ¿Dónde la tenéis? ¿Dónde está vuestro amor? ¿Cuándo es que me suplicáis y vivís con amor y fe? ¿Sois grandes?

⁶ Cfr. Mt. 5, 37; 2 Cor. 1, 12-22.

⁷ Cfr. Is. 52, 13 – 53, 12.

Recordadlo que lo sois porque lo quiero. ¿Sois hombres comunes y corrientes? Acordaos de que no hay otro Dios sino Yo. Nadie es más que Yo. Dadme, pues, ese culto de amor que me corresponde y os escucharé para que no sigáis siendo más hijos bastardos de Dios.

Ahora Pilatos intenta por última vez salvarme, en el supuesto de que pudiera después de una despiadada flagelación. Me presenta ante la plebe: “Aquí lo tenéis. Aquí tenéis al Hombre”. Le causo compasión. Espera que la plebe la tenga. Pero, ante su dureza, ante sus amenazas, no tiene el valor necesario para cumplir una acción recta y justa y decir: “Le doy libertad porque es inocente. Vosotros sois los culpables, y si no os alejáis, probaréis el castigo de Roma”. Esto hubiera dicho si hubiera sido justo, sin calcular en el mal futuro que le hubiera sobrevenido.

Pilatos es un falso bueno. Bueno es Longinos, que sin tener el poder del pretor, en medio del camino, rodeado de pocos soldados y de una multitud hostil, tiene el valor de defenderme, ayudarme, permitirme que descanse, que me consuelen las mujeres piadosas, que me ayude el Cirineo y en fin que pueda estar mi Madre a los pies de la cruz. Fue un héroe de la justicia y por esto muy pronto se convirtió en héroe mío.

Tenedlo en cuenta, hombres que os preocupáis solo de vuestro bien material, que aun en esto interviene Dios con su ayuda cuando ve que sois fieles a la justicia que es emanación de Dios. Yo siempre premio a quien obra con rectitud. Defiendo a quien me defiende. Lo amo y socorro. Soy el que dijo: “Quien diere un vaso de agua en mi nombre, tendrá recompensa”⁹. A quien me da amor, agua que refresca mis labios, me doy a Mí mismo, esto es, protección y bendición”

24. Judas de Keriot después de la traición ¹

31 marzo 1944

Viernes de Pasión. Dos de la mañana.

Esta es la dolorosísima visión en estas primeras horas del viernes de Pasión, mientras esperaba la Hora de acompañar a la Virgen Desolada, porque había yo pensado que, además de acompañarla en su angustia, era una buena oportunidad para la profesión.

Veo a Judas. Está solo. Viste de color amarillo claro y lleva una faja roja a la cintura. Mi locutor interno me dice que hace poco fue capturado Jesús, y que Judas, que huyó después de la detención, es presa ahora de ideas contrarias. De hecho Iscariote parece una fiera enfurecida a quien buscara una jauría de mastines. Cualquier ruido de los árboles, del camino, la cantinela de una fuentecilla lo estremecen y lo hacen volver sospechoso, tembloroso, como si creyese que tiene encima a la policía. Vuelve por todas partes la cabeza, sin levantarla mira como al que desea ver, pero tiene miedo de hacerlo. Si los rayos de la luna por casualidad forman una sombra como de hombre, se le saltan los ojos a las órbitas, da salto atrás, se pone más pálido de lo que está, se detiene, y luego precipitadamente vuelve sobre sus pasos, cortando por veredas, hasta que otro ruido, u otro juego de rayos de luna lo detienen y lo hacen huir en dirección contraria.

Con vacilante paso se dirige hacia el interior de la ciudad, pero un fuerte griterío le hace comprender que está cerca de la casa de Caifás, y entonces, cubriéndose la cabeza con las manos, agachándose como si aquellos gritos fueran otras tantas piedras que le cayesen encima, huye, escapa, y toma un vericuetto que lo lleva derecho a la casa donde se celebró la Cena, cae en la cuenta de ello por una fuentecilla que murmura en aquel punto. Este murmullo del agua que cae en la concavidad de piedra, el débil silbido del viento, que pasa por la callejuela formando una especie de lamento reprimido, le han de parecer ser el llanto de Jesús a quien traicionó y sus quejidos. Se tapa las orejas para no oír, y huye con los ojos cerrados

⁹ Cfr. Mt. 10, 42; Mc. 9, 41.

¹ Cfr. Mt. 27, 3-10; Hech. 1, 15-20.

para no ver la puerta por la que hace pocas horas antes había pasado con el Maestro y de la que salió en busca de los verdugos para capturarlo.

Corriendo así a ciegas choca contra un perro andariego, el primero que veo desde que tengo estas visiones. Es un perrazo grisáceo e hirsuto, que se hace a un lado con un gruñido, pronto a lanzarse contra cualquiera. Judas abre los ojos y ve dos pupilas fosforescentes que lo miran. Ve lo blanco de los colmillos. El animal parece como si sonriera diabólicamente. Judas lanza un grito de espanto. El perro toma el grito como amenaza, y se arroja sobre él. Los dos caen por tierra. Judas debajo, paralizado del terror, el perro encima. Cuando se separa de su presa, juzgándola indigna de él, Judas sangra de dos o tres mordiscos. Su manto tiene varias rasgaduras.

Una de las mordidas se le clavó en la mejilla, en el lugar donde besó a Jesús. Le fluye sangre que le mancha el vestido amarillento. Le forma como una especie de collar que empapa la cinta roja con que se amarra el cuello, haciéndose más roja. Judas se lleva la mano a la mejilla, mira al perro que se aleja por el hueco de una puerta, entre dientes dice: “¡Belcebú!” Y, con otro grito, huye perseguido del perro. Huye hasta el puentecillo cercano al Getsemaní. Aquí el perro, bien porque se siente cansado, bien porque tenga miedo al agua, deja de perseguirlo y regresa gruñendo. Judas que se había metido al arroyo para tomar piedras qué arrojar al perro, al verlo que se aleja, se da cuenta de que le sube el agua hasta la pantorrilla. Sin preocuparse de que sus vestiduras se mojan cada vez más, se agacha a beber y lo hace como quien tiene fiebre. Se lava la mejilla que le sigue sangrando y que debe dolerle. A los primeros débiles rayos de luz sube el arenal, por la otra parte, como si tuviese miedo del perro y no se atreviese a regresar a la ciudad.

Unos cuantos metros y se encuentra en la entrada del Huerto de los Olivos. Grita: “¡No. No!” al reconocer el lugar. Luego, no sé por qué fuerza irresistible, por algún sadismo satánico y criminal, avanza. Busca el lugar donde se llevó a cabo la detención. Se ve pisoteada la tierra, también la hierba, y gotas de sangre esparcidas por el suelo, tal vez de Malco.

Mira, mira... y luego da un ronco grito y un salto hacia atrás. Grita: “¡Esa sangre, esa sangre!” la señala... ¿a quién?, con el brazo extendido y el índice. A la luz que sigue aumentando se le ve la cara de color cenizo. Es un espectro. Parece un loco. Los ojos los tiene horriblemente abiertos y relucientes como si estuviese delirando. Los cabellos despeinados por la carrera y por el terror están como de punta. La mejilla, que se va hinchando, forma en su boca algo como una sonrisa diabólica. Su vestido rasgado, ensangrentado, mojado, lleno de lodo, porque el polvo se le ha pegado, le da el aire de un mendigo. El manto, también lodoso y roto le cae por la espalda como un guñapo. Se enreda con él cuando al gritar: “¡Esa sangre, esa sangre!” retrocede como si aquella sangre se convirtiese en un mar que sube y baja. Judas cae de espaldas y se hiere la cabeza contra una piedra. Lanza un gemido de dolor y de miedo. “¿Quién es?” grita. Habrá pensado que alguien lo echó por tierra para golpearlo. Se vuelve aterrorizado. ¡Nadie! Se levanta. Ahora la sangre también brota de la nuca. El círculo rojo aumenta. *No llega hasta la tierra* porque es poca. Empapa el vestido. Ahora la cinta roja la tiene ya al cuello.

Camina. Encuentra los restos de la hoguera que Pedro hizo a los pies de un olivo, pero él no lo sabe y se imagina que Jesús estuvo allí. Grita: ¡Largo, largo!” Y con las manos extendidas ante sí, parece rechazar un fantasma que lo atormenta. Escapa, y va a dar contra el peñasco de la agonía.

El alba permite ver todo bien y al punto Judas ve el manto de Jesús que dejó doblado sobre el peñasco. Lo reconoce. Quiere tocarlo, pero siente miedo. Estira la mano, la retira. Quiere. No quiere. El manto lo atrae irresistiblemente. Gime: “¡No, no!” Luego dice: “Sí, ¡por Satanás! Sí. Quiero tocarlo. ¡No tengo miedo! ¡No tengo miedo!” Dice que no lo tiene, pero castañetea sus dientes. Hasta el ruido que hace sobre su cabeza la rama de un olivo que el viento ha movido y que pega contra otra, le hace gritar de nuevo horrendamente. Con todo cobra fuerzas y toma el manto. Se ríe. Es la risa de un loco, de un demonio. Una sonrisa histérica, a pedazos, lúgubre, que no termina nunca, porque ha vencido su temor. Lo dice: “¡No me

causas ningún temor, Jesús. Ninguno. Tanto que te temía, porque creía que eras un Dios, y un valiente. Ahora no me causas ningún miedo, porque no eres Dios. Eres un pobre loco, un cobarde. No supiste defenderte. No me redujiste a cenizas, como tampoco leíste en mi corazón que te traicionaría. ¡Miedos míos!... ¡Qué necio fui! Cuando ayer por la noche hablabas, creí que lo sabías. Pero no fue así. Era mi miedo el que daba fuerza de profecía a tus palabras comunes. Eres un nada. Te has dejado vender, señalar, apresar como un ratón en la ratonera. ¡Tu poder! ¡Tu origen! ¡Ja, ja! ¡Bufón! ¡El fuerte es Satanás! Más fuerte que Tú. Te ha vencido. ¡Ja, ja! ¡El Profeta! ¡El Mesías! ¡El Rey de Israel! ¡Y pensar que por tres años me tuviste domeñado! ¡Y siempre con el miedo en el corazón! ¡Tenía qué mentir para engañarte delicadamente cuando quería gozar de la vida! Pero aun cuando hubiera robado y fornicado sin emplear toda mi astucia, no me hubieras hecho nada. ¡Eres un debilucho! ¡Un loco! ¡Un pusilánime! Me he equivocado en no hacerte a Ti lo que hago a tu manto para vengarme del tiempo en que me has tenido esclavo del miedo. ¡Miedo de un consejo! ¡Mira, mira!”

A cada “¡Mira!” Judas muerde y trata de romper el manto. Lo despliega entre sus manos; y, al hacerlo, aparecen las manchas de sangre. Judas detiene su furia. Las toca. Las huele... Extiende todo el manto. Se ven muy claras las huellas de las manos ensangrentadas que enjugaron el rostro.

“¡Sangre... sangre... sangre! ¡Suya!... ¡No!” Judas suelta el manto y mira a su alrededor. También sobre el peñasco, donde Jesús se apoyó con la espalda cuando el ángel lo consolaba, hay manchas de sangre. “¡Allí... allí! ¡Sangre... sangre!” Baja los ojos para no ver, y se encuentra con la hierba manchada también. Y, debido al rocío, parece como si fuera recién caída. Es rojiza. Brilla al sol. “¡No, no, no! ¡No quiero verla! ¡No puedo ver esa Sangre! ¡Auxilio!” Se lleva las manos a la garganta, y respira como si se estuviese ahogando en un mar de sangre: “¡Atrás, atrás! ¡Déjame! ¡Déjame madito! ¡Pero esta sangre es un mar! ¡Cubre la tierra! ¡La tierra, la tierra! Y sobre ella no hay lugar para mí, porque no puedo ver esa Sangre que la cubre. ¡Soy el nuevo Caín del Inocente!” Me imagino que la idea de suicidarse le llegó en estos momentos a la cabeza.

La cara de Judas infunde temor. Brinca de la zanja y huye por el olivar sin regresar por el camino de antes. Parece como si fieras lo persiguiesen. Regresa a la ciudad. Se envuelve en su manto como puede y trata de cubrirse lo mejor posible la herida y la cara. Se dirige al templo y, al hacerlo, en un cruce del camino, se encuentra frente a frente con los canallas que arrastran a Jesús hacia Pilatos. No puede retroceder porque otra gente que ha acudido a ver, lo rodea por detrás. Y como es alto, alcanza a ver todo, y se encuentra con la mirada de Jesús...

Las dos miradas se cruzan un momento. Luego pasa Jesús amarrado, golpeado. Judas cae de bruces, como desvanecido. La gente lo pisotea sin piedad, y él no reacciona. Debe preferir que lo pisen todos, antes que encontrarse con esa mirada.

Cuando la jauría deicida ha pasado, y la calle queda vacía, se levanta y corre al templo. Tropieza y casi arroja por el suelo a un guardia que está a la puerta del recinto. Otros guardias corren para impedirle la entrada, pero, como un toro furioso, ataca a todos. Uno que se le ha asido para no dejarle entrar al salón del Sanedrín donde todavía están discutiendo, lo toma por la garganta y lo arroja escalones abajo, si no muerto, ciertamente muy mal parado.

“No quiero, malditos, vuestro dinero” grita de pie en medio del salón, en el lugar donde antes había estado Jesús. Parece un demonio vomitado por el infierno. Ensangrentado, despeinado, delirante, babeando, las manos en forma de garras, grita y parece como si ladrara, por lo estridente de su voz. “¡No quiero vuestro dinero malditos! Me habéis perdido. Me hicisteis cometer el pecado más grande. Como vosotros, también yo soy maldito. He entregado la Sangre inocente. Que ella caiga sobre vosotros tanto como mi propia muerte. Sobre vosotros... ¡No! ¡Ah!” Judas ve el pavimento manchado de sangre. “¿También aquí hay? ¡Por todas partes! ¡Por todas partes está su Sangre! ¿Cuánta sangre tiene el Cordero de Dios para cubrir así la tierra y no morir? ¡Pensar que yo la he derramado! ¡Por instigación

vuestra! ¡Malditos, malditos, malditos para siempre! ¡Maldición a estos muros! ¡Maldición sobre este Templo profanado! ¡Maldición al pontífice deicida! ¡Maldición al los sacerdotes indignos, a los fariseos hipócritas, a los judíos crueles, a los escribas mentirosos! ¡Sea yo maldito! ¡Lo sea yo! Tened vuestro dinero y os destroce el corazón como a mí la cinta” Arroja la bolsa contra la cara de Caifás, y sale, lanzando un grito, mientras el dinero suena esparciéndose contra el suelo después de haber roto la boca a Caifás.

Nadie se atreve a detener a Judas. Corre. Fatalmente vuelve a cruzarse otras dos veces con Jesús que va y viene del palacio de Herodes. Abandona el centro de la ciudad. Toma al azar por las callejuelas más miserables y va a dar nuevamente frente al Cenáculo. Está cerrado. Como abandonado.

Se detiene. Lo mira. “¡La Madre!” murmura “¡La Madre!...” Se queda inmóvil... “¡También yo tengo una madre! ¡Y a una madre le he matado a su hijo!... También... Quiero entrar... Volver a ver la sala. Aquí no hay sangre...” Da un golpe a la puerta... otro... otro... La dueña de casa viene y apenas si abre... Al ver a Judas deformado, irreconocible lanza un grito y trata de cerrar, pero Judas de un empujón la abre y, separando violentamente a un lado a la mujer, entra.

Corre hacia la puertecilla que da a la sala. La abre. Entra. Hermosos rayos matutinos entran por las ventanas abiertas. Da un suspiro de descanso. Sigue hacia adelante. Aquí hay calma y silencio. La vajilla está toda en su lugar. Se comprende que nadie hasta ahora se ha preocupado de ella. Da la impresión de que esperase a los invitados.

Judas va a la mesa. Mira si hay vino en las jarras. Lo hay. Bebe directamente y con ansias de una de ellas que sostiene con ambas manos. Luego se deja caer sentado, apoyada la cabeza sobre sus brazos cruzados sobre la mesa. No se ha dado cuenta de que está sentado exactamente en el lugar de Jesús y que tiene ante sí el cáliz que se empleó para la Eucaristía. Se queda firme por unos minutos, hasta que la fatiga de la carrera desaparece. Luego levanta su cabeza, distingue la copa, se acuerda de dónde está sentado.

Se levanta como endemoniado. Pero la copa lo atrae. Todavía hay un poco de vino rojo en el fondo; y el sol, al dar sobre el metal (parece de plata) enciende el líquido. “¡Sangre! ¡Sangre, Sangre también aquí! ¡Su Sangre! ¡Su Sangre...” “Haced esto en recuerdo de Mí... Tomad y bebed. Esta es mi Sangre... La Sangre del nuevo testamento que será derramada por vosotros...” ¡Ah, maldito sea yo! ¡Porque por mi pecado no se derramará! No le pido perdón porque no puede perdonarme. ¡Largo, largo! No hay lugar donde el Caín de Dios, pueda encontrar reposo. ¡Muerte, muerte!...”

Sale. Se encuentra con María, de pie sobre la puerta de la habitación donde Jesús le había dejado. Ella, al oír ruido, se había asomado esperando tal vez ver a Juan, que hace varias horas que marchó. La virgen está pálida como si le hubieran sacado toda la sangre. Sus ojos, llenos de dolor, son muy semejantes a los de su Hijo. Judas se encuentra con esos ojos que lo miran dolorosos y conscientes como lo miraron los de Jesús en la calle. Y, con un “¡Oh!” de espanto, se pega contra el muro.

“¡Judas!” dice María, “Judas, ¿a qué viniste?” Las mismas palabras que Jesús, dichas con un amor doloroso. Judas las recuerda. Y lanza un aullido.

“Judas” repite la Virgen “¿qué has hecho? ¿Has correspondido a tanto amor con la traición?” La voz de María es una temblorosa caricia.

Judas intenta escapar. María le llama con una voz capaz de convertir a un demonio. “¡Judas! ¡Judas! ¡Detente! ¡Espera! ¡Escucha! Te lo digo en su nombre: arrepíentete, Judas. Él perdona...” Judas huye. La voz de María, su aspecto, ha sido el golpe de gracia, o de desgracia, porque la resiste.

Huye precipitadamente. Se encuentra con Juan que viene corriendo a la casa para acompañar a la Virgen. La sentencia ha sido pronunciada. Jesús está a punto de emprender el camino hacia el Calvario. Es hora de que la Madre sea llevada a donde su Hijo. Juan reconoce a Judas, aun cuando muy poco quede del hermoso Judas de hace una cuantas horas. “¿Tú, aquí?” le pregunta Juan con manifiesto desprecio. “¿Tú, aquí? ¡Maldición te caiga, asesino del

Hijo de Dios! El Maestro ha sido sentenciado a muerte. Alégrate si puedes, pero déjame libre el camino. Voy a llevar a la Madre. ¡Qué Ella, la otra Víctima, no te encuentre, sierpe horrenda!”.

Judas huye. Se envuelve la cabeza con los trozos de manto dejando sólo un resquicio para ver. La gente, la poca gente que no ha ido al Pretorio, al verlo se hace a un lado, como si evitase a un loco. Y tal lo parece.

Vaga por los campos. El viento le trae de vez en cuando un eco de la gritería que lanza la turba. Cada vez que llega el eco hasta Judas, aúlla como un chacal.

Creo que realmente está loco, porque sacude la cabeza rítmicamente contra las paredes. Se ha hecho hidrófobo porque al ver cualquier líquido que sea: agua, leche que lleva en una jarra un niño, aceite que sale de una bota, grita, aúlla, grita: “¡Sangre, Sangre! ¡Su Sangre!”

Tiene ansias de beber en los arroyuelos o en las fuentes pero no puede, porque el agua le parece sangre, y lo dice: “¡Es sangre! ¡Me ahoga! ¡Me quema! ¡Siento quemarme! ¡Su Sangre!, que ayer me ha dado, se me ha convertido en fuego! ¡Maldición sobre mí! ¡Maldición sobre Ti!”

Sube y sigue subiendo por las colinas que rodean Jerusalén. Sus ojos van irresistiblemente al Gólgota. Desde lejos, ve por dos veces que el cortejo desaparece por la subida. Mira y aúlla.

Está en la cima. También Judas lo está sobre un pequeño collado cubierto de olivos. Entró en él abriendo una portezuela, como si fuese su dueño, o por lo menos muy práctico en abrir tales puertas. Tengo la idea de que Judas no tenía mucho respeto por la propiedad ajena. De pie bajo un olivo, al borde de una zanja, mira hacia el Gólgota. Ve que son levantadas las cruces y comprende que Jesús ha sido crucificado. No puede ver ni oír, pero el delirio o el maleficio de Satanás le hacen ver u oír como si estuviese en la cima del Calvario.

Mira, mira como embrujado. Se sacude: “¡No, no, no me mires! ¡No me hables! No lo soporto. ¡Muere, muere, maldito! ¡La muerte te cierre los ojos que me hacen temblar, que te cierre la boca que me maldice! Pero también yo te maldigo, porque no me has salvado”.

La cara de Judas está en tal forma transformada que no puede verse. Dos hilillos de baba le bajan por la boca, La mejilla, donde le mordió el perro, está verdosa e hinchada. Su cara como torcida. Sus cabellos pegajosos; su barba, muy negra, que le ha crecido en las mejillas, durante estas horas, le dan un aspecto lúgubre. Y ¿qué decir de sus ojos?... Giran, se tuercen, brillan como si fuesen de demonio. Arranca de su cintura la gruesa faja de lana roja que le da tres vueltas. Ve que resiste al amarrarla al tronco de un olivo y al jalar de ella con todas sus fuerzas, resiste. Escoge un olivo para lo que intenta. El que da hacia la zanja con sus ramas. Sube sobre él. Amarra fuertemente una punta en la rama más robusta y que da al vacío. Ha hecho el nudo corredizo. Por última vez ve el Gólgota. Luego mete la cabeza en el nudo. Ahora parece como si tuviera dos collares rojos a ras de cuello. Se sienta al borde, luego de un golpe se lanza al vacío.

El nudo lo aprieta. Se sacude por algunos minutos. Se le saltan los ojos. Se ennegrece. Abre la boca; las venas del cuello se hinchan y se ponen negras. Da cuatro o cinco patadas en el aire, en su última convulsión. La aboca se le abre. Le cuelga la lengua negra y babosa. Los ojos se abren más, dejando a la vista el tomate inyectado de sangre. El iris del ojo se oculta bajo el párpado. Ha muerto. El fuerte viento, que sopla por la tormenta, bambolea el macabro péndulo y le hace dar vueltas como una horripilante araña junto a su tela.

La visión termina de ese modo. Y espero olvidarla, porque le aseguro que ha sido una visión horrible.

25. “Si Judas se hubiera arrojado a los pies de mi Madre, diciendo: “¡Piedad!”, Ella, la misericordiosa, lo hubiera recogido como a un herido”

Dice Jesús:

“Horrible muerte, pero no inútil. Muchos creen que Judas haya cometido una acción insignificante. Algunos han llegado a decir que fue un benemérito porque sin él la Redención no se hubiera realizado, y que por esto, está justificado a los ojos de Dios.

En verdad os digo que si el Infierno no hubiera existido antes, cabal con sus tormentos, hubiera sido creado para Judas mucho más horrible y eterno, porque de todos los pecadores condenados él es el más, y para siempre jamás se mitigará su condenación.

El remordimiento lo hubiera aun podido salvar, *si lo hubiera empleado para arrepentirse. Pro él no lo quiso*. A su traición criminal, que hubiera encontrado misericordia en mi inclinación infinita de amar, añadió blasfemias, la resistencia a la voz de la gracia que le hablaba por medio de los recuerdos, de los temores, de mi Sangre, de mi manto, de mi mirada, por medio de los restos de la Eucaristía instituida, de las palabras de mi Madre. Él resistió a todo. *Quiso* resistir, como *había querido* traicionar. Como *quiso* maldecir. Como *quiso* suicidarse. *La voluntad es la que vale en las cosas, ya sean buenas o malas*.

Yo perdono cuando alguien cae sin voluntad de caer. Ve lo que pasó con Pedro. Me negó. ¿Por qué? No sabía claramente ni siquiera él mismo. ¿Fue Pedro cobarde? No. Mi Pedro nunca lo fue. Ante los soldados y guardias del Templo tuvo valor de atacar a Malco para defenderme y se puso en peligro de que lo hubieran matado por ello. Luego huyó, por falta de voluntad. Después me negó, sin quererlo. Supo quedarse y seguir adelante por el camino sangriento de la Cruz, por mi camino, hasta llegar a su destino. Dio después testimonio de Mí, y por defender la fe murió por mi amor. Su negación fue el último extravío de su flaqueza humana. Pero la voluntad espiritual no estaba presente en esos momentos. Oprimida bajo el peso de la debilidad humana, dormía. Cuando despertó, no quiso permanecer en el pecado y quiso ser perfecto. Al punto lo perdoné.

Judas *no quiso*. Dices que parece loco e hidrófobo. Lo era de rabia satánica. El terror que experimentó al ver al perro, animal en realidad raro en Jerusalén, se debe a que se atribuía a Satanás desde tiempos muy antiguos, que se apareciese a los hombres en esa forma. En los libros de magia se dice que una de las formas que prefiere Satanás para aparecerse es la de un perro misterioso, de gato, de macho cabrío. Judas presa del terror que le había infundido su crimen, convencido de pertenecer a Satanás por su delito, ve a Satanás en la forma de un perro callejero.

Dondequiera ve sombras temerosas el que es culpable. La conciencia las crea. Satanás, por su parte, instiga estas sombras, que podrían servir para arrepentirse, y las convierte en una apariencia engañosa que arrastra a la desesperación. Y ésta lleva a cometer el último crimen: el suicidio. *¿Para qué arrojar el precio de la traición cuando hacerlo no es más que fruto de la ira, y no de una voluntad de quererse arrepentir? Cuando esto no sucede, el desprenderse se convierte en mérito. Pero así como Judas hizo, no estuvo bien*. Inútil sacrificio.

Mi Madre que era la gracia que hablaba, mi tesorera que ofrecía el perdón en mi nombre, se lo dijo: “Arrepiéntete, Judas. El perdona...” ¡Oh, que lo habría Yo perdonado! Si se hubiera arrojado a los pies de mi Madre diciendo: “¡Piedad!”, Ella, la misericordiosa, lo hubiera recogido como a un herido, y en las heridas que Satanás le había hecho, en las que había inoculado el traicionarme, habría derramado su llanto que salva, me lo habría llevado a los pies de la cruz, tomándolo de la mano para que Satanás no lo pudiera arrebatar, y no lo golpearan los discípulos, lo habría llevado para que mi Sangre hubiera caído primeramente sobre él, el más grande de los pecadores. Y habría estado Ella, Sacerdotisa admirable en su altar, entre la pureza y la culpa, porque es Madre de las vírgenes y de los santos, pero también de los pecadores.

Pero Judas *no quiso*. *Reflexionad sobre el poder de la voluntad de quien sois dueños absolutos*. Ella os puede dar el cielo o el infierno. *Reflexionad qué quiera decir permanecer en la culpa*.

El crucificado, el que está con los brazos abiertos y enclavados para deciros que os ama, que no quiere, que no puede castigaros porque os ama, que prefiere no poderos abrazar –

único dolor en su actitud de crucificado- antes que estar libre para castigarlos; el Crucificado esperanza divina para los que se arrepienten y *quieren* dejar la culpa para los impenitentes es objeto de un gran pavor que los hace blasfemar y emplear la violencia contra sí mismos. Son asesinos de su propio cuerpo, de su propia alma por su persistencia en la culpa. Y la actitud del que es Bueno, que se dejó inmolar con la esperanza de salvarlos, toma la forma de un espectro pavoroso.

*María, te has lamentado de esta visión. Pero es viernes de Pasión, hija. Debes sufrir. Debes unir a mis sufrimientos y a los de María los tuyos por la amargura de ver a pecadores que persisten en serlo. Esto ha sido nuestro sufrimiento. Debe ser también el tuyo. María sufrió y sufre todavía por esto, como por mis tormentos. Por esto debes sufrir. Ahora descansa. Dentro de tres horas pertenecerás a Mí y a María. Te bendigo, violeta de mi Pasión y pasionaria de María”.*⁹

26. “María debe anular a Eva”

2 y 5 abril 1944

Dice Jesús:

“La pareja Jesús-María es la antítesis de la pareja Adán-Eva. La primera está destinada a anular todo lo que hicieron Adán y Eva, y devolver al linaje humano al punto en que fue creado: rico en gracias y en todos los dones que el Creador le dio. La raza humana se ha encontrado con una regeneración total por obra de la pareja Jesús-María que son sus nuevos fundadores. Todo el tiempo pasado ha sido borrado. El tiempo y la historia del hombre empiezan desde este momento en que la nueva Eva, por un cambio de creación, saca de su seno inmaculado, por obra del Señor Dios, al nuevo Adán.

Para cancelar la obra de los dos primeros, causa de mortal enfermedad de perpetua mutilación, de empobrecimiento, aun más, de pobreza espiritual –porque después del pecado de Adán y Eva se vieron despojados de todo lo que el Padre les había dado, riqueza infinita- han tenido los Segundos que obrar en todo y completamente de modo opuesto a como procedieron los primeros. Por esto llevaron la obediencia hasta la perfección que se aniquila y se inmola en la carne, sentimiento, pensamiento, voluntad para aceptar *todo* cuanto Dios quiere. Por esto llevaron la pureza a una castidad absoluta por la que la carne... ¿qué significó para Nosotros, los dos puros, la carne? Un velo de agua sobre un espíritu triunfante, una caricia de viento sobre el espíritu que era rey, cristal que aísla al espíritu-señor y no lo corrompe, impulso que levanta y no peso que oprime. Esto fue la carne para Nosotros. Menos pesada y sensible que un vestido de lino, sustancia leve interpuesta sobre el mundo y el esplendor del “yo” sobrenatural, medio para realizar lo que Dios quería, y no otra cosa.

¿Fue nuestra amor? Ciertamente. *El “perfecto amor” fue nuestro.* No es, hombres, amor de hambre de los sentidos que os empuja a saciaros de la carne. Esto es lujuria, no otra cosa. Y tanto es verdad que al amaros de este modo –pensáis que es amor- no sabéis compadeceros, ayudaros, perdonaros. ¿Qué es, entonces, vuestro amor? Es odio. Es sólo un delirio paranoico que os empuja a preferir el sabor de alimentos pútridos al alimento sano, fortalecedor de sentimientos nobles. Poseemos el “perfecto amor”, Nosotros, los castos perfectos. Este amor abraza a Dios en el cielo y unido con Él –como las ramas unidas al tronco del cual se nutren- se extendía y bajaba la tierra y sobre sus habitantes en forma de reposo, de refugio, de alimento, de consuelo. Ninguno es excluido de este amor. No los que se parecen a nosotros, ni los inferiores; no la naturaleza vegetal, ni las aguas, ni los astros. Ni siquiera los malos están excluidos de este amor, porque, aunque miembros muertos, son para siempre miembros del gran cuerpo de lo Creado, y por esto en ellos vemos la santa imagen del Creador -sucia y afeada por su maldad- que los creó a su imagen y semejanza.

⁹ La Escritora marca que son las 5 ¼ del día.

Alegrándonos con los buenos, llorando sobre los no-buenos, orando (amor práctico que se expresa con rogar y obtener protección para quien se ama) y suplicando por los buenos para que fuesen siempre mejores y así pudieran acercarse siempre más a la perfección del Bueno que nos ama desde el cielo, suplicando por los vacilantes entre la bondad y lo malo para que se fortaleciesen y pudiesen persistir en su santo camino, orando por los malvados para que la Bondad hablase a su espíritu, los aterrorizase, tal vez, con un rayo de poder, pero los convierte al Señor su Dios. Nosotros amamos, como ningún otro ha amado. Llevamos el amor a la cumbre de la perfección para llenar con nuestro océano de amor el abismo que por la falta de él abrieron los primeros padres que se amaron más que a Dios, queriendo conseguir lo que lícitamente no les era permitido: ser superiores a Dios. Por esto, a la pureza, obediencia, caridad, desapego de las riquezas terrenales: carne, poder, dinero, el trinomio de Satanás, opuesto al trinomio de Dios: fe, esperanza y caridad; por esto el odio, a la lujuria, ira, soberbia: las cuatro pasiones perversas, antítesis de las cuatro virtudes santas: fortaleza, templanza, justicia, prudencia, tuvimos qué juntar un práctica constante de todo lo que era opuesto al modo con que obró la pareja Adán-Eva.

Teniendo en cuenta nuestro querer ilimitado, fue posible hacerlo, *pero el Eterno sabe cuánta heroicidad fue necesaria en determinados momentos y en determinados casos*. No quiero hablar más de mi Madre, ni de Mí. De la nueva Eva que rechazó, desde sus tiernos años, lisonjas de Satanás para seducirla⁸ a que mordiese el fruto, y saborear la dulzura que hizo necia a la compañera de Adán. Quiero hablar de la nueva Eva, que no sólo había rechazado a Satanás, sino que lo venció aplastándolo con su querer de obediencia, de amor, de caridad tan inmensas que el Maldito quedó aplastado y domado. ¡No, Satanás no puede erguirse bajo el calcañal de mi Virgen Madre! Babea, echa espuma, ruge, blasfema. Pero su baba cae al suelo; su aullido no toca la atmósfera que rodea a mi Santa, que no percibe el hedor, ni las carcajadas diabólicas; no ve y no puede, la baba asquerosa de la Serpiente eterna porque las armonías celestiales y los celestiales Aromas enamoradas le rodean, rodean su hermosa y santa persona y porque sus ojos, más puros que el lirio y más enamorados que los de una tórtola, miran sólo a su eterno Señor de quien es Hija, Madre y Esposa.

Cuando Caín mató a Abel¹⁰, la boca de su madre profirió las maldiciones que su corazón separado de Dios, le inspiraba contra su prójimo más cercano: contra el hijo de sus entrañas que Satanás profanó y que hizo tan feas por su deseo desenfrenado. Esa maldición fue la mancha en el reino de lo moral humano, como el crimen de Caín la mancha en el reino del hombre arrastrado de sus instintos bestiales. Sangre sobre la tierra, sangre que mano fraterna derramó. La primera sangre que –como imán milenario- atrae toda sangre que mano humana derrama, extrayéndola de las venas del hombre. Maldición contra la tierra, maldición que la boca del hombre profirió. Como si la tierra no fuera ya maldita por causa del hombre que se rebeló contra su Dios y no hubiese tenido qué saborear los cardos y espinas, la dureza de los terrones del campo, las sequías, granizadas, heladas, calores. La tierra que había sido creada perfecta y a la que ayudaban todos los elementos para que fuese una habitación cómoda y bella al hombre, su rey.

María debe anular a Eva. María ve al segundo Caín: a Judas. María sabe que es el Caín de su Jesús, del segundo Abel. Sabe que la sangre de este segundo Abel fue vendida por ese Caín y que ya se derrama. Pero no maldice. Ama y perdona. Ama y llama.

¡Oh, maternidad de María, mártir! ¡Maternidad sublime, virginal y divina! Dios te dio esta segunda como don. Pero de tu maternidad de mártir tú, Madre santa, Corredentora, te hiciste don porque tú, tú supiste, en aquella hora, decir, con el corazón quebrantado por los azotes que me habían herido mi cuerpo, a Judas aquellas palabras. Tú, Tú eres la que supiste en aquella hora, cuando sentías ya que la cruz te partía el corazón, amar y perdonar.

⁸ Cfr. Gén. 3, 13; 2 Cor. 11, 3.

¹⁰ Cfr. Gén. 4, 1-16.

María: la nueva Eva. Ella os enseña la nueva religión que empuja el amor a perdonar a quien mata a un hijo. No seáis como Judas que cierra su corazón a esta Maestra de la gracia y pierde toda esperanza diciendo: “Él no me puede perdonar” poniendo en duda las palabras de la Madre de la Verdad y por lo tanto las mías que había Yo repetido siempre, Yo que había dicho que había venido a salvar, y no a destruir. A perdonar a quien, arrepentido, se acercaba a Mí.

María, la nueva Eva, tuvo de Dios un nuevo hijo¹⁴ “en lugar de Abel a quien había matado Caín”. No tuvo una hora de brutal alegría que adormece el dolor bajo el influjo de los vapores de los sentidos y el cansancio de la fatiga. Lo tuvo en una hora de *dolor total*, a los pies de un patíbulo, entre los estertores de su Hijo moribundo, entre los improperios de una gentuza deicida y en una soledad inmerecida y total porque Dios tampoco la consolaba.

La vida nueva para el linaje humano y para cada uno de los hombres empieza con María. Vuestra escuela está en su virtud, en su modo de vivir. En su dolor, que tuvo todas las facetas, aun la de perdonar al asesino de su Hijo, está nuestra salvación”.

Dice Jesús:

“Un día te hablaré de nuevo de Caín y de los primeros padres. Hay mucho qué decir y meditar”.

5 abril 1944

Dice Jesús:

Se lee en el Génesis¹⁵: “Entonces Adán puso a su mujer por nombre Eva, pues es la madre de todos los vivientes”¹⁶.

¡Oh, sí! La mujer había nacido de la “Virago”¹⁷ que Dios había creado como compañera de Adán, sacándola de su costilla. Había nacido con su destino doloroso porque había *querido* nacer, porque había *querido* conocer lo que Dios le había ocultado, reservándose el placer envidiable de darle una posteridad sin la humillación de los sentidos. La compañera de Adán había querido conocer el bien que se oculta en el mal y sobre todo el mal que se oculta en el bien, en la apariencia de bien. Como Lucifer la había seducido deseaba ardientemente conocer cosas que sólo Dios podía conocer sin peligro y se había hecho creadora. Al haber usado esta buena fuerza indignamente, la había corrompido en maldad, porque había desobedecido a Dios revolviéndose contra Él con sus sentidos desordenados.

Pero ya era “madre”. Todos los seres lloraron amargamente la inocencia de su reina profanada. Amargo llanto de la reina por la profanación cuya realidad comprende y que sabe que no puede cancelarse. Si cataclismos y tinieblas acompañaron la muerte del Inocente, también negrura y tempestad acompañaron la muerte del Inocente y de la Gracia en el corazón de los primeros padres. El dolor sobre la tierra había nacido sobre ella. La Providencia de Dios no quiso que fuese eterno, dándoos después de años de dolor la alegría de salir de él para entrar en el gozo si sabéis vivir con ánimo recto. ¡Ay del hombre si se hubiera convertido en el dueño de la vida, y hubiera vivido con el recuerdo de sus crímenes y con otros más que fuera cometiendo, porque vivir sin pecar es más imposible que vivir sin respirar, para vosotros que habíais sido creados para conocer la luz y a quienes las tinieblas envenenaron haciéndoos sus víctimas!

¡Las tinieblas! Os rodean continuamente²⁰. Os envuelven despertando lo que el Sacramento había borrado, y como no resistís a ellas queriendo ser de Dios, logra inyectaros el veneno que el Bautismo había convertido en inofensivo.

¹⁴ Cfr. Gén. 4, 25-26; Ju. 19, 25-27.

¹⁵ Cfr. Gén. 1, 26 – 5, 5.

¹⁶ Cgr. Gén. 3, 20.

¹⁷ Cfr. Gén. 2, 20-23.

²⁰ Cfr. 1 Pe. 5, 5-11.

Dios Padre alejó al hombre, cuya desobediencia era clara, del lugar de las delicias para que no pecase otra vez y no se atreviese a levantar su mano de ladrón hacia el árbol de la Vida²¹. El Padre no podía fiarse más de sus hijos, ni sentirse seguro en su Paraíso terrenal. Satanás había entrado para poner trampas a sus criaturas predilectas; y, si había logrado inducir las a la culpa cuando eran inocentes, con mayor razón lo obtendría, ahora que no lo eran.

El hombre había querido ser dueño de todo, y se opuso a que Dios fuera el dueño del tesoro de ser único Creador. Se marchó con su riqueza adquirida por violencia, y se la llevó a su destierro para recordarle siempre su pecado a él, que era un rey humillado y despojado de sus dones. El hombre del paraíso se había convertido en un hombre terrenal. Debían pasar siglos de dolor para el Único que podía alcanzar la mano al fruto de la Vida viniera a recoger en nombre del linaje humano el fruto. Lo alcanzase con sus manos atravesadas y lo diese a los hombres para que volviesen a ser coherederos del cielo y poseedores de la Vida que no muere jamás.

El Génesis añade: “Adán conoció, pues, a su mujer Eva”²².

Habían querido conocer los secretos del bien y del mal. Justo era que conociesen ahora también el dolor de tener qué reproducirse a sí mismos en la carne teniendo directamente la ayuda de Dios sólo en lo que el hombre no puede crear: el espíritu, chispa que parte de Dios, soplo que Dios infunde, señal que lleva el sello del Creador eterno. Y Eva dio a luz a Caín. Eva estaba cargada de su culpa.

Llamo la atención sobre un hecho que escapa casi a todos. Eva estaba cargada de su culpa. Ni siquiera el dolor había sido suficiente para disminuir su culpa. Como un organismo drogado, ella había transmitido a su hijo cuanto había en ella. Caín, primer hijo de Eva, nació con un carácter duro, envidioso, iracundo, lujurioso, perverso, muy poco diverso de las bestias en su instinto, respecto a lo sobrenatural porque en su ser íntimo feroz negó la reverencia debida a Dios a quien consideraba como a su enemigo, y a quien no debía rendirle culto sincero. Satanás lo empujaba a burlarse de Dios. Y quien se burla de Dios no respeta ni siquiera el mundo. Por esto los que tienen amistad con los que se burlan del Eterno, saborean el llanto amargo porque no tienen esperanza de un amor respetuoso en su prole, ni seguridad de amor fiel en su consorte, ni amistad honrada con el amigo.

Lágrimas y lágrimas corrieron por la cara de Eva por la dureza de su hijo, arrojando así en su corazón el germen del arrepentimiento. Lágrimas y más lágrimas le obtuvieron que su culpa disminuyese, porque a quien se arrepiente, Dios perdona. Y el segundo hijo de Eva alcanzó un alma lavada en el llanto de su madre. Fue dulce, respetuoso para con sus padres, entregado al Señor, cuya omnipotencia veía resplandecer en el cielo. Abel fue la alegría de la madre caída.

El camino doloroso de Eva debía ser largo, proporcionado el conocimiento que adquiriría del pecado. Y en esto se encontraba el ardor de los sentidos, en aquel el de las convulsiones; en éste, besos, en aquel sangre. De éste un hijo, de aquel la muerte de un hijo... Abel llegó a ser el instrumento de purificación de la culpa. Pero ¡qué purificación más dolorosa! Llenó, con sus gritos, la tierra espantada por el fratricidio y mezcló sus lágrimas maternas con la sangre de su hijo, mientras que el que la había derramado por odio a Dios y a su hermano, huía perseguido por remordimiento.

Dijo el Señor a Caín: “¿Por qué te encuentras de mal humor?” Si faltas contra Mí, ¿te enojas que no te mire con ojos benignos?

¡Cuántos Caínes hay sobre la tierra! Me dan un culto necio e hipócrita, o, de hecho, no me dan nada, y quieren que los mire amorosamente y los colme de felicidad. Dios es vuestro Rey, no vuestro siervo. Dios es vuestro Padre. Y un padre jamás es un esclavo si se juzga rectamente. Dios es justo, vosotros no. Y no puede menos de castigaros, aun cuando os da, a manos llenas, sus favores con la condición de que lo améis un poco, puesto que os burláis de

²¹ Cfr. Gén. 3, 24; Ap. 22, 10-21.

²² Cfr. Gén. 4, 1.

Él. La justicia no tiene doble camino. Uno solo es el suyo²⁵. Obrad así y alcanzaréis. Si sois buenos, tendréis el bien; si malos, mal os irá. Y pensad que siempre es mucho más el bien que tenéis respecto al mal que os tocaría por vuestra manera de vivir en rebelión a la ley divina.

Dios dijo: “¿No es verdad que si obrares bien, bien te irá, y que si mal, el pecado estará inmediatamente a tu puerta?”²⁶ De hecho, el bien conduce a una constante elevación espiritual y hace cada vez más capaz al hombre de realizar algo bueno y superior siempre, hasta llegar a la perfección y ser santo. Basta ceder al mal para degradarse, y alejarse de la perfección, para conocer el yugo del pecado que entra en el corazón y lo hace bajar gradualmente a una culpabilidad mayor.

Pero Dios añadió: “Podrás controlar el deseo, puedes ser su dueño”. Sí, Dios no os hizo esclavos del pecado. Podéis controlar las pasiones. No están sobre vosotros. Dios ha dado inteligencia y fuerza para conteneros. A los primeros hombres también, castigados por la ira de Dios, les dejó la inteligencia y la fuerza moral. Ahora bien, desde que el Redentor consumó en vuestro favor el sacrificio, tenéis para ayuda de vuestra inteligencia los ríos de la gracia, y podéis y debéis dominar el deseo del mal. Debéis hacerlo con vuestra voluntad que la gracia ha fortificado. Por esto los ángeles en mi nacimiento cantaron a la tierra: “Paz a los hombres de buena voluntad”²⁸. Había venido Yo para traeros de nuevo la gracia y mediante la unión de ella con vuestra buena voluntad, vendría la paz a los hombres. La paz: gloria del cielo de Dios.

“Caín dijo a su hermano: “Vamos afuera”²⁹. Palabras mentirosas cuyo veneno oculta bajo una sonrisa traidora. El crimen es siempre mentiroso, para con sus víctimas, para con el mundo que trata de engañarlo. Y quisiera engañar también a Dios, pero Él lee los corazones. “Vamos afuera”.

Siglos después Judas dijo: “Salve, Maestro”, y lo besó. Los dos Caín escondieron su delirio bajo una apariencia inofensiva y desahogaron su envidia, rabia, capricho e instintos malvados contra su víctima, porque no se habían dominado a sí mismos, se habían hecho esclavos.

Eva sube de la expiación. Caín baja en dirección del infierno; la desesperación se apodera de él y lo arroja. Con la desesperación, último golpe mortal dado a su espíritu ya débil por el crimen, llega el temor físico, castigo horrible. No puede acordarse del cielo, el hombre, cuya alma muerta es un animal que tiembla por su vida corporal. La muerte, ante la que los justos sonríen porque los lleva a poseer a Dios, es miedo horroroso para los que saben que para ellos significa pasar del infierno que lleva en su corazón, al infierno de Satanás; y eso, para una eternidad. Como alucinados, ven por todas partes venganzas prontas a castigarlos.

Pero ten en cuenta, me refiero a los justos: que si el remordimiento y la oscuridad de un corazón culpable crean y fomentan la alucinación, a nadie es lícito creerse juez de su hermano, mucho menos sentenciarlo. Uno solo es Juez: Dios. Si la justicia humana ha creado tribunales, toca a ellos administrarla. ¡Ay de los que profanan el nombre de la justicia y sentencian, llevado de su propia pasión o porque otros los agobian! ¡Maldición sobre quien por sí mismo se convierte en juez de un semejante suyo! Pero todavía más maldito es el que fría y calculadoramente, envía a la muerte o a la cárcel sin haber razón. Si el que mata al asesino será castigado siete veces más, como dijo el Señor refiriéndose a Caín³⁰, el que injustamente condena por servilismo a Satanás, con pretexto de autoridad humana, el castigo de Dios recaerá sobre el setenta veces siete. Esto deberíais tener presente sobre todo en esta hora, vosotros que os matáis mutuamente para hacer de los caídos el pedestal de vuestra estatua

²⁵ Cfr. Eccli. 2, 14; Mt. 6, 24; Lc. 16, 13.

²⁶ Cfr. Gén. 4, 7.

²⁸ Cfr. Lc. 2, 14 (conforme a la trad. De la Vulgata).

²⁹ Cfr. Gén. 4, 8.

³⁰ Cfr. Gén. 4, 15.

de triunfo y no sabéis que os excaváis la trampa en que malditos de Dios y de los hombres os precipitaréis. Porque Yo he dicho: “No matarás”³².

Eva sube por el camino de su expiación. El arrepentimiento crece según sube por el camino de la expiación. El arrepentimiento crece según saborea el pecado. Quiso conocer el bien y el mal. El recuerdo del bien es para ella como el recuerdo que tiene del sol el que de improviso ha quedado ciego: el mal está ante ella, al contemplar los restos de su hijo asesinado y a su alrededor por el vacío que dejó el hijo fraticida y fugitivo.

Nació Set, y de este Enos, el primer sacerdote³⁴. Os hincháis vuestra inteligencia con vuestra ciencia y habláis de evolución, como si fuese una señal de vuestra formación espontánea. El hombre-animal que desarrollándose llega al super-hombre. Así decís. Pero a mi modo, en mi campo, no en el vuestro. No pasando de la condición de cuadrumanos a la de humanos sino de la de estos a la de espíritus. Cuanto más crezca el espíritu, tanto más evolucionaréis.

Vosotros que habéis de glándulas y os llenáis la boca hablando de hipófisis o de la pineal y ponéis en ella el asiento de la vida tomada no en el tiempo en que vivís, sino en los tiempos pasados y futuros, tened en cuenta que la verdadera glándula vuestra, la que os hace herederos eternos en la vida, es vuestro espíritu. Cuanto más se desarrolle, tanto más poseeréis luces divinas y evolucionaréis de hombres a dioses, a dioses inmortales, obteniendo así, sin contravenir al deseo de Dios, a si prohibición respecto del árbol de la vida de poseer ésta, como Dios quiere que la poseáis, porque Él la ha creado eterna y brillante para vosotros, un abrazo benéfico con su eternidad que os absorbe en Sí y os comunica sus propiedades.

Cuanto más se desarrolla el espíritu tanto más conoceréis a Dios. Conocer a Dios quiere decir: amarlo y servirlo; y, por lo tanto, ser capaz de invocarlo para sí y para los demás. Ser sacerdotes que desde la tierra ruegan por sus hermanos. Pues el consagrado es sacerdote, pero también lo es el creyente convencido, amoroso, fiel. Lo es sobre todo el alma víctima que se inmola a sí misma por impulsos de la caridad. Dios no mira lo que tiene uno puesto encima, sino el corazón. En verdad os digo que a mis ojos aparecen muchos tonsurados que no tienen nada de sacerdotes sino la tonsura, y muchos laicos en quienes la caridad que vive en ellos y que los consume es el Óleo de la ordenación que los hace mis sacerdotes, que el mundo no conoce, pero a quienes Yo bendigo”.

27. Juan va a buscar a la Madre de Jesús

7 abril 1944

Son las 10:30 del viernes santo, 1944 (7 – 4 – 44) la hora en que mi interno locutor me dice que fue la hora en que Juan fue donde la Virgen.

Me parece que Juan está mucho más pálido que cuando lo vi en el patio de Caifás con Pedro. Tal vez se debió a la luz de la hoguera, que le bañaba las mejillas. Ahora lo veo como si hubiera salido de una larga enfermedad. Al ver su túnica de color lila, su cara parece la de un ahogado, por lo pálido que está. Los ojos han perdido su brillo. Sus cabellos están sucios y despeinados. La barba rubio-blanca, que le ha brotado en estas horas, le pinta algo de claridad en las mejillas, y el mentón lo hace más pálido. Del jovial Juan, del alegre Juan de pocas horas antes, no queda nada, sino una ascua de ira, que apenas logró contener para no golpear a Judas.

Llama a la puerta de la casa. Del interior una voz, que parece tiene miedo de encontrarse nuevamente con Judas, le pregunta quién es. Responde: “Soy Juan”. Le abren y entra.

Se dirige al cenáculo, sin responder a la dueña que le pregunta: “Pero, ¿qué está pasando en la ciudad?”

³² Cfr. Ex. 20, 13; Deut. 5, 17; Mt. 5, 21; Rom. 13, 8-10.

³⁴ Cfr. Gén. 4, 25-26.

Se encierra, y cae de rodillas contra el asiento en que estuvo Jesús. Y llora al llamarlo en su dolor. Besa el mantel en el lugar donde el Maestro puso sus manos juntas. Acaricia el cáliz que Jesús tuvo entre sus manos... Luego dice: “¡Oh, Dios Altísimo, ayúdame! ¡Ayúdame a decirlo a su Madre! ¡No tengo valor!... Sin embargo *debo* decírselo. *Debo decírselo*, porque me he quedado solo”.

Se levanta. Piensa. Toca nuevamente el cáliz como para conseguir fuerza. Mira a su alrededor... Ve todavía la toalla allí donde Jesús la dejó, después se secó con ella, las manos al final del lavatorio de los pies, y la otra toalla con que se ciñó la cintura. Las toma, las dobla, las acaricia, las besa. Se queda de pie sin saber qué hacer en medio de la habitación vacía. Dice: “¡Vamos!”, pero no se mueve; antes bien regresa a la mesa, toma el cáliz, el pan del que Jesús tomó un pedazo para dárselo a Judas mojado y que está en el rincón de la mesa. Lo besa. Los toma con las toallas, se los aprieta contra el corazón como una reliquia. Repite: “¡Vamos!” y suspira. Camina hacia la escalera, que sube inclinado, con pasos lentos, que arrastra. Abre, sale.

“Juan, ¿has venido?” La Virgen está en la puerta de su habitación apoyándose contra el estípite, como si no tuviera fuerzas de estar de pie. Juan levanta su cabeza. La mira. Quiere hablar. Abre la boca. No logra decir nada. Dos gruesas lágrimas resbalan sus mejillas. Inclina su cabeza, avergonzado de su debilidad.

“Ven aquí, Juan. No llores. *Tú* no debes llorar. *Tú* siempre lo has amado y lo has contentado. Que eso te consuele”.

Estas palabras abren los diques al llanto de Juan, tan fuerte que la dueña de casa se asome como también María Magdalena, la mujer de Zebedeo y las otras...

“Ven conmigo, Juan... María se separa del estípite y lo toma de la muñeca. Lo lleva a la habitación como si fuese un niño. Cierra despacio la puerta para estar a solas con él.

Juan no se opone, pero, cuando siente que María pone sobre su cabeza su mano temblorosa, cae de rodillas poniendo en el suelo lo que traía contra el pecho. Y, con la cara hacia el suelo, asiendo la extremidad del vestido de María que se aprieta contra su afligida cara, en medio de sollozos, dice: “¡Perdón, perdón! ¡Madre, perdón!”

María, de pie, afligida, con una mano sobre el pecho y la otra colgando con una voz que destroza pregunta: “¿Qué debo perdonarte, pobre hijito? ¿Qué? ¡A ti, nada!”

Juan levanta su cara, la cara de un pobre niño que llora y grita: “¡Porque lo abandoné! ¡Porque huí! ¡Porque no lo defendí! ¡Oh Maestro mío. Oh Maestro, perdón! ¡Debería haber muerto antes de haberte dejado! ¡Madre, Madre! ¿Quién me quitará este remordimiento?”

“Calma, Juan. Él te perdona. Te ha perdonado ya. Jamás ha pensado en tu extravío. Te ama” María habla despacio, haciendo pausa entre frase y frase, como presa de ansia con una mano sobre la cabeza de Juan y la otra contra su pecho que palpita de aflicción.

“Ni anoche mismo pude comprenderlo... me dormí, cuando Él nos pidió que velásemos. ¡Abandoné a mi Jesús! Luego escapé cuando aquel maldito llegó con los sayones*...”

“Juan, no maldigas. No odies, Juan. Deja al Padre que juzgue. Escucha: ¿dónde está ahora?”

Juan vuelve a caer con la cara sobre tierra y llora más fuerte.

“Respóndeme, Juan. ¿Dónde está mi Hijo?”

“Madre... yo... Madre... ha sido...”

“Ha sido condenado, lo sé. Te pregunto, ¿en estos momentos dónde está?”

“Hice todo lo posible para que me viese... procuré recurrir a los que pueden hacer... que sufra menos, por compasión. No le han hecho mucho mal...”

“No mientas, Juan. Ni siquiera por compasión a una madre. No lo lograrías. Sería inútil. Lo sé. Desde anoche lo he seguido en su dolor. No lo ves. Pero mi cuerpo ha sido azotado con los mismos flagelos, sobre mi frente he sentido las espinas, he sentido los golpes... todo. Pero ahora... no veo más. ¡Ahora ignoro dónde esté mi Hijo condenado a la cruz!... ¡a la cruz!...

* sayón = persona que maltrata a alguien por orden de otro.

¡Oh Dios, dame fuerzas! Él *debe* verme. *No debo* sentir *mi* dolor mientras Él siente el suyo. Cuando... todo haya terminado, haz que muera, ¡oh Dios!, si quieres. Ahora no. Por Él no. Para que me vea. Vamos, Juan. ¿Dónde está Jesús?”

“Sale de la casa de Pilatos. Eso que oyes es la gritería que lanza la plebe a su alrededor. Está amarrado en los escalones del Pretorio, esperando la cruz, o bien ya va hacia el Gólgota”.

“Háblale a tu madre, Juan, y a las otras mujeres. Vámonos. Toma esta copa, este pan, esos lienzos... Ponlos aquí. Nos servirán de consuelo... después... y vámonos”.

Juan recoge los objetos tirados en el suelo y va a llamar a las mujeres. María lo espera, pasándose por el rostro los lienzos como para hallar en ellos la caricia de la mano de su Hijo. Besa el cáliz, el pan, y pone todo en un armario. Se arroja en su manto, haciendo que le llegue hasta los ojos, sobre el velo que le cubre la cabeza y que se lo envuelve en el cuello. No llora, pero sí tiembla. Parece como si le faltase el aire, pues abre la boca para respirar. Juan entra seguido de las mujeres que vienen llorando.

“¡Hijas, calmaos! ¡Ayudadme a no llorar! Vámonos”. Se apoya en Juan que la guía y sostiene como si fuese una ciega.

La visión cesa así. Son las 12:30 de ahora, esto es, las 11:30 de la hora solar

Después, desde la 1 hasta las 4 p. m. He quedado como abatida, en medio de un sopor, de un desvanecimiento tan fuerte que no podía hablar, ni moverme, ni abrir los ojos. Sólo sufrir. Sin ver nada, aun cuando en mi sufrir meditaba siempre en la agonía de Jesús. De pronto, a las 4 p. m. Vi morir a Jesús, mientras pensaba en el momento en que le clavaron las manos. Jesús dobló su cabeza de izquierda a derecha en una postrer contracción. Lanza un último y profundo suspiro. Mueve la boca como si quisiera decir otra palabra, pero no puede, y termina con un fuerte lamento que la muerte detiene. Los ojos se le cierran. La boca queda semiabierta, por un momento con la cabeza todavía levantada, erguida sobre el cuello como por un interno espasmo convulsivo, y luego cae hacia adelante, hacia la derecha. No más.

Después recobré un poco, muy poco de fuerzas hasta las 7 p. m. Y luego en medio de un horrible sopor hasta medianoche. Pero no hay ningún consuelo en la visión. También yo, como María, después de la sepultura, estoy sola. No veo nada. No oigo nada, sufro mucho. Para consolarme un poco le describo cómo vi a Jesús cuando se despidió de su Madre antes de la cena.

Jesús está de rodillas a los pies de su Madre. La tiene abrazada por la cintura, reclinando su cabeza sobre sus rodillas y levantando su rostro para mirarla una y otra vez. La luz de una lámpara de aceite de tres mecheros que está en el extremo de la mesa, cerca de la silla de la Virgen, da de lleno en el rostro de Jesús. Su Madre ha quedado muy bien a la sombra, pues tiene la luz detrás de su espalda. Jesús está muy bien iluminado.

Yo me deshacía en contemplar su rostro y observar hasta los más pequeños pormenores. Una vez más los describo. Su cabellera está dividida a la mitad de la cabeza. Le cae en largas guedejas hasta la espalda, onduladas, que terminan en pequeños rizos, brillantes, sutiles, bien peinados, de un color rubio sobre todo en las puntas que cobran el color de bronce. Una frente muy amplia, bellísima, lisa; sus sienes un poco hundidas en las que aparecen venas de color azul con un tinte de índigo, que se dejan ver bajo la blanquísima piel, de una blancura especial de ciertos individuos de cabellos rojo-rubios; un blancor lácteo con un matiz que sabe a Marfil, pero con un dejo levísimo de azul; piel delicadísima que parece un pétalo de camelia blanca, tan fina que se dejan ver aun las venas más delgadas, tan sensible que cualquier sentimiento se dibuja con más o menos colores vivos.

A Jesús siempre lo he visto pálido, un poco quemado del sol, desde que empezó sus largas caminatas por Palestina. La Virgen, por el contrario, es más blanca, porque siempre ha estado en casa. Pero su color blanco es rosado. El de Jesús es de color blanco-marfil con su tinte de azul. Nariz larga y recta, con una leve curvatura para arriba, hacia los ojos. Una nariz bellísima, delgada, bien hecha. Ojos hermosísimos, de ese color, que tantas veces he descrito,

de zafiro muy oscuro. Cejas y pestañas tupidas, pero no mucho. Largas, hermosas, tersas, castaño-oscuros, pero con un microscópico centelleo de oro en la punta de cada una de ellas. Las de María son de un castaño clarísimo, más sutiles y ralas. Tal vez se ven así porque son muy claras, tanto que parecen rubias. Su boca es regular, hasta un tantín pequeña, bien hecha, muy semejante a la de su Madre. Los labios de Jesús están bien proporcionados, ni demasiado delgados ni gruesos. Muestran una bella curvatura en el centro, en las comisuras como que desaparecen, y dejan ver una boca más pequeña de lo que es. Sus dientes son regulares, fuertes, grandes, blanquísimos. Los de María son por el contrario pequeños, pero regulares y sin estar abiertos.

Mejillas delgadas pero no descarnadas. Un óvalo muy estrecho y largo, hermosísimo; los pómulos no muy salientes, ni hundidos. La barba, tupida en el mentón, está partida en dos. Rodea pero no cubre la boca sino hasta el labio inferior y sube cada vez más pequeña. A la altura de la boca, disminuye y da la impresión en las mejillas como si fuese polvo de bronce esparcido sobre ellas. Donde la barba es tupida tiene un color rubio-rojo oscuro. De igual color son los bigotes, que no son muy tupidos, pero sí cortos. Apenas si cubren el labio superior y llegan sólo hasta las comisuras de los labios. Sus orejas son pequeñas, bien hechas, muy unidas a la cabeza, No sobresalen.

Al verlo, ayer noche, tan hermoso, y al pensar cómo lo he visto desfigurado, cuando se me ha aparecido muchas veces, durante la Pasión o después de ella, mi amor de compasión se ha hecho más agudo, Cuando vi que alargaba y ponía su rostro sobre el pecho de su Madre, como un niño necesitado de caricias, me preguntaba, una vez más, cómo pudieron los hombres enfurecerse de ese modo contra Él, que es tan dulce, tan bueno en todas sus acciones, y que con su presencia se atrae los corazones. Vi las hermosas, largas, pálidas manos que abrazaban a su Madre por la cintura, que abrazaban también sus brazos y me decía: "Dentro de poco serán traspasadas por los clavos" y sufría yo, cosa que hasta otros ven en mí.

Tanto he querido verlo hoy, Padre, porque me parecía que me estallaba el corazón o que estaba a punto de pararse. Me parece un siglo que no recibo a Jesús. Menos mal que ya son las dos de la mañana del sábado y se acerca la hora de la comunión. Pero estoy sola. Jesús no dice nada, ni la Virgen, ni Juan. Por lo menos lo esperaba. Nada, Silencio absoluto. Oscuridad completa. Es, realmente, la desolación...

28. Del pretorio al Calvario¹

26 marzo 1945

Pasa así el tiempo, no más de media hora y tal vez hasta menos. Luego Longinos, encargado de presidir la ejecución da sus órdenes.

Antes de que Jesús sea sacado fuera, a la calle, para recibir la cruz y ponerse en camino, Longinos, que lo ha mirado dos o tres veces, con una curiosidad bañada en cierta compasión y con la experiencia de alguien que conoce ciertas cosas, se acerca a Jesús con un soldado y le ofrece algo: parece una copa de vino. Digo, porque saca el líquido de color rubio-rojizo-claro de una cantimplora militar. "Te hará bien. Has de tener sed. Afuera hace sol. El camino es largo".

Jesús responde: "Dios te pague tu compasión. Pero no te prives de ello".

"Yo soy sano y fuerte... Tú... No me privo... Y luego... lo haría gustoso, con tal de darte algún consuelo... Un sorbo... para mostrarme que no odias a los paganos".

Jesús no rehúsa más y da un sorbo. Como tiene las manos desligadas, pues no tiene la caña ni la clámide., lo hace por sí mismo. No bebe más, pese a que la bebida está fresca y es buena, que le ayuda para la fiebre que se nota ya en las estrías rojizas de sus pálidas mejillas y en sus labios secos, y agrietados.

¹ Cfr. Mt. 27, 31-32; Mc. 15, 20-21; Lc. 23, 25-31; Ju. 19, 16-22.

“Toma, toma. Es agua con miel. Ayuda. Quita la sed... Me das compasión... de veras. No eres el hebreo a quien se debía matar... ¡Bueno! No te odio... y procuraré hacerte sufrir lo menos posible”.

Jesús no bebe más... Tiene realmente sed... La sed de los desangrados y calenturientos. *Sabe que no es una bebida narcotizada*, y de buena gana bebería. *Pero no quiere sufrir menos*. Lo comprendo, como comprendo por una luz interior que, más que el agua con miel, lo consuela la compasión del romano.

“Dios te pague este consuelo con bendiciones” añade. Y trata de sonreírle... con su boca hinchada, herida, que dolorosamente se cierra, porque entra la nariz y el pómulo derecho se está hinchando sin cesar la parte donde recibió el palo que le dieron en el patio interior después de la flagelación.

Llegan los dos ladrones, rodeados cada uno de una decuria. Es la hora de ponerse en marcha. Longinos da sus últimas órdenes.

Una centuria se forma en dos filas distantes una de la otra, unos tres metros. Avanza hacia la plaza en que otra centuria formando cuadro se ha colocado para rechazar a la gente que puede estorbar el cortejo. En la plazoleta hay soldados a caballo: una decuria a cuyo frente va un joven graduado llevando las insignias. Un soldado de infantería tiene de las riendas el caballo morcillo del centurión. Longinos sube y se dirige a su lugar, unos dos metros delante de los once a caballo.

Taren las cruces. Las de los dos ladrones son más cortas. La de Jesús muy larga. Estoy segura que el palo travesano mide sus cuatro metros. Veo que la traen ya formada.

Sobre este punto leí... hace años, cuando leía yo, que la cruz la formaron en la cima del Gólgota y que en el camino los condenados llevaban solo los dos palos arrastrándolos sobre las espaldas. Puede ser. Pero yo veo una cruz verdadera, bien hecha, fuerte, perfectamente unida en medio y bien reforzada con clavos-tornillos. De hecho, si se piensa que era para sostener el peso de un cuerpo poco común como era el de un adulto, y sostenerlo en las convulsiones finales, se comprende que no podía haber sido hecha en la estrecha e incómoda cima del Calvario.

Antes de poner la cruz sobre Jesús le cuelgan al cuello la tablilla, en que se lee: “Jesús Nazareno, rey de los judíos. El lazo con que va amarrada, pega contra la corona que se mueve, rasga la piel y penetra en lugares diversos causando nuevos dolores y haciendo que brote más sangre. La gente, sádica, se ríe de gusto, insulta, blasfema.

Todo está listo. Longinos da la orden de ponerse en marcha. “Primero el Nazareno, detrás los dos ladrones. Una decuria alrededor de cada uno. Las otras siete formen ala y refuerzo. El soldado que hiera a muerte a los condenados será responsable de ello”.

Jesús baja los tres peldaños que llevan del vestíbulo a la plaza. Al punto se ve que Jesús está muy débil. Vacila al bajar los tres peldaños, estorbado por la cruz, que el oprime la espalda llagada, por la tablilla escrita que se balancea hacia adelante y le corta el cuello, por las diferentes posiciones que toma la cruz al moverse Jesús para bajar los escalones y por lo áspero del suelo.

Los judíos se ríen al ver que, cual ebrio, se bambolea. Gritan a los soldados. “Pegadle. Hacedlo caer. ¡Al polvo el blasfemo!”

Los soldados cumplen sólo con lo que deben, esto es, ordenan a Jesús a que se meta en la mitad del camino y que avance. Longinos espolea su caballo, y el cortejo se pone en marcha lentamente.

Longinos quisiera hacerlo más rápido, tomando el camino más breve que lleva al Gólgota, porque no está seguro de la resistencia de Jesús. Pero los canallas judíos y ya es mucho darles ese nombre, no son de igual parecer. Los que han sido más astutos, se han adelantado hasta el cruce donde la calle se bifurca en dos, una que lleva a las murallas y la otra a la ciudad, y meten confusión, aullando, cuando ven que Longinos quiere tomar la de la muralla.

“¡No puedes hacerlo! ¡No puedes hacerlo! ¡Es ilegal! La ley dice que los condenados deben ser vistos por la ciudad donde pecaron⁴”. Los judíos que vienen detrás del cortejo comprenden que se les quiere privar de un derecho, y unen su gritería a la de los otros.

Por amor de la tranquilidad Longinos da vuelta por la calle que va a la ciudad y avanza un poco, pero hace señal a un decurión de que se le acerque (digo decurión porque es un graduado, tal vez sea uno de los que nosotros llamaríamos oficiales de ordenanza), le da órdenes en voz baja. El oficial regresa rápido, transmite la orden a cada jefe de decuria, luego regresa a donde Longinos, y da cuenta de lo hecho. De nuevo ocupa su lugar de antes, que está en la fila que sigue a Longinos. Jesús camina jadeando. Cada hoyo de la calle es una trampa para su pie vacilante y un tormento para sus espaldas llagadas, para su cabeza coronada de espinas, sobre la que cae un sol demasiado caliente, que de vez en vez se esconde tras un montón de nubes plumizas. Pero aun así, no deja de quemar. Jesús está congestionado por la fatiga, la fiebre, el calor. Me imagino que la luz y los gritos le harán sufrir. Si no puede taparse los oídos para no oír los gritos descompuestos, cierra un poco sus ojos para ver el camino abrasado por los rayos del sol... Pero tiene qué abrirlos porque tropieza con piedras y hoyos. Cada tropiezo le causa dolor porque la cruz se mueve bruscamente y penetra la corona. La llaga de la espalda se hace cada vez mayor y el dolor aumenta.

Los judíos no puede pegarle ya directamente, pero de vez en cuando le llega una pedrada o algún palo. Las pedradas sobre todo en las plazuelas llenas de gente. Los palos, en las vueltas por las callejuelas que suben y bajan con escalones de uno, tres o más. En esos lugares, forzosamente el cortejo avanza despacio y no falta quien, desafiando las lanzas romanas, trate de herir a Jesús.

Los soldados lo defienden como pueden; pero al hacerlo lo golpean, le pegan porque las astas largas de las lanzas, que blanden al aire, le alcanzan y lo hacen tropezar. Llegados a un determinado punto, los soldados hacen una maniobra impecable y, pese a los gritos y amenazas, el cortejo toma bruscamente por una calle que lleva derecha a los muros, de bajada, una calle que acorta con mucho el camino hacia el lugar del suplicio.

Jesús jadea mucho más. El sudor le baña el rostro con la sangre que le brota de las heridas causadas por la corona de espinas. El polvo se adhiere al rostro sudado y lo mancha con huellas extrañas, porque todavía sopla el viento, con rachas a intervalos, que arrastran consigo inmundicias que pagan en los ojos y en las gargantas.

En la puerta Judicial se ha agolpado mucha gente. Los que previeron que por ahí pasaría el cortejo, han escogido un buen lugar para ver. Un poco antes de llegar allí, Jesús da muestras claras de caer. La intervención pronta de un soldado, sobre el que Jesús caería, impide que caiga a tierra. La gentuza a carcajadas grita: “¡Déjalo! A todos decía: “Levántate”. Que se levante Él ahora...”

Más allá de la puerta hay un arroyuelo con su puente. Otra fatiga para Jesús el caminar sobre esas vigas malamente unidas, sobre las que rebota con mayor fuerza la cruz. Y una nueva ocasión para que los judíos puedan arrojar sus proyectiles. Las piedras del arroyuelo vuelan por el aire y golpean a Jesús...

Empieza la subida al Calvario. Un camino desnudo, sin una pizca de sombra, empedrado con piedras separadas y que directamente empieza a subir.

También referente a este punto había yo leído que el Calvario era un monte de unos cuantos metros de altura. Así será. Ciertamente no es muy alto, pero más respecto a los Lungarni, el monte de las Cruces donde está la basílica de S. Miniato en Florencia. Alguien dirá: “Qué gran cosa”. Ciertamente, para alguien que está bien de salud no es gran cosa. Pero basta con que alguien tenga un corazón débil, y lo podrá decir... De mi parte lo sé. Después que me enfermé del corazón no muy gravemente, no podía subir allí sin sufrir mucho, teniendo qué detenerme a cada intervalo, y eso que no llevaba nada sobre mis espaldas. Creo que el

⁴ Cfr. Lev. 24, 10-23; Núm. 15, 32-36; 3 Rey. 21, 1-86; Ju. 19, 19-20.

corazón de Jesús no funcionaba bien desde la flagelación y por el sudor de sangre... no veo más que estas dos cosas.

Jesús sufre horriblemente al subir, llevando consigo el peso considerable de la cruz.

Se topa con una piedra saliente y, como va muy agotado, tropieza con ella, cae sobre la rodilla derecha, pero logra levantarse con la mano izquierda. La plebe grita de alegría... Vuelve a levantarse. Avanza. Siempre más inclinado y jadeante, congestionado, calenturiento...

La tablilla que lleva adelante le estorba la vista. El vestido, al caminar más encorvado, le impide andar. Nuevamente tropieza y va a caer de rodillas hiriéndose de nuevo, donde antes se había herido. La cruz, que se le escapa de las manos, cae, golpeándolo duramente en la espalda. Lo obliga a agacharse para levantarla, y ponérsela de nuevo sobre la espalda. Al hacer esto, se ve claramente la llaga que la cruz le ha formado con el roce, y que ha abierto las muchas llagas que le produjeron los azotes, y que han formado una sola, de la que brota suero y sangre, de modo que la túnica blanca está completamente manchada en esa zona. La gentuza hasta aplaude de alegría al verlo caer de ese modo tan miserable...

Longinos grita que se den prisa. Los soldados, con golpes dados con sus dagas, dicen al pobre Jesús que siga. Y de nuevo empieza el camino con una lentitud mayor que antes, pese a toda clase de solicitudes.

Jesús parece como si estuviera ebrio. Pega contra ésta, contra aquella hilera de soldados, aunque la calle es ancha. La gente lo ve y grita: "Se le ha subido a la cabeza su doctrina. ¡Mira, mira cómo tropieza!" Otros, que no son del pueblo, sino *sacerdotes y escribas*, maliciosamente se ríen: "No. Son los banquetes en casa de Lázaro que todavía le hacen efecto. ¿Eran sabrosos? Ahora come *nuestra* comida..." y palabras semejantes.

Longinos, que de vez en cuando se vuelve, se compadece de Jesús y ordena que se detengan todos por algunos minutos. Lo insulta tanto la plebe que el centurión ordena a los soldados atacar. La cobarde plebe, al ver las lanzas que brillan y que amenazan, se retira, aullando y huyendo por acá y por allá del monte.

Aquí es donde vuelvo a ver entre los pocos que se han quedado detrás de unas ruinas tal vez de un muro derrumbado, el grupo de pastores. Acongojados, desconcertados, polvorientos, llaman con la fuerza de sus miradas a la de su Maestro. Y Él vuelve su cabeza, los ve... los mira detenidamente como si fueran caras de ángeles; parece calmar su sed y tomar fuerzas con sus lágrimas. Sonríe... Se da la orden de volver a caminar. Jesús pasa entre ellos, y hasta sus oídos llegan sus gemidos. Fatigosamente dobla su cabeza bajo el yugo de la cruz y nuevamente sonríe...

Sus consuelos... diez caras... una parada bajo el sol abrasador...

Después viene el dolor de la tercera y completa caída. Esta vez no es porque haya tropezado, sino que de pronto perdió las fuerzas, por un síncope. Cae cuan largo es, pegando su rostro contra las baldosas mal unidas, y sigue así en el polvo bajo la cruz que se le dobla por encima. Los soldados tratan de levantarlo, pero como parece que está muerto, van a avisar al centurión. Mientras van y vienen, Jesús vuelve en sí; y, lentamente, con la ayuda de los soldados, de los que uno ha levantado la cruz, y del otro que le ayuda a ponerse de pie, se coloca en su lugar, pero está completamente agotado.

"¡Procurad que no muera sino en la cruz!" grita la gentuza.

"Si lo hacéis morir antes, responderéis ante el Procónsul, tenedlo muy en cuenta. El reo debe llegar vivo al suplicio" dicen los principales de los escribas a los soldados.

Estos con sus miradas de rabia, los perforan, pero su disciplina no les deja hablar.

Longinos piensa, como los judíos, que Jesús puede morir en el camino y quiere evitarse dificultades. Sin necesidad de que alguien se lo diga. Conoce su deber de jefe de la ejecución, y prevé, pero de un modo que desorienta a los judíos que se han adelantado por el camino al que se unen todos los otros del monte. Sudorosos, arañados por los matorrales espinosos del monte desierto y abrasador, dan con las ruinas que estorban el camino, como si fuese un lugar

despejado para Jerusalén, sin preocuparse de otra cosa más que la de no perderse de un jadeo de Jesús, de una mirada de dolor, de un gesto involuntario de sufrimiento, y sin otro miedo que no sea de no estar en un buen lugar para ver. Longinos, pues da orden de emprender el largo camino que sube en espiral por el monte y que es menos escarpado.

Me parece que este sendero, porque es muy frecuentado, es menos pesado. El cruce de un camino con el otro ocurre a una cierta mitad del monte, pero veo que, más arriba, el sendero es cruzado cuatro veces por el menos escarpado y más largo. Por este camino se divisan personas que suben, pero que no toman parte de la indigna gritería de los enemigos entrañables de Jesús que le siguen para gozarse con verle sufrir. Son en su mayoría mujeres que lloran bajo sus velos, alguno que otro grupillo de hombres, raro en verdad, que más adelante que las mujeres, está para desaparecer del camino, al dar la vuelta al monte. En este punto el Calvario tiene una especie de punta en su grotesca estructura en forma de trompa de una parte, mientras que de la otra se hunde.

Los hombres desaparecen tras la punta rocosa y los pierdo de vista.

La gente que seguía a Jesús aúlla de rabia. ¡Qué contenta se pondría si viera a Jesús caer! Escupen contra Él y contra quienes lo llevan palabras obscenas. Unos siguen el cortejo; otros rápidamente toman por el camino escabroso, para escoger un buen lugar en cambio de su deseo insatisfecho.

Las mujeres que van llorando, vuelven al oír los gritos, y ven que el cortejo sigue en aquella dirección. Se detienen. Se pegan al monte por temor de que los judíos las echen abajo. Se bajan más el velo. Hay una que lo trae como si fuese una musulmana. Deja tan solo libres sus negríssimos ojos. Las mujeres vienen vestidas muy ricamente y traen por defensa suya a un viejo robusto, que no puedo saber quién es, porque viene completamente envuelto en su manto. Veo sólo su larga barba, más blanca que negra, que se asoma por el manto de color muy oscuro.

Cuando Jesús llega a donde están, lloran más fuertemente y se inclinan profundamente en señal de saludo. Luego, valerosamente, avanzan. Los soldados quieren hacerlas a un lado con sus astas, pero la que viene cubierta como musulmana por un momento se levanta el velo, el alférez que había llegado a caballo para saber por qué se había detenido la marcha la ve, y da órdenes de dejarla pasar. No puedo ver ni su cara, ni su vestido, porque cuando se levantó el velo lo hizo con una rapidez sorprendente y su vestidura la oculta un largo y pesado manto que le llega hasta la tierra, cerrado por una serie de brocamantones. Al sacar su mano para levantarse el velo, veo que es blanca y hermosa. Fuera de esto y de los negríssimos ojos no veo más de esta alta matrona, que debe ser influyente, pues el alférez le obedece al punto.

Se acercan a Jesús llorando. Se arrodillan a sus pies, mientras Él se detiene jadeante... y, sin embargo, encuentra el modo de sonreírles y al hombre que las acompaña, el cual se descubre la cara y veo que es Jonatás. Los guardias no lo dejan pasar, sino sólo a las mujeres. Una es Juana de Cusa. Está más deshecha que cuando agonizaba. En su cara blanca como la nieve no se ve otro color fuera de las huellas de su llanto. Sus negros ojos han cobrado el color de un violeta oscurísimo, como el de ciertas flores. Tiene en sus manos una jarra de plata y la ofrece a Jesús, que no la acepta. Por otra parte, jadea tanto que no podría beber. Con la mano izquierda se seca el sudor y la sangre que le cae en los ojos que corre por las mejillas amoratadas y el cuello en que se ven las venas hinchadas por el esfuerzo del corazón, hasta que le empapa todo el pecho.

Otra mujer que trae consigo a una joven criada con un pequeño cofre, lo abre y saca un lino finísimo, cuadrado, lo ofrece al Redentor, que lo toma. Y como no puede hacerlo con una mano, la compasiva mujer le ayuda, procurando no moverle la corona. Jesús oprime el fresco lino sobre su rostro, y se lo tiene así como si encontrase un gran consuelo. Devuelve el lino y dice: "Gracias Juana, gracias Nique... Sara... Marcela... Elisa... Lidia... Ana... Valeria... y tú... Pero no lloréis... por Mí... hijas de Jerusalén... sino por los pecados... los vuestros y por los de ellos... de vuestra ciudad... Bendice... Juana... de no tener... más hijos... Mira... es piedad de Dios... no... no tener hijos... para que... no sufran esto... Y también... tú, Isabel... Mejor...

como fue... que entre los deicidas... Y vosotras... madres... llorad por vuestros hijos... porque... esta hora no pasará... sin castigo. Y qué castigo, si así es para... el Inocente... Lloraréis... de haber concebido... amamantado y de... tener todavía vivos... los hijos... Las madres de aquella hora... llorarán porque... en verdad os digo... que será afortunado... quien en ese entonces... caiga bajo los escombros... Os bendigo... idos a casa... rogad... por Mí. Adiós Jonatás... acompaña las..."

En medio de clamores de llanto y de injurias de los judíos, Jesús emprende de nuevo el camino.

Nuevamente está bañado en sudor. También los soldados y los otros dos que van al suplicio sudan porque el sol un día que amenaza tempestad cae como fuego, y el monte encandecido aumenta el calor. ¿Qué no sentirá Jesús con su vestido de lana, que trae sobre las heridas de los azotes? ¡Puede uno imaginarse y horrorizarse!... Pero no lanza ni un lamento. Pese a que el camino es menos pendiente y no hay esas piedras sueltas, como en el otro, tan peligrosas para sus pies que va arrastrando, Jesús vacila cada vez más, yendo ya contra una, ya contra otra fila de los soldados y siempre más encorvado.

Piensan que podrán ayudarlo atándolo con dos cuerdas a la cintura, de manera que así pueden sostenerlo. Lo logran, pero no le quitan el peso. Antes bien las cuerdas, al dar contra la cruz, la mueven continuamente sobre la espalda y mueven también la corona que ha herido la frente de Jesús, que parece un tatuaje sangriento. Además los lazos restregan la cintura donde hay tantas heridas, que de nuevo abrirán, pues la túnica blanca se pone de color rojo pálido. Por quererlo ayudar, lo hacen sufrir más.

Continúa el camino. Da vuelta al monte, hacia el camino empinado. Aquí están María y Juan. Creo que Juan la trajo a este punto en que hay sombra, detrás del declive del monte, para que descanse un poco. Arriba y abajo, la pendiente se hunde o se levanta muy inclinada. Los judíos no la siguen. Allí hay sombra, porque creo que es el norte, y a María, que está contra el monte, no le da el sol. Está apoyada contra la tierra. De pie, agotada, jadeante, pálida como un cadáver con su vestido azul oscuro, casi negro.

Juan la mira con toda la compasión. También él ha perdido el color de su cara. Es cenizo ahora. Dos ojos cansados y abiertos desmesuradamente. Despeinado. Las mejillas hundidas como si hubiera estado enfermo. Las otras mujeres, María, Marta, hermanas de Lázaro, María de Alfeo y de Zebedeo, Susana de Caná, la dueña de la casa y otras que aún no conozco, están en medio del camino y espían si llega el Salvador. Al ver que llega Longinos, corren a donde María a darle la noticia. María, sostenida del brazo por Juan, se separa, majestuosa en su dolor, de la orilla del monte y valerosamente se pone en medio del camino, haciéndose sólo a un lado al llegar Longinos, que desde lo alto de su caballo morcillo mira la palidez de María y a su rubio acompañante, pálido, de ojos azules como los de ella. Mueve la cabeza al pasar seguido de sus once a caballo.

María trata de pasar entre los soldados que van a pie, pero como van sudando y tiene prisa, quieren rechazarla con las astas, tanto más cuando del camino empedrado caen piedras en protesta de tanta compasión. Son los judíos que todavía gritan de nuevo por el tiempo que hacen perder las mujeres y dicen: "¡Pronto, pronto! Mañana es pascua. Hay que acabar esta misma tarde. ¡Cómplices! ¡Befadores de nuestra ley! ¡Opresores! ¡Muerte a los invasores y a su Mesías! ¡Lo aman! ¡Eh, cómo lo aman! ¡Os lo regalamos! ¡Metedlo en vuestra maldita Urbe! ¡Os lo damos! ¡No lo queremos! ¡La carroña a las carroñas! ¡La lepra a los leprosos!"

Longinos pierde la paciencia, espolea su caballo, seguido de los otros diez lanceros, contra los canallas que insultan, y que por segunda vez huyen. Cuando hace esto, ve una carreta parada, que había subido sin duda hasta allí de las huertas que hay en las faldas del monte y que está esperando con su carga de verduras a que pase la multitud para ir a la ciudad. Me imagino que la curiosidad influyó un poco en Cirineo y en sus hijos a subir hasta acá, porque no había necesidad de ello. Los dos hijos, recostados en el motón de verduras, miran y se ríen de los judíos que huyen. Su padre, al contrario, un hombre muy robusto como de 45 años de

dad, de pie, junto a un asno, que se ha espantado y quiere echar para atrás, mira atentamente el cortejo.

Longinos lo mira de arriba a abajo. Piensa que le puede servir y le ordena: “¡Oye, ven aquí!” Cirineo finge no oír, pero con Longinos nadie juega. Repite la orden en tal forma que Cirineo deja las ruedas del borrico a uno de sus hijos y se acerca al centurión.

“¿Ves a ese hombre?” le pregunta. Y al hacerlo se vuelve para señalar a Jesús. En ese momento ve que María suplica a los soldados que la dejen pasar. Siente compasión y grita: “Dejadla pasar”. Luego dice al Cirineo: “No puede seguir así. Tú estás fuerte. Toma su cruz y llévasela hasta la cima”.

“No puedo... tengo el asno... es asustadizo... los muchachos no pueden sujetarlo...”

Longinos le replica: “Ve, si no quieres perder el asno y que se te den veinte azotes”.

Cirineo no se opone más. Grita a los muchachos: “Volved a casa y pronto. Decid que no me tardo” y va donde Jesús.

Llega en el momento en que Jesús se vuelve hacia su Madre que sólo ve ahora que se acerca, porque como camina tan inclinado y con los ojos casi cerrados, como si estuviese ciego, grita: “¡Mamá!”

Es la primera palabra que manifieste su dolor desde que está sujeto a padecer. En este grito vive la confesión de todos y cada uno de sus dolores del alma, de su corazón, de su cuerpo. Es el grito agudo y destrozador del niño que muere solo, entre verdugos, en medio de los peores tormentos... que llega a tener miedo aun de su propio aliento. Es el lamento de un niño que delira, aterrorizado por visiones horribles... Busca a su madre para que con su beso fresco calme el ardor de la fiebre, y para que su voz ahuyente los fantasmas, su abrazo haga menos terrible la muerte...

María se lleva la mano al corazón como si hubiese recibido una puñalada, se le ve que levemente vacila, pero se recobra, apresura el paso y mientras con los brazos tendidos hacia su Hijo, grita: “¡Hijos!” Lo dice en tal forma que solo el que tenga corazón de hiena, no puede menos de sentir dolor.

Hasta los romanos experimentan un sentimiento de compasión... y eso que son hombres acostumbrados a las armas, a la muerte, con cicatrices en sus cuerpos. Las palabras: “¡Mamá!” e “¡Hijo!” son las mismas y para todos, menos para los de corazón de hiena. Dondequiera que se digan, hacen nacer sentimientos de profunda compasión...

Cirineo siente lo mismo... Como ve que María no puede abrazar a su Hijo con la cruz y, desconsolada, baja sus brazos extendidos, -en cambio de ello quiere enviarle algo así como una sonrisa de mártir para darle valor, mientras que por entre sus labios corren las lágrimas, y ve que Jesús tuerce su cabeza bajo el yugo de la cruz, buscando poderle decir algo, de enviarle un beso con su pobre labios heridos, secos, golpeados- se apresura a levantar la cruz y lo hace con delicadeza de un padre, para no mover la corona o rozar las llagas.

María no puede besar a su Hijo... Aunque levemente lo tocara, sería una tortura. Se abstiene... los sentimientos más santos tienen un pudor profundo. Buscan que se les respete o que se les compadezca. No que se les burle, ni se les mire con curiosidad. Sólo ambos corazones angustiados se besan.

El cortejo emprende de nuevo la marcha al empuje del pueblo enfurecido y que los separa, haciendo a un lado a la Virgen, contra el monte, expuesta a que se burlen de Ella... Ahora detrás de Jesús caminan Cirineo con la cruz. Él, libre del peso, camina mejor. Jadea fuertemente. Se lleva con frecuencia la mano al corazón, como si tuviese un gran dolor, una herida allí, en la región esterno-cardíaca. Como no trae las manos ligadas, se echa los cabellos, empapados de sangre y sudor, hacia las orejas, para sentir el aire sobre su rostro lívido. Se desata el cordón del cuello, porque le molesta para respirar... Puede caminar un poco mejor.

María se ha hecho a un lado con las mujeres. Sigue el cortejo, una vez que ha pasado; luego, por una vereda, se dirige a la cima del monte, desafiando los insultos de la plebe

enfurecida. Como Jesús está ya suelto, el último tramo que faltaba se hace pronto. Ya están cerca de la cima, llena de gente que aúlla.

Longinos se detiene y da órdenes que a *todos, sin excepción*, se les eche abajo, para que la cima, lugar de la ejecución, quede libre. La mitad de la centuria cumple sus órdenes empleando sus dagas y astas. Bajo la granizada de golpes y palos, los judíos desalojan la cima. Quieren quedarse en la explanada que hay abajo, pero los que están allí no lo permiten y se arma entre sí una buena pelea. Parecen todos locos.

Como lo había dicho desde el año pasado, el Calvario, en su cima, tiene la forma de un trapecio irregular. Sobre esta explanada hay tres agujeros profundos, cubiertos con ladrillo o pedazos de pizarra. Cerca hay piedras y tierra para reforzar las cruces. Otros agujeros se les ha llenado de piedras. Se comprende que según el número de los sentenciados, se abren los hoyos.

Los soldados que echaron a la gente de la cima, a base de golpes calman la pelea que entre sí han trabado los judíos, y abren paso para que atravesase el cotejo sin dificultad el último trozo del camino. Se quedan en esta posición, formando como ala, mientras los tres sentenciados, rodeados de jinetes y protegidos por detrás por la otra media centuria, llegan hasta el punto donde deben detenerse: a los pies de la plataforma natural que es la cima del Gólgota.

Mientras esto sucede, descubro a las Marías. Un poco detrás de ellas esta Juana de Cusa con otras de las mujeres de antes. Las demás regresaron solas, porque Jonatás está aquí, detrás de su patrona. No está la que llamamos Verónica y a la que Jesús llamó Nique, ni su criada. Tampoco a la que obedecieron los soldados. Veo a Juana, la vieja Elisa, a Ana y dos más que no puedo identificar. Detrás de estas mujeres y de las Marías veo a José y a Simón de Alfeo, Alfeo de Sara junto con el grupo de los pastores. Lucharon con quienes los querían arrojar insultándolos, pero su fuerza, que duplica el amor y el dolor, los hizo vencer. Han formado un semicírculo libre, contra el que los cobardísimos judíos no se atreven sino lanzar gritos de muerte y enseñarles los puños, pero no más, porque los bastones de los pastores son gruesos, pesados; y la fuerza de sus músculos es mucho mayor de lo que pudieran imaginarse. No creo exagerar. Se necesita verdadero valor para quedarse allí aunque sean poco, aunque se les tome por galileos o seguidores del Nazareno. Es el único lugar del Calvario donde no se maldice a Jesús.

Los tres lados que bajan a la hondonada sin ninguna escarpadura, están llenos de gente. No se distingue el suelo amarillento. Bajo los rayos del sol, aquella gente da la impresión de un prado florido de corolas de todos colores, ¡tan apretados se ven los capuchos y los mantos! Más allá del arroyo, por el camino, se ve más gente; y también más allá de la muralla. Dígase lo mismo de las terrazas. El resto de la ciudad está desierto... vacío... silencioso. Toda está aquí. Todo el amor y todo el odio. Todo el silencio que ama y perdona. Toda la gritería que odia y maldice.

Los encargados de la ejecución preparan sus instrumentos, limpian bien los hoyos. Los sentenciados esperan en el centro. Los judíos, que se han refugiado en el rincón opuesto a donde están las Marías, las insultan. También a la Madre de Jesús: “¡A muerte los galileos! ¡A la muerte! ¡Galileos, galileos! ¡Malditos! ¡A la muerte el Galileo blasfemo! ¡Clavad también en la cruz al seno que lo llevó! ¡Mueran las víboras que paren demonios! ¡A la muerte! ¡Limpiad a Israel de las mujeres que se unen con los machos cabríos...”

Longinos que ha bajado del caballo, se voltea y mira a la Virgen... Ordena hacer callar aquella gritería... La media centuria que estaba a las espaldas de los condenados ataca a los canallas y limpia la plazoleta, mientras los judíos escapan por el monte pisoteándose los unos a los otros. Los demás soldados bajan también del caballo. Uno de ellos toma los once caballos además el del centurión y los lleva a la sombra.

El centurión va a la cima. Juan de Cusa se le acerca, lo detiene. Le da la jarra y una bolsa. Luego vuelve al ángulo del monte con las otras.

Arriba todo está listo. Se hace subir a los sentenciados. Jesús pasa otra vez cerca de su Madre que lanza un gemido, que ella misma trata de sofocar, llevándose el manto a la boca. Los judíos lo ven y se carcajean.

Juan, el manso Juan, que, con un brazo sostiene a María, se vuelve con una mirada feroz. Le brillan los ojos. Ceo que si no hubiera tenido que velar por las mujeres, tomaría a uno de esos cobardes por la garganta. Apenas los sentenciados están sobre el cadalso, los soldados rodean la plazoleta por los tres lados. No queda vacío sino el que está escarpado.

El centurión ordena a Cirineo que se vaya, él no quiere, no por sadismo, sino por amor. Se queda junto a los galileos con-dividiendo con ellos los insultos que los canallas lanzan contra estos extenuados fieles de Jesús.

Los dos ladrones echan al suelo sus cruces en medio de maldiciones. Jesús guarda silencio.

El camino doloroso ha terminado.

29. la crucifixión ¹

27 marzo 1945

Cuatro musculosos hombres, que por su aspecto me parece que sean judíos y judíos dignos de la cruz más que los sentenciados, de la misma ralea que los encargados de la flagelación, brincan de una vereda al lugar del suplicio. Traen túnicas cortas y sin mangas. En las manos clavos, martillos y cuerdas, objetos que, con gestos, muestran a los sentenciados. Los canallas son presa de sanguinario delirio.

El centurión presenta a Jesús la jarra para que beba vino con mirra, que sirve de ligero anestésico, pero no acepta. Los dos ladrones beben mucho. La jarra, que tiene una boca ancha, ya vacía, la colocan cerca de una gran piedra, casi junto al borde de la cima.

Se ordena a los sentenciados que se desvestan. Los dos ladrones lo hacen sin ningún pudor, hasta gozan de insinuar gestos obscenos a la plebe y sobre todo al grupo sacerdotal que se distingue por sus vestidos blancos de lino, y que poco a poco, ha vuelto a la plazoleta inferior aprovechándose de su autoridad. Se les han juntado dos o tres fariseos y otros poderosos personajes a quienes el odio une. Veo a unos que conozco bien, por ejemplo a Yocana, a Ismael, al escriba Sadoc, a Elí de Cafarnaúm...

Los verdugos ofrecen tres pedazos de tela para que se cubran las ingles. Los ladrones los toman con horribles maldiciones. Jesús, que se ha ido quitando sus vestiduras despacio por el dolor de las heridas, lo rehúsa. Tal vez piensa que todavía puede conservar los paños menores que tuvo en la flagelación, pero cuando se le dice que aun estos se quite, extiende su mano al verdugo y le pide el pedazo de tela para cubrirse. Es realmente el Aniquilado³, el Nada, reducido a tener que pedir un trapo a los delincuentes.

María lo ve. Se quita el largo y fino velo blanco que le cubre la cabeza bajo el manto oscuro, y que ha bañado con sus lágrimas. Se lo quita sin que se le caiga el manto. Lo da a Juan para que se lo dé a Longinos y éste a Jesús. El centurión toma el velo sin protestar. Cuando ve que Jesús que está volteado hacia el lugar donde no hay gente, y de este modo muestra su espalda llena de golpes, de heridas abiertas que sangran, le da el lino de la Virgen. Jesús lo reconoce. Se lo pone cuidadosamente para que no se caiga... Sobre este lino, que hasta ahora ha sido bañado en lágrimas, caen ahora las primeras gotas de sangre, porque muchas heridas apenas cubiertas de coágulos, se han vuelto a abrir y a manar sangre al inclinarse para quitarse las sandalias y los vestidos.

Jesús se vuelve a la plebe. Se observa ahora que también el pecho, los brazo, las piernas fueron azotados. A la altura del hígado tiene un enorme moretón, y bajo el arco costal izquierdo se ven claras siete rayas que terminan en siete pequeños golpes que sangran... un

¹ Cfr. Mt. 27, 33-59; Mc. 15, 22-45; Lc. 23, 32-52; Ju. 19, 23-39.

³ Cfr. Flp. 2, 5-11.

cruel golpe que recibió en esta zona tan sensible del diafragma. Las rodillas, sobre las que se golpeó varias veces después de la detención y en la subida al Calvario están negras de cardenales, abiertos en la rótula, sobre todo en la rodilla derecha, y son una parte que también sangra.

Los canallas se burlan de Él en coro: “¡Oh, bello! ¡El más bello de los hijos de los hombres! Las hijas de Jerusalén te adoran...” y en tono de salmo: “Mi amado es blanco y rubicundo, diverso de miles y miles. Su cabeza es oro puro; sus cabellos, racimos de palmera, sedosos como plumas de cuervo. Los ojos son como dos palomas que se bañasen en arroyuelos no de agua, sino de leche, en la blancura de sus órbitas. Sus mejillas son jardines de aromas; sus labios, lirios purpurinos que destilan deliciosa mirra. Sus manos bellas, como trabajo de orfebre, terminando en jacintos rosados. Su tronco es marfil con vetas de zafiros. Sus piernas, perfectas columnas de blanco mármol sobre pedestales de oro. Su majestad es como la del Líbano; imponente, es más alto que el más alto cedro. Su lengua está impregnada de dulzura y él es toda una delicia⁵”. Se carcajean. Gritan: “¡El leproso! ¡El leproso!⁶ Fornicaste con un ídolo⁷, pues Dios te castiga de este modo. Has murmurado contra los santos de Israel, como María murmuró de Moisés⁸, pues de este modo se te premia. ¡Oh, oh, el Perfecto! ¿Eres el Hijo de Dios? ¡Que no! ¡Eres un aborto de Satanás! Porque por lo menos él, Mammona, es poderoso y fuerte. Tú... eres una piltrafa impotente y asquerosa”.

Los ladrones están amarrados a las cruces y se lleva a su lugar, uno a la derecha, otro a la izquierda, respecto del lugar destinado a Jesús. Gritan, maldicen, sobre todo cuando las cruces están ya cerca del agujero y los sacuden, haciendo que las cuerdas aprieten fuertemente las muñecas. Blasfeman de Dios, de la ley, de los romanos, de los judíos. Son uno demonios.

Es el turno de Jesús. Se extiende sobre el leño sin oponerse. Los dos ladrones se mostraron tan rebeldes que, no dándose abasto los cuatro verdugos, tuvieron qué intervenir varios soldados para sujetarlos, para que no diesen de puntapiés a los verdugos cuando les amarraban las muñecas. Para Jesús no hay necesidad de esto. Se tiende y pone la cabeza donde le dicen que lo haga. Abre los brazos como se lo ordenan, extiende las piernas como le mandan. Tan solo se preocupa de acomodarse bien el velo.

Su largo, delgado y blanco cuerpo resalta sobre el leño negrusco y sobre el suelo amarillento. Dos verdugos se sientan sobre su pecho para tenerlo seguro. Me imagino cuál no habrá sido la opresión y dolor que habrá experimentado. Otro le toma el brazo derecho, con una mano por el antebrazo, y con la otra, las extremidades de los dedos. El cuarto tiene el clavo largo, cuadrangular, puntiagudo, remachado en la cabeza, grande como de dos centímetros y medio de diámetro. Mira si el agujero hecho en el palo corresponde a la coyuntura radio de la muñeca. Corresponde. El verdugo coloca la punta del clavo en el pulso, levanta el martillo y da el primer golpe.

Jesús que tenía los ojos cerrados, al sentir el agudo dolor da un grito y se contrae, abre sus ojos que nadan en lágrimas. Ha de ser un fuerte dolor...El clavo penetra destrozándole músculos, venas, nervios, quebrándole los huesos...

María corresponde al grito de su Hijo con otro que parece ser el de un cordero degollado. Se inclina, como destrozada, sosteniéndose la cabeza entre las manos. Para no darle más aflicción a Jesús no grita más, pero los golpes se suceden, metódicos, duros, de hierro sobre hierro... y pensar que debajo hay un miembro vivo que los recibe.

La mano derecha ha sido ya clavada. Pasan a la izquierda. El agujero no corresponde a la muñeca. Toman un lazo y la estiran hasta dislocar la coyuntura y arrancar tendones y músculos, además de desgarrar la piel que las cuerdas habían rosado tan fuerte, cuando lo

⁵ Cfr. Cant. 5, 10-16.

⁶ Cfr. Is. 52, 13 – 53, 12.

⁷ Cfr. Os. 1, 2

⁸ Cfr. Núm. 12; Deut. 24, 8-9.

habían apresado. La otra mano también debe sufrir, porque por reflejo se estira y el agujero del clavo se alarga. Ahora apenas si se llega a la muñeca. No les queda más que clavar en medio del metacarpo. El clavo entra más fácilmente, pero con un dolor mucho más intenso, pues toca nervios muy sensibles; tanto es así que los dedos se quedan inertes, mientras que los de la derecha se contraen y se doblan, mostrando su vitalidad. Jesús no grita más. Un lamento ronco desaparece atrás de sus labios. Las lágrimas, después de haber caído sobre el madero, caen ahora en tierra.

Es el turno de los pies. A más de dos metros de la punta de la cruz hay un calzo, que apenas basta para un pie. Los pies se ponen allí para ver si la medida está bien hecha. Y, como está un poco abajo y los pies no llegan, tiran de los tobillos del pobre Jesús. El palo rugoso de la cruz restriega las heridas, mueve la corona que arranca nuevos cabellos y está a punto de caer. De un manotazo un verdugo la vuelve a colocar sobre la cabeza.

Los que estaban sentados sobre el pecho de Jesús se levantan para sentarse sobre sus rodillas, porque Jesús, involuntariamente, retiró las piernas al ver brillar el clavo demasiado grande más del doble del que emplearon para las manos. Se apoyan sobre las rodillas desolladas, aprietan los huesos de la pierna, mientras que los otros dos clavan. Labor más difícil, porque tratan de que las junturas correspondan a las de los tarsos.

Aunque con cuidado pretenden que los pies estén quietos y que el tobillo y los dedos coincidan, el pie que está debajo se mueve al penetrar el clavo, y tienen casi que sacarlo porque, después que penetró en la parte blanda, ya despuntado por haber perforado el pie derecho, hincan el clavo un poco más en el centro. Golpean, golpean... No se oye más que el horrible golpeteo del martillo sobre la cabeza del calvo, pues todo el Calvario no es sino ojos y oídos atentos, para captar cualquier gesto, cualquier ruido, para después reírse...

Al áspero golpe del martillo contesta un levísimo gemido de paloma: el gemido de María que se inclina a cada golpe, como si el martillo diese sobre Ella. Y tiene razón de parecer próxima a ser despedazada, pues la crucifixión es algo horrible. Igual que la flagelación, por lo que toca a la contracción involuntaria muscular, pero más atroz porque se comprueba cómo el clavo se pierde en la carne viva. Eso sí es más breve. La flagelación debilita mucho porque dura más tiempo.

Para mí la agonía del huerto, la flagelación y la crucifixión fueron los momentos más crueles. Me muestran la grandeza del tormento a que se sujetó Jesús. La muerte me consuela porque digo: "¡Se acabó!" Pero aquellas no son el fin, sino el principio de nuevos sufrimientos.

Se arrastra ahora la cruz al agujero, que, debido a la desigualdad del suelo, se sacude violentamente y con ella el cuerpo del pobre Jesús. Se levanta la cruz que, por dos veces, se escapa de las manos de los verdugos, una, cual pesada es, la otra, sobre el brazo derecho de la misma cruz, causando un horrible dolor a Jesús, porque el sacudimiento afloja los miembros heridos. Cuando la cruz se deja caer en el agujero, y antes de que se le asegure con piedras y tierra, se balancea en todos los sentidos, produciendo continuos desplazamientos del cuerpo suspendido con tres clavos. El sufrimiento debe ser horrible.

Todo el peso del cuerpo se separa para adelante y hacia abajo. Los agujeros se alargan, sobre todo el de la mano izquierda. También el de los pies de donde mana sangre con fuerza. La sangre que brota de los pies, gotea por los dedos en la tierra, y corre bañando el palo. La de las manos corre por los antebrazos, porque están más altos que las axilas. Baña las costillas, bajando hacia la cintura. La corona, que se movió cuando la cruz se balanceaba antes de ser fijada, hundiéndose en la nuca el grueso nudo de espinas en que termina, vuelve a hincarse hasta la frente, que rasga, rasga sin piedad.

La cruz está asegurada. Ahora, el tormento es el estar clavado. Levantan también a los ladrones, que, una vez en su agujero, gritan como si fuesen desollados vivos por el tormento de las curdas que rasgan sus muñecas, y ennegrecen las manos, con las venas hinchadas como cuerdas. Jesús calla. La plebe no se calla, al contrario empieza su gritería infernal.

Ahora la cima del Gólgota tiene su trofeo y su guardia de honor. En el lado más alto la cruz de Jesús. En los lados las otras dos. Media centuria de soldados, con las armas entre los pies, rodea la cima; y, dentro de este círculo, los diez que se apearon del caballo, se juegan a los dados los vestidos de los sentenciados. De pie, entre la cruz de Jesús y la de la derecha, está Longinos: parece como si montase guardia de honor al Rey mártir. La otra media centuria, descansa, a las órdenes del ayudante de Longinos en el camino de la izquierda y en la plazoleta inferior, en espera de que se le pueda necesitar. Los soldados muestran casi una indiferencia total. Sólo alguno levanta, de vez en cuando, su cara a los crucificados.

Longinos, sin embargo, mira todo atentamente y con interés. Piensa, compara, saca sus conclusiones en su mente. ¡Qué diverso es Jesús de los otros dos y de los espectadores! Para cerciorarse mejor se lleva la mano a la frente, para evitar el sol que debe molestarlo.

En verdad que es un sol extraño, de color amarillo rojizo de fuego. Luego parece como si el incendio se apagase de golpe bajo una gran nube de pez que se levanta detrás de la cadena de montes judíos, y que corre veloz por el cielo, desapareciendo detrás de otros montes. Cuando el sol se deja ver, es tan fuerte, que los ojos apenas si lo resisten.

Ve a la Virgen, que está exactamente bajo la especie de promontorio, que mira a su Hijo con el rostro desgarrado de dolor. Llama a uno de los soldados que estaba jugando a los dados: “Si la Madre de Él quiere subir con su hijo que la acompaña, que vaya. Escóltala y ayúdala”.

María con Juan, a quien se le ha tomado por “hijo”, sube por los escalones tallados en la roca tocosa, creyendo; pasa el cordón de los soldados, se acerca a los pies de la cruz, pero un poco distante para que se le vea y para ver a Jesús. La plebe le lanza inmediatamente insultos ignominiosos, que dedica también al Hijo. Pero Ella, con los labios temblorosos, y pálidos, trata de darle algún consuelo con un rostro como de valor sobre el que corren lágrimas, que no puede en modo alguno contener.

La plebe, empezando por los sacerdotes, fariseos, saduceos, herodianos, y demás calaña, quieren divertirse y se ponen en fila, subiendo por la pendiente, pasando por la elevación final del monte y bajando por el otro camino o viceversa. Cuando pasan a los pies de la cima, en la segunda plazoleta, lanzan sus blasfemias, en señal de homenaje, contra el Agonizante. Toda la suciedad, crueldad, odio, insensatez de que los hombres son capaces brotan de esos labios infernales. Los más enfurecidos son los miembros del Templo, con sus compinches los fariseos.

“¡Y bien! Tú, Salvador del género humano, ¿por qué no te salvas? ¡Te ha abandonado tu rey Belcebú? ¿Te ha desconocido ya?” gritan tres sacerdotes.

Y una gavilla de judíos: “Tú, que no hace aún cinco días, con ayuda del demonio, hacías decir al Padre... ¡ja, ja, ja!, que te había glorificado, entonces ¿por qué no le recuerdas que guarde su promesa?”

Tres fariseos: “¡Blasfemo! Ha salvado a otros, ¡y decía que con la ayuda de Dios! ¡Y no logra salvarse a Sí mismo! ¿Quieres que se te crea? Haz, entonces, el milagro. No puedes ya, ¿verdad? Ahora que tienes las manos clavadas y estás desnudo”.

Algunos saduceos y herodianos a los soldados. “¡Cuidado con la hechicera! ¡Vosotros que tenéis sus vestidos! Dentro está la señal del infierno”.

Gentuzza en coro: “Baja de la cruz y crearemos en Ti. Tú que destruyes el Templo... ¡Loco! Mira allá, el glorioso y santo Templo de Israel. Es intocable, ¡profanador! Te estás muriendo...”

Otros sacerdotes: “¡Blasfemo! ¿Hijo de Dios, Tú? Baja, pues, Fulminanos, si eres Dios. No te tenemos miedo. Al contrario, te escupimos”.

Otros que pasan y sacuden su cabeza, gritan: “No sabe más que llorar. ¡Sálvate si es verdad que eres el Elegido!”

Los soldados: “¡Sálvate, pues! Reduce a cenizas a estos bribones. Eso sois, vosotros judíos. Sois los peores bribones del imperio. Su hez. Baja. ¡Roma te pondrá en el Capitolio y te adorará como a una divinidad!”

Los sacerdotes, con los de su ralea: “Eran más dulces los brazos de las mujeres, que los de la cruz, ¿no es verdad? Pero mira: están ya prontas allí para recibirte tus... (y sueltan una palabra infame). Toda Jerusalén te servirá de madrina de bodas”. Y silban como carreteros.

Otros lanzan piedras: “Cambia éstas en panes, Tú, multiplicador de ellos”.

Otros, remedando los hosannas del domingo de palmas, avientan ramos, gritando: “¡Maldito el que viene en el nombre del demonio! ¡Maldito su reino! ¡Gloria a Sión que lo arranca de entre los vivos!”

Un fariseo se coloca frente a la cruz y muestra el puño haciendo cuernos, y diciendo: “Te entrego al Dios del Sinaí. Así dijiste, ¿no es verdad? Ahora el Dios del Sinaí te prepara para el fuego eterno. ¿Por qué no llamas a Jonás para que te ayude?”

Otro: “No echas a perder la cruz con los golpes de tu cabeza. Debe servir para tus secuaces. Una legión entera moriría sobre ella, te lo juro por Yeová. Y al primero que pondremos será Lázaro. Veremos si le libras entonces de la muerte”.

“¡Muy bien, muy bien! Vamos a donde está Lázaro. Clavémoslo de la otra parte de la cruz” y con una sorna horrible, remedan las palabras lentas que Jesús dijo: “Lázaro, amigo mío, ¡ven fuera! Desligadlo y dejadlo que ande”.

“¡No! Decía a Marta y a María, sus mujeres: “Yo soy la Resurrección y la Vida”. ¡Ja, ja, ja! ¡La Resurrección no puede arrojar de Sí la muerte y la Vida muere!”

“Allí están María y Marta. Vamos a preguntarles dónde está Lázaro y lo buscamos”. Adelantan hacia donde están las mujeres, preguntan con arrogancia: “¿Dónde está Lázaro? ¿En su palacio?”

Mientras las otras mujeres aterrorizadas, corren a refugiarse detrás de los pastores, María Magdalena da un paso adelante, hallando en su dolor la antigua intrepidez de cuando era pecadora. Dice: “Id. Encontraréis en mi palacio a los soldados de Roma y a quinientos armados de mis tierras que os castrarán como a viejos cabrones destinados para servir de alimento a los esclavos que trabajan en los molinos”.

“¡Desvergonzada! ¿Así hablas a los sacerdotes?”

“¡Sacriléjos! ¡Sucios! ¡Malditos! ¡Volteaos! En vuestras espaldas estoy viendo llamas infernales”.

Estos cobardes se voltean, realmente aterrorizados, pues la afirmación de María no deja lugar a duda. Pero si no tienen las llamas a las espaldas, en sus cinturas sienten las lanzas puntiagudas romanas, porque Longinos ha dado una orden, y la media centuria que estaba en descanso entró en acción, y pica las nalgas de los primeros que encuentran. Huyen gritando. La media centuria se queda para cerrar las entradas de los dos caminos y para hacer de baluarte a la plazoleta. Los judíos maldicen pero Roma es más fuerte.

Magdalena se baja el velo –se lo había levantado para contestar al los ofensores- y vuelve a su lugar. Las otras se le juntan.

El ladrón de la izquierda continúa los insultos desde la cruz. Parece como si comprendiese las blasfemias de los demás y les saca el jugo. Concluye diciendo: “Sálvate y sálvanos si quieres que se te crea. ¿Tú, el Mesías? ¡Eres un loco! El mundo es de los listos, y Dios no existe. Yo existo. Es la verdad. Y para mí todo es lícito. ¿Dios?... Locura puesta para teneros quietos. ¡Viva nuestro yo! ¡El sol es rey y dios!”

El otro ladrón, el de la derecha, y que casi a sus pies tiene a María a quien mira más que a Jesús, que hace unos cuantos momentos ha estado diciendo en voz baja: “La madre”, añade: “Cállate. ¿No temes a Dios ni siquiera ahora que sufres esto? ¿Por qué insultas a quien es bueno? Está en un suplicio mayor que el nuestro. Él no ha hecho nada malo”.

Pero el ladrón continúa en sus imprecaciones.

Jesús sigue callado. Jadeando por el esfuerzo de la posición, por la fiebre, por el estado cardíaco y respiratorio, consecuencia de la flagelación que fue muy violenta y también por la angustia profunda que le hizo sudar sangre, trata de encontrar un consuelo, aligerando el peso que recae sobre los pis, colgándose de las manos y haciendo fuerza con los brazos. Tal vez lo hagan también para evitar el calambre que siente en los pies y que se nota en el

estremecimiento muscular. Se nota el mismo temblor en las fibras de los brazos, sujetados a esa posición y que deben de estar helados en las extremidades, porque están en alto y la sangre no circula por ellos. Llega apenas a las muñecas de donde mana, no llegando a los dedos. Sobre todo las fibras de la izquierda tienen ya un color cadavérico. No se mueven. Se han doblado sobre la palma. También los dedos de los pies muestran su tormento. Sobre todo los pulgares, tal vez porque el nervio no está muy herido, se mueven para arriba y para abajo. Se abren.

El tronco muestra todo su dolor con sus movimientos que es rápido, pero no profundo, y se cansa sin hallar consuelo. Las costillas, muy anchas y altas, porque la estructura del cuerpo de Jesús es perfecta, se han dilatado más de lo imaginable por la posición del cuerpo y por el edema pulmonar que ciertamente se ha formado dentro. Y, sin embargo, no pueden aligerar el esfuerzo de respirar; tanto es así que todo el abdomen ayuda con sus movimientos al diafragma que poco a poco se va paralizando. La congestión, la asfixia aumenta de minuto en minuto, como lo muestra el colorido azulado que se ve ya en los labios, con un color rojizo de la fiebre, con matices de un rojo violeta que se distingue ya en el largo cuello con las yugulares hinchadas. Los rasgos llegan hasta las mejillas por las orejas y las sienes. La nariz se ha afilado, exangüe. Los ojos se hunden cada vez más, y dejando una lividez donde la sangre de la corona no los baña.

Bajo el arco izquierdo costillar se destaca el golpe con que bate la punta cardiaca, irregular, pero fuerte; y, de vez en cuando, por una convulsión interna, el diafragma tiene un sacudimiento profundo que se revela por una distensión total de la piel obligada al máximo, en este cuerpo herido y agonizante.

El rostro presenta el aspecto que vemos en las fotografías de la Sábana, con la nariz torcida e hinchada, por lo que también aparece respecto al ojo derecho casi cerrado, por la hinchazón. Al contrario la boca está abierta, con su herida en el labio superior, que es ya una costra.

Teniendo en cuenta la pérdida de sangre, la fiebre, el sol, la sed debe ser durísima, tanto que Él, maquinalmente, bebe las gotas de sudor y de su llanto, y también las de sangre que bajan por la frente hasta sus bigotes, y con ellas se baña la lengua... La corona de espinas le impide apoyarse al tronco de la cruz para poder sostenerse con los brazos y aliviar los pies. Los riñones y toda la espina se arquea hacia afuera, al estar separada de la cruz la pelvis, y por la inercia que hace colgar hacia adelante un cuerpo suspendido como estaba el de Jesús.

Los judíos arrojados más allá de la plazoleta, no dejan de insultar, y el ladrón impenitente se hace eco. El otro, que mira con mayor compasión a la Virgen, llora y le reprocha duramente cuando oye que también ella es insultada.

“Cállate. Acuérdate que naciste de mujer. Piensa que nuestras madres han llorado por nosotros. Y fueron lágrimas que la vergüenza les arrancó... porque somos unos criminales. Nuestras madres ya murieron... Quisiera pedirle perdón... ¿Lo podré? ¡Era una santa!... la maté con los dolores que le produjo... Soy un pecador... ¿Quien me perdona? Madre, en nombre de tu Hijo que agoniza, ruega por mí”.

María levanta por un momento su rostro desgarrado, mira a este malvado que, a través del recuerdo de su madre, y de verla a Ella, se encamina hacia el arrepentimiento, y parece como si lo acariciara con su mirada de paloma.

Dimas llora recio, lo que provoca mucho más las befas de la plebe y de su compañero. Aquellos aúllan gritando: “¡Bravo, bravo! Tómatela por Madre. Así tiene dos hijos criminales!” El otro por su parte: Te ama porque eres un retrato de su amado”.

Jesús habla por primera vez: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

Esta súplica vence los temores que le quedaban a Dimas. Se atreve a mirar a Jesús y le dice: “Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino. Es justo que yo sufra. Compadécete de mí y dame la paz en la otra vida. Te oí hablar una vez; y, necio, rechacé tus palabras. Ahora me arrepiento de ello, de mis pecados delante de Ti, Hijo del Altísimo. Creo que has

venido de parte de Dios. Creo en tu poder. En tu misericordia. Jesús, perdóname en nombre de tu Madre y de tu Padre Santísimo”.

Jesús se vuelve y lo mira con gran compasión. Una sonrisa bellísima se dibuja en su pobre boca. Responde: “Te digo esto: Hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

El ladrón arrepentido se tranquiliza; y, habiendo olvidado las plegarias que había aprendido, se pone a repetir como jaculatoria: “Jesús Nazareno, rey de los judíos, ten piedad de mí; Jesús Nazareno, rey de los judíos, espero en Ti; Jesús Nazareno, rey de los judíos, creo en tu Divinidad”.

El otro continúa con sus blasfemias.

El cielo se pone más lóbrego. Las nubes no se abren para dejar pasar el sol. Se amontonan unas sobre otras con capas plomizas, blanquecinas, verdosas. Cabalgan sobre él, se desenredan, según las rachas de un viento frío que a intervalos atraviesa el firmamento y luego baja a la tierra, más tarde se calla. Parece ser más siniestro cuando se calla, pesado y muerto, que cuando silba, cortante y veloz.

La luz, que hasta ahora había sido fuerte, se va transformando en color verde. Las caras reflejan facciones estrambóticas. Las de los soldados bajo sus yelmos y crazas que antes brillaban y ahora se han como empañado en la luz verdosa y bajo un firmamento cenizo, muestran perfiles duros como de estatuas esculpidas. Las de los judíos, que en su mayoría son morenos de cabello y barba, parecen de ahogados, por color térreo. Las mujeres parecen estatuas de nieve azulada por la palidez que la luz les va marcando.

Jesús se pone extremadamente lívido, como si empezara ya la descomposición. Como si ya hubiera muerto. La cabeza le empieza a colgar sobre el pecho. Las fuerzas se le van prontamente. Tiembla pese a la fiebre que lo consume. En su debilidad murmura el nombre que antes sólo ha dicho en lo íntimo de su corazón: “¡Mamá! ¡Mamá!” lo dice tan quedo como un suspiro, como si fuera víctima de un delirio que le impidiera controlarse, cuando la voluntad lo quiere. La Virgen tiene ansias cada vez más intensas de extender sus brazos para socorrerlo.

La cruel gentuza se ríe de esas contracciones musculares y de quien las sufre. Los sacerdotes y escribas suben de nuevo hasta por detrás de los pastores, que están en la plazoleta inferior. Y, como los soldados quieren echarlos atrás, ellos protestan: “¿Están los galileos? También nosotros debemos comprobar que se cumple la justicia. Y desde lejos, en medio de esta extraña luz, no podemos ver bien”.

De hecho muchos empiezan a impresionarse por la luz que va envolviendo al mundo, y no falta quien sienta miedo. También los soldados señalan el firmamento y a una especie de cono de color pizarra, por lo oscuro, que se levanta como un pino detrás de una cima. Parece una tromba marina. Se levanta, se levanta y parece como si engendrara nubes cada vez más negras, como si se tratase de un volcán arrojando humo y lava.

En medio de esta luz crepuscular y pavorosa, Jesús entrega la persona de Juan a María y viceversa. Con la cabeza inclinada, porque su Madre se ha puesto más bajo la cruz para verlo mejor, le dice: “Mujer, he ahí a tu hijo. Hijo, he ahí a tu Madre”.

El rostro de María se desconsuela más después de estas palabras de Jesús que son su testamento; no tiene nada qué dejarle más que a un hombre, El que por amor del Hombre la priva de Sí mismo, de quien de Ella había nacido. María llora calladamente. Las lágrimas brotan, no obstante el esfuerzo que hace por contenerlas, aun cuando trata de reflejar en su rostro desconsolado algo de serenidad a fin de consolar a su Hijo...

Los sufrimientos son cada vez mayores. La luz disminuye lentamente.

En esta luz azulina se dejan ver detrás de los judíos Nicodemo y José que ordenan: “¡Haceos a un lado!”

“No se puede. ¿Qué queréis?” preguntan los soldados.

“Pasar. Somos amigos del Mesías”.

Se vuelven los jefes de los sacerdotes. “¿Quién es el que se atreve a declararse amigo del rebelde?” preguntan, desdeñosamente, los sacerdotes.

José con todo valor: “Yo, José de Arimatea, el Anciano noble miembro del Gran Consejo, y conmigo Nicodemo, jefe de los judíos”.

“Quien se pone del lado del rebelde es un rebelde”.

“Y quien en favor de los asesinos, un asesino, Eleazar de Anás. He vivido como un justo. Estoy ya viejo y próximo a la muerte. No quiero ser malo cuando ya el cielo desciende sobre mí y, con él, el Juez eterno”.

“Y tú, Nicodemo. ¡Me maravillo!”

“También yo. Una sola cosa me duele y es que Israel se haya corrompido tanto que no sepa reconocer a Dios”.

“Me causas asco”.

“Entonces hazte a un lado y déjame pasar. No quiero otra cosa”.

“¿Para contaminarte mucho más?”

“Si no me he contaminado estándolos cerca, ninguna otra cosa me puede contaminar. Soldado, aquí tienes la bolsa y la contraseña para que me dejéis pasar”. Al decurión más cercano entrega la bolsa y una tabla encerada.

El decurión mira. Ordena a los soldados: ¡Dejadlos pasar!”

José y Nicodemo se acercan a los pastores. No sé si Jesús los ve en esta oscuridad que aumenta paulatinamente. Sus ojos se van cerrando lentamente. Pero José y Nicodemo lo ven y lloran sin importarles nada, aun cuando sobre ellos recaigan ahora injurias de los sacerdotes.

Los sufrimientos son cada vez más fuertes. El cuerpo de Jesús experimenta los primeros arqueos tetánicos, y cada grito de la plebe le molesta muchísimo. La insensibilidad de sus tendones, de los nervios se extienden, desde las extremidades hasta el tronco, convirtiendo cada vez más difícil el movimiento respiratorio, débil la contracción del diafragma e irregular el movimiento cardíaco. El rostro de Jesús pasa alternativamente del color rojo intenso a la palidez verdosa de agonizante por desangramiento. Su boca se mueve con mayor fatiga porque los nervios agotados del cuello y de la cabeza misma, que muchas veces han servido de palanca a todo el cuerpo, dirigiéndose hacia el travesaño de la cruz, extiende el calambre hasta las mandíbulas. La garganta, hinchada con las carótidas obstruidas, tiene qué sufrir y extender su edema a la lengua que se ve abultada y que apenas se mueve. La espina dorsal, aun en los momentos en que las contracciones tetánicas no la arquean completamente desde la nuca hasta las cadenas, apoyadas como puntos últimos al tronco de la cruz, se dobla cada vez más hacia adelante, porque los miembros se hacen cada vez más pesados a causa de las partes donde ha empezado ya la muerte.

La plebe poco o nada ve de esto, porque la luz está teñida de color ceniza oscura, y sólo quien está a los pies de la cruz puede verlo todo.

En un cierto momento Jesús suelta el cuerpo hacia adelante y hacia abajo, como si estuviese ya muerto. No jadea. La cabeza le cae inerte. El cuerpo, de las caderas para arriba, está separado, formando un ángulo con los brazos abiertos en cruz.

La Virgen lanza un grito: “¡Ha muerto! Un grito trágico, que se propaga por el aire sin luz. Jesús parece realmente muerto.

Las mujeres se hacen eco de este grito. Y veo que entre ellas se forma confusión. Luego una decena de personas se aleja, llevando algo. No puedo distinguir más. La luz es muy débil. Parece como si todos estuvieran envueltos en una nube finísima de ceniza volcánica.

“No es posible” aúllan algunos sacerdotes y judíos. “Es un pretexto para que nos vayamos. Soldado, pícale con la lanza. Es un buen remedio para devolverle la voz”. Y como los soldados no lo hacen, una descarga de piedras y terrones vuelan hacia la cruz, pegándole y cayendo sobre las corazas romanas.

Irónicamente como dicen los judíos, el remedio produce su efecto. No hay duda que alguna piedra dio en el blanco, tal vez en la herida de una mano, o en la misma cabeza, porque tiraban hacia arriba. Jesús lanza un gemido doloroso y vuelve en sí. El tórax vuelve a respirar fatigosamente. La cabeza se mueve hacia la derecha, buscando un lugar donde pueda apoyarse sin sufrir tanto, sin encontrar dolor mayor.

A grandes penas Jesús apoya una vez más sobre los pies torturados, encontrando fuerza en su voluntad, *sólo en su voluntad*. Se yergue sobre ella, se pone derecho como si estuviese sano. Alza su rostro mirando con ojos bien abiertos el mundo extendido a sus pies, la ciudad que apenas si se ve como algo blanco en medio de lóbreguez; el cielo negro del que la luz ha huido. Hacia este cielo cerrado, compacto, que parece poder tocarse con las manos en su lóbreguez, semejante a una enorme laja de pizarra, Jesús emite un fuerte grito, superando con la fuerza de su voluntad, con el ansia de su alma, el impedimento de sus mandíbulas tiesas, su lengua abultada, el edema de la garganta: “¡Eloi, Eloi, lamma scebacteni!” (me parece que así dijo).

Debe de sentir morir en medio de un completo abandono del cielo, para declarar abiertamente, cómo su Padre lo trata.

La gente ríe y se befa. Lo insulta diciendo: “¡Dios no sabe qué hacer contigo! ¡Él maldice a los demonios!”

Otros gritan: “Veamos si Elías, al que ha invocado, viene a salvarlo”.

Otros: “Dale un poco de vinagre, para que se limpie la garganta. Sirve para limpiar la voz. Elías o Dios, porque no se sabe lo que ese loco quiere, están lejos... ¡Hay qué gritar para que te oigan!” Y ríen como hienas o como demonios.

Pero ningún soldado le da vinagre, y nadie baja del cielo para consolarlo. Es la agonía solitaria, total, cruel, hasta sobrenaturalmente cruel, de Jesús-Víctima.

Torna el alud de dolor sin consuelo que en Getsemaní lo aplastó. Tornan las ondas de los pecados de todo el mundo a sumergir al náufrago Jesús, a sumergirlo en su amargura. Torna sobre todo la sensación, más dura que la misma cruz, más cruel que cualquier tormento, de que Dios lo ha abandonado y que su plegaria no llega a Él...

Es el tormento externo: el que apresura la muerte porque exprime las últimas gotas de sangre de los poros, porque machaca las restantes fibras del corazón, porque acaba con lo que el saberse abandonado había empezado: la muerte. Esta fue la principal causa de la muerte de Jesús ¡Oh Dios mío! Que lo castigaste por nosotros.

Después de tu abandono, por causa de él ¿qué es el hombre? O un loco o un muerto. Jesús no podía enloquecer porque su inteligencia es divina y espiritual como es la inteligencia, se sobreponía al golpe recibido de Dios. Muere pues. El Inocente, el Santo muere. Muere el que es la Vida. Matado por tu abandono y por nuestros pecados

La oscuridad es más densa. Jerusalén desaparece. El mismo Calvario parece como si no tuviera faldas. Sólo la cima es visible, como si las tinieblas la conservasen arriba para dejar pasar la última luz, ofreciéndola como un regalo con un trofeo divino, sobre un largo ónix líquido, para que el odio y el amor lo vean.

De en medio de la oscuridad se oye la voz lastimera de Jesús: “¡Tengo sed!”

Se siente en verdad un viento que produce sed aun en los sanos. Un viento que es ahora violento, lleno de polvo, frío, pavoroso. Me pongo a pensar en el espasmo que habrá causado a los pulmones, al corazón, a la garganta, a sus miembros helados, adormecidos, heridos. Aun esto contribuyó a torturar al buen Jesús.

Un soldado va a tomar un vaso donde los verdugos echaron vinagre con hiel para que con su amargor aumente la salvación en los condenados al suplicio. Toma la esponja que estaba dentro de la bebida, lo pone sobre una caña delgada y resistente, que hay allí a la mano, y se la ofrece a Jesús, que con ansia la espera. Parece un niño hambriento que busca el seno materno.

María que ve esto, y que sin duda pensará en lo que dije, llora y apoyándose en Juan dice: “¡Oh, y yo ni siquiera le puedo dar una gota de llanto!”... ¡Oh, seno mío que no tienes leche! Oh Dios, ¿por qué, por qué nos abandonas? ¡Haz un milagro en favor de tu Hijo! ¿Quién me levanta para calmarle la sed con mi sangre, pues no tengo leche ya?...

Jesús, que ha succionado ávidamente la agria y amarga bebida, tuerce su cabeza ante el desagradable sabor. Ha de ser como un corrosivo en sus labios heridos y abiertos. Se retrae, se encoge, se suelta.

Todo el peso del cuerpo cae sobre los pies y hacia delante. Las extremidades clavadas sufren el atroz dolor de romperse bajo el peso de un cuerpo que se suelta. No se ve movimiento alguno para aliviar este dolor, De las caderas para arriba está separado del palo, y así se queda

La cabeza pesadamente le cae hacia adelante de modo que el cuello parece como hundido en tres puntos: en la yugular, completamente ahondada, y de una y otra parte del esternocleidomastoideo. La respiración cada vez más jadeante, pero sólo a intervalos. Es más un estertor que quiere terminar que un respiro. De vez en vez tose, y con la tos sale a los labios una espuma levemente colorada. La separación entre una y otra respiración es cada vez mayor. El abdomen no tiene movimientos. Sólo el tórax lo tiene, pero fatigosos, separados... La parálisis pulmonar se acentúa mucho.

Y cada vez más débil, vuelve a repetir su lamento infantil, al pronunciar la palabra ¡Mamá!” Y Ella contesta: “Aquí estoy tesoro mío”. Y cuando la vista que se le nubla le obliga a decir: “Mamá, ¿dónde estás? No te veo ya. ¿También tú me abandonas?” lo que no es ni siquiera una palabra, sino un murmullo que apenas oye más con el corazón que con los oídos quien recoge cada suspiro del Agonizante. Responde: “¡No, no, Hijo, no te abandono! Óyeme, querido mío... Mamá está aquí... aquí está... sólo sufre por no poder llegar a donde estás...”

Es un desgarrar del alma... Juan llora sin importarle nada. Jesús oye ese llanto, pero no habla. Me imagino que la muerte inminente lo hace hablar como si delirase, y tampoco comprende el consuelo que le dan su Madre y el amor del Predilecto.

Longinos, que inadvertidamente ha dejado su actitud de descanso con las manos cruzadas sobre el pecho, que descansa ya sobre una ya sobre otra pierna está en actitud de firme, la mano izquierda en la espada, la derecha le cae al lado del cuerpo, como si estuviese en las gradas del trono imperial, no deja menos de mostrar una cierta emoción en su rostro; y en sus ojos se ve un ligero brillo de lágrimas, que controla la disciplina militar.

Los otros soldados, que estaban jugando a los dados, dejan el juego. Se han puesto de pie, con los yelmos en la cabeza, que les habían servido para mover los dados. En grupo junto a la escalerilla excavada en la toba, silenciosos, callados. A los demás les toca el servicio, y no pueden cambiar la posición. Parecen estatuas. Algunos de los que están más cerca y que han oído las palabras de la Virgen, murmuran algo entre labios, y sacuden su cabeza.

Hay un gran silencio, luego suenan *claras* en la oscuridad completa las palabras: “¡Todo se ha cumplido!” Luego el jadeo cada vez más estertor, con vacíos más largos entre uno y otro estertor.

Y así pasa el tiempo en medio de esta angustia. Se sabe que Jesús, agonizante, todavía vive cuando se oye el estertor... que la vida ha terminado cuando no se oirá más.

Hay ansias cuando se oye... Hay angustia cuando no... Se dice: “¡Basta de sufrir!”, y se dice: “¡Oh Dios, que no sea el último respiro!”

Las Marías lloran con las cabezas dirigidas hacia el promontorio. Se oye claro su llanto, porque ahora toda la plebe se ha callado para escuchar los estertores del Agonizante.

Un silencio se escucha. Luego, se oye con infinita dulzura, con ferviente plegaria, que Jesús ora: “¡Padre en tus manos encomiendo mi espíritu!”

Un nuevo silencio. Si se escucha el estertor. Es un soplo que apenas sale de la garganta y labios.

Luego se sucede la última contracción de Jesús. Una convulsión atroz que parece querer arrancar el cuerpo enclavado. Por tres veces empieza de los pies a la cabeza. Recorre todos los pobres nervios torturados; levante tres veces el abdomen de un modo anormal, luego lo deja caer como por alteración de las entrañas, y cae, se hunde como vaciado; se levanta, se hincha y contrae tan fuerte el tórax que la piel se hunde entre costilla y costilla que se alargan, dejándose ver bajo la epidermis, y abriendo nuevamente las heridas de la flagelación, una, dos, tres veces, hace que la cabeza pegue violentamente hacia atrás, pega contra el madreo duramente; en un movimiento contrae todos los músculos del rostro, acentuando la desviación de la boca a la derecha; hace que se abran los párpados desmesuradamente, en los que se ve

que da vueltas la bola de los ojos y aparece la esclerótica. El cuerpo se alarga cuan largo es. En la última contracción es un arco tenso, vibrante, que causa miedo verlo; y luego un grito fuerte, inimaginable en ese cuerpo que era piltrafa, sale, rompe el aire, “el fuerte grito” de que hablan los evangelios y que es la primera sílaba de la palabra “Mamá”... Y luego... nada...

La cabeza le cae sobre el pecho. El cuerpo está hacia adelante. El respiro termina. Ha muerto.

La tierra responde al grito del que acaba de morir con un pavoroso bramido. Parece como si miles de trompetas arrojasen un solo sonido y en este temeroso acorde se oyen notas separadas, notas de relámpagos que rompen el cielo en todos sentidos, cayendo sobre la ciudad, sobre el templo, sobre la gente... Pienso que habrá habido algunos fulminados porque la multitud ha sido atacada directamente. Los rayos son la única luz que permite ver algo.

Y, de pronto, mientras todavía las descargas fulmíneas se suceden, la tierra se sacude con un ciclón. El terremoto y el ciclón se juntan para dar un castigo apocalíptico a los blasfemos. La cima del Gólgota se balancea y se mueve como un plato en la mano de un loco. Las cruces danzan en tal forma que parece que van a brincar.

Longinos, Juan, los soldados se asen de donde pueden para no caer. Juan, mientras que con una mano se agarra de la cruz, con la otra sostiene a la Virgen, que, por el dolor y el bamboleo, se ha reclinado sobre su pecho. Los soldados, y sobre todo los que están en la parte que cae pendiente, se han refugiado en el centro para que los peñascos no los arrojen hacia abajo. Los ladrones aúllan de temor. La multitud lo mismo, y pretende escapar, pero no puede. Caen unos sobre otros. Se pisotean, se precipitan a las hendiduras del terreno. Se hieren mutuamente. Ruedan por la pendiente, enloquecidos.

Por tres veces se repite el terremoto y el ciclón. Luego se sucede la inmovilidad absoluta de un mundo muerto. Relámpagos sin trueno se ven correr por el firmamento iluminando a los judíos que huyen en todas direcciones con las manos entre los cabellos, alargadas hacia adelante, o levantadas hacia el cielo, del que se han burlado hasta ahora y al que en estos momentos temen. La oscuridad disminuye con un tenue resplandor que multiplican los relámpagos sin fragor. Y así se puede ver que hay muchos por el suelo: muertos o desvanecidos, no lo sé. Una casa está ardiendo. Las llamas se levantan escribiendo un punto rojo en el verde ceniciento de la atmósfera.

María levanta su cabeza del pecho de Juan y mira a Jesús. Lo llama, porque no lo distingue bien por la poca luz y porque sus ojos están llenos de lágrimas. Lo llama tres veces: “¡Jesús, Jesús, Jesús!” Es la primera vez que lo llama por su nombre desde que está en el Calvario. Finalmente, al resplandor de un relámpago que brilla cual corona sobre la cresta del Gólgota, lo ve, inmóvil, pendiente hacia adelante, con la cabeza en tal forma inclinada y a la derecha, que con la mejilla toca el hombro, y con el mentón las costillas. Comprende. Tiende sus manos temblorosas en el aire oscuro y grita: “¡Hijo mío, Hijo mío, Hijo mío!” Luego escucha... Tiene la boca abierta. Parece como que desea escuchar aún con Ella. Como si hubiera abierto sus ojos en tal forma para ver... No puede creer que su Hijo haya muerto...

Juan, que también ha estado mirando y escuchando, y ha comprendido que todo ha acabado, abraza a la Virgen, trata de alejarla, diciendo: “No sufre ya”.

Pero, antes de que el apóstol termine sus palabras, María que ha comprendido, se desprende, vuelve sobre sí misma, se inclina hasta el suelo, se lleva las manos a los ojos y grita: “¡No tengo más Hijo!”

Vacila. Caería, si Juan no viniese en su ayuda. Se sienta en tierra para sostenerla mejor, hasta que las Marías a las que no impide más el cerco de los soldados que están en la parte superior –donde estuvieron los judíos que ahora han huido– se han agrupado en la plazuela inferior comentando lo sucedido, y substituyen al apóstol junto a la Madre.

La Magdalena se sienta donde estuvo Juan, y casi coloca a María sobre sus rodillas, sosteniéndola entre los brazos y su pecho. La besa en su pálido rostro, inclinado hacia ella. Marta y Susana, con una esponja y un pedazo de lino mojado en vinagre, le mojan las sienes y la nariz, mientras su cuñada María le besa las manos llamándole con voz desgarrada. Apenas

María abre sus ojos y los torna a su alrededor como si no tuviese vida, le dice: “Hija, hija amada, escucha... dime que me ves... Soy tu María... ¡No me mires así!...” Dado que el primer sollozo se escapa de la garganta de la Virgen, y las lágrimas caen nuevamente, ella, la buena María de Alfeo, dice: “Sí, sí, llora... aquí conmigo... como una hija mía santa con su pobre mamita...” y, cuando oye decir: “Oh, María, María, ¿has visto?” ella gime: “Sí, sí... pero... pero... hija... ¡oh, hija!...” No encuentra otras palabras y llora la anciana María. Es un llanto destrozado al que se une el de Marta, el de María la Made de Juan y Susana.

Las otras piadosas mujeres no se ven. Pienso que se habrán ido, y con ellas los pastores, cuando se oyó aquel grito femenino...

Los soldados hablan entre sí.

“¿Has visto a los judíos? *Ahora* tenían miedo”.

“Y se golpeaban el pecho”.

“Los más espantados eran los sacerdotes”.

“¡Qué miedo! He sentido otros terremotos, pero como éste, ¡jamás! Mira: la tierra está llena de hendiduras”.

“Allí se ve el hundimiento del camino ancho”.

“Hay cuerpos”.

“¡Déjalos! Menos serpientes y mejor”

“¡Oh, otro incendio! En la campiña...”

“¿Pero ha muerto de veras?”

“Y ¿no lo estás viendo? ¿Dudas?”

Por detrás de la roca se asoman José y Nicodemo, donde se habían refugiado, detrás del valuarte del monte, para librarse de los rayos. Se acercan a Longinos. “Queremos el cadáver”.

“Sólo el Procónsul lo concede. Id aprisa porque he oído que los judíos van a ir al Pretorio para que se haga el crurifragio. No quisiera que a Él le cortaran las piernas”.

“¿Cómo lo sabes?”

“Informes del alférez. Id. Os espero”.

Los dos se echan camino abajo por la abrupta pendiente. Desaparecen.

Ahora es Longinos el que se acerca a Juan y le dice en secreto algo que no oigo. Luego pide a un soldado una lanza. Mira a las mujeres que están cuidando de María que poco a poco recobra sus fuerzas. Todas están de espaldas a la cruz.

Longinos se pone frente al Crucificado. Estudia bien el golpe, y luego arroja la larga lanza, que penetra profundamente de abajo para arriba, de derecha a izquierda.

Juan se encuentra en medio del *deseo* de ver y el *horror* de ver, vuelve por un instante sus ojos.

“Está hecho amigo” dice Longinos, y concluye: “Es mejor así. Como a un valiente. Y sin romperle los huesos... ¡Era en realidad un hombre justo!”

De la herida *gotea* mucha agua y un hilito insignificante de sangre que tiende a coagularse. *Gotea* he dicho. No brota sino filtrado por la herida que queda inerte, mientras que, si dependiese del hálito se hubiera abierto y cerrado con el movimiento torácico-abdominal...

...Entre tanto que en el Calvario no hay más que tragedia, alcanzo a José y Nicodemo que bajan por una vereda para llegar más pronto.

Están casi a la falda cuando se encuentran con Gamaliel. Viene, despeinado, sin capucho, sin manto, con sus vestiduras antes limpias y ahora sucias de tierra, rasgadas por las espinas. Un Gamaliel que corre, subiendo, jadeando, con las manos en los cabellos ralos y muy canosos, propios de la edad. Conversan por un momento.

“¡Gamaliel! ¿Tú?”

“¿Y tú, José? ¿Lo abandonas?”

“Ya no. Pero ¿por qué tú por aquí? ¿Y así?...”

“Cosas horribles. ¡Estaba yo en el Templo! ¡La señal! ¡Los quicios de las puertas del templo abiertos! El velo de color púrpura y jacinto está colgando. ¡El Sancta Sanctorum al descubierto!

¡Anatema sobre nosotros!” Ha hablado corriendo hacia la cima, como loco, por la prueba de que fue testigo.

Los dos lo miran irse... se miran entre sí... dicen al mismo tiempo: “¡Estas piedras se estremecerán con mis últimas palabras!” ¡Se lo había prometido!...”

Corren más que pueden.

Por el campo, por el monte y muros y más allá vagan, en medio de un aire pesado, algunos con cara de estúpidos... Gritan, gemidos, lamentos... Alguien grita: “¡Su Sangre se convirtió en fuego para nosotros!” Otros: “¡Se apareció en medio de los relámpagos Yeové para maldecir el Templo!” Otros con el llanto en la boca: “¡Los sepulcros! ¡Los sepulcros!”

José, al entrar en la ciudad, agarra a uno que se está dando golpes contra el muro. Lo llama por su nombre: “Simón, ¿qué vas diciendo?”

“¡Déjame! ¡También tú, un muerto! ¡Todos los muertos! ¡Todos afuera! ¡Me cubren de maldiciones!”

“Ha enloquecido” dice Nicodemo.

Los dejan, y siguen aprisa hacia el Pretorio.

La ciudad es presa del terror. Gente que va por acá y por allá golpeándose el pecho. Gente que da un brinco para atrás, que se vuelve espantada al oír voces o pasos.

En una de las arquivoltas sumidas en la oscuridad se ve la figura de Nicodemo, que viene vestido de lana blanca porque para caminar más pronto se quitó el manto en el Gólgota. Al verlo un fariseo lanza un grito y huye. Pero luego se da cuenta que es Nicodemo, se le cuelga del cuello con un sentimiento raro, aullando: “¡No me maldigas! ¡Mi madre se me ha aparecido diciéndome: ‘¡Eres un maldito para siempre!’” y luego el fariseo se encorva llorando: “¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!”

“¡Todos están locos!” dicen ambos.

Han llegado al Pretorio, y sólo aquí mientras esperan que el Procónsul los reciba, José y Nicodemo se enteran del por qué de tanto miedo. Muchos sepulcros se haban abierto a la fuerza del sacudimiento telúrico y había quienes juraban haber visto salir esqueletos que por un instante parecían seres humanos íntegros, e iban acusando a los culpables de deicidio, y que los maldecían.

Los dejo en el atrio del Pretorio donde los dos amigos de Jesús entran sin escrúpulos alguno de contaminarse, y vuelvo a Calvario. Alcanzo a Gamaliel que va subiendo, casi sin aliento, los últimos metros. Sigue golpeándose el pecho; y, cuando llega a la primera de las dos plazoletas, se echa boca abajo –su blancura contrasta con lo amarillento del suelo- y entre sollozos: “¡La señal! Dime que me perdonas. Un gemido, sólo un gemido para decirme que me escuchas, que me perdonas”.

Creo que piense que Jesús está vivo todavía. Y no se da cuenta de ello, sino hasta cuando un soldado, que le pega con el asta, le ordena: “Levántate, y deja de hablar. ¡De nada sirve! Deberías de haberlo pensado antes. ¡Ha muerto! Yo, pagano, te aseguro que Éste, a quien habéis crucificado era realmente el Hijo de Dios”.

“¿Muerto? ¿Has muerto? ¡Oh!...” Gamaliel levanta su cara aterrorizada, quiere ver más allá, en la cima, en medio de una luz crepuscular. Se convence de que Jesús ha muerto. Ve al grupo piadoso que consuela a María, a Juan llorando de pie, a la izquierda de la cruz, a Longinos de pie, a la derecha, respetuoso.

Gamaliel se arrodilla. Extiende los brazos, lloroso: “¡Eras Tú! ¡Eras Tú! No podemos esperar ya perdón. Pedimos que tu Sangre cayese sobre nosotros. Y ahora grita el cielo y él nos maldice... ¡Oh! Pero Tú eres la Misericordia... Yo te lo digo, yo, el rabí envilecido de Judá: “Que tu Sangre, *por piedad*, caiga sobre nosotros”. Rocíanos con ella porque es la única que puede alcanzarnos perdón...” Lloro. Luego poco a poco confiesa su secreto tormento: “Tengo la señal pedida Pero siglos y siglos de ceguera espiritual se yerguen contra mi vista interior y contra mi voluntad de estos momentos se levanta la voz de mi pensamiento soberbio de ayer... ¡Piedad de mí! Luz del mundo, de las tinieblas que no te comprendieron envíame un rayo tuyo. Soy el viejo judío fiel con lo que creí que era justicia, pero era error. Soy ahora un

desierto desnudo, sin ninguno de los antiguos árboles de esa fe, sin ninguna semilla o tallo de la fe nueva. Soy un desierto seco. Haz el milagro de que nazca una flor que tenga tu nombre, en el pobre corazón de este terco viejo israelita. Penetra Tú en mi pensamiento, esclavo de las fórmulas, Tú eres el Liberador. Isaías lo ha dicho: "...pagó por los pecadores y sobre Sí tomó los pecados de muchos". ¡Oh, también los míos, Tú, Jesús de Nazaret!..."

Se levanta. Mira la cruz que cada vez más, bajo la luz que es un poco más fuerte, se ve más clara. Luego, se va encorvando, envejecido, aniquilado.

Vuelve el silencio al Calvario, apenas interrumpido por el llanto de la Virgen.

Los dos ladrones llenos de miedo, no hablan más.

Regresan aprisa Nicodemo y José, diciendo que tienen el permiso de Pilatos. Pero Longinos, que no se fía mucho, manda a un soldado a caballo donde está el Procónsul, para cerciorarse de lo que debe hacer de los dos ladrones. El soldado, a galope, va y regresa con la orden de entregar el cuerpo de Jesús y de hacer el crurifagio a los otros, porque así lo han pedido los judíos.

Longinos llama a los cuatro verdugos, que cobardemente se habían escondido bajo los peñascos, todavía aterrorizados por lo que acaba de suceder. Ordena que acaben a golpes de cachiporra, lo que hacen. Dimas no dice nada. Se le golpea en las rodillas y luego en el corazón. En medio de ambos golpes sale de sus labios el nombre de Jesús. En medio de maldiciones horribles el otro ladrón muere. Su estertor es lúgubre.

Los cuatro verdugos van ahora a atacar el cuerpo de Jesús, y desprenderlo así de la cruz, pero José y Nicodemo no lo permiten.

José mismo se quita el manto, dice a Juan que haga lo mismo y que sostenga las escaleras mientras suben con cuñas y tenazas.

María, temblando, sostenida por las mujeres se pone de pie, se acerca a la cruz.

Los soldados, terminado su oficio, se van. Antes de que Longinos baje más allá de la plazoleta inferior, se vuelve desde su caballo morcillo para ver a la Virgen y al Crucificado. El ruido de los cascos de los caballos, y el de las armas contra los escudos, se hace cada vez más lejano.

La mano izquierda está desclavada. El brazo cae cuan largo es sobre el cuerpo todavía no del todo separado. Dicen a Juan que también suba, y que deje las escaleras a las mujeres.

Juan sube a la escalera donde antes estaba Nicodemo. Se pasa el brazo de Jesús por el cuello, que le cuelga hasta el hombro, asiéndolo con su brazo y lo agarra en la punta de los dedos para no tocar la horrible abertura de la mano izquierda casi abierta. Cuando los pies son desclavados, fatigosamente, Juan apenas si puede sostener el cuerpo de su Maestro.

La Virgen se sienta junto a los pies de la cruz, dándole la espalda, pronta a recibir a su Hijo sobre las rodillas.

Pero desclavar el brazo derecho es algo difícil. Pese a todos los esfuerzos de Juan, el cuerpo se cuelga hacia adelante y la cabeza del clavo rasga más. Como quieren evitarlo, los dos hombres sacan todas sus fuerzas. Finalmente las tenazas agarran el clavo que poco a poco es extraído.

Juan sigue sosteniendo el cuerpo de Jesús por las axilas, con la cabeza echada sobre la espalda, entre tanto que Nicodemo lo sostiene por los muslos y José por las rodillas y cuidadosamente bajan de la escalera.

Ya en tierra, quieren colocarlo sobre el lienzo que pusieron sobre sus mantos, pero la Virgen quiere el cuerpo. Se ha descubierto el manto, dejando que caiga por una parte, y se queda con las rodillas más bien abiertas para que sirvan como de cuna a su Hijo.

Los discípulos dan vuelta para entregarle a su Hijo. La cabeza con las espinas cae hacia atrás y los brazos llegan hasta tierra, y tocaría el suelo si la compasión de las mujeres no lo impidiesen.

Ahora está en las rodillas de su Madre... Parece un niño cansado que durmiera recogido sobre el pecho maternal. María lo sostiene con su brazo derecho que le ha pasado por las espaldas, y con el izquierdo que le llega por las caderas para sostenerlo. Lo llama... lo llama

con una voz desgarradora. Retira el brazo derecho, lo acaricia con la mano izquierda, junta y extiende, las manos pero antes de cruzarlas sobre su pecho, se las besa y lágrimas derrama sobre las heridas. Acaricia sus mejillas, sobre todo donde están más amoratadas e hinchadas. Besa sus ojos sumidos, su boca que queda un poquito torcida y medio cerrada. Quiere arreglarle los cabellos como ya lo hizo con la barba pegajosa de sangre. Al hacerlo, encuentra espinas. Se pica al querer quitar la corona, y no permite que otros le ayuden. Grita: “¡No, no!” y parece como si tuviera entre sus manos la cabeza de un recién nacido. ¡Tanta es su delicadeza! Cuando, logra quitar la corona, se inclina a besar todos los rasguños que las espinas le causaron. Con mano temblorosa separa los cabellos desordenados, se los arregla. Lloro en silencio. Seca con los dedos sus lágrimas que caen sobre su cuerpo helado y ensangrentado. Piensa limpiar con su llanto y con su velo, que Jesús conserva en su cuerpo. Tira una de las puntas y se pone a limpiar y secar esos santos miembros. Vuelve a acariciar el rostro, las manos, las rodillas ensangrentadas, y luego trata de secar el cuerpo que baña con lágrimas y más lágrimas.

Al hacerlo su mano encuentra el desgarró del costado. La pequeña mano delgada entra casi toda en la amplia abertura de la herida. María se inclina para ver en medio de la semi-luz. Ve el pecho abierto y el corazón de su Hijo. Grita. Parece como si una espada abriera su corazón. Grita, luego se tumba sobre el cuerpo de su Hijo. Parece como si Ella también hubiera muerto.

La socorren, la consuelan. Quieren quitarle el cadáver y como Ella grita: “¿Dónde te pondré, dónde que esté seguro y que sea digno e Ti?”, José inclinado profunda y respetuosamente, con la mano sobre el pecho, dice: “¡Consuélate! Mi sepulcro es nuevo y digno de un noble. Lo entrego a Él. Y mi amigo Nicodemo, que está ya en el sepulcro, ha traído los aromas, que él ofrece de su parte. Te ruego que nos permitas hacerlo, porque la tarde avanza... Es la parasceve³⁰. ¡Permítenoslo, os Mujer santa!”

También Juan y las mujeres ruegan a María que permita que quiten de sus rodillas el cuerpo. Se levanta angustiada. Mientras lo envuelven suplica: “¡Oh, hacedlo despacio!”

Nicodemo y Juan levantan por la espalda, José por los pies los restos mortales envueltos no sólo en el lienzo, sino también sostenido en los mantos que sirven de camilla, y se ponen en camino.

María baja. La ayudan su cuñada y Magdalena. Detrás viene Marta, María Zebedeo y Susana, que han recogido los clavos, las tenazas, la corona, la esponja y la caña. Todos van al sepulcro.

En el Calvario quedan las tres cruces. La de en medio no tiene ya el cuerpo. Las otras dos tienen su vivo trofeo que muere.

30. El sepulcro de José de Arimatea¹, la terrible angustia de la Virgen y el embalsamamiento del Salvador

19 febrero 1944 y 4 octubre 1944

El pequeño cortejo después de haber bajado del Calvario encuentra a sus pies el sepulcro de José de Arimatea excavado en la parte calcárea y entran en él.

Veó el sepulcro que es así: un lugar excavado en la piedra, en el extremo de un huerto en flor. Parece una gruta, pero no hay duda que es mano de hombre. Hay la cámara sepulcral propiamente dicha con sus nichos (diversos de los de las catacumbas). Estos son como huecos redondos hechos en la piedra como agujeros de una colmena, para dar una idea. No hay nada en ellos. Parecen una mancha negra en el color grisáceo de la piedra. Anterior a

³⁰ Palabra griega que significa “preparación”, y que se aplica a la vigilia del sábado, pues era cuando los hebreos preparaban cuanto creían que fuera necesario para el día del descanso.

¹ Cfr. Mt. 27, 60-61; Mc. 15, 45-47; Lc. 23, 53-55; Ju. 19, 40-42.

esta cámara sepulcral, hay una antecámara. En el centro, hay una mesa de piedra para la unción, sobre la que se coloca a Jesús con su lienzo.

Entran también Juan y la Virgen, y nadie más porque la cámara preparatoria es reducida, y si entrasen muchos, no podrían moverse. Las otras mujeres se quedan a la puerta, cerca de la apertura, porque a decir verdad no hay puerta propiamente dicha.

Los dos portadores descubren el cuerpo de Jesús.

Mientras preparan en un ángulo, en una especie de mesa pequeña, a la luz de dos antorchas, vendas y aromas, María se inclina sobre el Hijo y llora. Lo vuelve a limpiar con el velo que tiene todavía Jesús en el cuerpo. El único baño, que el cuerpo de Jesús recibe, son las lágrimas de su Madre. Y aunque copiosas y abundantes, no sirven sino para quitar superficial y parcialmente el polvo, sudor y sangre de su Cuerpo torturado.

María no se cansa de acariciar los miembros fríos. Con una delicadeza mayor que si tocara a un recién nacido, toma las pobres manos laceradas, las oprime entre las suyas. Besa los dedos, los extiende, trata de juntar los bordes de las heridas como para curarlas, para que no causen tanto dolor. Se pone en la mejilla esas manos que no pueden ya acariciarla, y llora, llora con un dolor vehemente. Endereza, uno de los pies que están así sueltos, como cansados del largo camino que por nosotros hicieron. Pero están tan maltratados por la cruz, sobre todo el izquierdo que está como plano, como sin tobillo.

Luego vuelve al cuerpo y lo acaricia. Está frío, rígido. Cuando una vez más se ve la herida de la lanza que está abierta, dada la posición supina del cuerpo sobre la laja de la piedra, por la que se puede ver mejor la cavidad torácica (la punta del corazón aparece clara entre el esternón y el arco izquierdo de las costillas, unos dos centímetros arriba de él se ve la cortada hecha con la punta de la lanza en el pericardio y cardio, como de un centímetro y medio de largo; mientras que la exterior al costado derecho es por lo menos de siete), lanza de nuevo un fortísimo sollozo como en el Calvario. Parece como si la lanza la atravesara también a ella. Se retuerce en medio de su dolor. Se lleva las manos a su corazón, atravesado como el de Jesús. ¡Pobre Madre! ¡Cuántos besos no da en esa herida!

Contempla la cabeza. La endereza porque se ha quedado ligeramente inclinada hacia adelante y mucho a la derecha. Trata de cerrar los párpados que a medias lo están. La boca sigue abierta, contraída, un poco torcida a la derecha. Compone los cabellos, que ayer eran hermosos, bien peinados y ahora son un mechón pegajoso de sangre. Desenreda los mechones, se los alisa con sus dedos, se los frota para darles su antigua forma, que eran suaves y rizados, y llora porque se acuerda de cuando Jesús era niño... El motivo fundamental de su dolor es *el recuerdo de la infancia de Jesús, de su amor que le tuvo, de sus cuidados que tenían aun del aire más vivo por su Hijo, y la realidad que contempla.*

Su lamento me hace entristecer. Me hace llorar y sufrir como si una mano me hurgase en el corazón al ver su gesto cuando llorando dice: “¿Qué te han hecho, Hijo mío?” no resistiendo verlo así: desnudo, tieso, sobre una piedra. Lo toma entre sus brazos. El derecho se lo pasa por la espalda y con la otra se lo aprieta contra el pecho, arrullándolo, como lo hacía en la gruta de Belén².

La terrible angustia espiritual de María

María está de pie, junto a la piedra del embalsamamiento. Acaricia y contempla. Gime y llora. La luz temblorosa de las antorchas ilumina a intervalos su rostro y veo que sobre él, que está palidísimo, caen gruesas lágrimas. Oigo lo que dicen. Lo oigo todo. Claro, aun cuando lo dice entre labios, un real coloquio de un alma materna con el alma del Hijo. Recibo órdenes de escribirlo.

“¡Pobre Hijo, cuántas heridas!... ¡Cuánto sufriste! ¡Mira lo que te hicieron!... ¡Qué frío estás, Hijo! Tus dedos están helados. ¡Qué tiesos! Parece como si estuvieran despedazados. Jamás

² Sigue el trozo escrito el 4 de octubre de 1944.

habían estado así, ni cuando niño tranquilamente dormías, ni cuando el cansancio te rendía... ¡Qué fríos están! ¡Pobrecitas manos! Dalas a tu Mamita, ¡tesoro mío, amor santo, amor mío! ¡Mira cuán despedazadas están! Juan, ¡mira qué herida! ¡Oh, crueles! Da, da a tu Mamita esta mano, para que te la cure. No te lastimaré... La besaré, la bañaré en lágrimas, con mi hálito, con mi amor la calentaré. ¡Hazme, Hijo, una caricia! Estás helado y yo ardo. Mi fiebre la bajará tu hielo y tu hielo se derretirá en mi calentura. ¡Una caricia, Hijo! Pocas horas hace que no me acaricias, y me parecen siglos. Hubo meses sin tus caricias y horas me parecieron porque siempre esperaba tu llegada. De cada día hacía una hora, de cada hora un minuto, y decía yo que no estabas lejos más de una o dos lunas, sino de pocos días, de pocas horas. ¿Por qué ahora el tiempo parece tan largo? ¡Ah, dolor humano! ¡Has muerto! ¡Te me han matado! ¡No estás ya más en la tierra! ¡No más! A cualquier lugar donde mi alma se arroje para buscar la tuya y a ella abrazarse, pues encontrarte, poseerte, sentirte, es la vida de mi cuerpo, de mi espíritu; en cualquier lugar que te busque con la onda de mi amor, no te encuentro más, no te encuentro más. ¡No me queda de Ti sino estos despojos fríos, sin alma! ¡Oh alma de mi Jesús! ¡Oh alma de mi Mesías! ¡Oh alma de mi Señor! ¿Dónde estás! ¿Por qué habéis quitado el alma a mi Hijo, crueles hienas, emparentadas de Satanás? ¿Por qué no me habéis crucificado con Él? ¿Tuvisteis miedo de cometer otro crimen? (La voz se hace cada vez más fuerte y desgarradora). Para vosotros que no dudasteis en matar a Dios, hecho hombre, ¿qué podía significar matar a una pobre mujer? ¿No habéis cometido un segundo delito? ¿Y no es más nefando dejar que sobreviva una madre a su hijo asesinado?"

María, que al hablar había ido levantando también la cabeza, vuelve a inclinarse sobre el rostro muerto y a hablar en voz baja. Le habla a Él solo: "Por lo menos en la tumba, aquí dentro, habríamos estado juntos, como juntos estuvimos en la agonía de la cruz, juntos en el viaje a la otra vida y en el encuentro con la Vida. Pero si no puedo seguirte en el viaje, aquí puedo quedarme a esperarte".

Vuelve a enderezarse y con voz fuerte ordena a los presentes: "Idos, todos. Yo me quedo. Encerradme con Él. Lo espero. ¿Qué decís? ¿Que no se puede? ¿Por qué no? Si hubiera muerto yo, ¿no estaría tendida a su lado, esperando a que se me embalsamara? Me quedaré a su lado, pero de rodillas. Lo estuve cuando daba vagidos, delicado y de color de rosa era, en una noche de diciembre. Me quedaré ahora en esta noche del mundo, que no tiene más a mi Jesús. ¡Oh, verdadera noche! ¡La Luz no existe más!... ¡Oh, noche fría! ¡El Amor ha muerto! ¿Qué dices, Nicodemo, que me contamina? Su Sangre no contamina. No me contaminé al engendrarlo. ¡Ah! Como saliste, Tú, flor de mi seno, sin romper ninguna fibra sino como un narciso perfumado que brota de lo profundo del bulbo-matriz y florece, aun cuando si el abrazo de la tierra no ha estado en la matriz. Florecer vaginal que en Ti encuentra su razón. ¡Oh, Hijo que viniste de un abrazo celestial y nacido en medio de fulgores celestiales!"

Ahora María, la llena de dolores, vuelve a inclinarse sobre su Hijo. No hace caso de ninguna otra cosa que no sea Él, y en voz baja pregunta: "¿Te acuerdas, Hijo, de aquella vestidura sublime que tenía todo cuando tu sonrisa saludaba al mundo? ¿Te acuerdas de aquella beatífica luz que el Padre envió de los cielos para envolver el misterio de tu florecer y para que encontrases menos repugnante este mundo oscuro. Tú que eras luz y venías de la luz del Padre y del Espíritu Paráclito? ¿Y ahora?... Ahora oscuridad y frío... ¡Cuánto frío! ¡Mucho! Yo estoy temblando. Más que aquella noche decembrina. . Entonces tuve la alegría de calentarme mi corazón contigo. Tú tenías a dos que te amaban... Ahora... Ahora estoy sola y agonizo. Pero te amaré por dos: por estos que te han amado tan poco que te abandonaron en el momento del dolor; te amaré por los que te han odiado; por todo el mundo te amaré, ¡oh Hijo! No sentirás el hielo del mundo. No, no lo sentirás. No me abriste mis entrañas para nacer pero para que no sientas el frío estoy pronta a abrírmelas, a encerrarte dentro de mi seno. ¿Recuerdas cuánto este seno te amó, pequeño germen que palpitabas?... Es siempre este seno. ¡Oh! es mi derecho y mi deber de Madre. Es mi deseo. Nadie más que tu Madre puede tenerlo, que pueda amar a su Hijo con un amor tan grande como el universo".

La voz ha ido elevándose, y ahora resuena fuerte: “Idos. Yo me quedo. Dentro de tres días volved, y juntos saldremos. ¡Oh, volver a ver el mundo apoyada en tu brazo, Hijo mío! ¡Qué bello será a la luz de la sonrisa de resucitado! El mundo que se estremece al paso de su Señor. La tierra tembló cuando la muerte te arrancó el alma, y de tu corazón salió el alma. Pero ahora temblará... no de horror ni de convulsiones, sino de un horror suave, que no conozco, pero que mi femineidad intuye, que sacude a una doncella, cuando después de una ausencia, oye las pisadas del esposo que viene para las nupcias. Mucho más: la tierra se estremecerá con un estremecimiento santo, como me pasó a mí hasta lo más íntimo de mi ser, cuando tuve en mí a mi Señor Uno y Trino, y el querer del Padre con el fuego del Amor creó el germen de donde viniste, ¡Oh Niño santo mío. Criatura mía, Tesoro mío! ¡Eres todo de tu Mamá!... Cada niño tiene su padre y su madre. Aun el bastardo. Pero Tú sólo tuviste tu Madre que te formó tu carne rosada y de lirio, que te fabricó tus venas, azules como nuestros ríos de Galilea, estos labios de granado, estos cabellos que más hermosos no tienen las cabras rubias de nuestros collados; y estos ojos: dos pequeños lagos del Paraíso. No, sino que son el agua de donde viene el único y cuádruple río del Lugar de Delicias, y consigo arrastra, en sus cuatro ramas, oro, ónix, bedelio y marfil, diamantes, palmas, miel, rosas, riquezas infinitas, ¡oh Fisón!, ¡oh Gehón!, ¡oh Tigris!, ¡oh Eufrates!: camino de los ángeles que jubilosos se alegran en Dios, camino de los reyes que te adoran. Esencia conocida o desconocida, pero viviente, presente aun en el corazón más oscuro. Sólo tu Mamita te ha hecho esto con su “sí”... Te compuso de música y amor: de pureza y obediencia te hizo ¡oh alegría mía! ¿Qué es tu corazón? La llama del mío que se dividió para concentrarse en una corona alrededor del beso que Dios regaló a su virgen. Es esto tu corazón. ¡Ah! (El grito es desgarrador hasta el punto que Magdalena y Juan presurosos acuden. Las otras no se atreven, pero lloran y cubiertas con su velo espían hacia la abertura). ¡Ah, te lo destrozaron! Por eso estás helado, y también yo. No tienes más dentro la llama de mi corazón y no puedo continuar viviendo al reflejo de esa llama que era mía y que te di para hacerte con ella un corazón. ¡Aquí, aquí, aquí sobre mi pecho! Antes de que la muerte me mate, quiero calentarte, quiero mimarte. Te cantaba: “No hay casa, no hay alimento, no hay más dolor”. ¡Oh palabras proféticas! Dolor, dolo, dolor para Ti, para mí. Te cantaba: “Duerme, duerme sobre mi pecho”. También ahora: aquí, aquí, aquí...”

Sentándose al lado de la piedra se lo pone sobre sus piernas. Se lleva un brazo de Él sobre su espalda. Reclina la cabeza de Jesús sobre su hombro, y sobre la de Él dobla la suya,teniéndolo estrechado contra su pecho, mimándolo, besándolo, llena de dolor, digna de compasión.

Nicodemo y José se acercan, arriman a una especie de asiento que está en la otra parte de la piedra, vasos, vendas, la Sábana limpia y una aljofaina con agua, me parece, y montones de hilas, como creo.

María lo ve y en voz alta pregunta: “¿Qué pretendéis? ¿Qué queréis? ¿Prepararlo? ¿Para qué? Dejadlo en el regazo de su Madre. Si logro darle calor, antes resucitará. Si logro consolar al Padre y a Él por el odio deicida, el Padre perdonará cuanto antes, y Él también cuanto antes resucitará”.

La Dolorosa parece como si delirase.

“No, no os lo entrego. Una vez lo di, una vez lo he dado al mundo, y él no lo quiso. Lo mató por no quererlo. ¡Ahora no lo doy más! ¿Qué decís? ¿Que lo amáis? ¡Ya! Entonces, ¿por qué no lo defendisteis? Habéis esperado a decirle que lo amabais cuando ya no os podía oír. ¡Qué pobre amor el vuestro! Si teníais tanto miedo del mundo, que no fuisteis capaces de defender a un inocente, por lo menos deberíais habérmelo devuelto a mí, su Madre, para que lo defendiese. Sabía quién era y qué merecía. Vosotros... Vosotros lo tuvisteis como Maestro, pero nada aprendisteis. ¿No es verdad esto? ¿No estáis viendo que no creéis en la resurrección? ¿Creéis? No. ¿Para qué preparáis vendas y aromas? Porque veis que es un pobre cadáver, hoy frío, mañana corrupto y queréis por esto embalsamarlo. Dejad vuestras cosas. Venid a adorar al Salvador con el corazón puro de los pastores betlemitas. Mirad: su sueño no es más que el de un cansado. ¡Cuánto se cansó en la vida! ¡Cada vez más fatigado!

Y en esas últimas horas... Ahora descansa... Para mí, para mí que soy su Madre, no es sino un Niño grande que duerme. Muy pobre es el lecho y la habitación, pero también su primera cama no fue más hermosa, ni más alegre su lugar. Los pastores adoraron al Salvador durmiente. Vosotros adoráis al Salvador en su sueño de vencedor de Satanás. Como los pastores id a decir al mundo: “¡Gloria a Dios! ¡El pecado ha muerto! ¡Satanás ha sido vencido! ¡Paz hay en la tierra y en el cielo entre Dios y el hombre!” Preparad el camino a su regreso. Os lo mando, Yo a quien la Maternidad hace sacerdotisa del rito. Id. He dicho que no quiero. Lo he lavado con mis lágrimas. Basta. No es necesario lo demás. No penséis que vais a hacerlo. Más fácil le será resucitar libre de esas fúnebres e inútiles vendas. ¿Por qué me miras así José? ¿Y tú, por qué, Nicodemo? ¿El horror de este día os ha embotado la mente? ¿No os acodáis? “A esta generación malvada y adúltera que pide una señal, no se le dará sino la de Jonás... Así, el Hijo del hombre estará *tres días y tres noches* en el corazón de la tierra”. ¿No recordáis? “El Hijo del hombre está para ser entregado en las manos de los hombres que lo matarán, pero *resucitará al tercer día*”. ¿No recordáis? “Destruid este Templo del Dios verdadero y en *tres días lo resucitaré*” El Templo es su cuerpo, ¡oh hombres! ¿Sacudes la cabeza? ¿Me complaces? ¿Me tomas por una loca? Pero ¡cómo! Resucitó a los muertos, ¿y no podrá resucitarse a Sí mismo? ¿Juan...?”

“¡Madre!”

“Sí, llámame “madre”. No puedo vivir sin pensar que así se me llame. Juan, estuviste presente cuando resucitó a la hija de Jairo y al joven de Naim. Estaban muertos, ¿no es verdad? No se trataba de un sopor profundo, ¿verdad? Responde”.

“Estaban muertos. La niña había muerto dos horas antes, el joven un día y medio”.

“¿Y resucitaron a su mandato?”

“Resucitaron”.

“¿Habéis oído, vosotros dos? ¿Por qué movéis la cabeza? ¡Ah, tal vez queréis decir que la vida regresa más pronto en quien es inocente y joven! Pero mi Niño es el Inocente, y es siempre Joven. ¡Mi Hijo es Dios!...”

María mira con sus ojos desgarrados de aflicción y de fiebre a los dos que preparan, abatidos pero inexorables, los rollos de las vendas mojadas en los aromas. María da dos pasos. Ha puesto nuevamente a su Hijo sobre la piedra con la delicadeza como se coloca a un recién nacido en la cuna. Da dos pasos, se reclina a los pies del lecho fúnebre, donde de rodillas llora Magdalena, la toma por la espalda, la sacude, la llama: “María, responde. Estos piensan que Jesús no podrá resucitar porque es hombre y un hombre muerto. ¿Tu hermano no es mayor que Él?”

“Sí”.

“¿No era todo una llaga?”

“Sí”.

“¿No estaba ya podrido antes de bajar al sepulcro?”

“Sí”.

“¿Y no resucitó después de cuatro días de asfixia y putrefacción?”

“Sí”.

“¿Y entonces?”

Un silencio profundo, largo. Luego un grito horrible. María vacila. Se lleva una mano al corazón. La sostienen, pero los rechaza. Parece que rechazase a quienes tratan de ayudarla, pero en realidad rechaza lo que Ella sola ve. Grita: “¡Atrás! ¡Atrás, cruel! ¡No esta venganza! ¡Cállate! ¡No te quiero oír! ¡Cállate! ¡Ah, me muerde el corazón!”

“¿Quién, Madre?”

“Satanás. Satanás que dice: “No resucitará. Ningún profeta lo ha hecho”. ¡Oh Dios Altísimo! Ayudadme todos, ¡vosotros espíritus buenos, vosotras personas piadosas. ¡Mi razón vacila! No recuerdo más. ¿Qué dicen los profetas? ¿Qué dice el salmo? Oh, ¿quién me repite los pasos que se refieren a mi Jesús?”

Magdalena con su voz armoniosa recita el salmo davídico sobre la pasión del Mesías¹¹.

La Virgen llora más fuerte, sostenida por Juan. El llanto cae sobre su Hijo que está bañado de él. María lo ve, lo seca, en voz baja dice: “¡Tantas lágrimas! ¡Y cuando tenías tanta sed ni siquiera una gota te pude dar! ¡Y ahora... ahora te he bañado todo! Pareces un árbol bajo una lluvia tupida. Aquí, que tu Mamá te seca. ¡Tanta amargura has gustado! ¡Que sobre tu herido labio no caiga lo amargo y salado de las lágrimas de tu Madre!...”

Luego en voz fuerte: “María, David no dice: ¿Conoces a Isaías? Recita sus palabras...”

Magdalena recita el trozo referente a la pasión y termina con un sollozo: “...entregó su vida a la muerte y fue contado entre los malhechores, El que quitó los pecados del mundo y rogó por los pecadores.”¹²

“¡Oh, cállate! ¡Muerte, no! ¡No entregado a la muerte! ¡No, no! ¡Oh, que vuestra falta de fe, unida con la tentación de Satanás, me mete dudas en el corazón! ¿Y no creeré, Hijo? ¿No creeré a tu santa palabra? ¡Dilo a mi corazón! Habla. Desde las riberas lejanas a donde has ido a liberar a los que esperaban tu llegada,¹³ envía tu voz a mi alma, que está ansiosa de recibirla. Di a tu Madre que regresas. Di: “Al tercer día resucitaré”. Te lo suplico, ¡Hijo y Dios! Ayúdame a proteger mi fe. Satanás la envuelve en su espiral para ahogarla. Satanás ha quitado su boca de sierpe de la carne del hombre porque Tú le arrebataste esta presa, y ahora ha clavado sus dientes venenosos en la carne de mi corazón; paraliza sus movimientos, la fuerza, el calor. ¡Dios, Dios, Dios! ¡No permitas que desconfíe yo! ¡No permitas que la duda me hiele! ¡No permitas a Satanás que me lleve a la desesperación! ¡Hijo, Hijo! Introdúceme tu mano en mi corazón, para que arroje a Satanás. Introdúcela en mi cabeza. Os devolverá la luz. Santifica con una caricia mis labios para que fuertes digan: “Creo” aun contra todo un mundo que no cree. ¡Oh, qué dolor es no creer! ¡Padre! Mucho hay que perdonar a quien no cree. Porque cuando no se cree más... cuando no se cree más... fácil es cualquier error. Lo digo... porque estoy probando este tormento. Padre, ¡piedad de los que no tienen fe! ¡Dales, Padre santo, dales, por esta Hostia sacrificada y por mí, hostia que ahora se sacrifica, tu fe a los sin-fe!”

Un prolongado silencio.

Nicodemo y José hacen señal a Juan y a Magdalena.

“Ven, Madre” dice Magdalena que trata de retirar a María de su Hijo y de separar los dedos de Jesús entrelazados entre los de María que, llorando, los besa.

María se endereza. Es majestuosa. Extiende una vez más los pobres dedos desangrados, pone la mano inerte al lado del cuerpo. Después la baja hacia tierra, y derecha, con la cabeza ligeramente hacia atrás, ora y ofrece. No se oye ninguna palabra, pero por el aspecto se comprende que ora. Es en verdad la Sacerdotisa en el altar, la Sacerdotisa en el momento de la oblación. “Offerimus preclaræ majestati tuæ de tuis donis, ac datis, hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam...”¹⁶

Luego se vuelve: “Hacedlo. Pero Él resucitará. Inútilmente desconfiáis de mis palabras y no abris los ojos a la verdad que Él os dijo. Inútilmente trata Satanás de poner asechanzas a mi fe. Para redimir el mundo es necesario aun la tortura con que Satanás vencido atormenta mi corazón. La sufro y la ofrezco por los que vendrán. ¡Adiós, Hijo! ¡Adiós Amado mío! ¡Adiós Niño mío! Adiós... Adiós... Santo... Bueno... Amadísimo... Hermosura... Alegría... Fuente de salud... Adiós... Mi beso... mi beso... mi beso... sobre tus ojos... en tus labios... en tus cabellos de oro... en tus miembros helados... en tu corazón atravesado... ¡oh! En tu corazón atravesado!... ¡Adiós, adiós!... ¡Señor, piedad de mí!”

¹¹ Sal. 21.

¹² Cfr. Is. 52, 134 – 53, 12.

¹³ Cfr. 1 Pe. 3, 18-20.

¹⁶ Según las liturgias romana y ambrosiana, esta hermosa oración se dice después de la Consagración, en que se ofrece a la majestad del Padre su Hijo antes de pedir su efusión del Espíritu Santo.

Dice Jesús:

“Y el tormento continuó con asaltos periódicos hasta el alba del domingo. En mi pasión fui tentado una sola vez. Pero mi Madre, la mujer, expió por la mujer, culpable de todos los males, muchas veces. Satanás con centuplicada ferocidad atacó a la Vencedora. Ella lo había vencido¹⁷. La atacó con una terrible tentación, tentación en la carne de la Madre; tentación en el corazón de la Madre; tentación al espíritu de la Madre. Todos creen que la Redención terminó en mi último aliento. No. La terminó mi Madre añadiendo su triple tortura para redimir la triple concupiscencia, luchando por tres días contra Satanás que quería que dudase de mi palabra, que no creyese en mi resurrección. María fue la única que continuó creyendo. Grande y bienaventurada fue por esta fe.

También esto he querido enseñarte. El tormento que sale al encuentro de mi tormento en Getsemaní. El mundo no comprenderá esta página, pero “los que están en el mundo sin ser de él” la comprenderán y amarán más a la Dolorosa. Por esto te concedí esta visión. Quédate en paz con nuestra bendición”

Los que estaban preparando las vendas han terminado. Se acercan a la mesa, desnudan completamente a Jesús. Pasan rápidamente por el cuerpo una esponja, por lo que me parece, o trapos de lino, para preparar los miembros que gotean de mil lugares. Después los untan con ungüentos. Lo cubren completamente en una capa gruesa de ungüento. Primero levantaron el cuerpo, limpiando también la tabla de piedra sobre la que han puesto la sábana que cuelga más de la mitad de la cabecera. Lo voltean y ungen la espalda, las costillas, las piernas. Toda la parte posterior. Luego con mucho cuidado lo voltean, procurando que no se caiga la pomada de los aromas. Ungen ahora la parte anterior. Primero el tronco, luego los miembros, los pies, por último las manos que colocan sobre el vientre. La mezcla de los aromas debe ser pegajosa porque veo que las manos se quedan fijas, mientras que antes se caían por la inercia. Los pies no. Conservan su posición: uno más derecho, el otro más extendido. Por último la cabeza. La untan cuidadosamente de modo que el semblante desaparece bajo la capa del ungüento. Le pasan por encima la cinta hasta el mentón para tener cerrada la boca.

María gime. Luego levanta el lado pendiente de la Sábana y la doblan sobre Jesús. No se ve más. No es más que una forma envuelta en lienzos.

José procura que todo esté en su lugar. Pone sobre el rostro un sudario de lino y otros lienzos, como tiras rectangulares cortas y largas que pasan de derecha a izquierda, sobre el cuerpo y sostienen en su lugar la Sábana, que está bien pegada al cuerpo. No es la característica envoltura que se ve en las momias, ni tampoco de la manera que fue envuelto Lázaro.

Jesús no se ve más. Sus formas desaparecen bajo los lienzos de lino. Parece un montón grueso de tela, estrecho en las extremidades, ancho en el centro, recostado sobre el color gris de la piedra. María llora más fuerte.

31. Regreso al Cenáculo

28 marzo 1945

José de Arimatea apaga una de las antorchas, da una última ojeada, y se dirige a la abertura del sepulcro, llevando encendida una antorcha.

María se inclina una vez más para besar a su Hijo, y quiere hacerlo de modo que contenga su pena por respeto a la forma del cadáver, que ya embalsamado, no le pertenece más, pero cuando está cerca del rostro cubierto, no se domina y es presa de una crisis de desconsuelo...

A duras penas la quitan, y con mayores la retiran del lecho fúnebre. Pone otra vez en su lugar las telas desordenadas, y tomándola más bien en peso que sosteniéndola, la retiran. La

¹⁷ Cfr. Gén. 3.

pobre Madre se ve con el rostro vuelto hacia atrás, para ver, para ver a Jesús que se queda solo en la oscuridad del sepulcro.

Salen al huerto silencioso en medio de la luz crepuscular. Después de la tragedia del Gólgota volvió a aparecer la luz que ahora cede su paso a la noche que va bajando. Y allí en el tupido ramaje, aunque sin fronda donde apenas si se ven los capullos de color blanco-rosado de los manzanos, extrañamente en retardo en este huerto de José, mientras en otras partes las flores están abiertas, y hasta unas muestran las minúsculas manzanitas, la penumbra es mayor.

Se corre la pesada piedra del sepulcro a su lugar. Largas ramas de un rosal enmarañado, que caen de la gruta al suelo, parece como si tocasen a la puerta de piedra y dijese: “¿Por qué te cierras ante una madre que llora?” Y parece como si llorasen dejando caer sus pétalos rojos, con sus corolas que se extienden sobre la piedra oscura, con los botoncitos cerrados que golpean inútilmente. Pero sobre la puerta sepulcral correrán sangre y llanto.

María, a quien hasta ahora sostiene Juan, se ha calmado suficientemente, se suelta del apóstol y con un grito, que me imagino haya hecho retumbar aun las fibras de los árboles, se arroja contra la puerta, se ase de donde puede de ella para empujarla. Se lastima dedos y uñas sin lograr algo. Hasta con la cabeza hace palanca. Su gemido es el rugido de la leona que desfallece en los umbrales de la trampa donde han sido cogidos sus cachorros. Amorosa y feroz porque es madre.

No se parece en nada a la dulce doncella nazaretana, a la bondadosa mujer hasta ahora conocida. Es la madre. Sólo y sencillamente la madre asida con todas sus fuerzas del cuerpo y del amor por su Hijo. Nadie más que ella es la verdadera “dueña” de esa carne que engendró, la única dueña después de Dios, y no quiere que se le arrebate su propiedad. Es la “reina” que defiende su corona, que es su Hijo.

Toda oposición que en treinta y tres años cualquier otra mujer hubiera tenido contra la injusticia del mundo con su Hijo; todos los arrebatos santos y lícitos que cualquier otra madre hubiera tenido durante las últimas horas para herir, para matar con sus manos, con sus dientes a los asesinos de su Hijo, todas esas cosas que por amor al linaje humano Ella había siempre sometido, ahora se revuelven en su corazón, bullen en él y benigna en su dolor que la hace delirar, no maldice, no enloquece. Sólo pide a la piedra que se haga a un lado, que le dé el paso, porque su lugar está allí adentro, donde Él está. Sólo pide a los hombres, compadecidos de su amor, que le obedezcan y le abran.

Después de haber golpeado y ensangrentado con labios y manos la dura roca, se vuelve, se apoya con los brazos abiertos, agarrando los bordes de la roca, y la Madre Dolorosa llena de majestad que infunde temor, ordena: “¡Abrid! ¿No queréis? Bueno. Aquí me quedo. ¿Dentro no? Entonces aquí afuera. Aquí está mi pan y mi lecho. Aquí mi lugar. No tengo otro domicilio. Ni quiero más. Idos vosotros. Regresad al mundo que es una pestilencia. Me quedo donde no hay codicia, ni olor a sangre”.

“¡No puedes, Mujer!”

“¡No puedes, Madre!”

“¡No puedes, María, querida!”

Tratan de separarle las manos de la roca, atemorizados de aquellos ojos que desconocen, esos ojos duros, imperiosos, vidriosos, fosfóricos.

La imposición no es de los benignos, y los humildes, y los humildes no saben proseguir en su soberbia... la vehemencia de su ansia, la majestad en dar órdenes al punto se doblan. Vuelve a tener esa mirada dulce de paloma atormentada. Pierde esa imponencia del mandar; se inclina suplicante, junta sus manos: “¡Oh, dejadme! Por vuestros muertos, por los que amáis entre los vivos, ¡piedad por una pobre madre!... Oíd... Oíd mi corazón. Quiere paz para no tener este cruel palpar. Allá arriba lo tuvo. El martillo hacía, pum, pum!... y cada golpe hería a mi Niño... y se me clavaba en cerebro y corazón... tenía la cabeza llena de esos golpes. El corazón me palpitaba como ese ¡pum, pum, pum! En las manos, en los pies de mi Jesús, de mi pequeño Jesús... ¡Mi Niño! ¡Mi Pequeño!...”

Vuelve a Ella la anterior angustia que parecía haberse calmado después de su oración al Padre junto a la mesa de la unción. Lloran todos.

“No quiero oír ni gritos, ni golpes. El mundo está lleno de voces y rumores. Cada vez me parece que sea “el horrible grito” que convirtió en piedras la sangre en mis venas, y cada rumor me parece ser el martillo de sus clavos. No quiero ver caras de hombres. Y el mundo está lleno de ellas... Hace casi doce horas que estoy viendo caras asesinas... Judas... los verdugos... los sacerdotes... los judíos... ¡Todos, todos son unos asesinos! ¡Largo, largo!... No quiero ver a nadie... En cada hombre hay un lobo y una serpiente. Siento asco, siento miedo del hombre... Dejádme aquí, bajo estos árboles tranquilos, bajo esta hierba florida... Dentro de poco habrán salido las estrellas... Fueron siempre sus amigas y las mías... Ayer por la noche le acompañaron en su agonía solitaria... Conocen ellas tantas cosas... Vienen de Dios... ¡Oh, Dios, Dios!...” Lloro y se arrodilla. “Paz, Dios mío. ¡No me quedas más que Tú!”

“Ven, hija. Dios te tranquilizará. Ven. Mañana es sábado pascual. No podríamos venir a traerte alimentos”.

“¡No es necesario! ¡No es necesario! No quiero comida. ¡Quiero a mi Hijo! Se me quita el hambre con el dolor, la sed con mi llanto... Aquí... ¿Oís, cómo se queja aquel autillo? Se queja conmigo, y dentro de poco llorarán los ruisseños. Y mañana, cuando salga el sol, las calandrias y las currucas, y todos los pájaros que Él amaba. Las tórtolas vendrán conmigo a golpear esta piedra y a decirle, sí, a decirle: “Levántate, amor mío y ven! Amor mío que estás en las hendiduras de la roca, en la grieta del despeñadero, déjame ver tu rostro, déjame escuchar tu voz”⁴. ¡Aaaah, qué digo! ¡También ellos, también aquello torvos asesinos le hablaron con palabras del Cántico! Sí, venid, hijas de Jerusalén, a ver a vuestro Rey con la diadema con que lo coronó su patria el día de sus bodas con la muerte, en el día de su triunfo de Redentor”⁵.

“Mira, María se acercan los guardias del Templo. Vámonos para que no te ofendan”.

“¿Los guardias? ¿Que me ofendan? No. Son unos cobardes. Lo son. Si llevada de mi terrible dolor los atacase, huirían como Satanás ante Dios. Pero me acuerdo de ser María... no les haré mal como lo merecerían. Seré buena... ni siquiera me verán. Y si me viesen y preguntasen: “¿Qué quieres?, les responderé: “Por limosna quiero respirar el aire embalsamado que sale de esa hendidura”. Les diré: “En nombre de vuestra madre”. Todos han tenido una madre... aun el mismo ladrón compasivo lo dijo...”

“Pero esos son peores que los ladrones. Te insultarán”.

“¡Oh!... ¿Hay acaso un insulto que este día no haya ya saboreado?”

Magdalena encuentra la manera de doblegar a la Dolorosa para que obedezca. “Tú eres buena, santa. Crees y eres fuerte. ¿Pero nosotros qué somos?... ¡Lo estás viendo! Los más han huido. Los restantes tienen miedo. La duda, que nos muerde, nos doblaría. Tú eres la Madre. Tienes no sólo el deber y el derecho sobre tu Hijo sino también sobre lo que es de tu Hijo. Debes volver con nosotros, para acogernos, asegurarnos, infundirnos tu fe. Después de que justamente nos reprochaste nuestro pavor y falta de fe, dijiste: “Más fácil será a Él resucitar, si está libre de estas inútiles vendas”. Yo te digo: “Si logramos reunirnos en la fe en su resurrección, más pronto resucitará. Lo llamaremos con nuestro amor...” Madre, Madre de mi Salvador, regresa con nosotros, tú, amor de mi Dios, para darnos este amor tuyo. ¿Quieres que se pierda nuevamente la pobre María de Mágdala que Él con tanta compasión salvó?”

“No. Me lo reprocharía. Tienes razón. Debo volver... buscar a los apóstoles... a los discípulos... a los familiares... a todos... Decir... decir: creed. Decir: Él os perdona... ¿A quién ya se lo dije? ¡Ah, a Iscariote!... Es necesario... sí, es necesario buscarlo también a él... porque él es el mayor pecador...” María se queda con la cabeza inclinada sobre el pecho. Tiembla como por asco, y luego añade: “Juan: lo buscarás. Me lo traerás. Debes hacerlo. Lo debo hacer, Padre. También esto hágase por la redención del linaje humano. Vámonos”.

⁴ Cfr. Cant. 2, 10, 14.

⁵ Cfr. Cant. 3, 11.

Se levantan. Salen del huerto semioscuro. Los guardias los ven salir sin decirles cosa alguna.

El camino polvoriento y deshecho por la onda de gente que lo recorrió y golpeó con sus pisadas, con sus piedras y garrotes, hace una curva alrededor del Calvario para llegar al camino principal que es paralelo a las murallas. Las huellas de lo que pasó son mucho más aquí. Dos veces María grita y se inclina buscando en la poca luz del suelo, porque le ha parecido ver sangre y piensa que sea de Jesús. Pero no son más que trapos tirados en la confusión de la fuga, por lo que creo.

El arroyuelo que corre a lo largo del camino quedamente murmura en medio del gran silencio que reina por doquier. Parece como si hubiera sido abandonada la ciudad, por el silencio que de él está preñada. Frente al arroyuelo está la puerta Judiciaria. Antes de que María entre por ella, se vuelve a mirar la cima del Calvario... y llora amargamente. Luego dice: "Vamos. Pero llevadme vosotros. No quiero ver a Jerusalén, sus caminos, sus habitantes".

"Sí, sí, démonos prisa. Van a cerrar las puertas. ¿Lo ves? La guarda doble ronda. Roma teme alborotos".

"Tiene razón. Jerusalén es una cueva de tigres. Es una cueva de asesinos. Una gavilla de ladrones. Y no sólo alargan sus colmillos rapaces, estos usurpadores a las propiedades, sino a las vidas humanas. Hace treinta y dos años que han puesto asechanzas a la vida del Niño... Apenas sabía decir "Mamá" y a dar los primeros pasos; a reírse con los pocos dientitos que se veían por entre los labios de pálido coral, cuando fueron a degollarlo... Han dicho ahora que Él blasfemó, que violó el sábado, que excitó a la revuelta, que ambicionó el trono, que pecó con mujeres... ¿Pero entonces qué había hecho? ¿Qué blasfemia podía haber pronunciado si apenas lograba llamarme a mí, Madre? ¿Cómo podía haber violado la ley, si Él, el eterno Inocente, era también el pequeño inocente hombre? ¿Que revuelta podía haber suscitado si ni siquiera sabía hacer capricho? ¿Qué trono ambicionaba? Tenía Él su trono en la tierra y en el Cielo, y no pedía otra cosa. En el Cielo tenía el seno del Padre; en la tierra *mi* seno. Jamás tuvo una mirada sexual, y podéis decirlo vosotras jóvenes y bellas. Pero entonces, pero entonces... no hacía más que dormir y comer y cortejaba, sí, cortejaba pero a mis tibios pechos para poner sobre ellos su carita y dormirse, y cortejaba la mama redonda de donde brotaba mi amor transformado en leche... ¡Oh, Hijo mío!... ¡Y querían matarte! ¡Querían arrebatarte la vida! Es lo que querían. A la Madre el Hijo; al Hijo la Madre para convertirnos en los más miserables y desgraciados del universo. ¿Qué motivo había de quitar al Vivo la vida? ¿Que motivo para arrogaros el derecho de quitar esto que es la vida: ya se trata de la flor, del animal o del hombre? Nada os pedía mi Jesús. No os pedía dinero, ni joyeles, ni casas. Tenía una pequeña y santa, y la había abandonado por amor a vosotros, hombres-hienas. Lo que tiene el animal más pequeño lo había renunciado por vosotros, y caminó pobre y solitario por el mundo sin tener más el lecho que le había hecho el Justo, sin tener más el pan que le hacía su Mamá, y había dormido donde podía y había comido lo que tenía a las manos. Como hijo del hombre, en las casas de los buenos; o sobre la hierba de los prados, contemplando las estrellas. Sentado a una mesa, o compartiendo con las ovejitas de Dios los granos de trigo, y la frutilla de la zarza selvática. Nada os pedía. Antes bien os daba. Quería sólo la vida para dárosela con su palabra. Mas vosotros, y tu Jerusalén, le quitasteis la vida. ¿Te has llenado de su Sangre y de su Carne? ¿Estás satisfecha? ¿Todavía no te llenas? ¿Y quieres, ¡hiena! que antes fuiste vampiro y buitres, alimentarte de su cadáver? ¿No estás todavía satisfecha de sus insultos y tormentos? ¿Quieres todavía herir y gozar destrozando sus despojos, volver a ver sus contracciones musculares involuntarias, sus temblores, sus sollozos, sus convulsiones en mí, en mí que soy la Madre del que habéis matado? ¿Hemos llegado? ¿Por qué os detenéis? ¿Qué tiene qué ver ese hombre con José? ¿Qué le dice?"

José se había detenido con uno de los pocos caminantes, y en el silencio completo de la ciudad desierta se oyen muy bien sus palabras.

"Todos saben que entraste en la casa de Pilatos, profanador de la Ley. Darás cuenta de ello. ¡La pascua se te prohíbe! Estás contaminado".

“También tú, Elquías. Me has tocado y estoy todo cubierto de la sangre del Mesías y de su sudor mortal”.

“¡Ay, horror! ¡Lejos! ¡Esa sangre, lejos!”

“No tengas miedo. Ya te abandonó. Y te maldijo”.

“También tú eres un maldito. Y no vayas a pensar, ahora que andas del brazo con Pilatos, que podrás sustraer el cadáver. Ya hemos tomado nuestras providencias para esta jugada tuya”.

Nicodemo poco a poco se ha acercado mientras las mujeres se han detenido con Juan yendo hacia el fondo de un portal cerrado.

“Hemos visto” responde José. “¡Bellacos! ¡Tenéis miedo aun de un muerto! Pero de *mi* huerto y de *mi* sepulcro hago lo que me plazca”.

“Lo veremos”.

“Lo veremos. Apelaré a Pilatos”.

“Sí. Fornica ahora con Roma”.

Nicodemo da un paso adelante: “Mejor con Roma que con el demonio, que con vosotros, ¡deicidas! Por otra parte, dime, ¿cómo es que te sientes con alas? Hace poco huías presa del terror. ¿Se te está ya pasando? ¿No te basta lo que tuviste? ¿No se incendió una casa tuya? ¡Tiembra! El castigo no ha terminado, sino que se acerca. Como la Némesis ⁸ de los paganos está amenazándote. Ni guardias, ni sellos impedirán al Vengador de levantarse y castigar”.

“¡Maldito!” Elquías violentamente se vuelve y va a chocar con las mujeres. Comprende y pronuncia un soez insulto contra la Virgen.

Juan no dice ni una palabra. De un brinco de pantera se le echa encima y lo arroja por tierra, apretándolo con las rodillas, las manos enclavadas en su garganta. Le grita: “Pídele perdón o te estrangulo, demonio”. Y no suelta a Elquías sino hasta cuando éste, oprimido y medio estrangulado grita: “Perdón”.

Pero su grito atrae a la ronda: “¡Alto, ahí! ¿Qué pasa? ¿Otras revueltas? Quietos todos o sois muertos. ¿Quiénes sois?”

“José de Arimatea y Nicodemo, a quien el Procónsul dio licencia de sepultar al Nazareno, y regresamos del sepulcro con su Madre, el hijo, familiares y amigas. Este ofendió a su Madre y fue obligado a pedir perdón”.

“¿Eso sólo? Debías haberlo degollado. Idos. ¡Soldados, arrestad a éste! ¿Qué otra cosa quieren estos vampiros? ¿Hasta el corazón de las madres? ¡Salve, judíos!”

“¡Qué horror! No son más humanos... Juan sé bueno con ellos. Acuérdate del mío y de tu Jesús. Él predicó el perdón”.

“Estás en lo cierto, Madre. Pero son unos criminales y no logro controlarme. Son unos sacrílegos. Te ofenden. Y esto no puedo permitirlo”.

“Son unos criminales, es verdad. Lo saben. Mira cuán pocos hay por las calles. Y esos pocos cuán esquivos son. Después de su delito los criminales tienen miedo. Verlos huir de ese modo, entrar en sus casas, cerrarse con pasadores por miedo, me causa terror. A todos los creo culpables del deicidio. Mira, María, a ese viejo. Ya besa con la frente su sombra y con todo, ahora que la luz de esa puerta que se ha abierto lo ilumina, me parece haberlo visto desfilar acusando a mi Jesús, allá arriba en el Calvario... Lo llamaba ladrón... ¡Ladrón a mi Jesús!... Aquel jovencillo, que parece todavía niño, lanzaba asquerosas blasfemias invocando sobre sí su Sangre... ¡Oh, infeliz!... ¿Y qué? ¿Tan musculoso y fuerte, no habrá dejado de pegarle? ¡No quiero ver! Mirad en la cara que tienen resalta el alma y... no tienen más apariencia de hombres, sino de demonios... Valientes contra Jesús que llevaban atado, contra Él cuando lo vieron crucificado... Y ahora huyen. Se esconden. Ponen la cerradura en sus casas. Tienen miedo. ¿De quién? De un muerto. Para ellos es esto, puesto que niegan que sea Dios. ¿De quién tienen, pues, miedo? ¿Ante quién cierran sus puertas? Al remordimiento. Al castigo. Pero de nada sirve. El remordimiento os sigue. Os seguirá para siempre. El castigo

⁸ Diosa de la venganza, que castiga los crímenes más horribles, según la mitología pagana.

no es humano. De nada sirven cerraduras y palos, puertas y barrotes para defenderse de él. Baja del cielo, de Dios, que venga a su Hijo sacrificado, y penetra más allá de las murallas, de las puertas, y con su llama celestial os marca para el castigo sobrenatural que os está esperando. El mundo se acerca al Mesías, al Unigénito de Dios y mío, que habéis atravesado con clavos, pero vosotros seréis marcados para siempre, vosotros Caínes de un Dios, marcados como el oprobio del linaje humano⁹. Yo que nací de vosotros, que soy Madre de todos, debo afirmar, que para mí, vuestra hija, habéis sido más que padrastros, y que entre mis hijos, sois los que más costáis trabajo para aceptaros, porque os habéis ensuciado con el crimen que habéis cometido en mi Hijo. Y no queréis decir: “Eres el Mesías. Te reconocemos y adoramos”. Pero he ahí otra ronda romana. El Amor no está ya en la tierra. La Paz no existe entre los hombres. El odio y la guerra se agitan como antorchas humeantes. Los dominadores tienen miedo de la multitud desencarnada. Saben por experiencia que cuando esa fiera que se llama hombre, ha saboreado sangre, se exagera su ferocidad... Pero no tengáis miedo a esos. No son leones ni panteras reales. Son vilísimas hienas. Se echan sobre el inermes cordero, pero tienen miedo del león armado de lanzas y autoridad. No tengáis miedo a estos viles chacales. Vuestro paso de hombres valientes los pone en fuga y el brillo de vuestras lanzas los hace más cobardes que conejos. ¡Esas lanzas! Verlas es sentir una flecha en mi corazón... Y sin embargo quisiera tenerlas entre mis manos que tiemblan, para ver cuál es la que todavía tiene huellas de sangre y decir: “¡Es esta! ¡Dámela, soldado! Dala a una madre por amor a tu madre que está lejos y yo rogaré por ella y por ti”. Ningún soldado me la negaría, porque esos hombres de guerra, fueron mejores durante la agonía de mi Hijo y mía. Oh, ¿por qué allá arriba no pensé en esto? Me sentía como si alguien me hubiese golpeado la cabeza. Me la habían atontado esos golpes... ¡Oh, esos golpes! ¿Quién me asegura que no los sienta más en mi pobre cabeza? La lanza... ¡Cómo quisiera tenerla!...”

“Podemos buscarla, Madre. El centurión se mostró muy bueno con nosotros. Creo que no me la negará. Iremos mañana”.

“Sí, sí, Juan. Soy pobre. No tengo mucho dinero. Pero me despojaré hasta de lo último para comprarla... ¿Cómo no la pedí antes?”

“María, nadie se percató de cuando lo hirieron... Cuando te diste cuenta de ella, los soldados ya se habían ido”.

“Es verdad... Estoy tonta de dolor. ¿Y los vestidos? ¡No tengo nada de Él! Daría mi sangre por poseerlos...” María llora nuevamente desconsolada.

De este modo llegan a la calle donde está el Cenáculo. Y a tiempo porque está agotada. Se arrastra como una decrépita. Lo dice.

“Un poco más. Ya llegamos”.

“¿Hemos llegado? ¿Tan corto ha sido el camino que esta mañana me pareció tan largo? ¿Esta mañana? ¿Fue esta mañana? ¿No hace más? ¿Cuántas horas o cuántos siglos han pasado desde que entré ayer tarde, y desde que salí esta mañana? ¿Soy de veras yo, la mujer cincuentona o una vieja cargada de años, una mujer de espaldas encorvadas y de cabeza cana? Me parece haber vivido todo el dolor del mundo y que pesa sobre mis espaldas que se doblan bajo su peso. Cruz inmaterial, pero, ¡cuán pesada! De piedra. Tal vez más pesada que la de mi Jesús. Porque yo cargo la mía y la suya con el recuerdo de su angustia y con la realidad de la mía. Entremos, pues debemos entrar. Pero no es un consuelo: es un aumento de dolor. Por esta puerta entró mi Hijo para su última cena. Por esta salió para ir a su muerte. Se vio obligado a poner su pie, donde el traidor lo había puesto, cuando fue a llamar a los que lo aprendieron. En frente de aquella salida vi a Judas... ¡Vi a Judas! No lo maldije. Le hablé con corazón de una madre adolorida. Angustiada por el Hijo bueno y por el hijo malo... ¡Vi a Judas! ¡Vi al demonio en él! Yo que siempre he tenido a Lucifer bajo mi calcañal¹⁰, que siempre he mirado sólo a Dios, que jamás he bajado mis ojos para verlo, lo conocí al mirar la

⁹ Cfr. Gén. 4, 1-16.

¹⁰ Cfr. Gén. 3, 15.

cara del traidor. Hablé con el demonio... Y huyó porque no soporta mi voz. ¿Lo habrá dejado ya de modo que pueda hablar a ese muerto, y yo, la Madre, vuelva a concebirlo con la sangre de un Dios para parirlo a la gracia? Júrame que lo buscarás y que no serás cruel con él. No lo soy ni aun cuando tengo razón... Dejadme entrar en esa sala donde mi Jesús cenó por última vez. Donde la voz de mi niño pronunció en paz sus últimas palabras”.

“Sí. Iremos, pero por ahora, mira, ven aquí, donde estuvimos ayer. Descansa. Despidete de José y Nicodemo que se retiran”.

“Sí. Hasta pronto. Os lo agradezco. Os bendigo”.

“Pero, ven, ven. Lo harás con más calma”.

“No. Aquí. José... ¡Oh, no he conocido a nadie que lleve ese nombre que no me haya amado!...”

María de Alfeo prorrumpe en llanto.

“No llores... También José... por amor, tu hijo se ha equivocado. Quería darme una tranquilidad humana... ¡Pero ahora!... ¡Lo he visto!... ¡Oh, todos los Josés son buenos con María!... José, te doy las gracias. Y también a ti Nicodemo... Mi corazón se postra a vuestros pies cansados por el largo camino que hicieron por Él... por la últimas horas tributadas a Él... Yo no tengo más que mi corazón para daros... y os lo doy, amigos leales a mi Hijo... y... perdonad a una madre adolorida las palabras que os dijo en el sepulcro...”

“¡Oh, Santa! ¡Tú debes perdonarnos!” contesta Nicodemo.

“Cálmate ahora. Descansa en tu fe. Mañana vendremos” añade José.

“Sí. Vendremos. Estamos a tus órdenes”.

“Mañana es sábado” objeta la dueña de la casa. “El sábado ha muerto. Vendremos. Hasta pronto. El Señor está con vosotros” y se van.

“Ven, María”.

“Sí, Madre, ven”.

“No. Abrid. Me lo prometisteis después de que yo hubiera dado las gracias. ¡Abrid esta puerta! No podéis cerrarla a una madre que quiere aspirar en el aire el olor del aliento, del cuerpo de su hijito. ¿No sabéis que yo fui quien le dio ese aliento y ese cuerpo? ¿Yo que lo llevé nueve meses, que lo dio a luz, le di de mamar, lo eduqué, lo cuidé? Ese aliento es mío. Ese olor a cuerpo es mío. Es el mío, hecho más bello en mi Jesús. Dejadme sentirlo una vez más”.

“Así será, pero mañana. Ahora estás cansada. Ardes en fiebre. No puedes. Estás mal”.

“Sí, mal. Pero se debe a que tengo en los ojos la vista de su Sangre y en mis narices el olor de su cuerpo llagado. Quiero ver la mesa donde vivo y sano se apoyó, que sienta el perfume de su cuerpo. ¡Abrid! ¡No me lo enterréis una tercera vez! Me lo ocultasteis bajo los aromas y las vendas, luego me lo encerrasteis con una piedra. Ahora ¿por que, por qué negar a una Madre que encuentre las últimas huellas de Él en el aliento que dejó más allá de esta puerta? Dejadme entrar. Buscaré por tierra, en la mesa, en el asiento?, las huellas de sus pies, de sus manos. Las besaré, las besaré hasta que se me acaben los labios. Buscaré... buscaré... tal vez encontraré un cabello de su rubia cabellera. Uno que no esté sucio de sangre. ¿Pero sabéis qué significa para una madre el cabello de su hijo? Tú, María de Cleofás, tú, Salomé, sois madres. ¿No comprendéis? ¡Juan, Juan, escúchame! Soy madre para ti. Él así lo quiso. ¡Él! Me debes obedecer. ¡Abre! Te amo, Juan. Siempre te he amado porque lo amabas. Te amaré mucho más todavía. Pero abre. Abre te digo.. ¿No quieres? ¿No quieres? ¡Ah, no tengo, pues, hijo! Jesús nada me negó. Porque era mi Hijo. Tú te rehúas. No eres tal. No comprendes mi dolor... Oh, Juan, perdona... perdona... Abre... No llores... Abre... ¡Oh Jesús! ¡Jesús, escúchame!... Tu espíritu obre un milagro. ¡Abre a tu pobrecita Mamá esta puerta que nadie quiere abrir! ¡Jesús, Jesús!”

María toca con los puños cerrados la puertita que está muy bien cerrada, en medio de un paroxismo de dolor. Se pone más pálida. Entre dientes murmura: ¡Oh Jesús mío! ¡Voy, voy!” Cae sin fuerzas en los brazos de las mujeres que lloran, y que la sostienen para que no dé contra el suelo. La llevan a la habitación de enfrente.

32. La noche del viernes santo

29 marzo 1945

La Virgen, auxiliada por las otras mujeres, vuelve en sí y llora sin más fuerzas que las de llorar y llorar. Parece como si su vida fuera a terminar en medio de ese llanto.

Quieren que tome algo. Marta le ofrece un poco de vino, la dueña de la casa un poco de miel, María de Alfeo, de rodillas, una taza de leche tibia y le dice: “Yo misma la ordeñé de la cabra de la pequeña Raquel” (será una hija de los que viven en esta casa de Lázaro, no sé si como inquilinos o guardianes). Pero María no quiere nada. Sólo llora. Quiere saber que los apóstoles y discípulos serán buscados, lo mismo que la lanza, los vestidos, y puesto que ahora no la dejan ir, que la dejen entrar en la sala donde se celebró la última cena.

“Si te calmas un poco, si descansas, te llevaré” le promete su cuñada. “Entraremos las dos, y de rodillas buscaré cualquier cosa de Jesús...” y María de Alfeo lanza un sollozo. “¿Pero ves? Aquí tienes la copa y el pan que partió, que empleó para la Eucaristía. ¿Qué mayor santo recuerdo? ¿Ves? Juan te los trajo desde esta mañana, para que los vieses esta tarde... Pobre Juan que está allí llorando y que tiene miedo...”

“¿Miedo? ¿Por qué? Ven acá, Juan”.

Juan sale de la sombra, porque en la habitación hay una lamparita puesta sobre la mesa, cerca de los objetos de la pasión. Se arrodilla a los pies de María que lo acaricia y le pregunta: “¿Por qué tienes miedo?”

Juan entre el llanto le besa las manos: “Porque estás mal. Tienes fiebre. Estás angustiada... Y no descansas. Si así sigues, te morirás como Él”.

“¡Oh, si fuese verdad!”

“¡No, Madre! ¡Mamá! ¡Oh, es más dulce decir: “Mamá”. Llamarte como a la mía. Permíteme que así te llame. Como no veo mucha diferencia entre mi madre y tú, antes bien te amo más que a ella porque eres la Madre que Él me ha dado, y eres *tu* su Madre; por ello no hagas demasiada diferencia entre el Hijo que tú engendraste y el hijo que se te ha dado... Ámame un poco como lo amas a Él... Si Él te dijese: “¡Tengo miedo de que te mueras!”, ¿responderías: “¡Oh, si fuese verdad!”? No, no lo dirías. Antes bien no te gustaría irte, dejarlo en un mundo de lobos, a Él, tu cordero... ¿Y no te preocupas de mí?... Soy mucho más cordero que Él, no porque sea yo bueno o puro, sino porque soy un tonto y miedoso. Si faltas a tu pobre Juan, los lobos lo destrozarán sin haber dado un balido que hablase de su Maestro... ¿Quieres que muera así, sin haberlo servido? ¿Sin haber hecho nada durante mi vida? ¿Verdad que no? Entonces, Mamá, procura calmarte... Por Él... Oh, ¿no dices que resucitará? Sí, así lo afirmas y es verdad. ¿Quieres que cuando venga encuentre la casa vacía, sin ti? Porque ciertamente vendrá aquí... Oh, pobre, pobre Jesús, si en lugar de tu grito maternal, oyese los nuestros de congoja. Si en lugar de encontrar tu seno para reclinar su cabeza martirizada y gloriosa encontrase la piedra de tu sepulcro... Debes vivir, para que lo saludes cuando vuelva... No digo que “para nuestro amor”. Nosotros somos dignos de todo reproche, por el modo con que nos comportamos. Sino para *tu* amor. Oh, ¿cómo será el encuentro? ¿Cómo será Él? Madre de la Sabiduría. Madre del tontísimo Juan, tú que sabes todo, dinos cómo será cuando aparezca resucitado”.

“Lázaro tenía las heridas de las piernas cerradas, pero se veía la cicatriz. Apareció envuelto en vendas llenas de podredumbre” dice Marta.

“Lo tuvimos qué lavar una y otra vez...” añade María.

“Se sentía débil. Tuvimos qué darle de comer por orden *suya*” concluye Marta.

“El hijo de la viuda de Naín estaba como atolondrado, y parecía un niño incapaz de caminar y hablar con claridad, tanto que lo entregó a su madre para que le enseñase a usar de nuevo el bien de la vida. Y Él mismo guió a la hija de Yairo cuando dio los primeros pasos...” dice Juan.

“Pienso que mi Señor nos mandará un ángel a anunciarnos: “Venid con vestidos limpios”. Mi amor ya los tiene preparados. Están en el palacio. No pude tejerlos, sino que los hizo mi nutriz, que está tranquila ahora sobre mi futuro, y no llora más. Empleé el lino más precioso. Plautina me dio la púrpura. Noemí tejió el borde; yo he hecho la faja, la bolsa y el talet, recamándolos de noche, para que nadie me viera. He aprendido de ti, Madre. No son perfectos. Pero más que las perlas que forman su nombre en la cintura y en la bolsa, los diamantes de mi llanto amoroso y mis besos los hacen. Cada puntada es un latido de devoción por Él. Le llevaré esos vestidos. Me lo permitirías, ¿verdad?”

“¡Oh, yo no había imaginado que le fueran a despojar de sus vestidos...! No estoy avezada a las costumbres del mundo y a su crueldad... Pensaba que la conocía ya... (lágrimas corren por sus pálidas mejillas) pero veo que no sabía nada... Y pensaba: “Aun después tendrá el vestido de Mamá”. ¡Tanto que le gustaba! Así lo había querido. Desde hacía tiempo me lo había dicho: “Me harás un vestido así y así. Me lo llevarás para la pascua... Porque Jerusalén me debe ver con vestido púrpura de rey...” ¡Oh, esa lana, blanca como la nieve, mientras la tejía se ponía roja ante los ojos de Dios y míos, porque mi corazón recibió una nueva herida con aquellas palabras!... Las otras, después de años o meses se habían si no encogido, si secado de su gemir sangre. ¡Pero ésta! Cada día, cada hora merodeaba mi corazón: “¡Un día menos! ¡Una hora menos! ¡Y luego será muerto!” ¡Oh, oh!... El hilado en el huso o en la tela se me hacía rojo... Se le introdujo en la tintura para que estuviese perfecto... pero estaba ya rojo...” María nuevamente llora.

Tratan de consolarla hablándole de la resurrección. Susana le pregunta: “¿Qué dices, tú? ¿Cómo será, ya resucitado? ¿Cómo resucitará!”

La Virgen sin saber qué decir, *ciega* en esta hora de martirio redentor, responde: “¡No sé!... ¡No sé nada!... ¡Fuera de que Él está muerto!...” Prorrumpe en otro estallido de lágrimas. Besa el lino que su Hijo tuvo en su cuerpo, se lo estrecha contra el corazón, lo mece como si fuese un niño... Toca los clavos, las espinas, la esponja, y grita: “¡Estas! ¡Estas cosas fueron las que te dio tu pueblo! ¡Hierro, espinas, vinagre, hiel! Insultos, insultos, insultos. Y de entre todos los hijos de Israel fue necesario buscar a uno de Cirene que te llevase la cruz. A ese hombre lo amo como si fuera esposo. Si supiera de algún otro que hubiera ayudado a mi Niño le besaría los pies. Pero nadie tuvo piedad. ¡Salid! ¡Idos! ¡Aun veros me causa dolor! ¿Por qué entre todos, entre todos, no supisteis hacer que por lo menos su tortura no hubiera sido tan grande? Siervos inútiles y perezosos de vuestro Rey, ¡salid!” Infunde temor. De pie, derecha, parece hasta más alta. Con ojos imperiosos, el brazo extendido señala la puerta. Manda como una reina lo haría en su trono.

Salen todos sin protestar para no excitarla más y se sientan fuera de la puerta cerrada, escuchando sus gemidos, y cualquier ruido que hiciera. Pero fuera del ruido de la silla que hace a un lado, de sus rodillas que baten contra el suelo, porque se ha arrodillado con la cabeza contra la mesa, en la que están los objetos de la pasión, no oyen otra cosa más que un llanto continuo, desconsolado.

Dice en voz tan baja, que los que están afuera no pueden escuchar: “¡Padre, Padre, perdono! Me hago soberbia y mala. Pero Tú lo ves. Es verdad lo que digo. Eran multitudes a su alrededor. Toda Palestina, durante estas fiestas, está entre las murallas santas... ¿Santas? No. No más santas... Lo serían si hubiera Él muerto en medio de ellas. Pero Jerusalén lo echó afuera como si hubiera sido un vómito². Por esto en Jerusalén está solo el delito... Y bien: de todo este pueblo que lo seguía no pudo reunirse un puñado que mostrase valor, no digo para salvarlo. Debía morir para redimir, pero no con tantos tormentos. Estuvieron a la sombra, o bien huyeron... Mi corazón se revela contra tanta cobardía. Soy su Madre. Por esto perdona mi pecado de que sea soberbiamente dura...” y llora...

...Afuera los otros están como sobre espinas y por varias razones.

² Cfr. Lev. 16; Heb. 13, 10-13.

Vuelve a entrar el dueño de la casa, que había salido a curiosear, y trae noticias alarmantes. Se dice que murieron muchos en el terremoto, que hubo heridos entre los seguidores del Nazareno y los judíos; que muchos han sido arrestados y que habrá nuevas ejecuciones por rebelión y amenazas contra Roma; que Pilatos ha ordenado la aprehensión de todos los seguidores del Nazareno y de los jefes del Sanedrín que se encuentren en la ciudad, o no; que Juana está muriéndose en su palacio; que Mannaén ha sido arrestado por Herodes por haberle reprochado en plena corte su complicidad en el crimen. En una palabra todo un almacén de noticias terribles... Las mujeres lloran, no por miedo de sus personas, sino por sus hijos y maridos. Susana piensa en su esposo, que es conocido en Galilea como secuaz de Jesús. María de Zebedeo piensa en el suyo, que se hospeda en casa de un amigo, y en su hijo Santiago, de quien desde la noche anterior no tiene noticia alguna. Marta entre sollozos dice: “¡Habrán ido ya a Betania! ¿Quién no sabe que Lázaro sea partidario del Maestro?”

“¡Roma lo protege!” le replica María Salomé.

“¡Oh, protege! ¡Quién lo sabe! ¡Con el odio que le tienen los jefes de Israel y las acusaciones que podrán haber aducido ante Pilatos!... ¡Oh, Dios!” Marta se lleva las manos a los cabellos y grita: “¡Las armas! ¡Las armas! ¡La casa está llena de ellas... y también el palacio! ¡Lo sé! Esta mañana, al amanecer, vino Leví, el custodio, y me dijo... ¡Pero también tú lo sabes! ¡Lo has dicho en el Calvario a los judíos... necia! ¡Entregaste en crueles manos el arma para matar a Lázaro!...”

“Lo dije, sí. Dije la verdad sin saberlo. Pero cállate, ¡espantada gallina! Lo que dije da completa seguridad a Lázaro. Tendrán mucho cuidado en ir a hacer pesquisas, donde saben que hay gente armada. ¡Son unos cobardes!”

“Los judíos, sí; pero los romanos, no”.

“No temo a Roma. Es justa y moderada en sus órdenes”.

“María tiene razón” dice Juan. “Longinos me dijo: “Espero que os dejarán tranquilos, pero si no fuera así, ven a verme, o manda a decir al Pretorio. Pilatos es bueno con los seguidores del Nazareno. También lo fue con Él. Os defenderemos””.

“¿Pero si los judíos por sí mismos lo hacen? Ayer por la noche fueron los que aprehendieron a Jesús. Si dicen que somos unos profanadores, tienen derecho a aprehendernos. ¡Oh, mis hijos! ¡Tengo cuatro! ¿Dónde estarán José y Simón? Estuvieron en el Calvario. Luego se bajaron cuando Juana no pudo ya estar en pie, para ayudar y defender a las mujeres. Ellos, los pastores, Alfeo... ¡todos! ¡Oh, habrán ya sido matados! ¿Has oído que Juana está agonizando? Debieron haberla herido. Y ellos, antes de que la plebe pudiera haberla herido, tuvieron qué defenderla, y murieron en la lucha... ¿Y Judas y Santiago? ¡Mi pequeño Judas! ¡Mi tesoro! Santiago, ¡dulce como una niña! ¡Oh, no tengo ya hijos! Como la madre de los jóvenes macabeos³ me encuentro yo...”

Todas lloran sin consuelo. Todas menos la dueña de casa que se había ido a buscar un escondite para su marido, y María Magdalena, cuyos ojos en lugar de lágrimas despiden fuego, volviendo a ser la mujer valerosa de otros tiempos. No habla, pero atraviesa con su mirada a sus abatidas compañeras, y en ella puede leerse la palabra: “¡Pusilánimes!”

Así pasa el tiempo... De vez en vez alguien se levanta, abre quedito la entrada, echa una ojeada, vuelve a cerrar.

“¿Qué pasa?” Preguntan los demás.

Y el que salió a ver, responde: “Continúa de rodillas. Ora” O bien: “Parece como si hablara con alguien”. Y también: “Se ha puesto de pie y acciona andando de acá para allá en la habitación”.

33. Lamento de la Virgen

29 marzo 1945

³ Cfr. 2 Mac. 7.

“Jesús, Jesús, ¿dónde estás? ¿Me oyes todavía? ¿Oyes a tu pobrecita Mamá que ahora invoca tu Nombre santo y bendito, después de haberlo tenido en el corazón por tantas horas? Tu Nombre santo que ha sido mi amor, el amor de mis labios, que probaban el sabor de miel al pronunciarlo; de mis labios, que ahora, al contrario, al decirlo parece como si bebieran la amargura que en tus labios quedó. Lo amargo de la mezcla... Tu Nombre, amor de mi corazón que se hinchaba de alegría cuando yo lo gritaba, así como había dilatado para dar su sangre, acogerte y vestirme con él, cuando bajaste del cielo a mí, tan pequeñito, tan pequeñito, que podías haberte posado en el cáliz de la menta silvestre.

Tú, tan grande. Tú, el Potente reducido a un germen de hombre por la salvación del mundo. Tu Nombre, ahora dolor de mi corazón, porque te han arrancado de las caricias que te daba Mamá, para echarte en los brazos de los verdugos, que te han atormentado hasta hacerte morir. Tengo el corazón triturado por este Nombre que tuve qué encerrar por muchas horas, y cuyo grito crecía según crecía tu dolor, hasta quebrantarlo, como cosa aplastada bajo el pie de un gigante. ¡Oh, que mi dolor es gigante! Me quebranta, me desmenuza y no hay cosa que pueda consolarlo.

¿A quién diré tu Nombre? Ninguna cosa responde a mi grito. Aun cuando gritase, hasta romper la piedra que sirve de puerta a tu sepulcro, no me escucharías, porque estás muerto. ¡No me oyes más! ¡Cuántas veces, en estos treinta y cuatro años no te he llamado, Hijo! Desde que supe que debería ser Madre y que mi pequeñín sería llamado “Jesús”. Todavía no habías nacido, y yo, al acariciarme mi seno, donde crecías, te llamaba en voz baja: “¡Jesús!”, y me parecía que te movías para contestarme: “¡Mamá!” Te soñaba con cierto timbre de tu voz. Lo oí antes de que nacieras. Y cuando lo oí, delicado como el de un corderito recién nacido, cuando oí que temblaba en la fría noche en que naciste, experimenté el abismo de la alegría... y creí haber probado el abismo del dolor, porque era el llanto de mi Hijo que tenía frío, que estaba mal, y que lloraba por primera vez como Redentor, y yo no tenía fuego, ni cuna, ni podía sufrir en vez de Ti, Jesús. No tenía más que mi seno por fuego y almohada, y mi amor para adorarte, Hijo mío santo.

Creía haber conocido el abismo del dolor... Era su amanecer. Era el principio. Ahora es el mediodía. Ahora es todo. Este es el abismo que ahora toco, después de haberme descolgado a él durante los treinta y cuatro años, empujada por muchas cosas, y postrada en la cima de tu cruz.

Cuando eras pequeño, te arrullaba cantando: “¡Jesús, Jesús!” Qué armonía más santa y bella que este Nombre, que hace sonreír a los ángeles en el cielo. Para mí era más bello que el canto, tan dulce, de los ángeles de la noche de tu nacimiento. Veía dentro de él el cielo, todo el cielo, veía a través tu nombre. Y ahora al llamarte con Él, ahora que estás muerto y no me oyes, ni me respondes, como si nunca hubieras existido, veo el infierno. Todo el infierno. Y también comprendo qué cosa quiera decir ser condenado. Significa no poder decir más: “¡Jesús!” ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!...

¿Cuánto tendrá qué soportar tu Mamá este infierno? Tú has dicho: “Dentro de tres días, reedificaré este Templo”. Hoy es lo que me repito, para no caer muerta, para estar pronta a saludarte cuando regreses y servirte una vez más... ¿Pero cómo lograré saber que estás muerto por tres días? Tres días en la muerte. ¿Tú, Tú, Vida mía?

Pero ¡cómo! Tú que todo lo sabes, pues eres la Sabiduría infinita ¿no conoces lo acerbo del dolor de tu Mamá? ¿No te lo puedes figurar, recordando cuando te perdí en Jerusalén y me viste que me abría paso por entre la gente que te rodeaba, con el rostro de una náufraga que toca la costa después de haber luchado con las ondas, con la muerte; con el rostro de una que sale encadenada, sin sangre, envejecida, despedazada de una tortura? Entonces podía imaginar que estabas tan solo perdido. Podía engañarme a mí misma que era así. Hoy no. Hoy no. Sé que estás muerto. No es posible engañarme más. He visto que te mataban. Mira: aun cuando el dolor que quitase la memoria, aquí está tu sangre sobre mi velo, que me dice: “¡Ha muerto! No tiene más sangre. ¡Esta fue la última que brotó de su corazón!” ¡De su

corazón! Del corazón de mi Niño. ¡De mi Hijo! ¡De mi Jesús! ¡Oh Dios! Dios piadoso, no quieres que me acuerde de que le destrozaron el corazón...

Jesús, no puedo estar aquí sola, mientras Tú allá lo estás. A mí que nunca me gustaron los caminos del mundo y las multitudes, lo sabes bien, desde que dejaste Nazaret te he seguido para no vivir lejos de Ti. Hice frente a la curiosidad y a los insultos. No enumero las fatigas porque desaparecían al volverte a ver, porque quería estar donde estabas. Y ahora estoy aquí sola. Y Tú allá también. ¿Por qué no me dejaron en tu sepulcro? Me hubiera sentado cerca de tu helado lecho, tomándote una mano entre las mías, para hacerte sentir que estaba yo cerca... No, para sentir que Tú estabas cerca de mí. Tú no sientes más. ¡Estás muerto!

Cuántas noches pasé cerca de tu cuna, orando, amando, sintiéndome feliz de Ti. ¿Quieres que te diga cómo dormías? Con los puñitos cerrados como dos capullos juntos a tu carita. ¿Quieres que te diga cómo sonreías en el sueño? Como acordándote de la leche de Mamá, y dormías y apretabas tus labios pequeñuelos como si estuvieran mamando. ¿Quieres que te diga cómo te despertabas y abrías los ojitos y reías al verme inclinada sobre tu rostro? Tendías tus manitas con alegría impaciente de que se te tomase, y con un grito dulce como el canto de una curruca, pedías tu alimento. ¡Oh, que si era yo feliz cuando tomas mi pecho y sentía la tibieza de tus mejillas lisas, y las caricias que tus manitas hacían a mi mamá!

No podías estar sin tu Mamá. ¡Y ahora estás solo! Perdóname, Hijo, por haberte dejado solo. Por no haberme rebelado por primera vez en mi vida y por no estar allá. En mi lugar. Me sentiría menos desamparada, si me hubiera quedado cerca de tu fúnebre lecho, para componerte las vendas como en otro tiempo y cambiártelas... Aun cuando no me pudieras sonreír y hablarme, me hubiera parecido tenerte otra vez cual pequeñín. Te tomaría sobre mi pecho, para que no sintieras el frío de la piedra, lo duro del mármol. ¿No acaso hoy mismo te tuve? El regazo de una madre es siempre capaz de acoger al hijo, aun cuando sea adulto. El hijo es siempre un niño para su madre, aun cuando ha sido bajado de una cruz, cubierto de llagas y heridas.

¡Cuántas, cuántas heridas! ¡Cuánto dolor! ¡Oh, mi Jesús, mi Jesús herido! ¡Tan herido! ¡Muerto de ese modo! No, no ¡Señor, no! ¡No puede ser verdad! ¡Estoy loca! ¿Muerto Jesús? Deliro. No puede morir. Sufrir, sí. Morir, no. ¿Él es la Vida! ¡Es el Hijo de Dios! Y Dios no muere.

¿No muere? ¿Entonces por qué se llamó “Jesús”? ¿Qué quiere decir “Jesús”? Quiere decir... ¡Oh, quiere decir: “Salvador! ¡Ha muerto! Ha muerto, porque es Salvador. Tuvo qué salvar a todos, perdiéndose a Sí mismo... No deliro, no. No estoy loca, no. ¡Si lo estuviera sufriría menos! Él está muerto. Aquí está su sangre. Aquí su corona. Aquí los tres clavos. ¡Con estos, con estos me lo enclavaron”

Mirad, ¡oh hombres!, con qué habéis atravesado a Dios, a mi Hijo. Os debo perdonar. Os debo amar. Porque Él os ha perdonado, porque Él me ha dicho de amaros. Me ha hecho vuestra Madre. ¡Madre de los asesinos de mi Hijo! Una de sus últimas palabras, luchando contra el estertor de la agonía... “Madre, he aquí a tu hijo... a tus hijos”. Aun cuando no fuera quien obedece, habría debido obedecer hoy, porque fue la orden de un moribundo.

Mira, mira, Jesús. Perdono. Los amo. ¡Ah, se me rompe el corazón al perdonar, al amar! ¿Me oyes que los perdono y que los amo? Ruego por ellos. Mira, ruego por ellos... Cierro los ojos para no ver estos objetos con que te torturaron, para poder perdonarlos, amarlos, para poder rogar por ellos. Cada clavo sirve para crucificar mi voluntad de no perdonar, de no amar, de no rogar por tus verdugos.

Debo, quiero pensar que estoy cerca de tu cuna. Entonces rogaba por los hombres. Cosa fácil era hacerlo. Vivías entonces y yo, aun cuando imaginaba que los hombres podían ser crueles, jamás logré pensar que lo hubiera podido ser tanto, ellos a quienes hiciste bien a manos llenas. Oraba, convencida que tu palabra los habría hecho buenos. En mi corazón al verlos, les decía: “Sois malos; estáis enfermos ahora, hermanos. Pero dentro de poco Él os hablará, dentro de poco vencerá en vosotros a Satanás. Os dará la vida perdida” ¡La vida perdida! Tú, Tú, Tú perdiste la vida por ellos. ¡Jesús mío!

Si cuando estabas en pañales, hubiese podido prever el horror de este día, mi dulce leche se habría cambiado en veneno por el dolor. Simeón había dicho: “Una espada atravesaría tu corazón. ¿Una espada? ¡Una selva de ellas! ¡Cuántas heridas te han hecho, Hijo! ¡Cuántos gritos de dolor lanzaste! ¡Cuántas convulsiones dolorosas! ¡Cuántas gotas de sangre derramaste! Pues bien, cada una ha sido para mí una espada. Es una selva. En Ti no hay lugar donde tu piel no haya recibido un golpe. En mí no hay lugar que no haya sido atravesado. Las espadas me traspasan el cuerpo y llegan hasta el corazón.

Cuando esperaba tu nacimiento, te preparaba los pañales y las fajas, que hacía del lino más suave de la tierra. Jamás me puse a pensar en el precio, para tejerte lo más delicado. Qué bello eras con las fajas que te hacía tu Mamá. Todos me decían: “¡Oye, tu niño es hermoso!” ¡Eras bello! Por encima del lino blanco asomaba tu cabecita rosada. Tenías dos ojitos más azules que el cielo, y la cabecita parecía estar envuelta en una nubecilla áurea, pues tus cabellitos eran rubios y mórvidos. Se parecían a la flor del almendro que apenas se abre. Creían que te perfumaba. Mi tesoro no tenía otro perfume que las fajas que le lavaba su Mamá, caldeadas, besadas con su corazón y con sus labios. Jamás me cansé de trabajar para Ti.

¿Y ahora? No tengo nada qué hacer por Ti. Hace tres años que te ausentaste de casa. Pero en este tiempo eras la meta de mis días. Pensar en Ti, en tus vestidos, en tu comida; desleír la harina y hacer pan, cuidar de las abejas para hacerte la miel, cuidar las plantas para que tuvieses fruta. ¡Cuánto te gustaban las cosas que te llevaba la Mamá! No hubo comida de rica mesa, ni vestido alguno más precioso que te hubiesen gustado tanto como mis tejidos, mis cosidas, mis cuidados, lo que recogía con mis manos. Cuando llegaba a Ti, al punto mirabas las manos, como cuando eras pequeñín, y yo y José te ofrecíamos nuestros pobre regalos, para mostrar que eres nuestro Rey. Jamás fuiste goloso, Niño mío. Amor era lo que buscabas. También ahora lo encontrabas, lo buscabas, ¡pobre Hijo mío, a quien el mundo amó tan poco!

Ahora no más. Todo está terminado. Mamá no hará ninguna otra cosa por Ti. No tienes más necesidad... Ahora estás solo... También yo... ¡Oh feliz José, que no vio este día. ¡Ojalá tampoco yo hubiera estado! Pero ¡entonces no habrías sentido ni siquiera el consuelo de ver a tu pobrecita Mamá! Hubieras estado solo en la cruz, como lo estás ahora en el sepulcro. Solo con tus heridas.

¡Oh Dios, Dios! ¡Cuántas heridas tiene tu Hijo, mi Hijo! ¿Cómo pude verlas, sin morir, yo que me desmayaba cuando de pequeño te hacías mal?

Una vez te caíste en el huerto de Nazaret y te heriste la frente. Pocas gotas de sangre, pero yo, que me había sentido morir al ver tus gotas de sangre en la circuncisión ⁶ —José tuvo qué sostenerme porque temblaba como uno que está por morir— me parecía que aquella minúscula herida te fuese a quitar la vida, y más con mis lágrimas que con agua y aceite te la curé, y no me sentí bien, hasta cuando no brotó más sangre. Otra vez cuando aprendías a trabajar, te heriste con la sierra. Fue un nada, pero para mí fue como si la sierra me hubiera dividido por en medio. No pude tranquilizarme, sino hasta cuando después de seis días, vi que tu mano había cicatrizado.

¿Y ahora? ¿Y ahora? Ahora tienes las manos, los pies, el costado abiertos, ahora tu cuerpo cae a pedazos, y tienes el rostro golpeado, esa Faz que no me atrevía a tocarla con mis besos, y la frente como la nuca llenas de heridas. Y nadie te curó, nadie te consoló.

¡Oh, Dios, mira mi corazón, que me has herido en mi Hijo! ¡Míralo! ¿No está acaso llagado como el cuerpo de mi Hijo y tuyo? Los azotes cayeron como granizada sobre mí, cuando era golpeado. ¿Que es la distancia para el amor? ¡He padecido los tormentos de mi Hijo! ¡Los hubiese padecido yo sola! ¡Estuviese yo sobre la piedra sepulcral! Mírame, ¡oh Dios! ¿No gotea acaso sangre de mi corazón? Mira la corona de las espinas. La siento. Es una cinta que me aprieta y perfora. Mira el agujero de los clavos: tres puñales clavados en el corazón.

⁶ Cfr. Gén. 17; Lc. 2, 21; Rom. 4.

¡Oh, esos golpes! ¡Esos golpes! ¿Cómo no se desplomó el cielo ante aquellos golpes sacrílegos dados en la carne de un Dios? ¡Y no haber podido gritar! ¡no haber podido lanzarme para arrancar el arma a los asesinos y defender a mi Hijo que moría!... ¡Haber tenido qué oírlos y no haber hecho nada! Un golpe sobre el clavo, y entra éste en la carne viva. Otro golpe, y penetra más. Un tercero, un cuarto, se despedazan los huesos y nervios, y la carne de mi Niño era atravesada como lo era el corazón de su Mamá.

Y cuando te levantaron en la cruz. ¡Cuánto debiste haber sufrido, Hijo santo! Todavía me parece ver tu mano rasgarse con el golpe de la caída. Tengo el corazón rasgado como ella. He sido golpeada, desgarrada, azotada, punzada, atravesada como Tú. No estuve contigo en la cruz. Pero mira a tu Mamá. ¿Era diversa de Ti? No. No hubo diferencia en el martirio. Antes bien el tuyo ha terminado. El mío dura aún. No oyes más las acusaciones mentirosas, yo sí. No oyes más las horribles blasfemias, yo todavía sigo oyéndolas. No sientes más la pinchadura de las espinas y de los clavos, la sed y la fiebre. Yo estoy llena de puntas de fuego y me siento morir de sed ardiente, de delirio.

¡Al menos me hubieran permitido darte una gota de agua! Te hubiera dado mi llanto, si la crueldad de los hombres hubiera negado al Creador del agua, dártela. Te di mucha leche, porque éramos pobres. Hijo mío, porque en la huida a Egipto perdimos muchas cosas, y tuvimos qué conseguir un nuevo techo, muebles, vestidos, comida, y no sabíamos cuánto tiempo duraría el destierro, ni lo que encontraríamos en nuestro pueblo, cuando hubiéramos regresado a él. Te di mucha leche, aun fuera del tiempo acostumbrado, para que no sintieras la falta de alimento. Hasta que se compró la cabrita, tu Mamá fue la cabrita. Hijo mío. Ya tenías grandes los dienteitos y mordías... ¡oh, qué alegría verte reír cuando jugabas!... Querías caminar. Fuiste muy sano y fuerte. Te sostenía horas tras horas, y no sentía que se me acabaran los riñones estando inclinada contigo, que dabas tus pasitos, y a cada uno de ellos decías: “¡Mamá, Mamá!” ¡Oh, dicha la de oírse llamar con este nombre!

Hoy mismo lo dijiste: “¡Mamá, Mamá!” Pero tu Mamá no podía sino verte morir. ¡no podía ni siquiera acariciarte los pies. ¿Los pies? ¡Oh no habría podido, aun cuando si hubieran estado al alcance de mi mano, tocarlos para no aumentar tu dolor. Cuánto debieron haber sufrido tus pobres pies, ¡oh Jesús mío! Hubiera podido subir contigo e intercalarme entre el madero y tu cuerpo e impedir que en la convulsión de la agonía no te pegases contra el leño. Todavía me parece oír como golpeaba tu cabeza contra el madero en los últimos estremecimientos. Y ese choque, ese choque me hace enloquecer. Lo tengo en mi cabeza como un martillo.

¡Vuelve, vuelve, querido Hijo, santo Hijo! Me muero. No soporto esta desolación mía. Muéstrame de nuevo tu rostro. Llámame otra vez. ¡No puedo imaginarte sin voz, sin mirar, cadáver frío y sin vida! ¡Oh, Padre, socórreme! Jesús no me oye. ¿No ha terminado acaso la pasión? ¿No se ha cumplido con todo? ¿No bastan estos clavos, estas espinas, esta sangre, este llanto? ¿Se necesita algo más para curar al hombre?

Padre, te he mencionado los instrumentos de su dolor y mi llanto. Pero esto es lo de menos. Lo que lo hizo morir sobrenaturalmente desgarrado, fue tu abandono. Lo que me hace gritar es tu abandono. No te siento más. ¿Dónde estás, Padre santo? Era la “Llena de Gracia”. El ángel me lo dijo: “Ave, María llena de Gracia, el Señor es contigo y eres bendita entre todas las mujeres”. ¡No, no es verdad! ¡no es verdad! Soy como una a quien hubieras maldecido por su pecado. No estás más conmigo. La gracia se ha retirado, como si fuese yo una segunda Eva pecadora.

Siempre te he sido fiel. ¿En qué te he desagradado? Siempre he hecho lo que has querido y siempre te he dicho: “Sí, Padre, estoy pronta”. ¿Pueden acaso los ángeles mentir? ¿Y Ana que me aseguró que me habrías enviado tu ángel en la hora del dolor? Estoy sola. No hallo más gracias a tus ojos. No te tengo más, Gracia, en mí. No tengo más al ángel. ¿Mienten acaso los santos? ¿En qué te he desagradado, si ellos mienten y yo he merecido esta hora?

¿Y Jesús? ¿En qué faltó tu Cordero puro y manso? ¿En qué te ofendimos, para que además del martirio sufrido a manos de los hombres, se tenga la tortura incalculable de tu abandono? Luego, Él, Él que es tu Hijo que te llamó con esa voz que hizo estremecer la tierra

y sacudirse en un gesto de compasión. ¿Cómo pudiste haberlo dejado solo en tan gran tortura?

¡Pobre corazón de Jesús, que te amó tanto! ¿Dónde está la señal de la herida del corazón? Mírala, Padre, esta señal. Aquí está la huella de mi mano que penetró en la cortadura que le hizo la lanza. Aquí... aquí... De tanto llanto tengo los ojos que me queman, de tanto besar, los labios me duelen. Pero ni mis lágrimas, ni mis besos borran esta huella. Esta señal grita y reprocha. Esta señal más que la sangre de Abel grita a Ti de la tierra. Tú, que maldijiste a Caín y tomaste de tu parte la venganza, no has intervenido por mi Abel, desangrado ya por sus Caínes y permitiste el último desprecio. Tú le trituraste el corazón con tu abandono, y permitiste que un hombre lo sacase al descubierto, para que yo lo viese y me sintiese triturada. Pero por mí no importa. Por Él, por Él es por quien te pido e invoco a que respondas. No debías...

No debías... ¡Oh, perdón, Padre! ¡Perdón, Padre santo! Perdona a una Madre que llora por su Hijo... ¡Ha muerto! ¡Ha muerto mi Hijo! Muerto con el corazón despedazado. ¡Oh, Padre, Padre, piedad! Te amo. Te hemos amado y también Tú muchísimo. ¿Cómo has permitido que fuese herido el corazón de nuestro Hijo? ¡Oh, Padre... piedad de una pobre mujer! Deliro, Padre. ¡Soy tuya, soy nada y tengo la osadía de reprocharte! ¡Piedad! Has sido bueno. La herida, la única herida que no le dolió, fue esa.

Tu abandono sirvió para que muriese antes del crepúsculo, para evitarle otros tormentos. Has sido bueno. Todo haces con fines de bondad. Somos nosotras, las criaturas, que no comprendemos. Has sido bueno. ¡Bueno lo has sido! Di, alma mía, esta palabra para que se aparte de ti lo amargo de tu sufrimiento. Dios es bueno y siempre te ha amado, alma mía. Desde la cuna hasta estos momentos, siempre te ha amado. Siempre ha querido que fueses feliz. Él mismo se te dio. Ha sido bueno, bueno, bueno. Gracias, Señor. Sé bendito por tu infinita bondad.

Gracias, Jesús. También a Ti te doy las gracias. Yo sola lo experimenté en el mío cuando vi tu corazón abierto. Ahora está en el mío la lanza, y rasga y destroza. Pero es mejor así. Tú no la sientes.

¡Jesús, piedad! ¡Una señal de tu parte! ¡Una caricia, una palabra para tu pobre Mamá que tiene el corazón destrozado! Una señal, una señal, Jesús, si me quieres encontrar viva a tu regreso”.

Un fuerte golpe a la puerta hace que todos se sobresalten. El dueño de la casa huye valientemente. María de Zebedeo quisiera que su Juan la siguiese pero lo empuja hacia el patio. Las otras, menos Magdalena se juntan llorando. Magdalena decidida se dirige a la entrada y pregunta: ¿Quién llama?” Una voz femenina responde: “Soy Nique. Tengo algo qué dar a la Madre. ¡Abrid! ¡Pronto! La ronda está cerca”.

Juan, que se había soltado de su madre y había corrido donde Magdalena quita todas las cerraduras y abre. Entra Nique con la criada y un hombre musculoso que la escolta. Cierran.

“Tengo una cosa...” llora Nique. No puede seguir hablando.

“¿Qué cosa? ¿Qué cosa? Todos curiosos preguntan.

“En el Calvario... Vi al Salvador en tal estado... Había preparado el velo con que se cubriese y no usase los harapos de los verdugos... Pero iba sudando tanto, con la sangre en los ojos. Pensé dárselo para que se secara. Él lo hizo... Me devolvió el velo. No lo he usado más... Quería tenerlo como reliquia, con su sudor y su sangre. Al ver poco después con Plautina, Lidia y Valeria el escarnecimiento de los judíos, decidimos regresar por miedo de que nos fuesen a quitar el lienzo. Las romanas son mujeres de corazón varonil. A mí y a mi criada nos pusieron en medio y nos sirvieron de defensa. Es verdad que para Israel son ellas contaminación... y que tocar a Plautina es peligroso. Esto se piensa cuando todo es tranquilidad. Hoy todos estaban cual ebrios... En casa he llorado... por horas... Luego sobrevino el terremoto y quedé desmayada... Al volver en mí, quise besar este lienzo y he visto... ¡oh! En él la Faz del Redentor...”

“¡Déjame ver! ¡Déjame ver!”

“No. Primero a su Madre. Está en su derecho”.

“¡Está casi muerta! No resistirá...”

“¡Oh, no lo digas! Le servirá de consuelo, lo veréis. Se lo voy a decir”.

Juan llama suavemente a la puerta.

“¿Quién es?”

“Yo, Madre. Ha venido Nique... de noche... te ha traído un recuerdo... un regalo... Espera poder consolarte con ello”.

“¡Oh, un solo regalo me puede consolar! Y es la sonrisa de su rostro...”

“¡Madre!” Juan la abraza por temor de que se vaya a caer, y dice como si fuera a decir un gran secreto: El regalo es ese. La sonrisa de su rostro impresa en el lienzo con que Nique le secó en el camino al Calvario”.

“¡Oh, Padre! ¡Dios Altísimo! ¡Hijo santo! ¡Eterno Amor! ¡Sed benditos! ¡La señal! ¡La señal que te había pedido! Haz que pase, que pase”.

María se sienta porque no se puede sostener más y mientras Juan hace señal a las mujeres, que ojeaban, que Nique pase. Ella se arregla.

Nique entra, se arrodilla a sus pies con la criada a su lado. Juan de pie, cerca de María, le pasa el brazo por la espalda para sostenerla. Nique no dice una palabra. Abre el cofre, extrae el lienzo, lo desdobra. Es el rostro de Jesús, vivo rostro suyo, doloroso y sin embargo sonriente. Mira a su madre y le sonríe.

María da un grito de amor doloroso y extiende sus brazos. Las mujeres le hacen eco desde la entrada donde están. La imitan al arrodillarse ante el rostro del Salvador.

Nique no sabe qué decir. Pone el lienzo en las manos de la Virgen, se inclina a besar la extremidad. Luego se retira, sin esperar a que María salga de su éxtasis.

Se va... Ha salido a la oscuridad, cuando se acuerdan de ella... No queda más que cerrar la puerta como antes.

María de nuevo está sola. Su alma traba un coloquio con la Faz de su Hijo. Todos se retiran.

Pasa el tiempo. Luego Marta pregunta: “¿Cómo haremos con los ungüentos? Mañana es sábado...”

“Y no podremos comparar nada...” dice Salomé.

“Sin embargo hay qué hacerlo... Son necesarias muchas libras de áloe y mirra... lo lavaron tan mal...”

“Habría qué tener todo preparado para la aurora del primer día después del sábado” observa María de Cleofás.

“¿Y las guardias? ¿Cómo haremos?” pregunta Susana.

“Se lo diremos a José, si no nos dejan entrar” responde Marta.

“No podremos quitar la piedra”.

Magdalena interviene: “¿Dices que somos cinco y que no podremos? Tenemos fuerzas... y además el amor nos ayudará”.

“Yo iré con vosotras” promete Juan.

“Tú no. No quiero perderte también a ti, hijo”.

“No te preocupes. Nos las arreglaremos nosotras”.

“Bueno... ¿pero quién nos da los aromas?”

Todas se quedan abatidas... Marta dice: “Hubiéramos preguntado a Nique si era verdad lo de Juana... lo de los alborotos...”

“Tienes razón. Somos unas tontas. Podríamos hasta tener los aromas. Isaac estaba en la puerta cuando regresamos...”

“En nuestro palacio hay muchos vasos con esencias, y hasta incienso. Voy a traerlos” dice María Magdalena que se levanta y se pone el manto.

Marta grita: “Tú no vas”.

“Yo iré”.

“Estás loca. ¡Te aprehenderán!”

“Tu hermana tiene razón. ¡No debes ir!”

“¡Oh, que si sois unas mujeres inútiles y chillonas! ¡Qué valiente escuadrón de seguidores tenía Jesús. ¿Habéis acabado tan pronto vuestra reserva de valor? Al contrario, yo cuanto más la uso, más tengo”.

“Voy con ella. Soy hombre”.

“Y yo soy tu madre. Te lo prohíbo”.

“No os preocupéis ambos. Voy sola. No tengo miedo. Sé lo que significa caminar de noche por las calles. Por amor del pecado lo hice miles de veces... ¿y voy a temer ahora que quiero servir al Hijo de Dios?”

“Pero hoy la ciudad está revuelta. Oíste lo que dijo él”.

“Es una gallina como vosotros. Me voy”.

“¿Y si te encuentran los soldados?”

“Les diré: “Soy la hija de Teófilo, sirio, siervo fiel del César” y me dejarán seguir. Además el hombre ante una mujer joven y bella es un juguete más inofensivo que una paja. Lo sé, y para vergüenza mía...”

“¿Dónde quieres encontrar perfumes en el palacio, si hace años que nadie vive allí?”

“¿Lo crees? Oh, Marta, ¿no recuerdas que Israel os obligó a dejarlo porque era uno de mis lugares de citas con mis amantes? Ahí tenía todo lo que bastaba para hacerlos más locos de lo que yo era. Cuando mi Salvador me tendió la mano, escondí en un lugar que yo sé los alabastros e inciensos que empelaba para mis orgías de amor. He jurado que únicamente el llanto de mis pecados y la adoración por Jesús el Santísimo habrían sido los líquidos perfumados y los ardientes inciensos míos. Y aquellos restos de un culto profano a los sentidos y a la carne sólo servirían para que Él los santificara y para ungirlos. Ha llegado la hora. Me voy. Quedaos. Y tranquilas. Conmigo viene el ángel de Dios y nada me pasará. Hasta pronto. Os traeré noticias. No le digáis a Ella nada... La afligiríais más...”

María Magdalena sale sin miedo, valerosa.

“Madre, esto es una lección para ti... que te dice, que no permitas que el mundo se ría de que tiene un hijo cobarde. Mañana, mejor dicho hoy, porque ya es la segunda vigilia, iré a buscar a los compañeros, como Ella quiere...”

“Es sábado... no puedes...” objeta Salomé para detenerlo.

““El sábado ha muerto” digo también como José. Ha empezado la nueva era. Otras leyes, otros sacrificios y ceremonias ha traído”.

María Salomé inclina la cabeza sobre sus rodillas y llora sin protestar más.

“¡Oh, si pudiéramos saber algo de Lázaro!” gime María Cleofás.

“Si me dejas que me vaya, pronto lo sabréis, porque Simón Cananeo, tuvo órdenes de llevar a los compañeros a la casa de Lázaro. Jesús se lo dijo, estando yo presente”.

“¡Ay de mí! ¿Todos allí? ¡Entonces a todos les ha ido mal!” María Cleofás y Salomé lloran desconsoladas.

Pasa el tiempo bañado en lágrimas y envuelto en esperas. Regresa María Magdalena, triunfante, cargada con bolsas llenas de anforitas preciosas.

“¿Veis que nada me pasó? Ya estoy de vuelta. Aquí tenéis aceites de toda clase, nardo, alíbano y benjuí. No hubo mirra ni áloe... A mí no me gustaban las amarguras... Ahora las bebo todas... Pero entretanto desliamos estas, y mañana conseguiremos... ¡con dinero! También Isaac dará aunque sea sábado... Conseguiremos mirra y áloe”.

“¿Te han visto?”

“Nadie. Ni siquiera un murciélago había por la calle”.

“¿Los soldados?”

“¿Los soldados? Creo que están roncando en sus camas”.

“La revuelta... los arrestos...”

“El miedo hizo a ese hombre verlos...”

“¿Quién está en el palacio?”

“Leví y su mujer, tranquilos como unos niños. Los armados huyeron... ¡ah, ah! Valientes servidores tenemos, ¡por fe mía!... Huyeron tan pronto supieron que había sido condenado. No me equivoco en afirmar que Roma es dura y usa el azote... pero es para hacerse temer y servir. Tiene hombres y no conejos... ¡Oh, sí! Él decía: “Mis seguidores probarán mi misma suerte”. ¡Uhm! Si muchos romanos se hacen seguidores de Jesús, pues así será; pero si debe haber mártires, entre los israelitas, ¡se quedará solo! Esta es mi bolsa. Esta es de Juana que... sí. No sólo somos cobardes sino mentirosos. Juana no está más que abatida. Ella y Elisa se sintieron mal en el Gólgota. A Elisa se le murió hace tiempo su hijo, y al oír los estertores de Jesús la pusieron mal, Juana delicada, no está acostumbrada a caminar tanto y bajo un sol tan fuerte. Pero nada de heridas, ni de agonías. Lloro como nosotras, es verdad. No otra cosa. Se lamenta de haber regresado. Mañana vendrá, y manda estos aromas. Los que tenía. Con ella está Valeria, por órdenes de Plautina, y ahora se ha ido con los esclavos a la casa de Claudia, porque tienen mucho incienso. Cuando venga, porque también, gracias al cielo, no es una gallina, no os vayáis a poner a gritar como si os estuviesen poniendo la espada en la garganta. Bueno. Levantaos. Tomemos los morteros. Trabajemos. De nada sirve llorar. O por lo menos: llorad y trabajad. Nuestro bálsamo se diluirá con las lágrimas. Y Él las sentirá sobre Sí... Sentirá nuestro amor”. Y se muerde los labios para no llorar y para animar a las otras, que están abatidas.

Trabajan con fuerzas.

María llama a Juan.

“Madre, ¿qué te pasa?”

“Estos golpes...”

“Están moliendo el incienso...”

“¡ah!... perdonad... no hagáis ese ruido... me parecen martillazos...”

De hecho las machacas de bronce sobre el mortero hacen ruido semejante al de martillos.

Juan lo dice a las mujeres y éstas salen al patio para no hacer mucho ruido.

Juan regresa donde la Virgen.

“¿Cómo lo consiguieron?”

“María, la hermana de Lázaro, fue a casa y a la de Juana... Traerán otros más...”

“¿Nadie ha venido?”

“Ninguno después de Nique”.

“Míralo, Juan, ¡cuán bello es aun en su dolor!” María se extasía con las manos juntas ante el lienzo que ha colocado sobre un cofre y puesto algo para detenerlo.

“Bello, sí, Madre. Y te sonrío... No llores más... Han pasado ya algunas horas...y su regreso es más pronto...” Entre tanto Juan llora...

María lo acaricia en las mejillas, mirando sólo el rostro de su Hijo. Juan sale con lágrimas en los ojos.

También Magdalena, que había regresado a tomar las ánforas, se encuentra en las mismas condiciones. Dice a Juan: “No está bien que nos vean llorar, porque si no esas no harán otra cosa. Se debe trabajar...”

“Y se debe creer” concluye Juan.

“Sí, creer. Si no se pudiese creer sería la desesperación. Yo creo. ¿Y tú?”

“También yo...”

“Lo dices mal. Todavía no amas mucho. *Si amases con todo tu ser, no podrías no creer.* El amor es luz, el amor es palabra. Contra la oscuridad de negación y el silencio de la muerte di “Creo””.

Magdalena es una mujer que con su presencia impone, admirable al declarar sin trabas su fe. Que tenga el corazón hecho pedazos, sus ojos hinchados del llanto lo están diciendo, pero su ánimo no se doblega.

Juan la mira admirado y entre dientes confiesa; “¡Eres fuerte!”

“Siempre. Lo fui cuando supe desafiar al mundo, y entonces estaba yo sin Dios. Ahora que lo tengo a Él, siento que puedo desafiar aun al infierno. Tú que eres bueno tendrías qué ser

más fuerte que yo, porque la culpa deprime ¡verdad!, mas que la tisis. Pero tú eres inocente... Por eso te amaba tanto..."

"También a ti..."

"Yo no era inocente. Yo fui su conquista y..."

Llaman a la puerta fuertemente.

"Será Valeria. Abre".

Juan lo hace sin temor, influenciado por la tranquilidad de Magdalena. Así es. Valeria llega con sus esclavos en la litera. Entra saludando a la latina: "Salve".

"La paz sea contigo, hermana. Entra" dice Juan.

"¿Puedo ofrecer a la Madre el homenaje de Plautina? También Claudia ha contribuido. Si no es para ella dolor el verme".

Juan entra donde está la Virgen.

"¿Quién ha llamado? ¿Pedro? ¿Judas? ¿José?"

"No. Ha sido Valeria. Ha traído resinas preciosas. Te las quiere ofrecer... si no te causa pena".

"*Debo superarla. Él ha llamado a su reino a los hijos de Israel y a los paganos. A todos ha llamado. Ahora... está muerto...* Yo estoy aquí en su lugar. Y recibo a *todos*. Que entre".

Valeria entra. Se ha quitado el manto oscuro y aparece con su blanca estola. Se inclina profundamente. Saluda y habla: "Domina, sabe quiénes somos. Las primeras redimidas del oscurantismo pagano. Éramos fango y tinieblas. Tu Hijo nos dio alas y luz. Ahora... está durmiendo en paz. Conocemos vuestras costumbres y queremos que también los bálsamos de Roma sean derramados sobre el Triunfador".

"Dios os bendiga, hijas de mi Señor. Y... perdonad si no sé decir algo más".

"No te esfuerces. Domina. Roma es fuerte, pero sabe también comprender el dolor y el amor. Te comprende, Madre Dolorosa. Hasta pronto".

"¡La paz sea contigo, Valeria! A Plautina y a todas vosotras mi bendición".

Valeria se retira dejando sus inciensos y otras esencias.

"¿Lo ves, Madre? Todo mundo da por el Rey de los cielos y tierra".

"Sí" asiente María. "*Todo el mundo*" Y su Madre no puede darle más que lágrimas".

Un gallo de alguna casa cercana alegre canta. Juan se estremece.

"¿Qué te pasa?" le pregunta la Virgen.

"Me acordé de Simón Pedro..."

"¿Pero no estaba contigo?" pregunta Magdalena que ha vuelto a entrar en la habitación.

"Sí. En la casa de Anás. Luego me acordé que tenía que venir aquí. Después no lo volví a ver".

"Dentro de poco amanecerá".

"Sí. Abrid".

Abren los bastidores y los rostros parecen más cenicientos a la luz verdecilla del alba.

La noche del viernes santo ha pasado.

34. En el día del sábado santo

30 marzo 1945

El alba avanza despacio, como cansada, aun cuando no hay nubecillas en el firmamento. Parece que los astros hayan perdido todo su brillo. Al igual que la luna que esta noche ha estado pálida, también el sol lo está... Tal vez porque también habrán llorado. Y tienen ese aspecto empañado como los ojos de los buenos en donde se ve el llanto derramado por la muerte del Señor.

Apenas Juan comprende que las puertas han sido abiertas, sale, sordo a las súplicas maternas. Las mujeres atemorizadas, porque ya no está Juan, cierran muy bien.

María, siempre en su habitación, con las manos sueltas sobre sus rodillas, mira fijamente por la ventana que da a un jardín un poco basto, lleno de rosales en flor a lo largo de los altos

muros y en los arriates no muy bien delineados. Los lirios todavía no florecen. Se ven bellos, tupidos. Sólo tienen hojas. María mira, mira, y creo que no ve nada, sino sólo lo que tiene en su cansada cabeza: la agonía de su Hijo.

Las mujeres van y vienen. Se le acercan, la acarician, ruegan que se recobre... y cada vez, con ellas, entra una oleada de perfume pesado, mezclado, que aturde.

María cada vez, siente escalofríos. Nada más. Ni una palabra. Ni un gesto. Nada. Está agotadísima. Espera. Es la que espera.

Un golpe a la puerta... Las mujeres corren a abrir. María se vuelve sobre su asiento, sin levantarse, y mira a la entrada semiabierta. Entra Magdalena. Anuncia: "Es Mannaén... Quisiera saber si en algo puede servir".

"Mannaén... Hazlo pasar. Ha sido siempre bueno. No creía que fuera él..."

"¿En quién pensabas, Madre?"

"Después... después. Que pase".

Entra Mannaén. No viene vestido de lujo como antes. Trae un vestido común y corriente de color café, casi negro, y un manto igual. Ninguna joya, ni espada. Nada. Parece un hombre acomodado, pero del pueblo.

Se inclina a saludar, primero con las manos cruzadas sobre el pecho, y luego se arrodilla como ante un altar.

"Levántate, y perdona si no respondo a la inclinación. No puedo..."

"No debes. No lo permitiría. Sabes quién soy. Por eso te ruego que me trates como a tu siervo. ¿Te puedo servir en algo? Veo que no hay ningún hombre aquí. Por Nicodemo supe que todos han huido. No se podía hacer nada. Es verdad. Pero al menos le dimos el consuelo de que nos viera. Yo... yo lo he saludado en el Sixto. Y luego no pude porque... Es inútil decirlo. También esto fue cosa de Satanás. Ahora estoy libre y vine a ponerme a tu servicio. Ordena, Mujer".

"Quisiera saber y hacer saber a Lázaro... Sus hermanas están preocupadas, lo mismo que mi cuñada y la otra María. Quisiéramos saber si Lázaro, Santiago, Judas y el otro Santiago están bien".

"¿Judas? ¿Isariote? Él fue el que lo traicionó".

"Judas, hijo del hermano de mi esposo".

"¡Ah, voy!" Se levanta, y al hacerlo hace un gesto de dolor.

"¿Estás herido?"

"¡Umh... sí? Cosa de nada. Un brazo que me duele un poco".

"¿Por nuestra causa, acaso? ¿Por eso no estuviste allá arriba?"

"Sí, por ello. Y sólo esto me duele, no la herida. El resto de fariseísmo, hebraísmo, satanismo que hubo en mí, porque satanismo es lo que ha llegado a ser culto de Israel, salió con la sangre. Me siento como un bebé a quien después de habersele cortado el ombligo no tiene más contacto con la sangre de su madre, y las pocas gotas que todavía quedan en el cordón cortado no entran en él, sino caen... inútiles por lo demás. El recién nacido vive con *su* corazón y *su* sangre. Así yo. Hasta ahora no me había formado completamente. He llegado al término y *he nacido* a la luz. Nací ayer. Mi madre es Jesús de Nazaret. Me dio a luz cuando lanzó su último grito. Sé... porque anoche huí a la casa de Nicodemo. Sólo quisiera verlo. ¡Oh!, cuando vayáis al sepulcro, decídmelo. Iré... No he visto su rostro de Redentor".

"Te está mirando, Mannaén. Vuélvete".

Mannaén que había entrado con la cabeza inclinada y que sólo había mirado a la Virgen, se vuelve como espantado y ve el Sudario. Se echa al suelo en señal de adoración...

Llora. Se levanta. Se inclina ante María y dice: "Me voy".

"Es sábado. Lo sabes. Nos andan acusando de violar la ley por instigación de Él".

"Estamos iguales, porque ellos violan la ley del Amor, que es la primera y mayor. Él lo decía. El Señor te consuele". Sale.

Pasan las horas. Cuán lentas son cuando se espera a alguien...

María se levanta y apoyándose sobre los muebles se dirige a la salida. Trata de atravesar el ancho vestíbulo, pero al no tener apoyo, vacila como si estuviera ebria. Marta, que la ve desde la otra parte del patio, corre a auxiliarla.

“¿A dónde quieres ir?”

“Allá adentro. Me lo prometisteis”.

“Espera a Juan”.

“Basta de esperar. Veis que estoy tranquila. Id a abrir, ya que cerrasteis por dentro. Espero aquí”.

Como todas han acudido. Susana va a llamar al dueño de la casa para que abra. Entre tanto María se apoya en la puertecita, como si quisiera abrir con la fuerza de su voluntad. Llega el dueño. Miedoso, acobardado. Abre y se va. María entre los brazos de Marta y María de Alfeo, entra en el cenáculo.

Todo está como cuando terminó la Cena. La cadena de sucesos y la orden que había dado Jesús hicieron que nada se cambiase. Sólo se han puesto los asientos en su lugar. María que nunca ha entrado en el Cenáculo va derecha al lugar donde Jesús se sentó. Parece como si la guiase de la mano. Parece como sonámbula, tan tiesa camina... Da vuelta alrededor del asiento-lecho, se mete entre éste y la mesa... se queda de pie por un momento y luego se deja caer a lo largo de la mesa con un nuevo estallido de lágrimas. Se calma. Se arrodilla y ora con la cabeza apoyada al filo de la mesa. Acaricia el mantel, el asiento, la vajilla, el borde de la palangana donde estuvo el cordero, el cuchillo empleado, el ánfora que está allí. No sabe que toca lo que Iscariote tocó. Se queda luego como embebida con la cabeza apoyada, con los brazos cruzados sobre la mesa.

Nadie habla. Al fin la cuñada dice: “Ven, María. Teníamos miedo a los judíos. ¿Quisieras que entrasen aquí?”

“No, no. Es un lugar santo. Vámonos. Ayudadme... Hicisteis bien en habérmelo dicho. Quisiera también un cofre, hermoso, grande, que pueda cerrarse, para poner en él todos mis tesoros”.

“Mañana hago que te lo traigan de mi palacio. El más hermoso que tengo. Fuerte. Seguro. Te lo regalo con gusto” dice Magdalena.

Salen. María realmente está agotadísima. Vacila al bajar los pocos escalones. Si su dolor es menos dramático es porque no tiene ya más fuerzas, pero esa calma es todavía más trágica.

Vuelven a entrar en la habitación de antes. Antes de regresar, María acaricia, como si estuviera vivo, la santa Faz del Sudario.

Un toquido más en el portón. Las mujeres se apresuran a salir y cerrar la puerta. Con su voz cansada María dice: “Si fueran los discípulos, y sobre todo Simón Pedro y Judas, que vengan a verme al punto”.

Es Isaac el pastor. Entra, llora por algunos minutos. Después se postra ante el Sudario y luego ante la Virgen. No sabe qué decir. Ella es la que rompe el silencio: “Gracias. *Te ha visto y te he visto*. Lo sé. Os miraba hasta que pudo”.

Isaac rompe en llanto más fuerte. Habla sólo cuando su llanto se calma. “No queríamos irnos, pero Jonatás nos lo pidió. Los judíos amenazaban a las mujeres... y luego no pudimos regresar. Todo... todo estaba terminado. ¿A dónde podíamos ir en esos momentos? Nos desparramamos por la campiña y cuando llegó la noche nos reunimos a la mitad del camino entre Jerusalén y Belén. Nos pareció que alejábamos su muerte si íbamos en dirección de su gruta... Pero luego pensamos que no estaba bien que fuéramos allá... Era egoísmo y volvimos en dirección de la ciudad... Nos encontramos sin saber cómo en Betania...”

“¡Mis hijos!”

“¡Lázaro!”

“¡Santiago!”

“Todos están allí. Los campos de Lázaro, cuando la aurora empezó a alumbrar, estaban cubiertos de fugitivos que lloraban... ¡Sus inútiles amigos y discípulos!... Yo... fui a donde

Lázaro y creía que era el primero... Mas no. Estaban allí tus dos hijos, mujer, y el tuyo con Andrés, Bartolomé, Mateo, Simón Zelote los había persuadido a que se fueran allá. Máximo que había salido a los campos apenas amanecido, encontró a otros. Lázaro ha ayudado a todos, y lo sigue haciendo. Dice que el Maestro le dio tales órdenes. Lo mismo asegura Zelote”.

“¿Pero dónde están mis otros dos hijos Simón y José?”

“No lo sé, mujer. Habíamos estado juntos hasta el terremoto. Luego... no sé nada con precisión. Entre las tinieblas, entre rayos, y muertos resucitados³, entre el temblor, y el tornado, perdí el conocimiento. Me encontré al volver en mí en el Templo. Y todavía me pregunto cómo pude haber pasado más allá del límite sagrado. Entre yo y el altar de los perfumes no había más que unos cuantos centímetros... Imagínate ¡Yo donde ponen su pie sólo los sacerdotes de turno!... Y... ¡Y he visto al Santo de los Santos!... Sí, porque el velo del Santo se rasgó desde arriba hasta abajo, como si lo hubiese roto un gigante... Si me hubieran visto allí dentro, me hubieran lapidado. Pero nadie veía. No encontré sino espectros de muertos y espectros de vivos, porque parecían espectros a la luz de los rayos, a la claridad de los incendios, y con el terror en las caras...”

“¡Oh, mi Simón! ¡Mi José!”

“¿Y Simón Pedro? ¿Y Judas de Keriot? ¿Tomás y Felipe?”

“No lo sé, Madre... Lázaro me mandó a ver porque le dijeron que... que os habían matado”.

“Vete entonces a tranquilizarlo. Mandé antes a Mannaén. Pero ve también tú y dile... dile que sólo Él ha muerto. Y yo con Él. Si encuentras a otros discípulos llévatelos contigo. Pero quiero a Iscariote y a Simón Pedro”.

“Madre... perdónanos si no hicimos más”.

“Todo está perdonado... Vete”.

Sale Isaac. Marta y María, Salomé y María de Alfeo lo ahogan con súplicas, recomendaciones, órdenes. Susana llora sin hacer ruido porque nadie le habla de su esposo. Entonces es cuando Salomé se acuerda del suyo, y también llora.

Silencio de nuevo. Hasta que otra vez se oye que llaman a la puerta.

Como la ciudad está en calma, las mujeres tienen menos miedo. Pero cuando de la entrada que se abre un poquito ven que se asoma la cara rasurada de Longinos, todas huyen como si hubieran visto a un muerto en su mortaja o al demonio en persona. El dueño de la casa que por curiosidad zanganea en el vestíbulo es el primero en escapar.

Acude Magdalena que estaba con la Virgen. Longinos con una involuntaria sonrisita alegre en los labios ha entrado. Ha cerrado tras de sí la pesada puerta. No viene uniformado. Trae de vestido una corta túnica gris bajo un manto que tiende a lo oscuro.

María Magdalena lo mira, y él a ella. Luego, siguiendo apoyado a la puerta. Longinos pregunta: “¿Puedo entrar sin contaminar a alguien? ¿Sin aterrorizar a nadie? Esta mañana vi al ciudadano José y me ha hablado del deseo de la Madre. Pido perdón si por mí mismo no había logrado imaginarlo. Aquí está la lanza. La había guardado como recuerdo de un... del más Santo de todos. ¡Oh, que si lo es! Justo es que lo tenga su Madre. En cuanto a los vestidos... es muy difícil. No se lo digáis... tal vez han sido vendidos por unos cuantos céntimos... Es derecho de los soldados. Pero trataré de encontrarlos...”

“Ven. Ella está allí”.

“Pero yo soy pagano”.

“No importa. Se lo voy a decir. Si así quieres”.

“¡Oh no! No pensaba merecerlo”.

María Magdalena va donde la Virgen. “Madre, Longinos está allí afuera... Te ha traído la lanza”.

“Hazlo pasar”.

El dueño de la casa, que está en la puerta, protesta: “Es un pagano”.

³ Cfr. Mt. 27, 51-53.

“Oye, soy Madre de todos. Como Él de todos es el Redentor”.

Entra Longinos y en el umbral saluda a su manera romana (se ha quitado el manto), y luego: “Ave, Domina. Un romano te saluda. Madre del linaje humano. La *verdadera* Madre. No hubiera querido... esa cosa. Pero eran órdenes. Si logro darte lo que deseas, perdono al destino que me hubiera elegido para esa cosa horrible. Mira” y le entrega la lanza envuelta en un trapo rojo. Es solo el hierro, sin el asta.

María la toma. Palidece mucho más. Hasta parece que no tuviera labios en medio de su palidez, como si la lanza hubiera quitado la sangre. Tiembla. Finalmente dice: “Que Él te conduzca a Sí por tu buen corazón”.

“Ha sido el único justo que me he encontrado en el basto imperio de Roma. Me arrepiento de no haberlo conocido sino por las palabras de mis compañeros. ¡Ahora... es tarde!”

“No, hijo. Él ha terminado de evangelizar, pero su evangelio queda en su Iglesia.”

“¿Dónde está su Iglesia?” Longinos pregunta un poquito irónico.

“Aquí está. Hoy ha sido herida y dispersa, pero mañana se reunirá como el árbol que yergue su copa después de la tempestad. Y aun cuando no hubiese nadie, aquí estoy yo. El evangelio de Jesús, Hijo de Dios y mío, está escrito todo en mi corazón. No tengo sino qué mirarme para repetirlo”.

Vendré. Una religión que tiene por jefe a un semejante héroe no puede menos de ser divina. Ave Domina”.

Longinos se va.

María besa la lanza donde todavía se ve Sangre de su Hijo... Quiere quitarla, pero al fin no lo hace “rubí de Dios en la cruel lanza” murmura...

El día, en medio de nubes que van y vienen amenazadoras de algún chubasco, pasa de este modo.

Regresa Juan solo, cuando el sol está en su cenit.

“Madre. No puede encontrar a nadie, fuera de... Judas de Keriot”.

“¿Dónde está?”

“¡Oh, Madre, qué horror! Está colgado de un olivo, hinchado y negro como si hubiera muerto hace varias semanas. Huele feo. Está horrible... En medio de riñas vuelan sobre él los buitres, cuervos, y qué sé y... La algarabía me llevó en ese sentido. Estaba yo en el camino del monte de los Olivos, y vi que sobre una saliente volaban en círculo negros pajarracos. Fui a ver... ¿Por qué? No lo sé. Y vi. ¡Qué horror!...”

“¡Qué horror! Dices bien. Más allá de la Bondad ha estado la Justicia. En realidad, la Bondad está ausente, ahora... Pero Pedro, ¡Pedro!... Juan, tengo la lanza. En cuanto a los vestidos... Longinos no dijo ni una palabra de ellos”.

“Madre... quiero ir a Getsemaní. Él fue aprehendido sin manto. Tal vez está allí. Luego iré a Betania”.

“Ve, ve por el manto... Los otros están en casa de Lázaro, por eso no es necesario que vayas. Ve y regresa aquí”.

Juan se va corriendo, sin haber tomado nada, como también lo está la Virgen. Las mujeres sin sentarse han tomado pan y aceitunas continuando su trabajo en los bálsamos.

Juana de Cusa llega con Jonatás. El llanto ha destrozado la cara. Apenas ve a la Virgen dice: “¡Me salvó! ¡Me salvó y Él está muerto! ¡Ahora me arrepiento de que me hubiera salvado!”

Y la Virgen Dolorosa debe consolar a esa mujer curada, envuelta en una sensibilidad extrema. La consuela, la anima diciéndole: “No lo hubieras conocido ni amado, ni habrías podido servirlo ahora. ¡Falta mucho que hacer en lo futuro. Y debemos hacer porque, lo ves... nosotras somos las que hemos quedado, los varones han escapado. Es siempre la mujer la verdadera creadora para el bien o para el mal. Nosotras engendremos la nueva fe que de ella estamos llenas, que el Dios-Esposo puso en nuestros corazones, y la daremos a luz a la tierra para el bien del mundo. ¡Mira cuán bello es! ¡Cómo sonrío y olvida este nuestro santo trabajo! Juana, tú sabes que te amo. No llores más”.

“¡Pero Él está muerto! Sí, allí parece como si estuviera vivo, pero no lo está más. ¿Que cosa es el mundo sin Él?”

“Volverá. Vete. Ora. Espera. Cuanto más creas, tanto más pronto resucitará. El creer en esto, es mi fuerza... Y sólo yo, Dios y Satanás sabemos cuántos ataques ha sufrido mi fe en su resurrección”.

También Juana se va, flacucha y encorvada como un lirio demasiado bañado en agua. En cuanto ha salido, la Virgen vuelve a tu tortura.

“¡A todos! ¡A todos debo dar fuerza. ¿Y a mí quién me la da?” y llora acariciando la Faz del lienzo, pues ahora se ha sentado cerca del cofre donde está extendido.

Llegan José y Nicodemo. Evitan a las mujeres el ir a comprar mirra y áloe porque traen varias bolsas. Sus fuerzas parecen acabarse cuando ven la Faz impresa en el lino y el rostro de María.

Se sientan en un rincón después de haberla saludado. No dicen nada. Tristes funerales... Luego se van. Tampoco Ella tiene fuerza de hablar. Cuanto más cae el día, empujado por una neblina sofocante, tanto más la Virgen es un ser desgarrador. Las sombras, como para cualquiera que sufre, son para Ella fuente de que su dolor aumente.

Las otras mujeres se ponen también tristes. Sobre todo Salomé, María de Alfeo y Susana. Pero les llega el consuelo cuando en grupo llegan Zebedeo, el esposo de Susana, y Simón y José de Alfeo. Los dos primeros se quedan en el vestíbulo contando que Juan los encontró mientras pasaba por el suburbio de Ofel. A los otros dos los encontró Isaac vagando por la campiña, inciertos si venir a la ciudad, o ir a donde los hermanos que tal vez estarían en Betania.

Simón dice: “¿Dónde está María? Quiero verla” Su madre lo guía. Entra y besa a su destrozada parienta.

“¿Estás solo? ¿Por qué no ha venido José contigo? ¿Por qué os habéis separado? ¿Todavía seguís peleando? Está mal. ¿Veis? ¡La razón de la discordia ha muerto!” Y señala la Faz del sudario.

Simón lo mira y llora. Dice: “*Jamás* nos hemos separado. No lo haremos. Sí, la razón de la discordia ha muerto, pero no como crees. Ha muerto porque José, *ahora*, ha comprendido... Está allí afuera... y no se atreve a venir...”

“¡Oh, no! Yo no infundo miedo a nadie. No soy más que compasión. Habría perdonado aun al traidor. Pero no puedo ya. Se suicidó”.

Se levanta. Camina encorvada, llamando: “José, José!”

Éste, ahogado en llanto, no responde.

María se asoma a la puerta, como cuando habló a Judas, y apoyándose al estípite, extiende la otra mano y la pone sobre la cabeza del mayor en edad y el más obstinado de los sobrinos. Lo acaricia diciéndole: “Deja que me apoye en un José. Todo fue paz y serenidad mientras tuve ese nombre como rey en mi casa. Luego se me murió... Y todo el bien humano de la pobre María murió también... Me quedó el bien sobrenatural de mi Dios e Hijo... Ahora soy la Abandonada... Pero si puedo estar entre los brazos de un José a quien amo, y tú sabes que sí te amo, me sentiré menos abandonada. Me parecerá volver a tiempos idos. A poder decir: “Jesús está ausente, pero no muerto. Está en Caná, en Naín por razón de trabajos, pero regresa pronto...” ven, José. Entremos juntos donde Él te espera para sonreírte. Nos ha dejado su sonrisa para decirnos que no tiene rencor”.

José entra, asido a su mano, y al verla sentada, se le arrodilla delante con la cabeza apoyada sobre sus rodillas. Sollozando dice: “¡Perdón, perdón!”

“¡No me lo pidas a mí, sino a Él!”

“No me lo puede otorgar. En el Calvario traté de atraer su mirada. A *todos* ha mirado, a excepción de mí... tenía razón... Muy tarde lo he conocido y amado como Maestro. Ahora todo ha terminado”.

“Ahora es cuando empieza. Irás a Nazaret y dirás: “Yo creo”. Tu fe tendrá un valor inmenso. Lo amarás con la perfección de los apóstoles futuros cuyo mérito será el de amar a Jesús a quien conocen sólo a través del espíritu. ¿Lo harás?”

“Sí, sí, para reparar. Pero quisiera oír de Él alguna palabra, y no la oiré ya más...”

“Él resucitará al tercer día y hablará a quien le ama. Todo el mundo espera su Voz”.

“Bendita tú que puedes creer...”

“¡José, José! Mi esposo fue tu tío. Y creyó en algo que era todavía más difícil de creer que esto. Pudo creer que la pobre María de Nazaret era la Esposa y Madre de Dios. ¿Por qué tú, sobrino del justo José y que tienes el mismo nombre, no puedes creer que un Dios pueda decir a la muerte: “¡Basta!” y a la vida: “¡Regresa!”?”

“No merezco esta fe porque he sido malo. Injusto para con Él. Pero tú... tú eres su Madre. Bendíceme. Perdóname... Dame el sosiego...”

*“Sí... Paz... Perdón... ¡Oh Dios! Una vez dije: “¡Cuán difícil es ser redentores!” Ahora digo: “¡Cuán difícil es ser la Madre del Redentor!” ¡Piedad, Dios mío! ¡Piedad!... vete, José. Tu madre ha sufrido mucho en estas horas. Consuélala... me quedo yo aquí... Con todo lo que tengo de mi Niño... Mis lágrimas solitarias te alcanzarán la fe. Hasta pronto, sobrino mío. Di a todos que quiero estar en silencio... pensar... orar... Soy... soy una pobre mujer sostenida de un hilo sobre un abismo... El hilo es mi fe... y vuestra *no-fe*, porque nadie *sabe* creer total y santamente, golpea continuamente contra este hilo mío... no sabéis la fatiga que me imponéis... no sabéis que ayudáis a Satanás a atormentarme. Vete...”*

María se queda sola...

*Se arrodilla ante el Sudario. Besa la frente, los ojos, la boca del Hijo y dice: “¡Así, así! Para tener fuerzas... *debo creer. Debo creer. Por todos*”.*

La noche ha caído encima. Sin estrellas. Oscura. Bochornosa. María se queda sola con su dolor.

El día del sábado ha terminado.

35. La noche del sábado santo

31 marzo 1945

Cautelosamente entra María de Alfeo y escucha. Probablemente piensa que la Virgen se haya dormido. Se acerca, se inclina, la ve de rodillas con el rostro en tierra junto al Sudario. En voz baja dice: “¡Pobrecita! ¡Así se quedó!”

Pero la Virgen, saliendo de su oración, responde: “No, estaba orando”.

“¡De rodillas! ¡En la oscuridad! ¡Al frío! ¡La ventana abierta! ¿No sientes? ¡Estás helada!”

“Así estoy mejor, María. Mientras oraba –y sólo el Eterno sabe cuán acabada estaba yo después de haber sostenido a tantos cuya fe vacila, iluminado tantas inteligencias a quienes ni siquiera la muerte ha esclarecido- me ha parecido percibir un perfume angelical, una frescura celestial, una caricia de algo que volara... Fue un instante... No más. Pero me ha parecido que en el mar de amargura a que furioso me ha sumergido hace tres días ya, penetrase una gota de calmante dulzura. Me ha parecido que la bóveda celestial se abriese un tantín, y que un rayo luminoso de amor bajase sobre la Abandonada. Me ha parecido que un murmullo incorpóreo de infinitas lejanías dijese: “Ha terminado realmente”. Mi plegaria hasta ese momento desolada, encontró calma. Se tiñó de la luminosa paz -¡oh apenas una nada- la de luminosa paz que me da mi oración... ¡Mis plegarias!... María, ¿amaste, no es verdad, muchísimo a tu Alfeo, cuando eras su prometida?”

“¡Oh, María! Cuando llegaba la aurora con todo mi corazón decía: “Ha pasado una noche. Una noche menos de espera”. Me alegraba cuando llegaba el crepúsculo diciendo: “Un día más ha pasado. Más próxima estoy para entrar bajo su techo” Y cuando el sol iba a acostarse, como alondra cantaba yo pensando: “Dentro de poco llega”. Y cuando lo veía llegar tan bello de cara como es mi Judas –por esto Judas es mi predilecto- con esos ojos de ciervo enamorado como los tiene mi Santiago, ¡oh!, entonces todo me desaparecía. Y cuando me

saludaba diciéndome: “¡Amada mía!”, y yo le respondía: “Señor mí”, creo... creo que si en esos momentos me hubiese aplastado un carruaje o atravesado una flecha no hubiera sentido dolor. Y ¡luego!... Cuando fui su mujer... ¡Ah...” María se queda extasiada en sus recuerdos. Luego: “¿Pero por qué esta pregunta?”

“Para explicarte lo que para mí ha significado la oración. Centuplica tus sentimientos, hazlos mil y mil veces mayores y comprenderás lo que ha sido para mí la oración, la espera de esta hora... Creo que aun cuando no oraba en la tranquilidad de la gruta o de mi habitación, porque trabaja en los quehaceres, mi alma oraba sin interrupción... Cuando podía decir: “Ahora es tiempo de recogerme en Dios”, sentía que el corazón ardiente me palpitaba. Y cuando me anegaba en Él... entonces... No... Esto no te lo puedo explicar. Cuando estés en la luz de Dios lo comprenderás... Todo esto lo he perdido durante estos tres días... Ha sido una cosa más angustiosa que no tener a mi Hijo... Satanás se ha aprovechado de estas dos llagas sobrepuestas: la muerte de mi Hijo y el abandono de Dios abriendo así la tercera llaga, la del terror de faltarme la fe. María, te amo mucho y eres mi parienta. Lo dirás a tus hijos apóstoles, para que sepan resistir en su apostolado, a triunfar sobre Satanás. Estoy segura que si hubiese dudado, si hubiera caído en la tentación del demonio, y hubiera dicho: “No es posible que resucite”, negando a Dios –porque decirlo era negar que Dios sea verdadero, sea poderoso- se hubiera convertido en nada tanta redención. Yo, la nueva Eva, habría mordido la manzana de la soberbia, habría disfrutado del sentido espiritual y habría deshecho la obra de mi Redentor. Continuamente los apóstoles así serán tentados por el mundo y la carne, por el poder y Satanás. Que permanezcan firmes contra todas las torturas, y las corporales serán las más leves, para que no destruyan lo que Jesús ha hecho”.

“Dilo tú a mis hijos... ¿Qué puede decir tu pobre cuñada? ¡Oh, si ya hubieran venido! ¡Haber huido al primer momento, paciencia! ¡Pero luego!”

“Has oído que Lázaro y Simón habían recibido órdenes de llevarlos a Betania. Jesús sabía todo...”

“Sí... pero... ¡Oh, cuando los vea los reprenderé *duramente!* Han sido unos cobardes. ¡Que los demás lo hayan sido!, pasa. Pero no ellos, ¡mis hijos! No se los perdonaré jamás...”

“Perdona, perdona... Ha sido un momento de extravío... No creían que Él pudiera ser apresado. Él lo había dicho...”

“Te aseguro que no los perdonaré. Lo sabían. Por lo tanto estaban ya preparados. Cuando se sabe una cosa, y se cree a quien la dice, no causa extrañeza”.

“¡María, también a vosotras os ha dicho: “Resucitaré”. Y con todo... Si pudiera abriros el pecho y la cabeza, vería escrito en ambos: “No puede ser””.

“Pero al menos... Sí es difícil creer... pero estuvimos en el Calvario”.

“Por gracia de Dios, de otro modo habríamos huido también nosotras. ¿Oíste a Longinos? Dijo: “algo horrendo” Y es un guerrero. Nosotras mujeres, acompañadas de un solo muchacho, hemos resistido porque Dios nos ayudó de modo especial. No puedes gloriarte de ello, pues. No es nuestro mérito”.

“¿Y por qué no se las dio a ellos?”

“Porque serán los sacerdotes del mañana. *Deben por eso tener experiencia.* Experiencia, porque lo saben, de cuán fácil es a un fiel de una religión abjurar de ella. Jesús no quiere sacerdotes como esos que a tal punto llegaron hasta convertirse en sus enemigos más tenaces...”

“Hablas de Jesús como si ya hubiera regresado...”

“¿Lo ves? Tú también confiesas no creer. ¿Cómo puedes reprochar algo a tus hijos?”

María de Alfeo no puede replicar. Se queda con la cabeza inclinada, mueve maquinalmente algunos objetos. Ve la lamparita y se va con ella. La devuelve encendida, y la coloca en su lugar propio.

María se ha sentado nuevamente cerca del Sudario, que a la amarillenta luz de la lámpara, a la llama temblorosa, adquiere una viveza particular, y parece mover boca y ojos.

“¿No tomas nada? Pregunta un poco mortificada la cuñada.

“Un poco de agua. Tengo sed”.

María sale y regresa... con un poco de leche.

“No insistas. No puedo. Agua sí. No tengo más agua en mí... Creo que ni siquiera tengo sangre. Pero...”

Llaman a la puerta. María de Alfeo sale a ver. Hablan en el vestíbulo. Juan se asoma.

“Juan, ¿has regresado? ¿Aun nada?”

“Sí. Simón Pedro... y el manto de Jesús... juntamente... en el Getsemaní. El manto...” Juan cae de rodillas y dice: “Míralo... Está despedazado y lleno de sangre. Las huellas de las manos son de Jesús. Sólo Él las tenía largas y delgadas. Las rasgaduras han sido hechas con los dientes. Se nota claramente que fue la boca de un hombre. Pienso que haya sido... Haya sido Judas Iscariote, porque junto al lugar donde Simón Pedro encontró el manto había un pedazo de vestido amarillo de Judas. Volvió allá... después... antes de suicidarse. Mira, Madre”.

María no ha hecho más que acariciar y besar el pesado manto, rojo de su hijo, pero a la insistencia de Juan lo despliega, y ve las huellas sangrientas, los rasgones hechos con los dientes. Tiembla y dice en voz baja: “¡Cuánta sangre!” Parece como que no viera sino eso.

“Madre... la tierra estaba enrojecida. Simón que fue allá corriendo apenas amanecido, dice que sobre las hojas de la hierba aun había sangre fresca... Jesús... Yo no sé... No me parecía haberlo visto herido, ¿De dónde salió tanta sangre?”

“De su cuerpo. Por la angustia... ¡Oh, Jesús. Víctima completa! ¡Oh, Jesús mío!” María llora angustiosamente en tal forma que las mujeres se asoman a la puerta a ver y luego se retiran. “Esto, esto, mientras todos te abandonaban. ¿Qué hacías, mientras Él padecía su primera agonía?”

“Dormíamos, Madre...” Juan responde entre lágrimas.

“¿Estaba allí Simón? Cuenta”.

“Había ido ya a buscar el manto. Había pensado en preguntarle y a Jonás y a Marcos... Pero habían huido. Su casa estaba cerrada y todo abandonado. Entonces bajé hacia las murallas para recorrer el mismo camino del jueves... estaba yo tan cansado aquella noche y afligido, que no podía recordar ahora dónde se había quitado Jesús el manto. Me parecía que lo llevaba y que no lo llevaba... En el lugar de la aprehensión no encontré nada... Donde estuvimos los tres, tampoco... Tomé la vereda que el Maestro había tomado... Y pensé que Simón Pedro también estaba muerto, porque lo vi allí todo encogido contra un peñasco. Grité. Levantó la cabeza... Creí que había enloquecido por lo cambiado que estaba. Lanzó un alarido, y quiso huir, pero se tambaleaba, cegado por el llanto. Lo alcancé. Me dijo: “Déjame. Soy un demonio. Lo negué. Como Él había dicho... El gallo cantó. Él me miró. Escapé... he corrido por acá y por allá, por los campos y luego me he encontrado aquí. ¿Ves? Aquí Yeová me ha hecho encontrar su sangre para acusarme. ¡Sangre! ¡Sangre! En la roca, en la tierra, sobre la hierba. Fui causa de su derramamiento. Como tú, como todos. Pero yo renegué de esa sangre”. Me parecía como delirando. Trataba de calmarlo, de apartarlo, pero no quería. Decía: “Aquí, aquí. A custodiar esta sangre y su manto. Lo quiero lavar con mis lágrimas. Cuando no haya más entonces volveré entre vosotros golpeándome el pecho y diciendo: ‘¡He renegado al Señor!’” Le dije que lo querías ver, que me habías enviado a buscarlo, pero no quería creerlo. Entonces le dije que buscabas también a Judas par perdonarlo, y que sufrías porque no podías hacer nada, pues ya se había suicidado. Entonces empezó a llorar con más calma. Quiso informarse de *todo*. Me dijo entonces que sobre la hierba había una sangre fresca y que el manto había sido despedazado por Judas, pues había encontrado un trozo de su vestido. Lo dejé hablar y más hablar. Luego dije: “Ven a donde está la Madre”. ¡Oh, cuánto tuve qué rogarle para que lo hiciera! Y cuando creía que lo había ya persuadido, y me ponía de pie para regresar, él no se movía. Ya tarde ha venido. Al llegar más acá de la puerta se escondió de nuevo en un huerto solitario, diciendo: “No quiero que la gente me vea. Sobre mi frente llevo escrita la palabra: Renegador de Dios”. Ahora que está ya oscuro, logré finalmente arrastrarlo hasta aquí”.

“¿Dónde está?”

“Detrás de esa puerta”.

“Dile que entre”.

“Madre”.

“Juan...”

“No lo reprendas. Está arrepentido”.

“¿Me conoces tan poco todavía? Haz que pase.

Juan sale. Regresa solo. Dice: “No se atreve. Llámalo tú”.

María con dulce voz: “Simón de Jonás, ven” Nada. “Simón Pedro, ven”. Nada. “Pedro de Jesús y de María, ven”. Una áspera explosión de llanto. Pero no entra. María se levanta. Deja el manto sobre la mesa y va a la puerta.

Pedro está allí afuera, agazapado, como un perro sin dueño. Lloro tan fuerte y tan seguido, que no percibe el ruido de la puerta al abrirse, ni los pasos fatigados de la Virgen. Se da cuenta de que está cerca cuando Ella se inclina hasta tomarle una mano que tenía apretada a los ojos y lo obliga a levantarse. Entra en la habitación trayéndolo consigo, como si fuera un niño. Echa el picaporte, e inclinada por el dolor, como Pedro por la vergüenza, regresa a su lugar.

Pedro se le acerca a los pies, de rodillas, y llora sin freno. María acaricia sus cabellos grises, sucios de un sudor doloroso. Hasta que no se calma no deja de acariciarlo. Cuando Pedro finalmente dice: “No puedes perdonarme. No me acaricies, pues. Porque lo negué”. María le responde: “Pedro, tú lo negaste. Es verdad. Tuviste el valor de hacerlo en público. Un valor cobarde de haberlo hecho. Los otros... fueron cobardes, menos los pastores, Mannaén, Nicodemo, José y Juan. *Todos* lo han renegado. Hombres y mujeres de Israel, menos un puñado de mujeres... No menciono a los sobrinos y a Alfeo de Sara. Son parientes y amigos. Pero los demás... Y con todo no han tenido el valor satánico de mentir para salvarse, ni el valor espiritual de arrepentirse y llorar, ni el digno de alabanza de reconocer públicamente el error. Eres un pobrecillo. Lo fuiste, mejor dicho, mientras presumiste de ti. Ahora eres un hombre, mañana serás un santo. Pero aun cuando no fueras lo que eres, te habría perdonado de todos modos. Habría perdonado a Judas, con tal de salvarle su alma. *Porque un espíritu vale tanto que es digno de que se superen cualquier repugnancia y resentimiento.* Tenlo presente, Pedro. Te lo repito: “El valor de un alma es tan grande que aun a costa de morir uno por el esfuerzo que se hace al tenerla cerca, hay que hacerlo, así entre los brazos, como tengo tu cabeza cana, si se espera que haciéndolo así se le pueda salvar”. Como una madre que después que su hijo fue castigado por su padre, le toma su cabeza culpable, y más con las palabras que balbucea su corazón afligido, que bate de amor y pena, que con el castigo que le dio su padre, se corrige. Pedro de mi Hijo, pobre Pedro que te has visto, como todos, en las manos de Satanás en estas horas de tinieblas, y no te has dado cuenta de ello, y crees haberlo hecho todo por ti, ven, ven aquí, al corazón de la Madre de los hijos del Hijo. Aquí Satanás no puede hacerte ningún mal. Aquí se calman las tempestades, y en espera del sol: de mi Jesús que resucitará, que te dirá: “La paz sea contigo, Pedro mío”, surge la estrella de la mañana, pura, bella, que hace puro, hermoso todo lo que besa, como sucede en las cristalinas aguas de nuestro mar en las frescas mañanas de primavera. Por esto tanto he querido verte. A los pies de la cruz yo fui martirizada por Él y por vosotros –¿no lo sentiste?- y llamaba a vuestros corazones tan fuerte que pensaba que ellos realmente se me acercaban. Y encerrados en mi corazón, mejor dicho, colocados sobre él, como los panes de la proposición³, los tuve bajo el baño de su sangre y de su llanto. Pude hacerlo porque Él, en persona de Juan, me ha constituido Madre de toda su descendencia... ¡Cuánto quise verte!... Aquella mañana, aquel mediodía, aquella noche y al día siguiente ¿Por qué has hecho esperar tanto a una madre, Pedro maltrecho por el demonio? ¿No sabes que es deber de las madres, enderezar, curar, perdonar, llevar? Yo te llevo a Él ¿Quieres verlo? ¿Quisieras ver su sonrisa para

³ Cfr. Ex. 25, 23-30; 37, 10-16; lev. 24, 5-9; 1 Rey. 21, 1-7.

convencerte que todavía te ama? ¿Sí? ¡Oh, entonces hazte a un lado, pon la frente sobre la frente coronada, tu boca sobre su boca herida, y besa a tu Señor!”

“He muerto... No podré hacerlo más...”

“Pedro, respóndeme. ¿Cuál crees que haya sido el último milagro de tu Señor?”

“El de darnos su Cuerpo. Más bien, no. El del soldado curado allá, allá... ¡Oh, no me hagas recordar!...”

“Una mujer fiel, amorosa, valiente, lo alcanzó en el Calvario, y le secó el rostro. Y Él, para demostrar cuánto puede el amor, imprimió su rostro en el lino. Míralo, Pedro. Esto consiguió una mujer, durante las horas de tinieblas infernales, y de la ira divina. Sólo porque amó. Ten presente esto, Pedro, para las horas en que te pareciera que el demonio es más fuerte que Dios. Dios era un prisionero de los hombres, abrumado, condenado, azotado, agonizante... *Y sin embargo, porque aun en las más duras persecuciones, Dios siempre es Dios, y si la Idea es perseguida, Dios quien la suscita es intocable, mira que Él responde a los que niegan, a los incrédulos, a los hombres de los necios “por qué”, de los culpables “no puede ser”, de los sacrílegos “lo que yo no comprendo no es verdad”, sin palabras con este lienzo.* Míralo. Un día, tú me contaste que habías dicho a tu hermano Andrés: “¿Que el Mesías se te haya mostrado? ¡No puede ser verdad!” y luego tu razonamiento humano tuvo qué doblegarse ante la fuerza del espíritu que veía al Mesías allí donde la razón no lo lograba. Una vez, en medio de un mar tempestuoso, preguntaste: “¿Puedo ir, Maestro?” y luego, a medio camino, en medio de las olas, dudaste y gritaste: “El agua no me puede sostener”, y con la duda por lastre por poco te ahogas. Sólo cuando contra la razón humana prevaleció el espíritu que supo creer, pudiste encontrar la ayuda de Dios. Otra vez dijiste: “Si Lázaro hace ya cuatro días que ha muerto, ¿para qué hemos venido? Para morir inútilmente” porque tu razón humana no podía admitir otra solución. Y tu espíritu le dio un mentís porque al mostrarte la gloria del que resucitó con la del resucitado, te mostró que no habías ido inútilmente. Otra vez, mejor dicho otras, dijiste al oír que tu Señor hablaba de muerte y de muerte atroz: “¡Esto no te sucederá jamás!” Y ves qué mentís ha tenido tu corazón. Yo espero ahora que tu espíritu diga una palabra en este último caso”.

“Perdón”.

“No esta palabra, otra”.

“Creo”.

“Otra”.

“No la sé”.

“*Amo, Pedro, ama. Serás perdonado, Creerás. Serás fuerte. Serás el sacerdote y no el fariseo que oprime, que no tiene sino formalismos, que carece de una fe activa. Míralo. Atrévete a mirarlo. Todos lo han mirado y venerado. También Longinos... ¿Y tú no vas a poder? ¿Fuiste capaz de renegar de Él? Si ahora no lo reconoces, a través de mi fuego materno, de mi amor doloroso que os une, que os da paz, no lo podrás más. Él resucitará. ¿Cómo podrás verlo en su nuevo fulgor si no conoces su rostro de Maestro que se convertirá en el del Triunfador? Porque el dolor, todo el dolor de los siglos y del mundo, lo ha moldeado con cincel y martillo en aquellas horas que pasaron de la noche del jueves a las tres de la tarde de ayer, viernes. Y han cambiado su rostro. Antes era sólo el Maestro, el Amigo. Ahora es el Juez y Rey. Ha subido a su trono para juzgar. Se ha puesto la corona. Y así quedará. Sólo que, después de la resurrección gloriosa, no será más el Hombre Juez y Rey, sino Dios Juez y Rey*⁵. Míralo. Míralo, mientras el linaje humano y el dolor lo velan, para poderlo mirar cuando triunfe con su divinidad”.

Finalmente Pedro levanta su cabeza de las rodillas de María y la mira con sus ojos hinchados en llanto, con una cara de un viejo niño desconsolado y sorprendido del mal que ha hecho y del inmenso bien que encuentra.

⁵ Cfr. Mt. 25, 31-46; 1 Cor. 15, 20-28.

María lo obliga a ver a su Señor. Como si estuviera enfrente de un rostro vivo. Pedro con lágrimas prorrumpe: “¡Perdón, perdón! No sé cómo fue, qué fue. No era yo. Había algo que me hizo no ser yo. Pero te amo, ¡Jesús! ¡Te amo, Maestro mío! ¡Vuelve, vuelve! ¡No te vayas sin decirme que me has comprendido!” Al decir estas palabras María repite lo que ya había hecho en la cámara sepulcral. De pies, tiene los brazos abiertos, cual sacerdotisa en el momento de la oblación. Y así como allá ofreció la Hostia inmaculada, aquí ofrece al pecador arrepentido. Hay razón. Es la Madre de los santos y de los pecadores. Luego levanta a Pedro. Lo vuelve a consolar. Le dice como diría a un niño: “Ahora estoy más contenta. Sé que estás aquí. Ahora vete allá con las mujeres y con Juan. Tenéis necesidad de descanso y alimento. Vete. Y sé bueno...”

Y mientras en la casa donde reina ahora más tranquilidad que en la noche anterior, se vuelve a pensar en las necesidades humanas del sueño, de la comida, y donde los que están allí poco a poco se rehacen del golpe de la muerte, la Virgen quiere quedarse sola de pie, firme en su lugar, en su espera, en su oración. Siempre, siempre, siempre. Por los vivos y por los difuntos. Por los justos y culpables. Por el regreso. Por el regreso de su Hijo.

Su cuñada quiso quedarse con ella, mas ahora está durmiendo profundamente, sentada en un rincón, con la cabeza recargada a la pared. Marta y María vienen, pero cargadas de sueño se retiran a una habitación cercana y dichas algunas cuantas palabras se entregan al descanso... Más allá en una pequeña habitación, duermen Salomé y Susana. Sobre dos petates tirados en el suelo, duerme ruidosamente Pedro y Juan. El primero todavía con un sollozo mecánico que parece escucharse en su roncar. El segundo con una sonrisa de niño que sueña con algo bello.

La vida vuelve a sus hábitos, y el cuerpo exige sus derechos... Sólo la Estrella de la mañana brilla insomne, con su amor que vela cerca de la efigie de su Hijo.

Y así pasa la noche del sábado santo, hasta que el canto del gallo, cuando brota el alba, hace poner de pie a Pedro con un grito. Un grito de espanto, de dolor con el que despierta a los que están durmiendo.

Ha terminado su tregua. Empieza de nuevo la pena. Mientras que en María aumenta el ansia de la espera.

LA GLORIFICACIÓN

1.- La mañana de la Resurrección¹

1° abril 1945

Las mujeres vuelven a ocuparse de los aceites que en la noche, debido al fresco del patio, se han hecho una masa espesa.

Juan y Pedro creen que estaría mejor si se pusiera en orden el Cenáculo, limpiando la vajilla, y después poner otra vez todo, como si apenas hubiera terminado la cena.

“Él lo ha dicho” dice Juan.

“También dijo: “¡No durmáis!” Lo mismo que: “No seas soberbio, Pedro. Ten en cuenta que la hora de la prueba está por venir”. Y... y añadió: “Tú me negarás...”” Pedro llora de nuevo mientras añade con negro dolor: “¡Y yo renegué de Él!”

“¡Basta Pedro! Ya has tornado. ¡Basta de atormentarte!”

“Jamás, jamás bastará. Aunque llegara a ser viejo como los primeros patriarcas, aunque viviese setecientos o novecientos años como Adán y sus primeros descendientes no olvidaré jamás esta pena”.

“¿No confías en su misericordia?”

“Sí. Si no confiase, sería como Iscariote, un desesperado. Pero aunque me perdone desde el seno del Padre a donde ha tornado, *yo no me perdono*. ¡Yo, yo! Yo que dije: “No lo

¹ Cfr. Mt. 28, 1; Mc. 16, 1-2; Lc. 24, 1; Ju. 20, 1.

conozco”, porque en esos momentos era peligroso conocerlo, porque tuve vergüenza de ser su discípulo, porque he tenido miedo del tormento... Él marchó a la muerte y yo... pensé en salvar mi vida, y para esto lo rechacé como rechaza una mujer pecadora el fruto de su seno, después de haberlo dado a luz, porque es peligroso para ella, y lo hace antes de que regrese su marido que no sabe nada. He sido peor que una adúltera... peor que...”

Magdalena atraída por los gritos entra. “No hagas tanto ruido. María te está oyendo. ¡Está tan agotada! No tiene fuerzas para nada y todo le hace mal. Tus gritos inútiles y tontos vuelven a recordarle lo que habéis sido...”

“¿Ves? ¿Lo ves, Juan? Una mujer puede hacerme callar. Y tiene razón, porque nosotros los varones, los consagrados al Señor, no hemos sabido más que mentir o huir. Las mujeres han sido valientes. Tú, joven y puro que pareces una mujercilla, tuviste el valor de quedarte. Nosotros, nosotros, los fuertes, los hombres, huimos. ¡Oh, qué desprecio debe tener el mundo de mí! ¡Dímelo, dímelo mujer! ¡Tienes razón! Ponme tu pie sobre la boca que mintió. Ponla bajo la suela de tu sandalia, donde habrá un poco de su sangre. Y solo esa sangre mezclada con el polvo del camino podrá perdonarme un poco, podrá dar un poco de paz al renegado. ¡Debo acostumbrarme al desprecio del mundo! ¿Qué soy yo? Decídmelo: ¿Que soy?”

“¡Eres un gran soberbio!” le contesta calmadamente Magdalena. “¿Te duele? Puede ser. Pero tú crees que de las diez partes de tu dolor, cinco, para no ofenderte con decir seis, proceden del dolor de poder ser despreciado. Si continuas chillando, haciendo tonterías como una estúpida mujercita, de veras que te despreciaré. Lo hecho, hecho está. Los gritos necios no pueden reparar nada, ni anular algo. No hacen más que atraer la atención y mendigar una piedad que no merecen. Sé varón en tu arrepentimiento. No chilles. Yo... tú sabes lo que fui... Pero cuando comprendí que era más despreciable que un vómito, no me entregué a convulsiones. Lo hice públicamente. Sin pedir excusas, sin dárme la. ¿El mundo me iba a despreciar? Tenía la razón. Lo merecía. ¿El mundo decía: “¿Un nuevo capricho de la prostituta?” ¿Y el seguir a Jesús lo llamaba con una blasfemia? Tenía razón. El mundo no podía olvidar mi conducta anterior, que justificaba todo lo que pensaba de mí. ¿Y qué? El mundo ha tenido qué convencerse María no es más pecadora. Con los hechos he convencido al mundo. Haz también tú lo mismo, y cállate”.

“Eres dura, María” objeta Juan.

“Más para conmigo que para con los otros. Lo reconozco. No tengo la mano tan suave como la tiene la Madre de Jesús. Ella es el amor. Yo... he despedazado mi pasión con el azote de mi querer. Y lo haré más. ¿Crees que me haya perdonado de haberme entregado completamente a la lujuria? No. Pero no lo digo más que a mí misma y siempre me lo repetiré. Moriré con este secreto sentimiento de haber sido la corruptora de mí misma, en medio de un dolor inconsolable, de haberme profanado y de no haber podido dar a Él sino un corazón pisoteado... Mira... he trabajado más que todos en la preparación de los bálsamos... Y con más valor que las otras lo descubriré... ¡Oh, Dios, cómo estará ya! (Magdalena palidece al solo pensarlo). Lo cubriré con nuevos bálsamos, quitando los que de seguro estarán ya fétidos sobre sus numerosas heridas... Lo haré, porque las otras parecen clemátides después de un aguacero... Pero siento pena hacerlo con estas manos mías que regalaron tantas caricias lascivas, de acercarme con este cuerpo mío manchado junto a su santidad... Quisiera... Quisiera tener la mano de la Madre Virgen para hacer la última unción...”

Llora ahora despacio, sin estremecimiento. ¡Cuán diversa es de la Magdalena teatral que nos presentan! Es el mismo llanto sin ruido en que prorrumpió el día en que la perdonó Jesús en casa del fariseo.

“¿Dices tú que... tendrán miedo las mujeres?” le pregunta Pedro.

“No... Pero perderán su serenidad ante su cuerpo ciertamente ya corrupto... hinchado... negro. Y luego, esto es verdad, tendrán miedo de los guardias”.

“¿Quieres que vayamos con vosotras Juan y yo?”

“¡Ah, eso no! Nosotras *todas* vamos, porque fuimos las que estuvimos *allá arriba*. Por esto es justo que *todas* estén alrededor de su lecho de muerte. Tú y Juan quedaos aquí. Ella no puede quedarse sola...”

“¿No va Ella?”

“No queremos que vaya”.

“Está segura que resucitará... ¿Y Tú?”

“Yo, después de María, soy la que más creo. Siempre he creído que puede suceder así. Él lo ha dicho. Él nunca miente... ¡Él!... Antes lo llamaba Jesús, Maestro, Salvador, Señor... Ahora, ahora me lo imagino tan majestuoso que no, que no me atreveré a darle un nombre... ¿Qué le diré cuando lo vea?”

“¿Pero crees que resucitará?...”

“¡No hay duda! Con seguimos diciendo que creo y con el oídos decir que no creéis, terminaré también como vosotros. He creído y sigo creyendo. He creído y desde hace tiempo le tengo preparada la vestidura. Para mañana, porque mañana es el tercer día, se la llevaré. La tengo a la mano...”

“¡Acabas de decir que estará negro, hinchado, feo!”

“Feo jamás. Feo es el pecado. ¡Sí, estará negro! ¡Y, qué! ¿Lázaro no estaba ya corrupto?, y con todo resucitó. Su cuerpo quedó curado. ¡Pero si lo afirmo!... No digáis nada, ¡vosotros faltos de fe! También dentro de mí la razón humana me dice: “Ha muerto y no resucitará” Pero mi espíritu, “su” espíritu, porque Él me dio un nuevo espíritu, grita, y parecen ser toques de trompetas doradas que dicen: “¡Resucita! ¡Resucita! ¡Resucita! ¿Por qué me arrojáis cual navecilla contra los arrecifes de vuestras dudas? ¡Yo creo! ¡Creo, Señor mío! Lázaro con profunda pena ha obedecido al Maestro y se ha quedado en Betania... Yo que sé quién es Lázaro de Teófilo: un valiente, no un cobardón, puedo medir su sacrificio de quedarse a la sombra y de no estar junto al Maestro. Pero ha obedecido. Más heroico obedeciendo de este modo que si lo hubiera arrancado de sus enemigos con las armas. He creído y creo. Y estoy aquí, en su espera. Dejadme ir. Se levanta el día. Tan pronto podamos ver mejor, iremos al sepulcro...”

Magdalena con su cara quemada del llanto se va. Va a donde la Virgen.

“¿Qué le pasó a Pedro?”

“Una crisis de nervios. Ya se le pasó”.

“No seas dura, María. Él sufre”.

“También yo sufro, pero no te he pedido ni siquiera una caricia. A él ya lo has curado... Y sin embargo yo pienso que la que necesita de ayuda eres tú, ¡Madre mía, santa, hermosa! Ten ánimos... Mañana es el tercer día. Nos encerraremos aquí dentro, nosotras dos, las dos que lo amamos tanto. Tú la Enamorada santa, yo la pobre enamorada... que me esfuerzo en serlo. Lo esperaremos... A los que no creen los echaremos de aquella parte... Traeré aquí muchas rosas... Voy a hacer que traigan hoy el cofre... Pasaré por el palacio y le daré órdenes a Leví. ¡Largo todas esas cosas horribles! No las debe ver nuestro Resucitado... Muchas rosas... Tú te pondrás un nuevo vestido... No debes estar así. Te peinaré, te lavaré ese rostro que el llanto ha desfigurado. Joven eterna, te haré de madre... Finalmente tendré el consuelo de cuidar de alguien que es más inocente que un recién nacido”. Magdalena con su exhuberancia cariñosa aprieta contra su pecho la cabeza de María que está sentada, la besa, la acaricia, le compone los cabellos detrás de las orejas, le seca las lágrimas que siguen bajando por su vestido...

Entran las mujeres con lámparas, ánforas y vasos de bocas anchas. María de Alfeo lleva un mortero pesado.

“No se puede estar afuera. Hace viento y se apaga la lámpara” dice.

Se hacen a un lado. Ponen sobre una mesa larga, no ancha, todas sus cosas y luego dan un vistazo a los bálsamos, mezclando en el mortero con polvo blanco que sacan a puños de un costalito, la pesada crema de las esencias. Hacen la mezcla trabajando con ahínco y luego

llenar un vaso grande. Lo ponen en el suelo. Hacen lo mismo con otro. Perfumes y lágrimas caen sobre las resinas.

Magdalena dice: “no esperaba haberte preparado esta unción” Porque ha sido la que ha dirigido la preparación de los perfumes, tan fuertes que abren la puerta y un poco la ventana que da al jardín, que apenas se distingue.

Todas lloran después de las palabras de Magdalena.

Han terminado. Todos los vasos están llenos.

Salen con las ánforas vacías, el mortero que no utilizarán, con muchas lámparas, de las cuales quedan dos en la habitación, que con sus llamitas tímidas, parecen temblorosas.

Vuelven a entrar las mujeres. Cierran la ventana porque el amanecer es un poco frío. Se ponen los mantos, y toman las bolsas en que meten los vasos de bálsamo.

María se levanta y busca su manto, pero todas la rodean persuadiéndola a que no vaya.

“No puedes estar de pie, María. Hace dos días que no tomas nada de alimento. Y sólo has bebido un poco de agua”.

“Cierto, Madre. Vamos y pronto terminaremos. Regresamos inmediatamente”.

“No tengas miedo. Lo embalsamaremos como un rey. ¡Mira qué bálsamos preciosos hemos preparado! ¡Y cuánto!...”

“No dejaremos miembro o herida. Lo haremos con nuestras propias manos. Somos fuertes y somos madres. Lo pondremos como se pone un niño en la cuna. Los otros no tendrán qué hacer sino cerrar su sepulcro”.

La Virgen insiste: “Es mi deber. Siempre yo tuve cuidado de Él. Sólo en estos tres años que fue del mundo, lo cedí a los demás cuando estaba lejos de mí. Ahora que el mundo lo ha rechazado y renegado de Él, nuevamente es mío. Torno a ser su sierva”.

Al umbral se han asomado Pedro y Juan sin que las mujeres los vieran. Pedro al oír las últimas palabras se va. Se esconde en un rincón a llorar su pecado. Juan no se mueve, pero no protesta. Quisiera ir también él, pero hace el sacrificio de quedarse junto a la Virgen.

Magdalena lleva nuevamente a María a su asiento. Se le arrodilla, la abraza en las rodillas, levantando su cara dolorosa y enamorada. Le dice: “Él sabe y ve todo con su espíritu. Pero a su cuerpo le diré tu amor, tu deseo con besos. Sé lo que es el amor. ¡Sé qué amargo aguijón es! ¡Qué hambre es! Qué nostalgia de estar con quien para nosotros es el amor. Y esto aún en los viles amores que parecen oro, y no son más que fango. Ahora que la pecadora sabe lo que es el amor santo por la misericordia viviente, que los hombres no han logrado amar, mucho mejor puede comprender qué cosa sea tu amor, Madre. Sabes que yo sé amar. Sabes que Él lo ha dicho cuando nací verdaderamente en aquella tarde allá en las riberas de nuestro lago sereno, que yo sé *amar mucho*. Ahora este grandísimo amor mío, como agua que se desborda de una aljofaina, como rosal en flor que se cae de un alto muro, como llama que, encontrando yesca, más aumenta, se ha desbordado sobre Él, y de Él que es Amor, ha obtenido una nueva potencia... Que esta fuerza mía de amor no pudo ponerse en su lugar en la cruz... Pero lo que por Él no he podido hacer -padecer, sangrar, morir en su lugar, entre las befas de todo un mundo, feliz, feliz, feliz de sufrir en su lugar, estoy segura que hubiera ardido el hilo de mi pobre vida más por el amor triunfante que por el patíbulo infame, y habría nacido de las cenizas la nueva cándida flor de una vida pura, virginal, ignorante de todo lo que no fuere Dios- todo lo que no he podido hacer por Él, lo puedo hacer por ti aún... Madre a quien amo con todo mi corazón. Ten confianza en mí. Yo que supe tan dulcemente acariciar en la casa de Simón el fariseo sus santos pies, ahora, con mi alma que siempre se asoma a la gracia, sabré mucho mejor acariciar sus santos miembros, curar sus heridas, embalsamarlas más con mi amor sacado de mi corazón oprimido del amor y del dolor, que con los ungüentos. Y la muerte no tocará esos miembros que tanto amor manifestaron y tanto reciben. Huirá la muerte, porque el Amor es más fuerte que ella⁹. El Amor es invencible. Yo, Madre, con su perfecto amor y con el mío pleno, embalsamaré a mi Rey amado”.

⁹ Cfr. Cant. 8, 6.

María besa a esta apasionada discípula que ha sabido encontrar a quien merece esta compasión y que cede a sus súplicas.

Las mujeres salen llevando lámparas. En la habitación queda otra. La última en salir es Magdalena, después de haber dado un último beso a la Virgen.

La casa queda oscura y silenciosa. La calle está solitaria.

Juan pregunta: “¿De veras no me necesitáis?”

“No. Puedes servir aquí. Hasta pronto”.

Juan regresa donde María. “No quisieron que las acompañara...” murmura despacio.

“No te preocupes. Ellas van donde Jesús y tú te quedas conmigo, Juan. Oremos juntos un poco. ¿Dónde está Pedro?”.

“No sé. Por ahí ha de estar... No lo veo. Es... Creía yo que era más fuerte... También yo estoy afligido, pero él...”

“Tiene en el corazón dos dolores. Tú uno sólo. Ven. Oremos también por él”.

María recita lentamente el “Padre nuestro”. Acaricia a Juan y le dice: “Ve donde Pedro. No lo dejes solo. Ha estado tanto en las tinieblas, en estas horas, que no soporta ni siquiera la leve luz del mundo. Sé el apóstol de tu hermano extraviado. Empieza tu predicación con él. En tu camino que será largo, encontrarás siempre a muchos semejantes a él. Empieza tu trabajo con tu compañero...”

“¿Pero qué le debo decir?... No sé... Todo lo hace llorar...”

“Repite su precepto de amor. Dile que quien sólo teme no conoce suficientemente todavía a Dios, porque Él es Amor. Si te replica: “He pecado”, contéstale que Dios tanto ha amado a los pecadores que por ellos ha enviado a su Unigénito¹¹. Dile que a tanto amor se le corresponde con amor. El amor da confianza en el bondadísimo Señor. Esta confianza nos sostendrá en el juicio porque reconocimos la Sabiduría y Bondad divinas. Digamos: “Soy una pobre criatura. Él lo sabe y me da a Jesús como prenda de perdón y columna de sostén. Mi miseria desaparece al unirme con Jesús” todo se perdona en su nombre... Ve, Juan. Dile esto. Yo me quedo aquí, con Jesús...” y acaricia el Sudario.

Juan sale cerrando la puerta tras sí.

María se pone de rodillas como la noche anterior, mirando fijamente la santa Faz en el lienzo de la Verónica. Ora y habla con su Hijo. Muestra fortaleza para dar fuerzas a los demás. Cuando está sola se dobla bajo el aplastante peso de su cruz. Sin embargo, de vez en cuando cual llama, su alma se levanta hacia una esperanza que en Ella no puede morir, que más bien aumenta según las horas van pasando. Sus esperanzas las dirige al Padre. Sus esperanzas y su petición.

2. El alba de la Pascua. Lamento. Plegaria de la Virgen

21 febrero 1944

Sigo viendo la habitación donde María llora. Está sentada en su silla, afligidísima, exhausta, desfigurada por tanto llorar.

También están las mujeres. A la luz de las lámparas de aceite preparan los aromas mezclándolos.

Las mujeres en medio de lágrimas siguen trabajando. Magdalena es la que dijo esas palabras que hacen llorar fuertemente a todas las mujeres. La cara de Magdalena está enrojecida por el llanto.

Cuando han terminado de preparar todo, se ponen los chales o mantos. También María se levanta, pero la rodean y le dicen que no debe ir. Sería muy cruel hacerle ver de nuevo a su Hijo que ciertamente, a estas horas del tercer día de muerto, estará ya todo negro por la putrefacción. Además, Ella está tan exhausta para poder caminar. No ha hecho más que llorar y orar. No ha comido nada ni descansado. Que se quede tranquila y que confíe en ellas, que

¹¹ Cfr. 1 Ju. 4, 7-19.

cual discípulas amorosas, harán sus veces y brindarán al santo cuerpo todos los cuidados necesarios para una definitiva sepultura.

María acepta al fin, Magdalena, arrodillada a sus pies, pero apoyada sobre sus calcañales, en su habitual postura, le abraza las rodillas, la mira con sus ojos enrojecidos de llanto, y le promete que transmitirá a Jesús todo el amor suyo, mientras lo embalsaman. Ella sabe *qué cosa es amor*. Ha pasado del amor vergonzoso al amor santo por la Misericordia que los hombres han matado. *Sabe amar*. Jesús se lo dijo aquella tarde que fue el alba de su nueva vida, que *sabe amar mucho*. Que se fíe de ella, de ella que en aquella ocasión supo acariciar los pies de Jesús tan dulcemente, ahora sabrá acariciar las heridas y embalsamárselas más con su amor que con ungüentos, para que la muerte no pueda hincar su diente en ese cuerpo que tanto amó y que también es amado.

La voz de Magdalena está impregnada de pasión. Parece un terciopelo, que envolviese un órgano, pues su voz tiene esa tonalidad preñada de calor, de pasión. Se tiene la sensación de escuchar a un alma que se estremece. Que ha sabido imprimir su deseo. Que está destinada a amar. Y ahora que Jesús la ha salvado, sabe mostrar con inmensa fuerza su amor al Amor divino. No olvidaré esta voz femenina que es una confesión de su íntima psique. No la olvidaré jamás.

Las mujeres salen llevando una lámpara. La casa está oscura y también el camino. Apenas una señal de luz, allá en el lejano oriente. La luz fresca y pura de un amanecer abrileno. El camino está sumido en el silencio y soledad. Las mujeres envueltas en sus mantos, sin hablar se dirigen al sepulcro de Jesús.

Ella, ahora está sola, se ha puesto nuevamente a orar de rodillas teniendo ante sí el velo que está extendido contra la cara de una especie de cofre, sostenido con clavos. María ora y habla a su Hijo. Es siempre la misma aflicción, mezclada con una esperanza de angustia.

“¡Jesús, Jesús! ¿No vuelves todavía? Tu pobre Madre no sufre más al pensar que estás muerto allá. Tú lo dijiste y nadie te comprendió. *¡Pero yo sí!* “Destruid el Templo de Dios y Yo lo reedificaré en tres días”. Ha empezado el tercer día. ¡Oh Jesús mío! No esperes que se termine para regresar a la vida, para regresar a tu Mamá *que tiene necesidad* de verte vivo para no morir recordándote muerto. *Que tiene necesidad* de verte bello, triunfante, para no morir recordándote en ese sepulcro en que te he dejado.

¡Oh, Padre, Padre, devuélveme a mi Hijo! Que lo vea regresar como Hombre y no como un cadáver, como a Rey y no como un sentenciado. Después, lo sé, Él volverá a Ti, al cielo. *Pero lo habré visto curado de tanto mal, lo habré visto fuerte después de su gran debilidad, lo habré visto triunfante después de su gran lucha, lo habré visto como a Dios después de que tanto sufrió por los hombres. Me sentiré feliz aun cuando no lo tenga cerca. Sabré que estará contigo, Padre Santo, sabré que para siempre estará fuera del dolor.* Pero ahora no puedo, no puedo olvidar que está en el sepulcro, está allí muerto por los dolores que le hicieron sufrir, que Él, mi Hijo-Dios, está sujeto a la suerte de los hombres en la oscuridad de un sepulcro, Él, tu Viviente.

Padre, Padre, escucha a tu sierva. Por aquel “sí”... Nunca te he pedido nada porque siempre he obedecido tu voluntad, tu voluntad que es la mía. Nada debía exigirte por haber sacrificado mi voluntad a Ti, Padre Santo. ¡Pero ahora, ahora, por aquel “sí” que di al ángel mensajero, escúchame, oh Padre!

Después de la crueldad que padeció por la mañana, sufrió aquella agonía de tres horas, y ahora está fuera del alcance del dolor. Pero yo hace tres días que estoy agonizando. Tú ves mi corazón y oyes su palpar. *Nuestro* Jesús ha dicho que ningún pájaro pierde una pluma sin que Tú no lo veas, que no se marchita ninguna flor en el campo, sin que no consueles su agonía con tu sol y tu rocío. ¡Oh Padre muero de este dolor! Trátame como al pajarito que revistes de nuevo plumaje, como a la flor que refrescas, que calmas su sed con tu piedad. Estoy yerta del dolor. No tengo más sangre en las venas. Hubo un tiempo en que se convirtió en leche para alimentar a tu Hijo y mío; ahora es todo llanto porque no lo tengo más. Me lo han matado, matado, Padre, y ¡Tú sabes en qué forma!

¡No tengo más sangre! La he derramado con Él en la noche del jueves, en el terrible viernes. Tengo frío como el que se ha desangrado. No tengo más sol, porque Él está muerto, mi santo Sol, mi Sol bendito, el Sol nacido de mi seno para alegría de su Mamá, para la salvación del mundo. No tengo más descanso porque no lo tengo más a Él que es la más dulce de las fuentes para su Mamá que bebía su palabra, que calmaba su sed con su presencia. Soy como una flor en seco arenal. Me muero, me muero, Padre santo. No tengo miedo a morir, porque también mi Hijo ha muerto. ¿Pero qué harán estos pequeños, la pequeña grey de mi Hijo, tan débil, miedosa, voluble, si no hay quien la sostenga? No soy nada, Padre pero por deseos de mi Hijo soy como un ejército armado. Defiendo, defenderé su doctrina, su herencia como una loba defiende a sus lobeznos. Yo, cordera, seré una loba para defender lo que es de mi Hijo y, por consiguiente, lo que es tuyo.

Tú lo has visto, Padre. Hace ocho días esta ciudad arrancó las ramas de sus olivares, de sus jardines, sacó de sus casas a sus habitantes que todos hasta enronquecer gritaron: “¡Hosanna al Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor!” Y mientras pasaba sobre alfombras de ramos, de vestidos, de telas, de flores, los habitantes lo señalaban diciendo: “Es Jesús el profeta de Nazaret de Galilea. Es el Rey de Israel”. Y cuando todavía no se habían secado esos ramos y las gargantas todavía estaban roncadas de los hosannas, cambiaron sus gritos y se pusieron a acusar, a maldecir, a pedir su muerte; y con las ramas que emplearon para el triunfo hicieron garrotes para golpear al Cordero que llevaron a la muerte.

Si tanto han hecho cuando vivió entre ellos, les habló, les sonreía, los miraba con esos ojos que derriten el corazón, y hasta las mismas piedras se sienten conmovidas, les hacía bien, les enseñaba, ¿qué harán cuando Él haya regresado a Ti?

Tú has visto cómo se portaron sus discípulos. Uno lo traicionó, los otros huyeron. Fue suficiente que hubiera sido aprehendido para que hubieran huido como ovejas cobardes; y no supieron estar a su alrededor cuando moría. Uno solo, el más joven, se quedó. Ahora viene el anciano. Renegó de Él. Cuando Jesús no esté más aquí a defenderlo, ¿sabrás permanecer en la fe?”

Yo soy nada, pero hay un poco de mi Hijo en mí, y mi amor suple lo que falta y lo anula. De este modo me convierto en algo útil a la causa de tu Hijo, a su Iglesia que no encontrará jamás paz y que tiene necesidad de echar raíces profundas para que los vientos no la arranquen. Seré yo quien cuide de ella. Como hortelana diligente vigilaré para que crezca fuerte y derecha en su amanecer. Después no me preocupará el morir. Pero no puedo vivir más si sigo sin Jesús.

¡Oh Padre!, que has abandonado a tu Hijo por el bien de los hombres, que después lo has consolado, porque ciertamente lo has aceptado en tu seno después de su muerte, no me dejes más en el abandono. Lo que sufro lo ofrezco por el bien de los hombres. Pero confórtame ahora. Padre, ¡Padre, piedad!, ¡Piedad, Hijo mío! ¡Piedad, Espíritu divino! Acuérdate de tu Virgen”.

Después postrada contra el suelo, parece orar. Realmente es un ser destrozado. Se parece a esa flor muerta de sed de que habló. Ni siquiera advierte el sacudimiento de un terremoto breve que hace gritar y huir a los dueños de la casa, mientras que Pedro y Juan, pálidos cual muertos se arrastran hasta el umbral de la habitación. Al ver a la Virgen tan absorta en su oración, lejana de todo lo que no sea Dios, se retiran cerrando la puerta, y espantados regresan al cenáculo.

3. La Resurrección ¹

1° abril 1945

¹ Cfr. Mt. 28, 2-4.

En el huerto todo es silencio y brillar de rocío. Después de haber olvidado su azul-negro con pespuntos de estrellas que por toda la noche han contemplado el mundo, el cielo va tomando los tintes de un zafiro más claro. El alba va empujando de oriente a occidente las ondas todavía oscuras, como la onda durante la marea alta que avanza siempre más, cubriendo la oscura playa, y sustituyendo el gris negro de la mojada arena y de los arrecifes con el azul marino del agua.

Alguna que otra estrella no quiere morir, aunque su parpadear es cada vez más débil bajo la onda de la luz blanco-verdosa del alba, de un color gris-lechoso, como la fronda de aquellos somnolientos olivos que coronan a se montecillo poco lejano. Y luego naufraga sumergida por la onda del alba, como tierra que el agua cubre. El cielo pierde sus ejércitos de estrellas, y sólo, allá en las extremidades occidentales, tres, luego dos, finalmente una, se quedan a contemplar ese prodigio diario que es la aurora cuando surge.

Y cuando un hilo de color rosa tira una línea sobre la seda de color turquesa del cielo oriental, un suspiro de viento pasa por la fronda, por las hierbas diciendo: "Despertados. El día ha salido". Pero no despierta sino la fronda y la hierba, que se estremecen bajo sus diamantes de rocío y hacen un tenue movimiento, acompañado de las melodías que las gotas dejan caer.

Los pajarillos aún no se despiertan entre el tupido ramaje de un altísimo ciprés que parece dominar como señor en su reino, ni en el seto vivo de laureles que defiende del cierzo.

Los guardias fastidiados, temblando de frío, muriéndose de sueño guardan el sepulcro en diversas actitudes. La puerta del sepulcro, a su extremo ha sido reforzada con una gruesa capa de cal, como si fuese un contrafuerte. Sobre el color blanco opaco golpean las largas ramas del rosál, como sobre el sello del templo.

Seguramente que los guardias hicieron alguna fogata en la noche porque hay cenizas y tizones en el suelo. Habrán jugad y comido pues todavía hay sobras de comida tiradas por el suelo y huesitos pulidos, que usaron en su juego, a modo de nuestro dominó, o al infantil de las canicas, sobre un tablero hecho en la vereda. Luego se cansaron, dejaron todo como estaba y buscaron dónde poder acomodarse para dormir o velar.

En el cielo que tiene en el oriente una raya rosada que avanza hacia el firmamento sereno, donde todavía no hay ni un rayo de sol, se asoma, viniendo de desconocidas profundidades, un meteoro brillantísimo que desciende, cual bola de fuego de un resplandor inimaginable, seguido de una brillante estela, que tal vez no es más que la huella de su fulgor en nuestra retina. Desciende velocísima hacia la tierra, derramando una luz tan intensa, que pese a su belleza infunde temor. La rosada luz de la aurora desaparece al contacto de esta blanquísima incandescencia.

Los guardias levantan espantados sus cabezas, porque junto con la luz llega un retumbo armónico, majestuoso que llena todo lo creado. Viene de las profundidades paradisíacas. Es el aleluya, la gloria angelical que sigue al Espíritu de Jesús, que vuelve a su cuerpo glorioso.

El meteoro da contra la inútil cerradura del sepulcro, lo destruye, lo echa por tierra, esparce terror y fragor sobre los guardias, que habían sido puestos de carceleros del Dueño del Universo, y al pegar contra la tierra provoca un nuevo terremoto como había sucedido cuando el espíritu del Señor salió de la tierra. Entra en la oscuridad del sepulcro que se ilumina con esa luz indescriptible, y mientras permanece suspendida en el aire, inmóvil, el Espíritu vuelve a entrar en el cuerpo sin vida bajo las fúnebres vendas.

Todo esto no sucedió en un minuto, sino en fracción de minuto. El aparecer, descender, penetrar y desaparecer la luz de Dios ha sido velocísimo...

El "Fiat" del divino Espíritu a su frío cuerpo no recibe contestación. El "Fiat" lo dice la Esencia a la materia muerta. Sin embargo no se oye ni una palabra.

La carne recibe la orden, obedece con un profundo respiro...

No pasa más de un minuto.

Bajo el sudario y la Sábana la carne gloriosa se transforma en una eterna belleza; despierta del sueño de la muerte, vuelve de la "nada" en que estaba. El corazón se despierta. Da el primer latido. Empuja en las venas heladas sangre que quedó e inmediatamente crea lo que

necesitan las arterias vacías, lo que necesitan los pulmones inmóviles, el cerebro. Lleva calor, salud, fuerzas, pensamiento.

Un instante más, y un movimiento repentino se sucede bajo la Sábana, tan repentino que del instante en que Él ciertamente mueve las manos cruzadas al momento en que aparece de pie, imponente, brillantísimo con un vestido de inmaterial materia, sobrenaturalmente hermoso y majestuoso, con esa solemnidad que lo cambia, lo eleva, siendo siempre el mismo, apenas si el ojo humano tiene tiempo de captar los cambios. Y ahora lo admiro: tan diverso de lo que mi memoria me presenta, limpio, sin heridas, ni sangre. Despide luz de sus cinco llagas y brota también de cada poro de su piel.

Cuando da el primer paso —y al moverse los rayos que brotan de manos y pies le forman como aureola de luz, desde la cabeza con aureola de una corona que le hicieron las heridas de las que no brota sangre sino resplandor, hasta la orla del vestido, cuando al abrir sus brazos que tiene cruzados sobre el pecho, descubre una luminosidad vivísima que se trasluce por el vestido encendiéndole a la altura del corazón— entonces realmente es la “Luz” que ha tomado cuerpo. No se trata de la pobre luz terrena, ni de la de los astros, ni de la del sol, sino de la de Dios. Todo el brillo paradisíaco se junta en un solo Ser y le da su luz inimaginable por pupilas, su fuego de oro por cabellos, su candidez angelical por vestiduras y colorido, y lo que no puede describir la palabra humana, el inmenso ardor de la Santísima Trinidad, que anula con su potencia abrasadora cualquier fuego del paraíso, absorbiéndolo en Sí para engendrarlo de nuevo en cada instante del tiempo eterno, Corazón del cielo que atrae y difunde su sangre, las incontables gotas de su sangre incorpórea: los bienaventurados, los ángeles, todo cuanto es el paraíso: el amor de Dios, el amor de Él. Lo que forma al Jesús resucitado todo es luz.

Cuando se dirige hacia la salida, mis ojos ven además de su resplandor, dos luminosidades hermosísimas cual estrellas con respecto al sol. Las veo a cada una a un lado del umbral, postradas en adoración ante su Dios que pasa envuelto en su luz, derramando dicha en su sonrisa. Sale. Deja su fúnebre gruta. Vuelve a pisar la tierra que se despierta de alegría y se adorna con el brillo del rocío, con los colores de las hierbas, de los rosales, con las innumerables corolas de los manzanos que se abren milagrosamente al primer beso que les da el sol. La tierra saluda adorando al Sol eterno que por ellas pasa.

Los guardias están allí, medio muertos... Los ojos mortales no ven a Dios, pero sí los puros del universo. Ven y admiran las flores, las hierbas, los pajaritos al Poderoso que pasa en una aureola de Luz que es suya, es una aureola de luz solar.

Su sonrisa, su mirada que se posa sobre las flores, sobre las ramitas, que se levanta al cielo, todo lo reviste de su belleza. Más suaves y transparentes que el del más bello rosal son los pétalos que forman una corona sobre la cabeza del vencedor. El rocío le brinda sus diamantes. En el cielo sus ojos resplandecientes se reflejan. El sol alegre pinta con sus colores una nubecilla de una ligera brisa para que venga besar a su Rey, trayéndole los perfumes de los jardines que extrajo y las caricias de los delicados pétalos.

Jesús levanta su mano. Bendice. Los pajarillos se desgranán en trinos. El viento en perfumes. Jesús desaparece de mi vista, pero me deja sumergida en una alegría que me borra aun el más leve recuerdo de tristeza, sufrimientos y titubeos del día de mañana...

4. Jesús se aparece a su Madre

21 febrero 1944

La Virgen está postrada con el rostro en tierra. Parece un ser abatido, como la flor muerta de sed de que ha hablado.

La cerrada ventana se abre bruscamente, y con el primer rayo del sol entra Jesús.

María, que se estremeció al ruido, levanta su cabeza para ver qué clase de viento hubiera abierto las hojas de la ventana, mira a su radiante Hijo: hermoso, infinitamente más hermoso de lo que eran antes de su pasión, sonriente, vivo, luminoso más que el sol, de un vestido blanco que parece tejido con la luz, y que se acerca a Ella.

María se endereza sobre sus rodillas y juntando sus manos sobre el pecho, en cruz, habla con un sollozo que es de riza y llanto: “Señor, Dios mío” Y se queda extasiada al contemplarlo. Las lágrimas que bañaban su rostro se detienen. Su rostro se hace sereno, tranquilo con la sonrisa y el éxtasis.

Jesús no quiere ver a su Madre de rodillas como a una esclava. Tendiéndole las manos de cuyas llagas salen rayos que hacen más luminoso su cuerpo, le dice: “¡Madre!”

No es la palabra desconsolada de las conversaciones y de los adioses anteriores a la pasión, ni el lamento desgarrador de su encuentro en el Calvario y en su último suspiro. Es un grito de triunfo, de alegría, de victoria, de fiesta, de amor, de gratitud.

Se inclina sobre su Madre que no se atreve a tocarlo, le pasa las manos por los codos doblados, la pone de pie, la estrecha contra su corazón y la besa.

¡Oh!, entonces María comprende que no es una visión, que es *realmente su Hijo resucitado*, que es su Jesús, su Hijo quien la sigue amando como a tal. Y con un giro se le echa al cuello, lo abraza, lo besa, entre lágrimas y sonrisas. Lo besa en la frente donde no hay más heridas; en la cabeza que no está despeinada, ni ensangrentada; en los brillantes ojos, en las mejillas sanas, en la boca que no está hinchada. Luego le toma las manos, besa el dorso y la palma. Se arrodilla besa sus pies al levantar la resplandeciente vestidura. Luego se pone de pie, lo mira, pero no se atreve a hacer más.

Entonces Él sonríe y comprende. Entreabre su vestido, muestra el pecho y pregunta: “¿Madre, no besas ésta, que tanto te hizo sufrir y que eres la única digna de besar? Bésame en el corazón, Madre. Tu beso me borrará el último recuerdo de todo lo que fue dolor y me da la alegría que falta aún a mi júbilo de resucitado”. Toma entre sus manos el rostro de la Virgen, le apoya sus labios en la herida del costado de la que manan ríos de vivísima luz.

El rostro de María resplandece con esa luz, pues está envuelto en sus rayos. Besa una y otra vez la herida, mientras Jesús la acaricia. No se cansa de besar. Parece un sediento que bebe de un manantial, y que bebe con las linfas la vida, que iba perdiendo.

Jesús habla.

“Ha terminado todo, Madre. Ahora no tienes más por qué llorar a tu Hijo. La prueba ha acabado. La redención se ha realizado, Madre, gracias por haberme concebido, alimentado, ayudado en la vida y en la muerte.

Tus plegarias llegaron hasta mí. Fueron mi fuerza en el dolor, mis compañeros en mi viaje por la tierra y más allá. Conmigo fueron a la cruz y al limbo. Fueron el incienso que precedía al Pontífice que fue a llamar a sus siervos para llevarlos al templo que no muere: a mi cielo. Fueron conmigo al paraíso, adelantándose cual voz angelical el cortejo de los redimidos a cuya cabeza iba para que los ángeles estuviesen prontos a saludarme como al Vencedor, que regresaba a su reino. El Padre y el Espíritu vieron, oyeron tus plegarias, que tuvieron la sonrisa de la flor más bella, que fueron más melodiosas que el más dulce cántico que en el paraíso hubiera brotado. Los patriarcas, los nuevos santos, *los primeros* ciudadanos de *mi* Jerusalén las oyeron, y te traigo ahora su agradecimiento. Madre, al mismo tiempo que el beso y bendición de nuestros parientes, te traigo los de tu esposo de alma, José.

Todo el cielo canta sus hosannas a ti, Madre mía, ¡Madre santa! Un hosanna que no muere, que no es falaz como el que hace pocos días me brindaron.

Ahora me voy al Padre con mi vestido humano. El Paraíso debe ver al Vencedor en su vestido de Hombre con el que vencí el pecado del hombre. Pero luego volveré otra vez. Debo confirmar en la fe a quien aún no cree y que tiene necesidad de creer para llevar a otros; debo fortificar a los pusilánimes que tendrán necesidad de mucha fortaleza para resistir el ataque del mundo.

Luego subiré al cielo. Pero no te dejaré sola. Madre, ¿ves ese velo? En mi aniquilamiento, quise mostrarte una vez mi poder con un milagro para que te consolase. Ahora realizo otro. Me tendrás en el Sacramento, real como cuando me llevabas en tu seno. No estarás jamás sola. En estos días lo has estado.

Este dolor tuyo es necesario a mi redención. Mucho se le irá añadiendo porque seguirá aumentando el pecado. Llamaré a todos mis siervos para que compartan y participen de esta redención. Tú eres la que sola harás más que todos los santos juntos. Por esto era necesario *también* este abandono. Ahora no más.

No estoy más separado del Padre. Tú no lo estarás más de tu Hijo. Y al tener al Hijo, tienes a nuestra Trinidad. Cielo viviente, llevarás sobre la tierra a la Trinidad entre los hombres; santificarás la Iglesia, tú, Reina del sacerdocio y Madre de los que creen en Mí. Luego vendré a llevarte. No estaré ya más en ti, sino tú en Mí, en mi reino, para que hagas más bello mi Paraíso.

Ahora me voy, Madre. Voy a hacer feliz a la otra María. Luego subiré a donde mi Padre, y de ahí vendré a ver a quien no cree.

Madre, dame tu beso por bendición. Mi paz te acompañe. Hasta pronto”.

Jesús desaparece en el sol que baja a torrentes del cielo matinal y tranquilo.

5. Las mujeres piadosas van al sepulcro ¹

2 abril 1945

Entre tanto las mujeres que habían partido, caminan a lo largo del muro sumido en la penumbra. Por algunos minutos no hablan. Van bien arropadas y miedosas de tanto silencio y soledad. Luego, cobrando ánimo a la vista de la absoluta tranquilidad que reina en la ciudad, se reúnen en grupo y, dejando el miedo, hablan.

“¿Estarán ya abiertas las puertas?” pregunta Susana.

“Claro. Mira allá al primer hortelano que entra con verduras. Se dirige al mercado” responde Salomé.

“¿Nos dirán algo?” torna a preguntar.

“¿Quién?” interroga Magdalena.

“Los soldados, en la puerta Judiciaria... Por allí... entran pocos y salen menos... Podríamos dar sospechas...”

“¡Y qué con eso! Nos verán, y verán a cinco mujeres que van al campo. Nos pueden tomar por quienes, después de haber celebrado la pascua, regresan a su ciudad”.

“Pero... para no llamar la atención de ningún malintencionado, ¿por qué no salimos por otra puerta y luego damos vuelta a lo largo del muro?...”

“Se haría más largo el camino”.

“Pero estaríamos más seguras. Vamos a la puerta del Agua...”

“¡Oh, Salomé! ¡Si yo fuera tú, escogería la puerta Oriental! Sería más largo el recorrido. Hay que hacerlo pronto y volver presto” responde Magdalena secamente.

“Entonces escojamos otra, pero no la Judiciaria. Sé buena...” ruegan todas. “Está bien, y ya que lo queréis pasaremos por donde Juana. Nos pidió que se lo hiciéramos saber. Si fuéramos derecho, no habría necesidad. Pero como queréis dar una vuelta más larga, pasemos por su casa...”

“¡Oh, sí! Incluso por los guardias que hay allí... Juana es conocida y respetada...”

“Propondría que se pasase por la casa de José de Arimatea. Es el dueño del lugar”.

“¡Claro! ¡Hagamos ahora un cortejo para que nadie repare en nosotras! ¡Oh, qué cobarde hermana tengo! Más bien, Marta, hagamos así. Yo me adelanto y espero. Vosotras venís con Juana. Me pondré en medio del camino si hay peligro alguno, me veréis y regresaremos. Os aseguro que los guardias ante esto que lo he pensado (enseña una bolsa llena de monedas) nos dejarán hacer todo”.

“Lo diremos también a Juana. Tienes razón”.

“Entonces id, que yo me voy por mi parte”.

“¿Te vas sola, María? Voy contigo” dice Marta, temerosa por su hermana.

¹ Cfr. Mt. 28, 1-10; Mc. 16, 2-8; Lc. 24, 2-12; Ju. 20, 1-18.

“No. Tú vete con María de Alfeo a la casa de Juana. Salomé y Susana te esperarán cerca de la puerta, de lado de afuera de los muros. Luego tomaréis juntas el camino principal. Hasta pronto”.

Magdalena no da pie a otros posibles pareceres poniéndose veloz en camino con su bolsa de perfumes y el dinero en el seno.

Rápidamente camina como invitada por los primeros parpadeos de la aurora. Pasa por la puerta Judiciaria para llegar más pronto. Nadie la detiene...

Las otras la miran. Luego vuelven las espaldas en el cruce de los caminos donde estuvieron y toman otro, estrecho y oscuro, que al llegar al Sixto se ensancha en una calle más grande en que hay hermosas casas. Vuelven a dividirse. Salomé y Susana siguen por la calle, entre tanto que Marta y María de Alfeo llaman al portón de hierro y se muestran por la ventanilla, que apenas si abre el portero.

Van a donde está Juana, que ya se había levantado y vestido de un color morado muy oscuro que resalta su palidez. Está preparando también con su nutriz y una sirvienta los aceites.

“¿Ya habéis llegado? Dios os lo pague. Si no hubierais venido, habría ido yo... para buscar consuelo... porque muchas cosas han quedado mal, desde aquel terrible día. Y para no sentirme sola debo ir a donde esa piedra, llamar y decir: “Maestro, soy la pobre Juana... No me dejes sola tampoco Tú...” Juana llora desconsoladamente en silencio, mientras, Ester su nutriz, hace muchas señales indescifrables detrás de la espalda de su dueña mientras le pone el manto.

“Me voy, Ester”.

“¡Dios te consuele!

“Salen del palacio para reunirse con sus compañeros. Es en este momento en que sucede el breve y fuerte terremoto que echa de nuevo en brazos del terror a los jerosolimitanos, que no han olvidado el susto del viernes.

Las tres mujeres precipitadamente vuelven pasos atrás, y se quedan en el ancho vestíbulo llenas de miedo entre sus siervas y siervos que gritan, que invocan al Señor...

...Magdalena por su parte está exactamente en los bordes del caminillo que conduce al huerto de Arimatea cuando la sorprende el poderoso aunque armónico rugir de esta señal celestial, mientras, a la luz apenas rosada de la aurora que avanza en el cielo donde todavía en el poniente una tenaz estrella se ve, que tiñe de rubio el aire hasta ahora verdoso, se enciende una potente luz que baja como un globo incandescente, brillantísimo, cortando en zigzag el tranquilo aire.

María siente el sacudimiento y cae por tierra. Por un momento murmura: “¡Señor mío!” Luego se endereza como el tallo al pasar el viento y veloz corre hacia la huerta. Entra como un pajarillo perseguido en busca del nido y se dirige al sepulcro. Por más prisa que se da no puede estar cuando el celeste meteoro entra destruyendo sello y cal puestos para refuerzo de la piedra, ni cuando con fragor la puerta de piedra cae, provocando un golpe que se une al del terremoto, que aunque es breve, es violentísimo tanto que deja como muertos a los guardias aterrorizados. Al llegar María ve a estos carceleros del Triunfador echados por tierra como un manojo de espigas segadas, pero no relaciona el terremoto con la resurrección, sino al contemplar aquel espectáculo piensa que haya sido un castigo de Dios contra los profanadores del sepulcro de Jesús y cayendo de rodillas grita: “¡Ay de mí! ¡Lo han robado!”

Queda destrozada. Lloro como una niña, que segura de encontrar a su padre en casa, la encuentra vacía. Se levanta y corre para ir a decirlo a Pedro y Juan. Y como no piensa sino en avisar a los dos, no se acuerda de ir al encuentro de sus compañeras, de esperar en el camino, más rápida cual gacela rehace el camino, pasa por la puerta Judiciaria y vuela por las calles que se van animando, se echa sobre el portón de la casa y violentamente lo sacude.

La dueña le abre. “¿Dónde están Juan y Pedro?” pregunta angustiada Magdalena.

“Allí”. La mujer señala el Cenáculo.

Magdalena apenas si entra. Ante los dos sorprendidos discípulos, con voz baja por compasión a la Virgen, pero llena de dolor, dice: “¡Se han llevado al Señor del sepulcro! ¡Quién sabe dónde lo habrán puesto!” Por vez primera tambalea, y para no caer se ase de donde puede.

“¡Pero cómo! ¿Qué estás diciendo?” preguntan los apóstoles.

Ella con ansias: “Me adelanté... para comprar los guardias... para que nos dejaran embalsamarlo. Están allí como muertos... El sepulcro está abierto, la piedra por tierra... ¿Quién habrá sido? ¡Oh, venid! Corramos...”

Pedro y Juan salen inmediatamente. Magdalena los sigue por un trecho, luego regresa. Toma de los brazos a la dueña de la casa, la sacude llevada de su amor, y le ordena: “Por ningún motivo dejes pasar a *alguien* donde está ella (señala la puerta de la habitación de la Virgen). Acuérdate que soy tu señora. Obedece y calla”.

Sumida en espanto la deja. Alcanza a los apóstoles que a grandes pasos se dirigen al sepulcro...

...Susana y Salomé han llegado a la muralla. En ese momento el terremoto las sobrecoge. Llenas de miedo se refugian bajo un árbol y se quedan allí, luchando entre el ansia de ir al sepulcro o en el de correr a la casa de Juana. Pero el amor sobrepuja el miedo y se dirigen al sepulcro.

Asustadas, entran en el hurto, ven a los guardias tirados por tierra... ven que sale una gran luz de sepulcro abierto. Su temor crece, llegan a su clímax cuando, teniéndose por la mano para darse valor mutuamente, se asoman al umbral y en la oscuridad de la gruta sepulcral ven a un ser luminosísimo, bellísimo, que dulcemente sonríe, que las saluda desde el lugar de donde está: apoyada a derecha de la piedra de la unción que desaparece con el inmenso resplandor.

Espantadas caen de rodillas.

Dulcemente el ángel les habla: “No temáis. Soy el ángel del divino Dolor. He venido para ser feliz con su término. Jesús no siente más el dolor, ni la humillación de la muerte. Jesús de Nazaret, el Crucificado a quien buscáis, ha resucitado. ¡No está más aquí! Vacío está el lugar donde lo pusieron. Alegraos conmigo. Id. Decid a Pedro y a los discípulos que ha resucitado, que se os adelanta en Galilea. Allí lo veréis por un poco de tiempo más, según lo había dicho”.

Las mujeres caen con el rostro a tierra, y cuando lo levantan huyen como quien huye ante un duro castigo. Están aterrorizadas, murmuran: “¡Ahora moriremos! ¡Hemos visto al ángel del Señor!” En campo abierto se tranquilizan un poquito. Se consultan entre sí. ¿Qué hacer? Dicen que si cuentan lo que vieron nadie les creería. Si dicen que han ido allí, los judíos pueden acusarlas de haber matado a los guardias. No. No pueden decir nada ni a los amigos, ni a los enemigos...

Espantadas, enmudecidas regresan por otro camino a casa. Entran y se meten al Cenáculo. Ni siquiera tratan de ver a la Virgen... Allí piensan si lo que han visto, no habrá sido un engaño del demonio. Como humildes que son, piensan que “no puede ser que les haya concedido ver al enviado de Dios. Es satanás que las quiso atemorizar”.

Lloran, ruegan como dos niñas espantadas por una pesadilla...

...El tercer grupo, el de Juana, María de Alfeo y Marta, al ver que no pasa ninguna otra cosa, decide ir a donde de seguro las estarán esperando sus compañeras. Salen a la calle donde la gente aterrorizada habla del recién terremoto, que lo une con lo del viernes, que ve aun lo que no existe.

“¡Mejor si todos están atemorizados! Tal vez hasta los guardias lo estarán y nos dejarán pasar” dice María de Alfeo.

Ligeras van a la muralla. Mientras caminan, Juan y Pedro han llegado al huerto, seguidos de Magdalena.

Juan, más rápido, llega primero al sepulcro. No hay más guardias. Tampoco el ángel. Juan se arrodilla temeroso y afligido en el umbral abierto, por respeto y por ver si algo puede darle alguna pista, pero no ve sino los lienzos colocados sobre la sábana, puestos en montón por tierra.

“Simón, ¡no está! María ha visto bien. Ven, entra, mira”.

Pedro, con el aliento entrecortado por la rapidez del paso, entra en el sepulcro. Por el camino había dicho: “No me atreveré a acercarme a aquel lugar”. Pero ahora no piensa sino en ver dónde está el Maestro. Lo llama, como si pudiera estar escondido en algún oscuro rincón.

La oscuridad, a estas horas de la mañana, es densa dentro del sepulcro, que sólo se ilumina por la abertura de la puerta en la que se dibujan las sombras de Juan y Magdalena... Pedro se esfuerza en ver y hasta con las manos se ayuda... Tembloroso toca la mesa de la unción y la siente vacía...

“Juan, ¡no está! ¡No está!... ¡Oh, ven también tú! Tanto he llorado que apenas si puedo ver algo con esta raquítica luz”.

Juan se levanta y entra. Mientras lo hace, Pedro descubre el sudario colocado en un rincón, bien doblado y con él la Sábana enrollada cuidadosamente.

“De veras que lo han robado. No pusieron los guardias por nosotros, sino para hacer esto... Y nosotros permitimos que lo hicieran...”

“Oh, ¿dónde lo habrán puesto?”

“¡Pedro, Pedro, ahora... todo se ha acabado!”

Los dos discípulos salen anonadados.

“Vamos, Magdalena. Lo diremos a su Madre...”

“Yo no me voy. Me quedo aquí... Podrá venir alguien... No me voy...Aquí hay todavía algo de Él. Su Madre tenía razón... Respirar el aire donde estuvo Él es el único consuelo que nos queda”.

“El único consuelo... Ahora tú misma lo ves que era una tontería esperar...” dice Pedro.

Magdalena no objeta nada. Se abate hasta el suelo, junto a la puerta y llora mientras los otros despacio se van.

Levanta su cabeza, mira adentro, y entre lágrimas ve a dos ángeles sentados a la cabeza y a los pies de la mesa donde se hizo el embalsamamiento. Está tan atontada la pobre María, con la lucha que traba entre la esperanza que muere y la fe que no quiere morir, que los mira aturdida, sin sorprenderse de ello siquiera. Esta heroína no tiene otra cosa que lágrimas.

“¿Por qué estás llorando, mujer? Le pregunta uno de los luminosos seres, bellísimos jovencillos.

“Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”.

María no tiene miedo de hablar con ellos, ni pregunta: “¿Quiénes sois?” Nada. Nada les espanta. Todo cuanto pueda sorprender a un hombre, lo ha ya experimentado. Ahora no es sino algo destruido que llora sin fuerzas, sin importarle nada.

El jovencillo angelical mira a su compañero, le sonríe. El otro hace lo mismo. Con una alegría angelical ambos miran hacia afuera, hacia el huerto florido con los miles de corolas que se han abierto a los primeros rayos del sol en los manzanos que hay allí.

María se vuelve para ver lo que miran. Y ve a un Hombre, hermosísimo que no comprendo cómo no puedo haberlo reconocido.

Un Hombre que la mira con piedad y le pregunta: “Mujer, ¿por qué estás llorando? ¿A quién buscas?”

Es verdad que Jesús llevado de su compasión para con Magdalena a quien las demasiadas emociones han debilitado y que podría morir de una alegría imprevista no se muestra claramente, pero me pregunto como pudo no haberlo reconocido.

Entre sollozos, Magdalena dice: “¡Me han quitado al Señor Jesús! Había venido para embalsamarlo con la esperanza de que resucitase... Todo mi valor, todas mis esperanzas, toda mi fe giraban en torno a mi amor por Él... pero ahora no lo encuentro más... He puesto

aún mi amor alrededor de mi fe, de la esperanza, del valor para defenderlos de los hombres... pero ¡todo es inútil! Los hombres han robado a mi Amor y con ello todo se han llevado... ¡Oh Señor mío, si tú te lo llevaste, dime, dónde lo pusiste! Yo lo tomaré... No lo diré a nadie... Será un secreto entre yo y tú. Mira: soy la hija de Teófilo, la hermana de Lázaro pero estoy a tus pies para suplicártelo como una esclava. ¿Quieres que te compre su cuerpo? Lo haré. ¿Cuánto quieres? Soy rica. Puedo darte mucho oro y muchas piedras preciosas por lo que pesa. Pero devuélvemelo. No te denunciaré. ¿Quieres azotarme? Hazlo. Hasta que me saques sangre si así te parece. Si lo odias a Él, desquítate conmigo. Pero devuélvemelo. ¡Oh, no me desoigas, Señor mío! ¡Ten compasión de una pobre mujer!... ¿No quieres hacerlo por mí? Entonces hazlo por su Madre. ¡Dime, dime, dónde está mi Señor Jesús! Soy fuerte. Lo tomaré entre mis brazos y lo cargaré como a un niño. Señor... señor... lo ves... hace tres días que la ira de Dios nos ha castigado por lo que se hizo a su Hijo... No agregues profanación al delito...”

“¡María!” Jesús centellea al llamarla por su nombre. Se revela en su triunfante fulgor.

“¡Raboni!” El grito de María es el “gran grito” que cierra el ciclo de la muerte. Con el primero las tinieblas del odio envolvieron a la Víctima en sus vendas fúnebres, con el segundo las luces del amor aumentaron su brillo.

María al son de su grito que llena el huerto se levanta, se echa a los pies de Jesús. Quiere besarlos.

Jesús tocándola apenas con la punta de sus dedos sobre la frente la separa diciéndole: ¡No me toques! Aún no he subido a mi Padre con este vestido. Ve donde están mis hermanos y amigos y diles que subo a mi Padre y vuestro, a mi Dios y vuestro. Y luego iré a donde están ellos”. Jesús desaparece envuelto en una luz que no puede verse.

Magdalena besa el suelo donde estuvo y corre a casa. Entra como un cohete porque la puerta estaba semicerrada para que por ella pase el dueño, que ha salido para ir a la fuente. Abre la puerta de la habitación de María, se le echa sobre el pecho, gritando: “¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado!” y bienaventurada llora.

Mientras acuden Pedro y Juan y del cenáculo salen espantadas Salomé y Susana, que escuchan lo sucedido, llegan de la calle María de Alfeo, Marta y Juana que con el aliento entrecortado dicen que “estuvieron allí, que vieron dos ángeles, que decían ser los custodios del Hombre-Dios, y el ángel de su Dolor, y que habían recibido la orden de decir a los discípulos que había resucitado”.

Y como Pedro mueve la cabeza, insisten diciendo: “Sí. Han dicho: “¿Porqué buscáis al Viviente entre los muertos? Él no está aquí. Ha resucitado como lo predijo cuando estaba en Galilea. ¿No os acordáis de ello? Dijo: ‘El Hijo del hombre debe ser entregado en las manos de los pecadores y será crucificado. Pero resucitará al tercer día’ ” ”.

Pedro sacude la cabeza diciendo: “¡Muchas cosas han sucedido en estos días! Os habéis quedado asustadas”.

Magdalena levanta la cabeza del regazo de María y confiesa: “¡Lo he visto! Le he hablado. Me ha dicho que sube al Padre y que luego vendrá. ¡Qué bello es!” y llora como nunca lo había hecho, ahora que no tiene por qué atormentarse a sí misma al luchar contra las dudas que le asechaban de todas partes.

Pedro y Juan dudan. Se miran. Su mirada dice: “¡Imaginaciones de mujeres!”

Ahora Susana y Salomé se atreven a hablar. Pero la inevitable diversidad de detalles: de los guardias que antes estaban como muertos y después, no; de los ángeles que son uno y dos, que los apóstoles no vieron; de que Jesús viene aquí y de que se adelanta a ellos en Galilea, hace que la duda crezca más en los apóstoles y que se persuadan que son “imaginaciones de mujeres”.

María, la feliz madre, guarda silencio sosteniendo a Magdalena... No comprendo la razón de este silencio maternal.

María de Alfeo dice a Salomé: “Vayamos nosotras dos. Veamos si todas estaban ebrias...” Y salen corriendo.

Las otras se quedan. Los dos apóstoles tranquilamente se burlan de ellas, cerca de María que no dice nada, absorta en un pensamiento que a su modo interpretan y que nadie comprende que sea un éxtasis.

Vuelven las dos mujeres entradas en años: “¡Es verdad! ¡Es verdad! Lo hemos visto. Nos ha dicho, cerca del huerto de Bernabé: “La paz sea con vosotras. No tengáis miedo. Id a decir a mis hermanos que he resucitado y que vayan dentro de pocos días a Galilea. Allí estaremos todavía un poco juntos”. Así ha dicho. Magdalena tiene razón. Hay qué decirlo a los que están en Galilea, a José, a Nicodemo, a los discípulos de mayor confianza, a los pastores. Id. Haced algo... ¡Oh, ha resucitado!...” todas llenas de felicidad lloran.

“¡Estáis locas! ¡El dolor os ha trastornado la cabeza! Habéis creído que la luz fuera un ángel, que el viento fuese voz, que el sol fuese Jesús. No os critico. Os comprendo, pero no puedo creer sino en lo que yo he visto: el Sepulcro abierto y vacío y los guardias que huyeron después de haber sido robado el cadáver”.

“¡Pero si los guardias mismos lo están diciendo que ha resucitado! ¡Si la ciudad está alborotada y los jefes de los sacerdotes están que se mueren de rabia porque los guardias, aterrorizados, han hablado! Ahora quieren que digan de modo diverso y para esto les han pagado. Pero ya se sabe. Si los judíos no creen en la resurrección, *si no quieren creer*, muchos otros creerán...”

“¡Uhm, mujeres!...” Pedro levanta sus hombros y hace como que se va.

Entonces la Virgen, que continúa teniendo sobre su pecho a Magdalena que llora como un sauce bajo una llovizna por su inmensa alegría y a quien besa sobre sus rubios cabellos, levanta la mirada transfigurada y dice las siguientes breves palabras: “Realmente ha resucitado. Lo he tenido entre mis brazos. Lo he besado en sus llagas”. Y luego se inclina sobre los cabellos de Magdalena y agrega: “Sí, la alegría es más fuerte que el dolor, pero no es más que un grano de arena de lo que será tu océano de júbilo eterno. Bienaventurada tú que sobre la razón has hecho que hablase el espíritu”.

Pedro no se atreve a protestar... y con uno de sus arranques antiguos que salen a la superficie, grita, como si de él y no de otros dependiese el retardo: “Entonces, si es así, hay qué hacerlo saber a los demás. A los que andan por los campos... buscar... hacer algo. ¡Ea!, levantaos. Si viniese... que por lo menos nos encuentre” y no se da cuenta que confiesa que no cree aún ciegamente en la resurrección.

6. Con relación a la escena precedente

21 febrero 1944

Dice Jesús:

“Las plegarias ardientes de mi Madre, anticiparon mi resurrección.

Había Yo dicho: “El Hijo del hombre está por ser matado, pero resucitará al tercer día”. A las tres de la tarde del viernes había ya muerto Yo. Bien calculéis los días como nombre, bien como horas, no era el alba dominical la que debía verme resucitar. Como hora, habían pasado solamente treinta y ocho en vez de setenta y dos, durante las que mi cuerpo permaneció sin vida. Como días debía esperar por lo menos hasta el atardecer del tercer día para decir que había estado Yo durante ese tiempo en el sepulcro.

Pero mi madre anticipó el milagro, como cuando con sus oraciones abrieron el cielo anticipadamente al tiempo determinado ¹ para dar al mundo la Salvación, de igual modo Ella alcanzó que se anticipara la hora para consolar su corazón agonizante.

Yo, a los primeros rayos del tercer día, bajé como sol, con mi resplandor destruí los sellos de los hombres, tan inútiles ante el poder de un Dios, con mi fuerza derribé aquella piedra inútil, con mi presencia aterroricé a los guardias que habían sido puestos para vigilar al que es Vida, a quien ninguna fuerza humana puede impedir que lo sea.

¹ Cfr. Dan. 9.

Mucho más poderoso que vuestra luz eléctrica, mi Espíritu entró como espada de fuego divino a calentar los fríos restos de mi cadáver y al nuevo Adán el espíritu de Dios infundió la vida, diciéndose a Sí mismo: "Vive. Lo quiero".

Yo que había resucitado muertos cuando no era más que el Hijo del hombre. La Víctima señalada a llevar las culpas del mundo, ¿no podía resucitarme ahora que era Hijo de Dios, el Primero y el Último³, el viviente eterno, el que tiene en sus manos las llaves de la Vida y de la Muerte?⁴ Y mi Cadáver sintió que la vida volvía a él.

Mira: como un hombre que se despierta después de un profundo sueño, doy un respiro profundo. Ni siquiera abro lo ojos. La sangre vuelve a circular por las venas no muy rápidamente, y lleva al cerebro el pensamiento. Pero vengo de muy lejos. Mira, como sucede con un herido a quien un poder milagroso sana, la sangre llena las venas vacías, llena el corazón, da calor a los miembros, las heridas se cierran, los moretones y llagas desaparecen. ¡Cuán herido estaba Yo! Pero la Fuerza entra en actividad. Estoy curado. Me he despertado. He vuelto a la vida. Estuve muerto, ahora vivo. Ahora me levanto.

Me quito las sábanas en que estuve envuelto, me libero de los ungüentos. No tengo necesidad de ellos para aparecer cual soy, la belleza eterna, la Perfección absoluta. Me pongo un vestido que no es de esta tierra sino que me lo tejó mi Padre, el que teje la suavidad de los cándidos lirios. Estoy vestido de resplandor. Mis llagas me sirven de adorno. No manan sangre, sino luz. Esa luz que será la alegría de mi Madre, de los bienaventurados, y el terror de los malditos, de los demonios en la tierra y en el último día.

El ángel de mi vida terrestre y el ángel que me acompañó en mi dolor, están postrados ante Mí y adoran mi gloria. Están mis dos ángeles. El uno para sentirme bienaventurado a la vista del Hombre a quien guardó, que tiene necesidad más de su protección angelical. El otro, que vio mis lágrimas para ver mi sonrisa, que vio mi lucha para ver mi victoria, que vio mi dolor para ver mi alegría.

Salgo del huerto lleno de flores en botón y de rocío. Los manzanos abren sus corolas para formar un arco sobre mi cabeza de Rey. Las hierbas se doblan para servir de alfombra a mis pies que vuelven a pisar la tierra redimida. Me saludan los primeros rayos del sol, el suave aire abrileno, la nubecilla que pasa, sonrosada cual mejilla de niño y los pájaros de entre las ramas. Soy su Dios. Me adoran.

Paso por entre los guardias medio muertos, símbolo de las almas en pecado mortal *que no sienten* cuando pasa su Dios.

Es pascua, María. Es el "¡Paso del Ángel de Dios!". Su paso de la muerte a la vida. Su paso para dar vida a los que creen en su Nombre. Es pascua. Es la paz que pasa por el mundo. La paz que no está sujeta a las condiciones humanas, sino que está libre, perfecta y activa con su fuerza divina.

Voy a ver a mi Mamá. Es justo que vaya a verla. Lo fue por mis ángeles, con mayor razón para con quien además de que me guardó y me consoló, fue la que me dio la vida. Antes de que regrese a mi Padre con mi vestido de Hombre glorificado, voy donde mi Madre. Voy con el resplandor de mi vestido sin igual y con el de diamantes. Ella me puede tocar, Ella puede besarlo porque es la Pura, la Hermosa, la Amada, la Bendita, la Santa de Dios.

El nuevo Adán va donde la nueva Eva. El mal entró al mundo por la mujer, y por la mujer fue vencido. El fruto de la Mujer ha desintoxicado a los hombres del veneno de Lucifer. Ahora *si quieren, pueden ser salvos*. Ha salvado a la mujer que quedó tan frágil después de la herida mortal.

Después de ir a la Pura, que por derecho de santidad y maternidad es justo que vaya, me presento a la mujer redimida, a la representante de *todas las mujeres* a quienes he venido a librar de la mordida de la lujuria, para decirles que se acerquen a Mí para curarlas, que tengan

³ Cfr. Is. 41, 4; Ap. 1, 8.

⁴ Ap. 1, 17-18.

fe en Mí, que crean en mi Misericordia que comprende y perdona, que para vencer a Satanás el cual instiga sus cuerpos, miren mi Carne adornada con las cinco llagas.

No permito que me toque. No es la Pura que puede tocar sin contaminar al Hijo que vuelve al Padre. Todavía le falta mucho qué purificar con la penitencia. Pero su amor merece un premio. *Ha sabido resucitar por su voluntad* del sepulcro de su vicio, deshacerse de Satanás que la tenía aferrada, desafiar al mundo por amor a su Salvador, ha sabido despojarse de todo de lo que no fuese amor, que ha sabido no ser otra cosa más que amor que arde por su Dios.

Y Dios la llama: “María”. Oye y responde: “¡Raboni!” Y en ese grito se oye su corazón. Le doy el encargo, por haberlo merecido, de ser la mensajera de mi resurrección. Se le tacha de haber visto fantasmas. Pero no le importa a ella. María de Mágdala, María de Jesús, el juicio de los hombres. Me ha visto resucitado, y esto le produce una alegría tal que le impide cualquier otro sentimiento.

¿Ves cómo amo también a la que fue culpable, *pero que quiso salir de la culpa*? Ni siquiera me muestro primero a Juan, sino a Magdalena. A Juan lo había constituido hijo, y podía serlo porque era puro y podía ser hijo no sólo espiritual, sino también podía ocuparse de todas aquellas necesidades propias del cuerpo humano de la Pura de Dios.

Magdalena, la resucitada a la gracia, es la primera en verme.

Cuando me amáis hasta vencer todo por Mí, tomo vuestra cabeza y vuestro corazón entre mis manos llagadas y con mi aliento os inspiro mi poder. Os salvo a vosotros, hijos, a quienes amo. Os hacéis hermosos, sanos, libres, felices. Os convertís en los hijos queridos del Señor. Os hago portadores de mi bondad entre los pobres hombres, para que los convenzáis de ella y de Mí.

Tened, fe en Mí. Amadme. No temáis. Todo lo que he sufrido para salvaros sea la prueba segura de mi Corazón, de vuestro Dios”.

7. Aparición a los amigos. A Lázaro

3 abril 1945

El sol de una mañana serena de abril llena con sus rayos los rosales, los jazmines del jardín de Lázaro. Los bojés, los laureles, la copa de una alta palma plantada en el borde de un camino, que levemente se mueve. El tupidísimo laurel cerca del estanque parece como si una mano misteriosa los hubiera lavado, pues el rocío nocturno los ha limpiado y bañado sus hojas que parecen cubiertas de un nuevo esmalte, por lo brillantes y limpias que están. Por dentro, la casa parece un desierto. Aunque las ventanas están abiertas, no se oye ni un ruido de las habitaciones porque todas las cortinas están corridas.

En el interior, más allá del vestíbulo en que se ven muchas puertas abiertas –y es extraño ver que las salas que se emplean para invitados más o menos numerosos no están adornadas- hay un extenso patio rodeado de un portal con asientos. En estos y aun sobre petates, o sobre el frío mármol, se ven sentados numerosos discípulos. Entre ellos veo a Mateo, Andrés, Bartolomé, Santiago y Judas de Alfeo, Santiago de Zebedeo, a los discípulos pastores con Mannaén, además de otros que no conozco. No veo a Zelote, ni a Lázaro, ni a Maximino.

Este último entra con criados y distribuye a todos pan y alimentos, aceitunas, queso, miel y hasta leche fresca a quien lo apetece. Pero nadie tiene ganas de comer, aun cuando Máximo les exhorta a hacerlo. El abatimiento es profundo. En pocos días las caras han enflaquecido, están pálidas por el llanto. Sobre todo las de los apóstoles, que fueron los primeros en huir, tienen un aire de abatimiento, entre tanto que las de los pastores y la de Mannaén no muestran tanto. La cara de Maximino refleja un dolor varonilmente soportado.

Casi de carrera entra Zelote y pregunta: “¿Está aquí Lázaro?”

“No. En su habitación. ¿Qué se te ofrece?”

“En el borde del camino, cerca de la Fuente del Sol, está Felipe. Ha llegado de la llanura de Jericó. Está agotado. No quiere seguir adelante porque... como todos, se siente pecador. Pero Lázaro lo persuadirá”.

Se levanta Bartolomé: “También voy yo...”

Van donde está Lázaro que, al oírse llamado, sale con una cara adolorida de una habitación sombría donde probablemente habrá llorado y orado.

Salen y atraviesan primero el jardín, después el pueblecillo por la parte que va hacia la falda del monte de los olivos, llegan al límite del poblado, donde termina la llanura, donde ha sido edificado, para continuar con el camino montañoso que sube y baja, que lleva a la llanura oriental y suben hacia la ciudad de Jerusalén, al oeste.

Aquí hay una fuente donde ganado y hombres calman su sed, A estas horas de la mañana el ambiente es fresco porque alrededor del manantial hay muchos árboles. El manantial rebosa de agua pura.

Felipe está sentado sobre el borde más alto de la fuente, con la cabeza baja, despeinado, polvoriento, con las sandalias rotas que le cuelgan del pie cruzado.

Lázaro lo llama amistosamente: “Felipe, ven. Amémonos por amor a Él. Estemos unidos en su Nombre, lo que es también amarlo”.

“¡Oh, Lázaro, Lázaro! Huí... y ayer, más allá de Jericó, supe que había muerto... Yo... yo no me puedo perdonar el haber huido...”

“Todos hemos huido, menos Juan que le siguió fiel, y Simón que nos ha reunido por órdenes tuyas, después que cobardemente escapamos. Fuera de ellos ninguno de nosotros los apóstoles ha sido fiel” responde Bartolomé.

“¿Y puedes perdonártelo?”

“No. Pero pienso reparar mi cobardía con no caer en un abatimiento estéril. Debemos unirnos. Unirnos con Juan. Enterarnos de sus últimas horas. Juan siempre lo siguió” responde a Felipe su amigo Bartolomé.

“Y no dejar perecer su doctrina. Hay qué predicarla al mundo. Mantenerla viva por lo menos, pues demasiado tardos y necios, no supimos tomar las medidas necesarias para salvarlo de sus enemigos” dice Zelote.

“No podíais salvarlo. Ninguna cosa podía haberlo hecho. Él me lo dijo, y lo repito una vez más” afirma Lázaro.

“¿Lo sabías tu, Lázaro?” pregunta Felipe.

“Lo sabía. Mi tormento consistió en saber, desde la tarde del sábado, su muerte, sus pormenores, cómo nos habríamos comportado...”

“No, tú no. Tú sólo obedeciste y sufriste. *Nosotros* nos hemos comportado como unos cobardes. Tú y Simón os habéis sacrificado a la obediencia” prorrumpe Bartolomé.

“Sí. A la obediencia. ¡Oh qué duro es oponerse al amor por obedecer al ser amado! Ven, Felipe. En mi casa están casi todos los discípulos. Ven también tú”.

“Me avergüenzo de presentarme ante el mundo, ante los compañeros...”

“¡Todos hemos sido iguales!” replica tristemente Bartolomé.

“Será verdad, pero yo tengo un corazón que no se perdona”.

“Esto es orgullo, Felipe. Ven. Él me dijo en la tarde del sábado: “Ellos no se perdonarán. Diles que los perdono porque sé que ellos no obrarán libremente. Es Satanás que los hará extraviar”. Ven”.

Felipe llora amargamente, pero cede. Encorvado como si en pocos días, hubiera envejecido se va al lado de Lázaro hasta el patio donde todos lo están esperando. Y la mirada que lanza a sus compañeros, como la de éstos a él, claramente muestra su completo abatimiento.

Lázaro lo nota y dice: “Una nueva oveja de la grey del Mesías. Una oveja atemorizada al ataque de los lobos, que huyó después que el Pastor fue aprehendido y que un amigo suyo ha recobrado. Repito su testamento de amor a esta oveja extraviada que ha saboreado la amargura de estar sola, sin tener siquiera el consuelo de llorar igual error con sus hermanos.

Él, lo juro ante la presencia de los coros celestiales, me dijo entre otras cosas que vuestra debilidad humana actual no puede soportar porque en verdad, son tan desconsoladoras que me destrozan el corazón desde hace ya diez días –y si no supiese que mi vida sirve a mi Señor aun cuando sea pobre y defectuosa, me entregaría al dolor que experimenta por Él un amigo y discípulo- me dijo, pues: “Los miasmas de la Jerusalén corrompida entorpecerán aun a mis discípulos. Ellos huirán y vendrán a ti”. De hecho, ved que todos habéis venido. Todos podría decir. Porque fuera de Simón Pedro e Iscariote, todos habéis venido a mi casa y al corazón de una amigo. Me dijo: “Juntarás a todos. Animarás a mis ovejas dispersas. Les dirás que les perdono. Te confío mi perdón que a ellos darás. No podrán sentirse tranquilos por haber huido. Diles que no vayan a caer en un pecado mayor, que es desconfiar de mi perdón”.

Esto me dijo. Y yo os perdono en su nombre. Me siento ruborizado en daros esta cosa tan santa, tan suya propia, que es su perdón, esto es, su Amor perfecto, porque completamente ama quien perdona al culpable... Porque allí habría querido estar, como mis buenas hermanas María y Marta estuvieron. Y si a Él lo crucificaron en el Gólgota, yo os juro que la obediencia me crucificó aquí, y es un martirio desgarrador. Pero si sirve para confortar a su Espíritu, si esto sirve para salvar a los discípulos hasta el momento en que Él los reunirá para perfeccionarlos en la fe, yo inmolo una vez más mi deseo de ir *al menos* a venerar su cardáver antes que el tercer día termine.

Sé que dudáis, pero no debéis hacerlo. Ignoro lo que dijo en la cena pascual, fuera de lo que vosotros me habéis referido. Entre más pienso en ello, tanto más recojo estos diamantes de su verdad, y más creo que todas esas cosas se refieren a un mañana inmediato. No pudo haber dicho: “Voy a donde el Padre y luego regresaré” si en realidad no volviese. No pudo haber dicho: “Cuando me volveréis a ver os llenaréis de alegría” si para siempre hubiera desaparecido. Él siempre dijo: Resucitaré”. Vosotros me contasteis que dijo: “Sobre la semilla sembrada en vosotros pronto descenderá una lluvia que la hará germinar, y luego vendrá el Paráclito que la convertirá en un robusto árbol”. ¿No es verdad que así habló? ¡Oh!, no queráis que esto sólo se realice en el último de sus discípulos, en el pobre Lázaro que muy raras veces estuvo con Él. Cuando regrese, procurad que encuentre que su semilla ha brotado al contacto de la lluvia de su Sangre.

En mí hay un encendimiento de luz, una erupción de fuerzas a partir de la hora tremenda en que subió a la cruz. Todo se me ilumina, todo nace y arroja su tallo. No hay palabra que siga teniendo su significado humano. Todo lo que oí de Él o de Él me dijeron, se reviste de vida, y en verdad mi corazón seco se transforma en un jardín donde cada flor tiene su Nombre y donde la savia obtiene su fuerza de su Corazón bendito.

Creo, ¡oh Jesús!. Pero para que éstos crean en todas tus promesas, en tu perdón, en todo lo que eres Tú, te ofrezco mi vida. Acábala, pero haz que tu doctrina no muera. Haz lo que quieras de tu pobre Lázaro, pero reúne los miembros dispersos del núcleo apostólico. Todo lo que quieras, pero que en cambio viva para siempre tu palabra y que a ella vengan los que solamente por Ti pueden tener la vida eterna”.

Lázaro parece como si estuviera fuera de sí. El amor lo transporta muy en alto. Y tanto lo es que contagia a sus compañeros. Unos lo llaman por una parte, otros por otra, como si fuera un médico, un padre, un sacerdote.

No sé por qué me hace pensar al ver el patio de la rica casa de Lázaro en los de los patricios romanos en los tiempos de persecución y de la fe heroica...

Está inclinado sobre Judas de Alfeo que no logra encontrar razón alguna para convencerse de haber abandonado a su Maestro y primo, cuando, obediente, responde enderezándose al momento: “Voy, Señor”. Y sale como siguiendo a alguien que lo llamase.

Todos sorprendidos se miran, se preguntan:

“¿Qué ha visto?”

“Si no hay nadie”.

“¿Oíste alguna voz?”

“Yo no”.

“Yo tampoco”.

“¿Y entonces? ¿Estará de nuevo enfermo Lázaro?”

“Tal vez... Ha sufrido más que nosotros, tanto que nos ha ayudado a nosotros que hemos sido unos cobardes. Tal vez delira”.

“Será así. Está muy flaco”.

“De sus ojos pare como que salían llamas”.

“Habrá sido Jesús que lo ha llamado desde el cielo”.

“Ha de ser así, pues Lázaro hace poco le ofreció su vida... Y la ha tronchado como una flor... ¡Ay de nosotros! ¿Qué haremos ahora?”

Los comentarios son diversos y reflejan la preocupación.

Lázaro atraviesa el vestíbulo, sale al jardín corriendo, sonriendo, hablando consigo. Toda su ansia se dibuja en su voz: “Voy, Señor”. Llega a un lugar tupido de bojes a manera de kiosco verde, cae de rodillas, con la cara al suelo, gritando: “¡Oh, Señor mío!”

Porque Jesús con su belleza de resucitado, está en el límite de este verde kiosco, le sonríe... le dice: “Todo está terminado, Lázaro. He venido a darte las gracias, amigo fiel. He venido a decirte que digas a los hermanos que vayan inmediatamente a la casa de la Cena. Tú —otro sacrificio, amigo, por Amor a Mí— quédate aquí por ahora... Sé que sufres por ello, pero sé que eres generoso. Esta mañana he visto a María, tu hermana, que está ya consolada”.

“No sufres más, Señor, y esto me recompensa cualquier sacrificio. Tanto que sentí al saber que sufrías... y no haber podido estar contigo...”

“¡Lo estuviste! Tu espíritu estuvo al pie de mi cruz, y en la oscuridad de mi sepulcro. Tú, como todos los demás que me habéis amado con todas vuestras fuerzas, me llamasteis pronto, desde la profundidad donde estaba. Ahora te he dicho: “Ven, Lázaro”, como cuando te resucité. Desde hace muchas horas decías: “Ven”, y he venido. Te he llamado, para traerte, a mi vez del abismo de tu dolor. Vete. La paz y la bendición sean sobre ti, Lázaro. Sigue amándome más. Volveré nuevamente”.

Lázaro ha seguido de rodillas, sin atreverse a hacer algún gesto. La majestad del Señor, aunque nimbada de amor, es tan grande que impide a Lázaro hacer algo más.

Jesús antes de desaparecer en un haz de luz que lo absorbe, da un paso y toca con su mano la frente del amigo fiel.

En este momento, Lázaro vuelve de su feliz éxtasis, se levanta, corre velozmente donde sus compañeros, con una claridad de alegría en sus ojos y una luminosidad en su frente que tocó Jesús. Grita: “¡Ha resucitado, hermanos! Me llamó. Fui. Lo he visto. Me ha hablado. Me ha dicho que os dijera que fuerais inmediatamente a la casa de la Cena. ¡Id! ¡Id! Yo me quedo aquí porque así lo quiere. Mi alegría es grande, completa...”

Lágrimas de felicidad caen por las mejillas de Lázaro, que empuja a los apóstoles a que sean los primeros en irse.

“¡Id! ¡Id! ¡Os quiere! ¡Os ama! ¡No le temáis!... ¡Oh, más que nunca es el Señor, la Bondad, el Amor!”

También los discípulos se levantan...

Betania queda vacía. Se queda Lázaro con su fiel corazón lleno de consuelo...

8. Aparición a Juana

4 abril 1945

En una rica habitación, a donde la luz exterior apenas si entra, está llorando Juana apoyada sobre el respaldo de un asiento que está junto al lecho bajo, cubierto de finas mantas. Lloro con el brazo apoyado sobre el borde y con la frente sobre el brazo. Se sacude con los sollozos. Cuando por un momento levanta su cara mojada en lágrimas, buscando aire, aparece la preciosa manta mojada. Luego vuelve a su antigua posición. Sólo se le ve su delgado y blanquísimo cuello, sus negros cabellos, las espaldas, la parte de su esbelto tronco. Lo demás de su tronco, que viste color morado, se pierde en la penumbra.

Sin apartar la cortina o entreabrir la puerta, entra Jesús y sin hacer ruido se le acerca. Le toca los cabellos con la mano y le pregunta suavemente: “¿Por qué lloras, Juana?”

Ella que tal vez cree que sea su ángel quien le pregunta, a quien no ve, porque no levanta su cabeza del borde del lecho, con un llanto más desgarrador responde: “Porque no tengo ya ni siquiera el sepulcro del Señor para ir a bañarlo con mis lágrimas y no estar sola...”

“Ya resucitó. ¿No estás feliz?”

“¡Oh, sí! Todos lo han visto menos Marta y yo. Marta lo verá sin duda en Betania... porque esa casa ha sido siempre amiga de Él. La mía... la mía no lo es más... Todo he perdido con su pasión... A mi Maestro y el amor de mi esposo... y su alma... porque no cree... no cree... se burla de mí... me obliga a que ni siquiera venere la memoria de mi Señor... Para no causarle daño alguno... Para él es más importante el respeto humano... yo... yo... no sé si seguir amándolo o no, como lo quisiera mi corazón, para poder que mi alma se una al Mesías a quien le sigo fiel... Yo... yo quisiera saber... ¿Pero quién puede aconsejarme si no puedo ya verlo? ¡Oh, para mi Señor sus sufrimientos han terminado! Pero para mí empezó el viernes y continúa... ¡Oh, que soy tan débil y no tengo fuerzas para soportar esta cruz!...”

“¿Si Él te ayudase, la llevarías por su amor?”

“¡Claro que sí! Con tal de que me ayudara... Él sabe qué cosa significa llevar la cruz ¡Oh, piedad de mi desventura!...”

“Sí. Yo sé lo que significa llevar uno solo la cruz. Por esto he venido y estoy a tu lado. Juana, ¿sabes quién te está hablando? ¿Tu casa no es más amiga para el Mesías? ¿Por qué? Si tu esposo terrenal es como un planeta al que oculta una nube de miasmas humanos, tú siempre eres la Juana de Jesús. El Maestro no te ha abandonado. Jesús jamás abandona las almas que se han unido a Él. Es siempre el Maestro, el Amigo, el Esposo, también ahora que es el resucitado. Levanta tu cabeza, Juana. Mírame. En estos momentos en que nadie oye lo que te digo, tendrás mayor contento que si me hubiera aparecido como a las otras, pues voy a decirte cuál será tu conducta en lo futuro. La que será de tantas hermanas tuyas. Ama con paciencia y sumisión a tu vacilante esposo. Aumenta tu dulzura cuanto más él fomenta dentro de sí la amargura de miedos humanos. Aumenta tu luminosidad espiritual cuanto más él proyecta sombras de intereses terrenales. Sé fiel por los dos. Sé fuerte en tu desposorio espiritual. ¡Cuántas en lo porvenir tendrán qué escoger entre la voluntad de Dios y la del esposo! Pero serán grandes cuando, sobre el amor y la maternidad, seguirán a Dios. Tu padecer ha empezado. Pero ten en cuenta que el padecer desemboca en la resurrección”.

Juana poco a poco ha ido levantando su cabeza. Sus sollozos se mitigan. Mira y cae de rodillas, adorando y murmurando: “¡El Señor!”

“Sí, el Señor. Ves que no me he comportado con nadie como contigo. Yo veo las necesidades particulares y sé la ayuda que tengo qué dar a las almas que lo esperan. Sube tu calvario de mujer casada con la ayuda de mi caricia y de la de tu inocente hijito. Ha entrado conmigo en el cielo y me encargó te diera sus caricias. Te bendigo, Juana. Ten fe. Te he salvado. Salvarás a otros si tienes Fe”.

Juana sonríe y se atreve a preguntarle: “¿No vas donde los niños?”

“Al amanecer los he besado cuando todavía dormían en sus camas, y me tomaron por un ángel del Señor. Puedo besar a los inocentes cuando quiero. Pero no los desperté para no turbarlos demasiado. Su alma conserva el recuerdo de mi beso... y a su tiempo lo transmitirá a la inteligencia. Nada de lo que es mío se pierde. Sigue siendo para con ellos madre. Y para con mi Madre, hija. No te separes jamás de Ella. Con una dulzura maternal conservará lo que fue nuestra amistad. Llévale los niños. Los necesita para sentirse menos sola, ahora que no tiene a su Hijo”.

“No lo permitirá Cusa”.

“Sí lo permitirá”.

“¿Me repudiará, Señor?” Es un grito de dolor.

“Es un planeta envuelto en la neblina. Llévelo a la luz con tu heroísmo de esposa y de creyente. Adiós. Fuera de mi Madre, a ningún otro digas que te he venido a ver. También las revelaciones se hacen a quien justo es hacerlas”.

Jesús en medio de una hermosísima sonrisa desaparece.

Juana se levanta, desvelada, en medio de la alegría y el dolor, entre el temor de haber soñado y la seguridad de haber visto. Pero lo que siente dentro de sí la serena. Va donde están jugando los pequeños en la terraza superior y los besa.

“¿No lloras más, mamá?” pregunta tímidamente María, que no es más la flacucha sino la esbelta y gentil niña de buenos vestidos y de cabellos bien peinados, Matías, moreno y delgado con su exuberancia de hombrecillo, asegura: “Dime quién te hace llorar, que me las va a pagar”. Juana se los estrecha contra su corazón y hablando sobre sus cabecitas responde: “No lloro más. Jesús ha resucitado y nos bendice”.

“Oh, ¿entonces no sangra más? ¿No sufre ya más?” pregunta María.

“¡Necia! Di más bien: ¡ya no está muerto! Entonces es feliz. Porque estar muerto debe ser algo feo...” dice Matías.

“Entonces ¿ya no vas a llorar, mamá?” vuelve a preguntar María.

“No. Vosotros, inocentes, alegraos con los ángeles”.

“Los ángeles... Esta noche, no sé qué vigilia fuese, sentí una caricia y me desperté llorando: “¡Mamá!”, pero no te llamaba a ti, llamaba a mi mamá muerta porque la caricia que sentí era muy suave y más dulce que la tuya, y por un momento abrí los ojos. Sólo vi una gran luz y dije: “Mi ángel me ha besado para consolarme por el gran dolor que tengo de que haya muerto el Señor”” dice María.

“También yo. Pero como tenía mucho sueño solo dije: “¿Eres tú?” Pensaba en mi ángel custodio y traté de decirle: “Ve a besar a Jesús y a Juana para que no tengan más miedo”, pero no pude. Seguí durmiendo y soñando y me parecía que estaba en el cielo contigo y con María. Luego sentí aquel terremoto y me desperté asustado, pero Ester me dijo: “No tengas miedo. Ya pasó” y volví a seguir dormido”.

Juan los besa nuevamente y los deja que sigan jugando. Ella se dirige al Cenáculo. Pregunta por la Virgen. Entra donde está. Cierra la puerta y prorrumpe: “Lo he visto. Te lo anuncio. Me siento consolada y feliz. Ámame porque Él me mandó que estuviera unida a ti”.

La Virgen responde: “Ya te había dicho desde el sábado que te amo. Desde ayer. Porque ayer... Tan lejano que parece aquel día de lágrimas y tinieblas, de este de luz y de sonrisas”.

“Sí... Me lo habías dicho, ahora recuerdo lo que Él me ha repetido. Me habías dicho: “Nosotras las mujeres debemos hacer algo porque nos hemos quedado solas y los varones han huido... Es siempre la mujer la que procrea...” ¡Oh Madre, ayúdame a dar la vida a Cusa! Él ha huido de la fe...” Juana se pone a llorar.

María la toma entre sus brazos: “Más fuerte que la fe es el amor². Es la virtud más activa. Con él crearás el alma nueva a Cusa. No tengas miedo. Yo te ayudaré”.

9. Se aparece a José, a Nicodemo y a Mannaén

4 abril 1945

Mannaén con los pastores ligero va por las pendientes que llevan de Betania a Jerusalén. Un buen camino, que va derecho en dirección de los Olivos, lo toma Mannaén después de haberse separado de los pastores que paso a paso entran en la ciudad para ir al Cenáculo.

Por lo que van diciendo colijo que poco antes se han encontrado con Juan que venía de Betania a traer la noticia de la resurrección y la orden de que todos estuviesen en Galilea en poco días. Se separan porque los pastores quieren repetir personalmente a Pedro lo que ya han dicho a Juan, de que el Señor al aparecerse a Lázaro, les había ordenado que se reuniesen en el Cenáculo.

² Cfr. 1 Cor. 12, 31 – 13, 13.

Mannaén va subiendo por un camino secundario en dirección a una casa que hay en medio del olivar. Es una casa hermosa. Un grupo de cedros del Líbano la rodean que gigantes dominan sobre los numerosos olivos del monte. Sin titubeo entra y pregunta al siervo que ha sacudido: “¿Dónde está tu patrón?”

“Allá con José, que hace poco acaba de llegar”.

“Diles que estoy aquí”.

El siervo regresa con Nicodemo y José. Las voces de los tres se mezclan en un solo grito: “¡Ha resucitado!”

Se miran sorprendidos de saberlo los tres. Luego Nicodemo toma a su amigo del brazo y lo lleva a una habitación. José los sigue.

“¿Tuviste valor de regresar?”

“Sí. Él lo ha dicho: “Al Cenáculo”. Quiero verlo. Quiero verlo glorioso, para que se me borre el dolor del recuerdo de haberlo visto ligado y cubierto de suciedades como si hubiese sido un malhechor, a quien el mundo pisoteaba con desdén”.

“¡Oh, también nosotros quisiéramos verlo... y para arrancar de nosotros el horror del recuerdo cuando lo vimos condenado con sus innumerables heridas... Él se ha aparecido a las mujeres” dice en voz baja José.

“Es un justo. En estos años le han sido fieles siempre. Nosotros teníamos miedo. Su Madre lo ha reprochado: “En esta hora habéis demostrado un amor tan pobre”. Objeta Nicodemo.

“Pero para desafiar a Israel, que hoy más que nunca es contrario, tenemos necesidad de verlo... ¡Si supieses! Los guardias han hablado... Ahora los jefes del Sanedrín y los fariseos, que ni con la ira del cielo se han convertido, andan buscando a quien sepa que ha resucitado para echarlo a la cárcel. Yo mandé al pequeño Marcial –un niño no atrae la mirada de nadie- a avisar a los de casa que estuviesen alertas. Han sacado dinero sagrado del Templo para pagar a los guardias, para que digan que los discípulos lo han robado, y que lo que antes afirmaban de la resurrección, no era sino una mentira por temor al castigo². La ciudad está en efervescencia como un caldero, y no falta algún discípulo que la deje ya por miedo... Me refiero a aquellos que no estaban en Betania...”

“Tenemos necesidad de su bendición para tener valor”.

“Ya se le apareció a Lázaro... Era como la hora de tercia. Vimos a Lázaro como transfigurado”.

“¡Oh, Lázaro lo merece! Nosotros...” dice José.

“Tienes razón. Nosotros todavía tenemos la costra de la duda y de la opinión humana como una lepra que no ha sido curada bien... Y no hay más qué Él que puede decir: “Quiero que quedéis limpios”. ¿No nos hablará, pues, más ahora que ha resucitado, a nosotros que somos los menos perfectos? Pregunta Nicodemo.

“¿Y no hará más milagros, por castigo del mundo, ahora que ha resucitado de la muerte y de la miseria de la carne?” pregunta José.

Sus preguntas no pueden tener sino una respuesta. La de Jesús que no viene. Los tres quedan desanimados.

Luego Mannaén dice: “Me voy al Cenáculo. Si me mataren, Él absolverá mi alma y lo veré en el cielo. Si no lo veo aquí en la tierra. Mannaén es una cosa muy inútil en sus filas, que si cayere, será como el del tallo de una flor que cortada en un tupido jardín, apenas si se nota su vacío...” y se pone de pie para irse.

Al volverse hacia la puerta, ésta se ilumina con la presencia del divino Resucitado que con las palmas abiertas, en actitud de abrazar, lo detiene diciendo: “¡La paz sea contigo! ¡La paz sea con vosotros! Quedaos donde estáis tú y Nicodemo. José puede ir, si quiere. Aquí me tenéis y pronuncio la palabra que queríais: “Quiero que quedéis limpios de todo cuanto de impuro hay en vuestro creer”. Mañana bajaréis a la ciudad. Id a donde los hermanos. Esta tarde quiero hablar solo a los apóstoles. Hasta pronto. Dios siempre este con vosotros.

² Cfr. Mt. 28, 12-15.

Mannaén gracias. Has creído mejor que estos. Gracias pues, a tu espíritu. A vosotros, gracias, por vuestra piedad. Haced que se transforme en algo más alto con una vida de fe intrépida”.

Jesús desaparece en medio de un brillo sin igual.

Los tres quedan felices y sin saber qué decir.

“¿Pero era Él?” pregunta José.

“¿No has conocido su voz?” responde Nicodemo.

“La voz... puede tenerla aun un espíritu... Tú, Mannaén, que estuviste tan cerca de Él, ¿qué te pareció?”

“Un cuerpo verdadero. Hermosísimo. Respiraba. Sentí su aliento. Despedía calor. Y... he visto las llagas. Parecían abiertas. No manaban sangre, pero era carne viva. ¡Oh, no dudéis más! No os vaya a castigar. Hemos visto al Señor. Quiero decir, Jesús ha vuelto glorioso como su naturaleza lo exige. Y nos sigue amando... En verdad os digo que si ahora Herodes me ofreciese el reino, le respondería: “Tu trono y corona son para mí polvo y estiércol. Lo que poseo, nada le es superior. He visto el rostro de Dios” ”.

10. Se aparece a los pastores

4 abril 1945

También ellos ligeros van por entre los olivos y están seguros de la resurrección que hablan de ella alegres como niños contentos. Se dirigen a la ciudad.

“Diremos a Pedro que lo mire bien y que nos diga cuán bello sea su rostro” dice Elías.

“Por mi parte, por más bello que sea, no podré olvidar cómo fue atormentado” dice Isaac.

“¿Te acuerdas muy bien de la forma cómo fue levantado en la cruz?” pregunta Leví.
“¿También vosotros?”

“Yo perfectamente. Todavía se podía distinguir. Después, ya con estos ojos viejos, no pude distinguir perfectamente” dice Daniel.

“Yo sí lo vi hasta que murió. Pero hubiera preferido ser ciego para no verlo” replica José.

“¡Oh, bien! Ahora ha resucitado. Esto debe hacernos felices” lo consuela Juan (el pastor, no el apóstol).

“Y el recuerdo que no lo dejamos sino por hacer una caridad” añade Jonatás.

“Pero nuestro corazón se quedó allá arriba” murmura Matías.

“Sí, allá, siempre. Tú que lo viste ya en el sudario, ¿cómo estaba? ¿Se parecía? Pregunta Benjamín.

“Como si hablase” responde Isaac.

“¿Veremos ese velo?” preguntan varios.

“Sí, su Madre lo enseña a todos. Lo veréis ciertamente, pero da tristeza verlo. Sería mejor ver... ¡Oh, Señor!”

“Siervos fieles, vedme aquí. Id. Os espero dentro de pocos días en Galilea. Quiero deciros que os sigo amando. Jonás está feliz con los demás en el cielo”.

“¡Señor! ¡Señor!”

“La paz sea con vosotros, hombres de buena voluntad”.

Jesús desaparece en medio de un rayo vivísimo del sol meridiano. Cuando levantan la cabeza. Él no está más, pero sí la gran alegría de haberlo visto como es. Glorioso.

Están transfigurados de alegría. Llevados de su humildad no conciben haber sido dignos de haberlo visto y dicen: “¡A nosotros! ¡A nosotros! ¡Qué bueno es nuestro Señor! Desde su nacimiento hasta su triunfo siempre humilde y bueno para con sus pobres siervos”.

“¡Y qué bello es!”

“¡Oh, nunca había sido tan bello! ¡Qué majestad!”

“¡Parece más alto y más entrado en años!”

“¡Realmente es el Rey!”

“¡Lo llamaron el Rey pacífico! Pero también es el Rey terrible para los que tienen qué tener miedo de su juicio”.

“¿Viste qué rayos despedía su rostro?”

“¿Y qué mirar de sus ojos?”

“Yo no me atreví a mirarlo fijamente. Hubiera querido verlo porque pienso que no se me permitiría volverlo a ver sino en el cielo. Quiero conocerlo par a no tener entonces temor”.

“No debemos temer si seguimos siendo lo que somos, sus fieles siervos. Oíste: “Quiero deciros que os sigo amando. La paz sea con vosotros, hombres de buena voluntad”. Ni una palabra de más. Pero en ellas, aunque pocas, se ve que aprueba todo lo que hasta ahora se ha hecho y la mayor promesa para la vida futura. Entonemos el canto de la alegría. De nuestra alegría: “Gloria Dios en los cielos altísimos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Verdaderamente el Señor ha resucitado, como había dicho por boca de los profetas, y con su palabra que no envuelve ninguna equivocación. Ha perdido con su Sangre todo cuanto el beso de un hombre le inyectó de corrupción, y limpio como el altar su cuerpo ha tomado la inefable belleza de Dios. Antes de subir a los cielos se ha mostrado a sus siervos. ¡Aleluya! Vayamos cantando, ¡aleluya! ¡La eterna juventud de Dios! Vayamos anunciando a las gentes que Él ha resucitado, ¡aleluya! Del sepulcro el inmortal ha salido. Y el hombre justo con Él ha resucitado. En el pecado como en una gruta estaba encerrado el corazón del hombre. . Murió para decir: ¡resucitad! Y los que estaban dispersos han resucitado ¡aleluya! Abiertas las puertas de los cielos a los elegidos ha dicho: ‘Venid’ Que nos conceda por su sangre que también nosotros subamos, ¡aleluya!’”.

Matías, el anciano ex-discípulo de Juan el Bautista, va a la cabeza de todos cantando en coro a cada aleluya, repletos de júbilo santo.

Jonatás que forma parte del grupo, dice al bajar a paso veloz la pequeña colina: “Porque dije que había nacido perdí mi patria y mi casa, y por causa de su muerte he perdido la nueva casa donde treinta años trabajé como un hombre honrado. Pero aun cuando se me quitase la vida por su causa, moriría alegremente. No guardo rencor al que no me quiere por su causa. Mi Señor me ha enseñado la perfecta mansedumbre con su muerte. No me preocupa el mañana. Mi morada no está, sino en el cielo². Viviré en la pobreza que Él tanto amó y le serviré hasta el momento en que me llame... sí... le ofreceré también... el que renuncie a mi patrona... Esta es la espina que más me punza... Ahora que he visto el dolor del Mesías y su gloria, no debo aquilatar mi dolor, sino esperar la gloria celestial. Vamos a decir a los apóstoles que Jonatás es el siervo de los siervos del Mesías”.

11. Se aparece a los discípulos de Emmaús ¹

5 abril 1944

Por un camino montañoso dos hombres, de edad madura, ligeros caminan, dando las espaldas a Jerusalén, cuyas alturas desaparecen conforme las ondulaciones del terreno.

Hablan entre sí. El que parece de mayor edad dice al otro, que tendrá unos treinta y cinco años a lo más: “¿Crees que haya sido mejor que hubiéramos hecho así? Tengo familia como tú también. El Templo no bromea. Quiero acabar con ello. Tendrás razón? ¿Hará mal? No lo sé. Lo único que sé es que están resueltos a terminar con todo esto”.

“Con este crimen, Simón. Llámalo con su nombre propio, porque por lo menos es un delito”.

“Según se ven las cosas. Nuestro amor hace que nos rebelemos contra el Sanedrín. Pero tal vez... ¡quién sabe!”

“Nada. El amor ilumina. No lleva al error”.

“También el Sanedrín como los sacerdotes y los jefes aman. Ellos aman a Yeová, a quien los israelitas han amado desde cuando se selló el pacto entre Dios y los patriarcas². Entonces, también para ellos el amor es luz, y no conduce al error”.

² Cfr. Flp. 3, 17-20; Heb. 11, 13-16; 13, 14.

¹ Cfr. Mc. 16, 12-13; Lc. 24, 13-33.

² Cfr. Gén. 6, 17-22; 9, 1-17; Ex. 19-40

“Ellos no aman al Señor. Es verdad que Israel hace siglos está en esa fe, pero dime, ¿puedes afirmar que es en verdad una fe la que nos dan los jefes del templo, los fariseos, los escribas, los sacerdotes? Tú lo sabes. Ya se sabía que con el oro que se ofrece al Señor, se sospechaba por lo menos, que con él hubiesen pagado al traidor, y ahora pagan a los guardias³. Al primero se le dio para que entregase al Mesías, a los otros para que mientan. No comprendo cómo el Poder eterno se haya conformado sólo con sacudir las murallas y romper el velo. Te aseguro que yo habría querido que bajo las ruinas hubiera sepultado a los nuevos filisteos⁴. ¡A todos!”

“¡Cleofás! Tú no piensas más que en venganza”.

“Sin duda alguna. Porque, supongamos que Él hubiera sido sólo un profeta, ¿es lícito acaso matar a un inocente? ¡Porque inocente Él lo era! ¿Lo viste alguna vez cometer uno de esos delitos de que lo acusaron para matarlo?”

“No, ninguno. Pero sí cometió un error”.

“¿Cuál fue, Simón?”

“El de no haber mostrado su poder desde lo alto de la cruz, para confirmar nuestra fe, y para castigar a los incrédulos sacrílegos. Debía Él haber aceptado el desafío y bajar de la cruz”.

“Ha hecho mucho más. ¡Ha resucitado!”

“¿Pero será verdad? Resucitado, ¿cómo? ¿Con sólo el espíritu o con el espíritu y su cuerpo?”

“Pero el espíritu es eterno. ¡No tiene necesidad de resucitar!” exclama Cleofás.

“También lo sé yo. Quería decir que si ha resucitado con su Naturaleza única de Dios, superior a cualquier asechanza del hombre. Porque su espíritu fue puesto en asecho por el terror que el hombre le hacía. ¿Has oído, eh? Marcos dijo que en el Getsemaní, el peñasco a donde Él había ido a orar, está bañado en sangre. Y Juan, que ha hablado con Marcos, le ha dicho: “No permitas que se pisotee ese lugar porque tiene Sangre que sudó el Hombre-Dios”. Si ha sudado antes de su pasión, debió por lo tanto haber tenido temor de ella”.

“¡Pobre Maestro nuestro!...” se callan afligidos.

Los alcanza Jesús que pregunta: “¿De qué habláis? Oía en el silencio a intervalos vuestras palabras. ¿Quién fue muerto?” Es un Jesús oculto bajo la apariencia modesta de un pobre viajero que va de prisa.

Ninguno de los dos lo reconocen.

“¿Eres de otras partes? ¿No estuviste en Jerusalén? Tu vestido lleno de polvo y las sandalias tan rotas dicen claro que eres un peregrino incansable”.

“Lo soy. Vengo de muy lejos...”

“Has de estar cansado, entonces. ¿Vas lejos?”

“Sí, mucho más lejos que de donde haya venido”.

“¿Viajas por negocios?”

“Tengo qué conseguir un número ilimitado de greyes para el más grande Señor. Debo recorrer todo el mundo para escoger ovejas y corderos, e ir aun entre las salvajes, que cuando hayan sido domesticadas, serán mejor que las que ahora no son como ellas”.

“Empresa difícil. ¿Y has proseguido sin haberte detenido en Jerusalén?”

“¿Por qué lo preguntáis?” “Porque parece que eres el único que ignore lo que ha sucedido en estos días”.

“¿Qué cosa?”

“Vienes de lejos y por eso tal vez lo ignoras. Tu modo de hablar es galileo. Por esto, aunque sirves a un rey extranjero o eres un galileo, expatriado sabrás, si eres un circunciso, que hace tres años surgió en nuestra patria un gran profeta, llamado Jesús de Nazaret, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante los hombres. Que anduvo predicando por todo

³ Cfr. Mt. 28, 12-15.

⁴ Cfr. Jue. 16, 22-31.

el país. Se llamaba a sí mismo el Mesías. Sus palabras y obras eran realmente de Hijo de Dios, como Él afirmaba serlo. Ahora sabes el por qué... ¿Estás circuncidado?

“Soy primogénito y consagrado al señor”.

“Entonces conoces nuestra religión”.

“No ignoro ni una sílaba de ella. Conozco sus preceptos y costumbres. Conozco el halascia, el midrash y el hagadá como conozco el aire, el agua, el fuego y la luz que son los primeros elementos a que se dirigen la inteligencia, el instinto, las necesidades de que el hombre experimenta apenas nacido”.

“Entonces Tú sabes que a Israel se le había prometido el Mesías, pero como un rey poderoso que lo habría reunido. Pero este no fue así...”

“¿Cómo, pues?”

“Él no ambicionaba ningún poder terrenal. Se decía ser rey de un reino eterno y espiritual. En lugar de haber reunido a Israel lo dividió porque ahora unos creen en Él, mientras otros lo tienen por un malhechor. A decir verdad de rey no tenía nada, porque sólo ambicionaba la mansedumbre y el perdón. ¿Y cómo poder conquistar y triunfar con estas armas?”

“¿Y entonces?”

“Entonces los jefes de los sacerdotes y los ancianos de Israel lo aprehendieron y lo sentenciaron a muerte... acusándolo de cosas que no eran verdades. Su culpa fue la de haber sido demasiado bueno y demasiado severo...”

“¿Cómo podía ser una y otra cosa?”

“Lo podía porque era muy severo en decir la verdad a los jefes de Israel y demasiado bueno en no haber hecho un milagro para matarlos, fulminando a sus enemigos injustos”.

“¿Era severo como el Bautista?”

“Bueno... no sabría decirlo. Echaba en cara sobre todo en los últimos meses, a los escribas y fariseos sus defectos y amenazaba a los del Templo como señalados a la ira de Dios. Por otra parte, si algún pecador se arrepentía, y Él veía en su corazón un verdadero arrepentimiento, porque el Nazareno leía en los corazones mejor que un escriba en el texto escrito, entonces era más dulce que una madre”.

“¿Y permitió Roma que fuera muerto un inocente?”

“Pilatos fue quien lo condenó a muerte... No quería y decía que era un justo, pero lo amenazaron con acusarlo ante el César y tuvo miedo. En una palabra fue condenado a la cruz y murió. Y esto, junto con el temor que tenemos por los sanedristas, nos ha abatido mucho. Yo soy Cleofás, hijo de Cleofás, y este es Simón, ambos de Emmaús y pariente porque yo soy esposo de su primera hija, y éramos discípulos del Profeta”.

“¿Y ahora no lo sois más?”

“Nosotros esperábamos que sería Él quien liberaría a Israel, y también que con un prodigio confirmase sus palabras. ¡Pero...!”

“¿Qué cosa dijo?”

“Te lo hemos dicho: “He venido al Reino de David. Yo soy el rey pacífico” y cosas semejantes. También decía: “Venid al Reino”, pero no nos dio el Reino. Agregaba: “Al tercer día resucitaré”. Ahora ya hace tres días que murió. Más bien ya se pasaron, porque la hora de nona ya pasó y Él no ha resucitado. Algunas mujeres y algunos guardias dicen que sí, que ya resucitó, pero no lo hemos visto. Los guardias dicen ahora que así lo dijeron para justificar el robo del cadáver que cometieron los discípulos del Nazareno. ¡Los discípulos!... Cuando aún vivía todos lo abandonamos... y es claro que no lo hemos robado ahora que está muerto. Las mujeres... ¿quién les va a creer? Nosotros discutimos sobre esto, y tratábamos de saber si Él ha querido resucitar sólo con el Espíritu, que se ha hecho divino, o si también con su cuerpo. Las mujeres dicen que los ángeles –porque dicen haber visto también ángeles después del terremoto, y es probable porque el viernes salieron de su sepulcro los justos- afirman que los ángeles les dijeron que Él es como uno que nunca ha muerto. Y así se apareció a las mujeres. Pero dos de los nuestros, dos de los principales, fueron al sepulcro, y lo encontraron vacío,

como las mujeres habían afirmado, pero no lo vieron, ni allí, ni en ninguna otra parte. Y estamos realmente desconsolados, porque no sabemos qué hacer”.

“¡Oh, cuán necios y tardos sois para comprender! ¡Cuánto os cuesta creer en las palabras de los profetas! ¿No estaba ya dicho esto? El error de Isaías consiste en haber interpretado a su modo la realeza del Mesías. Por eso no le creyeron. Por eso se le temió. Por eso ahora vosotros dudáis. Arriba, abajo, en el Templo y en los poblados, dondequiera se pensaba en un rey según la naturaleza humana. La reconstrucción del Reino de Israel no está limitada, en el pensamiento de Dios, al tiempo, al espacio, y a los medios.

No al tiempo: toda realeza, aun la más poderosa, no es eterna. Recordad a los poderosos faraones que oprimieron a los hebreos en tiempos de Moisés. ¡Cuántas dinastías han muerto! De ellas sólo quedan momias sin alma en el fondo de sepulcros ocultos. Sólo queda un recuerdo de ellos, si es que queda, y es que su poder duró una hora, si medimos su duración según el tiempo. Este reino es eterno.

No al espacio: estaba escrito: Reino de Israel, porque de Israel salió el tronco de la raza humana, porque en Israel, si se puede decir, está el germen de Dios, y por esto al haberse dicho Israel, se quería dar a entender: el reino de los hombres creados por Dios. La realeza del Mesías-Rey no está limitada al estrecho espacio de Palestina, sino se extiende de norte a sur, de oriente a occidente, donde quiera que haya un cuerpo en que vive un alma, esto es, un hombre. ¿Cómo habría podido uno solo reunir en sí todos los pueblos, entre sí enemigos, y formar un solo Reino sin hacer correr ríos de sangre y someter a todos a punta de espada? ¿Cómo habría podido ser entonces el rey pacífico de quien hablan los profetas?

No a los medios: he dicho que el medio humano es la opresión. El medio sobrehumano es el amor. El primero siempre es limitado, porque los pueblos pronto se rebelan contra el opresor. El segundo es limitado porque el amor es amado, o si no lo es, se burlan de él. Pero como es cosa espiritual jamás puede ser atacado directamente. Dios, el infinito, quiere medios que sean como Él. Quiere lo que no es finito, porque es eterno, a saber el espíritu; lo que es de éste; lo que lleva a él. En esto ha consistido el error, haber formado en la mente una idea mesiánica equivocada en los medios y en la forma.

¿Cuál es la realeza más allá? La de Dios. ¿No es verdad? Así pues el Admirable, el Emmanuel, el Santo, el Retoño sublime, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz, Dios como es de quien viene, porque esto se ha dicho que es el Mesías ¿no tendrá una realeza semejante a la de quien lo ha engendrado? Sí, que la debe temer. Una realeza del todo espiritual y eterna, a salvo de rapiñas y sangre, que desconozca las traiciones y las revueltas. ¡Su realeza! La que la Bondad eterna concede aun a los pobres mortales, para dar honra y gloria a su Verbo.

“¿No acaso dijo David que este Rey poderoso tendría todas las cosas bajo sus pies como escabel?¹⁰ ¿No describió acaso Isaías toda su pasión¹¹, y David podría decir, que contó sus torturas?¹² ¿No acaso está dicho que es el Salvador y redentor que con su holocausto salvará al hombre pecador?¹³ ¿Y no se ha aclarado, sirviéndose de Jonás como señal, que por tres días estaría en las oscuras entrañas de la tierra, y que luego sería arrojado de ellas como el profeta lo fue del vientre de la ballena?¹⁴ ¿No se ha dicho de Él: “Mi Templo, esto es, mi cuerpo, al tercer día después de haber sido destruido lo volveré (esto es, Dios) a reedificar? ¡Y qué! ¿Pensabais que por magia Él levantaría los muros del Templo? No. No los muros, sino a sí mismo. Sólo Dios podía levantarse por sí mismo. Él ha vuelto a levantar el verdadero templo, su cuerpo de cordero. Inmolado, como estaba determinado, y según la profecía de

¹⁰ Cfr. Sal. 109; Hech. 2, 29-36.

¹¹ Cfr. Is. 50, 4-9; 52, 13 – 53, 12.

¹² Cfr. Sal. 21.

¹³ Cfr. Is. 53, 10-12.

¹⁴ Cfr. Jun. 2.

Moisés para preparar el “paso” de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, de los hombres hijos de Dios y esclavos de Satanás.¹⁶

¿Cómo ha resucitado?, os lo preguntáis. Os respondo. Ha resucitado con su verdadero cuerpo y con su espíritu divino que en él vive, como en cada cuerpo mortal habita el alma, que reina en el corazón. Así ha resucitado después de haber padecido para expiar todo, para reparar el pecado de los primeros padres, y los innumerables que diariamente la raza humana comete. Ha resucitado como está dicho bajo los velos de las profecías. Llegado el tiempo, os recuerdo a Daniel,¹⁷ fue inmolado cuando fue prescrito. Oíd y no olvidéis que cuando llegue el tiempo fijado después de su muerte, la ciudad deicida será destruida.

Os aconsejo que leáis con el alma, no con inteligencia soberbia, los profetas desde el principio del libro hasta las palabras del Verbo inmolado; recordad al Precursor que lo señaló como al Cordero, traed a la memoria cuál es el destino simbólico del cordero mosaico. Por esa sangre los primogénitos de Israel fueron salvados¹⁸. Por *esta* sangre serán salvados los primogénitos de Dios, esto es, quienes con su buena voluntad se habrán consagrado al Señor. Recordad y comprended el salmo mesiánico de David, y al mesiánico profeta de Isaías. Recordad a Daniel, traed a la memoria, pero levantándola de lo terrenal a lo superior, cada palabra acerca de la realeza del santo de Dios, y comprenderéis que no podía haber sido dada otra señal apropiada que la de la victoria sobre la muerte, que la resurrección que Él mismo ha realizado. Recordad que no hubiera sido conforme a su misericordia y a su misión el castigar desde lo alto de la cruz a los que lo habían clavado en ella en un patíbulo. Sus miembros estaban clavados, pero no su espíritu, ni su voluntad. Y con estos quiere seguir esperando, para dar tiempo a los pecadores de creer y de invocar su sangre sobre sí, no con un rito blasfemo, sino con un gemido de dolor.

Ahora ha resucitado. Todo está terminado. Glorioso era antes de su encarnación. Tres veces glorioso lo es ahora, después de que se aniquiló por muchos años en su cuerpo, después de que se inmoló a Sí mismo obedeciendo con tal perfección pese a que sabía que moriría sobre la cruz para cumplir la voluntad de Dios.²⁰ Juntamente con su cuerpo glorificado, gloriosísimo sube ahora al cielo, y entra en la gloria que Israel no ha comprendido. Él, ahora con mayor insistencia, amorosa y con autoridad, llama a todas las tribus del mundo. Como vieron y previeron los justos de Israel y los profetas, todos los pueblos vendrán al Salvador. No habrá ya más judíos, ni romanos, escitas* o africanos, iberos o celtas, egipcios o frigios. Los de la otra parte del mundo estarán al lado de los nómadas en su reino, y desaparecerán razas y lenguas. Costumbres, color de cabellos no tendrán lugar en su Reino. Sino que será un solo pueblo, inmenso, brillante, bello, un único lenguaje, un único amor. Será el reino de Dios. El reino de los cielos. Monarca eterno: el Inmolado resucitado. Súbditos eternos: los que creen en Él. Tratad de creer para que forméis parte de él.

Bien, amigos, ahí está Emmaús. Al viajero no se le permite reposo alguno, porque largo es el camino que le resta”.

“Señor, estás más instruido que un rabí. Si no hubiera muerto Él, diríamos que Él en persona nos ha hablado. Quisiéramos oír de Ti otras verdades y mejor explicadas. Porque todavía nosotros, cual ovejas sin pastor, espantadas por la borrasca del odio de Israel, no podemos comprender las palabras del Libro. ¿Quieres que vayamos contigo? Mira, nos instruirías un poco más, haciendo lo que solía hacer el Maestro que nos fue arrebatado”.

“Durante tanto tiempo lo tuvisteis, ¿y no pudo haceros perfectos? ¿No es esta una sinagoga?”

¹⁶ Cfr. Ex. 12, 21-28.

¹⁷ Cfr. Dan. 9.

¹⁸ Cfr. Ex. 11, 1-13, 16.; Heb. 11, 23-29.

²⁰ Cfr. Fip. 2, 5-11.

* escita = Natural de Escitia, región de la antigua Europa, entre el Danubio, el mar Negro, el Cáucaso y el Volga

“Sí, soy Cleofás, hijo de Cleofás el sinagogo, que murió de alegría al haber conocido al Mesías”.

“¿Y todavía no has llegado a creer claramente? Pero no es vuestra culpa. Después de la Sangre vendrá el Fuego. Luego creeréis porque comprenderéis. Adiós”.

“¡Oh, Señor, la tarde ya está encima! El sol se inclina sobre su lecho. Cansado estás, y sediento. Entra. Quédate con nosotros. Nos hablarás de Dios, mientras partiremos el pan y la sal”.

Jesús entra y se le sirve con la hospitalidad hebrea, ofreciéndole refrescos y también agua para sus pies cansados.

Se sientan a la mesa y le ruegan ofrezca los alimentos.

Jesús se pone de pie. El pan en las palmas. Con los ojos levantados al cielo rojo crepuscular, da gracias por los alimentos y se sienta. Parte el pan, y lo distribuye entre los dos. Al hacer esto se manifiesta por quien es, el Resucitado.

No tiene el resplandor que ha manifestado a otros a quienes más ama, pero es un Jesús en quien brilla la majestad. Las llagas se le ven claras en sus largas manos: color rojo sobre un color marfil. Un Jesús que vive nuevamente con su cuerpo, pero también es un Dios con la majestad en su mirar y en su actitud.

Los dos lo reconocen y caen de rodillas... cuando se atreven a levantar su cara, no queda de Él sino el pedazo de pan partido.

Lo toman y lo cubren de besos. Toman su pedazo que habían recibido, y envolviéndolo en un lienzo de lino se lo guardan en el pecho como una reliquia.

Entre lágrimas exclaman: “¡Él era! Y no lo reconocimos. Y con todo, ¿no sentías que tu corazón se enfervorizaba al oírle hablar y al señalarnos las Escrituras?”

“Así es. Me parece que lo veo otra vez, en medio de la luz que viene del cielo. En la luz de Dios. Y veo que Él es el Salvador”:

“Vámonos. No me siento ni cansado, ni con hambre. Vamos a contarlo a los discípulos de Jesús, en Jerusalén”.

“Vamos. ¡Oh, si mi viejo padre hubiera podido gozar de estos momentos!”

“No digas esto. Él, mejor que nosotros, ha gozado de ellos. Sin el velo de la carne, que se nos da a nosotros por causa de nuestro ser mortal, él, el justo Cleofás, ha visto con su espíritu al Hijo de Dios volver a entrar en el cielo. ¡Vamos! ¡Vamos! Llegaremos cuando sea muy noche. Y si Él lo quiere, nos permitirá el modo de pasar. Si ha abierto las puertas de la muerte, ¡muy bien podrá abrir las de las murallas! ¡Vamos!”

Y mientras los últimos rayos crepusculares se despiden de la tierra, ligeros se dirigen a Jerusalén.

12. Se aparece a otros amigos

5 abril 1945

La casa del Cenáculo está llena de gente. El vestíbulo, el patio, las habitaciones, menos el Cenáculo y la habitación donde está la Virgen, dan el aspecto alegre y bullicioso de un lugar donde muchos se encuentran después de mucho tiempo para una fiesta. Están los apóstoles, menos Tomás. Están los pastores. Están las mujeres fieles, además de Juana. Nique, Elisa, Sira, Marcela y Ana. Hablan todos en voz baja, pero con excitación clara y festiva. La casa está bien cerrada, como por temor a algo, cosa que no les impide que muestren su alegría.

Marta, junto con Marcela y Susana, va y viene preparando la cena de los “siervos del Señor” como se ha dado en llamar a los apóstoles. Las otras y los otros siguen contentos intercambiando sus impresiones, sus temores, sus deseos... como lo hacen los niños que esperan algo que los saca de sí, pero que les infunde un poco de temor.

Los que quieren aparecer más dueños de sí son los apóstoles, pero son los primeros en mostrar miedo, si algún ruido se oye en el portón, o si una ventana se abre. Susana que acude ligera con dos lámparas encendidas para ayudar a Marta que busca manteles, es causa de

que Mateo dé un brinco hacia atrás y diga: “¡El Señor!” lo que hace que Pedro caiga de rodillas, el cual aparece más agitado que los demás.

Se oye un toquido en el portón. Las palabras quedan medio truncadas. Nadie se mueve. Creo que los corazones baten rápidamente.

Miran por la ventanilla y abren con un “¡Oh!” de sorpresa, al ver el grupo inesperado de las mujeres romanas a quienes acompaña Longinos, u otro que como Longinos trae vestido oscuro. Las mujeres vienen envueltas en sus mantos oscuros, cubiertas las cabezas. No traen sus joyas para no llamar la atención.

“¿Podemos entrar un momento para anunciar nuestra alegría a la Madre del Salvador?” pregunta la más respetada de todas: Plautina.

“Pasad. Allí está”. Entran en grupo junto con Juana y Magdalena que, me parece, que conoce a todas.

Longinos y el otro romano, se quedan en un rincón del vestíbulo, aislados, porque se les ve con un cierto recelo.

Las mujeres saludan: “¡Ave domina!”, y luego se arrodillan diciendo: “Si antes admirábamos la Sabiduría, ahora queremos ser hijas del Mesías. Lo decimos a ti. Eres la única que puede hacer que los hebreos no desconfíen de nosotras. Vendremos a ti para que nos instruyas, hasta que éstos (y señalan a los apóstoles que están en grupo en la entrada) nos permitan llamarnos seguidoras de Jesús”. La que habló por todas fue Plautina.

María dichosa sonríe y contesta: “Pido al Señor que limpie mis labios, como al Profeta para poder hablar dignamente de mi Señor¹. ¡Sed benditas, primicias de roma!”

“También Longinos desearía... y el de la lanza que sintió algo en su corazón cuando cielos y tierra se abrieron al grito de Dios. Si nosotras no sabemos gran cosa, ellos nada, fuera de que Él era el Santo de Dios y que no quieren pertenecer más al error”.

“Les diría que vayan a los apóstoles”.

“Allí están. Pero no les tienen confianza”.

María se levanta y se dirige a donde están los dos soldados.

Los apóstoles la ven y tratan de adivinar lo que quiere hacer.

“Dios os lleve a la luz, hijos. Venid a conocer a los siervos del Señor. Este es Juan. Lo conocéis ya. Este es Simón Pedro a quien mi Hijo y Señor eligió para que sea cabeza de sus hermanos. Este es Santiago, y este Judas, primos del Señor. Este es Simón, y este Andrés, hermano de Pedro. Este es Santiago, hermano de Juan. Estos son, Felipe, Bartolomé y Mateo. Falta Tomás, que no ha venido. Pero lo introduzco, como si estuviese presente. Estos son los elegidos a una misión especial. Aquellos que humildes estaban en la sombra, son los primeros por su heroísmo en amar. Hace más de seis lustros que hablan del Mesías. Ni las persecuciones que han padecido, ni los padecimientos que soportó mi Hijo, han hecho bambolear su fe. Pecadores, pastores y vosotros patricios, recordad que en el nombre de Jesús no hay distinción. El amor por el Mesías hace que todos seáis iguales y hermanos. Mi amor os llama hijos, aun a vosotros que sois de otras naciones. Más bien, puedo decir que os vuelvo a encontrar, después de haberos perdido, porque estuvisteis junto a mi Hijo en los momentos en que moría. Longinos, no olvidaré tu buen corazón. Ni tus palabras, soldado. Yo parecía morir, pero todo lo observaba. No tengo con qué recompensaros. Y en verdad que al tratarse de cosas santas, no hay dinero que valga. Tan solo el amor y la oración. Esto os prometo hacer ante Jesús para que os lo recompense”.

“Lo ha hecho, Domina. Por esto, hemos tenido valor de haber venido. Nos reunió un impulso común. La fe ha arrojado ya su lazo para unir los corazones” dice Longinos.

Todos se acercan picados de la curiosidad. Y hay quien, superando la sospecha, y tal vez hasta la antipatía al contacto pagano, pregunta: “¿En qué forma?”

“Yo en una voz, la suya: Y luego añade: “Ven a Mí” dice Longinos.

“Yo oí: “Si me crees el Santo, cree en Mí”. Dice el otro soldado.

¹ Cfr. Is. 6.

“Y nosotras” dice Plautina “mientras esta mañana estábamos hablando de Él, vimos una luz, una luz que se transformó en rostro. Era el suyo. Nos sonrió con tal dulzura que no tuvimos más que un deseo, de venir a deciros: “No me rechacéis””.

Comentarios y confusión se forman. Todos repiten cómo lo vieron. Los diez apóstoles, mortificados, se quedan callados. Para no aparecer menos sin haber recibido su saludo, preguntan a las mujeres hebreas si ellas también han recibido su regalo de pascua.

Elisa responde: “Me ha quitado la espada de dolor que sentía por la muerte de mi hijo”.

Y Ana: “He escuchado su promesa de que los míos gozan de la salvación eterna”.

Y Sira: “Yo una caricia”.

Y Marcela: “Yo un resplandor, y su voz que decía: “Preserva””.

“¿Y tú Nique?” preguntan, pero no dice nada.

“Ya tuvo el suyo” responden otros.

“No. He visto su rostro, y me ha dicho: “Para que en tu corazón se imprima este”. ¡Qué hermoso era!”

Marta va y viene solícita sin decir nada.

“¿Y tú, hermana? ¿No te ha dado algo a ti? No dices nada, pero sonríes. Demasiado dulce es tu sonrisa para no tener de qué alegrarte” dice Magdalena.

“Es verdad. Tienes los párpados bajados y muda está tu lengua, sin embargo es como si cantases una canción de amor, tanto brilla tu mirada”.

“¡Oh, habla! Madre, ¿te ha dicho algo?”

La Virgen sonríe y no dice nada.

Marta, que está ocupada en poner los manteles sobre la mesa, no quiere que se sepa nada de su feliz secreto. Pero su hermana no la deja en paz. Entonces llena de rojo dice: “Me ha dado cita para la hora de mi muerte y de los esponsalicios realizados...” y su cara se enciende rojo vivo y en una sonrisa del alma.

13. Se aparece a los diez apóstoles ¹

6 abril 1945

Están en el Cenáculo. Debe ser muy noche porque no se oye ningún rumor. Ceo que los que vinieron antes se han retirado a sus propias casas o a dormir, cansados de tantas emociones.

Los diez por su parte, después de haber comido pescado, algunos de los cuales se ven todavía en el plato sobre la alacena, hablan, a la luz de la llama de la lámpara, la más cercana a la mesa. Siguen sentados a la mesa. Sus palabras son breves, como si monologasen consigo mismos, y mutuamente dejan que uno siga hablando sin hacerle caso, pero me da la impresión de que todas esas palabras, cual rayos sueltos de una rueda, giran en torno a un único centro: Jesús.

“No me gustaría que Lázaro haya comprendido mal, y mejor que él hubiesen comprendido las mujeres...” dice Judas de Alfeo.

“¿A qué hora dijo la romana que lo había visto?” pregunta Mateo.

Nadie responde.

“Mañana voy a Cafarnaúm,” dice Andrés.

“¡Qué maravilla! Coincidir exactamente en el momento en que sale la litera de Claudia” se felicita Bartolomé.

“Hicimos mal, Pedro, en habernos venido inmediatamente... Nos hubiéramos quedado, lo habríamos visto como Magdalena” suspira Juan.

“No comprendo cómo pudo estar en Emmaús y en el palacio al mismo tiempo. Y cómo aquí, dónde está su Madre, allá donde estaba Magdalena y Juana...” se dice a sí mismo Santiago de Zebedeo.

¹ Cfr. Mc. 16, 14; Lc. 24, 36-43; Ju. 20, 19-23.

“No vendrá. No he llorado lo suficiente para merecerlo... Tiene razón. Yo aseguro que me hará esperar tres días, por mis tres negaciones. Pero ¡cómo pude haber hecho eso!”

“¡Qué transfigurado estaba Lázaro! Os seguro que parecía un sol. Me imagino que le pasó lo mismo que a Moisés, después que vio a Dios³. E inmediatamente después de que ofreció su vida. ¿O no es verdad, vosotros que os encontrabais allí? Pregunta Zelote.

Nadie lo escucha.

Santiago de Alfeo se vuelve a Juan y le pregunta: “¿Cómo dijo a los de Emmaús? Me parece que nos excusó, ¿no es verdad? ¿No dijo que todo había sucedido porque nosotros los israelitas comprendemos mal la naturaleza de su Reino?”

Juan no responde y volviéndose a mirar a Felipe, agrega... más bien habla al aire, porque a Felipe no se dirige: “A mí me basta saber que haya resucitado. Y luego que mi amor sea cada vez más grande. Lo han visto. Si pensáis bien, ha ido en proporción de amor que tenemos: primero a su Madre, a María Magdalena, luego a los niños, a mi madre, y a la tuya, luego a Lázaro, a Marta... ¿Cuándo se apareció a Marta? Estoy seguro que cuando entonó el salmo davídico: “El Señor es mi pastor, nada me faltará. Me ha puesto en un lugar de abundantes pastos, me ha llevado a aguas que refrescan. Ha llamado a Sí mi alma...” ¿Recuerdas cómo nos maravilló con su inesperado canto? Esas palabras se unen muy bien con lo que dijo: “Ha llamado a Sí mi alma”³. De hecho parece que Marta ha encontrado nuevamente su camino... Antes andaba como sin saber qué hacer. Ella que es tan fuerte. Tal vez cuando la llamó, le dijo el lugar donde la quiere. O bien, se lo dijo: ¿qué habrá querido decir con “esponsalicios confirmados”?”

Felipe, que por un momento lo miró y luego dejó de hablar solo, da un suspiro: “No sabré qué decir si viene... Huí... y me parece que huiré. Antes lo hice por temor a los hombres, ahora por temor a Él”.

“Dicen todos que es hermosísimo. Pero, ¿puede ser más bello de lo que ya era?” se pregunta Bartolomé.

“Yo le diré: “Me perdonaste sin decir palabra alguna, cuando yo era publicano. Perdóname también ahora con tu silencio, porque mi cobardía no merece que me hables”” dice Mateo.

“Longinos dijo que había pensado: “¿Debo pedirle que me cure o que crea? Su corazón le respondió que pidiese ‘poder creer’ y entonces una Voz dijo: ‘Ven a Mí’, y experimentó la voluntad de creer y se sintió curado. Así me lo dijo” afirma Judas de Alfeo.

“Yo no puedo dejar de pensar en Lázaro que al punto se le premió después de haber ofrecido su vida... También yo lo he dicho: “Mi vida por tu gloria”. Pero no ha venido” suspira Zelote.

“¿Qué estás diciendo, Simón? Tú que eres culto, dime: ¿Qué debo decirle para darle a entender que lo amo y que le pido perdón? Tú, Juan. Tú has hablado mucho con su Madre. Ayúdame. ¡No está bien dejar solo al pobre de Pedro!”.

Juan se compadece de su compañero atribulado y responde: “De... de mi parte le diría sencillamente: “Te amo”. En el amor está incluido también el deseo de ser perdonado y del arrepentimiento. Pero... no sé, Simón, ¿qué dices tú?”

“Yo pronunciaría el grito que provocaba los milagros: “¡Jesús, piedad de mí”. Diría: “Jesús” y basta. Porque es más que decir: Hijo de David”.

“En esto pienso y es lo que me hace temblar. ¡Oh! me achicaré... Aun esta mañana tenía miedo de verlo y...”

“...y fuiste el primero en entrar. No tengas miedo. Parece como si no lo conocieras” dice Juan, dándole ánimos.

La habitación se ilumina como si un relámpago hubiera penetrado en ella. Los apóstoles se tapan la cara, temiendo que sea un rayo. Pero al no oír el estruendo, levantan la cabeza.

³ Cfr. Ex. 34, 29-35; 2 Cor. 3.

³ Cfr. Sal. 22.

Jesús está en medio de la habitación, junto a la mesa. Abre los brazos, diciendo: “La paz sea con vosotros”.

Nadie responde. Todos lo miran, quién con la palidez o con la vergüenza, con miedo y reverencia. Se sienten atraídos y al mismo tiempo deseosos de huir.

Jesús con gran sonrisa da un paso hacia adelante: “No tengáis miedo, Soy Yo. ¿Por qué estáis acobardados? ¿No teníais deseos de verme? ¿No os había dicho que regresaría? ¿No os lo dije hasta la tarde de la pascua?”

Nadie se atreve a abrir la boca. Pedro ha empezado a llorar. Juan sonríe mientras los dos primos con los ojos brillantes y con un intento de decir algo que se queda en sus labios, parecen dos estatuas representando el deseo.

“¿Por qué dentro de vuestros corazones traban lucha la duda y la fe, el amor y el temor? ¿Por qué queréis seguir siendo carne y no espíritu, y con éste solo comprender, juzgar, obrar? ¿Bajo el fuego del dolor, no se ha consumido el viejo yo y nacido el nuevo a una vida nueva? Soy Jesús, vuestro Jesús resucitado como había dicho. Mirad: tú que viste mis heridas y vosotros que no las visteis. Porque lo sabéis. Es muy diverso de lo que Juan vio. Tú, primero, ven. Estás limpio completamente. Tanto que puedes tocarme sin temor. El amor, la obediencia, la fidelidad, te han purificado del todo. Mi sangre, con que te bañaste cuando me bajaste del patíbulo, completó todo. Mira. Son mis propias manos, mis propias heridas. Contempla mis pies. ¿Ves cómo esta señal es la del clavo? Sí. Soy Yo. No soy un fantasma. Tocadme. Los espectros no tienen cuerpo. Yo tengo un cuerpo verdadero”. Pone sus manos sobre la cabeza de Juan que se le ha acercado. “¿Sientes? Tiene calor y es pesada” Le sopla a la cara: “Y esto es aliento”.

“¡Oh, Señor mío!” Juan murmura estas palabras...

“Sí. Vuestro Señor. Juan no llores de miedo ni de deseo. Ven a Mí. Soy siempre quien te ama. Sentémonos como siempre, a la mesa. ¿Tenéis algo qué comer? Dádmelo, entonces”.

Andrés y Mateo, caminando como sonámbulos, toman de la alacena pan y pescado, y un tarro de miel apenas abierto, que está en un lado.

Jesús ofrece el alimento y come. Da a cada uno un pedazo de lo que come. Los mira. Es bueno, pero tan majestuoso que están paralizados.

Santiago, hermano de Juan, es el primero que se atreve a hablar: “¿Por qué nos miras así?”

“Porque quiero conoceros”.

“¿Todavía no nos conoces?”

“Igual que vosotros que no me conocéis. Si me conocierais, sabríais quién soy, cuánto os amo y encontraríais palabras para hablarme de vuestro tormento. Estáis callados, cual lo estaríais enfrente de un desconocido cuyo poder imagináis y por eso teméis. Hace poco tiempo hablabais... Hace casi cuatro días que habláis con vosotros mismos diciéndoos: “Le diré esto...” diciendo a mi Espíritu: “Vuelve, Señor, para que te pueda decir esto”. He venido ahora y os calláis. ¿Estoy tan cambiado que no me parezco? ¿O estáis tan cambiados, que no me amáis ya?”

Juan que está sentado cerca de Jesús, reclina su cabeza sobre su pecho como solía hacerlo antes, y con voz queda dice: “Te amo, Dios mío, pero se estremece al haber osado recargar su cabeza sobre el resplandor que mana de Jesús, pese a que la carne de su cuerpo es semejante a la nuestra. Jesús lo atrae sobre su corazón y entonces Juan se entrega libremente a un llanto de felicidad.

Es la señal para que todos se acerquen.

Pedro, dos asientos después de Juan, se desliza entre la mesa y el asiento, y entre lágrimas dice: “¡Perdón, perdón! Sácame de este infierno en que durante tantas horas me debato. Dime que comprendiste mi error que no fue lo que se quiso. No fue error de mi corazón, sino de mi debilidad humana que se impuso a él. Dime que has visto mi arrepentimiento... Hasta mi muerte durará. Pero... que no debo temerte como a Jesús... y

yo... y yo... buscaré la manera de portarme de tal forma que Dios me perdone... y que al morir... tenga sólo qué sufrir un gran purgatorio”.

“Ven aquí, Simón de Jonás”.

“Tengo miedo”.

“Ven aquí. No quieras ser ahora cobarde”.

“No merezco acercarme a Ti”.

“Ven aquí. ¿Qué te dijo mi Madre? “Si no lo miras en este Sudario no tendrás valor de mirarlo otra vez”. ¡Eres un necio! ¿Con mi rostro, con mi dolorosa mirada no te decía que te comprendía y que te perdonaba? Regalé ese lienzo para consuelo, para guía, para absolución y bendición. ¿Qué cosa os ha hecho Satanás para cegaros en tal forma? Ahora Yo te digo, si no me miras ahora, que sobre Mí he puesto un velo para ponerme al alcance de vuestra debilidad, jamás podrás venir a Mí, tu Señor, sin temor. ¿Y entonces qué cosa te volverá a traer? Pecaste por presunción. ¿Quieres pecar ahora por obstinación? Ven, te lo mando”.

Pedro se arrastra sobre sus rodillas, entre la mesa y los asientos, con las manos cubriendo su cara bañada en lágrimas. Cuando llega a los pies de Jesús, lo detiene. Le pone la mano sobre su cabeza. Pedro con lágrimas más abundantes toma esa mano, la besa en medio de un sollozo que no conoce freno alguno. No sabe más que repetir: “¡Perdón, perdón!”

Jesús quita su mano y con ella levanta la cara del apóstol. Lo mira en sus ojos enrojecidos, quemados, destrozados por el arrepentimiento. Sus ojos parecen como querer llegar hasta el fondo del alma. Luego dice: “Vamos. Quítame el oprobio de Judas. Bésame donde él me besó. Quítame con tu beso la huella de su traición”.

Pedro levanta su cabeza, al mismo tiempo que Jesús se inclina, y le besa en la mejilla... después la reclina sobre las rodillas de Jesús y se queda en esa posición, como un anciano que se comporta cual niño, que sabe que ha hecho mal, pero que se le perdona.

Los demás al ver la bondad de Jesús, encuentran fuerzas para acercarse. Los primeros en hacerlo son sus primos... Quisieran decir tantas cosas, que no logran decir ni una palabra. Jesús los acaricia, y los anima con su sonrisa.

Se acercan Andrés y Mateo. Mateo dice: “Como en Cafarnaúm...” y Andrés: “Yo... yo... te amo”.

Bartolomé entre lágrimas: “No fui un docto, sino un necio. Este sí que lo fue” y señala a Zelote a quien Jesús sonrío.

Santiago de Zebedeo se acerca y dice a Juan: “Díselo tú...” Jesús se vuelve y dice: “Hace cuatro noches que lo dices, y siempre he tenido compasión de ti”.

Felipe, muy inclinado, es el último en acercarse, pero Jesús le obliga a levantar la cabeza: “Para predicar al Mesías se necesita mucho valor”.

Están ahora todos alrededor de Jesús. Poco a poco ganan confianza. Encuentra lo que habían perdido o que lo temían. Vuelve la paz, la tranquilidad, y aunque Jesús parece muy majestuoso que mantiene dentro de un cierto respeto a sus discípulos, estos logran atravesar los límites y empiezan a hablar.

Su primo Santiago se lamenta: “¿Por qué nos has hecho esto, Señor? Sabías que somos nada y que todo viene de Dios. ¿Por qué no nos diste las fuerzas para estar a tu lado?”

Jesús lo mira y sonrío.

“Ahora todo se ha cumplido y nada tienes qué padecer. Pero no me exijas que te obedezca hasta tal punto. A cada hora he envejecido más que si hubiera pasado un lustro. Tus sufrimientos que el amor y Satanás al mismo tiempo aumentaban, cinco veces más de lo que eran, en mi imaginación, han acabado con todas mis fuerzas. No me quedaron otras que las de obedecer. Y así como uno que se está ahogando se agarra de la tabla hasta con los dientes, así era mi voluntad... ¡Oh, no pidas más esto de tu leproso!”

Jesús mira a Simón Zelote y sonrío.

“Señor, sabes lo que mi corazón anhelaba. Pero después me faltó todo... como si me hubiesen arrebatado los verdugos que te aprehendieron... y me quedó sólo un agujero de

donde se escapaban mis antiguos pensamientos. ¿Por qué has permitido esto, Señor?" pregunta Andrés.

"Tú hablas del corazón... pero yo aseguro que me sentí como uno a quien falta la razón. Como quien recibe un mazazo en la nuca. De pronto en la noche me encontré en Jericó... ¡Oh, Dios, Dios!... ¿Pero puede un hombre padecer de ese modo? Me imagino que así será la posesión. Ahora comprendo que es esta horrible cosa..." Felipe abre tamaños ojos al recuerdo de lo que le sucedió.

"Felipe tiene razón. Yo miraba hacia atrás. Soy un viejo y no me falta el saber. Y con todo no sabía nada en aquella hora. Miraba a Lázaro cruelmente atormentado, pero seguro, y me decía: "¿Cómo puede suceder que encuentre todavía una razón para estar así y yo no?" dice Bartolomé.

"También yo miraba a Lázaro. Pero como apenas he comprendido lo que nos explicaste, no me apoyaba en mi saber. Decía: "Si por lo menos mi corazón fuese igual". Y por el contrario, no experimentaba más que dolor, dolor, dolor. Lázaro sufría, pero tenía paz... ¿Por qué a él tanta paz?"

Jesús mira primero a Felipe, luego a Bartolomé, a Santiago de Zebedeo. Sonríe, pero no dice nada.

Judas dice: "Abrigaba esperanzas de ver lo que ciertamente Lázaro veía pero no lo logré. Por esto siempre estuve cerca de él... ¡Su cara!... Un espejo. Un poco antes del terremoto del viernes la tenía como uno que muere aplastado. Y luego, de golpe, cobró un aire de majestad en su dolor. ¿Os acordáis de cuando dijo: "El deber cumplido produce paz"? Todos pensábamos que se trataba de un reproche dirigido contra nosotros o algo que se decía a sí mismo. Ahora pienso que lo dijo por Ti. Lázaro fue un faro en nuestras nieblas. ¡Cuánto le has dado, Señor!"

Jesús sonríe y calla.

"Sí. La vida. Tal vez con ella le diste un alma diversa. Porque viendo bien las cosas, ¿en qué se diferencia de nosotros? Y sin embargo no es ya más un hombre. Es algo superior. Por lo que había sido en el pasado, debía de haber sido menos perfecto en su espíritu. Y él ha logrado serlo, y nosotros... Señor. Mi amor ha sido como una espiga vacía. Sólo produjo paja" dice Andrés.

Mateo: "No puedo pedir nada, porque mucho ha sido lo que he obtenido con mi conversión, pero, ¡sí!, habría yo querido lo que tuvo Lázaro. Un corazón entregado a Ti. También yo pienso como Andrés..."

"También Magdalena y Marta fueron como faros. Será su raza. Vosotros no las visteis. Una era piedad y silencio. ¡La otra! ¡Oh!, si estuvimos juntos, cual un manojo de paja alrededor de la Virgen, es porque Magdalena lo hizo con el fuego de su valeroso amor. Sí. He mencionado la raza, pero debo agregar: el amor. Nos han superado en amor. Por esto fueron lo que fueron" dice Juan.

Jesús continúa sonriendo sin decir una palabra.

"Pero han sido grandemente recompensados..."

"Tú te les has aparecido".

"A los tres".

"A María después de tu Madre..."

No cabe duda que los apóstoles dejan traslucir un cierto reproche por estas personas privilegiadas.

"Magdalena sabe desde hace muchas horas que has resucitado. Y nosotros sólo ahora podemos verte..."

"No más dudas en ellos. Pero en nosotros ¡cuántas!... Mira, sólo ahora comprendemos que nada ha terminado. ¿Por qué entonces a ellos, Señor, si todavía nos amas y no nos rechazas?" pregunta Judas de Alfeo.

"Sí, ¿por qué a las mujeres, y sobre todo a María Magdalena? Le tocaste la frente, y asegura que le parece llevar una guirnalda eterna. Y a nosotros, tus apóstoles, nada..."

Jesús no sonríe más. En su rostro no se ve perturbación, pero la sonrisa desaparece. Mira seriamente a Pedro que fue el último en haber hablado, volviendo a cobrar osadía según el tiempo va pasando, y dice: “Tenía Yo doce discípulos. Los amaba con todo mi corazón. Los había elegido, y como una madre cuidé de que crecieran durante *mi* vida. No tenía secretos para ellos. Todo les decía, explicaba, perdonaba. Su debilidad humana, sus arrosos y terquedad... todo. Tenía discípulos. Había ricos y pobres. Tenía mujeres discípulas, de un pasado turbio y de frágil constitución. Pero mis predilectos eran los apóstoles.

Llegó *mi* hora. Uno me traicionó y me entregó a los verdugos. Tres se echaron a dormir mientras Yo sudaba sangre. Todos, menos dos, huyeron cual cobardes. Uno me negó, por temor, no obstante que tenía el ejemplo del otro, joven y fiel. Y como si no fuera suficiente, entre los doce he tenido un suicida desesperado y uno que ha dudado en tal forma de mi perdón, que no quiso creer en la misericordia de Dios, pese a las palabras de mi Madre. De modo que si hubiera mirado a mis seguidores, si los hubiese mirado con ojos humanos, habría tenido qué asegurar: “Fuera de Juan, fiel en su amor, y de Simón, fiel en la obediencia, no tengo más apóstoles”. Esto debería haber dicho cuando padecía en el recinto del Templo, en Pretorio, por las calles, en la cruz.

Había mujeres que me seguían... Una, la más pecadora en años anteriores, ha sido, como Juan acaba de decir, una llama que soldó las deshechas fibras de los corazones. Esa mujer es María de Mágdala. Tú me negaste y huiste. Ella desafió la muerte para estar cerca de Mí. Al sentirse insultada se levantó el velo, para recibir los escupitajos y burlas, pensando que así se asemejaba más a su rey crucificado. En el fondo de los corazones era objeto de burla porque creía en mi resurrección, y pese a ello, siguió creyendo. Destrozada ha vuelto a reaccionar. Esta mañana, pese a su dolor, dijo: “De todo me despojo, pero dadme a mi Maestro”. ¿Puedes repetir tu pregunta: “¿Por qué a ella?”

Tuve discípulos pobres, que eran los pastores. Pocas veces tuve la oportunidad de estar cerca de ellos, y sin embargo no dudaron en proclamar su fidelidad.

Tuve discípulas tímidas, como todas las mujeres hebreas, y con todo no vacilaron en abandonar sus casas y avanzar en medio de una marea de un pueblo que me blasfemaba, con tal de darme esa ayuda que mis apóstoles me habían negado.

Tuve paganas que admiraban “al filósofo”. Tal lo era para ellas. Pero no tuvieron empacho, ellas las poderosas romanas, en aceptar las costumbres hebreas, para decirme, cuando todo un mundo de ingratos me habían abandonado: “Somos tus amigas”.

Tenía el rostro cubierto por escupitajo y de sangre. Lágrimas y sudor corrían por mis heridas. Suciedad y polvo lo cubrían. ¿Cuál fue la mano que me lo limpió? ¿La tuya? Ni una de las vuestras. Este estaba junto a mi Madre. Este otro juntaba las ovejas dispersas. Y si mis ovejas estaban dispersas, ¿cómo podían ayudarme? Tú escondiste tu cara por miedo al desprecio del mundo, mientras tu Maestro se cubría con él. Yo que era inocente.

Tuve sed. Ten en cuenta esto. Me moría de sed. La fiebre y el dolor se habían apoderado de Mí. Ya había manado sangre de Mí en el Getsemaní por el dolor de ser traicionado, abandonado, negado, azotado, sumergido por las culpas infinitas y por el rigor de Dios. Sangre también corrió en el Pretorio... ¿Quién quiso dar una gota de agua a mi garganta que ardía de sed? ¿Una mano de Israel? No. Un pagano compasivo. La misma mano que, por decreto eterno, me abrió el pecho para mostrar que el corazón tenía ya una herida mortal, y era la que la falta de amor, la cobardía, la traición, habían ya abierto. Fue un pagano. Os recuerdo: “Tuve sed y me dio de beber”. *En todo Israel* no hubo uno que me hubiese dado un solo consuelo. O porque no podían, como mi Madre y las mujeres fieles, o por mala voluntad. Y un pagano tuvo para el desconocido un gesto de compasión, que mi pueblo no me dio. En él cielo encontrará el sorbo de agua que me dio.

En verdad os digo que si rechacé *todo consuelo*, porque cuando se es víctima no conviene templar la suerte, *no quise rechazar lo que me ofrecía el pagano*, porque en ello probé la miel de todo el amor que los gentiles me brindarán en recompensa de la amargura que me hizo beber Israel. No me quitó la sed. Pero sí el desconsuelo. Acepté ese sorbo para atraer hacia

Mí al que ya se inclinaba hacia el bien. ¡Que el Padre lo bendiga por su compasión! ¿No habláis más? ¿Por qué no preguntáis otra vez el por qué así he procedido? No os atrevéis ¿verdad? Os lo diré. Os diré los porqués de esta hora.

¿Quiénes sois? Mis continuadores. Lo sois pese a vuestro extravío. ¿Qué debéis hacer? Convertir el mundo al Mesías. ¡Convertirlo! Es la cosa más delicada y difícil, amigos míos. Los desprecios, las burlas, el orgullo, el celo exagerado son cosas que se opondrán al éxito. Pero como ninguna cosa, ni nadie os hubiera convencido para que usaseis la bondad, condescendencia, caridad para los que están en las tinieblas, fue necesario -¿comprendéis?- que hubierais una vez aplastado vuestro orgullo de hebreo, de varones, de apóstoles, para comprender solo la verdadera sabiduría de vuestro ministerio, la mansedumbre, la paciencia, compasión, amor sin límites.

Veis que aquellas a quienes mirabais con desprecio o con orgullosa compasión os han superado en la fe y en el obrar. *Todos*. La pecadora de otros tiempos. Lázaro, aficionado a la cultura pagana, el primero que en mi nombre perdonó y guió. Las mujeres paganas. La débil mujer de Cusa. ¿Débil? En verdad que a todos supera. La primera mártir de mi fe. Los soldados de Roma. Los pastores. El herodiano Mannaén, y hasta Gamaliel, el rabino. No te estremezcas, Juan. ¿Crees que mi espíritu estaba en tinieblas? Todos lo pensabais. Y esto ha sucedido para que el día de mañana al recordar vuestro error, no cerréis vuestro corazón a quien se acerca a la cruz.

Os lo digo. Y sin embargo sé que no lo haréis hasta que la Fuerza del Señor no os haya doblegado como tallos a mi voluntad, que es la de hacer que toda la tierra crea en Mí. He vencido a la muerte que se opuso menos de lo que resiste vuestro viejo hebraísmo. Y con todo os doblegaré.

Pedro, en lugar de estar llorando, tú que debes ser la piedra de mi Iglesia⁷, grábate esta amarga verdad en el corazón. La mirra se emplea para preservar de la corrupción. Llénate, pues, de mirra. Y cuando quieras cerrar tu corazón y la Iglesia a uno de otra fe, recuerda que no fue Israel, no Israel, sino Roma quien me defendió y tuvo piedad. Acuérdate que no tú, sino una pecadora tuvo la osadía de estar a los pies de la cruz y mereció que fuera la primera en verme. Y para que no te hagas digno de una reprehensión, imita a tu Dios. Abre tu corazón y la Iglesia diciendo: “Yo, el pobre Pedro, no puedo despreciar, porque si lo hiciera, Dios me despreciará, y mi error tornará cual es ante sus ojos”. ¡Ay de ti si no te hubiera reducido a tal estado! Serían no un pastor, sino un lobo”.

Jesús, lleno de toda majestad, se pone de pie.

“Hijos míos, os hablaré más veces, mientras esté con vosotros. Entre tanto os absuelvo y perdono. Después de la prueba, que si fue avasalladora y cruel, fue necesaria y saludable, descienda sobre vosotros la paz del perdón. Y con ella en el corazón tornad a ser mis amigos fieles y fuertes. Mi Padre me envió al mundo. Yo os mando a él para que continuéis mi evangelización. Miserias de toda clase vendrán a vosotros en demanda de consuelo. Sed buenos, pensad en la miseria vuestra cuando os quedasteis sin Mí. Llevad la luz con vosotros. En las tinieblas no se puede ver. Sed limpios para que otros lo sean. Sed amor para amar. Luego vendrá el que es Luz, Purificación y Amor. Para prepararos a este ministerio Yo os comunico el Espíritu Santo. A quienes les perdonaréis sus pecados les serán perdonados. A quienes no, no se les perdonarán. Vuestra experiencia os haga justos para juzgar. El espíritu santo os haga santos para santificar. Vuestra voluntad sincera de reparar vuestra falta, os haga heroicos para la vida que os aguarda. Lo que todavía no os digo, os diré cuando el que está ausente, haya venido. Rogad por él. Quedaos con mi paz y sin angustia alguna de que no os ame”.

Jesús desaparece como había entrado, dejando entre Juan y Pedro el lugar vacío. Desaparece en medio de un resplandor que hace que los apóstoles cierren sus ojos.

⁷ Cfr. Mt. 16, 13-20.

Cuando los abren, encuentran sólo que la paz de Jesús ha quedado cual flama que quema y que cura, que consume las amarguras del pasado en un solo deseo: el de servir.

14. El regreso de Tomás ¹

7 abril 1945

Los diez están en el patio de la casa del Cenáculo. Hablan y oran.

Simón Zelote dice: "Estoy muy preocupado porque Tomás no se ha dejado ver. No sé dónde pudiera encontrarlo".

"Tampoco yo" responde Juan.

"No está en casa de sus padres. Nadie lo ha visto. ¿Los habrán aprehendido?"

"Si así fuera el Maestro no hubiera dicho: 'Diré lo demás cuando llegue el que está ausente'".

"Es verdad. Una vez más quiero ir a Betania. Tal vez se encuentre por esos montes, y no tenga valor para dejarse ver".

"Ve, ve, Simón. A todos nos reuniste y... nos salvaste al habernos llevado donde Lázaro. ¿Os acordáis de las palabras que el Señor dijo acerca de él? Nada menos que: "fue el primero que en mi nombre ha perdonado y guiado". ¿Por qué no lo pondrá en lugar de Iscariote?" pregunta Mateo.

"Porque no ha de querer dar a su amigo fidelísimo el lugar del traidor" responde Felipe.

"Hace poco oí, cuando caminaba por los mercados y hablaba con los vendedores de pescado que... -no cabe duda que me puedo fiar de ellos- que los del Templo no saben qué hacer con el cuerpo de Judas. No sé quién habrá sido... pero esta mañana al amanecer los guardias del templo han encontrado dentro del recinto sagrado su cuerpo corrompido, con la faja todavía al cuello. Me imagino que fueron los paganos quienes lo descolgaron y lo arrojaron allí, quién sabe cómo" dice Pedro.

"A mí me dijeron ayer tarde en la fuente, mejor dicho, oí decir, que desde ayer tarde las entrañas del traidor se han esparcido hasta la casa de Anás. Ciertamente se trata de paganos, porque ningún hebreo habría tocado, después de cinco días, el cuerpo. ¡Quién sabe cuán corrompido estaba ya!" dice Santiago de Alfeo.

"¡Oh, horror desde el sábado!" dice Juan poniéndose palidísimo al recordar lo que había visto.

"¿Pero cómo fue a dar a aquel lugar? ¿Era suyo?"

"¿Y quién supo algo con certeza sobre de Keriot? ¿Os acordáis cuán difícil, y complicado era...?"

"Dirías mejor: mentiroso, Bartolomé. Jamás fue sincero. Estuvo con nosotros tres años y nosotros, que siempre estábamos juntos, cuando estábamos ante él, parecía como si nos encontrásemos ante una muralla".

"¿Una muralla? ¡Oh, Simón! Di un laberinto" exclama Judas de Alfeo.

"Oídme. No hablemos de él. Me parece como si al recordarlo lo tuviéramos aquí con nosotros y que volviera a darnos camorra. Quisiera yo borrar su recuerdo no sólo de mí, sino de todo corazón humano, hebreo o gentil.

Hebreo para que no enrojecza de vergüenza de haber salido de nuestra raza semejante monstruo. Gentil para que ninguno de ellos, algún día, llegue a decir: "Su traidor fue uno de Israel". Soy un muchacho y comprendo que no debería de hablar primero sino al último; y que tú Pedro, deberías ser el primero que tome la palabra, como también vosotros, Zelote y Bartolomé, que sois instruidos, además de los hermanos del Señor. Pero quisiera que lo más pronto posible se nombrase a alguien que ocupe su lugar, uno que sea santo, porque mientras vea ese lugar vacío en nuestro grupo, veré la boca del infierno con sus hedores sobre nosotros, y tengo miedo de que nos engañe..."

¹ Cfr. Ju. 20, 24-25.

“¡Que no, Juan! Te ha quedado una feísima impresión de su crimen y de su cuerpo pendiente...”

“No, no. También María lo ha dicho: “He visto a Satanás al ver a Judas de Keriot”. ¡Oh, tratemos de buscar a un hombre santo que ocupe su lugar!”

“¡Escúchame. Yo no escojo a nadie. Si Él, que es Dios, escogió a un Iscariote, ¿qué va a ser el pobre de mí?”

“Y con todo tendrás qué hacerlo”.

“No, querido. Yo no escojo a nadie. Lo preguntaré al Señor. Basta con los pecados que he cometido”.

“Tenemos muchas cosas qué preguntar. La otra noche nos quedamos como atolondrados. Pero tenemos que hacer porque nos enseñe. Porque... ¿cómo haremos para saber si una cosa está mal o no lo está? Mira cómo el Señor se expresa de nosotros diverso de los paganos. Mira cómo encuentra excusa ante una cobardía o negación, que no ante la duda que se abrigue de que pueda perdonar... ¡Oh, tengo miedo de equivocarme!” dice desconsolado Santiago de Alfeo.

“No cabe duda que nos ha dicho tantas cosas, pero me parece que no he entendido nada. Desde hace una semana estoy como tonto” confiesa desconsolado el otro Santiago.

“Lo mismo me pasa a mí”.

“Y a mí también”.

“Lo mismo digo yo”.

Todos se encuentran en las mismas condiciones y se miran mutuamente. Acuden a las acostumbradas soluciones: “Iremos a la casa de Lázaro. Tal vez encontremos allí al Señor y... Lázaro nos ayudará”.

Llaman a la puerta. Todos se quedan callados. Lanzas un “¡Oh!” de sorpresa al ver que entra en el vestíbulo Elías junto con Tomás. Un Tomás tan cambiado que no parece más serlo.

Sus compañeros lo rodean con gritos de júbilo: “¿Sabes que ha resucitado y que ha venido? Espera tu regreso”.

“Lo sé, me lo ha dicho también Elías. Pero no lo creo. Creo en lo que mis ojos ven, y veo que todo ha terminado. Veo que estamos dispersos. Veo que no hay ni siquiera un sepulcro conocido donde se le pueda ir a llorar. Veo que el Sanedrín se quiere librar del cómplice suyo, y por eso ha decretado que se le entierre a los pies del olivo donde se colgó, como si fuese un animal inmundo, y de los seguidores del Nazareno. En las puertas me detuvieron el viernes y me dijeron: “¿Eras también uno de los suyos? Muerto está. No hay remedio alguno. Vuelve a trabajar el oro”. Y huí...”

“¿A dónde? Te buscamos por todas partes”.

“¿A dónde? Fui a la casa de mi hermana que vive en Rama, luego no me atreví a entrar porque... porque no me fuera a reprender una mujer. Desde entonces vagué por las montañas de la Judea, ayer he terminado en Belén, en su gruta. Cuánto he llorado... Me dormí entre las ruinas y allí me encontró Elías que había ido... no sé por qué”.

“¿Por qué? Porque en las horas de alegría o de dolor intensos, se va a donde se siente más a Dios. De mi parte, muchas veces he ido allá, como un ladrón, para sentirme acariciar mi alma por el recuerdo de su llanto de pequeñín. Y cuando se asomaba el alba salía de allí para que no me fueran a lapidar. Pero ya había conseguido lo que quería. Esta vez fui para decir a aquel lugar: “Soy feliz” y para tomar lo que pudiera de Él. Así hemos decidido. Queremos predicar su doctrina, y esas ruinas nos ayudarán. Un puñado de esa tierra, una astilla de esos palos. No somos santos, para que tengamos el atrevimiento de tomar tierra del calvario”.

“Tienes razón, Elías. Lo haremos también nosotros. ¿Y Tomás?...”

“Dormía y lloraba. Le dije: “Despiértate. No llores más. Ha resucitado”. No quiso creerme. Pero tanto insistí que lo convencí. Y aquí está ahora con vosotros y yo me retiro. Voy a unirme con mis compañeros que han ido a Galilea. La paz sea con vosotros” Elías se va.

“Tomás: ¡ha resucitado! Te lo aseguro. Estuvo con nosotros. Comió. Habló. Nos bendijo. Nos perdonó. Nos ha dado potestad de perdonar. Oh, ¿por qué no viniste antes?”

Tomás no se ve libre de su abatimiento. Tercamente mueve la cabeza. “Yo no creo. Habéis visto un fantasma. Todos vosotros estáis locos. Sobre todo las mujeres. Un muerto no resucita por sí mismo”.

“Un hombre no, pero Él es Dios. ¿No lo crees?”

“Sí. Ceo que es Dios. Pero porque lo pienso y digo que por más bueno que sea, no puede regresar a nosotros que poco lo amamos. Igualmente aseguro que por más humilde que sea, estará ya harto de haberse humillado de tomar nuestra carne. No. Seguro que está en el cielo cual vencedor, y puede ser que se digne a aparecer como espíritu, he dicho: tal vez. ¡Ni siquiera de esto somos dignos! Pero que haya resucitado en carne y huesos, no. No lo creo”.

“Si lo hemos besado y hemos visto comer. Hemos oído su voz, tocado su mano, visto sus heridas”.

“Aunque así sea, no creo. No puedo. Debo ver para creer. Si no veo en sus manos el agujero de los clavos y meto en ella mi dedo; si no toco las heridas de sus pies, y si no meto mi mano en el agujero, que hizo la lanza, no creeré. No soy un niño, ni una mujercilla. Quiero la evidencia. Lo que mi razón no puede aceptar, lo rechazo. No puedo aceptar lo que me decías”.

“¡Pero, Tomás! ¿Crees que te queremos engañar?”

“No. Más bien os agradezco que seáis tan buenos de quererme dar la paz que habéis logrado obtener con vuestra ilusión. Pero... no creo en su resurrección”.

“¿No tienes miedo de que te vaya a castigar? Sabe y ve todo. Tenlo en cuenta”.

“Le pido que me convenza. Tengo cabeza y la uso. Que Él, Señor de la inteligencia humana, enderece la mía, si es extraviada”.

“Pero la razón, como Él lo ha dicho, es libre”.

“Con mayor motivo no puedo sujetarla a una sugestión colectiva. Os quiero y quiero mucho al Señor. Le serviré como pueda y me quedaré con vosotros. Predicaré su doctrina, pero no puedo creer sino lo que veo” Tomás, terco, no escucha a nadie más que a sí mismo.

Le hablan todos los que lo han visto, y de cómo lo han visto. Le aconsejan que hable con la Virgen, pero mueve su cabeza. Se ha sentado sobre una especie de silla de piedra, menos dura que su cerebro. Tercamente repite: “Creeré si lo veo...”

Las palabras de los infelices que niegan lo que produce tanta dulzura y es cosa tan santa en creer, si admiten que Dios todo lo puede.

Dice Jesús:

“Pequeño Juan, el ciclo ha terminado. Después de él pondréis la aparición a Tomás incrédulo, ocurrida el 9-VIII-44. Cuando haya sido escrito todo el Evangelio se agregarán muchas cosas en los días de Palmas, de lunes, martes, miércoles de Pascua, y de la mañana del jueves, como te dije desde un principio. Las partes que se insertarán que son las que viste el año pasado, ya te las indiqué. Si al P. M. le parece puede insertar los dictados del año pasado que ahora te señalo.

Y como preveo las objeciones de los muchos Tomases y de los muchos escribas de hoy en día acerca de una frase de este dictado que parece una oposición, con el sorbo de agua que me ofreció Longinos... -¡Oh! ¡Cuánto se alegrarían los que niegan lo sobrenatural, los racionalistas de la perfección del contrario si pudieran encontrar un solo hueco en el maravilloso conjunto de esta Obra de bondad divina y de sacrificio, tuyo, pequeño Juan, para que, haciendo palanca en esta hendidura con el pico de su pestilente racionalismo, echar todo por tierra!- para adelantarse a estos, te voy a explicar.

El pequeño sorbo de agua: una gota en medio de la ardiente fiebre y de venas completamente secas, tomado por amor por un alma que debía ser invadida de él, para llevarla a la Verdad, un sorbo tomado con tanta fatiga en medio de esa falta de respiración que me impedía el aire e imposibilitaba poder pasarlo, tan quebrantado me hallaba Yo por los crueles azotes, ese pequeño sorbo no me dio otro refrigerio que el sobrenatural. Como algo material no valía nada, por no decir que era un tormento... Ríos habrían venido al encuentro

de mi sed... Y no podía beber por la angustia del dolor precordial. Y tú bien sabes qué es esto... Ríos habrían venido a mi encuentro... y no se me dieron. Ni habría podido aceptarlos debido al sufrimiento cada vez mayor. ¡Pero cuánto alivio hubieran dado a mi Corazón, si se me hubieran ofrecido! Moría Yo de amor. De un amor que no se me había dado. La piedad es amor. Y en Israel no existía la piedad.

Llamad con el nombre justo de "piedad" y no de bebida aquel "sorbo" cuando lo meditáis vosotras personas buenas, o lo analicéis vosotros escépticos. Puede por lo mismo decirse, sin incurrir en exageración, que "a partir de la cena en adelante no tuve consuelo alguno". No hubo nadie en medio de tanta gente que me rodeaba, que me hubiera consolado, puesto que no quise beber el vino mezclado con mirra. Se me dio vinagre, se me escarneció. Fui traicionado y golpeado. Esto fue lo que me dieron y no otra cosa.

Tú lo has dicho: "¿Por qué no vi esto el año pasado?" Porque te hallabas aterrorizada por la visión repentina de mis tormentos. Porque todavía no eras capaz de describir y de ver. Lo hice para proporcionarte un alivio ante tu pasión inminente. Pero lo ves, que he tenido que tomarte otra vez conmigo para que pudieras comprender más perfectamente, más tranquilamente todos aquellos tormentos míos. ¿Lo has logrado? ¡Oh no! La criatura, aun cuando la sostengo Yo entre mis brazos y se halle inmersa en Mí, es siempre una criatura, siempre reaccionará y obrará como tal. Jamás podrá comprender y describir con absoluta realidad y perfección, puesto que es criatura, los sentimientos y sufrimientos del Hombre Dios.

Por otra parte no hubieran sido nunca comprendidos. Estos no lo son. Y en lugar de arrodillarse para bendecir a Dios que os ha concedido poder conocer esto que vale la pena, mucha gente tomará libros y más libros, cotejará, medirá, mirará contra la luz, esperando, esperando, esperando. ¿Qué cosa? Hallar contradicciones con otros trabajos semejantes. Y destruir, destruir, destruir. En nombre de la ciencia (humana), de la razón (humana), de la crítica (humana), de la soberbia tres veces humana. ¡Cuántas obras santas destruye el hombre para construir, con los escombros, edificios no santos! Habéis, pobres hombres, quitado sólo el oro, el oro puro y precioso de la Sabiduría. Y habéis puesto estuco y yeso malamente pintados con polvo dorado que en el transcurso del tiempo y descuido humano, pierde al punto su color, dejando unos hoyitos de suciedad que pronto se deshacen en polvo, dejando en la nada vuestro saber.

¡Oh pobres Tomases que no creéis en otra cosa más que en lo que comprendéis y experimentáis! Por el contrario decid a Dios y tratad de subir pues os doy una mano! Subir en la fe y en el amor. Quise la humillación de los apóstoles para que fueran capaces de ser "padres de las almas". Os lo pido y os hablo sobre todo a vosotros sacerdotes míos. Aceptad humildemente que un laico sea antepuesto a vosotros para que lleguéis a ser "padres de almas". Para todos es esta Obra. Pero como está particularmente dedicado a vosotros este Evangelio en que el Maestro toma de la mano a sus sacerdotes y los conduce consigo entre las filas de los alumnos para que ellos, los sacerdotes, se conviertan en maestros capaces de guiar a sus discípulos, en que el Médico os lleva entre los enfermos, cada hombre tiene su enfermedad espiritual y os muestra los síntomas y la curación!

¡Ánimo pues! Venid a ver. Venid a comer. Venid a beber. No rehuséis. No odiéis al pequeño Juan. Los buenos de entre vosotros recibirán una alegría santa de esta Obra. Los estudiosos sinceros una luz. Los distraídos que no son malos, un gozo. Los malos un medio para desahogar su ciencia mala. Pero el pequeño Juan sólo ha tenido dolor y cansancio por lo cual ahora al término de la Obra, es como una criatura que languidece por enfermedad.

"Y bien! ¿Qué diré a mis amigos entonces y a los suyos: a María de Mágdala, a Juan, a Marta, a Lázaro, a Simón, a los ángeles que le han guardado durante su fatiga? Diré: "El pequeño Juan, nuestro amigo languidece. Vamos a llevarle el agua de las fuentes eternas y a decirle. Ven, pequeño Juan. Contempla tu Sol y levántate. Porque muchos querrían ver lo que estás viendo. Pero sólo a los predilectos está concedido conocer, antes de tiempo, al señor eterno y a sus jornadas en el mundo. Ven. El Salvador con sus amigos, llega a tu morada en espera de que vayas con Él y ellos a la Suya".

Ve en paz. Estoy contigo”.

7 abril 1945. 5 p.m.

15. Jesús se aparece a los apóstoles. Tomás está presente ¹

9 agosto 1944

Dice Jesús:

“Ven pequeño Juan. Como el pequeño Benjamín cuya visión te ha gustado, pon tu mano en la mía, para que te guíe por mis campos de gracias.

Gracias para ti y para los demás. Dones y dones. Porque cada cosa que te descubro o te digo es un gran don. No conoces ni siquiera su valor. No el valor espiritual. Para ti es de valor infinito. Me refiero al valor cultural, histórico, si así te agrada. Son gemas de gran precio. Tú, a la manera de un niño, las encuentras ya en tus manos y las amas por su color variado, pero no sabes valorarlas más que por ser un regalo, por su belleza y porque son pruebas de amor. Otros, por el contrario, más doctos que tú, pero menos amados que tú, te las miran con ansia y con ansia te piden estas gemas espirituales que tu Jesús te regala, y las miran cuidadosamente, las revisan, las valoran más sabiamente que tú, y desearían amarlas como tú las amas. Pero esto es más difícil para ellos que son personas difíciles. No son los párvulos que aman sencilla, escueta y puramente.

Tú no sabes más que amar. Y así siempre permanéceme. Regocíjate con las gemas que te doy y después dalas, generosa y alegremente, a quien está en espera de ellas. Siempre te llenaré tu manita con nuevos tesoros. No tengas miedo. Da, da. Tu Rey tiene arcas inexhaustas para el regocijo de sus pequeñuelos”.

Y empiezo a ver lo que sigue.

Los apóstoles están reunidos en el Cenáculo, alrededor de la mesa donde se celebró la pascua. Pero el lugar que ocupó Jesús, por respeto, ha quedado libre.

Los apóstoles, ahora que no hay quien les indique su propio lugar libre y fraternalmente se sientan donde mejor les parece. Pedro sigue en su lugar. En el lugar de Juan, está Judas Tadeo. Le sigue el de mayor edad de los apóstoles, que no sé todavía cómo se llame², luego Santiago, hermano de Juan, casi en el extremo de la mesa, al lado derecho desde el punto de vista que estoy viendo. Cerca de Santiago, pero en la parte estrecha de la mesa, está sentado Juan. Después de Pedro están Mateo, Tomás; sigue uno cuyo nombre ignoro³, luego Andrés, Santiago, hermano de Judas Tadeo y otro cuyo nombre no conozco⁴. El lado ancho, frente a Pedro, está vacío. Los apóstoles están sentados más juntos de cuanto lo estuvieron en la pascua. Las ventanas están abiertas; lo mismo las puertas. La lámpara con dos mechas, esparce una luz débil sobre la mesa. Lo demás del salón está sumergido en la penumbra.

Juan, que tiene a sus espaldas una alacena, está encargado de llevar a sus compañeros lo que deseen comer, como es, pescado, que está ya sobre la mesa, pan, miel y quesitos frescos. Cuando da la vuelta para llevar a su hermano Santiago el queso que le había pedido, ve al Señor.

Jesús se aparece de un modo muy curioso. La pared que está detrás de los apóstoles, que es de una sola pieza, menos en el ángulo de la puertecilla, se ilumina en el centro, como a la altura de un metro del suelo, con una luz tenue y fosforescente como la que se ve en ciertos cuadros que brillan en la noche. Como si saliese de capas de niebla luminosa, emerge cada vez más clara la figura de Jesús.

¹ Cfr. Ju. 29, 26-29.

² Esto es Bartolomé.

³ Esto es, Felipe.

⁴ Esto es, Simón Zelote

No sé si me expreso bien. Parece que su Cuerpo *mane* a través de la pared, que se abre. Sigue como antes, y sin embargo el Cuerpo pasa. La luz parece ser la primera emanación de su Cuerpo, la señal de que llega. Primero se ve como si estuviese dibujado, con ligeras líneas de luz, como veo en el cielo al Padre y a los santos ángeles: algo *inmaterial*, luego toma la forma material, hasta que aparece como un cuerpo real.

Larga ha sido mi descripción, pero la aparición de Jesús no fue cosa más que de unos segundos.

Jesús está vestido de blanco, como resucitó y se apareció a la Virgen. Hermosísimo, amoroso, sonriente. Los brazos le caen a los lados del cuerpo, un poco separados, las palmas de sus manos viendo a los apóstoles. Las llagas de sus manos parecen dos estrellas de diamantina de que brotan dos rayos vivísimos. No veo los pies ni el costado. Los oculta el vestido, del cual mana luz, donde no se ven las llagas. Al principio parece que el cuerpo de Jesús no sea sino un cuerpo cándido bañado por la luna, luego, cuando ha tomado ya forma correcta, sus ojos, cabellos, piel tiene su color natural. Es Jesús, Jesús el Hombre-Dios, pero más solemne desde que resucitó.

Juan lo ve de este modo. Ningún otro de había dado cuenta, Juan da un salto, deja caer sobre la mesa el plato en que está el queso de forma redonda, apoya las manos a la orilla de la mesa, se inclina un poco oblicuamente, como si se sintiese atraído, a la manera que el imán atrae al hierro, y lanza un, “¡Oh!” apagado, que todos oyen.

Levantán la cabeza de los platos al ruido que produjo el plato que cayó y al salto de Juan. Y al verlo en esa forma estática, lo siguen con los ojos. Vuelven la cabeza, o vuelven sobre sí. Ven a Jesús. Llenos de entusiasmo y felices se ponen de pie. Se dirigen a Él el cual con una sonrisa mucho mayor avanza hacia ellos, caminando en el suelo, como cualquier mortal.

Jesús, que antes había mirado sólo a Juan, y creo que por ello él se haya vuelto al sentirse acariciado por la mirada, mira a todos y dice: “La paz sea con vosotros”.

Todos lo rodean. Algunos de rodillas a sus pies, entre los que están Pedro y Juan. Este besa la extremidad de su vestido y se la pone sobre la cara como si con ella quisiera acariciarse. Otros en pie, pero inclinados, en señal de respeto.

Pedro para poder llegar más pronto, se ha brincado sobre la silla, sin esperar que Mateo, que había salido primero, le dejase el paso libre. Hay qué tener en cuenta que los asientos eran para dos.

El único que se queda como cohibido, es Tomás. Está arrodillado junto a la mesa, pero no se atreve a acercarse, y hasta parece como si buscara ocultarse tras la esquina de la mesa.

Jesús extiende sus manos para que se las besen. Los apóstoles las buscan con ansia sin igual. Jesús vuelve sus ojos sobre la cabeza inclinada, como si buscase al undécimo. Claro que lo ha visto desde el primer momento, pero hace así para darle tiempo de que tenga valor para acercarse. Al ver que el incrédulo apóstol, avergonzado por lo que siente, no se atreve a hacerlo, lo llama: “Tomás. Ven aquí”.

El apóstol levanta la cabeza, sin saber qué hacer, con lágrimas en los ojos, pero no siente valor para acercarse. Baja la cabeza. Jesús da unos pasos a donde está, y vuelve a ordenar: “Ven, aquí, Tomás”

La voz de Jesús es más imperiosa que antes. Tomás se levanta a duras penas y avergonzado se dirige a Jesús.

“Ved a quien no cree si no ve” exclama Jesús, y en voz baja hay un dejo de perdón. Tomás lo siente. Mira a Jesús, y lo ve sonreír. Toma valor y aprisa va hacia Él.

“Ven aquí. Acércate. Mira. Mete tu dedo, si no te basta con mirar, en las heridas de tu Maestro”. Jesús extiende sus manos, se descubre el pecho, muestra la herida.

Ahora la luz no brota más de las llagas. No brota desde el momento en que empezó a caminar como cualquier mortal, al salir de un nimbo de luz. Es como cualquier mortal. Las heridas son reales: dos agujeros irregulares de los cuales el izquierdo llega hasta el meñique, que atraviesan el pulso y la palma en su base, y una herida alargada, que en la parte superior parece tener la forma de un acento circunflejo. Es la herida del costado.

Tomás tiembla, mira, pero no toca. Mueve sus labios, y ni una palabra clara sale de sus labios.

“Dame tu mano, Tomás” ordena Jesús, con una dulzura infinita. Con su mano derecha toma la del apóstol. Le toma el dedo índice, y lo pone en la herida de la mano izquierda. Lo mete bien adentro para hacerle sentir que la palma está atravesada. Después le pone el dedo en el costado. Mejor dicho, le toma los cuatro dedos, en su base, en el metacarpo, y lo coloca sobre la herida del costado. Los mete dentro. No se limita a apoyarlos en el borde. Y en igual posición sigue mirando a Tomás.

Una mirada dura y al mismo tiempo dulce. Luego: “...Mete aquí tu dedo, mete tus dedos, tu mano, si quieres, en mi costado y no quieras ser más un hombre que no cree, sino al revés”. Esto dice mientras hace lo que dije antes.

Tomás –como si el estar cercano al Corazón divino le hubiera dado valor- se atreve a hablar. Sus palabras son entrecortadas. Cae de rodillas al pronunciarlas con los brazos levantados y lágrimas de arrepentimiento: “¡Señor mío y Dios mío!” No dice más.

Jesús lo perdona. Le pone su mano derecha sobre la cabeza y le responde: “Tomás, Tomás, crees ahora porque me has visto... Dignos de alabanza son los que creerán en Mí sin haberme visto. ¡Qué premio les daré, si tengo en cuenta vuestra fe, que ha necesitado verme para creer!...”

Luego pone su brazo sobre la espalda de Juan, toma a Pedro de la mano, y se sienta a la mesa. Ocupa su lugar. Está sentado como en la noche de la pascua. Pero Jesús quiere que Tomás se sienta a continuación de Juan.

“Comed, amigos! Dice Jesús.

Pero nadie tiene hambre. Rebosan de alegría, la alegría de contemplarlo. Jesús toma los quesos esparcidos, los pone en el plato, los corta, los distribuye. El primer pedazo lo da a Tomás y le pasa al mismo tiempo un pedazo de pan. Esto lo hace dándoselo por detrás de la espalda de Juan. Echa vino en las copas, lo da a sus amigos. Ahora Pedro el primero que lo recibe. Luego pide que le den los pedazos de miel, los parte, y da el primer pedazo a Juan con una sonrisa que es más dulce que la blanda miel. Jesús come también de la miel. No más.

Juan, como de costumbre, apoya su cabeza sobre la espalda de Jesús. Jesús lo atrae a su pecho, y en esta posición habla.

“No debéis asustaros, amigos, cuando yo me aparezco. Soy siempre vuestro Maestro que ha compartido con vosotros el pan, la sal y el sueño. Que os eligió porque os ha amado. *También ahora os sigo amando*”. Jesús hace hincapié en las últimas palabras.

“Vosotros” continúa “habéis estado conmigo en mis pruebas... Estaréis también en mi gloria. No bajéis la cabeza. La noche del domingo cuando me aparecí a vosotros por vez primera después de mi resurrección, os he infundido el Espíritu Santo... que también sobre ti, que no estabas presente, descienda... ¿No sabéis que la infusión del Espíritu Santo es como un bautismo de fuego, pues el Espíritu es Amor y el amor borra las culpas? El pecado que cometisteis cuando me abandonasteis, os está perdonado”.

Al decir esto, Jesús besa la cabeza de Juan que *no* lo abandonó. Juan llora de alegría.

“Os he dado el poder de perdonar los pecados, *pero no se puede dar lo que no se tiene*. Debéis convencerlos de que este poder lo tengo completo, y lo empleo en favor vuestro que *debéis* estar limpios en tal forma que podáis limpiar a quien, sucio del pecado, venga a vosotros. ¿Cómo podrá alguien juzgar y limpiar, si es culpable de que se le condene y es culpable de no ser puro? ¿Cómo puede juzgar alguien si tiene las vigas en su ojo, y las pesas infernales en su corazón? ¿Cómo podría decir: “Yo te absuelvo en el nombre de Dios”, si por sus pecados no tuviese a Dios consigo?

Amigos, pensad en vuestra dignidad de sacerdotes. Yo estuve entre los hombres para juzgar y perdonar. Ahora regreso al Padre. Regreso a mi Reino. La facultad de juzgar la sigo teniendo. Mejor dicho, la tengo en mis manos, pues el Padre me la ha conferido. Pero, *juicio terrible, porque llegará cuando será posible al hombre que se le perdone con años de expiación en la tierra*. Todos los hombres, cuando habrán abandonado su mortal cuerpo,

vendrán a Mí. Por la primera vez los juzgaré⁶. Después la raza humana tornará con su vestido que será de carne, que habrá tomado por órdenes celestiales, para separarse en dos partes. Los corderos con su Pastor, los machos cabríos con el que los atormentará⁷. Pero, ¿cuántos hombres habría con su Pastor, si después del bautismo, no hubiera habido quien los perdonase en mi nombre? Por esto, creo sacerdotes. *Para salvar a los que salvé por mi sangre, que es salvadora. Los hombres siguen cayendo en la muerte, una y otra vez.* Es necesario, pues, que quien posee tal potestad, los lave siempre en mi sangre setenta y setenta veces siete, para que no sean presas de la muerte. Vosotros y vuestros sucesores lo haréis. Por esto os absuelvo de *todos* vuestros pecados. Porque tenéis necesidad de *ver*, y la culpa ciega y arrebató al alma la luz de Dios. Porque tenéis necesidad de *comprender*, pues la culpa entorpece porque quita al alma la inteligencia que es Dios. Porque tenéis ministerio de *purificar*, pues la culpa mancha, y quita al espíritu la pureza que es Dios.

Es un gran ministerio el vuestro, juzgar y absolver en nombre mío. Cuando consagraréis para vosotros el pan y el vino, y hagáis que sea mi Cuerpo y mi Sangre, realizaréis una cosa sublime y sobrenatural. Para realizarla dignamente debéis ser puros porque tocaréis a aquel que es la Pureza y os alimentaréis de la carne de un Dios. *Puros de corazón, de inteligencia, de cuerpo y de lengua* debéis ser porque con el corazón amaréis la Eucaristía y no deben mezclarse con este amor celestial, amores profanos que sería un sacrilegio. Puros de mente porque debéis creer y comprender este misterio de amor y la impureza de pensamiento mata la fe y la inteligencia. Queda la ciencia del mundo, pero muere en vosotros la sabiduría de Dios. Puros de cuerpo porque a vuestro pecho bajará el Verbo así como descendió al seno de María por obra del Amor.

Tenéis ante vosotros el ejemplo vivo cómo debe ser un pecho que acoge al Verbo que se hace carne. El ejemplo es la Mujer sin la culpa de origen, y sin culpa personal. Ved cuán pura es la cima del Hermón la que corona todavía la nieve invernal. Desde los Olivos parece un montón de lirios deshojados o de espuma marina que se levantara como en oblación a la blancura de las nubecillas, que arrastra el viento de abril por el firmamento azul. Ved un lirio que abre su corola a una sonrisa de perfume. Y con todo ni una, ni otra pureza son mayores que lo fue la del seno materno que me llevó. Los vientos arrastran polvo que cae sobre la nieve del monte, y sobre el terciopelo de la flor. El ojos humano no lo ve, por lo pequeño que es. Todavía más: ved la perla más pura arrancada del seno del mar, de su concha, para que sirva de adorno a la corona de un rey. Es perfecta en su brillo perfecto que desconoce el contacto profanador de cualquier cosa humana, pues se ha formado en las entrañas de la madre perla, y sólo se encontró entre las azuladas aguas de las profundidades marinas. Y sin embargo esa perla es menos pura que el seno que me llevó. En el centro de la perla está el granillo de arena: un algo microscópico, pero siempre terrestre. En Ella que es la Perla del Mar no existe granillo de pecado, ni siquiera inclinación hacia él. Perla que nació en el Océano de la Trinidad para llevar en la tierra a la segunda Persona. Ella es compacta alrededor de su centro que no es semilla de concupiscencia terrenal, sino chispa de Amor eterno. Una chispa que al encontrar en Ella correspondencia, ha engendrado las maravillas de ese meteoro, que llama y atrae hacia Sí a los hijos de Dios: a Mí, Jesús, Estrella de la mañana. Os propongo esta inviolable pureza como ejemplo.

Después, cual viñadores, cuando metáis las manos en el mar de mi Sangre, e introduzcáis en ella las vestiduras corrompidas de los miserables que pecaron, sed además puros, perfectos para no mancharos con un pecado mayor, esto es, de *más pecados*, regando y tocando sacrílegamente la sangre de un Dios o faltando a la caridad y justicia, al negarla o darla con una severidad que no es de Jesús, el cual fue bueno con los malvados para atraerlos a su corazón, y tres veces bueno con los débiles para darles confianza, al emplear

⁶ Se trata del juicio particular.

⁷ Se trata del juicio universal.

esta severidad tres veces indignamente porque es contra mi voluntad, mi doctrina y la justicia. ¿Cómo se puede ser riguroso con los corderos, cuando se es pastor ídolo?

¡Oh, amados míos! Amigos que mando por los caminos del mundo para continuar la obra que he empezado y que continuará hasta que permanezcan los siglos, recordad estas palabras mías. Os las digo para que las repitéis a los que consagraréis al ministerio para el que os he consagrado.

Veo... Miro en los siglos... El tiempo y las multitudes infinitas de hombres que serán, están ante Mí... Veo... calamidades y guerras, paces mentirosas y hecatombes humanas, odios y robos, sensualidad y orgullo. De vez en vez un oasis: un período en que se vuelve a la cruz. Como un obelisco que señala una senda entre la seca arena del desierto, mi Cruz será levantada con amor, después que el veneno del mal haya inyectado a los hombres con su rabia, y al rededor de ella, plantadas en los bordes de aguas frescas, florecerán las palmas de un período de paz y de bien para el mundo. Los espíritus cual ciervos y gacelas, como golondrinas y palomos, acudirán a aquel descansador, refrescante, sabroso refugio para verse libres de sus dolores y esperar nuevamente. Y estrechará sus ramas como una cúpula para protegerlos de tempestades y resolanas. Alejadas mantendrán a las serpientes y a las fieras con la Señal que pone en fuga al mal¹¹. Así serán mientras vivan hombres sobre la tierra.

Veo a... hombres... mujeres... ancianos, niños, guerreros, estudiosos, doctores, campesinos... Todos vienen y pasan con su fardo de esperanzas y dolores. Veo que muchos vacilan, porque el dolor es demasiado y la esperanza ha sido la primera en caer de la copa y se ha despedazado al dar contra el suelo... Veo que muchos caen sobre los bordes de los caminos porque otros más fuertes los empujan, más fuertes o más afortunados porque su fardo no es tan pesado. Veo que muchos, al sentirse abandonados de quien pasa, y hasta pisoteados, al sentirse morir, llegan a odiar y a maldecir.

¡Pobres hijos! Entre todos estos, heridos por la vida y que pasan o caen, mi Amor ha esparcido *intencionalmente* samaritanos piadosos, médicos buenos, faros en la noche, voces en el silencio, para que los débiles que caen encuentren una ayuda, vuelvan a ver la luz, vuelvan a oír la Voz que dice: “Espera. No estás solo. Sobre ti está Dios. Contigo está Jesús”. He puesto *intencionalmente* estas caridades activas para que mis pobres hijos no vayan a morir en su alma, al perder la divina mansión, y continúan creyendo en Mí que soy la caridad¹², al ver en mis ministros mi reflejo.

Pero, ¡oh dolor que hace que vuelva a sangrar la herida de mi corazón como cuando fue abierto sobre el Gólgota! ¿Qué están viendo mis ojos divinos? ¿No hay acaso sacerdotes entre la multitud infinita que pasan? ¿Por esto sangra mi corazón? ¿Están vacíos los seminarios? ¿Mi divina invitación no resuena más en los corazones? ¿No es capaz el corazón humano de oírla? No. En el correr de los siglos habrá seminarios, y en ellos, levitas. De ellos saldrán sacerdotes porque en su adolescencia mi invitación se hará oír con una voz celestial en muchos corazones, y ellos la seguirán. Pero con la juventud y la madurez oirán otras voces, y la mía no se escuchará más. Mi voz que habla en los siglos a sus ministros, para que sean siempre lo que vosotros sois ahora: los apóstoles en la escuela de Jesús. El vestido lo siguen teniendo, pero el sacerdote ha muerto. Durante el correr de los siglos a muchos sucederá esto. *Sombras inútiles y borrosas no serán fermento de masa, cuerda que jale, fuente que quite la sed, trigo que quite el hambre, corazón que sepa compadecer, luz en las tinieblas, voz que repita lo que el Maestro le ordena. Sino que serán para la pobre raza humana un peso de escándalo, un peso mortal, parásitos, putrefacción...* ¡Horror! ¡En el futuro los más grandes Judas, los tendré entre mis sacerdotes!

Amigos: estoy en la gloria y sin embargo lloro. Tengo compasión de estas multitudes infinitas, grises sin pastores o con muy pocos. Siento una piedad infinita. Pues bien: lo juro por mi divinidad que les daré pan, agua, luz, voces, que los elegidos a esta obra no quieren

¹¹ Cfr. Ex. 9; Mt. 24, 29-31.

¹² Cfr. Is. 54, 4-10; 1 Ju. 4, 7-16.

hacer. Repetiré en el correr de los siglos el milagro de los panes y de los pescados. *Con pocos, con unos pescadillos y con trozos de pan: almas humildes y laicas, daré de comer a muchos y se saciarán, y habrá para los siguientes*, porque “tengo compasión de este pueblo” y no quiero que perezca.

Benditos los que merecerán ser tales. *No serán benditos por ser tales, sino porque lo habrán merecido con su amor y sacrificio. Y tres veces benditos los sacerdotes que permanecerán apóstoles: pan, agua, luz, voz, descanso, y medicina de mis pobres hijos. Resplandecerán en el cielo con una luz especial. Os lo juro, Yo que soy la Verdad.*

Levantémonos, amigos, y venid para que os enseñe una vez más cómo orar. *La oración es la que alimenta las fuerzas del apóstol porque lo une con Dios*”

Jesús se pone de pie y se dirige a la escalerilla.

Y cuando está a la base, se vuelve y me mira. ¡Oh, Padre! ¡Me mira! ¡Piensa en mí! ¡Busca a su pequeña “voz” y la alegría de estar con sus amigos no le impide acordarse de mí! Me mira por encima de las cabezas de los discípulos, me envía una sonrisa. Levanta su mano, me bendice y me dice: “La Paz sea contigo”.

La visión ha terminado.

16. Jesús resucitado en Getsemaní

11 abril 1947

Los apóstoles se ponen sus mantos y preguntan: “¿A dónde vamos, Señor?”

Cuando se dirigen a Jesús no lo hacen con tanta familiaridad como antes de la pasión. Si se pudiese decir, parece como si hablasen con su *alma arrodillada*. Más bien que la actitud del cuerpo, siempre un poco inclinado en señal de reverencia, más que el no atreverse a tocarlo, más que la alegría que experimentan cuando los toca, besa, o a uno en particular dirige su palabra, es su actitud, un algo que no se puede describir, pero que es tan claro. Su espíritu no puede entrar en las mismas relaciones de antes, y su espíritu no deja de influir en su posición para con Jesús resucitado.

Antes era el “Maestro”. El Maestro que su fe creía ser Dios que estaba junto a sus sentidos, pues era hombre. Ahora es el “Señor”. Es Dios. No hace falta hacer actos de fe para creerlo. La evidencia no los necesita. Él es Dios. Es el Señor a quien el Señor dijo: “Siéntate a mi derecha”¹, y lo ha proclamado con sus palabras y con el prodigio de la resurrección. Dios como el Padre. Es el Dios que abandonaron por miedo, después que tanto bien habían recibido de su mano...

Lo miran siempre con esa mirada de veneración con la que un *verdadero* creyente mira la Hostia en el ostensorio, o en las manos del sacerdote que la eleva en la misa. Es su mirada que quiere ver el rostro amado, mucho más bello que antes, está también la expresión de quien *no se atreve* a ver, de quien no osa quedarse mirando... El amor lo empuja a que sus ojos se claven en el Amado, el temor hace bajar inmediatamente los párpados y la cabeza como si un relámpago los ofuscase.

En realidad, aun cuando Jesús sea el mismo, después de su resurrección, no es el mismo al mismo tiempo. Al mirarlo es diverso. Los rasgos de su rostro, el color de sus ojos y cabellos, su estatura, las manos, los pies son los mismos, y sin embargo diversos. Es igual su voz y sus modales, y sin embargo es diverso. Es un cuerpo verdadero, tanto que estorba la luz del sol crepuscular que ilumina por última vez la habitación, al pasar por la ventana. Su alto cuerpo arroja la sombra al pasar y sin embargo es diverso. Sigue siendo afable, atractivo.

Se ve revestido de una majestad nueva, en vez de la humilde. No es el Maestro agotado, exhausto. No hay rastro en Él de los últimos días. No se le ve señal alguna de cansancio físico

¹ Cfr. Sal. 109, 1.

y moral que lo envejecía. Su aire de aflicción, de súplica, que parecía decir: “¿Por qué me rechazáis? Acogedme...” no existe más. El Jesús resucitado parece hasta más alto y robusto, libre de todo peso, seguro, victorioso, majestuoso, divino. Ni siquiera cuando enseñaba es igual ahora. No despidе luz. No despidе como en la Transfiguración y como en las primeras apariciones después de su resurrección. Y sin embargo es luminoso. Es verdaderamente el cuerpo de Dios con la belleza de los cuerpos glorificados. Atrae e infunde temor al mismo tiempo.

Tal vez sean las heridas, tan claras en las manos como en los pies, que infunden un respeto profundo. No lo sé. Lo que sí es que los apóstoles, pese a que sea tan dulce con ellos, y trate de crear nuevamente la atmósfera de otros tiempos, son diversos. No son ya los tercios y los que hablaban a cada momento. Ahora hablan poco, y si no responde, no insisten. Si sonríe a todos, o a uno de ellos, no se atreven a corresponder a su sonrisa. Si, como lo está haciendo ahora, extiende su mano para tomar su candidísimo manto, ninguno corre a ayudarlo como antes cuando se disputaban el honor de hacerlo. Parece como si tuvieran miedo de tocar su vestidura y su cuerpo. Debe ordenar, como ahora lo hace: “Ven, Juan. Ayuda a tu Maestro. Estas heridas son verdaderas heridas... y las manos heridas no son ágiles como antes...”

Juan obedece y ayuda a Jesús a ponerse su amplio manto. Parece como si vistiese a un Pontífice por los gestos majestuosos que asume, procurando no tocarle las manos en que se ven las llagas. Pero, por más cuidado que pone, le toca la izquierda, y como si a él le hubiesen hecho daño, grita, señalando con sus ojos el dorso de la mano bendita, como si temiese que de ella fuera a manar sangre, pues, ¡tan viva es la herida!

Jesús le pone la mano derecha sobre la cabeza diciendo: “Tuviste más valor cuando me tomaste entre tus brazos cuando me bajaron de la cruz. Entonces brotaba más sangre, tanto que te mancharon los cabellos. Un rocío nuevo nocturno sobre el ser que me ama. Me tomaste como un racimo de uvas... ¿Por qué lloras? Te he dado mi rocío de mártir. Sobre mi cabeza esparciste tu rocío de compasión. Entonces sí que tenías razón de llorar... No ahora. ¿Y por qué lloras, Simón Pedro? No me has hecho ningún mal en la mano. No me viste muerto...”

“¡Ah, Dios mío! ¡Por esto lloro! Por mi pecado”.

“Te he perdonado, Simón de Jonás”.

“Pero yo no me perdono. No. Nada hará que cese mi llanto, ni siquiera tu perdón”.

“Pero mi gloria, sí”.

“Tú glorioso, yo pecador”.

“Tú, glorioso, después de haber sido mi pescador. Tendrás una gran pesca, abundante, milagrosa, Pedro. Y luego te diré: “Ven al banquete eterno”. Y no llorarás más. Pero, todos tenéis ojos preñados en lágrimas. Tú, Santiago, hermano mío, está allí en ese rincón como si hubieras perdido todos los bienes. ¿Por qué?”

“Porque no esperaba que... ¿Te duelen las heridas? ¿Las sientes todavía? Esperaba que todo dolor hubiera desaparecido de Ti, que toda señal hubiera desaparecido. Que no la viéramos nosotros, nosotros los pecadores. ¡Esa llagas!... ¡Qué dolor al verlas!”

“Tienes razón, ¿por qué no las has borrado? En Lázaro no quedó ninguna señal... esas llagas son un reproche. Gritan con terrible fuerza. Infunden más temor que los rayos del Sinaí”³ dice Bartolomé.

“Nos echan en cara nuestra cobardía. Huimos cuando te las infligían...” dice Felipe.

“Y cuanto más se miran, tanto más la conciencia nos reprocha nuestra falta de valor, nuestra necedad, nuestra incredulidad” confiesa Tomás”

Para que nos sintamos nosotros y este pueblo pecador tranquilos, pues moriste y has resucitado para el perdón del mundo, borra esas acusaciones, ¡oh Señor!” suplica Andrés.

“Son la salvación del mundo. Las abrió el mundo que odia, pero el Amor las ha convertido en medicina y luz. Por medio de ellas la culpa fue enclavada. Por medio de ellas todos los

³ Cfr. Ex. 19, 16 – 20-21.

pecados de los hombres fueron suspendidos y levantados, para que el fuego del Amor los consumase sobre el verdadero altar. Cuando el Señor ordenó a Moisés construir el arca y el arca de los perfumes⁴, ¿no quiso acaso que tuviesen anillos con los que pudiesen ser levantados y llevados donde Él mandase? También Yo he sido perforado. Soy más que el arca y el altar. He quemado el perfume de mi caridad por Dios y por el prójimo, y cargué el peso de todas las iniquidades del mundo. Y el mundo *debe* recordar esto, recordar lo que ha costado a un Dios, recordar lo que las culpas producen, recordar que sólo en Uno existe la salvación: en el que fue atravesado⁵. Si el mundo no viese mis ensangrentadas llagas, muy pronto olvidaría que por sus culpas un Dios había sido inmolado; olvidaría que verdaderamente he muerto en el tormento más atroz; olvidaría cuál es el bálsamo para sus heridas. Su bálsamo se encuentra aquí. Venid a besarlas. Cada beso es un aumento de purificación y gracia para vosotros. En verdad os digo que la purificación y la gracia jamás son suficientes, para que el mundo consuma lo que el cielo infunde, y es menester compensar con el cielo y sus tesoros las ruinas del mundo. Yo soy el cielo. Todo el cielo está en Mí, y los tesoros celestiales manan de mis llagas abiertas”.

Extiende sus manos para que se las besen los apóstoles, y hace que los labios temerosos de causarle algún dolor, fuertemente se opriman sobre ellas.

“No es esto lo que causa el dolor. El dolor lo produce otra cosa...”

“¿Cuál, Señor? Pregunta Santiago de Alfeo.

“De haber muerto *inútilmente* por muchos... Pero vayámonos. Más bien, adelantaos. Vamos a Getsemaní... ¡Qué! ¿Tenéis miedo?”

“No por nosotros, Señor... Es que los grandes de Jerusalén te odian mucho más que antes”.

“No tengáis miedo. Ni por vosotros. Dios os protege. Ni por Mí. Han terminado todas las miserias del mundo a que me sujeté. Voy con mi Madre y luego os alcanzaré. Tenemos qué borrar muchas cosas horribles que el odio trajo consigo y lo haremos con el amor, el antídoto de la culpa... ¿Veis? Vuestro beso borra y templó el dolor y las consecuencias de los clavos en la carne viva. Y lo que haremos, borrará las señales horribles, santificará los lugares que las culpas han profanado, para que al verlos no os causen demasiado dolor...”

“¿Vamos a ir también al Templo?” En varias caras el pavor se dibuja. “No. Lo santificaría con mi presencia, y no se puede. Podría haberlo sido, pero no ha querido. *No hay más redención para él*. Es un cadáver que rápidamente se descompone. Dejémoslo con sus muertos. Que lo entierren. Es verdad que los leones abrirán su sepulcro y las aves de rapiña su cadáver, y no quedará ni el esqueleto, pues no quiso la vida”.

Jesús sube por la escalinata y sale. Los otros en silencio lo imitan. Pero cuando ponen pie en el corredor que hace de vestíbulo, Jesús desaparece. La casa está silenciosa y desierta. Todas las puertas cerradas.

Juan señala la salida que hay frente al cenáculo y dice: “María está allí. Siempre. Como en un éxtasis continuo. Su rostro refule con una luz inefable. Es la alegría que irradia de su corazón. Ayer me decía. “Piensa, Juan, cuánta felicidad se ha derramado por todos los reinos de Dios”. Le pregunté: “¿Cuáles reinos?” Pensaba que supiese Ella alguna revelación maravillosa acerca del Reino de su Hijo, vencedor también de la muerte. Me contestó: “En el paraíso, en el purgatorio, en el limbo. Perdón a los que purgaban, facultad de subir al cielo a todos los justos y perdonados. El paraíso poblado de bienaventurados. Dios glorificado en ellos. Nuestros parientes allá arriba, en medio del júbilo. Y también felicidad al reino que está en la tierra, donde ahora resplandece la señal, y ha sido abierta la fuente que vence a Satanás y borra la culpa y las culpas. No sólo paz a los hombres de buena voluntad, sino también redención y reelección para ser hijos de Dios. Veo a multitudes, ¡oh, cuántas!, que bajan a esta fuente y se sumergen en ella para salir renovadas, hermosas, con vestiduras de nupcias,

⁴ Cfr. Ex. 25, 10-22; 30, 1-10; 37, 1-9, 25-29.

⁵ Cfr. Zac. 12, 9 – 13, 1; Hech. 4, 8-12.

con vestidos reales. Las nupcias de las almas con la gracia, la realeza de ser hijos del Padre y hermanos de Jesús””.

Salen hablando y se alejan mientras la tarde va cayendo.

Las calles no están muy transitadas sobre todo a esta hora, en que la gente se reúne a cenar. Jerusalén, después de los ríos de gente que la inundan durante la Pascua y que se ha ido, parece más vacía de lo acostumbrado. Tomás lo nota y lo dice.

“Así es. Los forasteros, aterrorizados, la han abandonado precipitadamente después del viernes, y los que se quedaron, pese al miedo que tenían, han huido con el segundo terremoto, que fue ciertamente cuando el Señor resucitó. Los que no eran gentiles también huyeron. Muchos, y los de buena fe, ni siquiera consumaron el cordero, y tendrán qué regresar para la pascua suplementaria⁸. También algunos habitantes de la ciudad se han ido o se han alejado, algunos para transportar a sus muertos, que perecieron en el terremoto de la Parasceve, otros por el miedo a la ira de Dios. La amenaza ha sido dura” dice Zelote.

“Y bien merecida. ¡Que los rayos, y las piedras caigan sobre todo los pecadores!” impreca Bartolomé.

“¡No te expreses así! Más que los demás, somos nosotros los merecedores de los castigos celestiales, pues también somos pecadores... ¿Os acordáis de este lugar?... ¿Cuánto tiempo hace? ¿Hace diez días... diez años... diez horas? Mi pecado me parece tan lejano y tan próximo... que no sé qué pensar... ¡Soy un tonto! Estábamos tan seguros de nosotros mismos, éramos belicosos, nos sentíamos héroes. ¿Y luego? ¡Ah!...” y Pedro se pega con la mano en la frente y señala, pues están en la plazoleta: “Ved. Allí tenía yo miedo”.

“Basta Simón, basta. Él te ha perdonado. Y antes que Él, la Virgen. Tú te atormentas” le reprende Juan.

“¡Oh si así fuese! Tú, Juan, sostenme siempre. ¡Siempre! Porque sabes guiar. Él te confió a su Madre. Es justo. Pero yo, vil gusano y mentiroso, tengo más necesidad que María de ser guiado. Porque tengo escamas en los ojos y no veo...”

“Sin dudas las tendrás si te portas así. Te quemarás las pupilas, y el Señor no te las curará...” le responde Juan, abrazándolo por la espalda para consolarlo.

“Me bastaría ver bien con el alma. Los... ojos poco valen”.

“Pero valen para mucho. ¿Qué harán, entonces, los enfermos? ¿Viste aquella mujer ayer, cómo estaba desesperada?” pregunta Andrés.

“Sí...” Se miran mutuamente y luego dicen: “Ninguno de nosotros se sintió capaz de imponerle las manos...” La humildad de lo pasado los amilana. Tomás dice a Juan: “Tú podrías haberlo hecho. Tú no huiste, ni negaste, ni has sido un incrédulo...”

“También tengo mi pecado. Y es también contra el amor como lo es el vuestro. Cerca del arco de la casa de Josué, aprisioné por el cuello a Elquías, y lo habría estrangulado, porque ofendió a la Virgen. He odiado y maldecido a Judas de Keriot” confiesa Juan.

“¡Cállate! No pronuncies ese nombre. Es de un demonio y me parece como si todavía no estuviera en el infierno, que ande con nosotros, para pequeños otra vez” habla aterrorizado Pedro.

“¡Oh, él está ya muy bien en los infiernos! Pero aunque estuviese aquí, su poder ya se acabó. Tuvo todo para haber podido ser ángel, y fue un demonio, y Jesús ha vencido al diablo” dice Andrés.

“Será así... pero es mejor no nombrarlo. Tengo miedo. Ahora comprendo cuán débil soy. Pero tú, Juan, no te sientas culpable. Todos los hombres maldecirán al que entregó al Maestro”.

“¡Y con toda razón!” afirma Judas Tadeo que nunca hizo migas con Iscariote.

“No. María, ha dicho que le basta el juicio de Dios, y que debemos fomentar un solo sentimiento de gratitud de no haber sido nosotros los traidores. Y si Ella no maldice, Ella, la Madre que vio los tormentos de su Hijo, ¿debemos hacerlo nosotros? Olvidémoslo...”

⁸ Cfr. Núm. 9, 10-11.

“¡Seríamos unos tontos!” exclama su hermano Santiago.

“Y sin embargo es la palabra del Maestro por los pecados de Judas...” Juan guarda silencio y suspira.

“¿Qué cosa? ¿Hay otros? Tú sabes... habla”.

“He prometido olvidar, y me esfuerzo en hacerlo. Respecto a Elquías... no estuvo bien... pero aquel día cada uno de nosotros tenía su ángel y su demonio, y no siempre di oídos al ángel de la luz...”

Dice Zelote: “¿Sabes de Nahum está paralítico y que su hijo quedó aplastado por una parte de muro o de un deslave de monte? Así. El día en que murió Él. Se le encontró más tarde. ¡Oh, muy tarde, cuando ya apestaba! Lo descubrió uno que iba al mercado. Nahum estaba con los de su calaña, y no sé qué le cayó encima, si un mazazo o un golpe. Lo que sé es como si estuviera despedazado y que no comprende nada. Parece una bestia. Babea, aúlla, y ayer con la única mano sana tomó de la garganta a su... patrón, que había ido a verlo y le gritaba, le gritaba: “¡Por su culpa! ¡Por su culpa!” Si no hubieran acudido los siervos...”

“¿Cómo lo supiste, Simón?” preguntan a Zelote.

“Ayer vi a José” responde lacónicamente.

“Veo que el Maestro tarda en venir. Estoy preocupándome” dice Santiago de Alfeo.

“Regresemos” propone Mateo.

“O esperemos ahí en el puentecillo” dice Bartolomé.

Se detienen. Pero los dos Santiagos, Andrés y Tomás vuelven, pensativos miran al suelo, miran las casas. Andrés pálido, señala con el dedo la pared de una casa donde se nota, en lo blanco de la cal, una mancha rojiza: “¡Es sangre! Sangre del Maestro, tal vez. ¿Había empezado aquí a perder sangre? ¡Oh, decidme!”

“¿Y qué quieres que te digamos, si ninguno de nosotros lo siguió?” responde desconsolado Santiago de Alfeo.

“Pero mi hermano y sobre todo Juan, lo siguieron...”

“No inmediatamente. Me ha dicho Juan que lo siguieron desde la casa de Malaquías en adelante. Aquí no estuvo *ninguno* de nosotros...” dice Santiago de Zebedeo.

Como hipnotizados miran la mancha, que es grande, muy arriba del suelo. Tomás observa: “Ni siquiera la lluvia la ha lavado. Ni siquiera el granizo que cae tan fuerte en estos días lo ha arrancado... Si supiese que esa sangre es suya, la quitaría de allí...”

“Preguntémosles a los de la casa. Tal vez sepan...” propone Mateo que los ha alcanzado.

“No. Nos podrían conocer por sus apóstoles; pueden ser enemigos del Mesías y...” objeta Tomás.

“Nosotros todavía somos cobardes...” concluye Santiago de Alfeo con un gran suspiro.

Poco a poco se han acercado a la pared y miran... Pasa una mujer, una rezagada que viene de la fuente con sus cántaros que chorrean agua fresca. Los mira atentamente, les grita: “¿Estáis viendo esa mancha sobre la pared? ¿Sois discípulos del Maestro? Me parece que lo sois, aunque el miedo se dibuja en vuestras caras... aunque no os vi detrás del Señor cuando pasó por aquí cerca, cuando lo llevaban a la muerte... Lo que me hace pensar es que un discípulo que sigue al Maestro cuando todo va bien, y que se gloria de ello, que está dispuesto a dejar todo por seguir al Maestro, debe también seguirlo cuando le va mal. Yo no os vi. No. Y si no os vi, señal es que yo, una mujer de Sidón, fui detrás de Aquel a quien sus discípulos no siguieron. Él me hizo un gran favor. Vosotros... ¿vosotros no recibisteis nada de Él? Me extraña porque hacía bien a gentiles y samaritanos, a pecadores y aun a ladrones al darles la vida eterna, si bien es que no podía darles la del cuerpo. ¿No os amaba acaso? Entonces señal que sois peores que escorpiones y que hienas apestosas, aun cuando creo verdaderamente que Él fue capaz de amar aun a las víboras y a los chacales, no por lo que son, sino porque su Padre los crió. Lo que veis es sangre. Sí, sangre. Sangre de una mujer de la costa del gran mar. Una vez fueron tierras filisteas, y los habitantes son despreciados todavía por los hebreos, y con todo ella supo defender al Maestro hasta que el marido la mató arrojándola con tanta fuerza, después de haberla golpeado, de modo que se le abrió la

cabeza, se le salieron los sesos, y quedó estampada con su sangre sobre la pared de su casa donde ahora lloran sus hijos huérfanos. Pero había recibido un beneficio del Maestro, le había sanado a su marido que moría de una enfermedad inmundada. Por este beneficio amaba al Maestro, y lo amó hasta morir por su causa. Lo precedió en el seno de Abraham, según habláis vosotros. También Analía lo precedió, y hubiera muerto por Él, si la muerte no se le hubiese anticipado. También una mujer que era madre, lavó con su sangre el camino, con la sangre de su vientre que su perverso hijo le abrió, por defender al Maestro. Y una anciana murió de dolor cuando lo vio pasar herido, a Él que le había devuelto la vista a su hijo. Un viejo, un mendigo murió porque salió a su defensa, y recibió en su cabeza la pedrada que era destinada a dar en la de vuestro Señor. Pensáis que era tal, ¿no es verdad? Los valientes de un rey mueren a su alrededor. Pero ninguno de vosotros murió por Él. Estabais lejos de los que lo golpeaban. ¡Ah, no! ¡Uno murió!. Pero no de dolor, ni por haber defendido al Maestro. Primero lo vendió, luego lo señaló con un beso, y finalmente se suicidó. No le quedaba otra cosa que hacer. No podía aumentar su iniquidad. Estaba completa, como la de Belcebú. El mundo lo habría lapidado para que la tierra se viese libre de él. Y creo que esa mujer compasiva que murió por impedir que le pegasen al Maestro, creo que la vieja Ana que murió de dolor al verlo en esa forma, que el viejo mendigo, que la madre de Samuel, que la doncella que murió, y que yo que no puedo subir al templo porque me da dolor ver la muerte de los corderos y de las tórtolas, creo, repito, que habríamos tenido valor para lapidarlo, y no nos hubiera pesado al verlo deshecho con nuestras pedradas... Él lo sabía, y quiso que el mundo no manchase sus manos con su sangre. Quiso que no hubiera verdugos que vengasen al Inocente..."

Los ha estado mirando con un desprecio cada vez mayor, según ha venido hablando. Sus ojos grandes y negros, tienen la dureza del rapaz que mira un grupo que no puede, ni sabe reaccionar... Entre dientes le sale la última palabra: "¡Bastardos!" Recoge sus cántaros y se va, satisfecha de haber vomitado su desprecio contra los discípulos que abandonaron al Maestro...

Éstos quedan aniquilados. Con la cabeza agachada, los brazos caídos, sin fuerza... La verdad los aplasta. Meditan sobre las consecuencias de su cobardía... No dicen nada... No se atreven a mirarse. Ni siquiera Juan y Zelote, los únicos que no fueron cobardes, están como los demás tal vez por el dolor que sienten al ver que no pueden curar la herida producida por la mujer en el corazón de sus compañeros...

La oscuridad cubre el camino. La luna, ya en sus últimos días, sale tarde y el crepúsculo se echa más pronto sobre la tierra. El silencio es absoluto. Ni un ruido, ni una palabra humana. En el silencio sólo el murmullo del Cedrón se escucha, de modo que cuando resuena la voz de Jesús, los hace sobrecogerse de temor, la voz que no es más que dulzura y que dice: "¿Qué estáis haciendo aquí? Os esperaba entre los olivos... ¿Por qué estáis viendo cosas muertas cuando os espera la Vida? Venid conmigo". Parece como que Jesús ha venido de Getsemaní en su busca. Se detiene a su lado.

Mira la mancha que todavía sigue atrayendo las miradas de los apóstoles y dice: "Esa mujer está ya en la paz. Ha olvidado el dolor. ¿Que no piensa en sus hijos? No. Lo hace mucho mejor. Los santificará porque no pide otra cosa a Dios".

Se encamina. Lo siguen en silencio.

Jesús se vuelve y dice: "Por qué decís dentro de vuestros corazones: "¿Y por qué no pide que se convierta su marido? No es santa, si lo odia..." No lo odia. Lo perdonó cuando la mataba. Alma que entra en el reino de la luz, ve con sabiduría y justicia. Y ella ve que su marido ni se convertirá, ni será perdonado. Vuelve ahora su plegaria en favor de quien puede conseguir el bien. No es mi sangre, no. Y sin embargo perdí mucha por este camino... Las pisadas de mis enemigos la han borrado al mezclarse con el polvo y suciedad. La lluvia la ha hecho desaparecer, pero hay algo que puede verse... porque manó tanto que ni los pasos, ni el agua han borrado del todo. Caminaremos juntos y veréis mi sangre derramada por vosotros..."

“¿A dónde? ¿A dónde quieres ir? ¿Al lugar donde lloró? ¿Al Pretorio?...” se preguntan.

Juan dice: “Dos días después del sábado, Claudia se fue, y según rumores, disgustada y hasta cansada de estar junto a su marido... El soldado de la lanza me lo dijo. Claudia no quiere tener ninguna responsabilidad de ello con su marido, porque ella lo había prevenido de no perseguir a Jesús, y que era mejor que fueran perseguidos por los hombres que por el Altísimo que envió a su Mesías. Tampoco está Plautina, ni Lidia. Se fueron con Claudia a Cesarea. Valeria se ha ido con Juana a Béter. Si estuvieran podríamos entrar. Pero ahora... no sé... También falta Longinos que fue escoltando a Claudia...” dice Juan.

“Será el lugar donde viste que la hierba estaba bañada con sangre...”

Jesús que camina adelante, se voltea y dice: “Al Gólgota. Hay tanta que el polvo parece como si se hubiera hecho tan duro como una piedra. Y hay quienes se os han adelantado...”

“¡Es un lugar inmundo!” grita Bartolomé.

Jesús con una sonrisa compasiva responde: “Cualquier lugar de Jerusalén después del horrible pecado es inmundo, y sin embargo no os preocupáis de otra cosa fuera del miedo que sentís por la gente...”

“Han muerto siempre ahí ladrones...”

“He muerto Yo, y para siempre lo he santificado. En verdad os digo que hasta el fin de los siglos no habrá lugar más santo que ese, y que a él vendrán de toda la tierra a besar su polvo. Ya hay alguien que os ha precedido. Sin temer las burlas y amenazas, sin temer a contaminarse. Y quien os precedió tenía doble motivo de temer”.

“¿Quién fue, Señor?” pregunta Juan al que Pedro pega con el codo por las costillas para que pregunte.

“Magdalena. Así como recogió las flores que hollaron mis pies cuando entraba, antes de la pascua, en su casa, cual recuerdo de júbilo y que distribuyó entre las compañeras, así ahora ha subido al calvario, con sus manos ha excavado en la tierra que se endureció con mi sangre, la ha depositado en manos de mi Madre. No ha tenido miedo. Era conocida como la ‘pecadora’ y como la ‘discípula’. Y la que tomó entre sus manos esa tierra, no temió contaminarse. Mi sangre ha borrado todo. Santo es el suelo donde cayó. Mañana, antes de la hora sexta, subiré al Gólgota. Os alcanzaré. Pero quien quiera ver mi sangre, ahí la tiene”. “Señala el balaustre del puentecillo: “Aquí mi boca pegó y brotó sangre... De ella no habían brotado más que palabras santas y palabras de amor. ¿Por qué entonces fue golpeada? Y no hubo nadie quien la hubiera curado con un beso...”

Entran en Getsemaní. Jesús tiene qué abrir antes un cerrojo que impide la entrada al huerto de los Olivos. Un cerrojo nuevo. Una fuerte empalizada, con estacas agudas, alta, con su nueva cerradura. Jesús tiene la llave, que es tan nueva que resplandece el metal. Abre el cerrojo sirviéndose de la luz que despide una rama que Felipe ha encendido para ver, pues ya es noche.

“No estaba antes ¿por qué ahora?...” murmuran entre sí al notar el cerco que separa el Getsemaní. “Ciertamente Lázaro no quiere a nadie aquí. Mira allá. Piedras, ladrillos, cal. Ahora es de leño, después será una pared...”

Jesús dice: “Venid. No os ocupéis de cosas muertas, os lo digo... Ved. Aquí estuvisteis... Aquí me rodearon y aprehendieron. De allí huisteis... Si hubiera estado este cinto antes, no hubierais podido huir prontamente. Pero, ¿cómo iba a pensar Lázaro que se moría de ansias por seguirme, que ibais a huir? ¿Os hago sufrir? Primero sufrí Yo. Quiero borrar aquel dolor. Bésame Pedro...”

“¡No, Señor, no! Repetir lo que hizo Judas, aquí, a la misma hora, ¡no, no, no!”

“Bésame. Tengo necesidad de que hagáis con amor sincero lo que Judas hizo. Después seréis felices. Acércate, Pedro. Bésame”.

No sólo lo besa. Con sus lágrimas lava la mejilla del Señor. Se retira cubriéndose la cara y se sienta en el suelo para llorar. Los demás, uno tras otro, lo besan en el mismo lugar. Quién más, quien menos tiene lágrimas en los ojos...

“Ahora vámonos. Os retiré de Mí aquella noche después de que os robustecí con mi Cuerpo, y por pocas horas. Pero pronto caísteis. Recordad siempre cuán débiles fuisteis y que sin la ayuda de Dios no podríais permanecer en la justicia ni siquiera una hora. Ved. Aquí dije que vigilasen los que se creían los más fuertes, fuertes que creyeron podrían beber de mi cáliz, y que dijeron que estaban dispuestos a cualquier sacrificio antes que negarme. Los dejé, diciéndoles que vigilasen... Los dejé y se echaron a dormir. Recordad y enseñad a los otros que quien se separa de Jesús, que quien no se mantiene en contacto con Él por medio de la oración, cae en el sopor y puede ser apresado. Si no os hubiera despertado, os hubieran podido haber matado en el sueño y comparecer ante el juicio de Dios, cargados con vuestra flaqueza humana. Venid... Ved. Baja, Felipe, la tea. Ved. Quien quiera ver sangre mía, que mire. Aquí, en medio de la mayor angustia, semejante a la del agonizante, sudé sangre. Mirad... La tierra está dura, La hierba está manchada porque la lluvia no pudo disolver los coágulos que se secaron entre los tallos y las corolas. Ved. Allí me apoyé, y aquí el ángel del Señor estuvo para darme fuerzas a cumplir con la voluntad de Dios. Recordad, si queréis hacer siempre la voluntad de Dios, que donde la criatura no puede resistir, Dios viene con su ángel a sostener al héroe desfallecido. Cuando os encontréis en medio de angustias, no temáis de caer en la cobardía o perjurio si persistís en querer lo que Dios quiere, Dios hará que seáis gigantes de heroísmo si le sois fieles. Recordadlo, recordadlo. Una vez os dije que, después de las tentaciones en el desierto, los ángeles me auxiliaron. Ahora sabed que también, después de la más grande tentación, un ángel me auxilió. Y esto mismo sucederá a vosotros, y a todos mis fieles. Porque en verdad os digo que los auxilios que tuve, también vosotros los tendréis. Yo mismo os lo alcanzaría, si el Padre en su amorosa justicia, no os lo concediese. Sólo el dolor será siempre inferior al mío... Sentaos. Allá en el oriente se asoma la luna. Habrá luz. No creo que esta noche dormiréis aun cuando todavía sois no más que seres humanos. No, no dormiríais porque ha entrado en vosotros un elemento que antes no teníais. El remordimiento. Tortura, verdad, pero que sirve para pasar a otros estadios más altos, sea para bien como para mal. En Judas de Keriot, que se alejó de Dios, produjo la desesperación y su condenación. En vosotros, que no habéis salido jamás de las cercanías de Dios —os lo aseguro, porque en vosotros no existía la voluntad ni la advertencia clara de lo que hacíais— producirá un arrepentimiento de confianza que os llevará a la sabiduría y a la justicia. Quedaos donde estáis. A la distancia del tiro de una piedra me retiro en espera del alba”.

“¡Oh, no nos dejes, Señor! Tú has dicho lo que somos, lejos de Ti” suplica Andrés de rodillas, con las manos juntas, como si pidiese una limosna de piedad.

“Tenéis el remordimiento. Es un buen amigo en los buenos”.

“No te alejes, Señor. Nos dijisteis que oraríamos juntos...” suplica Tadeo que se atreve a comportarse como pariente. En señal de veneración tiene la cabeza un poco inclinada.

“¿Y el meditar no es acaso la oración más activa? ¿Y no os he hecho contemplar y meditar, y no os he dado tema de reflexión desde que os alcancé en el camino y os he estado moviendo vuestros corazones para fomentar actos de santos sentimientos? *En esto consiste la oración: en ponerse en contacto con el Eterno y con las cosas que sirven para que el espíritu vaya mucho más allá de la tierra; de la contemplación de las perfecciones de Dios, de la miseria del hombre, del propio ser, suscitar actos de una voluntad amorosa o reparadora, y siempre pronta a adorar, aun cuando si dicha voluntad parte de la consideración de una culpa o de un castigo. Si saben usarse, sirven mal o bien para el bien último. Os lo he dicho muchas veces. El pecado es un mal insanable si no le sigue el arrepentimiento y la reparación. En caso contrario, con la contrición del corazón se hace dura la mezcla para tener compactos los fundamentos de la santidad, cuyas piedras son las buenas resoluciones. ¿Podéis unir piedras sin mortero? Sin esto que aparentemente es feo, pero sin el cual las hermosas piedras, los relucientes mármoles no podrían estar unidos para formar edificios*”.

Jesús hace como que se quiere ir.

Juan, al que en voz baja han hablado su hermano, el otro Santiago, Pedro y Bartolomé, se levanta y sigue diciendo: “Jesús, mi Dios, esperábamos decir contigo la oración de tu Padre.

Tu oración. Nos sentimos poco perdonados, si no nos concedes que la digamos contigo. Tanto que la necesitamos...

“Donde hay dos unidos en la oración, allí estoy en medio de ellos. Decid entre vosotros la oración y estaré entre vosotros”.

“¡Ah, nos juzgas poco dignos de orar contigo!” grita angustiado Pedro con la cara escondida entre la hierba, en que todavía hay sangre divina.

Santiago de Alfeo exclama: “Somos infelices, herma... Señor”. Iba a decir hermano pero se corrigió al punto.

Jesús lo mira y le dice: “¿Por qué no me llamas hermano, tú que eres de mi sangre? Soy hermano de todos los hombres, pero de ti dos y tres veces. Como hijo de Adán, como hijo de David, como hijo de Dios. Termina tu palabra”.

“Hermano, Señor mío, somos unos infelices y uno tontos. Tú lo sabes. Y más nos lo hacer ser el abatimiento en que nos encontramos. ¿Cómo podemos pronunciar con el alma tu oración, si no sabemos su significado?”

“Cuántas veces como a pequeños, os lo expliqué. Pero más duros de cabeza que el alumno más distraído de algún maestro, no os grabasteis mis palabras”.

“Es verdad. Pero ahora nuestra mente está afligida por no haberte comprendido... ¡Oh, nada entendimos! Lo confieso en nombre de todos. Aún no podemos comprenderte, Señor. Te ruego, que emplees tu misma indulgencia al ver nuestro mal que nos hace tan duros de cabeza. Tú comprendías todo y el gran rabí de Israel no dudó en denuncia la ceguera de Israel, a los pies de la cruz. Tú, Dios omnipotente. Espíritu de Dios que no tiene nada qué ver con la carne, oíste esas palabras: “Siglos y siglos de ceguera espiritual penden ante la mirada espiritual”, y te suplicó: “Tú, Liberador, penetra en mí, que soy prisionero de las fórmulas”. ¡Oh adorado Jesús mío!, que nos has salvado de la culpa original tomando sobre Ti nuestros pecados y los consumaste en el fuego de tu perfecto amor, toma, consume también nuestra inteligencia de tercos israelitas, danos una inteligencia nueva, virgen como la de un recién nacido, borra de nuestra memoria todo y llénala con tu sabiduría. Muchas cosas del pasado murieron en aquel horrible día. Murieron contigo. Pero ahora que has resucitado haz que nazca en nosotros un nuevo pensamiento. Créanos un corazón y una inteligencia nuevos. Señor mío, y te comprenderemos” suplica Juan.

“No me toca a Mí esto, sino a Aquel de quien os hablé en la última semana. Cualquier palabra mía se pierde en el fondo de vuestro pensamiento, en todas partes, o se queda aprisionada en su espíritu. Sólo el Paráclito, cuando venga, extraerá de vuestro fondo mis palabras y os las explicará para que comprendáis su espíritu”.

“¿Pero si nos lo has infundido!” replica Zelote.

“Tú dijiste que cuando te hubieras ido donde el Padre, Él, el Espíritu de verdad vendría” objeta Mateo a quien se ha agregado Zelote.

“Decidme: ¿cuando un niño nace tiene el alma?”

“Claro que la tiene” responden todos.

“¿Tiene esta alma la gracia de Dios?”

“No. La culpa original pesa sobre ella, y está privada de ella”.

“¿De dónde viene el alma y la gracia?”

“De Dios”.

“¿Por qué entonces Dios no da al niño, que nace, un alma en gracia?”

“Porque Adán fue castigado y con él nosotros¹¹. Mas ahora que eres el Redentor, lo hará”.

“No. No lo hará. Los hombres nacerán siempre manchados en el alma que Dios creó y que Adán en su posteridad manchó. Pero por rito que os explicaré otra vez el alma que se infunde en el hombre será vivificada por la gracia, y el Espíritu del Señor tomará de ella posesión. Vosotros que fuisteis bautizados con el agua de Juan, seréis bautizados con el fuego del Poder de Dios. Y entonces el Espíritu de Dios estará verdaderamente en vosotros. Será el

¹¹ Cfr. Gén. 3; Rom. 5, 12-21.

Maestro que los hombres no pueden perseguir, ni arrojar, el que en lo íntimo os dirá el espíritu de mis palabras, y otras muchas cosas. Os lo infundí porque sólo por mis méritos puede conseguirse cualquier cosa y tener valor. Pueden tener a Dios y puede tener valor la palabra de un delegado de Dios. Pero en vosotros todavía no está el Espíritu de Verdad, como Maestro”.

“Si es así, está bien. Vendrá a su tiempo. Entre tanto haz que sintamos tu perdón. Sé Maestro para nosotros, Señor. Una vez más, porque Tú has dicho que hay que perdonar setenta veces siete” insiste Juan, que es el que más confianza tiene. Toma entre sus manos la mano izquierda de Jesús, que tiene colgando a su lado, que la luna parece agrandar más la llaga que hizo el clavo, concluye: “Tú eres la luz eterna no permitas que tus siervos permanezcan en las tinieblas”, y ligeramente besa los dedos en la punta, que estaban un poco doblados como los que tiene uno que ha sido herido y se ha curado, pero que los nervios quedan un poco contraídos.

“Venid. Subamos mas allá y juntos diremos la oración” accede Jesús, dejando su mano en las de Juan, mientras se pone en camino hacia el borde más alto del Getsemaní, hacia el camino que por el campo de los Galileos va a Betania.

Aquí también se nota que las obras, que Lázaro hace para marcar sus límites, se están llevando a cabo. Aún más aquí, más lejos de la casa del que guarda el olivar, ya se ha levantado una pared lisa y alta que sigue el borde de los límites del Getsemaní.

Allá abajo, Jerusalén lentamente sale de las tinieblas aun por el poniente, pues la luna que ahora está en la mitad del firmamento, blanquea todas las cosas con su delgada luz, que brilla como una navaja de diamantes colocada en lo negro del firmamento en que se mueven innumerables estrellas, bellísimas, propias del cielo oriental.

Jesús abre sus brazos con su forma acostumbrada de orar y dice: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Interrumpe y comenta: “El haberos perdonado es muestra que os quiere como un Padre. A vosotros, obligados más que todos a la perfección, a vosotros a quienes tantos beneficios se os dieron y que como decís, os consideraréis ineptos para la misión ¿qué señor, que no fuese vuestro Padre, no os hubiera castigado? Yo no os he castigado, tampoco el Padre. Porque lo que hace el Padre, lo hace el Hijo y viceversa, pues somos una sola divinidad, unida en el Amor¹⁶. Yo estoy en el Padre, y el Padre está conmigo. El Verbo está siempre junto a Dios que no tiene principio. El Verbo existe antes que cualquier cosa, desde la eternidad, que tiene por nombre *siempre*, desde un presente eterno junto a Dios, y es Dios como Dios, pues es el Verbo del Pensamiento divino.¹⁷

Cuando habré partido, pediré así al Padre nuestro, mío y vuestro porque somos hermanos, Yo el primogénito, vosotros los menores, pediré que me veáis siempre en mi Padre y vuestro. Procurad ver así al Verbo que os fue “Maestro”, que os amó hasta la muerte y más allá de ella, quedándose en comida y bebida para que estéis en Mí y Yo en vosotros, hasta que dure el destierro, y después estemos Yo y vosotros en el reino por el que os he enseñado a pedir: “Venga tu Reino”, después que hayáis pedido que vuestras obras santifiquen el nombre del Señor con darle gloria en la tierra y en el cielo. Ciertamente en el cielo no existiría el Reino para vosotros, ni para los que creyeran como vosotros, si antes no lo amasteis en vosotros con la práctica *real* de la ley de Dios y de mi palabra que es el perfeccionamiento de ella al haber concedido en el tiempo de la gracia, la ley de los elegidos, la que sobrepasa las constituciones civiles, morales, religiosas del tiempo mosaico.

Vosotros sabéis qué cosa sea tener cerca a Dios, pero no Dios en vosotros; qué sea tener la palabra de Dios, pero no ponerla en práctica. Todo error tiene su causa en tener cerca a Dios, y no en el corazón; conocer la palabra, y no obedecerla. Aquí está el motivo. Aquí la causa. La terquedad, la delincuencia, el deicidio, la traición, las torturas, la muerte del Inocente y de su Caín, todo encuentra su explicación en ello. Y sin embargo ¿quién como Yo amó a

¹⁶ Cfr. Ju. 10, 30.

¹⁷ Cfr. Ju. 1, 1-5; Col. 1, 15-20.

Judas? Pero no me tuvo a Mí que soy Dios en su corazón. Es el deicida condenado, el infinitamente culpable como israelita y como discípulos, como suicida y como deicida, además de sus siete vicios capitales y otras cosas.

Ahora es más fácil que tengáis el Reino de Dios en vosotros porque os lo he conseguido con mi muerte. Os he comprado con mis dolores. Tenedlo presente. Que nadie pisotee la gracia porque es el precio de la vida y sangre de un Dios. Esté, pues, en vosotros el reino de Dios por la gracias; esté en la tierra por la iglesia, esté en el cielo por el pueblo de los bienaventurados que habiendo vivido con Dios en el corazón, unidos al Cuerpo del cual Yo soy la Cabeza, unido a la Vid del que cada cristiano es un ramo, se hicieron dignos de descansar en el reino de Aquel por el cual todas las cosas han sido hechas¹⁹: que soy Yo, que os está hablando, que me sometí a la voluntad paterna para que todo pudiera ser completado. Por lo cual puedo enseñaros a decir con toda verdad: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Los terrones de tierra, las hierbas, las flores, las piedras de Palestina, las heridas que recibí, y todo un pueblo son testigos de que cumplí la voluntad de mi Padre.

Haced como hice. Hasta el fin. Hasta la muerte de cruz si Dios lo quisiere. Lo hice Yo y no hay discípulo digno de misericordia más que Yo y sin embargo he consumado el más grande dolor. Obedecí con toda la renuncia. Lo sabéis. Más bien, lo comprenderéis en lo futuro cuanto más os asemejéis a Mí al beber un sorbo de mi cáliz... Recordad siempre esto: “Porque obedeció al Padre, nos salvó”²⁰. Y si queréis ser salvadores, haced lo que he hecho. Habrá quién pruebe la cruz, quién la tortura que los tiranos le infligirán, quién la tortura de amor, del destierro de los cielos a los cuales llegará después de una larga vida. Que en cada cosa se haga lo que Dios quiere. Pensad qué suplicio pueda igualarse con querer morir para ir a donde estoy Yo, si obráis con alegre obediencia, a los ojos de Dios. *Son su Voluntad*, por esto, santos.

“Danos el pan diario” Día tras día, hora tras hora. Es fe, amor, obediencia, humildad, esperanza el pedir el pan de *un* día, y aceptarlo como es. Hoy dulce, mañana amargo, o bien mucho, poco, con especies o cenizas. Siempre es justo. Dios que es Padre lo da. Es, pues, bueno.

Otra vez os hablaré del otro Pan que sería muy bueno que se comiera diariamente, y que se le pidiese al Padre que lo siguiera dando. Porque ¡ay de aquel día, de aquellos lugares donde los hombres hagan que llegue a faltar! Sabéis cuánto los hombres sean poderosos en sus obras de tinieblas. Rogad al Padre que defienda su pan y que os lo dé. Cuanto más lo dé, tanto más las tinieblas tratarán de apagar la luz y la vida, como hicieron en la parasceve. La segunda no tendrá resurrección. Recordadlo. Si el Verbo no puede ser más matado, sí lo puede su doctrina, y puede extinguirse la libertad y voluntad, en muchos, de amarlo. En ese entonces la vida y la luz habrían terminado para los hombres. ¡Ay de ese día! Os sirva de parangón el Templo. Recordad que he dicho que “es un cadáver”.

“Perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido”.

Todos sois pecadores, sed buenos con los pecadores. Acordaos de mis palabras: “¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano, si antes no sacas la viga del tuyo?” El Espíritu que os he infundido, la orden que os he dado, os conceden la facultad de perdonar, en nombre de Dios, los pecados. Pero ¿cómo podéis hacerlo, si Dios no ha perdonado los vuestros? De esto hablaré más tarde. Por ahora os digo: perdonad a quien os ofende para que se os perdone y para que tengáis derecho a condenar o a absolver. Quien no tiene pecado, puede hacerlo con toda justicia. Quien no perdona y es culpable y finge escandalizarse, es un hipócrita. El infierno lo espera. Porque si habrá misericordia para los pequeños el veredicto contra los favorecedores de los pequeños, culpables de iguales o mayores faltas, será severo, aun cuando tengan la plenitud del Espíritu que les ayudaba.

¹⁹ Cfr. Col. 1, 15-20.

²⁰ Cfr. Is. 52, 13-53, 12; Rom. 5, 12-21; Flp. 2, 5-11; Hebr. 5, 5-10; 12, 1-4.

“No nos lleves a la tentación, sino líbranos del mal” He aquí la humildad, piedra angular de la perfección. En verdad os digo que bendigáis a quien os humilla porque os ayuda a subir al trono celestial.

No. La tentación no es ruina, si el hombre humildemente se pone junto al Padre y le pide que no permita que Satanás, el mundo y la carne triunfen sobre él. Las coronas de los bienaventurados se componen de las piedras preciosas de las tentaciones que vencieron. No las busquéis. Pero no seáis cobardes cuando lleguen. Humildemente, y por lo tanto con valor, gritad a mi Padre y vuestro: “Líbranos del mal”, y venceréis al mal. Santificaréis en realidad el nombre de Dios con vuestras acciones, como lo dije al principio, porque cualquiera al veros, dirá: “Dios existe, porque viven como dioses. Su conducta es perfecta”, y se acercarán a Dios, multiplicando los ciudadanos del Reino de Dios.

Arrodillaos para que os bendiga y mi bendición abra vuestras inteligencias para que podáis reflexionar”.

Se arrodillan. Los bendice y desaparece como si los rayos de la luna lo hubieran absorbido.

Un poco después los apóstoles levantan admirados su cabeza al no oír más hablar a Jesús y se convencen que ha desaparecido... Pegan sus caras contra el suelo, temblorosos, idea antigua, secular de cualquier israelita que cree haber estado en contacto con Dios como está en el cielo.

17. Los apóstoles van al Gólgota. Y luego...

14 abril 1947

Bajo un sol meridiano Jerusalén ha comenzado a arder... Un archivolta que proyecta sombra, refresca, al ver las blancas paredes de las casas abrasadas del sol, y el suelo de las calles que arde. Lo blanco incandescente de las paredes y lo oscuro de los archivoltas hacen de Jerusalén una extraña pintura de blanco y negro, un contraste de luces fuertes y penumbras que al contraponerse con ellas parecen tinieblas, algo obsesionante. Se avanza con los ojos semicerrados tratando de correr por donde hay luz y calor, y de caminar despacio bajo los archivoltas porque el contraste entre luces y tinieblas hace que aun con los ojos abiertos nada se vea.

De este modo avanzan los apóstoles en una ciudad que el sol en su cenit ha convertido en desierto. Sudan y se secan la cara y el cuello con el capucho, y bufan...

Cuando salen de la ciudad, termina lo fresco de las archivoltas. El camino que pasa junto a los muros, que se dirige hacia el norte y hacia el sur como una cinta cargada de polvo incandescente, da la impresión de tierra que arde como horno. Se levanta un calor que quema, que seca los pulmones. El arroyuelo, que hay al otro lado de la muralla, arrastra una miseria de agua en medio de un montón de piedras que el sol hace más brillantes. Los apóstoles se echan sobre ese hilillo de agua y beben. Meten dentro el capucho, se lo ponen, goteando, sobre la cabeza, después de haberse lavado las caras. Se meten dentro para refrescarse, quitándose las sandalias. Pero no es más que un alivio transitorio. El agua está tan caliente como si la hubiesen quitado del fuego. Dicen: “Está caliente y es poca. Sabe a lodo y a jabón. Cuando es muy poca, contiene el sabor del lavado del amanecer”.

Empiezan a subir el Gólgota, en el que el ardiente sol ha quemado hasta los últimos vestigios de hierba, que le daba un color amarillento hace apenas 15 días. Sólo quedan los montones de plantas espinosas sin hojas, cubiertas de color amarillo por el polvo, como si fueran huesos acabados de sacar de la tierra. De veras que dan la impresión de huesos plantados en la tierra. Hay uno que, a dos palmos, se dobla de improviso, que tiene cinco espinas dentro una hoja en forma de paleta. Parece en verdad una mano de esqueleto, que se alarga para apresar a quien pasa, a detenerlo en ese lugar de pesadilla.

“¿Queréis recorrer el camino largo o corto?” pregunta Juan que es el único que ha subido al monte.

“¡El más corto! ¡El más corto! ¡Se muere uno aquí de calor!” protestan todos, menos Zelote y Santiago de Alfeo.

“¡Sigamos!”

Las piedras del camino están que arden.

“¡No se puede caminar aquí! ¡No se puede!” objetan después de algunos metros.

“Y sin embargo el Señor subió hasta allí donde está aquel montón de zarzas, ¡y venía herido! Cargaba la Cruz” hace notar Juan que llora desde que se encuentra en el Calvario.

Continúan. Pero luego se echan en tierra desvanecidos, jadeantes. Los capuchos, mojados en el riachuelo, están secos del sol; en cambio sus vestidos están bañados de sudor.

“¡Muy pendiente y muy abrasador es el camino!” dice, Jadeando, Bartolomé.

“Sí. Demasiado” confirma Mateo que está coloradísimo.

“En cuanto al sol, siempre será el mismo. Tomemos aquel otro sendero que es más largo, pero menos fatigoso. Longinos lo escogió para que el Señor pudiera subir. ¿Veis aquella piedra que está allí? Allí cayó el Señor y creíamos, los que lo contemplábamos desde allá, de la parte norte que había muerto. Allá, ¿no veis? Donde está aquel recodo antes de que la pendiente se haga más áspera. No se movía para nada. ¡Oh, el grito de su Madre, todavía me parece oírlo! ¡Jamás olvidaré ese grito! Nunca olvidaré uno de sus gemidos... Hay cosas que hacen envejecer a uno en una hora, y le hacen sufrir el dolor del mundo... ¡Ea, seguid! ¡El Señor se detuvo menos que vosotros!” Juan los incita con estas palabras.

Atolondrados se levantan y lo siguen hasta el cruce del sendero pavimentado con el sendero en forma de espiral, y toman éste... Sí. Es menos áspero. Pero ¡qué sol! Y el calor es más fuerte, porque reverbera mucho más fuerte la parte lateral del monte.

“¿Por qué debemos subir a esta hora? ¿No podíamos venir al amanecer, cuando apenas hay luz, para que viéramos dónde pisar? Estábamos fuera de los muros y podíamos venir sin esperar a que abriesen las puertas”. Se lamentan y refunfuñan dentro de sí.

Hombres, todavía muy humanos, después de la tragedia del viernes santo, que es tragedia de la humanidad orgullosa y cobarde, todavía más que la tragedia de Jesús que fue siempre heroica, siempre victoriosa aun en su muerte, humanos como antes, cuando se embriagaban con los gritos de los hosannas de las multitudes, y se enorgullecían pensando en las fiestas y en los fastuosos banquetes en casa de Lázaro... Sordos, ciegos, atontados a todas las señales y advertencias de la tempestad que se aproximaba.

Santiago de Zebedeo y Zelote guardan silencio y lloran. Después de las últimas palabras de Juan. Andrés no se lamenta más. Nuevamente habla Juan que es un consejero humano. Dice... “Es la hora en que Él subió. Hacía ya mucho tiempo que caminaba. ¡Puedo decir que desde que salió del Cenáculo no tuvo descanso alguno! ¡Y qué calor hacía aquel día! Se sentía el bochorno de tempestad... ¡Él moría de fiebre! Nique dice que cuando tocó su rostro con el lienzo de lino, le pareció que tocaba fuego. Por acá debe ser el lugar donde encontró a las mujeres... Nosotros, que estábamos al otro lado, ni vimos cuando se encontraron. Pero como me dijeron Nique y las demás... ¡Ea, sigamos hacia arriba! Pensad que las romanas, acostumbradas a la litera, recorrieron a pie este mismo sendero bajo el sol, desde la hora de tercia, cuando lo condenaron. ¡Oh, que siguieron adelante, enviaron a sus esclavos a dar aviso a las demás que se habían detenido por algún motivo!...”

Continúan... ¡Es un martirio este camino! Hasta parecen caer. Pedro grita: “Si Él no obra un milagro caeremos bajo el sol”.

“De veras. ¡Parece como si el corazón se me saltase!” confirma Mateo.

Bartolomé no habla más, parece como si estuviera borracho. Juan lo toma del brazo y lo levanta como hizo con la Virgen en el viernes santo. Lo consuela: “Dentro de poco habrá un poco de sombra. A donde llevé a su Madre. Allí descansaremos...”

Continúan... cada vez más despacio... Están ahora junto al peñasco donde estuvo la Virgen. Juan lo dice. Hay un poco de sombra, pero el aire no se mueve. Quema.

“Si hubiera al menos un ramo de anís, una hoja de menta, una hierba. Mi boca parece pergamino sobre el fuego. ¡No más!” gime Tomás, cuyas venas del cuello las trae hinchadas, como las de la frente.

“Daría lo que me queda de vida por una gota de agua” dice Santiago de Zebedeo.

Judas Tadeo rompe en lágrimas y grita: “¡Pobre, hermano mío, cuánto sufriste! Había dicho... había dicho, ¿lo recordáis?, que moría de sed. Ahora comprendo. No comprendí el alcance de sus palabras. ¡Moría de sed! Y no hubo quien se la hubiera mitigado, cuando podía haber bebido algo. Y además de eso, ¡la fiebre, el sol!”

“Juana le había traído algo con qué darle fuerzas” dice Andrés.

“¡Pero no podía beber ya! No podía hablar más... Cuando se encontró con su Madre, allá, a diez pasos de nosotros, no pudo decir sino: “¡Mamá!”, y no pudo darle un beso, ni siquiera desde lejos, y eso que Simón de Sirene lo había dejado libre de la cruz. Tenía los labios duros por los golpes, quemados... Lo veía yo bien desde las filas de los legionarios. Porque no pude pasar hasta aquí. ¡Hubiera tomado su cruz, si me hubieran dejado pasar!, pero desconfiaron de mí... y la multitud que nos quería lapidar... No podía hablar... ni beber... No podía ni siquiera mirar con sus ojos cerrados bajo los coágulos de sangre que bajaba de su frente... Su vestido en las rodillas estaba roto. Se le veía abierta, sangrando... Tenía las manos hinchadas y heridas... Tenía herido el mentón y una mejilla... La cruz le había hecho una llaga en la espalda, que ya le habían abierto los golpes... Traía heridas en la cintura que le habían hecho las cuerdas... Traía los cabellos chorreando sangre por las espigas... Traía...”

“¡Cállate! ¡Cállate! ¡No podemos oírte! ¡Cállate! ¡Te lo pido y te lo mando!” grita Pedro como si lo atormentasen.

“¡No me queréis oír! ¡No podéis! Pero yo tuve qué ver y oír todo en medio de sus congojas. ¿Y su Madre? ¿Y su Madre qué no habrá sufrido?”

Bajan su cabeza sollozando. Continúan el camino... No se lamentan más. Lloran al pensar en los dolores de Jesús.

Han llegado a la cima, a la primera plazoleta: es una parrilla de fuego. El reverbero es tal que parece como que la tierra dance, como se ve en los desiertos.

“Venid. Subamos por acá. Por aquí nos hizo pasar el centurión. Pensaba que era yo hijo de María. Las mujeres estuvieron allí. Y allá los pastores. De esa parte los judíos...” Juan señala los lugares y termina: “Pero la plebe allá abajo, allá abajo, cubría la pendiente hasta el valle, hasta la calle. Estaba sobre las murallas. Sobre las terrazas cercanas. Hasta donde no podía distinguirse. Lo vi desde que el sol empezó a nublarse. Primero estaba como ahora, y no podía distinguir nada...”

De hecho, Jerusalén parece una fantasmagoría que se mueve allá abajo. La fuerte luz le sirve de velo si alguien quiere verla. Juan agrega: “En diversas horas del día, -María Magdalena lo dice, pero no supe ni cuando ni porqué sucedió-, se ven los restos ennegrecidos de las casas que destruyeron los rayos... Las casas de los más culpables... por lo menos, de los más de ellos... ¡Ved!, (Juan mide los pasos, reconstruye la escena) aquí estuvo Longinos, aquí María, aquí yo. Aquí estuvo la cruz del ladrón que se arrepintió y allá la otra. Aquí se jugaron los vestidos. Allí su Madre cayó cuando Él expiró... y desde aquí lo vi cuando fue lanceado su corazón (Juan palidece como muerto) porque aquí estuvo su cruz” Se arrodilla y adora.

Todos se echan de bruces a besar aquel polvo, bañado ahora en lágrimas...

Juan es el primero en levantarse, y sin importarle nada, evoca cada episodio... No siente más el sol... Tampoco los demás... Habla de cuando Jesús rehusó beber el vino con mirra, de cuando se desnudó y se puso el velo de su Madre, de cuando apareció tan cruelmente flagelado y herido, de cuando se extendió sobre la cruz y gritó al primer golpe, y luego no, para que no sufriese más su Madre, de cuando le atravesaron el pulso, de cuando le descoyuntaron el brazo para que coincidiese con el agujero, y luego, de cuando enclavado, vino girada la cruz para remachar los clavos y el peso de ella cayó sobre Jesús que gritó, y luego la cruz volvió a enderezarse y cayó de golpe sobre el hueco, abriendo más las heridas de las manos, de

cuando la corona se separa y le hiere, les recuerda las palabras que dirigió a su Padre, las palabras con que pedía perdón para los que crucificaban, que perdonaba al ladrón arrepentido, las palabras que dirigió a su Madre y a él, de cuando llegó José con Nicodemo, desafiadores de todo, del valor de María Magdalena, del grito de angustia a su Padre que lo abandonaba, de la sed, del vinagre con hiel, de su última agonía, y de su grito llamando a su Madre, y la respuesta de Ella, con el alma en los umbrales de la muerte por dolor... y de su resignación y abandono en Dios, de su horrible y última convulsión, del grito que hizo estremecer al mundo, del grito de María cuando lo vio muerto...

“¡Cállate! ¡Cállate!” grita Pedro, que parece como si la lanza lo atravesara. También los demás suplican: “¡Cállate! ¡Cállate!”

“No tengo más que añadir. El sacrificio había terminado. La sepultura... congoja nuestra y no suya. No tiene la sepultura más valor que el dolor de su Madre. ¡Nuestra congoja! ¿Merece acaso compasión? Démosla a Él, en lugar de pedir que se nos compadezca. Con todas las fuerzas huimos del dolor, de la fatiga, del abandono, dejando todo a Él, a Él solo. En realidad que fuimos discípulos indignos; que lo amamos por el gozo de ser amados, por el orgullo de ser grandes en su reino, pero que no lo supimos amar cuando sufrió... Ahora no debe repetirse. No más. Aquí debemos jurar, y esto es un altar, y está en alto, ante el cielo y la tierra, que no sucederá más. Ahora a Él se dé la alegría, y a nosotros la cruz. Jurémoslo. De este modo nuestras almas encontrarán la calma. Aquí murió Jesús de Nazaret, el Mesías, el Señor, para ser Salvador y Redentor. Que aquí muera el hombre que somos y se levante el discípulo *verdadero*. ¡Levantaos! Juremos en el santo nombre de Jesucristo de que queremos abrazar su doctrina hasta poder morir por la redención del mundo”. Juan parece un serafín. Mientras hablaba se le ha caído el capucho, y su rubia cabellera resplandece al sol. Ha subido sobre los desperdicios que hay a un lado, tal vez donde los puntales de las cruces de los ladrones, y sin querer ha tomado la actitud de Jesús con los brazos abiertos cuando enseñaba, y sobretodo, la actitud que tuvo en la cruz.

Los otros lo miran. Es bello, entusiasta, tan joven, el más joven de todos pero espiritualmente maduro. El calvario lo ha hecho maduro... Lo miran y gritan: ¡Lo juramos!”

“Pidamos ahora al Padre que dé valor a nuestro juramento: “Padre nuestro que estás en los cielos...””

Las once voces de los conforme van cantando se hace cada vez más segura. Pedro se golpea el pecho cuando dice: “perdónanos nuestras ofensas”, y todos se arrodillan cuando pronuncian la última súplica: “Líbranos del mal”. Se quedan así encorvados, meditando...

Jesús está entre ellos. No he visto cuándo, ni de dónde salió. Se diría que de las paredes del monte que es inaccesible. Resplandece de amor en medio de la fuerte luz meridiana. Dice: “Quien permanece en Mí, el maligno no le hará ningún daño. En verdad os digo que los que estuvieren unidos a Mí en servir al altísimo Creador, que desea que todos los hombres se salven³, podrán arrojar demonios, hacer que no hagan ningún daño los reptiles y venenos⁴, pasar entre fieras y llamas sin que les pase nada, hasta en tanto que Dios quiera que estén en la tierra para servirle”.

“¿Cuándo llegaste, Señor?” preguntan inclinando la cabeza, sin dejar su posición de arrodillados.

“Vuestro juramento me llamó. Y ahora, ahora que los pies de mis apóstoles han pisado este suelo, bajad pronto a la ciudad, al Cenáculo. Por la noche partirán las mujeres de Galilea con mi Madre. Tú y Juan iréis con ellas. Nos encontraremos unidos todos en Galilea, en el Tabor” dice a Zelote y a Juan.

“¿Cuándo, Señor?”

“Juan lo sabrá y os lo dirá”.

“¿Nos dejas, señor? ¿No nos bendices. Tenemos mucha necesidad de tu bendición”.

³ Cfr. 1 Tim. 2, 4.

⁴ Cfr. Mt. 16, 17-18.

“Aquí y en el Cenáculo os la daré. ¡Postraos!”

Los bendice y el fulgor del sol lo envuelve como en la Transfiguración, sólo que aquí lo esconde. No es más que tierra que arde, sol que quema...

“¡Levantémonos y vayámonos! Ya se ha ido” dicen con tristeza.

“Cada vez está menos con nosotros”.

“Pero hoy estuvo más contento que ayer en la noche. ¿No crees, hermano?” pregunta Tadeo a Santiago.

“Le dio gusto nuestro juramento. Que Dios te bendiga, Juan, que hiciste que juráramos” dice Pedro abrazando a Juan.

“Esperaba yo que hablaría de su pasión. ¿Para qué quiso que viniéramos aquí, si no nos iba a decir nada?” pregunta Tomás.

“Se lo preguntaremos esta noche” responde Andrés.

“Bueno. Ahora vámonos. El camino es largo y queremos estar un poco con la Madre de Jesús, antes de que se vaya” dice Santiago de Alfeo.

“Otra dulzura que se acaba” suspira Tadeo.

“Nos quedamos huérfanos. ¿Qué haremos?”

Se vuelven a Juan y a Zelote y con cierta envidia en la voz dicen: “Vosotros por lo menos vais con Ella. Siempre la acompañáis”.

Juan hace un gesto como para decir: “Así es”. Pero como la envidia de ellos no es mala, sino buena, al punto reconocen que: “Es justo, porque tú estuviste aquí con Ella, y tú por obedecer, renunciaste a lo mismo. Nosotros...”

Empiezan a bajar. Cuando han llegado a la segunda plazoleta, la inferior, ven a una mujer que viene de la parte abrupta del sendero, que los mira sin hablar, y que sin vacilar se dirige a la plazoleta superior.

“Ya comienzan a venir. ¡Y no sólo Magdalena! ¿Pero qué está haciendo? Lloro, entre tanto que busca algo en el suelo. ¿Será que habrá perdido algo aquel día?” se preguntan. Puede tener razón, porque no se distingue quién sea. El velo le cubre completamente la cara.

Con su vozarrón, Tomás le pregunta: “Mujer, ¿qué has perdido?”

“Nada. Busco el lugar de la cruz del Señor. Tengo un hermano mío que está agonizando, y el buen Maestro no vive ya en la tierra...” llora bajo el velo. “¡Los hombres lo echaron fuera!”

“Ha resucitado, mujer. Vive”.

“Sé que vive, porque es Dios y Dios nunca muere. Pero no vive entre nosotros. El mundo no lo quiso y Él se ha ido. Los hombres lo negaron, hasta sus discípulos lo abandonaron como si hubiera sido un ladrón, y Él abandonó el mundo. Vine a buscar un poco de su sangre. Tengo fe que curará a mi hermano, mejor que la imposición de manos de sus discípulos, porque no creo que puedan hacer prodigio alguno, después que le fueron infieles”.

“Hace poco que acaba de estar aquí el Señor, mujer. Ha resucitado en alma y cuerpo y todavía está entre nosotros. El perfume de su bendición todavía está sobre nosotros. Mira. Hace poco estuvo aquí de pie” dice Juan.

“No. Yo busco una gotita de su sangre. No estuve aquí y no conozco el lugar...” se inclina al suelo.

Juan le dice: “Aquí estuvo su cruz. Yo estuve”.

“¿Estuviste? ¿Eres amigo o verdugo? Se dice que uno de sus discípulos amado estuvo junto a su cruz, lo mismo que otros fieles discípulos. No quiero hablar con ninguno de los que lo crucificaron”.

“No fui uno de ellos, mujer. Mira: aquí donde estuvo la cruz hay todavía tierra enrojecida con su sangre, no obstante que hayan excavado. Tanto fue la sangre que perdió, que penetró hondo. Ten. Que tu fe obtenga su premio”. Juan ha excavado en el lugar donde estuvo la cruz, y sacado un poco de tierra rojiza que la mujer pone en un pedazo de lino. Le da las gracias y ligera se va con su tesoro.

“Hiciste bien en no haber dicho quiénes somos”.

“¿Por qué no dijiste quién eres?” le objetan los apóstoles. Como siempre, continúan pensando muy humanamente.

Juan los mira sin replicar. Es el primero en tomar por el camino de bajada. Si es más fácil bajar que subir, el sol es abrasador, y cuando llegan al pie del Gólgota, están muertos de sed. Hay ovejas cerca del riachuelo y pastores, que habrán venido de algún cercano redil para apacentar a sus animales por la tarde. El agua está turbia. No puede beberse.

La sed es tal que Bartolomé se dirige a un pastor diciéndole: “¿Tienes un trago en tu borracha?”

El pastor los mira con ojos duros, y no responde.

“Entonces un poco de leche. Tus ovejas por lo que se ve, tienen leche. Te la pagamos. Nos gustaría que estuviera fresca, pero no importa”.

“No doy leche ni agua a quienes abandonaron a su Maestro. Os he reconocido. Os vi y os escuché en Betsur un día. Bien me acuerdo de ti que me la pediste... Pero no os vi cuando encontré a los que llevaban al Maestro. Sólo éste estaba. No hubo para Él agua, me dijeron los que estuvieron en el monte. Tampoco para vosotros lo habrá. Silba a su perro, junta sus ovejas y se va hacia el lado norte, donde empiezan las colinas cubiertas de olivos y de hierba.

Los apóstoles abatidos, atraviesan el puente y entran en la ciudad.

Caminan a lo largo de la muralla, con el capucho sobre sus ojos, un poco inclinados, porque las calles están llenándose de gente, pues el calor ha bajado.

Antes de llegar al Cenáculo tienen qué atravesar la ciudad, y mucha gente conoce a los apóstoles, para que puedan pasar inadvertidos. Pronto se oye una carcajada. Un escriba (creía yo que nunca volvería a ver a ninguno de esos tipejos y me sentía feliz) grita a la gente, que en aquel cruce, donde una fuente murmura, es mucha: “¡Vedlos ahí! ¡Ahí tenéis los restos del gran rey! Héroe imberbe. Los discípulos del seductor. Que sobre ellos caiga el desprecio, la befa y la compasión que se experimenta por los locos”.

Se escucha una cadena de insultos.

Alguien grita: “¿Dónde estabais cuando moría?” Otro: “¿Estáis convencidos ahora de que era un falso profeta?” Uno decía: En vano lo habéis hurtado y escondido. Sus ideas han muerto. El Nazareno ha muerto. El Galileo fue fulminado por Yeové. Y nosotros con Él”. Y vosotros con Él”. Otro de allá con tono compasivo: “No los molestéis. Han vuelto sobre sí y se han arrepentido, aunque tarde, pero siempre a tiempo para huir en el momento oportuno”. No falta quien arengue a la gente por unos cuantos minutos, compuesta en general por mujeres que parecen ponerse al lado de los apóstoles, diciendo: “Vosotros que dudáis todavía de nuestra justicia, os sirva de guía el comportamiento de los seguidores más fieles del Nazareno. Si hubiera sido Dios, los hubiera fortificado. Si lo hubieran reconocido como Mesías verdadero, no hubieran huido, pues hubieran pensado que ninguna fuerza humana podía prevalecer contra Él. Y sin embargo Él murió ante la presencia de todo el pueblo. En vano ha sido robado su cuerpo, después de haber atacado a los guardias que se habían dormido. Preguntádselo a ellos, si no fue así. Él está muerto. Sus seguidores dispersos, y el que limpia el lugar santo de Jerusalén de sus últimos rastros es grande a los ojos del Altísimo. Echad mano a las piedras, ¡oh pueblo santo!, y sean lapidados éstos, fuera de los muros”.

Es demasiado todo esto para el malparado valor de los apóstoles. Se habían pegado más contra el muro para no incitar a sus acusadores. Pero ahora más que prudencia es miedo. Vuelven las espaldas huyendo en dirección de la puerta. Santiago de Alfeo y Santiago de Zebedeo con Juan, Pedro y Zelote, con más calma y control de sí mismos. Siguen a sus compañeros sin correr. Una que otra piedra les alcanza antes de que salgan por la puerta, pero sí les alcanzan muchas suciedades.

Los guardias salen e impiden que se les persiga más allá de los muros. Pero ellos siguen corriendo hasta ir a refugiarse en el huerto de José donde estuvo el sepulcro.

El lugar está tranquilo, silencioso, lleno de frescura bajo las ramas de los árboles que se han cubierto de hojas, que aunque no muchas, sin embargo ofrecen su velo de color suave. Se echan por tierra, para calmar el jadeo. En el fondo del huerto un hombre trabaja en la

hortaliza. Un jovenzuelo le ayuda. No se ha dado cuenta de que los apóstoles se han escondido detrás de una valla, sino hasta cuando después de haber mirado el cielo y gritado: “Ven, José, trae el asno para amarrarlo a la noria”, se dirige allá, donde bajo de un matorral de zarzas hay un rústico pozo.

“¿Qué estás haciendo aquí? ¿Quiénes sois? ¿Que deseáis en el huerto de José de Arimatea? Tú, tontuelo, ¿por qué has dejado abierta la puerta que José quiere tener cerrada, ahora que ya la puso? ¿No sabes que no quiere a nadie donde fue sepultado el Señor?”

Tendré qué decir la verdad que por el dolor que tuve al haber asistido a la sepultura de Jesús, y por la admiración de verle resucitado, no puse mientes en que si el huerto más allá de un montón de bojes y zarzas tuviera o no puerta, pero pienso que la hayan puesto hace poco, pues se ve nueva. José como Lázaro han empezado a cerrar los lugares santificados por Jesús.

Juan se levanta junto con Zelote y Santiago de Alfeo, responde sin miedo: “Somos los apóstoles del Señor. Yo soy Juan, este Simón, amigo de José, y este Santiago, hermano del Señor. Él nos dijo que fuéramos al Gólgota y así lo hicimos. Nos ordenó que fuéramos donde está su Madre, pero la gente nos ha perseguido. Estamos aquí, esperando que anochezca...”

“¡Estás herido! ¡Y también tú, y tú! Venid a que os socorra. ¿Tenéis sed? Se os ve fatigados. Pronto, mete el cántaro. La primera agua siempre es limpia, luego los cántaros la enturbian. Dales de beber. Lava esas lechugas, échales aceite que tenemos para ligar los injertos. No tengo casa aquí. Pero si esperáis, os llevaré conmigo...”

“No, no. Debemos ir donde el Señor. Dios te lo pague”. Beben y dejan que cure. Todos traen algún chichón o herida en la cabeza. ¡Qué buena puntería tienen los judíos!

“Tú asómate por el camino, sin que te vean, y mira si alguien está aguardando” ordena el hortelano al jovenzuelo.

“Nadie, padre. El camino está solo” contesta el jovenzuelo al regresar.

“Ve asomarte por la puerta y regresa pronto”.

Corta anís, se los ofrece, excusándose de no tener sino legumbres, ensalada y ese anís, pues los manzanos apenas están en flor.

Regresa el muchacho. “Nadie, padre. El camino más allá de la puerta está vacío”.

“Entonces vámonos. Amarra el asno a la carreta y echa en ella hierba. Pasaremos como quienes regresan del campo. Venid conmigo. Será un camino largo, pero mejor que las pedradas”.

“De cualquier modo tenemos qué entrar en la ciudad...”

“Claro, pero entraremos por otra parte, por vericuetos oscuros. No temáis”.

Con una llave grande cierra la fuerte puerta, hacen que los de más edad suban a la carreta, carga a Tomás con un montón de mondadura y a Juan con otro de hierba, y sin temor alguno se dirige hacia la muralla del lado sur.

“¿Pero tu casa?... Aquí está desierto”.

“Mi casa está de la otra parte. No huye. Mi mujer espera. Primero los siervos del Señor”. Los mira...” ¡Eh, todos faltamos! También yo he tenido miedo. Por causa de su Nombre todos somos odiados. También José. Pero ¡qué importa! Dios está con nosotros. ¡La gente!... Odia y ama. Ama y odia. Y luego, lo que hace hoy, lo olvida mañana. Bueno... si no hubiera hienas. Son ellas las que incitan a la plebe. Están furiosos porque ha resucitado. ¡Oh, si se dejase ver en el pináculo del templo para que el pueblo se convenciese de que ha resucitado! ¿Por qué no lo hace? Yo creo. Pero no todos pueden creer. Ellos pagan bien al que afirma que su cuerpo fue robado, que lo hicisteis vosotros, cuando estaba ya corrompido, y que lo enterrasteis o quemasteis en una cueva de Josafat”.

Están ya en la parte meridional de la ciudad, en el valle de Inón.

“Ved. Allí está la puerta de Sión. De allá podéis ir a casa. Está a un paso”.

“Conocemos el camino. Que Dios esté contigo por tu bondad”.

“Para mí sois siempre los santos del Maestro. Hombres sois como yo. Sólo Él es más Hombre y no tuvo miedo. Sé comprender y compadecer. Os aseguro que vosotros que hoy sois débiles, mañana seréis fuertes. La paz sea con vosotros”.

Le devuelven la hierba, los utensilios de labranza y regresa, mientras entran en la ciudad, ligeros cual liebres y entran por callejuelas que llevan al Cenáculo.

Pero las aventuras de aquel día no han terminado. Un grupo de legionarios se cruzan con ellos. Los ven, y uno de ellos los señala a sus compañeros y todos se echan a reír. Cuando los abatidos discípulos se ven obligados a pasar ante uno de los soldados de pie ante la puerta lo apostrofa diciendo: “Ea, ¿no os ha lapidado el calvario, ni la gente? ¡Por Júpiter! ¡Os creía más valerosos! Que no tendríais miedo de nada, porque subíais allá. ¿Las piedras del monte no os han acusado de que sois unos cobardes? ¿Tantas ganas teníais de subir allá? He visto siempre que los culpables huyen de los lugares que les recuerdan su crimen. Némesis los persigue. Tal vez os arrastró a allá para haceros temblar de horror, hoy, porque *en aquel día* no quisisteis temblar de compasión”.

Una mujer, tal vez la dueña de una taberna, se asoma a la puerta y se echa a reír. Tiene una cara de ribalda* que mete miedo, y con fuerte voz: “Mujeres hebreas, ved lo que parís: cobardes, perjurios que salen de sus madrigueras cuando el peligro ha desaparecido. El vientre romano no concibe sino a héroes. Venid, vosotros, a beber a la salud de la grandeza de Roma. Buen vino y hermosas muchachas...” y entra, seguida de soldados.

Una que otra mujer hebrea los mira y siente compasión por los apóstoles. Es una anciana. Dice a sus compañeras: “Se equivocaron... Pero todo un pueblo ha hecho lo mismo”. Se dirige a ellos y los saluda: “La paz sea con vosotros. Nosotras no olvidamos... Decidnos la verdad. ¿Ha resucitado el Maestro?”

“Sí. Lo juramos”.

“Entonces no tengáis miedo. Es Dios y Dios vencerá. La paz sea con vosotros, hermanos. Pedid al Señor que perdone a este pueblo”.

“Y vosotras rogad porque el pueblo *nos* perdone y olvide el escándalo que le dimos. Mujer, yo, Simón Pedro, os pido perdón y se echa a llorar.

“No te preocupes. Somos madres, hermanas y esposas. Tu pecado es el de nuestros hijos, hermanos y esposos. Que de todos tenga piedad el Señor”.

Los acompaña hasta la casa. Lllaman a la puerta. Jesús la abre, llenando el espacio oscuro con su persona glorificada. Dice: “La paz sea con vosotras por ser compasivas”.

Las mujeres quedan estupefactas. Se quedan así hasta que la puerta se cierra detrás de los apóstoles y del Señor. Entonces vuelven en sí.

“¿Lo viste? Era Él. ¡Hermoso! Más que antes. ¡Y vivo! ¡No ya un fantasma! Un verdadero hombre, ¡Su voz! ¡Su sonrisa! Movía las manos. ¿Viste qué rojas eran sus heridas? No, yo vi cómo latía su pecho. Que no nos vengan a decir que no es verdad. ¡Vámonos! Vamos a gritarlo en nuestras casas. No. Llamemos una vez más para verlo. ¿Por qué no? Es el Hijo de Dios, resucitado. Es mucho que a nosotras, pobres mujeres, se haya mostrado. Está con su Madre, las discípulas y los apóstoles. No. Sí...” vence el parecer de las más prudentes. El grupo se aleja.

Entre tanto Jesús ha entrado con sus apóstoles. Los mira. Sonríe. Se han quitado los capuchos, usados como vendas, antes de entrar en casa y se los han vuelto a poner como tienen costumbre. Por eso no se ven las heridas recibidas. Se sienten cansados, en silencio. Más afligidos que cansados.

“Os tardasteis” dice Jesús con dulzura.

Silencio.

“¿No me contáis algo? Hablad. Soy siempre Jesús. ¿Se ha acabado vuestro entusiasmo del día?”

* ribalda = picara, rufián

“¡Oh, Maestro! ¡Oh, Señor!” grita Pedro, cayendo de rodillas a los pies de Jesús. “No se ha acabado nuestro entusiasmo. Pero nos mata el comprobar el daño que hemos hecho a tu doctrina. ¡Estamos aplastados!”

“Muere el orgullo, nace la humildad. Surge el conocimiento, crece el amor. No temáis. *Ahora* os estáis convirtiendo en apóstoles. Esto es lo que quería”.

“¡No podremos nunca hacer algo! El pueblo, y tiene razón, nos befa. Hemos destruido tu obra. Destruída tu Iglesia” Están todos angustiados. Gritan, gesticulan...

Jesús guarda una calma solemne. Dice, ayudando a sus palabras con la acción: “¡Calma! ¡Calma! Ni siquiera el infierno destruirá mi Iglesia. Aunque se mueva la piedra, porque no está bien cimentada, no hará que el edificio caiga. ¡Calma! ¡Calma! Vosotros lo haréis bien, porque con humildad reconocéis lo que sois, porque ahora sois sabios con una gran sabiduría: la de saber que cada acción tiene repercusiones muy extensas, algunas veces incalculables, y que quien está arriba –recordad lo que os dije de la lámpara que se pone arriba para que sea vista, pero para que lo sea debe de dar luz- tiene la obligación de ser perfecto más que el que está abajo. ¿Veis, hijos míos? Lo que pasa inobservado o que puede excusarse porque lo hace un sencillo fiel, es diverso cuando lo realiza un sacerdote. Vuestro futuro borrará vuestro pasado. No os dije nada en el Gólgota, pero dejé que el mundo hablase. Os consuelo. ¡No lloréis! Descansad y dejad que os cure. Así”. Levemente toca las heridas de las cabezas. Luego añade: “Está bien que os alejéis de acá. Por esto os había dicho: “Id al Tabor para orar”. Podréis estar en los poblados cercanos y subir a cada alba a esperarme”.

“Señor el mundo no cree que hayas resucitado” dice en voz baja Tadeo.

“Convenceré al mundo. Os ayudaré a vencerlo. Permanecedme fieles. No os pido más. Bendecid a los que os humillan porque os santificarán.

Divide el pan, lo ofrece y distribuye: “Este es el alimento que os doy ahora que partís. Allí tengo el alimento preparado para mis peregrinos. Haced también esto en lo futuro con los que de entre vosotros partirán. Sed paternos con todos los creyentes. Todo lo que hago u os hago hacer, hacedlo también vosotros. En lo porvenir haced el camino al calvario, meditando y haciendo meditar. Reflexionad en mis dolores. Por estos os he salvado, no para la gloria presente. De aquella parte está Lázaro con sus hermanas. Han venido a saludar a mi Madre. Id también vosotros porque mi Mamá parte en breve en el carro de Lázaro. La paz sea con vosotros”. Se levanta y sale rápidamente.

“¡Señor! ¡Señor!” grita Andrés.

“¿Qué quieres, hermano? Le pregunta Pedro.

“Quería preguntarle muchas cosas. Hablarle de los que quieren ser curados... ¡Qué sé yo! Cuando está entre nosotros, no sabemos decir nada” y corre a buscar al Señor.

“¡Es verdad! ¡Estamos como quien ha perdido la memoria!” dicen todos.

“Y tan bueno que es con nosotros. Nos ha llamado “hijos”, con tal dulzura que me ha abierto el corazón” exclama Santiago de Alfeo.

“Si es así Dios, ahora. Tiemblo cuando me está cerca, como si estuviese cerca del Santo de los Santos” afirma Tadeo.

Andrés regresa: “No está. ¡El espacio, el tiempo, los muros, todo le está sujeto!”

“¡Es Dios! ¡Es Dios!” confiesan adorando.

18. Jesús confirma sobre su resurrección a creyentes, en diversos lugares

16 y 17 abril 1947

1. La madre de Analía

Elisa la madre de Analía, llora desconsoladamente en su casa, en su habitacioncilla donde hay un lecho sin mantas, tal vez el de Analía. Elisa tiene la cabeza abandonada sobre sus brazos, extendidos sobre el lecho como si lo quisiera abrazar. Está de rodillas por la debilidad. Lloro copiosamente.

Entra poca luz por la ventana abierta. No hace mucho que despuntó el día. Pero se enciende una fuerte luz cuando entra Jesús. Digo: entra, para significar que está en la habitación, mientras antes no estaba. Así siempre me expresaré para dar a entender cuando se aparece en un lugar cerrado sin tener qué volver a repetir la forma cómo se aparece, en medio de una gran luminosidad que recuerda la de la Transfiguración, teniendo por fondo un fuego blanco –permítaseme la comparación- que parece derretir los muros y puertas para que pueda pasar con su cuerpo glorificado, que respira, que se mueve; fuego, luminosidad lo envuelven, lo esconde cuando se va. Pero luego toma el aspecto bellissimo de resucitado, de un verdadero hombre, de una belleza centuplicada de la que ya tenía antes de su pasión. Es el mismo, fuera de que es el Rey glorioso.

“¿Por qué lloras, Elisa?”

No comprendo cómo la mujer no reconozca su voz inconfundible. Puede ser que el dolor la haya embotado. Responde como si hablase con algún familiar, que tal vez habrá venido a verla después de la muerte de Analía.

“¿Oíste ayer noche a esos hombres? Él no era nada. Poder mágico pero no divino. Y yo que me había resignado a la muerte de mi hija, pensando que Dios la había amado, que estaba en paz... ¡Ya me lo había dicho!...” llora con más fuerza.

“Muchos lo han visto resucitado. Sólo Dios puede resucitarse por sí mismo”.

“Dije lo mismo a los de ayer. Lo oíste. No acepté sus ideas. Porque sus palabras significaban la muerte de mi esperanza, de mi tranquilidad. Pero ellos –lo oíste- replicaron: “Comedia de sus seguidores para no confesar que son unos locos. Él está muerto y bien muerto; corrompido, fétido. Lo robaron y lo destruyeron, diciendo que ha resucitado”. Así hablaron... Y que por eso el Altísimo envió el segundo terremoto para hacer sentir sobre ellos su ira por su mentira sacrílega. ¡Oh, no tengo más consuelo!”

“Pero si tú con tus propios ojos vieses al Señor resucitado, y lo tocases con tus manos, ¿creerías?”

“No soy digna... ¡Pero claro que sí creería! Me bastaría con verlo. No me atrevería a tocar su cuerpo porque, si fuera así, debe ser divino, y una mujer no puede acercarse al Santo de los Santos”.

“Levanta la cabeza, Elisa y mira quién está delante de ti”.

La mujer levanta su cabeza cana, la cara desgarrada por el llanto y mira... Cae sobre sus calcañales, se restriega los ojos, abre la boca y quiere gritar del estupor que la embarga.

“Soy Yo. El Señor. Toca mi mano. Bésala. Me sacrificaste tu hija. Lo mereces. Encuentra en esta mano, el beso espiritual de tu hija. Está en el cielo. Es dichosa. Referirás esto a los discípulos y *este día*”.

La mujer está tan extasiada que no se atreve a hacer nada. Es el mismo Jesús que pone sus dedos sobre sus labios.

“¡Oh, de veras que has resucitado! ¡Soy dichosa, feliz! Bendito Tú que has venido a consolarme”. Se inclina para besarle los pies y se queda en esta posición. La luz sobrenatural envuelve a Jesús. La habitación queda vacía, pero Elisa tiene en sí una seguridad robustísima.

II. A María de Simón en Keriot

La casa de Ana, madre de Juana. La casa de campo donde Jesús acompañado por la madre de Judas, obró el milagro al curar a Ana. También aquí hay una habitación y una mujer sobre el lecho. Una mujer que no se puede reconocer por la angustia mortal que la ha destruido. Su cara está cambiadísima. La fiebre la devora encendiendo sus mejillas salientes. Las sienes las tiene hundidas. Los ojos rojos por la calentura y el llanto, cerrados bajo unos párpados hinchados. Donde no se ve nada rojo, se ve la palidez intensa, verdosa como la bilis derramada en la sangre. Tiene los brazos descarnados, las manos afiladas sobre las mantas que se mueven al jadear.

Cerca de la enferma, que no es otra que la madre de Judas, está Ana la madre de Juana. Ana le seca las lágrimas y el sudor. Agita un abanico de palma, cambia los lienzos mojados en

vinagre aromatizado de la frente y de la garganta. Le acaricia las manos, los cabellos despeinados que son más blancos que negros, que le caen sobre las mejillas tiesos del sudor, sobre las orejas que parecen de mármol por lo transparentes. También Ana llora. La consuela diciendo: “¡No así, María, no así! ¡Basta!... Él fue el que pecó. Tú sabes cómo es el Señor Jesús...”

“¡Cállate! No repitas ese nombre que al decirlo se profana... ¡Soy la madre... del Caín... de Dios! ¡Ah!” El llanto es desgarrador. Se siente ahogarse, se arroja al cuello de su amiga que la ayuda a vomitar bilis que le sale de la boca.

“¡Calma, calma! ¡No así! ¿Qué quieres que te diga para persuadirte que el Señor te ama? Te lo repito. Te juro por lo que me es más santo: mi Salvador y mi hija. Él me lo dijo cuando me lo trajiste. Dijo algo con lo que mostró su infinito amor por ti. Tú eres inocente. Él te ama. Estoy segura. Segura de que otra vez se entregaría para darte paz, pobre madre atormentada”.

“¡Madre del Caín de Dios! ¿Escuchas? Ese viento que sopla allí afuera... Lo dice... Lleva por el mundo su voz y grita: “María de Simón, madre de Judas, del que traicionó al Maestro y lo entregó a sus verdugos” ¿Oyes? Todo lo proclama... Las tórtolas... las ovejas... toda la tierra grita que soy yo... No, no quiero curarme. ¡Quiero morirme!... Dios es justo y no me castigará en la otra vida. Pero acá, el mundo no perdona... no distingue... Estoy enloqueciendo, porque el mundo aúlla: “¡Eres la madre de Judas!”” Se deja caer sobre la almohada. Ana la coloca otra vez y sale con los lienzos sucios.

María, con los ojos cerrados, después del último esfuerzo, gime: “¡La madre de Judas! ¡de Judas!, ¡de judas!” jadea, luego: “¿Pero qué cosa es Judas? ¿Qué cosa parí? ¿Qué cosa es Judas? ¿Qué cosa...?”

Jesús está en la habitación que una débil luz ilumina porque la del sol es muy escasa para aclarar la ancha habitación en la que está el lecho en el fondo, separado de la única ventana que hay: “¡María, María de Simón!”

La mujer casi delira y no hace caso. Está fuera de sí, sumergida en el torbellino de su dolor. Sus ideas le brotan de su cerebro obsesionado. Monótonamente, como el tic-tac de un péndulo: “¡La madre de Judas! ¿Qué cosa parí? El mundo aúlla: “La madre de Judas”...”

Dos lágrimas en los dulcísimos ojos de Jesús aparecen. Me sorprende mucho esto. Nunca imaginé que Jesús pudiera llorar después de haber resucitado... Se inclina. El lecho es tan bajo, y Él tan alto. Pone la mano sobre la frente calenturienta, haciendo a un lado las plastas húmedas de vinagre, y dice: “Un infeliz. Esto y no más. Si el mundo aúlla, Dios ahoga su aullido diciendo: “Tranquilízate, porque te amo”. ¡Mírame, pobre madre! Controla tu espíritu extraviado y ponlo en mis manos. ¡Soy Jesús!...”

María de Simón abre sus ojos como si saliera de una pesadilla y ve al Señor, siente su mano sobre su frente, se lleva las manos a la cara y gime: “¡No me maldigas! ¡Si hubieras sabido lo que había concebido, me hubiera arrancado las entrañas para que no hubiera nacido!”

“Y hubieras cometido un pecado, María. ¡Oh, María, no quieras hacer algo malo por culpa de otro. Las madres que han cumplido con su deber no tienen por qué sentirse responsables de los pecados de sus hijos. Tú cumpliste con tu deber, María. Dame tus pobres manos. Cálmate, pobre madre”.

“Soy la madre de Judas. Estoy inmundada como todo lo que tocó ese demonio. ¡Madre de un demonio! No me toques”. Se revuelve para esquivar las manos divinas que la quieren tocar. Las dos lágrimas de Jesús le caen sobre su cara enrojecida de la fiebre.

“Te he purificado, María. Mis lágrimas de compasión han caído sobre ti. Desde que bebí mi cáliz de dolor, por nadie he llorado, pero sobre ti lo hago con toda mi compasión” Le ha tomado las manos y se sienta, sí, justamente al lado del lecho, teniendo las manos temblorosas de María entre las suyas.

La compasión que brilla en sus hermosos ojos acaricia, envuelve, cura a la infeliz mujer que se calma llorando menos y murmurando: “¿No me tienes rencor?”

“Te amor. Por eso he venido. Tranquilízate”.

“Tú perdonas, pero el mundo... ¡Tu Madre me odiará!”

“Te tiene como a una hermana. El mundo es cruel, tienes razón. Pero mi Madre es la Madre del Amor, es buena. No puedes andar por el mundo, pro Ella, vendrá a ti cuando todo esté ya en paz. El tiempo tranquiliza...”

“Hazme morir, si me amas...”

“Todavía no. Tu hijo no supo darme nada. Sufre un poco por Mí. Será breve”.

“Mi hijo te dio mucho... Te dio un horror infinito”.

“Y tú el dolor infinito. El horror ha pasado. No sirve para más, pero sí sirve tu dolor. Se une a mis llagas. Tus lágrimas y mi sangre lavan el mundo. Tus lágrimas están entre mi sangre y el llanto de mi Madre; y alrededor, alrededor, el dolor de los santos que sufrirán por Mí, y por los hombres por amor mío y de éstos. ¡Pobre María!” Dulcemente la recuesta, le cruza las manos, mira cómo se tranquiliza...

Regresa Ana y se queda estupefacta en el umbral.

Jesús, que se ha puesto de pie, la mira: “Cumpliste con mi deseo. Para los obedientes hay paz. Tu corazón me ha comprendido. Vive en mi paz”.

Vuelve a bajar los ojos sobre María de Simón que lo mira entre un río de lagrimas más tranquilas, y le sonríe. La consuela nuevamente: “Pon tus esperanzas en el Señor. Te dará sus consuelos”. La bendice y hace por irse.

María de Simón da un grito de dolor: “Se dice que mi hijo te traicionó con un beso. ¿Es verdad, Señor? Si es así, permíteme que lo lave, besándote las manos. ¡No puedo hacer otra cosa! No puedo hacer otra cosa para borrarlo... para borrarlo...” El dolor le hinca con más fuerza su diente.

Jesús, ¡oh!, Jesús no le da sus manos para que se las bese, las manos sobre las que caen las mangas de la cándida túnica hasta el metacarpo, ocultando las heridas, sino le toma la cabeza entre sus manos, se inclina y sus divinos labios besan la frente ardiente de la más infeliz de todas las mujeres,. Y al erguirse le dice: “¡Mis lágrimas y mis besos! Nadie ha tenido tanto de Mí. Quédate tranquila. Entre Yo y tú no hay más que amor”. La bendice y atraviesa rápidamente la habitación. Sale detrás de Ana que no se atrevió a acercarse, ni a hablar, pero que llora de emoción.

Cuando están en el corredor que lleva a la puerta de la casa. Ana se atreve a hablar, a hacer una pregunta que le late en el corazón: “¿Mi Juana?”

“Hace quince días que goza del cielo. No te lo dije allí dentro porque hay un gran contraste entre tu hija y su hijo”.

“Es verdad. Una desgracia. Creo que morirá”.

“No. No tan pronto”.

“Ahora está más tranquila. La has consolado. ¡Tú, Tú que puedes más que todos!”

“Yo la compadezco más que todos. Soy la divina Compasión. Soy el Amor². Yo te lo digo, mujer; si Judas me hubiera lanzado tan sólo una mirada de arrepentimiento, le habría alcanzado de Dios el perdón...”

¡Qué tristeza en el rostro de Jesús! La mujer queda maravillada. Las palabras y el silencio afloran sin salir de sus labios, pero la curiosidad la vence. Pregunta: “¿Pero fue una... un... Sí, quiero decir: ese desgraciado pecó de repente o...”

“Desde hacía meses que pecaba y ni una palabra mía, ni una acción mía pudieron detenerlo, pues grande era su voluntad de pecar. Pero no se lo digas a *ella*...”

“No se lo diré, Señor. Cuando, Ananías que huyó de Jerusalén sin haber consumado la pascua, la noche misma de la parasceve, entró gritando: “Tu hijo traicionó al Maestro y lo entregó a sus enemigos. Con un beso lo traicionó. Yo he visto al Maestro golpeado, escupido, flagelado, coronado de espinas, cargando la cruz, crucificado y muerto por obra de tu hijo. Nuestro nombre lo gritan los enemigos del Maestro cual bandera de triunfo con palabras

² Ju. 4, 8, 16.

obscenas. La hazaña de tu hijo la cuentan a gritos. Por menos de lo que cuesta un cordero, vendió al Maestro y con un beso traidor lo señaló a los guardias”. María cayó por tierra, se puso negra. El medico dice que se le derramó la bilis, que se le despedazó el hígado, y que toda la sangre se le ha corrompido. Y... el mundo es malo. Ella tiene razón... Tuve qué traérmela aquí porque iban a la casa en Keriot a gritar: “Tú hijo deicida y suicida! ¡Se ahorcó! Belcebú se ha llevado su alma y Satanás su cuerpo”. ¿Es verdad ese horrible prodigio?”

“No, mujer. Fue encontrado muerto, pendiente de un olivo...”

“¡Ah! Gritaban: “El Mesías ha resucitado. Es Dios. Tu hijo traicionó a Dios. Eres la madre del traidor de Dios. Eres la madre de Judas”. Por la noche con Ananías y un siervo fiel, el único que se quedó conmigo, pues nadie quiso estar con ella...me la traje aquí. Esos gritos los oye María en el viento, en el rumor de la tierra, en todas partes”.

“¡Pobre madre! ¡Es cosa horrible, sí!”

“¿Pero aquel demonio no pensó en esto?”

“Era una de las razones que empleaba Yo para detenerlo. Pero de nada sirvió. Judas llegó a odiar a Dios, cuando jamás amó verdaderamente a su padre y madre ni a ningún prójimo suyo”.

“¡Es verdad!”

“¡Adiós, mujer! Mi bendición te dé fuerzas para soportar los insultos del mundo porque compadesces a María, Besa mi mano. Te la puedo mostrar. A ella le hubiera causado un gran dolor”. Echa hacia atrás la manga, dejando al descubierto la muñeca atravesada.

Ana lanza un gemido al tocar con sus labios la punta de sus dedos.

El ruido de una puerta y un grito ahogado: “¡El Señor!” Un hombre viejo se postra y se queda así.

“Ananías, el Señor es bueno. Vino a consolar a tu pariente, y a nosotros también” dice Ana para consolar también al viejecillo en medio de su grande emoción.

El hombre no se atreve a moverse. Lloro diciendo: “Pertenece a una raza cruel. No puedo mirar al Señor”.

Jesús se le acerca. Le toca la cabeza diciendo las mismas palabras que había dicho a María: “Los familiares que han cumplido con su deber, no tienen por qué sentirse responsables del pecado de un pariente. ¡Anímate, Ananías! Dios es justo. La paz sea contigo y con esta casa. He venido y tú irás a donde te envíe. Para la pascua suplementaria los discípulos estarán en Betsaida. Irás a ellos y les dirás que doce días después de que Yo morí, me viste en Keriot, vivo y verdadero, en cuerpo, alma y divinidad. Te creerán porque he estado mucho con ellos. Pero los confirmarás en su fe acerca de mi naturaleza divina al saber que estoy en cualquier lugar el mismo día. Y antes de ello, irás hoy mismo a Keriot, le dirás al sinagogo que reúna al pueblo y ante la presencia de todos proclamarás que he venido a aquí y que se acuerden de mis palabras de despedida. Te replicarán: “¿Por qué no ha venido con nosotros?” Les responderás así: “El Señor me ha dicho que os dijese que si hubierais hecho lo que Él os había ordenado que hicierais para con una madre inocente. Él se habría manifestado. Habéis faltado al amor y por esto Él no se muestra”. ¿Lo harás?”

“¡Es difícil, Señor, es difícil de hacerlo! Todos nos tienen por leprosos del corazón... El sinagogo no me escuchará, y no me dejará hablar al pueblo. Tal vez me pegue... Sin embargo lo haré porque lo ordenas”. El viejecillo no levanta la cabeza. Ha hablado conservando su actitud de profunda adoración.

“¡Mírame, Ananías!”

El hombre levanta su cara llena de veneración.

Jesús está tan bello como en el Tabor... La luz lo cubre ocultando su rostro y su sonrisa... En el corredor no está ya. Nada se ha movido.

Los dos siguen por un tiempo postrados en señal de profunda adoración.

III. En Yutta

El huertecillo de la casa de Sara. Los niños están jugando bajo los árboles. El más pequeño está rodando por entre la hierba cerca de una hilera de parras, los otros mayorcitos están jugando a las escondidillas.

Jesús se aparece junto al más pequeño, al que le puso el nombre. ¡Oh santa simplicidad de los inocentes! Yesai no se sorprende Al verlo de repente. Le extiende sus bracitos para que lo levante. Jesús lo toma: la mayor naturalidad entre ambos. Llegan corriendo los otros .y la misma simplicidad- sin admiración alguna se le acercan, felices. Parece que para ellos nada haya cambiado. Tal vez no lo saben. Después de que Jesús los acaricia, María, la mayorcita, pregunta: “¿Entonces, no sufres más, Señor, ahora que has resucitado? ¡Tanto que sufrí!...”

“No sufro más. He venido a bendeciros antes de que suba al cielo, a mi padre y vuestro Padre³. Pero también desde allá siempre os bendeciré, si sois siempre buenos. Diréis a los que me aman que hoy os he encargado a vosotros mi bendición. Recordad este día”.

“¿No entras en casa? Está mamá. A nosotros no nos creerán” dice María. Pero su hermano no pregunta; grita: “Mamá, mamá, el Señor está aquí...” y corriendo a la casa, repite el mismo grito.

Sara se asoma a tiempo para ver a Jesús, hermosísimo, en los límites del huerto, que desaparece entre la luz que lo absorbe.

“¡El Señor! ¿Por qué no me llamasteis antes?”... pregunta Sara que apenas si puede hablar. “¿Pero cuándo? ¿De dónde vino? ¿Estaba solo? ¡Sois unos inservibles!”

“Lo encontramos aquí. Momentos antes no estaba... No vino ni de la calle, ni del huerto. Traía en brazos a Yesai... Y nos dijo que había venido a bendecirnos, a darnos su bendición para los que lo aman en Yutta, y que recordáramos este día. Ahora va al cielo. Pero nos amará si somos buenos. ¡Qué bello es! Tenía las manos heridas. Pero no le duelen. También tiene heridos los pies. Los vi entre la hierba. Esa flor le tocó la herida de un pie. La voy a cortar...” hablan todos al mismo tiempo, llenos de emoción. Hasta suda en sus ansias de referir lo que pasó.

Sara los acaricia murmurando: “¡Dios es grande! Vámonos. Venid. Vamos a contarlo a todos. Hablad vosotros, que sois inocentes. Vosotros podéis hablar de Dios”.

IV. Al jovenzuelo Yaia en Pela

El joven está trabajando con todas sus fuerzas en su carretón. Lo está cargando de verduras que recogió en la hortaliza cercana. El asno golpea con su pezuña el suelo duro del camino.

Al voltearse para tomar una canasta de lechugas, ve a Jesús que le está sonriendo. Se le cae el cesto, y se arrodilla, frotándose los ojos para convencerse de lo que ve y murmura: “¡Altísimo, no permitas que sea una ilusión! ¡No permitas, Señor, que Satanás me engañe con fantasmas! ¡Mi Señor está bien muerto! Fue sepultado y dicen que su cadáver fue transportado a otra parte. ¡Piedad, Señor Altísimo! Muéstrame la verdad”.

“Yo soy la Verdad, Yaia. Yo soy la luz del mundo. Mírame. Por eso te devolví la vista, para que pudieses dar testimonio de mi poder y resurrección”.

“¡Oh, en realidad que es el Señor! ¡Eres Tú! ¡Sí, Tú eres Jesús!” Se arrastra sobre sus rodillas para besarle los pies.

“Dirás que me has visto, que me has hablado, y que estoy vivo. Dirás que me viste hoy. La paz sea contigo y mi bendición”.

Yaia se queda solo. Dichoso. Olvida su carretón de verduras. Inútilmente el asno sacude su cola y golpea fuerte con sus cascos... Yaia está extático.

Una mujer que sale de la casa cercana a la hortaliza lo ve, pálido de la emoción, fuera de sí. Grita: “Yaia, ¿qué te pasa?” Lo sacude.

³ Cfr. Ju. 20, 17.

“¡El Señor! He visto al Señor resucitado. Le he besado los pies y visto sus llagas. Esos mintieron. Es realmente Dios y ha resucitado. Tenía miedo de que fuera un engaño. ¡Pero es Él! ¡Es Él!”

La mujer tiembla de la emoción y en voz baja susurra: “¿Estás seguro de ello?”

“¡Mujer, tú eres buena! Por amor a Él nos tomaste por siervos, a mí y a mi madre. ¡Cree!...”

“Si tú lo afirmas, creo. ¿Pero en realidad vive? ¿Está su cuerpo caliente? ¿Respiraba? ¿Hablaba? ¿De veras oíste su voz o te la imaginaste?”

“Estoy seguro. Su cuerpo estaba tibio, como el de un viviente. Era su verdadera voz. Respiraba. Hermoso como Dios, pero Hombre como yo, como uno de nosotros. Vamos, vamos a decirlo a los que sufren o dudan”.

V. En casa de Juan en Nobe

El anciano está solo en casa. No se le ve intranquilo. Está componiendo una especie de silla que ha perdido el clavo de un lado, y sonríe con quién sabe qué cosa.

Se oye que alguien llama a la puerta. El anciano, sin dejar su trabajo responde: “Adelante. ¿Qué queréis? ¿Sois de aquellos? Ya estoy viejo para cambiar. Aunque todo el mundo me gritase: “Ha muerto”, os responderé: “Vive”. Aunque por ello tuviese qué morir. Así pues, adelante”.

Se levanta en dirección a la puerta, para ver quién llamó y que no ha entrado. Cuando está ya cerca, se abre y entra Jesús.

“¡Oh, Señor mío! ¡Vivo! ¡Creí! Y vienes a premiar mi fe. ¡Bendito seas! Jamás he dudado. En medio de mis dolores dije: “Si me envió el cordero para el banquete de alegría, señal es que en este día resucitará” Entonces comprendí todo. Cuando moriste y la tierra se estremeció comprendí lo que antes me era difícil. Me tomaron por loco acá en Nobe, porque cuando se puso el sol al día siguiente al sábado preparé el banquete, fui a invitar a los mendigos y le dije: “¡Ha resucitado nuestro Amigo!” Se decía que no es verdad. Se decía que te habían robado de noche. Pero no lo creí porque desde que has muerto comprendí que morías para resucitar, y esto era la señal de Jonás”².

Jesús sonriente, lo deja hablar. Luego pregunta: “¿Quieres todavía morir, o quieres ser testigo de mi gloria?”

“Lo que quieras, Señor”.

“No. Lo que tú quieras”.

El viejo piensa, luego dice: “Sería una cosa bella salir del mundo donde no estás como antes. Pero renuncio a la tranquilidad del Cielo para decir a los incrédulos: “¡Lo he visto!””.

Jesús le pone una mano sobre la cabeza, lo bendice y agrega: “Pero pronto llegará la paz, y vendrás a Mí con el grado de uno que ha dado testimonio del Mesías”.

Y se va. Tal vez por compasión al anciano, no desaparece como en otras ocasiones, sino que lo hace como el Jesús de otros tiempos, que entraba y salía de la casa, como cualquier humano.

VI. Donde Matías, el solitario, cerca de Yabes Galaad

El anciano está trabajando en sus verduras y monologa: “Todas las riquezas que tengo eran para Él. No las probaré. Inútilmente he trabajado. Creo que es el Hijo de Dios, que ha muerto y resucitado. Pero no es más el Maestro que se sentaba a la mesa del pobre o del rico y compartía con amor igual. Ahora es el Señor. Ha resucitado para confirmar en la fe a los que creen. Y esos dicen que no es verdad. Que ninguno ha resucitado por sí. Que nadie. No. Que ningún hombre. Pero Él sí. Porque es Dios”.

Bate las manos para apartar a los palomos que bajan a llevarse su alimento. Dice: “¡Es inútil que sigáis teniendo crías! No podrá comer más. Y vosotras inútiles abejas, ¿para qué hacéis miel Esperaba que por lo menos una vez estaría conmigo, ahora que soy menos

² Cfr. Jon. 2..

miserable. Todo ha prosperado desde que vino... ¡Ah!, pero con esos denarios que no he tocado, iré a Nazaret, donde su Madre, y le diré: "Tómame por esclavo tuyo, pero déjame aquí, porque tú eres todavía Él..." Se seca una lágrima con el dorso de la mano...

"Matías, ¿tienes un pan para un peregrino?"

Matías levanta la cabeza, y dada su posición en que está de rodillas, no ve a quien habla detrás de la alta valla que rodea su pequeña propiedad perdida en aquella verde soledad del otro lado del Jordán. Responde: "Quienquiera que seas, entra en nombre del Señor Jesús". Se pone de pie para abrir la portezuela.

Se encuentra ante Jesús, se queda con la mano sobre el pasador, sin moverse.

"¿No quieres tomarme por huésped tuyo, Matías? Una vez lo hiciste. Te dolía que no lo pudieras hacer otra vez. Estoy aquí, ¿no me abres?" Jesús sonríe.

"¡Oh, Señor!... yo... yo... no soy digno de que mi Señor entre aquí... yo..."

Jesús pone su mano sobre el pasador, abre y dice: "El Señor entra donde quiere, Matías". Entra, avanza por la hortaliza, se dirige a la casa, se dirige a la casa. En el umbral dice: "Sacrifica los hijos de tus palomos. Saca de la tierra tus verduras y la miel de tus abejas. Juntos dividiremos el pan, y no habrá sido inútil tu trabajo, ni vano tu deseo. Amarás este lugar, sin que sea necesario que vayas donde pronto habrá silencio y abandono. Yo estoy en todas partes, Matías. Quien me ama está conmigo, siempre. Mis discípulos estarán en Jerusalén. Allí se levantará mi Iglesia. Procura estar allí para la pascua suplementaria".

"Perdóname, Señor, de que no pude resistir en aquel lugar y huí. Había llegado la hora de nona del día anterior a la parasceve y el día después... Huí para no verte morir. Sólo por esto, Señor".

"Lo sé. Y sé que eres uno de los primeros que regresaron para llorar sobre mi sepulcro. Pero ya no estaba en él. Sé todo. Mira, voy a sentarme a descansar. Siempre he descansado aquí... Y los ángeles lo saben".

El hombre se pone a hacer sus quehaceres, pero parece como si estuviera en un lugar sagrado. De vez en vez se seca una lágrima mezclada con su sonrisa, mientras va y viene para tomar los palomos, matarlos, prepararlos, atizar el fuego, tomar y lavar las verduras, poner en una fuente los primeros higos y preparar la mesa con lo mejor que tiene. Cuando todo está preparado, ¿cómo puede sentarse a comer? Quiere servir y eso ya es mucho. No pretende más. Pero Jesús, que ha ofrecido y bendecido, le ofrece la mitad del pichón que ha cortado, poniendo la carne sobre un pedazo de hogaza que ha mojado en el jugo.

"¡Oh, como a un ser querido!" dice el anciano y come, llorando de alegría, de emoción, sin apartar los ojos de Jesús que come... que bebe, que saborea las verduras, la fruta, la miel, que le ofrece una copa después de haber dado unos sorbos de vino. Antes había bebido agua.

La comida ha terminado.

"Vivo. Lo ves. Y tú estás dichoso. Recuerda que hace doce días morí porque los hombres así lo quisieron. Pero de ningún valor es el querer de los hombres cuando el de Dios no lo acepta. Aun más, la voluntad contraria de los hombres es un instrumento servil del querer eterno. Adiós, Matías. Como dije antes, cuando era peregrino en la tierra sobre quien podía abrirse alguna duda, que estará conmigo quien me hubiera dado de beber. Yo te digo: tú tendrás parte en mi Reino celestial".

"¡Pero ahora te pierdo, Señor!"

"Veme en cada peregrino, cada mendigo, cada enfermo, en cada necesitado de pan, vestido. Yo estoy en cada uno que sufre, y lo que se hace a él, se hace a Mí"⁶.

Abre los brazos. Bendice. Desaparece.

VII. Con Abraham en Engaddi

La plaza de Engaddi: un templo con columnas de palmas que chocan entre sí. La fuente: espejo de un cielo abrileno. Las palomas: murmullos bajos de órgano. El viejo Abraham

⁶ Cfr. Mt. 25, 31-46.

atraviesa la plaza con sus instrumentos de trabajo sobre el hombro. Parece más viejo, pero más tranquilo, como quien ha encontrado la serenidad después de la tempestad. Atraviesa lo que falta de la ciudad, se dirige a los viñedos que hay cerca de los manantiales, cargados de preciosos frutos. Entra, se pone a zapar, podar y ligar. De vez en cuando se yergue, se apoya sobre el azadón, piensa. Se alisa su patriarcal barba, suspira, sacude su cabeza como hablando consigo.

Un hombre envuelto en su manto sube por la calle hacia los manantiales y los viñedos... He dicho: un hombre, pero es Jesús, porque el vestido es el que conozco y su paso el mismo. Pero para Abraham es un hombre cualquiera. Pregunta a Abraham: "¿Puedo estar aquí?"

"La hospitalidad es sagrada. A nadie se la he negado. Ven. Entra. Que la sombra de mis parras te brinden frescura. ¿Quieres leche? ¿Pan? Te daré lo que tengo aquí".

"¿Y qué quieres que te dé Yo? No poseo nada".

"El Mesías me dio *todo* y para *todos* los hombres. Y por más que dé, nada es con respecto a lo que Él me ha dado".

"¿Sabías que lo crucificaron?"

"Sé que ha resucitado. ¿Eres uno de los que lo crucificaron? No puedo odiarte, porque a Él no le gusta el odio. Pero si tú hubieras sido uno de ellos, te odiaría si pudiese".

"No fui uno de los que lo crucificaron. Tranquilízate. Sabes todo lo referente a Él".

"Todo. Y Eliseo... que es mi hijo, también. Eliseo no ha regresado de Jerusalén. Dijo: "Permíteme, padre, que deje todo por predicar al Señor. Iré a Cafarnaum a buscar a Juan, y me uniré a los discípulos fieles" ".

"¿Te ha dejado, pues, tu hijo? ¿Pese a que estás viejo y solo?"

"Lo que llamas abandono es mi sueño dorado. ¿No me lo había arrebatado la lepra? ¿Y quién me lo devolvió? El Mesías. ¿Lo pierdo, acaso, porque lo predica? ¡Claro que no! Lo encontraré en la vida eterna. Pero tú hablas en cierta forma que te haces sospechoso. ¿Eres un emisario del Templo? ¿Has venido a perseguir al que cree en el Resucitado? ¡Mátame! No esquivo el golpe. No imito a los tres sabios de hace mucho tiempo. Me quedo en mi lugar. Si caigo por su causa, lo alcanzaré en el cielo y así se realiza mi súplica del año anterior".

"Tienes razón. Lo dijiste esa vez: "He esperado con ansia sin igual al Señor y ha vuelto su rostro a mí"⁹".

"¿Cómo lo sabes? ¿Eres uno de sus discípulos? ¿Estabas aquí cuando con Él dirigí mi súplica? ¡Oh, si lo eres, ayúdame para que mi anhelo llegue hasta Él, para que lo tengan en cuenta!" Se postra creyendo que habla a un apóstol.

"Soy, Yo, Abraham de Engaddi y te digo: "Ven" ". Le abre los brazos al descubrir quién es, y lo invita a que se arroje a ellos, que se estreche a su corazón.

En esos momentos entra en el viñedo un niño, a quien le sigue otro mayor gritando: "¡Padre, padre, hemos venido a ayudarte!"

Pero el grito agudo del niño, desaparece ante el robusto del anciano, que es un grito de liberación: "¡Sí, voy!", y se arroja en los brazos de Jesús gritando: "¡Jesús, Mesías santo! ¡En tus manos entrego mi espíritu!"

¡Muerte dichosa! Muerte que envidio! Sobre el pecho de Jesús, en medio de una serena campiña en la que la flores abriñenas sonríen al cielo.

Jesús suavemente reclina al anciano sobre la hierba que se mueve a impulsos de la brisa, a los pies de una hilera, y dice a los niños estupefactos y espantados, que están a punto de echarse a llorar: "No llores. Ha muerto en el Señor. Bienaventurados los que mueren en sus brazos. Id a avisar a los de Engaddi que el sinagogo ha visto a Jesús resucitado y que Él ha escuchado su plegaria. ¡No llores!" Los acaricia llevándolos a la entrada, luego regresa donde yace el anciano, le compone la barba y los cabellos, los párpados semi-cerrados, le compone los brazos y lo extiende sobre el manto que el anciano se había quitado al empezar el trabajo.

⁹ Cfr. Salm. 39, 2.

Se queda hasta que oye voces en el camino. Se levanta radiante... Los que acuden lo ven. Gritan. Corren con más fuerza para alcanzarlo. Pero Él, envuelto en un rayo de sol, desaparece de su vista.

VIII. Elías, el esenio de Carit

Veo la dura soledad de la abrupta montaña, donde en su fondo se encuentra Carit. Está Elías, más flaco y descarnado, más barbado y agreste en su vestido rudo de lana que no es gris, que no es café, sino que se parece al color de los peñascos que lo rodean.

Oye el ruido de viento, de trueno. Levanta la cabeza. Jesús ha puesto su pie sobre un peñasco que se suspende sobre el precipicio, en cuyo fondo corre el río.

“¡El Maestro!” y se arroja al suelo.

“Soy Yo, Elías. ¿No sentiste el terremoto de parasceve?”

“Lo sentí y bajé a Jericó y a la casa de Nique. No encontré a nadie de los que te amaban. Pregunté por Ti. Me pegaron.. Después sentí que nuevamente la tierra se estremecía, pero no tan fuerte, y volví aquí para seguir mi penitencia, pensando que las puertas de la ira de Dios habían sido abiertas”.

“De la misericordia divina. Morí y he resucitado. Mira mis llagas. Reúnete con los siervos del Señor en el Tabor y diles que Yo te lo mandé”.

Lo bendice y desaparece.

IX. En Cesarea de Filipo

El niño de Dorca, a quien su madre va sosteniendo, da los primeros pasos por el bastión de la fortaleza. Y Dorca, como va inclinada, no ve al Señor que se aparece. Pero cuando por un momento deja libre al niño y ve que se dirige sin tropezar, ligero al ángulo del bastión, se endereza para impedir que vaya a chocar, o que se haga mucho mal al pasar entre los almenajes o pasillos hechos a propósito para los soldados. Al hacerlo, ve a Jesús que estrecha contra su pecho al niño y que lo besa. La mujer no se atreve a hacer nada. Pero grita con todas sus fuerzas. Y su grito hace que los de la corte levanten su cabeza, y que se asomen por las ventanas: “¡El Señor! ¡El Señor! ¡El Mesías está aquí! Ha resucitado en verdad”. Pero antes de que la gente acuda, Jesús ha desaparecido.

“¡Estás loca! ¡Deliras! Un rayo de luz te hizo ver un fantasma”.

“¡Que no! ¡Está bien vivo! Ved cómo mi hijo ve allá y que tiene en sus manos una hermosa manzana como su carita. Se la está comiendo y sonríe. Yo no tengo manzanas...”

“Nadie tiene manzanas maduras por estos días, y tan frescas...” dicen quedándose impresionados.

“Preguntemos a Tobías” proponen algunas mujeres.

“¿Qué queréis hacer? Apenas si sabe decir: mamá” dicen con sorna los hombres.

Pero las mujeres se agachan y preguntan al niño: “¿Quién te dio la manzana?”

El niño, abre su boquita en que apenas unos cuantos dientitos se ven. La abre y dice dulcemente: “Jesús”.

“¡Oh!”

“Le habéis puesto el nombre de Yesai. Sabe decir su nombre”.

“¿Te refieres a ti o a Jesús el Señor? ¿Dónde lo has visto?” insisten las mujeres.

“Allí, allí estuvo el Señor. Jesús, el Señor”.

“¿Dónde está? ¿A dónde se fue?”

“Allá”. Señala el firmamento bañado en sol, y se ve que con su sonrisa refleja la felicidad, mientras muerde la manzana.

Mientras los hombres se van moviendo la cabeza. Dorca dice a las mujeres: “Era bello. Su vestido parecía hecho de luz. Tenía en las manos la señal de los clavos. Señal roja como una piedra preciosa. Lo vi bien porque tenía a mi hijo así” e imita a Jesús.

Acude el intendente, pide que se le repita lo sucedido, concluye: “El salmo lo dice: “En la boca de los niños, de los que apenas están mamando has colocado una alabanza perfecta”¹¹. ¿Y por qué no la verdad? Ellos son inocentes. Y nosotros... Recordemos ese día... ¡Pero no! Me voy a la población de los discípulos. Voy a ver si está allá el Rabí... Estuvo muerto... ¡Pero!...”

Y con este “pero” el intendente se va, mientras las mujeres, entusiasmadas, continúan haciendo preguntas al pequeñín que repite siempre: “Jesús, allá”. Y más allá. “Jesús, el Señor”, y señala el lugar donde estuvo Jesús, después el sol donde lo vio desaparecer. Y sonríe dichoso feliz.

X. En Cades

La gente de Cades está reunida en la sinagoga y discute con el viejo Matías, el sinagogo, acerca de los últimos sucesos. La sinagoga está más bien semioscura porque las puertas están cerradas y las pesadas cortinas puestas sobre las ventanas, que apenas si el aire de abril mueve.

Un fulgor ilumina la sala. Parece un relámpago, pero es la luz que precede a Jesús, que se manifiesta ante la estupefacción de muchos. Abre sus brazos y claramente se ven sus llagas de las manos, de los pies, pues se muestra en el último escalón que da a una puerta cerrada. Dice: “He resucitado. Acordaos de mi discusión con los escribas. He dado a la generación malvada la promesa que le prometí, la de Jonás. A quien me ame y me sea fiel, le doy mi bendición”. No añade más. Ha desaparecido.

“¡Si es Él! ¿De dónde? ¡Y estaba vivo! ¡Lo había dicho! Mira, ahora comprendo. La señal de Jonás¹²: tres días en las entrañas de la tierra, y luego la resurrección...”

Comentarios que van y vienen.

XI. En Giscala

Un grupo rabioso de rabinos trata de persuadir a algunas personas que titubean. Quiere persuadirles a que vayan donde Gamaliel que se ha encerrado en su casa y que no quiere ver a nadie.

Dicen estos hombres: “Os decimos que no está aquí. No sabemos en dónde esté. Vino. Consultó unos rollos. Regresó. No dijo ni una palabra. Infundía miedo por lo viejo y preocupado que se ve”.

Con groserías los rabinos les vuelven las espaldas y se alejan diciendo: “¡También Gamaliel está loco como Simón! No es verdad que el Galileo haya resucitado. No es verdad, no es verdad. No es verdad que sea Dios, no es verdad. Nada es verdad, fuera de lo que decimos nosotros”. La misma ansia con que vociferan que nada es verdadero muestra su miedo de que lo sea.

Han flanqueado el muro de la casa y se dirigen a la tumba de Hilel. Siempre, cual perros, lanzando al aire sus negaciones levantan la cara... y huyen con un grito... Jesús, que es siempre bueno con los buenos, está allí, terrible en su poder, con los brazos abiertos como sobre una cruz... Las llagas de las manos fulguran como si la sangre estuviese manando. No dice una palabra, pero su mirada aterroriza.

Los rabinos huyen, caen, se levantan, se pegan contra las piedras. Han enloquecido de miedo, de terror. Como los homicidas a quienes se les sujeta a que vuelvan al lugar donde está su víctima.

XII. Donde Joaquín y María en Bozra

“¡María, María! ¡Joaquín y María!, venid”

¹¹ Sal. 8, 2-3.

¹² Cfr. Jon. 2.

Los dos que están en silenciosa habitación que un candil ilumina, ella ocupada en coser, él en hacer cuentas, levantan la cabeza, se miran... Joaquín pálido de miedo, dice en voz baja: "La voz del Rabí. Viene de la otra vida..." La mujer se aprieta de miedo contra el hombre. La llamada se repite, y ambos, estrechados para darse valor, salen hacia donde la voz los ha llamado.

En el jardín que una nueva luna ilumina, resplandece mucho más brillante Jesús. La luz lo rodea y lo hace aparecer en lo que es: Dios. La dulcísima sonrisa, la mirada amable dicen que es Hombre: "Id a decir a los de Bozra que me habéis visto vivo. Dilo, Joaquín, en el Tabor a los que allí se reunieren". Los bendice y desaparece.

"¡Sí era Él! ¡No ha sido un sueño! Yo... Mañana voy a Galilea. Dijo Tabor, ¿no es verdad?"

XIII. En Efraín, en casa de María de Jacob

La mujer está amasando harina para hacer pan. Se vuelve al oírse llamar, y ve a Jesús. Con la cara y manos en tierra, se queda muda de espanto.

Jesús habla: "Dirás a todos que me has visto, que te he hablado. El Señor no está sujeto al sepulcro. He resucitado al tercer día como lo predije. Continúa vosotros que estáis en mi camino y no os dejéis engañar por las palabras de los que me crucificaron. Mi paz sea contigo".

XIV. Donde Síntica en Antioquía

Síntica está preparando un saco de viaje. Es ya de noche. Una pequeña lámpara arde. La llama temblorosa se mueve. La lámpara está cerca de una mesa cercana a Síntica ocupada en arreglar sus vestidos.

La habitación se ilumina. Síntica levanta la cabeza y sorprendida para ver qué cosa ha sucedido, de dónde viene esa luz tan clara y tan intensa. Pero antes de que comprenda, Jesús la previene: "Soy Yo. No tengas miedo. Me he aparecido a muchos para confirmarlos en la fe. También a ti me aparezco, discípula que has sido obediente y fiel. He resucitado. ¿Lo ves? No sufro más. ¿Por qué lloras?"

Síntica ante la belleza del Resucitado, no encuentra palabras... Jesús le sonríe para darle valor y añade: "Soy el mismo Jesús que te acogió cerca del camino a Cesarea. Esa vez pudiste hablar, y eso que te era un desconocido, y ¿ahora no encuentras palabra alguna que decirme?"

"¡Oh, Señor, estaba yo para partir... para arrebatarme del corazón tanta intranquilidad y dolor".

"¿Por qué dolor? ¿No te habían dicho que había resucitado?"

"Dijeron unos y contradijeron otros. Sus contradicciones no me perturbaron. Yo sabía que tu cuerpo no probaría la corrupción. He llorado por tu martirio. Antes de que me lo hubieran dicho creí en tu resurrección y he seguido firme, pese a que otros han venido a decir que no es verdad. Quería ir a Galilea. Dentro de mí pensaba: no puedo hacerle ningún mal. Ahora es más Dios que Hombre. No sé expresarme..."

"Comprendo lo que quieres decir".

"Decía dentro de mí: lo adoraré y veré a María. He pensado que no permanecerías mucho tiempo entre nosotros y apresuraba mi partida. Decía también: cuando haya vuelto a su Padre, como decía, su Madre estará un poco triste en medio de su alegría. Es madre, pero también es corazón... Trataré de consolarla, ahora que está sola... ¡Era yo una soberbia!"

"No. Eres una mujer compasiva. Comunicaré a mi Madre tu intención. Pero no vayas allá. Quédate donde estás. Continúa trabajando por Mí, ahora más que antes. Tus hermanos, los discípulos, tienen necesidad del trabajo de todos para propagar mi doctrina. Me has visto. Mi Madre ha sido confiada a Juan. No sufras más. Puedes robustecer tu corazón con la seguridad de haberme visto y con la fuerza de mi bendición".

Síntica tiene muchos deseos de besarlo. Pero no se atreve. Jesús le dice: "Ven". Se llega a Jesús de rodillas va a besarle los pies, cuando ve las llagas pero no osa. Toma la orla de su vestido y la besa llorando. Murmura: "¡Qué cosa te hicieron!" Luego pregunta: "¿Y Juan-Félix?"

“Es feliz. No recuerda otra cosa más que el amor y en él vive. La paz sea contigo, Síntica” y desaparece.

La mujer se queda en su actitud de adoración, de rodillas, con la cara hacia lo alto, las manos un poco extendidas. Lágrimas corren por su cara y una sonrisa en su cara.

XV. Con el levita Zacarías

Zacarías el levita está en una pequeña habitación, sentado, pensativo, con la cabeza reclinado sobre una mano.

“No dudes. No aceptes lo que te perturba. Yo soy la Verdad y la Vida. Mírame. Tócame”.

El joven que ha levantado su cara al oír las primeras palabras y ha visto a Jesús, cae de rodillas exclamando: “Perdóname, Señor, he pecado. He dudado de tu verdad”.

“Son más culpables que tú los que tratan de seducir tu corazón. No cedas a la tentación. Tengo cuerpo vivo y real. Siente el peso, el calor, la robustez y la fuerza de mi mano”. Lo toma por el antebrazo y lo levanta con fuerza diciendo: “Levántate y camina en las vías del Señor. Sal de la duda y del miedo. Serás bienaventurado si perseveraras hasta el fin”.

Lo bendice y desaparece.

El joven después de algunos instantes de atolondramiento maravilloso, se precipita fuera de la habitación, gritando: “¡Madre, padre, he visto al Maestro! No es verdad lo que dicen los otros. No era yo un loco. No sigáis creyendo en la mentira. Bendecid conmigo al Altísimo que ha tenido compasión de su siervo. Me voy. Voy a Galilea. Encontraré a alguno de los discípulos. Voy a decirles que crean. Que Él ha resucitado en verdad”.

No toma consigo alforja, ni alimentos, ni vestidos. Se echa su manto y corre sin dar tiempo a sus padres de salir de su admiración y de que traten de impedirle el paso.

XVI. A una mujer de la llanura de Sarón

Un camino cerca del mar. Tal vez la que une Cesarea con Joppe, o con otra ciudad. No lo sé. Lo que sí sé es que veo campos por una parte y mar por la otra, con su línea azulada que se distingue de la amarillenta del litoral. El camino debe ser una arteria romana. El cuidado lo demuestra.

Una mujer llorando va por ese camino, a las primeras horas matinales. Hace poco que el alba salió. La mujer debe estar cansadísima porque de vez en cuando se detiene, se sienta sobre una piedra millar o al borde del camino. Luego se levanta y continúa, como si algo la empujase a seguir, pese a su cansancio.

Jesús, un viajero envuelto en su manto, se le pone al lado. La mujer no lo mira. Sigue sumergida en su dolor. Jesús le pregunta: “¿Por qué lloras, mujer? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas tan sola?”

“Vengo de Jerusalén y voy a mi casa”.

“¿Está lejos?”

“Entre Joppe y Cesarea”.

“¿A pie?”

“En el valle que está antes de Modín los ladrones me quitaron el asno y lo que traía sobre él”.

“Has sido imprudente en caminar sola. No hay qué ir solos a la pascua”.

“No fui por la Pascua. Me había quedado en casa porque tengo un niño enfermo y espero que no haya muerto. Mi marido se había ido con otros. Lo dejé ir, y cuatro días después me fui yo. Porque me dije: “Ciertamente está Él en Jerusalén para la pascua. Lo buscaré”. Tenía un poco de miedo, pero me dije: “No hago nada malo. Dios lo ve. Yo creo. Sé que es bueno. No me rechazará porque...”” Se detiene como atemorizada, echa una mirada furtiva sobre el viajero que va a su lado, cubierto completamente que apenas se le ven los ojos. Los inconfundibles ojos de Jesús.

“¿Por qué no hablas? ¿Tienes miedo de Mí? ¿Crees que sea enemigo del que buscabas. Buscabas, no hay duda, al Maestro de Nazaret para pedirle que viniese a tu casa a curar a tu hijo, mientras tu marido estaba ausente...”

“Veo que eres profeta. Así es. Pero cuando llegué a la ciudad, el Maestro había muerto”. El llanto la ahoga.

“Ha resucitado. ¿No lo crees?”

“Lo sé. Lo creo. Yo aguardé por algunos días esperando verlo... Se cuenta que se ha aparecido a algunos. Había tardado en partir... cada día una angustia porque... está tan enfermo mi niño... Mi corazón está dividido... Venir a consolarlo en su muerte... Quedarme para buscar al Maestro... No le iba a pedir que viniera a mi casa, sólo que me prometiera que mi hijo sanaría”.

“¿Habrías creído? ¿Piensas que desde lejos?...”

“Hubiera creído. Si me hubiera dicho: “Vete en paz. Tu hijo sanará”, no habría dudado, pero no lo merezco porque...” Lloro, tapándose la boca con el velo como para no decir algo.

“Porque tu marido fue uno de los acusadores y verdugos de Jesús. Pero Jesús es el Mesías. Es Dios. Y Dios, mujer, es justo. No castigo al inocente por el culpable. No atormenta a una madre porque el padre sea pecador. Jesús es la misericordia hecha realidad...”

“Oh, ¿eres uno de sus apóstoles? Tal vez sabes dónde se encuentre. Tú... Tal vez te ha enviado a decirme esto. Supo, vio mi dolor, mi fe y te manda como el Altísimo envió al arcángel Rafael a Tobías¹³. Dímelo si es así, y aunque estoy rendida de cansancio, regresaré a buscar al Señor”.

“No soy un apóstol. En Jerusalén se han quedado todavía los apóstoles por varios días después de su resurrección”.

“Tienes razón. Lo hubiera pedido a uno de ellos”.

“Lo hubieras hecho. Ellos continúan al Maestro”.

“No pensé que pudieran hacer milagros”.

“Ya los han hecho...”

“Pero ahora... Me contaron que sólo uno le fue fiel y no creía yo...”

“Tu marido te lo dijo así, burlándose de ti, briago de su falso triunfo. Ten en cuenta que el hombre puede pecar, pero sólo Dios es perfecto. Y puede arrepentirse. Si se arrepiente, su fuerza crece y Dios le aumenta sus gracias por su contrición. ¿No perdonó acaso el Señor Altísimo a David?¹⁴

“¿Pero quién eres? ¿Quién eres que hablas tan dulce y sabiamente, si no eres un apóstol? ¿Eres un ángel? ¿El ángel de mi niño? Tal vez ya murió y has venido a prepararme...”

Jesús se descubre. Del aspecto de humilde peregrino, pasa al majestuoso de Dios-Hombre, del resucitado y dice con voz solemne: “Soy Yo, El Mesías a quien crucificaron, pero que de ello nada ganaron. Soy la Resurrección y la Vida. Vete, mujer, tu hijo vive en premio de tu fe. Tu hijo está curado, porque si el Rabí de Nazaret ha terminado su misión, el Emmanuel continúa la suya hasta el fin de los siglos para todos los que tiene fe, esperanza y caridad en el Dios Uno y Trino del que el Verbo encarnado es una de las Personas, que por amor dejó el cielo para venir a enseñar, padecer y morir para dar a los hombres la vida. Ve en paz, mujer. Sé fuerte en la fe porque ha llegado el tiempo en que en una familia el esposo esté contra la esposa, el padre contra los hijos, éste contra aquél, porque se me odia o porque se me ama. Bienaventurados a quienes la persecución no arranque de mi Camino”.

La bendice y desaparece.

XVII. A los pastores en el gran Hermón

Rebaños y pastores, están en las faldas, ricas en espléndidos pastos. Hablan de lo sucedido en Jerusalén. Están afligidos. Se dicen: “No tendremos más sobre la tierra al amigo

¹³ Cfr. Tob. 5-13.

¹⁴ Cfr. 2 Rey. 11-12.

de los pastores” y recuerdan los encuentros que tuvieron con Él acá o allá. Encuentros...”, dice uno de edad, “que no volverán”.

Se ve a Jesús delante de un bosquecillo tupido, que impide ver el camino. No lo reconocen en el hombre solitario y al verlo en su blanca vestidura se preguntan: “¿Quién será? ¿Un esenio? ¿Quién? ¿Un rico fariseo?” Están perplejos.

Jesús pregunta: “¿Por qué estáis diciendo que no encontraréis más al Señor? Porque de quien estáis hablando es del Señor”.

“Lo sabemos. ¿Pero no sabes lo que hicieron? Ahora unos dicen que ha resucitado, otros que no. Pero aun cuando hubiera resucitado como preferimos creer, ahora ya se habrá ido. ¿Cómo puede amar otra vez y quedarse en medio de un pueblo que lo crucificó? Nosotros que lo amábamos, aun cuando si no todos lo habíamos conocido, estamos tristes por haberlo perdido”.

“Hay un modo para que lo tengáis otra vez. Os lo dijo”.

“Si hacemos lo que enseñó. Entonces se posee el Reino de los cielos y está uno con Él. Pero primero se debe vivir y luego morir. Y él no está más entre nosotros para consolarnos”. Mueve la cabeza.

“Hijos míos, los que *viven* lo que enseñó, que tienen en su corazón su enseñanza, es como si tuvieran a Jesús dentro de sí. Porque palabra y doctrina son una misma cosa. Él no fue un Maestro que hubiera enseñado cosas que no eran cual Él era. Por esto, quien hace lo que dijo lo tiene en sí, y no está separado de Él”.

“Dices bien. Pero somos unos pobres hombres y... queremos verlo también con nuestros propios ojos para alegrarnos... Jamás lo he visto, tampoco mi hijo, ni Jacob, ni Melquías, ni Santiago, ni Saúl que están aquí. ¿Ves cuántos de entre nosotros no lo han visto? Siempre lo buscamos, pero cuando llegábamos, había ya partido”.

“¿No estuvisteis en Jerusalén aquel día?”

“Sí estuvimos, más cuando supimos lo que querían hacer, huimos como locos a los montes, volviendo a la ciudad después del sábado. No somos culpables de su sangre porque no estuvimos en la ciudad, pero sí hicimos mal en haber sido unos cobardes. Por lo menos hubiéramos visto y saludado. No cabe duda que nos hubiera bendecido al saludarlo... Pero de veras que no tuvimos valor de mirarlo atormentado...”

“Él os bendice ahora. Mirad a quien queráis conocer”.

Sobre el verde prado se manifiesta en su belleza divina. Ante el estupor que los echa por tierra, pero que también hace que sus ojos sigan clavados en el rostro divino de Jesús, que desaparece en medio de un fulgor de luz.

XVIII. En Sidón, en casa del niño que nació ciego

El niño está jugando bajo un tupido emparrado. Oye que lo llaman y se encuentra frente a Jesús. Un poco temeroso le pregunta: “¿Eres Tú el Rabí que me devolvió la vista?” y clava sus ojos infantiles de color azul en los de igual color de los de Jesús.

“Soy Yo, niño. ¿No tienes miedo de Mí?” Lo acaricia en la cabeza.

“Miedo no. Pero yo y mamá hemos llorado mucho cuando mi padre regresó antes de tiempo y nos dijo que había huido porque habían apresado al Rabí para matarlo. No celebró la pascua, y tiene qué partir de nuevo para hacerla. ¿Entonces, no moriste?”

“Sí morí. Mira las heridas. Morí en una cruz. Pero he resucitado. Dirás a tu padre que se detenga por un tiempo en Jerusalén después de la segunda pascua y que permanezca cerca del monte de los Olivos, en Betfagé. Allí encontrará quien le diga lo que tenga qué hacer”.

“Mi padre piensa buscarte. En los tabernáculos¹⁵ no te pudo hablar. Quería decirte que te amaba por los ojos que me diste. Pero no pudo hacerlo entonces, ni ahora...”

“Lo hará al creer en Mí. Adiós, niño. La paz sea contigo y con tu familia”.

¹⁵ Cfr. Ex. 23, 14-17.

XIX. Con los campesinos de Yocana

Los campos de Yocana sienten el beso de la luna. Un silencio absoluto los cobija. Las pobres chozas de los campesinos las tiene sumergidas en una noche bochornosa que los obliga a tener abierta por lo menos una puerta para no morir de calor por lo amontonados que están.

Jesús entra en un gran cuarto. Parece como que la misma luna alargase sus rayos para hacerle un tapete real sobre el suelo donde pisa. Se inclina sobre uno de los que duermen fatigados del trabajo. Lo llama. Pasa a otro. Llama a todos sus fieles y pobres amigos. Pasa ligero y rápido como un ángel que volara. Entra en otros cuartuchos... luego va a esperarlos afuera, cerca de un montón de árboles. Los campesinos semidormidos salen. Dos, tres, uno. Cinco juntos. Algunas mujeres. Están sorprendidos de haber sido llamados al oír una misma palabra: "Venid al huertecillo".

Allá van mientras terminan de arreglarse sus pobres vestidos, o sus cabelleras. Hablan en voz baja.

"A mí me pareció la voz de Jesús de Nazaret".

"Tal vez su espíritu. Lo mataron. ¿Lo supisteis?"

"No puedo creerlo. Era Dios".

"Yoel lo vio cuando iba cargando su cruz..."

"A mí me dijeron ayer, mientras esperaba que el administrador arreglase sus mercancías, que pasaron de Yezrael algunos discípulos y que dijeron que había resucitado".

"¡Calla! Sabes lo que ha ordenado el patrón. Que será flagelado el que lo predique".

"Y hasta muerto. Pero, ¿no es mejor esto, que sufrir así?"

"Ahora no está más".

"Se han hecho peores desde que lograron matarlo".

"Son peores porque ha resucitado".

Siguen hablando en voz baja mientras van al lugar que se les indicó.

"¡El Señor!" grita una mujer, y es la primera que se pone de rodillas.

"¡Su fantasma!" gritan otros. Algunos sienten miedo.

"Soy Yo. No temáis. No gritéis. Acercaos. Soy Yo en persona. He venido a reafirmar vuestra fe que se siente vacilar. ¿Veis? Mi cuerpo arroja sombra porque es un cuerpo verdadero. No estáis soñando, no. Es mi verdadera voz. Soy el mismo Jesús que compartió con vosotros el pan y que os amaba. También ahora os amo. Os mandaré mis discípulos. Seré Yo, porque os darán lo que os daba y lo que les he dado para poder comunicarme a los que creen en Mí. Soportar vuestra cruz como Yo soporté la mía. Sed pacientes. Perdonad. Os dirán cómo morí. Imitadme. El camino del dolor es el sendero del cielo. Seguidlo serenamente y alcanzaréis mi Reino. No hay otro camino más que el de la resignación a la voluntad de Dios, que la generosidad, que la caridad para con todos. Si existiera otro, os lo habría dicho. Recorrí este camino por ser el único recto. Sed fieles a la ley del Sinaí que es inmutable en sus diez mandamientos y a mi doctrina. Vendrán los que os instruirán para que no os encontréis solos ante las amenazas de los malvados. Os bendigo. Recordad que siempre os he amado y que he venido a vosotros antes y después de mi glorificación. En verdad os digo que muchos habrían deseado verme *ahora*, y no me verán. Muchos de los grandes. Me muestro sólo a los que amo y me aman".

Un campesino se atreve a preguntar: "Entonces... ¿existe en realidad el Reino de los cielos? ¿Eres verdaderamente el Mesías? Ellos nos tienen sugestionados..."

"No hagáis caso a sus palabras. Recordad las mías y acoged a mis discípulos que conocéis. Son palabras de verdad. Y quien los acoge y practica aun cuando sea siervo o esclavo, será ciudadano y coheredero de mi Reino" Los bendice abriendo sus brazos y desaparece.

"¡Oh, ya no tengo más miedo!"

"Tampoco yo. ¿Oíste? ¡También para nosotros hay un lugar!"

"Hay qué ser buenos".

“Perdonar”.
 “Tener paciencia”.
 “Saber perseverar”.
 “Buscar a los discípulos”.
 “Ha venido donde nosotros los pobres siervos”.
 “Lo diremos a sus apóstoles”.
 “¡Si supiese Yocana!”
 “¡Y Doras!”
 “Nos matarían para que no hablásemos”.
 “No diremos nada. Sólo lo diremos a los siervos del Señor”.
 “Miqueas, ¿no debes ir acaso con aquel encargo a Séforis? ¿Por qué no vas a Nazaret a comunicarlo?”
 “¿A quién?”
 “A su Madre. A los apóstoles. Tal vez estén con ella...”
 Se alejan contándose en voz baja sus planes.

XX. En las tierras de Daniel, pariente de Elquías. En Beterón(?)

Elquías está discutiendo con los de su igual calaña qué hacer con el sanedrista Simón, que enloqueció el viernes santo, que habla y dice *demasiadas cosas*. Unos proponen esto, otros aquello. Alguien sugiere que se le lleve a algún lugar desierto donde sus gritos no los oiga más que un siervo fiel y *que piense como ellos*. Otro, más compasivo, tiene esperanza de que tratándose de un mal pasajero, bastaría con dejarlo donde está.

Elquías dice: “Lo traje aquí porque no sabía dónde llevarlo. Vosotros sabéis que dudo de mi pariente Daniel...”

Otros, más malvados que Elquías, dicen: “Quiere huir, irse por el mar. ¿Por qué no darle contento?”

“Porque es incapaz de actos juiciosos. A solas en el mar moriría, y ninguno de nosotros es capaz de conducir una barca”.

“¡Y luego, aunque se pudiera! ¿Qué sucedería en el lugar del desembarco, con lo que dice? Dejad que escoja su camino... A la presencia de todos, aun de sus parientes, haz que exprese su voluntad, y cómo quiere realizarla”.

Se admite esta proposición, y Elquías, llama a su siervo, le ordena que traiga a Simón y llame a Daniel. Viene uno y el otro. Y si Daniel da la impresión de quien no se siente a sus anchas con cierta clase de gente, Simón tiene el aire de un verdadero mentecato.

“Óyenos Simón. Tú dices que te tenemos en prisión porque queremos matarte...”

“Tenéis qué hacerlo. Tal es la orden”.

“Deliras, Simón. Calla y escucha. ¿Dónde crees que te podrías curar?”

En el mar. En el mar. En medio del mar. Donde no se oye ninguna voz. Donde no hay ningún sepulcro. Porque los sepulcros se abren y de ellos salen los muertos y mi madre maldice”.

“Calla. Escucha. Te amamos. Como carne propia nuestra. ¿Quieres de veras ir allá?”

“Sí que quiero. Porque aquí los sepulcros se abren y mi madre...”

“Irás, pues. Te llevaremos al mar. Te daremos una barca y tú...”

“¡Cometéis un homicidio! ¡Está loco! No puede ir solo” grita el justo Daniel.

“Dios no hace fuerza a la voluntad humana. ¿Podríamos hacer lo que Dios no quiere?”

“Pero si está loco. No tiene voluntad. Entiende menos que un recién nacido. No podéis hacer eso...”

“Tú cállate. Eres un campesino y no más. Nosotros sabemos... Mañana partiremos por mar. Alégrate, Simón. Por el mar ¿comprendes?”

“¡Ah, no escucharé las voces de la tierra! No más las voces... ¡Ah!” un grito prolongado, convulsiones, ojos que se cierran, orejas que se tapan. Otro grito, el de Daniel que escapa aterrorizado.

“¿Pero quién es? ¿Qué sucede? Detened a ese loco y a aquel necio. ¿Estamos acaso perdiendo todos el seso?” aúlla Elquías.

Pero al que Elquías llama necio, esto es, a su pariente Daniel, después de haber corrido algunos metros se postra sobre el suelo, mientras el otro echa espuma, donde está, presa de convulsiones que aterran, y grita, grita: “¡Hazlo callar! ¡No está muerto! ¡Grita, grita, grita más que mi madre, más que mi padre, más que en el Gólgota! ¡Allí, allí! ¿No veis allí?” Señala donde está Daniel feliz, sonriente, con la cara levantada en alto, después de haberla tenido pegada contra el suelo.

Elquías se acerca a él, lo sacude con fuerza, furioso, sin preocuparse de Simón que se revuelca por tierra en medio de espuma, que lanza gritos cual si fuera animal, mientras que los otros aterrados lo miran.

Elquías apostrofa a Daniel: “Visionario holgazán, ¿quieres decirme qué estás haciendo?”

“Déjame. Ahora te conozco. Me voy lejos de ti. He visto a quien para mí es bondad y para vosotros terror. He visto a aquel de quien afirmáis que está muerto. Me voy. Más que el dinero y cualquier otra riqueza me importa mi alma. ¡Adiós maldito! Y si puedes, trata de alcanzar el perdón de Dios”.

“¿A dónde vas? No te lo permito”.

“¿Tienes derecho de meterme en la cárcel? ¿Quién te lo ha dado? Te dejo lo que amas y sigo a quien amo. Adiós” Le vuelve las espaldas y se va, ligero como si lo arrastrara una fuerza sobrehumana, allá hacia la pendiente verde de olivos y árboles frutales.

Elquías y los demás están lívidos. La ira los ahoga. Elquías amenaza acabar con su pariente, con todos los que “con sus delirios” dice, afirman que el Galileo vive. Quiere decirlo, quiere hacerlo...

No sé quién sea, pero uno de ellos promete: “Lo haremos, lo haremos, pero no podemos tapar todas las bocas, todos los ojos que hablan porque ven. Estamos vencidos. Tenemos qué cargar nuestro crimen, y ha llegado la expiación...” Se golpea el pecho angustiosamente, como quien subiera al patíbulo. “La venganza de Yeové” añade. Es todo el terror milenar de Israel que brota de sus labios.

Entre tanto, con heridas, con espuma, infundiéndole miedo, Simón da alaridos de condenado: “¡Me ha llamado parricida! ¡Haced que se calle! ¡Cállate! ¡Parricida! ¡La misma palabra de mi madre! ¿Dicen lo mismo las mismas palabras?...”

XXI. Donde una mujer galilea

Detrás de la giba de un monte, la forma de hoz que la luna nueva tiene, está por sumergirse en la lejanía. Su luz es escasa y en breve la campiña no la verá.

Y con todo hay un viandante por el camino solitario, que es más bien una vereda. Camina llevando una especie de anillo con un farol, de esos que, antiguos como el mundo, como creo, usan casi siempre los carreteros para alumbrarse en la oscuridad. El farol, que no es de vidrio —creo que debe ser de una cosa desconocida, porque nunca me ha sucedido verlo en vasos, copas, ventanas, etc.— lo protege algo que parece mica o pergamino. La luz que despiden apenas si es suficiente para iluminar un breve espacio de terreno. Al meterse la luna, parece que disminuye también la luz del farol, y pone en la negrura de los campos un punto claro que se mueve.

El viajero camina, camina...

Allá en el horizonte como que el alba se prepara, y es tan tenue, tan incierta que no ilumina nada, y el pobre fanal sigue ayudando.

Cerca de un puentecillo, esperando o descansando, hay un viajero envuelto en su manto. Quien lleva el fanal se detiene dudoso. No sabe si continuar o regresar, donde el cause de un arroyuelo tiene piedras grandes que pueden servir para pasar.

El que está sentado en la ribera sobre un tronco cuya corteza es blanco-verduzco, levanta la cabeza observando al que se ha detenido. Se pone de pie y dice: “No tengas miedo. Soy un compañero bueno, no un ladrón”.

Es Jesús. Lo reconozco más por su voz que por su aspecto, que apenas puede distinguirse a la luz del farol. Pero el viajero dudoso no se mueve.

“Ven, mujer. No temas. Caminaremos juntos por un tiempo. Te servirá”. La mujer ahora sé que lo es, se acerca, dejándose vencer por la dulzura de la voz o de una fuerza misteriosa. Mueve la cabeza, diciendo: “Nada puede servirme”.

Van por una vereda por donde apenas pueden caminar juntos. El alba que avanza muestra a un lado del camino trigales en espera de la hoz. De la otra, campos ya segados, con sus gavillas.

“¡Malditos!” dice en voz baja la mujer echando una mirada sobre las gavillas.

Jesús no dice nada.

El día es más claro. La mujer apaga el farol, al hacerlo descubre una cara que el llanto ha consumido. La levanta para mirar hacia el oriente donde una línea amarillo-rosada anuncia que el sol va a salir. Mueve su puño y otra vez dice: “¡Maldito seas!”

“¿El día? Dios lo ha hecho. Como hizo también el trigo. Son regalos de Dios. No hay qué maldecirlos...” protesta dulcemente Jesús.

“Los maldigo. Maldigo el sol y la mies. Tengo razón”.

“¿No te han servido por tantos años? ¿No te ha ayudado el sol a que se madurara el pan diario, a que la uva se convirtiera en vino, las verduras y la fruta del huerto sazonar y ha hecho que crezcan los pastos con que se nutren las ovejas, los corderos, que te dan carne, leche y lana para que te cubras? ¿No te ha dado el trigo pan a ti, a tus hijos, a tu padre, a tu madre, a tu esposo?”

Una explosión de llanto y un grito: “¡No tengo más esposo! “Ellos me lo mataron! Había ido a trabajar, porque tenemos siete hijos y no nos alcanzaba lo poco que teníamos para apagar el hambre de diez gentes. Ayer por la noche llegó diciendo: “Estoy cansado y como atolondrado”. Se echó sobre la cama ardiendo en fiebre. Yo y su madre lo ayudamos como pudimos, pensando en llamar al médico de la ciudad... Pero después del canto del gallo, se murió. Lo mató el sol. Voy a la ciudad, a abastecerme de lo necesario. Cuando regrese, avisaré a sus hermanos. Dejé a mi suegra que vele a su hijo y por los míos... Vengo por necesidad... ¿No debo acaso maldecir al sol que abrasa y a las mieses?”

Hasta hace poco la mujer, que apenas había reconocido como tal, rompe en un gran estallido de dolor. Dice todo lo que no ha dicho en su casa “para no despertar a los niños que dormían en la habitación próxima”, todo lo que pesaba en su corazón, que le parece estar a punto de explotar. Recuerdos de amor, ansias por el porvenir, ansias propias de una viuda, pasan en tropel confuso, como los desperdicios sobre los lomos de un río en crecida.

Jesús la deja que hable. *Porque Él sabe comprender el dolor, deja que se desahogue uno para que se tenga consuelo, y la lasitud misma que sucede al desahogo del dolor lo haga a uno capaz de comprender a quien consuela. Entonces con toda dulzura dice: “En Naim, en Nazaret, y en lugares intermediarios, hay discípulos del Rabí de Nazaret. Ve a donde ellos...”*

“¿Y qué quieres que hagan? Si Él viviese... ¡Pero ellos! ¡No son santos! Mi marido estuvo en Jerusalén aquel día. Y sabe... ¡Oh, no, supo! ¡Ahora no sabe nada! ¡Ha muerto!”

“¿Qué hizo tu marido aquel día?”

“Cuando lo despertó la gritería de la calle, corrió a la terraza de la casa donde estaba con sus hermanos y vio pasar al Rabí que lo conducían al Pretorio, y con otros galileos lo siguió hasta que murió. A él y a otros los tomaron a pedradas, cuando vieron que eran galileos allá en el monte y luego los echaron abajo... Ahora mi marido ha muerto. ¡Oh, si por lo menos supiese yo que por haber compadecido al Rabí, está ahora en paz!”

Jesús no responde a este deseo, pero dice: “Habrás visto entonces que había discípulos en el Gólgota. Tal vez todos los galileos fueron como tu marido”.

“¡Oh no, muchos de Nazaret le volvieron la espalda. Se sabe. ¡Vergüenza!”

“Entonces si muchos aun de Nazaret no tuvieron amor por su Jesús, y sin embargo los ha perdonado, y muchos se santificarán en el porvenir, ¿por qué juzgar de igual modo a todos los

discípulos del Mesías? ¿Quieres ser más rigurosa que Dios? Dios concede mucho a quien perdona...”

“No vive más el buen Rabí. ¡No vive más! Y mi marido ha muerto”.

“El Rabí dio a sus discípulos el poder de hacer lo que Él hacía”.

“Puedo creerlos, pero Él solo vencía la muerte. ¡Sólo Él?”

“¿Y no está escrito que Elías devolvió el espíritu al hijo del la viuda de Sarepta?¹⁷ En verdad te digo que Elías fue un gran profeta, pero te aseguro que los siervos del Salvador que ha muerto y resucitado porque es el Hijo del Dios verdadero, que se encarnó para redimir a los hombres tiene un poder mayor, porque Él en la cruz fue a los primeros que perdonó, al conocer, por divina sabiduría, el verdadero dolor de sus espíritus contritos, los ha santificado después de su resurrección al perdonarlos de nuevo, les ha infundido el Espíritu Santo para que puedan representarme dignamente con la palabra y con los hechos, para que el mundo no se quede solo después de que parta”.

La mujer se echa para atrás, sin saber qué hacer. Se descubre el velo para ver bien a su compañero, más no lo reconoce. Cree haber comprendido mal. No se atreve a hablar mal...

“¿Me tienes miedo? Antes me tomaste por un ladrón dispuesto a quitarte el dinero que llevas en el seno, con que vas a comprar lo necesario para la sepultura. Y tuviste miedo. ¿Ahora tienes miedo de saber que soy Jesús? ¿No es acaso Jesús quien da y no quita? ¿El que salva y no destruye? Regresa mujer. Yo soy la Resurrección y la Vida. No hay necesidad de sudario, ni de aromas para *el que no está más muerto*, porque Yo soy el que vence la muerte y premia a quien tiene fe.¹⁸ ¡Ve a tu casa! Tu marido vive. Jamás queda sin premio el que tiene fe en Mí”. Hace como que la va a bendecir e irse.

La mujer sale de su atolondramiento. No pregunta, no duda... Cae de rodillas en señal de adoración. Y luego, luego abre su boca y sacando de su seno una bolsa pequeña, en que no habrá tanto dinero, dice, ofreciéndola: “No tengo otra cosa... Sólo para mostrarte mi reconocimiento, para honrarte, para...”

“No tengo necesidad más de dinero, mujer, Llévalo a mis apóstoles”.

“¡Oh, sí! Iré con mi marido... ¿Entonces qué puedo darte, mi Señor? Tú te me apareces... este milagro... ¡y no reconocerte!... ¡yo tan nerviosa!... ¡tan injusta hasta con las cosas!...”

“Y no pensabas que existen porque Yo existo, y que Dios hizo bueno todo. Si el sol no hubiese existido, ni el trigo, no habrías alcanzado este favor”.

“¡Pero lo que sufrí!...” La mujer llora al recordar.

Jesús sonríe y muestra sus manos diciendo: “Esta es una mínima parte de mi dolor. Todo lo bebí, sin lamentarme, por vuestro bien”.

La mujer se inclina hasta el suelo para decir: “Es verdad. Perdona mis lamentos”.

Jesús desaparece envuelto en su luz y cuando ella levanta la cara, se ve sola. Se pone de pie, mira a su alrededor. Nada le puede impedir, porque el sol alumbra ya y no hay más que campos. La mujer se dice a sí misma: ¡No he soñado! Tal vez la tienta el demonio para hacerla dudar: un instante de incertidumbre. Sopesa la bolsa en sus manos. Pero la fe la convence. Vuelve las espaldas al lugar a donde iba, regresa ligera como si el aire la llevase sin causarle fatiga alguna, con la cara serena llena de alegría.. Repite de vez en vez: “Cuán bueno es el Señor. ¡Él es verdaderamente Dios! Es Dios. Sea bendito el Altísimo y El que ha enviado”. No sabe decir otra cosa. Su letanía se mezcla con los trinos de los pajarillos. Va tan absorta que no escucha los saludos de algunos segadores que la ven pasar y que le preguntan que de dónde viene a aquella hora...

Uno la alcanza y le pregunta: “¿Se siente mejor Marcos? ¿Fuiste por el médico?”

“Marcos murió al canto del gallo y ha resucitado, porque el Mesías del Señor lo hizo” responde sin disminuir su paso ligero.

¹⁷ Cfr. 3 Rey. 17, 17-24.

¹⁸ Cfr. Heb. 11.

“¡El dolor la ha hecho enloquecer!” murmura el hombre, y mueve su cabeza al acercarse a sus compañeros que han empezado a segar el trigo.

A los campos llega cada vez más gente. La curiosidad gana a muchos que deciden ir detrás de la mujer.

Camina, camina. Allí se ve una miserable casucha, baja, solitaria, en medio del campo. Se dirige a ella apretándose las manos contra el pecho.

Entra, Apenas lo ha hecho cuando una anciana se le echa en brazos gritando: “¡Oh hija mía, qué gracia del Señor! Ten valor, hija, porque lo que tengo qué decirte es algo grande, algo tan dichoso, que...”

“Lo sé, madre. Marcos no está muerto. ¿Dónde está?”

“¿Lo sabías?... ¿Cómo?”

“He encontrado al Señor. No lo había reconocido, pero Él me habló y cuando tuvo a bien, me dijo: “Tu marido vive”. Pero aquí... ¿cuándo?”

“En esos momentos tenía yo la ventana abierta, y miraba los primeros rayos del sol que daban sobre la higuera. Sí, así era. Los primeros rayos tocaban la higuera cuando oí un suspiro fuerte, como de alguien que se despierta. Me volví espantada y vi a Marcos que se sentaba, que apartaba la manta que se le había colocado sobre la cara y que miraba a lo alto con una cara... Luego me miró y me dijo: “¡Madre estoy curado!” Poco faltó para que yo me hubiera muerto. Él acudió en mi ayuda, y comprendió que había muerto. No se acuerda de nada. Dice que se acuerda sólo cuando lo colocamos en la cama y después hasta el momento en que vio un ángel, una especie de ángel que tenía el rostro del Rabí de Nazaret que le dijo: “¡Levántate!” Y se levantó. Exactamente en los momentos en que el sol aparecía”.

“Fue cuando me dijo: “Tu marido vive”. ¡Oh, madre, qué gracia! ¡Cómo nos ha amado Dios!”

Los que han llegado, las encuentran abrazadas en medio de lágrimas. Creen que Marcos ha muerto y que su mujer en un momento de lucidez haya comprendido su desventura. Pero Marcos que oye las voces, aparece sereno con un hijito suyo entre los brazos y los otros asidos a su túnica. Sin vacilar afirma: “Aquí estoy. ¡Bendigamos al Señor!”

Los que acaban de llegar lo colman de preguntas, y como suele acontecer en lo humano, se levanta la contradicción. Algunos creen que verdaderamente ha resucitado y otros –que son los más- dicen que sólo había caído en una especie de amodorramiento, pero que no había muerto. Algunos admiten que Jesús se haya aparecido a Raquel, y otros que todos están locos porque “Él está muerto”. Otros sostienen: “Ha resucitado, pero ha de estar tan irritado, y *debe de estarlo*, que no hace más milagros a su pueblo asesino”.

“Decid lo que os plazca” replica Marcos perdiendo la paciencia, “y decidlo *donde* queráis. Basta con que no lo digáis aquí donde el Señor Jesús me ha resucitado. Y largaos ¡desgraciados! ¡Quiera el cielo abriros la cabeza para que creáis! ¡Ahora largaos, y dejadnos en paz!”

Los echa afuera. Cierra la puerta. Estrecha contra su pecho a su mujer, y dice: “Nazaret no está lejos. Voy allá a proclamar el milagro”.

“Tal es la voluntad del Señor, Marcos. Llevaremos este dinero a sus discípulos. Vayamos a alabar al Señor. Así como estamos. Somos pobres, pero Él también lo fue, y sus apóstoles no nos despreciarán”.

Amarra las sandalias a los niños mientras su madre echa alguna provisión en el saco, cierra las puertas y ventanas. Caminan ligeros, llevando a los más pequeños en brazos, hacia el oriente, por supuesto, hacia Nazaret. Tal vez este lugar se encuentra en la llanura de Esdrelón, pero en un punto diverso de las posesiones de Yocana.

19. Jesús aparece en la ribera del lago ¹

19 abril 1947

¹ Cfr. Ju. 21, 1-23.

Es una noche tranquila y bochornosa. Ni un respiro de aire. Las estrellas grandes palpitantes, hacen señales desde allá arriba. El lago, sereno e inmóvil que parece una grande alberca defendida de los vientos, refleja en su superficie la gloria de ese cielo en que bullen los astros. Las plantas de la ribera forman una masa sin gemidos. Tan calmado está el lago que todo su movimiento se reduce a un levísimo golpeteo en la ribera. Una que otra barquichuela apenas si se distingue bajo los rayos de alguna estrella que ilumina débilmente el interior. No sé cuál sea el lugar exacto en que estoy, pero me parece que me hallo en la parte sur donde el lago desemboca en el río. Diría yo que estoy en la periferia de Tariquea, no porque vea la ciudad, que un montón de árboles me esconde, extendiéndose a lo largo del lago en forma de promontorio, sino que lo deduzco de las lucecillas de las barcas que se alejan hacia el norte, al retirarse de la playa. Digo periferia porque hay un montón de casuchas, tan pocas para formar un villorrio, a las faldas del promontorio. Deben ser de pescadores. Hay barcas sobre la arena seca de la playa, otras ya están prontas a partir, pero las aguas están tranquilas, que parecen enclavadas en ellas.

De una casucha saca Pedro la cabeza. La luz que sale de una cocina ahumada, ilumina por la espalda la figura rechoncha del apóstol haciéndola resaltar como una silueta. Mira el cielo, el lago... Se acerca al borde del lago. Viste una túnica corta y viene descalzo. Entra en el agua hasta los muslos, acaricia el borde de una barca alargando su musculoso brazo. Se le acercan los hijos de Zebedeo.

“¡Noche espléndida!”

“Dentro de poco saldrá la luna”.

“Habrá pesca”.

“Pero con remos”.

“No hay viento”.

“¿Qué hacemos?”

Hablan despacio, con frases cortas, como hombres acostumbrados a la pesca, a las maniobras de las velas, de las redes que exigen atención, a ser parcos en palabras.

“Vámonos. Venderemos parte de la pesca”.

Los alcanzan en la ribera Andrés, Tomás y Bartolomé.

“¡Qué noche tan calurosa!” exclama Bartolomé.

“¿Habrá tempestad? ¿Os acordáis de aquella noche?” pregunta Tomás.

“¡Oh, no! Calma, tal vez neblina, pero tempestad, no. Yo... yo voy a pescar. ¿Quién viene conmigo?”

“Vamos todos. Tal vez esté uno mejor allá” dice Tomás que está sudando y añade: “Esa mujer necesitaba el fuego, pero era como si estuviéramos en las termas...”

“Voy a decirle a Simón. Está allá solo” dice Juan.

Pedro está ya preparando la barca, ayudado de Andrés y Santiago.

“¿Vamos hasta casa? Una sorpresa para mi madre...” pregunta Santiago

“No. No sé si puedo hacer que venga Marziam. Antes de... de la... ¡Bueno!, ¡total! Antes de ir a Jerusalén —si estaba todavía en Efraín— el Señor me dijo que quiere celebrar la segunda pascua con Marziam. Pero después no me ha dicho más...”

“A mí me parece que dijo que sí” declara Andrés.

“La segunda pascua, sí. Pero que venga antes, no lo sé. He cometido tantos errores que... Oh, ¿también vienes tu?”

“Sí, Simón de Jonás. Esta pesca me recordará muchas cosas...”

“¡Eh, a todos nos recordará muchas cosas!... Y cosas que no volverán... ¡bamos con el Maestro en esta barca por el lago... Yo la adoraba como si fuera un palacio, y me parecía que no podía vivir sin ella. Pero ahora que no está más Él en la barca... en una palabra... estoy dentro pero no siento alegría” confiesa Pedro.

“Ninguno tiene alegría de las cosas pasadas. No es la misma vida. Y aun mirar atrás... entre las horas pasadas y las presentes están en medio esas horribles...” suspira Bartolomé.

“¡Venid pronto! Tú al timón y nosotros a los remos. Vamos hacia la curva de Ippo. Es un buen lugar. ¡Ea, adelante!”

Pedro empieza a bogar y la barca se desliza sobre el agua. Bartolomé lleva el timón. Tomás y Zelote hacen de ayudantes, prontos a arrojar las redes que están preparando. Sale la luna, mejor dicho, aparece sobre los montes de Gadara (si no me equivoco) o Gamala, esto es, sobre los que están en la costa oriental, pero hacia el sur del lago, que al recibir los rayos de la luna hace una avenida de diamantes sobre sus tranquilas aguas.

“Nos acompañará hasta el amanecer”.

“Si no hay niebla”.

“Los peses salen del fondo, porque la luna los atrae”.

“Si tenemos buena pesca, será fortuna, porque no tenemos más dinero. Compraremos pan y lo llevaremos junto con pescados, a los que están en el monte”. Palabras lentas, con pausa entre una y otra.

“¡Bogas bien. Simón. No te has olvidado de ello...” dice con admiración Zelote,

“Así es... ¡Maldición!”

“¿Qué te pasa?” preguntan los otros.

“Es que el recuerdo de aquel hombre me persigue por doquier. Me acordé de aquel día que entre las dos barcas competimos que quien bogaba mejor, y él...”

“Yo por mi parte pienso que una de las primeras veces que presentí su abismo de perfidia, fue aquella vez que encontramos, mejor dicho, que casi chocamos con las barcas romanas. ¿Os acordáis?” pregunta Zelote.

“¡Que si nos acordamos! Pero... Él lo defendía... y nosotros... entre las defensas que hacía el Maestro y su doblez del... no pudo uno percatarse...” responde Tomás.

“¡Uhm! Yo más de una vez... Me decía: ‘No juzgues, Simón’”.

“Tadeo siempre sospechó de él”.

“Lo que no llevo a creer que éste no haya sabido nada” dice Santiago dando un golpe al codo de su hermano.

Juan no responde y se limita a bajar la cabeza.

“Ya no hay por qué ocultarlo...” dice Tomás.

“Lucho por olvidar. Es lo que se me ordenó. ¿Por qué queréis que desobedezca?”

“Tiene razón. Dejémoslo en paz” dice Zelote en su defensa.

“Bajad las redes. Despacio... Bogad vosotros. Bogad despacio. Da vuelta hacia la izquierda, Bartolomé. Acércate. Vira. Acércate. Vira. ¿Está la red extendida? ¿Si? A los remos y esperemos” ordena Pedro.

¡Qué hermoso es el lago en la tranquilidad de la noche, cuando la luna lo besa! ¿Habrá sido así el paraíso? La luna que toda sobre él se refleja lo convierte en un inmenso diamante. Su fosforescencia se columpia sobre las colinas, las sube, las baja, y a las ciudades vecinas las pinta de color de nieve... De vez en vez sacan la red. Un arpa de diamantes que cae sobre el plateado lago. La red está vacía. La sumergen de nuevo. Buscan otro lugar. ¡Nada!... Pasan las horas. La luna se mete avergonzada, mientras la luz del alba avanza, al principio como dudosa, después se viste de verde-azul... Una niebla calurosa llega a las riberas, sobre todo a la extremidad sur del lago. Tariquea no se ve más. Neblina baja, no muy tupida, que los primeros rayos del sol deshilarán. Para evitarla prefieren flanquear el lado oriental donde es menos espesa, mientras que al oeste, al venir de más allá de Tariquea en la ribera derecha del Jordán, se hace más densa. Cuidadosamente bogan para evita algún escollo.

“¡Oíd vosotros los de la barca! ¿No tenéis nada qué comer?” Una voz varonil les llega desde la playa. Una voz que los hace estremecer.

Sacuden las espaldas y responden: “No” y entre sí comentan: “¡Nos parece siempre escucharlo!...”

“Echad las redes a la derecha y encontraréis”.

La derecha es hacia lo largo. Echan las redes un poco dudosos. El peso de la red hace que se incline la barca.

“¡Es el Señor!” exclama Juan.

“¿El Señor?” pregunta Pedro.

“¿Dudas? Nos pareció que era su voz, y esto lo prueba. Mirad la red. Es como aquella vez. Te aseguro que es Él. Oh, Jesús mío, ¿dónde estás?”

Todos se esfuerzan en perforar el velo de la neblina, después de ver que la red está asegurada para que la arrastren a la estela de la barca, porque querer subirla es una maniobra peligrosa. Reman en dirección de la ribera. Tomás recoge el remo de Pedro que se pone aprisa la túnica corta sobre los breves paños menores, que era lo único que él, como sus demás compañeros, menos Bartolomé, traían puestos, se echa a nado, atraviesa las tranquilas aguas precediendo la barca, y es el primero en poner pie en la desierta playa donde sobre dos piedras se ve fuego hecho con rastrojos que un matorral espinoso protege. Y cerca del fuego, está Jesús, sonriente, benigno.

“¡Señor! ¡Señor!” Pedro lleno de emoción es lo que sabe decir. Chorreando agua no se atreve a tocar ni siquiera el vestido del Señor, y se queda postrado en la arena, en adoración.

La barca se arrastra sobre la arena, se detiene. Todos están de pie, llenos de alegría...

“Traed algunos pescados. El fuego espera. Venid y comed” ordena Jesús.

Pedro corre a la barca, ayuda a levantar la red y toma del montón tres gruesos pescados, los mata contra el borde de la barca y les saca las entrañas con su cuchillo. Le tiemblan las manos, pero no de frío. Los lava, los lleva al fuego, los pone encima y cuida que se asen bien. Los otros siguen adorando al Señor, un poco separados, temerosos, desde que resucitó, pues grande es su majestad.

“Ved, aquí hay pan. Habéis trabajado toda la noche y estáis cansados. Ahora tomad fuerzas. ¿Está listo, Pedro?”

“Sí, mi Señor” dice Pedro con una voz más ronca de lo acostumbrado, agachado sobre el fuego. Se seca los ojos de los que corren lágrimas como si el humo se las arrancase, y le hiciese también mal en la garganta. Pero el humo no tiene ninguna culpa... Lleva el pescado que ha puesto sobre una hoja rasposa, parece hoja de calabaza. Se la trajo Andrés, después de haberla lavado en el lago.

Jesús ofrece y bendice, divide el pan, los pescados, en ocho partes, los distribuye y toma también la suya. Comen con la reverencia con que realizarían un rito sagrado. Jesús los mira y sonríe, no habla. Después pregunta: “¿Dónde están los otros?”

“En el monte. Donde ordenaste. Nosotros vinimos a pescar porque no tenemos dinero, y no queremos abusar de los discípulos”.

“Así está bien. Pero de ahora en adelante vosotros los apóstoles estaréis en el monte en oración, dando buen ejemplo a los discípulos. Mandad a estos a pescar. Es mejor que quedéis allá para orar y para atender a lo que necesitan de vuestro consejo o que os lleven noticias.² Tened muy unidos a los discípulos. Volveré pronto”.

“Lo haremos, Señor”.

“¿No está Marziam contigo?”

“No me habías dado órdenes de que lo mandase llamar tan pronto.

“Mándalo llamar. Ha obedecido perfectamente”.

“Así lo haré, Señor”.

Un silencio, luego Jesús que había estado un poco con la cabeza inclinada, pensativo, levanta su cabeza, clava sus ojos en Pedro. Lo mira con esos ojos de cuando iba a hacer un gran milagro o cuando iba a dar sus órdenes. Pedro se estremece como de miedo y se echa un poco atrás... Pero Jesús le pone una mano sobre la espalda, lo detiene fuertemente y le pregunta, teniéndolo así: “Simón de Jonás, ¿me amas?”

“¡Claro, Señor! Tú sabes que te amo” responde Pedro.

“Apacienta mis corderos... Simón de Jonás, ¿me amas?”

² Cfr. Hech. 1, 14; 2, 42; 6, 4.

“Sí, Señor mío. Tú sabes que te amo” La voz es menos segura, y hasta como que tiembla por la repetición de la pregunta.

“Apacienta mis corderos... Simón de Jonás ¿me amas?”

“Señor... Tú sabes todo... Tú sabes que sí te amo...” le tiembla la voz, aun cuando está seguro de su amor, pero cree que Jesús no lo está.

“Apacienta mis ovejitas. Tu triple confesión de amor ha borrado tu triple negación. Estás completamente puro, Simón de Jonás, y Yo te digo: toma las vestiduras pontificales, lleva la santidad del Señor en medio de mi grey. Cíñete tus vestiduras, y tenlas así hasta que de pastor te conviertas en cordero.³ En verdad te digo: cuando eras joven te ceñías tus vestiduras, e ibas a donde querías, pero cuando envejecas extenderás tus manos, otro te ceñirá tus vestidos, y te llevará a donde no te gustaría. Pero ahora te digo: “Cíñete tus vestidos y sígueme por el mismo camino”. Levántate y ven”.

Se levantan y ambos se dirigen a la playa. Los demás se ponen a apagar el fuego con arena. Juan, después de haber recogido lo que sobró del pan, sigue a Jesús. Pedro oye sus pasos y vuelve la cabeza. Ve a Juan y pregunta, señalando a Jesús: “¿Y qué será de éste?”

“Si quiero que se quede hasta que Yo regrese⁴, ¿a ti qué te importa? Tú sígueme”.

Caminan por la playa. Pedro quiere hablar un poco más. Pero la majestad de Jesús, las palabras que le acaba de decir lo detienen. Se arrodilla. Los demás lo imitan. Adoran. Jesús los bendice, y les ordena que regresen. Suben a la barca y a fuerza de remo se alejan. Jesús los mira partir.

20. Jesús en el Tabor

20 abril 1947

Están todos los apóstoles, todos los pastores discípulos, también Jonatás, a quien Cusa no ha querido más en la corte. Están Marziam, Mannaén y muchos discípulos de los setenta y dos y otros más. Están bajo la sombra de los árboles. No están arriba, donde tuvo lugar la Transfiguración, sino a mitad del monte, donde hay un bosque de encinas que parece como si sirviesen de velo a la cima, y como si sostuviesen las pendientes con sus viejas raíces.

Casi todos dormitan, teniendo en cuenta la hora, el no tener qué hacer y la espera. Pero basta el grito de un niño, que no sé quién sea, ni dónde esté, para que todos se pongan de pie instintivamente, y se postren sobre la hierba.

“La paz sea con todos vosotros” Jesús pasa saludando y bendiciendo. Muchos lloran de alegría, otros sonríen. Todos sienten la paz.

Jesús se detiene donde están los apóstoles y los pastores forman un grupo con Marziam, Mannaén, Esteban, Nicolás, Juan de Efeso, Hermas, y alguno que otro discípulo fiel, cuyo nombre no recuerdo. Veo al de Corozáin que no fue a sepultar a su padre por seguir a Jesús; a otro que en otras ocasiones he visto. Jesús con sus manos acaricia la cabeza de Marziam que llora al verlo, lo besa en su frente lo estrecha a su corazón.

Se vuelve a los demás y dice: “Muchos y pocos. ¿Dónde están los demás? Sé que mis discípulos fieles son muchos. ¿Cómo entonces apenas sois unos quinientos, sin contar a los niños?²”

Pedro se pone de pie y habla por todos. Había estado de rodillas en la hierba. “Señor, entre el día trece y veinte después de tu muerte han venido muchos a aquí de muchas ciudades de Palestina diciendo que te habían visto. De este modo, muchos por verte antes, fueron quién con este, quien con aquel. Algunos no hace mucho que partieron. Los que vinieron decían que te habían visto en diversos lugares, y lo que era maravilloso, todos afirmaban haberte visto en

³ Cfr. Ju. 21, 19.

⁴ Esto es hasta la Parusía que es exactamente el regreso de Jesús Cfr. 1 Cor. 11, 23-27; 16, 22; 1 Pe, 4, 7-11; Ap. 1, 1-8; 3, 11; 22.

² Cfr. 1 Cor. 15, 6.

el día decimosegundo después de tu muerte. Creíamos nosotros que se trataba de un engaño de esos falsos profetas, de los que hablaste y de los que dijiste que se levantarían para llevar a la trampa a los elegidos. Lo dijiste en los Olivos la noche anterior... anterior..." Pedro al recordar lo de aquella noche, baja la cabeza, lleno de dolor. Dos lágrimas y luego otra más, le caen sobre la barba.

Jesús le pone la mano derecha sobre la espalda. Pedro se estremece fuertemente al sentir su contacto, y al no atreverse a tocarlo, inclina su cuello, y con su mejilla se la acaricia, y se la besa tiernamente.

Santiago de Alfeo habla: "Aconsejamos a los que se dirigían al mar, Bozra, Cesarea de Filipo, Pela, Cades, al monte cercano a Jericó a la llanura como la de Esdrelón, al gran Hermón, a Beterón, Betsames y a otros lugares que apenas si tienen nombre, pues se componen de casuchas aisladas en la llanura cercana a Jafa o Galaad, aconsejamos, digo, que no fueran. Algunos decían: "lo hemos visto y oído". Otros mandaban decir que te habían visto y hasta comido contigo. Queríamos detenerlos, pensando que podían ser insidias de quien no nos quiere, o bien fantasmas que veían personas sugestionadas. Ellos quisieron ir, unos acá, otros allá. Y así nos hemos visto reducidos a menos de un tercio".

"Hicisteis bien en haber insistido para que no se fueran. No porque no haya estado donde ellos aseguraban haberme visto, sino porque les había mandado que se estuviesen aquí, unidos en la oración, esperándome ³ y porque quiero que mis palabras sean obedecidas, especialmente por mis siervos. Si estos empiezan por desobedecer, ¿qué harán los creyentes?

Escuchad todos vosotros que estáis aquí. Recordad que en un organismo para que en realidad sea activo y sano, es necesaria una jerarquía, esto es quien mande, quien reciba las órdenes recibidas, y quien obedezca. Lo mismo sucede en la corte de los reyes. De igual modo en las religiones: en nuestra religión hebrea, en otras, aun cuando no sean puras. Siempre existe una cabeza, ministros, siervos de éstos, fieles. Un pontífice no puede hacer todo por sí solo. Tampoco un rey. Y sus disposiciones se refieren a contingencias humanas, a formalismos, rituales... Así es. Esto mismo aun en la religión mosaica, en que no queda más que un formalismo de rito, de movimientos de un grupo que sigue cumpliendo los mismos actos, aun cuando el alma de tales actos es algo que está *muerto*, muerto para siempre. El que les daba vida, el que daba valor a sus ritos, se ha retirado. Los ritos son actos, y no más. Actos que cualquier payaso, puede imitar como si estuviese en el teatro. *¡Ay de aquella religión que muere, y de fuerza real, viva, se convierte en pantomima ruidosa, exterior, en cosa vacía detrás del escenario, detrás de los vestidos pomposos, en mecanismos que realizan determinados movimientos, a la manera como una llave da vuelta a una muelle, pero tanto ésta como la llave no tienen conciencia de lo que hacen!* ¡Ay de aquel día! Recordadlo.

Recordadlo siempre y decidlo a vuestros sucesores, porque quiero que esta verdad la conozcan los siglos. *Causa menos terror que un planeta caiga que una religión. Si el cielo se quedase sin estrellas o planetas para los pueblos no sería una desgracia semejante a la de quedarse sin una religión real. Proveería Dios sabiamente a las necesidades de los mortales, porque todo lo puede para los que en el camino de la sabiduría o en el camino que su ignorancia conoce, buscan amar a la divinidad con espíritu recto. Pero si llegase el día en que los hombres no amasen más a Dios, porque los sacerdotes de todas las religiones hubieran hecho de ellas únicamente una pantomima, siendo los primeros en no creer en su religión, ¡ay de la tierra!*

Ahora bien, si esto digo aun de las religiones que no son las verdaderas, que brotan por revelación parcial a un sabio, o por la necesidad instintiva del hombre de crearse una fe para alimentar su alma con el amor hacia un dios. *Es este deseo el estímulo más fuerte en el hombre, el estado permanente en busca de Aquel que existe, que el corazón ama, aun cuando la inteligencia soberbia niegue tributar obsequio a cualquier divinidad, aun cuando el hombre*

³ Cfr. Mt. 28, 16.

no sepa dar un nombre preciso a este anhelo que dentro de él aletea. Si esto es así, ¿qué deberé decir de esta religión que os he dado, que lleva mi Nombre, de ésta para la que he creado pontífices y sacerdotes, de ésta que os he ordenado que propaguéis por toda la tierra? Esta religión única, verdadera, perfecta, inmutable en su doctrina que Yo, cual Maestro he enseñado, y que el Espíritu Santo⁴, que vendrá, siempre irá completando. El Espíritu Santo, guía santísimo de mis pontífices, y de todos los que ayuden cual cabezas secundarias en las diversas iglesias creadas, en las diversas regiones donde enraizaré mi palabra. Estas iglesias diversas en número, no lo serán en el pensamiento. Serán una sola cosa con la Iglesia, siendo partes del gran edificio siempre mayor, el nuevo Templo que con todos sus recintos tocará todos los confines del mundo. No serán diversas en el pensamiento, ni se contradirán entre sí mismas, sino que se unirán, como hermanas, sujetas todas a la cabeza de la Iglesia, a Pedro, y a sus sucesores, hasta el fin de los siglos. Y las que por algún motivo se separasen de la Iglesia madre, se parecerán a miembros cortados, a los que la mística sangre, la gracia que de Mí brota, cual cabeza adivina, no llega. Se parecerán a los hijos pródigos que se han ido, porque quieren, de la casa paterna. Contarán con sus efímeras riquezas. Pero su miseria será cada vez mayor, hasta embotarse con alimentos y bebidas demasiado pesados para la inteligencia espiritual, y languidezca comiendo las bellotas amargas de los animales inmundos hasta que, con corazón contrito, vuelvan a la casa paterna diciendo: “Hemos pecado. Padre, perdónanos y ábrenos las puertas de tu casa”. Y entonces se trate de un miembro de una iglesia separada o de una iglesia entera -joh” si así fuera; pero ¿dónde, cuándo surgirán imitadores míos prontos a redimir iglesias enteras separadas, a costo de su vida, para hacer, para formar de nuevo un solo rebaño bajo un solo pastor, como lo deseo ardientemente?- entonces, bien se trate de uno solo, o de una asamblea completa los que regresan abridles las puertas. Sed paternas. Pensad que todos, por una hora o durante muchas, tal vez por años, fuisteis uno por uno hijos pródigos inclinados hacia la concupiscencia. No seáis duros con quien se arrepiente. ¡Recordadlo! ¡Recordadlo!

Muchos de vosotros, hace unos veinte días, huisteis. ¿Y no fue señal de que no me amabais? Por lo tanto, así como os recibí, para que llegaseis arrepentidos, de igual modo haced vosotros. Todo lo que he hecho, hacedlo vosotros. Esta es mi orden. Por tres años habéis vivido conmigo. Conocéis mis obras, mi modo de pensar. *Cuando en lo futuro os encontraseis con un caso sobre el que tengáis qué decidir, volved los ojos a los días en que estuvisteis conmigo, y comportaos como lo he hecho. Jamás os equivocareis. Soy el ejemplo vivo y perfecto de lo que debéis hacer*⁹.

Recordad que Yo mismo no me negué a Judas de Keriot... El sacerdote debe, con todos los medios, tratar de salvar. Que el amor siempre venza entre los medios que uséis. Recordad que no ignoraba la tragedia de Judas... Pero, vencíéndome a Mí mismo, lo traté como traté a Juan. Vosotros... frecuentemente ignoráis la amargura de saber que todo es inútil para salvar a un discípulo amado... Y podéis hacerlo sin la desilusión que se saborea cuando se sabe que todo es inútil... Se debe trabajar siempre... hasta que todo termine...”

“¿Sufres, Señor? ¡Oh, nunca creí que pudieras sufrir más! Todavía sufres por Judas. ¡Olvidalo, Señor” grita Juan que ni por un instante quita sus ojos de Jesús, que abre los brazos en la forma que solía hacerlo cuando se resignaba a un hecho penoso. Responde: “Así es... Judas ha sido y es el dolor más grande en el mar de mis dolores. *Es el dolor que me queda...* Los otros dolores terminaron con mi sacrificio, pero éste no. Lo amé. Me entregué Yo mismo hasta la muerte por salvarlo... Pude abrir las puertas del limbo y sacar de él a los justos, he podido abrir las puertas del purgatorio y sacar a los que en él estaban. Pero el lugar de horror donde está, me quedó cerrado. Para él mi muerte fue inútil”.

“¡No sufras, no sufras ¡Eres glorioso, Señor mío! ¡Nadie más que Tú debe gloriarse y alegrarse! ¡Has bebido el cáliz de tu dolor!” agrega Juan.

⁴ Cfr. Ju. 14, 25-26; 16, 13-15.

⁹ Cfr. 1 Cor. 11, 1.

“De veras que nadie se podía imaginar que pudiera sufrir” dicen todos, sorprendidos y conmovidos.

“¿Y no pensáis cuánto tendré que sufrir en el correr de los siglos, por cada pecador impenitente, por cada hereje que me negará, por cada fiel que me renegará, por cada –dolor indecible- por cada sacerdote culpable, causa de escándalo y ruina? ¡No lo sabéis! Aún no. No lo comprenderéis hasta que no estéis conmigo en la luz de los cielos. Entonces sí que comprenderéis... Al contemplar a Judas he contemplado a los elegidos cuya elección se cambia en ruina por su voluntad perversa... ¡Oh! Vosotros que sois fieles, que formáis los futuros sacerdotes, acordaos de mi dolor, sed siempre cada vez más santos para consolar mi dolor, formadlos santos, para que, cuanto es posible, no se repita este dolor. Exhortad, vigilad, enseñad, combatid, alertas como lo es una madre, incansables como un maestro, atentos como pastores, fuertes como guerreros para sostener a los sacerdotes que vendrán a vosotros. Haced que la culpa del decimosegundo apóstol no se repita bastantes veces en lo futuro...

Sed como he sido con vosotros. Os dije: “Sed perfectos como el Padre celestial”¹². Y vuestro ser humano tiembla ante esta orden mía; y ahora más que cuando os lo dije, porque ahora conocéis vuestra debilidad.

Pues bien, para daros ánimos os digo: “Sed como vuestro Maestro”. Soy el Hombre. Lo que hice, podéis hacerlo. Aun milagros. Para que el mundo conozca que Yo soy quien os manda, y que quien sufre, no llore desconsolado: “Él no está más entre nosotros para que cure a nuestros enfermos y mitigue nuestros dolores”. En estos días he hecho milagros para consolar corazones y persuadirlos a que el Maestro no ha sido exterminado porque se sujetó a la muerte, antes bien es más poderoso y para siempre. Pero cuando no esté más entre vosotros, haréis lo que he hecho hasta ahora y que haré todavía¹³. Mas no por poder hacer milagros, sino por vuestra santidad se amará a la nueva religión. Y debéis ser celosos de vuestra santidad, no del don que os transmito. Cuanto más santos seáis, tanto más seréis amados de mi corazón y el Espíritu de Dios os iluminará mientras su bondad y poder llevarán vuestras manos con dones del cielo. *El milagro no es una cosa necesaria e indispensable para vuestra vida de fe.* Más bien, ¡bienaventurados los que sepan permanecer en la fe sin medios extraordinarios para creer! *El milagro no es algo exclusivo a tiempos especiales que terminen con ellos. El milagro existirá en el mundo. Habrá siempre. Tanto más numerosos, cuanto más justos haya en el mundo. Cuando los milagros sean pocos, entonces habrá qué decir que la fe y la justicia languidecen.* Porque he dicho: “Si tenéis fe, podéis cambiar de lugar las montañas”¹⁴. También he dicho: “Las señales que acompañarán a los que tienen fe en Mí será su victoria sobre los demonios, sobre las enfermedades, sobre los elementos y sobre las asechanzas”¹⁵.

Dios está con quien lo ama. La señal de cómo mis fieles estarán en Mí, será el número y potencia de prodigios que obrarán en mi nombre para glorificar a Dios. Un mundo que no tenga milagros, sin calumniarlo se le podrá decir: “Has perdido la fe y la justicia. Eres un mundo sin santos”.

Así pues, volviendo a lo de antes, habéis hecho bien al haber querido detener a los que, semejantes a niños engañados al oír que se toca música, o por una rareza, se apartan de las cosas seguras. Pero reciben su castigo porque pierden mi palabra. También vosotros cometisteis vuestro error. Os habéis acordado de que os había dicho que no fuerais de acá para allá porque alguien os dijera que estoy en este o aquel lugar. Os habéis acordado que también os dije que en la segunda venida del Mesías será semejante al relámpago que parte

¹² Mt. 5, 43-48.

¹³ Cfr. Mt. 10, 1-10; Mc. 6, 6-13; 16, 14-18; Lc. 9, 1-6.

¹⁴ Cfr. Mt. 17, 14-21; 21, 18-22; Mc. 11, 12-14, 20-25.

¹⁵ Cfr. Mt. 10, 1-10; Mc. 6, 6-13; 16, 14-18; Lc. 9, 1-6.

del oriente, y retorciéndose llega al occidente en un momento en que apenas si se cierran y abren los ojos¹⁶.

Esta segunda venida mía ha empezado desde el momento de mi resurrección, y culminará con mi aparición, cual Juez de todos los resucitados. *Pero antes, ¡cuántas veces me apareceré para convertir, curar, consolar, enseñar, dar órdenes! En verdad os digo: estoy para regresar a mi Padre, pero la tierra no se verá privada de mi presencia*¹⁸. Yo seré, Velador y Amigo, Maestro y Médico, donde cuerpos o almas, pecadores o santos, tendrán necesidad de Mí o que Yo elegiré para transmitir mis palabras a los demás. También esto es verdad: la raza humana tendrá necesidad de una continua manifestación de amor de mi parte, pues es muy duro de doblegarse, fácil de enfriarse, pronto para olvidar, deseosa de seguir la bajada en vez de la subida, que si no la detuviese con medios sobrenaturales, de nada servirían la ley, el Evangelio, las ayudas divinas que mi Iglesia proporcionará para conservar el linaje humano en el conocimiento de la verdad y en su voluntad de llegar al cielo. Hablo de los que creen en Mí... que serán siempre menos que los que poblarán la tierra.

Vendré. Quien me tenga, que sea humilde. Quien no, no lo haga sólo para que con ello sea alabado. Nadie desee lo extraordinario. Dios sabe cuándo y dónde darlo. Para entrar al cielo no es ni siquiera necesario lo extraordinario, antes bien es un arma que si se le usa mal puede llevar al infierno. Os voy a decir cómo, porque puede nacer la soberbia, porque puede sobrevenir un estado de espíritu, que Dios aborrece, semejante a una somnolencia y uno se contente con ello, creyéndose ya en el cielo por el don recibido. En tales casos, en lugar de llama y alas, se convierte en hielo y el alma cae y muere. Además un don mal usado puede provocar avidez de tener más para ser alabado. En este caso podría entrar el espíritu del mal en lugar del Señor, para seducir a los imprudentes con prodigios necios. Procurad estar siempre lejos de cualquier clase de seducción. Contentaos con lo que Dios os da. Él sabe lo que os es útil y en qué medida. Pensad siempre que cualquier don es una prueba más que un don, una prueba de vuestra justicia y voluntad. A todos os he dado las mismas cosas. Lo que a vosotros os sirvió, a Judas arruinó. ¿Fue acaso una cosa mala el don? No. La voluntad suya era mala...

De igual modo ahora. Me he aparecido a muchos, no sólo para consolar y hacer algún beneficio, sino para contentaros. Me pedisteis que persuadiese al pueblo, a quien el Sanedrín trata de convencer de que no he resucitado. Me he aparecido a niños, a adultos en el mismo día, en lugares tan distantes entre sí que sería necesario muchos días para recorrerlos. Pero para Mí no existe más la esclavitud de la distancia. Y esto que hice los ha desorientado también a vosotros. Os habéis dicho: "Éstos han visto fantasmas"¹⁹. Habéis, pues, olvidado una parte de mis palabras, esto es, que de hoy en adelante estaré en el oriente como en el occidente, en el sur y en el norte, donde quiera estaré, sin que nada me lo impida, veloz como el rayo. Soy Hombre verdadero. Ved mis miembros. Mi Cuerpo está duro. Tiene calor. Camina, respira, habla. Pero también soy verdadero Dios. Y si durante treinta y tres años mi divinidad, por fin supremo, estuvo oculta bajo mi Humanidad, ahora mi divinidad aunque sigue unida a ella, goza ahora de la libertad perfecta de los cuerpos gloriosos. No está sujeta a ninguna limitación humana. Vedme, aquí estoy con vosotros y podría, si quisiera, estar en un instante en los confines del mundo para traer a Mí algún alma que me buscare.

¿Qué fruto conseguiré al haber estado en Cesarea Marítima, en la alta Cesarea, en Carit, Engaddi, Pela, Yutta, en otros lugares de la Judea, en Bozra, en el grande Hermón, Sidón, y en los confines galileos? ¿Qué el haber curado a un niño, resucitado a uno que hacía poco había expirado, el haber consolado a un ser angustiado y llamado a mi servicio a uno que se había consumido en penitencia, a un justo que me lo había pedido, y entregado mi mensaje a inocentes, mis órdenes a un corazón fiel? ¿Persuadiré esto al mundo? No. Los que creen

¹⁶ Cfr. Mt. 24, 15-28; Mc. 13, 14-23; Lc. 17, 20-25.

¹⁸ Cfr. Mt. 28, 16-20.

¹⁹ Cfr. Mt. 14, 22-33; Mc. 6, 45-52.

continuarán creyendo, con seguridad y paz, pero no con mayor fuerza porque ya han aprendido a creer. Los que no supieron creer con una fe verdadera, quedarán con sus dudas. Los malvados dirán que son delirios y mentiras mis apariciones, que el que había muerto no había muerto, sino que dormía... ¿Os acordáis de la parábola del rico Epulón? De cómo Abraham respondió al condenado: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, mucho menos creerán a uno que haya resucitado y que le diga lo que tienen qué hacer”²⁰. ¿Acaso me han creído? ¿A mis discípulos? ¿Qué consiguió el milagro de la resurrección de Lázaro? Que se hubieran apresurado a condenarme. ¿Que cosa mi resurrección? Que me odien más. También mis milagros de estos últimos días en que estoy con vosotros no persuadirán al mundo, sino a los que no son más del mundo, pues han escogido el reino de Dios con sus fatigas y penas presentes y su gloria futura.

Pero siento gusto que estéis confirmados en la fe y que seáis fieles a mis órdenes, estando en este monte en mi espera, sin tener prisas humanas de gozar aun de cosas buenas, pero distintas de las que os había señalado. La desobediencia da un décimo y quita nueve. Ellos se fueron y oirán palabras humanas. Vosotros os habéis quedado, habéis escuchado mi palabra que aunque os repite cosas ya dichas, siempre es buena y útil. La lección servirá de ejemplo a todos vosotros, y a los que vendrán en lo futuro”.

Jesús pasa sus ojos por los presentes: “Ven, Eliseo de Engaddi. Tengo algo qué comunicarte”.

No había yo reconocido al ex-leproso, hijo del viejo Abraham. En aquella ocasión era un esqueleto, un espectro, ahora es un robusto hombre, en la flor de la edad. Se acerca. Se postra a los pies de Jesús que le dice: “Una pregunta tienes en los labios desde que te enteraste que estuve en Engaddi, que es: “¿Has consolado a mi padre?” Te respondo: “¡Más que consolado! Me lo he llevado conmigo””.

“¿Contigo, mi Señor? ¿Dónde está que no lo veo?”

“Eliseo, estoy acá por poco tiempo, luego me voy donde mi Padre...”

“¡Señor!... ¿Quieres decir que mi padre ha muerto?”

“Se quedó dormido sobre mi corazón. También para él ha terminado el sufrir. Lo bebió, y siempre fue fiel al Señor. No llores. ¿No lo habías dejado acaso para seguirme?”

“Sí, Señor mío...”

“Pues bien, tu padre está conmigo, y al seguirme, tú sigues cerca de tu padre”.

“Pero, ¿cuándo? ¿Cómo?”

“En su viña, donde por vez primera me oyó hablar. Me recordó la petición que el año pasado me había hecho. Le dije: “Ven”. Murió dichoso, porque dejaste todo por seguirme”.

“Perdona si lloro... era mi padre...”

“Sé comprender el dolor”. Le pone la mano sobre la cabeza para consolarlo y dice a los apóstoles: “Aquí tenéis un nuevo compañero. Amadlo mucho porque lo saqué de su sepulcro para que me sirviera”.

Luego: “Elías, ven a Mí. No estés avergonzado como uno que fuera extraño a sus hermanos. Todo el pasado ha terminado. También ven tú Zacarías, que dejaste padre y madre para seguirme. Entra con los setenta y dos, junto con José de Cintio. Lo merecéis porque desafiasteis a los poderosos por Mí. También tú, Felipe, y tú, su compañero, que no quieres que te llame con tu nombre porque suena mal, toma, entonces, el de tu padre que es un justo, aun cuando no es de los que me siguen abiertamente. ¿Lo veis? No excluyo a ninguno que tenga buena voluntad. No a los que me seguirán como discípulos, ni a los que hacían buenas obras en mi nombre, aunque no pertenecían a los grupos de mis discípulos, ni a los que pertenecían a sectas que no todos aman, los cuales pueden entrar siempre en el camino justo y no se les excluye. Como hago, haced. Junto éstos a los viejos discípulos, porque el reino de Dios está abierto a todos los que tienen buena voluntad. Y aunque no estén presentes, os

²⁰ Cfr. Lc. 16, 19-31.

prohíbo que rechazéis aun a los gentiles²¹. No los rechazé Yo mismo, cuando vi que buscaban la verdad. Haced lo que Yo he hecho. Tú, Daniel, que saliste en verdad de la cueva, no de leones,²² sino de chacales, ven, únete a éstos. Ven, tú, Benjamín. Os uno con éstos (señala a los setenta y dos, cuyo número está casi completo) porque la mies del Señor se multiplicará y son necesarios muchos operarios.

Estémonos aquí, mientras pasa el día. Al atardecer dejaréis el monte y al amanecer vendréis conmigo, vosotros los apóstoles, vosotros dos que mencioné por separado, todos los que pertenecéis al número de los setenta y dos (señala a Zacarías y a José de Cintio que no me es desconocido). Los otros se quedarán a esperar a los que fueron a otros lugares. Como insectos ociosos, y les diréis en mi nombre que al Señor no se le encuentra imitando a niños traviesos y desobedientes. Que todos se reúnan en Betania veinte días antes de Pentecostés, porque después, en vano me buscarán. Sentaos todos aquí, y descansad. Vosotros venid acá”.

Lleva de la mano a Marziam. Lo siguen los once apóstoles. Se sienta en el tupido bosque de encinas, trae hacia Sí a Marziam que está muy triste, tanto que Pedro dice: “Consuévalo, Señor, ha estado triste, y ahora lo es más”.

“¿Por qué, muchacho? ¿No estás conmigo? ¿No debes alegrarte de que no sufro más?”

Por toda respuesta Marziam se pone a llorar.

“No sé lo que pasa. Inútilmente le he estado preguntando. Además, ¡estas lágrimas no me las esperaba hoy!” refunfuña Pedro, un poco de mal humor.

“Yo lo sé” interviene Juan.

“¡Felicidades, entonces! ¿Por qué esas lágrimas?”

“No es que haya empezado a llorar hoy. Hace días que llora”.

“Eso lo sabía. Pero ¿por qué?”

“El Señor lo sabe. Estoy seguro. Y creo que es el único que puede consolarlo” dice Juan sonriendo.

“Es verdad, lo sé. Sé que Marziam, un buen discípulo, es en realidad en estos momentos un muchacho, un muchacho que no ve la realidad de las cosas. Pero, tú que eres mi preferido entre todos los discípulos, ¿no piensas que he ido a fortalecer la fe de los que vacilaban, a absolver, recoger vidas que expiraban, a destruir el veneno, que la duda inyectaba en los más débiles, que empezaban a ejercer su influjo, a responder compasiva o severamente a los que se sentían con ardor de combatirme, y a dar testimonio con mi presencia que he resucitado donde se aseguraba que estaba muerto? ¿Había razón de visitarte, muchacho, cuya fe, esperanza, caridad, voluntad y obediencia las conozco? ¿A visitarte por un momento, cuando de hoy en adelante, te tendré muchas veces así? ¿Quien celebrará la pascua conmigo, sino tú solo entre todos los otros discípulos? ¿Ves a todos estos? Han celebrado su pascua, y el sabor del cordero del caroset, de los ácidos, del vino, se les ha convertido en sabor a ceniza, a hiel en las obras que siguieron. Pero Yo y tú, hijo mío, celebraremos gozosos nuestra pascua, y será cual miel que baja y que así se queda. Quien llora, gozará. Quien ha gozado no tiene derecho de gozar de nuevo”.

“De veras... aquel día no estábamos muy contentos...” murmura Tomás.

“Sí... Teníamos miedo en el corazón” dice Mateo.

“Había algo que bullía en mí. Sospechas, rencores. Lo digo por mí” agrega Tadeo.

“Y por esos decís todos que quisierais celebrar la pascua suplementaria...”

“Así es, Señor” confirma Pedro.

“Hubo un día en que te lamentabas de que las discípulas y tu hijo no tomaban parte en el banquete pascual. Ahora te lamentas por quien no pudo entonces alegrarse”.

“Es verdad. Siempre me equivoco. Soy un pecador”.

²¹ Cfr. Hech. 10, 1 – 11, 18.

²² Cfr. Dan. 14, 23-42.

“Y Yo te compadezco. Quiero que todos vosotros estéis a mi alrededor y también las discípulas. Lázaro nos volverá a dar hospitalidad. No quise que hubieran estado tus hijas, Felipe, ni vuestras mujeres, ni Mirta, Noemí y la jovencilla que está con ellas, ni éstos. No había lugar para todos en Jerusalén, ¡en esos días!”

“Es verdad. Y fue mejor que no hubieran estado” recalca Felipe.

“Sí. Habrían visto nuestra cobardía”.

“Cállate, Pedro. Está perdonada”.

“Así es. Ya se la confesé a mi hijo y pensé que por eso estaba triste. La confesé porque cada vez siento más alivio. Es como si me quitaran una carga del corazón. Cada vez que me humillo, me siento más perdonado. Pero si Marziam está triste, porque Tú te mostraste a otros...”

“Es la única razón, padre mío”.

“Entonces, cobra ánimos. Él te ha amado siempre y te ama. Respecto de la segunda pascua te lo había dicho...”

“Yo pensaba que no había obedecido bien, que no había hecho lo que me ordenaste por medio de Porfiria, y que por esto me castigabas. Pensé que no te me aparecías porque odiabas a Judas y a los que te crucificaron” confiesa claramente Marziam.

“No hay qué odiar a nadie. He perdonado”.

“Sí, Señor mío. No odiaré más”.

“Y ya no estés más triste”.

“Ya no estaré, Señor”. Marziam, como todos los jovenzuelos, tiene más confianza que los demás y se echa en los brazos de Jesús, seguro de que no está irritado contra él. Parece un polluelo bajo el ala de la gallina. Busca con ansia que le abrace, para asegurarse de su completo perdón y, feliz, se adormece.

“Todavía es un niño” observa Zelote.

“Sí, ¡pero lo que ha sufrido! Me lo dijo Porfiria, cuando se lo contó José de Tiberíades y me lo trajo” dice Pedro. Luego dirigiéndose al Maestro: “¿Irás también Porfiria a Jerusalén?” Cuánto deseo repercute en su súplica.

“Todas. Las quiero bendecir antes de subir a mi Padre. También ellas han ayudado, y muchas de ellas, mejor que los varones”.

“¿Y no vas donde tu Madre?” le pregunta Tadeo.

“Siempre estamos juntos”.

“¿Juntos? ¿Cuándo?”

“Judas, Judas ¿te parece que Yo, que en Ella siempre encontré alegría y contento, no esté con Ella?”

“Pero María está sola en su casa. Ayer me lo dijo mi madre”.

Jesús sonriendo responde: “Detrás del velo del Santo de los Santos entra solamente el Sumo Sacerdote”.

“¿Qué quieres dar a entender?”

“Que existen bienaventuranzas que no pueden describirse y darse a conocer. Esto es lo que quería decir”.

Separa delicadamente a Marziam y lo pasa a Juan que es el más cercano. Se pone de pie. Y mientras todos, con la cabeza inclinada, de rodillas, menos Juan que tiene sobre sus rodillas a Marziam, reciben su bendición, desaparece.

“Es exactamente como el rayo” dice Bartolomé.

Se quedan pensativos en espera del crepúsculo.

21. Jesús con los apóstoles y discípulos

22 abril 1947

Están en otro monte, con gran vegetación, no lejos de Nazaret, a donde se llega por un camino que va por los pies del monte.

Jesús hace que se sienten alrededor. Más cerca de Él los apóstoles, además Zacarías y José. Marziam como favorito, está a sus pies.

Tan pronto como se sientan, Jesús empieza a hablar. Todos están atentos a sus palabras.

Dice: “Estad atentos lo mejor que podáis, pues os diré cosas muy importantes. No todas las entenderéis. Pero el que vendrá después de Mí, os las hará comprender. Escuchadme, pues.

Ninguno mejor que vosotros está convencido que el hombre, sin la ayuda de Dios, dado su estado debilísimo a causa del pecado, fácilmente puede pecar. Sería Yo un Redentor imprudente si, después de haberos dado tanto para redimiros, no diese también los medios para conservaros dentro de los frutos de mi Sacrificio. Sabéis que la razón de estar inclinados hacia el pecado es debido a la culpa que al privar a los hombres de la gracia, los despojó de su fortaleza: de la unión con ella.

Habéis dicho: “Tú nos has devuelto la gracia”. No. La gracia ha sido dada a los justos hasta mi muerte. Para darla a los que han de venir, es necesario un medio, algo que no será solamente una figura ritual,² sino que imprimirá verdaderamente en quien lo recibe el carácter real de hijos de Dios, como eran Adán y Eva, cuyas almas vivificadas por la gracia poseían dones inmensos que Dios les había dado como prenda de amor.

Vosotros sabéis qué tenía el hombre y qué cosa perdió. Ahora, por mi sacrificio, las puertas de la gracia están abiertas y puede descender cual río sobre todos los que la pidan por amor a Mí. Por eso los hombres tendrán el carácter de hijos de Dios, por los méritos del primogénito entre los hombres, por mis méritos que os he conseguido, vuestro Redentor, vuestro Pontífice eterno,³ vuestro Hermano en el Padre, vuestro Maestro. Sólo por Mí, Jesucristo, los hombres actuales y venideros podrán poseer el cielo y gozar de Dios, hasta el último hombre. Hasta ahora aun los más justos, aunque circuncidados, como hijos del pueblo electo, no podían llegar a este estado. Dios conocía sus virtudes. Sus lugares en el cielo estaban preparados, pero les estaba cerrado y negado el gozo de Dios porque en sus almas, cual vegetales de toda virtud, estaba también el árbol maldecido de la culpa, y ninguna acción, por santa que fuera, podía destruirlo; y no se puede entrar en el cielo con raíces y hojas de una planta tan maléfica.

En el día de la parasceve el suspiro de los patriarcas y profetas, de todos los justos de Israel se calmó con la alegría de la redención llevada a cabo, y las almas, más blanca que la nieve por sus virtudes, perdieron también la única mancha que las tenía separadas del cielo. Pero el mundo sigue adelante. Generaciones y generaciones aparecen y aparecerán. Pueblos y más pueblos vendrán a Mí. ¿Puede el Mesías morir en cada nueva generación para salvarla, o para cada pueblo que a Él venga? No, el Mesías murió una sola vez, *y no morirá nunca, jamás!*⁴ Estas generaciones, estos pueblos deben conocer la verdad por mi palabra ¿pero no podrán gozar del cielo, gozar de Dios, porque están machados con el pecado original? No. No habría justicia ni para ellos, pues vano sería su amor por Mí, ni para Mí, que por muy pocos habría muerto.

¿Y entonces? ¿Cómo conciliar cosas diversas? ¿Qué otro milagro hará el Mesías, que ha obrado ya muchos, antes de dejar el mundo para ir al cielo,⁵ después de haber amado a los hombres hasta haber querido morir por ellos? Ha hecho ya uno, dejándoos su cuerpo y sangre como alimento robustecedor y santificador como recuerdo de su amor, dándoos la orden de hacer lo que ha hecho en recuerdo suyo, y como medio santificador que pueden emplear sus discípulos hasta la consumación de los siglos.

Aquella noche, aunque estabais ya purificados externamente ¿recordáis lo que hice? Me puse un lienzo, os lavé los pies, y a uno de vosotros que se escandalizaba de mi acción humilde, le respondí: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. No entendisteis lo que os dije, ni a qué me refería, ni cuál era el símbolo que se escondía bajo ella.

² Cfr. 1 Cor. 10, 1-13; 1 Pe. 3, 18-22

³ Cfr. Hebr. 3, 1 – 10, 18.

⁴ Cfr. Rom. 6, 1-11; Hebr. 7, 26-28; 9, 1 – 19, 18; 1 Pe. 3, 18.

⁵ Cfr. Ju. 20, 17.

Además de haberos enseñado la humildad y necesidad de ser puros para entrar en el Reino, además de haberos benignamente hecho notar que Dios exige del hombre que es justo, y por lo tanto puro en su alma e inteligencia, únicamente una purificación en la parte que más fácilmente se contamina, cosa que sucede aun en los justos, debido a la convivencia inevitable entre los hombres, y que cual polvo ensucia aun las partes más limpias del cuerpo. A vosotros os lavé los pies, miembros inferiores del cuerpo, que van entre el fango y el polvo, y algunas veces pisan cosas sucias, para significar la carne, la parte material del hombre, que tiene siempre, menos en los que jamás han tenido pecado original, por obra de Dios o por naturaleza divina, imperfecciones, tal vez tan pequeñitas que sólo Dios ve, pero que, en verdad, conviene estar atentos, para que no se robustezcan al convertirse en un hábito natural y para combatir para extirparlas.

“Así pues, os lavé los pies. ¿Cuándo? Antes de partir el pan y daros el vino transformándolos en mi Cuerpo y en mi Sangre. Porque Yo soy el Cordero de Dios y no puedo bajar donde Satanás ha puesto su huella. Por eso os lavé antes. Después me di a vosotros. También vosotros lavaréis con el bautismo a los que vinieren a Mí, para que no reciban indignamente mi cuerpo y no les sirva de condenación.”⁷

No comprendéis. Os miráis, y con vuestras miradas os preguntáis:

“¿Entonces Judas?” Os respondo: “Judas comió su muerte”. El supremo acto de amor no le llegó al corazón. La última tentativa de su Maestro dio contra piedra, y esa piedra, en lugar de Tau⁸, llevó grabada la horrible marca de Satanás, la señal de la bestia.

Os lavé pues, antes de haberos admitido al banquete eucarístico, antes de escuchar la confesión de vuestros pecados, antes de infundiros el Espíritu Santo, y por lo tanto el carácter de verdaderos cristianos confirmados en gracia, y de sacerdotes míos.

Hágase lo mismo con los otros a quienes debéis preparar para la vida cristiana.

Bautizad con el agua en el Nombre de Dios Uno y Trino en mi Nombre y por mis méritos infinitos, con que quede borrada de los corazones la culpa original, perdonando los pecados, infundidas la gracia y las santas virtudes y pueda bajar el Espíritu Santo a permanecer en templos consagrados que serán los cuerpos de los hombres que viven en la gracia del Señor. ¿Era necesaria el agua para anular la culpa? El agua no toca el alma, no. Pero tampoco la señal inmaterial llega a la vida del hombre, tan material en todas sus acciones. Podía Yo muy bien infundirle la vida aun sin medios visibles.

¿Pero quién lo hubiera creído? ¿Cuántos hombres que saben creer firmemente si no ven? Tomad, pues, de la antigua ley mosaica el agua lustral que se emplea para purificar a los hombres que ha contraído inmundicia y volvedlos a admitir, después de que se contaminaron con algún cadáver, en los campamentos. Verdaderamente cada hombre que nace está contaminado, estando en contacto con un alma muerta a la gracia. Purifíquesele, pues, con el agua lustral, del contacto inmundo, y se haga así digna de entrar en el Templo eterno. Apreciad el agua... Después de haber expiado y redimido con treinta y tres años de vida dura, que terminó en la pasión, después de haber dado toda mi sangre por los pecados de los hombres, ved que de mi cuerpo desangrado y consumado manó agua saludable para lavar la culpa original. Con mi sacrificio consumado os redimí de tal mancha. Si en los umbrales de la muerte un milagro divino me hubiera hecho descender de la cruz, os aseguro que por la sangre derramada habría limpiado las culpas, *pero no la Culpa*. Para esto era necesaria la *consumación total*. Es verdad que las aguas saludables de las que habla Ezequiel ¹¹ salieron de este costado mío. Sumergid en ellos a las almas, para que emerjan inmaculadas para recibir el Espíritu Santo que, en recuerdo del aliento que el Creador inspiró en Adán para darle

⁷ Cfr. 1 Cor. 11, 23-34.

⁸ Cfr. Ex. 9.

¹¹ Cfr. Ez. 47, 1-12; Zac. 14, 1-11; Ju. 4, 1-42; 7, 37-39.

vida, y por lo tanto imagen y semejanza con Él,¹² volverá a soplar y habitar en los corazones de los hombres redimidos.

Bautizad, pero en el nombre de Dios Trino porque si el Padre no hubiera querido, ni el Espíritu Santo obrado, el Verbo no se hubiera encarnado y vosotros no hubierais conseguido la redención. Por lo tanto, justo y necesario es que cada hombre reciba la vida por aquellos que se unieron y quisieron dársela, que se llaman Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los bautizados recibirán el nombre de cristianos para diferenciarlos de los pasados o futuros ritos, que lo serán, sí, *pero que no serán señales indelebles en la parte inmortal*.

Tomad el Pan y el Vino así como lo hice, y en mi nombre bendecidlos y distribuidlos.. Que se alimenten los cristianos de Mí. Y del Pan y del Vino haced una oferta al Padre de los cielos, consumándola en memoria del sacrificio que ofrecí y consumí en la cruz por vuestra salvación. Yo, Sacerdote y Víctima, Yo mismo me ofrecí y consumí voluntariamente. Vosotros, mis sacerdotes, haced esto en recuerdo mío para que los tesoros infinitos de mi sacrificio suban impetratorios ante Dios, y desciendan propiciatorios sobre todos los que pidieren con fe segura.

He dicho fe segura. No se exige ciencia para gozar del alimento y sacrificio eucarístico, *sino fe*. Fe que en ese pan, y en ese vino que a quien haya dado Yo autoridad, o la hayan dado los que después de Mí vendrán –tú Pedro, nuevo Pontífice de la nueva Iglesia, tú Santiago de Alfeo, tú Juan, tú Andrés, tú Simón, tú Felipe, tú Bartolomé, tú Tomás, tú Judas Tadeo, tú Mateo, tu Santiago de Zebedeo- consagre en mi Nombre, es mi verdadero Cuerpo, mi verdadera Sangre y quien se alimenta de ellos, me recibe en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad y quien me ofrece, me ofrece realmente a Mí, Jesucristo, como me ofrecí por los pecados del mundo. Un niño o un ignorante me pueden recibir igualmente como un docto y un adulto. El niño y el ignorante recibirán iguales beneficios del Señor.

Dentro de poco vais a recibir un nuevo bautismo, el del Espíritu Santo¹⁵. Os lo he prometido y vendrá a vosotros. El mismo Espíritu Santo descenderá sobre vosotros. Os diré cuándo. Quedaréis llenos de Él, con la plenitud de los dones sacerdotales. Podréis así hacer lo que Yo he hecho con vosotros, infundiendo el Espíritu del que estaréis llenos¹⁶ para confirmar en la gracias a los cristianos e infundirles los dones del Paráclito. Sacramento real poco inferior al Sacerdocio¹⁷, désele la solemnidad de las consagraciones mosaicas con la imposición de las manos y la unción con el aceite perfumado, que en otros tiempos se empleó para consagrar a los sacerdotes¹⁸. No, ¡no os miréis espantados! ¡No digo palabras sacrílegas! No os enseñe ninguna acción sacrílega. La dignidad del cristiano es tal que, lo repito, es poco inferior a un sacerdote¹⁹.

¿Dónde viven los sacerdotes? En el Templo. Y un cristiano será un templo vivo²⁰. ¿Qué hacen los sacerdotes? Sirven a Dios orando, ofrecen sacrificios y cuidan de los fieles. Así deberían haber hecho... El cristiano servirá a Dios con la plegaria, con el sacrificio y con la caridad fraterna. Escucharéis confesiones de pecados,²² como he escuchado las vuestras y las de muchos y he perdonado donde he visto verdadero arrepentimiento.

¿Os turbáis? ¿Por qué? ¿Tenéis miedo de equivocaros? Varias veces he hablado del pecado y cómo juzgarlo. Pero procurad tener en cuenta las siete condiciones, según las cuales una acción puede ser o no ser pecado, y de su diversa gravedad. En una palabra: cuando se

¹² Cfr. Gén. 1, 27; 2, 7.

¹⁵ Cfr- Lc. 24, 44-49; Ju. 7, 37-39; Hech. 1, 6-8.

¹⁶ Cfr. Hech. 2, 1-13.

¹⁷ Aquí se trata del Sacramento de la Confirmación Cfr. Hech. 8, 14-17.

¹⁸ Cfr. Ex. 29, 1-35; 30, 22-33; Lev. 8.

¹⁹ Cfr. 1 Pe. 2, 4-10.

²⁰ Cfr. 1 Cor. 3, 16-17; 2 Cor. 6, 11-18. Y en cuanto a la razón por la que nos hacemos templos de Dios. Cfr. Rom. 5, 5; 8, 14-17; Gál. 4, 4-7.

²² Aquí se empieza a hablar del sacramento de la penitencia. Cfr. Mt. 16, 13-20; 18, 18; JU. 20, 19-23.

ha pecado y cuántas veces; quién ha pecado; con quién; qué materia de pecado; cuál es su causa; por qué se pecó.

Pero no temáis. Es Espíritu Santo os ayudará.²⁵ Lo que os conjuro es que observéis una vida santa. Aumentarán en vosotros las luces sobrenaturales de modo que lograréis leer sin error el corazón de los hombres y podréis con amor o autoridad, decir a los pecadores, temerosos de manifestar sus culpas, o rebeldes a confesarlas, el estado de su corazón, ayudando a los tímidos, y reconciliando a los impenitentes. Tened presente que dejo la tierra y que vosotros debéis ser lo que Yo he sido: justo, paciente, misericordioso, *pero nunca débil*. Os he dicho: lo que desataréis en la tierra, será desatado en el cielo, y lo que amarraréis aquí, será amarrado en el cielo.²⁶ Por esto, después de dura reflexión, juzgad a cada hombre sin dejaros llevar de simpatías o antipatías, de regalos o amenazas; sed siempre imparciales en todo y para con todos como lo es Dios,²⁷ teniendo presente la debilidad del hombre y las asechanzas de los enemigos.

Os recuerdo que Dios permite algunas veces que sus elegidos caigan, no porque a Él agrade que caigan, sino porque de una caída puede venir un bien mayor en el porvenir.²⁸ Extended, pues, la mano a quien cae porque no sabéis si tal caída no sea la crisis final de un mal que termina, dejando en la sangre una purificación que produce la salud. En nuestro caso: que produce santidad. Sed por el contrario severos con los que no respetan mi Sangre y con los que con el alma apenas se arrojan al fango una y mil veces.²⁹ No los maldigáis, pero sed severos, exhortadlos, amonestadlos setenta veces siete y recurriréis al castigo más duro que consiste en separarlos del pueblo elegido solo cuando su pertinacia en la culpa, causa de escándalo para los demás hermanos, os obligue a hacerlo para no haceros cómplices de sus acciones.- Acordaos de lo que he dicho: “Si tu hermano ha faltado en algo corrígelo. Tú y él solos. Si no te escuchare, corrígelo ante dos o tres testigos. Si no fuere suficiente, dalo a conocer a la iglesia. Si ni a ésta escuchare, considéralo como a un gentil y publicano”³⁰.

En la religión mosaica el matrimonio es un contrato. En la nueva religión cristiana será un acto sagrado e *indisoluble* sobre el que bajará la gracia del Señor que hará de los esposos sus ministros en la propagación de la especie humana.³² Tratad de aconsejar al cónyuge que viene de la nueva religión que convierta a su compañera o compañero que todavía no es creyente; que lo haga, para evitar las dolorosas separaciones en el modo de pensar, y por lo tanto de paz, que hemos visto aun entre nosotros. Pero cuando se trata de creyentes en el Señor, *por ningún motivo se separe lo que Dios ha unido*. Cuando se trate de una cristiana casada con un gentil, aconsejo que cargue su cruz con paciencia, dulzura y fortaleza, decidida aun a morir por su fe, pero sin dejar a su esposo con quien se unió con pleno consentimiento. Este es un consejo para una vida más perfecta en el estado matrimonial, hasta cuando, con la difusión del cristianismo, se celebren matrimonios entre fieles. *Entonces sagrado e indisoluble será el vínculo y santo el amor*.³³

Sería un mal si por la dureza de los corazones tuviera qué suceder en la nueva religión, lo que sucedió en la antigua: el permiso del repudio y la disolución para evitar escándalos que provocó la voluptuosidad del hombre³⁴. En verdad os digo que cada uno debe llevar su cruz, cual fuese su estado, aun en el matrimonio. Y también os digo que ninguna presión debe doblar vuestra autoridad al proclamar: “No es lícito” a quien quiere contraer otra vez

²⁵ Cfr. Ju. 20, 19-23.

²⁶ Cfr. Mt. 16, 13-20; 18, 15-18.

²⁷ Cfr. Deut. 10, 12-22; Gal. 2, 1-10.

²⁸ Cfr. Eccli. 15, 11-21; Rom. 5, 1-5.

²⁹ Cfr. Hebr. 6, 4-8; 10, 26-31.

³⁰ Cfr. Mt. 18.

³² Cfr. Ef. 5, 21-33; 1 Tim. 2, 9-15.

³³ Cfr. Mt. 5, 27-32; 19, 1-9; Mc. 10, 1-12; Lc. 16, 18; 1 Cor. 7, 1-3.

³⁴ Cfr. Deut. 24, 1-4; Mt. 19, 1-11.

matrimonio, antes de que uno de los dos cónyuges no haya muerto.³⁵ Es mejor os lo digo, que sea cortada una parte o varias partes corruptas, antes que *por tenerla en el cuerpo de la Iglesia, se le concedan cosas contrarias a la santidad del matrimonio, escandalizando a los humildes y siendo causa de que se formen opiniones desfavorables a la entereza sacerdotal como si hubiera sido influenciada por la riqueza o poder*. El matrimonio es un acto grave y santo. Y para demostrarlo asistí a las bodas y realicé mi primer milagro.³⁶ Pero ¡ay!, si degeneran sólo en placer y capricho. *El matrimonio, contrato natural entre hombre y mujer, de ahora en adelante elévese a un contrato espiritual por el cual dos almas que se aman, juran servir al Señor en su mutuo amor, que le ofrecen en señal de obediencia a su mandato de la procreación para darle hijos*.

Y... Santiago ¿te acuerdas de lo que te dije en el Carmelo? De ello te hablé, pero los demás no saben. Visteis a María Magdalena que ungió mis pies en la cena del sábado en Betania. Entonces os dije: “Ella me ha preparado para la sepultura”³⁹. Y en realidad así lo hizo. No para la sepultura, dolor que pensaba estar lejos, sino para purificar y embalsamar mis pies de las impurezas del camino, para que impregnados de ese aroma subiera al trono. La vida del hombre es un camino. La entrada del hombre en la otra vida debería ser una entrada en el Reino. A los reyes se les unge y perfuma antes de que suban a su trono, y se presentan a su pueblo. También el cristiano es un hijo de rey que va por su camino en dirección al reino a donde lo llama el Padre. La muerte del cristiano no es más que la entrada al reino para subir al trono que el Padre le ha preparado. La muerte no es temible para quien sabe que está en la gracia de Dios, pero su vestidura debe estar limpia de toda mancha, para que sea bella cuando resucite, y su espíritu debe ser purificado para que resplandezca en el trono que el Padre le ha preparado a fin de que muestre así la dignidad de hijo del gran Rey.⁴⁰

Aumento de la gracia, desaparición de los pecados de los que el hombre se haya arrepentido completamente, fuerza para anhelar el bien, dadora de fortaleza para el último combate será la unción que se dé a los cristianos moribundos, mejor aun: a los cristianos que nacen, porque en verdad os digo, que quien muere en el Señor nace a la vida eterna.

Repetid la acción de María en los cuerpos de los elegidos. Nadie lo tome como indigno de sí. Yo acepté el aceite perfumado de una mujer. Cualquier cristiano créase honrado como de una gracia inmensa por parte de la Iglesia de la que es hijo, y lo acepte del sacerdote para verse limpio de las últimas manchas. El sacerdote siéntase dichoso de realizar lo que hizo Magdalena conmigo, que me inclino sobre el cuerpo del hermano que agoniza. En verdad os digo que los que hicieseis conmigo, y lo dejasteis a una mujer, de lo que ahora os arrepentís amargamente, podéis hacerlo en el porvenir y tantas veces, cuantas os inclinéis amorosamente sobre uno que muere para prepararlo a su encuentro con Dios. Yo estoy en los mendigos y moribundos, en los peregrinos, en los huérfanos, en las viudas, en los prisioneros, en quien tiene hambre, sed o frío, en quien sufre o está cansado. Estoy en todas partes de mi Cuerpo místico que es la unión de mis fieles. Amadme en ellos y reparad así el amor que muchas veces no me tuvisteis, y dándome alegría, dándoos a vosotros gran gloria.⁴¹

Finalmente considerad el mundo, los años, la enfermedad, el tiempo, las preocupaciones: todo conspira contra vosotros. No queráis ser avaros ni imprudentes. Transmitid en mi nombre el Sacerdocio a los mejores de entre los discípulos para que la tierra no se quede sin él. Sea un carácter sagrado *que se conceda después de un examen severo, basado no en palabras, sino en acciones del que os pida ser sacerdote, o de quien creéis que es apto para ello*.⁴³ Pensad en lo que es el sacerdote, en el bien o mal que puede hacer. Tenéis ejemplo de lo que

³⁵ Cfr. Mt. 14, 3-12.

³⁶ Cfr. JU. 2, 1-12.

³⁹ Cfr. Mt. 26, 6-13; Mc. 14, 3-9; Ju. 12, 1-11.

⁴⁰ Cfr. Rom. 8, 14-30; Gal. 4, 1-7; 1 Ju. 3, 1-5, 13.

⁴¹ Cfr. Mt. 10, 40-42; 18, 1-11; 25, 31-46; Mc. 9, 33-41; Lc. 9, 46-48; Ju. 13, 20.

⁴³ Cfr. Mt. 10; Mc. 6, 6-13; Lc. 9, 1-6; 10, 1-12; Ju. 13-17; 1 Tim. 3, 1-16; 2 Tim. 2, 22-26; Tit. 1, 5-9; Hebr. 5, 1-4; 8, 1-5; 1 Pe. 5, 1-4.

hace un sacerdocio que ha decaído de su carácter sagrado. En verdad os digo que por las culpas del templo, esta nación será dispersa. Igualmente os aseguro que será destruida la tierra cuando lo monstruoso de la desolación⁴⁵ entre en el nuevo sacerdocio, arrastrando a los hombres a la apostasía para abrazar doctrinas infernales. Entonces se levantará el hijo de Satanás y los pueblos gemirán aterrorizados, pocos quedarán fieles al Señor, y aun en ese entonces, entre convulsiones de horror, vendrá el fin después de la victoria de Dios y de sus pocos elegidos, y la ira de Dios sobre todos los malditos. ¡Ay! Tres veces, ¡ay! Si por esos pocos no fueren santos todavía los recintos del Templo de Jesús! ¡Ay! Tres veces ¡ay! Si no hubiere *verdaderos* sacerdotes que conforten a los últimos cristianos como hubo para los primeros. En verdad digo que la última persecución será horrible, pues no será una persecución de los hombres, sino del hijo de Satanás y de sus secuaces. ¿Sacerdotes? Más que sacerdotes deberán ser los de aquellos futuros días, porque las hordas del Anticristo vomitarán ferocidad sin igual. Semejantes al hombre vestido de lino, en la visión de Ezequiel,⁴⁷ que se ha hecho digno de estar al lado del Señor, así ellos deberán sin cansarse hacer perfectamente la Tau en los espíritus de los pocos fieles para que las llamas del infierno no la borren. No serán sacerdotes, sino ángeles. Ángeles que en su incienso podrán sus virtudes para purificar el aire de los miasmas de Satanás. Más que ángeles. Serán otros Yo,⁴⁸ para que los fieles de los últimos tiempos puedan perseverar hasta el fin.

Deben ser esto. Pero el bien y el mal futuros tienen su raíz en el tiempo presente. Las avalanchas de nieve empiezan con una bolita. Un sacerdote indigno, impuro, lujurioso, hereje, infiel, incrédulo, tibio o frío, un sacerdote sin voluntad de serlo, hace más mal que lo que puede hacer un fiel que tenga los mismos defectos. Vosotros sabéis a dónde lleva el sacerdocio sumido en el relajamiento, en la aceptación de doctrinas impuras, egoísmo, avaricia, concupiscencia: al deicidio. De hoy en adelante el Hijo de Dios no puede ser condenado más a la muerte, pero la fe en Dios, la idea de Dios, sí.⁴⁹ Por esto se realizará un deicidio mucho mayor porque no conocerá la resurrección. Y que se podrá realizar, lo estoy viendo, debido a los muchos Judas de Keriot que habrá en los siglos que están por venir. ¡Horror!...

¡Mi Iglesia destrozada por sus mismos ministros! Yo la sostendré con la ayuda de las víctimas. Sin embargo los sacerdotes, que tendrán solamente el vestido pero no el alma del sacerdocio, que se ocuparán en mover las ondas infernales de las serpientes contra su barca. Pedro, entonces ponte de pie. Da las órdenes a tus sucesores: “Mano al timón, flagelo a los naufragos que *han querido naufragar*, y quieren que naufrague la barca de Dios”. Castiga, pero salva y sigue adelante. Sé severo, pues los piratas se hacen dignos de que se les castigue. Defiende el tesoro de la fe. Mantén en alto la luz del faro, sobre las enfurecidas ondas, para que los que siguen tu barca la vean y no perezcan. Pastor y navegante para los tiempos borrascosos, recoge, guía, *levanta en alto mi Evangelio porque en él y no en la ciencia se encuentra la salvación*. Llegarán días en que, como nos sucede a los de Israel y peor todavía, el sacerdocio creará ser una clase selecta porque conoce lo superfluo y no lo indispensable, o lo conoce en la forma muerta con que ahora los sacerdotes conocen la ley: por su forma exterior, con sus vestidos cargados de franjas, pero no la conocen en su espíritu. Vendrán días en que todos los libros sustituirán al Libro, que se le usará como algo que deberá forzosamente emplearse, mecánicamente, a la manera que un campesino ara, siembra, cosecha sin pensar en la providencia maravillosa que significa que la semilla se multiplique cada año: la semilla arrojada en tierra removida que lanza su tallo, su espiga, y luego se convierte en harina, en pan que el amor de Dios ha prodigado al hombre. ¿Quién hay, que al llevar a la boca un pedazo de pan, levante su espíritu al que creó la primera

⁴⁵ Cfr. Dan. 9-12; Mt. 24, 15-25.

⁴⁷ Cfr. Ez. 9-10.

⁴⁸ Cfr. Gal. 2, 15-21; Col. 3, 1-4.

⁴⁹ Cfr. Mt. 24, 12.

semilla, que por los siglos la hace nacer y crecer, haciendo caer sobre ella la lluvia para que se levante, crezca, madure sin secarse o quemarse?

De igual modo sucederá que el Evangelio se le *enseñe científicamente bien, pero espiritualmente mal*. Porque, ¿qué es la ciencia a la que falta la sabiduría? Paja tan solo. Paja que hincha pero que no nutre.⁵³ En verdad os digo que vendrá un tiempo en el cual demasiados sacerdotes serán semejantes a hinchados pajares, soberbios pajares impedidos en su orgullo que les impedirá reconocerse tales, que creerán que a ellos se deben las espigas, como si estas crecieran entre la paja, que creerán ser *todo* porque en cambio del puñado de granos, el verdadero alimento que es el espíritu del evangelio, cosecharán sólo paja, y ¡cuánta no será! ¿Puede acaso ser suficiente la paja? Ni siquiera lo es para la barriga del asno, si su dueño no le da otras cosas y otros alimentos.

Y sin embargo os digo que vendrán días en que los sacerdotes, olvidando que con pocas espigas he instruido sus corazones en la verdad, y olvidando también lo que ha costado a su Señor ese pan verdadero del espíritu, que mana sólo de la sabiduría divina, que se llama Palabra divina, la cual es majestuosa en su estilo doctrinal, que al repetirse es siempre nueva y siempre vieja, que si se le repite es para que no se pierdan las verdades. Palabra que es humilde por la forma en que se presenta, sin oropeles de ciencia humana, sin añadiduras históricas o geográficas. Esos sacerdotes se preocupan no del espíritu de la Palabra sino de la forma de manera que muestren a las multitudes que ellos saben. El espíritu del Evangelio desaparecerá bajo la avalancha de una ciencia humana. ¿Qué pueden transmitir estas pajas hinchadas? ¡Nada, sino paja! ¿Qué alimento podrán tener los corazones de los fieles? El suficiente para llevar una vida lánguida. ¿Que fruto podrán dar de esta enseñanza y de este conocimiento imperfecto del Evangelio? Un enfriamiento de los corazones, una infiltración de doctrinas heréticas en vez de la única y verdadera doctrina, una preparación del terreno a la Bestia con su fugaz reino de hielo, tinieblas y horror. En verdad os digo que como el Padre y creador multiplica las estrellas para que el cielo no se quede sin alguna de ellas, cuando ha terminado su curso, *de igual modo deberé enseñar el evangelio cien y mil veces a discípulos que esparciré entre los hombres en el correr de los siglos. En verdad también os digo que su suerte será igual a la mía: la sinagoga y los orgullos los perseguirán como lo hicieron conmigo*. Pero tanto Yo como ellos tenemos nuestra recompensa que es la de hacer la voluntad divina, servirle hasta la muerte de cruz para que su gloria resplandezca y no dejemos de conocerlo.

Tú, Pontífice, y vosotros, Pastores, estad atentos de que en vosotros y en vuestros sucesores no se pierda el espíritu del Evangelio. Rogad sin cesar al Espíritu Santo para que se renueve en vosotros un constante Pentecostés –no comprendéis lo que estoy diciendo, más pronto lo comprenderéis– para que podáis comprender todas las lenguas, discernir y saber escoger mis voces del eterno mono, imitador de Dios que es Satanás. *No dejéis que caigan en el vacío mis Voces que habrá. Cada una de ellas es una misericordia mía para vuestra ayuda, y tanto más numerosas serán cuando más juzgue Yo que sean necesarias para mi religión, para vencer las borrascas de los siglos*.

Pedro, pastor y nauta. No te bastará un día ser pastor, si no eres nauta, ni ser nauta si no eres pastor. Una y otra cosa debes ser para tener unidos los corderos que tenazas y trampas infernales tratarán de arrancar o bien melodías de promesas infernales que querrán seducirte, y para seguir adelante con tu barca, a la que atacarán vientos de todas partes, de norte y sur, de oriente y poniente, barca que se verá atacada por las fuerzas de lo profundo asaeteada por arqueros de la Bestia, envuelta en los miasmas del dragón, rodeada por su cola, en tal forma que los imprudentes se verán envueltos en llamas y perecerán en medio de ondas horribles.

Pastor y nauta en tiempos verdaderamente dificultosos... *Tu brújula sea El Evangelio. En Él se encuentra la vida y la salvación. Todo se encuentra en él. Todo artículo del Códice santo, toda respuesta a los casos múltiples de las almas se encuentra en él*. Procura que no se separen de él los sacerdotes ni los fieles. Procura que no alimenten dudas acerca de él, ni que

⁵³ Cfr. 1 Cor. 1, 17 – 4, 21; 8, 1-4; 13.

lo adulteren. *Yo mismo soy el Evangelio*. Desde mi nacimiento hasta la muerte. *En el Evangelio está Dios*. Porque en Él se muestran claramente las obras del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. *El Evangelio es amor*. He dicho: Mi palabra es vida”. Dije: “Dios es caridad”. Por lo tanto conozcan los pueblos, sepan qué significa conocer a Dios para conseguir su Reino. Quien no está en Dios, no tiene en sí la vida. Los que no aceptan la palabra del Padre, no podrán ser una sola cosa con Él, conmigo y con el Espíritu Santo en el cielo, y no podrán pertenecer al único redil santo como lo quiero. No serán vástagos unidos a la vid porque quien rechaza todo o parte de mis palabras es un miembro por quien corre la linfa de la vid. Mi palabra es jugo que alimenta, que hace crecer y que produce frutos.⁶⁰

Todo esto haréis en recuerdo de Mí que os lo he enseñado. Mucho más os debería decir. Me conformo con haber arrojado la semilla. El Espíritu Santo lo hará germinar. Quise daros la semilla porque conozco vuestros corazones y sé cuánto temeríais ante mandamientos espirituales, inmateriales. El miedo de ser engañados os dejaría helada vuestra voluntad. Por esto he querido hablaros de todo esto. Después, el Paráclito os recordará mis palabras y os las ampliará en sus particularidades. No tendréis por qué temer, porque os acordaréis que fui Yo quien os dio la primera semilla. Dejaos conducir por el Espíritu Santo. Si mi mano ha sido suave en guiaros, su luz es suavísima. Él es el Amor de Dios. De este modo me voy contento porque sé que ocupará mi lugar y os conducirá al conocimiento de Dios. Todavía no lo conocéis, pese a que os he hablado de Él. En esto no tenéis ninguna culpa. Habéis hecho todo lo posible por comprenderme y por lo tanto estáis justificados, si por tres años aun habéis comprendido poco. La falta de la gracia ofuscaba vuestro espíritu. Aun ahora mismo entendéis poco, aunque la gracia de Dios haya descendido sobre vosotros desde la cruz. Tenéis necesidad del Fuego.⁶¹ A uno de vosotros le hablé un día, cuando caminábamos por la ribera del Jordán. Ha llegado la hora. Regreso a mi Padre, pero no os dejo solos, porque os dejo la Eucaristía, esto es, a Mí mismo como alimento para los hombres. Os dejo al Amigo, al Paráclito. Os conducirá Él. Paso vuestras almas de mi luz a su luz y Él completará vuestra formación”.

“¿Nos dejas ahora? ¿Aquí? ¿En este monte?” Todos están consternados.

“Todavía no. Pero el tiempo vuela y pronto llegará el momento”.

“¡No me dejes en la tierra sin Ti, Señor. Desde tu nacimiento hasta tu muerte, desde ésta hasta tu resurrección, siempre te he amado. Cosa muy triste será saber que no estás ya más entre nosotros. Acogiste la súplica del padre de Eliseo. A muchos has escuchado. ¡Escúchame a mí también, Señor!” suplica Isaac de rosillas con las manos extendidas.

“La vida que todavía te falta, puedes emplearla para predicarme, y tal vez en ser mártir. Por amor mío, que me conociste de pequeño, has sabido ser mártir, ¿temes de serlo por Mí que he resucitado?”

“Mi gloria será seguirte, Señor. Soy un pobre, un tonto. Todo lo que he podido dar, lo he dado con buena voluntad. Ahora quisiera tan solo seguirte. Pero hágase como quieras, ahora y siempre”.

Jesús pone su mano sobre la cabeza de Isaac y así la tiene como acariciándola. Se dirige a todos: “¿No tenéis algo qué preguntarme? Son las últimas lecciones. Hablad a vuestro Maestro... ¿Veis cómo los pequeñuelos tienen confianza en Mí?”

De hecho Marziam también hoy apoya su cabeza sobre el cuerpo de Jesús,. Procurando estar muy cerca. Isaac tampoco tuvo empacho alguno en manifestar su deseo.

“Así es... queremos preguntarte algunas cosas...” dice Pedro.

“Hacedlo, pues”.

“Bueno... Ayer por la tarde, después de que te separaste hablamos entre nosotros acerca de lo que habías dicho. Ahora se nos vienen a la mente otras cosas. Ayer y hoy, por lo que parece has hablado como de que habrán herejías y divisiones, y esto muy pronto, lo cual nos

⁶⁰ Cfr. 1 Ju. 4, 7 – 5, 4.

⁶¹ Cfr. Mt. 3, 1-12; Lc. 3, 15-18; Hech. 2, 1-143; Hebr. 12, 29.

hace pensar que debemos ser muy prudentes con los que quisieran venir a vivir con nosotros, porque en ellos estará la semilla de la herejía y de la división”.

“¿Lo crees? ¿Y no acaso Israel se ha separado, al no venir a Mí? Tú quieres decir que el Israel que me ha amado, jamás será hereje ni se separará. ¿No es verdad? ¿Pero aun teniendo en cuenta los siglos pasados ha estado Israel unido tratándose de su formación? ¿Ha sido uniforme en seguirme? En verdad os digo que la raíz de la herejía está en esto”.

“Pero...”

“Pero bajo la apariencia externa de fidelidad desde hace siglos ha sido hereje e idólatra. Conocéis sus ídolos. También sus herejías. Los gentiles serán mejores que él. Por eso no los he excluido y os he dicho que hagáis lo mismo que Yo. Esto será una de las cosas más difíciles para vosotros. Lo sé. Pero recordad los profetas, que hablan de la vocación de los gentiles y la dureza de los judíos. ¿Por qué habéis de cerrar las puertas del reino a los que me aman y vienen a la luz que su corazón anhela? ¿Los reputáis por más pecadores que vosotros, porque hasta ahora no han conocido a Dios, porque han seguido su religión y la seguirán hasta que no se sientan atraídos por la nuestra? Esto no está bien. Os aseguro que muchas veces son mejores que vosotros porque, profesando una religión que no es santa, saben ser justos. En ninguna nación o religión faltan los hombres buenos. Dios mira las obras de los hombres, no sus palabras. Si ve que un gentil, con corazón recto, cumple lo que la ley del Sinái ordena. ¿por qué debe considerarlo como algo aborrecible? ¿No es acaso más meritorio que un hombre, que sin saber que Dios ha ordenado esto o prohibido aquello, se impone a sí mismo no hacer lo que su razón le prohíbe, respecto al mérito muy relativo de quien, conociendo a Dios, fin último del hombre, y la ley que permite obtenerlo, hace continuos compromisos y cálculos para conseguir que el mandamiento que es perfecto, se conforme a su voluntad corrompida? ¿Os parece que Dios tenga en cuenta las tretas que Israel ha puesto cuando obedece para no tener qué sacrificar tanto su concupiscencia? ¿Os parece bien que cuando un gentil sale del mundo, y aparece justo ante la presencia de Dios por haber seguido la ley que su conciencia le dictaba, se le tenga por un demonio? Os aseguro: Dios juzgará las acciones de los hombres, y Yo, el Juez de todas las gentes, premiaré a los que sintieron el anhelo de su alma, cual ley íntima, para llegar al fin último del hombre, que es unirse nuevamente con su Creador, con el Dios desconocido para los paganos,⁶⁶ pero que piensan que es el dios verdadero y santo, que vive más allá del escenario en que aparecen los dioses falsos del Olimpo. Procurad no ser escándalo para los gentiles. Muchas veces el nombre de Dios ha sido objeto de befa entre ellos a causa de las obras de los hijos del pueblo de Dios.⁶⁷ No os creáis tesoreros absolutos de mis dones y de mis méritos. He muerto por judíos y gentiles. Mi Reino será para todas las gentes. No abuséis de la paciencia de Dios que os ha tenido y por la que os habéis repetido hasta el presente: “Todo nos es permitido”. No. Yo os lo digo. Desde ahora no existe este o aquel pueblo. Existe sólo el Pueblo mío. Y en él tienen igual valor los vasos que se acaban en el servicio del Templo y los que acaban de ponerse sobre la mesa de Dios. Aún más, muchos vasos acabados en el servicio del Templo, *pero no en el de Dios*, serán echados al rincón y en su lugar se pondrán los que no han sabido de incienso, ni de aceite, vino o bálsamo, pero que sí desean estar empapados y llenos de ellos y de que se les emplee para la gloria del Señor. No exijáis mucho de los gentiles. Basta con que tengan la fe y obedezcan a mi palabra.⁶⁹ Una nueva circuncisión sustituye a la antigua. De hoy en adelante el hombre se circuncida en el corazón,⁷⁰ en el espíritu, mejor que en el corazón porque en lugar de la sangre de los circuncisos, que significaba la purificación de la concupiscencia que excluyó a Adán de la filiación divina, entra mi Sangre purísima. Esto vale tanto para el circunciso como para el que no lo está, con tal de que este último tenga mi

⁶⁶ Cfr. Hech. 17, 16-34.

⁶⁷ Cfr. Ex. 36, 16-32; Rom. 2, 17-24.

⁶⁹ Cfr. Hech. 10-11; Gal. 2.

⁷⁰ Cfr. Lev. 26, 41-42; Ez. 44, 4-9; Hech. 7, 51-54; Flp. 3, 1-7.

bautismo y renuncie a Satanás, al mundo, a la carne por amor mío. No despreciéis a los incircuncisos. Dios no despreció a Abraham. Por causa de su justicia lo eligió para ser la cabeza de su pueblo mucho antes de que circuncidara su carne.⁷¹ Si Dios habló a Abraham cuando todavía no estaba circuncidado, para transmitirle sus mandamientos, vosotros podéis acercaros a los incircuncisos para instruirlos en la ley del Señor. Considerad cuántos pecados y a qué pecado han llegado los circuncisos.⁷² No seáis, pues, inexorables para con los gentiles”.

“¿Tendremos qué decirles lo que nos has enseñado? No entenderán nada porque no conocen la ley”.

“Eso es lo que pensáis. ¿Pero, tal vez Israel ha comprendido, y eso que conoce la ley y los profetas?”

“No. ¡Tienes razón!”

“Reflexionad en lo siguiente. Diréis lo que el Espíritu os sugiere, de viva voz, sin temor, sin querer entrometer lo vuestro, Cuando surjan entre los fieles falsos profetas. Los combatiréis con medios firmes. Mas no os preocupéis. El Espíritu Santo os guiará. Nunca os digo cosa alguna que no se cumpla”.

“¿Y qué haremos de los herejes?”

“Con todas vuestras fuerzas combatid la herejía en sí misma, pero tratad por todos los medios de convertir al Señor a los herejes. No os canséis de buscar las ovejas que se han extraviado y de llevarlas al redil. Orad, sufrid, haced que otros oren, que sufran, pedid sacrificios a los corazones puros, a los buenos, a los generosos, para que así se conviertan los hermanos. Mi pasión continúa en los que creen. No os he excluido de la gran obra que es la redención del mundo. Sed miembros todos de un solo cuerpo. Ayudaos entre vosotros y quien está fuerte y goza de salud que trabaje por los más débiles, y quien viva en grupo tienda su mano y llame a los hermanos que están lejos”.

“¿Los habrá después de haber estado cual hermanos en una sola casa?”

“Los habrá”.

“¿Y por qué?”

“Por muchas razones. Todavía tendrán mi nombre y hasta de él se gloriarán. Trabajarán por darlo a conocer. Colaborarán porque yo sea conocido hasta los confines de la tierra. Dejadlos que lo hagan, porque os recuerdo, que quien no está contra Mí, está a mi favor. ¡Pobres hijos!, su trabajo estará siempre manco, sus méritos serán siempre imperfectos. No podrán estar en Mí, si están separados de la Vid. Sus obras serán siempre incompletas. Os digo a vosotros, y a quienes después de vosotros vendrán,. Que estéis donde ellos están. No digáis farisaicamente: “No voy, para no contaminarme”. O por pereza: “No voy porque hay ya quien predique al Señor”. O por temor: “No voy para que no me arroje”. Id. Os lo mando: Id a todas las gentes. Id hasta los confines del mundo, para que sea conocida mi doctrina y mi iglesia única. Para que las almas puedan entrar a formar parte de ella.

“¿Predicaremos o escribiremos todas tus acciones?”⁷⁷

“Ya os lo he dicho. El Espíritu Santo os aconsejará sobre la conveniencia de decir o de callar según las circunstancias. ¡Lo estáis viendo! Cuanto he realizado es objeto de creencia o de que se le niegue, y algunas veces se le toma como arma contra Mí, y las manos de los que me odian lo blanden en contra mía. Me han llamado Belcebú, cuando ante su presencia realicé milagros. ¿Os dirán ahora cuando sepan que de una manera sobrenatural he obrado? Mayores blasfemias dirán. Desde el primer momento se os perseguirá. Por eso guardad silencio hasta que llegue el momento de hablar”.

“¿Y si la hora de hablar llega cuando nosotros que somos testigos habremos ya muerto?”

⁷¹ Cfr. Gén. 12, 1-25, 11; Hech. 7, 1-8; Rom. 4.

⁷² Cfr. Mt. 5, 11-20; Lc. 11, 49-51; Ju. 15, 16-18, 4; Rom. 12, 14-21.

⁷⁷ Cfr. Ju. 21, 24-25.

“En mi iglesia habrá siempre sacerdotes, doctores, profetas, exorcistas, confesores, carismáticos con poder de realizar milagros, inspiradores,⁷⁸ todo lo que se necesitare para que las gentes tengan en ella de lo que les hiciera falta. El cielo, la iglesia triunfante, no abandonará a la iglesia docente, y esta socorrerá a la militante. No son tres cuerpos, sino uno solo. No hay división entre ellas, sino comunión de amor y de objetivo: amar la caridad, gozar de ella, en el cielo, su Reino. Por esto la iglesia militante deberá ayudar amorosamente con sufragios a la parte suya que está destinada a la iglesia triunfante, pero que todavía está excluida porque no ha satisfecho completamente ante la divina justicia. En el cuerpo místico debe hacerse todo en el amor y por el amor. Porque el amor es la sangre que circula en ella. Socorred a los hermanos que padecen en el purgatorio. Así como os he enseñado que las obras corporales de misericordia os conquistan un premio en el cielo, de igual modo os digo que os lo conquistan las espirituales. Os aseguro que los sufragios por los muertos para que entren en la paz *son una gran obra de la misericordia*, por la que os bendecirá Dios y las almas de los difuntos os quedarán agradecidas. Cuando llegue la resurrección de la carne, y todos comparezcáis ante Mí, entre los que bendeciré están los que amaron y rogaron por sus hermanos difuntos que están en el purgatorio para que alcancen la paz. Os aseguro que ninguna acción buena quedará sin fruto y muchos resplandecerán vivamente en el cielo sin haber predicado, administrado sacramentos, realizado viajes apostólicos, abrazando un estado especial, sino solo por haber orado y sufrido para alcanzar el descanso eterno a los que están en el purgatorio, para hacer que los hombres se conviertan. También éstos, sacerdotes desconocidos al mundo, apóstoles ignorados, víctimas que sólo Dios ve, tendrán el premio de los obreros del Señor al haber convertido su vida en un perpetuo sacrificio de amor por sus hermanos y por la gloria de Dios. En verdad os digo que se llega a la vida eterna por muchos caminos, y uno de ellos es éste, y que tanto ama mi Corazón. ¿Tenéis otra cosa qué preguntar?”

“Señor, ayer y no sólo ayer, pensábamos que habías dicho: “Vosotros os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel”. Pero somos once...”

“Elegid el decimosegundo. Te toca a ti, Pedro”.

“¿A mí? ¡A mí no, Señor! Señálalo Tú”.

“Elegí una vez a mis doce, los formé. Después elegí su Cabeza. Les di la gracia y les infundí el Espíritu Santo. Toca ahora a ellos caminar, pues no son unos infantes, incapaces de hacerlo”.

“Dinos al menos sobre quien podamos poner los ojos”.

“Ved. Esta es la parte selecta de la grey” responde Jesús haciendo una señal en forma circular sobre los que, de los setenta y dos, están presentes.

“Nosotros no, Señor, nosotros no. El lugar del traidor nos llena de miedo” suplican.

“Tomamos a Lázaro, ¿quieres?”

Jesús no responde.

“A José de Arimatea o a Nicodemo, ¿qué te parece?”

Jesús sigue callado.

“¡Está claro! Tomemos a Lázaro”.

“¿Queréis dar al amigo perfecto el lugar que vosotros no queréis?” pregunta Jesús.

“Señor, quisiera decir una palabra” interrumpe Zelote.

“Habla”.

“Lázaro, estoy seguro, por amor a Ti, aceptaría este puesto y lo conservaría tan bien que haría olvidar lo que había sido. Pero no me parece conveniente por varias razones. Las virtudes espirituales de Lázaro se encuentran en muchos de los humildes de tu grey. Pienso que sería mejor dar a éstos la preferencia, para que los fieles no digan que se tuvo en cuenta solo el poder y las riquezas, cosa que hacen los fariseos, en lugar de solo la virtud”.

⁷⁸ Cfr. Hech. 13, 1-3; 1 Cor. 12, 27 – 13, 13.

“Has hablado bien, Simón. Tu amistad por Lázaro no ha sido ningún impedimento para poner las cosas en su justo punto”.-

“Entonces que ocupe el lugar Marziam. Es jovencito”.

“Para tapar ese horrible vacío yo aceptaría, pero no soy digno. ¿Cómo podré yo, que soy un muchacho, hablar a quien es un adulto? Señor, di si tengo o no razón”.

“La tienes. Pero no tengáis prisa. Vendrá la hora y os extrañaréis entonces de haber tenido todos un igual modo de pensar. Entre tanto orad. Yo me retiro. Procurad que todos estéis para el catorce de Ziv en Betania”.

Se pone de pie, mientras todos se arrodillan postrándose con la cara sobre la hierba. Los bendice y la luz, su mensajero tanto cuando llega, como cuando se va, lo envuelve, lo esconde, absorbiéndolo dentro de sí.

22. la pascua suplementaria

23 abril 1947

Esta vez la orden de Jesús se ha cumplido al pie de la letra. Betania está llena de discípulos. Los prados, los senderos, los huertos el olivar están llenos de gente. Y como muchos no quieren causar daño alguno a los bienes del amigo de Jesús, se han esparcido entre los olivos que desde Betania conducen a Jerusalén, por el camino del monte de los Olivos.

Los más antiguos discípulos están más cerca de la casa, los menos, un poco más retirados. Caras conocidas y desconocidas que varias veces he visto. ¿Quién puede reconocer tantas caras y recordar tantos nombres? Me parece que han de ser un centenar. De cuando en cuando alguna cara o un nombre me recuerda que se trata de alguien que recibió algún favor de Jesús o de un convertido, tal vez en el último momento. Pero me declaro incapaz de recordar tantas caras y tantos nombres. Sería lo mismo que pretender que hubiera reconocido quien estuvo entre la multitud que se agolpaba por la calle de Jerusalén el domingo de ramos, o en el doloroso viernes o en el Calvario.

De la casa de Simón salen y entran los apóstoles caminando entre la gente para tranquilizarla o para responder a sus preguntas. Los ayudan Lázaro y Maximino. De las puertas-ventanas del piso superior se ven y desaparecen las caras de las discípulas: cabelleras grises, negras, entre las que resplandecen las rubias de Magdalena y de Áurea. De vez en vez alguna de ellas se asoma y luego se va. Están todas las discípulas. Aun las que jamás habían venido como Sara de Afec. En la terraza juegan los niños que recogió Sara, los nietos de Ana de Merón, María y Matías, el niño Shalem, que era deforme, nieto de Nahum, que ahora es feliz. Es una parvada de pajarillos que vigilan Marziam y otros discípulos también jóvenes como el pastorcillo de Enón y Yaia de Pela. Veo también entre los niños al pequeño ciego de Sidón. Se comprende que su padre lo trajo consigo.

En medio de un hermosísimo crepúsculo el sol va desapareciendo.

Pedro habla con Lázaro y demás compañeros. “Creo que estará bien decir a la gente que puede irse. ¿Qué os parece? Tampoco hoy vendrá. Y muchos de estos deben celebrar la pequeña pascua” dice Pedro.

“Sí. Es mejor decirles que se vayan. Tal vez al Señor le ha parecido bien no venir hoy. En Jerusalén se han reunido todos los del Templo. No sé cómo les llegó el rumor de que viene y...” dice Lázaro.

“Y si fuese así, ¿qué cosa pueden hacerle?” pregunta con vehemencia Tadeo.

“Te olvidas de que ellos son ellos. Y con esto he dicho todo. Si a Él no pueden hacerle nada, sí pueden hacer a estos que han venido a adorarlos. El Señor no quiere que se cause daño a los suyos. Y luego, ¿crees que ellos, cegados por su pecado, por la idea, siempre la misma, por lo que en la cabeza sin cesar se revuelve, de que lleguen a pensar que el Señor resucitó, esto es, de que no murió y de que como uno que se despierta o de que salió por complicidad de otros. ¡No sabéis qué maraña de pensamientos, qué cantidad de suposiciones

hierva en ellos! Y todo por no confesar la verdad. Se puede decir con toda razón que los cómplices de ayer están hoy divididos por la misma causa que antes los unía. No falta quien se sienta seducido por sus ideas. ¿Lo veis? Algunos de los discípulos no están...” explica Lázaro.

“¡No te preocupes! Otros mejores han venido. No cabe duda entre los que no han venido deben buscarse los que fueron al Sanedrín a soplarle que el Señor vendría el catorce del segundo mes. Y después de que lo soplaron no han tenido valor de venir. ¡Basta, basta ya de traidores!” exclama Bartolomé.

“¡Siempre los tendremos, amigo mío! El hombre... un ser demasiado inclinado a las impresiones y sugerencias. Pero no debemos temer. El Señor ha dicho que no debemos tener miedo” asegura Zelote.

“Y así es. No tenemos miedo. Pocos días hace que sí temblamos. ¿Os acordáis? Por mi parte temía regresar aquí. Ahora me parece que no siento más miedo. Pero no me fío mucho, y tampoco vosotros os fiéis de vuestro Cefas. Una vez mostré que soy barro, más bien que una piedra de granito. Pues bien, digamos a éstos que se vayan. Hazlo, Lázaro”.

“No, Simón Pedro. No me toca a mí, tú eres el jefe...” replica Lázaro poniendo amistosamente un brazo sobre la espalda de Pedro y empujándolo cariñosamente por la escalera, y de esta a la terraza que rodea al casa de Simón.

Pedro hace señal de que va a hablar. Los que están cerca, guardan silencio, los que están más retirados acuden. Pedro espera a que todos estén a su alrededor, y luego habla: “Escuchadme, vosotros que habéis venido de todas las partes de Israel. Os exhorto a que regreséis a la ciudad. El sol ha empezado a meterse. ¡Idos, pues! Si Él viene os lo haremos saber de todos modos. Dios esté con vosotros”.

Se retira y entra a una habitación aireada, donde están alrededor de la Virgen todas las discípulas más fieles y también las otras mujeres que amaban al Señor como a Maestro pero que no lo siguieron en sus peregrinaciones. Pedro va asentarse en un rincón y mira a María que le sonríe.

La gente, allá afuera, se divide en dos partes. La que se queda y la que se va a la ciudad. Se oyen las voces de adultos que llaman a los niños, y de éstos que responden. Después el ruido cesa.

“Y ahora” dice Pedro “vámonos también nosotros”.

“Padre, pero el Señor prometió que vendría...”

“¡Eh, lo sé. Pero estás viendo que no ha venido. Es el día prescrito”.

“Así es. Mi hermano ha preparado todo para vosotros. Ved ahí a Marcos de Jonás que os acompaña hasta el cancel. Voy también yo. Vayamos todos. Lázaro ha pensado en todos” dice María Magdalena.

“¿Y con tanta gente dónde tendremos la cena?”

“El mismo Getsemaní hará de cenáculo. En una de sus habitaciones estarán los que Jesús señaló. Fuera, las mesas de los demás. Así lo dijo”.

“¿Quién? ¿Lázaro?”

“¡El Señor!”

“¿El Señor? ¿Cuándo vino?”

“¡Qué importa el día! El caso es que vino y habló con Lázaro”.

“Creo que Él viene, mejor dicho, que ha venido a cada uno de nosotros, aun cuando ninguno de nosotros lo diga, pues quiere conservar para sí esta alegría como la mejor perla más valiosa y tiene miedo de mostrarla por si fuere a quitarle su brillo. ¡Los secretos del Rey!” habla Bartolomé y mira el grupo de las discípulas vírgenes cuya cara enrojece como si los rayos del sol crepuscular las iluminasen. Es la llama espiritual de inmensa alegría que las baña de púrpura. María, la Virgen de las vírgenes, con su vestido blanco de lino, cual lirio baja su cabeza sonriendo, pero no dice nada. ¡Cómo se parece a la pintura de la Anunciación de Florencia!.

“Ciertamente... no nos deja solos aun cuando visiblemente no se nos aparezca. Estoy seguro que es Él quien pone en mi pobre corazón y en mi pobre inteligencia ciertos pensamientos...” declara Mateo.

Los otros no hablan... Se miran mutuamente, mientras se echan encima los mantos. Pero el mismo cuidado con que algunos se cubren lo más posible la cara, para no traslucir su intensa alegría, los señala como a los más favoritos.

“¡Decidlo!” hablan los otros. “¡No somos celosos! Tampoco indiscretos por querer saberlo, pero nos ayudará el saber que no nos veremos privados de su presencia. Recordad las palabras de Rafael a Tobías: “¡Es justo tener escondido el secreto del rey, pero también es justo revelar y publicar las maravillas de Dios”². El ángel de Dios tiene razón. Mantened el secreto de las palabras que Él os haya dicho, pero manifestad su constante amor por nosotros”.

Santiago de Alfeo mira a María, como para pedirle permiso, y al ver que con una sonrisa asiente, dice: “Es verdad. ¡He visto al Señor!” No agrega más. Juan y Pedro que están bien cubiertos, no dicen nada.

Salen todos en grupo, delante de los once, luego Lázaro con sus dos hermanas, las discípulas con María, y finalmente los pastores con muchos de los setenta y dos discípulos. Se encaminan a Jerusalén por el camino superior que lleva al monte de los Olivos. Los niños que se quedan corren contentos ya adelante, ya detrás.

Marcos enseña una vereda que evita pasar por el campo de los galileos y por los lugares más frecuentados que lleva directamente a la valla nueva del huerto de los Olivos. Abre, los deja pasar. Cierra. Muchos discípulos comentan en voz baja entre sí y algunos van a hacer preguntas a los apóstoles, sobre todo a Juan. Estos hacen señal de esperar, de que no es todavía tiempo de hacer lo que quieren, y todos se quedan calmados.

Cuánta tranquilidad en el amplio olivar, al que los últimos rayos solares besan en sus copas. Un suave viento entre las ramas pintadas de verde plateado y un hermoso cantar de pajarillos que despiden el día que muere. Ahí está la pequeña casa del guardián. Sobre la terraza que sirve de techo. Lázaro ha hecho levantar un pabellón, y se ha convertido en cenáculo al aire para los discípulos que no pudieron celebrar antes la Pascua. Abajo, en la era que está muy limpia, hay otras mesas. Dentro, en la mejor de las habitaciones, la mesa de las discípulas.

A las mesas de los que no han celebrado la pascua se traen corderos asados, lechugas, panes no fermentados y la salsa rojiza. Se pone también la copa o cáliz ritual sobre las mesas. En la mesa de las mujeres no está el cáliz del rito, sino tantas copas cuantas son ellas. Se comprende que las mujeres estaban libres de esta fase de ceremonia. En las mesas de los que han celebrado la pascua hay un cordero, pero no panes ácidos, ni lechugas, ni la salsa rojiza. Lázaro y Maximino cuidan de todo. Aquel se inclina ante Pedro para decirle algo, que hace que el apóstol mueva la cabeza repetidas veces como en señal de rechazo.

“Y sin embargo... te toca a ti” objeta Felipe que está a su lado.

Pedro señala a Santiago de Alfeo: “Toca a éste”.

Mientras están discutiendo, he aquí que el Señor se deja ver donde empieza la pequeña era y que dice: “La paz sea con vosotros”.

Todos se ponen de pie. El rumor hace comprender a las mujeres lo que está sucediendo. Van a salir cuando Jesús entra saludándolas.

María exclama: “¡Hijo mío!” y adora profundamente, con mayor veneración que todos y así nos muestra que aunque Jesús sea su amigo íntimo, su mismo Hijo, es siempre Dios, y como a tal se le debe adorar.

“La paz sea contigo, Madre. Sentaos y comed. Voy allá arriba donde está Marziam que está esperando su premio”.

Vuelve a salir para subir por la escalinata y grita: “¡Simón Pedro y Santiago de Alfeo, venid!”

² Cfr. Tob. 12, 17.

Los dos suben detrás de Jesús que se sienta a la mesa del centro donde está Marziam, mientras dice a los dos apóstoles: “Haréis los que os ordene”, y al que preside la mesa que es Matías: “Empieza el banquete pascual”.

Jesús tiene a su lado a Marziam en el lugar que ocupaba Juan en la pascua. Pedro y Santiago están detrás de su espalda en espera de órdenes.

Con el mismo ritual de la cena pascual se celebra también ésta, esto es, con los himnos, preguntas, libaciones. No sé si en las otras mesas se haga lo mismo. Yo sólo quiero ver donde está Jesús a no ser que Él quiera que vea otra cosa. Me olvido de todo al contemplar a mi Señor que ahora presenta los mejores bocados del cordero a los demás. Él lo tiene en el plato, pero no come de él, como tampoco lechugas, ni salsa, ni bebe del cáliz. Da a Marziam que está verdaderamente feliz.

Jesús desde el principio ha hecho una señal a Pedro que se inclina a escucharlo, y luego con voz clara: “En este momento el Señor ofreció por todos nosotros el cáliz, siendo el Padre y Jefe de su familia.

Ahora hace otra señal a Pedro, que después de haber escuchado dice: “En este punto el Señor se ciñó para purificarnos y enseñarnos cómo debemos hacer nosotros para celebrar dignamente el sacrificio eucarístico”.

La cena continúa hasta que a otra señal Pedro agrega: “En este momento el Señor tomó el pan, el vino y los ofreció, orando los bendijo, hechas las partes las distribuyó entre nosotros diciendo: “Esto es mi Cuerpo y esto es mi Sangre del Nuevo y eterno Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remisión de los pecados””.

Jesús se pone de pie. Está majestuosísimo. Ordena a Pedro y a Santiago de Alfeo que tomen un pan, que lo partan, que llenen un cáliz con vino, el más grande que hay en la mesa. Obedecen, ponen ante Jesús el pan y el vino, quien extiende sobre ellos sus manos orando, pero en silencio. Se ve lo extático de su rostro...

“Distribuid los pedazos del pan y el cáliz fraterno. Todas las veces que así lo hicieréis, lo haréis en memoria mía”.

Los dos apóstoles con toda veneración cumplen lo que se les mandó.

Mientras se hace la distribución, Jesús desciende donde están las mujeres. Me imagino, pues no entro, que da la comunión a su Madre con sus mismas manos. Es sólo imaginación mía. No sé si sea verdad. De otro modo no comprendería por qué se levantó y fue allá.

Regresa a la terraza. No se sienta. La cena está por terminarse.

Pregunta: “¿Está ya todo consumado?”

“Todo, Señor”.

“Así hice Yo mismo en la cruz. Levantaos y oremos”.

Extiende sus brazos como si estuviese en la cruz, y entona la oración del Padre nuestro.

“¡Podéis iros! La Gracia del Señor esté en todos vosotros y su paz os acompañe”. Jesús desaparece en medio de un resplandor de luz que supera la claridad de la luna llena que pende sobre el silencioso huerto y la de todas las lámparas que hay sobre las mesas.

Ni una palabra. Sólo lágrimas de adoración en las caras, en los corazones... y ninguna otra cosa más.

La noche es el único testigo junto con los ángeles de las palpitaciones de aquellos corazones benditos.

23. Ascensión del Señor

24 abril 1947

Apenas la aurora en el oriente se ha teñido de color rosado y ya Jesús se está paseando con su Madre por las estribaciones del Getsemaní. No hablan, tan solo se miran con ese amor indescriptible e inefable. Tal vez ya hablaron lo que tenían qué decirse. Tal vez no. Sólo sus corazones. El contemplarse está lleno de amor como siempre. Un mutuo contemplarse. Lo

conocen las cosas bañadas de rocío, la luz pura, matinal, las hermosas criaturas de Dios como las hierbas, las flores, los pajarillos, las mariposas. Los hombres están ausentes.

El día ha empezado ya. Se ve el sol. Se oyen las voces de los apóstoles, que son una señal para Jesús y María. Se detienen, se miran, Jesús abre sus brazos y estrecha a su Madre contra su pecho... ¡Oh, era un Hombre en toda la palabra, el Hijo de una Mujer! Para confirmarse esto basta ver el adiós. Al besar a su Madre se ve cómo la amaba. Ella besa una y más veces a su Hijo. Parece como si no quisieran despedirse. Cuando parece que ya lo van a hacer, otro abrazo los une, y en señal de bendición tornan a darse el beso de despedida... Es en verdad el Hijo del hombre que se separa de quien lo engendró. Es la Madre en el sentido propio de la palabra que se despide para devolver a su Padre, a su Hijo, prenda del Amor...

¡Dios que besa a la Madre de Dios!...

Finalmente María, como criatura que es, se arrodilla a los pies de su Dios que es también su Hijo, que le impone las manos sobre la cabeza. Luego se inclina y la ayuda a levantarse, dándole su último beso en la blanca frente que parece un pétalo de lirio bajo los cabellos rubios todavía juveniles.

Se dirigen a la casa, y nadie es capaz de imaginar el amor que entre sí se comunicaron al verlos avanzar juntos. ¡Qué diferencia hay de este adiós con los otros adioses, el de la despedida antes de ir a la pasión, el que dio la Virgen cuando dejó a su Hijo en el Sepulcro!

En este último adiós, aunque en los ojos se ve el natural llanto de despedida. Los labios sonríen por la alegría de saber que Jesús va a la morada que conviene a su gloria.

“Señor, entre el monte y Betania, están allá todos los que dijiste a tu Madre, que querías bendecir hoy” dice Pedro.

“Está bien. Vamos a donde están. Pero antes venid . Quiero dividir una vez más el pan con vosotros”.

Entran en la habitación donde diez días antes habían estado las mujeres para la cena del décimo cuarto día del segundo mes. María acompaña a Jesús hasta allí, luego se retira. Se quedan Jesús y los once.

Sobre la mesa se ve carne asada, queso, aceitunas pequeñas y negruzcas, una jarra no muy grande con vino y otra mayor con agua, y también panes grandes. Una mesa sencilla, sin lujo, en que sólo la adorna lo necesario para la comida.

Jesús ofrece y distribuye las partes, Está entre Pedro y Santiago de Alfeo. Él señaló los lugares. Juan, Judas de Alfeo y Santiago están enfrente. Tomás, Felipe y Mateo a un lado; Andrés, Bartolomé y Zelote del otro. De este modo todos pueden verlo... La comida es breve, en silencio. Los apóstoles, llegado el último día de estar cerca de Jesús y a pesar de las continuas apariciones, en común o en particular, no han perdido ese respeto de adoración que siempre se nota cuando se encuentran con Jesús resucitado.

La comida ha terminado. Jesús abre sus manos sobre la mesa, con su gesto habitual ante un hecho inevitable, y dice:

“Ved, pues, que ha llegado la hora de dejaros para regresar a mi Padre. Escuchad las últimas palabras de vuestro Maestro.”¹

No os alejéis de Jerusalén en estos días. Lázaro a quien he hablado de ello, una vez más convierte en realidad los deseos de su Maestro y os cede la casa de la última cena, para que tengáis una casa donde podáis recogeros y tener vuestras reuniones. Estad allí durante estos días y orad intensamente para prepararos a la venida del Espíritu Santo que tendrá lugar para vuestra misión. Recordad que, siendo Yo Dios, me preparé con una dura penitencia para mi ministerio de evangelización. Vuestra preparación será cada vez más fácil y más breve. No os exijo otra cosa. Me basta con que oréis asiduamente, en unión con los setenta y dos bajo la guía de mi Madre, que os encargo vivamente. Será vuestra Madre y Maestra perfecta en el amor y sabiduría. Habría podido enviaros a otra parte para prepararos a recibir al Espíritu

¹ Cfr. Mt. 28, 16-20; Mc. 16, 14-20; Lc. 24, 44-53; Hech. 1, 1-4.

Santo, pero quiero más bien que os quedéis acá en Jerusalén, que deberá asombrarse ante los prodigios que se les conceden en cambio de tantos rechazos a mi llamamiento.

Después, el Espíritu Santo os hará comprender la necesidad de que la Iglesia surja exactamente en esta ciudad que, juzgándola humanamente, es la más indigna de ello. Jerusalén es siempre Jerusalén, aun cuando es un gran pecadora, y aun cuando aquí se cumplió el deicidio. Nada le servirá. Está condenada. Pero si lo está, no todos sus habitantes lo están. Quedaos aquí por los pocos justos que hay en ella, y quedaos porque esta es la ciudad real, la ciudad del templo, y porque como los profetas predijeron, aquí donde fue ungido, aclamado y levantado el rey Mesías, aquí debe empezar su Reino sobre el mundo y también aquí, donde Dios da el libelo de repudio a la sinagoga por sus horribles y numerosos crímenes, debe levantarse el nuevo Templo, al que acudirán las gentes de todas las naciones. Leed a los profetas. Todo está predicho en ellos. Mi Madre antes, después el Espíritu Paráclito, os harán comprender las palabras de los profetas de este tiempo. Permaneced aquí hasta que Jerusalén os arroje como me arrojó a Mí, y odie mi Iglesia como me ha odiado a Mí, maquinando planes para destruirla. En ese entonces trasportad a otra parte la sede de mi amada Iglesia, porque no debe perecer.

Os aseguro que ni siquiera el infierno podrá vencerla. Pero si Dios os asegura su protección, no tentéis al cielo pidiéndole todo.

Id a Efraín como vuestro Maestro fue allá porque todavía no era la hora de que los enemigos me aprehendieran. Os digo Efraín *para significaros tierras de ídolos y paganos*. No elijáis a Efraín de Palestina como sede de mi Iglesia. Recordad cuántas veces os dije, ya a todos, ya alguno en particular, que debéis hollar los senderos de la tierra para llegar al corazón de ella y fijar allí mi Iglesia. Del corazón del hombre se propaga la sangre por todos los miembros. Del corazón del mundo debe propagarse mi religión por toda la tierra.

Por ahora mi Iglesia es semejante a un ser recién concebido, y que se forma en la matriz. Jerusalén es su matriz, y en su interior el corazón todavía pequeño, a cuyo alrededor se unen los poco miembros de la iglesia naciente, manda sus pequeñísimas ondas de sangre a estos miembros. Pero cuando llegue la hora que Dios ha señalado, la matriz arrojará al ser que se había formado en su seno, e irán a una tierra nueva, allá crecerá convirtiéndose en un gran cuerpo, extendido por toda la tierra, y las palpitaciones del fuerte corazón de la Iglesia se propagarán a todo el inmenso cuerpo. Las palpitaciones del corazón de la Iglesia, libre ya de todo lazo con el Templo, eterna y victoriosa sobre las ruinas de él, viviente en el corazón del mundo, anunciarán a hebreos y gentiles que sólo Dios triunfa y obtiene lo que quiere, a cuyo deseo ni la rabia de los hombres, ni los ejércitos de ídolos podrán oponerse.

Pero esto sucederá después, y en ese entonces sabréis lo que tendrá que hacerse. El Espíritu de Dios os guiará. No temáis, por ahora reunid en Jerusalén el primer grupo de fieles. Se irán formando diversos grupos y reuniones según el número de fieles aumente. Os digo en verdad que los ciudadanos de mi Reino aumentarán rápidamente cual semilla arrojada en tierra fecunda. Mi pueblo se propagará por toda la tierra.

El Señor dice al Señor: "Como has hecho y por causa mía no te dispensaste, te bendeciré y multiplicaré tu estirpe como las estrellas del cielo y como la arena que hay en la costa del mar. Tu descendencia se apoderará de las fortificaciones de tus enemigos y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra". Donde mi nombre, mi emblema, mi ley, sean tenidos como soberanos, allí estará mi bendición.

Está por venir el Espíritu Santo, el santificador, y de Él os llenaréis. Tratad de ser puros cual conviene a todo el que se acerque al Señor. Yo también lo fui. Tenía sobre mi divinidad puesta una vestidura para poder estar entre vosotros, y no solo para enseñaros y redimiros con los miembros y con la sangre de esta vestidura, *sino también para traer al Santo de los Santos entre los hombres, sin la inconveniencia de que cualquier hombre, aun impuro, pudiera posar sus ojos sobre quien los serafines no se atreven a mirar*.

Pero el Espíritu Santo vendrá sin el velo de la carne, se posará sobre vosotros y descenderá en vosotros con sus siete dones y os aconsejará.

Los planes de Dios son sublimes y para recibirlos es necesario prepararse con una voluntad heroica de perfección que os haga semejantes a vuestro Padre y a vuestro Jesús en sus relaciones con el Padre y con el Espíritu Santo. Por lo tanto son necesarias una caridad y pureza perfectas, para poder comprender el Amor y recibirlo en el trono del corazón.

Sumergios en el abismo de la contemplación. Esforzaos por olvidar que sois humanos y esforzaos por haceros serafines. Arrojaos al horno, a las llamas de la contemplación. La contemplación de Dios es como la chispa que brota al contacto del pedernal, y de allí nace el fuego y la luz. El fuego que consume la materia oscura, siempre impura y la cambia en llama luminosa y pura, es purificación.

No tendréis el Reino de Dios en vosotros si no tenéis el amor. Porque el Reino de Dios es el Amor. Con él aparece. Por él se establece en vuestros corazones en medio de rayos de una luz infinita que penetra y fecunda, borra lo que hubiere de ignorancia, brinda sabiduría, consume al hombre y crea un dios, al Hijo de Dios, mi hermano, rey del trono que Dios ha preparado para los que se dan a Él para tenerlo a Él solo. Sed, pues, puros y santos por la oración ardiente que santifica al hombre porque lo sumerge en el fuego de Dios que es la caridad.

Debéis ser santos. No en el sentido limitado que esta palabra hasta ahora ha significado, sino en el extenso que Yo mismo le di al proponeros la santidad del Señor como ejemplo y límite, esto es, la santidad perfecta.²¹ Entre nosotros el Templo es llamado santo, como también el lugar donde está el altar, donde está oculto el Santo de los Santos, donde el arca y el propiciatorio. Pero en verdad os digo que los que poseen la gracia y viven en la santidad por amor al Señor, son más santos que el lugar del Santo de los Santos, porque Dios no pone su pie solamente, como en el propiciatorio que está en el Templo para dar sus órdenes, *sino que habita en ellos para darles su amor.*

¿Os acordáis de mis palabras de la última cena? Entonces os prometí el Espíritu Santo. Ved,²² Él está por venir para que os bautice no con agua, como Juan hizo con vosotros para que os preparara a recibirme, sino con el fuego para que os preparéis a servir al Señor así como lo exige de vosotros. Dentro de pocos días estará aquí. Después de que haya venido, aumentará sin medida vuestra capacidad y seréis capaces de comprender las palabras de vuestro Rey y hacer las obras que os ha dicho que hicierais para extender su Reino sobre la tierra”.

“¿Entonces reconstruirás, después de la venida del Espíritu Santo, el reino de Israel?” le preguntan interrumpiéndolo.

“No existirá más el reino de Israel, sino mi Reino. Se cumplirá todo cuanto el Padre ha dicho. No toca a vosotros conocer las épocas y los momentos que el Padre se ha reservado en su poder. Entre tanto vosotros recibiréis la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, Judea, Samaria y hasta los confines de la tierra, fundando reuniones donde se reúnan quienes aceptan mi Nombre, bautizando las gentes en el nombre santísimo del Padre, del Hijo y del espíritu Santo, como os lo he dicho, para que tengan la gracia y *vivan* en el Señor; predicando el evangelio a todas las criaturas, enseñando lo que os he enseñando; poniendo en práctica lo que os he dicho que hicierais.

Y Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Una cosa más quiero y es que quien presida las reuniones en Jerusalén sea Santiago, mi hermano.²⁴

Pedro, como cabeza de toda mi Iglesia, frecuentemente tendrá qué hacer viajes apostólicos, porque todos los neófitos desearán conocer al Pontífice. Cabeza suprema de la Iglesia. Pero el ascendiente que tendrá mi hermano sobre los fieles de esta primera Iglesia será grande. Los hombres son siempre hombres y ven las cosas *como son ellos*. Les parecerá

²¹ Cfr. Mt. 5, 43-48; 1 Pe. 1, 13-16; 1 Ju. 2, 3-11.

²² Cfr. Hech. 1, 4-8; Mt. 28, 16-20; Mc. 16, 14-20; Lc. 24, 49-53.

²⁴ Cfr. Mt. 13, 55; Mc. 6, 3; Gál. 1, 19.

que Santiago es continuación mía, sólo porque es mi hermano. En verdad os digo que mayor, y más semejante a Mí, lo es él por su sabiduría que por el parentesco. Pero así son las cosas. Los hombres que no me buscaron cuando estuve entre ellos, me buscarán en él, porque es mi pariente. Por otra parte, tú, Simón Pedro, estás destinado a otros honores...”

“¡Que no soy digno, Señor! Te lo dije cuando te me apareciste y nuevamente te lo digo en presencia de todos. Tú eres bueno, divinamente bueno, además de sabio, y has juzgado rectamente al hacer que yo, que te renegué en esta ciudad, no sea su cabeza espiritual. Quieres dispensarme de tantos escarnios que por ora parte serían muy justos...”

“Todos, menos dos, fuimos iguales, Simón. También yo huí. El Señor me ha destinado no por esto, ni por las razones que dijiste, a este lugar, pero tú eres el jefe, Simón de Jonás, y como tal te reconozco, y ante la presencia del Señor y de todos te prometo obediencia. Te daré lo que poseo, para ayudarte en tu ministerio, pero, te ruego, que me des tus órdenes porque tú eres el jefe y yo el súbdito.²⁶ Cuando el Señor hizo que me acordara de una antigua conversación, yo bajé la cabeza diciendo: “Se haga lo que quieres”. Igualmente te lo diré desde el momento en que, habiéndonos dejado el Señor, tú serás su representante en la tierra. Nos ayudaremos amándonos mutuamente en el ministerio sacerdotal” dice Santiago inclinándose desde su lugar prestando homenaje a Pedro.

“Sí. Amaos entre vosotros, ayudándoos mutuamente porque este es el nuevo mandamiento y la señal de que sois en realidad míos.²⁷

No os inquietéis por ninguna razón. Dios está con vosotros. Podréis hacer lo que exijo de vosotros. No os impondré cosas que no podáis realizar, porque no busco vuestra ruina, sino vuestra gloria.

Ved, voy a prepararos vuestro lugar al lado de mi trono. Estad unidos conmigo y el Padre en el amor. Perdonad al mundo que os odia. Llamad hijos y hermanos a quienes vienen a vosotros, o ya están con vosotros porque me aman.

Estad tranquilos sabiendo que siempre estaré pronto a ayudaros a llevar vuestra cruz. Estaré con vosotros²⁸ en las fatigas de vuestro ministerio y en las horas de la persecución. No pereceréis. No sucumbiréis aun cuando así pareciere a los ojos del mundo. Os encontraréis cansados, entristecidos, torturados, pero mi alegría estará en vosotros, porque os ayudará en todo. Os digo en verdad que cuando tengáis por Amigo al Amor comprenderéis que cualquier cosa que sufrierais o viviereis por mi amor, se hará ligera, aun cuando sea una cruel tortura del mundo. Porque el que reviste todas sus acciones, voluntarias o no, por amor, cambia su yugo de la vida y del mundo en un yugo que Dios le da, que le doy Yo. Os repito que mi carga es siempre proporcionada a vuestras fuerzas y que mi yugo es ligero porque os ayudará a llevarlo.

Sabéis que el mundo no sabe amar. Pero de hoy en adelante, amad al mundo con un amor sobrenatural, para enseñarlo a amar. Y si al veros perseguidos os preguntasen: “¿Así os ama Dios?, haciéndoos sufrir, haciendo que padezcáis dolores? ¡Si es así, no vale la pena ser de Dios!”, responded: “El dolor no viene de Dios. Lo permite. Conocemos la razón de ello y nos gloriamos de tener igual suerte que tuvo Jesús, el Salvador, el Hijo de Dios”. Responded: “Nos gloriamos de estar crucificados.³¹ de continuar la pasión de nuestro Jesús³². Responded con las palabras de la Sabiduría³³: “La muerte y el dolor entraron en el mundo por envidia del demonio, y Dios no es autor ni de la muerte, ni del dolor, y no se alegra con el dolor de los seres vivientes. Todas las cosas de Él son vida, y todas están llenas de salud”. Responded: “Actualmente parece que somos perseguidos y derrotados, pero en el día de Dios, al

²⁶ Cfr. Mt. 16, 18-19.

²⁷ Cfr. Ju. 13, 34-35.

²⁸ Cfr. Mt. 28, 20.

³¹ Cfr. Gal. 2, 19-21; 6, 11-18.

³² Cfr. Col. 1, 24-29.

³³ Cfr. Sab. 2, 21-24.

cambiarse las suertes, nosotros los justos, perseguidos en la tierra nos veremos gloriosos ante los que nos vejaron y despreciaron”.

Decidles³⁵: “¡Venid a nosotros! Venid a la vida y a la paz. Nuestro Señor no quiere vuestra ruina, sino vuestra salvación. Por esto entregó a su Hijo para que todos fuereis salvos”.

Y alegraos de participar de mis padecimientos para poder estar conmigo en la gloria.

“Seré vuestra recompensa inimaginable”³⁷, promete el Señor por Abraham a todos sus siervos fieles. Vosotros sabéis cómo se conquista el Reino de los cielos: con la fuerza, y se llega a través de muchas tribulaciones³⁸. Pero el que persevera como Yo, estará donde esté Yo³⁹. Os he señalado el camino y la puerta⁴⁰ que lleven al Reino de los cielos. Yo he sido el primero en haber caminado por él y por él he regresado al Padre. Si hubiera habido otro os lo habría dicho, porque tengo compasión de vuestra debilidad humana. Pero no hay otro... Al señalaroslo como el *único* camino, y la *única* puerta, también os digo, os repito cuál sea la medicina que da fuerza para recorrerla y entrar: *el amor*. Siempre el amor. Todo es posible cuando en nosotros existe.⁴¹ El amor que os ama os dará todo el amor, si se lo pidierais en mi nombre, de modo que lleguéis a ser atletas en la santidad.

Ahora démonos el beso de despedida,⁴² amadísimos amigos míos”.

Se levanta para abrazarlos. Todos hacen lo mismo. Pero mientras en Jesús brilla una sonrisa tranquila, de una belleza verdaderamente divina, ellos, entristecidos, lloran, y Juan, reclinándose sobre el pecho de Jesús, sacudido con fuertes sollozos, intérprete del deseo de todos los demás dice: “¡Danos al menos tu Pan que nos fortifique en esta hora!”

“Se haga lo que quieres” le responde Jesús. Y tomando un pan lo parte después de haberlo ofrecido y bendecido repitiendo las palabras rituales. Lo mismo hace con el vino: “Haced esto en memoria mía”, y añade: “que os he dejado esta prenda de mi amor para estar nuevamente y siempre con vosotros hasta que estéis conmigo en el cielo”. Los bendice, ordena: “Ahora vámonos”.

Salen de la habitación de la casa...

Jonás, María, Marcos están allí fuera. Se arrodillan, adorando a Jesús.

“La paz sea con vosotros. Que el Señor os pague cuanto me habéis dado” dice Jesús bendiciéndolos al pasar.

Marcos se pone de pie y dice: “Señor, los olivares que están a lo largo del camino de Betania están llenos de discípulos que te esperan”.

“Ve a decirles que vayan al campo de los Galileos”.

Marcos parte a la velocidad que sus piernas juveniles le permiten.

“Entonces, han venido todos” dicen entre sí los apóstoles.

Más allá, sentada entre Marziam y María Cleofás, está la Madre del Señor. Se levanta al verlo venir, lo adora con todo su corazón de Madre y de creyente.

“Ven, Madre. Y también tú, María...” dice Jesús al verlas firmes, enclavadas por la majestad que despide como en la mañana de su resurrección.

Pero Jesús no quiere imponer su majestad. Afablemente pregunta a María de Alfeo: “¿Estás sola?”

“Las otras... las otras están delante... Con los pastores... con Lázaro y toda su familia... Nos dejaron aquí porque... ¡Oh, Jesús, Jesús! ¿Qué me pasará al no verte más, Jesús bendito, Dios mío, yo que tanto te he amado aun antes de que hubieras nacido, yo que tanto lloré por Ti, cuando no sabía dónde estabas después de la matanza... yo, para quien el sol era tu sonrisa desde que regresaste, que eras todo mi bien?... ¡Cuánto bien me has hecho!... ¡Ahora

³⁵ Cfr. Is. 55, 1-3; Ju. 3, 16-18.

³⁷ Cfr. Gén. 15, 1-6.

³⁸ Cfr. Mt. 5, 11; Rom. 1, 14-17; 1 Pe. 4, 12-19.

³⁹ Cfr. Mt. 10, 21-22.

⁴⁰ Cfr. Lc. 13, 22-30; Ju. 14, 1-7; Hebr. 9, 6-10.

⁴¹ Cfr. 1 Ju. 4, 7-16.

⁴² Cfr. 1 Cor. 16, 19-24; 1 Tes. 5, 23-28; 1 Pe. 5, 12-14.

sí que soy una pobre, una viuda, sola!... Mientras estuviste, ¡eras todo!... Pensé haber probado aquella noche todo el dolor... pero el dolor mismo, todo ese dolor de aquel día me había consumido y no cabe duda que era menor que el de ahora... Y luego... Tú ibas a resucitar. Pensaba que no creía en ello, pero ahora caigo en la cuenta que sí creía. Porque no sentía lo que ahora experimento..." llora tanto que parece sofocarse.

"Buena María, te apenas como un niño que cree que su madre no lo ama, y que lo haya abandonado porque se fue a la ciudad a comprarle regalos que lo alegrarán, y que pronto regresará para cubrirlo de caricias y regalarle lo que le compró. ¿No hago lo mismo contigo? ¿No voy a prepararte la alegría? ¿No voy acaso para regresar y decirte: "Ven, parienta mía, discípula mía, madre de mis amados discípulos"? ¿No te dejo mi amor? Te lo doy. Tú sabes que te amo. No llores así; alégrate porque no me verás ya despreciado, cansado, perseguido, rico solo con el amor de unos cuantos. Con mi amor te dejo a mi Madre. Juan la hará de hijo, pero tú procura serle hermana. ¿Ves? No llora. Sabe que la nostalgia de Mí será lima que pulirá su corazón, la espera será siempre breve respecto al gran júbilo de una eternidad de unión; y sabe también que esta separación no será tal que la hiciera decir: "No tengo ya Hijo". Este era el grito de dolor, aquel día negro. Ahora canta en su corazón la esperanza: "Sé que mi Hijo sube al Padre. Que no me dejará sin sus amores espirituales". De igual modo cree tú y todos... Mira a los demás. Ahí están mis pastores".

Se divisa la cara de Lázaro, de sus hermanas entre todos los siervos de Betania, la de Juana, cual una rosa bajo un velo de lluvia, la de Elisa y Nique, arrugadas por la edad -ahora las arrugas se ven más marcadas por la pena, siempre pena por el hijo, aun cuando si el corazón se regocija por el triunfo del Señor- la de Anastásica, las de las primeras vírgenes, la asceta de Isaac, la inspirada de Matías, la varonil de Mannaén, las serias de José y Nicodemo... Caras y más caras...

Jesús llama a los pastores, a Lázaro, José, Nicodemo, Mannaén, Maximino y a otros de los setenta y dos discípulos. Pero tiene muy cerca de Sí a los pastores diciéndoles: "Aquí vosotros que estuvisteis cerca del Señor que había bajado del cielo, que os inclinasteis ante su aniquilamiento. Estad cerca de Mí que ahora regreso al cielo, con los espíritus que se regocijan con su glorificación. Os habéis hecho dignos de este lugar porque habéis sabido creer contra todo, y habéis sabido sufrir por vuestra fe. Os agradezco vuestro amor filial. Doy las gracias a todos. A ti, Lázaro, amigo mío. A vosotros, José y Nicodemo, que tuvisteis compasión de Mí, cuando el tener compasión era peligroso. A ti, Mannaén que supiste despreciar los favores insulsos de un inmundo para caminar por mi sendero. A ti, Esteban, corona hermosa de justicia que has dejado lo imperfecto por lo mejor y te coronarás con una guirnalda que todavía no conoces, pero que te anunciarán los ángeles. Tú, Juan, por breve tiempo hermano del seno purísimo y que viniste a la Luz más que a la vida. Tú, Nicolás, que siendo todavía prosélito, supiste consolarme por los dolores de los hijos de esta nación. Vosotras, buenas y constantes discípulas, con vuestra dulzura, lo fuisteis más que Judit. Tú, Marziam, hijo mío, de hoy en adelante te llamarás Marcial, en recuerdo del niño romano que mataron en el camino y pusieron en el cancel de la casa de Lázaro con el desafío: "Y ahora di al Galileo que te resucite, si es el Mesías y si ha resucitado", el último de los inocentes que perdieron su vida por servirme aun inconscientemente,⁴⁷ y premio de los inocentes de todas las naciones que, llegados al Mesías, por esto se les odiará y antes de tiempo marchitos, como capullos de flores cortados antes de que se abriesen. Este nombre sea, Marcial la señal de tu destino: será apóstol en tierras bárbaras y las conquistarás para tu Señor como mi amor conquistó al niño romano para el cielo. Sed todos benditos con este adiós, e invoco del Padre, la recompensa para quienes consolaron al Hijo del hombre en su doloroso camino. Bendita sea la raza humana en su porción selecta que existe tanto en los judíos como en los gentiles, y que se ha manifestado en el amor que me tuvo. Bendita la tierra con su hierba y sus flores, con sus frutos que deleitaron mi paladar y me dieron fuerzas. Bendita la tierra con su agua y

⁴⁷ Cfr. Mt. 2, 13-18.

sus encantos, por sus pajarillos y animales que muchas veces fueron mejores que el hombre en consolar al Hijo del Hombre. ¡Bendito tú, sol, y tú mar, y vosotros mares, colinas, llanuras! ¡Benditas, vosotras estrellas, que fuisteis mis compañeras en mis oras de oración y en mi dolor! ¡Tú, luna, que me alumbraste cuando caminaba cual peregrino en busca de almas a quienes evangelizar! ¡Sed benditas, todas, todas vosotras criaturas, obra de mi Padre, compañeras mías en esta hora mortal, amigas de quien dejó el cielo para arrancar de la raza humana los cardos de la culpa que separa a Dios! ¡Sed benditos también vosotros, instrumentos inocentes de mi tortura, espinas, clavos, madero, reatas, porque me ayudasteis a cumplir la voluntad de mi Padre!”

¡Qué voz la de Jesús! Se esparce por el aire tibio y como el sonido de un bronce se propaga por ondas sobre el mar de caras que lo miran de todas partes. Estoy segura que son centenares de personas que rodean a Jesús que sube con los más predilectos hacia la cima del monte hacia la cima del monte de los Olivos. Cuando llega al campo de los Galileos, en que no se ve en este tiempo ninguna de sus tiendas, dice a los apóstoles: “Ordenad a la gente que se detenga donde está, y luego seguidme”.

Sigue subiendo, hasta la cima del monte, la que está más cerca de Betania, y no de Jerusalén, cima que domina todo. Cerca de Él están su Madre, los apóstoles, Lázaro, los pastores y Marcial. Abajo, en semicírculo que forman como barrera, los otros discípulos.

Jesús está de pie sobre una gran piedra que sobresale un poco, que muestra su blancura entre la verde hierba. El sol al tocar sus vestiduras las hace resplandecer como nieve, y hace brillar sus cabellos como si fueran de oro. Los ojos despiden luz divina.

Abre sus brazos en señal de abrazo. Parece como si quisiera estrechar a todas las gentes de la tierra que su espíritu ve representadas en esa pequeña multitud.

Con esa voz que no puede jamás olvidarse, da su última orden: “¡Id! ¡Id en mi Nombre a evangelizar a los pueblos hasta los últimos confines de la tierra!”⁴⁹ Dios estará con vosotros. Su amor os consolará, su luz os guiará, su paz estará entre vosotros hasta la vida eterna”.

Se transforma en hermosura. ¡Bello! Mucho más bello que cuando en el Tabor. Todos caen de rodillas adorándolo. Mientras ya se va elevando, busca una vez más el rostro de su Madre, y la sonrisa que despide es tal que nadie podrá imaginar... Fue su adiós postrero a su Madre. Sube. Sube... El sol puede besarlo libremente porque nada se interpone, ni siquiera la más pequeña hoja, a sus rayos que besan al Dios-Hombre que sube con su Cuerpo santísimo al Cielo, y descubre sus llagas gloriosas que resplandecen como rubíes, brillantísimos. Lo demás es un mar de luz. Luz con que quiere mostrar lo que en realidad es. Lo creado regocijase con la luz del Mesías que sube. Luz que sobrepuja a la del sol. Luz sobrehumana y bienaventurada. Luz que baja del cielo al encuentro de la que sube...

Y Jesucristo, el Verbo de Dios, desaparece de la mirada de los hombres en medio de este océano de resplandores...

En la tierra dos gritos se escuchan en medio del profundo silencio: el de María, cuando lo ve desaparecer, es “¡Jesús!”, y el que precede al llanto copioso de Isaac.

Los otros se quedan como mudos en medio de un religioso éxtasis, y así siguen hasta que vienen a sacarlos de él, dos luces angelicales, en forma mortal, que les dicen las palabras que se leen en el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles.

24. La elección de Matías ¹

26 abril 1947

Es un hermoso atardecer. La luz dulcemente va muriendo, y hace que el cielo poco antes de color púrpura, se tiña ahora de amatista. Dentro de poco estará oscuro, pero ahora hay luz y esta luz lánguida crepuscular es tan acariciadora, después de un sol tan ardiente.

⁴⁹ Cfr. Mt. 28, 16-20; Mc. 16, 14-19; Lc. 24, 44-53; Hech. 1, 6-9.

¹ Cfr. Hech. 1, 12-26.

El patio de la casa del Cenáculo, que es ancho, rodeado de paredes muy blancas, está lleno de gente como en las tardes después de la resurrección. De esta gente recogida sale un rumor de oración, interrumpida sólo por unos momentos de meditación.

Al bajar más la luz solar en el patio encerrado entre las altas paredes, algunos traen lámparas que ponen sobre la mesa cerca de la cual están reunidos los apóstoles. Pedro está en el centro, a su lado Santiago de Alfeo y Juan, después los demás. Las luces danzarinas de las lámparas iluminan de abajo a arriba las caras de los apóstoles y muestran sus rasgos característicos. La de Pedro tiene el aire de concentración, en que se nota el esfuerzo que hace en estas primeras veces en que desempeña su cargo; la de Santiago de Alfeo refleja una suavidad ascética; Juan tiene una cara tranquila de soñador. A su lado está Bartolomé con la de un pensador, y junto a él la vivaz de Tomás. He ahí la cara de Andrés, la cara siempre humilde y modesta como si con ella quisiera decir que no es digno. Mateo sostiene su mejilla con la palma de la mano apoyada sobre la otra, y después de Santiago de Alfeo, Tadeo, el del rostro imperial, y la mirada que recuerda en el color y en la expresión aquella de Jesús. Judas un verdadero dominador de las multitudes. Ahora mismo tiene quieta la reunión bajo el fuego de sus ojos, mejor que los demás. Y sin embargo, de su involuntaria imponentia real se deja ver el sentimiento de un corazón compungido, sobre todo cuando le toca entonar alguna plegaria. Cuando recita el salmo²: “No a nosotros, Señor no a nosotros sino a tu nombre da la gloria por tu misericordia y fidelidad para que las naciones no tengan qué decir: “¿Dónde está Dios?”” realmente ora con el alma arrodillada ante quien lo eligió y el fuerte sentimiento que vibra en su interior repercute en la voz, aun cuando dice: ‘No soy digno de servirte, a Ti que eres tan perfecto’. Felipe que está a su lado, con esa cara que los años han ya marcado, pero no del todo ajada, tiene apoyadas las mejillas sobre las dos manos. Una cara poco inclinada y un poco triste... Zelote mira hacia arriba, en la lejanía. Una sonrisa íntima embellece su cara que no es muy bella, pero que atrae por su señorial austeridad. Santiago de Zebedeo, que es todo impulso, dice sus oraciones como si las hablase al Maestro amado, y el salmo 12 sale cual torrente de su encendido espíritu.

Termina el largo y hermosísimo salmo 118, repitiendo dos veces el turno para completar el número de las estrofas. Después de todo se sumen en el silencio hasta que Pedro, que está sentado, se levanta como bajo el impulso de alguna inspiración. Con los brazos extendidos como lo hacía el Señor ruega: “Mándanos tu Espíritu, ¡oh Señor!, para que podamos ver en medio de su luz”.

“Maran-atá” responden todos.

En un intenso silencio Pedro ora como si esperase oír alguna palabra, alguna chispa de luz... Después levanta la cabeza, abre los brazos que tenía cruzados sobre el pecho, y como es de estatura pequeña en comparación de la de los demás, sube sobre su asiento para dominar la pequeña multitud que hay en el patio y para que todos lo vean. Al ver que quiere hablar, todos guardan silencio.

“Hermanos míos, era necesario que se cumpliese la Escritura que predijo el Espíritu Santo por boca de David, respecto de Judas,³ que fue quien guió a los que capturaron al Señor y Maestro nuestro bendito, Jesús. Judas fue uno de los nuestros y le tocó parte en este ministerio, pero su elección se le convirtió en ruina porque Satanás entró en él por muchos caminos y de apóstol de Jesús se convirtió en traidor. Creyó poder triunfar y vengarse así del Santo que había desengañado sus esperanzas inmundas de un corazón lleno de toda clase de concupiscencias. Y cuando creyó que había triunfado y que podía empezar a gozar, comprendió que el hombre que se hace esclavo de Satanás, de la carne y del mundo, no triunfa, sino que besa el polvo como lo hace el derrotado. Y probó que el alimento que dan el hombre y Satanás es amarguísimo, completamente diverso del pan delicado y sencillo que Dios da a sus hijos. Entonces experimentó la desesperación y odió a todo el mundo, después

² Sal. 115, 1.

³ Cfr. Sal. 40, 8-10.

de haber odiado a Dios. Maldijo lo que el mundo le había comprado con sus iniquidades y el día en que resucitó Jesús glorioso de la muerte su cuerpo putrefacto y agusanado reventó y sus entrañas se esparcieron al pie del olivo, convirtiendo aquel sitio en lugar inmundo.

Sobre el Gólgota llovió la sangre redentora y purificó la tierra porque era la sangre del Hijo de Dios que se encarnó por nosotros. En la colina que está cerca del lugar del infame Consejo no sangre, ni lágrimas de un buen arrepentimiento, sino asquerosidad de entrañas cayó sobre el polvo, porque no podía ninguna otra sangre mezclarse con aquella santísima en esos días de purificación en que el Cordero nos lavaba. Y la tierra que bebía la sangre del Hijo de Dios, no podía beber también la sangre del hijo de Satanás.

Todos saben lo sucedido. Y además se sabe que, llevado de su rabia de condenado, Judas regresó al Templo el dinero de su infame contrato, y que lo arrojó a la cara del sumo Sacerdote. Se sabe también que con ese dinero, que se había tomado del tesoro del Templo, pero al que no podía devolverse, porque con él se había comprado a un hombre, los principales de los sacerdotes y de los ancianos, después de haber deliberado, compraron el campo del alfarero, y de este modo se cumplió como habían especificado las profecías aun sobre el costo. El lugar pasará a la historia de los siglos con el nombre de Aceldama⁷. Todo lo que puede decirse de Judas es así, y desaparezca de en medio de nosotros aun el recuerdo de su cara, pero téngase presente el camino por el cual de un hombre llamado por el Señor al reino celestial descendió a ser un príncipe en el reino de las tinieblas eternas, por lo cual no conviene ir por él, para no hacernos otros Judas para la palabra de Dios que se nos ha confiado y para Jesús que sigue estando entre nosotros.

En el libro de los salmos escrito está: “Su morada sea solitaria. Que en ella nadie habite. Que su oficio lo tome otro”. Es necesario, pues, de entre estos hombres, que han estado con nosotros durante todo el tiempo en que estuvo el Señor Jesús con nosotros, desde el bautismo que recibió de Juan, hasta el día en que de en medio de nosotros fue llevado al Cielo, se señale a uno que sea testigo de su resurrección. Y hay qué hacerlo con presteza para que esté presente con nosotros en el bautismo de fuego del que nos habló el Señor, para que también él, que no recibió el Espíritu Santo del Maestro Santísimo, lo reciba directamente de Dios, sea santificado e iluminado; tenga las virtudes que nosotros tendremos; pueda juzgar y perdonar; hacer lo que nosotros haremos y sus acciones sean valederas y santas.

Propondría que se escogiera al más fiel de entre los discípulos, de entre los que han padecido por Él y le han permanecido fieles, aun cuando el mundo no lo conocía. Muchos de ellos han venido a nosotros de Juan, el Precursor del Mesías, almas modeladas durante muchos años en el servicio de Dios. El Señor los ha amado, y entre ellos está Isaac que sufrió mucho por causa de Jesús, cuando todavía era pequeño. Vosotros sabéis que su corazón se le despedazó en la noche que siguió a la Ascensión del Señor. Era el único deseo que abrigaba dentro de sí. Y también es el nuestro... Nosotros debemos soportar nuestra propia pasión.¹⁰ Isaac ya había padecido la suya. Proponed, pues, algún nombre de entre éstos, para que pueda escogerse el decimosegundo apóstol según la costumbre de nuestro pueblo, dejando en los casos de mayor importancia que el Señor Altísimo de digne indicar, pues lo sabe”.

Deliberan entre sí. No después de mucho tiempo los más importantes de entre los discípulos (a excepción de los pastores), de común acuerdo entre los diez, dicen a Pedro que proponen a José, hijo de José de Sabá para honrar a su padre, mártir por Jesús, y a Matías por las mismas razones del primero y también para honrar a su primer maestro, Juan.

Pedro después de haber aceptado, hace venir delante de la mesa a los dos y ora con los brazos extendidos hacia adelante, como suelen hacerlo los hebreos, diciendo: “Tú, Señor Altísimo, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Único y Trino Dios, que conoces los corazones de todos,

⁷ Esto es, “campo de sangre” como se explica en Hech. 1, 9.

¹⁰ Cfr. Col. 1, 24-29.

muestra cuál de estos dos hayas elegido para que ocupe el servicio y apostolado del que se hizo indigno Judas, para ir a su lugar”.

“¡Maran-atá!” responden todos a coro.

Como no tienen dados u otra cosa con que echen la suerte, y como no quieren usar dinero, toman piedritas que hay en el jardín, insignificantes piedritas, una blancas y otras negruzcas en igual número, y deciden que las blancas son para Matías y las otras para José. Las meten en una bolsa, en que no hay nada, la presentan a Pedro que, trazada una señal como de bendición, mete la mano y orando con los ojos levantados al cielo, que está tapizado de estrellas, saca una piedrita, blanca como la nieve.

El Señor ha señalado a Matías como sucesor de Judas.

Pedro pasa por delante de la mesa y lo abraza “para hacerlo semejante a él” dice.

También los diez hacen lo mismo en medio de las aclamaciones de la pequeña multitud.

Pedro regresa a su lugar. Teniendo de la mano a Matías que está a su lado y a la otra parte a Santiago de Alfeo, habla: “Ven al lugar que Dios te había reservado, y con tu justo modo de obrar borra el recuerdo de Judas, ayudándonos a nosotros tus hermanos a llevar a cabo las obras que Jesús nos ordenó que realizáramos. La gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre contigo”.

Se vuelve a todos y les dice que pueden retirarse...

Mientras los discípulos se van por una salida secundaria, los apóstoles entran en la casa, llevando a Matías ante la presencia de la Virgen, que está en oración, para que de Ella, la Madre de Dios, reciba también una palabra de congratulación.

25. Desciende el Espíritu Santo ¹

27 abril 1947

En el cenáculo no se oye ningún ruido, ninguna voz. Tampoco se ve ninguno de los discípulos, por lo menos así lo creo y puedo hasta afirmar que en las otras habitaciones no hay nadie. Están solos los doce y la Virgen María en la sala donde se celebró la Cena.

Parece hasta más amplia, porque el ajuar ha sido colocado de manera diversa. El centro está libre como lo están dos paredes. Contra la tercera está recargado el tablón que se empleó para la cena, y entre la pared, lo mismo que entre los lados más angostos de la mesa, se han colocado los lechos-asientos, usados en la Cena y el banquito que usó Jesús para lavar los pies. Pero los lechos-asientos que estaban verticalmente a la mesa no están más, sino paralelamente, de modo que los apóstoles pueden sentarse sin ocuparlos todos, aun dejando un asiento, el único vertical a la mesa, que ocupa la Virgen bendita, que está en el centro de la mesa, lugar que Jesús ocupó en la cena.

Sobre la mesa no hay nada, como tampoco sobre los armarios. En las paredes no se ve ningún adorno. Tan solo está la gran lámpara en que arde sólo la mecha central, las demás están apagadas.

Las ventanas están cerradas con la barra. Un rayo de luz se filtra y baja cual larga y sutil aguja sobre el pavimento donde juguetea.

La Virgen sentada en su lecho-asiento, tiene a Pedro a la derecha, y a su izquierda a Juan. Matías, el nuevo apóstol, está entre Santiago de Alfeo y Tadeo. Delante de la Virgen hay una especie de cofre largo y bajo de madera oscura, que está cerrado.

María trae un vestido de color oscuro. Cubre su cabeza un velo blanco y sobre él la extremidad de su manto. Todos los demás están con la cabeza descubierta.

María lee lentamente en voz baja. Pero como la luz que le llega es tan poca, creo que más que leer, recita de memoria lo que está escrito en el rollo. Los demás la siguen en silencio, meditando. De cuando en cuando, según el caso, responden.

¹ Cfr. Hech. 2, 1-13.

María tiene su rostro transformado por una sonrisa extática. Quién sabe qué cosa esté viendo, que da tal brillo a sus ojos, que parecen dos claras estrellas, y que tiñe de arrebol sus mejillas de marfil, como si sobre él se reflejase una llama de color rosa. En verdad que es la Rosa mística.

Los apóstoles extienden sus cuellos para ver su rostro, mientras Ella dulcemente sonríe, lee, parece su voz el cántico de un ángel. Pedro se conmueve tanto que dos lágrimas se asoman por sus ojos, y por una arruga que tiene al lado de la nariz, van a perderse en la maraña de su barba. Juan, parece reflejar la sonrisa virginal, y se enciende su cara de amor, mientras sigue con la mirada lo que la Virgen lee en el rollo, y cuando le presenta otro, la mira y sonríe.

La lectura ha terminado. No se oye la voz de María, como tampoco el ruido de los pergaminos que se desenvuelven o vuelven a enrollarse. María se recoge en oración secreta. Une sus manos junto al pecho y apoya la cabeza contra el cofre. Los apóstoles la imitan...

Un sonido fortísimo, armónico, como si procediera al mismo tiempo del viento y de un arpa, algo como sonido humano y bello, resuena de improviso en el silencio matinal. Cada vez más armonioso y fuerte se acerca. Llena con sus vibraciones la tierra, las propaga, llena con ellas la casa, las paredes, los utensilios. La llama de la lámpara que hasta ahora había estado inmóvil se mueve como si le agitase el viento. Las cadenas de la lámpara suenan al contacto del sonido sobrenatural que las mueve.

Los apóstoles, sin darse cuenta de lo que sucede, levantan la cabeza, y como ese fragor bellísimo, en el que están todas las notas más bellas que Dios haya dado al cielo y a la tierra, se acerca cada vez más, algunos se levantan como para escapar, otros se encogen en sus asientos, cubriéndose la cabeza con las manos y el manto, o se golpean el pecho en señal de pedir perdón, otros se estrechan a la Virgen, sin perder la reverencia que hacia Ella siempre tienen. Juan es el único que no se espanta pues ve la paz luminosa de alegría que se dibuja en el rostro de la Virgen, que sonriente levanta la cabeza a algo conocido, y luego cae de rodillas abriendo los brazos. Las dos extremidades azules de su manto llegan a Pedro y a Juan, que la han imitado en arrodillarse. Lo que he descrito en segundos, ha sucedido en un instante.

Y ahora la Luz, el Fuego, el Espíritu Santo entra con último fragor melodioso, en forma de globo brillantísimo, ardentísimo en la sala cerrada, sin que puerta o ventana se hayan abierto, y se queda como suspendido por un instante sobre la cabeza de la Virgen, a unos tres palmos de su cabeza, descubierta, porque la ver al Fuego Paráclito, levantó los brazos como para invocarlo, y echó su cabeza hacia atrás con un grito de alegría, con una sonrisa de un amor indescriptible. Después de aquel instante en que el Fuego del Espíritu Santo se cernió sobre la Virgen, el Globo santísimo se divide en trece llamas de color rosa, brillantísimas, de una luz indescriptible y luego desciende a lamer la frente de cada apóstol.

Pero la llama que baja sobre María no es una lengüeta de fuego que le bese la frente, sino una corona que la ciñe, que le rodea su cuerpo virginal, que la corona a Ella, la Reina, la Hija, la Madre de Dios, la Virgen incorruptible, la toda Bella, la eterna Mujer a quien Dios amó, la agraciada Doncella, que ninguna cosa puede ajar. Ella que cuando llegó la pasión, pareció que su cuerpo envejecía, después de haber resucitado su Hijo, ha vestido nuevamente de esa eterna primavera que la hace siempre cada vez más joven, más bella en sus miradas, en su andar... que empieza a gozar anticipadamente de la belleza que su cuerpo glorioso tendrá después de su Asunción bendita.

Las llamas del Espíritu Santo rodean la cabeza de la Virgen. ¿Qué le habrá dicho? ¡Misterio! El rostro bendito está transfigurado con una alegría sobrenatural y ríe con la sonrisa de los serafines mientras lágrimas, hinchadas de felicidad, cual diamantes bajan por sus mejillas.

El Fuego permanece por algunos instantes... Luego desaparece... Sólo queda de Él una fragancia que ninguna flor terrena posee... El perfume del Paraíso...

Los apóstoles vuelven en sí...

María permanece en su éxtasis. Junta sus brazos sobre su pecho, cierra los ojos, baja la cabeza... continúa su coloquio con Dios... insensible a todo...

Nadie se atreve a turbarla.

Juan, señalándola, dice: "Es el altar. Sobre su gloria se ha posado la Gloria del Señor".

"No turbemos su alegría. Vamos a predicar al Señor, para que sean manifiestas sus obras y palabras entre los pueblos" ordena Pedro con un impulso sobrenatural.

"¡Vamos! ¡Vamos! El Espíritu de Dios arde en mí" dice Santiago de Alfeo.

"Nos empuja a obrar. ¡Todos! Vayamos a evangelizar a las gentes!"

Salen como si un viento o una fuerza los empujase.

Dice Jesús:

"Aquí termina la Obra que os ha dictado el amor que os tengo. Obra que habéis recibido por el amor que una criatura me ha tenido y os tiene.

Hoy ha terminado: Conmemoración de santa Zita de Lucca, criada humilde que sirvió a su Señor en la caridad, en esta iglesia de Lucca a la que Yo, de lugares lejanos, he traído a mi pequeño Juan para que me sirviera en la ciudad y con el mismo amor de santa Zita por todos los desgraciados.

Zita daba pan a los pobrecitos, recordando que en cada uno de ellos Yo estoy y que serán dichosos a mi lado los que hayan dado de comer y de beber a los que tienen sed y hambre.

María-Juan ha transmitido mis palabras a los que languidecen en la ignorancia o en la tibieza o duda sobre la Fe, recordando que la Sabiduría dijo que los que trabajan por dar a conocer a Dios brillarán como estrellas en la eternidad, al dar gloria a su Amor, y haciendo que muchos lo conozcan y lo amen.

La Obra ha terminado hoy, día en que la Iglesia eleva a los altares un lirio puro de los campos, a María Teresa Goreti, destrozado su tallo cuando todavía su corola era un capullo. ¿Y quién lo destrozó sino Satanás, envidioso de aquel candor, más resplandeciente que su antiguo aspecto de ángel? Destrozado porque era algo sagrado al Amor divino. Virgen y mártir María de este siglo de infamias en que se vilipendia aun el honor de la mujer, escupiendo la baba de los reptiles para negar que Dios puede dar una morada inviolable a su Verbo, que se encarnó por obra del Espíritu Santo para salvar a los que creen en Él.

También María-Juan es mártir del odio que no quiere mis maravillas celebradas con la Obra, arma poderosa que va arrebatándole tantas presas. Pero también María-Juan sabe, como sabía María-Teresa, que el martirio, cualquiera que sea su nombre y aspecto es una llave que sirve para abrir sin vacilación el Reino de los Cielos a los que lo padecen para continuar mi pasión.

La Obra está terminada.

Con su fin, con la venida del Espíritu Santo termina el ciclo mesiánico que mi Sabiduría ha iluminado desde su aurora: la Concepción Inmaculada de María, hasta su ocaso: la venida del espíritu de Amor, para quien sabe ver. Es cosa justa empezarlo con el misterio de la Inmaculada Concepción de la Esposa del Amor con el sello del Fuego Paráclito sobre la Iglesia de Cristo.

Las obras manifiestas de Dios, del Amor de Dios, termina con Pentecostés. A partir de ese momento continúa la obra íntima, misteriosa de Dios en sus fieles, unido en el Nombre de Jesús en la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica, Romana, y la Iglesia, esto es, la unión de los fieles: pastores, ovejas y corderos, puede avanzar y no equivocarse, por la acción espiritual, continua del Amor, Teólogo de los Teólogos, el que forma los verdaderos teólogos, que son los que se han sumergido en Dios y tienen a Dios en sí por la dirección del Espíritu de Dios que los guía, que son los que verdaderamente son 'hijos de Dios', según el contexto de Pablo.¹⁵

¹⁵ Cfr. Rom. 8, 14-17.

Y al fin de la obra tengo que emitir una vez más el lamento dado al terminar cada año evangélico, y al ver con dolor que mi don es despreciado, os digo: 'No tendréis otro porque no habéis sabido acoger esto que os he dado'. Y os digo también lo que os mandé decir para volver al camino recto en el verano pasado (21-5-46): "No me veréis hasta que no venga el día en que diréis: '¡Bendito el que viene en el nombre del Señor'¹⁶".

Hoy a 27 de abril de 1947 fue terminada la Obra.

Viareggio-Via Fratti 113 – María Valtorta

26. Pedro no más el rudo pescador, con sus nuevas vestes de pontífice

3 junio 1944

Es una de las primerísimas reuniones de los cristianos que siguieron a Pentecostés.

Los apóstoles son doce porque Matías ha sido elegido en lugar del traidor. El hecho de que estén los doce es que todavía no se han separado para ir a evangelizar conforme a las órdenes del Maestro. Así pues Pentecostés no debe haber tenido lugar hace mucho tiempo. Ni tampoco han podido haber empezado las persecuciones del Sanedrín.¹ Si no fuese así, no celebrarían sus oficios con tanta tranquilidad, o tomarían sus precauciones. En la casa donde están es muy conocida. Es donde se celebró la última cena. Y están en ella donde se instituyó la Eucaristía, y empezó la verdadera traición y nuestra redención.

La amplia habitación ha sufrido modificaciones, pues se le emplea para que haga las veces de iglesia, debido al número de fieles. El tablón no está cerca de la pared que da a la escalerilla, sino más bien enfrente de ella, de modo que los que no pueden entrar, pueden ver lo que sucede dentro, agolpándose en el corredor de la entrada, cerca de la puertecilla, que está abierta, y que comunica con la habitación. En ella hay hombres y mujeres de todas las edades. En medio de un grupo de mujeres, en un ángulo del tablón están María, la Madre de Jesús, Marta, Magdalena, Nique, Elisa, María de Alfeo, Salomé, Juan de Cusa, en una palabra muchas de las discípulas hebreas y no hebreas, que Jesús curó, consoló, evangelizó.

Entre los hombres está Nicodemo, Lázaro, José de Arimatea, muchos discípulos, por ejemplo Esteban, Hermas, los pastores, Eliseo, hijo del sinagogo de Engaddi, y otros más. También están Longinos, no vestido de militar, sino de civil. Trae una túnica larga y sencilla de color gris. Están también otros que habrán entrado en la grey de Jesús después de Pentecostés, y de las primeras evangelizaciones de los doce.²

Pedro está hablando, tanto para evangelizar como para instruir. Una vez más habla sobre la última cena. Digo 'una vez más' porque se colige de sus palabras. Dice: Os hablo *una vez más* y pone énfasis sobre estas palabras "de esta cena en que, antes de ser inmolado por los hombres, Jesús Nazareno, como fue dicho, Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador nuestro, *como va dicho y creído en todo nuestro corazón e inteligencia, porque en creerlo está nuestra salvación*, se inmoló por su propia voluntad y por su gran amor. Se dio en comida y bebida a los hombres, y nos dijo a nosotros sus siervos y continuadores: "Haced esto en memoria mía". Y es lo que estamos haciendo. Así como nosotros, sus testigos, creemos que en el Pan y en el Vino ofrecidos y bendecidos, como Él hizo, en memoria suya y por obedecerle, está su Cuerpo santísimo y su Sangre adorable, este Cuerpo y esta Sangre que son de un Dios, Hijo de Dios Altísimo, Sangre que fue derramada y Cuerpo que fue crucificado por amor y para dar la vida a los hombres, así también vosotros, que habéis entrado para formar parte de la iglesia verdadera, nueva, inmortal que predijeron los profetas, que fundó Jesús, debéis creerlo. Creed y bendecid al Señor que nos ha dejado esta señal como perdón suyo, pues nosotros, si no fuimos sus crucificadores materiales, sí lo fuimos moral y espiritualmente por nuestra debilidad en servirlo, por nuestra ceguera en comprenderlo, por nuestra cobardía en abandonarlo

¹⁶ Cfr. Mt. 23, 37-39; Lc. 13, 34-35.

¹ Cfr. Hech. 4, 1-31.

² Cfr. Hech. 2-3.

huyendo en su hora postrera, y qué decir de mí, de mi personal traición pues lo negué por miedo y cobardía; negué que era su discípulo, cuando me había elegido para ser el primero entre sus siervos (gruesas lágrimas corren por su cara) poco antes de la hora de prima, allá, en el patio del Templo. Creed y bendecid al Señor que a quienes no lo conocieron cuando era el Nazareno, permite que lo conozcan ahora que es el Verbo encarnado que ha vuelto a estar con el Padre. Venid y tomad. Él lo dijo: “Quien come mi Carne y bebe mi Sangre tendrá vida eterna”³. Y en ese entonces no comprendimos (Pedro llora nuevamente). No comprendimos porque éramos tardos de inteligencia. Pero ahora que el Espíritu Santo ha iluminado nuestra inteligencia, fortificado nuestra fe, infundido la caridad, comprendemos. En el nombre de Dios Altísimo, del Dios de Abraham, de Moisés, en el nombre altísimo del Dios que habló a Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y demás profetas, os juramos que esta es la verdad y os conjuramos a que creáis para poder tener la vida eterna”.

Majestuosamente ha hablado Pedro. No tiene más aquella rusticidad de pescador. Subió sobre su banco para que lo vieran todos, pues es bajo de estatura. Habla con medida, con voz ajustada, y acciones de orador. Amor, fe, imperio, contrición, todo se refleja en su mirada. Todo se anticipa a sus palabras.

Ha terminado de hablar. Baja del banco, pasa detrás del tablón entre el espacio que queda entre la pared y la mesa, y espera.

Santiago y Judas, esto es, los dos hijos de Alfeo y primos de Jesús, extienden sobre la mesa un blanco mantel. Para hacerlo, levantan el cofre largo y bajo que está en el centro de la mesa, y sobre su cubierta extienden también un lino muy fino.

El apóstol Juan va donde la Virgen a decirle algo. La Virgen se quita del cuello una especie de llavecita, la entrega a Juan, que la toma, vuelve a donde el cofre, lo abre, descubre la parte anterior, que queda apoyada sobre el mantel cubierto con un tercer mantel de lino.

En el interior del cofre hay una sección horizontal que lo divide en dos partes, en la parte inferior un cáliz y un plato de metal; en la superior, en el centro, el cáliz que usó Jesús en la última cena y para la primera eucaristía, trozos de pan que partió, colocados sobre un platillo precioso como el cáliz. A los lados del cáliz y del plato que está sobre él, de un lado la corona de espinas, los clavos y la esponja. Del otro una de las sábanas, envuelta, el velo con que Nique secó el rostro de Jesús y el que la Virgen dio a su Hijo para que se ciñese las caderas. En el fondo hay otras cosas, pero como nadie las saca, ni las muestra, no sé qué sean. Las demás, las que se ven, las muestran Juan y Judas de Alfeo. La multitud se arrodilla ante ellas. No se tocan ni se muestran el cáliz y el plato del pan, ni se desenvuelve toda la sábana. Tal vez Juan y Judas no lo hacen para que la Virgen no recuerde los atroces dolores que padeció Jesús.

Terminada esta parte de la ceremonia, los apóstoles, en coro, entonan oraciones, creo que son salmos, porque los cantan como lo hacen los hebreos en sus sinagogas y en sus peregrinaciones a Jerusalén para las solemnidades prescritas por la ley. La multitud se une a los apóstoles y el coro es más imponente.

Finalmente traen algunos panes que colocan sobre el plato de metal y está en la parte inferior del cofre, y jarritas de metal.

Pedro de pie, entre la mesa y la pared, recibe de Juan, que está arrodillado al otro lado de la mesa, de frente a la multitud el plato con los panes, lo levanta y ofrece. Después lo bendice y lo coloca sobre el cofre.

Judas de Alfeo, que está arrodillado al lado de Juan, entrega a Pedro el cáliz que estaba en la parte inferior y las dos jarritas que estaban cerca del plato de los panes. Pedro mezcla su contenido en el cáliz, luego lo levanta y ofrece como hiciera con el pan. Bendice también el cáliz y lo pone sobre el cofre al lado de los panes.⁷

³ Cfr. Ju. 6, 52-58

⁷ S. Pedro como en las antiguas basílicas romanas oficia vuelto al pueblo

Vuelve a recitar las oraciones. Pedro divide los panes en trozos, mientras la multitud se arrodilla una vez más y dice: “Esto es mi Cuerpo. Haced esto en memoria mía”.

Sale por detrás de la mesa. Lleva el plato con los pedazos de pan, y va primero donde está la Virgen, le da un pedazo. Después pasa adelante de la mesa y distribuye el Pan consagrado, a quienes se acercan. Los pocos trozos que quedan son puestos en el cofre.

Toma ahora el cáliz y lo ofrece, empezando siempre por la Virgen, a los presentes. Juan y Judas lo siguen con las jarritas y echan líquido cuando el cáliz se vacía, entre tanto Pedro repite la elevación, la ofrenda y la bendice para consagrar el líquido. Cuando todos han recibido la Eucaristía, los apóstoles consumen el pan y el vino que sobraron. Luego cantan un salmo o himno, y después de ello, Pedro bendice a la multitud, que se va poco a poco..

La Virgen que ha estado de rodillas durante la ceremonia de la consagración y distribución del pan y del vino, se pone de pie y va a donde el cofre. Se inclina por encima del tablón y toca con la frente la parte inferior del cofre, donde se ha puesto el cáliz y el plato que usó Jesús en la última cena, y los besa. Juan cierra el cofre, devuelve la llave a la Virgen que se la pone de nuevo en el cuello.

27. María recibe a Lázaro y a José de Arimatea

21 agosto 1951

La Virgen está todavía en el Cenáculo. Sola, en su habitación usual, cose lino muy fino, algo así como manteles largos pero angostos. De cuando en cuando levanta la cabeza para mirar hacia el jardín y comprender, según la posición del sol que da sobre las paredes, la hora del día. Se siente ruido en la casa, o en el camino. Escucha atentamente. Parece como si estuviese esperando a alguien.

Pasa el tiempo. Se oye un golpe en la puerta, después sonido de sandalias que van a abrir. Se oyen voces varoniles, que se acercan. La Virgen escucha... Luego exclama: “¿Ellos aquí? ¿Qué habrá pasado?” Mientras está diciendo estas palabras, alguien llama a la entrada de su habitación. “Entrad hermanos en Jesús, mi Señor” invita María.

Entran Lázaro y José de Arimatea que la saludan con profundo respeto. “¡Bendita tú entre todas las madres! Los siervos de tu Hijo y Señor nuestro te saludan” y se postran para besar la extremidad de su vestidura.

“El Señor esté siempre con vosotros. ¿Por qué motivo y mientras todavía no cesa la ira de los perseguidores de Jesús y de sus seguidores habéis venido?”

“Ante todo para saludarte. Pues verte y saludarte es verlo todavía a Él, y sentirnos así menos afligidos por su partida de la tierra. Luego para proponerte cuanto decidimos hacer en una reunión que se tuvo en mi casa con los más amantes y fieles siervos de Jesús, tu Hijo, y Señor nuestro” responde Lázaro.

“Hablad. Será vuestro amor quien me hable, y con mi amor os escucho”.

Toma la palabra José de Arimatea: “María, no ignoras, y lo has dicho, que la ira es mayor contra los que estuvieron más cerca de tu Hijo y Dios o por parentesco, o por fe, o por amistad. No ignoramos que no tienes ninguna intención de abandonar estos lugares donde viste la perfecta manifestación de la naturaleza divina y humana de tu Hijo, su total entrega, su completa glorificación por medio de su pasión y muerte y por medio de su gloriosa resurrección y ascensión. Tampoco ignoramos que no quieres dejar solos a los apóstoles, y quieres ser su Madre y guía en las primeras pruebas, tú, sede de la Sabiduría divina, tú Esposa del Espíritu manifestador de las verdades eternas, tú, Hija amada del Padre que te eligió ab aeterno para Madre de su Unigénito con su infinita y perfectísima sabiduría y doctrina antes que estuviese en ti, como ser que se formaba, o que estuviese contigo cual Hijo que crecía en edad y sabiduría hasta llegar a ser el Maestro de los maestros. Juan lo dijo el día después de la primera sorprendente predicación y manifestación apostólica que tuvo lugar diez días después de la Ascensión de Jesús al Cielo. A tu vez por haberlo visto en el Getsemaní el día de la Ascensión de tu Hijo al Padre, y por haberlo sabido por Pedro, Juan y los demás

apóstoles, sabes cómo yo y Lázaro, inmediatamente después de la muerte y resurrección, empezamos a levantar vallas alrededor del huerto cercano al Gólgota y al Getsemaní en el monte de los Olivos, para que estos lugares, santificados con la sangre del divino Mártir, que ardía de fiebre en el Getsemaní, que se congeló y se secó en mi huerto, no sean profanados por los enemigos de Jesús. Los trabajos han sido terminados y tanto yo como Lázaro, y con él sus hermanas y los apóstoles, que sufrirían mucho en no tenerte aquí, te decimos: “Establécete en la casa de Jonás y María, los custodios de Getsemaní”.

“¿Y Jonás y María? Pequeña es la casa. Siempre he amado la soledad. Y tanto más ahora, cuando que tengo necesidad de ella para sumergirme en Dios, en mi Jesús, para no morir de ansias de no tenerlo más aquí. No es justo que ojo humano se pose sobre los misterios de Dios, porque Él es ahora Dios más que nunca. Mujer Yo, Hombre Jesús. Pero nuestra humanidad fue diversa de cualquier otra, tanto por inmunidad de la culpa, aun de origen, y por nuestras relaciones con Dios Uno y Trino. Somos los únicos en esto diversos entre todos, pasados, presentes y futuros. Ahora bien el hombre, aun el más bueno y prudente, es por inclinación curioso, sobre todo si tiene cerca una manifestación extraordinaria... Sólo yo y Jesús, mientras estuvo en la tierra, sabemos qué sufrimiento, que... sí, hasta vergüenza, incomodidad, tormento se tiene cuando la curiosidad humana escudriña, vigila, espía nuestros secretos con Dios. Es algo así como si nos pusiesen desnudos en medio de una plaza. Pensad en mi pasado. En cómo he buscado la soledad, el silencio en cómo siempre he ocultado la apariencia de mi vida común de una pobre mujer, los misterios que Dios ha colocado en mí. Acordaos cómo, para no hacerlos saber ni siquiera a mi esposo José, poco faltó para que hubiera hecho a un hombre injusto, no siéndolo. Sólo la intervención angelical evitó este peligro. Pensad en la vida humilde, escondida, ordinaria que llevó Jesús por treinta años, cómo se aislaba y se retiraba de los demás cuando fue el Maestro. Tuvo qué hacer milagros e instruir porque tal era su misión. Yo sé por Él mismo que sufría –una de las causas porque su austeridad y tristeza que despedían sus grandes y potentes ojos- cuando lo aplaudían las multitudes, por la curiosidad más o menos buena con que todas sus acciones eran observadas. ¡Cuántas veces no ordenó a sus apóstoles y a aquellos a quienes había hecho algún milagro: “No digáis lo que habéis visto. No digáis lo que os he hecho”!... Yo no quisiera que ojo humano indagase los misterios que Dios ha depositado en mí, misterios que no han cesado con el regreso al cielo de Jesús, mi Hijo y mi Dios, sino que continúa, aún más crecen por su bondad y por tenerme en esta vida hasta que llegue la hora, tan suspirada por mí, de unirme a Él por la eternidad. Quisiera a Juan solo conmigo. Porque es prudente, respetuoso, cariñoso conmigo como un segundo Jesús.¹ Pero Jonás y María sabrán...”

Lázaro la interrumpe: “Ya hemos provisto esto, ¡oh Bendita! Marcos, hijo de Jonás, está entre los discípulos. María, su madre y Jonás, su padre, están ya en Betania”.

“¿Y el Olivar? ¡Hay qué cuidarlo!” objeta María.

“Sólo cuando se trate de la poda, del abono y cosecha. Pocos días en el año, y no serán muchos porque enviaré a mis siervos de Betania junto con Marcos. Tú, Madre, si nos quieres hacer felices a mí y a mis hermanas, ven en estos días a Betania, a la casa solitaria de Zelote. Seremos vecinos, pero nuestros ojos no serán indiscretos en tus relaciones con Dios”.

“¿Y la prensa?”

“Ya fue transportada a Betania. Getsemaní, que está rodeado completamente, propiedad que tiene en su corazón Lázaro hijo de Teófilo, te espera, ¿oh María! Te aseguro que los enemigos de Jesús no se atreverán por miedo a Roma a perturbar la paz del lugar y la tuya”.

“¡Oh, si es así!” exclama la Virgen, y se lleva las manos al corazón. Los mira con un rostro, diría yo, extático por lo feliz que se siente, con una sonrisa angelical en sus labios y con lágrimas de alegría en sus rubias pestañas. Continúa: ¡Yo y Juan! ¡Solos! ¡Los dos solos! ¡Me parece estar nuevamente en Nazaret con mi Hijo! ¡Solos! ¡En la soledad! ¡En aquella paz! ¡Allí donde mi Jesús brindó tantas palabras y tanta paz! Allí donde, es cierto, sufrió hasta sudar

¹ Cfr. Ju. 19, 25-27.

sangre y donde aceptó el mayor sufrimiento, el del beso infame y las primeras...” Un sollozo y un recuerdo dolorosísimo le quitan la palabra, descomponen su rostro, que por unos instantes, aparece doloroso como en la pasión y muerte de su Hijo. Luego, volviendo en sí continúa: “Allí en el Getsemaní donde Él volvió en la infinita paz del Paraíso. Mandaré decir a María de Alfeo que cuide mi casita de Nazaret, que tanto quiero porque allí se realizó el misterio, allí murió mi esposo, tan puro y santo, y creció Jesús. ¡Tanto que la quiero! Pero nunca como estos lugares donde Él instituyó la Ceremonia de las ceremonias, se hizo Pan, Sangre, Vida para los hombres, padeció, redimió, fundó su Iglesia, y con su última bendición hizo buenas y santas todas las cosas de la creación. Me quedaré, sí, me quedaré en Getsemaní. Y desde allí podré, siguiendo los muros, desde su exterior, ir al Gólgota, y en tu huerto José, donde tanto lloré, venir a tu casa, Lázaro, donde siempre encontramos mi Hijo y yo mucho amor. Pero quisiera...”

“¿Qué cosa, oh Bendita?” le preguntan.

“Quisiera regresar siempre aquí, porque yo y los apóstoles, siempre que Lázaro lo permita, hemos decidido...”

“Todo lo que quieras, Madre. Todo lo que tengo es tuyo. Se lo dije a Jesús, ahora te lo digo a ti. Soy yo siempre el favorecido, si aceptas lo que te ofrezco”.

“Hijo, permite que te llame así, quisiera que me permitieras hacer de esta casa, más bien del Cenáculo, el lugar de reunión y del ágape fraterno”.

“Tienes razón. En él tu Hijo instituyó el rito eterno, constituyó la nueva Iglesia, elevando al nuevo pontificado y sacerdocio a sus apóstoles y discípulos. Justo es que la sala se convierta en el primer Templo de la nueva religión. La semilla que el día de mañana será planta, y luego inmensa selva, el germen que se convertirá en organismo vital, completo, que crecerá cada vez más en grandeza, profundidad y anchura, extendiéndose en toda la tierra. ¿Qué mesa y altar más santos que sobre los cuales partió el pan, puso el cáliz del nuevo rito que durará mientras dure la tierra?”

“Es verdad, Lázaro. ¿Ves? Por eso estoy cosiendo estos lienzos. Porque creo, como nadie podrá creer de igual modo, que el pan y el vino son Él, en su Carne y en su Sangre; Carne santísima e inocente, Sangre redentora, hechos alimento y bebida de los hombres. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os bendigan a vosotros que sois buenos, prudentes, piadosos para con el Hijo y para con su Madre”.

“Entonces, de acuerdo. Toma. Esta es la llave que abre los diversos cancelos de la valla de Getsemaní. Esta es la llave de la casa. Sé feliz en la medida que Dios lo quiera y en lo que nuestro pobre amor quisiera que lo fueras”.

José de Arimatea, dice: “Y ésta es la llave de la valla de mi huerto”.

“¡Tú tienes todo el derecho de entrar allí!”

“Tengo otra, María. El hortelano es un hombre recto, como lo es su hijo. Verás que tanto ellos como yo seremos prudentes y respetuosos”.

“Dios os bendiga nuevamente” responde María.

“Las gracias te las damos a ti, Madre. Nuestro amor y la paz de Dios serán siempre contigo”. Después de esto se postran, besan la extremidad de su vestido y se retiran.

Apenas se han ido, cuando se oye que alguien llama a la puerta.

“Entra” dice María.

Juan no espera que se lo repitan. Entra y cierra un poco agitado: “¿Qué querían José y Lázaro? ¿Hay algún peligro?”

“No, hijo. Se trató de que se aceptara un deseo mío. Deseo mío y de otros. Tú sabes cómo Pedro y Santiago de Alfeo, el uno Pontífice, el otro jefe de la Iglesia de Jerusalén están preocupadísimos por perderme, y temerosos de no poder hacer nada sin mí. Sobre todo Santiago. Ni siquiera la aparición especial con que le obsequió mi Hijo, ni su lección lo consuelan y fortalecen. También los otros... Lázaro llena este deseo y nos hace dueños de Getsemaní. Yo, tú. Solos allí. Aquí están las llaves. Esta es del huerto de José... Podremos ir

al sepulcro, a Betania sin pasar por la ciudad... Ir al Gólgota... Venir aquí cada vez que se celebre el ágape fraterno. Todo nos conceden Lázaro y José”.

“Son verdaderos justos. Lázaro recibió mucho de Jesús. Es verdad. Y aún antes de haber recibido, le dio siempre todo. ¿Estás contenta, Madre?”

“Sí, Juan, mucho. Viviré, hasta que Dios lo quiera, ayudando a Pedro, a Santiago, a todos vosotros y ayudaré a los primeros cristianos como pueda. Si los judíos, los fariseos y los sacerdotes no son unas fieras contra mí, como lo fueron con mi Hijo, pondré mi aliento donde Él subió al Padre”.

“También tú subirás, Madre”.

“No, no soy Jesús. Nací como todos los demás”.

“Pero sin la mancha original. Soy un pobre pecador, ignorante. No sé nada de ciencia y de escrituras, fuera de lo que me enseñó el Maestro, pero soy como un niño, porque soy puro, y por esto, tal vez, sé más que los rabinos de Israel porque, Él lo dijo. Dios esconde las cosas a los sabios y las descubre a los pequeños, a los puros; y por esto pienso, mejor dicho, preveo que tendrás la suerte que hubiera tenido Eva si no hubiera pecado. Aun más porque no fuiste la esposa de un Adán-hombre, sino de Dios para dar a la tierra el nuevo Adán fiel a la gracia. Dios, al crear los primeros padres, no los había destinado a la muerte, esto es, a la corrupción del cuerpo más perfecto que había hecho, del más noble entre todos los cuerpos creados porque dotado de alma espiritual y de los dones gratuitos, por los que podían llamarse “hijos adoptivos de Dios”, sino quiso que para ellos sólo fuese un paso del paraíso terrenal al celestial. Tú nunca has tenido mancha alguna de pecado; ni siquiera el pecado común, herencia de Adán a todos los seres humanos te manchó, pues fuiste desde la eternidad destinada a ser el arca del Verbo. Y el Arca, aun aquella que no conserva sino cosas frías, áridas, puertas porque en verdad el pueblo de Dios no las pone en práctica como debería, es, y debe ser siempre limpiísima. El arca, sí. ¿Pero quién de los que se acercan a ella, bien sean pontífices o sacerdotes, lo son realmente como lo eres tú? Nadie. Por esto yo presiento que tú, la segunda Eva, fiel a la gracia, no verás la muerte”.

“Mi Hijo el segundo Adán, la Gracia misma, que obedeció siempre al Padre y a mí de una manera perfecta, murió. ¿Y qué clase de muerte!”

“Había venido para ser el Redentor, Madre. Dejó al Padre, el Cielo, para hacerse hombre y poder redimir con su sacrificio a los hombres, devolverles la gracia, y por lo tanto volverlos a poner en el grado de hijos adoptivos de Dios, herederos del cielo. Él tenía que morir. Y murió con su humanidad santísima. Tú moriste en el corazón al ver sus crueles suplicios y su muerte. Ya padeciste todo para ser redentora con Él. Soy un pedazo de alcorocho, pero presiento que a ti, Arca verdadera del Dios verdadero y vivo, no puede llegar la corrupción. Como la nube de fuego cubrió y dirigió el arca de Moisés hacia la tierra prometida, así el fuego de Dios te atraerá hacia su centro. Como la vara de Aarón no se secó, antes bien, echó retoños, hojas y frutos, y estuvo en el tabernáculo, de igual modo tú, la elegida de Dios entre todas las mujeres que han vivido y vivirán sobre la tierra, no morirás cual muere una planta, sino vivirás en el eterno tabernáculo como estás ahora, con todo tu ser. Como las aguas del Jordán se abrieron para dejar pasar el Arca y a los que la llevaban, a todo el pueblo, en tiempos de Josué, así caerán en ti las barreras que el pecado de Adán puso en la tierra y en el cielo, y pasará este mundo al cielo eterno. Estoy seguro de ello. Porque Dios es justo. Y para ti que no tienes ni el pecado de herencia, ni pecado voluntario, vale el decreto que Él puso”.

“¿Te lo reveló Jesús?”

“No, Madre. Me lo dice el Espíritu Paráclito, el que nos dijo el Maestro que nos revelaría cosas futuras y toda verdad. El Consolador me lo dice dentro del alma para hacerme menos amargo el sentimiento de perderte, ¡oh Madre bendita a quien amo y venero más que a la propia! Porque sufriste, porque eres buena y santa, sólo inferior a tu Hijo santísimo entre todos los santos presentes y futuros. La mayor Santa que haya existido”. Y Juan, conmovido, se postra venerándola.

28. María y Juan en los lugares de la Pasión

8 septiembre 1951

Es el alba. Una hermosa alba de verano. María con el fiel Juan, sale de la casita de Getsemaní y camina ligera por un olivar silencioso y solitario. Sólo el trinar de algún pajarillo y el piar de los pequeñuelos en su nido interrumpen el silencio profundo que reina. María sin titubeo alguno se dirige a la roca de la Agonía. Se arrodilla, besa aquello que parece ser todavía una mancha de sangre de Jesús, que penetró en las hendiduras, las acaricia, como si todavía acariciase a su Hijo, o algo de Él.

Juan, de pie, detrás, mira y llora en silencio. Se seca rápidamente las lágrimas cuando María se levanta. ¡Con qué amor la ayuda! ¡Con qué veneración y piedad!

María baja ahora la plazoleta donde fue capturado Jesús. También aquí se arrodilla, se inclina a besar la tierra, después de haber preguntado a Juan: “¿Es exactamente este el punto del beso horrible e inefable que contaminó ese lugar mucho más de lo que no ensució al paraíso terrestre la asquerosa y corruptora conversación de la serpiente con Eva?”

Luego se levanta y dice: “Pero yo no soy Eva. Soy la mujer del Ave. He transformado las cosas. Eva arrojó al fango lo que era del cielo. Yo acepte todo: incomprendiones, críticas, sospechas, dolores -cuántos dolores y de cuántas clases antes del dolor supremo- para sacar del fango sucio lo que Eva y Adán habían arrojado, y levantarlo hacia el cielo. A mí no me pudo hablar el demonio, aunque lo hubiera intentado, como lo intentó con mi Hijo, para destruir definitivamente el plan de redención. Conmigo no pudo hablar porque cerré los oídos y los ojos al verlo, al oírlo, y sobre todo cerré mi corazón y mi espíritu a todo asalto de lo que no es santo y puro. Mi limpio corazón, sin rasguño alguno, como diamante puro, se abrió sólo al Ángel del mensaje. Mis oídos escucharon sólo esa voz espiritual, y así reparé, reedifiqué lo que Eva había lesionado y destruido. Soy la Mujer del Ave y del Fiat. He restablecido el orden quebrantado por Eva. Ahora puedo quitar y lavar con mis besos, con mis lagrimas la huella de aquel beso maldito y de aquella contaminación. La mayor de todas porque no la hizo un hombre a otro hombre, sino la criatura a su Maestro y amigo, a su Creador y Dios”.

Se dirige al cancel que abre Juan. Salen hacia el Getsemaní, bajan por el Cedrón, atraviesan el puentecillo, y también allí la Virgen se arrodilla para besar el rústico pretil del puente, donde pegó contra él. Dice: “Todos los lugares donde padeció los amo. Quisiera tenerlos a todos en mi casita. Pero no se puede” suspira, y luego añade: “Vamos ligeros, antes de que empiece a venir gente”.

Emprenden el camino, no entran en la ciudad, costean el valle de Himón y las cavernas donde viven los leprosos. Levanta la virgen sus ojos hacia aquellos antros de dolor. Hace una señal a Juan, que al punto pone sobre una roca alimentos que traía en una bolsa, lanzando al mismo tiempo un grito para llamar la atención. Algunos leprosos se asoman y se dirigen a la roca, dando las gracias. Pero nadie pide ser curado. María lo nota y dice: “Saben que Él no existe más y turbados como han quedado con su muerte, no saben tener más fe en Él y en sus discípulos. ¡Dos veces infelices! ¡Dos veces leprosos! ¿Dos? ¡Más bien del todo infelices, leprosos y muertos! Y en la tierra y en el otro mundo”.

“¿Quieres que vaya a hablarles, Madre?”

“¡Es inútil! Ya lo han intentado Pedro, Judas de Alfeo, Simón Zelote... y se burlaron de ellos. Vino Magdalena que siempre los socorre en recuerdo de Jesús, y también se burlaron de ella. Vinieron Lázaro, José, Nicodemo, para persuadirles que Él era el Mesías, que Él lo había resucitado, después de haber estado cuatro días en el sepulcro y la resurrección del mismo Jesús por su propio poder, y su Ascensión. Todo fue inútil. Respondieron: “Son mentiras. Los que saben la verdad no dicen tales cosas””.

“Y sin duda que serán los fariseos y sacerdotes. Son ellos los que trabajan por abatir la fe en Él. ¡Estoy seguro que son ellos!”

“Tal vez, Juan. Lo cierto es que los leprosos que no se convirtieron antes, ni ante los milagros de Jesús, no se convertirán más. ¡Jamás! Señal y símbolo de todos los que en los

siglos futuros no se convertirán al Mesías, y serán por su propia voluntad leprosos del pecado, muertos a la gracia que es vida, símbolo de todos aquellos por los cuales inútilmente murió mi Hijo... Y ¡en qué forma!...” Lloro en silencio, abundantemente.

Juan la toma del brazo, cuando por esconder sus lágrimas a los transeúntes que la miran, se cubre el rostro con su velo. Amorosamente la guía, le dice: “No pueden tu llanto, tus plegarias, tu amor, más bien *vuestro* amor por todos los hombres, vuestro porque el tuyo es activo como el suyo que es perfectamente activo en el cielo; vuestro dolor, el tuyo por la sordera de los hombres, el suyo porque la obstinación de muchos, no pueden –digo- menos de dar su fruto. Espera, Madre. Los hombres te han causado y causarán mucho dolor, pero también te darán amor y alegría. ‘Quién no te amará cuando sepa de ti? Ahora eres desconocida, ignorada al mundo. Pero cuando la tierra sepa, porque habrá abrazado la Fe, ¡cuánto te amará! Estoy seguro de ello, Madre santa”.

El Gólgota está ya cerca, y más, el huerto de José. Aunque llegan primero a éste, no entran, van derechos al Gólgota. En los lugares donde ocurrió algo especial durante la pasión, por ejemplo, donde cayó, donde se encontró con Nique, o donde se encontraron ambos, se arrodilla y besa el suelo.

Llegada a la cima, besa con toda su alma el lugar de la crucifixión. Besos y lágrimas. Besos intensos. Lágrimas sosegadas, abundantes, cual lluvia, caen sobre la amarillenta tierra, la bañan. Donde la tierra fue sacada para plantar la cruz ha nacido una plantita, una humilde planta de jardín, de hojas en forma de corazón, de florecillas rojas como rubíes. María la mira, piensa, después delicadamente la arranca con un poco de tierra, la pone en su mano y dice a Juan: “La pondré en una maceta. Parece sangre de Él, y ha nacido en la tierra que ella enrojeció. Debe haber sido alguna semilla que el viento de aquel día trajo hasta aquí. Quién sabe de dónde habrá venido. Calló allí y encontró un lugar apropiado, fecundado con su sangre. ¡Ojalá esto sucediera a todas las almas! ¿Por qué la mayor parte de ellas es más seca que la árida y maldecida tierra del Gólgota, lugar de suplicios y homicidios de todo un pueblo? ¿Maldecida? No, Él santificó esta tierra. Dios maldice a los que convirtieron esta colina en el lugar del delito más horrible, injusto, sacrílego que jamás haya visto la tierra”. Ahora los sollozos se mezclan con lágrimas.

Juan le pone la mano sobre la espalda para hacerle sentir su cariño y amorosamente la persuade a que deje ese lugar doloroso.

Bajan la colina, entran en el huerto de José. Se ve la entrada al sepulcro, porque la piedra yace entre la hierba. El interior está vacío. No se ve huella alguna de que haya sido depuesto ahí el cadáver o de la resurrección. Parece como si jamás su hubiera usado. María besa la piedra de la unción, acaricia con sus ojos las paredes. Después pregunta a Juan: “Repítame otra vez cómo encontraste las cosas aquí, cuando viniste con Pedro, cuando amanecía”.

Juan vuelve a describir, yendo acá y allá, fuera y dentro del sepulcro, cómo estaban los lienzos, qué hicieron él y Pedro y termina: “Debíamos de haber tomado los lienzos, pero estábamos tan conturbados por los sucesos de aquellos días que no pensamos en ello. Cuando regresamos, no estaban ya”.

“Los habrán tomado, para profanarlos, los del Templo” lo interrumpe la Virgen llena de lágrimas. Y añade: “Ni siquiera María Magdalena pensó que podía haberlos tomado. También estaba muy turbada”.

“¿El Templo? No. Me imagino que los tomó José”.

“Me lo hubiera dicho... ¡Por hacerle un último desprecio los habrán tomado los enemigos de mi Jesús!” gime María.

“No llores. No sufras más. Está ya en la gloria. En el amor perfecto e infinito. El odio y los desprecios no llegan a Él”.

“Es verdad. Pero los lienzos...”

“Te causarán dolor, como te lo da la primera Sábana que no quieres extender, porque además de las huellas de la sangre, se ven las de las cosas inmundas que le arrojaron contra su cuerpo santísimo”.

“Esa sí, pero éstos no. Absorbieron todo lo que salió de su cuerpo después de que ya no sufría... ¡No puedes entender!”

“Comprendo, Madre. Pensaba que tú, que no estás separada de Él que es Dios, y mucho más de lo que lo están los que creen en Él, no sentirías tan fuerte el deseo, aun más el deseo de tener alguna cosa de Él, del Hombre torturado. Perdona mi tontería. Ven... Regresemos otra vez. Ahora vámonos porque el sol sube cada vez más, y el camino es duro y largo. Tenemos qué evitar la ciudad”.

Salen del sepulcro, y del huerto y por el mismo camino que habían traído, regresan a Getsemaní. María camina ligera y silenciosa envuelta en su manto. Tiene sólo un gesto de asco y horror cuando pasa cerca del olivo donde se colgó Judas y cerca de la casa de campo de Caifás. En voz baja dice: “Aquí realizó su condenación de impenitente desesperado, y allá llevó a cabo su infame contrato”.

29. Entregan a María la Sábana del Sepulcro

5 octubre 1951

Es de noche. La luna llena ilumina con su luz plateada el Getsemaní y la casita de María y Juan. Todo está en silencio. Hasta el Cedrón, que no arrastra sino un hilillo de agua, parece dormido. En un momento dado se oyen pisadas de sandalias. Cada vez se acercan más. En medio de ellas, voces varoniles, roncadas. Después, he ahí que salen tres personas por entre las plantas y se dirigen a la casita. Llaman a la puerta. Se enciende una luz y una llama temblorosa lanza sus rayos por entre el resquicio de una ventana. Abren, se asoma una cabeza, se oye una voz, la de Juan que pregunta: “¿Quién sois?”

“José de Arimatea. Conmigo Nicodemo y Lázaro. La hora no es muy oportuna pero la prudencia nos la ha impuesto. Traemos a María una cosa, y Lázaro es nuestro guardia”.

“Entrad. Voy a llamarla. No está durmiendo, está orando allá arriba, en su habitación sobre la terraza. ¡Tanto que le gusta!” dice Juan y rápido sube por la escalera que lleva a la terraza y a la habitación. Los tres, que se han quedado en la cocina, hablan en voz baja, a la débil luz de la lámpara. Todavía envueltos en sus mantos, pero con la cabeza descubierta, se ponen alrededor de la mesa.

Juan regresa con María que saluda a los tres: “La paz sea con vosotros”.

“Y contigo, María” le responden inclinándose.

“¿Hay algún peligro? ¿Ha pasado algo a los siervos de Jesús?”

“Nada, Mujer. Fuimos nosotros los que decidimos venir para entregarte algo que sabemos deseabas. No habíamos venido antes porque no lográbamos ponernos de acuerdo, ni tampoco con Magdalena. Marta no ha intervenido. Tan solo dijo: “El Señor os inspirará directamente o por medio de otros, lo que tenéis qué hacer”. Y en realidad que se nos dijo lo que teníamos qué hacer, y por esto hemos venido” explica José.

“¿Os habló el Señor? ¿Se os apareció?”

“No, Madre. No más, desde que subió a los cielos, antes sí. Se nos apareció, te lo dijimos, de modo sobrenatural, después de su resurrección en mi casa. Aquel día se apareció a muchos al mismo tiempo para manifestar su divinidad y que había resucitado. Lo vimos después mientras estuvo entre los hombres, pero no de modo sobrenatural, como lo vieron los apóstoles y discípulos” le responde Nicodemo.

“¿Y entonces cómo os señaló el camino a seguir?”

“Por boca de uno de sus predilectos y sucesores”.

“¿Pedro? No lo creo. Está todavía muy atemorizado, por su pasado y por su misión”.

“No, María, no fue Pedro. Por otra parte conforme pasan los días, se va afirmando más. Ahora sabe que Lázaro cedió su casa del Cenáculo para las reuniones, y ha decidido empezar ágapes regulares y que se celebren los misterios después del día siguiente del sábado porque dice que de hoy en adelante es el día del Señor, porque en él resucitó y se apareció a muchos para confirmarlos en la fe sobre su naturaleza eterna de Dios. No existe más el sábado como

lo es para los hebreos. No existe más porque para los cristianos no existe más la sinagoga, sino la Iglesia, como predijeron los profetas. Pero es ahora y será siempre el día del Señor, en recuerdo del Hombre-Dios, del Maestro, Fundador, Pontífice eterno, después de haber sido Redentor, de la Iglesia cristiana.. En el día siguiente al sábado se celebrarán, pues, los ágape entre los cristianos, y habrá muchos en el Cenáculo. Antes no se podía por la enemistad de los fariseos, sacerdotes y escribas y por la dispersión temporal de muchos seguidores de Jesús, vacilantes en su fe, temerosos del odio judío. Por ahora ellos, por miedo a Roma que ha censurado la conducta del procónsul y de la plebe, y porque piensan que se ha acabado “*el entusiasmo de los fantásticos*” como llaman a los fieles, por la temporal dispersión de los mismos, que duró en realidad poco tiempo, y que ha terminado, pues todas las ovejas han vuelto al redil del verdadero pastor, prestan menos atención, y hasta diría que se han desinteresado como si se tratase de una cosa muerta. Esto ha permitido que nos reunamos para los ágapes. Queremos que tú, antes que nadie tenga esto como recuerdo de Él para mostrarlo a los fieles, a fin de que puedan confirmarse en la fe, y sin que se te cause mucho dolor”. José le entrega un grueso rollo, envuelto en un lienzo rojo oscuro, que había tenido oculto bajo su manto.

“¿Qué cosa es?” pregunta María, palideciendo. “¿Sus vestidos, acaso? Los que le hice para... ¡Oh!...” Lloro.

“Los vestidos no pudimos encontrarlos por ningún precio. ¡Quién sabe qué fin tuvieron!” responde Lázaro. Y añade: “Pero también esto es una vestidura suya. La última. Es la Sábana limpia en que fue envuelto su purísimo cuerpo después del tormento y después de haber limpiado sus miembros que mancharon sus enemigos, y de la purificación rapidísima que se le hizo. José tomó ambas del sepulcro después que resucitó y las llevó a nosotros. A la casa de Lázaro los enemigos de Jesús no se atreven a entrar, y mucho menos desde que saben cómo Roma censuró la acción de Poncio Pilato. Después de que pasaron los primeros días, los más peligrosos, te dimos la primera Sábana, y Nicodemo tomó la otra y la llevó a su casa de campo”.

“Esa pertenecen en verdad a José” dice María.

“Tienes razón, Mujer, pero la casa de Nicodemo está fuera de la ciudad. Por esto es menos sospechosa, y más segura por muchos motivos” le contesta José.

“Así es. Sobre todo desde que Gamaliel con su hijo la frecuenta asiduamente” añade Nicodemo.

“¡Gamaliel!” pregunta María admirada.

Lázaro no puede menos de sonreír con una sonrisa maliciosa al responderle: “Sí, el mismo. La señal, la famosa señal que esperaba para creer que Jesús es el Mesías, lo ha destrozado. No se puede negar que la señal fue de tal naturaleza que rompió las cabezas y corazones más duros para que se rindieran. Gamaliel fue con esa poderosísima señal abatido, sacudido, aplastado más que las cosas que cayeron aquel día de la parasceve, cuando parecía que el mundo moría junto con la Víctima. El remordimiento lo ha despedazado más de lo que fue el velo del Templo. El remordimiento de no haber jamás comprendido a Jesús por lo que era. El sepulcro cerrado de su espíritu, de viejo, terco judío, se ha abierto, como las tumbas que dejaron que saliesen los cuerpos de los justos y ahora él afanosamente busca verdad, luz, perdón, vida. La nueva vida. La que sólo por Jesús y en Jesús se puede tener. ¡Oh, tendrá todavía mucho qué trabajar, para que su antiguo modo de pensar se vea libre! Pero llegará el día. Busca paz, perdón y conocimiento. Paz para sus remordimientos, perdón para su terquedad. Conocimiento completo de aquel que pudo haberlo conocido, y no lo hizo. Y va a la casa de Nicodemo para llegar a la meta que sin duda se ha propuesto”.

“¿Estás seguro, Nicodemo, que no te traicionará?” preguntas María.

“No, no lo hará. En el fondo es un hombre justo. Recuerda que tuvo el valor de imponerse al Sanedrín durante el infame proceso, y que abiertamente mostró su repugnancia y desprecio a los injustos jueces, yéndose, y ordenando a su hijo que saliese, para no ser cómplice, ni siquiera con su presencia pasiva, de ese gran crimen. Esto es por lo que se refiere a Gamaliel.

Por lo que se refiere a las sábanas, como no me siento más hebreo y por lo tanto sujeto a la prohibición de Deuteronomio de las esculturas y obras de metal fundido,³ he pensado en hacer, como lo sé hacer, una estatua de Jesús crucificado. Emplearé uno de mis gigantescos cedros del Líbano. Ocultaré en su interior una de las sábanas, la primera, si me la devuelves, María. Te causaría mucho dolor el verla, porque en ella aparecen las inmundicias con que Israel sacrílegamente ensució al Hijo de Dios. Además, por las sacudidas que recibió cuando se le bajó del Gólgota, que movían a cada paso su martirizada cabeza, la imagen es tan borrosa que es difícil distinguirla. Aunque en dicho lienzo la imagen es borrosa y se vea fea, con todo siempre la amo y venero porque sobre ella está la sangre y sudor suyos. Escondida dentro dicha escultura, estará a salvo, pues ningún israelita de las altas clases, se atreverá a tocarla. Pero conservarás la segunda Sábana, con que fue envuelto desde el atardecer del parasceve hasta la aurora de la resurrección. Y quiero advertirte, para que no vayas a sufrir alguna emoción, que cuando más pasan los días, tanto aparece más nítida la imagen, tal cual como después se le lavó el cuerpo. Cuando la tomamos del sepulcro parecía que conservaba de manera muy simple la huella de sus miembros cubiertos de aceite con manchas de sangre y suero manados de las muchas heridas. Pero por un proceso natural, o, lo que es más seguro, por un querer sobrenatural, las huellas son cada vez más claras y nítidas. En esta tela aparece hermoso, sereno, pacífico, aun después de tan horribles tormentos. ¿Tienes valor para verlo?”

“¡Oh, Nicodemo, esto es lo que deseaba! Dices que tiene un aire sereno... ¡Poder verlo así, y no con esa expresión de tormento que se ve en el lienzo de Nique” prorrumpe María, juntando sus manos sobre el pecho.

Los cuatro se hacen a un lado de la mesa para tener más espacio. Después, Lázaro y Juan a un lado, Nicodemo y José del otro, desenvuelven despacio la larga tela. Aparece primero la parte dorsal, empezando por los pies, luego el frontal, después las dos partes de la cabeza. Las líneas son muy claras, como claros los rasgos de la flagelación, coronación de espinas, frotamiento de la cruz, moretones, golpes, caídas, y las heridas de los clavos y la lanza.

María cae de rodillas, besa la tela, acaricia las huellas, la besa. Está angustiada, pero contenta por tener aquella efigie sobrenaturalmente milagrosa.

Acabado que ha de venerar la efigie se vuelve a Juan, que no puede estar junto a Ella, pues tiene una de las extremidades: “Tú lo dijiste a ellos, Juan. Eres el único que lo pudo haber hecho, porque sabías que lo deseaba”.

“Así es, Madre. Fui yo. Tardé más en decirles tu deseo que en haberte querido contentar. Sólo que tuvieron que esperar el momento propicio para hacerlo...”

“Esto es, una noche muy clara para venir sin antorchas o lámparas, y un tiempo sin solemnidad en que no reúna en Jerusalén y lugares circunvecinos a gente y principales. Y esto por prudencia...” explica Nicodemo.

“Yo vine con ellos para mayor seguridad. Como dueño que soy del Getsemaní me es lícito venir a ver el lugar sin que se despierte sospecha alguna... encargado de vigilar todo” concluye Lázaro.

“Dios os bendiga. Pero vosotros pagasteis por las Sábanas... y esto no es justo...”

“Es justo, Madre. De tu Hijo recibí algo que no se paga con dinero; la vida que me devolvió después de cuatro días de sepulcro, y antes la conversión de mi hermana María. José y Nicodemo alcanzaron de Jesús la luz, la verdad, la vida que no perece. Y tú... tú con tu dolor de Madre, con el amor de Madre santísima para con todos los hombres, has comprado no un lienzo, sino todo el mundo de fieles, que aumentará cada vez más, para Dios. No hay dinero que pueda recompensar cuanto has dado. Toma esto al menos. Es tuyo. Es justo que así sea. También mi hermana María piensa que así debe ser. Lo pensó desde el momento en que resucitó, y mucho más desde que te dejó para subir al Padre” le responde Lázaro.

³ Cfr. Ex. 20, 4-5; Lev. 19, 4; Deut. 4, 15-18.

“Entonces, está bien. Voy a tomar la otra. Es un gran dolor para mí el verla... Ésta es diversa. Da paz, porque aquí está sereno. Parece como si sintiera ya en su sueño de mortal, la vida que regresa y la gloria que nadie podrá destruir o abatir. Ahora no deseo otra cosa más, fuera de reunirme con Él. Esto será cuando Dios lo disponga y del modo que a Él plazca. Voy a traerla. Dios os dé el cien por ciento de la alegría que me habéis proporcionado”.

Toma reverentemente la Sábana, que los cuatro han doblado, sale de la cocina, y ligera sube la escalerilla... Presto regresa con la primera Sábana que entrega a Nicodemo. Este dice: “Dios te lo pague, Mujer. Ahora vámonos que el alba está próxima y hay qué estar en casa antes de que salgan la luz y la gente de sus casas”.

Los tres saludan reverentemente. Luego con paso ligero vuelven a tomar el camino por donde vinieron. Se dirigen a uno de los cancelos de Getsemaní, el más próximo al camino que lleva a Betania.

María y Juan permanecen en la puerta de la casucha hasta que los ven desaparecer. Entran a la cocina, cierran la puerta, hablando entre sí.

30. El martirio de San Esteban ¹

7 agosto 1944

La sala del Sanedrín conserva igual orden, disposición y número de personas que tenía la noche del jueves al viernes durante el proceso de Jesús. El sumo Sacerdote y demás ocupan sus asientos. En el centro, en el espacio vacío donde estuvo Jesús, está ahora Esteban. Debe haber hablado, confesado su fe, dado testimonio de la verdadera naturaleza de Jesús y de su Iglesia, ² porque la confusión ha llegado a su colmo y la violencia que se ve es semejante a la que se veía contra Jesús en la noche fatal de la traición.

Puños, maldiciones, horribles blasfemias salen disparados contra Esteban que ante los brutales golpes, se bambolea, vacila al verse sacudido de aquí y de allí.

Pero no pierde ni la calma, ni su dignidad. Aun más, no sólo está tranquilo y majestuoso, sino hasta feliz, como extático. Sin preocuparse de los salivazos que le llueven sobre la cara, ni de la sangre que le sale de la nariz, levanta, en cierto momento, su inspirada faz, su cara luminosa y sonriente para clavar su mirada en una visión que sólo él contempla.

Abre los brazos en cruz, los eleva como para recibir lo que está viendo, luego cae de rodillas exclamando: “Veo abiertos los cielos y al Hijo del hombre, a Jesús, el Mesías de Dios, a quien matasteis, que está a la derecha de Dios”³.

Entonces los presentes pierden lo que les quedaba de humanidad y legalidad. Con la furia de una jauría de lobos, de chacales, de fieras, se arrojan contra él, lo muerden, lo pisotean, lo agarran, lo jalan por los cabellos, lo arrastran, haciéndolo caer, impidiendo en su furia el que avance, porque llevados de la rabia, quién quiere arrastrarlo fuera y quien lo jala en dirección contraria para golpearlo, darle de puntapiés.

Entre los más furiosos hay un joven de baja estatura, feo, de nombre Saulo. La ferocidad de su cara es indescriptible.

En un rincón de la sala está Gamaliel. No ha tomado parte alguna en los insultos, ni ha hablado a Esteban, ni a alguno de los poderosos. Se ve a las claras que siente disgusto por la cruel e injusta escena. En otro rincón, también descontento y sin participar en el proceso y confusión, está Nicodemo que mira a Gamaliel, cuya cara es un discurso elocuente. Pero cuando ve que por tercera vez jalan de los cabellos a Esteban y lo levantan, Gamaliel se envuelve en su anchísimo manto, se dirige hacia la salida opuesta, a donde Esteban es arrastrado.

Esto no escapa a Saulo que grita: “Rabí, ¿te vas?”

¹ Cfr. Hech. 6, 1- 8, 3.

² Cfr. Hech. 7, 1-54.

³ Cfr. Hech. 7, 56.

Gamaliel no le responde. Saulo, pensando que Gamaliel no lo oyó, le pregunta nuevamente añadiendo su nombre para quitar duda alguna:

“Rabí Gamaliel, ¿no tomas parte en el juicio?”

Gamaliel se vuelve y con una mirada terrible, altanera, glacial, secamente responde: “Sí”. Un “sí” seco.

Saulo comprende este “sí” y, abandonando su muda ferocidad, corre hacia Gamaliel, lo alcanza, lo detiene y le dice: “No vas a decirme, oh rabí, que desapruebas que lo hayamos condenado”.

Gamaliel ni lo mira, ni le responde. Saulo insiste: “Este hombre es dos veces culpable. Una por haber renegado de la ley, siguiendo a un samaritano poseso de Belcebú, y otra porque lo hizo después de haber sido tu discípulo”.

Gamaliel sigue sin mirarle, ni responderle. Entonces Saulo pregunta: “¿Eres acaso también tú seguidor de ese malhechor, de ese Jesús?”

Gamaliel le contesta: “No lo soy *todavía*. Pero si Él es lo que decía ser, y en verdad que muchas cosas lo demuestran, pido a Dios que lo llegue a ser”.

“¡Horror!” grita Saulo.

“¡Nada de horror! Cada uno tiene su inteligencia para usarla, y libremente para emplearla. Cada uno haga uso de su libertad que Dios le dio y de la luz que le puso en el corazón. Los justos antes o después emplearán estos dones para el bien, y los malvados para el mal”. Se va en dirección al lugar del tesoro, se apoya contra la misma columna en la que Jesús habló a la pobre viuda que depositó en el tesoro todo lo que traía: dos centavos, digamos. Saulo pocos instantes después está cerca de él, se le pone enfrente.

El contraste entre ambos es muy claro. Gamaliel, alto, de noble porte, bello, con sus rasgos netamente semíticos, de frente despejada, de ojos negros, inteligentísimos, penetrantes, encajados bajo cejas abundantes. Nariz recta, larga, delgada, que recuerda en cierto punto a la de Jesús, como lo recuerdan el color de la piel, la boca de labios sutiles. Se diferencia en que Gamaliel tiene la barba y bigotes, que en un tiempo debieron ser negros, como el azabache, canos y mas largos.

Saulo es de estatura baja, musculoso, de piernas cortas y gruesas, un poco separadas en las rodillas. Lo noto porque se ha levantado el manto. Trae una túnica corta, parada. Sus brazos son cortos, nervudos, como las piernas. Su cuello corto, su cabeza gruesa, morena, de cabellos cortos y ásperos, orejas más bien largas, frente convexa, ojos oscuros, algo así como de buey, en los que no hay nada de dulzura, ni de suavidad: pero sí muy inteligente bajo unas pestañas curvas, espesas. Sus mejillas están cubiertas con una barba áspera y tupida, pero bien cuidada. Debido tal vez a lo corto del cuello, parece un poco jorobado, con espaldas redondas.

Durante unos momentos no dice nada. Se conforma con mirar a Gamaliel. Luego le dice algo en voz baja, a lo que Gamaliel responde con voz clara y decidida: “No apruebo la violencia. Por ningún motivo. Nunca participaré de tus planes. Públicamente lo he dicho a todo el Sanedrín, cuando fue aprehendido Pedro por segunda vez y los otros apóstoles fueron llevados al Sanedrín para que los juzgase.”⁴ Repito lo mismo: “Si es un designio y obra de hombres, por sí mismo perecerá; si es de Dios, los hombres no podrán destruirlo, antes bien Dios podrá castigarlos”⁵. Tenlo presente”.

“¿Eres tú, el más grande rabí de Israel, protector de estos blasfemos seguidores del Nazareno?”

“Soy protector de la justicia, que enseña que seamos precavidos y justos al dictar nuestro parecer. Te lo repito. Si es cosa que viene de Dios, resistirá, de otro modo caerá por los suelos. No quiero mancharme las manos con una sangre que no sé si merezca la muerte”.

“Tú, tú, fariseo y doctor, ¿hablas así? ¿No temes al Altísimo?”

⁴ Cfr. Hech. 5, 27-42.

⁵ Hech. 5, 38-39.

“Más que tú. Pero pienso, recuerdo... No eras más que un pequeñín, todavía no hijo de la ley, y yo enseñaba ya en este Templo con el rabí más sabio de aquellos tiempos... Y con otros, sabios, pero no rectos. Nuestra sabiduría tuvo, entre estos muros, una lección que nos hizo pensar durante todo el resto de la vida. Los ojos del más sabio y justo de nuestros tiempos, se cerraron recordando aquella hora, y su inteligencia en el estudio de aquellas verdades, que se escucharon de labios de un niño que se manifestaba a los hombres, sobre todo si eran justos. Mis ojos han seguido abiertos, mi inteligencia ha continuado pensando, coordinando sucesos y cosas... Tuve el privilegio de oír al Altísimo que hablaba por medio de un muchacho, que fue después un hombre justo, sabio, poderoso, santo, y que por ser esto fue condenado a muerte. Sus palabras de aquel entonces se han visto confirmadas con lo acaecido años después, en el periodo de Daniel... ¡Desgraciado de mí que no comprendí antes! ¡Que esperé la última terrible señal para creer, para comprender! Desgraciado el pueblo de Israel que en ese entonces no comprendió, y ni siquiera ahora. La profecía de Daniel,⁷ la de los otros profetas, la palabra de Dios, continúa, y se cumplirán en el obstinado, ciego, sordo, injusto Israel que persigue al Mesías en sus siervos.

“¡Maldición! ¡Tú blasfemas! En verdad que no habrá salvación para el pueblo de Dios si los rabíes de Israel blasfeman, reniegan de Yahvé, el verdadero Dios, ¡para exaltar y creer en un falso Mesías!”

“No blasfemo. Lo hacen los que insultaron al Nazareno, y continúan haciéndolo al perseguir a sus seguidores. Tú eres el que blasfemas porque lo odias a Él y a los suyos. Has dicho bien al decir que no hay más salvación para Israel, pero no porque haya israelitas que pasan a su grey, sino porque Israel lo envió a la muerte, lo mató”.

“¡Me causas asco! ¡Traicionas la ley, el Templo!”

“Denúnciame entonces al Sanedrín, para que tenga la misma suerte que el que está por ser lapidado. Será el principio y compendio feliz de tu misión. Se me perdonará por este sacrificio mío, por no haber reconocido y comprendido a Dios que pasaba, al Salvador y Maestro, entre nosotros, sus hijos y su pueblo”.

Saulo con un gesto iracundo se va. Vuelve al patio que da a la sala del Sanedrín, al patio en que todavía se oye la gritería de la multitud llena de rabia contra Esteban. Alcanza a los verdugos en el patio, se les une, pues lo estaban esperando, y con ellos y otros sale del Templo, luego de los muros de la ciudad. Insultos, escarnios, golpes se caen sobre el diácono Esteban que avanza extenuado, cubierto de heridas, trastabillando, al lugar del suplicio.

Fuera de las murallas hay un espacio inculto, pedregoso, desierto. Se lo llevan allí. Los verdugos forman un círculo, lo dejan en el centro. Esteban tiene los vestidos rasgados y manchados de sangre. Se los quitan; se queda con una tunique muy corta. Todos se quitan los vestidos largos, quedando con las túnicas, cortas como Saulo, a quien se los entregan, porque él no quiere tomar parte en la lapidación, sea debido a las palabras de Gamaliel, sea porque no sepa tirar bien las piedras. Los verdugos recogen pesadas y agudas piedras y empieza la lapidación.

Esteban de pie recibe los primeros golpes. Con una sonrisa mezclada en la sangre que le brota de la boca, grita a Saulo, ocupado en recoger las vestiduras de los lapidadores: “Amigo mío, te espero en el camino del Mesías”.

Saulo le responde: “¡Cerdo! ¡Endemoniado!” y a sus injurias añade un fuerte golpe en las espinillas del diácono que poco faltó para que cayese de la fuerza o del dolor.

Después de varias pedradas, que por todas partes le hieren. Esteban cae de rodillas, apoyándose en las manos; recordando sin duda un hecho pasado, tocándose las sienes y la frente herida en voz baja dice: “Como me lo predijo, ¡La corona!... ¡Los rubíes!... ¡Oh, Señor mío, Maestro, Jesús, recibe mi espíritu!”

Otra granizada de piedras sobre la cabeza que lo arrojan contra el suelo bañado en sangre. Mientras pierde las fuerzas entre las pedradas que abundan como una granizada, grita:

⁷ Cfr. Dan. 9.

“Señor... Padre... perdónalos... no les tengas rencor por este pecado... no saben lo que...” La muerte le corta la frase de los labios, un último estremecimiento lo hace como encogerse sobre sí mismo, y así se queda. Ha muerto.

Los verdugos se acercan, le arrojan la última descarga de piedras y casi lo sepultan bajo ellas. Luego se ponen las vestiduras y se van al Templo para dar cuenta, ebrios de celo satánico, de su proeza.

Mientras hablan con el sumo Sacerdote y otros personajes, Saulo va en busca de Gamaliel. No lo encuentra. Regresa, lleno de odio contra los cristianos, habla con los sacerdotes, hace que le den unos pergaminos con el sello del Templo que lo autorice a perseguirlos. La sangre de Esteban debe haberlo hecho más furioso como a un toro en la lid, o como el vino a un alcohólico.

Está para salir del Templo cuando ve, bajo el pórtico a Gamaliel. Va donde él. Tal vez quiere trabar alguna discusión o justificarse, pero el rabí atraviesa el patio, y entra en una sala. Le cierra la puerta en sus narices. Saulo lleno de ira, sale a la carrera del Templo para ir a perseguir a los cristianos.

31. Los diversos efectos y consecuencias de los encuentros con Jesús

7 agosto 1944

“Me manifesté muchas veces y a muchos, aun de modo extraordinario, pero no en todos hubo igual resultado. Se puede ver cómo a cada manifestación mía correspondan con su santificación los que tienen buena voluntad, necesaria para tener paz, vida, justicia.

En los pastores la gracia trabajó por treinta años, durante mi vida oculta, y luego floreció cual espiga santa cuando llegó el tiempo en que los buenos se separaron de los malos para seguir al Hijo de Dios que pasaba por los caminos del mundo lanzando su grito de amor para llamar las ovejas de la grey eterna, que desparramó Satanás. Estuvieron presentes entre los que me seguían, entre mis enviados, porque con sus sencillas palabras decían: “Es Él. Lo reconocemos. A sus primeras lloradas bajaron los ángeles con sus cánticos. Y ellos nos dijeron que tendrán paz los hombres de buena voluntad. Buena voluntad es el deseo del bien y de la verdad. Sigámoslo. Seguidlo. Tendréis todos la paz que ha prometido el Señor”.

Humildes, sencillos, pobres, ellos mis primeros enviados se colocaron entre los hombres como los primeros soldados del Rey de Israel, del Rey del mundo. Ojos fieles, bocas honradas, corazones llenos de amor, incensarios que derramaban perfume de sus virtudes para que el aire que respiraba la divina Persona fuera menos corrupto. Y los encontré a los pies de la cruz, después de haberlos bendecido con mi mirada cuando caminaba por los senderos del Gólgota. Fueron de los pocos que no me maldijeron, sino que me amaron, creyeron en Mí, esperaron, me miraron con ojos de compasión, pensando en la lejana noche de mi nacimiento, y lloraron sobre Mí, Inocente, que la primera vez que dormí fue sobre pajas duras, y la última sobre un leño doloroso. Esto porque mi manifestación los había santificado.

Lo mismo sucedió con los sabios de oriente; con Simeón y Ana en el templo, con Andrés y Juan en el Jordán, con Pedro, Santiago y Juan en el Tabor; con María Magdalena, en la aurora pascual; con los once, a quienes perdoné en el Olivo, y aun antes, en Betania, su deserción... No, Juan, puro, no tuvo necesidad de perdón. Fue fiel, fue el héroe, el que siempre me amó. El amor purísimo en que vivía, su pureza de inteligencia, de corazón y cuerpo, lo preservaron de cualquier debilidad.

Gamaliel, y con él Hilel, no eran sencillos como los pastores, santos como Simeón, sabios como los tres Magos. En Él, y en su maestro y pariente, había tantos lazos que los sofocaban, que les impedían acercarse a la verdadera fe. Aun cuando eran fariseos, su intención era pura. Creían que estaban en lo justo, y querían serlo. Lo deseaban *por instinto* porque eran justos; con su inteligencia, porque su espíritu les decía a gritos que estaba descontento: “Este pan está mezclado con demasiada ceniza. Dadnos el pan de la verdad”.

Gamaliel no era tan fuerte que estuviese a punto de destruir estos lazos farisaicos. Su modo de ser lo tenía atado como esclavo, además de la estimación por el qué dirán, por el peligro personal, por el bienestar de la familia. Por estas cosas Gamaliel no había sabido comprender “al Dios que pasaba entre el pueblo”, ni usaba “aquella inteligencia y libertad” que Dios da a todos para que la empleen para su bien. Sólo la señal esperada por tantos años, señal que lo aterrorizó y torturó con remordimientos que no se acallaban, lo hubiera hecho reconocer al Mesías. Si hubiera cambiado su antigua manera de pensar hubiera creado en sí, después de una larga lucha dentro de sí, al discípulo de la verdad divina y lo hubiera hecho abandonar el modo de pensar de los fariseos que sofocaban el espíritu de la ley, cuya simplicidad y luminosidad opacaban con tantos preceptos humanos, equivocados, pero útiles para sí.

No había sido el único en no saber qué hacer. José de Arimatea como Nicodemo no supieron poner bajo sus pies las costumbres y lazos judíos y abrazar abiertamente la nueva doctrina, tanto es así que se acercaban a Mí “a escondidas” por temor a los judíos, o bien me encontraban como por casualidad en sus casas de campo, en Betania, porque sabían que la casa de Lázaro era temida por los judíos y respetada por los romanos. Pero eso sí más valientes que Gamaliel, hasta el punto que dieron muestras de un gesto de amor en la tarde del viernes.

El rabí Gamaliel no estaba muy aventajado, pero observad su intención recta; pues por ella su justicia, muy humana, se tiñe de algo sobrehumano. La de Saulo, al contrario, se ensucia con algo demoníaco a la hora en que tuvo qué decidir, en escoger entre el bien y el mal, entre lo justo e injusto.

El árbol del bien y del mal se yergue ante todos, para presentarles de la manera más atrayente sus frutos del mal, entre tanto que en las ramas con voz engañosa de ruiseñor, silba la serpiente tentadora. Toca al hombre, dotado de razón, de alma, saber discernir y querer el fruto bueno entre los demás que no lo son, pero que sí producen muerte en el alma, y preferir el fruto, aun cuando sea espinoso, amargo al paladar y no atractivo a la vista. Su metamorfosis en que se convierte en suave al tacto, dulce al paladar, hermoso a la vista, sucede cuando, por rectitud de espíritu y razón, se sabe escoger el fruto bueno, y se nutre el hombre de su jugo, amargo pero santo.

Saulo extiende sus manos ávidas al fruto del mal, del odio, de la injusticia, del crimen, y las extenderá hasta que no venga fulminado, abatido, cegado en sus ojos, para que consiga una vista sobrehumana, y se convierta no sólo en un hombre justo, sino en apóstol y confesor de quien antes era enemigo y a quien perseguía en sus siervos.

Gamaliel extiende sus manos al fruto del bien, deshaciéndose de los lazos de su ser humano y del hebraísmo. En él había nacido y empezaba a florecer la lejana semilla de luz y de justicia, que había sido depositada en mi cuarta epifanía o manifestación, y que había creado una recta intención, que él había custodiado y defendido con sus fuerzas. Su voluntad y mi sangre rompieron la dura corteza de aquella lejana semilla que había conservado por decenios, en su corazón de roca que se abrió, como se rompía el velo del templo, y la tierra de Jerusalén, que lanzó su último deseo, cuando Yo estaba ya muerto para oír con mis oídos humanos, pero que sí escuché con mi espíritu divino. Bajo el fuego solar de las palabras apostólicas y de los mejores discípulos, bajo la lluvia de la sangre de Esteban, mi primer mártir, aquella semilla echó raíces, se convirtió en planta, floreció y fructificó. La planta nueva de su adhesión a mi doctrina, nacida en la tragedia del viernes santo había arrancado y destrozado todas las hierbas y plantas antiguas.

La planta de su adhesión a mi doctrina y de su santidad se yergue ante mis ojos. Al perdonarlo porque aunque culpable, por no haberme comprendido antes, pero por su justicia no quiso participar a la sentencia de muerte dictada contra Esteban, por su deseo de querer ser mi seguidor, de querer ser hijo de la verdad, de la luz, el Padre lo bendijo, el Espíritu santificador lo aceptó. Su deseo se convirtió en realidad, sin necesidad de que le sucediese lo

que acaeció a Saulo en su camino a Damasco, pues este, protervo como era, no se hubiera rendido por otro medio a la justicia, caridad, luz, verdad, vida eterna y gloriosa de los cielos”.

32. Sepultura de San Esteban ¹

8 agosto 1951

Ya es muy noche, en que la luna no riela, porque hace tiempo que se escondió, cuando la Virgen sale de su casita de Getsemaní acompañada de Pedro, Santiago de Alfeo, Juan, Nicodemo y Zelote. Lázaros los espera a la puerta, donde empieza el sendero que lleva al cancel inferior, enciende una lámpara de aceite cubierta con algo así como mica o de alabastro. La luz es tenue, pero suficiente para ver las piedras y obstáculos que puede haber. Lázaros se pone al lado de la Virgen para alumbrarle. Juan viene al otro, la sostiene por el brazo. Los demás los siguen en grupo.

Llegan al Cedrón. Lo siguen, de modo que los arbustos y matorrales los pueden ocultar. Hasta el murmullo de las pocas aguas que corren sirven para sumergir consigo el ruido de las sandalias.

Continuando siempre por la parte exterior de la muralla hasta la puerta más cercana al Templo, e internándose en la zona deshabitada y opaca, llegan al lugar donde fue lapidado Esteban. Se dirigen al montón de piedras bajo el que está semi sepultado, las apartan y ven el cuerpo. Está tieso, encogido así como lo sorprendió la muerte. Está frío, duro, congelado.

La Virgen, a la que unos pasos antes se le había detenido, se separa y avanza para ver ese cuerpo desgarrado, envuelto en sangre. Sin preocuparse de que su vestido se manche de sangre, ayudada de Santiago de Alfeo y de Juan, pone el cuerpo en un lienzo extendido sobre la tierra, donde no hay piedras, y con un lienzo que moja en una jarra que le presenta Zelote, limpia, como puede, la cara de Esteban, le compone los cabellos, procurando colocarlos sobre las sienes y mejillas heridas, para cubrir los cardenales que las piedras le hicieron. Limpia el resto de su cuerpo, y trata de que su posición sea menos trágica, pero el hielo de la muerte que hace muchas horas lo ha congelado, no lo permite del todo. Los demás lo intentan, pero inútilmente. María tiene el rostro de la dolorosa del Gólgota y del sepulcro. Visten a Esteban con un vestido limpio, porque los suyos no se encuentran. Los habrán arrojado lejos o robado. La tuniquilla que le ha quedado no es más que una garra.

Terminado esto, y bajo la luz de la lámpara que Lázaros sostiene, levantan el cuerpo, lo ponen en otra sábana limpia. Nicodemo recoge la primera, empapada en el agua con que limpiaron el cuerpo del mártir, y la oculta bajo su manto. Levantan el cuerpo. Al lado de la cabeza están Juan y Santiago, al de los pies, Pedro y Zelote. Emprenden el regreso, precedidos por Lázaros y la Virgen.

No toman el mismo camino por el que vinieron. Se internan en la campiña, dan vuelta a los pies del olivar, llegan al camino que conduce a Jericó y Betania. Se detienen para descansar y hablar.

Nicodemo que estuvo presente, aunque de manera pasiva, cuando Esteban fue arrastrado a la muerte, y por ser uno de los principales de los judíos,² sabe mejor que los otros, la decisión del sanedrín, advierte a todos que se ha desencadenado y ordenado la persecución contra los fieles, y que Esteban no es sino el primero de una larga lista de nombres señalados como seguidores de Jesús.

Los apóstoles dicen unánimes: “¡Que hagan lo que quieran! No cejaremos ni ante sus amenazas, ni por prudencia”.

Pero Lázaros y Nicodemo, hacen notar a Pedro y a Santiago de Alfeo que la Iglesia tiene muy pocos sacerdotes y que si los más importantes fuesen muertos, esto es, Pedro el jefe, y Santiago el obispo de Jerusalén, la Iglesia difícilmente se salvaría. Recuerdan a Pedro que

¹ Cfr. Hech. 8, 2.

² Cfr. Ju. 3, 1.

Jesús, el Fundador y Maestro de la Iglesia, dejó la Judea, que se fue a Samaria para que no lo matasen antes de que los hubiera instruido mejor y cómo había aconsejado a sus siervos que siguiesen su ejemplo, hasta que los pastores no fuesen tantos que no se pudiera temer la dispersión de los fieles por su muerte. Y concluyen diciendo: “Derramaos por la Judea y Samaria. Haced allá prosélitos, pastores, y de allí esparcidos por la tierra, para que como Él mandó, todas las gentes conozcan el evangelio”.

Los apóstoles se quedan perplejos. Miran a la Virgen, como para conocer su parecer.

María, que comprende lo que quieren preguntarle, aconseja: “Lo que ha dicho es justo, escuchadlo. No hay nada de cobardía, sino más bien prudencia. Él lo enseñó: “Sed sencillos como las palomas y prudentes como las serpientes. Os envío cual ovejas en medio de lobos. Guardaos de los hombres...”³”.

Santiago la interrumpe: “Así es, Madre. Pero también dijo: “Cuando estuvieseis en sus manos y fueseis llevados ante los gobernadores, no os turbéis porque no sepáis qué responder. No seréis los que hablaréis, sino que vosotros y en vosotros hablará el Espíritu de vuestro Padre”. Yo me quedo aquí. El discípulo debe ser como el Maestro. Él murió para dar su vida por la Iglesia. Cada muerte nuestra será una piedra añadida al gran nuevo Templo, un aumento de vida al gran inmortal cuerpo de la Iglesia universal. Que me maten, si quieren. Viviendo en el cielo seré más feliz, porque estaré al lado de mi Hermano, y seré aún más poderoso. No tengo miedo a la muerte, sino al pecado. Abandonar mi lugar, me parece imitar la acción de Judas, el traidor de todos los tiempos. Este pecado no lo cometerá jamás Santiago hijo de Alfeo. Si debo caer, caeré cual valiente en mi lugar de combate, en el lugar en el que Él me señaló”

María le responde: “No penetro en los secretos tuyos con el Hombre-Dios. Si así te inspira, hazlo. Él es el único que tiene el derecho de mandar. A todos nosotros nos toca obedecerle siempre, en todo, y hacer su voluntad”.

Pedro menos heroico, habla con Zelote para conocer su parecer. Lázaro que está cerca, propone lo siguiente: “Venid a Betania. Está cerca de Jerusalén y cerca del camino que lleva a Samaria. De allí partió Jesús tantas veces para escapara de sus enemigos...”

Nicodemo propone a su vez: “Venid a mi casa de campo. Es segura. Está cerca de Betania como de Jerusalén, y da al camino que lleva de Jericó a Efraín”.

“No. Es mejor la mía, pues Roma la protege” insiste Lázaro.

“Muchos te odian desde que Jesús te resucitó, pues así demostró su naturaleza divina *a no dudar*. Piensa que lo que te hizo decidió su muerte. No vas a decidir ahora la tuya” le objeta Nicodemo.

“¿Y dónde dejáis la mía? En realidad es de Lázaro, pero todavía está a mi nombre” propone Simón Zelote.

María interviene: “Permitidme que piense bien las cosas, y decida lo que hay que hacer, Dios no me dejará sin mis luces, cuando lo sepa os lo diré. Por ahora venid conmigo a Getsemaní”.

“Sede de toda Sabiduría, madre de la Palabra y de la Luz, siempre eres la Estrella segura que guía. Te obedecemos” responden todos, como si el Espíritu Santo haya hablado en sus corazones y por sus labios

Se levantan, prosiguen su camino. Pedro, Santiago, Simón y Juan van con la Virgen a Getsemaní, Lázaro y Nicodemo levantan la sábana en que viene envuelto el cuerpo de Esteban, y a los primeros albos del alba, toman el camino de Betania y Jericó. ¿A dónde llevan al mártir? Misterio.

33. Gamaliel se hace cristiano

1° noviembre 1951

³ Cfr. Mt. 10, 16-17.

Habrán pasado ya muchos años, porque Juan muestra encontrarse en plena edad viril, más robusto, más maduro, con los cabellos, la barba y los bigotes de un rubio mucho más oscuro.

María que está hilando mientras Juan arregla la cocina de la casita de Getsemaní, hace poco blanqueadas las paredes y barnizados sus muebles, no parece haber cambiado gran cosa. Su faz es fresca y serena. Todas las huellas que el dolor y muerte de su Hijo habían impreso, así como su regreso al Cielo y las primeras persecuciones contra los discípulos, han desaparecido. El tiempo no ha clavado sus garras sobre ese rostro tan hermoso. Los años no han cambiado la frescura y belleza de su rostro.

La lámpara, que está sobre la mesa, arroja luz danzarina sobre las manitas de María, sobre el blanco estambre, sobre la rueca, sobre el sutil hilo, sobre el huso, sobre los rubios cabellos trenzados sobre la nuca.

Por la puerta abierta un hermosísimo rayo de luz penetra en la cocina y por ella extiende una faja de plata que llega hasta el banco donde está sentada, que ilumina sus pies, entre tanto que la luz de la lámpara ilumina sus manos y cabeza. Afuera entre olivos que rodean la casa de Getsemaní cantan los ruisseños sus trinos de amor.

De pronto se callan, como si se espantasen de algo. Momentos después se oye el caminar de alguien que se acerca cada vez más y que cesa hasta que se detiene en el umbral de la cocina, haciendo desaparecer los rayos de la luna que bañaban hacia unos pocos instantes las piedras del camino.

María levanta la cabeza y mira la entrada. Juan mira también hacia la puerta, y un “¡oh!” lleno de admiración se escapa de sus labios, entre tanto que ambos, al unísono, se dirigen a la entrada, donde está Gamaliel de pie. Un Gamaliel ya muy viejo, cual espectro por lo flaco que se le ve dentro de sus vestidos blancos que la luna al brillar sobre ellos los hace casi fosforescentes. Un Gamaliel abatido, destrozado por los sucesos, por los remordimientos, por tantas cosas, más que por la edad.

“Rabí, ¿tú aquí? ¡Entra! ¡Pasa! ¡La paz sea contigo!” le dice Juan que lo tiene enfrente y cerca, mientras que María está un paso atrás.

“Si me guías... estoy ciego...” responde el viejo rabí con voz trémula.

Juan desconcertado, pregunta lleno de compasión: “¿Ciego? ¿Desde cuándo?”

“¡Oh! Desde hace mucho tiempo. La vista comenzó a debilitarse poco después... poco después. Sí, después de que no supe reconocer la Luz verdadera que vino a iluminar a los hombres, hasta que el terremoto no rompió el velo del Templo, sacudió las fuertes murallas, como lo había dicho. Verdaderamente doble velo era el que cubría al Santo de los Santos del Templo, y todavía más al verdadero Santo de los Santos, a la Palabra del Padre, su eterno Unigénito, oculto bajo el velo de un cuerpo humano, de una carne purísima, que sólo su pasión y gloriosa resurrección dejaron manifiesto aun a los más tercos, como soy yo, de lo que realmente era: el Mesías, el Emmanuel. Desde aquel momento las tinieblas empezaron a bajar sobre mis pupilas, y a hacerse más densas. Justo castigo. Hace poco tiempo que estoy completamente ciego. Y he venido...”

Juan lo interrumpe preguntándole: “¿Has venido acaso a pedir un milagro?”

“Sí. Un gran milagro. Lo pido a la Madre del Dios verdadero”.

“Gamaliel, yo no poseo el poder que tenía mi Hijo. Él podía devolver la vida y la vista a las pupilas apagadas, la palabra a los mudos, movimiento a los paralizados; pero yo no” le responde la Virgen. Y continúa: “Pero ven aquí, cerca de la mesa, y siéntate. Estás cansado y viejo. No te fatigues más” y con todo cariño, junto con Juan lo lleva cerca de la mesa, y hace que se siente en un banco.

Gamaliel antes de soltar la mano, la besa con respeto, luego continúa: “No te pido, ¡oh, María!, el milagro de ver nuevamente. No, no pido esta cosa material. Lo que te pido, Bendita entre todas las mujeres, es una vista de águila para mi espíritu, para que vea toda la verdad. No te pido la luz para mis pupilas apagadas, sino la luz sobrenatural, divina, la verdadera luz es sabiduría, verdad, vida para mi alma y corazón desgarrados, agotados por los remordimientos que no me dan tregua. No tengo ningún deseo de ver con los ojos este mundo

hebreo, tan... tan obstinadamente rebelde contra Dios, que ha sido para él tan misericordioso, lo que en realidad no merecemos. Estoy contento de verlo más, y que mi ceguera me haya liberado de todas mis obligaciones para con el Templo y para con el Sanedrín, que han sido injustos contra tu Hijo y contra sus seguidores. Lo que deseo ver con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi inteligencia es a Él, a Jesús. Verlo en mí, en mi espíritu, ¡oh santa Madre de Dios que lo ves!, como lo han visto Juan, tan puro, Santiago, mientras vivió,¹ y los demás. Verlo para amarlo con todo mi ser, y con este amor reparar mis culpas y alcanzar su perdón, para poseer la vida eterna de la que me he hecho indigno de alcanzar..." Inclina su cabeza sobre sus brazos que tiene apoyados sobre la mesa y llora.

María le pone una mano sobre la cabeza sacudida, por los sollozos y le responde: "No, que no te has hecho indigno de la vida eterna. El Salvador perdona todo a quien se arrepiente de sus errores pasados. Aun al traidor hubiera perdonado si se hubiera arrepentido de su horrible pecado. La culpa de Judas de Keriot fue muy grande respecto a la tuya. Piensa. Judas fue apóstol a quien aceptó Jesús, a quien Él instruyó, a quien amó más que a nadie; si se piensa que, pese a que no ignoraba nada, no lo arrojó del grupo de los apóstoles, más bien, hasta el momento supremo, empleó toda clase de pretextos para que nadie pudiera comprender lo que era, y lo que tramaba. Mi Hijo es la Verdad misma, y no puede mentir. Pero cuando veía que los once sospechaban algo, y que le preguntaban de Judas, sin mentir, procuraba desviar sus sospechas, y no respondía a sus preguntas, bien diciéndoles que no preguntasen, o que por prudencia o caridad no lo hiciesen. Tu culpa es insignificante. Aun ni siquiera el nombre de culpa tiene. No puede decir que seas un incrédulo, más bien podrá decirse que has creído bastante. Tanto creíste en Él cuando tenía doce años que te habló en el Templo. Tercamente, pero con recta intención nacida de tu fe absoluta en ese Niño, en cuyos labios habías oído palabras de infinita sabiduría, has esperado la señal para poder creer en Él y ver en Él al Mesías. Dios perdona a quien tiene una fe tan fuerte y fiel. Y perdona mucho más a quien, dudando todavía sobre la verdadera Naturaleza de un hombre, acusado injustamente, no quiere tomar parte en su condenación porque cree que es injusta. Tu modo espiritual de ver la verdad ha ido aumentando desde que dejaste el Sanedrín, porque no quisiste consentir en esa acción sacrilega. Y ha crecido mucho más, cuando, encontrándote en el templo, viste que se realizaba la señal tan esperada, que marcaba el principio de la era de la nueva religión. Siguió creciendo cuando, con palabras nacidas de lo hondo de tu corazón, oraste a los pies de la cruz de mi Hijo, que estaba ya helado y muerto. Has llegado casi a la perfección cada vez que con palabras, o con abstención, defendiste a los siervos de mi Hijo y no quisiste tomar parte en la condenación de los primeros mártires.³ Créeme, Gamaliel, cada acción tuya de dolor, de justicia, de amor aumentó en ti tu vista espiritual".

"Todo esto no es suficiente. Mira. Tuve la gracia extraordinaria de haber conocido a tu Hijo desde su primera manifestación pública hasta cuando fue adulto. ¡Debería de haber visto entonces!, ¡comprendido! ¡Fui un ciego, un necio!... No vi y no comprendí. Ni siquiera esas veces, ni cuando tuve la gracia de acercármele, cuando era ya un Maestro, y de oír sus palabras que fueron siempre justas, siempre poderosas. Tercamente esperaba la señal humana, que se sacudieran las piedras... Y no veía que en Él todo era una señal. No veía que Él era la piedra angular que los profetas habían predicho, la piedra que sacudía al mundo hebreo y gentil, la piedra que sacudía las piedras de los corazones con su palabra, con sus prodigios. No veía en Él la señal clara de su Padre en todo lo que hacía o decía. ¿Cómo puede perdonar tanta terquedad?"

"Gamaliel, ¿puedes creer que yo, que soy el trono de la Sabiduría, la llena de Gracia, la que por la Sabiduría que en mí se hizo carne, y por la Gracias que me dio, tuve una plenitud de conocimientos de cosas sobrenaturales, pueda aconsejarte otra cosa que no sea tu bien?"

¹ Cfr. Hech. 12, 1-2.

³ Cfr. Hech. 5, 27-42.

“¡No lo creo! Y porque no lo creo, por eso he venido a verte, para tener la luz. ¡Tú, Hija, Madre, Esposa de Dios, que desde tu concepción fuiste colmada de luces de sabiduría, no puedes menos que señalarme el camino que debo tomar para tener paz, para encontrar la verdad, para conquistar la verdadera vida. Estoy muy conciente de mis errores, tan abatido de mi miseria espiritual que tengo necesidad de ayuda para poder ir a Dios”.

“Lo que tomas por obstáculo no son más que alas para elevarte a Dios. Te has destruido a ti mismo, te has humillado. Eras un monte potente, te has hecho un valle profundo. Ten en cuenta que la humildad es semejante a lo que fertiliza los campos para hacerlos fértiles. Es una escalera para subir, una escalera para subir a Dios, quien al ver al humilde, lo llama a Sí para exaltarlo, para encenderlo en su caridad e iluminarlo con sus luces para que pueda ver. Por esto, te digo que estás ya en la luz, en el camino justo, hacia la verdadera vida de los hijos de Dios”.

“Pero para tener la Gracia, debo entrar en la Iglesia, ser bautizado y así, limpio de toda culpa, para poder convertirme en hijo adoptivo de Dios. No me opongo a éste. Más bien, he destruido en mí al hijo de la Ley. No puedo alimentar ninguna estima, ni amor por el Templo. Pero no quiero ser nada. Debo, pues, reedificar sobre las ruinas de mi pasado al hombre nuevo, la fe nueva. Me imagino que apóstoles y discípulos desconfíen y estén prevenidos contra mí, el rabí de dura cerviz...”

Juan lo interrumpe: “Te equivocas, Gamaliel. Por mi parte soy el primero en quererte y reputaré como un día de una gracia extraordinaria cuando puedas ser una oveja de la grey de Cristo. No sería yo un discípulo de Jesús si no pusiese en práctica sus enseñanzas. Él nos mandó que nos amásemos y comprendiésemos, y sobre todo que amásemos y comprendiésemos a los débiles, a los enfermos, a los extraviados. Nos dijo que imitásemos sus ejemplos. Nosotros vimos que fue siempre amor para con los culpables arrepentidos, para con los hijos pródigos que regresan al Padre, para con las ovejas extraviadas. Desde Magdalena hasta las samaritanas, desde Aglae hasta el ladrón. ¡Oh, a cuántas almas Él redimió con su misericordia! Hubiera perdonado a Judas si se hubiera arrepentido. Tantas veces lo había perdonado. Yo sé, cuánto lo amó, pese a que conocía todas sus acciones. Ven conmigo. Haré de ti un hijo de Dios y hermano de Jesús Salvador”.

“Tú no eres el Pontífice. Lo es Pedro... ¿Será él tan bueno como tú lo eres? Sé que él es muy diverso de ti...”

“*Lo fue*. Pero desde que vio lo frágil que era, hasta lo indecible, hasta haber renegado de su Maestro, no lo es más, y tiene compasión por todos y para con todos”.

“Entonces llévame a él sin perder tiempo. Ya estoy viejo y mucho me he tardado, Me sentía muy indigno, y tenía miedo de que todos los siervos de Jesús me trataran de igual modo. Ahora que las palabras de María, y las tuyas me han reconfortado quiero entrar lo más pronto posible en el redil del Maestro, antes de que mi viejo corazón, quebrantado con tantas cosas, se detenga. Llévame tú, porque dije al siervo que me había traído hasta aquí que se fuera, para que no me oyese nada. Regresará a la hora de prima. Y para ese entonces estaré ya lejos. De todos modos: de esta casa y del Templo. *Para siempre*. Ante todo yo, hijo rebelde, iré a la casa del Padre, yo la oveja extraviada, al redil del Pastor eterno. Luego regresaré a mi casa lejana, para morir allí en paz y en gracia de Dios”.

María espontáneamente lo abraza. Le dice: “Dios te dé Paz y gloria eterna porque lo has merecido, al manifestar tu verdadero pensamiento a los poderosos jefes de Israel sin tener miedo de sus reacciones. Dios esté siempre contigo. Que Él te bendiga”.

Gamaliel busca de nuevo sus manos, las toma entre las suyas, y se las besa. Se arrodilla y le pide que ponga sus manos benditas sobre su cabeza.

María lo satisface, y hasta hace un signo de cruz sobre su cabeza inclinada. Luego, junto con Juan, lo ayuda a ponerse de pie, lo acompaña hasta la puerta, y mira que se va guiado por el apóstol, hacia la verdadera vida, el hombre humanamente terminado, sobrenaturalmente vivificado.

34. Conversación entre Pedro y Juan

4 noviembre 1951

En la terraza de la casa de Simón, que la luna ilumina, están Pedro y Juan. Hablan en voz baja. Señalan la casa de Lázaro, cerrada, silenciosa. Hablan largamente, yendo y viniendo. Luego no sé por qué motivo, la discusión se hace más animada, y sus palabras que antes apenas si podían oírse, suben de tono.

Pedro, dando un puñetazo sobre el parapeto, exclama: “¿Pero no comprendes que debe hacerse así? En nombre de Dios te hablo, y tú escúchame, y no quieras ser terco. Conviene que se haga como pienso. No por cobardía ni por temor, sino para impedir el exterminio total de la Iglesia. Todos nuestros pasos, son seguidos. Estoy convencido. Nicodemo me ha dicho que estoy en lo cierto. ¿Por qué no podemos quedarnos en Betania? Por esta razón. ¿Por qué no es más prudente estarnos aquí o en la de Nicodemo, o en la de Nique o Anastásica? Siempre por el mismo motivo. Para impedir que la Iglesia muera, que mueran sus jefes”.

“El Maestro muchas veces nos aseguró que ni siquiera el infierno podrá exterminarla, ni vencerla” le responde Juan.

“Es verdad, El infierno no vencerá, así como no lo venció a Él. Pero los hombres sí, como vencieron al Hombre-Dios que venció a Satanás, pero que no pudo reportar su victoria sobre los hombres”.

“Porque no quiso vencer. Debía redimir y por lo tanto morir. ¡Y *con esa muerte!* ¡Pero si hubiera querido vencerlos! ¡Cuántas veces no esquivó las asechanzas de todas clases que le tendieron!”

“También la Iglesia sufrirá lo mismo, peor no perecerá con tal que nosotros tengamos prudencia de que no se extermine a sus actuales jefes, antes que nosotros no creemos otros sacerdotes y seguidores de cualquier grado que sean, y los formemos para su ministerio. No te engañes, Juan. Los fariseos, escribas, sacerdotes y sanedristas harán todo lo posible para matar a los pastores para que la grey se disperse. Una grey todavía tímida y débil. Sobre todo la grey de Palestina. No debemos dejarla sin pastores hasta que muchos corderos no se hayan convertido, a su vez, en pastores. Ya has visto cuántos de ellos han caído muertos. Piensa en cuántas regiones del mundo nos esperan. La orden fue clara: “Id a evangelizar a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar cuanto os ordené”². Y en la playa, por tres veces me mandó que apacentara sus ovejas, que apacentase sus corderos, y me profetizó que sólo cuando sea yo viejo me amarrarán y me conducirán, para que confiese al Mesías con mi sangre y mi vida.³ ¡Todavía está muy lejos! Si entendí bien una de sus palabras, antes de que muriera Lázaro, me dijo que tenía que ir a Roma, y fundar allá la Iglesia inmortal.⁴ ¿No creyó Él mismo prudente retirarse a Efraín, porque aun no había terminado su evangelización?⁵ Regresó cuando fue la hora de ser aprehendido y matado. Imitémoslo. No se puede decir que Lázaro, Magdalena y Marta hayan sido cobardes. Y sin embargo ves que, aun con mucho dolor, se han ido de acá, para llevar a otras partes la palabra divina que aquí los judíos aplastarían. Yo, a quien Él eligió Pontífice, lo he decidido así con otros, también apóstoles y discípulos. Nos esparciremos. Algunos irán a Samaria, otros al gran mar, otros a Fenicia, siguiendo siempre hacia adelante, hacia Siria, las islas, Grecia, el imperio romano. Si en estos lugares la cizaña y el veneno judíos hacen estériles los campos y viña del Señor, iremos a otras partes y sembraremos para que no sólo se recoja algo, sino en abundancia. Si en estos lugares, el odio judío envenena las aguas y las corrompe, para que yo, pescador de almas, y mis hermanos no

² Cfr. Mt. 28, 19-20.

³ Cfr. Ju. 21, 15-19.

⁴ Cfr. Mt. 16, 16-19.

⁵ Cfr. Ju. 11, 54.

podamos pescar almas para el Señor, vayamos a otros mares. Conviene ser prudentes y astutos al mismo tiempo. Créemelo, Juan”.

“Tienes razón. Si insisto es por María. No puedo, ni debo dejarla. Ambos sufriríamos mucho. Sería una acción mala de mi parte...” replica Juan.

“Tú quédate. Ella también se queda, porque arrancarla de aquí, sería algo absurdo...”

“A esto jamás consentiría. Os alcanzaré después, cuando no esté ya más sobre la tierra”.

“Te esperamos. Eres aun joven... Mucho te queda de vida”.

“Y a María muy poco”.

“¿Por qué? ¿Está acaso enferma, débil?”

“¡Oh, no! El tiempo y los dolores no le afectan en nada. Está siempre joven de rostro y de corazón. Serena, diría yo, hasta bienaventurada”.

“¿Entonces por qué decías...?”

“Porque comprendo que este reflujo de belleza y de alegría es la señal de que presiente que esté próxima a reunirse con su Hijo. Unión total quiero decir. Porque la espiritual no se ha interrumpido jamás. Yo no levanto los velos sobre los misterios de Dios. Estoy seguro que cada día ve a su Hijo glorioso. Y en esto radica su felicidad. Me imagino que cuando lo ve su espíritu se ilumina y puede conocer lo futuro, como Dios lo conoce, y también el suyo. Todavía está en la tierra corporalmente, pero sin temor a equivocarme podría decir que su espíritu está casi siempre en el cielo. Tal es su unión con Dios que no creo sea sacrilego afirmar que Dios está en Ella, como cuando lo llevaba en su seno. Y mejor aún. Como el Verbo se unió a Ella para llegar a ser Jesús, el Mesías, así ahora Ella se une de tal modo con Él que es otro Él, que ha tomado una nueva humanidad, la de Jesús mismo. Si digo alguna herejía que Dios me haga reconocer mi error, y me lo perdone. Ella vive en el amor. Este fuego de amor la enciende, la nutre, la ilumina, y ese fuego de amor, cuando llegue el momento, la arrebatará, sin dolor, sin que su cuerpo sufra corrupción alguna... El dolor será el nuestro... Sobre todo mío... No tendremos más a la Maestra, a la Guía, a la Consoladora... Y yo me encontraré verdaderamente solo...”

Juan, cuya voz acusaba ya las lágrimas, se deshace en sollozos tan fuertes como ni siquiera los tuvo al pie de la cruz y en el sepulcro. Pedro aunque en menor grado, llora y pide a Juan que lo tenga informado, si puede, para que pueda asistir al tránsito de la Virgen, o por lo menos a su sepultura.

“Lo haré si puedo. Pero dudo mucho. Una voz interna que dice que así como sucedió a Elías, que fue arrebatado por un torbellino celestial en un carro de fuego,⁹ lo mismo sucederá a Ella. No tendré tiempo de darme cuenta de su próximo tránsito, cuando Ella estará ya en el cielo”.

“Pero su cuerpo se quedará. ¡También se quedó el del Maestro! ¡Y era Dios!”

“Para Él tenía que suceder así, para Ella, no. Debía Él con su resurrección desmentir las calumnias de los judíos, con sus apariciones persuadir al mundo, que no sabía qué hacer, o que era contrario, por la muerte sufrida en la cruz. Pero Ella no tiene necesidad de ello. Si puedo hacerlo, lo haré. Hasta pronto, Pedro, pontífice y hermano mío en Jesús. Voy donde está Ella, que de seguro me está esperando. Dios esté contigo”.

“Y contigo. Dile a María que ruegue por mí, que perdone una vez más mi cobardía durante el proceso. Es algo que no logro borrar del corazón, algo que no me da paz alguna... Corren lágrimas por sus mejillas. Agrega: “Que sea para mí una Madre, Madre del amor, para mí que soy un infeliz hijo pródigo...”

“No es necesario que se lo diga. Te ama más que una madre natural. Te ama como Madre de Dios, y como sólo Ella puede amar. Si estuvo pronta a perdonar a Judas, cuya culpa es infinita, ¡imagínate si no te ha perdonado! La paz sea contigo, Hermano. Me voy”.

“Te sigo, si me lo permites. Quiero verla una vez más”.

“Ven. Conozco el camino que va a Getsemaní sin que alguien nos vea”.

⁹ Cfr. 4Rey. 2, 1-18; Eccli. 48, 1-11.

Caminan rápido y silenciosos hacia Jerusalén. Pasan por el camino superior, que une el monte de los Olivos con la parte más distante de la ciudad.

Llegan cuando comienza a alborear. Entran en Getsemaní, bajan a la casita. María que está en la terraza, los ve venir y, dando un grito de alegría, baja a su encuentro.

Pedro cae a sus pies, con la cara contra el suelo, diciendo: “¡Perdón Madre!”

“¿De qué cosa? ¿Has acaso faltado en algo? El que me revela todo, no me ha revelado ninguna otra cosa más de que eres digno sucesor suyo en la fe. Como hombre eres un justo, aunque un poco impulsivo ¿Qué quieres que te perdone?”

Pedro llora. No dice nada.

Juan explica: “Pedro no se siente nunca tranquilo por haber renegado de Jesús en el patio del Templo”.

“Es una cosa que ya pasó. Está borrada, Pedro. ¿Te reprendió Jesús por ello?”

“¡Oh, no!”

“¿Te mostró menos que antes?”

“¡No, no! ¡Antes bien...”

“¿Y esto no te dice que Él y yo con Él, te hemos comprendido y perdonado?”

“Tienes razón. Siempre he sido un pedazo de tonto”.

“Vete ahora en paz. Te aseguro que nos encontraremos en el Cielo todos. Yo, tú, los demás apóstoles y diáconos junto al Hombre-Dios. Por lo que me toca a mí, te bendigo” y como hizo con Gamaliel, de igual modo hace con Pedro, pone sus manos sobre su cabeza y traza sobre ella una señal de la cruz.

Pedro se inclina y le besa los pies. Se levanta más sereno que antes, y acompañado de Juan, regresa al cancel alto, lo pasa, y se va, mientras que el joven apóstol, después de haber cerrado la entrada, vuelve con María.

35. El tránsito bienaventurado de María

21 noviembre 1951

María está en su habitación que se encuentra sobre la terraza. Su vestido de lino blanco como lo es el manto que le pende del cuello, le cae por la espalda y el velo delgadísimo que le cubre la cabeza. Está arreglando sus vestidos y los de Jesús que siempre ha conservado. Elige los mejores que son pocos. De entre sus vestidos toma los que tenía en el calvario; de los de Jesús uno de lino que usaba en los días de verano, y el manto que fue encontrado en el Getsemaní, en que se ven todavía manchas de sangre.

Después de haberlos doblado, y besado el manto de Jesús, va al cofre donde desde hace tiempo están las reliquias de la última cena y de la pasión. Pone éstas en la parte superior del cofre, y los vestidos en el inferior.

Está cerrando el cofre cuando Juan, que había subido sin hacer ruido a la terraza, y que se ha asomado a ver lo que estaba haciendo, tal vez preocupado porque por largo tiempo no estaba en la cocina, a donde debía haber subido a pasar las primeras horas de la mañana, la hace volver en sí, cuando le pregunta: “¿Qué estás haciendo, Madre?”

“He puesto todo lo que hay que conservar. Todos los recuerdos... Todo cuanto es testimonio de su amor y dolor infinitos”.

“¿Por qué, Madre, quisiste volver a abrir las heridas de tu corazón al ver estas cosas tristes? Estás pálida y tus manos tiemblan... Sufres al verlas” le dice Juan, que se ha acercado, como si temiese que fuese a caer por tierra, por lo pálida que está.

“¡Oh, no estoy pálida, ni tiemblo por esto! Por esto no se me vuelven a abrir las heridas... Jamás se han cerrado del todo. Pero también la paz y el gozo están en mí, y nunca como ahora han sido tan completos”.

“¿Nunca como ahora? No comprendo... Para mí estos objetos me recuerdan la angustia de aquellas horas. Y no soy más que un discípulo. Tú eres su Madre...”

“Y por esto debería yo sufrir más, quieres decir. Y, humanamente, tienes razón. Pero no es así. Estoy acostumbrada a sufrir sus separaciones. Siempre dolorosas porque su presencia y cercanía era mi paraíso en la tierra. Separaciones que sufrí voluntariamente, con toda calma, porque todas sus acciones las ordenaba el Padre, eran respuesta a sus voluntad, y por lo tanto las aceptaba también yo que me he sujetado al querer y designios de Dios. Sufría yo, cuando Jesús partía. Me sentía sola. Mi dolor cuando, de pequeño, me dejó ocultamente, para su disputa con los doctores del Templo, sólo Dios sabe cuán intenso fue. Fuera de la pregunta que como madre tuve qué hacerle, no le dije otra cosa. De igual modo no le detuve cuando me dejó para convertirse en el Maestro... y yo era viuda, me encontraba sola en un lugar que, fuera de algunas personas, no me amaban. Nada me sorprendió su respuesta que me dio en las bodas de Caná. Cumplía con la voluntad de su Padre. Yo no me oponía a que la hiciera. Podía elevar una súplica, dar un consejo. Consejo a sus discípulos, súplica por alguna persona infeliz. Pero más de esto, no. Sufría cuando me dejaba para ir al mundo, enemigo suyo, pecador hasta el punto que vivir en medio de él era sufrimiento. ¡Pero cuánta alegría cuando regresaba! Era tan inmensa que me recompensaba setenta veces siete del dolor de haberme visto separada de Él. Angustiosa fue la separación cuando murió, pero ¿con qué palabras podría decirte el gozo que experimenté cuando se me apareció resucitado? Inmensa fue la pena de la separación cuando fue al Padre, separación que no tendrá fin hasta cuando mi vida terrenal termine. Ahora soy feliz, como en otro tiempo padecí, porque presiento que mi vida ha terminado. He hecho cuanto tuve qué hacer. He terminado mi misión terrena. La otra, la celestial, no tendrá fin. Dios me ha dejado en la tierra hasta que, como mi Jesús haya cumplido lo que tenía qué realizar. Tengo dentro de mí esta alegría secreta, la única gota de bálsamo que Jesús tuvo en sus amarguísimos y últimos padecimientos de modo que dijo: “Todo está terminado” ”.

“¿Alegría de Jesús? ¿En aquella hora?”

“Sí, Juan. Una alegría que los hombres no pueden entender, pero sí los espíritus que viven a la luz de Dios, y que ven las cosas profundas ocultas bajo los velos que el Eterno extiende sobre sus secretos. Yo, que me vi tan angustiada, arrollada por lo que sucedía, unida a mi Hijo, en la entrega al Padre, no comprendí entonces. La luz se había apagado para el mundo en aquella hora, para el mundo que no había querido aceptarla. Y también se apagó para mí. No por castigo, sino porque siendo corredentora debía también padecer la angustia del abandono de las consolaciones divinas, las tinieblas, la desolación, las tentaciones de Satanás que me gritaban que no era posible creer en lo que Él había dicho, en todo lo que había padecido en el espíritu desde el jueves al viernes. Pero después comprendí. Cuando la Luz, resucitada para siempre, se me apareció, comprendí. Comprendí todo. Aun la secreta alegría de Jesús, cuando pudo decir: “Todo lo que el Padre me ordenó que cumpliera, lo he cumplido. He llenado la medida de la caridad divina amando al Padre hasta mi sacrificio, amando a los hombres hasta morir por ellos. He cumplido todo lo que debía. Muero contento en el corazón, aunque despedazado en mi cuerpo inocente”. También yo he cumplido con todo lo que ab eterno, me estaba prescrito. Desde la concepción del Redentor hasta la ayuda que os dio a vosotros sus sacerdotes, para que os formaseis perfectamente. La Iglesia está ya formada y fuerte. El Espíritu Santo la ilumina, la sangre de los primeros mártires la cimienta y multiplica,² mi ayuda ha hecho que sea un organismo santo que la caridad para con Dios y los hermanos alimenta, cada vez más fortifica, y donde los odios, rencores, envidias, mala voluntad, semillas de Satanás no existen. Dios está contento de ello. Quiere que lo sepáis de mis mismos labios. Como quiere que os diga que continuéis creciendo en la caridad para que crezcáis en la perfección, y así en número de fieles, y en doctrina poderosa. Porque la doctrina de Jesús es una doctrina de amor. Porque su vida es también la mía. Vidas ambas que guió y movió el amor. A nadie rechazamos. Perdonamos a todos. A sólo uno no pudimos dar el perdón porque él, esclavo del odio, no lo quiso. Jesús antes de ir a la muerte, os ordenó que os amarais

² Cfr. Hech. 4, 1-31; 5, 17-42; (- 8, 3; 12,

mutuamente. Él mismo os dio la medida con que debéis amaros, cuando os dijo: “Amaos los unos a los otros como os he amado. Por esto se conocerá que sois mis discípulos”⁴. La Iglesia para vivir y creer tiene necesidad de la caridad. Caridad sobre todo en sus ministros. Si no os amáis mutuamente con todas vuestras fuerzas, si no amáis a vuestros hermanos en el Señor, la Iglesia será estéril. Poco, nada sería el haber sido creados de modo que sois hijos del Altísimo y coherederos del Reino de los Cielos, porque Dios no os ayudaría en vuestra misión. Dios es amor. Cada acto suyo se mueve por el amor. Desde la creación hasta la encarnación; de ésta a la redención; de la redención a la fundación de la Iglesia. Y finalmente de ésta a la Jerusalén celestial, que recogerá a todos los justos para que se alegren en el Señor. Te digo estas cosas porque eres el apóstol del amor y puedes, comprenderlas mejor que otros...”

Juan la interrumpe diciendo: “También otros aman y se aman”.

“Es verdad, pero tú eres el que ama por excelencia. Cada uno de vosotros tuvo una característica, como cualquier ser humano la tiene. Entre los doce tú fuiste siempre el amor. El puro y sobrenatural. Puede ser porque eres puro. Pedro, por su parte, fue siempre el hombre, el hombre franco e impetuoso. Su hermano Andrés, en cambio, fue tímido y callado. Santiago tu hermano, fue tan impulsivo que Jesús lo llamó hijo del trueno. El otro Santiago, hermano de Jesús, fue justo y héroe. Judas de Alfeo, su hermano, noble y leal en todas las circunstancias. Se veía claramente que descendía de David. Felipe y Bartolomé eran tradicionalistas. Simón Zelote, el hombre prudente. Tomás, el pacífico. Mateo, el humilde. Recordando su pasado, buscaba pasar inadvertido. Judas de Keriot, la oveja negra del rebaño de Jesús, la sierpe que calentó con su amor, fue el mentiroso satánico. Pero tú, que amas con todo tu corazón, puedes comprender mejor y hacerte pregonero para todos los demás, para que les digas que este es mi postrer consejo. Les dirás que se amen y que amen a todos, aun a sus perseguidores, para que sean uno solo con Dios, como lo fui, hasta el punto de haber merecido que se me eligiese para ser Madre del Verbo, esposa del Amor eterno. Me he entregado a Dios sin medida alguna, aun cuando comprendí cuánto dolor me vendría de ello. Los profetas estaban ante mis ojos. La luz divina me hacía muy claras sus palabras. Desde mi primera aceptación, cuando el ángel me habló, supe consagrarme al dolor más grande que mujer alguna puede padecer. Ningún límite puse a mi amor porque sé que es, para quien lo usa, fuerza, luz, imán que arrastra hacia lo alto, fuego que purifica y hace bello cuanto incendia, transformando y convirtiendo en sí cuanto abraza. Sí. El amor es realmente llama. La llama que aunque destruye lo más despreciable, lo convierte en un espíritu purificado y digno del cielo. Cuántos hombres deshechos, sucios, asquerosos encontraréis en vuestro sendero de evangelizadores. No despreciéis a ninguno. Amadlos para que lleguen al amor y se salven. Infundid en ellos la caridad. Muchas veces el hombre se hace malo porque nadie lo ha amado, o lo ha amado mal. Amadlos vosotros, para que el Espíritu Santo vuelva a habitar, después de la purificación, esos templos que muchas cosas hicieron vacíos y sucios. Dios para crear al hombre, no tomó un ángel, ni algo secreto. Tomó lodo, lo más vil. Después, infundiendo en él su aliento, esto es, su amor, elevó la materia vil al grado excelso de hijo adoptivo suyo. Mi hijo en su camino encontró tantos caídos, los cambió en elegidos del cielo. Recordadlo siempre. Haced como Él hizo. No olvidéis nada de los hechos y palabras tuyas. Acordaos de las hermosas parábolas. Vividlas. Ponedlas en práctica. Escribidlas para que los que vendrán las lean, y sean siempre guía de los hombres de buena voluntad a fin de que alcancen la vida y gloria eternas. No podéis repetir todas las palabras luminosas de la eterna palabra de vida y verdad. Pero escribid de ella lo más que podáis. El Espíritu de Dios, que bajó sobre mí para que diese al mundo el Salvador, que ha bajado también sobre vosotros una y otra vez, os ayudará a recordar, a hablar a las multitudes de modo que las convirtáis al Dios verdadero. De este modo continuaréis esa maternidad espiritual que empecé en el calvario,⁹ para dar muchos hijos al Señor. Y al mismo Espíritu, hablando en los hijos que han vuelto al Señor, los

⁴ Cfr. Ju. 13, 34-35.

⁹ Cfr. Ju. 19, 25-27

fortificará de modo que para ellos será dulce el morir entre los tormentos, padecer el destierro, la persecución, confesando su amor por Cristo y así unirse a Él en el cielo, como lo hicieron Esteban, Santiago, mi Santiago y otros más.¹⁰ Cuando te hayas quedado solo, pon en buen lugar este cofre...”

Juan palidece más de lo que ya estaba desde que María le ha dicho que ha terminado su misión. La interrumpe: Madre, ¿por qué hablas así? ¿Te sientes mal?”

“No”.

“¿Quieres entonces dejarme?”

“No. Estaré contigo, mientras viva sobre la tierra. Pero prepárate, Juan mío, para estar solo”.

“Entonces te sientes mal, y me lo ocultas...”

“No. Créemelo. Nunca me había sentido tan fuerte, tan serena, tan alegre como ahora. Pero tengo dentro de mí un tal gozo, una plenitud de vida sobrenatural que... sí... pienso que no puedo soportarla, viviendo. Por otra parte, no soy eterna. Debes entenderlo. Mi alma es eterna. Mi cuerpo, no. Está sujeto como cualquier otro a la muerte”.

“¡No, no, no lo digas! ¡No puedes, no debes morir! Tu cuerpo inmaculado no puede morir como el de los pecadores”.

“Estás equivocado, Juan. Mi Hijo murió. También yo moriré. No probaré la enfermedad, la agonía, el ansia de la muerte, pero moriré. Por lo demás ten en cuenta, hijo mío, que desde que Él me dejó he tenido sólo este único y profundo deseo. Cualquier otra cosa de mi vida no fue sino un consentimiento de mi voluntad al querer divino. Querer de Dios, que puso en mi corazón de niña, el querer ser virgen. Él quiso que me casara con José. Quiso que fuera yo madre y virgen. Todo en mi vida ha sido un querer de Dios, una obediencia a su voluntad. Pero querer reunirme con Jesús es *sólo mío*, Dejar la tierra por el cielo, para estar con Él por toda la eternidad, ¡para siempre! Mi deseo de tantos años. Ahora siento que este mi deseo está próximo a convertirse en realidad. No te asustes, Juan. Escucha más bien mis postreros deseos. Cuando mi cuerpo, privado ya del espíritu vital, esté en paz, no lo embalsames como suele hacerse, entre los hebreos. No soy ya una hebrea, sino una cristiana, la primera cristiana, porque de mí el Mesías tuvo carne y sangre, porque fui su primera discípula, la corredentora y continuadora entre vosotros sus siervos. Ningún ser humano, a excepción de mi padre y madre, y de cuantos asistieron a mi nacimiento, vieron mi cuerpo. Frecuentemente me llamas: “El arca verdadera que guarda en sí la palabra divina”. Bien sabes que sólo el sumo Sacerdote puede ver el Arca. Tú eres sacerdote, más puro y santo que el pontífice del Templo. Pero yo quiero que sólo el eterno Pontífice pueda ver, cuando sea necesario, mi cuerpo. Por eso, no me toques. Por lo demás ¿lo ves?, me he purificado ya y me he puesto la vestidura pura, aquella de las bodas eternas... ¿Por qué lloras, Juan?”

“Porque una avalancha de dolor me oprime. Comprendo que voy a perderte. ¿Cómo podré vivir sin ti? Siento que se me desgarran el corazón al pensarlo. No podré resistir este dolor”.

“Lo podrás. Dios te ayudará para que vivas, y por mucho tiempo, como me ayudó a mí. Si Él no me hubiera ayudado en el Gólgota, en el monte de los Olivos, hubiera muerto, como murió Isaac. Te ayudará a vivir y a recordar lo que antes te dije para el bien de todos”.

“¡Oh, todo lo recordaré! Todo. Haré todo lo que desees aun referente a tu cuerpo. Comprendo que los ritos judíos de nada sirven a ti que eres una creyente del Mesías, que eres purísima, y que por lo tanto no conocerás la corrupción de tu cuerpo, que no puede este, deificado como ningún otro, y por haber estado libre de culpa original, y aun más por la plenitud de la gracia que dentro de ti tuviste, al Verbo, por quien eres una reliquia suya, no puede conocer ni experimentar la destrucción, la corrupción que cualquier cuerpo experimenta. Este será el postrer milagro de Dios que obrará en ti. Te conservarás como eres...”

“¡No llores!” exclama la Virgen, mirando la cara descompuesta del apóstol, bañada en lágrimas. “Si me conservo cual soy, no me perderás. ¡No te angusties, pues!”

¹⁰ Cfr. Hech. 6, 8 – 7, 60; 8, 1-3; 12, 1-2.

“De todos modos te perderé, aun cuando tu cuerpo no se corrompa. Lo presiento. Me parece encontrarme en un torbellino de dolor. Un torbellino que me despedaza, que me abate. Todo eres para mí, sobre todo desde que murieron mis padres, y he estado lejos de mis hermanos de sangre o de misión, aun del querido Marziam que Pedro lleva consigo. ¡Ahora me quedo solo, en medio de la más cruel tempestad!” Juan cae a los pies de la Virgen, llorando con todas sus fuerzas.

María se inclina, le pone una mano sobre la cabeza que los sollozos sacuden: “No. Así no. ¿Por qué quieres que sufra yo? A los pies de la cruz te mostraste varonil, y la escena era tan horrible sin igual para el Mártir que en ella moría y por el odio del pueblo. Te mostraste fuerte; tanto que me consolaste. Y ahora, en este atardecer de un sábado, tan sereno, tan tranquilo, en el que me alegro sumamente, ¿te turbas así? Cálmate. Imita, más bien únete a todo lo que nos rodea. Todo es paz. También tú tenla. Tan solo los olivos con su movimiento turba la tranquilidad. Es tan dulce el rumor que parece como si ángeles volaran por la casa. Y tal vez lo hagan, porque siempre han estado cerca de mí, en los diversos momentos de mi vida: en Nazaret, cuando el Espíritu de Dios hizo fecundo mi seno; con José cuando estaba intranquilo por mi estado y porque no sabía cómo comportarse conmigo; en Belén una y otra vez, cuando nació Jesús, cuando tuvimos que huir a Egipto, cuando allí nos dieron la orden de regresar a Palestina. Y si no vinieron a mí, porque el Rey de ellos había venido donde estaba yo, no apenas resucitado, se aparecieron a las piadosas mujeres del primer día después del sábado y les ordenaron que te dijeran a ti y a Pedro lo que teníais que hacer. Ángeles y luz siempre en los momentos decisivos de mi vida y de la de Jesús. Luz y fuerza de amor que unían, al bajar del trono de Dios a mí, su esclava, y subiendo de mi corazón a Él, a mi rey y Señor con Él, para que se cumpliese cuanto estaba escrito que debía cumplirse, y también para crear un velo de luz sobre los secretos de Dios para que Satanás y sus siervos no pudieran conocer antes de tiempo el misterio sublime de la Encarnación que se estaba realizando. También esta tarde siento a los ángeles aunque no los veo. Y siento que aumenta dentro de mí la luz, una luz fortísima, como la que me envolvió cuando di a luz a mi Hijo, Luz que viene de un ímpetu de amor más poderoso que lo acostumbrado. Por una fuerza semejante de amor, arranqué del cielo antes de tiempo al Verbo para que se hiciese Hombre y Redentor. Por una semejante fuerza de amor, como es la que experimento esta tarde espero que el cielo me arrebate y me transporte a donde anhele ir con mi alma para cantar para siempre con el pueblo de los santos y el coro de los ángeles, mi “Magnificat” inmortal a Dios por las grandes cosas que me ha hecho a mí, su sierva”.

“No sólo con el alma, probablemente. La tierra te hará coro. Con sus pueblos y naciones te glorificará, honrará y amará mientras exista, como predijo bien, aunque de manera velada, de ti Tobías,¹⁴ porque quien verdaderamente llevo en sí al Señor eres tú, y no el Santo de los Santos. Tú sola amaste a Dios con tanto amor cuanto todos los sumos sacerdotes, los del Templo, no lo hicieron jamás. Amor ardiente y purísimo. Por esto Dios te hará dichosísima”.

“Y cumplirá mi único deseo, mi única voluntad. Porque el amor, cuando es casi total que llega a ser casi perfecto como el de mi Hijo y Dios, todo lo alcanza, aun lo que parecería a los ojos humanos, imposible de obtenerse. Recuérдалo, Juan. Dilo también a mis hermanos. Seréis muy combatidos. Obstáculos de toda clase os harán temer una derrota. Luchas de perseguidores, defección de fieles, una moral... iscaríótica deprimirán vuestro espíritu. No temáis. No temáis. En la proporción en que améis, Dios os ayudará y hará que triunféis sobre todo y sobre todos. Todos se obtiene si se convierte al hombre en serafín. Entonces el alma, esa cosa admirable, eterna que es el mismo soplo de Dios, que infundió en vosotros, tiende al cielo, cae como llama a los pies del trono divino, habla y Dios la escucha, y alcanza del Omnipotente lo que desea. Si los hombres supieran amar como ordena la misma ley, como amó y enseñó a amar mi Hijo, todo obtendrían. Yo amo de ese modo. Por esto siento que dejaré de estar en la tierra. Yo moriré por exceso de amor, como Él murió por exceso de dolor.

¹⁴ Cfr. Tob. 13, 13-18.

Mira, mi medida de amar ha llegado a su colmo. Mi alma y mi cuerpo no la pueden más contener. El amor me absorbe, me sumerge y me lleva al mismo tiempo, hacia el cielo, hacia Dios, mi Hijo. Su voz me dice: “¡Ven! ¡Sube a nuestro trono y a nuestro abrazo trino!” La tierra y cuanto me rodea, desaparece ante la inmensa luz que me viene del cielo. Los rumores se esfuman ante esta voz celestial. Ha llegado para mí la hora del abrazo divino, Juan”.

Este, que se había calmado un poco al escuchar a la Virgen, que la miraba extático, con la palidez dibujada en su cara mientras que en el rostro de María nota que se va como encendiendo una luz bellísima, se le acerca para sostenerla, mientras exclama: “¡Está como Jesús cuando se transformó en el Tabor! ¡Tu cuerpo resplandece como luna, tus vestidos brillan como diamante ante una llama blanquísima! ¡No eres más humana, Madre! ¡La pesantez, lo opaco de tu cuerpo ha desaparecido! ¡Eres luz! Pero no eres Jesús. Él, siendo Dios, además de Hombre, podía sostenerse por Sí, en el Tabor, como aquí en los Olivos, cuando iba a ascender. Tú no puedes. No te sostienes. Ven. Te ayudaré a reposar tu cuerpo cansado y dichoso sobre la cama. Descansa”. Y amorosamente la lleva a la cama sobre la que María se extiende, sin quitarse el manto.

Recogiendo los brazos sobre el pecho, bajando los párpados sobre sus dulces ojos, llenos de amor, dice a Juan que está inclinado: “Yo estoy en Dios y Él en mí.¹⁸ Mientras lo contemplo y siento su brazo, di los salmos y las páginas de la Escritura que se refieren a mí, sobre todo en esta hora. El Espíritu de Sabiduría te las indicará.¹⁹ Recita luego la oración de mi Hijo, repíteme las palabras del arcángel cuando me habló y las de Isabel; repite también mi himno de alabanza... Te seguiré con lo que me resta de ser acá en la tierra...”

Juan entre el llanto que le brota del corazón, se esfuerza por dominar la emoción que lo turba, con su bella voz –que con el correr de los años se parece a la de Jesús, cosa que María nota con una sonrisa y que dice: “¡Me parece tener a mi lado a mi Jesús!”- empieza el salmo 118, que recita casi entero, después los tres primeros versos del salmo 41, los ocho primeros del 38, el salmo 22 y el salmo 1°. Luego recita el Pater Noster, repite las palabras de Gabriel e Isabel, el cántico de Tobías, el capítulo 24 del Eclesiástico, desde el v. 11 al 46. Finalmente entona el “Magnificat”. Al llegar al verso noveno, se da cuenta que María no respira más, aunque no ha cambiado nada de su aspecto, sino que sigue sonriente, plácida, como si en Ella no hubiera cesado la vida.

Lanzando un grito de dolor se arroja por tierra, contra el borde del lecho, y llama, llama a María. No quiere convencerse de que no pueda responderle, que en su cuerpo no exista más el aliento vital.

Pero debe rendirse ante los hechos. Se inclina sobre el rostro de la Virgen, en que brilla una huella de gozo sobrenatural, y lágrimas tras lágrimas bañan ese rostro delicado, bañan sus hermosas manos, tan bellamente cruzadas sobre el pecho. Es el único baño que recibe el cuerpo de María. Lágrimas del apóstol, de su amor, su amor de hijo adoptivo por voluntad de Jesús.

Pasado el primer ímpetu de dolor, Juan, acordándose del deseo de la Virgen, recoge las extremidades de su manto de lino, que pendían del lecho, las extiende sobre su cuerpo, y las del velo sobre la cabeza.

La Virgen parece ahora una estatua de blanco mármol, extendida sobre un sarcófago. Juan la contempla largamente. Lágrimas le siguen cayendo.

Luego se pone a dar un nuevo orden a la casa, quitando de ella todo lo que no sea necesario. Deja sólo el lecho, la pequeña mesa arrimada contra la pared, sobre la que pone el cofre en que están las reliquias; un banquito, que pone entre la puerta que da a la terraza y el lecho donde yace la Virgen; y una mesita sobre la que está la lámpara que Juan enciende, porque ya ha anochecido.

¹⁸ Cfr. Ju. 13, 20-23; 17, 20-26; 1 Ju. 4, 16; Ap. 3, 20-21.

¹⁹ Cfr. Ju. 14, 23-26; 16, 12-15.

Se apresura a bajar al huerto para recoger todas las flores que pueda y ramas de olivo. Sube. A la luz de las lámparas coloca flores y ramitas junto al cuerpo de María, dando la impresión de que se encuentra en medio de una corona.

Mientras hace esto habla a la Virgen como si todavía escuchara. Le dice: "Tú fuiste siempre el lirio del valle, la delicada rosa, el fértil olivo, la frondosa viña, la espiga santa. Nos diste tus perfumes, el Aceite de vida, el Vino de los fuertes, el Pan que preserva el espíritu de los que dignamente se nutren de él, de la muerte. Estas flores te quedan bien. Son sencillas y puras como tú. Tienen espinas como las tuviste en vida y, como tú, pacíficas. Vamos a acercar las lámparas. Así, cerca de tu lecho, para que te vele y me haga compañía mientras te velo, en espera al menos de un milagro y de algo que se realice. Se trata de que Pedro, según su deseo, y los demás, a quienes enviaré a avisar por el siervo de Nicodemo, puedan venir a verte una vez más. Lo que espero es que así como en todo fuiste semejante a tu Hijo, así también como Él te levantes, para que no sea yo dos veces huérfano. Pido a Dios que me dé paz, si lo que espero que te suceda no se cumpliera, cosa empero que se realizó en Lázaro, que no puede compararse contigo. Pero, ¿por qué no debe realizarse? La hija de Yairo, el de la viuda de Naim, Lázaro volvieron a la vida... Es verdad que en estos casos el Maestro intervino... Y Él está contigo, aun cuando no se ve. No moriste de enfermedad como murieron aquello a quienes resucitó Jesús. ¿De veras has muerto? ¿Estás muerta como mueren todos? No. Me parece que no. Tu espíritu no está más en ti, en tu cuerpo, y si es así, puede decirse que has fallecido. Pero pensando cómo moriste, me imagino que tu muerte no es más que una transitoria separación de tu alma inmaculada y llena de gracia de tu purísimo y virginal cuerpo. Así debe ser. ¡Es así! ¡Cómo y cuándo se unirá tu cuerpo con tu alma, y volverá en ti la vida, no lo sé! Pero estoy seguro de que me quedará junto a ti, hasta que Dios, con su palabra, o intervención, me muestre la realidad de tu suerte".

Juan ha terminado de arreglar todo. Se sienta en el banquito. Pone en tierra, cerca del lecho, la lámpara, y contempla en medio de sus plegarias a la Virgen que yace ante él.

36. La Asunción de la Virgen

8 diciembre 1951

¿Cuántos días habrán pasado? Difícil de adivinar. Si se juzga por las flores que rodean el cuerpo exánime cual corona, se debe decir que han pasado pocas horas, pero si se juzga por las ramas marchitas de olivo en que están las flores frescas, y por otras flores secas, que hay cual reliquias, sobre la cubierta del cofre, se puede decir que han pasado ya varios días.

Pero el cuerpo de María está como si hubiera acabado de morir. Ninguna señal de muerte en su rostro, en sus manitas. Ningún olor desagradable en la habitación, más bien se siente un perfume indescriptible que huele a incienso, a lirios, a rosas, a violetas, a hierbas de la montaña.

Juan, que tal vez hace varios días que vela, se ha dormido del cansancio. Está sentado sobre un banco con la espalda apoyada contra la pared, cerca de la puerta abierta que da a la terraza. La luz de la lámpara, que está en el suelo, lo ilumina de abajo a arriba y deja ver su cara fatigada, palidísima, sus ojos enrojecidos de tanto llorar.

Debe haber ya amanecido porque el débil claror del alba hace visibles la terraza y los olivos que rodean la casa; claror que cada vez más aumenta, y que penetrando por la puerta, hace que puedan distinguirse mejor los objetos de la habitación, los que apenas antes, debido a la débil luz de la lámpara, no podían distinguirse.

En cierto momento una gran luz llena la habitación, es luz argentada, con tintes de azul, como fosforescente. Aumenta, aumenta. Anula la luz del alba y la de la lámpara. Una luz como la que rodeó la gruta de Belén cuando nació Jesús. Y en medio de esta luz paradisíaca, se ven seres angelicales, una luz que brilla más que la que antes se había visto. Como sucedió cuando los ángeles se aparecieron a los pastores, una danza de chispas de innumerables

colores se desprende de sus alas dulcemente batidas, de las que brota como un murmullo armónico como de arpa dulcísimo.

Los seres angelicales rodean el lecho, se inclinan, levantan el cuerpo inmóvil, y agitando cada vez más sus alas, al abrirse milagrosamente el techo, así como en el sepulcro de Jesús se hizo a un lado la piedra, se levantan, llevando consigo el cuerpo de su Reina, cuerpo santísimo, pero todavía no glorificado y por lo tanto sujeto a la ley de la materia, a la que no estuvo sujeto el cuerpo de Jesús, porque cuando resucitó, estaba ya glorificado.

El rumor de las alas aumenta. Es ahora tan fuerte como el sonido de un órgano. Juan, que dos o tres veces se ha movido sobre su banco, semidormido, se despierta ante la luz potente que le hiere, y al batir de alas angelicales; se despierta también por una fuerte corriente de aire, que baja del techo abierto y sale por la puerta también abierta que forma como un torbellino que mueve las mantas del lecho, ya vacío, sus vestidos, apagando la lámpara y cerrando de golpe la puerta.

El apóstol, todavía amodorrado, mira a su alrededor, para ver lo que sucede. Mira que el lecho está vacío, y que no hay techo. Comprende que ha sucedido un prodigio. Corre hacia afuera, a la terraza, y por un instinto espiritual, o por oír algo, levanta su cabeza, se lleva una mano a los ojos para ver mejor, para que no le moleste el sol naciente.

Y mira. Mira el cuerpo de María, todavía sin vida, semejante al cuerpo de alguien que está dormido, que sube cada vez más, sostenido por el grupo angelical. Como postrer saludo, la punta del manto y del velo se agitan, tal vez movidos por el viento, por el movimiento de las alas angelicales que suben, y las flores que Juan había puesto alrededor del cuerpo de la Virgen, entre los pliegues del vestido, caen sobre la terraza, sobre Getsemaní, mientras un hosanna poderoso del grupo angélico se escucha en lontananza.

Juan continúa mirando el cuerpo que sube al cielo, y no cabe duda que por una gracia que Dios le concedió para consolarlo y premiarle su amor por su Madre adoptiva, ve claramente que María, envuelta ahora en los rayos del sol que ha nacido, sale del éxtasis que separó el alma del cuerpo, que vuelve a la vida, se pone de pie, pues goza desde ahora de los dones propios de los cuerpos glorificados.

Mira, mira. El milagro que Dios le concede es de ver a María, contra toda ley natural, como es ahora mientras sube hacia el cielo, rodeada, pero no más ayudada, por los ángeles que cantaban jubilosos. Juan se siente arrebatado por aquella visión bellísima que pluma ninguna de hombre, que palabra humana u obra de artista será jamás capaz de describir o reproducir, porque es de una belleza indescriptible.

Juan que sigue apoyado contra el parapeto de la terraza, continúa mirando aquella resplandeciente forma de Dios –pues realmente puede llamarse así a María, a quien Él creó de un modo especial, que la quiso inmaculada, para que diese forma al Verbo cuando se encarnara- que sube cada vez más. Un último y extraordinario prodigio concede Dios a Juan, el ver el encuentro de la Virgen con su santísimo Hijo que, también resplandeciente, de una belleza indescriptible baja del cielo, se encuentra con su Madre, la estrecha contra su pecho, y con Ella, resplandecientes cual dos astros, sube a donde había venido. Juan no ve más.

Baja la cabeza. En su cansada cara se refleja el dolor por la pérdida de María, y el gozo por su glorioso destino. El gozo supera al dolor. Dice: “¡Gracias, Dios mío!, ¡gracias! Lo presentía. Quería velar, para no perderme nada de su ascensión, ¡pero ya hacía tres días que no dormía! El sueño, el cansancio, unidos a la pena, me habían abatido y vencido cuando Ella estaba a punto de subir... Tal vez Tú mismo lo quisiste, para que no turbase ese momento y no sufriese más... Sí. Lo quisiste, como quisiste que viera aquello que sin un milagro tuyo no habría podido ver. Me permitiste verla una vez más, aunque de lejos, glorificada y gloriosa, como si hubiera estado cerca. ¡Y volver a ver a Jesús! ¡Oh visión hermosísima inesperada, impensable! ¡Oh, don de dones de Jesús-Dios! ¡Gracia inestimable! ¡Volver a ver a mi Maestro y Señor! ¡Verlo con su Madre! ¡Él semejante al sol, Ella a la luna, resplandecientes entrambos, gloriosos, felices, unidos para toda la eternidad! ¿Qué será el paraíso ahora que brilláis allá, vosotros, astros mayores de la Jerusalén celestial? ¿Cuál el gozo de los coros angélicos y de

los santos? Tal ha sido el gozo al ver a María con su Hijo, que borra todo dolor, toda pena, aun más, mi dolor desaparece y en su lugar entra la paz. De los tres milagros que había yo pedido a Dios, dos se cumplieron. He visto volver la vida a María, y siento que la calma regresa a mí. Todas mis angustias dejan de existir porque os he visto reunidos. ¡Gracias, oh Dios! Gracias por haberme concedido ver, de una manera extraordinaria, la suerte de los santos, como sucederá después del último juicio, y la resurrección de los cuerpos, su unión, su fusión con el espíritu que subió al cielo en la hora de la muerte. No tenía necesidad de ver para creer, porque siempre he creído firmemente en las palabras del Maestro. Pero a muchos no parecerá posible que los cuerpos después de miles de años puedan vivir. A estos digo, jurando por las cosas más santas, que no sólo Jesús tornó a la vida, por su poder divino, sin también su Madre, tres días después de su muerte. Si puede decirse así, volvió a la vida, y con su cuerpo unido al alma, tomó posesión de la eterna morada en el cielo, al lado de su Hijo. Puedo decir: “Creed, cristianos, en la resurrección de la carne, que acaecerá al fin de los siglos, en la vida eterna tanto de almas como de cuerpos. Dichosa será para los santos, horrible para los culpables impenitentes. Creed y vivid como santos, como santamente vivieron Jesús y María, para que podáis seguir igual suerte. Yo estaba cuando sus cuerpos subieron al cielo. Os lo aseguro. Sed justos para que podáis un día habitar en el mundo nuevo eterno, con alma y cuerpo, junto a Jesús-Sol y a María-Estrella de las estrellas”. ¡Nuevamente gracias oh Dios! Recojamos ahora lo que queda de Ella. Las flores que cayeron de su vestido, las ramas de olivo que se quedaron sobre su lecho, y conservémoslas. Para algo servirán... Sí, servirán para proporcionar ayuda y consuelo a mis hermanos, que en vano estuve esperando. Tarde o temprano los encontraré...”

Recoge también los pétalos de las flores, entra en la habitación llevando todo en la falda de su vestido. Más atentamente se pone a ver la abertura del techo y exclama: ¡Otro prodigio! ¡Otro milagro digno de Jesús y de María! Él como Dios resucitó, y con su querer hizo a un lado la piedra del sepulcro y con su poder subió a los cielos. *Por sí solo*. A María, la Virgen, hija de un hombre, le abrieron los ángeles el techo para que subiera al cielo, y con su ayuda subió. El espíritu volvió al cuerpo de Jesús, cuando todavía estaba sobre la tierra, porque así debía ser, para acallar los gritos de sus enemigos, y para confirmar en la fe a sus seguidores. El espíritu regresó a María cuando su cuerpo santísimo estaba ya en los umbrales del paraíso, porque de otra cosas no necesitaba. ¡Potencia perfecta de la Sabiduría infinita de Dios!...”

Juan recoge en un lienzo las flores, las ramas, las pone sobre la cubierta del cofre. Lo abre, coloca dentro la almohadita, la cobija de la Virgen; baja a la cocina, recoge otras cosas que empleó: el huso, la rueca, sus utensilios y los pone con los demás. Cierra el cofre y se sienta en el banco mientras monologa:

“¡Todo lo que tenía qué hacer acabó ahora! Me puedo marchar libremente, a donde el Espíritu de Dios me conduzca. Iré a sembrar la palabra divina que el Maestro me entregó para que la diese a los hombres. Su sacrificio, su misterio, su rito perpetuo, por el que hasta el fin de los siglos, podemos unirnos a Él por medio de la Eucaristía, y renovar la ceremonia, el sacrificio como nos dijo que lo hiciéramos. ¡Todo esto, un don del Amor eterno! Hacer que se ame al Amor para que crean en Él como hemos creído y creemos. Sembrar el Amor para que sea abundante la mies y la pesca del Señor. El amor todo lo obtiene, son palabras últimas de María, que me dijo, a mí, antítesis de Iscariote, símbolo del odio, que no me parezco mucho a Pedro el impetuoso, a Andrés el plácido, a los hijos de Alfeo en santidad y sabiduría, además de su nobleza. Yo amo. Amo al Maestro y a su Madre, y me voy a esparcir el amor entre las gentes. Será el amor mi arma y doctrina. Con él venceré al demonio, al paganismo y conquistaré muchas almas. De este modo seguiré las huellas de Jesús y María, que fueron el dechado perfecto del amor en la tierra”.

37. Consideraciones y explicaciones acerca de la asunción y tránsito de María Santísima

18 abril 1948

“¿Morí yo? Sí, si se quiere llamar muerte a la separación de la parte selecta del espíritu del cuerpo. No, si por muerte se entiende la separación del alma vivificadora del cuerpo, la corrupción de la materia no más vivificada por el alma, y antes de la lobreguez del sepulcro, y antes de todo esto, el espasmo de la muerte.

¿Cómo morí, cómo me trasladé de la tierra al cielo, primero con la parte inmortal, después con la que perece? Como era justo para la que no conoció mancha de culpa.

Aquella tarde, había empezado ya el descanso sabático, estaba hablando con Juan acerca de Jesús, de lo que toca a Él. Aquel atardecer respiraba tranquilidad. El sábado había alejado cualquier rumor de trabajo humano. Y la hora apagaba cualquier voz humana, o canto de pájaros. Solamente los olivos que rodeaban la casa dejaban oír el rumor de sus hojas al columpiarlas el viento de la tarde y parecía como si ángeles revoloteasen por las paredes de la solitaria casita.

Hablábamos de Jesús, del Padre, del Reino de los cielos. Hablar de la Caridad, del Reino de ella, es encenderse en el fuego vivo, acabar con el encerramiento de la materia para dejar que el espíritu emprenda sus vuelos místicos. Si el fuego está dentro de los límites que Dios ha puesto para conservar las criaturas que están sobre la tierra para su servicio, se puede vivir y arder al encontrar en el incendio no una destrucción sino un complemento de vida. Pero cuando Dios quita los límites y deja en libertad al Fuego divino para investir y atraer a Sí el espíritu sin más medida, entonces el espíritu, respondiendo a su vez sin medida alguna al Amor, se separa de la materia y vuela donde el Amor la empuja e invita. Así llega el fin del destierro y el regreso a la patria.

Aquella tarde se unió el deseo ardiente e incontenible de una vida sin límites de mi espíritu una dulce languidez, una misteriosa sensación de alejamiento de la materia, mientras el intelecto, todavía más vivo en su actividad de razonar, se abismaba en divinos resplandores. Juan, amoroso, prudente testigo de todos mis actos desde que se había convertido en hijo mío adoptivo, conforme a la voluntad de mi Unigénito, me persuadió con dulzura a hallar descanso en mi lecho y estuvo orando cerca de mí.

El último sonido que oí en la tierra fue el murmullo de las palabras del virgen Juan. Fueron como el arrullo de una madre cerca de la cuna. Y acompañaron mi espíritu en el último éxtasis, demasiado sublime para decirlo, acompañaron mi espíritu hasta el cielo.

Juan, único testigo de este dulce misterio, él solo me envolvió en el manto blanco, sin quitarme los vestidos y el velo, sin lavar el cuerpo y embalsamarlo. El espíritu de Juan, como aparece claro por las palabras del segundo episodio de este ciclo, que parte de Pentecostés hasta mi ascensión, ya sabía que no me corrompería, e instruí al Apóstol sobre lo que se debería de hacer. Y él, casto, amoroso, prudente ante los misterios de Dios y los lejanos compañeros, pensó en guardar el secreto y esperar a los otros siervos de Dios para que me pudieran ver una vez más y, de ello, henchirse de consuelo, de ayuda para las penas y fatigas que tendrían en su misión. Esperó como si estuviera seguro de su llegada.

¡Pero otro era el designio de Dios! Buen como siempre para el Predilecto, justo como siempre para todos los creyentes. Cerré al primero los párpados, para que el sueño le ahorrara el dolor de ver que se le quitaba también el cuerpo. Regaló a los creyentes una verdad de más que los confortara para creer en la resurrección de la carne, en el premio de una vida eterna y dichosa concedida a los justos, en la verdad más poderosa y dulce del Nuevo Testamento: mi Inmaculada Concepción, mi divina Maternidad virginal, en la naturaleza divina y humana de mi Hijo, verdadero Dios y verdadero Hombre, que nació no por voluntad carnal, sino por un desposorio divino, por esa semilla divina depositada en mi seno, y en fin para que creyesen en el cielo, está mi corazón de Madre de los hombres, que palpita de amor por todos: justos y pecadores, que desea ardientemente tener a todos consigo en la patria bienaventurada por toda la eternidad.

Cuando los ángeles me sacaron de la casita ¿había vuelto en mí el espíritu? No. El espíritu no debía volver a bajar a la tierra. Se encontraba en adoración ante el Trono de Dios. Pero cuando la tierra, el destierro, el tiempo y el lugar en que había estado yo separada de mi Señor

Uno y Trino, para siempre fueron dejados, el espíritu volvió a brillar en el centro del alma, sacando el cuerpo de su sueño, por lo que es justo decir que fui asunta al Cielo en alma y cuerpo, no por mi propia capacidad como sucedió con Jesús, sino con ayuda angélica. Me desperté de este misterioso y místico sueño, surgí, volé finalmente, porque mi carne había ya alcanzado la perfección de los cuerpos glorificados. Y amé. Amé a mi Hijo y a mi Señor Uno y Trino, lo amé como es destino de todos los eternos vivientes”.

Ila. Consideración o explicación (5-1-44)

“Llegada su última hora, a la manera de un lirio cansado que, después de haber exhalado sus perfumes, se inclina bajo las estrellas y cierra su níveo cáliz, María, mi Madre, se recogió en su lecho y cerró los ojos a todo lo que la rodeaba para recogerse en una última contemplación de Dios.

El ángel de María, inclinado sobre el lugar del descanso, esperaba ansioso que el anhelo del éxtasis, separarse el espíritu del cuerpo, por el tiempo señalado en el decreto de Dios, y lo separase para siempre de la tierra, mientras ya del cielo descendía la dulce y cariñosa orden de Dios.

Inclinado, a su vez, sobre este misterioso descanso, Juan, ángel terreno, velaba a la Madre que estaba a punto de dejarlo. Y cuando la vio ya apagada, veló igualmente para que, libre de miradas profanas y curiosas, permaneciese, aún después de la muerte Inmaculada Esposa y Madre de Dios, que dormía así tan hermosa y plácidamente.

Dice una tradición que en el féretro de María, abierto por Tomás, se encontraron las flores. No es más que una leyenda. Ningún sepulcro se quedó con los restos de María, porque no hubo restos de María, como lo entienden los humanos, puesto que María no murió como muere todo el que ha vivido.

Ella, por decreto divino, tan solo se había separado del espíritu, y con el mismo, que la había precedido, se juntó otra vez con el cuerpo santísimo. Invirtiendo las leyes habituales, por las cuales el éxtasis termina cuando cesa el rapto, esto es, cuando el espíritu regresa al estado normal, fue el cuerpo de María que tornó a juntarse con el espíritu, después de la larga espera en el lecho mortuario.

Todo es posible a Dios. Yo salí del sepulcro sin otra ayuda que mi poder. María vino a Mí, a Dios, al Cielo, sin conocer el sepulcro en su horrorosa podredumbre y lóbreguez. Es uno de los más brillantes milagros de Dios. No el único, en verdad, si se recuerdan a Enoc y Elías, los cuales, amados del Señor, fueron arrebatados de la tierra sin saborear la muerte y trasladados a otra parte, a un lugar que sólo Dios y los moradores del cielo conocen. Eran justos, pero siempre una nada respecto a mi Madre, que es inferior en santidad sólo a Dios.

Por esta razón no existen reliquias del cuerpo y del sepulcro de María. Porque María no fue sepultada y su cuerpo fue asunta al Cielo”.

IIla. Consideración o explicación (8-7-44 y 15-7-44)

“Un éxtasis fue la concepción de mi Hijo. Un mayor éxtasis cuando lo di a luz. El éxtasis de los éxtasis fue mi tránsito de la tierra al cielo. Tan solo durante la pasión ningún éxtasis hizo llevadero mi atroz sufrir.

La casa, de donde fui asunta al cielo, uno de los innumerables rasgos de generosidad de Lázaro para Jesús y su Madre, era la casita de Getsemaní, cercana al lugar de la Ascensión. Es inútil buscar sus restos. En la destrucción de Jerusalén por obra de los romanos,¹⁰ fue destruida y sus ruinas dispersadas en el correr de los siglos”.

IVa. Consideración o explicación (18-12-44)

¹⁰ Acaecida en el a. 70 d.c. Cfr. Lc. 19, 41-42.

“Como para mí fue un éxtasis el nacimiento del Hijo y, del rapto en Dios, que me acaeció en aquella hora, volví presente a mí misma y a la tierra con mi Niño entre los brazos, de igual manera mi muerte, impropriamente así llamada, fue un rapto en Dios.

Confiando en la promesa que tuve en el resplandor matinal de Pentecostés, yo pensaba que al acercarse el momento de la venida última del Amor, para llevarme consigo, debería manifestarse con aumento del fuego de amor, que siempre ardía en mí. Y no me equivoqué.

Cuanto más se me iba la vida, tanto más aumentaba en mí el deseo de fundirme en la eterna Caridad. El deseo de unirme con mi Hijo me urgía a ello, y la certeza de que jamás había hecho tanto en favor de los hombres, como cuando estando a los pies del Trono de Dios orara e intercediera por ellos. Y con un movimiento cada vez más ardiente y fuerte, con todas las fuerzas de mi alma gritaba al cielo: “¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Amor eterno!”

La eucaristía, que era para mí como el rocío para la flor muerta de sed, era sin duda, vida, pero cuanto más pasaba el tiempo, más se hacía insuficiente para satisfacer el ansia incontenible de mi corazón. No me bastaba ya recibir dentro de mí a mi Hijo Divino y llevarlo dentro de mí en las Sagradas Especies como lo había llevado dentro de mi cuerpo virginal. Todo mi ser ansiaba por el Dios Uno y Trino, pero no bajo los velos que escogió mi Jesús para esconder el inefable misterio de la fe, sino como era, es y será en el centro del Cielo.

Mi mismo Hijo, en los transportes eucarísticos, me consumía con abrazos de deseo infinito y cada vez que venía a mí, con el poder de su amor, como que arrancaba mi alma en el primer ímpetu, después permanecía con infinita ternura llamándome: “¡Mamá!” y yo lo sentía ansioso de tenerme consigo.

No deseaba yo otra cosa. Ni siquiera el deseo de tutelar a la naciente Iglesia, en los últimos tiempos de mi existencia mortal. Existía en mí. Todo lo anulaba el deseo de poseer a Dios, porque estaba persuadida que todo lo podría cuando lo poseyera.

Llegaos cristianos, a este amor total. Que todo lo terrenal pierda su valor. Mirad sólo a Dios. Cuando lleguéis a ser ricos de esta pobreza de deseo, que es una inmensurable riqueza, Dios se inclinará sobre vuestro espíritu para instruirlo primero, y después tomarlo, vosotros subiréis con él al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, para conocerlos y amarlos por toda la feliz eternidad, y para poseer sus riquezas de gracia para los hermanos. Nunca es uno más activo para con los hermanos, como cuando no se está más entre ellos, y se es luz reunida con la Luz divina.

El Amor eterno, al acercarse, dio la señal que yo me imaginaba. Toda luz, todo color, voz y presencia se desvanecieron bajo el fulgor y la Voz que bajando de los cielos, abiertos a mi mirada espiritual descendían sobre mí para tomar mi alma. Suele decirse que yo me habría llenado de júbilo porque en esa hora mi Hijo me había asistido.

Pero mi dulce Jesús estaba muy junto al Padre cuando el amor, esto es, el Espíritu Santo, tercera Persona de la Trinidad eterna, me dio su tercer beso en mi vida, un beso tan poderosamente divino que en él se regocijó mi alma, perdiéndose en la contemplación como una gota de rocío aspirada por el sol en el cáliz de un lirio.

Yo subí con mi espíritu que cantaba hosannas hasta los pies de las tres Personas a quienes yo siempre había adorado. Después, en el momento preciso, como perla en engaste de fuego, primero me ayudaron, luego me siguieron los espíritus angélicos que habían venido a asistirme en mi nacimiento celestial eterno. En los umbrales del cielo me esperaba ya mi Jesús, y allí mismo mi esposo terreno, los reyes y patriarcas de mi estirpe, los primeros santos y mártires. Entré cual Reina, después de tantos dolores y tanta humildad de una pobre cierva de Dios, en el reino del gozo que no tiene límites. Y el cielo se plegó sobre sí mismo, por la alegría de tenerme, de tener a su Reina, cuyo cuerpo, único entre todos los cuerpos mortales, conocían la glorificación, antes de la resurrección final y el último juicio”.

Vla. Y última (1-5-46)

“Hay diferencia entre la separación del alma del cuerpo por muerte verdadera, y momentánea separación del espíritu del cuerpo y del alma vivificante por éxtasis o rapto contemplativo.

Mientras la separación del alma del cuerpo trae consigo una muerte verdadera, la contemplación extática, esto es, la evasión temporal del espíritu fuera de las vallas de los sentidos y de la materia, no provoca la muerte. Y esto porque el alma no se separa, no se retira totalmente del cuerpo, sino que lo hace sólo con su parte mejor que se sumerge en los fuegos de la contemplación.

Todos los hombres, mientras viven, tienen sí un alma, muerta o viva ya sea por el pecado o por la justicia, pero sólo los grandes amantes de Dios alcanzan la contemplación verdadera.

Esto sirve para demostrar que el alma, conservando la existencia mientras está unida al cuerpo-y esta particularidad existe en todos los hombres por igual- tiene en sí misma una parte más escogida: el alma del alma o espíritu del espíritu, que en los justos son muy fuertes, mientras que en los que no aman a Dios y su ley, aunque sólo sea con su tibieza y pecados veniales, se debilitan, privando a la criatura de su capacidad de contemplar y conocer Dios y sus eternas verdades, cuanto lo puede hacer una humana criatura, según el grado de perfección a que haya llegado.

Cuanto más la criatura ama y sirve a Dios con todas sus fuerzas y posibilidades, tanto más la parte más selecta de su espíritu aumenta su capacidad de conocer, contemplar y penetrar en la verdad eterna.

El hombre dotado de alma racional, es una capacidad que Dios llena de Sí. María, siendo la criatura más santa de todas después de Cristo, fue una capacidad completa, hasta derramar en los hermanos de Cristo de todos los siglos y por todos los siglos, a Dios, sus gracias, su caridad y sus misericordias.

Atravesó sumergida por las ondas del amor. Ahora, en el cielo, convertida en un océano de amor, desborda sobre los hijos fieles a Ella, y también sobre los hijos pródigos, sus ondas de caridad para la salvación universal. Ella que es la Madre universal de todos los hombres.

Va. Consideración o explicación (diciembre 43).

“Mi humildad no podía permitirme pensar que me estuviese reservada tanta gloria en el cielo. Interiormente pensaba, y con seguridad, que mi cuerpo, hecho santo por haber llevado Dios, no habría probado la corrupción puesto que Dios es Vida, y cuando satura y llena a una criatura de Sí mismo, su acción es como un aroma preservador de corrupción y muerte.

Yo no solamente había permanecido inmaculada, no sólo estaba unida a Dios en casto y fecundo abrazo, sino que estaba saturada, hasta lo más profundo de mi ser, de las emanaciones de la Divinidad oculta en mi seno y que se iba cubriendo de carne mortal. Pero que la bondad del Eterno hubiera reservado a su cierva el gozo de volver a sentir en sus miembros el contento de la mano de mi Hijo, su abrazo, su beso, de volver a oír con mis propios oídos su voz, de ver con mis ojos su rostro, esto no pensé que me fuera concedido, ni lo deseaba. Hubiera sido suficiente que estas dichas se concedieran a mi espíritu, y con esto mi propio yo se hubiera sentido pleno de felicidad.

Pero el Hacedor, como testimonio de su primer pensamiento creador respecto del hombre, lo había destinado para que viviera, pasando sin morir del paraíso terrenal al celestial, al reino eterno, Él me quiso Inmaculada, en el cielo en alma y cuerpo, tan pronto como hubiera terminado mi vida eterna.

Yo soy el testimonio cierto de lo que Dios había pensado y querido para el hombre: una vida inocente, desconocedora de la culpa, un tranquilo tránsito de esta vida a la vida eterna. El hombre, como alguien que pasa el umbral de una casa para entrar en palacio, con su ser completo, con su cuerpo material y con su alma espiritual hubiera pasado de la tierra al paraíso, aumentando la perfección de su yo, que Dios le había dado con la perfección completa tanto de su cuerpo como de su espíritu. Esa perfección estaba destinada, en el pensamiento divino, para que todo ser humano hubiera permanecido fiel a Dios y a la gracia. Una perfección que habría llegado a su cumplimiento en la luz plena que hay en los cielos, al venir de Dios, Sol eterno, que los ilumina.

Dios me llevó en alma y cuerpo a la gloria de los cielos, delante de los patriarcas, de los profetas y de los santos, de los ángeles y de los mártires y dijo:

“He aquí la obra perfecta del Creador. He aquí lo que Yo crié a mi más verdadera imagen y semejanza entre todos los hijos del hombre, fruto de una obra maestra divina y creadora, maravilla del universo que vio encerrada en su solo ser divino en el espíritu eterno como Dios y como Él, espíritu, inteligente, libre, santo; y la criatura material en el más inocente y santo de los cuerpos, ante el de cualquier otro ser vivo, dentro de los tres reinos de la creación, está obligado a inclinarse. He aquí el testimonio de mi amor por el hombre para quien destiné un organismo perfecto y una suerte dichosa de vida eterna en mi Reino. He aquí el testimonio de mi perdón al hombre, a quien por voluntad de un Amor trino he concedido el poder de rehabilitarse y volver crearse ante mis ojos. Esta es la piedra mística de comparación, esta es el anillo de unión entre el hombre y Dios, ésta es la que devuelve los tiempos a lo primeros días, y ofrece a mis ojos divinos la alegría de contemplar una Eva como Yo la creé, y ahora es todavía más bella y santa porque es Madre de mi Verbo, y porque mártir del gran perdón. Yo abro los tesoros del cielo a su Corazón inmaculado que no conoció jamás mancha alguna, ni aun la más leve; y en su cabeza que no conoció ninguna soberbia, pongo una corona de mi resplandor, porque es el ser más santo, para que sea vuestra Reina”.

En el cielo no hay lágrimas. Pero en lugar del llanto gozoso que habrían experimentado los espíritus si se les hubiera concedido el llanto, que proviene de una emoción, hubo, después de estas palabras divinas, un centellear de luces, un cambiar de resplandores en otros más fuertes, un arder de incendios de caridad en un fuego más ardiente, un tañer insuperable e indescriptible de armonías a las que se unió la voz de un Hijo en alabanza de Dios Padre, y de su cierva para siempre bienaventurada”.

38. Despedida a la Obra

28 abril 1947

Dice Jesús:

“Los corazones que me han movido a iluminar y a dictar episodios y palabras al pequeño Juan son múltiples, además de la alegría de comunicar un conocimiento exacto de Mí a esta alma-víctima y amante.

En todas ellas está mi amor por la Iglesia, docente y militante, y el deseo de ayudar a las almas en su ascensión hacia la perfección. El conocimiento que se tenga de Mí es una ayuda para la ascensión. Mi palabra es vida.

Cito las razones principales:

I. El pequeño Juan pondrá aquí completas las razones dadas en el dictado del 18-1-47. Esta es la razón más importante porque estáis en peligro de perderos y quiero salvaros.

La razón más profunda del don de esta obra radica en que en estos tiempos en los que el modernismo condenado por mi santo Vicario Pío X, sigue desencadenándose en doctrinas cada vez más dañinas, la santa Iglesia que representa mi Vicario tendrá materia para combatir a los que niegan:

la sobrenaturalidad de los dogmas;

la divinidad de Cristo; la verdad de Cristo Dios y Hombre, real y perfecto tanto en la fe como en la historia, que de Él ha sido transmitida (por los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las Cartas apostólicas, la tradición);

la doctrina de Pablo y Juan y de los Concilios de Nicea y Caledonia, como mi doctrina verdadera que Yo verbalmente enseñé;

mi ciencia ilimitada puesto que es divina y perfecta;

el origen divino de los dogmas, de los Sacramentos, de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica;

la universalidad y continuidad, hasta la consumación de los siglos, del Evangelio que di a todos los hombres; la naturaleza perfecta, desde el principio de mi doctrina, que no se ha formado como a través de sucesivas transformaciones; la naturaleza perfecta de mi doctrina que ha permanecido siempre la misma desde un principio y no por medio de sucesivas transformaciones: doctrina de Cristo, del tiempo de gracia, del reino de los cielos y del reino de Dios en vosotros. Doctrina divina, perfecta, inmutable, Buena Nueva para todos los que tienen sed de Dios.

Oponed al dragón rojo de siete cabezas, diez cuernos y seis coronas sobre la cabeza, el dragón que con su cola arrastra tras sí la tercera parte de las estrellas del cielo y las echa abajo —en verdad os digo que caen más abajo que en la tierra— que persiguen a la Mujer; a las bestias del mar y de la tierra a quien muchos, demasiados adoran, seducidos como lo están por sus aspectos y prodigios, poned a mi Ángel que vuela por el medio del cielo, llevando el Evangelio eterno bien abierto también en las páginas aun hasta aquí cerradas, para que los hombres puedan salvarse por medio de su luz de los anillos de la gran serpiente de siete fauces, que los quiere ahogar en sus tinieblas, y a mi regreso Yo encuentre todavía fe y caridad en el corazón de los que ha perseverado y sean más numerosos de cuantos la obra de Satanás y de los hombres no permiten esperar que puedan serlo.

II. Despertar en los sacerdotes y en los laicos un vivo amor al Evangelio y a cuanto toca a Cristo. Ante todo un amor renovado a mi Madre, en las oraciones, donde está el secreto de la salvación del mundo. Mi Madre es la triunfadora del Dragón maldito. Ayudad su poder con vuestro amor renovado por Ella y con una fe renovada y un conocimiento de cuanto se refiera a Ella. María dio al mundo el Salvador. El mundo tendrá una vez más por Ella la salvación.

III. Dar a los maestros de espíritu y a los directores de almas un auxilio en su ministerio, estudiando el mundo de espíritus diversos que se agitó a mi alrededor y los diversos modos que Yo empleé para salvarlos.

Sería una cosa absurda querer tener un *único* modo para todas las almas. Es diverso el modo de atraer a la perfección a un justo que espontáneamente tiende a ella, del que debe usarse con uno que cree, pero que es pecador, del que debe usarse con un gentil. Tenéis tantos entre vosotros, si tomáis a la manera de vuestro Maestro, como gentiles a esos pobres seres que han sustituido el ídolo del poder y prepotencia, del oro, de la lujuria, de la soberbia de su ciencia, por el Dios verdadero. Es diverso el modo de usarse para salvar a los modernos prosélitos, esto es, a los que han aceptado la idea cristiana pero no la ciudadanía cristiana, perteneciendo a iglesias separadas. A nadie se le desprecie, y mucho menos a estas ovejas dispersas. Amadlas y tratad de volverlas al redil único para que se cumpla el deseo de Jesús el Pastor.

Objetarán algunos al leer esta Obra: “No se deduce del Evangelio que Jesús hubiera tenido contacto con romanos o griegos, y por lo tanto rechazamos estas páginas”. ¡Cuántas cosas hay que no se deducen del Evangelio, o se transparentan apenas tras gruesas cortinas de silencio, que los evangelistas dejaron caer en episodios que, por su inquebrantable mentalidad de hebreos, ellos no aprobaban! ¿Pensáis que conocéis todo lo que hice?

En verdad os digo que ni aún después de haber leído y aceptado esta ilustración de mi vida pública, conoceréis *todo* lo referente a Mí. Habría acabado con mi pequeño Juan, que se esforzaba en ser cronista *de todos los días de mi ministerio, y de todos mis actos que realicé en cada uno de ellos*, si le hubiese dado a conocer todo para que todo os transmitiese! “Hay otras cosas que hizo Jesús, que si estuviesen escritas una por una, creo que en el mundo no cabrían los libros que se deberían escribir” dice Juan. Fuera de la hipérbole, os digo en verdad que si se hubiera debido escribir cada uno de mis actos, cada una de mis lecciones particulares, mis penitencias y oraciones para salvar un alma, hubieran sido necesarias salas de una de vuestras bibliotecas, y una de las mayores, para poner los libros que hablaban de Mí. Y también os digo en verdad que sería mucho más útil

para vosotros entregar a la hoguera *tanta ciencia inútil*, llena de polvo y de veneno para dar lugar a mis libros, que saben tan poco de Mí y tener en tanta estima esa propaganda casi siempre sucia de libidine y de herejía.

IV. Restituir en su verdad las figuras del Hijo del hombre y de María, verdaderos hijos de Adán según la carne y la sangre, pero de un Adán inocente. Los hijos del hombre, si el Primogenitor y la Primogenitora no hubieran envilecido su perfecta humanidad, hubieran sido como nosotros –en el sentido de hombre, esto es, de criatura en la que existe una doble naturaleza, la espiritual, a imagen y semejanza de Dios, y la naturaleza material- pero como sabéis, lo hicieron. Sentido perfectos, esto es, sometidos a la razón aun en su mayor perfección. En los sentidos incluso el moral con el corporal. Por lo tanto amor completo y perfecto, y para el esposo al cual no se le une la sensualidad, sino sólo un vínculo espiritual de amor, y para el Hijo. Amadísimo. Amado con toda la perfección por una perfecta mujer por la criatura nacida de ella. Así Eva debería haber amado: como María: esto es, un amor por el hijo no debido a un goce carnal, sino porque el hijo era hijo del Creador y obediencia completa a su amado de multiplicar la especie humana.

Y haber amado con todo el ardor de una perfecta creyente sabiendo que *su* Hijo no es figura sino *en realidad* era: Hijo de Dios. Yo digo a los que piensan que el amor de María por Jesús fue un amor sin medida que se pongan a considerar quién era María: la mujer sin pecado y por esto su caridad no tenía ningún defecto para con Dios, para con sus padres, para con su esposo, para con su Hijo, hacia el prójimo; que reflexionen qué cosa veía mi Madre en Mí fuera de ver al Hijo de su seno, y en fin de no olvidar la nacionalidad de María. Raza hebrea, raza oriental y tiempos muy lejanos de los actuales. Por tal razón, de estas consideraciones mana la explicación de ciertas amplificaciones verbales de amor que pueden parecer exageradas. Estilo florido y pomposo aun en el modo de hablar diario, estilo oriental y hebreo. Todos los escritos de aquel tiempo y de esa raza son documentos, que ni siquiera ha cambiado mucho su estilo oriental con el correr de los siglos.

¿Pretenderías que, porque vosotros después de 20 siglos, y cuando la malicia de la vida ha acabado con tanto amor, vais a examinar estas páginas, iba Yo a presentaros con María de Nazaret como una mujer árida y superficial de vuestro tiempo? María es lo que es, y no cambia la dulce, pura, amorosa Doncella de Israel, Esposa de Dios, Madre Virginal de Dios, en una mujer excesiva, morbosamente exaltada, o en una glacialmente egoísta de vuestro siglo.

A los que juzgan que Jesús fue muy amoroso para con María, su Madre, les recuerdo que consideren que en Jesús estaba Dios y que Dios Uno y Trino recibía sus consuelos amando a María, a Ella que recompensaba del dolor de todo el género humano, el medio para que Dios pudiera volver a gloriarse de su creación que brinda ciudadanos a su cielo. Y piensen en fin que *cualquier amor se hace culpable cuando se convierte sólo en amor desordenado, esto es, cuando va contra la voluntad de Dios y el cumplimiento del deber.*¹

Pensad ahora: ¿Hizo esto el amor de María? ¿Lo hizo mi amor? ¿Me impidió Ella por un amor egoísta de cumplir *toda* la voluntad de Dios? ¿Hice a un lado por un amor desordenado a mi Madre de cumplir con mi misión? No. Uno y otro amor tuvieron un solo deseo: *cumplir la voluntad de Dios para la salvación del mundo*. Y la Madre dio todos los adioses al Hijo, y el Hijo todos a la Madre, la cual entregó al Hijo a la cruz del magisterio público y a la cruz del Calvario, y Él la entregó a la soledad e intensa agonía, para que fuera Corredentora, sin tener en cuenta nuestra humanidad que sentía desgarrarse, y nuestro corazón que se destrozaba en medio del dolor. ¿Es esto debilidad? ¿Sentimentalismo? Es amor perfecto, ¡oh hombres que ignoráis cómo amar, y no comprendéis más lo que es el amor y sus reclamos!

Aún más, esta Obra tiene por objeto iluminar ciertos puntos que un conjunto de circunstancias han cubierto de oscuridad y forman así unas zonas oscuras en la luminosidad del cuadro evangélico y puntos que parecen presentar fisuras, y no son sino puntos

¹ Cfr. 1 Ju. 3.

oscurecidos entre uno y otro episodios, puntos indescifrables, y en los aclarados está la llave para comprender exactamente ciertas situaciones que se habían formado con mis continuas exhortaciones al perdón, a la mansedumbre y humildad, ciertas posiciones duras contra los obstinados e incorregibles adversarios. Recordad todos, que después de haber usado toda la misericordia, Dios por honor a Sí mismo, también sabe decir “basta” a aquellos que, porque es bueno, creen poder abusar de su longanimidad y ponerlo a prueba. De Dios nadie se burla. Es palabra antigua y sabia.²³

V. Conocer exactamente la complejidad y duración de mi largo padecer que termina en la pasión cruenta llevada a cabo en pocas horas, *que me había consumado en un tormento diario durante lustros y lustros, y que había ido siempre en aumento*, y con mi padecer el de mi Madre a quien atravesó la espada del dolor durante igual tiempo.²⁴ Y animarlos por este conocimiento a amarnos más.

VI. Demostrar el poder de mis palabras y los efectos diversos de ella misma, pues quien la aceptaba, pertenecía a la fila de los hombres de buena voluntad, o a la de aquellos que tenían una voluntad sensual que no es nunca recta.

Los apóstoles y Judas. He aquí dos ejemplos opuestos. Aquellos, muy imperfectos, rudos, ignorantes, violentos, pero con buena voluntad. Judas, más docto que la mayoría de ellos, más pulido en su contacto con la capital, pero de mala voluntad. Observad la evolución de los primeros en el bien, su ascensión. Observad la evolución del segundo en el mal y su descenso.

Tengan en cuenta esta evolución en la perfección de los Once buenos, sobre todos quienes, por un defecto visual de su mente, están acostumbrados a desnaturalizar la realidad de los santos, pensando que el hombre que llega a la santidad con una *dura, durísima lucha contra las fuerzas poderosas y oscuras*, es un ser normal, sin acicates ni arrebatos, y por lo tanto sin méritos. *Porque el mérito procede ciertamente de la victoria sobre las pasiones desordenadas y las tentaciones, victoria conseguida por amor de Dios* y para conseguir el último fin: gozar de Dios en la eternidad. Ténganlo en cuenta quienes pretenden que el milagro de la conversión deba provenir sólo de Dios. Dios da los medios para convertirse, pero no hace fuerza a la voluntad del hombre, y si el hombre *no quiere* convertirse, inútilmente tiene lo que a otro sirve para su conversión.

Ponderen esto quienes examinan los múltiples efectos de mi palabra, no solo en el hombre humano, sino también en el espiritual. No tan solo sobre el espiritual, sino también sobre el humano. Mi palabra aceptada con buena voluntad transforma al uno y al otro, llevándolos a la perfección externa e interna.

Los apóstoles que por su ignorancia y por su humildad trataban al Hijo del hombre con una confianza excesiva –un buen maestro entre ellos, no más, un maestro humilde y paciente con quien podía tomarse ciertas libertades un poco excesivas; pero no era que ellos faltasen al respeto, era fruto de su ignorancia que se excusaba- los apóstoles pendencieros entre sí, egoístas, celosos por ver quién me amaba más y a quién amaba Yo más, impacientes con el pueblo, un poco orgullosos de ser “los Apóstoles”, ansiosos del estupefaciente que los señalaba ante las multitudes como dotados de un poder extraordinario, lenta pero progresivamente se transformaban en hombres nuevos, avasallando primero sus pasiones para imitarme y darme gusto, después conociendo siempre más mi verdadero Yo, cambiando sus modos y amor hasta verme, amarme y tratarme como Señor divino. ¿Son acaso al legar el término de mi vida sobre la tierra los compañeros superficiales y alegres de los primeros tiempos? Y sobre todo después de la Resurrección ¿son los amigos que tratan al Hijo del

²³ Cfr. Gal. 6, 7-10; Job. 13, 1-16(10)

²⁴ Cfr. Lc. 2, 33-35.

hombre como amigo? No. Primero son los servidores del Rey, después los sacerdotes de Dios. Son ya del todo diversos, completamente transformados.

Piensen esto los que encuentren tal vez y juzguen anormal la naturaleza de los apóstoles, que era como ha sido descrita. Yo no era un doctor difícil, un rey soberbio, un maestro que tiene por indignos a los demás hombres. Supe compadecer. Quise formar, tomando en mis manos un material basto, quise llenar de perfección de toda clase a vasos vacíos, demostrar que Dios lo *puede* todo, de un pedernal saca un hijo de Abraham, un hijo de Dios, y de un inútil, un maestro, para confundir a los maestros jactanciosos de *su* ciencia, que muchas veces ha perdido el perfume de la mía.

VII. En fin: haceros conocer el misterio de Judas, ese misterio que es la caída de un alma que Dios había socorrido tan espléndidamente. Un misterio que en realidad se repite muy frecuentemente y que es la herida que molesta tanto al Corazón de vuestro Jesús.

Haceros conocer cómo se cae, transformándose de siervos e hijos de Dios en demonios y deicidas que dan muerte a Dios con darla a la gracia, para impediros poner los pies en los senderos de donde se precipita al abismo, y para enseñaros cómo hacer para lograr que los corderos imprudentes no se arrojen allí. Reunid vuestras fuerzas intelectuales para estudiar la horrenda y muy frecuente figura de Judas, *una mañana en que se agitan cual serpientes todos los vicios capitales que encontráis y que debéis combatir en éste o aquel. Es la lección que debéis sobre todo aprender, porque será la más útil en vuestro ministerio de maestros de espíritu y directores de almas.* Cuántos hay en todos los estados de la vida, que imitan a Judas entregándose a Satanás y encontrando así la muerte eterna.

Siete razones como siete son las partes:

I. Preevangelio ²⁹ (desde la Concepción Inmaculada de la Virgen María hasta la muerte de san José).

II. Primer año de la vida pública.

III. Segundo año de la vida pública.

IV. Tercer año de la vida pública.

V. Antes de la Pasión ³⁰ (del Tebet a Nisán, esto es, de la agonía de Lázaro hasta la cena de Betania).

VI. Pasión (a partir del adiós a Lázaro hasta mi sepultura y días siguientes hasta el alba pascual).

VII. De la Resurrección hasta Pentecostés.

Reténgase esta división de partes como lo he indicado. Es la correcta.

¿Y ahora? ¿Qué decís a vuestro Maestro? No me dirigís la palabra. Pero habláis en vuestro corazón y con tal de que podáis hacerlo, habláis al pequeño Juan. Pero en ninguno de estos dos casos habláis con aquella justicia que Yo quisiera ver en vosotros. Porque habláis al pequeño Juan para molestarlo, hollando la caridad para con una cristiana, hermana e instrumento de Dios. En verdad os digo una vez más que no es una cosa alegre ser mi instrumento: pues significa *fatiga y esfuerzo continuos, en todo hay dolor porque a los discípulos del Maestro el mundo da lo que dio al Maestro: dolor; y sería necesario que por lo menos los sacerdotes, y sobre todo los hermanos, ayudaran a estos pequeños mártires que siguen adelante bajo su cruz...* Y por tal motivo al hablar a vosotros mismos abrigáis en vuestros corazones lamentos de soberbia, envidia, incredulidad y otras cosas más. Pero Yo daré una respuesta a vuestros lloriqueos y a vuestra admiración que se escandaliza.

Yo dije en la noche de la última Cena a los Once que me amaban: “Cuando el Espíritu Consolador haya venido *os recordará* todo lo que os he dicho”. Cuando Yo estaba hablando

²⁹ En esta edición se ha empleado la palabra *La preparación*.

³⁰ En esta edición se cambió el título por: *Preparación a la Pasión*.

tenía ante mi mente además de los presentes, a todos los que llegarían a ser mis discípulos, en el espíritu, verdadera y amorosamente. El Espíritu Santo que ya infunde con su gracia en vosotros la capacidad de recordar a Dios, sacando las almas del atolondramiento de la culpa original y librándolas del ofuscamiento que, por la triste herencia recibida de Adán, envuelven la luminosidad de los espíritus que Dios creó para que no gocen de la vista y conocimiento espiritual. *Terminada su obra de Maestro, “recordando” en el corazón de ellos que Él los ha conducido y que son hijos de Dios, todo lo que Yo dije y que constituye el Evangelio.* Recordar significa aquí iluminar el espíritu de ellos, porque de nada sirve recordar las palabras del Evangelio si no se comprende su espíritu.

Y el espíritu del Evangelio que es amor, lo puede dar a entender el Amor, esto es, el Espíritu Santo, el cual, así como fue el verdadero Escritor del Evangelio, es también su Comentador, porque sólo el autor de una obra sabe el espíritu de ella, y la comprende, aun cuando no logre hacerlo comprender a los que la lean. Pero donde un autor humano no llega, porque cualquier perfección humana contiene muchas lagunas, llega el Espíritu perfectísimo y sapientísimo. *Por esto solo el Espíritu Santo, autor del Evangelio es también el que lo trae a la memoria, lo comenta y completa en el fondo de las almas de los hijos de Dios.*

“El Consolador, el Espíritu Santo, que os enviará el Padre en mi Nombre, os enseñará todas las cosas, os hará recordar todo lo que os he dicho” (Ju. 14, 26).

“Cuando hubiere llegado el Espíritu de Verdad. Él os amañará en todo lo verdadero puesto que no os hablará de Sí mismo, sino dirá todo lo que ha oído y os anunciará lo que está por venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío, por esto he dicho que Él recibirá de lo mío y lo anunciará”. (Ju. 16, 13-15)

Ahora bien si se objeta que si el Espíritu Santo es el Autor verdadero del Evangelio, no se comprende por qué no haya recordado cuánto se haya dicho en esta Obra, y cuanto Juan da a entender que sucedió con las palabras con que termina su Evangelio,³⁴ Yo os respondo que los pensamientos de Dios son diversos de los de los hombres y son siempre justos e inobjetables.

Además, si objetáis que la revelación terminó con el último de los Apóstoles, y no había nada más qué agregar, porque el mismo apóstol dice en el Apocalipsis: “Si alguien añadiere algo a esto, Dios pondrá sobre él los castigos escritos en este libro (cap. 22, 18), y esto puede entenderse de toda la Revelación de la que el Apocalipsis de Juan es su fin y remate, os respondo que con esta obra no fue añadido algo a la revelación, sino llenadas ciertas lagunas que se habían producido por causas naturales y querer sobrenatural. ¿Y si Yo me he querido complacer en reconstruir el cuadro de mi Caridad divina así como hace un restaurador de mosaicos que pone las piezas deterioradas y que faltan, restituyendo al mosaico su prístina belleza, y quise hacerlo hasta este siglo en el que el linaje humano se precipita al abismo de tinieblas y de horror, podríais impedírmelo?

¿Podéis, tal vez, decir que no tenéis necesidad de ello, vosotros que tenéis el espíritu tan nublado, tan sordo, debilitado a las luces, voces e invitaciones de lo alto?

En verdad deberíais bendecirme porque he aumentado con nuevas luces la luz que tenéis y que ya no es más suficiente para “ver” a nuestro Salvador. Por ver el camino, la verdad y la vida y sentir resurgir en vosotros esa emoción de los justos de mi tiempo, llegando a través de este conocimiento a una renovación de vuestros espíritus en el amor, que sería salvación, puesto que es una subida hacia la perfección.

No digo que estéis “muertos”, sino que estáis adormecidos, amodorrados, semejantes a plantas durante la hibernación. El Sol divino os da sus fulgores. Despertaos y bendecid al Sol

³⁴ Cfr. Ju. 21, 25.

que se entrega, acogedlo con alegría porque Él os calienta, desde la superficie hasta el fondo, os despierte y os cubra de flores y frutos.

Levantaos. Venid a mi don.

“Tomad y comed. Comed y bebed” dije a los apóstoles.

“Si conocieras el don de Dios y quién es el que dice: “dame de beber”, tú misma se lo habrías pedido a Él, que te habría dado agua viva”, dije a la samaritana.

También ahora lo digo a los doctores como a los samaritanos. Porque ambas clases extremas tienen necesidad de ello, como también los que se encuentran en medio de dos extremos. *Los primeros para que no se desnutran y se priven de fuerzas aun por sí mismos y del alimento sobrenatural para quien languidece por falta de conocimiento de Dios, del Dios-Hombre, del Maestro y Salvador.* Los segundos porque las almas tienen necesidad de agua viva cuando parecen alejados de los manantiales. Los que están en medio de unos y otros, forman la gran masa de pecadores no graves, de los estacionarios en el avanzar por la pereza, bien debido a un falso concepto acerca de la santidad, de los escrupulosos de condenarse, de ser observantes, de enredarse en un laberinto de prácticas superficiales, pero que no se atreven a dar un paso en el camino escarpado, escarpadísimo de la heroicidad, para que por este medio tengan un empuje inicial para salir de esta quietud e iniciar el camino escarpado.

Yo les digo estas palabras. Os ofrezco este alimento y esta bebida de agua viva. Mi palabra es vida. Os quiero tener en la vida, conmigo Multiplico mi palabra para balancear las miasmas de satanás que destruyen las fuerzas vitales de vuestro espíritu.

No me rechazáis. Tengo sed de darme a vosotros, porque os amo. Mi sed es inextinguible. Tengo un deseo ardiente de comunicarme a vosotros para que estéis prontos al banquete de las bodas celestiales. Tenéis necesidad de Mí para no desfallecer, para vestiros con vestidos adornados para las Bodas del Cordero, para la gran fiesta de Dios después de haber vencido la tribulación en este destierro lleno de acechanzas, zarzales y serpientes, que es la tierra, para pasar por entre las llamas y no sufrir ningún daño, pisar los reptiles y tener qué beber venenos sin morir al tenerme a Mí en vosotros.

Y añado: “Tomad, tomad esta Obra y ‘no la selléis’, sino leedla y hacedle leer, ‘porque el tiempo está cerca’ (Ju. Ap. 22, 1º)” y quien es santo se santifique más (V. 11).

La gracia de vuestro Señor Jesucristo sea con todos los que en este libro vean un acercamiento mío y pidan que se cumpla, para protección suya, con el grito de amor: ‘¡Ven, Señor Jesús!’”.

A mí en particular dice luego Jesús:

“En el proemio de la Obra pondrás el primer capítulo del Evangelio de Juan, del versículo 1 al 18 inclusive. Así íntegramente como está escrito. Juan escribió estas palabras, como escribiste todas las que se hallan en la Obra, bajo el dictado del Espíritu de Dios. No hay nada qué añadir o quitar, como no hubo nada qué añadir o quitar a la oración del Padre Nuestro y a mi oración después de la Última Cena. Cada palabra de estos puntos es una joya divina y no puede ser tocada. Para tales lugares no hay qué hacer más que una cosa: rogar ardientemente al Espíritu Santo que os las ilumine en toda su belleza y sabiduría.

Cuando hayas llegado al lugar en que empieza mi vida pública, copiarán íntegramente el primer cap. de Juan del v. 19 al 28 inclusive y el cap. 3º de Lc. Del v.3 al 18 inclusive, el uno después del otro, como si fuese un solo capítulo. Se rata todo del Precursor, asceta de pocas palabras y de áspera disciplina y no hay más qué decir. Después pondrás mi bautismo y seguirás adelante como te lo he dicho cada vez.

Tu fatiga ha terminado. Ahora queda el amor y la recompensa para gozar de ella.

Alma mía ¿qué puedo decirte? Tú me preguntas con tu espíritu sumergido en Mí: “Y ahora ¿qué cosa vas a hacer, Señor, de mí, tu sierva?”

Podría decirte: “Romperé el vaso de barro para extraer su esencia y llevarla a donde estoy”. Ambos nos alegraríamos. Pero todavía me eres necesaria por un poco, y otro poco todavía,

aquí, a exhalar tus perfumes que son de olor de Cristo que en ti inhabita. Y entonces te diré como a Juan: 'Si quiero que te quedes hasta que Yo venga a tomarte, ¿qué te importa el quedarte?'

La paz sea contigo, pequeñita mía, incansable voz. La Paz sea contigo. Paz y bendición. El Maestro te dice: "Gracias". El Señor te dice: "Sé bendita". Jesús, tu Jesús, te dice: "Siempre estaré contigo porque es cosa dulce para Mí estar con los que me aman".

Mi paz sea contigo, pequeño Juan. Ven y descansa sobre mi pecho".